BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

INTRODUCCION, BIOGRAFIA,
BIBLIOGRAFIA, NOTAS Y CENSO
DE PERSONAJES GALDOSIANOS

POR

FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES

Archivero, Bibliotecario, Arqueólogo,
Subdirector de la Biblioteca y del Museo de Madrid

TOMO III

EPISODIOS NACIONALES

AGUILAR, S. A. DE EDICIONES
MADRID - 1951

BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

TOMO III

OBRAS COMPLETAS

DE

BENITO PEREZ GALDOS

(En seis tomos)

ÍNDICE DE LOS TÍTULOS QUE COMPRENDE CADA VOLUMEN

TOMO I

EPISODIOS NACIONALES. — *Primera serie:* Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de marzo y el 2 de mayo.—Bailén.—Napoleón, en Chamartín. — Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el «Empecinado».—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie: El equipaje del rey José.—Memorias de un cortesano de 1915.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de julio.—Los Cien Mil Hijos de San Luis.—El terror de 1824.

TOMO II

EPISODIOS NACIONALES.—*Segunda serie* (Final): Un voluntario realista.—Los apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tercera serie: Zumalacárregui. — Mendizábal.—De Oñate a La Granja.—Luchana. — La campaña del Maestrazgo. — La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los ayacuchos.—Bodas reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48.—Narváez. — Los duendes de la camarilla.

TOMO III

EPISODIOS NACIONALES.—*Cuarta serie* (Final): La revolución de julio.—O'Donnell. Aita Tettauen.—Carlos VI, en la Rápita.—La vuelta al mundo en la «Numancia».—Prim.—La de los tristes destinos.

Serie final: España sin rey.—España trágica. — Amadeo I. — La primera República.—De Cartago a Sagunto.—Cánovas.

TOMO IV

NOVELAS.—*Serie de la primera época:* La Fontana de Oro. — La sombra. — El audaz.—Doña Perfecta. — Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch.

Serie contemporánea: La desheredada.—El amigo Manso. — El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.

TOMO V

NOVELAS.—*Serie contemporánea* (Continuación): Fortunata y Jacinta.—Miau.—La incógnita.—Realidad.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Angel Guerra.—Tristana.—La loca de la casa.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.

TOMO VI

NOVELAS. — *Serie contemporánea* (Final): El abuelo.—Casandra.—El caballero encantado.—La razón de la sinrazón.

CUENTOS

TEATRO: Realidad.—La loca de la casa.—Gerona.—La de San Quintín.—Los condenados. — Voluntad. — Doña Perfecta.—La fiera.—Electra.—Alma y vida.—Mariucha. El abuelo.—Bárbara.—Amor y Ciencia.—Pedro Minio. — Casandra.—Zaragoza.—Celia en los infiernos.—Alceste.—Sor Simona.—El tacaño Salomón.—Santa Juana de Castilla.—Antón Caballero.—Un joven de provecho

MISCELÁNEA: Memoranda — Guía espiritual de España. — Crónica de Madrid.—Toledo (Historia y leyenda). — Viajes y fantasías.—Memorias de un desmemoriado.

El último retrato de Galdós antes de que perdiera la vista.
Alto, garrido, audaz, de finísima sonrisa socarrona...
Tiene algo de un Don Quijote escarmentado que
hubiera pactado con Sancho.

El dibujo de las guardas es obra de H. Palacios, y representa una alegoría alusiva a los «Episodios nacionales»

TERCERA EDICION

Reservados todos los derechos. Hecho el depósito que marca la ley.
Copyright 1951, by Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid.

Printed in Spain. Impreso en España por E. Sánchez Leal, Stma. Trinidad, 7.

EPISODIOS NACIONALES

CUARTA SERIE

(Continuación)

LA REVOLUCION DE JULIO

I

Madrid, 3 de febrero de 185?.

En el momento de acometer Merino a nuestra querida reina, cuchillo en mano, hallábame yo en la galería del Norte, entre la capilla y la escalera de Damas, hablando con doña Victorina Sarmiento de un asunto que no es ni será nunca histórico... La vibración de la multitud cortesana, un bramido que vino corriendo de la galería del costado Sur, y que al pronto nos pareció racha de impetuoso viento que agitaba los velos y mantos de las señoras, y precipitaba a los caballeros a una carrera loca, tropezando en sus propios espadines, nos hizo comprender que algo grave ocurría por aquella parte... «Ha sido un clérigo», oí que decían; y, en efecto, recordé yo haber visto entre el gentío, poco antes, a un sacerdote anciano cuyas facciones reconocí sin poder traer su nombre a mi memoria... Hacia allá volé, adelantándome a los que iban presurosos, o tropezando con damas que aterradas volvían, y lo primero que vi fué un oficial de alabarderos que a la princesita llevaba en alto hacia las habitaciones reales. Luego vi a la reina, llevada en volandas... ¡Atentado, puñalada..., un cura! ¿Había sido herida gravemente? Muerta no iba. Creí oírla pronunciar algunas palabras; vi que movía su hermoso brazo casi desnudo, y la mano ensangrentada. Rápida visión fué todo esto, atropellada procesión de carnes, terciopelos, gasas, mangas bordadas de oro, tricornios guarnecidos de plata, Montpensier lívido, el infante don Francisco casi llorando... Al rey no le vi: iba por el lado de la pared, detrás del montón fugitivo... Vi a Tamames; creo que vi también a Balazote...

Mi fogosa curiosidad de lo anormal, de lo extraordinario, de lo que borra y destruye la vulgar semejanza de todas las cosas, me abrió paso, a codazo limpio, hacia el grupo donde esperaba ver al criminal. No sé cómo llegué: vi la cabeza cana de Merino, a la altura en que vemos la cabeza del que está de rodillas; la vi luego subir, y tras ella, negras vestiduras nada pulcras... Apenas distinguí el rostro... Llevaban al reo hacia la Sala de Alabarderos, por detrás empujado, por delante a rastras. Entre tantas manos que querían conducirle, y al son confuso de las imprecaciones y denuestos, se me perdió aquella figura que yo quería ver en los instantes que siguen al punto trágico, ya que en este punto mismo no logré verla. Quise entrar; no me dejaron. En aquel momento me sentí cogido por el brazo, y volviéndome encaré con mi suegro, el señor don Feliciano de Emparán, en quien reconocí la imagen del terror; su boca era como la de una máscara griega, de la guardarropía de Melpómene, y sus cabellos, si no los empobreciera la calvicie, habrían estado en punta como la crines de un escobillón...

—Figúrate—me dijo—que lo he visto tan de cerca, tan de cerca, que más no cabe... Pasó su majestad..., la vi pararse, la vi sonreír mirando hacia atrás, como si llamara a una persona de la comitiva: esta persona era el nuncio..., el nuncio de su santidad, que se adelantó, pegándome un codazo por esta parte. Y cuando me volví, por esta otra parte me dieron otro codazo. Era el maldito clérigo, que se abalanzó, se arrodilló como para dar un memorial... Le vi asestar la puñalada... Creí que la tierra se abría para tragarnos a to-

dos... No sé si la reina cayó o no cayó... Nos abalanzamos al criminal... Yo le oí decir..., no sueño, no; yo le oí decir, no una vez, sino dos: «Ya tienes bastante.»

Llegóse a nosotros un gentilhombre regordete y chiquitín, a quien no conozco. Hoy me ha dicho mi suegro su nombre; pero ya se me ha ido de la memoria. Conservo en ella lo que aquel buen señor, tan corto de presencia como largo de alientos vengadores, nos dijo con caballeresca indignación:

—Yo no entiendo estas pamplinas de la ley... ¡Cuidado con los trámites! ¿Procedía, ¿si o no?, que le descuartizáramos aquí mismo? Pues ¿no le vimos todos asestar el golpe, como una fiera? ¿Qué duda puede haber? ¿A qué vienen esos interrogatorios y esos dimes y diretes? ¡Si él no niega sus perversas intenciones! ¿Saben lo que dijo cuando le levantábamos del suelo? Pues dijo: «¡Oh, si hubiera én Europa doce hombres como yo!...» Por lo visto, su idea es matar a todos los reyes y al mismo Papa... ¡Qué vergüenza, señores, para nuestra nación, donde jamás hubo regicidas!

«Perdone usted—estuve por decirle—, Regicidas hemos tenido en nuestra Historia, y regicidas que han sido reyes, de lo cual resulta algo que parece cómo un suicidio del principio monárquico.» Digo que estuve a punto de expresar esta idea; pero me la guardé, observando que no era prudente apear al buen señor de su remontada fiereza. Y él siguió así: «No sé qué daría porque ese hombre no resultara español. Un español puede ser todo lo depravado que se quiera; pero jamás atentará con mano aleve a la vida de sus queridos monarcas... Y al fin, contra un rey, pase; pero contra una reina, contra esta bondadosa reina, todo candor... Lo que yo digo: es una furia del Averno vestida de cura...»

—Y ¡qué deshonra para el sacerdocio! —exclamó entonces mi suegro, echando toda su alma en un suspiro—. Daría yo... no sé qué por que resultaran disfraz la sotana y hábitos de ese bandido; disfraz también la corona que lleva en su cabeza. No pierdo la esperanza de que el asesino haya tomado figura eclesiástica para poder engañarnos a todos, y asestar el golpe con la más sacrílega de las traiciones. Y si no es extranjero, téngolo por extranjerizado. Lo que yo vengo diciendo, señores: lo que a ti te he dicho mil veces, Pepe: *he aquí* el fruto de tanto folleto, de tanto *virus* demagógico; *he aquí* lo que nos traen esos malditos periódicos, donde meten la pluma pelafustanes cuya ciencia no es más que unas miajas de francés..., eso..., y vengan acá cuantos delirios corren por el mundo..., todo ello sin censura, sin permiso del ordinario ni nada... Así está España medio loca ya, y así nos llega cada día una calamidad: primera, *enciclopedistas;* luego, la gaita esa de que *la propiedad es un robo,* y, por fin, estos monstruos... el Apocalipsis...

Cedió la palabra don Feliciano a un alabardero, que con noticias frescas del asesino, por haber oído sus primeras declaraciones, fué acometido por los curiosos insaciables.

—Es español—nos dijo—, riojano por más señas y cura. Se llama Martín Merino; dijo misa esta mañana. Al salir de su casa juró que no volvería sin matar a la reina, o a la reina madre, o a Narváez...

Nada consternó tanto a mi señor suegro como que el asesino fuera real y efectivo sacerdote, con la agravante sacrílega de haber celebrado aquella mañana; y cuando el alabardero, y otro que vino detrás, dijeron que Merino era exclaustrado y había vivido en Francia muchos años, desempeñando un curato, rompió en estas o parecidas exclamaciones:

—¿No lo decía yo? ¡Enciclopedia, demagogia, con su poco de *espíritu del siglo,* cosas que no existían en España cuando ésta era una nación de caballeros, que no mataban a sus reyes, sino que por ellos morían!

Nos dirigimos luego a la Saleta, y en ella el mismo gentilhombre iracundo y enano, de cuyo nombre no puedo acordarme, vino a decirnos que la herida de la reina no era de cuidado; que el puñal sólo penetró *tanto así...;* que, habiendo sufrido su majestad un desvanecimiento, los médicos procedieron a sangrarla, y..., en suma, que tendríamos reina para un rato. Con esto nos volvió el alma al cuerpo a mi padre político y a los que con él estábamos. Frenéticos vivas a Isabel sonaron en la Saleta y

Antecámara, y a la consternación sucedieron esperanza y regocijo, sólo turbados por el anhelo que a muchos abrasaba de la inmediata matazón del malvado clérigo.

Vimos llegar jadeantes y ceñudos al presidente del Consejo, Bravo Murillo; y a González Romero, ministro de Gracia y Justicia, que estaban en Atocha esperando a su majestad; y recibido allí por veloces correos el jicarazo de tan descomunal crimen, corrieron a Palacio en ansiedad mortal. Fué su primer cuidado visitar a la reina en su cámara; y una vez informados de que mayor daño había recibido de la emoción del lance que del puñal de Merino, se encaminaron a donde éste aguardaba que le cayera encima la nube de jueces y escribanos para decirles: «Caballeros, mátenme de una vez, pues yo no he venido a otra cosa, y cuanto menos conversación, mejor.» Poco después de ver entrar a los dos ministros en la Sala de Alabarderos, corrió de boca en boca, por la galería, una opinión que pronto tuvo adeptos, inclinándose a ella los mismos partidarios de la venganza instantánea.

—No se le puede matar sin proceso, y el proceso no puede ser corto, porque ha de haber cómplices... Esto no es un hecho aislado...

—Yo *abundo* en esa *idea*—me dijo mi suegro—, y no dudo que en ella *abundarás* tú también. Aquí hay complot..., y complot de ramificaciones muy oscuras.

Con el honrado objeto de adquirir mayores luces sobre el particular, quise penetrar en la Sala, pegado a los faldones de un alabardero amigo mío. Pero se me negó la entrada, y de aquí tomó pie don Feliciano para decirme:

—Ya nos lo contarán, hijo. Vámonos a casa, que a estas horas habrá corrido por todo Madrid, como reguero de pólvora, la noticia de esta *hecatombe*, y Visita y tu mujer estarán con cuidado.

5 de febrero.

He creído siempre que el pueblo español ama verdaderamente a su reina. Pero hasta hoy, ante el reciente suceso que mi suegro llama *hecatombe*, no había yo visto clara la exaltación de ese cariño, que raya en idolatría. Hay que leer las manifestaciones de los pueblos, que nos trae la *Gaceta*, y el lenguaje que emplean algunos alcaldes en sus protestas contra el atentado. Uno empieza diciendo: «¡Qué horror! Y ¿aún vive el regicida?» Luego llama a éste «monstruo vomitado del infierno», y pide que le maten a escape. Domina en todas las protestas, al lado de las imprecaciones violentísimas, la implacable sentencia popular: «Matarle, descuartizarle, hacerle polvo.» Y otro funcionario exclama, dejando caer sus lagrimones sobre el papel de oficio: «¡Querer quitarnos la mejor de las reinas, la joya, la prenda más querida de todos!» Y esto es sincero, esto sale de los corazones, y nos retrata al pueblo español como un enamorado de su reina: Isabel es hija, hermana y madre en todos los hogares, y como a un ser querido y familiar se le rinde culto. Sábelo, Isabel; hazte cargo de que este sentimiento lo tienes por ti sola, no por tu padre, que se pasó la vida haciendo todo lo posible para que le aborreciéramos, ni por tu madre, más admirada que amada; acoge en tu corazón este sentimiento y devuélvelo, como un fiel espejo devuelve la imagen que recibe. Consagra tu vida y tus pensamientos todos a satisfacer a este sublime enamorado y a tenerle contento. Aprovecha este amor purísimo, el mejor de los innumerables dones que has recibido de la Divinidad, y no lo menosprecies ni lo arrojes en pedazos, como la cabeza y las manos de las lujosas muñecas con que jugabas cuando eras niña. Esto no es cosa de juego. Eres muy joven, y tu juventud vigorosa te anuncia un largo reinado. Mira lo que tienes, mira lo que haces y mira con lo que juegas.

Pues en Madrid no hay más tema de conversación que los partes de la Facultad de Palacio, anunciando que la reina se restablece del sofoco y de la puñalada, y la sabrosa comidilla del proceso de Merino, sobre cuya criminal cabeza sigue la opinión arrojando los anatemas más horribles. Hasta los niños le llaman ya *monstruo abortado* y *oprobio de la Naturaleza*. Todos sus dichos y actitudes en la cárcel son comentados como nuevos signos de perversión; a su serenidad se la llama *insolencia* procaz; a sus graves ratificacio-

nes de responsabilidad, *brutal cinismo*. Al juez instructor respondió, entre otras cosas abominables, «que había ido a Palacio a lavar el oprobio de la Humanidad y a demostrar la necia ignorancia de los que creen que es fidelidad *oguantar* la infidelidad y el perjurio de los reyes». A su abogado le dijo que no buscara motivos de defensa, porque no los había; que si se empeñaba en defenderle por loco, él se encargaría de demostrar lo contrario. No estaba arrepentido; no tenía cómplices ni recibía inspiraciones más que de su propia inquina, del aborrecimiento de toda injusticia y del mal gobierno de la nación. Era una víctima de las leyes mentirosas que desamparan al débil; había sufrido ultrajes y reveses sin que nadie le amparase; detestaba toda autoridad; no tenía rencores contra Isabel, pero sí contra la reina por serlo y contra Narváez, que nos había traído innumerables ignominias y desventuras. No temía la muerte, y al notificársele la sentencia, decía:

—Pues encarguen que el patíbulo sea muy alto.

Al subir a él diría:

—Imbéciles, os compadezco, porque os quedáis en este mundo de corrupción y de miseria.

Estos dichos y réplicas comenta la gente dándoles un sentido infernal de depravación. Ya echan también su cuarto a espadas los poetas. Uno de éstos nos habla del *Tártaro*, el cual, no sabiendo qué hacer un día, se distrae *abortando al sacrílego*, el cual sale de allí, *armada la mano impía*, sin más objeto que arruinar a España... Otro ve venir a un *tigre* disfrazado—*con el sacro vestido—del sacerdote del Señor Eterno;* y sospechando por su actitud sus dañadas intenciones de matar a la *tierna cordera*, empieza a dar gritos llamando al *León de España* para que *saque la garra* y... etc... Al son de la Poesía, aunque no con acentos tan roncos y desatinados, viene la Política, que ante este grave suceso, que parece un aviso de la Fatalidad, ha borrado la vana diferencia y mote de partidos, fundiéndose todos en la emoción unánime por la reina Isabel amenazada de un puñal alevoso... Da gusto ver los periódicos clamando contra el delincuente, y ofreciendo al ídolo nacional los homenajes de respeto y amor más ardientes y sinceros. Sobre todo interés de bandos o grupos está la salud y la vida de la soberana. Por esto dice muy bien *El Heraldo* que *se ha suspendido la oposición.*

¿Ves, Isabel? Todos te quieren, así los que están de servilleta prendida en la mesa del Presupuesto, como los que ha largos años contemplan lejos del festín las ollas vacías. Todos te aman; en todo corazón español está erigido tu altar. Míralo bien y advierte lo que esto significa, lo que esto vale. Considera, Isabel a cuánto te obliga ese amor, y con qué pulso y medida has de ejercer el poder, la autoridad y la justicia que tienes en tus bonitas manos. Aviva el seso, reina, y no juegues.

II

7 de febrero.

A mi dulce amiga invisible, la indulgente Posteridad, doy anticipada explicación de los vacíos o faltas que notará en mis vagas *Memorias* cuando llegue a leerlas, si tal honra merezco al fin. Creerá que es mi correo el viento; que a él las confío en descosidas hojas, y que algunos puñados de éstas se le van cayendo en su carrera por los espacios. Pues no es así, que buen cuidado pongo en que todo vaya bien ordenadito, no por caminos del aire, sino por manos de depositarios y conductores diligentes. La causa de estos vacíos debe buscarse en la propia morada y época del autor, que ha visto perseguido y condenado a destrucción su trabajo, fruto de tantas observaciones y vigilias. Sepa la Posteridad que ha dos años padecí alteraciones de mi salud, cuyo proceso y síntomas fueron gran confusión de los médicos de casa; y tan desconcertado me puse, que mi amada esposa y mi bendita suegra llegaron a creer que yo había perdido el juicio, o que mis tenaces melancolías y desgana de todo me llevarían pronto a perderlo. Inquietísimas las dos señoras, como el buen don Feliciano y las damas mayores, no sabían qué hacer para mi asistencia; todo su tiempo y su atención eran para vigilarme y no perder de vista la más insignificante acción mía, por donde pudieran descubrir mis alocados pensamientos. En aquellos trances me vino una crisis de flojedad de todo mi

cuerpo y de fatigas intensas, que me tuvieron preso y encamado largos días; y en lo que duró mi quietud hubo tiempo sobrado para que María Ignacia y doña Visita, que veían en mis persistentes lecturas y en mis nocturnas encerronas para escribir la causa inmediata de mis achaques, discurrieran algo semejante a lo que el ama y sobrina de Don Quijote imaginaron para cortar de raíz el morboso influjo de los libros de caballerías. Registraron mi cuarto, y una vez sustraídos bastantes libros de los que más me deleitaban, abrieron con traidora llave uno de los cajones en que guardaba yo mis papeles, y todo lo que allí encontraron perteneciente a mis *Memorias* fué reducido a cenizas. Me ha dicho después María Ignacia que no fué ella, sino su madre, la verdadera inquisidora de aquel auto; que había intentado salvar algunas piezas de mi escritura; pero que doña Visita y don Feliciano se las arrebataron al instante, pronunciando la terrible sentencia: «¡Al fuego, al fuego!»

Sin tratar de averiguar quién tuvo más culpa en aquel desaguisado, me limité a llorar la pérdida de todo lo que escribí en el 50 y en parte del 51, porque en ello puse, a mi parecer, pensamientos muy míos que no merecían fin tan desastrado. Lo restante del 51 lo pasamos en Italia, y allí nada escribí, porque mi mujer me quitaba de la mano la pluma siempre que yo intentaba contarle algún cuentecillo a mi amiga la Posteridad. Permita Dios que esta nueva ristra de *Memorias* sea más afortunada, y permanezca segura de incendios. Así lo espero, alentado por María Ignacia, que, oídas mis explicaciones, me ha prometido respetar mi trabajo siempre que observe yo dos reglas de conducta por ella impuestas. La primera es que no consagre a este recreo cerebral más que hora y media, a lo sumo dos horas, en cada veinticuatro; la segunda, que no reserve de su curiosidad mis papelotes, reconociéndole el derecho de revisión, censura y aun de enmienda si fuere menester... Mi amada mujer, a quien he confiado mis pensamientos más íntimos, no me tiene por lunático, y a cuantos en la Posteridad me leyeren les aseguro que no lo soy ni jamás lo he sido. Divago a mis anchas, eso sí, y digo todo lo que me sale de dentro, sin que me asuste la chillona inarmonía entre mis ideas y las de mis contemporáneos.

Si con los más suelo estar en desacuerdo, con mi señor padre político desentono horrorosamente, pues jamás dice él cosa alguna que a mí no me parezca un disparate. Al propio tiempo, cuanto sale de mi boca es para él herejía, delirio, necedad garrafal. Vaya un ejemplo: ayer mismo, hallándonos de sobremesa del almuerzo, con dos convidados, mi hermano Agustín y don Clemente Mier, dignidad de capiscol de la catedral de Toledo, sacó mi suegro un papel y nos leyó la sentencia del cura Merino: «Fallamos: que por fundamentos y artículos tal y tal..., debemos condenar y condenamos..., tal y tal..., a la pena de muerte en garrote vil..., que el reo *sea conducido al patíbulo con hopa amarilla y un birrete del mismo color, una y otro con manchas encarnadas...*»

Al oír esto, dije tales cosas que don Feliciano me quería comer, y salió con la tecla de que no sigo bien del caletre.

—¿Qué razón hay—añadí—, para que se vista de máscara, con escarnio repugnante, a un pobre reo, que bastante castigo tiene ya con la muerte?

Y como el clérigo comensal y mi hermano afirmasen que ello eran formas y ritualismo de la ley, para inspirar más horror del crimen que se castigaba, y mi suegro triunfante nos leyese que lo de la hopa amarilla con llamas rojas lo disponía el Código en su artículo 91, sostuve que somos un país bárbaro, donde la justicia toma formas de Inquisición, y los escarmientos de pena capital visos de fiesta de caníbales. Dentro de cada español, por mucho que presuma de cultura, hay un sayón o un fraile. La lengua que hablamos se presta como ninguna al escarnio, a la burla, y a todo lo que no es caridad ni mansedumbre. Aún despotriqué más; pero ahogaron mis expresiones con risas, saliendo por un registro que iniciaba siempre mi mujer:

—Cosas de Pepe.

Yo tengo cosas, y con este comodín puedo dar suelta, sin gran escándalo, a cuantos absurdos bullen en mi mente. El canónigo Mier, hombre ilustrado y tolerante, fué de los que más celebraron mis ocurrencias, y a renglón seguido me dijo que, designado por el arzobispo Bonell y Orbe para asistir a la ceremonia de la degradación del cura Merino, la

cual había de ser muy interesante y patética, me proponía llevarme consigo, si yo lo deseaba. Aunque ordena el Concilio de Trento que estos ejemplares actos sean públicos, en el caso presente no se abrirán las puertas de la cárcel más que a los que asistan por ministerio eclesiástico, y a contadas personas que quieran presenciar la ceremonia, no por curiosidad, sino por edificación. Me apresuré a contestarle afirmativamente, y quedamos de acuerdo en hora y punto de cita para el mismo día.

Agustín, que a más de hermano mío lo es de la Paz y Caridad, contónos ayer que, habiendo visto en su calabozo *al monstruo del Averno*, salió de allí escandalizado y horrorizado de *un cinismo tan infernal*. No se contenta Merino con repetir que quiso matar a la reina por *vengar en ella las iniquidades de los que mandan, y por aversión al género humano*, sino que ha declarado con el mayor descoco que desde su entrada en el convento, siendo aún niño, leyó cuantas obras prohibidas le vinieron a las manos, filosofismos y herejías de lo peor que *abortan* las prensas francesas. Luego se dejó decir que en su juventud *estuvo enamorado de la Libertad:* que por huir de persecuciones se largó dos veces a Francia, donde desempeñó la cura de almas por espacio de once años; que de regreso a España el 41, empleó en préstamos el dinero de sus ahorros y algo que ganó en la Lotería, siendo tan desgraciado en sus negocios, que los acreedores, sobre no pagarle, le pegaban... Sufrió vejaciones, malos tratos, estafas y vituperios mil, con lo que se le fué corrompiendo la sangre, y se llenó de hiel.

En sus últimos años, no tenía trato de gentes; se pasaba el día echando amargos ayes de su boca; quejábase continuamente de enfermedades afectivas y de otras imaginarias. Su genio era tan agrio, que no había cristiano que le aguantase... Dormía tan poco, que sus descansos salían a hora y media, no más, por noche, y entretenía los insomnios con lecturas continuas de cuanto papel en sus manos caía... En la cárcel afecta fría tranquilidad, desprecio de la vida, desdén de escribanos y jueces, de su propio defensor y hasta del señor presidente del Tribunal Supremo, don Lorenzo Arrazola, lo que verdaderamente revela un *orgullo más que satánico*...

Mucho agradecí al buen amigo señor Mier que me facilitara ocasión de ver al preso en acto tan imponente y severo. Consistía la degradación en despojarle de la investidura y carácter sacerdotal, para que pudiera ceñir sin mengua de la Iglesia la hopa amarilla que ordena la etiqueta del cadalso, según los artículos 160 y 91 de nuestro benigno Código penal. A la hora designada para degradar entramos en el Saladero el señor Mier y yo, y nos encaminaron a una sala baja con rejas a la calle: en el testero principal vimos un altar, y sobre éste ropas litúrgicas, un cáliz, un crucifijo y dos velas. No tardó en llegar el señor Cascallana, obispo de Málaga, con media docena de graves sacerdotes, que habían de asistirle, y casi al mismo tiempo se personaron el juez señor Aurioles, los gobernadores civil y militar, el fiscal, escribanos y algunas personas que no llevaban más cargo que el de mirones, ni otro fin que el de saciar su curiosidad ardiente. En la calle, numeroso gentío ansiaba ver cosa tan extraordinaria. Pocos eran los que algo podían vislumbrar pegados a las rejas; muchos los que empujaban disputando sitio a los que habían madrugado para cogerlo; muchísimos los que renegaban de no ver más que la pared, detrás de la cual pasaba algo terrible. Juntándose al murmullo y risotadas de los menos el mugido displicente de los más, resultaba un coro de crueldad y grosería que nos daba la sensación de los autos de fe.

El obispo se revistió de medio pontifical rojo, con báculo y mitra, y ocupó un sillón de espaldas al altar; los demás curas situáronse a izquierda y derecha; yo me agazapé en sitio donde pudiera ver quedándome casi invisible, y ya no faltaba más que el reo, parte o figura indispensable del edificante espectáculo que debíamos presenciar.

Tras una breve espera, vimos aparecer la figura escueta y pavorosa de don Martín, alto, rígido, el cuerpo todo negro de la sotana, amarillo el rostro de las hieles que le andaban por dentro, la mirada viva, la expresión desdeñosa. Traía las manos atadas atrás, y del nudo que las enlazaba partían dos cuerdas, una para cada pie. Con esta sujeción su paso era lento, como el de un gran buitre, que, inutilizado de las alas, se viera en la penosa obligación de hacer su ca-

mino por el suelo. Cuando pude verle de perfil y de frente, reconocí la fisonomía del clérigo que en 1848 prestó los auxilios espirituales a la pobre Antoñita en la triste casa de la Plaza Mayor. El no me vió a mí, y aunque me viera, no me habría reconocido. Diré con toda verdad que su presencia en la sala del Saladero levantó en mi espíritu el terror más que la compasión; casi casi encontré apropiadas a su persona las calificaciones de *monstruo abortado, tigre,* y demás remoquetes que la Prensa había hecho populares. El maestro de ceremonias, con su libro en una mano y el puntero en la otra, se adelantó hacia el reo y desabridamente le dijo:

—Tiene usted que vestirse.

Y el reo, más desabrido aún, contestó:

—¿Y cómo? ¿Con las manos atadas?

Los alguaciles desliaron la cuerda de sus manos; y en cuanto éstas estuvieron libres, llegóse el hombre al altar y empezó a vestirse con pausa y método, sin la menor alteración en los ademanes, lo mismo que si se vistiera para decir misa, pronunciando con voz segura la frase de ritual que el celebrante dice a cada prenda que se pone. El amito, el alba, el cíngulo, la estola, el manípulo, tienen simbólica significación que el sacerdote va expresando al tomar la figura de Cristo en aquella oblación pura, que no se puede manchar por indignos y malvados que sean los que la hacen. Sereno estaba el hombre, repitiendo en tan lúgubre ocasión lo que hacía todas las mañanas en San Justo o en otras iglesias; y como el acólito se equivocara queriendo ponerle el manípulo en el brazo derecho, le dijo pronta y secamente:

—Al brazo izquierdo.

Vestido, el reo parecía otro. Su rostro huraño y repulsivo recibía no sé qué vislumbre apacible de la casulla que cubría su cuerpo. Se le mandó que se arrodillara, y obedeció al instante, hincándose frente al prelado.

—Más cerca, más cerca—le ordenó el maestro de ceremonias.

Obedeció tan vivamente Merino, andando de hinojos hacia Cascallana, que llegó hasta tocarle las rodillas. Asustado el obispo, de aquel bulto que se le iba encima con salto parecido al del cigarrón de zancas aceradas, rebotó en su silla, se puso en pie, tuvo miedo. Pensó quizá que el asesino de Isabel sacaba de la casulla otro puñal de Albacete... El gobernador, don Melchor Ordóñez, se arrimó a su ilustrísima, que tranquilizado recobró su asiento. En esta parte de la escena advertí un ligero matiz cómico, que anoto aquí para que nada se me escape. Pasó como una fugaz mueca de Melpómene, si en el momento de su actitud más trágica la picara una pulga. Inmediatamente después de esto, Merino se fijó en las caras de chiquillos, de descocadas mujeres y pálidos hombres que aparecían en las rejas, y en el siniestro rumor del pueblo ansioso.

—¿Hay alguna rúbrica—dijo—que disponga que estos actos se celebren a la luz del día y con los balcones abiertos?

Nadie le dió respuesta ni explicación. Un señor que a mi lado estaba, viendo que el reo se encogía de hombros y alargaba el labio inferior con un expresivo *¿A mí qué?,* me dijo:

—Pero ¿ha visto usted qué monstruo de frescura?

Empezaron sus terribles funciones los que degradaban, y lo primero fué ponerle a don Martín en las manos un cáliz con vino y agua, que al punto le arrebató el obispo, dándole después el copón, que con la misma prontitud le fué quitado. El señor Cascallana pronunció la fórmula en latín, que traducida fielmente dice: *Te quitamos la potestad de ofrecer a Dios sacrificio y de celebrar la misa, tanto por los vivos como por los difuntos.* Inmediatamente cogió su ilustrísima un cuchillito que le dieron los acólitos, mandó a don Martín que alargase los dedos y se los raspó suavemente, acompañando el acto de estas desconsoladoras palabras: *Por medio de esta rasura te arrancamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir que recibiste con la unción de las manos y los dedos.* Luego se le quitó la casulla, y el obispo dijo: *Te despojamos justamente de la caridad, figurada en esta sacra vestidura, porque la perdiste, y al mismo tiempo, toda inocencia.* Y al arrancarle la estola: *Arrojaste la señal del Señor, figurada en esta estola; por esto te la quitamos...*

Como el ceremonial que describo es a la inversa de la imposición del Sacramento del Orden, deshaciendo y desbaratando todo lo que éste significa, hasta privar al condenado de la dignidad, carácter y oficio sacerdotales para entre-

garlo abiertamente *al fuero de los legos*, luego que se le quitó a Merino la calidad de presbítero, la emprendieron con el diácono. Revestido con la dalmática, y puesto el libro de los Evangelios en las manos pecadoras, lo arrebató de ellas el obispo con estas aterradoras palabras: *Te quitamos la potestad de leer el Evangelio, porque esto no corresponde a los indignos.* Y al despojarle de la dalmática: *Te arrancamos con justicia la cándida vestidura que recibiste para llevarla inmaculada en la presencia del Señor, porque no lo hiciste así conociendo el misterio, ni diste ejemplo a los fieles para que pudieran imitarte como consagrado a Dios.* Al desnudar al subdiácono, la tremenda voz de la Iglesia dijo: *Te desnudamos de la túnica subdiaconal porque el casto y santo temor de Dios no domina tu corazón y tu cuerpo.* Arrebatado le fué el manípulo con esta cláusula: *Deja el manípulo, porque no combatiste las asechanzas del enemigo por medio de las buenas obras;* y el amito con ésta: *Porque no refrenaste tu voz te quitamos el amito.*

Aún no había concluído la terrible escena. Vi que por las mejillas del prelado resbalaban dos gruesos lagrimones. Las de Merino estaban secas: su cara, como una escultura tejida con esparto, imitaba la impasibilidad del cadáver, que no chilla ni remuzga cuando le pinchan y le sajan en la sala de disección. El señor que a mi lado estaba me dijo:

—Esto no es un hombre, ni siquiera una fiera: esto es un árbol. Fíjese usted: Su ilustrísima llora; yo, que no soy aquí más que *mero espectador*, lloro también..., no puedo contenerme, y él, como si tal cosa... Vea usted, es un árbol...

Nada pude contestar a mi vecino: tales eran mi emoción y el ansia que yo sentía de que la desgarradora escena terminase.

III

Como dije, aún faltaban los últimos trámites para despojar al reo de las insignias de los grados menores y de la primera tonsura. El despiadado simbolismo era largo, como toda la carrera eclesiástica... al revés. La Iglesia había de borrar hasta la última señal de unción divina en el réprobo que expulsaba de su seno. Cuando, puestas y quitadas las insignias de estos grados, quedó el reo con sobrepelliz, al despojarle de ésta se levantó el obispo y, entonando la voz todo lo que le permitía su emoción vivísima, pronunció este tremendo anatema: *Por la autoridad de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la nuestra, te deponemos, te despojamos y te desnudamos de todo orden, beneficio y privilegio clerical, y por ser indigno de la profesión eclesiástica, te devolvemos con ignominia al estado y hábito seglar.* Acto seguido, los acólitos le quitaron la sotana y el alzacuello, y el hombre quedó en chaquetón, figura lastimosa. Permaneció inmóvil, como esperando que le arrancaran también el pellejo. El señor Cascallana, armado de tijeras, le cortó un mechón de cabellos, y al punto uno de los alguaciles trasquiló la parte superior de la cabeza, hasta borrar en lo posible el redondel de la corona. El chischás de las tijeras me daba frío, como si me estuvieran trasquilando a mí. Aún no se aplacaba la terrible indignación de la Iglesia, que con iracundo estilo pronunció este anatema al compás de los tijeretazos: *Te arrojamos de la suerte del Señor, como hijo ingrato, y borramos de tu cabeza la corona, signo real del sacerdocio, a causa de la maldad de tu conducta.*

Ya parecía que todo terminaba. Oí suspiros y toses de los concurrentes, autoridades o curiosos; oí el mugido del pueblo, que no veía nada desde la calle (salvo algunos privilegiados adheridos a las rejas) y que se conformaba con aspirar la trágica emoción rezumándola al través del espeso muro del Saladero. Merino, requiriendo las solapas de su chaquetón, dijo de mal talante:

—Despachemos, que me voy quedando frío.

El mísero reo no podía abrocharse, porque, al ingresar en la prisión, los guardianes le habían arrancado los botones del chaquetón. Parece que es costumbre carcelaria para evitar el suicidio, que algunos reos han consumado tragándose los botones. Apenas dijo esto, resonó un estruendoso «¡Viva la reina!» en la plaza, y después otro en los patios del edificio. Don Martín permaneció impasible ante las exclamaciones, sólo sentía frío... Cuando le vi salir, de nuevo maniatado, el horror que al entrar me

había inspirado dió paso a la compasión más viva. En su impavidez no vi cinismo, ni en su frialdad insolencia, sino más bien una entereza estoica de que yo no he conocido hasta hoy ningún ejemplo. Ansiaba ya dar espacio refrigerante a mi espíritu, lejos de aquel ambiente inquisitorial, patibulario. Los eclesiásticos degradadores y los acólitos y alguaciles que desnudaban y trasquilaban al reo traían a mi mente imágenes, no sé si soñadas o reales, de las más siniestras figuras de la Edad Media. Salí con un remolino de confusiones en mi cabeza, y tan pronto me parecía natural, justo y humano que a Merino se le indultase después de la feroz ejecución espiritual de aquel día, tan pronto anhelaba su muerte, viéndola como un holocausto grande y bello: pero no se le había de matar en garrote ni por los medios usuales, sino con hacha... La comparación con un árbol, expresada por un caballero desconocido, no se apartaba de mi mente. Yo quería ver si el estoico, como el tronco herido, crujía y soltaba un ¡ay! al recibir el hachazo.

Despedíme del señor Mier, a quien el obispo llevaba en su coche, y a mí me ofreció el suyo y su grata compañía don Melchor Ordóñez, que iba al Gobierno Civil. Acepté, y rodando por el pedernal de estas malditas calles me dijo el simpático gobernador:

—Pero ¿ha visto usted qué tío? No creo que exista en el mundo otro con más agallas. El obispo se hacía cruces viendo la fibra de este hombre. Me ha contado que, en tiempos antiguos, hubo clérigos delincuentes que, ante la espantosa sofoquina de la degradación, perdieron el conocimiento, y uno hubo, en Italia o no sé dónde, que cayó patas arriba y le recogieron cadáver... Pero este tío, ya usted lo vió: como si estuviera el sastre tomándole medida de un traje nuevo.

Dije yo que, en efecto, es un caso estupendo de dominio sobre sí mismo. Y él a mí:

—¡Ah! Pero ¿no sabe usted lo mejor? Esta peña, este tronco de acebuche, era un manojito de sensibilidad cuando estuvo enamorado del ama que le sirvió hace algunos años... ¡Oh!, había usted de ver las cartas. Aurioles las tiene. En algunas hay frases tan apasionadas que no las escribiera más sentidas el mejor poeta. Oiga usted: «Cuando, en la misa, me vuelvo a decir *Dominus vobiscum* y no te veo, como antes, ni la Virgen en su soledad pasaba la tristeza que yo.» ¿Qué tal? ¡En qué estaría pensando el hombre cuando celebraba!... Pues otra: ¿no sabe usted que el año 22 estuvo al lado de los milicianos en la acción del 7 de julio? Sí, hombre, y en ese mismo mes quiso matar al rey; al menos se abalanzó al coche con todas las de Caín, gritando: «¡Mueran los perjuros!» Sí, hombre, ahora lo hemos descubierto... Bragado es el tío, como hay Dios, y de un temple que ya no se estila... ¡Vaya, que si llega a darle de veras a Fernando Séptimo la que se arma! ¿Qué sería hoy de España? Acá, para *inter nos,* creo que le habríamos quedado muy agradecidos... Pues verá usted lo que me contó anoche. El año pasado solía ir al gabinete de lectura de San Felipe Neri, y allí se daba unas atraquinas de periódicos españoles y extranjeros que Dios temblaba... Dice que, a pesar de sus amarguras y de su odio al género humano, se mantenía tranquilo y sin idea de matar; pero que, al enterarse del golpe de Estado de Napoleón y ver la nube de despotismo que se venía encima en toda Europa, se fué del seguro y dijo: «Aquí hay un hombre...» Querido Beramendi, yo he visto locos en la política; pero como éste, ninguno, ni creo que haya venido al mundo un alma más fanática.

Terminó Ordóñez así:

—Tengo que poner un bando en las esquinas; está el pueblo muy excitado contra el asesino, y tan condolido de nuestra reina, que ni aun sabiendo que la herida es leve se da por satisfecho. Me dice la Policía que entre la gente del bronce hay *elementos* decididos a dar un golpe el día de la ejecución, arrancando al reo de manos de la justicia para *escabecharlo* por manos de la plebe. Figúrese usted, ¡qué carnicería, qué barbarie! Esto no es propio de un pueblo culto... Conozco yo a esos *elementos:* son los que alborotan siempre, hoy en este sentido, mañana en el otro, y, al fin, en el sentido de la poca ilustración... Pero ellos también conocen a Melchor Ordóñez. Pregunte al pueblo de Madrid quién es Melchor Ordóñez y dirá: *un hombre que sabe respetar y hacer respetar.*

Y era verdad. Por la fama de su pro-

bidad y rigidez, acreditadas en otras provincias, le trajeron a este Gobierno Civil, en el cual ha emprendido con fortuna el escarmiento de pícaros, el acoso de vagabundos y la corrección de revolucionarios de oficio. Pero quien manda, manda. No obstante la rectitud y nobles alientos de Melchor Ordóñez, en algún caso, que he de contar si Dios me da salud, no le han dejado ser tan rígido como él quería.

Llegué a mi casa con dolor de cabeza, desconcertado de todo el cuerpo, amarga la boca y los espíritus muy caídos. El frío que cogí en la odiosa cárcel me molestaba menos que el recuerdo de lo que allí vi, la vileza y procederes bajunos del brazo secular por una parte; por otra, el bárbaro formalismo del brazo eclesiástico. ¡Con tales brazos, valiente tronco social nos hemos echado!... Prolijamente lo referí todo a María Ignacia, que, al verme arrumbado en un sofá, no se separó de mí en lo restante de la tarde. Horrorizada con mi relato, me autorizó para que lo escribiese, recomendándome que en lo sucesivo huya de impresiones patibularias y consagre mis *Memorias* a cuadros y tipos placenteros, proscribiendo todo lo dramático. La misma sociedad me indica el camino que debo seguir, pues ella no quiere ya cuentas con el género trágico, y se ha hecho pura comedia con sus puntas de sátira, y la exhibición de pasiones tibias, de caracteres excéntricos o graciosos. Esto vino a decirme mi cara esposa, aunque no con los términos que yo empleo, sino más a la pata la llana. La tragedia no existe ya más que en el pueblo bajo y en los ladrones y bandidos. Debo, pues, concretarme a las clases superiores, que no quieren ver sangre más que en casos de recetar el médico sangría o sanguijuelas. Para mi salud es conveniente que yo ponga un freno a esta recóndita querencia mía de las cosas trágicas, volviendo mis ojos a la sociedad alta y media, y a la política, que también es ya comedia pura, de enredo muchas veces, otras de figurón. Prometí a María Ignacia seguir el camino que su buen sentido me indicó, y aquí me tenéis en plena vulgaridad social.

¿Recuerdas, ¡oh Posteridad benigna!, a las dos lindas muchachas Virginia y Valeri, hijas de mi amigo don Serafín del Socobio, con las cuales honestamente me divertía yo allá por los años 48 y 49, jugando ellas a los novios y tratándolas siempre como si fuesen una sola mujer con dos cuerpos distintos, aunque muy semejantes? Creo haberte dicho también que les salieron efectivos novios, uno para cada una, dos tenientes, que también a mí me parecieron duplicadas imágenes de un teniente solo. Pues se casan; uno de estos días serán llevadas al altar, no por aquellos pretendientes que las cortejaban el año 50, sino por otros, militar el de Valeria, civil el de Virginia. Ambas, según me cuenta mi mujer, están rabiando por cambiar de estado, ansiosas de pasar de señoritas a señoras, con casa propia, libertad y hombre a quien poner las enaguas para hacer de él un monigote. Me figuro que estas dos bodas son algo precipitadas, y que los padres, aunque parezcan satisfechos, han consentido en colocar a las niñas por no poder aguantar ya sus vehementes ganas de emancipación. Valeria ha escogido por sí su hombre, el cual es un capitancito de buenas prendas, hijo del coronel don Felipe Navascués, que figuró en la guerra civil; entra Virginia en la coyunda, más que por designio propio y libre, por la persuasión amorosa y tenaz de sus padres, que han visto la felicidad de la niña en el orondo y fresco joven Ernesto de Rementería, hijo de un señor que pasa por millonario. Dios las haga felices y a ellos también, pues aunque apenas los conozco, merecen mi respeto y la sana compasión que debemos a todo cristiano que se embarca para cruzar el engañoso piélago del matrimonio. Así lo llamo, porque si a mí me ha salido este mar totalmente limpio de sumideros y escollos, otros que entraron en la nave con el corazón lleno de alegrías, navegan desesperados entre bravísimas olas, y no saben en qué peña irán a estrellarse.

La educación de mis amiguitas Virginia y Valeria no las eleva mucho, por más que otra cosa creyera yo, sobre el común nivel de nuestras señoritas de la clase media tirando a superior. Poseen, eso sí, su caudal de saber religioso, todo de carretilla, sin enterarse de nada; escriben muy mal, con una ortografía que parece el Carnaval del Alfabeto; en Aritmética no pasan de las cuatro reglas, practicadas con auxilio de los rosados dedos; en historia, fuera de la de José vendido por sus hermanos y de la de Moisés recogido en el Nilo, están rasas,

y sólo saben que hubo aquí godos muy brutos, y después moros que eran derrotados por Santiago. Todo lo que saben de geografía no vale un comino: se reduce a nociones vagas de la superficie del planeta, y al conocimiento de que es forzoso embarcarse para ir a las Américas descubiertas por Colón. En literatura moderna y clásica están a la altura de su cocinera; no les ha entrado en el entendimiento más que la comedia o el drama del día que han visto en el teatro y algún novelón sentimental, tal vez empalagosa leyenda de caballeros tontos y sultanas redichas, que han leído en el *Semanario Pintoresco,* o en el folletín del periódico de la casa. Poseen unas cuantas fórmulas de francés *para sociedad,* y en el piano aporrean furiosamente valses y polcas. No conocen nada de la vida; no se ha permitido que en sus espíritus, amañados para la elegancia, penetre parte alguna del prosaísmo con que tenemos que luchar. No conocen ni el valor de la moneda ni las pesas y medidas; no tienen idea de lo que es una legua, un celemín, un quintal; apenas se hacen cargo de cómo se convierte el trigo en pan, las uvas en vino y de cómo salen del cascarón los polluelos. Su corta vida y sus ingenuos caracteres se han desarrollado entre las primarias labores domésticas y entre las novenas y funciones de teatro, perfilando la educación social en tertulias insustanciales, academias de toda humana tontería.

Hablando yo de esta pobreza educativa con las propias Virginia y Valeria, delante de su señora madre, ésta, que es una idiota muy honrada y muy buena, dijo que para ser mujeres de su casa no necesitaban las niñas saber más historia natural que la precisa para distinguir un canario de un burro, y que los llamados *principios* quedáranse para los que habían de ganarse la vida como catedráticos. Quizá aquella apreciable mula tiene razón, pensé yo al oírla, y traje a mi memoria el ejemplo de María Ignacia, que si en estudios no estaba menos cerril que Virginia y Valeria, me salió excelente mujer, y ha sabido cultivar por sí, en la vida más que en los libros, sus nativas dotes, fundando fácilmente el nuevo saber sobre el raso de su ignorancia. Esto pienso que harán mis amiguitas, guiadas por su despejo natural y por la sana índole de sus corazones. Amén.

Anoche tuvimos a comer a don Mariano José de Rementería, padre del joven que pronto será feliz esposo de Virginia. Es un hombre de posición, según dicen, y de una cultura más brillante que sólida, elaborada en los viajes y en el trato social más que en el estudio. Suelen ser los cultos mundanos menos enfadosos que los eruditos, mayormente si éstos descuellan en la especialidad de la sabiduría rancia y del atavismo histórico y arqueológico; pero don Mariano desmiente esta regla, porque es el señor más molesto, más prolijo y más pedante (en el ramo del cultismo europeo) que yo he podido echarme a la cara en esta vida triste, valle de lágrimas..., no, no valle, vivero más bien de imbéciles. Cuando se pone a contar sus odiseas y las maravillas de la civilización, se creería que él solo las ha visto y gozado, porque a nadie deja meter baza ni permite que otras bocas alaben cosa distinta de lo que pondera hiperbólica y neciamente la suya. Pues sucedió que el pasado año tuvo este señor la ocurrencia, y nosotros la desgracia, de ir..., vamos, de que fuera él, no a escardar cebollinos, sino a visitar la Exposición Universal de Londres. Los que le alentamos a ese viaje, y yo fuí uno de ellos, con rabia lo confieso, bien lo hemos pagado, bien, porque ahora, con sus enfáticas descripciones del *Crystal Palace* y de los peregrinos *adelantos* que vió en él, nos trae a todos locos, a mí particularmente, que tengo la cabeza débil y el humor fácilmente irritable contra los habladores. ¡Jesús me valga y Santa Librada bendita, patrona de Sigüenza! Es un hombre que empieza a contar algo que le ha pasado en sus viajes, y desde los primeros conceptos pega un brinco y se mete en una digresión, de ésta en otra, y en otra, hasta que, viéndonos a todos mareados, se para y pregunta:

—¿En dónde estaba yo?

—Pues estaba usted—le contesté anoche—en Oxford Street, queriendo darnos una idea aproximada, nada más que aproximada, de lo grande que es esa calle.

—Justamente—prosiguió él—. Pues verán ustedes; salía yo de Hyde Park con el famoso Losada, ya saben ustedes, el primer relojero del mundo, y nos encontramos a Carreras, el primer tabaquero de Londres... Hablamos de España, de este país tan pobre y tan atrasado...

Entre paréntesis, aquí no tienen idea de la penosa impresión que a los que venimos del extranjero nos causa el llegar a Madrid y ver el *sistema* primitivo de recoger las basuras...

De esta digresión pasó a otra, y a mil, y fué a parar ¡a Egipto!, a los carneros de cuatro cuernos que ha presentado Egipto en la Exposición Universal. ¡Cuatro mil cuernos había puesto ya en nuestras cabezas aquel condenado narrador!... Sin el menor cargo de conciencia, digo que le detesto. Su palabra fácil, sus períodos gramaticales muy pulidos, inflados por las amplificaciones, me atacan los nervios. Se oye cuando habla y se recrea en el efecto que hace. El vértigo de sus digresiones adormece a muchos, y a mí me pone en un grado de furor que difícilmente puedo disimular en su presencia. Y, para mayor desgracia, mi suegro, que ahora se pirra por aprender todos los *adelantos*, con tal que no salgan de la esfera material, le trae a su mesa un día y otro para proveerse de ideas cultas y *ponerse al tanto de las conquistas* más notorias que debe la industria a la ciencia extranjera. Escúchale con devoción y acaba siempre por desearle una larguísima existencia para que pueda viajar mucho y contarnos tantas maravillas. Lo que yo le deseo es que se muera, que le maten, que le salga un asesino y nos le quite de en medio. Mi mujer me riñe cuando me oye tan despiadados disparates.

—Es que me encocora este buen señor —respondo yo—y me hace desgraciado siempre que viene a casa. Es un tonto, de la clase de los dorados, que son los peores. ¡Luego me dices tú que me consagre a los tipos cómicos de nuestra sociedad! ¡Ay mujer mía! Me divierten mucho más los trágicos.

IV

8 de febrero.

Ya no existe Merino. Ayer por la mañana, según dicen, hizo protestación de fe y dictó un escrito pidiendo perdón a la reina. Las dos serían cuando le condujeron al suplicio, en burro, con su hopa amarilla llameada de rojo, para que la grosería de la cabalgadura y la horripilante fealdad del empaque, disfraz sustraído a las máscaras de la Muerte, llevaran más fácilmente la ejemplaridad al pueblo. Luego, por la noche, le hicieron exequias a la romana: dieron fuego al cadáver para que no quede hueso, ni momia, ni despojo alguno a que agarrarse pueda la memoria de los venideros. Así lo ha determinado el Gobierno de su majestad, sospechando que la corrupción de los corazones nos traiga una nueva demagogia, tan devota del regicidio, que dé en la manía de adorar al zancarrón de este desgraciado sujeto. Ello ha sido un simulacro del Santo Oficio en la mitad del siglo XIX para que puedan echar una canita al aire los muchos que aquí conservan el gusto de la quemazón de gentes y se remocen viendo arder a un muerto, ya que no pueden asar a los vivos.

¡Por Cristo, que, sin la prohibición terminante de mi mujer, a quien obedezco en todo, aunque me esté mal el decirlo, hubiera yo vuelto al maldito Saladero! Hubiera, sí, cedido a la tentación de acompañar al cleriguito señor Puig y Esteve, que llevó a la prisión de Merino el encargo de examinar las profundidades del espíritu del criminal con la sonda del conocimiento de humanidades y de los clásicos latinos. Brindóme a esta visita don Serafín del Socobio, presentándome en su casa al propio Puig y Esteve, quien reiteró el ofrecimiento con exquisita urbanidad.

—Pues está usted fuerte en latinidad clásica—me dijo—, vamos juntos, y entre los dos haremos lo que podamos.

En un tris estuvo que yo aceptara; pero me acordé de mi costilla, y más pudo el temor de disgustarla que el estímulo de mi curiosidad. Al día siguiente, oyendo contar al curita el resultado de su misión, me maravillé del saber profundo y del buen gusto del asesino. Yo le tenía por buen latinista, pero no sospeché que lo fuera en grado eminente. Y a más de asombrarme, me desconcertó un poco la exacta concordancia de las preferencias de Merino con mis preferencias en el gusto de los clásicos. Como él, he tenido yo siempre marcada predilección por la *Sátira X*, de Juvenal. En mis tiempos de vida romana la recitaba de memoria, sin que se me escapara un solo verso; y cuando arreglaba la biblioteca de Antonelli, en

Albano, emprendí la traducción de la *Sátira* en verso libre: no llegué a terminarla por culpa de Barberina, que se sobrepuso al gusto de Juvenal. Aún puedo recitar algunos trozos, y entre otros, el que dice:

Ad generum Cereris sine cœde et vulnere, pauci
Descendunt reges, et sicca morte tyranni.

Yo los traduzco de este modo:

Pocos los reyes, pocos los tiranos
son que a los reinos de Plutón descienden
sin ser heridos por puñal aleve.

Fácilmente adapto al alma y a los pensamientos de Merino, en los últimos años de su vida, lo que piensa y dice Juvenal en esta admirable *Sátira:* la turbación de las ideas en Roma, tan semejante a la turbación nuestra; la indiferencia del pueblo a las cosas públicas en cuanto se ha enterado de que la política es oficio de unos pocos; la degradante cobardía de los que pisotean el cadáver del favorito de Tiberio para que no les acusen de haber sido amigos suyos; la ingratitud de la opinión con los grandes hombres; el triunfo de los osados y perversos; la tristeza de la vida y la vanidad de todas las cosas... Encuentro muy lógico que el elocuente pesimismo de Juvenal se infiltrara en el espíritu de Merino, dispuesto por sus melancolías y desgracias a ser el vaso más propio de tantas amarguras... La voz y el ritmo del poeta latino inspiró sin duda al enemigo de nuestra reina su ansia de morir, y de morir *públicamente,* entre el escarnio de la plebe y las iras de los poderosos, ostentando ante todo el Universo una gallarda postura de muerte.

En otras predilecciones literarias del humanista criminal no difiere su gusto del mío. También prefiero entre los poemas bíblicos el de Job, y de él conservo en mi memoria algunos pasajes de sublime grandeza. Y cuando yo, estudiante en la *Sapienza* y en San Apolinar, me ejercitaba en el análisis exegético y retórico de los evangelistas, San Mateo me cautivaba más que los otros por su evidente cultura y delicado arte. En todo lo clásico estábamos conformes el regicida y yo, y si el regicidio me parece una atrocidad, más que a perversión moral lo atribuyo al empuje de las ideas negativas en un cerebro donde han perdido las afirmativas toda su resistencia. Desprecio de la vida, querencia de la muerte: ésta es la clave. El morir es bueno, aun para los tiranos; el vivir es malo, aun para los oprimidos.

Lo que el joven Esteve y otros testigos presenciales contaban de la reconciliación de Merino con la Iglesia, horas antes de subir al cadalso, no altera mis ideas acerca de su estoicismo, sino más bien las confirma. Quiso ser entero hasta el fin y afianzarse en la calidad y nombre de cristiano, como el que se sube a la mayor altura para despeñarse con más admiración y sorpresa de los que contemplan su caída. Una vez cumplido aquel deber elemental, pudo Merino permitirse desdeñosas burlas de los que le llevaban al suplicio en tren de mascarada de la Muerte, con ropas de autos de fe y gemidos de una multitud enconada, aunque, al fin, compasiva. Parte de esta horrible procesión patibularia pude yo ver, valiéndome de cierto casuísmo para quebrantar las saludables órdenes de mi buena María Ignacia.

—Pepe mío, te suplico, te mando, que no vayas a la ejecución.

Así lo prometí.

Pero al renunciar al espectáculo de la ejecución pensé que a la obediencia no faltaría observando si se confirmaban o no la inquietudes de Melchor Ordóñez. Con ánimo de ver si el pueblo nos daba una interpretación trágica de su decantada soberanía, me fuí hacia Santa Bárbara, y cuando me escabullía entre la multitud, atento a las voces y pensamientos de hombres y mujeres, tropecé con un alguacil, José Risueño, que me tiene ley, porque yo le conseguí la plaza siendo gobernador don José Zaragoza. Creyendo Risueño que la mejor prueba que de su gratitud podía darme en aquella ocasión era introducirme en la lúgubre casa, me dijo, asimilando su rostro a su apellido:

—Venga, don José, y podrá ver con toda comodidad al cura cuando salga al patio.

¿Cómo resistir a esta tentación? Entré con mi protegido Risueño, y vi a Merino a punto que montaba en el burro. La hopa amarilla le daba un aspecto aterrador. Cuando le ataban los pies por debajo de la cincha, dijo en tono agresivo:

—¡Eh, brutos, que me lastimáis-... ¿Creéis que me voy a caer? Traedme un caballo y veréis si soy buen jinete.

Cuando el asno daba los primeros pasos miró don Martín al verdugo y al pregonero, que iban a su lado, y con flemático gracejo les dijo:

—Buen par de acólitos me he echado.

Y, volviendo el rostro, se despidió con este familiar laconismo:

—Abur, señores, abur.

Vi la oscilación del pueblo y oí su inmenso clamor de curiosidad satisfecha, el goce del horror gustado en visión teatral y objetiva. No advertí nada que indicase movimiento sedicioso para arrebatar a la Justicia su presa. Más que pueblo, me pareció público aquel mar ondulante de cabezas espantadas, de ojos ávidos del menor detalle, de alientos contenidos, de bocas abiertas sin ninguna sonrisa. En miles y miles de pensamientos humanos brotaba en tal instante la idea de que el pescuezo de aquel hombre vivo, amortajado de amarillo, iba a ser pronto triturado dentro de un cepo de hierro, y esta idea ponía en todos los rostros una gravedad y palidez de rostros enfermizos. Decidido a no seguir la pavorosa procesión, me escabullí por la Ronda, con ánimo de tomarle las vueltas al gentío para observar su actitud. De lejos vi que el paso del reo iba levantando la exclamación trágica, y que ésta le seguía por una y otra banda, como siguen las nubes de polvo al torbellino de viento que las eleva.

No vi más al condenado; de lejos distinguí un punto amarillo que se perdía entre bayonetas y sobre la movible crestería de las muchedumbres. Contáronme aquella misma tarde que, en todo el camino, don Martín no dejó de *guasearse* de la Justicia, del verdugo, de los clérigos asistentes y de los respetables Hermanos de la Paz y Caridad. Todo este interesante personal se veía defraudado en el ejercicio de sus caritativas funciones; por los suelos estaba el programa patibulario, pues el reo faltaba descaradamente a sus obligaciones de tal, negándose a llorar, a besuquear la estampa y a dejar caer su cabeza sobre el pecho con desmayo que anticipaba la inacción de la muerte. Al sacerdote que le exhortó a recitar salmo y a besar la estampita le dijo:

—Ya rezo, señor. Quiero ver al pueblo y que él me vea a mí.

Y como de nuevo le incitara el clérigo a mirar la estampa, sus palabras fueron:

—Ahora estoy mirando la nieve de la sierra. ¡Qué hermoso espectáculo!

Al conductor del asno reprendió en esta forma:

—Torpe eres tú para criado mío, con mi genio... Creo que no vas a servir ni para ahorcar.

Y luego siguió así:

—¡Cuánto tiempo que no doy un paseo tan largo, y de balde! ¡Qué buena borrica es ésta!

Llegó al cadalso, subió con aplomo la escalera y, acercándose al banco, tocó y examinó los instrumentos de suplicio para ver si estaba todo en buen orden. Besó el crucifijo, sentóse para que el verdugo le atara y, mientras lo hacía, le encargó que no apretase mucho, que él prometía moverse lo menos posible en el momento de morir. Se le probó la argolla, y como notara que le lastimaba un poquito de un lado, hizo un mohín de disgusto. Pero no era cosa mayor la molestia. Expresado el deseo de hablar, permitiéronle pronunciar sólo algunas palabras, repitiendo que no tenía cómplices, y terminó con la fórmula:

—He dicho.

El verdugo volvió a colocarle la argolla, acomodó Merino su pescuezo... Sus últimas palabras fueron:

—¡Ea!, cuando usted quiera.

Cumplió el verdugo... En mi memoria reviven estos versos de la *Sátira* de Juvenal, que, toscamente traducidos, dicen:

> Pide un ánimo fuerte que no tema
> morir, y que la corta vida mire
> como precario don de la Natura.

9 de febrero.

Y voy con lo urbano y apacible, con lo que mi mujer llama comedia, y es la trama vulgar y descolorida de la existencia, mundo medianero entre la risa consoladora y el llanto dolorido, entre el sainete y el drama... Allá voy, allá voy. ¡Pues no se pondría poco enojada la Posteridad si me descuidara yo en informarla de que hoy, lunes, se han casado mis amiguitas Virginia y Valeria! Ya lo saben las presentes y futuras ge-

neraciones; sepan también que hubo gran gentío, y después de un copioso refresco en casa de Socobio y que los recién casados se fueron por la tarde a ocultar su vergüenza, una pareja a San Fernando, a orillas del manso Jarama, de regaladas truchas; la otra, a Canillejas, donde parece que el señor Rementería tiene un *cottage*, así lo dice él, muy para el caso. Sepan cuantos las presentes vieren y entendieren que las dos chicas lloraron a moco libre cuando, al término de la ceremonia, las abrazó su madre; que esta voluminosa dama sufrió, de la emoción, un repentino desmayo, y que yo fuí, por mi proximidad al sitio de la catástrofe, el desgraciado mortal a quien tocó la china de recogerla en sus brazos. Feo me vi para sostenerla, y con hábil maniobra, como quien no hace nada, pude arrojar toda aquella pesadumbre sobre mi vecino Rementería.

Sabrán asimismo que Rogelio Navascués, marido de Valeria, es un militar nada bonito, pero simpático y airoso. Creo que bastaría su hoja de servicios a darle crédito y fama de valor si ya no lo acreditara casándose. Es despierto, picado de viruelas, delgado y rígido. Del de Virginia, Ernesto Rementería, se hace lenguas la gente ponderando sus buenas cualidades y su finísima educación a la extranjera. Es gordito, sonrosado, de rostro pulido, limpio totalmente de bigotes y barbas, la melena lustrosa y ahuecadita sobre las orejas. Vestido con traje talar podría pasar por una mujer metida en carnes o por un lindo clérigo francés. Viste muy bien, y sus maneras no pueden ser más atildadas. Habla tres o cuatro idiomas, según dicen, que yo siempre le oigo expresarse en un castellano premioso, arrastrando las *erres* con sones de gargarismo. Educóse en el Mediodía de Francia. Su padre, antes de traerle a España, le ha dado una pasada por diferentes naciones cultas, teniéndole seis meses en Francfort, otro tanto en Londres y año y medio entre distintas poblaciones de Austria, Suiza y Holanda. Han procurado instruirle principalmente en el alto comercio y en la magna industria. Por su distinción, su gravedad y el aquel de tanto viajar con fin educativo, yo le llamo *El Joven Anacarsis*. El se ríe, enseñando unos dientes blancos como la leche, y poniéndose un tanto colorado.

En fin: yo les deseo a todos mucha felicidad, e invoco a la diosa tutelar del matrimonio, la honrada Juno de brazos de alabastro, y a la prolífica Cibeles, para que les conceda...

V

Sigüenza, 20 de abril.

Al reanudar con tanta distancia de espacio y tiempo estas vagas *Memorias*, mi primera plumada será para explicar por qué quedó interrumpida y suspensa la última hoja de lo que emborroné con fecha 9 de febrero. A punto que me acercaba a la terminación de aquel escrito, fuí sorprendido por una carta de Sigüenza, que, con los emolientes de costumbre, me notificaba la muerte de mi buena madre. Días antes habíamos recibido carta de ella poco firme de pulso; en los conceptos, vigorosa: sólo nos hablaba de sus inveterados alifafes sin importancia, y se mostraba gozosa, muy esperanzada de vernos pronto por allá. Como nada temía, la triste nueva fué para mí un escopetazo, y María Ignacia, que amaba a mi madre tanto como a la suya, se afectó en tal manera, que la tuvimos ocho días en cama. Con el vivo dolor mío y la dolencia de mi mujer, imagínense qué gusto tendría yo para redactar *Memorias*... El fallecimiento de mi adorada madre parece que desató sobre mi familia todos los infortunios, y desde aquel aciago día de febrero ya no hubo para nosotros tranquilidad. A poco de restablecida mi mujer, empezó nuestra niña a ponerse muy descaecida, y...

Aguárdense un poco: ahora caigo en la cuenta de que, por la quemazón de mis papeles del 51, no sabe la Posteridad que el Cielo me concedió una niña, la cual no nació tan robusta como su hermanito; que la pusimos por nombre Librada, como mi madre, y que desde los primeros meses de su existencia nos dió no poca guerra con el quita y pon de leches, pues atribuíamos el desmedro a las malditas amas. Ya la teníamos, al parecer, metidita en caja, cuando de improviso se nos echó de nuevo a perder, y luchando hemos estado, hasta que, al

fin, hartos de doctores y tratamientos, resolvimos venirnos con las dos criaturas a esta saludable tierra y a estos purísimos aires. Tanto a Ignacia como a mí nos probó muy bien el cambio de suelo, de ambiente y de paisanaje, sobre todo, pues en este sentido Madrid me iba pareciendo ya tierra clásica de majaderos. La niña también ha mejorado, y el primogénito está hecho una fiera de apetito y codicia vital. He llegado a creer que la sombra de mi madre, vagando entre nosotros, nos arregla la vida del modo más llevadero y fácil; misteriosa tutela de ultratumba, que uno cree y admite como se creen otras cosas sin someterlas al contraste de la razón. Doy en pensar que la santa señora nos trae, en forma de consuelos, proyecciones de la bienaventuranza con que Dios ha premiado sus virtudes... Y de *Memorias,* nada, porque aquí no hay vida pública; ningún acontecimiento sonoro rompe el plácido runrún de la existencia. Ecos llegan acá del rebullicio político que anda en Madrid por la reforma constitucional; pero como nada me importan que nos quiten la vigente Constitución para ponernos la que más guste a la reina Cristina, a los señores eclesiásticos y a los realistas disfrazados de liberales; como pienso que con libertad y con despotismo siempre seremos los invariables ciudadanos de Majaderópolis, dejo pasar la racha, y, venga lo que viniere, aquí me tienen como el impávido varón de Horacio, mirando las ruinas de ayer... y las fáciles construcciones de hoy, añadiré que son las ruinas de mañana.

Madrid, 13 de enero de 1853.

¡Vaya una lagunita!... Para saltar de la orilla en que dejé mis *Memorias* a esta ribera en que ahora las reanudo, tengo que dar un brinco tan grande, que es fácil me caiga en medio del agua o sea en el cenagoso abismo de mis calamidades. ¿Saben que se nos murió la niña a fines de septiembre del año pasado? ¿Saben que mi padre está si cae o no cae, pues desde la muerte de su esposa no ha levantado cabeza el pobre? ¿Saben que a nuestra hija dimos tierra en el mismo sepulcro de mi madre, para que juntas esperen la resurrección de los muertos? Ignacia y yo nos hemos consolado con la idea de que la Librada grande y la chiquita gozan abrazadas la dicha eterna... ¿Saben que cayó Bravo Murillo, y que se llevó la trampa todo aquel tinglado de la reforma constitucional; que María Cristina y los demás realistones que patrocinaban esta idea se echaron atrás asustados, dejando solo al extremeño don Juan, con sus economías para fuera y sus chorizos para dentro de casa? ¿Saben que ha venido, como quien viene de Belén, un Ministerio Roncali, con Federico Vahey, Alejandro Llorente y otros que no recuerdo? ¿Saben que me afecta tanto la emergencia de esta trinca de gobernantes como si vinieran a decirme que se han descubierto mosquitos en la luna? ¿Y saben, en fin, que he perdido en absoluto las ganas de continuar pergeñando estas deslavazadas *Memorias,* y que me cosquillea en la voluntad el prurito de quemar todo lo escrito desde febrero del año anterior, con lo que vendré a ser inquisidor de mí mismo? Pues saben todo lo que yo sé, y no necesito escribir más.

Madrid, noviembre de 1853.

A instancias de mi mujer, intento reanimar mi espíritu con el enredo de contarle cositas a la Posteridad; pero ello ha de serme difícil en grado sumo, pues ya parece que de mi mente se alejan esquivas las formas literarias, negándose a entrar en ella, como en venganza del largo desuso a que las he tenido condenadas. ¿Cómo empiezo? ¿Qué materia social o política cogeré del montón de la vida presente para probar en ella mis fuerzas mentales embotadas? Nada encuentro que me sirva; y sin materia rica en elementos psicológicos, ¿qué ha de hacer el pobre ingenio mío, que veo acortarse de hora en hora, como la piel de lija que sirvió a Balzac para su famoso simbolismo de la humana vida? ¿Hablaré de la muerte de mi padre? Esto, a mis lectores, poco interesa, y a mí, por dolerme tanto, me lastima traer asunto tan íntimo a estas páginas frívolas, amargas, que, sin quererlo, suelen salirme irónicas. Y lo malo es que, apartando la mente de mi desgracia para llevarla a la vida general, no encuentro más que muertes, muertes célebres, como pudiéramos llamar a las que

no circunscriben su duelo al término de una familia. Murió Mendizábal. Tres días ha le llevamos al cementerio, con gran multitud de pueblo y señores, tributo tardío y menguado a un hombre que estimo como de los más altos de nuestro siglo por las ideas grandes y la voluntad poderosa. Ultimamente, los políticos de tanda le hacían poco caso. Muerto, se ha visto su talla gigantesca, y hemos empezado a mirar y a medir su obra colosal, incompleta, porque aquí siempre ha de perderse en el tiempo el remate de las cosas; así lo dispone la envidia. Los envidiosos callaron al ver pasar su entierro; el pueblo, que, por ser tan poco envidiable, es quien menos envidia, le siguió con respeto y emoción, comprendiendo con seguro instinto todo el valor de la figura política que ya teníamos arrumbada, y que ahora revive, aunque sólo en nuestra memoria.

Murió también Jenara, la viuda de Navarro, mujer de larga historia propia y de grandísimo ingenio para contar la de los demás. Era la dama más guapetona y más salada que nos legó el ominoso reinado; su trato cautivaba; su sinceridad era la mayor de sus virtudes, con haber tenido muchas, aunque no todas las que manda el Decálogo. Desde el azaroso tiempo de José hasta las dos Regencias inclusive, precursoras de Isabel II, y aun un poquito más acá, no había fragmento anecdótico relacionado con la vida pública que no existiera en sus archivos, y éstos solía mostrarlos, cuando estaba de vena jovial, a sus buenos amigos. Deja una memoria dulce sin sombra de rencores. En su testamento ha repartido entre las amistades algunas joyas y objetos de valor. A María Ignacia le ha dejado una pulsera que le regaló doña Francisca de Braganza, y a mí, dos cartas de Chateaubriand en que habla del Congreso de Verona, de Alejandro de Rusia y particularmente de sí mismo. R. I. P.

El que no se ha muerto es Rementería, ni trazas tiene de óbito cercano; al contrario, disfruta de una salud aterradora, que, según dice, debe a las abluciones con agua fría... Este azote de la Humanidad no ha concluído de contarnos todo lo que vió en la Exposición de Londres, y siempre acaba diciendo: «Estamos muy atrasados», o «Vivimos en un grande atraso.» Pasa por hombre de posibles, y así lo manifiesta su casa, que es también la de sus hijos. Ernesto y Virginia. Sus alfombras, sus cortinajes, su comedor *vieux chène*, sus dos salones con tapices, imitación de Gobelinos el uno, el otro de severo estilo inglés, son la admiración de Madrid... Y, además de hombre adinerado, es muy entendido en negocios. España le debe, si no la implantación, el perfeccionamiento de las sociedades de seguros sobre la vida, pues la Sociedad suya, la que fundó y dirige, nombrada La Previsión, ha empezado sus operaciones con un éxito loco, según dicen. No pocas empresas de esta clase se han fundado en España de algunos años acá, y parece que todos prosperan... Los milagros de la asociación y del mutuo auxilio, en Inglaterra y en Francia, por diversas plumas han sido explicados aquí en periódicos y boletines. ¡Si llegásemos algún día, con la ayuda de Dios y el concurso de estos entendidos negociantes, a la categoría y significación de pueblo rico y civilizado!... Guizot dijo a los franceses: «¡Enriqueceos!», y nuestros aseguradores de la vida contra la pobreza, de la propiedad urbana contra incendios y de las naves contra los riesgos de la mar, dicen a los españoles: «Asociaos; traedme vuestras economías, y os haré poderosos.» Los españoles, borregos *a nativitate*, llevan, sí, sus economías... «¡La previsión, el ahorro, el mutuo auxilio!... ¡Ah! Estamos muy atrasados.»

A instancias de mi mujer, leo los párrafos antecedentes, y ella me dice:

—Parece que tomas a broma la Sociedad de don Mariano José..., y en eso no eres justo, Pepe. Rementería tiene mucho talento, ha visto medio mundo, aprendió en el extranjero estas cosas de juntar los ahorros de todos para hacerlos crecer y... Pero ¿qué gestos haces?

—Estamos muy atrasados...

—No te rías ni tomes esto a broma. Aquí tengo el prospecto.

—Lo sé de memoria. Trae primero la retahila del Consejo de Vigilancia, en el cual han metido a tu padre; después dice: *Director, don Mariano José*, etcétera, *caballero de la Legión de Honor*...

—Y por ser de la Legión de Honor, ¿crees que le llevarán más pronto el dinero?

—Naturalmente. Ya sabe el pie de

que cojea todo español que tenga cuartos. El español con ahorros camina ciegamente hacia un hombre muy estirado, que se los pide mostrando un cintajo en el ojal de la levita.

—¡Qué exagerado eres, y qué disparates dices! Explícame esto de las imposiciones y del tres por ciento. Dime cómo se aumenta el capital o fondo; qué significa esto de la *amalgamación* de intereses, y cómo y por qué se enriquece el asegurado que conserva la vida...

Di a mi mujer explicación clara de las bases y mecanismo de la Sociedad, que son excelentes, y añadí:

—La idea es en sí fecundísima: desconfío de las personas que la ejecutan.

Tronó María Ignacia contra mi pesimismo, y apuntando el propósito de asegurar a nuestro hijo, me leyó este incitativo párrafo del prospecto: «La combinación de imposición de fondos en títulos del 3 por 100 y de la herencia mutua entre los asegurados produce resultados sorprendentes, en términos que una imposición de 1.000 reales anuales, que un padre hace en cabeza de un niño recién nacido, promete a este hijo un capital de 470.000 reales si alcanza su vida la edad de veinticinco años.»

—¡Parece milagro! Aseguraremos al pequeño, si quieres. Somos ricos. Si en esta lotería no nos cae premio, poco perderemos... ¡Adelante las Sociedades de Seguros! Con desconfianza de sus manipuladores, yo las admito y enaltezco. El principio económico en que se fundan no puede ser mejor. La base del negocio es la muerte, infalible cosecha, y lo que en otros países ha dado buenas ganancias, aquí debe darlas triples, porque los españoles, en su gran mayoría, se mueren antes de tiempo, por la falta de higiene, por las guerras civiles, por la miseria. Yo te concedo que las tales Sociedades son buenas y que debemos alentarlas hasta ver en qué paran; pero no me mandes incluir estas vulgaridades en mis *Memorias*, que, o no serán nada, o deben transmitir desde mis días a los venideros los graves hechos políticos y militares...

—Ven acá, tonto de capirote—replicó mi mujer, poniendo en sus ojuelos claros toda la agudeza de su espíritu—: ¿quién te dice que esto no es un tema social, un tema político, el más político de cuantos pueden existir..., histórico además, por ser cosa que va de un día para otro y de un año para otro año?... Ciego estás si no ves lo interesante que ha de ser este capítulo de las Sociedades para los que te lean dentro de medio siglo. Piénsalo, Pepe, y hazme el favor, te lo suplico, de no romper lo que has escrito de don Mariano José y de la flamante *Previsión*, que es una mina, créelo, el grande hallazgo de todos los españoles que se tomen tiempo para morirse. Piénsalo, Pepe, y no rompas...

No rompí, pensé...

VI

Diciembre de 1853.

He comprendido que mi mujer, en quien cada día reconozco más claras dotes de profetisa y adivinadora, me señala la verdadera fuente de la histórica filosofía, y su talento admirable arroja mayor brillo cuando me dice:

—En los actos más insignificantes encontrarás el filón de pensamientos que buscas.

A los pocos días de la conversación relatada en mi anterior confidencia, salimos de compras. Algo necesitábamos para nuestra casa; pero íbamos acompañando a Valeria, que aún no había completado el ajuar de la suya, y nos llevaba de asesores inteligentes. En muebles importados de Francia vimos maravillas. De algún tiempo acá se han establecido en Madrid no pocos marchantes que nos traen las formas gallardas y cómodas de la ebanistería y tapicería francesas. ¡Qué sillones y qué sofás de blando asiento! Los huesos duros del español de raza, hechos a toda incomodidad y dureza, caen en ellos embelesados y no saben levantarse. Todavía tenemos espíritus ascéticos que se escandalizan de esta blandura y la llaman ¡sibaritismo!... Pues en muebles de puro adorno hay preciosidades que quitan el sentido a las señoras de buen gusto y de aficiones suntuarias. Los veladores *maqueados*, las sillas del mismo estilo hacen el agosto de estos buenos mercaderes, en quienes advierto, con grande asombro, que se han asimilado la relamida finura francesa para enseñar el artículo, regatearlo, venderlo y

cobrar su importe, si es que lo cobran. En juegos de habitaciones completas, comedores de nogal tallado, alcobas de palo santo, salas y gabinetes, vi gran variedad, a precios razonables, al alcance de los que tienen poco dinero y aun de los que no tienen ninguno...

Pues mayor fué mi sorpresa cuando me llevaron (Valeria era la que guiaba) al 17 de la calle Mayor, *La Exposición Extranjera*, suntuoso almacén de objetos de laca, de bronces para regalos y de mil bagatelas elegantes, graciosas, útiles, obra del inagotable ingenio parisiense. No me había yo enterado de que nos traen acá toda esta superfluidad bonita, y menos de que se vende como pan, echando por tierra la leyenda de las austeras costumbres españolas. Vi gente innumerable que compraba, o al menos que veía y regateaba. Aquel género de pura distinción y lujo también se va poniendo al alcance de los que no tienen sobre qué caerse muertos. Compran los ricos, los que disfrutan un modesto pasar, y los empleados de catorce mil reales que dan reuniones en su casa, y se prometen mayor ostentación cuando logren el ascenso a dieciséis mil... ¡El mundo está perdido! Algunos cuartos dejamos en *La Exposición Extranjera*, y no volvimos a casa sin echar un vistazo a otros establecimientos: género blanco y mantelería, encajes, *plata Ruolz*, etcétera... Cuando María Ignacia y yo comentábamos a solas nuestra correría por las tiendas de tan grande novedad, me dijo ella:

—¿Tú qué te creías, que Madrid no progresa? Pues déjate que pongan los ferrocarriles; verás cómo se cuelan aquí todos los adelantos.

Y yo:

—Ya veo, ya: nuestro pueblo se asimila los progresos del lujo y de la comodidad más pronto de lo que yo pensaba. Tenías razón en decirme que estas cosas insignificantes y comunes merecen que se les indague el busilis. Escribiendo yo de ellas escribo Historia *sans m'en douter*.

Y ella:

—Yo no sé si escribes Historia o no: sólo sé que esto es comedia y de las entretenidas, es sátira, es pintura de costumbres.

—Relaciono estos hechos—dije—con la epidemia reinante, que llaman *pasión de riquezas, fiebre de lujo y comodidades*. Así nos lo cuentan y así lo vemos con nuestros propios ojos. Un día y otro nos hablan de los *escandalosos* agios, de los negocios y contratos con que el Gobierno premia a los que le ayudan. Ya viene de atrás este toletole; pero don Juan Bravo Murillo fué quien más abrió la mano en las concesiones de vías férreas, de explotación de minas, de obras para nuevos caminos y para puertos y canales. Esto es muy bueno, esto es vivir a la moderna, esto es progresar. No hemos de ser un eterno Marruecos petrificado en la barbarie y en la pobreza... Aunque sigo aborreciendo a nuestro amigo Rementería, por hablador insufrible, pienso que este hombre enfadoso y cargante es un Mesías que viene a traernos vida nueva. Poco vale el Mesías; pero, sin duda, no merecemos otro. Ahora falta ver qué regeneración nos trae y cómo la recibimos.

Y ella:

—No hay duda de que los españoles quieren entrar por el camino de la ilustración, madre del bienestar.

Y yo:

—Pero no empiezan por el principio, que es instruirse y civilizarse para después gozar. Dicen: «Gocemos, y luego nos civilizaremos.» Ven todo ese material bonito y elegante que los extranjeros han inventado para su goce, para su descanso y recreo, y tomando el fin por el principio, piden que vengan acá esas maravillas, las compran, las usan, quieren gozar de ellas, creyendo que con adquirirlas y poseerlas son tan civilizados como los que las inventaron y luego las hicieron. Signo de cultura son las ricas alfombras, las tapicerías, los sillones de muelles en que se hunde el cuerpo perezoso. Pues tráiganmelo, dicen: decoraré con ello mi casa, me daré tono de hombre culto y ya se verá luego de dónde saco los dineros para pagarlo. No ha de faltar un buen negocio, un repentino hallazgo de veta minera, un cambio político, un premio de lotería, una herencia de tíos de América.

Enero de 1854.

Mi simpatía por Sartorius, motivada quizá de su cumplida urbanidad y de las atenciones que de él merecí en otra

época, no se amengua con el zarandeo en que le traen los innumerables cesantes de alta categoría, moderados inclusive; los que ministraron el pasado año con Roncali y con Lersundi, y toda la caterva progresista y democrática. Ni entiendo este remoquete de *polacos* y *polaquería* con que se designa toda corruptela, los verdaderos o imaginarios chanchullos de que nos habla la vocinglera opinión. Ello es que desde que entró San Luis a dirigir el cotarro, en septiembre del año anterior, se ha desatado un viento de huracán que conmueve el cimiento del poder público. Las polvaredas que a todos nos ciegan no nos dejan ver la mentira ni la verdad.

A la nariz me llegan olores de revolución, sin que sepa precisar de dónde salen; pero ya puedo presumirlo, porque les acompaña tufo de cuarteles. Se nota en el vecindario madrileño esa especial alegría del pueblo español cuando hierve dentro de él el caldo de las conspiraciones, algo como preparativos de bodorrio plebeyo. Hasta me parece que noto en las personas de afición filarmónica el prurito de componer himnos, y en las de armas tomar, ojeadas estratégicas para el emplazamiento de barricadas. Comparten con Sartorius el vilipendio de la impopularidad el ministro de Hacienda, don Jacinto Félix Domenech, ayer progresista, hoy *polaco*, y don Agustín Esteban Collantes, contra el cual los maliciosos no fulminan ningún cargo concreto: que fué redactor de *La Postdata*, secretario del Gobierno Civil de Madrid, director de Correos, ministro después, motivos suficientes para que le aborrezcan los que no han sabido ser nada. Me enfadan estos aspavientos de la ineptitud, que se disfraza de catonismo para que la oigamos. A los hombres que con vigorosa voluntad han sabido encumbrarse, les tengo siempre por mejores, en todo sentido, que los entecos que sólo saben tirar de los pies al prójimo que sube. Hablo de Collantes con más extensión que de Domenech, porque a éste apenas le conozco, y aquél es amigo mío. Pienso que ambos están llamados a grandes amarguras, y por anticipado les compadezco...

Mi mujer, firme en la idea de que un constante y metódico empleo de mis facultades anímicas ha de ser muy provechosa para mi salud, me recomienda que ponga mi atención en la política, ahora que está cual nunca interesante, *preñada*, como dice algún órgano de la prensa, de *formidables acontecimientos*. Anhelo yo que esos acontecimientos vengan, y que me traigan aspectos y emociones dramáticas, con algún perfil cómico que dé humana realidad a mis historias. Anhelo también que, si los sucesos políticos toman vuelo y se hinchan con trágica grandeza revolucionaria, salga del seno agitado de los tiempos algún privado suceso de los que se miden y confunden con los públicos, formando una conglomeración sintética. Revolución quiero y necesito: revolución en los cerebros y en los corazones, revolución arriba y abajo, dentro y fuera...

17 de enero.

¡Vaya, que esto parece brujería! Cuando con tanta fe y devoción pedía yo al Destino, a las musas o al demonio coronado una revolucioncita privada o pública para mi solaz y entretenimiento (con tal que no venga por mi casa), ¿quién me había de decir que tan pronto sería complacido por las ocultas divinidades celestiales o demoníacas que me protegen? Todo suceso, sin excluir los políticos de mayor monta, palidece ante el que me ha traído una carta que esta mañana recibí, sin que me haya sido posible averiguar qué mano la entregó a mi portero con encargo de que la subiese pronto, pronto... ¡Vaya unas prisas!... Lo primero que hice al desdoblar el papel fué buscar la firma, y con estupor leí: «Virginia»... Pues veamos lo que Virginia cuenta. Corrigiendo su criminal ortografía para que la Posteridad no vitupere a esa criatura más de lo que merece, copio lo que ya he leído cien veces, sin que tantas lecturas me curen de mi asombro.

«Querido Pepe: A ti, que eres tan bueno y sabes apreciar las cosas como son, te digo lo que te digo, a ti solo, antes que a nadie... Y te lo digo sin remilgos, de escopetazo, como deben decir las personas valientes lo que hacen con firme voluntad. Te asustarás, Pepe; pero ya se te irá pasando el susto.

»Sabrás, querido Pepe, que me he escapado de mi casa con el hombre que amo, con el que es primero y único

amor mío. Dios sabe que nunca amé a otro y que mi corazón estuvo muerto hasta que conocí al que ha de ser mi pasión y mi felicidad ahora y siempre. Con él me lanzo por el camino de la vida. De mi casa he salido tranquila y animosa, sin llevarme más que alguna ropa y las alhajitas que tuve de soltera.

»Querido Pepe: No te digo el nombre de él, porque no quiero que nos descubran ni nos persigan. Te diré que es joven, que es bueno y que me ama con delirio, como yo a él.

»No siento dejar mi casa, que me era odiosa: en ella se queda Ernesto, de quien te diré que el mismo día de la boda, y al siguiente, ya vi bien claro que no le quería, ni podría quererle nunca. Ernesto no es un marido, ni sabe más que hacer cuentas. No te escribo para que vayas a consolarle. ¡Como que se habrá quedado tan fresco! El y el ladronazo de su padre, y su casa y toda la sociedad me importan a mí un rábano.

»Te escribo porque mis padres y mi hermana sí que me importan, y pensando en el sentimiento que tendrán por mi fuga se me amarga el júbilo de mi estado libre. De tu buena condición y de tu amistad espero el favor de que vayas a ver a mis padres y a Valeria y les digas que, aunque me escapé rompiendo por todo, siempre les quiero y soy su invariable hija y hermana...

»Querido Pepe: les dirás también que estoy buena, aunque con la zozobra natural de saber lo que ellos padecen..., y que no me arrepiento de haber tomado el portante, porque soy feliz, y me importa un rábano la opinión pública... A ellos les deseo conformidad, y les pido que me perdonen el mal rato que les he dado, y que se vayan haciendo, porque ya digo..., me importa menos que un rábano por lo que toca a la sociedad y a los conocimientos de casa... Les dices también, como cosa tuya, que no me busquen ni den parte, ni nada, porque ni hecha pedacitos así vuelvo yo con ese marmolillo de Ernesto..., y tú, ya sabes, Pepe querido, que no has de hacer por averiguar dónde estamos... No lo sabrás aunque te vuelvas mico... Si te portas como caballero, yo te escribiré alguna vez que otra, para que por ti entiendan mis padres que estoy buena y que les quiere mucho su hija. Adiós, buen amigo. *Este* te saluda y te manda expresiones. Tú se las das mías a María Ignacia, y a tu niño dos besitos, uno de cada uno de nosotros dos... Pepe, mira bien lo que te encargo: que no nos busquen, que no den parte... Si así lo haces, tendrás la confianza de tu leal amiga

Virginia.»

No puedo yo contar las cruces que después de leída la carta trazó María Ignacia sobre su rostro y pecho, ni las exclamaciones de pena y asombro, que fueron su primer comentario a suceso tan inaudito. Al fin, hizo estas observaciones rápidas:

—Ya dije yo que esa chiquilla no era tan buena como parecía. Recordarás que era de las dos la más modosita, y, para mayor absurdo, la menos romántica. Pero yo he creído ver en ella, antes y después de casada, relámpagos de locura. Mira por dónde sale ahora. ¡Dios mío, qué desgracia, qué vergüenza! Pero ¿cuándo ha sido la fuga? ¿Ayer noche? No lo dice... Y el hombracho, ¿quién es, Pepe? ¿Será de estos mequetrefes sentimentales que engañan a las tontas cantándoles el *Suspiros hay, mujer que ahoga el alma en flor,* o será algún cotorrón maduro de estos que...? En fin: tú sospecharás, tú tendrás algún indicio.

Respondíle que nada sé ni sospecho, y que en vez de dar vanamente al viento nuestras lamentaciones y conjeturas, debíamos acudir a las dos familias heridas por aquel escándalo para ofrecerles el consuelo de nuestra amistad, como es costumbre, así en los duelos de muerte como en los de honra. Con perfecta unanimidad de pensamiento tomamos la resolución de proceder en sentido contrario a los deseos de la bribonzuela de Virginia, dando conocimiento de la carta a los padres y ayudando a la busca, captura y castigo de los fugitivos. Media hora después de tomado este acuerdo, entrábamos mi mujer y yo en la casa que podríamos llamar mortuoria, y que encontramos toda revuelta. A don Serafín le habían sangrado, y doña Encarnación estaba en cama con furibundos ataques nerviosos. Eufrasia y Cristeta, que atendían a todo y recibían las visitas de duelo, nos informaron de la tribulación de los desdichados padres, y

como yo pidiese noticias del estado de ánimo de los Rementerías, contestóme Eufrasia:

—Pues esta mañana estuvo aquí don Mariano José a ver si sabíamos algo, y al responderle yo que seguimos a oscuras, me dijo: «Lo más lamentable es que en España no tengamos divorcio. ¡Estamos muy atrasados!»

De acuerdo con María Ignacia, determiné practicar por mi cuenta y riesgo las primeras diligencias para dar con la prófuga, y me fuí derechito a Gobernación.

VII

13 de enero de 1854.

Mal día para negocios que no fueran de política. En la Puerta del Sol me encontré a dos amigos que salían del Ministerio: eran Antonio Cánovas del Castillo y Angel Fernández de los Ríos. Al primero le conocí el año pasado en casa de su tío, don Serafín Estébanez Calderón. Es malagueño, cecea un poco; su talento, duro y poco flexible, me cautiva precisamente por eso, por la dureza y rigidez. Ya está uno harto de los ingenios chispeantes, volubles, imaginativos, que fascinan y no van ni nos llevan a ninguna parte. Este no dice más que la mitad de lo que piensa, y hará, creo yo, el doble de lo que dice. Así me gustan a mí los hombres. A Fernández de los Ríos le trato desde que fundó *Las Novedades*, en diciembre del 50. Quiso que yo escribiera en su periódico; pero mi pereza y el deseo de conservar la libertad de mi juicio pudieron más que mis ganas de complacerle. Es buen periodista y gran plasmante de periódicos. Su idea dominante es la unión de España y Portugal... ¿Cuándo madurarán esas uvas?

Ambos amigos me dijeron que no intentara ver a Sartorius, porque a nadie quería recibir; estaba con las manos en alto, sosteniendo la nube que se le viene encima, y lo mismo pesa sobre el Gobierno que sobre las instituciones. Un rato fuí con ellos hacia la Carrera de San Jerónimo, donde se nos separó Cánovas para entrar en la librería de Monier, y se nos junto Nicolás Rivero, que de ésta salía. Andando, nuestro grupo llegó a tener ocho personas, entre las que recuerdo a Romero Ortiz y al poeta Gabriel Tassara. No necesito decir que todos hablaban horrores del Gobierno, de su arrogancia frente a la opinión y de lo arisca y deslenguada que ésta se va poniendo. En las conversaciones particulares y en los papeles clandestinos se prodigan a la situación *polaca* los siguientes piropos: *tahures políticos, cuadrilla de rateros, turba de lacayos y rufianes*. La tormenta empezó a levantarse a la subida de San Luis, y sus primeros rayos cayeron en diciembre sobre el Senado, con motivo de los debates y votación famosa del Proyecto de Ferrocarriles. Derrotado Sartorius, limpió el comedero a todos los senadores que habían votado en contra, de lo que provino un mayor estallido de la tempestad, con los truenos y el furioso granizar de la Prensa desmandada. Acudió el Gobierno a poner a cada periódico su correspondiente mordaza. Chillaron los periodistas por la boca de una protesta colectiva. Fué también ahogada la protesta, y de aquí vino una manifestación general, enérgicamente escrita, firmada por hombres de diversos colores y opuestos cotarros, comprendidas figuras tan grandes como Quintana y el duque de Rivas; otras de lucida talla, como González Bravo, Pastor Díaz y Olózaga, y toda la gente joven de más valía: Cánovas, Florentino Sanz, Vega Armijo, Ayala. En este punto de la tempestad estamos ahora. En tanto que descargan nuevos rayos y se ennegrecen las pavorosas nubes, los periódicos amordazados se vengan del Gobierno y de la Casa Real callándose todo lo que habían de decir del parto de su majestad. El 5 nació una princesita, y el mismo 5 se volvió al Cielo, dicen que para no ver las cosas tremebundas que aquí ocurrirán pronto. Sé que en Palacio ha sentado muy mal el torvo silencio de la prensa: esperaban oír los ampulosos ditirambos que en loor de la Institución se prodigan a cada triquitraque. Pero esta vez falló la costumbre: los periodistas se han callado como cartujos; no han escrito una palabra de *regio vástago*, ni de nada de eso... Lo que ellos dicen: «O estas trompetas suenan para todo o no suenan para nada.» Por ahí duele.

Proponiéndome yo que no pasase el

día sin iniciar por lo menos mis diligencias en busca de la dislocada Virginia, abandoné a mis amigos y me fuí al Gobierno Civil, que desempeñaba otra vez el buen Zaragoza; mas tampoco pude verle. ¡Desgracia como ella! Fué uno de esos días aciagos en que no hay puerta ni mampara que no se cierre adustamente sobre nuestras narices. Traté de ver a Chico en el Gobierno Civil; luego estuve dos veces en su casa, y todo inútil. Evidentemente, el Cielo protegía con manifiesta parcialidad a los amantes prófugos. Ya me retiraba, reconociéndome con muy mala mano para la cacería de criminales de amor, cuando me deparó el Cielo a don José María Mora, director de *El Heraldo,* hombre muy amable y de extraordinaria corpulencia. Recordando al punto la gran amistad de aquel cetáceo con los Rementerías, le paré en medio de la calle; hablamos... Poco más que yo sabía del suceso; pero algo me dijo que era la primera luz que debía esclarecernos el camino de la verdad. Sus palabras, entre resoplidos, fueron:

—¿Pero ha visto usted qué trasto de niña? ¡Qué borrón para las dos familias! Y ello no tiene remedio. ¡Si aquí hubiera divorcio, como dice don Mariano José...! Pero quia, no hay lañadura para ese puchero roto. Estamos muy atrasados... Pormenores no sé, mi amigo. Naturalmente, no he querido preguntar... Me ha dicho el secretario de *La Previsión* que Ernesto se ha ido a Canillejas... Parece que tiene obra en la casa. Quiere aumentar la altura de todas las puertas y entradas del edificio, ja, ja... Y del gavilán que se ha llevado a la paloma nada sé... Oí que es pintor.

Nada más pude sacarle, porque el buen señor, que temía exponer al frío su gordura sudorosa en tarde tan fría, dió por terminado el plantón y se despidió, apretándome mis dos manos con una sola suya... «¿Conque pintor?—pensaba yo, encaminándome a la casa de Socobio para recoger a mi costilla—. Algo he descubierto; no dirá *ésa* que he perdido el día.» Visitas fastidiosas que iban sin duda a guluzmear, metiendo el hocico en el dolor de los padres de Virginia, me impidieron comunicar a Ignacia mi precioso descubrimiento. Llegó a la puerta nuestro coche, nos avisaron, partimos, y al bajar la escalera desembuché lo poco que sabía. En el trayecto de la calle de las Infantas a nuestra casa, Ignacia no hizo más que burlarse de mí con desenfado y gracejo:

—Yo creí que esta tarde nos traerías a los dos fugitivos, cada uno por una oreja. ¿Y Sartorius, Zaragoza y Chico, no te han dado más que esa luz: que el galán es pintor? ¿Y lo sabes por el gordo Mora?... ¡Pintor! Pues eso yo también lo supe a poco de salir tú para el Ministerio. Me lo dijo Ceferina, una de las criadas de la prófuga.

En casa, tratando del mismo asunto, mi mujer, con poca seriedad a mi parecer, me dijo:

—Averigua tú ahora qué es lo que pinta ese bandido, y quizá por el género de pintura saquemos el nombre.

—No creo que sea difícil saber el nombre por el género, y el género por referencias que yo pediré a Federico Madrazo, a Carlos Rivera o a Jenaro Villaamil...

—Pues no tardes, que ello corre prisa.

—¿Y no te dijo Ceferina si es pintor notable?

—Notabilísimo.

—Pues los chicos que en Madrid descuellan en la pintura se pueden contar. Verás qué pronto doy con ese pillo.

—¿A ti qué te parece? ¿Será pintor de historia, pintor de paisaje, de asuntos religiosos o de mitología?

—Me parece a mí—dije viendo asomos de chacota en la sonrisa de mi mujer—que es pintor de historia y que la pinta al fresco.

—Sí, sí—exclamó ella, rompiendo a reír—, y voy a satisfacer tu curiosidad diciéndote el género...: es pintor... ¡de puertas!

—¡De puertas! ¡Mujer, tú te chanceas!

—No... Pero no vayas a creer que pinta sólo puertas; pinta también ventanas... En fin, Pepe: hablando seriamente: sabemos el oficio; el nombre, no. Oye otro dato muy importante: es un chico guapísimo.

—¿Joven?

—No representa más de los veinte años. Decía la Ceferina..., y puso los ojos en blanco diciéndolo..., que nunca creyó que pudiera existir un mozo tan guapo. Por la descripción que hace del tal, debe de ser un perfecto modelo de la hermosura de hombre.

—Bueno: ¿y cómo entró en la casa?

¿Le llamaron para que diera una mano de pintura al armario de la cocina?...

—No: fué llamado para componer una cerradura, porque su verdadero oficio es mecánico.

—No compondría una cerradura sola.

—Fueron dos, tres o más. Eran cerraduras que no querían dejarse abrir. Parece que lo arregló tan a gusto de Ernestito, que éste le dió el encargo de nuevas composturas. En la casa había molinillos de café y aparatos de asador con mecanismo, que no funcionaban. Pues él lo dejó todo que no había más que pedir, muy a satisfacción de Ernestito y de la señora. Luego le dijeron que buscase un pintor; querían dar una mano de blanco a la galería grande. A esto replicó que no había por qué llamar pintor, pues él era amañado para todo, y también pintaba.

—Eso es verdad. Bien probada está su maña para todo. Bueno; y en eso empleó algunos días...

—Más de cuatro y más de seis. Observó Ceferina que la señora iba a verle pintar y con él pasaba ratos largos de parloteo. Cuando las criadas llegaban allí se callaban como muertos o sólo hablaba la señora para decir: «Maestro, tiene usted que dar otra mano.» En los últimos días, la señora le llevó a las habitaciones interiores para que le barnizara un entredós. No llegó a barnizarlo, y todo se quedó en la preparación, raspando y afinando el mueble con lija...

—¿Y no sabe más Ceferina?

—No sabe más. La fuga fué el lunes por la noche. Salió sola, con un lío de ropa, y dijo a Manuela, la criada vieja, que no volvería más. La hermana de la portera la vió por la calle del Baño andando presurosa con el pintor, cerrajero y alijador... Atravesaron la calle del Prado y se perdieron de vista en la de León...

—Pues hay una pista segura. Cuando se necesitó en la casa un oficial mecánico para componer las cerraduras, ¿a quién se dió el encargo de buscarlo?

—A un albañil que fué al arreglo de las chimeneas. Este albañil se ha ido a la Mancha. No hay rastro de él.

—El caso es raro, extrañísimo por las circunstancias de tiempo y lugar; pero no nos asombremos de él como de un fenómeno estupendo, no visto jamás bajo el sol.

—Vamos, Pepe: ¿eres capaz de disculpar la frescura y la indecencia de esa mujer? Yo concedo a las flaquezas humanas todo lo que se quiera; comprendo las pasiones repentinas, la ceguera de un momento, de un día; ¡pero fugarse así..., condenarse a la deshonra para toda la vida, a la miseria!... No creas: yo tengo en cuenta todo, y entre otras circunstancias, lo guapísimo que es el muchacho. Pero figurándomelo como un perfecto Adonis, todavía no entiendo la pasión de Virginia. ¡Vaya, que enamoricarse de un bigardo semejante, que quizá no sepa leer ni escribir..., apestando a aceite de linaza y todo manchado de pintura..., con aquellas manazas!... ¿Pero no piensas tú lo mismo?

—Querida mujer, me permitirás que reserve mi opinión mientras no conozca el caso por el anverso y el reverso, por la cara que da a la sociedad y a las leyes, y por la otra cara, generalmente poco visible, que da a la Naturaleza y al reino de las almas.

13 de enero.

Concertado tenía yo mi plan de campaña con el gobernador don José Zaragoza; pero este digno funcionario presentó inopinadamente su dimisión por escrúpulos políticos muy respetables; como no conozco al nuevo Pilatos, don Javier de Quinto, me entiendo con Chico, jefe de la Policía. Presumo que este inmenso gato, buen conocedor de todos los agujeros donde se ocultan ratones y ratoncillos señalados por la ley, sabrá coger las vueltas a los ladrones de mujeres solteras o casadas. Hace tres días le vi en el Gobierno Civil: concertamos una entrevista en su casa; en ella estuve ayer y hablamos lo que voy a referir.

—Cuénteme, don Pepito, lo que le pasa —me dijo empleando las formas confianzudas a que cree tener derecho por sus años, por su autoridad policíaca, y aun por el miedo que inspira—, y yo veré en qué puedo servirle.

Expuesto el caso, resultó que ya tenía conocimiento de la *evasión* por referencias de don Pedro Egaña, íntimo amigo de los Socobios, y que había mandado buscar ese rastro, sin resultado alguno.

—Lo que contesté al don Pedro se lo repito a usted, señor don Pepito, a saber:

que la política nos ocupa hoy todo el personal, y aún no basta, por lo que nos es muy difícil atender a los negocios de familia.

—Ya, ya comprendo—le dije—que con el cisco que se está armando no tiene usted ojos ni manos bastantes para perseguir y cazar conspiradores...

—Mi opinión es ésta: o suprimir la Policía, dejando que haga cada *quisque* lo que le salga de los riñones, o aumentarla hasta que tengamos tantos agentes como españoles existen. Esto está perdido. Desde que cogió San Luis las riendas, se ha desatado el infierno: aquí conspiran progresistas y moderados, paisanos y militares, las señoras *del gran mundo* y los cesantes de todos los ramos, que se cuentan por miles; conspiran los aguadores, los serenos y hasta las amas de cría. Yo digo a los señores: «A las cabezas, a las cabezas...»

—Y a las cabezas apuntan. Ya van saliendo deportados casi todos los generales...

—Que es avivar la hoguera, en vez de apagarla. Créame usted a mí, don Pepito, que he visto mucho, y soy, aunque me esté mal el decirlo, *el testigo presencial* de la Historia de España, de la Historia que no se escribe ni se lee... Pues verá usted: las deportaciones no sirven más que para poner en fiebre de revolución toda la sangre de la Península.

—En fin, parece que han salido ya las Conchas, uno para Canarias y otro para Baleares. Infante y Armero también están de viaje. ¿Y O'Donnell, adónde va?

—Debió salir para Tenerife; pero no hemos podido echarle la vista encima. Se ha escondido y locos andamos buscándole. Ese irlandés es muy largo..., tan largo de cuerpo como de vista. Echele usted galgos.

—Para esa cacería y otras, don Francisco, le sobran a usted agudeza y olfato. Y espero que podrá dedicar parte de su atención a este asuntillo que le recomiendo. Fíjese en que es un caso grave de violación de la fe conyugal, en que esos loquinarios atentan a lo más sagrado: la familia, el santo matrimonio...

—¡Ay mi don Pepito de mi alma! —exclamó moviendo la cabeza y golpeando los brazos del sillón—. ¡Dónde está ya en España la moral, la familia y todo ese tinglado! Mire para el cielo a ver si lo divisa por allá, que lo que es aquí, tiempo hace que volaron las virtudes. Llevo cuarenta años en esta faena, y cada día veo menos virtudes. A veces me digo: «Será que esas señoras no andan por los caminos míos...» ¡Pero si yo vengo y voy por todos los caminos, hasta por las iglesias! Y de palacios no digamos... En fin, que más vale no hablar.

Decía esto el fiero polizonte desfigurando por un instante su rostro seco y amarillo con una sonrisa que adelgazó más sus delgados labios. Sentado estaba frente a mí en un dorado sillón, estilo Luis XV...; mirábale yo con examen casi impertinente; en él veía una figura del pasado siglo, rígida, severa y no falta de elegancia. La chafadura que tiene en la nariz, efecto de la pedrada con que le obsequiaron en su juventud, le da la expresión de mal genio y de carácter torcido, atravesado. Pues luego que echó de su boca los amargos conceptos acerca de la dudosa moral de nuestros días, varió de tono para decirme:

—En ese asunto de la señora escapada con un silbante se hará lo que se pueda. Considere que si tuviera yo un millón de agentes no me bastarían para perseguir los papeles clandestinos, y descubrir quién los escribe, quién los imprime y los reparte. Son una peste las tales hojas secretas. En los años que llevo en este oficio, no he visto desvergüenza mayor... Y como usted sabe, ya no van las injurias sólo contra el Gabinete: van contra la misma reina, de la que dicen horrores... ¿Cómo demonios se arreglan para que los papeles lleguen a todas las manos, para que su majestad misma se los encuentre en su tocador? Yo no lo sé... Digo, sí lo sé. Es que en Palacio hay manos traidoras, blancas o sucias, que de todo había..., y el Gobierno no tiene poder para cortarlas o siquiera echarles un cordel... Allí dentro no puede nada Francisco Chico... Yo se lo digo a Sartorius: «Señor don Luis, mire que en Palacio hay mar de fondo y peces muy malos...» El suspira... Tampoco puede nada.

Dijo esto poniéndose en pie, forma cortés de señalar el término a la visita. Me despidió con esta útil advertencia, que no he de echar en saco roto:

—Y ya sabe, don Pepito: en cuanto adquiera usted alguna noticia por refe-

rencia, por soplo, por anónimo, véngase al instante acá. No desprecie usted ningún dato, aunque le parezca mentiroso, inverosímil...

VIII

24 de febrero.

La tempestad que tenemos encima ha lanzado en Zaragoza chispazos que ponen miedo en los corazones. ¿Qué ha sido? Continuación de la Historia de España, sublevación militar. Malo es que empiecen los soldados con estas bromas, porque serán la historia o el cuento de nunca acabar. Dice la *Gaceta* que la intentona fué sofocada al instante, y lo creo, porque en estos duelos puramente españoles entre la fuerza y la ley, el primer golpe suele ser en vago; el segundo ya se verá. Refieren lenguas, no sé si buenas o malas, que el brigadier Hore, impulsor y víctima del movimiento, contaba con más fuerzas de las que efectivamente arrastró a la sedición, y que los compañeros comprometidos le volvieron la espalda en el momento crítico. Es la eterna quiebra y la eterna inmoralidad de estos arriesgados y oscuros negocios, porque a los que desde el borde de la prevaricación se vuelven a la disciplina, les premia el Gobierno con ascensos y honores. En fin, que al pobre Hore le mataron en las calles de Zaragoza... La *polaquería* se pavonea con su victoria, sin ver el larguísimo rabo que falta por desollar.

Voy creyendo que este Gobierno toma por modelo al de la Sublime Puerta. No ha celebrado su triunfo de Zaragoza con actos de clemencia, sino a la manera turca, decretando nuevas proscripciones, y metiendo en las cárceles a cuantos infelices se han dejado coger. Previa declaración del estado de sitio, la Policía echó su red para pescar a los periodistas de oposición, y a los directores de los diarios de más ruido. Cayeron Rancés y López Roberts de *El Diario Español;* Galilea, de *El Tribuno,* y Bustamante, de *Las Novedades.* Los cuatro fueron inmediatamente empaquetados para Canarias. Eusebio Asquerino, que estaba enfermo, pasó de la cama al Saladero, y a Bermúdez de Castro no le valió la procedencia moderada, ni el haber sido ministro de Hacienda en el Gabinete Lersundi: al romper el día le sacaron de su casa, y en silla de postas, acompañado de guardias civiles, fué a tomar aires al castillo de Santa Catalina, de Cádiz... Más listos otros, supieron imitar la viveza escurridiza del sagaz O'Donnell, dándose buena maña para no estar en sus casas ni en las Redacciones cuando se personó en ellas la Policía para ofrecerles cortésmente sus respetos. No han sido habidos Fernández de los Ríos, ni Montemar, ni Romero Ortiz, ni Barrantes, de *Las Novedades;* volaron también Coello, de *La Epoca,* y Lorenzana, de *El Diario Español.* Pero ninguno de los pájaros perseguidos ha dado tanta y tan inútil guerra como Cánovas, contra quien se desplegó todo el ejército policíaco, ¿sabéis por qué?... Porque en sus conferencias del Ateneo sobre los políticos de la Casa de Austria retrató el malagueño a nuestros ministriles en las figuradas personas de don Rodrigo Calderón y del Conde-Duque, describiendo tan al vivo y con tan fino matiz de actualidad sus mañas y picardías que el público lo celebró como una sátira de las picardías y mañas presentes... Desapareció, como he dicho, Cánovas, burlando a los ojeadores y sabuesos. Pero no ha salido de Madrid: en Madrid está; lo sé, y sé también dónde.

He leído a mi mujer estos párrafos, y le han parecido bien. Después nos hemos puesto a hablar mal del Gobierno, y no porque éste nos haya hecho ningún daño, sino por la imposibilidad de sustraernos al enconado pesimismo del medio ambiente. Repetimos todos los horrores que se dicen de Sartorius y de sus desgraciados compañeros, y luego, por fin de fiesta, dirigimos nuestros tiros a la calle de las Rejas, palacio de Cristina, que es, según la fraseología de los papeles clandestinos, el «antro de la corrupción, el inmundo taller de los chanchullos de ferrocarriles», y más, mucho más..., es un *serrallo,* es un *pandemonium* donde se fraguan todos los *planes maquiavélicos* contra la Libertad. Observamos luego que el sinnúmero de términos estrambóticos, a troche y moche difundidos por periódicos y hojas volantes, traen harta confusión al pueblo, que los oye y los repite ignorando lo que significan. A este propósito me contó Ignacia que la servidumbre de nuestra casa

estaba el otro día en gran controversia sobre el significado de la palabra *agio*. Tanto la oyen que sienten, ¡pobrecillos!, la necesidad de saber lo que es. Entró mi mujer en el comedor de criados cuando más acalorada era la disputa, y Bonifacia, la pincha, pidióle que sacase de dudas a la reunión.

—Señorita, ¿quiere hacer el favor de decirnos qué son *agios*? Porque dice la Juana que debe ser algo así como ajos echados a perder...

Echóse a reír Ignacia, y como Dios le dió a entender despachó la consulta. Pero vino la más gorda. Tiburcio, el mozo de cuadra, planteó a la señorita un problema mucho más grave.

—Señorita, ¿quiere decirnos lo que es eso de que tanto hablan los papeles, el *pandemoniúm*? (y lo pronunció acentuando la última sílaba), porque, como no sea el pan de munición que se da a los soldados, no sé qué demonches podrá ser.

Mi mujer se moría de risa, y no pudo explicarles lo que es *pandemonium* porque ella tampoco lo sabe.

—Bueno, querida mía—dije yo a mi cara mitad, cuando acabamos de reír—. Estas jocosidades de la plebe también tendrán un hueco en mis *Memorias*.

—Pues, hijo, mal historiador de tu tiempo serías si no lo hicieras. En nada de lo que ves y oyes hay tanta Historia como en eso que te he contado de los *agios* y del *pandemonium*. Ya ves: ¡un pueblo que pide las cabezas de sus gobernantes sin saber de qué se les acusa!

—¡Sí lo sabe, sí lo sabe! El pueblo, que no solamente la clase inferior de la sociedad, sino el conjunto de todos los seres que se llaman españoles, la gran masa nacional, posee la percepción clara de la conducta de sus mandarines. ¿Cómo adquiere este conocimiento? Ello ha de ser por fenómenos morbosos que nota en sí misma, estados eruptivos, congestivos, qué sé yo..., por algo que le duele y le pica... Este picor doloroso es la conciencia nacional... Este picor dice: «Los que me gobiernan me engañan, me tiranizan y me roban.» La gran masa todo lo sabe. Poco importa que los menos instruídos desconozcan el valor de algunas voces. El enfermo, cuando algo le duele, tampoco sabe designar su dolor con el terminacho científico que le dan los médicos.

—Está muy bien, gran Pepito. Y ahora, ¿por qué no empleas tu perspicacia en buscar a Virginia, para que sus infelices padres tengan algún consuelo?... Tanto hablar, tanto ir y venir los primeros días y después nada.

—Yo no soy policía. Habrás visto que, en estos tiempos, Dios guarda las espaldas a los que huyen, y protege a los escondidos. Si hay una nube providencial para O'Donnell y Cánovas, haya también para Virginia y su pintor... *el pintor de su deshonra*. Yo continúo estudiando el caso, que es singularísimo, y hoy mismo he descubierto un dato muy importante. Voy a decirlo: esta tarde he visto al *Joven Anacarsis* guiando un carricoche en la Castellana. En su rostro episcopoinfantil vi pintada una tranquilidad seráfica y un evangélico menosprecio de los juicios de la opinión. Ya veo claro que Virginia, no aviniéndose a tener por marido a un marmolillo, lo ha tirado al arroyo.

—Pepe, no desbarres... ¡Vaya una moral que sacas tú ahora! Cierto que los Rementerías, hijo y padre, están más frescos que una lechuga. Anoche dió don Mariano José una gran comida. .

—A la que asistieron, lo sé, la flor y nata de la *polaquería:* el imponderable Domenech, ministro de Hacienda; Saturnino de la Parra y Eduardo San Román... También se atracó allí, como de costumbre, el cetáceo Mora, y a los postres, al olor del riquísimo café y de los apuros de a cuarta, acudió el brigadier Rotalde, que ahora pide la bicoca de ochenta mil duros por las obras del teatro Real... Y me dice el corazón que se los van a dar. ¡Viva *Polonia!*... Volviendo a Virginia y al *pinturero*, te diré que me alegro de que no parezcan.

—¡Pepe, Pepito!.... si no fuera por el aquel de que eres mi marido, te tiraba un arañazo... No me hagas reír.

Marzo de 1854.

¡Bomba, bomba!... ¡Gran novedad, estupenda noticia!... No, no es cosa de la Revolución... Digo, revolución es; pero no la chica, no la de liberales, o sean *chorizos* contra *polacos*, sino la grande, la de... Ha llegado otra carta de Virginia.

La trajo el correo interior... Aquí la copio, retocándole la ortografía:

«Pepillo, mala persona: ¿conque se po-

ne en movimiento la Policía para buscarnos? Fastídiate, que no nos encontrarán... Porque recibas ésta con franqueo de interior, no vayas a creer que estamos en Madrid. Buenos tontos seríamos, y tú más simple que las habas si lo creyeras. Vivimos muy lejos de esa Babilonia sucia; pero no tan lejos que no nos llegue el mal olor... Ya sabemos que se está armando una muy gorda. Yo le pido a Dios y a la Virgen que *haiga* revolución, que *haigan* tiros, y que escabechen a tantos *lairones*... Quiero que por mi manera de escribir comprendas que me estoy *golviendo* muy ordinaria. Es lo que deseo: *jacerme* palurda, y olvidarme de que fuí señorita del pan *pringao* y señora *de poco acá*.

»Para que tú rabies, y hagas rabiar a otros contándolo, te diré que estoy contenta, fuera de la penita que me da el no saber de mis padres. Harás el favor de decirles que me acuerdo mucho de ellos, y les deseo paz y salud. La mía es buena. ¿Quieres que te cuente mi vida? Pues lee. Dos semanas llevamos albergados en un magnífico garitón, llámalo más bien pajar, donde no pagamos alquiler. Nos han dado esta espaciosa vivienda de teja vana y paredes de tablas, con la condición de que trabajemos. ¿En qué? No te lo digo. *El* y yo trabajamos y sin gran apuro nos ganamos la casa y el sustento... Dormimos tranquilos, nos levantamos antes que el sol, y oímos los canticios de las aves del cielo, que nos regocijan el alma. Rendidos nos acostamos a la entrada de la noche; y como a nadie envidiamos ni nadie nos envidia, ni tenemos cavilaciones, nos coge pronto el sueño... Hay aquí un prado verde por donde yo ando descalza, Pepe, riéndome mucho de los zapateros. ¡Vaya con el negocio que harán conmigo! El viento me despeina y me vuelve a peinar: es un peluquero *à la dernière*, que no pasa la cuenta como monsieur Pinaud, el de la calle de las Infantas... Más abajo del prado pasa un río, en el cual me meto yo hasta las rodillas y lavo mi ropa y la de *él*. Luego la tiendo al sol, y con este aire bendito, pronto se me seca, y me la traigo a casa más blanca que la nieve... ¡Ay Pepe! ¡De qué buena gana te convidaría a las sopas que hago yo al anochecer en mi cazuela puesta sobre un trébede!... No has comido nunca cosa más rica. Le pongo de todo lo que encuentro, y encima nuestra alegría, que es la sal, y nuestro buen diente, que es el picante. Son unas sopas que *ajuman*. Ya ves qué fina me estoy volviendo. Bueno; pues te lo diré en francés: cenamos *potage aux finis yerbis*, y luego alabamos a Dios, acostándonos en nuestra cama grandísima, que también es de *yerbis*... Sabrás que no la cambio por la de la reina.

»¡Qué gusto tan grande no tener que ocuparse de lo que dirá don Efe y don Jota, ni de lo que murmurarán las de Eme! Este vivir libre y sano no lo conoces tú, ni ninguno de los desgraciados que se pudren en ese presidio, condenados a pensar en el sastre, en la modista, en lo que traerá el cartero, en lo que dirá el periódico, en si cae el Gobierno, en las pisadas del aguador y en el precio de la carne... Sólo de pensar que he vivido de ese modo, se me nublan las alegrías... ¡Ay Pepe! Para que le puedas decir a Madrid todo mi desprecio, te pongo aquí una larga fila de emes...

»Conque, mi buen Pepín, haz el favor de poner a un lado la moral, o *morral*, que gastáis vosotros para disimular tantos crímenes y dejarnos aquí en paz, o donde estuviéramos. ¡Cuidado con echarnos la Policía! Nosotros no hemos hecho daño a *naide; semos* libres, y el único que podría perseguirme, que es ese *Caranarsis*, o *Acanársilis*, ya no me acuerdo, no dará ningún paso contra mí por la cuenta que le tiene.

»Y ahora, señor *morralizador*, allá van memorias para los que por mí preguntaren. Al Ernesto, aunque no pregunte, le dirás que estoy muy contenta desde que le he perdido de vista y como cosa tuya le das una palmadica en las mejillas sonrosadas. A mi suegro, director de *La Previsora*, por mal nombre *El robo ilustrado*, le darás expresiones. Paréceme que le tengo delante cuando después de atracarse como un buitre en las comidas, se lleva la mano a la boca con finura, para tapar un regüeldo. Con las expresiones le darás un papirotazo en las narices..., como cosa tuya, se entiende. Y si quieres que después del papirotazo te dé don Marianico las gracias, asegúrate la vida, aunque sea por dos cuartos al año... A todos los que suelen ir de comistraje a la maldita casa donde tanto pené, les das mis recuerdos, y con disimulo les metes pica-pica por el cuello de la ca-

misa, para que se estén rascando tres días con sus noches. Eso pensé yo hacer con el ministro de Hacienda, señor Domenech; pero no me atreví. Me parece que le estoy viendo, tan pulcro, tan tiesecito, sin juego de la bisagra del pescuezo. Siempre que tiene que mirar a un lado, ladea todo el cuerpo... Al gordo don José Mora, memorias también, y que deseo que alguien le dé una patada y que vaya rodando, para que reviente y podamos ver lo que lleva dentro de aquel barrigón... A mi tía Cristeta, que es una enredadora, de ti para mí, y la que lleva los chismes a Palacio, le dirás que le deseo una pulmonía. Ella es, para que lo sepas, la que mete en la cámara de la reina los papeles clandestinos, y al mismo tiempo, alcahueta en otras cosas. Es mi tía, y no digo más. En señal del amor que le tengo, te encargo que le levantes las enaguas y le des una buena solfa en semejante parte... Expresiones a la Puerta del Sol, que yo vea convertida en hoguera donde se achicharre tanto pillo; expresiones a la Cibeles, llevándole de mi parte un poco de cordilla para sus leones; memorias al *salóóón* del Prado, y le pongo muchas oes para expresar lo que me he aburrido en él; y memorias a los teatros. Te vas a cualquiera, y echas una mirada al público, y le dices de mi parte que estoy contentísima de no verle. Doy gracias a Dios porque me ha concedido oír el ruido del viento en vez de oír palmadas, y el *jipío* de las actrices...

»Pepito, siento que no conozcas una cosa que yo he descubierto y disfruto en algunos instantes, después que me tomé lo que era mío: mi preciosa libertad. ¿No sabes lo que es esto que yo disfruto y tú no? Pues es la alegría, una onda fresca que sale del fondo del alma y te embriaga, y te hace más enamorada de lo que amas, y más..., en fin, no sé decirlo. Tú lo entenderás, porque, como buen entendedor, ya lo eres.

»Si yo supiera que tranquilizabas a mis padres y les convencías de que no deben llorarme, sería completamente dichosa, y te estaría muy agradecida. Hazlo, por Dios, Pepe; hazlo por tu niño y por tu mujer. A esos tus seres queridos mando abrazos y besos. Y ya sabes que, sin saber dónde, tienes *dos* buenos amigos: te lo dice la que lo fué y lo es...

Virginia.»

IX

Marzo.

Mi mujer y yo:

—Ese idilio..., ¿no se dice idilio?, será interrumpido, cuando menos lo piensen, por la Guardia Civil.

—La Guardia Civil, mujer, está ahora muy ocupada con otros idilios.

—Según eso, ¿tú crees que les durará la libertad, y que esa alegría, de que habla la muy bribona, será eterna? ¿Crees que se puede vivir en ese salvajismo, sin que les salgan mil calamidades, la miseria, la envidia y las malas voluntades de los pueblos, y acaben por hacerse aborrecibles el uno al otro, y maldecir la hora en que se juntaron violando...?

—Acaba, mujer; es frase que se dice sola: «Violando todas las leyes divinas y humanas...»

—Yo, ¿qué quieres?, dudo que tanta dicha sea verdad. ¿Sabes lo que es esa chica? Una gran embustera. ¡Sabe Dios, sabe Dios cómo estarán! Llenos de miseria, con más hambre que Dios paciencia, y deseando que la Guardia Civil les coja y les lleve bajo un techo de abrigo, aunque sea la cárcel.

—Yo creo lo contrario: que viven pobres y felices, sin ambición, sin cuidados. En la vida complicada, presa en mil artificios, a que nos ha traído la civilización, hemos perdido la idea de la verdadera felicidad.

—Podrá existir la felicidad en un mundo en que todos los seres sean salvajes y buenos; ¿pero ese mundo dónde está? A las puertas de las ciudades, el salvajismo no puede existir, y si existe tiene que ser de corta duración.

—Quizá; no te digo que no. Nos falta saber en qué se ocupan ella y él, y con qué especie de trabajo se ganan la vida. ¿Son labradores, poseen algún ganado? Esto no lo dice la carta. Supongo que donde ellos viven no habrá puertas que pintar, ni cerraduras que componer.

—Habrá otras cosas y otros oficios; vete a saber... Ya sabes lo que él dijo: «Soy amañado para todo.» Puede que sea leñador o carbonero; que recoja hierbas para los boticarios; que pesque anguilas o sanguijuelas. Di otra cosa: ¿en la carta no habla de viñas?...

—No nombra viñas, ni dice que beban vino.

—Lo pregunto por ver si los datos de ella casan con uno que hoy me han traído..., dato importante, que puede dar mucha luz... Pues verás: ya te dije que las criadas de Virginia me hablaron de una lavandera que por aquellos días iba mucho a la casa, madre de la Casiana, que a nosotros nos sirvió el año anterior. La hemos buscado: dimos ayer con ella... Nos ha dicho que una tarde, entrando en la galería donde el pintor estaba dale que dale a la brocha, le oyó decir, como respondiendo a una pregunta que ella le hizo acerca de su familia... de él: «Tengo una hermana casada con un rico de la Villa del Prado.» Y ella dijo: «Pues ya le mandará a usted buenas uvas.» Por eso te pregunté si en la carta habla de viñas.

—A juzgar por la carta, el sitio en que está no revela la vecindad de una hermana rica, ni de nadie que verdaderamente les ampare. La vida salvaje y mísera de que habla Virginia debe de estar lejos de toda ciudad, villa o villorrio. Presumo yo que es en la falda de la Sierra..., en lugar medio despoblado.

—Por sí o por no, llévale pronto este dato al señor Chico, o al gobernador de la provincia, para que pidan informes al alcalde de allá, o a cualquier conocido... Todo es empezar, Pepe... Verás cómo de una referencia sale otra, y al fin la verdad y el escarmiento de esos pícaros. Valeria, en cuanto supo el dicho de la lavandera, se fué a ver a unas amigas, que son de un pueblo próximo a ese de las uvas: Cadalso... ¿Hay un pueblo que se llama Cadalso?... Pues las amigas han quedado en escribir... Y ya que hablo de Valeria, Pepe, tengo que contarte... Hoy me he cansado de reñirla. Figúrate: los padres están chochos con ella. Naturalmente, es la honrada, es además la única, porque a la otra la tienen por muerta. Y ella, la muy ladina, se aprovecha... Sabrás que le ha entrado el delirio de la casa elegante, de los muebles de última moda, cortinas a la *Gobelín*, alfombras de moqueta y reclinatorio y estantitos maqueados..., sin contar otras elegancias y refinamientos. No hay mañana que no eche dos o tres horas a tiendas.

—Historia, hija, Historia de España. Sigue.

—Ya sabe que los padres no le niegan nada. Es la buena, es la honrada, es la única. Si les ve reacios, allá van cuatro carantoñas, y ya tienes catequizados a los pobres viejos. Con una mano se limpian la baba que se les cae, y con la otra sacan y acarician la bolsa, que sólo se abre para la niña. Esta les besuquea, y corre a las tiendas a pagar lo que debe y a traer más, más...

—Historia de España..., ¡y qué Historia! Adelante.

—Ayer me la encontré en casa de los Hijos de Sobrino, en Majaderitos, donde fuí a comprar tela para los delantales del niño, y en poco más de un cuarto de hora, hizo Valeria compras de batista superior para camisas, y de adorno en blanco, por valor de mil y cuatrocientos reales... Después fué a la perfumería de Quiroga, y se dejó una buena porrada de duros.

—Historia nacional, retrato del pueblo español... Sigue. Entre paréntesis: a Valeria le ha sentado bien el matrimonio; se ha puesto muy linda.

—Es una monada... Pues sigo. Como yo, cuando me intereso por una familia, no reparo en tomarme todas las libertades, también he reñido a Navascués..., como lo oyes: ¡ayer le eché una andanada!... Al hombre, un color se le iba y otro se le venía. ¿Pues no es un dolor ver que esa pobre niña no halle distracciones y alegría más que en las tiendas?... Y todo porque al zángano del marido se le cae encima la casa, y no sabe vivir fuera del Casino y los cafés, demente con la dichosa política. ¿Sabes, Pepe, que, a mi parecer, este joven va por muy mal camino? ¿Quién le mete a regenerador de la patria? ¡Lucida estaría esta pobre enferma si sus médicos fueran capitanes y tenientes! Navascués es de los que creen que, echando a los *polacos* ataremos aquí los perros con longaniza... Pues en los Dos Amigos le tienes mañana, tarde y noche...; me lo ha dicho él mismo con una ingenuidad que le honra...; allí le tienes *siguiendo paso a paso*, son sus palabras, *el movimiento revolucionario*, y sacando la cuenta de los comprometidos, de los que no quieren comprometerse... O mucho me engaño, o este joven nos dará el mejor día un disgusto.

—A mí, no. Sigue, hija, sigue: tu capítulo de Historia no tiene desperdicio.

—Yo le he puesto de vuelta y media...

«Usted es un simple, Rogelio, o un ambicioso vulgar; y si no es esto, seguramente será otra cosa peor. Todo militar que no se encierre en la esclavitud de la disciplina es un perjuro... A usted le han dado esa espada y le han puesto ese uniforme para que defienda la ley, no para que se meta locamente a cambiarla. ¿Quién es usted para cambiar la ley? Eso es cuenta de otros. Usted no sabe una palabra de leyes, ni ha cogido jamás un libro, como no sea el de la Táctica. ¿De dónde saca toda esa palabrería que ahora usa? Quisiera yo poder oír, por un agujerito, las gansadas que usted y sus amigos hablarán en el café... Ya puede andarse con cuidado. El mejor día le recetan los aires lejanos de Filipinas, o le encierran en una fortaleza, si no es que el niño se va del seguro, y entonces, ¡pobre Rogelio!, sus cuatro tiros no hay quien se los quite.»

—Ese caso no llegará, porque triunfarán los sublevados...: ahora toca triunfar; lo asegura el historiador..., y Navascués tendrá el ascenso que busca. Si he de decirte lo que siento, Ignacia, los militares, siguiendo la rutina histórica, no van a cambiar la ley, sino a restablecerla, a levantarla del suelo en que arrojada fué por la *polaquería*. Esto debe hacerlo el pueblo, la masa total; pero aquí nos hemos acostumbrado a que el pueblo delegue esa función en los militares, y ya no es fácil cambiar de sistema. Lo que te digo es un hecho, que arranco de las entrañas de Historia efectiva, muy distinta de esa otra Historia que sale al mundo cubierta de artificios, como una vieja que se adoba el rostro, y todo lo lleva postizo, empezando por el lenguaje. Los militares se sublevan cuando la nación no puede aguantar ya más atropellos, inmoralidades y corrupciones, y en estos casos el brazo militar triunfa, sencillamente porque debe triunfar...

Y con esto dimos fin a nuestra charla sabrosa, porque llegó la hora de comer, que todo llega en este mundo.

Abril.

Apenas salgo del fastidioso ataque de reuma que me ha tenido cerca de un mes condenado a encierro, tristeza y emplastos de belladona, me decido a vaciar mis pensamientos sobre el papel de estas *Memorias*, donde me atormentarán menos que amontonados en el caletre. Allá voy con el material histórico que almacenado tengo aquí y empiezo por afirmar que la conspiración continúa su labor profunda; pero no se la ve, porque se ha metido bajo tierra y...

Espérense un poco, que aquí llega, como llovido, un asunto al cual es forzoso dar la preferencia. ¿No lo dije? Cartita de esa loquinaria, de esa que ha hecho mangas y capirotes de los santos principios, de esa, en fin, que ahora sale con la gaita de resucitar la edad de oro, funesta para los sastres y maestros de obra prima... Llevo la epístola a mi mujer, que la lee en voz alta. Dice así:

«¡Ay Pepe, déjame que te cuente las amarguras que he pasado! Te horrorizarás cuando leas esta carta y me tendrás mucha compasión. ¿verdad que sí? Aplacado el sufrimiento mío, puedo contártelo, para que lo sepa María Ignacia, y lo sepan también mis padres y hermana. Tan desgraciada he sido, que creí que Dios me castigaba cruelmente; mas ahora veo que no ha sido castigo, sino prueba, y que de ella sale mi alma como de un crisol, con lo que ahora está más fuerte, más brillante; y si no lo crees, entérate de lo que te escribo... Pues sabrás, Pepillo, que hará hoy catorce días, a punto de anochecer, vino del trabajo mi *Ley* muy alicaído con la cara arrebatada y quejándose de un horrible dolor de cabeza. (Pongo este paréntesis, querido Pepe, para decirte que le llamo *Ley* porque de algún modo he de llamarle, que ahora de él tengo que hablar, y me será preciso nombrarle a menudo; con que *Ley*, ya sabes.) Su piel abrasaba, y transido de frío daba diente con diente. Le hice acostar y le arropé lo mejor que pude. Todo se me volvía decirle: «*Ley*, ¿qué tienes?» y él no me respondía: estaba como aletargado, de la fuerza del dolor y de la calentura... Yo, como puedes suponer, angustiadísima; hazte cargo... *Ley* enfermo· *Ley*, que es mi vida, como si fuese a perder la suya. ¡Y yo sin tener a quién volverme, ni a quién pedir socorro; yo sola con él, y sin médico ni botica.... con las estrellas encima, por únicos testigos de lo que me pasaba!...

»En fin, para mis adentros dije: aquí yo, con mucho valor. y sobre mí y sobre

mi *Ley* la voluntad de Dios. Lo primero fué calentar agua: afortunadamente tenía un poco de azúcar morena, como unas dos libras; tenía también algo de vino. Pues a darle agua templada con azúcar y unas gotas de vino; no había otra cosa: el corazón me decía que aquello era muy bueno... La noche ya puedes figurarte cómo fué. *Ley*, abrasado de calor, a destaparse, apartando con sus manos la paja y la única manta que tenemos, agujereadita; yo a volver a tapar, y a darle calor con mi cuerpo. Te advierto que nuestra habitación es como una jaula, y que por los costados y techo, las troneras y rendijas dejan entrada libre a los aires de Dios. Y la noche era ventosa; no quiero decirte más...

»En fin, Pepe, lo que te cuento fué principio de una larga y malísima enfermedad, que no sé cómo se llama, pero para mí que es algo como tabardillo; y si en los primeros días parecióme que no iba peor, de repente le entró una tan grande agravación, que llegué a creerme que me quedaba sin *Ley*... ¡Dios mío, lo que he penado! Ahora que pasó todo, pienso que Dios no está en contra mía, sino a favor: buena prueba me ha dado de ello. Yo no tenía recursos, ni a quién llamar en mi auxilio. Como a distancia de medio cuarto de legua están los vecinos más cercanos. Son dos viejos, marido y mujer, con un nieto enano, idiota y casi mudo, pues sólo dice *mu*, como los animales. Corrí a darles aviso; fueron a verme; lleváronme unas patatas, más vino, hierbas de malva para cocimiento, hierbas de sanguinaria y pan. Después no volvieron, y mandaban al mudo a que preguntara... ¡Pues fueron ocho días, Pepe, que me parecieron ocho siglos! Cada tarde creía yo que mi *Ley* anochecía y no amanecía, y por las mañanas pensaba que no vería la tarde. No puedes imaginar mi angustia. Siempre he querido a *Ley:* figúrate si le amé, que por unirme con él tiré al arroyo familia, sociedad, posición, todo. Luego de unirnos, le quise más, sin que mi amor flaqueara ni un punto en ninguna ocasión. Pues viéndole con aquella enfermedad terrible; viendo que se me moría por momentos, sin que yo pudiera evitarlo, le quería y le adoraba de una manera tan loca, que yo no sé, Pepe, no sé que haya palabras con que expresártelo. Y cansada ya de pedir inútilmente a Dios y a la Virgen que no me quitaran a *Ley*, les pedí con muchísimo fervor que me llevaran a mí también en el instante en que él muriese...

»El día y las dos noches en que llegó al extremo peligro, si muere o no muere, noches y día que no puedo señalar, porque para mí no hay almanaque, ni fechas, ni nada de eso, los pasé como puedes figurarte, abrazada a mi *Ley* queriendo darle vida con mi aliento, fija la vista, fijo el oído en su respiración fatigosa, que a cada rato me parecía con un compás más lento, y yo no cesaba de pensar que una de aquellas respiraciones sería la última. Cuando no hacía esto, ponía yo en limpiarle toda mi atención: pensaba que limpiando su cuerpo de la miseria de la enfermedad había de salvarle... Y entre tanto, a lo que llamaré mi casa, por darle algún nombre, no llegaba más que el mudo, que, desde la puerta decía *mu*, y con él un perro que se colaba dentro y me revolvía todo. El mudo me veía llorar, y corría con la noticia de que *Ley* se estaba muriendo. Yo decía: «Pero ¿tan mala soy, Señor, que así me abandonas?» A la Virgen de los Dolores, a quien siempre he tenido devoción, le rezaba yo con todo el fervor de mi alma para que me amparase, y me la figuraba con la imaginación, por no tener delante efigie ni estampa en que fijar mis ojos... En la madrugada del último día, viendo a *Ley* que, después de una gran congoja, se quedó atontadito y como si durmiera, me puse de rodillas, y a grandes voces pedí a la Virgen que me socorriese, dejándome la vida de *Ley*, o llevándose la mía con la suya. Después de amanecer, le acometió otra congoja tan fuerte que pensé que de ella no volvía... Le di agua con azúcar, que era toda mi farmacia, y se le calmó la sofocación. Parecióme que respiraba mejor. Dijo algunas palabras, le di muchos besos, y me reí para ver si le hacía reír.

»El resto de la mañana fué de mayor tranquilidad. A ratos me hablaba, diciéndome con mimo que no me separase de él; que no le hacía falta médico, ni medicinas, ni nada más que verme. Viéndome, creía el pobre que se iría curando... Por fin, a la tarde, observándole despejado y con más animación en los ojos, tuve alguna, muy poca esperanza; pero yo me empeñaba en aumentarla pidiéndole a la Virgen y al Señor Crucifi-

cado que, después de darme aquel poquito de esperanza, no me la quitasen. A la noche *Ley* no tuvo recargo; se despejó mucho, se le animó el rostro, crecieron mis esperanzas..., me andaba por toda el alma una luz divina. Me quedé dormida junto a *Ley*, tan rendida estaba de tantas noches, y él se durmió también. Yo desperté primero, y estuve un gran rato mirándole dormir, y escuchándole la respiración, que ya era sosegada... Despertó *Ley*, y echándome los brazos me dijo: «*Mita*, de ésta no muero...» ¡Ay, qué alegría se me metió por los oídos y por los ojos, viéndole y oyéndole! Desde aquella madrugada, ya las esperanzas fueron a más, a más, hasta que he visto a mi *Ley* salvado..., y con mi *Ley* salvado, ya soy tan feliz, Pepe, que no cambio mi choza por todos los palacios del mundo. Y viendo que la Virgen y el Señor han librado de la muerte a *Ley*, por el afán y dolor grande con que yo se lo pedí, bendigo mi pobreza, bendigo mi soledad, y no quiero otra vida ni otro mundo.

»Ahora que *Ley* se va fortaleciendo, y sacudió aquel terrible mal, todo me parece bueno, todo muy bonito; y cuando el viento entra silbando en mi alcázar por los huecos y rendijas, se me antoja que viene a felicitarme por haber arrancado a *Ley* de la muerte, con la ayuda de Dios, sin más medicina que mi cariño y las agüitas azucaradas; y presento mi cara a los vientos para que me la besen, y les digo: Venid, aires del cielo, a ver a *Mita* contenta...»

X

Suspendió María Ignacia la lectura, y llevóse la mano al pecho, como si el aliento le faltara. Un ratito estuvimos los dos silenciosos, mirándonos. Yo fuí el primero en vencer la emoción.

—¿Qué piensas de esto?—le dije—. ¿Te parece que debemos apurar las averiguaciones del sitio en que están, para que pueda ir allá la Guardia Civil y traerles codo con codo?

—Eso no..., ¡pobrecitos! Sepamos dónde están para mandarles un par de mantas, ropa, comida... Pero ¿no vivirían mejor en un pueblo, por miserable que fuera?

—Ya ves que no les va tan mal en ese despoblado. Es muy probable que en un villorrio, asistido *Ley* por curanderos o veterinarios, y metido en un local fétido, no habría escapado de la muerte, mientras que en la choza ventilada, el cariño de *Mita* y las agüitas con azúcar, le han sacado adelante.

—Y ¿por qué la llamará *Mita?* ¿Qué quiere decir *Mita?*

—Contracción será de algún nombre cariñoso, inventado por él. Estos amantes libres, por borrar la última relación con el mundo que abandonan, suprimen hasta sus nombres de pila.

—Sigue leyendo tú: aún faltan dos carillas... Yo no puedo más. ¡Siento una opresión..., y unas ganas de llorar!...

Aquí va el resto de la carta, que yo leí:

«Desde que vi a *Ley* fuera de peligro de muerte hasta que se recobró y fortaleció, volviendo a ser lo que era, han pasado otros ocho días, en los cuales he tenido que discurrir mucho para sacar adelante a mi amado convaleciente. Pero como ya estaba yo tranquila y contenta, por nada me afligía, y el afán de las dificultades lo compensaba el gusto de vencerlas. Era forzoso alimentar a *Ley*, para que recobrara sus perdidas fuerzas y se le renovara la sangre. Pero carecíamos de todo recurso, y no había más remedio que buscarlo... Yo seguía pidiendo socorro a Dios y a la Virgen, y éstos, a mi parecer, me decían: «Busca y encontrarás.» Porque no habían de traérmelo los ángeles... Acudí primero a los vecinos de que antes te hablé, y me dieron pan, cebollas y un poco de vino; esto no me bastaba. Algún alimento más delicado necesitaba mi enfermo.

»En esto, llegó un día que me sonó a domingo; en esta soledad conozco los días de fiesta por los sones de campanas que el viento me trae..., de campanas llamando a misa en pueblecitos que están distantes. Pero el viento, unos días más que otros, trae los toques de campana tan al vivo, que parece que las tienes a un tiro de fusil. Yo le dije a mi *Ley*, después de arroparle bien y darle unas sopas de vino. «Hoy es domingo, *Ley:* si tú me prometes estarte aquí bien tapadito, sin que te entren tentaciones de echarte fuera, yo me voy a la iglesia que campanea, y en ella oiré misa y daré gracias a Dios por haberte curado. Y

Alverno College

como en derredor de esa iglesia ha de haber un pueblo, después que oiga misa buscaré almas caritativas que me den algo para tu alimento.» Y *Ley* me dijo: «*Mita,* ve a la iglesia que campanea y da gracias a Dios por haberme salvado. Después buscarás almas caritativas que nos socorran. Te prometo no moverme; pero no tardes más de lo preciso, que estaré muy triste sin ti...» Dejándole tan conforme me puse en camino. Era un día, Pepe, que..., me río yo de lo que llamáis días buenos en ese Madrid pestilente...; yo no sé decirte cómo aquel día era. Mucha luz, un sol que consolaba sin calentar demasiado, y un aire fresco que, sin alborotar, hacía ruiditos mansos en las encinas... Los pajarillos, las maricas y los cuervos, tan contentos todos, buscando cada cual su remedio... Pues señor, anduve, anduve, siguiendo la dirección que me indicaban los toques de campanas, y llegué por fin a un cerro, desde donde divisé un campanario, y otro más allá...: pero la torre más cercana distaba todavía como un cuarto de hora... No se me apartaba del pensamiento mi pobre *Ley*, allá tan solito, y los minutos que tardara en volver a su lado me parecían siglos. Calculé que si me llegaba hasta el primer campanario, se me iría toda la mañana; y estando en estos cálculos del tiempo y la distancia, tuve una inspiración, Pepe..., tuve la idea de oír mi misa en el mismo cerro donde me hallaba. Me arrodillé, mirando al campanario, y rodeada del sol y del viento, con tanto mundo de campiñas y montes delante de mis ojos, le dije al Señor y a la Virgen todo lo que se me ocurría..., que no fué poco..., y cosas muy sentidas y de mucha religión se me vinieron al pensamiento, y del pensamiento a la boca, puedes crérmelo.

»Cuando yo estaba en lo mejor de mi misa, sonaron más las campanas próximas y otras lejanas, como si hubiera gran festejo y procesión... De rodillas estuve un largo rato, y al concluir mi misa, pensaba que por allí cerca encontraría el socorro que necesitaba para *Ley*. Yo había visto dos casitas; las volví a mirar: eran blancas, y sus chimeneas echaban humo... Bien podía ser que en ellas vivieran almas caritativas... No había dado yo cuatro pasos hacia las casitas, cuando sentí son de cencerros, y vi que por el cerro subían cabras; tras ellas venían dos hombres y un chiquillo. No creas que me dió reparo de pedirles limosna. Les conté lo que me pasaba, y que había dejado a *Ley* acostado, convaleciente de una terrible enfermedad. Les rogué que por el amor de Dios me dieran un poco de leche, que yo sé trabajar. «*Ley* también sabe—dije—, y en cuanto se ponga bueno trabajaremos y pagaremos la leche que nos den.» El más viejo de los pastores, alto y huesudo, con unas barbas blancas muy grandes, que parecían las del Padre Eterno, se encaró conmigo, y poniendo la cara como de enfadarse, y echando un vozarrón que atronaba, me dijo: «Alguna leche le diéramos, mujer; mas no trujo cuenco para llevarla. ¿Llevarla ha en el pañizuelo?» Yo le contesté que no había traído cuenco porque no pensé encontrar rebaños; pero que pediría me prestasen un jarro en aquellas casas de abajo. Y él entonces, echando el vozarrón más fuerte y enarbolando el palo como si quisiera pegarme, me dijo: «Arrea *cacia ti,* mujer, que allá te daré la leche.»

»Hacia casa me vine, y conmigo el viejo parecido al Padre Eterno, y las cabritas, que eran cuatro, muy saltonas, con las ubres contoneándose entre las patas. Por el camino hablamos poco; el viejo echaba un cantorrio entre dientes. Me preguntó cómo me llamo, y le contesté que me llamo Ana. Nunca declaro mi verdadero nombre. El dijo: «Arrea, moza, que tengo priesa... Voy a bajarme con mis cabras a...» (callo este lugar, que es un soto junto al río). Pues llegamos a casa; me adelanté corriendo para ver si *Ley* estaba bien arropadito, y le encontré lo mismo que le había dejado..., y tan contento de verme. No necesité decirle lo que le traía, porque cuando el viejo y sus cabras entraron en mi guarida, ya tenía yo dispuesto un cazolón bien lavado para la leche que el buen pastor quisiera darme.

»Sin decirnos nada, se puso el hombre a ordeñar, y yo a tener el cazolón y a ver cómo salían de los pezones de las ubres los hilos de leche, alternando uno con otro y cayendo con fuerza dentro de la vasija. A medida que ésta se iba llenando, los chorritos levantaban espuma. ¡Ay Pepe!, lo que entonces sentí no puedo explicártelo... Viendo los chorritos de leche y oyendo la musiquita que hacían, aquel rasgueo y aquel chi-

rrischirris, se levantó en mi alma una alegría tan grande, tan grande, que no podía yo tenerla dentro, y me eché a llorar... Mis lágrimas corrían silenciosas. No había más ruido que el de los hilos de leche... Ordeñaba una cabra, luego fué el hombre con otra... «Basta, señor —le dije yo con toda mis alegría y mi agradecimiento y mis lágrimas, que no acababan de correr...» ¡Ay Pepe, Pepillo loco!, esta alegría, ni tú, ni María Ignacia la habéis sentido nunca, ni sabéis lo que es...»

Suspendí la lectura viendo que mi mujer, vencida de su grande sofocación, rompía en llanto, y con un gesto me decía que callase. Hicimos un descanso, sin cambiar observación alguna, hasta que, al fin, María Ignacia, recobrado su aliento, pudo decirme:

—¡Qué pena siento, Pepe, qué vacío tan grande aquí!... ¡Pobre *Mitra!* Una duda tengo todavía: después la sabrás... También me extraña mucho que en la miseria de esa choza donde se carece de todo, haya papel, tintero y pluma para escribir carta tan larga.

—Espérate un poco. Pasando la vista por el pliego último, me parece que he visto la palabra *tintero*. Si te parece acabaré. Ya falta poco. Sigo leyendo:

«Puse a cocer la leche, y todo el día estuve dándole a *Ley* racioncitas cortas y frecuentes, marcando el tiempo con el reloj de mi cuidado. ¡Oh, cómo le gustaba la leche y cómo se relamía de gusto, pidiéndome más, más! Por horas, por minutos veíale yo reponerse... Pues al siguiente día, a punto del amanecer, el viento me trajo son de esquilas. Salí a ver, y era el *Padre Eterno*, que venía con sus cabras a darnos más leche. «No te apures, Anica—me dijo con su vozarrón, viéndome algo confusa ante tanta bondad—. Ya me la pagarás cuando puedas..., y, si no puedes, que pase a la cuenta de las ánimas...» Pues asómbrate, Pepe: volvió el pastor otro día y otro, y *un porción* de días..., ya ves cómo me voy afinando de lenguaje... En fin, que *Ley* sale adelante: pronto volverá al trabajo. Ayer bajé yo a lavar al río... Tan alegre estoy, que a lo mejor me pongo a cantar... canciones mías, cosas que invento. Ni yo misma sé lo que canto, porque es como un gorjeo... Ayer subía yo gorjeando del río y, por el camino, con mi carga sobre la cabeza, decía yo: «Tengo que escribir esto a Pepe, para que él y María Ignacia, las personas que más estimo, después de mis padres, sepan lo desgraciada que fuí y lo dichosa que soy.» En la puerta de mi palacio estaba *Ley*, sentadito, esperándome. Yo me quité la carga y sentéme a su lado. En aquel momento llegó *Mu*, el enano de nuestros vecinos; nos traía cebollas, pan y dos lechugas. Como el pobre chico no dice más que *mu* y no sé su nombre, *Mu* a secas le llamo yo. Pues le dije, digo: «*Mu*, te agradeceré que me traigas el tintero de cuerno y la pluma de tu *güelo*. Papel tengo yo.» En cuanto se fué *Mu*, le dije a *Ley:* «¿Te parece que escriba al buen amigo de Madrid todo esto que hemos pasado? Así verán allá que Dios mira por nosotros.» Y *Ley* me dijo, dice: «Cuéntale todo al amigo de Madrid, y él verá, si quiere verlo, que Dios mira por nosotros.»

»Ya he salido de la grandísima tarea de esta carta, y créete que no me ha costado poco trabajo concluirla, porque el tintero de cuerno venía muy escaso de tinta, y he tenido que bautizarla, por lo que notarás que esta letra se parece más al agua que a la tinta. Concluyo encargándote... No, no, espérate un poco, que se me olvidaba una cosa.

»Lo que te dije en mi anterior de echarle picapica al gordo Mora, darle un papirotazo a don Mariano y unos buenos azotes a mi tía Cristeta, tenlo por no dicho. No hagas nada de eso, que a todos perdono y todo resentimiento se ha borrado de mi alma. Perdón general, perdón hasta para mi tía Cristeta, que fué la que me hizo más daño, porque ya tenía yo a mis padres convencidos de que no debía casarme con Ernestito, cuando metió ella sus narices en el negocio; tales cosas dijo a papá y mamá de las riquezas del niño y de lo feliz que iba yo a ser con tantos millones, que les embaucó, y ellos a mí, y al fin pasó lo que sabes. Gracias a que supe descasarme a tiempo, que si no... En fin, no más por hoy.

»Adiós, Pepe: á tu mujer todos los cariños que se te ocurran; a tu nene besos mil, y tú recibe, con los afectos de *Ley*, el de tu amiga—*Mita-Virginia.*»

En silencio hicimos, cada cual a su modo, los primeros comentarios. Suspira-

ba mi mujer limpiándose el rostro de lágrimas. Yo esperaba oír sus opiniones antes de manifestar las mías.

—Vas a saber—dijo María Ignacia—la duda que tengo... La carta de Virginia me ha conmovido, me ha levantado en el corazón una pena muy grande, y luego un..., no sé cómo llamarlo..., un tumulto de ideas... Veré si puedo explicarme... No te diré yo que estos cuentos de Virginia sean puro embuste..., pero sí sospecho que nuestra pobre amiga se nos ha vuelto poetisa..., que posee el arte de adornar los hechos, y de componerlos y retocarlos para que impresionen más a los que han de leerlos. Esto que ha escrito nos ha hecho llorar. ¿Habría producido el mismo efecto contado por ella o visto por nosotros? Esta es mi duda. Tú me dirás lo que piensas.

—¿Crees tú que Virginia es artista y obra literaria su carta? Algo de arte hay siempre en todo lo que se escribe, y los hechos, aun referidos en forma descarnada, se revisten de un extraño resplandor, más o menos vivo, según la sensibilidad de quien los refiere. En la carta de Virginia resplandece la narradora, que no carece de habilidad: adorna un poquito. Pero bien se ve que es cierto lo que nos cuenta, y en el sello de verdad está todo el interés y todo el encanto de lo que hemos leído.

—Según eso, ¿no crees tú que esa desdichada nos haya salido poetisa, y quiera trastornarnos la cabeza..., versificando en prosa, como quien dice?

—No, mujer... No hay en esta carta versificación. El olor de poesía que nos da en la nariz sale de los hechos, y éstos son tales, que ninguna de *nuestras primeras poetisas* o literatas sería capaz de inventarlos... Ateniéndome a la realidad, yo te pregunto: ¿qué hacemos ahora? ¿Perseguimos a *Mita* y *Ley*?... Creo que no ha de ser difícil descubrir la guarida poniéndose a ello con fe y perseverancia.

—Sí..., ¿qué duda tiene? Basta de salvajismo. *Mita* y su hombre merecen mejor suerte y otros medios de vida... Pero espérate un poco, Pepe. ¡Vaya un torbellino que tengo en mi cabeza! Si les descubrimos, será forzoso sacarles de su estado salvaje y de su condición libre. Así lo manda la moral. Dejarles en esa independencia, favorecerles con recursos que les ayuden a campar por sus respetos, será dar una bofetada a todas las leyes divinas y humanas... No habría más remedio que poner a cada cual en su lugar, separarles... No, no, esto tampoco puede ser... Discurre tú por mí, que yo no puedo... ¡Separarles a viva fuerza! Eso nunca. Sería un atentado a la moral..., ¿a qué moral? ¿Hay por ventura dos morales?

—Yo no sé cuántas hay, ni cuál es la mejor, en el caso de que haya más de una. Mientras esto se averigua, no atentemos a la libertad de nadie, y dejemos a cada pájaro en su nido. ¡La ley!... ¡La moral!... Créeme a mí, mujer: si queremos dar con la moral y la ley, busquémoslas en nuestros corazones.

—¡Una moral por este lado, otra moral por el otro!—dijo María Ignacia vacilante y confusa—. Y nuestros corazones en medio... ¡Pobres corazones!, ¿acertaréis a elegir el mejor camino?... En este torbellino de dudas, sabes lo que pienso ahora? Pienso que el soplado hablador don Mariano José no es tan tonto como tú crees. Me suenan en el oído las palabras del asegurador de vidas: «No tenemos divorcio... Estamos muy atrasados.»

XI

Abril de 1854.

Recibo un pliego en sobre con filetes de luto. «¡Quién se habrá muerto!», digo al abrirlo, no sin ligero temblor porque me asustan las defunciones de personas conocidas... Resultó que no era un muerto, sino un vivo que coleaba, un papel clasdestino titulado *El Murciélago*... Leo en él furibundas diatribas contra los *polacos*. Cada párrafo es emponzoñada flecha, o un canto muy duro disparado contra cabezas altas y medianas.

Los anuncios son crueles epigramas. «El que desee conseguir un destino, diríjase a don Fulano de Tal. En el ministerio de Fomento darán razón. La cantidad que se estipule se ha de dar anticipadamente. No se admiten corredores.» Versos no mal construídos ponen en la picota a los ministros, y en ella reciben una zurribanda de azotes. A San Luis se le llama el *condesillo; lacayos*, a los ministros; a la Corte, *centro de liviandades*. En el pie de imprenta

se lee: «Editor responsable, don José Salamanca.—Imprenta del conde de Vilches.»

Luego vi que todos mis amigos lo habían recibido. El maldito pájaro, metiéndose por ventanas y puertas, visitaba las moradas de próceres y magnates. ¿Lo habrán encontrado la reina en su tocador y el rey en su reclinatorio? Ya se lo preguntaremos a Cristeta Socobio y a doña Victoriana Sarmiento, que me parece a mí que están en el ajo y se dejan caer del lado de la conspiración. Estas dos naturalezas astutas, ratoniles, criadas en los escondrijos de Palacio, olfatean ya el nuevo queso... No necesito decir que el periódico misterioso tiene en Madrid un éxito colosal. Su aparición ha sido como un rocío del Cielo para las almas resecas del odio al *polaquismo*. No hay idea de lo que a las muchedumbres regocija y entusiasma ver en letras de molde las opiniones subversivas, que ahogadas nacen en la conversación privada. Se ensancha el pecho viendo que el periódico dice lo que pensamos y aún más, con nuevas gracias y sin pedir perdón por el modo de señalar. Todo el que posee el primer número de *El Murciélago* se cree dichoso mortal: lo enseña con precaución; hace constar que lo recibió directamente, con sobrescrito a su nombre, prueba de lo mucho que le estiman los incógnitos redactores; coge a los amigos por la solapa y les conduce al reservado de un café para leerles el papelito; niégase a transmitir a manos extrañas aquel tesoro; ofrece sacar copias, *para que corra*, y las saca con extrañas adiciones. Todo el mundo quiere ser *Murciélago*. He leído en las copias del primer número: «La Muñoza y consorte, esa familia rapaz...» Persignémonos.

Mayo.

Ayer puse en conocimiento de don Francisco Chico el único dato que se ha podido adquirir acerca del gavilán que se llevó a la paloma de Rementería.

—Se sabe que tiene una hermana casada en la Villa del Prado.

Oída esta referencia por el astuto cazador de criminales, se rascó una oreja, después la punta de la nariz, estirando levemente los delgados labios en una sonrisa casi imperceptible.

—¿Sabe usted, don Pepito—me dijo—, que ese dato, con parecer tan poca cosa, podría ser el primer jalón de un camino seguro? No me pregunte qué pienso, porque no pienso nada. Me dijo usted hace días que el tal es un buen tipo; vamos, un chicarrón guapo, despejado él.

—Oí que es guapo; de su despejo nada sé... Debo advertirle ahora, mi buen don Francisco, que no tengo interés en que los fugitivos sean presos, ni menos que les traigan para que se cebe en ellos la Justicia.

—Vamos, quiere usted que cacemos a la señora sola para meterla en las Arrepentidas.

—No, no; nada de Arrepentidas ni de coger a la señora. Mi deseo es tan sólo saber quién es él y dónde está la pareja. Quiero ponerme al habla con ese irregular matrimonio.

—Pero la Justicia...

—De la Justicia, nada. Dejémosla en sus altares, bien guardada entre papeles.

—¿Y la moral, don Pepito?

—Dejémosla también, dondequiera que esté metida.

—¡Oh! Si aquí tuviéramos divorcio... Pero estamos muy atrasados.

—Progresemos. En este asunto, el progreso consiste en dejar las cosas como están. ¿No piensa usted lo mismo?

—Por mí..., figúrese usted... Adelante o atrás, todo me parece igual. Ya estoy curado de espanto... Dos caras tengo yo: una me sirve para mirar al pasado, otra, para mirar al porvenir... Pero, a veces, señor mío, me equivoco de cara, y cuando me pongo a mirar de nuevo, veo lo viejo, y viceversa... De modo que ya no sé si empeorando mejoramos o si mejorando vamos a peor... En las revoluciones no creo; en la tradición, tampoco... He visto progresistas del cuarenta besándole el anillo a Bonell y Orbe; he visto realistas del veinticuatro tirando del coche de Espartero... ¿Qué más me queda que ver? Pues eso: que descubra a un raptor de casada y a la casada para dejarles en la libertad de su delito... Pero ¿a mí qué me importa? Se hará como usted quiera, siempre que no se me adelante alguno que le lleve a él a presidio y a ella a las Magdalenas... Yo le aseguro a usted que trataré de averiguar quién es él y dónde se esconde la parejita. Si yo tuviera personal disponible, pienso que en ocho días sal-

dríamos de dudas. Pero ¿usted sabe cómo estamos con esto de *El Murciélago* y la guerra que nos está dando el pájaro maldito? ¡Que quién lo escribe, que quién lo imprime, que quién pone los sobres, que quién lo reparte!... Averígüelo usted en un Madrid que cada día es más grande, más poblado de pillos..., y con un vecindario que en esto de encubridores...

—Trabajo le mando, don Francisco. Hoy, en Madrid, el que no conspira tapa, y el que no tapa está en acecho de la Policía para dar el aviso: «¡Que vienen!... ¡A esconder!»

—Es verdad... Y en un pueblo así, ¿quién es el guapo que descubre a un *Murciélago?*

—Si no se me enfada, don Francisco, diré que no está ya descubierto y enjaulado porque usted no quiere. Las imprentas de Madrid no son tantas... El periódico tiene que pasar por multitud de manos, pues no ha de ser un solo hombre el que lo escriba, lo componga y lo tire... Yo policía, le aseguro a usted que el pájaro no se me escapaba.

—¡Ay don Pepe, qué mal conoce usted el mundo y este Madrid, este pozo Airón de los delincuentes!... No, no. A usted policía, le pasaría como a mí: no cazaría *El Murciélago.*

—Porque no querría cazarlo; porque no querría indisponerme con los conspiradores de hoy..., a quienes seguramente tendré que obedecer mañana.

—No, no, don Pepito; no... Bien sé que esto está perdido... Pero no somos..., no somos tan adulones del que ha de venir.

Al decir esto, su cara de pillo, en la cual no se cuidaba de poner la máscara del disimulo, contradecía sus medias palabras.

—¿Cómo me hace creer a mí don Francisco Chico—proseguí—que no sabe dónde está el general O'Donnell? Pues qué, ¿se puede esconder un hombre tan alto y estar cuatro meses oculto sin que asome un pie, una oreja..., un codo?

—¡Vaya si puede... en un Madrid tan grande!

—Naturalmente, usted qué ha de decirme... Y, sin duda, soy yo algo impertinente al hablar de este modo.

—Eso, no... Diga lo que quiera...

Y la picardía brillaba ya en su cara, eclipsando a la sagaz reserva del oficio.

—¿Cómo me hará creer el policía astuto que no sabe quién escribe *El Murciélago?*

—Como saberlo, no...; como sospechar, sí... Todos los días me traen soplos: no hago caso. Los escritores del pajarraco son dos. El uno creo que no se me despinta. Me equivocaré mucho si no es ese malagueño..., el Cánovas.

—Hombre, no.

—Déjeme acabar: el otro... estoy en que es uno de *Las Novedades,* ese Ríos

—Pues si eso sabe, ¿por qué no les mete mano?

—¡Ah! Créame usted que al Cánovas le tengo ganas, muchas ganas; pero no puedo cogerlo.

Se pasaba la mano suavemente por la barbilla y quijada inferior, y sus ojos bajos afectaban un respeto hipócrita. A las expresiones de mi asombro contestó, al fin, con este concepto, que me dejó helado:

—Señor marqués de Beramendi, me aseguran que el Antonio Cánovas está escondido en su casa de usted.

El estupor no me impidió negar desde el primer momento con una energía que sobrecogió al fiero polizonte.

—Bueno, bueno; no es para incomodarse—dijo, mirando al suelo—. Si no está con usted, estará en casa de alguno de sus hermanos, con Agustín o don Gregorio. Para el caso es lo mismo.

Negué también que Cánovas fuese huésped oculto de mis hermanos; pero Chico, en quien la suspicacia y la desconfianza eran una segunda naturaleza, pareció no darme entero crédito. Levantóse del sillón Luis XV y, paseándose delante de mí, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, me dijo:

—¡Que venga Dios vivo a dirigir la Policía, y veremos lo que hace en este Madrid, donde todo es un juego de compadres!... ¿Cómo hemos de cazar a los conspiradores, si ellos saben esconderse en lugar sagrado o en burladeros donde no podemos entrar?... Corremos tras de Fulanito. Y ¿dónde está Fulanito? Pues en su palacio le tiene, a mesa y mantel, el propio duque de Berwick. «¡Que cojan a Menganito; que nos le traigan vivo o muerto!» Pues nos echamos en busca del Menganito, y descubrimos que habita con el propio don José de Zaragoza... ¡Guarda, que es podenco!... Pues verá usted: hemos andado locos tras de

un tal Bartolomé Gracián, militar él, condenado a muerte, indultado y luego vuelto a condenar... La cabeza más destornillada que echó Dios al mundo... Al fin, mis agentes le descubren el rastro. Vamos a echarle mano. ¿En dónde creerá usted que se guarece ese pillo? Pues entre faldas. En las habitaciones altas de Palacio le tienen escondido dos señoras, que no quiero nombrar. Naturalmente, allí no podemos... Y no es ése sólo el que ha hecho su burladero en lugares, como quien dice, sagrados. Oigame usted otra: ¿a que no me acierta dónde han ido a celebrar sus aquelarres los malditos masones que yo desalojé de la logia de Tepa? Pues a la casa de una tal Rosenda, frescachona ella y desahogada, que hoy es querida del señor Tajón, uno de los primeros sacaplatos y metesillas de la Casa Grande. Llamamos a la puerta de la Rosenda una, dos veces, y entramos sin encontrar a nadie. Al día siguiente vino a verme el señor Tajón, y aquí entró, andando como un lorito, y me dijo, dice: «Amigo Chico, no se meta en vedado, si no quiere tener un disgusto.» ¡Pues anda y que se les lleve a todos el demonio!... Aquí lo primero de que se cuidan los que revuelven a España es de buscarse un buen fiador... Detrás de cada revolucionario hay siempre un padrino gordo. ¿Qué hemos de hacer nosotros, tristes empleados sin libertad, atenidos a un sueldo? ¿Hemos de ser los únicos que cumplan con su deber, cuando los de arriba no cumplen? Crea usted que en este tabernáculo ningún santo está en su puesto, ni tampoco en el suyo el Santísimo... Pues que venga el tronicio gordo, y a vivir todo el mundo como pueda. ¡Señores *polacos*, el que tenga aldabones, que se agarre, y el que no, que se estrelle..., porque lo que es el terremoto de la Martinica viene... vaya si viene!

Antes que yo pudiese contestar a esta honda crítica del ser interno de nuestra patria, don Francisco, parándose ante mí, me sorprendió con esta peregrina proposición:

—¡Ea!, don Pepito, ¿quiere que hagamos un trato? Si usted no tiene al Cánovas en su casa, de seguro sabe dónde está... Dígamelo... Yo no he de prenderle, ¡cuidado! Puede estar tranquilo. Con saber el paradero me conformo. Y, a cambio de que usted me diga dónde se esconde el malagueño, me comprometo yo, en el término de ocho días..., antes, antes, en el término de tres días, a descubrir los prados en que viven comiendo hierba la hija del señor de Socobio y el pillastre que la robó.

No me convenía el trato, pues aunque yo supiera el paradero de Cánovas del Castillo, no había de revelárselo por nada de este mundo. Cien veces le aseguré no tener la menor noticia del escondite de mi amigo; pero el muy tunante no me creía: tan metida tenía en el alma la desconfianza. Entiendo yo que constituyen su alma el escepticismo de todo lo bueno y la credulidad de cuanto malo hay en el mundo. La profesión de Chico, ejercida con un sentimiento parecido a la fe, no puede menos de crear grandes profesores de maldad, que nada ven donde la maldad no existe. Sin duda, es un pájaro de mucha cuenta este don Francisco. Su vuelo rápido y bajuno se pierde de vista, sin que nadie pueda saber adónde van a parar sus pensamientos. Y tanto desconfía, que jamás inspira confianza. La proyección de su malicia sobre el espíritu del que le escucha es tal, que tratándole a menudo, llega uno a sentirse delincuente.

Sigue mayo del 54.

¡Pataplum! Otro número de *El Murciélago*. Lo primero que me echo a la cara, al desdoblar el papel, es esta piadosa frase: «Salamanca, colgado del balcón principal de la Casa de Correos, sería una gran lección de moralidad.» Temblemos y sigamos leyendo: «A Salamanca se han unido cuantos ministros ladrones hubo en España, y, por último, se le agrega también el duque de Riánsares para los ruidosos negocios de ferrocarriles.» En otro párrafo se burla del gobernador, conde de Quinto, y de sus inútiles esfuerzos en la persecución de la hoja clandestina; y dice con frescura: «Este *Murciélago* no podrá ser habido; está en parte más segura de lo que parece, y entra hasta donde su excelencia no podrá entrar siempre que quiera.» Razón tiene Chico. ¡Ah los altos burladeros!... Leo esto, que es muy interesante: «Corren por Madrid, y parece que están próximos a imprimirse, algunos versos contra la reina, en los que

se habla hasta de su vida privada... Sabemos que estos versos están escritos y serán publicados por cuenta de los *polacos,* con el objeto de hacer ver a su majestad que la oposición la trata de una manera violenta.» ¡Hola, hola! Truena después contra los llamados *agios:* el regalo de ochenta mil duros a Rotalde por las obras del teatro de Oriente, la concesión a la casa Sangróniz de un servicio de vapores para la Habana y el empréstito forzoso de ciento ochenta millones... Hablando de esta operación, *El Murciélago* toca el cielo con las negras alas: «¿Y van siquiera a emplearse con utilidad del país los ciento ochenta millones? Una parte, no pequeña, se invertirá en esos *agios,* que, con el nombre de giros, descuentos, etcétera, enriquecen a los que comercian con la fortuna pública... Después, cuarenta millones servirán para pagar el camino de hierro de Langreo...» Y sigue poniendo como chupa de dómine a la que llama *familia Muñoz,* hasta declarar que es una familia que *vende su honra por dinero.* Me parece que al pájaro se le va un poco la cabeza. Entre los sueltos cortos leo: «Dícese que el conde de Quinto ha sido nombrado gentilhombre. De seguro hace de la llave una ganzúa.» Pasa luego revista a los militares que defienden el *polaquismo,* y no deja hueso sano a Blaser, Lara, San Román y Vistahermosa. Del Ejército dice que «calla avergonzado del inmundo cuadro de desmoralización que tiene delante...» Se atreve, por fin, con la reina, contra quien va esta china: «Ya empieza a rodar por la cabeza de mucha gente la idea de un destronamiento...» ¡Que nos coja confesados!

XII

Junio de 1854.

Sorprendido fuí hace pocas noches, a deshora, por la visita de Rogelio Navascués, esposo de Valeria, al que acompañaba otro sujeto desconocido, que, por el aire, me pareció militar. Ambos vestían de paisano, con afectada traza de señoretes pobres de provincias, de los que años ha llegaban sin más objeto que ver *La pata de cabra* y hogaño vienen a ponerse en contacto con la novísima civilización, llevándose como señal o muestra de ella baratijas de corto precio, adquiridas en las tiendas más a la moda. Encarar con ellos en mi despacho y ver sus fachas y darme en la nariz olor de conspiradores buscando un escondite, fué todo uno. Lo primero que hizo Navascués fué presentarme a su compañero:

—Bartolomé Gracián, comandante con grado de teniente coronel, uno de los más fervientes enamorados de la Libertad..., etc.

Luego se rieron los dos del pergenio que traían, alabándose de su agudeza para burlar a los corchetes, y acabaron por poner sus apreciables personas bajo mi amparo, para que yo las guardase en el sagrario de mi domicilio. La verdad, no me inspiraban interés ni lástima, y a ello contribuyó la cínica ligereza con que hablaban de sus trabajos, el menosprecio de sus superiores y la confianza en salir victoriosos siempre que lograsen una libertad relativa con el escondrijo y la engañosa vestimenta. Además, mi suegro, don Feliciano, con egoísta previsión de hombre acomodado que aborrece toda molestia, me había dicho que nuestra casa no facilitaba el tapujo a *patriotas* militares o civiles acosados por la autoridad.

De esto hablábamos, cuando entró Valeria compungida, y con temblorosa frase y estilo de teatro imploró la hospitalidad, asegurando que sería por poco tiempo, pues la revolución había de triunfar, y los perseguidos serían prontito perseguidores. Mi mujer, que desde la pieza inmediata oyó la voz de su amiga, no tuvo más remedio que intervenir, tomando su parte en las demostraciones de piedad que el sexo le impone, y no necesitó más Valeria para romper en llanto y hacernos una escena dramática, hiposa y sofocante, de esas que en la escena nos encocoran y en nuestra casa mucho más. Sin que se nos ocultara que en la tribulación de la señora de Navascués había no poco de artificio, Ignacia y yo nos rendimos al formulismo de la amistad, y los perseguidos fueron amparados. Mas no siendo posible tenerles en casa, por el rigor cívico de mi suegro, discurrimos darles asilo seguro en otra casa de mi familia. Desechada la hospitalidad de mi herma-

no Agustín, por miedo de comprometer gravemente su furioso ministerialismo, con Gregorio me entendí aquella misma noche para traspasarle el embuchado; y tan bien dispuesta encontré a mi cuñada Segismunda, que no necesité gastar saliva para que consintiera en ser patrona de conspiradores. Oscuros y sutiles negocios, de que hablaré en otra ocasión, han enriquecido a Gregorio en poco tiempo. Segismunda se lanza con ambicioso vuelo a más altas esferas; quiere brillar y meter ruido, poner en su persona relumbrones aristocráticos recogidos en medio de la calle o traídos del invisible Rastro en que van a parar las efectivas grandezas; y aunque las ideas de Gregorio y Segismunda son *moderadas*, como es ley de gentes que improvisan su posición, ambos ven con gusto que se alberguen en su casa dos caballeros revolucionarios de la clase militar. En estos revueltos tiempos, el conspirar ha llegado a ser de buen tono. A mi hermano, y particularmente a mi cuñada, les halaga que, cuando triunfe la Revolución, se les señale como generosos encubridores de los que hoy son facciosos y mañana serán héroes. ¡Qué no darían por esconder a un O'Donnell, a un Mesina o al avisado malagueño Cánovas del Castillo!

Todo quedó arreglado a medianoche, y antes de amanecer, los paladines de la Libertad dieron fondo en el cómodo asilo que con maternal solicitud les preparó la esposa de mi hermano. Y ya muy entrado el día, pidióme audiencia en mi casa un sujeto que se anunció como funcionario de la Seguridad Pública, sin decir su nombre. Picada mi curiosidad, no tardé en recibirle; y si de la persona no puedo decir que fuera interesante, lo que el tal echó de su boca en la visita merece cabida preferente en estas *Memorias* de mi tiempo. En el hombre vi, como rasgos culminantes del tipo, un bigote negro, cerdoso, cortado en forma de cepillo· cabellera abundante, cortada como escobillón; nariz pequeña y atomatada, bastón de cachiporra, gabán claro de largo uso y sombrero, que en toda la visita permaneció en la mano de su dueño. Ostentaba la pelambre de esta prenda innumerables cicatrices, testimonios de una vida azarosa, estrujones, apabullos, palos ganados en escaramuzas callejeras. Quizá en alguna reunión tumultuosa sirvió de asiento a persona de extremada gordura; quizá, antes de cubrir la cabeza de su actual propietario, fué remate del figurado guardián que se arma en medio de las huertas para espantar a los gorriones. Pero si mucho el sombrero decía, más dijo el hombre, y sus manifestaciones encerraron tanta enseñanza, que aquí las copio, sin más enmienda que la supresión de mis observaciones y preguntas en el curso del diálogo. Así aparece más clara y compendiosa esta página viva de la Historia nacional.

—Vuecencia no me conoce, señor don José. Yo soy *Sebo*..., quiero decir que así me llaman, y por *Sebo* me conoce todo el mundo en Madrid, aunque mi nombre es Telesforo del Portillo. El mote proviene de que nací y me criaron en un taller de extracción de sebo, calle del Peñón, donde mi padre y toda mi familia tenían la industria de velas, que allá por el cuarenta y ocho vino a parar en ruina, por causa de la introducción de la maldita esperma y otras porquerías sacadas, según dicen, de las ballenas de mar... Desde que yo empecé a discurrir, más que los oficios de mano me gustaban los de cabeza, todo lo que fuera cosa de ilustración o por mejor decir, de literatura. Con otros chicos representaba comedias, y de noche, en mi casa copiaba versos de algún periódico para aprendérmelos de memoria. Llevado de mis aficiones, el primer pan que gané me lo dieron en la escuela de párvulos de la calle de Rodas, donde serví la plaza de auxiliar dos años cumplidos. Aunque me esté mal el alabarme, yo aseguro que no me faltaban disposiciones para desasnar criaturas. Con la paciencia que Dios me ha dado y cierto don natural para dominar las almas infantiles, hice verdaderos milagros en aquel desbravadero de las inteligencias. A muchos borricos domé, y más de un idiota me debe el dejar de serlo. El maestro, mi jefe, me tenía en grande estimación; era yo su brazo derecho, y en los últimos meses llevaba el peso de la escuela. Pero como nadie me agradecía los servicios que yo prestaba a la nación, cogiendo de mi cuenta a los españoles chicos para convertirlos de animales en ciudadanos, y como mi estipendio era tan corto que apenas pasaba de dos reales y medio al día, insuficiente para pan y arenque o

molleja, me vi precisado a cambiar de oficio. Por aquel tiempo empezó a salirme familia..., pues aunque yo no estaba casado todavía, la que hoy es mi mujer me había dado ya el primer hijo, principio de la cáfila de nueve que ya lleva paridos, de los cuales me viven seis para servir a Dios y a vuecencia.

»Para no cansarle, señor don José, después de mil contradanzas, molestando a medio Madrid en busca de colocación, el señor Bertrán de Lis me metió en este *pandeldemonio* de la Policía, que es, hablando pronto y mal, el oficio más perro del mundo... y el más deshonrado, el más comprometido, si no se pone uno al igual de los criminales y come de ellos y con ellos para ayuda del gasto de casa..., que es muy grande, señor. Los ricos no tienen idea de las fatigas de un padre de familia con seis criaturas, mujer, hermana mayor y otros parientes que acuden al olor de un triste puchero. Esto no lo sabe el rico, que nos paga míseramente para que le cuidemos su vida y hacienda, y sobre pagarnos tan mal, tan mal, que todo mi deber, pongo el caso, no pasa de nueve reales y medio al día, nos exige que tengamos virtudes... ¡Virtudes, señor, virtudes! Maniobrando uno entre todos los vicios, y cuando en su casa no le entran a uno por los oídos más que clamores de la mujer: ¡que si los chicos están descalzos, y ella sin camisa, y todos con hambre por la cortedad del alimento! Yo tendré todas las virtudes conocidas, y algunas más, el día en que me las avaloren por moneda corriente, que de otro modo no puede ser. Si quieren virtudes baratas o de gorra, formen un Cuerpo de Policía de anacoretas, clérigos u otra calaña de gente sin familia ni necesidades. Suprímase la familia, seamos todos sueltos, tengamos refectorios públicos para matar el hambre y habrá virtudes. De otro modo no puede haberlas, y aquí estoy yo para decir, con el corazón en la mano, que no soy virtuoso. Gazmoñerías hipócritas no entran en mí. Y frente a un caballero que sabe apreciar las cosas como son, abro primero mi conciencia, después mi boca, y alargo mi mano para que los pudientes me den el pedazo de pan que el Gobierno, mi amo, no quiere darme por mi servicio. Yo huelo dónde guisan, y allá me voy. Hablo con un caballero, y humildemente le digo: «Señor, *Sebo* se pone a sus órdenes para todo lo tocante a dejar tranquilos a esos beneméritos Navascués y Gracián, que...

.....

»Gracias, señor, por su ofrecimiento de socorro, que debe hacer efectivo a toca teja, porque en mi casa se carece de lo más preciso. Y paso a informarle de lo que desea saber. Anoche, cuando entraron en su casa el Navascués y el Gracián vestidos de paisano, di conocimiento al señor Chico, que me ordenó suspender la vigilancia de estos sujetos. Naturalmente, ¿qué vamos ganando nosotros con extremar las cosas? ¿Apurar la ley para que el día de mañana los perseguidos de hoy nos limpien el comedero? Españoles somos todos, con derecho a vivir, y el grano que para nuestro alimento nos tira la Providencia desde el cielo lo hemos de coger donde caiga... Digo, señor, que si el granito cae en campo revolucionario, allá nos tiramos a comerlo. Revolución quiere decir: «Caballeros, apártense un poco, que ahora vamos los de acá.» En fin: que Juanes y Pedros todos son unos..., y si el señor no se incomoda, le diré que mis chicos andan descalzos.

.....

»Gracias, señor, por su nuevo ofrecimiento. ¿Quiere saber los antecedentes criminales de esos dos *peines?* Pues allá van: al Navascués le conozco poco, pues no ha sido de mi *parroquia*. Le *tenía* un compañero mío, por quien sé que se pasa la noche comprometiendo a la oficialidad de Constitución y de Extremadura. Al otro, al Gracián, sí le conozco, y más cuenta me tendría lo contrario, porque los porrazos que de él y por él he recibido no se pueden contar. Créame, señor: entre todos los españoles locos, el más rematado es ese Gracián. Si el conspirar no existiese, él lo hubiera inventado. Desde que estrenó el uniforme anduvo en líos de pronunciamiento. Por poco pierde la pelleja en Madrid, el cuarenta y ocho, y después en las Peñas de San Pedro. Vive de milagro: le matan y resucita. Es valiente; pero de esos que no pueden vivir sin faltar a la ley. A mujeriego no hay quien le gane. Cuando no engaña a dos, a tres engaña. Las mujeres quieren salvarle y él no se deja.

No hay en la Policía quien no tenga en alguna parte del cuerpo señal de sus manos. Yo, *sin ir más lejos*, estuve dos semanas con la cara hinchada, porque..., verá vuecencia: quise cogerle una noche, a su salida de Palacio, ¡de Palacio, señor!, que allí tenía su albergue. Me dió tan fuerte golpe, que perdí el sentido y creí que escupía todas las muelas de este lado. A dos compañeros míos, otra noche, junto a Caballerizas, les descerrajó un pistoletazo, pasándole a uno el sombrero y quitándole a otro un pedazo de oreja. Intentaron echarle mano; pero él sacó un cuchillo de ese tamaño, con perdón, y les acometió con tanto coraje, que si no echan a correr, allí se dejan el mondongo. Asómbrese vuecencia: hasta hace poco vivía en los altos de Palacio: parece que es sobrino carnal de una señora que vistió el hábito de monja en el convento de Jesús. Don Francisco Chico, cuando le llevamos esta referencia, nos dijo: «Cedos quedos, muchachos. Tres sitios hay donde no debéis meteros nunca: río, rey y religión.»

.....

»Razón tiene mi señor don José: dentro de Palacio hay ideas y personas para todos los gustos... Bien dice don Francisco Chico que el piso segundo es una república... Al tercero suelo subir yo, porque allí vive un primo mío, que me debe ochenta y dos reales de unos colchones que mi mujer vendió a la suya, y por cobrárselos a pijotadas, apechugo, en los primeros de mes, con el sinfín de peldaños de aquellas malditas escaleras. Por el primo sé muchas cosas de esas que se le dicen a uno para que las calle, y así hago yo...: oír y callar. Los magnates se encargan de pregonarlas: ellos, que de presente adulan, por detrás despellejan. El pobre es el que habla siempre bien de las personas altas, pues como está mal comido, no tiene aliento más que para honrar y aclamar. El pobre mal comido dice a todo que sí, porque para el *sí* no necesitamos tanto aliento como para el *no*... Por esto, yo sostengo, y no se ría, don José, yo sostengo que si el pueblo estuviera bien comido, bien bebido y asistido en total de sus necesidades, diría que *no*, viniendo a ser enteramente revolucionario. Lo que oíamos cuando éramos niños, seguimos repititéndolo de grandes. «¡Viva Isabel!», fué el son con que nos arrullaban en nuestras cunas, y «¡Viva Isabel» gritamos hasta la muerte. Es un estribillo que tiene por causa la mala alimentación. Los hambrientos cogen un decir y no lo sueltan en toda la vida. Los señores bien cebados son los que pueden discurrir y hacerse cargo de las cosas públicas, mientras que el pobre, sin sustancia, es perezoso del cerebro, y no le entran más ideas que las que ya entraron, o sea, las que recibió como herencia al mismo tiempo de recibir el patrimonio de su pobreza. Tomando pie de esto, excelentísimo señor, le suplico que mire por Telesforo del Portillo, alias *Sebo*, que es buen hombre, aunque en este oficio condenado no lo parezca; y puesto vuecencia a proteger, eche una mano a toda la familia. Verbigracia, el chiquillo mayor de los míos, a su padre sale en lo agudo y a su madre en lo hacendoso. Sabe leer y escribe con buena letra. En esta gran casa podría tener colocación, aunque sólo fuera para llevar y traer recados. Si quiere ponerle librea, mejor, que así se acostumbrará el niño al empaque tieso y a las posturas nobles, como quien dice. La niña mayor, aunque me ha salido un poco jorobadita, es muy dispuesta para todo, y un águila para la costura..., quiero decir que cose con primor y que sus dedos vuelan... Bien podría la señora marquesa traerla acá y tenérmela empleada de sol a sol en la costura de casa tan grande... De mi esposa sólo digo que tiene manos de ángel para el planchado fino, y que en la compostura de encajes da quince y raya a la más pintada... Vea el señor marqués qué fácilmente puede ayudar y socorrer a este pobre *Sebo*, a este honrado *Sebo*, que por las callejuelas de su oficio camina en persecución de las virtudes, sin poder encontrarlas, y...

XIII

No le dejé concluir; ya el sonsonete de su voz, que había empezado festiva, volviéndose gradualmente cavernosa y lúgubre, retumbaba en mi cerebro como el insufrible aleteo del moscardón. Con un socorro pecuniario correspondí

al ofrecimiento de sus servicios, y puse precio razonable a su filosofía policíaca, forma vaga de humanismo no disconforme con mis ideas... Para él sería yo el verdadero Gobierno, el Estado efectivo; y pues mi bolsa suplía las escaseces de la nómina oficial, a mí debía darme *Sebo* el fruto informativo de su trabajo, entendiéndose que jamás haría yo uso inconveniente de tan extraña subrogación. Retiróse el hombre muy contento, y aquel mismo día, por la tarde, me dió pruebas del entusiasmo y diligencia con que a mí se acogía, llevándome nuevos informes del Bartolomé Gracián, los cuales avivaron hasta lo indecible la curiosidad que aquel extraño conspirador había despertado en mí. Y el gran *Sebo*, como si su memoria fuese un canasto repleto de inútiles cosas cuya pesadumbre le estorbaba, vació en mis oídos estos fragmentos de historia privada.

Es Gracián el más atrevido y el más afortunado mujeriego de España y sus dominios. Su extraordinaria guapeza de figura y rostro le dan las primeras armas; las completa y afina con su increíble atrevimiento y con su exquisita labia para trastornar el seso a las hembras. Desde que fué hombre declaró guerra sin cuartel a dos principios fundamentales: la moral doméstica y la disciplina militar. Es éste en él un doble apetito, una doble pasión, que le coge toda el alma, sin dejar espacio para más. No hay situación política que él no intente destruir con las armas, ni mujer bonita, casada, soltera o viuda que no quiera conquistar por el amor. Aseguró *Sebo* que todas, absolutamente, se le rinden, y extendiéndose en este sabroso asunto, alargaba el hocico, erizando las cerdas de su bigote, y entornaba con picardía sus ojos vivarachos.

—Cuidado, *Sebo*—le dije—, que eso del rendimiento de todas no puede constarle a usted ni a nadie.

Y él afectando imparcialidad y moderación:

—Pongamos casi todas, señor don Jose. Hay en la vida de este hombre un caso que sé por referencia, pues en aquel año, que era el cincuenta y uno, no estaba yo encargado de él, ni le había echado la vista encima. Andaba escondido; sobre él pesaba sentencia de muerte; vivía con una moza muy guapa, que le quería y le cuidaba como si fuera su esposa por la Iglesia, y de la noche a la mañana... No, no es que la abandonara, señor; no es eso... El abandono de la moza bella no tendría nada de particular. Fué un caso más raro y nunca visto. Otra mujer, a quien él no conocía más que de oídas, le robó..., robó al capitán, llevándosele a sitios escondidos para tenerle por suyo... No se ría, señor; es como se lo cuento. Se ven raptos de mujeres en el mundo muchas veces; en el teatro, a cada momento. Pero raptos de hombres así, cogiéndole en un camino por manos de policías y cargando con él como se carga a una doncella, no se ha visto, creo yo, más que en el caso del capitán Gracián.

—¿Y la otra, amigo *Sebo*, la que vivía con él?

—Buscándole estará todavía, pienso yo...

—¿Y él?...

—Un compañero mío, que estuvo en el ajo, me ha contado que el muy tunante hizo poca o ninguna resistencia... Vamos, que se dejó robar. O algún antecedente tenía ya de esa señora ladrona de hombres guapos, o, por ser tan listo, le dió en la nariz olor de una barraganía de provecho.

—¡Vaya, que la mujer que tal hizo era de veras arrisacada y jaquetona! Y ¿anduvieron policías en ese gatuperio? En él veo yo la mano experta de don Francisco Chico.

El señor coge las cosas al vuelo, y así no tengo yo que decir nada malo de mi jefe.

—Es un travieso de marca mayor, y sin ningún escrúpulo. Pero la dama ladrona, sólo por idear el robo de un hombre y afrontar las consecuencias, tiene sus puntas de heroína. ¿Quién es, *Sebo*?

—Pues una solterona que por lunática fué arrojada del convento de Jesús; mujer de cuidado, que, según dicen, es un poco boticaria y un poco droguista. Compone aguas de olor para refrescar el cutis o para pintar el pelo, y bebedizos para echar del cuerpo los demonios o meterlos en él si a mano viene. Entiendo yo que es bruja, señor, y de aquellas que, por criarse en conventos, saben más que Merlín y su hijo. ¿Me pregunta vuecencia que qué cargo tiene en Palacio? Pues el de centinela, para ver quién entra y sale, quién priva y

quién no priva, y contarle todo a la Madre. La Madre de las Llagas es su verdera reina y el amo a quien sirve... Vea el señor si tendrá poder la *boticaria*, maniobrando entre dos reinas, la de acá y la de Jesús...

Al llegar a este punto se apareció en mi mente la figura que yo creí desconocida, y de pronto resultaba persona de mi particular conocimiento. ¡Acabáramos!... En la compleja vida social, sucede a menudo que oímos referir peregrinos hechos, y dudando de su certeza, los atribuímos a individuos fantásticos. Nuestro asombro se asemeja al infantil interés que despiertan los maravillosos cuentos de hadas. Mas por cualquier circunstancia descubrimos que el héroe, o la heroína, de tan singular historia es un ser vivo, le conocemos, le tratamos, y entonces nuestro asombro se concreta, se refuerza con la credulidad, y es clara percepción de la realidad humana. Lo que juzgábamos absurdo, sólo por ser impersonal, nos parece verídico en cuanto el caso se cristaliza en el rostro de una persona conocida.

—Señor *Sebo*—dije yo, interrumpiéndole, no sin alegría—, ya estoy al cabo de la calle. La que usted llama *boticaria* no puede ser otra que doña Domiciana Paredes, hija de un cerero de la calle de Toledo y amiga íntima de la que lo es de mi familia doña Victorina Sarmiento. Mi mujer y yo la tratamos, la hemos recibido en nuestra casa, la hemos obsequiado con chocolate, no una sola tarde, sino dos y tres, y por venir en compañía de doña Victorina la hemos mirado como a persona de respeto. Ya sabía yo que en Palacio era *embajadora* o *cónsula* de la Madre. La gracia y amenidad de su conversación nos revelaban a una mujer de talento. Ahora, oído el informe del rapto de Gracián, vemos en ella un entendimiento y un brío de voluntad que la igualan al mismo Napoleón.

—Eso he dicho yo, señor don José..., doña Domiciana es un Napoleón...; no este que ahora gobierna en Francia, sino el otro, el que llamaban Primero y acabó sus días en una ínsula. Porque ha de saber vuecencia que la *boticaria* engañó a doña Victorina haciéndole creer que el capitán robado era su sobrino y demostrándoselo con documentos que sacó no sabemos de dónde. Sabe imitar el papel de barbas antiguo, la tinta vieja y las obleas y lacres del siglo anterior... Pues, arrebatado el galán, le escondió en una casa de campo, radicante en el camino real de Aragón, un poco más acá del sitio donde arranca el senderillo de la Fuente del Berro... A poco del secuestro, se ocupó la ladrona de conseguir el indulto de su sobrino, pues ya he dicho que estaba dos veces condenado a muerte por Consejo de Guerra... Ello no fué difícil con las buenas agarraderas de doña Victorina...

—En las gestiones para ese indulto anduve yo también, amigo *Sebo*.

—Anduvieron muchos. O'Donnell se resistía. Una cartita de su majestad amansó los rigores del general. Indultado el capitán, sus primeras salidas fueron para las conquistas de amor. En tres días hizo estragos en las afueras de la Puerta de Alcalá, cortejando y enloqueciendo a varias mujeres: una en el Parador de Muñoz, otra en la huerta de Retena, dos en las casas de Piernas y en el portazgo del Espíritu Santo... Doña Domiciana tocaba con sus manos el santo cielo. Para evitar escándalos, discurrió mandar al galán a Puerto Rico con el general Prim. Ya estaba todo concertado para este viaje; pero la noche en que Bartolomé debía marchar a Cádiz en silla de postas desapareció como un duende, sin que por ninguna parte le pudiéramos encontrar... Por fin, a los tres días se delató él mismo en casa del señor Toja..., calle del Factor. Y ¿cómo se descubrió ese pillo? Pues rompiéndole la cabeza a un amigo suyo, don Nicasio Pulpis... Allí se reunían..., dicen que a jugar al tresillo: yo entiendo que a verlas venir. Para mí, Gracián cameló a la Rosenda, que antes fué querida de un tal Castillejo, también de la cáscara amarga y conspirador de afición, como esos que matan *por dar gusto al dedo*... Las heridas del Pulpis desbarataron el tapujo del Gracián. Pero el señor Toja, más ciego que un topo, seguía defendiéndole, y entre él y la Rosenda nos le quitaron de las manos. Volvió a parar el hombre a las de la *boticaria*, que esta vez en el mismo Real Palacio le aposentó, sin que doña Victorina se llamase a engaño: con tanta sutileza tramó el enredo aquella sabia *Napoleona* o Napoleón de las mujeres...

»¿Qué más quiere vuecencia que le

cuente, ilustre señor? Si no se cansa, le diré que por Gracián enloquecieron y se trastornaron una tal Eduvigis, esposa de cierto carrerista, y la hija mayor de un gentilhombre, llamada Inés... Fué tal el desatino de ésta, que se propinó una toma de fósforos en aguardiente, porque el galán había faltado a una cita que le dió en la iglesia de la Encarnación... Pasaron días, muchos días, en los que perdí el hilo de estas cosas. Gracián desapareció de Palacio. No hace dos meses que doña Domiciana volvió un día a su casa con el cuerpo lleno de contusiones, un ojo hinchado y el morro enteramente torcido. ¿Qué le había pasado?... Por decir extravagancias, hasta se dijo que en el convento de Jesús anduvieron las monjas a trastazo limpio con una caterva de diablos rabudos y cornudos que entraron por las chimeneas. Y tan estúpida es la gente y tan desleída en la sangre tenemos los españoles la superstición maldita, que no faltaron personas que creyeran estos disparates... Otras vieron en el rostro de la boticaria la mano del Gracián. Pero ella se aguantó, y con sus alquimias se puso a la curación de las mataduras, quedándose en un santiamén como nueva. Digo que es bruja, señor, porque como santa no lo es... Gracián vivió algún tiempo en Caballerizas, durmiendo allí de día, y largándose por las noches a la vida de tertulias secretas, en la Redacción de algún periódico o en zahurdas donde conspiran hasta los gatos... En estas idas y venidas ya teníamos armada una trampa para cogerle, juntamente con el señor de Navascués, cuando se guarecieron los dos en esta casa... Yo pregunto: ¿por seducir mujeres se debe perseguir a un hombre? Y ¿por pronunciarse, qué? ¿De estas dichosas *pronunciaciones* no han salido todos los generales que nos mandan? Pues los pronunciados de ayer ya llenaron bien el buche, dejen comer a otros, señor. Yo digo que debe haber turno en las mesas de los ricos o que alternen para que podamos alternar también los pobres. Bien nos dice la experiencia que cuando los gobiernos duran mucho, todo el tráfico se paraliza, la clase menestrala no tiene qué comer, aumentan los robos, las patronas y pupileras están a la cuarta pregunta, la mendicidad crece, disminuye la caridad pública, el abasto de la plaza es malo y carísimo, la carretería se estanca, los taberneros echan más agua al vino, el pueblo se entristece, bajan las rentas de Tabacos y de Loterías, nacen más chiquillos, las calles se desaniman, los sastres perecen y toda la nación está como una novia desconsolada a quien nadie le dice *por ahí te pudras*.

—Muy bien, muy bien, amigo *Sebo*. Estamos conformes. Los gobiernos duraderos originan enormes calamidades. ¿No condenamos la pereza en las personas? Pues peor es en los pueblos. Progresar quiere decir moverse, renovarse, mudar de estado, de postura, de ideales, de ensueños, de vestido, de modas. Hasta los enfermos crónicos y aprensivos abominan del reposo, cambian de enfermedades, y cada día inventan una nueva. No basta variar de médico; hay que variar de dolores. «Ya no me duele aquí, sino aquí.» Progresar es cambiar de amigos, de novias, de afeites, de juego, de aires. España es un mendigo que se aburre de estar siempre pidiendo en la misma esquina. «Vámonos a la de enfrente que por ésta no pasa nadie.» España no necesita de la acción consolidadora del tiempo, porque no tiene nada que consolidar; necesita de la acción destructora, porque sus grandes necesidades son destructivas. Las revoluciones, que en otras partes desequilibran la existencia, aquí la entonan. ¿Por qué? Porque nuestra existencia es en cierto modo transitoria, algo que no puede definirse bien. Yo la veo como si el ser nacional estuviera muriendo y naciendo al mismo tiempo. Ni acaba de morirse ni acaba de nacer. Por eso apetece el movimiento, la variación de ambiente, de personal, el cambio de hombres públicos, a ver si éstos son menos sepultureros y más comadrones. ¿Me entiende usted, amigo *Sebo*?

—La verdad, señor: no lo entiendo muy bien.

—Digo que el ser nacional está en todo este siglo muriendo y naciendo. Los hombres públicos y cuantos de política se ocupan, incluso los militares, sepultan y al propio tiempo vivifican... La nación quiere mudanzas y revoluciones para que el nacer sea fijo y se acabe el morir.

—Ahora lo entiendo menos, excelentísimo señor.

—Pues sí: húndanse los gobiernos, vengan revoluciones para que el país se despabile y aprenda a vivir a la moderna, y salgan hombres de gran poder, y tengamos más medios de ganar la vida y se acabe el morir lento de un pueblo.

—Ahora entiendo, porque..., como dijo el otro, los pueblos no mueren.

—Se modifican, se refunden. España no ha encontrado el molde nuevo. Para dar con él, tiene que pasar todavía por difíciles probaturas y sufrir mil quebrantos que la harán renegar de sí misma y de los demás... Pero si el señor *Sebo* no tiene interés en que lleguemos a desentrañar este punto hondísimo de histórica filosofía, pasemos el rato en el examen de los hechos, alegres o tristes, patéticos o graciosos, más interesantes que esas peregrinas imitaciones de la realidad que llamamos novelas. Celebremos ver ensanchado el campo de la verosimilitud. Nada es mentira, amigo *Sebo;* la verdad se viste con los arreos de lo fabuloso para cautivarnos más y cuando ve que la contemplamos embobados, suelta la risa, se quita el disfraz y nos dice: «Mentecatos, no soy arte: soy... yo.»

—Quiere decir que estas cosas parecen cosas de poetas, y aquí el poeta no es otro que el mundo de Dios... Aún no he contado al señor todos los enredos del Gracián, ni los apuros de doña Domiciana para tenerle sujeto.

—No es conveniente, buen *Sebo*, que ahora prosiga usted relatando estas verdades que parecen mentirosas... Con lo referido basta por hoy, que la acumulación de pasajes interesantes en cualquier historia produce en el oyente un efecto congestivo... Economicemos el asombro y sujetemos a medida el examen recreativo de los hechos humanos... Necesito comunicar a mi mujer estos descubrimientos y que ella y yo, en íntima conversación, nos solacemos comentándolos. Los ricos que no tienen nada que hacer se morirían de tedio si no alegraran su vida, en que todo está hecho, pasando revista a la vida de los demás... Vea usted en qué consiste la única felicidad de los ricos, precisamente por ricos ociosos: son felices mirando y midiendo la infelicidad ajena... Mi mujer ha salido a visitas. Ya se me hacen largos los minutos que dure su ausencia más del término regular... Paréceme que siento abrir la puerta... Es ella... Haga el favor de ver...

—Es la señora marquesa...

—Retírese, amigo *Sebo*, y venga pronto, que tengo que encomendarle un asunto...

—¿De mujeres, excelentísimo señor? —dijo Telesforo en voz baja, dulzona, después de aguardar a que los pasos de María Ignacia se perdieran en el pasillo.

—De mujer..., pero no sola..., que donde hay mujer hay hombre.

XIV

Estupor, miedo, risa causó en María Ignacia la revelación de las inauditas aventuras donjuanescas de nuestra venerable amiga Domiciana. ¡Cuán verdadero es que en visita toda persona nos parece juiciosa y de intachable moral! Conocíamos a la monja *boticaria* por haberla recibido en nuestra casa más de una tarde, en compañía de Victorina Sarmiento, antigua relación de los Emparanes. Nos había cautivado la conversación amena, el delicado gracejo de la buena señora y sus felices ocurrencias, expresadas con la dicción más pura, dentro de los términos más decorosos. Encantados la oíamos todos los de casa y, ausente, consagrábamos a su recuerdo alabanzas salidas del corazón. Refería-nos episodios del claustro, ridiculeces ingenuas de algunas monjas, poniendo en sus relatos toda la sal compatible con la piedad y el respeto de la religión; y si nos hablaba de tipos y escenas palaciegas, hacíalo con exquisito comedimiento, sin que el menor roce de su lengua, siempre muy pulcra, empañara nombres ni manchara reputaciones, aun las más equívocas. ¡Quién nos había de decir que aquella simpática jamona, todavía fresca, más graciosa de palabra que de hocico, divierte sus ocios de exclaustrada en cacerías y robos de hombres guapos! ¡Qué cosas se ven y cuán caprichosas, en su inmenso reino, son la flora y la fauna del vivir humano! ¡Qué infinita variedad de formas, qué extravagancia en algunas, qué sencillez elemental en otras! Llamamos original a lo que vemos por primera vez, y nuevo a lo viejo que no conocíamos. Todos los casos morales tie-

nen la misma edad, como los tipos vegetales. La Naturaleza lo inventó todo de una vez, y ya no inventa; no hace más que combinar las ocasiones y escenarios en que nos descubre sus secretos: así llamamos a lo que, después de visto por millones de ojos, en cien generaciones, pasa ante los ojos nuestros...

Tan pronto risueña como asustada, mi cara esposa expresaba de este modo sus turbadas ideas:

—Me da miedo el descubrimiento de acciones tan contrarias a lo que hemos visto y creído. Con tales sorpresas acabaremos por dudar de todo. ¡Vaya con doña Domiciana! Necesito que pase algún tiempo para formar un juicio claro de esa mujer. Lo que es ahora, no puedo decirte con verdad si se empequeñece o se engrandece a mis ojos. Es que..., veamos si acierto..., es que las debilidades achican, y los grandes actos de voluntad agigantan. Domiciana es débil, Domiciana es fuerte. ¿Con cuál de las dos mujeres nos quedamos?

—Yo me quedaría siempre con la fuerte. En Napoleón Bonaparte, la acción enérgica eclipsa todo lo demás; los errores, las vanidades, las infamias menudas...

—Y ¿qué me dices del don Juan ese? ¡Valiente sinvergüenza! ¿Pero el tipo del seductor de oficio existe todavía? ¿No me dijiste que había pasado, como los poetas pastoriles y los bandidos generosos?

—Pasan, sí..., pero vuelven.

—No sé qué me repugna más: si el hombre degradado que hace del amor criminal una profesión, o las bribonas que se dejan burlar por un tunante de esa ralea. La que cae en semejante trampa es tonta o está moralmente perdida antes de que la pierdan... Ahora, Pepe mío, ya lo estoy viendo, la primera idiota a quien pondrá las paralelas ese canalla será su patrona, tu cuñada Segismunda.

—Esa improvisada señorona no es vulnerable en su imaginación, sino en su vanidad y en su interés. No siente otra poesía que la de los diamantes, joyas y objetos de valor... Gracián, según entiendo, es pobre, y su arsenal se compone de palabras y artificios amorosos. Más que por Segismunda, que no tiene un pelo de tonta, temo yo por Valeria, ligerita de cascos y sin consistencia en nada..., digo, es consistente en la pasión por los muebles bonitos y los trajes elegantes.

—¿Qué diferencia ves entre las dos hermanas?

—La diferencia que hay entre una muñeca y una mujer. Valeria es un juguete; Virginia una fuerza.

—Ese burlador de profesión, con ser ridículo y sus víctimas unas pobres ilusas, me causa miedo. ¿Y has dicho que conspira contra la Autoridad, contra todos los gobiernos? En buenas manos está la salvación de la patria... No le deseo la muerte; pero sí una encerrona larga, en cualquier castillo donde no entren mujeres...

—Es un soñador, que no se conforma con la realidad, y busca siempre lo que está detrás de lo visible...

—Y detrás de lo visible ¿qué se encuentra?...

—Se encuentra.... lo que se busca..., una imagen que al encarar con ella nos dice: «No soy lo que quieres... Lo que quieres viene detrás...» Y así sucesivamente hasta lo infinito...

—Pues el que persiste en buscar lo que no encuentra, o es un loco o necio de solemnidad.

—Es un descontento, un ambicioso, un investigador de almas. Puedes creerlo: el tal Gracián me interesa y deseo tratarle...

—¡Ay Pepe, Pepito, ya te me estás echando a perder!... ¿Volveremos a las andadas..., a la persecución de lo invisible?

Sigue junio.

Tan a pechos ha tomado sus obligaciones de soplón el diligente *Sebo*, que ya me fatiga. Los cuentos que un día y otro me trae, y que, enredándose como las cerezas, salen de su boca de caníbal, enriquecen mi conocimiento con preciosos datos de la vida real, los cuales vienen a mí mezclados con salpicaduras poco gratas de la saliva del comunicante... Creyera yo que sus bigotes cerdosos son un hisopo automático, que rocía bendiciones mientras su palabra les da realidad fonética. En fin, el hombre me dice tantas cosas, que ya no tiene mi memoria cabida para conservarlas: unas se me olvidan; a otras no doy crédito; las hay que me causan enojo porque aclaran demasiado los senos recónditos

de la vida y destruyen el sabroso misterio.

Mi mujer ha tomado entre ojos al policía revelador: cree que sus continuas, minuciosas confidencias alteran mi ecuanimidad; ha llegado a ver en él como un diablo que viene a posesionarse de mí, trayendo la forma propia de nuestra época, no ya cuernos, rabo y escamas, sino el cortado bigote de rígidas hebras, como un cepillo, y el bastón de agente de la Seguridad Pública. Debo, según mi mujer, ponerle bonitamente en la calle. No soy de esta opinión, porque entre infinitas referencias menudas, que son como los dichos del vulgo recogidos a espuertas en medio del arroyo, me ha traído algunas de un valor inapreciable.

—Por este diablo de *Sebo*—dije a María Ignacia—sé que O'Donnell está escondido en la travesía de la Ballesta, número tres. *Tres* jóvenes que yo conozco, Vega Armijo, Cánovas y Fernández de los Ríos, le ponen en comunicación con *tres* generales que aparentan servir al Gobierno. ¿Quiénes son? Aún no me lo ha dicho mi diablo. Lo que sí se sabe es que el regimiento de Extremadura y el segundo batallón de la Constitución han picado en el anzuelo. Tendremos guerra en las calles. Ya puedes ir haciendo provisiones para la encerrona que nos espera... ¡Ah!, también está en el ajo nuestro amigo Echagüe, que manda el Príncipe. Cuidado, no te olvides de almacenar vituallas como para un largo asedio... Pues sí: el general O'Donnell, hoy perseguido, mañana triunfante, se aloja en un piso segundo: escalera empinada..., portal oscuro y mingitorio. En tan vulgar mansión reside la cabeza de la España política y militar de mañana. ¿No lo crees?

—Cuéntaselo a papá. Según él, lo que se dice de Mesina y de Dulce es invención de desocupados. Ni esos caballeros, ni otros que andan en bocas de la gente, han pensado en volverse contra el Gobierno. El ministro de la Guerra, señor Blaser, llamó a Dulce y le metió los dedos en la boca. Pero Dulce, poniéndose la mano en el pecho, juró que él es leal, y tal y qué sé yo...

—Haz provisiones, mujer mía, y tu papá, que es un inocente, lo agradecerá mucho. Madrid será el día menos pensado, mañana quizá, una plaza sitiada. Se me ocurre que debemos comprar dos buenas cabras y habilitar para establo una de las habitaciones más ventiladas... Figúrate que la tremolina dura tres días, cuatro... ¿De dónde sacaremos la leche?... Asegurada la subsistencia para toda la familia, nada me importa que Madrid sea un campo de batalla: vengan tiros, lucha, sacudimientos; sean allanadas las moradas de los soberbios; las viejas rutinas caigan; ábrase paso la vida nueva...

—¡Jesús, Jesús, ya te veo trastornado!... Pero ¿no deliras? ¿Será menester que compremos las cabritas?

—Sí... Para que den leche a nuestro hijo prisionero... Al propio tiempo le proporcionaremos un juguete vivo.

14 de junio.

¿Sabes, mujer mía, lo que ocurre? Encerrémonos aquí y hablemos. No se entere nadie de lo que voy a contarte, que es reservadísimo... Si tu papá nos oyera, buena la haríamos. Llevaría el cuento a don Félix Jacinto Domenech, y éste a San Luis, y San Luis a Blaser... No, no: esto queda entre nosotros. ¡Y luego pensarás mal del pobre *Sebo*, que es para mí el susurro de la Historia: hoy habla bajito y mañana lo dirá todo a gritos!... Pues ayer, ayer estalló la revolución... No, digo..., quiso estallar; pero tuvo que dejar el estallido para mejor ocasión. Verás: Cánovas... No, no fué Cánovas; déjame que ponga orden en mis recuerdos... Vega Armijo, tan joven y ya revolucionario, sacó de su escondrijo al general don Leopoldo O'Donnell... Eran las cinco de la mañana cuando el coche arrancó de la travesía de la Ballesta... ¿Adónde iban? A Canillejas, mujer, un pueblo agreste, más allá de las Ventas del Espíritu Santo. En esto, Cánovas... no, no; Dulce... Debí empezar por decirte que Dulce sacó muy temprano la Caballería..., con el fin laudable de maniobrar..., y que Echagüe maniobraba también en las afueras de la Puerta de Alcalá... Todos maniobraban, y maniobrando se les fué la mañana, mientras esperaba O'Donnell en un mesón de Canillejas..., el caballo a la puerta, ensillado con montura de teniente general. Todo el que pasaba por allí pudo verlo; lo vió la Policía... Esperó Leopoldo más tiempo del regular. Y Dulce, ¿qué hacía?

Y los regimientos de Extremadura y Constitución, ¿dónde estaban? En el cuartel de San Francisco... Habían prometido salir..., pero no se determinaron... Querida mujer, ya no necesitas traer provisiones ni comprar las cabritas. Todo ha fracasado... A la fuerza expansiva de las ideas ha vencido una fuerza mayor: la inercia, la formidable pesadumbre de las almas que no vuelan ni corren... ¿Y O'Donnell? Pues mohino volvió de Canillejas a su lugar, o sea la mísera casa de la Travesía. Me le figuro arrastrando por el suelo su mirada, el largo cuerpo en curva, Quijote irlandés, lúgubre y desabrido, sin la cómica elegancia del manchego.

A mis noticias contestó María Ignacia felicitándose del fracaso del movimiento. Mala es, según ella, la *polaquería;* pero los conjurados no traen otro fin que quitar de las manos *polacas* el ronzal con que sujetan a esta pobre bestia de la nación... El ronzal cambiará de mano; pero en estas o las otras manos, continuarán las mismas mataduras en el pescuezo nacional. No lo dijo así mi mujer. Expresó la idea, que yo adorno a mi gusto al vaciarla en estas *Memorias.*

—Ven acá, esposa mía—le dije, movido del prurito español de las discusiones—, ven acá: ¿qué hablas ahí de ronzales? ¿No hallas diferencia entre la *polaquería,* que es la política mohosa, rutinaria, y esta revolución juvenil que trae espíritu y modos nuevos? Fíjate en lo que llamamos pléyade..., en esta trinca de muchachos leídos, como que todos ellos saben francés y nos sacan a cada momento ejemplos mil de los pueblos extranjeros. Conoces a Ríos Rosas, le has visto y hablado en casa de Bravo Murillo. Es aquel rondeño, de áspera fisonomía, de palabra premiosa que revela su austeridad... Conoces a Cánovas, el chico de Málaga, que discurre con juicio sereno y sabe esclarecer las cuestiones que nos parecen más oscuras... Conoces a Gabriel Tassara, poeta y orador, que viene a ser lo mismo... Los tres hacen versitos, o los hicieron cuando iban a la escuela. La poesía es el germen de la sabiduría política. De Cánovas y de Ríos Rosas espero yo que sean humanas alquitaras: sus privilegiadas cabezas destilarán la sensibilidad andaluza para obtener el puro espíritu lógico... La lógica no es más que el zumo y la esencia de la poesía... No te rías, mujer... Pues en esta brillante cáfila de jóvenes salidos del estado llano, ponme también a Fernández de los Ríos, Ortiz de Pinedo, Nicolás Rivero, Martos... A todos les conozco. Abogados son los más, y están bien enterados de cómo se hacen y se deshacen las leyes... Veo que te ríes de mí, y no sigo... Si he de decirte la verdad, yo tampoco tengo en estas cosas más que una fe relativa. Los pueblos desgraciados se enamoran de lo nuevo... Y si en esos seres desgraciados están en mayoría los hambrientos, el entusiasmo por las revoluciones es delirio. Analizando y desmenuzando la llamada opinión, encontramos este voto atomístico: «Comemos poco y mal; queremos comer más y mejor.» Por esto los ricos bien comidos no labramos más que una opinión artificial, de resonancia hueca. La verdadera opinión, el verdadero *sentimiento público,* es el hambre.

—Divagas, Pepe, y lo que temo es que recaigas en los trastornos que llamabas *efusiones,* y que tanto nos dieron que sentir...

—La sociedad divaga, yo no... Yo estoy quieto en mi casa, y ella es la que da vueltas en derredor mío... Yo estoy harto y quieto, viendo venir la siniestra procesión de los estómagos vacíos, viendo pasar las revoluciones.

XV

Con tanta prevención me habla mi mujer del oficioso *Sebo,* y tal ojeriza le manifiesta, que acabo yo por asustarme de las corrupciones que el tal me cuenta. Dudo de la veracidad del soplón, y siento que va infiltrando en mí dosis graduales de espíritu maligno. Y anoche, cuando se retiraba, después de contarme nuevas atrocidades amorosas y políticas del Gracián, me faltó poco para padecer la más vulgar alucinación de las comedias de magia. *Sebo* desaparecía por la ventana, o al través de la pared, despidiendo chispas de su bigote cerdoso... Tras sí dejaba olorcillo de azufre...

Volvió al siguiente día con una carta, que me entregó diciendo estas palabras infernales, acompañadas de un destello sulfúreo:

—Por este papel, excelentísimo señor,

el general O'Donnell le llama a vuecencia para conferenciar sobre el movimiento que se prepara.

—¿Qué me cuenta el amigo *Sebo*? ¿Le ha dado a usted la carta el general, en propia mano?

—No, señor. Entraba yo en el portal al mismo tiempo que el portador de la carta, el cual es un chico aprendiz de hojalatero. Y como yo conozco a ese rapaz, y sé que ha llevado papelitos al general Mesina, a don Antonio Cánovas y a otros, deduzco que la carta es de O'Donnell, a quien ya llaman por ahí el *general libertador*... Puso el aprendiz la carta en manos del portero, y de las manos del portero la cogí yo para subirla al señor don José.

Mientras esto decía *Sebo*, reconocí en el sobre la escritura de Virginia. Mi estupor fué grande, más que por la letra del sobrescrito, por la relación que el endemoniado cuentero estableció entre la pobre *Mita* y el buen don Leopoldo. ¿Qué podía ser esto?... A mis dudas y confusión acudió el policía con nuevas referencias que no esclarecían el asunto:

—Ya dije al señor don José que el número tres de la travesía de la Ballesta es por la calle del Desengaño el número veintidós. Son dos casas que se comunican por dentro. En la del Desengaño, tienda, tiene su habitación y taller un maestro hojalatero llamado José María Albear.

—Basta, *Sebo*. ¿Y usted me asegura que esta carta la trajo el aprendiz de la hojalatería?

—Entre su mano y mi mano, señor marqués, sólo estuvo un momento la del portero... Puedo averiguar el nombre del chico; puedo cogerle, traerle acá...

—Dejemos por ahora ese dato... De la carta, puedo decir antes de leerla que tiene miga, ¡vaya si la tiene!...

—Para mí, señor marqués, le ofrecen a vuecencia una cartera en el primer Gabinete que formen los revolucionarios.

—Puede que eso sea...—dije yo abriendo la carta y pasando rápidamente la vista por ella—. En efecto, algo de eso es... Retírese por hoy el buen *Sebo*, que esto es para leído y tratado despacito por mi mujer y yo. Vuélvase mañana.

De mala gana se fué el diablo, y yo corrí en busca de María Ignacia, que estaba lavando al pequeño.

—Mira, mira: Carta de *Mita*... ¿Y no sabes quién la ha traído? Asómbrate, la ha traído *Sebo*. ¡Para que hables mal del pobre *Sebo*!... Ya tenemos a *Mita* y *Ley* bajo nuestra mano. Ya son nuestros, gracias a O'Donnell, a *Sebo*, al hojalatero...

—¿Qué dices, hombre?

—Digo que acabes. Quiero que la leamos juntos.

Momentos después leía María Ignacia:

«Pepillo, ya no estamos donde estábamos. Días ha pensamos que debíamos mejorar de vida, tener madriguera más cómoda y comer algo de más sustancia. Como nuestro ajuar nos permite mudarnos tan fácilmente, levantamos el campo, y nos pusimos en camino. ¿Hacia dónde? No te lo diré. Sabrás, sí, que tenemos amigos, y que almas generosas hay dispuestas a protegernos... Pues llevando sobre nosotros lo que poseemos, carga muy llevadera para los dos, rompimos marcha una mañanita por los campos y laderas de Dios. Donde nos parecía bien, descansábamos: comíamos de lo nuestro sin pedir nada a nadie. ¿Qué nombre daban antiguamente a los pueblos, familias o personas que andaban de un lado para otro? Es una palabra que ya no se usa en sociedad: *mónadas* o *nómanas*. Pues bueno: somos caminantes, no vagabundos, puesto que sabemos adónde vamos. Nos dirigimos a una tierra que a mi parecer no es muy bonita, pero sí de más avío para el trabajo. Seguiremos de salvajes; pero no tan metidos en el reino de la soledad. No siento más sino que lleguemos cerca de Madrid..., tan cerca que me dé en la nariz la tufarada de vuestra civilización..., olor de cuadra, olor de pucheros recalentados, olor de boticas..., ¡qué asco!

»Hemos pasado por caseríos y pueblos. No te digo sus nombres; ni estoy tampoco muy segura de saberlos. La Geografía escrita me interesa poco; la que voy yo estudiando con mis ojos y mis pisadas..., o patadas, como quieras..., me interesa más. Te escribo en la sacristía de la parroquia de un pueblo, que no es de los más chicos ni de los más feos. *Vele ahí* que el sacristán es amigo nuestro, y nos cree marido y mujer. En verdad que lo somos ante Dios y ante nuestras conciencias, y con eso nos basta. Pero tememos que se nos descubra el engaño, y venga la maldita ley con su cara de vieja legañosa y nos suelte una

sentencia bárbara. Por esto te escribo, querido Pepe, te escribo para que tú y tu mujer, la simpática María Ignacia, se interesen por nosotros, y corten el paso a esa ley entrometida y sin entrañas. Vosotros sois personas influyentes, y en este país las personas de influjo lo pueden todo. Por amistad y recomendaciones, en España se hace picadillo de las leyes. Los ricos, si a más de ricos están un poco arrimados a la política, son los amos de vidas y haciendas; y ya que su egoísmo hace tantas iniquidades, haga su caridad alguna vez una obra buena... Esto lo aprendí cuando vivía con mis padres, y aún más en el suplicio de aquel matrimonio; después lo he visto mejor en los campos, donde a cada triquitraque se ve una víctima de esos que ahí llamáis *altos funcionarios, prohombres, eminencias de la Banca, de la Política,* etc., los cuales vienen a ser o celebridades de figurón o bandidos, verdaderos truhanes con traje y ringorrangos de caballeros. Bandidos hay de la Política, que explotan al pueblo; bandidos eclesiásticos, que echan bendiciones, y otras clases de bandolerismo ilustrado, como don Mariano, mi ex suegro, del cual no puedo decir que *santa gloria haiga,* porque desgraciadamente no ha reventado todavía. ¡Ay Pepe, lo que aprende una cuando se hace salvaje, cuando se mete tierra adentro por el verdadero país, y ve de cerca sus miserias y siente el latido de la sangre de la nación!

»Verás en esto que te escribo *un porción* de disparates, Pepe; pero yo te digo: «Hazte salvaje como yo; bájate a lo más hondo de lo que mi ex suegro llama *capas sociales*, a esta capa de la pobreza que vive sobre el terruño, y verás las verdades netas. Por *desageraciones* las tenéis los de allá. Pero yo me río de ti y de tus sabidurías, sacadas de libros y discursos. Yo soy una ignorante que ha leído en el libro grande de las cosas, tales como son, y ha visto de cerca la España en cueros, musculosa, cargada de cadenas. Viviendo en ella y con ella es como nos instruímos. Yo sé más que tú, porque sé lo que cuesta el pedazo de pan negro que se llevan a la boca, para no morirse de hambre, cientos de miles de españoles...» En fin no te digo más de esto, porque no siendo salvaje como yo, nunca llegarías a comprender mis barbarismos. Vamos al porqué de esta carta.

»Nos fijaremos en un pueblo que no está lejos de Madrid, y en él trabajaremos honradamente para ganarnos la vida. Como el *aquel* de nuestro trabajo nos ha de poner en comunicación con la maldita Corte, me temo que no nos valga el recurso de los falsos nombres con que nos hemos rebautizado... Tememos, querido Pepe, que entre curas, polizontes o algún alcaldillo de los que son criados de los poderosos nos hagan una mala partida. ¡Vaya, que si nos cogen y nos llevan a Madrid atados codo con codo! No sé por qué, tanto *Ley* como yo confiamos en que tú evitarías nuestra persecución. Y ahora te pregunto: ¿estás dispuesto a protegernos, Pepe, asegurándonos contra las asechanzas de esa condenada justicia? Hemos roto la ley, hemos hecho mangas y capirotes de los que nos parecían falsos respetos o mentirosas idolatrías. Bien o mal, hecho está, y no podemos volver atrás. Para que nos separemos *Ley* y yo será menester que antes nos descuarticen... Conque ¿nos proteges? ¿Sí o no?

»Y ahora viene la gran dificultad. Para que tú puedas contestar a mi pregunta, buen Pepillo, he de romper el secreto de nuestra residencia, o valerme de una tercera persona, y ambas cosas son de mucho peligro, porque no me fío de nadie, y aun a ti mismo te tengo un poquitín de miedo. Cavilando en esta dificultad estuve toda la noche, y hoy toda la mañana, sin que haya podido resolver nada a la hora en que te escribo... Llega el momento de seguir nuestra viajata, y me dan prisa, mucha prisa para que concluya ésta, y pueda salir para Madrid llevada por los geniecillos del aire. Rabia, rabia, que no sabes ni sabrás cómo va mi carta, ni quién la lleva... Pues no tengo más remedio que poner punto aquí. La cuestión batallona de tu respuesta se queda sin resolver; pero de aquí a mañana espero que se cuaje la idea, que anda por mi caletre como una papilla. Perdona que materialice estas cosas del pensamiento. Desde que soy salvaje, tengo más sal en la mollera, más *pesquis*. Antes en mi vida de señorita, no se me cuajaba ninguna idea. Todas se quedaban en estado parecido a la clara de huevo, como una baba, como un moco, y en mi vida de señora casada sólo cuajó una idea, la de descasarme, como lo hice, y de ello no

me arrepentiré nunca. Pues verás cómo ahora el talentazo que me ha dado mi escapatoria encontrará un bonito ardid para que sepamos si estás decidido o no a protegernos contra curas y curiales, y contra guindillas, que son la peor gente del mundo... No puedo seguir por hoy. Un día o dos tardaré en volver a escribirte. Prepárate. ¡Ay Pepe, ten compasión de este matrimonio montaraz que con nadie se mete, y se contenta con que le deje vivir!... Yo le digo a *Ley* que nos vayamos a Marruecos, donde él tiene un hermano que se ha hecho moro y está en grande; pero *Ley* no se determina: no desespera de encontrar aquí un buen acomodo para ganar el pan, y comerlo juntos... De ti depende, Pepillo... Hasta mañana... A Ignacia y a tu niño mil besos de vuestra amiga—*Mita.*»

Impacientes quedamos mi mujer y yo, aguardando la anunciada clave para comunicar con la pareja silvestre, aunque en rigor no la necesitábamos, porque *Sebo* nos ofreció traer a nuestra presencia al aprendiz de hojalatero y someterlo a un interrogatorio, del cual habíamos de sacar la verdad. Dispuestos estábamos ya a la cacería del chico, cuando llegó la carta. *Mita* me proponía un medio de los más inocentes para mostrarle mis buenos propósitos en su favor. ¿Qué tenía yo que hacer? Pues un papel semejante al de los novios de la categoría más angelical, que se pasan el día tomando las medidas de la calle en que su amor reside, y regocijando a los vecinos y transeúntes con los signos de una telegrafía candorosa. No me imponía *Mita* más que tres paseos de ida y vuelta en la calle del Desengaño, entre San Basilio y Portaceli, en día y hora fijos, y había de llevar un pañuelo blanco en la mano derecha no enteramente desplegado, sino en forma que fuese bien visible a distancia. Podía, sí, hacer que me sonaba, como si padeciese un fuerte romadizo; mas no guardarme el pañuelo en el bolsillo. Esta deambulación de hombre constipado era la fórmula muda con que yo me comprometía solemnemente a ser depositario leal del secreto de su residencia.

A mi mujer y a mí nos pareció ridícula esta telegrafía de galán sensible, trotacalles, y además innecesaria, pues, decididos a proteger a la pareja volante, teníamos medio más seguro y serio para ponernos al habla con ella. Mejor que los paseos, pañuelo al aire, para que me viese el hojalaterillo de la calle del Desengaño, era que nos desengañásemos pronto y bien, cogiendo al tal chico y trayéndolo a nuestra presencia. El astuto *Sebo,* a quien di conocimiento, por la tarde, a solas, de la carta de *Mita,* opinó que eran puras pamplinas los telégrafos propuestos por la señora libre, y me prometió detener al chiquillo y traerle a casa.

—Es su hermano, señor. Me consta que es hermano, no precisamente de ella, sino de él, *vulgo* cuñado, y se llama Rodrigo Ansúrez.

—Ansúrez, Ansúrez... Le conozco..., conozco a toda la familia... Familia trashumante..., castillo de Atienza...

XVI

Mi mujer y yo señalamos para la mañana del siguiente día la captura y examen del hojalatero; pero el oficioso polizonte, desviviéndose por servirme, nos trajo el chico aquella misma noche. Le cazó en la calle del Desengaño cuando salía con un recado de arandelas de latón para la Cofradía de la Leche y Buen Parto, y después de acompañarle hasta dejar las piezas en San Luis, le condujo a nuestra casa, en calidad de preso sin darle más explicaciones que la oferta de una paliza si alborotaba por el camino. Llegó a nuestra presencia consternado el pobre rapaz, y lo menos que pensaba y temía era que le íbamos a condenar a cadena perpetua. A mi mujer y a mí nos dió lástima de verle tan compungido y lloroso, como un reo que se dispone a confesar sus tremendos crímenes, entregándose a la compasión y a la indulgencia de sus jueces. Trabajo nos costó apartarle de los ojos los puños, y hacerle comprender que no le haríamos ningún daño.

—Ya sé que te llamas Rodrigo Ansúrez—le dije—, y que eres buen aprendiz de hojalatería. Tu padre se llama Jerónimo... Mírame bien, y di si recuerdas haberme visto en alguna parte.

Sus ojos empañados del llanto se fijaron en mí; mas no revelaron que me conociera. Cuando en el castillo de Atien-

za vi a la familia celtíbera, la rama más pequeña de aquel frondoso árbol humano era el niño a quien Miedes llamaba *Ruy*, buscando el son arcaico de los nombres. Hoy representa unos catorce años, y en su persona resplandece la hermosura y gallardía de aquella selecta casta de españoles. Yo no me cansaba de mirar en el rostro de él la impresión del de su hermana; impresión borrosa y triste, como la del rostro de Jesús que los cristianos vemos en el paño de la Verónica. Sólo que aquí era semblante de mujer, no impreso en una tela, sino en otro semblante; y por cierto que no era afeminada la cara de Rodrigo, sino muy varonil, en su adolescencia vigorosa.

Las primeras declaraciones del hojalatero fueron de cerrada negativa a cuanto le preguntamos; mas al fin, Ignacia con dulzura, *Sebo* con rudeza policíaca y yo con un tira y afloja entre ambos resortes de convicción, le trajimos a la verdad. Con decirle y asegurarle que no queremos descubrir a los salvajes para perseguirles, sino para socorrerles, acabé de traerle a nuestra confianza y obtuvimos los secretos que embuchados tenía. Aquí pongo lo esencial de la revelación: Leoncio Ansúrez, hermano del declarante, es el *robador*, palabra textual de la señora Virginia. Leoncio ha cumplido ya los veintidós años y es muy hábil en cerrajería, en composturas de toda clase de máquinas, y conoce y maneja con admirable pericia las armas de fuego. De la arrancada inicial, se fueron los amantes a San Sebastián de los Reyes, donde estuvieron pocos días, y de allí, tirando siempre hacia el Norte por la Mala de Francia, llegaron a la falda de la Sierra. Allí se establecieron, cambiándose los nombres y figurándose *matrimonio por la religión*. En diferentes parajes habitaron, acomodando su vivir errante a las necesidades de cada día, y a las ofertas de trabajo para satisfacerlas. En un pueblo que llaman Bustarviejo, Virginia lavaba, y Leoncio se contrató con el Ayuntamiento para matar los animales dañinos que en invierno bajan de la Sierra, cobrando tantos o cuantos reales por cada cabeza de alimaña que presentase. Por una loba, treinta y cinco reales, y veinticinco por el macho; por cada zorra, ocho reales; por cada gato montés, seis; por un tejón, doce; por un patialvillo, lo mismo. El turón, la garduña y la jineta se pagaban a siete reales, y el águila, el milano, el alcotán y el buho valían dos reales. De todo esto dió relación minuciosa el pobre chico, declarando con cierto orgullo que había él andado con su hermano en aquellas arriesgadas monterías, y terminó esta parte del relato diciéndonos que por una culebra que no tuviera menos de tres cuartas de largo, daban un real.

Disentimiento de Leoncio con el señor alcalde por la informalidad en el pago de alimañas muertas, moviéronle a largarse de Bustarviejo, corriéndose hacia los altos de la Sierra. El declarante, obligado a volverse a Madrid para seguir en el oficio, no les siguió en esta nueva etapa de azarosos trabajos. Sabe que Leoncio llevaba una vida muy aperreada, sacando piedra de las canteras, y que estuvo muy malo, en gravísimo peligro de muerte. Ignora por qué los salvajes abandonaron la Sierra, viniéndose a tierra llana. Seguramente alguien les ofreció por acá mejores medios de vida. El pueblo donde ahora se encuentran es Coslada, a mano derecha del camino real, más allá de Canillejas. De Coslada escribió Virginia su última carta con las instrucciones para que yo le diese en la forma que he referido las seguridades de mi protección, y Rodrigo tenía órdenes de transmitir al mismo pueblo lo que resultara de mi paseo telegráfico, si en efecto yo respondía por tan ridículo lenguaje. Con esto concluyó la declaración del hojalatero, y dimos por bien empleada su captura.

Alegres por este feliz resultado, tranquilizamos al hojalatero, añadiendo a nuestras palabras cariñosas una gratificación en metálico, que no quería tomar ni a tiros. Para que consintiese en aceptarla, fué preciso que mi mujer le repitiera una y otra vez que no haríamos ningún daño a Virginia y Leoncio; antes bien, ellos y toda la familia tendrían de nosotros cuanto pudieran necesitar. No quise dejarle partir sin que me diese informes de su parentela. Díjome que su padre vivía tranquilo y satisfecho en la Villa del Prado, *al frente* de la labor de su yerno el señor Halconero. De su hermana Lucila dióme la estupenda noticia de que ha engrosado considerablemente, y tiene ya dos chicos. Oí estas referencias como el estallido de una bomba de

poesía que se deshace en casco de prosa. Hízome el efecto de una esfera de cristal, luminica, que se rompe, se apaga, disolviéndose en un vapor rastrero... ¡Gorda y campesina, con principios de numerosa prole!... Guiada por el tiempo, la Naturaleza nos baja desde las cumbres de la vida soñadora al llano de la vida ordinaria.

30 de junio.

Indulgente Posteridad: antes que yo te lo diga, comprenderás que, sabido el paradero de *Mita* y *Ley*, determiné correr hacia ellos. Menos vehemente que yo, mi mujer quiso que lo tomase con calma, pues tiempo había de sobra para ejercer la caridad con el libre matrimonio. Mas no me convenció, y aquella misma noche mandé preparar un coche de colleras con buenas mulas, para salir a la siguiente mañana con la fresca. Viéndome tan decidido, María Ignacia no insistió, pues harto conoce cuán pernicioso es para mi salud el continuo encierro dentro de la esfera de un vivir acompasado y sin accidentes. Bien sabe mi esposa que contenerme en estas expansiones de generosidad es reducirme a tristeza y desaliento. Convinimos al fin en que llevaría conmigo al criado de más confianza, un hombrachón atienzano, llamado Zafrilla; y para ir reforzado de un poquitín de autoridad gubernativa, que bien podía ser necesaria, acordé llevarme también al gran *Sebo*. Figúrate, ¡oh Posteridad!, el júbilo con que esta idea fué acogida por el interesado. Pero como tiene, según dijo, servicio en el barrio de la Plaza de Toros, desde medianoche hasta el amanecer, me rogó que pues yo había de salir por la Puerta de Alcalá, mandase parar el coche en el Parador de Muñoz, donde se uniría conmigo para *custodiarme* hasta Coslada.

Salí, pues, tempranito con Zafrilla. Guiaba un excelente cochero, y el ganado era de lo mejor: tres mulas capaces de llevarme a Pekín, si necesario fuese. Para que nada faltara, llevábamos provisiones para sustentarnos durante todo el día, y aun para dejar surtidas las flacas despensas de la desamparada *Mita*. Nada digno de contarse nos ocurrió a la salida de Madrid. Pero al llegar al Parador de Muñoz, serían las seis y media de la mañana, me vi sorprendido por la súbita emergencia de un interesante capítulo de la Historia de España. Entró *Sebo* en el coche con risueño semblante, el bigote más cerdoso y erizado que de costumbre, y entre salivas, me roció estas palabras:

—Señor, ya se armó la trifulca. Ya está O'Donnell en campaña con sinfín de tropas de Caballería y mucha Infantería.

—O usted sueña, o al tomar la mañana, ha empinado más de lo regular.

—Yo no empino sino cuando tengo disgustos en casa. Pero en todo lo que es del procomún guardo la serenidad para hacerme cargo bien de las cosas, y ver qué postura me conviene... Por aquí han pasado, serían las dos y media, tropas que no sé si son de Extremadura. Iban algo desmandadas. La Caballería, según me han dicho, salió por la Mala de Francia, y con ellos los del Príncipe, mandados por Echagüe, y en el Campo de Guardias hicieron alto. Al frente de la Caballería iba el director del Arma, general Dulce.

—Eso no puede ser, *Sebo*. Don Domingo Dulce dió al Gobierno *polaco* seguridades de lealtad.

—Lealtad es palabra de dos caras: con una mira al Gobierno de la reina; con otra, a la reina del mundo, que es la Libertad sacratísima.

—Revolucionario estáis, amigo *Sebo*.

—Es que no como: es que once reales y medio al día dan poco de sí, excelentísimo señor, y una de dos: o las revoluciones no sirven para nada, o sirven para que el español un poco listo ponga unos garbanzos más en el puchero, y si a mano viene, una pata de gallina... Digo y repito que el general Dulce ha sacado la Caballería, que es como sacar el Cristo. Vuecencia no podrá negarme que este Dulce no lo es más que por su apellido, pues tiene un genio más agrio que las uvas verdes, y la mano, como las de almirez, muy dura. Esto va de veras, señor; esto no es ya jugar a los soldaditos. Hoy temblará Madrid.

—Pero a todas éstas de O'Donnell nada se sabe.

—Se sabe que a las tres de la mañana salió por la Puerta de Bilbao, en coche que guiaba el propio marquesito de la Vega de Armijo... No sé si se agregó a la Caballería en el Campo de Guardias. Los sublevados a pie y a caballo, otros

que iban en coche, y muchos paisanos bajaron, antes de amanecer, del Campo de Guardias a la Fuente Castellana, siguiendo por los tejares hasta la venta y portazgo del Espíritu Santo.

—Llevan, como nosotros, la dirección de Canillejas o de Alcalá de Henares.

—Para mí que no pasan de Canillejas, donde aguardarán a las tropas del Gobierno para darles la batalla.

Cuánto me alegré de este inopinado brote de sucesos graves, no hay para qué decirlo. Frente a mí tenía una revolución, no de estas que se manifiestan en las declamaciones teóricas de libros y discursos, sino viva, con choque formidable de hombres y caballos, caídas de cuerpos y de ideas, alzamiento de nuevos principios. El asunto que motivaba mi viaje por el camino real de Aragón quedaba ya en segundo término, y lo más interesante para mí era la página histórica que de improviso ante mis ojos se abría. Mi alma necesita hoy, más que nunca, un poco de drama. La comedia me aburre ya, y sus blandas emociones no satisfacen el hambre de mi espíritu. Hasta la política, desde las guerras últimas, ha venido a ser casera, cominera y familiar, como las comedias del amigo Bretón. Ya llevamos largos años de una paz tediosa, empapada en la insulsez administrativa. Por ley física, han de venir ahora estremecimientos que despierten la vitalidad de la nación, que hagan circular su sangre y sacudan sus nervios. Tendremos, pues, enfermedad saludable, de esas que hacen crisis en el individuo, y promueven el crecimiento, la adquisición de fuerza nueva.

Pensando esto, deseaba yo que las mulitas de mi coche se convirtieran en hipogrifos, para que velozmente me transportasen al lugar en que la página histórica había de ser escrita con empujones, gritos, choque de armas, sangre y todo lo demás que es del caso, hasta que caen unos hombres y otros suben, y las utopías derriban del pedestal a las verdades para ponerse ellas... De estas meditaciones me distraía el gran *Sebo*, haciéndome notar los grupos de paisanos armados que por el mismo camino que nosotros iban. Unos llevaban trabucos; otros, escopetas: reían y bromeaban como si fueran a una feria. Vi caras conocidas; otras que anualmente se ven en la función patriótica del Dos de Mayo, en las algaradas callejeras, en las ejecuciones de pena de muerte, en las Vueltas del día de San Antón y en el Entierro de la Sardina. A muchos designó Telesforo como gente alborotada y maleante, *patriotas* de oficio que acuden adonde hay tumulto y bullanga por la Libertad o la Constitución, aunque ninguno sepa cuál de las que tenemos está vigente... Y también iban entre ellos algunos de quien *Sebo* se recató, agachándose para no ser visto.

—Estos que ahí van, señor—me dijo—, son los de más cuidado entre la familia *patriotera*. Si llegan a verme, no escapamos sin que nos tiren una piedra, a mí, que no a vuecencia..., y a uno de los dos nos podían machacar un ojo. Me tienen tirria porque les he metido mano más de cuatro veces cuando andaban en el trajín de acariciar lo ajeno. Ahora van detrás de O'Donnell, como irían tras de José María o del moro Muza. Estos confunden a la diosa Libertad con el dios... ¿No hay un dios que se llama Caco?

—No era dios, según creo. Para mí que era de la Policía.

XVII

Estaba yo en mis glorias, y me recreaba previamente en las emociones de aquel día, como un chiquillo contemplando los zapatos nuevos que van a ponerle. El polvo que mi coche levantaba rodando por el camino real, parecíame polvo de batalla, y en los cambiantes que hacían sus ondas, traspasadas por el sol, veía yo las terribles falanges en lucha. El paisaje que a los dos lados del camino se extiende no podía ser más apropiado a guerras y trapisondas. Todo es allí aridez, tierras desaladas y libres, donde los hombres no tienen nada que hacer, como no sea lanzarse a desesperados combates, por el gusto de pelear no por la conquista de un suelo que tan poco vale.

A la vista de Canillejas, vimos obstruído el camino por un grupo de gente que vitoreaba a la libertad y a los generales sublevados. Mandé parar, y antes que yo pudiese ordenar al coche y a mis acompañantes que secundaran los clamores patrióticos, saltó *Sebo* al ca-

mino, y echó al aire su sombrero de copa, gritando hasta desgañitarse. Pasó el sombrero de mano en mano hasta volver a la de su dueño en estado de ruina lastimosa, y sin ponérselo, para no desairar su figura, pronunció *Sebo* un ronco panegírico de la revolución, terminándolo con frenéticos vivas a mi humilde persona. Entendió la multitud que iba yo en seguimiento de la columna de O'Donnell y no fué preciso más para que me aclamasen como a libertador de la clase civil. Los más próximos al coche me contaron que las tropas habían hecho un alto en Canillejas para reconocer y proclamar la autoridad suprema de O'Donnell, el cual se presentó vestido de paisano, a caballo. Vulgar y breve fué su arenga, limitándose a las frases de ritual en la literatura de pronunciamientos... «Que él no daba aquel paso por vengar agravios personales, sino por sacar a la Patria de su envilecimiento..., que para esto era menester el esfuerzo de todos sus hijos...», y pitos y flautas... Eran los tópicos de siempre, y las inveteradas fórmulas de requiebro que gastan los políticos delante de la nación, cuando encaran con ella para declararle un amor honesto, apasionado y con buen fin.

Disparado por O'Donnell el ruidoso cohete de la proclama, siguieron las tropas su camino. Quién decía que llegarían hasta Alcalá; quién, que no pasarían de Torrejón. Entré yo en Canillejas, y al arrimarnos a un parador para dar pienso a las mulas, y a nuestros cuerpos alguna reparación, me vi rodeado de multitud de gente de aquel pueblo y de Madrid, que ávidamente me pedía noticias del plan de campaña, y de lo que hacía o dejaba de hacer el Gobierno. ¿Continuaba la Corte en El Escorial? ¿Era cierto que Sartorius había salido de Madrid disfrazado de carbonero, y que se formaba un Ministerio Blaser-Custodia-Domenech? ¿Disponía el Gobierno de tropas leales para batir a los revolucionarios? ¿Se confirmaba que la *polaquería* no contaba con un solo soldado? Contesté que nada sabía yo de planes de campaña; y a responder a las otras preguntas me disponía, cuando *Sebo* me quitó la palabra de la boca para trazar una relación sucinta de los acontecimientos futuros, como si ya fuesen pasados y él los hubiese visto. De las fogosas expansiones de mi acompañante declarando que había sido de la Policía, pero que ya renegaba de su ominoso empleo, y ponía su voluntad y la porra de su baston al servicio de los caudillos libertadores; de esto y de mi buen humor resultó que hube de convidar a todos los presentes a tomar cuantas copas quisieran. En medio del barullo patriótico y tabernario que allí se armó, yo, silencioso, batallaba en mi espíritu entre un deber y un deseo. ¿Qué haría yo? ¿Seguir mi camino hacia Coslada, en cumplimiento del plan humanitario, móvil primero de mi viaje, o abandonar este plan para correr tras el suceso histórico que la suerte me deparaba? Por fin, pudo más que la obligación la curiosidad, y a ello contribuyó mi diablo con estas sugestivas razones:

—Señor, lo primero es la patria, que hoy está en el filo de perderse o salvarse. Vuecencia es, ante todo, un buen español. ¿Cuándo se le presentará ocasión como ésta de ver salvar a España y aun de contribuir, si a mano viene, al salvamento? Y considere que para visitar a los bárbaros de Coslada, lo mismo da un día que otro.

No necesité más para convencerme: mandé enganchar, y salimos hacia Torrejón. Al mediodía pasábamos el puente llamado de Viveros. Poco después entrábamos en el pueblo a que ha dado fama un hecho militar del amigo Narváez. Rindiendo culto a la verdad histórica, debo decir que nuestra entrada fué triunfal, entre aplausos, vocerío y disparos al aire. Creían que llevábamos la dimisión y caída del Gobierno, la subida de O'Donnell, quizá la cabeza de Sartorius. No me valió decir que nada de esto llevábamos, porque el maldito *Sebo*, con sus gárrulos discursos, hacía entender a la gente que no íbamos a Torrejón por pura curiosidad. También allí vi defraudada mi esperanza de alcanzar la columna de O'Donnell. Poco antes de mi llegada había salido el caudillo para Alcalá con el grueso de la tropa sublevada, dejando en Torrejón el regimiento del Príncipe con Echagüe y una sección de Caballería. Tuve intención de verle: quería yo charlar con mi amigo de aquel aparatoso alzamiento; mas, antes de llegar al caserón donde se alojaba, me vi envuelto por una nube, que de otro modo no puedo llamar a la turbamulta de personas que me rodearon, caras de Madrid, conocidas, algunas de amigos.

La primera intimación fué que nos reuniéramos todos a comer. Díjeles que yo les convidaba, pues a más del repuesto de provisiones de boca, traía exquisitos vinos: comeríamos y beberíamos a la salud de los libertadores. Interpretando con agudeza y prontitud mis deseos, corrió *Sebo* al parador y mandó disponer comistraje abundante, de lo que hubiese, que con lo llevado por nosotros formaría un banquete espléndido. Y mientras bajo la dirección de Telesforo funcionaban las cocinas, recorría yo el pueblo de un lado para otro, viéndome abrazado por cuantas personas encontraba. En estas expansiones populares el abrazo entre desconocidos es el signo externo del cordial regocijo, de la esperanza que toda insurrección despierta en el sufrido pueblo español, mal gobernado siempre. Las revoluciones tienen entre nosotros el carácter de salutación al nuevo tiempo, y establecen entre los ciudadanos la confianza, la fraternidad y el generoso cambio de demostraciones cariñosas. Yo me vi en Torrejón festejado por la multitud. No sólo me abrazaban los de Madrid, sino los del pueblo, éstos con mayor efusión. A mi paso avanzaban también las mujeres, alzados los brazos, y soltaban con chillona voz el grito de «¡Viva España!» Algunas viejas me besuquearon, y los chicos gritaban: «¡Viva Madrid! ¡Vivan los hombres de corazón!» Se les había metido en la cabeza que yo llevaba una misión política, y no siéndome fácil sacarles de aquel error, pues no había razón que les convenciera, dejéme llevar de la ola popular. Cerca del caseretón que me pareció Ayuntamiento se vino hacia mí un señor que con cierta solemnidad se presentó a sí mismo, diciendo:

—Simón Carriedo, alcalde de Torrejón de Ardoz.

—Por muchos años—contesté yo dejándome abrazar.

Y él prosiguió:

—Está vuecencia en uno de los pueblos más liberales de España. Aquí aborrecemos la tiranía, y queremos un Gobierno que mire por la libertad y por la ilustración. ¡Viva Isabel Segunda! ¡Mueran los *polacos!*...

—Bien, señor, muy bien. Pero yo...

—No se nos achique vuecencia, ni crea que aquí no conocemos a los hombres de valer. Torrejón sabe que tiene en su recinto al que es cabeza civil de la revolución bendita... Señores, ¡viva el marqués de Beramendi!...

—¡Vivaaa!...

—Pero, señores—dije balbuciente, de pura modestia—, yo les aseguro que no toco pito...

—Adelante... Aquí no valen tapujos, Torrejón es un pueblo muy liberal, un pueblo ilustrado... El Ayuntamiento, señor marqués, se reúne esta noche para proclamar con la debida solemnidad el pronunciamiento. Torrejón se pronuncia, Torrejón destituye a Sartorius, y no reconoce más autoridad que la de los libertadores. ¡Viva Isabel Segunda!

Pues adelante. Ya no me opuse a ninguna demostración; ya me creí obligado a tomar la iniciativa en los abrazos, y estrechaba efusivamente contra mi pecho a todo el que cogía por delante. Y mientras esto ocurría, noté que en todas las ventanas y ventanuchos aparecían trapos de colores, colchas y pañuelos, sábanas, donde no había otra cosa, y hasta bayetas amarillas, en representación del tono gualda de nuestra bandera. El pueblo se engalanaba para festejar el cambio venturoso, la nueva dirección hacia los vagos horizontes del progreso y el bienestar. Todas las mujeres estaban en la calle: algunas alzaban en brazos sus chiquillos mamones, como alzarían un estandarte, o cualquier signo para guiar a las multitudes, y los muchachos sacaban cuantos objetos pudieran servir de instrumentos de ruido para imitar el de tambores, remedando con boca y narices el piafar de caballos y el estridor de cornetas. En medio de esta algazara, vino *Sebo* a decir que la comida estaba pronta. Convidé al alcalde, que aceptó, con la recíproca de prometerle yo cenar en su casa. Arrastrado por aquel vértigo y metido en él, llegué a creerme que soy, en efecto, la cabeza civil de la revolución; y en el bullicio del parador, rodeado de diversa gente, tan dispuesta al buen comer y mejor beber como al derroche de palabrería patriótica, mi alucinación casi llegó al pleno convencimiento. Los discursos que en el curso de la comilona pronunció *Sebo*, arranques oratorios con toques de esa sinceridad bufonesca que tanto agrada en los días de exaltación popular, me contagiaron, lanzándome a improvisaciones locas. Ni recuerdo bien lo que dije, ni hago por traer aquellos

disparates desde las neblinas de mi memoria a la claridad de estas páginas.

Entre los comensales había dos cadetes de Caballería que desde el primer instante de nuestro conocimiento me encantaron por su juvenil desenfado, por su ingenio vivísimo, que así se manifestaba en la charla voluble como en los desahogos de la maledicencia política. No he olvidado sus nombres: Pastorfido se llamaba el uno; el otro, Narciso Serra, y ambos hablaban por los codos, empezando en prosa y acabando en verso. Serra, principalmente, se disparaba en redondillas sin darse cuenta de ello. Cuando salíamos del parador para ir al alojamiento del brigadier Echagüe, me dijo con la naturalidad de la prosa corriente:

¿Dormir yo? No tengo gana.
Sueño pensando en mi suerte.
El descanso de la muerte
quedóse para mañana.

Antes de visitar a Echagüe, acordéme de mi casa, de mi mujer y mi niño, y sentí ardientes deseos de volverme a Madrid. Mas ya era tarde para emprender el regreso, y además la página histórica, ofreciéndose a mi mente con extraordinaria luz, debilitó mi querencia del hogar y de la familia. Resolví quedarme, y para que María Ignacia no estuviese con cuidado, mandé a mi criado Zafrilla que alquilase un buen caballo y a Madrid partiera sin demora. Hecho esto, fué sosegada mi permanencia en Torrejón toda la noche, que hube de pasar de claro en claro, por los obsequios del alcalde, por el patriotismo bullanguero del vecindario y el continuo movimiento de tropas, y por los divertidos coloquios con Serra y Pastorfido, que ni dormían ni dejaban dormir a nadie.

A Echagüe le encontré caviloso, inquieto, como hombre que sabe pesar la grave responsabilidad contraída. La importancia militar y política de los personajes sublevados era garantía de un éxito feliz; pero siempre quedaba el temor de inesperadas contingencias, de esa no vista piedra que hace volcar el carro, del olvidado detalle que destruye en un momento la lenta obra de la previsión. Díjome que los generales contaban con el concurso de todas las fuerzas que tenemos en Alcalá, y con los medios que ofrece aquel depósito para poder armar buen número de paisanos. Nada sabía de los planes del Gobierno, que de fijo habría dispuesto que la Corte regresase a Madrid, para disponer de las tropas de guarnición en el Real Sitio. Con poca o ninguna caballería contaba el Gobierno; en cambio, no le faltaba la suficiente Artillería para dar un mal rato a los rebeldes. ¿El plan de O'Donnell era caer sobre Madrid en son de ataque, o esperar a pie firme al ejército llamado leal? No lo sabía, o quizá, sabiéndolo, no estimaba prudente decírmelo. Ya de madrugada, supe por mis amigos Serra y Pastorfido que Echagüe tenía orden de ponerse en camino a la mañana siguiente, tomando la dirección de Coslada. A Coslada iría yo también, haciendo de la página histórica y de la novelesca una sola página.

Dormí un par de horas, y más habría dormido si no me despertara con grandes voces mi amigo el coronel Miláns del Bosch, que acababa de llegar de Madrid, de paso para Alcalá con una misión del Gobierno. Hombre expansivo, de corazón fácilmente inflamable por toda idea generosa, pródigo de palabra, en las resoluciones más impetuoso que tenaz, ha ilustrado su nombre en las armas junto a Prim, y en sociedad es de los que saben ganar numerosos amigos. Mientras yo me vestía, tomaba el desayuno que le subió *Sebo*. Hablamos de la revolución, que él miraba con simpatía como liberal y patriota, y lamentaba que la disciplina no le permitiera secundarla. Tal fuerza expansiva tenía en su alma la sinceridad, que no me fué difícil obtener alguna indiscreción referente al mensaje que llevaba. Oyéndole charlar con espontaneidad impropia de un diplomático, vine a sacar en limpio que la reina concedería su perdón a O'Donnell y a los demás generales, reconociéndoles sus grados y honores, siempre que volviesen a Madrid y entregaran a Dulce para someterse a un Consejo de guerra. Me pareció que era gran tontería proponer a un sublevado español vilipendio semejante, y que la misión del parlamentario había de ser inútil. También Miláns así lo creía. En él advertí desconfianza de su papel diplomático y ganitas de ponerse al lado de los libertadores y en el puesto de mayor peligro. Es de los que no quieren lucha sin glo-

ria ni ven la gloria donde no hay mil probabilidades de perder la vida.

Bajamos a la plaza, y cuando me despedía junto a la portezuela del coche, me veo venir a Andrés Borrego, rodeado de un grupo de patriotas y periodistas. Habían llegado por la noche, y después de un descanso breve continuaban camino de Alcalá. Poco pude hablar con aquel buen amigo, tan experto en cosas políticas y revolucionarias. Díjome que el Gobierno había perdido la chaveta, y con sus desatinos daría el triunfo a la insurrección. No se le ocurría más que ordenar prisiones de gente de viso, entre ellas los banqueros Collado y Sevillano; suspender toda la Prensa independiente y amenazar con comerse los niños crudos.

—Pero lo más ridículo que estos pobres *polacos* han podido idear—me dijo Borrego en los últimos apretones de manos—es la revista militar que han dispuesto para hoy en el Prado, con asistencia de su majestad, para que las tropas la vitoreen y le digan que por ella derramarán su sangre. Ya sabe usted, mi querido Beramendi, que estas paradas son un recurso teatral que nada resuelve. En ninguna revolución ha faltado este prologuito de las grandes catástrofes, ceremonia militar, desfile de soldados melancólicos. Los vivas de ordenanza, el estruendo de clarines y tambores, suenan a melopea desmayada y quejumbrosa, a marcha fúnebre.

XVIII

Sueltos, en parejas o en alegres bandadas, pasaron también por Torrejón, el día de San Pedro, multitud de pájaros la inquieta juventud de estos tiempos, revolucionaria y masónica, vanguardia del pensamiento y zapadora de la acción. El *polaquismo*, con sus increíbles desafueros, ha fomentado el entusiasmo, la impaciencia temeraria y generosa de la juventud militante. Mal haya el Gobierno que desprecia estas manifestaciones de la vida nacional en que andan poetas y escritores sin juicio. Resultará que lo tienen de sobra cuando son olvidados o perseguidos. Y, por fin, de los que hacen coplas o chistes es el reino de la opinión... A muchos de los que en Torrejón aparecieron conocía yo de trato; a otros, de nombre y fisonomía. Hablé con Cristino Martos, que en todas las funciones de la palabra es orador, como es poeta Serra siempre que abre la boca. El sentimiento revolucionario se desborda en él con las formas gramaticales más graves y rítmicas. Lleva en sí el espíritu girondino: su verbosidad sentenciosa resulta noble y clásica, y por esto mismo no es de los que conmueven a la plebe. Yo le digo que, hablando siempre en nombre del pueblo, resulta el más aristocrático de los tribunos. Ortiz de Pinedo, Cisneros, Somoza, Abascal y otros que vi pasar aquel día, me contaron que de Madrid venían contra los sublevados los generales Blaser y Lara, con la Infantería que había quedado en Madrid y la que regresó de El Escorial, con la Caballería de Villaviciosa, algunos tercios de Guardia Civil y no pocas piezas de Artillería...

De mi casa me trajo Zafrilla noticias que me permitieron aguardar con tranquilidad los acontecimientos que Clío nos preparaba. Esta bondadosa divinidad cuida siempre de evitar el aburrimiento a los pueblos que se envanecen de tenerla por relatora de sus grandezas. Y apenas entró en funciones la buena musa en aquellos campos, tuve que tomar nota de un hecho singular: la transformación del gran *Sebo*. No viéndole por parte alguna en toda la mañana, mandé a Zafrilla que le buscase, y al fin me lo trajo, de tal manera cambiado, que al pronto no le conocí. Habíase afeitado el cerdoso bigote, operación que debió inutilizar las navajas barberiles. Se había cortado el pelo al rape, haciéndose un tipo de cura montaraz, que se completaba con ropas negras y raídas, faja mugrienta, oscura, y gorra de pelo de conejo.

—Señor marqués—me dijo con voz que revelaba más miedo que vergüenza—, he tenido que disfrazarme, porque... desde anoche andan por aquí más de cuatro y más de cinco policías, algunos de mi propia sección y de mi propio barrio... Traen proclamas *leales* para repartirlas a los soldados, y con las proclamas, sinfín de mentiras que van echando en todos los oídos para que la gente se desanime... Me han visto, me han preguntado si ando con la revolución, y les he respondido que es-

toy donde estoy... No debe uno comprometerse antes de tiempo... No debe uno dar su brazo a torcer... A la revolución pertenezco yo en cuerpo y alma, y de ella espero la recompensa de mis buenos servicios. Pero mientras se decide si la revolución vive o muere, ¿qué necesidad tengo de dar la cara? Póngome ésta postiza para que mis compañeros no puedan decir que han visto a *Sebo* entre los sublevados. Si vienen mal dadas, serán capaces de fusilarme o de meterme en un presidio... Y sería lástima, excelentísimo señor, porque aquí donde vuecencia me ve..., no creo haber nacido para el oficio vil de corchete... Modestia a un lado, señor, Telesforo se siente jefe político...

Asentí a cuanto decía, regocijándome de su infantil ambición, no enteramente injustificada, pues gobernadores he visto salidos del más bajo montón burocrático, o de oscuros aprendizajes políticos... Sigo contando. En la tarde del 29, gran número de paisanos, mal armados o por armar, entraron en Torrejón, presentándose al brigadier Echagüe. Al anochecer supimos que en la madrugada próxima saldría de Alcalá la división libertadora, engrosada con las fuerzas de Infantería y Caballería que guarnecían aquella ciudad, con el contingente de la Escuela Militar, con los setecientos quintos armados de tercerolas y el núcleo de paisanos, que iba aumentando por el camino. Dieron a la hueste adventicia el nombre de Voluntarios de Madrid. Madrugamos para salir al encuentro de esta averiada y pintoresca tropa. Salió todo el vencindario: la carretera parecía un campo ferial en movimiento. Nunca vi gente más alegre: creyérase que esperaban lluvia de monedas de oro y plata o presenciar gloriosos combates caballerescos, con intervención del apóstol Santiago. ¡Desgraciado pueblo, que, no esperando nada de la paz, porque en este escepticismo lo mantienen sus gobernantes, lo espera todo de la guerra civil!

Cuando las avanzadas del ejército libertador aparecieron, destacándose del horizonte oscuro en las primeras claridades del alba rompió la multitud en exclamaciones de júbilo. El toque de clarines de Caballería y el grave paso de ésta encendían en todos los corazones un sentimiento de admiración, de piedad y ternura que no es fácil definir. En los sentimientos que despierta tan sublime música se confunden y hermanan la grandeza heroica y el fervor religioso. Las pausas en el toque, aquel silencio del metal sonoro que deja oír las patadas rítmicas de los caballos es de una solemnidad que induce a la efusión, al llanto mismo... Entró la Caballería en Torrejón, después la Infantería y Voluntarios, luego el Estado Mayor General, escoltado por una sección de coraceros... Por falta de viento, la nube de polvo rastreaba, no subiendo más arriba de las barrigas de los caballos y de los pies de los jinetes. La mañana entró alegre, luminosa, esparciendo su luz rosada por los campos estériles y por las abigarradas multitudes de militares y campesinos. Dijérase que traía la fecundidad al suelo, y a todos los corazones la esperanza.

En el ejército encontré multitud de amigos. Pero apenas puede hablar con algunos, pues el descanso en Torrejón fué brevísimo. Salieron las tropas en dos divisiones: la una, mandada por Dulce, siguió por el camino real, con órdenes de llegar hasta Canillejas para hacer un reconocimiento; la otra, con O'Donnell al frente, tomó la dirección de Vicálvaro. A la impedimenta de ésta me agregué yo, gozoso con la idea de pasar por Coslada. En esto me equivoqué, porque el paso fué por un sitio distante media legua del pueblo en que los salvajes residían. Salieron a vernos hombres, chiquillos, mujeres. Miré las caras de éstas, buscando entre ellas la de Virginia; pero no la vi. O no estaba o, desfigurada totalmente por la barbarie, no pude reconocerla.

En la parada que allí hicimos se adelantó *Sebo* para refrescar con el aguardiente que vendían unos cantineros, y al volver me dijo:

—Vea, señor, a los dos oficiales que desde aquellas tapias le están mirando... Ahora le saludan con la mano. Son Navascués y Gracián.

Fué hacia ellos y ellos vinieron hacia mí, partiendo el camino, y afectuosamente nos saludamos. El general les había encargado de la instrucción y mando de las compañías de voluntarios, tarea no floja, pues eran gente revoltosa, temeraria, más fácil al heroísmo que a la disciplina. Volviéndose de improviso

hacia *Sebo*, Gracián le agarró de una oreja, diciéndole:

—Ahora me vas a pagar todas las que me has hecho, perillán. Pensabas que yo no te conocería con esa facha de saltatumbas... Ya no te suelto; te doy la filiación, quieras o no quieras; te pongo en las manos una carabina, y como no seas valiente, te fusilo por la espalda...

—Señor—contestó *Sebo* con mal disimulado pánico—, no se empeñe en hacerme héroe, porque no lo soy. No he nacido para eso... Si quiere emplearme en el ejército libertador, como es mi gusto, déme un cargo administrativo, sanitario o, si a mano viene, de municiones de boca, que algo entiendo de eso...

Y Gracián:

—Si no tienes ánimos para cargar el chopo, te haré mi capellán castrense.

—Señor, no soy cura.

—Lo pareces, y es lo mismo... No te me escapas ya. De los malos ratos que me has hecho pasar dándome caza, voy a vengarme ahora, tunante.

Y sin esperar a más razones de *Sebo* ni mías, llamó a un sargento y le entregó el nuevo *voluntario* con esta suave recomendación:

—¡Ea!, cogedme a este gandul, que es un cura mal disfrazado... Ponédmele en el servicio de cartuchos hasta que llegue la ocasión de auxiliar a los moribundos... Cuidado con él: y si quiere escaparse, dadle veinticinco palos como primera providencia.

Desapareció *Sebo* dolorido y rezongando, y siguió su marcha la división por el camino polvoroso. Picaba el sol; los ánimos ardían.

Apenas entraron en Vicálvaro las tropas sublevadas, corrió la voz de que estaban a la vista las del Gobierno. Expectación, toques de mando, movimiento. Era una falsa alarma, que se repitió media hora más tarde, cuando los soldados requerían sus alojamientos y olfateaban las humeantes cocinas. Por fin, cerca de las tres, ya fué indudable que venían el ministro de la Guerra, general Blaser, con Lara, capitán general, y casi toda la guarnición de Madrid. Antes que viéramos las avanzadas, una bala de cañón, que casi tocó a las tapias del pueblo, fué como el primer grito de guerra. Nube de polvo lejana anunció la Caballería del ejército que el convencionalismo histórico llamaba *leal*. Pronto vimos que la artillería enemiga escogía posición excelente en lo alto de un cerro, detrás de un arroyo. Entendiendo poco de estrategia, parecióme que Blaser no pecaba de tonto. Lo mismo pensaron los de acá, según después supe. Pero ya no podían rehuir el combate en el terreno escogido por los de Madrid. Vi que avanzó el batallón de la Escuela Militar, como en reconocimiento, y sobre ellos vinieron con furia los caballos de Villaviciosa. La batalla estaba empeñada. Híceme cargo del plan de ambos caudillos. El de allá ganaría si desalojaba de la posición de Vicálvaro a los que bien puedo llamar *nuestros*. Ganarían los sublevados si conseguían tomar de frente los cañones de Blaser.

Reconozco mi falta absoluta de espíritu bélico, y no me avergüenzo de confesar que me siento incapaz de todo heroísmo en el terreno de las armas. Como, además, no gusto de acudir a donde sé que mi persona no hace ninguna falta, determiné situarme en lugar seguro, aunque en él no pudiese ver en todo su desarrollo el que ha de ser histórico suceso. Me interesan, sí, en grado sumo, las consecuencias políticas o sociales de este duelo marcial; pero las peripecias y lances del mismo no despertaban en mí ninguna emoción, como no fuera la de piedad y lástima por los que habían de morir. Desde las tapias más lejanas del pueblo, por el Este, procuraba yo ver y enterarme, recorriendo con ávidos ojos el campo de batalla. Entre nubes de polvo y humo vi las filas de caballos, las filas de hombres, grupos contra grupos, y..., ¿lo diré como lo siento? Yo no deseaba sino que acabaran pronto. ¿Diré también que toda aquella porfía me pareció estúpida? Pues lo digo. Y, al fin, entre mis confusiones y mi hastío de tanta barbarie, surgía la pregunta no contestada: «Y ¿todo esto para qué?» No sé qué habría yo pensado si me viera ante un San Quintín; pero ante aquel combate, en cierto modo casero, entre *cuatro gatos*, como suele decirse, lucha por el gobierno de un país siempre desgobernado, mi pensamiento no podía elevarse a las alturas de la historia trágica. Nada, nada: que acabaran pronto y se fueran a sus casas.

Dos horas corrieron y no se veía ventaja en ninguna de las dos partes. Se ti-

roteaban, se acuchillaban, y las ondulaciones de las masas combatientes no determinaban ganancia ni pérdida de los trozos de suelo en que reñían. En la salida del pueblo, por el camino de San Fernando, donde busqué mi refugio, había multitud de viejas, que allí se guarecían de las balas. Alguna de ellas me dijo que a la villa le venía bien aquella guerra, porque la tropa siempre deja dinero, y otra se lamentó de las muertes que *habería,* no sin atenuar su pena con esta consideración filosófica:

—*Tamién* hay que ver que es *güena* la guerra *cevil,* porque en ella fenece toda la granujería de los pueblos. Perdidos, vagos, ladrones: en tiempo de paz no hay quien vos mate. Salta la guerra, y a la guerra os vais como las moscas a la piel. Sois valientes, metéis el pecho de veras. Ahí morís todos, pestilencia.

Y un vejete medio alelado y paralítico tomó así la palabra:

—Esto que *vedéis* no es guerra mesmamente y de por sí, sino *rigolución*... Y quien diz *rigolución,* diz dinero en Vicálvaro: la *rigolución* trai derribo de casas viejas, de conventos y *santulario; rompición* de calles, de lo que viene obra, mucha de casas nuevas, y vender acá más yeso del que ora vendemos. Ya *vedéis* la *paradez* del yeso. *Pus* como ganen los libres, tendréis en *Madril* obra de casas, y aquí el quintal de yeso por las nubes.

No podía yo enterarme bien de otras cosas que el vejete decía, porque en el sitio donde estábamos se habían refugiado todos los perros del pueblo, asustados de la batalla, y allí coreaban con sus ladridos el militar estruendo.

También los mendigos de ambos sexos tenían allí su resguardo, y entre éstos un ciego que, según contó, estuvo en los famosos sitios de Zaragoza.

—Aquéllas eran guerras por honra, señor—dijo, revolviendo sus ojos muertos—, y no estas comedias con tiros por el mongoneo, y por ver quién pone o quién no pone un par de principios después de los garbanzos. Bien claro está que no hay otra cosa de por medio. España se va volviendo muy comelona; los ricos traen cocineros de Francia... ¡Comer bien, vivir bien! ¿Lujo grande, *monises* pocos? Pues revolución para que el dinero que hoy está en tus manos venga a las mías... Yo he sido en Madrid cocinero de fondas y de alguna casa. ¡Veinticinco años cocinero, señor! Me arruiné por poner un establecimiento en que daba de comer a lo que llaman precios reducidos. La maldita baratura y el no entender el negocio me dejaron por puertas, y para acabar de arreglarlo, mis pobres ojos, del calor de las hornillas día y noche, se quemaron, se quedaron ciegos... Pero sin vista, señor, veo las causas... No veo las cosas, y veo las causas de estas marimorenas... Todo es cuestión de *principios*..., de poner dos *principios*... Yo ponía tres por dos pesetas, y ya se sabe lo que me pasó. Las *clases* no pueden comer dos principios sin hacer una revolución cada pocos años para que los buenos sueldos pasen de unas manos a otras manos... Tenemos en Madrid el furor del buen vivir, que viene de Francia, como las modas de sombreros...; tenemos el furor de los dos *principios*, de los chalecos de felpa y de cachemir, de los pantalones *patencur,* de las butacas con muelles, de las alfombras de moqueta, de los jabones de Benjuí o de *terciopelo* y de los féretros metálicos, que también en esto hay furor... Muchos furores y poco dinero, señor. ¿Poco dinero? Pues ya se sabe: revolución al canto...; estas revoluciones de dentro de casa..., el fogón, la despensa, el guardarropa, los *principios*...

XIX

Con estas conversaciones me distraía de la acción campal y no paraba mientes en sus peripecias. Al recogido lugar donde yo estaba venían noticias de que iban ganando los libertadores. Los zambombazos de la artillería eran menos frecuentes; hasta me parecieron más lejanos. No fué menester, como en los tiempos de Josué, que se detuviera el sol en su carrera para dar lugar a que los combatientes decidieran cuál se llevaba la victoria... El día, como de junio, era largo, tan largo, que no acababa nunca, y la victoria no parecía. Liberticidas y libertadores se peleaban sin darse ni quitarse posiciones ni extremar sus ataques. Creyérase que todo era una comedia marcial, representada entre compadres, con menos saña que ruido... La página histórica me resultaba poco

interesante. Sin duda, su interés estaba en otro lugar y ocasión. La verdadera página histórica, con gravedad y trascendencia, vendría después, larga secuela de un hecho militar pequeño y de poca sangre. Antes que empezase a declinar el día, cansado de su propia largura, sentimos que menguaban los tiros. Al extremo del pueblo donde yo estaba llegaron grupos de paisanos y soldados, sedientos, el polvo pegado al sudor. Nos decían que llevaban ventaja; pero no traían en sus rostros ni en sus palabras el júbilo de la victoria. Entraban en las casas atropelladamente, buscando agua con que aplacar la sed. Al paso de los hombres por los corrales huían despavoridas las gallinas, que ya requerían los palos de sus albergues. Con más agua que vino se refrescaban los combatientes; algunos hablaban con poco miramiento de los generales libertadores, que no les habían mandado tomar a pecho descubierto las piezas de artillería. Estas se retiraban, según dijeron. Blaser y su ejército leal se volvían a Madrid, donde seguramente darían un parte proclamándose vencedores.

Mi criado y el cochero, a quienes di permiso para que se corrieran un poco hacia las eras del pueblo, donde podrían ver algo de la función, amparándose de las casas más próximas, volvieron a contarme lo que habían visto, y de ello no copio más que esta referencia histórica:

—¿No sabe, señor? A don Telesforo *Sebo* le han traído entre cuatro, digo, entre dos, cogido por los brazos. Viene todo magullado de la carrera de baqueta que le dieron antes de empezar la acción, y de los pisotones de tropa y patadas de caballos que luego sufrió el pobre en lo más recio de un ataque. Heridas de arma no tiene, sino cardenales y magaduras que dan compasión. En nuestro alojamiento le han metido: allí le están curando unas mujeres, y él echando de su boca maldiciones contra los *Blases* de allá y los *Dulces* de acá.

Quise ver y consolar al desdichado *Sebo;* mas no pude hacerlo tan pronto como quería, pues desde el punto en que recibí la noticia hasta mi alojamiento era dificultoso el tránsito, por la muchedumbre de tropa y paisanos que invadían las calles. En medio del tumulto tuve una grata sorpresa: vi un rostro conocido, de persona que como yo trataba de abrirse paso. Era Rodrigo Ansúrez, el aprendiz de hojatalero, que había sido como el anunciador de las disposiciones del Destino determinantes de mi viaje a Vicálvaro... Le cogí por un brazo. Díjome que su maestro, el señor Albear, le había dado permiso para seguir los pasos del general O'Donnell, el cual salió de la Travesía de la Ballesta en la madrugada del 28. Con otro chico y el oficial de la hojalatería, ambos de ideas muy liberales, se había ido Rodriguín a Torrejón y a Alcalá; después a Vicálvaro. Había visto todo y podía contarlo. No disparó tiros, porque no le dieron carabina ni escopeta; pero ayudó lo que pudo, llevando cartuchos para el fuego y agua para la sed. Agua y pólvora eran lo más preciso.

—Oye una cosa, Rodrigo. Sin noticia ni dato alguno en que fundarme, sólo por corazonadas, pienso que tu hermano Leoncio está en Vicálvaro. ¿Acierto? ¿Le has visto tú?

—Sí, señor... Le vi un momento y hablamos. Estaba con otros paisanos que iban en el batallón de la Escuela Militar. Mi hermano, que es gran tirador, llevaba una carabina muy maja, que no sé de dónde pudo sacarla... Le perdí de vista... Como hay Dios que Leoncio ha matado a muchos *Blases.*

—Haz por encontrarle, Rodrigrillo. Deseo conocerle, preguntarle por su mujer. ¿Tú qué crees? ¿Leoncio se habrá vuelto a Coslada?... Si estuvo en Alcalá, y de Alcalá se vino aquí con las tropas, ¿le habrá seguido en esos trotes su mujer?

—Para mí que le ha seguido, señor, pues ella es también muy trotona. No se cansa de correr, y como se quieren tanto, juntos están siempre. Adonde va él, va ella y al revés, que es lo que se dice *viceversa.*

—Siempre juntos. Y si Leoncio ha estado en medio del fuego, ¿ella también...?

—Como en el fuego mismo no estaría *Mita,* pero cerca, sí, señor, que valiente lo es hasta dejárselo de sobra... Se habrá puesto donde pudiera verle con su carabina maja tirando tiros y acertando siempre, porque, créame el señor, no hay puntería como la de Leoncio.

—Pues si están en Vicálvaro, hemos

de revolver el pueblo hasta encontrarles, lo que no es fácil con tanto barullo de tropa y de paisanos forasteros. Rodriguillo, cuenta con una recompensa magnífica, un traje nuevo o su importe, si prefieres el dinero a la ropa; un reloj, si te gusta más que el traje; en fin: lo que quieras, si encuentras a *Mita* y *Ley*. Ponte en movimiento ahora mismo; no descanses, chiquillo. Mejor que ropa o reloj, querrás..., no sé qué..., algún antojo tuyo... Dímelo.

—¿Para qué quiero yo reloj, si no me importa nada saber la hora? Y de trajes, con lo que tengo me basta... Más me gustaría otra cosa, señor...

—Pide por esa boca, hijo, y no seas corto de genio.

—Pues, señor, lo que quiero es un violín.

—¿Eres músico?

—Tengo afición. Cuando estuve en la fábrica de cuerdas, mi principal, que es de la orquesta del circo, me dió lecciones. Aprendí pronto. Yo me habría pasado toda la noche rasca que te rasca; pero los vecinos se quejaban del ruido que hacía, porque el violín que tengo canta como un grillo, y en los graves parece un rabel de los que tocan los chicos en Navidad.

—Pues nada: cuenta con un violín bueno, de aprendizaje. No será un Stradivarius: ése lo tendrás cuando sepas, cuando seas un gran concertista... Pero no nos entretengamos. Ya estás echando a correr. Queda hecho el trato... Tráeme a *Mita* y *Ley* o dime dónde están y tú rascarás.

Salió el chico presuroso a su encargo, y yo entré en mi alojamiento, la casa de un yesero, con almacén, dos corrales y arriba estancias vivideras; mas era tal el cúmulo de gente militar y civil en todos los patios y aposentos, que allí no podía uno revolverse, ni aun pensar en comida y descanso. Lo mejor que hacer podía el que tuviera libertad era huir de Vicálvaro; pero la obligación que me impuse de buscar a los salvajes me retenía en el pueblo, esperando el resultado de las investigaciones del hojalatero violinista. Mientras éste llegaba, bajé a consolar a *Sebo*, que, asistido de dos viejas piadosas, curanderas, yacía sobre un montón de sacos de yeso, vacíos, entre sacos llenos. El polvillo blanco, flotante en la cavidad del almacén, se fijaba en el rostro y manos del magullado policía, dándole aspecto de cadáver o de figurón con jalbegue. Sus muecas de dolor y sus plañideras voces sonaban a bromas lúgubres de Carnaval. ¡Pobre *Sebo!* Más que de los dolores de sus mataduras, quejábase de la crueldad de Bartolomé Gracián, que había dado permiso a sus tropas para zarandearle y jugar con él a la pelota, dejando correr la fábula de que era cura disfrazado. Y no sentía tanto el molimiento y los cardenales como el grave daño inferido a su dignidad. Menos le dolerían sus huesos si se los hubieran roto, y sus carnes si se las hubieran hecho picadillo, que le dolía el alma del escarnio sufrido y de la vergüenza de haberse visto en tan ruin vapuleo. Y era lo peor que por ningún camino podría llegar a vengarse del don Bartolomé, quien, al parecer, estaba en gran predicamento con Dulce y con Ros de Olano. En mí confiaba para su delicada traslación a Madrid manteniendo el disfraz y ocultándose en mi casa hasta que se decidiera si los perros se ponían el collar revolucionario o el absolutista. Y yo tendría la caridad de sustentar a la familia mientras durase la encerrona y llegara el nuevo destino. Este correría de mi cuenta si triunfaba O'Donnell, lo mismo que si ganaba Sartorius, que para uno y otro perro tengo yo buenas aldabas.

—Después de servir a vuecencia con tanta lealtad—me dijo, haciendo pucheros y besuqueándome la mano—, no tendrá vuecencia entrañas si abandona a su fiel servidor.

Mientras hablaba yo con *Sebo* y miraba por su asistencia, metieron en el almacén unos ocho heridos, algunos graves, y aquella atmósfera de hospital en que respirábamos yeso se me hizo insufrible. Salí al portalón, donde había carros de militares, y hablando con ellos adquirí la certeza de que la batallita no les había satisfecho por su equívoco resultado. Ni en ellos cabía vanagloria, ni en Blaser tampoco. Verdad que los de acá, como sublevados, podían contentarse con medio triunfo o con la modesta gloria de un combate a la defensiva, sin perder terreno, mientras que los otros, como Gobierno constituído, quedaban muy desairados con la media victoria. Su retirada hacia Madrid, sin desorga-

nizar y dispersar a los generales sediciosos, era un verdadero desastre.

Así me lo dijo Borrego, hombre de gran pesquis, añadiendo que la situación está moralmente derrotada. Borrego, Martos, Ortiz de Pinedo y otros madrileños que habían venido de mirones, andaban a la busca de comestibles, a cada hora más escasos. Los estómagos empezaban a renegar del patriotismo; llevaban muy a mal que las cabezas, antes de prevenir lo tocante al sostén de los cuerpos, se lanzaran a trastornar la política y la sociedad. Compartí con los buenos amigos lo poco que a mí me quedaba; allegamos algo más, todo ello fiambre, reseco y con sabor a yeso, no sé si real o imaginario, y luego nos fuimos a la casa próxima, donde moraban Ros de Olano y Echagüe. A éste no le vimos: había sido llamado por O'Donnell. Ros comía tranquilamente con Buceta, el teniente coronel Zalamero y el paisano don Ceferino España, sentados los cuatro en derredor de una silla, por no haber mesa disponible. ¿Qué comían? Lonjas de carne de cabra, rebozadas con yeso, y almendras de Alcalá, que parecían pedazos de escayola. Con su habitual gracejo, Ros nos dijo:

—El primer acto no ha sido malo. Como primero, no podía tener efectos grandes, ¿verdad? Es una exposición hecha con arte sobrio. Sería necedad acalorarse demasiado pronto.

—Y ¿dónde pasará el segundo acto, mi general?

—¡Ah!, no lo sé... Yo no hago la historia...

—La que ven ustedes de mi letra la escribo al dictado. Me dictan: yo escribo...

—¿Se puede saber adónde va mañana el ejército libertador?

—Si dejáramos los caballos de Dulce entregados a su instinto, creo yo que nos llevarían a la querencia de sus cuarteles.

—¡A Madrid, al bulto!

—Puede que sea más práctico esperar a que el bulto se mueva para saber lo que tiene dentro.

De las medias palabras del general Ros. colegimos que se esperaba un movimiento en Madrid. El Gobierno, con toda su tropa desponible, tendría que atender a sofocarlo: ésta era la ocasión de caer sobre la Villa y Corte. Entre tanto que el formidable tumulto estallaba, los libertadores pasearían militarmente por la zona circundante, *pronunciando* a los pueblos y reclutando patriotas. El fogoso Martos, que todo lo veía conforme a los anhelos de su impaciente corazón de sectario, dijo con la solemnidad que ponía siempre en su limpia palabra, que las piedras de Madrid se levantarían para contestar con barricadas a las insolencias del *polaquismo*. Las lenguas habían sido ya bastante elocuentes. Lo que aún restaba por decir, lo dirían los guijarros... y la pólvora.

La idea y la esperanza de un alzamiento general en los Madriles eran unánimes. Oficiales y paisanos que se acercaron a la mesa del general las expresaron ruidosamente, unos como chispazos de su inflamado patriotismo, otros como consuelo de la deslucida función bélica de aquella tarde. Pasando de corrillo en corrillo y de casa en casa, oí, entre mil comentarios del suceso y de sus consecuencias, una versión que me pareció la más discreta y juiciosa, como salida del entendimiento de Andrés Borrego, uno de nuestros más expertos catadores de acontecimientos, y de los móviles y personas que los determinan.

—La jornada de esta tarde—nos dijo a Pinedo y a mí—, desairada como acción de guerra, es una obra maestra de sagacidad política y de cuquería revolucionaria. Lanzar a las tropas al ataque con todo el brío que ellas saben desplegar, habría sido dar a este movimiento, desde sus primeros vagidos, un carácter rencoroso, sanguinario, como el de las luchas por principios irreconciliables. Y aquí no hay ni puede haber, a la postre, lucha de esa naturaleza. No hay cosas más conciliables que dos porciones de nuestro ejército regular, la una frente a la otra. ¡Como que en el fondo de estos movimientos y de estos choques entre pronunciados y leales hay siempre un compradazgo disimulado con las apariencias de antagonismo! Compadres son todos; no se tiran a destruirse, y ninguno de ellos quiere echar sobre su contrario la tristeza de una grave derrota. Con perfecta *bonhomie* atacó Blaser a Dulce, y éste y O'Donnell le devolvieron su cortés tiroteo. ¡Oh!, este irlandés sabe mucho, y no sólo es un buen guerrero, sino un excelente estratega del

corazón humano. En el curso de la acción he visto yo los efectos de su malicia sajona y de su admirable delicadeza para efectuar el tacto de codos sin que nadie lo advierta, ni dejen de enterarse los codos del contrario. Viendo la acción, sin ver al caudillo, yo le oía decir: «Compadre Blaser, no nos comprometamos derramando más sangre de la que manda la etiqueta. El *polaquismo* es cosa perdida. En el reloj del Destino ha sonado mi hora, y yo y los que están conmigo hemos de coger la sartén por el mango... Amigos seremos todos, aunque ahora el buen parecer pida que nos figuremos rivales. No tardaremos en abrazarnos... Nadie tema venganzas. Yo miraré por unos y otros... Somos el ejército de un país sin fuerza de opinión, de un país que un día nos pide orden, otro día libertad... y lo que nos pide tenemos que dárselo.»

XX

Hastiado, al fin, de las prolijas versiones de un mismo asunto, salí con Zafrilla en busca de Rodrigo Ansúrez, que aún no había parecido por nuestro alojamiento. Recorrimos varias calles, la plaza, parte del camino real. En la plaza vi largas filas de caballos comiendo el pienso que con solicitud fraternal les servían sus jinetes. Los nobles animales, que habían trabajado todo el día pisando terrones y cardos borriqueros o algún cuerpo herido, muérto quizá, respirando tufo de pólvora y enardeciéndose al incitante toque de clarines, mascaban tranquilos su cebada, ajenos a la gloria militar. Observé que todos los perros del pueblo, que durante la batalla se habían alejado del campo de guerra, expresando su terror con aullidos, se congregaban en derredor de los bridones, mirándolos con respeto y envidia. Algunos, después de mostrar su afecto a los generosos brutos de la guerra, salían a ladrar por las calles próximas, como queriendo espantar a otros animales enemigos que veían en forma vaporosa o avisar la llegada de escuadrones fantásticos, sólo vistos por ellos. Luego volvían junto a los caballos nuestros, efectivos, y les hacían la tertulia, sentándose en postura de esfinge en medio de los grupos de soldados y corceles, o escarbando graciosamente la paja que a éstos se les caía. Divagué por entre estos renglones de la página histórica: más interesantes, a mi ver, que los renglones belicosos, y al volver de una esquina me encontré al hojalatero, que corrió hacia mí, gozoso, diciéndome:

—Señor, dos horas hace ya que le busco. Estuve en la yesería tres veces...

—Y ¿qué hay, chiquillo? ¿Dónde está mi gente?

—¡Ay, me parece que me quedo sin violín!..., no por culpa mía, pues he revuelto todo este poblacho... y...

—¿No parecen?

—Se me ha secado la boca de tanto preguntar... Por fin, señor, en la puerta de la iglesia me encontré a un yesero de Coslada: vivía pared por medio de la casa donde se albergaban Leoncio y *Mita;* le llaman el tío *Meas*... Me dijo que con mi hermano había venido su mujer, la cual, todo el tiempo que duró el tiroteo, estuvo en casa de unas viejas que apodan las *Cangrejas,* porque tienen en San Fernando el negocio de mandar cangrejos a Madrid.

—Bueno, y te dijo...

—Que en cuanto se acabaron los tiros, *Mita* fué en busca de Leoncio y se le llevó... El no quería; pero ella... ¡Vaya, que gasta un genio!... Es la que manda.

—Se fueron, pues... ¿adónde?

—A San Fernando..., con las tías esas, que, como le digo, allí tienen gran casa... Algunos días está toda llena de cangrejitos del Jarama...

—¡Todo por Dios!... Pues no es cosa de que ahora vayamos a San Fernando. Yo tengo que volverme a casa: hace tres días que no veo a mi mujer y a mi hijo.

—Y no es lo peor que se hayan ido tan lejos, señor... Van más allá. Mañana, según me dijo el tío *Meas,* pasan a Mejorada, donde se establecerán, porque el negocio de Coslada parece ser que se les torció...

—A mí sí que se me han torcido todos mis planes. Pero ya volveré a ponerme en camino: iremos a Mejorada...

—Yo también... Si ahora no me gano el violín, ¿lo ganaré después?

—Tú rascarás... Tendrás un buen instrumento para estudio... Aplícate, y si eres realmente artista, yo te protegeré...

Desde aquel momento prevaleció en mi espíritu con poderosa fijeza la idea de

partir inmediatamente para Madrid. Di a Zafrilla las órdenes necesarias para emprender la marcha. ¿Llevaríamos a *Sebo?* ¿Llevaríamos a Rodriguillo Ansúrez? Este compañero de viaje no nos traería ninguna dificultad; el otro, tal vez sí. Resolvimos disfrazarle de cura, y al efecto encargué a Zafrilla que buscara o comprase, si era menester, las ropas necesarias para la mutación del travieso policía en venerable sacerdote. Andando en estos preparativos, encontramos a Navascués, el cual nos dijo que a la Corte se volvía con su inseparable Gracián. Comprendí que la misión de estos pájaros en Madrid no era otra que levantar al paisanaje y encender la lucha de barricadas. No se necesitaba mucho para esto, y oyendo hablar al impetuoso Martos se adquiría el convencimiento de que Madrid sería un volcán en todo el día próximo. Las dificultades que tuvimos para conseguir la ropa clerical de *Sebo* las resolvió fácilmente Bartolomé Gracián, que estaba en buenas relaciones con el ama de un cura, frescachona, la cual facilitó sotana y balandrán viejos, y un sombrero de teja, raído, tan largo como un ataúd. No tenía *Sebo* magulladuras en el rostro; los chichones de la cabeza se tapaban con el sombrero, y el cuerpo, bien bizmado, quedaba bajo la sotana holgadísima, pues el difunto era mayor.

Sobre las once, nos dispusimos a salir. Gracián y Navascués, vestidos de paisano, confiaban en su audacia para entrar en la Corte sin infundir sospechas. Pensaban detenerse en Vallecas, donde tenía Gracián una amiga diligente que a él y a Navascués proporcionaría, en caso de necesidad, traje, burros y mercancía de panaderos para colarse sin ningún riesgo en la capital. Martos, Pinedo, Borrego y otros, se las arreglarían fácilmente para el regreso. Llegada la hora de partir, y abreviadas las despedidas, metí en el coche al maltrecho Telesforo, convertido en clérigo campestre; subieron al pescante Zafrilla y el hojalatero, y deseando yo disfrutar a pie de la plácida noche y de la conversación grata de Navascués y Gracián, me fuí andando con ellos detrás del vehículo, a regular distancia, por el camino de Vallecas. Innumerables perros salieron a decirnos adiós, ladrando y enseñándonos los dientes; se retiraban rezongando; volvía con más furiosos ladridos; acudían otros de casas lejanas. Navascués, que se preciaba de entender el léxico perruno, les dirigió la palabra amenazándoles con su garrote:

—Caballeros, que no somos gitanos ni frailes mendicantes. Retírense en buen orden, y váyanse a cuidar las casas del lugar.

Gracián, también entendido en el lenguaje canino, dijo que todo el alboroto que hacen los perros al ver pasar coches y trajinantes significa que desean saber el punto a que éstos se dirigen. Créense investidos de facultades para el reconocimiento de pasaportes y para la vigilancia de caminos, y sus ladridos, que no son más que el cumplimiento de un deber, cesa cuando se responde a la interrogación que expresan.

—Señores perros—les dijo Bartolomé, mostrándoles el palo, después una pistola—, sepan que vamos a Vallecas..., ¡a Vallecas! No sé decirlo de otro modo: ya tenían ustedes tiempo de aprender castellano... Conque ya saben..., a Vallecas vamos. Si no se dan por satisfechos, lo diré con la estaca; y si la estaca no hablara con bastante claridad, les pegaré un tiro.

Oído esto, los perros se fueron retirando por escalones. De hocico al pueblo, todavía rezongaban con mugido displicente.

Diré que el tal Gracián me encantaba por su donosura, por la fatuidad de buen gusto con que se había atribuído un papel constantemente activo en la comedia o drama de la vida. No fué menester estímulo de mi parte para que su confianza se abriera y su verbosidad se desbordara. Es de estos que entregan todo su interior, sin reservar ninguna porción de lo malo ni de lo bueno, tan ineptos para la hipocresía como para la modestia. La conversación que yo entablé sobre el tema de la guerra y de la política, fué derivando, por giros que le daba el sensualismo de Gracián, hasta llegar al tema de mujeres. La vida de aquel libertino era manantial inagotable de asuntos para tal conversación. Oyéndole contar alguna de sus aventuras, acometida con harta impavidez y cierta convicción profesional, vi reproducida en él la figura del burlador de antaño, a un tiempo heroico y cínico. La degeneración del tipo es evidente, como lo es la de las víctimas, más fáciles hoy a la seducción.

Sobre este punto me permití opinar que en la moral no tenemos progreso. Hay, sí, más pudor de lenguaje, y escrúpulos de palabra que antes no se conocían; pero con todo esto, los baluartes que hoy guardan la virtud femenina son de estructura más endeble.

Consiste la presente relajación, según indicó Gracián, en que apenas hay ya quien crea en el Infierno, y las mujeres que aún profesan este dogma terrible, lo han reformado en su pensamiento, estableciendo un Infierno sin infinito y con salidas al mundo de los vivos. Mi parecer es que la sociedad actual, con la facilidad de relaciones entre los sexos y la mayor licencia en las costumbres, permite a los galanes triunfos baratos, que no exigen ni grande agudeza, ni arranques de valor temerario. De aquí resulta que el ejemplar, el tipo de burlador más común en estos tiempos es de un prosaísmo evidente, agravado por los toques de sensiblería fúnebre y de languidez mocosa. Hay también tipos de varonil desvergüenza que sostienen la tradición mejor que los galanes lánguidos, y en los pueblos tenemos el Tenorio cerril, que no deja mal puesto el pabellón de la galantería ilegal. A propósitto de esto, hizo Gracián una observación que sintetiza su gracioso cinismo. Dijo que los Tenorios rústicos prestan un gran servicio a la sociedad contemporánea, porque ellos contribuyen en gran parte a la producción de amas de cría, y al fomento de esta clase tan útil para la lactancia de los niños de madres pudientes. El mal y el bien andan enlazados en el mundo, y a cada instante vemos que algún trozo del edificio de las virtudes sociales se caería si no estuviera apuntalado por un vicio. ¡Qué sería de la infancia rica sin tanto menoscabo y deshonor de muchachas pobres! Y si las criaturas ganan al cambiar el esquilmado pecho de sus madres por el exuberante de las nodrizas, también éstas salen ganancíosas, porque se desasnan, se civilizan, y al concluir llevan al pueblo sus ahorros, y encuentran un labrador honrado que se casa con ellas...

Apurando el tema con sofistería inagotable, llegó a sostener Gracián que las aventuras ilegales de amor son manantial de poesía. El mundo se volverá enteramente prosaico y la vida humana totalmente estúpida si no le prestan su encanto la turbación de matrimonios y el desconcierto de los hogares, donde toda monotonía y toda insulsez tienen su asiento. Y a tales ventajas deben agregarse las de preparar a la sociedad para las revoluciones, que vienen a ser como una limpia general y mudanza de aires, ambas cosas muy necesarias en la vida de los pueblos. Los amores ilegítimos desatan lazos, aflojan vínculos. La volubilidad y el capricho de la mujer extienden por toda la sociedad un cierto espíritu de rebeldía que es el principal elemento de las alteraciones políticas. Sin darse cuenta de ello, los hombres, sean burlados o por burlar, se ven arrastrados a este remolino, que acaba por conmover los cimientos del Estatdo. Las mujeres sienten, los hombres ejecutan. El pecado turba las conciencias, y éstas tratan de aplacarse buscando la alteración de la ley, por la cual es pecado lo que no debiera serlo. El deseo de alterar la ley trae las agitaciones públicas, que son tentativas, ensayos, cambios de postura; y aunque pasado el trastorno vuelven las cosas a su estado natural, y la ley sigue imperando y jorobándonos a todos, ello es que se quebranta con tantas sacudidas, como se resquebraja el terreno en que se suceden los terremotos.

Esta singular teoría de que los pecados mujeriles abren camino a las revoluciones, y de que éstas resultan siempre Es un miembro, un pedazo de carne y como una forma de humorismo para pasar el rato, como quien dice. Pero él a sus paradojas se aferraba; con ellas se metió en el terreno político, y explicóme su fervor revolucionario como un estado fisiológico contra el cual su voluntad nada puede. La regularidad y permanencia de las instituciones se representa en su ánimo como una enfermedad. La paz pública es como una parálisis. El se subleva por instinto de conservación o de salud, sintiendo en sí una parte de la dolencia que a toda la nación afecta. Es un miembro, un pedazo de carne y nervios, partícipe del general dolor. Romper la disciplina es lo mismo que medicinarse, o por lo menos hacer ejercicio, con el fin de buscar la salud en la actividad muscular y en la fluidez sanguínea. La Ordenanza, la Constitución vigente y sus predecesoras, son síntomas terribles de una lesión honda que ha de traer la muerte. En todas las leyes esta-

blecidas hemos de ver formas del dolor, de la congestión, de la fiebre. Sus efectos en la vida equivalen a tumores, úlceras, sarna, postemas, calambres y demás lacerías contra las cuales hay que aplicar no sólo el movimiento, sino el fuego y las sangrías.

Todo esto, y lo que omito, lo decía Gracián dando suelta a la caudalosa vena de su ingenio. Sus acompañantes reíamos a veces, o dábamos nuestro asentimiento por el regocijo que nos causaba. Es, en verdad, un admirable hablador. Posee la elocuencia de los disparates, y el arte de entretener al oyente con graciosos absurdos, expresados en el tono de una profunda convicción... El camino se nos hizo corto con estas charlas, y por mi parte no sentía cansancio cuando divisamos las primeras casas de Vallecas. Los perros de esta villa salieron a recibirnos en cuanto nos olfatearon, y con ladridos regañones nos preguntaban de dónde veníamos y qué demonios íbamos a buscar allí.

—De Vicálvaro—dijo Gracián—, y no seáis impertinentes. De Vicálvaro, y no alborotar; llevo cargadas las pistolas.

Tras de los perros vinieron hombres, preguntándonos por la acción de aquella tarde, y si O'Donnell iba ya sobre Madrid. Respondió Gracián con informes totalmente opuestos a la verdad, sacados de su cabeza, y anunció que en Vallecas se había de librar el próximo día la más tremenda de las batallas. En esto, nos llevó a una de las casas, que están a la entrada del pueblo, un poco apartadas del camino, y antes de que llegáramos a ella vimos luz en las habitaciones y oímos musiquilla de murga, violines mal rascados, clarinete y un trombón. Pronto supe que se habían celebrado los días de la dueña de la casa, y que llegábamos a los últimos pataleos y ronquidos de la bulliciosa fiesta. Entramos, y lo primero que me eché a la cara fué una mujerona de buen ver, alta de pechos, la tez morena, los ojos fulgurantes, de una categoría mixta, pues si por el continente y la finura del rostro parecía señora noble, su habla y modales denunciaban la mujer del pueblo. Era una transición o producto híbrido de esta sociedad infiel al principio de castas. Recibiónos afablemente, y a Gracián con mayor cariño y confianza. Luego me invitó a descansar, ofreciéndome un dormitorio para esperar el día. No accedí, pues deseaba continuar mi viaje sin demora. La señora puso término a la fiesta; despidió a los pocos convidados que allí quedaban; dió licencia a los músicos y a mí las buenas noches, agarrando por un brazo a Gracián, el cual es dueño del corazón de aquella tarasca, según me dijeron los músicos momentos después, añadiendo que a la señora se la conoce por *La Panadera* y que es viuda y rica. Para más pormenores, Gracián la engaña con una sobrina de ella, pobre, habitante en el mismo pueblo, y a las dos con una casada residente en Canillas. En la casa de *La Panadera* se quedó Navascués, inseparable amigo del otro peine, y su *mono de imitación*, con tan mala sombra, que cuantas aventuras intenta son bajas parodias de las del maestro.

En la calle ya (más propio será decir en el campo), dispuesto a proseguir el viaje, se me acercaron los pobres murguistas suplicándome que les trajese a Madrid en mi coche, pues se hallaban rendidos de tantas tocatas y caminatas: habían tenido boda en Mejorada, bautizo en Loeches, y en Perales festividad del patrono San Pedro Apóstol. Ya no podían con sus almas, ni con sus instrumentos. Accedí gustoso a transportarles, y corrieron al parador, donde tenían sus livianos bultos de ropa, y paquetes o envoltorios pesados, pues casi todo su trabajo musical lo cobraban en especie. Mi protegido el hojalatero pidió a uno de ellos que el dejase su violín, mientras iban a recoger la impedimenta. Accedió el murguista. Cogió el chico la carraca, se la echó al pescuezo, tendió el arco sobre las tripas vibrantes, y allí fué el sacar sonidos largos, dulces, elocuentes, que rasgaban el silencio en la noche plácida...

XXI

Estábamos en un terreno polvoroso que no sé si era camino, plaza o ejido. Sentado yo en un trozo de construcción de adobes, que lo mismo podía ser resto de un edificio que principio de él, a mi espalda veía las chozas que se arman en las eras para guardar la mies en gavillas; frente a mí, casas mezquinas agrupadas, como si quisieran formar

calles; a mi derecha, la de *La Panadera*, grande y con letreros, en que se distinguían las palabras *Salvados*, *harinas*... Ningún árbol vivo alcanzaban a ver mis ojos; había sí, frente a mí uno muerto, tronco y ramas en completa desnudez esquelética. Los tejados y el árbol se destacaban con trazo vigoroso sobre un cielo limpio, sin ninguna nube en su concavidad majestuosa, alumbrado por una luna menguante, tuerta, con un solo carrillo y un ojo solo, bastante luminosa para que palidecieran las estrellas, quedando las de primera magnitud muy rebajadas de categoría. Frente a mí, de espaldas a mí, sentado en una piedra, estaba el hojalatero encorvado sobre su violín, pasándole el arco, ahora con suavidad, ahora con brío... Cuando rozaba en la prima, el arco apuntaba al cielo con su contera, y a la tierra cuando rozaba en la cuarta. Tocó Rodrigo aires del *Pirata*, de *Beatrice di Tenda*, de *María di Rudenz*, de otras óperas en boga. Sin duda por el estado de mi espíritu, más que por la destreza del violinista, la emoción que sentí fué muy honda, de esas que remueven lo más quieto y despiertan lo más dormido del alma. Y alguna parte tendría en esta emoción el mérito del artista: cuando más yo le oía, más me admiraba la perfecta afinación, el juego elocuente del arco, su fuerza, su delicadeza, según los pasajes y diseños que atacaba. Llegué a sentirme encantado de aquella música, deseando que durase todo el resto de la noche, y que ésta fuese muy larga. Tocaba el muchacho con devoción y fe, poniendo la mitad de su alma en los dedos de su mano izquierda, y en la derecha la otra mitad. Quería serme grato, y mostrarme su afecto en el lenguaje que mejor conocía... Con la palabra no habría podido expresar ni aun mínima parte de lo que sentía: gratitud, esperanza. De mí esperaba medios para ser un artista eminente, de universal renombre.

En lo más solemne de la serenata, cuando yo me hallaba en pleno éxtasis, oí que las mulas del coche, situado como a veinte pasos de distancia, detrás de mí, redoblaban las manifestaciones de su inquietud, pateando con más fuerza y sacudiendo las colleras, que arrojaban al aire la tintinabulación de sus cascabeles, como un espolvoreo de notas metálicas. Este ruidillo no turbaba la dulce melopea del violín, sino antes bien, la exornaba con un comentario gracioso, de cómica elegancia... Volví mis ojos hacia el coche, y vi que por la portezuela asomaba la cabeza de *Sebo*, como un mascarón lívido, que lo mismo podía ser de clerizonte que de rufián. La bella música le atraía, le embelesaba, como a mí. Aprobaba con un movimiento expresivo de la cabeza, y luego lanzó esta frase, rasgo de poeta y de crítico:

—Anda hijo, no sabía yo que fueras tan buen profesor... Toca, toca: las estrellas te oyen.

Cortaron bruscamente los músicos la bella serenata, presentándose con ruidosa premura cargados de sus paquetes. Calló el violín maravilloso, y los viajeros se ocuparon de colocar sus bultos en el pescante o dentro del coche. Subimos: Ansúrez pidió al dueño del instrumento nuevo permiso para seguir tocando por el camino, y obtenido lo que deseaba, se encaramó en el pescante. Entramos los demás, acomodándonos en aquella estrechez como pudimos, y las impacientes mulas no aguardaron la intimación del cochero para emprender la marcha. Por el camino, el hojalatero, sentado al borde del pescante, junto a Zafrilla, con una pierna colgando, tocaba todo lo que sabía, himnos patrióticos, mazurcas y valses, tiernas melodías de Bellini y Donizetti. En el curso del viaje, hasta las inmediaciones de Madrid, no dejé de sentirme embelesado con la música, adormeciéndome en un vago ensueño. Las notas poéticas del violín flotaban sobre el pesado ruido del coche como una cabellera dorada y vagarosa que el viento agita sin desprenderla del cráneo en que se arraiga. La cabellera se daba al viento, como una idealidad que vuela, sin abandonar la realidad que la sustenta y la produce. Las propias mulas parecían adaptar su paso al ritmo de las tocatas... Yo me adormecí... Todo era música..., música también el son continuo de los cascabeles y los ronquidos de *Sebo*.

6 de julio.

Dos días, con parte de sus noches, tardé en contar a María Ignacia lo que había visto en mi excursión, desviada de su primordial objeto por el acaso, más poderoso que mi voluntad. No estaba

conforme mi costilla con el quiebro que di a mis planes, y sentía que no hubiese persistido en la busca y captura de *Mita* y *Ley*. Propuse nueva salida; pero Ignacia no aprobaba la repetición del viaje, sin duda por notar que del primero había vuelto yo muy melancólico, con tendencias a dormirme o amodorrarme encima de una sola idea. ¿Se reproducían en mí las tristezas o saudades que años atrás alteraron gravemente mi salud? ¿Volveré a sentir mi pensamiento balanceándose sobre aquella línea, sobre aquel lindero que separa la razón de la sinrazón?... Mi mujer me interroga con cierta prolijidad, al modo facultativo, que me pone en cuidado. Yo, sondeando cuidadosamente en mi interior, le respondo que lo que ahora siento es... ganas de vomitar toda la historia contemporánea que tengo en el cuerpo, y que se me ha indigestado formando un bolo; necesito expulsar este bolo. María Ignacia se ríe; yo me explico mejor, diciéndole que mis ilusiones de ver a España en camino de su grandeza y bienestar han caído y son llevadas del viento. No espero nada; no creo en nada... Me hastía el recuerdo de la batalleja que vi en Vicálvaro. Me figuro a los niños de Clío jugando con soldaditos de plomo... En cuanto a las ambiciones que han movido esta trifulca las considero semejantes por su altura moral a las ambiciones de mi amigo *Sebo*... La página histórica tras la cual corrí, resúltame ahora como pliego de aleluyas o romance de ciego. ¿Será que mi mente ha caído en la dolencia de remontarse y picar muy alto o que los hechos y los hombres son por sí sobradamente rastreros y miserables?

A cuantas noticias vienen a mí de sucesos ocurridos en Madrid o en el camino que llevan los que se llamaron libertadores les doy carpetazo. ¡Quién pudiera disponer del olvido como de un pozo en el cual se arrojara todo lo que no se quiere saber! Olvidar las cosas ingratas en el mismo punto en que suceden, sería la mejor reparación de las sofoquinas a que diariamente está sujeta nuestra alma. Pero el maldito tiempo no permite al olvido andar solo, y hemos de conformarnos con la insufrible lentitud del presente y su resistencia a convertirse en pasado...

—¿Me pide la Posteridad referencias históricas? Pues allá va una que juzgo en extremo interesante. Sabed que el gran *Sebo* se aposenta en mi casa, confundido con mi servidumbre, conservando su figurada estampa de clérigo. Por las noches, con el aditamento de anteojos verdes y de un raído traje, sale y visita sin recelo a su familia. El sostenimiento de ésta corre ahora de mi cuenta, y ello ha de ser hasta que Clío nos depare la total ruina del *polaquismo* y el triunfo de los de Vicálvaro. Yo le rezo devotamente a Santa Clío, pidiéndole que apresure este negocio, porque pesa sobre mí, como un mundo, el hambriento familión de mi huésped.

10 de julio.

Sabed, ¡oh generaciones venideras!, que los sublevados ni victoriosos, ni vencidos en Vicálvaro, tomaron el camino de Aranjuez. Tratan de despertar a su paso a la nación dormida. Diríase que la nación abre los ojos, se despereza, vuélvese del otro lado y recobra la plácida quietud del sueño. En Madrid, el Gobierno echa furibundas roncas subido a la *Gaceta*, y continúa alimentándose con niños crudos, que le dan malas digestiones. A los sublevados da el nombre de *traidores* y otros no menos infamantes, y en sendos decretos exonera y pone en la picota a Dulce, O'Donnell, Mesina, Ros de Olano y a los *ilusos* que van con ellos... Noto en el pueblo de Madrid cierta depresión de la fiebre revolucionaria. En los cafés sigue la gente despotricando contra Sartorius, y denominando simplemente *ladrones, turba de lacayos y rufianes* a los personajes más empigorotados de la situación. Todo esto ha venido a representárseme como vocinglería de gitanos. La flojedad del acto militar que lleva el nombre de Vicálvaro ha producido el enfriamiento de la temperatura política. Las revoluciones, como las tiranías, acaban en ociosas algaradas cuando no son robustecidas por la fuerza.

Más importancia que estas manifestaciones de la vida pública tenía en mi ánimo lo que a contar voy, con permiso de la señora Posteridad. Pues sepan que compré al hojalatero un violín excelente para estudio, y que el pobre chico no halló mejor manera de mostrarme su gratitud que ofrecerse a darnos en casa cuantos conciertos quisiéramos oír. A mi mujer le encantaba la música, y le hacía

gracia el fervoroso entusiasmo con que Rodrigo tocaba en nuestra presencia. Afectado yo de tristezas grises, me sentía en situación semejante a la de Felipe V buscando su consuelo en el arte de Farinelli. Para distraerme con más eficacia, el buen chico estudiaba cada noche nuevas piezas, y de esta variedad resultaba para Ignacia y para mí mayor deleite. Tanto ha llegado a interesarnos este incipiente artista, que hemos decidido ponerle un buen maestro, el mejor que hoy tenemos en Madrid. Bajo la férula del anciano don Juan Díez adquirirá seguramente la perfección de estilo que ha de ser el mejor adorno de sus prodigiosas facultades... Y a todas éstas, ni por el hojalatero violinista, ni por otro conducto, nos llegan noticias de *Mita* y *Ley*. ¿Cómo no escribe la salvaje? ¿Será menester que salgamos por segunda vez en su busca? A repetir la suerte me inclino yo; pero mi mujer no me deja: quiere retenerme; confía en que el reposo y las emociones dulces han de serme más provechosas que el traqueteo de un viaje y las caminatas en pos de lo desconocido.

15 de julio.

Despierto una mañana con la idea de que... Vamos, creo haber descubierto el verdadero sentido y fundamento de estas mis nuevas murrias, parecidas, si no iguales, a la de antaño. Fué muy consoladora para mí la convicción de que mi dolencia no es más que *ansia de belleza*. Parece que no, y ello es que todo enfermo siente algo parecido al alivio cuando escucha de boca de su médico el nombre del dolor o molestia que sufre. En las alteraciones nerviosas principalmente, cualquier denominación técnica suele hacer veces de calmante. ¡*Ansia de belleza*, que por el reverso es el desdén y hastío de las vulgares cosas que me rodean! Anhelo lo grande y hermoso, la poesía de los hechos humanos, así del orden privado como del público. El recuerdo de una batalla *de aficionados* en campo casero me lleva al ardiente afán de presenciar un Austerlitz o algo semejante; y para que se me quite el mal gusto de boca que me dejan estas peleas por un puñado de garbanzos, miro hacia las ambiciones de un César, de un Cromwell, de un Bonaparte.

Desdeño las tintas medias, la clase media, el justo medio y hasta la moral media, ese punto de transacción o componenda entre lo bueno y lo malo. No me gusta nada que sea medio: me seduce más lo entero. Váyase mucho con Dios el buen sentido y tráigame la sinrazón, el desenfreno de la inteligencia y de la voluntad. ¡Bonito se va poniendo el mundo desde que nos ha entrado esta bárbara invasión de lo práctico, desde que los hombres de pro se consagraron a desterrar la exageración y a recortar y reducir a estrechas medidas los alientos humanos! Hemos vuelto del revés la fabulilla del asno vestido con piel de león, y ponemos todo nuestro empeño en que los leones se vistan de borricos... Hablo de esto con mi mujer, y ella me exhorta blandamente a tomar las cosas como son, a combatir el *ansia de belleza*, aspiración insana, y a conformarse con la única realidad accesible a nuestros deseos, el gracioso engaño de la fealdad pintadita y retocada, que nos dice: «Soy bella.» Creámosla y admirémosla sin discutirla.

16 de julio.

¿Qué pasa en Madrid? Oigo ruido, pisadas de un pueblo que ha roto la silenciosa quietud en que vivía, y se agita buscando armas y posiciones para combatir. Perdóneme mi dulce amiga la Posteridad: con esto de mis murrias, que a nadie interesan, he olvidado contar las pequeñeces del vivir público, que usurpan un puesto en las filas históricas. Allá voy. Los generales que a sí propios se denominan *libertadores* y que el Gobierno llama *facciosos* se fueron al Real Sitio de Aranjuez, y de allí enfilaron las planicies manchegas, adelante siempre, reclutando mozos, requisando caballerías y requiriendo amorosamente cuantos fondos guardaban las administraciones subalternas de los pueblos... Tras ellos han ido Blaser y Vistahermosa, despacito, persiguiéndoles sin querer alcanzarles, a la distancia que marca el compadrazgo fraternal, norma constante de toda esta gente.

Me cuenta el gran *Sebo* que en Madrid quedó un comité revolucionario, del cual son alma Cánovas del Castillo, Fernández de los Ríos y no sé si Tassara o

Vega Armijo. Ello es que los dos primeros cogieron muy calladitos el camino de la Mancha, hasta dar con O'Donnell, y charlaron con él largo y tendido, diciendo que Madrid no se levanta y los *polacos* no se rinden, porque las promesas de los *libertadores*, harto vagas, hablan poco a la inteligencia del país, nada a su corazón. No se hacen las revoluciones por las ideas puras, sino por los sentimientos, revestidos del ropaje de las ideas. Los *libertadores* ofrecen cosas muy buenas, de esas que forman el tejido artificioso de todo programa político y revolucionario. Veámoslas: *Pureza del régimen representativo, mejora de la legislación electoral y de imprenta, rebaja de los impuestos.* ¿Te parece poco, infeliz nación; te parece vano, retórica de quincalla, de la de a dos cuartos la pieza? Pues allá va otra cosa: *¡Moralidad!* Esto sí que es bonito. *¡Moralidad!* Vamos a tener en el Gobierno esa preciosa virtud. Y por si es poco, ahí va también otra joya incomparable: *¡Descentralización!* ¿Qué tal? Descentralización y todo, y para completar tanta ventura, también os damos *economías*. No queremos pecar de cortos en el ofrecer. Economizaremos, moralizaremos y descentralizaremos... ¿Qué?, ¿no nos creen?

En efecto: el pueblo no da valor ninguno a tales pamplinas, y alza los hombros viendo a unos pasar hacia la Mancha, viendo al Gobierno inmóvil en su inmoralidad, en su despilfarro y en su centralismo. Cánovas y Fernández de los Ríos, bien pulsada la opinión en Madrid, ven clara la vacuidad de ese programa; corren a la Mancha, y en los polvorosos caminos encuentran a O'Donnell. Paréceme que les oigo:

—Mi general, dé por abortada su revolucioncita si no cambia esas monsergas por otras, o no les añade un tópico resonante, de esos que hablan, más que al entendimiento, a la fantasía o, si se quiere, a la vanidad del pueblo español; algo que sea o que parezca ser garantía de las libertades públicas y aparato político de pura figuración externa y de ruido y colorines...

Paréceme que veo al irlandés rebelde al convencimiento. No cede; se aferra con terquedad al plan primero de su revolución exenta de toda concomitancia con las muchedumbres; revolución cómoda, casera, cambio de nombres y de personas nada más... Es como un calzado viejo, holgadito, con el cual andará el hombre por casa sin ninguna molestia. Nada de calzado nuevo, que aprieta y chilla... Pero tanto le dicen sus amitos, y tanto machacan, que al fin llevan a su ánimo la convicción. No concede que sea bueno lo que le proponen; pero reconoce que, de no admitirlo, él y sus compañeros y su ejército corren a una triste desbandada y al amargo destierro... No había más remedio que ceder. O'Donnell cede; los de Madrid redactan un nuevo programa, en el cual, después de estampar las consabidas monsergas de *moralidad, descentralización*, etcétera, añaden otras sugestivas monsergas. En el programa debieron poner esta frase: «Caballeros, se nos había olvidado lo principal, lo más importante. Perdonad el error, que en este pueblo de Manzanares subsanamos, escribiendo en nuestra bandera el mágico lema de *Milicia Nacional*.»

XXII

17 de julio.

Volvieron a Madrid los mensajeros con el reformado papelito, y apenas lo dieron a conocer, se sintió en esta villa como una trepidación del suelo, y lo mismo fué publicarlo que volverse loco todo el vecindario... Las dos palabras añadidas tuvieron el efecto explosivo que hacía falta, y que en vano se pidió a los otros términos del programa. Milicia Nacional es una bomba cargada de pólvora. Hablar de *moralidad*, de *descentralización* y *economías* era cargar la bomba con miga de pan. Para mayor fascinación del público, el manifiesto declara que la popular institución se planteará *sobre sólidas bases*. ¿Qué tal? Milicia ya es mucho; *sólidas bases*, ¡ah!, ya son miel sobre hojuelas...

Pero ¿qué escucho? Ahí es nada. ¡Que se sublevan o pronuncian Barcelona y Valladolid! Y en esta Corte de las Españas parece que todos se vuelven epilépticos. Salgo a dar una vuelta y noto en las caras de los transeúntes un júbilo extraño, en los cuerpos síntomas claros del mal de San Vito. La gente se agrupa sin darse cuenta de ello. En cuanto dos secretean, agréganse cuantos van pa-

sando. Donde hay tres personas, antes que pase cinco minutos hay treinta. En la Puerta del Sol se estacionan los grupos, mirando al Principal. Es la expectación, la ansiedad pública ante el rostro ceñudo del Destino. ¿Qué pasará, qué resoluciones expresan o anuncian los ojos inmóviles y la torva seriedad de la esfinge? De tanto mirar al Principal, llegamos a ver en las ventanas y rejas facciones que algo dicen..., que algo callan.

Sigo mi paseo; entro en la librería de Monier, encuentro amigos que me llevan a divagar por la Carrera de San Jerónimo y calle del Príncipe, de grupo en grupo. El tránsito es difícil... ¿Qué pasa? Ahí es nada lo del ojo..., que ha caído Sartorius. Estatua de barro, se ha deshecho en pedazos mil al estrellarse contra el suelo. Refiere el batacazo un exaltado progresista, que acumula sobre la cabeza del conde los epítetos más infamantes. No puedo contenerme: salgo a la defensa del favorito que ha dejado de serlo. Mi defensa es tomada a chacota, y da margen a mayor impiedad y a burlas más crueles. El que con dulzura le trata llámale *Monipodio*. Entre unos y otros, verbalmente, le escarnecen y le escupen. Luego le arrastran por las calles, y no encuentran muladar bastante inmundo en que arrojarle.

En otro grupo contaban que a Sartorius se le ha despedido como a un criado. Llegó a Palacio y no le dejaron pasar a las habitaciones reales. Esto no me parece verosímil. Sea como fuere, ello es que no hay Gobierno, que la *infame pandilla polaca* tiene ya su merecido. No falta furibundo sectario que al oír lo que se cuenta de la desgracia del conde exclama en dramático tono:

—Esto no es cuestión de política, sino de vergüenza. Ya podemos sacar a nuestras mujeres a la calle. ¡Viva España decente!

Hablando con gente diversa, pude advertir el radiante júbilo de los corazones ante este hecho negativo: *No hay Gobierno*. El no haber Gobierno viene a ser como un descanso, como la sedación de un largo suplicio doloroso; parece como la vuelta a la normalidad de la existencia, o el renacer a la edad de oro cantada por los poetas. En la Puerta del Sol, los grupos estacionados frente al Principal esperan ver salir de él algo extraordinario y magnífico: un genio pródigo que salude al pueblo arrojándole puñados de centenes o panecillos o credenciales. Veo miles de caras de cesantes que con ninguna clase de rostros puede confundirse. Sus trajes de buen corte y muy ajados ya, sus sombreros sin lustre, proclaman la penuria de innumerables familias decentes. Al fin ha sonreído la esperanza para muchos que desde el 48 viven condenados al estudio de las matemáticas, a calcular las probabilidades de cambio de situación, y en tanto mantienen a la familia con el olor de las ollas ministeriales.

Camino de mi casa, me encontré a *Sebo* en la calle del Arenal. Díjome con sigilo que se armaría el tumulto grande a la salida de los toros.

—No olvide vuecencia que hoy es lunes. La plaza está llena de gente; allí están todos los aficionados a la tauromaquia y a la politicomaquia... Otra cosa, señor: sepa que formará Ministerio el general Córdoba... Dejando aparte la amistad de vuecencia con don Fernando, yo diré que éste no es hombre para el remedio de la tremenda enfermedad de España... Caerá, caerá también, y si hoy decimos: «¡Pobre Sartorius!», mañana diremos: «¡Pobre Córdoba!...» Parece que anda en tratos con algunos señores del Progreso para ver de ponerles el collar de ministro; pero ellos no quieren ponerse más collar que el de su dogma. ¿Me entiende, señor? Dicen que su dogma o nada... Pues yo, con permiso de vuecencia, digo que no me conviene ser colocado hasta que vengan los que han de ser estables, O'Donnell y Dulce, un Gobierno tranquilo. Es ése mi dogma, señor. Entiendo yo que esta palabra significa la cosa más necesaria del mundo, verbigracia, *comer con tranquilidad*.

Sigue julio.

El 17 por la noche, cenando, supimos que la salida de los toros había sido tumultuosa. El Himno de Riego resonó en las puertas de la plaza, y creciendo, creciendo en intensidad, al llegar el coro a la Puerta del Sol era como si todo Madrid cantase. Supimos también que Córdoba ha catequizado a Ríos Rosas para que le acompañe en el Ministerio. Ante la insurrección popular, que me parece ha de ser de cuidado, ¿quién

podrá vaticinar si estos nuevos gobernantes lograrán la reconciliación del pueblo y el trono? Mal avenidos los deja el *polaquismo*. De sobremesa, llegan algunos amigos que sostienen la tertulia normal de casa, los perdurables reaccionarios señor Sureda y señor Roa, y otros que en noche de acontecimientos vienen a traer y a recibir impresiones; mi hermano Agustín, *polaco;* don Nicolás Hurtado, *bravomurillista;* San Román, *narvaista;* Bruno Carrasco, progresista, y Aransis, indefinido, con cierta inclinación a los partidos bullangueros. No se entablaron las disputas agrias que amenizan nuestra tertulia las más de las noches Fué aquélla noche de expectación, de conjeturas, de profecías, de apuestas. Vaticinó mi suegro la *disolución social,* y Carrasco apostó a que antes de ocho días tendremos a Espartero en Madrid. La repentina emergencia de sucesos históricos graves no podía menos de traer igual aglomeración congestiva de acontecimientos privados. Llegó *Sebo* a decirme que había visto a Gracián en la calle de Rodas, con *La Panadera* de Vallecas y un tal Ramos, que es el gran reclutador de populacho para motines; presentóse después Valeria, lloriqueando, con el cuento de que su maridito, el angelical Navascués, no había parecido por el domicilio conyugal en cuatro días con sus noches, y, por fin, se coló en casa del hojalatero, trayendo la novedad interesantísima de que *Mita* y *Ley* están en Madrid. Sentí en mi cabeza el torbellino de la brusca entrada de tantos huéspedes mentales en la cavidad del cerebro. Aunque algunos me interesaban poco, la súbita irrupción de tantas ideas me hizo estremecer. Se introducían todas a un tiempo, montando unas sobre otras.

No era posible que yo me privase de salir a la calle para contemplar una página histórica, que sin duda habría de ser más bella que la de Vicálvaro. Los temores de mi mujer se acallaron viéndome acompañado de Aransis y Bruno, de otros amigos de la casa, y de *Sebo* y Rodrigo. Formábamos una caravana bastante fuerte para despreciar el peligro. Además, dimos formal palabra de no intentar ver de cerca ninguna barricada, caso que las hubiere, y de ponernos a discreta distancia de las aglomeraciones de gente... Con ver un poquito bastaría; quizá, y sin quizá, ciertas páginas históricas, como las obras de pintura, pierden bastante miradas desde un punto de vista cercano... Mi primer pensamiento, bajando la escalera, fué para preguntar al violinista la residencia de su hermano y de *Mita.*

—Ayer, señor, se aposentaban en el mesón de la calle Angosta de San Bernardo, donde paran las tartanas de Loeches y Mejorada; pero fuí a verles hoy, y me dijeron que se han ido a otra parte, no saben adónde. Yo lo averiguaré esta noche, pues de seguro lo sabe mi cuñado Halconero, que también está en Madrid con su familia.

Nada respondí al buen Ansúrez. Sentía yo que el Destino se mostraba propicio a mis deseos: no era menester que mi voluntad solicitara sus favores... Entre tanto, embargaba mi atención el espectáculo de público regocijo que ofrecía Madrid, con luces en todas sus ventanas y balcones, y hasta en los últimos agujeros de los más altos desvanes. Ningún vecino había dejado de sacar al exterior el farol o candil, las elegantes bujías o el velón lujoso, que era como sacar al rostro las esperanzas y los gozos del alma. En ninguna festividad oficial, ni en coronación de rey, ni en parto de reina o bautizo de príncipe, vi más espontánea y sincera manifestación del júbilo de un pueblo. Iban por la calle en grupos bulliciosos los vecinos, hombres y mujeres, niños y ancianos, y con ingenuo fervor gritaban: «¡Viva la Libertad, muera Cristina, abajo los ladrones!», poniendo en sus acentos, más que la idea política, un sentimiento familiar con ecos de exaltación religiosa. Dábanse unos a otros parabienes expresivos, y personas que no se conocían se abrazaban; otros que jamás se vieron se preguntaban recíprocamente por la familia y se deseaban mil bienandanzas. Nunca vi cosa igual.

Para poder llegar a la Puerta del Sol, tuvimos que dar un largo rodeo desde mi casa, subiendo a la plazuela de Santo Domingo y bajando por Preciados. Esta calle no estaba tan obstruída por el gentío como la del Arenal, donde las multitudes se obstinaban en que repicara San Ginés, una de las pocas iglesias que a celebrar se resistían con el volteo de sus campanas la felicidad popular. Al fin, repicó San Ginés, repicaron las Descalzas Reales, y no hubo campana ni esquila que no uniera su voz al cántico de tantas

alegrías. Hacia el Postigo de San Martín vimos a un hombre gordo que, plantado en medio de la calle, convidaba a los transeúntes a tomar café o copas en el café de la Estrella. El lo pagaría todo. Más abajo un tabernero invitaba bizarramente al público a entrar en el establecimiento, y hacer todo el consumo de vino que requerían las venturosas circunstancias. Penetrando a fuerza de empujones y codazos en la Puerta del Sol, vimos que las turbas se arremolinaban. En el inmenso oleaje se marcó una corriente que marchaba hacia la calle de la Montera. Sobre las cabezas movibles se destacaba un hombre a caballo; el hombre enarbolaba un trapo a guisa de bandera; otras banderas de colorines le seguían, y al compás de la marcha cantaban las voces el Himno de Riego, y pedían que vivieran los buenos y que murieran los malos. Pronto pudimos enterarnos de que aquel enorme destacamento de la masa plebeya se encaminaba al Saladero, con el noble fin de poner en libertad a los presos políticos que en aquella inmunda cárcel penaban por sus ideas o sus escritos.

Lo más curioso, o si se quiere, lo más instructivo, de aquella noche memorable, fué que todos los policías y corchetes desaparecieron como si se los tragara la tierra. No se veía en las calles ninguna autoridad. Dentro de la Casa de Correos había, sin duda, alguna representación de ella, que no se manifestaba al exterior más que por la claridad de las habitaciones bajas, y por las figuras quietas que al través de las rejas se vislumbraban. El pueblo miraba sin cesar a las rejas, y después de mucho mirar, se entablaron diálogos familiares entre los de fuera y los de dentro. Ved la muestra:

—Abrid la puerta. Entraremos y nos daréis armas.

—No puede ser. No somos enemigos de la libertad. Ya veis que no os hacemos fuego.

—Abrid, y seamos hermanos

—Ni vosotros entraréis, ni nosotros saldremos. Todo seguirá como ahora está.

—¿Hasta cuándo? Nosotros estaremos aquí hasta que nos den armas.

—No necesitáis armas. Nosotros no haremos fuego contra el pueblo... Abriremos un instante las puertas para recoger a nuestros centinelas... Pero habéis de prometernos y jurarnos que, al ver abrir la puerta, no empujaréis para colaros.

—Lo prometemos. Abrid, y que entren vuestros centinelas.

Se hizo como aquí lo digo. Abrieron los de dentro; entraron los dos centinelas, el que hacía la guardia en la esquina de la calle de Carretas, y el de la puerta principal. El pueblo, que aún permanecía en los rosados nimbos de su entusiasmo inicial, todavía generoso, cumplió su palabra, y no aprovechó la fugaz abertura para empujar y colarse adentro. Después, se acentuaron en la inquieta masa las ganas de proveerse de armas cuya posesión conceptuaba como un derecho, y se entabló nuevo diálogo más vivo y apremiante que el anterior. Nada podía resultar de estos dimes y diretes al través de una puerta: el pueblo no podía pasar más tiempo sin armas, y las armas estaban dentro de la Casa de Correos. Para cogerlas era menester franquear la entrada del edificio, y esto se haría batiéndola con ariete a estilo romano: el ariete fué una viga que los más decididos sacaron del derribo de la Casa de Beneficencia. Puesto el madero en hombros de una docena de bigardos en fila, lo movían horizontalmente a compás, descargando furibundos golpes en la puerta. Esta respondía con hondo gemido; pero no se abría. A los golpes agregaron el fuego, prendido con maderas de la casilla del retén de Policía que al anochecer destruyó el pueblo en los Caños de Peral. Combinados el incendio y los porrazos, cedió al fin la dura puerta de Gobernación y entró el paisanaje, encontrando a la Guardia Civil y soldados en correcta formación descansando sobre las armas. Sin violencia alguna pasaron los fusiles y espadas de las manos militares a las plebeyas. Trámite más sencillo de revolución no se ha visto nunca.

Según me contó el gran *Sebo*, que anduvo en este lance, los paisanos invadieron las habitaciones altas de Gobernación respetando los objetos de valor, escribanías de plata, fajos de papeles, y legajos atados con balduque, cuidándose tan sólo de encender cuantas bujías y velones en las dependencias había para arrimar luces a las ventanas. Se buscaba el efecto decorativo de iluminar la Casa de Correos, único edificio que hasta entonces había permanecido a oscuras. La

muchedumbre que llenaba la Puerta del Sol recibía con aplausos y gritos de júbilo las sucesivas apariciones de luminarias en los altos huecos... Pueril era esta forma de venganza popular. No era menos inocente el gustazo que se dieron todos de sentarse en la poltrona que había ocupado San Luis. A bofetadas se disputaban los paisanos el honor de sentarse en ella, forma de vindicación que a muchos les pareció bastante. ¿Qué más quería el pueblo que convertir la silla del tirano en mueble nacional para uso de todos los españoles?

Era medianoche. El pueblo armado, libre, dueño de Madrid, evolucionaba lentamente desde el período de las alegrías ingenuas hacia el de las vindicaciones terribles. En días, en horas, pasa este soberano de niño a hombre, y sus derechos, que empiezan siendo juguetes, se convierten en armas.

XXIII

Cuando *Sebo* volvió a reunirse a mí en la calle de Cofreros, número 6 (paragüería de Larrea), donde teníamos nuestro cuartel general, ya nos faltaban algunas figuras del grupo: unos por cansancio, otros arrebatados por el oleaje, desaparecieron de nuestra vista. Sólo quedábamos Aransis, el hojalatero y yo. Sin movernos de aquel rincón, en el cual teníamos retirada segura por la calle de Peregrinos, supimos que en el Ayuntamiento y Gobierno Civil había penetrado también el pueblo, y que en uno y otro local se habían constituído Juntas, de esas que nacen con espontánea fecundidad en los días, y más aún en las noches calurosas de revolución. Que alguna de estas Juntas intentó parlamentar con Palacio se dijo por allí; que en Palacio no quisieron recibirla me lo imaginé yo; que en Palacio estaban a la sazón los nuevos ministros por no poder estar en ninguna de las dependencias del Estado, lo suponíamos. Luego, al saber la verdad, vimos que habíamos acertado, y que componemos la Historia sin saberlo... Lo extraño es que antes de oír el rumor de que la plebe invadía y quemaba la vivienda de Cristina tuve yo adivinación o presciencia de aquel suceso. No es difícil hoy que el pensamiento de cualquier ciudadano se anticipe a los hechos históricos, porque éstos se anuncian por inequívocos efluvios en el ambiente que respiramos. Los odios más frenéticos del pueblo español en estos días recaen sobre dos cabezas: la de San Luis y la de María Cristina. Uno y otra han desatado sobre España todos los males. San Luis es el insolente capitán de esta cuadrilla de *ladrones públicos*. Cristina, la mujer *rapaz, avarienta, insaciable*, que con diestra mano escamotea los tesoros de la nación. Así lo cree la gente.

Apenas se vieron las multitudes dueñas de la capital, sin autoridad que las contuviera, corrió la noticia de que ardía el palacio de la esposa de Muñoz. Se dijo antes de que fuera cierto, y todo el mundo lo creyó antes de oírlo decir. Cuando llegó a nosotros el primer rumor, ya íbamos hacia allá, seguros de encontrar incendio. Nada sabíamos aún, y nos daba en la nariz olor de madera quemada. En la plazuela de las Descalzas, un amigo de *Sebo* con quien tropezamos nos dijo que, atacado por las turbas el palacio de la calle de las Rejas, la reina madre escapó por las caballerizas, vestida de hombre. No lo creí: ya sabe un ciudadano listo distinguir las mentiras absurdas de las verosímiles. Sin que nadie me lo asegurara, pensé que doña Cristina, desde los primeros síntomas de alboroto, se había trasladado al Palacio Real, llevándose por delante cuantos papeles pudieran comprometerla.

He perdido la memoria de las vueltas que tuvimos que dar para poder asomarnos a la plazuela de los Ministerios por la calle de Torija. Desde lejos vimos el resplandor del incendio. Frente a doña María de Molina habían hecho una hoguera, en la cual hombres y mujeres de mala facha arrojaban lo que iban sacando del palacio: muebles, cuadros, cortinas. No sé qué habría sido de la reina madre si hubieran podido cogerla como cogían un sillón. Oí decir que fué respetada la servidumbre; oí también que hicieron pedazos todo lo que, por su pesadez, no podían transportar a la hoguera. ¡Benigna es ciertamente la barbarie de un pueblo que venga sus agravios en muebles, porcelanas y objetos insensibles!

La curiosidad pudo en mí más que el sentimiento del peligro, y descendí a la

plazuela con mis acompañantes, abriendo paso a empujones. La hoguera desplegaba al viento sus llamas rojizas. En lo más animado de la quezamón se hallaba el pueblo, pasando ya casi de lo siniestro a lo divertido, cuando vino a cortar bruscamente la gresca un destacamento de Cazadores, mandado por un paisano. A la luz vivísima del incendio le conocí: era Gándara, el conspirador de 1848, el militar valiente que adora la libertad y sabe capitanear igualmente soldados y pueblo. Yo le supuse afecto a O'Donnell y comprometido en la revolución. Me sorprendió verle mandando tropas. ¿Por qué las mandaba? Según la versión corriente, aquella noche, habiendo sabido Gándara que el pueblo trataba de incendiar la casa de su entrañable amigo don José Salamanca, corrió a Palacio en busca del general Córdoba, flamante presidente del Consejo, y allá tuvieron los dos unas palabritas, harto vivas, por si el nuevo Gobierno se cruzaba o no de brazos delante de las turbas de bandidos. Acabó Córdoba por decirle que a sus órdenes ponía dos o tres compañías de Cazadores de Baza; que con ellas fuese al instante a contener los brutales atentados, empezando por lo más próximo, que era el asalto y destrucción del domicilio de la reina madre. No necesitó más Gándara para ponerse al frente de los Cazadores. Como insignias llevaba la faja y sombrero que le dió un caballerizo. Sus bromas, en casos de esta naturaleza, solían ser pesadas, y testigo fuí de ello, pues en cuantito que embocó por la calle de Bailén a la plazuela de los Ministerios, gritó con estentórea voz:

—¡Cazadores, por mitades! ¡Preparen, apunten...!

¡Fuego! A la primera descarga cayeron muchos. La dispersión fué instantánea y rapidísima. Corrí de los primeros, pues maldita la gracia que me hacía ser fusilado estúpidamente... Encontréme solo junto a la escalerilla de la calle del Reloj, donde se me reunió Rodriguillo Ansúrez... Preguntéle por Aransis y *Sebo*, y no supo contestarme. Díjome que en derredor de la hoguera había más de una docena de muertos. En la puerta del Senado vi a un pobre hombre que allí quedó seco, y a pocos pasos de él, una mujer, que yacía boca abajo... La segunda descarga ya nos cogió en salvo; pero poco faltó para que nos arrollara la multitud que por la calle del Reloj emprendía la retirada. La ardiente curiosidad me picó de nuevo y asomé las narices a la plazuela. Vi a los cazadores acometiendo a bayonetazos a los infelices que buscaron refugio en el mismo palacio asaltado. Dentro de éste sonaron tiros. Los de Baza mataban sin piedad a cuantos andaban todavía en el trajín de acarrear muebles para la hoguera. Los atizadores de ésta, o habían desaparecido o pataleaban en el suelo. Clamaban los heridos entre tizones; aquí y allí, zapatos, ropas, gorras y sombreros abandonados; algún trabuco, charcos de sangre, despojos del palacio y de sus asaltadores...

No quise ver más ni exponerme a nuevos peligros, y por la travesía del Reloj y la calle de Fomento tratamos de ganar la cuesta de Santo Domingo. Fuimos a parar a la rinconada próxima al pórtico del venerable convento de monjas, y allí, por extraño encadenamiento de ideas, me acordé de un poema burlesco, graciosísimo, que Narciso Serra nos había recitado con prodigiosa memoria en el banquete de Torrejón. Era una historia disparatada, parodia de las leyendas en boga; un galán hambriento que rondaba el convento de dominicas, buscando la manera de escalarlo para verse con la sor de sus pensamientos; un jorobado sacristán que le llevaba bartolillos y empanadas, y dentro de una de éstas, la esperada cartita... La misteriosa volubilidad del pensamiento humano se me patentizó entonces, pues hallándome frente a una situación trágica, mi memoria dió un salto hacia las cosas de burlas, reconstruyendo, sin perder sílaba, la primera quintilla del chistoso poema, y en voz alta la repetí:

> En un oscuro lugar
> que junto a Santo Domingo
> húmedo se suele hallar,
> porque en él a conjugar
> van todos el verbo *mingo*...

Nada tenía que ver esto con lo que a la sazón me rodeaba; pero los caprichos de nuestra mente no están sujetos a ninguna ley conocida. Mi memoria continuó jugando con la quintilla y dándosela y quitándosela a la palabra... Luego vi que venían tropas por la calle de Fomento. Era un retén que debía cerrar

el paso a la plazuela de los Ministerios. Los soldados ocuparon la bocacalle y el oficial que los mandaba pasó a la rinconada con objeto, al parecer, de conjugar el verbo mencionado en la quintilla. Le vi de vuelta, y, reconociéndole, le salí al paso. Era Navascués. Hablamos rápidamente, encareciendo él la rabia que sentía de verse obligado a hacer fuego contra el pueblo, preguntándole yo dónde estaba Gracián y qué papel hacía en la diabólica función de aquella noche. Con desconsolado acento me dijo que su amigo había logrado evadirse del servicio de tropa regular y andaba organizando los grupos más levantiscos de la plebe allá por la calle de Toledo y plaza Mayor.

Y yo:

—Mucho me temo que Bartolomé perezca de mala manera en este torbellino de las venganzas populares.

Y él:

—Gracián no muere. Está donde le llaman su destino y su vocación. Algo terrible y grande hará si le ayudan... Como no hay Gobierno, el pueblo es el amo esta noche.

Y yo:

—Si no hay Gobierno a medianoche, a la madrugada lo habrá... El héroe de esta noche y de mañana no será Gracián, sino Joaquín de la Gándara.

Y él:

—Gándara es héroe popular, por más que ahora nos haya traído a castigar a los incendiarios. Por caudillo del pueblo le tuve yo siempre. Con él me batí el cuarenta y ocho.

—Pues si es héroe popular, ¿por qué ha mandado fusilar al pueblo?... Gándara es hoy el héroe del orden, no de la libertad.

—No, señor; de la libertad. El orden que él defiende es el orden del desorden.

—Es decir, la autoridad de la revolución. ¿Cree usted, Rogelio, que el rebaño puede ser pastor?

—Si es rebaño de ovejas, no; si lo es de hombres, sí.

—Siempre hay un hombre que pastoree. Ya no es Sartorius el pastor. ¿Lo será Gracián?

Lo es, lo será... Retírese, querido Pepe... Abur.

¡Pobrecillo! Era un eco de la fraseología de Gracián; su pensamiento volaba con las ideas del otro pájaro... Seguimos Rodriguillo y yo, no recuerdo por qué calles, en busca de emociones nuevas, viendo y admirando el aspecto de Madrid a tales horas, en noches de plena emancipación del pueblo. ¡Infeliz pueblo! Por una noche, por algunas horas no más, le permiten los dioses el uso práctico de su soberanía de esa realeza ideal que sólo existe en las vanas retóricas de algún tratadista vesánico. Y en su candidez, en la inexperiencia de su soberanía, es el pueblo como un niño al que entregan un juguete de mecanismo delicado y sutil. No sabe de qué suerte lo ha de poner en movimiento, ni con qué frenos pararle, ni con qué llaves darle cuerda...; acaba por romper el juguete y abominar de él...

Pues bien: aunque por ninguna parte se notaba indicios de autoridad, no vimos desafueros más graves que los que ordinariamente turban la paz del vecindario; no advertimos más que una alegría desatinada, burlas ruidosas de las autoridades ausentes, desvanecidas como el humo de los incendios. En la red de San Luis vimos en el cielo resplandor de las hogueras, y a nosotros llegaba un alarido sordo de embriaguez revolucionaria, mezcla de vivas y mueras... A lo largo de la calle del Caballero de Gracia oímos tiros y mayor escándalo de voces airadas o triunfales. Hermoso me pareció el tinte rojo del cielo; solemne, el ruido lejano de combatientes, incendiarios o lo que fueren. Descartando el juicio de los hechos y ateniéndome sólo a la estética, la noche ruidosa, iluminada por las hogueras, me arrebataba de admiración, de un júbilo de artista. Veía, por fin, una página histórica, interesante, dramática, producida en el tiempo, sin estudio, por espontáneo brote en el cerebro y en la voluntad de millares de hombres que el día anterior ignoraban que iban a ser histriones de una teatralidad tan bella. No tenían más inspiración que sus odios, verdadera razón de Estado para los ciudadanos que no habían gobernado nunca y entonces, con actos bárbaros, gobernaban a su modo, realizando algo parecido a la justicia, si no era la justicia misma en todo su esplendor.

Mañana, pensaba yo, se juzgarán estos hechos como atentados a la propiedad, como profanación de la ley o arre-

batos de salvaje cólera. ¡Y las culpas de esta brutal plebe nadie las atenuará con el recuerdo de las terribles violaciones de toda ley moral y cristiana que se contienen en el gobierno regular de las sociedades; nadie verá la inmensa barbarie que encierra el régimen burocrático, expoliador del ciudadano y martirizador de pobres y ricos; nadie se acordará del sinnúmero de verdugos que constituyen la familia oficial, y cuya única misión es oprimir, vejar, expoliar y apurar la paciencia, la sangre y el bolsillo de tantos miles de españoles que sufren y callan!... Nadie se fijará en el crimen lento, hipócrita, metodizado, de la acción gobernante, mientras que salta a la vista el crimen desnudo, instantáneo, de unas gavillas de insensatos que asaltan, queman, matan, sin respetar haciendas ni vidas. Nadie ve las víctimas oscuras que inmoló la ambición de los poderosos ni los atropellos que se suceden en el seno recatado de una paz artificiosa, sostenida por la fuerza bruta dominante, y todos se horrorizan de que la fuerza oprimida y dominada se sacuda un día y, aprovechando un descuido del domador, tome venganza en horas breves de los ultrajes y castigos de siglos largos... Y, bien mirado esto, delante del sacro altar del Clío, ante el cual no cabe falsear la verdad; bien miradas estas vindicaciones instantáneas frente a las demasías que las motivaron, todo se reduce a una bella variedad de formas de justicia dentro del canon de la Naturaleza. Tenemos la justicia espiritual, que nos habla, nos oprime y nos mata con el lenguaje del derecho. Tenemos la justicia animal, que nos aterra con manotazos y rugidos. De la intercadencia histórica de una y otra justicia resulta una armonía mágica, que es de grande enseñanza para los pueblos. . . . . .

Puestos todos a violar, no creo que deban cargarse a la cuenta de la plebe las más escandalosas violaciones. El favoritismo en altas esferzas no hace menos estragos que la desatada barbarie en las bajas. No es el pueblo quien da forma de embudo a las leyes ni quien envenena las aguas del poder en su propio manantial. Su ignorancia no es el único mal; otros males hay, de que son responsables los que leen de corrido, los que escriben con buena sintaxis y los que hablan con sonora elocuencia. Así están las leyes, arrinconadas como trastos viejos cuando perjudican a los que las han hecho. Así huele tan mal el libro de la Constitución...,

porque en él a conjugar
van todos el verbo *mingo*...

XXIV

Vi las hogueras en que ardían los muebles de Salamanca, calle de Cedaceros; vi las quemazones en la casa de San Luis, calle del Prado, esquina a Leon; vi otros juegos de pirotecnia en diferentes calles donde vivían hombres aborrecidos. De dos a tres de la madrugada, la tropa mandada por Gándara iba calmando el furor de quemas. En Cedaceros y carrera de San Jerónimo cayeron ciudadanos que andaban por allí de mirones, mientras que los incendiarios escapaban con veloz carrera. En otros puntos de Madrid hubo tiroteo y lucha cuerpo a cuerpo entre paisanos y tropa, y por todas partes se iba revelando la autoridad, como si saliera de un eclipse o despertara de un pesado sueño. Hasta en el paso de la gente que iba en retirada se conocía que no estábamos ya huérfanos de gobernantes: aún no se veía la mano dura; pero su acción la sentíamos todos.

El Carnaval revolucionario, con chafarrinones de sangre y fuego, se acababa pronto. Los dioses, envidiosos del hombre, lo reducían a breves horas. En éstas, los bromazos no llegaron al trágico desenfreno de las revoluciones más señaladas en la Historia. Casi todos los muertos eran de la clase humilde. El Carnaval de la turba emancipada ofreció la tremenda ironía de que, vistiéndose de jueces, las máscaras resultaron víctimas. Todo el furor que al pueblo enardecía en las primeras horas de la noche quedó reducido a un soez pataleo delante de las casas en que habían vivido los tiranuelos, a gritar con aullidos patrióticos y a quemar sillas y mesas inocentes, cuadros y cortinajes. No arrastraron a nadie, no quitaron de en medio a los que con voces roncas llamaban rateros y truhanes. Pagaron el pato los objetos de carpintería y tapicería, venganza popular harto benigna... Pensaba

yo que la destrucción de muebles de lujo es un hecho favorable a los progresos de la industria y a la renovación de formas suntuarias. Los ebanistas y decoradores de casas ricas estaban de enhorabuena, así como los que inventan nuevos estilos de sillas y sofás. El fuego perjudicaba poco a los Salamancas y Sartorius y beneficiaba providencialmente a los fabricantes.

Retiréme a casa cuando amanecía. Triste era el aspecto de las calles donde hubo fogatas. Por ellas desfilaban presurosos los transeúntes como gato escaldado. Ceniza y tizones quedaban, restos humeantes, en los cuales revolvían merodeadores rapaces. Cadáveres vi en la calle de Cedaceros y en la del Baño; los heridos se retiraban por su pie, si podían, o eran auxiliados por gentes caritativas que nunca faltan. En la Puerta del Sol vi bastante tropa y Guardia Civil; las puertas del Principal, cerradas a piedra y barro. De lejanas calles venía rumor de algarada. Ya teníamos otra vez Gobierno, ya teníamos autoridad. Entre los grupos se deslizaban, todavía medrosos, algunos policías vergonzantes.

En casa me esperaba *Sebo*, que, al disgregarse de nuestro grupo en la calle de Torija, creyó que yo me había retirado a descansar. Intranquilo estaba, y mucho más mi mujer, que me abrazó como si yo volviese de un largo y peligroso viaje.

—No me ha pasado nada. No verás en mí ni un rasguño. Todo lo he presenciado, y me he divertido muchísimo... No te rías, mujer. El espectáculo ha sido de incomparable belleza y de esos que rara vez podemos disfrutar. ¡El pueblo ejerciendo de soberano por unas cuantas horas y entreteniéndose en jugar con los flecos y garambainas de su manto!... Luego, al andar, se pisa el manto, se cae de bruces... En fin: que estos carnavales son forzosamente muy breves, y el pueblo que por divina licencia los celebra se divierte poco, como no entienda por diversión el ser fusilado en lo más entretenido de la fiesta.

Me acosté, pero no dormí. Ardía mi mente del recuerdo de los espectáculos de la noche pasada. Era una visión que no quería borrarse y que me atormentaba, engrandeciendo el interés de sus incidentes y revistiéndose a cada instante de mayor hermosura. No me canso de decirlo: una de las cosas más bellas que yo había contemplado en mi vida era la acción libre del pueblo durante algunas horas, el albedrío nacional desenfrenado y *en pelo*, manifestándose como es; paréntesis de realidad abierto en el tedioso sistema de ficciones que constituyen nuestra vida social y política. Buen alivio daba el tal espectáculo al *ansia de belleza* que me afligía, dolencia del alma; pero no acababa de satisfacerme: yo quería más, más pataleos y manotazos de la plebe restituída a su libertad; quería gozar más de las ideas elementales, como fueron antes de toda organización, y ver al Gobierno y la justicia reproducidos en la desnudez y simplicidad de su estado primitivo...

Desde mi lecho, cerrados los ojos figurando que dormía, creía yo sentir lejanos alaridos de la multitud. Llegué a pensar que habían levantado barricadas en la vecina calle del Arenal o en la plaza de Santo Domingo. Mi mujer me desengañó, incitándome al descanso, y diciéndome que no había tales barricadas, y que Madrid tomaba su chocolate tranquilo debajo del poder de Fernando Córdoba y de Ríos Rosas. Yo aparenté creerlo; pero seguían mis oídos dándome la sensación del bullicio popular cercano. Ordenes severas había dado mi señor suegro para que ni a *Sebo* ni a Rodrigo se les permitiese llegar a mi presencia. Querían encerrarme, aislarme de la vía pública, que era mi encanto, como escenario de la más bella función teatral... Fuí bastante astuto para disimular mi deseo de echarme a la calle..., me levanté..., supe asentir a las insustanciales opiniones de don Feliciano, maldiciendo los excesos demagógicos... Las once serían cuando aproveché un descuido de mi mujer para escabullirme de la casa lindamente. Nadie me vió salir. En el portal me esperaba el hojalatero, y juntos, sin hablar yo más que por señas, dimos la vuelta a la esquina... y *desaparecimos* por la calle de la Sartén.

—¿Sabe el señor dónde están Leoncio y su mujer?—me dijo Ansúrez en cuanto nos vimos en paraje seguro—. Pues en una tienda de la plazuela de San Miguel, donde se vende al por mayor toda la cangrejería que viene a Madrid.

—¿Y tu hermana Lucila?

—En la calle de Toledo..., no sé el nú-

mero... Entrando por la plaza Mayor, a mano derecha, pasadas dos o tres casas.

—Bien, bien. Vamos hacia allá. ¿Hay guerra en las calles?

—Muchísima guerra y tiros muchos, lo que los músicos llamamos *à piacere* disparando cada cual como se le antoja y en *allegro vivace*, que quiere decir: vivo, vivo...

—Esta mañana, después que me dejaste en casa, ¿ocurrió algo? Yo he sentido tiros.

—¡Anda! Un fuego tremendo en la plaza de Santo Domingo, mucho pueblo contra la tropa que guarda Palacio y el teàtro Real, donde dicen que están escondidos los *ministros ladrones* y el jefe de los rateros y guindillas, don Francisco Chico.

—Bien decía yo que había trifulca... ¡Y mi mujer queriendo convencerme de que Madrid es la antesala del Limbo!

—Pues hoy hemos tenido función bonita... Mucho pueblo..., ¡qué bulla, qué entusiasmo!, y en medio del paisanaje, un militar a caballo, con su ordenanza, también a caballo... Era el coronel de Farnesio... En fin, señor: que el coronel y el pueblo hablaron a gritos: primero en la plaza mayor; después, en el Principal de la Puerta del Sol. Pero yo no entendí lo que decían, porque no pude acordarme. Ni sé cómo se llamaba el coronel..., ni qué le pedían, ni qué contestaba... Sólo sé que después fueron todos a la plaza de Santo Domingo, donde andaban a tiros tropas y paisanos... Yo fuí también... Por el camino, cadáveres, sangre...; las casas, cerradas todas, mucho miedo... ¿Qué pasó? No lo sé... El coronel mandó cesar el fuego, y después, por la vuelta que llevaba, me pareció que iba a Palacio, y gritaba la gente: «¡Viva... tal!» No me acuerdo del nombre.

—Por algo que hoy ha dicho mi suegro en casa, entiendo ahora que ese que viste es el coronel Garrigó... Con O'Donnell estaba en Vicálvaro. Se portó como un héroe. Fué herido, cayó prisionero frente a los cañones de Blaser... Al volver a Madrid las tropas del Gobierno, procedía fusilar a Garrigó... Pero ¿qué había de hacer la reina más que indultarle? En estas guerras mansas entre dos partes del Ejército no puede haber ensañamiento. Al fin, han de entenderse y ser todos amigos. Ni han fusilado al coronel de Farnesio, ni habrían fusilado a O'Donnell, ni a Mesina, ni a Dulce, ni a Ros de Olano, si les hubieran cogido... ¿Te vas enterando? Garrigó es liberal y, además, muy valiente; tan buen patriota como buen soldado. El pueblo le quiere, la tropa también. De lo que me cuentas y de lo que oí a mi señor suegro saco esta conjetura, mejor dicho, dos conjeturas: o Garrigó ha sido mandado por Córdoba a parlamentar con los insurrectos para ver de encontrar un término de avenencia y paces, o ha dado este paso por su propio impulso generoso, deseando facilitar a la reina lo que la reina estará deseando a estas horas: reconciliarse con la nación... A ver si recuerdas, hijo: a lo que Garrigó decía, ¿contestaba la multitud con aclamaciones?

—A veces, sí; a veces, no... Cuando entró ese señor en el Principal, el pueblo pidió que saliese al balcón...; pero no salía.

—No salía, y las turbas, impacientes...

—Gritaban: «¡Que desarmen a la Guardia Civil!» Esto sí lo entendí bien. Y yo también lo grité, sin más razón que oírlo a los demás.

—Perfectamente. Y, al fin, salió Garrigó al balcón.

—Sí, señor...; y parecía que, queriendo decir una cosa, no podía decirla..., o que no sabía cómo contestar a los de fuera y a los de dentro.

—¿Los de fuera pedían el desarme de la Guardia Civil?

—Y gritábamos: «¡Mueran los asesinos!...» Al coronel no le entendí más que unas pocas palabras hablando de la reina.

—Del bondadoso corazón de la reina... Y el pueblo, que es un buenazo, se ablandaba con esto.

—Se ablandaba un poquito, y después, otra vez con que se desarmara a la Guardia Civil...

—Naturalmente... Puesto que la reina es tan bondadosa, que mande a la Guardia Civil parar el fuego. En fin: que Garrigó fué a la plaza de Santo Domingo a ordenar que cesaran las hostilidades. Y las masas tras él..., ¿no es eso?

—Tras él yo también, gritando, hasta quedarme ronco, todo lo que oía gritar a los demás... Y como digo, pararon los tiros, y el señor Garrigó siguió luego hacia Palacio... Puede que haya lleva-

do la reina unas palabritas del paisanaje...

—De seguro habrá dicho a su majestad algo del bondadoso corazón del pueblo, y corazones frente a corazones, tendremos sensiblería, pucheros, abrazos, y *tutti contenti*. Esto podrá ser, pero no será; ni quiero yo estas blanduras ni estos abrazos, que son la pérfida componenda, el engaño recíproco, para vivir siempre en un régimen de mentiras. Nada de paces ni arreglitos, sino lucha, y que veamos practicadas las ideas elementales de justicia y de gobierno. ¿Me entiendes tú? A las sociedades les conviene volver de cuando en cuando al salvajismo..., como ventilación, como saneamiento... Vivimos una vida de artificios, que, a la larga, nos van cubriendo de polvo y telarañas... Conviene barrer, ventilar, fumigar...

Recordando ahora, un poco lejos ya de aquel día y de aquellos sucesos, lo que entonces pensaba yo y decía, obligado me veo a reconocer que no me encontraba, el 18 de julio, en la completa serenidad de juicio que normalmente disfruto. Las escenas trágicas de la noche del 17, el fugor de las hogueras, mis *ansias de belleza*, el *desarreglo estético*. digámoslo así, que se inició en mí desde el regreso de Vicálvaro, habían turbado mi espíritu. Al escaparme de mi casa, escabulléndome con Rodrigo Ansúrez por calles poco frecuentadas, me sentí romántico: la leyenda, la poesía política, si así puede llamarse, me seducía y me rondaba. Erame grato no llevar la compañía de *Sebo*, cuyo prosaísmo me apestaba, y sí la del hojalatero artista, de ingenua sencillez en su trato. Pensaba yo que el muchacho podía extasiarme tocando en el violín la *Tabla de los Derechos del hombre* o el *Contrato social*... Camino de la plaza de Oriente, rodeando calles y travesías, díjele que le nombraba mi escudero, y que, no gustando de cosas comunes ni de términos trillados, le llamaba *Ruy*, nombre conciso y de sabor arcaico.

No nos fué posible llegarnos a la plaza de Oriente, defendida por todos sus aproches como campamento atrincherado. Rodeando, seguimos, y por la calle de la Escalinata y del Mesón de Paños nos subimos a la calle Mayor, donde la enorme aglomeración de gente dificultaba el tránsito; quisimos pasar a la plaza de San Miguel, y la ola humana que tratamos de atravesar nos arrastró hacia Platerías. No sé las veces que fuí y vine a lo largo de la calle, no por mi voluntad, sino por traslación de la masa viviente a la cual pertenecíamos mi escudero y yo. Tan pronto me veía en la embocadura de la Puerta del Sol como en el Arco de Boteros. En la plaza Mayor sonaba horroroso fuego. La Guardia Civil trataba de arrojar de ella a los amotinados.

La confianza se establece pronto entre las moléculas que componen la muchedumbre, por más que esas moléculas cambien de sitio a cada instante. Caras que yo veía próximas me sonreían, y bocas de aquellas desconocidas caras me dijeron:

—En Palacio no se dan a partido... No nos entendemos... Dicen que pitos, y luego son flautas...

En la onda fluctuábamos cuando aparecieron tropas por la Puerta del Sol, con un general al frente. Oí que era Mata y Alós. Con dificultad se abría camino. Antes que llegase a la calle de Coloreros, apareció por ésta el popular Garrigó con escolta de Infantería y Caballería. Se encararon uno y otro caudillo; hablaron... Yo estaba lejos, nada pude oír. Mata siguió hacia los Consejos: sin duda iba a Palacio; el otro entró en la plaza. Observamos que cesaba el fuego. ¿Se entenderían al fin? ¿Traía Garrigó instrucciones de Palacio y nuevos arranques del bondadoso corazón de la reina? Sin duda, no traía nada decisivo, porque el fuego se reanudó... Fué que la Guardia Civil, por orden del valiente coronel de Farnesio, puso culatas arriba. El pueblo entonces se arrojó sobre los guardias para quitarles las armas. Pero los guardias no son gente que a dos tirones se deja desarmar... Otra vez el fuego, y algunos paisanos mandados al otro mundo.

Yo no presencié estos incidentes. Oí los tiros, y vi los heridos y muertos un rato después. Terminó la reyerta retirándose Garrigó con la Guardia Civil, y penetrando impetuosamente en la plaza por sus diferentes boquetes, el mar, el pueblo... En aquel mar iba yo con mi leal escudero, cuya vista de lince descubrió al instante rostros conocidos, y me dijo:

—Vea, señor: allí, entre aquellos que

manotean, está el valiente..., mírelo... Don Bartolomé Gracián, en mangas de camisa, sin sombrero... Arma no lleva, si no es que la esconde.

XXV

Corrí tras del hombre que en aquella ocasión a mis ojos tomaba proporciones de figura heroica, tribuno y caudillo de la plebe; pero las oscilaciones del gentío le alejaban de mí cuando ya creía tenerle al alcance de mi mano. Yo gritaba:

—¡Gracián, Gracián!

Se perdía mi voz en el bramido estentóreo del viento y la mar, que esto era el pueblo, océano revuelto y aires desencadenados... Por fin, pude cogerle en el arco de la calle de Atocha, y hablamos brevemente, pues no había lugar de largas conversaciones.

—¿Quiere usted armas?—me dijo—. ¿Se batirá usted con nosotros y por nosotros?

—Los hombres que se lanzan con tanto valor y entereza a una lucha desigual contra la burocracia y el militarismo tienen todas mis simpatías. Pero yo no soy de armas tomar; no sirvo para esto... Vengo de curioso.

—De cronista quizá.

—Algo también de cronista. Quiero ver el atleta desnudo, inerme, luchando con su hermano, el otro atleta, vestido de todas armas, pueblo contra ejército, que es dos formas de pueblo, la una frente a la otra. Entiendo, querido Gracián, que no hay ni puede haber en el siglo que corremos espectáculo más hermoso que este pugilato entre dos hijos de una misma madre: el hijo soldado, el hijo paisano... Dos gladiadores y una sola espada.

—Me parece que el gladiador desnudo llevará la ventaja. Ahora tenemos que ajustarle las cuentas a este asesino de Gándara, que sube de Atocha con Artillería de montaña, Ingenieros, Guardia Civil de a caballo y la bendición del patriarca de las Indias... Allá vamos. En la plaza de Antón Martín se verá quién es más guapo, si él o yo... Tengo antojo de merendarme a ese Gándara con toda su fachenda... Ya sabe él que estoy aquí; ya sabe que a estos pobres borregos los hago yo leones, y que con ellos y conmigo no se juega... No digo que no sea valiente..., le conozco; nos conocemos: juntos peleamos el cuarenta y ocho... Viniendo contra mí, crea usted que no viene tranquilo... En fin: ya nos veremos luego, y le contaré a usted nuestras hazañas para que las escriba.

Siguió por la calle de Atocha, precedido y seguido de una turba de aspecto feroz, armada con variedad de instrumentos mortíferos, obediente al jefe, a él sujeta por una disciplina improvisada, mezcla de respeto, de entusiasmo a estilo militar y de terror a usanza de bandidos. Parecióme el valor de Gracián como un producto de la arrogancia histriónica y farandulera. Era valiente por el aplauso, y acometía y realizaba sus hazañas para que le viera el público. Su heroísmo era orgullo con guirindolas y cascabeles; se había imaginado el tipo del héroe popular, y como gran artista, encarnaba admirablemente el papel que para sí mismo había compuesto.

Volvimos mi escudero y yo a la plaza, donde tuvimos poco tiempo de tranquilidad. Por la calle Mayor aparecieron tropas con intento de ocupar la plaza, y el paisanaje corrió a cortales el paso por los portales de Bringas y por los tres ingresos que dan a Platerías. El tiroteo arreció en pocos minutos. Adquirieron ventaja los paisanos por la ocupación previa de las casas. Mientras unos, parapetados en los porches, abrasaban a los soldados, otros, desde los altos pisos y desvanes, les dañaban horrorosamente con auxilio del vecindario: mujeres y chicos arrojaban sobre la cabeza del gladiador armado tiestos, tejas, agua caliente y otras materias. El gladiador desnudo se defendía con todos los proyectiles que pudieran suplir la corta eficacia de su armamento. No creyéndonos seguros de un balazo en ninguna de las galerías de la plaza, emprendimos nuestra retirada por la calle de Botoneras. Vimos un portal que se abría para dar paso a un hombre; descubrí en éste a un antiguo conocimiento mío, Sotero Trujillo, el esposo de la pobre Antoñita, que acabó sus tristes días, el 48, en un segundo piso de la cercana plaza: agracióme el tal con un fino saludo; invitóme a guarecerme en su domicilio,

desde donde podía ver la función sin riesgo; acepté, subimos.

Escalones arriba, me contó Sotero que había contraído segundas nupcias con una viuda, la cual con suave dominación le había curado de su vagancia y borracheras; que su mujer era sastra de curas y ganaba buen dinero, y él, por influencias de ella, había conseguido un empleíto en la expendiduría de las bulas... Tiempo hubo de que me contara esto y algo más, por ser la escalera larguísima... Llegamos, por fin, al término de la ascensión... Sotero me presentó a su cara mitad, que es fea, gorda, tuerta; no tiene pescuezo, el seno casi se toca con la barbilla, y los hombros se dejan acariciar por los pendientes de filigrana que cuelgan de sus orejas. La sala en que nos recibieron, y que estaba llena de viejas de la vecindad espantadas de los tiros, era taller de sastrería eclesiástica, y no se veían allí más que sotanas y manteos en corte o en hilván, roquetes y sobrepellices, y algún modelo de bonete colocado sobre una cabeza de sacerdote de cartón. En la pared vi retratos de diferentes papas, vírgenes del Sagrario, de la Cinta, de la O, de la Fuencisla, de la Valvanera, y el escudo de la Santa Cruzada junto a un cuadro de mesa revuelta, que fué la especialidad de Sotero en sus floridos tiempos de dibujante.

Con remilgos de finura me hizo los honores de su casa la esposa de Trujillo, no sin decirme que ella es de la familia de los Samaniegos, oriundos de Mena, muy señores míos, y hablamos de aquella cruel guerra en las calles, que no había de traer más que desolación, hambre, irreligiosidad y, por fin, ateísmo... No pudimos extendernos en este coloquio, porque Sotero nos invitó a salir al tejado por un buhardillón para ver desde lo alto la tremenda lucha entre los dos hermanos, según Gracián: el gladiador vestido y el gladiador desnudo. Yo, que no deseaba otra cosa, acepté la invitación de Sotero, sin hacer caso de los arrumacos de susto con que quiso retenernos la señora; subimos por empinadas escaleras, salimos a un ventanón de donde se veía toda la plaza... El espectáculo era desde arriba muy interesante, no exento de peligro, pues bien podían algunas balas subir más alto que la intención de los que disparaban. Los paisanos defendían las entradas de Boteros y Amargura, el callejón del Infierno y los portales de Bringas; desde los techos de la Casa-Panadería y casas próximas hacían fuego contra la calle Mayor...

Como el estado singular de mi espíritu ante la revolución visible solía distraer mi atención, apartándola de los objetos de mayor importancia para fijarla en los accesorios e insignificantes, me entretuve un momento, y aun dos momentos, en mirar los gatos que en aquellos irregulares y viejísimos tejados tienen su habitual residencia. Andaban los animales de un lado para otro, paseando su turbación y excitados por el fuego... Contagiados por el ejemplo de los hombres, unos a otros se desafiaban con furiosos maullidos, y no lejos de mí, en un tejadillo que vierte a la calle Imperial, dos de atigrada piel vinieron a las uñas y se sacudían y arañaban de firme como encarnizados enemigos. Probablemente se peleaban por dar gusto a la garra, y desconocían el motivo y fin de sus querellas. Observé asimismo que no se veían gorriones ni palomas por aquellos aires. Los tiros ahuyentaron a todos los pájaros que merodeaban en la zona urbana. Las golondrinas, menos asustadizas de la pólvora, no se han perdido de vista, y volaban, trazando grandes círculos, en torno a la mole de San Isidro o sobre el copete de San Justo.

De estas observaciones me apartó Ruy llamándome a que mirara lo que en la plaza ocurría:

—Señor, mire hacia abajo. ¿Ve aquellos dos hombres que cargan un herido, uno le coge por los pies, otro por los sobacos?

—Sí, les veo..., y paréceme que no es herido, sino muerto el que traen... Lo tiran en el suelo, como si fuera un saco, al pie del caballo de bronce...

—Muerto parece. De los dos que lo han traído, y que ahora vuelven hacia los portales, fíjese en el que va delante, que lleva un gorro colorado... Es mi hermano Leoncio.

Desde las alturas no pude ver del hombre que yo había conocido por *Ley*, y ahora es Leoncio, más que la gallarda estatura, el andar resuelto y el encarnado turbante o pañuelo que ceñía su cabeza.

—Si esto se acaba y podemos andar por el suelo sin peligro—dije a mi escudero—, hemos de buscarle y echar un párrafo con él.

El tiroteo era ya menos vivo. Los defensores de Boteros se retiraron al centro de la plaza. Vimos uniformes que avanzaban. Parapetados tras el pedestal de Felipe III, aún defendían la plaza los más tenaces. Heridos había muchos; muertos, no pocos. Un hombre de aspecto agitanado yacía junto a un farol, el cráneo deshecho, el calañés a media vara de distancia, y, arrimados a la Casa-Panadería, tres hombres tumbados, que más parecían borrachos que muertos, eran cadáveres de héroes bebidos, que habían peleado enardeciendo su patriotismo con el aguardiente. Mujeres vimos recogiendo heridos y metiéndoles en una tienda de vaciador y en la zapatería de Arnáiz... La ventaja de la tropa se manifestaba bien a las claras y crecía por momentos. Al fin, el pueblo se retiró a la calle de Toledo, y los soldados ocuparon la plaza.

Admirable punto de defensa era para el gladiador desnudo el arranque estrecho de la calle de Toledo, entre gruesos porches que le servían de amparo. Allí y en la calle de Botoneras se entabló de nuevo el combate, que no fué de larga duración, porque al gladiador armado le llegó refuerzo por la Concepción Jerónima. El paisanaje se dispersó, filtrándose por los edificios. En tanto, la tropa no podía estacionarse, por no ser suficiente para guarnecer y fortificar todos los lugares estratégicos. Su misión era despejar la extensa línea entre Palacio y Atocha para impedir que en los puntos principales de ella se fortificase la insurrección y contener a ésta en los barrios del Sur, impidiéndole la comunicación fácil con las zonas del Barquillo y Maravillas, donde también había, por lo que después me contaron, tiroteo gordo. Despejada la plaza Mayor, la tropa siguió hacia la de San Miguel y calles de Milaneses y Santiago. Otras secciones recorrían la línea desde la plaza del Progreso hasta San Francisco.

En tanto, la más tremenda lucha de aquel día se empeñaba en la plazuela de Antón Martín, primero; después, en la del Angel, entre el bravo Gándara y el paisanaje dirigido por el temerario Gracián y otros tales, no menos arriscados y feroces. Desde la atalaya en que nos habíamos subido oíamos el estruendo de fusilería y cañones, y veíamos la humareda que el viento empujaba hacia el Oeste, arremolinándola en torno a la torre de Santa Cruz. Observando esto, dijimos que la torre se ponía mantilla. Si el humo nos daba idea de un terrible combate, no era menos pavoroso el efecto de los tiros. Creyérase que todo aquel núcleo de casas, entre la Trinidad y la Imprenta Nacional, entre Santa Cruz y las Niñas de Loreto, se resquebrajaba y que a pedazos caían paredes y techumbres. La pelea se iba corriendo hacia el Este. Ya el humo no parecía tan amigo de la torre de Santa Cruz, y acariciaba la de San Sebastián. La artillería tronaba por la calle de Atocha...

A todas horas el reloj de la Casa Panadería, que, por encima de la rabia y el delirio de los hombres, seguía fiel a su obligación, nos dijo que eran las cuatro; nos recordó que no habíamos almorzado ni comido, y el hambre nos advirtió que debíamos dar algún lastre a nuestros pobres cuerpos suspendidos en el aire. Discurriendo estábamos el modo y ocasión de comer algo, cuando el amigo Sotero subió a invitarnos en nombre de su señora. Aceptamos con gratitud, y la propia sastra nos sirvió unas malas sopas que sabían a sebo, una fritanga de mollejas, queso, vino y pan de picos, duro de cuatro días. Con ser tan malo el comistraje, nos supo a gloria, y reparamos las fuerzas del gran sofoco de estar todo el día sobre tejas, mirando a los hombres matarse de tejas abajo. Muy agradecidos a las amabilidades de Sotero y su esposa, abandonamos nuestra torre atalaya; descendimos, y en la calle Imperial nos echamos a la cara un montón de muertos que habían arrimado a la pared, en la rinconada del Fiel Contraste. No se llevó flojo susto mi buen Ruy, porque, viendo entre los cadáveres uno con trapos rojos en la cabeza, liados al modo de turbante, creyó por un momento que era Leoncio; mas, examinado de cerca el pobre difunto, nos tranquilizamos, y, para mayor seguridad, los miramos todos, pues en lo más bajo del montón vi asomar unos pies que me parecieron los del gran *Sebo*. Tampoco estaba *Sebo* entre aquellos mártires políticos, cosa natural en quien siempre tuvo por vocación lo con-

trario del sacrificio por una bandería pequeña o por una idea grande.

—Ya parecerá—dije a mi escudero—debajo de alguna mesa o embutido dentro de un armario donde los masones guarden los trastos y chirimbolos de sus ritos... Y, entre tanto, Ruysillo, hazme el favor de guiarme hacia donde yo pueda ver y saludar a los queridísimos salvajes *Mita* y *Ley*.

Aprovechando el despejo de las calles de Toledo y Latoneros, *Ruy* me llevó a la de Cuchilleros, diciéndome:

—Antes de llegarnos a la *cangrejería*, donde me parece que no encontraremos a nadie, entremos en el establecimiento del señor Erasmo...

Siguiéndole, miraba yo los rótulos de las estrechas tiendas y pobrísimas industrias de aquel rincón de Madrid. Vi taller de *estañero* con muestrario de jeringas; vi tienda de *albayalde* y *ocre*, vi *albardero* y *jalmero*, *cestero*, *jaulero*... Por fin, dijo *Ruy:*

—Aquí es.

Y por la entornada puerta nos colamos en el local angosto de una tienda que tiene por muestra: *Obleas, lacre y fósforos.*

XXVI

Vi un taller parecido a los laboratorios de nigromantes o brujos que aparecen en las comedias de magia, calderos y vasos de extraña forma, hornillas, telarañas y una pátina de polvo y mugre sobre paredes y techo; el suelo, de tierra, apelmazado y endurecido por las pisadas. Suspenso el trabajo, sin fuego en los hornos, volcados los calderos, todo revelaba pobreza y el mísero rendimiento de las industrias que viven un día sí y otro no, conforme a la desigual demanda de consumidores. Verdad que aquellas modestísimas artes se relacionan con otras artes o granjerías de alguna importancia: las obleas son hermanas de las hostias; el lacre tiene algo que ver con los barnices, y los fósforos con la pirotecnia. Por esto había surtido de carretillas de pólvora para jugar los chicos; pasta para pegar cristalería y porcelanas rotas, y diversas materias malolientes, en frascos y pucheros, solidificadas al enfriarse; cola, pez, trementina, ingredientes tintóreos y mixturas de todos los diablos... Me detuve a contemplar aquella miseria y a considerar los esfuerzos que representa, titánicos, pero ineficaces para obtener un pedazo de pan. ¡Lo que luchan y se afanan estas clases inferiores de la industria para sostener una existencia mezquina, sin esperanzas de mejora! Y los infelices que en aquel taller echan diariamente el quilo, estarían seguramente en las calles haciendo fuego contra el poder establecido y presentando su pecho a las balas y a las bayonetas del Ejército.

A mis preguntas sobre esta particular, contestó Ruy que era dueño del titulado establecimiento un pobre hombre que había gastado su vida en aquellos trajines. Un hijo le quedaba de los tres que tuvo, y ambos eran tan furibundos patriotas como cuitados menestrales, que empleaban toda su fuerza física y moral en la conquista de unas sopas, y éstas, ¡ay!, no se lograban todos los días. Representaban allí el *patriotismo* dos estampas: una, de Espartero a caballo; de Martín Zurbano, la otra, en el acto de ponerle la venda para fusilarle. Yo no las había visto: estaban adheridas con engrudo a la pared, y del humo y la mugre apenas se conocían las figuras. Díjome Ruy que ambos, hijo y padre, tienen la monomanía de las revueltas, y son los primeros en echarse a la calle en días de motín, y que apetecen los puestos de mayor peligro. Y ¿por qué lucha esta gente? Por esta o la otra Constitución que no conocen, por derechos vagos que no entienden o por idolatría fetichista de hombres y principios, cuyas ventajas, en la práctica, no han de disfrutar jamás. De fijo que si esta revolución triunfa y tenemos Milicia Nacional *sobre sólidas bases*, como dice el programa de Manzanares, estos dos hombres, Erasmo Gamoneda y su hijo Tiburcio, serán los primeros que se gasten cuanto tienen para endilgarse el uniforme y salir a pintarla militarmente en procesiones y paradas. Y con esto se quedarán muy satisfechos, sin reparar que siguen y seguirán tan pobres como antes, y que irán al sepulcro sin que conozcan ni aun parte mínima del bienestar posible dentro de lo humano. ¡Inocentes y generosos hombres! De veras les admiro.

—Señor—me dijo *Ruy*—, espérese aquí

un poquito, mientras yo subo a ver si está Virginia... Ella no bajará, ni le mandará subir a usted sin saber quién la visita, porque no se le pasa el miedo de la policía ni aun con estas trifulcas... Siempre está con cuidado. Se viene acá, porque los Gamonedas, primos de mi padre, son gente de toda confianza que en ningún caso la venderían.

Desapareció *Ruy* por una escalera empinadísima, angosta como de dos tercias, con los peldaños de fábrica, gastados. Empezaba en un pasillo, al fondo del taller, y no se le veía el fin... Yo no quitaba mis ojos de los peldaños más altos, últimos para el que subiera, primeros para el que bajase, y no tardé en ver unos pies de mujer, una falda azul... Pies y falda se pararon cuando sólo estaba visible menos de la mitad inferior del cuerpo. Yo me agaché para ver algo más... La media figura seguía inmóvil. «¿Será *Mita?*», me decía yo. Salí de dudas cuando ella, doblándose por la cintura, me mostró su cabeza ladeada al nivel del techo del taller... Con una exclamación de júbilo avancé hacia la escalera, y ella gritó:

—Pepe, Pepillo, pero ¿eres tú de veras?

Bajó dos escalones y me alargó su mano para darme apoyo y guía en aquella subida gimnástica... Sin soltarme de la mano, me llevó a un aposento bajo de techo, pobrísimo, lleno de estrafalarios objetos, herramientas y cacharros. En el fondo oscuro, una mujer de mediana edad, sentada cerca de un anafre, cuidaba de los pucheros puestos a la lumbre. Era la dueña de la casa... Después de presentarme, Virginia me acercó una silla de paja, desfondada, y en otra se sentó ella.

—Me parece mentira que nos vemos, que me ves tú—fué lo primero que ella dijo en cuanto nos sentamos—. ¿Sabes, Pepe, que por primera vez en mi vida de salvajismo siento..., no sé cómo lo diga..., vamos, que me da vergüenza que me veas en esta facha?

La tranquilicé, mirándola bien y apreciando con rápido examen toda su persona de pies a cabeza. Entiendo que está más bella de salvaje que lo estuvo de señorita y señora, y que los efectos del sol y el aire superan a cuantos cosméticos inventa la industria del tocador. No obstante, se advierte en su rostro la fatiga del trabajo duro, que acabará por deteriorar su belleza si no le depara Dios un vivir reposado. Entre la Virginia de Madrid y la *Mita* de los bosques, entre la damisela frívola y la dríada corretona, ha puesto la Naturaleza sus mayores distancias elementales. Es ya otra mujer: figura, modales, expresión y hasta la voz han cambiado; conserva la gracia y el ingenio. Hablando con ella largo rato, pude advertir que sobre sus facultades brilla hoy un sol nuevo que todo lo ilumina, la razón, antes apenas perceptible, como un resplandor de aurora entre brumas. Noto que se han desmejorado extraordinariamente las manos, antes flacas, finísimas, de perfecta forma, hoy ásperas, coloradotas; los dedos, que fueron los más bellos instrumentos de la holgazanería, son hoy duros, acerados, con lóbulos que marcan la deformación de los huesos, por causa de la ruda faena de lavar ropa en agua muy fría... En su vida silvestre ha sabido *Mita* conservar la limpieza y corrección de su dentadura; su peinado no es del estilo de pueblo, con moñitos y picaporte, ni tampoco el que en Madrid se usa, sino más bien un estilo propio suyo, sencillo y airoso; el calzado, muy tosco y bastante usadito, disimula la pequeñez y buena forma de sus pies. En su ropa, de todo hay: remiendos, agregados, telas que lucieron en Madrid y otras que proceden del mercado de Bustarviejo, así como el corte del cuerpo denuncia los figurines de Miraflores de la Sierra.

Las primeras expresiones de *Mita* fueron para sus padres, dulce recuerdo acompañado de la indispensable ofrenda de lágrimas. Como yo hablase de posible reconciliación con el solo objeto de sondar su ánimo, me dijo:

—Pensar en eso es locura, Pepe. Para volver a llamarme hija, mis padres me pedirán que deshaga yo todo lo hecho desde mi fuga, y que me ponga el capisayo de un arrepentimiento que me parece tan absurdo como si el sol saliera por Poniente. ¡Arrepentirme yo de lo único bueno que he sabido hacer en mi vida! Esto no lo verá mi familia... Por encima de mi familia está *Ley* y el amor que le tengo. Los padres son padres, y una les quiere porque a ellos debe la vida; pero sobre todos los amores está el del hombre que será pa-

dre de los hijos que una tenga... ¿No lo ha establecido así el mismo Dios?... El amor entre hombre y mujer ha de mirar más a lo que ha de venir que a lo que pasó. ¿Me das en esto la razón?

—Té la doy, hija... Pero es lástima que por algún medio no puedas consolar a tus padres de la tristeza en que viven.

—Pues busca tú ese medio, Pepe; búscalo con ayuda de los cuatro Evangelistas, de los Siete Sabios de Grecia y de las Nueve Musas; porque yo he pensado mucho en ello, y no veo de dónde puede venir ese consuelo, que deseo más que nadie. Que maten al que se llamó mi marido por la Iglesia, o que reformen todo ese catafalco de la religión y la sociedad... A ver, a ver..., vengan esos guapos reformadores y consoladores. Yo, dispuesta estoy a todo..., a todo lo que quieran de *Ley* para abajo..., porque lo que es sin *Ley*, o siendo *Ley* menos que el mundo entero, que no me hablen a mí de arreglitos...

Por giro natural, la conversación fué a parar a su hermana.

—Sácame de dudas, hombre—me dijo—. ¿Es dichosa Valeria? ¿Está contenta de su marido? En Valeria pienso cuando me sobra algún rato del tiempo que tengo que consagrar a mis cosas..., y no sé por qué se me figura que mi hermana no es feliz... Siempre tuve a Rogelio por un tarambana; sería milagro que por la sola virtud de las bendiciones de un cura se volviera listo y bueno el que de soltero no inventó la pólvora ni supo hacer nada con sentido... No, no me digas que mi hermana es dichosa, porque no lo creeré... Sospecho que se aburre, que se distrae recibiendo y pagando visitas y asistiendo a todos los teatros... A no ser que le dé por matar el fastidio en las iglesias, comiéndose los santos... Si es así, de veras la compadezco.

Respondíle que yo también dudo de la felicidad matrimonial de Valeria, y que ésta no tiene el mal gusto de distraer sus ocios en devociones insustanciales, entre clérigos y beatas. La señora de Navascués, desatendida por su esposo, busca en los trapos elegantes y en los muebles de lujo y novedad el regocijo de su alma. Mimada por sus padres, Valeria es protectora de los que se dedican a la importación de telas suntuarias y de tapicerías y ornamentos de casas nobles. No hace muchos días me dijo:

—¿Cuándo volverá Rogelio? No quiero estar sola: le aguardo y le tiemblo..., todo me lo estropea. ¡Es tan bruto!... En cuanto entra en casa, se tumba en los sillones de la sala, forrados de terciopelo, y allí echa sus siestas..., como si mis sillones fueran camastros de campaña. Por más que le riño, no hace caso. Las colchas de seda, que cubren las camas durante el día, y otras cosas que son de puro adorno, no le merecen ningún respeto. A lo mejor, se quita las espuelas y las pone en el platillo de ágata que tengo en la chimenea de mi gabinete; las alfombras las trata como si fuesen esteras; entra con las botas llenas de barro y todo me lo deja perdido... La mantelería fina la he retirado del uso diario, porque... parece que lo hace adrede..., siempre que come en casa derrama el vino y hace mil porquerías... En fin: que es muy bestia..., no se hace cargo de mis afanes para tener la casa tan bien adornada y tan decentita.

Todo esto le conté a Virginia para que se enterara del estado psicológico de su hermana. Me oyó con interés, mostrando sorpresa, disgusto...; después se distrajo, haciendo menos caso de mí que de su propia inquietud y sobresalto por la tardanza de *Ley*.

—¿Qué te pasa, hija?... ¿Esperas a tu hombre?... ¿Temes por él?...

—Siempre temo, Pepe, y no puedo estar tranquila—dijo *Mita*, mirando a la calle por un ventanucho no mayor que su cabeza—. Tengo una fe ciega en que Dios ha de guardar a *Ley* y librármele de todo daño; pero la fe es una cosa y el temor es otra... No estoy tranquila, y las horas que pasa en esas calles, disparando sus armas, se me han hecho siglos...

—Si tienes fe, no temas... Yo le he visto, serían las cuatro... Estaba en la plaza Mayor recogiendo heridos...

Rodrigo corroboró este informe; pero *Mita*, sin acabar de tranquilizarse, mandó al hojalatero que se diese una vuelta por la plaza Mayor y calle Imperial. Luego seguimos hablando de Valeria y de Navascués, y contesté como pude al sinfín de preguntas que me hizo acerca de ellos y de los Rementerías, hijo y

padre, sin ocultar el desprecio que éstos le merecen. De los míos también hablamos. Tanto se interesó Virginia por María Ignacia y por mi niño, que hube de referirle las gracias de éste y hacer cuenta de los dientes que le han salido.

—Sácanos de una duda, Virginia. Ni mi mujer ni yo hemos podido desentrañar el significado de tu nombre salvaje. ¿Qué quiere decir *Mita?*

—Tonto, el amor tiene lengua de niño para abreviar los nombres. Al declararnos libres, quisimos olvidarnos hasta de cómo nos llamábamos... El me decía *mujercita...*, y quitando letras y letras, vino a parar en *Mita*... Yo, sin saber cómo, convertí el Leoncio en *Ley*. Los salvajes, ya lo sabes, cuando no tienen otra cosa que comer, se comen las sílabas...

En esto llegó Rodrigo, diciendo que detrás de él venían su tío Gamoneda y su primo Tiburcio... A Leoncio nada le pasaba. Entró un momento en casa de su hermana Lucila... Pronto llegaría. Tranquilizados Virginia y la otra mujer, activaron la comida que hacían en el anafre, y pusieron la mesa. Entraron el Erasmo y su hijo, satisfechos, alabándose de su ardimiento y de haber causado a la tropa el mayor daño posible. Por la noche tendríamos barricadas. Hijo y padre eran hombres de talla menos que mediana, desmedrados, paliduchos. El tizne de sus rostros y el desgaire de su ropa derrotada, amedrentarían a cualquiera que se les encontrase de noche en un camino solitario. Arrimaron sus escopetas a la pared y vinieron a saludarme, a punto que *Mita* les decía mi nombre y mi antiguo conocimiento con su familia. Hablamos de la revolución y de lo que vendría o debía venir.

—Para mí—dijo el fabricante de obleas y lacre—, la partida está ganada. La reina no tendrá más remedio que llamar a la gobernación a los hombres del Progreso, y lo primero que *pongan* será la Milicia Nacional... Con Milicia no puede haber *polaquismo*, ni pillería, ni chanchullos. Ya estaremos al tanto para llevar al Gobierno por buen camino..., y todo marchará como Dios manda, y habrá pan para las clases... ¡Abajo el monopolio!

De estas y otras frases que luego echó de su boca tiznada, colegí su inocente optimismo. Pensaba que con el establecimiento de la Milicia Nacional se venderían más obleas, más lacre y más fósforos.

Alguien subía la escalera silbando, canturriando. Con decir que, desalada, corrió *Mita* a su encuentro, se dice que era Leoncio el que subía.

XXVII

No sé cuántos de julio.

Leoncio era: su alegre rostro, su gallarda soltura me cautivaron desde que entrar le vi, reconociendo en él un hermoso ejemplar de la raza de Ansúrez. Su varonil belleza respiraba salud, fuerza y un perfecto equilibrio de los dos elementos que nos componen, el animal y el hombre.

—Este es *Ley*—dijo *Mita* haciendo las presentaciones con una sencillez encantadora, su mano en la mano de él—. *Ley*, aquí tienes a nuestro amigo Pepe, que aunque nada me ha dicho todavía, nos protegerá, ¡vaya si nos protegerá!..., en la cara se lo conozco. Es un buenazo, y como nosotros, tiene ideas libres.

Con cierto embarazo me saludó Leoncio. Yo le animé con mi afabilidad sincera, y él se arrancó a decirme:

—Don José, puede creerme que antes de conocerle, yo le quería, por lo que mi *Mita* me contaba de usted... Muchas tardes, muchas noches, hemos hablado de usted largamente, calculando lo que el señor haría por nosotros si nos viéramos entre las garras de la curia, por el aquel de casarnos por nosotros mismos.

—Sí haré, sí haré—dije yo con efusión de simpatía.

Y él prosiguió repitiendo el último concepto:

—Casarnos por nosotros mismos, y echarnos las bendiciones... Perdone el señor don José que hable tan a lo bruto y que no sepa decir los verdaderos nombres de cada cosa... Poca instrucción tuvo un servidor..., y luego, como hemos vivido *Mita* y un servidor tan a lo salvaje, se nos iba marchando de la memoria todo el vocablo fino... No gastábamos más que las palabras precisas para entendernos..., y cada día... nos entendíamos con menos palabras.

Le hice sentar a mi lado. *Mita* no se

sentó, porque la reclamaba el trajín de la próxima comida. Iba y venía, moviéndose graciosamente, desde la mesilla en que ponían los platos sin mantel, y el rincón en que Leoncio y yo estábamos. Sintiéndome poseído de inmensa piedad hacia los que ya miraba como amigos de mi predilección, casados a contrafuero, burladores de toda ley, les aseguré que yo les protegería contra viento y marea. Prometí yo lo que quizá no podría cumplir, sin desconocer las dificultades del asunto. Pero en España todo se puede, aquí donde lo provisional es eterno, donde lo ilegal se legaliza, y no hay montes que no se muevan con el influjo personal y las recomendaciones... Hablando luego de las enconadas luchas de aquel día, Leoncio me contó que tenía muchas ganas de andar a tiros con los *del Gobierno*, y sólo para desahogar su apetito y *dar gusto al dedo* había venido a Madrid con *Mita*. Se alabó de ser un buen tirador y de conocer a la perfección el mecanismo de las armas de fuego.

—Vea usted esta pistola—me dijo mostrando la que con la escopeta había dejado al entrar—. Es un arma de nuevo sistema, y casi desconocida en Madrid. La inventó un norteamericano, un *míster* Colt..., se llama *pistola giratoria...*; también la llaman *revólver*... El armero ese del diez de la calle Mayor la tiene de venta. Pero aquí, como no saben manejarla, los pocos que la han comprado la descomponen a los primeros tiros. Esta me la dió un amigo como cosa que no servía para nada. Yo la examiné, y en el taller de Rosendo, en esta misma calle, la puse como nueva... Vea usted, se carga de una vez para seis tiros...

—Cuidado, Leoncio, no se escape una bala y me deje en el sitio...

—Está descargada: no tema usted. Pues hoy la estrené en los portales de Bringas, con un resultado magnífico. Arrimado a un pilarote de aquéllos, me harté de apuntar a mi gusto: no perdía ni un tiro... Crea usted que con la rabia que les tengo a los que mangonean en la nación, se me afinaba la puntería. Yo me hacía cuenta de que por cada bala que yo mandaba había en la otra banda un enemigo nuestro que caía patas arriba: «*Pim...*, ésta para el suegro de *Mita... Pim*, ésta para el cura que casó a *Mita...*; ésta para su tía Cristeta... *Pim, pim*, éstas para los padrinos de su boda...; éstas para los que duden que *Mita* es mi mujer...

—Y con todo ese furor, amigo mío, y eso de mandar las balas con sobrescritos como si fueran cartas, lo que ha hecho usted es matar a unos cuantos soldados inocentes...

—No sé, no sé a quién he matado. También pudieron ellos matarme a mí... Yo tiro contra los del Gobierno y caiga el que caiga. Esto son las guerras... Y si por matar yo a muchos de allá viene un Gobierno que ponga las cosas en su punto, permitiendo que los mal casados se descasen, y que todo se ordene como es debido, y los pobres puedan respirar, unas cuantas vidas nada significan.

Pusiéronme a comer, no sin invitarme cada uno por sí y en coro. Por causa de las porquerías que metí en el buche en la casa de Sotero, no tenía yo ni asomos de apetito. Si lo tuviera, seguramente habría participado de la pitanza de aquella pobre gente. No cabían ellos en la mesa angosta, y Rodrigo y su hermano comían en pie, cogiendo los dos del plato de *Mita* lo que llevaban a las bocas con la cuchara o el tenedor de peltre.

—Aunque tuvieras ganas—me dijo *Mita*—, no podrías comer en tanta pobreza. Este guisado que nos sabe tan rico, a ti te repugnará, como las herramientas con que comemos.

Y al decir esto, volviéndose en la silla y mostrándome la feísima cuchara, el movimiento de sus hombros y de la cabeza desdecía del salvajismo pobre, pues fué movimiento de gran señora. Yo me excusé. Bebí del vino con sabor a pez que me ofreció Leoncio, y comí unas almendras con que graciosamente me obsequió *Mita*. Esto y pasta de higos era el único postre. Comiendo con voracidad, Erasmo Gamoneda explanaba teorías de gobierno y profetizaba los próximos acontecimientos políticos.

—Si ganamos, vendrá un Gobierno de hombres del pueblo, pudientes, y lo primero que hagan será decirnos a todos que nos armemos. Milicia Nacional al canto, y ¡ay del gobernante que no ande derecho! Ladronicio y agios no consentimos. Mucho ojo, caballeros, que aquí está el pueblo, armado, para vigilar, para deciros si vais mal o vais bien. Y que tendremos de todo: Infantería, Caballería, Artillería... Yo seré de Artillería.

como la otra vez, por lo que sé de polvorista y de bombista..., pues de todo habrá. Ingenieros también, y ambulancias, y hasta nuestro poquito de clero castrense... Conque, mucho ojo, caballeros.

Tiburcio Gamoneda, que se había fogueado en diferentes puntos de Madrid, nos contó que si terribles fueron los combates de las plazas del Angel y Antón Martín, donde Bartolomé Gracián, con sus valientes, *le quitó los moños al fantasioso* de Gándara, también se habían *machacado* las liendres paisanaje y tropa allá, en el *tras* de la Universidad, plazuela de los Mostenses y calle del Alamo... Pues en la parroquia de Santiago y en toda la *caída de calles* que bajan a la plaza de Oriente la tremolina fué superior, con una de tiros que daba gloria oírlo; más de cuatro muertos en las calles, y uno en un balcón, con medio cuerpo fuera... Entraron dos vecinos, el estañero del número inmediato, fabricante de jeringas y otros objetos, y un cacharrero de Puerta Cerrada, tratante y expendedor de sanguijuelas. Venían ya preparados para las faenas de la noche, con escopeta en mano y pistola en cinto. Dijeron que las tropas *liberticidas* no se atrevían a salir de sus posiciones. Por la noche, Madrid se cubría de barricadas. Un día más de constancia y valor, y la *masa patriótica*, dueña del campo ya, podrá escoger gobernantes a su gusto. Ya se decía que la reina quería entenderse con el pueblo y formar un Ministerio de plebeyos ilustrados; pero que no la dejaban. Los *verdugos de la Libertad* y *los secuaces de la reacción* tenían a su majestad con las manos atadas como quien dice, y armaban mil enredos para quitarle la buena voluntad.

Sentí lástima de aquella pobre gente, y también admiración muy viva, pues desde la hondura de su vida miserable se lanzaban impávidos a la conquista de una España nueva. Cuanto tenían, las vidas inclusive, lo sacrificaban por aquel ideal de pura soñación, y por un programa de Gobierno que no habrían podido puntualizar, si fueran llamados a realizarlo. Y después de pasarse largos días y noches en tan peligrosas andanzas, volvería cada cual a sus obligaciones. El uno seguiría fabricando obleas y lacre; el otro, jeringas, y el tercero, vendiendo sanguijuelas para ganar un triste cocido y vivir estrechamente entre afanes y miserias. Todo lo soñaban, menos llegar a ser ricos o, al menos, vivir con desahogo. ¡A luchar y a pelearse por un principio fantástico, vagaroso, como las formas de hombres y animales que se dibujan en las nubes! ¡Y luego volver al trabajo, a las privaciones, a la insignificancia! ¿Cómo no admirarles si, en medio de su ruda ignorancia, advierto en ellos una elevación moral que en mí propio y en los de mi clase no veo, no puedo ver, por más que la busco?

Esto, con más concisa palabra, dije a *Mita*, mientras los hombres, en grupo aparte, hablaban de su plan defensivo.

—Yo no entiendo de esas cosas—respondió la salvaje—; pero quiero que peleen..., y no importa que muera alguno, con tal que no sea *Ley;* que haya mucha trapisonda y se estremezca todo eso que llaman *el Trono y el Altar* para que resulte vencedora la Libertad. Sí, Pepe: que me traigan libertad... y gobiernos muy libres... ¿No vendrá también, entre las libertades nuevas, el libre matrimonio y el descasarse, que es, como quien dice, divorcio?

Con una sonrisa le contesté, por no atreverme a manifestarle de palabra mi escepticismo acerca de los progresos de nuestro país en la legislación matrimoñesca. Luego, viéndola descorazonada, le dije:

—Sí, que peleen y se destrocen a ver si la sangre nos trae mucha libertad, pero mucha; ideas nuevas, prácticas, de otros países. Quién sabe, *Mita;* no pierdas la esperanza. Esta revolución será tan tremenda, que el Altar y el Trono quedarán necesitados de una mano de carpintería que los componga y los deje como nuevos. Confiemos en la Providencia; esperemos que después de estas guerras no se diga, como otras veces, que todo queda lo mismo que estaba.

—¡Ay Pepillo!, en la manera de decirlo te conozco que no tienes fe... ¿Tú piensas que todo quedará lo mismo?

—No, hija, esperemos... Vendrá libertad, libertad a chorros, a torrentes...

No quise seguir tratando este punto, por no empañar con mi escepticismo las ilusiones de aquella libertad áurea con que *Mita* soñaba, y que, según ella, debía organizar en forma nueva el mundo de los enamorados. Leoncio, llegándose a nosotros, dijo que si la caída del *polaquismo* y el triunfo de los patriotas traía

mucha libertad, vivirían ellos tranquilamente en un pueblo; pero que si la tal libertad no venía, grande y con alma, poniendo patas arriba todo lo existente, se irían a Marruecos y tomarían trazas y habla de moros para vivir tranquilos. En Marruecos tiene él un hermano que se ha hecho al vivir berberisco, y ya no le conocería por español ni la madre que le parió... Esto y algo más que dijo del hermano marroquí, me movió a preguntarle por su hermana Lucila, que a dos pasos de donde estábamos vivía. Sin dar reposo a la lengua, Leoncio limpiaba sus armas y se proveía de pistones para una larga función de guerra, ayudándole solícita la que me atrevo a llamar su mujer, y su hermanillo, aunque más entendido en violines que en pistolas. Lo primero que contaron de Lucila fué que es dichosa en su matrimonio con el señor Halconero: ha sabido adaptarse a la vida campesina, y no se halla bien fuera de su casa y tierras. Vino a Madrid, acompañada de su marido, por diligencias de éste, y esperan que amaine la revolución para meterse en la tartana y volverse al pueblo.

—Es tan guapa mi cuñada—dijo *Mita* con extremos de admiración—, que cuando la veo me quedo embobada y no sé quitar de ella mis ojos. Pienso que escultores y pintores debieran tenerla siempre delante para sacar del rostro de ella toda la belleza de sus cuadros y estatuas, porque de seguro no ha criado Dios modelo más perfecto de hermosura de mujer..., modelo de que se podrían sacar los retratos de diosas y vírgenes para los museos y las iglesias.

Como hablara yo de su gordura, recordando lo que Rodrigo aseguró, los dos salvajes se echaron a reír, de lo que no se abroncó poco el pequeño.

—Está en el punto preciso de las buenas formas de mujer—dijo *Mita*—: ni un punto más ni un punto menos que la medida y peso justos.

—Su cuerpo—indicó Leoncio—es como su cara: la perfección, señor don José. Cuantos la ven lo dicen. ¿Sabe por qué ha dicho este tontaina que Lucila está de libras? Porque él tiene en su cabeza un tipo de mujer enteramente espiritado, y a toda la que no sea un palo vestido la llama gorda.

—Ya ves, Pepe—dijo *Mita* riendo—: él es como una espátula, y tiene una novia que allá se va en corpulencia con el arco del violín. Perdidamente enamorado está de semejante lombriz... Mira, mira qué colorado se pone cuando hablamos de sus amores. La verdad, Pepe, no es fea la muchacha.

—Sería bonita si echara unas pocas de carnes... Pero a Rodrigo así le gusta, porque está enamorado de lo magro. Magro es lo que toca en el violín; magro todo lo que piensa.

—Su *bello ideal*, como se dice, es un alambre, y cuando ve comer a su novia pierde la ilusión. ¿Verdad, Rodrigo? Quieres que todo sea música; que las vidas sean, como las notas musicales almas sin cuerpo.

Los tres nos reíamos de mi escudero, que, ruboroso, se defendía torpemente con monosílabos. Reconoció, al fin, que se había equivocado al decir que su hermana está gorda. Fué aberración de sus sentidos, incapaces de apreciar la verdad material y la verdad numérica por natural desvarío de gran artista. Y no sólo había desvariado en lo de la gordura, sino en lo de la fecundidad, pues hablando los cuatro aquella tarde, se deshizo el engaño de que Lucila era madre de numerosa prole. No tiene más que un niño, precioso como un ángel, y no hay indicios hasta hoy de que aumente la descendencia de Halconero.

—Estos benditos músicos—dijo *Mita*, con agudeza y donaire—no aprecian el número, y de una cosa hacen siempre dos. No hay aria que no tenga su *ritornello*. Así este tonto vió un niño; luego vió otro..., y aun creyó que iba a venir un tercer niño.

—Es verdad que me equivoco en el número y que duplico los objetos, y que por gustarme lo flaco paréceme gordo lo que no lo es—dijo el violinista, burlándose de sí mismo—. Esto será porque mi maestro, don Juan Díez, me dice a cada instante: «Afina, hijo, afina..., no rasgues el sonido. Hay que ahilar, ahilar..., busca el hilo del sonido..., el hilo delgado, delgadísimo.» Y cuando me vuelvo yo tarumba para que el sonido me salga delgado y puro el maestro me dice: «Repite, hijo: otra vez... otra.»

XXVIII

Detonación cercana nos hizo estremecer. Recogió Leoncio todos sus bártulos de guerra para lanzarse a la calle. *Mita* quiso detenerle un rato más, y no lográndolo, dijo que ella también saldría... Salimos todos. ¿Qué habíamos de hacer allí? En la calle vimos sinfín de paisanos que subían a la plaza por la Escalerilla. No tomó Leoncio aquella dirección, sino la de Latoneros, donde le aguardaban los amigos a cuyo lado combatía siempre. Entramos en una tienda de cedazos, ratoneras, cucharas de palo y molinillos para chocolate. Celebróse allí una especie de consejo de guerra o conferencia entre caudillos. No me enteré bien de lo que discutían; sólo al fin pude comprender que todos los *patriotas* allí presentes, que eran más de siete y más de ocho, declaraban que no se batirían a las órdenes de Gracián, a quien tacharon de orgulloso y déspota, execrando su vanidad y su afán de lucirse él solo y de tomar para sí las glorias de los demás. No llegaron a mi oído razonamientos más detallados ni pormenores precisos de la conducta del héroe popular, porque *Mita* y el hojalatero me hablaban de cosas diferentes, a las cuales no podía negar mi atención. Cuando de la tienda salimos, anochecía ya. En la calle oscura veíanse, como sombras fugaces, los *patriotas* que acudían a sus puestos. Despidióse Leoncio de su mujer, con la orden de que se fuese a la casa de Lucila y le esperase allí a medianoche o cuando tuvieran fin las refriegas que se preparaban. Le vi partir sereno, y acompañé a *Mita* hasta los soportales de la calle de Toledo, frente a la Imperial, notando que, a pesar de su fe ciega en la invulnerabilidad de *Ley*, la salvaje no gozaba de tranquilidad. Es difícil que la fe y las balas se pongan de acuerdo, y a lo mejor la divinidad que protege a ciertos hombres escogidos sufre lamentables distracciones. Sobre esto me dijo algo la pobre *Mita* cuando íbamos hacia los porches, añadiendo que si Dios se volviese atrás de lo dicho y dejase morir a *Ley*, ella se iría para el otro mundo sin perder momento.

Ni *Mita* me invitó a subir a la habitación del señor Halconero, ni habría yo subido aunque me invitara. El síntoma más penoso de mi *ansia de belleza* era que le atracción y el miedo del ideal se juntaban en un punto. Después me dijo *Ruy* que el señor Halconero es muy celoso, y aunque Lucía no le da motivo de escama, no gusta de que en su casa entren hombres, ni menos señoritos. Yo no entraría, ni tenía para qué. Entendía que mi dolencia, más punzante y angustiosa en aquel triste anochecer, requería como eficaz remedio el largo pasear y el tender mi espíritu por diferentes calles. Así lo hice, metiéndonos por la calle del Grafal y la Cava Baja hasta Puerta de Moros, regresando luego por la Costanilla de San Pedro y calle del Nuncio. Animación y bulla vimos por todas partes; ventanas y balcones con luminarias en todos los sitios dominados por el pueblo: oscuridad siniestra en los parajes ocupados por tropa. El ocaso nos trajo de nuevo al punto de partida. Desde Puerta Cerrada habíamos querido salir a Platerías por la plazuela de San Miguel, para irnos a casa por las Hileras y Santa Catalina de los Donados; pero no hallamos camino franco. Tenebrosas estaban aquellas barriadas, y a cada momento daban los soldados el «¡Quién vive!».

Cuando llegamos a los portales de la calle de Toledo, ya habían echado los insurrectos el fundamento de la barricada, la cual avanzaba en ángulo para hacer frente con una de sus caras a la calle Imperial, y con otra a la de Toledo. Mi admiración de aquellos inocentes vecinos subió de punto viéndoles trabajar como hormigas en el parapeto que había de protegerles contra las iras del poder público, y no sólo sacrificaban su vida y su tiempo por un ideal político, que entendían como la escritura chinesca sino que también ponían en ello el ajuar pobre de sus casas. Era de ver la diligencia con que hombres y mujeres, y también chiquillos, acarreaban de las casas trastos y trebejos para echarlos en el montón, y luego ponían encima los colchones, privándose de dormir en blando con tal de ofrecer cómodo abrigo a los defensores del pueblo. ¿En dónde y cuándo se ha visto mayor abnegación, ni entusiasmo más candoroso? El señor Erasmo Gamoneda, que, como artillero con pujos de ingeniero dirigía la barricada, me dijo que los españoles sacrifican colchones, esteras y aun sofás de paja de Vitoria, en *aras del patriotismo*. Cuando les pareció que la barricada te-

nía bastante altura y que la escarpa de ella ofrecía resistencia eficaz a las balas enemigas, se ocuparon en decorar la fortificación. Eran pueblo, que es como decir niños, y el poder imaginativo les arrastraba a la juguetería. En el extremo de la derecha, tocando al portal último, pusieron un retrato de Espartero clavado en la pared; al otro extremo, unas banderas en pabellón donadas por un vecino ebanista, y que habían hecho su papel en el adorno de la calle cuando entró doña María Cristina para casarse con Fernando VII, y en el vértice del ángulo, un lienzo con el retrato de la Virgen de la Paloma, desclavado del bastidor y muy estropeadito. Después de servir de imagen titular en una tienda de la calle de Latoneros en el pasado siglo estuvo largos años en un portal, con ofrenda de velas y aceite, parando al fin Nuestra Señora en patrona y capitana de la plebe amotinada. Desde el palo en que pusieron la Virgen hasta los dos extremos de la barricada, tendieron cuerdas con banderolas y pingajos de diferentes colorines; moñas de torcs, y el indispensable cartel de *Pena de muerte al ladrón.*

Dentro de la baricada, en las dos bandas de soportales, tenía la calle aspecto de feria. Paseamos por un lado y otro, viendo las hileras de tiendas, que de día me parecían cavernas forradas de bayetas y paños. En noche de revolución estaban cerradas, o a media puerta, para entrar y salir la gente armada. Las mujeres y los niños se refugiaban en los entresuelos, tan lóbregos de noche como de día. Cerradas las tiendas, se destacan los rótulos: aquí, nombres muy acreditados en el comercio, como el famoso *Tío Rico,* celebridad choricera; allí, denominaciones simbólicas al uso, como *La Perla, El Jazmín,* que anuncian ropa de niños, camisería y género de punto. De todo hay en aquellas grutas, donde guarda su hacienda un pueblo de afanosas hormigas. Desde la puerta de una de estas tiendas señaló mi escudero al piso segundo de la casa de enfrente, dirigiendo mi atención a una ventana más iluminada que las demás de la calle, y me dijo:

—Vea, señor, aquella ventana de tanta luz que parece un retablo: es de las habitaciones donde viven mi hermana Lucila y su marido, don José Halconero.

—Liberal de veras será tu cuñado—observé yo—cuando tan espléndida luminaria pone en su casa.

Y él:

—Liberal y patriota fué, según dicen, en tiempo de aquel que llamaron *Héroe de las Cabezas,* verbigracia, Riego; y él mismo cuenta que en en una batalla que dieron los milicianos en el Arco de Triunfo, el día tantos del mes de julio de un año de aquel tiempo, se batió como un león y sacó dos heridas en la cabeza que por poco le cuestan la vida. Hoy sigue liberal y partidario del progreso; pero ya no le queda más que el compás, y todo lo que dice es: «¡Ah, en mi tiempo!... ¡Oh, aquéllos eran hombres!...» También mi hermana Lucila es *patriota,* al modo de mujer, clamando por que triunfe el adelanto; pero dice que no vendrá civilización grande si no tenemos antes diluvio..., el diluvio, señor.

—Tiene razón Lucila. En este inmenso secano no puede haber buena cosecha sin lluvias abundantes.

Sin hablar más de esto, pasamos al otro lado; nos llamaba Erasmo Gamoneda con fuertes voces, y en cuanto nos tuvo al habla díjonos que habíamos de tomar las armas o largarnos de la plaza; éramos un estorbo y un cuidado, y no estaban allí los valientes para custodiar a los petimetres que venían de mirones. Antes de que yo le manifestara mi ineptitud para el heroísmo y aun para el manejo de las armas de fuego, salió *Ruy* diciendo que bien podía yo permanecer en la plaza sin necesidad de cargar el chopo, pues venía como historiador, y a los historiadores se les respeta en los campamentos por el bien que traen narrando las hazañas. Al oír esto Gamoneda, cambió de tono, y con gesto y expresiones corteses demostró la admiración que siente por los que consagran su ingenio a reproducir y encomiar las glorias de la patria.

—Bien, muy bien, señor mío—me dijo, estrechándome la mano—. Ya leeremos todo lo que vuecencia escriba de este sufrido pueblo..., y si sale esa historia por entregas, a cuartillo de real, los pobres podremos comprarla...

—Yo—declaró un ciudadano que a nuestro grupo se acercó, fusil al hombro—me quitaré el pan de la boca para tener en casa esa historia y leérmela

de corrido... Pero tenga cuidado de que no se le olvide nada.

—¡Ah! —indiqué yo—, de eso trato, de no perder el menor detalle de estas grandezas.

—Nos dará luego la segunda parte —dijo Gamoneda—, que traerá todo el relato del establecimiento de la Milicia Nacional... Yo, como dije al señor don José, seré de Artillería, por lo que entiendo de materias para disparos y explosiones...

Invitáronme a visitar el local que allí tenían, en la cabecera de la barricada, un almacén que fué de paños, ya desalquilado y vacío. Ocupáronlo por ley de guerra los *patriotas*, y en él pusieron su almacén de provisiones de guerra y boca, con botijos de agua fresca, dos catres para los heridos, depósito de armas y líos de esteras viejas para refuerzo de la barricada. Entramos y nos ofrecieron como asiento unas cubas vacías. Mientras Gamoneda daba órdenes a unos tipos con morriones de milicianos del año 22, y que debían de ser ayudantes o cosa parecida, el otro ciudadano me hacía los honores del *Cuartel general*, y de paso daba unos toques políticos y sociales:

—Para mí, señor, la revolución no debe cuidarse sólo de traer más libertad. Venga, sí, toda la libertad del mundo; pero venga también la mejora de las clases..., porque, lo que yo digo, ¿qué adelanta el pueblo con ser muy libre si no come? Los gobernantes nuevos han de mirar mucho por el trabajo y por la industria. Hay que proteger al trabajador y echar leyes que abaraten el comestible y den mayor precio a las cosas de fabricación. Yo, señor, soy fabricante de zorros para quitar el polvo a los muebles. Mi establecimiento está en la rinconada del Almendro, donde el señor tiene su casa, y puede visitar los *talleres* cuando guste. La muestra dice: *Hermosilla. Zorros y plumeros.* Hermosilla es un servidor, para lo que guste mandar... Mis zorros son especiales... Castiga usted con ellos los muebles de tapicería sin deteriorarlos, porque empleo material escogido de orillo. Ahora me dedico también al plumero, que fabrico para los muebles finos de Francia, que están de moda. Es un plumero tan suave, que se come todo el polvo y hasta el polvillo, y es de larga duración si cae en manos de criadas que lo manejen con suavidad, acariciando, señor, acariciando, sin dar golpes...

Con todo lo que dijo estaba yo conforme, y así se lo manifesté al bueno de Hermosilla con franca urbanidad, añadiendo que la revolución no sería eficaz si no se nos traía un gran desarrollo de las artes industriales. Luego me quedé solo con Ruy, el cual me llevó por los espacios interiores de aquel local vacío que iba a parar a la calle de Cuchilleros.

—Esta puerta—me dijo, mostrándome una claveteada y con fuertes cerrojos—da a la escalera por donde se sube al piso en que vive mi hermana Lucila, y por la misma se puede salir a Cuchilleros; pero está cerrada y por aquí no podemos salir. Vámonos por donde entramos, señor, y veamos de procurarnos un sitio de descanso, ya que no pueda el señor ir a su casa y yo acompañarle, como es mi deber.

La idea de volverme al seguro de mi casa me halagó un instante; pero me sentía perezoso, o más bien, una fuerza de adhesión casi irresistible, pegajosa, en aquellos lugares me retuvo. Cierto que mi mujer estaría sin sosiego; pero ya se tranquilizaría viéndome entrar a medianoche o a la madrugada... Con esta idea fuimos a la plaza, y después de vagar por ella nos refugiamos en el quicio de una cerrada puerta, junto a la calle de la Sal... Fatigado yo y anhelando la quietud, me senté en el suelo; *Ruy* se puso a mi lado. Parecíamos dos mendigos: no nos faltaba más que alargar una mano y soltar la quejumbrosa plegaria para solicitar la caridad del transeúnte. El vivo resplandor de mi espíritu en aquella hora triste de la noche, que no parecía sino que cien hogueras ardían en él, es de tal importancia en estas *Memorias*, que necesito tomarme tiempo y descanso para referirlo como Dios manda. Mañana, amiguita Posteridad, seré otra vez contigo.

XXIX

¿Julio todavía?...
No sé en qué día vivo.

Sigo contando, y describiré brevemente las batallas que andaban dentro de mí Mi alma era toda tristeza, considerando

cuán poco soy y cuán poco valgo. ¡Entre aquellos hombres inocentes y rudos que perciben un ideal y corren ciegos tras él, menospreciando sus propias vidas, y yo, existencia infecunda, inmóvil pieza de un mecanismo que anda sólo a medias y a tropezones, qué colosal diferencia! Ellos me parecían materia viva, aunque tosca; yo, materia inerte, ociosamente refinada. Ellos marchan; yo permanezco apegado al suelo como un vegetal. Ellos son elemento activo; yo, formación petrificada del egoísmo y de la pereza. Para consolarme de la envidia que me punza el corazón, pienso en la barbarie de ellos; comparo su grosería con mi finura y su ignorancia con las varias erudiciones de segunda mano que me adornan. Pero esto no me vale, y en lo mejor de mis comparaciones, les veo agigantarse, mientras yo, de tanto empequeñecer, llego a ser del tamaño de un cañamón. Ellos trabajan rudamente todo el año para vivir con estrechez, y yo vivo de riquezas que no he labrado y de rentas que no sé cómo han venido a mí. Y viviendo en la inactividad, amenizando mis ocios con el recreo de ver pasar hombres y cosas, ellos se lanzan a la hechura de los acontecimientos, a impulsar la vida general y a desenmohecer los ejes del carro de la Historia. Ellos dan su hacienda corta y su vida, no por el beneficio y mejora de sí mismos y de la clase a que pertenecen, sino por la mejora de toda la sociedad. Si algo bueno resultare de esta revolución, no será para ellos, que seguirán tan pobres, oscurecidos y bárbaros como antes, mientras recogen el fruto de la mudanza política los camastrones que han cultivado y adquirido la agilidad oratoria, o los áureos gandules como yo.

No me conformo con esta inferioridad a que me condena mi propio juicio, y evoco toda mi voluntad para ver si en ella encuentro fuerza bastante con que acometer algo que a tales hombres me iguale. ¿Qué puedo hacer? ¿Coger un arma y lanzarme a la pelea junto a esos admirables ciudadanos? No, porque ya sé lo que ha de pasarme si me meto a revolucionario de acción. Me faltará ardimiento, la fiera impavidez ante el peligro. Me figuro que intento ponerme a disparar tiros en una barricada, y antes de empezar me sentiré invadido de un sentimiento humanitario, incompatible con el heroísmo bélico. Vamos, que si suelto el tiro con buena o mala puntería, y tengo la desgracia de matar a un pobre soldado, he de afligirme como si a mi propio hermana matara. No, no; he de buscar un heroísmo que no sea militar. ¿Pues, qué, entonces? ¿Recoger y asistir a los heridos, exponiendo mi cuerpo a las balas, como si éstas fueran motitas de algodón? ¿Predicar de casa en casa y de pueblo en pueblo las doctrinas salvadoras, y no cejar en ello, desafiando persecuciones, cárceles, presidios y la muerte misma? Estos y otros medios de elevación moral iban pasando por mi mente, sin que me decidiera por ninguno, pues aunque todos me parecieran buenos, yo ambicionaba el mejor, el insuperable. Había de ser algo que yo fuese a buscar a los más eminentes espacios de la bondad humana...

No sé adónde fué a parar mi desconcertada mente. Sí sé que mis nervios cayeron en una sedación honda. ¿Yo dormía o velaba? Cualquiera lo averigua... ¿Sentí los ronquidos de *Ruy*, o es que éste tocaba el violín?

—*Ruy*—le dije, sobresaltado—, eso que tocas, ¿es el aria de *Rapto en el Serrallo*, del amigo de Mozart, o un motivo de tu invención?

—¿Qué motivos ni qué carneros?... Despierte, señor, y vea que no tengo violín, que estamos pasando la noche arrimados a una puerta, en la Plaza Mayor.

—¿Crees tú que yo he dormido?

—¡Anda! Pues no ha soñado poco...

—¿Sabes una cosa? Es muy agradable dormir al raso en estas noches de verano. En la calle sueña uno cosas más bellas que en casa... Y dime: ¿has oído tú al reloj dar las horas?

—Le oí, señor; pero todas las horas las daba equivocadas. Dió dos veces la una; dió las once después de las doce. y repitió las dos para que parecieran las cuatro.

—¿De modo que con ese reloj no sabemos a qué hora vivimos? Así es mejor. No hay cosa más cargante que saber la hora y sentir el tiempo marchar siempre hacia adelante. Yo he pensado que estábamos a prima noche, y que cuando *Mita* subió a casa del señor Halconero, subíamos con ella.

—Me parece, señor, que no es verdad que subiéramos... Lo que hay es que

usted y yo deseábamos subir; pero no fué más que deseo..., quiero decir, que el deseo subió, y nosotros nos quedamos en la calle viendo hacer la barricada...

—Más bonita es Lucila que la barricada, pienso yo..., y también te digo que en los ojos de tu hermana están todas las revoluciones.

—Mi hermana es tan bella, que yo mismo, al mirarla, me quedo pasmado. Creo a veces que Lucila no es mujer, sino diosa, una diosa con disfraz que tiene el capricho de pasar temporadas entre nosotros, los humanos...

—Ciertamente: Lucila no es de este mundo, sino criatura celestial... Dios la encarnó en una raza escogida..., porque habrás de saber *Ruy*, que vosotros los Ansúrez, sois celtíberos, la raza primaria. Tu padre es el perfecto tipo de la nobleza española, y tu hermana, el ideal símbolo de nuestra querida patria... Y el hijo de Lucila es como un príncipe que lleva en sí todos los caracteres de la realeza: cuando crezca, verás en él la más bella persona, y la más gallarda, la más generosa. No digo yo que reine, pero sí que debe reinar y que idealmente reinará... A propósito: ¿qué nombre le han puesto a ese niño?

—José..., el nombre de su padre.

—Y mío... Has de notar que todos los españoles nos llamamos José. Casi, casi, llamarse José es como no llamarse nada, y tu sobrinito ha de tener otro nombre, que no conocemos; un nombre que le ha puesto Lucila, y que sólo ella sabe... Porque no dudes que ese niño ha sido engendrado por el dios celtíbero, o por el mismísimo genio de la patria.

—Poco a poco, señor marqués... Mire lo que dice. No está bien que una persona como usted vitupere a mi hermana, señora honrada, más honrada que el sol, y aunque esposa de un viejo, es tan fiel, tan fiel y tan pura, que ninguna otra mujer la puede superar.

—¡Si lo sé, hijo; si la tengo por dechado y compendio de todas las virtudes! Pero lo uno no quita lo otro, querido *Ruy*.

—Todos cuantos conocen a mi hermana se hacen lenguas de su recato y honestidad, y mi cuñado Halconero es la persona más envidiada que hay en el mundo. La gente dice en coro: «¡Vaya una mujer que se ha llevado este tío!» Su buen comportamiento, digo yo, es lección que debieran aprenderse de memoria las demás mujeres.

—Lo sé, lo sé. Pero eso no quita... Pudo ser con ella el dios celtíbero o el genio de la raza española, conservando sin menoscabo su virtud, y si me apuran, su virginidad...

—Señor, señor, tanto como eso no se puede decir... Cállese, por Dios, o creeré que delira... Si no estuviéramos a oscuras, vería usted que, oyéndole esos despropósitos, me he puesto muy colorado.

—Tú podrás ponerte como un cangrejo, si ése es tu gusto. Yo, sin cambiar de color, expreso una idea elevada, teológica..., y en el terreno de la fe la sostengo. Claro que no podrá demostrarse; pero la demostración contraria, ¿quién será el guapo que hacerla pueda?...

—El señor conoce a Lucila; no es necesario que sea teológica para ser hermosa y buena como los ángeles.

—Cierto: esto lo sé por espontáneo conocimiento, inspiración, si así quieres llamarlo, porque he tratado poco a tu hermana. Sólo dos veces la he visto, y en ninguna de esas ocasiones he tenido el honor de hablar con ella.

—Pues si es así, no conoce el señor lo más bello de mi hermana Lucila, que es el acento, el metal, la voz.

—Sin oírlo, lo conozco, *Ruy*, por percepción intuitiva. En la voz de esa mujer cantan todos los ángeles y serafines.

—Así es... No han oído los hombres música que a la voz de mi hermana pueda compararse. No puedo hacer comprender al señor cómo es aquella voz... Si hubiera traído mi violín, algo podría decirle acerca de esto.

—Pues que no se te olvide traerlo siempre que salgamos a divagar de noche por las calles solitarias... ¿Sabes, *Ruy*, lo que estoy reparando? Que alumbra la luna con luz tan clara como si tuviéramos en el cielo tres o cuatro lunas.

—No es claridad de luna lo que vemos, sino del mismo sol. Señor, es de día...

XXX

Julio..., todavía julio.

La primera embestida de esta dolencia tan vaga como cruel, a la que he dado diferentes nombres, sin acertar, creo yo, con el verdadero, empezó a fines del 49 y no terminó hasta mi viaje a Roma el 51. Sufrí entonces desórdenes extraños de la inteligencia y aberraciones sensorias muy peregrinas; pero nunca llegué, como en este segundo ataque, a confundir la luna con el sol, y la noche, con el día. Tampoco di entonces en la extravagancia de desayunarme con buñuelos y aguardiente, como hice en la ocasión que refiero. Fué *Ruy* quien me incitó a tomar tales porquerías, que en mi estómago, la verdad sea dicha, cayeron como veneno, poniéndome de cabeza y voluntad más perdido y desatinado de lo que estaba. En lo que sí coincidían mi primero y mi segundo ataque era en el olvido de mi cara familia, en el amor ardiente del pueblo y en la insana ambición de realizar yo una o más acciones heroicas, siempre dentro de lo popular; es decir, que mi quijotismo tenía el carácter de amparo de los humildes por estado y nacimiento...

Hoy, mejorado de tan raras turbaciones, no puedo traer fácilmente a mi memoria mis acciones de aquel día..., el día de los buñuelos y el aguardiente..., porque desde que embuché aquella ponzoña se me inició la inconsciencia, y ésta fué aumentando, según me dijo *Ruy*, hasta que llegué a ser como autómata que iba y venía, y maquinalmente funcionaba moviendo los muelles y resortes de mi organismo, sin apreciar la causa impulsora ni darme cuenta de sus efectos. En mi cerebro ha quedado el estruendo de los tiros que oí, tiros próximos, lejanos, lejanísimos, y después he sabido por *Ruy* que eran el lenguaje de la batalla empeñada en las calles, y me ha informado de las defensas que hubo en estas o las otras posiciones: barricada en la calle de la Montera, en Antón Martín, en Santo Domingo, en los Móstenses..., qué sé yo... Todo Madrid debió de ser barricada... Mas si el estampido de la fusilería y cañonazos era recogido por mi cerebro, nada del lenguaje humano que en aquella mañana oí persiste en mi memoria. Los que hablaron conmigo, háganse cuenta de que hablaron con una estatua.

Pero lo más peregrino, entre los muchos fenómenos de inconsciencia de aquel indefinido lapso de tiempo que duró mi turbación, fué que yo me encontré armado sin saber quién había puesto en mi cintura una faja de cuero con pistolas, y en mi mano, un fusil. Y nada me ha causado tanto pasmo y terror como el decirme *Ruy* con ingenua convicción que yo había hecho fuego... Veinte veces me lo aseguró y aún no le daba yo crédito. Yo disparé mis armas; alguien me las cargaba, y vuelta otra vez a disparar... Añadió mi escudero que durante una hora o más me batí en la barricada, y que por mi arrojo y mi desprecio de la muerte parecía un insensato. ¡Válgame Dios con mi heroísmo sin saberlo! ¿Por desgracia mía, algún cristiano fué víctima de mi despiadado, inconsciente furor? Las referencias de *Ruy* y las de Tiburcio Gamoneda convienen en que fué Leoncio quien me dió las armas y quien las cargaba. ¡Y mis locas acciones, trabajo de un maniquí de perfeccionado mecanismo, hiciéronme pasar por valiente a los ojos de los tiradores de verdad!...

Si nada quedó en mi memoria de los disparos que hice, según cuentan, con marcial coraje, nada recuerdo tampoco de haber comido. *Ruy* me asegura que sí. ¡Vaya por Dios! Comí pan, aceitunas negras, un pedazo de cecina, medio arenque, y apuré un vaso de vino... Lo más singular y maravilloso es que mi escudero jura por la salvación de su alma que lo comí con apetito... Mi memoria no recobró su poder hasta después de anochecido, y la primera prueba del renacer de la preciosa facultad fué verdaderamente muy desagradable. Hallábame yo en la calle de Botoneras; me complacía en observar cómo iba recobrando el sentido del lugar y el tiempo, y para comprobarlo reconocía la casa de Sotero, y apreciaba la entrante noche... En esto vi que un hombre a mí se llegaba: era Gracián. Su presencia me hizo temblar. Aunque ni su rostro ni su actitud indicaban hostilidad, despertó en mí un horrible miedo. Con palabra balbuciente contesté a sus preguntas, que no sé si se referían a mi salud o a mi va-

lentía. Dudé si eran manifestaciones de amistad o de burlas; y deseando perderle de vista, porque su mirada me causaba pavor, antipatía, consternación, antes que él se apartase me escabullí yo rozando con la pared de las casas... Intenté dar el pretexto de que alguien me llamaba; pero no sé si lo dí...

Entrada la noche, y sosegado ya del miedo que me causó Gracián, tuve mayor prueba del restablecimiento de mi memoria. Fué para mí sorpresa y confusión grandes verme cómo estaba vestido. Hasta entonces no había caído yo en la cuenta de que llevaba un chaquetón holgado y vetusto, en vez de la levita que saqué de mi casa, y de que, en lugar de mi sombrero, llevaba una gorra de cuartel. Pantalones y chaleco eran los mismos de mi anterior vestimenta, y conservaba el reloj y dinero; pero mis botas de caña, por arte de magia, se habían convertido en zapatos de orillo, blandos y feos. Lo peor de todo fué que mi escudero no supo darme razón de aquel cambio de ropa. ¿Me habían mudado en mis horas de máquina inconsciente, o me transformaron los demonios? *Ruy* no lo sabía, lo que me probaba que él también había tenido eclipses de la memoria y del conocimiento. La mejor prueba de que mi cerebro recobraba su normalidad la tuve oyendo cuanto se decía de los acontecimientos de carácter público, y asimilándome aquellas referencias, apuntes que pronto habían de ser páginas históricas. La lucha en las calles se había suspendido. En la tregua fraternizaban pueblo y tropa. ¿Qué Gobierno había? Lo ignorábamos. Sabíamos que una Junta magna tomaba sobre sí la obra de pacificación... Entre los nombres que oí, se estamparon en mi mente con vigor y claridad los de Sevillano, Vega Armijo, don Joaquín Aguirre, Fernández de los Ríos y el general San Miguel. Ya estaban en negociaciones la Junta y Palacio..., ya se vislumbraba la paz; el triunfo del pueblo era evidente. Se contaban maravillas del arrojo y constancia de los *patriotas* en las barricadas de la calle de la Montera, en la confluencia de las calles de San Miguel y Caballero de Gracia, en las Cuatro Calles, plaza de las Cortes... Las tropas que Córdoba tenía en la zona de Palacio no habían podido comunicarse con las que ocupaban el Prado y Recoletos... Entre todas las barricadas, la más ineficaz había sido la nuestra, calle de Toledo, y conceptuándola disparate estratégico, Gracián había mandado abandonarla. Esta noticia me llenó de confusión. ¿Dónde me había batido yo? ¿Dónde tuvieron su teatro mis estupendas hazañas?... Mas ¿cómo habíamos de dilucidar este oscuro punto, si Clío, que todo lo sabe, ignoraba en qué lugar se habían separado de mi cuerpo mis botas y mi levita?

Muertos vi en gran número en la calle Imperial, Atocha y entrada de la de Carretas. Heridos transportamos al Fiel Contraste; y hallándome en esta operación, tuve el sentimiento de acompañar en sus últimas al bueno de Erasmo Gamoneda. El pobrecito me pidió agua: se la di de un botijo que pasaba de mano en mano y de boca en boca; bebió con ansia. Parecía sentir alivio del escozor de su heridas, que eran tremendas: un agujero en la clavícula derecha; en el vacío del mismo lado, otro que le pasaba de parte a parte; la cabeza rota, una mano casi deshecha. Mirándome agradecido, me dijo con sencillez y satisfacción tranquila, como si se alabara de terminar felizmente una partida de obleas:

—Hemos ganado. Bien, bien... Milicia Nacional: bien... Yo, artillero...

Y repitiendo el *bien, bien, yo, artillero,* estiró piernas y brazos, y abriendo la boca en todo su grandor, entregó el alma.

XXXI

Este y otros espectáculos tristes deprimieron horrorosamente mi ánimo. Iniciado el despejo de mi entendimiento, ganaba terreno por instantes la querencia de mi familia, y el gusto de la vida normal. Pero no volvería yo a mi casa sin resolver dos problemas de importancia: recobrar mi ropa, y saber la suerte y paradero de *Mita* y *Ley*. Más fácil era, según *Ruy,* lo segundo que lo primero, pues sólo Dios podía encontrar una levita y un sombrero en aquel *maremagnum* de pobreza y confusión. En el Rastro quizá parecerían, y quién sabe si veríamos ambas piezas, dos días después, en la hinchada persona de algún funcionario de la flamante situación popular. No hallando a *Mita* y *Ley* en la casa de los Gamonedas, desierta y abandonada, fui-

mos a la *cangrejería* de la plazuela de San Miguel, donde nos dijeron que, cansada *Mita* de esperar a Leoncio, y medio muerta de ansiedad, andaba en busca de él de barricada en barricada. ¡Vaya por Dios! Afanosos nos lanzamos mi escudero y yo a la misma caminata, y en ella se nos pasó gran parte de la noche, sin encontrar a los salvajes. Lo peor fué que con tanto ajetreo me sentí nuevamente amagado de mis desórdenes cerebrales y nerviosos: yo estaba fatigadísimo. Para contener el mal que me rondaba y dar algún descanso a mis pobres huesos, me metí en el desalojado almacén de paños de la calle de Toledo, ahora convertido en cuartel general de la plebe, depósito de armas y algo que con optimismo burlón llamábamos víveres... Entramos. Vimos diversa gente: hombres fatigados que no podían moverse; otros que, perezosos, recogían objetos diversos para devolverlos a los hogares, botijos, sillas, colchones. En un rincón había heridos graves, rodeados de sus familias, que no sabían si dejarles morir allí o llevárselos a casa. Mujeres vi en actitud estoica, mujeres desesperadas... Mi cansancio físico no me permitía ya ni aun ser piadoso... Me interné por aquellas oscuras y destartaladas estancias, y fuí a parar a la más interior, que cae sobre Cuchilleros. No podía ya con mi cuerpo ni con mi alma; en un montón de esteras que me brindaba las blanduras de un diván, me dejé caer, y estirándome todo lo que daban de sí brazos y piernas, sin llegar a las medidas del camastro, me dormí profundamente.

El tiempo que duró mi sueño no puedo precisarlo... Desperté con una idea triste, una desfavorable opinión de mí mismo: yo era inferior, muy inferior a toda la caterva popular entre la cual había vivido tantas horas; yo no podía compararme a ellos, pues mis hazañas eran fantásticas, quizá burlescas, y ellos sabían luchar y morir por un ideal tanto más grande cuanto más nebuloso. Volvería yo a mi clase o jerarquía social, materializada y egoísta, sin haber hecho nada fuera de lo común, sin encontrar medio de ennoblecer mi alma con un acto hermoso de piedad, o de justicia, o de moral grandeza... Esta idea me mortificaba, y también la sed: revolví mis ojos por la estancia, que alumbraban candiles moribundos; vi a *Ruy* dormido a mi lado, como un tronco; en el opuesto rincón, un hombracho envuelto en manta gris era también tronco-durmiente. Creyendo ver junto a éste un cántaro de agua, me levanté para cogerlo, y no había dado dos pasos cuando entró en la estancia un hombre que al punto reconocí... ¡Ay qué miedo! Era Bartolomé Gracián. No esperó a que yo le hablase, y reconociéndome al punto y llegándose a mí, jovial, me dijo:

—¡Hola, Beramendi! No creí encontrarle aquí... ¿Salía usted?...

—No—le respondí temblando—; iba en busca de aquel cántaro: tengo sed.

Por disimular mi miedo, me dirigí adonde estaba el cántaro, y, volviendo junto al héroe de la plebe, con un gesto le ofrecí agua... Me sentía mudo.

—Gracias, que aproveche. Pero qué, ¿se asusta de mí?... Al contrario, diviértase con lo que voy a decirle, amigo Beramendi. Es usted de los míos... Ha terminado la partida militar y ahora empiezan las amorosas partidas... Yo soy así: salgo de una locura y emprendo locura mayor... De ésta saldré tan bien como de la otra... ¿Qué le pasa a usted, que no dice nada? Beba, si tiene sed... Y si quiere presenciar un grande atrevimiento de amor, más interesante y más dramático que todos los que le conté caminando de Vicálvaro a Vallecas, espéreme aquí un momento.

Al decir esto, ponía la mano en los hierros de una puerta. Siguiendo con mis ojos su mano, reconocí la puerta de la escalera que por arriba conducía a las habitaciones donde moraba Lucila con su marido; por abajo, a la calle de Cuchilleros. Interrogado por mis ojos, que debieron de echar lumbre, Gracián me dijo:

—En el piso segundo está una mujer a quien yo amé tres años ha; me quiso ella con locura... El Destino nos separó. No he vuelto a verla desde entonces. Casó Lucila con un viejo campesino... Ayer supe que está en Madrid y en esta casa... No soy quien soy sino la saco esta noche del domicilio conyugal para llevármela al mío. Después de estos terribles combates, ¿qué puede apetecer el soldado más que descansar en un éxtasis de amor? Marte nos irrita: Venus nos consuela... Parece que usted no me cree, y aun que se burla de mí. ¿Quiere que hagamos una apuesta? Lucila no

me ha visto desde aquella separación de comedia; Lucila, esta tarde, no sabía que yo existo... A medianoche le escribí una carta, de las que yo pongo con el alma toda la fascinación del mundo en pocas letras... Con Servanda se la mandé. ¿Sabe usted quién es Servanda? Una mujer muy sutil que *celestinea* maravillosamente... Sé que la carta está en su poder. Lucila no me contestó, ni hace falta su respuesta... ¿Qué creerá usted que puse yo en mi carta?... Cuatro palabras de fascinación y pocas más diciéndome que... Todo ello es sencillísimo, mi querido marqués..., diciéndole que en cuanto deje a su marido bien dormido, pero bien dormido, salga al pasillo de su casa... Allí me espera..., entro yo...

—Pero usted no entrará—le dije, poniendo mi mano sobre la suya, que tocaba la puerta.

—Tengo la llave de aquí... y la de arriba también..., véalas. Servanda me las ha dado.

—Pero Lucila no se prestará, no, a ese ardid impropio de un caballero... Lucila es honrada...

—Yo subo; yo entro...

—Y a encontrarle saldrá don José Halconero, armado hasta los dientes.

—Ríase usted de Halconeros y de dientes armados. Es usted un candidote, que no conoce el mundo misterioso de la infidelidad conyugal ni los impulsos de una mujer que, enamorada ciegamente una vez, no deja en ningún caso de acudir al reclamo de su ilusión.

—No acudirá, no acudirá, Gracián —afirmé yo, libre ya mi alma de todo miedo.

—Hagamos la grande apuesta. Usted aquí se queda, en expectación de mi aventura. Si al cuarto de hora no me ve pasar por aquí con Lucila, pierdo... Estipulemos lo que se ha de perder o ganar, según falle o no la empresa.

—Yo no apuesto, señor Gracián—respondí, sintiéndome todo entereza—. Yo no hago más que decir a usted que no subirá..., porque no debe subir, porque yo no debo permitirlo; más claro: porque yo le prohibo que suba.

—No contaba yo con este guardián caballeresco—dijo Gracián, echándose atrás—; pero va usted a ver cómo me sacudo yo a los caballeros de la *Guarda y Vela.*

Al movimiento que hizo para echarme sus crispadas manos al pescuezo, me anticipé yo, levantando con poderoso impulso y coraje el cántaro mediado de agua; y fué ello tan rápido, que al tiempo que sus dedos me tocaban se estrelló el cántaro en su cabeza, y los cascos y el agua envolvieron su rostro, le cegaron... En el mismo instante oí una vos que gritaba:

—¡Mátele, señor, mátele!

Y el hombracho aquel que dormía se llegó a mí y puso en mi mano una pistola... Antes que Gracián, rehecho del golpe y mojadura, volviera sobre mí con furiosa exclamación de cólera, la bala se le metió en el cráneo, y de golpe toda su arrogancia y toda su maldad cayeron en los profundos abismos.

Segundos duró lo que cuento. El hombre que me había dado el arma me cogió del brazo y, sin dejarme ni tan siquiera mirar a la víctima, me llevó fuera, diciéndome:

—Señor, no le tenga lástima... Vámonos de aquí. ¿No me conoce? Soy Hermosilla, el fabricante de zorros y plumeros.... Almendro, catorce... Ha quitado el señor de en medio la mayor calamidad del mundo. ¡Vive Dios que ha sido grande hazaña!... Ese tunante me *perdió* a mi hija mayor, la Rafaelita; después, a mi segunda, la *Generosa.* ¡Qué dolor! Las dos andan por esas calles...

¿Dónde estaba yo en la mañanita del 20, con Hermosilla? En una sombrerería de la Concepción Jerónima, buscando una prenda decente, cobertura de mi cráneo, para poder entrar en mi casa con el decoro propio de la clase a que pertenezco. Mi diligente escudero, a quien había mandado por cigarros, vino desolado a decirme:

—Ahí están, señor... Míreles... *Mita* y mi hermano Leoncio... Se van, se van de Madrid.

Salí, y en la misma puerta de la tienda me vi cogido de las manos por *Mita*, que, con premioso acento de despedida, me dijo:

—Nos vamos, Pepe...; adiós. Ya hay Gobierno; otra vez hay leyes. Ya no podemos seguir en este pueblo maldito

—¿Y *Ley?*

—Mírale allí, metiendo nuestros baulitos en la tartana... Nos vamos al cam-

po, al sol... ¡Salvajes otra vez, hasta que Dios quiera!...

Corrí a donde estaba el coche, y apenas tuve tiempo de despedir a mis buenos amigos con toda la efusión de mi cariñosa amistad y sinceros ofrecimientos de protección. El coche partió. ¡Cuándo volveríamos a vernos! Díjome *Ruy* que se iban a la Villa del Prado, donde vivirían al amparo de Lucila.

—¿Y tu hermana y el bendito señor de Halconero, a quien estimo mucho sin tener el honor de conocerle?

—Pues han salido hace un cuarto de hora en otra tartana que va delante.

Se iban a la paz y a las alegrías del campo, y aquí quedaba Madrid, con su corte, su política y el eterno rodar de los artificios, que se suceden mudándose, y se mudan para ser siempre los mismos... Y yo a mi casa: ya era irresistible mi deseo de ver a mi mujer y a mi hijo... No me faltaba más que buscar una levita semejante, si no igual, a la que perdí, pues no me resignaba, no, al deplorable efecto de mi aparición con la facha de *jamancio crúo*. Y me faltaba también discurrir la ingeniosa mentira con que debía justificar mi ausencia de casa en las turbulencias noches y días de la revolución. Pensando en ello estaba, y ocupado, además, en la diligencia de buscar la *levosa*, cuando vi pasar por la calle de Toledo abajo al general San Miguel, a caballo, con abigarrado séquito de patriotas y militares, también a caballo. Vestía don Evaristo de paisano, con fajín, y a su paso le saludaba la multitud con aclamaciones de respeto y júbilo. Era el pacificador, la personificación del feliz consorcio de pueblo y ejército. A poco de verle pasar, una ideíta que yo buscaba entró gozosa en mi mente. «A casa mandaré a *Ruy*—me dije—para que prepare la vuelta del prófugo con un lindo embuste. Dirá que me cogió el general San Miguel el día dieciocho para que le ayudara en sus trabajos de pacificación..., que no pude zafarme del compromiso ni de la encerrona en patrióticas asambleas... No, no; esto no lo creerán... Tengo que inventar otra cosa, fabricar mi novela en históricos moldes... Diré que Córdoba me llamó a Palacio; que luego se me encargó una misión muy delicada cerca de la Junta que se reunía en casa del señor Sevillano; que fuí detenido por un grupo de revolucionarios ardientes; que me encerraron en la posada del Peine..., en el palacio del Nuncio..., en las casas de Porras... Averígüelo Vargas... Guardándome prisionero con exquisitas consideraciones y esmerado trato de aposento y boca...»

Esto contaría yo *mutatis mutandis*, y, una vez salvado el decoro de mi presentación, a mi mujer le contaría la verdad escueta, sin omisión ni aditamento, historiador sincero y leal de una de las páginas más interesantes y dolorosas de mi pobre existencia... Así lo hice. No se cuidaba mi mujer mas que de llevarme al reposo y a la franca sedación de mi mal, y lo consiguió con su dulzura. A los trágicos y cómicos lances que le referí y a mis variados cuentos y descripciones puse un juicio sintético que aquí reproduzco como término de esta parte de mis *Memorias*. Ved aquí el juicio y la fría opinión, una vez pasado el hervor revolucionario y entibiadas las pasiones que del corazón de los demás pasaban al mío: todo es pequeño, en conjunto. Relativa grandeza o mediana talla veo en la obra del pueblo sacrificándose por renovar el ambiente político de los señoretes y cacicones que vivimos en alta esfera. Menguados son los políticos y no muy grandes los militares que han movido este zipizape. Pobre y casera es esta revolución, que no mudará más que los externos chirimbolos de la existencia, y sólo pondrá la mano en el figurón nacional, en el cartón de su rostro, en sus afeites y postizos, sin atreverse a tocar ni con un dedo la figura real que el maniquí representa y suple a los ojos de la ciega muchedumbre. De mezquina talla es asimismo mi hazaña, la rápida muerte que di a Gracián, en defensa de la paz conyugal de una mujer..., única paz que en lo humano existe... Todo es pequeño, todo; sólo son grandes *Mita* y *Ley*.

Mi mujer no me deja continuar mis *Memorias*, y, por culpa de su cariñosa prohibición, en el tintero se queda la trágica muerte de Chico y la entrada de Espartero, explosión grande del entusiasmo inocente y de la candidez revolucionaria. Otros contarán estos hechos que yo no presencié, porque mi esposa me aísla de lo que llamaremos *emoción pública*... Desde mi doméstico retiro,

atendiendo a mi salud, que lentamente recobro, y privado de la compañía de *Ruy* y de *Sebo* (que ahora goza un lucido empleo en el Gobierno Civil), sigo con la imaginación los varios acontecimientos, y ya sean dramáticos, ya de risa, les pongo por comentario un grito que me sale del corazón. Siempre que mi mujer me da cuenta de algo que merece lugar en la Historia, yo digo: «¡Viva *Mita!*... ¡Viva *Ley!*»

Santander, septiembre 1903.
Madrid, marzo 1904.

FIN DE
«LA REVOLUCIÓN DE JULIO»

O'DONNELL

I

El nombre de *O'Donnell* al frente de este libro significa el coto de tiempo que corresponde a los hechos y personas aquí representados. Solemos designar las cosas históricas, o con el mote de su propia síntesis psicológica o con la divisa de su abolengo; esto es, el nombre de quien trajo el estado social y político que a tales personas y cosas dió fisonomía y color. Fué O'Donnell una época, como lo fueron antes y después Espartero y Prim, y como éstos, sus ideas crearon diversos hechos públicos y sus actos engendraron infinidad de manifestaciones particulares, que, amasadas y conglomeradas, adquieren en la sucesión de los días carácter de unidad histórica. O'Donnell es uno de estos que acotan muchedumbres, poniendo su marca de hierro a grandes manadas de hombres..., y no entendáis por esto las masas populares, que rebaños hay de gentes de levita, con fabuloso número de cabezas, obedientes al rabadán que los conduce a los prados de abundante hierba. *O'Donnell* es el rótulo de uno de los libros más extensos en que escribió sus apuntes del pasado siglo la esclarecida jamona doña Clío de Apolo, señora de circunstancias que se pasa la vida escudriñando las ajenas, para sacar de entre el montón de verdades que no pueden decirse las poquitas que resisten el aire libre, y con ellas, conjeturas razonables y mentiras de adobado rostro. Lleva Clío consigo, en un gran puchero, el colorete de la verosimilitud, y con pincel o brocha va dando sus toques allí donde son necesarios.

Pues cuenta esta buena señora que el día 23 de julio de aquel año (aún estamos en el 54) salía de la cerería de Paredes, calle de Toledo, el enfático patricio don Mariano Centurión, ostentando con ufanía el sombrero de copa que estrenaba: era una prenda reluciente, de las dimensiones más atrevidas en altura y extensión de alas que la moda permitía, y en el pensamiento del buen señor tomaba su persona, con tan airoso chapitel, una dignidad extraordinaria y una representación pública que atraía las miradas y el respeto de las gentes. A dos pasos de la cerería se tropezaron y reconocieron Centurión y un ciudadano importante, Telesforo del Portillo, que también estrenaba sombrero, si bien aquel cilindro no era tan augusto como el otro, sino artículo de ocasión adquirido en el Rastro y sometido a un planchado enérgico. Se saludaron, y Centurión entabló un vivo diálogo con su amigo, conocido entre el vulgo por el apodo de *Sebo*. No ha transmitido la Historia los términos precisos de la conversación, limitándose a consignar que ambos patricios se habían encontrado en lastimosa divergencia en aquellas revueltas, por figurar don Mariano en la *Junta de Salvación, Armamento y Defensa*, que funcionó en la casa del señor Sevillano, y *Sebo*, en la que se denominó *Junta del Cuartel del Sur*. La primera se componía de hombres templados y de peso; en la segunda entraron los jóvenes levantiscos y la turbamulta demagógica.

Según dijeron los dos respetables ciudadanos, las trapisondas entre ambas asambleas dilataron más de lo preciso las anheladas paces entre pueblo y tropa y dieron tiempo a que asomara su hocico espeluznante *el monstruo de la anarquía*. Pero, al fin, *la salud pública* se impuso y las juntas llegaron a una positiva concordia, gracias *al patriotismo del Trono*, que se inclinó del lado de la Libertad, llamando a Espartero.

Sostuvo Centurión que ya teníamos Gobierno liberal *en principio,* y que era cuestión de días el determinar qué hombres habían de formarlo. *Sebo* los designó sin recelo de equivocarse, nombrando las figuras más culminantes del *elemento progresista.* Espartero y O'Donnell entrarían en el nuevo Gobierno, y los hombres civiles serían los que más sufrieron en los once años y probaron su entereza política con largos ayunos. Aseguró don Mariano que su colocación en Estado dependía de que ocupase aquella poltrona el señor Luján, y que si le daban a escoger tomaría la plaza de jefe en la Sección de *Obra pía de Jerusalén,* que ya disfrutó por pocos días en otra época. *Sebo* se daba por empleado en Penales, si ponían en Gobernación a don Manolo Becerra o a don Angel de los Ríos. Esto era dudoso, según Centurión, porque si bien ambos jóvenes descollaban por sus talentos y acendrado patriotismo, no tenían el peso y madurez convenientes para gobernar.

Sobre si eran aptos o no los tales discutían Portillo y don Mariano, cuando atrajo su atención un gran tumulto y escandaloso ruido de gente que por la calle abajo venía. Ya estaba próxima la delantera de la que parecía procesión, y en el centro de ella, algo que descollaba sobre la multitud, como figuras del Santo Entierro conducidas en hombros, desembocaba por el arco de la plaza Mayor. Antes que los dos patricios se dieran cuenta de lo que aquello era, rodearon a *Sebo* unas hembras (no sé si tres o cuatro) con toda la traza de mozas del partido, desgarradotas, peinadas con extremado artificio, alguna de ellas reluciente de pintura en el marchito rostro.

—Véanle, véanle—dijeron—. Desde la plazuela de los Mostenses lo *train*... El *Chico* es el que viene en andas, y el *Cano,* a pie... Que los afusilen, que les den garrote..., que paguen las que han hecho.

Y Centurión, con grave acento, arrimándose a la pared por no ser visto de la canalla delantera, pronunció estas sesudas palabras:

—¡Justicia del pueblo, mala justicia! Y don Evaristo ¿no se ha enterado de esta barbaridad?... Decid, grandes púas: ¿vosotras habéis venido con esta procesión infernal? ¿Pasasteis por Gobernación? ¿No estaba allí don Evaristo? ¿Cómo habéis recorrido medio Madrid, o Madrid entero, sin que algunos patriotas honrados os cortaran el paso, ralea vil?

—Cállese la boca don Marianote—dijo la más bonita de ellas, la menos ajada—, que pueden oírle, y corre peligro de que le chafen el *baúl* nuevo.

—Rafaela Hermosilla—replicó Centurión, alardeando de entereza—, un patriota honrado, un hombre de principios, no teme las coces de la plebe indocta... Pero arrimémonos a esta puerta, para no dar lugar a cuestiones, o metámonos en la cerería de Paredes, que será lo más seguro... *Sebo*..., ¿dónde se ha ido *Sebo?*

Llamado por su amigo, se retiró también al arrimo de las casas el ex policía, seguido de otra de las pájaras. Lívido y tembloroso, no podía disimular el terror que la plebeya justicia le causaba, y era en verdad espectáculo que el más animoso no podía presenciar sin miedo y compasión grandes. Detrás de la caterva que rompía marcha gritando, iban dos hombres montados en jamelgos; vestían blusa de dril y cubrían su cabeza con chambergo ladeado sobre una oreja, esgrimiendo sendos chafarotes o sables. Seguíales un bigardón con un palo, del que pendía un retrato al óleo, sin marco, acribillado ya de los golpes que por el camino, en las paradas de la procesión, le daban con su sables los dos jinetes, en demostración de justicia popular. Al portador del retrato seguía otro gandul con trazas de matarife, en mangas de camisa, ésta manchada de sangre, llevando una pértiga, de la cual pendía, muerto y sin plumas, un gallo colgado por el pescuezo. Tras éste iba un hombre a pie, empujado más que conducido por un grupo de bárbaros, también con aspecto de matachines. Seguían las angarillas cargadas por cuatro, de lo más soez entre tan soez patulea; las angarillas sostenían un colchón, en el cual iba el infeliz Chico, sentado, de medio cuerpo abajo cubierto con las propias sábanas de su cama; de medio cuerpo arriba, con un camisón blanco; en la cabeza, un gorro colorado puntiagudo, que le daba aspecto de figura burlesca. Con un abanico se daba aire, pasándolo a menudo de una mano a otra, y miraba con rostro sereno a la

multitud que le escarnecía, al gentío que en balcones y puertas se asomaba curioso y espantado. Arrimándose a las angarillas todo lo que podía, iba la mujer de Chico con una taza en la mano, revolviendo con un palo el contenido de ella, que, según decían, era chocolate. Parecía loca: su rostro echaba fuego; su cabeza, recién peinada y con alta peineta, conservaba la disposición de las matas de pelo armadas artísticamente. Digo que parecía loca porque el menear el palo dentro de la taza vacía era como un movimiento instintivo, inconsciente, efecto de la máquina muscular disparada y sin gobierno. Enrojeciendo más a cada grito, decía:

—¡Nacionales, no le matéis! ¡No le matéis, nacionales!

Pasó todo este bestial aparato de venganza y muerte, que observaron desde la cerería don Mariano y Telesforo, las dos muchachas de mal vivir y don Gabino Paredes con su hijo Ezequiel. Rafaela Hermosilla, que había visto el asalto de la casa de Chico, le contó de esta manera:

—*Lleguemos;* íbamos con idea de arrastrarle, que es la muerte que merece... El pillo del *Cano* nos dijo: «¡Atrás, populacho!», y no había acabado de decirlo, cuando Perico, el leñador, le echó mano al pescuezo, y yo y otras le arañamos toda la cara. Daba risa... Después le amarraron bien amarradico con cordeles que prestó un mozo de cuerda..., y *entremos;* subimos dando patadas y gritos, y nos *desparramemos* por las salas llenas de muebles y cuadros... «¡A quemarlo todo!» Esta fué la voz. ¡Qué risa! Pero Alonso Pintado soltó cuatro tacos, gritando: «¡Pena de muerte al ladrón!...» Salió esa gran tarasca llorando acabadita de peinar, ¡qué risa!... Y ¡cómo chillaba la gran escandalosa! Que su marido estaba enfermo en cama con la podagra, y que le había pedido el chocolate... «Señoras y caballeros—nos dijo Alonso Pintado, subido en una silla—, venimos a hacer justicia, no a faltar a *naide*. Al ladrón *busquemos*, no a las riquezas que robó... No toquéis a estos *farolones y cornucopios*... Por el tirano de los pobres venimos. Justicia en él, señoras y caballeros; pero sin alborotar, para que no digan...» Yo, me lo pueden creer..., no alboroté ni cogí nada de lo que hay en aquellas cámaras tan lujosas, donde el *gachó* va metiendo lo que rapiña... Pues Alonso Pintado, *Matacandiles*, *Pucheta*, la Rosa y la *Pelos*, don Jeremías, *Chanflas*, *Meneos*, la *Bastiana* y otras y otros de que no me acuerdo, empujaron puertas, rompieron fechaduras y se colaron hasta la alcoba en donde estaba acostado el *Chico*... No le valió a su mujer decir que estaba imposibilitado y que le iba a llevar el chocolate. ¡Qué risa!... «Espérense; no le maten... Me ha pedido el chocolate... Está en ayunas... Se muere..., se morirá solo... Matarle, no.» Esto decía la tía *Panderetona*, que no es mujer de él por la Iglesia, sino arrimada, como una, pongo el caso, ¡qué risa!... Total, que en vilo le levantaron, con colchón y todo, y de una escalera hicieron las angarillas... Pepe *Meneos* trajo un gallo, le retorció el pescuezo y, desplumándolo delante del *Chico*, le echaba las plumas, diciéndole, dice: «Lo que hago con este gallo haremos contigo, ¡so ladronazo!» ¡Qué risa! Luego salió la procesión que habéis visto... Pues venía con *muchismo* orden, como se dice... *Pucheta* mandaba, que es hombre que sabe del orden y tal...

Oyendo estas referencias, Centurión tenía un nudo en su garganta, y no acertaba ni a protestar contra el salvajismo del pueblo.

—¡Ignominia, barbarie! —exclamaba, dando palmadas en el mostrador—. La libertad no es eso, ¡cojondrios!; no es eso.

Y *Sebo*, que en su consternación se había calado el sombrero nuevo hasta las orejas, habló así:

—Dime, *Rafa:* ¿iba *Pucheta* en el *entierro?* Porque yo no he podido distinguir caras, del gran susto y sobrecogimiento que me entró al ver lo que vi. Al tiempo que se me aflojaba el vientre se me nublaba la vista.

—Pues sí que iba—dijo Centurión—. El jinete de la derecha, el que vimos por la parte de acá, era *Pucheta*, con blusa de dril y un plumacho en el sombrero. ¡En qué manos está la Libertad, cojondrios! Y al lado de *Pucheta*, a la parte de adentro, iba la Generosa Hermosilla, hermana de esta buena pieza...

—Mi hermana—dijo *Rafa*—no se separa de *Pucheta:* es la que le mete en la cabeza el orden... ¡Qué risa con ella! A todas horas le canta la lección: «*Pu-*

cheta, orden... Andate con orden, hijo.» Mi hermana iba al lado de él, terciado el manto, muy bien peinadita, con un pompón en la peineta...

—Tu hermana y tú—afirmó Centurión, furioso—sois unas solemnes castañas pilongas, que después de llevar a los hombres al vicio, les predicáis el orden. ¡Vaya un escarnio! Orden vosotras, que nunca supisteis con qué se come eso. ¿Qué principios tenéis ni qué dogmas profesáis para saber lo que es el orden? ¡Idos al infierno con cien mil pares de cojondrios! Tu hermana Jenara y tú, *Rafa* maldita, habéis escandalizado en todo Madrid, después de escandalizar en las calles del Humilladero, Irlandeses y Mediodía Grande... A vuestro honrado padre, el bueno de Hermosilla, le pusisteis a punto de morir de vergüenza... No os quitaréis nunca de encima el apodo de las *Zorreras*, que os aplicaron por ser hijas de un fabricante de zorros, que también hace plumeros... Vete, vete; sigue los pasos de tu hermana, al lado de *Pucheta*, de *Meneos* o de otro de esos matarifes que deshonran la Libertad... No te entretengas aquí, entre gentes honradas y hombres de principios... Corre, y verás cómo ahorcan o fusilan o despachurran al desgraciado *Chico*.

II

Echóse a reír la moza con el airado discurso de Centurión, y llegándose al dueño de la cerería, don Gabino Paredes, que arrobado la contemplaba, los codos en el mostrador, el rostro en las palmas de las manos, le dijo:

—¿Verdad, Gabinico, que tú no me echas de tu casa?

Y el cerero, revolviendo algo en su boca, completamente desdentada, le contestó:

—Ni yo ni el amigo Centurión te arrojamos de esta humilde tienda. Ha sido un decir, rica; no te enfades... Y para que veas que me acuerdo de ti, toma este caramelito...

Cuando los sacaba del hondo bolsillo de su chaqueta, alargó Centurión la mano, diciendo:

—Déme otro a mí, don Gabino, que del berrinche que he cogido con esta tragedia se me ha secado la boca.

Hizo el cerero ronda de caramelos, dando la mayor parte a *Rafa* y a su compañera, que con *Sebo* platicaba, y chuparon todos, refrescando sus secos paladares. La segunda pájara, de apodo Jumos, mujerona en el ocaso de la juventud, con restos manidos de un gallardo tipo de majeza, tomó la palabra en contra del señor de Centurión, desarrollando sus argumentos con razones no mal concertadas:

—Pues si el pueblo no hace la justiciada en ese capataz de los guindillas, ¿quién lo hará?... ¡Contra con Dios! ¿El Gobierno nuevo que venga le había de castigar? Y *vostedes*, los patriotas nuevos, ¿qué serían más que lameplatos del *Chico?* Hala con él, y revientenle para que no haga más maldades... El comía con el Gobierno, comía con el ladronicio... ¿Que robaban *vostedes* el reloj? Pues para recobrarlo no tenían más que abocarse con don Francisco, que devolvía la prenda por un tanto más cuanto, según el porqué de la persona... Alhajas muchas pasaron de sus dueños a los ladrones, y de los ladrones a sus dueños, todo con su *porsupuesto*, menos cuando las alhajas le gustaban a *Chico*, que tan fresco se quedaba con ellas. De sus ganancias prestaba dinero, a seis reales por uno al mes, mediando el portero Mendas y uno de la calle de la Palma, con trazas de clérigo, que le llaman don Galo, y también el *Chato de Pinto*, por ser de Pinto mismamente...

—Invenciones de la plebe—dijo Centurión, menos fiero que antes—; malquerencia de los que *Chico* perseguía por revoltosos.

—Algo habrá de eso—observó en tonos de templanza el gran *Sebo*—, sin que deje de ser verdad lo que cuenta esta *Jumos*. Testigos hay de que el pobre don Francisco no jugaba con limpieza.

—Jugaba con cartas señaladas—afirmó la mujerona—, y era el primer puerco del mundo. El Gobierno le pagaba para defender a cada hijo de vecino, y él, ¿qué hacía? Cobrar el barato al vecino y al Gobierno y al *Sulsucorda*. A todos engañaba, y no era fiel más que con la Cristina y su marido, el de Tarancón, porque éstos, cuando los ministros estaban hartos de Chico y querían darle la puntera, sacaban la cara por

él... Como que Chico era el hombre de confianza de los Muñoces y el que estaba al quite por si venían cornadas..., que el pueblo hacía por ellos, ¡vaya!

—Exageraciones, mujer — dijo Centurión—, y desvaríos de la pasión popular... Algún día se hará la luz y la historia pondrá la verdad en su punto.

—Historias ya tenemos—prosiguió la *Jumos*—; pídaselas a don José de Zaragoza y a don Melchor Ordóñez, que por saber bien de historia han querido limpiarle el comedero a don Francisco Chico. Pero no podían, que la Cristina le echaba un capote, y Chico, tan fresco, se reía, se reía con aquella cara de sayón... Pues el muy marrajo, para dar gusto al Gobierno, se cebaba en los que caían en su mano, por mor del conspirar y de la política. El que era masón y andaba en algún enredo para echar proclamas o escribir contra la reina, ya podía encomendarse a Dios. A nadie metía en la cárcel sin darle antes un pie de paliza para hacerle confesar la verdad o mentiras a gusto de él, con las que se abría camino para prender a otros y abarrotar la cárcel... A un primo mío, Simón Angosto, zapatero en un portal de la calle de la Lechuga, que los lunes solía ponerse a medios pelos y cantaba coplas en la calle, con música del *izno* de Espartero y letra que él sacaba de su cabeza, le cogió una noche saliendo de la casa de Tepa, y tal le pusieron el cuerpo de cardenales, que *gomitó* el alma a los dos días.

—No fué así, Pepa *Jumos;* no fué así —dijo *Sebo* gravemente, poniendo en su acento todo el respeto a la verdad histórica—. A Simón Angosto se le hicieron los cardenales y se le aplicó de firme el vergajo porque anduvo en aquellas trapisondas..., bien me acuerdo..., cuando mataron a Fulgosio... Se le encontró una carta con garabatos masónicos y razones en cifra que parecían... así como un conato de atentado contra Narváez...

—Para conatos, tú, reladronazo — replicó la mala mujer, roja de ira—. ¿Qué es conato?

—Es intento de delito, delito frustrado...

—Me *frustro* yo en ti y en el *conato* de tu madre. Sales a la defensa de Chico porque tú eras de los del vergajo, que deslomaban al infeliz que cogían. Tal eres tú como el otro, que ahora paga sus *conatas* y *frustratas*..., y con él te debíamos llevar.

—Yo no estoy con él ni estuve—dijo Telesforo, palideciendo—. Pepa *Jumos*, mira lo que hablas; ten en cuenta que yo, si cumplí mi deber en la Seguridad, luego me dió asco de aquel oficio y me pasé al partido de los señores generales de Vicálvaro, que nos han traído la Libertad, verbigracia, la Justicia.

—Justicia contra ti, *arrastrao* — dijo Rafaela Hermosilla, terciando en la conversación—. Andate con tiento, *Sebito*, y no pintes el diablo en la pared, que como te huela el pueblo hará contigo un *conato*.

—El amigo Telesforo — indicó Centurión, extendiendo una mano protectora sobre el renegado de la Policía—es hombre de principios que jamás atropelló al pueblo soberano. Si alguna vez impuso castigos, fué mirando por el Ornato Público, que llamamos también Policía Urbana.

Saltó al oír esto la *Jumos* con briosa protesta, diciendo:

—¡Buenas *ornatas* públicas nos dé Dios! Lo que hacía este tuno era bailarle el agua a don Francisco Chico y andar siempre agarrado a los faldones de su *levosa*... Y esto no me lo ha contado nadie, sino que lo han visto estos ojos, porque yo, aunque no soy vieja ni lo quiera Dios, he visto mucho mundo y pillería mucha; tanto, que de ver canalladas sin fin, cada lunes y cada martes, paréceme que soy vieja, lo cual que no lo soy, sino que lo viejo es el mundo y las malas partidas que se ven en él... Pues el día aquel, ya van para seis años, en que el pobre zapatero de la calle de Toledo le tiró un ladrillo a don Francisco Chico, desde el primer piso bajando del cielo, yo estaba en la acera de enfrente hablando con mi comadre la Venancia, que tenía cacharrería donde hoy están los talabarteros... Pues como allí estaba una servidora, todo lo vi, y nadie me lo cuenta... Y digo que el ladrillo no fué ladrillo, sino un pedazo de cascote, y que no le cayó a don Francisco en la *canoa*, como dijeron y mintieron, sino que se *espolvoró* en el aire, y sólo unas motas fueron a dar en el hombro del Chico, y otras salpicaron al que le acompañaba, que era el señor de *Sebo*, aquí pre-

sente. Atrévase a decirme que esto no es verdad... Se calla y rezonga, como los perros... Un perro fué entonces. ¿Quién subió como un cohete a la casa de donde tiraron las *mundicias?* ¿Quién bajó en seguida trayendo al zapaterín cogido por el pescuezo? ¿Quién...?

—Cierto que fuí yo..., no puedo negarlo—dijo *Sebo* con trémula voz—. Pero, como ha declarado el señor Centurión, lo hice por Ornato Público, o por *Policía* y *Buen Gobierno*, que era el *Ramo* en que yo servía entonces. Y dice el bando de mil ochocientos treinta y nueve, en su artículo quinto: «Los que arrojen a la calle basuras, cascos de loza o ceniza de braseros, pagarán cuarenta reales de multa, sin perjuicio de las penas en que incurran en el caso de causar daño a los transeúntes...»

—Y ¿por qué bando fusilasteis al zapaterito?...

—Eso no es cuenta mía, ni tuve nada que ver. ¿Que el hombre fuera masón y guardara papeles que le comprometían, y una estampa indecente de Fernando Séptimo con orejas de burro..., es acaso culpa mía?

—Y ¿de que por eso le fusilaran —agregó Centurión—, es culpa de nadie..., más que del sicario de Narváez?

—Sobre pintarle al rey orejas que no eran las suyas—dijo *Sebo*, defendiéndose con timidez—, el susodicho dibujó un letrero saliendo de la boca de *Narizotas*, que a la letra decía: «Marchemos, y yo el primero, por la senda borrical de la reacción.»

El cerero don Gabino Paredes cortó con su desentonada voz la disputa histórica, sosteniendo que ninguno de los señores presentes tenía culpa de las barbaridades del 48. Todo ello se hizo para guarecernos de las revoluciones y tempestades que venían de la Francia, de la Italia y de la Hungría, y cerrarle la puerta al maldito Socialismo. No se entendían bien las graves razones del buen Paredes, porque, deshabitada absolutamente de huesos su boca, el aire conductor de la voz hacía dentro de aquella caverna extraños pitidos, gorjeos y cambios de tono que quitaban a las palabras su verdadero sentido o las dejaban escapar con silbos desapacibles. Más claramente habló Centurión, despachando a las dos pajarracas con estas desahogadas expresiones:

—Seguid vuestro camino, tú, *Zorrera*, y tú, *Jumos*, y no alternéis con hombres de principios, que os compadecen, pero no os escuchan. Id a ver cómo mata el pueblo a esos desgraciados, y si llegáis a tiempo, sed piadosas, ya que no podéis ser honradas, y decid al pueblo que no envilezca su patriotismo con el asesinato. Influye tú, *Rafa*, con tu hermana, la otra *Zorrera*, para que a su vez interceda con ese *Pucheta* condenado, a ver si el hombre se ablanda y evita ese crimen de leso pueblo... Vosotras, *zorreras*, a quienes debo llamar, para daros más categoría, *plumeras*, que algo más vale el plumero que el zorro, y si lo dudáis, preguntádselo a vuestro padre; vosotras, digo, y tú, *Jumos*, id hacia abajo en seguimiento de la chusma, y haced una buena obra. Sois lo que sois; pero no malas de mal corazón..., creo que me entendéis... El diablo que lleváis dentro vuélvase compasivo o escóndase para que un ángel se meta en vosotras por un ratito no más. Salvad a esos infelices, y después seguid escandalizando por el mundo; practicad la liviandad pública, hasta que os llegue la hora del arrepentimiento... Idos, dejadnos en paz.

Risas desvergonzadas provocó en ambas cortesanas del pueblo el agrio sermoncillo de Centurión, endulzado por cariños del cerero, que rasgando toda su boca hasta las orejas, y ahuecándola y haciendo buches con las palabras, decía:

—*Zorrerita*, no te vendas tan cara. Ven mañana y te daré almendras de Alcalá.

Presente estaba Ezequiel Paredes, arrimado a su padre, y el pobre chico miraba con encandilados ojos a las dos culebronas, sin expresar horror del infamante oficio de las tales.

—*Zequilete*—dijo la Pepa *Jumos*, acariciando con sus dedos ensortijados la barbilla del mancebo—, ¡qué callado estás!... Ven con nosotras, *cara e' cielo*.

De estas confianzas protestó don Gabino, cogiendo al chico por un brazo.

—No, no; dejadle, que es todavía una criatura. No os entiende...

—Sois libros que el pobrecito no sabe leer—dijo Centurión.

—Deletrea—indicó *Sebo*, jovial—; pero más vale que no pase del *a b c*. En fin: idos al matadero y no volváis por aquí.

—Lo que sentimos—declaró la *Jumos*—es no llevarte por delante, para que los fusiles hagan boca con tu cabeza pindonguera.

Y la otra:

—Con Dios, abuelo y *Zequiel*... Don Mariano, conservarse... *Sebo*, no ande hoy por esta calle, no sea que lo derritan.

Diciendo esto la *Zorrera*, se oyeron tiros lejanos. Don Gabino se santiguó, Centurión soltó un terno; se echaron a la calle despavoridas *las del partido*, ansiosas de alcanzar algo de la función, y *Sebo* humilló su cabeza y encogió su cuerpo como si quisiera meterse debajo del mostrador. En esto pasaba por la calle tropel de gente con aspecto medroso. Salió Ezequiel a la puerta y oyó decir: «En la Fuentecilla les han despachado.» Oyéndolo, redobló Centurión sus apóstrofes declamatorios, y proclamó la supremacía de los principios sobre las pasiones. *Sebo* callaba, y como su amigo le propusiera emprender la retirada hacia los barrios del centro, se fué derecho a la trastienda, murmurando con ahilada voz:

—También yo principios..., hombre de principios..., hombre de bien... Pero ¿cómo salgo a la calle?... ¡Me ven, se fijan en mí!... Amigo Paredes, escóndame en su casa hasta la noche...

Esto dijo acariciando el sombrero que en la mano llevaba e internándose por el pasillo. Tras él, Centurión trataba de aliviarle el miedo:

—No hay cuidado, Telesforo... Yendo conmigo, podrá usted salir... Mi persona es la mejor fianza...

—¡Fíese usted de fianzas!... ¿Fianzas contra el pueblo? ¡Ni de la Virgen!... Aquí me quedo.

Retiróse don Mariano, dejándole al cuidado de Ezequiel y de Tomás, el encargado de la cerería, pues don Gabino, completamente chocho ya del agobio de sus años, no hacía más que acopiar caramelos para obsequio de toda mujer que entraba en la tienda por cirios, agraciándola con su sonrisa lela, sin distinguir señoras de sirvientas, ni honradas de públicas, que para él todo ser con faldas, salvo los curas, era lo mismo. Cuando a don Mariano en la puerta despedía, vieron pasar al general San Miguel, con su séquito de militares y patriotas, a trote largo calle abajo.

—A buenas horas, mangas verdes—dijo Centurión; y don Gabino daba toda la cuerda de sonrisa a su boca sin dientes, persignándose como cuando habían oído los tiros. Entraron luego dos señoras, hija y madre, ambas muy guapas, a comprar cerillas y mariposas, y como venían asustadas del tumulto de la calle, no se detuvieron más que el tiempo preciso para su negocio y tomar los caramelos con que las obsequió baboso y risueño el bueno de don Gabino. Este las despidió enjuagándose la boca con palabras que ellas no entendieron, haciendo la señal de la cruz y besándose los dedos.

—Angelote—dijo a Ezequiel apenas se quedaron solos—, ¿cuándo aprenderás a no ser huraño con las señoras? A tu edad yo no las dejaba salir de la tienda sin decirles alguna palabra fina y con aquel... Eres un ganso, y en cuanto ves a una mujer, se te alarga el hocico, te pones colorado y no sabes decir más que *mu, mu*, como un buey que no ha salido de la dehesa... Y ¡que no son poco lindas la madre y la hija!... No sabría uno con cuál quedarse si le dieran una de las dos... La madre es hija de un señor de Pez, que tuvo la contrata de conducción de caudales. Casó con el coronel Villaescusa, que ahora irá para general... Conozco bien a esta familia... El coronel y su hermana Mercedes, casada con Leovigildo Rodríguez, son primos carnales de nuestro amigo Centurión, que acaba de salir de aquí... Pues la niña es una flor..., ¿no te parece que es una flor?... Se llama Teresita. Ya viste con qué ojos tan tiernos me miraba, y qué cuchufletas tan graciosas me decía, ji, ji, ji... Y tú, grandísimo pavo, te quedaste lelo como un poste cuando la madre te pasó los dedos por la cara y te dijo: «*Zequiel*, qué guapín eres.»

III

No vuelve a mentar Clío a nuestro buen Centurión hasta la página en que nos cuenta la entrada de Espartero en Madrid, por la Puerta de Alcalá, entre un gentío loco de entusiasmo, que le bendecía, le aclamaba y le llevaba medio en vilo con coche y todo. A pie iba Centurión junto a la rueda trasera, pues-

ta la mano en la plegada capota, dando al viento, con toda la violencia de su voz estentórea, los gloriosos nombres de Luchana, Peñacerrada y Guardamino, emprendiéndola luego con la Libertad, la soberanía del pueblo y otras invocaciones infalibles para enardecer a las multitudes. El caudillo de los patriotas, cuando los vaivenes del océano de personas detenían el coche en que navegaba, se ponía en pie, sacaba y esgrimía la espada vencedora y, soltando aquella voz tonante, sugestiva, de brutal elocuencia, con que tantas veces arrastró a soldados y plebe, lanzaba conceptos de una oquedad retumbante, como los ecos del trueno, con los cuales a la turbamulta enloquecía y la llevaba hasta el delirio... Reaparece luego Centurión cuando Espartero y O'Donnell se dieron el célebre abrazo en el balcón de la casa donde fué a vivir el primero, plazuela del Conde de Miranda. Detrás de los dos generales invictos se veía, entre otros paniaguados, la imagen escueta de Centurión, derramando de sus ojos la ternura, de sus labios una alegría filial, dando a entender que allí estaba él para defender a su ídolo de cualquier asechanza. Cuenta la Musa que el buen señor se constituyó en mosca de don Baldomero, acosándole sin piedad a todas horas, hasta que su pegajosa insistencia logró del caudillo el anhelado nombramiento de la Obra Pía de Jerusalén.

Daba gusto ver la *Gaceta* de aquellos días, como risueña matrona, alta de pechos, exuberante de sangre y de leche, repartiendo mercedes, destinos, recompensas, que eran el pan, la honra y la alegría para todos los españoles, o para una parte de tan gran familia. Capitanes generales, dos; tenientes generales, siete, y por este estilo avances de carrera en todas las jerarquías militares, sin exceptuar a los soldados rasos, aliviados de dos años de servicio. ¡Pues en lo civil no digamos! La *Gaceta*, con ser tan frescachona y de libras, no podía con el gran cuerno de Amaltea que llevaba en sus hombros, del cual iba sacando credenciales y arrojándolas sobre innumerables pretendientes, que se alzaban sobre las puntas de los pies y alargaban los brazos para alcanzar más pronto la felicidad. La *Gaceta* reía, reía siempre, y a todos consolaba, orgullosa de su papel de Providencia en aquella venturosa ocasión. Y no era menor su gozo cuando prometía bienaventuranzas sin fin para el país en general, anunciando proyectos y enseñando las longanizas con que debían ser atados los perros en los años futuros. La *Gaceta* tenía rasgos de locura en su semblante iluminado por un gozo parecido a la embriaguez. Diríase que había bebido más de la cuenta en los festines revolucionarios o que padecía el delirio de grandezas, dolencia muy extendida en los pueblos dados al ensueño y que fácilmente se transmite de las almas a las letras de molde.

Era de ver en aquella temporadita el súbito nacimiento de innumerables personas a la vida elegante o del bien vestir. Se dice que nacían porque, al mudar de la noche a la mañana sus levitas astrosas y sus anticuados pantalones por prendas nuevecitas, creyérase que salían de la nada. Las ropas cambiaban los seres, y resultaba que eran tan nuevos como las vestiduras los hombres vestidos. El cesante soltaba sus andrajos, y mientras hacían negocio los sastres y sombrereros, acopiaban los mercaderes del Rastro género viejo en mediano uso. Y, a su vez, pasaban otros de empleados a cesantes por ley de turno revolucionario, que no pacífico. Alguna vez había de tocar el ayuno a los orgullosos moderados, aunque fuera menester arrancarles de la mesa con cuchillo, como a las lapas de la roca.

El observador indiferente a estas mudanzas entreteníase viendo pasar regocijados seres desde la región oscura a la luminosa, entonando canciones anacreónticas o epitalámicas, y sombras que iban silenciosas desde la claridad a las tinieblas. Al gran *Sebo* le veíamos salir de su casa después de comer, bien apañadito de ropa, llevando entre dos dedos de la mano derecha un puro escogido de cuatro cuartos, que fumaba despacio, procurando que no se le cayera la ceniza, y a su oficina de Gobernación se encaminaba, saludando con benévola gravedad a los amigos que le salían al paso. Poco trecho recorría Centurión desde su casa de la calle de los Autores hasta Palacio, bajando por la Almudena y atravesando el arco de la Armería, sin encontrar amigos o comilitones que en tan desamparado lugar le saliesen al encuentro para pedirle noticias de la cosa pública. Mejor era así,

pues se había impuesto absoluta discreción... Atento a la dignidad más que a vanas pompas, limitóse, en la cuestión de indumentaria, a lo preciso y estrictamente decoroso, y pensó en mejorar de vivienda, cambiando el mísero cuarto de la cava de San Miguel por una holgada habitación en la calle de los Autores, casa vieja, pero de anchura y espacio alegre, con vista espléndida al Campo del Moro. Allí se instaló por gusto suyo y principalmente por el de su mujer, que, como andaluza, hipaba por las casas grandes bañadas de aire y luz. El primer cuidado de la mudanza fué la conducción de tiestos. Los dos balcones de la cava de San Miguel remedaban los pensiles de Babilonia; diversidad de plantas en macetas, cajones y pucheros entretenían a doña Celia, que tal era el nombre de la señora, ocupándola horas de la mañana y de la tarde en diversas faenas de jardinería y horticultura. Los cuatro balcones de la calle de los Autores, abiertos al Oeste, dieron amplitud y mayor campo a su dulce manía, y lanzándose a la arboricultura, con el primer dinero que le dió Centurión para estos esparcimientos compró una higuara, un aromo y un manzano, que, con la arbustería, formaban, a las horas de calor, una deliciosa espesura de regalada sombra.

En su nueva casa, visitado de pocos y buenos amigos, veía Centurión pasar la Historia, no sin tropiezos y vaivanes en su marcha, a veces precipitada, a veces lenta; vió la salida de la reina Cristina, de tapujo, pues los demagogos querían, si no matarla, darle una pita horrorosa, homenaje a su impopularidad; vió cómo se establecía la Milicia Nacional, de lo que sacaron fabulosas ganancias los fabricantes y almacenistas de paños por la enorme confección de uniformes; vió y leyó el Manifiesto que hubo de largar Cristina desde Portugal, quejándose de que la nación la había tratado como a una mala suegra, y augurando calamidades sin fin; vió entrar en España huésped tan molesto como el cólera morbo; asistió a la apertura de las nuevas Cortes, que eran, para no perder la costumbre, constituyentes y todo; vió a Pacheco salir del ministerio de Estado, sustiyéndole don Claudio Antón de Luzuriaga, lo que no le supo mal, por ser éste un buen amigo que le estimaba de veras, y lamentó, en fin, los motines con que el loco año 54 se despedía, desórdenes provocados en unos pueblos por la inquieta Milicia, y en otros por ella reprimidos.

A medida que prosperaban los árboles en los balcones de doña Celia, Centurión se iba sintiendo más inclinado al orden y más deseoso de la estabilidad política, tomando en esto ejemplo del reino vegetal y de la madre Naturaleza, que con lenta obra arraiga las plantas, protege la savia y asegura flores y frutos. La moderación se posesionaba de su alma, y, garantida por el empleo la vida física, se sentía lleno de la dulce y fácil paciencia, que es la virtud de los hartos. Quería que todos los españoles fuesen lo mismo, y renegaba de los motines, no viendo en ellos más que una insana comezón, conatos de nacional suicidio. ¡Cuánto mejor y más práctico que estuviéramos tranquilos los españoles, disfrutando de las libertades conquistadas y esperando en calma la Constitución nueva que iban a darnos los conspicuos!... Pensando en esto todo el día, por las noches solía tener el hombre pesadillas angustiosas; soñaba que Espartero y O'Donnell se tiraban al fin los trastos a la cabeza, como decían los profetas callejeros, y venía el temido rompimiento. Con imaginario peso sobre el buche y tórax, don Mariano no podía respirar. Era una barra de plomo, y la barra de plomo era la espada de Lucena, vencedora de la de Luchana. O'Donnell triunfante reía como un diablo de los infiernos irlandeses, con glacial cinismo, entreteniéndose en limpiar los comederos de todos los esparteristas habidos y por haber. Despertaba el hombre sobresaltado, clamando: «¡Ay, que me ahogo!... ¡Quítate..., O'Donnell!...» Y aun despierto persistía la sensación de horrible pesadumbre sobre el pecho. A los gritos del buen señor se despabilaba doña Celia, y, sacudiendo a su esposo por el brazo que éste tenía más próximo, le decía:

—Mariano, ¿qué es eso?... ¿El dolor en el vacío..., la opresión en el pecho?

—Sí, mujer... Es este O'Donnell...

—¿Qué O'Donnell?

—La opresión, hija. La llamo así porque..., ya te lo expliqué la otra noche... Dame friegas... aquí...; la opresión se me va pasando, pero el miedo, no... Veo

la gran calamidad del reino, el rifirrafe entre estos dos caballeros. El uno tira para la Libertad; el otro, para el Orden... Adiós, revolución bendita, adiós, principios; adiós, España... Y todo para que vuelve el perro moderantismo..., el atizador de estas discordias..., por la cuenta que le tiene... Vaya, no friegues más. Duérmete, pobrecilla.

—Cuando me despertaron tus ayes —dijo doña Celia, requiriendo el rebozo—soñaba yo que uno de mis jacintos echaba un tallo muy largo, muy largo...

—¡Muy largo!—murmuró don Mariano, cerrando los ojos y arrugando su faz—. Ese largo es O'Donnell.

—¿Sueñas otra vez?

—No sueño... Pienso.

—No pienses... Oye, Mariano: treinta y dos capullos tiene mi rosal pitiminí..., y ya han echado la primera flor los ranúnculos de Irlanda.

—¡Irlanda..., O'Donnell!

—¿Qué tiene que ver?... Duerme... Yo también... Me levantaré temprano para limpiar los rosales, sembrar más extrañas y recortar el garzoto blanco.

—Blanco es O'Donnell..., el hombre blanco y frío... Duerme, Celia... Yo no puedo dormir... Pronto amanece. Oigo cantar gallos... Su grito dice: «¡O'Donnell...»

IV

Modesto y sencillo en sus costumbres, Centurión recibía en su casa, las más de las noches, a familias amigas, unidas algunas con lazos de parentesco a doña Celia o a don Mariano. Eran personas de trato corriente, de posición holgada y oscura dentro de los escalafones burocráticos. Con gente de alto viso se trataban poco, no siendo en visitas de etiqueta, y aunque sus relaciones habían llegado a ser extensas en el curso del 54 al 55, no cultivaban más que las de cordial intimidad o las de parentesco. Asiduos eran el comandante Nicasio Pulis y su mujer, Rosita Palomo, sobrina de doña Celia; Leovigildo Rodríguez, con su esposa Mercedes, hermana del coronel Villaescusa, primo de Centurión, María Luisa Milagro de Cavallieri, hermana de la marquesa de Villares de Tajo *(Eufrasia)*. También frecuentaban la tertulia el comandante don Baldomero Galán y su señora, doña Salomé Ulibarri *(Saloma de Navarra)*; Paco Bringas, compañero de Centurión en la oficina de Obra Pía; don Segundo Cuadrado y don Aniceto Navascués, empleados en Hacienda. De personas con título no iba más que la marquesa de San Blas, camarista jubilada, y de personas pudientes, las culminantes en aquella modesta sociedad eran don Gregorio Fajardo y su esposa, Segismunda Rodríguez, que del 48 al 54 habían engrosado fabulosamente su fortuna. La coronela Villaescusa y su linda hija Teresa tenían rachas de puntualidad o abstención en la tertulia. Durante un mes iban todas las noches, y luego estaban seis o siete semanas sin aportar por allí. Razón le sobraba a doña Celia, que calificó de alocadas o locas de remate a la madre y la hija.

Redichas y despabiladas eran María Luisa del Milagro, Rosita Palomo y la vetusta y mal retocada marquesa de San Blas; espléndida y maciza hermosura, bien conservada en sus cuarenta años, tarda en hablar y muy limitada en sus ideas, era Salomé Ulibarri de Galán; despuntaba Segismunda por su tiesura y por el tono que se daba, no perdiendo ocasión de aludir incidental y discretamente a sus improvisadas riquezas. Más de una noche, cuando traía la actualidad asunto político, digno de ser tratado por todos los españoles que entendían de estas cosas, los caballeros, dejando a las señoras que a sus anchas picotearan sobre modas o sobre lo caro que estaba todo en la plaza, se agrupaban en un rincón de la sala. Era éste como abreviatura del Congreso, donde todo problema se ventilaba, entendiendo por ventilación que saliesen al aire opiniones poco diversas en el fondo y que aleteando estuviesen en bocas y oídos, volviendo al fin cada opinión a su palomar. Tratóse allí por todo lo alto y todo lo bajo el gravísimo asunto de la Desamortización civil y eclesiástica, votada por las Cortes en abril. ¿Por qué se obstinaba la reina en no dar su sanción a esta ley? Desdichado papel hacían O'Donnell y Espartero cabalgando un día y otro en el tren de Aranjuez, con la ley en la cartera, y volviéndose a Madrid cacareando y sin firma. Leovigildo Rodríguez y Aniceto Navascués

no se mordían la lengua para sacar a la vergüenza pública con sátira cruel, las cosas de Palacio. A la colada salieron el nuncio, sor Patrocinio y clérigos palaciegos o gentileshombres aclerigados.

Por aquellos días, empeñado el Gobierno en que su majestad sancionara la ley, y obstinada Isabel en negar su firma, vieron los españoles una prodigiosa intervención del Cielo en nuestra política. Fué que un venerado Cristo que recibía culto en una de las más importantes iglesias del reino se afligió grandemente de que los pícaros gobernantes quisieran vender los bienes de Mano Muerta. Del gran sofoco y amargura que a Nuestro Señor causaban aquellas impiedades rompió su divino cuerpo en sudor copioso de sangre. Aquí del asombro y pánico de toda la beatería de ambos sexos, que vió en el milagro sudorífico una tremenda conminación. ¡Lucidos estaban Espartero y O'Donnell y los que a entrambos ayudaron! ¡Vaya, que traernos una revolución y prometer con ella mayor cultura, libertades, bienestar y progresos, para salir luego con que sudaban los Cristos! La vergüenza sí que debió encender los rostros de O'Donnell y Espartero, hasta brotar la sangre por los poros. Por débiles y majagranzas que fuesen nuestros caudillos políticos, incapaces de poner a un mismo temple la voluntad y las ideas, la ignominia era en aquel caso tan grande, que hubieron de acordarse de su condición de hombres y de la confianza que había puesto en ellos un país tratado casi siempre como manada de carneros. El de Luchana y el de Lucena se apretaron un poco los pantalones. Y la reina firmó, y sor Patrocinio y unos cuantos capellanes y palaciegos salieron desterrados, con viento fresco; al buen Cristo se le curaron, por mano de santo, la fuerte calentura y angustiosos sudores que sufría y no volvió a padecer tan molesto achaque.

Siempre que de éste y otros asuntos semejantes se trataba en la tertulia de Centurión, decía éste que el mayor flaco de nuestros caudillos era que no se atacaban bien los pantalones, y solían andar por el Gobierno y por las salas palatinas sin la necesaria tirantez del cinturón que ciñe aquella prenda de vestir. Hombres que en los campos de batalla se cinchaban hasta reventar, y arrostraban impávidos los mayores peligros con los calzones bien puestos, en cuanto se ponían a gobernar aflojábanse de cintura y desmayaban de riñones sólo con ver alguna compungida faz de persona religiosa, llamárase nuncio o simple monjita seráfica. La vista de un cirio les turbaba, y cualquier exorcismo de varón ultramontano les hacía temblar. Pero, en fin, aquella vez se habían portado bien y merecían alabanzas de todo buen español. Conservárales Dios en tan buen temple de voluntad y con los pantalones bien sujetos.

Cuando desmayaban los temas políticos de actualidad, pasaban el rato los amigos de Centurión entreteniditos con los burocráticos temas: se trabajaba de firme en el tal oficina; el jefe de la otra era un vago que permitía hacer a cada cual lo que le viniera en gana. En Rentas Estancadas les había tocado un director que era una fiera; la Caja de Depósitos disfruta cinco días de estero y desestero, y el director obsequiaba con dulces a los empleados el día del santo de la señora y de las niñas... Luego invertían largo tiempo en designar sueldos efectivos o sueldos probables, y la conversación era un tejido de frases como éstas:

—El trabajo que me ha costado llegar a doce mil, sólo Dios lo sabe...

—Heme aquí estancado en los catorce mil, y ya tenemos a Mínguez, con sus manos lavadas, digo, sucias, encaramado en veinte mil...

—Vean ustedes a Pepito Iznardi, con el cascarón pegado todavía en semejante parte, disfrutando ya sus diez mil, que yo no pude obtener hasta pasados los treinta años...

—Madoz me ha dado palabra solemne de que tendré pronto dieciocho mil...

—Pues yo, si entra en Hacienda, como parece, mi amigo don Juan Bruil, los veinte mil no hay quien me los quite.

El ser empleado, aun con sueldos tan para poco, creaba posición: los favorecidos por aquel comunismo en forma burocrática, especie de imitación de la Providencia, eran, en su mayoría, personas bien educadas que, por espíritu de clase y por tradicional costumbre, vestían bien, gozaban de general estimación y alternaban con los ricos por su casa. Fácilmente podían procurarse una o más

novias los chicos que lograban pescar credencial de ocho mil en sus floridos años, y se consideraba buen partido casar a la hija predilecta con un mozo de catorce mil, que gastaba guantes y cubría su cabeza, bien peinada, con enorme *canoa* de fieltro. Llegaba a una ciudad de corto vecindario un caballerete con destino de ocho mil en Administración subalterna, y sólo con presentarse volvía locas a todas las señoritas de la población. En tropel se asomaban a las ventanas para verle pasar, y fácilmente introducido en las mejores casas, tomaba el papel de *lion* irresistible, a poco desenfado y cháchara que gastase. Vestía bien, usaba guantes y un sombrero de copa que eclipsaba con su brillo a todos los del pueblo. En éste, que era de los de pesca, se daba un tono inaudito: de Madrid contaba maravillas y rarezas que embobaban a sus oyentes; en la Corte tenía innumerables relaciones; conocía marquesas, camaristas, actores célebres, caballerizos y gentileshombres de Palacio... Era sobrino de un tío que cobraba cuarenta mil. Todo esto y su agradable figurilla bastaban para que se le estimase y para que su alianza con cualquier familia de la localidad se considerara como una bendición.

Tales desproporciones entre la pobreza y el falso brillo de una posición burocrática componían el tejido fundamental de aquella sociedad. Jóvenes existían que cautivaban con su fino trato y el relumbrón de una superficial cultura, y, no obstante, ganaban menos dinero que un limpiabotas de la calle de Sevilla. Pelagatos mil existían, bien apañados de ropa y modales, que se alimentaban tan mal como los aguadores; pero no tenían ahorrillos que llevar a su tierra. Verdad que también había gran desproporción entre la prestancia social de muchos y su valer intelectual. Licenciados en Derecho, con ocho o diez mil reales, que entendían algo de literatura corriente, y poseían la fácil ciencia política que está en boca de todo el mundo, ignoraban la situación del istmo de Suez, y por qué caminos van las aguas del Manzanares a Lisboa... De lo que sí estaban bien enterados todos los españoles de levita, y muchos de chaqueta, era de la guerra de Oriente, o de Sebastopol, como ordinariamente se la nombraba. Los caballeros ilustrados, las señoras y señoritas, hasta las chiquillas, hablaban de la torre de Malakoff con familiar llaneza. El Malakoff y los *offes*, los *owskys* y los *witches* de las terminaciones rusas servían para dar mayor picante a los conceptos y giros burlescos. Ejemplo:

—¿Qué pasa, amigo *Centurionowsky*, para que esté usted tan triste? ¿Se confirman los temores de que *Leopolowitch* le juegue la mala partida al gran *Baldomeroff?*

En el círculo de señoras solía dar doña Celia conferencias sobre el cultivo de plantas de balcón, en que era consumada profesora; y cuando no había en la tertulia solteras inocentes, o que lo parecían, las casadas machuchas y las viudas curtidas tiraban de tijeras y cortaban y rajaban de lo lindo en las reputaciones de damas de alta clase, pasando revista a los líos y trapicheos que habían venido a corromper la sociedad. ¡Bonita moral teníamos y cómo andaban la familia y la religión! La sal de estos paliques era el designar por sus nombres a tantas pecadoras aristocráticas, y hacer de sus debilidades una cruel estadística. Véase la muestra:

—La Villaverdeja está con Pepe Armada; la Sonseca, con el chico mayor de Gravelina; a pares, o por docenas, tiene sus líos la de Campofresco; la Cardeña habla con Manolo Montiel, y con Jacinto Pulgar la de Tordesillas...

Poniendo su vasta erudición en esta crónica del escándalo la veterana marquesa de San Blas, el seco rostro se le iluminaba debajo de la pintura que lo cubría. Ella sabía más que sus oyentes; conocía todo el personal, y no había liviandad ni capricho que se le escapase... Muchas le revelaban sus secretos, y los de otras, ella los descubría con sólo husmear el ambiente. Oiganla:

—Ya riñó la Navalcarazo con Jacinto Uclés; ahora está con Pepe Armada: se lo quitó a la Villaverdeja, que se ha vengado contando las historias de la Navalcarazo y enseñando cartas de ella, que se procuró no sabemos cómo. La Belvís de la Jara, que presumía de virtud, anda con enredos con el más joven de los coroneles, Mariano Castañar, y la Monteorgaz se consuela de la muerte del chico de Yébenes entendiéndose con Guillermo Aransis. La aristocracia de nuevo cuño no quiere quedarse atrás en este juego, y ahí tienen ustedes a la Villares

de Tajo aproximándose a ese andaluz pomposo, Alvarez Guisando...

Y por aquí seguía. Las honradas señoras pobres, o poco menos, que se cebaban con voraces picos en esta comidilla, no maldecían la inmoralidad sin poner en su reprobación algo de indulgencia, atribuyendo al buen vivir tales desvaríos. En la estrechez de su criterio, creían que la mayor desgracia de las altas pecadoras era el ser ricas. Doña Celia resumía diciendo:

—Véase lo que trae tener tanto barro a mano, y criarse en la abundancia, madre de la ociosidad y abuela de los vicios.

Por la mente de Centurión pasaban, sin alterar la normalidad de su existencia, los sucesos que habían de ser históricos. Casi en los días en que el Cristo sudaba murió en Trieste don Carlos María Isidro; mas con la muerte del santón del carlismo no murió su causa: en Cataluña y el Maestrazgo aparecieron las tan acreditadas partidas, y casi tanto como de rusos y turcos se habló de Tristany, Boquica y Comas... Sin que ningún Cristo sudara, se retiró el nuncio, y las relaciones con el Vaticano quedaron rotas. El verano arrojó sus ardores sobre la política. Una calurosa mañana de julio, hallándose doña Celia en la dulce faena de regar sus tiestos y limpiar las plantas, entró don Segundo Cuadrado con la noticia de que habían estallado escandalosos motines en Cataluña y Valladolid, y de que O'Donnell, al saberlo, se tiró de los pelos y maldijo a la Milicia Nacional como raíz y fundamento de la brutal anarquía. Don Mariano, que en mangas de camisa se paseaba por la habitación, dijo pestes del irlandés, y le acusó de estar confabulado con los *eternos enemigos de la Libertad* para producir alborotos y desacreditar la Revolución.

—*Maqüiavelismo,* puro *maquiavelismo,* querido Cuadrado. Este hombre frío nos perderá. Acuérdese usted de lo que anuncio...

Se puso a temblar, y daba diente con diente, como si le atacara pulmonía fulminante. Trájole su mujer un chaquetón, que él endilgó presuroso, diciendo:

—En medio de un ambiente abrasador, yo tirito... ¡Oh frío inmenso! Es O'Donnell que pasa.

V

Linda era como un ángel Teresita Villaescusa, como un ángel a quien Dios permitiese abandonar la solemne seriedad del Cielo, adoptando el reír humano. Porque, según los doctores en belleza, la de Teresita Villaescusa no habría sido tan completa sin aquel soberano don de sonrisa y risa que le iluminaba el rostro y le descubría el alma. A todos encantaba su gracia ingenua, y la amistad y el amor se le rendían. La tez de un blanco alabastrino, el cabello castaño, los ojos negros: ¿verdad que no pudo idear combinación más bonita el Supremo Autor de toda hermosura? Pues espérense un poco, y verán qué obra maestra. Hizo el cuerpo de proporciones discretas, ni largo ni corto; el talle esbelto, los andares graciosos, el pecho lozano. Y decían admiradores de Teresa que se había esmerado en la dentadura, haciéndola tan bella y nítida como la de los ángeles, que ni ríen ni comen. La inocente niña, que en sociedad era el hechizo de cuantos la trataban, en la intimidad doméstica se encerraba, según decía su madre, Manolita Pez, en una gravedad taciturna, con tendencias a la melancolía. Educada en completa libertad de lecturas. Teresa devoraba cuantos libros caían en sus manos, novelas sentimentales o de enredo, obras picarescas y hasta tratados ascéticos y místicos. A los dieciocho años gustaba menos del teatro que de la iglesia, y se dejaba llevar de sus tías, las señoras de Pez, a novenas y triduos. Daba cuenta de los ritos y solemnidades eclesiásticas a que asistía, bien compuesta y acicalada con sencilla elegancia, pues el gusto de arreglarse bien era otro de los dones con que quiso agraciarla el Soberano Fabricante de toda belleza. Su apacible dulzura y su querencia de lo espiritual, y aun su pulcritud modesta, daban motivo a que la madre dijese: «Esta hija mía acabará por ser monja.» Confirmábala en tal creencia el tesón con que Teresita, después de sonreír y reír con cuantos muchachos se le acercaban, no entraba con ninguno. Admitía bromas galantes; pero en cuanto le hablaban de relaciones y de noviazgo, se metía en la concha de su seriedad y desaparecían de la vista de sus admiradores los maravillosos dientes.

El coronel don Andrés de Villaescusa, excelente militar, era hombre poco doméstico. Pesábale el techo de su casa; ardía el suelo bajo sus pies: las altas horas de la noche le encontraban en tertulias de cafés o casinos. Liberal en política, lo era aún más con su mujer, a quien dejaba en plenitud de los derechos, sin ningún rigor en los deberes. Las pasiones que al coronel dominaban eran los caballos, el juego y el continuo disputar en casinos, cafés y tertulias de hombres, llevando siempre la contraria, embistiendo con impetuosa dialéctica los problemas más difíciles. Menos sus obligaciones militares, todo lo dejaba por hablar, y discutir, y defender las opiniones más apartadas del sentir general: era la eterna oposición. En estos placeres de la charla maniática, contrariábale un crónico padecimiento del estómago, que de tiempo en tiempo con violencia le acometía, haciéndole atrabiliario y por demás impertinente. Se dejaba cuidar por su esposa en la crudeza de los accesos; pero cuando éstos pasaban, volvía estúpidamente al vivir desordenado, toda la noche en febriles disputas, comiendo mal y a deshora, renegando del Verbo. De su matrimonio con Manolita Pez no tuvo más sucesión que Teresa. De niña la mimaba. Viéndola mujer, no pensó más que en librarse del cuidado que exige la doncellez, casando pronto a la chica, que para eso nacen las hembras.

—No andemos con remilgos—decía—. Es locura esperar a que le salgan marqueses, banqueros o accionistas de minas. El primer teniente que pase, o el primer oficinista con diez mil, se la lleva, y a vivir.

A risa tomaba lo del monjío, y pensaba que las tristezas de su hija en casa no eran más que ganas de novio, y cavilación en las dificultades para encontrarle bueno.

A fines del 55, en la tertulia de Centurión, le salió a Teresa un novio, que parecía del agrado de ella. Era un teniente muy simpático, de la familia de Ruiz Ochoa. Pero los sangrientos desórdenes de Valladolid interrumpieron el tanteo de amor, porque el joven oficial salió de la Corte con las tropas destinadas a contener aquel movimiento. Teresa, con fría inconstancia, aceptó los obsequios de otro, Rafaelito Bueno de Guzmán, de familia bien acomodada; pero a los tres meses de telégrafos en el balcón y de cartitas, fué despedido el jovenzuelo, y suplantado por un estudiante de Caminos que sabía sinfín de matemáticas y hablaba el francés con perfección. Al matemático sucedió un poeta; al poeta, un chico del comercio alto, Trujillo y Arnáiz; a éste, un médico novel, y un pintor, y un hijo del marqués de Tellería, y un sobrino del contratista de la Plaza de Toros, con poca bambolla y muchos cuartos, y un joven filósofo medio cegato, y otro, y otro, en cáfila interminable, peregrinación de criaturas hacia el Limbo.

Rodaba el Tiempo, rodaba la Historia, sin que Teresita encontrase novio de que ahorcarse. Quería, sin duda, que el árbol fuese muy alto, o no había tejido aún cuerda bastante sólida para el caso. Radiante de belleza, y dislocando a cuantos la veían y más aún a los que la trataban, entró la señorita en los veinte años. La Historia, en aquellos días fecundos, traía hoy una novedad, mañana otra, menudencias del vivir público que anunciaban sucesos grandes. Ausente el coronel Villaescusa, que operaba en Andalucía contra milicianos desmandados, y contra otros que se apodaban republicanos o socialistas: desentendida Mercedes de su hermano, Centurión y doña Celia eran los encargados de recordar a la niña la obligación de decidirse pronto. Ya se iba haciendo célebre por la descarada seducción con que al paso de los novios los enganchaba, así como por la fría displicencia con que los despedía. Esta conducta de Teresa, que se interpretaba de muy distintos modos, era causa de que se retrajeran muchos candidatos que venían con el mejor de los fines, y de que otros, desairados a las primeras de cambio, hablaran pestes de ella y de su madre y de toda la familia.

Manolita Pez, la verdad sea dicha, no se cuidaba de dar a su hija ejemplo de seriedad ni de constancia, y en su frívola cabeza no dejaban las ligerezas propias espacio para los sanos pensamientos que debía consagrar a la guía y dirección de la desconcertada joven. Doña Celia prestaba más atención a sus tiestos que al cultivo de su parentela, y don Mariano, sobresaltado noche y día por el mal sesgo que iba tomando la cosa

pública, no tenía tranquilidad para poner mano en aquel negocio de familia.

—Déjalas, Celia—decía—, que harto tengo yo que pensar en las cosas del procomún, y en las desdichas que vienen sobre esta pobre patria nuestra. Si la madre es loca y la hija necia, y ninguna de las dos sabe hacerse cargo de las realidades de la vida, ¿qué adelantaremos con meternos a consejeros y redentores? Arréglense como quieran, y que se las lleven los demonios.

Tomaba las cosas el buen señor muy a pechos y era su impresionabilidad demasiado viva. Lo que debía disgustarle, le causaba hondísima pena; lo que para otro sería molestia o desagrado, para él era una desgracia, y su ánimo turbado convertía las ondulaciones del terreno en montes infranqueables. Detestaba el papel satírico llamado *El Padre Cobos*, considerándolo como la más fea manifestación de la desvergüenza pública. Se había impuesto la obligación de no leerlo nunca, y fielmente la cumplía. Pero no faltaba un amigo indiscreto y maleante que en la oficina o en el café le recitase alguna cruel *indirecta* del maligno fraile, o graciosas coplas y chistes sangrientos, todo ello sin otro fin que denigrar al vencedor de Luchana y pisotear su figura prestigiosa. Ponía sus gritos en el cielo don Mariano, y tomaba entre ojos para siempre al amigo que tales bromas se permitía. No era buen español quien se recreaba con el veneno de aquel semanario y con la suciedad asquerosa de sus burlas. Leer públicamente *El Padre Cobos* era hacer *cínico alarde de moderantismo;* llevarlo en el bolsillo, *de ocultis*, para leerlo a solas, era hipocresía y traición cobarde, *indigna de los hombres del Progreso.*

Los desmanes de la plebe en ciudades de Castilla sacaban a don Mariano de quicio. En todo ello veía *la oculta mano de la reacción* moviendo los títeres demagógicos y comunistas. ¿Qué se quería? Pues sencillamente desacreditar el régimen liberal y presentarnos a Espartero como incapaz de gobernar pacíficamente la nación. Los *retrógrados de todos los matices* y los facciosos y clérigos andaban en este fregado, y para engañar al pueblo y arrastrarlo a los motines alzaban *maquiavélicamente* la bandera de *la carestía del pan*... ¡Farsantes, politicastros de tahona y entendimientos sin levadura! ¡Qué tendrá que ver la hogaza con los principios!...

—Pero, Señor—decía—, si tenemos Cortes legalmente convocadas, que sin levantar mano se ocupan en darnos una Constitución nueva, pues las viejas ya no sirven, ¿por qué no esperamos a que esa nueva Constitución se remate, se sancione y promulgue, para ver cuán lindamente nos asegura, *a clavo pasado*, los principios de Libertad, resolviendo para siempre la cuestión del pan y del queso y de los garbanzos de Dios?

En el café de Platerías se reunían a media tarde, después de la oficina, media docena de progresistones chapados y claveteados, como las históricas arcas que en los pueblos guardan las viejas ejecutorias y los desusados trajes. Alzaba el gallo en la reunión el buen don Mariano, como el orador más autorizado y sesudo. Había que oírle:

—Hasta los ciegos ven ya las intenciones de O'Donnell. Con sus intrigas, ese irlandés maldito nos pone al borde del abismo. . ¿Qué creerán que ha inventado el tío para dar al traste con el *Progreso?* Pues esa gaita del justo medio, y de que se vaya formando un nuevo partido con gente de la Libertad y gente de la Reacción..., o lo que es lo mismo, que seamos *progresistas retrógrados* o *despóticos avanzados*... ¡Vaya un pisto, señores! ¿Saben ustedes de algún cangrejo que ande hacia adelante o de lebreles que corran hacia atrás...? ¿Quieren decirme qué significa el habernos metido en el Ministerio a ese jovencito burgalés? El tal es un modelo vivo de lo que, según O'Donnell, han de ser los hombres futuros: hombres con un pie en el *Retroceso* y otro en el *Adelanto.* No le niego yo el talento a ese Alonsito Martínez o Manolito Alonso, que a estas horas no sé bien su nombre..., pero lo que digo: ¿tan escaso anda el partido de hombres graves y experimentados, que sea preciso echar mano de criaturas recién salidas de la Universidad para que nos gobiernen?

Y otra tarde:

—¡Cómo se va realizando todo lo que dije! Ya ven ustedes: el Olózaga nos va saliendo grilla, y aunque parece que tira contra O'Donnell, tira contra el duque. Uno y otro estorban a su ambición sin límites... ¿Y qué me dicen del Ríos Rosas, ese a quien ha dejado tan mal

sabor de boca el deslucido papel que hizo en el *Ministerio metralla?* Cuidado que el hombre tiene bilis y malas pulgas. Dicen que es moral; pero yo sostengo que Moralidad y Reacción rabian de verse juntas. Ya sabemos cómo estos señores del escrúpulo acaban tragándose medio país. Ríos Rosas tira contra Espartero y la Libertad desde el campo *cangrejil,* y desde el campo del democratismo tira Estanislao Figueras..., otro que tal... Figueras, Fernando Garrido y Orense quieren llevarnos a la anarquía con esa maldita República que no admite Trono... ¡Como si pudiera existir la Libertad sin Trono!... En fin: que al duque le tienen aburrido. El no dice nada; pero bien se le conoce que está más que harto de este paisanaje, y que el mejor día se nos atufa, lo echa todo a rodar y adiós Libertad, adiós Trono, adiós Milicia. Despidámonos de los buenos principios y de la Moralidad...

Y otras tardes, allá por enero del 56 y meses sucesivos:

—El nuevo Ministerio no me disgusta, porque sale de Fomento el joven burgalés y entra en Gobernación Escosura. Observen ustedes que con Escosura, Santa Cruz y Luján tenemos tres progresistas en el Gabinete; pero no son de los *puros,* pues éstos se quedan, por lo visto, para vestir milicianos, digo, imágenes. Ya no es un secreto para nadie que el irlandés se entiende con Palacio para barrernos. En Palacio le dan la escoba... ¿Conque tenemos de capitán general al *general bonito?* Y ese modo de señalar, ¿qué significa? Bobalicones del Progreso, ¿no habéis reparado que todos los mandos militares están en manos de amiguitos y compinches de O'Donnell? Ros de Olano, director de Artillería; Hoyos, de Infantería... ¿Qué tal, Escosura? ¿Qué dices? El duque, como personificación de la lealtad y de la consecuencia, desprecia las personalidades y se atiene a los principios... Espartero es Cristo; O'Donnell, Iscariote... ¿Y Palacio?... Palacio es la Sinagoga.

VI

Concuerdan todos los historiadores en que fué un día de febrero del 56 cuando Teresita Villaescusa despidió a su vigésimosexto novio, Alejandrito Sánchez Botín, joven elegante, con buen empleo en Gracia y Justicia y, además, medianamente rico por su casa. Tan bellas cualidades no impidieron que Teresa le diese el canuto con la fórmula más despectiva:

—Alejandrito, su figura de usted me empalaga y su elegancia se me sienta en la boca del estómago. Va usted por la calle mirándose en los vidrios de los escaparates para ver cómo le cae la ropa..., y cuando no hace esto, hace otra cosa peor, que es mirarse los pies chiquitos que le ha dado Dios y las botitas bien ajustadas. ¡Ea!, ni pintado quiero ver a un hombre que gasta pies más chicos que los míos... ¿Que tiene usted una tía marquesa y en la Habana un tío que apalea las onzas?... Bueno; pues déles usted memorias..., y que escriban... ¿Que su papá le ha prometido comprarle un caballo, y que cuando lo tenga me paseará la calle y hará delante de este balcón piruetas muy bonitas? Andese con cuidado, no se le espante el animal y se apee usted por las orejas, como aquel otro que conmigo hablaba... No le valió ser de Caballería... Créame: no le conviene andar en esos trotes. Usted, a patita, pisando hormigas con ese calzado tan mono, o en el coche de su tía la *señá* marquesa... Y otra cosa, Alejandrito: ¿de dónde ha sacado usted que es elegante dejarse crecer una uña como esa que usted lleva, larga de una pulgada, y emplear en cuidarla y limpiarla tanto tiempo y tanta paciencia? ¡Bonito papel hace un caballero mirándose en la uña como si fuera un espejo y acompasando los movimientos de la mano para que no se le rompa esa preciosidad..., esa porquería, digo yo, por más que la limpie con potasa y la tenga como el marfil!... Por todas estas cosas me es usted antipático, y si admití sus relaciones, fué porque mamá se empeñó en ello y no me dejaba vivir... Alejandrito por arriba, Alejandrito por abajo, como si fuera Alejandrito la flor de la canela... En fin: diviértase y cuide bien la uña, que esas cosas tan miradas, y en las que se ponen los cinco sentidos, se rompen cuando menos se piensa... Agur..., y no se acuerde más de mí...

No constan las protestas que debió de

hacer el galán de la uña despedido con modos tan expeditos y desusados. Ello es que tomó la puerta, y que Manolita Pez se lió con su hija en furioso altercado por aquella brutal ruptura, que en un instante destruía los risueños cálculos económicos de la egoísta mamá. Entró poco después de la disputa Centurión: iba no más que a preguntar por su primo Villaescusa, que aquellos días había tenido un fuerte y alarmante acceso de su mal en provincia lejana. Manuela le tranquilizó, mostrándole una carta de Andrés de fecha reciente... Hablaron un poco de política, que era el hablar más común en aquel revuelto año, y Teresa, con jovial malicia, se entretuvo en mortificar a su tío con las bromas que más en lo vivo le lastimaban... Cogió de la mesa un número de *El Padre Cobos*, como si cogiera unas disciplinas, y sin hacer caso del gesto horripilante de Centurión y de la airada voz que decía: «¡No quiero, no quiero saber!», leyó esta cruel sátira: «Se conoce a la moralidad progresista por el ruido de los cencerros... tapados...»

—¡Déjame en paz, chiquilla!... Lee para ti esas infamias.

Se tapaba los oídos, retirábase al otro extremo de la sala; pero tras él iba Teresa con el papel enarbolado, y risueña, sin piedad, soltaba esta cuchufleta:

—Adoquín y camueso... son la sal y pimienta del progreso.

—Te digo que calles, o me voy de tu casa... Una señorita bien educada y de principios no debe repetir las indecencias. Manuela, llama al orden a esta niña loca.

Pero la señora de Villaescusa encontrábase aquel día en una situación de sobresalto y ansiedad que la incapacitaba para el conocimiento de los hechos comunes que a su alrededor ocurrían. Distraída y con el pensamiento lejos de su casa, no decía más que:

—Niña, niña, juicio.

Pero Teresita no hacía caso de su madre, y acosó a Centurión, que, huyendo de ella y del maldito fraile procaz, se había refugiado en el gabinete próximo. La diabólica mozuela repetía, poniéndole música, un dicharacho del periódico:

—Muchacho, ¿qué gritan? ¡Viva la libertad! Pues atranca la puerta.

Poco valían tales chistes, que, como todos los del famoso papel, con menos sal que malicia, eran desahogo de sectarios, dispuestos a cometer en doble escala los pecados políticos que censuraban. Pero en los oídos de don Mariano sonaban a *de profundis*, y antes muriera que encontrar gracioso lo que en su criterio inflexible era depravado y canallesco. El hombre bufaba, y le faltó poco para poner sus dedos como garras en el blanco pescuezo de la casquivana señorita. Esta volvió a la sala riendo a todo trapo. Su madre, súbitamente asaltada de una idea y propósito que podían ser solución venturosa de la crisis que agobiaba su ánimo, cogió a Teresita por un brazo y, adelgazando la voz todo lo posible, le dijo:

—Bribona, me estás poniendo a Mariano en la peor disposición... Yo le necesito cordero, y con tus tonterías está el hombre como los toros huídos... ¡A buena parte voy!... En vez de prepararmele y cuadrármele bien, o de entontecerle con finuras y zalamerías, me le has puesto furioso... En fin: quita de aquí ese maldito papelucho; lárgate a tu cuarto o al comedor y déjame sola con tu tío..., con la fiera... No sé cómo embestirle..., no sé cómo atacarle...

¡Infeliz don Mariano! Aquel día se tuvo por el más infortunado de los mortales, dejado de la mano de Dios y maldito de los hombres, porque la niña, azotándole y escarneciéndole con *El Padre Cobos*, y la lagartona de la madre, levantando sobre su cabeza el corvo sable de cortante filo, le corrompieron los humores y le ennegrecieron el alma. ¡Vaya un día que entre las dos le daban! En vez de entrar en aquella casa de maldición, ¿por qué, Señor, por qué no se escondió cien estados bajo tierra? No se cuentan, por ser ya cosa sabida, los circunloquios, epifonemas, quiebros de frase, remilgos, pucheros y palmaditas con que Manuela Pez formuló y adornó la penosísima petición de dinero para urgentes, inaplazables atenciones de la familia... A Centurión se le iba un color y otro se le venía. Suspiraba y daba resoplidos, echando de su pecho una fragorosa tempestad... Sintiendo su cráneo partido en dos por el tajante filo, no sabía qué determinar. Acceder era grave caso, porque tres meses antes le saqueó Manolita, sin devolverle lo prestado. Negarse en redondo no le pareció bien, porque Andrés, al partir

le había dicho: «Querido Mariano, te ruego que, si fuese menester, atiendas, etcétera..., que a mi regreso, yo..., etcétera...» En tan horrible trance, pensó que, amarrado al pilar donde le azotaban, no padeció más Nuestro Señor Jesucristo... Por fin, cayó el hombre con mortal espasmo en el consentimiento, bañado en rostro en sudor frío de angustia... No era bastante firme de carácter para la negativa ni bastante hipócrita para disimular su dolor inmenso ante la catástrofe. Al retirarse, diciendo con lúgubre voz: «Volveré con el dinero», parecía un ajusticiado a quien el verdugo manda por el instrumento de suplicio...

Hallábase doña Celia en el gratísimo pasatiempo de arreglar sus vergeles, cuando vió entrar al buen don Mariano con cara de amargura y consternación.

—¿Qué tienes, hijo? ¿Ocurre alguna novedad?—le dijo, destacándose del umbrío follaje para llegarse a él y ponerle sus manos en los hombros.

Por no afligir a su bendita esposa, Centurión cultivaba el disimulo y se tragaba sus penas o las convertía en contrariedades leves. Dejándose caer en el sofá y componiendo el rostro, tranquilizó a la señora con estas apacibles razones:

—Nada, mujer; no me ocurre nada de particular... No es más sino que... ese maldito *Padre Cobos*... Un amigo de estos que no tienen sentido común, ni delicadeza, ni caballerosidad..., me enseñó el último número. De nada me valió protestar... Yo bufaba, y él me leía un parrafillo asqueroso, donde dicen que los del Progreso somos inmorales, que los del Progreso defraudamos y hacemos chanchullos... Ya ves... ¡Y esto se escribe, esto se propaga por los que...! Me callo, sí, me callo; no quiero incomodarme. Es tontería que me sulfure...; tienes razón... Punto en boca; pero antes déjame que repita lo que cien veces dije: de estas burdas infamias tiene la culpa O'Donnell. El, él es el causante... Bajo cuerda, nuestro maldito irlandés azuza, pellizca el rabo a estos sinvergüenzas, todos ellos moderados y realistas, para que hablen mal de nosotros y pongan al duque en el disparadero... Es mi tema. ¿Que nos insultan? La lengua de O'Donnell. ¿Que estallan motines? La mano de O'Donnell. ¿Que nos piden dinero y tenemos que darlo? El sable de O'Donnell.

En los días siguientes, cuando arreciaban, según Centurión, los manejos del de Lucena para deshacerse de Esparterо, y cuando Escosura lucía su galana elocuencia en las Cortes, la coronela Villaescusa y su hija subieron un grado en el escalafón social, concurriendo a las reuniones íntimas que Valeria Socobio daba los lunes en su linda casa, calle de las Torres. Halláronse Manolita y Teresita en un ambiente de elegancia muy superior al de la humilde tertulia de Centurión; y si por virtud de la llaneza de nuestras costumbres algunas figuras concurrentes a la morada de la calle de los Autores se dejaba ver en la de Valeria, como la marquesa de San Blas, Gregorio Fajardo y su mujer Segismunda, también iban allí personas de pelaje muy fino, como Guillermo de Aransis y otros que irán saliendo. Es lo bueno que tenía y tiene nuestra sociedad: en ella, las clases se dislocan, se compenetran, y van prestándose unas a otras sus elementos y haciendo correr la savia social por las ramas de diferentes árboles, que, injertos entre sí, llegan a constituir un árbol solo.

Guapísimas eran Manuela y Teresita, cada una según su tipo y edad: la madre, un verano espléndido derivando hacia los tonos anaranjados del otoño; la hija, plena primavera, rosada y luminosa. A la vera de ambas iban a buscar sombra y frescura los amadores finos o los timadores y petardistas de amor. Coqueteaba la mamá con arte exquisito, colocándose al fin en un reducto de honradez hipócrita que no engañaba a todos, y Teresilla jugaba al noviazgo con risueña desenvoltura, pasando los galanes de la mano de admitir a la mano de rechazar, como en el juego de *Sopla, que vivo te lo doy.*

Con franca simpatía se unieron Valeria y Teresita. Comunes eran los secretos de una y otra, todavía de poca importancia y gravedad. Juntas paseaban los más de los días, y juntas iban al mayor recreo de Valeria, que era el recorrido de tiendas, comprando, revolviendo, examinando el género nuevo acabadito de sacar de las cajas llegadas de París. El furor de novedades había producido dos efectos distintos: embe-

llecer la casa de Valeria, hasta convertirla en un lindísimo muestrario de muebles y cortinas, y esquilmar el bolsillo de don Serafín del Socobio, hasta que el buen señor y doña Encarnación pronunciaron el terrible *non posumus*. De aquí resultó que Valeria, por gradación ascendente de su fiebre suntuaria, que atajar quería sin voluntad firme para ello, se fué llenando de deudas, cortas al principio, engrosadas luego, hasta que, creciendo y multiplicándose, la tenían en constante inquietud. Para colmo de desdichas, Rogelio Navascués, en vez de llevar dinero a casa, se gastaba en el Casino toda su paga, y era, además, insaciable sanguijuela que desangraba horriblemente el bolsillo de la esposa, nutrido por la pensión que daban a ésta sus padres. Tales razones y el absoluto enfriamiento del amor que tuvo a su marido labraron en el ánimo de Valeria la idea y el propósito de desembarazarse de tan gran calamidad. No había más que un medio: mandarle a Filipinas, con lo cual ella se vería libre de él, y él cortaba por lo sano la insostenible situación a que le habían llevado sus estúpidos vicios.

Iniciado el proyecto por la esposa, el marido lo encontró de perlas. Quería pasarse por agua y salir a un mundo nuevo donde no le conocieran. Manos a la obra. Valeria trabajó el asunto con febril actividad en febrero y marzo, tecleando las amistades y relaciones de su familia con personajes del Progreso. Moncasi, Sorní, Montesinos, Allendesalazar ofrecían; mas todo quedaba en agua de cerrajas. Dirigióse luego a los amigos de O'Donnell, a Vega Armijo, Ulloa, Corbera, y ello fué mano de santo. No había, no, hombre como O'Donnell: su sombra era benéfica, y en ella encontraban su paz las familias. A principios de abril recibió Navascués el pase a Filipinas, con ascenso, y no esperó muchos días para ponerse en marcha, porque Valeria, modelo de esposas precavidas, le tenía ya dispuesta toda la ropa que había de llevar: las camisas ligeras como tela de araña, los chalecos de piqué, levitines de crudillo... Todo lo adquirió la dama en las mejores tiendas y del género superior, por aquello de *al enemigo que huye, puente de plata*. ¡Qué descansada se quedó la pobre! No podía con su alma de la fatiga y ajetreo de arreglarle en tan pocos días el copioso surtido de *ropa para países tropicales*.

Horas después de aquella en que la diligencia de Andalucía se llevó a Rogelio, Valeria dijo a su cordial amiga Teresita:

—¡Ay, qué descanso!... Si en España tuviéramos divorcio, no necesitaríamos tener Filipinas.

Y la otra:

—¡Filipinas! Alargar la cadena miles de leguas, ¿no es lo mismo que romperla?

VII

Consecuentes en su fraternal amistad, Valeria y Teresita pasaban juntas días enteros, muy a gusto de ambas, y a gusto también de Manolita Pez, que podía campar sin ninguna traba y espaciar sus antojos por el libre golfo de la vida matritense, poniendo a su niña bajo la custodia de una señora casada de buena conducta, que era lo prevenido por los cánones sociales. Cumplía Manolita con la moral por lo tocante a su hija, y aliviada quedaba con esto su conciencia para poder cargar con los pecadillos propios. Muchos días almorzaba y comía Teresa con su amiga, y algunas noches también allí dormía, por la inocente causa de volver muy tarde del teatro y no tener persona mayor y de respeto que tan a deshora la llevase a casa de su madre. Al poco tiempo de esta intimidad observó la niña de Villaescusa que las atenciones con que Guillermo de Aransis a la señora de Navascués distinguía iban perdiendo su colorido platónico. Era Teresita una de estas vírgenes que, por asistir demasiado cerca al batallar de las pasiones, están privadas de toda inocencia: no bien ocurridos los hechos, los comprendía y apreciaba en toda su real gravedad, sin asustarse de cosa alguna. Viendo las visitas de Guillermo a horas desusadas y las salidas extemporáneas de la dama, se hizo dueña de la verdad. Su confianza con Valeria la llevó a una sinceridad ingenua de *enfant terrible*, y como quien no hace nada, sin asomos de severidad ni dejo malicioso, interrogó a su amiga sobre tan escabrosos particulares. En su acento vibraba un candor que en su alma no existía.

Respondióle Valeria con cierto embarazo, empezando diferentes frases que quedaron sin terminar, y concluyó así:

—¿Para qué quieres tú más explicaciones?... Estas cosas no las entienden las solteras...

Saliendo aquel mismo día las amigas al jaleo de tiendas, vió Teresita con asombro que Valeria pagaba cuentas atrasadas, lanzándose a nuevas compras de telas y faralaes de vestir. Generosa y amable, la dama obsequió a su amiga con un corte de vestido para verano, elegantísimo, de extremada novedad y con el más puro sello parisiense, regalándole de añadidura un canesú y un miriñaque de pita de hilo, última novedad. Con sincera gratitud acogió Teresa estos obsequios, y los estimó más porque su madre la tenía bastante desairadita de ropa, con sólo dos trajes nuevos y uno del año mil, transformado ya tres veces.

No estaba descontenta Teresa en aquellos días, que ya eran de franco verano, y el conocimiento del enredo de Valeria con Aransis despertaba en ella tanto interés como una novela de las mejores que entonces se escribían. Novela era viva, de estas que entretienen y no asustan. Personaje de novela le pareció Aransis, guapo, joven, condiciones precisas para la figuración poética, la cual era más grande y sutil por sus maneras exquisitas y el derroche de dinero que suponían sus trajes, coches y todo el tren de su dorada existencia. Y no fué Guillermo el único personaje novelesco que por entonces mantenía el espíritu de Teresa en continua soñación. Desde los comienzos de mayo se personaba en los *lunes* de Valeria un joven muy guapo, de belleza distinta de la de Aransis, pero no menos atractiva. Era rubio, de azules y dulces ojos, con una barba ideal, de corte y finura semejantes a la de Nuestro Señor Jesucristo, tal como le representan Correggio y Van-Dick. Dominaba en sus pensamientos la melancolía, como en su voz los tonos apacibles. Era extremeño; se llamaba Sixto Cámara. A Teresa cautivó desde el primer día por su conversación fina, por el atrevimiento de sus ideas y la noble lealtad que su trato, como toda su persona, revelaba. Gozosa le veía llegar a la reunión, y con mayor gozo veía la preferencia que por ella mostró desde la primera noche, entrando al poco tiempo por la senda florida del galanteo. Creyó Valeria que en aquel noviazgo sería Teresa más perseverante que en los anteriores, y de ello se alegraba; Manuela Pez, en cambio, no parecía gustosa de que su hija se insinuase con el galán de la barba bonita, y así se lo manifestó con razones de peso la noche de un lunes, al volver a casa rendidas de tanto charlar y de un poquito de bailoteo.

—Mira, Teresa—le dijo—: te he reñido por tu ligereza en admitir y despachar novios, y ahora, que te veo más sentadita, también te riño, porque das en ser consecuente con uno que no te conviene poco ni mucho. Ya debes decidirte, fijándote en aquellos que puedan sacarte de pobre y reservando tus despachaderas para los barbilindos que no traen nada de sustancia. Los tiempos están malos, vendrán otros peores, y como no te cases con un rico, no sé qué va a ser de ti. Despreciaste al que yo te propuse, Alejandrito Sánchez Botín, y ahora te veo entontecida y acaramelada con el don Sixto, del cual me han dicho que con todo su saber, y su hablar modoso, y su vestir elegante, y su barbita, no es más que un triste pelagatos, con lo comido por lo servido y los pocos reales que saca de algún periódico. ¿Te parece a ti que es buen porvenir un papel público y las rentas que pueda dar?... Y hay otra cosa: del don Sixto me han dicho que es *demagogo*. ¿Sabes lo que es esto? Pues tener ideas disolventes, querer derribar el Trono, y puede que también el Altar, y trernos un Gobierno de anarquía, que es, como quien dice, la gentuza. No, hija mía; apártate de esto y no te me hagas demagoga, la peor cosa que se puede ser. Figúrate el porvenir de un hombre que jamás desempeñará un destino del Gobierno, porque éstos no se dan a tales tipos... No des a demagogos, y si me apuras, ni a progresistas, el sí que te piden, pues harías trato con el hambre y la desnudez. Ten juicio y fíjate en alguno que sea resueltamente del partido de O'Donnell, el hombre que muy pronto ha de coger la sartén por el mango... Conque fuera el don Sixto, o entreténle hasta que venga el bueno..., que vendrá, yo te aseguro que vendrá.

Oyó estas razones y sabios consejos Teresita, fingiendo admitirlos, como pa-

labra divina; mas en su interior se propuso hacer su gusto, que en esto iba a parar siempre con maestra de tan poca autoridad como su madre. Al día siguiente la llamó Valeria; fué, charlaron... Tratábase de organizar una temporadita en La Granja, donde se divertirían mucho, si la coronela daba permiso a Teresa para ir con su amiga. Examinaban las dificultades que para esto podían surgir, y la resistencia que había de oponer Manuela si no la invitaban también a ser de la partida, cuando entró Aransis inquieto y contó que, en el Consejo con su majestad aquella mañana, O'Donnell y Escosura habían rifado de una manera solemne y ruidosa. La reina se decidía por O'Donnell, y Espartero, desairado en la persona del ministro que representaba su política, había dicho: «Vámonos.» El «Vámonos» o el «Yo también me voy» del duque de la Victoria era una proclama revolucionaria. Si Espartero, apoyado en las Cortes y al frente de la Milicia Nacional, daba a don Leopoldo la batalla, ardería Madrid. Había que desistir del viaje a La Granja mientras no se aclarase el horizonte. No se asustaron la señora y señorita tanto como Guillermo esperaba; antes bien, dijeron que les gustaban las trifulcas, y que si había de venir revolución gorda, viniera de una vez para ver si se quedaban con España los nacionales o se quedaba O'Donnell, con su personal de caballeros elegantes, limpios y vestidos a la última moda. Esto era lo más probable y lo más revolucionario, pues la ramplonería y ordinariez debían ser desterradas para siempre de este hidalgo suelo.

Observó Teresa que Aransis no estaba contento y que las anunciadas revueltas le contrariaban. Sintiendo acaso preferencias por estas o las otras ideas políticas, ¿temía verlas derrotadas en la próxima lucha? Esto no podía ser, pues harto sabían Valeria y Teresita que el ocioso galán, aunque inclinado en su espíritu a las tendencias liberales, era en la práctica un gran escéptico, y no se dignaba empadronar su nombre ilustre en el censo progresista ni en el moderado. Las gloriosas espadas no le llevaban tras sí, y con igual indiferencia veía los resplandores de la de Luchana, de la de Lucena o de Torrejón. Sin duda, el endiablado humor de Aransis provenía de algún contratiempo relacionado con la política por extraños engranajes, pero que no era la política misma. Así lo pensaba Valeria; así también Teresa, que, aunque más talentuda que su amiga, érale inferior en el conocimiento del mundo. Ninguna de las dos penetró el arcano. La Historia lo sabe y lo revelará, pues no sería Historia si no fuese indiscreta.

Guillermo de Aransis, marqués de Loarre por sucesión directa, conde de Sámanes y de Perpellá por su parte en la herencia de San Salomó, era un joven de excelentes prendas, corazón bueno, inteligencia viva; prendas, ¡ay!, que se hallaban en él ahogadas o por lo menos comprimidas debajo del avasallador prurito de elegancia. Resplandor de la belleza es la elegancia, y como tal, no puede negársele la casta divina; pero cuando al puro fin de elegancia se subordina toda la existencia, alma, cuerpo, voluntad, pensamientos, sobreviene una deformación del ser, horrible y lastimosa, aunque, en apariencia, no caiga dentro del espacio de la fealdad. Dotado de atractivos, hermosa figura, palabra fácil y seductora, no vivía más que para agregar a su persona todos los ornamentos y toda la exterioridad que había de darle brillo y supremacía evidentes entre los individuos de su clase. Exaltado su amor propio, no reparaba en medios para obtener tal supremacía y hacerla indiscutible; sus trajes habían de ser los más notorios por el sello de la personalidad, siguiendo la moda con el precepto sutil de acatarla sin parecerse a los que ciegamente la seguían. Había de ser lo suyo distinto de lo general, sin disonancia, o con sólo una disonancia que, por muy discreta, llevaba en sí la deseada y siempre perseguida superioridad. Se preciaba, o de inventar algo en el arte de vestir, o de ser el primero que importase de los talleres parisienses las formas nuevas, cuidando de presentarlas modificadas por su gusto propio antes que el uso de los demás las generalizara. En todo esto, para que resultase verdadera elegancia, la naturalidad sin estudio alejaba toda sombra de afectación.

A estos primores del vestir seguían los del andar en coche. Muy santo y muy bueno, legítimo a todas luces, es que no salgan a pie los ricos y que gas-

ten coche para su comodidad, decoro y recreo; pero que se pasen el día ostentando formas y estilos nuevos de carruajes, guiándolos con más trabajo de cocheros que descanso de señores, es un extremo de vanidad rayano en la tontería. El elegante toma con esto un carácter profesional; siente sobre sí la mirada crítica y exigente del público; ha de divertir antes que divertirse; los bonitos caballos de tiro y de silla pregonan su riqueza y buen gusto, y al fin se estima y alaba más la gallardía de sus bestias que la suya propia.

Naturalmente, las vanidades del orden suntuario iban a resumirse y coronarse en la vanidad amorosa. Aransis llegó a creer que uno de los principales fines de la Humanidad era que se prendasen de él todas las mujeres hermosas que en Madrid había. Lo consideraba en ellas como una obligación, y en sí como un cumplimiento de las leyes de su destino. Con todas entraba, alcurniadas y plebeyas, más afortunado tal vez en las zonas altas que en las medias de la sociedad, por venir esta corrupción de arriba para abajo, cosa en verdad que no es nueva en la historia de los pueblos. Imposible referir todas las proezas de amor con que ilustró su juventud el marqués de Loarre, y sobre difícil, la estadística sería poco interesante, por carecer estas aventuras, en el prosaico siglo XIX, de la poesía erótica y caballeresca que en edades de más duras costumbres tuvieron. La tolerancia de hecho, encubierta con la gazmoñería pública, la flexibilidad moral y el culto frío y de pura fórmula que la virtud recibía, quitaban toda intensidad dramática a las transgresiones de la ley. Salían de los palacios estas historias, sin que al pasar de la realidad a las lenguas movieran ruidosamente la opinión ni escandalizaran en grado más alto que el común de los sucesos privados y públicos. Como los pronunciamientos y motines, como las revoluciones a tiros o a discursos por ganar el poder, estas inmoralidades del mundo heráldico iban tomando carácter crónico que apenas turbaba la paz de las conciencias amodorradas.

Si en los amoríos de garbosa vanidad y en otros de pasional demencia se iba dejando Aransis vellones de su fortuna, el vellón más grande lo perdió con la marquesa de Monteorgaz, dama en extremo dispendiosa, con menguada riqueza por su casa. Era un zarzal con tantas púas, que el marqués de Loarre perdió en él toda su lana. Los estados de Sámanes y Perpellá quedaron como si dijéramos desnudos, en fuerza de hipotecas. No era en total la fortuna de Guillermo de las más altas de la grandeza: podía con ella vivir holgada y noblemente, sujetándose a un orden estrecho de administración. Pero con la vida que llevaba quedaría todo el caudal liquidado en media docena de años. Tarde vió el *lion* el abismo en que había de caer; pero aún podía salvar una parte del haber patrimonial si se plantaba en firme y ponía un freno a sus desórdenes. Sobre esto le habló con cariñosa severidad un día su amigo Beramendi: tan instructivo fué el sermón, exégesis de aquella sociedad y de otras más próximas a la nuestra, que la Historia se dignó traerlo acá y hacerlo suyo.

VIII

—Estás arruinado, Guillermo, y sólo trazando una raya muy gorda en tu vida, con propósito de cambiar ésta radicalmente, podrás salvar lo preciso para vivir con decencia, sin locuras. Dices que aún cuentas con la herencia de tu tío el marqués de Benabarre y con ese monte de la sierra de Guara, que, denunciado ya como terreno carbonífero, puede ser para ti un monte de oro. No te fíes, Guillermo: tu tío puede cambiar de propósito si llega a enterarse de los humos que gastas, y en el monte no pongas tus esperanzas: una vez entre mil dejan de salir fallidas las ilusiones de los mineros. Déjate, pues, de montes de oro y de ríos de plata, y hazte cargo de la realidad, y oye bien lo que voy a decirte, que es duro, muy duro, pero saludable. Por algo soy el amigo que más te quiere.

La vida que vienes haciendo del cincuenta acá es enteramente estúpida: tu conducta es la de un idiota. Imbecilidad pura es tu vida, y así la llamo pensando que todavía no la califico tan severamente como merece. Y voy más allá, Guillermo: sostengo que no hay derecho a vivir así. Se dice que cada cual hace de su dinero, de su tiempo y de

su salud lo que quiere; y yo afirmo que eso no puede ser. En el dinero, en el tiempo y en la salud de cada persona hay una parte que pertenece al conjunto, y al conjunto no podemos escatimarla... Una parte de nosotros no es nuestra, es de la totalidad, y a la totalidad hay que darla. ¿Qué? ¿Te asombras? ¿No entiendes lo que digo? Pues lo repito, y añado que están por hacer las leyes que determinen esa parte de nosotros mismos perteneciente al acervo común, y que ordenen la forma y manera de que los demás, todos, le quiten a cada cual esa partija que indebidamente retiene. Las leyes que faltan se harán: ni tú ni yo lo veremos; pero cree que se harán... Y mientras las leyes vienen, debemos anticipar su cumplimiento con algo que se parezca a la ley nonnata. Tú, Guillermo, eres idiota y criminal, porque gastas todo tu dinero, todo tu tiempo y toda tu salud en no hacer nada que conduzca al bien general. El que no hace nada, absolutamente nada, debe desaparecer, o merece que le tasen los bienes que derrocha sin ventaja suya ni de los demás. Me dirás que yo soy lo mismo que tú, que vivo en grande sin trabajar ni producir cosa alguna. Estás equivocado: yo hago algo, no todo lo que debo; pero con un poquito de acción útil cumplo la ley, y no soy, como tú, materia inerte en la Humanidad. Yo gasto parte de las rentas de mi mujer en vivir bien y decorosamente, sin escarnecer con un lujo desfachatado a esta familia española compuesta de pobres en su gran mayoría. Yo no cultivo mis tierras, no ejerzo ninguna profesión ni oficio; pero no puede decirse de mí que nada produzco. Yo he producido un hijo, y en criarle y educarle para que sea ilustrado, saludable y hombre de bien pongo todo mi espíritu y empleo casi todas las horas del día ¿Qué..., te ríes? ¿Te parece poco?

No me interrumpas..., déjame seguir. Voy a contar por los dedos..., por los dedos no, pues son pocos para tan larga cuenta... Voy a recordarte los crímenes de imbecilidad que has cometido, para que te horrorices: cubrir de piedras preciosas el seno hiperbólico de la Navalcarazo, que te lo agradeció diciendo, al mes de romper contigo, que eras un *niño de la Doctrina Cristiana*. Para pagarle a Samper toda aquella quincalla fina tuviste que hipotecar dos dehesas..., a dehesa por pecho. Sigo: no fué menor imbecilidad regalarle a *Pepa la Sevillana* una casa de tres pisos en la calle de Belén. Habrías cumplido con una casa de muñecas... para jugar a los compromisitos... Imbecilidad de marca mayor, los convites de doscientas personas que dabas en tu finca de Aranjuez, con tren especial, comilonas servidas por Lhardy, y champaña de la señora Viuda de Clicquot a todo pasto... En tus chapuzones con la de Cardeña no pudiste deslumbrar a ésta con alardes de lujo insensato, porque ella es más rica que tú, como diez veces más rica. Pero de aquella fecha data tu furor de coches y caballos, que luego llevaste al delirio en tiempo de la Villaverdeja, grande apasionada de las cosas hípicas y cocheriles. El colmo del idiotismo veo en tu afán de pasear por Madrid trenes lujosos, y la misma Villaverdeja o la Belvís de la Jara, no estoy bien seguro, te hizo justicia poniéndote el apodo del *Faetonto*... Te han hecho un daño inmenso tus viajes anuales a París y el flujo de imitar las opulencias que has visto en aquella capital. Bien podías haberte lucido discretamente en este coronado villorrio, sin importar las grandezas que allí son proporcionadas y aquí desmedidas. Añadiendo a estas locuras el boato de tu casa, tus almuerzos y cenas, tu protección a innumerables vagos que, adulándote, te trastornan y con astutas socaliñas te saquean, tenemos, mi querido Guillermo, que el Bobo de Coria es un sabio comparado contigo.

Pero el punto en donde llegas a la suprema imbecilidad y al idiotismo más perfecto lo vemos en tu enredo con la Monteorgaz. Si en otros amoríos te arruinabas neciamente, al menos veías satisfecha tu vanidad. Los brillantes de la Navalcarazo, la casita de *Pepa la Sevillana*, los coches de la Belvís de la Jara, y tus faetones, tus caballos normandos o cordobeses o del demonio, te daban fama de esplendidez y el diploma de hombre de buen gusto. Pero ¿qué ibas ganando con la Monteorgaz, más graciosa que bonita y más elegante que joven, que tiene detrás de sí un familión famélico, capaz de tragarse el dinero de media España y de digerirlo sin que se le resienta el estómago? Carolina

te hacía pagar sus cuentas rezagadas de diez años, y las del marqués, que debía sumas fabulosas a Utrilla y a los dependientes del Casino. Seguían los hermanos de ella, los hermanos de él, todos unos perdidos, con hambre atrasada de dinero y de protección... Caían sobre ti como nube de langosta, y tú, que no sabes negar nada y eres un fenómeno morboso de generosidad; tú, Guillermo, que si hubieras sido mujer habrías entregado tu honor al primer pedigüeño que se te pusiera delante; tú, Guillermo, a todos consolabas, creyendo rodearte de agradecidos, y lo que hacías era enseñar la ingratitud a los viciosos...

Sigo, y aguanta el nublado... Dime, gran majadero: ¿qué satisfacción del amor propio sentías viéndote de número veintitantos en el índice amoroso de Carolina Monteorgaz? ¿Qué ilusión te fascinó, qué desvarío te disculpa? Si no puedes vivir sin hacer perpetuamente el Don Juan: si tu fatuidad necesita el rendimiento de mujeres, búscalas en esfera más humilde; dedícate a las costureras, que las hay muy lindas, más hermosas que las de arribá, y algunas más ilustradas, con mejor ortografía que la Belvís de la Jara, que escribe *ir* con *h* (yo lo he visto); cultiva las viudas de empleados o viudas de cualquiera, en clase modesta; y entre éstas, tu personalidad de *lion fashionable* alcanzaría triunfos facilísimos y de reducido coste. Imita al noble marqués de la Sagra, hermano de la Villaverdeja, que con mundana filosofía se ha dedicado a las cigarreras (entre las cuales las hay muy monas), y gracias a lo económico de sus vicios ha podido fomentar sus propiedades de Griñón, Alameda y Villamiel... Ahí tienes un modelo de próceres que sabe divertirse mirando por la prosperidad del país... Aprende, abre los ojos...

No tomes esto a broma; no argumentes, no te defiendas, que defensa no tiene tu estolidez, y escucha un poco más. He señalado el mal, mostrándolo en toda su magnitud fea para que te cause espanto, y ahora voy a proponerte, si no el remedio, que es difícil y ya vendría tarde, al menos el alivio. Oyeme, Guillermo: si yo te propusiera que cambiaras de improviso tu modo de vivir, sujetándote al modesto pasar de un empleado de catorce o de veinticuatro mil, sería tan necio como tú. Nunca serías capaz de tanta abnegación ni está tu alma templada para sacrificios grandes del amor propio... Lo que has de hacer, ante todo, es balance general de tu hacienda, y saber lo que debes, las obligaciones hipotecarias que has contraído, lo que aún posees libre, etcétera; en fin: que pongas ante tus ojos la realidad escueta, descartando todo lo ilusorio. Para esto necesitas valor, necesitas disciplina... No perdones ningún dato verdad, no te engañes a ti mismo... Luego que sepas lo que has perdido y lo que te resta, trata de impedir que ese resto se te escurra también, para lo cual has de hacer propósito firme de poner punto final en tus aventuras *donjuanescas* con señoras de copete... Inmediatamente de esto, antes hoy que mañana, pensarás en buscar novia con buen fin; una heredera rica, riquísima. El santo matrimonio, de que tú has sido burlador, es lo único que puede salvarte... Por la cara que pones comprendo que esta idea no te parece mal. Como que no hay para ti otra salida del atolladero en que estás.

Te veo meditabundo. Piensas, como yo, que una heredera rica, millonaria y de clase igual a la tuya no es tan fácil de encontrar en los tiempos que corren... Casi todas las que había se han ido colocando. Las de banqueros y capitalistas, que fácilmente adquieren hoy título nobiliario, también escasean. Algunas conozco que te convendrían; pero aún son muy niñas; tendrías que esperar, y esperar es envejecer... A ver qué te parece esta otra idea que ahora se me ocurre... Pon atención, y no te enfades si para plantear esta idea precisado me veo a proponerte algo que seguramente no será de tu gusto, algo que hiere tu dignidad... Lo digo, aunque al oírme des un brinco en la silla... Ya sabes que en España tenemos un medio seguro de aliviar la desgracia de los que por su mala cabeza, por sus vicios o por otra causa pierden su hacienda. Se les manda a la isla de Cuba con un buen destino, y allá se arreglan para recobrar lo que aquí se les fué entre los dedos. España goza de esta ventaja sobre los demás países: posee un heroico bálsamo ultramarino para los males de la patria europea... No te sulfures, ten calma, y óyeme hasta el fin. Ya sé que considerarás denigrante el

tomar un empleo en Cuba; ya sé que tú, si lo tomaras, no irías allá con el fin bajo de ensuciarte las manos en la Aduana, o de especular con los desembarcos fraudulentos de carne negra... No..., ya sé que no harás esto, y que si vas pobre, volverás puro con los ahorros de tu sueldo, y nada más.

Si te propongo este arbitrio... pasado por agua, es porque calculo que el casamiento redentor que aquí no encontraríamos fácilmente, allí *te saldría* en cuanto llegaras, por la virtud sola de tu esplendorosa persona, por tu elegancia y nobleza, y la fama que has de llevar por delante. El género de ricas herederas abunda en aquella venturosa isla, créelo; no tendrás más trabajo que *l'embarras du choix*. Véate yo, Guillermo, llegar aquí corregido de tus ligerezas y aumentado con una guajirita muy mona, de hablar lento, dengoso, que recrea y enamora. Será bonita, tierna, leal, amante y con más inocencia y rectitud de principios que el género de acá, un tantico dañado por influjo del ambiente y de la proyección de las clases altas sobre las medias. Pues en el aquel de la instrucción femenina, no sé si te diga que irás ganado. Allá se van éstas con aquéllas en nociones científicas y de vario saber; pero sí te aseguro, refiriéndome al arte inicial, o sea la escritura, que las cubanitas gastan una letra inglesa limpia y gallarda y una ortografía que ya la quisieran nuestras elegantes para los días de fiesta. En fin, hijo: que no te me subas a la parra de la dignidad por esto de la cubanita. Mira las cosas por el lado práctico, que suele ser el lado más bonito; no desprecies los ingenios, los potreros y cafetales que para ti reserva la virgen América; piensa en el genio de Colón; considera los cientos de miles de cajas de azúcar que podrás verter en el Océano de tus amarguras para endulzarlo...

IX

... Veo que si te subes a la parra de la dignidad — prosiguió Beramendi—, no trepas tan alto como yo creía... Calma, y ojo a los hechos reales. Ponte en el exacto punto de mira, y aléjate del sentimentalismo, que te alteraría las líneas y color de los objetos... Ahora, dando por hecho que trazas en tu existencia la línea gorda de que antes te hablé, establezcamos el sano régimen económico en que de hoy en adelante has de vivir. Para librarte de la usura, que en poco tiempo te dejaría sin camisa, es forzoso que levantes un empréstito, en grande, no para salir del día y del mes, sino para salvar definitivamente los restos de tu patrimonio. Entre tú y yo tenemos que buscar un capitalista o banquero que recoja todo el papel emitido por ti en condiciones usurarias, y además te cancele en tiempo oportuno la escritura de retro que en mal hora hiciste a mi hermano Gregorio. De éste no esperes piedad ni blanduras, pues aunque él quisiera ser fino y blando, por lo que queda de nativa indulgencia en su corazón, Segismunda no se lo permitiría. Esta es implacable, feroz en sus procedimientos adquisitivos, como lo es en su ambición. Si encontramos el capitalista que quiera salvarte, pactarás con él lo siguiente: tú le entregas todas las fincas de los estados de Loarre y San Salomó, con facultad de vender las que se determinen, y de administrar las restantes. El, al otorgarse la escritura, cancelará las cargas hipotecarias y los créditos pendientes. Tu propiedad inmueble queda en poder suyo hasta la amortización de tu deuda, y en ese tiempo recibirás de él trimestralmente la cantidad que se estipule para que puedas vivir con decoro y modestia, ajustando estrictamente tus necesidades a esa rigurosa medida.

Y ahora digo yo: ¿a qué capitalista debemos acudir? Piensa tú, recorre tus conocimientos; yo pasaré revista en los míos. ¿Qué te parece don José Manuel Collado? De Rodríguez y Salcedo, ¿qué me dices? ¿No eres tú amigo del duque de Sevillano? Yo lo soy de don Antonio Guillermo Moreno... Cerrajería y Pérez Hernández, me consta que han hecho negocios de esta índole... ¿Quieres que mi suegro y yo hablemos a don Antonio Alvarez y a don Antonio Gaviria, o crees tú que podrás entenderte fácilmente con Casariego? ¿Has pensado en Udaeta, en Soriano Pelayo? ¿Podríamos contar con Zafra Bayo y Compañía, si habláramos a nuestro amigo Adolfo Bayo?

... Debo advertirte, para que no te adormezcas en una confianza optimista, que nuestros hombres de dinero no se aven-

turan en ningún negocio que no vean claro y seguro desde el momento en que se les plantea. Por rutina y por comodidad, va tras las ganancias fáciles, con poco riesgo y sin quebraderos de cabeza. Han tomado el gusto a las gangas que nos ha traído la transformación social; se han acostumbrado a comprar bienes nacionales por cuatro cuartos, encontrándose en poco tiempo poseedores de campos extensos, feraces, y no se avienen a emplear el dinero en operaciones aleatorias de beneficio lento y oscuro. No les censuremos por esto: es condición humana.

Que nuestros ricos están a las maduras y no a las agrias lo ves palpablemente en que pudieron agruparse y acometer con dinero español empresa tan nacional y útil como el ferrocarril de Madrid a Irún, y se han echado atrás dejando esta especulación en manos de extranjeros. No sienten estos señores el negocio con espíritu amplio y visión del porvenir: ven sólo lo inmediato, y se asustan de la menor sombra. Carecen de la virtud propiamente española, la paciencia. Verdad que esta virtud no la tenemos más que para el sufrimiento... Otra cosa. Es fácil que un solo capitalista no se atreva solo con tan grande operación, y que se reúnan dos o tres en reata para tirar de ti, pobre carro atascado en los peores baches de la existencia. En fin: sea lo que fuere, tú por tus relaciones, yo por las mías, buscaremos un Creso, entre los pocos Cresos españoles que tengan el sentido de la reconstrucción, en vez del sentido de la destrucción. Porque no lo dudes: un principio negativo les ha hecho ricos... Grandes casas son, levantadas con material de ruinas... Han contratado el derribo de la España vieja. La nueva ¿quién la construirá?

Sensible al grande afecto que el sermón revelaba, Guillermo manifestó su conformidad con los claros razonamientos de su amigo, y lanzándose con ardor a las primeras iniciativas, pasó revista fugaz a los próceres del dinero.

—¿Te parece que desde luego hable yo con Cerrajería?... Y, entre tanto, tú tanteas a Collado, a Sevillano... Este me parece el más capaz de comprender la operación y sus ventajas. Sólo una vez he hablado con él. ¿Sabes dónde? En el baile que dió la Montijo para celebrar los días de su hija Paca, a fines de enero. Pues Miguel de los Santos me presentó a Sevillano, que estuvo conmigo amabilísimo... Tengo idea de que me dijo algo del arrendamiento de los pastos de mis dehesas de Perpellá... Si no me equivoco, sus ganados trashuman de la provincia de Guadalajara a la de Huesca. Luego le he visto dos o tres veces en la calle; nos hemos saludado... Créelo: me resulta respetable este hombre, que de la paja ha extraído el oro.

Quedaron, en fin, los dos amigos en trabajar el asunto cada uno por su lado, y así se hizo, siendo más activo Beramendi que el propio interesado, cuyo espíritu fácilmente se escapaba de las cosas graves para volar hacia las frívolas. La primera noticia de que su amigo gestionaba la tuvo Aransis una noche en la casa del duque de Rivas, adonde concurría con preferencia por gusto de la distinción, buen tono y amenidad que allí reinaban. Eran las salas del duque terreno en que lo mejorcito de las letras y la flor y nata de la aristocracia se juntaban, sin que ninguna de las dos majestades se sintiera humillada ante la otra. Arte y nobleza hacían allí mejores migas que en ninguna parte, bajo los auspicios del que era grande de la poesía y grande de España, dos grandezas que no suelen andar en un solo cuerpo. La noche de referencia Guillermo Aransis encontró a Martínez de la Rosa charlando con Romea, y a Escosura con Nocedal, el agua y el fuego. Aquél era, sin duda, el reino de la transacción y de la tolerancia, porque la de Madrigal y la de Monvelle, damas respetabilísimas, celebradas por sus virtudes, alternaban con la Navalcarazo y la Villaverdeja, reputaciones de calidad muy distinta. Molíns, Bretón de los Herreros, Alcalá Galiano y Federico Madrazo llevaban la representación de las letras y de la pintura. Con otros próceres arruinados como él, o en camino de serlo, el de Loarre representaba la grandeza holgazana, distraída y sin ningún ideal serio de la vida, preparándose a un buen morir, o a un morir deshonroso... Le llamó la Navalcarazo para decirle secreteando:

—Guillermo, ya sé que estás en *pourparlers* con los capitalistas para el arreglo de tu casa. Me lo ha dicho Collado... Yo ando detrás de Felipe (este Fe-

lipe era el marqués de Navalcarazo) para que haga una cosa semejante; pero nada consigo. Felipe es un hombre imposible..., el eterno sonámbulo que dormido tira el dinero y no despierta sino cuando se le acaba y viene a pedírmelo a mí... Aún estás a tiempo, Guillermo. Entiéndete con esos señores. Me ha dicho Collado que hará el negocio a medias con Udaeta...

Así dijo la dama frescachona, y cuando salían, cogiéndole del brazo, añadió esto:

—Vas por buen camino, Guillermo. Luego buscas una heredera rica, aunque sea del ramo de ultramarinos, y ya eres hombre salvado.

Claramente vió Aransis que Beramendi trabajaba por él. Fué a verle al siguiente día, y juntos visitaron a Collado, quien les dijo que tenía el negocio en estudio y que pronto daría contestación. Pero la respuesta se hizo esperar. Hablaron a Bayo y a Casariego, que de plano rechazaron la proposición, y una noche, ya bien entrada la primavera, hallándose Aransis en casa de Osma, tuvo inesperada noticia de su asunto por otra dama de historia, muy corrida y de extraordinario y sutil ingenio. Era la Campofresco, a quien la marquesa de Turgot, embajadora de Francia, llamaba *Madame Diogène*, expresando así muy bien el gracioso cinismo de aquella señora que, sin tonel ni linterna, creaba con sus célebres dichos la filosofía mundana más adaptable a la sociedad de aquel tiempo.

—Guillermito—le dijo, sentada junto a él a la mesa—, yo le tenía a usted por un loquinario, y ahora resulta que es uno de nuestros primeros razonables. Bien, hijo, bien: así me gustan a mí los hombres. Lo he sabido por Sevillano, que es mi banquero, y hoy estuvo en casa y me preguntó si me parecía bien el negocio. Yo le contesté que sí... Dígame: ¿quién le aconsejó su salvación? De fijo no ha sido la Navalcarazo ni la Monteorgaz... Apuesto a que ha sido *Pepa la Sevillana*, que éstas *de cartilla* son las que tienen más talento...

Reían... *Madame Diogène* habló de otras cosas.

En efecto: Sevillano estudiaba el asunto, y en tales estudios pasó tiempo largo, con grande impaciencia y desazón del marqués de Loarre, que cada día se iba hundiendo más, y que, incapaz de parar en firme los estímulos de su vanidad donjuanesca, buscó en Valeria Socobio un enredillo modesto, creyendo, sin duda, que podría sostener su imperio sobre la mujer en condiciones poco dispendiosas. Cansado de esperar el fin de los prolijos cálculos que hacían los aristócratas del dinero, se lanzó a proponer su asunto a otras casas. Habló con Weissweiller y Baüer, los cuales, por conducto del simpático y bondadoso don Ignacio, le dijeron que la cantidad del empréstito no les asustaba; pero que en España no hacían ninguna operación sobre *foncière*. Tratárase de fondo *mobiliario*; y llegarían a entenderse. Ya desesperaba el aburrido galán de encontrar su remedio, cuando Collado y Carriquiri unidos formularon unas bases que, si alteraban algo el primitivo proyecto y fijaban condiciones un tantico onerosas, resolvían la cuestión con más o menos ventajas, y el caballero no podía menos de conformarse con ellas. Eran su única esperanza, su salvación infalible, si aseguraba los efectos de la medicina con una perfecta higiene. Empezaron los preparativos, examen de escrituras y ejecutorias, contratos, hipotecas, préstamos, y en ello estaban cuando sobrevino la ruptura entre Espartero y O'Donnell y el derrumbamiento de la situación política. En puerta una nueva revolución, la Milicia Nacional en armas, *Baldomeroff* rabioso, *Leopoldowitch* apoyado por Palacio, Palacio decidido a la resistencia, se oscurecían los horizontes, y sobre la sociedad, sobre el Trono mismo y su compañero el Altar, venían tempestades cuyo fragor en lontananza se percibía. Tal fué el motivo del repentino y doloroso desengaño de Aransis cuando ya creía tener en la mano su regeneración. Collado, a quien vió aquel día en el Congreso, le dijo en tono plácido, que a Guillermo le sonó a *Dies iræ:*

—Amigo mío, no podemos hacer nada por ahora. ¡Quién sabe lo que va a venir aquí!... ¿Estallará el volcán?... Yo me temo que estalle... Esperemos.

Ved aquí por qué se presentó aquel día el marqués de Loarre con tan mohino rostro y decaimiento del ánimo en casa de Valeria, y por qué relató los graves sucesos políticos con acento de pesimismo fúnebre. Como se ha dicho,

Valeria no penetraba la causa de la sombría tristeza de su amigo; Teresita, menos concedora del mundo que Valeria, pero dotada de mayor perspicacia, no sabía, pero sospechaba; no veía el fondo del abismo; pero algo vislumbraba asomándose a los bordes... No era aquel día el más propio para entretenerse en vanas pláticas con dos mujeres que no daban pie con bola en nada referente a la cosa pública; desfiló el galán, volviéndose al Congreso; de allí pasó a casa de Vega Armijo, ávido de noticias. Por desgracia, éstas eran malas, y en todas las bocas aparejadas iban con negros presagios. Comió en casa de Beramendi, y fueron luego juntos al Príncipe a ver *El tejado de vidrio*, linda comedia de Ayala. En el teatro no se hablaba más que de política, de esa política febril y ansiosa, natural comidilla de las gentes en los días que preceden a las grandes agitaciones; fué después al Casino, hervidero de disputas, de informes falsos y verdaderos, de ardientes comentarios, y al retirarse a su casa de la calle del Turco, cuando apuntaba la rosada claridad de la aurora, sintió el hombre lo que nunca había sentido: desdén de sí propio y de su patria. Su pesimismo se concretaba en esta frase, que dijo y repitió mil veces, hasta que su ideas fueron acogidas por el sueño:

—Ni yo ni ella tenemos compostura.

X

Sorpresa y disgusto causó al marqués de Loarre la primera noticia que al despertar el día 14 le llevó a la cama su criado con el *Extraordinario de la Gaceta*. Leyó la lista de los ministros del flamante Gabinete de O'Donnell, y al ver *Collado, Fomento, con la dirección de Ultramar*, la impresión fué por demás penosa. Ya no debía contar con el millonario, que, chapuzándose en la política y en los afanes de dos importantes ramos de Administración, pondría un paréntesis en los negocios. No habría más remedio que proseguir arando la tierra en busca del escondido capital que para la compostura de su hacienda necesitaba. Dinero había de sobra; mas no quería venir a la reparación de las casas históricas, ocupado sin duda en demoler las que aún no se habían caído. Al salir en busca de su amigo Beramendi para pedirle sostén moral y consejos, atormentado iba por esta endiablada conjetura:

—¡A ver si ahora se le ocurre a Pepe Fajardo aprovechar la entrada de Collado en la Dirección de Ultramar para mandarme a Cuba!... ¡Qué humillación!... Mucho puede Pepe Fajardo sobre mí; pero no hará de Guillermo de Aransis un vista de Aduanas...

Reuniéronse los dos amigos. Loarre propuso prescindir de Collado y continuar las diligencias del empréstito en otras cosas; la misma idea expresó Beramendi, y nada dijo del extremo recurso de Ultramar. Al Congreso fueron los dos, creyendo encontrar allí grande animación, concurrencia extraordinaria de diputados y charladores de política; mas no vieron sino contadas personas, y en ellas, como en todo el ambiente de la casa, desaliento y tristeza, con olor a miedo... Así lo dijo Fajardo, aproximándose a dos amigos suyos que platicaban con cierto misterio arrimados a la pared del pasillo de entrada.

—¿Se puede saber qué pasa o qué pasará hoy?

Los dos señores, desconocidos para Guillermo, respondieron a Fajardo que nada positivo sabían, y que lo mismo podía venir en la tarde y noche próximas una descomunal batalla entre el Progreso y la Reacción, que una ignominiosa tranquilidad. Todo dependía de que el duque se pusiera las botas, obediente a las instancias de su partido y al estímulo de las ideas que representaba. Uno de los señores que Guillermo desconocía era de edad avanzada, largo de estatura y un sí es no es agobiado de espaldas, de rostro áspero y displicente, la mirada como de hombre a quien abruman las contrariedades, sin hallar en su ánimo fuerzas para resolverlas o sortearlas. Joven era el otro, de mediana talla, con barba negra y corta, la boca extremada en dimensiones y como hecha para rasgarse continuamente en un sonreír franco, tirando a diabólico; el mirar vivo y ardiente, el pelo bien compuesto con raya lateral y un mechón arremolinado sobre la frente formando cresta de gallo.

—¿Quiénes son ésos?—preguntó Aran-

sis a su amigo, apartándosee de aquel grupo para pegarse a otro.

—El alto y viejo es un fanático progresista—replicó Fajardo—, de los de acuñación antigua, y que ya van siendo raros, como las monedas de veintiuno y cuartillo. Se llama Centurión, y no tiene más dios ni más profeta que San Espartero. El otro es Sagasta, ¿no le conoces? Diputado creo que por Zamora, hombre listo y simpático, que perorando ahí dentro es la pura pólvora, y entre amigos, una malva.

Apenas llegaban los dos marqueses al primer grupo que veían, entrando en el Salón de Conferencias, llegó Escosura, que al punto fué asaltado de curiosos. Parecía enfermo: venía de mal temple. Aransis le oyó decir:

—Se lo he pedido casi de rodillas, y nada. No quiere ponerse al frente de la Revolución... Esto es entregar al País y la Libertad a O'Donnell y a los del *Contubernio*.

Centurión dió sobre esto a Beramendi y a su amigo más claras explicaciones. El duque, vencido por O'Donnell en la guerra de intrigas, y desairado por la reina, desmentía su fogosidad y bravura, encerrándose en un quietismo incomprensible. ¿Qué significaba esta conducta? ¿Por qué procedía en forma tan contraria a su historia el hombre que personificaba la Libertad, precisamente en la ocasión en que tenía más medios de defenderla?

—¿Qué dirán, Señor, qué dirán los dieciocho mil milicianos que están arma al brazo, esperando oír la voz que ha de conducirles al barrido y escarmiento de toda esta pillería del justo medio?... Fíjese, marqués: ¡dieciocho mil hombres!, decididos a morir por la Libertad... Y el duque, nuestro duque, se cruza de brazos, ve impasible que la Revolución es pisoteada, que el nuevo Código político se queda en el claustro materno, y nosotros, los buenos, desamparados y a merced de O'Donnell, que no piensa más que en traernos ese ganado hambriento, ese pisto, Señor, de moderados y apóstatas, cuyo ideal no es más que comer, comer, comer...

Escosura dijo a Sagasta:

—Vayan usted y Calvo Asensio a ver si le convencen...; yo nada he podido.

Ya en este punto y hora, que era la de las tres, iban llegando más diputados, y los divanes del Salón de Conferencias, que desde la inauguración del edificio eran cómodo asiento de gobernadores cesantes, de pretendientes crónicos o charladores por afición y costumbre, se poblaban de vagos. Creyérase que los tales habían nacido allí, o que no tenían más oficio ni otros fines de vida que petrificarse sobre aquellos blandos terciopelos. Cuado el número de diputados en la casa pasó de seis docenas, dispuso abrir la sesión el vicepresidente don Pascual Madoz. Desairada, tirando a ridícula, resultaba la reunión de los representantes del Pueblo, y fúnebres los discursillos que allí se pronunciaron. Las Cortes Constituyentes agonizaban. O'Donnell ni aun quería hacerles el honor de disolverlas *manu militari*. Se votó una proposición, en la que unos ochenta caballeros declaraban que el Gobierno de don Leopoldo no les hacía maldita gracia, y los que fueron en comisión a Palacio para llevar el papelito volvieron con las orejas gachas, diciendo que O'Donnell, Ríos Rosas y los demás ministros nuevos les habían despedido con un cortés puntapié... Las Cortes se acababan, morían sin lucha y sin gloria, abandonadas del caudillo que tenía el deber de defenderlas, y lloraban su desdichada suerte frente a dieciocho mil hijos ingratos que no sabían disparar un tiro en defensa de su madre.

Los votantes de la proposición de censura iban desfilando hacia la calle, con la idea de que más seguros estarían en su casa que allí, por si a O'Donnell le daba la ventolera de meter tropas en el *establecimiento* con objeto de *asegurar* al moribundo. Unos treinta o cuarenta quedaban, firmes en los escaños, arrogantes ante su menguado número, y votaron una proposición que en puridad decía: «Hallándose amenazada la inmunidad de las Cortes..., confiamos a don Baldomero Espartero el mando de las fuerzas necesarias a su defensa, a cuyo fin se comunicará este decreto a todos los Cuerpos del Ejército y Milicia Nacional, *cæteraque gentium*...» Y a los pocos instantes de que fuera votado este acuerdo, a estilo de Convención, se oyó claramente en todo el edificio ruido lejano de tiros, con lo que algunos se alegraron viendo justificada la actitud de los firmantes de la proposición, y celebraban la lucha, prólogo quizá de un

airoso morir, mientras otros, revistiéndose de prudencia, se escabullían hacia las puertas de Floridablanca y el Florín, para ir a buscar el seguro de sus casas.

Entró Centurión en el pasillo largo, gritando:

—Ya se armó. La Milicia se bate, señores... ¡En la plaza de Santo Domingo, un fuego horroroso!... La Libertad puede morir; pero no deshonrarse en este trance supremo, metiéndose debajo de las camas.

—¿Está el duque al frente de los milicianos?—le preguntó Eugenio García Ruiz, que era el más valiente de los diputados fieles a la Representación Nacional.

Y Centurión dijo:

—No lo sé; no puedo afirmarlo..., lo presumo, sin más dato que el coraje con que han roto el fuego... Tenemos duque. Si aún dudara, la bravura de nuestro pueblo armado lo decidiría.

A este optimismo casi pueril opuso Sagasta una de sus más delicadas sonrisas, y, rascándose la barba, dijo a García Ruiz:

—No nos hagamos ilusiones; el duque no se mueve más que para irse a Logroño. Hemos estado a verle Calvo Asensio y yo, y nos ha dicho...

—¿Qué os ha dicho?... ¿El *cúmplase* de siempre? Es burlarse de nosotros; es arrojar la Libertad, atada de pies y manos, a los pies de los caballos de O'Donnell y Serrano. *¡Cúmplase!*... ¿Y a cuándo espera?

—No sé—murmuró Sagasta, acariciándose de nuevo la barba, cuyas hebras sonaban levemente al rasgueo de sus uñas.

—¿Qué razón hay para esa calma increíble, para ese abandono de los principios?... ¡El..., Espartero!—preguntaba García Ruiz, lleno de confusiones.

Y el gran Centurión, no tan confuso como indignado, reforzó la pregunta en la forma más colérica:

—¿Qué razón hay?, ¡cojondrios!

—Alguna razón hay—dijo Calvo Asensio, ceñudo, frío—. No puede ponerse el duque en esa actitud sin alguna razón..., y razón de peso, Eugenio... Ya te la diré.

Aransis y Beramendi, oyendo el fragor lejano de tiros, a cada instante más intenso, salieron a la puerta de Floridablanca y allí deliberaron qué camino tomarían para la retirada. Proponía Guillermo que fueran a su casa, calle del Turco, de la cual muy poco distaban. Pero como insistiera Fajardo en ir a la suya, por no estar ausente de su familia en días de trifulca, allá corrieron los dos, tomando la vuelta que creían menos peligrosa. En el Congreso quedó Centurión, que, si no era diputado, lo parecía, por el ardiente celo que mostraba, mirando la dignidad de la representación nacional como la suya propia, y desviviéndose por que fuese de todos honrada y enaltecida. En la misma idea y tensión estaba García Ruiz, castellano viejo, con toda la seca testarudez de la raza, hombre de voluntad más que de fantasía, calificado entonces entre los sectarios furibundos, y que no lo era realmente, pues en él lucía la claridad del buen sentido, y habría dado cuerpo a las ideas dentro de los moldes de la realidad, si se le presentara ocasión de hacerlo. Nicolás Rivero, otro de los que allí permanecían, trataba de infundir con su presencia un aliento más de vida a las Cortes moribundas. Poca fe tenía ya en que la institución saliera bien de aquel soponcio, y como a difunta la miraba.

—*Zeñores*—decía—, ¿qué hacemos aquí? Velar el cadáver.

Y Madoz, vehemente y práctico, como mestizo de catalán y aragonés, respondía:

—Pues velaremos por si le da la gana de resucitar, y estaremos al cuidado de que no lo profanen.

Fernando Garrido, revolucionario ardiente, partidario de los remedios heroicos, salía y entraba con Centurión, trayendo noticias consoladoras:

—La cosa va de veras. Hemos visto a Manolo Becerra y a Sixto Cámara, que van a ponerse al frente del Quinto de Ligeros... En la plaza de Santo Domingo se está levantando una barricada formidable, que ha de dar algún disgusto a los de Palacio... Cuentan que en Palacio el pánico es horroroso... Hay tropa en Chamberí, tropa detrás del Retiro: pero muy desalentada..., nos dicen que muy desalentada...

El general Infante, presidente, ponía en duda lo del desaliento, y cuando llegó la noche dormitaba en un sillón de su despacho. Seoane y Montemar volvieron a la persecución de Espartero,

que abandonando su casa se había trasladado a la de Gurrea; y Sagasta y Calvo Asensio se mostraban tristes y resignados, como hombres que, viendo con claridad las causas, esperaban en calma los tristes efectos.

Así pasó la mayor parte de la noche, en expectación melancólica y amodorrante, pues no se oían tiros próximos ni lejanos, ni llegaban al Congreso indicios de haberse trabado una formal batalla entre nacionales y tropa. Los diputados fieles, apegados por respeto y amor a la casa paterna, con los aficionados políticos que les acompañaban en el duelo, velaban dispersos aquí y allí, en grupos que se juntaron locuaces y se disgregaban soñolientos. Las voces se extinguían; el salón de Sesiones y el de Conferencias, alumbrados como para grandes escenas parlamentarias, ostentaban su espléndida soledad de capilla ardiente... Por fin, a las últimas horas de la noche, que en aquella estación era muy corta, empezó a manifestarse en los grupos alguna animación, por aires que entraban de la calle y personas que acudían al recinto mortuorio... De cuatro a cinco, el bullicio y animación crecieron hasta el punto de que pudo decir Madoz:

—¿Resucitaremos? ¡Vaya que si resucitáramos!...

A las seis, un intenso ruido, como el de las olas del mar, indicó que grandes masas de gente ocupaban las calles próximas. Oyéronse los mugidos de vivas y mueras, que son la espuma que salta en el hinchado tumulto de las muchedumbres. Por las puertas de Floridablanca y del Florín entraron hombres uniformados, con armas, y otros que las llevaban sobre la ropa ordinaria de paisano, como los cazadores que van al monte. Eran milicianos y guerrilleros de campo y calle, que venían a ofrecerse a la Representación Nacional para su custodia y defensa. Se dijo que las tropas mandadas por Serrano ocupaban Recoletos; seguramente ocuparían el Prado. Venían a disolver, empresa sencillísima dos horas antes, pues las Cortes no tenían a su lado más que a los maceros; pero no muy fácil ya, con tanta gente decidida en su recinto, y alguna más que vendría pronto y tomaría posiciones. El interés del suceso histórico pasó del interior a las inmediaciones del Congreso. Los milicianos, obedientes a jefes con uniforme o sin él, se dirigían en secciones a las casas de Vistahermosa y Medinaceli, que ocuparon, situándose en los aposentos de planta baja y desvanes... Tomó el mando de ellos el menos militar de los hombres, el de más pacífica y bonachona estampa: don Pascual Madoz.

Ya el rubicundo Febo esparcía sus rayos por todo Madrid, cuando entre las multitudes que invadían y cercaban el Palacio de las Cortes apareció Espartero, no a caballo, con arreos y jactancia de caudillo que conduce a sus prosélitos al combate, sino pedestremente, en traje civil. Dentro y fuera de las Cortes echó breves peroratas con menor ahuecación de voz que la comúnmente usada por él frente al pueblo, y terminaba con vivas a la Libertad y a la Independencia nacional. Todo era una vana fórmula, dedada de miel para entretener el ansia popular, o escape instintivo de los cariños de su alma, que no podía contener... A sus exclamaciones respondió la patriotería con otras, y luego dió media vuelta para tomar la calle de Floridablanca, en compañía de Montemar, Gurrea y Seoane. Iría tal vez a ponerse las botas, a montar a caballo, a sacar de la funda la espada gloriosa, panacea infalible contra las enfermedades de la España libre... Esto creyeron algunos. Los desconsolados ojos de los milicianos le vieron partir, y él desde lejos espaciaba sobre la multitud una mirada triste. Se despedía para Logroño.

A Centurión faltábale poco para llorar; García Ruiz maldecía su suerte. Calvo Asensio y Sagasta, melancólicos, arrojaban estas gotas de agua fría sobre el ardiente afán de sus amigos:

—No puede, no puede... Ya comprendéis que valor no le falta.

—Y con ponerse a la cabeza de la brava Milicia, y soltar cuatro tacos, ¡cojondrios!, arrollaría fácilmente a nuestros enemigos, *a los eternos enemigos de la Libertad.*

—Sí, los arrollaría... Caerían hechos polvo; pero con ellos vendría también al suelo, rompiéndose en mil pedazos, el Trono, señores...

—¿Y qué?...

—¡Oh!... Es pronto..., es grave... Espartero no quiere tal responsabilidad.

—¡Desgraciado país!...

Diciendo esto el que lo dijo, los cañones que Serrano había puesto en el Tivoli empezaron a vomitar metralla contra Medinaceli y granadas contra las Cortes.

XI

Tenía Serrano, capitán general de Madrid, lo que en Andalucía llaman *ángel.* Más que a su guapeza, por la que obtuvo de real boca el apodo de *General bonito,* debía los éxitos a su afabilidad, ciertamente compatible, en el caso suyo, con el valor militar temerario, en ocasiones heroico. Fascinaba a las tropas con alocuciones retumbantes, como las de Espartero, y las llevaba tras sí con el ejemplo de su propia bravura, dando el pecho al peligro. Era, pues, un valiente, no inferior a ninguno de los demás caudillos de nuestras luchas civiles, perfecto guerrillero más que general, y con su valor, su buena estampa, y la *suerte,* que suele acompañar a los atrevidos en épocas de revueltas y en países cuya legislación y costumbres no están fundamentadas sobre sólidas instituciones, llegó muy joven a la cumbre de la jerarquía militar... Entiéndase que el valor de Serrano era exclusivamente del orden guerrero, pues fuera de los dominios de Marte, su voluntad desmayaba, haciéndose materia blanducha, fácilmente adaptable a las formas sobre que caía. En él se marcaban con gran relieve los caracteres de la generación política y militar a que le tocó pertenecer. Todos en aquella especie o familia zoológica eran lo mismo: los militares, muy valientes; los paisanos, muy retóricos; aquéllos, echando el corazón por delante en los casos de guerra; éstos, enjaretando discursos con perífrasis galanas o bravatas ampulosas, y cuando era llegada la ocasión de hacer algo de provecho, todos resultaban fallidos, y procedían como mujeres más o menos públicas.

No había lucido hasta entonces en Serrano ninguna cualidad de hombre político. En este punto nada tenía que envidiar a Narváez, que fuera de algunos rasgos de energía, brotes repentinos de su temperamento, nada estable había producido; ni a Espartero, que inició alguna suerte lucida, puso en ella la mano, mas no supo o no pudo rematarla; ni a O'Donnell, que hasta entonces no era más que un enigma. Quizá se aproximaba el día en que la esfinge de Vicálvaro hablase, y de sus palàbras saliese algo práctico que nos trajera permanentes beneficios. Serrano debió creerlo así; fiaba en la eficacia de lo que llamaban *Unión Liberal,* la concentración de los hombres más listos y presentables de los dos bandos históricos, y ofrecía su concurso a esta obra fecunda. En su mano había puesto O'Donnell las tropas que debían aniquilar a los dieciocho mil milicianos mal contados. *¡Santiago y a ellos!* Serrano, ayudado por Dulce, hombre de coraje también, no dudaba de la pronta dispersión de la chusma uniformada. Y al entrar en los jardines del Tivoli, pensando en la seguridad de su triunfo, el simpático general fué asaltado de escrúpulos y temores, que no carecían de lógico fundamento.

«¡Estaría bueno—se decía—que después de dar nosotros la cara para echar al duque y de cargar con la impopularidad del desarme del Pueblo, nos salga Palacio con alguna mala partida, y nos mande a paseo, y llame *al divino Narváez* para que nos ponga a todos el *Inri!*»

Conocía muy bien el salado general la veleidosa condición de la reina, sus sarcasmos y disimulos, heredados de Fernando VII, y sus preferencias por la política moderada; conocía también, y mejor que nadie, la flaqueza del corazón de Isabel ante las taimadas sugestiones de una beata embaucadora; sabía qué fácilmente se ganaba la real voluntad, no siendo en aquel nebuloso terreno. Isabel podía desechar el temor del Infierno por sus personales culpas; pero no por el pecado de consentir que su pueblo cayese en los abismos del descreimiento y la corrupción masónica. En esto tan sólo era consistente su voluntad; en lo demás se desmenuzaba, reduciéndose a migajas, que el viento esparcía. Constábale asimismo a Serrano que Isabel II, en sus juicios aguda y cruel, mordaz en sus calificativos, se había dejado decir que «unos cuantos malhechores y rufianes jugaron a cara o cruz la dinastía en el Campo de Guardias...» Y el general discurrió así:

—Yo no estuve en el Campo de Guardias; pero de fijo me comprende en el número de los rufianes que jugaron...

En fin, ya sabremos en qué parará esto. ¡Ay O'Donnell de mi alma! Si hemos de hacer algo de provecho, es menester que al soltar las espadas tomemos cada cual un cirio... Transacción es esto, que no fanatismo... O transigir, o...

Quedó en el aire el pensamiento del capitán general de Madrid. La realidad que traía entre manos absorbió por completo su atención. Pensando juiciosamente que la mejor táctica era infundir terror, así en los nacionales como en los diputados que aún sostenían en el Congreso una farsa de representación, mandó situar en puntos convenientes la artillería que acababa de llegar del vecino parque, y dió órdenes de fuego. Apenas iniciados los terribles zambombazos contra el Congreso y la Milicia, se retiró al fondo del jardín. En hora tan temprana, pues aún no eran las ocho, el calor sofocaba. Habían dispuesto los ayudantes, sobre una mesa de despintado pino, agua, refrescos y aguardiente de Chinchón. Los oficiales, que estaban en pie desde antes de medianoche, acudían allí a tomar la mañana y a calmar su sed. Otros, en pie junto a los árboles, se desayunaban con fiambres, que sacaban de papeles grasientos.

Dió Serrano concluyentes órdenes a varios jefes de Cuerpo, que partieron al punto. Uno de ellos, el coronel Villaescusa, acompañado de un teniente coronel de su regimiento, pasó al patio grande del Buen Retiro, donde los dos habían dejado sus caballos; montaron; picaron espuelas hacia la calle de Alcalá atravesando por las arboledas del Retiro. Iba el buen coronel, no digamos de mal talante, porque esto no expresará su rabiosa desazón, sino dado a los demonios, que en su cuerpo furiosamente se habían metido. Atacado el infeliz señor de su mal crónico del estómago, sentía que en esta víscera tenía su instalación todo el infierno, por el tormento que le daban dolores agudísimos y el fuego que en sus entrañas ardía. Necesitaba de una entereza, más que heroica, sobrehumana, para sostenerse en el caballo y dar cumplimiento a las órdenes del general. Estas fueron así:

—Con el batallón que tiene usted en el Ministerio de la Guerra cuidará de mantener libre la calle de Alcalá. Dos piezas de Artillería que he mandado situar entre el palacio de Alcañices y la Inspección de Milicias, cañonearán a los milicianos que enredan por la calle de Alcalá y hacen fuego desde los tejados de algunas casas. Cierre usted las entradas del Barquillo, de las Torres y Peligros; ocupe el Caballero de Gracia si no le hostilizan mucho desde los balcones; ocupe también la Plaza de Bilbao... Los efectos de la artillería nos lo darán todo hecho. A los milicianos que se retiren hacia los barrios del Norte se les desarma tranquilamente. Creo que no han de oponer resistencia. Si se resistieran, usted sabe lo que tiene que hacer. Si en las Vallecas o en Calatravas sacaran algún cañoncito, de esos que les sirven de juguete, quitárselo, cueste lo que cueste, que mucho no costará... El segundo batallón que siga en Santa Bárbara, Fábrica de Tapices y la Ronda, no permitiendo que salgan milicianos armados ni que entren víveres de ninguna clase... Adiós, y aliviarse, que eso no será nada.

No digamos que trinaba el coronel, sino que del alma le salían rayos y truenos, y que furioso los masticaba, tragándoselos después envueltos en horrible amargura. Era un hombre de buena presencia, de faz morena y curtida, que con la terrible enfermedad había tomado color terroso; los ojos negros, el pelo y bigote con canas prematuras. En el Ministerio de la Guerra dió sus órdenes con la mayor concisión posible, apretando los dientes, como si cortando las frases pudiese partir en dos el dolor que le atenazaba. Salió a recorrer las posiciones de Caballero de Gracia y Plaza de Bilbao, mostrando a sus subordinados un rostro de severidad aterradora y una tiesura embalsamada, como la del cadáver del Cid cuando le montaron en la silla para que a los moros dispersara, remedando en la muerte el miedo que vivo infundía su presencia. Daba cumplimiento exacto a las disposiciones del general, reservándose la facultad de alterarlas con libre iniciativa si las circunstancias así lo reclamaban; exigía la observancia fiel, con maldiciones secas; la crudeza militar ponía en su boca rayos del cielo y resplandores de los abismos... Viendo a sus tropas tirotearse, en la parte baja de la calle de San Miguel con los milicianos que ocupaban una casa en el Caballero de Gracia, infirió groseras ofensas a Dios, a la Virgen y

a venerables Santos... Pasó tiempo. . Al saber que los suyos habían dejado pasar un cañoncillo de mala muerte en la calle de Peligros, pronunció frases altamente ofensivas para la Santísima Trinidad para el Copón y las Once mil vírgenes. De estas sacrílegas exclamaciones no era responsable el pobre don Andrés, pues las pronunciaba como una máquina, en las horribles embestidas del demonio que dentro de sí llevaba.

Despejada de enemigos la calle de Alcalá, la recorrió Villaescusa desde el Depósito Hidrográfico hasta donde estaban los cañones, mudos ya. Allí supo la eficacia de la metralla y bombas disparadas contra los milicianos de Vistahermosa y Medinaceli y contra el Congreso. Una granada, penetrando por la claraboya del Salón de Sesiones, pidió la palabra con horrendo estallido en medio del hemiciclo, diciendo a los buenos señores allí presentes que se fueran a sus casas y no se metieran en más dibujos parlamentarios.

—No dijo eso, no dijo eso—clamó rabioso el coronel, arrojando toda clase de inmundas materias sobre el Verbo Divino, sobre el Arca de Noé y también sobre las Once mil vírgenes, por quienes. en sus furibundos desahogos, tenía una predilección especial.

—Pues ¿qué dijo, mi coronel?

—Lo contrario, enteramente lo contrario—replicó, cual si en aquel doloroso estado no tuviera más consuelo que la contradicción—. ¿Pero se acaba esto? ¿Estaremos aquí hasta mañana, por estos títeres de la Milicia?

Oyendo decir luego que el presidente de las Cortes, general Infante, había pedido parlamento a Serrano, Villaescusa no dió crédito a la noticia, y como le aseguraban por testimonio *de visu* que en aquel momento trataban Serrano y Dulce, con Infante y los jefes de la Milicia, de la suspensión de hostilidades, el coronel trincó los dientes, se alzó un poco sobre los estribos, y con voces iracundas, entre las cuales no faltaban feas alusiones a San Pedro, a San Basilio y a otros personajes de la Corte celestial, dijo y repitió:

—No puede ser; sostengo que no puede ser... Esto no acabará más que matando al perro, para que se acabe la rabia. Despoblar el mundo, digo yo, y así no habrá tontos...

Los sufrimientos del pobre señor, que toda la mañana habían sido intolerables, se aplacaron un poco después de mediodía. Corto era el alivio; pero aun así lo acogió el pobre enfermo con regocijo y gratitud, no dejando por eso de apostrofar suciamente a todas las potencias del cielo y de los abismos... Tronaba también contra el Gobierno, inculpándole por la prisa con que le trajo a Madrid, y le metió en fuego sin darle ni aun horas de descanso. Tanta fatiga y ajetreo provocaron el ataque, de una violencia superior a cuantos había sufrido. Al llegar a Leganés en la noche del 15, se iniciaron los dolores y pasó una cruel noche, creyendo que se moría y deseando la muerte, único remedio, a su parecer, de tan inveterado y perverso mal. Aliviado a la mañana siguiente, fué a Madrid con objeto de ver a su familia y aun de abrazarla, que en su decaimiento le halagaba la idea de los abrazos; por el camino acarició el propósito de presentarse a O'Donnell, exponerle el mal que le atormentaba, y pedirle que le relevase de las obligaciones militares por unos días, los necesarios para reponerse. Llegó a su casa serían las diez, y cuando a la puerta llamaba con la ilusión de encontrar allí consuelo y alegría, fué sorprendido por este jicarazo con que le recibió la criada:

—La señora y la señorita no están.

Entró, dió varias vueltas por el recibimiento y la sala, diciendo:

—¿Y adónde se han ido esas...?

Terminó con grosería cruel, a la que siguieron los acostumbrados anatemas contra las cosas divinas.

XII

—Han ido de campo con la señorita Valeria, y no volverán hasta mañana por la noche—dijo la muchacha, acostumbrada ya, por su largo servicio, al bárbaro estilo del señor en sus ratos de ira.

Preguntóle después si quería acostarse, si almorzar quería, y añadió que si le molestaba el dolor de estómago, le haría una taza de la hierba que el señor quisiera. A todo contestó con formidable negativa, y con mandar a la moza que se fuera corriendo a semejante parte...

Salió corriendo de estampía, y de la fuerza del coraje sobre los nervios y de éstos sobre otras partes del organismo, se le calmó el dolor. Bajando la escalera, rabioso y aliviado hasta sentirse bien, pensó que no debía pedir descanso al ministro de la Guerra. Era poco airoso y de mal gusto estar enfermo en día de combate. Cumpliría los deberes que el honor le imponía, y confiaba en la remisión del ataque por lo de *similia similibus*, o sea por la virtud de un enérgico berrinche.

Dos horas después entraba en Madrid y se acuartelaba en San Francisco el regimiento mandado por Villaescusa. Este se puso al frente. Algunas horas de descanso en el cuarto de banderas le aseguraron, al parecer, el alivio. Pero a las doce de la noche, al montar a caballo para situarse, según orden superior, en el Ministerio de la Guerra, se vió nuevamente acometido con mayor violencia y sufrimientos más agudos. Hizo de tripas corazón, y del riguroso deber fortaleza, en la cual se encastillaba, tratando de engañar el dolor físico con la satisfacción de conciencia. Así estuvo todo el día, firme en su puesto, atormentado, mas no vencido, por las mordeduras del monstruo que llevaba en sus entrañas. Al caer de la tarde, cuando ya la insurrección, o lo que fuese, parecía dominada, los sufrimientos de Villaescusa eran tales, que apenas podía ya contra ellos la entereza militar. Difícilmente se sostenía en el caballo, y las tremendas imprecaciones, las injurias a lo divino y lo humano, que ayudaban a robustecer la voluntad, perdían ya su eficacia. Con sobrehumano esfuerzo recorrió la extensa línea que el primer batallón ocupaba, Plaza de Bilbao, Red de San Luis, Jacometrezo, Postigo de San Martín, hasta la plazuela de las Descalzas, y viendo que todo iba bien y que los milicianos entregaban aquí y allí sus armas con menguada resistencia en algunos puntos, mansamente en otros, todo lo miraba como si fuera mal, y a los que debía elogiar los reñía, y su cara parecía el símbolo de la suprema severidad y de la fiereza.

En la Red de San Luis conferenció Villaescusa con el coronel Magéniz... Minutos después de la conferencia no recordaba lo que hablaron; persistía en la mente de don Andrés la idea de que las Cortes se habían suspendido con la fórmula de *se avisará a domicilio...*, y recordando esto, decía:

—No puede ser...; yo lo pongo en duda, yo lo niego...

Bajó hacia la Cibeles, casi sin darse cuenta de la dirección que a su caballo señalaba con las riendas. Allí se encontró al coronel Berruezo, de Artillería, el cual, conociendo en el rostro de su amigo los sufrimientos que le abrumaban, le recomendó el sosiego. Bien podía resignar el mando en el teniente coronel Zayas, y retirarse a su casa.

—¡A mi casa, sí!—balbució Villaescusa, que en el paroxismo de sus dolores sentía ganas de llorar como un niño.

Berruezo añadió que a enfermos y sanos convenía tomar algo de alimento, pues no hay cosa peor que entregar nuestro cuerpo al desgaste orgánico sin reparar de algún modo las pérdidas, y terminó con este récipe sustancioso:

—Hemos preparado ahí, en la sala baja de la Inspección, un tentempié, comida pobre, de plaza sitiada..., poca cosa. Amigo Villaescusa, contamos con usted. Pues nada o muy poco tenemos que hacer ya, apéese usted, que yo haré lo mismo. Las nuevas órdenes de Serrano las recibiremos aquí, y puede que venga él mismo a dárnoslas, comiendo con nosotros. Conque...

—Comer, comer...—murmuró Villaescusa rabiando—. Y ¿sé yo acaso cómo se come, con este infierno que llevo aquí, en el buche, y estos rayos que me suben al pecho, y este acíbar en la boca?

El dolor lacerante del estómago era tan pronto mordedura de dientes agudísimos, como chisporroteo de las entrañas taladradas por un hierro candente. Trincando las encías con fuerza, apretando las piernas contra la silla y conteniendo la respiración, el paciente lograba por un instante adormecer al monstruo. Este recobraba su imperio, mordiendo y quemando por el esófago arriba, o bajándose hasta desgarrar con sus afiladas uñas la vejiga. El corazón aterrado negábase a funcionar; temblaba toda la máquina; recibía el cerebro olas de sangre fugitiva, y anegado se quedaba sin pensamiento y sin memoria. Duraba segundos no más el efecto congestivo, y luego venían otros penosos efectos. El dolor, el monstruo, llamaba a sí toda la sangre..., hormigueaban las

manos; la lengua se pegaba al paladar, seca y estropajosa... Al delirio llegaba el aborrecimiento del paciente a la Divinidad, así cristiana como gentil, y el desprecio de todo el género humano era en él un amargo sentimiento que por su intensidad en placer casi se convertía. A su hija y a su mujer no las exceptuaba Villaescusa de este menosprecio y desestimación. Las veía como dos pobres pulgas que andaban brincando de cuerpo en cuerpo, en busca de un poco de sangre con que nutrirse.

Se apeó el coronel, asistido de un ordenanza de la Inspección, el cual le echó mano al cuerpo para que no se desplomase antes de poner el pie en el suelo. No agradeció al parecer el pobre Villaescusa este cuidado, porque en breves y cortados términos, confundidos con el nombre de Dios en mala guisa, reprendió al subalterno por haberle casi cogido en brazos... ¡Le había lastimado un muslo, le había hundido una costilla, dos..., mala peste con las Once mil vírgenes!... Entró tambaleándose... A fuerza de metodizar sus pasos, guardaba un imperfecto equilibrio, atento a las paredes para ampararse de ellas con una o con otra mano en caso de necesidad. Traspasó al fin el portal; entró luego en una estancia, a mano derecha, donde vió claridad de bujías (ya era casi de noche), una mesa puesta con más botellas que platos y adorno de flores mustias, y algunos oficiales que hablaban agrupados en un rincón. Saludó Villaescusa agarrándose a la primera silla que encontró a mano, para disimular el peligro en que estaba de caer al suelo... Una vez salvado de aquel riesgo, pensó si se sentaría o no. Decidióse por lo primero, y al desplomarse sobre el asiento, los dolores horrorosamente se avivaron... Apretó los dientes; fingió cansancio, calor; se limpió el sudor del rostro... Un oficial se le acercó. Debía de ser un amigo; pero tal estaba Villaescusa, que a nadie quería conocer ya. Como ruido de moscardón sonó en sus oídos la voz del oficial, refiriéndole el fin de la página histórica de aquel día. La Milicia estaba ya sin armas, salvo algunos elementos levantiscos, *los eternos enemigos de la tranquilidad pública*, que sostendrían durante la noche una lucha estéril en los barrios del Sur... O'Donnell era ya el amo de la situación. Serrano, el saladísimo general Serrano, y el bizarro Dulce, con las fuerzas del Ejército a sus órdenes, acababan de prestar un gran servicio a la Libertad y al Trono... Habría forzosamente recompensas... Terminada felizmente la revolución de este año, podríamos decir: «Señores, hasta el año que viene.»

De este vano sermón histórico poco o nada entendió el mártir. Miró al oficial queriendo decir algo, pero sin poder articular sílaba... Las palabras, temerosas de ser pronunciadas con torpeza, se quedaban de labios para adentro. Sorprendióse el oficial de ver que en los ojos del coronel brillaban lágrimas, y que, hinchadas éstas y no cabiendo en los párpados, rodaban por las rugosas mejillas de color de tierra... Villaescusa no decía nada. Daba rienda suelta a sus ganas de llorar, como un niño afligido y mudo. El oficial, inclinándose sobre él, le dijo:

—Mi coronel..., ¿dolor de muelas?

Respondió el mártir con un movimiento de cabeza. El oficial le ofreció vino, aguardiente, agua. Cualquiera de estas cosas que bebiese, pensó don Andrés que se convertirían en fuego al pasar por su boca: lo sabía por dolorosa experiencia. Pero tuvo el antojo de tomar agua con vino: con signos lo manifestó al que tan galanamente le servía. Bebió gran cantidad de vino aguado, y al dejar el vaso en la mesa con golpe furibundo, una vivísima flexión del monstruo que llevaba dentro le hizo ponerse en pie. Algo que estaba doblado en las entrañas se desdobló, con juego de muelles que horrorosamente dolían... Viéndole tan demudado y con cierto desvarío en los ojos, que ya se habían secado de lágrimas, el oficial le indicó que podía descansar en un sillón de cuero colocado a la otra parte de la mesa. Villaescusa, andando con paso lento y bien marcado hacia la puerta próxima, entrada de un largo pasillo, dijo con no poca dificultad:

—Sí... Vuelvo.

Internóse el mártir por el pasillo, tocando la pared más próxima con una de sus manos, y encontró a un ordenanza que al paso le saludó; luego a un oficial..., después a un perrito que le cedió el paso. Sentía un calor tan sofocante en todo su cuerpo, como si llamas corrieran por sus venas. La fiebre in-

tensa le dificultaba la respiración, le turbaba el entendimiento, quería también imposibilitarle el paso; pero él, con extremada erección de la voluntad, se sostuvo. Ya no sólo era mártir, sino héroe. En su turbación mental, no pensaba más que esto: «Todo, menos caerme...; caer, nunca...» Encontróse en una estancia sombría y anchurosa, en la cual no vió más que libros, rimeros de tomos verdes, todos iguales, como colección de *Gacetas* o cosa tal, y en la pared, retratos viejos de generales con peto rojo y cruzado de bandas, el rostro afeitado, la cabeza cana. No había luz de lámparas ni de bujías, ni otra claridad que la del moribundo rayo crepuscular que por dos grandes balcones penetraba. Hacía uno de ellos se encaminó el coronel, que ya veía los objetos desfigurados por su trastornada mente, y sólo pensaba que sus acerbos dolores se adherían más a él con feroces dientes para devorarle y consumirle. Vió a través de los cristales árboles raquíticos; no vió que, al pie de ellos, unas cuantos caballos de jefes y oficiales generales comían tranquilamente su pienso, colgado el saco de sus propias cabezas. Entre ellos andaban ordenanzas y carreteros, que reían y parloteaban frívolamente. Caballos y hombres tomaron a los ojos del desdichado enfermo figura y voz distintas de las reales. Sus extraviados sentidos hiciéronle ver a su esposa y a su hija, que de un bosquete salían, más que risueñas, riendo a carcajadas, y hacia él se encaminaban con paso que parecía de danza más que andar decoroso de personas formales. Lo que las quiméricas imágenes de las dos hembras le dijeron, o quisieron decirle, no lo oyó don Andrés..., lo adivinaba quizá por el mover de labios y el gesto expresivo. Ello es que arrimó su rostro a los cristales, desgranando sobre ellos sílabas balbucientes que, interpretadas por derecho, podrían decir: «¡Mujeres de Madrid!, aquí estoy. Vosotras reír..., yo también, porque me voy, y os dejo el dolor, mi dolor... Aquí os lo dejo... Venid por él... Ya veis que yo también me río... ¡Qué gusto quitarme este perro..., dejároslo!... Pobrecitas, reíd, reíd....» No podía matar a su enemigo, el terrible monstruo que le devoraba; pero sí desprenderse de él, obligándole a que abriera la feroz boca y soltara su presa. El instrumento de abrir bocas de monstruos era la pistola que el coronel llevaba al cinto, y que cogió con mano firme. Aplicando el cañón a la sien, salió el tiro, y el mártir dejó de serlo.

XIII

En gran desolación y necesidad quedaron Manolita y Teresa con la trágica muerte del coronel. Por muchos días, su casa fué un jubileo de visitas; las personas doloridas o que fingían el dolor desfilaban vestidas de negro, dejando en los oídos de la huérfana y la viuda suspiradas frasecillas, con rumor semejante al del vuelo de las moscas. La situación económica de la familia era poco halagüeña, porque la viudedad de la coronela, unos quinientos reales al mes, no resolvía ni el problema primario de alimentarse y vestirse las dos mujeres, ni menos los secundarios problemas que a casa traía la viuda con sus trapicheos y los despilfarros consiguientes. En vida de don Andrés ya eran grandes los atrasos, y Manolita empleaba todo su arte y astucia para ocultarlos a su marido. Después de la desgracia, la gravedad de la situación se centuplicaba, por las derivaciones de la desgracia misma en el orden social. La desamparada familia no tenía más remedio que vestirse de cerrado y decoroso luto. El papel en que escribían alguna carta había de tener orla negra, y negras habían de ser asimismo las cartulinas que para visitas y otras mundanas etiquetas eran necesarias. ¡Qué diría la sociedad si no veía en derredor de la familia todo aquel aparato de negrura y tristeza! La huérfana y la viuda, que apenas tenían para comer, y obligadas vivían a una representación pública incompatible con su menguado haber, eran, en realidad, más infelices y más pobres que las últimas vendedoras de hortalizas en medio de la calle.

Gran desdicha fué que Teresa no se hubiera casado antes del desastre, y casarla después, ya tan baqueteada y manoseada de novios, había de ser obra de romanos. Por de pronto, hija y madre tenían que vestir y calzarse como Dios mandaba, pues no era cosa de andar por la calle mal trajeadas y con los zapatos rotos. Manolita, pasándose de previsora, no bien cobró la primera paga de viu-

dedad quiso proveerse para los meses futuros, y solicitó de Gregorio Fajardo que le hiciera un empréstito, reteniendo su pensión. No quiso meterse en ello Gregorio (que si estos negocios feos habían sido la base de su engrandecimiento, ya picaba más alto) y endosó el asunto a un machacante de estas cosas, el cual fué a ver a Manolita, y trató con ella en condiciones tan duras, que la desconsolada señora no quiso aceptarlas. A Centurión no recurría ya, porque agotadas estaban la paciencia y el bolso del primo de Villaescusa, que, sobre tantas socaliñas anteriores a la muerte de Andrés, había tenido que atender, haciendo de tripas corazón, a las más urgentes necesidades en los días de la tragedia. Y la razón que daba para llamarse Andana era de las que no tenían réplica:

—Ya ves, hija—le decía—: estoy como el alma de Garibay, entre el ser y el no ser, esperando a cada instante la cesantía, pues sé que O'Donnell me tiene una tirria espantosa. Y aunque mi jefe, el señor Pastor Díaz, parece que algo estima mis servicios en la Obra Pía, no me llega la camisa al cuerpo. La cesantía, nueva espada de Damocles, pende sobre mi pobre cabeza... Ahorros no hay. ¿Cómo quieres que te socorra, si el mejor día no tendré para dar a mi pobre Celia una triste taza de caldo? Ten paciencia, hija, y arréglate como puedas.

Así lo hizo Manolita, que aun sin consejos tan sabios buscaba su arreglo como y donde podía, gracias a su diligencia y a lo bien que brujuleaba fuera de casa en oscuras campañas tras el dinero, teniendo que pignorar su agradable persona con la mayor ventaja posible, según las condiciones del mercado. Mala época era el estío para ciertos arreglos, porque casi todos los ricos estaban en baños o recluídos con sus honestas familias en alguna casa de campo. Pero aun luchando con los rigores de la estación, la viuda supo allegar para vestirse bien y vestir a su hija y comer ambas con menos miseria de la que su triste soledad les imponía.

Muy solita estuvo Teresa todo el verano y acometida de tristezas lúgubres, porque Valeria, su íntima amiga, se fué a La Granja. Los novios con buen fin que en aquella sosa temporada le propuso su madre eran todos de mal pelaje, esmirriados y pobres... Pensaba en aquel don Sixto, el de la bonita barba rubia; pero no extrañaba su desaparición, porque ya sabía que anduvo en las calles batiéndose como un tigre contra las tropas del Gobierno. Probablemente, o le habían llevado a un presidio o andaba oculto entre polvo y telarañas. Pero a ninguno de sus conocimientos echaba tan de menos Teresita como a Guillermo de Aransis, que también se había largado a tomar el fresco a San Ildefonso. ¡Vaya un verde que se estarían dando Valeria y él! ¡Qué paseítos por los pinares; qué subiditas a los montes, en amor y compaña, sin testigos, y qué bajaditas a los profundos, solitarios barrancos! Agua se le hacía la boca pensando en esto, y no dejaba de considerar que no era la señora de Navascués mujer de mérito proporcionado a tanta dicha... Soñando, más que pensando, decía Teresa: «¿Por qué no tendré yo también un marido en Filipinas, ya que aquí está visto que no puedo tenerlo?»

El regreso de Valeria y del marqués de Loarre puso fin a estas nostalgias. Volvieron las dos amigas a su cariñosa intimidad, y en ella vivieron algunos días, hasta que llegó uno desgraciado en que aquella venturosa concordia tuvo su término. Sucedió que Valeria, ordinariamente muy habladora y con bastante desahogo para tratar todos los asuntos, dió una mañana en hablar de moral privada y pública, de sobremesa del almuerzo, y allí sacó unas teorías y unos escrúpulos que a Teresa le parecieron el colmo de la sutileza. Todo a las casadas se podía perdonar; nada a las solteras... Protestó Teresa, dándose por aludida y exigiendo a su amiga que declarase si la tenía por soltera escandalosa. Contestó Valeria que no; pero que no bastaba ser buena: había que parecerlo, y acabó por decir:

—Eres honesta; pero tu madre arroja sobre ti una sombra mala, que te hace pasar por lo que no eres, y con esa sombra no podrás encontrar marido que no sea un perdulario sin vergüenza.

Palideció Teresa, luego se puso muy colorada y acabó por echarse a llorar. Quiso la otra enmendar su impertinencia con expresiones agridulces; pero ya era tarde. Teresa, que tenía su alma en su almario y no se mordía la lengua, tronó contra Valeria en esta destemplada forma:

—Mi madre es una pobre viuda sin recursos... Ya sé que no es buena... Por desgracia mía, conozco todos los malos pasos de mi madre. Ella, de algún tiempo acá, no se cuida mucho de ocultarlos... La pobre no tiene valor, no tiene virtud para resignarse a la miseria... Yo no puedo acusarla: soy su hija... Pero sí puedo decir que peor que ella eres tú... Mi padre, atormentado de un cáncer, se mató... Si hubiera vivido, ni a mi madre ni a mí se nos hubiera ocurrido mandarle a Filipinas, para quedarnos libres...

—Mira lo que dices—clamó Valeria, descompuesta, cogiendo un plato y amenazando con él la cabeza de la que momentos antes era su amiga.

Animosa y creciéndose al castigo, Teresa cogió la cafetera y el azucarero, una cosa en cada mano, y con flemático valor apuntó a la dueña de la casa, diciendo:

—Mira lo que haces, Valeria. Deja ese plato, o no quedará en la mesa un solo chirimbolo que no vaya contra tu cabeza. Me has ofendido y tengo que ofenderte... Pues digo que eres peor que mi madre, porque eres rica y no tienes que luchar con la miseria. En la miseria quisiera yo ver lo que tú hacías... Mi madre enviudó por una desgracia, y tú te has enviudado a ti misma embarcando a tu marido para *el país de las monas*.

—Eso no es cuenta tuya—dijo Valeria, batiéndose en retirada, haciendo pucheros—. Y por lo otro, Teresa, por lo que dije de la moral y de la sombra de tu madre, haz cuenta que yo no creía nada malo de ti... No fué eso lo que dije.

—Podías haber añadido que más que la sombra de mi madre me ha dañado la tuya, Valeria; te lo digo sin resquemor... Ya se me está pasando el berrinche...

—Siento que mi sombra haya sido mala para ti—dijo Valeria, en pie, atufándose otra vez, pero sin agarrar plato ni taza—. Bien te he querido, Teresa; bien de sacrificios he sabido hacer por ti...

—Y yo te lo agradezco—respondió Teresa, que ya no pensaba más que en coger su mantilla para salir de la casa—. Pero antes que me recuerdes tus favores, tus regalitos, quiero retirarme... Yo soy pobre y no he podido corresponderte; pero tanto como pobre soy orgullosa y no me gusta que me humillen.

—Haces bien... Busca mejor sombra que la mía... No dudo que la encontrarás.

—¡Vaya si la encontraré!... Yo te juro que no ha de tardar mucho... Entre los favores que te debo, los más de agradecer son tus lecciones..., las lecciones que me has dado para buscar sombras.

Frente a frente las dos, separadas por la mesa, que un campo de Agramante parecía, con el azucarero volcado, las cucharillas dispersas, las tazas ennegrecidas interiormente por el poso del café, el mantel arrugado, se disparaban su ira con flechazo irónico, imitando a las mujeres de rompe y rasga que se injurian graciosas antes de venir a las manos. Valeria mandó a su criada que trajese la mantilla de la señorita Teresa, y a ésta dijo con retintín:

—Vete, vete, sí; no se te escape la sombra que buscas...

—No se escapa. Lo que temo es que sea yo más torpe como discípula que tú como maestra... No tengo costumbre...

—La niña inocente no sabe nada... ¡Si será torpe!... ¡Con toda la Universidad en casa!...

—Puede que esté allí la Universidad; pero me falta el libro de texto...

—El tuyo, los tuyos, Teresa, en la calle los encontrarás.

—O no... Cállate, Valeria, si quieres que yo me calle. He sido tu amiga; ya no lo soy.

—Volverás cuando me necesites.

—No digo que no. Puede que vuelva y no te encuentre. ¡Quién sabe adónde irás tú a parar!...

Decía esto la de Villaescusa nerviosa y trémula, de la ira y confusión que removían toda su alma. No acertaba a ponerse la mantilla. Creyérase que sus manos no encontraban la cabeza en el sitio de costumbre: la buscaban más arriba... Por fin, puesta como Dios quiso la mantilla, y pronunciando un «adiós» seco, tomó la puerta del comedor y luego la de la escalera, no sin tropezar con algún mueble en su carrera desmandada. A saltos bajó la escalera y se puso en la calle, con paso de fugitiva o de esclava que rompe sus cadenas. Sorprendidos los porteros de verla partir con andares y viveza tan contrarios al encogimiento se-

ñoritil, salieron a la puerta para ver qué dirección tomaba. Fué hacia la calle de Alcalá, camino de su casa, sin duda, pues vivía en la calle de las Huertas. Era la primera vez que salía sola, contraviniendo la española costumbre que prohibe a las solteras dejarse ver en público sin compañía de alguno de la familia o de servidores de confianza. Siempre que iba de la casa de Valeria a la suya llevaba una criada vieja o moza, que cualquier edad servía para esta función. Pero ya, por decreto del Destino, se había roto la rancia costumbre, motivada del poco miramiento que en nuestra raza suelen guardar al sexo débil los individuos del que llamamos fuerte.

Atravesada la calle de Alcalá para embocar a la del Turco, respiró fuerte Teresita: era la sensación de libertad que entraba con ímpetu en su alma. ¡Y qué agrado le causaba el discurrir sola de calle en calle, sin la enojosa guardia de una fregona cerril, que comúnmente desempeñaba su papel con sequedad policíaca!... En la calle del Turco se detuvo ante la casa de Guillermo de Aransis; miró al portal, decorado con leones, y luego a las ventanas, poniendo su interés particular en pasarlas revista y en distinguir las que tenían cerradas las persianas de las que mostraban el cristal bien limpio, vestido por dentro con elegantes visillos.

«Ya se ha levantado—decía—. Andará por ahí, conversando con los amigos que ha convidado a almorzar, o leyendo los periódicos, a ver qué mentiras traen.» Conocía las costumbres del ocioso caballero por lo que a menudo le oía contar en casa de Valeria. Siguió, después de esta observación, su camino, y al atravesar la plazuela de las Cortes para entrar en la calle del Prado vió venir el coche de Aransis, bajando la carrera de San Jerónimo. De lejos le conoció por el cochero; de cerca, por la elegancia y pulcritud del vehículo, por los blasones, por algo que no era común a todos los coches. Aguardó el paso, poniéndose casi en medio del arroyo. En el carruaje iba Guillermo con el marqués de Beramendi. Ambos la vieron: Guillermo, con viva curiosidad y sorpresa, sacó la cabeza por la portezuela para mirarla bien, como si dudase de lo que veía.

Pasó el coche y Teresa siguió, ya sin parar, hasta su vivienda, ni apartar la vista de las piedras y baldosas. Tuvo la suerte de no encontrar a su madre, con lo que se libró de las necesarias explicaciones del trueno gordo con Valeria. Con la criada Felisa, en quien ponía toda su confianza, se entendió para ocultar a Manuela el inaudito caso de haber venido sola, y acto continuo se encerró en su cuarto y se puso a escribir. Tan metida en sí misma estaba, que no paró mientes en que escribía conservando puesta y liada en su cabeza la mantilla. No se la quitó hasta que una fuerte sensación de calor, tan molesta como su torpeza para expresar con la pluma lo que sentía, atrajo su atención hacia aquel estorbo. ¡Qué tonta, Señor, qué simple! Sin duda no acertaba en la fiel reproducción de sus ideas en el papel por causa del sofoco de la mantilla. Resultó luego que ni aun despejada su cabeza, y con la cabeza su magin, de la espesa nube negra, lograba dar a los conceptos la debida claridad. Seis cartas escribió, y todas fueron rotas para empezar de nuevo. Pero, agotada con la última su paciencia, se declaró incapaz de aquel empeño... No contenta con romper las cartas, llevó los pedacitos a la cocina para quemarlos en el fogón, cuidando de que ni el fragmento más menudo se le escapase en aquel auto.

Nada digno de ser contado ocurrió en la tarde de aquel día ni en la mañana del siguiente, como no sea que Teresa apuró todos los disimulos para que su madre ignorase el ya irreparable rompimiento con la de Navascués. Temía los enfadosos interrogatorios de Manolita, las disposiciones que tomaría para privarla de libertad o imponerle nueva esclavitud contraria a los gustos de la esclava. Aprovechando una de las salidas de su madre, que solían ser de larga duración, tomó, al fin, Teresita la calle y fué con libertad a su objeto, el cual no era otro que acechar el paso de Aransis para tener con él unas palabritas. Al dedillo conocía los hábitos del caballero, los cuales obedecían a un cierto método dentro del desorden. Sabía que muchas tardes, sobre las seis, a pie salía de la casa de Valeria y por las calles de Alcalá y Cedaceros se iba a la querencia del casino; sabía que pasaba algunos ratos en la sala de armas de la calle de la Greda, tirando al florete; y con es-

tos datos y su paciencia dió con él una tarde, no consta si la primera o la segunda de su tenaz espionaje callejero. Tuvo la suerte de cogerle solo, sin la compañía de amigos impertinentes, al salir de la lección de esgrima. Pero se turbó tanto al verle y tal miedo le entró de aquel paso, viendo su ridiculez e inconveniencia en la realidad, que se habría echado a correr si el caballero no mostrase mayor deseo que ella de las cuatro palabritas, avanzando a su encuentro con rostro alegre. Teresa no sabía por dónde empezar; lo que pensó para exordio se le había escapado de la memoria. Rompió el galán el silencio y cortó la cortedad, diciendo:

—Ya sé, ya sé...

Y ella se turbó más. Sus primeras palabras, entregando al caballero sus dos manos, fueron de arrepentimiento, de vergüenza.

—Déjeme, Guillermo... No he debido venir a buscar a usted... Se me ocurrió este desatino por no saber a quién volverme... Aunque tengo madre, estoy sola en el mundo...

Medias palabras de una y de otro, expresiones vagas, de esas que nada dicen y lo dicen todo, siguieron a las primeras manifestaciones incoherentes y turbadas de la señorita de Villaescusa. Aransis le dijo:

—En la calle no podemos hablar con libertad. Ni se oye lo que se dice ni se dice todo lo que se siente... ¿Vámonos a mi casa?

Teresa dudó..., parecía que dudaba; pero se dejó llevar. ¡Era tan cerca!... Cuatro pasos no más.

XIV

Debe decirse, para mejor conocimiento del proceder y fines de Teresita, que ésta, en los últimos días de su intimidad con Valeria, se había hecho cargo con gentil adivinación de que el marqués de Loarre declinaba rápidamente hacia el cansancio en sus relaciones con la hija de Socobio. No lo advertía la dama; su amiga, sí, por virtud de una ciencia no aprendida, a la que daban viveza su admiración del caballero y su ardiente anhelo de serle grata. Y algo más sabía Teresa, que en aquel aprendizaje sacaba, como quien dice, los pies de las alforjas, probando y ejerciendo su nativa aptitud para las artes de amor. Sabía que su persona penetraba en los gustos del marqués: se lo revelaron ciertos medios de experimentación existentes en el alma de toda mujer, y principalmente en la suya, que era de las más afinadas y conspicua para estas cosas. Por encima de todas las hipocresías y de las conveniencias que ambos guardaban en la casa de Valeria, Teresa sabía que agradaba al marqués y que éste se lo habría manifestado si no se lo vedara su exquisita delicadeza. ¿Qué invisible enlace psicológico, qué magnetismo pudo establecer entre ellos este preliminar estado de amistad que tuvo repentino acuerdo en medio de una calle? Ni frase furtiva ni mirada indiscreta pudieron delatar la volubilidad del amante o la traición de la amiga. Miradas y frases hubo de gran sutileza, sólo de los criminales comprendidas por clave misteriosa, con tales antecedentes no más se lanzó Teresa a la busca y captura del marqués de Loarre. Acometió la señorita con fe ciega y ardor esta persecución cinegética, y el éxito fué tan rápido como decisivo.

A los diez días o poco más de estos sucesos, que maldito lo que tienen de históricos, habitaba Teresa un pisito muy mono, calle de Lope de Vega, amueblado con elegante sencillez. Mañana y tarde invadía la casa una caterva de tapiceros, modistas y prenderas, que iban a completar el decorado, a tomar medidas a la señora para diferentes vestidos o a ofrecerle objetos diversos, gangas y *proporciones* con que especula el corretaje a domicilio. Gozosa estaba Teresa, la verdad sea dicha, por verse libre, o en esclavitud que no lo parecía, y con ancho camino por delante para correr tras la risueña Fortuna, que, desde rosados horizontes, le decía: «Ven; aquí estoy.» Rota la cadena que la sujetaba al desabrido estado señoritil, ya podía campar a sus anchas y dar el debido valor a su belleza y a las demás prendas que poseer creía: inteligencia, bondad de corazón, finura social. Bastante tiempo había perdido en la tienta de novios, sin encontrar ninguno que le sirviera: el que no era tonto, era malo; el listo pecaba de pobretón, y si alguno feo resultaba despejadito, los guapos se caían de bobos. Bien los había examinado ella en

el veloz desfile; breve y superficial trato le bastaba para catarlos y calarlos. Si no lo encontró en las condiciones necesarias para fundar un sólido edificio matrimonial, con la honradez y ventura consiguientes, no era culpa suya. Su destino le marcaba los caminos irregulares, y por ellos se lanzaba, afirmada su conciencia en la persuasión de que no podría andar por otros. Cada ambición tiene su espacio propio para volar. Qué el de la suya era de los más extensos, se lo probaba la grandeza y poder de sus alas.

Del marqués de Loarre debe decirse que en aquella nueva caída de su voluntad inválida tuvo más parte la pasión que la vanidad. Infundiale Teresa un amor travieso, juvenil, de continua ilusión, que constantemente se renovaba, empalmando lo más espiritual con lo que, al parecer, no lo es. Ninguna mujer como aquélla le había llevado al puro éxtasis contemplativo de la humana belleza y a la poesía del amor, que inspira elevados pensamientos y gallardas acciones. Preciosa era Teresita antes de meterse en aquel enredo; metida en él, y habiendo soltado ya la compostura y encogimiento de señorita *del pan pringado*, como las culebras sueltan su piel gastada, quedándose con la nueva reluciente, su persona resplandecía en todos los grados y matices de la belleza, desde los más delicados a los más incitantes. Era un libro de poesía incomparable, tan superior en los pasajes de absoluta seriedad como en los amenos y graciosos...; libro satánico, encuadernado en piel de serafines.

Sabía muchas cosas de la vida y de la sociedad la despabilada Teresa, añadiendo los descubrimientos que hacía su natural penetración a lo que la experiencia le enseñaba. Pero, sabiendo tanto, no se había dado clara cuenta de su situación ante el mundo, y sobre este particular tan interesante la ilustró Guillermo con discretas explicaciones:

—Tu libertad está limitada al interior de tu casa; fuera de ella has de andar con mucha cautela y disimulo para que de la libertad no te resulte el escándalo. De poco te valdrá tener trajes lindos y variados, los sombreros más elegantes y los prendidos y adornos más a la última, porque no podrás lucirlos en ninguna parte donde haya lo que llaman buena sociedad, y la otra sociedad, la de las que viven como tú, es muy reducida y no se muestra en público con alardes de riqueza. Coches no debo ponerte, y bien sabe Dios que lo siento, porque no está bien visto que las mujeres de vida irregular gasten otra clase de vehículos que los simones. Al teatro puedes ir, y como no has de ir sola, tienes que acompañarte de otras tales, y esto llama la atención. Has de presentarte muy modestamente en todo sitio público, dándote tus mañas para que nadie te conozca. Esto es difícil: tu belleza te delata, y la sencillez, la pobreza misma en el vestir no te disfrazarían. Para que pudieras ir libremente a todas partes y echar facha con trajes bonitos y carruajes de lujo, necesitarías ser casada... ¡ya ves qué grande anomalía! Si hubieras entrado en esta vida con marido, o lo adquirieras después casándote con cualquier calzonazos, que te diera nombre y pabellón, ya podrías hacer tu contrabando libremente, y hasta te tratarían muchas señoras que hoy primero se cortan la cabeza que saludarte. Ya ves, chiquilla, qué diferencias tan absurdas en el proceder del mundo con las que no se ajustan a la normalidad. Eres soltera: *vade retro*. Que tuvieras un maridillo, pararrayos de las burlas y de las iras de la opinión, y ya sería otra cosa. No gozarías la consideración de persona de ley; pero serías tolerada, y tu presencia en los teatros y paseos, desafiando con tu lujo, a nadie chocaría... Conque ya sabes, Teresa: dentro de tu casa eres reina; fuera, esclava, sobre quien tiene puesto el pie la opinión y no te deja respirar.

Asimilándose al punto estas ideas, Teresa contestó que se conformaba con andar siempre de trapillo fuera de casa, pues si para engalanarse hacía falta marido, más parecido a un trasto portátil que a un hombre, se quedaba muy a gusto en su soltería mal mirada. Como estaban en la luna de miel, o poco menos, siempre que hablaban del porvenir daban por punto indiscutible que no habían de separarse nunca, y que serían los eternos amantes, enteramente embobados el uno con el otro. Lo malo fué que a poco de instalarse Guillermo y Teresa en aquel rincón de los dominios de Afrodita, enteróse de ello Beramendi, y si se dice que al saberlo co-

gió el cielo con las manos, no se expresa bien toda su pena y cólera. Y razón tenía el enojo del caballero y fiel amigo. Sépase que a fines de agosto revolvió a Roma con Santiago para conseguir la realización del tantas veces aplazado empréstito de Loarre y San Salomó. Gracias a su perseverancia y actividad, apencó al fin con el negocio el señor Sevillano, sin participación de otro alguno. Se firmó la escritura el 10 de septiembre. Aransis quedó libre de la pesadumbre y esclavitud de onerosas deudas, y recibía el primer plazo de la renta que se le señalaba para vivir en decorosa medianía. ¿No era un dolor que casi en los mismos días de esta felicísima solución, que debía ser fundamento de nueva vida y principio de enmienda, recayese Guillermo en las mismas culpas, en los mismos desórdenes que habían motivado su ruina?

A la dura filípica de Beramendi contestó con estos artificiosos argumentos:

—Tienes razón, Pepe; yo reconozco que no merezco tu amistad... Quiero conservarla, y la fatalidad no me deja. Un poder superior me arrastra: contra él nada puedo. Cada uno lleva en sí desde el nacer el germen de la enfermedad de que ha de morir... Me he convencido de una cosa: la medicina que intenta curar estos males, que son la vida misma, es peor y más dolorosa que la enfermedad. Déjame vivir con mi muerte, Pepe... Te digo también que este delirio de ahora no es vanidad, sino pasión; la única de mi vida, quizá... Ver pasar esta pasión, ver pasar estos rábanos y no comprarlos, ya comprendes que no puede ser... Tener el ideal cogido en la mano y dejarlo escapar es locura tan grande, que no la tendrías igual sumando las locuras de todos los locos que están en Leganés... Y aunque me injuries, Pepe; aunque me mates, te diré que me apesta el orden acompasado; que odio la administración y que ese *desiderátum* de la vida práctica, al modo inglés, al modo extranjero, como decís, se me sienta en la boca del estómago... Morir, Pepe, morir en la cruz de..., ¿cómo llamaré a esta cruz?..., en la cruz del ideal único, del que sólo nos visita una vez...

Esto, y algo más en el propio sentido sin sentido, dijo el de Loarre, provocando al de Beramendi a burlonas risas. Despidiéronse, asegurando Fajardo que era para no verse ni hablarse más.

—Eres hombre perdido—le dijo—, y cansado de luchar inútilmente por ti te abandono. Cuando te halles en las últimas, cuando vayas a un hospital, o cuando mal trajeado y con las botas rotas te pasees en la acera del Casino, pidiendo un napoleón a cualquier transeúnte desdichado, volverás a verme; antes no, Guillermo. Quédate con Dios.

A pesar del severo propósito, como le amaba tan de veras, pasados algunos días volvió Beramendi a la carga con arsenal nuevo de razones y un plan que creía de grande eficacia. En su casa, recién salido del lecho, oyó Aransis con calma el nuevo rapapolvo de su amigo:

—Ya sé que has agotado en tres semanas o poco más el primer trimestre de tu pensión y que has tenido que acudir otra vez a los usureros para el sostén de la Villaescusa... Olvido lo que te dije aquella tarde en el Casino, y vuelvo a ti considerándote como un niño enfermo. No tendría yo perdón de Dios si te abandonara. Te salvaré, aunque para ello tenga que sacarte de Madrid entre guardias civiles y encerrarte luego en un castillo, en una torre o casa de campo, como se encierra a los locos furiosos que se golpean a sí mismos y muerden a sus enfermeros. Prepárate, chico. Ahora verás cómo las gasto. Pedí a Pastor Díaz un puesto diplomático para ti, con el interés que puedes suponer. Atenas, Bruselas, Turín, lo mismo da. Me contestó que hay vacante, pero que nada puede hacer sin una indicación de O'Donnell. Fuí a ver al general, que, como sabes, es mi amigo. En La Granja he tenido ocasión de tratarle con frecuencia. Vinyal y Vega Armijo tienen gran empeño en llevarme a la *Unión Liberal*. Don Leopoldo parece estimarme más de lo que yo merezco... Pues, como te digo, fuí a verle, y le solté a boca de jarro mi pretensión. ¿Sabes lo que me contestó? «Siendo cosa de usted, Beramendi, es cosa mía, y, por tanto, cosa hecha. Parece que una plenipotencia quedará vacante pronto. Se hará una combinación...» Quedé en volver a Buenavista dentro de pocos días, y allá me voy mañana, pero no solo: irás conmigo, y darás las gracias al general por el honor que te hace.

El de Loarre nada dijo: creyérase que

levantar repentinamente el vuelo hacia un país lejano, con airosa investidura diplomática, no le parecía mal. Antes que formulara una objeción tímida, más sugerida tal vez del disimulo que del convencimiento, Beramendi se precipitó a completar su plan:

—Falta la segunda parte. Verás: mañana mismo escribes una carta a esa linda serpiente que te ha trastornado el seso. Ya comprenderás lo que tienes que decirle... Que no puedes seguir, que dé por terminado este chapuzón, pues a ti te saco yo a flote, y ella que busque otro imbécil con quien ahogarse... A la carta acompañarás una cantidad prudencial, que determinaremos, y si no la tienes, que no la tendrás, no has de pedirla a los usureros: yo te la doy... Conque ya ves que te estimo de veras. Te participo, querido Guillermo, que por si cerdeas tú o se sale tu sílfide con algún ardid para retenerte ya tengo preparado un lindísimo artificio judicial para meterla en la Galera o mandarla desterrada lejos, muy lejos... Nada, nada. Hoy me he levantado con la idea y propósito de convertirme en sátrapa. No queda otro remedio. Contra la tontería y la inmoralidad reunidas; contra un loco y una perdularia, ambos sin conciencia, sin idea del honor, sin ninguna rectitud, no hay más que el palo absolutista... Aquí me tienes dispuesto a hollar todas las libertades y a convertir en pajaritas las hojas del libro de la Constitución. Declaro que desde este momento has perdido todos los derechos del ciudadano, y eres mi vasallo, mi siervo. Aquí vengo a tu conquista y captura. Vístete, arréglate y te llevo conmigo a mi casa, de donde no saldrás hasta que demos tú y yo cumplimiento a todo mi programa.

Oyó estas conminaciones Guillermo entre atontado y risueño, como si a veces las tomase a broma, a veces con harta seriedad y recelo. El tono brioso de Fajardo le persuadió al fin de que se las había con una voluntad enérgica, y sintió miedo. La suya, floja y pasiva, no sabía mantenerse en pie contra la razón erguida y brutal de su amigo... Más que nada, temía la convivencia con su tirano. Siempre al lado suyo, acabaría por obedecerle, por ser un niño... Como pidiera más explicaciones de aquel cautiverio que le esperaba, Beramendi le dijo:

—Desde hoy vivirás en mi casa. Que no te suelto, que no te escapas. Verás con mis ojos, andarás con mis piernas y respirarás con mis pulmones. Pensaba yo que fuéramos hoy a ver al presidente del Consejo para que quedases cogido y amarrado en el compromiso de tu nombramiento de ministro de España en una corte extranjera. Pero ahora caigo en que estamos a diez de octubre, cumpleaños de la reina. Gran gala, besamanos; por la noche, baile en Palacio. No hay que pensar hoy en visitar a gente política y militar. Para no perder el día, después de almorzar redactarás en mi despacho la carta explosiva que has de mandarle a tu coima..., explosiva digo, a ver si revienta cuando la lea... Verdad que irá acompañada de los maravedises, y el topetazo será con algodones... Cree, Guillermo, en la virtud de los maravedises, que vienen a ser colchón blando para la caída de las que se derrumban de desesperación... ¡Ea!, vístete y vámonos. ¡Silencio! No se permiten observaciones. No hay derecho a protestar; no, y no. Sólo concedo un derecho: el del pataleo... Arréglate, digo, y en casa patalearás a tu gusto.

XV

Esto pasaba en la mañana del 10 de octubre. En la madrugada del 11 ocurrían otras cosas igualmente insignificantes en apariencia, pero que aquí se refieren porque su simplicidad se nos presenta enlazada, horas después, con hechos de evidente complicación y gravedad. Empezaban a salir los invitados a la fiesta de Palacio; arrimaban los coches a la colosal puerta, por la plaza de la Armería; entraban en ellos, chafándose en las portezuelas, los hinchados miriñaques, dentro de los cuales iban señoras; entraban plumas, joyas, encajes, bonitas o vetustas caras compuestas y apenas un coche partía, otro cargaba... De los primeros, más que de los últimos, fué un carruaje sin blasones, de un tipo medio entre los elegantes y los de oficio, alquilados por año, y en él entró, doblándose, un largo cuerpo, un dilatado capote que por

arriba remataba en tricornio con plumas, por abajo en botas de charol con espuelas. Tras el sujeto larguirucho no entró en el coche señora, sino dos militares, que por la traza distinguida y cargazón de cordones debían de ser ayudantes... El coche partió, y ninguno de los tres señores en él embutidos pronunció palabra en todo el trayecto desde Palacio al Ministerio de la Guerra. El presidente del Consejo, general O'Donnell, el más largo de los tres en estatura y en todo, que nunca ejerció la comunicatividad baldía, fué en aquella ocasión arca cerrada. Llegaron a Buenavista; subieron en callada procesión, algo parecida a la del cura y acólitos que llevan el Viático, y en las habitaciones del general rompió éste el silencio ante su digna esposa, que jamás se acostaba cuando él iba de fiesta palatina, las únicas que le hacían trasnochar, y aquella noche le esperó como de costumbre, para informarse de si volvía contento y en buena salud, con algo más que nunca omite en estos casos la curiosidad femenina.

Contestando a doña Manuela, luego que se acomodó en un sillón y estiró las piernas, el gran O'Donnell dijo:

—¿El baile? Precioso. Allí teníamos todo el lujo y toda la elegancia que hay en Madrid... No hay más. ¿Señoras? No faltaba ninguna: allí estaban las de la sangre y las del dinero... ¿Calor? Bastante, y poco espacio, por el volumen exagerado de los miriñaques. ¿La reina? Deslumbradora..., amable con todos... Traje riquísimo de gasa..., el adorno, guirnaldas de violetas..., elegantísimo... Soberbio alfiler de brillantes... Bailó conmigo el primer rigodón; luego...

Volviéndose a los ayudantes, como para pedirles testimonio de un recuerdo, dijo que la novedad del baile había sido la presentación en Palacio de la condesa de Reus...

—¿Verdad que es muy mona la mujer de Prim? Morenita y simpática... En fin: buenas noches.

Ansiaba el descanso, la soledad. Algo de íntimo interés tenía que referir a su esposa; pero por lo avanzado de la hora determinó dejarlo para el día siguiente. Poco después de esto se hallaba don Leopoldo en manos de su ayuda de cámara, que desenfundó su cuerpo del uniforme, sus desmedidas piernas de las botas sin fin... Algunos minutos más, y ya le teníamos tendido y estirado en su cumplido lecho, en postura supina, más dispuesto a la meditación que al sueño, porque del baile había traído un resquemor, que hasta el amanecer había de ser cavilación fatigante. Aunque era O'Donnell hombre más reflexivo que apasionado, que sabía mirar con calma los graves acontecimientos y las contrariedades de la vida o de la política, la misma pujanza y frialdad de su razón apartaban su mente del descanso para aplicarla al examen de los hechos, y cundo éstos despertaban su enojo, no dejaba de correr por los nervios del grande hombre el hormigueo que determina el insomnio. De la devanadera que en aquella madrugada giró dentro del cerebro del héroe de Lucena se han podido extraer, con no poco trabajo, estos fraccionados pensamientos:

—Es por la Desamortización, por la pícara Desamortización... Ya lo veía yo venir... Pero no creí, no, que tan pronto... Ni pensé que me pusiera en la calle por tal motivo... Narváez llegó hace tres días; fué a Palacio y dijo: «Señora, sepa vuestra majestad que yo no desamortizo. Mi política es tener contentos a los curas y al Papa.» Así le dijo, y las consecuencias bien claras las he visto esta noche... Ha sido una impertinencia, un rasgo de mala educación... No jugar, señora, no jugar con los hombres ni con los partidos... Con estos juegos y estas humoradas, las coronas se caen de las cabezas..., y menos mal que estamos en España, un país de borregos; que hay países donde por estas bromitas caen las cabezas de los hombros... Cuidado, ¿eh?...

Dió una vuelta, cargando sobre el lado izquierdo su formidable osamenta. La devanadera echaba esto de sí:

—No hay manera de crear un país a la moderna sobre este cementerio de la quijotería y de la Inquisición. España dice: «Dejadme como soy, como vengo siendo: quiero ser bárbara, quiero ser pobre; me gusta la ignorancia, me deleitan la tiña y los piojos...» Y yo digo: Modo de arreglar a esta nación: saco del partido moderado y del progresista los hombres que en ellos hay inteligentes, limpios, bien educados; los cojo, con ellos me arreglo, dejando a los fanáticos y a los tontos, que para nada

sirven... Con esta flor de los partidos amaso mi pan nuevo... *Unión Liberal*... Reunimos y organizamos lo útil, lo mejor, lo más inteligente; y lo demás, que se descomponga y vuelva al montón... ¿Cuántas veces, reina mía, he tratado de meterte en la cabeza esta idea?... Trabajo perdido. La comprendes... ¡Como que no tienes un pelo de tonta! Pero entra por un oído y sale por otro... Sale, porque hay dentro de tu cerebro ideas viejas, heredadas, petrificadas... Y esas ideas ¿qué son? Reinar fácilmente y sin ninguna inquietud sobre un pueblo, mitad desnudo, mitad vestido de paño pardo...Esto no puede ser... Y tú reina, ¿qué piensas trayendo a Narváez con la Constitución del cuarenta y cinco, neta, y el palo por única ley, y el *tente tieso* por única política? Tú, reina, mira lo que haces. Tú, reina, no olvides que para mantenerte en esas alturas hay que tener educación política, educación social, principios, formas...; tú me entiendes; tú...

El hablar de *tú* a su majestad era señal de que se dormía. Por un momento la onda del sueño estuvo a punto de anegarle... De improviso volvió sobre sí: despabilándose y volteando su corpachón hacia el lado derecho, dió nuevo impulso a la devanadera, que decía:

—Desamorticemos... País nuevo... Salaverría, que sabe sacar estas cuentas mejor que nadie, ha calculado la Mano Muerta en siete mil millones. Yo digo que debe de ser más... ¡Siete mil millones! Ello es nada: caminos carreteras, ferocarriles, puertos, faros, canales de riego y de navegación... Y vale más que todo el gran aumento de la propiedad rústica... Serán propietarios de tierra muchos que hoy no lo son ni pueden serlo...; aumentará fabulosamente el número de familias acomodadas; los que hoy tienen bastante, tendrán más; los dueños de algo lo serán de mucho, y los poseedores de la nada poseerán algo... ¿Qué es esta España más que *un hospicio suelto?* Esas nubes de abogadillos que viven de la nómina, las clases burocráticas y aun las militares, ¿qué son más que turbas de hospicianos? El Estado, ¿qué es más que un inmenso asilo? Dice Salamanca que en toda España hay dos docenas de millonarios, unos quinientos ricos, unos dos mil pudientes o personas medianamente acomodadas y ocho millones de pelagatos de todas las clases sociales, que ejercen la mendicidad en diferentes formas. En esta cuenta no entran las mujeres... Pues bien, digo yo: Amigo Salaverría..., vendamos la Mano Muerta, hagamos miles de hacendados nuevos, facilitemos el pago de las fincas que se vayan desprendiendo de esa masa territorial muerta... A los pocos años tendremos agricultura, tendremos industria, y la mitad, por lo menos, de los hospicianos que forman la nación dejarán de serlo... Digan lo que quieran, el español sabe trabajar. No le faltan aptitudes, sino suelo, herramientas, estímulo y mercado que les compre lo que producen... ¡Siete mil millones, que hoy existen en el fondo de un arcón cerrado con llaves que la Iglesia tiene en su mano, y no quiere soltar ni a tiros!... A tiros sí que las soltaría... Pero, señora reina, ¿hemos de armar otra guerra civil por esas dichosas llaves? ¿No derramamos bastante sangre en la primera, para defender tus derechos y asegurarte en el trono?... Y ¡los vencidos en aquella lucha, reina mía, son ahora los que detrás de una cortina te aconsejan y te dirigen!... Y ¡no pudiendo dar el poder a los vencidos de aquella guerra, lo das a Narváez, que entra en Palacio diciendo: «¡Yo no desamortizo!» Cuidado, reina; no se juega con la vida de un pueblo..., de una nación viril, por más que sea la gran *Casa de Caridad*. El hospiciano sigue diciendo: «Quiero ser bárbaro, quiero ser pobre»; pero lo dice por rutina... Detrás de ese estribillo suena un querer oculto, suenan otras voces que apenas se entienden... Tú no sabes oír estas voces; yo las oigo..., las oímos muchos... A Palacio no llegan sino cuando nosotros te las decimos y tú no las escuchas... Abre los oídos, reina; abre los ojos, para que oigas y veas... Estás a tiempo aún... Algún día dirás: ¿qué ruido es ése?... Pues ese ruido ¿qué ha de ser más que...?

Otra vez la trataba de *tú*, otra vez se dormía... Por fin cogió el sueño, y la devanadera cedió lentamente en su veloz volteo hasta quedar inmóvil... De día no funcionaba la devanadera, y los pensamientos del general se producían con ponderación y sensatez, en perfecta consonancia con el pensar común y el am-

biente intelectual de su tiempo. Se mantenía en el justo medio, y no se apartaba un ápice de la realidad. El libre y atrevido pensamiento quedábase para los instantes que preceden al sueño, o para los que inmediatamente le siguen, cuando aún no ha entrado la plena luz en la alcoba, ni se ha oído más acento que el de los gallos que cantan en la vecindad.

Levantóse el general temprano, como de costumbre: despachada su correspondencia con el secretario particular, vistióse para ir a Palacio. A punto de las doce, hora de las visitas de confianza, recibió la de dos caballeros, el marqués de Beramendi y el de Loarre. Al salón pasaron, y ofrecían sus respetos a doña Manuela, que charlaba con su amiga la duquesa de Gamonal, cuando entró O'Donnell con uno de sus ayudantes, dispuesto ya para ir a Palacio. Saludó a los dos aristócratas; después cogió de un brazo a Beramendi, y llevándole aparte, le dijo risueño:

—Nada puedo hacer ya... ¡Estamos caídos!

—¡Caídos, general!... ¿Por qué?... ¿De veras hay crisis?

—La plantearemos de hoy a mañana... Caídos... Nos echan...

—Pero ¿esa señora está desatinada o...?

—De lo prometido no hay nada, marqués. En testamento no podemos proveer vacantes del personal diplomático... Pero ahora tendrá usted en el Poder a su amigo Narváez, que le dará eso y cuanto usted le pida...

—¿Narváez...?

—¡Ea!, que no puedo entretenerme. Dispénseme. Voy a la Casa grande.

Mientras duró este aparte, Loarre y la Gamonal hablaron de la inauguración del teatro de la Zarzuela, erigido en la calle de Jovellanos, hermoso coliseo, que resultaba como el hermano menor del teatro Real. Inquieto y caviloso Beramendi por lo que el general acababa de decirle, trató de llevar la conversación al terreno político para esclarecimiento de sus dudas, y a la menor indicación que sobre crisis hizo a doña Manuela, esta señora, a quien sin duda se le atragantaba la noticia, se precipitó a echarla fuera en esta forma:

—Pues sí... lo digo, porque hoy ha de saberlo todo Madrid. La reina estuvo en el baile de anoche muy inconveniente. Bailó el primer rigodón con O'Donnell: la etiqueta manda que su majestad rompa el baile con el presidente del Consejo. Terminado el primer rigodón, la reina le dijo a mi marido: «¿Te parece que baile el segundo con Narváez?» Mi marido, que es la pura corrección, le respondió: «Señora, vuestra majestad me dispense; pero la etiqueta y las conveniencias más elementales mandan que ahora baile vuestra majestad con un individuo caracterizado del Cuerpo diplomático...» Pues ¿qué creerán ustedes que hizo la reina? Sonreír, alzar los hombros y *sacar a bailar* a Narváez... Esto es un desprecio para mi marido..., es decirle, no con la boca, sino con los pies: «O'Donnell, tú...» En fin: que tenemos crisis.

Condenaron enérgicamente los dos próceres la forma anticonstitucional y pedestre de cambiar de Gobierno, no sin que Beramendi hiciera gala de su erudición encareciendo la seriedad y rectitud de la Corona de Inglaterra en los procederes constitucionales. La Gamonal, dama que había sido de la reina, y duquesa de las de nueva emisión, oía estas cosas de alta política como si fueran cuentos traídos de la China.

—Pues yo no sé, no sé...—dijo, abanicándose con mayor viveza de ritmo—. ¡Estaría bueno que la reina, con ser reina, no pudiera bailar con quien le diera la gana!

—Hija, no puede ser...—observó doña Manuela sin cambiar de ritmo en el abaniqueo—. Las reinas, por serlo, están obligadas a mirar bien lo que hacen, lo que dicen y lo que bailan...

Y ¡vuelve por otra!... Era doña Manuela más lista y aguda de lo que parecía. Su figura insignificante, sus vulgares facciones afeadas por una expresión desabrida y la tez de un moreno harto subido, no predisponían comúnmente en su favor. La cualidad suya dominante, que era el amor intenso a su esposo, no tenía carácter social y de extenso relieve. Para ella no había más Dios ni más rey que O'Donnell, ni tampoco mejor y más venerado profeta. O'Donnell, hombre de una dulzura grande y de sencillez patriarcal en sus afectos, la amaba tiernamente y la ponía en las niñas de sus ojos azules. Decían gentes maliciosas que la temía. Temía

todo lo que pudiera desagradarla, que es el temor de los enamorados.

Volvió de Palacio don Leopoldo tranquilo, impenetrable. Ya los marqueses se habían ido, y sólo permanecía en el salón de Buenavista la duquesa de Gamonal. La presencia de esta señora, de cuño tan reciente que aún no se había enfriado el troquel que estampara su título, contuvo al general dentro de la mayor reserva: lo que a ella le dijese se haría tan público como si saliera en los periódicos. Entró luego más gente: dos amigos del general, don Santiago Negrete y el gobernador de Madrid, Alonso Martínez, almorzaron con él. Por lo que hablaron de política, la crisis era inevitable: ya se había citado a los ministros a Consejo, del cual seguramente saldría la dimisión total. ¿Qué había dicho Isabel II a su primer ministro en la entrevista de aquella mañana? Algo referente a la ley de Desamortización. Sólo la condesa de Lucena conocía el texto exacto de las palabras de su majestad: «Mira, O'Donnell: te dije que no me gustaba la Desamortización, y ahora digo y repito que en conciencia no puedo admitirla: que no la quiero, vamos, que no puede ser...»

XVI

Paulo minora canamus, y de otra crisis hablemos, menos resonante que aquélla, porque a menor número de personas afectaba, pero no de inferior interés psicológico. Teresa Villaescusa, sin darse cuenta del valor y significado de las palabras, *quería desamortización*. Si alguna vez oyó hablar de la ley a su tío don Mariano, en la memoria no le quedó rastro del nombre ni de las ideas que expresaba. Tenía, sí, un sentimiento vago de la destestable petrificación de la riqueza en manos inmóviles y una visión confusa del remedio de esta cosa mala, el cual no era otro que coger todo aquel caudal, fraccionarlo, repartirlo en mil y mil manos que supieran hacerlo fecundo. No sería propio decir que Teresa pensaba en esto, sino que por su pensamiento a ratos pasaban como sombras de estas ideas, en abstracción completa, sin que con ellas pasaran los términos usuales con que los entendidos y los ignorantes las designaban en aquel tiempo. Menos abstracto era en el alma de Teresita el aborrecimiento de la pobreza. Por las escaseces que había sufrido, o por ingénito gusto de las comodidades y de los goces, la miseria le causaba horror. Egoísta y al propio tiempo magnánima, no quería ser pobre ni que lo fueran los demás: su anhelo era que hubiese muchos ricos, más ricos de los que había, y mayor número de millonarios... pensando, naturalmente, que de todo este bienestar algo le había de tocar a ella.

Y sépase ahora que, resuelto el buen Fajardo a sacar a Guillermo del nuevo pantano en que había caído, no perdonó medio para este meritorio fin. El destierro del pródigo, disimulado por una posición diplomática, si no se conseguía por O'Donnell, caído ya, se conseguiría seguramente por Narváez. Pero esto no bastaba, y era forzoso impedir a todo trance que Teresa y Aransis volvieran a unirse. Reteniendo a este cautivo en la casa de Emparán, obligóle a escribir la carta notificando a su amada el definitivo rompimiento. Mas no seguro de los efectos de la epístola, ni confiado en la resignación de la cortesana, determinó abordar ante ésta, descaradamente, el delicado asunto. No la conocía; deseaba explorarla y sondear su voluntad. Bien podía suceder que fuese bastante discreta y razonable para prestar su auxilio al salvamento del caballero. Casos de abnegación semejante había en el mundo. Dejando, pues, a su amigo en casa una mañana, bien custodiado por María Ignacia y don Feliciano, se fué derecho al bulto, se encaminó a la gruta de la fascinadora ninfa, solicitó verla, accedió la ninfa sin recelo, y poco tardaron en encontrarse sentados *vis à vis* en la elegante salita.

Sorprendido quedó Beramendi de la tranquilidad con que la hermosa mujer oyó la exposición preliminar, hecha con habilidad pasmosa de explorador. Procurando no causar a su interlocutora la menor ofensa, la trataba como amigo. Guillermo y él eran, más que amigos, hermanos. Teresa se hacía cargo de todo; mostrábase atenta, mirando el caso como medianamente grave en el aspecto moral, gravísimo en el económico. En sus réplicas mostraba dignidad, aplomo y un interés casi fraternal por Guillermo de Aransis. Cuando Beramendi,

alentado por el buen giro que a su parecer tomaba el asunto, hizo a Teresa referencia clara de la situación de su amigo, de sus locuras dispendiosas, de la pérdida de su caudal, del embrollo de sus intereses; cuando le contó que él (el propio Beramendi) había revuelto el mundo por salvar una parte al menos del patrimonio de Loarre y San Salomó; cuando le expuso el contrato con Sevillano y el estado presente de Aransis, que era el de un caballero cautivo de su administrador, y sujeto a una pensión, suficiente para vivir con modestia, cortísima para el vivir grande, con trenes de lujo y diversión de caballos y mujeres; cuando, por fin, le hizo ver que si Guillermo seguía embarcado con ella su naufragio era seguro, y no habría de pasar mucho tiempo sin que se viese miserable, degradado, sin dinero y sin dignidad, Teresa palideció, y con arranque dió esta briosa respuesta:

—No siga usted, marqués... No necesito saber más. Mucho quiero a Guillermo..., y por quererle tanto, me aterra la idea de que sea pobre. Aunque me esté mal el decirlo, la pobreza me da horror. No la quiero para él ni para mí. Usted me ha convencido de que le favorezco separándome de él. Bien está que vaya de embajador o cosa así; bien está que no me vea más. Soy la primera en reconocer que no debemos seguir..., que él debe irse por un lado, yo por otro... Ya la carta suya, que recibí anoche acompañada de una cantidad muy lucida, me dió que pensar. He dormido mal pensando que Guillermo me dejaba por no poder sostenerme... Marqués, no se asombre usted; no se enfade conmigo, no vea en mí una mujer mala si le digo que me repugna el «Contigo, pan y cebolla». Esto es pura imbecilidad y cosas ridículas que han inventado los poetas para engañar el hambre... No, no: yo quiero a Guillermo, le querré siempre..., pero que por mí no se degrade ni se arruine... Queda usted complacido, marqués. Su amigo y yo hemos roto para siempre... Cuídese usted de que no venga a buscarme, y yo cuidaré de que no me encuentre, si acaso viniera...

Dijo esto último con empañada voz y el consiguiente tributo de ternura y lágrimas. Eran sinceras, pues si su aborrecimiento de la pobreza podía considerarse como primer móvil de tal resolución detrás o debajo de este sentimiento había también cariño, gratitud y una dulce adhesión al hombre, al caballero... A él debía su libertad, la iniciación en alegrías y goces que le fueron desconocidos; debíale las primicias del bienestar humano, hasta entonces no disfrutado por ella. Por Guillermo se le abrían horizontes tras de los cuales creía vislumbrar espacios de felicidad. Había sido su revelador y el primero que dió realidad a su grande ambición... Bien le quería, sí. Bien merecía el homenaje de sus lágrimas... Dejándolas correr, dijo a Beramendi:

—No hay que hablar más, marqués. En seguidita me marcho, me escondo... No, no voy a casa de mi madre, donde Guillermo daría conmigo, si en ello se empeñara. Es testarudo; me quiere... Puede usted estar tranquilo. Yo le aseguro que me esconderé bien, y que no volveré a esta casa hasta saber que Guillermo se ha ido a esa Embajada de *extranjis*... Leeré algún periódico para enterarme. Adiós, adiós... ¡Pobre Guillermo! Pobre, no; no le quiero pobre..., que sea feliz, que sea caballero noble, que conserve la dignidad; y usted, tan buen amigo suyo, consuélele..., haga por que me olvide. Yo no le olvido, no. Crea usted que Guillermo se pondrá muy triste... Y ¡qué bueno sería que, al volver de la Embajada, se encontrara su capital sacado de todos esos embrollos, limpio y...! En fin, adiós... Dígale usted que me he muerto; no, que me han robado..., robado mi persona; que..., dígale usted lo que quiera, y ya sabe que tiene en mí una servidora. Adiós, adiós...

Salió Beramendi encantado de la sinceridad de Teresa y de la honradez relativa con que proclamaba su afición a las riquezas y su culto al bienestar. Tenía el mérito de decir lo que otros hacen diciendo lo contrario, con hinchadas protestas de falsa delicadeza. Pensó el caballero que su amigo estaba salvado, no contribuyendo poco a tan lisonjero fin el buen sentido de la coima, cualidad rara en esta clase de mujeres. Ya no había más que esperar el cambio de Gobierno para caer sobre Narváez y no dejarle vivir hasta que diera los pasaportes al marqués de Loarre para una corte extranjera, cuanto más distante, mejor. Y el cambio de Gobierno fué un hecho al siguiente día, tal y como *don*

Leopoldo el Largo lo había previsto. Doña Isabel, imitando a su señor padre, dispuso que las cosas volvieran al estado que tenían antes de lo de Vicálvaro, declarando nulo todo lo ocurrido en los dos *llamados años* de dominación progresista. Resultaba que las *lamentables equivocaciones* de su majestad volvían a cometerse o a constituir la efectiva normalidad política. Los hechos decían que el Gobierno de liberales y progresistas era el verdadero equivocarse lamentablemente, según el real criterio, y que Isabel II hablaba con su pueblo en lenguaje socarrón, abusando de la contragramática y del maleante aforismo chispero: «Al revés te lo digo, para que lo entiendas.»

Fué la subida de Narváez como un trágala de toda la gente arrimada a la cola, que se preciaba de ser la dueña de nuestros destinos. ¡No era mal puntapié el que la España vieja, momificada en sus rutinas absolutistas e inquisitoriales, daba en semejante parte a la España nueva, tan emperejilada y compuesta entonces en su justo medio, su Unión de hombres listos y pulcros y su poquito de Desamortización, para mejorar siquiera el rancho que veníamos repartiendo en el *hospicio suelto!* y Narváez entraba como en su casa, tosiendo fuerte y trayéndose cogiditos de la mano, como muestra de liberalismo, a Nocedal, a Pidal y a otros *ejusdem furfuris*. ¡Qué país tan dichoso! ¿Quién duda que hemos nacido de pie los españoles? Apenas enfermamos del dengue revolucionario, sale una Providencia benignísima que Dios destina paternalmente a nuestro remedio, y en dos palotadas corta el mal, y por lo sano, dejándonos como nuevos, en el pleno goce de nuestra barbarie... Y apenas entraron los *providenciales* al mangoneo político y administrativo, empezó el desmoche oficinesco y la matanza de empleados de la situación caída, para resucitar a los de la imperante, que venían muertos desde el 54. Todo *el elemento progresista* que arrimado estuvo a los pesebres desde aquella fecha de las *lamentables equivocaciones* fué arrojado a la calle con menosprecio, y entraron a comer los pobrecitos que no lo habían catado en todo el bienio. Los unionistas amarrados al presupuesto por O'Donnell también cayeron con los ilotas del Progreso, y a llenar el inmenso hueco entró la caterva moderada, con alegre alarido de triunfo, como si ejerciera un derecho sagrado. Eran los pobres a quienes se había hecho creer que la bazofia nacional les pertenecía y que no debía comer de ella ninguna otra casta de hospicianos.

Otra vez el alza y baja de ropa; otra vez el vertiginoso *triquitrín* de las tijeras de los sastres; otra vez la *Gaceta* cantando los nuevos nombramientos con grito semejante al de las mujeres que pregonaban los números de la Lotería; otra vez la procesión triunfal de los que subían por las empolvadas escaleras de los ministerios, y lúgubre desfile silencioso de los que bajaban. En el coro lastimero y fúnebre de los cesantes descollaba una voz campanuda, que dijo: «¡Cojondrios, ya está aquí la muerte!» Era Centurión recibiendo el oficio en que, con formas de sarcástica urbanidad, se le decía que *cesaba*... Y el cesar en sus funciones de la Obra Pía era como suspender las funciones orgánicas de asimilación y nutrición... ¡Comer, comer! De eso se trataba, y toda nuestra política no era más que la conjugación de ese sustancial verbo. El nacional Hospicio no podía mantener a tan grande número de asilados, sino por tandas... Veíase el buen hombre condenado a una nueva etapa de miseria. ¿Por qué, Señor? Porque a nuestra soberana se le había metido en la cabeza que no debía desamortizar, y el *espadón de Loja* recogió al vuelo la idea, y con la idea las riendas y el látigo, subiéndose de un brinco al pescante del desvencijado carricoche del Gobierno.

Pues, siguiendo paso a paso la Historia integral, dígase ahora que al tiempo que Isabel de Borbón decía con desgarrada voz de maja: «Yo no desamortizo», la otra maja, Teresa Villaescusa, gritaba: «Juro por las Tres Gracias que a mí nadie me gana en el desamortizar.» No usaba esta palabra ni daba concreta forma a sus atrevidos pensamientos; pero en la rigurosa interpretación de la idea no fallaba la despejada hembra.

Aún persistía en su corazón el duelo de Aransis cuando puso fundamento al nuevo trato de amor con que debía sustituir al trato roto. Base de su criterio en estos graves asuntos era el principio de que la peor cosa del mundo es la pobreza; de que el vivir no es más que

una lucha sistemática contra el hambre, la desnudez, la suciedad y las molestias, y partiendo de esto, eligió entre los tres o cuatro individuos que la solicitaron aquel que ofrecía más templadas armas para luchar contra el mal humano. Ya en los últimos días del breve reinado de Aransis llegó una emisaria con varias proposiciones que no quiso aceptar. Teresa era leal: no cometería una traición por nada de este mundo. Pero sacada, como si dijéramos, a concurso por la abdicación de Guillermo, no quiso precipitarse, sino, antes bien, hacer el debido examen y selección de candidatos. No tenía prisa; el dinerillo del testamento de Guillermo le permitía tomarse todo el tiempo que fuera menester para elegir con calma. Cuidó en aquel tiempo de dar mayor realce a su belleza, cada día más interesante; coqueteaba graciosamente, con los remilgos mejor copiados del modelo de la honradez; acentuaba su gracia, su donosura, hacía la gran señora; se daba un tono fenomenal... La resolución o sentencia vino por fin informada en esta idea: los grandes fardos de riqueza deben ser manoseados y sacudidos con alguna violencia, para que de ellos se desprenda el exceso, que es carga perniciosa; y si no se dejan sacudir, debe quitárseles lo más que se pueda, para remedio de los que van sin ninguna carga por estos mundos de Dios. Aligerar a los demasiado ricos es obra meritoria... *et cætera*... No lo decía así, pero lo hacía.

XVII

Eligió con exquisita cautela y previsión Teresita la persona que más le convenía para sus fines estratégicos, consistentes en levantar formidables baluartes contra la pobreza, y para llegar a la final decisión empleó diversas artes, sometiendo al preferido a pruebas de lealtad, de sinceridad, de esplendidez y de otras virtudes que la pícara mujer estimaba condiciones *sine quibus non*. Era el nuevo contratista de amor un francés de mediana edad, ni joven ni viejo, más gordo que flaco, alto, rubio, sonrosado, de correctísima educación y finos modales, que había venido a Madrid al establecimiento del Crédito Franco-Español, núcleo de capitalistas extranjeros que debía emprender en España negocios colosales, como los Caminos de Hierro del Norte, el monopolio del Gas de las principales poblaciones, la explotación de Riotinto... Dándose mucho tono, reservándose, como quien aspira, por sus propios méritos, a una elevada cotización, celebró Teresa más de una conferencia con Isaac Brizard, y mientras exploraba el terreno su perspicacia descubrió que el tal traía dinero fresco y abundante, harto más lucido que las escatimadas riquezas territoriales de nuestros nobles, los cuales viven comúnmente empeñados y son esclavos de sus administradores o del precio que en cada año alcanzan la cebada y el trigo. La importación de capitales extranjeros limpios de polvo y paja estimábala Teresa como una de las mayores ventajas para la nación. Que aquí se quedara, derramado en cualquier forma, todo el dinero que viene para negocios era una bendición de Dios.

Cuando Teresa se hallaba en los días de resistencia, de coquetería, de pruebas, redoblaba Isaac sus galanteos, que a menudo llevaban séquito de regalitos costosos y del mejor gusto. Como dijera un día la moza que su niñez había sido muy desolada y triste, que jamás tuvo una muñeca bonita, el francés le mandó por la noche dos elegantísimas, de la tienda de Scropp, una y otra vestidas con tanto primor como cualquier señorita de la más alta nobleza. La una decía papá y mamá, la otra movía los ojitos, y ambas tenían articulaciones, con las que se les daban graciosas posturas. Agradeció Teresa este obsequio como el más delicado que podía ofrecérsele, y todo el santo día se lo pasó jugando con sus nuevas amiguitas y diciéndoles mil ternuras a estilo maternal, entre caricias y besos. Deseaba Isaac obsequiar a Teresa con un espléndido y delicado banquete, sin más compañía que la de uno o dos buenos amigos, de lo más selecto de la sociedad. Dos comedores elegantes había entonces en Madrid: Farruggia y Lhardy. Pero en ninguno de los dos veía Brizard la disposición de aposentos que la reserva exige. Gabinetes con efectiva independencia no había en ninguna de las dos casas. Como no era cosa de llevar a la sin par Teresa al Colmado de Rueda, en la calle de Sevilla, o a la Tienda de los Pájaros, discurrió el bueno de

Isaac un arbitrio que resolvía dos problemas: el del convite y el de la instalación de Teresa, con cuyo rendimiento contaba ya como hecho indudable. Con tanto barro a mano, fácil le fué al extranjero alquilar un bonito piso en casa nueva, calle de Santa Catalina, y amueblarlo, si no totalmente, en la parte de sala y comedor. Lo demás de la casa se completaría pronto: ya estaba todo encargado a Prévost, el mueblista más caro y elegante de aquellos tiempos. Dispuestas así las cosas, Isaac encargó a Farruggia la comida para cuatro personas. Había, pues, dos invitados.

Si los periódicos pudieran dar cuenta de estas cosas, habrían dicho, en octubre de aquel año (no consta el día): «*Verificóse* el anunciado banquete... tal y tal...» Pero lo que no dice el periódico lo dice el libro. Bella sobre toda ponderación y elegante como las propias hadas, si éstas se ajustaran a la moda, estaba Teresa, que con seguro instinto sabía combinar en su atavío el lujo y la modestia, y con infalible puntería daba siempre en el blanco de agradar a los hombres de gusto. Admirable era su tez, de blancura un tanto marfilesca, sin ningún afeite ni polvos, ni nada más que lo que al pincel de Naturaleza debía; hechicera su boca fresca, estuche de los mejores dientes del mundo; arrebatadores sus ojos negros, con un juego de miradas que recorrían todos los registros, desde el más burlesco al más ensoñador; deliciosas las dos matas de pelo castaño que se partían sobre la frente, extendiéndose en bandas, no con tiesura pegajosa, sino con cierta ondulación suave, un trémolo del cabello que iba a parar tras de la oreja, bordeándola graciosamente. El cuello era un presentimiento de la garganta y seno, que no se dejaban ver, pues la pícara tuvo la sutil marrullería de no presentarse escotada. La tela vaporosa contaba en lenguaje estatuario todo lo que dentro había. El traje, de color malva claro, apenas lucía sus cambiantes entre una niebla de finos encajes; la cintura delgadísima enlazaba el abultado pecho con la ampulosa magnificencia del bulto inferior, todo hinchazón de telas alambradas. En la jaula del miriñaque desaparecían de la vista las caderas y toda la demás escultura infracorpórea de la mujer. La moda exhibía la mitad de una señora colocada sobre la mitad de un globo.

Presentados por Isaac los dos amigos, Teresita los acogió con graciosa sonrisa, ocupó su sitio, diciendo a los tres que se sentaran, que no anduvieran con ceremonia, que hablasen con libertad, pues tanto le gustaba a ella la libertad como le cargaban los cumplidos, y los criados de Farruggia, limpios y estirados, empezaron a servir. El más joven de los convidados, Ernestito de Rementería, esposo de Virginia Socobio, poco había cambiado en figura y acento desde la época de su matrimonio, como no fuera que eran algo más orondos sus moflletes y más chillona y delgada su voz. Desde la desaparición de su mujer, que se escapó con un pintor de puertas, llevaba Ernestito una vida serena, cachazuda y metódica, distribuyendo su tiempo entre los trabajos de La Previsión, junto al papá, el honesto recreo de regir un cochecillo en la Castellana y la monomanía de coleccionar objetos diversos, que un día fueron bastones, luego petacas y fosforeras, y, por último, se había dado a las celebridades europeas en fotografía y grabado. Conservaba *el joven Anacarsis* el tipo de sacerdote francés con melenita, la escasez de pelo de barba, la finura empalagosa de su trato y la absoluta insustancialidad de cuanto decía. El otro convidado era en realidad un grande hombre, figura de primera magnitud en la historia social del siglo XIX, y tan notable por su facha, que era la de un perfecto aristócrata, como por su trato, el más afable y seductor que imaginarse puede. Viéndole una vez, ¿quién olvidaba la corpulenta y gallarda estatura de aquel señor, su cuerpo bien distribuido de carnes y más grueso que flaco, su faz risueña que declaraba el contento y serenidad de una vida consagrada a los goces, sin ningún afán ni amargura? Don José de la Riva y Guisando era un hombre que parecía simbolizar la posesión de cuantos bienes existen en la Tierra, y el convencimiento de que nos ha tocado, para pacer en él y recrearnos, el mejor de los mundos posibles.

Hay tanto que decir de Riva Guisando (para los íntimos, Pepe Guisando), que no conviene decirlo todo de una vez, sino soltar el personaje en esta historia, para que él mismo hablando se manifieste y sea fiel pintor de su persona y

el intérprete más autorizado de sus ideas... Cuatro palabras ahora para describir el físico y algo del ser moral de Isaac Brizard: casi tan alto como Riva Guisando, no podía comparársele por la nobleza y arrogancia de la figura. Podía Guisando servir de modelo a todos los duques y aun a los más estirados príncipes de Europa. Isaac, igualando a su amigo en la intachable limpieza, no podía ser modelo de próceres, sino de apreciables sujetos, hijos de negociantes y educados en los mejores colegios de Francia. Guisando fué un elegante genial, que todo lo había aprendido en sí mismo, y nació con la presciencia de cuantas ideas y formas constituyen elegancia en el mundo. Brizard era un producto de la educación, un hombre distinguido y pulquérrimo, de un excelente fondo moral, con tendencias al vivir cómodo y sin bambolla, ni envidioso ni envidiado... Y por fin, para que se vea todo en su propio color y sentido, el tipo de Isaac Brizard revelaba la hibridación francogermánica o francoflamenca, un admirable tipo engendrado por trabajadores, sano, leal, ordenado hasta en los desórdenes a que le empujaba su riqueza, de ojos azules que delataban al hombre confiado y bondadoso, la boca risueña, sobre ella un bigote menudo, del más fino oro de Arabia. Hablaba un español incorrecto, mal aprendido en la conversación y sin principios, con modulaciones guturales que le resultaban más feas por su afán de corregirlas o disimularlas. Al reproducir aquí su lenguaje, se tiene con este simpático extranjero la caridad de enmendarle las desafinaciones del acento.

—Eh, señores, ¿cómo se llama esta sopa?—dijo Teresa, riendo con deliciosa sinceridad—. Ya irán ustedes notando que soy muy bruta... Me parece que me pondría más en ridículo dándomelas de fina y queriendo ocultar mi ignorancia... Pues esta sopa yo no sé lo que es ni la he comido en mi vida. Casi nada sé de comidas francesas; no entiendo los motes raros que ponen a cada plato... ¿Verdad que soy muy bruta?

—Usted es hechicera, y esta sopa es, o quiere ser, *potage à la Montesquieu* —dijo Guisando, erudito y galante—. Cualquier otro nombre le cuadraría mejor.

Acordándose de su colección de celebridades, Ernesto quiso amenizar la reunión con este comentario:

—¿Montesquieu...? Tengo dos retratos del gran francés; uno de ellos en talla dulce, de la época...

—Está buena la sopa—observó Teresa—. Pero ¿a qué sabe? ¿De qué legumbres está hecha?

La opinión de Isaac no pudo ser más sensata:

—En culinaria, el cocinero debe saber mucho, y el que come, ignorarlo todo. Así come uno más tranquilo.

—Perdóneme, mi querido Brizard—dijo Riva Guisando—, que no le acompañe en estos distingos. Saboreamos mejor los productos de la culinaria cuando sabemos a qué saben y con qué ingredientes han sido compuestos...

—Pero ¿es éste un puré de pepinos, de patatas, o qué demonios es?—preguntó Teresa, sin que las dudas mermaran su apetito.

—No es más que una mistificación, a la que ponen el primer nombre que se les ocurre—afirmó Guisando—. Cuando Isaac me hizo el honor de invitarme a esta comida, que, entre paréntesis, sería deliciosa aunque la preparan los cocineros más malos del mundo, volví a mi cantinela de siempre con el amigo Farruggia: «Las sopas caldudas y crasas pasaron a la historia... Ya que usted se propone enseñar a los españoles a comer, trate de propagar, de popularizar los *consommés* finos, tan sustanciosos como transparentes...» Le propuse para esta interesante comida el *Consommé à la crème de faisan*, que es delicioso, verdaderamente delicioso, Teresa..., y sencillísimo..., verá usted.

—¡Ay, enséñeme!... Me gusta cocinar algo... Poco sé... Quisiera poseer el secreto de algún platito delicado...

—Sencillísimo, como digo. Todo el arte está en preparar los huevos, que se sirven aparte... Se cuecen huevos bien frescos, de polla precisamente, de gallina joven...

—¡Ay!... ¡Lástima no tener gallinero en casa! Adelante.

—Luego se les vacía..., se saca la yema por medio de un tubito...

—Tanto instrumento ya es por demás.

—Con las yemas y el picadillo de pechuga de faisán se hace la *farce à la crème*.

—¿Y esa farsa, qué es?

—El relleno... Se rellenan los huevos..., se ponen al baño maría...

—¡María Santísima!

—En vez de faisán, puede usarse perdiz, bien fresca...

—Yo sí que estaría fresca si me metiera en esos trajines tan enredosos.

—Amiga mía, no necesita usted cocinar. Bien se ve que lo haría con mucha gracia si a ello se pusiera... Ya tendrá usted un buen *jefe* que la libre de esos quebraderos de cabeza y del deterioro de sus manos lindísimas.

Viendo que le servían jerez después de la sopa, protestó Teresa con sincero desenfado:

—¡Eh, caballeros!, que el jerez se me sube al quinto piso... Repito que soy muy bruta..., no tengo costumbre de beber tanto, ni de variar de bebidas... ¿Quieren verme peneque?

Aseguró Isaac que todo era cuestión de costumbre, y que debía poco a poco educarse en el comer fuerte, acompañado de bebida confortante.

—¡Ay, ay! Eso no va conmigo...—dijo Teresa, probando el jerez—. Porque ustedes no me crean demasiado palurda, bebo un poquito; pero no se asombren si me ven perdida de la cabeza y diciendo algún disparate.

Ernestito, dando ejemplo de buen tono, equivalente a la poca sobriedad, se atizó dos copas, comentándolas en esta forma:

—La sopa y el jerez no tienen en las comidas otro objeto que preparar el estómago, darle fortaleza...

—¿Para qué?

—Para comer, para seguir comiendo... Ahora empezamos, señora mía. Yo, ya lo irá usted notando, como bien. Desde que entré en el Colegio Flaminio, en Saint-Denis, aprendí a comer bien, dando al cuerpo todo lo que pedía. Es un gran sistema para tener siempre la cabeza...

—¿Cómo?

—Despejada... y las ideas claritas. Es lo que yo recomiendo principalmente a todos mis amigos: que coman fuerte...

—Y con la recomendación les mandará usted la comida, porque si no...

—Eso es cuenta de ellos y de que quieran tener salud o no tenerla. Repare usted, Teresita, que todos los grandes hombres han sido de buen diente. Federico el Grande, de cuyos retratos poseo la colección más lucida que hay en España, profesaba la doctrina de Rabelais: cinco comidas y tres siestas. Talleyrand consagraba toda su atención a la buena mesa. Mi padre, que es hombre muy entendido en todos los adelantos extranjeros, no cesa de predicar a los españoles que se den buena vida, la mejor vida posible, y sostiene que uno de los mayores atrasos de este país consiste en que aquí no saben comer.

—Es verdad—dijo Guisando—; reconozcamos una de las deficiencias que nos ponen a la cola de las demás naciones. Los españoles no saben comer.

XVIII

Sirvieron pastelitos de *foie gras*..., después un plato de pescado, que Guisando tradujo al francés: *Turbot bouilli, garni, sauce Colbert*, y entre tanto, los cuatro comensales apuraron el tema de si saben o no comer los españoles. Ingenioso y ameno, Riva Guisando se despachó a su gusto en esta forma:

—No podemos dudar que de algunos años acá nuestro país viene entrando en la civilización y asimilándose todos los adelantos. Eso lo vemos en diferentes órdenes. Nuestras casas adquieren el *confort* de las casas extranjeras. Verdad que falta el agua, pero ya vendrá; la tenemos en camino. Nuestros teatros no desmerecen de los de otros países; y en ópera creo yo que estamos a la altura de las capitales más aristocráticas. Nuestras mujeres, bien a la vista está, visten con tanto gusto y elegancia como las parisienses, y nuestros hombres no tienen nada que envidiar a los caballeros ingleses mejor vestidos... Sólo en el comer estamos atrasados... Fuera de unas pocas casas, hasta las familias más ricas no saben salir del cocido indigesto y de los estofados, pepitorias y fritangas... Y en la manera de comer guardan la tradición: se atracan y no comen realmente; no saben lo que es la variedad, la composición artística de las viandas para producir sabores especiales y excitantes; no han llegado a penetrar la filosofía del condimento, que es una filosofía como otra cualquiera... En el beber, tragan líquidos, sin apreciar el rico *bouquet* de cada uno, sin distinguir los

innumerables acentos que forman el lenguaje de los vinos. Cada uno dice algo distinto de lo que dicen los demás...

—¡Alto ahí!—exclamó Teresa, cortándole el discurso con delicioso tonillo y ademán de burlas—. Perdone usted, señor Guisando, que le interrumpa. Si los vinos son cada uno una palabra, un acento, y todos juntos como lenguajes; si los de España hablan español, francés los de Francia, y así los demás, ustedes quieren introducirme a mí en el cuerpo la torre de Babel... Vamos, que a poco más, salgo hablando todos los idiomas.

—No, no, Teresa—dijo prontamente Brizard—; no se bebe para embriagarse, ni se embriagan los que saben beber... La bebida fina y variada es un signo de civilización. En eso estoy con el amigo Rementería y con Guisando... ¡Oh! En Guisando hay que reconocer un gran civilizador.

—Civilizador usted—replicó el elegante caballero—, que nos trae la más grande forma del Progreso, los ferrocarriles.

—Es verdad; de eso trato, y mi mayor gloria será vestir a España de país civilizado... Usted y yo civilizamos; pero permítame que marque entre los dos una diferencia..., una diferencia en que yo salgo favorecido. Usted empieza la campaña civilizadora por el fin, mi querido Guisando, porque quiere enseñar a los españoles cómo se come; yo la empiezo por el principio, enseñándoles a buscar lo que han de comer.

—¡Eso..., eeeeso!—gritó Teresa, risueña, con desbordada alegría, las mejillas echando fuego, el gesto más expresivo y acentuado de lo que pedía la compostura—. El señor Guisando se trae aquí la filosofía de la buena mesa, y quiere enseñársela a un pueblo que no tiene sobre qué caerse muerto. ¿Cómo quiere usted que sepa comer el que no come? Y esas salsas Colbert, esas *besamelas*, esas *farsas* o rellenos, esos *rosbifes*, y *chatobrianes*, y jigotes, y esas trufas, y esos jugos, ¿de dónde han de salir? ¿Reparte usted diariamente un par de monedas de cinco duros por barba a todos los españoles?... ¡Ay, ay! Yo les suplico, señores míos, que me den licencia para callarme... Siento que el disparate se me viene a la boca, y a poco que me descuide, oyen ustedes una barbaridad. Es mucho comer éste, es mucho beber, para que una tenga la cabeza despejada. Perdónenme; estoy un poquito a medios pelos... Me callo... Ustedes me agradecerán que cierre el pico.

Dejó el tenedor, y requiriendo el abanico, empezó a darse aire con viveza. Los caballeros le reían la gracia; celebraban que se trastornase un poquitín, y asegurando que el encendido color y el chispeante mirar la embellecían extraordinariamente, incitábanla a beber del rico *Borgoña* que a la sazón servían. Pero ella no hacía caso, y jovial agitaba el abanico con verdadero frenesí, diciendo:

—Yo, punto en boca; no vayamos a salir con alguna patochada. Me conozco. Hablen ustedes y yo escupo, digo, yo callo y otorgo...

Tan modesto como ingenioso, Guisando se mostró conforme con las ideas de Isaac reconociendo en el magisterio civilizador de éste más sentido práctico que en el suyo.

—Es cierto, Brizard; usted trae a España los primeros elementos del bienestar. Por ahí se principia. Yo empiezo por el fin, porque no sé otra cosa. Cada uno comienza sus lecciones por aquello que más sabe... En la mente del discípulo siempre queda algo de la enseñanza que se le da, por más que ésta sea prematura. Yo digo a los españoles: «No sabéis comer»; usted les dice: «Trabajad y comeréis.» Claro es que usted está en lo firme. Yo, si bien se mira, soy un profesor extravagante que coge a los chicos cerriles que no saben leer ni escribir, y se pone a explicarles las asignaturas del doctorado... Pero todo es enseñanza, amigo. Algo quedará...

Sirvieron el plato de legumbres, que Guisando y Ernesto celebraron mucho, definiéndolo así: «*concombres farcis à la demi-glace*. Pidió Isaac su opinión a Teresa la cual se dejó decir:

—Señores míos, la turca que estoy cogiendo, no por mi gusto, sino por el empeño de ustedes en que yo empine más de lo regular, no me deja ser hipócrita. Quiero mentir con finura y no puedo... Esos *concombros* me parecen una porquería. Si mi cocinera me presentara este comistrajo, yo le tiraría la fuente a la cabeza.

Servido el asado, Teresa se resistió a comer más. Obstinóse Guisando en servirle una bien cortada lonjita del *Cha-*

pon à la financière; regateó Teresa; cedió al fin con salados remilgos.

Debe decirse que la hermosa mujer, cuya iniciación en la vida grande aquí se describe, exageraba su torpeza o su ignorancia de los refinamientos sociales. No los desconocía en absoluto; pero dotada de grande agudeza, calculó, antes de personarse en el banquete, que la afectación de finura podría llevarla, sin que de ello se diera cuenta, a una situación algo ridícula. Mejor y más airoso era la contraria forma de afectación, hacerse la palurda, la novata, todo ello desplegando su natural donosura. Y el resultado de esta táctica fué tal como ella lo pensó, admirable y decisivo. Isaac parecía extasiado; celebraba con entusiasmo las donosas salidas y sinceridades de la que pronto había de ser suya, y gozaba con la idea de educarla y darle un curso de todas las leyes y toques del buen gusto. Bien comprendía la muy ladina que a los extranjeros agrada lo que llaman *carácter, sabor local,* y que se enamoran de lo que menos se parece a lo de su tierra... Isaac, prendado locamente de la española, en ella simbolizaba la conquista de esta tierra, mirándola con amor y sembrando en ella ideas fecundas y fecundos capitales.

Una de las condiciones propuestas por Teresa en el trato de amor con Brizard era que éste había de llevarla a París y tenerla allí una temporadita, aprovechando el primer viaje que tuviera que hacer a la capital vecina. Con alegría dió Isaac su aprobación a esta cláusula. De ello y de los encantos de París en el segundo Imperio hablaron los tres caballeros en la comida, dando pie a Teresa para que se despachara a su gusto y con desenvoltura en este tema:

—Mucho me gustará París. Tantas maravillas he oído contar, que ya me parece que las he visto... De seguro me divertiré y aprenderé; pero todas las cosas buenas de París no me quitarán el ser española neta... Española voy, y más española vuelvo... ¿Que aprenda yo francés? Imposible, Ernestito... *Tarde piache.* Cuatro palabras aprendí en mi colegio, y con esas cuatro palabras y otras cuatro que allá me enseñen, me arreglaré... Dicen que la emperatriz Eugenia, con ser nada menos que emperatriz, no ha querido afrancesarse... Y yo pregunto: ¿por qué usará Napoleón esos bigotes engomados tan largos y tan tiesos?... No me hagan caso; estoy perdida de la cabeza... París, con todos sus monumentos, no vale lo que Madrid, que tiene las grandes plazas... Puerta Cerrada, la Red de San Luis, y como *bulevares,* ¿dónde me dejan ustedes el Postigo de San Martín y la Costanilla de los Angeles?... París es bonito, alegre, y con cuatro magníficas fachadas al Mediodía, como quien dice, al Amor..., todas las fachadas dan al Amor... En París hay mucho dinero, es la ciudad del dinero..., y por ser aquel pueblo tan rico, hay allí más honradez que en los pueblos pobres... En los pueblos tronados viven todos los vicios... No me hagan caso... ¿Verdad que estoy diciendo sinfín de disparates? No sé lo que digo... Me han hecho ustedes beber más de lo que bebe una señora fina... No tengo costumbre... Soy lugareña y tonta... Las tontas se emborrachan antes que las listas..., y a las honradas se les va la cabeza más pronto que a las disolutas... Yo me callo... Estoy avergonzada.

Protestaron los caballeros de esta falsa vergüenza, y Guisando le dijo:

—Está usted adorable, y el mareíto se le quitará bebiendo esta copa de *champagne*...

Isaac le rogó que bebiese, y ella sin melindres accedió. Le gustaba el *champagne;* si pudiera, no bebería en las comidas más que *champagne*... La variedad de vinos le repugnaba: uno solo y superior. Guisando celebró esta opinión de Teresa, la más conforme con el gusto de él y de toda persona verdaderamente refinada.

—Bebo—dijo Teresa, tomando la copa larga, por cuya boca estrecha se escapaba la espuma—, bebo a la salud de mis buenos amigos; bebo a su felicidad y a..., a que tengan lo que deseen... Usted, Isaac, que le salga bien el negocio que ahora le trae tan preocupado..., ya me entiende... Usted, Guisando, que sea pronto Grande de España, por título... que ya lo es grandísimo por su magnificencia...; y usted, Ernesto, que haga muchas conquistas, pues ya sabemos que es usted muy enamorado...

—¡Oh, no, no!—dijo el plácido Anacarsis, presuroso en desmentir una suposición que, a su parecer, le desconceptuaba—. ¿Enamorado yo? No es cierto,

Teresa... Bien se ve que se le ha ido el santo al cielo... Exceptuando lo presente, tengo del bello sexo la peor idea...

—Pues perdóneme usted, Ernestito; no he dicho nada. Somos muy malas... Usted puede decirlo... y probarlo... Es usted un ángel...; por eso tiene esos colores tan bonitos y esa frescura en el rostro... Señores, el *champagne* me ha matado. ¿He dicho muchas gansadas?

—No, no, no...

—Ya no puedo más... Se me cierran los ojos... El comedor da vueltas..., la mesa baila... Guisando tiene dos caras: con las dos me mira y se ríe. Ernestito se pone sobre la cabeza el ramo de centro de la mesa... Me duermo, me... eclipso; me envuelve la noche. Isaac, por favor, déme usted la mano; ayúdeme a levantarme y a llegar al sillón..., al sillón que allí veo... Así, así..., ya estoy a mi gusto... Aquí me desmayo..., aquí me desvanezco... Por Dios, Isaac mi buen Isaac, abaníqueme usted, déme aire; pero fuerte... Ya no veo más cara que la de usted, Isaac... El aire que usted me da me consuela, me anima... ¡Qué aire tan bonito, digo, tan fresco..., tan...! No sé: es un aire extranjero..., aire rico, muy rico... Isaac, déme más aire...

—Café bien fuerte—dijo Guisando, proponiendo el mejor específico contra las borracheras de señoras de buen tono.

Con la ventilación enérgica que le administró Isaac y el café y la dulce conversación, sin ruido, se fué despabilando Teresa y venciendo la somnolencia. Terminó la comida sin ningún incidente digno de figurar en la Historia integral ni en la fragmentaria, pues el hecho de arreglárse y cerrar trato aquella misma noche Teresita y Brizard es de esos que, por descontados y claramente previstos no piden más que una mención..., menos aún, una raya de cualquier color trazada en la página sin letras de esa historia que llamamos *Chismografía*.

XIX

Y esa historia sin letras dice que Teresita se instaló en la misma casa del ya referdo banquete, días después de la partida de Aransis para la gloriosa y coruscante Atenas, como encargado de Negocios de la católica majestad de Isabel II en aquel reino. Obra fué del buen amigo Beramendi este destierro, ayudado por Narváez, quien tomó el asunto como propio y lo resolvió con diligencia. Llamado a París Isaac Brizard por el reclamo de sus negocios, determinó partir en noviembre, llevándose a Teresa, conforme a lo convenido. Ni a ésta causaba temor el viaje en pleno invierno, ni quería separarse de Isaac, que era para ella el mejor de los hombres, extremado en la bondad y en la largueza, prodigando sin tasa su dinero como su cariño. Sobre el punto interesante del estipendio de amor, Teresita veía colmadas sus ambiciones. El gozo de ver satisfechos todos sus gustos se completaba con la dicha de tener sobrantes y de atender con ellos a necesidades ajenas, empezando por su madre, que era una boca no fácil de tapar. Pero en aquella venturosa etapa para todo había.

Con sus íntimas amigas tuvo Manolita Pez algunas confianzas que merecen ser consignadas en estos papeles:

—A Teresa le ha venido Dios a ver con ese francés tan frescachón y tan caballero. Ya quisieran los nobles de aquí parecérsele en la lozanía del rostro, que es lo mismo que una rosa, y en la mano siempre abierta para complacer a su adorada. Yo le he dicho a Teresa que no aparte sus ojos del porvenir... Además del tanto fijo que *musiú* Brizard le señale para la vida corriente, debe mi hija poner todo su talento en sacarle *un millón*... ¿Qué es un millón para una mujer de tanto mérito? Y con este capitalito ya puede mi niña echarse a dormir... El día de mañana, si ese señor pasa a mejor vida, lo que no quiera Dios, o si por envidia le arman algún enredo para que rompa con mi hija, ésta podrá bandearse sola, sin tener que aguantar las pejigueras de un vejete baboso, de un puerco, de un tío cargante; y aún podría encontrar proporción de matrimonio. Con el milloncito todo se olvidaría, ¡vaya!... ¡Y que tendría mi Teresa mal gancho para pescar marido; y éste no habría de ser un cualquiera, sino persona de algún viso, y quizá con el pecho cargado de cruces y bandas!

Con Centurión no se trataba Teresa directamente, y bien lo sentía, que para ella no habría mejor gusto que poder acudir al remedio de las escaseces que

a don Mariano le trajo su cesantía. Sabía de él y de doña Celia por su tía Mercedes, la mujer de Leovigildo Rodríguez, con quien reanudó el trato después de una temporadita de moños. También Leovigildo estaba cesante, situación lastimosa en aquel honrado matrimonio, cargado de familia. La pobre Mercedes, al poco tiempo de desembarazarse de una cría, ya se mostraba con los evidentes anuncios de otra. Y creyérase que en los períodos de cesantía procreaban más los desgraciados cónyuges. La sociedad quería matarlos de hambre, y ellos aumentando sin cesar el número de bocas. No faltaban, afortunadamente, personas caritativas que se condoliesen de su desamparo y fecundidad, entre ellas Teresa, que les enviaba surtido de zapatos para toda la cáfila de criaturas, o repuesto de arroz y garbanzos para muchas semanas. Don Mariano, que había tomado entre ojos a los Villaescusas de una y otra rama, no quería tratarse con la esposa de Leovigildo; pero doña Celia, más benigna, la visitaba algunas tardes a hurtadillas de su marido. La señora de Centurión y Manolita Pez se encontraban algún día en un terreno neutral, la casa de Nicasio Pulpis, esposo de Rosita Palomo, y allí, rompiendo doña Celia la consigna que su marido le diera de no tener trato con la coronela ni con su depravada hija, hablaban de sus respectivas desazones. La curiosidad, más que el afecto, movía comúnmente a doña Celia Palomo a preguntar por Teresa; respondía Manuela, tratando de dorar la deshonra de su hija, con hábiles artificios de palabra.

Con la de Navascués no había vuelto a tener Teresa ningún trato. Traidora y desleal llamaba Valeria a la que fué su amiga, y no le perdonaba el solapado ardid que empleó para sustraerle *el libro de texto*. Mala partida como aquélla no se había visto nunca. Dos o tres veces se cruzaron las dos hembras en la calle y se dispararon miradas rencorosas. No desconocía Valeria que para ella había sido un bien la retirada de Aransis, que, arruinado ya, no era partido de conveniencia para ninguna mujer. Pero esta consideración no le quitaba el reconcomio contra Teresa, en quien, por otra parte, reconocía un magistral talento para conducirse en sus empresas de amor, y prueba de ello era la reciente pesca del opulento francés Isaac Brizard. Sin duda por llevar tan buena parte en los favores de la suerte, Teresa no se cuidaba de aborrecer a su víctima. Más bien le tenía lástima, sabedora de que la pobrecilla andaba mal de intereses. Por las prenderas que *corrían* trajes de lujo en buen uso supo que Valeria lanzaba al mercado de ocasión, malbaratándolas, algunas piezas de valor, abrigos, cachemira, mantón de la China. Supo también que a la famosa corredora *Paca la Bizca* debía un pico de consideración por dos sortijas y un alfiler que adquirió antes del destierro de Navascués. De esto tomó pie Teresa para lanzar contra Valeria una bomba en la que había de todo: burla y compasión. Era la travesura de la enemiga vencedora, que, sintiéndose fuerte, quería mortificar a su rival en una forma que le expresara su lástima desdeñosa, su generosidad, quizá el deseo de hacer las paces. El día antes de su partida para Francia, Teresa escribió esta carta:

«Estimada maestra y amiga: Un pajarito me trajo el cuento de que la respetable corredora *Paca la Bizca* te hizo dos mil y tantas visitas para que le pagaras dos mil y tantos reales de aquel alfiler y sortijas de marras... Sé que cuantas veces fué la corredora a tu casa con este objeto salió con las manos vacías... Pues bien: para que veas si te estimo, Valeria, hoy he dado a Paca los dos mil y pico, encargándole que no vuelva a molestarte por esa bicoca. Acepta este favor de la que fué tu amiga, y no te atufes ni salgas ahora con pujos de una dignidad que habría de ser fingida... No tienes que devolverme esos cuartos, que ahora los tengo de sobra, gracias a Dios. Abur, bobita. Mañana salgo para París, donde me tienes a tu disposición para todo lo que gustes mandarme. Tu fiel compañera,

Thérèse Brizard.»

Mostró Teresa esta carta al bueno de Isaac para que, después de leerla, le dijese cómo había de poner su nombre en francés. Hallábase presente Riva Guisando, y ambos amigos celebraron el rasgo generoso y la gracia zumbona, que de todo había. Partieron los amantes a París al día siguiente; despidiólos Guisando al arrancar la silla de postas, de la propiedad de Brizard, y por la tarde

se fué a visitar a su amiga la marquesa de Villares de Tajo (Eufrasia), a quien contó lo de la carta de Valeria, repitiéndola casi textualmente. Bien conocía la dama los enredos de la sobrina de su esposo y la depravación que se iba marcando en ella. Después de comentar y reír el caso de la carta, *la moruna* rompió en este bien entonado epifonema:

—¡A qué extremo llegan ya, Dios mío, los desvaríos de esta sociedad!... ¿Adónde vamos a parar por tal camino? Mentira parece que esas dos chiquillas, tan monas, tan inocentes cuando vine yo de Roma casada con Saturno, se hayan perdido escandalosamente, cada cual a su modo. Virginia, con las antorchas de Himeneo aún encendidas, se escapa con un chico menestral, y anda por esos pueblos hecha una salvaje, y esta Valeria corre a la perdición amparada del formulismo matrimonial, con lo que me resulta más perversa que su hermana.

Dijo a esto Guisando que Valeria claudicaba por espíritu de imitación, sin arte ni riqueza para cohonestar sus incorrecciones. Dos cosas redimían del pecado, según la filosofía guisandil: el buen gusto y la opulencia. Las maldades parecían peores cuando eran feas... y pobres. Todo era relativo en el mundo, hasta los vicios. De estas opiniones casuísticas no participaba Eufrasia, que en aquel punto de su existencia (los treinta y cinco años) se dedicaba con ahinco a señalar a la juventud los caminos derechos, únicos que conducen a la virtud y a la paz del alma. Era, en aquel período histórico, la conducta de la Villares de Tajo mejor y más limpia que su fama. El mundo, que en la plenitud de tantos escándalos exageraba los desvaríos de la sociedad matritense, la suponía en amores con Riva Guisando. ¡Falsa y calumniosa especie! Más ¿quién destruye un errado juicio en tiempos en que el aire viciado divulga no sólo la corrupción, sino las vibraciones de ella manifestadas en el lenguaje? Entre *la moruna* y el espléndido caballero y *gourmet* Riva Guisando no había más que una sincera y noble amistad, fundada en la armonía de pareceres sobre algunas materias sociales, y por parte de él, ligero matiz de adoración platónica, que tenía su origen en la gratitud, como a su tiempo se demostrará. Preguntado el caballero por la distribución de sus comidas, dijo:

—Esta noche, como en casa de Navalcarazo; mañana, en la Legación de los Estados Unidos.

—Aunque tenga usted—le dijo Eufrasia—que renegar una vez más de la cocina española, el viernes comerá usted con nosotros... Ya le pondremos algo de su gusto: las famosas chuletitas de cordero *à la béchamel* y la tan ponderada *salade celeri et betterave*.

—Con esos ojos que ahora me miran —replicó el *gourmet*—tengo bastante... Ya sabe usted que *los ojos a la española* son mi delicia... Quedamos en que el viernes...

—Apúntelo usted, para que no se le olvide.

Era Riva Guisando, como se ha dicho, un artista genial del buen porte, de la buena vida, del buen comer... Y esto debe repetirse al consignar que su abolengo no fué tan humilde como la gente decía; ni vendió pescado su madre, como propalaron los que querían denigrar su arrogante persona. Nació en una capital andaluza, de familia decente, privada de bienes de fortuna, y desde su más tierna infancia se distinguió el muchacho por la compostura y aseo de su persona, por lo afinado de sus gustos y de su fácil asimilación de todo lo que constituye la personalidad externa y los medios del bien parecer. Vino a Madrid muy joven en busca de fortuna, y a poco de llegar su exquisita educación y su prestancia no aprendida le proporcionaron relaciones excelentes. Alternó con la juventud elegante; sabía ganar amigos, porque a todos encantaba con su trato y a ninguno con destempladas jactancias ofendía. Era tan modesto en su alma como fastuoso en su cuerpo; su orgullo no pasaba de la ropa para dentro. El primero en el vestir, no anhelaba confundir a los demás por otra clase de superioridad, y poseía el supremo arte de no lastimar a nadie, de contentar a todos, conservando su dignidad. No creo que haya existido en Madrid más consumado maestro de buenas formas: por esta cualidad, Madrid le debe gratitud. De todo hemos tenido modelos admirables. ¡Lástima grande que con modelos perfectísimos de cada una de las partes no hayamos tenido nunca el modelo sintético, integral!

Para vivir con tanto boato, introducido en la sociedad de los ricos, Guisando

no disponía de más caudal que su sueldo en Hacienda, y por los años a que este relato se refiere no cobraba el hombre arriba de dieciséis mil reales. De su honradez daban testimonio algunos hechos que como irrefutable verdad histórica deben consignarse aquí. ¿Qué era el buen Guisando más que un milagro el milagro español, ese producto de la ilógica y del disparate que sólo en esta maravillosa tierra puede existir y ha existido siempre? Ya se irá viendo esto, y por ahora, léanse aquí los motivos de la gratitud de Guisando a la marquesa de Villares. Desde que ésta le conoció en casa de los condes de Yébenes y pudo enterarse de la formidable disonancia entre el *corambovis* de aquel sujeto y sus menguados medios de subsistencia, le miró con interés y curiosidad. Aficionada *la moruna* a las generalizaciones, y ducha en buscar la entraña de las cosas, vió en él como una imagen sintética de la sociedad de aquel tiempo. No podía imaginarse nada más español que Guisando, debajo de sus apariencias europeas. Tratándole después con cierta asiduidad, tuvo ocasión Eufrasia de apreciar en él cualidades que al pronto le parecieron inverosímiles, pero que al fin, por especiales circunstancias, pudo comprobar plenamente. Ascendió Riva Guisando a jefe de Negociado en la Dirección de Rentas. Un amigo de los Socobios, don Cristóbal Campoy, ex diputado, tenía en aquella oficina un embrollado expediente de esos que se atascan en los baches de la Administración y no hay cristiano que los mueva. Se recomendó el asunto a Guisando; éste lo sacó del montón, lo estudió y resolvió como se pedía en menos de una semana. Maravillado y agradecido el señor Campoy, creyó que procedía recompensar la diligencia del funcionario con un discreto obsequio en metálico, y sin detenerse entre la idea y el hecho dejó algunos billetes del Banco metidos en una carta sobre la mesa del arrogante andaluz quien no tuvo sosiego hasta remitirlos con atenta epístola a las manos del propio donante. ¿Era esto moralidad intrínseca o un *bello gesto* de elegancia, un rasgo más de gran artista social? De todo había. Honradez y arte perfeccionaban la figura del caballero.

Al saber esto, Eufrasia se decía: «Pero ¿cómo vive un hombre que sólo en planchado de camisas ha de gastarse todo su sueldo, y aun puede que no le baste?» Hablando de esto con algún amigo muy conocedor del mundo, oyó *la moruna* explicaciones aceptables de aquel milagroso vivir:

—Se pasa la madrugada en el Casino y hace sus visitas a las mesas del treinta y cuarenta. Hay muchos que de este modo se ayudan..., van viviendo.

Otros casos semejantes al de Campoy que llegaron a conocimiento de la Villares de Tajo persuadieron a ésta de la rectitud y caballerosidad del atildado señor. Además, el trato frecuente le reveló en él otra cualidad, rarísima en la esfera social de aquel tiempo. Poseía el secreto de la conversación amena sin hablar mal de nadie. A todo el mundo encantaba sin emplear la ironía maliciosa. Defendía gallardamente a los que en su presencia recibían daño de las malas lenguas, y cuando la defensa era imposible callaba... Pues estas excelentes cualidades del sujeto agradaron a la dama y la movieron a protegerle. Cesante en el bienio, repuesto el 56 por influjo de Ros de Olano, le puso en peligro un malhadado arreglo del personal de Hacienda; pero Eufrasia acudió a Cantero, y no fué menester más para sostenerle. A la caída de O'Donnell y elevación de Narváez, temió el *gourmet* que le perjudicaría el haber sido recomendado por un general de la Unión; pero la marquesa habló expresivamente a Barzanallana, ponderándole la capacidad y el celo del empleado andaluz, y esto bastó para que quedara bien seguro en la nueva situación. El vulgo avieso y mal pensado vió en esta protección lo que no había, pues si *la moruna* endulzaba entonces su existencia con algún pasatiempo amoroso, iba su capricho por órbita muy distinta de la de Riva Guisando, y si en pasos de amor andaba éste, por querencia desinteresada o por estímulos de su ambición, no pisaba los caminos de Eufrasia, su incomparable amiga y protectora. La lógica de tal protección era que *la moruna* admiraba al caballero del milagro español, el único milagro que admitían tiempos tan irreligiosos y corruptos, la suprema maravilla de ser grato a todos ejerciendo la elegancia como virtud y la virtud como arte. Era don José de la Riva algo nuevo y grande en nuestra sociedad: la esperanza del rei-

no del bienestar y de la alegría destronando a la miseria triste.

XX

¡No había caído mala nube sobre nuestra pobre España! Los moderados, con el brazo férreo de Narváez y la despejada cabeza de Nocedal, estaban otra vez en campaña, comiéndose los niños crudos y los buenos platos guisados del presupuesto. Todo para ellos era poco: ni una plaza dejaron para los infelices del Progreso y la Unión. A los españoles que no eran borregos del odioso *moderantismo* les miraban como clase inferior, esclava y embrutecida. ¿Era esto gobernar un país? ¿Era esto más que una feroz política de venganza? A la ley de Desarmortización dieron carpetazo, y, en cambio, sacaban nueva ley de Imprenta, que no era más que un régimen de mordaza, de inquisición contra la grande herejía de la verdad. Temblaban los ciudadanos que en su vida tenían algún antecedente liberal; otros defendían sus personas y haciendas con el ardid de la adulación. El alma de España cubríase de las nieblas del miedo y en sí misma se recogía, como los inocentes acusados y perseguidos que al fin llegan a creerse criminales.

Ya no se atrevía el iracundo Centurión a soltar en público sus honrados anatemas. Temeroso de que sobre él o sobre sus buenos amigos recayese algún duro castigo, licenció la tertulia del café de Platerías. Los leales que le escuchaban como a un oráculo hubieron de congregarse en la propia casa o templo de don Mariano, que al quedar cesante tuvo que cambiar la dispendiosa vivienda en la calle de los Autores por otra más reducida y barata en la de San Carlos, esquina a Ministriles. Lo más doloroso de la mudanza fué el transporte de jardines balconeros y la precisión de deshacerse de corpulentos árboles y enredaderas vistosas que no tenían espacio en la nueva casa. Sobrellevó con cristiana paciencia doña Celia este desmoche de su riqueza forestal, y don Mariano, en un arranque de amargo pesimismo, entristeció más el alma de su esposa con estos lúgubres conceptos:

—Abandona, Celia, todas tus plantas aromáticas y floridas y trae a tus balcones un ciprés y un llorón, únicos árboles que ahora nos cuadran. Cadáveres o poco menos somos, y nuestra casa, cementerio.

A darle conversación iban algunas tardes el bajo Cavallieri, que se defendía míseramente cantando en las misas solemnes y en los funerales de primera; don Segundo Cuadrado, que con tétrico humorismo trataba de regocijar los abatidos ánimos; Nicasio Pulpis, que iba pocas veces, casi de tapadillo, con el solo fin de hablar pestes del Gobierno y desahogarse, pues ya los militares ni en los rincones más oscuros de los cafés podían aventurar una palabra de política. Iba muy de tarde en tarde Baldomero Galán, y no parecían ya por allí ni la marquesa de San Blas, ni Aniceto Navascués, ni Paco Bringas, estos dos últimos vendidos al Gobierno y adulones de Nocedal.

Si en política no transigía Centurión por nada de este mundo con sus enemigos, en otros órdenes de la vida era menos inflexible y daba paz a su fiereza. Amansado por la desgracia, volvió a tratarse con la coronela viuda de Villaescusa, y recibía de ella alguno que otro obsequio. Por Manolita sabía las buenas andanzas de Teresa en París, lo alegre que estaba y el mucho dinero de que disponía. La madre y la hija se escribían a menudo, y en ninguna de sus cartas dejaba Manolita de recordar a Teresa el cuidado de allegar el consabido millón que le aseguraba la existencia por el resto de sus días. Para hablar de esto tenía la coronela que emplear una clave, escondiendo la idea del millón debajo de la figura y nombre de un santo muy venerado. «No se aparte de tu mente —leía Teresa—, ni de día ni de noche, la devoción que debes a nuestro santo tutelar el bendito San Millán. Que ese glorioso santo guíe tus pasos, que sea contigo siempre y que te acompañe cuando vuelvas al lado de tu madre.»

Refería Manolita cuantas impresiones le comunicaba Teresa, los monumentos que veía, las preciosidades sin número que Isaac le compraba, y cuando se le iba concluyendo la realidad, metíase a inventar nuevos prodigios. Una tarde, no teniendo cosa positiva que contar, relató un sueño que tuvo la noche antes, el cual, si fuese verdad, había de traer

grande trastorno al mundo. Desgraciadamente, no era más que sueño, si bien de los más lógicos y verosímiles. Pues señor. Manolita había soñado que su hija llamaba la atención en París... Iba por la calle y todos se paraban para mirarla. Millonarios franceses y príncipes rusos le enviaban ramos de flores y cartitas pidiéndole relaciones. Tanto de ella se hablaba, que Napoleón quiso verla. De la ocasión y lugar en que la vió, nada decía la señora: este punto interesante quedaba envuelto en las neblinas del sueño... Total, que al emperador le entró la niña por el ojo derecho. Locamente enamorado, iba de un lado para otro, en las Tullerías, clamando por Teresa y pidiendo que se la llevaran... Aquí terminaba el sueño, y era lástima. ¡Sabe Dios la cola que traería el capricho imperial y las complicaciones europeas que podían sobrevenir si...! En fin: no hay que reírse de los sueños, que a lo mejor resultan profecías o barruntos vagos de la realidad.

Para Centurión, que no tenía derechos pasivos, era la realidad bien triste, sin que la embelleciera ningún ensueño. La situación reaccionaria, reforzada por el innegable talento de Nocedal, llevaba trazas de perpetuarse. Había moderados para un rato. Y aun cuando la reina, con otra repentina veleidad, les pusiese en la calle, sería para traernos a O'Donnell, con su caterva de señoretes tan bien apañados de ropa como desnudos del cacumen. No había, pues, esperanzas de colocación; los escasos ahorros se irían agotando, y la miseria, que ya rondaba, vendría con adusto rostro a prepararles una muerte tristísima. Como si las propias desgracias no fueran bastantes, las ajenas llamaban a la puerta de don Mariano con desgarrador acento. Leovigildo Rodríguez, que en la desesperación de su miseria solía recurrir a las casas de juego, arriesgando un par de pesetas para sacar un par de napoleones, tuvo un percance en cierto garito de la plaza Mayor, junto a la Escalerilla. Por un tuyo y mío surgió pendencia soez, y arrastrado a ella Leovigildo por su genio arrebatado, recibió un navajazo en el costado derecho, que a poco más le deja en el sitio. La herida era grave, pero no mortal. Lleváronle a una botica próxima; de allí a su casa: Mercedes se desmayó y los chicos entonaron un coro angélico que partía los corazones. Acudió Centurión al clamor de la vecindad, pues Leovigildo vivía en la calle de Lavapiés, muy cerca de la de San Carlos, y viendo que en la casa se carecía de todo y no había medios de hacer frente a la gran calamidad que se entraba por las puertas, acudió a Segismunda, hermana del herido. Esta fatua señora se limitó al ofrecimiento de sufragar los gastos de médico y botica. No podía más, según dijo, y harta estaba ya de socorrer a su hermano, que con su mala cabeza y peor conducta llamaba sobre sí todos los infortunios. Tan bárbaro despego puso al buen don Mariano en el compromiso de atender a la manutención de toda la chiquillería y de la madre mientras el herido se restableciese, que ello sería muy largo. ¿Qué había de hacer el hombre?

Y menos mal si las calamidades vinieran solas; que solas, ¡ay!, no venían, sino trabadas entre sí con enredo de culebras que retuercen la cola de una en la cabeza de otra. A la entrada de primavera tuvo doña Celia un ataque de reuma, que empezó con agudos dolores en la cintura, acabando en una completa invalidez y postración de ambas piernas. Creyó Centurión que el cielo se le desplomaba encima. Habría tomado para sí la enfermedad de su esposa, si estos cambios pudieran efectuarse. Se avecinaban días horrorosos, requerimiento de médicos, que uno y dos no habían de bastar, dispendios de botica y, sobre todo, el dolor de ver en tan gran sufrimiento a la bonísima Celia. Y ¡este traspaso, estas angustias, venían en tiempo de maldición, que maldición es la cesantía y azote de pueblos!... Antes castigaba Dios a la Humanidad con el diluvio; a Sodoma y Gomorra, con el fuego; ahora, descargando sobre los países corruptos una nube de *moderados*, en vez de castigar a los malos les da de comer y a los buenos les mata de hambre. «¿Quién entiende esto, Señor; qué cojondrios de justicia es la que mandan los cielos sobre la tierra?»

Ya sabía Dios lo que hacía. Proponiéndose tal vez dar a la Humanidad otro Job que fuera lección y ejemplo de paciencia ante la rigurosa adversidad, dispuso que cayeran sobre el poco sufrido don Mariano nuevas y más atroces des-

venturas, que se referirán a su debido tiempo. Sépase ahora que las demasías del Gobierno Narváez-Nocedal tenían constantemente al infeliz cesante en un grado de exaltación que le amargaba la existencia. Cuando se hicieron públicos los graves sucesos del Arahal, una revolución más agraria que política, no bien conocida ni estudiada en aquel tiempo, no podía el buen hombre contener su ira, y en medio de la calle, con descompuestos gritos, expresaba su protesta contra la bárbara represión de aquel movimiento. Cuadrado, que con él venía calle abajo por la de Lavapiés, le recomendó que adelgazara la voz y reprimiera su justa cólera, pues no estaban los tiempos para vociferar en público sobre tan delicadas materias. Pero él no hacía caso: a borbotones le salían los apóstrofes, y la justicia y la verdad que proclamaba no se avenían a quedarse de labios adentro. En la puerta de la tienda de un sillero, conocido en todo el barrio por sus fogosas ideas, puso cátedra Centurión, y ante el auditorio que pronto se le formó, el sillero y su mujer, el zapatero de un portal próximo, dos transeúntes que se agregaron y cuatro chiquillos de la calle, rompió con estas furibundas declamaciones:

—¿Qué pedían los valientes revolucionarios del Arahal? ¿Pedían libertad? No. ¿Pedían la Constitución del doce o del treinta y siete? No. ¿Pedían acaso la Desamortización? No. Pedían pan..., pan..., quizá en forma y condimento de gazpacho... Y este pan lo pedían llamando al pan democracia, y a su hambre reacción... Quiere decirse que para matar el hambre, o sea la reacción, necesitaban democracia, o llámese pan para mayor claridad... No creáis que aquella revolución era política, ni que reclamaba un cambio de Gobierno... Era el movimiento y la voz de la primera necesidad humana: el comer. Bueno: pues ¿qué hace el Gobierno con estos pobres hambrientos? ¿Mandarles algunos carros cargados de hogazas? No. ¿Mandarles harina para que amasen el pan? No. ¿Mandarles cuartos para que compren harina? No. Les manda dos batallones con las cartucheras bien surtidas de pólvora y balas. La tropa, bien comida, pone cerco al pueblo, embiste, penetra en las calles y acosa con tiros a la multitud revolucionaria para que se entregue. ¿Por ventura los soldados apuntan a la cabeza? No. ¿Apuntan al corazón? No. Apuntan a los estómagos, que son las entrañas culpables. El corazón y el cerebro no son culpables... No van los tiros a matar las ideas, que no existen; no van a matar los sentimientos, que tampoco existen: van a matar el hambre... Dominada la insurrección y cogidos prisioneros sin fin, el jefe de la fuerza escoge para escarmiento los que han sido más levantiscos... En las caras se les conoce su perversidad: fíjanse en los más pálidos, en los más demacrados. Aquéllos, aquéllos son los que gritaron democracia, que fué un disimulo del grito de pan... Pues escogidos cien democráticos, o dígase cien estómagos vacíos, los llevaron contra unas tapias que hay a la salida del pueblo, y allí les sirvieron la comida, quiero decir, que los fusilaron... Y ya se les cerró el apetito, que abierto tenían de par en par. No hay cosa que más pronto quite la gana de comer que cuatro tiros con buena puntería... Esos cien hambrientos pronto quedaron hartos... Ya lo veis, señores: cien hombres fusilados por el delito de no haber almorzado, ni comido, ni cenado en muchos días. ¡A esto llaman Narváez y Nocedal gobernar a España! España pide sopas: ¡tiros! España pide justicia: ¡tiros! Yo pregunto: ¿tiene hambre Narváez? No tiene hambre, sino sed de sangre española. Pues démosle nuestra sangre; que acabe de una vez con todos los buenos liberales. ¿Preferís vivir sin comer a morir de un tiro? No... ¿De qué os duele el estómago: de empacho de libertad o de vacío de alimentos? De vacío de alimentos. ¿Creéis que con ese horrible vacío se puede vivir? No. Pues pedid al Gobierno que os mate, que bien sabe hacerlo... Y para abreviar, digo yo: ¿no sería más sencillo que al decretar las cesantías en un cambio de Gobierno nos reunieran en un patio en la plaza de toros a todos los cesantes con sus familias respectivas, y poniéndonos en fila delante de un pelotón de soldados, nos vendaran los ojos y nos mandaran rezar el credo...? El jefe de la fuerza daría las voces de ordenanza: «¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Cesen!...», y pataplum..., cesábamos... Todas las penas se acababan de una vez... Con Dios, señores, y a casa, que huele a pólvora... y

sopla un aire tempestuoso cargado de Nocedales... Con Dios.

XXI

Aunque debía su puesto a *los hombres de julio*, el gran *Sebo* era una excepción venturosa en nuestra política, y no estaba cesante bajo la dominación moderada. Decía de él Centurión que era una de esas lapas que no se desprenden de la roca sino hechas pedacitos. El caso fué que en la crisis de octubre del 56 la subida de Narváez hirió a Telesforo en lo más sensible de su dignidad. ¿Con qué cara continuaría en su empleo, él, que bien podía contarse, y a mucha honra, entre *los hombres de Vicálvaro?* ¿Presentaría la dimisión antes que un ignominioso puntapié le lanzara a la calle? En tales dudas estaba, cuando su protector, el marqués de Beramendi, confortó su turbado espíritu con estas razones:

—Usted no dimite, ni le dimiten, porque es un funcionario irreemplazable en el organismo de la Administración. Y para que el amigo Nocedal así lo comprenda, y detenga la mano aleve que a estas horas emborrona las cesantías, voy a prevenirle al instante, diciéndole quién es *Sebo* y lo que significa y vale.

Así lo hizo Fajardo, y no fué preciso más para que *las narices de perro pachón* se salvaran del desmoche y ejercieran su olfato en servicio del nuevo ministro.

Un año después de esto, en octubre del 57, tuvo que ver Beramendi a Nocedal para un asunto que vivamente le interesaba; mas antes de ir a Gobernación habló con Telesforo, habilísimo en descubrir hechos ignorados y en encontrar la relación de ellos con otros conocidos. De él sacó Beramendi cuantos datos podían servirle, y se fué derecho a Nocedal, cogiéndole en su despacho a la hora en que le creyó menos agobiado de visitantes políticos y de pretendientes jaquecosos.

Apreciaba realmente Fajardo al ministro de la Gobernación, aunque las ideas de uno y otro rabiaban de verse juntas; le tenía en gran estima por su talento, por su cultura y amenidad y hasta por el gallardo cinismo con que había pasado de la exaltación progresista a los furores ultramontanos. No veía en esto defección ni apostasía, creyendo que ningún hombre está obligado en edad madura a respetar su propia juventud. La juventud es aprendizaje, ensayo de medios de vida, tanteo y calicata de terrenos. Cada cual sabe adónde va y por dónde va más seguro, según sus aspiraciones y fines. El pensar, al vivir debe subordinarse. Nocedal comprendió que por el progresismo, terreno a media formación y surcado de zanjas peligrosas, no se iba a ninguna parte. Los caminos de la reacción podían llevarle más pronto a resolver los capitales problemas de la existencia. La libertad era, en verdad, cosa espléndida y sugestiva; pero aventurarse por sus senderos tortuosos y de extremada longitud era locura no teniendo doscientos o trescientos años por delante. La vida es corta ¿A qué malograrla en lo inseguro, en lo discutido, en lo variable? ¿No es más práctico apoyarla en lo indiscutible y eterno, en la base sólida de las cosas dogmáticas? Beramendi se ponía en su caso y hallaba muy natural que hubiese tomado postura política al arrimo de la Iglesia. Era un gran talento que gustaba de comodines. Fácil es la política en que todo se arregla echando a Dios por delante: no es preciso argumentar mucho para esto, porque en el ultramontanismo todo está pensado ya. ¡Qué cómodo es tener la fuerza lógica hecha y acopiada para cuantos problemas de gobierno puedan ocurrir!

Entró Beramendi en el despacho del ministro; éste se fué a su encuentro con rostro alegre, y al estrecharle ambas manos tiró de él para llevarle junto a un balcón donde podían hablar con más reserva. Contra las presunciones de Fajardo había gente, aunque no mucha ni la más enfadosa del ganado político.

—Ya sé a qué viene usted—dijo el ministro—. Y usted sabe también que este cura, Cándido Nocedal, ha hecho en el asunto cuanto humanamente podía...

—No, amigo, no: usted puede y debe hacer mucho más. Déjeme recordarle el caso y agregar algunos antecedentse que usted ignora.

—Me parece que no ignoro nada. La hija de Socobio y su amante vinieron a Madrid el mes pasado..., creo que de un pueblo próximo a Villalba. Traían un ni-

ño enfermo, el único hijo que han tenido, creo yo.

—El único. El niño tenía poco más de dos años. Por quien le ha visto sé que era una criatura ideal... Enfermó en el pueblo, y no sabiendo sus padres cómo curarle, le trajeron a Madrid. Se alojaron en la calle de la Ventosa, miserablemente; buscaron médico... Ni el médico pudo hacer nada, ni Dios quiso salvar al niño. Imagínese usted, mi querido Nocedal, la tribulación de aquellos infelices, privados de todo recurso... Y en esta situación, la infame policía les rondaba.

—Y qué quiere usted, amigo mío. La Policía tiene que cumplir con su deber. No deja de ser lo que es porque los criminales se encuentren en una situación patética, digna de piedad, de misericordia...

—Déjeme seguir. Muerto el pequeñín, había que enterrarle. Leoncio se procuró un ataúd blanco. Entre los dos amortajaron al pobre ángel... Sé todo esto por quien lo vió... Le vistieron con sus trapitos remendados, le pusieron flores y ramitos de albahaca... Leoncio cogió la caja para llevarla al cementerio... Salió, tomó su camino por el paseo Imperial. Figúrese usted si iría desolado el hombre.

—Sí..., desoladísimo, y la situación algo novelesca... Ya sé lo que usted me va a decir ahora... Que los policías escogieron aquel momento de emoción tan grande y bella para echar el guante a Leoncio... Sí, sí; es tremendo; pero qué quiere usted: la ley es la ley. Observe, querido Pepe, que los policías no fueron insensibles a la tribulación de un padre que va camino del cementerio con su hijo debajo del brazo: respetaron aquel dolor inmenso...

—Pero le seguían... Esperaban a que el niño quedara en la tierra para caer sobre el padre...

—Y eso prueba que no son los agentes de Seguridad tan inhumanos como se cree... Luego que Leoncio cumplió sus últimos deberes de padre, salió del cementerio...

—Y no había dado veinte pasos cuando se abalanzaron a él como perros de presa...

—Cumplían las órdenes que se les dieron. El otro sacó una pistola de esas que llaman *giratorias*, y empezó a tiros con los agentes: a uno le metió una bala en la clavícula; al otro le habría dejado en el sitio si con tiempo no se hubiera puesto en salvo... El mismo ha referido que corría más que el viento.

—¡Lástima que Leoncio no hubiera matado a esos canallas! En fin: el valiente chico escapó de milagro... Locos andan los guindillas buscándole.

—Y le encontrarán, créalo usted.

—Antes de que le encuentren, querido Nocedal, yo vengo a pedirle a usted que dé órdenes a don José de Zaragoza o al inspector Briones para que dejen en paz a ese hombre infeliz... Leoncio no es más criminal que usted ni que yo, ni que otros mil, burladores de matrimonios y de toda ley religiosa y social.

—Por Dios, mi querido Beramendi, nosotros seremos eso y algo más...; allá usted con la responsabilidad de lo que dice; pero ni a usted ni a mí, gracias a Dios, se nos ha formado causa por adulterio y rapto, con agravante de abuso de confianza... ¿Qué quiere usted que haga yo, yo, que habré sido el pecado, paso por ello, pero que ahora soy la ley?... Es uno pecado y es uno ley cuando menos lo piensa. Yo haría fácilmente, en este caso, lo que el amigo me pide: coger la ley y meterla donde nadie la viese... Pero ¿no sabe el amigo que tengo sobre mí la mosca de don Serafín del Socobio, que no me deja vivir, que viene a mí con sus pretensiones, asistido del arzobispo, del nuncio, del presidente del Consejo, de la reina y del Verbo Divino, para que yo coja y encierre y haga picadillo al lobo que se llevó la oveja del *Joven Anacarsis?*... Si el juez me pide que le busque y le capture y le traiga atado codo con codo, ¿qué he de hacer yo?

—Pues nada: mandar a paseo al juez, y a don Serafín, y a todas las personas altas que apoyan esa barbarie... Yo pregunto: ¿Leoncio Ansúrez se llevó a Virginia contra la voluntad de ésta?... ¿Por ventura, empleó engaño para llevársela, o recursos de magnetismo, o algún brebaje maléfico?... ¿Cree usted que en la situación presente de Virginia y Leoncio es legal y moral separarles? Ya sabe usted, Nocedal amigo, que entre sacristanes la efigie milagrosa pierde mucho de su veneración. La moral labrada toscamente y vestida de colorines, ante la cual el vulgo se arrodilla y reza,

a nosotros poco o nada nos dice. Quitémonos la máscara, Nocedal, y hablemos claro. Ponga usted la mano sobre su conciencia y dígame si cree que ese hombre, el hombre del niño muerto y de la pistola giratoria, debe ser perseguido como un criminal.

—¿Quién lo duda, marqués? ¡Adónde iríamos a parar si aplicáramos al pueblo la moral que usted llama de los sacristanes!

Dijo esto con su habitual gracejo, mirando al amigo y turbándole un tanto con la fina sonrisa que solía poner en su rostro volteriano. Muy serio contestó Beramendi:

—Iríamos a parar adonde estamos: a la relajación de toda ley, al libre ambiente de una sociedad en la cual todos somos unos grandes bribones que nos pasamos la vida perdonándonos nuestras picardías y barrabasadas. Si no tuviera esta sociedad el perdón y la indulgencia, no tendría ninguna virtud. Toda la moral que viene de arriba, en cuanto toca al suelo queda reducida a un prontuario de reglas prácticas para uso de las personas pudientes... Elevémonos un poco sobre estos absurdos: levantemos nuestros corazones, que usted puede hacerlo como nadie; su gran talento le ayudará. Tras de usted voy yo, y con usted subo... Seamos un poquito indulgentes con ese humilde ladrón de mujer casada, ya que con ladrones mejor vestidos hemos derrochado tanta indulgencia... ¿No lo cree usted así?

—¿Yo qué he de creer?—replicó Nocedal, echándolo todo a risa—. Ingenioso es lo que usted me dice, y yo le oigo con mucho gusto...

—Pero, oyéndome con mucho gusto, en cuanto yo vuelva la espalda tomará usted sus medidas para cometer la gran iniquidad. No me mire con esos ojos, que no sé si son asombrados o burlones... La intención del ministro bien comprendida está... Han hecho ustedes una *ley de vagos*...

—Sí, señor. Ley de higiene social, de policía política...

—Está bien. Esa ley, que ya es inicua por facilitar la persecución y destierro de la gente política de oposición, lo es mucho más porque con ella se desembarazan los amigos del Gobierno de toda persona que les estorba. ¿Que don Fulano o don Mengano, personaje o fantasmón influyente; que la Zutanita o la Perenzejita, damas, o menos que damas, querindangas tal vez de cualquier cacicón, tienen algún enemigo a quien desean apabullar, con razon o sin ella? Pues aquí está la ley de vagos para socorrer a los bienaventurados que tienen hambre y sed de venganza.

—¡Eh...; poco a poco, marqués!—dijo don Cándido con gravedad sincera—. Eso podrán hacerlo otros..., no lo sé. Lo que aseguro es que yo no lo hago.

—Pero como en el caso de Leoncio Ansúrez hay causa criminal pendiente, el señor ministro lo hará, y se quedará tan fresco, y ni aun se lavará las manos con que ha dado el golpe. ¡Qué manera tan sencilla y fácil de dar satisfacción a esos malditos Socobios! Coge la Policía al desdichado Ansúrez, y por el doble delito de robar a Virginia y del desacato reciente a la autoridad, me le mandan a Leganés atado codo con codo De allí, sin dejarle respirar, sin que nadie se entere ni puedan socorrerle los que le aman, saldrá para Filipinas o para Fernando Poo en la primera cuerda... ¡Qué bonita, qué rápida sentencia! Y ¡la pobre mujer, que por fas o por nefas tiene puesto en él todo su cariño, esperándole hoy, esperándole mañana, esperándole quizá toda la vida!

—Es triste..., sí... Ya ven que el amor libre tiene sus quiebras...

—El amor atado las tiene mayores... Y ya que hemos nombrado a Virginia, sabrá usted que la he recogido, la he puesto en lugar seguro..., no me pregunte usted dónde..., y me la llevaré a mi casa, donde Ignacia y yo la tendremos y miraremos como hermana si nuestro buen amigo persiste en aplicar a Leoncio la ley de vagos.

—Verdaderamente — dijo el ministro fingiéndose sorprendido para disimular su inclinación a la benevolencia—, no sé, no entiendo, mi querido marqués, los móviles de ese interés de usted por un quídam, por un zascandil...

—Los móviles de ese grande interés —replicó Beramendi con acento grave— no son otros que un ardiente amor a la justicia. La justicia esencial me mueve... Y esto que digo, bien lo comprende usted. En el fondo de su espíritu, usted piensa y siente como yo... Pero desde el fondo del espíritu de Nocedal a la exterioridad del hombre público, del

ultramontano por conveniencia, del ministro de la Gobernación, hay distancia tan grande, que los sentimientos no tienen tiempo de llegar a los ojos, a los labios... ¿Qué?

—No he dicho nada. Siga usted.

—Sólo me queda por decir que si el amigo no me hace caso, si no satisface este anhelo mío de justicia, perderemos las amistades.

—¿Así como suena?... ¿Perder las amistades?... Y amistades que no son políticas, sino de puro afecto y simpatía.

—Afecto y simpatía se desvanecerán. Además de eso, yo perderé una ilusión: el convencimiento de que Nocedal no es tan fiero como le pintan.

Tanto y con tanto ardor insistió Fajardo en su pretensión humanitaria, que el otro, si no se dió a partido resueltamente, bien claro mostraba en su rostro la flexibilidad inherente a todo político español: blandura de voluntad que si en el común de los casos que afectan al interés público es defecto grande, en algún particular caso, como el que ahora se cuenta, era hermosa virtud. Un poco más de matraca del bravo Beramendi, y ya podría Leoncio reírse de la trampa que le tenían armada... No era, en efecto, el ministro de la Gobernación tan fiero como se le pintaba. Su destemplado ultramontanismo, manifiesto en la vaguedad de los principios y en la retumbancia de los discursos, apenas tenía eficaz acción en la vida práctica, y si en la general esfera política funcionaba con estridente ruido el potro de tormento, en la esfera privada y en los casos particulares todos los garfios y ruedas de la tal máquina se volvían completamente inofensivos. Era Nocedal un hombre culto, de trato amenísimo que había tomado la postura ultramontana porque con ella descollaba más fácilmente entre sus contemporáneos. Si los caracteres son producto y resultancia de elementos éticos, que, difusos y sin conformidad entre sí, se ramifican en el fondo social, el complejo ser de don Cándido había tomado su fundamental savia de yacimientos morales muy desperdigados y diferentes. Sensible como pocos al amor, la ternura de su corazón ante el sexo débil le inspiraba la piedad en la vida política. Por eso, si no presenta su conducta privada el modelo perfecto del hombre, tampoco hay en su gestión pública actos de crueldad; si por la doctrina ultrarreaccionaria que profesó fué odioso a muchos que no le conocían, su trato encantador y afabilísimo le hizo simpático a cuantos le trataban Juzgándole por el aspecto declamatorio y vano que lleva en sí todo papel político, aparece como un discípulo de Torquemada, o como Gregorio VII redivivo; pero si le hacemos bajar a las llanezas de la Administración, vemos en él un excelente gobernante que supo llevar el orden, la actividad y la rectitud al departamento que regía.

Seguro ya de haber conquistado el corazón del ministro, despidióse Beramendi con extremos de afecto y gratitud... Algún recelo le asaltó al partir; ya próximo a la puerta, retrocedió, diciendo a su amigo:

—No me voy tranquilo, Nocedal..., y es que... me temo que usted, con toda su buena voluntad, no pueda ocuparse de este asunto... por falta de tiempo... Déjeme que le explique... La gran tensión de espíritu que he puesto en salvar a Leoncio me quitó de la memoria... algo que quería decirle a usted... Es una noticia de sensación. Allá va: están ustedes caídos.

Riendo, contestó Nocedal algo que expresaba dubitación no exenta de intranquilidad.

—Lo sé por el conducto más auténtico. La regia prerrogativa, que hemos convenido en comparar a una veleta, ha dado una vuelta en redondo.

—Cuentos, amigo, chismajos de la Puerta del Sol. Su majestad está en meses mayores y no se ocupa de política

—Su majestad está fuera de cuenta, y ha decidido que la noticia de su alumbramiento no la dé al país el Ministerio Narváez-Nocedal. Veo que usted no lo cree..., tal vez lo duda. Pues *in dubiis libertas*. La libertad de ese Leoncio me arreglará usted sin tardanza. Hoy mismo, por lo que pueda tronar...

—Arreglado quedará hoy.

—Hágalo usted por mí, por la justicia... y por el feliz alumbramiento de doña Isabel Segunda.

XXII

En la Puerta del Sol se encontraron Beramendi y el *Joven Anacarsis*—¡oh fatalidad cómica de los encuentros personales en el laberinto de las poblaciones!—, y después de los saludos cambiáronse las preguntas que infaliblemente hacían siempre que la casualidad les juntaba. Ernesto preguntó por Aransis y Beramendi por Teresa Villaescusa. Ved aquí las respuestas: continuaba en Atenas el marqués de Loarre; pero fatigado ya de la vida helénica y algo resentida su salud, había pedido licencia para venir a Madrid y gestionar su traslado a Bruselas o Estocolmo. Teresa volvía de París, después de ausencia larga y de no pocas peripecias, según le habían contado a Ernestito sus amigos del Crédito Franco-Español. Ya no *hablaba* con Brizard: los motivos del acabamiento de relaciones, *Anacarsis* los ignoraba. Sólo sabía que la hermosa mujer había cogido en sus redes a un marqués o conde andaluz, tan cargado de años como de dinero, según decían, y no libre de los achaques que anublan el ocaso de una vida de continuos goces... De algo más habló Ernesto; pero en la memoria de Beramendi no quedó rastro de ello, y con indiferencia le vió partir y desvanecerse en aquella muchedumbre de la Puerta del Sol, compuesta de desocupados expectantes y de transeúntes sin prisa.

El mismo día en que Isabel II dió a luz con toda felicidad un príncipe, que había de llamarse Alfonso, llegó a Madrid Teresa Villaescusa. Recibíala su patria con tumulto de alegría y esperanzas y con preparativo de festejos: hasta en esto había de tener Teresa buena sombra. En su paso desde la frontera a Madrid, las impresiones que recibió fueron asimismo muy gratas, según contó meses adelante a sus amigos de esta Corte. Ello fué que, viniendo de un país tan bello como Francia y de ciudad tan opulenta y fastuosa como París, al embocar a España por Behovia no sintió la tristeza que deprime el ánimo de la mayoría de los viajeros cuando pasan de la civilización a la incultura y del vivir amplio a la estrechez mísera; sintió más bien alborozo y verdadero amor de familia. Atravesando en la diligencia las estepas de Castilla, no se cansaba Teresa de contemplar las tierras pardas, sin vegetación, a trechos labradas para la próxima siembra; entreteníase mirando y distinguiendo los tonos diferentes de aquella tierra esquilmada, madre generosa que viene dando de comer a la raza desde los tiempos más remotos, sin que un eficaz cultivo reconstituya su savia o su sangre. Miraba los pueblos pardos como el suelo, las mezquinas casas formando corrillo en torno a un petulante campanario... Ni amenidad, ni frescura, ni risueños prados veía, y, no obstante, todo le interesaba por ser suyo, y en todo ponía su cariño, como si hubiera nacido en aquellas casuchas tristes y jugado de niña en los ejidos polvorosos. Las mujeres vestidas con justillo, y con verdes y negros refajos, atraían su atención. Sentía piedad de verlas desmedradas, consumidas prematuramente por las inclemencias de la Naturaleza en suelo tan duro y trabajoso. Las que aún eran jóvenes tenían rugosa la piel. Bajo las huecas sayas asomaban negras piernas enflaquecidas. Los hombres, avellanados, zancudos, con su seriedad de hidalgos venidos a menos, parecían llorar grandezas perdidas Todo lo vió y admiró Teresa, ardiendo en piedad de aquella desdichada gente que tan mal vivía, esclava del terruño y juguete de la desdeñosa autoridad de los poderosos de las ciudades. Por todo el camino, al través de las llanadas melancólicas, de las sierras calvas, de los montes graníticos, iba empapando su mente en esta compasión de la España pobre a solas, muy a solas, pues la persona que la acompañaba esparcía sus pensamientos por otras esferas.

En Madrid permaneció Teresa algunos días en completa oscuridad. Advirtieron los amigos y parientes de la familia que la coronela no echaba las campanas a vuelo por la llegada de su hija, sin duda porque ésta no había rezado bastante al bendito San Millán para que le concediera el millón, objeto de las ansias maternales. Según indicaciones de Manolita, el rompimiento con Brizard no había sido por culpa de Teresa, cuyo comportamiento con el caballero francés fué siempre correctísimo. Los padres de Isaac le prepararon matrimonio con una opulenta señorita alsaciana, que debía de ser hebrea por el sonsonete del

nombre, algo así como *Raquel* o *Rebeca*... Lo que le supo peor a Manolita fué que Brizard, al despedirse de Teresa, no le dió más que la porquería de diez mil francos. ¡Quién lo había de creer de un hombre tan rico, tan rico, que sólo en un punto que llaman Mulhouse tenía tres fábricas de hilados, y en otro punto que llaman Charleroi, allá por los Países Bajos, poseía minas de carbón muy grandes, muy ricas! En fin: no había más remedio que tener paciencia. Daba a entender asimismo la coronela que no era muy de su devoción aquel *embalsamado* con quien Teresa volvía de París, un señor flaco, atildado y mortecino, que parecía un Cristo retirado de los altares. Limpio era y de maneras finísimas el marqués de Itálica, que así le llamaban; pero algo tacaño y, además, hurón: venía con el propósito de llevarse a Teresa a un pueblo de Sevilla, donde tenía gran casa y hacienda mucha. ¡Vaya, que meter a la niña en un villorrio y esconderla como cosa mala!... Nada pudo contra esto Manolita, y vió pasar a su hija por Madrid como una sombra triste, después de socorrer a Centurión con algún dinero y a doña Celia con cuatro hermosas macetas de flores.

Hallábase Beramendi en aquellos días muy debilitado de memoria y con los ánimos caídos. Pasaban hechos y personas por delante de su vida sin dejar imagen ni apenas recuerdo, y la vida externa le interesaba poco, como no fuera en la esfera familiar y de las íntimas afecciones. Una vez que aseguró la libertad y sosiego de *Mita* y *Ley*, y les vió partir para el pueblo donde tenían su habitual residencia y modo de vivir, quedó tranquilo y no se ocupó más que de sus propios asuntos. Paseando solo una mañana por la calle de Alcalá, vió a Eufrasia que salía de San José con Valeria. Ambas venían de trapillo eclesiástico, vestidas modestamente y con rosario y libro. Ya sabía Beramendi que la *moruna* andaba en la meritoria empresa de corregir a la Navascués de sus locos devaneos, aplicándole la medicina infalible: frecuentar los actos religiosos Consigo a diferentes iglesias la llevaba, eligiendo aquellas formas del culto que más pudieran cautivar por su solemnidad a la descarriada joven. Y no estaba Eufrasia descontenta. Valeria, mujer de indecisa y floja personalidad, se dejaba modelar fácilmente por toda mano que la cogía. Saludó a las dos damas el buen Fajardo, que después del cambio de cortesanías oyó de labios de la marquesa estas palabras afectuosas:

—¡Ay Pepe, qué caro se vende usted!... ¿Nosotras? Ya lo ve..., venimos de la iglesia, venimos de comulgar... Aprenda usted, hereje, mal cristiano... Adiós, adiós, y vaya usted alguna vez por casa, que allí no nos comemos la gente.

Siguió cada cual su camino. Beramendi las vió pasar como sombras, y no pensó más en ellas. Así había visto pasar y caer el Ministerio Narváez-Nocedal, cuya política arbitraria y dura llegó a inspirar miedo en Palacio, y así vió venir el Gabinete Armero-Mon-Bermúdez de Castro, que no era más que una cataplasma simple aplicada al tumor nacional; vió después desvanecerse y morir con su último día el año 57, y aparecer con risueño semblante el 58; y vió cómo trajo también este año nuevo su correspondiente Ministerio anodino, que se llamó Istúriz-Sánchez Ocaña, y tan sólo se hizo memorable porque dentro de él unos tiraban a liberales templados, otros al absolutismo rabioso... En la mente de Fajardo se fijó la idea de que el alma de la nación, como la de él, sufría un acceso de pesada somnolencia. Todo dormía en la sociedad y en la política; todo era gris, desvaído; todo insonoro y quieto como la superficie de las aguas estancadas. Pasaban meses, y las querellas entre las distintas fracciones moderadas, la *liga blanca* la *liga negra*, no sacaban a la política de su sombría catalepsia... Por fin, un hombre agudísimo y de cuidado, don José Posada Herrera, astur, largo de cuerpo y de entendederas, puso fin a todo aquel marasmo y atonía de las voluntades.

Antes de ver cómo se movieron las dormidas aguas, sépase que una mañana de fines de mayo fué sorprendido Beramendi por la súbita presencia de Guillermo de Aransis, que apenas llegó de Marsella corrió a los brazos de su entrañable amigo. Doce días había tardado del Pireo a Madrid, rapidísimo viaje en aquellos tiempos de lentitud en todas las cosas. Encontróle Fajardo envejecido, canosa la barba, raló el pelo y los ojos

privados de aquel alegre resplandor que tuvieron en España.

—¿Qué tal las griegas? ¿Te han tratado bien las griegas?—le dijo.

Sonrió el de Loarre; y como el otro pidiera con insistencia informes del bello sexo en aquel clásico país, hizo Guillermo un resumen étnico y social de todo el mujerío ateniense, lacedemonio, beocio y tesálico... Luego, en el almuerzo, a instancias de Ignacia y de don Feliciano, dió noticias interesantes de Atenas, de la Acrópolis, del Partenón, de los montes Pindo, Himeto y hasta del mismísimo Parnaso. Con todas sus hermosuras, más reales en el conocimiento humano que en la propia Naturaleza, Loarre quería dar un solemne adiós a la patria de Homero solicitando la representación de España en un país del norte de Europa.

—Pide por esa boca, hijo mío y no te quedes corto—dijo Beramendi—, que prontito vamos a tener en candelero a nuestro grande amigo *don Leopoldo el Largo*, y a él nos vamos como fieras cuando gustes... ¿Quieres mañana, quieres hoy mismo?

Respondió Aransis que no había tanta aprisa, y que si estaba en puerta O'Donnell, debían esperar a la efectiva entrada.

—¡Ay chico, cómo se conoce que vienes de Grecia, de un país alelado, de un país dormido sobre ruinas! Hay que tomar vez, hijo mío. No permitamos que el aluvión de pretendientes nos coja la delantera. Seamos nosotros aluvión de madrugadores. Iremos mañana. ¿No sabes lo que pasa? En el Ministerio de este pobrecito Istúriz han puesto una bomba, que se llama don José Posada Herrera, la cual estallará el día menos pensado y vas a ver volar por los aires los restos despedazados del Moderantismo. Y hay más, querido Guillermo. Me consta por revelación directa y verbal de un amigo mío que tiene alas para entrar en Palacio, y entra por los balcones, por las chimeneas, por las rendijas..., vamos, por donde quiere; me consta, digo, que la pobrecita Isabel está desde hace un año muy pesarosa de haber despedido a O'Donnell... Fué un verdadero tropezón y torcedura de pie en aquel baile famoso... Su majestad no tiene consuelo, y elevando sus reales ojos a las bóvedas pintadas por Tiépolo dice que no hay hombre más insufrible que Narváez; que se vió precisada a dárle el canuto antes de tiempo, porque con sus malas pulgas y sus intemperancias sacaba de quicio a toda la Nación; que ha traído estos Gabinetes de cerato simple para calmar los ánimos, apurar las Cortes y ganar días, hasta que lleguen los de O'Donnell, que serán largos y felices... Esto y algo más que aquí no puedo decir, tengo yo que contarle al conde de Lucena... A poco que él apriete, España es súya y para mucho tiempo. ¡Arriba la Unión!... Dime tú: ¿has leído el discurso que en el Senado pronunció don Leopoldo en mayo del año último?... *No, padre.* Pues a tu Legación había de llegar la *Gaceta*. Pero tú, entretenido con las griegas, no ponías la menor atención en las cosas de tu patria. En aquel discurso memorable, sin fililíes oratorios, salpicado de frases pedestres y de alguno que otro solecismo, se nos revela O'Donnell como el primer revolucionario y el primer conservador. El transformará la familia social; él ennoblecerá la política para que ésta, a su vez, ayude al engrandecimiento de la sociedad... ¿No me entiendes? Pues ya te lo explicaré mejor... ¡Arriba la Unión, arriba O'Donnell!

Fueron a visitar al grande hombre, a quien hallaron frío y reservado en la conversación política, afabilísimo y jovial en todo lo que era de pensamiento libre. Algo de las referencias de intimidad palatina que Beramendi le llevó ya era de él conocido: algo había que ignoraba o que afectaba ignorar, añadiendo que le tenía sin cuidado. Dejaba traslucir la persuasión de que el Poder iría pronto a sus manos; pero esperaba sin impaciencia la madurez del hecho. En su íntimo pensar, se decía Beramendi que esta actitud de flemática pasividad no carecía de afectación, finamente disimulada. Era un recurso más de arte político, casi nuevo entre nosotros. Variando graciosamente la conversación, O'Donnell pidió a Guillermo noticias de la política griega, de cómo eran allá las Cámaras, el parlamentarismo, de la forma en que se hacían las elecciones y se mudaban los Gobiernos. Aransis le explicó la política helénica con extremada precisión narrativa, y con detalles pintorescos y ejemplos anecdóticos que daban la impresión justa de la realidad.

El general y todos los presentes alabaron la pintura, y doña Manuela sintetizó su juicio con esta frase:

—Lo mismo que aquí.

—Lo mismo, no—dijo don Leopoldo—. Peor, mucho peor. Nos imitan, y los imitadores valen siempre menos que sus modelos.

Hablóse esto en la modesta casa (calle del Barquillo) y en la modestísima tertulia del general, después de comer. Los íntimos que asiduamente concurrían no pasaban de media docena, y el tiempo se invertía en conversaciones familiares, o en alguna partida de tresillo casero, a tanto ínfimo. El juego favorito de O'Donnell era el ajedrez; pero no quería jugarlo sino cuando la ocasión le deparaba un adversario digno de su maestría. Conviene hacer constar los hábitos sencillísimos del gran don Leopoldo. Por las mañanas solía consagrar largas horas a la lectura de libros y revistas profesionales, que le ponían al tanto de la ciencia militar de su tiempo. Después de almorzar, recibía visita de gente política, con la cual charlaba discretamente, sin dar largas a su espontaneidad. Paseaba por las tardes, en buen tiempo, con la condesa; no iba jamás a reuniones, y a teatros rarísima vez. Por las noches, después de la tertulia, en la cual se daba el *rompan filas* a hora temprana, tenía largas pláticas con su mujer, que, por sufrir pertinaces insomnios, procuraba entretener los instantes hasta que llegase el del deseado sueño. Gustaba doña Manuela de la lectura de folletines, y se deleitaba y divertía con los más excitantes, de acción enmarañada y liosa, que mal traducidos del francés eran la sabrosa comidilla que daba la prensa en aquel tiempo a *sus amables suscriptoras*. Con igual interés se internaba la condesa de Lucena en los asuntos enredosos y en los sentimentales, sin que se le escapara ningún lance ni perdiera jamás el hilo que por tales laberintos la guiaba.

Pues la noche aquella de la visita de Beramendi y Loarre, que debió de ser allá por junio del año 58, retiróse como de costumbre doña Manuela a su estancia apenas terminada la tertulia. Tras ella fué don Leopoldo, y como las anteriores noches la invitó a que se acostara. ¿Qué necesidad tenía de calentarse la cabeza, vestida, leyendo junto al velón?

—Yo leo, y tú escuchas hasta que te entre sueño.

Así se hizo: dispuso la doncella el velador junto a la cama después de acostar a la señora; el gran O'Donnell ocupó a la vera de la mesita su sitio, y gozoso del papel familiar que desempeñaba, tiró de periódico y dió comienzo a la lectura, en el pasaje que su buena esposa le indicaba: capítulo tantos de *El último veterano; La condesa de Harleville y el mayordomo,* por E. M. de Saint-Hilaire.

Guiando su vista con el dedo índice, que de línea en línea resbalaba, el gran O'Donnell leía:

«Uno de los testigos prestó su sable a nuestro joven, que no decía una palabra; pero apenas se pusieron en guardia, cuando monsieur Massenot conoció que el artillero, a pesar de ser boquirrubio, sería para él un adversario temible. En efecto: en el momento en que monsieur Massenot se aprestaba a introducir con una estocada recta seis pulgadas de hoja en el estómago del rubio, éste ejecutó con su sable un molinete tan rápido, que se hubiera dicho que era un sol de fuegos artificiales.»

—¡Qué bien!—exclamó doña Manuela con júbilo—. Este rubio, ya te acuerdas, es aquel artillerito que vino de la Bretaña disfrazado de buhonero. Por las trazas es hijo natural de la condesa Adelante.

«—Mariscal en jefe de los alojamientos, recoged vuestra nariz—le dijo el artillero con tranquilidad—, y otra vez sed más amable con vuestros inferiores.» Estas fueron las únicas palabras que pronunció el rubio.

—Según eso—observó doña Manuela—. ¿le cortó la nariz?

—Así parece... Y bien claro lo dice: «El rostro de Massenot se cubrió de sangre, que corría como dos arroyos sobre sus mostachos grisáceos.»

—Me alegro, Leopoldo... Ande, y que vuelve por otra. Ahora veamos lo que sigue contando Harleville.

—A eso vamos: «Pues bien, mi querido acuchillado—dijo Harleville—, esa desgraciada aventura no corrigió al mayor Massenot, porque en mil ochocientos quince, antes del regreso de nuestro emperador, se encontraba una tarde en el

café Lamblin, en el Palais Royal, sentado enfrente de un oficial de Dragones...»

Interrumpió doña Manuela la lectura incorporándose y atendiendo a ruidos que venían del interior de la casa.

—No han llamado—dijo el de Lucena—; sigamos: «...enfrente de una oficial de dragones, a medio sueldo como él...»

Sí que habían llamado, y también habían abierto. Oyeron doña Manuela y su marido los pasos de la doncella, que después de un discreto golpe con los nudillos, entró con un pliego en la mano, y dijo:

—Esto trae un señor de Palacio...

Levantóse O'Donnell y cogió el pliego, abriólo despacio, y leyó para sí. Impaciente, doña Manuela quería echarse de la cama con esta ardorosa pregunta:

—¿Qué, Leopoldo?... ¿Ya...?

—Sí, ya—replicó el grande hombre, imperturbable.

—¡A esta hora! ¿No son ya las doce?

—Su majestad no quiere que pase la noche sin hablar conmigo... Pronto... A Matías, que saque mi uniforme. Voy a vestirme.

Hizo doña Manuela por levantarse, movida de la gran vibración nerviosa y del cerebral tumulto que aquel repentino suceso en ella promovía. Mas el general le ordenó que siguiese en la cama, y con tranquilo acento le dijo al despedirse:

—Creo que volveré pronto. Si cuando yo vuelva estás desvelada, seguiremos leyendo... Hay que ver si recobra su libertad la condesa, y en qué para ese boquirrubio... Hasta luego.

XXIII

¡Arriba la Unión Liberal! ¡Viva don Leopoldo! Al fin se ponía el cimiento al edificio político que aliaba las expansiones del espíritu moderno con el recogimiento y la majestad de la tradición. ¡Al poder los hombres de juicio sereno, no extraviados por el proselitismo sectario, ni petrificados en bárbaras rutinas. Entren en la vida pública todos los hombres que al saber de cosas de Gobierno reúnen la distinción y el buen empaque social. Vengan la riqueza y los negocios a desempeñar su papel en la política, y ensánchese la vida nacional con la desvinculación de las comodidades, del bienestar y hasta del buen comer. ¡Abajo la Mano Muerta! Desamorticemos y repartamos, no con violencia revolucionaria, sino con parsimonia y suavidad conservadoras, concordando con el Papa la forma y modo de conciliar los intereses de la Iglesia con los de la sociedad civil. Hágase política sinceramente constitucional y parlamentaria. Venga libertad y venga orden, el orden augusto que engendran las leyes bien meditadas y bien cumplidas. Creemos una poderosa Marina, un Ejército potente dentro de nuestros medios, y con este modo de señalar, Ejército y Marina, pidamos un puesto en la diplomacia europea. Salga de su infancia la ciencia, florezcan las artes y despójense nuestras costumbres de toda rudeza y salvajismo. Seamos europeos, seamos presentables, seamos limpios; seamos, en fin, tolerantes, que es como decir limpios de entendimiento, y desechemos la fiereza medieval en nuestros juicios de cosas y personas. Transijamos con las ideas distintas de las nuestras y aun con las contrarias, y pongamos en la cimera de nuestra voluntad, como divisa, la bendita indulgencia.

Esto decía Beramendi, ardiente propagandista de la Unión, en todas las casas adonde solía ir, que no eran pocas, y extremaba sus entusiasmos y el brío de su declamación en la morada de uno y otro Socobio, don Saturno y don Serafín, a las cuales concurría después de algunos años de absentismo. Con la marquesa de Villares de Tajo, cada día más talentuda y perspicaz, tenía Fajardo las grandes pláticas de política. Era una persona con quien daba gusto discutir, disputar y aun pelearse, porque conocía muy bien el mundo y manejaba con igual donosura las ideas propias y las contrarias. Sin abdicar de sus opiniones narvaístas, ocasionales sin duda, *la moruna* reconocía la inmensa fuerza con que O'Donnell entraba en campaña, llevando a su lado lo mejor de los dos partidos históricos. Del moderado le seguían nada menos que Martínez de la Rosa, don Alejandro Mon, Istúriz y otros muchos que estaban ya con un pie dentro de la Unión. Del *Progreso* había tomado a Prim, a Santa Cruz, a Infante, a don Modesto Lafuente, a Lemery,

a don Cirilo Alvarez y otros que vendrían detrás. No tenía O'Donnell perdón de Dios si con tales elementos y la grande autoridad adquirida con su sensato proceder en la oposición, desde el 56 al 58, no realizaba una obra memorable de paz y florecimiento en este país. Pronto se vería si España había encontrado al fin su hombre, o si el que a la sazón la tenía entre sus manos era una figura más que añadir a nuestra galería de fantasmones.

El principal móvil de las asiduidades de Beramendi en las casas de uno y otro Socobio era que se había impuesto la caballeresca empresa de reconciliar a Virginia con sus padres, trabajosa, descomunal aventura. En mayo de aquel año, antes del triunfo de la Unión, dió principio a la campaña, poniendo cerco a la terquedad de don Serafín, voluntad maciza, baluarte atávico defendido por ideas contemporáneas del Concilio de Trento. La expugnación de esta formidable plaza era difícil; mas no arredraron al gran batallador Beramendi ni la fortaleza de los muros, ni el vigor de las rutinas que los defendían. Con la táctica del sentimiento obtuvo las primeras ventajas, y desde el recinto situado se le llamó a parlamentar. Don Serafín y doña Encarnación manifestaron al caballero que perdonarían a Virginia; que estaban dispuestos a reintegrarla en su amor, a recibirla en su casa ya viniese sola, ya con la añadidura de algún chiquillo, habido en su deshonesta vagancia. Con ella transigían y con el fruto de su vientre, que ya era mucho transigir, sacrificando sus ideas y su recta moral al irresistible amor de padres. Pero jamás, jamás transigirían con *él* (no le nombraban, no querían saber su nombre); era imposible toda concordia con semejante pillo: antes morir que admitirle al trato de una familia honrada. Para que Virginia pudiese tornar junto a sus padres y éstos devolverle su cariño, era menester que el hombre maldito desapareciese, bien por acto de la ley, bien por consentimiento propio, retirándose a un punto lejano, *más allá* de los antípodas. Dispuestos estaban a subvencionar con fuerte suma la fuga del mil veces maldito ladrón si éste consentía en... Beramendi no les dejó concluir. Virginia deseaba la paz con sus padres; pero por encima de esta paz y de todas las paces del mundo estaba la inefable compañía del hombre que amaba. No había, pues, avenencia si don Serafín y doña Encarnación no se quitaban algunos moños más... Protestaron los señores: bastantes moños habían arrancado ya de sus venerables cabezas; bastante ignominia soportaban... No podían ir más allá.

Rechazado con esta ruda intrasigencia, el sitiador se propuso emplear nuevos y más eficaces ingenios de guerra que abatieran la rígida entereza socobiana. Confiado en el tiempo, dejó pasar días esperando las ocasiones favorables que en el curso del verano seguramente se presentarían. El verano del 58 fué alegre, por los chorros de alegría que la subida de la Unión derramó sobre el país reseco. O'Donnell vencía con sólo su nombre, y los nombres de los que iban tras él. Creyérase que por la superficie social corría una ola de frescura, de juventud. La limpieza y gallardía de tantos jóvenes, o viejos rejuvenecidos, que subían a oficiar en los altares de la patria con vestiduras nuevas, infundían confianza y evocaban imágenes de bienestar futuro. Anticipaban o descontaban algunos las bienandanzas del porvenir, procurándose corto número de comodidades a cuenta de las muchas que habían de traer los próximos años, y adoptaban el mediano vivir a cuenta del vivir en grande que los horóscopos para todos anunciaban. Fuerza es reconocer que con esta prematura expansión de la vida, obra de los risueños programas de la Unión, se resquebrajó más el ya vetusto edificio de la moral privada, reflejo de la pública. Cundían los ejemplos y casos de irregularidades domésticas y matrimoniales, y se relajaba gradualmente aquel rigor con que la opinión juzgaba el escandaloso lujo de las guapas mujeres que eran gala y recreo de los ricos. Descollaba entre éstas Teresa Villaescusa, que en octubre vino de Andalucía *contratada* por un rico ganadero de aquel país, tan opulento como sencillo, facha un sí es no es torera, y aires de franqueza campechana; obsequioso con todo el mundo, con las hembras galante, según el viejo estilo español, que ordena la frase hiperbólica y el rendimiento sin medida. El hombre quería darse lustre en Madrid, cosa no difícil trayendo dinero fresco; era gran

caballista, gran bebedor si se ofrecía, cuentista gracioso, y, en fin, se llamaba Risueño, que es lo mejor que podía llamarse un hombre de sus circunstancias y condiciones.

Caballos bonitos de casta andaluza, rivales en arrogancia de los que inmortalizó Fidias en el friso del Partenón, ostentaba en paseos, calles y picaderos; pero ninguno de sus bellos animales, enjaezados a lo príncipe, igualaba en arrogancia y primor a Teresa, que por entonces apareció en la culminante esplendidez de su hermosura, vestida, para mayor pasmo de los que la veían, con una elegancia tan selecta, tan suya, que difícilmente la superarían las señoras más encopetadas. ¡Vaya con la niña y qué bien se le había pegado París en el año que allí tuvo su residencia! Pues viéndola tan reguapa, que a los mismos guardacantones enamoraba, y tan bien trajeadita, que era el primer figurín de la Villa y Corte, todos decían: «Esa es la de Salamanca, o el número uno de las de Salamanca», error que se explica por no ser Risueño bastante conocido en Madrid. En aquel tiempo, el vulgo señalaba como de Salamanca todo lo superior: las poderosas empresas mercantiles, los cuadros selectos y las estatuas, las mujeres hermosas, los libros raros y curiosos... Homenaje era éste que tributaba la opinión a uno de los españoles más grandes del siglo XIX.

Aunque parezca disonante pregonar las virtudes de personas sobre quienes recae la maldición pública, la verdad obliga al historiador a decir que tanto como escandalosa era Teresa caritativa. Tenía medios abundantes de ejercer la liberalidad; su mano no era una hucha, sino ánfora o tonel construído por el mismo que hizo el de las Danaides. Lo que entraba por un lado no tardaba en salir por otro. Enterada de la miseria en que estaban los Centuriones, les mandó por Manolita lo necesario para vivir, y a su madre encargó que les pusiera en libertad toda la ropa que empeñada tenían. Los dos gabanes de don Mariano, la capa, un pantalón gris perla que lucía en las grandes solemnidades, las mantillas y el traje de seda de doña Celia, salieron del cautiverio. Al principio de su desdicha, repugnaban al buen señor las larguezas y protección de Teresita; pero el rigor mismo del infortunio le hizo bajar la cresta. Estábamos en tiempo de tolerancia, de transacción, pues la Unión Liberal, ¿qué era más que el triunfo de la relación y de la oportunidad sobre la rigidez de los principios abstractos? Se transigía en todo; se aceptaba un mal relativo por evitar el mal absoluto, y la moral, el honor y hasta los dogmas sucumbían a la epidemia reinante, el *aire de flexibilidad* que infestaba todo el ambiente. Después de remediar a sus tíos, fué la buena moza a visitarles: doña Celia la recibió con lágrimas; don Mariano temblaba y sentía frío en el espinazo oyendo decir a Teresa:

—Ya que nadie quiere colocarle a usted, le colocaré yo, tío; yo, yo misma. Entrará usted en la Unión Liberal, cosa muy buena según dicen, y que hará feliz a España, librándola del peor mal que sufre, o sea la pobreza. Créalo usted, don Mariano: todos los gobiernos son peores si no dan curso al dinero para que corra de mano en mano. El Gobierno que a todos dé medios de comer, será el mejor... Lo que yo digo: desamortizar..., coger lo que aquí sobra para ponerlo donde falta..., igualar..., que todos vivan... ¿Es esto un disparate?... Puede que lo sea por ser mío... En fin, adiós; ánimo, que ya vendrá la buena.

De allí se fué a casa de Leovigildo Rodríguez, donde hizo de las suyas, vistiendo las desnudas carnes de tanto chiquillo, y proveyendo a su alimentación, pues daba lástima ver sus lindas caras macilentas y sus ojos sin brillo. Mercedes no se hartaba de bendecir a su bienhechora, prodigándole los elogios que a su parecer debían halagarla más, los de su belleza y elegancia. Leovigildo, que no tenía escrúpulos y transigía, no con el mal relativo, sino hasta con el absoluto, le dijo:

—¡Por Dios, Teresa! Colóqueme usted, que bien podrá hacerlo..., y a usted le sobran relaciones... No tiene más que decir: «Esto quiero», para que todos, de O'Donnell para abajo, se despepiten por medir su boca y darle cuanto pida.

En una de las visitas que hizo la Villaescusa a la morada de Leovigildo, que entonces vivía en un piso alto de la calle de Ministriles, supo que en los desvanes de la misma casa se moría de hambre una familia. ¡Morirse de hambre!

Esto se dice; pero rara vez existe en la realidad. Subió la guapa mujer, y a sus ojos se ofreció un cuadro de desolación que por un rato la tuvo suspensa y angustiada. No había visto nunca cosa semejante: mil veces oyó referir casos de la extremada miseria que en los rincones de Madrid existe. Pero la evidencia que delante tenía superaba en horror a todos los cuentos y relaciones. Una mujer de mediana edad, apenas vestida, yacía entre pedazos de estera y jirones de mantas, sin alientos ni aun para llorar su desdicha; dos niñas como de ocho y diez años, la una sentadita en un taburete desvencijado, la otra de rodillas arrimada a la pared, se metían los puños en la boca, luego se restregaban con ellos los ojos, exhalando un plañidero quejido sin fin, como ruido de moscardones. Avanzó Teresa, venciendo su terror y repugnancia; la suciedad, la pestilencia ofendían la vista tanto como el olfato. Interrogó a la mujer, observando al verla de cerca que no era bien parecida; pronunció la mujer frases entrecortadas como las que emplean con artificios los que pordiosean en la calle; pero que de la boca de ella salían con el acento de la pura y terrible verdad...

—¿No tienen ustedes ningún recurso? —dijo Teresa, traspasada de aflicción—. ¿En que se ocupa usted? ¿Es que no han comido hoy? ¿No hay niguna persona caritativa en este barrio?

Respondió la infeliz mujer que personas buenas había, pero ya se habían cansado de socorrerla... No comían sino cuando les llevaba de comer otro desgraciado que con ellos vivía.

—Y ese desgraciado, ¿dónde está?

—Aquí... Mírelo—dijo la medio muerta de hambre, señalando a un hombre que en aquel instante entraba—. Si *Tuste* nos trae, comemos; si no, lloramos.

El llamado *Tuste* permanecía junto a la puerta, respetuoso. En una mano tenía la gorra, que acaba de quitarse; en otra, dos lechugas manidas.

—Usted, buen hombre...—dijo Teresa volviendo sus miradas hacia el tal, y encarándose con la figura más desastrada y haraposa que podía imaginarse—, ¿trae algo que coma esta pobre gente?

—Esto nada más, señora—replicó *Tuste* mostrando las dos lechugas—. Me las han dado unas vendedoras en la plazuela de Lavapiés...

—¡Valiente porquería! —dijo Teresa, que gustando de mirarlo todo, por repugnante que fuese, examinó de pies a cabeza la facha de *Tuste*, en quien se reunían los más tristes y desagradables aspectos de la miseria. Lo que se veía de la camisa era la misma suciedad; la chaqueta y calzones, prendas de ocasión que debieron ser viejísimas antes que él las usara, eran ya jirones de tela mal cosidos, llenos de agujeros y desgarraduras... El calzado lo componían dos zapatos diferentes: el derecho a medio uso; el izquierdo informe, retorcido, suelto de puntos... Observando con rápida vista todo esto, miró Teresa el rostro, y espantada de la suciedad espesa que lo cubría, no pudo distinguir las líneas hermosas, ni la noble expresión que debajo de la inmunda costra se escondía. El cabello era una maraña, en que no había entrado el peine desde la invención de este instrumento de limpieza. La mugre de toda la cara se hacía más densa metiéndose por los huecos de las orejas; en el cuello de la camisa se apelmazaba el sudor; la tela y la piel se confundían en su morbidez pegajosa. Desgarraduras de la camisa dejaban ver una parte del pecho menos sucia que lo demás, tirando a blanca.

Arrebató Teresa de las manos puercas de *Tuste* las dos lechugas; sacó de su bolsillo el poco dinero que le quedaba; dió una parte a la mujer, otra al hombre sucio, diciéndole:

—Corra usted a la tienda y traiga lo más preciso para que coman hoy; traiga carbón, encienda lumbre...

Y a las niñas acarició, y de ellas y de la que parecía su madre se despidió con estas afectuosas expresiones:

—Vaya, no lloren más. Hoy es día de estar contentas, ¿verdad que sí? *Tuste* les traerá para que almuercen. En seguida que aquí despache le mandan a mi casa...; les dejaré las señas en este papel... Pues que vaya corriendo, y por él recibirán un par de mantas..., ropa mía de desecho y alguna golosina para estas criaturas. Vaya, adiós: alegrarse. Ya no se llora más.

XXIV

Fué *Tuste* a casa de Teresa, y la criada le anunció de este modo:

—Ahí está un pobre muy asqueroso: dice que la señorita le mandó venir. Si la señorita tiene que hablar con él, echaré un poco de sahumerio.

Ya había escogido Teresa las ropas usadas que debía mandar a la calle de Ministriles. Salió presurosa al recibimiento, donde le esperaba el más miserable de los hombres, quien al verla se inclinó respetuoso, mudo, pues toda palabra le parecía insuficiente para expresar su gratitud.

—Ha venido usted demasiado pronto —le dijo Teresa—. La ropa mía de desecho aquí está; lo demás, tengo que salir a comprarlo.

—Volveré cuando la señora me mande. ¿Qué tengo que hacer más que obedecer a la señora?

Esto dijo *Tuste*. La voz del pobre no era como su facha, sino una voz espléndida, de timbre sonoro, dulce, varonil. Así lo advirtió Teresa la segunda vez que la oía: en la primera no advirtió nada. En aquel punto de apreciar la bella voz del sujeto, un ligero brote de curiosidad en el espíritu de Teresa la movió a formular esta pregunta:

—Usted ¿cómo se llama? ¿Su nombre de pila...?

—Yo me llamo Juan. Mi apellido es Santiuste. La mala pronunciación de aquellas niñas me ha convertido en *Tuste*... Lo mismo da, señora. He venido tan a menos, que ya no me detengo a recoger ni las letras de mi nombre que se caen al suelo.

Avivada con esto la curiosidad de Teresa, se acercó a él para verle mejor; apartóse al instante, y dijo:

—Cuénteme usted: ¿qué familia es ésa y cómo ha venido a tanta postración? Y usted, ¿qué relación tiene con esa familia?

—Se lo contaré en pocas palabras, para no cansar a la señora...

—Aguárdese un poco... Antes tiene que decirme por qué es usted tan sucio...

—No lo soy, lo estoy... Permítame decirle que no debe juzgarme por lo que ve. Dentro de estas apariencias inmundas hay otra persona. De algún tiempo acá vivo, si esto es vivir, como si me hubieran entregado a la tierra para que me descomponga. Mis desgracias me han inspirado el horror del aseo. Abandonado de todo el mundo, sin nadie que me socorra, el tener una facha desagradable ha sido para mí como un desquite, como una venganza... ¿Quería usted que saliera a pedir limosna vestido y peinado como un señorito? Nadie me hubiera hecho caso. ¡La miseria! Quien no conoce la miseria, quien no ha vivido en ella, quien no se ha revolcado en ella no puede apreciar el goce de ser repugnante...

La curiosidad de Teresa, con cada uno de los extraños dichos del sucio, se avivaba. Quería saber más. *Tuste* le ofreció un resumen de su infortunada existencia. Nació en la Habana, de padre burgalés y madre andaluza; dos años tenía cuando le trajeron a la Península; pasó su niñez en Alicante, donde quedó huérfano; recogiéronle unas tías residentes en Chiclana; allí corrió su adolescencia, allí estudió todo lo que estudiarse podía en un pueblo de escasa cultura; casi hombre, le llevaron a Cádiz, donde siguió estudiando y adquirió ardiente afición a la lectura; hombre ya, y no cabiendo en aquella ciudad su espíritu ambicioso, se vino a Madrid, solo, con escasísimo dinero que le dieron sus tías. Estas habían empobrecido, y él no quiso serles gravoso... A la mitad del camino se quedó sin blanca y tuvo que continuar a pie. En Madrid buscó el amparo de un pariente de su madre a quien las tías le recomendaron: era un impresor llamado Quintana, que le acogió muy bien, ocupándole en su establecimiento como corrector; le daba de comer, le vestía pobremente, porque no podía más, y le matriculó en la Universidad para que estudiara las dos Facultades de Derecho y Filosofía y Letras. Trabajaba Juan y leía con insaciable anhelo cuanto libro caía en sus manos, que no eran pocos. Tres años cursó en la Universidad, donde hizo amistades con chicos aplicados y con otros que no lo eran. El 56 murió el bueno de Quintana de un repentino mal del corazón, y esta desgracia fué como el preludio de las innumerables que estaban aguardando al pobre Juan para devorarle y consumirle... Ya no hubo para

él un día de reposo, ni una hora que no le trajera inquietudes y fatigas. Trató de buscar algún recurso con su trabajo; pero difícilmente allegar podía un pedazo de pan. En diferentes periódicos solicitó colocación; en algunos escribía de materias diferentes: Política extranjera, Toros, Literatura, Música, Salones, Hacienda... No le leían ni le pagaban. Escribió después aleluyas, compuso versos para novenas... Todo resultaba trabajo perdido, infecundo. Aunque ya no iba a la Universidad, porque no tenía ropa presentable, solicitó de algunos de sus amigos estudiantes, y de otros que ya no lo eran, apoyo y recomendación para obtener algún destino. Nada consiguió: ni moderados ni progresistas le hacían maldito caso. Trató de meterse a hortera; pretendió plaza en una Sacramental; se arrimó a un memorialista. Nada: no había manera de luchar contra el hambre y la muerte. De patrona en patrona iba rodando por Madrid, tolerado en algunas casas, rechazado en otras por su irremediable insolvencia, hasta que fué a poder de la más infeliz de las pupileras, Jerónima Sánchez, que tenía su hospedería en la calle de Mesón de Paredes. Era el marido de esta señora un incorregible borrachín que espantaba a los huéspedes con sus groserías y malas palabras. La casa iba de mal en peor... Desertaron los demás pupilos, dos chicos de Veterinaria y uno de Medicina; sólo quedó Juan, que por entonces pudo allegar algunos cuartos llevando las cuentas en una tienda de patatas y huevos, y en un establecimiento de ataúdes y mortajas. Así las cosas, en marzo del año mismo en que esto refería Santiuste, reventó Cuevas, el bebedor esposo de la patrona, muerte que fué como incendio del alcohol que llevaba en sus entrañas, y Jerónima, descansada ya de aquella cruz, tomó otra casa; puso papeles llamando huéspedes, y éstos no picaban. Perdió Juan su colocación miserable en los dos establecimientos referidos; pero Jerónima no le despidió, esperando mejor suerte para el desamparado joven. La suerte, ¡ay!, no vino para él ni para ella, porque Juan cayó enfermo de calenturas y estuvo a la muerte, siendo tan desgraciado que hasta la muerte le despreció y no quiso llevársele...; y la pobre Jerónima, cuando él iba saliendo adelante, resbaló en la cocina (encharcada del agua de jabón que rebosaba de la artesa), y cayendo torcida y en mala disposición, se rompió una pierna por bajo de la rodilla... Era Juan agradecido, y no abandonó a la que a él había tan noblemente amparado. Reunidas quedaron desde entonces ambas desdichas, y recíprocamente se apoyaron, corriendo juntos el temporal. La rotura de pierna de Jerónima excluía todo trabajo patronil. Se acabaron los recursos, y empezó el rápido descender de escalón en escalón hasta la miseria lacerante y angustiosa. Por diferentes casas pasaron, y de una en otra iban llevando su mala sombra, su pavoroso sino; siempre a peor, a peor; cada día más desnudos, cada día más hambrientos, hasta llegar al horrible extremo en que les vió y descubrió la señora. Cuando ya les faltaba poco para morir, se les apareció un ángel, que les dijo de parte de Dios: «Vivid, pobres criaturas, que también para vosotros existo.»

—Haga usted el favor, señor Santiuste—dijo Teresa, que con algo de broma quería disimular su emoción—, de no llamarme a mí ángel, pues no lo soy ni por pienso, y paréceme que se burla usted de mí... Pero dejemos eso, que es tarde y tengo que salir de tiendas. Lleve usted ahora esta ropa para Jerónima; también le van medias y un par de zapatos de mi madre, que tiene el pie mucho mayor que el mío... No vuelva usted hoy por lo demás, sino mañana, que así tendré yo más tiempo de reunir lo que quiero mandarles... Vámos, que algo habrá para usted también, grandísimo Adán.

Alelado de gratitud y admiración, Santiuste no dijo nada. Teresa prosiguió así, más burlona que compasiva:

—Pero ¿por pobre que esté un hombre, Señor, ha de faltarle un real para cortarse esas greñas?... Y en último caso, buscar un barbero caritativo, que ya los habrá. Felisa, trae un peine tuyo... Empecemos desde hoy a desenmascarar este esperpento. Cuidado que es usted horroroso... Ea, tome el peine, y métalo en ese bosque...

Después de besar el peine, Juan lo guardó entre el pecho y la camisa, único bolsillo practicable en su astrosa vestimenta... Y partió balbuciendo expresiones de exquisita ternura, que ama y

criada apenas entendieron. Creían que lloraba..., ¡y ellas le compadecían riendo, pobres mujeres que no conocían más que la superficie del mal humano!

Volvió puntual Santiuste a la mañana siguiente, y al salir Teresa al recibimiento se maravilló de ver extraordinaria transformación en la cabeza y rostro del infeliz hombre. Se había lavado la cara, pescuezo y manos, sin duda con muchísimas aguas y con fuertes restregones, porque no quedaba ni el más leve rastro de la suciedad que le desfiguró. Era como una resurrección. De las tinieblas salía una cabeza admirable, un rostro hermoso, grave, tan escaso de barba y bigote, que con un ligero pase de navajas quedaba limpio; salía también la juventud. De asombro en asombro con tales descubrimientos, Teresa decía:

—A mí no me engaña usted, señor *Tuste*. No es usted el de ayer, sino otro..., o el mismo con distinta cabeza... Hoy trae la cabeza joven..., y la boca joven, y joven toda la carátula..., que me parece viene también afeitadita.

—Sí, señora—replicó Juan con infantil orgullo, confundido por los elogios de la hermosa mujer—. Del dinero que la señora dió a Jerónima, Jerónima apartó un real para que yo me afeitara. Ayer compramos jabón... El jabón es un ingrediente que no habíamos podido ver en mucho tiempo.

—¡Vaya, que no se ha lavoteado usted poco!... Así, así me gusta a mí la gente...—decía Teresa, acercándose a él con menos repugnancia que el día anterior—. Y otra cosa veo, que me deja atónita. ¡La camisa limpia! ¡Qué lujo! Bien, bien. La habrá lavado Jerónima.

—No, señora: la he lavado yo mismo, anoche... ¡Qué noche, señora! No hemos dormido... Las niñas tampoco han dormido. La aparición de usted en aquel mechinal indecente nos ha trastornado a todos. Ni Jerónima, ni las niñas, ni yo, acabábamos de convencernos de que la señora es persona humana... Todavía hoy..., las niñas hablan de usted como de un ser sobrenatural... Es el hada de los cuentos de los niños, o el ángel de las leyendas cristianas.

—Vuelvo a decirle que a mí no me llame usted ángel ni hada...

—No es usted, no, como las demás personas—dijo *Tuste* soltando poco a poco su timidez—. Bajo esa vestidura mortal se esconde un ser que tiene por morada la inmensidad de los cielos, un ser que en su aliento nos trae el propio hálito del Padre de toda criatura...

—¡Ay, ay, ay! Cállese, por Dios. Pero ¿es usted también poeta?

—No, señora: cuando Dios quiso, yo no escribía versos, sino prosa...

—Prosa con la cara sucia, versos con la cara limpia... No me haga reír... Pero ¿usted cree que se puede ser poeta ni prosista con esas botas? ¿No le da vergüenza de andar por el mundo con calzado tan indecente?

—Antes de que la señora se nos apareciera, me daba vergüenza de acicalarme: la fealdad y el desaseo eran la mueca con que yo hacía burla del mundo que me abandonaba. Ahora, deslumbrado por el ángel de luz..., perdone usted..., por la divina mensajera del Dios de piedad..., es todo lo contrario... Me avergüenza mi facha repugnante, y toda el agua del mundo me parece poca para mi limpieza, y cien Jordanes no me bastarían para purificarme.

—¡Ya escampa!... Basta de poesía, y venga, véngase a la prosa—dijo Teresa, conduciéndole con Felisa a una estancia inmediata, el despacho de la casa convertido en guardarropa—. Pase y verá lo que tiene usted que llevarse. Irá cargadito como un burro; pero ¿qué le importa?... Mire, mire: un trajecito para cada niña... camisas, delantalitos, medias y zapatos... Para usted dos mudas completas de ropa interior... La exterior quedará para más adelante, que no se puede todo de una vez... ¿Qué le parece todo esto? Y dos cajas de galletas finas para las chiquillas..., para Jerónima un refajo..., para todos dos mantas... ¿Qué dice?... Eche, eche poesía...

—Si pudiera traer a mi mente la inspiración de Homero—dijo *Tuste* con arrobamiento no afectado—, expresaría una parte no más de la gratitud que debemos a nuestra bienhechora. Nuestra bienhechora reúne en sí toda la belleza de las divinidades paganas y toda la esencia sublime de la ley evangélica.

—Pues pagana y evangélica, ¿sabe usted lo que se me ocurre? Pues que le voy a obsequiar con unas botas... Usted mismo se las comprará. Aquí tiene cuatro napoleones... Ha de prometerme que no empleará este dinero en otra cosa...

—Si yo contraviniera las órdenes de nuestra deidad tutelar, merecería la muerte; algo peor que la muerte, el desprecio de la señora.

—No se remonte tanto y tome los napoleones... ¿Esa costumbre de besar las monedas la adquirió usted cuando pedía limosna?

—Beso el metal que ha sido tocado por la mano caritativa. La caridad, hija del cielo, es la cadena de oro que une al Criador con la criatura.

—Bueno, bueno. Usted siempre tan poético... Por unas tristes botas baratas que le regalo saca a relucir a Dios y a los santos... ¿Dónde ha aprendido usted, Juanito, a expresarse de esa manera tan superfirolítica?

—Se lo explicaré, si tiene paciencia para oírme un rato.

—Sí que le escucho. Siéntese en ese banco... A ver... ¿Cómo...?

—Pues este lenguaje mío es el reflejo del espíritu de la elocuencia sobre mi pobre espíritu. Tres años ha, el cincuenta y cinco, estudiando yo en la Universidad, y reunido siempre con otros chicos, ávidos de saber y amantes de la literatura, me metía..., nos metíamos en todo sitio público donde hubiera lectura de versos, explicación de doctrinas nuevas o viejas, discursos... Un día caíamos en el teatro de Oriente..., gran fiesta de la inteligencia..., concurso de oradores para cantar la Democracia. ¡Qué día, señora! Lo tengo por el más memorable de mi vida; día solemne, día grande, porque en él vi salir el sol de la elocuencia, el verbo del siglo veinte. Emilio Castelar... Habían hablado no sé cuántos oradores, que nos parecieron bien... Y concluía la sesión, cuando pidió vez y palabra un joven regordete, tímido, a quien nadie conocía. El buen público, ya cansado de tanta oratoria, remuzgaba con murmullo de impaciencia, casi, casi de burla... Pues, señor, rompe a hablar el hombre, y a las primeras cláusulas ya cautivó la atención de la multitud... ¡Qué voz, qué gesto oratorio, qué afluencia, qué elegancia gramatical, qué giro de la frase, qué aliento soberano, qué colosal riqueza de imágenes, encarnadas en las ideas, y las ideas en la palabra! El público estaba absorto; yo, embelesado, creía que no era un hombre el que hablaba, sino un mensajero del cielo, dotado de una voz que a ninguna voz humana se parecía. Avanzaba en la oración aquel hombre bendito, y el público electrizado le seguía, sin poder seguirle; iba tras él cuando se remontaba a las cimas más altas de la elocuencia, y desde aquella altura caía deshecho en aplausos, quebrantado de tanta emoción... Yo estaba como loco; yo adoraba la Democracia, cantada por el orador con la infinita salmodia de los ángeles, y cuando acabó, me sentí anonadado..., me sentí grano de arena, que por un instante había estado en la cima de aquel monte..., ¡y ya me encontraba otra vez en el llano!... ¡Castelar! Este nombre llenaba mi espíritu. Por muchos días siguieron retumbando en mi cerebro ideas, imágenes que le oí, y mi memoria reconstruyó trozos de aquella oración superior a cuanto han oído hasta hoy los hombres... Desde entonces yo leía cuanto publicaba Castelar en los periódicos y las reproducciones de sus discursos. Nunca le hablé... Si le veía en la calle, iba tras él hasta que se me perdía de vista..., era mi ídolo, y lo será siempre, porque si en los días de mi atroz miseria se me borraron del espíritu las cláusulas arrebatadoras que yo recordaba, y todo se me oscureció, como si mi asquerosa naturaleza no fuera digna de contener tales hermosuras, en cuanto la mano de la señora me sacó de aquella inmundicia, volvieron a mi mente Castelar y su elocuencia sublime, y ya lo tengo otra vez en mí... Es mi sol, mi oxígeno y el alma de mi alma.

—Cállese ya—dijo Teresa un poco sofocada de la emoción—. ¿Pues no me ha hecho llorar con esa cantinela? Vea, vea mis ojos... No me gusta llorar, no quiero afligirme por nada. En el mundo no estamos para eso.

Levantóse Santiuste, creyendo sin duda que permanecía demasiado tiempo en la visita, y recogiendo los líos y paquete que había de llevarse, soltó así la vena de su facundia:

—Anoche, el contento de verme redimido, por esa divina mano, de la esclavitud de esta pobreza embrutecedora, hizo renacer en mi alma toda la poesía castelarina, soberano monumento oratorio de la Democracia triunfante, de la Libertad iluminada por la idea cristiana. Mientras lavaba y fregoteaba, primero mi rostro, después mi camisa, yo, como todo el que está muy alegre, cantaba y

rezaba, que rezo y canto era todo lo que salía de mi boca... Recitaba con amor y fe aquel pasaje del advenimiento del Redentor: «El que había de venir, viene; el que había de llegar, llega; pero no viene ni en el seno de la sonrosada nube ni en el de las estrellas, sino manso y humilde en el seno de la pobreza y de la desgracia. No viene acompañado de numeroso ejército, sino de su bendita palabra y de su eterno amor; no viene seguido de esclavos, sino ansioso de acabar con toda esclavitud; no viene blandiendo la espada del tirano, sino pronto a quebrantar todas las tiranías; no viene a levantar un pueblo sobre otro pueblo, ni una raza sobre los huesos de otra raza, sino a estrechar contra su pecho y a bendecir con el infinito amor de su corazón todos los pueblos y todas las razas...»

—Basta, basta, Juanito—le dijo Teresa interrumpiéndole y casi echándole con un gesto—. ¿No ve que se me saltan las lágrimas?... Retírese ya... ¡No quiero lágrimas, no las quiero, ea!... Adiós, adiós.

Y el gran *Tuste* traspasó la puerta y descendió los pocos escalones que conducían al portal, cantando más que repitiendo con briosa voz el final de aquella sonora melopea:

—«Dios de paz y de amor, que después de haber extendido los inmensos cielos azules y haber derramado en los cielos, como una lluvia de luz, las estrellas, y haber hecho salir del oscuro seno del caos la tierra coronada de flores, ¡El!, causa de toda vida, autor de toda existencia, se despoja de su vida, de su existencia, por la salud y la libertad de los hombres en el altar sublime del Calvario.»

XXV

Vivía Teresa en la calle del Amor de Dios, piso bajo. La casa era hermosa y desahogada, de altos techos. Cuatro ventanas con reja le daban luz por la calle; por el interior, los huecos abiertos a un patio anchuroso y limpio. El día en que *Tuste* recibió los cuatro napoleones para unas botas, Teresa le dijo:

—Quiero yo enterarme de que usted no se gasta el dinero en otra cosa que el calzado. No venga usted a casa; pero pásese por la calle..., yo estaré en la ventana. La mejor hora es por la tarde, de tres a cuatro.

Obediente y puntual, hizo el hombre su aparición, y al tercer recorrido por la acera de enfrente vió a Felisa en la enrejada ventana. A poco apareció Teresa, y ambas, sonriendo, le llamaron. Acercóse Juan, y oyó de labios de su bienhechora estas dulces palabras:

—Bien, señor *Tuste:* así se portan los caballeros. ¡Y qué bien le van las botitas!... ¡Lástima que el traje no corresponda!... En fin, retírese ya, y diga usted a Jerónima que ésta, Felisa, le llevará el socorro para la semana.

Saludó el hombre y respetuoso se alejó con la cabeza baja, el andar lento.

Dos días después, asomada casualmente Teresa, le vió aparecer doblando la esquina de la calle de Santa María. Aguardó un poco, le llamó con gracioso gesto, y cuando le tuvo debajo de la reja, le dijo:

—Pobrecito, tú has salido hoy a pedir limosna. ¿Quieres que te eche dos cuartos?

—No vengo a pedir limosna, señora —respondió Juan doblando el pescuezo, como para mirar el cenit—; vengo porque no hay día que no pase yo por esta calle... Esta calle es mi religión.

—No te entiendo, bobito—dijo Teresa, sin darse cuenta de que por primera vez le tuteaba.

—Me entiendo yo.

—Te echaré los dos cuartos, para que no se te olvide que eres pobre. Aguárdate un instante, que no tengo aquí calderilla.

Volvió al poco rato, y sacando la mano fuera de la reja en ademán de arrojar algo, dijo al que parecía mendigo bien calzado:

—Pon tu gorra más acá..., a plomo de mi mano..., no se caigan los dos cuartos a la calle.

Puso *Tuste* la gorra como se le mandaba; tomó bien la puntería Teresa, y la moneda cayó dentro de aquel casquete asqueroso de forma indefinible... Brilló en el aire la moneda, y antes de que cayera vió Santiuste que era un doblón de a cuatro. No pudo hacer ninguna observación, porque Teresa desapareció de la reja, cerrando los cristales. Minutos después sonaba la cam-

panilla de la puerta; abrió Felisa, y se encaró con el pobre, que le dijo:

—Quiero ver a la señora para devolverle una cosa que se le ha caído a la calle.

No había concluído la frase, cuando apareció Teresa en el recibimiento, risueña, y replicó al joven con esta graciosa burla:

—Es verdad: me equivoqué. Eché oro en vez de cobre. Venga mi monedita... Gracias... Eres un mendigo honrado... Dios te lo premie.

—Es que—murmuró Juan—me dió vergüenza de..., de eso. de que el oro fuese para mí. Bastante ha hecho la señora por este infeliz... Si yo abusara sería un malvado; empañaría el resplandor de la bendita caridad, hija del Cielo, con el aliento de mi egoísmo... La caridad obliga al que la recibe a ser tan bueno como el que la hace.

—Echa más poesía, hijo...

—Esto no es poesía..., es mi corazón, que habla con el lenguaje de su delicadeza, de su gratitud...

—Pues has de saber que yo soy muy prosaica, Juan, y no gusto de verte con esos andrajos tan... poéticos—dijo Teresa echando mano al bolsillo—. Mira, mira toda la calderilla que aquí tenía yo guardada para vestirte de prosa... ¿No has querido un doblón? Pues mira, cuenta: dos, tres, cuatro, cinco. Voy entendiendo que te gusta ser muy cochino, muy zarrapastroso y muy nauseabundo para que te tengamos lástima... Yo te pregunto: si así te viese tu ídolo Castelar, ¿qué diría?... Ves tu ropa como una vestidura poética, que te hace muy interesante... Te la das de anacoreta o de santo. Pues esos moños te los voy yo a quitar.

Atónito, asaltado de diferentes emociones, Santiuste no sabía si reír o llorar. Mayor fué su turbación cuando oyó estas palabras de Teresa:

—Coges ahora mismo estos doblones, vas a una tienda de ropas hechas de la calle de la Cruz o de cualquier calle, y te compras un terno, pantalón, chaqueta, chaleco, todo modestito; no vayas a creerte de la Unión Liberal y a vestirte a lo grande... Añades corbatas..., añades un sombrero, mejor gorra... No es tiempo todavía de que te emperifolles demasiado. Conque...

No hizo ademán de tomar las monedas. Su inmovilidad era la de una estatua; su hermoso rostro, su mirar perdido revelaban los efectos de la fascinación de imágenes lejanas. Díjole Teresa que abandonara los espacios poéticos a que miraba y descendiese al mundo. Bajó *Tuste,* protestando de la nueva limosna con expresiones balbucientes; Teresa sacó las uñas, sacó su autoridad:

—O me obedeces, Juanito, en todo lo que te mando, o no vuelvas a mirar esta cara mía... Te digo que si tú me miras, yo doy un giro rápido a todo el cuerpo, ¿ves?, para decirte sin palabras: «Quítate de mi vista, *democrático...*, poético y castelareño... Vete con tus músicas a otra parte.»

Aplacados con esa amenaza los escrúpulos del hombre mísero, tomó el dinero, y con paso lento, con visajes de asombro y algún gesto que revelaba su esclava sumisión a la bienhechora, traspasó la puerta. Antes de que Felisa cerrase tras él, volvió Juan presuroso, diciendo:

—Señora, señora, cuando compre la ropa y me la ponga, ¿he de pasar por aquí? ¿Quiere la señora verme?...

—No—dijo Teresa—, no es preciso. Ni vengas a casa, ni pases por la calle. Haz lo que te mando, Juan.

Afirmaba él con la cabeza; salió suspirando...

Por aquellos días, que eran los que precedieron a las elecciones, el feliz poseedor de Teresita, Facundo Risueño, andaba muy metido en enredos electorales, pues como hombre de gran propiedad en una comarca de Andalucía y de no poca influencia, le bailaban el agua don José Posada Herrera y el marqués de Beramendi, candidato cunero designado para representar en Cortes aquel distrito. Tras un sinfín de pláticas con el cunero y con el ministro, dió gallardamente todo su apoyo el buen Risueño, ofreciendo que sin necesidad de trasladarse a Andalucía, y sólo con escribir cartas imperativas a diferentes personas de allí, se aseguraba la elección. Así lo hizo, y al hombre se le cansó la mano de tanto plumear, atarugando diariamente el correo con el fárrago de su correspondencia. Por todo ello y por su activo proceder, estaba Fajardo muy agradecido al andaluz, y quedaron uno y otro enlazados en sincera amistad. Vivía Risueño con un hermano suyo, rico

también, establecido aquí desde el año cincuenta en negocio de aceites. Llamamos vivir al tener allí un cuarto bien provisto y arreglado, en el cual rara vez dormía. Sus comidas eran siempre fuera de casa, bien en los colmados y fondas, o bien en casa de Teresita, que algunos días veía en torno de su mesa, con cierto tapadillo, a personajes políticos de viso y a caballeros aristócratas, aficionados a caballos o a toros. La asiduidad de Facundo en la vivienda de su linda coima aflojó un poco en los días del trajín electoral; pero una vez llenas las urnas con el nombre de Beramendi, y proclamado su triunfo, restableció el andaluz la normalidad de sus costumbres, y el primer convite que organizó en casa de Teresa fué para obsequiar al nuevo diputado y a otros amigos, auxiliares en la electoral batalla.

La novedad de aquel banquete fué que Teresa contó su aventura de caridad en la calle de Ministriles, y el descubrimiento que había hecho de un horripilante caso de la miseria humana. Cautivaban estas historias al buen Beramendi, que era muy amante del pueblo, y sabía, como nadie, condolerse de sus desdichas. Dió a entender Teresa que si el *contratista* la dejaba explayarse en sus aficiones benéficas, trataría de restaurar a los hambrientos de la calle de Ministriles en la situación o estado que tuvieron antes de su desgracia; restablecería la casa de huéspedes, en la cual sería primer punto el hombre raro, el hombre poético, que hablaba como Castelar. Más vanidoso que caritativo, Facundo Risueño la autorizó, delante de los amigos, para que aplicase a socorrer al prójimo parte de la *guita* que él le daba para alfileres.

Así lo hizo Teresa, y apenas entrado diciembre tenía Jerónima su casa de pupilos en la calle de Juanelo, amueblada con modestia y provista de todo; las niñas iban a un colegio, y el famoso *Tuste* hallábase en el pleno goce de un cuartito decente en la casa, y de algunas prendas de ropa para salir decorosamente en busca de colocación o trabajo. De cuando en cuando iba Teresa a contemplar su obra y a oír las alabanzas y bendiciones de los favorecidos. A Santiuste le encontraba como en éxtasis, mirándose en su ropa, satisfecho y un tanto presumido; cuidándose el rostro y el pelo, que ya llevaba cortado y a la moda; esmerándose en el aseo y corrección de la persona. A su bienhechora mostraba un respeto que rayaba en devoción fanática. En la casa expresaba su culto con retóricas de un espiritualismo sutil, y declamaciones hiperbólicas, parafrásticas, imitadas del gran modelo de oratoria; en la calle, alguna vez que se encontraba casualmente, saliendo Teresa de la casa de Jerónima, no se atrevía el buen *Tuste* a darle convoy, temeroso de que la compañía de un hombre humildísimo mermara el decoro de tan gran señora; y a propósito de esto tuvieron en cierta ocasión unas palabras que merecen transcribirse.

—Déjate de pamplinas, *Tuste*—le dijo Teresa, entrando los dos en la plaza del Progreso—, y no me llames a mí gran señora ni nada de eso, pues soy la menor cantidad de señora que se puede imaginar. O eres un inocente que no conoce el mundo, o crees que yo me pago de nombres vanos y de palabras sin sentido.

—No será usted gran señora para los demás—dijo *Tuste* con efusión caballeresca—; para mí lo es, y yo hablo por mí, no por el mundo que me condenó a la miseria..., y en la miseria estuve hasta que me sacó un ángel del Cielo.

—Pamplinas, vuelvo a decir, recomendándote por milésima vez, pobre *Tuste*, que no seas pamplinoso, y que todas las faramallas bonitas que has aprendido de Castelar las guardes para pasar el rato. En la vida real, eso no sirve para nada. Yo no soy señora, aunque como las señoras me visto; yo, para decirlo de una vez, soy una mujer mala, una..., que se ha dejado poner en la frente el letrero de mujer mala... Llevo ese letrero, que leen todos los que me conocen... No conviene que me vean contigo por la calle; pero no es porque yo me avergüence de ti ni porque tu compañía me deshonre, sino porque en mi condición de mujer mala, si me ven contigo, creerán lo que no es... El hombre con quien ahora estoy, Facundo, ya sabes..., es bueno y no repara en que yo gaste lo que quiera...; pero tiene la contra de que es algo celoso, y por cualquier cuento, por cualquier chismajo que le lleve un adulón o un malintencionado, se pone insufrible... Conque... da media vuelta, *Tusti-*

to, y déjame sola... Las señoras de mi *categoría* van mejor solas que bien acompañadas. Abur.

Esto pasó y esto se dijeron. Santiuste buscaba la soledad para dar libre rienda a su espiritualismo vaporoso; Teresa, si no podía recrearse en la meditación solitaria, dejaba libre el pensamiento en las ocasiones en que era más esclava, y hablando con éste y con el otro se recogía en el sagrado de su alma para mirarse en ella... Dice la historia psicológica que la guapa moza cayó en grandes tristezas por aquellos días de diciembre del 58; que sus esfuerzos para disimular las murrias que la devoraban casi le costaron una enfermedad. En las fiestas de Navidad, el bullicio y alegría de la gente la mortificaban; las personas que a su lado veía constantemente, el *contratista* sobre todo, éranle odiosas. Para aislarse, exageró sus leves indisposiciones, quedándose en cama no pocos días. Risueño no abandonaba, por acompañarla, su sociedad de caballistas ni el recreo de las innumerables amistades que endulzaban su existencia. Cuenta también la historia íntima que una tarde que Facundo tenía gran cuchipanda con sus amigos en la alameda de Osuna, Teresa se echó a la calle, de trapillo, y se fué a casa de Jerónima, donde le dijeron que *Tuste* no iba más que a comer y a dormir; que aún no había encontrado colocación; pero que, en tanto, se había puesto a aprender el oficio de armero en el taller de un amigo. ¿Dónde? En las Vistillas. Allá se fué Teresa, movida de un irresistible anhelo de hablar con *Tuste*, de oírle sus poéticos disparates y de contarle ella sus intensísimas tristezas, que, sin duda, tenían por causa un error grande de la vida: el haber equivocado los caminos de la felicidad. No le había dado Jerónima, por ignorarla, la dirección exacta del taller donde *Tuste* trabajaba; pero ya lo encontraría preguntando, y al entrar en las Vistillas puso atención a los ruidos del barrio, esperando escuchar el son vibrante de los martillos sobre el yunque o los chirridos de las limas rasgando el metal. Nada de esto oyó. Viendo, al fin, en una tienda negrura y aparatos de ferrería, pero ningún hombre que trabajase, interrogó a una mujer que sentada en la puerta estaba.

—Sí, señora, es aquí; pero el maestro armero y el aprendiz no están. Se han ido a la compostura de unas máquinas. Si quiere la señora saber cuándo vendrán, pregúntele a la maestra... ¿Ve aquella mujer que está sentadita en un sillar dando de mamar a su niño? Pues es la maestra.

Vió Teresa desde lejos a la mujer señalada: se distinguía de las otras dos, que en el mismo sillar se sentaban, por ser más joven y tener chiquillo en brazos. Fuése allí derecha. Al verla llegar, las tres se sobrecogieron y se levantaron, pues aunque Teresa iba vestida con la mayor sencillez, su aire señoril en nada se desmentía. A la urbanidad de las pobres mujeres correspondió la Villaescusa con amable sonrisa, mandándolas sentar, y, poniendo su mano cariñosa en el hombro de la que amamantaba, le preguntó... La pregunta no llegó a ser formulada, porque Teresa quedó suspensa a la mitad de la frase; miró a la mujer, se apartó un poco, acercóse luego como si quisiera besarla..., dudó..., volvió a creer..., al fin no había duda...

—¡Virginia!... ¡Usted es Virginia!

—Sí, señora—dijo la otra, mirando y poniendo en su mirada toda la memoria—, y usted es... Conozco la cara; la cara no se me escapa..., pero el nombre...

—Soy Teresa Villaescusa... ¿No se acuerda usted? Eramos amigas...; de esto hace algunos años... No digo que tuviéramos gran intimidad, pero nos conocíamos..., nos hablábamos.

—Sí, sí... Era usted más joven que nosotras... Me acuerdo bien... ¡Oh Teresa! Era usted entonces muy linda, y hoy..., hoy más. ¿Quiere usted que subamos a mi casa?... Es una pobre casa.

—No importa; vamos.

XXVI

En el templo más hermoso y venerado no entraría Teresa con más respeto que entró en la humilde casa de Virginia. Desnudas paredes vió, muebles viejos en buen uso, cama, cómoda, cuna, en todo una pobreza decorosamente conllevada y un vivir modesto y sin afanes. Allí no había nada bello ni superfluo; nada tampoco que indicase la penuria angustiosa, la inquietud del día siguien-

te. La mano hacendosa se veía en todas partes y cierta entonación alegre de las cosas, en conformidad con la claridad de la estancia.

Virginia, después de mostrar el chiquillo a Teresa, dormido ya, y de dársele a besar, le acostó en la cuna. En un sofá de Vitoria con colchoneta de percal encarnado se sentaron las dos. El sol penetraba en el aposento, dando a los objetos vigoroso colorido.

—Mi casa es pobre—fué lo primero que dijo Virginia—; pero ¿verdad que es alegre, muy alegre?

—Ya lo creo; más que la mía...—afirmó Teresa, espaciando su vista por todo.

—¿Cómo ha de ser este tabuco más alegre que su casa de usted..., que será un palacio?

—No, hija; no—dijo la señora, echándose a reír—. No es palacio..., ¡quia!

—¿No tiene usted niños?

—No.

La pregunta referente a los niños envolvía en el espíritu de Virginia la persuasión de que Teresa era casada. No podía ser de otro modo. Ninguna soltera sale sola, y toda señora de aquel empaque tenía forzosamente marido por la Iglesia. Debe decirse que las ideas de cada una frente a la otra eran totalmente distintas. Teresa conocía perfectamente la historia de *Mita* y *Ley*, y hasta los trabajos de Beramendi con los Socobios para negociar las paces. En cambio, Virginia no sabía nada de Teresa: entre la señorita que había visto y tratado en tiempos remotos en alguna reunión y la señora que tenía delante había un enorme vacío de conocimientos. Dígase también que Virginia, en su vida salvaje, y después en aquel vivir apartado del trato de personas de viso, había perdido toda la picardía mundana, quedándose en una ingenuidad enteramente pastoril. Con sencillez digna de la Arcadia, preguntó a la otra si era marquesa.

—¡Marquesa yo! No, hija mía.

—Dispénseme; me he vuelto muy bruta. Lo he preguntado porque... Verá: alguna vez hablamos Pepe Fajardo y yo de la sociedad de mis tiempos de soltera. Yo le pregunto: «¿Y Fulana? ¿Y Zutana?» Y él casi siempre me responde: «Es marquesa.» Resulta que de poco tiempo acá todos los que tienen algún dinero son marqueses, condes o algo así... Por eso yo pensé... Dispénseme.

—Sí, hija mía; la pregunta es de lo más natural... Hay, en efecto, sinfín de títulos de nuevo cuño, unos con dinero, otros buscándolo...

—Marquesa o no—dijo Virginia, echando fuera toda su ingenuidad—, usted es de esas damas de la Beneficencia que vienen a estos barrios pobres a ver dónde hay miseria, para remediarla.

—Sí, soy benéfica—replicó Teresa, confusa—. En otros barrios he socorrido yo a muchos pobres...

—Pues en éste los hay también. Yo podré decir a usted dónde encontraría grandes desdichas..., y ¡qué desdichas!

—Sí, sí...; pero no he venido a eso...

Al pronunciar esta frase, contúvose Teresa bruscamente, invadida en un sentimiento que participaba de la vergüenza y el temor. ¿Cómo decir que su presencia en aquel barrio y en aquella casa no tenía otro móvil que buscar a un hombre? ¡Ella, que despreciaba la moral corriente como desprecia el gran artista las formas comunes del amaneramiento, sentíase cohibida, vergonzosa, ante la pobre Virginia, que era, sin duda, la primera de las inmorales! Habíala tomado Virginia por gran señora. ¿Qué pensaría cuando la gran señora le dijese: «Vengo tras del aprendiz de armero que está en tu casa»? Esta idea caldeó el rostro de Teresa y la puso en gran turbación. De alguna manera tenía que justificar su visita. ¿Qué diría, Señor? Afortunadamente para Teresa, la desbordada ingenuidad de Virginia la sacó de tan embarazosa perplejidad, señalándole este camino:

—Ahora recuerdo... Me dijo Pepe no hace muchos días que algunas señoras de la mejor sociedad se interesaban por mí en la cuestión que traemos ahora mis padres y yo... Mis padres quieren tenerme a su lado; yo también lo deseo; pero exigen que sacrifique a...

—Ya sé... Estoy bien enterada... Y ese sacrificio es imposible—afirmó Teresa, gustosa del pie que le daba la otra para fundamentar racionalmente su visita. En mí tiene usted una partidaria acérrima... Buena es la ley; pero cuídese mucho la ley, digo yo, de no pisotear los corazones.

—¡Ay..., también yo digo eso!—exclamó Virginia, suspirando fuerte—. Los co-

razones por encima de todo... No me engañaba el mío cuando la vi llegar a usted. Usted no me conocía..., preguntaba por mí a las vecinas..., quería informarse.

—Informarme, sí, Virginia. Yo he dicho a Pepe que, dada la testarudez de los señores de Socobio, no hay más que una solución... Solución propiamente no es... Yo le indiqué a Beramendi, y convino en ello conmigo, que a falta de solución se arreglaría un... Ya no me acuerdo cómo se llama eso... Es un término en latín..., *modus vivendi*..., o cosa tal...

En aquel momento, dos jilgueros aprisionados que formaban parte de la familia y habían sido puestos al sol, jaula sobre jaula, en el batiente de uno de los balcones, rompieron a cantar con tal algarabía de trinos, que las mujeres tenían que alzar la voz para entenderse. Gustaba Teresa de aquella música, que cubría su propio acento, permitiéndole ser poco explícita en lo que hablaba. La idea del *modus vivendi* no era invención suya para salir del paso. Del asunto de Virginia se habló días antes en su casa, de sobremesa; pero no recordaba bien Teresa lo que Pepe Fajardo había dicho de la solución o arreglo provisional que pensaba proponer a los Socobios; mas obligada, por su equívoca situación en la visita, a manifestar algo concreto sobre aquel punto, apeló a su imaginación, y entre el estruendoso cantar de los pájaros, como otro pájaro que también cantaba, salió, a su parecer, airosamente, por este registro.

—El arreglo consiste en que sus padres le señalen a usted una cantidad para alimentos, que por el pronto debe ser corta, lo preciso y nada más. Irán ustedes a vivir a casa del marqués de Beramendi, en un pisito que tiene arriba, y que ahora está desocupado, pues la servidumbre vive casi toda en el principal. La respetabilidad de la casa será el mejor ambiente para la reconciliación que deseamos. Allí podrán los señores de Socobio visitar a su hija, que ya parece que pierde gran parte de culpa poniéndose bajo el techo de los Emparanes. Hay que ir poquito a poco, amiga mía. Al principio recibirá usted la visita de sus padres cuando no esté Leoncio en casa... Será preciso para esto fijar horas determinadas. Los papás se volverán locos de alegría con el chiquillo, con su nieto... Le devolverán a usted su cariño, y así, día tras día..., podrá llegar el de la completa benignidad de esos señores con toda la familia, con el propio Leoncio.

Dijo esto Teresa, y al concluir su inventada solución o *modus vivendi*, vió que la obra era buena, y descansó como Dios después de haber hecho el mundo.

Oyó Virginia la donosa mentira, con intensa curiosidad primero, con arrobamiento y grande admiración al fin, y acogió la propuesta de Teresa como uno de esos maravillosos descubrimientos que después de conocidos nos asombran por su sencillez...

—Pues sí que es un arreglo magnífico, una idea preciosa...—dijo, cruzando las manos y descruzándolas luego para coger una de las de Teresa y besarla—. Y ¿esto se le ha ocurrido a usted? Verdaderamente, se interesa por nosotros... Y ¡ha venido a enterarme del arreglo!... ¡Qué idea!... Es la mejor, la única... ¿Lo sabe ya Pepe? ¿Se lo ha dicho usted a Pepe...?

Teresa, creyendo que no podía menos de afirmar, afirmó ligeramente con la cabeza. Los pájaros cantaban ya con frenesí, alzando tanto sus agudas voces, que Teresa no habría podido hacerse entender si algo dijese. Así era mejor... En aquel momento el chiquillo remusgó en su cuna. Acudió Virginia, diciendo:

—Estos diablos de pájaros me le han despertado con su música... Y creo yo que lo hacen adrede. El niño es su amiguito, se vuelve loco con ellos, y cuando se me duerme, ellos le llaman, le dicen: «Ven, ven, rico; te estamos cantando, y no nos haces caso...»

Cogió en brazos al niño, que malhumorado se restregaba los ojos con los puños, y prosiguió hablándole así:

—Te han despertado estos parlanchines... Es que quieren charlar contigo, mi sol. Ven, ven, y diles tú cosas; diles cosas...

Cogió Teresa el chiquillo, que no la extrañó; antes bien, se dejó zarandear por ella frente a los pájaros, desarrugando el tierno ceño, y con sus manos gordezuelas quería tocar las jaulas en que sus amiguitos trinaban desaforadamente. Virginia, en tanto, mirando a su hijo en brazos de Teresa, y a ésta gozo-

sa, apuntándole al niño lo que tenía que decir a los jilgueros en contestación a sus amantes clamores, entretuvo algunos segundos con este ingenuo monólogo:

—Buena señora es Teresa Villaescusa... Viene a verme y a contarme el arreglo que ha inventado... ¡Famosa idea!... Pero yo digo: Teresa Villaescusa, ¿quién es ahora? ¿Será la Navalcarazo, esa de quien tanto se habla? ¿Será la Cardeña, esa de quien también se habla mucho? No, no es ninguna de éstas, porque me ha dicho que no es marquesa. Será entonces mujer de algún banquero, sin título ni corona. Y ¿qué clase de amistad tiene con Pepe? ¡Oh, quién lo sabe!... ¡Vaya, que no saber yo con quién casó Teresita Villaescusa!... Me da en la nariz que es una de estas casadas ricas a quienes Pepe corteja..., porque es tremendo ese hombre... El venir ella aquí a decirme lo que ha discurido revela dos cosas: un gran interés por mí, una confianza grande con Pepito...

El chiquillo, distraído un momento con los jilgueros, volvió los brazos y el rostro hacia su madre, poniendo en sus lindas facciones un mohín displicente.

—Ahora pide teta—dijo Teresa—. Désela pronto..., que, si no, se va a incomodar con usted y conmigo.

—Ven acá, sol... Es de lo más malo que usted puede figurarse... Mire, mire las carantoñas que me hace para que le dé lo que tanto le gusta... ¡Si será pillo...! Me pasa la mano por la cara, me mete los deditos en la boca..., y luego, véale usted..., va derecho a sacar lo suyo. ¡Ah ladrón...!

En esto, ruidos que venían del piso bajo, voces confusas de personas y chocar de hierros, anunciaban que habían llegado el maestro y el aprendiz. Al entenderlo así, sacó Teresa de su cacumen otra donosa invención, que debía cubrirle la retirada y permitirle realizar el propósito que la llevó a las Vistillas.

—Yo me voy—dijo, afectando la inquietud de las graves ocupaciones olvidadas—. Esta casita humilde; usted, Virginia, y su niño precioso, me han encantado... El tiempo se me ha ido sin sentirlo... Ya no puedo entretenerme más. Preséntemе usted a Leoncio; quiero conocerle...

—Le llamaré, le mandaré que suba.

Antes que la maestra llamara, detúvola Teresa:

—No, no. Le saludaré abajo, al salir... No le llame usted... El tendrá que hacer, y yo me voy corriendo, corriendito... ¡Dios mío, qué tarde! Pues ahora tengo que ir a la calle de la Solana, que ni siquiera sé dónde está.

Dijo Virginia que Leoncio la acompañaría, y ella, con rápida visión de su plan estratégico:

—No, hija... Que venga conmigo el chiquillo, el aprendiz.

—No es chiquillo, es un hombre.

—Lo mismo da. Bastará con que me indique el camino...

Bajaron... Leoncio y Juan, ambos en traje de mecánica, con blusa azul, las cabezas al aire, se quedaron como quien ve visiones ante la mujer que iluminó el taller con su hermosura. Presentó Virginia al que llamaba su marido, que, invalidado por la cortedad, no supo qué decir, ni qué hacer con el cañón de escopeta que en la mano tenía: al fin, lo dejó sobre el banco. Palideció el aprendiz al ver la *celeste aparición,* y luego se puso muy colorado, permaneciendo en perfecta inmovilidad, tan mudo como las tenazas que en la mano tenía... Al fin vió Teresa cumplido su estratégico plan de retirada tal y como lo imaginara en rápida concepción. No había tenido poca suerte; que si se empeña Leoncio en acompañarla, de nada le hubiera valido su ingeniosa mentira. Cogió su manguito, despidióse afectuosamente del matrimonio libre o liberal, llevándose al aprendiz para que en el laberinto de las calles la guiase. ¡No era ella mal laberinto! El aprendiz la siguió callado y respetuoso, y *Mita* y *Ley* quedáronse comentando la visita, que tenían por venturosa, sin poder discernir quién era, en la sociedad del 59, la que de soltera fué Teresita Villaescusa. Casada y rica debía de ser; marquesa, no; amiga de Beramendi, sí.

Hasta que entró con su guía en la calle de los Santos, no rompió el silencio Teresa. Comprendiendo *Tuste* que su deidad tutelar quería hablarle a solas, la desvió hacia la calle de San Bernabé. Tomó Teresa un tonillo algo displicente para decirle:

—Quiero saber por qué te has metido en este oficio de armero sin decirme una palabra. ¿Acaso no soy nadie para ti?

¿No merezco ya que me consultes todo lo que piensas?

—Usted lo merece todo, Teresa—replicó Juan—. Pero ¿cómo había yo de consultar a mi bienhechora, si no la he visto en dos semanas?

—Estuve enferma. Ni siquiera has tenido la atención de ir a preguntar por mí.

—Usted me prohibió que fuera a su casa y hasta que pasara por la calle.

—Es verdad; pero ya debiste comprender... En fin, *Tuste:* ¿por qué te has metido en ese oficio sin decirme nada?... Yo te hablé de conseguirte un destino... ¡Bonitas se te están poniendo las manos!...

—Pues yo...—balbució *Tuste,* no sabiendo cómo aplacar aquel enojo que no comprendía—. Verá usted... Pensé que de este modo sería más grato a la señora...

Teresa se plantó en medio de la calle y con súbita energía le echó sus dos manos a los hombros, diciéndole en un tono que lo mismo podía ser de reconvención que de súplica:

—Juan, la última vez que te vi te mandé que no me llamases señora: yo no soy señora..., soy una mujer y nada más que una mujer. Sigamos, y hablaremos andando... Suprime lo del señorío, vuelvo a decirte.

Antes que *Tuste* pudiera formular sus protestas de obediencia incondicional, volvió a plantarse Teresa, y con el mismo tono que revelaba la firmeza de su voluntad, le dijo:

—*Tuste,* hasta me incomoda que me trates de usted... Es ridículo que hablemos tú y yo como se habla en las visitas. Tutéame...

—¡Yo..., Teresa!

—Que me tutees, digo... Yo lo quiero, yo lo mando.

XXVII

—Bueno—dijo *Tuste,* guiándola hacia Gilimón—. Al llamarte de *tú* me entra en el alma una frescura deliciosa..., que... No sé cómo expresarlo... Tratándote de *tú* soy otro crezco, me agiganto... Me siento capaz de las acciones más hermosas, y hasta me parece que mi inteligencia levanta el vuelo... Teresa, ¿qué ideal sublime se encarna en ti?

—*Tuste,* dime, dime esas cosas, aunque sean mentira, y bien sé que lo son... Antes me daba de cara la poesía, y ahora no.

—Pues déjame que te cuente cómo me metí en este aprendizaje sin consultar contigo. Pasados dos o tres días desde la última vez que te vi, me encontré a Leoncio, que es amigo mío: le conocí cuando Jerónima tenía la casa en Mesón de Paredes... Me dijo: «Si quieres aprender el oficio de armero, yo te enseñaré.» Le respondí que lo pensaría... Pues aquella noche soñé contigo, Teresa, como todas las noches... Te me apareciste coronada de rosas, vestida de un blanco traje que relucía como plata, los pies con zapatos azules...

—Estaría bonita...

—Alargaste un pie y me dijiste que te descalzara... Así lo hice.

—Pues eso podía significar que aprendieras el oficio de zapatero.

—No, porque andando descalza en derredor de mí, me dijiste: «Vete con tu amigo y que te enseñe a construir las bonitas armas.... armas con que matar a los egoístas, a los perversos...» Teresa, me puedes creer que vi y oí todo esto como si fuera la misma realidad... Al siguiente día tuvo tal fuerza en mí la idea de ponerme a trabajar con Leoncio, que no vacilé un momento más. Tú me lo dijiste, me lo mandaste. Yo te veía como te estoy viendo ahora, puedes creerlo...

—Y ¿en las noches siguientes no me viste también?

—Sí..., venías a mi lado, tal como estás ahora... Yo callaba; tú me decías: «Juan, abandona la idea de seguir estudiando Filosofía y otras garambainas que nunca te sacarán de pobre. No pienses en destinos del Gobierno, que no son más que pan para hoy y hambre para mañana... Métete en el comercio; compra y vende patatas, fruta, madera, cal, huevos, cualquier cosa; aprende un oficio; ponte a hacer cosas, a fabricar algo, jabón, ladrillos, clavos, peines, velas, relojes o demonios coronados...; el cuento es que ganes dinero...»

—¿Eso te decía? Pues ¿sabes que esas noches estaba yo muy prosaica, después de aquella otra noche en que me llegué a ti con zapatos azules?

—Prosaica estuviste, y yo, que siempre fuí rebelde al prosaísmo, me sentí

tocado del tuyo. ¿Por ventura, digo yo, tus consejos prosaicos no eran la quinta esencia de la poesía?

—Es fácil que sí, Juan... Dime: y cuando te aconsejaba que comerciaras o aprendieras un oficio, ¿cómo iba yo calzada?

—De ninguna manera, porque venías a mí con los pies desnudos.

—¡Ay Juan! Eres un soñador tremendo... Ten cuidado...

—¿Cómo no soñar estando a veces cerca de ti, a veces tan lejos como lo estoy de las estrellas? Teresa, si después de lo que te he dicho encuentras mal que yo aprenda el oficio de armero, lo dejaré... Tú mandas.

—No, Juan, no; si hace un rato te reñí por esto, fué... qué sé yo... Tenía yo ganas de pelearme contigo..., el motivo importaba poco..., la cuestión era decirte cosas..., que tú me las dijeras a mí... Ya no te riño por lo que has hecho. Déjate llevar de tu inspiración. Puede que esto sea el principio de una gran fortuna para ti... Juan, busca donde nos sentemos, que yo estoy tan cansada como si hubiera andado leguas... Allí veo una piedra grande, que es como un banco. Vamos allá.

—Vamos..., siéntate... Estoy pensando una cosa: Leoncio y Virginia dirán que tardo mucho en llevarte a la calle de la Solana; pero ¿qué nos importa?

—Dices bien: ¿qué nos importa?... Has medido el tiempo que debías tardar en volver a tu taller, y en eso, Juan, demuestras ser más prosaico que yo, que de tal cosa no me acordaba.

—Pero medí ese tiempo, Teresa, sin que se me diera cuidado de que fuera largo. Obedeciendo a mi corazón, yo entraría en casa de Leoncio diciendo: «Esa mujer es para mí más hermosa que los ángeles, más alta que las estrellas y más benigna y generosa que la propia Caridad que Dios envió al mundo...»

—¡Ay, ay, ay Juanito...! ¡Cómo se reirían de ti Leoncio y su mujer si entraras diciendo eso!... Esos disparates no debes decirlos más que a mí. Aun sabiendo lo mentirosos que son tus dichos, me gusta oírlos, Juan. Hoy es día de libertad, casi casi de embriaguez. Sigue, Juan, sigue. Las almas cogen un día cualquiera y hacen en él su carnaval.

—No son mis dichos mentirosos, sino la verdad misma—afirmó *Tuste* fundiendo su mirada en la mirada de ella—, sino la misma verdad. Cosas y personas no son lo que ellas creen ser, sino lo que son en el alma del que las mira y las siente.

—Quiere decir eso que yo puedo ser para los demás lo que quieran; pero que para ti siempre seré como debo ser... No sé si lo entiendo bien ni cómo se ha de explicar esto.

—Para mí, las denominaciones de señora y caballero son motes que éste y el otro gustan de ponerse en un juego social parecido al de las cuatro esquinas... Yo no pongo motes; no clavo tampoco letreros infamantes en la frente de ningún ser humano. Cristo me ha enseñado el perdón; la democracia me ha enseñado la sencillez, la igualdad... Yo miro al alma, no miro a la ropa.

Dicho esto por *Tuste*, ambos callaron. Había Teresa encontrado en el banco unas briznas secas, despojo de un árbol plantado no lejos de allí. El árbol, nada robusto y con su ramaje en completa desnudez, daba sombra al banco en estío; en invierno soltaba sobre él y sobre el suelo próximo los residuos muertos de su verdor pasado, para dar lugar a los nuevos brotes. Cogió Teresa dos, tres o más de aquellas briznas y se las llevó a la boca: eran amargas; pero el amargor no la desagradaba. La pausa que hicieron Teresa y Juan en su diálogo fué larguísima: él, apoyando en las rodillas los codos, miraba al suelo; ella, teniéndole a su izquierda, volvió su rostro hacia el opuesto lado, y clavaba sus miradas en una larguísima y fea pared que como a veinte pasos se extendía, triste superficie con letreros pintados anunciando alguna industria, y otros escritos debajo con carbón por mano inexperta... Sobre aquellas letras y garabatos dejaba correr sus ojos Teresa sin ver nada, sin darse cuenta de lo que allí estaba escrito... El lugar o fondo de la escena no podía ser más prosaico; el suelo era todo polvo. La pared escrita limitaba el espacio por esta parte; por aquélla, a distancia de pedrada corta, una fila de casas pobrísimas... Como seres vivos, daban animación a tan feo lugar perros flacos, chiquillos sucios y mujeres desmedradas.

De improviso volvió Teresa el rostro, chocando su mirada con la de *Tuste*, y mordiendo los amargos palitos, le dijo:

—Según eso, Juan, podrás tú quererme a mí, sin llamarme ángel, ni diosa, ni nada de eso, queriéndome con todo lo que tengas en tu alma, sin acordarte para nada de lo que fuí ni de lo que soy...

Abrumado *Tuste* por la gravedad de esta proposición, que le cogió algo desprevenido y despertó en su alma un furioso tumulto, no tuvo arrestos para resistir la mirada de Teresa; bajó los ojos, y pasando el dedo por la superficie áspera y polvorosa del sillar en que se sentaban, iba soltando con lentitud la respuesta, como si anotara las palabras o si leyera lo que escribía. Fué así:

—¡Quererte yo, Teresa! ¡Si desde que te vi y me socorriste te estoy queriendo, más que con amor, con adoración! Yo no veo en ti señora, ni veo lo que otros hombres llamaron o llaman suya. Para mí, tú no eres de nadie, no puedes ser de nadie... Yo no he mirado a tu cuerpo tanto como a tu espíritu. ¿Por qué te he llamado ángel? Porque he visto en ti el corazón generoso, la frente noble y las alas para subir adonde no subió ninguna mujer... Cuando supe tu pasado y la vida que hacías, lloré y rabié lo que no puedes figurarte... Pero luego mis ideas separaron tu espíritu de toda la broza material, y limpia y purificada te guardé en el sagrario de mi corazón, donde te doy culto con el espíritu mío. ¡Que si te quiero, Teresa! El amor mío por ti es grande, como todo amor que ha nacido y crecido sin esperanza... El no esperar nada aviva el fuego de amor. Si me despreciaras, te querría lo mismo... Queriéndome tú, lo mismo que si no me quisieras... ¡Vivir, amar, morir!..., términos absolutos...

—¿Me amarás de veras?—dijo Teresa en lenguaje llano—. ¿Como yo a ti?

—No me lo preguntes con palabras, sino con la imposición de algún sacrificio, o sometiéndome a la prueba más terrible. ¿Que es preciso morir por ti? Dímelo, y verás qué pronto...

Siempre que *Tuste* hablaba este lenguaje de vaporosa espiritualidad, Teresa se conmovía y se le aguaban los ojos. Aun en los casos en que las declamaciones de su amigo la movían a risa, no dejaba de sentir emoción, y confundía la risa con el llanto. Aquella tarde hubo de extremar el esfuerzo de su voluntad para contener las lágrimas.

—Oye, Juan—dijo después de una corta pausa—: vete a tu maestro y a tu maestra, diles..., cuéntales esto. ¿Sabes cómo se nombran en la intimidad Leoncio y Virginia? *Mita* y *Ley*. Pues diles que te quiero y me quieres. No se asombrarán poco, y... ¡quién sabe!, puede que no se asombren nada.

—Virginia y Leoncio se quieren y hacen de sus dos almas un alma sola.

—Pregúntales por su vida salvaje..., que te cuenten cómo fueron a esa vida y la felicidad que tuvieron en ella.

—No están unidos más que por la ley de sus corazones.

—Sus corazones fueron la ley... Pregúntales cómo han vivido, cómo han soportado las penas...

El recuerdo de *Mita* y *Ley* determinó repentinamente en Teresa un estado de espíritu semejante al que tuvo en la entrevista con Virginia. Sintió vergüenza y miedo. ¿Qué pensaría Virginia si supiera que había sacado del taller con engaño al aprendiz para irse con él de bureo por las calles? Esto era incorrectísimo. ¿Por quién la tomaría Virginia, después de haberla tomado por señora y hasta por marquesa? No, no podía soportar los juicios desfavorables de *Mita*... Veía en ella, ¡qué cosa tan rara!, la cifra y compendio de la moralidad. La salvaje había venido a ser como una personificación de toda la virtud humana.

—*Tuste*—le dijo, levantándose resueltamente, llena su alma de un sentimiento de pudor—, no quiero que *Mita* y *Ley* piensen mal de nosotros... No está bien que les engañemos. Dirán que para enseñarme dónde está esa calle has empleado mucho tiempo.

—Sí; pensarán mal..., y no quiero yo eso.

—Pues vete pronto, Juan, vete. Si te riñen por la tardanza, cuéntales la verdad...; les dirás quién soy, ¡qué vergüenza!... Pero sí, deben saberlo... Anda, no tardes. Yo también me entretengo demasiado. Todavía no soy libre.

—Les diré la verdad, la verdad. Quizá me conozcan en la cara que tú me quieres, y nada tendré que decir.

—Quizá, Juan... Y a mí ¿me lo conocerán también en la cara? No: yo sé disimular... Es preciso que nos separemos.

—Se separan nuestras personas como

dos sombras que han estado confundidas en una; pero tu espíritu y el mío permanecen juntos, juntos como un solo espíritu.

—Como un solo espíritu...

—Adiós. Déjame esas briznas que llevas en tu boca.

—Tómalas. Máscalas un poco, y las guardas luego.

—Son amargas. Toda la vida es amarga; pero contigo el amargor es dulzura. Teresa, déjame besar tu mano... Así... Déjame ahora que meta mi mano en tu manguito para que se me pegue el calor de las tuyas.

—Así..., deja tu mano metida aquí un ratito para que te lleves el calor... Vaya, no más.

—No más. Adiós... Yo me voy por aquí.

—Yo por aquí... Adiós.

Desde lejos, embocando diferentes calles, uno y otra se pararon para saludarse. Alzaba ella la mano en que tenía el manguito, él la suya sin nada. No llevaba bastón ni sombrero. Por fin, cada calle se llevó lo suyo, y entre los dos aumentaba el oleaje de calles, de transeúntes...

Fué Teresa por todo el camino hasta su casa en completa abstracción de cuanto pudiera apreciar por los sentidos. Toda su compañía la llevaba dentro. Al llegar a su casa, ya de noche, la primera pregunta que hizo a Felisa fué: «¿Ha venido *ése*?...» Diciendo *ése* chocó con la realidad... Se sentía fatigadísima; le dolían los pies de andar por calles empedradas con guijarros puntiagudos. Despojada de mantilla y zapatos, se tendió en un sofá, y a solas, recordando y pensando, su cerebro entró en blanda sedación. De la calle traía, para decirlo claro, una borrachera de espiritualidad. Pero ¿todo lo ocurrido en aquella tarde, la excursión a las Vistillas, la entrevista con Virginia, la conversación con *Tuste*, era verdad? ¿Estaba ella en su cabal sentido cuando dijo al aprendiz lo que aún recordaba, pues cada palabra suya, cada palabra de él, estampadas permanecían en su mente? ¿No se había excedido un poco en el abandono de su voluntad, comprometiéndose a más de lo que debiera?... En estos pensamientos se mecía y aun se adormecía, cuando un fuerte ruido de voces y de pisadas en la escalera le anunció que volvía Risueño con los expedicionarios de la Alameda de Osuna. No sintió Teresa que Facundo viniese acompañado, trayendo a cenar a dos o más amigos, pues cuando venía solo eran más difíciles de conllevar las brusquedades e impertinencias del *contratista*.

Entraron en la casa con alegre vocerío Risueño y otro señor, luciendo el empaque andaluz de marsellés y calañés, y dos más en traje corriente de caballeros que van de campo. Estos eran el marqués de Beramendi y José Luis Albareda, el más arrogante, salado y ceceoso de los señoritos andaluces que por entonces se abrían camino en la política. Dirigía *El Contemporáneo*, órgano de los conservadores que llamaban *de guante blanco*, los más atildados y conspicuos, chapados a la inglesa, que era la *dernière* en punto a política y arte parlamentario.

Hubo Teresa de violentarse para sonreír a toda la cuadrilla y disertar con ella de asuntos que no la interesaban. Allí estuvieron hasta medianoche, charlando, contando cuentos andaluces, consumiendo la manzanilla y otras bebidas de que tenía Risueño grande acopio en aquella casa. Resistiéronse a cenar: tan repletos venían del comistraje en la Alameda; pero bebían, algunos moderadamente, otros empinando de lo lindo, sin embriagarse o sólo poniéndose alegres y decidores. Risueño cogió la guitarra, y tras una preludio de ayes y jipidos lastimosos, se arrancó el hombre con playeras. No lo hacía mal; alguno le jaleaba con palmaditas; Beramendi tenía más sueño que ganas de música. Las doce serían cuando desfilaron dos, quedando solos Facundo y el compañero, que, como él, traía ropa y sombrero al estilo de la tierra de María Santísima. Era un caballero joven a quien las aficiones a la jácara y a las cañitas no privaban de la exquisita distinción en sociedad. A todo hacía, mostrando igual superioridad en ambos papeles; era el primero en las zambras andaluzas, el primero en la cortesanía que podremos llamar europea, terreno común de la civilización. Disputaron un rato Risueño y Manolo Tarfe (que tal era el nombre del caballero) sobre si braceaban los potros cordobeses mejor que los jerezanos, o viceversa; pero ello quedó en las

primeras escaramuzas, porque Risueño fué acometido de tan intensa modorra, que con media palabra entre los labios dejó caer al suelo la gitarra y su cuerpo se estiró en el sofá, convirtiéndose en plomo. Tarfe le llamó con fuertes gritos, como podría llamarle si se hubiera caído en un pozo...

—¡Pobrecito!—dijo Teresa, gozosa de ver anulada la personalidad de su *contratista*—. Hay que dejarle dormir la manzanilla.

Entre ella y Felisa le sacaron con no poca dificultad las botas... El marsellés no pudieron quitárselo, por la extraordinaria pesadumbre del cuerpo de Risueño.

Cogió en esto el caballero Tarfe su calañés para retirarse, y haciendo ademán de poner el gracioso sombrero andaluz en la cabeza de Teresita, le dijo:

—Ahí te dejo con ese fardo... Mejor para ti que se haya convertido en lo que ves, en un saco de patatas...

Solía tutear a Teresa, viéndola sola, por arranque nativo de su temperamento, y por expresarle mejor sus atrevidas pretensiones. Tiempo hacía que la enamoraba con disimulo, aprovechando toda buena coyuntura para convencerla de que debía entenderse con él, rescindiendo la contrata con Risueño. Pero Teresa, blasonando de virtud relativa, no daba oídos a la sugestión del caballero, y se mantenía leal a su compromiso. Sin esperanza de ser más afortunado aquella noche, Tarfe, cuando Teresa salió a despedirle hasta la sala, dejando en el gabinete el inanimado cuerpo de Facundo, que más bien cadáver parecía, le soltó la milésima declaración y propuesta de amores. Echóse a reír la guapa moza; pero, más benigna que otras veces, deslizó una frase de esperanza.

—Manolito, tenga paciencia...

—¿Te decides a despachar al fardo?

—Paciencia, Manolo.

—Di una palabra... ¿Quieres que hablemos?...

—Sí; algo tengo que decir a usted.

—¿Dónde podríamos...? Teresa, no me engañes. Has dicho que tienes algo que decirme... Pues aquí mismo... Cuenta que Facundo es una pared.

—Las paredes oyen... Aquí no puede ser.

—Pues ¿dónde, cuándo? ¿Me citarás?

—Sí; para ponerle a usted banderillas.

—No bromees. ¿Me citarás?...

—Que sí... Y basta. Tome el olivo pronto.

—Bueno; me voy. Pero quedamos en que me citarás, Teresa.

—Para que hablemos...

—Eso: para que hablemos. ¡Si es lo que deseo: hablar contigo! Adiós, gracia del mundo.

XXVIII

Se ignora el día, el mes no es seguro..., ello pudo ser en febrero, en marzo del 59, cuando en todo su apogeo lucía su espléndido plumaje nuevo la Unión Liberal, empollada por el gran O'Donnell. La indecisión de la fecha no quita valor histórico a la comida con que los marqueses de Villares de Tajo obsequiaron a sus amigos. Estos eran cuatro: el marqués de Beramendi, Manolo Tarfe, Nocedal y el pomposo Riva Guisando, la *première fourchette de Madrid*. Asistían también a la comida don Serafín del Socobio y su hija Valeria; pero como el pobre señor estaba medio paralítico, no gustaba de sentarse a la mesa grande, temiendo el desagradable espectáculo que a los convidados daba con su torpeza para el manejo de cuchillo y tenedor. En una estancia próxima le habían puesto una mesita, donde Valeria le acompañaba, le partía la comida cuando era menester y se la iba metiendo en la boca con tenedor o cuchara.

Bromeaba Eufrasia graciosamente con Guisando, diciéndole que su patriotismo le ordenaba la proscripción de todo estilo francés en su cocina. Mal día le esperaba al *gourmet*. Afirmaba Guisando que él era internacional y que adoraba los buenos platos españoles condimentados *secundum artem*. Dejándose llevar de su galantería, llegó a decir que, mantenidos en España los buenos principios gastronómicos de la raza, él sería el primer enemigo de la invasión y pondría en todas las cocinas una copia en pastaflora del grupo de Daoíz y Velarde. Don Saturno del Socobio, que estaba ya casi lelo, no decía más que:

—España es la primera nación del mundo por el valor y por la sobriedad.

¿Qué mayor gloria para un país que vivir sin comer? Los españoles han hecho en ayunas su brillante historia.

Apoyó esto Nocedal, diciendo que España no había cultivado nunca las artes que no eran espirituales, y que entre todas las filosofías había preferido el ascetismo, que resuelve de plano y sin quebraderos de cabeza la cuestión de subsistencias. La Economía política, que a la sazón estaba tan en boga, era desconocida de los españoles del gran siglo... La decadencia empezó cuando entraron las ideas económicas... La vida española es, por naturaleza, vida de inspiración, vida de hazañas en la esfera humana, y de milagros en la esfera religiosa... Es España la cristalización del milagro: vivir sin trabajar, trabajar sin comer, comer sin arte y hacer una historia que así revela el poder de las voluntades como el vacío de los estómagos... Con estas paradojas a los comensales, entretenía y corroboraba su fama de decidor agudo.

Beramendi preguntaba si había noticia histórica de cómo se alimentaban el Cid, Nuño Rasura y Laín Calvo, y Guisando afirmó que estos caballeros no comían más que pan y sus derivados, migas o sopas de ajo, caza y cotufas, con lo que se podía componer un excelente *timbale de perdreaux aux truffes*... Don Saturno, reiterando su patriotismo, sostuvo que la cocina francesa era una alquimia indecente y una botiquería repugnante, y Tarfe se declaró internacional, como Guisando, preconizando la concordia y armonía entre los dos sistemas culinarios, tomando lo bueno de uno y otro para formar lo excelente y superior; vamos, una verdadera Unión Liberal del comer.

¡Unión Liberal! Estas mágicas palabras llevaron la conversación a la comidilla política, que era la más incitante y sabrosa.

—Tiene razón Tarfe—dijo Eufrasia—. ¿Qué es la Unión Liberal más que una mixtura de sistemas gastronómicos?

—Trátase de un sistema político —apuntó Nocedal— que no tiene más que un dogma, o, si se quiere, tres dogmas: comer, comer, comer.

—Trátase, señor don Cándido Nocedal—dijo Tarfe, el más convencido y frenético de los unionistas—, de traer a España la vida nueva y grande, la vida del progreso, de la cultura, y poner fin a la política sectaria y facciosa.

Apoyado por Beramendi, hizo Manolo Tarfe el ardiente panegírico de la Unión y de su creador y jefe, don Leopoldo O'Donnell. Con ser profunda la fe del caballero en las excelencias del nuevo partido y en las venturas que al país traería, más que la fe en las ideas le alentaba su amor y respeto al conde de Lucena y a toda su familia. Por el general tenía verdadera adoración; con tal vehemencia ponderaba su valor, su talento y su sencillez y bondad, que en el Casino solían llamarle *O'Donnell el Chico*. Provenía más bien este apodo de su estatura, harto menguada en comparación con la de su ídolo, y de su semejanza fisonómica con personas de la familia del general. Era rubio, de azules ojos, simpático y de hablar expedito y donoso. Rico por su casa, Tarfe quería lucir en el terreno político, y no carecía de bien fundadas ambiciones. Ya era diputado, y con la protección de O'Donnell sería todo lo que quisiese. Su frivolidad y los hábitos de ocio elegante en los altos círculos, o en los pasatiempos y deportes andariegos (pues esta doble naturaleza era en él característica), se iban corrigiendo con el trato de personas graves y con la constante proyección de la seriedad de O'Donnell sobre su espíritu. No era un derrochador, como Aransis, ni había llegado al reposo y madurez de juicio del gran Beramendi. Algunos le tenían por *cuco*, y veían en sus jactanciosas actitudes, dentro de las dos naturalezas, un medio de hacerse hombre y de abrirse camino en la política.

Ameno y fácil hablador, *O'Donnell el Chico* se disparaba en la conversación, estimulado por su propia facundia y por el agrado con que le oían. Decía la Villares de Tajo que no había caja de música más bonita y menos cansada que Manolo Tarfe, y siempre que a su mesa le tenía dábale cuerda, variándole al propio tiempo la tocata. Todas las de *O'Donnell el Chico* iban a parar siempre a la exaltación y apoteosis de la Unión Liberal. Nocedal y don Saturno creyeron que Tarfe deliraba o se ponía peneque cuando le oyeron decir:

—Don Leopoldo es el primer revolucionario, porque al par de los derechos políticos para todos los españoles, trae

los derechos alimenticios. Viene a destruir la mayor de las tiranías, que es la pobreza. Su política es la regeneración de los estómagos, de donde vendrá la regeneración de la raza. Sin buenos estómagos no hay buenas voluntades ni cerebros firmes. De Mendizábal acá, nadie ha pensado en que España es un pobre riquísimo, un vejete haraposo, que debajo de las baldosas del tugurio en que vive tiene escondidos inmensos tesoros... Pues O'Donnell levantará las baldosas, sacará las ollas repletas de oro, y con ese oro, que es, a más de riqueza, talismán, le dará al vejete unos pases por todo el cuerpo, a manera de friegas, devolviéndole la juventud, la fuerza física y mental.

Tronó don Saturno contra esto; Eufrasia y Beramendi rieron; Nocedal, más desdeñoso que indignado, dijo que la figura podía pasar, pero que la idea era detestable y masónica. La palabra «Desamortización» corrió de boca en boca, y en la de Riva Guisando provocó esta opinión escéptica:

—Hágase la prueba... Sáquese del subsuelo un poco de pasta, dénsele las friegas al vejete..., véase qué cara pone, y si le entusiasma la idea de recobrar la juventud... Porque si después de desamortizar salimos con que el viejo requiere sus andrajos y clama por que no le quiten de la cara sus benditas arrugas, no hemos hecho nada.

Y tal alboroto levantaron las ideas de Tarfe, que hasta la salita donde comía don Serafín llegó el eco de los apóstrofes, réplicas duras y burlonas risas. El pobre señor se afligió enormemente cuando Valeria le dijo que hablaban de Mendizábal y de la Mano Muerta, y con la suya, que no estaba muy viva, dió sobre la mesa no pocos golpes, diciendo:

—Tarfe masón... Perdónele Dios.

Tan excitado se puso, que Valeria pasó al comedor para rogar que se variase la tocata.

—¿Qué hay, hija mía?

—Papá está furioso por lo que dice Manolito Tarfe. Manolito, haga el favor de no ser aquí tan masónico.

—¿Qué ha dicho mi buen amigo don Serafín?

—Que toda política que va contra Díos es una política infernal.

—No he dicho nada... Valeria, aunque venga usted en clase de inquisidora, nos alegramos de verla.

—No nos abandone, Valeria. Está usted monísima; nos embelesa su rostro; su mirada y su sonrisa nos encantan, aunque vengan cargadas de anatemas y excomuniones.

Halagada en su vanidad por tales piropos, dijo Valeria que no podía separarse de su papá, pero que aprovecharía cualquier ocasión para dar un saltito al comedor y echar un palique con los buenos amigos, siempre que éstos prometieran ser muy poquito herejes y muy poquito masónicos. La ocasión para zafarse del cuidado de don Serafín y campar un rato a sus anchas en el comedor la determinó Fajardo, que, cuando servían el café, se fué a tomarlo en compañía del paralítico, relevando a Valeria. Esta voló al comedor, y solos el marqués y don Serafín ofrecieron a la Historia una memorable conversación:

—Mi noble amigo, de hoy no pasa que usted me dé su conformidad con el plan que le he propuesto para el perdón de Virginia...

—¡Oh Virginia, hija del alma!—exclamó Socobio, lloriqueando, pues en cuanto aquel tema se tocaba, sus ojos eran fuentes.

—¡Hija del alma, dice usted, y no le abre sus brazos!... ¡Hija del alma, y le niega su cariño, le niega el pan!...

—El pan, no... Todo el sobrante que hay en casa, que no es poco, será para ella... ¡Hija mía..., tan pobre y lactando!... Yo le aseguro a usted que si Virginia criara dentro del santo matrimonio, yo pagaría con gusto las mejores amas asturianas y pasiegas... Pero ella lo ha querido, ella rompió todos los lazos y pisoteó todas las leyes... Castigo de Dios: darás el pecho a tus hijos, porque no tendrás dinero para pagar ama...

—Virginia goza de buena salud, y no necesita alquilar la leche para su hijo Virginia es la mujer fuerte, la mujer que va derecha por el camino de la vida.

—¡Ay, no, no, Pepe!... No me aflija usted más de lo que estoy... Vea, vea cómo corren mis lágrimas... Ya tengo este pañuelo que se puede torcer... Pero traigo otro... y otro. Siempre que salgo de mi casa llevo tres pañuelos, porque me aflijo por la menor cosa, y... ya ve usted... Hágame el favor, Pepito, de no disculpar a Virginia ni llamarla mujer

fuerte. Podré perdonarla, pero disculparla, nunca... Es la mujer débil, la mujer extraviada... Póngame usted más azúcar..., me agrada el café dulcecito... Pues no ensalce usted a Virginia, pecadora y adúltera; no la comparemos con ese ángel, con mi Valeria, la hija fiel, la hija discreta, que ha preferido las asperezas del deber a los deleites de la libertad... Ahí la tiene usted, casada honesta y viuda honestísima, que viudez efectiva, aunque pasajera, es el alejamiento de su marido... Ahí está, firme en sus deberes, intachable en la virtud, ajustando estrictamente su conducta a lo que dice San Dionisio Areopagita acerca de la forma y manera con que han de guardar su recato las viudas. ¿Lo ha leído usted?

—No, señor... Pero sin leer nada de eso reconozco que Valeria es un modelo de viudas ocasionales y de amantes hijas.

—No tiene más que un defecto, que es su loco devaneo por los muebles elegantes y las cortinas de última novedad... Pero este defecto no atañe a la virtud propiamente ni la menoscaba. ¡Oh, qué diera yo por que a Virginia no se le pudiera echar en cara otro pecado que el mueblaje suntuoso y el gusto exagerado del vestir a la moda!... Los pecados de Virginia van contra Dios, son la negación de Dios y de su maravillosa obra en la Humanidad... Yo lloro esos pecados, querido Pepe; los lloro por ella y los estaré llorando mientras viva...

—Serénese un poco, don Serafín; tómese su cafetito, que está muy bueno, y sin lloriqueos ni suspiros déme su conformidad con el proyecto de reconciliación... ¿Quiere que le recuerde las bases? Usted señalará a su hija pensión de alimentos, cantidad razonable, la que le correspondería si no existieran estas discordias... Virginia y su familia vivirán en mi casa; podrán visitarla usted y doña Encarnación a la hora que se determine para encontrarla sola con el chiquillo... ¿No es esto lo tratado?

—Eso es..., déjeme que llore..., eso y algo más. Viéndome ya tan caduco y de tan torpe andadura, propongo que puedan venir a mi casa Virginia y su nene; pero nunca pretender vivir con nosotros... De su casa de usted vendrán a la mía, y de la mía volverán allá, sin que el hombre en ningún caso les acompañe por la calle...

—Muy bien. Mi mujer y yo nos encargaremos de la traslación... Todo irá bien. Yo he hablado con Ernestito..., ya se lo dije a usted ayer. El dulce *Anacarsis* está en la disposición más conciliadora, y no le importa ni poco ni mucho su mujer. Se hace la cuenta de que Virginia no existe, de que está viudo, situación que le agrada en extremo. No echa de menos el matrimonio, ni tampoco el divorcio, porque si lo hubiera y él recobrara por la ley la facilidad de volverse a casarse, no lo haría. Conque todo va como una seda, mi querido Socobio, y sólo falta que pongamos en ejecución nuestro convenio lo más pronto posible...

—Sí, pronto... De pensar que veré a Virginia, soy un río de lágrimas... ¿Dice usted, Beramendi, que el chiquillo es lindo? Bien podrá ser que haya sacado toda mi cara, mi expresión...

—Paréceme que sí... Usted le verá...

—Y es una bendición que no hable todavía... Me sabría muy mal oírle nombrar a su padre... No sé quién me dijo que el padre es guapo, y yo me resistí a creerlo... Ya sabe usted lo que dice Santo Tomás...

—No me acuerdo.

—Pues dice que nada puede ser bello si no es bueno.

—Hay excepciones... Pero, en fin, dejemos eso...

—Dejémoslo..., que, en último caso, la belleza física poco importa y poco vale... La belleza moral es reflejo de la divinidad... Vea usted reunidas las dos bellezas, la moral y la física, en esta angelical Valeria, ¡ay!..., que sería la perfección misma sin esa flaqueza por la futilidad de las consolas, por la absoluta vanidad de los entredoses y por la frágil opulencia de las porcelanas... Déjeme usted que llore, mi querido Beramendi... Mi llanto es una mezcla de alegría y de pena, porque veré junto a mí a mis dos hijitas, la buena y la mala, y a ratos, a ratos... me forjaré la ilusión de que las dos son buenas, piadosas, y las querré a las dos lo mismo, lo mismo; y el chiquitín de Virginia me figuraré que es de Valeria, y creeré, como creen los niños, que no lo engendró varón, sino que lo han traído de París..., de París, Pepito, para recreo

de mis dos hijas y mío. Jugarán ellas, jugaremos todos con él... De París ha venido en una caja con mucho papel picado, como las que recibía Valeria con aquellas lámparas elegantísimas y aquella loza de Sèvres, que me costaban un dineral... De París ha venido el niño, sí, sí, y yo estoy muy contento, yo lloro de contento..., y le estoy a usted muy agradecido... Beramendi, déme usted un abrazo fuerte, fuerte..., y de mi parte éste para María Ignacia... Déselo usted bien fuerte, bien fuerte..., ¡ay, ay, ay!

XXIX

Salvó a Beramendi de aquel sofoco Cándido Nocedal, que fué a dar sus plácemes a don Serafín por la feliz aprobación del convenio de paces, y tuvo que aguantar los abrazos con salpicadura de lágrimas efusivas. El ex ministro reaccionario no había contribuído poco a domar la testarudez socobiana, desmintiendo en aquel caso, como en otros de la vida privada, el rigor de sus principios dogmáticos. En el comedor, todo era luz, animación y alegre bullicio. Valeria se derretía con los finos galanteos de Manolo Tarfe, y afectaba sorpresa burlona cuando el caballero hacía descaradas alusiones a los flamantes amoríos de ella con Pepe Armada... Beramendi cogió al vuelo estas frases:

—¡Qué tonto, qué malo!... Con usted no hay reputación segura.

Y en el otro corrillo oyó a don Saturno:

—Querido Guisando, eso que usted dice es un insulto a la Divina Providencia y una burla a los designios del Altísimo. Porque el Altísimo permite que haya pobres, y los pobres y miserables lo son porque así les conviene... Permite también que haya ricos que no necesitan trabajar... Naturalmente, les conviene la ociosidad en medio de la abundancia; pero el Hacedor, al permitir estas desigualdades por conveniencia de unos y otros, no consiente que los ricos inventen manjares absurdos por lo costosos. Eso es ya sibaritismo, y el sibaritismo es pecado.

—El desenfreno de la gula—dijo Eufrasia—llevará a los infiernos a nuestro simpático *gourmet*.

Riva Guisando, encendido de satisfacción el rostro, respondió con sonrisa olímpica que él no era más que un experimentador, un espíritu teórico que ponía sus conocimientos al servicio de la Humanidad.

—Repetiré lo que ha escandalizado a esta señora—dijo—, para que se enteren Beramendi y Tarfe. Yo sé hacer un caldo tan superior, que cada taza sale por diez duros... Cinco tazas, cincuenta duros, y no rebajo ni un maravedí.

Grande escándalo y risotadas de incredulidad.

—Pero ¿qué demonios echa usted en ese caldo?...

—Será que en vez de carbón emplea usted billetes de Banco...

—Lo hará con alones de ángel, o con huesecitos de santos milagrosos...

—Cuando uno tome ese caldo, verá desde aquí el rostro del Padre Eterno.

Fiando a la comprobación real su problema gastronómico, Guisando emplazó y convidó a los presentes para la prueba. El haría su caldo en casa de Farruggia. Luego que los amigos cataran y saborearan tan extraordinario condumio, él les daría exacta cuenta de las carnes, especias y demás ingredientes que habían entrado en la composición..., y se vería si era o no razonable calcular en diez duros el coste de cada taza.

Aceptaron todos el extraño convite. En opinión de don Saturno, Guisando tenía que pedir pagas adelantadas, vender sus camisas y empeñar toda su ropa, si daba en regalarse a menudo con su famosa invención.

—Pues sí—dijo Eufrasia—, quiero probar ese caldo y saber cómo se hace..., para no hacerlo en mi vida y declarar loco a su inventor.

Con esto se puso fin a la reunión, que en aquella casa venerable terminaba siempre temprano. Salió el primero don Serafín acompañado de su hija, y luego los demás convidados, agradecidísimos a las atenciones de los marqueses. Nocedal y Beramendi se fueron a sus casas, y Tarfe y Guisando, al Casino.

No se le cocía el pan a Manolito hasta no avistarse con Teresa, y a la mañana siguiente se fué a su casa, esperando verla ya en completa liberación del fardo. Aunque el rompimiento era seguro, aún no había dicho Risueño la última palabra, según contó a su ami-

go la moza, inquieta y malhumorada.

—Hemos tenido más de un arrechucho. Está el hombre imposible... Ni él puede aguantarme a mí, ni yo a él. A decir verdad, no ha estado muy violento..., lo que significa que no me tiene ninguna estimación. Yo a él tampoco le estimo desde que sé que quiere proteger a una tal Generosa, alias la *Zorrera*, que estuvo con Pucheta... y es de lo último de la calle... Lo que más me carga de Facundo es su gusto pésimo y su ordinariez... Veo que me despedirá como se despide a una criada que no guisa con aseo. Ayer me dijo: «Sé que tomas varas de un chico, aprendiz de armero, que pedía limosna... Ya veo que tus caridades no son más que una tapadera indecente.» Yo le contesté con medias palabras, de las que ni afirman ni niegan..., siempre con dignidad. Sé tener dignidad; él, no... Vaya con Dios... No me importa: ya lo deseo.

Reiteró Tarfe su proposición de recoger la herencia de Risueño, y la guapa mujer, agraciándole con sonrisas y seductores melindres, le ordenó que tuviese paciencia y escuchase lo que a decirle iba. Sacó del bolsillo un mal escrito papel, sentóse frente a *O'Donnell el Chico*, y le dijo mostrando sus garabatos:

—Estas notas, Manolo, escritas por mí, que no estoy fuerte en ortografía, las pondrá usted en limpio. Tome, entérese. Verá tres nombres de personas, y otros tantos destinos, que quiero, Manolo, que necesito... Lo hago cuestión de gabinete: o me trae usted las tres credenciales, o no se presente más delante de mí. Usted es poderoso; el general O'Donnell no le niega nada. En todos los Ministerios tiene usted gran metimiento. Se va usted a Posada Herrera, o a Calderón Collantes, o a Salaverría..., si no prefiere irse a la cabeza, a su padrino don Leopoldo, diciéndole: «Padrino, esto quiero... Mis compromisos políticos me exigen, me...» En fin, usted sabrá lo que tiene que decirle.

Leyó Manolito la nota, y suspirando dijo que lo haría, lo intentaría, sin asegurar que lo consiguiese, pues había pedido ya y obtenido de don Leopoldo y de los demás ministros excesivo número de credenciales. Pero, en fin, él lo tomaría con gran empeño, presentando los tres casos como graves compromisos políticos, de los ineludibles y que no admiten esperan. Pedía Teresa para su tío don Mariano plaza de jefe de Administración, que era el ascenso que le correspondía, si era posible en Estado, y si no en cualquier parte. Para Leovigildo Rodríguez pidió plaza de la misma categoría que tuvo en Hacienda, y otra igual para don Segundo Cuadrado. Tragóse la nota el buen Tarfe, viendo que con Teresa no valían palabritas engañosas, y se fué dispuesto a marear a medio Ministerio y a su cabeza visible hasta lograr las tres plazas. Cosas más difíciles había en este mundo. El de nada se asustaba, fiado en su buena estrella y en su ángel. Era el niño mimado de la Unión. Adelante, pues, y a trabajar por Teresa, por aquel París que bien valía una misa, y aun tres misas.

Mientras andaba *O'Donnell el Chico* en la campaña que había de producir el remedio de tres cesantes infelices, Teresa no mantenía ociosa su mano liberal. Creía llegado el caso de repartir todos los bienes que a ella le sobraban. Su idea desamortizadora y de distribución del bienestar nunca brilló en su mente con luz tan viva. A su madre dió dos trajes muy buenos para que los arreglara, y dos miriñaques; a Mercedes Villaescusa, una bata, camisas, enaguas, zapatos; a doña Celia envió macetas con las mejores plantas que entonces se conocían en Madrid, y además loza de vajillas descabaladas, un par de cortinas, cuatro botellas de manzanilla, un calentador para los pies, tabaco y otras menudencias; a Jerónima, provisiones de boca, galletas finas y un jamón, amén de unos visillos para las ventanas... Y entre otros pobres que en sus excursiones por los barrios del Sur había encontrado repartió diferentes especies de ropa y comestibles, y algún dinero. En esta caritativa ocupación la sorprendió el *ultimátum* de Risueño, que se despidió de ella con una carta muy mal escrita, concediéndole la propiedad de todo lo existente en la casa y enviándole mil reales de *plus*... Alegróse Teresa de que la madeja de aquel lío se desenredase tan suavemente, y dió por buena la mezquindad del socorro final, perdonando el coscorrón por el bollo. Nunca le fué tan grata la libertad; nunca tan a sus anchas respiró, a pesar del alarmante vacío de sus arcas. Ya vendría dinero

de alguna parte; vendría tal vez la franca resolución de despreciarlo, y el recurso supremo de no ver su necesidad. Hallábase después de la carta de Risueño en gran perplejidad, cavilosa, echando ahora su alma por un camino, ahora por otro. Pocos días después de encontrarse libre, recibió la visita de una señora, o con apariencias de tal, que alguna vez se personaba en su casa; mujer de peso, de historia y de mucha labia, de éstas que vienen a menos por desgracias de familia, o por picardías de hijos desnaturalizados. Había sido famosa *cuca;* vestía decentemente, sin borrar de sí la inventerada traza *celestinoide.*

Secretearon las dos algo que merece referirse. Con extremados encarecimientos habló Serafina, que así la tal se llamaba, de un opulento señor, en buena edad, que por la calle había visto a Teresa y deseaba obsequiarla en alguna forma delicada...

—Usted se habrá fijado tal vez..., y ya comprende a quién me refiero... Sólo le diré, por si lo ignora, que ese señor tiene la contrata de todo el tabaco que en España se consume, y que no sabe qué hacer del dinero... Pero sí sabe, sí. ¿Ve usted la Puerta del Sol, con todas las casas derribadas para hacerlas de nuevo, ensanchando la plaza? Pues dicen que él levantará todas las casas nuevas. Imagine usted qué fincas... Es de esos hombres que de chicos se van descalzos a la Habana y vuelven con las botas puestas... Pero éste no trabajó en calzado, sino en sombreros, con más suerte que mi difunto esposo, que después de ganar en Cuba muchísimo dinero, allá se dejó las onzas y la pelleja... Pues como le digo, es persona sentada, tan limpio que da gloria verle; la cara bonachona, los cabellos entrecanos..., figura hermosa en sus años maduros...

—Le conozco de vista—dijo Teresa poco interesada en el asunto—, y algo me han contado de la facilidad con que gana el dinero. Yo si he de decirle la verdad, Serafina, estoy cansada de esta vida... ¿Sabe usted lo que pienso de algunos días acá? Se va usted a reír... Ríase lo que quiera. Pues se me ha metido en la cabeza dedicarme a la honradez pobre, o a la pobreza honrada..., que es lo mismo... ¿Qué le parece?

—¡Ay hija mía: si es cuestión de conciencia, yo nada digo; no me meto a dar consejos a nadie, mediando la conciencia! ¡Ay, no, no!... ¿Pero de qué le ha dado a usted esa ventolera? ¿Es cierto lo que oí, que le ha salido a usted un obrerito? Hija mía, ándese con cuidado con los obreritos, que ésos... a lo mejor la pegan, y salen unos perdularios o unos borrachines. Las clases bajas de la sociedad, me decía Bravo Murillo, son dignas de que se las socorra, de que se las aliente; pero líbrenos Dios de meternos entre ellas... No, no: ni usted ni yo, por nuestra educación, podemos hacernos a la grosería del pueblo.

—Yo no pienso así. Al contrario, se ha fijado en mí la idea de que no hay cosa mejor que no poseer nada, absolutamente nada. ¡Fuera necesidades, fuera obligaciones! Tener una un hombre que la quiera..., casarse con él, vivir con vida sencilla, descuidada..., ganando el pedazo de pan necesario para cada día...

—¡Ay, ay, Teresa, qué gracia me hace usted! ¡Salir con eso del bocadito de pan, ahora, ahora, cuando tenemos a la Unión Liberal, que viene con la idea de hacer de España otro país, como quien dice, fomentando, fomentando...! Yo no se expresarlo bien; pero *éste es el momento histórico...*, así me lo ha dicho don Francisco Martínez de la Rosa..., *el momento histórico* de multiplicar en España las comodidades y el bienestar de tantos miles de almas... Tendremos más ricos, pudientes muchos, y menos pobres... Vendrá la venta de la Mano Muerta..., saldrán miles de millones..., y verá usted a España cubierta de *ferroscarriles,* que traerán a Madrid todo el género de las provincias casi de balde... Así me lo decía esta mañana Satustiano Ológaza, y del mismo parecer es el infante don Francisco, con quien hablé la semana pasada, y me dijo: «Serafina, mucha riqueza que está guardada veremos salir pronto de debajo de la tierra.» Y *en este momento histórico* cambia usted de rumbo, y vuelve su lindo rostro hacia la pobreza!...

La condenada tenía la perversa costumbre de citar personas respetables, que le daban confianzudamente un autorizado parecer, con el cual fortalecía su opinión propia. Teresa, en verdad sea dicho, había tenido con ella poco trato, y éste fué casi siempre puramente comercial, por la compra o cambalache de joyas, encajes, abanicos y otras pren-

das que cautivan a las señoras. Sin hacer ningún negocio la despidió aquella mañana, y fué tan discreta Serafina que no reiteró su proposición, limitándose a decir:

—Volveré, Teresita...; quiero verla a usted en su nuevo papel... ¡Compartir la vida pobre con un obrerito! ¡Qué pronto se dice y qué bonito parece pensado y dicho!... En el hecho ya es otra cosa... Aquí donde usted me ve, yo, en mis quince y en mis veinte, tuve, mejor diré, padecí, ese bello ideal, y..., ¡ay!... En fin, no quiero quitarle las ilusiones. Váyase usted, Teresita, a la pobreza honrada, que si es cuestión de conciencia, yo seré la primera que le aconseje ir por ese camino. La conciencia sobre todo: así me lo decía, sin ir más lejos, ayer tarde, el cardenal fray Cirilo de Alameda... Adiós, hija mía.

XXX

Atacó el buen Tarfe con loco empeño a su protector don Leopoldo, de quien obtuvo una repulsa cariñosa. Ya le dolía la mano de dar a su protegido tantas credenciales. De Posada Herrera, a quien ya tenía frito con sus peticiones, nada sacó en limpio. Más feliz fué con Salaverría y con el marqués de Corbera, que al menos le dieron esperanzas. El hueso más duro de roer era el destino de Centurión, en Estado; y no viendo medios de salir airoso con O'Donnell, ni con Calderón Collantes, que se llamaban andana, dirigió sus tiros contra doña Manuela, que le quería, le mimaba y se divertía con su graciosa cháchara. No la encontró muy propicia, por tener bastante gastada ya su poderosa influencia; pero Tarfe insistió, y para ganar el último reducto de la voluntad de la señora le llevó folletines nuevos, que ella no conocía: *Isaac Laquedem,* por Alejandro Dumas, y luego *Los mohicanos de París,* del mismo autor. Esta larga y complicada obra fué muy del agrado de la condesa. Tarfe sacrificaba por las noches sus más agradables ratos de casino y teatros para leerle a doña Manuela pasajes de febril interés. Total: que con esto y sus hábiles carantoñas, y los elogios que hacía del gran mérito administrativo de Centurión (no le conocía ni de vista), logró interesar a la señora, y el buen don Mariano tuvo su destino, no en Estado, sino en Fomento, que para el caso de comer era lo mismo.

Para mayor ventura de Manolo Tarfe, el mismo día que le dieron la credencial de Centurión entrególe Salaverría la de Leovigildo Rodríguez. Sólo faltaba la de Cuadrado; pero de esta colocación se encargó Beramendi, gozoso de favorecer al que había sido su desgraciado jefe en la *Gaceta.* Con estas bienandanzas, corrió Tarfe a ver a Teresa. Le llevaba todo lo que le había pedido. Tan contento estaba el hombre de poder satisfacerla en sus deseos generosos, que al darle las credenciales, se dejó decir:

—Pide por esa boca, Teresa. A ver si encuentras otro que con tanta diligencia te sirva.

Muy agradecida, y loca también de contento, Teresa no dió al caballero el sí que éste anhelaba; defirió su acuerdo para dentro de algunos días.

—Estoy ahora en grandes dudas, Manolo, y dispense si no le contesto a lo que desea... Mil y mil gracias, amigo: es usted la flor de la canela para estas cosas. ¡Viva la Unión Liberal, y viva *O'Donnell el Chico,* que es el vicario del grande!... Crea usted, Manolo, que le aprecio de veras... Pero estoy en la crisis del alma, en la terrible duda, Manolo. ¿Me voy hacia arriba o me voy hacia abajo? La felicidad ¿dónde está? ¿En la honradez pobre y sin cuidados, con sólo un hombre para toda la vida, o corriendo, arrastrada de muchos hombres, y metiendo mano a los millones de la Desamortización?

Decía esto muy nervicsa, poniéndose la mantilla. Creyó Tarfe que no estaba buena de la cabeza, o que de él donosamente se burlaba. Salió la guapa moza, sin permitir que el caballero la acompañase por la calle. En la esquina de Antón Martín le dejó plantado, corriendo con paso ligero a llevar las buenas nuevas al infortunado Centurión.

Interesantísima fué la escena de la presentación de la credencial a don Mariano, quedándose el buen señor tan absorto y turulato, que no daba crédito a lo que veía... Leyó doña Celia; corrió Centurión a sacar del cajón de la mesa unos anteojos de gran fuerza que usaba para leer documentos de letra borrosa... Ni aun leyendo con aquellas potentes

gafas se convencía... Ordenó a su mujer que leyese de nuevo.... ¡Colocado y con ascenso! No podía ser.

—Teresa, o eres tú un demonio, que gasta conmigo bromas harto pesadas, o Dios me confunde por haber hablado mal de don Leopoldo O'Donnell.

Díjole a esto Teresa que el jefe de la Unión Liberal estaba bien al tanto de lo que valía don Mariano, y que de su *motu proprio* había ordenado la reposición... El gozo de ver terminada su horrible cesantía inundó el alma del buen señor; mas por entre los espumarajos del gozo asomó la dignidad adusta diciéndole:

—Hombre menguado, aceptas tu felicidad del hombre público más funesto... y por mediación de tu pública sobrina... Lo que no lograron los principios de un varón recto lo consigue la hermosura de una mujer torcida... ¡En qué manos está el Poder!...

Viendo que doña Celia mostraba su gratitud a Teresilla besándole con ardiente cariño, se escabulló del alma la dignidad de don Mariano.

—Será preciso que yo vaya personalmente a dar las gracias al general—dijo, paseándose en la habitación con grandes zancajos.

Replicó Teresa que no deseaba O'Donnell más que conocerle y felicitarle por su mérito administrativo.

Una vez derramados los chorros de alegría en aquella casa, corrió Teresa a la de Mercedes Villaescusa. Al darle la credencial, añadió estas graves palabras:

—Dile a Leovigildo que ahí tiene eso, la mejor prueba de que Teresa Villaescusa es buena cristiana y sabe devolver bien por mal. Tu marido escribió el anónimo diciéndole a Facundo que yo tenía algo que ver con Santiuste... Es una canallada, de la cual me vengo sacándoos de la miseria... No, no me niegues que tu marido escribió el anónimo. Por mucho que quiso disimular la letra, no logró disimular su infamia... Conocí la mano que escribió el anónimo por el trazo y por dos faltas de ortografía que son suyas..., suyas son... Se me quedaron en la memoria desde que me escribió una carta pidiéndome doscientos reales, que por cierto le di... Pone *berdad* con *b* alta, y *prueva* con *v* baja... No, no le defiendas: mi ortografía es mala; allá se va con la de él... Pero... convence a tu marido de una cosa: la falta más fea de ortografía es... la ingratitud... Adiós; que lo paséis bien.

No esperó la réplica, y bajó muy terne por la empinada escalera.

Con la satisfacción de haber producido el bien, Teresa no pensó ya más que en frecuentar el trato de *Mita* y *Ley*, a quienes había tomado gran cariño. Mientras vivieron en las Vistillas, a los dos les veía casi diariamente; pero una vez que los esposos libres se trasladaron a la casa de Beramendi, no encontraba en el taller más que a Leoncio y al espiritual Santiuste, ardoroso en el trabajo por instigación constante de la guapa moza. Ya ésta no era un enigma para *Mita* y *Ley*, que la conocían por lo que era y lo que había sido, y ambos ponían gran empeño en atraerla mansamente a las vías de la virtud, conforme al sentir general, no al sentir suyo; que no se atrevían a proponer su libertad como modelo de vida. Pero ya se uniesen Juan y Teresa por lo libre, ya por lo religioso, tropezarían con un grave problema: los medios de vida material. Pensando en esto, *Mita* y *Ley* no veían clara solución, porque con el mezquino jornal que daban a Juan (y más no le daban porque no podían), no era posible sostener una casa por humilde que fuese. Quizá Teresa, pensaban ellos, que tan buenas plazas había obtenido para infelices cesantes, conseguiría para su futuro un buen puesto en la Administración pública, quitándole del oficio. En esto discurrían torpemente Leoncio y Virginia, pues nada más lejos de la fantasía de Teresa que vulgarizar y empequeñecer la personalidad del buen *Tuste*, confiriéndole la investidura de vago a perpetuidad, sin horizontes ni ninguna esperanza de gloriosos destinos. En la crisis que removía su espíritu, la cual era como si todo su ser hubiese caído en ruinas, y de entre ellas quisiera surgir y sobre ellas edificarse un ser nuevo, extrañas ambiciones al modo de centellas la iluminaban. Por momentos veía que la más hermosa solución era imitar el arranque intrépido de *Mita* y *Ley* cuando se arrojaron solos en brazos de la Naturaleza, sin recursos, con lo puesto, volviendo la espalda a la sociedad y encarándose con la severa grandeza de los bosques inhospitalarios. ¿Serían Teresa y Juan capaces de repetir el paso heroico de sus amigos?

En esto pensaba la Villaescusa sin cesar, desde que se sintió enamorada de *Tuste*, y miraba con desdén, casi con repugnancia, los ordinarios arbitrios de vida pobre, el jornal, el empleíto y el encasillado inmundo en un mechinal urbano. En estas ideas fluctuaba cuando ocurrió lo que a continuación se cuenta.

Tan hechos estaban *Mita* y *Ley* al vivir campestre, que no podían pasarse sin salir los domingos a ver grandes espacios luminosos, tierra fecunda o estéril, árboles, siquiera matas o cardos borriqueros, la sierra lejana coronada de nieve, agua corriente o estancada, avecillas, lagartos, insectos, todo, en fin, lo que está fuera y en derredor del encajonado simétrico que llamamos poblaciones. Desde que *Tuste* entró en el taller, les acompañaba en sus domingueras expansiones, y cuando Teresa cultivó la amistad de los armeros por querencia de Juan, fué también de la partida una vez o dos, y por cierto que se recreó lo indecible, tomando gusto a lo que parecía ensayo de vida suelta. Salían los expedicionarios por diferentes puntos, la Mala de Francia, la Moncloa, las Ventas; pero cuando no querían andar demasiado, y esto ocurría siempre que llevaban a Teresa, incapaz de largas caminatas, preferían un lugar próximo, la llamada Huerta del Pastelero, grande espacio cercado, en las afueras del Barquillo, junto al camino viejo de Vicálvaro, ni huerta, ni solar, ni campo, ni jardín, aunque algo de todo esto era, y restos quedaban de las diversas granjerías que existieron en aquel vasto terreno. Teníalo arrendado Tiburcio Gamoneda para establecer en él *en grande* las famosas industrias de *obleas, lacre* y *fósforos*, que tuvo su padre en la calle de Cuchilleros. Había una casa o almacén que debió de parecer palacio a los que estaban hechos a los chinchales del interior de Madrid; había dos estanques de quietas y limpias aguas, con pececillos; algunos árboles, entre ellos cuatro cipreses magníficos junto a los estanques, que reproducían, vueltas hacia abajo, sus afiladas cimeras de un verde oscuro y triste. Eran Tiburcio y su mujer hacendosos, y habían compuesto una noria vieja, con la cual podían sostener un fresco plantío de hortalizas. Tenían gallinas y palomas, que se albergaban en la casa; un perro y un burro completaban su arca de Noé, amén de un tordo enjaulado.

Pues un sábado de abril, pocos días después de la entrega de credenciales a Centurión y Leovigildo, recibieron *Mita* y *Ley*, a punto que anochecía, la visita de Teresa. Invitáronla para el día inmediato, domingo, en *la huerta*, que así llanamente decían. Aceptó Teresa gozosa. ¿Quería que *Tuste* fuese a buscarla? No: ella iría sola; bien sabía el camino. No convenía que Juan fuese a buscarla, porque si se enteraba la madre de ella, furiosa enemiga de Juan, podría inventar cualquier enredo para impedir que acudiera a la cita. Fueran los tres temprano, que ella, solita, recalaría por la huerta sobre las diez... Así se convino... Partió Teresa... En Puerta Cerrada tomó un coche para llegar pronto a su casa, y al entrar en ella, temerosa, dijo a Felisa:

—Si vuelve *O'Donnell el Chico*, le dices que no estoy, que he ido a casa de mi madre... No, no, eso no, que el muy tuno allí se plantaría... Le dices que me he marchado fuera de Madrid..., a un pueblo..., inventa el pueblo que quieras..., y que no volveré hasta pasado mañana... o hasta cuando a ti te parezca.

Adviértase que desde que le dió las credenciales, Tarfe la perseguía sin descanso, y a su puerta llamaba sin conseguir ni una vez sola ser recibido.

XXXI

Se acostó Teresa, y desvelada estuvo gran parte de la noche, sintiendo la voz de Tarfe en la puerta, y las mentiras con que Felisa por centésima vez le despachaba. Engañó el insomnio, pensando y midiendo los términos candentes de la resolución que había de tomar el día próximo. Se llaman candentes estos términos, porque le quemaban el cerebro cuando alternativamente o los dos juntos entraban en él. Grave era esto, grave lo otro..., tan difícil el sí como el no, y el ser no menos escabroso que el no ser... Levantóse temprano, después de un corto sueño; se arregló y vistió; cuando tomaba su chocolate, cayó en la cuenta de que su portamonedas estaba flaquísimo. Sólo le quedaban dos napo-

leones y alguna peseta del dinero que le dejó Facundo. Afortunadamente, tenía innumerables objetos de valor que vender o empeñar... Apartada un momento del estado económico, voló a más alta esfera, y de ésta descendió, para pensar que debía ir a ver a su madre. Si no la entretenía y embaucaba con cualquier embuste, Manolita vendría en busca de ella; la perseguiría como a una criminal, si no la encontraba... Hasta era capaz de coger un coche y plantarse en la huerta, que bien sabía dónde estaba. La primera vez que Teresa fué a la merienda hizo la tontería de contárselo a su madre, y describirle el sitio, y darle cuenta de las personas que la invitaron... Por ser ella tan necia, se veía sin libertad.

«No se puede ser libre—pensaba—sino con sombra de hombre.»

Encaminóse a la calle de Cañizares, donde vivía doña Manuela Pez, y tan recelosa iba de que su madre la detuviera, birlándole la merienda en el campo, que de la escalera pensó volverse. No se determinó a retroceder. Subió despacio. Manolita, que desde el balcón la había visto entrar, le abrió la puerta, y llevándola con cierto misterio al cuarto más próximo, le dijo:

—¿Tienes algo que hacer hoy por la mañana? ¿Has venido con la idea de quedarte a almorzar conmigo?...

—De aquí—replicó Teresa, encontrando con rápida inspiración la mentira—, pensaba ir a casa del tío Mariano. Quiero zambullir mi espíritu en la alegría de aquella casa, nadar en ella. ¡Cómo están los pobres!

—Pues vete al instante—dijo Manolita, con el delicado y sutil acento que empleaba en los casos de gran oficiosidad—. Espero por la mañana la visita de una persona que viene a tratar conmigo de un asunto... No te lo digo... Ya has comprendido que se trata de ti, ¿verdad? Pues por lo mismo que se trata de ti, no quiero que estés en casa.

—¿La persona que usted espera es hombre o mujer?

—¡Ah, picaruela! Sospechas que es Serafina. No... Serafina estuvo anoche dos veces; hoy volverá... Pero no es ella la persona que espero... Y lo repito: no quiero que estés aquí cuando venga... Necesito estar sola... ¡Ay, hija, cuánto tienes que agradecerme!... Otra cosa: como al mediodía tendré que salir y no sé cuándo volveré, no vengas acá hasta la tarde..., mejor a la noche... ¡Ay! Concédame Dios el poder darte esta noche un notición tremendo... Mucho vales tú, Teresa...: pero una suerte tan grande, tan grande, no podrías soñarla...

—Bueno, mamá: ya me lo dirás... ¿De modo que me mandas que me vaya?

—Sí, sí..., pronto... Vete a casa del tío Mariano... Que te convide a almorzar, que bien te lo has ganado... Bueno..., no te entretengas... Adiós, hija; hasta la noche.

Vió Teresa el cielo abierto, y no se hizo rogar para tomar el portante... ¡Qué suerte había tenido! Su madre no sólo no la retenía, sino que la echaba... ¿Y qué negocio arduo era el que la viuda tenía que tratar con el desconocido visitante? ¡Ay, ay, ay!... ¿Y por qué no podía estar ella en la casa mientras Manolita conferenciaba? ¡Ay, ay!... ¡Y era ella el objeto de la conferencia!... ¡Y a la noche, notición tremendo! ¡Ay!... Aunque todo esto le resultaba odioso, no cesaba de pensar en ello, siguiendo presurosa su camino en dirección de la calle de Alcalá... Y era la curiosidad lo que la hacía pensar, pensar en lo mismo, apurando toda la lógica para descubrir el pensamiento de su señora madre. Curiosidad era sin duda, y no gusto de aquellas intrigas ni de sus consecuencias... Verdad que el amargor de ciertas cosas no quita el picor del deseo de conocerlas. «Sabiendo lo que es esto—se decía—, lo aborreceré mejor.» Gozosa de haber encontrado esta fórmula, que armonizaba la virtud con la curiosidad, desembocaba por la calle del Baño para tomar la de Cedaceros, cuando chocó con un objeto duro...: tal efecto le hizo ver a *O'Donnell el Chico,* que venía en dirección contraria.

—¡Teresilla..., alto! Ya no te me escapas... Trescientas veces he llamado inútilmente a tu puerta..., y ahora..., la casualidad te trae a mí.

—Si me hubiera bajado al Prado desde mi casa—dijo Teresa, sin disimular lo que el encuentro lo contrariaba—, mejor cuenta me habría tenido... Manolo, por Dios, déjeme seguir mi camino... Vaya; un saludito, y cada uno por su lado.

No se avino el joven a esta forma tan simple de separación, y siguió junto a

ella protestando de que no era su idea molestarla. Aceleró Teresa el paso, fingiendo mucha prisa; pero Tarfe no se rendía fácilmente, y amenizaba la carrera con estas bromas:

—¿Vas a apagar un fuego? Mejor: yo llevo las bombas.

—Manolo, por la Virgen Santísima —dijo Teresa parándose, sofocada—: es usted caballero, y no se obstinará en seguirme cuando yo le suplico que no me siga... ¿Qué quiere de mí?

—Verte, oír tu voz... Hicimos un trato, que yo he cumplido fielmente; tú, no.

—Yo no prometí nada, Manolo, ni era preciso, porque usted, al conseguirme las credenciales, hacía una obra de caridad, y no quería más recompensa que la satisfacción de socorrer a los desgraciados.

—Teresilla, sabes más que Aristóteles. Si no te quisiera por tus encantos, por tu talento te adoraría, por el salero con que sabes ser traidora, pérfida, ingrata.

—No desvaríe, Manolo, y déjeme seguir.

—Vas aprisa, como los que han hecho una muerte: el muerto soy yo.

—Voy aprisa, sí, señor; voy fugada.

—¡Fugada!... Llamas tú fugas a las escapatorias de la mujer caprichosa que un día sale a correrla...

—No es escapatoria de un día, Manolo—dijo Teresa con gravedad, que dejó suspenso a *O'Donnell el Chico*—; es para siempre.

—¡Para siempre!

—Y no me verá usted más...

—Si fuera cierto, sería lo más desagradable que pudieras decirme... Pero no es verdad, Teresa. Tú no eres capaz de seguir la senda por donde fueron *Mita* y *Ley*. Eres cortesana... Parece que has abandonado tu puesto en la Corte de Venus, y lo que haces es alejarte hoy para volver mañana, y ocupar tu sitio..., con ascenso... Cuando parece que bajas, subes, Teresa, y has de ponerte al fin tan alta que desprecies a los pobres como yo..., y no podremos ni mirarte siquiera.

Dijo esto *el pequeño O'Donnell* con tristeza. Teresa no le entendía; esperaba que hablase más claro.

—Todo lo que usted me dice, Manolo, es para mí como si me hablara en chino... ¡Yo despreciarle a usted..., y por pobre!... ¡Jesús! ¡Vaya con el pobrecito, el hombre de la influencia, el niño mimado de la Unión Liberal, el primero de los hombres públicos! Muy agradecida estoy a *O'Donnell el Chico*, pues apenas abrí la boca para interceder por tres cesantes, fuí atendida...

—Pero ya no necesitarás recurrir a mí, Teresa. Lo que obtuve yo para tus parientes te ha de parecer pronto a ti la última de las bicocas... Porque tú, con más facilidad que ninguna otra persona, darás credenciales de directores generales, de gobernadores, ascensos al generalato y propuestas de obispos; tú, Teresa, tú... No pongas ojos espantados...

Decían esto bajando por la calle de Alcalá. La curiosidad que, en forma de brasas, sentía Teresa en su mente, ya levantaba llama.

—Explíqueme eso de modo que yo lo entienda—dijo a Tarfe—; y explíquemelo pronto, porque tengo prisa. Voy lejos, y en la Cibeles he de tomar coche, o tartana, si la encuentro.

—Yo tomaré la tartana y te llevaré adonde quieras.

—Eso no... Acompáñame a pie un ratito, y después cada lobo por su senda... Quiero saber de dónde voy yo a sacar ese poder que usted supone... ¡Qué gracioso!

—¿De dónde?... De tu hermosura, de tu gracia... Eres la mayor farsante que conozco y la cómica más perfecta. No sé para qué gastas conmigo esos disimulos. ¿Cómo has de ignorar tú que alguna persona de grandísimo poder y de riqueza desmedida te solicita..., vamos, pide tu mano para llevarte al altar que no tiene santos?... Hazte la tonta. ¿Crees que me engañas?...

—Pues, hijo, gracias por la noticia de la petición de mano... Pero puede creerme que no sabía nada... ¡Qué risa! ¿Pues así se piden manos sin que los ojos se hayan dicho algo antes? Usted ha perdido el juicio, Manolo.

—Lo perderé por ti, viéndote en manos de las que no podré quitarte. Soy fuerte si me comparas con Risueño, débil si con otros me comparas... ¿Quieres que te diga una cosa, una idea que desde anoche se me ha metido aquí y no puedo soltarla? Pues tú eres el numen de la Unión Liberal, la encarnación de esas ansias de bienestar y de esos apetitos de riqueza que van a ser realizados por mi partido. Tú eres la evolución de

la sociedad, que transforma sus escaseces en abundancia con los tesoros que saldrán de la tierra; tú...

—¡Cállese, por Dios, Manolo!... Me trastornaría la cabeza si no la tuviera yo bien firme. ¿Qué tengo yo que ver con tesoros enterrados ni con nada de eso?

—No diré que por tus propias manos; pero sí que por manos que estarán muy cerca de las tuyas han de pasar los millones, los miles de millones de la Desamortización.

—¡Jesús, Manolo!

—Sé lo que digo... A tu lado verás nacer y crecer las maravillas del siglo, los caminos de hierro...: verás el remolino que hace el oro girando en derredor de los que lo manejan y hacen de él lo que quieren... ¿Qué mujer podrá, como tú, darse el gusto de ser dadivosa?

Pudo creer Teresa, en los comienzos de la conversación, que Tarfe bromeaba... Ya creía que mezclaba las burlas con las veras, y que algo había de verdad en aquel fantástico vaticinio. Sin duda, en el conocimiento de Manolo había una certidumbre que en el ánimo de ella sólo era un presagio, más bien sospecha. Cierto que hombres de gran poder político y financiero gustaban de ella; pero ¿en qué se fundaba *O'Donnell el Chico* para sostener que entre el deseo y la realización había tan poca distancia? Con esto, la curiosidad, que desde la rápida entrevista con su madre prendió en su mente, era ya incendio formidable. Las llamas le salían por los ojos, y por la boca, este vivo lenguaje:

—Párese un poquito, Manolo, y dejando a un lado la bromas, dígame si es verdad eso de la Desamortización; si es un hecho ya, vamos. Porque Risueño decía que la Desamortización es un *mito*, que es como decir una guasa.

—No es mito, sino dogma, Teresa; pronto será un hecho, y la gloria más grande de O'Donnell y de la Unión Liberal... Con la ventaja de que ya el desamortizar no traerá trifulcas ni cuestiones, porque se hará de acuerdo con el Papa... Ya está negociado el nuevo Concordato. Ríos Rosas y Antonelli han quedado ya conformes. ¿Me entiendes?... Concordato es un convenio con la Santa Sede.

—¿Para que desamorticemos todo lo que queramos?

—Para que se venda la Mano Muerta, favoreciendo a la Mano Viva...

Algunos segundos estuvo Teresa como alelada, mirando al suelo. Luego dijo:

—Bien, Manolo; me parece bien... Razón tiene usted en adorar a O'Donnell... Yo también le admiro y declaro que es el primer hombre de España.

—Como tú la mujer más simple de todo el reino, si no me confiesas que eso que has dicho de fugarte y no volver es un bromazo que quisiste darme. ¡Cómo he de creer yo que desmientes la ley de tu destino en el mundo, y que ahora, cuando la fortuna te da todo lo que ambicionabas..., no lo niegues; tú me has dicho que lo ambicionabas..., cuando la fortuna viene en busca de ti, huyes tú de ella!...

—Cierto es que tuve mis sueños de grandeza y poder... ¿Quién no sueña, viviendo como vivimos en medio de tantas necesidades?... Pero ya esa racha pasó, ya estoy curada de esos desatinos...

—Esa cura no puede hacerla más que el amor... Pero hay casos en que la salud es tan mala como la enfermedad..., o peor... Y yo te digo con toda la efusión de mi alma: «Teresa, ¿no podrías conciliar la ambición y el amor? Ello es sencillísimo: aceptas lo que los ricos te dan, y me quieres a mí. La riqueza mía es corta, Teresa; lo suficiente para la vida de mediano rumbo que yo me doy... No puedo satisfacer tu ambición... Pero los que pueden satisfacerla no te darán un corazón amante como el mío.»

Rebelóse Teresa contra la profunda inmoralidad que esta proposición envolvía.

—Manolo—le dijo—, no es nada caballeroso lo que usted pretende... ¿Quiere que le diga toda la verdad, confesándome con usted como con Dios? Pues sentémonos. Estoy cansada. Se cansa una de andar, de pensar cosas raras..., cansa la duda y cansa el no entender bien las cosas... ¿Conque dice usted que podré yo desamortizar? ¡Qué risa!

—¿No lo crees?

—Juro a usted que no lo creo.

Teresa juraba en falso. Aunque no conocía la tragedia de Macbeth, en su íntimo pensamiento se decía: «La ciencia de aquellas mujeres (las brujas) es superior a la de los mortales.» Y las brujas del tiempo de estas historias se llamaban *O'Donnell el Chico*.

XXXIII

Se sentaron en un rústico banco, próximo al jardín de la Veterinaria. Habló Teresa la primera:

—No tengo ya esa ambición, Manolo. Me la quitó el amor. Por primera vez en mi vida puedo decir que quiero a un hombre. Dispénseme si le lastimo: ese hombre que yo quiero no es usted.

—Ya sé...—murmuró Tarfe, sombrío, quejumbroso—. Es el aprendiz de armero. Le conozco... Sigue, Teresa.

—¿Qué más quiere usted que le diga? Que a los pocos días de tratar a Juan sentí por él una piedad y un respeto, que pronto, sin pensarlo, se me convirtieron en cariño. Vi en él la conformidad con la desgracia, cosa nueva para mí; pude ver y conocer que el pobrecito tenía por mí un amor muy grande, sin cuidado de la opinión, y que con su pensamiento me limpiaba y borraba todas mis faltas para volverme pura y poder adorarme a su gusto. ¿Comprende usted lo que esto vale, Manolo? Por el hombre que así me quiere, por el que en mí ve la mujer, la madre, la hermana, y todos esos amores reunidos en uno, ¿qué menos puedo yo hacer que consagrarle mi vida?

—Comprendo, sí, que desees consagrarle tu vida; pero no que lo hagas. La cantidad de abnegación que necesitas para descender hasta él es enorme... Más que virtud, sería santidad, y ésta no existe hoy en el mundo. Creo en tu amor; no creo en tu santidad. Si yo te viera consumar el gran sacrificio, si te viera precipitarte a la pobreza y el estado de vulgar estrechez que te traería la unión con el armero, fuera por matrimonio, fuera de otro modo, yo te admiraría, Teresa, y respetaría tu caída... Caer de ese modo es alcanzar la mayor elevación moral. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, lo entiendo, y desde hoy puede usted empezar a respetarme y admirarme—dijo Teresa, levantándose—. A la pobreza honrada voy... ahora mismo...

—Vas a la huerta llamada del Pastelero, donde te esperan *Mita* y *Ley,* y con ellos, tu novio... Ya puedo llamarle así...

—Así debe llamarle. Voy a la huerta... Ya me ha detenido usted bastante... Si es usted caballero, dejéme seguir mi camino.

—Tienes razón. No te estorbo en tu camino. Pero te digo que si vas hoy a lo que llamas la pobreza, volverás de ella mañana. ¿Qué has de poder tú contra tu destino, tontuela?... Sobre tus resoluciones, sobre esos arranques fantásticos de momento, prevalecerán las dos grandes fuerzas que hay en ti. ¿No las conoces? Pues son la pasión del buen vivir y la pasión de repartir el bien humano... En la pobreza, ni una ni otra de estas pasiones pueden tener realidad... Vete, corre adonde te esperan el hombre enamorado y los amigos que fueron salvajes. Ya no te detengo... Anda, sigue tu camino. Sé que volverás... Media palabra, un recadito, una mirada de cualquiera de nuestros dioses... ¿No sabes qué dioses son éstos? Los ricos, Teresa, los inmensamente ricos, que te rondan sin que lo sepas tú... Pues cualquiera insinuación de uno de éstos te sacará de la pobreza honradita y sosita para traerte a la deshonra brillante, tolerada... Si lo dudas, haz la prueba. Te acompaño hasta indicarte la vereda más corta para ir a tu objeto.

En pie, mirando a su amigo con cierto espanto, Teresa no se movía. Tarfe, llevado ya por el hervor de sus ideas y de sus apetitos al punto de la inspiración, de la sugestiva elocuencia, prosiguió así:

—No olvides lo que te he dicho, no una vez, sino veinte o más. Te lo dije en tiempo del fardo y después del fardo. Tú eres, Teresa, sin darte cuenta de ello, el numen de la Unión Liberal; eres la expresión humana de los tiempos... Los millones de la Mano Muerta pasarán por tu mano, que es la Mano Viva... Mueve tus deditos, Teresa. ¿No sientes en ellos el frío de los chorros de oro que pasan?...

—No siento nada, Manolo; no siento nada—dijo Teresa, ceñuda, estirando y encogiendo sus dedos como Tarfe le mandaba.

—Pues es raro. Los nervios de los ambiciosos se anticipan a la sensación real, y el alma a los nervios. Eres tú la fatalidad histórica y el cumplimiento de las profecías... ¿No lo entiendes? Sin entenderlo lo sentirás en ti, como sentimos el correr de la sangre por nuestras venas... Tú serás la ejecutora de lo que de-

cimos y predicamos yo y los de mi cuerda, los de mi partido, los que evangelizamos el verbo de O'Donnell, que es el verbo de Mendizábal... No pongas esos ojos espantados, esos ojos que están diciendo: «Yo desamortizo; yo quito del montón grande lo que me parece que sobra, para formar nuevos montoncitos... Yo soy la niveladora, yo soy la revolucionaria... Yo desplumaré a los bien emplumados, para dar abrigo a los implumes; yo quitaré el plato de la mesa de los ahitos, para ponerlo en la mesa de los hambrientos...» Esto dices tú sin saber lo que dices y esto piensas, creyendo pensar en las musarañas... Si otra cosa sientes hoy, es una humorada, un sentir pasajero... Vete a la pobreza; vete a ese juego inocente, Teresilla, que de allí volverás, y si no vuelves pronto, alguien irá en tu busca y te traerá con sólo cogerte de un cabello y tirar de ti... Si tardas en volver, te buscarán los que te rondan, y dirán: «¿Dónde está esa loca?...» Y esta loca está jugando a la honradez pobre, uno de los juegos más inocentes de la infancia. Juego a las comiditas, a ir a la compra y a remendarle los trapos al ganapán que la llama su mujer... Vete, vete pronto, Teresa. Cuando vuelvas, me encontrarás... Yo te espero; iré a tu casa..., a tu nueva casa. Adiós, gran revolucionaria; adiós.

Dicho esto con el hechizo que reservaba para ciertas ocasiones, se fué, dejándola sola en una vereda por donde sin cansancio podía llegar pronto a su objeto. Desde lejos la saludó, y ella tuvo fijos en Tarfe sus ojos hasta que le vió desaparecer. Siguió entonces por la vereda, cabizbaja: lo que le había dicho *O'Donnell el Chico* levantaba en su alma un tumulto borrascoso. Y ¡qué cosas se le ocurrían, tan bien dichas y con tan hondo sentido! Sin duda era Manolo un diablillo simpático, tentador, que con permiso de Dios le sugería las ideas ambiciosas cuando ella anhelaba ser modesta y despreciar las vanidades del mundo.

A cada rato se paraba Teresa y volvía sus ojos hacia Madrid. Poníase de nuevo en marcha lenta, arrastrando sus miradas por los surcos del campo, en que verdeaba la cebada raquítica para pasto de las burras de leche. ¿Quién era o quiénes eran los magnates del dinero que la solicitaban? Esto se decía, mirando a los surcos y relacionando las indicaciones de Tarfe con las vaguedades de Manolita Pez, y todo esto, con la indirecta que le soltó Serafina días antes. Fuera de ella y de su voluntad, había, sin duda, una conspiración cuyo fin bien claro veía: faltábale sólo conocer la persona. Según Tarfe, no se trataba del candidato de Serafina, sino de otro de mayor vuelo y poder más brillante... Loca la habían vuelto entre todos; pero ella debía persistir en sus sanos impulsos de moralidad, apresurando el paso para llegar pronto a la presencia de Juan y de *Mita* y *Ley,* que confortarían su alma turbada.

Pasaron junto a ella, y se le adelantaron, algunas familias pobres que iban de merienda. Groseros le parecieron los hombres, desgarbadas las mujeres, flacuchos y pálidos los niños. ¡Oh! ¿Llegaría Teresa a verse así, sin garbo ella, bárbaro su hombre y degenerados sus hijos, si los tenía? El hambre y la privación de todo bienestar, ¿la llevarían a tan triste estado? No quería ni pensarlo... Entráronle súbitas ganas de volverse a Madrid, y aun dió algunos pasos hacia atrás movida de un ardiente deseo de encararse con su madre y decirle: «Pero ¿quién...?» Pronto se rehizo de esta instintiva inclinación al retroceso..., siguió su camino y..., pensando en el hombre, aceleró el paso, como aceleran las aves el vuelo cuando van al nido. ¡Vaya, que el pobrecito Juan esperándola! ¡Qué impaciente estaría, qué inquieto, qué ansioso! Y *Mita* y *Ley,* ¿qué pensarían de aquella tardanza? Ya eran las doce, las doce y media. Tendrían ganas de comer; pero la esperarían... Sólo en el caso de que ella tardase mucho, comerían... Pero ¡qué tristeza tenerse que poner a comer sin ella!

Llegó hasta donde se veían las tapias de *la huerta;* y lo mismo fué verlas que sentir que los pasos se le acortaban por sí solos, hasta llegar a detenerse en firme. Tuvo miedo; sintió la urgencia de resolver y ordenar en su mente un aluvión de ideas que en ella entraron como huéspedes alborotadores. Grande era el amor que sentía por Juan; mucho le quería, mucho. Era bueno, sencillo, inteligente, capaz de todo lo bello y noble... Merecía la felicidad y cuantos bienes ha puesto Dios en el mundo... Pero si ella se metía en la vida pobre, ¿quién había

de dar estos bienes al honrado y amante Santiuste? ¿Quién cuidaría de su alimento? ¿Quién le socorrería en sus desgracias? ¿Quién le costearía las más brillantes carreras, en el caso de que quisiera dedicarse a la sabiduría? ¿Quién le pondría la gran tienda de armero, en el caso de que optase por la industria? ¿Quién le proporcionaría las mejores ropas, los libros más instructivos, la casa cómoda y elegante y las mil frivolidades y pasatiempos que engalanan la vida?... Tenía que pensar en esto antes de lanzarse resueltamente en la vida pobre, y para pensarlo despacio y poner cada idea en su punto, se apartó del camino. La cosa era muy grave. Necesitaba recoger su espíritu... Tanto quiso recogerlo, que se fué a un altozano donde se alzaba un artificio que parecía noria, entre pelados olmos. Sentóse allí y meditó.

Pensando, se fijó en los grupos que merendaban en el prado próximo a *la huerta*. ¿Quién cuidaría de socorrer a tanto pueblo infeliz. si ella se metía en el árido reino de la pobreza?... ¡Cuánta miseria que remediar, cuánta hambre que satisfacer y cuánta desnudez que cubrir! Ella, ella sola podía, con mano solícita y diligente, acudir a todo, cogiendo a puñados lo que sobraba del montón grande, y... No había duda, no, de que era verdad lo que Tarfe le dijo. Como que Manolo era el espíritu mismo y la esencia de O'Donnell el Grande, transvasados a un ser familiar, un tanto diablesco, rebosante de ingenio y de gracia.

Pero ¿no era discreto y razonable que todas estas cosas se las dijese al propio Santiuste, su amor único desde que vivía? Seguramente, cuando se lo dijera, Santiuste le daría la razón, y le aconsejaría que se dedicase pronto a las funciones de intérprete del verbo de O'Donnell, que era el verbo de Mendizábal. La Humanidad aguardaba con ansia los beneficios que la Mano Viva de Teresita había de derramar sobre ella... Púsose en camino hacia *la huerta*, cuyo tapial bien cerca veía; pero a los pocos pasos la obligaron a nueva detención estas ideas: «Si digo esto a *Mita* y *Ley*, no me comprenderán. Si lo digo a *Tuste*, me comprenderá, pero después de explicaciones muy largas, que no pueden hacerse en un día ni en dos. Juan tiene mucho talento y ve las cosas desde lo alto, desde lo más alto; pero idea como ésta, ni *Tuste*, con todo su entendimiento y su saber castelarino, la puede penetrar, así..., de primera intención. Yo se la pondré bien clarita...; pero no puede ser ahora...; ahora, no...»

Vaciló un instante, frunció el ceño y, al fin, determinó que, no pudiendo decir lo que pensaba, debía volverse a Madrid. Frente a ella se extendía la tapia de *la huerta*, por el Este. Veía los tejados irregulares de la casa, los chopos, los cuatro cipreses, de igual altura, con muy poca diferencia. El del extremo de la derecha subía un poquito más que sus tres hermanos. Acercóse Teresa, aguzando el oído con intento de percibir algún ruido del interior de *la huerta*... Oyó voces confusas, pasos. cantos del gallo... Su viva imaginación le fingió imágenes precisas de lo que allí dentro pasaba. Juan, muerto ya de impaciencia y desconfiado de que a tan avanzada hora llegase, se había retirado del portalón, donde estuvo en acecho desde las diez, y, abrumado de tristeza. se sentaba en el brocal del estanque, mirando las aguas verdosas y el reflejo de los cuatro cipreses, tan rígidos y melancólicos vueltos hacia el cielo bajo, como lo eran señalando al cielo alto con afinada puntería. *Mita*, sentada en la puerta de la casa, expresaba con su inmovilidad, el codo en la rodilla, la cara recostada en la palma de la mano, el aburrimiento de una larga espera. *Ley* paseaba por entre los chopos al niño, y le zarandeaba para alegrarle; el perro corría tras ellos fingiendo alborozo, sin más objeto que aligerar el tiempo... Por fin, *Mita* llamaba: ya no podían esperar más. ¿Qué habrían llevado para comer? La imaginación de Teresa vaciló entre figurarse la tortilla y un buen arroz, o el par de pollos precedidos de ruedas de merluza... Vió, sin dudar un punto, el postre de polvorones que tanto gustaban a la amiga invitada; vió también que, arrimados *Mita* y *Ley* al mantel tendido a la sombra del moral, Juan negábase a comer... Su tristeza le ponía un nudo en la garganta y no podía tragar bocado. Los amigos le consolaban, discurriendo las explicaciones más racionales de la tardanza de Teresa. Los consuelos quedábanse en los oídos de Juan sin llegar al alma; ésta, empapada en amar-

gura, agrandaba su pena hasta lo infinito, viendo en la ausencia de la mujer amada algo tan solitario y desesperante como el vacío de la muerte... Mientras los otros comían, Juan, volviendo a la puerta, asaltado de una débil esperanza, declamaba mentalmente cláusulas altísonas, que lo mismo podían ser suyas que de Castelar. Teresa las reproducía en su imaginación y en su memoria como si las oyera: «Muerto el paganismo, el humano espíritu levanta el vuelo y corre tras el cumplimiento de la ley de amor... Amor le brindan los cálices de las flores, amor la dulce onda de los sagrados ríos, amor la conciencia pura de la mujer cristiana, Eva restaurada, virgen renacida de las cenizas de la inmolada Venus...»

La idea de que Juan saliese a explorar el camino y la encontrara en aquel acecho angustioso le infundió tal vergüenza y terror, que instintivamente se alejó a buen paso. Alborotada su conciencia, no quería ver ni aun con la imaginación los rostros de sus inocentes amigos ni oír sus amantes voces. ¿Qué entendían ellos de los graves conflictos del alma en lucha con todo el artificio social y solicitada de poderosas atracciones?... Por el amor mismo que a Juan tenía y por la piedad intensa con que miraba el presente y el porvenir del interesante mozo, amigo de su alma, no debía verle en tal ocasión... ¡A Madrid, a Madrid otra vez! Anduvo largo trecho muy aprisa, siguiendo la mejor dirección para cambiar pronto de perspectiva... Al fin vió casas mezquinas y tapias de corrales, que a cada paso aparecían en mayor número, como si ante ella surgieran del suelo. Por un boquete de aquellas rústicas construcciones distinguió la plaza de toros... Como no había comido nada desde el desayuno, que tomó muy temprano, sentía, sin tener apetito, los desmayos propios de un cuerpo exhausto en día de tantas emociones. Una vieja vendedora de rosquillas, torrados y cacahuetes, le salió al paso. ¡Hallazgo feliz! Con tres o cuatro rosquillitas y un poco de agua, pensó Teresa que se sostendría muy bien hasta la noche. Cuando esto pensaba, vió aparecer una aguadora. Ya tenía su lista de comida completa. En un banco de mampostería del paseo de la Ronda se sentó, una vez hecha la provisión de rosquillas, que hubo de ser harto mayor de lo presupuesto, porque se le acercaron multitud de chiquillos que le pedían *chavos,* o pan, y a todos obsequió. De la cesta de la vendedora pasaban las rosquillas a la falda de Teresa, que las repartía graciosamente y con perfecta equidad entre aquella mísera chusma infantil. Y cuanto más daba, mayor número de criaturas famélicas y haraposas acudían, hasta formar en torno a la guapa mujer una bandada imponente. La más contenta de esta invasión fué la rosquillera, que, viendo la pronta salida del género, decía:

—¡Ay señorita, hoy casi no me había estrenado, y con usted me ha venido Dios a ver! Bien pensé yo, cuando la vi venir, que la señora se parecía a la Virgen Santísima.

Sin dar paz a su mano generosa, Teresa iba consolando a toda la chiquillería.

—Desnuditos y hambrientos estáis—les dijo—. Malos vientos corren en vuestras casas.

Contaban algunas chiquillas las miserias de su orfandad, y las viejas vendedoras metieron baza, lamentándose de lo malo que estaba todo. Si los hombres no tenían dónde ganar para una libreta, ¿qué habían de hacer las pobrecitas mujeres? Con gravedad bondadosa les dijo Teresita, dirigiéndose igualmente a las ancianas y a los niños:

—Pero ¿no sabéis que ahora van a venir tiempos buenos, muy buenos?

Ante la incredulidad de las viejas, Teresita repitió:

—Vendrá una cosa que llaman la Desam...

No siguió, porque su auditorio no entendería tal palabra...

—Señora, como eso que venga no sea un alma caritativa, no sabemos lo que podrá ser...

—Pues eso—añadió la guapa mujer—: vendrán manos piadosas que cojan lo que sobra de los montones grandes y lo lleven a remediar tantas miserias... Creed que vendrá esa mano..., ya está cerca..., casi está aquí ya.

Con estos consuelos que daba a los menesterosos se le fué a Teresa el tiempo sin sentirlo... Más de dos horas había permanecido en aquel lugar, entre mocosos y viejas; la tarde declinaba; se veían grupos de familias pobres que volvían ya de paso con dirección al

centro de Madrid. Buscando la soledad, Teresa se metió por un callejón que, a su parecer, debía conducirla a la Veterinaria y al mismo sitio donde estuvo sentada con Tarfe. Pero se había equivocado de sendero, pues el callejón la condujo al taller de coches, y costeando éste fué a parar junto al palacio de Salamanca, cuyo grandor y artística magnificencia contempló largo rato silenciosa, midiéndolo de abajo arriba y en toda su anchura con atenta mirada. En esto la sorprendió un movimiento de ternura en lo más vivo de su alma, y acongojada apartó del palacio sus ojos, que empezaron a llenársele de lágrimas; fué que se acordó del pobre Juan y de los excelentes amigos de honesta, sencilla y semisalvaje condición. Trató de encabritar su espíritu abatido, espoleándolo con esta idea: «Pobre Juan mío, yo haré por ti más de lo que pudieras soñar...»

Afirmando esto, vió multitud de carruajes que volvían de la Castellana. Antes que en acercarse para ver bien a los que pasaban, pensó en retirarse para no ser vista... Entre una ligera neblina polvorosa, Teresa vió pasar a la Navalcarazo, que llevaba en su coche a Valeria; a caballo, al vidrio, iba Pepe Armada. Pasó después la Belvís de la Jara; tras ella, la Cardeña, tan linajuda como ricachona, en una berlina de doble suspensión, elegantísima, de gran novedad... Pasaron otras que Teresa no conocía y otros a quienes conocía demasiado. La Villares de Tajo iba en el coche de la Gamonal, de la aristocracia de *poco acá,* que deslumbraba con el brillo chillón del oro nuevo. Ambas señoras iban muy emperifolladas y llevaban en el asiento delantero de la berlina al pomposo y magnífico Riva Guisando. Detrás iban a caballo, con toda la gallardía andaluza, Manolo Tarfe y Pepe Luis Albareda. «¡Ay—pensó Teresa, volviendo el rostro—, si llega a verme *O'Donnell Chiquito,* me luzco!...». La Villaverdeja, la Monteorgaz, dejáronse ver en la rauda procesión de vanidad, y, por fin..., O'Donnell el Grande, en una vulgar berlina con doña Manuela... Vió Teresa el rostro del irlandés en la ventanilla, y en su imaginación le consideró rodeado de un glorioso nimbo de oro y luz, como el que ponen a los santos. «Maestro, Dios te guarde—dijo la guapa moza con vago pensamiento—. Toquemos a desamortizar... Ya está aquí la *Mano Viva.*»

Madrid, abril-mayo de 1904.

FIN DE «O'DONNELL»

AITA TETTAUEN

PRIMERA PARTE

Madrid, octubre-noviembre de 1859.

I

Antes de que el mundo dejara de ser joven, y antes de que la Historia fuese mayor de edad, se pudo advertir y comprobar la decadencia y ruina de todas las cosas humanas y su derivación lenta desde lo sublime a lo pequeño, desde lo bello a lo vulgar, cayendo las grandezas de hoy para que en su lugar grandezas nuevas se levanten, y desvaneciéndose los ideales más puros en la viciada atmósfera de la realidad. Decaen los imperios, se desmedran las razas, los fuertes se debilitan y la hermosura perece entre arrugas y canas... Mas no suspende la vida su eterna función, y con los caminos que descienden hacia la vejez, se cruzan los caminos de la juventud, que van hacia arriba. Siempre hay imperios potentes, razas vigorosas, ideales y bellezas de virginal frescura; que junto al sumidero de la muerte están los manantiales del nacer continuo y fecundo... En fin, echando por delante estas retóricas, os dice el historiador que la hermosura de la sin par Lucila, hija de Ansúrez, se deslucía y marchitaba, no bien cumplidos los treinta años de su existencia.

Quien hubiera visto aquel primoroso renuevo del árbol celtíbero en la edad de su primaveral desarrollo, cuando con ella volvían al mundo las gracias y la donosura de la princesa Illipulicia, *secundum* Miedes, soberano arqueólogo; quien gozara del aspecto helénico, de la estatuaria majestad de aquella figura transportada de la edad homérica y emigrante de Troya, no la habría reconocido en la dama campesina de 1859, cuyo rostro y talle iban embutiendo sus líneas en la grasa invasora, producto en aquel cuerpo, como en otros, de la vida regalona y descuidada, del comer metódico, del matrimonio sin glorias ni afanes, con cinco alumbramientos, y el trajín de labradora rica, que más convida al desgaire que a la compostura... A poco de casarse, dió Lucila en engordar, con gran regocijo de su esposo, el buen Halconero, que a menudo la pesaba (en el aparato que le servía para el romaneo de sus carneros, destinados al Matadero de Madrid), y celebraba triunfante las libras que en cada trimestre iba ganando aquel lozano cuerpo. ¡Adiós, ideal; adiós, leyenda; clásicas formas, adiós!

Cinco vástagos, reducidos a cuatro por muerte del segundo, componían la prole de Halconero y Lucila en 1859. Sólo en las facciones del primogénito, nacido en diciembre del 52, se reprodujo la hermosura de la madre; los otros tres, una niña y los dos varoncitos menores, sacaron las narices romas y aplastadas, características de la raza de Halconero, y no apuntaba en sus rostros un tipo de atávica belleza. Más que de la gallarda familia de los *autrigones,* según Ptolomeo, o *allotriges,* como los designaron Strabón y don Ventura Miedes, parecían reproducción de los feos y rudos *turmodigos,* que designa Plinio como pobladores de la comarca llamada *conventus cluniensis* (hoy Coruña del Condado). El niño mayor, Vicente como su papá, sí

que se traía todos los rasgos étnicos de los *autrigones;* y si viviera el gran anticuario de Atienza, le diputaría por acabado tipo de la tribu de los *Segisamunculenses,* que habitaron en Osma, no lejos de la ciudad donde hubo de ver la luz Jerónimo Ansúrez *el Grande,* en quien revivió la más potente y hermosa casta de españoles. Por desgracia suya y de la familia, el gallardo niño, que se criaba como *un rollo de manteca* hasta cumplir los tres años, desde esta edad dió en encanijarse, sin que acertaran a combatir el raquitismo con sus consumadas artes y buena voluntad el médico y boticario de la Villa del Prado.

Cayendo y levantándose llegó Vicentito al 59, el rostro como de un ángel, torcido y desaplomado el cuerpo, y así estaba cuando, de resultas de la caída de un caballo (de cartón), se le formó un bulto en la pierna, y éste se resolvió en tumor, que hubieron de sajarle los doctores del pueblo con éxito equívoco; pues luego se reprodujo con mala traza y acerbos sufrimientos de la criatura. Afligidos los padres, y temerosos de que su primogénito, si curaba, se les quedase cojo, acordaron trasladarse a Madrid para emprender allí nuevo tratamiento con asistencia de los mejores facultativos de la capital. Ved aquí la razón de que en el verano y otoño del 59 les halláramos instalados en Madrid, plazuela de la Concepción Jerónima, atentos marido y mujer a las opiniones de diferentes médicos famosos, y a la probatura de variadas preparaciones farmacéuticas.

El pobre niño, aunque mejoraba de la pierna, padecía en Madrid de aplanamiento y opacidad del ánimo, sin duda por el trasplante desde el ambiente campesino a la estrechez de una rinconada, en la cual ninguna distracción hallaban sus ávidos ojos ni su despabilada mente. Densas melancolías le asaltaron; perdió el apetito, y costaba Dios y ayuda hacerle tomar las medicinas. Imposibilitado de andar, y sujeto a un encierro y quietud tan contrarios a la viveza de la infancia, no podían los padres proporcionar al enfermito más distracción que la que pudiera gozar arrimado a los cristales de un angosto balcón. La plazuela, abierta sólo por un lado, ofrecía la soledad inquietante de un recodo traicionero. Las personas que por allí pasaban se podían contar, y eran siempre las mismas: por la mañana, gentes piadosas, que acudían a las pocas misas celebradas en la Concepción Jerónima; por la tarde, gentes de viso en coche o a pie, visitantes del palacio del duque de Rivas, frontero a la casa donde habitaban los Halconeros. El cascado cimbalillo y las campanas de las monjas entristecían más aquel apartado lugar con su tañer continuo, que marcaba diferentes horas del día y de la noche, haciéndolas odiosas.

Todos se afligían de ver tan mustio al chiquillo; pero sólo su madre, la persona más lista de la casa, dió en el quid de los motivos de aquella turbación, y propuso el remedio más adecuado, según consta en la crónica coetánea que nos ha conservado algunos coloquios familiares entre Lucila y Halconero.

—La razón de la tristeza del pobre ángel y de su desgana para todo—dijo Lucila—no es otra que el apartamiento de esta maldita casa en que nos hemos metido, pues aquí no puede distraerse con lo que más le gusta y enamora, que es ver soldados. El ejército es su delirio: sueña con cazadores y se desvela pensando en los artilleros. En el pueblo, con sólo repasar las aleluyas de tropa que le comprábamos, aprendió a distinguir los uniformes de toditas las armas y mi padre le enseñó a conocer las insignias de grados y empleos..., capitán, comandante, coronel y de ahí para arriba. El día que entramos en Madrid por la puerta y calle de Toledo, pasaron cuatro lanceros y un cabo, y el pobre niño sacó medio cuerpo por la ventanilla... Creímos que se tiraba del coche... Pues ahora, dime tú si puede estar contento el hijo en esta plazuela encantada, por donde no pasa un soldado ni para un remedio. El alma mía sufre y no se queja; es prudentito y aguanta su tristeza y soledad, pensando que le engañábamos cuando le decíamos: «En Madrid verás pasar batallones con música, escuadrones de Caballería tocando los clarines y Artillería con cañones y todo.» Y nada de esto ha visto; ni podrá verlo en mucho tiempo, porque el médico nos dice que tiene para rato, con la pierna estirada y sin movimiento... Hazte cargo de lo que te digo, Vicente, y considera que necesitamos le-

vantarle los espíritus al niño, para que el alma ayude al cuerpo, y los dos a la medicina... Al médico no le gusta que esté triste: bien nos lo ha dicho... Si mi consejo vale, salgamos pronto de este escondrijo, y vámonos a donde encontremos luz, alegría... y soldados. En la calle Mayor, entre Platerías y la Almudena, ha visto mi padre hoy más de tres y más de cuatro pisos segundos y terceros con papeles... Esos papeles nos están diciendo: «Lugareños, veníos acá.»

No necesitó el rico labrador que Lucila ampliara sus razonamientos, pues con lo dicho quedó plenamente convencido.

—Sí, mujer—fué su respuesta—: has hablado como quien eres, y toda la razón está contigo. Hemos de dar al niño satisfacciones de su gusto militar, para que se le pongan los espíritus en aquel punto de alegría que ha de ayudar a las potencias corporales... Bien dijo quien dijo que el alma lleva cuerpo, y que los humores del físico se arreglan o descomponen según el mandamiento de esa gobernadora que llevamos en donde nadie la ve hasta que Dios nos la pide... Sin saber lo que hacíamos, hemos metido al niño en una cárcel...; y a ti, que por estar al cuidado de las criaturas, poco o nada callejeras, tampoco te hace provecho esta vivienda. Sólo con mirarte día tras día, y sin necesidad de ponerte en la romana, veo que desde que estamos aquí has perdido tres libras, y mucho será que no pierdas para fin de año mayor peso... Tomaremos una de las casas que ha visto tu padre en la calle Mayor, para que nuestro pobre baldadito tenga un buen miradero en que recrearse con los militares que van y vienen por allí, sueltos o en formación. Y a la cuenta que han de ser muchos, porque, a lo que parece, la Reina ha determinado declararle la guerra al moro, por no sé qué tropelías, y hemos de tener en la Corte movimiento de tropas; que en Madrid pienso yo que se juntarán las de toda España para ir a esa guerra, debajo de las banderas de los católicos reyes doña Isabel y don Francisco. ¡Qué regocijo para nosotros ver que el niño se anima, y, animándose suelta el maleficio de la pierna!... Todo ello por la virtud de su entusiasmo, oyendo el redoblar de sinfín de tambores, y viendo pasar cientos de miles de hombres a caballo con las banderas de los diferentes reinos de España... Y por cierto que no llego a comprender de quién saca nuestro hijo tal afición a las armas, pues en tu familia, según me ha dicho Jerónimo, no hubo guerreros, que se sepa, y en la mía lo mismo. Yo apaleo las ramas de mi árbol genealógico, a ver si cae un militar, y no encuentro más que a un don Pierres Jaques, francés de nación, al servicio de España, primo segundo de mi abuela materna, el cual don Pierres perdió un brazo en la defensa de Mahón, allá por los tiempos de Maricastaña. Venga de donde viniere la devoción militar del niño, Dios nos le conserve y nos le cure para que sea un buen soldado de su patria..., que en este caso digo yo: «Alférez te vean mis ojos, que general como tenerlo en la mano.»

Transcurrida una semana, después de esta conversación, ya estaba la familia en su nueva casa, calle Mayor, esquina a Milaneses, todos contentos y Vicentito en sus glorias, pues raro era el día en que no veía pasar un batallón de línea o de cazadores atronando la calle con su vibrante música. Le encantaba la infantería, los de a caballo le embelesaban y los artilleros le enloquecían. A poco de vivir allí, pasándose las horas arrimadito al balcón, extendida la pierna sobre cojines, sabía de milicia y de jerarquías militares casi tanto como la guía de forasteros... Y en esto ocurrió que un día de aquel mes y año (octubre de 1859) entraron de la calle Jerónimo Ansúrez y don Vicente Halconero, este último con el rostro encendido por ráfagas de entusiasmo que de los ojos le salían, la voz balbuciente:

—Lucila, hijos míos—exclamó plantado en medio de la sala—, declarada la guerra..., la guerra... de... clarada en el Congre..., ¿no lo creéis?..., greso... Congreso, levántase O'Donnell y dice: «Gue... al moro, guerra..., declarada por O'Donnell...»

Tras de Halconero permanecía rígido y mudo Jerónimo Ansúrez: su rostro castellano, de austera y noble hermosura, que podía dar idea de la resurrección de Diego Porcellos, de Laín Calvo o del caballero abad de Cardeña, expresaba un vago renacer de grandezas atávicas.

II

Había sufrido el rico labrador de la Villa del Prado un ataque ligero de parálisis meses antes de lo que ahora se cuenta. Fué un aviso de su naturaleza apoplética recomendándole que se moderase en el comer. Sujeto a un régimen de sobriedad por su cara esposa, tasaba sus atracones en la comida y particularmente en la cena, con lo que se le compuso aquel desarreglo, quedándole sólo el acha que de tartamudear en los momentos de viva emoción o de coraje, y la inseguridad de piernas... La prudente Lucila le recomendó aquella tarde (22 de octubre, si no miente la Historia) que no tomase tan a pechos la guerra que se anunciaba, pues él no estaba para bromas, ni podían hacerle provecho los malos ratos que suelen darse los patriotas por saber quién gana o pierde las batallas. No podía someterse el buen señor a este criterio, porque las glorias de su patria le importaban más que la vida, y prefería morir de un reventón de gusto, a vivir en la indiferencia de estas glorias ahora refrescadas. Aquella noche, cenando y empinando más de lo determinado por la discreta Lucila, se dejó decir que España entraría en Marruecos por una punta y saldría por otra, no dejando títere ni moro con cabeza en todo el Imperio. Y no debían los españoles contentarse con hacer suya toda la tierra de berberiscos, y abatir sus mezquitas y apandar sus tesoros, sino que, al volverse para acá victoriosos, debían dejarse caer como al descuido sobre Gibraltar, y apoderarse de la inexpugnable plaza antes que la Inglaterra pudiese traer acá sus navíos. Una vez dueños del famoso peñasco, quedaría bien zurcido aquel jirón de la capa nacional, y ya podíamos los españoles embozarnos muy a gusto en ella.

También en el viejo Ansúrez hervía la efusión patriótica; mas no eran sus demostraciones tan infantiles como las de Halconero. Su espíritu reflexivo, dotado de tanta claridad y agudeza que fácilmente penetraba hasta la entraña de todas las cosas, ponía en el examen de la anunciada guerra el sentido más puro de la realidad.

—Buena será esta campaña—decía—, y debemos alabar al señor de O'Donnell por la idea de llevar nuestros soldados al Africa; que así echamos la vista y el rostro fuera de este patio de Tócame Roque en que vivimos. ¡Con doscientos y el portero, que ya nos apesta la política, siempre el mismo sainete representado en los mismos corredores de vecindad! Bien, muy bien... Pero esta guerra será dura, y nos ha de costar trabajo volver con provecho y gloria. No es el moro enemigo de poca cuenta, y en su tierra cada hombre vale por cuatro... Otra cosa les digo para que se pongan en lo cierto al entender de guerras africanas, y es que el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos? En lo del celo por las mujeres y en tenerlas al por mayor, allá se van unos con otros; que aquí el que más y el que menos no se contenta con la suya y corre tras la del vecino. Los harenes de aquí se distinguen de los de allá en que están abiertos, y así nuestras moras salen y entran cuando les da la gana, y hacen su santo gusto. No hay cosa más fácil que venir acá un moro, aprender el habla en poco tiempo y hacerse pasar por español neto. Yo he conocido un moro de Larache, que aquí se llamaba Pablo Torres, y ni el diablo conocía el engaño. Las caras y los modos de accionar son los mismos acá y allá; y si se pudiera cambiar fácilmente de lengua como de vestidos, vendría la confusión de pueblos... Yo he visto el parentesco muy cerca de mí. Mi segunda mujer, alpujarreña, me tenía siempre la casa llena de sahumerios, y sabía poner el alcuzcuz. Contábame que su madre se pintaba de amarillo las uñas, y que su padre se sentaba siempre en el suelo con las piernas cruzadas. Era mi señora suegra mujer humilde, y, según me contaron, no se incomodaba porque su marido, mi señor suegro, se regalase con otras dos mujeres de añadidura. Conque ya ven... Otros ejemplos sacaré si por lo que he dicho no me confiesan que esta guerra que ahora emprendemos es un poquito guerra civil... Pero civil o de naciones, adelante con ella, y veamos otra vez a Cristo vencedor de Mahoma. Yo

digo..., oigan esto..., yo digo que entre un vascongado que se deja matar por don Carlos y por la Virgen, su Generalísima, y un andaluz de los que por la libertad se metieron con Torrijos en la trampa de González Moreno, hay más diferencia que entre el malagueño y el berberisco que ahora van a pelearse por una brizna de honor..., o por el viceversa de quítate tú, Alcorán, para ponerme yo, Evangelio...

En este punto le interrumpió su hija, que con cierta inquietud veía las frecuentes libaciones del celtíbero entre bocado y bocado de la cena.

—Padre—le dijo—, ha bebido usted más de la cuenta, y ya empieza a desbarrar. Cierre el pico, y váyase a la cama.

Pudo más en Halconero el efecto congestivo de la cena que el interés del tema de Africa, y hundiendo en el pecho la barba y alargando los morros, atronó el comedor con la cadencia de sus ronquidos. El niño Vicente, sentado junto a su madre, se comía con los ojos al abuelo, y no perdía sílaba de las extraordinarias opiniones de éste sobre moros y cristianos. A todos les levantó Lucila de la mesa, arreando con empujones a su marido, cargando con ayuda de Jerónimo al chiquillo enfermo. Ya los otros dormían... No tardó Halconero en estirar su pesado cuerpo en el lecho matrimonial, bramando con más fuerza y más desahogo de pulmones. Ansúrez se metió en su cuarto. En el próximo a la alcoba principal, desnudaba Lucila a su hijo enfermo para meterle en la cama, y el chiquillo, más despabilado aquella noche que de costumbre, no paraba en su charla candorosa.

—Madre—decía—, y ahora, con esta guerra, ¿qué hará mi tío Gonzalo Ansúrez, que se hizo moro antes de que yo naciera, mucho antes, y allá vive como un príncipe? Tú me contaste que tiene palacio de mármol, y muchas criadas moras que le arreglan la cama de seda y le sirven la comida en platos de oro... Tú me dijiste...

—Cállate, hijo mío; si te calientas ahora la cabeza, te desvelarás, y tú y nosotros pasaremos mala noche.

—Tú me decías..., ¿ya no te acuerdas?... Fué cuando estuve tan malo, tan malo, ¡ay!..., parecía que me metían en la carne clavos ardiendo... Para que tomara las medicinas, me decías: «Va a venir tu tío Gonzalo, el moro, y te traerá muchos regalos, un vestido verde bordado de oro, espadas muy bonitas, y un caballo... de carne.» Dice mi abuelo que los caballos moros son los mejores del mundo..., corren como el viento, y no les falta más que hablar para ser como las personas... Pues ni vino mi tío, ni me trajo el caballo, ni nada...

—Cállate..., que no podrás coger el sueño, y te entrará calentura.

—Y yo te pregunto ahora: si la reina de España le declara la guerra al rey de los moros, ¿qué hará mi tío don Gonzalo? ¿Peleará con los de allá, o se vendrá con los españoles? Contéstame pronto.

—Yo no sé nada... Mañana lo averiguaremos.

—Porque si no pelea con los cristianos, ni es caballero ni español... ¿Cómo quieres tú que yo duerma, pensando que mi tío es traidor a España?... Tú sabrás si se hizo mahometano de verdad, o de comedia, con el aquel de sonsacar los secretos de la morería y contárselo todo al Gobierno español.

—¿Qué sé yo de eso? Ea, niño, a dormir.

—Pues dime que vendrá mi tío a tratar con la reina el modo de embestir a esos perros..., y a traerme el caballo... Mira, madre, armas no quiero, porque yo aquí no voy a matar a nadie... El caballo sí me hace falta..., porque la pierna se me va curando... En cuanto que pueda doblar la rodilla, cojo mi caballo, me monto en él, y verás... Te digo que lo manejaré como a los de cartón, y para que sea manso y bueno, le daré terrones de azúcar y alguna mantecada de Astorga... Verás cómo lo hago brincar y correr. Ya sé que tú y Nicasia os pondréis a chillar de miedo cuando me veáis metiéndole espuelas para que corra más... No tengáis cuidado, que no me caeré... Sé montar... Soy un gran jinete, madre, un gran jinete...

Tanto hizo Lucila por sosegarle, poniendo una de cariño y otra de autoridad, que el chiquillo se calló..., se durmió... Mas no fué su sueño tranquilo: a medianoche daba voces..., reía, suspiraba..., le dolía la pierna...; el caballo no quería pararse, y corría por rápida pendiente hacia un despeñadero. Acudió su madre a medio vestir, y no bas-

tando sus caricias para calmarle, se acostó con él. Sacudidas nerviosas interrumpían el sueño del pobre hijo. Lucila no cesaba de pulsarle: «No tiene fiebre—se decía—; no es nada: es tan sólo el talento, que por ser mayor de lo que corresponde a la edad del niño no le cabe en la cabeza...»

La certera observación hecha por Vicentito respecto al caso de su tío Gonzalo Ansúrez, quedó bien fija en el pensamiento de la madre. ¿Qué partido tomaría, en la guerra de España con Marruecos, el español que había renegado de su pueblo y de su fe, adoptando la religión y patria berberiscas? De esto habló Lucila con su padre al siguiente día, y el celtíbero no se mordió la lengua para contestarle:

—Si tu hermano fuese un lameplatos y un roemendrugos, tal vez se aprovecharía de la guerra para decir: «Yo pequé», y arrimarse a los suyos. Pero Gonzalo es allí hombre de riñón bien cubierto; vive considerado de grandes y chicos, y el mismísimo señor sultán le llama su amigo, toma de él consejo, y le ha obsequiado con algunas cargas de dinero contante... En Tetuán se ha establecido, y su casa, si no la mejor, no es de las peores del pueblo. Comercia en lanas, comercia en almendras, y de un punto que llaman Tafilete le traen sus recuas de camellos, un mes sí y otro no, pieles magníficas, de las que manda una parte a Marsella, y otra parte allí se queda para ese calzado ancho y suelto que llaman babuchas. Todo esto lo sé por aquel señor que de allá vino el año pasado, y me trajo carta de mi hijo, acompañada de las cinco onzas que te di para que me las guardaras. Era el mensajero un señor llamado don Jacob Méndez, que los más de los años viene a España y la recorre de punta a punta, comprando esmeraldas, que ahora están en alza, y aljófar, perlitas menudas, que en la morería tienen gran salida y precio muy bueno. El tal me pareció hombre corriente y de mundo. Aunque no hablamos palabra de religión, túvele por judío: su nombre, su rostro afilado, su desconfianza y el comercio que traía, así me lo declaraban. Se aposentó en la Posada del Peine; allí le vi dos o tres tardes, y me refirió de mi hijo mil cosas que yo ignoraba, pues sólo dos veces tuve con él correspondencia escrita. Lo que el señor don Jacob me contaba fué para mí de grande admiración, y más que nada me agradó saber que Gonzalo es hombre de cuenta, y que ha labrado su acomodo con el trabajo y el buen cumplimiento comercial. Habla la lengua arábiga tan de corrido como si la llamara con la leche. Y es al modo de literato, porque en romance llano y en coplas altas escribe cosas magníficas que suspenden. Es querido y respetado de todos... También tuvo sus quiebras el pobre hijo mío, pues en un pueblo que llaman Alcázar-Quebir tomó partido por un bando de dos o tres que se formaron, en no sé qué revuelta, y su cabeza estuvo a dos dedos de ser cortada. Milagro fué que escapara; pero aquello se arregló cortando y saltando otras cábezas, y con la paz volvió Gonzalo a la querencia del señor sultán, lloviendo sobre él riquezas y honores... De estas cosas y otras que sé tocantes a tu hermano no he hablado contigo todo lo que quisiera, porque rara vez te encuentro sola, y delante de Halconero no nombro yo a mi Gonzalo por nada de este mundo. Ya sabes que a tu marido le hace poca gracia tener un cuñado mahometano, y dice que mayor deshonra no podría caer sobre mi familia.

Requirió Lucila a Jerónimo para que le dijese el nombre arábigo que en su vida musulmana usaba Gonzalo, y Ansúrez dijo que, habiendo interrogado sobre ello al buen don Jacob, éste pronunció una gran retahila de voces que eran como si echase fuera el aliento para volverlo a tomar. escupiendo sílabas, una por una, después de enjuagarse con ellas.

—Como yo no entendía nada de aquel murmullo—añadió Ansúrez sacando de su bolsillo una mugrienta cartera, y de ésta un papel—, le rogué a don Jacob que me lo escribiera con letras castellanas, para ver de aprendérmelo de memoria... Aquí lo tienes. Por más que he trabajado en retener estos terminajos, aún no puedo pronunciarlos de corrido. En el largo rótulo se dice que Gonzalo se llama como Mahoma, que es hijo mío y que ha estado en la Meca, lo cual es tener como un divino certificado de fiel creyente.

Leyó Lucila en el papel este nombre de nombres, trazado con elegantes ras-

gos que parecían de cálamo más que de pluma: *Sidi El Hach Mohammed Ben Sur El Nasiry.*

III

—Madrita, también a ti te gustan los militares...; no me digas que no... Bien conozco que te gustan, picarona... No pasa tropa formada, con música, sin que te asomes conmigo a verla...

Esto decía Vicentito a su madre, ambos en el balcón, viendo la cola de un regimiento que desfilaba con marcial ritmo hicia el centro de la villa. Ya llegaba la banda a la casa de Cordero; ya la vanguardia de chiquillos, fascinados por los graciosos aspavientos que hacía con su bastón de porra el tambor mayor, se espaciaba en la Puerta del Sol; ya la bandera iba más allá de Platerías, replegada, firme como una antena en mar tranquilo; las últimas filas de la formación, semejante a un inmenso anélido, pasaban bajo los balcones de Lucía. Esta respondió a su hijo, acariciándole el cabello:

—Miro a los soldados porque te gustan a ti, tontín. Si no fueran tu delirio los soldados, yo ni los miraría siquiera.

—Estos soldados son los más guapos que he visto. Llevan uniformes nuevos. Les he mirado el número, que es un siete.

—El siete es Africa.

—¿Africa el siete? Y luego dices que no entiendes de tropa. Si sabes todos los números de la infantería de línea y de cazadores, ¿por qué no me los enseñas?

—Conozco algunos..., muy pocos..., números sueltos que se aprenden sin saber cómo.

—Yo no sé pasar de los primeros: uno, inmemorial del Rey; dos, Reina; tres, Príncipe; cuatro, Princesa; cinco, Infante... No has querido enseñarme más.

—Pues sigue la cuenta: seis, Saboya; siete, Africa...

—Y más, más, madrita..., dímelos todos.

—No sé, no sé, hijo... No te pongas pesado. ¿De dónde quieres que sepa yo esas cosas?

—Un día... bien me acuerdo..., pasaban cazadores, y tú dijiste: once, Arapiles.

—Sí..., ese número sé por casualidad..., por casualidad sé otros, como veintiocho, Luchana.

—¿Cazadores?

—No, hijo; Luchana es de línea.

Insistió el gracioso chiquillo; pero su madre tuvo arte para poner punto final a un tema que la mortificaba. Como la mañana estaba fresca, hízole retirar del balcón, acomodándole en el sofá de Vitoria con blanda colchoneta, donde pasaba lentas horas. Se aproximaba la de la visita del médico, que de día en día hacía más lisonjeros augurios... Llegó el doctor más pronto de lo que se esperaba, y mientras duró el examen de la pierna y se hizo la cura, mortificando grandemente al pobre chico, riñó a éste y a la madre porque no se observaba la quietud indispensable para la curación. Debía Vicentito moderarse en sus entusiasmos militares y ecuestres, esperando mejores días para entregarse a ellos. Lloriqueaba el enfermo, no tanto por el dolor de la cura, como por ver que se le tasaban los goces de su ardiente afición. Halconero le consolaba con la promesa de traerle una colección de *vistas de batallas*, que, puestas dentro de una caja negra, se miraban por un cristal de aumento, y ello resultaba como si estuviese uno en medio del campo de acción viendo pelear a moros con cristianos. Era la campaña de los franceses en Argel, en láminas iluminadas, que parecían la verdad misma, todo muy propio y con su color natural. Con esto se fué sosegando el chico, y resignándose a la quietud. Solo con su madre, otro día, al caer de la tarde, le dijo:

—Me estaré quieto si tú estás conmigo siempre y me cuentas cosas, aunque no sean cosas de militares. A ti te quiero más que a nadie, y todo lo que me dices me lo creo, aunque sea mentira...

Entretúvole Lucila con diversas historias, mitad verídicas, mitad inventadas por ella: consejas de animales, de cacerías de leones, de naufragios terribles, de islas que salían del mar y se volvían a meter en él, de milagros estupendos y apariciones de Vírgenes en un árbol, en una peña, en una gruta...

—Espérate un poco, madrita—dijo el chico con jovialidad picaresca—, que tengo que hablarte de una cosa. Ahora me acuerdo, por las apariciones que me

estás contando. Hace tres noches, aquella noche que saliste con padre a dar el pésame al señor de Centurión porque se le murió su mujer... Pues aquí se quedaron mi abuelo, don Bruno y Juanito, el amigo que yo quiero más, porque lo que dice parece cantado.

—Juanito Santiuste es un magnífico cantor de historias. ¡Lástima que no vaya al Congreso!... A veces llora una oyéndole: no se puede remediar.

—Pues aquella noche habló de ti... Dijo que tú eras, no sé cuándo, la mujer más hermosa que había en el mundo.

—¡Jesús, qué disparate!

—Que él no te había visto; pero que lo había oído..., que eras tan guapa como la Virgen, y que en un castillo te apareciste... sin zapatos..., quiere decir, con pies como los de las estatuas, y que los que te vieron aparecer se cayeron al suelo encandilados de ver tu hermosura...

—¡Jesús! Hijo mío, no hagas caso. Juanito quería burlarse de los que le escuchaban.

—No, no, que lo decía muy serio, ¡vaya!... El no lo vió: pero se lo contaron, y en Madrid está quien lo sabe... ¿Fué milagro, madre? Juanito dice que salió en papeles y hasta en un libro... No me lo niegues... Explícate tú cómo te apareciste. ¿Venías del cielo? ¿Bajaste volando? A mí no me niegues nada. Y si te apareciste por arte del diablo, dímelo, que yo te guardaré el secreto.

—Chiquillo, no sé si enfadarme o reírme—respondió Lucila prefiriendo la demostración de gozo—. Disparates sin pies ni cabeza es lo que os contó Juan. Como que Juan es loco. ¿No lo has conocido? Dicen que tiene mucho talento, y que repite todo lo que habla ese Castelar...

—Es verdad, madrita. Loco parece Juan algunas veces. Aquel día, cuando se puso en medio de la sala, y mirándote a ti, que entrabas de la compra con mantón y dos cebollas en la mano, te soltó aquellos gritos de... ¿Cómo era, madre?

—«¡Virgen Democracia, yo te saludo!» Nos moríamos de risa oyéndole, y él, con nuestras risas, se dislocaba más.

La entrada de Jerónimo y de Leoncio Ansúrez, que venían de la calle, desvió la conversación hacia puntos de mayor interés. La guerra empezaría pronto. Ya se habían dado las órdenes para la movilización de fuerzas, concentrando batallones en Cádiz, Málaga y Algeciras. El bueno de Leoncio, aunque domesticado por las dulzuras de la familia, tiraba siempre al monte de las aventuras guerreras, como genuino celtíbero, y ya no pensaba más que en ir a campaña. Su habilidad de armero le aseguraba la incorporación en cualquiera de los Cuerpos de ejército o en el Cuartel general. Un famoso general le estimaba por su destreza y prontitud en la compostura de toda clase de armas de fuego. Seguiría, pues, la formidable corriente que a todas las actividades españolas arrastraba hacia la tierra berberisca. Lo único que le entorpecía la voluntad era el desconsuelo de separarse de su mujer y de su hijo. Quería que mientras él estuviera en Africa, Virginia y Lucila viviesen juntas, acompañándose las mujeres y los niños, con lo que la soledad de *Mita* sería más llevadera. Desde luego, accedió Lucila, y Halconero, que a la sazón entró, dijo que su mayor gusto era dar albergue a la mujer de Leoncio, mientras éste anduviera en el servicio de la patria. Todo español estaba obligado a prestar su ayuda al glorioso ejército. También él *se pondría las botas*, si no estuviera tan viejo y achacoso. ¡Qué gusto plantarse en Africa, a la zaga de la tropa, y allí, si no podía batirse, fregar las cacerolas del rancho, ayudar a la colocación de tiendas o dar el pienso a los caballos!... El hombre vibraba de entusiasmo, y no quería que se hablase más que de guerra y de las indudables hazañas que, antes de consumadas, ya andaban en lenguas de la gente. La opinión enloquecida escribía la Historia antes que la engendrara el tiempo.

Cuando acababan de cenar, entró Juanito Santiuste, habitante en casa próxima, amigo de Halconero por la amistad de Leoncio. Solía concurrir a la sobremesa del buen hidalgo campesino, y como por su trato se revelaba excelente muchacho, ameno, decidor y cantor de ideales generosos, Halconero y Lucila veían con gusto su compañía, y le celebraban las gracias oratorias. Conviene decir, ante todo, que Santiuste, después de mil peripecias en su román-

tica y azarosa vida, había vuelto a las primitivas aficiones literarias. La realidad le hizo ver que no le llamaba Dios por el camino de la herrería mecánica, y que mejor que armas de fuego, construiría poemas, cuentos y artículos de periódico. El mismo Leoncio, que le había tomado grande afecto, le empujó hacia el sendero angosto de las letras, que entonces empalmaba con el ancho camino de la política. Sucedió, además, que, cuando menos lo esperaba, le cayó un destinillo como llovido del cielo, que le permitía vivir sin ahogos. Vieron algunos en esto la mano blanca, escondida, de Teresa Villaescusa. Podía ser: sin duda fué ella la deidad bienhechora; mas no dió la cara, y aparecía como protector el marqués de Beramendi. Ello es que a Juanito le vino Dios a ver: se proveyó de ropa decente; pudo acomodarse en una casa de huéspedes de mediano trato; erigió sobre su cabeza el sombrero de copa, prenda indispensable del empleado y literato; frecuentó círculos donde jamás había puesto los pies, y, en fin, tomó airecillos de importante personalidad. Bien merecía el pobre salir de la tenebrosa oscuridad y miseria en que había vivido, y espaciar en ambiente de cultura su corazón hermoso y su despejada inteligencia. Era colaborador gratuito de más de un periódico, y en uno solo cobraba por sus trabajos míseras cantidades, que a él le parecían los tesoros de Creso: tan hecho estaba el hombre a la pobreza degradante.

Apenas le vió entrar Halconero, le pidió noticias. El, como periodista, solía llevarlas frescas, y cuando no las tenía, las inventaba, llegando a creer en conciencia que eran la verdad pura:

—Ya tenemos plan de campaña. Dividido el ejército de Africa en tres Cuerpos, ya están designados los generales que han de mandarlos. Estos son Echagüe, Ros de Olano y Zabala. Pero hay más, hay más: se dice que irá también Prim.

—¡Prim..., Prim!—repitieron con más curiosidad que asombro las bocas de Halconero, de Ansúrez y de don Bruno Carrasco, que a la sobremesa llegó minutos antes que Santiuste.

—Prim ha venido del extranjero a escape y le ha dicho a don Leopoldo: «Pero ¿qué es esto? ¿Yo, Prim, no mando tropas en Africa?» Y dice O'Donnell: «Habéis llegado tarde, general. Los jefes de los tres Cuerpos de Ejército están ya nombrados.» Y Prim: «Bien. Pero si no hay Cuerpo de ejército, habrá una brigada, un regimiento, un batallón, una compañía que yo pueda mandar.» A esta manera de pedir no podía responder O'Donnell más que creando una división de reserva para que al frente de ella luzca el de Reus su bizarría...

—¡Prim!... ¡Oh! —repitieron las bocas de todos, expresando con dos monosílabos la admiración dubitativa del héroe inédito, cuya leyenda estaba a medio formar.

Luego tomó Santiuste la flauta, y dijo:

—¡Qué hermoso espectáculo el de un pueblo que antes de ver realizadas las hazañas ya las da por hechas! Lo que la Historia no ha escrito aún, lo ve la fe con sus ojos vendados. Creer ciegamente en el fin glorioso de la campaña, equivale a la realidad de ese fin. Ved cómo las madres pobres de las aldeas no se afligen de ver partir a sus hijos para el Africa. Oíd a los viejos, que, como Horacio, pronuncian el terrible *¡que mueran!...*, si muertos sellan con su sangre el honor de España. Ved cómo la nación entrega cuanto posee para que nada falte al soldado. Aquí dan dinero, allá provisiones, acullá las damas destejen con sus finos dedos las telas..., quiero decir que sacan hilas para curar a los heridos. Quién da caballos, quién mulas... Los pueblos ricos dan zapatos; los pobres, alpargatas. Los obispos empeñan la mitra, y los catedráticos sacrifican parte de sus míseras pagas... ¡Espectáculo admirable, sublime, que nos consuela de las vulgaridades y miserias de la política.

El sagaz Ansúrez agregó a los toques de flauta estas prosaicas observaciones:

—Aún no sabemos lo que será O'Donnell como general en jefe del ejército de Africa; es de creer que sepa conducirlo y acaudillarlo con la mayor ventaja nuestra y daño grande del enemigo. Esto lo veremos. Lo que no tiene duda es que el buen señor se acredita con esta guerra de político muy ladino, de los de vista larga, pues levantando al país para la guerra y encendiendo el patriotismo consigue que todos los españoles, sin faltar uno, piensen una misma cosa y sientan lo mismo, como si un solo

corazón existiera para tantos pechos, y con una sola idea se alumbraran todos los caletres. ¿Les parece a ustedes poco?

Esto es lo más grande que se ha hecho en España desde que yo nací, y me alegro, pues en mi larga vida no he visto más que trifulcas entre españoles, guerra de sangre, de discursos, motines y persecuciones de éstos contra los otros...

—El *progreso*—afirmó don Bruno Carrasco, poniendo en la declaración toda su seriedad de paquidermo—ha plegado su bandera política y ha enfundado sus agravios ante la declaración de guerra, hecho que a todos los partidos impone un silencio patriótico y una expectación patriótica.

Puesta a un lado la flauta, cogió Santiuste el cornetín y tocó estas cláusulas vibrantes:

—El ideal de la patria se sobrepone a todos los ideales cuando el honor de la nación está en peligro. Puede la nación vivir sin riquezas, sin paz y aun privada de los bienes del progreso puede vivir; pero sin honor nunca vivirá. O lava con sangre los ultrajes hechos a su nombre y representación o arrastrará una existencia de vilipendio, despreciada de todo el mundo.

Así siguió un rato; pero como no hiciera su música el efecto que buscaba, soltó el cornetín, cogió la trompa y, soplando en ella con toda su fuerza, produjo estos bélicos sonidos:

—¡Qué gloria ver resucitado en nuestra época el soldado de Castilla, el castellano Cid, verle junto a nosotros, y tocar con nuestra mano la suya, y poder abrazarle y bendecirle en la realidad, no en libros y papeles! Reviven en la edad presente las pasadas. Vemos en manos del valiente O'Donnell la cruz de Las Navas, y en las manos de los otros caudillos la espada de Cortés, el mandoble de Pizarro y el bastón glorioso del Gran Capitán. Las sombras augustas del emperador Carlos V y del gran Cisneros nos hablan desde los negros muros de Túnez y de Orán. La epopeya, que habíamos relegado al Romancero, vuelve a nosotros trayendo de la mano la figura de aquella excelsa y santa reina que elevó su espíritu más alto que cuantos soberanos reinaron en esta tierra, la que al clavar la cruz en los adarves de Granada no creyó cumplida con tan grande hazaña su histórica empresa, y con gallardo atrevimiento y ambición religiosa y política nos señaló el Africa como remate y complemento del solar español. Al volar desde este mundo al cielo, donde la esperaba el premio de sus virtudes, Isabel ordenó a sus herederos que arrebatasen a la Media Luna el suelo mauritano, español suelo, y formasen el futuro reino de España con los extremos de los dos continentes. El bravo mar que entre ellos corre no los enemista y separa, sino antes bien, los une y acaricia, besando ambas orillas con alternados ósculos y cambiando entre una y otra signos de paz y amor. Del Pirineo al Atlas, todo será España.

IV

Vibraban todos los presentes al son de estos roncos trompetazos. Lucila, sin poder impedir que se le saltaran las lágrimas, decía:

—Este Juan es un loco, que dice tonterías bonitas.

Halconero, deshaciéndose en entusiasmo, que le mantenía rebelde al sueño, mandó traer jerez para festejar al trompista y regalarse todos. Cogiéndole un momento aparte, Lucila dijo a Santiuste:

—Hágame el favor, Juanito, de no contar estas cosas tan rimbombéricas cuando esté mi niño delante. Yo quise acostarle; pero cualquiera le arranca de aquí cuando viene usted con estas tocatas. Mírele allí, junto a su padre, comiéndosele a usted con los ojos... Se trastorna, se desvela, y luego las malas noches me tocan a mí: no es usted quien las pasa. Ya tenemos jaqueca para toda la noche con lo que usted ha dicho del Cid, de Cortés, de Pizarro y del Gran Capitán o del Gran Teniente... Buena la hemos hecho. Acostadito el niño y sin poder dormir, empiezan las preguntas: y yo, que soy tan ignorante, me veo negra para responderle. Conque hágame el favor de dejar la trompa cuando esté aquí mi hijo; coja el flautín o la zambomba, y cuéntenos algo que nos entretenga y nos haga reír.

El buen jerez, prodigado por Halconero, avivó los fuegos patrióticos de la tertulia, cuidando el amo de la casa de ser el primero en las alegres expansio-

nes. Alborotadamente trataron de diversos puntos relacionados con la guerra, y Carrasco y Santiuste afirmaron que moros y cristianos son en alma y cuerpo diferentes, como el día y la noche. Ansúrez, cuya natural capacidad ilustraba todas las cuestiones, sostuvo que las apariencias de desemejanza las daba, más que la religión y el lenguaje, el hecho de no existir en la morería lo que aquí llamamos modas. El moro no sabe lo que es esto. Sus armas, sus vestidos, sus hábitos, sus alimentos, se perpetúan al través de los siglos, y lo mismo se eternizan sus modos de sentir y de pensar. Aquí, por el contrario, tenemos la continua mudanza en todo: modas en el vestir, modas de política, modas de religión, modas de filosofía, modas de poesía. Ideas y artes sufren los efectos del delirio de variedad... Hoy se llevan estas corbatas; mañana serán otras. Hoy se gobierna por este sistema; mañana será por el contrario. Filósofos y sombrereros, poetas y peinadoras, tienen su figurín distinto para cada quince años. Al otro lado del Estrecho les dura un figurín para todo la friolera de diez o doce siglos... Y así, hemos dado en creer que esta permanencia es señal de poca o ninguna civilización, lo cual no es justo, pues ni ellos son bárbaros por no conocer las modas, ni nosotros civilizados por tenerlas y seguirlas tan locamente. La civilización consiste en ser buenos, humanos y tolerantes, en hacer buenas leyes y en cumplirlas...

No expresó el agudo celtíbero estas ideas en la forma que aquí se les da, sino con la frase seca, desnuda y categórica que usar solía. Las presentes páginas sólo transmiten textualmente el final, que fué de este modo:

—Entre las cosas santas y buenas que nos recomendó Jesucristo al fundar nuestra doctrina, yo no he podido encontrar nada que sea recomendación de las modas. Dijo: «Amaos los unos a los otros»; pero no dijo: «Sed veletas en el pensar y en el vestir, en el comer y en el edificar.» Y aunque nada dijo de estas veleidades de los hombres, entiendo que las condenó en el desierto cuando el demonio quiso tentarle. Sabéis que le llevó a un alto y, mostrándole toda la tierra, se la ofreció en dominio si le adoraba. Para mí que le dijo: «Ahí tienes el mundo de las modas: adórame y será tuyo.» El Señor, a mi parecer, contestó: «Vete al infierno tú y tus modas, y no tientes al Señor tu Dios.»

Sin comprender la sutil argumentación del viejo Ansúrez, los amigos la tomaron a chacota, y por divertida más que por razonable la celebraron... Y a otra cosa. Aunque Lucila llamaba disparates a las huecas declamaciones del joven de la trompa, y se burlaba de él por disimular su devoción de las cosas guerreras, se alegraba de verle entrar, y no perdía sílaba de sus peroratas, exuberantes de elocuencia y de histórica poesía. Clavijo, Santiago, los Alfonsos, el Cid, la cruz de Las Navas, la cruz del Cardenal Mendoza, la cruz de Lepanto y otras famosas cruces; las torres de Granada, las carabelas de Colón, los tercios de Flandes y demás estrofas sublimes del gran poema conmovían todo su ser, y le disparaban el corazón a un palpitar loco; de su pecho irradiaba un calorcillo que encendía en su rostro matices de embriaguez dulce. Cierto que procuraba repeler hacia dentro la emoción; pero no siempre lo conseguía, pues la viveza y humedad de los ojos desmentían las burlonas palabras.

Una noche, acostando a Vicente, después de curarle la pierna con amoroso cuidado, el chiquillo le dijo:

—Madrita, estoy enfadado contigo..., pero muy enfadado...

—Yo te desenfadaré, si me dices pronto en qué ha podido ofenderte tu madre.

—¡Zalamera! Estoy enfadado por tres cosas..., tres perradas me has hecho...

—¿La primera...?

—Que le dices a Juanito que no nos cuente cosas de guerra... para que yo no me despabile... Pues bien te gustan a ti las cosas de guerra. ¿Crees que no te he visto llorando cuando Juan contaba lo que hizo Hernán Cortés en la Habana... o en otro punto de las Américas, no sé...? El hombre quemó sus navíos para que los hombres que iban con él no pudieran volverse acá, y luego se metió, espada en mano, por un río arriba y conquistó un imperio de negros más grande que de aquí a la Villa del Prado... Luego te pregunto yo: «Madre, ¿quién era ese Hernán Cortés?» Y tú me respondes: «Un vago, un perdido...»

—Tiempo tienes de saber esas cosas,

hijo del alma. Ahora estás enfermito y no conviene que te calientes la cabeza, ni que pierdas el sueño. ¿Y de dónde sacas tú que soy yo guerrera? ¡Vaya una tontería! Yo no estoy en el mundo más que para cuidar a tu padre, a ti y a tus hermanitos, y las guerras de hoy, como las de tiempos pasados, me importan un bledo. Naturalmente, una es española, y cuando tocan el chinchín de las glorias de esta tierra, el corazón baila un poquito... Segunda cosa...

—Que tú, por llevarme la contraria, y porque se te ha metido en la cabeza que yo no sé montar, has escrito al tío Gonzalo..., o será mi abuelo el que ha escrito, no sé..., habéis escrito para que el tío no me traiga el caballo que me prometió. ¡Y yo aquí, con esta pierna tiesa!... Pues te digo que así no me curaré nunca. Ya puedo doblar la rodilla sin que me duela mucho... ¿Ves cómo la doblo? Yo te digo que no me ha de costar trabajo apretar los muslos para agarrarme bien, ni meter espuelas con gana para correr..., ¡hala!, correr como el viento.

—¡Ay, bobito mío.... pues no estás poco avispado con tu caballo árabe!... Espera, espera un poco. La semana que entra, dice el médico que podrás andar con muletas... Lo que hemos escrito a mi hermano el moro es que tenga preparado el caballo y la silla, y todo, para cuando se le avise... Ahora, la tercera cosa.

—Pues no quería decírtelo..., pero te lo digo... Ya sabes que una noche contó Juanito que tú te apareciste en un castillo, y que al verte aparecer, los que allí estaban se cayeron al suelo de susto y de... de... de ver lo guapa que eras... Eras como la Virgen, o como otras vírgenes que hubo antes de la del Pilar y la del Rosario... Yo no sé... Juanito te comparó con unas vírgenes, santas o no sé qué... Para que veas si eres mala. ¡Aquellos que estaban en el castillo te vieron aparecerte, y no quieres que te vea tu hijo! Si tú te desapareces y vuelves a salir cuando te da la gana, ¿por qué no lo haces delante de mí para que yo te vea? Todas las noches te pido este favor, y tú te ríes y me mandas a paseo.

—Y ahora también me río, bobito, porque esas apariciones son cuentos y desvaríos de Juan. Yo me aparezco... cuando entro por esa puerta. No he aprendido otra manera de hacer mi aparición.

—Bueno, bueno... Sigo muy enfadado, madrita... No creas que me desenfado con tus besos, con tus carantoñas... Y para que veas si soy bueno, me voy a dormir... No tendrás que chillarme, ni decirme que te estoy martirizando... Me dormiré ahora mismo..., ya me estoy durmiendo..., y no soñaré nada, no quiero... Dijo don Bruno que mañana, mañana, pasará mucha tropa... Salen para la guerra..., de aquí van a la guerra... Va el tío Leoncio.... esta tarde lo dijo... Yo me asomaré a ver la guerra..., la tropa que va a la guerra..., pum, pum; chan, charanchán...

Se durmió como un ángel a quien Marte arrullara en sus brazos. No fué tan dichosa Lucila, que padeció inquietud y desvelo hasta muy alta la noche, mortificada por visiones y pensamientos lastimosos y por el desasosiego de su marido, quien compartía el no muy ancho tálamo. Daba vueltas sin cesar sobre sí mismo el buen don Vicente, llevándose tras sí sábanas y mantas, con lo que quedaba desamparada de abrigo la dama celtíbera. Y sobre tantas molestias, el rico labrador pronunciaba frases incoherentes, cortadas por estruendosos regüeldos; cantaba el himno de Riego y la Marcha Fusilera, dejando oír entre estas músicas alguna vaga modulación de alarido patriótico, como ecos lejanos de un tumulto callejero.

Con paciencia sufría la esposa estas incomodidades, y en la cavidad verdinegra del insomnio revolvía historias pasadas y presentes. La mirada de su hijo, dulce y quejumbrosa, con que expresaba su ardimiento militar cohibido por la cojera, permanecía estampada en la retina de la madre. Eran los ojos de Vicentín negros, como los de ella, luminosos, bañados en esa tristeza cósmica que envuelve las estrellas así en las claras como en las oscuras noches. En los ojos del niño guerrero veía Lucila algo como la regresión de un ideal que ella tenía por muerto y desvanecido; ideal que salía de su tumba para volver a la realidad viviente. También Lucila había sido guerrera, y la gallardía militar, así en los hechos como en las personas, fué objeto de su culto. Llevóse el diablo estas aficiones; cambió el teatro de la vida de la joven celtíbera, y desgarrada una decoración, pusieron otra que hizo olvidar la pasada idolatría... Pues ahora,

un niño inocente, precoz, enfermo, imposibilitado hasta de jugar con cosas guerreras, hacía que por la decoración nueva se transparentasen las líneas y colores de la antigua...

Otra cosa: no eran estas reapariciones de lo pasado el único suplicio de Lucila en sus horas de insomnio. Debe decirse con claridad que, desde su casamiento, ningún hombre, fuera de su buen marido, cautivó su corazón. Pero en mal hora vino el espiritual Santiuste a desmentir la regla general. No le quería, no hacía ningún cálculo de amor referente a él; pero posaba con harta frecuencia su pensamiento en la persona del desgraciado joven, como un ave cansada de volar por los espacios altos del deber. Por su cuñada Virginia conoció a Santiuste; por Leoncio supo su miseria y desamparo, y la dignidad con que el muchacho soportaba tantas desventuras. A menudo se decía: «¿Pero cómo se arreglará ese hombre para vivir con tanto apuro?... ¿Será verdad que le quería una mujer del mundo llamada Teresa? Y si le quiso y le quiere, ¿cómo le consiente tan destrozadito de ropa y tan vacío de alimento?»

El cambio de fortuna del cantor de la edad heroica colmó de satisfacción a Lucila... ¡Gracias a Dios que el pobre chico podía vivir, aunque modestamente! ¡De buena gana le habría ella cosido y arreglado la ropa y regalado unas botas decentes para entrar con pie seguro en la nueva vida! Si le gustaba por pobre desvalido, más le agradó por las bondades de su corazón, que claramente en toda ocasión se manifestaba, y por la rectitud inflexible que movía sus acciones. Su inteligencia y saber, su facundia prodigiosa, descollaban en aquella sociedad vulgarísima como el águila caudal entre humildes y rastreros patos. Y cuando, por la declaración de guerra, desenfundó Santiuste la trompa y empezó a soltar notas de epopeya, si todos le oían con admiración, Lucila se arrebataba interiormente en un fuego de entusiasmo, que en su seno escondía con violentos disimulos. El ideal guerrero tan pronto revivía en los ojos del niño doliente, como en los labios de aquel otro niño grande que jugaba con el Romancero.

Interrumpió estas cavilaciones de la celtíbera la claridad del día que por las rendijas de la ventana se colaba, y ante ella, puso la señora término a su mental suplicio, y se lanzó del lecho, dejando al esposo en postura de tranquilidad, panza arriba, estiradas las extremidades y echando de su abierta boca los ronquidos como el resoplar cadencioso de una máquina de vapor. Vistióse aprisa la hija de Ansúrez, ávida de lanzarse al trajín casero, que era como el organismo suplet-orio de su ser moral... Ya no pensaba más que en despertar a la muchacha, sacándola a tirones de su camastro, y en encender lumbre. Luego prepararía el desayuno de Jerónimo, que era el primero en dejar las ociosas lanas; el de los niños, que aún dormían como pajaritos apegados al calor del nido. Pronto llegaría el panadero... Ya se sentían en la escalera los pasos de plomo del aguador... Empezaba el día, la rutina normal y fácil, el conjunto de menudas obligaciones que, al modo de tejidos de mimbres, forman el armadijo consistente de una existencia mediocre, honrada, sin luchas.

V

Los niños menores, Pilarita y sus hermanillos Bonifacio y Manolo, contagiados de los gustos del primogénito, despreciaban toda clase de juguetes para consagrarse al militar juego, aprovechando el material de guerra desechado por Vicente: cañones, tropa y oficialidad de cartón o de estaño, banderolas, espadas de palo y morriones de papel. La niña, desmintiendo su sexo apacible, era la más brava en las marchas, en las escaramuzas y refriegas, que algún día le valieron solfas de Lucila en semejante parte. Empezó figurándose cantinera, por algo que había oído a su hermano mayor: aguardiente vendía en un cacharrito de lata, y cigarros de papel torcidos por ella misma. Mas pronto se cansó de estos femeninos menesteres de guerra y, arrollando a sus hermanos pequeños y arrebatándoles espada y casco, se puso al frente de ellos y los condujo más de una vez a la victoria, o a nuevas solfas de la madre, que no podía resistir tanta batahola y entorpecimientos en las habitaciones y pasillos de la casa. Con sillas armaban plazas fuertes, bajo la di-

rección técnica de Vicente, y en la última torre de ella se colocaba Pilarita, dando voces, atribuyéndose, no sólo entidad militar de plaza sitiada, sino la divina entidad de Virgen del Pilar, y clamaba:

—Yo no quiero ser francesa...; francesa, no... ¡Aragoneses, defendisme...!

Adoptaba Bonifacio, para embestir la plaza, el ariete romano, y Manolo imitaba la artillería con los más fuertes zumbidos que articular podía su gran boca. En el asalto eran tan fieros, que los muros y bastiones se desplomaban, y entre el deshecho montón de sillas caía la Pilarica con chichones en la frente... Inmediatamente venía la zurribanda, y con ella los gritos, ayes, lamentos y otras voces guerreras.

—Por Dios, Vicente, no les azuces a estas diabluras. Ten juicio, tú, ya que ellos no pueden tenerlo. Y a esta mocosa la voy a mandar a la escuela para que allí me la sujeten y me le quiten sus mañas hombrunas...

Entrado noviembre, todo Madrid repetía en variedad de formas el juego de guerra de los niños de Halconero. Los señores mayores, las damas de viso, hombres y mujeres de las clases inferiores, procedían y hablaban, poco más o menos, como los chiquillos que esgrimen espadas de caña en medio de la calle y se agrandan la estatura con morriones de papel. Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra, los obispos. No había un español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que a España dió la cabila de Anyera profanando unas piedras y desruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta.

El agravio no era de los que piden reparacion de sangre. Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española. Imitador de Napoleón III, buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles a la acción política. Con las victorias de Crimea y de Italia fabricó Napoleón patriotismo, más o menos de ley, que hubo de servirle para consolidar su imperio. Francia nos daba las modas del vestir, las modas del pensar y del sentir artístico; nos hacía los ferrocarriles; nos ponía, con mano de niñera ilustrada, en los andadores del progreso; de Francia trajimos también una remesa de imperialismo casero y modestito, que refrescó nuestro ambiente y limpió nuestra sangre, viciada por las facciones.

Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio. Olózaga y Calvo Asensio cantaron en el Congreso las mismas odas que en sus púlpitos entonaban los obispos... Decía Calvo Asensio que «el dedo de Dios nos marcaba el camino que debíamos seguir para aniquilar al agareno». Estas y otras elocuentes pamplinas arrebataban al auditorio y encendían más la hoguera patriótica. Un representante de la nobleza, ofreciendo al Trono el concurso de sus iguales, decía, *mutatis mutandis*, lo mismo que la ínfima plebe en tabernas y mercados. Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de clero y nobleza, de niños pequeños y niños grandes. La reina, al despedir a O'Donnell, con frase de sincera emoción, le echaba al cuello medallitas que tenía por milagrosas. Sentía Isabel no ser hombre para coger un arma y acudir a tan santa guerra; y era verdad lo que expresaba, pues nadie como ella sintió el intenso amor de las aventuras españolas, mezcla de fe religiosa, de locura caballeresca y de gallarda superstición. El efecto de unanimidad y de embriaguez sintética estaba conseguido. Gran triunfo del irlandés, de intención honda y vista penetrante.

En cada mesa de cada café funcionaba un consejo de grandes tácticos y peritos estrategas. Eran, por lo común, empleados de mediano sueldo retirados del ejército o cesantes que llevaban su abnegación hasta el punto de alabar al Gobierno, de posponer su hambre a las altas miras de la patria y a la gloria del ejército. Allí se vió la grande generosidad de este pueblo, que olvidaba sus miserias, resignándose a comer entusiasmo y glorias, mal aderezadas con pan seco. Las madres ofrecian todos sus hijos, y los viejos querían alargar su vida para presenciar tantas victorias; los curas tocaban el clarín y salpicaban de agua bendita los roses de los soldados, inci-

tándoles a no volver sin dejar destruído el islamismo, arrasadas las mezquitas y clavada la cruz en todos los alcázares agarenos. Gentes había, mal nutridas, que lloraban oyendo hablar del próximo embarco de tropas, y darían su última pitanza por que nada faltase a nuestros valientes soldados. Nunca habían visto los nacidos un movimiento de opinión tan poderoso y unánime... De este sentimiento y convicciones salían tantos planes de guerra como bocas había en cada círculo de café:

—Es indudable que *nosotros* desembarcaremos en Malabatah, cerca de Tánger... Tomamos Tánger, no sin pérdidas, y en seguida vamos a ocupar el monte de las Monas...

Esto decía Leovigildo Rodríguez. Le cortaba la palabra Federico Nieto (alias *Don Frenético)* diciendo con airadas voces:

—Cállese usted y no extravíe la opinión. Tánger no puede ser el *objetivo*... Mi primo Joaquín, que ha estado en Ceuta y conoce aquello palmo a palmo, me ha dicho que todo lo que no sea tomar tierra en aquella plaza y subir derechitos a lo que llaman Sierra Bullones, es andarse por las ramas...

—Oh, eso no puede ser—aseguró Agustín Fajardo, pasando su dedo por la mesa como por un plano imaginario—. Fijarse bien, señores. Aquí está Tánger..., aquí está Ceuta, aquí Tetuán... Unamos por tres líneas estos tres puntos. Resulta un triángulo de lados desiguales... ¿El lado más corto cuál es? El que une a Tetuán con Ceuta... Pues mi teoría es ésta: otras naciones irán a su *objetivo* por el camino más largo. España debe ir siempre por el más corto. Si no lo hiciera, no sería España... Esta es mi teoría, señores; es mi teoría.

Con estos desatinos fantásticos iba la gente alimentando la pasión patriótica, que a todos sostenía en un cierto estado de iluminismo alegre. Nadie dudaba del triunfo: el esplendor de nuestras armas traería después bienes sin cuento, que cada cual se imaginaba conforme a sus gustos y necesidades. El buen Halconero, que en patriótico fanatismo daba quince y raya a todos los españoles, pensaba que, después de la guerra, los laureles nos abrumarían. Probablemente, tras la campaña en Africa vendrían otras marimorenas con diferentes naciones europeas o asiáticas, y de este continuo pelear resultaría mucha, muchísima gloria y poco dinero, porque los brazos abandonaban la cosecha del trigo por la de laureles. ¿Pero qué importaba? Con tal de ver a España tosiendo fuerte, escupiendo por el colmillo en el ruedo de las naciones europeas, nos allanaríamos a sustentarnos con piruétanos y tagarninas.

Obligado el insigne paquidermo don Bruno Carrasco a tocar su pito en la orquesta patriótica, conforme a la tregua concedida por el *progreso,* no podía saciarse de política, su comidilla sabrosa y constante. Los temas, desde la subida de O'Donnell hasta el otoño del 59, habían pasado a la Historia. Ya Carrasco no podía poner en su púlpito más que el paño de gala para cantar himnos al Ejército y al *Dios de las Batallas.* Era ya fiambre manido el asunto de los *Cargos de piedra* y la acusación y proceso contra Esteban Collantes, farsa de justicia que encubría el propósito de inutilizar a los moderados por la difamación. No era culpable el ex ministro de Fomento en el Gabinete Sartorius; la culpa venía de arriba y de peticiones de dinero que el Gobierno no podía desatender. Fué verdad que el valor de los ciento treinta mil cargos de piedra se aplicó a objeto distinto de la reparación de carreteras; cierto que la cantidad fué sustituída por otra igual dada por Salamanca; indudable que don Agustín Esteban Collantes, días antes de la caída de San Luis, ordenó que el milloncejo se reintegrase a su primitivo destino; verdad fué que en el camino hacia la casilla del presupuesto se perdieron los cuartos, y que la responsabilidad de tal extravío recaía exclusivamente sobre el director general de Obras públicas, y que éste trasladó a Londres su residencia. Ruidoso escándalo trajo la grave acusación, una de las mayores torpezas de la Unión Liberal, porque en el proceso salieron a relucir infinidad de suciedades de nuestra Administración, y nadie, a la postre, fué castigado. El ex ministro se defendió con maestría y sutileza grandes. Inmensa labor fué para el que se sentía inocente demostrarlo sin dirigir un solo golpe al punto delicado de donde procedía la infracción de ley...

Pues sobre este embrollo y sobre los incidentes del dramático proceso, habló

don Bruno tres meses, sin descanso de su lengua ni agotamiento de su saliva. El lo sabía todo; la inocencia de Collantes, la dudosa conducta de Mora, el origen palatino de aquella irregularidad. Las relaciones entre los partidos de gobierno quedaron rotas y envenenado el ambiente político. Si no inventa O'Donnell la guerra de Africa, sabe Dios lo que habría pasado. Fué la guerra un colosal sahumerio... Casi tanto como los *Cargos de piedra,* sacó de quicio a don Bruno la intentona republicana que estalló y fué sofocada en el curso del estío. En aquella locura pereció el más loco de nuestros demócratas, Sixto Cámara, joven, apuesto, de rostro interesante y algo místico. Trató de sublevar a la guarnición de Olivenza: no pudo conseguirlo; huyó y, perseguido por la Guardia Civil en los campos extremeños, murió de calor y de sed. Místico fué el martirio de aquel visionario que padeció la generosa demencia de querer implantar la República con tres republicanos.

En los claros que dejaban estos asuntos, de real importancia, subía don Bruno a su púlpito para condenar los resellamientos y pasar revista a los nuevos periódicos: *La Discusión,* inspirado por Rivero; *El Estado,* dirigido por el poeta Campoamor; *El Horizonte,* hechura de don Luis González Bravo, papel impulsivo y un tanto burlesco, con remembranzas de *El Guirigay.* De *El Contemporáneo,* el periódico elegante, órgano de la fracción más europeizada del moderantismo, hablaba pestes el buen don Bruno; odiaba con toda su alma a los caballeros *del guante blanco,* que derramaban sus luces en aquel diario, dándole la nota de la distinción y del saborete inglés, a lo que llamaban *Sincretismo* a la Unión Liberal, y a cada momento empleaban términos tan estrambóticos como el *self-government* y el *Habeas Corpus*... ¡Qué tendría que ver con la política el *santísimo Corpus Christi!*

Una mañana de noviembre, hallándose don Bruno y Halconero en casa de éste, charlando de la movilización de tropas, entró jadeante Juanito Santiuste, con la noticia de que él, también él, ¡feliz mortal!, iría...

—¿Adónde, hijo mío?

¡A la guerra! Por el marqués de Beramendi, su amigo, había conseguido una plaza en la Sección Volante de la Imprenta de Campaña. Ya tenía preparado su equipaje, que era de los más exiguos, y aquella misma tarde... ¡Cielo santo, Juanico a la guerra! ¡Y él también sería héroe y a más de ser héroe, tendría la gloria de ver tantas grandezas...! Y andando el tiempo dentro de un siglo, sus inocentes biznietos dirían: «Mi abuelo estuvo en la más alta acción», etc.

Fuese porque aquel día estuviera don Vicente amagado de un nuevo ataque de su mal, fuese porque la noticia de la partida del trovador colmara su exaltación, ello es que el hombre rompió en llanto. Su trabada lengua decía:

—Tú vas, Juan, y yo no... Yo inútil, yo... trasto viejo...; tú gloria, yo estropajo... Abrázame..., te quiero... ¡Viva España...! Hijos míos..., Lucila, venid... ¡Que me traigan a O'Donnell..., que me traigan a Prim!

Dichos estos y otros desatinos, salió disparado por el pasillo, los brazos en alto, el andar tan inseguro, que daba encontronazos en los tabiques, rebotando de uno en otro. Seguíanle todos, asustados de aquel delirio. Al volver a la sala su rostro, amoratado, indicaba fuerte congestión; su voz, ya ronca y casi ininteligible, repetía:

—¡Prim..., ejército..., march...!

Para mayor duelo, los chicos menores, que aquel día tuvieron la humorada de disfrazarse de moros, se habían ennegrecido la cara con tizne de la cocina, y haciendo pucheros marchaban detrás de su padre, dando al cuadro, con la mayor inocencia, un tono de trágica burla. Halconero, girando sobre la pierna derecha, que, de improviso, se le quedó como si fuera de palo, cayó al suelo, sin que Lucila ni los demás pudieran contener la caída. Pesaba mucho: la palabra escapaba mugiendo de su boca torcida, como escapan los habitantes de una casa que se desploma. Con gran dificultad, entre Lucila, don Bruno y Santiuste, levantaron en vilo el pesado cuerpo y lo tendieron en la cama.

VI

El médico, llamado a toda prisa, no recetó más que la Extremaunción. Acudieron a la casa Virginia y Leoncio; pero éste, como Santiuste, no tardó en sa-

lir, pues ambos debían prepararse para partir aquella misma tarde. El niño cojo, que, arrimado al balcón, había presenciado el accidente y caída de su padre, recibió tan fuerte impresión, que en largo rato no pudo moverse ni pronunciar palabra. Los pequeños, que a la cocina huyeron aterrorizados, mojaron con sus lágrimas el tizne y, diluído éste en las caras como pintura de acuarela, se convirtieron en mulatos. En su aflicción y espanto encontró Lucila una ligera pausa para salir a consolar a Vicente, que junto al balcón permanecía.

—Tu padre está malito..., pero no te asustes... Ha sido un ahogo. Dios querrá que se le pase pronto... Me parece hijo mío, que tú quieres llorar y no puedes. Llora un poquito, sí; aunque. ., ya te digo..., tu padre está mejor... Ya he mandado a la Nicasia que te ponga tu silla en el comedor... Me vuelvo al lado de tu padre; pero ya saldré un ratito..., te haré compañía y te contaré cosas... Tus hermanos, que hoy están muy mañosos y pintados de negro, se meterán contigo en el comedor. Tú cuidarás de que guarden silencio... Entreténles enseñándoles las vistas de batallas... Adiós, Vicente: llora un poquito..., no te importe llorar...

Volvió la madre a su obligación. Durante la breve ausencia, el enfermo había recobrado el sentido, aunque sólo de una manera borrosa, crepuscular, pronunciando palabras confusas. Don Bruno Carrasco, a gritos, le interrogaba, creyendo que de este modo sería mejor entendido. Conoció don Vicente a su mujer, y haciendo por cogerla una mano, intento que no pudo realizar, le dijo:

—Luci..., di... dile a Prim que... que pase... a O'Donnell que... pase, a Chagüe... pase...

A esto siguieron mugidos, como una recriminación a su propio cuerpo por aquella mala partida de no querer moverse... Sólo el brazo derecho tenía un resto de vida, estirándose y encogiéndose como el alón de un ave moribunda.

Entró de la calle Jerónimo Ansúrez, que, ignorante del grave suceso, tuvo más palabras para el estupor que para el remedio, y con penetración clínica de hombre tan ducho en vidas como en muertes, juzgó desesperado el caso. Ayudó a su hija en la aplicación de sinapismos y, viendo que a las quemaduras de la mostaza no respondía ni con vibraciones de dolor aquel madero que había sido cuerpo humano, propuso que, conforme al dicho del médico, se mandara al diablo la medicina y se llamase a la religión. El mismo llevó el aviso a la parroquia, y a eso de la una le dieron la Extremaunción a don Vicente, pues para otros auxilios del alma no tenía el enfermo la necesaria lucidez. No obstante, cuando sonaron en la sala los pasos del sacerdote, la consternada Lucila creyó descubrir en el moribundo una chispa de conocimiento... Cariñosa atención puso en aquellos mugidos, y hasta llegó a traducirlos libremente de este modo:

—Luci..., di... dile a Dios que... pase...

Las tres serían cuando entregó a Dios su alma el bueno, el honrado, el sencillo labrador don Vicente Halconero, que jamás hizo mal a nadie, y a muchos bien sin tasa; varón de grande utilidad en la República o, por mejor decir, en el reino, porque no devoraba porción ninguna del Tesoro Nacional, sino que creaba, con su labor de la tierra, nueva riqueza cada año. No aumentaba la confusión de opiniones, sino que tendía con su patriótica fe a simplificar las ideas y a buscar la síntesis que pudiera traer a nuestro país positivas grandezas. Su trabajo agrícola era un beneficio para España, y otro su inocencia, virtud preciada contra la invasión de maliciosos. Fecundaba la tierra, fecundaba el ambiente.

Soltó Lucila las exclamaciones de su duelo con afluencia que del corazón y del alma le salía. Era un poema de gratitud, tributo al hombre que la sacó de la soledad triste, ignominiosa, y que, al dignificar su persona, le dió paz, bienestar, honor y cuanto pudiera ambicionar la mujer menos humilde. Había sido Halconero el maravilloso príncipe de los cuentos orientales, que ofrecen su mano y su reino a la niña despreciada, víctima de las brutalidades de un genio maléfico. El buen caballero labrador, que tenía por blasón su arado y podadera, y por leyenda el *Super omnia rura,* la hizo reina de su casa, de sus abundantes cosechas, de sus ganados, que poblaban praderas y montes. En este trono, al que subió la celtíbera como por milagro, quedaron borradas las sombras de un pasado triste, y hasta los amargos dejos de sus desdichas se extinguieron en tan-

tas dulzuras. Luego vino su coronación de reina, los hijos, las sagradas prendas de aquella unión bendita. Con los frutos de ella, la casa labradora se perpetuaba y prometía mayores bienandanzas en edades futuras...

Por las notas agudas del llanto de Lucila, que hasta el comedor llegaban, comprendió Vicentito que su padre no existía ya. Era un niño de conocimiento y alcances superiores a su edad. Su misma dolencia, que a forzosa quietud le sometía, daba mayor lucidez a su mente para las cosas graves. La falta de ejercicio corporal, entorpeciendo la acción del niño, permitía un precoz desarrollo de las facultades del hombre... Como se ha dicho, los ecos de la voz plañidera de su madre, difundidos por la casa muda, dieron al chiquillo la idea y sensación del gran infortunio de la familia: sintió el *vacío de padre*. la repentina ausencia de una suprema autoridad y custodia... Viéndole llorar, también lloraron sus hermanitos. Pero él les dijo:

—No lloremos todos a un tiempo, que haremos demasiado ruido... Si la madrita nos oye llorar. se pondrá más triste... No es más sino que el padre está malo..., pero ahora viene el médico y se pondrá bueno.

Con estas y otras exhortaciones les hizo callar, y él, sin limpiarse las lágrimas, dió algunas vueltas con sus muletas en torno a la mesa del comedor, aún sin manteles ni preparativo alguno de comida, aunque había pasado la hora. Después se sentó. estirando su pierna sobre otra silla y permaneció pensativo un buen rato mientras Pilarita y los pequeños, sentados en ruedo, casi debajo de la mesa, repasaban las vistas de batallas, agregándoles innumerables detalles, ya con trazos de lápiz gordo, ya con la impresión de sus manos puercas... Entró en esto Nicasia, llorosa. Vicente no le dijo nada, ni necesitó que ella le contase lo ocurrido. Venía por orden de la señora, no más que a darles de comer, y a recomendarles que no hiciesen ruido, y que fuesen aquel día los niños más buenos del mundo. Puesto un mantel en media mesa, en un santiamén les dió de comer la moza, sirviéndoles sopa fría, carne y garbanzos del cocido a medio hacer, tortilla improvisada, como remedión, higos y nueces de postre. Vicentito fué excesivamente parco en el comer. Entró Jerónimo Ansúrez, con rostro grave, cuando aún no habían concluído, y a todos les acarició, diciéndoles:

—¡Qué guapos son estos niños, y qué bien se portan hoy! Les voy a traer almendras confitadas y unos candeleritos con velas de colores, con su Virgen de la Paloma y todo. Luego vendrá Virginia con su nene, y jugaréis a los altaricos.

Se fué a tratar del féretro y demás en una tienda de la Concepción Jerónima. Vicente se puso a repasar un librillo de estampas de animales, y aun estaba en las primeras hojas cuando vió entrar a Juan Santiuste, de puntillas, la consternación pintada en su rostro estatuario, que si era comúnmente fiel intérprete de la alegría, mejor expresaba el dolor. Llegóse derecho al cojito y le estrechó las manos... Se sentó a su lado... No habló del padre muerto, ni había para qué. Había venido Juan a ver cómo seguía don Vicente. Los porteros confirmaron lo que él temía. Subió desolado. Nicasia, enterándole en breves palabras de la muerte. le dijo:

—Pase, don Juan. al comedor: allí están los niños.

No acertó el chico a decirle palabra. Dejándose acariciar de él, le miraba con arrobamiento. Juan le pasó la mano por los cabellos negros, sedosos, atusándoselos con gracia...

—Vicente—le dijo—, te quiero tanto, que no siento irme a la guerra más que por no poder estar contigo y verte todos los días.

—¡Te vas a la guerra, Juan!... Verás; antes quería yo que fueses a la guerra, y hoy me da pena de que te vayas... ¡Tanto tiempo sin verte; tanto tiempo solo!... ¿Y si cuando vengas me encuentras más cojo que ahora? No: yo no quiero estar cojo.

Oyéndole, sintió Santiuste un arrebato de amor tan grande por aquel niño enfermo, prodigio de graciosa inteligencia, que no pudo reprimirse, y cogiéndole la cabeza le besó con ardor en los cabellos, en la frente, en las mejillas, y no paró en sus demostraciones hasta que el chiquillo protestó con cariñosa queja:

—¡Juan, que me ahogas!

Santiuste oprimía contra su pecho la cabeza del niño. diciéndole:

—No sabes cuánto te quiero, hijo mío...

No te lo había dicho nunca... Ahora te lo digo, porque sí; porque quiero que lo sepas... Eres muy bueno, Vicente, y por bueno te quiero yo...

—Pues si me quieres—replicó el chico—, escríbeme de allí todo lo que vaya pasando en la guerra, para que yo me entere. Escribes y le mandas las cartas a mi madre, y ella y yo las leeremos juntos, y nos acordaremos de ti. Mi madre también te quiere: se lo he conocido; te quiere como si fueras mi hermano, y me parece que no le hace mucha gracia que te vayas a la guerra. Podría cogerte una bala, y matarte o dejarte derrengado..., o con la cara rota, sin tu guapeza natural.

—Ya cuidaré yo de que no me cojan balas; y en lo de escribiros cartas a tu madre y a ti, estad tranquilos. Todo, todito lo que vaya pasando, batallas, victorias, lo sabréis ella y tú tan pronto como el Gobierno... Déjame que te bese otra vez, criatura... La idea de que estaré tanto tiempo sin verte, me vuelve loco...

En el nuevo arrebato de su cariño ardiente, no pudo Santiuste contener sus lágrimas, y viéndole llorar, Vicente también lloró.

—Hoy estoy triste, Juan—le dijo—. La verdad, no debieras marcharte..., voy a quedarme muy solo... Si no tienes prisa y esperas a que salga mi madre, verás cómo ella te dice también que no te vayas...

Acongojado, y con un nudo en la garganta, Santiuste no sabía qué decir...

—No, no estaré hasta que tu madre venga—murmuró al fin, mirando con pavor a la puerta—: tengo mucha prisa...

La presencia de Lucila le infundía miedo en aquella fúnebre ocasión. Verla y oírla era ordinariamente su encanto; mas aquel día la imagen y la voz de la celtíbera debían ser guardadas en arqueta de oro, de donde se sacarían a su debido tiempo... Tal era su temor de verla, que con súbito movimiento cogió el sombrero para marcharse. Quiso detenerle Vicentillo.

—¿Quieres que llame a Nicasia para que le diga a madrita que estás aquí?

—No, no, no—replicó Juan con mayor espanto—; madrita no puede venir ahora... Yo me voy... Déjame darte muchos besos..., y también a tus hermanitos. Tú, Vicente, no te olvides de mí. ¡Mira que te quiero mucho, pensaré en ti a todas horas!... En el corazón me llevo tu cara, que es la cara de tu madre..., quiero decir, que te pareces a ella... Adiós... Recibiréis cartas, y hoy os contaré una batalla, mañana otra. No perderé ninguna, para que toda la guerra quede bien referida. Hoy sale O'Donnell; yo también. Vamos juntos a Cádiz, y allí nos embarcamos... Ya te dije que Cádiz es puerto de mar...

—Tú, que sabes tanto, le dirás a O'Donnell lo que tiene que hacer... Y tú llevarás tu fusil... Pongo que te encuentras por delante a un moro: te matará si no le matas a él...

—Naturalmente, allí me darán armas... Y yo te aseguro que si algún morazo se me pone a tiro, lo mando al otro mundo con un recadito para Mahoma.

—Dice mi abuelo Jerónimo que los moros tienen su cielo separado del nuestro, donde está Majoma con muchísimas mujeres, bailando y divirtiéndose. ¿Será verdad eso, Juan?

—Debe de ser verdad... Cuando yo vuelva te daré noticias de la tierra y del cielo moro... Adiós, niño mío; no puedo detenerme más.

El temor de que Lucila entrase, singular ejemplo de delicadeza llevada a un extremo increíble, le hacía temblar. Besó de nuevo al chiquillo con ardiente ternura, repartió besos entre los demás, y salió con pisar blando.

VII

Pero al bajar vió que subían el ataúd, y como era tan angosta la escalera, hubo de volver hacia arriba y meterse en la casa, única manera de dar paso al fúnebre cajón. En aquel instante, gran estrépito militar venía de la calle, por la cual marchaba un batallón con música, y bullicio y vítores de la gente. Favorecido de aquel estruendo, pudo Santiuste escabullirse hacia el interior de la casa mortuoria, y volvió a meterse en el comedor, después de cerciorarse por Nicasia de que los chicos continuaban solos en aquella pieza. Fascinado Vicentito por la bullanga marcial que atronaba la calle, creyó que su amigo Juan volvía para echar con él otro parrafito de cosas de la guerra.

—¿Qué tropa es ésa, Juan?

—Cazadores de Ciudad Rodrigo, que van a la estación.

—Ciudad Rodrigo, número nueve... ¡Y no puedo asomarme!

—No, hijo mío; no te muevas de aquí. Verás a los Cazadores de Ciudad Rodrigo cuando vuelvan de Africa vencedores... Estoy aquí otra vez porque no he podido pasar... Y me alegro de volver, porque se me olvidó decirte que... Vicente, dirás a tu madre que siento mucho no despedirme de ella; que...

—Que nos escribirás, que nos quieres...

—Que siento no despedirme, Vicente: no le digas más que eso, por ahora. Y cuando llegue mi primera carta, le dirás... eso..., que os quiero mucho, que os llevo en el alma... No, no digas nada de esto... Adiós, hijo mío... Si me detengo más, me quedo en tierra. Adiós. Otro beso, otro...

Salió como un cohete, y no hallando obstáculo en la escalera, pronto pisó la calle, donde no era fácil el tránsito por la muchedumbre que al batallón aclamaba y en su marcha le seguía. Ventanas y balcones rebosaban de gente: lo que ésta no podía expresar con la boca, lo expresaba con los pañuelos desplegados al viento. Subió Santiuste en cuatro brincos a su casa, cerró la maletilla en que metido había todo su ajuar, envolvió en un papel algunos objetos que en la maleta no cabían, y acompañado de un chico de la patrona que se brindó *por patriotismo* a llevarle el equipaje, se metió por la Plaza Mayor, para coger la calle de Atocha, que a la estación del mismo nombre debía conducirle. Apretando el paso llegaron el viajero y su ayudante de carga al crucero de Atocha, donde era tan grande el tropel de gente, que no había medio de romperlo para pasar al embarcadero del ferrocarril. La multitud no cabía en el suelo, y se extendía por alto: los chicos, encaramados en la fuente de la Alcachofa y en los árboles; las mujeres del pueblo, subidas al cerrillo de San Blas y al techo de la ermita. Coches de lujo, con señoras y caballeros de la mejor sociedad, trataban de navegar en la masa humana, que se movía como el mar, con oleaje de estrujones y espuma de gritos. Era felizmente un mar alegre. Nadie se quejaba de las apreturas: la molestia y el vaivén penoso eran motivo de risa, de graciosos dicharachos. Poco terreno habían ganado Santiuste y la compañía, abriéndose hueco a fuerza de vigorosos codazos, cuando vieron un coche abierto en que venía O'Donnell, con Posada Herrera y Armero. Apenas se dibujó sobre las olas la figura del general los vivas a España, a O'Donnell y al Ejército formaron un ruido de huracán. Miles de manos se agitaban por encima de las cabezas. Navegaba el coche con suma dificultad, y el cochero entraba en familiar conferencia con la multitud.

—Pero dejen pasar... No puedo ir por otro lado... Hagan el favor..., despejen.

—Atrás todo el mundo. Pase, Leopoldo...

Con esfuerzo de brazos y suprema inspiración, Santiuste y su compañero levantaron en alto, el uno la maletilla, el otro su envoltorio de papeles, gritando:

—Señores, que yo también voy a la guerra...; déjenme paso...

—¿Y a qué vais vosotros allá, lambiones?

Las burlas y chirigotas que oyeron no les acobardaron: entre risas y algún trastazo llegaron a poner la mano en la capota del coche del general, y con tal arrimo, náufragos asidos a una lancha, llegaron al puerto de la estación. El gabancillo de Santiuste no salió de aquel mal paso sin lastimosos desgarrones y del envoltorio de papel, chafado y roto, se escaparon una zapatilla, una pistola y un tintero de bolsillo.

En la plazoleta de la estación vió Santiuste más coches, y en ellos damas que lloraban y señores que hacían pucheros. La patriótica ternura se desbordaba en todas las almas. Allí los vivas eran más cultos y nadie pedía orejas de moros; mas no era menor el estruendo. Entre mil caras, distinguió Juan el interesante rostro de Teresa Villaescusa... También lloraba, pues, aunque mala mujer, era una furibunda patriota. Iría de cantinera si la dejaran.

Santiuste la vió, mas no fué visto de ella. Atendía la guapa mujer a un señor viejo que en el coche la acompañaba, y que, sin duda, le decía:

—No es propio de las señoras llorar tanto por cosas de patriotismo, ni dar vivas. Para dar vivas estamos los hombres, y para llorar, los niños y las mujeres de pueblo. Las hembras que no

son de pueblo, deben entusiasmarse con dignidad, sin lágrimas ni voces descompuestas... Pon tú cara risueña, que es lo que te corresponde, y yo grito, como vas a oír: «¡Viva España! ¡Viva la reina!»

Alelado primero con la visión de Teresa, después entristecido por otras añoranzas de mayor intensidad en su espíritu, Santiuste pudo sobreponer fácilmente a estas flaquezas la grande ilusión de Africa: este manantial de felicidad era entonces abundante y puro, y en él encontraba el alma todos los consuelos que pudiera necesitar... Despidióse de su machacante el expedicionario, y penetró en la estación. Entre el barullo que allí había, no tardó en encontrar amigos: el marqués de Beramendi, que le había proporcionado la dicha de acompañar al Ejército en calidad de cronista; Manolo Tarfe, el mayor entusiasta de O'Donnell, que a todos embarcaba para la guerra y se quedaba en Madrid; el capitán Navascués, que iba en la escolta del general en jefe; O'Lean, Gallo, Pulpis, y, por fin, Rinaldi, el prodigioso poliglota a quien O'Donnell llevaba de intérprete. Era Aníbal Rinaldi joven de lenguas, más bien niño, nacido en Damasco, recriado en Granada; hablaba con perfección el árabe, su idioma natal, y otros doce de añadidura. Con este simpático mozo trabó amistad Santiuste días antes de la partida, cautivado por su saber filológico y por la dulzura y franqueza de su trato. Concertáronse para ir juntos en uno de los coches destinados a intérpretes, cronistas y demás *elemento auxiliar*, y colocadas las maletas de uno y otro en dos extremos del departamento, Santiuste ocupó su sitio. Tan nervioso estaba, que temía que el tren partiera sin él si se entretenía en despedidas y salutaciones. Los minutos que faltaban para la salida se le hacían años en que todos los días fueran Cuaresma. Quería partir, correr, volar... Por fin, un clamoreo de vivas expresó la salida, y el tren dió los primeros pasos, hiriendo la calzada de hierro con las suelas del mismo metal.

—Gracias a Dios—dijo Santiuste a Rinaldi, sentado frente a él—; ya partimos, ya vamos... Será un sueño llegar al Africa; pero ya no lo es salir de Madrid, y salir con O'Donnell. Si él llega, llegaremos nosotros.

—Dormiremos—dijo Aníbal requiriendo las blanduras del rincón junto a la ventana.

—Yo no duermo—replicó Santiuste—. No quiero dormir. Temo soñar que no he salido, que me he quedado en Madrid. Pasaré la noche mirando los fantasmas del campo, el suelo de España que corre hacia atrás, como formas yacente, y líneas acostadas...

Bufaba el tren en las cortas pendientes, echando fuego por las narices... A lo largo de las planicies fáciles, se dormía en un ritmo ternario, imitando el trote del Clavileño.

SEGUNDA PARTE

Africa (de Ceuta al valle de Tetuán), noviembre y diciembre de 1859, enero de 1860.

I

Seis días tardó de Madrid a Cádiz el Clavileño, que sólo era ferrocarril hasta Tembleque; lo demás lo anduvo por caminos carreteros. El 14 se embarcó O'Donnell en el vapor *Vulcano* para hacer un reconocimiento de la costa africana. En Cádiz esperaban orden de embarque las tropas del segundo Cuerpo al mando de Zabala, y allí quedó también Santiuste, quien, si por una parte se alegró de aquel descanso junto a sus buenas tías, por otra renegaba de la tardanza en pisar la tierra berberisca, objeto de sus más ardientes ansias. Por fin, regresó a Cádiz el general en jefe, pasó revista a las tropas el 19, santo de su majestad, y a los pocos días partió con el segundo Cuerpo, desembarcando en Ceuta casi al mismo tiempo que lo hacía Prim con la división de Reserva, procedente de San

Roque y Algeciras. Dura fué la travesía por causa del maldito Levante, que en los meses de *erre* suele jugar con las aguas del Estrecho, alborotándolas furiosamente. El pobre Santiuste, que era el hombre menos marinero del mundo, pasó fatigas de muerte, tumbado en la cubierta del vapor, sin más consuelo de aquel terrible sufrimiento que lanzar maldiciones contra Neptuno y Eolo... Llegó a sentirse como un pellejo vacío que no podría jamás tenerse en pie... Por fin, oyó decir que ya se veía Ceuta. Transcurrido un lapso de tiempo que a él le pareció de muchas horas, oyó decir que el vapor fondeaba. Los tremendos balances no amenguaban por esto, y el pobre mareante, incorporándose con supremo esfuerzo para mirar por encima de la borda, vió el Hacho, vió la ciudad tendida en el istmo, como un gran telón que por el ciel arriba se encaramaba, después se hundía en los abismos profundos...

Las maniobras y el barullo del desembarco diéronle algún aliento. Deseaba ser de los primeros en tomar tierra; pero fué de los últimos. Con dificultad podía tenerse en pie, y el uniforme que le habían dado antes de salir de Cádiz le pesaba y estorbaba horriblemente, no acertando ni a meter los botones en sus ojales respectivos para conservar la dignidad de la persona y del traje; el ros se le perdió en las fatigas del mareo; pusiéronle otro, que se le encasquetaba hasta las orejas. Con tal facha, y viendo que cielo, mar, barco y tierra continuaban en angustioso sube y baja delante de su vista, obligándole a cerrar los ojos para reconstruir en su retina las líneas fijas del Universo, fué llevado como en vilo hacia la escala, y de allí le bajaron a un bote, que también su hundía y se encaramaba... No pudo decir lo que le pasó hasta sentirse arrojado como un fardo sobre los losetones del muelle. Su amigo el capitán Pulpis vino a darle ánimos. Sacó Santiuste fuerzas de su extenuación, y evocando su dignidad y mirándose el uniforme que vestía, se puso en pie, anduvo... Entre soldados que se reían de su facha y desaliento, llegó a un sitio donde le dieron vino y pan. Habría preferido café. caldo, cualquier bebida caliente; pero hubo de conformarse, pues no estaba el tiempo para pedir cotufas en el golfo. Vió mujeres que, al paso de la tropa. le miraron compasivas. La mirada de las hembras levantó un poco su espíritu y le entonó el desmayado cuerpo.

Oyó salutaciones, clamor de vítores. Con decir: «¡Viva la reina!» lo decían todo pueblo y soldados. Llegaba la hora del sacrificio por la patria, y era indecoroso pensar en comer. Adelante, adelante. La muchedumbre militar, en cuya retaguardia iba el mísero poeta y orador Santiuste, marchaba por la población ante un abigarrado gentío. Vió casas de desigual altura, unas con tejado, otras con azoteas; vió que por encima de algunas tapias asomaban palmeras y naranjos..., vió caras compungidas y caras risueñas... Luego pasó por un conducto oscuro y estrecho, semejante a los túneles del ferrocarril; pasó por un puente levadizo, bajo el cual se extendía profundo foso vestido de hierba; vió bastiones, plazas de armas con pirámides de balas negras junto a los cañones verdes, inválidos; franqueó puertas rematadas con el escudo nacional, y por fin, vió campo, terreno inculto a derecha e izquierda, lomas áridas con algunos grupos de chumberas o palmitos, entre peñas. y ya no veía mujeres ni paisanos. La tropa, en cuyas filas iba, avanzaba silenciosa: a lo lejos, a medida que el paisaje se abría, divisó el cronista soldados de todas armas, en grupos, no en actitud de combatir, sino de descanso; acémilas que volvían descargadas, camillas que aún no transportaban heridos. De moros no veía Juan ni rastro por ninguna parte.

Agradeció mucho el poeta militar que la masa de tropa, dentro de la cual era como gota de agua en la ola movible, suspendiera su marcha, alcanzando quizás el término de ella. Difícilmente se tenía ya en pie, y necesitaba evocar toda su dignidad y todo su patriotismo para no tumbarse a un lado del sendero. Algo le consoló ver que los soldados reconocían los sitios en que debían armar sus tiendas, y observó con gozo todos los indicios de esa función doméstica que aun en la vida de campaña es indispensable. Oyó que aquel lugar se llamaba el Otero; le animó mucho el notar que los soldados, alegres y activos, no se recataban para manifestar su horroroso apetito. Desde

la salida de Cádiz no había vuelto a ver a su amigo Rinaldi: le suponía junto al general en jefe, y a éste se le figuraba en Ceuta, ordenando la situación de las fuerzas en los puntos convenientes para comenzar la campaña. La atenuación física desmedraba de tal modo las facultades mentales de Santiuste, que apenas podía discurrir, y al intentarlo no lograba traer a sus juicios la lógica fugitiva. No sabía en qué Cuerpo de Ejército se encontraba, ni si era su jefe Prim o Zavala.

El capitán Pulpis, única persona con quien hablar podía, pues los demás no paraban mientes en él ni le hacían ningún caso, le dijo que más adentro, fuera ya del campo neutral, había un caserón llamado el Serrallo, que fácilmente ocupó Echagüe días antes. Rodeado aquel sitio de cerros eminentes, en éstos se levantaron fuertes. Atacaron los moros; se les rechazó en cuantas embestidas dieron. Habíamos tenido pérdidas; ellos muchas más... Ya que pisaban territorio marroquí dos Cuerpos de Ejército, y el tercero no tardaría, pronto veríamos formidables batallas... Todo esto le hubiera parecido muy bien al amigo Santiuste, si se encontrara en el estado de equilibrio fisiológico que permite la fácil apreciación de los planes guerreros, pues los estómagos vacíos oscurecen las facultades del alma, y ésta no puede darse cuenta de cosa alguna referente a la gloria y al patriotismo. Más que las noticias de los encuentros, honrosamente sostenidos por Echagüe, agradeció Santiuste que Pulpis le brindara el abrigo de la tienda, acabada de armar por los soldados; allí esperaría la comida que les diesen, la cual no había de ser mucha, pues las raciones venían escasas por no poderse transportar desde Cádiz, Málaga y Algeciras todo lo necesario.

Iba cayendo la tarde. El machacante de un sargento de la compañía de Pulpis dió pan al extenuado cronista; éste se reanimó; fué recobrando su ser, desvirtuado por el mareo, el cansancio y el ayuno, y pudo esperar, con relativa paciencia, la hora feliz en que repartieran algo caliente y sabroso. Esto llegó al fin, y devorado fué sin que nadie pusiese el menor reparo. Dió Santiuste gracias a Dios y a Pulpis por la reparación de su cuerpo, que le devolvía gradualmente las luces y el vigor del alma. Un poco de café, mal colado y caliente, iluminó más el cerebro del héroe por fuerza, poniéndose en condiciones de enterarse de todo, de apreciar los juicios que oía referentes a hechos y a personas. Recostado en la parte de la tienda donde menos estorbo podía causar su cuerpo, escuchó comentarios que los oficiales hacían de la situación y objetivos del ejército, y pudo entender que aún no se sabía con certeza si iríamos sobre Tánger o sobre Tetuán. Dominaba entre los contendientes la opinión de que lo segundo era difícil, y lo primero, imposible.

El comandante don Luis de Castillejo, hombre de historia militar y social muy cuajada de peripecias, y, además, despejadísimo, aseguró que si el objetivo era Tetuán, el ejército debió tomar tierra africana en la desembocadura del río Martín. El conocía palmo a palmo toda la costa por haberla recorrido a pie o en lancha, en ocasiones dramáticas de su vida. Además, había servido en Ceuta, en Alhucemas y en Chafarinas; conocía también parte del territorio de Anyera, y podía resueltamente asegurar que el mejor punto de desembarco para contener a los anyerinos y expugnar a Tetuán era el río Martín. ¿Cómo no lo vió así el general en jefe cuando salió en el *Vulcano* a recorrer la costa? O no pudo acercarse bastante por causa del ventarrón que aquel día reinaba o los técnicos que llevó consigo no pudieron asesorarle bien por no haber estudiado previamente la costa entre Cabo Negro y Cabo Mazari, ni las débiles defensas que tienen los moros en la boca del río.

El sueño cerró las bocas de los oficiales, y Santiuste se adormeció pensando en su compromiso de referir puntual y rectamente cuanto viese. Su amigo y protector Beramendi le había dicho:

—Hágase cuenta de que escribe para mí sólo, y sea esclavo de la verdad.

Ajustando sus ideas al recuerdo de la voluntad del marqués, se durmió con este propósito: «Mañana escribiré que todavía no sabemos adónde vamos...; que quizá el Estado Mayor tampoco lo sabe...; que el desembarco en Ceuta es un disparate estratégico.

Y despertando al toque de diana, que en el campamento sonaba como him-

no religioso, pensó que si debía ser estrictamente sincero con el simpático Fajardo, a su amiguito Vicente Halconero, hijo de Lucila, escribiría en tonos de patriotismo infantil y sonrosado, así, por ejemplo: «Todo admirable, todo conforme al ensueño... Los generales, acertadísimos...; los soldados, alegres, deseando batirse, batiéndose como leones...; como españoles bien comidos...; la pitanza, pronta en todo caso y abundante...; los moros, iracundos en el ataque..., cayendo como moscas... El país, precioso, con oasis, palmeras, camellos..., higos chumbos por todas partes...; las mezquitas, arrasadas por los nuestros... La Cruz, triunfante, y ¡viva España!»

Medio repuesto ya del gran quebranto del viaje, salió Juan a pasear por el campamento, y no fué poco su asombro al ver que, recorriendo un gran espacio de terreno, no dejaba de ver tropas y más tropas. Queriendo llegar al fin de aquel humano enjambre, siguió laderas abajo y laderas arriba, hasta dar en un cerro que llamaban de Renegado. Desde allí se veía el mar por una parte; por otra, las alturas en que se alzaban los fuertes que mandó levantar Echagüe. Internándose un poco, vió el Serrallo, construcción vieja, almenada, y en torno a ella más tropas... Aunque no conocía, como Vicentito, los números de los Cuerpos, pudo apreciar por la variedad de cifras la muchedumbre de aquéllos. Cuarenta y un batallones, según alguien le dijo, ocupaban aquel territorio. Los soldados, alegres y bulliciosos, deseaban que les echaran moros para dar cuenta de ellos.

Volvió a su tienda el trovador, y se ocupó en escribir sus primeras cartas, lo que hizo con la prolijidad y cuidado de un primerizo en tales obligaciones. Aún conservaba el sentimiento de su deber, no turbado por el cansancio; aún hervía en su mente la ilusión de grandezas épicas, anunciadas por la voz inequívoca de los corazones, así como por la profética voz de los vates políticos y literarios. Dió Santiuste, en sus dos cartas, noticias desacordes: en una pintaba la realidad; en otra dejaba correr su loca fantasía. Pero ya porque no tuviese costumbre de poner la debida atención en las cosas prácticas, ya porque su cerebro no estaba aún bien firme, equivocó los sobrescritos de los pliegos, enviando a Beramendi la carta imaginativa: la real, a Lucila y su niño... El cantor de glorias no se enteró del trueco hasta muchos días después, cuando vió en un periódico las lindas parrafadas poéticas que dirigió al adorado hijo de la celtíbera.

Ansiaba Santiuste ver moros, y presenciar una gallarda pelea. Poco hubo de esperar para la satisfacción de su anhelo, porque a mediodía del 30 vomitó Sierra Bullones gran morisma. Bajaban y se escondían entre matorrales, rompiendo el fuego contra los españoles. Estos acudían hacia ellos; daban el cuerpo los berberiscos con espantosa gritería; cundía el fuego en extensión considerable. Desde la vertiente sur de la hondonada del Serrallo, donde se hallaba Juan, no podía ver éste sino una parte de la acción. Subiendo un poco para ver mejor, sin cuidado de mayor riesgo, encontróse a unos cuantos mirones, junto a un peñasco guarnecido de chumberas. Arrimóse también allí. Un amigo le cogió por el brazo: era Enrique Clavería, de Administración militar, jovenzuelo muy simpático, hijo del coronel de un regimiento que había quedado en la Península. Santiuste y el joven Clavería, que también era un poco literato y enjaretaba versos, como todo buen español de veinte años, pusieron toda su atención en el espectáculo que delante tenían. Vueltos de cara al Oeste, por donde se columbraba la angostura llamada boquete de Anyera, vieron que los moros salían por aquella parte como nube de moscas. Admiraba el cronista su agilidad de saltamontes; las burdas chilabas, del color de la tierra, les confundía con ésta, se les veía perderse entre matorrales y salir de ellos saltando, con rápida flexión de sus zancas oscuras.

Todo lo que Santiuste ignoraba respecto a Cuerpos y personal del ejército, lo sabía Clavería. Este le designaba los movimientos, y qué fuerzas los efectuaban:

—¿Ves cómo se despliegan en línea? Allí está la izquierda; la derecha nos la tapa esa loma, que no nos deja ver el barranco del Infierno.

—Y tu general, ¿dónde está?

—¿Echagüe? ¿Dónde ha de estar sino en el sitio de mayor peligro? Allí, en la derecha, le tienes: no podemos ver-

lo. Fíjate ahora en el ala izquierda... Enfila tu vista por aquel pedazo de muralla con dientes, que parece ruina de una mezquita... ¿Ves de dónde sale tanto humo? Pues allí está Lassausaye, ese inglés valiente como un gallo de pelea... Es de los que no retroceden así les parta un rayo...

—O'Donnell, ¿dónde está? Se habrá quedado en el Otero dando sus disposiciones.

—¡Quia!... Le tienes aquí... ¿Ves el Serrallo?... Enfílate por la torre del Este..., un poquito más allá...

—Ya, ya veo... Distingo la escolta... Ahora pica espuelas, sube hacia la línea de combate. ¿Será que la cosa anda mal?

—El general en jefe avanza... Va en busca de Zavala. ¿No ves a Zavala?... Allí, junto a la loma que nos tapa la vista del ala derecha.

Los otros mirones, que eran acemileros del Primer Cuerpo, y un médico del Segundo, prorrumpieron en exclamaciones de júbilo al ver la gran polvareda y el humazo que marcaban una tenacísima refriega en el ala izquierda. Aseguró uno que veía moros sin cuento cayendo patas arriba; otros, con bárbara temeridad, se aproximaban a los españoles, disparando sus espingardas casi a boca de jarro.

—Ese Lassausaye es de hielo por fuera, y por dentro todo fuego—exclamaban—. ¡Bien por Simancas, bien por Las Navas!... ¡Vaya una muestra de cazadores!...

Loco de entusiasmo, un acemilero se puso las manos en la boca formando caracol, con el vano intento de llevar su voz a tanta distancia, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—Simancas, hijo mío, ¡bravo!... Aquí está España mirándote... ¡Bravo, Simancas, hijo!

II

—¿Y Talavera?—preguntaba el médico.

—Talavera está con Echagüe... allá..., detrás de la loma. No podemos verlo... Pero los tiros y el humo dicen que los moros cargan por aquella parte.

En efecto, los moros se corrían hacia las alturas del Renegado; querían envolver a Echagüe. Pero allí tenían la peor de las posiciones, por causa de los cantiles que precipitaban el suelo hacia la mar. Con todo su valor insensato, nada lograron a la postre. Talavera y Borbón les sacudieron de firme en todo el resto de la tarde, y, al fin, los que no pudieron ganar el monte se arrojaron por el cantil abajo para esconderse entre las peñas donde reventaban las olas. Ya anochecía cuando Santiuste y los demás vieron regresar a O'Donnell con Zavala hacia el Serrallo; después bajó Echagüe. Todos traían cara de haber cumplido su deber con fruto. El llamado Dios de las Batallas les había dado el éxito de cada día... No fué, ciertamente, victoria sin quebrantos, pues muertos quedaron siete oficiales y cuarenta y tres soldados. Los heridos fueron doscientos sesenta, contándose entre ellos tres jefes y catorce oficiales.

En marcha hacia su campamento, situado entre el Otero y la Veguilla, no lejos del Cuartel general, Juan sintió el descenso de su entusiasmo al ver que en una camilla traían al pobre Pulpis gravemente herido. Metióse con él en la tienda, decidido a ser el primero en asistirle, y pasó una noche tristísima oyendo los lamentos del capitán, acribillado a balazos y con una grave herida en la cabeza. Aunque el médico aseguró que no había peligro de muerte, no se calmaba el afán de Santiuste ante el lastimoso estado de su amigo, ni éste se conformaba con que le enviaran, como cuerpo inútil, a los hospitales de Ceuta, privándole de compartir las glorias de Simancas en los restantes lances de la guerra... Pero el descorazonamiento del cronista no llegó a las frialdades más negras hasta la siguiente mañana, cuando le dió por recorrer todo el lugar de la acción del 30. Los heridos que en las tiendas de sanidad veía eran cientos, y a él le parecieron miles. Los muertos que vió recoger y conducir a las sepulturas, formaban en su mente fúnebre legión. Iba el capellán castrense de un lado para otro echando responsos con militar presteza, y a su paso desaparecían bajo la tierra tantos y tantos jóvenes que horas antes fueron vigorosos, sentían intensamente la alegría de vivir y se juzgaban mantenedores del honor de su patria. Por ésta caían

en el hoyo, como los musulmanes perecían también por el honor de la suya; juntándose debajo de la tierra los dos honores, que en la descomposición de la carne quedarían reducidos a un honor solo.

El noble corazón del orador y poeta sintió la misma lástima ante los muertos berberiscos que ante los cristianos. Estos eran enterrados con mayor respeto; los otros, por simple ley de sanidad, para que no corrompieran el aire. Vió en los moros caras muertas de pavorosa hermosura. Muchos contraían los labios con sonrisa de burla o de orgullo desdeñoso. Las cabezas rapadas, oprimidas por el lío de cuerdas de pelo de camello, al modo de turbante, tenían el color de las calabazas de peregrino; las manos, por fuera negras, amarillas por la palma, ofrecían con sus crispados dedos las más extrañas formas...; las piernas, flacas y de color terroso, en algunos teñidos de sangre, mostraban, como los brazos, inverosímiles contorsiones y posturas de una gimnàsia fantástica. Todo esto lo vió y pensó Juan, observando cómo los vivos se desembarazaban de los muertos. Los cadáveres moros que yacían no lejos del mar eran arrojados por el cantil abajo, y algunos quedaban con medio cuerpo en el agua y medio en las rocas, para el equitativo reparto entre aves y peces.

Empezó a soplar aquel día levante furioso que por la noche trajo abundante lluvia. Vió Santiuste que el Africa se envolvía en nube de tristeza, y que los vivos colores de su suelo se desleían en un medio fangoso y opaco. Del mismo modo en el alma del solitario joven se iba marchitando y desluciendo la ilusión de guerra. «Quizá, pensó, no había visto aún bastante guerra para conocer y juzgar fríamente este aspecto de la acción humana tan antiguo como el mundo... Quizá influía en su ánimo el feísimo cariz del tiempo, la lluvia constante, la suciedad del piso y la consiguiente inacción del ejército, que, además de aburrirse, sufría escasez por no andar muy corriente el servicio de bucólica. Las operaciones, en aquellos húmedos días, de suelo enfangado y pardo cielo, no tuvieron importancia: redujéronse a tentativas aisladas de los moros contra los fuertes que dominaban el Serrallo.

Trasladado a Ceuta el capitán Pulpis, con todos los remiendos que en su agujereado cuerpo pudo hacer la Facultad, quedó Juan más desconsolado y triste. Asistir y curar al herido, charlar con él, más en broma que en serio, cuando le veía en buena disposición mental, era inefable consuelo para el alma de Santiuste, encendida siempre en fuego de amor al prójimo... Pero Dios, que miraba por el hombre bueno y piadoso, le deparó, a cambio de la amistad perdida, otra de bastante precio; y fué que, a punto de ver partir a Pulpis, hizo conocimiento con un clérigo castrense llamado don Toribio Godino, el cual, desde las primeras palabras, se le reveló como varón sencillísimo, de corazón generoso y ameno trato.

Grandes coloquios tuvieron el cura y el desengañado poeta en aquellos días de calma tediosa, arrimados al hueco menos frío de una tienda. Franqueándose uno y otro, como si toda la vida se hubieran conocido, resultó que el señor Godino era primo de doña Celia, la señora de Centurión; que había sido muy amigo del coronel Villaescusa, padre de la famosa Teresita; que a ésta y a *la Manuela*, su madre, las conocía como si las hubiera... dado a luz... Peor era la madre que la hija, pues ésta tenía buen corazón, y si pecaba era por despojar a los ricos para dar a los pobres. Gracias a ella don Toribio no se había muerto de hambre en el invierno del 57, que fué de los más crudos. Teresa robaba a los ángeles su figura y modos para meterse en líos de caridad. Era un contrasentido, un disparate moral... De confianza en confianza, hizo don Toribio historia de los hechos culminantes de su vida, ya bastante larga, pues andaba al ras de los setenta. En su juventud había conocido y tratado a famosos clérigos, como Ruiz Padrón, Muñoz Torrero y otros, de quienes se le pegó el tufillo liberal, que no pudo echar fuera de sí en sucesivos años. Fué perseguido el 24 con tal encarnizamiento, que si no se refugia en Portugal, le habrían quitado la vida. Repatriado en tiempos de la Regencia, vivió gracias a la protección del señor Garelly y de don Javier de Burgos, que, si no le estimaba mucho como sacerdote, apreciábale como latinista... Míseramente pudo sostenerse en curatos ru-

rales, luchando con la malquerencia de facciosos más o menos encubiertos. Siguió hasta el 50 amparado de la oscuridad, sin poder aspirar a mejor acomodo; pero en aquella fecha se desencadenó contra él furioso viento de persecución, sin saber de dónde venía, y obligado a trasladarse a Madrid, se le acusó de masonismo y se le retiraron las licencias. Tales injusticias y crueldades indujeron a don Toribio a ser un poco discreto en la manifestación de sus ideas, un tanto libres en todo lo que no perteneciese al dogma. Siempre fué ortodoxo; mas no lo creían así sus colegas, sin duda por ser hombre que al pie de la letra practicaba el *in dubiis libertas*. Por fin le vino Dios a ver en la persona del general Zavala, el cual, apiadado de él y juzgándole sin prejuicios ni malquerencias, le sacó de aquel anticipado purgatorio y le trajo al clero castrense, donde el pobre señor respiró, viéndose rodeado de compañeros buenos y tolerantes. En su ardiente gratitud, aplicaba al digno general el *Deus nobis hœc otia fecit*, y se sentía capaz de dar la vida, si necesario fuese, por la de su noble bienhechor.

En sucesivas conversaciones, cuando lo permitía el ocio del campamento, Santiuste confió al buen clérigo algunos particulares de su vida; y una tarde, viniendo a parar a sus recientes dudas o desfallecimientos en la fe y devoción de la guerra, le dijo:

—¿Cree usted, amigo don Toribio, que existe el llamado *Dios de las Batallas?* ¿Cree usted en esa confusión del Marte pagano con nuestro Cristo Redentor, que jamás cogió una espada? ¿Qué piensa usted de la Virgen, como dispensadora del triunfo en las guerras, al modo de aquellas diosas que tomaban partido por los griegos o por los troyanos? ¿Al Apóstol Santiago le tiene usted por verdadero general de españoles y matador de moros? ¿Dónde está el texto de Cristo en que dijera a sus discípulos: «Montad a caballo y cortadme cabezas de los hijos de Agar»?

Sonrió el castrense mirando al suelo, y rascándose la barba, no afeitada en seis días, respondió de este modo a la consulta:

—Hijo mío, nos hemos encontrado esas tradiciones de fe, y tenemos que respetarlas, sin meternos en libros de Teologías. A mí, la verdad, no me caben en la cabeza Dios guerrero, ni Jesucristo militar, ni Nuestra Señora con bastón de capitana generala; pero eso pertenece al conjunto de creencias y de actos sacramentales que me dan de comer. De todo ese conjunto como, y el alimento es cosa capital, hijo mío; pues si yo observo los ayunos y abstinencias que la Iglesia me manda, no estoy por pasar hambre todo el año. Ya sabes que «el abad de lo que canta yanta». Yo canto todo lo que sea preciso para un yantar moderado y sin gula. Y no te digo más, que con lo dicho basta para que sepas la opinión de un capellán de tropa que sabe cumplir sus deberes... Y ya que de comer tratamos, sabrás que nos esperan fatigas y no pocos ayunos fuera de los días de rúbrica, porque vamos hacia el Sur. ¿No lo sabías? Sí: de esta ratonera en que estamos no podemos salir más que escabulléndonos por la costa. Ya tienes al Tercer Cuerpo, que manda el general Ros, acampado en esa parte de Tarajar; ya han empezado allá las obras que han de proteger nuestro camino. Hacia el río Martín vamos, de donde subiremos a Tetuán, si Dios lo quiere, pues aunque no exista el *de las Batallas*, Dios hay que sobre todos los actos de los hombres impera, así moros como cristianos.

Recluído Juan en el campamento del Otero, apenas se dió cuenta de la acción del 12, en que Prim, con los regimientos del Príncipe, de Granada, cuatro compañías de Almansa, cazadores de Vergara y otras fuerzas, acudió a la defensa del camino que abrían los ingenieros junto al reducto del Príncipe Alfonso para franquear la marcha a lo largo de la costa. Atacaron los moros con fiereza; pero pudo más Prim, que los destrozó y dispersó, secundado por el coronel del Príncipe, don Cándido Pieltain, y el coronel de Granada, don Miguel Trillo... En esta rápida y vigorosa acción murió el coronel de Artillería don Juan Molíns. Gran duelo hizo todo el ejército a este ilustrado y valiente militar... La acción del 15, parte por lo que pudo ver, parte por lo que le contaron, la relató Santiuste en las dos cartas que escribió a Madrid, con corta diferencia en el sentido y tono de una y otra. El nubarrón de moros que descargó por el boquete de Anyera parecía como un diluvio de hombres. Tras los de a pie, que no bajarían

de catorce mil, se desgajaron de la altura como unos mil de caballo, turbamulta vistosa, pintoresca, de pasmosa agilidad y gallardía en sus movimientos. Se creyó, y luego quedó plenamente confirmado, que al frente de los gallardos jinetes venía Muley el Abbás, hermano del emperador y caudillo de su ejército.

El incansable inglés Lassausaye y el general Gasset, con fuerzas del primer Cuerpo, reciben dignamente a toda aquella caterva; mientras avanza O'Donnell hasta el centro de la línea de combate, y el general García desbarata la falange mora, haciéndola retirar hacia el mismo boquete por donde había entrado en escena; hasta muy cerca de la bahía de Benzú persigue Lassausaye a los jinetes, que huyen con la fantástica presteza que ponían en todos sus movimientos: se les ve como una nube de saltamontes que levanta el vuelo... Tendidos sobre el cuello de sus veloces caballos, al viento los alquiceles blancos, parecían visiones de hipogrifos que tornan a sus cuadras mitológicas, entre el cielo y la tierra. ¡Hermosa y teatral acción, tan decisiva y brillante para los españoles, que algunos pudieron creer reproducida la milagrosa intervención del Apóstol Santiago! Por esto decía Santiuste en su carta a Lucila y Vicentito: «No vimos a Santiago; pero allí estaba..., y yo sentí estremecido el suelo por las herraduras de su caballo.»

III

En las acciones del 20, 22 y 25 de diciembre repitieron los moros su intento de interrumpir los trabajos del camino de Tetuán. Pero en el espacio que mediaba desde el boquete de Anyera al campamento del Tercer Cuerpo, no lejos de los bosques donde aquéllos se guarecían, O'Donnell puso doce piezas de montaña y ocho de artillería rodada. Decir que los pobres hijos de Mahoma fueron barridos no expresa bien la rapidez pavorosa de su fuga. Otros intentaron atacar el frente del Tercer Cuerpo; pero Ros de Olano, que les aguardaba prevenido, mandó avanzar su vanguardia, protegida por cuatro cañones de montaña, y no fué menester más para que los enemigos tornaran con pie ligero a los altos de Sierra Bullones. Del reconocimiento que hizo Prim el día 22 en el camino de Tetuán, habló también Santiuste en sus cartas, ateniéndose a lo que le contaron, pues nada vió de aquel suceso. Ello fué que Prim batió y dispersó a la Caballería mora en la entrada del Valle de los Castillejos. Fiados en la ligereza de sus caballos, los árabes hacían simulacro de retiradas, volaban hacia los montes, volvían de improviso con veloz carrera y vocerío formidable...

De la prodigiosa táctica de los jinetes berberiscos, que suplían la fuerza con la agilidad, habló Santiuste a su amigo Vicentito Halconero, añadiendo teorías militares impropias de la débil comprensión de un niño. Pero el triste poeta no sabía lo que hacía: sin equivocarse en los sobrescritos, trocaba los asuntos, transmitiendo a Beramendi relatos e ideas infantiles, mientras al amado nieto de Ansúrez endilgaba las consideraciones más sutiles que la campaña le sugerían. A uno y otro amigo les contó que O'Donnell había mandado repartir a la tropa castañas y batatas, para que el 24 celebraran el Nacimiento del Niño Dios. Concedió asimismo dos horas de esparcimiento después del toque de retreta, para que los soldados se divirtieran, recordando el bullicio y alegría de sus hogares en tan memorable noche. Era quizá la primera vez que en la casa misma del islamismo sonaba el *Gloria a Dios en las alturas,* transformado en rudas coplas por dieciocho siglos de poesía cristiana. Se permitió a los soldados que encendiesen hogueras; tocaron las músicas, y el campamento español, en toda su largura, desde el Otero hasta la Concepción, resplandecía con rojas luminarias, que lo mismo que las alegres voces eran expresión del regocijo familiar. Reían, bailaban y se divertían los pobres soldados a dos pasos de un enemigo feroz, y sobre un terreno por conquistar.

Con forzado júbilo disimulaban los españoles la tristeza de la patria ausente, y así, cuando las cornetas, a las diez en punto, tocaron a silencio y se dió por terminada la huelga, los más divertidos cayeron en opacas añoranzas. La Nochebuena prosiguió dentro de las tiendas, ya en meditaciones sobre la suerte que Dios nos depararía en Marruecos, ya en apagados coloquios que traían a los labios de los combatientes nombres y dichos de seres amados... Y no bien apuntó el día,

vinieron los moros a despertar a los durmientes y a sacudir de su modorra a los cavilosos. El tiroteo de las trincheras anunció batalla; el enemigo, que creía habérselas con un ejército embriagado, lo halló bien prevenido. Toda la mañana se tirotearon españoles y marroquíes, empeñando hacia la mitad del día combates encarnizados. Repetían los moros su táctica de sorpresa y fingida retirada; mas el juego, descubierto por los de acá, era completamente ineficaz... Acababan desbandándose, sin ganar una pulgada de terreno... Escasas pérdidas tuvo España el día de la Natividad; los moros cayeron en gran número, unos acribillados por las bayonetas, otros despeñados en los cantiles. En su azarosa fuga corrían hacia el mar, y en las peñas o en medio de las olas encontraban los más de aquellos infelices la muerte; los menos, su salvación.

El día 29 de diciembre, hallándose el trovador con ganas de sacudir la inacción en que le tenían sus murrias, montó en el caballero que le habían destinado y, después de subir a las alturas para ver las trinceras y fortines, dirigióse al campamento del Tercer Cuerpo, donde tenía buenos amigos, que no había visto desde que pisara el suelo africano. No era mal jinete Juan, y su figura escueta, en un caballo de pocas carnes como el que montaba, no carecía de donaire estético. Podía pasar por un Don Quijote en la flor de su edad (veinticinco años), caballero en un *Rocinante* desmedrado por la mala vida más que por los años... Salió mi hombre del Otero y, faldeando el cerro que divide las alturas del Serrallo del arroyo de Anyera, se dirigió al campamento de la Concepción con ánimo de seguir adelante para enterarse de las obras del camino de Tetuán. El día era espléndido; un sol brillante pintaba de oro y siena los montes; cielo y mar sonreían ante las alegrías de la Naturaleza. Sintió el poeta en su alma como una disipación de las nieblas que la envolvían, y esta claridad se le convirtió en regocijo cuando vió venir por el cerro abajo a Leoncio Ansúrez. Este le llamaba con fuertes voces, adelantándose a los soldados con quienes venía... Paró Juan su caballo al reconocer a su amigo; hizo por abrazarle desde la altura de la silla; el armero le echó los brazos a la cintura. ¡Qué feliz encuentro! No se habían visto desde que llegaron al Africa.

—Pero ¿qué es de ti?... ¿Cómo te prueba esto? ¿Estás contento? ¿Qué noticias tienes de Madrid?

Estas y otras preguntas fueron el exordio de una conversación que de lo familiar pasó a las cosas de interés militar y público.

—Dime, Juan: ¿te has batido?

—Yo, no, Leoncio. Mi misión aquí no es hacer la Historia, sino contarla. Soy español de paz, por no decir moro de paz. ¿Y tú? No habrás matado sólo conejos.

—He matado moros... No creas que uno ni dos...

—Como eres gran tirador, te habrán dejado meter baza...

—Tú lo has dicho. Me arrimo a Cazadores de Baza, que son mis amigos... ¡Y qué quieres!..., doy gusto al dedo. Muchísimos moros me deben el encontrarse ya en el paraíso del señor Mahoma... Por cierto que esos perros tienen amigos que les han traído armas mejores que la espingarda... Mejores para ellos; para nosotros, todo lo contrario. Mira.

—¿Qué es eso?

—Balas que he recogido en el campo de las acciones últimas. Veníamos notando en sus tiros mayor alcance. El general me ha mandado recoger balas, y aquí llevo las que he podido encontrar... Por el hilo se saca el ovillo, y por el proyectil, el arma... Yo digo y sostengo que el nuevo armamento de algunos moros es el *rifle inglés de espiga*. Ya verá el general Ros, ya verá el general en jefe, ya verá España que hay aquí mano oculta...

—El oro inglés, como solemos decir...

—Pero no les vale, no... En Tetuán hablaremos, señores ingleses.

—¿Crees tú que llegaremos a Tetuán?

—Como creo que llegamos a mi campamento... Ya estamos en él... Entremos por allí, que es la puerta más próxima. Llamamos a esa entrada la Puerta de Alcalá.

Era el fortificado campamento como un pueblo con calles de tiendas, en líneas cruzadas a escuadra. Gran animación había en la ciudad de lona. Todo el vecindario estaba en las avenidas y calles, gozando de la hermosura del día y del calorcillo del sol. Unos ponían a secar ropas recién lavadas, otros se frego-

teaban el cuerpo, desnudos de la cintura arriba. En el barrio de provisiones humeaban los peroles sobre los trébedes; en éstos ardía la leña verde con alegre estallido. Más allá, los caballos comían su ración en sacos colgados de su propio cuello... Monturas, camas, mantas, todo salía en busca del beneficio del sol...

Se apeó Santiuste, entregaron su rocín a unos ordenanzas, amigos de Leoncio, y dijo a éste:

—Quiero estirar mis piernas ateridas. Te participo que no me voy de tu campamento sin ver a Perico Alarcón. Tú me dirás dónde puedo encontrarle.

Respondióle Ansúrez que Alarcón, si no estaba en su tienda, estaría en la del general o en la del duque de Gor. Siguieron andando, y en esto observaron que las alturas que dominaban la costa sobre la ensenada llamada Uad Arrial estaban pobladas de curiosos, oficiales en su mayor parte, vueltos hacia el mar, algunos provistos de anteojos. ¿Qué pasaba en el mar? Corrieron hacia allá los dos amigos, y antes de que llegaran a las alturas, voces alegres de los que volvían les enteraron del caso. ¡Era la escuadra, la escuadra española, que navegaba hacia el Sur para bombardear los fuertes moros de Cabo Negro y Río Martín! Se veían perfectamente, sin anteojos, las gallardas naves... Por allí..., por allí... ¿Cuántos buques son?... ¡Seis, siete..., son nueve, entre vapores y de vela!... Ya se veía la nave delantera desaparecer tras la punta del cabo; ya iban entrando, una tras otra, en la ensenada de Río Martín; pronto se oirían cañonazos...

Pasó algún tiempo, y un silencio religioso se cernía como nube sobre los grupos de mirones. Entre ellos estaba el general del Tercer Cuerpo, el coronel duque de Gor, los brigadieres Cervino y Mogrovejo; allí, multitud de jefes y oficiales, pero Alarcón no parecía. Después de mirar detenidamente en todos los grupos, supieron, por referencias de un amigo de Enrique Clavería, que el cronista del Tercer Cuerpo había ido al Cuartel general a que don Leopoldo le diera informes oficiales de aquel movimiento de la escuadra para poder escribir su próxima carta *De un testigo* con el debido conocimiento de las operaciones proyectadas... En esto sonó tiroteo próximo... De improviso, todos los curiosos volvieron más que de prisa al campamento. Sonaron las cornetas llamando a formación. Con rapidez eléctrica, los hombres dispersos en las calles de la ciudad de lona se agruparon en haces guerreras. Oyó Santiuste que gritaban; «¡Baza!, ¡Baza!» Iban a salir los cazadores de este nombre para rechazar a los moros, que ya zancajeaban dando alaridos de peña en peña. El enjambre corría no lejos del campamento, extendiéndose por las alturas que descienden hasta el mar, cerca ya de los Castillejos... Sale Baza con mágica presteza; le siguen fuerzas de Llerena, Granada y Zamora... El enemigo embiste a los soldados de Vergara que protegían los trabajos del camino... Y cuando el tiroteo es más sonoro, óyense los zambombazos de los barcos de guerra, hacia el Sur, repercutiendo en los aires como truenos lejanos...

Fascinado Leoncio por la marcha de los de Baza, corrió tras ellos, dejando solo a su amigo. Pensaba éste retirarse, y cuando iba en requerimiento de su caballo, que pastaba en un pradillo del Tarajar con otros jamelgos y dos burros de los cantineros, vió venir a Perico Alarcón, presuroso, en dirección a su campamento. Los dos amigos se reconocieron y gozosos se juntaron. No se habían visto desde Madrid; anhelaban referirse mutuamente sus impresiones de la guerra... Mas la ocasión de charlar no era la más propicia, porque el uno quería volverse a su campamento; el otro, ardiendo de curiosidad, se iba con el alma y con los ojos hacia el camino de Tetuán, donde sonaba el vivo tiroteo.

—Déjame aquí, Pedro—dijo Santiuste, oponiendo su pasada inercia a la viveza de su amigo—. Estoy enfermo. Vete tú, y, si no tardas en volver, te aguardaré donde me indiques.

No necesitó Alarcón más licencia para salir disparado, diciendo a Juan que le esperase en tal tienda de Ciudad Rodrigo, una de las más próximas al sitio donde se separaron.

En cuanto estuvo solo Santiuste, dejó al acaso que guiara su ambulación incierta: llevároнle sus pasos ante una gran tienda, que al punto reconoció como hospital de sangre, por el número de camillas que en su interior desde fuera se veían, y por los olores farmacéuticos

envueltos en exclamaciones de dolor que en la puerta recibían al visitante. Entró Juan, a punto que sacaban en parihuelas a un soldado muerto para llevarle a enterrar. Tres heridos graves yacían sobre colchonetas, rígidos, en posición supina, alguno de ellos con la cara tan cruzada de vendajes, que no se le veían las facciones, y más parecía envoltorio que ser humano. Hacia el fondo de la tienda, un oficial agonizaba; tenía puesto el ros, desnudo el pecho de ropa, mas no de bizmas y vendajes, pues toda la región torácica era una criba. Además, le habían amputado un brazo. A una señal del médico, un auxiliar sanitario quitó el ros al moribundo y le cubrió con sábana y manta hasta la boca. Los ojos tenía muy abiertos... El cura, después de mascullar de latines para encomendar el alma, rezaba en silencio... Retiróse el médico para arrimarse a otros en quienes aún podía ser eficaz la ciencia. Aproximándose al expirante, Juan le vió dar las boqueadas con que pasó de la vida a la muerte. El castrense dijo a Santiuste:

—¡Lástima de chico! Es hijo del coronel Gallo, y acabadito de salir de la Academia de Toledo le trajeron a esta campaña.

Acongojado estaba Juan ante el espectáculo de aquellos martirios; pero no sabía salir del hospital. Viendo a un herido que en su delirar ardiente cantaba coplas obscenas, a otro que se condolía de su suerte con ahogados acentos, observándolos a todos, y el entrar y salir de los médicos o asistentes de Sanidad, se le pasaba el tiempo sin sentirlo. Menos espanto le causaban aquellas lástimas que el horrible tiroteo, a cada instante más nutrido y cercano... Cuando ya la tarde declinaba y los sirvientes del hospital encendieron velas, el ruido de tiros se iba apagando, perdiéndose en invisibles lejanías. De pronto, vió Juan que llegaban a la tienda camillas con nuevas víctimas en número tal, que tuvo que echarse fuera para hacerles hueco. Heridos llegaron silenciosos, que parecían muertos; otros blasfemaban, increpando al cielo y a la tierra; algunos bromeaban, comentando su mala estrella con picantes dicharachos... La sangre derramada y las vidas en peligro, de sí mismas se burlaban.

Fué y vino Santiuste un rato entre las tiendas próximas, viendo soldados ilesos que en grupos alegres volvían al campamento, hasta que tuvo la suerte de ser encontrado y detenido por Pedro Antonio de Alarcón, que haciendo presa en su brazo le dijo:

—Palomino atontado, ya te cogí; pensé que te habías ido... ¡Vaya un julepe que se han ganado los moritos!... Ven y te contaré. Esta noche la pasas conmigo. Cenaremos juntos... Tengo provisiones muy ricas... Ven..., no chistes; no te me escapas... Eres mi prisionero.

IV

Aunque era de soldados la tienda de Perico Alarcón, ofrecía dentro de sus paredes de lona refinamientos epicúreos. Dos velas podían lucir colocadas en botellas vacías; había mesa de tijera, como un catre, para comer; dos y hasta tres sillas del mismo sistema de abre y cierra. Las latas que contuvieron sardinas o carne salada de buey hacían veces de vajilla para servir diferentes manjares; las camas, de dos dobleces, eran muy cómodas, con grupas de cabalgaduras por almohadas y buenas mantas de abrigo. Del mástil que sustentaba todo el artificio de la tienda pendían objetos de puro lujo en campaña: estuche de afeitarse, abrigos impermeables, gorros para dormir, un saquito con castañas y nueces, la máquina de daguerrotipo, un manojo de chorizos y otras cosas de uso común en la vida. En una cesta, cariñosamente colocada entre dos camas, se guardaban botellas de jerez y algunas de *champagne*, obsequio del general del Tercer Cuerpo al amigo que ilustraba la guerra con sus admirables narraciones y comentarios.

En el compañerismo más ecualitario descansaban allí varios soldados y un oficial, a más de Pedro Alarcón. Todo era común, la comida y los avíos domésticos. Apenas entró el oficial, acostóse rendido; no era para menos la acción de aquella tarde, después de doce horas en el servicio de trinchera. Se quitó el uniforme, quedándose con la camiseta de tartán rojo y los calzones interiores, de lo mismo; se lió a la cabeza un pañuelo de hierbas; se comió un chorizo; luego bebió café caliente que

de la hoguera próxima trajeron los soldados, y tartamudeando las buenas noches se entregó a un sueño profundo. Alarcón y su amigo, decididos a regalarse con una cena opípara, se sentaron junto a la mesa: comieron carne de lata, huevos duros, almendras, pasas y polvorones de Ceuta. De todo partían con los soldados. A éstos les tiraba más la sociedad de sus compañeros que la de personas de superior clase y se fueron al amor de la hoguera, donde asaron batatas y se regalaron con café y charla sabrosa, hasta que el sueño les llevó a la querencia de sus camastros.

—No sabes, Perico, cuánto me alegro de verte—dijo Santiuste—, ni qué ganas tenía de charlar contigo. Sólo con oírte me siento animado y se me abre un poco esa puerta de la nutrición que llamamos apetito, y se me cierra la de esos desvanes que llamamos melancolías.

—Tú estás enfermo, Juan—contestó el otro—; tienes la malaria de los campamentos, quizás nostalgia de personas y afectos que has dejado allá, en esa Berbería bautizada que llamamos España. La malaria castrense es achaque de los que no tienen costumbre de dormir al raso, o en estos palacios de lona con pavimentos de tierra húmeda. Pero te aclimatarás, y como no te dé el cólera, te harás una naturaleza militar y un temple guerrero. No te creas: más *confort* hay aquí que en las buhardillas donde tú has vivido..., y por mi parte, juro en Dios y en mi ánima que Granada la morisca y Madrid la cortesana han sido para mí más esquivas en la cuestión de bucólica..., en ciertas épocas, Juan, en ciertas épocas... más esquivas, digo, que este campamento, donde no sólo comemos gloria, sino longanizas, batatas de Málaga y hasta jamón de Trevélez..., como lo oyes... En fin, cuéntame, Juan, cuéntame...

—En pocas palabras te lo cuento todo, Perico. Estoy desilusionado de la guerra. Te reirás de mí, acordándote de aquel entusiasmo mío, que más parecía locura... Pues sí, en mi espíritu se han marchitado todas aquellas flores que fueron mi encanto..., ya sabes... Yo me adornaba con ellas, yo me tragaba su aroma y lo echaba por los ojos, por la boca... Me servían para hacerme pasar por elocuente y para que lloraran oyéndome las mujeres y los chiquillos... Esas flores eran el Cid, Fernán González, Toledo, Granada, Flandes, Ceriñola, Pavía, San Quintín, Otumba... Pues bien, Pedro: de esas flores no queda en mi espíritu más que una hojarasca que huele a cosa rancia y descompuesta... Vine a esta guerra con ilusiones de amor. La guerra era mi novia, y yo el novio compuesto y lleno de esperanzas. Imagínate lo que habré sufrido al ver que mi amada se me vuelve fea y hombruna, que sus azahares apestan tanto como su boca... ¿Casarme yo con esa visión? ¡Quia! En vez de decir *sí*, he dicho *no*, y he vuelto la espalda. La guerra, vista en la realidad, se me ha hecho tan odiosa como bella se me representaba cuando de ella me enamoré por las lecturas... ¡Ay!, querido Pedro, ese mundo vivido en los libros, en páginas de verso y prosa, ¡cuán distinto es del mundo real! Es aquél un mundo que parece haber nacido en los libros mismos por virtud de los caracteres de imprenta. Lo que ahora me parece sueño, ¿fué verdad alguna vez? Voy creyendo que no... ¿Y cómo me explico que siendo para mí tan antipático y repulsivo el ver a hombres matando sin piedad a otros hombres, me hayan encantado las carnicerías de Clavijo, Calatañazor y Las Navas de Tolosa? ¡Matar hombre a hombre! ¿Y yo adoré esto, y yo rendí culto a tales brutalidades y las llamé glorias? ¡Glorias! ¿No es verdad, amigo mío, que muchas palabras de constante uso no son más que falsificaciones de las ideas? El lenguaje es el gran encubridor de las corruptelas del sentido moral, que desvían a la Humanidad de sus verdaderos fines... ¿Te ríes, Perico? ¿Me tienes por loco?

—¡Con cien mil de a caballo, como diría Manolo Fernández y González—replicó el granadino—, si no estás loco, lo pareces. Juraría yo que tus facultades están alteradas por el no comer. Si te alimentaras como yo, no padecerías esos desmayos del pensamiento... Come más carne, Juan: tengo otras dos latas..., y bebe de este jerez, que limpia los cerebros mohosos... Vamos a cuentas. Cierto que el hombre no debe matar al hombre por el gusto de matarlo... ¿Pero qué harás tú, mi querido Santiuste, si viene alguno contra ti con intenciones de quitarte la vida? ¿Te cruzarás de brazos?... Digan lo que quieran los primitivos le-

gisladores de la Humanidad, nos vemos obligados a matar a los que quieren ser nuestros matadores... Muy bonito, muy bonito es eso de no derramar sangre humana. Pero los hombres, por ley natural, se han congregado en familias; las familias en pueblos; los pueblos en naciones, y éstas tienen sus territorios, sus intereses... Surge la lucha por los dones de la naturaleza, la lucha por los caminos de la tierra o del mar, ¿y cómo se han de ver y sentenciar estos pleitos, señor don Pacífico? ¿Por asambleas de filósofos?... Me maravilla que tú, que das ahora en no creer en la guerra ni en la gloria militar, creas en la Edad de Oro. Bueno; pongámonos en la Edad de Oro. Figurémonos que no hay *tuyo* y *mío,* que comemos bellotas y nos vestimos de verdes lampazos... ¡Muy bonito, señor, muy bonito! Pero un día, en pleno éxtasis paradisíaco, dos hombres de mal genio se disputan el fruto de una encina o el chorro de una fuente. Pues ya tienes en planta la guerra: o los hombres riñen o dejan de ser hombres; ya tienes un vencedor y un vencido. Adiós, Edad de Oro... El hombre no se contenta con vivir de bellotas: inventa el pan, el vino, el azúcar, y de invención en invención, llega hasta el *pavo en galantina con trufas,* o el *pastel inglés con pasas de Corinto, ron de Jamaica, canela de Ceilán y nuez moscada de Madagascar.* Figúrate tú las guerras y conquistas que hay debajo de estos sabrosos ingredientes alimenticios.

—Ya sabía yo—dijo Santiuste triste, pero comiendo y bebiendo de lo que Perico le ofrecía—que ibas a tocar esa cuerda... Es la única que los cantores de la guerra tienen en su lira.

—También te digo que en principio, fíjate bien, en principio, creo que la guerra es un mal, y que sería muy bueno que llegáramos a la paz universal y perpetua... Pero hay que esperar un poco, Juan. Cántame esa canción de la paz dentro de veinticuatro siglos, y me tendrás resueltamente a tu lado..., dentro de veinticuatro siglos; que no ha de pasar menos tiempo de aquí a que los pueblos y las razas ventilen sus diferencias en consejos de ancianos o en cátedras de filósofos... La Humanidad es joven. ¿Qué te crees tú?, ¿que es vieja? Está casi en la infancia todavía... Para verla en la mayor edad y en estado de plena razón y juicio sereno, hemos de esperar hasta el siglo cuarenta y tres, que es, como quien dice, pasado mañana por la tarde.

—Pues en el siglo nuestro, Perico, y sin necesidad de dar un brinco hasta el cuarenta y tres, yo sostengo que la guerra es un juego estúpido, contrario a la ley de Dios y a la misma Naturaleza. Yo te aseguro que al ver en estos días el sinnúmero de muertos destrozados por las balas, no he sentido más lástima de los españoles que de los moros. Mi piedad borra las nacionalidades y el abolengo, que no son más que artificios. Igual lástima he sentido de los españoles que de los africanos, y si pudiera devolverles la vida, lo haría sin distinguir de castas ni de hombres... Y más te digo... Creo que has sentido tú lo mismo que yo: creo que en el moro muerto has visto el prójimo el hermano. Sin quererlo, tu piedad ingénita ha reconocido el gran principio humanitario y la ley soberana que dice: «No matar.»

—Cierto, Juan, que llevamos dentro el principio; y que este principio asoma la cabeza cuando menos lo pensamos, no lo puedo negar; pero luego salen los hechos, la historia, el concepto de patria y de nación, y aquel principio vuelve a meterse para dentro y se agazapa en el fondo del alma, donde vivirá esperando que pasen los veinticuatro siglos... Te confieso ingenuamente que ante los cadáveres moros veo la Humanidad; pero ante los moros vivos, que brincando y aullando vienen contra nosotros, veo las naciones, veo las razas, el cristianismo y Mahoma frente a frente... Celebro, pues, con toda el alma que nuestros soldados les maten, único medio de impedir que ellos nos maten a nosotros... Ahora tomemos café, Juan, y luego te voy a dar un cigarro habano, que ha de saberte a gloria...

—Eres aquí el poeta de la guerra. España trae artilleros para los cañones y poetas que conviertan en estrofas sonoras los hechos militares para fascinar al pueblo... Porque en el fondo de todo esto no hay más que un plan político: dar sonoridad, empaque y fuerza al partido de O'Donnell. Yo respeto esa idea; pero digo y repito que no amo la guerra, que me es odiosa y me planto en el principio de no matar. Ya sé que voy contra el pensar y el sentir de mi

país..., ya sé que me gano el desprecio o el desvío de cuantos me conocen. Perderé mis amistades; seré un solitario, un extravagante, un loco... Mi destino lo quiere así. De dentro de mi alma ha salido este movimiento, que al modo de terremoto ha trabucado mis ideas, poniendo arriba las que estaban debajo. Me siento hombre distinto del hombre que yo era. ¿Debo entristecerme o alegrarme?

—Ahora fumemos... Pues te diré, querido Juan. No sé si tu cataclismo debe alegrarte o entristecerte. Eso el tiempo te lo diré. En ti veo una cosa y es que, a mi parecer, en este quiebro repentino que das ahora, vas para San Francisco de Asís. Tienes mucho talento, Juan, y un alma que quiere elevarse a las alturas. Antes de ahora te he dicho: «Juan, en ti hay algo extraordinario que no sé lo que es. Ya veremos por dónde sales.» Como tu maestro Castelar, tienes dentro un pedazo muy grande de la divinidad. En Castelar esa divinidad es la elocuencia, un poder de palabra que sube por encima de toda realidad y se mece en los serenos espacios ideales... Pues ahora veo que tú también te remontas, y tengo que decirte lo mismo que al otro amigo del alma: «Emilio—le he dicho, no una vez, sino cien—, Emilio, tú debes hacerte cura. Serías un apóstol, un conquistador de pueblos y el catequizador más grande que ha visto el mundo. Tu palabra, ineficaz para la política por demasiado grandilocuente, sería el rayo del Evangelio...» Pues lo mismo te digo a ti: «Juan, hazte sacerdote..., serás el apóstol de la paz y de los más bellos ideales humanos...»

—No es eso, no es eso—dijo Santiuste, dando golpes en la mesa, mientras su boca chupaba con deleite el puro—. No me llama el sacerdocio..., y si me llamara, no podría ir a él por una circunstancia... ¡Pero si lo sabes, Perico: te lo he dicho mil veces! Es que me aterra el celibato, no entro por el celibato... Es cuestión de temperamento, de sangre y contra esto nada podemos... Conoces muy bien mis arrebatos y los terribles incendios que levanta en mí el fuego de amor... Mis pasiones son exaltadas, delirantes. Divinizo a la mujer amada, y llego a creer que solos ella y yo existimos en el universo. Cuando estuve enamorado de la Villaescusa, mi vida era un torbellino en que alternaban los goces celestiales con los suplicios del infierno... En fin, ya te lo conté..., lo sabes todo...

—Pero aquello pasó.

—Pasó, es cierto... Pero, ¡ay, Pedro Antonio!, después... he vuelto a enamorarme.

—¿Cuándo, Juan?

—No hace mucho. Otra vez ese estado de locura y candor, de pasión ardiente, que anhela en un punto la gloria y el sacrificio.

—¡Vaya con Juan! ¿Y es, como Teresa, mujer de cabeza ligera?

—Todo lo contrario: cabeza bien firme.

—¿Casada?

—Casada... Digo, no..., es viuda... Enviudó horas antes de salir yo de Madrid.

—¿Hermosa?

—Su imagen entiendo que es única en el mundo.

—¡Con quinientos mil de a caballo, Juan! Eres el hombre de la suerte si esa dama te corresponde.

—Entiendo que sí.

—¿Pero no lo sabes de seguro?...

—Perico, nada más puedo decirte por hoy... Dime tú ahora si tiene sentido común que me recomiendes el sacerdocio, siendo yo como soy el eterno enamorado... Por mucho tiempo pensé que a ninguna mujer podría yo amar como a Teresa... Y después, aquí me tienes loco otra vez... Y algún día, ¡quién sabe!, si ésta muere o me retira su cariño, yo... seguiré amando, enloqueciendo... Mi ternura es un filón inagotable. Ya ves que estoy incapacitado para la vida religiosa que me recomiendas.

—No, no—gritó Alarcón con súbita idea conciliadora—. No hay la incompatibilidad que crees, Santiuste. Eres místico, místico *a nativitate*... Amor y misticismo van de la mano en el espíritu del hombre. Yo veo en ti el apóstol que comienza su predicación elocuente condenando el celibato y estableciendo el amor de Dios..., el amor divino sobre la base...

—¿Del casamiento de los curas?

—No te rías, Juan. ¡Si estoy cansado de decírselo a Emilio!... «Emilio, tus discursos no son humanos; tu oratoria es el lenguaje de los ángeles y el alien-

to del espíritu divino. Predica la fe, predica la paz, el amor y la igualdad, y te llevarás detrás de ti a todas las gentes. Todo el mundo americano será tuyo. Predica el nuevo verbo, que es la democracia, según Cristo, y la democracia según Cristo no puede privar al sacerdote de las dulzuras del amor humano...» Conque ya ves, Juan, si te resuelvo el problema. Cierto que serías un sacerdote revolucionario; pero para eso has nacido tú, para las ideas que se desbordan del vaso común en que todos bebemos, para las empresas difíciles, no intentadas de otro alguno... Apóstol de la paz, tu camino es bien claro: fe, igualdad, amor.

V

Quedóse meditabundo Santiuste, la barba en la palma de la mano, el mirar fijo en las rayas de la mesa. Alarcón, retirado el cabo de vela, ya moribundo, erigió un cabo más grande, que casi era sargento, en la boca de la botella. Quitóse luego el ros; se lió un largo pañuelo a la cabeza con muchas vueltas, quedando las orejas tapadas, y de un estuche que a prevención tenía sacó papeles, tintero y pluma.

—Ha sonado la hora—dijo a su amigo, poniéndole la mano en el hombro—, la hora del descanso para ti; para mí, del cumplimiento del deber.

—¿No duermes tú, Pedro?

—Échate en mi cama, Juan; arrópate bien y descansa, que buena falta te hace. La paz poética duerme, la poesía militar vela. Tengo que escribir esta noche mi carta de *Un testigo*...

—Pondrás en endechas de prosa las carnicerías de ayer y hoy... Tú eres el único para esto, Perico. Verdad que encuentras el lenguaje muy acomodado a la expresión épica del valor castellano, y al impío desprecio con que se mira a los pobres moros. Nuestra lengua es una hoja bien afilada para cortar cabezas mahometanas, y un instrumento sonoro y retumbante para dar al viento las fatuidades y jactancias históricas... Pero tú has descubierto y has empleado antes que ningún escritor el arte de suavizar ese instrumento, tocándolo con gracia inaudita. Tú sabes quitar a los sonidos épicos su vana hinchazón, dándoles una elegancia incomparable, haciéndolos simpáticos a nuestros oídos y acomodándolos a los nuevos modos de lenguaje... Yo no podré nunca imitarte en esto. He usado y abusado de la trompa, sin cuidarme de atenuar la ronquera de su sonido, y ahora, en esta transformación de mis ideas, y en esta repugnancia de la épica militar, me he quedado sin instrumento, pues aunque soplara la trompa, no sacaría de ella más que lamentos desacordes. ¿Qué pito tocaré yo ahora? Esta es mi confusión... Entiendo que ya no hay pito ni flauta para mí.

Esto decía despojándose para acostarse del ros, poncho y calzón militar, que con tan poco garbo llevaba. Alarcón, poniendo sus cinco sentidos en lo que escribía, sólo le contestó con medias palabras. Ambos callaron. Cubierto ya de la manta y con más cansancio que sueño, Juan contemplaba el rostro de su amigo, iluminado de lleno por la luz de la próxima vela. Con las vueltas del pañuelo de colores en su cabeza, Perico Alarcón era un perfecto agareno. Viéndole de perfil, la vivaz mirada fija en el papel, ligeramente fruncido el ceño, apretando uno contra otro los labios, Santiuste llegó a sentir la impresión de tener delante a un vecino del Atlas. «Si no estuviera yo despierto—pensaba parpadeando—, creería que uno de esos caballeros de zancas ágiles, de airosa estampa y de rostro curtido, se había metido en esta tienda para escribir en ella la relación épica de los combates, trabucando irónicamente el patriotismo... Así le sale Historia de España lo que debiera ser Historia Marroquí... Perico, moro de Guadix, eres un español al revés o un mahometano con bautismo... Escribes a lo castellano, y piensas y sientes a lo musulmán... Musulmán eres... El cristiano soy yo...»

Se durmió repitiendo entre dientes *el cristiano soy yo*. Toda la noche anduvo esta afirmación revoloteando dentro del cerebro, como el murciélago que al querer salir del recinto en que se ha refugiado vuela y choca en las paredes, sin encontrar agujero que le conduzca al espacio negro y libre. Paredes y bóvedas dolían cuando la idea chocaba en ellas, buscando un escape que no podía encontrar... Durmió, al fin, Santiuste hasta muy entrada la mañana; Alarcón,

que había trasnochado por causa del trabajo, dejó el camastro a hora más avanzada. Las diez serían cuando salió a despedir a su amigo. Ambos fueron a caballo hasta el campamento del Segundo Cuerpo, donde se separaron prometiéndose pasar juntos la noche de San Silvestre y celebrar con otra cenita el paso del 59 al 60.

Pero en la mañana del 31, cuando fué Juan al Tercer Cuerpo en busca de su amigo enteróse de que sufría una fuerte contusión, hallazgo de la curiosidad en las refriegas del 30. No perdió Perico su buen humor por aquel contratiempo, que si en un hombre de armas habría sido insignificante, en el hombre de pluma era mucho más de lo que a sus funciones correspondía. Un amigo de Alarcón, Carlos Navarro y Rodrigo, escritor agregado al Cuartel general, le instaba para que se retirase a Ceuta, donde el descanso y la esmerada asistencia le repondrían en un periquete. No se avenía Pedro Antonio a separarse del ejército, al cual le unían su caldeada imaginación y su arrebato patriótico. Insistió Navarro, y como al hablar de esto se fijara en el demacrado rostro de Juan que oía y callaba, le dijo:

—También usted, Santiuste, mejor estará en Ceuta que aquí... Su cara me dice que no le prueban estos aires guerreros...

Replicó Juan que él no retrocedería, y que las penalidades no le asustaban. Aunque sin entusiasmo militar, le fascinaba el brío de tantos hombres tocados de la locura de hacerse daño. Quería ver hasta dónde llegaba este delirio y la máxima extensión del mal que a sí misma se causaba la Humanidad, como si cifrara su orgullo en desaparecer de la tierra... Estas filosofías del trovador desengañado provocaron a los tres a una enmarañada discusión de principios y hechos. Como sucede siempre, de esta discusión no salió ninguna luz, sino el propósito de comer juntos y pasar alegremente el día. Nada digno de notarse ocurrió al expirar el año 59. Navarro se fué al Cuartel general, y Alarcón y Santiuste quedaron en La Concepción, aguardando los sucesos que en un gran saco repleto traía el 60, y que éste empezó a lanzar al espacio histórico desde el primer día de su existencia.

Sin esperar a que sonara la diana del 1.º de enero, la Historia, impaciente, empezó a moverse y hacer de las suyas, ganosa de marcar aquel día con signo que lo distinguiera y perpetuara. Aún no apuntaba la aurora, cuando don Juan Prim, designado para delantero y batidor en la marcha de las tropas hacia Tetuán, pasó por la playa en aquella dirección, llevando Ingenieros y Artillería, los cazadores de Vergara, el regimiento del Príncipe, batallones de Cuenca y de Luchana, con Húsares de la Princesa. La marcha era lenta y cuidadosa. Santiuste, que se había levantado a la madrugada, bajó a la playa con Leoncio, y juntos siguieron a las tropas de Prim. De una playa pasaban a otra, salvando un cerro divisorio, y así dos o tres veces, costera y monte, hasta llegar a la vista de un valle que recibió el nombre de Los Castillejos, por dos grupos de carcomidas ruinas que en él, no lejos del mar, existían.

A una distancia que no podía llamarse prudente, vieron Leoncio y Santiuste que los soldados de Vergara y Príncipe, mandados por don Cándido Pieltain, se posesionaron de las alturas próximas al mar, echando de allí sin dificultad a los moros, y que Cuenca se encaramaba en un cerro, distante como dos tiros de fusil tierra adentro. Por el camino que la vanguardia había recorrido desde el campo de La Concepción, vieron Leoncio y Juan que avanzaban más y más tropas. Se las veía bordear la costa de playa en cerro, y en aquel sube y baja con ondulaciones de culebra, la fila de hombres se perdía en los descensos para reaparecer en las alturas.

Tanto Leoncio como Santiuste tenían amigos en la vanguardia mandada por Prim. En Vergara estaba el comandante Castillejo, de ambos conocido; en Húsares de la Princesa servía Vallabriga, a quien Leoncio trataba en Madrid, y con varios oficiales del Príncipe había entablado relaciones Santiuste en el campamento del Otero. A uno de estos oficiales, el teniente José Ferrer, gallego de buen humor, le vió y habló repetidas veces, y se hicieron amigos, movidos quizás de la disparidad de sus caracteres porque todo lo que el gallego tenía de bromista y gracioso, lo tenía el otro de taciturno y grave... Acercándose a los húsares, que formaban detrás del general, hablaron con Vallabriga. Des-

pués fueron hacia donde estaba el Príncipe. Ferrer les dijo que no podían seguir las cosas tan por la buena. Como gallego fino, desconfiaba de que durara el chiripón con que habían estrenado el año, tomando aquellas posiciones como quien toma un cuarto desalquilado... Tanta felicidad era el mejor barrunto de un disgusto muy gordo. Confirmó esta idea Leoncio, que con su prodigiosa vista exploraba las próximas colinas y lejanos picachos, ya iluminados por el sol naciente.

—Por allá arriba me parece que distingo el nublado de saltamontes... ¡Jesús!, y por allí una nube, por más acá otra. Se esconden en la montaña..., salen otra vez, vuelven a esconderse... Y aquí, por nuestro camino, viene el general en jefe. ¿No veis su escolta? Ahora se para... Aquí llega un ayudante con órdenes.

La orden era que bajase Prim al llano y se apoderara de un edificio al modo de ermita llamado la Casa del Morabito, y que la artillería batiera los matorrales donde se ocultaban grandes masas de moros. Sonaron las cornetas..., las filas de hombres y caballos se estremecieron; aire de pelea circulaba por entre ellas, moviendo crines, frunciendo bocas y apretando puños...

—¿Qué hacemos?—preguntó Santiuste a su compañero.

Y la respuesta fué:

—Arrímate a mí; no temas nada. Vamos a ver qué pasa. Sospecho que no será cosa mayor. Si disparo mi carabina tú la cargas mientras yo hago fuego con mis pistolas. Si fuese menester, dispararemos a un tiempo. Vamos detrás del Príncipe...

Desaparecieron... El torbellino los envolvió en las ondulaciones de su cola: la cabeza era Prim.

La casa del condenado Morabito, ¡confúndale Alá!, quedó tomada en poco tiempo. En razón inversa de la duración del combate estuvo su intensidad. Las tropas, más que nunca despabiladas aquel día, pusieron espacio cortísimo entre el pensamiento del jefe y el brazo que lo ejecutaba: verdad que tuvieron el auxilio de las fuerzas sutiles de la Marina, que en el momento más oportuno, aproximándose a la costa, cañonearon de firme a la morería que bajaba de la montaña. Y entre tanto, parte de la tripulación de los cuatro vapores y de los cañoneros saltó a tierra, y carabina en mano se agregó a los soldados, ayudando a poner en dispersión a las gavillas de infieles que defendían el valle de Los Castillejos. Pero con todo este buen resultado, más aparente que real, ni Prim ni el general en jefe, que junto a la Casa del Morabito se hallaba con su Estado Mayor, conceptuaron segura la posesión del valle, porque en los manchones de arboleda se ocultaban aún centenares de hombres, y otros no se retiraban a las alturas lejanas, como en espera de fuerzas mayores para reconquistar lo perdido. Antes que O'Donnell se lo mandara, Prim, al frente del Príncipe y de Vergara, corrió a desalojar el valle de aquellos inquilinos molestos que aún no querían marcharse. Una, dos, tres cargas a la bayoneta con gradual empuje, despejaron las alturas, y ya dictaba el general las órdenes para que empezaran las obras de atrincheramiento del campo conquistado, cuando por una hendidura de los montes de la izquierda brotó como un chorro de infantes y jinetes árabes, y contra ellos cargaron dos escuadrones de Húsares de la Princesa, obligándoles a volver la espalda.

Llevados de un ímpetu ardoroso, los húsares no se contentaron con repeler a los musulmanes, sino que siguieron persiguiéndolos y acuchillándolos por el mismo camino estrecho y tortuoso que llevaban en su fuga; y corriendo tras ellos en una de las revueltas, vieron el campo moro, asentado entre cerros muy altos, blancas tiendas cónicas, y en derredor de ellas gran gentío de peones y caballeros. Sin encomendarse a Dios ni al diablo, los de la Princesa seguían adelante con guerrero furor, metiéndose de lleno en la trampa que los taimados hijos de Mahoma les habían armado. Tras de los escuadrones lanzados a esta temeraria aventura, acudieron los demás, anhelosos de auxiliar a sus compañeros y de salvarlos o perecer con ellos... Esta singular hazaña de los húsares fué de las más audaces que en guerras humanas se han visto; acto de sublime demencia, en que el valor personal, acumulado en un punto por la temeridad de unos cuantos hombres, altera la normalidad de los principios de la táctica y descompone toda la lógica militar. Los

intrépidos jinetes que volaron en auxilio de los primeros que habían caído en la celada infundieron a éstos los alientos necesarios para que, reunidos todos, se desliaran del inmenso remolino de bárbaros que les envolvió por todas partes. Combate fué cuerpo a cuerpo, con eléctrica rapidez, a usanza de griegos y romanos, dando al heroísmo toda la tensión posible en menos que se piensa y que se dice, y sosteniéndola sin dar espacio ni tiempo al enemigo para poner una pausa en su estupor y recobrarse del pánico.

VI

Los que vieron partir a los escuadrones para aquel lance de inaudito arrojo, creyeron que no volverían. Volvieron, sí, enteros, trayendo su bandera y la que el cabo Mur arrebató al Imperio marroquí con increíble tirón de una mano de gigante; volvieron con orden, sin dejarse allí ningún prisionero, con los dos comandantes de los primeros escuadrones, Aldama y Fuente Pelayo, gravemente heridos, y pérdida de dos oficiales y unos veinte soldados...

Poco después de la vuelta de los húsares, a quienes todos contaban ya en la eternidad, el pensamiento de O'Donnell era éste: «Mantener las posiciones conquistadas fortificándolas convenientemente, y no avanzar ni un paso más hasta que no sepamos qué fuerzas de moros, todavía intactas, se esconden en la encañada del río de los Castillejos y de su afluente, así como en los demás recodos de esas montañas.» Esta disposición revelaba al general en jefe, que, sin perder de vista sus deberes ni su responsabilidad, no quería fatigar a sus tropas, ni lanzarlas a combates duros sin que antes se alimentaran bien... Un ayudante de O'Donnell llevó estas órdenes al general Prim; un ayudante de Prim llevó a O'Donnell este recadito: «Que si me manda un par de batallones y dirige una brigada por la izquierda, me apoderaré hoy del campamento enemigo.»

Es fama que don Leopoldo puso mal gesto al oír la petición del general de su vanguardia.

—¿Qué contesto, mi general?—le preguntó Gaminde, ayudante de Prim.

—Dígale que allá voy yo.

En un instante de ruidosa confusión, Leoncio perdió de vista a su compañero. Habían seguido los pasos de los batallones del Príncipe; vieron de cerca los diferentes ataques a la bayoneta que Vergara y Luchana dieron a los moros; corrieron luego a ver si volvían o no los húsares que se metieron por la angostura, y en esto, Santiuste desapareció. ¿Había escapado hacia lugar seguro, temeroso de que la curiosidad le costara la vida? Buscándole y llamándole a voces, bajó Leoncio hasta la Casa del Morabito, y a poco de estar allí vió a O'Donnell partir a la carrera con su Estado Mayor hacia el punto en que Prim activaba el atrincheramiento de las posiciones conquistadas. Fué cuando O'Donnell dijo: «Allá voy yo.»

Echó a correr Leoncio hacia donde la curiosidad y el patriotismo le llamaban; de lejos vió a O'Donnell inspeccionando con Prim los trabajos de fortificación. Sin duda no se pasaría de allí, ni era prudente meterse en mayores aventuras. Avanzaba el día, y las tropas estaban sin comer, rendidas de cansancio. ¿Y quién aseguraba que los malditos muslimes no tenían encajonadas detrás de los montes fuerzas mucho más grandes que las presentadas durante la mañana? Porque ya era evidente que su falta de ciencia militar la suplían con la astucia y el arte de las sorpresas. Esto pensaba Leoncio Ansúrez, minúsculo táctico y estratégico de afición, cuando un rumor venido de la sierra le dejó suspenso y aterrado. Era como el silbo de un huracán que de improviso se desencadenara en las alturas. Por todas las que rodean el valle de Los Castillejos aparecían moros formando nube: sus voces desconcertadas, que en nuestra lengua conservan el nombre de *algarabía*, eran de lejos como el zumbido de infinitas abejas abandonando infinitos colmenares... Todo el ejército vió con mudo estupor el tempestuoso nublado.

Razón tenía O'Donnell al creer que el enemigo no había presentado en los combates de la mañana más que una parte mínima de sus muchedumbres a pie y a caballo. Contra aquel aluvión se prepararon a luchar los fatigados y hambrientos hombres de Luchana, Vergara y el Príncipe, y los quebrantados Húsares de la Princesa. De su flaqueza

sacaban alientos, y de su amor a la bandera el coraje preciso para no permitir que el enemigo se la llevara. En momentos de tanto ardor y peligro muchos habían de morir, hasta que la suerte decidiera quién salía vencedor. Era forzoso matar todo lo que se cogía por delante, con gran riesgo de la propia pelleja: retroceder era condenarse a muerte segura. Cargó Pieltain con los del Príncipe, cargaron Vergara y Cuenca. Las posiciones más altas que ocupaban los españoles hubieron de ser abandonadas. En la segunda posición hizo Prim esfuerzos sobrehumanos para sostenerse, y lo consiguió gracias a dos batallones de Córdoba (del Segundo Cuerpo), que llegaron como enviados por la Providencia de los españoles. Pero la Providencia de Mahoma desgajó de los montes nuevas masas de tiradores árabes, con lo que aumentaba su fuerza el enemigo, en proporción mayor de lo que crecía la de los nuestros. Las dos Providencias, la musulmana y la cristiana, redoblaban su ira, y los combatientes se enzarzaban con la ferocidad de las guerras primitivas.

No sabiendo Prim de dónde sacar más fuerza con que contener la creciente avalancha, echó mano de la artillería de a pie, mandándola desplegar en orden abierto, táctica bien distinta de la de su arma. Los artilleron fueron adonde se les mandaba, batiéndose con la infantería ligera. Mas no haciendo nada de provecho, tuvieron que retroceder, buscando maquinalmente el orden cerrado para el cual se les había instruído. Su coronel, Barroeta, viéndose obligado a perder terreno, maldecía la hora en que nació... En tanto, Prim poníase al frente de un batallón de Córdoba; Gaminde, al frente del otro, y mandando a los soldados que soltaran las mochilas para ir más ligeros, avanzaron con terrible decisión en busca de la muerte o la victoria. Ronco estaba Prim de las voces que les daba, inflamando su patriotismo con el nombre mágico de la reina, cien veces pronunciado. Pero no había nombres de reinas ni invocaciones patrióticas que multiplicaran a los hombres, y sólo multiplicándose y convirtiéndose cada uno en seis, podían romper los apretados haces de moros ensorbebecidos, rugientes, feroces. Un momento más sin que se efectuara el milagro de la multiplicación de hombres, y todo se perdía sin remedio.

El suelo estaba lleno de cadáveres; el aire, de un alarido, en que las dos lenguas, árabe y española, juntaban sus maldiciones y los acentos de la fiereza humana, lenguaje animal anterior al de los hombres. Retrocedían los de Córdoba, empujados por los moros, y casi tocaban ya al sitio en que habían soltado sus mochilas... Ya no había más salida de aquel laberinto, ni más remedio del desastre, que un prodigio del Cielo, o de los hombres por divina inspiración. Prim, lívido, vibrando de pies a cabeza, imagen de la desesperación altanera que no admite la derrota y borra la idea de muerte del espacio mental en que se pintan las ideas, arengó por milésima vez a su gente. Gaminde había desenfundado la bandera de Córdoba, para que, desplegada, fueran sus vivos colores como latigazo en la retina de los soldados, casi ciegos ya del humo, atontados por la fatiga, y a punto de sentir apurada y nula su brutal fiereza. Prim empuñó el mástil de la bandera; al viento dió la tela y con la tela unas palabras roncas, ásperas, como si las soltara con un desgarrón de su laringe... Más por la expresión que por el sonido las entendieron los que le rodeaban... Coger la bandera, echar la tremenda invocación, hincar espuelas al caballo y saltar éste sobre el tropel de moros, fué todo un instante...

Del lado allá de este instante, que era como vértices en los órdenes del tiempo, estaba el milagro. El milagro fué que los hombres se multiplicaron. Ya no se vió más que el cruzarse de bayonetas y yataganes, el brillar de los ojos como brasas, el hervor de un mar en que sobresalían miles de brazos agitando las armas. La masa española se incrustó en la mora. El fiero caballo del general, aunque herido, descargada sus patas delanteras sobre cuantos cráneos a su alcance cogía. Las bayonetas segaban los haces enemigos. Morazos de tremenda estatura caían hacia atrás, elevando al cielo los remos inferiores, como si fueran brazos· españoles caían también, de bruces, heridos de muerte, agujereados vientre y pecho. Otros pasaban sobre ellos..., seguían creciendo

y multiplicándose, a cada momento más esforzados, con mayor desprecio de la vida... El general, siempre delante, echando rayos de su boca, a todos deslumbraba con su locura increíble.

Sin duda, la figura de Prim arrojándose a la muerte, y ofreciéndose con cierta voluptuosidad de sacrificio heroico a las cuchillas y a las balas enemigas, debió de producir en el ánimo de los moros una fascinación inaudita... Sobrecogidos los que recibieron terribles golpes; desalentados los que veían la inutilidad de su bravura, corrieron todos en querencia de lugares seguros... Les llamaba el interior plácido de su país... Iban a sus aduares, a sus casas, a sus mezquitas, bien como los animales acosados que siempre buscan la orientación de sus viviendas. En bandadas huyeron. Las posiciones quedaron rescatadas; el suelo, limpio de moros vivos, no de muertos, pues tantos eran que daba horror ver el campo. No pocos españoles yacían entre los despojos de tan horrible matanza. Las dos patrias, las dos religiones, semejantes, en aquel empeño de honor, a las antiguas divinidades iracundas que no se aplacaban sino con holocaustos de sangre, ya podían estar satisfechas. Y los muertos, el sinfín de hombres sacrificados en el ara sacrosanta, ¿qué pensarían de aquel furor con que los degollaban como carneros para que desarrugase el ceño la diosa implacable?... ¿Será verdad que la diosa cuando bebe mucha sangre se pone muy contenta, y en su seno acoge con amor a las innumerables víctimas de la guerra? Así por lo menos se dice en todas las odas que consagran los poetas a cantar batallas.

Y así pensaba el buen Santiuste cuando echó la vista al terreno de las victoriosas cargas iniciadas por Prim. Sintió escalofrío ante el espectáculo de tantos muertos caídos en trágicas posturas, y aunque por un momento le movió la curiosidad de ver si estaban en aquellos montones sus amigos Leoncio, Vallabriga o el galleguito Pepe Ferrer, no se atrevió a meterse entre los cadáveres: el miedo de encontrar a sus amigos le sobrecogía más que le interesaba el deseo de saber su suerte. En lastimoso estado de cuerpo y espíritu tomó la dirección de la Casa del Morabito, adonde iban todos los que no quedaban en el cuidado y defensa de las trincheras. El molimiento de sus huesos era tal, que andar no podía con el garbo propio del uniforme. Todo había sido contratiempos y desdichas para el pobre trovador desde que la casualidad le separó de su amigo Leoncio. Por dos veces fué atropellado por los soldados del Príncipe y Vergara cuando les hizo retroceder a sus posiciones el empuje de los moros. Cara le costó su curiosidad al buen poeta de la paz, porque en la segunda de aquellas caídas, centenares, a su parecer millares de pies, pasaron por encima de su asendereado cuerpo. ¡Cómo quedarían los huesos, y sobre los huesos la piel, y sobre la piel el uniforme, con estos pisotones y carreras! El poncho y ros quedaron manchados de fango revuelto con sangre. Cuando le vieron levantarse del suelo, alguien creyó que era un cadáver que resucitaba para espanto de los vivos.

A estos desperfectos exteriores se unieron, para mayor suplicio de Santiuste, el hambre que demacraba su rostro y el frío que mantenía sus manos en continuo temblor... Concluía de anonadarle el no encontrar entre tanta gente un rostro conocido, y su desairado vagar por el campo, donde no se batía ni prestaba ningún servicio...

Anochecía. Las sombras nocturnas, indiferentes a los actos heroicos de aquel día, se dejaban caer amorosas sobre los despojos trágicos de las batallas... Camino del Morabito iba Santiuste, cuando vió una fila de soldados conductores de camilleros. La procesión de heridos no tenía fin, y avanzaban con esa prisa lúgubre de los entierros que llegan tarde al campo santo. Quiso Juan ser útil, y se brindó a relevar a uno de los hombres que llevaban camillas. Pero su oferta no fué admitida... Más adelante vió que un camillero, rendido de inanición y cansancio, no podía con su cuerpo y menos con el del herido. Al punto acudió Juan a sustituirle, y echando mano a la parihuelas, arreó camino abajo, gozoso del humanitario servicio que prestaba. No había andado veinte pasos, cuando el herido que transportaba se incorporó en la camilla, y con una varita que esgrimía en la mano derecha tocó a Juan en el hombro diciéndole:

—Arrea, bruto; arrea prónto, que me estoy desangrando.

Sin parar, volvióse Santiuste a ver quién le hablaba, y reconoció a Leoncio Ansúrez.

VII

—¿Es grave tu herida, Leoncio?

—¿Yo qué sé? Una bala me pasó el muslo, y un tajo de yatagán me lo acabó de arreglar. Ahora me sale mucha sangre. Si no me curan pronto, no sé qué será de mí. Arrea, Juan.

Juan y el zaguero avivaron el paso, y Leoncio calló. Pasado un buen rato, dejóse oír de nuevo su extenuada voz:

—Juan, ¿viste la hombrada de Prim? ¡Qué tío más valiente! Creí que a él y a todos nos acababan esos perros.

—Vi la hombrada. Leoncio..., la vi y creí que era sueño... También te digo que si no llega en aquel momento, por la derecha, el general Zavala con cuatro batallones, y sacude a los moros como les sacudió, la hazaña de Prim quizá no habría sido más que un heroísmo inútil, y con hablar de *muerte gloriosa* ya estaba el asunto despachado... Yo pongo en su lugar de honor a mi general, al general del Segundo Cuerpo, don Juan Zavala, gran soldado, de valor sereno, de vista penetrante para la oportunidad. Si no es por él, Leoncio, todo se pierde... ¡Y cuántos muertos, Dios mío! De infieles y cristianos ha quedado el campo lleno. Quítale a la guerra el poquito interés que le da el ser arte y el ser ciencia, y no queda más que un pasatiempo de caníbales... ¿Qué dices?... ¿Por qué callas?

—Con cada palabra que echo de la boca, se me va un gran pedazo de vida... Estoy admirado... de la sangre que tenemos en el cuerpo..., porque con salirme tanta, todavía queda sangre dentro. Arrea, Juan.

Llegaron, por fin, a la tienda-hospital; mas era tanta la afluencia de heridos, que los médicos no tenían manos para curarlos. Mientras los propios soldados aplicaban a Leoncio un vendaje provisional para contener la hemorragia, Santiuste consolaba a su amigo con frases afectuosas y esperanzas de pronta curación, y viéndole más animado con el vino y pan que le dieron, se permitió reprenderle de esta forma:

—Esto te pasa por meterte a farolear, Leoncio, pues tú no has venido aquí a combatir, sino a componer las armas de los que combaten... Lo que hoy te ha pasado te servirá de escarmiento... y no volverás a pintar el diablo en la pared, que maldita gracia tendrá que dejes viuda a *Mita* y huérfano a tu hijo.

El recuerdo de su cara familia ausente afligió a Leoncio: algunas lágrimas mojaron su rostro antes de la cura. En ésta desahogó su dolor con gritos más que con llanto, y estuvo muy firme. Allí quedó con la pierna sepultada en parches y vendas, condenado a inmovilidad absoluta durante luengos días.

—Mira, Juan, vas a hacerme un favor—dijo a su amigo—: vete por ahí, y búscame a *señá* Ignacia... ¿No sabes?, es la cantinera del Tercer Cuerpo; una mujer muy buena y muy socorrida para todo. Le dices que estoy con una pata hecha cisco; que venga a verme, y me traiga de aquel aguardiente de caña que alegra y cría sangre. Después de la soba que me ha dado el físico, tengo una sed horrible, y necesito del aguardiente para que el agua no me encharque... Corre, hijo, y tráemelo prontito.

Corrió Juan por las calles del campamento, y aunque no tardó en encontrar a la hombruna y bondadosa Ignacia, ésta, con muy buena voluntad, dió a Leoncio hasta mucho después de parroquianos que la asediaban, no acudió a Leoncio hasta muchos después de recibido el encargo. Vagando en acecho de la Ignacia, Santiuste vió al coronel del Príncipe, don Cándido Pieltain, en la entrada de una tienda, con el brazo derecho en cabestrillo, fumando, en conversación con dos o tres oficiales. Más allá, otra tienda en cuya puerta se agolpaban curiosos atrajo su atención: el bloque de gente, en su mayor parte artilleros, que cerraba la entrada, no le permitió ver más que las botas de un hombre yacente, al parecer muerto... Alargando más el hocico, vió el cuerpo hasta la cintura...; le alumbraban más velas de las que para el uso común se encendían en el campamento. Era el coronel don Francisco Barroeta, jefe de la artillería que se batió aquella tarde en orden abierto. Tal ira y turbación le causó el ver a sus valientes artilleros retroceder una y otra vez ante el ataque de los moros, que la serenidad no vol-

vió a su ánimo, y al retirarse a la tienda se pegó un tiro... Exaltación insana del sentimiento del honor militar le precipitó a la muerte. ¡Qué desdicha! Oyendo contar el lance, Santiuste lloraba, maldecía con toda su alma las brutales guerras y las vanas historias que de ellas se escriben para inducir a los hombres a poner sus preciosas vidas en un punto caballeresco... Cuando al hospital de sangre volvía, ya capturada la cantinera, llegaban a su oído aquí y allá los comentarios del gran suceso reciente, burbujas de la acción heroica, que aún hervía en todos los corazones... ¡Qué sublime arranque el de Prim!... ¡Qué oportunidad la de Zavala!... De los veinte hombres que formaban la escolta de infantería de Prim, no habían quedado más que seis... ¡Ah España, cuánto sacrificio por ti!...

Con la excelente cura que se le hizo y el remedio de aguardiente de caña sobre la gran cantidad de agua que había bebido, pasó regularmente la noche el buen Leoncio. Por indicación apremiante del herido, Ignacia le dejó media botella del bendito licor, y Juan, que no se había de separar de él, quedó en darle las tomas con la periodicidad conveniente. Horrible fué la noche en la lúgubre tienda: de los ocho heridos graves que había en ella, murieron tres, y dos, según opinión de los médicos, no pasarían de la mañana siguiente. El castrense que allí prestaba servicio fué relevado por don Toribio Godino, a quien su amigo Santiuste, por confortarle el estómago desmayado, obsequió con una copita del bálsamo de caña.

—No sabes, hijo mío—le dijo el cura—, cuánto te agradezco este precioso sostén de las facultades. Con el trabajo de esta noche..., y cuenta que ya he despachado para el Purgatorio a más de cincuenta..., con tanto ajetreo de Sacramentos, sin parar, sin parar, a éste, al otro, al de más allá, hasta las palabras rituales se me helaban en la boca y no querían salir... Dios te lo premie, hijo..., y te lo aumente.

Ya la luz del alba clareaba en la entrada de la tienda, cuando Leoncio, que había caído en hondo letargo, despertó con cierta inquietud llamando a voces a su amigo.

—Aquí estoy—dijo, incorporándose, Santiuste, que también descabezaba un sueño—. ¿Te sientes mal? ¿Te molesta la herida?

—No es la herida: es una idea, una idea, Juan, que me atormenta y no me deja descansar...

—Dímela..., será una idea de las que trae la fiebre..., y las ideas de la fiebre son locas... No hagas caso.

—Arrímate más a mí, Juan..., más. Que no oiga nadie lo que tengo que decirte.

—Nadie lo oirá, Leoncio... Los más próximos están muertos, y los más lejanos duermen.

—Pues lo que me atormenta..., a ti, a ti sólo te lo digo..., lo que me atormenta es que hoy..., poco antes de que Prim cogiera la bandera, cuando los moros venían hacia acá y nos arrollaban..., vi a mi hermano Gonzalo... No se me despintó..., era él...

—Tu hermano moro..., el que se hizo moro..., ya sé.

—Le vi primero vivo entre los que mandaban... A caballo venía muy arrogante, con un albornoz de tela vaporosa... Debajo llevaba un traje de seda verde... Turbante blanco... Era él, digo... No sé el tiempo que pasó hasta que volví a verle. Fué antes de caer yo herido, en el momento más terrible de la carga de los de Córdoba... Le vi muerto, la cabeza partida por un tremendo sablazo; el caballo, muerto también y todavía pataleando... Mi hermano tenía los ojos vidriados, fijos; la boca muy abierta y rasgada, mostrando todos los dientes, blancos..., una boca de risa que daba mucho miedo... El albornoz se había desgarrado, y era todo hilachas manchadas de sangre y barro. Se veía el pecho ensangrentado..., ensangrentado el magnífico traje verde...

—¿No sería azul, Leoncio?... Recuerda bien. En esos momentos de emoción trágica es cosa muy fácil confundir los colores.

—No, Juan; era verde...

—Pues yo sostengo que era azul, Leoncio—dijo Santiuste con pleno convencimiento de lo que decía, poniendo toda su atención en aquel asunto.

No puede omitir el historiador que después de medianoche, sintiéndose el buen poeta de la paz muy desconsolado del estómago, y, además, falto de calor

en todo su cuerpo, probó del precioso licor de Ignacia. Tan bien le supo la media copita, y tan eficaz reparo notó en sus entrañas después de beber, que repitió la medicación dos o tres veces en el curso de la madrugada, diputándola por droga de maravillosos resultados.

—Pues te digo que azul, y no verde, y en ello insisto—prosiguió Santiuste bajando más la voz—, porque yo también he visto a tu hermano... Le vi, como tú, vivo y muerto, y toda la descripción que me has hecho de su figura y arreo concuerda con lo que yo vi, menos lo del traje verde.

—Pues sería, como dices, azul; que nada de particular tiene que, trastornadas mi vista y mi cabeza, trabucase yo los colores... Pero dime, Juan: ¿cómo conociste a Gonzalo, si no le has visto nunca?

—¡Ah!..., yo me entiendo... Respóndeme: ¿se parecen tu hermano Gonzalo y tu hermana Lucila?

—Todo lo que pueden parecerse un hombre con barbas y una mujer sin ellas. Cuando Gonzalo era mozo, parecía mi hermana vestida de hombre.

—Los ojos son los mismos, ¿verdad?

—Tan iguales, que creíamos que se los prestaban el uno al otro para mirar...

—Y la carita hermosa de tu sobrinillo Vicente, ¿no es igual a la de su tío Gonzalo?

—Tan es la misma, que, según mi padre, Vicentillo es Gonzalo, que ha vuelto a nacer.

—Pues figúrate ahora si me habrá sido fácil conocerle, y si habré tenido un sentimiento grandísimo al verle cadáver... No olvidaré nunca aquel rostro noble, los ojos vidriados, la carcajada esculpida... Ha muerto por su nueva patria.

Después de una pausa en que cada cual sondeaba sus propios sentimientos, Leoncio suspiró y dijo a su amigo:

—¿Crees tú, Juan, que mi hermano estará en el paraíso de Mahoma, gozando de Alá?

—No sé, no sé—respondió Juan, poniendo una cara enteramente estúpida—; pero yo te aseguro que si no en ese paraíso, en algún otro paraíso tiene que estar.

Pasado más tiempo que el de la anterior pausa, el herido cambió de un salto la conversación, diciendo:

—Veo la botella caída. Es que se nos ha concluído el *Sánalotodo*... En cuanto aclare bien el día, te vas a buscar a Ignacia. Ten cuidado, Juan, y no compres a ese otro cantinero que llaman *Borrascas*... Todo lo que ése vende es veneno... Créeme a mí: como mujer de conciencia y que sepa mirar por el ejército español, no hay otra Ignacia.

El día se presentaba espléndido. Brillaba el sol, alegrando los ánimos. Fácilmente se olvidaban los horrores del trágico día de Los Castillejos, para no pensar más que en la indudable gloria de la jornada. Ocho mil hombres escasos habían luchado contra más de treinta mil. Aprovechando el buen tiempo, seguiría el ejército su marcha hacia Tetuán... Ya sabían los moros cuán caro les costaba entorpecer el camino... Aunque la herida de Leoncio no era grave ni exigía la intervención quirúrgica, se pensó en mandarle a Ceuta en el primer convoy de heridos que saliese, lo que supo muy mal al armero, pues abandonar al ejército era su mayor pena. Santiuste trató de ver a Pedro Antonio el día 2; pero al dirigirse al campamento de la Concepción, encontró éste levantado. El Tercer Cuerpo marchaba de vanguardia por el camino de Tetuán. Alarcón había partido para Ceuta. De otra novedad importante tuvo noticia Juan aquella tarde, y era que el general Zavala, jefe del Segundo Cuerpo, estaba enfermo. Al regresar a su tienda, en la noche del memorable día de Los Castillejos, su cansancio era tan grande, que se arrojó en la cama de campaña sin quitarse la ropa mojada del rocío. A la siguiente mañana despertó con todo el lado derecho paralizado. Consecuencia de este percance fué que el Segundo Cuerpo quedó a las órdenes de Prim. Todo esto lo supo Juan por su amigo don Toribio, que acabó diciéndole:

—Bueno es el general que ahora nos manda; pero yo me siento huérfano, porque en todo el ejército y fuera de él no hay para mí otro don Juan Zavala...

Al regresar a Los Castillejos encontró Santiuste a su amigo Ferrer, teniente del Príncipe, en un corro de oficiales

que rodeaba a la sin par Ignacia. Esta, sin cesar en su ordinario despacho de bebidas, vendía castañas recién llegadas de Ceuta y cigarros puros de los llamados *de dos manos,* porque las dos eran necesarias para fumarlos: una para tener el cigarro y otra para el fósforo. Abrazó Juan a su amigo con verdadera efusión, pues le creía muerto en los terribles combates del día 1.

—Yo también me tuve por muerto —respondió el galleguito—, y no se me quitó de la cabeza la idea de estar en el otro mundo hasta que vi que vivaqueábamos en las posiciones..., y hasta que vi venir *el pote*..., calentito... ¡Batallas..., potes..., la muerte, la vida!... Esta que llevamos no es para llegar a viejos.

Don Toribio se entristeció después con el relato de los innumerables responsos que había echado sobre tantos y tantos muertos. La tierra estaba henchida, harta: se indigestaba de cadáveres cristianos y moros. El Infierno y el Cielo recogerían las almas...

—Eso..., allá Dios... No sabemos, querido Juan, no sabemos... Me preguntas por el *Dios de las Batallas.* Ya te he dicho que no sé dónde está ese señor...; no le conozco. ¿Y ese Allah, qué pito toca? Para mí, ninguno. Yo mando a todos mis muertos adonde me ordena mi ritual... Cada cual lleva su pase; van bien encomendados a la misericordia del que hizo los cielos y la tierra. Para mí que la encuentran...

VIII

Ya el tercer Cuerpo acampaba en el cerro de la Condesa, como a una legua del valle de Los Castillejos; ya se había recorrido más de la mitad del camino de Ceuta al valle de Tetuán; los africanos, no repuestos aún del susto que les dieron Prim, Zavala y O'Donnell el primero de enero, atacaban tímidamente y en corto número, asomándose por los montes y volviéndose a meter en ellos. Guardaban, sin duda, sus ardides astutos para Monte Negrón, fortaleza natural de pura roca, con picachos y cavernas de inestimable valor en las emboscadas y sorpresas. ¡Adelante, adelante! España, que tan formidables obstáculos había vencido, no se detendría ya por un monte más o un monte menos interpuesto en su camino. El avance del ejército traería la forzosa incomunicación terretre con Ceuta. Una escuadrilla mercante y algunas goletas de guerra llevarían las provisiones a puntos abordables de la costa.

Confiaba Leoncio en que su pierna se portaría como una pierna decente, no poniéndole en el duro trance de ser retirado de la campaña. Santiuste, que desde el 3 empezó a sufrir calenturas, se avino a ser transportado con su amigo en la impedimenta. En las horas que la fiebre le acomeía, su espíritu se aplanaba en una indiferencia perezosa y lúgubre, y lo mismo le importaba separarse del ejército que permanecer en él. Considerábase como un fardo inútil, y ni aun se sentía con alientos para escribir a sus amigos y cumplir el único deber que al Africa le llevara. Perezoso era de la acción muscular, no de la mental, ni tampoco de la palabra, pues llevado con su amigo en lomos de mulas por ásperos caminos, discurría con extraordinaria fecundidad, y no daba paz a la lengua para sacar al exterior sus alambicados pensamientos. Apóstol convencido de la paz, todo lo de la guerra le tenía ya sin cuidado... Oían por el camino tiros lejanos. ¿Qué pasaba? Que el general Ros rechazaba gallardamente al moro en las alturas de la Condesa; que el general García, jefe de Estado Mayor, hacía un reconocimiento en el imponente paso de Monte Negrón... Nada de esto le interesaba, y por decirlo con honrada ingenuidad, tenía con su amigo Leoncio fuertes peloteras.

El radical cambiazo en los sentimientos y en las ideas de Santiuste, llevándole del nacionalismo épico a las amplias miras humanas, no secó en él la vena rica de la elocuencia. Y aunque ésta y los tópicos de patriotismo parecían de igual naturaleza y tan trabados entre sí que no podían separarse, ello es que las ideas cambiaron sin que la expresión de las nuevas fuera menos hermosa. Elocuente era Santiuste aun después de arrancar de su cerebro lo que él llamó después talco y lentejuelas históricas; elocuente el desechar ese tono colérico que informa las manifestaciones del patriotismo agudo, y al adoptar los tonos tranquilos del que excluye en

absoluto de su doctrina la muerte airada de nuestros semejantes.

Tanto como en él aumentaba la pereza de escribir, acrecía la facultad oratoria. Escribiendo no esperaba convencer a nadie; hablando, a todo el mundo convencería. ¡Ah, si él pudiera explicar verbalmente a Lucila su metamorfosis, mostrarle su corazón inflamado en el amor de la paz, desplegar ante ella los mismos razonamientos que él se había hecho para llegar a su presente estado mental, cuán fácilmente la persuadiría! Porque Lucila y él, sin haberse declarado su conformidad y semejanza, eran dos almas parejas y armónicas, con un solo sentimiento para las dos. Pensando en esto, el pobre poeta se lamenta de su incapacidad para convencer a su amiga por escrito... Además, para escribirle estas cosas necesitaba una confianza que aún no tenía; ponerse en concierto de amor, declarando él el suyo, y esto no debía intentarlo mientras no estuviese más avanzada la viudez de la dama. Aún no era tiempo de romper la delicada etiqueta con que se trataban. Por el momento bastaba con graciosas insinuaciones que la llevaran gradualmente a conocer la verdad. Esto lo hacía en todas sus cartas, meditando mucho lo que decía para que el agudo Vicentito, picado de curiosidad, no hiciese a su madre preguntas que habían de turbarla. Una sola vez había Lucila contestado a las cartas del trovador, y se mostraba muy afectuosa, interesada vivamente en la salud del fiel amigo, y entre otras expresiones de ternura disimulada, le decía: «Por Dios, Juan, no se ponga en ningún sitio donde corra peligro, que su vida es más precisa de lo que usted cree. Usted no es militar, sino cantor de las glorias militares; y si en la guerra no puede ver éstas para cantarlas, cántelas por lo que le cuenten; y, en último caso, mande las glorias a paseo, que antes que ellas es usted y el deber en que está de volver acá sano y salvo.»

Esto le decía la hija de Ansúrez, ¡y con cien mil de a caballo! (como decía Fernández y González por boca de Perico Alarcón), que era bastante expresivo. ¿Cómo dudar que en esta frase se dejaba caer del lado de la paz y que ponía las glorias en el secundario lugar que les corresponde, siempre más bajas que la vida humana? Cuando Santiuste se veía solo y abrumado de tristeza, no tenía más consuelo que pensar en aquel ídolo distante y anticipar con la imaginación los hermosos conceptos con que, después de conquistarla para su amor, la conquistara para sus ideas.

—¿No escribes, Juan—le dijo Leoncio una tarde, cuando llegaron al descanso de la tienda tras un molesto viaje—. Te recuerdo tus obligaciones, porque veo que te descuidas en ellas. La goleta *Rosalía*, que pronto llegará con víveres, llevará tus cartas y la mía, porque yo escribiré también. Cuidado, Juan: si en tu carta me nombras, di lo mismo que yo: que estoy bueno, y que no he tenido ni un rasguño. ¡Buen susto se llevaría mi pobre *Mita* si dijeses otra cosa!

En esto franquearon las tropas, sin ningún tropiezo, el desfiladero entre Monte Negrón y el mar, tránsito arriesgadísimo que facilitó el general García con la batida impetuosa que dió a los moros aquella mañana. Ya llegábamos al valle de Asmir o del río Capitanes, planicie baja, fangosa, encharcada en parte, en parte poblada de juncos, lugar de desolación, donde la hispana Providencia se despidió de nuestra tropas diciéndoles: «Caballeros, ahí os quedad ahora, y yo me voy, que todo no ha de ser bienandanzas y chiripones... Y para que hagáis prueba de vuestro tesón y cristiana paciencia, voy a desencadenar, hoy mismo, con permiso de Dios, uno de los más terribles levantes que aquí tenemos para uso de los providenciales designios, y el viento y la mar no permitirán que os llegue el auxilio de víveres que de España se espera. Resignaos, y llevad como podáis el ocio de vuestras armas y de vuestros dientes en esa inhospitalaria marisma.»

Violencia horrible trajo el temporal desde su primer soplo. Trataban los soldados de armar las tiendas, y una mano airada, invisible, arrebataba las lonas y palitroques de que aquellas frágiles casas se componen. Ninguna fuerza humana podía contrastar el empuje del viento, que para causar mayor estrago se traía torrentes de agua, torrentes de granizo, con fragor espantable, que sobrecogía los más firmes corazones... Y los hombres desdichados que sufrían estas iras de la Naturaleza, igualándose

todos en el padecer, pues las jerarquías se borraban ante tamaña desventura, perdían la última esperanza viendo el mar tan inclemente como el cielo. Desde su mojado campamento miraban las olas furiosas; veían estrellarse contra las peñas, a media legua por el lado Norte, la goleta de hélice, *Rosalía*, cargada de víveres para el ejército... Lo más que pudo hacerse fué salvar la tripulación y papeles. Todo lo demás se lo tragó el mar a la vista de los hambrientos y ateridos soldados españoles.

Y como el aspecto del mar era cada hora y cada día más imponente, ¿de dónde había de venir el socorro, si España no podía mandarlo? Las raciones se acortaban; pronto se acabarían en absoluto. Hombres y caballos se veían amenazados de inanición, de muerte... La sangre se empobrecía, la pólvora se mojaba, los corazones eran un puro estropajo, los rayos de la guerra se convertían en pajuelas húmedas, y las almas guerreras en espectros que se asustaban unos a otros... La desolación tomó al segundo día de huracán caracteres siniestros. Los individuos más decidores apenas hablaban; cada cual consideraba en sí mismo el pavoroso infortunio, sin pedir impresiones a los demás por miedo a recibirlas peores que las propias... Los sanos parecían enfermos, y los enfermos y heridos, cadáveres que por milagro hablaban y se movían.

Arrojados de su tienda, que el viento desgarró, Leoncio y Juan se refugiaron en otras mal sostenidas con refuerzos de madera y cuerdas; las destinadas a hospitales no podían ya con más inquilinos; mezclados estuvieron los heridos con los coléricos, hasta que se ordenó separarlos, sin que la separación, por entorpecimientos materiales, pudiera ser un hecho. Preferia Santiuste salirse al campo envuelto en su manta, y aguantar allí el azote de la lluvia y el viento, a permanecer en un estrecho local donde sólo se oían quejidos de enfermos y moribundos, y el continuo lamentar y maldecir de los que no recibían lo preciso para satisfacer su hambre. Las raciones de galleta húmeda amenguaban de la mañana a la tarde, y los cocineros anunciaban la terminación de toda comida caliente por las dificultades de encender lumbre y de encontrar combustible en aquellos pantanos. Algunos soldados que querían vivir a todo trance, bajaban a la playa en busca de mariscos, y escurriéndose entre las peñas encontraban lapas, erizos y caracoles con que engañar su rabioso apetito.

Hecho un ovillo, arrimado al socaire de una de las tiendas que parecían más sólidas, Santiuste conllevaba cristianamente su honda tristeza, su inanición y su calentura. La quietud en que se mantenía ayudábale al adormecimiento que le hacía olvidar la realidad o apartarse de ella. Entregábase con deleite a la modorra febril, deseando que no tuviera fin y que le llevase al descanso eterno. Los efectos combinados de la calentura y el pensar producían en él un estado parecido al nirvana o el éxtasis que transporta al cielo las almas semíticas sacándolas temporalmente de sus cuerpos extenuados.

Flotaba el desdichado poeta y orador en regiones aéreas, donde veía las cosas humanas en distinta forma y sentido del que abajo tienen. La gallardísima temeridad del general Prim el día de Los Castillejos, que más de una vez se había reproducido en el cerebro de Juan, inflamado por la fiebre, reaparecía aquella tarde con mayor fijeza y colorido más real. El soñador se reconocía moro, sin recuerdo ninguno de haber sido español, y entre los moros combatía... Ya tenían los muslimes acorralados a los castellanos; ya les llevaban por delante, haciéndoles retroceder más allá de sus primeras posiciones, cuando de improviso vieron que se les iba encima, como descolgándose de los aires, la figura de Prim a caballo, blandiendo en una mano la espada fulgurante, en otra la bandera de Castilla... Y no era la figura del tamaño común de los hombres y de los corceles, sino veinte veces mayor: cada casco del caballo, al caer sobre los moros, aplastaba un gran número de ellos. El mismo efecto de magnitud olímpica hacía Prim entre los españoles, que, viéndose conducidos por caudillo sobrenatural, se creyeron de la misma talla, y de vencidos se convirtieron al instante en vencedores... En este punto, el soñador no era moro ni cristiano, sino un vulgar espíritu crítico, que diputó el engrandecimiento de la figura del conde de Reus como un efecto sub-

jetivo en la retina y en el alma de los combatientes embriagados por la lucha, y esta idea le llevó prontamente a *ver claro* que la aparición del Apóstol Santiago en Clavijo fué un caso semejante. Sin duda, en el ejército del rey de León hubo un Prim, que en un momento propicio a las alucinaciones produjo en todos, moros y cristianos, la ilusión perfecta de lo sobrenatural, terror para unos, enardecimiento para los otros... El furor del combate ciega y enloquece a los hombres... Los hombres que creen firmemente en los milagros, los hacen...

Una mano vigorosa, sacudiendo a Santiuste, cuyo fláccido rostro en el lío de la manta casi desaparecía, le hizo al fin despertar... Al abrir los ojos vió un rostro desconocido, y oyó una voz que le decía:

—Juan, ¿qué es eso? ¿Estás muerto o quieres estarlo?

La cara del que así hablaba no fué tan desconocida para Juan al poco rato de fijarse en ella: habíala visto alguna vez; pero no acertaba, no daba con el nombre correspondiente al rostro que veía... Como el otro siguiera tratándole en tono familiar y cariñoso, el poeta frustrado le dijo:

—Tenga la bondad, caballero..., la bondad de decirme quién es usted..., porque yo... maldito si lo sé.

—Soy Rinaldi, Aníbal Rinaldi..., intérprete del general en jefe.

—¡Ah!, ya voy recordando... Hablas muchas lenguas... ¿Y qué se ofrece con tantas lenguas?

—Se ofrece que te he buscado toda la mañana... Ese chico armero, Leoncio, me dijo que te había perdido de vista. Yo te busco para favorecerte, para darte algún socorro. El general Ros de Olano ha dispuesto repartir entre los enfermos más necesitados los pocos víveres selectos y algunos vinos superiores que le quedan de su repuesto particular. Lo mismo ha hecho el general en jefe... O'Donnell y Ros de Olano, como buenos padres del ejército, quieren que en esta calamidad tan espantosa no haya distinción entre pobres y ricos, que todos sean iguales, y que los más desvalidos sean los primeros en disfrutar lo poco que Dios y el temporal nos han dejado. Ven..., no tienes que andar mucho... levántate..., apóyate en mí...

IX

Si consideramos al ejército español empantanado en las marismas del río Capitanes como un gran cuerpo de hombre, y en todas las partes de este cuerpo, entrañas, miembros, sangre y piel, suponemos el cruel padecimiento resultante de la horrible situación moral y física, debemos afirmar que el dolor más intenso y vivo estaba en el cerebro y el cerebro era O'Donnell. Hombre bien templado para el infortunio, lo soportaba con estoica entereza. Pudo decir a su ejército, imitando a Felipe II: «Os he traído a luchar con los hombres, no con las tempestades.» Pero, más justo y más filósofo que aquel rey, pensaba que si era suya toda la gloria de haber iniciado aquella guerra, no debía culpar del desastre a la casualidad, sino a sí mismo. ¿Cómo no vió que la marcha de Ceuta al valle de Tetuán por la costa representaba un enorme desgaste de fuerza y de tiempo? ¿No previó que a la mitad de este arduo camino tenía que adoptar una de estas resoluciones igualmente desastrosas: o dejar a la espalda la mitad de su ejército para sostener la comunicación con Ceuta o aprovisionarse por mar, corriendo el riesgo de que las tormentas le interceptaran el pan y las municiones?

¡Y el enemigo, siempre en posiciones altas, desde las cuales, con fuerza inferior a la de los españoles, podía precipitarles al mar!

En verdad que si O'Donnell tuviera pecados, bien purgada quedaría su alma con aquel intenso martirio, suficiente a franquearle de par en par las puertas de la gloria eterna. Pero en los pecados del general no podía buscarse la razón suprema de lo que parecía horrendo castigo, porque era hombre puro, de una sencillez y rectitud admirables en su vida moral; y en cuanto a la vida política, los actos de los gobernantes no constituían estados éticos bien definidos. En todo esto y en la pavorosa situación de su ejército, incomunicado por el mar furioso y por la tierra, plagada de enemigos, pensaba el general. Si alguna luz de consuelo podía brillar en su angustiada mente, era la que una y otra vez expresaba con esta idea: «La única ventaja mía en el presente desastre es que

jamás general alguno, en guerras antiguas o modernas, mandó soldados tan resistentes, tan sufridos, tan dispuestos al sacrificio como estos que yo he sacado de España...» Pero inmediatamente después de reflexión tan consoladora, venía la contraria, la negra, la que tomaba su fatídica fuerza de la claridad de la anterior: «Si este temporal dura días, y no hay medio de traer víveres, y los moros nos atacan, toda esta noble juventud, esta flor de España perecerá...»

Contra tal idea se rebelaba su fe cristiana, su fe española, virtud grande de una raza aventurera que confía en salir de todos los atascaderos que pone en su camino la fatalidad, y al fin sale; no se sabe cómo, pero sale. Hay una Providencia especial para los locos... Como hombre sereno, de los que no cuentan con la colaboración del acaso, O'Donnell no podía confiar extremadamente en la Providencia de los locos. Algo pensó en ella, pero sin darle agasajo en su pensamiento, y éste lo consagró por entero a buscar y resolver los medios de salir de aquel pantano mortal. ¡Adelante o atrás...! Dos muertes probables pesaban menos que una muerte segura.

En su tienda permanecía el caudillo dando órdenes, recibiendo parte de los jefes de cuerpo, partes de Sanidad, partes de Provisiones. Algunos ratos, quedándose solo, porque sus ayudantes habían ido a convocar para el consejo de generales que debía celebrarse aquel día, se paseaba con las manos a la espalda, en el sentido más largo de la tienda, el cual sólo permitía tres o cuatro medidas de compás de sus largas piernas. Sin mover los labios, creyérase que hablaba con el suelo; volviendo en torno las miradas, dijérase que quería interpretar como lenguaje las sacudidas convulsas de la lona, y la trepidación de los mástiles que sostenían la tienda. Cansado de andar, a la puerta salía..., interrogaba al viento, que respondía con silbos aterradores; a la mar, que no paraba en su mugir hondo...

El primero que llegó al consejo convocado por O'Donnell fué Turón, el general más soldado que en aquel ejército había, y se dice que era el más soldado porque siempre se resistió a politiquear, y consagraba todo su ser a la devoción de la milicia y al culto de la ordenanza. De carácter adusto y seco, y de pocas palabras, solía tener en algunas ocasiones chispazos de gracejo.

—¡Dichoso tiempo, Turón—le dijo O'Donnell—, y dichoso valle de Capitanes!

Y él replicó:

—Llamémosle el valle de Josafat.

Inapreciable general de división, era la misma exactitud en el cumplimiento de las órdenes que se le daban; brazo inflexible con cuya ciega obediencia podía contar siempre el pensamiento que dirigía los actos de la campaña... Tras él llegó el general García, jefe de Estado Mayor, en quien descollaba el arte de organización y el conocimiento estratégico; carácter duro y esencialmente militar, como el de Turón. Su colaboración técnica fué para O'Donnell de gran provecho en la tan heroica como desatinada marcha de Ceuta al Río Martín, cortando divisorias y marismas. Como conductor de tropas a la lucha, García ilustró su nombre con uno de los actos más eficaces para el éxito de aquella escabrosa marcha, protegiendo con el Segundo Cuerpo, en los riscos del Monte Negrón, el paso del resto del ejército por los desfiladeros de la costa... Acompañados de los generales de división Orozco, Gasset, don Enrique O'Donnell, Quesada y Rubín, llegaron Ros de Olano y Prim, ambos con el cuello del capote subido hasta las orejas, la risueña cara del primero enrojecida por el fresco húmedo; la del segundo sombría en su color pálido verdoso.

Ya están en consejo... La tarde, hosca y ceñuda como la cara de Prim, redobló la furia de los elementos. Estos dirían: «Consejitos a mí!...» Mientras deliberan los señores, conviene advertir que la Providencia de los cristianos no dejó a éstos en completo abandono como las apariencias indicaban. Aquella Providencia, o la que llaman *de los locos* (no sé cuál sería), hizo tan sólo un medio mutis, quedándose al paño entre los montes, fija la atención en los desgraciados hijos de España. Si es cierto que no les protegió de un modo ostensible sosegando las olas, hízoles el precioso favor de oscurecer el entendimiento de la morisma, para que a ésta no se le ocurriese desembarazarse de cristianos, cosa facilísima en la precaria situación de éstos. La Providencia musulmana debía de estar durmiendo en

aquellos tres días, pues no se explica de otro modo que los moros dejaran pasar tan hermosa coyuntura para caer sobre los españoles y aniquilarlos, sin que quedara uno para traer la noticia. Que Mahoma se volvió tonto, quizás por bebedizos que le dieron las Providencias de acá, no podemos dudarlo. La cabeza de Muley el Abbás, o de los que dirigían entonces el cotarro moruno, no dió de sí en aquellos días más resolución que soltar algunas gavillas de berberiscos a robar las mulas y caballos que pastaban en las marismas (y a pacer se les echó, ¡animalitos!, por economía de la cebada), mientras otros hostilizaban las avanzadas del Segundo Cuerpo. Pero el general Prim los espantó con los cazadores de Alba de Tormes y Chiclana y algunas fuerzas de Castilla y Toledo. Salieron estos infelices pisando fango, empapados los ponchos, a pelear por aquellos cerros, y gracias que la humedad no había inutilizado los cartuchos. Como insistieran los moros, unas cuantas granadas certeras les persuadieron a tomar el portante, dejando en poder de nuestros soldados las caballerías que ya tenían por suyas. ¿Quién pudo dudar que Mahoma se había dormido en las deliciosas ociosidades de su cielo?...

En una tienda-cocina del Cuartel general hallábanse, ya entrada la noche, el comandante Castillejo y Leoncio, heridos leves; dos oficiales y Juan Santiuste, enfermos de calentura, y Aníbal Rinaldi, el único sano de la reunión; el único, no, que también allí estaba en perfecta salud don Toribio Godino. Sanos y enfermos habían puesto un reparo a su extenuación con los bocadillos y tragos de lo añejo que, generosos, le repartieran O'Donnell y Ros de Olano. Ya era público en el campamento que el Consejo de generales había determinado que, al amanecer del día siguiente, salieran para Ceuta en busca de víveres todas las acémilas, escoltadas por algunos batallones al mando de Prim.

Con excepción de Santiuste, que, liado en su manta, se dejaba caer nuevamente en el nirvana, todos comentaron el suceso, viendo algunos los peligros antes que las ventajas, y confiados otros en que el conde de Reus triunfaría de los astutos marroquíes y de los elementos desencadenados. Castillejo, que era el más pesimista, veía dificultosa la ida, y mucho más la vuelta, pues no era de creer que los moros perdiesen el sentido, y con el sentido las ocasiones de hacernos daño. Rinaldi, que a sus pocos años debía la felicidad del optimismo, confiaba en el éxito de la operación; según él, con poco que protegieran la marcha del convoy Echagüe por el Norte y O'Donnell por el Sur, las acémilas llegarían felizmente. En lo que todos estaban conformes era en que el temporal no tenía trazas de ceder, y su duración sería de nueve días, cómputo de los prácticos: faltaban todavía siete... El único que discrepaba de este vaticinio fué don Toribio, y no tardó en manifestarlo: sus articulaciones, así como sus callos, le anunciaban cambio de tiempo. El buen señor se sentía barómetro, y no necesitaba para las predicciones meteorológicas más instrumento que su propio cuerpo... Este le decía que los fuelles del Levante desmayarían pronto, y que ya había corrido Eolo las órdenes para que viniesen los fuelles del Norte a orear la tierra y aplacar las aguas.

No todos se burlaron del empirismo del capellán: algunos de los presentes sentían en su naturaleza la indicación higrométrica y barométrica, y otros se atenían a la tesis popular y marinera de los nueve días, como duración de los fuertes levantes. En estas y otras discusiones entreveradas de somnolencias pasaron parte de la noche, y a la madrugada sintieron el barullo de la salida de Prim con sus batallones y la recua de mulas. Quiso Dios que acertase don Toribio en sus predicciones, porque al rayar el día calmó notoriamente el viento, y hallándose Prim con su convoy como a una legua del campamento de Capitanes, los soldados que iban de vanguardia dieron la voz de «¡Barco, barco!», y, en efecto, a poco de este aviso vieron todos claramente el humo de un vapor que doblaba la punta del Hacho. Desde el Cuartel general se vió también la embarcación que desafiaba el oleaje, todavía imponente, y creyéndose ya segurro el socorro, un ayudante de O'Donnell salió escapado a decir a Prim que retrocediera.

El barco que allá lejos navegaba con tremendas cabezadas y balances era el *Duero,* vapor destinado al transporte de víveres: tras él venían otros. El viento seguía calmado; pero la mar,

aún alborotada y ceñuda, no quería deponer su braveza, y la aproximación de buques a la costa parecía poco menos que imposible. Con todo, el aspecto del cielo, que rápidamente se despejaba de nubes; los rayos del sol, que se desenfundaban de celajes, traían a todos los corazones alegría y esperanza. De hora en hora mejoraba el tiempo; la vista lejana del barco, que, valiente, acometía las olas como el hermano fuerte que acude al socorro del hermano moribundo, a todos daba la impresión de la Providencia, sin que nadie se metiera a discernir si era la cristiana o la de los locos.

A medida que avanzaba el día, la esperanza se iba metiendo más en los corazones de aquella gente infeliz... Ya no veían un barco solo, sino muchos. El júbilo del ejército elevaba su número al infinito. Todos ellos cabeceaban gallardamente sobre las olas. Inmensa muchedumbre de soldados y oficiales los contemplaba con risueña expectación, midiendo los espacios que las atrevidas naves recorrían en cada instante, y acortando las distancias más con el deseo que con la vista... Por fin, viéndolos frente a Capitanes, desde tierra los aclamaban, agitando pañuelos, toallas y hasta sábanas para significar el gozo de la visita. Llegaron los buques a tan poca distancia de la costa, que desde ésta se leían fácilmente los letreros que en sus costados habían puesto para anunciar lo que traían: arroz, harina, cebada, heno, patatas, tocino, tabaco...

¡Comer, vivir! Buena es la gloria; pero no queráis encender esta divina luz en una lámpara sin aceite... Y O'Donnell, ¿qué decía, qué pensaba? Descollando por su lucida estatura en el grupo de oficiales generales que contemplaban los vapores despenseros, no dejaba traslucir en su rostro alegría vibrante, como tampoco en las horas de incertidumbre dejó entrever la desesperación. Si algo expresaba su sonrisa sutil era el convencimiento de que el socorro no le causaba sorpresa. Lo esperaba, lo tenía por seguro. Un caudillo de tropas regulares no podía recibir sus elementos de guerra de manos de la casualidad... Y volviendo la corva espalda al mar y los azules ojos a la tierra, dijo a Turón, que a su lado iba:

—No hay que descuidarse... Ya tenemos víveres... Pero el enemigo querrá que los partamos con él.

X

Sucedió lo previsto por el general en jefe: vieron los moros desde sus altas atalayas los barcos, y en seguida les dió en las narices olor de galletas; olor y vista que les pusieron en ganas de meter la mano en el plato de los españoles. Aún no había empezado el desembarco de comestibles, que se hacía con enredosa dificultad en barricas flotantes, cuando las primeras partidas berberiscas obligaron a nuestros soldados, hambrientos y ateridos, a entrar en faena. Un batallón de Saboya y otro de Córdoba salieron con Prim a decir a los africanos que no podíamos darles parte en el festín, y algunas horas de la tarde empleamos en persuadirles a que fueran a buscar en otra parte el bendito alcuzcuz. Esto no se logró sin algunas bajas, y los hospitales acabaron de llenarse de heridos y enfermos. Daba pena, y al propio tiempo causaba grande admiración, ver a los pobres soldados, hundidos los pies en el fango, batiéndose con tanto tesón como cuando sus estómagos llenos se aplomaban sobre terreno firme. El extenuado poeta Santiuste, que con lágrimas en los ojos les vió de lejos en tan heroico compromiso, se decía para su manta:

«Odio la guerra, y admiro a los que, sin esperar ningún beneficio de ella, inocentes piezas del ajedrez militar y político, se lanzan a empeños heroicos por un fin que sólo a los jugadores interesa. Cada día veo con más dolor de mi alma estos horrores inhumanos; pero también digo, despojándome hasta del último plumacho de la fanfarronería que fué mi encanto antes de venir aquí; también digo que no hay en el mundo soldados que hagan esto..., batirse mojados y muertos de hambre por un ideal colectivo, la gloria, de que sólo les corresponderá parte inapreciable. O son ellos la misma inocencia, o llevan dentro un poder anímico de extraordinaria intensidad. Si el poder anímico produce estos actos en la guerra, ¿qué actos produciría en la paz?

Falta saberlo; falta verlo. Pero no lo veremos, porque no hay caudillos que arrastren a los soldados a las hazañas pacíficas... No sé en qué consiste que el patriotismo es casi siempre un sentimiento guerrero; no concebimos la patria sino incrustada en la idea de conquista; no pronunciamos su nombre sin que en el aire repercuta con son de trompetas y tambores.»

El día 10 llegó a Ceuta Perico Alarcón en el vapor *Barcelona*. Siglos se le habían hecho los días de ausencia, y de buena gana habría cambiado el descanso de allá por compartir con su querido ejército las fatigas y angustias del valle de Capitanes. Trajo noticias del general Zavala, que iba mejorando, pero aún tenía la pierna derecha sin gobierno. De los demás enfermos y heridos que allá quedaron en los hospitales dió también referencia, y de la mortandad que causaba el cólera. Uno de sus primeros cuidados fué buscar a Santiuste; se aterró de verle tan agobiado de la fiebre, y vió con alarma los estragos que había hecho en su cerebro la debilidad. Las ideas del poeta de la paz se habían sutilizado desdichadamente, llegando a ser, según Alarcón, una bandada de pájaros que se alimentaban de moscas en los espacios del delirio. Le oía con calma divagar en sus tesis utópicas, y trataba de traerle a la razón y al buen sentido.

De las conversaciones que ambos tuvieron, sacó, al fin, en limpio Pedro Antonio que Juan no debía continuar en el ejército. Su endeble naturaleza se quebraba en los trajines de la guerra, como la caña que quisiera hacer veces de espada; las frecuentes conmociones que el terror trágico producía en su cerebro acabarían por darle a todos los demonios. Convenía, pues, que a España se volviese, para reparar su salud y poner en remojo sus ideas recalentadas... Oídas las razones de su amigo, convino Santiuste en que debía retirarse, aunque le desconcertaba volver a España desilusionado y en tristísimo desacuerdo con las ideas dominantes en toda la Península... Con gran sentido dijo el de Guadix que desde el punto en que se encontraban no convenía volver a Ceuta, sino esperar a que el ejército llegase al valle de Tetuán, de donde le separaban no más que algunas leguas y otras tantas victorias. A Río Martín había de llegar pronto una nueva división, al mando del general Ríos, y con ella un tren de batir y material de guerra y boca, lo que significaba sinnúmero de barcos yendo y viniendo entre la costa africana, Málaga y Algeciras. En uno de estos barcos, en el mejor de ellos, sería devuelto Santiuste a la madre patria.

No sabía el melancólico paladín de la paz si alegrarse o entristecerse de su regreso a España... ¿Cómo iba él a vivir allí, sin la interna armazón épica que era su único sustento en tierra española? Sería como un cuerpo desmayado y vacío, cuerpo sin alma, o con un alma exótica no comprendida de sus coterráneos. Por otra parte, la idea de ver pronto a la sin par Lucila y al amado Vicentito le regocijaba. Cierto que a la divina mujer y al niño divino les encontraría en plena embriaguez de patriotismo militar, en esa devoción ardorosa y sedienta que pedía más y más sangre de moros con que satisfacerse. Pero ya cuidaría él, con la virtud de su palabra, de desmoronar aquel ideal, sustituyéndole por otro esencialmente religioso y humano.

Como un alelado durmiente, o más bien como un sonámbulo, vivió Santiuste en los días que mediaron entre la salida del atascadero de Capitanes y la gloriosa conquista de la altura de Cabo Negro, que dió a España la clave del valle de Tetuán. Se dejaba ir, se dejaba llevar en la retaguardia del ejército, indiferente a las operaciones, oyendo tiros de fusilería y disparos de cañón, sin que se le ocurriera indagar los incidentes de la lucha. Aunque a la salida del pantanoso Azmir remitió la fiebre de Juan, había éste tomado tal gusto a la envoltura y calorcillo de la manta, que no sabía ya desembozarse de ella, y su aspecto era el de un mendigo, moro por añadidura, pues habiendo renunciado a la dureza del ros, que le lastimaba la cabeza, se lió un pañuelo cuyas vueltas abultaban como las de un flaco turbante. La querencia de la comodidad, estimulada por la pereza, le llevó también a desechar el poncho, sustituyéndolo por un chaquetón pardo que le dió Leoncio, muy holgado y de abrigo... Su amistad única en aquellos días, del 10 al 14, fué don Toribio,

pues a Leoncio apenas le veía, y de Clavería y de Pepe Ferrer sólo tuvo noticias vagas. El venerable capellán, cuyo nombre abreviaba graciosamente Leoncio Ansúrez, llamándole *Don Toro Godo*, cuidaba de Santiuste, le procuraba los mejores alimentos, y hacía por levantarle los espíritus con su ingeniosa charla, entreverando burlas y veras al referir los incidentes de aquella parte de la campaña. El día 12 había hecho el gasto el Segundo Cuerpo, saliendo de guerrillas Arapiles y Simancas, o, si se quiere, de capeo y banderillas... La artillería puso a los moros bastantes picas, y luego salió Prim con el segundo de Cuenca, Llerena, Figueras y el Infante, y los mató de una estocada superior arrancando... No se reía Juan con estas irreverentes aplicaciones de la tauromaquia al arte noble de la guerra...

El 14 rompe la marcha la división Orozco hacia las alturas de Cabo Negro; le sigue la segunda división al mando de don Enrique O'Donnell. Atraviesan bosques y malezas, desfilan por entre rocas que imponen pavor... Hasta las diez de la mañana todo iba bien. Después de esta hora empezaron a llover moros, y no hubo más remedio que abrir los paraguas... Siguió *Don Toro Godo* relatando en serio la acción del 14 para dominar la divisoria del valle de Tetuán... Pero la atención de Santiuste, solicitada por imágenes e ideas de un orden fantástico, no se fijaba en la palabra del castrense. Si en las batallas vistas puede el espectador encontrar variedad grande, y notar en cada una desarrollo y colorido propios; las referidas son casi siempre iguales, y así lo pensaba Juan. ¿Qué le importaba que estuvieran Cuenca y Saboya en el ala derecha o en la izquierda? ¿Qué más daba que las hazañas del centro fueran obra de Córdoba o del Provincial de Málaga? Los actos heroicos resultaban los mismos en todas las narraciones, y fatigaban al oyente, que ya conocía de antemano la furibunda carga de caballería, o la oportuna intervención de los cañones, vomitando muertes. Lo importante era que habíamos triunfado; que el campo quedó sembrado de cadáveres de enemigos, cosa muy bonita, que siempre relatan con hinchada satisfacción los narradores de batallas, diciendo a menudo con injuriosa y sacrílega frase que *mordieron el polvo*.

Con todo su cariño y amenidad no lograba *Don Toro Godo* aliviar las melancolías de Santiuste, ni curarle del terror que le infundían los cadáveres, así de cristianos como de agarenos. Huía de todo espectáculo desagradable, y siendo éstos lo común y corriente en un ejército que se batía de continuo y luchaba con el mal tiempo y la epidemia, el pobre hombre apenas tenía momentos de tranquilidad. Más de una vez se le vió requiriendo el sueño durante el día, como quien no tiene otro anhelo que ausentarse de la realidad. Durmiendo en el rincón de cualquier tienda, mientras las tropas descansaban, o arrimado a la impedimenta cuando se batían, era un hombre que dejaba su cuerpo inerte en medio del trajín de la guerra, y se iba, todo alma y pensamiento, a las distantes regiones de la paz.

Cuando más abstraído estaba en sus divagaciones, se le aparecía Lucila rodeada de luz, no en calidad y empaque de Belona, sino con los arreos más vulgares, que en ella resultaban divinos. Ya se le representaba como Dulcinea del Toboso, ahechando trigo, ya dando de comer a los pollitos recién salidos del cascarón... La dama labriega imperaba en su casa de la Villa del Prado, y nada se advertía en ella que revelase aficiones militares ni gusto de matanzas guerreras. Como matanza, allí no había más que la del cerdo, y aun el sacrificio de animales sería menos cruel y brutal que en otras casas... Gozaba el trovador viendo a Lucila, aunque la dama no le hablara. Sin mirarle se le aparecía, ¡cosa más extraña!, y aunque él la llamaba ceceando con cierta angustia: «Luci, Luci, que estoy aquí», la dama no hacía caso, y continuaba con más atención en sus menesteres domésticos que en el pobre desterrado de Africa... Despierto o a medio despertar, continuaba Juan cultivando el sueño y le ponía en cuidado que habiéndosele aparecido tres veces la madre, no se viera en derredor suyo ni rastros de Vicentito Halconero... ¿Qué hacía el precioso niño mientras la madre daba de comer a los pollos?... En una de las transformaciones de su pensamiento o de su delirio, pues todo era lo mismo, *vió* y *pensó* que el chicuelo había muerto *abrazado a la bandera de la patria*, lle-

tro mundo su pasión gue-
ecocidades de su genio mi-
ea era intolerable suplicio
te, que al punto buscaba
nuevas imágenes con que
la tan desastrosa y terri-

XI

con *Don Toro Godo* una
lomas de Cabo Negro, en
cuenca anchurosa de Río
rancó Santiuste con unas
egrinas, que su venerable
por hombre sin seso, o a
derlo.

usted, *Don Toro*—dijo el
tengo por gravísimo mal
esiástico. La Iglesia lo pue-
l terreno dogmático; pero
amás las leyes de Natura-
fundamental hechura de
as. Cegada la fuente del
, ¿cómo hemos de apre-
nder el divino? Si nos sa-
¿cómo hemos de distin-
s? Cerradnos el oído, y no
r de ninguna clase de mú-

na cuestión, Juanito mío
o capellán—, sobre la cual
etenta años no puede opi-
ente; que no está bien pe-
al polo frío sobre los ca-
s. Quien ha perdido hasta
puede hablar de baile, ni
le de cosa alguna. Yo es-
de decir, con referencia
bato, que así lo encontré
que dejar. Si me hubie-
cuarenta años ha, qui-
zás, te habría dado algún
do a los hechos y a la rea-
... Pasemos a otro asunto.
cir que si estimo como un
o de los sacerdotes, peor
de los ejércitos en cam-
azón hay, mi respetable
a que no acompañen mu-
obres soldados traídos a
erros?

es que esa impedimenta
asiado la acción militar,
ravura de los hombres, y
una vida muelle y vicio-
le con la actividad y vir-
tud necesarias en estas empresas. ¡Bonita cosa sería un ejército con mujeres! ¿Quién las aguantaría en campaña; quién podría someterlas a la disciplina, ley dura para los hombres, para ellas imposible?

—Cierto es que el sexo femenino, siguiendo a los hombres a la guerra y consolándoles de sus penalidades, traería disgustillos, piques, y quizás alguno que otro rifirrafe escandaloso. Pero este mal tendría compensación en el bien grande de la alegría del soldado, en su mayor coraje para la lucha... con el estímulo de ser visto y alabado por ellas. Crea usted que con mujeres existiría en los campos de batalla el complemento de la vida, y las guerras serían menos sanguinarias..., los ejércitos llevarían consigo el *elemento de compasión*, que ahora falta en absoluto...

—Hijo mío—replicó *Don Toro*, tomando un tonillo de unción—, también en esto del celibato militar en campaña te respondo, como el tratar del otro celibato, que no pidas su opinión a un viejo como yo, dispensado por su edad de discurrir sobre nada referente a mujeres. El frío de los años trae la indiferencia de esas cuestiones, que no pueden debatirse sino con calor de la mente. Si me hubieras hecho esa consulta treinta años ha, yo te habría respondido que el *elemento femenino* está en el pensamiento del soldado, ¿me entiendes?..., y ya sabe el soldado que para ser dueño de él, tiene que ir a buscarlo al campo y a las ciudades enemigas... Siempre se ha entendido así el negocio de amor en las guerras, y no puede ser de otro modo. Tu teoría es disparatada, absurda. Apliquémosla a esta campaña española en Africa: suponte que traemos hembras, a las cuales hay que llamar soldadas, sargentas y oficialas; supón que contra el orden natural, sufrimos un revés..., nos arrollan los moros, y, después de matarnos y de quitarnos las armas, cargan con las señoras... ¡Bonita cosa, Juan!

—Cierto que sería triste; pero usted ha dicho que cada ejército busca sus damas en el campo contrario... Los hombres morirían defendiéndolas. Pasarían ellas de una mano a otra, como hoy pasan las plazas fuertes, los cañones. Se cumpliría la ley de humanidad; la total armonía no se alteraba por eso.

Las naciones tendrían un motivo más para no lanzarse a guerras desatinadas y de pura ambición; ya se sabía que corrían el riesgo de perderse todos los elementos de vida de un pueblo, los hombres, las ciudades, la riqueza y las mujeres... Entre tanto, yo digo y sostengo que no puede estar esta masa de hombres en tan larga ausencia y privación del bello sexo. A la larga, sin él la vida de campamento se vuelve árida, tristísima, y la gloria es una imagen hombruna que acaba por causar espanto. Esto digo, esto siento, y miles de hombres hay aquí que seguramente sentirán lo mismo.

En tonos de humorismo siguió *Don Toro* la polémica, cuidando de acentuar poco la inflexión burlona para no irritar a su contrincante. Lo que verdaderamente sacaba de quicio al pobre poeta era la narración de batallas o de cualquier lance de guerra. Si con sus protestas no hacía callar al castrense, se tapaba los oídos y se echaba en tierra boca abajo gritando:

—No quiero, no quiero; cállese, o perdemos las amistades.

Y divagando por el campo de la última acción tan gloriosa para Ros de Olano y Prim, a cada paso hallaban despojos de la caballería y de los infantes moros, espuelas, riendas, fragmentos de gualdrapas y frontiles, algún arma, algún cantarillo portátil de peregrina forma... Todo lo recogía y guardaba cuidadosamente *Don Toro*, con idea de venderlo en Madrid a los aficionados que coleccionan baratijas exóticas.

El mayor encanto del largo paseo de aquella tarde fué la repentina emergencia de un inmenso y luminoso panorama, que les saltó a los ojos al revolver de una loma pedregosa, como a media legua del campamento. Era el valle de Tetuán, ancho y risueño, término de la fatigosa marcha costera y principio de un etapa militar más brillante y gloriosa. Lanzó Santiuste de su pecho exclamaciones de júbilo, y quedó absorto, saciando bien los ojos antes que la admiración descendiese a la palabra. No estaba menos sorprendido y alelado *Don Toro*, que al instante hizo gala de los conocimientos geográficos adquiridos en el campamento.

—Estos montes que vemos a nuestra derecha—dijo al poeta—son los llamados Sierra Bermeja, estribación del Atlas que se corre por aquí hasta asomarse al mar... Hacia esta parte, entre riscos ásperos, verás allá lejos una cinta de blancos muros almenados. Por San Toribio, mi patrón, que aquélla es la opuenta Tetuán, objetivo de nuestra campaña... Allí está el reposo, allí la recompensa de tantos afanes... Quiera Dios allanarnos estos verdes caminos, como nos allanó los pedregosos de esa maldita costa, alternados de marismas fétidas...

Por un momento creyó Santiuste en la elocuencia del buen capellán, y con sorna le dijo:

—¿Qué es eso, *pater?* Estáis preparando un sermoncico para endilgarlo después de la primera misa de campaña que se celebre.

Y *Don Toro* prosiguió:

—Echaré sermones, o guardaré silencio, si así me acomodara. La palabra del Señor suena en los corazones, y no es menester que mi voz clueca la traduzca en sonidos usuales... Entérate bien de lo que estamos viendo, Juan, y alaba conmigo a Dios por dejarnos ver tanta belleza. Este nuevo aspecto del Africa será regocijo y orgullo de nuestro ejército, porque ¿quién duda que conquistaremos a Tetuán y todo lo que sigue tierra adentro? ¡Hosanna! ¡Lástima grande que no puedan ver esto los pobrecitos españoles que se han quedado en el camino! ¡Pobres cuerpos, pobres almas!... Fíjate, hijo mío, en aquella masa de verdor que se extiende como alfombra más acá de la ciudad blanca. Pues hay allí naranjales tan hermosos, según dicen, como los de Murcia y Valencia... Las casitas blancas, salpicadas entre lo verde, parecen tiendas. ¿No crees que en una de ésas descansarían muy bien los huesos de este cura? Pues vuelve los ojos a la otra parte, a mano izquierda, y verás el mar, adonde lleva sus aguas el río grande que serpenteando baja de la ciudad, y otro pequeño que corre más cerca de nosotros, y también en la mar se vacía. Hay un tercero que, si no me engañan los ojos, desagua en el grande... Este es el Río Martín, o *Río Dulce:* se me ha ido de la memoria el nombre arábigo, que pienso ha de ser uno de los célebres lemas de la historia de nuestros días... Sigue la dirección de mi dedo, Juan, y verás un caserón

blanqueado, que debe ser (no quiera Dios que yo mienta) la Aduana de esta región..., y más allá, pegadita al mar, verás una que no sé si es torre o palomar grande, construcción estrambótica, cuyo cuerpo inferior parece que lleva miriñaque. Es el fuerte con que la morisma defiende la entrada de ese río: allí guardan (yo no lo he visto) cañones del año mil y quinientos, y otras máquinas de guerra anteriores al tiempo en que Satanás inventó la pólvora... Tú, que tienes mejor vista, mira bien en la extensión del mar. ¿No distingues un barco, quizás dos, tres?... ¿No alcanzas a ver en el horizonte muchos puntitos, que son la flota en que viene el general Ríos con ocho batallones, un tren de batir, gran acopio de alimentos y bebidas y otras cosas de grande utilidad en la república, como quien dice, de los ejércitos?...

Afinando su vista, Santiuste exploraba el mar azul, sin distinguir escuadra próxima ni lejana; y como se habían alejado del campamento más de lo regular, *Don Toro*, inquieto, propuso a su acompañante una prudente retirada:

—Volvámonos a casa, Juanito mío, y desde mañana seguiremos en la retaguardia de nuestro ejército, *viendo venir* las cartas de este juego histórico.

Empezó a lloviznar: el hermoso paisaje que atrás dejaban *Don Toro* y Juan se empañaba, se desleía en una atmósfera lechosa y terne. Así el alma desconsolada de Santiuste veía en sí misma el deslucimiento de las glorias guerreras, como colores que se deslíen y rayos de sol que se mojan.

XII

Al siguiente día, el sol se declaró francamente español desde las primeras horas de la mañana (15 de enero), rasgando las nieblas y alegrando con su claridad y su lumbre así los montes y valles como los corazones. Las naves que traían la nueva división echaron anclas en la rada anchurosa. Las fragatas *Blanca* y *Princesa de Asturias* inutilizaron con pocos tiros el fuerte Martín y sus anexos militares. Los pobres moros, que defendían con artillería vieja, del tiempo del Diluvio, la entrada del Río, huyeron a la desbandada, imprimiendo en el fango de las marismas la huella inequívoca de sus babuchas. Desembarcó infantería de Marina para posesionarse del fuerte; desembarcó en la playa norte, entre Río Martín y Río Lil, la división del general Ríos, compuesta de ocho batallones de línea y cazadores y un escuadrón de Caballería; pisaron tierra sin dificultad las acémilas y todo el matalotaje de impedimenta. Continuaban llegando barcos con el nuevo tren de sitio, y copiosas remesas de provisiones para todo el ejército. ¡Día lisonjero para España, que olvidaba las horrendas fatigas de la marcha por la costa! «¿Por qué no empezamos la guerra por aquí?», era la pregunta que todos se hacían a sí mismos y a los demás. Consolábanse con la idea de que el paso de Ceuta a Río Martín había sido un aprendizaje necesario, un ejercicio de gloria y muerte, por el cual llegaban al pie de los muros de Tetuán dotados de una fuerza invencible.

Al paso que se efectuaba el desembarco de hombres, víveres y municiones, Ros de Olano avanzaba hacia el llano; Prim le cubría la retaguardia. De lo alto de la Torre Geleli, donde el Imperio tenía su Cuartel general, se destacó gran caterva de moros a pie y a caballo; mas no contaban con las piezas rayadas que en batería mandó colocar O'Donnell en punto muy bien escogido, cubriéndolas con fuerzas de Infantería y Caballería. Avanzaron los árabes con la chillona algazara que les sirve de música, y cuando se les tuvo a conveniente distancia, se abrieron las filas que cubrían los cañones, y éstos empezaron a escupir granadas. Los moros de a caballo, que no bajaban de ocho mil, y los doce mil infantes, no aguardaron a que los cañones echaran de sí toda su saliva, y retrocedieron con horroroso pánico, refugiándose en las fragosidades de Sierra Bermeja... Los españoles no tuvieron aquel día ni una sola baja: día y acción memorables.

Ya era don Leopoldo dueño del llano bajo de Tetuán. Al siguiente día, molestados por un furioso aguacero, armaron los españoles sus tiendas en los puntos conquistados. El Cuartel general acampó junto al fuerte; a su derecha, en el sitio más próximo al mar, Prim con el Segundo Cuerpo; río arri-

ba, junto al caseretón de la Aduana, también abandonado por los moros, Ros de Olano con el Tercer Cuerpo, Ríos con su división y la de reserva. El grupo de tiendas de esta gran masa de tropa, con los parques, acémilas, maestranza, etc., formaba una ciudad populosa y animada. Corta distancia la separaba de aquella en que moraban O'Donnell y Prim. Alguien dió a los dos campamentos los nombres de *Carabanchel de Abajo* y *Carabanchel de Arriba.*

Extremaba Leoncio la broma dando el nombre de *Leganés* al fuerte que se empezó a construir en un sitio llamado La Estrella, a la orilla izquierda del río Alcántara, afluente del Martín. Por cierto que iba muy bien de su herida el simpático armero con los puntos de sutura que le dió el físico, y los emplastos y la quietud. Andar podía ya sin dolor y con marcada cojera, y consagrar al trabajo algunas horas. Recobró su alegría, y se le encendió más el entusiasmo por el buen giro que a su parecer llevaba la campaña; escribía largas epístolas a su mujer, y guardaba en el pecho como escapularios las que de Virginia había recibido.

—Oye tú, Juan—dijo a su amigo una mañana, sentados a la puerta de la tienda—: en mi carta he participado a *Mita* que no puedes seguir aquí, que no te prueban los aires de Africa... Ya puedes ir liando tu petate... Por lo que me ha dicho Alarcón, entiendo que te despachan, con las pipas vacías, en el primer barco que salga.

Nada respondió Santiuste; mas con un mohín de su rostro demacrado, expresó un sentimiento fatalista. En esto se aproximó al grupo Enrique Clavería, risueño, zumbón, y soltó, no diremos bomba, pero sí esta carretilla de pólvora, ruidosa como una explosión de risa picaresca:

—¿No saben qué cargamento ha venido en los barcos, con los sacos de harina y las cajas de galleta? ¿De veras, no lo saben?

—¿Qué nos han traído? ¿Mazapán de Toledo, carne de membrillo, jamón en dulce?

—Es mejor carne y mejor pastelería que todo eso. Anoche llegó un vapor abarrotadito de mojama, y de otro artículo superior...

—¿De qué, hombre? Vomita pronto...

—Lo sabéis, y os hacéis los tontos... ¡Hipócritas! No finjáis disgusto por lo que os alegra. Lo que trajo el barco es un bonito cargamento de mujeres.

—Ya, ya...; eso decían; pero no cuela... ¡Mujeres al campamento!

—Cierto es—indicó un alférez, convaleciente del cólera—. Pero no las han traído, sino que han venido ellas de su *motu proprio* y por querencia natural.

—Pero, señores—dijo el comandante Castillejo, que se arrimaba siempre a las tertulias de muchachos—, ¿para qué nos traen mujerío, si en Tetuán..., allí..., tenemos los harenes?... A los harenes vamos, y podremos mandar a España cargamento de huríes... En fin, si han llegado las huríes de pega, sean bien venidas... ¿Y dónde, dónde han metido ese simpático ganado?

—Para mí, que las han encerrado en el Polvorín...

—¿Por qué tú, Clavería, y tú, Santiuste, no vais allí, y hacéis un reconocimiento? Traednos noticia de si son muchas o pocas las cabezas de ese ganado; si viene en buen estado de carnes, y si es el Cuartel general quien lo suministra, o es cosa de arreglarse cada uno para el consumo particular... ¿Trae ese ganado pastoras?... ¿Nos repartirán boletas como las de alojamiento?... En fin, que sepamos a qué atenernos, porque esto no es cosa de juego... ¡Cáscaras!, todo no ha de ser batirse, y exponer uno la pelleja a cada triquitraque.

Esto decía Castillejo, que siempre de buen humor convertía en espuma picaresca las amarguras y penalidades de aquella vida. Llevaba un brazo en cabestrillo y habíanle sometido a un régimen riguroso por complicaciones de enfermedades internas. También apareció por allí *Don Toro Godo,* que reprendió a la partida por sus licenciosos apetitos, diciendo con buena sombra:

—¡Que no pudiera daros yo mis setenta años para que con el frío de ellos se os apagaran esas liviandades!... ¡Puercos disolutos, almas de cántaro! ¡No os parece bastante penosa la vida de campaña, y queréis traer a ella el infierno, o dígase niñas!... Cuando yo era joven, los soldados iban a buscarlas en los serrallos libres del enemigo... Pero vosotros, gandules, queréis que os las traigan al ejército, como parque del vicio, y ambulancias de corrupción...

¿Y para qué? ¡Para llevar con vosotros dos guerras, en vez de una, y duplicar las muertes que han de acabaros!... Y ahora, libertinos, sacos de podredumbre, decidme... ¿Dónde, dónde están esas desgraciadas?

Las risas avivaron más el humorismo del castrense, que, como Castillejo, gustaba de platicar con gente moza, y de encender en ella el regocijo y amor de vida que él no podía disfrutar. Santiuste, sin decir palabra, embozado siempre en la taciturnidad como en su manta, se fué a las tiendas de Ciudad Rodrigo, en busca de Alarcón, que por Clavería le había llamado con urgencia. En Ciudad Rodrigo le encontró y hablaron, manifestándole Pedro Antonio que estuviera dispuesto para embarcar al día siguiente, en un vapor que de retorno llevaba heridos y enfermos a Málaga o Algeciras. En el campamento no se quería gente ociosa, consumidora de víveres, sin producir ninguna fuerza. Mejor estaba él en España que en Africa. El mismo Beramendi, que tanto le apreciaba, se haría cargo de la razón de su vuelta a España, le sostendría en su destinillo del Ministerio de Fomento, y le abriría las puertas de un periódico para que *propter panem* escribiese de la guerra, de la paz o de *la inmortalidad del cangrejo*. Nada objetó Santiuste a las palabras cariñosas de su amigo. Teníase por un ser inútil, lanzado a las corrientes del acaso, sin rumbo ni norte. Iría, pues, adonde cualquier fuerza extraña le empujaste, a menos que alguna fuerza interior suya surgiera del seno mismo de su enervante debilidad.

Díjole también Alarcón, mostrándole unos líos de telas, que con él enviaba a sus amigos de Madrid regalo de dos chilabas, parda la una, azul la otra, dos yagatanes cogidos en el campo de batalla, un tapiz y varios pares de babuchas para señora y caballero. Le previno que haría con todo ello un fardo bien acondicionado, envuelto en una tela cosida, y a su tienda se lo enviaría con una carta para la persona a quien debía entregarlo. Firme en su fatalismo, aceptó Juan la comisión sin decir nada en contrario, lacónico, frío, insensible. Volvióse a su tienda, donde halló notificación escrita y orden verbal para que estuviese en la Aduana a las primeras luces del día siguiente, dispuesto a embarcar en el vapor *Ter*... A todo dijo Amén, y luego se echó a dormir, poniendo por almohada el fardo que Pedro Antonio había confiado a su buena amistad.

En su nebuloso sueño se le apareció Lucila, que por lo visto no tenía otra cosa que hacer en el mundo más que aparecerse aquí y allá... Hacia él llegaba sin mover los pies, con andar trémulo, semejante al de las imágenes en las procesiones... Vestía negra túnica de Dolorosa, y su rostro expresaba compunción grave. ¿Lloraba la muerte de la épica militar? ¿Lloraba la muerte de su hijo Vicentito? Esta idea fué para el soñador una gran congoja. Viviera el niño y viviera con su pepita, esto es, con su delirio por las glorias del soldado español. Creyó Santiuste que la mujer aparecida clavaba en él una mirada rencorosa. ¿Por qué le miraba con odio? ¿Qué había hecho él más que amar a la madre con platónica y casta fe, y al hijo con pasión semejante a la de San José por el Niño Dios? Si alguna desgracia había ocurrido, él, pobre poeta y trovador desengañado, no tenía la culpa. Algo de esto debió decir a la figura o espectro de la celtíbera, porque ella tomó actitud de escuchar, llevando al oído su mano ahuecada, y luego habló con palabra iracunda. Lo que entonces dijo Lucila fué para Santiuste como si un rayo cayera sobre su cabeza... Del estremecimiento despertó, quedándose un mediano rato entre la realidad y el sueño. Despierto y alucinado aún, decía: «Yo no lo he matado, Luci... ¿Cómo había de matarle yo, que tan de veras le quiero?... Lo que hay, Luci, es que se ha venido abajo el castillo de la epopeya, y si al caer todo ese matalotaje quedó Vicentito enterrado entre los escombros no es culpa mía, Luci... Luci, no es culpa mía... ¡Vicente entre las ruinas!... Pero ¿qué culpa tengo?... Yo no derribé el castillo vetusto, se cayó él solo..., porque quiso caerse... Yo no he sido, Luci.»

XIII

No se sabe lo que duró este delirio, y sí que a la madrugada, cuando aún no mostraba el Oriente ni presagios de aurora, salió Juan de su tienda, solo, sin

más compañía que un palo, llevando a cuestas los dos petates, el suyo y el que le había confiado Pedro Antonio. Atravesó casi todo el campamento, recogido en medio de la plácida oscuridad; pasó por las tiendas de Baza, de Segorbe, del Primero de Montaña, de San Fernando, de Bailén, de Soria, de Iberia hasta llegar a la aduana. A las guardias dijo:

—Voy a la Aduana para embarcarme.

Y ningún obstáculo halló en su camino... Reconociendo el disforme edificio que le habían designado como depósito de los que volvían a la patria, y en el cual vió como un vasto panteón de muda blancura, erigido en las tinieblas, torció a mano derecha y anduvo un corto trecho hasta dar en la margen del río Alcántara... Por la ribera pantanosa, chapoteando en el fango, llegó a una puentecillo jorobado que había visto de día... Detúvole el temor de tropezar con centinelas o escuchas; pero cerciorado de que no había nadie, pasó a la otra orilla, donde un lugar seco, entre juncales, brindábale a cambiar tranquilamente de vestido. Quitóse el chaquetón; endilgó sobre la camisa la chilaba parda; de cintura abajo quedó desnudo de pie y pierna, calzadas las babuchas amarillas, después de refregarlas en la tierra húmeda para que tomaran aspecto de prendas muy usadas. Con todo lo demás, lo que se quitó y lo que no se puso, hizo un envoltorio que arrojó al río. Desliado y vuelto a liar con esmero el pañuelo retorcido y nada limpio que llevaba en su cabeza al modo de turbante, creyó que su facha moruna era de intachable propiedad... Echando a andar resueltamente río arriba, no se le ocultaban las dificultades de su situación... Podría engañar su figura, que con la corta barba que se había dejado crecer podría pasar por rostro agareno; pero desconociendo el árabe, ¿cómo engañar con la palabra? Ocurrióle la salvadora idea de fingirse mudo...

Enfermo y sin palabra, podría mendigar hasta que el acaso, en quien confiaba ciegamente, le llevase adonde pudiera descubrirse y hacer vida de paz... Hallábase en aquellos instantes el infeliz poeta y orador en un estado de absoluta confusión. Si alguien le preguntara cuál era su objeto al disfrazarse y adónde iba, no habría podido dar respuesta. Una inquietud mecánica le movía; su voluntad se encaminaba hacia un fin abstracto, nebuloso, como las promesas de ultratumba. No obstante su estado mental de éxtasis ambulatorio, cuando aclaró el día y pudo distinguir los contornos del paisaje, a su derecha los cerros en que suponía las avanzadas moras, a su frente la torre Geleli, Cuartel general de Muley el Abbás, tuvo una visión vaga del peligro que corría... Pero sus piernas, como si funcionasen en franca independencia, se guían llevándole adelante por la margen derecha del río Martín, de curso perezoso, con lentas ondas, de las cuales dijo Santiuste que eran el paso de un río pensativo.

Constituídas en cabeza directora de todo el ser, las piernas de Juan seguían impávidas su camino; la vista recelaba, el oído no estaba tranquilo, el corazón dejábase caer en la indiferencia de la vida y la muerte... Ya era día claro; ya distinguía los verdes naranjales que alfombran la vega de Tetuán; pasó junto a chozas que parecían abandonadas, junto a huertos con cerca de cañas, y ningún ser viviente encontraba en su camino... Llegó a un lugar apacible, como glorieta rústica formada por cipreses viejos y arbustos lozanos. Sentándose a reposar, contempló la bella Naturaleza que le rodeaba, y en tal contemplación sintió hambre, mas no vió con qué podría repararla... Tras un descanso, que él no podría decir si fué largo o breve, las piernas recobraron súbitamente su poder directivo, y se lanzaron a un andar acelerado, sin pedir permiso al corazón ni a la mente. Los ojos miraban a la otra parte del río, considerando que si hubiera en éste un vado seguro, el hombre procuraría recabar de sus piernas que le pasaran a la orilla derecha... En esto oyó rumor de voces humanas... Eran voces de mujer, confundidas con ladridos de un perrillo juguetón. Se sobrecogió, mas no quisieron parar las piernas, por más que el hombre les ordenó que contuviesen su marcha rítmica...

Vió Santiuste tres figuras extrañas que por la vereda marchaban hacia él: se componía cada cual de un pesado envoltorio de tela blanca, que por debajo dejaba ver dos piernas gordas y amoratadas, los pies con babuchas; por en-

cima, una mofletuda cara medio cubierta con la misma tela burda, a manera de embozo sostenido por un brazo gordiflón. Por un momento dudó Juan si eran hombres o mujeres las estantiguas que veía; luego, recordando noticias y cuentos del personal marroquí, cayó en que eran moras viejas y fuera de uso. Tras ellas venían dos chicos ágiles, morenos, las cabezas rapadas, conservando un mechón junto a la oreja; jugaban con un perro. Llevado de sus piernas autónomas, Santiuste se vió muy cerca de aquella gente, y con maquinal impulso, movido del hambre que sentía, alargó una mano en demanda de algo de comer; pero, sin olvidarse de que debía parecer mudo, sólo echó de su boca sonidos inarticulados, que, a su parecer, imitaban perfectamente el ladrido de los que perdieron o no adquirieron jamás el uso de la palabra. Rodeado por aquella caterva, que no le mostraba compasión, oyó Juan un lenguaraje que para él no tenía ningún sentido; mas por los ademanes y el rostro de las feas y vetustas mujeres comprendió que le reñían, que le increpaban, que le preguntaban su nombre, nacionalidad y condición...

Tan acosado se vió el vagabundo, y tal temor le entró de aquellas, más que mujeres, bestias en dos pies, que no se opuso a que los suyos echaran a correr hasta ponerse a distancia de tan bárbaros gestos y de las voces airadas incomprensibles. Metióse Juan por un prado, entre arbustos, sin saber adónde saldría, y en su retirada recibió la horrorosa pedrea con que le despidieron los dos moritos acompañantes de las endiabladas hembras. En el momento de agachar la cabeza para guardarla del nublado, recibió detrás de la oreja una peladilla que le hizo ver el sol y la luna. La descalabradura no era cosa de juguete: de ella salió un hilo de sangre que puso el cuello del pobre Juan como si le hubieran degollado. La mano se llevó a la parte dolorida, retirándola ensangrentada... Y al punto, las piernas, azuzadas por el desastre, dieron todo el impulso posible a sus musculares resortes, lanzándole a la carrera por un terreno desigual, aquí blando y cubierto de hierba, allá pedregoso... Ello es que fué a parar, jadeante, a otro sitio despejado, donde igualmente oyó voces de mujeres... Creyérase que el bello sexo, objeto siempre de sus afectos más vivos, le perseguía, tomando las formas menos gratas a la vista y a la imaginación, como emblemas de remordimiento o de castigo.

La carrera que llevaba el prófugo terminó frente a un extraño grupo, formado por tres mujeres, un hombre y un asno... Una de las hembras estaba en pie; las otras, a gatas, arrancando hierbecillas de entre la espesa vegetación de un extenso prado que abrillantaban las gotas de rocío. En la misma actitud, cuchillo en mano, había visto Santiuste, en campos españoles, a las aldeanas cogiendo verdolagas y cardillos. La mujer que estaba en pie, más vieja que las otras, parecía también de superior categoría, aunque no se marcaba mucho la diferencia: las tres eran ordinarias, nada limpias y de dudosa belleza. Vestían faldas azules, calzaban babuchas rojas y en la cabeza llevaban pañuelo de colorines, liado con un arte nuevo a los ojos de Santiuste. La que parecía principal era la única que llevaba medias, y en el busto un chal amarillo, de crespón, muy usado... El burro pacía con avidez de atrasado apetito, y el hombre, tan pequeño que bien podría llamarse enano, vestía un haraposo balandrán azul, y se cubría la coronilla con un gorrete del mismo color. Calzaba viejísimas babuchas que parecían de tierra; su rostro era lívido, con bigote lacio; su edad, difícil de precisar.

Al llegar Santiuste junto a tan extraña gente, el lenguaje que hablaban a español le sonó... La mujer principal le vió venir entre curiosa y asustada... Temeroso él de ser mal recibido, señaló con la izquierda mano su herida, que manaba sangre, y se llevó al pecho la otra, inclinándose como persona humilde que pide socorro a un prójimo desconocido... La del chal habló así:

—¿Quién sodes tú, desdichado? ¿Qué es tu demanda?

Y otra de las que gateaban dijo:

—Tírate atrás, que atemorizas. Por el Dios de Israel dinos tus coitas..., que bien sa cata que has trocado tu ley para venir ende acá...

Y la del chal siguió:

—Ya sabemos quién te ha ferido. Oye de mí: so mujer buena, y mi corazón sabe apiadar de ti más que seas culposo...

Absorto quedó el pobre fugitivo ante lo que veía y oía. Aunque ya se preparaba para soltar los mugidos que le harían pasar por mudo, contestó en habla de cristiano a las expresiones afectuosas de la señora con medias. Preguntado de nuevo por su nombre, patria y condición, no repuesto aún del trastorno mental que el hambre y la fiebre le producían, habló de este modo:

—Yo soy Juan *el Pacificador*... Si sois amantes de la guerra, matadme, porque yo enseño a condenar los males de la guerra; si sois gente piadosa, curadme esta herida y dadme algún alimento, que, por Dios vivo, os juro que no puedo ya con mi alma.

Las dos que cogían hierbas dejaron esta operación para ponerse a lavarle la herida con agua de un cercano arroyuelo. Entre tanto, la del chal le dijo:

—Agora veráis que hais topado con familia bondosa. Afloja tu pena y ven a mi casa, do toparás remedio y paz... Monta en el asno y seguro vendrás a la cibdad...

Al enano, luego que Juan se encaramó en la cabalgadura, le dijo:

—No intraremos por *Bab-elaokla*, que allí fincan hombres recio de mucha guerra... Daremos güelta por porta alta, donde no mancarán los portaleros amistosos... No tener cuidado y vámonos aina... Arre, adelantre vos; nosotras adetrás con hierbas de curación... ¡Arre, arre, hijos, sin amedranto..., que naide haberá que pesquise!... Porta alta, Esdras, ca por allí salvamos sin peligración.

Ved aquí por qué extraño modo penetró Juan *el Pacífico* en la poética Tettauen, dulce nombre de ciudad que significa *Ojos de manantiales*.

TERCERA PARTE

Tettauen, mes de «Rayab» de 1276.

I

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

He aquí la historia que para recreo del cherif Sidi El Hach Mohamed Ben Jaher El Zebdy escribe su amigo y protegido Sidi El Hach Mohamed Ben Sur El Nasiry.

Es ésta la guerra del español desde que apareció en el valle de Tettauen, y se refiere con verdad y estimación natural de todos los hechos presenciados por el narrador para que los venideros conozcan la brava defensa que de su religión venerada hacen los hijos de El Mogreb El Aksá.

Nuestros aborrecidos hermanos, los de la otra banda, los hijos del Mogreb El Andalus, avanzaron desde Sebta hasta El Medik, sosteniendo combates terribles con nuestros valientes montañeses y tropas regulares. El número de cristianos que perecieron en aquellas refriegas no se puede calcular; los moros perdimos escaso número, y en casi todos los encuentros quedábamos vencedores. El avance de los españoles, tras tantos descalabros, y su paso de un terreno a otro, no se explican sino por combinaciones astronómicas, mágicas y cabalísticas, cuyos secretos tienen aquellos generales y que los nuestros no han podido penetrar. El enemigo consulta de día la marcha del sol; de noche, las posiciones de los astros que esmaltan de bellas luces el firmamento, y combinando estos signos con las cifras y figuras que en unos deformes libros traen, del estudio de todo ello sacan la pauta de sus movimientos, que siempre resultan hacia adelante, nunca hacia atrás.

Pero estas artes mágicas no les valdrán: para desbaratarlas y confundir a los infieles nos basta con las dotes singulares de nuestro caudillo Muley El Abbás, asistido de las bendiciones de Allah, que le tiene por ejecutor de sus altos designios. Si es fuerte con su espada, no lo es menos con sus oraciones. En ellas dice: «¡Oh profeta, excita a los creyentes al combate! Veinte hombres tuyos aniquilarán a doscientos infieles...» En el alto de Kal-lalin, que los enemigos llaman Torre Geleli, tiene su campa-

mento el hermano del sultán, y desde allí, con el milagroso anteojo de aumento que le regaló el inglés, observa las posiciones y movimientos de los infieles. Nada se le escapa; no se mueve una mosca en el campamento cristiano sin que nuestro general se entere, asistido además por referencias que le traen numerosos espías, ora renegados, traicioneros a su patria, ora fieles berberiscos que, fingiéndose locos o enfermos, van a mendigar al campo español.

¡Loor a Allah único! He visitado al príncipe marroquí en su lujosa tienda; la confianza brilla en su noble rostro; ha preparado tan bien sus planes, que ya no tiene nada que hacer y espera tranquilamente que el enemigo se mueva para disponer salirle al encuentro y atajar sus pasos. Confiado en la protección del Cielo, no sólo practica la oración mañana y tarde, a las horas que marca la ley, sino que recomienda a sus *ascaris* y a los jefes de ellos que ante todo cuiden de practicar la oración... En el momento del combate, mientras unos pelean, otros deben rezar..., alternando en la matanza y en el rezo. Por eso les dice: «Allah es vencedor...»

Los infieles ocupan su tiempo en ridículos preparativos. Han levantado un fuerte que llaman de la Estrella, donde se les ve afanados en trabajos semejantes al trajín de las hormigas... Sabemos que al campo de O'Donnell ha llegado un príncipe francés, emparentado con la familia real de España (1); es hijo de un hermano del esposo de la hermana de la reina, y parece que trae la misión de instruir a los españoles en ciertos particulares de la guerra del francés en Argelia... Inútil ciencia, pues lo que venció a los argelinos fué su falta de fe y no el valor de la Francia. No hay semejanza entre la Argelia y El Mogreb, pues éste antes que militar es creyente, y perdura en las vías de Allah... Allah es la fuerza; Allah es la astucia militar y el amparo de las naciones... Aguardamos, pues, tranquilos el choque de armas que ha de poner fin a esta guerra... Los infieles perecerán en las lagunas de Guad el Gelú como en las aguas del mar Bermejo pereció Faraón cuando iba en perseguimiento de los hijos de Israel, conducidos por Moisés o *Moucá*.

Alabanzas a Dios misericordioso, que ayer ordenó el movimiento de nuestros ejércitos. Queriendo ver de cerca la gloria del Islam, me agregué al séquito del victorioso Muley El Abbás... El día era hermoso, día dispuesto por Allah con todo el esplendor de luces y limpieza de ambiente para que el triunfo fuera más visible en la tierra y en el cielo. Muy temprano vino del campo español ruido de salvas. Nadie sabía la razón de aquel cañoneo; yo, que por mis aficiones al estudio entiendo un poquito de la historia de nuestros enemigos, expliqué el suceso brevemente. El día de ayer corresponde a un día en que los cristianos aclaman y santifican a los reyes suyos que se llamaron Alfonsos, y al príncipe heredero de la Corona, que también lleva ese nombre... Desde que oyeron las salvas, querían nuestros valientes guerreros lanzarse a destruir el fuerte que los hispanos construían; mas el general tuvo especial empeño en contenerlos, a fin de madurar el plan de ataque y disponer las fuerzas del modo más conveniente para quitar a los españoles el fuerte. No cesaba de mirar el campo y a las posiciones de ellos, como si con sus ojos, asistidos del catalejo, quisiera medir las distancias y anticipar los pasos de unos y otros. Yo admiraba su celo por la causa de la fe y la paciencia que ponía en ordenar sabiamente sus disposiciones. Por fin, al filo de mediodía, soltó El Abbás la gente de a pie, que se abalanzó contra la izquierda de los españoles, y mientras éstos respondían al ataque avanzando hacia nosotros, nuestra caballería se lanzó como tempestad para embestir por su flanco derecho a los infieles. ¡Qué hermosa carrera la de tantos hombres a caballo, enardecidos y locos de ira contra la usurpación! Caballo y jinete parecían en cada uno de una sola pieza, y en ésta un corazón ardiente irradiaba el fuego de la pasión guerrera. Nunca vi caballería más fiera y gallarda. ¡Loor...! La paz sea con el que sigue el buen camino.

Descollaban en aquel volador enjambre los *facíes* o jóvenes voluntarios venidos de Fez, de Zarhun y de Ait Yammuz, con vistosos arreos y pulidas armas y furibundas ganas de morir por la fe. A esta noble y distinguida tropa

(1) El conde de Eu.

pertenece el ya famoso guerrero El Horain, apodado *Abu Riala,* que en las acciones de Cabo Negro realizó prodigios de valor y temeridad, sólo comparables, según se dice, a las hazañas de los compañeros del Profeta. Cuentan que en lo más recio de las peleas se arroja este divino *Abu Riala (el del duro)* en medio de las filas enemigas, tremolando un pendón amarillo, sin otra fianza que su esforzado corazón y el ardimiento de su caballo. El grito de guerra para llevarse tras sí a los que quieren ser émulos de su valor es éste: «Adelante; yo soy vuestro escudo invulnerable.» Sobrenatural prodigio es que vuelva siempre sin que le causen la menor herida ni las balas ni el acero de los españoles... Debemos explicar este milagroso caso por la protección que dan los invisibles ángeles guerreros al bueno, al creyente y heroico soldado de Allah.

Desde mi puesto en el séquito del general contemplé la fogosa caballería. Los de vista larga que me rodeaban gritaron roncos de entusiasmo:

—Allí va el santo combatiente, el gigante *Abu Riala,* corazón de Dios y brazo del Profeta. Ved su estandarte amarillo: ved su mano poderosa señalando al cielo; ved la cabeza de su caballo hendiendo las filas españolas.

Esto me decían que viera y mirara; mas yo no veía sino una confusión de patas de animales y de cabezas y brazos de hombres corriendo en espantoso torbellino. Yo miraba más bien hacia mi derecha, donde ocurría lo más interesante de la acción. Por lo poco que vi y lo poco que me decían, entendí que un gran número de españoles se metió en un terreno que había sido encharcado previamente, sangrando el Alcántara. La risa que soltó el general me indicó que allí les quería ver, y que la entrada de los españoles en los pantanos era el error por él previsto, y por su astucia preparado, para ganar fácilmente la batalla.

Las exclamaciones gozosas de nuestra gente indicáronme que estaban cogidos en la trampa los pobres españoles y que ya no teníamos que hacer más que una cosa bien fácil: rematarlos allí tranquilamente y sin riesgo. Mas lo que yo creí cacería de patos fué cosa distinta: los malditos patos, o sea españoles, formaron con gran presteza el cuadro, táctica que no se ha enseñado a los de acá, y fortalecidos de este modo no pudo hostilizarlos la Caballería por la blandura del suelo en que tenía que maniobrar. Quedaba, sí, el recurso de atacar el cuadro a pie; ya iban a ello nuestros valientes moros; ya se cruzaban armas con armas; ya caían algunos de allá con las cabezas hendidas, y los de acá con las barrigas ensartadas... Teníamos gente de sobra; podíamos dar cuenta de ellos... Pero, ¡ay!, Satán maldito, que rara vez deja de introducirse en estas decisivas luchas, tomando partido por los infieles, puso en movimiento a la muchedumbre de tropas del llamado Tercer Cuerpo para venir en socorro de los que tenían jugada la vida en el pantano... ¡Allah disperse a los injustos!

Aterrado vi yo las tropas a pie y a caballo que venían como a distancia de dos tiros de fusil. Pareciéronme millones de hombres, y a medida que su paso veloz acortaba la distancia, se me representaban en mayor número. Con risa de júbilo, Muley Abbás y los que le acompañaban exclamaron:

—No pueden, no pueden llegar a socorrerlos...

—¿Por qué?...

—Porque entre esas tropas y el terreno fangoso donde está el cuadro no hay más que pantanos, lagunas hondas donde perecerán sin remedio. ¡Allah los precipite!

Evidente, como los hechos fatales de la Naturaleza ciega, parecía esto; mas no lo fué, porque Satán perverso, enemigo de los creyentes, lo arregló de modo que los españoles que venían al socorro no temieran meterse en el agua hasta la cintura... Yo les vi, nadie me lo contó..., yo les vi atravesar las charcas, alzando los brazos para que no se les mojaran el fusil y los cartuchos que en sus manos traían... y en esta postura hicieron un fuego tan horroroso contra los nuestros, que no parecía sino que el infierno desataba toda su furia.

Personas prácticas del campamento, que ya conocen a todos los caudillos españoles como si los hubieran parido, me contaron por la noche que vieron al general Ros de Olano, al brigadier Galiano y al propio general O'Donnell atravesar las lagunas con el agua hasta la cincha del caballo, dando a todos ejemplo de valor y arengándoles con voces

roncas para que no temieran al agua, como no temían al fuego. ¡Ah, sin las artes infernales empleadas en favor vuestro por maléficos espíritus, qué sería de vosotros, pobres hijos de España!... Esto pensaba yo, caído en gran tristeza al ver que nuestros montañeses bravos y nuestros atrevidos jinetes *facíes* se retiraban hacia las posiciones próximas a Torre Geleli, y buscando, según mi costumbre, la causa recóndita de los hechos, me decía: «¿Cómo es que esas lagunas que teníamos por profundas, y que lo eran según el dicho de hombres entendidos en cosas de la Naturaleza, han resultado con hondura no mayor que la de medio cuerpo de un hombre? Misterios son éstos que no desentrañaremos mientras no nos sea dado penetrar en los designios del Dios Unico, que gobierna el mundo, así en las grandes como en las pequeñas cosas. Huir del examen y conocimiento de tales honduras es el verdadero principio de sabiduría que debe guiar al hombre discreto y virtuoso.»

Pregunté por *Abu Riala,* no bien llegábamos a nuestras tiendas, y me dijeron que había consumado aquel día descomunales proezas, matando a multitud de cristianos, sin que le tocara el más leve rasguño. El corcel que montaba fué menos dichoso: quedó muerto. Para consolar al guerrero de esta pérdida, mandó Muley El Abbás que se le diese uno de los mejores caballos que tenía para su servicio, y luego ordenó que las músicas fueran a tocar junto a la tienda del héroe; honor y merced con que se hacía pública la virtud y merecimientos de un hombre tan excelso. Hasta hora muy avanzada de la noche oímos los dulcísimos acordes de las chirimías, pitos y tambores que daban serenata al soldado del Cielo.

No obstante ser considerables las pérdidas del ejército de la fe en aquel día, no advertí el descontento en los valientes soldados de a pie y a caballo. Por la noche, comentando la batalla, predominaba la opinión de que había sido victoria manifiesta y no derrota, como creían los menos en número y los mal pensados y agoreros. Cierto que no habíamos tomado el fuerte de la Estrella; mas los cristianos no habían avanzado una pulgada en sus posiciones... Cada paso valle arriba les había de costar muy caro... Debíamos dejarles subir, internarse, para exterminarles más a gusto. Esto decían. ¡Dichoso pueblo, que con el fuego de la creencia en Dios enciende el de la confianza en sí mismo! Nada teme: los obstáculos le enardecen. Nunca espera lo malo; sus ojos, iluminados por la fe, ven con tintas de rosa y azul los días venideros. ¡Pueblo noble y santo, digno de dominar toda la tierra!

¡Loor al Muy Alto! Invitado a cenar con el príncipe, encontréle sombrío, como si no estuviera satisfecho del giro que llevaban las cosas de la guerra. Contaba, sí, con mayor contingente de tropas, que el sultán le mandaría bajo la bandera del príncipe Muley Ahmed Ben Abderrahmán; contaba con el valor indomable de los montañeses, de los *facíes* y demás elementos de su ejército; mas no tenía tranquilidad viendo la creciente arrogancia de los españoles, sus obras de atrincheramiento, su poderosa artillería, y la perseverancia calmosa con que iban conquistando el terreno. A esto le dije yo, para consolarle y levantar su ánimo, que la acción de aquel día me revelaba poca decisión de los cristianos para seguir adelante. Aparentaban más fuerza de la que tienen, y tras de su afectado coraje, se advertía el cansancio y las ganas de volverse a su país. Movió la cabeza Muley El Abbás con expresión de tristeza dubitativa, y yo proseguí con mayor fuego de persuasión:

—Creed que si alguna ventaja obtienen los enemigos de Allah es porque Allah les favorece en apariencia para estimular el ardimiento de los fieles. Así, el Profeta, en sus luchas contra los traidores, no se acobardaba ante los avances de éstos, sino que les dejaba llegar hasta donde podía destruirles sin que quedara uno solo para contarlo. En el Libro Santo encuentro ejemplos mil de esa consoladora táctica del Unico Dios. Ya sabéis que está escrito: «Satán había preparado sus batallas, y les decía: *Soy vuestro auxiliar y os hago invencibles.* Mas llegado el momento, les volvía la espalda diciéndoles: *Pereced ahora y sufrid los terribles castigos de Dios...*» Seguid leyendo y veréis que está escrito: «Hiriéndoles en el rostro y en el pecho, los ángeles quitan en un pun-

to la vida a todos los infieles..., y les gritan: *Id a gustar las penas del infierno.*»

II

Y he aquí que el noble y sabio Príncipe me dice:

—Pues tú eres creyente y fervoroso, y a más de esto, sabio en cosas mil de la tierra y el cielo, y tienes el don de elocuencia y gran influjo sobre las gentes, puedes prestar ahora un gran servicio a la causa del Mogreb. Te vas a Ojos de Manantiales, donde tienes tu casa y estancia de tu comercio, y ves si es cierto que están los habitantes inquietos y afligidos porque algunos rifeños revoltosos han cometido el delito de pillaje o saqueo... Entérate de si las familias huyen de la ciudad temiendo ya la entrada de los españoles. Tengo por cierto que los judíos tratan de ir al campo cristiano en son de embajada para pedir a O'Donnell que no se detenga y se haga dueño de Tettauen, sin otro fin que proteger las vidas y haciendas de ellos, de los que recibieron las Escrituras para venderlas después a precio vil.

—Cierto es—repliqué yo—que Dios ordenó a los judíos que explicaran el *Pentateuco* a todos los hombres y no lo ocultaran. Mas ellos comerciaron indignamente con los santos libros... Pero un doloroso castigo les espera.

—No les hables ahora de castigos —dijo vivamente el príncipe—, ni pongas en tu lenguaje rencor ni amenaza, porque, a decir verdad, están las cosas para que pongamos en práctica la conocida regla de ciencia vulgar: *Sé como el caracol en el consejo y como el ave en la acción.* Usarás con los hebreos un lenguaje benigno, y amistoso, induciéndoles a permanecer tranquilos, sin ningún temor, y enterándote bien de sus pensamientos y de sus planes, que por muy escondidos que los tengan en el arca de su hipocresía, tú hallarás modo, con tu lenguaje astuto, de sacarlos afuera.

No fué preciso que me dijera más el augusto príncipe, y decidí partir a la madrugada... En Ojos de Manantiales reanudo mi trabajo epistolar, tres días después de lo que anteriormente referí. ¡Loor al victorioso! Oíd lo que digo: en cuanto llegué a este santo pueblo, no me di paz para ponerme al habla con los tetuaníes pudientes y con los judíos altos y bajos. La verdad, a todos les hallé muy cariacontecidos. Respecto a saqueo y desmanes de los montañeses, supe que sólo en el Mellah (barrio de los hebreos) habían cometido algún desaguisado. Recorrí toda la ciudad; vi en algunas calles cofres y líos de ropa, señal de que algunas familias partían; no traté de disuadir a nadie, pues me habrían echado en cara que yo he mandado a los míos a Fez para recatarlos de todo mal...

En mi casa, sin más compañía que la de la esclava que quedó para mi servicio, he sentido la opresión del silencio, como losa que pesa sobre mi espíritu. La soledad de mi vivienda, días antes de embellecida y alegrada por seres queridísimos, dábame la impresión de estar emparedado en anchurosa tumba... No había más ruidos que los que yo llevaba en mi memoria: la risa jovial, cristalina de mi adorada Puerta de Dios (Bab-el-laz), en quien cifro todos mis cariños; el habla dulce y discreta de mis otras dos mujeres, Quentza y Erhimo, a quienes tengo también grande afecto, y más que nada el pisar rápido, la inquietud traviesa y los chillidos deliciosos, como piar de pájaros, de mi hijo Alí Ben Sur y de mi encantadora niña Luz-il-lah, a quien Dios hizo archivo de todas las gracias. La fatal guerra me ha obligado a separar de mí estas prendas queridas. Confinadas en Fez hasta que vuelva la paz, mi pensamiento vuela sin cesar adonde ellas moran, y trato de endulzar el amargor de la ausencia con la miel del recuerdo... Mi casa vacía de aquellas voces, vacía también de tan bellas imágenes, arroja sobre mí la pesadumbre fría de sus paredes, que no me deja respirar... Sea Dios benigno, y no me prive de mis mujeres y mis hijos. Ellas son buenas, recatadas, hacendosas. Superior inteligencia y bondad resplandecen en la sin par Puerta de Dios, dotada por mí con largueza, y estimada en doscientas onzas españolas.

Me sobrepongo a la emoción para tomar disposiciones urgentes. Reviso mis papeles comerciales para no encontrar confusión en ellos cuando la paz vuelva a nuestro pueblo; escribo a Fez orde-

nando que permanezcan allí los camellos hasta mi aviso; dispongo que salga un propio con este mandato, y por él envío a mis hijos y a mis mujeres cajitas con amorosos regalos. Llegada la noche, me entrego al descanso; sueño con los tiros que oí en la batalla junto a los pantanos..., oigo los alaridos de *Abu Riala*..., como perseguido por cristianos que quieren hacerme prisionero..., despierto en las angustias de mi huída fatigosa..., cojo un rosario, y en ferviente oración recibo los consuelos de Allah, que con mano suave alivia mi corazón del anhelante susto... Por la mañana, después de los rezos y abluciones, salgo a recorrer la ciudad: visito unas tras otras mis tres casas alquiladas, para saber si las abandonan sus habitantes; si alguno de ellos, al huir, ha dejado la puerta mal cerrada: si en los pasadizos de las calles hay hacinamiento de paja y estiércol. Me tranquilizó el ver que mis buenos inquilinos permanecen en la ciudad. A los tres endilgué un largo discurso sobre el peligro de los incendios en tiempo de guerra, y otro con diversidad de razonamientos para llevar a su ánimo la persuasión de que jamás entrarán los españoles en nuestra ciudad. Por las caras que ponían oyéndome, entiendo que les convencí. Son hombres de grande inocencia, por lo que Dios tendrá piedad de ellos.

Despachados estos asuntos, me dirigí al Mellah. Mi primera visita fué para Yakub Mendes, traficante en piedras preciosas, mi amigo desde que me establecí en Tettauen. Encontréle muy afanado, con su mujer y sus hijas, recogiendo todo el material valioso que posee, aljófar, topacios, esmeraldas... Hacían paquetitos chatos, que pudieran fácilmente ser cosidos en la ropa interior para transportar consigo toda su riqueza en caso de forzosa partida. A Yakub y su familia prediqué la tranquilidad, la confianza en el Mogreb para desembarazarse de los españoles; pero no conseguí calmar su inquietud. Fácilmente había convencido a los pobres, que no tienen nada que perder; pero a los ricos, ¡Allah me conforte!, no podía convencerles. Díjome Yakub que él conocía bien la fuerza de los españoles por haber recorrido la Península sinfín de veces, y vivido en Córdoba, Sevilla y Madrid luengos días, y que no podía tener confianza en las fuerzas desorganizadas del Mogreb. Tan cierto era que O'Donnell entraría en Tettauen como que el sol sale hoy, mañana y siempre; y el día de la entrada de los vencedores, lo que no habían saqueado los rifeños, lo saquearían los soldados de O'Donnell, a quien aplicó con malicia el refrán hebreo que dice: *Ni ajo dulce ni tudesco bueno.* Díjele yo que no es el general español de origen tudesco, sino irlandés, y él afirmó que lo mismo da, pues no tiene sangre *andalús*, sino de raza *goética* y *normándica*, que es la que más aborrece a Israel... En esto llegó a la casa un vecino de Yakuz, llamado Ahron Fresco, usurero y comerciante en especias y gomas de sahumar. De lo que hablaron uno y otro colegí que la noche anterior habían celebrado una junta, en la cual se debatió si debían pedir a O'Donnell que les amparase contra los rifeños. No prevaleció tan traidora proposición, y por ello debemos dar gracias a Dios. ¿Pero quién se fía de esa gente? Con razón dice el Libro Santo: *La confusión reina en los juicios hebreos, y sus acuerdos son como los remolinos del aire.*

Sobre mis dos amigos descargué yo un diluvio de elocuentes razones, incitándoles a que por ningún caso solicitaran la protección del infiel español. Cuando más enardecido estaba yo en mi retórica, llegaron Tamo y Noche, dos hebreas de aquella vecindad, muy guapas, que tiraron de mí familiarmente para llevarme a su casa. No pude esquivar la premiosa invitación, y pasando del tugurio de Yakub al de Ha Levy Seneor, padre de las antedichas, éste, su mujer Hanna y las hijas, hablando los cuatro a la vez con desacorde griterío, me contaron que la noche anterior habían asaltado su casa tres desalmados rifeños, quitándoles veinte duros en moneda *macuquina* española, catorce pesetas columnarias, diez napoleones y que, por milagro (no quiso Dios que dieran con el escondrijo), no les aliviaron de la moneda de oro que guardaban. Después se surtieron de ropa blanca; lleváronse los dos chales mejores de Tamo, los zarcillos de Noche, que eran de *filigre* de Córdoba, y unas *belghas* (babuchas bordades de oro). Traté de aplacar su enojo diciéndoles que desde hoy se reforzará la guarnición con gente de confian-

za, y que todas las puertas de la ciudad se adornarán con las cabezas de los saqueadores... Sin detenerme a escuchar sus lamentaciones airadas, me fuí en busca de mi amigo Simuel Riomesta, hombre rico, influyente sobre la caterva de Israel, y pensaba yo que persuadiendo a éste, los demás quedarían desarmados de su coraje y repuestos de su miedo.

Iba yo por la calle más angosta y puerca del Mellah, para salir a la casa de Riomesta, cuando me sentí llamado por fuerte voz de mujer. Era Mazaltob (Afortunada), hebrea viuda de más que mediana edad, que desde su puerta echó sus gritos en mi demanda. Trafica en bálsamos por ella misma compuestos, y tiene fama de hechicera o mágica, por su acierto en adivinanzas y su buena mano para curar enfermos con garatusas y oraciones, ayudadas de zumos de hierbas y raspaduras de huesos. En su juventud fué, según oí, más cautivante por sus decires agudos que por su hermosura. Lo que me habló fué de esta manera:

—Te he llamado para decirte que la otra mañana, estando yo en prado de Almorain arrecogiendo hierbas, topé a un mancebo ferido, que mé demando agasajo... Yo, lastimosa, le truje a mi casa, aonde me dijo ser español. Su nombre es Juan *el Pacificante,* y tie semblán de profeta... Anda en perdicación de la paz, y del campo cristiano echáronle por sus perdicas, y agora viene acá para que aproclamemos la paz y no la guerra... El es bueno, es sencillo, y el habla tiene bonica española, que adulza el oido. Entra y verásle.

Sospeché que el español de que me hablaba Mazaltob era espía, o algún perdulario hambrón que viene so color de renegar para que le demos de comer. Insistió la hebrea en que su huésped no era nada de esto, y para calmar mis recelos me dijo:

—Tú, que de achaque de españolerías sabes más que nadie, habla con él y asóndale... Yo no te asiguro que sea profeta; pero sí que por el su semblán y por su voz cantora lo parece. ¿No hubieron los cristianos un profeta que se llamó Juan? Pues cata que éste es lo mesmo, o que viene en figuranza de quillotro...

El profeta cristiano que dices es el que llamamos Yahia, hijo de Zacarías, varón de extremada virtud. Este será todo lo contrario: un pillastre, un embustero... Pero si, como dices, viene del campo de O'Donnell, no será malo que yo le coja por mi cuenta y le interrogue. Llévame pronto a la presencia de ese mancebo predicador de paces, que con verdades o con imposturas algo ha de decirnos que pueda sernos útil.

Cogiéndome del albornoz me metió adentro por oscuro pasadizo hasta una estancia humilde, y oliente a comida pasada, donde paredes y mueblaje parecían trasudar materia grasienta. Adelantóse ella por otro pasadizo, y luego volvió con estas razones:

—Se ha quedado adormilado. Hoy anduvo luengas horas por la cibdad, calle adelante, calle adetrás, y ha venido con cansera... Pero puedes entrar y verásle. Todo en él yace como muerto, menos la respiración, que vela como guardián en las puertas del rostro, boca y nariz, y ella es la que avisa cuando el ánima ida quiere volver a su casa.

Entré con Afortunada en una estancia que de un patio sucio y ahumado recibía la luz, cernida por cortina roja, y sobre una cama que alzaba poco del suelo vi una estirada figura de hombre, derechamente tendida en todo su largo. Era el durmiente de poquísimas carnes y de más que mediana estatura, bien formado de esqueleto y miembros, por las partes que de él se veían. Pecho y brazos tenía vestidos de una *kmiya,* y sobre ella un *caftán* amarillo rayado, que se recogía en la cintura y muslos, dejando ver las piernas al aire. Su cabeza me pareció perfecta; bello y afilado el rostro, con una barba leve, que más parecía pintada que nacida. Barba y pelo eran negros, y el color de la piel como el de madera de olivo, con ligero bruñimiento y lustre de cosa embalsamada.

Yo me senté, pues muy a propósito hallé un taburete junto a la cama. Mazaltob me dijo:

—Hablemos en voces altas para que se acuerde.

Y rompió en gritos... No pasó mucho tiempo sin que el dormido despertara, lo que sucedió abriendo él los ojos, y quedando rostro, cabeza y cuerpo en completa inmovilidad. Primero vió y miró a su patrona, después a mí, y su mi-

rada estuvo posada en mí largo tiempo, sin querer desclavarse de mi faz... Habléle yo en árabe preguntándole a qué había venido, y él no respondió con discurso, sino con una rápida incorporación, clavándome otra vez los ojos, negros y con luz como los carbones encendidos. De veras me hizo pensar en el profeta cristiano Yahia, hijo de Zacarías, en quien Dios puso el signo de su predilección y de él dice el Libro Santo: «Escogido fué para enseñar a los hombres la paz.»

III

Como no daba señales en entender el árabe, le hablé en su lengua, obedeciendo a Mazaltob, que me decía:

—Háblale en español bonico y de son apacible.

Sentado en el lecho, Yahia, sin pronunciar palabra, me tocó en el brazo, en la rodilla, como si quisiera con el tacto completar el examen que sus ojos hacían de mi persona. Por fin oí el metal de su voz. A mi pregunta de si le gustaba nuestra tierra, contestó que le agrada porque en ella todos los hombres se tratan de tú, señal de la completa igualdad ante Dios, y porque el Islam y el Israel practican su fe sin estorbarse el uno al otro. Esta paz entre las religiones le sorprendía y le encantaba. Después me dijo:

—Oigo tu lenguaje como una música triunfal, y veo tu rostro como un rostro amigo.

A mi pregunta sobre los motivos de su peregrinación, respondió que había huído del campo español porque le agobiaba el alma el espectáculo de la guerra y la ferocidad con que unos y otros hombres acuden a matarse. La guerra va contra la Humanidad, como el amor en favor de ella. Las armas destruyen las generaciones, que son reedificadas en el seno de las mujeres. Puede la Humanidad vivir sin armas; sin mujeres no vivirá... En verdad, declaro que esto me pareció dictado por la más alta sabiduría. No pensé lo mismo después, cuando dijo cosas tan sin sentido como éstas:

—Por tu cara y gesto, por la forma de tu nariz y de tus labios, así como por la voz y el mirar luminoso, mi pensamiento te liga con tu noble familia.

Sin duda, la mente de Yahia era una extraña mixtura de pensamientos celestiales y de bajos yerros humanos, porque, tras una hermosa invocación a la paz como ley superior de los hijos de Adán, soltaba este desatino:

—Tú no quieres la guerra, ni bajarás con arma homicida al campo de O'Donnell, porque en el campo de O'Donnell está tu hermano.

Sin duda, quería decir que entre todos los nacidos existe el lazo de hermandad, y verdaderamente concuerda esto con lo que dice la Escritura: «No hacemos diferencia entre los enviados de Dios. Todos los que adoramos un Dios Unico y le tememos, vamos a ti, Señor, y entraremos en los jardines de tus inefables delicias.»

Por fin, requerido a darme noticia de los planes de los españoles y de los medios que traen para combatirnos, dijo que él, después de haber sido voceador de la guerra, había pasado por la gran revolución de su espíritu, viniendo a detestar lo que antes adoraba. En el ejército tenía muchos amigos, y en Madrid dejó personas muy amadas, que también eran afectas a la tradición guerrera y a las glorias de su patria. El no estimaba esas glorias como legítimas, y buscaba otras en armonía con la naturaleza humana, deseando ver extinguida la ferocidad, los instintos de destrucción... Suspira por la paz, por el amor entre todos los humanos, y la universal concordia... No estaban estas ideas en desacuerdo con las mías, pues yo pienso lo propio, si bien entiendo que todavía no ha llegado el tiempo en que nos convenzamos los hijos de Adán del desvarío de las guerras. Yahia tan pronto iluminaba con resplandores divinos nuestra conversación como la oscurecía con disparates manifiestos. Preguntóme si había estado en la acción de Los Castillejos; respondíle que no, y él dijo:

—Razón tuve en creer que no eras tú el que vimos, vivo primero, muerto después. Nos alucinó el terror de aquellos espectáculos de matanza, y en sueños nos visitaron imágenes ensangrentadas de los seres queridos.

—Aunque tu misión en el mundo—le dije—más bien es ver fantasmas que predicar la paz, dame una idea de los planes de O'Donnell, que algo has de saber, si en el campamento cristiano te-

nías amigos. ¿Crees tú que los españoles romperán y desbaratarán la grande hueste marroquí que les cierra el paso a esta ciudad?

—La romperán y desbaratarán como el cuchillo deshace esas paredes de caña con que cercáis vuestros huertos. El moro es valiente, pero no sabe nada de artes de guerra. Sus armas son primitivas o de sistemas diferentes, si algunas tienen modernas. Los hombres no saben formar cuerpos tácticos, v el valor, en vez de concentrarse y unificarse, tiende a esparcirse y desmenuzarse en infinidad de actos aislados. No hay jefes, no hay generales, no hay organización, no hay cabeza... Imposible la victoria del Mogreb.

No pude contenerme. Levantéme y con voz colérica le mandé callar..., le amenacé si no callaba. El, con humildad, inclinando la cabeza, respondió:

—Me has pedido mi opinión y te la he dado. En mi opinión he puesto la verdad: nunca pensé que la verdad te ofendiera.

—¿Te atreverás a sostener delante de mí que O'Donnell se abrirá paso hasta la ciudad y entrará en ella?

—Sin ofensa para ti ni para el Mogreb, yo digo que O'Donnell entrará en Tetuán antes de ocho días. Sus planes, como de general que todo lo calcula, y que pesa y mide toda contingencia, son infalibles.

¡Loor al Dios Unico! Comprenderás, noble señor, cuánto me indignó el vaticinio del desquiciado Yahia. Le increpé con altas voces, y si no estuviéramos en ajena casa, habría castigado su atrevimiento... Todo lo que le dije fué en lengua árabe porque el español que sé no me sirve para incomodarme. El se quedó en ayunas de mis imprecaciones, y yo salí de la estancia ofendiéndole con el gesto desdeñoso tanto como en las palabras. En el pasadizo estrecho, camino por donde divagan los malos olores, me detuvo Mazaltob, y poniéndome en el pecho sus manos crasas me dijo:

—No hagas ofensión a Yahia, ni le amotejes con griterío, porque él es bueno y hate dicho verdad... Tan cierto como ahora es de día, Donell entrará en Tettauen... Ven y veráslo agora en sinos que nunca marraron.

Desmayada, no sé cómo, mi voluntad, dejéme conducir a un aposento en el cual tenía la oficina de sus inmundos hechizos. Vi fuego en un anafre, agua en varias redomas; vi lagartos vivos, papeles con endiabladas escrituras y un círculo de metal con signos astrológicos, que giraba entre agujas negras y verdes.

—No quiero, no quiero ver tus artimañas sacrílegas—grité desprendiendo mi albornoz de sus uñas.

—Y ella a mí:

—Cuando te profeticé, años ha, que serías rico, que de onde vien el sol vernían para ti ochenta camellos menos uno, e ainda te dije que en tal luna te serían dados doscientos ducados de oro, bien lo creíste, y bien se enjubiló tu ánima viendo que era verdad mi adivinancio con merced del Alto Criador.

—Déjame; no creo nada—repetí, anhelando zafarme de ella.

Pero no me valió mi deseo, porque la maldita me puso delante una tableta con sinfín de rayas y garabatos, los cuales, vistos al revés, eran la propia figura del número 18. y debajo estaba escrita en arábigos caracteres la palabra *tzementhash* (dieciocho). Me mostró luego una redoma con agua teñida de amarillo, en la cual flotaban varias hojuelas de plantas... Agitó la redoma; corrían las hojuelas dentro del agua como traviesos pececillos, y una salió a la superficie, tiñéndose de color de rosa... Pues bien: la cifra y este juego de las hojuelas en la redoma querían decir que el día 18 de *schebah* (mes corriente en el calendario judiego) entrarán los españoles en Tetuán. De sus profanas manipulaciones, invocando a Satán, sacó Mazaltob la siniestra profesía, y se obstinaba en que yo había de creerla. Ella, como profesora en brujerías y artes satánicas, lo creía o afectaba creerlo, diciendo:

—Que muerta me caiga yo ahora mesmo, si no es la vera palabra de Dios que el día 18 de *schebah* serán ellos en Tettauen, el Donell y el Prim... Créeslo tú, mas no lo dices por no adolorar a los tuyos.

—¡Guárdeme Allah misericordioso de las asechanzas de Satán el pérfido, el corruptor de Adán y de toda su prole!

Con esta exclamación arrojé de mi lado a la impostora, dándole un empujón que la hizo vacilar sobre sus pies como la estatua sacudida por terremo-

to, y salí de su casa. En la puerta, mujeres hebreas y chiquillos de la misma casta gritaban: «¡Paz, paz!», azuzándome con burla. Seguí mi camino sin echar una mirada sobre tan ruin caterva, y doblando la esquina me dirigí a la casa de Riomesta, una de las pocas que en el Mellah reciben al visitante con olor de sahumerios, y así previenen nuestra respiración en favor de los dueños. En el patio estrecho me recibió la hija de mi amigo, Yohar (Perla), hermosa joven que cautiva por su ideal blancura. Díjome que su padre estaba en la sinagoga, donde tenían reunión los principales para tratar de su defensión... Añadió la buena moza que había venido una orden de Muley El Abbás prohibiendo a las familias tetuaníes ausentarse de la ciudad. Nada de esto sabía yo; mas lo tuve por cierto, y la medida me pareció acertada, pues la fuga de los ricos era mayor pánico de los que quedaban, y fomentaba el ladronicio y pillaje...

¡Loor al Grande, al Dueño de todo el universo!... Estas novedades desviaron mis propósitos del camino que llevaban, y prometiendo a Yohar que volvería para platicar con su padre, salí del Mellah, y me fuí en busca de los moros de más cuenta y poderío, cuya opinión necesitaba conocer. Visité a Brisha, después a Erzini y a Ibn El Mefty, que son los más acomodados. Los tres me dijeron que la orden de Muley Abbás les parecía bien; pero que ellos no la obedecían, mirando sobre todo a la seguridad de sus familias. Se marcharían, pues, desafiando las iras del caíd, pues maldito lo que confiaban en que la plaza, con cañones viejos, artilleros inhábiles y una guarnición insubordinada pudiera defenderse y amparar los intereses de sus moradores. Que estas manifestaciones llenaron mi alma de tristeza, no es menester decirlo. Religión, ¿dónde estás?... ¿Qué víbora se anida en el pecho de los que debieran ser tus defensores? ¿El egoísmo y el ansia de guardar las riquezas tienen su asiento donde antes lo tuvieron las virtudes? ¿Qué haces, Allah potente, Allah soberano *el día de la retribución?*... Andando de calle en calle, la suerte me hizo topar con uno de mis más respetables convecinos. El Hach Ahmed Abeir, natural de Tánger, establecido en Tettauen, el cual me saludó cariñosamente en español, pues esta lengua es muy de su agrado, y sabiendo que la poseo, en ella me habla para ejercitarse y no darla al olvido. Díjome que aunque todos los pudientes salgan, él se quedará, suceda lo que sucediere, conforme a los designios de Allah fuerte y misericordioso. Más temía de los soldados rifeños que guarnecen la plaza que de los españoles que amenazan meterse en ella.

Por no enojarle, creí mi deber aparentar cierta conformidad con Ahmet Abeir, a quien debo acatamiento, pues son grandes el respeto y cariño que todos, pobres y ricos, le tienen en la ciudad. La conversación recayó luego en los judíos, de quienes podía temerse que hicieran algo destemplado y fuera de la decencia. Díjome que él hablaría con el *rabbi*, y que no descuidara yo el apaciguar a Riomesta y a otros pudientes del Mellah... He aquí por qué torné a la judería, donde tuve la desgracia de volver a encontrarme con la embaucadora Mazaltob, acompañada del borriquero que la sirve, un hebreo revejido, sarnoso y casi enano, que se llama Esdras Molina. La nigromántica, que a Satán tiene por maestro, entregaba al dueño del asno líos de ropa para que los transportase a un huerto próximo al Santuario de Sidi Sideis... Al verme soltó con áspero chillido la brutal sentencia extraída de sus diabólicas alquimias: 18 de *schebah*..., y se metió como escurridiza culebra en la casa de Ahron Fresco. Solo ya frente a Esdras, le detuve, conteniendo por el cabezal a su tranquilo burro, que me agradeció la parada. Sabía yo que aquel desdichado escuerzo de Israel había vivido en Ceuta algunos años, que desde Cabo Negro andaba rastreando la retaguardia del ejército de O'Donnell, ya para merodear lo que cayese, ya para traficar con los proveedores, llevándoles limones y naranjas, tal vez alguna pieza de caza... Los cantineros y él se entendían, y recíprocamente se ocultaban sus latrocinios y contrabandos... Aunque no confiaba en que de los envilecidos labios saliese la verdad, le interrogué... Si su borrico hablara, me daría quizás informes más verídicos que los de su amo; pero como el animal callaba su hondo pensamiento, con el otro tuve que entenderme, recordando aquel sabio ver-

sículo del libro Santo que dice: «La boca del mentiroso deja escapar la verdad.»

Pidiéndome que le anticipara el precio de las declaraciones que me haría, y aflojadas por mí dos pesetas columnarias, Esdras me contó que los españoles habían desembarcado un tren de batir, cañones relucientes al sol, y unos montajes tan bonitos, que daba gloria verlos. Pero él, Esdras, lo había examinado bien. ¡Todo farsa y aparato de mentira! Los cañones eran de un metal que parecía latón, y el día en que con ellos se hiciera fuego, los artilleros saldrían volando por los aires...

—Ainda, no tien polvra—prosiguió el borriquero—. La polvra de cañón que vino de España en el barco que trujo los mantenimientos, no arde en el Marroco, porque el aire y el fogo del Marroco son otros fogos y otros aires... Yo lo sé, yo lo entiendo... Ainda, la reina española Isabela dice que no quie guerra más; que la guerra aumenta sus pecados, y los clergos de España perdican que no más guerra...

Acabó su informe diciendo que los españoles no harían ante los muros de Tettauen más que una simulación de batalla, y se tornarían para su tierra... Esto dijo aquel indino, cuya palabra oí con repugnancia... Pero algo hay de verdad en lo de que la pólvora española no arde en Africa tan bien y con tanto fogonazo como allá, por ser nuestro aire diferente de aquél; opinión que oí manifestar a un sabio de aquí, muy docto en cosas físicas y matemáticas...

Te cuento, señor mío, estas particularidades, porque me encomendaste que, al par de los hechos de la guerra, pusiese en mis cartas copia fiel de la opinión de la gente. Opinión larga hallarás en mis renglones, sabio y prudente señor, para que juzgues por ti mismo lo que aquí sucede. La resultancia de todos estos hechos y opiniones no la sabemos. Es locura querer penetrar los santos designios. Concluyo por hoy repitiendo estas sublimes palabras del profeta: «Si Dios no contuviera a las naciones unas con otras, la tierra sería corrompida. Los beneficios de Dios no se manifiestan en las naciones, sino en el universo...» Y yo digo: «Si Dios da la victoria a los infieles, es porque así conviene al universo. La justicia nos será conocida el día de la resurrección... Esperemos tranquilos ese día.»

IV

¡Loor al Dios Unico!

La paz sea contigo y la misericordia de Allah con bendiciones.

Volví, como decía, a la morada de Simuel Riomesta, que es uno de los hebreos más ricos de esta ciudad, amigo de los que bien pagan, prestador de dinero con grande seguridad, acechante de los engañadores y perseguidor inexorable de tramposos. Conmigo tuvo siempre miramiento grande, acudiendo solícito a facilitarme plata y oro cuando mis negocios me ponían en algún compromiso transitorio y urgente. Su opinión de mí y su confianza en mi crédito, corresponden a mi puntualidad: nunca hemos tenido la menor cuestión. Añado que si es Simuel el hombre de más formalidad y rigor en los negocios de préstamos, no hay otro más rezador y cumplidor de los preceptos de su ley. Según me han dicho, es el primero que entra en la sinagoga los viernes por la tarde y sábados por la mañana, y el último que sale; tiene permiso para pronunciar lección en fiestas señaladas. En los días de *kypur* sale descalzo, conforme marca la ley, y practica el ayuno con verdadero fervor, que parece un deleite. En Ros Ashanah, en las vigilias de Purim, Taanit Schabuot, la observancia de culto y la práctica de todos los ritos le aleja de sus negocios más de lo preciso, y en el Sucot o fiesta de las Cabañas, arma en su azotea las frágiles chozas para dormir en ellas y salir tempranito a mirar al Oriente, esperando la aparición del Mesías.

Al entrar en el patio de su casa, me sorprendió el rumor de ásperos rezos que de la estancia salía, y dije a la blanca Yohar, que me recibió muy risueña:

—Pero ¿a tu padre, después de pasarse mediodía en la sinagoga, aún le quedan ganas de rezar?

—No se harta de oración el padre—me respondió la del color de las azucenas (que Allah le conserve)—para que el Dios de Dioses nos desaparte guerras y calamidades.

No pude contenerme, y llegándome a

la puerta por donde salía la salmodia vi a Simuel, con otros dos usureros, uno por cada lado, berreando devotamente. Libro en mano, llevaba mi amigo la voz principal de una recitación judaica, al modo de letanía, y a cada frase que él pronunciaba respondían los otros con bronca voz: *Bedil vayahabor*. Sonaba en mis oídos este estribillo como si me dieran con un hierro en la cabeza... Interrumpí sin reparo el rezo gritando a Simuel desde la puerta:

—¡Eh!, Riomesta, que estoy aquí. No es cortés recibir a los amigos con esos graznidos lúgubres... Parecéis aves de agüero malo. ¡Con doscientos y el portero, vuestra cancamurria da dolor de cabeza! Suspende la matraca y ven acá un momento.

Con la mano hízome señal de que esperase, y siguió echando los fragmentos de salmo, a que contestaban los otros con el machacante *Bedil vayahabor*.

Salió al cabo de un rato mi amigo, y mirándome por encima de sus antiparras, que resbalaban por el caballete de su nariz, me dijo:

—¿Qué quieres, mi señor?

Y yo:

—No te necesito para un solo fin, Simuel; pero empiezo por el primero: has de darme doscientos duros en oro.

—¿Cuándo?... Y la paz sea contigo.

—Ahora mismo, y tu paz te sea dada.

—Siempre vienes premoroso. Para servirte heme quitado otros días el pan de la boca y agora me quito el rezo santo.

—Bastante has graznado ya, y bien segura tienes el alma contra el fuego eterno. Sabrás que no me voy de aquí sin los doscientos de oro.

—Oye de mí, Yohar: toma la llave, sube y cuéntale a El Nasiry doscientos de oro, en el entre que acabamos el cántico. Y tú, cuando bajes, me harás el recibo.

Subí con Yohar a un aposento en que está el arca del dinero, entre las estancias donde duermen el padre y la hija. ¡Loor a Allah, el indulgente y bondadoso! Me agradaba lo indecible verme solo junto a la mujer cuya blancura me enamoraba; blancor de rostro y manos, albor visible en el cabo de pierna y en los pies medio escondidos en las rojas babuchas bordadas de oro. El tilín del dinero que Yohar contaba y la blancura de ésta, que a la de los jazmines eclipsaría, me llenaban de gozo. Recordé las santas palabras: «Allah es quien hace germinar los seres en el seno de las madres. El ha colgado las estrellas en el cielo para que os guíen en la oscuridad. El ha creado las flores, las palmeras y mil frutas delicadas. Es el Sutil y el Instruído.» El arrobamiento a que me llevaron el tilín del oro y la belleza nítida de Yohar era turbado por el rezongar de los ancianos, que desde la planta baja subía. En mis orejas seguía zumbando el insufrible *Bedil vayahabor*.

—Gentil Yohar—dije a la moza—, ¿cuándo te casas? Oí que has desechado a muchos pretendientes... Acabarás por fugarte con un pelagatos, con un cristiano espadol... o conmigo.

—Contigo, no, El Nasiry—respondió con voz blanda—. Eres casado. Cuatro mujeres y cuatro esclavas son tuyas por merced de tu Dios... Toma el dinero y no me pellizques el brazo con melindre, que esta carne no es para tu sabor.

—Ya sé que será para el sabor de los ángeles... ¡Loor al Glorioso!... De veras siento que seas judía. Toda tu blancura se desleirá en la mugre de Israel.

—No blasfemes. Si mi padre te oye, no te hablará en son de amigo.

—Más que por tus riquezas, debe tu padre mirar por ti, si la guerra sigue. Corre tanto peligro como el oro tu blancura. La codician los españoles, que vienen hambrientos de mujeres.

—Ni mi padre ni yo tememos a los del *Andalús*, que son caballeros valientes y barraganes muy cumplidos.

—Los del *Andalús* quemaron en España a tus abuelos, y aquí te derretirán a ti, como alba cera, en el fuego que traen. Vente conmigo a Fez y te salvarás de la quema.

—Vete a Fez tú y tu generación, y déjame a mí, que «bien está en el peral la pera; cada cosa en su puesto, y la masa en el Pesah...»

Bajábamos, y nada más pudimos hablar, porque salió a nuestro encuentro Simuel, presuroso de que le extendiese y firmase el pagaré, como lo hice en la estancia donde él y los otros rezaban. En cuanto examinó el papel, quitóse las antiparras, sacándolas por la nariz adelante: tan sólo usa los vidrios para poner aumento y claridad en la

letra de los libros de devoción o de los documentos de crédito. Luego, respondiendo a mis exhortaciones para mantener la fidelidad al Mogreb y la confianza en su fuerza, me dijo que los judíos, o no tienen ninguna patria o tienen dos, la que ahora les alberga y la tradicional: ésta es España. De allí provienen él y los suyos; su antecesor, Abraham Riomesta, había sido *recabdador* de las Alcabalas y Tercias Reales en la Aljama de Talavera. Verdad que de allí se les echó, y algunos de su propia familia fueron quemados públicamente, otros quedaron en Castilla con el nombre de conversos o marranos... Pero de entonces acá, ya no había en España inquisidores ni tostamiento de personas. *Onde que por ello* ya no tenían los hebreos rabia contra españoles, ni miraban «como enemiga dañante la potestanía de España». Añadió que en Ceuta, habiendo pasado meses largos con su hijo Rubén, avecindado en aquella plaza, tuvo ocasión de tratar con gran cuenta de españoles, y en todos ellos encontró amistades, cortesía y fina voluntad. Militares y civiles conoció muy cumplidos y *barraganes*. A muchos prestó dinero, y ellos, que de España venían necesitados, por ser aquélla la tierra de la necesidad, no se asustaban por cuantía de réditos, y en el pago eran liberales, dando ganancias sin que hubiera precisión de andar en *perjudizios*... *Ainda*, su hijo Rubén le ha escrito cartas diciéndole que Echagüe y O'Donnell ordenaban a sus tropas el respeto de las religiones islamita y mosaica, amenazando castigar a los que hicieran daño en mezquitas y sinagogas, y ambos generales, lo mismo que Prim y Zavala, prometido habían amparar vidas y haciendas de moros y hebreos.

A estas razones contesté yo con otras infundiéndoles el recelo y desconfianza de los cristianos; mas no se daban a partido: lo que afirmó Riomesta fué apoyado por uno de los vejetes que le acompañaban en sus rezos, Ahron Fresco, el cual se dejó decir que había recibido recaditos de españoles solicitando préstamos, que se harían efectivos al ocupar la plaza. Comprendí que nada podía contra aquella gente sin fuego de patria en el corazón. Les dejé con desprecio y repugnancia. Al salir, despedido en la puerta por la blanca Yohar, oí de nuevo los rezos lúgubres, y recordé las palabras del Profeta: «Escrito está que sus corazones se petrifican en el egoísmo... Está escrito que cuando se hayan quemado en el Infierno, se les pondrá nueva carne y nueva piel para volver a quemarlos.»

Al salir vi que a la casa de Riomesta se llegaba la embaidora Mazaltob con un ramo de hierbas aromáticas y medicinales que no dudo serían para Yohar. ¿Estaría en aquellas plantas el secreto de la extremada blancura de la joven hebrea?... Pensé yo que la ciencia llamada Botánica por los infieles ofrece medios de encender el amor en las naturalezas frígidas y aplacadas... ¡Oh Yohar, guárdate de la hechicería y de sus diabólicas artes! Estos pensamientos me llevaron lejos del Mellah... Dirigíme hacia la Alcazaba, y en el camino tuve el disgusto de ver que una de mis casas había sido abandonada por el moro inquilino, y que éste se había llevado la puerta, arrancándola de sus goznes. Era ya mi casa albergue de mendigos y vagos, que me la llenaban de su inmundicia. Indignado, traté de arrojarlos de allí; mas ningún caso me hicieron. En la Alcabaza vi al caíd, que en buenas palabras me expresó sus graves apuros para contener a la gente pobre, que se había hecho dueña de la ciudad. El principal cuidado de él era sostener el orden y atender al aprovisionamiento de las tropas de Muley El Abbás.

Allí me encontré al venerable Hach Ahmed Abeir, también con achaque de reclamaciones, que por un oído le entraban al caíd y por otro le salían. Entristecidos bajamos mi amigo y yo al zoco, donde vimos turbamulta de montañeses que se quejaban de no tener con qué alimentarse; algunos tetuaníes pedían armas, y con ira ponderaban la voracidad de los cristianos, que todo se lo comían y no dejaban nada para los pobres moros. Habían visto recaderos judíos que cargaban de víveres sus burros y los llevaban al *Sbañul*... No pudimos permanecer allí porque el vocerío de aquella infeliz gente nos agobiaba. Quiso Ahmed llevarme a visitar las baterías de la plaza y sus cañones y artilleros; pero a ello me resistí, previendo mayor desengaño del que ya ennegrecía mi alma. Despe-

dime del respetable señor, encomendándole a la misericordia de Allah, y me salí solo por Bab Echijaf, para irme a Samsa, donde contaba pasar la noche y aun descansar algunos días en casa de un amigo. Muy necesitado me sentía de respirar aire campestre y de espaciar mi vista por las hermosuras que prodigó Allah en este rincón del Africa, sin duda destinado a que en él tuvieran su Paraíso Terrenal los predilectos.

El alma, sobrecogida por los siniestros augurios que en la ciudad oí y por mi temor de la derrota del Islam, se me ensanchó al contemplar las risueñas colinas próximas, el lejano y majestuoso *Djibel Musa*, coronado de nieve, y al recibir en mis pulmones el aromoso ambiente que de los montes venía. Ya los almendros empezaban a vestirse de sonrosada blancura; y el suelo se cubría de menudas florecillas; ya diversas plantas daban señales de la temprana germinación, por la cual Africa es maestra y precursora de Europa en la labor de la Naturaleza... Nunca me pareció tan bello este suelo de bendición; nunca oí con deleite tan vivo el murmullo de los arroyos que del monte descienden; nunca admiré con tanto fervor la obra de Allah, que creó toda la tierra y los cielos sin el menor cansancio... Todo el camino hasta Samsa lo recorrí en muda contemplación. La obra de Dios no ponía ninguna parte de sí en la guerra que nos asolaba: bosques y peñas, montes y colinas eran indiferentes a los combates entre los hombres, y si algo decían era: «Paz», y siempre: «Paz.» Mirando las sierras elevadas que como ningún otro signo expresan la grandeza del Criador, pensé en el día del Juicio... «En aquel día—dice la Escritura—, Allah dispersará los montes como polvo, para que toda la tierra sea inmensa planicie, por la cual irán avanzando los hombres resucitados. Condúcelos ante el trono del Juez el ángel Israfil... Avanzarán los hombres en falange, y no se oirá más que el ruido de sus pasos.» Ante la majestad del juicio supremo, ¿qué significa esta guerra ni cien guerras, ni las riñas y trapisondas en el rebaño de Adán?

En Samsa me hospedó mi grande amigo Mohamed Requena, anciano de luenga barba blanquísima, encorvado ya por el peso de los años, pero con el entendimiento y la mirada fulgurantes de animación, viveza y gracia. Pertenece a la nobleza tetuaní, y en su casa conserva las llaves de la que en Granada ocuparon sus antecesores hasta que Isabel y Fernando (¡a quienes Allah dé su merecido!) les arrojaron con Boabdil a las playas africanas. Es padre de generaciones: sus hijos y sus nietos y bisnietos masculinos no se pueden contar... Es hombre instruído: ha estado dos veces en la Meca; ha viajado por Oriente, y algo también por España y por Italia; habla regularmente el español, y es, como sabéis, buen creyente, de los que interpretan el Corán a gusto de todos. Con él he pasado las mejores horas de mi descanso, y no hay que decir que nuestra conversación ha sido un continuo girar en torno al tema de la guerra.

Debo deciros que Requena no disimula su desconfianza de que el Mogreb se «sacuda fácilmente las moscas españolas». Empezó esta frase, que copio fielmente. Y la sinceridad del sutil viejo no se ha recatado para manifestarme cierta simpatía por los españoles. En mucho tiene sus cualidades de valor y de natural despejo para todo. Entre mil cosas, me ha contado que años atrás, hallándose en Ceuta, hizo conocimiento con el general Ros de Olano, comandante entonces de aquella plaza fuerte, y quedó prendado de su cortesía. Es, según dice, hombre sabio en guerra y en paz; su instrucción abraza hasta el círculo de la religión, de la poesía y de la historia de los pueblos antiguos, mayormente del que se llamó Roma, que luego vino a perderse, como todos los imperios de grandeza desmedida. Entretenía Mohammed Requena dulcemente las horas con el *Chej* español, y desde aquellos días no ha pasado uno sin que le recuerde. Siente en el alma que la guerra del Mogreb con España le impida hoy bajar al llano para saludar a su amigo con la paz y la misericordia de Allah...

En nuestra última conversación me dijo Mohammed Requena estas palabras, que jamás podré olvidar:

—En toda guerra sale finalmente vencedor el combatiente que sabe más, no sólo de guerra, sino de todas las cosas

de humano conocimiento, porque la guerra es un arte que pide la reunión del saber militar y de todos los demás saberes y entenderes. Los españoles, aunque algo alocados, saben o tienen de los diferentes saberes luces incompletas; lucecitas que todas juntas hacen un gran resplandor en las almas, por el cual se guían hacia donde está la victoria... Y no te digo más, hijo. Anda y ve..., y tráeme pronto noticias del triunfo de nuestros hermanos..., que sobre todo lo que te he dicho está la voluntad del Excelso.

V

¡Loor al Grande, al Justo! Sean contigo la misericordia y las gracias.

Transcurridos cuatro días gratos en compañía del bendito Requena, *mina de excelencias,* salí en averiguación de lo que pasaba, pues desde las inmediaciones de Samsa, oíamos cañonazos y el granear de la fusilería. Bajé a campo traviesa, y pasando junto al cementerio mosaico, me encontré a mi criado Ibrahim, que volvía del campamento, y me contó las peleas de moros y cristianos en los días de mi ausencia. Sin precisar fechas, pues era mi hombre bastante torpe en el conocimiento del almanaque, me informó de que los españoles habían rechazado a los creyentes siempre que éstos quisieron estorbar sus obras de fortificación; que el día tantos llegaron al campo nuestro las tropas que manda el príncipe Sidi Ahmet, ocho mil hombres bien armados: se les saludó con salvas y juego de pólvora. El día tal, que debía de ser día cual en el calendario de ellos, visitó el campamento cristiano el gobernador de Gibraltar, que no iba más que a curiosear. En todo metió las narices aquel señor, para informar a su Gobierno del armamento del español, y de cómo llevaban la guerra. En Torre Geleli se comentó esta visita como favorable: creíamos que el inglés había de aconsejar a O'Donnell que se retirara, y no se dejase coger en la trampa que preparada le tenemos. Pero el español, despedido el inglés con zalemas, no tiene trazas de retirarse, y bien lo probó al día siguiente y al otro, provocándonos a batallas en que Allah no quiso favorecernos. De nada nos valió echar los *facíes* por la parte próxima al río, porque la Infantería del Prim no los dejó maniobrar, y entre tanto los batallones ligeros y la Caballería española se nos colaron por la parte alta, al pie de *El Dersa.* Por fin, otro día, que Ibrahim designó más claramente diciendo *el barah* (ayer), los españoles celebraban fiesta de una santa que llaman *La Virgen,* y no combatieron, sino que se dedicaron al rezo, poniéndose todos a mirar para la azotea de la Aduana, donde estaba el santón vestido de blanco y oro, delante de un altar... Y atentos a los gestos del *iman,* se arrodillaban o se ponían en pie, y luego tocaron todas las músicas, en celebración del sacrificio. Oyó contar Ibrahim que en cuanto concluían los cristianos la ceremonia que llaman *misa,* degollaban en aquel altar cien carneros y veinticinco bueyes, que es la ofrenda con que obsequian a su Dios, el cual es un ídolo que gusta de ver correr la sangre en su ara.

Nada contesté a los errores y disparates de Ibrahim acerca de la religión hispana, por parecerme que constituyen un estado moral favorable a nuestra causa, y ordenándole que se fuese a Tetuán para estar al cuidado de mi casa, seguí hasta Torre Geleli, ansioso de ver al príncipe y de comunicarnos recíprocamente nuestras ideas y observaciones. Encontréle revistando los trabajos de fortificación de su campamento, en el cual unos dos mil hombres trabajaban abriendo fosos, acumulando tierras, hacinando obstáculos en las escarpas, con piedras, matojos, enredijo de pencas de pita, raíces y cuanto hallaban a mano. Trabajaban con fe, riéndose algunos anticipadamente de la cara chasqueada que pondrían los españoles cuando se vieran enredados de pie y pierna en tales laberintos... A Muley El Abbás le observé sereno y grave; oyó mis noticias del estado de la opinión en Tettauen, sin mostrar alarma ni abatimiento, asegurándome que había reforzado la guarnición de la plaza con gente guerrera de la mejor que tenía. Díjome luego que sabía por su espionaje la llegada de un refuerzo de tropas cristianas, llamadas Voluntarios Catalanes, y quiso saber

por mí qué gente es ésta, de dónde viene y a qué cabila o tribu de españoles pertenece.

Acudí a ilustrar al príncipe diciéndole que esta tropa viene de un territorio hispano que se llama *La Catalonia*, país de hombres valientes, industriosos y comerciantes; país que está todo poblado de talleres donde labran variedad de cosas útiles: papel, telas, herramientas, vidrio y loza. Como expresara extrañeza de que los *catalonios* dejaran sus telares, alfarerías y fraguas para venir a una guerra en que morirían como moscas, le respondí que allí sobre gente para todo, y que los trabajadores pacíficos no temen interrumpir su faena para ayudar a los fogosos militares, pues los pueblos de Europa saben por experiencia que después de la guerra es más fecunda la paz, y mayor el bienestar de las naciones... Dije esto dejándome llevar de una sandia pedantería, que aprendí no sé dónde ni cómo, y el príncipe, risueño y burlón, me cortó la palabra con los movimientos dubitativos de su hermosa cabeza, casi negra.

Siguiendo por el campamento atrincherado, vi los cañones en su sitio y todo dispuesto para el combate. No pude ocultar mi satisfacción: las robustas piezas me parecieron de terrible hermosura, y los artilleros que habían de servirlas eran a mis ojos los primeros del mundo. Oyó el príncipe mis ponderativos aspavientos, y con modestia melancólica me dijo:

—Ellos traen cañones gruesos de sitio, y otros ligeros que llevan fácilmente de un lado para otro. Pero sobre el bronce está la voluntad de Allah... A los débiles hace fuerte, y a los fuertes, débiles. Ya habrán visto los españoles que los moros van aprendiendo de sus enemigos, con rápida instrucción, el arte de pelear en campo abierto. ¡Ah! ¡Qué sería de los cristianos si no tuvieran de general a ese O'Donnel, hombre sereno que en los puntos y momentos de la confusión da sus órdenes con la calma del que sabe el cómo y el porqué de mover una pieza! Todo lo tiene previsto; nada se le escapa... Las faltas que cometen los muy arrebatados avanzados más de lo preciso las enmienda con los pasos medidos de los más prudentes... Así es que siempre le sale la idea suya... Te digo con toda el alma que para el Mogreb quisiera yo un hombre así, tan sabio y tan entendido en el mover de tropas... Pero ahora y siempre, sobre todo, la voluntad de Allah.

Terminó manifestando que las pérdidas en el día 7 del *Rayab* (31 de enero), habían sido muchas por una y otra parte. En efecto: yo había visto sinfín de heridos arrastrándose o llevados a hombros por las veredas de Samsa, y en todo el campo gran número de muertos que aún no habían sido enterrados... ¡Lleva sus almas, oh Perfecto, a los jardines de perdurables delicias!

El gozo me inundó contemplando la actividad de la muchedumbre guerrera en el campo. En los ojos de aquellos hombres resplandecía el fuego de la fe... Confiaban en Allah y en sí mismos. Recorrí de grupo en grupo todo el terreno ocupado por los defensores del Mogreb; vi miles de miles de musulmanes de distintas castas y familias, y en ningún rostro noté señales de desaliento. Hablaban con animación, reían, y entre las faenas obligatorias y los pasatiempos gimnásticos, ello es que tenían en continuo ejercicio sus músculos de acero. Cuando la batalla no les enardecía, jugaban a vencer o morir.

Allí estaba el Mogreb; todo lo vivo y sano de esta tierra de bendición que Allah tiene por suya. Contar los hombres que pisaban el suelo desde las alturas medias de *El Darsa* a la vaga corriente de Guad El Gelú habría sido tan difícil como sacar cuenta exacta de las estrellas del cielo. En el enjambre bullicioso distinguí las rudas facciones del *bereber*, de ojos encendidos y ágiles movimientos; vi los negros del *Sus*, de expresión triste y dulce mirar; los *muladís*, o mestizos de sudanés y *bereber*, veloces en la carrera y astutos en la intención; vi el árabe de Oriente, cuyo rostro, de belleza descarnada, trae a la memoria la imagen del Profeta, y el árabe español o granadino, de fina tez, fácilmente reconocido por su compostura aristocrática. ¡Y qué variedad de t r a j e s y atavíos! ¡Cuánto más pintoresca nuestra tropa que la de España, en que los soldados van igualmente vestidos, como frailes o alumnos de una escuela eclesiástica! No son personas, sino muñecos fabri-

cados conforme a un vulgar patrón de la industria de sastres. Aquí veo la rica variedad de colores que me dice los gustos de cada tribu y de cada país. Los montañeses del Rif traen sus pardas chilabas terrosas, para que el color les ayude a confundirse con los tonos del suelo; los más pudientes las adornan con caireles y flecos de risueños colores. Ved allí los *tabeles*, de blanca vestidura, y los *bereberes* de Semmur, gustosos de que los vivos matices de sus trajes ofrezcan blanco seguro al enemigo. De esta otra parte aparecen los ricos árabes *tettuanies* y *facíes*, con el blanco albornoz que ennoblece la figura; los negros *bukaras* ostentan el rojo de sus gorros putiagudos; los del *Sus* visten *caftanes* listados de blanco y rojo, y los *beni-argas* y *tsulíes* combinan el negro y blanco... ¡Qué armonía en esta variedad, y qué hermoso espectáculo el de tanta gente que trae a la guerra la unidad de su fe, manteniéndose cada cual en la forma y colorines que la tradición de su tribu le impone!

Cayó la noche sobre esta muchedumbre de creyentes guerreros. La oración suspiró en muchas bocas, y en la mente de todos hubo un pensamiento que salió y subió en busca del Dios Misericordioso. El bullicio se fué apagando, y la movilidad resolviéndose en quietud apacible. Unos en las tiendas, otros al raso, requerían el descanso. Yo me uní a un grupo de amigos que, arrimados a las formidables trincheras de la Casa de Assach, se prepararon a pasar la noche. En aquel grupo había soldados de indomable ferocidad y creyentes de gran virtud: uno de éstos, Bu Haman, camellero que largo tiempo estuvo a mi servicio, me guardaba fidelidad y adhesión cariñosa. La noche la pasamos hablando más que durmiendo, exponiendo cada cual sus pensamientos con libre franqueza. Entre las mil peregrinas cosas que oí, recuerdo una observación interesante del camellero; dijo que la noche anterior, de centinela junto al río, frente al llano de Benimadam, había visto que todos los perros de Tettauen pasaban por una y otra orilla en dirección del campo de los españoles. Sólo dos o tres se detuvieron en el campo moro. Hizo constar uno que los canes olfatean el buen comer, y nunca se equivocan. Otro puso en duda la decantada fidelidad de aquellos animales, y yo, sin decir nada, pensé que el desfile de perros hacia el campamento cristiano era un hecho de malísimo augurio... Mi mente se llena de dudas. Para desvanecerlas, mi memoria revuelve el Corán..., que habla de todo lo divino y lo humano...; pero no dice nada del talento de los perros.

La noche fué desapacible, por el vientecillo helado que venía del Norte. A la madrugada cayó alguna nieve, obligándonos a buscar el abrigo de una tienda. Al amanecer, el viento cambió a Levante, y la nieve, en llovizna fastidiosa. Se presentaba un día de temporal, desfavorable para la guerra. Por fortuna, o por desgracia, a poco de amanecer, corrió el viento a la otra banda, y el Poniente trajo sequedad y despejo del cielo... El *¿Qué pasará hoy?* a todos nos tenía en gran inquietud, y el temor y la esperanza, unidos del brazo, eran huéspedes de todos los corazones marroquíes. Apenas fué de día, nuestro campo recobró la actividad de la víspera; los que tenían algo que comer, se prevenían contra el ayuno forzoso de las horas de pelea. Otros, comidos o sin comer, tanteaban sus armas y se surtían de balas y pólvora... Recorrí todo el espacio entre la Casa de Assach y Torre Geleli, rodeando trincheras, sorteando obstáculos y metiéndome por entre las manadas de hombres afanados, inquietos. Vi a Muley El Abbás hablando sucesivamente con este y el otro *Chef*, con el *kaid et tabyia*, jefe de los artilleros, con los diferentes *kaides* y *bajaes* de la caballería regular *(Jaiali)*, de los *Bukaris* (Guardia negra) y de las irregulares masas de tropa *(harca)* que componían aquella inmensa grey. El príncipe Ahmet salió a caballo con lucida escolta de jinetes árabes, y fué a inspeccionar la gente que acampaba al pie de la montaña... Luego volvió a Casa de Assach. El sol se desembarazó de nubes; sus rayos hacían brillar las armas, y con suave picor, hiriendo la piel de los hombres, los llevaba de la ansiedad a la confianza.

Un caíd de los *facíes* me ofreció caballos y armas; pero no acepté, pues no me sentía con las necesarias aptitudes de agilidad y resistencia para se-

guir a la Caballería en sus atrevidas carreras. No pudiendo permanecer ocioso, mi puesto no debía ser otro que las trincheras de Torre Geleli o la Casa de Assach. Acompañé al caíd hasta las alturas que hay pasado el arroyo de Virgech: desde allí vimos que los españoles habían levantado su campamento, y marchaban ordenadamente hacia nuestras posiciones, en dos grandes masas, que debían de ser los Cuerpos Segundo y Tercero. La verdad, era un espectáculo imponente ver marchar tan gran número de hombres formando líneas, que de lejos parecían trazadas sobre el papel. Avanzaban con paso tranquilo en dos enormes conjuntos de diez mil hombres cada uno. Detrás, junto al fuerte de la Estrella, quedaba otro golpe de gente, que debía de ser la Reserva. Todo lo que vi suspendió mi ánimo: era como la perplejidad calmosa con que la Naturaleza anuncia las tempestades. ¿Hasta dónde llegarían aquellos hombres, que yo veía como nube parda arrastrándose por la tierra, y que llevaba dentro de sí el rayo y la destrucción?... Pasaron los españoles el Alcántara, sin duda por puentes que les habían construído sus ingenieros, y seguían adelante con grave marcha de gigantes, esquivando los terrenos pantanosos, pero sin perder su orden ni sus alineaciones admirables.

Desde las lomas donde dejé a los *facíes*, bajé rápidamente, y pasando el arroyo Virgech me volví a las trincheras que en extensa línea, con entrantes y salientes, conforme a las ondulaciones del terreno, serpenteaban de Norte a Sur, cortando el camino de Tettauen... Seguían los españoles su marcha pavorosa, y los dos Cuerpos de ejército se separaban más conforme iban ganando terreno. Entre ellos distinguí otro bloque rastrero y movible, más bien azul que pardo, que me pareció la artillería montada. Detrás, a larga distancia de los dos Cuerpos, venía la Caballería, en abierta y descomunal falange, dos inmensas filas que parecían trazadas con regla... En nuestro campo, a medida que a las trincheras me aproximaba, advertí, más que silencio, un susurro, bajo el cual vibraba un escalofrío. Pude creer que el oído aplicaban todos, queriendo escuchar el estremecimiento del suelo por las pisadas de los españoles con mesurada cadencia. Duró este susurro, a mi parecer, cerca de una hora. Los cañones de una y otra parte callaban lúgubremente... El primer tiro lo disparó, según oí, una cañonera que subía por el Río Martín para impedir que las partidas de moros derramadas por la orilla izquierda hostilizaran a los españoles... El avance de éstos era constante, como el tormento de una idea fija... Al segundo disparo de la cañonera, nuestras baterías rompieron el fuego contra los dos Cuerpos españoles que venían de frente. La artillería de ellos seguía callada; la nuestra, demasiado impaciente quizás, empezó a mandar balas; pero iban tan mal dirigidas, que casi todas caían en los claros de los batallones, los cuales continuaban su marcha lenta, de aterradora pesadilla, sin hacer caso de nuestra temprana furia.

Mas llegó un momento en que los españoles se detuvieron. Hallábanse en el punto preciso que su sabio general les había marcado. Amenazaban el extremo derecho de nuestra línea de trincheras. Ya les veíamos a distancia como de un cuarto de legua, o menos. De su artillería avanzaron dieciséis cañones, que rompieron el fuego sobre nuestros parapetos. ¡Allah, Grande y Justo, asiste a los tuyos! El horrible estruendo de tantos cañones de una y otra parte no puede ser expresado por ninguna voz humana... Tan formidable sonido no parecía cosa de la tierra, sino del cielo. En medio del fragoroso sacudimiento del suelo y vibración de los aires, vino a mi mente lo que está escrito en el Libro Santo: «El trueno canta las alabanzas del Excelso. Los ángeles, poseídos de terror, le glorifican. Allah lanza el rayo; ruedan las nubes; las tempestades repiten que Allah es inmenso en su furor.»

VI

Y en esto, como si de la sierra se desgajase uno de los montes más altos rodando en pedazos mil hacia el llano, vimos que se arrancaba nuestra caballería en número de cinco mil jinetes, con infinidad de colorines y relumbrón de arreos y armas, corriendo a envol-

ver a los españoles por su flanco derecho. ¿Cómo podrían contener los de O'Donnell este formidable pedrisco? Me han dicho que el suelo retemblaba, y que por el aire surcaban como llamaradas las exclamaciones de los jinetes, enardecidos por la fe y envalentonados por la seguridad del triunfo. Este hubiera sido grande y decisivo, si Satán, que entre las filas españolas andaba con todos sus diablos para dañar al Islam, no sugiriese a nuestros enemigos un infernal ingenio de guerra, el más indigno y bárbaro que puede imaginarse. El general de la Reserva, que me parece se llama Ríos, destacóse del fuerte de la Estrella, que era el puesto que O'Donnell le había marcado, y disparó sobre nuestros cinco mil caballos, no balas o granadas, sino unos traidores cohetes, que, corriendo y reventando por bajo, al modo de buscapiés, espantaban a los nobles animales y hacían imposible todo concierto en el ataque. ¡Maldito sea de Allah, y precipitado en la *Gehenna* (los infiernos) el que inventó tales aparatos de confusión y burla canallesca! Contra esto nada vale el arrojo de los guerreros más audaces, nada las órdenes, planes y reglas de batalla. Desesperados, los jefes de la Caballería gritaban que no se tuviese miedo de los estampidos de los cohetes; pero los pobres caballos, como irracionales y privados de entender la palabra humana, no podían reparar-se de su terror, sintiendo que por entre sus patas se enredaban todos los demonios con carcajada de pólvora restallante y corrimiento de ruidos espantosos. No obstante, trabajo le costó al *chej* Ríos, con sus cohetes y sus batallones, atajar el empuje de nuestra Caballería, aunque ésta se enroscaba en sí propia, y se dió el caso de que algún jinete, medio loco, hiriese a sus propios hermanos.

Satán o *Eblis* y todos los genios malos, creados del fuego, se concordaron para ayudar a los españoles. A los diez cañones que vomitaban balas contra nosotros, otros tantos se unieron pronto lanzando granadas encendidas. Felizmente nuestros parapetos no estaban mal armados, y el daño que nos hacían no era grande. Yo vi que a cada disparo saltaban al cielo surtidores de tierra; a veces, entre ellos, un pedazo de árbol, una cabeza, una pierna de hombre... ¡Espectáculo terrible! Otros cañones cristianos fueron en ayuda del general Ríos, que se desenredaba de los caballos moros como su Dios o Satán le dió a entender. ¡Allah le ataje pronto sus días!

Y las dos masas de infantería cristiana se aproximaban más a cada momento, esperando que se les diera orden de atacarnos. La una ya estaba como a seiscientas varas de nosotros; la otra, como a cuatrocientas. Por el lado del río también había fuego vivísimo. Un *chej* español se batía con los moros de a pie y de a caballo que desde la margen del Guad El Gelú nos ayudaban, y contra éstos también echaron cañones los cristianos; que en este día de ira y de fuego todo era labor de artilleros, y se creería que de la tierra brotaban las condenadas piezas de montaña. ¡Sea quemado y vuelto a quemar infinidad de veces en el infierno el que inventó esos execrables tubos de bronce, que traerán, si Allah no lo remedia, el acabamiento de los hijos de Adán!

Por lo visto, los españoles querían inutilizar nuestras baterías antes de atacarnos cuerpo a cuerpo. Mas no era fácil, no era nada fácil, ¡ira de Allah!, porque los parapetos de tierra, dirigidos en su ejecución por sargentos ingleses, presentaban admirable defensa para los cañones y los sirvientes de éstos. El fuego continuo de los enemigos nos mataba mucha gente; pero no lograba inutilizar nuestras piezas... Estas callaban algún rato, por falta de sirvientes; pero luego volvían a soltar su tremenda voz en los aires inflamados. Señal indudable de intervención del pérfido *Eblis* en contra nuestra, fué que una granada cristiana, en vez de caer en la contraescarpa, se metió muy adentro, guiada del infernal espíritu, y vino a reventar en el propio depósito de nuestra pólvora. Quemóse ésta de una vez, escupiendo al cielo un pavoroso y horrísono volcán. ¿Qué mayor prueba de que los genios del mal tenían hecho trato con O'Donnell y servían a España como traicioneros y burlones diablos?

El maldito, el infiel O'Donnell no se apartaba un punto del pérfido plan que había compuesto para perder al Mogreb. Su titánica Infantería, poca cosa como quien dice, la friolera de *treinta y dos batallones*, continuaba impávida

detrás de las baterías, aguardando a que éstas hicieran el mayor estrago posible. La tenía el gran español como trincada y sujeta con inmensa rienda, y aunque ella quería embestir, no la dejaba el muy perro. Los cañones, que a cada instante crecían en número, como si salieran de la tierra, continuaban abrasándonos en toda la línea... Las trincheras de Casa de Assach, donde estaba el príncipe Ahmet, eran las que más quebrantadas parecían por el cañoneo incesante... Llegó, por fin, el momento que el sagaz O'Donnell esperaba, el momento de la madurez, o sea cuando nos halláramos en punto de cochura, como quien dice, para ser comidos calentitos. Los vibrantes cornetas de ellos, y las músicas, para que nada faltara, dieron a una la señal de ataque... Ello fué cuando la Infantería se hallaba a la distancia precisa para poder llegar de un aliento a nuestras posiciones... Quien pudiera ver desde los aires la veloz carrera de los treinta y dos batallones desplegados como por encanto en una línea de extensión poco menor de media legua, vería un espectáculo tan horrible como grandioso. ¡Inmenso choque de la vida y la muerte! Por la parte que yo vi, puedo imaginar el conjunto de esta feroz acometida de hombres contra hombres. Y para que no dijesen los soldados de sus jefes les mandaban a morir, quedándose ellos en el seguro, delante de las masas de Infantería venían los generales gritando:

—*Avante,* hijos... Carguen... A ellos...

En el lugar donde yo estaba, junto a Casa de Assach, me tocó ver a O'Donnell, a quien nunca había visto... Le vi trayéndose detrás una ola de furiosos hijos de Adán, discípulos de Cristo, hombres mil vestidos del pardo poncho, con los casquetes o roses echados atrás y la fiera bayoneta relumbrante al sol, apuntando a los pechos y a las barrigas de los pobres hijos de Adán que éramos discípulos de Mahoma... Y pude observar en aquella visión de relámpago que era el llamado gran español un diablo largo y rubio, de tez enardecida por el fuego de su sangre hirviente... Y visto un instante, ya no le vi más, porque tuve que poner mis ojos en el pedazo de tierra por donde yo debía escabullirme para librar mi cuerpo del horrible filo de las bayonetas... Recuerdo bien que hice fuego sobre los enemigos que se colaban en nuestro campo, salvando las trincheras; y no disparé una sola vez, sino dos o tres; y no mentiría si asegurase que maté, o herí por lo menos gravemente, a uno, quizá a dos... Pero considerándome yo también hijo de Adán, y acordándome de Puerta de Dios *(Bab-el-lah)* y de mis adorados hijos, creí que era un deber conservar la existencia, o que mi muerte no habría de traer ya ninguna ventaja al apabullado Islam.

Y así como yo vi al máximo diablo O'Donnell echarse con su caballo sobre nuestras trincheras, trayéndose detrás el huracán de sus tropas, otros me han contado que vieron al *Eblis* Prim en tal punto de la línea, y al *Eblis* Ros de Olano en tal otro... Diablos eran todos, y cada soldado echaba fuego por los ojos, fuego por la bruñida bayoneta, y fuego escupían de su boca en bárbaras y blasfemantes expresiones... En medio de la confusión de nuestro campo, viéndome obligado a no estar ocioso y a no escapar cobardemente, imité a los *chejes* que vi cerca de mí, y, como ellos, dediquéme a dar palos sobre los infelices que retrocedían... ¡Atroz revoltijo de pelea, y espantosa algarabía de voces y tiros, de cañonazos próximos y lejanos! Llegué a perder toda orientación y a no saber dónde me encontraba. Yo no sabía hacia qué parte caía Tettuaen, pues creí verla por el lado del Río Martín, hacia la mar salada; me figuré que las olas ocuparían el sitio del enhiesto Djibel Musa, y que éste se había ido de paseo por la banda de Oriente... En fin, ni Norte ni Sur había ya para mí, y tierra y cielo cambiaban de sitio.

Las feroces luchas cuerpo a cuerpo eran aquí y allá favorables a los españoles. Muchos de éstos avanzaban como locos campo adentro... Vi muertos a los que un momento antes había visto vivos, gritando y matando. Caídos vi moros o cristianos, que volvían a levantarse, teñidos de sangre, para caer de nuevo... No sé por qué parte..., debía de ser por la parte de El Dersa..., moros a caballo y a pie se alejaban de la refriega... Mirándoles, sentí vehementes ansias de tomar aquella dirección; pero no me determinaba. Seguí yo sacudiendo a los flojos, y recordándoles con ardiente palabra las dulcísimas venturas que encontrarían en los jardines

paradisíacos si se dejaban morir por el Mogreb... Pero, la verdad, no se convencían fácilmente, y, sin quererlo yo, me transmitieron su desánimo. Confieso, Señor, sin avergonzarme, que la seguridad de la inmortal dicha cautivaba mi espíritu menos que las imágenes de la felicidad temporal y transitoria, accesible en este mundo. Todas mis ansias eran para mis hijos y para Puerta de Dios *(Bah-el-lah)*.

En esto, como desmayase yo en apalear a los que volvían al enemigo la espalda, en la mía descargó furiosamente su garrote un caíd desconocido y bárbaro. No fué preciso más para que siguiese yo el ejemplo de muchos moros principales, o no principales, que quisieron acortar la distancia entre el campo de muerte y la montaña de salvación. A huir me impulsaba, más que el horror de la matanza, el furibundo miedo que tomé a los rostros de los españoles. Ni los cadáveres que pisábamos, ni el espectáculo de los hombres que yacían expirantes, con la cabeza hendida, el vientre rasgado, algún miembro separado del tronco, entre charcos de sangre, me causaban horror tan intenso como los rostros de los españoles vivos que iban entrando en nuestro campo y posesionándose de él. Y si alguno me miraba, mi pánico me hacía buscar un agujero donde esconderme o ancha tierra por donde correr... No puedo darte, señor, explicación de esto, pues yo mismo no lo entendía ni lo entiendo. Ello debió de ser obra de los genios malvados que, invisibles entre nosotros, nos llevaron a la catástrofe, aflojando nuestra valentía; y no satisfechos aún, querían volvernos locos para que los cristianos nos destruyeran en la confusión de nuestra retirada.

Ya iba yo más allá de Torre Geleli, faldeando con paso vivo la montaña, cuando otros infelices que a mi lado pasaron a todo el correr de sus ágiles piernas profirieron blasfemias horribles, natural desahogo de la vergüenza y humillación que todos sufríamos. Lo peor, señor, fué que yo también blasfemé: mi lengua, como máquina obediente a las soeces exclamaciones que me entraban por los oídos, pronunció también voces y frases altamente ofensivas para el poderoso Allah, Dios Grande y Unico... Entiendo, señor que en aquel trance de tanta turbación y amargura mi lengua emancipada y sola, sin estímulo del pensamiento, echó de sí las atrocidades que confieso ahora para que veas mi pecado y me ayudes a obtener el perdón. Oyendo las perrerías que los otros decían de Allah por haber consentido a los ángeles maléficos la derrota del Islam, yo le llamé cochino, nombre que dan los cristianos al inmundo animal cuya carne nos está verdada por enfermiza y corruptora de nuestra sangre... Y para acabar de arreglarlo, voces españolas de mal gusto se me escaparon de la boca, como *calzonazos* aplicado al Sumo Creador, y cabrón o macho cabrío, con que desvergonzadamente motejé al Profeta... Pero estábamos ebrios de despecho y vergüenza, y no sabíamos lo que decíamos; casi no éramos responsables de tan nefando sacrilegio, y Allah, que nos oía, porque todo lo oye y lo ve, debió de menear la majestuosa cabeza y esclarecer todo el Universo con una indulgente sonrisa... ¿Verdad, señor, que si Allah nos condujo al desastre fué porque así nos conviene? ¿Verdad que ha querido castigarnos por nuestra poca fe y el descuido de las prácticas religiosas? Así lo pensé yo por la noche, y me privé del descanso y sueño para implorar el perdón de mi culpa y reconocer humildemente la sabiduría del Creador y Ordenador de todas las cosas.

Y dicho esto en descargo mío, sigo contando. Ibamos en gran desorden, temerosos de que el cañón cristiano nos diera la despedida. Faldeando el áspero monte frente a la Alcazaba, saludábamos tristemente a la blanca *paloma*, que pronto había de ser esclava del soberbio *Sbañul*. No vi al príncipe Ahmet, que era de los que habían tomado la delantera para llegar pronto al descanso; al otro príncipe, a mi amigo Muley El Abbás, sí pude verle, y aun cambiar con él afligidas palabras. El noble señor se cubría el atezado rostro con un pañuelo para que no viéramos las lágrimas que de sus ojos echaba. Hombre de tesón militar y de ardiente patriotismo, no hallaba consuelo a su dolor y vergüenza, como no fuera en la santa religión.

—Dios lo ha querido—me decía—. Nada podemos contra Dios... El Mogreb es vencido por la tibieza de nuestra fe... No acuden como debieran los voluntа-

rios musulmanes a la guerra santa... Mahoma está perplejo; Allah, muy enojado...

Andando sin parar, oí de labios de mis compañeros de fuga las opiniones más estupendas. Bu Haman, el que fué mi camellero, nos explicó el desastre con un criterio teológico muy peregrino. Aficionado el hombre a leer las Escrituras, blasonaba de muy sagaz en la interpretación de las causas divinas que producen los efectos humanos. No nos había derrotado Allah deliberadamente para castigarnos por nuestra falta de fe: la fe crece como planta lozana en el Mogreb. Nos habían derrotado los genios rebeldes burlando al Poderoso. El Dios Unico, al crear a estos malditos seres incorpóreos, formándolos del fuego, les dió la facultad de introducirse sin ser vistos en el Paraíso y de poder escuchar lo que el Dios Unico habla con los bienaventurados. Así se enteran de los secretos divinos, y luego bajan a la tierra y arman sus enredos.

—Si Allah no hubiera dado a los genios malos la facultad de oír lo que se dice en el Cielo, no pasarían estas cosas... Los tales escucharon lo que Dios decía del plan de guerra de los españoles y de lo que pensado tenía para desbaratarlo... ¿Qué hicieron entonces? Pues descolgarse a la tierra y sugerir a O'Donnell que cambiara de plan...

Sin duda, el buen Bu Haman se había vuelto loco de la irritación y furia del combate, porque sólo a un demente se le puede ocurrir el sacrílego disparate con que terminó su explicación.

—Creedme: lo que debe hacer Allah Grande y Unico, en casos de una batalla que compromete la suerte de su pueblo, es callarse..., callarse, digo, y no revelar su pensamiento a los *rostros blancos* (bienaventurados) que van a preguntarle: «¿Qué hay, Señor? ¿Qué has resuelto?...» Si sabe Allah que los genios rebeldes tienen facultad de esconderse y oír, ¿para qué habla?... Adorémosle con un nuevo nombre: *El Silencioso.*

VII

Al caer de la tarde, entre cinco y seis, cuando ya el sol trasponía, dorando las cumbres de El Dersa, nos tiramos al suelo en un recuesto seis o siete hombres que caminábamos juntos. El herido que dos de nosotros transportábamos por turno se nos quedó muerto, y desembarazados de la carga (dejándole junto a un árbol, acompañado de otros que los delanteros soltaban conforme morían), nos dimos un rato de reposo. Boabit Musa, comerciante de Rabat, amigo mío, sacó del zurrón con su mano ensangrentada unas naranjas que repartió, y chupando su ácida frescura departimos sobre lo pasado y lo futuro. Bu Haman se lamentó de que en poder de los cristianos quedase el sinfín de tiendas de nuestros cuatro campamentos y las provisiones ricas que en ellas teníamos. Era un dolor perder tanta riqueza y hermosura. El Yementí, negro del *Sur*, no podía echar de sí la visión horrible del furioso ataque de los españoles. Lo que vió en aquellos momentos de sublime espanto quedó impreso en sus ojos, y del espanto no se aliviaba sino refiriendo lo que aún veía. Y con tal viveza lo narraba, que los demás creíamos haberlo visto. En la tronera o boquete del parapeto estaba El Yemeni cuando Prim, con gallardo atrevimiento, se metió a caballo en nuestro campo. La sorpresa misma de tal audacia impidió matarle en el instante de su aparición. Luego se fué a él, yatagán en mano; pero a punto entraron detrás de Prim seis, ocho, diez de aquellos voluntarios que llaman *catalonios*, hombres fornidos, con un gorro morado y luengo a manera de bolsa, que les cae para delante o para detrás, según mueven la cabeza. Ha contado El Yemini que él solo mató a cuatro de aquellos malditos, hundiéndoles su cuchillo en el vientre o en el costado... A uno de éstos lo mató en el mismo momento en que él mataba a un rifeño. Fueron dos muertes entrelazadas, como las rayas de un arabesco... Antes de esto vió a los *catalonios* de las primeras filas caer en un charco de agua honda, y sobre los cuerpos caídos pasar los demás como por un puente... En esta disposición los fusilaban desde el parapeto, cuando se metió Prim como un terrible diablo, contra el cual nada podían. Llevaba consigo un espíritu malo, pues le tiraban golpes y tiros y no podían herirle.

Y Boavit Musa refirió que de los gigantes *catalonios* habían muerto la ter-

cera parte o más, pues caían como moscas. En una trinchera de Casa de Assach había visto a O'Donnell echando llamas por los ojos y por la boca. Podía jurarlo... Una compañía de cazadores había entrado tras él. Mataron moros muchos; pero éstos no se dormían, porque allí quedó el capitán de la compañía, todos los sargentos y más de treinta soldados. Boabit mató cuantos quiso, y de ello estaban sus manos teñidas de sangre. Otro que venía con Boabit, y que yo no conocía, refirió que en Torre Beleli entró un general, que, según dijeron, es hermano de O'Donnell, llevando consigo un batallón, del cual murió la mitad para que la otra mitad pudiera llegar hasta la misma Torre. Al que esto contaba le diputé por renegado, fijándome en las exclamaciones españolas que entre frase y frase ponía. Interrogado acerca de su condición, nos reveló su origen cristiano, y yo caí en la cuenta de que él fué quien, al iniciarse la retirada, blasfemó al lado mío, haciéndome blasfemar a mí. Aquel maldito español fué el causante de que mi boca se disparara en insultos desvergonzados contra el Excelso... A pesar de esto, quedamos amigos, y como El Gazel, que así se llama, dijese que en cuanto fuera de noche entraría en Tettauen, donde tenía que mirar por algunos efectos de comercio guardados en su almacén, entre ellos tres sacos de almendra, me animé yo a ir con él, pues me convenía dar un vistazo a mi casa y a mis sagrados intereses.

En esto llegaron otros amigos de los últimos en la fuga, y con ellos venía Sid Afailal, hijo de un famoso *sheriff* y más aficionado a la poesía que a la guerra. Venía como loco, dando gritos y extendiendo los brazos, ya para increpar a los que entregaban al cristiano la bella ciudad, ya para dirigir a ésta, que entre sombras se veía, melancólica, dulces requiebros amorosos. Callamos oyéndole, pues aquel hombre que clamaba con poéticas voces en medio de los caminos poseía seductora elocuencia; los heridos se reanimaban oyéndole, y hasta se creería que los muertos ponían atención al vago discurso difundido en la noche. Leed aquí, señor, lo que el mágico poeta cantaba con entonación solemne, que a todos nos hizo derramar llanto de ternura:

—Dime, Allah, ¿por qué has desbaratado el ejército de la fe? ¡Por qué lo has expuesto a tantas calamidades? ¿Por qué has rebajado una tan gran dignidad entregándola a un enemigo que no vale ni sus desperdicios?

Así declamaba, con mística exaltación, mirando al cielo, elevadas con rigidez ceremoniosa las palmas de sus manos. Luego se volvía a Ojos de Manantiales, y con plañidera y delgada voz le decía:

—Tú, que has sido siempre pura como paloma blanca o como el turbante del *Iman en el Mumbar* (el sacerdote en el púlpito); tú, que eras un jardín espléndido y hermoso, cuyas flores sonreían de felicidad como lunar en la mejilla de una desposada; tú, cuya belleza es superior a la de Fez, Egipto y Damasco, ¿qué es ahora de ti?

Oyendo estos bellos canticios, lágrimones como puños brotaban de nuestros afligidos ojos, y el pecho se nos oprimía. Volvíase luego el poeta hacia nosotros, y nos declaraba que Tettauen era víctima del *mal de ojo*, y que padecía la misma suerte que la fabulosa heroína Zarka El Jamamam. Los españoles no eran más que unos infames hechiceros que habían hecho *mal de ojo* al Islam... La emoción no nos permitió añadir comentario alguno a las sublimes inspiraciones del tierno poeta, que luego se volvió otra vez hacia la ciudad arrancándose con esto:

—¡Oh país de la felicidad y del placer! Si la estrella de tu buena suerte se ha eclipsado ante los resplandores de otra estrella de fatalidad, pronto nacerá una luna que con su esplendor borre las tinieblas presentes.

Esto dijo el exaltado poeta. Le besamos la orla de la chilaba, y él siguió hasta encontrar más moros fugitivos a quienes obsequiar con las mismas cantinelas.

Cuando le vió lejos, Bu Haman me dijo:

—Yo soy el único que no se ha conmovido con los gritos de este farsante. Ya sabes que el Corán habla pestes de los poetas. Los demonios malos inspiran a los hombres mentirosos, éstos a los poetas que andan declamando por los caminos y a los musulmanes extraviados que les aplauden y los siguen.

A esto replicó El Yemení que los poetas deben ser oídos con deleite y respeto,

os desciende el espíritu de
acabamos de oír, Sidi Afai-
de un veneradísimo *sheriff*
amado así porque Allah le
) la facultad de hacer mila-
hacer todos los milagros
pero él es tan modesto que
ace o los hace en familia
) sean milagros públicos...
camellero Bu Haman sobre
a corriente en el Mogreb;
imos enredarnos en discu-
tan grave punto, porque los
querían seguir para reunir-
cipes y acampar con ellos.
o les deseamos la paz en el
oyo de Samsa, y retrocedi-
o en Tettauen por la Puer-

rano, Allah justiciero! Des-
finita misericordia sobre la
e de nuestras iniquidades
n ellas... No tenemos pala-
implorar tu clemencia al
tunios que ha derramado
obre la inocente Tettuaen.
ñor, desatas sobre tu hija
furias del infierno? ¿Quié-
s enemigos que la hieren,
a y la ultrajan? No son,
oces secuaces del *Hijo de*
s infieles, no los idólatras,
propios hermanos o quizá
icos disfrazados con figura
Islam.
os dado veinte pasos en el
ciudad, cuando vimos los
ebeyo desorden que en ella
i compañero, el renegado
o verdadero nombre es To-
er reprimir el grito de la
alma le salía, exclamó en

Santísima..., tenemos aquí
Me cisco en Allah y en la
su madre. Pero ¿no ves,
aquí ha pasado el demonio.
'o a ser más comedido y
lenguaje, y seguimos por
ebrosas, tropezando en ob-
ndonados, en figuras ya-
halaban quejidos, en muer-
ecían nada, en escombros
medio quemar. Ante tan-
no tuve otro pensamien-
rme a mi casa, próxima
erial. El Gazel corrió a la
le la gran mezquita. Nos
separamos... Al pasar yo por la Alcaicería, halléme entre un miserable gentío que con grande algazara se arremolinaba en torno a una puerta de la cual salía humo. Mujeres, viejos y chiquillos clamaban desconsolados. Los bárbaros montañeses habían huído por Bab Eucalar después de pegar fuego a varias casas, llevándose lo que de algún valor encontraron en ellas. Ansioso de llegar a la mía, tuve la suerte de encontrar a Ibrahim, que me anticipó la tranquilidad que yo buscaba. Ningún atropello había sufrido mi vivienda, según me contaron mis sirvientes y la esclava, por lo cual me apresuré a dar gracias a Dios, pidiéndole además que en lo restante de la noche me librara de toda maldad.

Díjome Ibrahim que Muley El Abbás acamparía probablemente a orillas del Busceha y que sus tropas no guardaban ninguna disciplina. Multitud de montañeses se habían quedado en las afueras de Tettauen, por Occidente, y cuando les parecía bien entraban en busca de comida, muertos de hambre y locos de rabia. Al tiempo que esto escuché, oí el cañón de la Alcazaba, que con jactancia estúpida seguía mandando balas al campo español, horas antes campo moro, seguramente sin hacer daño alguno, pues las balas habían de caer frías y desmayadas como las maldiciones del vencido moribundo. Al ser conocida la derrota de los musulmanes, había en la ciudad partidarios de la resistencia; pero después de los escandalosos desmanes ocurridos al anochecer, ya no hubo ningún tetuaní de mediano pelo y posición que no deseara la entrada de los cristianos.

Informáronme también mis servidores de que multitud de menesterosos moros y hebreos habían ido a mi casa durante el día, creyéndome allí, en demanda de socorro. ¡Infelices! Conocían el fervor musulmán con que practico la limosna, y acudían a mí. Sólo restos guardaba en mi despensa; pero de ellos participaron los que padecían hambre. Mis criados hicieron lo que habría hecho yo si presente estuviera. Entre los pedigüeños estuvo la hechicera Mazaltob, que reiteró sus ansias de verme y hablarme. Creyendo que la engañaban al decirle que estaba yo en el campo de batalla, se metió por todos los apo-

sentos y rincones en busca mía. Lo que buscaba no encontró; pero sí un gran trozo de *maharsha* (pan de cebada) como de media libra, y unos pastelitos dulces y ya revenidos *(el macrod)*. Todo se lo apropió gozosa antes que se lo dieran, y partió veloz, dejando en mis criados la mala impresión o sospecha de que, al recorrer sola las estancias, patios y corredores, pudo dejar en alguna parte de mi vivienda la huella maligna de su espíritu dado a los demonios. Sobre este punto tranquilicé a mis buenos sirvientes, asegurándoles que mi fe musulmana es escudo mío y de mi familia contra las asechanzas de los hijos del fuego.

Largo rato estuve en mi casa, meditando en las calamidades horrendas que Allah nos enviaba como llamas de purificación, y buena parte de aquel rato dediqué a implorar la clemencia del Augusto Criador por el pecado de ultrajar su nombre con dicterios inmundos al lanzarme a la fuga después de la batalla. Cumplidos este deber y el de mis abluciones, tomé algún alimento para repararme de tanta debilidad, me vestí de limpio y salí acompañado de Ibrahim, el cual me indicó que en la morada de Ahmed Abeir se congregaban los principales de la ciudad para ver qué determinaciones se tomarían ante el peligro de los desmandados rifeños, por una parte, y de los cristianos, por otra. Palpando la oscuridad avanzamos por las angostas calles; a cada paso nos detenían informes bultos yacentes, otros movibles. Uno de éstos, que nos infundió pavor supersticioso, resultó ser un pobre burro abandonado. El hambriento animal fué largo trecho detrás de nosotros, como pidiéndonos que le diéramos de comer. No me sorprendió la escasez de perros en las calles: los suponía, según el dicho de Bu Haman, apegados a las abundancias del campamento español. A lo mejor, de los montones de escombros o de muebles hacinados salían lamentos débiles, la voz ahilada de algún mendigo anciano o de pobres ciegos que imploraban socorro. Limosna de pan querían, no de dinero, y aquélla no podía yo dársela, porque el comercio estaba paralizado y en las tiendas no había provisión de ningún comestible.

Para ir a la casa de Ahmed Abeir, que vive cerca de Ba-el-aokla, habíamos de pasar por el zoco. Allí nos salieron al encuentro moros haraposos y judíos de ambos sexos, gritando con voces desesperadas:

—Paz, Señor. Abrid puerta a los españoles.

Esta súplica vino a mis oídos en las dos lenguas, árabe y judiegoespañola, y en las dos contesté yo:

—Confiad en la autoridad, que resolverá lo que convenga.

Mi respuesta les exasperó más, y allí fué el maldecir a Muley El Abbás, al bajá y a los hombres tercos que, guarecidos en la Alcazaba, sostenían una sombra de poder irrisorio... No era mi ánimo detenerme a escuchar lamentaciones agoniosas, ni relatos de desdichas que no podía evitar. Pero me vi rodeado de pobres viejos moros, del comercio menudo, amigos y clientes míos, que lloraban por sus miserables tiendas del zoco, saqueadas y destruídas aquella tarde. Habían llegado al punto anímico en que el sentimiento patriótico se contrae, se aniquila, desaparece, quedando en su lugar y dueño de toda el alma el sentimiento de la subsistencia y de la propiedad. Los que dos días antes llamaban *perro* al español, ahora claman por él, pues aun siendo *perro* había de traer comida y otra cosa que ellos no aciertan a definir, y es algo semejante a lo que los europeos llaman *orden público*.

—Que vengan—gritaban—, que vengan con justicia, y al ladrón, palo mucho.

Una mujer me tiró del jaique.

—¿Eres tú, Noche? ¿Y tú hermana Tamo? ¿Y tu padre Ha Levy?

Con voz turbada, tartajosa, que expresaba el hambre en cada sílaba, la infeliz Noche me contó que ellas y su padre habían intentado la fuga, *denque supieron perdida la batalla,* pero en Bab Eucalar toparon una turbamulta que las metió para adentro. No eran montañeses todos los que entraban atropellando con griterío. También venían entre ellos mancebos tetuaníes de los que andaban en la guerra... Furiosos, insultaron a las dos hermanas, tirándoles de la *justata* para desnudarles la *pechera,* y al padre le agarraron de las barbas canas sin respetar su *vejetud*... La pobrecita Tamo, al volver a casa, se había caído en un montón de maderos, *desgobernándose* un

pie, y estaba *cojosa;* a su padre, cuando pasaban por el zoco, un tropel de *moros* jóvenes quiso tirarle a tierra, y uno de ellos le *aderezó* un palo en la cabeza, de lo que ha quedado el pobre *adolorado, sin judizio*... En la casa no habían dejado los robadores ni una hilacha. Todo, menos el oro, que estaba soterrado, se lo llevaron. Tamo y Noche, con su padre, se habían refugiado en casa de Ahron Fresco, *aonde* juntadas familias muchas, podían defenderse si otra vez tornaban los malos. Lo que a todos más agobiaba era no tener nada de comida, pues a ningún precio se encontraba.

—Pero ¿nada tenéis que pueda serviros de alimento—le dije—: higos, mojama, el gato?...

—Nada hay en nuestra casa ni en la de Fresco, más que las drogas que vendemos; azufres, áloes, incienso, agalla, matalahuva y zarzaparrilla... Con algún enjuagatorio de esto, refrescación de tripas, vamos engañando el hambre... Ven y verás nuestra miseria.

Respondíle que no podía en aquel momento ir a su casa, por tener que personarme en la de Ahmed Abeir, donde los principales estaban reunidos. Allí acordaríamos algo que aliviase la miseria y previniera nuevos desmanes. Seguí mi camino, apartando a un lado y otro los grupos de hambrientos y llorones. En casa de Abeir hallé unos catorce individuos, de posición los unos, otros dedicados al transporte comercial, como el renegado El Gazel (Torres). En pocas palabras me informó el dueño de la casa de que se había llegado al acuerdo de enviar al campo español al día siguiente una comisión de cinco vecinos con el fin de ofrecer a O'Donnell la entrega de la ciudad, siempre que el general español prometiese respetar vidas, haciendas y religiones. Más de tres y más de cuatro dijeron que en la embajada debía ir yo, a lo que me negué, alegando que he tenido cuestiones desagradables con españoles del comercio de Ceuta y de Algeciras, y que sonaría mal en los oídos cristianos el nombre de El Nasiry. Razones di con fundamento lógico, y hasta con elocuencia, y por término de mi perorata propuse que fuese Torres en la embajada. Así se acordó. ¡Loores mil al poderoso Allah!

Habíamos determinado lo que te escribo, ilustre señor, sin contar para nada con los locos que aún seguían presumiendo y fanfarroneando en la Alcazaba. Mas era preciso que nos armáramos de valor, y nos atreviéramos a decirles que se retiraran dejándonos dueños de la plaza. Con otros dos fuí comisionado para poner en conocimiento del bajá y su tropa la destitución que acordó la Junta del Pueblo, cosa desusada en nuestras historias, y una novedad más que aprendíamos de los españoles. ¡Sobre todo, los designios de Allah!

¡Con doscientos y el portero!, no me acobardé ante las dificultades de mi comisión, ni tampoco los que en ella habían de ser mis compañeros. Pero sucedió lo más inesperado y peregrino, pues, sin duda, Satán, que nos había hecho tan malas partidas en el curso de la batalla, también en aquella tristísima noche de la ciudad, ni vencedora ni conquistada, tramó los mayores enredos que pueden imaginarse. He aquí que apenas salimos a la calle los tres comisionados para colgar el cascabel en el pescuezo de los de la Alcazaba, oímos estruendo terrorífico de voces, y vimos por encima de las azoteas resplandor rojizo de incendio... Corrimos hacia el zoco, de donde, al parecer, venían la bullanga y el resplandor, y al pasar por un pasadizo cubierto, de los que en la ciudad tanto abundan, distinguimos un bulto negro y pavoroso que hacia nosotros venía en la actitud más amenazante. Íbamos armados; requerí una pistola, di la voz de «¡Quién vive!...» Como no nos respondiera el terrible sombrajo negro, ya los tres, en concertado movimiento, nos lanzábamos hacia él, cuando del bulto mismo salió un formidable rebuzno que al primer sonido nos hizo estremecer de susto, después de admiración... Caso fué sobrenatural, según dijo uno de los tres, que creía en el poder de los genios maléficos para transformarse en pollinos. Era el infeliz asno que yo había encontrado no lejos de mi casa, y que recorría la ciudad buscando algo que comer. Más afortunado que los habitantes de la raza de Alán, aquel descendiente de la burra que habló, según nos dice el *Pentateuco,* había encontrado entre las basuras y escombros un montón de paja, en el cual metía con delicia sus desocupados dientes. Rebuznaba de júbilo triunfal.

VIII

¡Bendito Allah, confunde a los injustos, que no creen en tus designios! ¡El ángel Malek, encargado de tus castigos, les dé a beber el agua hirviente!... ¡Horrible espectáculo se presentó a nuestros ojos en el zoco y puerta del Mellah! La canalla que en las angustias de la ciudad hallaba ocasión para sus tropelías entró a medianoche, cebándose en los pobres hebreos. Buscaba el dinero escondido, y no hallándolo, apaleaba a los hijos de Israel, sin respetar mujeres ni ancianos. Cuando yo llegué, algunos de aquellos desalmados habían huído ya, llevándose ropas y cuanto encontraban de fácil transporte; otros trataban de pegar fuego a las casas, hacinando paja y la madera vieja y las astillas de los tenduchos destrozados. En el barullo perdí de vista a mis compañeros; pero la suerte me deparó a Ibrahim: él y yo acudimos con palos a dispersar a la chusma, que las armas no eran del caso contra malhechores cobardes que huían a cualquier intimación de hombres decididos... Quiso Allah que de súbito se nos unieran tres fornidos moros, de buen porte, que llegaban de la Alcazaba, y entre todos pudimos dar su merecido a los que avivaban la hoguera y metían haces encendidos dentro de las casuchas pobres... De pronto, de lo más recóndito del Mellah nos llamaron voces de angustia... Corrimos allá. Una cuadrilla de montañeses audaces y bárbaros, indómita plebe del Rif, sacaba de una de las casas más escondidas del barrio (a la derecha conforme entramos) a una pobre mujer, que si no salía ya muerta poco le faltaba. A rastras la traían, vociferando. La pobre víctima, magullada en rostro y brazos, y teñida de sangre, no podía ya ni soltar el aliento para pedir socorro. Otras mujeres hebreas clamaban tras ella, y ningún hombre de su raza sabía salir gallardamente a su socorro...

Te confieso, señor, que me quedé espantado al reconocer, en la tan cruelmente arrastrada mujer, a la hechicera Mazaltob. El espíritu de caridad surgió en mí con irresistible fuerza, y sin acordarme de que la impostora me había ofendido, ni reparar en su raza usurera ni en su religión condenada, me fuí contra los verdugos, y a uno le di un tajo en la cabeza, a otro tiré al suelo, y me harté de patearle mientras mis compañeros arremetían contra los demás y les ponían en rápida dispersión. Con mano generosa levanté del suelo a la embaidora, diciéndole:

—No por tu maldad ha de negarte el buen musulmán auxilio piadoso, que mi Profeta me ordena perdonar las ofensas, y dar socorro al enemigo acosado de ladrones.

Lleváronla adentro, y en las pestíferas estancias la metieron mujeres compasivas, a las que recomendé que le aplicaran a los cardenales y magulladuras paños con vinagre... Y si vinagre no tenían, que fuesen a buscarlo a mi casa, donde en abundancia lo hay. ¿Verdad, señor y amigo mío, que obré como buen musulmán y fiel seguidor de las máximas divinas? No fué mi conducta inspirada de la jactancia ni de la ostentación, que esto habría sido como echar simiente en pelada roca, sino de la compasiva piedad, que es como sembrar en terreno blando y fértil... «Los que no tengan piedad del débil, se nos ha dicho, aunque este débil sea idólatra o desconozca los signos de Dios, no entrará en los jardines refrescados por corrientes de agua y embalsamados por un aire que lleva en sus átomos todas las delicias.»

Los tres moros venidos de la Alcazaba, Ibrahim y yo, formábamos ya un núcleo de fuerza y autoridad que podría dominar la situación si otros moros se nos agregaban. Les propuse que, en unión de los dos compañeros que habían salido conmigo de la casa de Abeir, nos constituyéramos en fuerza pública para mantener el orden, al uso europeo, en nombre de nuestro señor el Sultán. Antes de escribir aquí su respuesta, debo decirte que dos eran negros del *Sus*, el otro *kaid-et-tabyia* (jefe de artilleros), y a mi parecer (perdóneme Allah) entendía tanto de manejar cañones como yo de afeitar ranas... Pues a mi propuesta de subir a la Alcazaba respondieron que ya el *bajá* y los demás hombres que en la fortaleza servían se habían retirado, saliendo por Puerta de Fez o permaneciendo en la ciudad en espera de los acontecimientos.

—Según eso—dije yo—, podremos subir a la Alcazaba y tomar posesión de ella.

—No es cosa fácil—respondió uno de

los negrazos del *Sus*, tan grande como algunas casas del Mellah—, porque en cuanto desocupamos nosotros la Alcazaba, cual bandada de ratones, se metieron en ella los montañeses libres, de estos que no reconocen ley, de estos que aquí roban y hacen maldades muchas. Metidos en la Alcazaba, ¿quién sino ellos dominará la ciudad?

—Y ¿qué quieren? ¿Rendición?

—No rendición quieren, porque los españoles cortarían sus cabezas.

—¡Y vosotros y yo y otros amigos que encontraremos, no somos capaces de cortar las de ellos!—exclamé indignado ante la flema de aquellos hombres sin sentido de la patria, ni del orden, ni de nada—. ¿Qué hacemos entonces? ¿Dejar que esa canalla robe y asesine?... ¿Estáis vosotros decididos a permanecer aquí, conmigo, con Abeir y otros, hasta que entren los españoles?

—No; nosotros nos retiraremos esta noche, porque no queremos rendición. Ni rendir nosotros, ni ver a Tettauen entregada al cristiano. Dejamos el caso en manos de Allah. La voluntad del Excelso decidirá.

—Pero Allah, ya ves que está dormido. No hace nada por su pueblo; dice a su pueblo: «Gobiérnate solo y endereza tus destinos como puedas.» Allah se duerme.

Al oír esto, aquel negro de mirada candorosa, de estatura colosal, que a la mía, no pequeña, por cierto, sobrepujaba en el tamaño de una cabeza o de cabeza y media, me puso la mano en el pecho, y con grave tono me dijo:

—El Nasiry, tú no eres creyente. Decir que Allah dormita es la mayor blasfemia, porque Allah es *el Vivo, el Vigilante,* es *el que no duerme nunca,* y con estos nombres debemos adorarle ahora.

Dejóme aterrado y mudo con estas solemnes expresiones, cuya verdad reconocí al instante. Sí: Allah no duerme; los ojos de Allah velan con mirada profunda sobre todo el Universo. Dejemos que los hechos corran y que la solución venga de lo alto. No imitemos la insana inquietud de los cristianos y europeos, que se arrogan las facultades de Dios, interviniendo en los sucesos humanos y enmendando la obra del tiempo, como los chicos sin juicio que con el dedo adelantan o atrasan los relojes, sometiendo las horas a su pueril deseo.

Ya salíamos del Mellah cuando me encontré a Riomesta, de tal modo alterada su faz por el miedo y la consternación, que a primera vista no le conocí. Para desfigurarse más, traía pañuelo azul por la cabeza, atado debajo de la barba, a estilo de mujer, ordinario empaque de los judíos pobres. Llegóse a mí antes que yo a él, y posando en mi mano las dos suyas, me dijo con dolorido acento:

—¡Oh El Nasiry, ventura mía es toparte agora! Tú fuerte, tú señor, yo miserable..., soy asemejado a pájaro solitario sobre techo... Ceniza de pan comí, y se acabaron cual humo mis días.

Comprendí que algún grave accidente lloraba; su voz era como la del profeta hebreo llorante cabe las ruinas. ¿Le habían incendiado su casa, le habían robado el dinero? A mis preguntas sobre la causa de su tribulación, respondió con mayor duelo:

—Hanme robado con ultrajaciones; mas no es ésa la causa de mi lloro, El Nasiry. ¿No sabes que mi hija Yohar huyó de mí como hembra liviana, culposa y aviciada de perversión? ¿No sabes que contra su padre pecó, ladrona y escapadiza, llevándose llaves de mis arcas soterradas y joyas pulidas de esmeralda y aljófar?

Ninguna noticia tenía yo de que la blanca Yohar hubiese abandonado el hogar paterno. ¿Cómo fué? ¿Quién la indujo a tan horrendo delito?

—Sabrás—dijo Riomesta, mezclando el furor con las lágrimas—que Yohar se envoluntó con ese profeta cristiano que responde por Yahia, y que vino so color de predicar paces entre los hombres; pero a lo que vino fué a meter víboras venenosas en el corazón de mi Perla, y dañar su mente con vicio... ¡Oh El Nasiry!, a mi soledad no hay consolación. Abandonado soy de Adonai. Polvo soy en mis vidas, cuanto más en mi muerte... En instante maldito salió viva Yohar del vientre de su madre. Engendrada fué con luenga hondura de pecados... La que antes me alegró, hogaño me ha trocado en vasija de vergüenza y deshonra.

Lastimado del infortunio de mi amigo, y sintiéndome además lastimadísimo en mi amor propio, como si tuviese por mía la belleza y blancura de Yohar, monté en cólera y dije a Riomesta que, si en

alguna parte de la ciudad me topaba con el mentiroso profeta Yahia, le cortaría la cabeza.

—Acabo de saber—dijo sin aliento el afligido padre—que has salvado la vida a Mazaltob. ¡Oh, qué mala piedad la tuya, El Nasiry! Esa perversa es culpante de la huída de mi Yohar; ella envoluntó al Yahia, enguapeciéndole como a barragán español; ella le encendió con hechizos; ella trastornó los pensirios de mi Yohar; por ella moraron Yahia y mi hija luengas horas en su casa y en la de Simi, la destiladora de perfumes. Entre las dos han percudido el alma de Perla, llenando la mía de pena y cordojo. ¿Para qué has librado a la bestia de Mazaltob del fuego eterno? Ya la tenía Belceboth clavada en su tenedor de tres puntas para meterla en la paila de aceite hirviendo, cuando has venido a quitarla de los hombres que hacían justedades... Eres torpe, El Nasiry... Mas si quieres estar entre los buenos, búscame a Yahia, el de la pacificación, y tráeme su cabeza en un plato, así como trujo Salomé la del otro Yahia, falso y engañador profeta al igual de éste...

No pude detenerme más, porque los compañeros que iban conmigo, fatigados ya del lamentar angustioso del hebreo, me daban prisa para salir del Mellah. Dejé al pobre Riomesta en gran desesperación, tirándose de las barbas y rasgando el pañuelo azul que con airado gesto se quitó de la cabeza. Al separarme de él fueron tras mí en corto trecho sus últimas exclamaciones, que eran plegarias de su rito:

—¡Dios piadoso, luengo de furores, cata a mí, y apiádame!... ¿Por qué me alzaste y me echaste? ¿Por qué maldeciste mi simiente?... Mis días son sombra declinada... Se pegó mi hueso a mi carne... Soy asemejado a cernícalo del desierto... En día de mi angustia te llamo, que me respondas...

Los dos cumplidos hombrachones del *Sus* y el jefe de artilleros no veían la hora de escapar, más que por miedo, por zafarse del desdoro que pudiese caberles en la rendición de Tettauen. No podían defenderla ni entregarla. Dejaban el suceso a la voluntad de Allah, manera muy cómoda de salir del paso. Les acompañé un rato, y, despedidos con toda cortesanía, me volví a casa de Abeir. La Junta o Asamblea de Ancianos y Principales continuaba reunida; ya sabían el cambio de gente por gentuza en la Alcazaba. Como no teníamos fuerza para impedir los atropellos, se acordó fiarnos también en la divina voluntad, y esperar el día, hasta que nuestra embajada fuese a O'Donnell y volviese con la respuesta del gran español.

Díjeles yo:

—Mañana es domingo, día santo para los secuaces del Hijo de María. Los cañones de sitio estarán callados, y el ejército de O'Donnell no hará más que rezar y oír misas. Pero el lunes, de fijo, veremos caer sobre nosotros espantosa lluvia de bombas y granadas.

Soñolientos ya, entregados al fatalismo inherente a la raza, no se mostraron inquietos por mis presunciones y anuncios alarmantes, ni por los hechos positivos de que al poco rato tuvimos conocimiento. Había yo dado a Ibrahim órdenes de recorrer toda la ciudad y buscarme a los dos compañeros que se nos habían perdido en el bullicio del Zoco, poco después del susto del asno hambriento. Llegó mi criado a decirme que Ben Zuleim y Abdalá Núñez habían encontrado al *Bajá* que descendía de la fortaleza, dejándola en poder de los malos; el *Bajá* les habló y con él abandonaron la ciudad, como buenos musulmanes que ponen en manos de Dios los conflictos que no saben resolver. Abandonados de aquellos amigos, a cada instante éramos menos, y a medida que se achicaba nuestro poder, las dificultades crecían de un modo aterrador. Apuré yo mi fácil labia para señalar con los peligros los deberes a que nos obligaban las circunstancias. Debíamos penetrarnos de que constituíamos un pequeño *Majzén*, o institución de Gobierno, por poderes tácitos del Sultán. Éramos la autoridad, el Estado, en una palabra, y en nuestras manos estaba la suerte de una de las más bellas ciudades del Mogreb... ¡Allah me asista! Fuera de Ahmed Abeir, que ponía vaga atención en mi discursillo, la Junta de Principales no me comprendía, ni se hacía cargo de que éramos un *Majzén* más o menos chico. Hartos de tomar tazas de té, los junteros se obsequiaban recíprocamente con estruendosos eructos, o descabezaban un sueño sobre las blandas alfombras y mullidos cojines. A una orden de Abeir, los es-

clavos nos trajeron raciones amplias de *elquefthá* (carne asada en pinchitos), hojaldre, huevos cocidos y pastelillos dulces. Yo no tomé más que un huevo y un pastel; alguno de los principales no fué parco en el devorar, y casi todos se tumbaron luego en las colchonetas, y con sus ronquidos ásperos me recordaban los estruendos de la batalla de aquel día. ¡Allah les conserve frescas sus asaduras!

Quise dormir: pensaba en la blanca Yohar y en el moreno Yahia, que debía de ser pájaro de cuenta, como aquel falso profeta de la familia de los *koreichitas,* de quien dijo el Santo: «Con sus pérfidas ficciones de inspiración celeste, difundió la idolatría y arrastró a las gentes al vicio.» Ya le sentaría yo las costuras al tal Yahia, si le encontraba... Comprenderás, señor, que con tales pensamientos y la inquietud en que me tuvieron las frecuentes noticias de nuevos desmanes, era imposible mi reposo... Hasta que aclaró el día no pude dormir; pero fué tan profundo el hoyo de sueño en que cayó mi cansancio, que no sentí salir a los cinco compañeros que iban de embajada al Cuartel general de O'Donnell.

Pasó más de una hora desde que me desperté, y estábamos Abeir y yo engolfados en nuestros devotos rezos, cuando volvieron los de la embajada. La curiosidad, unida al patriotismo, nos movió a dejar para otra hora las devociones, y oímos de boca de El Gazel la relación de la solemnísima entrevista con O'Donnell. Al llegar al campo español, supieron que el generalísimo había salido a caballo a reconocer las inmediaciones de la ciudad por aquella parte. En tanto, la oficialidad y tropa recibió a los comisionados moros con simpatía y afecto... Aguardaron mirando las tremendas baterías que armaban a toda prisa para hacernos polvo, y en esto, y en hablar alguna cortés palabrita con los oficiales, se dió tiempo a que volviera de su paseo el gran español. Este les recibió con exquisita urbanidad; entró en su tienda, suplicándoles que le siguieran. Tomaron todos asiento, y... Para abreviar, antes que nuestra embajada llegase, ya había dispuesto el irlandés otra que a Tettauen subiría con el siguiente recado escrito en un papel. El Gazel leyó la comunicación, de la que copio aquí los párrafos de más sustancia: «Entregad la plaza, para lo que obtendréis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto de las personas, de vuestras mujeres, de vuestras propiedades y leyes, y de vuestras costumbres... Os doy veinticuatro horas de tiempo para resolver; después de ellas, no esperéis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.» Con esto tuvo bastante la embajada, y no necesitaba prolongar la conferencia. Al despedirlos sonriente, O'Donnell les dijo:

—Mañana a las diez se disparará el primer cañonazo, si no recibo contestación satisfactoria.

IX

La voluntad del Excelso estaba bien clara. España sería dueña de Tettauen, aunque otra cosa dijese un caíd de las tropas acampadas al Oeste, el cual nos mandó un emisario con la notificación de que ellos defenderían la ciudad hasta morir, y que no se hablara de rendición ni cosa tal... Ni aun le dejamos concluir, y despachado fué sin ceremonia. Luego se nos dijo que algunos de estos valientes de última hora, entrando en la ciudad, ocuparon las baterías que protegen las principales puertas del recinto... Supimos también que no éramos nosotros la única Junta de vecinos inclinados a la rendición, pues otras dos se habían formado en la Alcaicería y barrio de Curtidores, y nuestro primer cuidado en el resto del día fué ponernos en comunicación con ellos. ¡Oh, qué desconsolado y afanoso aquel día que los cristianos llamaban domingo 5 de febrero! En algunos puntos de la ciudad, tumulto y hervidero de riñas; en otros, soledad de cementerio; en todos escombros, restos de pillaje, sangre, lodo y basura. Si bien éramos pocos los partidarios de la rendición, lo corto del número se compensaba con la calidad de las personas, con su valor y poderío. Esto se vió claramente aquella tarde, cuando se acordó desalojar de revoltosos rifeños y anyerinos la batería de *Bab-el-ackla.* Siete estacas en manos de siete señores realizaron felizmente la breve operación militar. De estas cosillas y otras no pude enterarme por mí mismo, y de ello tuvo la culpa El Gazel, que, como español, es

un pozo de astutas maldades... Antes de seguir, señor mío, confesarte quiero un horrendo pecado que cometí aquella tarde, y que me puso a dos dedos del infernal abismo. Y fué que en vez de evitar yo la compañía del execrable Gazel, dejé a mi alma en la libertad de gustar de ella... Señor, no supe resistir a la tentación del renegado cuando quiso llevarme a su casa prometiéndome el descanso y la dulzura que nuestros amargados humores necesitaban. Vive el pérfido español junto a la gran Mezquita, en casa de regular apaño para una existencia cómoda. Sus mejores había mandado a Tánger o Arsila, no estoy bien seguro, dejando aquí de servidumbre a un negrito vivaracho. Apenas entramos Torres y yo en la casa y nos tumbamos sobre los blandos almohadones, trajo el negrito una garrafa de aguardiente y vasos para beberlo... Yo me resistí; hice muchos ascos; pero tales fueron las instancias de El Gazel y tan extremados y persuasivos sus elogios de la virtud de aquel licor, que me determiné a probarlo... ¡Ay señor!, nunca lo hubiera hecho, pues catarlo fué lo mismo que sentir el ardiente deseo de nuevas pruebas y cataduras, y a medida que cataba, mi cabeza se iba inflamando en insanas alegrías...

Para castigar mi olvido de la sacra ley que nos prohibe beber zumo fermentado de uvas, el Señor permitió que yo me encendiera en un bárbaro apetito de beber más y más, hasta llegar a un estado de infernal demencia... Ya no necesitaba yo que El Gazel me ofreciera nuevas tomas de aquel veneno, porque yo mismo, espoleado por un gusto superior a toda razón, cogí la botella, llenaba el vaso mío y el del otro. En fin, señor, que se me fueron a los aires la cabeza, los nervios, el sentido y perdí mi conciencia musulmana y se hizo polvo la torre de mi fe. No puedo decirte la cantidad de vasitos que llevé a mi boca; sí te digo que mi borrachera fué de las más soberanas que se han conocido en la historia del vicio, y mi pecado de los que no pueden ser redimidos sino con una vida entera de abstinencia. ¡Ay, ay, ay!, lágrimas amargas corren de mis ojos al referirlo, señor. Ten piedad de mí y encomiéndame a la misericordia del Benigno.

Sin poder precisar ahora las necedades que hice y dije en mi vergonzosa embriaguez, sé que mis carcajadas debieron oírse en los picos de El Dersa, y que, sensible al mal ejemplo de mi perverso amigo, pronuncié frases vejatorias contra el Dios Unico, injurias contra el Santo Profeta y sus mujeres Khadidja, Aicha y María *la Copta,* y contra su afamada camella *Koswa,* poniéndolas a todas, camella y mujeres, como hoja de perejil... ¡Ya ves, señor, qué monstruosos pecados! Verdad que yo no supe lo que decía; pero mi ignorancia no me disculpa, porque con plena conciencia hice la primera catadura del maldecido brebaje... Por fin, caí en profundo sopor, que tal es el término y resolución de estas crisis infernales. Los españoles, dueños de un lenguaje riquísimo en voces picarescas y desvergonzadas, llaman a estos sueños vinosos *dormir la mona.* No sé cuánto tiempo estuve tendido en las alfombras de El Gazel... No sé cómo salí a la calle después de esta primera *mona*... Me contó luego un amigo que salí vociferando, suponiéndome montado en *Koswa,* la camella del Profeta, y que proferí no sé qué atrocidades indecentes contra el Sultán, contra el *Majzén* y contra la respetable Junta de Principales... A esta *mona* primera, otra siguió, la cual dormí, ¡oh vilipendio!, en el último escalón del pórtico de la sagrada mezquita, y en este sopor fuí más estrafalario y licencioso que en el primero. Soñé que estaba yo en brazos de la blanca y tersa Yohar, y que delante tenía, en una bandeja de plata, la cabeza del profeta Yahia, aderezada con buen golpe de sal para que tuvieran tiempo de adorarla sus discípulos los *pacificantes.*

No puedo precisar la hora de mi despertar de la segunda *mona.* Me sentía con todos los huesos doloridos, el entendimiento envuelto en pesadísima niebla, la memoria como desleída en una papilla opaca... Quise levantarme, y no pude; mi voluntad era otra papilla espesa, en la cual no podía vibrar ninguna resolución... Chiquillos hebreos y moros vinieron a hacerme compañía; perros vi escarbando en las basuras, y unos y otros, con distinto lenguaje, me dijeron que yo estaba dejado de la mano de Allah y que nunca obtendría perdón. Pero no debió de abandonarme enteramente Dios misericordioso, porque mi

fiel Ibrahim, que toda la noche me había buscado por la ciudad, halló a su amo en la situación lamentable que para mi vergüenza describo.

—*Sidi*—me dijo sentándose a mi lado—, bendiga Dios el instante en que te encuentro. Grandes calamidades sufrimos, y es bueno que juntos señor y criado hablen del remedio de tantas desdichas. Sabrás que los salteadores han vuelto, y no hallando en el Mellah nada que robar, han saqueado viviendas de moros... *Sidi*, no extrañes que no te cuente con pormenores lo que ha pasado esta noche, porque estoy sin aliento; mi cuerpo se desmaya, se aniquila; la vida se me quiere escapar sin que con toda mi voluntad pueda detenerla.

—¿Estás herido, Ibrahim? ¿Cuál es tu mal? Por Allah que, si no es hambre, no entiendo qué mal pueda ser.

—No se me va la vida por la puerta de ninguna herida, sino por otra puerta, no hecha con arma blanca ni arma de fuego...

Diciendo esto se retiró presuroso, dejándome sobrecogido, y a poco tornó a mi presencia con los alientos más desmayados. Su voz salía del pecho como de un fuelle roto las ráfagas débiles del aire.

—Por Allah Reparador, lo que tú padeces, Ibrahim, es el cólera. Vete pronto a casa, aunque vayas arrastrándote. Acuéstate y que Maimuna te haga té bien caliente.

—A tu casa no voy, *Sidi*, si no me das escolta de los ángeles Djebreil e Israfil, ni tú irás tampoco, porque tu casa está llena de maleficio. ¿No te dije que la maga Mazaltob, al ir con el falso motivo de pedirnos limosna, cuando tú estabas en la batalla, fué a poner en tu morada el más nefando sortilegio que inventaron los demonios? Yo sospeché, *Sidi* Mohammed El Nasary; te conté mis barruntos, y tú soltaste la risa. Pues lo que yo sospeché y temí ha salido cierto, y ahora no puedes ir a tu albergue, porque está lleno de infernales espíritus que, después de quitarte la vida, te cogerán por los cabellos y te arrastrarán a la *Gehenna*.

Perplejo y acongojado, pregunté a Ibrahim qué sortilegio había llevado a mi casa la discípula de Satán, y él, después de alejarse otro momento para ir a un menester apremiante de su maligna enfermedad, volvió y me dijo:

—Bien puedes imaginarlo, El Nasiry: es el embrujamiento más terrible; el que contra el mismo Profeta emplearon los *mosaístas*, y consiste en lo que se llama *soplar sobre los nudos*. Mazaltob, profesora en el embrujar, posee el secreto, y ahora tú eres la víctima. ¿No la entiendes? Esa perra, esa loba de Israel, hizo once nudos en una cuerda, y después de soplar en cada uno de ellos, diciendo unas oraciones endemoniadas, colgó la cuerda dentro del pozo de casa. Con esto basta para que tú, tu familia y criados sufran algún golpe de adversidad muy dura, que acabará en muerte, y el primer ejemplo tienes en mí, que me veo con el terrible corrimiento del cólera.

—¿Pero has visto tú la cuerda con los once nudos, Ibrahim?

—Pues si la hubiera visto, segura era mi muerte instantánea. Para que te convenzas, *Sidi*, y no dudes de que la Mazaltob *te ha soplado los nudos*, te bastará saber que al anochecer, hallándonos Maimuna y yo en la casa, disponiendo nuestra cena, sentimos que puertas, ventanas y ventanillos daban horribles traqueteos, como si un furioso viento se paseara por todos los aposentos de la casa. Cuando tratamos Maimuna y yo de ver lo que aquello era, caímos al suelo y se nos encandilaron los ojos con un gran resplandor de relámpago verde... Vimos luego diablos que recorrían la casa, azotando con sus rabos los muebles, echando a rodar toda la loza y cristales, y entonando unos canticios desvergonzados que nos helaron la sangre en las venas... Te contaré ahora lo más grave, *Sidi*. He aquí que, hallándonos aturdidos y deslumbrados, vino a nosotros una diabla, por más señas muy parecida a Mazaltob, y nos machacó los huesos con un palo, echando de su boca conjuros indecentes; después le quitó a Maimuna las llaves de la casa, que en la cintura llevaba; a los dos nos empujó hasta echarnos a la calle... La sentimos cerrar por dentro... Apenas pusimos el pie en la calle, a los dos nos atacó este mal... A un tiempo fuimos acometidos del primer desmayo frío de nuestro vientre. Ella echó por un lado, yo por otro. Después de mucho andar, desmayándome del cuerpo bajo..., infinidad de veces, he tenido la suerte de encontrarte para decirte: «*Sidi*, no vayas a tu casa.»

—No iré... Me has puesto en cuidado.

Pero pienso que en la fe y en las Escrituras encontraremos algún arbitrio para chasquear al perro Satán... Dime, Ibrahim: ¿me engañan mis ojos o es verdad que amanece?

—Ya viene el día, *Sidi*... Bendita sea la luz del sol. ¿Te acuerdas del capítulo ciento y tres del Corán?

—Sí que me acuerdo. Ese capítulo recito yo todos los días en cuanto veo la luz solar. Es breve y hermoso de toda hermosura y unción. Repitámoslo juntos: «Busco un refugio contra ti, Señor del Alba, Señor del Día... Refugio contra la iniquidad de los seres malos que has creado... Refugio contra el mal de la noche sombría...»

—Refugio contra la perversidad de *los que soplan sobre los nudos*... Refugio contra los envidiosos.

Tres o cuatro veces repetimos con intensa devoción las sublimes palabras del Profeta. Después me dijo Ibrahim:

—En otro lugar del Libro Santo encontrarás el remedio que empleó el profeta contra el embrujamiento judaico de los once nudos. Has de leer con grandísima devoción y recogimiento once capítulos del Corán; a cada lectura de un capítulo, siempre que sea lectura con piedad, se deshará uno de los nudos, y en cuanto los once sean deshechos, desaparecerá el maleficio.

X

La claridad del día reanimó mi espíritu abatido, infundiéndome la esperanza de salir airoso de tantas calamidades. Propuse a Ibrahim que fuéramos a la casa de la Junta, donde yo encontraría un Corán que leer, y él mejor acomodo para su enfermedad. No me respondió, porque otra vez había ido a su negocio... Le esperé, y enlazándonos del brazo para darnos apoyo recíproco, nos dirigimos a casa de Abeir, la cual, por fortuna, no estaba lejos... Diversa gente encontramos por el camino, en su mayoría judíos pobres y moros pordioseros, y más de cuatro nos preguntaron:

—¿Entran ya los españoles?... ¿Traerán comida?

Respondíamos afirmativamente, y observábamos que nuestra respuesta ponía el júbilo en todos los semblantes. Al verme entrar en su patio, el buen Abeir me dijo con la más honrada convicción:

—Allah te lo premie. Ya sé que has pasado la noche apaciguando a los exaltados y sonsolado a los menesterosos. En tu casa has dado albergue a los que perdieron el suyo. Dios benigno aumentará tus bienes, El Nasiry.

Con una reverencia grave asentí, no atreviéndome a responder de otro modo, por no mentir con palabras, que es el verdadero mentir. Dije que a su casa iba en busca de sosiego para el rezo y las abluciones, así como para prestar auxilio a mi servidor en su enfadosa dolencia. Risueño y afable, me franqueó Abeir su vivienda grata. Antes de media hora, ya los diligentes esclavos cuidaban de Ibrahim, y yo me entregaba al piadoso rezo del Libro Santo, comenzando la serie de lecturas que habían de producir el desate de los fatídicos nudos del sortilegio.

Pero he aquí que cuando me hallaba yo en el tercer nudo, o sea en lectura y meditación correspondientes, un gran ruido de la calle me apartó de mi espiritual ejercicio. Fuí llamado con apremiantes voces. Corrí... Abeir se había lanzado afuera con otros compañeros. Los demás y El Gazel, a quien Allah confunda, tiraron de mí. ¿Qué ocurría? ¿Qué terremoto estremecía la ciudad en sus cimientos? ¿Qué tempestad disparaba en los aires exclamaciones de ira y de muerte? Pues nada: sucedía que, por una parte, los españoles, levantando su campo, marchaban hacia la ciudad, mientras los descontentos musulmanes del ejército vencido se aproximaban por la otra, amenazando con pasar a cuchillo al vecindario si abría las puertas al *perro* cristiano. De modo que *la blanca paloma*, cogida entre dos fuegos y entre dos iras, no tendría ya salvación. El peligro me infundió valor. Quiso Allah que el corruptor de mi virtud, Torres El Gazel, se hallase al lado mío en aquellas difíciles circunstancias. ¿Qué había de hacer yo más que seguirle y obrar con él mancomunadamente, pues se trataba de asuntos políticos y no de cosa pertinente a las buenas costumbres?...

Corría la medrosa multitud hacia las puertas por donde presumía que los españoles harían su entrada. Grupos de rifeños procedentes de la Alcazaba intentaban ocupar los baluartes artillados próximos a dichas puertas. El Gazel, más sereno que yo, me dijo que no de-

bíamos acudir a Bab-el-aokla, sino a Bab-elechijaf, pues él sabía que O'Donnell intentaba entrar por esta parte. En medio del tumulto, supimos que Ahmed Abeir y otros compañeros principales se habían ido a Puerta de Fez, por donde querían entrar los insensatos partidarios de la resistencia. ¿Lograrían atajarles? Más fácilmente les atajaría el general Prim, que con los *catalonios*, según allí dijeron, se encaramaba por los muros exteriores de la Alcazaba, con la diabólica idea de ocupar aquella posición eminente y nó dejar allí títere con cabeza. Tomada la fortaleza, ¿qué podían hacer los levantiscos montañeses más que ponerse en salvo, como los ratones a la vista y olor del gato que ha de comérselos?

De fuera de la ciudad venía un rumor de cornetas que hacía temblar de emoción a los que, hambrientos y sin hogar, habían perdido toda noción de patriotismo. «Ya están ahí», me dijo El Gazel con una expresión de júbilo picaresco que nunca podré olvidar, y corrió hacia Bab-el-alcabar. No fuí tras él porque en aquel instante se reprodujo en mí el extraño sentimiento que paralizó mi acción en la batalla, el terror del rostro de los españoles, a que no podía sobreponerme. Como niño asustado, llegué a creer que tapándome la cara no podían las suyas inspirarme tan singular confusión y azoramiento... Mas he aquí que en esto veo venir una banda de rifeños procaces, que clamaban en roncas voces contra España, y de paso arrojaban al suelo a desdichados ancianos judíos y a infelices mujeres. Me cegué; tiré de yagatán y les acometí con fiereza, desembarazándome al instante del que más próximo tenía. Dos moros de buen pelo se pusieron a mi lado, y con garrotazos bien dirigidos me ayudaron a la dispersión de la chusma... Envalentonados por mi pronta defensa, los judíos corrieron hacia Bab-el-alcabar dando vivas a España y a su reina... Pero estaba de Allah que yo no saliera en bien de aquellas aventuras, porque al volverme hacia los dos moros de buena traza que me habían auxiliado, no vi más que a uno, y el que vi..., parecióme sueño..., era el maldecido y execrado profeta español, ladrón de la blanca Yohar.

Dudé un momento que fuera Yahia quien frente a mí tenía, porque su elegante porte y fina vestidura desdecían del empaque pobrísimo con que le vi en casa de Mazaltob. Pero él mismo disipó aquella sombra de duda diciéndome:

—Yo soy, yo soy Juan, no Yahia, como tú me llamas, y harás bien en declararte mi amigo, pues yo te tengo ley, no sólo por lo que eres y lo que vales, sino por memoria de tu familia.

Fué mi primer impulso echarle mano al pescuezo; pero la dulzura de sus expresiones afables me alivió del coraje que sentí.

—No hallarás en mí benevolencia—le dije—, sino un terrible castigo, como no me expliques al instante qué has hecho de Yohar, cuya piel oscurece la blancura de las azucenas.

—Pues la dulce Yohar, cuyo corazón de miel labraron las abejas del cielo, está buena y sana, en lugar seguro. En su nombre, sabiendo yo lo que te estima, te deseo la paz... Pero si quieres más informes, apartémonos al abrigo de aquel caserón derruído, que allí veo unos gandules que, a mi parecer, están en actitud de apedrearnos. Vente acá, El Nasiry, y con explicaciones te demostraré que debes ser mi amigo.

Dejéme llevar a donde él quiso, moviéndome a ello, no sólo la curiosidad, sino el deseo de hallar en sus explicaciones motivo, más que de afianzar amistades, de desatar furores. Nos hallábamos muy cerca de Bab-el-echijaf, cuyos aproches y baluartes invadían la multitud. Al amparo de unas ruinas prosiguió Yahia de este modo:

—Me alegro de verte en esta ocasión, que es de grande alegría para todos. Yo celebro la entrada de los españoles en Tetuán, porque esto significa la paz próxima, beneficio para nosotros, y más aún para el Mogreb. La paz es mi sola idea, El Nasiry; la paz es mi aliento. Odio la guerra, y deseo que todos los pueblos vivan en perpetua concordia, con amplia libertad de sus costumbres y de sus religiones. Echar a pelear a Dios contra Allah o a éste contra Jehová, es algo semejante a las riñas de gallos, con sus viles apuestas entre los jugadores. Pero la paz no sería buena y fecunda sin el amor, que es el aumento de las generaciones y la continuación de la obra divina. Dios no dijo «Menguad y dividíos», sino «Creced y multiplicaos». Luego Dios bendijo el amor y condenó las estúpidas

guerras. A mí, trayéndome a este pueblo por extraños caminos y con evidente cariño tutelar, me ha dado aquí el amor, pues yo quedé prendado de la hija de Riomesta en cuanto la vi; ella me mostró desde el primer instante una inclinación ciega. ¡Paz y amor! ¿Qué más pude soñar?

—Farsante, impostor, hilandero de frases galanas con palabras floridas, no pienses que me engañas o que me adormeces con tu hablada música traidora... Dime, dime pronto dónde escondes a Yohar, que quiero rescatarla y devolverla a su padre dolorido. Si no me contestas pronto, te trataré como mereces, y no verás la entrada de los tuyos.

—Veré la entrada de los míos—replicó al maldito Yahia con frío tesón—, porque en mí no hay maldad. ¿Cuándo fué maldad el amor? Yohar es mía, y tú, tú mismo, El Nasiry, vas a decirle al buen Riomesta que me deje a su Perla y no interrumpa nuestra felicidad.

—¿Por ventura estás decidido a comprar la blancura de Yohar con tu abjuración de la fe del *Hijo de María?*

—Nunca tal pensé, y cristiano he de morir. Aspiro a que ella confiese la religión de Cristo nuestro Redentor... España está ya en Tetuán, y a la sombra de la bandera de O'Donnell, Yohar será cristiana; cristiana como yo..., como tú.

Esto de llamarme a mí cristiano, la más grande y mentirosa injuria que en mi vida escuché, debió causarme irritación; pero por la enormidad del disparate sólo sentí desprecio y ganas de echarme a reír. No pudiendo soportar las insolencias de aquel miserable, le agarré por un brazo, y no sé lo que habría hecho con él si en el instante mismo no resonara un clamor que nos notificó la entrada de Prim en la Alcazaba, escalados los muros de ésta por los aguerridos *catalonios.*

—De tus violencias conmigo—me dijo Yahia—te arrepentirás pronto y me concederás tu amistad... No temo revelarte lo que aún ignoras. ¿Me preguntas que dónde está la Perla? Pues en el lugar más seguro de Tetuán: en tu casa, El Nasiry, en tu propia casa... Allí buscamos amparo, acosados y hambrientos. Confiados en tu benevolencia, fuimos a pedirte hospitalidad; no quisieron dárnosla, y la tomamos. Tú habías dicho: «Si no tenéis vinagre para curar sus heridas a Mazaltob, id a buscarlo a mi casa...» Fuiste obedecido, ilustre señor. Tu casa es el refugio de los menesterosos... ¿Por qué te asombras de lo que te cuento? ¿Qué sentimientos expresa tu rostro? ¿Es la ira, es la compasión? A fe que no te entiendo.

Ni yo, en verdad, tampoco me entendía. Ved aquí el motivo, señor. Sobre el grave murmullo de la multitud apelmazada y ansiosa se destacaba el son vibrante de cornetas. Los españoles se aproximaban; les precedía la voz metálica de sus músicas guerreras, que rasgaban el aire o lo cortaban con estridencia, como el diamante corta la plancha de vidrio. El ruido de cornetas renovó en mi espíritu, con indecible fuerza, el terror que los rostros españoles me causaron el día de la batalla. Pero en aquel *lunes 6 de febrero* fué tan intensa mi pavura, que ni aun me dejaba fuerzas para huir. Huir era mi anhelo más hondo; pero este hondísimo anhelo me decía: «No te muevas.» ¿Verdad que es raro, incomprensible?... Deseaba yo que los españoles entrasen; pero no quería verlos..., verlos no.

Cayó mi ser en intensa perplejidad; me sentí pececillo a quien meten dentro de una redoma con su agua correspondiente. En aquel estado, oía las cornetas fatídicas; oía el relato de Yahia, sin poder contestarlo. Y la voz del español, penetrando en mi cerebro con claridad y vibración semejantes a las de los clarines guerreros, me decía:

—En tu morada hallamos consuelo los perseguidos. Mazaltob es mujer buena y sin hiel, aunque tú creas lo contrario. Si le salvaste la vida, ¿por qué te asombras de que viera en ti el hombre pío y generoso, y buscara el abrigo de tu casa? Allá fuimos todos, yo con Yohar la blanca, Mazaltob con sus cardenales y Simi, la destiladora de perfumes... Bajo tu techo encontramos seguridad... ¿Qué fué de tus servidores? ¡Huyeron, dejándonos las llaves, hermoso acto de agudeza y discreción, que creímos ordenado por ti mismo!... De estancia en estancia, lo recorrimos todo. El infalible olfato de Mazaltob descubría los manjares guardados en las alacenas. Comida encontramos y especias, miel y té... En tanto, Simi revolvía la cocina, donde halló carbón y leña, pedernal y yesca para encender lumbre. Nuestras bocas bendecían al sa-

bio, al caritativo Ben Sur El Nasiry. Para que nada faltase, Yohar descubrió los blandos lechos que nos ofrecían dulce descanso... Y no paró aquí el talento de mi Perla, pues revolviendo arcones y armarios, dió con estas elegantes ropas, y mostrándomelas me dijo:

—Amado mío, honrarás la casa del señor adornando con sus galas tu mancebía...

Me vestí..., reproduje tu persona gallarda.

¡Con doscientos y el portero, y por Allah Gracioso que no sé, al escribir esto, si debieron moverme a indignación o a risa las manifestaciones de Yahia, original y desvergonzado profeta! Pero en aquel momento yo era tan incapaz de regocijo como de cólera, por el tristísimo estado de atonía y de inmovilidad en que me puso mi pavor de los rostros hispanos... El estupor me convirtió, no diré que en estatua, sino en muñeco relleno de paja o serrín... Ya estaban los españoles al pie de los muros; ya la multitud se arremolinaba en la trágica disputa de abrir o no abrir las puertas... Yo, mudo y alelado, miré en el cuerpo de Yahia mi elegante *caftán* listado de rosa y amarillo, en su cabeza mi turbante tan blanco como el rostro de Yohar, y... lo mismo pude acogotarle que abrirle mis brazos...; lo mismo arrancarle el traje que felicitarle por su agudeza. Como el estridor metálico de las cornetas ya próximas, retumbaron en mi cerebro estos dichos de Yahia: «Odio la guerra, y en ella soy todo ineptitud. Pero si no sirvo para combatir, en los pueblos asolados por la guerra sé encontrar pan para los hambrientos y ropa para los desnudos. Créeme, El Nasiry: la guerra deja en cueros a los hombres, y la guerra los viste.»

No supe contestarle. Mi turbación, ¡ay!, iba en aumento; yo no podía tenerme en pie. Ya estaban allí los españoles; ya se les franqueaba la puerta... Aparté de Yahia mis aterrados ojos, y humillándome en tierra, oculté con las manos mi cara, para que ningún nacido la viera... El grito de ¡Viva España! ¡Viva la reina de España!, proferido por los hebreos, me dió tal escalofrío, que hoy mismo me estremezco al recordarlo. Oía la voz de Yahia: «Ya estamos en Tetuán; ya Tetuán es nuestra. Alégrate, El Nasiry, y celebremos juntos la victoria de España y la paz...» Seguía yo tapándome cuidadosamente el rostro para que el desvergonzado profeta no viera las lágrimas que de mis ojos a raudales salían... ¡Allah sea conmigo y me libre de los perversos que «soplan sobre los nudos!»

Punto final opongo a mis cartas, ¡oh sabio y poderoso *Cherifff* Sidi el Hach Mohammed Ben Jaher El Zébdy!... He cumplido tu encargo. Vencido el Islam, y dueños ya de Tetuán los españoles, hoy lunes, 13 de *rayab* de 1276, te pide tu bendición y la venia para no escribirte más de estas cosas tu ferviente amigo y deudo,

Sidi El Hach Mohammed
Ben Sur El Nasiry.

CUARTA PARTE

Tetuán, enero-febrero de 1860.

I

No siendo cosa segura que el descarado profeta Yahia escriba el relato de sus aventuras pacificantes, conviene utilizar aquí datos y noticias de la propia Mazaltob, para llenar el vacío biográfico de Santiuste desde que abandonó a los españoles hasta que los encontró victoriosos dentro de los muros blancos de *Ojos de Manantiales.*

Transportado, como se ha dicho, en el asno de Esdras, entró el profeta con sus bienhechoras por *Bab-et-tsuts* sin ningún tropiezo, y con la misma felicidad llegaron todos a la casa de la hechicera en la Mellah. Compadecidas del

herido y admiradas de su mansedumbre, Mazaltob y Simi (que era una de las que cogían hierbas en el verde prado), se aplicaron a curarle la contusión que tenía detrás de la oreja, lo que no fué difícil. Con la quietud y el alimento, éste no muy del gusto del enfermo, pero eficaz para repararle, la contusión quedó remediada; pero el estado total de Juanito no era satisfactorio, pues a más del decaimiento y de la fiebrecilla que no quería remitir, se hallaba privado en absoluto del uso de la palabra. La idea de fingirse mudo había obrado en su organismo con demasiada intensidad... Dióle Mazaltob caldos de ranas, que aseguró eran eficacísimos para estimular las facultades oratorias, y no obteniendo el resultado que se esperaba, discurrió Simi aplicarle un remedio cabalístico llamado el *Abracadabra,* palabra mágica de origen caldeo, que, según el médico famosísimo Sereno Sammónico, tiene la virtud de despertar en la humana laringe el apetito de la conversación. Sabía Simi la forma y manera de la aplicación del *Abracadabra,* que consistía en escribir el mágico vocablo en un papel, desarrollando sus letras en triángulo; este papel se doblaba de modo que no se vieran las letras, y se ajustaba a la garganta del individuo atacado de mudez. Hecho esto, se encomendaba el caso con oraciones, haciendo constar en ellas que *Abracadabra* fué la primera palabra que oyó Adán de boca del Padre Eterno, cuando éste creyó conveniente hablar con su criatura... Tuviese o no virtud efectiva este divino talismán, ello es que al día y medio de tenerlo aplicado a su nuez, salió Santiuste echando cada discurso que daba gloria oírlo.

En tono familiar exento de pedantería, el poeta y trovador hablaba de la paz, y era elocuente por lo mismo que no se curaba del efecto oratorio. Su gracia persuasiva se manifestaba desde que abría la boca, y el puro lenguaje castellano, adornado de bellas imágenes, la pronunciación castiza y musical, eran el encanto de su auditorio, hecho al desabrido acento judiegoespañol. Además, su éxito era mayor por hablar a convencidos. Los hebreos, raza mercantil esencialmente pacífica, sin hogar propio, privada en absoluto de arrogancias militares, ni amaba ni entendía la guerra. La espada de Josué desde luengos siglos había sido vendida como hierro viejo. Por su carácter dulce y su fácil y sugestiva palabra, Santiuste fué bienquisto en la Judería y su arrabal de Meca, así como en el que llaman El Prado. Vistió Mazaltob a su huésped con un balandrán viejo, que no venía mal al cuerpo del español; le puso la faja encarnada y el bonete negro, y le mandó a que viera la ciudad y la corriese por todo el misterioso enredijo de sus calles. En el Mellah y fuera de él, los que no le oían hablar teníanle por un *sephardim* que había venido de Salónica o de Jerusalén a negocios comerciales.

Rodando por Tetuán, pudo apreciar el aventurero que si moros y judíos se peleaban por cuestiones de ochavos, nunca lo hacían por motivos religiosos; sinagogas y mezquitas funcionaban con absoluta independencia y recíproco respeto de sus venerados ritos. Observó también que los sacerdotes hebreos, así como los musulmanes que sin carácter eclesiástico prestan servicio en los templos del Islam, eran casados, o disfrutaban la posesión de mujeres con más o menos amplitud. De esto quizás provenía la tolerancia, porque, a juicio de Santiuste, el celibato forzoso es como amputación que trae el desarrollo de los instintos contrarios al amor: el egoísmo y la crueldad. Observó asimismo que la falta de libertades políticas y el desconocimiento absoluto de las constituciones producían en el Mogreb una sencillez legislativa y jurídica que facilitaba la existencia. Erale grato el país en que había caído; la dignidad y el flemático determinismo de los musulmanes le encantaban. Si alguno de éstos, con conocimiento del castellano, le caía por delante, Juan le hablaba de la guerra, naturalmente para condenarla. Decía entonces el moro que ellos no habían declarado la guerra, sino que era el español quien traía la muerte al santo territorio del Mogreb. A los cristianos, que no a los moros, debía el sujeto predicador de paz endilgar sus amenos discursos.

No tomaba Juan en serio la misión de profeta que Mazaltob y Simi querían ver en él. El espíritu del exaltado mozo se había serenado desde que le llevaron aquellas buenas mujeres a la sosegada, aunque no muy limpia, existencia de Mellah. Profeta de paz no podía ser con los hebreos, que ya desde si-

glos remotos abominaban de la guerra, ni con los moros, que sólo peleaban a la defensiva. ni con los españoles, que jamás se quitarían de la cabeza el delirio deslumbrador de las empresas militares. Pero no creyéndose llamado a catequizar directamente a las tres razas afines, sentía dentro de sí un vago prurito de manifestar sus ideas, no por los discursos, sino por la acción...; más claro; creíase llamado a ser apóstol de la paz, no sermoneándola, sino haciéndola. Ni él mismo se daba explicación del punto de partida de este anhelo en su alma exaltada, ni del fin a que se dirigía con fuerza más instintiva que voluntaria... Pero él, cuando en los camastros de Mazaltob se reponía de sus caminatas callejeras, pensaba: «¿No será vano el artista que predique los principios de la escultura y no sepa labrar una estatua? ¡Ah!, no seré yo ese artista estéril y baldío. A un lado las retóricas que enseñan reglas infecundas, jamás comprendidas del oyente, y hagamos, aunque sea de barro tosco, la estatua de la Paz.»

Estas ideas le rondaban la mente cuando fué visitado por El Nasiry, en quien, por la pureza del lenguaje, se le reveló un español musulmanizado, y por las líneas y la expresión del rostro, el fugitivo hermano de Lucila, que supo cambiar de religión, de patria y de costumbres con flexibilidad inaudita. No podía Juan asegurar que el arrogante moro que le visitó fuera Gonzalo Ansúrez; pero sus sospechas vehementes casi tocaban en la certidumbre. Hablando de esto con Mazaltob, la maga le dijo que El Nasiry era de la casta árabe granadina, y que se distinguía por su nobleza y generosidad. Hablaba español por haber vivido largas temporadas en Málaga y Algeciras; no pensaba ella que fuese renegado, aunque algunos había en Marruecos circuncisos en toda regla, y tan perfectos en su transformación de lengua y costumbres, que el mismo ángel justiciante, el día del Juicio final, no sabría si ponerlos entre los *morios* o entre los del *Andalús*. Despertó esto más la curiosidad de Juan y sus ganas de tratar a El Nasiry, para echarle la sonda y ver si en él se repetía el extraordinario ejemplo de Alí Bey El Abassi. Pero pasaban días, y el moro, disgustado por las diabluras proféticas de Mazaltob, no volvió a parecer por el Mellah... Siguió en tanto el joven español haciendo conocimientos y entre éstos fué muy interesante el del rabino Baruc Nehama, varón provecto, de relativa ilustración y de cierta templanza en su fanatismo, el cual, creyéndole hombre desamparado y errante, y apreciando además su peregrino talento, quiso atraerle al rebaño judaico. Mas a las primeras insinuaciones vió el levita que se las había con un cristiano inexpugnable, y que su sermón catequista era como echar jarros de agua en los arenales del desierto.

Fuerte en su doctrina y dotado de brillante palabra para exponerla, Santiuste rebatía las opiniones del viejo Baruc apenas salían de su boca por entre las aborrascadas barbas, que le daban aspecto de profeta bíblico. Y ante el reposo y serenidad del cristiano para combatir la rancia doctrina, el hebreo se incomodaba, perdía el grave continente, y sacaba, no digamos el Cristo, sino las tablas de la Ley, como vicario del amigo Moisés en la tierra... Pero estas exaltaciones del sacerdote de Jehová pasaban como nubecilla, y el razonar manso de Santiuste llevaba la controversia al terreno escolástico y de esgrima intelectual, descartadas toda idea de catequismo. Respetuoso con antagonista de tanto poder, Baruc oía el elocuente panegírico de la fe cristiana y de su prodigiosa difusión en todo el mundo. Con algo que recordaba de su maestro Emilio Castelar, y lo que él de su propia cosecha ponía, trazaba el poeta de la paz cuadros admirables ante los cuales el moderno Aarón permanecía cejijunto, enredando sus amarillos dedos en la luenga barba. Por fin, no sabía el rabino cómo y por dónde meter una opinión entre el follaje espléndido del joven Yahia; se reconocía inferior, aunque por dignidad de sus funciones sacerdotales y talmúdicas se guardaba muy bien de dar a torcer su brazo. En él resplandecía el orgullo de los que afectan poseer la única verdad, y antes mueren que soltar el signo autoritario con que guían, custodian y apalean a su dócil rebaño.

Hizo Santiuste la apología del cristianismo en variedad de tonos, descendiendo del sublime al patético; ensalzó la intensa ternura de la predicación de Cristo, por la cual éste penetró en las entrañas de la Humanidad, conquistándola y haciéndola suya para siempre;

marcó luego la obra inmensa de los apóstoles, para afianzar la doctrina del Redentor sobre las ruinas del Imperio, y la siguiente labor de los Padres para fijar en dogmas inmutables todo el organismo de la hermandad cristiana; describió la tenaz gestación de la Iglesia para formarse, para edificar su imperio militante y docente, y sostenerlo con robusta trabazón arquitectónica en el curso de los siglos. ¿Cuándo había visto la Humanidad obra tan grande y sintética, ni organización tan poderosa? La doctrina de Cristo había venido a ser la única normalidad espiritual de los pueblos civilizados. Todo lo demás era fetichismo, o bien residuos deshechos de una teogonía bárbara y sin calor. Declaró Santiuste con emoción y solemnidad que de las confesiones cristianas, prefería la católica, porque en ella había nacido y porque era la más bella, la más latina, en el sentido etnográfico, y la que a su parecer responde mejor a los fines humanos. Todo lo que la Iglesia católica enseña con riguroso método escolar a los pueblos sometidos a su espiritual magisterio, él lo encontraba de perlas: en un solo punto disentía, y era la durísima abstención que llamamos *celibato eclesiástico*. He aquí el nudo negro. Todo lo encontraba muy bien, menos el negro y apretado nudo. Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que deben poner mano en este negocio, si no quieren que se les venga encima una cisma que será de los más agitados y calientes que amenicen la historia de las disensiones religiosas. Y en este punto, declaraba tenazmente el poeta su intención cismática, porque él sentía en sí un vigoroso temperamento sacerdotal: amaba los interesantes ritos, la dulce comunión del alma con Dios, la penitencia confesional, la propaganda evangélica; en fin, todo le placía y encantaba. Pero al propio tiempo sentía irresistible atracción hacia la bella mitad del género humano que Dios formó de una costilla de Adán; hacia la que, acabadita de crear, embelleció con sus gracias el Paraíso y todo el Universo.

Dijo esto el poeta con delicadeza exquisita; y como el rabino le indicase que el amor de la mujer no está vedado a los sacerdotes en ninguna de las religiones, fuera de la papista o católica, declaró Santiuste que ésta, siendo la mejor y casi la perfecta, aún tenía que dar el paso que le faltaba para ser la misma perfección, celebrando eternas paces entre la Fe y la Naturaleza. A esto contestó Baruc Nehama, sacando a colación con cierto orgullo un texto litúrgico de su Ley que dice: «Dio gracioso y piadoso, luengo de iras y grande de mercedes, hartarme he de ver tus faces.. Bendice simiente de hombres tuyos adorantes, y al templo tráenos chiquitos de tu semejanza. Veamos crecer generancio tras generancio...» Quería decir esto que Dios bendice toda unión de mujer y hombre conforme a su Ley, sin exceptuar los enlaces o casamientos de sacerdotes. Añadió el venerable levita esta sagaz observación:

—Si el tener mujer los oficiantes del templo es bueno y saludable, por los bienes que produce, lo es más, pero mucho más, amigo Juan, por los males que evita.

Quiso Dios que estos paliques sabrosos sobre la compatibilidad de amor y clerigüicio sirvieran de prefacio al encuentro de Juan *el Pacificador* y la bella Yohar, hija de Riomesta. Acaeció este notable suceso en la puerta misma de la casa rabínica, a la sazón que entraban las dos hijas de Baruc llamadas Rebeca y Alegría, y con ellas la de Riomesta, cuya hermosura eclipsaba la de las otras niñas, como apaga el sol el brillo de las estrellas. Quedó Juan suspenso, y apenas la vió desaparecer tras de la puerta, no sin que la moza echase a la calle una miradita, sintió en su interior un tremendo vaivén, como el de un barco sobre las olas bravas, de lo que le resultó un estado semejante al mareo, terror, ansiedad... Tiró el hombre hacia su domicilio, y encontrándose de manos a boca con la maga, le dijo:

—¿Quién es esa divinidad que ahora entraba en casa del señor rabino? Te aseguro que me ha deslumbrado, como estrella que bajada del cielo anduviese por la tierra vestida de mujer. Bien se ve que es de tu raza, por la blancura y fineza del rostro, y su aire de familia con Esther, Betsabée y otras tales que ilustran vuestras historias.

Y Mazaltob le respondió:

—Es Yohar, hija de Riomesta, tan rico él, que veinte camellos no podrían cargar todas sus *patacas*. Tanto como el padre es rico, es ella hermosa, y *ainda*

buena de su natural, amorosa y cargada de virtudes blandas, y con habla de sonido dulce que se te apega en el alma. Aplícate a ella, Yahia, que no podrían encontrar mejor apaño tus partes buenas. Si ella es polida, tú barragán, y *ainda* sabidor mucho. Háblale como tú sabes, con todo el melindre de tu suavidad, y verás cómo te responde con sonriso... No temas, y la tendrás enternerada, y *aína* serás camello que cargue a un tiempo la mayor riqueza y la mayor hermosura del Mellah.

Aunque lo de ser camello no fué muy del agrado de Santiuste, abrió sus oídos a las palabras de Mazaltob para que las ideas le entrasen holgadamente en la cabeza. Sintióse cautivado de las gracias de Yohar, sin que la riqueza fuese en él estímulo de su inclinación, pues era hombre absolutamente desinteresado y sin ningún apego a los bienes materiales. Tratando con su patrona del cómo y cuándo de aproximarse a la Perla, se le propuso que podían celebrar sus vistas en casa de Simi, la destiladora, pues ésta tenía parentesco con los Riomestas por parte de madre. A menudo la visitaba Yohar por el atractivo de los perfumes, a que era muy aficionada. Su padre, confiado y bondadoso, seguro de la virtud de la bella moza, no la celaba con impertinencia, ni le ponía estorbos para que fuese sola a las viviendas próximas de parientes o amigos.

Pues, Señor, he aquí que al día siguiente de ser Juan deslumbrado por la blancura de la hija de Riomesta, la vió de cerca, la tuvo al alcance de su voz, y mismamente de su manos, en el taller o laboratorio donde Simi extraía las delicadas esencias de rosas y jazmines. Y Juan habló con palabra turbada:

—Yo bien sé, amable Perla, que no soy digno de llegar a tu hermosura y bondad, prendas excelsas en que se esmeró el Criador de cuanto existe. Pero los hombres ambiciosos miran a lo que no pueden alcanzar, y solicitan lo que no merecen. Yo soy de ésos, Yohar; ambicioso que no se sacia con nada pequeño, ni con bienes de la tierra; busco y pido los del cielo, que en ti están cifrados. Niégame el amor que te pido, porque así ha de ser, siendo tú tan perfecta y yo tan miserable... Niégamelo y despídeme, que con ser despreciado por ti me contento, si el desprecio trae en sí un poco de misericordia.

Y ella.

—Tírate atrás, Yahia o Juan, y no me encariñes el oído. Ya sé que eres decidor fino, y que con tus decires graciosos y mielosos envoluntas a una piedra. Pero conmigo no te vale tu virtud, que so de nieve, como ves... Ya ves cómo me río..., cómo me río de ti, Yahia.

La risa de la linda moza cayó en los oídos del poeta como lluvia de perlas sobre cristal... Esto pensaba; pero al punto rehizo la imagen, diciéndose que el mismo ruidillo gracioso sobre el cristal podía ser producido por garbanzos o granos de maíz.

II

Y él:

—Bendiga Dios el instante en que te vieron mis ojos. Deslumbrado fuí; oscuridad triste llenó toda la tierra cuando desapareciste... Lloré yo mi miseria y escondí mi rostro, creyendo que para mí había concluído el reino de la luz. Ahora te veo, y mi alma se llena de gratitud, pues con mirarme sólo has tenido toda la piedad que como criatura de Dios merezco... ¿Qué más puedo desear después de verte? Sólo verte otra vez es mi deseo, y si no te enojaras, te pediría que me dejases gozar de tu presencia y de tu voz, aunque ninguna esperanza dieras a mi admiración de ti. Eres como divinidad a quien se debe todo acatamiento, y un culto que no puede ser callado, pues la voz se dispara sola en tu alabanza.

Y dijo Yohar, risueña:

—Cállate ya, embustero gracioso..., que por querer ser fino demasiado en el requerimiento, echas flores de trapo, sin olor. Exprime tu corazón con verdad y sin tanto requilorio, y ansí te entenderé... Para decirme que so mujer bella y que penas por mí, no hay precisión de tanta cuenta de palabras vacías... Y no me hables de tu miseria, que es mentirosa, pues sé que vienes aquí con fingimiento de homildad, y que con ropas puercas tapas tu señorío de príncipe cristiano. Tu cara dice que de padres altos naciste, y tu lenguaje suena con lustración, que yo no entiendo, porque so inorante... ¡Ay Yahia, qué bestia bonica verías en mí si me trataras despacio!

—Si eres joya sin pulimento, más me

agradas así. ¿Quieres que este pobre maestro te instruya, y adorne con luces de saber humano el divino entendimiento que posees?

—Sí que deseo polirme, y ser menos bruta de lo que so, que aquí en nuestras partes de Marroco no ha escuelas ande deprender cosas muchas y finas de lustración de Espania, Viena o la Rumanía.

—¿Quieres que proponga a tu padre tomarme de maestro tuyo? ¿Crees que pondrá en mí su confianza?

—No: antes ha de poner mi padre un garrote en tus costillas, y quitarme a mí de que te hable y oiga tus loores graciosos.

—Pues véate yo sin conocimiento de tu padre, y te instruiré, que en ello no ha de haber malicia, Yohar.

—Ni malicia ni perjudizio, sino ganicas mías de ver, de catar sabiduría. Creíme, Juan, que es dolor de una mujer verse inorante y abrutada de tantas cosas.

Diciendo esto, y sin esperar la réplica de Juan, dió media vuelta con graciosa rapidez, arremangándose la túnica holgadísima de paño azul que vestía. Los despojos de hierbas, y el polvo y ceniza que invadían el suelo del laboratorio, exigieron el remango airoso de la guapa hembra, la cual sin querer descubrió por un instante hasta media pantorrilla. Fué Yohar hacia la mesa o mostrador en que Simi filtraba y trasegaba líquidos, y cogiendo un frasco chiquito que casi no se veía entre sus blancos dedos volvió junto al profeta y le acercó el frasco a la nariz diciendo:

—Confiésame tú que nunca has golido desencia tan primorosa como ésta. Es de una hierba silvestrina que aquí llamamos *enchichoru* la más prefumosa de los montes y la que más halaga el sentido. Güele más y hártate de este olor, que es el mío. En tu camisa échate gotas y golerás lo mesmo que yo.

Dejóse el poeta embriagar de aquella fragancia, que se sobrepuso a los demás olores difundidos en el aire espeso del laboratorio. Tanto aroma fuerte le desvanecía, y su cerebro se adormeció en vagas sensaciones. Bellas cosas quiso decir después de perfumarse, como su ídolo le mandaba; pero ella no le dió tiempo a soltar las alambicadas retóricas.

—Adiós, mi señor—le dijo mirándole los ojos—. Ya no más plática hoy. Quédate con la paz, Juan.

Y él:

—¿No veré mañana la luz de mi vida?

—La verás, para que estés diluminado, que en el oscuro podrías trompicar y caerte...

—Si me engañas, Yohar; si no te veo mañana, al otro día encontrarás muerto al que quiere ser tu preceptor.

—No hagas malas mientes de mí—replicó la hebrea arremangándose por detrás para salir, pero sin mostrar más que los blancos tobillos, y los pies en babuchas rojas—. Antes mancarás tú que yo... La primera lición que me des será de los modos de hablar bonicos... So la bestia de Dios... Como me criaron ansí me ves, sin ningún perfilorio... Adiós, Juan... No me acompañes, ni me sigas con alocamientos. Puede que haiga genterío en la calle. Quitemos razón a los malos pensares.

Trastornado quedó el profeta de la paz con la gallardía estatuaria, la gracia inocente y bíblica de la hija de Riomesta. Nunca vió mujer que pudiera igualársele. ¿Qué comparación tenían con Yohar ni Teresa ni Lucila, ni tantas otras bellezas de allá, embutidas en feísimos trajes negros o pardos, y hablando un lenguaje de hipócrita corrección? Yohar era la mujer oriental o asiática, la reina de Saba, Semíramis, Herodías, María de Magdala, y ¿por qué no la mismísima Eva con la menor cantidad de ropa? Después de amar a Yohar, podía un hombre morirse tranquilo, llevándose a la eternidad los dejos de inefable ventura... Se enamoró y *envoluntó* con el fuego de todas las hornillas de amor encendidas por la juventud y sopladas por los poetas.

La imagen de Yohar, al como en la oficina de perfumes la vió Juan, por instantes se le reproducía en el pensamiento con ilusión perfecta de realidad; por instantes se le borraba, no quedando de ella ni siquiera una vana sombra, y esta privación de la imagen le exasperaba: sin necesidad de conjuro, de improviso, volvía la imagen hechicera... Declaraba el poeta que no existía debajo del sol rostro como el de Yohar, tan bello de frente como de perfil, blanco, amoroso, con resplandor de ternura sentimental, y de gracias veladas aún por la timidez. Los ojos rasgados, dormilones cuando la moza permanecía en silencio, echaban y recogían raudales de luz cuando hablaba. La boca, sin soltar una sílaba, expresaba

tanto como los ojos. Los ojos, mirando, no hablaban menos que la boca... ¿Y qué decir de la negrura del pelo, que en dos ondas asomaba tan sólo por la frente; qué de aquel pañizuelo de colorines liado en la cabeza con arte exquisito, formando por delante como el pico de una montera, y atrás un bulto que envolvía la madeja liada del abundante cabello? Sobre sus orejas, no pendientes de ellas, sino suspensas del pañuelo por un gancho casi invisible, colgaban dos aros de oro como de cuatro pulgadas de diámetro. Nunca vió Santiuste adorno tan bonito, ni tan oriental, ni tan acomodado a la belleza de Judit o de Dalila. ¡Y qué manos finas, vigorosas! Aquellas manos pudieron cortarle los cabellos a Sansón o separar del tronco la negra cabezota de Holofernes.

El cuerpo, descrito vagamente por los pliegues de la túnica, y por lo que de él contaban las extremidades, o las muestras que de éstas se veían, no exaltó menos que la cabeza el entusiasmo y la admiración de Juan. ¿Adónde iban a parar los cuerpos de europeas con la falaz anatomía que dan los corsés, y el andar corto y medido, sin el meneo de faldas de la mujer de Oriente?... En fin, señalando y ponderando bellezas, el profeta no acababa... Mazaltob, que siempre le oía con gusto por la riqueza y buen son del habla, se burló de él aquella noche mientras le servía la cena, y riéndose le dijo:

—Bien garrida es Yohar, por merced del alto Criador...; pero más, más..., oye de mí..., más que su blancura valen las arcas pretas del padre de ella, hombre apañador... ¡Goy, no desmayes, ni te acortes en el pedir cuando tengas a la moza bien sobajada de amor y endulzada de tu querer, clamando por boda!... Ansí te vea yo padre de cien chiquitos como he de verte rico y holgado de dinerales, si haces lo que te digo...

No tenía traza de parar en esta cantinela; pero Santiuste le cortó la palabra, pues su corazón noble y recto no sentía jamás inquietud por cosa tocante al oro y la plata, ni dejaría de prendarse locamente de la incomparable Perla si fuese huérfana y pobre.

La segunda entrevista fué más breve que la primera. Mas la tercera superó en interés y extensión a las dos anteriores. Llevó aquel día la israelita medias de seda, como tributo a la civilización de Europa, y otra túnica azul con una franja delantera y vertical bordada de oro. Por el escote y mangas asomaban encajes. Era un vestido caprichoso, bastardeando un poco la usanza, con lo que quería significar su gusto de la iniciativa y de la variación como sintiendo los desconocidos encantos de la moda. Y dijo Yohar:

—He soñado contigo, Juanito... Erades tú un hermoso caballo español negro..., yo una mulita blanquita. Venías a mí con relincho gracioso, trotando, y yo te tiraba coces... No te rías, que así lo soñé. Dirás que so bruta, muy bruta, y que ni en sueños puedo quitar de mí la condición de animala sin sabidoría...

—Eres encantadora, y tu inocencia vale más que todas las ciencias del mundo. En mi corazón has pegado tus coces divinas, que me destrozan el alma.

—Dime otra vez que si no te quiero te morirás de muerte amorosa, que es lo que más adentro del alma me allega para quererte... No sé si me has entendido, porque no tengo el habla tuya, como diamante tallado que echa luces.

—Sí que me moriré, porque mi vida no sabe ya vivir sola, y es llama que necesita arder en ti... Si no, se apaga. Tú eres el haz seco que ansía mi llama.

Y con esto Juan le echó los brazos, como para sellar juramento de próxima unión ante los altares, sin cuidarse de qué altares serían, o creyendo tal vez que para el caso todos los altares eran lo mismo. Sin hacer gran violencia para desprenderse, Yohar cumplió con lo que el pudor y la decencia le dictaban; lo demás lo hizo la delicadeza de Santiuste. Y ella dijo con seriedad:

—No nos aloquemos, y seyamos conocientes del mandato de Dio... Quietas manos, y los ojos con virtú; hagamos promisión de ser juntos siempre, y luego pensaremos en las procuras para casarnos con ley.

Y él:

—Valor de compromiso solemne doy a todo lo que digo, Yohar. Serás mía, y yo tuyo en este mundo visible y en el otro.

Y ella, con emoción mística:

—Oíd, cielos y tierra, porque Adonai habló... Conoció buey su comprador, y asno pesebre de su dueño.

Con estas palabras rituales que pronunció al modo de juramento, y que en los oídos de Yahia sonaron como la más

inspirada fórmula poética que pudiera imaginarse, expresó la israelita su propósito de pertenecer al español en cuerpo y alma. Y dejándose besar las manos, y algo de lo que asomaba de sus torneados brazos, completó así la idea:

—¡Comprador mío, dueño mío!... Pesebre nuestro tengamos pronto para siempre.

Toda hipocresía y remilgos, acudió Simi, que presente estaba, a interrumpir un coloquio amenizado con apoximaciones, en las cuales creía ver grave riesgo de la honestidad:

Dijo el profeta:

—No hemos hecho más que jurar, Simi.

Y Yohar:

—Tírate allá, pringosa entremetida, que no hemos rompido ningún vaso, ni vaso nuestro, ni del decorío de tu casa. Virtú tenemos, delante cielo y tierra.

No hay que decir que volvieron a verse al siguiente día, y a ratificar su juramento con expresiones ardorosas, y con todos los gestos y mímica que tan dulce intimidad requería, sin que la presencia de Simi viniese a turbarles. ¡Oh Yahia, profeta gracioso y venturoso! Tus empresas de paz dejarán memoria entre los humanos, por lo atrevidas y eficaces: tú domas el fanatismo, aproximas las razas enemistadas, y pides para todos los pueblos la bendición del Sumo Dios Unico... Fué dichoso Santiuste, y su felicidad le tuvo día y noche como en éxtasis, viendo en su pesebre a la que reunía todas las gracias de Eva nuestra madre. Por bien empleadas dió sus fatigas desde que se lanzó al trajín de la guerra. En su viaje a Africa vió la inspiración del Cielo, o *dedo de Dios* como dicen los historiadores y los políticos cuando quieren dar calidad de cosa divina a sus majaderías pomposas. Obediente también al dedo de Dios, que le señalaba la puerta de su casa, abandonó Yohar el hogar paterno (llevándose alhajas, algún dinerito suyo, y no llaves, como Riomesta decía en sus imprecaciones lastimeras), para seguir a Juan hasta el fin del mundo: en tal ceguera de amor la puso el poeta con su labia fogosa y el buen gancho que tenía para enamorar. Fué la primera idea de los amantes huir de Tetuán; mas olfateando el peligro, se acogieron al parador llamado *el fondak*. De allí escaparon más que de prisa, por estar lleno el local de montañeses desalmados y parásitos feroces; vagaron por calles y pasadizos hasta que el borriquero Esdras, a quien Yohar mantuvo a su servicio recompensándole con largueza, les deparó albergue en el tenducho miserable de un zapatero remendón, que había escapado de la ciudad. La pobreza y el desaseo de aquellas viviendas no abatió el espíritu de los amantes, ni enfrió la juvenil pasión que a entrambos inflamaba. Eran felices, y sus almas serenas flotaban sobre tanta inmundicia sin contaminarse de ella. como la luz que pasa por los aires infectos sin oscurecerse ni ensuciarse.

Llegó el 4 de febrero. En la siniestra noche que siguió al desastre, pasaron los amantes horrible susto, viéndose en peligro de ser cruelmente asesinados. Dios, Allah y Adonai juntos defendieron las preciosas vidas de los que por ley de amor eran predilectos de la divinidad. Esdras les puso en comunicación con Simi; ésta, en la mañana del domingo, les contó los horrores acaecidos en el Mellah, atropellos, incendios, muertes, y, por fin, el terrible caso de Mazaltob, que por milagro de Dios y mediación de El Nasiry no pereció a manos de los bandidos... Salidos los amantes de su escondite por indicación de Simi, se fueron à un almacén ruinoso de la calle de Kaid Hamed, donde ya estaba escondida la hechicera, y allí esta sagaz mujer, asistida de los poderes infernales, concibió el magno proyecto de buscar refugio en la próxima casa de El Nasiry... De la idea pasaron a la ejecución, conforme entró la noche del 5 al 6, y tan admirables disposiciones estratégicas y tácticas dió la maga para el atrevidísimo acto, que un éxito brillante coronó la sutileza de ella y la prontitud de todos.

Cuentan los que lo vieron que en la mañanita del 6 salió Juan de su nuevo alojamiento con el airoso traje que encontró en los roperos de El Nasiry, y recorrió el centro de la ciudad, informándose de lo que había pasado durante la noche. El aspecto de las calles y el cariz de la gente que en ellas veía le afianzó en su idea de la fácil entrada del ejército vencedor. En *Garsa Esseguira* vió muchos hombres que disputaban en alta voz, señal de que no había unidad en los pareceres, y sin unidad la resistencia era imposible. Unos

corrían después hacia la puerta de Fez; otros, hacia las del lado Este; no vió tipos de militar fiereza, sino figuras demacradas, famélicas, con la insana movilidad de quien no sabe lo que quiere ni adónde va. Pasó luego por la calle Emtamar, donde habitaba un gaditano con quien había hecho conocimiento. Deseaba por su mediación ponerse al habla con Riomesta, pues de éste y del rabino era grande amigo el tal andaluz, que fué a Tetuán de barbero y luego puso comercio de ferretería y loza ordinaria. Halló Santiuste la casa y tienda cerradas a piedra y barro, y allí se detuvo un momento, dudando qué dirección tomar. En esto sintió voces de tumulto, y vió correr la gente en dirección de la gran Mezquita. La curiosidad le llevó hacia allá... Siguió luego por calles que conducían a una de las puertas de la ciudad...; ignoraba cuál de las puertas era... Oyó que por allí entrarían o querrían entrar los españoles, y esto le empujó más por aquel camino. Al desembocar en una encrucijada irregular, llena de basuras y escombros, formada por casuchas de una parte, de otra por ruinas, vió que unos montañeses atropellaban a dos pobres hebreos ancianos y a las mujeres de la misma raza que salieron a su defensa. Un moro de buen porte y calidad, a juzgar por su vestimenta, corrió al socorro de los débiles. Pronto se le unió en la caballeresca acción otro señor bien vestido. Santiuste, que con su prestado traje se tenía por tan principal como el primero, acudió a reforzar a los caballeros. En un santiamén quedaron éstos vencedores, y dispersos los desalmados... Dió algunos pasos Juan, atraído de un rumor de cornetas que del campo venía... Llegó a la vista de los baluartes que franquean la puerta de la ciudad; vió que al lado suyo, tocándole casi, iba uno de los bravos personajes moros que medio minuto antes habían cerrado contra la canalla. Paráronse ambos, se miraron, y el profeta Yahia se encontró frente a la gallarda figura de El Nasiry.

III

No hizo Santiuste por evitar la mirada del moro, ni menos trató de escabullirse y poner pies en polvorosa; antes bien, afrontó gustoso la presencia de aquel sujeto y se fué a él con donaire y confianza.

—Yo soy Juan—le dijo—, no Yahia, como tú me llamas.

Y de esta sola frase surgió una larga conversación. Ráfagas de cólera, ráfagas de benevolencia notó el poeta en la cara del moro y en su lenguaje de perfecta entonación castellana. Lo que hablaron se perdió en el bullicio del pueblo que les rodeaba, y en el rumor de cornetas que del campo venía. No se maravilló poco Santiuste de ver que el arrogante moro palidecía, que sus miradas inquietas se volvían de la tierra al cielo y del cielo a la tierra, y que de su pecho arrojaba supiros, en los cuales iba envuelto el sonido de alguna palabra ininteligible. Sin duda, sufría grave trastorno moral y físico, enfermedad del cuerpo, o profunda turbación del ánimo. El griterío de dentro de la plaza y el ruido militar de fuera crecían. Entre ambos rumores la puerta permanecía cerrada. ¿Se abría o no se abría la puerta?

En el sitio donde estaban Juan y El Nasiry no se veía la puerta, y sí el torcido callejón que a ella conduce. Junto a ellos, entre las ruinas y un paredón interior de fortaleza, vieron la escalera de gastados peldaños, por donde subían y bajaban *moríos* de mal pelaje que pretendían ocupar el reducto defensor de la puerta, artillada con dos cañones de figurón. Sin verlo, bien se comprendía que los españoles habían llegado a la puerta, y encontrándola cerrada amenazaban con abrirla de par en par a cañonazos. El altercado entre los cristianos de fuera y los muslimes que por las troneras del reducto asomaban sus famélicos rostros, se oía desde dentro. No teniendo entereza para resistir ni para franquear gallardamente la entrada, los de arriba dijeron:

—No podemos abrir... El caíd se llevó las llaves.

Siguió a esto un estruendo de vigorosos golpes dados en la puerta.

España, colérica, gritaba:

—Abrid, miserables, o pegaré fuego a la ciudad.

Con enormes piedras y con las culatas de los fusiles los españoles cascaban las herradas maderas... Vieron en-

tonces Juan y su acompañante que del reducto bajaban despavoridos los bergantes que allí hacían un vil simulacro de defensa. Al verlos huir, El Nasiry, sin abandonar su actitud de abatimiento, les dijo:

—La voluntad de Allah sea cumplida...

En el mismo instante, la caterva de judíos y de moros pobres se lanzó por el callejón que conduce al interior de la puerta y ayudó con piedras a romper lo que los españoles querían romper desde fuera. La *Blanca Paloma*, la virginal doncella *Ojos de Manantiales* quedó pronto a merced de su conquistador... Tras un silencio de estupefacción, estalló bajo la bóveda de la puerta, como un trueno subterráneo, la marcha real española. Todo aquel viejo armatoste arquitectónico se estremeció, dando piedra con piedra... Los que tocaban la marcha permanecieron un instante quietos; luego se vieron las bayonetas, los fusiles, los hombres que entraban con paso grave... El Nasiry, en el paroxismo de su terror, cogió del brazo a Juan y lo llevó por un callejón que desde la puerta se empinaba entre casuchas gibosas.

—No puedo ver esto—le dijo—. Vámonos..., escondámonos.

Y Yahia:

—Déjame, señor, que les vea. Son mis amigos... Ya entran..., avanzan ya con paso ligero. Mira cómo les aclama la multitud. Entran con respeto, como hombres de buena educación que delicadamente se acercan a la desposada y le quitan los velos... Al frente viene el general Ríos..., también Mackenna...

Estirando toda su estatura para echar una mirada por encima de las cabezas de la multitud, dijo El Nasiry.

—Viene con ellos El Gazel, para enseñarles los caminos y guiarles por las calles... Vámonos, Yahia; yo no debo ver esto.

Avanzaron algo más, callejón arriba. En una rinconada donde asomaban, por entre construcciones humildes, algunas peñas del cerro en cuya cúspide está la Alcazaba, El Nasiry no pudo ya mantener en tensión las fuerzas del alma que sostenían su disimulo. Dejando correr un raudal de lágrimas, sin cubrirse el rostro ni alterar su voz plañidera, habló de este modo:

—La turbación que siento es de las que pueden matarle a uno si se descuida... Asístame Dios... Pues adivinaste tú quién soy, poco será lo que yo tenga que decirte... Esas músicas, esa gente que entra en Tetuán con alegría de victoria, no me dicen cosas olvidadas. Lo que veo y lo que oigo es mío, tan mío como mi propio aliento... No digas a nadie lo que has visto en mí, ni repitas mis palabras. Yo debo alejarme de esta pompa y fingir que me entristece lo que me regocija... Tengo aquí un nombre, tengo una posición, tengo un estado, que gané a fuerza de trabajo y de astucia inteligente. No puedo renegar de mi estado, Yahia; no puedo arrojarlo a la calle por un melindre de patriotismo... Guárdeme el secreto, y adelante... Sigamos, observemos y disimulemos. El traje que vistes te obliga, como a mí, a ser cauto y prudente.

Desde el sitio en que se hallaban, vieron que entraba el raudal de tropas; los haces de bayonetas brillaban al revolver de la marcha en las angostas calles; el color pardo de los ponchos se iba extendiendo y llenando calles y plazuelas, como sangre inyectada en las venas vacías de la ciudad. La virginal *Ojos de Manantiales* estaba ya hinchada de españoles y pletórica de aquel rico elemento vital que se difundía por todo su cuerpo... Las azoteas, coronadas de gente, coronaban también de vagas aclamaciones el estruendo de las músicas que invadían las calles...

—Acerquémonos ahora—dijo El Nasiry—, y veamos si entra también O'Donnell.

No por donde habían subido, sino por otro callejón que iba a desembocar a la plazuela llamada *Garsa El Kibira*, fueron ambos a satisfacer la curiosidad y la emoción, el insaciable sentimiento que nunca se hartaba. A distancia, por un largo y recto pasadizo cubierto, que era como anteojo, vieron pasar soldados, recorriendo una vía de relativa anchura. Así estuvieron mediano rato:

—Mira, mira—gritó de improviso Santiuste—: ese que ahora pasa es O'Donnell... Ya pasó, ya no le ves...

—Le vi—replicó El Nasiry, y le conocí por su grandeza, que a mi parecer superaba a la de las casas.

Detrás del general en jefe siguieron entrando secciones de todos los Cuerpos con sus músicas correspondientes,

los cuales tocaban la marcha de la ópera *Macbeth*, muy del gusto de O'Donnell por su marcial aliento.

—En el corazón—dijo El Nasiry retrocediendo con su amigo—se me queda pegada esa música, y creo que la estaré oyendo mientras viva...

Empujada la puerta más próxima, penetró en una casa de apariencia humilde. Era una de las tres de su propiedad que alquiladas tenía. El pobre viejo que moraba en ella, almuédano a sus horas, a ratos escribiendo de un cadí, había salido a ver las tropas. En el patio, una mora vieja y demacrada recibió al casero: éste y su acompañante, descansando en un poyo revestido de azulejos, continuaron su interesante coloquio. Reiteró El Nasiry a Santiuste la recomendación de guardar secreto sobre cuanto le dijese, movido del irresistible impulso de abrir su pecho, en tan grave ocasión, a un individuo de su raza y de su tierra. A las innumerables preguntas que hizo acerca de España y de la familia de Ansúrez, pidiendo detalladas noticias de su padre y hermanos, contestó Juan con interés minucioso, apurando su memoria para que nada se le quedase por decir. Con esto acabó el buen Yahia de ganar la confianza del que tenía por poderoso señor musulmán, o renegado de alta escuela, al estilo de Alí Bey... De veras admiró Juan el prodigio de una metamorfosis bastante perfecta para cautivar en confiada ilusión a todo un pueblo.

Ponderó El Nasiry las ventajas de vivir en Marruecos en calidad de moro, disfrazándose para ello de lenguaje, de costumbres y de religión, y ensalzó el beneficio grande que resulta de existir allí muy pocas leyes, simplificación legislativa que compensaba el bárbaro despotismo del sultán. Este no era tan intolerable para el hombre flexible y astuto que supiera adaptarse al suelo y hacer sus pulmones al ambiente de un país sin gobierno en unas cosas, y en otras con gobierno excesivo, tiranía ciega y caprichosa. Era cuestión de marrullería, de estudio de los hombres y de conocimiento de la fundamental ciencia del Mogreb, que es la gramática parda. El había estudiado más que cien bachilleres de Salamanca para llegar a la cabal asimilación del islamismo por el lado religioso, por el civil y moral, y podía decir, aparte toda modestia, que pocos picaron tan alto en la sutileza de la conquista.

—La llamo así—prosiguió—, porque conquista personal es lo que yo he realizado, y no hay otra manera de penetrar en esta salvaje familia. Los españoles no imitarán en conjunto mi obra, y por no imitarme, no serán nunca dueños de Marruecos, a pesar de estas guerras y de estas batallitas vistosas..., sí, muy vistosas y con música, hijo mío, pero nada más... Y por fin, si tu intención es quedarte aquí, tómame por maestro, y no des un paso ni respires sin consultarme previamente. Prepárate a una labor dura, y trae a tu entendimiento todas las luces que andan por esos mundos, y alguna más que tú inventes, pues la sabiduría y picardía labradas por los demás no son bastantes, y hacen falta picardía y saber nuevos que cada cual debe sacar de donde pueda.

Tocóle después a Santiuste explicar el rapto de Yohar, y en verdad que lo hizo con perfecta honradez histórica, refiriendo los antecedentes del caso y el caso mismo sin jactancia ni floreos sentimentales. Frunció el ceño El Nasiry a la conclusión de la historia, y dijo:

—Bien, Yahia: empuje grande de ilusión hubo, según veo, por una parte y otra, y no mediaron más que los engaños propios de amor. Ordena la Naturaleza que se le rinda homenaje, y no hay forma de desobedecerla... Es una tirana que manda en la juventud... ¡Como que ella es siempre joven, y está engendrando sin cesar!... Bien, hijo: lo que no me parece acertado es tu pretensión de que Yohar abrace el cristianismo. Si logras catequizarla, despídete de las riquezas de su padre, que son cuantiosas, hijo. Conozco a Riomesta: sé que no sólo es el más rico, sino el primer rezador del Mellah, apegado fanáticamente a su ley rancia y a los ritos hebraicos. No, no cederá... Tienes que largarte a España con la moza, si es que quiere seguirte... Hoy, como está enamorada, te dirá que sí, que será cristiana, que quiere el agua del bautismo... Pero no te fíes, hijo, no te fíes, ni creas que esas lindas coces de Yohar que me has contado han de ser siempre blandas y amorosas... Ya coceará de otro modo... Deja que se enfríe un poco el amor,

pues no hay cosa caliente que el tiempo no enfríe, y verás cómo la borrica tira al pesebre paterno... Dime otra cosa: ¿tienes tú con qué mantenerla? ¿Piensas que se resignará a la pobreza? Yohar gusta de los ricos vestidos, de las joyas... Sin duda, esa víbora de Mazaltob le ha hecho creer que eres tú algún magnate disfrazado de pobre... Sigue mi consejo; haz paces con Riomesta; pídele su borriquita blanca; dile, o hazle creer, que por poseerla en forma de ley entrarás por el aro judiego y te hincarás delante de Adonai.

Como Santiuste declarara enérgicamente que no haría jamás abjuración verdadera ni fingida de su fe cristiana, El Nasiry, luengo de marrullería, astuto y nada corto de explicaderas, le dió palmadas en el hombro, diciéndole:

—Hijo, vete pronto a España, vete a cualquier país civilizado, que en Africa no tienes más carrera que la de mendigo si no estudias todas las artes del fingimiento. El cristiano que acá venga y no sepa fingir, o muere o tiene que salir pitando. Se hace aquí fortuna más o menos grande, según el grado de simulación que cada uno se traiga para poder vivir entre esta plebe... En mí tienes ejemplo vivo del arte de figurar lo que no es... Después de tanto tiempo y de aprendizaje tan largo, ya vencedor en la lucha, todavía me veo precisado a representar más papeles, según las ocasiones que se van presentando... Y para que lo comprendas mejor, te pondré un ejemplo mío, un ejemplo reciente, de estos días, de hoy... Verás, Yahia..., atiende un poco.

Limpió su gaznate El Nasiry con ligeras toses, y bien preparado de ideas y razones, prosiguió así:

—Tengo yo un amigo llamado El Zebdy, residente en Fez, buen hombre, intachable musulmán, rezador y creyente a machamartillo, rico y de no escasa influencia cerca del sultán. Su bondad y humanidad no tienen más límite que la línea del fanatismo; cuando traspasa esta línea, es El Zebdy tan bárbaro y cruel como cualquier otro de su raza, y aún más que tantos y tantos que se ven por ahí. Pues bien: este amigo me suplicó que le contara por escrito todas las ocurrencias de la guerra, desde la llegada de los españoles al valle del Río Martín, hasta que quedaran deshechos ante los muros de Tetuán... No era de mi gusto escribir historias; pero no podía negarme a la pretensión de El Zebdy, porque este señor me ha protegido con largueza; me salvó una vez la vida; por él tengo aún esta mi cabeza sobre los hombros; me ha dado dinero y crédito para mis negocios; consiguió que el sultán me cediera gratis el terreno donde he construído tres casas; y más, más favores le debo. ¿Qué podía yo hacer, Juan? Ponte en mi lugar. Pues, Señor..., agarro mi pluma, y ¡zas!: todas las acciones se las he contado, y sólo me falta la de Tetuán y las trapisondas en la ciudad, tarea que tengo dispuesta para esta tarde, si Dios me da tranquilidad y tiempo...

—Linda historia será—dijo Santiuste—, escrita sobre el terreno, interpretando la realidad honradamente.

—Quítate allá. ¿Crees tú que es historia lo que escribo para El Zebdy? No, hijo; no es nada de eso, porque he tenido que escribirlo al gusto musulmán, retorciendo los hechos para que siempre resulten favorables a los *morios*. Y cuando no me ha sido posible desfigurar el rostro de la verdad, hele puesto mil mentirosos adornos y afeites para que no lo conozca ni la madre que lo parió. En cada párrafo he metido exclamaciones del Corán y gran porción de esas pamplinas con que aquí se alimenta el fanatismo. Allah y la variedad infinita de sus nombres no se me caían de la pluma. Así queda el amigo muy contento y al leer dice: «¡Qué buen creyente es El Nasiry! ¡El Benigno le alargue sus años!» Cierto que si el fárrago de mis cartas cayera en manos de un español listo y versado en letras, vería que por los huecos de aquella balumba de citas *coránicas* y de adulaciones al Mogreb y a sus bárbaras tropas, asoman las ideas cristianas, todo el saber que se trae uno al mundo desde que le ponen en la frente la sal del bautismo. Claro que el bestia de El Zebdy no verá más que la superficie de lo escrito; en el fondo no penetrará, porque su entender romo es incapaz de penetración, como el de todo *muslin* que no ha salido de estas ciudades apestosas; se holgará mucho de mis falsas historias, y las mostrará a sus amigos. No quiera Dios que ojos cristianos las lean, pues entonces saltará de los renglones el engaño que

en ellos se oculta, y adiós fingimiento mío... Allah me guarde siempre..., o Dios, si tú lo quieres..., y en confundirlos no hay pecado, que de estrellas arriba el que manda es quien es, y no se cura de que aquí le demos este nombre o el otro. Entiéndelo, hijo.

Calló el Nasiry, quedando un ratito en meditación. Juan, metido también en sí, no echaba en saco roto la lección de fingimiento. La pausa terminó con un suspiro del caballero moro, y con decir éste a su amigo:

—Creo, Juan, que es hora de que vuelvas a casa. Yohar la blanquísima estará inquieta porque tardas... Yo me quedó aquí: mi inquilino, que como amanuense del cadí es hombre de letras, me tendrá preparados los trastos de escribir. Aquí enjareto mi carta al gaznápiro de El Zebdy, y hago tiempo hasta que llegue la noche, pues de día no verán mi rostro las calles de Tetuán. Cuando oscurezca iré a mi casa, que ahora es tuya, y te visitaré a ti y a toda la caterva que allí se me ha metido. Procuraré recoger a Ibrahim y a Maimuna, que amedrentados huyeron de vosotros, teniéndoos por diablos... Entre todos me cuidaréis la casa, que ha venido a ser refugio maternal de moros, cristianos y judíos... Anda, hijo, no te detengas... Allah y la Virgen te acompañen... Dios y la Virgen, digo. Todo es lo mismo... Dios hizo al hombre, y el hombre ha hecho los nombres de Dios... Abur...

IV

Camino de su prestada vivienda, Juan pasó por España... España invadía las calles, pasadizos y rinconadas de Tetuán, gozosa, entusiasta, decidora, con todo su vigor de espíritu y toda la sal de su lenguaje. ¿Quién se acordaba ya de las fatigas, de las hambres, de la muerte de compañeros mil, de las penalidades de todos? Gustaban los soldados la victoria como un manjar celestial que, asemejándoles a los dioses, les revestía de la más pura dignidad, y les inspiraba mayor indulgencia con los vencidos. y más vivo amor a la patria ausente. ¡Fenómeno singular! Traídos a la victoria por O'Donnell, todos se parecían a él; en todos se reflejaba la serenidad majestuosa del héroe triunfante. No se maravilló poco Santiuste cuando vió y supo que ni el más leve atropello habían cometido los soldados vencedores: a moros y judíos trataban con afable generosidad, repartiendo entre ellos el pan que llevaban para sí. El triunfo ganado con las dos grandes virtudes militares, el valor y la obediencia, la suma acción, la suma pasividad, a todos infundía ideas y talante de caballeros.

Al pasar por el zoco, advirtió Juan que en el Mellah gran número de soldados confundían su júbilo bullicioso con la bullanga de las hebreas. No quiso entrar en el barrio judío, donde pudiera aparecérsele la irritada figura de Riomesta, y abriéndose paso entre la muchedumbre de militares, tomó la dirección de su casa. Buscaba rostros amigos, y el primero que vió, por dicha suya, fué el del beatífico clérigo castrense *don Toro Godo*, que al pronto no le conoció; de tal modo le desfiguraba la morisca vestimenta. Se abrazaron; mucho tenían que hablar y que contarse; pero Juan iba de prisa, y ya charlarían en mejor ocasión... Con interés vivo y palabra rápida preguntó por los amigos:

—¿Y Alarcón, y Pepe Ferrer, y Clavería, y el dibujante Vallejo, y Rinaldi, y éste y el otro y el de más allá?

De casi todos le dió *don Toro* noticias lisonjeras ..

—Abur, hasta luego...

—Nos veremos mañana...

Diez pasos más, y el poeta de la paz se encontró frente a frente del poeta de la guerra, Pedro Antonio de Alarcón, que venía de la casa de Erzini con su amigo Carlos Iriarte, escritor y dibujante francés. Grande fué el estupor del de Guadix al ver a su amigo sano, limpio, alegre de rostro y mirada, y con aquel airoso empaque musulmán que cuadraba tan bien a su tipo y figura.

—¿Qué tienes que decir, Pedro, de la metamorfosis de tu amigo? ¿Me creías muerto? Muerto fuí, resucitado soy. Abrázame una y cien veces... ¡Viva el Africa hospitalaria!... ¿Para qué hemos conquistado a la blanca Tetuán sino para establecernos en ella?

—¡Viva Tetuán, y España por los siglos de los siglos viva!—gritó el granadino con toda la fuerza de su voz, los brazos en cruz—. ¡Cuánto me alegro

de verte! ¿Qué guapo estás! ¿Quién te ha dado esta ropa? Pillastre, ¿has conquistado alguna morita?

—Ya te contaré... Tengo prisa..., vuelvo. ¿Dónde me esperas? Tenemos mucho que hablar.

—¿Estabas aquí cuando la batalla del cuatro de febrero?... ¡Acción clásica de guerra! Yo veo en ella el triunfo de la artillería, y la obra maestra de O'Donnell. Ensalcemos esta grande ocasión de los tiempos presentes. ¡Con cien mil de a caballo, cuándo nos veremos en otra!... Pero ¿tú que has hecho, qué haces ahora?

—Si viene la paz haré la historia de ella... Lo que falta para llegar a la paz, yo lo contaré al mundo. No me mires con burla. Ya te demostraré que alguna hojita de los laureles que habéis conquistado me corresponde a mí... Tetuán, la *Blanca Paloma,* nuestra es... Si vosotros, con el acero y la pólvora, habéis hecho una gran conquista de guerra, yo, con pólvora distinta, he hecho una conquista de paz. ¿Cuál será más duradera, Perico?...

Madrid, octubre-noviembre-diciembre de 1904. Enero de 1905.

FIN DE
«AITA TETTAUEN»

CARLOS VI, EN LA RAPITA

I

Tetuán, mes de Adar, año 5620.

¡VIVE Dios que no sé ya cómo me llamo! *Yahia* dicen los del *Mellah* al verme; Alarcón me saluda con apodos burlescos, *Profetángano, don Bíblico;* para algunos moros maleantes soy *Djinn,* que quiere decir *diablillo, geniecillo;* y mi venerable amigo el castrense don *Toro Godo* me ha puesto el remoquete de *Confusio* (con *ese).* Cuando me recojo en mí y examino y desdoblo mi personalidad, ahora tan envuelta sobre sí propia, vengo a reconocer que soy aquel Juan que vino de España con el ejército de O'Donnell trayendo consigo poco más de lo puesto, un humilde y no manchado apellido, que creo era Santiuste, y una condición, que tengo por sencilla y mansa, la cual, dividida en cuartos, me da tres partes de galán enamoradizo y un cuartillo de poeta. Tal soy, tal fuí. Quiero reconstruir mi ser sintético y fundar en él la nueva conciencia que necesito al cabo de tantos trastornos en esta mi africana vida tan atropellada y exuberante.

Si apenas sé cómo me llamo, tampoco me doy clara cuenta de la religión que profeso, pues las tres que aquí tenemos confunden en los espacios de mi espíritu sus viejos dogmas y sus ritos pintorescos. Y ved aquí que yo, el hombre de las grandes confusiones, el panteólogo desmemoriado que, al descuidar la fijeza de su nombre, borra con igual descuido los nombres de las cosas, me meto a refundir en una sola creencia las tres que aquí los humanos practican, divididos en castas, familias o rebaños, con sus marcas correspondientes. Adviértase que la síntesis religiosa es para mi uso particular y exclusivo goce, sin ningún prurito de apostolado ni cosa que lo valga. Las tres me mandan que ame a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a mí mismo, y que perdone las ofensas; las tres me señalan la vida perdurable como fin sin fin de nuestro ser, y me ofrecen recompensa o castigo conforme al valor moral de mis acciones, mientras me tiene Dios estacado en la sociedad humana, paciendo en las no siempre fértiles praderas de la vida fisiológica.

Ninguna creencia monoteísta me manda matar ni robar; pero veo que todas violan el precepto en las guerras y trapisondas, mayormente si éstas son traídas por el furor pietista de los pastores que nos guían en este mundo, y en los caminos para llegar felizmente al otro. Yo ni mato ni robo, y considero la guerra como el pecado mortal de las naciones. En el tratado del amor de mujer manifiestan las tres hermanas... (que así las llamo por no encontrar nombre adecuado con que designar su indudable parentesco), manifiestan, digo, divergencias mayores que en otros delicados puntos. Cuál dice que nos casemos con una sola; cuál que con cuatro; y alguna se nos muestra tan adusta y regañona en lo concerniente al trato mujeril, que, si obedeciéramos con rigor inflexible sus crueles prohibiciones, dentro de un par de siglos no habría ya mundo para contarlo. Pastores y rebaño infringen con tácito acuerdo la inhumana ley que proscribe toda alegría, y así, con el prohibir y el infringir bien alternados, con este ten con ten, como dijo el otro, rebaño y pastores van tirando hasta el fin de los siglos.

En verdad os digo que no me ha costado grandes quebraderos de cabeza encontrar la idea fundente de los distin-

tos criterios con que este y el otro Decálogo tratan de regular la máquina de nuestras pasiones. Yo cumplo, yo infrinjo conforme a supremos dictados de humanidad viviente y creadora, y al punto me sale la ley de indulto que acalla mi conciencia, reconciliándome con las soberanas leyes... Espero que este relato de mi vida en tierras africanas me dará nuevas ocasiones de explanar con detenimiento materias tan sutiles, y ahora, puesto a infringir, quebranto el método natural de toda narración, y divago a mi antojo, volando de idea en idea y de impresión en impresión.

Sabed que algunos días me levanto y me acuesto con la firme creencia de que vivo en el más bárbaro país del mundo; sabed que no pocas noches me acuesto y me levanto con la idea de que he venido a caer en un país donde debemos aprender la civilización antes que enseñarla. El caviloso examen de estas contradictorias opiniones mías a veces me ocupa mañanas y tardes, sin que de mi tenaz raciocinio salga el término discreto en que pueda fundar la verdad. Me interrogo y no sé qué contestarme. «¿Por qué ha de ser signo de incultura el anónimo de estas calles, plazoletas, encrucijadas y pasadizos? ¿Qué va ganando Tetuán con el furor bautismal de los españoles, que no paran estos días de clavar rótulos en todas las vías urbanas, trayéndonos acá la enfadosa titulación de las calles europeas? ¿Son los tetuaníes mejores de lo que eran porque se llame *calle del Rey* lo que antes llamábamos, sin letrero alguno, *Kaisería, calle de Cantabria* la extensa vía de *Trankats,* y de *Chiclana* la famosa *El Haddadin?*» Los vencedores estampan en el cuerpo de la ciudad conquistada la marca de su prepotencia; en él practican una especie de *tatuaje* con los nombres de todas las unidades de su ejército y los de famosos territorios y pueblos de España. *Ojos de manantiales* ha venido a ser un diccionario de la guerra y de la paz. Los tetuaníes hojean el indigesto infolio sin entender una sola letra; saben que están vencidos; sienten la mano del dominador; pero miran con desprecio las muestras de su escritura y lenguaje que el español va pintando en las paredes. Yo digo: «Bautizando calles, nada conseguiréis. En las poblaciones marroquíes no habría calles si no fuera indispensable un poco de suelo común para ir de un edificio a otro. Dejaos de callejear y buscad la vía por donde penetréis en los corazones.»

Ayer comí con Alarcón y Rinaldi en la Judería, donde reside el primero. Ambos se burlaron de mi ropa moruna, invitándome a reponer en mi persona las decorosas prendas del vestir europeo. No me mordí la lengua para defender mi vestido y prestancia, y despotriqué furiosamente contra el odioso pantalón, incómodo y deshonesto; contra las chaquetas y levitas de lúgubres colores; contra los acartonados cuellos de las camisas y las ridículas corbatas que nos oprimen el pescuezo. «Cuando me acuerdo —les dije—del sombrero de copa, y de que yo he llevado ese absurdo chapitel sobre mi cráneo, viendo en derredor mío, día y noche, innumerables seres humanos afeados de igual manera, creo haber despertado de angustiosa pesadilla, en la cual soñaba yo, y medio Madrid conmigo, que éramos tubos de latón, y que por la cabeza despedíamos todo el humo de las vanidades humanas.» Ya empiezo a dudar de que tales sombreros hayan existido y de que yo me los haya puesto; ya veo representada en ellos toda la impertinencia meticulosa y refistolera de lo que llamamos *Administración pública,* la oquedad del *organismo burocrático,* nuevo poder erizado de fórmulas, de ataduras, de pinchos, y que al exterior trata de hacerse imponente con su empaque en cierto modo sacerdotal. Casullas me parecen las negras levitas, y mitras los sombreros de copa. Vistos desde aquí los señores de mi tierra y los primates de la política, me inspiran miedo supersticioso. Su saludo, quitándose el tubo y volviendo a ponérselo sobre la cabeza, en casi todos calva, me hace el efecto de un signo hierático, como el gesto de aquellos figurones que decoran los monumentos egipcios o babilónicos.

De estas extravagancias mías se ríen Alarcón y Rinaldi, y el *moro de Guadix* me contesta con otras más graciosas y peregrinas, acabando por darme la razón y renegar conmigo de algunos usos europeos. Alegrábamos nuestra comida con burlas y chascarrillos, poniendo en caricatura el habla dengosa de las hebreas que nos servían, hijas de Abraham Mendes, en cuya casa, que no es de las peores del *Mellah,* tiene Alarcón

su alojamiento. Este Abraham es hermano de *Jakub Mendes,* y, como él, tratante en piedras y metales preciosos. A dos pasos de allí, en la calle que ahora lleva el rótulo de *Numancia*, tengo yo modestísimo albergue que me proporcionó *Simi,* pared por medio con su casa, y que amueblamos con prestados trebejos, tapicería y cerámica. Luce nuestro ajuar más de lo que debiera por el buen gusto con que todo lo apaña y adereza *Yohar,* cuidando de que en cada objeto se vean de cara las partes libres de manchas, deterioros o desgarrones, y de que queden en la oscuridad las estragadas por el uso y el tiempo. Tal es el arte de mi compañera, que nuestra casa, en la cual estamos como en un estuche por su extremada pequeñez, parece bonita sin serlo realmente, y hasta nos da la ilusión de holgura en su exigüidad molestísima. Influye no poco en esto nuestra imaginación, que desde los días del rapto no cesa de construir en derredor de nuestra pobreza un mundo risueño y grato: gracias a ella, lo duro se nos vuelve blando, ancho lo angosto, y cuando yo, poniéndome en pie con descuido, sin acordarme de la corta altura de la estancia, doy con la cabeza en el techo, las estrellas que veo son los luminosos ojos de *Yohar*... La imaginación nos calienta el comistraje que frío recibimos de las manos de *Mazaltob,* y nos disminuye considerablemente el número de pulgas y de otras perversas alimañas que de la casa de *Simi* vienen a la nuestra, en busca del pasto abundante que les ofrecen los cuerpos jóvenes...

Otra vez divago, lector mío: no puedo sujetar mi versátil pensamiento, que se me tuerce y ladea cuando más en derechura quiero llevarlo... Recojamos y anudemos la hebra interrumpida. Digo, pues, que Alarcón y Rinaldi, después que almorzamos, me llevaron a dar un paseo por la ciudad, y al cabo de unas vueltas perezosas por las calles próximas al *Zoco* fuimos a parar al *Fondac,* que es como decir parador, lugar de reposo y transacciones comerciales, que los españoles han transformado llevando a él la cháchara morosa de los casinos de allende. Oficiales de distintas armas tomaban café bajo el emparrado sin hoja que entre las dos crujías del local forma un techo completamente ilusorio. Con unos y otros charlamos, hasta que, secos nuestros gaznates, hubimos de humedecerlos con las infernales bebidas europeas que allí vendía un travieso argelino, de cuyo nombre no me acuerdo. Se hablaba del delirio patriótico con que acogían todas las ciudades de España los recientes triunfos; de los planes de O'Donnell; de los rumores de próxima paz; se traslucía en todos el deseo de que ésta llegara pronto, pues ya era hora de consolidar las glorias en el descanso; algunos dedicaban palabras medrosas a los estragos del cólera morbo, dentro y fuera de la ciudad, llevando cuenta de los casos que por la celeridad de la muerte infundían mayor lástima y terror.

En estas conversaciones nos entreteníamos, cuando me sobrecogió la presencia de dos sujetos que aparecieron por el foro del Fondac, y así lo expreso, porque siempre vi en aquel patinillo disposición semejante a la de un escenario: paredes a izquierda y derecha con puertas practicables: foro de tenduchas arrimadas a una pared con angostos ajimeces; bambalinas de emparrado... De una de las tiendas del fondo, o de la portezuela mal escondida en la rinconada, no estoy bien seguro, salieron los dos hombres en quienes mis ojos y mi atención se clavaron: el uno moro de buen porte, viejo barbudo el otro y de traza judaica. Pasaron cerca de mí, y ya en los bordes de lo que podríamos llamar proscenio detuviéronse para mirarme. En el moro noté lástima cariñosa; en el hebreo, desdén, odio, rabia: su boca me habría mordido si pudiera, y sus ojos, fulgurantes bajo las cejas blancas de cerdosos pelos, me lanzaban miradas que me habrían deshecho si fuesen rayos... Eran mi fanático suegro *Simuel Riomesta* y mi gallardo amigo *El Nasiry.*

II

Segunda semana de Adar.

Se alejaron hablando de mí, bien lo conocía yo, y a mayor distancia volvieron a detenerse y a mirarme. *Riomesta* unió al rencoroso mirar un gesto de amenaza, extendiendo el rígido brazo hacia mi humilde persona. Desaparecieron, dejando en mí una sensación de ansiedad

expectante. Toda la tarde, antes y después de abandonar a mis amigos, estuve muy metido en cavilaciones. Asaltaban sucesivamente mi espíritu presagios de distintas calamidades, y mi excitada memoria reproducía con maligna insistencia hechos observados en mi propia casa dos y tres días antes. No he dicho aún, por no tener ocasión de ello, que mis vecinas me habían informado de las visitas que a *Yohar* hizo *Riomesta* algunas tardes, hallándome yo ausente. Ignoraban lo que hija y padre habían hablado, por ser el camaranchón inaccesible a la curiosidad de ojos y oídos; pero veían salir al viejo bufando, con temblor de la mandíbula inferior y de su barba hirsuta. Luego encontraban a la blanca mujer deshecha en lloriqueos, y algún día viéronla rasgar con fiero impulso un pañuelo de fina seda con que su seno cubría. Interrogada por mí sobre el particular, *Yohar* me contó que su padre la reprendía y amenazaba, negándole todo auxilio de dinero mientras viviese conmigo... Verdad parecía esto; mas no era, según mi entender, la verdad completa. Algo más había, sin duda, que en el pensamiento de mi amada quedaba como en expectación medrosa, no sin que lo dejasen transparentar sus ojos dormilones y aun la tersa blancura de su frente.

Debo decir que no ha desmentido *Yohar* ni un solo día la inclinación amorosa que la trajo a mi lado, ni ha dejado de ser tierna, dulce, firme y encendida en su afecto. Sólo para mí vive, como yo para ella, y en sus cálculos de futura existencia habla como si nuestros destinos fuesen inseparables y nuestras almas no supieran romper su armonía venturosa. En los azarosos días, antes y después de la ocupación de Tetuán por los españoles, el ánimo de *Yohar* era de una igualdad encantadora; ninguna privación ni molestia lo abatían; ningún contratiempo apagaba en sus labios la franca sonrisa con que iluminaba mi existencia y la suya... Instalados en la casuca del *Mellah*, porque nuestro menguado peculio no nos consentía mejor vivienda, nos avenimos a la estrechez, y extremando la conformidad, llegamos a encontrar delicioso aquel escondrijo y hasta muy favorable a la salud. Burlándonos de las molestias, concluíamos por soportarlas y aun por creerlas buenas: la sal de las bromas y la dulzura del amor, alternadas en el tiempo sin espacio de hastío entre una y otra, nos sazonaban la vida en tal manera, que no ambicionábamos vida mejor.

Cuando nos faltaba qué comer, porque *Simi* no había logrado vender el puñadito de aljófar que a nuestro sustento destinábamos cada semana, *Yohar* distraía y engañaba nuestra inanición con humoradas donosas. Algunas mañanas, en los ratos que mediaban entre un despertar alegre y un desayuno de inaudita frugalidad, hacía volatines sobre las enjalmas y tapices del camastro, y elevando sus extremidades inferiores, de inmaculada blancura, daba pataditas en el techo; o bien se deslizaba por un hueco alto del tabique medianero entre la alcoba-sala y el comedor-cocina, no más grandes que un confesionario de mi tierra, realizando el prodigio de adelgazar su cuerpo hasta lo increíble y de imitar las ondulaciones de la culebra. Y alguna vez, cuando se me pegan las sábanas, suele despertarme armando en la próxima cocina un pavoroso ruido de platos vacíos, imitando el que hacen los duendes o diablillos que invaden las viviendas abandonadas. Me maravilla la destreza de manos de *Yohar*, que mezcla con estos ruidos el de una pandereta y furibundos toques de almirez.

Un sábado, bien lo recuerdo, cuando comíamos la excelente *adafina* con que nos obsequió *Mazaltob*, tuvo mi *Yohar* el mal acuerdo de reiterar tardíamente sus primeras instancias para que yo abrazase su ley. Con negativa tan terminante había yo rechazado sus proposiciones en los días que bien puedo llamar nupciales, que no creí volviese a mentar semejante asunto. Y no sólo habíamos convenido en que yo no cambiara de religión, sino que ella se mostró cautivada del Cristianismo y deseosa de abrazarlo, para que nuestra común fe bendijera el himeneo de nuestras almas. Había yo empezado a instruirla en los misterios dogmáticos de mi fe, así como en la dulce moral de Cristo, y veía con gozo su adaptación fácil a los nuevos ritos, y el calor y entusiasmo con que recibía mis lecciones. ¿Por qué de la noche a la mañana dejaba entrever repugnancias de su abjuración, y me proponía que fuese yo el que diera el atrevido paso para

llegar a la igualdad o armonía de nuestras creencias?

Pasados unos días, en plena festividad de *Purim,* creí haber convencido a *Yohar.* Derramó tiernas lágrimas; su viva imaginación me siguió por los espacios del idealismo cristiano, y cuando estaba conmigo en la zona más alta, cayó de improviso, expresando así la sincera verdad de sus deseos:

—Oye, tú, mi *Yahia:* ¿no percatas que ha de enfurecerse el Dio cuando vea que troco mi ley y me jago cristianica? Dejarme has como so y tú lo mesmo con tu Jesucristo. Onde por ello diremos a casarnos a Gilbartal, y allí moraremos, tú mercador. yo señora polida y esponjada de ropa... A casarnos por lo inglés, *Yahia,* y a ser ricos con cuenta grande de *doblas, dóros y fluses.*

Ya me había manifestado *Yohar,* con vaga ensoñación de grandezas, sus deseos de vida europea, conservando la fe judaica. No se borraba de su memoria el recuerdo de unas señoras hebreas de Gibraltar que poco antes de la guerra recalaron en Tetuán. deslumbrando con su riqueza y lujo. Vestían trajes europeos de formas extravagantes y de colores vivos; cargaditas iban de alhajas; derrochaban la plata menuda, y aun el oro, en el auxilio de los judíos indigentes. Fueron por muchos días admiración y comidilla de todo el vecindario del *Mellah...* Un barquito muy cuco, propiedad de un inglés millonario, las había traído de Tánger al Río Martín y en este punto se reembarcaron para recorrer toda la costa septentrional del continente, hasta Damieta o Alejandría. Dejaron tras sí una estela luminosa en el pensamiento de las hebreas pobres, y en las ricas, un dejo de admiración que fácilmente en envidia se trocaba. Mi *Yohar,* según pude entender, no era la menos dañada en su espíritu por aquellas fugaces visiones de opulencia, y de lo que ella creía la suma elegancia. Desviada de tales pensamientos por el arrebato amoroso, a ellos volvía, con la remisión de aquella dulce fiebre, y trataba de conciliar el querer y el presumir, forjándose una ilusión de vida en que la comodidad y riquezas se fundiesen con el amor del pobre *Yahia.*

No hay que decir que yo, con mis sutilezas retóricas, traté de apartar a la blanquísima hembra de aquellas manías. Discutíamos, y al parecer mis pensamientos vencían y dispersaban los suyos, sin que por esto pudiera declararme vencedor. Creía yo haber tomado la plaza, y ésta me mostraba al siguiente día sus muros inexpugnables; que las mujeres dejan tomar al hombre la fortaleza de su espíritu, y al instante de nuevo la levantan con los mismos caprichos y tenaces deseos. Yo le argüía con lógica incontestable; demostrábale que, abandonados de su padre *Simuel,* no teníamos esperanza de riqueza ni aun de bienestar mediocre; que nuestra única salida del atolladero era un pasar modestísimo, trabajando los dos en cualquier oficio o en un menudo comercio. Conciliáramos ante todo nuestras conciencias, dando solución práctica al intríngulis religioso, y después podíamos allegar en Europa el pan de cada día, seguros de que la protección de Dios no había de faltarnos. Sobre estas ideas pasaba ella volando con las irisadas alas de su vana superstición. Confiaba loca y ciegamente en la suerte, que los judíos llaman *mazzal;* creía en el súbito hallazgo de tesoros en la emergencia de un cúmulo de circunstancias u ocasiones providenciales para enriquecernos de la mañana a la noche, en la teatral aparición de genios o diablillos que caían del cielo o brotaban de la tierra para ofrecernos con su protección todos los bienes del mundo. Ferviente devota de la suerte. terminaba nuestras disputas con el expresivo refrán hebreo: «Daca un cuajito de mazzal y tírame a las fondinas de la mar.»

Fácil es comprender, por lo dicho, que el problema vital me inquietaba cada día más, y que pensaba seriamente en plantar los jalones de nuestra existencia definitiva. Los recursos para subsistir, representados por puñados de aljófar, que cada día iban mermando, pronto se extinguirían. La vida en Tetuán se hacía imposible: era forzoso pasar el Estrecho y establecernos en tierra europea, donde hallaríamos fácilmente cualquier arbitrio para ganar el sustento. Lo más próximo, lo más hospitalario, era sin duda el Peñón, aquel pedazo de tierra híbrida y cosmopolita que aun tiene algo de España, algo más de Inglaterra y mucho de los vecinos países africanos. En aquel solar anclado en el Océano viven en santa paz la li-

bertad, el comercio, el contrabando, y en busca del bienestar andan allí de la mano todas las religiones.

A Gibraltar, pues, dirigí mis propósitos, discurriendo la granjería en que más fácilmente podíamos *Yohar* y yo ejercitarnos. Pensé que el comercio de fruta no tiene hoy la extensión debida, por la indolencia de estos pobres berberiscos, y me sentí con ánimos para dar el mayor vuelo. La campiña de Tetuán es pródiga en riquísimas frutas, aun en aquellas partes de la tierra más descuidadas de la mano del hombre. Las naranjas de *Quitan,* dulces y finas, han aprendido ya el camino del mercado de Gibraltar; no así los exquisitos y olorosos melocotones de *Hal-lila,* que por criarse a mayor distancia de Río Martín no aciertan a salir en busca del dinero. ¿Por qué no he de ser yo quien abra una vía fácil a tan rico producto, agregando a él las peras *meski* o moscateles, que por su extrema delicadeza no se avienen con la lentitud del transporte, y las uvas de *Dar Murcia,* que, según dicen, en ninguna región de Europa tienen semejante?

Pensando en esto, mi fantasía me lleva más allá de los límites de ambición de un humilde mercader, y con los ensueños comerciales empalmo los agrícolas, imaginando que el cultivo del algodón en parte del valle de Tetuán y en los términos de *Beni Said* y *Beni Madán* crearía incalculable riqueza... ¿Verdad que me parezco a los políticos proyectómanos de mi patria, que amenizan los ocios de la oficina engrosando ilusiones, fabricando porvenires o construyendo emporios con materiales de cifras mentirosas, y amañadas premisas de aptitudes falsas o de fertilidades de fantasía...? No: déjeme yo de algodones y monsergas y aténgame al modesto trajín de comprar fruta por poco precio para venderlo como pueda, engañando al infeliz consumidor que me caiga por delante.

Combatía yo la testarudez y las limitadas nociones de *Yohar* con medios persuasivos de indudable eficacia: eran éstos la rica ideación europea, el lenguaje castellano usado por mí con gallardía retórica y variedad abundante de vocablos y locuciones. El hablar mío la subyugaba, y sus ideas rutinarias, expuestas con dicción tosca, mísera, como un instrumento roto y destemplado, eran reducidas a polvo por mis ideas. Fáciles triunfos alcanzaba yo diariamente en nuestras disputas; mas llegó un punto en el cual mi argumentación, para ella rica y fascinadora; mi lenguaje armonioso, mi dicción pura, que en sus oídos sonaba como arte lírico de cadencias musicales, no causaban efecto sensible, y eran como los ruidos de la lluvia o del viento. Convencido yo de que nuestra situación no tenía salida venturosa, y de que habíamos de sucumbir si no luchábamos bravamente por la existencia, traté de inculcarle la idea cristiana de la conformidad con las adversidades, de la tribulación como fundamento de la verdadera alegría y de la paz del alma. Si la pobreza y el trabajo eran nuestra única solución, debíamos afrontar el infortunio con ánimo sereno, y hacer de él el amigo y el tutor de nuestras almas. Evocando todo lo que yo había leído en libros místicos y ascéticos, hice la apología de la pobreza; demostré a Yohar que, admitida y agasajada en nuestros corazones la certidumbre del no poseer, hallamos en ella un bien positivo que fácilmente se trueca en la mayor riqueza; acabé por asegurarle que la suma carencia es al fin la suma posesión de todos los bienes, y que de la tristeza y del abandono surge, como el día de la noche, el mayor regocijo de las almas bien templadas. Todo esto dije y argumenté, desplegando las facultades que me ha dado Dios; pero mi opulenta retórica, mi verbo armonioso con líricos arrebatos, no hicieron en ella más impresión que si le hablara en lengua chinesca.

¡Aceptar la pobreza, más aún, amarla y alegrarse de ser pobre! Esto no entraba en el cerebro de *Yohar* ni con escoplo y martillo... Vi que la penetración de mis ideas era estorbada por una capa de egoísmos atávicos, obra lenta y formidable de la especie, reproduciéndose en moldes iguales al través de cien generaciones. Por primera vez, *Yohar* se reía de mis bellos discursos, holgándose de no sacar de mi poética prosa ninguna sustancia. Suspendí al cabo mis sermones, dándome a pensar con qué ligaduras podría sujetar a la *Perla* si nuestros destinos nos llevaban efectivamente a vida rigurosa y austera... Mas no tuve tiempo de coordinar nuevos pla-

nes, porque Dios precipitó sobre mí sucesos sorprendentes y desgraciados, que pusieron en dispersión mis ideas y aplastaron, literalmente, mi voluntad.

De esto escribiré otro día... Lo que es hoy, fatiga y tristeza paralizan mi mano cuando intento coger la pluma.

III

Tetuán, mes de Adar.

Pienso que esto que escribo no tendrá lectores... Mi amigo ilustrísimo, el marqués de Beramendi me ha dicho *mutatis mutandis:* «Desengañado Juan: Si no quieres referir cosas de guerra, refiere cosas de paz; si te repugnan los asuntos públicos, ya sean militares, ya políticos, cuéntame los tuyos, que en muchos casos las historias de hombres aislados y sueltos cautivan más que las de tribus o naciones. Con sinceridad lo digo: las aventuras de cualquier español voluntarioso, enamorado y poco sufrido, me saben a historia general, más que las acartonadas narraciones de batallas o de tumultos populares que alteran la tranquilidad de la Puerta del Sol y calles adyacentes.» Esto me dijo en la última carta que de él recibí... ¿Cuándo? Paréceme que ha pasado un siglo... En derredor de mi memoria revolotean como palomitas mis recuerdos, queriendo volver al palomar abandonado... Pienso que llegó a mis manos la última carta del marqués cuando acampábamos junto a la Aduana del Río Martín... Pasaron días y días sin que me entrasen ganas de seguir la senda literaria que mi amigo me marcaba, hasta que una mañana, sin saber de dónde venía tal impulso de mi movediza voluntad, me sentí historiador de mí mismo y agarré el primer cálamo que en las judías estancias del *Mellah* encontré.

Escribo sin saber adónde irán a parar estas crónicas. Ignoro si serán leídas por muchos o tan sólo por el desocupado Beramendi, que, como hombre rico, se permite curiosidades superfluas y entretenimientos sin ningún fin práctico. Sé que guarda papeles mil, escritos por hombres o mujeres extravagantes; que reúne cartas amorosas, sin excluir las más ridículas, y que a todo amigo que sale de viaje le pide una relación sincera de cuanto ve y padece en galeras y paradores. Hace colección de confidencias de locos o criminales, ya sean escritas para la familia, ya con el fin de solicitar una publicidad que difícilmente encuentran. Pues allá te van también mis confidencias, ¡oh Pepito ilustre!, sin que sea mi ánimo darte en ellas un modelo de discreción, ni tampoco enseñanza para los que gusten de aprender en las vidas ajenas el régimen de la propia. Serán mis escritos, como yo, desordenados, ahora discretos, ahora desvanecidos en estrafalarios ensueños o en caprichosas divagaciones. A falta de método, hallarás en ellos sinceridad, y el prurito constante de no recatar de la publicidad, si por acaso la hubiere, los pensamientos más recónditos.

Sigo contando. Invitáronme aquel día Rinaldi, Alarcón y el pintor francés Iriarte a visitar al general en jefe en su campamento. O'Donnel había cambiado la blanda ociosidad del palacio de Ersini, en el centro más laberíntico de Tetuán, por la estrechez de una tienda, rodeado de sus tropas, que aún sueñan con mayores triunfos. Acampa el caudillo fuera del pueblo, en la primera vega que se encuentra conforme salimos por *Beb-el-aokla,* ahora *Puerta de la Reina.* Otro campamento hay por la parte del Oeste, camino de *Bu-Sfiha,* y en él están Prim y Zabala, el cual restablecido de su dolencia, ha vuelto a campaña. Aunque extremaron sus halagos para llevarme consigo, no quise bajar a los campamentos. Díjome Alarcón que aquel día se celebraba la primera conferencia para tratar de la paz, y que habían venido unos morazos muy elegantes con poderes del emperador. Ni con el incentivo de ver moros bonitos lograron seducirme. Les acompañé hasta la salida de la ciudad, y me volví a *la Kaisería,* donde también yo tenía mis paces que ajustar, o sea un tratado de alianza comercial con dos argelinos que traficaban en Gibraltar y Marsella, hombres de gran diligencia y despejo, a quienes conocí antes de la ocupación, y me habían mostrado simpatía y confianza.

Ofrecieron incorporarme a sus negocios, tomando de mí, no capital que no

poseo, sino el trabajo asiduo, la fidelidad y mi conocimiento de la lengua española, dándome una participación por de pronto exigua, pero que luego iría creciendo, creciendo... ¡Dios me valga!..., el *mazzal* soñado por mi *Perla* no era un espejismo nebuloso, sino una realidad que a la mano se nos venía, cosa tangible, sonante y sabrosa. «¡Oh, *Yohar*—pensé—, no verás el rostro descarnado de la pobreza!...» Pues ello era que mis amigos *Djar* y *Ben Sulim* se proponían extender sus negocios a Málaga y Cádiz, y desde aquí penetrar hasta el corazón de Andalucía, que es Sevilla la grande, la graciosa, *orgullo y regocijo del Padre Eterno.*

Imaginad mi júbilo cuando los argelinos me propusieron tomarme, no diré por socio, sino por auxiliar de las granjerías que iban a emprender en España. Introducirían directamente los magníficos tafiletes, dátiles, miel, madera de alerce y otros artículos. Necesitaban una cabeza española que les guiara en los senderos de la vida peninsular, y como tenían de mi entendimiento una opinión harto favorable, por lo que habían oído a *El Nasiry,* creyeron haber encontrado el hombre de aptitudes para el caso. A las ideas que iban ellos expresando me anticipaba yo, saltando por encima de sus razones y sugiriéndoles nuevas ideas de ignorados negocios pingües que en España podrían realizar, y encareciéndoles la sutileza y probidad con que yo les ayudaría en la multiplicación de sus ganancias. Por de pronto, yo multiplicaba mis ilusiones y las hinchaba desmedidamente, dejando correr mi fantasía con ímpetu semejante al de la famosa lechera. Ya era yo comerciante. Me estrenaba como dependiente; pronto sería socio; establecido después por mi cuenta con capital propio, en pocos años me vería bien acomodado, pudiente, rico... ¡Como hay Dios que así había de ser!

Loco salí de la tienda de los argelinos y todos los caminos parecíanme largos para volver a mi tugurio ansioso de contarle a *Yohar* tales bienandanzas. Ya veíamos venir el suspirado *mazzal...*, ya se disipaban los temores de pobreza vil..., ya teníamos abierto un camino de bienestar, si estrechito en su primer trozo, luego ancho y florido... ¡Y qué asustada y cuidadosa estaría la pobrecita *Perla* esperándome, pues aquel día, por mis dilatadas conversaciones con los de Argel, regresaba yo al nido dos horas más tarde de lo regular!... Pero su inquietud tendría remedio instantáneo en el alegrón que yo le llevaba. Ya me imaginaba yo su júbilo y los extremos que haría para manifestarlo, pues es mujer que nunca pone discretos límites a la expresión de sus sentimientos. De seguro se lanzaría con ardor al juego de volatines y atletismo, haciendo alarde de su extraordinaria fuerza y agilidad; daría vueltas de carnero en nuestro camastro; remontaría sus remos inferiores pisoteando el techo, quizás abriendo en él un boquete; andaría con las palmas de las manos; imitaría a la serpiente y al cocodrilo, sin olvidar el furioso estruendo de platos y almirez para sorprender y aterrorizar a la vecindad... Todo esto pensaba yo corriendo hacia mi vivienda, y en mitad del *Zoco* me encontré a *Esdras,* el borriquero, que del *Mellah* salía. Lo mismo fué verme, que tirarse del asno y acudir a mí con solícita premura.

—*Goi*—me dijo—: sé que a tu tierra te tornas... Yo te ruego dejarme dir contigo... por si allá topo más mejor fortuna. Español bueno aquí..., allá buen gentío español. Aflójame tu voluntad, *goi,* y llévame...

—¿Sabes ya que me dedicaré al comercio, que iré a Gibraltar, a España? —dije, sorprendido de que aquel desdichado conociera el nuevo camino que la suerte me abría.

—Lenguas todas del *Mallah* cuentan que te vas y no güelves, ca en el Marroco no tienes vivires apañados.

—Cierto es, *Esdras,* que aquí no hallamos buen vivir, y debemos ausentarnos.

Díjome entonces que él se sentía mercachifle, y que la mala suerte le condenaba a ganarse la vida con su borrico en tan mísero estado... En España, trabajando conmigo en la compra y venta de ropa vieja, que él sabía remendar y poner como nueva, ganaríamos *mucha cuenta de plata.* Mi alegría me hizo benévolo, inclinándome a la protección de los desvalidos: le prometí hacer en su provecho cuanto pudiera, y no le entretuve más tiempo porque la impaciencia me abrasaba.

Pocos pasos me separaban ya de mi nido. A él corrí desalado... Al entrar en

la sucia calle que se decora con el épico nombre de *Numancia,* vi frente a la puerta de *Simi,* que era mi puerta, un grupo de judías, las cuales, en cuanto me vieron llegar, se encararon conmigo saludándome con una exclamación lúgubre, que me dejó helado:

—¡Guay de ti, *Yahia!* El Dio se apiade del coitadico *Yahia!*

Así gritaban, manoteando en forma semejante a los aspavientos de duelo que hacen aquí las mujeres ante los difuntos. Pensé que un gran infortunio había ocurrido durante mi ausencia, y en mi interrogación ansiosa no acerté a pronunciar más que el nombre de *Yohar.* Antes de responderme concretamente, repitieron su clamor doloroso:

—¡Ay, mi corazón, mi corazón!... ¡Ay mi cordojo grande! ¡Ay, qué extremación de desdicha!

Angustiado y loco, no sabía yo qué decir. Sin duda, mi *Yohar* había muerto. ¿Dónde estaba?... Corrí a besar su cadáver...

—No te endolores más de cuenta, *Yahia*—me dijo *Mazaltob* poniéndome en el pecho las palmas de sus manos—. Sábete que *Yohar* no es muerta, sino ida...

—Ida es de tu casa esa perra—gritó *Simi* ronca de ira.

¡Ay de mí! Entre todos me cogieron y me llevaron al patinillo de *Mazaltob.* Más muerto que vivo estaba yo, y no podía valerme. Comprendí el funesto caso; la verdad penetró en mí con lívida claridad.

—¿Pero es cierto que *Yohar* se ha ido de mí?... ¿Que mi *Perla* me abandona?

—Cierto es como la luz de Adonai —replicó la hechicera—. Asosiégate *goi,* y aflójate de rabia, que agora es ocasión de que te persones con virtud para ella no tiene. Tú sodes bueno y barragán; ella, una puerca *fidionda.*

La hermana mayor de *Simi,* llamada *Hanna,* vendedora de ropa vieja, me trajo un pañuelo grande, de frágil tela llena de zurcidos, y con gravedad sacerdotal me dijo:

—Coge ese lienzo que para nada vale ya, y rásgalo con fuerza para desafogar tu ira. Con los pedazos te lavarás el rostril de las glárimas que derrames, y, así quedarte has sosegadico de tus entrañas.

Obedecí a la hebrea en lo de rasgar la tela, lo que hice de un tirón con verdadera furia. Luego les pedí explicaciones.

—Contadme, referidme todo. ¿Se ha ido por su propia voluntad, o vino su padre a llevársela por fuerza?

En vez de referirme sucintamente lo sucedido, *Simi* rompió en maldiciones contra *Yohar:*

—Le venga el mal de la cabra, cuerno, sarna y barbas.

Y la feroz *Hanna,* rasgando por su cuenta otro lienzo grande, que no era más que un pingajo corcusido, gritó:

—¡Hija de la *baranid-dah* enconada!

Esta maldición es de tan feo sentido que no puedo traducirla. Comprendiendo *Mazaltob* antes que las otras mi situación de ansiosa incertidumbre, inició la referencia clara de los hechos:

—Vinieron por ella su padre *Riomesta* y *El Nasiry.* Tirándola del brazo se la llevaron. Ella hizo semblanza de desgana y salió lloricosa...

—Mas era compostura de mentira—dijo *Simi*—, que yo le caté los ojos bien secos cuando jacía que ploraba, y sus ahijidos eran someros de la boca, y no le salían del jondo.

Y *Hanna* prosiguió:

—Ya lo tenían amasado el padre y la hija en el forno de sus codicias... Ya estaba tratado, de días luengos atrás, casarla con un *sephardim* de Constantinopla, que tiene cas en Gilbratal, *Natham Papo Acevedo,* de mucha fazenda y compraventa de fierro.

Y he aquí que *Mozaltob* me trajo té caliente aromatizado con *nana,* y que los primeros buches de la tónica bebida calmaron un tanto mis irritados nervios... Siguió la hechicera ilustrando con interesantes pormenores la historia que había empezado *Hanna:*

—Hoy tiene *Riomesta* en su casa *envita;* él mismo fué esta mañana al matadero a degollar un pato graso; aluego compró en la tienda de *Saddi* un cazolito de pimiento y otro de aceitunas curadas; aina, entre *Simuel* y la criada *Mesooda* pusieron a asar el pato... Ha días que *Mesooda* jace jaleas muchas, y dolces, pastas riales, y almibres ricos de todo dulzor... Oyí que ponen otrosí en grande pez que trujo de Río Martín el borriquero *Esdras,* y lo asarán en cazolón con manteca, citrón y especias de olor... Pondrán aguardente y licor fino de rosa... en canecos de vidro...

Todo esto será para envitar al novio *Papo Acevedo,* que llegó anoche... Da *Riomesta* a su hija dote valoroso, sacos muchos de doblones y plata en un cofre holgón...

Y *Hanna,* con voz de sibila, prosiguió:

—Farán la boda en el mes de *Siwan,* pasada la vegilia de *Schabuot.* Haberán gallinas muchas, licores finos de la Francia, olivas gordas del *Andalús,* seis carneros fritos para sesenta envitados, tortas blancas y pretas. y una corambre de vino. Será boda roidosa con vigolines y vigüelas, mósica de dulzor y alborotos..., pues ainda tocarán tambora y almireces...

Y otra de aquellas bíblicas tarascas, llamada *Reina,* gorda y crasa, ceñido el rostro con dos lienzos blancos, el uno haciendo barbuquejo, el otro turbante, clamó con voz semejante a la de las plañideras que se alquilan para los funerales:

—*Guau, guau...* ¿Qué es de ti, mancebo adolorado? ¿Perdiste tu coima? Tómate agora buen caldo, y quédate riyendo de ella; no la endereces llanto ni te asofoques de lamentación, que ya ella no es blanca, sino preta, preta de su maldad. Quítate del corazón el celo, y no te membres del melindre con ella, que es una perra *niscaliá. Guau, guau.* Fuése con otro; déjala, y no te deplores. Blancura de leche no tiene ya, sino sombra de noche escura... Agora la ves desmayada con *Papo Acevedo.* Ríyete, y gózate de verte liberado y desenvolvido de esa puerca.

Y dijo *Hanna* la ropavejera:

—No invidies a *Nathan Papo,* que él no tendrá ventura con *Yohar,* sino potra y quebradura, y tú serás gozón y bonito barragán de otras más garridas.

Y dijo *Simi:*

—Beberás leche de camella, que es de virtú, y te zajumarás con olores y jumos de *nana,* y con esto y con el *semah,* que yo te colgaré del pecho, se te ha de quitar la secura de tu meollo, y el celo de *Yohar,* que es tu mal, mal de hombre mujerado, y la fiel se le golverá miel.

No puedo negar que las vociferaciones de aquellas estantiguas calmaban mi pena y me abrían horizontes de consuelo; extraño fenómeno, que no he podido explicarme. Por último, la hechicera *Mazaltob,* que en cierto modo solía poner en su conducta y en su lenguaje unas briznas de filosofía práctica, me acarició y popó con maternal dulzura, diciéndome:

—No te apenes, hijo, y repárate de ese cordojo. Ya me has uyido mil veces que si *Moseh morió, adonai quedó.*

Con esto quería significar que debemos mirar serenos el paso de las desdichas temporales, fijando los ojos del alma en lo inmutable y eterno.

IV

Viéndome más sereno, me obsequió *Simi* con pipas de calabaza y sandía tostadas, golosina que entretiene la voluntad y disipa los pensamientos rencorosos. No obstante mi aparente conformidad con el Destino, la procesión de mis agravios iba por dentro, y no podía resignarme a la traición de *Yohar* sin decir a ésta cuatro verdades más o menos frescas, y sin coger por mi cuenta al *sephardim* que me robaba la mujer, y obsequiarle con una pateadura en el *Mellah* o dondequiera que le encontrase. Como español y como cristiano, no podía evadir el precepto de honor a que una venganza donosa y pública me obligaba, y habría dejado en mal lugar a mi nacionalidad y a mi fe (aunque esto parezca mentira), si al cumplimiento de tan sagrado compromiso no me aprestase sin perder horas ni minutos. Cuando este propósito manifesté a las judías que me rodeaban, advertí en ellas más sorpresa que terror. No comprendían mi acción vengadora ni los sentimientos en que tenía su origen. Alguna me incitó a la paciencia, y en otras noté una vaga admiración de mi audacia *barragana,* en el sentido de arranque temerario y caballeresco. Cuando les dije que *Nathan Papo* y yo nos pelearíamos hasta que uno de los dos quedase tendido en medio de la calle, se asustaron. *Hanna* se apresuró a rasgar otro indecente trapo inservible, y *Mazaltob,* con acento de prudencia, me agarró del brazo, diciéndome:

—Tente, *goi,* tente con justedad, y cata que *Papo Acevedo* está abrigado debajo de la bandera cónsula de la Ingalaterra. Serás cogido y aína llevarás condenación de azotes.

De la escandalosa chillería de aquellas pécoras no hice yo maldito caso, y me zafé de sus garras, echando a correr fuera de la casa y por la calle adelante, sin cuidarme de las mujeres sucias y chiquillos tiñosos que a mi paso repetían el fúnebre *guau, guau.*

Tomé la vuelta de calles excéntricas para dirigirme a la parte del *Mellah* llamada *Meca,* donde está la casa de mis enemigos, decidido a meterme en ella y coger por los cabezones al *sephardim Papo* si, por desgracia suya, allí le encontraba. Ya distaba veinte pasos de la morada de *Riomesta,* cuando vi que de ella salía mi sabio amigo el rabino *Baruc Nehama,* llenando la calle con su procerosa estatura y la opulencia de sus barbas patriarcales. Lo mismo fué verme que venir hacia mí con los brazos abiertos, y no esperó a tenerme cogido para echar así la voz tonante:

—¿A dó vas, mancebo voluntarioso? Por el aire que trais y el brillar de tus ojos, me parece que vienes con ira... De aquí no pases, ni te pongas injurioso, que no has razón para ello.

Contestéle que razón me sobraba, y que quería demostrar que no se juega con un caballero castellano. Pero a mis atropelladas voces contestó con estas otras de grandísima sensatez:

—Bien sé que eres caballero, y que entre tus antepasados cuentas al señor Cid, y a otros Cides, como verbigracia el mío señor don Gonzalvo de Córdoba; pero eso no es al caso, pues nadie ha puesto borrón en tu caballería... A *Yohar* te llevaste contra la ley nuestra y la tuya, y es de justedad que pierdas lo que allegaste con latrocinio... No pienses en traer acá duelos con *Papo,* que es hombre de cuenta; y si en la calle te topas con él, él te deseará la paz, como si topara un buen amigo. Generancio tras generancio, *Papo* viene de tu tierra y es judeo español, de los Acevedos de Plasencia, con quienes tuvo parentesco el que llamáis don Cristóforo Colón, primer catador de vuestras Américas de cacia Poniente... Ten cordura, ten agudezá, hijo... Yo digo que bien puede agradecer *Yohar* al *sephardim* que la haiga cogido encariciada de manos de otro. En ello mostra *Papo* ser varón coronado de virtudes.

Como yo soltase, al oír esto, una risa burlesca, se incomodó el hombre, y creyéndose en la tribuna de la Sinagoga, clamó con voces predicantes:

—Con *Yohar* culpaste, desvergonzaste y ficiste fealdad... ¡Guai, gente pecadora, pueblo pesado de delictos, semen de malinidades!...

Estos sacrosantos desatinos agotaron mi paciencia y me encendieron la sangre. Faltaba, según hoy lo entiendo, menos de un segundo para que yo le tirase de las barbas al espantajo rabínico. Ello había de ser entre vituperio y caricia, por consideración a su edad avanzada; mas no fué de ningún modo, porque en el primer momento de mi intención vi que de la casa de *Riomesta* salía un moro elegante: era *El Nasiry,* hijo de Ansúrez. Quedó el rabino suspenso en sus declamaciones, yo contenido en mi cólera, y me alegré de no haberle sacudido la enmarañada zalea de sus barbas. Con respeto, dando cabezadas, miró *Baruc* al moro, mientras éste decía:

—Juan, se acabaron las bromas. No estamos aquí en España.

—En España estamos, *El Nasiry*—repliqué yo.

Y *Baruc* se dejó decir:

—Donnell y Prim han venido a conquistar el suelo del Maroco, no sus mujeres.

Al hablar así, miraba risueño al moro, solicitando su aquiescencia; pero mi paisano, con señoril gravedad, no dejó traslucir ningún sentimiento en su rostro hispano-árabe. Atenazándome el brazo con su fuerte garra, me ordenó que le siguiese, y el rabino tomó la dirección de su casa, en la calle próxima, despidiéndose con esta exhortación:

—Hazle entrar en judicio, *El Nasiry,* y que no quite la paz a fijos buenos de Israel.

Desapareció por una callejuela. Y he aquí que el hijo de Ansúrez, llevándome por otra, me hablaba con su habitual donosura:

—En tu casa te vestirás con *yoka,* ceñidor y bonete judío, y vendrás conmigo adonde yo quiera llevarte... Y esto sin replicar ni oponer la menor resistencia, pues si no me obedeces, no serás mi amigo español, sino un perro vagabundo.

Yo callaba. Por fin, oídas dos, tres veces, sus recriminaciones, me sentí dominado, sin ninguna fuerza para oponerme a la despótica voluntad del caballero es-

pañol y agareno. No diré que fuí, sino que mi tirano me llevó a la que había sido mi casa; allí *Mazaltob* y *Simi* me proveyeron de la *yoka,* ceñidor y bonete. Vestido de hebreo, dejéme conducir por *El Nasiry,* que sin decirme nada me metió en su casa, donde vi aprestos de viaje, mulas bien enjaezadas, fardos, tienda de campaña... No necesité más explicaciones para comprender que mi amigo partía de Tetuán, y que consigo quería llevarme de grado o por fuerza. No sé qué sentimientos embargaban mi alma... Mi aflicción por la forzada ausencia quería buscar consuelo y descanso en la ausencia misma. No sé lo que aquello era.

Pedí permiso a mi tirano para escribir mis tristes sensaciones de aquel día; diómelo; tracé con mano rápida y temblorosa esta parte del diario de mis aventuras; tomé algún alimento, y cual manso cordero me entregué al que se había hecho mi pastor. Poco antes de partir me habló éste con severidad, diciéndome que había dado fianza de que yo partía de Tetuán con propósito firme de jamás volver, y que esperaba de mi honradez que así lo jurase y cumpliese. Agregó que para responder de mi ausencia había exigido que me fuesen sufragados los gastos de mi regreso a España; y al efecto, a mi disposición tenía un remedión de plata y oro, facilitado por mitad, con gallarda esplendidez, por *Riomesta* y *Papo Acevedo.* Al oír esto estallé en indignación. ¡Recibir dinero de judíos por compraventa del amor de *Yohar!* ¿Eran ellos la Sinagoga y yo el Iscariote? ¿Olvidaba *El Nasiry* la secular condición de su raza hasta el punto de creer que un español puede pisotear la ley de honor vendiendo por treinta o tres mil dineros a la mujer que ama? ¡Vileza inconcebible en todo cristiano y singularmente en el que ha nacido en la tierra clásica de la dignidad y el decoro! Antes me cortaría la mano que recibir en ella los ochavos viles del avaro *Riomesta.* del *Papo* cínico, que quiere tapujar con un puñadito de oro lo que fué mi felicidad y es ahora su oprobio!... Todo esto y algo más dije, derrochando sin tasa las exclamaciones de enfático orgullo que dan riqueza y sonoridad tonante a nuestra lengua. Oyóme *El Nasiry* con serenidad más musulmana que ibérica, y comentó mi furia tan sólo con la irónica sonrisa que mantuvo en sus labios mientras duraron mis roncas protestas en nombre del honor.

—Muy bien, Juanito—me dijo, cuando sofocado yo del esfuerzo verbal aguardaba su respuesta—. Ya me tenía yo tragado que saldrían a relucir los Cides y Quijotes... Muy señores míos. ¿Cómo va de salud?... ¿Y en casa, todos buenos?... Pues en esta tierra, para que te vayas enterando, poco tienen que hacer los Quijotes y Cides. Y ya que los has traído contigo, vuélvanse contigo a España... Sabrás, hijo mío, que el honor y la caballería consisten aquí en vivir como se pueda, guardando la religión y cumpliendo todos los deberes... En la España de la parte acá del mar, no da de comer el honor, ni al dinero se le mira con mal ojo, venga de donde viniere... Te veo muy tonto con los ascos que haces a la plata de *Riomesta* y de *Natram Papo,* y nada más hablaremos de ello por ahora. En el camino se hablará. Hoy te dejo en tu vana jactancia... No nos detengamos, hijo mío, y aprovechemos lo que resta de día para salir de Tetuán. El camino es largo y dará tiempo a tus reflexiones... En marcha.

Montamos en sendas mulas, bien aparejadas, formando con los servidores y arrieros de *El Nasiry* una lucida caravana, y antes de que arrancáramos, vi que *Mazaltob, Simi* y otras judías farandulera que me tienen ley, se agrupaban en la esquina del palacio del gobernador, y desde allí, temerosas de aproximarse, me despedían con expresivas garatusas. La presencia de aquellas mujeres, ni santas ni limpias, me afectó y entristeció sobre manera por las remembranzas que traían a mi corazón y a mi mente. Mirada cariñosa dejé volar hacia ellas, y la emoción me obligó a volver el rostro, hasta que me fué preciso atender a los primeros pasos de mi mula... En la extensa calle que hoy llaman de *Cantabria* hubo de pararse nuestra caravana por un entorpecimiento de cargas de leña que zafios montañeses no acertaban a retirar a uno y otro lado de la vía pública. Mientras ésta se despejaba, vi pasar un grupo de oficiales, del cual se destacó mi bondadoso amigo el castrense *don Toro* para venir a saludarme. Hablamos un ratito; díjele que abandonaba con tristeza la dulce Te-

tuán para internarme en el Imperio, y él me compadeció, despidiéndome con estas palabras:

—El Señor vaya contigo, buen *Confusio* (con *ese)* y te limpie de las confusiones que *Allah* y *Adonai* han embutido en tu cabeza... ¿Qué dices? ¿Que acaso vuelvas a España? Allí te quiero ver, *Confusio* amigo... La Virgen te acompañe.

Salimos por la *Puerta de Fez*... Adiós, Tetuán, blanca paloma, virginal doncella que fuiste, antes que el español te cogiera y manoseara; adiós, *Ojos de Manantiales,* manantial de vida para mí, pues las amarguras y alegrías, las dulces emociones y acerbas penas que en ti he sentido, fueron acrecimiento extraordonario de mi sensibilidad, copiosa reproducción de mis ideas, con lo que parecen multiplicados mis días y soberanamente hinchada de sucesos mi existencia, como río en que entran aguas muchas. Adiós, tierra de maldición y de bendición, más, al fin, de lo segundo que de lo primero, pues bendición es el exceso de vida en tiempo corto, el ver largo, aprender hondo y llenar nuestros trojes con abundantes cosechas de experiencia. Bendito es todo lugar que por mucho que se viva no puede ser olvidado. Hermosa eres, Tetuán, por el misterio de tus calles, la poesía de tus contornos, por la serena confianza de las tres religiones que en tu regazo duermen, más hermosa aún como nido de amores, como alivio y orgullo del hombre enamorado. Adiós, en fin, dulce *Yohar,* estatua de la blancura, monumento de ternura, vaso de miel que en su hondura esconde la traición. Yo pido a mi Jesucristo que te dé la paz, si tu *Adonai* no quiere dártela.

V

Samsa, mes de Nissan.

Feliz ha sido la primera etapa de nuestro viaje. De Tetuán a esta risueña y patriarcal aldea hemos venido *El Nasiry* y yo silenciosos, cada cual entretenido en arrullar sus pensamientos, para que se duerman al compás del andar cuidadoso de las mulas. En verdad, no he visto mulitas más discretas en el paso que las de esta tierra; su mansedumbre y la suavidad de sus movimientos superan a los encomios que todo europeo les tributa. Diríase que sienten interés fraternal por el ser humano que oprime sus lomos, y que es para ellas punto de honor llevarlo sano y salvo al término de su viaje. No quitan los ojos del terreno, como si éste fuera un libro en que van leyendo el orden y señalamiento de los puntos en que han de asentar sus cascos duros, dotados de cierta delicadeza pulsátil.

Pues, Señor, aún no me ha dicho *El Nasiry* adónde me lleva. Sólo sé que la razón de hacer escala en este pueblo es recoger al hijo de un grande amigo suyo, llamado *Mohammed Requena,* para llevarle con nosotros. Es este *Requena* un moro de casta granadina, anciano, rico bondadoso y de sutil ingenio. El exquisito trato de tan noble señor serena mi turbado espíritu... Aún no sé cuándo saldremos: el adolescente por quien hemos venido está enfermo de tenaces calenturas. Titubea *El Nasiry,* solicitando, por una parte, de su impaciencia; por otra, del amor al *Requena.* Quiere partir pronto adonde le llaman apremiantes intereses, y le aflige marcharse sin el chico. Han pasado tres días de incertidumbre, de aplazamientos, de esperanzas no realizadas. Por fin, entiendo que nos vamos... Aún intenta el viejo *Requena* detener algunos días a su amigo, encareciéndole lo peligroso del tránsito por el valle que ocupan las tropas de O'Donnell. Una batalla no muy sonada se dió estos días en *Samsa*... Frustradas las primeras negociaciones de paz, el cañón atronará pronto estos amenos valles. No debemos partir, según el viejo, mientras no pase la chamusquina. Pero *El Nasiry* tiene prisa, y confía en llegar al desfiladero del *Fondac* antes que estalle la tormenta humana, más terrible y asoladora que la de los cielos.

Partimos al fin. No diré que me alegro, porque la hospitalidad espléndida que aquí me dan y el trato bondadoso de *Requena* han sido para mí como un ambiente tibio y sedante, en el cual se marchitan los sentimientos exaltados, dejando florecer tan sólo la plácida amistad y la gratitud... En esta casa no hay mujeres..., quiero decir, no hay más que tres esclavas, largas de edad y cor-

tas de hermosura... ¡Descanso del espíritu; descanso de la idealidad, de aquel irritable genio, que, como el de la poesía, no enciende las llamas de su inspiración sino ante la belleza y la juventud!... Adiós, paz nemorosa de *Samsa;* adiós, aldea linda y quieta, de rumorosas aguas, de frescos naranjales... Bendiga Dios las apiñadas flores de tus almendros, perales y manzanos, para que críen abundante y dulce fruto... Adiós, viejas apacibles, medicina de los delirios de amor..., abur, abur...

Stchaidi, últimos días de Nissan.

Gracias a Dios que encuentro lugar para escribir con relativo sosiego, y un cierto acomodo que tiene lejano parentesco con la comodidad. Fatigas y sustos enormes he pasado; impulsos de huracán me han traído hasta aquí; quebrantado está mi cuerpo de los golpes y vaivenes; quebrantado mi espíritu de las terribles emociones... Reanudo mi verídico relato diciendo que salimos de *Samsa* al anochecer, y que serían las diez de la noche cuando los delanteros de nuestra caravana se pararon, y dieron a nuestro amo esta voz de alarma:

—Señor, no podemos seguir. Están aquí.

Los que allí estaban eran los españoles: se les conocía por el rugido seco de las interjecciones castellanas.

Celebraron consejo los guías y *El Nasiry.* Como voy entendiendo el árabe, pude fácilmente hacerme cargo de lo que decían. No podíamos encaminarnos al puente sin meternos entre las tropas españolas; habíamos de ir en busca del vado de *Bu Sfiha,* donde el paso es difícil, por venir los ríos muy crecidos a causa del deshielo... Oídas las diferentes opiniones, decidió el amo que pusiéramos *pecho al agua,* pues no había otro remedio, si no preferíamos volvernos a Tetuán y esperar a que pasase el nublado de guerra. Apechugamos, pues, con el vado, y ello fué a medianoche, con ceguera de nuestros ojos, que a eso equivalía la oscuridad y temerosa hinchazón de las aguas; paso tan comprometido como el que intentó Faraón en el Mar Rojo, persiguiendo a los israelitas, con la diferencia de que no nos ahogamos por milagro de Dios. A mi mula y a mí nos faltó poco para ser arrastrados por la onda; pero al fin salimos de aquel apuro, tomando suelo en la otra orilla. El pobre animal mostraba con pataditas el contento de verse salvo de su naufragio.

Pero la desgracia no se cansaba de perseguirnos: en la orilla de salvación nos salieron al encuentro soldados de Isabel II que nos dieron el *quién vive* y nos obligaron a tomar mayor vuelta para continuar hacia Poniente. *El Nasiry* bufaba de cólera tanto como yo tiritaba del frío y la mojadura. Pero había llegado la hora de la paciencia y de la conformidad con el Destino. Siguiendo por el camino curvo que al pie del monte *Beniber* nos conducía, por donde pensábamos hallar paso franco hacia el *Fondac,* anduvimos despacio todo el resto de la noche. Un mendigo desharrapado y viejo que se nos agregó nos dijo que el *sbañul* tenía toda su tropa al otro lado del agua. En Lausie estaba *El Chaue* (entendí *Echagüe); Z'baalah (Zabala)* y Turón en el puente de *Bu-Sfiha; Chej El Dónel* y Prim, en el monte de *Uadrás,* y en *Benider* se había plantado *Muley El Abbás* con su ejército moro, el cual era tan fuerte y aguerrido, que allí los infieles fenecerían de una vez, sin que viviera uno solo para contarlo. Y ¿qué musulmán creyente podía dudar que ahora la venganza del Mogreb quedaría consumada, Tetuán redimida de su cautiverio y los españoles lanzados al mar para que a nado o como pudiesen se fueran a su terruño?

Sorprendiónos el día junto a las avanzadas del ejército marroquí. Alegróse mi amo de verse próximo a su amigo *Muley El Abbás,* que sin duda no nos pondría obstáculos para seguir nuestro camino. Descansamos; fraternizó *El Nasiry* con aquella gente de variadas castas, y como yo, por mi traza judaica, era mirado con antipatía y receló, mi protector y compatriota el hijo de Ansúrez hubo de decir que era yo su esclavo. No de otra manera podía designar la especial servidumbre a que están sometidos los hebreos de las comarcas interiores del Imperio. Para que estos desgraciados puedan burlar la muerte que a cada instante les amenaza, cada familia o individuo se pone al amparo de un señor musulmán, el cual, a cambio de la *guería* o capitación y de bajos servicios, es

protegido con la eficacia suficiente para que nadie se meta con él. A los que en tal servidumbre viven se les llama *demmi*, que significa *individuo de un pueblo sometido*, y no se les da nombre alguno. A cada cual se le conoce por *el judío de Fulano*. Conforme a las instrucciones de *El Nasiry*, yo fuí *su judío* desde que llegamos al campamento, y para desempeñar muy al vivo mi papel, me ocupaba en los menesteres más humildes: limpiar las mulas y darles pienso, fregar los platos, encender la lumbre para hacer nuestra comida... *Ibrahim* y los demás servidores del señor, aleccionados por éste, me trataban como a un perro; farsa que si por un lado me molestaba, por otro a gratitud me movía, pues con ella tenía bien garantizada mi pobre existencia.

Dejándonos en la tienda que un caíd *de Anyera* nos proporcionó, *El Nasiry* fué a visitar a *Muley El Abbás;* mas hubo de volverse sin llegar a la tienda del príncipe, porque a mitad del camino le cerraron el paso los movimientos del tropel marroquí. El espantoso ruido de fusilería nos dijo que había comenzado una fiera batalla. Desde donde estaba yo no se veía más que el cortinón de polvo extendido en los aires, tras un primer término de hombres a caballo que aguardaban como en reserva. Los gritos de los moros, que comúnmente no saben combatir sin lanzar a los aires chillería discorde, daban a mis oídos una descripción vaga de los accidentes de la pelea. El alejarse y el volver de la onda sonora parecía como el alternado sube y baja de los favores de la fortuna entre moros y cristianos. Sonaba de un modo el rumor de los graznidos cuando el Islam avanzaba, y de otro cuando retrocedía. Hostigado de la curiosidad, avancé entre la muchedumbre de caballos para echar un lejano vistazo a la refriega, pero a los pocos pasos retrocedí asustado de mí mismo. Caí en la cuenta de que la mayor falsedad del papel que yo representaba era mostrar interés por cosas tan opuestas a la esclavitud como son la guerra, el heroísmo y cuanto se relaciona con los aspectos nobles de la vida. Un *demmi* o judío esclavo debía ser o parecer completamente idiota, cerrado de inteligencia, grosero y bajuno de sentimientos, so pena de que descargaran sobre él todas las iras del árabe orgulloso. Volvíme adonde estaba, y en mi rostro puse la estúpida indiferencia de un animal a quien nada interesan ni nada dicen las grandezas humanas.

Pero transcurrido algún tiempo (no puedo precisar su medida) en aquella expectación del que escucha y no ve una próxima tragedia, no me valió mi fingida humildad, y a punto estuve de que me saliera muy cara la imperfecta comedia de mi esclavitud. Llegaron los primeros heridos retirados de la acción, unos por su pie, otros traídos en volandas, y al ver yo que arrojaban en tierra un mísero cuerpo agujereado de balazos por donde se le iba la sangre; al ver que aún tenía vida y que clamaba por conservarla pidiendo con desgarradores ayes auxilio y caridad, sentí que mi corazón cristiano hacia él se iba como las mariposas a la luz. Nunca lo hubiera hecho. Aún no había yo puesto mis manos sobre aquel muerto vivo, cuando el empujón de un brazo vigoroso me tiró hacia atrás; caí de manera poco noble, de espaldas, las cuatro extremidades en alto, y no bien toqué el duro suelo, vinieron sobre mí sinfín de patas moras, con babuchas o sin ellas, que me pisotearon y magullaron sin que yo pudiera valerme. Armas no tenía yo, que si las tuviera, ¡vive Dios!, no me habrían pisado aquellos brutos sin que alguno me lo pagara con su vida. La mía estuvo en un tris, y mi dignidad fué más que ultrajada con tantas coces. Ya vi algún yatagán que venía contra mis entrañas y que el buen Ibrahim apartó con mano diligente... ¡Horrible condición la del judío esclavo en estas tierras, donde ni aun la dulce compasión se le consiente! Un perro puede aquí amar al hombre, y un esclavo, no.

Arrimado a las mulas, como a seres benignos, me hallaba yo, reponiéndome del quebranto de mis pobres huesos, cuando volvió *El Nasiry*. En un aparte breve quise contarle mi desgraciado suceso; pero antes que yo entrase en materia, llevó la conversación a más grave asunto. Díjome que, en su paseo de vuelta, pudo apreciar que sobre los españoles llevaban ventaja los moros. Habían éstos entrado en la pelea con brío extraordinario, alentados por los árabes de *Hiaina*, que aquel día llegaron con guerrero entusiasmo, y dando el ejemplo

de bravura, en todo el ejército encendieron el furor de la guerra santa. Añadió que desde el principio de la campaña no habían combatido los marroquíes con tanta fiereza militar y religiosa. Creyérase que el Profeta mismo había descendido a las filas desde la región celestial en que mora. Esto me dijo en lugar donde nadie podía escucharnos, y en él noté una extraña inquietud y desconcierto del ánimo por la inaudita novedad del vencimiento de los españoles. Poco después le vi en un grupo de berberiscos, congratulándose de lo bien que iba la batalla, y dando las gracias a Mahoma y Allah por la ya segura victoria. Admiré la soberana perfección de su fingimiento y de él tomé modelo para instruirme y doctorarme en el estudio de mi figurada ignorancia.

Mediodía era ya cuando el repecho donde estábamos se aclaró de gente, señal de que los moros ganaban terreno, metiéndose en las posiciones españolas del llano de *Bu-Sfiha*. llamado por nosotros *Buceja*. Cierto era que los perros del Islam iban ganando. He aquí que yo, apóstol humanitario y nada belicoso, sentía ganas de correr hacia los míos y ayudarles a dar a estos brutos una paliza tal que fueran todos a contarlo al paraíso de Mahoma. ¡Qué inmensa dicha poder cobrarles con furibundos pinchazos en el vientre la tremenda pateadura con que me habían ablandado los huesos!... En esto llegó una turba de los de *Hiaina*, graznando con feroz alegría. Algo pude comprender de la jerga que hablaban:

—Los españoles eran arrollados... Casi no quedaba ya ninguno de aquellos gigantes que llaman *catalonios*... El campo estaba *alfombrado* de cuerpos cristianos... A Prim, que había salido echando bravatas, le habían abierto en canal dos veces. De otros generales se supo que eran ya cadáveres, y *Chej El Donel* tenía rota la cabeza...

Venían aquellos bárbaros en busca de agua, locos, abrasados por la sed... A una señal de *Ibrahim*, acudimos él y yo con cántaros llenos que en nuestra tienda teníamos. Yo di de beber al que con más furia ladraba: después, a otro y a otro, todos feísimos, negros y de espantable catadura. ¿Creéis que me agradecieron el socorro que les di? No, por Dios: uno de ellos portador de una vara que parecía de acero por lo dura y flexible, me apaleó con ella fieramente, y antes de que acabara, los demás no hallaban mejor modo de expresar su alegría que abofeteándome con saña y burla. Me obligaba mi esclavitud a poner en práctica la horrenda humildad ordenada por Jesucristo, que es ofrecer la mejilla izquierda después de bien aderezada de sopapos la derecha. Yo, con perdón de nuestro Redentor, no pude hacerlo, y ya tenía cogido por el pescuezo al verdugo de mi rostro para vengarme de él como pudiese, cuando un grito de *El Nasiry* me contuvo, y me aseguró con su afectada cólera la vida que yo ciegamente comprometía. Separándome con fuerte brazo del lugar de mi perdición, me dijo:

—¡Quítate allá, *demmi!*... Tú das de beber a las mulas, no a los hombres de Dios.

VI

Y he aquí que, pasado aquel sofoco, nos cogió el amo a *Ibrahim* y a mí en la soledad interior de la tienda, para darnos esta orden apremiante:

—Se confirma que los moros van ganando las posiciones de los cristianos, pues a cada instante se apartan más de aquí y se corren hacia *Bu-Sfiha*. Aprovechemos la clara y el despejo del terreno por esta parte para seguir nuestra marcha. Recoged todo, enjaezad las mulas, y echemos a correr sin decir nada por las veredas más altas, a ver si *Allah*, o el Zancarrón, o el mismo *Eblis* nos permiten llegar al paso del *Fondac* antes que cierre la noche.

Tal como lo dijo lo hicimos, y a espaldas de las envalentonadas hordas de *Muley El Abbás* nos deslizamos por atajos próximos, sin que en nuestra salida pararan mientes los guerreros que allí quedaban. Tomamos desde la partida un vivo trote, huyendo de la cruel matanza; mas por alejarlos rápidamente no perdían nuestros oídos la sensación del inmenso ruido de la batalla, acrecido al avanzar de la tarde con el pavoroso estruendo de la artillería española. Mostrábase el cielo poco benigno con los combatientes, porque al frío seco que desde el amanecer soplaba, sucedió por la tarde lluvia pertinaz a intervalos

arreciaba con tremendos chaparrones. Cuando nuestras valientes cabalgaduras atacaban la cuesta que sube a la divisoria de *Djibel Hiamar,* corrían por aquellos vericuetos las aguas con torrencial sonido, arrastrando piedras. El camino no merece tal nombre: no es más que un sendero del cual han sido artífices los cascos de las caballerías. Son aquí más ingenieros los animales que los hombres.

Momentos hubo en que la ascensión por la pendiente *Aaba-El-Fondak* era penosa, con su tantico de peligro. En cualquier país que no fuera Marruecos los caminantes habrían retrocedido, aplazando su viaje para mejor ocasión. Aquí no se asustan de nada que sea incomodidad, y aborrecen las carreteras de piso igual y sólido. ¡Y pensar que en nuestra España ha ocurrido lo mismo casi hasta nuestros días! Por vericuetos inaccesibles como los que yo he pasado al subir de Tetuán al *Fondac* hacían sus grandes viajatas los españoles de generaciones no lejanas: así caminaban los mercaderes con sus acopios; así las hermandades y cofradías que transportaban reliquias o cuerpos de santos incorruptos; así los grandes reyes Isabel y Fernando, en solemne visita de sus estados, y así las comitivas de princesas que venían a casarse con algún Felipe o con algún Carlos de los que nos depararon las casas de Austria y de Borbón. Con estos recuerdos yo me hacía la cuenta de que atravesaba las cordilleras de mi enriscada España, en alguna expedición política o comercial, entre Castillas...

Tan ceñudo se puso el cielo a media tarde, y tales cantarazos de lluvia descargó, que la impedimenta que llevábamos, cuatro acémilas con cofres de ropa, sacas de víveres y material de tienda de campaña, quedaron rezagadas por no poder vencer la pendiente con la pesadumbre de sus cargas. En lugar áspero donde la montaña nos deparó una oquedad rocosa, buen amparo contra el furioso aguacero, dispuso *El Nasiry* que hiciéramos alto, lo que las mulas y yo agradecimos sobre manera. Allí nos paramos y acogimos, no sólo por resguardar nuestros rostros de los furibundos latigazos de la lluvia, sino por dar tiempo a que pudieran las retrasadas acémilas rebasar la pendiente y agregarse al cuerpo de la caravana. Tan inquieto estaba nuestro amo, que daba miedo ver su cara, el fruncimiento de sus cejas y aquel mover y apretar de mandíbulas, cual si mascando estuviera una cosa muy amarga. En verdad, maldita gracia tenía que se nos perdieran una o más cargas del convoy con lo que llevábamos para nuestro sustento, amén del dinero y materia comercial de algún valor.

Por fin, a la media hora de angustiosa espera vimos llegar a uno de los jayanes con la mula que conducía, chorreando agua los dos. Lo primero que dijo fué que otra carga venía detrás, a corta distancia, y que las dos restantes quedaban en los repechos más bajos aguardando a que cediera el temporal. Echó de su boca *El Nasiry* sinfín de maldiciones en lengua arábiga, y alguna en español neto de las más trepidantes; y cuando yo me permitía consolarle del contratiempo con vulgares razones como la confianza en la Providencia y otras del orden anodino, el arriero soltó esta grave noticia, que a todos nos dejó suspensos:

—Señor, sabrás que la ventaja de los moros se ha trocado en derrota y palos. El cañoneo de los españoles ha traído a éstos la ganancia de la lid, y ahora, con permiso y ayuda de los malditos diablos, están barriendo como con escobas el campo que habían conquistado los creyentes.

Puso *El Nasiry* al oír esto la cara de compunción hipócrita que tiene para estos casos, y exclamó, mirando al cielo tempestuoso:

—Cúmplase la voluntad de Allah... Suframos, ¡ay!, el castigo que merecemos por nuestros pecados y la flojedad de nuestra fe. ¡Loor siempre al Clemente y misericordioso!

Yo me puse también la máscara de una grande aflicción y dije *amén,* reconociendo así que por nuestros pecadillos consentía el Sumo Dios la tremenda paliza que los cristianos administraban a esos zopencos.

Trajo el segundo arriero la noticia de que se había iniciado la retirada de las tropas moras, corriendo hacia la montaña. El cañón español no cesaba de aventar las tribus del Mogreb. Era un espectáculo de horrible desolación..., así como la fin del mundo... Había resucitado

Prim, saliendo de un montón de muertos, y con una quijada de caballo mataba cuantos moros cogía por delante. Los demonios hacían visajes horribles combatiendo en las filas cristianas, y Mahoma chillaba en los aires, con *tronía* y *llorío* que era como la ira de Dios en medio de las nubes... Nuevas exhortaciones de *El Nasiry* a la conformidad y paciencia. Ya podíamos ver bien claras las resultas de tanto pecar y de habernos descuidado en la oración y enfriado en la creencia. *Amén, amén...* En el sitio donde estábamos, que era como caverna de poca hondura, llegaba a nuestras orejas con intervalos el fragor de la artillería cristiana, según las idas y venidas del viento. Después de traer el espanto a nuestros oídos, lo alargaba para otra región, llevando a oídos distantes la misma sensación pavorosa. Dijo el segundo arriero que los moros en retirada avanzaban subiendo. Era una ola de mil colores mojados, un rebaño de miles de patas que huía del llano al monte entre fango bajo cortinas de agua y acosado por el fuego.

Sabido esto por mi amo fué más viva la expresión de su inquietud; le vimos atormentado por cruel duda; tan pronto tomaba una resolución, como de ella se arrepentía. Por fin se arrancó a decirnos:

—Aunque perdamos las dos acémilas que se han quedado atrás, debemos seguir hacia el *Fondac*... con toda la prisa que se pueda..., y allí, si la ola que viene tras de nosotros, y que hasta el *Fondac* no ha de parar, nos permite algún descanso, lo tomaremos. Si no, adelante siempre, y Allah nos guíe y nos socorra. En marcha todo el mundo.

¡En marcha, huyendo de la ola y tomándole la delantera cuanto fuese posible! La parte del camino que nos faltaba para coger la divisoria del riscoso *Djibel Habib* era la más fatigosa y endiablada. Entramos por un desfiladero angosto y torcido en innumerables vueltas y dobleces, siempre subiendo; a nuestra derecha, montes altísimos, de donde se desgajaban torrentes de agua arrastrando piedras; a nuestra izquierda, vertiente de barrancadas que acaban en invisibles abismos... Iban las cabalgaduras una tras otra, pisando con singular cautela el suelo pedregoso y húmedo. Admiré en la mía el pasmoso instinto con que sorteaba las pendientes resbaladizas. A veces ponía su casco tan delicadamente como si bailara un minueto con las más remilgadas etiquetas que ilustran el arte de mover los pies. ¡Apreciable persona cuadrúpeda, o animal apersonado, manso, discreto, cumplidor exacto del más penoso deber, sin otra recompensa que un poco de cebada! Ya era noche oscura cuando franqueábamos la divisoria; llegamos a un punto en que los abismos que antes veíamos por la izquierda abrían sus negras bocas por la derecha. Cesó la lluvia, y el viento helado campaba por sus respetos en los caballetes del monte. Ibamos ya cuesta abajo. Las mulas, inducidas a mayor cuidado por la oscuridad, andaban con más lentitud, tanteando el suelo... Por fin, al cuarto de hora de descenso, vimos a la izquierda un cuadrado regular, construcción chata que blanqueaba en las tinieblas. Era el *Fondac*...

Era el indecente y destartalado parador en que el *Majzén*, o Gobierno central, atiende al descanso y refracción de viajantes y caballerías. La estructura y disposición del edificio me recordó los corrales que dan abrigo a los rebaños de toros o de ovejas en las sierras y descampados de nuestra Península. Cuatro paredes en rectángulo no muy altas; en la del frente una puerta; en el centro un patio claustrado de tejavanas; a los lados de la puerta, dos estancias donde vive el administrador, funcionario del Estado; basura, montones de paja, oscuridad de noche, frío y polvo siempre, componen el desmantelado edificio. Concluyen de arreglarlo y le dan la última mano de pintoresca barbarie las turbas que por horas o por días lo habitan. Cuando nos apeamos frente a la puerta, vi que en el fondo del corral pestañeaba la luz de un candilejo; la luz se fué acercando, trayendo detrás de sí a un árabe caduco y medio cegato que saludó a *El Nasiry* como a un antiguo conocimiento. Al entrar, vimos sombrajos de caballerías, y algunos bultos de moros tumbados en el suelo.

Ordenó mi amo que se diese un pienso a nuestros animales sin quitarles las monturas, pues habíamos de partir al instante; pidió al guardián café caliente; entramos en uno de los cuartuchos laterales, amueblados exclusivamente con paja, para que cada cual, según los

modos o costumbres de su indolencia, se tumbase y estirase. Tan inquieto y abrasado de zozobras estaba mi amo, que cuando el vejete nos trajo el café, servido en vasos humeantes, no se cuidó de catarlo. Yo sí lo hice, porque me sentía transido y desmayado. *El Nasiry*, según me dijo, apartar no podía de su mente la idea y la imagen de aquella ola del Mogreb derrotado y huído. Hacia donde estábamos vendría la ola, pues no había más camino de fuga que el que seguíamos, ni en dicho camino más reposo que el maldito *Fondac*.

De improviso, estando él y yo en estos pensamientos y melancolías, oímos ruido al exterior, que no era del viento, sino de caballerías galopantes y de voces al parecer humanas o de diablos que hablaran a estilo de los hombres. No pudo contenerse *El Nasiry* y salió, salimos a la puerta. Lo que llegaba era la ola, sus primeras espumas salpicantes. Dos moros se apearon; venían manchados de sangre y lodo, pintadas en el rostro la ira, la ansiedad, la desesperación; sus caballos negros blanqueaban del sudor, y apenas podían valerse ya, mal sostenidos por sus remos temblorosos. Apenas se apearon los dos primeros jinetes de la ola, vimos llegar a otros dos, y como al medio minuto, seis más en caballos derrengados ya del furioso correr, los vientres heridos y rasgados por las espuelas... Quisimos volver a nuestro albergue y asegurarnos contra la invasión; mas la curiosidad de ver la ola engrandeciéndose a medida que avanzaba nos detuvo en la puerta. Los primeros que a pie llegaron fueron tres, con resoplido de peatones que ganan el premio en la carrera; tras ellos aparecieron cuatro; luego, de golpe, como unos veinte, seguidos de tres a caballo; uno de estos jinetes venía malherido y medio muerto. Antes de que lo bajaran del caballo, se cayó él como un fardo, y al rebotar en el suelo dió señal de agónica vida en voces roncas... Aterrados entramos mi amo y yo en el corral, y al punto nos obligó a salir de nuevo un gran vocerío, clamor inmenso, como si todos los gemidos del dolor humano se tradujeran al lenguaje de la mar brava revolcándose en la playa pedregosa. Era la plenitud del ejército en dispersión, que a lo alto del monte llegaba ya con el imponente hervir de su cólera despechada, y la espuma de las maldiciones que escupía contra la tierra y el cielo.

VII

Ya no había salvación; nos ahogamos en la onda de salvaje humanidad, empujada del pánico, del hambre y de toda suerte de locura... Ya no podíamos andar por dentro ni por fuera del inmundo corralón, sino con esfuerzo y braceo de nadadores, abriendo hueco entre la carne sudorosa. El aliento de la masa humana nos asfixiaba; el rumor de cólera y rabia nos enloquecía. Ya mi amo y yo, forcejeando en el interior, no encontrábamos a los criados moros, ni las caballerías, ni el café que habíamos dejado a medio tomar; ya íbamos y veníamos llevados de la onda; ya, por los gritos que proferían tantas bocas feroces de blancos dientes, y por la expresión terrorífica de tantos rostros negros y blancos, bruñidos del sudor, llegábamos a creer que también nosotros veníamos huídos del combate y que traíamos en nuestras almas la furiosa rabia de la derrota.

Quiso *El Nasary* congraciarse con los que más cerca teníamos en aquel penoso braceo en medio de la onda, y algo les dijo de la batalla y de lo mal que se había portado Allah con sus fieles creyentes. Los que le oían respondieron con voces famélicas más que patrióticas: tenían hambre, y querían repararse con algún alimento hasta que pudieran llegar a sus casas en remotos aduares. Otros vociferaban contra O'Donnell y Prim, renovando la ridícula leyenda del pacto entre españoles y demonios. Ya tenían los moros sometidos a los cristianos; ya el campo de éstos era *una alfombra de cadáveres*, cuando se desgajó el cielo vomitando diablos; resucitaron los cristianos muertos, y el Mogreb vencedor fué vencido por máquina sobrenatural... En la fuga, los heridos que traían fueron abandonados en el monte, donde los cuervos se encargarían de comérselos tranquilamente. ¡Felices los muertos, porque subirían al paraíso de frescas aguas cristalinas!

Logramos al fin topar con *Ibrahim*. Este nos dijo que antes que él pudiera evitarlo le habían quitado y abierto el

fardo de una de las acémilas, el cual, como era cosa de condumio, pasó en un santiamén a las bocas voraces y a los estómagos hambrientos. No se incomodó *El Nasiry* al oírlo; antes bien, mostróse conforme con el despojo, asegurando que a su intención caritativa se habían anticipado los ladrones... En tan apretada situación estábamos, sin poder entrar ni salir, ni recoger lo nuestro, ni escaparnos de tanta confusión y laberinto, cuando llegaron a nuestros oídos voces muy distintas de las desesperadas voces de la onda. Al mismo tiempo se arremolinaron los que llenaban el ancho corral, abrieron paso, y pude ver a un negro *bokari* que látigo en mano apartaba a un lado y otro la bárbara plebe, sacudiendo sin compasión sobre los estrujados cuerpos. Tuve la desgracia de que el látigo de aquel sayón me cogiera de lado a lado la cara, haciendo saltar de mi cabeza el bonetillo que la cubría. Lastimado de tal injuria, oí decir claramente al zurrador que diéramos paso y fácil entrada en el corralón al poderoso señor *tal y tal,* que venía de parte del Sultán para tratar de guerra y paces.

Abrióse al fin en la mesa cavidad suficiente para que entrase un morazo montado en mula de tan alto aparejo, que el hombre parecía cabalgante en una torre. Tras él entraron cuatro más, caballeros en airosos corceles, y le seguía una escolta que en su mayor parte hubo de quedarse fuera. Con tal cuña, ya estábamos los de dentro en punto de ahogarnos de verdad. La suerte fué que el del zurriago, antes que su altísimo señor se apease, trató de despejar el local gritando: «Fuera, fuera, canalla: dejad hueco al señor...» También a mí me tocó buena parte de esta nueva zurribanda. En fin, salió la chusma del corral a borbotones o chorros, como el agua de sucio estanque al cual se abren las compuertas, y desde este punto ya respiramos y nos esponjamos, y yo pude hacerme cargo, por el escozor de mi piel, de los desastrosos efectos del látigo.

Pero como es invariable ley humana que vengan siempre enlazadas y cogidas del brazo las bienandanzas y las desdichas, sucedió en aquel caso que, tras el peligro de ahogarnos en la ola de los vencidos, vino la suerte y buena coyuntura de que mi amo *El Nasiry* y aquel pomposo sujeto, emisario del Sultán, fuesen amigos. No hay que decir cuánto me alegré de verles saludarse y hacerse graciosas zalemas, celebrando su encuentro. Entraron luego los dos en el primer aposento donde estuvimos, y recostáronse en la paja muelle, único diván y revolcadero de personas que allí existía. Quedéme yo en el corral, entre caballos y mulas, y hasta la madrugada, cuando ya salíamos de aquel infierno del *Fondac,* no pude saber quién era el caballero del blanco alquicel, tan bien escoltado de moros elegantes.

Dos o tres veces me recitó *El Nasiry* el rosario de los nombres de aquel señor, los que apunto cuidadosamente para que ninguno se me escape de la hebra en que van engarzados. Llámase el caíd *Abu Abdal-lah, Mohammed Sen Dris ben Hamman El Ferrari.* Según cuenta, Su Majestad el Sultán *Sidi Mohammed Ben Adderahman,* viendo el mal cariz que tomaba la guerra, le llamó, y dándole sesenta mil ducados con que remediar al ejército, ordenóle que al campamento se trasladase y examinara el estado de ánimo y disciplina de las tropas, para ver si convenía proseguir la campaña o rematarla de plano con las más ventajosas paces que se pudieran obtener. Iba, pues, *El Ferrari* a tomar el pulso al enfermo, y por cierto que le encontraba dando las boqueadas, menos necesitado de medicinas que de los últimos sacramentos. Sin duda, el buen señor se haría cargo, por la desolación que allí veía y por lo que debió de contarle mi amo, de la soberbia tunda que aquella misma tarde había sufrido *El Mogreb,* y de la necesidad de acudir pronto al descanso de la paz, que el marroquí desea y al español no le vendrá mal.

La oportuna llegada de aquel fantasmón fué venturosa para nuestra caravana, porque, despejado el patio, pudo mi amo recoger lo que quedaba de lo suyo y disponer que partiéramos inmediatamente. Esperanzas no teníamos ya de que pareciesen las dos acémilas que nos arrebató la ola en medio de la cuesta La que desvalijada fué en el *Fondac* quedó en menos de un tercio de las vituallas que transportaba. Sólo permanecía completa la que llevaba el material de la tienda, ropa y algo de plata. Con pérdidas tantas, ya podía dar gracias a Dios nuestro amo *El Nasiry* por haber salvado las vidas de todos en aquel te-

rrestre naufragio. Reunidos los sirvientes para la marcha, aún tuvimos que aguantar casi a oscuras dos chubascos más sobre los ya sufridos. El uno fué la plática larguísima del señor moro *El Ferrari*, uno de los hombres más habladores que he visto en mi vida. Por su caudal oratorio, le creímos enviado de Mahoma para implantar en el *Mogreb* el sistema parlamentario. El otro chaparrón nos lo proporcionó un caíd de Fez, que vino en las últimas aguas de la ola y que resultó, como el otro, amigo de mi amo. Traía toda la rabia y resquemores de la derrota: pero también una honrada sinceridad digna de las mayores alabanzas. Hartándose del café rico con que obsequió a todos *El Ferrari*, dijo que los españoles habían hecho un esfuerzo grande para vencer, y que estaban cansados; pero que no había medio de luchar con ellos mientras el *Mogreb* no tuviese una mediana organización militar, y trenes de Artillería con personal entendido que la manejara y sirviera, así en el llano como en los pasos de montaña.

Urgía, pues, según *Ben Hair*, que así llamaban al de Fez, negociar una paz decente, para que volvieran los cristianos a su casa, y recogidos los moros en su solar, pensaran luego en adiestrarse y prevenirse por si aquéllos volvían con nuevas pretensiones de conquista. Tal como hoy están la cosas, no puede el moro resistir las embestidas del cristiano, pues si perversa es la religión de éstos, como inspirada del infierno, tiene en cambio artillería magnífica, con la cual se remedia de la desventaja de su religión. La musulmana, que es única religión verdadera, no excluye los cañones, ni se opone al uso y buen gobierno de estas terribles máquinas; que bien claro nos dice el Profeta en su santo libro: «Sé ferviente en la oración, y Allah pondrá en tus manos el rayo con que podrás aniquilar al incrédulo.» Con la voz *rayo* significó Mahoma piezas de grueso y mediano calibre de los mejores sistemas que los mismos incrédulos inventan y perfeccionan para guerrear unos con otros... Dichas estas cosas atinadas, tan del gusto de todo buen musulmán, nos dió cuenta minuciosa de la batalla, refiriendo los designios, los movimientos, las astucias y ardides de ambos combatientes, historia que no reproduzco porque no me tachen de prolijo y fastidioso. Nada olvidó *Ben Hair* de la pericia de Ros, Echagüe y Zabala, de la bravura temeraria de Prim. del tino y dirección admirable de O'Donnell. Reconocía las grandes dotes de sus enemigos, y los encomiaba sin quitar a los suyos su parte de heroísmo y de conocimiento, con lo que nos hicimos cargo los oyentes de la belicosa acción a que los moros dan el nombre de *Bu-Sfiha*, y los españoles el de *Uad-Ras*, o más propiamente *Uadrás*.

Contaré ahora las oscuras tragedias mías y mis personales batallas, que no serían conocidas de ningún cristiano si yo no las escribiese aquí para desahogo mío y recreo del bonísimo Beramendi. Sabed, oh lectores fingidos y sin razón inventados por mi pluma, sabed que, dispuesta la partida, me ordenó mi amo, en la puerta misma del *Fondac*, que diese de beber a las mulas. Obedecí; llevé mis bestias al costado exterior del edificio, por el Este, donde están el pozo y abrevadero, y cuando quise sacar agua, vi dos espingardas arrimadas al brocal, y sobre él un espadón unido al tahalí. Con todo respeto cogí las armas para colocarlas en otro lado... ¡Cristo Padre! Nunca tal hubiera hecho. Aún no había puesto mi mano pecadora en aquellos instrumentos, que, sin duda, eran sagrados, cuando una fiera con trazas de hombre saltó de en medio de la oscuridad, como tigre que acecha en el matorral, y dándome un fuerte manotazo, al que acompañaron las voces de *ladrón*, *perro* y no sé qué más, me derribó al suelo. Apenas caído, salieron no sé si tres o cuatro bestias humanas, y me levantaron en vilo sin que yo pudiera defenderme ni desasirme de tantas brutales manos que me cogían... Reuniéronse al instante muchos más, en número que a mí me pareció legión de demonios, y con griterío infernal, en habla rifeña, me pasearon en alto, éste me coge, éste me suelta, de todos golpeado, zarandeado y escarnecido... A mis voces acudieron *Ibrahim* y otro de los servidores de *El Nasiry;* mas nada podían dos hombres piadosos contra quince o veinte desalmados, que sólo tenían de humanidad el habla y la figura, y aun sobre éstas habría mucho que decir...

Pues nada menos querían aquellos monstruos que tirarme a una cisterna que a poca distancia del pozo abre su

siniestra cavidad entre rocas. Yo no sabía que existiera aquel abismo hasta el momento en que, suspendido sobre él por las manos de mis verdugos, vi su temerosa hondura, y en el fondo un espejo de agua inmóvil, que reproducía el cielo, y en él la media cara de la luna que aquella noche entre celaje y celaje nos alumbraba. Fué un instante no más, dos segundos o tres de terror y angustia indefinibles. No caí al hondo, donde habría perecido, porque mi desesperación se agarraba con ferocidad a los cuellos, a los brazos de los mismos que querían arrojarme, porque hice presa con los dientes en alguna oreja, en algún trapo de turbante, y porque, al fin, mi noble amo acudió a mi vocerío angustioso y al veloz llamamiento de *Ibrahim*. Salvado fui de milagro, y esto lo debí a los astros del cielo más que a *El Nasiry* y a *El Ferrari*, que resultaron, por lo que voy a decir, instrumento providencial del prodigio de mi salvación.

Pues sucedió que mi amo y el noble mensajero del Sultán habían salido a la puerta a percatarse del firmamento, del cariz de la luna, de la dirección del rabo de la *Osa*, que los árabes llaman *Aldebb el Akbar*, de las alturas a que estaban sobre el horizonte otros grupos de estrellas, de la situación de Júpiter o Marte (no sé cuál) con respecto a las figuras zodiacales. Era *El Ferrari*, según supe después, muy experto en la astronomía empírica, y no pasaba noche sin que examinara los espacios siderales, no sólo por gusto de la contemplación de lo infinito, sino por atisbar los signos que relacionan el cielo y sus aspectos con los destinos humanos. Estaba, pues, *El Ferrari* dando a mi amo lección astronómica o astrológica, ayudado de un palo con que iba señalando cada familia estelar, y su sagaz conocimiento marcaba las señales anunciadoras de la paz entre España y el *Mogreb*, cuando llegaron a los dos señores mis gritos angustiosos y las voces de *Ibrahim*. Corrió primero *El Nasiry* adonde yo clamaba, pendiente sobre el abismo, mi vida separada de mi muerte por el espacio de un segundo, y quitándole a su amigo el palo con que a las estrellas apuntaba, con él dió en las espaldas de mis verdugos, echándoles por delante furibundas imprecaciones. A esto debí la vida... Y yo pregunto ahora: «¿Qué hubiera sido del pobre Juan si en el momento de salir yo con las mulas para darles de beber no hubieran salido también los señores al campo raso para escudriñar con miras mágicas los espléndidos signos del firmamento? Por eso he dicho que las estrellas me salvaron... Algo tiene la magia cuando me vi obligado a bendecirla. ¿Cómo no, si de ella estuvieron pendientes mi vida y la paz del *Mogreb*?

VIII

Y que no tardé poco, ¡Dios me valga!, en reponerme de aquel espanto. No se vuelve de los bordes de la muerte sin que quede nuestra ánima suspensa y aterrada por algún tiempo. Miraba la media cara de la luna en el cielo, jugando al escondite entre celajes, y su claridad me daba horror, como cuando la vi en el fondo de la cisterna, llamándome a terrible agonía en las dormidas aguas. Diéronme a beber café, que me reparó con su calor el estómago y todo el organismo. Vi con gratitud el rostro amigable de *El Nasiry*, a la luz del candil que nos alumbraba en la estancia guarnecida de pajas hediondas; vi también el de *El Ferrari*, advirtiendo entonces que el buen señor es tuerto, y maravillándome de que con un solo ojo pueda escudriñar los espacios celestiales y leer en ellos los oscuros enigmas de la Humanidad.

Pero nada me dió tanto gusto como ver y oír que ambos señores se despedían uno del otro, señal de que partíamos de aquel *Fondac* que, si no era ya mi Infierno, había sido mi Purgatorio, del cual salía mi alma bien purgada y limpia de cuantos pecados en la blanca Tetuán cometí. Siglos se me hacían los minutos que aún tardamos en apartarnos del horrible parador. Mentira me pareció que perdía de vista la casa inmunda, el pozo, la horrible cisterna y sus aguas dormidas, que fueron espejo en que me asomé y vi la eternidad. Adiós, *Fondac* lúgubre... ¡Que no me muera yo sin recibir la noticia de que te ha reducido a escombros un terremoto, o a cenizas un rayo del cielo!... Tan batanado, tan dolorido estaba mi cuerpo del diluvio de golpes y porrazos, tan agobiado de ansiedad y terror mi

espíritu, que difícilmente podía tenerme en la silla. Desde *Samsa* no había dormido ni en mi cuerpo había entrado más alimento que algunos sorbos de café... A cada instante encontrábamos grupos de moros que regresaban a sus aldeas después de la batalla, unos con la espingarda al hombro, otros inermes, todos andrajosos y escuálidos, con la tristeza pintada en el rostro. Al pasar junto a ellos, creía yo que me miraban con ira, como queriendo repetir en mí los pasados ultrajes. Yo dije a *El Nasiry:*

—Menos temo en esta montuosa soledad a los chacales y hienas que a los hombres. Lleguemos pronto a donde yo encuentre descanso y paz.

Mi buen amo me tranquilizó con dulces palabras.

El alba sonrosada nos aclaró el camino a la hora y media de salir del *Fondac*. Bajamos por despeñada cuesta; dejamos a la izquierda los caminos de *Arsila* y *Alkazar-Kebir*. El paso descendente de la mula, como tanteo de peldaños de desigual altura, me molestaba lo indecible, desguazándome todo el esqueleto. Vadeamos multitud de arroyos que bajaban turbulentos, batiendo en la carrera sus aguas achocolatadas. Y aquel paso entre pedregales no tenía fin. Ansiaba yo llegar al llano, que veía bajo las pisadas de mi mula; pero el llano no quería dejarse pisar, y burlaba la ansiedad de mis ojos hundiéndose más a cada paso que dábamos hacia él... Por fin, dormitando ya sobre la mula, llegamos a un lugar donde se hizo alto. Allí descansé un poco; me revolqué en el suelo, como los burros cuando se les libra de la albarda; comimos algo, y otra vez al tormento de la montura y del andar cadencioso. Llano adelante, vimos los montes que arriba se quedaban arrogantísimos con turbante de nubarrones. Contemplándolos tan hermosos, les eché mi despedida con la firme intención de no volver a pasar por ellos. Nada digno de contarse me aconteció en el resto del día, hasta que llegamos a esta aldea situada en medio de un extenso prado, donde se resolvió pasar la noche y reposar las molidas osamentas.

En *Stchidi*, donde escribo, hallamos un amigo y cliente de *El Nasiry*, que no nos permitió armar la tienda, ganoso de aposentarnos en sus admirables chozas con techo de paja, las cuales eran mejores que algunas casas de Tetuán. Debió de decirle mi amo quién era yo y la razón del tapujo hebreo que llevaba, porque *Bu S'liman*, que tal es el nombre de aquel simpático y amable moro, me aposentó en un cuarto muy bueno, a flor de tierra, sí, pero desahogado y limpio. La puerta era tan chica que tenía yo que entrar a gatas. En un costado de la estancia me armaron cama blanda en horizontal nicho guarnecido de azulejos, y para mayor sorpresa mía pusiéronme una mesilla de ocho patas con utensilios de escribir, lo cual significaba que me tomaron por poeta o literato. No fué superior, pero sí abundante, la comida que nos sirvieron en otra choza más grande que la mía, rodeada de higueras, tártagos y mimosas. Reparé yo mi estómago, y luego me metí en el nicho, de donde por mi gusto no hubiera salido en tres días. Dormí menos de lo que me pedía el cuerpo; pero como *El Nasiry* resolvió prolongar la estadía para tratar con *Bu S'liman* y otros moros de un negocio de ganado, tuve tiempo de escribir dos o tres horas, y de coger después el sueño, empalmando sabrosamente la segunda tarde con la segunda mañana. ¡Ay, qué contentas quedaron mis carnes, y con qué devoción dieron gracias a Dios mis huesos atormentados!

Tánger, fines de marzo.

Aquel *Bu S'liman* que nos hospedó en *Stchaidi* es alto, rubio, entrado en los sesenta años, saludable y fuerte, con sólo un achaque de la vista que le obliga al uso de antiparras de vidrios oscuros y gordos montados en cuerno. Dos chicos que nos servían de comer mostraban también en sus ojos la pitaña, mal endémico, sin duda, en aquel terreno pantanoso. Mujeres vi a lo lejos en chozas distantes, gordas, con tapujo de tela grosera y blanca, dejando ver las piernas coloradas de ancho tobillo. Unas lavaban ropa y otras la tendían en retamas... No sé por qué me pareció renegado el tal *Bu S'liman*. No hablaba o hablar no quería lengua española; pero bien pude apreciar que la entiende. Al despedirnos me hizo no pocas reverensias, singular contraste con las vejaciones que en las etapas anteriores del via-

je sufrí... Tal vez el muy guasón de *El Nasiry* le ha dicho que soy algún rico personaje español disfrazado, o cercano pariente de Isabel II, que vengo a tomar nota de las grandes riquezas naturales del Imperio y de la suave condición de sus habitantes.

Con el descanso del cuerpo volvieron a mi ser la perdida inteligencia y la perdida fluidez del discurso. Así, cuando caminábamos hacia Tánger, por las lomas de suelo arenoso, entablamos mi amo y yo conversación amena, que de uno en otro tema nos hacía olvidar sabrosamente la tediosa longitud de la marcha. Tuve yo especial gusto en hacer recuerdo y enumeración detallada de los ultrajes que recibí en el campamento y en el *Fondac*, pintando con vivos colores el gran peligro en que vi mi existencia.

—En rigor, no debí yo acudir a salvarte—dijo *El Nasiry*, socarrón—, porque hallándote tan desesperado por la infidelidad de la blanca *Yohar*, más me hubieras agradecido el dejarte morir que el defenderte la vida. Los despechados de amor suelen en España curarse de su pena con un tiro en la sien o puñalada en el corazón, y otros hay que a la guerra van a que los maten. No debes, pues, alegrarte de tu salvación, sino sentirla. Mejor estarías ahora en el fondo de la cisterna del *Fondac*.

—No, no, amigo *Nasiry;* que aunque la traición de *Yohar* me destrozó el alma y quedé muy afligido y dado a los demonios, no era tanto que apreciase mi vida en menos que el amor de la judía blanca. Necedad habría sido dejarme ir al Infierno o al Purgatorio, mientras *Papo Acevedo* se quedaba riéndose de mí... En el *Fondac* entretuve mi mente algunos ratos con la blancura y suavidad de la piel de Yohar; pero si mil cosas dulces y amargas pensé de ella, no me pasó por las mientes ni por el corazón el deseo de volver a tomarla si el maldito *Papo* quisiera devolvérmela.

—Naturalmente—replicó mi amo y amigo—, que la caballerosidad y el honor, en los cuales veo yo como alambres o palitroques que componen la armadura de tu persona para mantenerla tiesa; el honor, digo, y la fanfarrona caballerosidad no harían pocos remilgos si tú volvieras a tomar a la blanca paloma después de papujada por su segundo dueño, el *sephardim*. ¡Buenos se pondrían sus antepasados si faltaras así al decoro y te pasaras por debajo de la pata los timbres gloriosos!...

—Abre los ojos *El Nasiry*—dije yo—, para que me oigas bien lo que quiero contarte. Déjame que sea franco y que me vuelva atrás de lo que aquella tarde desembuché tocante al honor y la caballería. No tengo inconveniente en asegurarte que los vejámenes y atropellos que he sufrido me han hecho bajar la cresta de mi orgullo. Bien claramente veo que no somos nada, y que no existen otros males verdaderos más que el perder la vida, ser matado en plena juventud. Y si quieres que llegue a los extremos de la sinceridad, abre más los oídos y entérate de que cuanto te dije para rechazar los dineros de *Riomesta* y de *Papo*, debes tenerlo por no salido de mis labios... Pues siendo yo pobre como las ratas y viéndome sin mujer y sin ningún medio de ganar la vida, ¿qué menos puedo hacer que tomar lo que me den, agradeciéndolo, si no a ellos, a ti, que has sido el promovedor de este donativo? Dame, pues, el socorro que para mi huída previnieron aquellas hermanos de Judas Iscariote.

—Eso sí que no haré—replicó *El Nasiry*, extremando su guasa hasta los mayores disimulos—, porque me lastimaste echando sobre mí, con palabras amañadas, la nota de entremetido y tercero; lo que me llegó tanto al alma, que ni te perdono tu lenguaje insolente ni te doy los dineros, que ahora quedan para mí. Ya me advirtieron *Papo* y *Riomesta*, al entregarme la bolsita, que si en ti notaba repugnancia de coger dinero de judíos, me quedase yo con la bolsa y te abandonara con desprecio a tu pobreza enfatuada.

—Pues yo te juro, *El Nasiry*, por la salvación de mi alma, que no siento ya la menor repugnancia de tomar esos ochavos de plata y oro, ni creo que se ha de manchar mi mano al cogerlos.

—No, no, que ahora me salen a mí el honor y la caballería de un rincón donde los tiene guardados mi alma española y aunque salen con algo de polilla y olor de cosa descompuesta, traen bastante poder para decirte que te fastidies por haberme ofendido... Tan caballero soy como tú, y poco va de Marruecos a España.

—Tú harás lo que quieras, *El Nasiry* —le dije, poniéndome al tono de su marrullería—. La gratitud me hace tu esclavo. Si es tu gusto guardarte la bolsita que *Riomesta* y *Papo* te dieron para mí, hazlo en buen hora. Pero si acaso mudaras de voluntad y se te metiera entre ceja y ceja que yo tome la bolsa, venciendo para ello mi repugnancia, aquí me tienes dispuesto a satisfacer tus deseos, encerrando bajo siete llaves los escrúpulos que te lastimaron. Así lo juro, y te lo firmaré con mi sangre si fuere menester. En nuestra tierra dicen: «Cuando pasan rábanos, comprarlos...» ¿Has olvidado este refrán?

—De sabiduría tomada de los rábanos sólo recuerdo aquella que dice que no debemos tomarlos por las hojas.

Interrumpió nuestro coloquio la vista de Tánger, que de improviso a nuestros ojos hubo de presentarse en una vuelta del camino. Quedé yo suspenso ante la ciudad mora, toda blanca, recostada en una colina verde; pero mucho más me sorprendió y recreó la imponente faja de mar azul que vi súbitamente surgir entre el cielo y la tierra. Era el *Estrecho*, que en aquel momento me pareció el *Ancho*, por creer yo que había más agua de lo regular entre los dos continentes, y que debían estar menos separados *Mogreb El Andalus* y *Mogreb-El-Aksá*. El aire diáfano aproximaba los contornos distantes. Señalando la costa frontera, *El Nasiry* me dijo:

—Allí tienes la tierra de la caballería y del honor. ¿Ves aquel caserío que blanquea en la orilla del mar? Es Tarifa, donde Guzmán llamado el Bueno..., ya sabes... Corre la vista hacia la izquierda y verás blanquear otro pueblo. Es Conil...; más acá verás un cabo... Es Trafalgar, donde los ingleses..., ya sabes...

¡Hermoso espectáculo!... ¡Confusión grande de los ojos y de la mente!... ¡En tan corto espacio, cuánta Historia!

IX

Tánger, abril.
(Rija de nuevo el almanaque cristiano.)

Ya estoy en la ciudad marroquí del Estrecho, la más arrimada a la civilización europea, aunque sólo reciba de ella sensaciones de vista y olor que no llegan al alma... Pero dejo esto para mejor ocasión, que en la presente debo contar mi llegada, mi instalación en la morada de *El Nasiry*. Quedaron las caballerías en una casa próxima a la puerta por donde entramos, y el hijo de Ansúrez, seguido tan sólo de *Ibrahim* y un servidor, se dirigió a su vivienda por empinadas calles que conducen al alto en que está la Alcazaba. Nos apeamos junto a una puerta humilde; hízose cargo de las mulas *Ibrahim*, y el amo y yo entramos a un patio ni grande ni bonito, sin adorno de tracería ni frescura de plantas. Salió a recibirnos la esclava *Maimuna*, y con ella se internó *El Nasiry*, ordenándome que en aquel patio le esperase. Un ratito estuve allí solo y aburrido, hasta que vi venir al amo, que, llevándome al portal y metiéndose conmigo en un desmantelado aposento, donde no había camas, ni sillas, ni mueble alguno, ni más descanso que el de un poyo con el revoco desconchado, me habló de este modo:

—Esta casa, alquilada para poco tiempo, no tiene comodidad para mi familia ni para mis huéspedes. La dejaremos en cuanto la paz nos permita volver a mi casa de Tetuán. Mi hospitalidad, como ves, es bastante mezquina; pero confórmate, hijo, pues no hay otra cosa. Adecentaremos este cuartucho con alfombras y tapices, y el poyo, guarnecido de buenas mantas, te servirá de lecho. Se te pondrá una mesilla o cualquier trebejo donde puedas escribir; se te proveerá de tintero y papelorio... Comerás conmigo alguna vez en aquella estancia que ves al otro lado del patio, con puerta labrada de alfarjía, o comerás aquí solito, servido por *Maimuna*. Baño tendrás también cuando lo pidas... Dispensa, hijo, que no sea más espléndido; pero ya ves..., soy aquí ave de paso, y no he podido encontrar mejor nido.

Haciendo gala de la humildad y gratitud que me correspondían, le dije que su hospitalidad, con sólo ofrecerme un techo y un pedazo de pan, era mucho más de lo que yo merezco. Y él entonces, sentándose en el poyo junto a mí, me soltó lo más interesante y pertinente del sermón que preparado traía. Aquí lo copio:

—No porque mi hospitalidad sea mísera, impropia de mi posición, dejaré de suplicarte que correspondas tú al amparo que te ofrezco. No estará bien que, dándote yo asilo, saques tú ahora las mañas españolas y cristianas, burlando la confianza que pongo en ti. Olvida que eres *de la otra banda*, de que yo también lo fuí, y dame palabra de respetar los hábitos morunos, que yo guardo y reverencio desde que los adopté con libre voluntad. Te lo diré más claro, Juan: aquí hay mujeres; yo tengo mis mujeres, y los moros las guardamos del apetito y de la vista de los extraños. Ya sabes que esto es así, y no me pondrás en el caso de enseñártelo de otro modo. Recogidas están las hembras en la parte de la casa que se las destina, y allá viven solas, sin más salida y desahogo que la azotea, en donde por las tardes se solazan. Estando tú aquí, las obligaré a mayor escondite, prohibiéndolas que asomen las narices a este patio, y aun que curioseen en las celosías altas que desde aquí ves, y por cuyos huequecillos puedes ser visto. Si a ellas las guardo, a ti con mayor rigor te amonesto para que en ninguna manera traspases la puerta por donde entrar me viste; tampoco esta otra del ángulo derecho, donde hay una escalerilla que sube al piso alto. Mucho cuidado, Juan. Cada país tiene sus dogmas, y yo, al acomodarme a la vida mora, he abrazado esta religión de las costumbres, y antes me dejaré morir que faltar a ella o consentir las faltas de los demás en mi propia casa. Tenlo entendido.... y no te digo más.

—¡Oh! *El Nasiry*—exclamé con dignidad—. ¿Cabe en ti la sospecha de que yo cometa acción tan vil? ¡Burlar yo tu hospitalidad! ¡Abusar de tu confianza! ¿Por quién me tomas *El Nasiry*, o Gonzalo Ansúrez, para hablar en cristiano?

—¡Ah!... No dudo, no dudo de tu honradez... Pero..., por si acaso, Juan, por si acaso, te hago las advertencias que has oído, pues nadie hay en el mundo que esté libre de una mala tentación... Desconfiados somos los que profesamos la fe de Allah, ley de pura desconfianza..., y cartuchera en el cañón.

—Como toda ley que gobierna el alma: prohibiciones y más prohibiciones, lo que pone a los fieles en el trance de infringir alguna vez que otra... Pero éste es un caso de honor, de amistad y de compañerismo. Ten de mí la seguridad que tendrías de un hermano.

—Sí que la tengo; pero me pongo en guardia, y así es mayor mi seguridad. No olvido, Juan, que tus amigos españoles te llaman *Confusio*, con lo que indican que está en tu naturaleza el confundir las cosas, sin que sepas remediarlo... Puede suceder que un día te levantes con los sentidos trastornados, y sin darte cuenta confundas lo cristiano con lo moro... y recaigas en la gran confusión española, que es respetar lo ajeno, si se trata de dinero o alhajas, y no respetarlo si se llama mujer. Para el español no hay ley de tuyo y mío cuando se encapricha por una hembra suelta o atada, con dueño o sin él... Podías tú, con muchísima honradez, irte del seguro, y por eso te aviso que estoy a la mira... Y punto final, que para los dos basta con lo dicho.

Reiteradas mis protestas de fidelidad, volvió mi amo a sus quehaceres en el interior de la casa, y yo, tendiéndome en el poyo sobre la blandura de tapiz y mantas que me trajo la diligente *Maimuna*, me entregué al descanso con la quietud y descuido de quien tiene asegurada la pitanza y un techo. Al siguiente día dióme la esclava el café y pan que necesitaba para mi desayuno, y luego vino *Ibrahim* con un traje español que para mí había comprado a un ropavejero judío. Grima sentí al ver el odioso pantalón, un levitín de paño y un chaleco rameado, que me parecieron prendas de malísimo corte, en mediano uso todavía, no mal apañados de zurcidos y arreglos. Trabajo me costó meter mi cuerpo en aquellos andrajos de la civilización, tan diferentes de los airosos trajes árabe y hebreo a que se habían hecho mi rostro y mis carnes; pero al fin me vestí a la europea, que tal era el deseo de mi protector. En la cabeza, no disponiendo aún de sombrero adecuado, me puse un fez, y di con mi cuerpo en la calle, ansioso ya de ver la ciudad a que me habían traído mis africanas aventuras.

Si gana Tetuán a Tánger por el misterioso laberinto de sus calles y por la grandeza y frescura de los montes y vegas que la circundan, ventaja lleva este pueblo al otro por la majestad del mar, en cuya orilla está edificado, y por la diligencia de tanto comercio y del en-

trar y salir de mercancías. Incansable y curioso recorrí toda la población, dominándola de un extremo a otro. Vi el *Zoco grande*, concurrido de tantos mercaderes y de la pobretería pintoresca de *derviches*, juglares, mendigos y fascinadores de serpientes; admiré el *Marchan* con lindas casas europeas; descendí por la calle principal al *Zoco chico*, hervidero de judíos, de españoles y de otros europeos que han traído las modas haraganas de cafés y cantinas: seguí hasta el puerto, donde vi los cárabos y faluchos que hacen la navegación del Estrecho, y algún vapor de Marsella o Gibraltar; vi la Aduana opulenta con tantísimos ganapanes afanados en el mete y saca de fardos y cajones; salíme luego por la puerta que da paso a la playa; corrí por las arenas de ésta, viendo la cáfila interminable de moros campesinos que llegan diariamente al mercado seguidos del burro y la familia, con cargas míseras de carbón o de leña, y por allí anduve largo rato considerando cuán intensa y lacerante es la pobreza de este pueblo marroquí, y qué poco alivio recibe de la civilización europea, por la castiza inflexibilidad y resistencia del carácter berberisco. La valla de su religión le separará siempre del resto del mundo aun cuando todo el mundo viniese a ocupar su suelo. Así vemos que, con raras excepciones, pobreza y barbarie se mantienen aquí tan dueñas de la vida como en los pueblos y aduares de tierra adentro, al pie del huraño Atlas.

De vuelta a mi morada humilde, invitado fuí a la mesa de mi protector, que en realidad no era mesa, sino una baja tarima, junto a la cual él y yo en el santo suelo nos sentamos, a usanza mora, entre cojines blandos. Nos servían *Ibrahim y Maimuna*, tomando los platos de unas manos blancas o morenas, que detrás de una cortina se parecían, con el espacio y tiempo precisos para dar y coger loza, y sin que más allá de las manos pudiéramos distinguir ningún pedacito de brazo ni menos de rostro. Comimos estofado de carnero con tanto aroma de especias, que más regalaba el olfato que el gusto; unas como albóndigas ensartadas en palitos todo ello con el indispensable *kusk-sú* o *alcuzcuz*, que amañábamos en pelotilla. Siguieron los pasteles dulces llamados *el macrod*, y otras especies de almíbares o mermeladas empalagosas. Hacían los dedos de tenedores y cucharas, suciedad que pronto se remediaba con el lavar de manos en perfumosas aguas. Luego nos dieron té más moro que chinesco, con hojitas de hierbabuena flotantes en la infusión abrasadora. Trajo *Ibrahim* las pipas o fumaderas, que yo acepté porque no eran del maldito *Kif*, sino de buen tabaco de Gibraltar; y en esto se reclinó *El Nasiry* sobre el cojín que tenía por el lado derecho, y fumando y sonriendo, con un tonillo agridulce y socarronas pausas, me dijo:

—Mientras comíamos, observaba yo que tu curiosidad no tenía descanso. Te traían sin sosiego las manos que veías en aquella puerta soltando y cogiendo platos... Por ser esta casa tan menguada, que en ella falta espacio para todo, has visto esas manos; que si la casa fuera como la de Tetuán, ni sombra de tales manos verías... Y vete curando de esas mañas fisgoneras, buen *Confusio*, pues nada absolutamente has de ver, y cuanto menos mires, más tranquilo estarás.

—Mi curiosidad por las manos que se aparecían y ocultaban—le respondí—no tiene nada de maliciosa. Tú me has contado que posees tres mujeres, y que la preferida, la verdadera esposa, se llama *Puerta de Dios*.

—Así es: en árabe su nombre es *Bab-el-lah*.

—Sin la pretensión de ver a tu esposa, pues sólo el pretenderlo sería impertinencia grave, yo te digo que deseo tu felicidad y la de esa señora, como la de tus esclavas, que son también tus mujeres...

—La una es *Quentza*, la otra *Erhimo*. Ni a estas dos, ni a *Bab-el-lah*, has de verlas por mucho que aguces el filo de tu curiosidad. Yo te hablé de ellas porque con alguien había de desahogar mi alma en los días de ausencia. Yo amo a mi familia, y mis mujeres y mis hijos me absorben todos los pensamientos cuando estoy lejos de casa.

Después de una pausa, en que los dos mirábamos silenciosos los giros del humo de nuestras pipas, mi protector y amigo me dijo que si nunca podría yo ver a sus mujeres, no tenía inconveniente en mostrarme sus hijos. Poco después aparecieron, traídos por *Maimuna*, un niño como de cinco años y una niña como de siete, tan lucidos y graciosos

que quedé absorto contemplándolos. A uno y otro acaricié, extremando mis afectos en la niña, llamada *Luz-il-lah* y recreándome en el gran parecido que le encontré con su hermosa tía. La pureza de facciones, el divino conjunto del rostro, la proporción y medida de todas las partes del cuerpo, igualmente se mostraban en la hija y en la nieta de Ansúrez. El niño era también muy lindo, de color moreno y aceitunado, esbelto de talle, los ojos ávidos de penetración, con un brillo que me recordaba los de Vicentito Halconero. A la chiquilla le caía tan bien el trajecito de mora que no podía yo imaginarla vestida de otra manera. Llevaba un caftán finísimo listado de amarillo, faja colorada, aros de oro en las orejitas, y en la cabeza un bonete de terciopelo rojo; los pies, desnudos en babuchas con la punta encorvada. *Alí Ben Sur* llevaba la menor cantidad de ropa, luciendo así su varonil gallardía. No me hartaba de besarlos, y hablé con ellos todo lo que pude, valiéndome del poquito árabe que yo sé y del corto número de voces españolas que ellos conocen. Su padre, alelado de orgullo, y cayéndosele la baba, repetía la cariñosa queja de todos los padres, así moros como cristianos:

—Ah, son muy malos... No se les puede sujetar... Todo el día están alborotando... Me vuelven loco...

Contemplando con mayor arrobamiento el rostro de la encantadora niña, dije a *El Nasiry:*

—En tu *Luz-il-lah* veo todos los rasgos de la noble raza de Ansúrez. Veo algo más: otra raza escogida, superior. O mucho me engaño o la madre de esta niña es una mujer espléndida, hermosísima.

Y *El Nasiry*, poniendo los ojos en blanco para dar toda la expresión posible al encomio, me respondió:

—Tan hermosa es, Juan, que no parece criatura mortal, sino ángel del Cielo. No hay en ninguna lengua palabras con que describir y cantar tanta belleza. Como poeta que eres, podrás imaginarla; verla nunca podrás.

Y dicho esto, con musulmán gesto ordenó a los niños que se retirasen.

X

Bien sea porque las prohibiciones reiteradas de *El Nasiry* me movieran a mayor deseo de lo prohibido, bien porque la holganza diera más espacio a mi curiosidad, ello es que yo quería violar el secreto de aquel oculto mujerío, no por quitarle nada a mi protector y amigo, ni por meterme a seductor de moras, sino por verlas, nada más que por verlas, y dar a mis ojos el sabroso espectáculo de tan interesante aspecto del vivir musulmán. Singularmente aguijaba mi curiosidad aquella *Puerta de Dios*, belleza única y soberana, al decir de su dueño, la cual no tenía semejante más que entre los ángeles y serafines. Añimas benditas, ¿cómo sería aquella *Bab-el-lah?* ¿No me depararía Dios la ventura de ver y apreciar una de sus creaciones más admirables? Bastaríame con una rápida visión de tan sobrehumana belleza, la cual por su perfecta y divina forma no habría de despertar en mí ni el más leve destello de lo que llamaba Don Quijote *incitativo melindre.*

En estas ideas y deseos estuve todo el día siguiente al del comistraje con *El Nasiry.* Hallándome fastidiado en mi ratonera y habiendo escrito ya todo lo que tenía que escribir, salí a pasearme al patio con más gusto del que me daban los paseos y vueltas por la ciudad, donde poco había que me cautivase, pues todo lo tenía bien visto y examinado. Ocasión es ésta de decir que de mi fastidio era responsable mi protector, pues en Tánger me retenía sin otra razón que no haber llegado el vapor que debía llevarme a Cádiz. Otros vapores anclaban en el puerto; pero iban a Gibraltar o a Marsella, y *El Nasiry* no quería embarcarme sino para puerto español. Y entre tanto que así me tenía prisionero, sin ofrecerme ningún solaz en su casa ni fuera de ella, no me daba los dineros de *Papo* y *Riomesta*, que sin duda me habrían servido para que yo buscase algún regocijo en la ciudad.

—No te doy la bolsa—me decía—, porque la vaciarás estúpidamente aquí y no hemos de pedir al marido y al padre de *Yohar* que te la llenen otra vez.

Sin blanca me aburría en mis paseos por Tánger. Nunca me llevaba *El Nasiry* a la carrera de sus negocios, ni tenía yo

ningún amigo judío ni cristiano de quien acompañarme.

Pues, como decía, salí a pasearme al patio silencioso, sin que ninguna distracción encontrase en mi ir y venir de animal enjaulado. Mas no sucedió lo mismo a la tarde siguiente, porque me dió por mirar a las altas celosías, y la realidad o mi deseo me hicieron ver sombras o bultos que tras los huequecillos se movían. Mi fantasía loca fingió en algún instante que asomaban por el enrejado los fulgurantes ojos de *Bab-el lah;* mas, en realidad, nada que a humanos ojos se pareciese distinguieron los míos. Lo que sí puedo asegurar es que, más avanzada la tarde, oí cuchicheos, voces arábigas que desmenuzadas e incomprensibles salían por aquel tamiz. No quise yo ser menos que las escondidas moras, y a sus risas correspondí con lo que me pareció más propio: exclamaciones de sorpresa, posturas airosas, miradas interrogativas que partirían los corazones más duros... Pero aquel inocente juego tuvo pronto su fin; oí la voz bronca de *Maimuna,* y poco después, tras de las celosías no había cuchicheos ni sombrajos; las mujeres con su guardiana y los chiquillos se habían subido a la azotea. Quedé yo consolado de mi fastidio y con esperanzas de nuevos sucesos que abrieran camino para una sabrosa aventura.

Por la noche, después de cenar con *El Nasiry,* que nada me dijo de mis telégrafos con las moritas, señal de que nada supo, me acosté mecido por mi imaginación en vagarosas ilusiones, y soñé que en mí se reproducía la historia del cautivo contada por Cervantes en el *Quijote.* En el patio de mi hospedaje vi el *baño* de Argel, donde me tenía prisionero el bárbaro renegado *Azan bajá,* y por las celosías vi asomar la caña con que la misteriosa *Lela Mariem* me manifestaba ser yo el preferido entre los demás cautivos; vi los movimientos y signos de la caña, y ésta, por fin, me entregaba un papel con amorosos requerimientos escritos en lengua arábiga... El día me despabiló y encendió más en mis romátnicos deseos, y cuando me lancé a mi vagar vertiginoso por las calles, pensaba en la posibilidad de una aventura gallarda, y me decía:

—De fijo lo primero que ha de preguntarme Beramendi será si he logrado penetrar en un harén y ser dueño de sus poéticos arcanos. Lo menos que pensará el buen señor es que he logrado quebrantar la misteriosa clausura, sobornando eunucos o cortándoles la cabeza, y que en un dos por tres he arrebatado lindamente a la odalisca más hermosa para traerla a mi amor, primero; después a la fe de Cristo nuestro Redentor... Muy desairado será para mí desengañar al marqués y declararle que ni he visto harenes más que por el forro, ni he violentado sus puertas, ni menos he sacado ninguna odalisca como no sea en sueños.

Llegó por fin la tarde, que era la más propicia ocasión de mis travesuras, porque siempre, de tres a siete, estaba ausente *El Nasiry.* Antes de salir al patio me puse en acecho de los más insignificantes rumores que vinieran de las celosías; algunos oí, que me parecieron de animada conversación; salí de mi camarín, anduve con cautela por el patio, miré a lo alto, no sin esperanza de ver asomar la caña de *Lela Mariem,* y de pronto hirió mis oídos un grande estrépito de pasos, golpes, carreras, chillidos de mujeres y llanto de chiquillos. ¡Terrible trapatiesta se armaba en el harén! Sin duda las moritas se tiraban de los pelos o se azotaban con furia las sonrosadas carnes. ¡Qué ocasión más bonita para subir a ponerlas en paz! Tanto arreció el tumulto, que me alarmé de veras, llegando a creer que había fuego en las habitaciones altas... Sí: fuego debía de ser... ¡Fuego chillaban las espantadas voces! Movido de un sentimiento humanitario, sin pensar más que en la salvación de mis semejantes, y libre mi espíritu de aquel melindre del serrallo y sus odaliscas, corrí a la escalerilla del rincón, cuyo ingreso está defendido por una puerta; empujé ésta sin acordarme de la prohibición de *El Nasiry;* entré, subí, salté los primeros peldaños, y aun no había llegado a la mitad de la empinada escalera, de un tramo solo, fatigoso y largo, cuando bajó con veloz descenso, a trompicones, la esclava *Maimuna,* viniendo a chocar contra mí. Si no la sujetaran mis brazos, cuidando de guardar mi equilibrio, habríamos bajado los dos de cabeza.

En el brevísimo instante de mi violento abrazo con *Maimuna* vi en lo más alto de la escalera una mujer de gigantesca

estatura, negra como el ébano, de hocico largo y labios bozales. Apenas pude apreciar en su poca ropa una tela listada de rojo y blanco; en su cabeza la pincelada chillona de un pañuelo encarnado; en otra parte brillo de aretes, de ajorcas de no sé qué áureos metales; vi sus largas piernas desnudas; vi el bulto enorme de sus pechos..., y viendo esto y algo más con brevedad de relámpago, oí la voz de la negra giganta increpando a *Maimuna*, y oí también la réplica de ésta. Me bastó el poco árabe que sé para entender el diálogo airado entre la mujer de hocico de mona y la vieja esclava. Recriminaba la de arriba con el dejo de quien ha pegado antes de recriminar. Parecía decir:

—Puedo más que tú, bribona, ya lo has visto y te deshago de un puñetazo. Atrévete conmigo... ¿Crees que me dejo pegar como estas pobres tontas?

Y dijo la esclava:

—Guárdate, *Bab-el-lah*, que ya sabrá *El Nasiry* tus maldades... Guárdate, *Bab-el-lah*.

No me dió tiempo la vieja para pensar ni decir cosa alguna, porque, como digo, bajamos los dos hechos una pelota. Aún pude ver en un segundo relámpago más breve que el primero otro bulto de mora que rápidamente pasó tras de la negra. Distinguí sólo un caftán listado de verde y blanco... No vi si era blanca o morena la que lo llevaba; oí sollozos, una retahila de denuestos contra *Maimuna*... Esta me empujó, apenas llegamos al fin de la escalera, y desfogando en mí su cólera, lanzóme al patio diciendo:

—¿Tú, *Yahia*, qué tienes que ver en esto? Guárdate si *El Nasiry* sabe que has visto... ¡Si sabe..., pobre ratón *Yahia!* Escóndete, vete a la calle.

Antes que yo pudiera responderle, corrió al comedor bajo, de donde salió al punto con un manojo de llaves. Cerró la puerta de la escalerilla y se fué hacia el segundo patio, gruñendo y echando maldiciones. Su cara era un muestrario de arañazos.

Por muchas razones estaba yo turbado y lelo; pero mi mayor confusión provenía del descubrimiento y hallazgo de la divina *Bab-el-lah*, la cual no podía ser otra que la ferocísima negra que yo había visto, verdadera mula en dos pies. Dos veces habíala llamado por su nombre la esclava. No podía dudar que era ella, la predilecta de *El Nasiry*, ni que en éste debía yo ver el primero y más salado guasón del mundo. Imposible que aquella giganta jimiosa fuera madre de la linda criatura *Luz-il-lah* quien, sin duda, nació de otra predilecta anterior o de una esclava blanca... Pensado esto, me puse a reconstruir lógicamente el gran alboroto mujeril en cuyo final intervine a tontas y a locas, y de mi mental trabajo resultó esta hipótesis razonable. *Maimuna* es *jarifa;* llaman así a las esclavas viejas de probada lealtad, a quienes el moro confía el gobierno y disciplina de sus mujeres, ya sean esposas, ya esclavas. Tiene la *jarifa* autoridad para dirigirlas en sus ocupaciones, que más bien son pasatiempos, en sus lavatorios y afeites; tiene poder para obligarlas a guardar la debida concordia, para castigarlas si riñen. Sin duda, *Maimuna* desempeñaba estas funciones asistida de un vergajo con que vapuleaba las carnes blandas de las odaliscas sin hacerles gran daño; seguramente las tres mujeres de *El Nasiry* no vivían en completa paz... Imaginaba yo que la horrenda *Puerta de Dios* formaba sola un bando poderoso contra las otras, para mí de estampa desconocida, y que, comúnmente, se ponía de parte de *Maimuna* cuando ésta tiraba de vergajo. Pero también discurrí que como negra y favorita podía proceder en sentido contrario, favoreciendo a las débiles contra la bárbara tiranía de la *jarifa*, no menos cruel que un cómitre de galera.

No necesito decir que desde que tal pensé me interesaron vivamente las otras dos mancebas que imaginaba tiernas, blancas y graciosas, verdaderas flores de serrallo. Por mi desgracia, yo no podría ofrecerles mi protección, ni aun siquiera verlas, pues el lance de aquella tarde apretaría más el encierro y sujeción de las pobres muchachas. Temblando estaba yo de que *El Nasiry* se diese por enterado de mi intento de subir al harén. Ya tenía yo preparada mi disculpa razonable: «Pensé que ardía la casa... ¿Cómo no acudir a sofocar el incendio?...» Pero mis temores se disiparon aquella noche frente al amo, que nada me dijo, señal de que no le habían contado el lance. Esto me alentó en mis románticos ensueños. Por la noche me escarbaban el corazón no sé qué punzaditas que tra-

duje en esperanzas, y éstas se aproximaron enormemente a la realidad en la tarde siguiente, cuando, hallándome en mis soledades del patio, vi que por los huecos de la celosía asomaban tres blancos dedos, a punto que rasgaba los aires un siseo dulcísimo, como caricias que en mi oído hiciera la voz de los ángeles... La sorpresa y emoción me dejaron inmóvil y mudo.

No eran blancos, como he dicho, sino amarillos, los dedos que en la celosía me hablaban un lenguaje enloquecedor; la natural blancura desaparece bajo el tinte que se dan las moras en manos y pies con una hierba llamada el *henna*... Púseme bajo la celosía, esperando alguna voz que me aclarase el oscuro lenguaje de los amarillos dedos, y vi que éstos se doblaban en la dirección de la puerta de la escalerilla. Corrí hacia la puerta..., tuve buen cuidado de no dar golpes en ella ni hacer el menor ruido, pues lo que hubiera de pasar forzosamente requería silencio absoluto. Apliqué mi oído a la cerradura y a las maderas; esperé largo rato. Ligera sacudida estremeció la puerta..., luego sentí... no diré una voz, sino aliento que por el agujero de la llave salía gozoso en busca de mis oídos. No entendí lo que aquel aliento decía. Con audacia donjuanesca me lancé a iniciar el coloquio de intrigante amor:

—¿Eres tú, hermosa *Quentza?*—pregunté con susurro.

Y de dentro vino como un suspiro la respuesta:

—No: soy *Erhimo*.

XI

No sé qué habría dado yo en aquel instante por poseer el árabe, para expresar de corrido y sin ningún tropiezo todo lo que se me ocurría. Pero, por mis pecados, ni yo era capaz de sostener conversación tan importante con secreteo al través de una puerta, ni de lo que decía *Erhimo* llegaba a mi entendimiento más que alguna que otra frase suelta: «*Bab-el-lah* mala, *Maimuna* mala..., yo mucho padecer.» No era esto poco. Como pude, evocando todo mi saber arábigo, logré decirle que abriese la puerta, y desde dentro vino una retahila de la cual pude entresacar estas palabras: «Llave..., domida *Maimuna*..., miedo...; *Bab-el-lah* despierta...» Yo traduje que aunque la esclava dormía, no osaba quitarle la llave, porque la negra, que es muy mala, estaba despierta... Propuse yo entonces que abriera por la noche. «De noche no... Miedo... *El Nasiry*...», fué su respuesta... En efecto: buena la armábamos si el amo nos sorprendía. «Mañana», dijo ella claramente, y yo repetí: «Mañana.» Quería yo hablar a todo trance, y no pudiendo decir lo que debía, conforme a las circunstancias y al desarrollo lógico del diálogo, me lancé a la descarada emisión de lo que sabía, viniera o no a cuento.

Con esta idea, traje a mi feliz memoria un *Prontuario de la conversación hispanoárabe*, donde adquirí mis primeros conocimientos de esta hermosa lengua, y escogiendo ante todo una sarta de adjetivos y nombres usuales que en Tetuán me aprendí de memoria, y aplicándolos a mi interlocutora invisible, los fuí metiendo con voz melosa por el agujero de la llave. Véanse estos ejemplos: «Eres *dulce, Erhimo*, como la *miel*, *gallarda* como lo palmera, *azul* como el cielo; eres *rosa y clavellina;* eres *jardín de delicias*, y no hay *estrella* como tus *ojos*.» Luego, sin darme reposo, enjareté las cláusulas lisonjeras y amables que sabía: «A tu lado vuelan los instantes...» «Me alegro mucho de que estés buena con toda tu familia...» «¡Qué hermoso día hace!...» «Vámonos de paseo...» ¡Y era de noche!

No me salió mal la prueba de mi *Prontuario*, porque *Erhimo*, tomando por espontánea la frase última, me dijo con sollozo:

—Yo pasear no..., soy esclava...

Y luego siguió con una larga relación en que pude pescar palabras sueltas, como: «*El Nasiry*..., Allah..., veneno..., zapatero..., dinero..., dolor de muelas..., libertad..., juramento..., ojo...» Nada en limpio saqué de tal galimatías; mas por no estar callado ni parecer que no entendía, solté esta frase, que era de las mas fijas en mi memoria:

—¿Estás segura de lo que dices?

Ella entonces habló de nuevo con más calor y viveza, como repitiendo y ampliando sus anteriores razones. Yo le solté otros conceptos de mi *Prontuario:*

—Me sorprende el saberlo... ¡Cuánto me afligen tus desgracias!

En resolución, el jugo que yo sacaba de nuestro coloquio era que *Erhimo* me pedía que la libertase, y, naturalmente, yo le daba a entender que no deseaba otra cosa. Firme en mi idea, le dije:

—No ambiciono más que tu felicidad... Sólo vivo por ti.

Bien clara llegó a mi intelecto la expresión de su gratitud:

—¿Cómo pagarte tan gran beneficio?

¡Al fin nos entendíamos! Ya me fueron fáciles las preguntas:

—¿Cuándo, gacela...? ¿Estarás dispuesta, ensueño de los ángeles? ¿Dónde te espero?

Y ella me soltó nueva tarabilla con más presteza que antes. Por mucha atención y cuidado que puse, no cogí más que estos vocablos desengarzados del rosario de su charla... «Ojo..., zapatero..., adiós..., libertad..., buen *Confusio*..., agradecimiento..., veneno..., *Maimuna*... carta..., puerta..., salida..., noche...» Y otra vez repitió hasta tres veces: «Carta, noche, puerta.» No podía ser más claro: me escribiría una carta, la cual asomaría por debajo de la puerta, cuando la sosegada noche derramara su oscuridad en el patio. Dió suaves golpecitos en la madera, los cuales sentí como blanda caricia en mi corazón enamorado, y dijo hasta cinco veces *adiós*... Oí el dulce pisar de sus chancletas, retirándose escalones arriba.

Quedé yo embelesado y atónito del júbilo que me causaron la ilusión de amor y mi singular charla equívoca con *Erhimo*, dulcísimo coloquio, aun sin saber yo fijamente lo que habíamos dicho y tratado. Pero de la confusión del lenguaje sobresalía un hecho, y era que la mora, prendada de mi donosura, que contemplado había desde las altas rejas, quería que yo la sacase de su esclavitud y conmigo la llevase a la civilización y a la Cristiandad. Esto me vanagloriaba, me volvía loco, y mis escrúpulos por traicionar la hospitalidad de *El Nasiry* se disiparon con la idea de que sacaba un alma de las tinieblas a la luz... Tan encendida estaba mi mente con mi cercano triunfo de enamorado y de catequista, que salí de la casa y me lancé al enredo de las calles morunas, para derramar en ellas mi alegría, mi ilusión, mi éxtasis... Molinillo era mi pensamiento imaginando con giro febril la hermosura de *Erhimo*. ¡Qué ojos oscuros, entornados, flechantes al resguardo de las grandes pestañas, decidores de mil secretos del amor de los ángeles y del de los humanos!... ¡Qué risueña y regalada boquita!... ¡Qué cabellos sedosos, negros, destinados a mayor encanto cuando los humedeciera el agua del bautismo!... ¡Qué talle flexible y pegadizo, imitador de la serpiente en sus ondulaciones, y qué cuerpo en fin, imitador de la gacela en su agilidad voladora! ¡Vaya unos andares y un revuelo de hurí como las que cantan y retozan en el paraíso musulmán!... Pero no: ¡atrás Mahoma y sus ritos mentirosos! Reunía yo en mi pensamiento las dos esencias de amor y religión, y quería ser en una pieza el galán dichoso amado por *Erhimo* y el sacerdote que vertiera en su cabeza el agua salvadora. ¡Doble triunfo y alegría dos veces inefable!

Llegada la noche me metí en casa, donde tuve la suerte de cenar solo. Francamente, en tal noche me habrían sido penosas la presencia y mirada de *El Nasiry*. Entre la moral mohometana y la mía española no había concordia ni avenencia. Con sólo pasar de una raza a otra, el mal se trocaba en bien y el pecado en virtud. Mejor era que no habláramos. Los hechos hablarían... Pues, señor: en cuanto quedó anegada en sombras la casa, cerrada la puerta, *Ibrahim* recogido a lo hondo del segundo patio y todo en silencio, ya no pensé más que en vigilar la puerta por cuyo hueco inferior, oriente rastrero de mi dicha, había de aparecer el sol de la anunciada carta... Pasaron horas de febril expectación. Mi ansiedad era juguete del tiempo y éste un envidioso de las delicias de mi aventura. Como no tengo reloj, ni hay en aquel maldito pueblo torres de iglesia que con campanadas marquen las horas, no podía yo precisar el tiempo transcurrido: sólo sabía que los minutos remedaban la longitud de los años. Acabadita mi auscultación de la puerta, esperando en ella rumor de pasos o siseos, volvía yo a lo mismo... Poco tiempo estaba lejos de las maderas que eran la síntesis de todo el Universo. Creía que si me alejaba por dos o tres segundos, haría esperar a *Erhimo*... Por fin, a una hora que sin duda era de las correspondientes a la madrugada, saltaron a mi oído los anhelados rumores. Fué susurro

no más del aliento de la odalisca, que me dijo:

—*Confusio*, toma la carta.

Sentí el roce del papel pasando de dentro afuera. Al mismo tiempo, la mora, adelgazando más su voz, me echó por el agujero de la llave un *adiós* seguido de expresiones medrosas, que traduje libremente de este modo: «No puedo estar aquí, buen *Confusio:* el menor ruido sería mi perdición. Lee la carta y haz lo que te digo...» Se retiró escalera arriba. Oí un paso blando de pie desnudo.

La desesperación que me acometió al volver a mi cuarto no la comprenderás, ¡oh lector mío!, si no te digo que me encontré sin luz y sin fósforos, por habérseme olvidado decir a *Ibrahim* que me dejase bujía y con qué encenderla. Forzosamente había de esperar a que la luz solar me alumbrase la lectura del divino mensaje, el cual era un papel escrito por todo un lado y la mitad de otro, doblado y sin cierre ni sobre. Me llené de paciencia, me tumbé vestido y dormí algunos ratos, sin soltar de mi mano el papel, que aún emboscaba en la oscuridad sus misteriosos caracteres. Despierto con la claridad matinal, advertí que la carta se componía de confusos garabatos escritos con tinta roja. ¡Nueva desesperación! Arábigos eran los caracteres, pero trazados por mano tan inexperta, que su interpretacion habría sido un problema para cualquier práctico; para mí, no digamos... No acertaré a expresar cuánto me estorbaba lo negro, diré mejor lo rojo, de aquellos trazos. Repasados tres o cuatro veces los torcidos renglones, creí descifrar estas voces: «burro, ojo, zapatero, libertad, etcétera...» En lo escrito, lo mismo que en el habla de la bella *Erhimo*, no pescaba yo más que algunos vocablos de los muchos que en aquel confuso mar nadaban, cual minúsculos, inquietos pececillos.

Pero yo buscaría un buen entendedor que lo tradujese y desentrañase aunque los garfios rabillos y puntos trazados por la mora fuesen obra del mismo diablo. Entretuve dos horas largas de la mañana en escribir todo lo pasado de mi aventura, mientras llegaba la parte de ella escondida aún en los senos del tiempo, y que sin duda habría de ser la más interesante. Terminado estaba ya mi trabajo del día, cuando me quitó la luz de la ventana una sombra que en ella se interpuso. Era *El Nasiry*, que me saludó en esta forma:

—Allah sea contigo, amable *Confusio*. ¿Estás escribiendo? Pues acaba pronto, hijo, que hoy tenemos mucho que hablar... y que hacer.

Concluyo, pues así me lo manda el amo, diciendo que en este instante entra *El Nasiry* en mi aposento, y que en su rostro y ademán creo notar una cierta gravedad en él desusada, y ante la cual se pone en guardia mi espíritu, armándose de todas sus facultades agresoras y defensivas. Aunque al pronto su vista me causó algún temblor, luego me fortalecí. Yo no tiemblo; espero...

Adiós, amigos. Hasta otra, que será donde Dios quiera, o en el amenísimo Valle de Josafat.

Cádiz, marzo.

—¿Pensáis que he venido acá con la ideal *Erhimo?* ¿Pensáis que me ha lanzado *El Nasiry*, tirándome como pelota de un lado al otro del Estrecho?... Esperad un poco; dejadme tomar el hilo de mi relato en el punto mismo en que el renegado Ansúrez me obligó a romperlo. Entró, como dije, y viéndome limpiar mis plumas, que por algún tiempo habrían de estar ociosas, me soltó este jicarazo:

—Recoge tu equipaje y dispón tu persona, que ha llegado la hora de embarcarte. Llamo equipaje a tu ropa interior, lavada o por lavar, que puedes envolver en un pañuelo grande; a lo que traes sobre tu cuerpo y a los papeles que has escrito, todo lo cual en corto tiempo puede ser prevenido. ¡Feliz el hombre que viaja con tanto alivio de bagaje como los pájaros!

—Pero ¿ha llegado el vapor?—exclamé, no hallando mejor disimulo de mi perplejidad—. El vapor no ha llegado, *El Nasiry*.

—Ha llegado anoche, y partirá hoy a las doce, a menos que tú lo eches a pique, llenándolo de malos pensamientos —afirmó el renegado con firmeza, que me desconcertó más de lo que yo deseaba.

—¡A las doce! Pues aún falta mucho tiempo.

Y él, con autoridad incisiva que no dejaba lugar a protestas, me ordenó que

hiciera mi menguado envoltorio y le siguiese sin vacilación ni excusas. Y como para suavizar la aspereza de su despotismo, sacó la bolsa judaica y la sopesó, haciendo sonar las monedillas. No puedo negar que el metálico ruido desarmó un tanto mi resistencia. Perezoso, fuí recogiendo y empaquetando mis cosas, mientras el renegado añadía razones que me movieron más a obedecerle.

—Sabrás—me dijo—que tengo prisa por embarcarte, porque esta tarde he de partir para Tetuán, ya de arrancada con toda mi familia.

—¿Ya?... ¿A Tetuán? ¿Pues qué..., hay ya paces entre España y Marruecos?

—Paz venturosa firmaron ayer O'Donnell y *Muley El Abbás*. Todo Tánger lo sabe, menos tú, que no vives en la realidad, sino en el mundo de los ensueños tontos y falaces... Es raro que el hombre que se llamó Predicante de la Paz no se alegre ahora de verla declarada y ajustada por dos pueblos hermanos..., hermanos digo, y no es para que te asustes y pongas esa cara de idiota... ¿Qué piensas? ¿Ahora sales con que quieres guerra y que sigan rompiéndose el bautismo y la circuncisión Marruecos y España?

—No, no; guerra no quiero, sino paz. La paz es mi elemento... En la paz desarrolla mi espíritu sus..., no sé cómo decirlo..., sus ideales doctrinas... Estoy contento de que no haya más guerra. Cuéntame... Pero no... Antes dime..., dime por qué te vas a Tetuán tan de improviso, con toda tu reata de chiquillos y mujeres.

—Hijo mío, estoy en el aprieto de llegar pronto a Tetuán, y un día más que tarde podría traerme desdicha grande. No cabe más dilación, ahora que la paz me abre el camino de mi casa... Pues sabrás, pobre *Confusio*, que tengo enferma gravemente a una de mis esclavas, la más cariñosa, buena y apacible. Meses ha fué aquejada de un humorcillo que primero se le manifestó en el oído, luego en el cuello. Este achaque menoscabó grandemente su hermosura, por causa del sarpullido y del olor nada grato. Terribles dolores en dientes y muelas le quitaban el sueño, y de resultas de ello la magnífica dentadura, que era como ringlera de perlas, quedó deslucida por caérsele algunas piezas de las más visibles. Lo que ha sufrido la pobre no puedes imaginarlo... Apareció luego el humorcillo en las piernas, con lo que se deslució aquel cuerpo de estatua, aquella piel que superaba en tersura y suavidad, puedes creérmelo, al más fino raso y al terciopelo más pulido. Con ungüentos preparados de las curanderas que aquí tenemos se logró atajar el humorcillo en partes del cuerpo bajo y alto donde más se estragaba y descomponía la belleza. Pero de pronto, cátate que aparece el maleficio en el ojo izquierdo, cebándose en uno de aquellos dos soles de su cara, que sólo con el del cielo podrían ser comparados, ¡ay!... En parte tan delicada, nada han podido los remedios de acá, y ya la tengo, si no irremediablemente tuerta, a punto de serlo para toda su vida, que es la mayor desolación que podrías imaginar en el vergel de aquel rostro de hurí.

Oí esta relación entre espantado y receloso, dudando si admitirla como verdadera o si debía diputar a *El Nasiry* por el más redomado guasón de todo el orbe cristiano y mahometano.

XII

—Ya comprendo—le dije—tu impaciencia por llegar a Tetuán. Allí tienes a los médicos del ejército español, entre los cuales los hay de muchísima ciencia y de mano segura contra las peores enfermedades.

—Has adivinado mi intención. A eso voy. Me han dicho que entre tales físicos hay uno que de este mal del humor, y de otros más hondos e invisibles, entiende como nadie... Porque aún no sabes que el mayor mal de mi esclava no es el achaque del ojo, ni la piel afeada ni el que haya huído de su boca aquel aliento a rosas y clavellinas; no es eso lo peor, *Confusio*, amigo, sino que con el mucho padecer, y el no dormir, y el condolerse de su hermosura perdida, se le ha escapado de la cabeza el juicio que antes tuvo y que por ningún medio podemos devolverle. Desde que llegamos aquí, ha dado en la más extraña manía que cabe en cerebro de mujer, y es pensar y decir que no la queremos, que la atormentamos, que el parche que le ponemos en el ojo está envenenado para que se quede tuerta más pronto, y, por

fin, ha caído en la disparatada locura de pedir que la devuelva yo a su primer dueño, un amigo mío de Fez, llamado *El Jarráz* (el zapatero), porque lo fué su padre. Este buen amigo me la vendió por poco dinero..., mejor será decir que me la cambió por un burro, o que fué un excelente burro garañón el precio de la bella morita... No se contenta *Erhimo* con clamar por el *zapatero*, sino que se pasa el día gritando, y se quiere matar; a toda persona que ve en este patio, aunque sea desconocida, la llama, y como puede le cuenta su desgracia le manifiesta sus ganas de ser restituída al que me la vendió y le pide auxilio para tan grande locura o desatino, pues el *zapatero* se ha muerto, y aunque viviese no la cuidaría con el esmero y paternal cariño que yo pongo en ella... Créeme, *Confusio:* estoy afligidísimo; yo miro a mis mujeres, no como esclavas a estilo moro, sino como a hijas de Dios, mis iguales en la dignidad y el amor, y esto, yo te lo juro, es lo que más fijo se me ha quedado en el alma de todo el cristianismo que abandoné cuando de aquella tierra me vine y cambié de ropa, de habla y de conciencia.

Dijo esto con sinceridad patética, o con un arte superior que fingía soberanamente la verdad; y en la duda de si debía creerlo o no, me decidí por lo primero, rindiéndome a sus designios. Esto era, en mi humildísima posición, más cuerdo y más fácil que no plantarme contra él en terreno tan inseguro como el de un loco ensueño de aventura novelesca. Admití resueltamente lo que me dijo mi protector, y con gallardo arranque le mostré la carta de *Erhimo*, diciéndole:

—Hazme el favor de descifrarme estos garabatos infernales que en el patio me encontré anoche.

Y él, echándose a reír, una vez cogido el papel, me contestó:

—No necesito descifrarlos, porque ya sé lo que aquí se ha escrito. La pobre enferma no sabe escribir; pero *Quentza* sí sabe, que estuvo en la esclavitud de un maestro que fué el primer gramático y el más nombrado pendolista de Fez. *Erhimo* pidió a su compañera que le escribiese la carta; la otra no quería, por ser cosa vedada entre mujeres el toma y daca de cartitas con los de fuera. Pero yo le dije a *Quentza:* «Hazle el gusto y escríbele lo que te dicte, para que con la negativa no se le encienda más el odio que por su grave demencia nos ha tomado.» Anoche se escondieron en la estancia para escribir. *Quentza* me lo ha contado. *Bah-el-lah*, que es toda prudencia y bondad, opinó también que no contrariáramos a la infeliz *Erhimo*, y de ella ha partido la idea de irnos pronto a Tetuán en busca del médico sabio que me ha de curar, si Allah lo permite, a esta prenda del alma.

Antes de acabar de decirlo, *El Nasiry* rompió el papel en pedacitos, lo que yo vi como si desgarrara las hojas de un poema, no tan bello por lo ya escrito como por lo que aún estaba por escribir. Arrojados al patio los fragmentos del papel, un vientecillo que entró por el portal dispersó con el mismo soplo juguetón las estrofas que yo compuse y las que aún estaban en la mente divina de la musa.

Cogióme del brazo el hijo de Ansúrez y me dejé llevar a la calle tranquilamente. *Ibrahim* fué delante con el encargo de comprar una maleta de mano en que llevar con más decoro mi ropita. Digo que iba yo tranquilo, pero no alegre, sino con tristeza mezclada de resignación; que no pudo quedar mi espíritu en mejor estado después de arrancarle de un tirón las alas con que quería largarse a dar una vuelta por los espacios de la poesía, lindantes con lo infinito... Pero bien sabía yo que nada nos alivia de los propios cuidados como el poner interés y conversación en los cuidados públicos; y con esta idea, calles abajo, pregunté a *El Nasiry* cómo y cuándo y en qué condiciones se había hecho la paz.

—Pues la primera condición de la paz es que los españoles se volverán a su casa, donde, si quieren guerra, pueden ejercitarse en la civil todo lo que gusten.

—Pero no se irá España de Marruecos sin llevarse algo, que alforjas ha traído, ¡vive Dios!, y gran mengua sería llevarlas vacías.

—No se lleva nada... Digo, sí; le dan un poquito de terreno pegado a Ceuta. Esta plaza es hoy para España una chuleta que no tiene más que el hueso. Necesario será pegar al hueso un poco de carne... También se lleva..., digo, se llevará, una linda playa del mar Océano,

excelente para recoger conchitas y para la pesca de truchas de agua salada.

—Poco ganaría con esto si no se llevara también a *Ojitos de Manantiales*.

—¡Ay, no! *Ojitos* aquí se queda, rescatada por Marruecos, que compra su libertad con veinte millones de duros.

—¡Jesús, cuánto dinero!... Pero ¿cómo se va el español, si ya tiene a Tetuán por suya y ha rotulado en lengua castellana todas las calles?

—Borraremos los rótulos después de entregar los veinte millones... También daremos a España un trato de comercio.

—Poco es lo que sacamos de esta guerra, costosa en dinero y más costosa de sangre.

—Poco, no; porque España ha conseguido lo que se proponía, que no era conquistar territorios, sino hacer una demostración de su poder militar. Todo el mundo ha podido ver que tenéis un gran ejército pequeño.

—Gran desatino has dicho, *El Nasiry*, aplicando a un objeto calificaciones de sentido contrario. Si nuestro ejército es pequeño, ¿cómo puede ser grande?

—Grandeza y pequeñez no aplico juntas, sino cada cualidad por distinto lado. Es grande vuestro ejército, porque tiene generales entendidos que lo manden; tiene oficiales que conocen y practican con devoción religiosa los dogmas de valor, deber y disciplina; soldados tiene que son heroicos con inocencia y naturalidad, borregos para el amor de la patria, leones para su defensa; tiene, en fin, armas y pertrechos de superior calidad, todo bien discurrido y dispuesto por manos sabias y militares. Pero si por esto es grande, pequeño es por la cifra de sus hombres, la cual no le bastará contra cualquiera otro de los reinos ambiciosos que hay en esos mundos, del Estrecho para allá.

Esto dijo *El Nasiry*, y sus ideas reproduzco vistiéndolas con un poco de ornato retórico. Luego siguió:

—No digamos que se llevará España las alforjas sin más carga que el dinero. Se lleva también buen surtido de honor y caballería, cosas que entiendo yo van escaseando allá por el desmedido uso que de ellas se ha hecho. Lleva también el mayor acopio posible de militar autoridad, con que el buen O'Donnell pueda espantar y hacer el coco a los políticos que le estorban o no le dejan hacer su gusto en el gobierno de una nación revuelta, engañada y desengañada de tantas coplas de libertad, constitución y viva la Pepa... No, no deben irse descontentos los españoles con este botín, y de añadidura veinte millones, admitido que se los paguemos, aunque sea en chapas de cobre, más parecidas a cabezas de clavos viejos que a monedas de cristanos...

En esta conversación amena recorrimos las torcidas calles hasta llegar al puerto. Nos metimos en la Aduana, de cuyo administrador y ministriles era amigo mi protector, y al cabo de otro rato invertido en saludos cortos y coloquios luengos acerca de la paz, llegó *Ibrahim* con mi maletita y el billete de mi pasaje en el vapor. Aún no había prisa para embarcarme. Llevóme *El Nasiry* a un rincón solitario, donde nos brindaban cómodo asiento unos sacos de trigo, y, sentados ambos, mi amigo sacó la encarnada bolsa de *Riomesta* y *Papo*, le dió unos toquecitos para que sonara el metal, y poniéndola al fin en mi mano, *¡alleluia!*, me dijo:

—Aquí tienes los cien duros que los *sinagogos* te dieron por el desempeño de la blanca *Yohar*. No es eso sólo lo que llevas, pues tu amigo *El Nasiry* te da otros cien *borques*, que encontrarás también en la bolsa, descontando tan sólo el precio del billete del vapor. No irás descontento con tus ciento noventa y cinco duros. Otros han hecho más que tú en Africa y se llevan menos. Créeme que embarcando contigo un par de moras o una docena de judías, irías más pobre que vas.

Cogiendo en mis manos la bolsita (mentira me pareció), eché de mi boca cuantas palabras y conceptos me parecieron pertinentes para expresar la gratitud, sin cuidarme de adornarlas, pues no era menester, con ningún artificio. Claramente vi ya en Gonzalo Ansúrez un buen amigo, cuyos sentimientos cristianos y generosos en aquel caso se mostraban. No me pidió cuenta de mis diabluras en el patio, que, sin duda conocía, ni me riñó por haber intentado sonsacarle a la doliente *Erhimo*. Fué liberal, fué magnánimo, y para que veáis cuánto me estimaba y en qué opinión tan alta me tenía, copio lo que momentos antes de mi partida me dijo y lo que

me aconsejó y recomendó con paternal solicitud. Fué de este modo:

—Bien claro ves, *Confusio* amigo, que te has hecho lugar en mi corazón, a pesar de tus ligerezas y del poco brío con que atiendes a refrenar tus liviandades. Careces de voluntad firme para poner tus acciones en la regla debida, y dejándote llevar de la imaginación loca faltas a la amistad y al honor. A pesar de esto, yo te estimo por tu ingenio, y por tu buen corazón te perdono tus travesuras. Vuelves ahora a España donde has de vivir, o de un empleo, que ha venido a ser el arbitrio de los mas, o de tu trabajo, que será el mejor arbitrio. Dime, pues, a qué piensas dedicarte, porque si es tu ánimo agostar tu inteligencia en una oficina, valdría más que aquí te quedaras para toda la vida En caso de que pienses consagrarte a una carrera noble, profesión u oficio liberal, dime cuál es, para que yo te aconseje según el entender mío, que, aunque te parezca corto es largo de agudeza y de esa gramática que llamáis parda.

—Pues sabrás—le respondí—que mis gustos y todo mi ser me llaman a las ocupaciones espirituales y me alejan de lo material y positivo. No sé si me entenderás... Soy enemigo de la violencia: no hay que hablarme, pues de que sea yo militar. Detesto los enredos curiales y la prestidigitación leguleya; nunca seré abogado, ni escribano ni juez. La Medicina y Farmacia no entran en mí creyente en la Naturaleza, que así trae los males como los quita. Artes de ingeniero no me seducen; porque ellas tienen su fundamento en las matemáticas, que no he podido entender nunca. Marina me repugna, porque nada me causa tanto pavor como el oleaje de las aguas y el vaivén de los barcos. Comercio no entra en mí, porque se base en los números y en un calculador frío de ganancias y pérdidas que no se aviene a mi entendimiento. A mercader quise meterme cuando discurría los medios de mantener el lujo de *Yohar;* pero ello fué un comercio de pura fantasía y de navegación aérea, que me habría lanzado al abismo. *Papo Acevedo* entiende de comercio más que yo: por eso se llevó a *Yohar*... Pues no me queda más que una carrera, oficio y profesión noble que colme mis anhelos entre todas las que conozco. ¿No adivinas cuál es? ¿No entiendes que, o no seré nunca nada, o seré hombre de religión, que lleve las almas al bien, los corazones a la virtud; no ves, en fin, que he de ser sacerdote si quiero ser algo?

—Por un lado—me cotestó *El Nasiry* poniéndose la máscara guasona—, veo tu aptitud para esa carrera; por otro, veo todo lo contrario. Si los curas no estuvieran en el mundo más que para predicar, serías tú el primero de todos. Pero si están para dar ejemplo, que es el sermón mudo de mayor eficacia, me parece querido *Confusio*, que no sirves, no sirves...

—Ya te haré comprender que sirvo Por de pronto, sábete que a mí me han dicho lo que a Castelar: «Hazte cura y de almas, con el arte psicológico para llevarlas adonde quieras...» Me siento predicador, *El Nasiry;* reconozco en mí la virtud convincente y avasalladora que ha sido la fuerza de todo apostolado... Me siento también confesor, templador de almas, con el arte psicológico para dar a las conciencias su tranquilidad y restablecer la moral perturbada... Conozco los dogmas; sé explanar los misterios: entiendo los ritos y sé apreciar su belleza; soy teólogo, soy litúrgico, soy también algo canonista. ¿Qué me falta?

—Pues te falta...

—A eso voy. Déjame hablar. Al decir que algo me falta, debiste decir que algo me sobra.

—Eso eso.

—No estás en lo razonable con la sobra ni con la falta, pues lo que tú crees sobrante, no es tal, sino que está muy en su lugar. Te diré que no sólo creo compatible el sacerdocio con el cariño de mujer sino que lo creo necesario indispensable. Ahí está el quid, amigo *Nasiry*... Ni el celibato ni el uso constante de la negra sotana, manteo y teja, dan al sacerdote mayor dignidad y veneración más alta. Al contrario, toda esa negrura de fuera y de dentro le aleja de los corazones..., de lo que resulta que lo sobrante, según tú, no sobra, sino que está en su punto como te dije, y que es locura enmendar la plana a la santa Naturaleza.

—Bien, hijo mío, bien... No dudo que seas religioso y gran predicador; pero dudo que puedas reformar lo que por de-

signio de la Iglesia o del mismo Dios, según decís, es como es; y así lo has encontrado, *Confusio*, y así lo tendrás que dejar.

—Yo no reformo a nadie; a mí me reformaré si puedo, o me dejaré como estoy.

Algo más iba a decir; pero un tremendo silbido que venía del vapor puso fin a mi conversación con *El Nasiry* y a mi vida africana. Los dos nos levantamos, y con igual emoción nos dimos los brazos. Sacó después de su pecho mi amigo un voluminoso pliego, que me confió, encargándome que a su padre lo entregara. Contenía carta para éste y para otras personas de su nunca olvidada familia. Le prometí ponerlo en manos del propio Jerónimo Ansúrez... Repetimos nuestros afectos, en él y en mí salidos del corazón, y prometiéndole yo escribirle mis andanzas en tierra española, asegurándome él que siempre me recordaría con gozo, nos separamos, y fué llevado a la lancha por el procedimiento de embarque más peregrino y chusco que han visto humanos ojos. Un fornido moro me cogió en vilo, y metiéndose en el agua hasta llegar adonde flotaba el bote, allí me dejo sin la más leve mojadura... Otros pasajeros, antes y después de mí entraron del mismo modo en el reino de Neptuno... Vi a *El Nasiry* y a *Ibrāhim* que desde tierra me saludaban. Adiós, simpático amigo, compañero fiel; adiós, Tánger; adiós, Mogreb, desvanecimiento de ilusiones... Aquí va la pobre hoja desprendida del árbol de la poesía... Africa me suelta... Europa me toma.

XIII

Madrid, marzo.

Dejadme que omita las desabridas incidencias de los dos días que pasé en Cádiz, donde ya no encontré ni familia ni amigos, que a tal soledad me ha traído el rigor de ausencias y muertes; ni el cansado viaje que emprendí en ferrocarril para seguirlo luego en perezosa diligencia hasta más acá de la Argamasilla y tierras quijotiles, donde vuelve a remolcarnos la negra máquina y nos trae a la comarca polvorosa en que se asientan los dos grandes pueblos de Getafe y Madrid. Omito también el contaros cuán melancólico fué mi dilatado viaje, con equipo corto y carga excesiva de añoranzas. En el traqueteo de coches arrastrados de caballos o de veloz locomotora, los recuerdos agobiaban mi mente, o en ella se sucedían por turno, cuando no entraban en tropel, fatigándome con la intensa reproducción de la realidad. ¡Oh dulce *Yohar* blanquísima, oh soñada y nunca vista *Erhimo*, oh misterios del Africa musulmana y judía, oh tormentos injurias y riesgos de morir! Todo se renovó en mi mente, así como la gallarda amistad de *El Nasiry*, espejo de caballeros renegados.

La despoetización, el desplome ruinoso de mis ilusorias aventuras, entristeció soberanamente mi ánimo; pero éste no quería rendirse, y como caballo de raza trataba de enderezarse después de su resbalón y caída. Digo esto porque a mitad del camino, sobre las desvanecidas imágenes de *Erhimo* no vista y de *Yohar* inconstante, empezó a destacarse y tomar cuerpo mental la imagen de Lucila, ilusión que, disipada en Africa, en Europa iba recobrando su brillo. A medida que yo avanzaba por estas tierras pardas, se me presentaba más clara y hermosa, dentro del magín, la figura y persona de la ideal mujer, viuda de Halconero y madre del interesante niño Vicente. Era esto como si lo cierto recobrara el puesto que le había quitado lo dudoso y fugaz.

Y recuerdo que al pasar por la nobilísima villa de Tembleque, y por el no menos ilustre lugar de Quero, que rodean saladas lagunas mi mente y mis sentidos apreciaron toda la majestad de la hija de Ansúrez, su exquisita belleza, el hechizo de su voz, las soberanas virtudes que subliman su persona... Y ya en el paso entre Valdemoro y Pinto, lugares famosos por sus alborozantes vinos, iba mi pensamiento tan recalentado en la mental contemplación de la sin par señora, que ya se me hacían siglos los minutos que tardara en rendirle toda mi voluntad... Llegué, por fin, a Madrid, vencido el cansancio por la ilusión risueña de reanudar mis amistades y de reparar el olvido de tantas cosas y personas agradables o bellas. Desde la estación a mi casa, que era mi hospedaje antiguo en la calle de Milaneses, hirió mi vista el repugnante espectáculo de los sombreros de copa, lo que me acaba-

ró el gusto de la llegada. Vi tantos y tan feos, que jamás cosa alguna del mundo me hirió la retina con mayor desagrado. Los hombres que aquel ridículo armatoste cargaban, parecieronme agobiados de tristeza; las mujeres, enjauladas de medio cuerpo abajo en los mirinaques, se me figuraban muñecas fúnebres... Anochecía; los faroleros encendían el gas, y a la claridad amarilla, personas y tiendas, las altas casas y el empedrado suelo, los coches y su desapacible ruido sobre las piedras o adoquines llenaban mi alma de antipatía... Contemplaron mi enojo los carteles pegados en las esquinas, los aguadores y los corcheteS, los vendedores de romances y los ciegos siniestros que piden con la terrible amenaza de un violín o guitarra.

En mi casa entré con mi pobre y flaca maleta. Creyó la patrona que yo le traía unas babuchas bordadas de oro. No fué mal chasco el que se llevó, viendo que sólo la obsequié con un saquito de hierbas olorosas (recuerdo amigable introducido en mi maleta por el buen *Ibrahim);* mas no quiso tomarlas hasta que se las metí por los ojos encareciéndolas como prodigiosa droga medicinal y cosmética, de grandísima virtud para el disimulo de la vejez y prolongación de la vida. Pedí cena y cama; dormí, que buena falta me hacía, y mis primeros propósitos al siguiente día fueron presentarme al marqués de Beramendi, y procurarme ropa más airosa y flamante con que visitar a los Ansúrez. Ya eran las diez cuando llamaba yo a la puerta de mi mecenas. Tales burlas de mi facha hizo mi noble amigo, que me avorgonzó. Más me habría valido regresar a Madrid con el trajecito moro que me arregló *Mazaltob* y que dejé en mi tugurio del *Mellah* (calle de Numancia).

Pero, en fin, ello es que, aparte del cómico efecto de mi traje, adquirido en el Rastro tangerino, Beramendi me recibió con grande agasajo y afabilidad, y en las dos horas que permanecí en su casa no se hartaba de oír las explicaciones que a sus preguntas sobre la vida africana le daba yo, tan incansable en el discurso como él en su curiosidad. Díjome que la historia personal que en Tetuán empecé a escribirle le encantaba; elogió benévolo la relación de mis desventuras al ser abandonado de la blanca judía, y se regocijó de mi salida con *El Nasiry,* y del incidente de la bolsa, que primero rechacé puntilloso y luego admití agradecido. Interesantes halló los lances apurados del *Fondac,* que a punto estuvieron de ser tragedia, y al recibir de mi mano lo escrito en Tánger, por no haber correo que antes de mi propia repatriación lo trajese, prometió leerlo aquella misma noche. Más que la historia seca de los públicos acontecimientos le cautivan las referencias de andanzas particulares, y en ellas ve el colorido de la historia general, la cual, sin este matiz de sangre, de fuego anímico, no es más que un trazo negro que así fatiga la vista como la memoria.

Pero lo que de su charlar festivo y cariñoso me cautivó más fué que me anunciase el propósito de enviarme a una segunda expedición informatoria y descriptiva, por su cuenta y riesgo, obligándome yo a escribirle cuanto me ocurriese y darle noticia de cosas o personas determinadas, para lo cual llevaría un guión de las materias que serían objeto de mis pesquisas. No comprendí yo la índole de la misión que mi amigo quería confiarme; y como le preguntase con cierta inquietud y repugnancia si era cosa de guerra, díjome que era más bien cosa de paz, o mas claro, de diplomacia. No satisfizo por lo pronto mi curiosidad, limitándose a decirme que solo me concedía dos días de descanso, y que me preparase para partir por los caminos y lugares que se me designaran. Estas órdenes de ausencia pronta me contrariaron un poco, pues yo deseaba quedarme en Madrid algún tiempo, y así lo manifesté a mi amigo. Tenía que ver a los Ansúrez, para quienes traigo un pliego de *El Nasiry;* érame preciso, por imperiosa necesidad de mi espíritu, visitar a Lucila, reanudar con ella un melindre de amor interrumpido por mi viaje a Marruecos, o, mejor dicho, consolidar una inteligencia de corazones, que sólo se había manifestado con vagos efluvios traídos y llevados de rostro en rostro por el mirar, y de alma en alma por palabritas eutrapélicas. Al oír esto, soltó la risa el marqués con no menos burla de mí que al mofarse de mi ropa, y añadió que de la cabeza me arrancase aquella ilusión, pues ya Lucila había perdido todo su encanto y despojádose de toda poesía.

—Pues qué—pregunté yo con ansiedad

no disimulada—, ¿se le ha caído el pelo le lloran los ojos, ha perdido los dientes o padece algún achaque por donde le haya venido mal olor de boca?

—No es nada de eso—me respondió mi mecenas—, que de su hermosura no hay nada que decir: se conserva tan guapota y sugestiva como cuando Dios le hizo el favor de enviudarla; pero si no le ha salido grano maligno en el rostro, le ha salido un novio respetable y antipático, con el cual ha hecho trato honesto de casarse en cuanto pase el plazo que marca la sociedad al dolor de las viudas.

Y yo, al oír esto, exclamé: «¡Jesús!», no pudiendo decir más, porque mi estupor y disgusto no me daban voces para expresar de momento lo que sentí. Era ya sistemática perrería de mi destino que ninguna ilusión se me lograse, y que todos mis castillos de amor cayesen por el suelo. ¡Y en aquel castillo lucilesco confiaba yo para guarecerme de las inclemencias de mi juventud, como definitivo y sólido refugio para lo restante de mis días!

—Consuélate, buen *Confusio*—me dijo mi patrono—, que aún eres joven y hallarás el refugio que deseas y mereces. Ya no es Lucila la gallarda representación del sentimiento heroico y popular; ya la maléfica influencia de un pretendiente empalagoso ha trastornado aquel espíritu, ha demolido lo más bello que en él había para levantar un vulgarísimo edificio..., ¿de qué dirás?

—¿De qué? Dígamelo pronto, por Cristo.

—Pues ahora no le da por las glorias militares... Todo eso pasó sin dejar rastro... Ahora, pásmate..., le da por lo administrativo. Vencedor nuestro ejército en Africa y dueño de Tetuán, el fuego de la leyenda es ya ceniza de la Historia. ¿No sabes que ha venido de fuera una moda horrible, una tromba, un huracán, una cosa pedestre y asoladora que se llama *Economía política?* ¿No sabes que ahora el buen tono está en ser uno *economista* y en predicar el fárrago de las ideas *económicas?* Pues este virus, como diría mi señor suegro, ha dañado el alma candorosa y esencialmente hispana de aquella ideal mujer. Una frasecilla que ahora está de moda (y que tiene su lugar en todo cerebro baldío), ha sido el hielo que ha esterilizado aquella soberana inteligencia. ¿No adivinas cuál es la mortífera frase? Pues es ésta: «Menos política y más administración!...» ¡Ya ves qué desastre! Sin duda, el entendimiento de Lucila habría permanecido refractario a tales tonterías si no hubiera caído en la flaqueza de ese noviazgo. El corruptor de la celtíbera es un hombre de más de cuarenta años, llamado don Angel Cordero, viudo también, dueño y cultivador de tierras en Aldea del Fresno y Cadalso de los Vidrios, y tan ferviente devoto de la *Economía política*, que a comprar volúmenes de esta ciencia del Limbo dedica buena parte de sus rentas. Ha leído cuanto españoles y franceses escribieron de la monserga económica, y trastornado con tal pestilencia, como Don Quijote con la de los libros caballerescos, no ha parado hasta inficionar a Lucila.

—No obstante, señor marqués—dije yo, viendo en las razones de mi amigo, más que un discreto pensar, una sutil aberración humorística—, yo veré a Lucila yo me informaré del estado de su ánimo...

—¡Si no podrás verla! Hace un mes que reside en la Villa del Prado. Y allí, ¿qué hace? Pues quemar sus lindas pestañas llevando con minuciosa exactitud las cuentas de trigo, cebada y paja, de jornales, de cuanto constituye el toma y daca de una gran propiedad rústica. El bruto del novio, el desaborido economista, está también por allá, en un predio y caserío lindantes con los de Halconero, y es quien la instruye en todas esas cábalas; y para acabar de volverla loca, le ha enseñado la diabólica máquina de contar que llaman *partida doble*.

—¿Y Vicentito?...—dije yo, asiéndome a un afecto que, sin duda, no me será robado por la intrusa Administración.

—Te recomiendo que dejes a un lado niños que no sean tuyos, y que no fundes tus cálculos en nada concerniente a la infancia, pues ya sabes lo que resulta de acostarse con ella. Reconoce, amigo *Confusio*..., y bien sabe Dios con cuánto gusto te doy este apodo que te colgó el castrense; reconoce que la dama celtíbera y su niño han perdido aquel encanto y seducción de otros días. No pienses más en ellos..., y lánzate solo a los campos de la vida, que aún te reservan sus tesoros.

—Francamente, señor marqués — indiqué con cierta cortedad—, de lo que usted me cuenta, lo que peor y más lamentable me parece es el novio que le ha salido a esa linda mujer. Pero las aficiones de ella al orden de cuentas y a mirar por los intereses suyos y de sus hijos no me desagradan... Al contrario... ¿Querrá usted creer que cuando venía yo dando tumbos por esa Mancha, sin apartar de Lucila mi pensamiento; cuando yo acariciaba en mi alma el amor de ella como esposo y cristalización de mi vida, me sentía también un poquito administrativo? Como que la administración es el descanso, es la paz, es el reparo que pone la prosaica aritmética a las demasías del heroísmo.

—¡Tú administrativo! No, *Confusio* no me harás creer tal disparate. Comprendo al enamorado que, en un rapto de demencia, apechuga con la *partida doble*, si ve que la mujer de sus sueños anda entre números. Pero tú no harás eso; tú eres *Confusio*, y tu misión es vivir, ver tierras, pueblos y humanidad próxima y lejana; probar todas las pasiones, sufrir todos los infortunios y gustar alegrías inefables. Tu misión es ésta, *Confusio* amigo, y por ser tuya esta misión y no mía, te envidio, quisiera ser como tú: pobre, aventurero, hijo de tus obras, soberanamente libre.

XIV

No necesitó el buen Fajardo extremar los recursos de su mágico talento para que yo me sometiese a cuanto de mí deseaba, sin meterme a discutir sus designios ni a indagar las causas que movían su conducta. Ofrecíle desempeñar cuantas misiones diplomáticas o de cualquier género quisiera confiarme, y sólo puse la objeción del corto tiempo que para mi descanso en Madrid me concedía; alegué, en apoyo de este deseo, la necesidad de ver a Jerónimo Ansúrez, para quien el renegado me dió un pliego que debía yo entregar en propia mano.

—No está en Madrid Jerónimo—me dijo Beramendi—, ni le verás aquí mientras su hija permanezca en la Villa del Prado engolfada en sus cuentas. Yo sé de qué tratan las cartas de Gonzalo, que traes para su padre y su hermana, y a decírtelo voy, para que veas que no me oculta el celtíbero ningún secreto de su familia. Uno de los hijos, de Jerónimo, llamado Gil, *Egidius*, según el sagaz investigador *maese Ventura Miedes*, ha salido aficionado a la vida bandolera. En tierras de la baja Cataluña y del Maestrazgo ha dado no poco que hacer a la Guardia Civil, asaltando masías o acechando caminantes desprevenidos, ya solo, ya en cuadrilla con otros vagabundos y ladrones. Afortunado en algunas de estas malandanzas, fué desgraciado en otras, viéndose tan perdido, que de la libertad de sus atrevimientos vino a parar a la cárcel, y de aquí al presidio de Tarragona, de donde le habría sacado el verdugo si él con artificios increíbles no se escapara para volver a su vida criminal en los montes de Gandesa. Después se ha sabido que, valido Gil de disfraces ingeniosos, anda por los pueblos de las bocas del Ebro, engañando a las gentes sencillas con un comercio que al menor tropiezo puede llevarle otra vez al presidio. En estas barrabasadas de Gil o *Egidius*, ve Jerónimo la deshonra de su familia, al fin rescatada de la miseria y del oprobio por la unión de Lucila con Halconero; y no pudiendo persuadir a ese pillastre a cambiar de vida, ha escrito del particular a su hijo Gonzalo para que vea si con halagos podrá éste inclinarle a que se vaya con él a tierras de moros, donde ha de ser más fácil que aquí somterle y llevarle a una buena conducta. Más que ver a Gil en un patíbulo, quiere Jerónimo verle moro y circunciso. De esto han tratado en largas epístolas el celtíbero y el renegado, y en el pliego que tú traes vendrá seguramente el plan de Gonzalo para llevarle con astucias o promesas al delicioso país berberisco, donde por los duros medios mahometanos será domado ese tunante. Puedes dejarme el pliego, que será puesto en manos de Ansúrez en cuanto aporte por acá, y vete sin cuidado, que yo quedo en Madrid encargado de este negocio.

—Bueno señor—le dije, accediendo a cuanto me proponía—. En sus manos cuanto el pliego de Gonzalo Ansúrez... Haga usted lo que quiera con los papeles, que yo me desentiendo absolutamente de estos particulares.

—Vengan los papeles... y ahora... fíjate bien en lo que digo. Es muy va-

riada y completa la familia de los Ansúrez. Por los lugares que has de visitar cuando salgas a la comisión que te encargo anda ese tuno de Gil o *Egidius*. Si con él te encuentras, ten mucho cuidado, Juan, que podrá engañarte y meterte en un gran enredo que dé contigo y con él en la cárcel. Ya sabes que todos los individuos de esa familia, de ese índice histórico, de ese resumen étnico, son de una agudeza formidable. El ingenio y la simpatía personal los asisten, así para el mal como para el bien. Guárdate de ese Ansúrez andariego, que es, entre ellos, el verdaderamente peligroso. Y por hoy, nada más te digo, sino que descanses y vuelvas mañana bien preparado del entendimiento y de los oídos.

Puntual acudí a la mañana siguiente, ya mejoradito de ropa, que adquirí a bajo precio en un bazar de elegancias económicas, y las primeras palabras del marqués fueron para felicitarme graciosamente por mis aventuras en la casa de *El Nasiry*, que acababa de leer en las cartas que yo mismo he traído. Mucho le ha regocijado mi tentativa de asaltar el harén y de llevarme a *Erhimo*, así como la solución discreta que el agudísimo renegado supo dar a mi travesura. En cuanto a la apreciación del hecho, los puntos de vista del marqués parecióme harto ligeros. Sostiene que lo de los malos humores de *Erhimo*, y lo de su ojo tuerto, su mal olor de boca y sus accesos de locura, no fueron más que un sutil artificio de *El Nasiry* para desilusionarme y resolver pacífica y donosamente una cuestión tan grave. En ello se reveló el hombre de extraordinaria marrullería y de artes de gobierno, pues si hubiera yo conseguido mi objeto, sabe Dios cuáles habrían sido las consecuencias. Probablemente habrían acabado en Tánger mis pobres días.

Según Beramendi, la mora, de quien no pude ver más que los dedos amarillos, era realmente un prodigio de hermosura sólo comparable a los ángeles del paraíso mahometano. Cansada la odalisca de su esclavitud me había elegido a mí por su caballero libertador... Al decir *ojo*, no quiso expresar que estuviese tuerta, sino recomendarme que anduviera yo muy listo y con *mucho ojo* y donaire para libertarla. Los árabes emplean figuras en sus más usuales formas de lenguaje... Y con la voz *jumento* quiso decir que tuviera yo preparado este humilde animal para que la salida de la prófuga no fuera notada... Y me ordenaba que tomase yo las trazas de *zapatero* remendón con el mismo objeto de fingir insignificancia y modestia. Sin duda, *El Nasiry* supo el contenido de la carta por delación de *Quentza*, y tramó el engaño con que me había desarmado del caballero empaque de mi aventura.

Aunque no acabaron de convencerme las razones y crítica del marqués, sentí renacer en mí la penita de mi desengaño amoroso. Pero mi ilustre amigo acudió a consolarme, sosteniendo que debo estar muy agradecido a *El Nasiry* por su conducta discreta y humana. Habíase mostrado magnánimo y paternal, evitándome un conflicto de solución violenta y quizá trágica... Naturalmente, admití el consuelo reparador, y lo pasado pasado. El presente continuaba ofreciéndose a mis ojos rodeado de tinieblas y misterio. Digo esto, porque antes que termináramos el marqués y yo la conversación que copio entró un tal *Sebo*, ex polizonte y servidor clandestino de mi noble amigo en sus recónditas excursiones por el subsuelo político. Traía el tal una maleta casi nueva o a medio uso, harto más capaz y decente que la mía de Tánger. Díjome el marqués que aquel valijón sería mi compañero en la caminata que iba yo a emprender. Si me agradaba llevar tan buen acomodo para mi ropa, luego, cuando levantó *Sebo* la tapa de la maleta y vi lo que contenía, el estupor me hizo prorrumpir en exclamaciones disonantes. Vi ropas de cura, bonete, breviario, viejos librotes, la *Summa* y los *Lugares Teológicos*. Riéndose de mi asombro, me rogó el marqués que me probase la sotana, para ver si caía bien a mi estatura y talle. Así lo hice, riéndonos todos, que era lo procedente en la extraña y por mí no entendida metamorfosis que se me preparaba. A mi casa llevarían la maleta para meter en ella mi ropa de paisano, en la cual no debía faltar un traje de color enteramente igual al de los ataúdes.

Pues señor, ya veríamos en qué paraba aquella farsa, y cuáles eran el propósito y fines de mi noble protector, en cuyo humorismo claramente se advertían vislumbres de extravagancia. Mar-

chóse el feísimo y ordinario *Sebo*, y a poco entró un joven muy simpático y bien vestido, a quien todo Madrid llama familiarmente Manolo Tarfe. Yo le había conocido en aquella misma casa poco antes de mi partida para Cádiz y Ceuta, y no tuvo necesidad Beramendi de presentarme a él. Comprendí que entre los dos estaba el juego y se escondía la clave de aquella conspiración o mundana intriga. Lo primero que me dijo Tarfe fué que me afeitase toda la cara, limpiándomela del bigote y de las barbillas ralas con que adornada la tengo en la presente edad histórica... Ya no hay duda de que me disfrazan de clérigo para esa misión que me va pareciendo una humorada carnavalesca. ¿Qué será? Por Dios que rabio de curiosidad y que doy gustoso mis barbas por salir de esta incertidumbre.

Ante mí hablaron de política Tarfe y Beramendi. Ambos son partidarios frenéticos de O'Donnell; quieren que éste, al volver de Africa victorioso, se revista de la mayor autoridad y tome aliento para una dominación estable, implantándonos aquí una imitacioncita del Imperio francés, segundo de este nombre. No hay ahora en España más fuerza que la Unión Liberal, *sincretismo* como algunos dicen, que es la última palabra de la ciencia política, fuerza que ha de ser liberal para las ideas y despótica para las acciones, conciliadora del progreso y la tradición, con proyectismo largo de obras públicas y de fomento material, enseñando siempre la estaca para que el país obedezca y olvide las bullangas. La Unión Liberal quiere ilustracion y silencio; quiere mejorar a España de comida y ropa, manteniéndola en el encantamiento de las glorias militares. De lo que dijeron colegí que confían en el porvenir, y que su ídolo, don Leopoldo, tiene cuerda política para mucho tiempo; pero algún recelo dejaron entrever, algún misterio se esconde en las altas esferas, que a mis dos amigos trae inquietos y cavilosos.

No pude enterarme bien de los motivos de esta inquietud, porque Tarfe ponía frenos a su palabra, como no queriendo expresarse con claridad delante de mí. No obstante su discreción, bien dejaba comprender que *estamos sobre un volcán* (así solemos designar el próximo estallido de una conflagración); que este volcán no es revolucionario al modo democrático y popular, sino que alimentan su fuego poderes muy altos... Pero ¿a qué devanarme los sesos por descifrar el enigma, si poco había de tardar la satisfacción de mi curiosidad? Beramendi, cuando me despedí, me ordenó volver a la noche, para ponerme en autos de lo que debo hacer y darme sus instrucciones con la prolijidad que exige asunto tan delicado.

Acudí puntualmente, y el criado me notificó que el señor marqués había salido a un asunto urgente, y me suplicaba que le esperase. Por dicha mía, fuí recibido por la señora marquesa, que me acortó el plazo de espera con una graciosa y amable plática. Es mujer tan amable y discreta, que, oyéndola, no repara uno en la poca gracia de su talle y rostro.

—Pues verá usted, Santiuste—me dijo, haciéndome sentar a su lado—. Yo me alegro de que Pepe haya tenido que salir, porque así puedo darle a usted mi parte de instrucciones. Yo también conspiro; yo también me entretengo en mis trabajos de zapa. ¿A usted no le han dicho aún Pepe y Manolo que anda por debajo del suelo que pisamos una tremenda conjuración? Pues yo se lo digo para que tiemble un poquito. Yo, si he de hablar a usted con franqueza, ni he temblado ni pizca cuando lo he sabido. ¿Quién conspira? Los absolutistas. ¿Quién los mueve? Pepe y Manolo, que son los descubridores de tal enredo, me aseguran que los hilos de la conjura los mueven dos grandes familias hermanas, la una fuera de la Península, la otra en nuestra propia casa, y llamo así a *Palacio*, porque *Palacio* es la Nación..., por el lado solariego y heráldico. ¿No tiembla usted?

—No, señora; ni el más ligero temblor me sacude los nervios... Me asombro, sí, de que ahora no se azoten las dos ramas, sino que se injerten y se unan. ¿Contra quién? Contra España y la Libertad, ¿no es eso?

—No sé qué contestarle, amigo Santiuste; porque como no creo en ese fragmento de historia inédita que han descubierto Pepe y Manolo, tampoco sé contra quién vienen las dos ramas unidas... Me figuro que es contra la Unión Liberal, contra el justo medio, *etcétera, etcétera*... Usted lo entenderá mejor que

yo. Lo que veo con claridad... y con mucho disgusto, créame usted, es que Pepe, con estas cosas, está medio loco. Es hombre que a poquito que se exalte recae en una dolencia que llama *efusión popular, efusión estética*... Nada, tonterías..., pasión de ánimo, entusiasmo ardiente por cosas que maldito lo que le interesan... Su cerebro es muy delicado, propenso a la congestión de ideas. Gracias que me tiene a mí para el alivio de sus manías y aligerarle la carga excesiva de sus cavilaciones. Soy el sangrador de su pensamiento.

—Sangradora, médica, inteligencia de primer orden. Yo me permito una pregunta: ¿está usted plenamente convencida de que es absurdo y fantástico lo que han descubierto el marqués y Manolo Tarfe?

—Le diré a usted con toda franqueza que me he reído con los cuentos de la tal conspiración como con una comedia de esas que son obras maestras en el arte de los disparates... Me he reído me he reído...; pero, al fin, tanto me dicen, y tales razones me dan, que he concluído por ponerme seria. Si no afirmo que las dos ramas están de acuerdo para darle un papirotazo a la Constitución, tampoco me atrevo a negarlo... En la duda, espero con un poquito de temor y con otro poquito de tentación de risa.

—Pues si usted teme, aunque sea riendo, pensemos que es verdad, y confiemos en el hombre del día, don Leopoldo O'Donnell.

—Ayer le ha escrito Pepe contándole estos líos y dándole prisa para que arregle pronto los asuntos moros y acá se venga con su ejército... Pero me temo que O'Donnell lo tome también a risa, y que al venir se encuentre en el trono de España a un rey con quien no contaba: Su Majestad Carlos VI.

No pude contenerme; solté una risa franca, infantil, y contagiada de mi buen humor la ilustre señora, los dos concluímos en sonoras carcajadas sin poder articular palabra alguna. La primera que pudo pronunciar algo inteligible fué María Ignacia, que dijo:

—Temblemos, señor de Santiuste, que el caso no es para menos, y temblando podremos recobrar la seriedad.

—Creo como usted—dije yo—, que esta comedia es el supremo arte de los disparates graciosos... Y en comedia tan chusca voy yo a desempeñar un papel de clérigo; ya me han dado la ropa.

—Las cosas que inventa mi buen marido no se le ocurren a nadie. Menos mal si con estas tonterías se distrae... Y a propósito: oiga usted mis instrucciones, y sígalas al pie de la letra... Pero entienda que las instrucciones mías son reservadas, y que de esto no debe usted darse por entendido con Pepe... Irá usted, según creo, a un país que está preparado para levantarse en armas al grito de *Carlos VI rey*. No se meta usted donde haya jaleo de tiros y bayonetazos, ni nos describa batallas sangrientas, sobre todo si en ellas ganan los facciosos. Mucho cuidado con esto, Santiuste, porque Pepe, cuando le hablan de triunfos del absolutismo, se me pone tan perdido de la cabeza y tan arrebatado de temperamento, que me veo y me deseo para traerle a la tranquilidad. Siempre que haya encuentros y agarradas feroces con heridos y muertos, tenga usted cuidado de decirle que ganan los liberales... Fíjese bien, Santiuste; que ganan los liberales... Si a mal no lo toma usted, le recomendaré que hable poquito de las salvajadas de la guerra civil. Cuéntenos las guerras y batallas de usted mismo, sus aventuras, cuitas o calamidades; descríbanos costumbres no conocidas, sucesos que se aparten de lo vulgar, escenas pintorescas, como lo que le pasó a usted en el *Fondac;* píntenos personas ridículas o hermosas, la blancura de *Yohar*, la fealdad negra de *Bab-el-lah*, las hechicerías de *Mazaltob*... Esto le encanta extraordinariamente a mi marido. Anoche pasamos un rato delicioso leyendo el pasaje de la invisible odalisca *Erhimo*, y luego, hasta muy tarde, estuvimos discutiendo si *El Nasiry* le engañó a usted o no con aquella salida de que la esclava es tuerta y le huele mal la boca... Pepe sostiene que hubo engaño y que *Erhimo* es una preciosidad; yo estoy por la contraria: creo que no hubo trampa, que *Erhimo* es tuerta y sucia, y que fué una gran suerte para usted la imposibilidad de libertarla.

XV

No seguimos porque entró Beramendi. Su discreta esposa nos dejó solos, después de decirle que ya me había informado de la terrible conspiración y que habíamos temblado y reído de aquel arcano tremebundo y jocoso. De mal temple venía el marqués, sin duda porque acababan de darle informes nuevos, alarmantes. Ampliando lo que yo por su esposa sabía, díjome que el actual plan del absolutismo no es un risible sainete, sino un drama con gran arte compuesto. No se trata de quitarle la corona a Isabel II, sino de *cuajar el pacto de familia*, aprobado ya, según dicen, por una parte y otra. La rama femenina accede a bajar del trono, con tal de ver restaurado el poder absoluto, puesta en la cumbre la fe católica, y la Libertad, en la situación que tiene el diablo a los pies de San Miguel. Desde que la Revolución de julio del 54 aterrorizó a la familia reinante, andan los de acá y los de allá en tratos y contubernios. Dicen, y no les falta razón, que conviene sacrificar algo para no perderlo todo. El rey Francisco y don Carlos Luis, heredero de los derechos de Carlos V, han tirado de pluma grandemente en estos años, y de su continuada correspondencia furtiva ha salido al fin el amasijo. Don Carlos Luis, conde de Montemolín, subirá al trono con la denominación de Carlos VI... La actual reina doña Isabel y su esposo se avendrán a una jubilación decorosa, conservando título y honores de reyes... El hijo de Montemolín se casará con la infanta Isabel y subirá al trono cuando cumpla veinticinco años... Isabel y Carlos reinarán juntos con igual derecho mayestático, y se titularán Segundos Reyes Católicos.

—Esto es lo fundamental—añadió Beramendi—. De los principios políticos que han de ser alma de este cuerpo no tenemos noticia exacta. Presumimos que caerá hecha cisco la Constitución, y que se hará un llamamiento a todos los beatos furibundos para que vayan preparando la traída de la Inquisición y demás zarandajas... ¡Y que no han tenido poco arte para organizar el movimiento! Existe, aunque esto te parezca mentira una Comisión regia suprema, organismo hipócrita que se ajusta dentro de las piezas del organismo visible del Estado. Esta Comisión, compuesta de personas afectas al Pacto de familia, se ha dado buena maña para meter en todas las Capitanías Generales individuos que trabajan en la sombra, y que han extendido por España una red de voluntades absolutistas. Tiene ya la red tal extensión, que no sé lo que aquí pasará si O'Donnell y su ejército no vuelven acá de un brinco. Confían los montemolinistas en que don Leopoldo tiene quehaceres en Africa para un rato, y activan su organización... Bien se ve que quieren aprovechar esta soledad de tropa, las Capitanías Generales en cuadro, las plazas desguarnecidas... Lo peor querido *Confusio*, es que si no miente el público secreteo, también en el ejército de Africa hay militares de todas graduaciones a quienes ha comprometido para el alzamiento la maldita Comisión regia suprema. No quiero pronunciar ningún nombre ni dañar a ninguna reputación, mientras no sepa la verdad. Dudo yo de todo, y no aseguro ni niego la incorruptibilidad de nadie... Vendrán los hechos, y todo se aclarará... La Historia que cuchichea me fatiga me enloquece. Venga de una vez la Historia que grita, aunque nos traiga desengaños y catástrofes.

—No pongamos tanta atención en la Historia inédita—le dije yo—, en el caudal corriente de las conversaciones de hombres ociosos, porque gastando nuestro corazón y nuestra mente en idear y sentir con intensidad y en falso, derrochamos un tesoro anímico, sin sacar de ello más que los pies fríos y la cabeza caliente... Y pues tengo yo que ir adonde están encendiendo la hoguera facciosa, dígame ya qué tengo que hacer. Si efectivamente he de hacerme pasar por clérigo, sepa yo qué clase de órdenes debo figurar en mí, pues como sean más de las menores, en gran compromiso he de verme.

—Vas a un país revoltoso, nidal de fanatismo y *partidaje*, donde encontrarás infinidad de clérigos que habrán limpiado ya las armas para lanzarse a pelear por Carlos VI. Conviene que con los curas pacíficos, así como con los valentones, hagas buenas migas. Llevarás cartas de recomendación muy eficaces. Con esto y con hacerte tú el apocado y el santito, dando a conocer tus sabidurías

de cosas dogmáticas y litúrgicas, andarás por todo el país sublevado sin que nadie te moleste, y observarás, y recogerás gran conocimiento, que me irás contando por escrito cuando y donde puedas. Hablemos ahora del nombre que te he puesto, y que va ya expresado en las cartas de recomendación. Yo creo que el *Confusio* te va bien para segundo apellido. Quédate con el nombre de pila añadiéndole un patronímico cualquiera y llámate *Juan Pérez de Confusio*. ¿Qué te parece?

—Como el *Confusio* no les suene a mentira o artificio, paréceme que no está mal mi nuevo nombre, y que da cierto eco de personalidad erudita y casi filosófica.

—Verás cómo no te faltan lances peregrinos, quizá conquistas más afortunadas que las de Marruecos. Aplica toda tu atención y el sortilegio de tus gracias a las amas de cura, que por allá entiendo que las hay muy guapas. Si pescas alguna, puede serte de mucha utilidad para el estudio esotérico de nuestras guerras civiles... Las cartas que llevas han de abrirte holgados caminos. A más de las que yo te daré. Manolo Tarfe te está preparando algunas que te causarán asombro cuando las veas. Hoy está en Aranjuez. ¿Sabes a qué ha ido? A conseguir que te recomiende una monjita de San Pascual; parienta suya. Manolo es de la piel del diablo para estas cosas. En ellas está como el pez en el agua, y cuando le toma el gusto a la intriga se embriaga con las dificultades y acaba por realizar verdaderos prodigios. Con decirte que pretende sacarle a Sor Patrocinio una carta para no sé qué Provincial o Prepósito de allá está dicho todo. Nada, hijo, que irás bien favorecido y hasta popeado de monjitas y con olor de santidad... No te quejes. Quisiera yo ser tú y andar en esos trotes... Mañana, ya dispuesto, limpio de barbas, te vienes a recibir las cartas y nuestras últimas advertencias que por la tarde sin falta has de salir ¡Dichoso tú mil veces! Tú vives en España, tú la tratas íntimamente, tú gozas de ella y en ella engendras los hijos de tu fantasía.

Afeitadito, con todo el aire de un motilón ordenado de menores, me presenté al día siguiente en la casa de mi protector, donde ya me aguardaba el saladísimo Tarfe con las cartas que había conseguido en San Pascual, de Aranjuez. Una le fué dada por su prima doña Margarita de Barcones, monja profesa: otra llevaba la respetable firma de don Mateo Valera, administrador del Real Sitio, y la tercera, ¡ay!, la tercera traía todo el olorcillo de un sagrado mensaje. Habíala escrito la mano divina y llagada de la madre reverenda. Iba dirigida al venerable vicario de Ulldecona, varón docto y bien calificado de virtudes, carlista por los cuatro costados, con brillante hoja de servicios en la anterior guerra civil, que ilustró con ruidosas hazañas. De mí decía la carta lindezas que debo agradecer, aun considerándolas dictadas de la travesura de Tarfe. Yo soy, según la carta, un joven de buena familia, aplicadito desde mi tierna infancia, a la piedad primero, a los estudios religiosos después. Descuellan en mí las virtudes de humildad y castidad, las cuales, con el adorno de mi sabiduría, me hacen amable y dueño de la simpatía de cuantos me tratan. ¡No me pusieron poco hueco los elogios que hacía de mí la santa madre!... Mis nobles amigos me recomiendan con la seriedad más socarrona que procure hacerme digno del concepto que merezco, y me exhortan a seguir la senda de aplicación y honestidad por donde llegaré a coger la breva eclesiástica que Dios reserva a sus elegidos. En la carta de la madre, así coco en las otras que Tarfe me ha traído, se dice que voy a completar mis estudios en el Seminario Tarraconense, al paso que tomó posesión de una capellanía heredada de mis ilustres antecesores... Bueno, señor. Adelante con la farsa, y Dios me saque vivo y sano del laberinto en que quieren meterme estos exaltados caballeros.

Pasé un rato delicioso oyendo a Tarfe la descripción del interesante convento de San Pascual, de Aranjuez, cuya importancia histórica quedará bien patente con decir que a él tienen que acudir Narváez y O'Donnell cuando desean el Poder o temen perderlo. Las manos guerreras que han blandido la espada heroica agarran un cirio y acompañan, con devota flojera de miembros y ojos caídos las procesiones que alrededor del claustro limpio y oloroso se organizan un día y otro no para solaz del rey don Francisco de Asís. Según Tarfe, la

enseñanza de señoritas tiene en aquella casa una organización perfecta, según el moderno estilo francés, sin que falte el adorno del piano y bailecito conforme a etiqueta. La beatísima Patrocinio será lo que se quiera; pero de tonta no tiene un pelo. La placidez y blandura de su rostro mueven a confianza y piedad. En un aposento dispuesto con cierto artificio teatral y amorosas oscuridades, que inducen al misterio y a la ilusión, tiene la madre su divino Cristo de la Palabra, el cual, en instantes de pío recogimiento, dice todo lo que debe oír y entender el candoroso espíritu de la reina. Ya está cansado el buen Señor de recomendar a todos los individuos de las dos ramas borbónicas que hagan las paces y vivan como hermanos; no se ha mordido la lengua para decir que por ningún caso sea reconocido el reino de Italia, y que se pongan todos los obstáculos a la desamortización y venta de bienes de la Iglesia. O'Donnell y Narváez, a cuyos oídos llegan más o menos pronto los buenos consejos del Santísimo Cristo, no saben a qué santo encomendarse para dejar contentos a todos, Trono y Pueblo, Altar y Tribuna.

Recorrió y examinó Tarfe todo el convento (que allí la clausura no rige con los poderosos), y lo que más maravillado le dejó, despertando en él envidias del ameno vivir de aquellas santas señoras, fué la magnífica pajarera que allí tienen éstas para su recreo. No hay en todas las Españas colección de pájaros tan variada y nutrida. Su majestad el rey no repara en gastos para reunir allí las avecillas más bonitas, las más exóticas, las de plumaje vistoso y las de canoro pico. ¡Vaya con el museíto ornitológico! Y que no se embelesa poco la madre con los tiernos hijuelos que a falta de otros le depara su valimiento! Monjas y educandas se esmeran en instruir a las especies habladoras, familiarizándolas con las formas corrientes del lenguaje. Cuenta Tarfe, y porque él nos lo ha dicho lo creemos, que en la sección de loros hay uno tan bien enseñado, que dice «Jesús» cuando Sor Patrocinio estornuda.

Escribo en mi casa el final de esta larga epístola, para dejarla con su debido remate antes de lanzarme por el camino de mis desconocidas andanzas. Concluyo diciendo que como el tiempo apremia y tengo que prepararme para la partida, dejé la morada de Beramendi. Este me dió sus últimas instrucciones en cuatro plieguecillos de papel bien aprovechados de letra, y me encargó muy encarecidamente que por el camino me aprenda de memoria el texto de los pliegos y luego los rompa. A los libros de Teología que llevo agregó un tomo del *Concilio de Trento*, *El Genio del Cristianismo* y la *Vida de Jesús*, del padre Ribadeneyra. Ha insistido en que no debo escribir con la idea de que sea él mi único lector: conviene que mis relatos vayan mentalmente dirigidos a mayor público y a la misma Posteridad, que nunca podría decir: «de aquella agua no beberé». Sin pensarlo, vengo yo aderezando mis cartas como si hubieran de ser gustadas por innumerables lectores. Ahora lo haré con más determinado propósito, alentado por mi mecenas, el cual me recomienda una y otra vez que, por miedo a una publicidad remota, no recorte ni desfigure la narración de mis sucesos y trapisondas personales. Está muy bien: como me llamo *Confusio* que así lo haré.

Me ha marcado el marqués este itinerario: saldré en la diligencia de Guadalajara y Zaragoza, siguiendo en ella de un tiron hasta Aldea del Pinar. En este pueblo, un amigo y colono de mi protector cuidará de encaminarme a Molina de Aragón; traspasaré después la Sierra Menera para entrar en la provincia de Teruel. Las observaciones que haga por el camino me indicarán si debo dirigirme a la noble Alcañiz o a la vetusta Morella. En una o en otra comarca ha de estar la mayor rescoldera del volcán por donde voy a pasearme. Quedo en libertad de escoger la ruta conveniente, según lo que oiga y vea por esos endiablados pueblos. Dineros llevo cuantos pueda necesitar, pasaporte en regla y cartas para señores sacerdotes o caballeros pudientes, que mirarán por mí si me veo en algún peligro. Yo nada temo; confío en mi buena estrella y en salir con donaire de cualquier mal paso en que mi curiosidad o mi arrebatado temperamento me metiesen.

Arreglo mis asuntos con la patrona; doy la última mano a la ordenada estiba de mi ropa y libros en la maleta; me da el corazón una o dos punzaditas al acordarme de Lucila y Vicente, a

quienes no veré más...; me acuerdo también de *El Nasiry*, y hago voto de decirle algún día cuatro frescas si descubro que me engañó poniendo lacras y pestilencias sobre el invisible rostro de la hermosa *Erhimo*... Entra Beramendi en mi modesto cuarto; me da prisa. Escribo rápidamente el final de ésta, y se la entrego para que la lea y archive... Adiós, Madrid mío. Ahí te queda un suspiro del pobre *Confusio*.

XVI

Foz Calanda, abril.

¡Ay, qué pueblos, qué posadas, qué caballerías, qué arrieros de Dios y qué caminos del diablo! He recorrido con mala sombra una de las comarcas más característica de la guerra de facciones. La Humanidad, lo mismo que la geografía, se me ha representado como expresión viva de la bárbara epopeya cabrerista... Dudo si el país por donde voy hizo la campaña, o es obra y hechura de ella. Ruinas y desolación veo por todas partes, veredas de guerrilleros, emboscadas de asesinos, burladeros naturales para la sorpresa y la traición... Más acá de un pueblo que llaman *Cosa* estuve a punto de perecer ahogado, vadeando un río nombrado *Pancrudo*; y al venir de Montalbán a Gargallo, faltó poco para que me despeñara en una sima, por cuyo borde serpentea el camino pedregoso. Las lomas y cerros, de un conglomerado rojizo, eran como sangrienta visión que me seguía tomándome las vueltas. Entre Alcorisa y este lugar donde escribo se me cambió en próspera la adversa suerte, porque acompañado vine por un cura viejo y bondadoso, que, emparejando su jamelgo con el mío, me entretuvo por todo el camino con su conversación amena. Mi buena facha, mi lenguaje modoso, debieron de cautivarle, porque no esperó a que yo le mostrara las cartas que llevo para ofrecerme, como párroco de este pueblo, campechano hospitalidad en su casa.

Y aquí me tenéis bien alojado y bien comido en esta vivienda modesta, mas no desprovista de sabrosas vituallas; vedme tratado hidalgamente por el cura, que es un bendito, y asistido hasta con mimo por dos amas viejas, corcovaditas... El sitio y las personas me recordaron los tranquilos días de Samsa, en las inmediaciones de Tetuán... Aquí recibo los primeros rumores del anunciado alzamiento que motiva mi viaje, noticias que al cura y a mí nos han parecido fantásticas. Mi buen párroco no es menos pacífico que yo ni menos aborrecedor de la guerra... Como digo, las noticias traían todo el cariz de un tremendo embuste. Ved la muestra: el rey Carlos VI había desembarcado en los Alfaques con un poderoso ejército. ¿De dónde venía? De la isla de Ibiza o de islas de Italia: a punto fijo no se sabe. Al desembarcar en tierra española se pronunció Tortosa... Ya iba el rey camino de Zaragoza, engrosando a cada paso su ejército, pues todas las tropas de Isabel se agregaban a las de su primo...

Con recelo de que tal noticia fuera verdad, un ejemplo más de la verosimilitud de lo absurdo en nuestra patria, me dormí aquella noche, arrullado de mi cansancio, y a la mañana siguiente, cuando una de las viejas me trajo el chocolate, entró don Miguel Castralbo, que tal es el nombre de mi huésped, y me dijo:

—Ya van llegando vientos de verdad, que desvanecen las mentiras que oímos anoche, señor de *Confusio*. Parece cierto que ha llegado el Montemolín con tropas sublevadas de no sé qué islas; pero no ha tenido, al parecer, recibimiento feliz, porque los mozos que de estos pueblos salieron armados para guerrear en la facción vuelven a toda prisa. He visto a algunos; les he preguntado, y no dicen más sino que vuelven y corren para acá porque han visto que a la carrera volvían los de Calanda y Alcañiz. Por allá deben de soplar aires de miedo... Mientras fijamente no se sepa lo que ocurre, yo que usted, señor de *Confusio*, no me movería de esta su casa, donde puede estarse todo el tiempo que le pida su cansancio.

Las amas, que ya empezaban a tomarme ley, apoyaron con chillones encarecimientos esta exhortación a la holganza; di las gracias, y echándomelas de muy valiente, les aseguré que, aunque hubiera de pasar por el cráter de un volcán en erupción, seguiría mi ca-

mino sin vacilar... Discutimos; no me convencieron... Partí.

Alcañiz, abril.

En Calanda, y aquí he visto confirmadas la dispersión y retroceso de los que iban al juego de la guerra civil. Alojado estoy en un decente parador, y por la ventana de mi cuarto, que da a la plaza, veo el lindo frontispicio del Ayuntamiento. Me encanta este rincón monumental casi tanto como las dos mozas que me sirven, la una tirando a lo gótico; la otra, a lo ático... Nada, que me gusta este pueblo, en el cual he admirado bellas iglesias románicas y del Renacimiento amén del mujerío, que es de orden compuesto, quiero decir, de la hermosa mesticidad celtíbera y moruna... Los compañeros de mesa me han informado del levantamiento carlino, calificándolo de fracaso tan escandaloso y grotesco, como ha sido insensata y absurda la intentona. Dijo uno que Montemolín había venido de Mallorca con la guarnición sublevada de aquella isla; otro aseguró que vino de Marsella; un tercero puso las cosas en su lugar, refiriendo que de Baleares llegó el general Ortega, cabeza visible del levantamiento, con las tropas de su mando, las cuales al punto de tocar tierra se llamaron andana y dejáronle solo... Pronunciamiento más desatinado no se había visto, ni operación militar que más se pareciese a una correría de traviesos muchachos.

Como liberal habló uno de los huéspedes, desatándose en injurias contra los montemolinistas y sus auxiliares por haber hecho tal barrabasada cuando tenemos en Africa casi todo el ejército. Alzáronse al oír esto voces que apoyaban al preopinante, otras que lo contradecían, y del extremo de la mesa soltó un bárbaro la bomba de que algunos de los generales de Africa estaban comprometidos, entre ellos Prim. ¡Jesús, la que se armó cuando el nombre del héroe sonó en medio del tumulto! El que parecía liberal dijo al otro que mentía; mediaron tonantes vocablos de cólera; levantáronse uno y otro, y venciendo a saltos el espacio que los separaba, agarráronse de manos y tiráronse de pelos... A separarlos corrimos los demás; yo fuí de los más presurosos en poner paz, lo que me costó un rasguño, varios pisotones y en el brazo izquierdo un golpe que me hizo ver las estrellas.

Ulldecona, abril.

El hilo que solté en el comedor de Alcañiz lo recojo ahora para proseguir desde aquel punto la relación de mi viaje y aventuras, que hasta los últimos días, en lo que ahora voy a contar, no ofrecen sino sucesos comunes, indignos de ser escritos. Salí de Alcañiz con marcada variante de mi rumbo presupuesto, porque las muchachas bonitas, gótica la una, ática la otra, que servían en la posada, me aconsejaron que no tomara el camino de Valdetorno y Calaceite, directo a Gandesa y Tarragona, porque allí corría el riesgo de que me salieran si no facciosos, bandidos que en aquellos caminos y puertos hacen de las suyas. Demostrándome más interés que el que yo merecía por el simple hecho de alabarles la hermosura, me señalaron como más práctico y seguro, aunque más largo, el camino que, cortando tierras del Maestrazgo, va a salir por la Cenia a las tierras bajas del Ebro. Así lo hice, y llegado sin tropiezo de ladrones adonde ahora me encuentro, no puedo decir si el consejo de las lindas mozas a mi ventura o a mi perdición me ha conducido.

Toda la noche anduve en una tartana que iba nada menos que a Vinaroz, y llevaba, a más de mi persona, dos monjas de una Orden para mí desconocida, viejas y adustas, y un señor de edad provecta, con trazas y rudeza de hombre de mar. Ni ellas ni él hablaban más que catalán cerrado, que yo no entendía, y todos mis esfuerzos para entablar conversación me resultaron inútiles, viéndome condenado a un hosco silencio, que me hacía más molestos los tumbos y sacudidas espantosas de aquel vehículo del diablo. Aun entre sí, no eran comunicativos mis compañeros de suplicio, pues las monjas no hacían más que rezar, y el marino, si es que lo era, compartía el tiempo entre la modorra con ásperos ronquidos y las maldiciones seguidas de toses y carraspeos. Nunca tuve ni padecí travesía tan mala y tediosa.

En vano traté de congraciarme con las monjas, haciéndoles comprender mi

carácter sacerdotal, ya con algún latinajo, seguido de exhortación a la paciencia, todo sin venir a cuento; ya procurando que el gesto y el mirar expresaran mi estado y mansedumbre; pero ni por ésas. No he visto seres más huraños y recelosos. Sin duda son religiosas de clausura, que, al ir de trasiego de un convento a otro, van espantadas por el mundo, como el ganado lanar cuando lo hacen pasar por las calles de una población... Mi terrible encierro con semejantes fieras tuvo su fin en un caserío de cuyo nombre me alegro de no acordarme, pues en él mis desventuras no hicieron más que cambiar de forma. ¡Qué tal sería el pueblecito que me vi y me deseé para encontrar algo parecido a un colchón donde tender mis huesos por unas cuantas horas y algún alimento con que engañar el hambre! Habíanme dicho que allí abundaban las tartanas de alquiler; pero ninguna pude hallar, ni aun ofreciendo pago doble y triple de lo acostumbrado. ¿Dónde diablos estaban las tartanas? Una vieja cejijunta, displicente y con ojos de sibila, me dijo que los coches se habían ido a los juncales del Ebro, y allí se los había tragado el fango.

Al cabo de mil diligencias y pasos fatigosos me sacó de mis apuros un trajinante con quien ajusté dos caballerías, una para mí y otra para él, como escudero y portador de mi maleta. Y heme otra vez en camino a media tarde ya sufriendo la bofetada continua de un viento que de cara nos azotaba cruelmente. Ambas caballerías venían cansadísimas de anteriores trabajos, sin pienso, y para curarlas de su pereza no había otra medicina que los palos. Mi jaco era de tan aviesa condición, que en algunos repechos del camino no andaba ni adelante ni atrás... Fué mi viajecito más triste y desesperante al entrar la noche; el viento no amainaba; los caballos vengaban en mí la ruindad de su amo; a éste hubiera dado yo los palos que las pobres bestias recibían; eché de menos la tartana de la noche anterior, y acordándome de las monjas, me las figuré graciosas y amables: tal era mi furor en aquella desgraciada travesía. Para mayor enojo mío, el maldito jayán escudero se había vuelto mudo. Hacíale yo preguntas, que bien respondidas habrían dado algún alivio a mi dolorosa impaciencia. ¿Tardaremos mucho? ¿Cuánto hay de aquí a la Cenia? ¿Qué caserío es éste?... Pues el muy bestia, resguardándose con la blandura de su manta el pecho, pescuezo y boca, o no decía nada, o me soltaba un ronco mugido, como un mastín con más ganas de morder que de ladrar.

Deploraba yo, además, la soledad, el no encontrar arrieros ni caminantes; y tanto silencio y monotonía, sin oír otra voz que la del viento ni ver caras de personas, me desesperaba... «Pero ¿dónde estamos? ¡Qué país tan desolado y triste!» A esto, mi escudero no decía más que *muú*, y en mí se acentuaban las ganas de pegarle un tiro... Grande alegría me causó de improviso ver una luz lejana. ¿Estaría en aquella luz el paso de la barca? *Muú*... ¿Era luz de un farol, luz de un hacho? *Muú*... Los caballos, contagiados de mi impaciente gozo, avivaron un tanto su perezoso andar... Nos acercábamos a la luz, y la luz hacia nosotros venía presurosa... Por fin, me vi frente a unos cuantos hombres que gritaron: «¡Alto!» La luz era una antorcha resinosa; los hombres, un hato de bárbaros insolentes. Vestían el traje catalán con faja colorada, y en vez de barretina llevaban pañuelo liado a la cabeza, a estilo valenciano más que aragonés. Todos iban armados con escopetas, trabucos o pistolas. Mi primera impresión fué que había caído en poder de bandidos. Luego, oyendo sus preguntas atropelladas, me creí frente a una de esas terribles organizaciones político-militares que llamamos *partidas*.

Mi escaso conocimiento del catalán me bastó para entender las preguntas que me hicieron aquellos brutos:

—¿De dónde vienen ustedes? Sepamos quiénes son... ¿Adónde van? ¿Han dejado atrás fuerzas del ejército? ¿Viene Guardia Civil?

Contestaba *muú* mi escudero, y yo, con mejor tono y cortesía, expresé la verdad. No debí de convencerles..., desconfiaban de mí. Con malos modos me mandaron que me apease. Uno me tocó todo el cuerpo, preguntándome si llevaba pistolas. Díjeles que como sacerdote que soy, no llevo armas ni para nada las necesito. Hablaron de registrar mi maleta, y no me opuse: al contrario, abriéranla cuando quisieren, y verían en ella tan sólo mi ropa, mis libros de re-

ligión, y las cartas que llevo para diferentes personas del clero y la nobleza, todas muy calificadas... El que parecía sargento de tan desaliñada tropa me mandó con grosero despotismo *arrear* a pie, y obedecí silencioso, emprendiendo la marcha rodeado de aquellos gandules. Delante iba el que alumbraba. La antorcha, con la furia del viento que desgreñaba la llama y consumía las hebras de fuego deshaciéndolas en chispas perdió su fuerza y su luz; el viento devoró las últimas ráfagas, dejándonos a oscuras. Seguí yo andando a trompicones, sin saber dónde ponía los pies. A mi lado iba el sargento o lo que fuese; detrás, mi escudero; uno de la partida llevaba de la brida los dos rocines, que agradecieron mucho que se les aliviara de nuestro peso... Nadie pronunciaba palabra, como no fuera para decirme brutalmente que arreara cuando el temor de caerme en un hoyo o de tropezar en una piedra obligábame a moderar el paso.

Y en aquella procesión lúgubre me acordé de las instrucciones consignadas en los pliegos de Beramendi, leídos cien veces por mí entre Madrid y Guadalajara, y después de bien aprendidos, rotos y dados al viento. Descollaba en mi memoria un sustancioso parrafillo, que así decía: «Si llevas muchas probabilidades de ser obsequiado de curas, favorecido por sus amas, y de que todos se rindan a tu talento y simpatía, también las llevas de caer en manos de guerrilleros feroces, que te fusilen por primera providencia. En este caso, mi querido *Confusio*, sabrás morir como cristiano caballero y como sacerdote, apartando con desprecio tus ojos de las vanidades humanas y volviéndolos a la vida perdurable, donde hallarás el premio de tus virtudes.»

XVII

«¡Ay de mí! ¡Pues tendría gracia —pensé yo en el oscuro camino—que estos animales me pegasen cuatro tiros!...» Pensándolo, vi luces rastreras, como de farolitos llevados a mano... Se movían delante de nosotros, con lenta derivación hacia la izquierda... Este mismo rumbo tomamos siguiendo un recodo del camino... Cuando estuvimos cerca distinguí un grande y negro caserón y varios hombres que con sus propias sombras se confundían. Del grupo se destacó un corpacho. Le vi llegarse a mí. Era un sujeto de muy aventajada estatura, cincuentón, y vestía con más decencia que los otros.

«Este tío—pensé yo—será el capitán de la partida. Su facha es de persona de calidad, aunque el gorro de pieles que trae calado hasta las orejas le da cierto aspecto de ferocidad montuna.»

De sus hombros pendía suelto de mangas un capote. Toda su ropa era negra, y el pantalón, gris colán; llevaba botas de alta caña. Apenas llegó frente a mí, repitió las preguntas de los otros con voz tan bronca y adusta, que temblé al oírla, y me dije: «Este tío me va a dar un disgusto.» Reiteré mi respuesta: que yo no sabía si venían o no detrás de nosotros tropas del Gobierno.

—Pues un batallón salió esta mañana de San Mateo—dijo el talludo y truculento señor—. ¿Dónde están esas tropas? ¿Han ido a Vinaroz?... Si saben ustedes el camino que han tomado y no quieren decirlo, a uno y otro les participo que lo pasarán mal...

Y otra cosa:

—La Guardia Civil de los puestos de Chert y Ballestá, ¿dónde se ha ido? ¿Por ventura supo que estamos aquí y nos cogió miedo?

Yo declaré no saber nada, y poniendo en mi acento toda mi sinceridad, esperaba que mi inocencia quedaría bien clara. El que yo creía sargento habló en voz queda con el cabecilla. Y éste ordenó que se nos registrase detenidamente. Entramos todos en el caserón, y el hombracho iba tras de mí rezongando con ira y mofa:

—Ha dicho que es sacerdote... Ya lo veremos. Y trae cartitas de recomendación... Las veremos, sí, señor, las veremos, y ojalá sean para quien yo me figuro.

Metidos en un cuarto estrecho, donde vi una mesa manchada de vino, porrones medio vacíos, cortezas de pan, una silla de paja con el asiento casi deshecho y un banco desvencijado como los que hay en ínfimas tabernas de aldea, se procedió al registro de mi maleta, el cual fué por extremo detenido y escrupuloso. El cabecilla presidía la operación en pie, junto a mí, y no quitaba ojo de

lo que iban sacando los registradores. Estos eran dos, y dos brutos más habían entrado para mi custodia. Desdoblaban la ropa, y en las prendas que tenían bolsillos no había hueco ni pliegue que no escudriñaran. Los libros eran cogidos por el jefe, que al leer las portadas con cierto énfasis, revelaba más sorpresa que pedantería. Cuando salió de entre otros papeles mi pasaporte, le echó con avidez la garra, y leído por dos veces, dijo, entre burlón y receloso:

—¡Qué apellido tan raro este de *Confusio*!... Es la primera vez que veo un cristiano que así se llame.

Yo le advertí humildemente que la familia de los Pérez de *Confusio* es muy conocida en Medina Sidonia y otros pueblos de la provincia de Cádiz. Antes de que pudiera oírme, vió las cartas de recomendación, y cogido el no pequeño rimero de ellas, las fué examinando y a cada nombre que leía soltaba de su boca una breve expresión de asombro, acompañada de un mohín de labios o chasquido de lengua. Las expresiones eran:

—¡Anda!... ¿Pues y ésta?... ¡Vaya vaya!... Bien, bien...

Al llegar a una que despertó su interés más que las otras, rápidamente la desdobló y con ansiosa lectura enteróse de su contenido, pasándola de la cruz a la fecha. Después, sin mirarme, volvióse a los bárbaros, que, una vez vaciada la maleta, golpeaban el fondo y costados por si el sonido les denunciaba trampa o secreto, y con imperiosa voz les dijo en catalán:

—¡Ea, basta ya! ¿No veis que no hay nada? ¡Pues no sois poco sobones!... Digo que basta... Idos afuera.

Salieron los hombres atropellándose, que ya sabían cómo las gastaba su jefe; cerró éste la puerta, y llegándose a mí, me indicó con ademán cortés que me sentase... Obedecí al momento. No me dió tiempo a pensar nada de aquel extraño cambio de voz y maneras, y antes de sentarse frente a mí, me habló en castellano neto de este modo:

—Al ver esa carta para el vicario de Ulldecona, me picó tanto la curiosidad que...

—Puede usted leerlas todas, si gusta —le contesté, correspondiendo a sus buenos modos con los míos.

—No..., gracias, señor de *Confusio*... Pues ha de saber usted que el vicario de Ulldecona soy yo.

Prorrumpí en exclamaciones de sorpresa, y atropelladamente me congratulé de la felicísima casualidad que me deparaba el acaso, o por hablar mejor, la Providencia. ¡Quién había de decirme...!

—Vea usted, señor vicario, cómo las situaciones más desfavorables, o si se quiere más oscuras y pavorosas, se iluminan de improviso por el divino rayo de la verdad.

—Exacto: usted me temía, y ahora un rayo de verdad nos hace amigos... Pero no me llame usted señor vicario, que en esta diócesis no está en uso tal denominación. Soy el arcipreste de Ulldecona. Más de una vez he dicho a la madre, cuando he tenido que escribirle, que no me llame vicario, sino arcipreste; pero no se acuerda, no se acuerda... Y ante todo, ¿cómo está la madre?

—Tan buena... Fresca como una rosa, y sin perder nada de aquel despejo, que es, digo yo, uno de los dones más maravillosos que debe al Señor.

No me pareció muy vivo el interés del arcipreste por la bendita y llagada monja. Su pregunta no había sido más que fórmula fácil de rudimentaria cortesía. Al instante varió de conversación. Refregándose la frente con una mano, después con otra, como quien quiere aligerar su pensamiento de preocupaciones y cuidados opresores, me dijo:

—Se habrá usted enterado de lo que aquí pasa...

—Sí, algo sé. En Alcañiz oí noticias confusas, incompletas... Desembarco de tropas en los Alfaques.

—En San Carlos de la Rápita desembarcó la locura. Venía guiada por la necedad y a recibirla salió la ceguera. ¡Ja, ja!... ¡Y nos habían hecho creer que todo lo tenían muy bien dispuesto..., que Francia estaba en el ajo.... que Madrid se pronunciaba, que *Palacio* se pronunciaba, y que Prim en Africa se pronunciaba!... ¡Majaderos, canallas, mentecatos!... Lo que aquí se pronuncia es el sentido común, que no quiere ser español, y se va; la vergüenza, que se va; el arranque y las ternillas de hombre, que tampoco quieren estar en esta tierra gobernada por mujeres. Bien merecido les está el fracaso, por

fiarse de Ortega, por fiarse de los de Madrid, por fiarse de...

Hizo breve pausa, comiéndose el final de la frase... Clavó sus ojos en mis ojos, y posando su mano en la mía, me dijo:

—Pues hemos de ser amigos, contésteme pronto a lo que le pregunto: a más de la carta que he leído, ¿no tiene para mí un mensaje verbal de la madre o de otras personas?

—No, señor arcipreste.

—Y para otros señores eclesiásticos o seglares, ¿no trae recadito de palabra, debajo del disimulo de las cartas de recomendación?

—Aseguro a usted—respondí con desahogada sinceridad—que no traigo más que lo que ha visto.

—Por las Animas del Purgatorio, o hay confianza o no hay confianza... Usted teme... Aún no se le ha pasado el susto de esta sorpresa... Serénese y dígame la verdad.

—La verdad he dicho. Soy un seminarista oscuro, alejado de toda intriga y aquí vengo no más que al negocio particular de mi capellanía y a mis estudios.

—Así será... Perdóneme. Me pasó por el magín la idea de que nos traía usted instrucciones..., que ya no serían instrucciones, sino cataplasmas tardías de los que en Madrid calentaron este movimiento y luego se han quedado fríos zurrándose de miedo... Pensé que usted venía para decirnos: «Perdonen por hoy que otra vez será.» Veo que se asombra de oírme... Voy creyendo que está completamente en ayunas de todo lo que pasa aquí y en Madrid, y en Francia y más allá de Francia. Si es usted un ángel, nada más tengo que decirle sino que le aproveche su inocencia.

—Un ángel soy, no vacilo en decirlo, en todo eso que a usted tanto le afana.

—Y ¿no sabe que contábamos con el apoyo de es zascandil, de ese peine...?

—¿Quién, señor?

—Es usted, en efecto, el más puro de los serafines si no sabe que nos ofrecía protección, y no ha cumplido, ese buscarruidos, ese..., no quiero llamarle por su nombre..., *el marido de la Eugenia*...

—¡Napoleón Tercero!

—Así lo llaman los que creen en el imperio francés... ¡Farsa, mujerío indecente!... Pues en Madrid, digamos en *Palacio*, se habrán echado atrás, por influencia de la Inglaterra. ¿No cree usted lo mismo?

—Yo, señor arcipreste, nada entiendo de esas cosas.

—Pero ¿no saben que Inglaterra protege al progreso y a la masonería, porque así se lo manda el protestantismo? Los progresistas cuentan con el apoyo de Inglaterra, protectora de la Unión Liberal, de O'Donnell, de Prim y de este maldito Dulce que manda en Cataluña... La Inglaterra se ha metido donde no la llamaban, y *Palacio* se ha zurrado de miedo. La familia reinante usurpadora había entrado ya por el aro, aviniéndose al arreglo y transacción de los derechos de unos y otros Borbones; acordada estaba ya la forma y modo de establecer la gran monarquía católica, perpetua y definitiva..., y ved aquí que los reinantes de Madrid dicen *yo no juego*, y se vuelven atrás, dejando a los leales en la estacada... Ello habrá sido por metimiento de la Inglaterra... Pues espérense un poco, que ya recibirán su merecido. Con el apoyo y el dinero inglés, los progresistas y O'Donnell y toda esa taifa darán cuenta del Trono... Créalo usted, señor *Confusio:* hemos de ver a *la Isabel* emigrada y sin un real, teniendo que lavar la ropa de *la Eugenia* para ganarse un triste cocido... No se ría, ángel, que eso lo verá usted, que es un joven, y yo también, que ya voy para viejo..., porque irá de prisa, muy de prisa, la descomposición y ruina de las cosas.

Se puso en pie con viveza juvenil, y abrió la puerta para llamar a su gente.

—¡Eh, canalla, venid aquí!

Apenas entró la turba de gaznápiros, el arcipreste dijo al que me había registrado la maleta:

—Pon todo conforme estaba. ¡Eh! Colocad cada cosa en su sitio... ¡Cuidado, bruto!...

Y a otros:

—Tú, Gasparó, llevarás a casa la maleta. Tú, Rufulet, coge un farol y alúmbranos.

Y a mí:

—Señor *Confusio*, despache a su espolique y véngase conmigo.

Salimos... Andando entre bardales, por un caminejo de cuyos peligrosos altibajos me defendía la ondulante claridad del farol delantero, dije al que ya consideraba como amigo:

—Señor arcipreste, ignoro dónde estoy. ¿Es esto Ulldecona?

—No, señor: esto es Rosell de la Cenia. Tengo aquí una masada, donde suelo venir a pasarme algunos días de campo con mi familia o parte de ella. El lunes me vine acá...; quería descansar de los berrinches de estos días, por el desembarco de necios y locos..., y de paso, dar gusto a las aficiones, al deber que uno tiene de no perder ripio... ¿Usted me entiende? Me traje unos cuantos escopeteros con idea de acechar el paso de la Guardia Civil... Parece que olieron mi presencia, y se fueron por otro lado. Fácil nos hubiera sido merendarnos a los guardias, y lo mismo digo de la tropa, no siendo mucha.

Yo callé. Volví a sentir miedo del hombre en cuyo poder estaba... Pero me dejé llevar de él confiadamente, pensando que la mejor regla de conducta en toda vida de aventuras es entregarnos a la desconocida voluntad del Destino, o de su hermana la Providencia. Sin hablar cosa de interés, pues no lo tuvieron las breves observaciones acerca de la molestia del viento y de la oscuridad de la noche, recorrimos en unos veinte minutos el camino que nos llevó a la masada, y en ésta, saludados de perros y recibidos por un viejo y dos mujeres, entramos en el caserón campesino, que al primer vistazo me pareció alegre, holgón, cómodo y bien abastecido para un vivir regalado. Del portal ancho, lleno de aperos, pasé a una gran estancia, donde vi una escalera de fábrica, que a los pisos superiores en dos tramos conducía; al fondo, otra pieza que era la cocina, con resplandor de fogata y excitantes olores de comida, y a derecha mano, un aposento blanco y espacioso, con mesa ya puesta para tres personas. Allí nos metimos, y el señor arcipreste, desembarazado de la gorra de piel y del capotón, se me presentó en toda su gallardía simpática. Era un hombre alto, sanguíneo, vigoroso, de perfecta escultura esquelética y muscular, arrogante de actitud, ardiente la mirada, garboso el gesto. Iluminado de lleno el rostro por la luz de una buena lámpara, su edad me pareció de más de cincuenta años o de sesenta, desmentidos por una salud venturosa. Era su color encendido; su nariz, enérgica; su boca, desconfiada; el cabello, espeso, cortado al rape y blanquecino por las sienes; la dentadura, recia y blanca.

A la mujer de mediana edad que recogió el capote y montera le ordenó que nos diese pronto de cenar, añadiendo:

—Para este caballero y para mí solos.

Su voz y su acento sonaban a dominante autoridad sin altanería. Otra mujer, de apacible madurez, puso la mesa, en que advertí blancura de manteles y fineza de loza, que me causaron sumo agrado. ¡Y con el ama presente, ya eran dos las que yo veía! La tercera apareció después trayéndonos una sopa calduda, hirviente, con huevos, capaz de matar el hambre con sólo la rica fragancia que despedía. Mi apetito era monstruoso, como de náufrago perdido en una isla desierta. Pedí permiso al arcipreste para caer sobre la sopa con devorantes ansias, y me lo concedió risueño, asegurándome que él haría lo mismo... Y comiendo, no perdía yo la cuenta de las amas que veía, ni dejaba de observar el rostro de la tercera, que era bonita, aunque demasiado pálida, con cierto aire y mohín lacrimoso de Virgen de los Dolores, de buena talla, pero ya deslucidita de pintura y barniz.

De mis disimuladas observaciones me distrajo el señor arcipreste, dándome noticias de su persona, antecedentes y circunstancias.

—Por mi habla—me dijo—habrá usted conocido que no soy catalán. Hablo castellano, sí, señor; he mamado esta lengua de los mismos pechos que Cervantes, el portento de la literatura, porque nací, como él, en Alcalá de Henares, y allí me crié y viví hasta que, ya mocetón hecho, me llevaron mis padres a Hijar, tierra de Teruel. Esta es mi patria efectiva, pues en ella fuí hombre y recibí las órdenes sagradas, desempeñando varios curatos buenos, hasta que me trajo a este arciprestazgo, diez años ha, mi amigo don Isidro Losa, de quien me viene mi conocimiento con la madre Patrocinio. Mi nombre es Juan Ruiz; añado a este primer apellido el de mi madre, que es *Hondón*, por lo cual unos me dicen mosén Hondón, y aquí, entre mis feligreses, se ha hecho moda, por aquello de abreviar y dar gusto a la lengua, llamarme *don Juanondón*.

En esto vi que con el ama que empezó a servirnos entraba otra. ¡Ya eran cuatro, Señor! Y no era lo peor que

fuesen cuatro, sino que la última, o sea la cuarta, era más joven, por lo menos más lozana que la parecida a la Virgen de los Dolores, y seguramente más bonita: una rubia ideal, de azules ojos, cara como las rosas, no muy alta de cuerpo, pero éste muy bien modelado en sus partes todas, y con admirable distribución de carnes en sus contornos y bultos, resultando de tales armonías una combinación feliz de la agilidad y el buen desarrollo. Allí se juntaban las dos bellezas fundamentales: la gracia y la salud.

XVIII

Habían acudido al comedor las dos amas, sobrinas o lo que fuesen, porque eran necesarias a nuestro servicio. La joven de dorados cabellos mudaba los platos; la jamona, que era de buen ver, como un ocaso de dorada tibieza, descuartizaba unos pollos que pronto habíamos de comer. Los movimientos de una y otra no se me escapaban, aun poniendo las apariencias de mi atención en don Juan Ruiz, que así proseguía contando su novelesca historia:

—En mi curato de Híjar, y antes en los de Albalate y Samper de Calanda me hice querer de mis feligreses. Siempre fuí bueno para ellos: a los pudientes respeté, y a los pobres favorecí cuanto pude. Estalla en esto la guerra, y... Nada, que mi voluntad, lo mismo que mi convencimiento, me llevaron a la causa de don Carlos... Fué un arrebato del corazón, ¡rediez! Me tiraba el campo de batalla. Yo era gran cazador... Me sacaba de quicio la guerra, que es cazar hombres con hombres... Combatí en la partida de Quílez: yo era el ojo y el caletre de la partida, yo su pie derecho por el conocimiento del país y de las vueltas de montes, las distancias, alturas, atascos y torrenteras... Pues hice bravamente toda la campaña. Pregúntenle a Ramón Cabrera si cumplí o no cumplí... Supe mandar, supe obedecer supe dar recompensa y castigo... Maté cristinos y urbanos, copé columnas, desbaraté batallones, y aunque usted se asuste, ángel, fusilé prisioneros, no uno ni dos... No hay que asustarse... Fusilé y aterroricé porque así me lo dictaba la ley de guerra... Tiene el soldado su conciencia muy distinta de la conciencia del cura... Nada tiene que ver una conciencia con otra... Las vidas no suponen nada... Por delante de las vidas ha de ir la causa..., y Dios, que es la Causa de las Causas, mira por lo suyo...

Esto decía acabando de comerse un pollito, pues era hombre de buen diente y mejor estómago. Yo tampoco lo hacía mal. Pidió el arcipreste vino blanco; acudió la rubia con la botella, y cuando lo escanciaba en los vasos (que allí no vi funcionar el castizo porrón), oí su voz, que me sonó a gorjeo delicioso. El catalán hablado por mujer es una de las más bellas músicas de la boca humana. Así me ha parecido siempre, más aún en aquella placentera noche... La jamona sirvió después un plato de pescado, y al recomendármelo el arcipreste como exquisito manjar, me dijo que dispensara la cortedad de la cena. ¡Cortedad, y tras el pescado trajo la rubia un plato de carnaza, y después *ali-oli!* ¿Señor, qué casa era aquélla?... Como yo alabase la sustanciosa y abundante mesa, don Juan Ruiz añadió a su relación histórica este dato interesante:

—¡Bendito sea Dios que me ha concedido un buen vivir! Sabrá el señor *Confusio* que allá por el cuarenta y uno un pariente mío por parte de madre, solterón y gran propietario en Belchite, murió. Natural fué que cascara el buen señor, pues ya pasaba de los ochenta... Me quería tanto, y era tan ferviente admirador de mis hazañas en la guerra, que me dejó por heredero de toda su hacienda, que no era grano de anís. Vea por qué vivo bien y doy buen trato a los amigos... También debe saber que no soy tacaño ni guardador; no me excedo ni tampoco escatimo, y cerca de mí no hay pobre que no sea remediado... Y en mi casa son tantas bocas a comer, que a menudo me equivoco en la cuenta de ellas. Las amas y sobrinas que me sirven, aquí se están hasta que quieren, o hasta que hallan novio con buen fin que pida casamiento. Yo a ninguna despido, y la misma regla observo con mis mozos de labranza, criados y medianeros. Verdad que también les exijo lealtad y buena conducta, eso sí, y el que no cumpla, ¡rediez!, se ha divertido.

Me encantaba aquel tío rudo y noblote, gran señor a su modo en la paz, como había sido esforzado paladín en la

guerra. Durante su relación, ni un momento vi en él al sacerdote. En la punta de la lengua tuve este concepto: «Dígame, señor arcipreste, ¿cuántas amas y sobrinas tiene?» Pero antes de pronunciar la primera palabra, vi la indiscreción de tal pregunta. Acabamos la cena no sin catar a la postre azucarados bollos, rosquillas de miel, con buen vino dorado, trasañejo. Salimos al central aposento donde está la puerta de la cocina, la escalera que a las alcobas conduce, la comunicación con despensa, cuadras, patios y corrales, y allí nos repantigamos en un banco de madera, junto a ventrudas tinajas. De la cocina no podía yo ver más que el resplandor vivo de la lumbre, ni oír más que el rumor alegre de los que allí comían. Muchos eran, a juzgar por la variedad de voces. Parecíame que había más mujeres que hombres y más juventud que vejez. En el desconcertado ruido distinguí voces castellanas entre el silabeo blando del catalán. Reconociendo en tales voces la innumerabilidad de las sobrinas del arcipreste, creí que ellas me contestaban la pregunta que no osó salir de mis labios.

Encendimos buenos puros. Por las órdenes que dió don Juan a sus criados, entendía que saldríamos de madrugada para estar en Ulldecona a las primeras horas del día. De pronto, el arcipreste, volviéndose a la cocina, gritó: «¡Donata!» Y apenas sonado este nombre en la cavidad anchurosa, apareció una mujer en el hueco iluminado por la roja claridad del fogón. Salía sin presteza de la cocina, mascando el último bocado. Acudía con diligencia grave al llamamiento de su señor, como servidora que sabe no ha de ser reñida por tardanza o pereza. Fué para mí una visión sorprendente y deslumbradora. Creí ver la expresión sintética de la hermosura de mujer, tal como yo la soñé, sin verla nunca realizada.

—Donata—le dijo don Juan Ruiz—, ya sabes que nos vamos antes de que amanezca. ¿Has guardado en las maletas todo lo mío que se ha de llevar? Anda, hija, ve y dispón todo: no olvides mis pistoleras; no olvides tampoco tu trajecito de payesa, ni mi sable, ni la caja de puros...

Tragado lo que mascaba, la hermosa Donata (el nombre ya se había grabado en mi mente) habló en buen castellano, endurecido por acento aragonés. Dijo que nada quedaba por guardar más que las pistolas, espuelas y otras cosillas; pero que al momento subiría para recogerlo.

—Oye—le dijo el señor cuando ya iba la beldad hacia la escalera—, se me olvidaba mandarte que arregles la cama para este señor en el cuarto de la esquina... Podrá dormir cómodamente cuatro o cinco horas... Oye, no corras tanto: ven acá. El cuarto de este señor lo arreglará Carmeta... Vete tú a los demás quehaceres y no te descuides.

Subió Donata y embobado estuve mirándola hasta que desapareció en lo alto de la escalera. Don Juan llamó entonces a Carmeta, una de las jamoncitas que nos recibieron al entrar, y repitió la orden de preparar mi descanso. Era esta ama bien parecida, conservada en una blanda madurez otoñal; pero después de ver a Donata, no había mujer tierna ni madura que hiriese mi atención ni cautivara mi espíritu.

Aturdido por la deslumbradora visión, no pude hacerme cargo de las diversas órdenes que para la partida dió el cura a las muchas personas que salieron confusamente de la cocina. Sólo entendí bien esta disposición:

—Con vosotras, en la tartana de Quirico, que saldrá primero, irán Donata y Carmeta... Conmigo y el señor *Confusio*, vendrán Toneta y Olegaria.

Esta era la rubia; Toneta, la *Dolorosa*... Mucho me incomodó la orden de que Donata no hiciera el viaje en la tartana donde yo iba. Parecióme ofensa, desconsideración, un desaire manifiesto, como lo fué asimismo el mandar que Carmeta y no Donata arreglase mi cuarto. ¡Vaya con el tío aquel, déspota celoso y bárbaro! Al entrar en el aposento que me destinaron, vi a Donata que de uno próximo salía con brazados de ropa. Se aproximaba con los ojos bajos; pero al pasar junto a mí los alzó para mirarme. ¿Estaba yo loco o tenía razón al pensar que algo muy intenso quiso decirme con su fugaz mirada? Pasó veloz. El ruidillo de sus pisadas algo también me decía.

Encerrado en mi alcoba, excitadísimo y sin ganas de acostarme, a pesar de mi cansancio, vi a la guapa moza en mi mente con más lucidez que en la

realidad habíala visto, y mejor podría describirla por el retrato mental que en mí llevaba, que por su presencia efectiva. Era más delgada que gruesa y más alta que baja, estatura y talle contenidos dentro del arquetipo de la humana belleza. Negros ojos, boca ideal, cabello abundante, recogido con helénica gracia, melancolía, desconsuelo, añoranzas, ambición de amor..., todo esto vi en su rostro, y con tan ricos elementos lo compuse... El cuerpo de aquella divina mujer me revelaba la suma donosura, la soberana previsión de Naturaleza, la sabiduría del Criador... Belleza tan acabada no habían visto nunca mis ojos.

Con más fatiga corporal que sueño, me tendí vestido, y en el estupor letárgico que embriagó mis sentidos, algo como borrachera o vaporización de pensamientos, incurrí en el más extraño desbarajuste de las cosas reales. No diré que soñé, sino que creí sueño todo lo que me había pasado desde mis travesuras en la casa de *El Nasiry* hasta la hora presente; sueño, mi conversación con el renegado, mi salida de Africa, mi regreso a Madrid, mis careos y tratos con Beramendi; sueño, la conspiración absolutista y mi viaje para observarla; sueño, que yo estuviera donde estaba. Lo verdadero y real era que aún permanecía en Tánger, y que reposaba en el poyo de mi camarín sobre tapices morunos. Y allí recreaba mi mente con la imagen de Donata, que no era Donata, sino *Erhimo*, la esclava de ideal hermosura, sólo comparable a los ángeles de los cielos católicos y mahometanos. En esclavitud vivía Donata, digo, *Erhimo*, y a mí me enviaba Dios para libertarla de la garra de *El Nasiry*, digo, del fiero sultán *Mosén Hondón*. Sonábame este nombre como el más bárbaro que pudiera inventar la rudeza oriental o marroquí. Era el tirano celoso y feroz que guardaba dentro de cerrados muros a la odalisca, y ésta quería libertad, y por Dios yo había de dársela.

Salté del lecho, llamado por suaves golpecitos que dieron en la puerta. Era hora de partir. Yo no vi la mano cuyos nudillos hicieron la tocata en la madera. Pero mi adivinación prodigiosa me permitió afirmar que había sido Donata la que con el lenguaje de los golpecitos me decía: «Levántate, salvador mío, que ya nos vamos a donde podrás, con tu agudeza y mis advertimientos, sacarme de este serrallo y hacerme tuya.» Cuando bajé, ya estaba la Donata ideal agazapadita en la tartana que había de conducirla con otras mujeres. Entre ellas vi a la que parecía Dolorosa, despintada y amarillenta pidiendo barniz. Fué una visión fugaz, a la débil luz de faroles, pues aún era noche oscura... Partió la tartana, y en ella no pude ver bien más que los ojos de Donata, que ya se entendían maravillosamente con los míos... Don Juan Ruiz me ofreció café: lo tomamos juntos, acompañados de Olegaria, la rubia. En la mesa vi las tazas con poso de café, donde lo habían tomado las amas y sobrinas que iban delante. Reconocí, ¡oh inspiración!, la pieza de loza en que había puesto sus rojos labios mi odalisca... ¡Oh! La taza y sus sedimentos negros también me decían algo, que traduje del lenguaje porcelanesco al lenguaje humano: «Yo voy delante de ti... Desde tu tartana mira el polvo que levanta la mía, y me verás en él... Yo miraré el polvo que levanta la tuya, y te veré... Cuando llegue a Ulldecona me ocuparé un rato en las cosas de la casa; luego iré a la iglesia... Oigo misa todos los días... Ve tú también a oírla, y en la iglesia nos veremos... Ningún sitio mejor que la iglesia para que las esclavas y sus libertadores se pongan de acuerdo...»

Salimos. Yo miraba el camino delantero; pero no veía el polvo de la primera tartana, sino el de otras que marchaban en contraria dirección. Las luces del alba me permitieron observar que el país no era nada bonito... Me parece que vadeamos un río; no estoy de ello bien seguro. Mi espíritu atendía más a sus interiores paisajes y horizontes que a los de fuera. Don Juan Ruiz me habló de guerra más que de política. El día anterior se había entretenido con unos cuantos escopeteros de confianza en dar gusto a su afición favorita, que era la *caza de hombres con hombres*. No pudiendo hacer nada de fundamento, porque la Causa en aquella ocasión estaba perdida (tan disparatado había sido el movimiento), intentaron gastar sus cartuchos en la Guardia Civil y tropas que habían de pasar de San Mateo a Ulldecona. Pero les salió mal la cuenta: la fuerza del Gobierno se fué por otro lado, y los cazadores facciosos no cobraron más que

un ratón. Yo solo, el pobre *Confusio,* inofensivo, había caído en la celada. Añadió don Juan Ruiz que se iba desconsolado: hubiérale sabido a gloria copar a la Guardia Civil en el paso angosto de Rosell de la Cenia, próximo a su masada. Pero la Providencia dispuso las cosas de otro modo. A su casa y parroquia se volvía el hombre tan tranquilo: los escopeteros, cernícalos de vuelo rápido, habían volado ya, cada cual a su nido en los montes de Godall y Muntciá.

Destartalada y fea me pareció la villa de Ulldecona, donde, según iba entendiendo, reinaba como sátrapa o cacicón mi amigo el arcipreste. Ya era día cuando llegamos a la soberbia vivienda parroquial: junto a la puerta vi la primera tartana, que había llegado con veinte minutos de ventaja. Miré sus ruedas y atalajes blanqueados del polvo, y en todo ello leí el pensamiento de Donata, que me decía:

—He llegado bien..., búscame luego en la iglesia.

Antes que mis ojos, que todo lo miraban, dieran con el templo, don Juan Ruiz me señaló un armatoste arquitectónico de diferentes estilos y pegotes que alzaba su insignificancia ostentosa no lejos de la casa.

Entramos; la casa es grandona, laberíntica, resultante de varios edificios comunicados interiormente, con distintas alturas de techo, diferencias de nivel en los pisos. No se va de una parte a otra en aquella jaula de cal y canto sin dar vueltas y quiebros de sala en sala, y bajar o subir escalones. Plano y brújula necesita el huésped de esta mansión misteriosa y dramática. Pasada la primera impresión de aturdimiento al verme llevado por aquel interior tortuoso la casa fué muy de mi gusto. En ella vi escenario romántico; supuse escondrijos de citas amorosas, dorados camarines invisibles, recogimientos de harén... Por aquellos desiguales recintos vi que iban y venían mujeres muchas, las de la masada y otras. Vi ancianas, niños de ambos sexos. Era un mundo, un microcosmos la casa de *don Juanondón,* arcipreste, patriarca y califa.

Invitóme mi huésped a tomar chocolate; él no lo tomó, porque tenía que decir misa. No quise recordarle que había bebido café en la masada; en lugar de esto, le pregunté con mucho interés que a qué hora diría la misa, pues yo deseaba oírla. Respondióme que antes de una hora saldría al altar... Nos hallábamos en una pieza como de tránsito, que daba acceso a diferentes salas y a dos corredores, y desde allí vi a las chicas que pasaban y repasaban, como solícitas hormigas, ocupadas en el trajín casero. Vi a la *Dolorosa,* a la rubia, a otras menos bonitas; pero a Donata no la vi. Estaba yo elogiando la diligencia y laboriosidad de las incontables sobrinas del señor Hondón, cuando pasó por allí la jamoncita Carmeta con un cubo de agua y estropajos para lavar el suelo de baldosines rojos. Don Juan Ruiz le dijo con dureza:

—¡Buena tenéis la casa! Hoy... bien puedes decirlo a todas..., no me ponéis los pies en la calle, haraganas. Y como no es día de precepto, no tenéis por qué ir a misa. La Toneta y la Donata irán si quieren; las demás, a la obligación, que es primero que nada...

Sin chistar oyó Carmeta el réspice: se fué a una pieza próxima, donde había suelos que lavar. Don Juan Ruiz me dijo:

—Tengo que estar siempre encima de estas mozas para combatir la ociosidad... Son buenas, sencillotas; pero no puedo descuidarme. En cuanto se las deja hacer su gusto, se pasan el día de charloteo... Algunas tengo que se inclinan a la beatería; pero a éstas hay que dejarlas en su gusto de lo espiritual, y no quitarles de la cabeza las devociones extremadas, porque con el pío pío del rezar continuo llegan a ser unos pobres ángeles..., y de los ángeles hace uno lo que quiere.

XIX

No eché en saco roto la lección del arcipreste, pensada y dicha en conformidad con su sistema de vida, y aplicada por mí a ideas y planes de orden muy distinto. El quería decir que las chicas embebecidas en vanas devociones son fáciles al dominio de quien posee la clave de lo espiritual, y que por tal camino sabía él traerlas al rigor de los deberes domésticos y a la corrección externa y visible... Atento a mis propósitos,

en cuanto mi huésped me dejó solo (por haberse ido con Olegaria a la inspección y revista de su bien poblado gallinero), me metí en la iglesia, que era, conforme a los gustos de la moderna piedad, sombría, casi lóbrega, invitando a somnolencias dulces y a borracheritas de la mente. Vi trozos del esqueleto de una robusta arquitectura, mutilada, recompuesta, vestida de mil requilorios ornamentales y de bárbaros colorines; vi santos en paños menores y profetas barbados, de cara fosca: vi un altar mayor, cuya sencillez elegante se perdía tras un matalotaje de cortinas, arañas, candelabros y pabellones; vi en la cabecera de la nave lateral un altar de la Virgen, que era la más descabellada y furiosa expresión del churriguerismo, obra, al parecer, de pastelería, compuesta de delgados y retorcidos bizcochos, de hojaldres quebradizos, de dorados y relucientes caramelos. La santa imagen apenas se distinguía entre la chillona profusión de metales, tisúes y flores de trapo, rodeada de ángeles de pastaflora y exvotos de mazapán que la comprimían y ahogaban.

Bajé después hacia el pie de la misma nave, donde vi, en soledad tétrica, olvidado de la devoción, un Cristo de espantosa anatomía, de espeluznante horror traumático, piernas y brazos en carne viva, con cárdenos bultos y cuajarones de sangre, que resultaban de una realidad viva por la reciente mano de barniz. Su cabellera natural, despeinada y polvorienta, le caía sobre el pecho. No tenía velas encendidas ni apagadas en su altar desnudo, baldío... Cuando pasé hacia la capilla bautismal, entró Donata, ¡ay, qué hermosa!, con su velito negro, en las albas manos el Ordinario de la misa. Acudí a darle agua bendita, y cuando sus dedos de los míos la recibieron, me miró sin sorpresa. Sin duda me esperaba. No me equivoqué al pensar que su mirada placentera me decía esto: «Yo rezaré a la Virgen; haz tú lo mismo, y con el rezo mudo y sin mirarnos, nos entenderemos hasta que llegue el momento en que podamos hablar.» Avanzó ella hasta la capilla de la Virgen. Yo me quedé en la nave central, debajo del púlpito, sitio reservado desde el cual, protegido de la penumbra, podía ver a Donata y cebarme en la contemplación de su interesante figura. La vi de rodillas; al levantarse para tomar asiento en un banco, observé en su movimiento perezoso la intención de buscar un propicio instante para mirarme. Y una vez sentada, aprovechaba ella todo ruido de gente que entraba o salía para mover su cabeza y producir el divino cruzamiento de su mirar con el mío. Mientras permaneció sentada, no cesaba el flecheo; jugamos a la pelota con nuestras almas mandándolas de un lado para otro.

Salió el coadjutor a decir misa. Donata la oyó de rodillas, y en todo el oficio nuestra comunicación fué puramente espiritual y magnética. Sus ojos mantuvieron en el carcaj del disimulo todas sus flechas. Pasada la misa, ya sacamos alguna, y tiramos con gran tensión de arco. Poco duró este grato ejercicio, porque salió don Juan Ruiz a decir su misa en el propio altar de la Virgen. Me pareció prudente retirarme de mi gazapera bajo el púlpito... Desde mayor distancia, resguardado por un grupo de hombres, vi y admiré al arcipreste revestido con espléndida ropa. Era rito encarnado, y estaba el hombre guapísimo, interesante, casi majestuoso. Celebraba de prisa, mas sin quitar al oficio su poesía y solemnidad. Al volverse al pueblo, su mirada intensa parecía recoger en conjunto la voluntad de todo el rebaño que delante tenía. Y véase un caso que no vacilo en llamar aberración de mi pensamiento. Por la mirada, en el momento de decir *Dominus vobiscum*, por las líneas de su rostro más caballeresco que místico, don Juan Hondón se me pareció a *El Nasiry*. Sin fijarme en la diferencia de ropaje, calidad y estado, ni en que el uno tiene barbas y el otro no, encontraba yo gran semejanza entre los dos caballeros renegados. ¿Por ventura la semejanza moral no era aún más efectiva y patente?

Terminada la misa, y cuando salía la gente, vi que Donata se metió en la sacristía de la capilla. Con ella entró también Toneta, de mustia cara, parecida a una Dolorosa retirada del culto. Comprendí que las dos eran camareras de la Virgen, y que la vestían y desnudaban de sus bordadas ropas, y le adornaban el pastelero altar. Tentaciones tuve de colarme tras ellas; pero las refrené pensando que de nada me valdría mi entrometimiento, pues no había de

encontrar a Donata sola. Sospechando que el camarín de Nuestra Señora tendría comunicación con la rectoral por patios profundos interiores, y que era inútil esperar más, salí despacio de la iglesia, y me entretuve hablando con unas viejas que en la puerta pedían limosna. Les di cuartos, y sin entender su lengua más que a medias, departí con ellas de la capacidad de la parroquia y de la virtud y llaneza de las sobrinitas del señor arcipreste. A este propósito dijeron algo que no llegó a mi conocimiento por no poseer bien la lengua catalana. Yo les hice repetir sus dichos para traducirlos; ellas los repetían y ampliaban con el feo sonreír de sus desdentadas bocas, que para expresar la malicia tenían que imitar el buzón del correo; y estando en esto, oí la voz del arcipreste y las dos muchachas, que salían de la iglesia. Corté mi conversación bilingüe con las viejas y estreché la poderosa mano de don Juan Ruiz, felicitándole por el arte exquisito con que en su misa hermanaba la brevedad con la edificación.

Llamado al pueblo el cura por negocios graves, no podía entretenerse. En la misma puerta de la iglesia se despidió de mí, y mientras él se perdía en una calle estrecha, las muchachas y yo seguimos hacia la casa. La suerte me favorecía, porque habiendo ya charloteado con la *Dolorosa* cuando nos sirvió el chocolate, fácil me fué entrar en conversación, y lo hice con el tópico de rúbrica, que era la hermosura de la Virgen y el lindísimo adorno de su altar. Toneta me habló con desahogo; Donata, cohibida y medrosa, no echaba de su linda boca más que los mugiditos de la timidez: «Sí..., naturalmente...; eso es... ¡Oh, no!... ¡Oh, sí!...» Entramos. Yo me sentí con ánimos para obtener de la ocasión las mayores ventajas, siempre que no sobreviniesen entorpecimientos invencibles... Cuando avanzamos por las primeras salas de la mansión laberíntica sin encontrar a nadie, Toneta se adelantó rápidamente; escabullóse por un pasillo con recodo, y solos nos quedamos Donata y yo en una pieza, que era el obligado paso para mi habitación... ¿Fué la escapada de la *Dolorosa* un quiebro convenido entre las dos para dejarme solo con Donata? Si no fué ardid preparado, lo pareció, y me apresuré a sacar de la instantánea soledad todo el partido que me ofrecía... En mí sentí la inspiración, la sublime audacia de un caudillo que en la violencia de la primera embestida ve la más segura probabilidad de victoria.

Creo que no pasaron más de dos segundos entre el verme solo ante Donata y el arrancarme a los increíbles atrevimientos de palabra que voy a referir. En un monólogo brevísimo, mental relámpago, me dije: «Esta es la mía... Inspíreme Dios... y déme el logro feliz de esta grande aventura.» Donata se dirigió con paso lento a una puerta de cuarterones que no sé adónde conducía... Yo corrí hacia ella, diciéndole:

—No tenga prisa, Donata, y espérese un poquito, que tengo que hablar con usted.

Como estatua quedó ella, la mano en la puerta..., y yo seguí:

—En la calle dije que es bonita la Virgen... Más bonita es usted, Donata. Ni en la tierra ni en el cielo hay mujer que se iguale a usted en hermosura...

La exageración de mi arrebato le facilitó la respuesta, que había de ser de incredulidad y burla. Su condición de señorita inocente, u obligada a simular inocencia, no podía inspirarle más que esta salida:

—¡Ay, qué pillísimo!... ¡Ay, qué desvergonzado... y también blasfemo!

—Perdóneme usted... No sé lo que digo... El amor que prendió en mí desde el instante en que mis ojos vieron a Donata es hoguera inextinguible... Mi razón se turba, mi conciencia se oscurece... Ni me acuerdo de la religión, ni respeto las cosas santas. Todo se borra en mi mente..., no veo más que a Donata, que es el cielo, la gloria, la salvación de mi alma.

—¡Por Dios..., Jesús!... ¿Está loco? —dijo ella, sin salir de las muletillas que el decoro impone a una muchacha honesta.

—La salvación de mi alma he dicho y no me vuelvo atrás. Sin usted no quiero salvarme, ni vivir siquiera... Al infierno entrego mi corazón, abrasado por los ojos de una mujer. Donata, sea usted piadosa..., impida mi condenación eterna...

—¡Virgen Santísima! ¡Ay, qué locu-

ra de hombre!... Modérese... ¡Cómo había yo de creer!... Entre en razón...

—De usted depende que yo vuelva a la razón. Dígame que sí, dígame que puedo esperar..., que algún día podrá usted quereme..., que sí, Donata, que sí... Pronuncie usted el *sí*, dos letras, que de la boca salen solas a poquito que su voluntad las empuje.

—Pero ¿cómo he de decirle que *sí*? ¡Oh, eso no puede ser!... ¡Que *sí*! Usted no se hace cargo...

Dijo esto poniéndose muy seria. Su palidez y gravedad la embellecían más. Yo eché el resto con estas ardientes expresiones:

—Donata, no me diga usted que *no*..., dígame siquiera que lo pensará, que verá... Pero un *no* redondo no me diga, porque ese *no* sería mi muerte.

—Bueno, bueno; no se apure... Para que se le vaya quitando la furia, no diré el *no*... Vamos, debo decirlo; pero lo callo por ahora... Pero el *sí* tampoco se lo digo...* ¡No faltaría más! Usted mismo, si yo dijera el *sí*, no pensaría de mí nada bueno...

Del corredor tortuoso vino un ruidillo no sé de qué, de toses, de pasos, quizá rumor de las puertas de casa vieja, que suenan como enigmáticas palabras de duendes. Donata desapareció como si se filtrara por la pared, y yo me quedé solo en la destartalada estancia... Mis ojos se fijaron, sin darse cuenta de lo que veían, en un cuadrángano vetusto, colgado en la pared. Mirado después con gran atención, he visto en él informes bultos, que lo mismo pueden ser frailes que sacas de carbón. Todo es allí negro y fúnebre... ¡Atrás, expresiones de muerte! Dad paso a la vida.

A mi cuarto me recogí, y en verdad que no estaba yo descontento del ímpetu temerario con que inicié mi aventura. Herida vivamente en su voluntad y en su corazón había quedado la bella Donata, y yo, con más ardor prendado de ella. Ya me parecía que la conquista de tan linda mujer era cosa segura, y no pensaba más que en las paralelas que había de empezar a poner aquel mismo día para llegar a la posesión de ella y hacerla mía y llevármela, que éste había de ser el airoso remate de tal empresa. Lo que no pude hacer en la casa de *El Nasiry*, quizá por las murrulleras artes del guasón renegado, lo haría en la de don Juan Ruiz, cuya semejanza con el español africanizado cada día se representaba en mi mente con más vigor. Los harenes europeos no están tan cerrados al soborno y a la captación como los africanos, y sus odaliscas o barraganas no se hallan tan cohibidas para pedir al mundo externo su salvación, siempre que haya valientes caballeros que en esta honrada empresa pongan toda la energía de sus bien templadas almas.

La primera paralela puse aquel mismo día, escribiéndole una carta con todo el fuego de amor que mi ambicioso anhelo me dictaba. Cada concepto era una flecha capaz de atravesar corazones de piedra. Y firme en mi idea de que la presteza y resolución rectilínea me conducirían a un rápido triunfo, desde aquella primera carta le propuse la evasión, el rapto, el cambiar su vida prisionera por la libertad y el amor, huir juntos en busca de la paz y la felicidad a regiones distantes. Bien sabía yo que a la primera carta contestaría negativamente o con alambicados melindres; pero a la segunda y tercera seguramente se desplomaría su voluntad, y allí estaban mis brazos abiertos para recogerla y escapar con ella. Doblé y cerré la epístola en la forma más breve, y ya no me faltaba más que una coyuntura propicia para entregársela, la cual al cuidado de Dios estaba, y no tardó en presentarse.

Comimos aquel día solos don Juan y yo, servidos por una jamona pesadita, nombrada Monsa, y por la que yo llamo la *Dolorosa*. La comida fué opípara. Como yo expresase a mi huésped mi sorpresa de encontrar trato tan exquisito y mesa tan señoril en un pueblo casi rústico, y en región como aquélla, donde parece muy lenta y premiosa la evolución de las costumbres, me dijo que él había recibido la enseñanza del buen vivir, y de las comodidades y limpieza de casa, mesa y demás, de un prócer que fué muy su amigo en la guerra pasada, a quien llamaban don Beltrán de Urdaneta, dechado y tipo de caballeros aragoneses, el cual a mí quizá no me sería desconocido, porque su nombre y hechos andan en papeles, y aun en un libro donde se refieren las gestas de Cabrera en el Maestrazgo. Aquel noble señor, bien entendido en cosas del mundo

y de la civilización extranjera, dió a don Juan lecciones del arte de comer y de cuanto atañe a tenimiento de casa y al buen porte y modales de persona fina. No fueron perdidas por *mosén Hondón* las enseñanzas del caballero, y cuando fué rico puso en ejecución toda la ciencia, que, una vez probada, le pareció admirable para ir pasando los días en este valle de lágrimas.

—Antes de que me cogiera de su cuenta el gran maestro—añadió don Juan Ruiz—, yo no sabía salir de la rústica ignorancia y sencillez grosera de los pueblos en que me crié. Para mí no había más mundo que la cocina con su enorme campana, el ollón sobre el fuego, alimentado con *fajuelos*, el candil de aceite, las *cadieras*, la bazofia que comíamos, y luego el dormir en camas altísimas con apretados colchones... En fin, tras aquello vino esto, gracias a don Beltrán, a mi herencia y al natural mío, que desde niño con secretas voces me tiraba a lo rumboso y elegante. No me pesa de ser como soy, que así puedo obsequiar dignamente a los amigos y sorprendo a los forasteros, como usted, dándoles en este villorrio las comodidades y el trato y trote de las poblaciones ricas.

Parecióme excelente lo que el cura me decía, y queriendo yo también darme alguna importancia, ya que alardear no puedo de buen vivir, díjele que mi lujo era el saber y mi elegancia el estudio. Desde mi tierna infancia- no había para mí mayor goce que el manejo y lectura de libros. Alabó don Juan Ruiz mis gustos, que nada encaja tan bien en la conducta señoril como dar aliento y protección a la gente estudiosa. La benevolencia del clérigo, excitando mi amor propio, fué causa de que se me desbordara la fácil erudición que poseo. Sin que viniera muy a cuento, le solté a mi amigo un chaparrón de Teología de Tomismo, y al fin todo lo que sé del Concilio de Trento, por haberlo leído en el camino... Pronto eché de ver que el arcipreste se aburría con mi ciencia; fuí recogiendo mi verbosidad, y acabé rogándole que me permitiera entretener mis ocios en su biblioteca. Soltó la risa Hondón, y con graciosa sinceridad, me dijo:

—Criatura, yo no tengo biblioteca, ni me hace falta para nada. Jamás abro un libro, porque sé que en él he de encontrar lo que ya sé, o sabidurías enrevesadas que, por razón de mi edad, ya no puedo aprender. Mi biblioteca, señor *Confusio*, es la Humanidad, y mis libros, las flaquezas, las pasiones, las envidias, las luchas humanas por el pan o por el palo... ¿Le parece a usted que esto no es estudiar y afilar uno las ideas, y quemarse las pestañas?

XX

Mi respuesta, puramente mental, a los métodos científicos del cura, fué así: «Conformes, amigo Ruiz. Yo también revuelvo esa biblioteca y compulso esos libros. Pues ahora vas a ver cómo de tus estantes te quito el libro más sustancioso, más inspirado y profundo, el estampado con más lindos caracteres, porque ese libro me gusta a mí, y quiero leérmelo y desentrañar su ciencia honda y su intensísima belleza.» En efecto: don Juan Ruiz se fué a sus quehaceres en la ciudad, y yo, solo en la casa, hice de ella un estudio topográfico, bajando luego a las huertas amenísimas y al gallinero populoso. Hallándome en la admiración de éste, tuve la dicha de que Donata me diera la contestación a mi primera carta. Entró ella a recoger huevos, y al salir, de la misma falda en que los llevaba, sacó el papel y, ruborosa, me lo dió, suplicándome que no le escribiera más. Yo le dije que esto no podía ser, y que al día siguiente se dispusiera a recibir la segunda en la iglesia. En sus ojos y labios puso los más graciosos remilgos para decirme que no volviese a escribirle. Pero harto comprendía yo que los remilgos significaban: «Escríbeme más, y mañana recogeré tu carta en el momento de tomar el agua bendita.»

Deliciosa era la epístola, que con su sintaxis pueril y su anarquía ortográfica me representaba la mujer tal como mi amante ambición la requería. Cierto que no se omitían en ella los inevitables aspavientos pudorosos, ni la monadita de espantarse de mi atrevimiento; pero luego venía la confesión de que era muy desgraciada, y el temor de que sus desdichas no pudieran tener remedio. Entre col y col, decíame que yo no le era *hindiferente*, y que me agradecía

mucho la *idalguía* de querer libertarla; pero que no podía ser, y vuelta con que no podía ser... En fin, leída la carta en la soledad de mi cuarto, me apresuré a redactar la segunda, esmerándome en hacerla más incendiaria que la primera y más arrebatada en la elocuencia de amor. La semejanza de Donata con la imagen que me forjé de la bella *Erhimo* era cada día más patente. Yo vestía mentalmente con el traje oriental a la sobrina, o lo que fuera, del señor arcipreste, y veía realizado en su rostro y talle la suprema hermosura de mujer, sintetizando los ejemplares más perfectos... Sus ojos son todo el cielo; su boca, toda la vida existente entre cielo y tierra, y de su seno para abajo, los profundos abismos de creación, donde nacen los ángeles. Yo estaba loco; yo amaba tiernamente a Donata, con ilusión de poesía y con el santo anhelo de fundir ésta en la prosa de la vida común.

Al día siguiente, realizado el plan presupuesto, entregada la carta en la oscuridad junto a la pila, oída la misa, salimos todos con don Juan; pero éste, en vez de dejarme ir a la casa con Donata y la otra, que no era Toneta, sino Olegaria, me llevó consigo por el pueblo. Entendía que iba, como el día anterior a quehaceres importantes, enfadosos... Sorteando baches y montones de basura, recorrimos angostas calles sin empedrar, que me recordaban las de Tánger y Tetuán. Por dondequiera que iba, don Juan Ruiz era saludado con respeto: hombres y mujeres le abrían paso, y le besaban la mano los chiquillos, homenaje de que yo participaba alguna vez por mis trazas de curita vestido de seglar. Con diversas personas que encontramos cambió el arcipreste animadas observaciones acerca de la cosa pública. A dos payeses arrogantes y de buena ropa les dijo: «Parece que a Ortega le condenan a muerte», y los otros no mostraron asombro ni lástima. Luego, llegados mi amigo y yo a una plazoleta solitaria, nos detuvimos un instante, porque así lo requería el interés que tomó de súbito nuestra conversación.

—Bien merecido le está—declaró mi amigo—. ¿Qué menos pueden hacerle a ese tarambana de Ortega que pegarle cuatro tiros? Figúrese usted que se plantó aquí con los batallones de la guarnición que tenía en Palma de Mallorca: los embarcó como quien embarca sacos de almendras, sin decirles: «Vamos a esto, vamos a lo otro.» ¿Qué había de suceder? Llegan a San Carlos a medianoche. ¿El qué se creía? Que le esperaban aquí tropas sublevadas; que toda Cataluña estaba en armas, y que Madrid había dado el grito... Ni Madrid dió ningún grito, ni aquí estábamos en pie de guerra, porque no se preparan esas cosas como preparamos una merienda, ¡rediez!... El que dió el grito fué Ortega al saber que O'Donnell había firmado la paz. Gritó «sálvese el que pueda», mientras las tropas que trajo gritaban: «¡Viva Isabel segunda!» En fin, ello fué, señor *Confusio*, el mayor desastre y la chiquillada más necia que se ha visto desde que hay facciones en el mundo... Huyó don Jaime Ortega... ¡Qué había de hacer el hombre!... Hubiera sido Cabrera el desembarcante en la Rápita, y yo le juro a usted que, aun viniendo solo, no habría tenido que escapar como un colegial travieso. Pero ese botarate, ese Orteguita, que se deja engañar por los de la Romana, tal vez por algún comisionado de Francia quién sabe si por algún catacaldos venido de Madrid, y luego engaña él a su vez tontamente a Montemolín y lo hace venir de Marsella, ¿cómo pudo creer que los leales de acá le íbamos a recibir armados y organizados...? ¿Para qué, rediez? ¿Para que nos pudriéramos la sangre en esa Cataluña y en ese Aragón, y echáramos el bofe sin resultado alguno...? No puede ser...; con estos locos no puede ser... La Causa seguirá dormida..., y dormiremos hasta que suene la hora. La trompeta que ha de tocar la hora está enfundada.

—Bien—le dije—: muy santo y muy bueno que estén enfundadas la trompeta y las armas; pero la Humanidad, señor arcipreste, no debe estarlo. No me negará usted que por la Causa condenan a muerte al desdichado Ortega. ¿Por qué, cuando el hombre salió azorado y huído, no le dieron ustedes escondite para que pudiera salvar la pelleja?

Bien porque se cansara de la paradita, bien porque había de pensarlo un poco antes de darme la respuesta, el arcipreste me cogió del brazo, y silencioso me llevó por una calle torcida, de vulgares y pobres casas, hasta llegar a una

de aspecto vetusto, con una puerta que había sido monumental y conservaba ornamentos herádicos ya carcomidos del tiempo. Allí se detuvo, y bajando la voz, aunque nadie había en la calle que oírnos pudiera, me dijo:

—No tienen todos los locos y majaderos derecho a que se les ampare y se les libre de la muerte. ¿De dónde ha salido ese Ortega? ¿Dónde está su abolengo carlista? Nosotros no podíamos atender a su escondite, porque teníamos que mirar por otros majaderos de más cuenta, el rey y su hermano, que tan sin tino se metieron en esta maladanza. Bastante hemos hecho, ¡rediez!, con salvarlos del bochorno de ser cogidos y avergonzados en público por esta canalla del Gobierno. Y salvos quedaron gracias a mí y a otras buenas almas que miran por la Causa. ¿Para qué estábamos en Rosell de la Cenia más que para cortarle el paso a la Guardia cívica que venía, según supimos al olor de las cabezas reales? Mientras allí estaba yo con mis aguiluchos de confianza, otros condujeron al rey y príncipe a Vinaroz, desde el arrabal de Ventalles, donde los teníamos escondidos. Y en Vinaroz se había preparado un falucho; del falucho pasaron a un vapor y allá se fueron mares adelante. Ya ve el amigo *Confusio* que hemos apurado nuestra humanidad para sacar del atascadero al soberano. A ese Ortega que lo salve su madre, si la tiene, o Napoleón de Francia, o sálvelo la *Isabel*, que es de corazón blando, según dicen... Conque, amigo y tocayo yo en esta casa me quedo que tengo que visitar a la vieja más cócora de esta villa, una *trotaconventos* y *tragahostias*, que me tiene frita la sangre con un pleito..., un enredo de intereses... Ya le contaré. Es tí de aquella Donata, de aquella pobre huérfana que tengo en casa... Abur. Váyase usted a dar la vuelta grande del pueblo. ¿Ve usted ese callejón y al fondo unos árboles? Sale usted por aquí, y se encuentra en el convento de Santo Domingo... Ya no hay frailes, ni falta que nos hacen. Ahí verá usted una olmeda. Es sitio ameno. Después, tirando a la izquierda, por una calle con porches, vuelve a entrar en el pueblo, y derecho, derecho, sale a la parroquia y a casa... Ea..., no se vaya a perder.

Metióse por el portal, y yo seguí el camino que me había indicado. Vi el convento, la olmeda: todo me pareció tristísimo y de vulgaridad villanesca, bien porque así fuese, bien porque, llena mi alma de la hermosura de Donata y del ansia de su conquista, no había forma ninguna de la Naturaleza que pudiera serme grata. No sé por dónde anduve... Mis pies me llevaban adonde querían, y, al fin, por ejidos polvorosos, por calles costaneras, lleváronme a la parroquia sin que mi voluntad les ordenase aquel camino. A la vuelta de un recodo, vino sobre mi vista la torre de la iglesia, como si diera algunos pasos a mi encuentro..., vi la casa, cuyo negro frontis pareció sonreírme... ¡ay!, y en efecto, me sonrió, porque vi a Donata en una de las ventanas altas sacudiendo una colcha... Miré a la colcha y a Donata sin decir nada; después seguí hacia la puerta, afectando la mayor indiferencia, porque había gente en la plaza: el coadjutor, una mujer y un burro..., mejor será decir un aguador que lo llevaba.

En mi cuarto aceché el paso de Donata por las estancias próximas; mas no la vi. Todas las hembras jóvenes y maduras de la populosa familia del arcipreste pasaron, menos la que era luz de mi vida. Sin duda se ocupaba en contestar a mi carta, faena para ella lenta y difícil por la torpeza de su escritura. Llegada la hora de comer, salí antes que me llamasen. El señor arcipreste no había vuelto aún, desusado y rarísimo caso que sólo en ocasiones extraordinarias ocurría. Advertí en las amas y sobrinas un ceño de inquietud; iban de un lado para otro interrogándose con fugaces monosílabos; enfilaban desde una ventana la calle frontera y larga por donde el reverendo había de venir. Pasaba tiempo, y cada minuto aumentaba la incertidumbre y ansiedad del rebaño mujeril... Oí cuchicheos en los corredores, como si celebraran consejo para adoptar alguna resolución... Por fin, Olegaria, que estaba de centinela en la ventana, volvió gozosa con el feliz anuncio de que ya venía... ¡Oh!, ya venía, ya entraba en la casa; ya se sentía el resoplido del león en el portal, en la escalera.

¡Por las once mil Vírgenes, cómo venía el buen señor! Daba miedo verle... Despavoridas huyeron hacia la cocina las chicas, las grandes y medianas, y yo

temblé viendo la cara que traía mi don Juan, y observando los gritos y patadas que fueron su entrada y saludo en la patriarcal vivienda. Algo debió de pasarle aquella mañana, que le sacudió los nervios, le encendió la sangre y desató la mal enfrenada bestia de su genio mandón y arbitrario. Pidió la comida con fuertes voces, tiró el gorro, se quitó el balandrán como un estorbo para sus manotazos y, cogiéndome cual si quisiera pegarme, me llevó al comedor y a la mesa, diciendo:

—¿Qué es esto, rediez? ¿No comemos hoy?...

El hombre se salía, por decirlo así, de su pellejo. Creyérase que en su alma llevaba una gran tempestad, más terrible por ser de esas agitaciones del corazón y de la mente que a nadie pueden comunicarse. Sus ojos despedían lumbre, limpiábase el sudor del cogote, rechinaba los dientes apretando las mandíbulas, dejaba caer sobre la mesa la palma de su mano con tanta fuerza y pesadez, que temblaban de susto los pobres platos, vasos y copas.

—Serénese, don Juan—le dije yo, no menos trémulo que la loza—. Coma tranquilo y no se altere por tan poco. ¿Qué es ello?... El pleito, la vieja cócora...

Y él, después de quemarse con la primera cucharada de sopa, gritaba:

—¡Por la vida de los cojilondrios, esta sopa es puro fuego!... ¡Pero, chicas!... ¿Qué puñaletes de sopa es ésta?... Os voy a matar, os voy a arrancar el moño, haraganas, hijas putativas del infierno...

Y volviéndose a mí:

—Loco me tienen ya. A todas de buena gana las fusilaría..., y a usted también, señor *Confusio*..., ¡a usted cuatro tiros!... Hoy estoy tremendo, estoy como en los días peores de la guerra; hoy me han sacado de quicio, han desencadenado a la fiera que Dios me puso dentro.

Traté de sosegarle, y deseando hurgar su enojo para saber la causa, le dije:

—¡Qué una vieja *trotaconventos* y *tragahostias* le sulfure a usted de ese modo..., por un pleito de reales mezquinos!... Calma, mi amigo; no turbe su digestión por esas bicocas...

—Sí, sí... Son como viejas..., dos viejas que mejor estarían hilando que saliendo a pescar coronas... La culpa tiene quien da su vida por tales y tales... ¡Qué cojilondrios!, ya no más, ya no más... Váyanse a la porra, a la santísima porra..., con cien puñales de peines... y con la maldita leche que mamaron de su madre putativa!... ¡Quieren que me ponga las botas! Para darles un puntapié me basta con las zapatillas, o con los zapatrancos que gasto para andar sobre terrones.

No conseguí aplacar su furia. Para acabar de arreglarlo, las pobres mujeres, aturdidas quizás por la tardanza del señor, descuidaron la comida. La *escudella*, que solían servirle al cura dos veces por semana, estaba sin sal; la *pelota* de carne, parte principal de aquel popular condimento, había quedado medio cruda; la *saboga*, sabroso pescado ribereño, quedó hecha papilla del exceso de cochura, y, por fin, el asado de pato de los juncales, *coll-vert*, se había quemado y amargaba. Resistió el fiero *don Juanondón*, sin protesta ruidosa, la ruindad de los primeros platos; pero al llegar al *coll-vert*, que era manjar muy de su gusto, estalló su ira en la forma más descompuesta.

—Esto ya es zurrarse—gritó, poniéndose en pie con gallarda impavidez de guerrillero frente al peligro—. Canallas, cuerpo de liberales, ¿qué porquería es esta que traéis a vuestro amo? ¿Qué cojilondrios hacéis todo el día, bigardonas, zarrapastros?... ¿En qué pindonguerías pasáis el tiempo? Así os vea yo comidas de tiña. ¡Fuera de aquí, perras, ladronas, hijas de malas madres!...

Escupiendo estos despropósitos, cogió platos, vasos y lo que más cerca de su mano encontraba, y empezó a descargarlos como proyectiles de mano contra las infelices que le servían. Como en gran número habían acudido al vocerío y escándalo, todas fueron blanco de la rociada. Las piezas de loza volaban por el aire y se estrellaban contra la pared, o en el cuerpo de las consternadas mujeres, que defendían su rostro con las manos, chillando furiosamente; los cascos de porcelana, los pedazos del pato, el salero, los tenedores, la ensalada, iban cayendo aquí y allá, y las amas y sobrinas huyeron despavoridas hacia el interior con lamentos de resignación más que de ira. Vi a Donata, que fué de las últimas en huir, y oí bien claramente su voz que gritaba:

—¡Santa Virgen! ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

XXI

Ciertamente: ¿qué culpa tenían las pobres? Así lo reconoció *don Juanondón* cuando su furia, una vez traspasado el punto culminante, fué perdiendo su ardor insostenible y dando lugar a la serenidad. Limpiándose el sudor de la frente, con resoplidos más que con voces, me dijo:

—Estas tontas lo pagan... ¿Qué culpa tienen ellas de que yo esté lastimado en mi honor militar? Dispénseme, señor *Confusio:* hoy no ve usted en mí al arcipreste, sino al cabecilla... No sabe uno cuándo es cura ni cuándo es soldado... El soldado, el hombre que sacrifica su vida por la Causa, salta cuando menos se piensa... Y yo me digo a veces: «¡Qué cojilondrios! ¿Es cuerdo que uno se haga matador de hombres por los derechos o los torcidos de príncipes ingratos? ¿Valen esas coronas tan disputadas el sacrificio de hombres dignos y valientes?... ¡Conque he de ponerme las botas!... ¡Conque soy un cobarde si no me las pongo!...» ¡Que oiga uno estas cosas!... Dígolo por las viejas, que debieran ponerse a hilar antes que meterse en estos trotes. No vaya usted a creer que es otra cosa... Juan Ruiz se ha sublevado, créalo usted, y se sublevará cuantas veces sea menester, porque ha visto y ve en los españoles un pobre pueblo sacrificado a los fanfarriosos de Madrid... Yo he tirado contra el Gobierno que agobia a España con las contribuciones y no da ningún bienestar a los pueblos... El pueblo no come, y allá los ricos holgazanes viven de estrujar a la pobreza. Por esto me he sublevado... Y yo le dije a Cabrera cuando escoltábamos a don Carlos: «Ni tú ni yo combatimos por que sea rey este alcornoque. Cuando lo sea, no valdrá más que la Isabel, ni remediará la miseria del pueblo.» Y Ramón me echó los cinco, y nos apretamos las manos, diciendo. «Cierto es, y algún día nos pedirá Dios cuenta de la sangre que hemos derramado por estos acebuches.» Yo debí haber hecho lo que Ramón: irme a Londres y hacerme inglés y no pensar más en este país ingrato. Pero la tierra nos llama, y el pedazo de pan que uno tiene aquí...

—Yo que usted, hombre independiente y adinerado—le dije—, no andaría más en la compostura y lañado de Causas, y me dedicaría en paz y gracia de Dios a cuidar mis tierras y dejarme cuidar de mis sobrinas...

—No puede uno... Se impone lo hecho ya, se impone la gente que a uno le rodea... Cuando uno es fuerza, dominio, autoridad en un pedacito de tierra, no puede abandonarlo. Los que aquí quedaran serían devorados por ese Gobierno maldito. Aquí soy fuerza y poder. ¿Por qué, amigo *Confusio?* Porque protejo a todos, porque reparto entre los infelices lo que a mí me sobra. La mitad de los vecinos de esta villa viven de mi amparo. Si no lo cree, salga por ahí, pregunte y entérese, ¡qué cojilondrios! No me gusta alabarme; pero me alabo, ¡rediez!, cuando llega el caso... Y por hacer tanto bien y amparar a tanta familia no hay aquí quien me tosa, y el Gobierno, haga yo lo que hiciere y conspire todo lo que se me antoje, no se mete conmigo... Me tiene miedo; sabe que está en mi mano la paz o la guerra en todo el territorio de la Cenia y del alto Maestrazgo... Si yo abandono esto, otro lo cogerá, y por todo paso menos porque me quiten mi mandamiento... Ya me pusieron los puntos para echarme de aquí... ¿Quién dirá usted? Pues los mismos de la Causa, cabecillas de cuartel, como decimos, y hasta convenidos de Vergara. ¡Y que no trabajaron poco hace tres años con el obispo para birlarme el arciprestazgo!... En poco estuvo que se salieran con la suya. Pero yo me lié el manteo y me planté en Madrid. Por don Isidro Losa me puse en relación con la madre Patrocinio, y ésta me lo arreglo a mi gusto. Total: que aquí vine triunfante, y me zurré en mis enemigos, los de Gandesa, y en el obispo y su pistolera madre.

—Ya ve cuán buena es sor Patrocinio y cómo mira por los defensores del Trono y el Altar—dije yo, sin miedo ya de que mis ironías le ofendieran.

—¿La madre? Aquí que nadie nos oye, déjeme decir que no ha nacido bribona semejante. Si usted cree en sus llagas, con su pan se lo coma...

Dijo esto, y soltando toda voz, gritó:

—Chicas, venga café, vengan copas.

Tomando el café que Olegaria nos trajo, y que, por cierto, estaba muy bueno (con la chillería y el disparo de platos, las pobres sobrinas habían puesto sus

cinco sentidos en el servicio), continuamos nuestra conversación, él más sosegado de su ira, yo pinchándole más para que me descubriese todo su interior

—¿Quiere usted saber cómo estoy de ortodoxia? Pues sepa que creo todo lo que me mande creer la Iglesia Santa, y no pongo el menor pero, ¡qué cojilondrios!, a ningún dogma de los que me enseñaron y enseño... Pero fanatismo no verá en mí por ninguna cosa de fe, como no sea por la adoración y culto de la Virgen María. Eso desde chiquito lo llevaba en mi alma, y a Dios gracias no lo he perdido ni pienso perderlo. A la Virgen acudo yo en mis lances desgraciados, y, la verdad, nunca me faltó ni tengo queja de mi abogadica celestial. Ella me sacó en mi niñez de toda enfermedad; ella me libró de mil peligros de muerte en los combates y aprietos de la campaña; ella fué mi sanidad en las heridas que recibí, mi escudo contra el fuego que cien y cien veces a boca de jarro dispararon contra mí; ella es indulgente con mis pecados, y ella me inspira las buenas obras... Todas cuantas caridades hago, a ella se las aplico, y firmísimo en este amor de Nuestra Señora, espero que la tendré a mi lado a la hora de mi muerte...

Así habló con solemnidad semejante a la que había yo notado en su varonil rostro cuando decía la misa. Terminada la interesante declaración de su ortodoxia, en la cual resplandecía la luz de un apasionado culto mariano, paladeó su café acompañado de la copita de aguardiente. Con esto y mis dulces exhortaciones a la paz del ánimo, fué recobrando la que había perdido en el ya descrito berrinche, y, por último, en actitud extática, la cabeza echada atrás contra el respaldo del sillón, los ojos fijos en el techo, recitó esta oración arcaica:

Santa Virgen escogida,
de Dios Madre muy amada,
en los cielos ensalzada,
del mundo salud e vía...

—Esta oración—dijo luego, llevándose a los labios la copa—me la enseñó mi madre cuando era niño, y siempre la digo al acostarme y levantarme. No es ésta la única que mi madre sabía; otras que recitaba de continuo también me enseñó. Oiga usted la que digo siempre que me veo en un gran aprieto:

¡Oh Santa María,
luz del día!
Tú me guía,
dame gracia y bendición
e de Jesú consolación.

Para los lances apurados de guerra, cuando atacábamos a la bayoneta, o dábamos carga de caballería, tenía yo otra plegaria, que por el sonsonete redoblado y vivo me parecía muy propia para el paso de ataque. Oiga usted:

Tú, Señora,
dame agora
la tu gracia
toda hora
que te sirva
toda vía...

Nunca dejó de ampararme la Madre de Dios. Por eso podrán decirme que si creo tanto más cuánto, en lo tocante a otros puntos de religión; pero en este punto, ¡rediez!, nadie puede decirme nada.

—Las oraciones que acaba usted de recitar—le dije—son del arcipreste de Hita, varón docto, muy devoto de Nuestra Señora, poeta y sabio, aficionadísimo al buen vivir y al trato de mujeres, según él mismo nos cuenta en su magno *Libro del buen amor*. Menos en lo de acaudillar tropas y andar en guerra contra cristianos, usted y él en todo entiendo yo que se parecen; y para completar la semejanza, el de Hita era como usted, hijo de Alcalá de Henares; como usted, arcipreste, y también se llamaba Juan Ruiz...

Ya tenía entre los dientes mi amigo algún discreto comentario sobre su semejanza con el de Hita, glorioso poeta, cura, gastrónomo y mujeriego del siglo XIII, cuando su atención fué repentinamente sustraída por Olegaria y Toneta, que de puntillas a la puerta llegaron, queriendo ver si había pasado la nube.

—Entrad, entrad sin miedo—les dijo don Juan—. Bigardas, mostrencas, ya estáis recogiendo los cascos de la loza que os tiré a la cabeza. Limpiad suelo y paredes de la grasa y piltrafas del pato, que no se podía comer. ¿Verdad, *Confusio*, que no se podía comer?

Animadas por el tono tranquilo del clérigo entraron otras, entre ellas Donata, y se pusieron a recoger los despojos de la refriega. Apenas comenzaron, sonó el aldabón de la puerta de la casa. Estremecimiento general, zozobra y susto repentino del arcipreste. Donata, que ha-

bía corrido a una ventana para ver quién llamaba, volvió azorada, diciendo:

—Señor, es mi tía...

Y don Juan Ruiz exclamó con todo el estruendo de su voz:

—¡Cojilondrios, me llaman otra vez!... Tengo que ir allá.

Acudiendo a recoger su gorro y balandrán, recobró el aspecto terrorífico que había traído de la calle cuando vino a comer. Sus ojos echaban lumbre, se le encendió el rostro, en su maxilar veíamos la vibración del músculo... Dando un empujón a Donata, le dijo:

—A tu tía, que voy en seguida... ¡Por los cojilondrios de San Pedro que no me hurguen, que no está este león para tafetanes!... «Tú, Señora,—dame agora—la tu gracia—toda hora...»

Viéndole tan enfurruñado, le pregunté si quería que le acompañase; me respondió que iría solo. Al bajar la escalera se volvió para decirme:

—Si pasea usted esta tarde, lléguese al bodegón de Llopis..., ya sabe..., al fin de esa calle de enfrente, torciendo a la derecha... Por allí me pasaré cuando de esta pejiguera me desocupe...

¡Qué bien me venía quedarme solo en la casa con el rebaño mujeril! Mientras ayudaba solícito a recoger los pedazos de loza y vidrio, supe que ya tenía respuesta mi segunda epístola. En un momento en que solas conmigo quedaron en el comedor la *Dolorosa* y Donata, ésta, con sólo medias palabras, el mirar revelador y el gesto expresivo, me hizo saber que me daría su carta en cuanto Toneta saliera. Dicho y hecho: diez minutos después de esta telegrafía rápida, el papelito estaba en mi poder. Mientras la familia comía, me bajé a leer a la huerta, como el día anterior. Entre las hojas del primer tomo del *Concilio de Trento*, libro que me interesa tanto como la *Vida de Bertoldo*, metí el mensaje de mi odalisca, y bajo los frondosos árboles que rodean la noria lo leí muy a mi gusto. De la primera a la segunda carta había madurado la dulcísima fruta del amor de Donata, hasta el punto de que ya manifestaba resueltamente, con amoroso abandono, sus deseos de libertad. No podía ya vivir en tan horrible suplicio... Dios le había enviado consuelos con mi presencia y la Virgen, hablándole al corazón, le decía que soy un hombre bueno y honrado, incapaz de engañar a la pobre prisionera que en mí confía... Decía también que ella, es religiosa y que la entusiasma verme tan aplicadito a la lectura de libros sagrados... Que la Virgen la absolverá del pecado de su fuga, si en efecto puede lograrla, porque su fin no es otro que buscar la paz y la virtud fuera de aquel triste caserón.

Todo esto decía, y aún más, pues no faltaban expresiones de intenso cariño. ¡Qué triunfo, Dios mío: qué admirable victoria ganada por mi audaz estrategia de amor, con las armas de mi mérito personal y de la fogosa elocuencia que pongo en mis cartas! Sólo faltaba determinar el plan completo de la fuga, con toda la tramitación prolija de tan peliagudo negocio... No bajó aquella tarde Donata al gallinero, prudencia y disimulo dignos de alabanza. Pero en otra ocasión y lugar próximos me mostró la hermosa joven su agudeza y sus instintivas artes amorosas, porque sabedora de que yo había de salir para juntarme con don Juan en el figón de Llopis, hizo tan exacta distribución de sus quehaceres y tan feliz medida del tiempo, que cuando salí estaba barriendo el portal.

Bendije la casualidad, que era de las previstas, y me regalé con un diálogo delicioso en su apurada rapidez. Pocas palabras bastaron para repetir y afirmar el pacto de amor... Otra vez escribiría yo... Ella me señalaría en su respuesta sitio y hora para celebrar una entrevista, en la cual dejaríamos acordada la hora de evasión, etc... Preguntéle yo si podíamos contar con su tía... Pedíle noticia breve de los negocios, pleitos o diabluras que tenía el arcipreste con aquella señora anciana, y quise saber el motivo de la furia del buen señor... A esto no contestó Donata más que con un vacilante *no sé*, frunciendo el entrecejo y mirándome como en demanda de perdón por no ser más explícita. Comprendí que no debíamos hablar de semejante cosa: a su sazón y tiempo se hablaría..., y con esto terminamos. Donata me indicó que saliese, y la obedecí, condenándome al suplicio de no mirar atrás cuando atravesaba la plazuela... No puedo expresar el alborozo que llevaba yo en mi alma: era como un sol vivísimo que me alumbraba el entendimiento y como celestial música que me lanzaba el corazón a un danzar frenético. ¡Oh portento de la hermosura, oh *Erhimo*, ya tu apasionado

caballero abre los brazos para traerte a la libertad, a la paz y al amor! Hierros del harén, rompeos en mil pedazos. Astucias y malas artes de *El Nasiry*, ya nada podréis contra las invencibles armas de *Confusio*.

XXII

Era el bodegón de Llopis un local telarañoso y mugriento, donde bebían los que tenían sed y jugaban a los naipes algunos holgazanes viciosos; en él vi el boceto, el trazo rudimentario del moderno casino, sitio de reunión, de vago charlar, mentidero y bebedero público, con el aspecto y colorido que tenían estos lugares en tiempos del arcipreste de Hita; pero algo más era, pues allí, no el de Hita, sino el de Ulldecona, celebraba juntas, recibía embajadas y mensajes, dictaba órdenes, ejerciendo las funciones de su califato político, social y militar... Entré en el humano pesebre con el propósito de esperar a mi señor don Juan; mas resultó que ya él a mí me esperaba. Los parroquianos que en sucias mesas comían y jugaban me miraron con curiosidad y respeto, mientras un vejete adiposo, que parecía dueño del establecimiento, me señalaba una escalera de palo, diciendo:

—Arriba está *don Juanondón* aguardándole.

La escalera, de añoso castaño ennegrecido, chillaba con todas las tablas de sus desvencijados peldaños cuando uno subía por ella: era un son de coplas con cadencia de romance gangoso, recitado por bocas sin dientes... El ritmo de la escalonada madera me llevó a un cuartucho ahumado, que recibía la luz de dos agujeros, más que ventanas, con barrotes en diagonal. Mesa larga del mismo castaño musicante ocupaba el centro, y junto a ella vi a mi señor arcipreste sentado en un banco, hablando con dos tíos de zaragüelles, grandones, macizos, terribles cuerpos para el trabajo y la guerra. En lo que don Juan les decía creí entender órdenes de permanecer pacíficos, y advertencias concernientes a la labranza, todo mezclado; extraño amancebamiento de Marte y Ceres. En el atezado rostro de aquellos interesantes bárbaros vi la ingenuidad del hombre medieval, laborioso en la paz, matón en la guerra, defensor de su terruño y de sus rudas creencias con fanático heroísmo... Despidióles don Juan a punto que entraba el hostelero con un jarro de vino blanco y pastelitos tortosinos, que llaman *panolis*.

—Siéntese, amigo y tocayo—me dijo el clérigo, a quien noté totalmente aplacado del berrinche—, y charlemos; que una charla sabrosa es el mejor alivio de los ánimos destemplados... He mandado traer este blanco de Sitges y estos pasteles para reparar nuestros estómagos; que hoy apenas comimos... con el jaleo que armé en casa... y las torpezas de aquellas chicas.

—Me place mucho su compañía, señor arcipreste—le dije—, y no rechazo el vino y los pastelitos. A lo que entiendo, este tugurio es para usted salón de embajadores, cuartel general, sala de audiencia... Aquí dicta la guerra o la paz...

—Cierto, cierto, y acabo de dictar paces. No hay quien me saque de mi ten con ten, ni por ningún interés de fantasmones me meto yo en aventuras sin elementos para llevarlas a su término debido.

—Aquí ejerce usted su cacicato; aquí convoca el sínodo de curas que de usted dependen y les dicta órdenes guerreras...

—Y órdenes espirituales, amigo mío; de todo hay... Aquí me las tengo tiesas con los de Tortosa y con los de Tarragona, cuando hay alguno que me quiere fastidiar, llámese obispo, gobernador militar o jefe político... Esta es la oficina de mis auxilios a los campesinos que andan estrechos; aquí dispongo darles tanto más cuanto de trigo para simiente, dinericos para la contribución, y aquí me traen ellos sus bendiciones... No digo esto por alabarme, sino para que usted lo sepa y salga a mi defensa cuando vaya por ahí y algún ignorante o malicioso le hable pestes del *Cabezudo* de Ulldecona, como suelen llamarme en Tortosa y Gandesa...

—Yo diré de usted todo lo bueno que he aprendido en su hospitalidad y comñía... Y espero decirlo pronto, señor arcipreste, porque ya está pesando sobre mi conciencia la ociosidad.

—No le diré que se detenga más, porque, si mucho me honro con tenerle en mi casa, también me inquieta el pensar que lleve retraso en sus diligencias.

No podía yo discernir si esto me lo de-

cía con sinceridad o si era delicada fórmula para indicarme que ya estoy de más aquí.

—Y ¿ya no me pregunta nada el amigo *Confusio*—me dijo riendo—de las viejas impertinentes que me han dado ayer y hoy la más grande matraca que puede sufrir un cristiano?

—Nada de eso pregunto—respondí—, porque entiendo, señor arcipreste, que usted no me respondería la verdad.

—Así es, amigo y tocayo, pues nadie está obligado a referir todas las cosas. que algunas hay que por su intríngulis no deben salir nunca del encierro de la discreción... Cuando vuelva usted por acá de paso a Madrid, si es que va por Valencia..., y ya sabrá que de Valencia a Madrid tenemos ferrocarril, y hecho está un buen pedazo del que de Valencia viene hacia acá..., cuando vuelva, digo, le contaré estos lances para que se divierta un poco y tome apunte de ellos, por si le da la gana de escribir algún día unas miajicas de historia.

—No le aseguro a usted que no las escriba. El arte de referir los hechos públicos o que deben serlo, me seduce, y algunos ensayos tengo escritos de este arte difícil.

—Es usted un sabio, señor *Confusio*, y pocos habrá que en edad tan corta hayan reunido en su caletre tanta ciencia y tal caterva de conocimientos, de los que se sacan del alma fría de los libros. Lo que yo dudo, y con franqueza se lo digo, es que todo ese caldo soso de bibliotecas le sirva de algo... ¿De veras está decidido a cantar misa? ¿No teme que de aquí al momento de las órdenes mayores puedan venirle arrepentimientos, o siquiera tibieza de la vocación?

—Me parece que no, señor arcipreste. Cada día siento mayor seguridad de que no han de faltarme los alientos y el entusiasmo que me llevan por ese camino.

—Muy bien: yo le felicito por su constancia. Sin duda tiene usted un temple ta apagadico, que no temerá las zaragatas entre lo divino y lo humano, ni se verá en riesgo de pecado, o de faltar gravemente a lo divino... Yo, como hombre tan largo de experiencia que se pierde de vista, puedo aconsejarle... No se asuste porque le diga que si siente quemazones de lo humano, tan fuertes que amenacen con abrasar lo divino, no les eche agua fría de penitencias, que esto, a la postre, es malo, así para el cuerpo como para el alma... No sé si me explico bien... Yo he notado que es usted encogidico; pero como he visto tantos zorronglones de ojos caídos y semblante mustio, que luego han salido unos grandes peines, no sé qué opinión formar de usted. Podrá ser usted lo que parece, y podrá no serlo...; ésa es mi duda. Quizás la misma duda tenga usted: que el hombre no se conoce tal como es hasta que llegan ocasiones singulares de la vida que sacan lo escondido y hacen ver a cada cual lo que tiene dentro... Pero, en fin, por lo que valga, yo le doy a usted mis consejos, y usted los toma para hoy o los guarda para mañana, como esas cosas de apariencia inútil que guardamos creyendo que para nada han de servirnos, y el mejor día, ¡pum!, resulta que nos hacen mucha falta.

—Dígame, dígame lo que quiera—respondí gozoso y atento—, que sus opiniones son oro puro para mí. Yo quizás no sea todo lo cuitado que parezco; quizás me encuentre en el punto ese sutil en que no puedo decir con certeza si me siento bien seguro en las virtudes de humildad, castidad y limpieza de pensamientos, o si, por el contrario, me asaltan temores y barruntos de caer en esos infiernos de lo humano que me cerrarían la puerta de lo divino...

—Poco a poco—dijo el cura, echándose atrás el gorro después de atizarse una copa del blanco vino—. No estoy porque a lo humano se le llame infierno... ¿Cómo pudo hacer nuestro Criador la Humanidad para el sufrimiento y la privación en si misma? No, no: lo humano es obra de Dios, como lo es lo divino... En fin, amigo *Confusio*, hablemos claro, y cada cual de lo suyo. No quiero meterme en fisolofainas, sino presentar a usted hechos particulares míos, tan míos como mi cuerpo y rostro. La verdad y la ciencia están en *lo que a uno le pasa*, y lo demás es viento de sabidurías vanas... Pues a mí me ha pasado que no he podido echar de mí el amorcico de mujer... Entiendo que sin mujer no vive el hombre; y cuanto me digan en contrario téngolo por una pesada broma que nos quiso dar el judío Moisés o errata de imprenta de los sagrados Cánones. Nunca dijo Nuestro Señor Jesucristo que los sacerdotes habíamos de vivir del aire de mujer, y nada más que del aire..., ya

usted me entiende..., y en todo caso, paso porque ello sea mérito; obligación, nunca... ¿No está usted conforme conmigo?

Asentí sin quitarme la máscara de mi timidez, pues esto en ningún modo me convenía, y con hábiles réplicas le incité a clarearse más y descubrirme todo su interior. Al desbordamiento de su sinceridad contribuía la frecuencia con que se atizaba vasitos y más vasitos de lo añejo.

—¿No cree usted, como yo, que la mujer es una de las más apañadas creaciones de Dios?... ¿Me negará usted que ha nacido para recibir los obsequios del hombre, y que estos obsequios son la sembradura de las generaciones?... Cierto que en la gran caterva de mujeres las hay impertinentes, desabridas y fastidiosas, y de éstas debe huir el hombre de gusto; pero las hay también adornadas de mil encantos, ¿no es verdad? Y ¿no observa usted que hay mil y mil pobrecicas que quedan sueltas y horras. porque no se casan todos los hombres que debieran casarse? ¡Ay!, el arca del matrimonio es cada día más estrecha, y en ella no caben todas las parejas de animales, o sea de hombre y mujer. Debemos mirar con caridad a las hijas de Dios que no han encontrado colocación en el arca... Yo he sido bueno para ellas; las he amparado, y a muchas proporcioné buen casamiento, después de tenerlas algún tiempo a mi servicio... A otras. que eran holgazanas, las he arregostado al trabajo; a las sucias enseñé limpieza y curiosidad. Di de comer a las hambrientas, y a las ignorantes, como fieras cogidas con lazo, les di el pan de la enseñanza: lectura y escritura. He sido aunque me esté mal el decirlo. un gran civilizador, y si me apuran, el buen pastor de esa parte del rebaño femenino condenada por el mundo a la pena capital de vestir imágenes.

No pude contener la risa. Con el vino y la natural malicia del asunto tratado se iba poniendo el cura en un punto de alegría y gracejo que daba mayor encanto a su sinceridad. Digno era de envidia, por haber arreglado su vida tan a gusto agenciándose riqueza, autoridad sobre los hombres, dominio sobre las mujeres ..

—Muchas me han querido cuanto se puede querer—dijo, poniendo un poquito de amargura en sus remembranzas—; otras han sido ingratas. No me han faltado sofocos y peloteras. Naturalmente, dejando entrar en el alma las pasiones que halagan, no podemos librarnos de las que nos atosigan: la cólera, los celos malditos. No puedo decir que he sido violento y malo más de una vez. La Virgen me lo perdone, si no me lo ha perdonado ya... Verá usted: fué en lo más duro de la guerra, siendo yo cura de Albalate y jefe de la caballería de Quílez. *Hablaba* yo entonces, para decirlo decorosamente, con una muchacha de Alcaine, que era un sol de bonita, morena como el trigo, con un sonreír de ángeles y unos ojos de fuego que disparaban bala rasa... Para decirlo de una vez: me enamoré de ella como un bestia... La puse en casa de una tía suya en Valdeconejos, adonde iba yo a verla siempre que el trajín de la facción me lo permitía... Lleváronme el soplo de que la Fabiana me estaba faltando... No lo creí. Lleváronme otro cuento: que me faltaba con un teniente de la partida del Royo... Ya dudé... Lleváronme el chisme de que Fabiana y el teniente hacían escapadas de noche por las huertas del pueblo... Allá me fui..., aceché, no vi nada... Aceché más, vi... Vamos, que los cogí haciéndose fiestas. ¡Usted figúrese..., con mi genio! Salté del zarzal en que estaba escondido... Agarré al teniente por un tupé muy empinadito que gastaba, y asegurándole de modo que no podía moverse, le disparé mi pistola en la sien derecha... El tiro salio por la sien izquierda... La Fabiana voló chillando, y no he vuelto a verla..., ni me ocupé más de esa trotera putativa, que quedó bien castigada, con cien mil pares de cojilondrios...

Una ráfaga de frío corrió por todo mi cuerpo al oir el trágico suceso del cura y al figurarme la escena bárbara y breve que con terrible concisión me contaba. Díjele que difícilmente podía Nuestra Señora perdonarle tan brutal homicidio; pero él, que de copa en copa iba cayendo en un estado, no diré de embriaguez, pero sí de alegría voluble, dispersión juguetona de sus pensamientos, no hizo caso de mis severas palabras y me invitó a secundarle en la empinación del codo. Resistíme yo a ello, y él entonces, con hipérboles de cariño, entremezclando los acentos de alegría con acentos llorones, me dijo:

—*Confusio* mío, sigue mi consejo y toma las órdenes, sin cuidarte de lo que ahora o después te digan en contra del estado religioso tus nervios y tu sangre... No seas cuerpo sin alma... También ser alma sin cuerpo es mala cosa... Veo la vida como un jardín. Todo lo bueno que Dios hizo en este jardinico es para nosotros..., para el hombre todo lo bueno, no para los burros... El burro es el que se priva de lo bueno... Lo mejor entre lo bueno es amor... y lo más santo, lo divinamente divino. Ríete de los que dicen *no* a todo lo bueno y sabroso... Yo digo: la serpiente tenía razón..., mi señora la serpiente supo lo que se hacía... Adiós, *Confusico,* vete a Tarragona..., dale memorias al deán, al obispo y al archipámpano..., y que te echen pronto la sagrada crisma... Adiós, hijo mío, que seas bueno, que metas el dedo en la olla de la miel prohibida... Adiós.

Después, su creciente alegría se extremó en un canticio, golpeando la mesa con el vaso, con ritmo de pasodoble:

¡Oh María,
luz del día,
tú me guía
toda vía!...

XXIII

Al día siguiente del suceso, más bien de la sabrosa espontaneidad del buen arcipreste en el tabernáculo, se precipitó el curso de mi aventura con Donata, hasta llegar al punto que ella y yo deseábamos... En nuestras últimas cartas, y en una breve entrevista que tuvimos, ya después de anochecer, quedó concertado el plan de su evasión y fuga conmigo. No ocultaré que si la proximidad de mi dicha inundaba mi alma de gozo, no me veía libre de algún punzante recelo cuando pasaba por mi mente la imagen de don Juan Ruiz, a quien veía en las formas de su enojo antes que en las de su bondad. Recordaba el caso de fiereza que me había contado en el bodegón, y su poder en toda esta tierra, donde la muchedumbre de sus amigos y adeptos favorecerá sus venganzas. Y aumentaba mi intranquilidad la confusión en que me tiene la persona moral del arcipreste, cuyo carácter verdadero no he podido penetrar en trato tan corto En él veo cualidades excelentes, virtudes afeadas por el vicio, barbarie y talento en increíble mezcolanza, y otro revoltijo no menos extraño de orgullo feudal y supersticiones, de crueldad sectaria y democracia piadosa. Sin conocerle a fondo, ¿cómo discernir el sistema de defensa que debo emplear contra él?... Confiaba yo en que aportase mi amada nuevos datos para el estudio del personaje que bien pronto había de ser nuestro mayor enemigo.

Para terminar la parte de mis aventuras fechadas en esta villa de Ulldecona, consigno aquí las resoluciones que adoptamos Donata y yo para la evasión y huída. Yo me despediré de don Juan a las diez de la mañana, saliendo con mi equipaje en dirección a Tortosa y Tarragona, con toda la tranquilidad que simular pueda, y a la mitad del caminito, poco más, en una villa nombrada Santa Bárbara, me detendré, despachando para Tortosa la tartana con mi maleta. Acto seguido me personaré en la casa de un alquilador de coches llamado Manalet, y ajustaré otra tartana, en la cual me volveré a Ulldecona, a punto del anochecer, entreteniendo el tiempo de modo que no llegue aquí hasta las doce de la noche. Al pueblo me aproximaré, rodeando, hasta un sitio que llaman *Los Olmos*, por la parte del camino de la Cenia, a espaldas de la parroquia y casa rectoral. Allí, junto a unos molinos aceiteros, debo esperar con mi tartana: allí se juntará conmigo *Erhimo,* digo, Donata.

Tal es la parte mía en el plan; ved ahora la de mi cómplice. Donata, encargada de cerrar el portalón de la huerta, hará todo lo contrario, que es fingir que lo cierra y dejarlo abierto. Se acostará como siempre en el cuartito alto, donde también duerme Toneta. Ya cuenta con que ésta favorecerá con su ayuda y su silencio. Recogerá en un lío toda la ropa que pueda llevar, y a medianoche bajará descalza o con alpargatas, llevando para el perro queso y pan con que acallará los ladridos del honrado animal. Ya *Sultán* la conoce: es su amigo y no ha de hacerle ninguna mala patida en el crítico momento... Arriesgadillo es el complot; pero confío en mi buena estrella y aguardo lo que el Destino quiera depararme... Adiós, Ulldecona; adiós, orgulloso arcipreste, y que en

la próxima noche sea pesado tu sueño y ligeras las sandalias de mi amante odalisca... Punto final. A ti me encomiendo, Beramendi amigo, para quien son estos desaliñados renglones.

Tortosa, abril.

Entiendo que los divinos ángeles y San Antonio bendito, protector de los enamorados, se pusieron de nuestra parte en aquella memorable noche, porque todo el plan presupuesto quedó cumplido sin la más leve contrariedad. ¡Jesús mío, qué suerte! A la media hora de estar yo en la espera de *Los Olmos*, con la ansiedad que puede suponerse, vi que de la oscuridad se destacaba un bulto, cargado con otro bulto menor o lío de ropa. El corazón, antes que la vista, me dijo que era Donata. No hallo términos con que pintar mi alegría y la priesa con que introduje a mi fugitiva en la tartana y di al tartanero las órdenes de salir a escape. Comprenderéis, oh insignes marqueses, mecenas míos, que los primeros instantes de nuestra viajata fueron consagrados a la celebración del santo suceso, la divina libertad lograda con manifiesto auxilio del Cielo, y que el himno de júbilo y las felicitaciones consiguientes se confundían con amorosas ternezas y con las caricias que a mi audacia consintieron la timidez y encogimiento de Donata. Luego se recogió ella en su piedad, rogándome que la permitiese rezar el rosario, a lo que no pude oponerme, por más que ni el rosario ni ninguna otra forma de devoción estaban en mi persona. Hícele mil preguntas, a las que contestó que, no creyéndose segura hasta pasar de Santa Bárbara, convenía que nos encomendáramos a Dios dejando para las horas de tranquilidad las explicaciones y comentarios de lo que atrás quedaba y de lo que teníamos camino adelante. Hube de acompañarla en la enfadosa recitación del rosario, y en verdad poco me importa esta corta interrupción de nuestra dicha, teniendo ya en mi poder a la bella *Erhimo*, sacada por mi astucia del harén de don Juan Ruiz.

Antes de amanecer, pasado ya el lugar de Santa Bárbara, vi a mi *Erhimo* repuesta de su ansiedad y susto. Quise que satisfaciera mi curiosidad en algunos hechos observados y nunca comprendidos durante mi residencia en Ulldecona, y empezó por aclararme el enigma de aquel misterioso casón de puerta heráldica, y del berrinche que allí había cogido el arcipreste el día de la voladura de los platos.

—Te habló de una vieja cócora y pleitista—me dijo Donata—para desorientarte. En aquella casa están escondidos el rey y su hermano. Nadie lo sabe. Yo y algunas de nosotras lo sabemos. En la casa vive una señora anciana, rica, noble y no partidaria de la Causa. Mi tía es criada de la señora, que se llama doña Tiburcia... El ha querido que don Juan se lance al campo con su gente; don Juan no estaba por eso. Insistió el rey con malos modos, y de ahí vino el sofoco del cura y la furia que desahogó en casa con nosotras... Una cosa te pido, Juan, y es que al llegar a Tortosa a nadie hables del pueblo y casa en que están escondidos el rey y príncipe; que no debemos meternos a delatores.

Parecióme muy atinado y prudente este propósito de discreción, y allá se entendiera el Gobierno con aquel rey de pega, que no sabía por dónde salir del pantano. Luego me informó Donata de algo muy interesante, que hasta entonces era otro enigma para mí. En Tortosa nos aposentaríamos en la casa de una prima suya, llamada Polonia, con quien sostiene relaciones de amistad cariñosa. Se criaron juntas, se quieren como hermanas. Viuda de un zapador, Polonia vive del corto rendimiento de una modesta casa de pupilos, puesta bajo los auspicios de la guarnición de la plaza: son sus huéspedes un capitán, el músico mayor y uno o dos (en esto no estaba muy segura Donata) capellanes castrenses. Ya había escrito a Polonia notificándole su resolución de abandonar, por el procedimiento de la fuga, pues no había otro, la casa y el nada honroso patronato del arcipreste. Segura estaba de ser bien acogida, y de que en casa de su prima podríamos trazar sosegadamente nuestros planes del porvenir. A mi recelo de que en aquel refugio nos alcanzase la persecución del celoso don Juan, opuso Donata esta afirmación tranquilizadora:

—No temas, *Confusio*. No va el arcipreste a Tortosa ni atado. Allí son pocos sus amigos, muchos sus enemigos.

y hay unos cuantos que se la tienen jurada.

Esto me dió un buen pie para pedir a Donata su opinión del carácter de don Juan. ¿Qué pensar de tal hombre? ¿Es bueno, es malo, o un plexo intrincado de cualidades recomendables y perversas?

—Es bueno—dijo la guapa moza—; todo lo bueno que puede ser el que no vive como es debido. La mala es Olegaria..., envidiosa, egoísta, y, además, tan torcida y dañada de religión, que si se va a mirar, en nada cree; si no es atea, le falta poco... Piensa y dice cosas que hacen estremecer al Santísimo en su altar... Y no has visto otra más ambiciosa: todo lo quiere para sí... Te roba las estampicas, los pañuelos, las agujas y dedales, y hasta un bollo que tengas guardado para tu merienda... ¿Y golosa?... Más que una gata. ¿Y acusona?... Un horror. Ella es la que con sus chismes y cuentorios trae revuelta a toda la familia.

Bien claro me decía Donata que sus antipatías se concentraban en la rubia. Los motivos, Dios los sabrá... Quedábame yo en el limbo de mis dudas respecto al tipo moral del arcipreste; y por más que reiteré mis preguntas, no pude obtener de Donata más que confusiones semejantes a las mías.

—En conciencia—me dijo—, no puedo responderte como tú deseas. ¿Es bueno es malo? Yo, pobre mujer sin mundo, no puedo darte sentencia fija sobre un hombre como éste, tan raro en sus sentires, en sus pensares y en sus entenderes. Como bueno, bueno, no es, digo yo, pues siempre está faltando, Juanico, faltando a lo que manda Dios, y haciendo faltar a los demás... Como malo, malo, no es tampoco, porque a lo mejor te saca unos arranques de hombre bueno que te dejan pasmado. Así es que no sé, no sé... Tú, que eres sabio, sabrás esto de que un hombre pueda ser malo y ser bueno..., y de que haya bondades malas y maldades buenas...

Camino adelante, repetíamos de vez en vez las tiernísimas expresiones de nuestro afecto, al rodar trompicoso de la tartana; nuestra conversación se iniciaba con cualquier asunto, y siempre, sin saber cómo, derivaba hacia la familia, casa y asuntos del arcipreste. Por esta razón me enteré de interesantes particularidades, que quiero consignar sin demora para satisfacción de mi amigo Beramendi y de los ociosos que en edad próxima o lejana leyeren estas deshilvanadas aventuras. Pues, según las referencias de Donata, son muy variadas la procedencia, categoría y funciones de cada cabeza de ganado en la femenina grey del buen Hondón. Mujeres hubo allí que debieron al amor su ingreso en el hogar; mas esto no era lo común; mujeres hubo que entraron simplemente a servir; otras que eran hijas de antiguas servidoras; otras que llegaron inopinadamente, sin más razón que la caridad del arcipreste, gran amparador de huérfanas y aliviador de viudas ahogadas y de familias venidas a menos. No todas las muchachas que entraron con este carácter, dando a la casa vislumbres de hospicio, incurrieron en debilidad de amor con el cura. Hubo casos rarísimos: feas que pecaron, y hermosas que salieron tan puras como habían entrado.

Comprendía Donata en la síntesis de *familia* a las que yo designaba, por su edad, en las dos clases de *amas* y *sobrinas*. Y resultaba que eran sobrinas algunas que yo tuve por amas, y al contrario; y otras, las más, no tenían nada de sobrinas por razón de parentesco. Por ejemplo, Carmeta, ya madura, era sobrina efectiva, hija de una hermana de don Juan; Toneta, la *Dolorosa*, era hija de *Monsa*, una de las más viejas amas, prima hermana de don Juan. Clasificadas por el lenguaje, resultaban los dos grandes grupos, aragonés y catalán, dominando el primero, porque de tierra de Teruel solían mandarle al poderoso arcipreste remesas de lucidas zagalonas para que las amparase y pusiera en la carrera de matrimonio. Olegaria, la pérfida y venenosa rubia, es catalana, y no tiene vínculo de sangre con el patrono, ni con ninguna de sus amas o amadas de diferente edad y abolengo: vino al cotarro como de aluvión. Si la costumbre de no despedir a nadie acreditaba el buen corazón del cura, por otra parte era grave mal, porque la familia crecía desmedidamente, con riesgo de choques y zaragatas. Por último, de sí misma habló Donata muy poco, y aún ignoraba yo totalmente su origen, el cómo y cuándo entró en la familia, y otros mil pormenores y circunstancias que

eran, sin duda, de grande interés. A mis insinuaciones pidiéndole estas para mí preciosas noticias, se anticipó así:

—No te impacientes, Juanico, que tiempo tenemos de hablar de todo, y de que yo te cuente lo que es fácil de decir y lo que no se dice sin trabajo y pena.

Nuestro viaje se acortaba por momentos, y a las primeras luces del día vimos un paisaje en que Donata reconoció las inmediaciones de Tortosa. Ya estaba cerca la caudalosa corriente del Ebro; ya se veían los cerros que circundan la histórica villa; ya llegábamos a nuestro refugio y empalmábamos el fin de una vida con los comienzos de otra, que habrá de ser felicísima... Estimulados ambos por la frescura de la mañana y por el gozo que trae siempre un nuevo día, renovamos nuestro juramento de amor y sellamos el pacto con arrebatadas ternezas. Libertad dijimos al salir de Ulldecona; voluntaria esclavitud proclamamos al enfilar el puente de barcas para entrar en la venturosa ciudad, que a Donata y a mí nos pareció la más bella y alegre del mundo..., como que fué espejo en que nuestra felicidad se reproducía.

Y a medida que nos internábamos en la población, dejando el suplicio de la tartana, mayor alegría sentimos. Hízome admirar Donata la diligencia con que acudían los hombres a sus varias industrias y trabajos, la belleza y lozanía de las mujeres, la no menos opulenta hermosura de los frutos del suelo, que en el mercado acreditan la feracidad del vergel circundante... Estas impresiones, y el cielo azul, la luz vivísima que hacía sonreír a todas las cosas, y el caudal majestuoso del Ebro, penetraban en mí con las formas de amor, de esperanza.

Pensó Donata que antes de entrar en la que había de ser nuestra casa, situada en lo que llaman el *Rastro*, debíamos ir a la catedral a dar gracias a Dios y a pedir a la Virgen de la Cinta que nos amparase en la vida nueva que emprendíamos. Me pareció muy bien. A la santa iglesia nos fuimos, la cual por fuera es de un grecorromano mazacote y pedantesco, interiormente bella, mística, ornada de primores artísticos y de ingenuas fruslerías costosas, que mueven a la devoción. La Virgen de la Cinta, ante cuya majestad estuvimos arrodillados largo rato, es linda, consoladora, de expresión divinamente afable. Ninguna imagen he visto que me haya cautivado tanto como ésta, ninguna que tan bien sintetice en su rostro la dulzura y la gracia... Nunca vi manos tan puras como las que muestran la milagrosa Cinta, ni cabeza en cuyo contorno brille con tan celestial resplandor la corona de estrellas.

Trabajillo me costó sacar a mi amada de la espléndida capilla. Por su gusto se hubiera estado allí todo el día reza que reza, sin acordarse de que hemos de alimentar nuestros cuerpos desmayados del insomnio. Salimos, y por calles para mí desconocidas, risueñas, animadas del hormigueo alegre de la vida tortosina, nos fuimos a la casa de Polonia, quien nos recibió poco menos que con palio: tan satisfecha estaba de tenernos en su compañía. Mi primera diligencia, después de tomar chocolate con lucido acompañamiento de tiernos bollos, fué salir a recoger mi maleta y a despachar al tartanero de Ulldecona, breve ocupación en que me guió el asistente de uno de los pupilos de Polonia... Esta nos instaló en lo más alto de su vivienda, donde estaríamos, según dijo, algo estrechitos pero con preciosa independencia, aislados del bullicio de la casa. A mi odalisca y a mí nos agradó el aislamiento, y no nos molestó la estrechez, porque así estábamos más juntos el uno del otro. Mi querencia de las comparaciones me hizo ver en el palomar alto y recogido una reproducción fiel de aquel otro en que anidé con la blanca *Yohar*, por arte y gracia de *Mazaltob* y *Simi*...

Permitidme, oh nobles marqueses, que guarde en mi mente y en mi corazón, apartadas del descaro de las cosas escritas, la tarde de amor..., la noche de intenso descanso, de un dormir hondo y dulce...

XXIV

Acordaron Donata y Polonia que comeríamos en la cocina, pues aunque somos huéspedes, nos consideramos de la familia. Este apartamiento fué muy de mi gusto, y no porque nos molestaran los pupilos; al contrario, en ellos encontramos afabilidad y cortesía. El músico

es un ángel; el capitán, un aragonés de lo más corriente y francote que he visto en mi vida; el castrense (no soy ya dos, sino uno), un señor picoteado de viruelas, de mediana edad, un poco duro de semblante, pero sencillo y cariñoso en su trato, persona excelente, si no me engañaba el primer vistazo. Observo con gusto que mi Donata se afana desde hoy por ayudar a su prima en los trajines domésticos. En la cocina están las dos tan entretenidas, que da gusto verlas. Otra observación fugaz: Polonia es guapa, frescachona; pero no llega ni con mucho a la clásica belleza hispanoárabe de Donata-*Erhimo*.

Un día más, y sigo observando. El capellán consagra diariamente un mediano rato al arreglo de las cuentas de Polonia. En un librito le va poniendo el gasto, sin omitir lo más insignificante y menudo, y por otro lado van los ingresos. Gracias a don Jesús Portela (que así se llama), la simpática patrona lleva sus negocios con admirable claridad y limpieza. No podrán decir lo propio las innumerables pupileras esparcidas por el ancho mundo. Mi dominante espíritu de comparación háceme pensar en Lucila y en el novio administrativo que le ha salido para enderezar su existencia hacia las ordenadas esferas de la economía política y privada... Otra cosa: no sé de dónde habrá sacado mi buen capellán que yo soy un gran teólogo, y que cuando llegue a Tarragona saldrá el arzobispo a recibirme como a un enviado del Papa, o poco menos. Esta idea del buen Portela me le pinta como un administrativo forrado de inocencia paradisíaca.

Sigo observando y enterándome de todo: el capitán se empeña en llevarme a ver el castillo, que desarrolla su imponente grandeza en los altos de la ciudad. Me dejo llevar y querer, y en los baluartes, oficiales de distintas armas se nos unen... Me cuentan el suceso de la Rápita, que aún no ha dejado de ser aquí la diaria comidilla de todas las bocas. ¿De que se ha de hablar más que de la calaverada orteguista, del estúpido desenlace de aquel drama político, el peor aderezado y compuesto que nos ofrece nuestra Historia, primer teatro del mundo en sediciones y pronunciamientos?

Reproduzco una noticia breve, fugaz nota recogida de un testigo presencial, teniente del Provincial de Tarragona:

—Salimos de San Carlos. Ignorábamos adónde se nos llevaba. Esto fué el día dos. Hasta entonces nada sospechábamos, o, por mejor decir, ninguno de nosotros sacaba del corazón su vaga sospecha... Habíamos visto dos tartanas que iban delante de las tropas a regular distancia. Cuando el general a ellas se acercaba, se descubría con todo respeto y reverencia... Ya empezaba a correr un cierto runrún de boca en boca. Llegamos a un sitio llamado Coll de Creu, donde se hizo alto para comer... Formamos pabellones, y los soldados se quitaron las mochilas. En la vanguardia se sirvió la comida al general y a cinco o seis personas más, debajo de unos árboles... Yo no puedo referir lo que pasó...; sólo diré que en nuestro batallón corrió de punta a punta una ráfaga de luz, de inspiración; nos pusimos todos en pie, abandonando las raciones; sonó toque de llamada; los soldados echaron mano a las mochilas. Nuestro teniente coronel nos habló a gritos: «¡Hijos, vamos vendidos!... ¡Viva Isabel Segunda!» Yo no sé lo que pasó, vuelvo a decir. Sé que algunos soldados señalaban una nube de polvo en que iba Ortega con cuatro más, a galope tendido. Desaparecieron... Los del Provincial de Lérida nos contaron luego que a los desconocidos caballeros de la tartana les cogió el pánico cuando estaban comiéndose un pavo que llevaban entre papeles. Cada uno de ellos se arregló como pudo con un alón o pata, y comiendo iban cuando arreó disparada la tartana y se perdió también en nube de polvo.

No se abren aquí las bocas más que para decir algo del desgraciado Ortega. Los que no hablan de su insensato alzamiento, hablan de su captura. A Ortega encontramos en la sopa y en la *escudella;* Ortega sale a relucir en toda charla de paseantes; Ortega, en la sala y en la cocina. En la de Polonia estábamos cuando entró a encender un cigarrillo en las brasas del fogón el castrense don Jesús Portela, y nos contó cómo había sido capturado el general en su fuga... Tan ciegos estaban él y sus compañeros de locura, que en vez de correrse a la costa en busca de un falucho que los llevara mares adentro, se metieron en el corazón de España. No

podían desechar la ilusión de que el país se subleveba por la Causa. Soñaban con el levantamiento general, con Madrid convertido a la fe montemolinista. Siguiendo este fantasma, se internaban de pueblo en pueblo, camino de su perdición. El hijo del conde de Sobradiel, ayudante de Ortega, era un valiente soñador, que creía encontrar en cada pueblo lo que no encontraron en Tortosa... Todo su afán era llegar a Alcoriza, donde contaban con fantásticos auxilios del barón de la Linde... Pero en Calanda se acabaron las ilusiones: los fugitivos chocaron con un alcalde que los reconoció y los puso debajo del recaudo de la Guardia Civil... Todo esto nos refirió el capellán, que acabó abominando del carlismo como ciudadano consecuente que milita en la Unión Liberal y debe su posición a Posada Herrera.

Pasa otro día, y se ensancha la esfera de mis amistades. Conozco y trato a sinnúmero de oficiales de la guarnición y de los batallones que en mal hora trajo de Baleares Ortega. Este no tiene la cabeza buena, en concepto de muchos, y sólo así se explican sus inauditas rarezas y actos extravagantes. En Palma, cuando preparaba la desatinada expedición, iba de taller en taller, vestido de paisano, con botas, vigilando la compostura del armamento... Pues al traerle prisionero desde Calanda a Tortosa, los que le custodiaban sufrieron acerbas quejas y reproches del desgraciado general, irritado de las incomodidades inherentes a su triste situación. Pedía lo que no podían darle, y reclamaba lo que en aquellos míseros pueblos no existía. Es hombre de hábitos elegantes, hecho a los refinamientos del tocador. Le desesperaba el no poder mudarse de ropa. En Alcañiz pidió un traje negro de pana, y no hubo más remedio que hacérselo en breve tiempo. Vestir de negro, con botas altas de charol, guantes color lila, era un atavío muy del gusto de aquel hombre, a quien la conciencia de su buena figura y porte, y los éxitos sociales, inclinaban a la presunción.

Temiendo un arrebato de locura o despecho, los guardianes del general no le permitían afeitarse, con lo que movían mayores arrebatos de la presunción. La idea de estar feo y poco galán sacaba de quicio al hombre tanto como le irritaba su fracaso militar y político. Pero aún hubo de ser más vivo el enojo del pobre Ortega cuando se le sirvió la comida sin cuchillos ni tenedores, que esto es de rigor tratándose de presos en quienes se supone con fundamento la demencia suicida. La porquería de comer con los dedos le sublevaba; ponía el grito en el cielo; clamaba contra sus verdugos, protestaba de su buena intención patriótica en la empresa frustrada, y decía:

—Yo haré saber a la Europa este bárbaro tratamiento que se da a un general español por el hecho de querer traer a su patria la paz definitiva. Yo no soy carlista, no soy absolutista..., quiero la fusión de las dos ramas, deseo ardiente de todo español honrado... Yo defiendo la causa *fusionista*, y por ella moriré, si así lo quieren mis enemigos.

¡Infeliz hombre! Mimado de la sociedad y favorecido de las damas, su buena figura y sus relaciones no habían tenido poca parte en los fáciles adelantos de su carrera militar. Era un caso del *señoritismo* endiosado, que, desvanecido con los triunfos sociales, acaba por creerse un derecho y una fuerza. Fuerza ilusoria es, bomba de vidrio, fundida en salones y tertulias, y que al salir disparada de estas esferas, se estrella en mil cascos contra el primer muro que encuentra. ¿Verdad, amigo Beramendi, que Ortega no es más que una víctima del *señoritismo*, y que éste debe ser atado con cintas de seda para que nunca intente salir de los dorados espacios de la frivolidad al campo de la acción?

El risueño vecindario de Tortosa se entristece con la visión del próximo suplicio de Ortega. Empezó creyéndole criminal, y al fin le tiene por más merecedor del manicomio que del patíbulo. La execración y burlas injuriosas de los primeros días derivan rápidamente hacia la compasión. Dulce, capitán general de Cataluña, ha llegado a Tortosa reventando de inflexibilidad. O'Donnell, desde Africa, ha dicho que no hay perdón, y en Madrid, el blando corazón de Isabel se pone frenos para no dar lugar a la clemencia... Cuando nos aseguró el capitán que el fallo cruel es inevitable, Donata y yo caímos en gran tristeza. Ortega no nos había hecho ningún daño. Dicen que el daño grande lo ha hecho al país; pero este perjuicio, si es cierto, se reparte por igual entre todos los espa-

ñoles, y la porción que a nosotros nos toca es inapreciable por su pequeñez. Donata me dijo:

—Vámonos a rezar a Nuestra Señora de la Cinta para pedirle que haga lo que no quieren hacer Dulce en Tortosa, O'Donnell en Africa y la Isabel en Madrid.

Y yo, que cada día me siento más sumiso a la bella *Erhimo,* digo, Donata, le respondí:

—Recemos a la Virgen para que entre la sentencia y el pecho de Ortega interponga su cinta milagrosa.

En la capilla de la Virgen pasamos la tarde. Luego fuimos de paseo hacia la puerta del Temple y el Astillero, y en nuestra conversación, divagando lentamente, sentados al fin en un recuesto donde contemplábamos la majestuosa corriente del río, surgió un pequeñísimo punto de discordia que me ha hecho cavilar más de lo que yo quisiera. Ello fué que en el ardimiento de mi pasión me arranqué a declarar que es broma todo lo que he dicho de cantar misa, y que mi verdadera vocación es el vivir laico en la turbulenta lucha del mundo. En mi amada noté algo como desvanecimiento súbito de una ilusión. Largo rato permaneció callada y seria, mirando las aguas del Ebro. Comprendí que mi sinceridad no fué de su gusto. Lo que a mí me parecía muy natural, perturbaba sus ideas. Vi ante mí, o entre mi persona y Donata, un mundo extraño y anormal que nunca pensé pudiera existir. La idea laica, con su natural secuencia de matrimonio y vida regular, no era de su gusto. ¡Monstruoso fenómeno de psicología artificial, obra de las direcciones equivocadas de la existencia!...

Emprendimos el regreso con cierta esquivez el uno del otro, y sólo hablamos de cosas insignificantes. La tristeza que el incidente descrito me produjo se desvaneció por la noche viendo a mi Donata como siempre amorosa, quizá más que de ordinario, cual si quisiera desagraviarme. Por último, se franqueó del modo más lisonjero para mí, diciéndome:

—*Confusio* mío, dejo aparte mis gustos en lo tocante a tu carrera. Seas tú lo que fueres, y cantes misa o dejes de cantarla, yo a ti pertenezco para toda la vida, porque tú has querido tomarme, y yo darme a ti con entera voluntad. Más te quiero cada día, y tan enamorada estoy de ti y tan cautivada de tus prendas, que si me faltara tu cariño, me faltaría también la vida.

Con ardientes caricias pagué el regocijo intenso que me dió esta declaración, y ella la corroboró con nuevas ternezas, terminando nuestro nuevo pacto de amor en el alto aposento recogidito.

Repitió Donata al siguiente día sus oraciones a la Virgen de la Cinta para que se apiadase de Ortega, trayéndole el indulto, ya que ablandar no podía la dureza del Consejo. Este fué de los que llaman ordinarios, y de él formaba parte mi compañero de vivienda, el capitán Albuerne, quien me contó que el pobre reo había protestado airadamente de no ser juzgado por un Consejo de generales, como por su calidad le correspondía. Habló Ortega cuanto quiso, y leyó un escrito largo ante el adusto Tribunal; mas no pudo obtener clemencia, y fué condenado a morir, tremendo fallo que espeluzna. Dicen que esto es necesario para que subsista en su inmaculada doncellez la disciplina militar, y en ello convendríamos todos si no supiéramos que ya está bien violada de innumerables seductores, aunque se guarda como un dogma el convencionalismo de que sustancialmente convivan la violación y la virginidad.

Despojado de la dignidad militar, Ortega no dejó de ser elegante en el mayor aprieto de su vida y en los preparativos para su muerte, y encargó un traje negro de paisano, según su particular gusto, bien ajustado, con botas altas y capa corta que airosamente llevaba. Preso en el castillo, era el galán peripuesto, que se desvivía por que su presencia y figura fueran admiradas de cuantos pudiesen verlas. Ante el Tribunal, como ante el público, su tribulación se aliviaba revistiéndola de cierta elegancia melancólica. Su romanticismo no le abandonó un instante. Después de sentenciado, soñaba con la evasión, con el indulto, emanado del tierno corazón de Isabel; confiaba en las vehementes gestiones de la Montijo y de su hija la emperatriz Eugenia. Hacia estas empingorotadas damas volvía mentalmente sus ojos paseándose en la prisión con su capita terciada, en gallardas actitudes.

Una noche más... El castrense, vesti-

do de hábitos, lo que fué para mí una transfiguración de su persona, me propuso llevarme a ver a Ortega en la capilla. No quise acompañarle. Las barbaries de la ley me llenan de frío el corazón, incapacitándolo para execrar las de los malhechores.

XXV

Acompañé a Donata a la Santa Catedral. Quería mi pobre odalisca apurar su piedad y sus oraciones para mover a la Virgen a un acto generoso por las vías comunes, o por la vía del milagro si necesario fuese. Disparatada fué, según Donata, la conducta de Ortega; pero ¿cómo dudar de que en sus propósitos estaba el defender la religión? La causa últimamente abrazada por el infeliz general no sólo predica las buenas leyes, sino el reinado de la fe. Pues bien merecía Ortega que se le mirara como soldado de Dios, salvándole de una muerte ignominiosa.

En estas reflexiones y en el afán de sus rezos la dejé, porque me esperaba don Higinio, el músico mayor, con quien quedé citado en el café para irnos a ver la ejecución. Es el prototipo de la franqueza angelical, un hombre de esos que llamamos *todo corazón*, mejor será decir *todo nervios*, porque no he visto otro más vivo, más cambiante y movedizo en sus sensaciones, ni que mejor traduzca su temperamento en un lenguaje que musicalmente puedo expresar con la notación de *presto agitato*. Por la mañana me contó que había visitado a Ortega en la capilla, hablando con él un ratito. ¡Qué mal rato pasó! Aunque se tiene por hombre de fibra, capaz de resistir las más patéticas impresiones, no pudo eximirse de la pena del caso, ni disimularla frente al reo. Este, presumido y bien compuesto de rostro hasta en los trances últimos de su vida, se mostraba ante los curiosos sereno y grave, con una melancolía de buen tono. Había escrito a su mujer una carta afectuosa; se había despedido de sus amigos y cómplices, Elío y Cavero, y hablando del suplicio próximo, trazaba un programa de él, comparándose con el bravo don Diego de León, de cuyo heroísmo ante la muerte quería ser imitador fiel. Como expresara su propósito de mandar el fuego, el cura que le asistía le arguyó que es más cristiano el valor callado que el jactancioso. Así pudo quitarle de la cabeza lo de dar las voces de «¡Apunten, fuego!», que revela el apego a las vanidades terrestres en el momento de cambiarlas por la eternidad gloriosa.

Todo esto lo contó el director de la banda a un su amigo que le acompañaba y a mí. Era el amigo un hombrachón espigado, fuerte, como de treinta años largos, con trazas de marino, por su traje azul y lo curtido del rostro. ¿De qué habíamos de hablar sino de Ortega y de su trágico fin? Como algo dijera yo de la descabellada expedición, el desconocido me informó de que él había venido de Palma con el general rebelde.

—¿Es usted marino de guerra?—le pregunté.

Y él:

—No, señor; lo fuí. Cinco años estuve en el servicio. Después me metí en lo mercante; pero no me amaño al mucho trabajo con poco provecho, y ahora me vuelvo a los barcos del rey.

Nada más me dijo, ni yo a él, porque nos apremiaba lo que era motivo principal de nuestra reunión, y salimos los tres camino de la explanada de Remolíns, donde nos dijeron que dejaría de vivir el general Ortega. La verdad, no iba yo muy a gusto: desconfiaba de mantenerme entero ante tal espectáculo, y la compasión ocupaba en mi alma más espacio que la curiosidad. Pero don Higinio, en quien la energía y animoso temple contrastaban con la pequeñez del cuerpo, se burló de lo que llamaba mi pusilanimidad. Otro tanto hizo el hombre de mar, declarando que conviene presenciar las desdichas ajenas para que no nos cojan de nuevo las propias, y que cuando sepamos que arden las barbas del vecino, debemos ir a verlo, para aprender cómo hemos de poner en remojo las nuestras.

Ya estaba la explanada de Remolíns llena de gente cuando llegamos; pero gracias a los codazos y empujones con que se abrió camino en la masa humana el hombre de mar, nos colocamos en sitio donde podíamos ver cómodamente la función. Hubo un momento en que ésta se representó en mi mente como función trágica de teatro, que nos da

la emoción patética y compasiva. Al influjo del arte, llora uno y se aflige; mas todo ello es como si nos pusiéramos máscara de espanto. Debajo están el rostro sereno y la conciencia de que es mentira lo que vemos entre telones. Nos retiramos alabando el arte del dramaturgo y el bello fingir de los cómicos... En esta ilusión de tragedia teatral permanecí mientras estuvimos en espera del acto, y la causa de mi error no fué otra que el aspecto del apretado público, y su bullicio de impaciente curiosidad. Bullía y bufaba como una muchedumbre de parada militar, de teatro, de toros...

A la derecha, y a bastante distancia de lo que puedo llamar nuestro palco, había una puerta de fortificación. Por allí salieron tropas a caballo; después, tropas a pie; traían al reo, y en el momento de verle, mi teatral ilusión desapareció, sustituída por un sentimiento congojoso de la realidad. La figura vestida de negro, con botas; el hombre elegante y melancólico que yo me representaba en mi mente por lo que de él me contaran, estaba vivo ante mí; y vivo, conducido entre dos clérigos, fué llevado a un sitio frontero a mi palco. La distancia que de él me separaba no era tal que pudieran escapar a mi vista la figura aristocrática, la cabeza hermosa y descubierta, el rostro pálido, el bigote rubio, la blanca frente, que al sol relucía como espejo...

Sentí aflicción hondísima, terror, vértigo, cual si me viera al borde de un abismo negro y sin fondo. Quise huir, mas ya no era posible: la multitud me enclavijaba en su cuerpo macizo. En mi retina se estampó la imagen del reo, calificado de traidor. Lo sería; mas a mí se apareció revestido de todo el esplendor de la dignidad... Cuando vi que se apartaban de él los curas, que le dejaban solo, cruzado de brazos, sin vendar los ojos, y que él miraba impávido los fusiles que pronto apuntarían a su pecho, cerré los ojos... No quería yo ver tal ultraje a la Naturaleza. Mi temblor y el temblor de todos anunciaban un cataclismo del mundo moral... Repentino acceso de curiosidad me hizo abrir los ojos. Fué en el mismo instante del tremendo disparar de los fusiles. El cuerpo de Ortega saltó en rápida voltereta. Vi las suelas de su botas como si patearan el espacio...

El murmullo de la multitud acarició el cadáver como una onda con gemidos de responso. ¡Oh iniquidad, baldón de la Naturaleza, bofetada y palos en la propia persona de la Divinidad! ¡A las tres de la tarde, en un espléndido día de abril, cuando el sol alegra los campos y la tierra fecunda echa de sí para regalo del hombre toda la magnificencia de flores y frutos, la ley nos ofrece su auto siniestro de la fe jurídica y militar, remedo de los sacrificios idolátricos! ¡Y se llama ley lo que es contrario al sentimiento y a la razón; ley, la violación salvaje del principio cristiano! ¿En qué te diferencias, ley matadora, de los criminales que matan? En que revistes tu crimen de etiquetas y trámites y en que has sabido cohonestarlo con fórmulas hipócritas de moral falsa y de religión contrahecha. Tan execrable eres tú, perversa ley, como tus auxiliares, los hombres trajeados de negro, cuya misión en el patíbulo es comprometer a Dios a que sancione la barbarie llamada pena de muerte... A mi delirio de furiosa protesta puso fin un triste accidente que a mi lado ocurrió. Fué tan viva la congoja del pobre músico don Higinio ante el terrible espectáculo, que todo el artificio de su presumida entereza se vino al suelo, y lanzando un ¡ay! lastimero cayó al suelo con un síncope. Con no poco trabajo lo sacó de entre los pies de la multitud nuestro acompañante el gigantesco marino, y viéndolo sin sentido se lo echó a la pela. Mujeres hubo a quienes pasó lo mismo; mas no encontraron a un atleta que del oleaje tan gallardamente las sacara.

Poco pesaba el músico mayor... Véase por dónde vinieron a interrumpir la convulsión trágica risas de sainete. Chiquillos vi, y aun mujeres animosas, que hicieron gran fiesta de ver al don Higinio llevado en brazos por el hombracho. Este reía también, oyéndose llamar San Cristóbal. Avanzando a paso de procesión, pudimos llegar adonde no nos abrasaban los rayos del sol y se aclaraba la espesa multitud. Recobró su sentido el músico, y tan sorprendido como avergonzado se limpiaba el sudor de su frente calva.

—Es muy raro esto que me ha pasado—nos decía—. No vayan ustedes a creer que fué susto: soy hombre de terrible entereza... ¡Pero tengo el estó-

mago más canalla y más perro que ustedes han visto!... Esta mañana comí unos *muscles* que me trajeron de Ampolla, y sobre ellos bebí aguardiente... Ya lo ven: me han hecho daño... Lo peor es que se me va la vista, y me tiemblan las piernas... Horrible ha sido el fusilamiento, ¿verdad, amigos?... Entiendo yo que la pena de muerte es una brutalidad..., es un asesinato... También lo es comer *muscles* y encima aguardiente... verdadero asesinato.

Con menos trastorno exterior, quizá la impresión mía fué más honda y lacerante que la del buen músico. Dejando a éste en casa, me fuí a la catedral en busca de Donata, a quien vi consternada, en un corrillo de clérigos y devotas, condoliéndose de que no hubiese venido el indulto. Bien claramente echó de ver mi amada que el trágico suplicio me había descompuesto. Más que condolido del triste fin de Ortega, me mostré indignado de la hipocresía de las leyes, que sacrifican a un hombre en el ara de la disciplina militar, mil veces violada y escarnecida. La traición resultó más ridícula que tremebunda, sin ocasionar muertes. ¿A qué tanto rigor contra un soldado iluso a quien debíamos acusar principalmente de necedad inofensiva?

—Ya ves, ya has visto—dije a Donata—de qué te han valido tus rezos y cuán indiferente es la Divinidad a nuestras miserias y dolores. El general muerto tenía mujer, tenía hijos, que habrán rezado tanto como tú, y con más afligido corazón... ¡Valiente caso les han hecho! Y es que la proyección de la Divinidad sobre nosotros en forma de culto es tan falsa como la otra proyección de la Divinidad en forma de justicia. Todo es mentiroso, todo compuesto para el servicio exclusivo de un grupo de poderosos que se han alzado con el mundo moral y con el mundo físico... ¡Ay Donata, repugnancia y miedo me da esta oligarquía, formada con la triple casta de soldados, legistas y curas!... ¡Y dicen que así ha de ser; que no existe mejor sistema; que en la majestad de Dios se apoya este armadijo!... ¡Paciencia! Cantemos las glorias de los que nos esclavizan y atormentan.

Presumo que Donata no entendió mis ideas, expresadas con vaguedad febril... Agarrándose a lo que afirmé de la ineficacia de sus rezos, me dijo:

—La Virgen no ha querido salvarle..., bien claro está..., no ha querido, porque Dios y la Virgen habrán determinado que la Causa tenga mártires.

¡Ay, con qué pena oí este brutal concepto en boca de la mujer tan tiernamente amada! Quizá debí callarme, respetando un error nacido de la propia sencillez y rusticidad de la guapa moza; pero no lo hice, y movido de un ímpetu sectario y de mi locuacidad discursista, solté un sinfín de acusaciones y diatribas contra la Causa y sus príncipes, contra sus caudillos y tropas. Donata me oía consternada, poniéndose ya lívida, ya roja, y haciendo con su linda boca graciosas muequecitas de ira, de burla, de desdén. Sin duda dije mil simplezas, y arrebatado de mi propensión a la vana oratoria endilgué pedanterías hinchadas, de esas que comúnmente no entran en el cerebro de una mujer. No la convencí, no; en la rudeza de sus ideas macizas, recibidas de la tradición, se estrellaban mis razonamientos como la ola en la peña. Díjele al fin que el vivo ejemplo y símbolo de la Causa lo tenía en el que fué su amo y sultán, de cuyo brutal poder habíala yo librado con ayuda de Dios. La monstruosa Causa se personificaba en el monstruo llamado *don Juanondón*.

Balbuciente salió Donata a la defensa del arcipreste, del cual dijo que, si estaba cargado de faltas, también poseía virtud y mérito grandes.

—No, no, *Confusio;* no seas injusto. Don Juan es valiente, es piadoso... Piedad y valor tiene, según lo requiere la necesidad... Tú no le conoces bien, y hablas como un papagayo, que no sabe lo que dice. Que don Juan peque no significa que deje de servir a Dios cuando es caso de servirle... Y como talento macho, con luces para entender de cuanto hay, ¿quién se iguala con él? Yo digo que donde está don Juan, que se quiten todos... Hombres así debieran ponerse a gobernar la nación... ¡Qué derechos andarían los españoles con un tío como el arcipreste!... ¡Bien les sentaría la mano, bien!..., y ellos, los muy cuitadicos, agradeciéndolo, Juan, agradeciéndolo.

Me acometió un reír convulsivo... Hablar quise, y de mi boca no salía más que la risa desbordada y frenética. Donata se asustó al verme, y cuanto más

carantoñas y mimos me hacía para calmarme, más locamente me disparaba yo en aquella infernal risa. Acudió primero Polonia; después, el bondadoso castrense, que además de administrativo tenía sus puntos de médico; en mí vió un fuerte ataque nervioso, y me ordeno cenar todo lo fuerte que pudiese para combatir la debilidad. Negué me a tomar alimento; me hicieron acostar; trajéronme aguas cocidas, infusiones en las cuales echó don Jesús no sé qué polvillos... Lentamente se me sosegó el mal de risa que me sacudía los hipocondrios y me quebrantaba la cintura.

Solo con mi moza, ésta procuraba con blando arrullo y expresiones suaves incitarme al sueño. Yo quería dormir; mas algo había en la estancia que me despabilaba, tentándome al furor y a la risa. Veréis lo que era. Algunos días sacaba Donata de mi maleta las prendas de clérigo, sotana y bonete, que en mi equipaje con socarrona intención pusisteis, ¡oh insignes Beramendi y Tarfe! Estimaba mi odalisca en mucho aquellos negros atavíos; cuidaba de ventilarlos de tiempo en tiempo para que no se picase la tela, y después de cepillarlos con esmero y quitarles el polvo y arreglar con la aguja algún deterioro que en ellos notase, los guardaba de nuevo respetuosamente. Pues aquella noche estaban colgadas frente a mí las feas vestiduras que debían servirme de disfraz en la farsa de mi viaje. En ellas clavé mis ojos espantados, y cuando Donata me incitaba a dormir, yo le dije:

—No me deja, no me deja dormir...

—¿Qué tienes, Juan; qué miras?

—Eso, Donata; eso no me deja dormir. Quítalo y dormiré. Si no te decides a quemar ese horror, esa funda negra y el nefando gorro de cuatro picos, guárdalos, vida mía, para que yo pueda coger el sueño. Sacerdote quiero ser; pero nunca pondré sobre mi cuerpo ese traje de ajusticiado o de ajusticiante.

Solícita me libró Donata de la vista de aquellos lúgubres objetos; y hablando de religión, de la misericordia divina, de la redención de nuestros pecados por el arrepentimiento, del amor a todas las criaturas sin distinción de castas, clase ni estado, de lo bueno que es Dios y de la maternal indulgencia de la Santísima Virgen, me quedé dormido como un ángel.

XXVI

Desperté sosegado y sin ningunas ganas de reír. Sentada junto al lecho, había Donata recostado en éste su cabeza y parecía dormir profundamente. Las ideas que me asaltaron en aquel rato de sedación suave fueron desconsoladoras. Pensé que me había dejado llevar de la imaginación al encarecer desmedidamente la hermosura de Donata. Aunque es muy propio de poetas sublimar el semblante, el color y las líneas corpóreas de la mujer amada, entiendo que hice un derroche abusivo de comparaciones poniendo el cielo en los ojos de la mía, en su boca todas las gracias y en su cuerpo no sé qué ideales paganos de perfectísima gentileza. La miré bien, dormida, y si en efecto no puedo menos de reconocer que es una linda hembra, también reconozco que hay no poca distancia desde sus atractivos a la perfección de nuestra madre Eva, o a la de las diosas gentílicas, con quienes en mis arrebatos de amor propio la he comparado. Me propuse rectificar en la primera ocasión oportuna aquel juicio mío inflado de hipérboles optimistas, y así lo hago, manifestando a los señores de Beramendi que rebajen un poquito mi poética descripción de la *Erhimo* aragonesa.

Pues de las observaciones que aquella noche hice ante Donata dormida pasé a revolver en mi mente recuerdos de lo que ella me había contado días antes referente a su niñez y crianza. En Alcoriza, tierra de Teruel, nació la que por especiales motivos románticos llamo mi odalisca, y fué su padre el sacristán de la iglesia principal del pueblo. Con sutil discreción me dijo que al sujeto que ante el mundo se llamaba su padre le tenía ella por tal en concepto putativo, y que el verdadero progenitor era persona de más categoría. A la muerte del sacristán (acaecida cuando Donata no pasaba de los cinco años), quedó su mujer de sacristana, porque así lo dispuso el generoso párroco, hombre de opinión y de buena presencia, y en todo lo que no fuera servicio litúrgico de altar desempeñaba la viuda las mismas faenas del difunto. Ved aquí cómo creció la chiquilla en aquella vida sacristanesca. A su madre ayudaba en el barrido de la

iglesia y capillas, en alimentar las lámparas de aceite, en lavar las imágenes y desnudarlas o vestirlas cuando era menester, en disponer los altares para el diario y las funciones mayores. De aquí que estuviera la odalisca tan versada en las cosas del culto y fábrica y en los ritos de cada festividad.

Así llegó a ser mocita. Me contó que miraba mucho por ella el buen cura, y que la guiaba paternalmente por los caminos de la virtud y de la honestidad, dándole además la instrucción rudimentaria de leer, escribir y contar un poquito. Por desgracia, al cumplir Donata los dieciocho abriles falleció el bendito señor, dejándola sin más amparo que el de la madre; y menos mal que ambas continuaron en el albergue y oficio sacristanil, por tolerancia del nuevo cura. Era éste un bravo mocetón, furibundo carlista, gran cazador, rumboso, jovial. Sin duda no tuvo a la moza por saco de paja, porque quiso estrecharla más en su servicio y compañía, llevándola a la propia vivienda. Luchó la madre contra este propósito del superior jerárquico, y de la lucha vinieron disgustos y la intervención de otro curita joven de un próximo pueblo. En resolución, la sacristana hubo de poner en salvo de aquellas disputas a su querida hija, y no halló medio mejor que remesarla al señor arcipreste don Juan, varón de grandísimo crédito y autoridad en aquel territorio. ¿Fué remitida Donata como alumna o pupila de un colegio, o como criatura torcida que necesita de un maestro y corrector que la enderece? Esto no supo decírmelo mi amada. Ya me lo explicaría mejor al proseguir la historia de su vida..., ¡triste vida desarrollada en un medio sombrío, sotanesco!

Las reflexiones que me sugirió el *ensayo biográfico* de Donata, reproducido en mi memoria, las contaré cuando Dios quiera. Hoy tengo que reanudar el cuento de aquella noche, diciendo que Donata despertó cuando yo me hallaba en lo más intrincado de mis reflexiones. La pobrecilla mostró un interés muy vivo por mi descanso. Quería que durmiese más, o que en su compañía, charlando de íntimas y dulces cosas, repusiese mi espíritu del susto de la tragedia. Con buen acuerdo, nada me habló de la monstruosa ficción legal política y religiosa que levantaba en mi alma oleaje de terror y de ira. Lo que me dijo fué para mí de gran alivio; en sus palabras vi la expresión fiel del pensamiento. La esclava *Erhimo*, redimida por mí, puede tener, y tiene, sin duda, en su mente, todo el mazorral tenebroso que daba de sí la singular crianza que me contó ella misma; pero es buena, hay en su alma un fondo de rectitud y ternura, sobre el cual puede fundarse una regeneración espiritual con auxilio del tiempo.

Reproduzco sus expresiones, que creo interesantes:

—Mira, *Confusio*, mientras tú dormías, yo he llorado..., he llorado como San Pedro cuando, al oír cantar el gallo, cayó en la cuenta de que había negado a su Maestro. A ti, que eres mi maestro, te he negado yo diciéndote lo que no debía decirte. ¡Ay!, yo no debí defender al arcipreste, ni meterme en músicas de si la Causa es mejor o peor que otras causas... Verás por qué estuve yo tan impertinente y tan fuera de lo que soy. En la catedral me arrimé a un gran corrillo que formaron en la capilla de San Rufo unos señores sacerdotes y media docena de mujeres, o señoras, que todo podían ser, de las que están allí mañana y tarde engolfadas en la santidad. Sea esto santidad verdadera, o *turris burris*, como dice *don Juanondón*, ello es que en mi pobre cabeza metieron todo lo que iban diciendo, y cuando me recogiste venía yo trastornada...

—Tu principal defecto—le dije—es que el último que llega te hace suya, Donata.

—Pues tenme siempre en tu influencia —respondió besándome las manos—, y si me quieres como yo a ti, *Confusio* mío, no me dejes ni un momento de tu poder... Yo te pido perdón de lo que pensé y dije, y no quiero ser sino al modo que a ti te plazca... Esclava soy desde que nací, y de unos a otros dueños he pasado; ahora soy esclava tuya. No me has comprado con dinero, sino con tu amor, y en el amor tuyo quiero vivir siempre.

Bastaron estas tiernas declaraciones, que del corazón le salían en hermoso torrente, para que yo me calmase de aquel estado de malquerencia y enojo de todas las cosas. A tal estado llegué por el terror de la ejecución de Ortega, que en mi espíritu se desató el fiero pesimismo. Ver morir a un hombre en aquella forma de glacial justicia sin entrañas era

bastante motivo para que se ajaran ante mis ojos todas las formas del mundo que me rodea, entre ellas la misma Donata, cuya belleza rebajé despiadado con cierto furor iconoclasta. Mas lo que a la madrugada me dijo, y el hechizo de su ternura y arrepentimiento, la repusieron en mi adoración, y si no recobró la ideal hermosura de los días románticos, quedó restaurada lo suficiente para ser una hembra muy distante de la vulgaridad.

Por la mañana subió a mi camaranchón el castrense don Jesús. Mis primeras palabras, contestando a su saludo, fueron para suplicarle que no me hablase de la *intentona*, ni de ningún tema que con la cosa pública tuviera relación.

—¡Pues, hijo, no está usted poco incomunicado con el mundo!—me dijo risueño—. ¿De modo que no quiere saber que se ha encontrado la pista del falso monarca y del falso príncipe?... Sí..., ya saben hasta los perros que Montemolín y su hermano están en Ulldecona, muy agazapaditos en un convento de monjas...

No pude sustraerme al interés de estas noticias. Sintiéndome gradualmente animado, me vestí y arreglé para sacudir la tristeza y volver a la vida normal... Poco después estaba yo en la cocina, donde supe por Polonia que don Higinio había convidado a comer a su amigo, el marino atlético, que en brazos lo sacó de las apreturas del gentío momentos después de la ejecución. Ambos estaban en el comedor con el capitán, éste leyendo periódicos de Madrid, don Higinio haciendo cigarros de papel en una maquinilla.

Allá me fuí tratando de dar a mi espíritu algún esparcimiento, y saludé con afecto al marino, deseando mostrarle mi simpatía. Al verle en pie, para corresponder a mi saludo, admiré su arrogante figura y la ruda belleza del rostro en que habían escrito sus rigores el viento y el sol.

—Paréceme usted un gladiador de mar —le dije—, y tan lucida y airosa es su facha, señor mío, que le dan a uno ganas de llamarle Neptuno.

A mis galanterías dió esta contestación, que me dejó atónito:

—No me llamo Neptuno, sino Diego Ansúrez, para servir a ustedes.

Con ardientes expresiones mías estalló la *anagnórisis*, que así llaman los retóricos al reconocimiento de personajes. Era de los míos. No pude decirle: «¡Oh padre, oh hermano!», como es de cajón en la *anagnórisis*, pero le dije:

—Soy muy amigo de su padre de usted, Jerónimo Ansúrez..., de su hermana Lucila, que es, mejorando lo presente (por allí andaba Polonia trasteando en el aparador), la mujer más guapa del mundo; de su hermano Leoncio, armero habilísimo; de su hermano *Ruy*, pensionado en Bélgica por el marqués de Beramendi para perfeccionarse en la música, y, por fin, conozco y estimo grandemente a su glorioso hermano Gonzalo, que de España se pasó a Marruecos y de Cristo a Mahoma, y hoy es un caballero poderoso llamado *El Nasiry*.

No menos asombrado que yo, el Ansúrez de mar me pidió con interés febril noticias de todo el familiaje que nombré. De Lucila sabe que ha enviudado y que posee hacienda pingüe; de su padre recibió carta hallándose en Vinaroz en el mes de diciembre último; con Gonzalo no se cartea; pero sabe por Jerónimo que está bueno y vive en grande, con sinfín de mujeres y valimiento en la corte del Sultán. Dile yo cuenta de mi amistad con *El Nasiry* y de lo que es y supone en aquel Imperio, quedando él y los que nos escuchaban maravillados de tal portentosa metamorfosis. Don Higinio, el capitán y el castrense mismo no ocultaban sus ganas de vestirse a lo moro, de hablar el árabe, de tener provisión de hermosos caballos y un rebaño de lindas mujeres sumisas. Buena cosa es la poligamia, matrimonio múltiple sin suegras... Después de responder a las preguntas del celtíbero de mar, tocóme preguntar a mí, y lo hice pidiéndole informes de su hermano Gil o *Egidius*, que vaga por estas tierras. Contestóme que, gracias a Dios, no anda ya Gil en trotes de bandolero: de otras granjerías vive, no muy honradas que digamos, pero menos expuestas a dar contra la justicia y a tropezar con el presidio.

—Por estos pueblos de la costa andaba con el compañero valenciano que le ha enseñado esa industria—nos dijo—. En Hospitalet nos encontramos un día, y le eché los tiempos... «¡Ah tunante, si no te marchas de esta tierra, donde

te conocen y puedes ser descubierto, yo te haré salir a puñetazos!» Pasaron a Falset; de allí, al Priorato, donde ganaron mucho dinero, según oí, y ahora estan hacia Mequinenza, sacando todo el jugo a su negocio... Veo que están ustedes llenos de curiosidad por saber en qué negocio trabajan esos pillos, y van a quedar satisfechos sin demora. Mi hermano Gil es agudo como el hambre, vivo como la pólvora, de rostro muy moreno, el labio un poco grueso, los ojos como endrinas. Con un gorro encarnado, unas bragas azules, chaquetón o balandrán con botones de moneditas y adorno dorado, se hace un empaque como el de esos griegos o turcos que vemos en los muelles de Marsella y de Génova. En los puertos levantinos aprendió el valenciano la industria que luego enseñó a Gil, enseñándole también a mascullar la lengua turquesca o tunecina que habla toda la pillería marinera del Mediterráneo. ¡Y qué industria se traen los caballeros! Ello es vender cositas piadosas de Tierra Santa, que llevan en un carro, grande como una casa, donde viven y hacen su comida, con lo que, a más de darse mucho tono, ahorran el gasto de posada... En cuanto llegan a un lugar, paran el coche en medio de la plaza, y con grandes voces, en catalán o castellano chapurrado, según los pueblos, llaman a la gente, y mi hermano, que tiene gran despejo para sermonear, larga una plática pregonando la santidad y la virtud de la mercancía. Acuden las mujeres como moscas, oyen aquellos disparates, y ya las tienen ustedes trastornadas. La ignorancia, el poco seso y la beatería caen en el garlito; empieza el compra y vende, y antes se cansarán ellos de coger dinero que ellas de dárselo por las baratijas milagrosas... ¡Y que no es floja la tarifa de precios! Las piedrecitas del Monte Sinaí, donde Dios le dió a Moisés las Tablas, se venden al peso, por adarmes, y valen dos, dos y medio y tres reales; en relicario con cristal valen seis y ocho reales. Las botellas de agua del Jordán, para lavar los ojos enfermos u otra parte del cuerpo en algún caso, varían, según el tamaño, de siete a doce reales, y lo mismo los rosarios de huesos de aceitunas del Getsemaní. Las hierbas del mismo huerto son a precios convencionales, y quien las quiera del propio sitio en que posó sus pies y rodillas Nuestro Señor, ya tendrá que pagar un pico. Las que están cogidas en el ruedo de aquel sitio sagrado van valiendo menos conforme se alarga la distancia; y las llamadas rosas de Jericó, que son al modo de unas escobitas para rociar agua bendita, se pagan caras, pues es cosa que estiman mucho las embarazadas, y mujeres hay tan ciegas de fanatismo, que no paren a gusto si no les dan la rosa... Para el completo engaño de la gente llevan esos pillos testimoniales de cada cosa: son papeles escritos en arábigo y traducidos al español por un monje que acredita la procedencia del género, y luego firman y dan fe priores, abades y hasta cónsules mismamente. Todo es falso; pero tan bien apañado, que la filfa parece verdad: las mujeres enloquecen, los hombres aflojan los cuartos, los curas bendicen, los alcaldes toleran y los malditísimos charlatanes se van a otro pueblo cargados de dinero, sin más trabajo que ir recogiendo por el camino las piedrecitas del Monte Sinaí.

XXVII

—¡Si serán listos esos sinvergüenzas que me han engañado a mí!—exclamó el capellán, dando un golpe en la mesa—; a mí mismo, señores, que siendo, como soy, católico ferviente, no creo en milagrerías. Ello fué en Gandesa cuando servía yo en el Provincial de Teruel. Una patrona que allí tuve, y cuyo nombre no hace al caso, se emperró en que le llevara la rosa de Jericó: estaba la pobre en meses mayores. Llegaron por allí esos tunantes. Me acuerdo de verles en el pórtico de la iglesia, donde el cura les hacía el artículo, y a todos recomendaba que se proveyesen de aquellas porquerías. Llegué yo a comprar la rosa, porque la patrona no me dejaba vivir. ¡Maldita casualidad! Las rosas se habían concluído; pero me ofrecieron las «hojitas del propio lugar en que estuvo el Señor orando...» Yo no quería... O rosas, o nada. Pero los mercachifles y el cura mismo me querían hacer tragar las «hojitas», diciéndome que la eficacia era tal, que no había parto desgraciado con semejante droga. Total, que caí en la trampa; ¡veinticuatro reales me

sacaron por unas hojuelas arrugadas, con las que no se podría hacer un cigarrillo de papel!... Lástima de dinero. La patrona se murió de sobreparto: Dios la tenga en gloria... Meses después me encontré al cura que había tenido su parte en aquel timo, y le dije: «Oiga usted, so farsante: tiene usted que darme un duro y una peseta que con su garantía me sacaron los ladrones aquellos de Tierra Santa.» Y él se echó a reír, y, convidándome a refrescar, me dijo que a él le habían sacado mucho más, pues por unas botellas de agua del Jordán para curarle los ojos a su sobrina, las cuales valían tres duros, les arreó media onza, y ellos, al darle la vuelta, le encajaron un doblón de a cuatro... más falso que Judas... «Y la sobrina, ¿curó los ojos?...» «Sí, señor, curó... El agua no era falsa: la tengo por legítima del Jordán. Aún me queda un poco: se la ofrezco a usted para curarse ese grano que tiene en la nariz.» Le mandé a la porra, y no le he visto más.

La graciosa historia de los vendedores de santas bagatelas y el incidente que contó el capellán, nos divirtieron hasta la hora de comer. Tanta simpatía me inspiró el Ansúrez acuático, que por disfrutar de su grata conversación me fui por la tarde al café con don Higinio y el capitán. Reunidos en amena tertulia, nos contó Diego lances peregrinos de su vida de navegante; luego nos dijo que posee un buen falucho, en el cual saldrá dentro de unos días con carga para distintos puertos de la costa, rindiendo viaje en Cartagena, donde dejará el barco a un compadre suyo y pedirá reenganche en la Marina de guerra. De lo mucho que habló el hombre de mar, no he podido colegir que sea casado, aunque sin duda lleva mujer consigo. Como yo le manifestara deseos de hacer un viajecito por la costa para ver mundo y esparcir los pensamientos, me invitó a navegar en su compañía de aquí a Cartagena. Si por el momento decliné muy agradecido la invitación, en el curso de la tarde, por inesperados sucesos, me sentí muy inclinado a no rechazar cualquier proporción de viaje que se nos presentara.

Ved lo que ocurría: llegué a mi casa con objeto de recoger a Donata para dar un paseo, y a quien primero vi fué a Polonia con una taza en la mano.

—Voy a darle a ésa un poco de tila —me dijo—. Se nos ha puesto malucha. Suba usted conmigo y sabrá el motivo...

Encontré a mi pobre odalisca demudada, llorosa. Con trémula voz me dijo:

—¡Ay, mi *Confusio*, qué ganas tenía de que vinieras! ¿No sabes lo que pasa? Olegaria está en Tortosa: Polonia la ha visto. Ya sabes lo mala que es... Que te cuente Polonia lo que le han dicho... Corre por la plaza el rumor de que el arcipreste está aquí también, disfrazado de payés..., y ha venido..., ya puedes suponerlo... A Polonia le han dicho..., que te lo cuente..., le han dicho que ni tú ni yo nos reiremos de *don Juanondón*... Yo tengo un miedo horrible... Cuando ésta me dijo que vió a Olegaria en los porches de la plaza, creí morirme... Juanico mío, no me dejes un momento sola... A ti y a mí nos matarán. Lo que te dije: no nos perdonan lo que hemos hecho... ¡Fugarme de su casa!... ¡Sacarme tú de su casa!... Polonia. *Confusio*, escondanme bien..., discurran cómo hemos de escaparnos a lugar más seguro..., lejos, lejos.

Dejando para despues el discutir si debíamos o no marcharnos a un lugar más distante de la esfera de acción del arcipreste, Polonia y yo procuramos expulsar del cerebro de mi aragonesa los pensamientos terroríficos que en él se habían metido. Cuando nos quedamos solos, Donata se estrechó más contra mí, oprimiendo mi cuerpo con un abrazo forzudo, y me dijo:

—Tuya soy, tuya me hiciste por amor, y a ti me pego, y no habrá quien de ti me separe... ¿Te acuerdas de lo que hablamos en la tartana viniendo de Ulldecona? Tú me preguntabas si el arcipreste es bueno o es malo, y yo no sabía qué contestarte... Ahora te digo que es malo, o que está en la vena de volverse demonio. ¿No te contó él lo que hizo con el teniente que le quitó a Fabiana? Pues lo mismo querrá hacer contigo... ¡Qué horror! Vámonos, vámonos pronto de aquí... ¿Permitirá la Virgen de la Cinta que ese hombre se vengue de ti por haberme robado y de mí por dejarmè robar? No; la Señora no lo permitirá. Yo le diré a la Señora que don Juan no merecía mi constancia...

Yo he pecado..., él más..., él es, como quien dice, monstruo, y su casa..., como eso que me contaste de los harenes..., ¿no se llaman así?... Te diré una cosa, y también he de decírsela a la Virgen de la Cinta. Don Juan me compró a mí por mil quinientos reales... No te asombres. Es como te lo cuento: mil quinientos reales dió por mí... Mi pobre madre necesitaba la cantidad, porque le habían embargado el huerto de la Diezma, única hacienda que teníamos..., y ello fué porque mi padre dejó una deuda que al principio era de poca cuenta, pero crecía, crecía, año tras año, como una mala hierba que se corta, mas no se arranca. Para librarse de esa trampa, empeñó mi madre la Diezma... Mi prima Polonia, que vivió con nosotros muchos años en la sacristía de Alcoriza, podrá contarte las fatigas que pasó mi madre. Pidió al rico don Juan que le prestase dinero para el desempeño de la Diezma, y no quiso dárselo. Lo que él decía: «Estoy harto de hacer beneficios. Saco a estos pobres de la miseria y en la miseria se vuelven a meter.» Y yo digo: «No tienen la culpa los pobres, sino la miseria de los pueblos, que es mayor que toda caridad...» Pues nada: don Juan iba todos los años a Alcoriza, dondé tiene tierras muchas...; mi madre le daba matraca, y él que no, que no. Me parece que le oigo... Al fin..., el año pasado no, el otro..., a poco de salir de allí el arcipreste para Ulldecona, mi madre, desesperada, discurrió ofrecerme a mí por el dinero. Un arriero, apodado *Mañas*, fué quien trajo y llevó los recaditos para el arreglo del negocio, y ese *Mañas*, en el mes de octubre no en el último octubre, sino en el de más atrás, me trajo a mí, y llevó a mi madre los mil quientos reales...

La pena y el bochorno de estas revelaciones me hicieron enmudecer. Antes que Donata me refiriese su *caso*, había yo visto que en España tenemos esclavitud mal encubierta de formas legales o de sociales artificios.

—¡Y este hombre—prosiguió ella—se atreve a disputar su esclava al que me ha comprado por amor, no por dinero!... También te digo que don Juan no tomaría venganza de ti y de mí si esa perra de Olegaria no le pusiera en el disparadero con sus arrumacos..., porque él..., vuelvo a decírtelo..., enteramente malo no es... Tú lo comprendes, Juanico... Dentro de él andan a la greña los ángeles y los demonios.

De esta conversación surgió la idea de aprovechar la oferta de Ansúrez para buscar refugio en el pueblo más distante. A la siguiente mañana anduve en persecución del hombre de mar, sin poder dar con él. Supe al fin, por un posadero de la calle de Tablas Viejas, que había bajado a la villa de Amposta, donde tenía su embarcación. Acompañóme el músico mayor en las últimas vueltas que di por la ciudad, no cuidando de recatarme, sino de afrontar la presencia del arcipreste, si acaso con él me topaba. Por cierto que don Higinio, una vez pasada la gran congoja del fusilamiento, se volvió a revestir de falsa entereza, y no hablaba de otra cosa que del suceso trágico. Todo su empeño era presumir de haberlo visto mejor que yo, y poner reparos a la descripción que yo hacía. Según mi amigo, no eran de color lila, sino de color de paja, los guantes que Ortega llevó al cuadro. Me porfiaba que la levita no era negra, sino azul, y la capa, un capote de caballería... Sobre tales pormenores disputamos en la mesa del café, y la intervención y juicios de otros amigos, en vez de aclarar los hechos, más los oscurecían y embrollaban... Y es que estos espectáculos siniestros, iluminados por el relámpago de nuestra curiosidad terrorífica, no impresionan con igual forma y colorido la retina de cada espectador. Un soldado del piquete que hizo fuego sobre el general nos dijo que éste llevaba una casaca roja... ¿Sabéis lo que motivó este error del soldado, haciéndole ver tanto rojo? La cruz de Calatrava que Ortega llevaba en su pecho.

Antes de anochecer, Polonia nos llevó noticias que rectificaban las que habían consternado a la pobre Donata. Muy revuelta estaba Ulldecona con las diligencias que hacía la tropa para encontrar a los príncipes escondidos. El brigadier Ballesteros, hombre templado, muy atento a su obligación, destituyó al Ayuntamiento, que había sido el primer amparador de carlistas, y metió mano a todos los cabecillas de aquellos contornos. En el casco de la villa fué registrada la casa del arcipreste, que escapó antes que entrara la Guardia Civil. De las innumerables amas y sobrinas, algunas

huyeron con su señor; otras volaron por su cuenta, y alguna se quedó al amparo de los propios guardias, que era lo más seguro. El arcipreste había ido a parar a La Cenia, según unos; otros creían haberle visto camino de Los Alfaques... Tranquilizaron a Donata estas nuevas, pues si eran verídicas, ya no debíamos temer la presencia de don Juan en Tortosa. Mas como ni aun así podíamos estar libres de inquietud, uno y otro, al cabo de mucho charlar de las probables contigencias, resolvimos marcharnos... ¿Adónde? Nuevas dudas. ¿Iríamos a Cartagena en el falucho de Ansúrez, o a Tarragona en tartana?... ¿Y por qué no a Madrid? ¿No sería esto lo más seguro? Tan indecisos estábamos, que entre veras y bromas propuse a Donata que lo echáramos a la suerte y el modo y forma de consultar el Destino fué diferido para la mañana siguiente. Ved ahora, amigos míos y amables lectores, marqués y marquesa de Beramendi, la solución que nos dió el Oráculo, bajo la sagrada representación de Virgen de la Cinta.

Levantóse Donata muy tempranito, casi al amanecer, y con Polonia se fué a la catedral. De regreso estaba cuando yo me vestía. Risueña entró en el palomar, y con tiernas caricias me notificó la divina solución de nuestras dudas. Bastaron medias palabras para que yo comprendiera que la Virgen hablado había dentro del corazón de Donata con misterioso lenguaje, sólo entendido de la sincera piedad. En resumen: decía la voz del cielo que sin miedo ni vacilación alguna nos embarcáramos en la nave del señor Ansúrez.

—Y para que veas, *Confusito* de mi alma—agregó Donata—, como ha correspondido la verdad natural a las voces que hablaron en mi corazón, sabrás que al bajar las gradas de la catedral vimos pasar a tres hombres, uno muy alto, vestido de azul. Polonia saltó y dijo: «Mírale..., ése es el amo del falucho. Parece que Dios te le envía.» No me atreví a correr tras él. En cuatro brincos fué Polonia; le paró, hablaron... Le encontrarás toda la mañana en el Astillero... Búscale en el tinglado de un calafate nombrado *Lleó*.

No puedo ocultar que Donata me comunicó su anhelo de huir por mar. También sentía yo en mí la corazonada, las tenues voces íntimas que me aconsejaban lo mismo que la Virgen sugirió a Donata, y esto prueba cuán extenso y variado es el reino de la superstición. Salí en busca del marino; pero no quiso Dios que mis pasos fuesen tan derechos como yo quería, porque al atravesar la plaza de la ciudad sentí tras de mí la voz del castrense, y antes que me volviera, su mano me cogió del brazo.

—Vamos, querido *Confusio*—me dijo—, vamos a ver con nuestros propios ojos a Carlos Sexto y a su hermano. ¿Pero qué?... ¿Ignora el gran acontecimiento? Anoche les han cogido. Se sabe por un correo que llegó muy temprano. Ya no tardarán en entrar en Tortosa, pues a las dos de la madrugada salieron de Ulldecona. Vamos, amigo, aprisita..., no haga el demonio que entren antes de la hora prevista y perdamos esta fiesta. ¡Cuándo veremos otro rey, aun siendo de papelón y sin ningún derecho a la Corona, digan lo que quieran!...

Me llevó; dejéme llevar hacia la calle del Arsenal, donde está la Comandancia general. A mí, como a don Jesús, se me había despertado la curiosidad vivamente. ¡Carlos VI..., un perfil histórico..., la encarnación de una idea, tras de la cual corre el caudaloso torrente de la guerra civil! Hay que ver, hay que ver esa cara, dibujada por Clío... con un hueso mojado en sangre española.

Ya había gente en la calle del Arsenal, gente en la Barana y en la calle del Pont... Aquí nos encontramos a don Higinio con otros amigos de la tertulia del café.

—Higinio—le dijo el castrense—, ¿cómo no te has traído la banda para darle a tu monarca un golpe de *Marcha Real?*

Y el músico chiquitín replicó:

—Lo que le daría yo es un golpe de *Himno de Riego*, y mejor *del Trágala*... Por de contado, que le fusilarán... Y a ese fusilamiento sí que no falto, aunque mi estómago se me ponga de uñas... ¿Que no le fusilan? ¿Pues qué justicia es ésta, ajo? Al otro pobre, cuatro tiros, y a éste, chocolate con mojicón.

Por acuerdo razonable de todos fuimos a situarnos en la puerta de la Comandancia, donde forzosamente había de parar lo que don Higinio llamó el *cortejo*, y, en efecto, a los diez minutos

de espera vimos que entraban en la calle cuatro guardias civiles a caballo, detrás una tartana..., más guardias civiles, otra tartana... y una escolta pequeña de húsares...

¡Ya estaban aquí! ¡Qué interesante es ver a la Historia apearse de un carricoche, con aire mohino, y codearse con los simples mortales que no salen de los espacios grises de la vida privada!... De la primera tartana vi bajar a Montemolín, un joven alto, de buena presencia, pálido, con una nube en un ojo, barba que renacía tenuamente después de afeitada, como cerquillo oscuro en los bordes del ovalado rostro; vi detrás al hermano, más pálido y ojeroso, menos interesante que el primogénito. Ambos, al entrar en la Comandancia, pasaron rozando conmigo: observé sus gabanes largos, llenos de polvo; las hilachas de sus pantalones; la chafadura de los hongos negros, de seda, blanqueados del polvo; los cuellos de camisa no mudada en luengos días; el deterioro general de sus ropas; los guantes, por cuyos descosidos asomaban los dedos; noté las caras soñolientas, mustias, avergonzadas... ¡Oh, qué historia tan triste! Sentí lástima de la Causa y de sus hombres, que parecían conducidos a un patíbulo sin muerte, o a una muerte histórica sin dignidad.

XXVIII

Apeóse el teniente de la Guardia Civil, hermano del castrense don Jesús, y éste, después del abrazo, le asestó las preguntas que resumían la curiosidad ardiente de los que en el portal estábamos:

—¿Le cogisteis en la casa que llaman de Gandalla, a la salida del pueblo? ¿Es cierto que tuviste que entrar por el tejado?...

Según nos dijo el teniente, no habían subido los guardias más arriba de una ventana o balcón, pues el dueño de la casa, Cristóbal Raga, que también venía preso, no quiso abrir la puerta, pretextando que se le había perdido la llave. En un aposento alto, muy pobre y con cortinaje de telarañas, encontraron a Montemolín, a su hermano y a un criado. Se vestían a toda prisa cuando entraron los guardias. Montemolín dijo gravemente su nombre y la frase: «Estamos a disposición de ustedes...» Les llevamos a nuestro cuartel, donde se les ofreció chocolate: lo tomaron con panecillos, y..., ¡hala!, en marcha.

El mayor de plaza, que había venido en la primera tartana, nos contó que don Carlos Luis es hombre de fino trato. El tonillo de persona real, benévola y cortés con los inferiores, no se le cae de los labios. Elogia mucho a la Guardia Civil, calificándola de «admirable Cuerpo». En el extranjero se le citaba como el mejor de su índole organizado en Europa..., y él no cesaba de poner en las nubes su buen porte, policía y puntualidad en el cumplimiento del deber. Don Fernando hablaba poco, y sólo se permitía repetir como un eco las opiniones de su hermano... El Cristóbal Raga, que les había dado asilo, era un honrado labrador, que procedió con noble y franca generosidad, movido de sentimientos humanitarios. El arcipreste Ruiz le había dicho: «Guarda a estos señores, que corren peligro», y no necesitó más para darles albergue piadoso. Les guardó cuanto pudo; pero, según cuenta no cesaba de decirles: «Caballeros, váyanse, que me están comprometiendo.» Dulce había ofrecido diez mil duros por los príncipes. Cristóbal Raga no los habría entregado ni por un millón.

La página histórica se desvanecía en la insignificancia. Ya no trataban las autoridades tortosinas más que de proporcionar a los primos de su majestad alojamiento decoroso. A toda prisa se arregló la casa del comandante de Ingenieros para que sus altezas se aposentaran como personas de sangre real. Recobrado el equipaje, que les fué cogido en la fuga, pudieron vestirse de limpio. Lo primero que pidió Montemolín fué que se le permitiera poner un telegrama a su esposa, y al punto le fué concedido. La página histórica terminaba con un recadito a la familia: «Estamos buenos. Se nos trata con la debida consideración.»

A medida que se enfriaba en mi espíritu el interés de aquel negocio público, recobraba su calor el asunto propio. Dejé a mis amigos para seguir el camino que me había propuesto al salir de casa, y al llegar a la puerta del Temple tuve la suerte de encontrarme de manos a boca con Diego Ansúrez, que

del Astillero venía con una caterva de *menadors, filadors* y *calafats,* la plebe más bulliciosa y maleante de esta ciudad, carpinteros de ribera los unos, los otros fabricantes de cuerdas de cáñamo para la marina. ¿Quién no ha visto en los puertos de mar la interesante obra de torcer el cáñamo, al aire libre, obteniendo los cabos de diferentes gruesos, desde las guindalezas y calabrotes hasta las sutiles drizas para izar banderas? *Menadors* son aquí los que dan vueltas a la rueda; *filadors,* los que con el cáñamo liado a la cintura hilan y tuercen andando hacia atrás. Estos, y los calafates y careneros, y los manipuladores de filástica, constituyen un gremio característico en todo pueblo de costa; gremio que vive en salvaje independencia, con tanto desahogo de costumbres como de lenguaje. Antes de que yo pudiera decir a Diego Ansúrez lo que me proponía, él y los que le acompañaban me preguntaron con viva impaciencia:

—¿Llegaremos a tiempo?

—¿De qué, señores? ¿Adónde van ustedes?

—A ver el fusilamiento... Nos han dicho que han cogido a los príncipes.

—Es verdad. Acaban de llegar sus altezas.

—Pero ¿no fusilan? ¿Qué es esto? —me dijo en catalán, echando fuego por los ojos, uno de los *menadors* más decididos.

Me reí de la bárbara inocencia de aquellos hombres, tan apartados del sentir general y del flujo de la opinión. Y uno de ellos, que era, sin duda, el más inocente y el más bárbaro, gritó con desaforadas voces:

—¿Pues no son ésos los causantes? ¡Vaya una justicia de porra! Y ¿qué significa el ofrecer diez mil duros por esas cabezas? ¿Para qué quieren esas cabezas si no es para pegarles cuatro tiros, o cien tiros, una vez cogidas?

—Creímos—dijo otro, ávido de exterminio—que con sólo identificar las personas..., cuatro tiros... y a paseo.

—Pero ¿es verdad que no hay fusilamiento? ¡Nosotros, que veníamos tan alegres a verlos caer patas arriba!

Traduzco lo que querían decir, no la viveza y gracia de la dicción catalana expresando tales atrocidades. Que el que esto lea lo adivine... Al fin, desengañados, viendo por tierra sus justicieras y trágicas ilusiones, siguieron con Ansúrez y conmigo hasta el centro de la ciudad, por si faltaba algún acontecimiento que diera efusión a sus almas inquietas, ardorosas. Lo que vimos no fué, en verdad, muy interesante para ellos; para mí, sí, pues me siento encariñado con las decadencias históricas, considerándolas como el completo derribo de una época, que nos permtie cimentar en el mismo solar otra más fuerte y vividera. Quizá me equivocaré; quizá la vulgaridad e insignificancia del fin de la famosa intentona, no remata la brutal epopeya carlista, sino que es un falso desenlace, como los que en las obras de imaginación sirven para preparar mayores enredos y trapatiestas.

Contaré que después de refrescar con Ansúrez y su gente en un figón próximo al Arsenal, vimos un espectáculo que al pueblo sirvió de diversión, y a mí, de grave enseñanza por las razones expuestas... De la Comandancia salieron los serenísimos príncipes, o, si se quiere, el augusto monarca y su hermano, con los mismos trajes que al entrar llevaban, revelando ya reciente cepilladura: los pantalones habían sido remediados de cascarrias, no de los flecos que colgaban por abajo; los hongos de seda ya no tenían polvo, pero los agujeros de los guantes seguían ventilando los dedos. Era lástima muy distinta de las otras lástimas la que inspiraban aquellos señores tan mal trajeados, y que ni con su humildad y cortesía, ni con la distinción de sus maneras, lograban inspirar respeto. A su lado iba el comandante general hablándoles no sé de qué: debía de ser de algo referente al buen tiempo que disfrutamos. ¿De qué se habla a los reyes? Y a reyes y a príncipes como éstos, que sólo parecen tales por el hecho de que hay ilusos que se dejan matar por ellos, ¿qué se les dice? Comprendí lo comprometido que debía verse el comandante general para dar conversación a tales prisioneros. Al otro lado iba el conde de la Torre del Español, alcalde de Tortosa; detrás, más militares y dos canónigos de la catedral... Estos hablaban entre sí... ¿Qué dirían?

Batidores de este cortejo eran los chiquillos que iban delante, haciendo cabriolas. A un lado y otro, mujeres y

hombres del pueblo contemplaban el paso de los hijos de don Carlos María Isidro. ¿Qué pensarían? Tal vez en la mente de todos revivía el trágico fin de Ortega, la figura del caballero que sabe morir por una idea o por un error. ¡Cuánto más hermoso y más grande el aventurero castigado que el falso rey sin majestad y sin corona, pues ni aun la del martirio ha sabido conquistar! El pueblo no pensaba sino que aquel pobre señor y su hermano estaban mal de ropa. Peor estaban de entendimiento... Al fin, gracias a Dios, había concluído el oprobio del escondite. ¡Lo que habrían sufrido, teniendo que dormir en pajares, comiendo porquerías y sin las satisfacciones que da la etiqueta a los que de ella disfrutan por el lado ancho! Pero ya estaban alojados dignamente; ya iban a ocupar la vivienda que se les había preparado conforme a su rango elevadísimo. Poco tuvieron que andar por las calles: la Comandancia de Ingenieros, donde se les instaló, no estaba lejos.

Nos contaron que nada falta allí de lo que puede hacer grata la existencia de príncipes trashumantes. Verdad que se tapiaron puertas y se reforzaron ventanas y se pusieron centinelas en todos los costados del edificio, a fin de garantizar la seguridad de los presos. ¡Escaparse ellos! ¿Para qué? Y ¿adónde habían de ir que estuvieran mejor? Ya sabían que no se les haría ningún daño, y que la prisión, los cerrojos y guardias, no eran más que aparato regio de comedia para sostenerles en su ilusión de testas coronadas. Cuando vieron la buena casa que tenían, ¡ay!, se llenaron de gozo y preguntaron si había capilla. ¡Ya lo creo que había capilla! Y si no, ¡ay!, pronto se la habrían improvisado. Pidieron los senerísimos caballeros con gran fervor que se les dijese misa todos los días, pues llevaban mucho tiempo privados del consuelo religioso... ¡Pobrecitos! Y como Dios les quiere tanto, por ser Dios primer lema de su bandera, ¿qué menos hacer podía que visitarles a menudos?... El que en pensamiento no les visitaba era Ortega. Oí que ni una sola vez preguntaron por él.

Vista la marcha nada triunfal de los asendereados pretendientes, me bastaron pocas palabras para entenderme con Diego Ansúrez, el cual fué tan expresivo en su alegría por llevarnos, como yo en mi gratitud por favor tan grande. Pero no estaba próximo como yo pensaba el día de la partida, porque la carena del falucho en un playazo de Los Alfaques no había terminado: con esta faena y la de la carga había para una semana. Propúsome luego que nos trasladásemos a Amposta, donde él nos proporcionaría un holgado y no costoso alojamiento... Aún fué más allá su bondad ofreciéndonos una barca bien acondicionada, en la cual podríamos bajar al son de la corriente, paseo delicioso en las noches de luna... Cuando fuí a mi casa con estas nuevas y el plan de salida, Donata me conoció en el rostro la alegría que yo llevaba. Poco tardó el contento en pasar de mi corazón al suyo; y en ella se movió y enardeció tanto la voluntad, que toda espera le parecía larga, y se puso a recoger la ropa con idea de partir aquella misma noche... En clase de varón prudente, eché frenos a su impaciencia.

—¿A qué tanta precipitación?... No vamos a apagar ningún fuego... Partiremos mañana.

XXIX

Amposta, abril.

Contentos partimos, no sin dejar alguna fibra de nuestros corazones prendida en la bella y hospitalaria Tortosa, en su buena gente, en los leales amigos que allí dejábamos. ¡Qué hermosura de viaje; qué navegación maravillosa por la corriente del ensueño, por un río de plata, bajo un cielo de intenso azul! La luna, llena, lámpara rostral, iluminaba y miraba el agua por donde íbamos, y la tierra de una y otra ribera. Su claridad penetraba en nuestras almas, y nuestros ojos requerían los ojos cóncavos del planeta y su boca sin sonrisa. La redonda cara corría ladeada por el cielo, y nosotros, después de mirarla en lo alto, la veíamos abajo, en el cristal sereno y profundo. ¡Oh Ebro, español río, cuán soberano y bello al dejarte caer perezoso con toda la hinchada pompa de tus aguas en los brazos de la mar!

En la primera parte de la expedición íbamos mudos, subyugados de la hermo-

sura que nos rodeaba; luego cada cual empezó a lanzar del alma sus observaciones; cerca ya de Amposta, Donata, más comunicativa que yo, me dijo:

—Voy confiada en la protección de la Virgen. Verás cómo no nos pasa nada, y salimos tranquilamente de este río para el mar grande, que nos llevará lejos. No me engaño, no, en esta confianza. Aunque mucho he pecado, y pecando estoy siempre, la Virgen me saca de mis tribulaciones. La Virgen no castiga, la Virgen a todos ama, intercede por los pecadores, y perdonándonos nos enseña a ser buenos. La Virgen es la verdadera cristiandad. ¿No lo crees así?

Respondí afirmativamente, pues no era cosa de ponernos a discutir en medio de las aguas, ni tampoco estoy seguro de que sea un error el giro absolutamente feminista que algunos dan a la idea religiosa. Donata, con más calor de frase, prosiguió así:

—He prometido a la Virgen que tú y yo haremos alguna penitencia para ganar méritos que nos alivien del pecado... Yo digo: el que no haya casamiento, porque no puede haberlo, ¿quiere decir que nuestro amor no tenga la indulgencia divina? Estas son mis dudas.

Y las mías también. Vi que la testarudez de Donata no abandona la idea de que yo me vista las negras ropas. ¡Arcano inmenso de un alma enamorada! Preferí sortear con frases ambiguas este endiablado problema. Y ella:

—La Virgen nos dirá lo que debemos hacer... La advocación de la Cinta será siempre para mí, dondequiera que esté la más venerada, la que más adentro se mete en mi corazón... También adoro la de la Providencia, y aquí, en mi pecho, llevo en un saquito, como escapulario, las estrellitas milagrosas, que son el juguete de los angelicos en el santuario de *Mitan Camí*.

Ya conocía yo estas estrellitas de cinco picos, que no son más que fósiles, denominados por la ciencia *encrinites*. Las tortosinas las veneran como objeto milagroso, y algunas hacen y toman caldo de ellas creyéndolo el más excelente específico tocológico. Millones de estos fósiles diminutos se encuentran en un cerro próximo al santuario de *Mitan Camí*, llamado también de *Cabrera*, porque en él tuvo su beneficio, cuando estudiaba para cura, el famosísimo guerrillero. No quise cuestionar con Donata, ni destruir la leyenda del caráter sagrado y milagroso de los *encrinites*. La dejé seguir en su enumeración de los piadosos objetos que lleva, como preservativos contra el mal, en las aventuras que vamos a correr.

—Sabrás también, *Confusio* mío, que traigo conmigo una *rosa de Jericó*. Creí que no podría conseguirla; pero Polonia se desvivió por darme gusto, y entre ella y don Jesús convencieron a una señora de las principales de la ciudad para que me cediera la flor... No creas; es legítima del propio Jericó, que bien probado con escrituras lo traen los vendedores de estas cosas...

—Sí, sí; no hay duda; legítima será—dije yo lleno de indulgencia ante tales errores, convencido de que es más fácil convencer al Ebro de que se vuelva atrás y se suba hasta Reinosa, que arrancar del cerebro de mi odalisca las nefandas supersticiones que en él se han hecho fósiles. No sé quién dijo que nadie entrega sus ideas para que le pongan otras. Lo que llamamos conversión no existe en la realidad; es siempre un engaño del catequizador o del catequizado.

Medianamente instalados en Amposta, aguardábamos tranquilos el día del embarco. Me encantaban, en aquella antesala del delta del Ebro, la amplitud de horizontes, el aire salino, la frescura que enviaba el mar con vigoroso resuello. El terreno bajo, palustre, nos ofrecía por el lado del Naciente la extensa marisma, hibridación pintoresca de la tierra y las aguas... Al ser de día, el paisaje anfibio que en la noche de nuestra llegada apreciamos vagamente, a la luz ensoñadora de la luna, se nos reveló en toda su grandeza, no ya iluminado de plata, sino de oro. Al sol, la marisma era más risueña, más rica de color, más hirviente de vidas zoológicas, más reveladora de lo infinito.

Desde el primer día, nos hicimos a una vida placentera, descuidada. Donata encontró amigas sin salir del posadón, y yo, por la amistad de Ansúrez, trabé conocimiento con innumerables personas que vivían del esquilmo de tierra y mar: pescadores, cazadores, explotadores del carrizo y la enea. Se me pasaban los días cazando *collverts* en los tortuosos canalizos, embarcando en mi chalana con dos o tres amigos, o bien recorriendo a pie

descalzo los barrizales, con descanso y merienda en esta o en otra barraca. Alguna vez nos acompañó Donata en la navegación de chalana por los caños salobres, o nos íbamos en lancha por el canal grande a comer la sabrosa *sopa de raps* con los calafates que carenaban el falucho en San Carlos de la Rápita... ¡Qué agradables almuerzos y meriendas, sentados en la arena entre gentes sencillas, oyendo el suave rumor de los besitos que daba el mar a la playa!... Frente por frente veíamos la Punta de la Baña, que resguarda la bahía de Los Alfaques, y detrás la faja azul del Mediterráneo, que nos decía: «Venid a mí, y os llevaré a las partes más bonitas del Mundo.»

Sorprendiónos una mañana la grata visita de don Jesús, el castrense, que ha venido a pasar un par de días con nosotros. Al punto se agregó a mis expediciones de caza y pesca, pues no hay otro más aficionado a esta clase de ejercicios... Como aquí me siento tan alejado del mundo, no me afectan los cuentos que don Jesús me trae del fin y desenlace de la *ortegada*. En su cómoda residencia de la Comandancia de Ingenieros, el titulado rey Carlos VI hizo formal declaración de renuncia de sus pretendidos e ilusorios derechos a la Corona. ¿Quién pudo pensar que a la trágica epopeya del carlismo se le pusiera una escena final de comedia pedestre? Al bajar el telón sobre tal escena, ¿no se oirá la silba en el Polo Norte y en el Polo Sur? ¡Y para esto vinieron al mundo Cabrera y Zumalacárregui, y anduvo en loca peregrinación don Carlos Isidro, llevando a rastras la *Generalísima* su patrona! Dijeron el rey y su hermano en su declaración que hacían la renuncia por libre y espontánea voluntad. ¡Pobrecitos, qué buenos son, y cuánto debemos a sus corazones magnánimos!

Más interés tenía para mí lo que de nuestra patrona Polonia nos contó don Jesús. Ya la tiene tan adiestrada en las prácticas de la buena administración, que bien podrá poner una fonda de las grandes y desenvolver en ella su negocio. Polonia es mujer de mucha disposición natural, y don Jesús un hombre muy práctico... Cuando la conoció, el gravísimo defecto de ella era su querencia de las supersticiones más ridículas. Si un huésped era reacio en el pago, encendía velas a San Antonio. Ponía los chorizos en cruz para que no se los robase la cocinera, y tenía repuesto de agua bendita para rociar los garbanzos duros... Y, entre tanto, un desbarajuste horrible en la administración, y el más lamentable desarreglo de cuentas. Pues el don Jesús la curó de estos despropósitos con su cariñosa enseñanza. ¿Cómo? ¿Qué medios empleó?

—El palo, querido *Confusio*—me dijo mi amigo—, el palo, y crea usted que no hay otro remedio... Materialmente no empleé bastón ni garrote..., ha sido con la mano, a bofetada limpia... Convénzase usted de que a estas hembras criadas a lo moro no hay otra manera de enderezarlas y de enseñarles el Catecismo de la vida práctica, para que ellas vivan y hagan llevadera la vida de los demás.

Estas y otras cosas muy entretenidas me contaba don Jesús, divagando por los carrizales, juncales y espadañales, donde viven las innumerables repúblicas de ánsares, cercetas, guardarríos y fúlicas. También se ven por allá parejas de los flamencos de zancas rojizas. Imaginad las aún más populosas repúblicas de moluscos, lombrices y gusarapos, que sirven de alimento a tantísimas aves, así nadadoras como andariegas... El último día que aquí estuvo don Jesús, salimos con varios amigos *caberos*, que así llaman a los habitantes de aquellos partidos pantanosos, y nos fuimos al de la Enveja, río abajo, por la derecha orilla. Toda la tarde estuvimos en la persecución de los pobres patos: fuí yo más afortunado en mis tiros que el castrense; y éste, picado del amor propio, se corrió con dos *caberos* muy prácticos hacia la parte más intrincada de la marisma, donde los carrizos y cañas forman un espeso matorral, en muchos sitios inaccesible.

Oímos tiros de nuestros compañeros; pero tan de tarde en tarde, que seguramente no hacían cosa de provecho. De pronto, el lejano tiroteo arreció, y tan repetidos fueron los disparos que nos alarmamos. Ya la curiosidad y el temor nos llevaban hacia allá, cuando vimos venir a don Jesús despavorido, y a los dos *caberos* detrás gritando como energúmenos... ¿Qué pasaba? Pues que por aquella espesura andaba un grupo de cazadores intrusos, que más bien pa-

recían bandidos. Después de insultar a nuestros amigos, les habían hecho fuego. Gracias que de milagro no les tocó ninguna bala... Fuí de parecer que debíamos escarmentar a los intrusos; mas un *cabero* me atajó el paso, diciéndome:

—No vaya, don Juan, que son gente mala, tiradores de primera...

Vi que a una distancia como de cien pasos se agitaban las cañas..., y entre ellas aparecieron hombres, hollando con pisadas de paquidermo la lozana vegetación. Uno, más insolente que sus compañeros, saltó de los cañaverales como furioso jabalí, y en dirección de acá lanzó amenazas o burlas que no entendimos. Cuando yo le apuntaba, el *cabero* me gritó:

—Quieto, quieto, que es el arcipreste.

—Aunque sea el obispo—repliqué con la obstinación que me daba la conciencia del peligroso lance. Los *caberos* se abalanzaron a mí, parándome los movimientos, y don Jesús me dijo:

—Si no le hostigamos, no nos embestirá. Así es el león, así el jabalí: como no le hagan fuego, pasa tan tranquilo...

Miré al hombre, que a distancia se mantenía en un claro del ondulante bosque de cañas: sus facciones no pude distinguir; mas por el aire y la estatura me pareció, en efecto, *don Juanondón*. Le vi alzar y agitar los brazos, que se me figuraban aspas de molino, y claramente llegaron a mi oído estas voces:

—¡Eh!... *Confusio...*, aquí estoy. ¿No me conoces?... Yo a ti te conozco... Hasta luego, hijo... Ya nos veremos...

Los penachos de las cañas oscilaron de nuevo, y desapareció la figura...

XXX

Las grandes superficies de agua conducen muy bien el sonido. Prestando atención e imponiéndonos silencio, oíamos salpicar en el espacio sílabas de palabra humana, que se confundían con el lenguaje de las aves de la marisma. Era la conversación del arcipreste y los suyos alejándose por los fangales de la Enveja, al través de carrizos, charcos, salinas y espesuras de eneas y barrillas. Un *cabero*, que era como cabo de nuestra partida, apodado el *Tono*, me dijo:

—Van a los altos de Muntciá, donde duermen. Todo el día andan por aquí de caza y pesca... No se puede con ellos: dondequiera que van, se hacen los amos.

Como yo le indicara que la Guardia Civil podía bajarles los humos, *el Topo*, con grave acento, semejante al que usan los políticos, me contestó:

—Nosotros los *caberos* no nos pondremos nunca de parte de los que dañen a don Juan, porque don Juan es bueno, aunque cabecilla, y socorre a los pobres de la Enveja y de la Caba, de Camarles y Campredó, sin distinguir *carlinos de isabelos, ni asolutos de liberalos*.

Volví a mi casa, ya cayendo la tarde, sin poder disimular mi inquietud. El castrense, bien enterado por Polonia de mi situación ante el arcipreste, me aconsejó que para evitar alguna escena desagradable, nos fuésemos a San Carlos tempranito, y nos metiésemos a bordo del barco en que hemos de partir. Parecióme atinado el consejo, y en cuanto despedimos a nuestro amigo, que tornó a Tortosa en burro, comuniqué a Donata mis inquietudes y el plan de ponernos en salvo por la vía de agua más corta. Menos temerosa que yo, Donata confiaba con cerrada convicción en el amparo de la Virgen... Yo pensé que, sin dejar de fiarnos de la Virgen, debíamos correr todo lo que pudiésemos. Y nuestras prisas coincidieron con las órdenes de Ansúrez, que al partir nos dejó recado de que no nos descuidáramos, pues el barco estaba listo para darse a la vela... Si el enemigo desde tierra nos expulsaba, el amigo nos llamaba con cariñosa voz desde el mar. Dios hablaba por él, y a Dios nos confiábamos en tan críticas horas.

No me fué muy fácil encontrar embarcación que nos llevara cómodamente: la lancha de pescadores que a duras penas conseguí no era nueva ni grande: mas la tuve por suficiente, y en ella nos embarcamos con dos chicos marineros que manejarían los remos o la pértiga, según lo indicara el practicaje por aguas de tan variado fondo. Retrasados por la tardanza en encontrar embarcación, dadas las siete, metimos a bordo nuestros equipajes, mi escopeta y cartuchos, luego nuestras personas, y en marcha, aguas abajo.

Navegamos sin contratiempos unas

dos horas; después se nos varó la embarcación por impericia de nuestros pilotos. Fué menester cargar a popa los baúles y el peso de Donata, mientras yo y los marinerillos, metidos en el agua, empujábamos hacia atrás. Cuando logramos coger de nuevo la parte del canal donde hay más fondo, seguimos bogando avante... De improviso, sonaron voces a babor: venían de los canalizos que comunican con el estanque de Algady... Donata palideció, y me dijo:

—Es la voz de Rufulet, es la voz de Gasparó... No podemos escapar. Sería preciso volar, y aun volando nos cogerían...

Apenas dicho esto, vi que tras de nosotros por un canalizo que desembocaba entre juncos, apareció una chalana. Ya no había duda. En ella venía el arcipreste, y él movía con vigoroso brazo la pértiga que impulsaba la frágil embarcación. Cuando apareció la nave enemiga, estaría como a sesenta brazas de la nuestra; pero la distancia por momentos se acortaba, y el arcipreste parecía reducirla más con estos feroces gritos:

—¡Cabra loca, detente!... Ya no te me escapas... Y tú, más loco que la cabra, para el remo, si no quieres que yo te le rompa en la cabeza.

Furioso, cogí mi escopeta. No soy buen tirador; pero en aquel momento de ceguera y coraje, confiaba en que mi intento pudiera más que mi puntería. Con más presteza que yo, Donata acudió a impedir mi movimiento.

—No, no, Juanico mío...; sería peor si le das... Estamos cogidos. Sálvenos la Virgen, nuestra Madre.

No tardé en comprender que toda defensa era inútil. Tras de la primera chalana aparecieron otras... Conté tres cuatro. El cabezudo Ruiz tenía también su escuadrilla, y suyos eran en la marisma el fango y el agua. Contra una potencia terrestre y marítima, ¿qué podíamos nosotros?... Acortamos remo, y él llegó ávido. Soltando la pértiga, echó la manaza a la borda de nuestra lancha para abarloar las dos embarcaciones. Hecho esto, saltó a la mía, diciendo con horrible sarcasmo:

—¿Creyeron mis amigos que les dejaría marchar sin darles mi despedida? ¿Eso creíais, sinvergüenzas, canallas?... Por los cojilondrios de San Rufo, que hubiera sentido no poder echaros mi bendición antes que salierais a la mar. Ya os tengo cogidos... Reíos ahora de mí, cojilondrios; llamad a la Guardia Civil marítima para que os defienda ..; llamad al general Dulce y a la putativa de su madre; llamad a la Isabel con toda su corte, o a O'Donnell con el ejército... ¡Ja, ja!

Ni Donata ni yo dijimos nada. Aterrados, mudos, sin otra idea que la de nuestra pequeñez ante la grandeza del enemigo, que con su poder nos abrumaba; absolutamente convencidos de que nadie había de venir en nuestro socorro en aquella soledad, éramos como condenados a muerte que ya no pueden pensar más que en un morir digno. Conté los tripulantes de la escuadrilla: eran nueve. Apenas entró don Juan en nuestra lancha, dió un cosque a cada uno de mis marinerillos, y les mandó que se fueran a la chalana. De ésta pasó a mi embarcación Rufulet, cuya imponente corpulencia vale por media docena de hombres. Estábamos, pues, no sólo vencidos, sino maniatados, y con el filo del cuchillo en la garganta. Rápidamente pensé yo: «¿Qué hará este bruto? ¿Nos degollará? ¿Nos tirará al agua? Puede que me mate a mí solo, y se lleve a Donata... En momento tan agustioso miré en derredor y no vi más que algunos patos, que al ruido de las embarcaciones tomaban tierra, y graznando se alejaban por entre cañas... Envidié a los patos: envidié a las anguilas que, bajo las aguas, deslizan sus resbaladizos cuerpos entre el fango; envidié a los pulpos, y a las almejas y a los más diminutos bicharracos de la Creación... En este paréntesis de mis envidias estaba yo cuando don Juan, cogiendo mi escopeta, como si quisiera desembarazarme de un estorbo, la dió a un mocetón de la chalana más próxima, y a mí me dijo:

—¿Para qué quieres tú este chisme, *Confusio?* ¿Escopeta un teólogo? ¡Ja, ja!

Donata permanecía como estatua. En su palidez marmórea, en la tensión de los músculos de su cara, vi una conformidad de tanta fuerza como el heroísmo. El arcipreste hablaba por los tres.

—Veo que estáis resignados—nos dijo sentándose en el borde de la lancha, mientras Rufulet remaba solo—. Comprendéis que tengo razón, y que el que me la hace, me la paga.

Miré a Donata. Creí leer en su mirada

fija esta terminante admonición: «Callemos...; dejémosle que desfogue la barbarie...» En esto llegamos a un ensanche del canal, formando como una bahía casera para naves de juguete. Con fuerte voz, don Juan mandó echar anclas. La escuadrilla, con admirable maniobra, formó un círculo en derredor de la que llamo mi lancha, que ya no era mía, sino del enemigo, y dió fondo, arrojando al mar, no las anclas, que esto allí no se usa, sino las *potalas*, una piedra suspendida con una cuerda. Mientras daba fondo la armada vencedora, el arcipreste mandó que se sirviese la comida, pues eran las doce, según indicó la altura del sol, que allí no había cronómetros, sextantes ni astrolabios.

En una de las chalanas vi una parrilla sobre plancha de hierro, donde ardían palitroques, eneas y cañas secas: era la cocina. El almuerzo consistía en ruedas de saboga asadas, vino y pan. Hiciéronnos los honores que se deben a los reos en capilla; Donata y yo fuimos los primeros a quienes se sirvió el frugal almuerzo, naturalmente, sin platos ni servilletas, ni más cuchillos ni tenedores que los santos dedos... Pero Donata y yo, con el pie en el patíbulo, estábamos absolutamente desganados. Quedóse mi amada con la saboga y el pan en la mano, sin rechazarlo ni comerlo; yo rechacé mi parte cortésmente...

—No tenéis gana—dijo el cura—; yo sí; que esta vida de mar da mucho apetito.

No pude contenerme más tiempo dentro del horrible cerco de mi angustia, y con más dignidad que arrogancia dije a mi enemigo:

—Señor don Juan, sepamos pronto, pronto, en qué ha de parar esto. Nada puedo contra usted... Usted puede matarnos, arrojarnos al agua, sin que nadie más que Dios le pida cuenta de su crueldad.

—Puedo mataros, echaros al agua con una piedra al pescuezo; puedo hacer lo que me dé la real gana—dijo el cura, flemático, comiendo y saboreando el pan y la saboga.

—Dígalo claramente. Somos cristianos y queremos prepararnos para morir.

—¡Pues no tenéis poca prisa! Calma; dejadme comer. Después hablaremos... ¡Estaría bueno que os matara sin atormentaros antes un poquito!... Ea, chicos, traed ese porrón, que tengo sed.

En esto se levantó Donata de la tabla de popa en que había permanecido desde el abordaje, y se llegó a la cuaderna mayor de la nave, donde estábamos el arcipreste y yo. Noté en ella una lividez extremada, y vibración rápida de los músculos de su boca. Con actitudes y contorsiones que me parecieron epilépticas, se inclinó hasta tocar con sus dedos el agua. Mojados los dedos, se santiguó... Después sacó del pecho un haz de ramas secas, semejante a una escobita, y la mojó en el agua, diciendo con tartamudez: «¿Es salada ya..., ya salada?»

—Salada es—murmuró el arcipreste, que contemplaba con estupor a mi odalisca.

—Salada—repitió Donata—, y como salada bendita. Todo el mar es agua bendita... ¡Salve, Madre de Dios, estrella del Mar!...

Con la prodigiosa escobita, que hacía veces de hisopo, roció el cura tres veces, diciendo con voz grave, cavernosa, que yo no había oído nunca en ella: «En nombre de la Reina de los Cielos, de la Tierra y del Mar, te mando que huyas, enemigo de las almas, y dejes en paz a estas infelices criaturas pecadoras, que a Dios darán cuenta; a Dios y a la Virgen, no a ti, que eres malo. Si has tomado forma de diablo para atormentarnos, suelta esa forma vana y mentirosa, o vete con ella a los Infiernos...» Así concluyó el exorcismo, y una vez dicha la última palabra, cayó Donata al fondo de la barca, como si con el esfuerzo de su voz mística quedase rendida y exhausta. Era una epiléptica, una iluminada, que en momento crítico recibía fuerza y voz de los espíritus celestes para combatir a los malignos... Contagiado yo de aquel delirio, también quedé mudo y paralizado de todos mis miembros, y en el arcipreste adverti, cuando acudió a levantar a Donata, temblor de manos, fruncimiento de cejas y alteración total del fiero rostro.

Rociamos con agua bendita, esto es, agua salada, el rostro de la iluminada mujer, y cuando la tuvimos medio repuesta de su arrebato místico, sentadita en la tabla, con el apoyo y sostén de mis brazos, don Juan, en tono muy distinto del que había usado hasta entonces, habló así:

—Ni tú, gran mocosa, ni ningún nacido me gana en devoción a Nuestra Señora... Pero esos arrumacos estaban de más. Suprímelos para otra vez. Yo, sin perder la chaveta con supersticiones y tonterías milagreras, digo con toda mi alma, cuando el caso llega: *Tú, Señora, —dame agora—la tu gracia—toda hora—que te sirva—toda vía...* Si me hubiéseis dicho esto cuando entré en vuestra barca, yo os hubiera respondido: «No os haré ningún daño. Vengo no más que a despediros y a daros consejos.»

Dicho esto, dió la orden de levantar anclas, o sea, *potalas,* y navegando la escuadrilla con rumbo hacia La Rápita, *don Juanondón* escondió las uñas de su fiereza, aunque no las de su ironía.

—Sois felices, y os queréis mucho, ¿no es verdad? Pues a ti, *Confusio,* te felicito. No te llevas una mujer, sino una santa. ¿Has visto alguna vez beatería más recargada de supersticiones que la de tu odalisca? Así la llamas: lo sé todo... Pues a ti, Donatilla, también te felicito. Te llevas, no diré un hombre, sino un profeta, un sabio, un padre de la Iglesia. Entre los dos vais a reformar el Mundo. ¡Ja, ja!

Luego moduló suavemente su tono hasta llevarlo a esta humana y más verdadera expresión de lo que sentía:

—Eres un gran majadero, *Confusio;* eres un chiquillo sin conocimiento, esclavo de tu imaginación y de las mil vaciedades románticas que has sacado de los malditos libros... ¿Te acuerdas de lo que hablamos aquella tarde en el bodegón de Llopis? ¿Has olvidado lo que te dije? Pues te dije que en la vida, y no en las bibliotecas, debes atracarte de lectura y estudio. En fin, ya estás aprendiendo, y mucho más aprenderás en la compañía de esta visionaria... Ya verás, hijo. No te arriendo la ganancia... Recordarás que te encajé mi teoría de que todo cuanto bueno hay en el Mundo es para nuestro goce, y que Dios no hizo a la mujer para que la despreciemos, sino para todo lo contrario... No la hizo de piedra, sino de carne. ¿Por qué no me dijiste entonces que querías a Donata?... Yo te la hubiera cedido..., gustoso, sí, gustosísimo. Ya estaba yo pensando en el cómo y cuándo de colocarla...

Esta declaración del maldito arcipreste me llenó el alma de turbación, de vergüenza... No había yo conquistado una mujer, sino robado una esclava, como pude haber cogido furtivamente la cabra o el gallo del vecino. Socialmente considerada mi aventura desde el punto de vista del arcipreste, era el más lamentable desengaño. Callé para evitar discusiones que habrían embrollado las cosas. Se me hacían siglos los minutos que tardábamos en perder de vista al diablo de Ulldecona. Para fastidiarme por completo, me dijo:

—Pues tus aficiones te llaman a la Teología y a la vida eclesiástica, persevera en ellas, que por tu talento has de llegar adonde llegan pocos. Con esto, y la guapa sobrina que te llevas, serás dichoso...

Nada contesté...; temía encenderme en cólera... Miré a Donata, y en su rostro sorprendí la ola de satisfacción que levantaban en su alma las ideas del que fué su señor. Para ella, el cambio de dueño había sido un triunfo, la realización del vago adulterio de amor libre y delirio religioso. Para mí, ¿qué era? No lo sabía entonces, no daría con el quid de mi problema psicológico, mientras no pudiese reflexionar y sondearme a gusto en la soledad del mar.

¡El mar! ¡Oh!, ya estábamos en él... La Rápita desplegó ante mis ojos su espléndido panorama. Remando fuerte, llegamos al falucho, en franquía ya, dispuesto para salir. Antes de que transbordáramos don Juan nos dió los últimos consejos.

—Sed buenos y no escandalicéis, o escandalizad lo menos posible... Al acecharos y perseguiros hoy, no ha sido mi objeto haceros daño, sino daros un gran susto, y luego despediros con afectos y con mi bendición. Donata, mira lo que haces: persiste en tu amor a la Virgen, pero sin arrumacos ni requilorios. Tú, *Confusio,* métete en lo eclesiástico, que ése es tu camino y para eso has nacido. Yo me quedo aquí amparando a los pobres, y mirando por la guerra, que la guerra es la sacudida que damos al pueblo español para que se despabile y aprenda a tomar lo suyo... Porque todo es suyo..., y nada es del maldito Gobierno... Conque adiós, hijos míos. Se me olvidaba deciros que si para el viaje necesitáis dinero, a prevención he traído mil reales...

Le dimos las gracias, sin aceptar su generosa oferta. Subimos al barco, y el

buen Ansúrez mandó levar anclas, pues no esperaba más que por nosotros. Desde la borda miramos a *don Juanondón*, que con vaga tristeza nos saludaba moviendo cabeza y manos. No sé qué casta de diabólica filosofía se aposentaba en el ánima de aquel hombre malo y bueno, según Donata. ¿Sabréis vosotros, nobles marqueses de Beramendi, descifrarme este complicadísimo enigma? Y de mi aventura, ¿qué decís? ¿Pensáis que voy contento, que voy triste? ¡Ay!..., se puede apostar a que tampoco me descifraréis esto. ¿Hallaré junto a Donata el apacible y durable encanto de amor, o tendré que salir un día gritando: Quién me compra una odalisca?

No sé, no sé más sino que ya estoy en la mar, y que la mar me da todos sus alientos. ¡Oh, qué grandeza de horizontes, qué frescura de aires, y en las ideas que aquí surgen de mí, qué amplitud, qué extensión de esperanzas! Algo me ha de traer la vida más allá de estos términos del agua movible... Adiós, hechos pasados que entrego al papel... Hechos futuros, ¿dónde iré a buscaros?...

Nota para concluir. Al comienzo de mi relato de la salida de Amposta, poned fecha de Vinaroz. Aquí lo escribo, y aquí lo firmo con el clarísimo nombre de *Confusio*.

Madrid, abril-mayo de 1905.

FIN DE
«CARLOS VI, EN LA RÁPITA»

LA VUELTA AL MUNDO EN LA «NUMANCIA»

I

DIVAGANDO por el *Mare Internum* en el falucho de Ansúrez, con pacotillas comerciales de Vinaroz a Denia, de Torrevieja a Ibiza o de Mahón a Cartagena, pasaron Donata y *Confusio* luengos días apacibles, sin inclemencias azarosas del viento y las aguas. En la dulce soledad marítima, aprovechando el ocio de las bonanzas, contó Diego Ansúrez a sus amigos diferentes sucesos festivos y graves de su inquieta vida, desde que abandonó a la familia y al padre para lanzarse a correr ásperas aventuras de mar y tierra; y lo que mayormente sorprendió y cautivó a los amantes fué la forma o modo peregrino con que hubo de encontrar y conocer a la hembra que tenía por esposa o cosa tal... El singularísimo hallazgo de mujer fué dispuesto por Dios con un golpetazo furibundo que a continuación se refiere.

En febrero del cuarenta y nueve fué a Játiba Diego Ansúrez a negociar cambalache de aguardiente anisado por pieles y arroz (que así el menudo comercio cambiaba las especies, empleando el dinero tan sólo para las diferencias). Dos días no más estuvo allí; y cuando, ultimados los tratos y arreglos, a su vivienda se retiraba, en noche tenebrosa, por calles solitarias y torcidas, sufrió un grave accidente pasando al ras de los muros de un convento que llaman Consolación. Iba el hombre con el cuidado de la oscuridad, echando las manos por delante, los ojos al suelo fangoso y a los traicioneros dobleces de las tapias, cuando de improviso le cayó encima un grande y pesado bulto... El golpe fué tremendo, más por la pesadumbre que por la dureza del objeto caído. ¿Qué era, vive Dios?

Si al recibir el topetazo pensó Ansúrez en el desprendimiento de un balcón o de un trozo de alero, no tardó en reconocer que el bulto podía ser un disforme lío de esteras que tuviera por ánima huesos, lingotes de hierro, quizás un par de macetas con plantas arbóreas. El grito sacrílego que dió al sentir el trastazo en su cabeza y hombro derecho fué contestado por un lamento que del propio bulto salía, el cual no era rollo de esteras, ni colchón relleno de objetos duros, sino un ser humano, grande como lo que llamamos persona... Al quejido siguieron voces que indudablemente delataban espanto de mujer... Dolorido del cuello y de los lomos, inclinóse Ansúrez vomitando blasfemias, y vió ropas negras y blancas... El bulto calló, como si de la conmoción de su caída perdiera el conocimiento, y el hombre, para verlo mejor, se puso de rodillas, diciendo:

—¡Ajos, cebollas, berenjenas y cohombros!... Yo pensé que era un pedazo de torre o un cacho de cornisa, y ahora veo que es usted una monja... Por poco me mata en su caída..., diré mejor en su fuga... ¿Se descolgaba usted con esa soga que tiene en sus manos?... ¡Ajos y cebolletas! ¿Por qué no cogió un chicote de más poder?... ¿Se le rompió antes de llegar al suelo?... Ya pudo avisar, señora, y yo me habría puesto en facha para recogerla... Por las verijas de San Pedro, que me ha derrengado un hombro, y me ha roto una oreja..., y en el quiebro que hice creyendo que se me venía encima una torre, pienso que

me he roto por la cintura, del dolor que siento, ¡ay!... A ver, comadre, si puede levantarse... ¡Upa! No puede... ¡Una otra vez, valiente!...

La señora monja parecía cuerpo muerto: sus manos, ensangrentadas, agarraban la cuerda tosca con presión formidable de los dedos, como si aún estuviera pendiente de ella; su rostro encendido, su boca entreabierta y muda, expresaban terror; sus ojos abiertos parecían privados de la visión... No tardó Ansúrez en acometer el más airoso lance de aquella singular aventura, y movido de su caridad o de su gallardía caballeresca, probó a levantar en peso a la caída y derrengada monja. Al primer esfuerzo su energía titánica flaqueó por efecto del quebranto que en su propio cuerpo sentía; pero estimulados los músculos potentes por la más briosa voluntad que puede imaginarse, el atleta tomó en brazos a la señora y la llevó por el dédalo de calles, diciéndole:

—Comprendo que su reverencia se ha escapado como ha podido... ¿Qué ha sido? ¿Malos tratos?..., ¿ganitas de volver al siglo?..., Serénese y como no tenga su reverencia hueso roto, haga cuenta de que el salto ha sido feliz y que no ha pasado nada.

No era saco de paja la mujer caída; antes bien, notó Ansúrez la carnosa opulencia de las partes próximas al apretón de los brazos de él. Por dos veces tuvo que aliviarse del peso para tomar resuello, y, al fin, dió con su preciosa carga en la posada donde tenía su alojamiento. Grande fué el asombro del huésped y de los dos amigos que esperaban al patrón del falucho para emprender el viaje a Denia. El primer cuidado de todos fué tender el desmayado cuerpo en un fementido catre y proceder a su reconocimento, por si las partes lastimadas en la caída reclamaban el auxilio del médico. No fué cosa fácil el examen, porque la esposa del Señor opuso toda la resistencia que su remilgado pudor monjil le imponía. Declaró que bien podían reconocerle cabeza y brazos; pero que a la jurisdicción de las piernas no permitiría que llegase mirada de hombres, aunque en aquella zona tuviese todos los huesos partidos y deshechos... Respetaron los discretos varones estos refinados escrúpulos, y serenándose más a cada instante la buena mujer, les dijo que sentía magulladuras dolorosas y quebranto en diferentes partes de su cuerpo venerable; pero que no creía tener fractura en ninguna pieza de su esqueleto, agregando que sufriría con paciencia, y hasta con gozo, todas las averías de la máquina corpórea con tal de ver para siempre conquistada su libertad. Mientras así hablaba la monja, pudo hacerse cargo el buen Ansúrez de que su rostro no carecía de belleza y gracias, y apreciar la excelente proporción de partes y formas ocultas por el hábito dominico.

La mujer y criada del posadero encargáronse de cuidar y bizmar las erosiones y rozaduras de la religiosa, y de aplicarle compresas de vinagre allí donde era menester. Luego, por indicación del marino, quitáronle hábito y toca, vistiéndola con las prendas usuales, del traje popular valenciano. Esta rápida metamorfosis dió mayor tranquilidad a la fugitiva del claustro. Ansúrez, que gradualmente se hacía dueño de la situación, recomendó a la familia posaderil que guardara impenetrable secreto sobre aquel extraño caso, y a la señora propuso que se dejase llevar fuera de la ciudad, pues no estaría segura mientras no pusiese entre su persona y el convento grandes espacios de tierra y de mar. Aceptó la señora sin vacilación, que su espanto le daba prisa, y alas le ponía su atrevimiento.

—Vamos, buen hombre; lléveme adonde quiera—dijo echándose del lecho y recorriendo la estancia con la cojera que le imponían sus doloridas coyunturas—. Lléveme lejos, lejos, adonde no puedan alcanzarme.

Con el apremio que requerían las circunstancias, dispuso Diego la partida. Pronta estaba la tartana. En ella metieron a la monja, acomodándola con almohadas y ropa de abrigo, y añadiendo mediano cargamento de provisiones de boca. Con Ansúrez y su venturoso hallazgo entraron en el coche dos amigos del primero: un marino tortosino y un traficante balear. Partieron a escape... A las ocho de la mañana entraban en Denia, y sin detenerse en las calles corrían hacia el puerto. Antes de las nueve estaban a bordo del falucho, el cual, acelerando su despacho, y listo de papeles y víveres, dió sus velas al viento, que era nordeste fresco y traía

el lento son de las campanadas con que el reloj consistorial cantaba las once... Recostada en la borda, la prófuga lloraba de alegría, viendo alejarse el caserío dianense, las alturas del Mongo...; después, las rocas y el faro del cabo San Antonio... Creía soñar...

II

La continuación de estas noticias biográficas dejó en la memoria de *Confusio* y Donata los puntos más salientes, a saber: la edad de la monja fugada no pasaba, según su cuenta, de los veintiséis años. En el siglo llamábase Angustias, y había nacido en un pueblo próximo a Granada, de familia buena y humilde. Mal sonaba en los oídos de Ansúrez el tristísimo nombre de la que, arrojada de los aires y cayendo sobre él como un bólido, fué coscorrón y donativo de la Providencia; y así, cuando llegaron a completa concordia, y se avinieron a recorrer juntos la cuesta de la vida, resolvió él con franca autoridad bautizarla y ponerle nombre de *Esperanza,* que al ser pronunciado ensancha el corazón en vez de oprimirlo... Al mes no entero de la evasión efectuaron sus bodas, sin más trámite que su firme voluntad de correr igual suerte en lo futuro; y el día de Navidad de aquel mismo año cuarenta y nueve dió a luz doña Esperanza, en Palma de Mallorca, una niña, que puesta bajo la advocación y patrocinio de la Virgen del Mar, se llamó Marina, y por elipsis del habla familiar, quedó para siempre con el breve nombre de *Mara.* Este hecho del nacimiento de la criatura demuestra que los desconciertos morales y canónicos podrán traer efectos revolucionarios en el terreno legal; pero no traen el acabamiento de la especie humana, la cual contra viento y marea, continúa cantando bajito el himno de su fecundidad.

Supieron asimismo Donata y *Confusio* que el buen Ansúrez, hacia el cincuenta, viéndose perdido en sus negocios de cabotaje, entró por segunda vez en el servicio de la Armada. Tres veces fué a las Antillas, corrió toda la mar Caribe y, por fin, en la expedición científica al Pacífico, pasó de ida y de vuelta por el temeroso Estrecho de Magallanes. En estos viajes, con descansos periódicos en Cartagena, transcurrieron diez años. El sesenta, cumplido el plazo de enganche, restituyóse Diego a su hogar y familia, trayendo sus ahorros y algún dinero ganado en América con el toma y daca de pacotillas. Era su propósito emprender de nuevo el tráfico costero, y a este fin compró dos naves, abanderadas la una en Cartagena, la otra en Palamós. En el primer viaje de ésta entró de arribada en Amposta para el reparo de averías; y mientras permaneció en Tortosa ocurrieron sucesos para él memorables: el suplicio de Ortega, la captura de los príncipes y el conocimiento con Donata y *Confusio.* Ya se ha dicho que éstos navegaron con su generoso amigo, visitando puertos del archipiélago balear y de la Península; queda por decir que en un pueblecito de Mar Menor, cerca de Cabo Palos, conocieron a doña Esperanza, esposa putativa de Ansúrez, y su preciosa hija Mara. En la primera vieron una señora muy reservada y seria, de belleza fría y sin encanto; la expresión del rostro, más de escultura que de persona viva; la mirada brillante y quieta, como de imagen barnizada. En cambio, la chiquilla era una morenita salada y picaresca, pimpollo de gracias infantiles, que anunciaba la mujer pertrechada de seducciones.

En este punto se desvanece la historia, y los sucesos se diluyen por la dispersión de los seres que los informan. Donata y su caballero se establecen en Cartagena; luego, en Murcia. Leves divergencias de carácter y de gustos se manifiestan en ellos; a las discordias menudas suceden reconciliaciones tibias; la inarmonía crece; menguan los halagos; rómpese de súbito un vivo fuego de guerrillas; al desamor sucede la antipatía..., y, por fin, Donata corre a satisfacer sus ambiciones del alma en la servidumbre y compañía de un opulento canónigo, aristocrático y elegante. Deslumbraban a la discípula del arcipreste de Ulldecona los ricos atavíos eclesiásticos, las áureas dalmáticas y casullas, las albas vaporosas, las sotanas de sarga, olientes a raíz de lirio o a exquisito rapé del de *la Orza del Papa.* Fastuosamente vivía el capitular en un palaciote viejo, ornado de muebles arcaicos y de objetos primorosos. Toda la casa hallábase impregnada de una sutil

fragancia de cedro, sándalo y otras maderas exóticas. La profusión de fino damasco en cortinas, colchas y almohadones, así como la riqueza de plata labrada, hacían creer a la simplona Donata que tenía por amo a un cardenal. Dolorido al principio, pronto consolado, contento, al fin, de su divorcio, *Confusio* partió a Madrid, ansioso de contar sus buenas y malas andanzas al marqués de Beramendi y a Manolo Tarfe.

Si el sesenta fué en gran parte venturoso para Diego Ansúrez, el sesenta y uno empezó desgraciado: florecieron y fructificaron sus negocios, y doña Esperanza, descubierta y reconocida por su familia, entró con ésta en relaciones muy cordiales. Se le perdonaba su escapatoria del convento; se admitía como ley circunstancial la fuerza de los hechos consumados y se declaraba triunfante el nuevo estado de derecho, olvidando su origen revolucionario y sacrílego. Tanto los hermanos de ella, Matías y Segunda Castril, como los demás Castriles, parientes próximos y lejanos, que residían en Loja, en Granada y en Iznalloz, proclamaron a una el indulto de Angustias, y al cariño de toda la familia querían traerla, legitimando la situación creada por el tiempo y las pasiones humanas. Don Prisco Armijana y Castril, cura del Salar, tomó a su cargo las gestiones para obtener dispensa y santificar la diabólica unión de la monja y el navegante. Pero las alegrías de Ansúrez por estas disposiciones y propósitos de la familia de su mujer se nublaron viendo a ésta rápidamente desmejorada en su salud, sin que los médicos supieran atajar la dolencia traidora.

En la creencia de que los aires del país natal serían eficaces para la enferma, Diego la llevó a Lanjarón, de allí a Granada, y, por fin, a Loja, donde Esperanza se repuso un poco. Vivían con Segunda Castril, esposa de un don Cristino López, propietario de un buen olivar y tierras de sembradura en término del Tocón. Contenta estaba doña Esperanza en la compañía de su hermana, y no cesaba de recordar con ella los tiempos infantiles, los rigores del padre, que, por la sola razón de tener abundancia de hijas y escasez de peculio, metió a una en las Franciscanas y a otra en las Dominicas de Granada. Con artificiosa vocación entró Angustias en la comunidad; por ser algo díscola y más que rebelde a la observancia reglar, fué trasladada al convento de Játiba, donde, como es sabido, meditó y llevó a buen término su evasión por el tejado, sin más socorro que el de una soga. Esta hizo la gracia de rompérsele con una oportunidad que indudablemente fué obra del cielo. Cortaron los ángeles la cuerda y a los diez meses nació *Mara*.

Entretenida fué para doña Esperanza y su hija la existencia en Loja, pues no faltaban los quehaceres domésticos ni las relaciones fáciles y amenas, y además gozaban de las delicias del campo en épocas de recolección, matanza o trasquila. Si distraídas y alegres vivían las hembras, don Diego (que así llamaban al navegante sus amigos de Loja, rodeándole de afectuoso respeto) se sentía confuso y atontado, pues ajeno hasta entonces a las querellas de la política, veíase transportado a un vertiginoso torbellino de pasiones y antagonismos locales. El vecindario de Loja habíase dividido en dos bandos, que se aborrecían, se acosaban y se fusilaban sin piedad: liberal era el uno, moderado llamaban al otro. No salía el buen Ansúrez de la perplejidad en que el sentido y la aplicación de esta palabra le puso, pues siempre creyó que la moderación era una virtud, y en Loja resultaba la mayor de las abominaciones y el mote infamante de la tiranía. Sin darse cuenta de ello, ni poner de su parte ninguna iniciativa, desde los primeros días se sintió afiliado al bando liberal, por ser de esta cuerda todos los Castriles y Armijanas y los amigos de éstos.

No causaron al hombre de mar poca maravilla las noticias que le dió su concuñado don Cristino de la organización y disciplina masónica que impusieron los liberales para formar un haz de combatientes con que tener a raya el poder ominoso de la *Moderación*. Esta no era más que un retoño de la insolencia señorial en el suelo y ambiente contemporáneos; el feudalismo del siglo XIV, redivivo con el afeite de artificios legales, constitucionales y dogmáticos, que muchos hombres del día emplean para pintarrajear sus viejas caras medievales y ocultar la crueldad y fieros apetitos de su bárbaros caracteres. Representaba el

feudalismo la casa y condado de La Cañada, en quien se reunían el ilustre abolengo, la riqueza, el poderío militar de Narváez y su inmensa pujanza política. Hermanos eran el famoso *Espadón* y el caballero que imperar quería sobre las vidas, haciendas, almas y cuerpos de los habitantes de Loja. Sin duda, aquel noble señor y su familia obedecían a un impulso atávico inconsciente, y creían cumplir una misión social reduciendo a los inferiores a servil obediencia; procedían según la conducta y hábitos de sus tatarabuelos, en tiempos en que no había Constituciones encuadernadas en pasta para decorar las bibliotecas de los «centros políticos»; no eran peores ni mejores que otros mandones que con nobleza o sin ella, con buenas o malas formas, caciqueaban en todas las provincias, partidos y ciudades de este vetusto reino emperifollado a la moderna. Los perifollos eran códigos, leyes, reglamentos, programas y discursos que no alteraban la condición arbitraria, inquisitorial y frailuna del hispano temperamento.

Contra la soberanía bastarda que la nobleza y parte del estado llano establecieron en Loja, la otra parte del estado llano y la plebe armaron un tremendo organismo defensivo. Por primera vez en su vida oyó entonces Ansúrez la palabra *Democracia*, que interpretó en el sentido estrecho de protesta de los oprimidos contra los poderosos. Democrática se llamó la sociedad secreta que instituyeron los liberales para poder vivir dentro del mecanismo caciquil; y en su fundamento apareció con fines puramente benéficos, socorro de enfermos heridos y valetudinarios. Debajo de la inscripción de los vecinos para remediar las miserias visibles se escondía otro alistamiento, cuyo fin era comprar armas, y no precisamente para jugar con ellas. Dividíase la sociedad en secciones de veinticinco hombres, que entre sí nombraban su jefe, secretario y tesorero. Los jefes de sección recibían las órdenes del presidente de la Junta Suprema, compuesta de dieciséis miembros. Esta Junta era soberana y sus resoluciones se acataban y obedecían por toda la comunidad sin discusión ni examen. Engranadas unas con otras las secciones, desde la ciudad se extendieron a las aldeas y a los remotos campos y cortijos, formando espesa red y un rosario secreto de combatientes engarzados en la autoridad omnímoda de la Junta Suprema.

A todos los afiliados se imponía la obligación de poseer un arma de fuego. A los menesterosos que no pudiesen adquirir escopeta o trabuco, se les proporcionaba el arma por donación, a escote, entre los veinticinco. Cada sección estaba, de añadidura, obligada a suscribirse a un diario democrático, que era regularmente *La Discusión* o *El Pueblo*. Cuando alguna sección trabajaba en faenas campesinas a larga distancia de la ciudad, enviaban a uno de los de la cuadrilla a recoger el periódico (o folleto de actualidad, cuando lo había); y en la ausencia de mensajeros, los trabajadores que quedaban en el tajo hacían la parte de labor de aquél. Un tal Francisco Navero, apodado *Tintín*, repartía los papeles democráticos a los enviados de cada sección. En ésta había un individuo encargado de leer diariamente el periódico a sus compañeros en las horas de descanso.

La Junta Suprema limitaba a los asociados el uso del vino, y prohibía en absoluto el aguardiente. Gran sorpresa causó a don Diego saber que por esta «moderación» de los liberales se arruinaron muchos taberneros, y llegaron a ser escasísimos los puestos de bebidas. El número de afiliados creció prodigiosamente desde que comenzaron en la ciudad, y luego en cortijos y villorrios, los solapados trabajos de propaganda. La iniciación se hacía en lugar secreto, que Ansúrez no pudo ver: allí se les leía la cartilla de sus obligaciones y se les tomaba juramento delante de un Cristo que para el caso sacaban de un armario. Afiliados estaban no pocos servidores del conde de La Cañada. En el propio caserón o castillo roquero del cacique feudal se sentía la continua labor de zapa del monstruoso ciempiés que minaba la tierra.

La sociedad, en cuanto se creyó fuerte, no quiso limitarse a la defensa ideológica de los derechos políticos. Los principales fines de la oligarquía dominante eran ganar las elecciones, repartir a su gusto los impuestos, cargando la mano en los enemigos, y aplicar la justicia conforme al interés de los encumbrados, subastar la Renta (que así llamaban en-

tonces a los Consumos) en la forma más conveniente a los ricos y establecer el reglamento del embudo para que fuese castigado el matute pobre y aliviado de toda pena el de los pudientes. Con tales maniobras, no sólo era reducido el pueblo a la triste condición de monigote político, sin ninguna influencia en las cosas del pro común, sino que se le perseguía y atacaba en el terreno de la vida material, en el santo comer y alimentarse, dicho sea con toda crudeza.

Frente a esto, la poderosa sociedad buscaba inspiración en la justicia ideal y en el sacro derecho al pan, y decretó la norma de jornales del campo, estableciendo la proporción entre éstos y el precio del trigo. Véase la muestra. ¿Trigo a cuarenta reales la fanega? Jornal: cinco reales. Al precio de cincuenta correspondía jornal de seis reales, y de ahí para arriba un real de aumento por cada subida de diez que obtuviera la cotización del trigo. Accedieron algunos propietarios; otros, no. Los jornaleros segadores se negaron a trabajar fuera de las condiciones establecidas, y en las esquinas de Loja aparecieron carteles impresos que decían poco más o menos: «*Todos a una* fijamos el precio del jornal. Si no están conformes, quien lo sembró que lo siegue.»

Clamaron no pocos propietarios, y al cacicato acudieron pidiendo que fuese amparado el derecho a la ganancia. La cárcel se llenó de trabajadores presos, y tal llegó a ser su número, que no cabiendo en las prisiones, se habilitaron para tales el Pósito y el convento de la Victoria. Pero no se arredró por esto la sociedad, que en su tenebrosa red de voluntades tenía cogidos a todos los gremios. El buen éxito de la escala de jornales para el trabajo rural movió a la Junta a continuar el plan defensivo, justiciero a su modo. Peritos agrícolas afiliados a la comunidad revisaron los arrendamientos, y en los que aparecieron muy subidos se despedía el colono. El propietario quedaba en la más comprometida situación, pues no encontraba nuevo colono que llevara su tierra, ni jornaleros que quisieran labrarla. Igual campaña que esta del campo hicieron los peritos urbanos o maestros de obras en el casco de la ciudad. Casa que tuviera demasiado alto el alquiler, según el dictamen pericial, quedaba desalojada, y ya no había inquilinos que quisiesen habitarla, como no fueran los ratones. Llegó, por último, a tal extremo la unión, confabulación o tacto de codos, que ningún asociado compraba cosa alguna en tienda de quien no perteneciese a la secreta orden de reivindicación y libertad.

Sorprendido y confuso el buen Ansúrez, oyó hablar de socialismo y comunismo, voces para él de un sentido enigmático que a brujería o arte diabólica le sonaban. Poseía el vocabulario de mar en toda su variedad y riqueza; pero su léxico de tierra adentro era muy pobre, y singularmente en política no encontraba la fácil expresión de sus pensamientos. Sabía que teníamos Constitución, reina, Cortes, partidos progresista y moderado; pero ni de aquí pasaba su erudición, ni entendía bien lo que estas palabras significaban... En tanto, ocurrían en Loja y su término sangrientos choques; una noche apaleaban a un asociado, y a la noche siguiente aparecía muerto en la calle un testaferro de los Narváez o un machacante del corregidor. Las agresiones, las pedreas y navajazos menudeaban; la Guardia Civil acudía, siempre presurosa, de la ciudad al campo o del campo a la ciudad; las voces de ira y venganza sonaban más a menudo que las expresiones de galantería dulce y quejumbrosa que caracterizan al pueblo andaluz en aquel risueño y templado territorio. La Naturaleza callaba cuando los corazones ardían en recelos, y las bocas agotaban el repertorio de las maldiciones.

Todo esto lo vió Ansúrez en la ciudad y en el cortijo del Tocón, donde pasó algunas semanas, huésped de su cuñado Matías Castril. Y para que nada le quedase por ver, llegó tiempo de elecciones, y los dos enconados bandos, furia narvaísta y furia popular, dieron la trágica función de disputas, celadas, recíprocos engaños, escandaleras y trapisondas horribles. Cruelmente y sin piedad se trataban unos a otros. Represalias morales había no menos duras que las de la guerra. Al grito de ojo por ojo que éstos proferían, contestaban aquéllos con el grito feroz de cabeza por cabeza. El inocente y honrado Ansúrez, testigo por primera vez de la bárbara porfía, que era por una parte y otra un burlar continuo de todas las leyes, ex-

ceptuando la de la fuerza bruta, no podía compararla con nada de cuanto él había visto en sus vueltas por el mundo. Más conocedor de la Naturaleza que de los hombres, veía en aquellas agitaciones, designadas con mote político, electoral, socialista o comunista, una vaga semejanza con las turbulencias del mar. Cerrando los ojos ante la terrible lucha del pueblo con el feudalismo, su cerebro le reproducía el silbar furioso de los vientos desencadenados y la hinchazón de las olas que corren acosándose y mordiéndose hasta perderse en el horizonte sin fin.

III

Hallábase el navegante fuera de su centro, y la nostalgia del mar y del trajín costero entristecía sus horas. Por su gusto allá se volvería; pero su mujer le sujetaba con el descanso que la tierra natal y la familia daban a sus achaques, y su hija *Mara*, con la intensa afición que iba tomando al suelo y a la gente de Andalucía. De tal modo reinaban en su corazón los dos seres queridos, hija y esposa, que al gusto de ellos subordinaba siempre su conveniencia y toda su voluntad. Las labores del campo, que al principio le interesaban y distraían, ya le causaban tedio. La mar inquieta era su campo, que él araba con la quilla de sus naves, para extraer el fruto comercial, único verdadero y positivo. Según él, las bodegas de los barcos son como estómagos que reciben y dan toda la sustancia de que se nutre el cuerpo de la Humanidad.

A Loja iba algunas tardes con su cuñado Matías y dos compadres de éste. La última vez que estuvo en la ciudad, pasó largo rato en el café, respirando espesa atmósfera de humo y rencores, y oyendo el mugido de las disputas, para él más pavoroso que el de las tempestades. Allí conoció a Rafael Pérez del Alamo, inventor y artífice principal de aquel tinglado de la organización democrática y socialista. Embobado le oía referir su audacias, y tanto admiraba su agudeza como su indomable tesón. Aunque parezca extraño, Ansúrez sentía en sí mismo cierta semejanza con Rafael Pérez. Ambos luchaban con poderes superiores: el uno con los elementos naturales, el otro con los desafueros del orgullo humano. Y siendo en su interna estructura tan semejantes, diferían sensiblemente en la proyección de sus voluntades, llegando a ser ininteligibles el uno para el otro. Si Ansúrez no comprendía el heroico trajín de las revoluciones políticas, Rafael Pérez desconocía en absoluto los heroísmos de la mar. Falta decir que el organizador del pueblo contra las demasías del poder constituído era un pobre albéitar, que se ganaba la vida herrando caballos y mulas.

En la última visita que hizo al café, conoció también Ansúrez a uno de los principales mantenedores del feudalismo narvaísta, don Carlos Marfori, joven vigoroso y resuelto, emparentado con la familia del general. Distinguíase por la temeraria llaneza con que descendía de su posición para discutir con los caudillos de la plebe, cara a cara, las candentes cuestiones que enloquecían a todos. Invitaba Marfori a Rafael Pérez a tomar café juntos. Alardeaba el albéitar de convidar a don Carlos y a los caballeros y jenízaros que le acompañaban. Bebían disputando, juraban y confundían sus voces airadas sin llegar a las manos. Por la noche era ella. La contenida saña con que debatían el villano y el noble, estallaba en las oscuras calles. Por un daca esas pajas se embestían los dos bandos. Palos, cuchilladas y muertes eran las serenata usual de las noches que, por ley de Naturaleza, debían ser plácidas en aquel delicioso rincón de Andalucía.

Recluído en el campo, el pobre navegante sobrellevaba sus añoranzas con la paz y los goces de la familia. Doña Esperanza no empeoraba, y su mortal inapetencia se iba remediando con los guisos y golosinas de la tierra. La chiquilla era un portento de agudeza y precocidad, y el mayor alivio de las penas de su padre, que la amaba con delirio y no ponía freno a sus antojos. En Mara, el desarrollo espiritual y físico de la niña traía tempranamente las gracias de mujer hecha y bien plantada. El suelo y aire andaluz habían extremado la ligereza de sus pies, y la flexibilidad de su cuerpecillo en el baile, en los andares, hasta en el saludo. Habíase asimilado el ceceo de la tierra, el donaire anecdótico, el arte de las réplicas prontas.

epigramáticas, chispeantes de sal y donosura. *Mara* reinaba en el corazón de todos, y era para sus padres el sol de la vida.

Pasaron días; avanzaba el verano; la familia de Ansúrez, invitada por el cura del Salar, fué a pasar un par de semanas en la casa de éste, que era de gran desahogo y abundancia. Mas no quiso Dios que los forasteros hallaran tranquilidad junto al generoso don Prisco, porque a los seis días de su llegada al Salar echó al campo la conjura democrática todas sus legiones, y la tierra de Loja fué como un volcán que, por diferentes cráteres, arroja su fuego. Ya sabía don Prisco que Rafael Pérez preparaba un alzamiento general; mas no pensaba que fuese tan pronto. Diferentes rumores contradictorios llegaron al Salar. Según unos, el albéitar, preso y encarcelado por el corregidor, se había escapado de la prisión, corriendo con sus leales amigos camino de Antequera; según otros, en Antequera prendieron al herrador, metiéndole en un calabozo subterráneo, y hacia allá iban decididos a salvarle sus más ardientes partidarios. De la noche a la mañana, no quedaron en el Salar más que mujeres, chiquillos y algunos viejos. Salió don Prisco en averiguación de lo que pasaba; aproximóse a los arrabales de Loja; volvió a su casa sobrecogido y algo tembloroso, diciendo a su sobrina y a sus huéspedes que la insurrección no era cosa de broma, y que no tardarían en sobrevenir acontecimientos de padre y muy señor mío.

Aunque el reverendo Armijana era de los buenos amigotes de Rafael Pérez del Alamo, y sentía por la sociedad toda la simpatía compatible con la prudencia sacerdotal, viendo las cosas tan lanzadas a mayores y la revolución sacada de la oscuridad masónica a la luz de la realidad, echóse atrás el hombre, y no cesaba de pedir a Dios que devolviese la paz a los ciudadanos.

—Camará—dijo a don Diego, refiriéndole lo que había visto—, esto no va por el camino natural, y para mí que al amigo Rafael se le ha metido algún diablo en el cuerpo... Arrimado al ventorro de Lucas vi pasar *un porción* de hombres que gritaban como locos. Daban vivas calientes a la libertad y al democratismo, y mueras fríos a doña Isabel, a los Narváez y al corregidor. Cuando me vieron, soltaron el grito escandaloso de «¡Muera el Papa!»... Por la sotana que llevo, que quise protestar..., pero no me atreví. Las turbas armadas empezaron a echar por aquellas bocas tacos y porquerías horripilantes, no sólo contra el Sumo Pontífice, sino contra la Virgen Nuestra Señora; y Curro *Tintín*, el vendedor de periódicos, me amenazó con la escopeta y me dijo que se chiflaba en San Torcuato, el santo de mi mayor devoción, como hijo de Guadix que soy. Esto, amigo Ansúrez, pasa de la raya, y yo digo que si no nos manda tropas el Gobierno de O'Donnell es porque el *gachó* quiere perdernos, envidioso del poder de Narváez... Tropas, vengan tropas, o nos veremos muy mal, pero que muy mal.

Apenas enterado de lo que ocurría, Ansúrez no pensó más que en trasladarse a Granada con su familia; pero cuantas diligencias hizo aquella tarde para encontrar caballerías o un carricoche resultaron inútiles. A la mañana siguiente, se supo que toda la caterva de paisanos armados se encontraba en Iznájar, Aventino andaluz, donde la plebe se organizaría con marcial unidad y compostura para ir sobre Roma. Roma, o sea Loja, era desalojada por los narvaístas, que escapaban medrosos, llevándose cuanto de valor poseían. Con ellos abandonaron la ciudad el corregidor y las escasas fuerzas de Guardia Civil y Carabineros que allí tenía el Gobierno. De éste dijeron los moderados que estaba en connivencia con los insurrectos, y que todo era obra del masonismo, del protestantismo y de la marrullería de O'Donnell y Posada Herrera, en quienes el orden no era más que una máscara hipócrita para engañar al Trono y al Altar. ¿Qué hacían, que no mandaban tropas? Esto llegó a ser en don Prisco idea fija. El buen señor terminaba todas sus peroratas, como todos sus rezos, con la devota exclamación de «¡Soldados, soldados!»

No cejaba el pobre Ansúrez en su afán de ausentarse con la familia, apretándole a ello el grave susto de doña Esperanza y su horror ante la tragedia. Al menor ruido temblaba la infeliz señora, creyendo escuchar cañonazos próximos; sus males se acercaban, y el sueño no quería cuentas con ella. Por el contrario, la inocente *Mara* gustaba de la trifulca,

ansiaba ver sucesos extraordinarios y encuentros formidables de hombres con hombres. Su viva imaginación extraía de los hechos más vulgares la leyenda poemática. A pesar de esto, viendo a su madre tan empeorada de puro medrosa, no cesaba de decir:

—Vámonos, padre, y que nos acompañe María Santísima.

Y don Prisco, en vez de *Ora pro nobis*, repetía:

—¡Soldados, soldados!

Buscando medios de transporte, se encontró al fin el borrico de un salinero: esto por el pronto bastaba. Ansúrez y su hija irían a pie hasta llegar a la Venta de Lachar, donde esperaban encontrar mejor acomodo de viaje. Fué con ellos el cura don Prisco hasta el camino real, y allí los despidio con frase zalamera, deseándoles la protección de la Virgen, y agregando que ésta sería más eficaz si el maldito Gobierno enviara tropas en apoyo de los altos designios. Siguio adelante la caravana, doña Esperanza en su borrico, mal encaramada en un sillín de tijera; la hija y el marido a pie, por un lado y otro, sosteniendola para que no se cayese, y delante el vejete salinero, que marcaba el paso con un tristisimo cantorrio entre dientes.

Diego Ansúrez, cuya mollera continuaba cerrada para las cosas de tierra adentro, no cesaba de meditar en ellas, buscando una clave de las absurdas contradicciones que veía. ¿Por qué se peleaban los hombres en aquel delicioso terreno, en aquellos risueños valles fecundísimos que a todos brindaban sustento y vida, con tanta abundancia que para los presentes sobraba, y aún se podía prevenir y almacenar riqueza para los de otras regiones? La sierra fragosa enviaba a las vegas lozanas el torrente de sus aguas cristalinas. Daba gloria ver la riqueza que descendía por aquellas encañadas, la cual asimismo prodigaba tesoros de sal, mármoles y ricos minerales. Las lomas de secano se cubrían de olivos, almendros y vides lozanas; en las vegas verdeaban los opulentos plantíos de trigo, cáñamo, y de cuanto Dios ha criado para la industria, así como para el sustento de hombres y animales... Si los que en aquella tierra nacieron podían decir que habitaban en un nuevo Paraíso terrenal, ¿para qué se peleaban por el mangoneo de Juan o Pedro, o por el reparto de los bienes de la Naturaleza, que en tal abundancia concedían el suelo y el clima? ¿Quién demonios había traído aquel rifirrafe de la política, de las elecciones y de aquel furor por que salieran diputados o concejales estos o los otros ciudadanos? Ansúrez no lo entendía, y razonando en términos más rudos de los que en esta relación histórica se indican, acababa por declarar que o los españoles son locos sueltos en el manicomio de su propia casa, o tontos *a nativitate*.

Rendidísimos llegaron todos a la Casa de Postas de Lachar, ya entrada la noche. Doña Esperanza no podía tenerse, y fué menester llevarla en brazos a un camastro que en el único aposento vividero de aquel caserón se le ofrecía. Lejos de restablecerse de su pánico, la fatiga y el quebranto del viaje la pusieron en mayor desazón, la cual iba labrando la ruina de su ánimo más que en su cuerpo. El sueño no vino a calmarla, por más sugestiones que se hicieron para provocarlo; negábase a tomar alimento; que si los manjares eran malos, el asco invencible de la enferma los hacía peores. Ansúrez no sabía, en tal situación, a qué santo encomendarse. Discurrió enviar un propio al Tocón para que la familia acudiese en su auxilio: no pudo encontrar para tal servicio más que a una muchachuela jorobadita, y ésta fué y tardó diez horas en volver con la noticia de que don Matías estaba *en la faición*, y que las señoras no podían moverse de la casa. No cabía más remedio que revestirse de paciencia y esperar lo que dispusiese la Divina Voluntad. El salinero se despidió, ansioso de agregar su burro a la caballería ligera de Rafael; y como la Casa de Postas no podía proporcionar medios de transporte, pues todos los caballos y mulas se los habían llevado los señores de Loja en su retirada, resolvió don Diego quedarse allí en espera de cualquier contingencia favorable.

Tan abrumado, tan fuera de su equilibrio natural estaba el navegante celtíbero, que no se daba cuenta del tiempo que en aquella lúgubre y calmosa expectación transcurría. Doña Esperanza languidecía por falta de alimento, sin que a la soledad de aquel mechinal desamparo se le pudiera llevar el socorro de médico y medicinas. *Mara* no se

apartaba de ella: Ansúrez hacía sus escapadas al corralón solitario, donde únicamente hallaba un par de vejestorios que le ponían al tanto de los acontecimientos. Los insurrectos, reunidos en Iznájar, descendían orillas abajo del Genil, y en orden y aparato de guerra caminaban hacia Loja, de cuyo desamparado recinto se apoderaban, poniendo allí su capital democrática y el asiento de su fuerza civil y militar. Ya eran dueños de Roma; ya ocupaban y guarnecían el alto castillo, que de los moros conserva el nombre de Alcazaba; ya fortificaban los robustos edificios que fueron conventos, y abrían trincheras en todos los puntos indefensos de la ciudad. Considerable número de combatientes, que en totalidad no bajaban de cinco mil, se alojaban en la iglesia Mayor, en San Gabriel, en Jesús Nazareno y en el Santuario de la Caridad, donde residía la patrona del pueblo. Como no quitaba lo democrático a lo piadoso, casi todos los prosélitos del temerario Rafael Pérez confiaban en que Nuestra Señora de la Caridad les diese la victoria sobre la insufrible tiranía. Contaron a don Diego aquellos vejetes que al huir de Loja los moderados quisieron llevarse a la santa patrona de la ciudad; pero que no les fué posible arrancar la imagen de la peana que desde inmemorial tiempo la sostenía. Ni con palancas ni con ninguna suerte de artificios lograron despegarla. Peana y Virgen pesaban tanto, que ni con cien mil pares de bueyes habrían podido apartarla ni el canto de un duro, señal de que la Señora no quería cuentas con los narvaístas y protegía resueltamente al democrático albéitar Rafael Pérez.

Como Ansúrez no diera crédito a esta conseja, la confirmó con juramentos y arrumacos una gitana vieja que de Loja venía, agregando que Rafael tenía ya más poder que el santo ángel de su nombre.

IV

Las desgracias del valeroso navegante, que tan furioso temporal corría tierra adentro, no tenían término ni alivio. Confinado con su familia en una estrecha y miserable celda del piso alto de la Casa de Postas, no hallaba medio de proseguir avante ni atrás en el viaje emprendido. Daba el aposento a un corredor que se extendía por dos lados del patio, y en el término de una de estas alas estaba la escalera. El blanqueo de las paredes dentro y fuera de la estancia no era reciente: la suciedad reinaba en todo el edificio, y los olores de cuadra y cubiles discurrían de un lado a otro como únicos inquilinos que allí sin estorbo moraban.

Lo peor fué que cuando doña Esperanza, en aparente mejoría, se prestaba a pasar algún alimento, anocheció sosegada y amaneció en completo desbarajuste de sus facultades mentales, que ya venían de días atrás algo descaecidas. Debilitado por el no dormir y el no comer el cerebro de la buena señora, dió ésta en el más extraño desvarío que puede imaginarse. Fué una retroacción de sus pensamientos, un salto atrás, un desandar de lo andado en las vías del tiempo. A la madrugada, habíase tendido Ansúrez en el suelo sobre unas enjalmas; despertóle *Mara*, ya de día claro, diciéndole con palabras angustiosas que algo insólito y de mucha gravedad ocurría. Lo primero que advirtió don Diego al abrir los ojos fué que su esposa no estaba en el camastro. Como dormían vestidos, no tardaron en salir del aposento hija y padre, y con espanto vieron a doña Esperanza que, a lo largo del corredor, venía parloteando en alta voz y gesticulando con demasiada viveza, como si disputara con seres invisibles. Corrieron a ella, y con gran dificultad la llevaron adentro.

Opuso la buena señora resistencia breve, que se revelaba en su voz más que en sus ademanes, diciendo:

—Déjame, Diego, déjame, que esa tarascona insolente, Sor Emerilda del Descendimiento, quiere meterme en la leñera. ¿No has oído a mis enemigas las valencianas aullar contra mí? La priora es de tierra de Jumilla y no me quiere mal; pero está impedida de ambas piernas y no puede salir a defenderme. ¡Que no entren, por Dios, que no entren en esta celda!... Es lo que llamamos el desván de la fruta, y aquí me recojo, aquí me refugio entre calabazas... Tú eres el hombre de los aires, que anda de chimenea en chimenea y horada los techos... Vienes manchado de hollín, porque pasas por los caminos del humo... Silencio, que

las monjas vamos al coro... En el coro somos las monjas ángeles que rezan dormidos... Despertamos, y nos volvemos demonios.

Estos y otros disparates que dijo la señora, pusieron a la hija y al esposo en gran consternación. Con palabras dulces trataron de apartar su mente de aquel furioso desvarío; pero las ideas de la infeliz mujer se habían dispersado como pájaros cuya jaula se abre por las cuatro caras, y no había manera de atraerlas de nuevo a su prisión.

Lejos de calmarse con halagos ni con esfuerzos de raciocinio, la locura de doña Esperanza se fué determinando más en el curso del día, hasta el punto de que Diego y *Mara* llegaron a creer que también ellos habían perdido el juicio. Terrible fué la tarde: la pobre señora persistía en la demencia de creerse monja, y de repetir en memoria y en voluntad los actos y sucesos que precedieron a su evasión del claustro. Ya no sabían el esposo y la hija qué pensar, ni qué hacer, ni qué decir. En vano pedían auxilio a los viejos y mujeres de la casa, que no acertaban de ningún modo a sacarles de tan doloroso conflicto. Por la noche, el delirio de la enferma fué más desatinado y violento. Desconociendo a su hija, la llamaba *negra*, *intrusa*, y mandábala salir de su presencia. También a su marido le trataba como a persona subida de color. Creyéndose monja y de inmaculada blancura, decía:

—Quiero escaparme, quiero salir de esta triste cárcel; pero no me salvarán hombres tiznados..., no me salvarás tú, que traes el rostro oscuro de andar con los negros de Indias.

Espantosa fué la noche, y más aún la madrugada. Muertos de inanición, Ansúrez y su hija pidieron alimento a sus aposentadores, que les franquearon cuanto tenían. Una mujerona huesuda y desapacible, no por esto privada de sentimientos cristianos, se puso a las órdenes de los huéspedes; les sirvió sopas y una fritanga, y brindóse a velar a la enferma para que el señor y la niña pudieran descansar algunos ratos... ¡Buen descanso nos dé Dios! Cayó doña Esperanza en un sopor del que no podían sacarla con sacudidas de los brazos, ni con voces pronunciadas en los propios oídos de ella. Sudor copioso y frío brotaba de su frente, y de su boca se escapaba un ás-

pero soplido cadencioso, que no traía ningún acento de locución humana.

Pensó Ansúrez que aquel singular estado podía ser un recalmón intenso de los alborotados nervios de su esposa; pero la mujerona de la casa, que era un tanto curandera y había presenciado bastantes casos como el que a la vista tenía, dió dictamen muy distinto, y sin nombrar la muerte, expresó el parecer de que no debían buscar remedios corporales, sino aplicarse todos, de prisa y corriendo, a encomendar el alma de la señora. Firme en esta intención edificante, bajó y trajo un cazolillo con aceite, en el cual sobrenadaban, encendidas, varias mechas de algodón, que eran como un holocausto a las benditas ánimas del purgatorio, y el mejor socorro que se podía dar a una persona moribunda. Nada dijo Ansúrez, y comprendiendo que acertaba la mujer en su fúnebre pronóstico, echó todo su dolor del lado de la resignación, encastillándose en ésta con todo el rendimiento de su alma cristiana. Menos fuerte *Mara* en su espíritu, rompió en llanto; y entre lágrimas de la niña, oraciones de la huesuda, silencio torvo de Ansúrez y un desaforado ladrar de perros que del campo venía, los alientos broncos que salían del pecho de doña Esperanza fueron menguando, hasta que con uno más suave y hondo terminó su existencia mortal.

La claridad del alba entró a deslucir el amarillo resplandor de las luces mortuorias. Hija y padre se vieron en plena esfera de la realidad, y de su propio dolor sacaron fuerzas para ocuparse en dar a la querida muerta la compostura y grave continente que debía llevar al sepucro. Arregláronle el pelo, que se le había desordenado con las manotadas de su locura. Sin quitarle la ropa interior, pusiéronle su mejor basquiña negra, y un manto, negro también, que con monjil recato le cubría la cabeza y busto. Formaba como un rostril ovalado, sujeto con alfileres, que sólo dejaba al descubierto la cara. En las manos le pusieron el crucifijo que consigo solía llevar; hecho esto, se sentaron junto a la cama por uno y otro lado, esperando la ocasión del sepelio. El cansancio venció la voluntad de Ansúrez. La cabeza le pesaba más que su propósito de tenerla derecha, y se dejó caer entre los brazos y sobre el lecho. Quedóse

el hombre profundamente dormido, y en sueños le turbaba un ruido intenso y mugiente: creyó que era el oleaje del Mediterráneo rompiendo en las peñas de Cabo Palos o en los cantiles de Porman. Soñó que estaba en aquella costa oyendo la voz iracunda del mar... Su hija le despertó sacudiéndole el brazo y le dijo:

—Padre, ¿oyes ese ruido?

—Sí, oigo — respondió Ansúrez entre dormido y despierto—. Tenemos levante duro.

—No es eso, padre. Es ruido de soldados. Los soldados están aquí. No caben en el corral. Del corral han subido al corredor: algunos han abierto esta puerta, y al vernos han vuelto a cerrar.

Cercioróse Ansúrez por sus propios ojos de lo que *Mara* le decía; vió la inquieta turbamulta militar, que, sin duda, iba de camino hacia la ciudad insurrecta, y se le daba parada y rancho en la Casa de Postas. Como acontece en estas invasiones, no faltan muchachos alegres que se lanzan a una requisa indiscreta, en busca de las vituallas que comúnmente se guardan en altos desvanes. Perseguían jamones o cecina, y hallaron cosa muy distinta de lo que anhelaban. Algunos eran tan desahogados, que el hábito de la galantería se sobrepuso a los respetos debidos a la muerte; y ante *Mara*, llorosa junto al cuerpo frío de su madre, repararon en la belleza picante de la *chavala*, y más prontos estuvieron para requebrarla que para compadecerla. Viendo que unos tras otros entreabrían la puerta sin más objeto que curiosear, Ansúrez abrió de golpe y les dijo:

—Pasen, si gustan de ver cosas tristes. Esta señora difunta es mi esposa, y esta muchacha mi hija. Si buscan comida, sepan que aquí no la hay, ni creo que puedan encontrarla en parte alguna de este caseretón desamparado. Aquí no hay más que soledad y lágrimas. Íbamos hacia Granada... Mi esposa, enferma, no pudo resistir el quebranto del viaje ni la falta de todo socorro de víveres y medicinas, y esta madrugada su alma se ha ido a la presencia de Dios. Mi hija y yo no saldremos de aquí sino para llevar a nuestra querida muerta adonde podamos darle sepultura cristiana. Si son ustedes piadosos como parece, ayúdennos a cumplir esta santa faena, y les quedaremos muy agradecidos... Guardaremos en el corazón el recuerdo de estos buenos chicos, aunque no volvamos a vernos. Ustedes van a Loja; nosotros, al puerto más cercano, que entiendo es Motril, pues yo no soy hombre de guerra, sino de mar.

Los soldados oyeron respetuosos estas razones tan sinceras como expresivas, y el más despabilado de ellos, en nombre de todos, dijo que de buen grado complacerían al señor viudo y a la niña huérfana, ayudándoles a la conducción y entierro de la señora finada; pero que habían de partir en cuanto se racionara la tropa, que ello sería obra de veinte minutos todo lo más. Detrás llegaría un batallón de cazadores, y éstos no habían de ser menos generosos y cristianos que los presentes. Con esto y con dar a los atribulados hija y padre dos panes de munición, de a dos libras, se despidieron.

Al son de tambor y corneta se alejó la tropa, y Ansúrez, otra vez solo, trató con la mujerona y los viejetes de dar tierra a la pobre doña Esperanza. Convinieron todos, mediante *conquibus*, en facilitar la indispensable función mortuoria. El cementerio más próximo era el de Cijuela, distante una legua o poco más. No faltarían cuatro hombres que, turnando, transportasen el cadáver, y delante iría un propio que previniese al cura para que no faltara un buen responso. Por fin, como en el curso del día habían de volver de Granada mozos, caballos y algún carricoche (que ya con la presencia de la tropa se iba restableciendo la vida normal), después del sepelio podrían tener el viudo y su hija un galerín en que molerse los huesos por el *camino de arrecife*, que así llamaban a las carreteras.

Pasaron al mediodía los cazadores, sin detenerse, y a la tarde se puso en camino con solemne tristeza y soledad la pobre comparsa que acompañaba los restos de doña Esperanza, encerrados en una caja tosca que a toda prisa carpintearon los viejos de la Casa de Postas, y que conducían en parihuelas otros viejos y mendigos alquilones. Seguían don Diego y su hija en el coche llamado de San Francisco, y tras ellos lucido cortejo de chicos y gitanas, que iban al reclamo de una limosna. Con lento andar llegó la procesión a su término, que era un camposanto humilde, sin mausoleos pompo-

sos, poblado de cruces, las unas derechas, otras caídas o inclinadas con dejadez, como si quisieran descender al reposo que gozaban los muertos. Un cura de mal pelaje, esmirriado y anémico, que apenas podía con la capa pluvial, y un monaguillo pitañoso y descalzo, aguardaban con puntualidad mendicante.

Breve y patética fué la ceremonia. Cuando la pobre doña Esperanza bajó a la tierra, prorrumpieron las gitanas en teatral llanto, que fué como un fondo coral en que vivamente se destacaba el verídico duelo de la huérfana y el viudo. Todo terminó al caer de la tarde, cuando sobre el rústico cementerio revoloteaban las golondrinas, que en próximos techos tenían sus nidos. Pagó don Diego los servicios funerarios con largueza de indiano. Moneda de oro puso en la mano negra y flaca del cura, que, al recibirla y verla tan brillante, apretó el puño cual si temiese que se la quitaran. Quedó el hombre muy agradecido, y ofreciendo rogar por muertos y vivos, se fué a toda prisa, que cenar solía tempranito. A los portadores recompensó Ansúrez con buenas monedas de plata, que, por más señas, eran pesetas columnarias, y entre las gitanas y chiquillos repartió alguna plata y cobre en abundancia, con lo que todos quedaron muy satisfechos y al donante como a la niña desearon largos años de vida y aumento de sus caudales. Al regreso, las gitanas, ya con más gana de canto que de llorera, propusieron a *Mara* decirle la buenaventura; pero la niña no quiso escucharlas, sintiéndose en tal ocasión lejos de todo consuelo.

A campo traviesa anduvieron, guiados por los viejos, dos o tres horas, pasando por tierras del Soto de Roma, propiedad del inglés duque de Wellington, y a las diez de la noche fueron a parar a un ventorro, donde les esperaba el birlocho dispuesto para proseguir su caminata. Todo lo que tenía de excelente la moneda de Ansúrez teníalo de perverso y desvencijado el armatoste que le alquilaron aquellos chalanes. Tiraban de él dos caballejos cansinos y llenos de maduras, y lo guiaba un perillán tuerto y cojo, que, apenas tratado, daba el quién vive con su aliento de borrachín y sus trapacerías rateriles. Pero no habiendo cosa mejor, los viajeros pasaron por todo, que para eso traían grande acopio de resignación. Dando tumbos, oyendo sin cesar las groserías del cochero y los palos con que a los pobres animales arreaba, llegaron después de medianoche a un parador de la ciudad de Santa Fe, donde hicieron alto para descansar algunas horas. Pero la fatiga y el sueño atrasado que ambos traían les retuvieron en los duros colchones hasta más de las doce; y como el calor era sofocante, se acordó retrasar la salida hasta el anochecer, lo que agradecieron los caballos tanto como el gandul que los regía.

Anhelaba Diego recorrer con la mayor presteza posible la distancia que le separaba de Motril. Forzoso era pasar por Granada, donde despediría el carricoche de Lachar para tomar mejor vehículo. En Granada se detendría lo menos posible: le asustaba la idea de encontrar parientes o amigos que, con halagos y cumplimientos dilatorios, le indujeran a mayor tardanza. Tal como lo pensó lo hizo: llegaron los viajeros a la ciudad morisca al filo de medianoche, y en una posada del arrabal del Triunfo se alojaron, y de allí no salieron hasta saldar cuentas con el ladronzuelo que les trajo y ajustar un galerín que debía llevarles hasta donde alcanzaba el camino de arrecife. Desde Beznar seguirían a caballo hasta el término de su odisea terrestre. En estos tratos chalanescos se les fué un día entero y parte de otro. A ningún conocido vieron, ni hablaron más que con arrieros y trajinantes que en el mesón se alojaban... Partieron en alas, no diremos del viento, sino de la impaciencia y prisa que empujaban el alma de Ansúrez hacia el mar, y en los últimos ratos del parador, así como en el trayecto hasta Padul, tuvieron noticia del desastroso acabamiento de la revolución de Loja.

V

Razón tuvo el cura don Prisco al poner en sus letanías la piadosa invocación al brazo militar: «¡Soldados, soldados!» Oída fué por Dios y por el Gobierno esta devotísima plegaria. Soldados acudieron de Granada, de Málaga y de Jaén, y reunidos frente a Loja, bajo el mando de un valeroso general, saludaron a los insurrectos con la intima-

ción de rendirse y poner fin al democrático juego. Pronto comprendieron los secuaces de Rafael Pérez que habían perdido su causa, metiéndose en una plaza que más tarde o más temprano había de ser victoriosamente debelada por la tropa. La hueste revolucionaria no debió abandonar nunca la táctica de guerrillas: su fuerza estaba en la movilidad, en la rapidez de las sorpresas y embestidas parciales. Estacionarse en un punto, aun contando con defensas rocosas o con trincheras abiertas sin conocimiento del arte de la castrametación, era ir a muerte sègura. Un ejército disciplinado y regularmente dirigido debía dar cuenta, como aquél la dió, del tan entusiasta como aturdido ejército popular. Apretado el cerco con la idea de que no escapase ninguno de los cinco mil republicanos que en la plaza bullían, resultó que, después de andar en tratos y parlamentos, se escabulleron todos por las mallas de la red.

Se dijo que Serrano había llegado a última hora con instrucciones de lenidad, que practicó a estilo masónico, haciéndose el cieguecito y el sordo ante los grupos que huían de la plaza. Serrano era liberal, no debe esto olvidarse, y en Madrid mandaban un astuto y un escéptico, que se llamaban O'Donnell y Posada Herrera. Si hubiera estado el mango de la sartén en manos de Narváez, de fijo no queda un republicano comunista para contarlo. Don Prisco Armijana, espíritu que se balanceaba en los medios pidiendo mucha libertad y mucha religión, diría frente al socialismo vencido: «Soldados, no matéis. Dios quiere que todos vivan... y que todos coman. Soldados y paisanos, comed juntos.»

Venturosa fué la evaporación rápida de los insurrectos, tomando por èste o el otro resquicio los caminos del aire, porque así se evitaron las duras represalias y castigos. Algunos cayeron, no obstante, para que quedasen en buen lugar los fueros del orden santísimo. La vista gorda del general no fué tanta que dejase pasar a todos sin coger los racimos de prisioneros que debían justificar, llenando las cárceles, la autoridad del Gobierno. No faltaron infelices que con el holocausto de sus vidas proporcionaron a la misma autoridad el decoro y gravedad de que en todo caso debe revestirse. De Rafael Pérez nada se supo. Luego se dijo que había ido a parar a Portugal. Hombre extraordinario fué realmente, dotado de facultades preciosas para organizar a la plebe y llevarla por derecho a ocupar un puesto en la ciudadanía gobernante. Tosco y sin lo que llamamos ilustración, demostró natural agudeza y un sutil conocimiento del arte de las revoluciones; arte negativo si se quiere, pero que en realidad no va nunca solo, pues tiene por la otra cara las cualidades del hombre de gobierno. Representó una idea que en su tiempo se tuvo por delirio. Otros tiempos traerían la razón de aquella sinrazón.

Más que en estas cosas de la vida general pensaba Diego Ansúrez en las propias, corriendo en la galera por el camino que faldea las moles de Sierra Nevada, en dirección a la fragosa Alpujarra. Pasó la divisoria que llaman Suspiro del Moro, sin duda porque allí suspiró y lloró el desconsolado Boabdil, y también el viudo de doña Esperanza lanzó de su pecho suspiros hondos recordando su amor perdido, y pensando las desventuras que su viudez le traía. Luego consideraba el enflaquecimiento de su bolsa, a la que, con las enfermedades de la mujer, los viajes, los obsequios y otras socaliñas, había tenido que dar innumerables tientos. En Granada y Loja habíanle tomado por indiano rico, y no faltaron parientes pobres, Castriles o Armijanas, a quienes hubo de consolar gallardamente con algún socorro. Ello es que por el chorreo continuo de gastos en tan largo período de inacción, al mar, su verdadera patria, volvía con sólo el dinero preciso para llegar a Cartagena.

Pasando por la memoria, como se pasan las cuentas de un rosario, sus desdichas en tierra granadina, pensaba el buen hombre que la causa de ellas no podía ser otra que el haber infringido y olvidado las leyes morales y religiosas. Su casamiento libre y sacrílego con Esperanza, sin duda tenía muy incomodado al Padre Eterno, de donde resultaba que fueran siempre desfavorables los que llamamos designios de la Providencia. Pero luego, razonando con buen sentido, añadía: «Yo no fuí a sacar a Esperanza del convento de Consolación, sino que ella, descolgándose para coger la calle y la libertad, cayó sobre mí como si cayera del cielo. ¿Qué había yo de hacer

con ella? ¿Restituirla al convento, adonde no quería volver ni a tiros? *¡Ajos y cebolletas*, esto no podía ser! Después, mares adentro, el amor, fuero imperante sobre toda ley, nos casó. ¿Cómo lo habíamos de arreglar, si por el aquel de los malditos cónones no podíamos casarnos por la Iglesia? Yo no diré nunca, líbreme Dios, como decían los de Loja: *¡Muera el Papa!*, pero sí diré a gritos: «¡Mueran los cánones!» ¿Y qué culpa tengo yo de que don Prisco no pudiera sacar la dispensa de votos, ni arreglar todas las demás zarandajas para echarnos las bendiciones?... Culpa mía no es esto, y porque la culpa es del Papa y no mía, siento mi conciencia muy aliviada, pues hay cosas en que el deseo debe valer tanto como la ejecución.

A pesar de la relativa serenidad que le daban estos razonamientos, Ansúrez no se veía libre de inquietud: el temor religioso iba ganando su alma, y recordando la escena tristísima del cementerio de Cijuela, se proponía practicar el culto, cuidar de sus relaciones con Dios hasta desenojarle.

Siguieron su camino hacia la Alpujarra, bordeando abismos y salvando cuestas. En Padul descansaron, en Dúrcal comieron, y en Bernaz se les acabó la carretera, dejándoles a pie si no franqueaban a caballo las seis leguas que les separaban de Motril. Las maletas quedaron en Bernaz para ser transportadas en mulo durante la noche. Dos borricos llevaron a los viajeros a Tablate, y uno solo de Tablate a Vélez. No se crea que en un asno montaban los dos: *Mara* iba sentadita en el albardón de un alto pollino, y Ansúrez lo llevaba del diestro: era torpe jinete, y más a gusto andaba con sus pies que con los de la mejor cabalgadura.

Pasada la divisoria de Lújar, se ofreció a los ojos de ambos el sublime espectáculo del mar, grande espacio de azul, tan vago y misterioso en su inmensa lejanía, que no parecía mar, sino una prolongación del cielo, que se arqueaba hasta besar la costa. Tal fué la emoción de Ansúrez ante el grandioso elemento, en quien veía su patria espiritual, que le faltó poco para ponerse de hinojos y entonar una devota oración sacada de su cabeza en aquel sublime momento. Palabras de asombro, cariño y gratitud pronunció santiguándose, y no tuvo reparo en mostrar una infantil y ruidosa alegría, primer respiro del alma del marino después de la viudez reciente.

El camino que faltaba, no muy extenso y todo cuesta abajo, bien podían recorrerlo a pie. Así lo propuso el padre a la hija, y ambos se lanzaron intrépidos y gozosos a la pendiente por ásperos caminos bordeados de piteras, chumbos y otros ejemplares lozanos de la flora meridional. Sin novedad anduvieron largo trecho; pero el cansancio agotó las fuerzas de *Mara*, y cuando aún faltaban como tres cuartos de legua para llegar a Motril, la pobre niña, dolorida de los pies y cortado el aliento, dijo a su padre que le concediera un largo reposo, o buscase algún jumento en las casuchas que a un lado y otro se veían.

—Hija del alma—replicó Ansúrez, a quien se hacían siglos los minutos que tardase en llegar al puerto—, no perdamos tiempo en buscar caballería, que aquí tienes a tu padre que te llevará con tanto cuidado y mimo como si te cargaran los ángeles.

Dicho esto, la cogió en sus brazos y siguió adelante con ella sin gran trabajo, pues la chica era de poco peso y él un gigante forzudo.

Iban por un sendero pedregoso, flanqueado de pitas, cuando les alcanzó y se les puso al habla otro viajero andante que tras ellos venía. Era un muchachón de buena presencia y estatura, muy desastrado de ropa, como si llevara largo tiempo de corretear por caminos ásperos y pueblos míseros. Visto de lejos, parecía negro: tan extremadamente habían tostado el sol y curtido el aire su tez morena. El polvo, además, lo jaspeaba con feísimos toques; pero ni la suciedad ni la negrura desfiguraban las varoniles facciones del sujeto. Las primeras palabras que dirigió a los Ansúrez fueron contestadas con desabrimiento. ¿Era mendigo, ladrón o vagabundo? Hija y padre se detuvieron en esta dudas antes de responderle con urbanidad.

—Bueno—dijo Ansúrez, vencido al fin de la cortesía del extraño individuo negruzco más bien que negro—; no nos enfadamos porque tú nos hables, ni tenemos a desdoro el hablar con un pobre. Nosotros vamos en demanda de Motril. Tú, a lo que parece, llevas el mismo camino.

—A Motril voy—respondió el hombre ennegrecido y empolvado—; y antes que el señor me lo pregunte, le diré que me trae a este puerto el mucho cansancio y ninguna utilidad que he sacado de trabajar tierra adentro, en el campo, en el monte, en las canteras de mármol; y ahora buscaré trabajo en la vida de mar porque el mar es mi elemento, quiero decir que me gusta sobre todas las cosas, y que él está el hombre mejor que en tierra. Esto digo, esto sostengo, aunque usted lo lleve a mal.

—¿Qué he de llevarlo a mal, ajo? —exclamó Ansúrez, parándose ante el hombre de color oscuro y mirándole cara a cara—. ¡Si yo, aquí donde me ves, soy del mismo parecer que tú, y después de los peces no hay nadie en el mundo que sea más hijo del mar que yo! De tierra adentro vengo sin timón ni compás, no sé si huyendo de mis desdichas o trayéndolas conmigo. Al interior me fuí con mi esposa y mi hija. Sólo con la hija vuelvo. El corazón se me ha partido, y la mitad he dejado allá en un cementerio chico...

Ya con esta entrada vieron ambos abierto el camino para una conversación franca. El negro era listo; su lenguaje contrastaba rudamente con su bárbara facha y su vestir lastimoso. Por el acento reveló a las primeras frases su abolengo americano, y a la pregunta que sobre el particular le hizo Diego contestó así:

—Yo soy del Perú; me llamo Belisario, y en España estoy por locuras y calaveradas mías, que ahora pago con usura, pues han caído sobre mi cabeza más desdichas de las que merezco... Ya ve por mi facha lo rebajado que estoy de mi nacimiento y categoría... No le pido limosna, aunque bien la necesito, sino protección para poder embarcarme y salir a buscar el sustento, aunque sea con fatigas, que las pasadas en el mar han de consolarme de las que llevo sufridas en tierra.

Con esta ingenua manifestación, el americano empezó a ganarse la simpatía de Ansúrez. En lo restante del camino, hija y padre le pidieron más noticias de su vida y él no se cortó para darlas. Había nacido al pie de los Andes; sus primeros pasos los dió sobre pavimento de barras de plata. Su padre era español, que cruzó los mares y se fué en busca de la *madre gallega,* que así llaman allí a la fortuna. Casó con una limeña muy guapa... Las limeñas son las mujeres más bonitas del mundo, y mejorando lo presente, a todas ganan en desenvoltura y malicia graciosa. La digresión que hizo el narrador hablando de las limeñas no se copia en este relato por no agrandarlo más de lo debido. Habló luego del mal genio de su padre, que era *más adusto que un pleito,* y conservaba en su carácter el dejo de las fierezas inquisitoriales, que en toda alma española están adheridas, como se adhieren a la lengua los sonidos del idioma.

De la dureza del padre y de la propensión del hijo a la independencia resultaron castigos, rebeldías y sucesos lamentables. No tenía veinte años cuando se emancipó de la autoridad paterna, retirándose al Callao, donde con otros chicos de su edad, como él indisciplinados y ociosos, cultivó su afición al mar. Todo el día se lo pasaba en botes o chalanas, jugando a la navegación de vela y remo. El cariño de la madre le atrajo de nuevo a la casa de Lima. Pero la inflexibilidad del padre no tardó en reproducir las discordias. Escapó al fin, buscando la deseada libertad, y se fué a las islas Chinchas, donde halló medio de ser admitido en la tripulación de una fragata inglesa, que le trajo a Europa. Contar todo lo que en el viaje le pasó, desde su salida de las Chinchas hasta su arribo a Valencia, sería historia larguísima y fastidiosa para el señor y señorita que le escuchaban... Terminó diciendo que el recuerdo de su madre y hermanos no se apartaba de él, y que ignoraba en absoluto lo que había ocurrido en su familia desde que su delirio de aventuras le separó de ella.

No sabía Diego si creer todo o una parte no más de lo que el americano refería. Pero a su desconfianza se impuso su buen corazón, y dijo al vagabundo que él no era más que un pobre naviero de faluchos de costa, y en tan pobres barcos no podía ofrecerle empleo ventajoso. Pues buscaba trabajo de mar, le llevaría gustoso a Cartagena, donde hallaría medios de enrolarse en buenos buques mercantes, o en los de guerra, si le llamaba y era de su gusto la marina militar. A esto dijo Belisario que el ser

llevado a Cartagena lo consideraba como la mayor caridad que podía recibir, y con grandes aspavientos y cierto lirismo en su dicción fácil, expresó su gratitud al generoso señor y a su bella hija.

VI

Horas no más estuvo Ansúrez en Motril: el tiempo preciso para fletar una hermosa lancha y disponerla para su viaje. Belisario le trajo las maletas desde la ciudad al varadero, media legua larga, y luego embarcó con el padre y la hija, cinco marineros y el dueño de la lancha. Largó ésta la vela, y al amor de un poniente frescachón que felizmente reinaba, se alejó rascando la costa. La nave era excelente, y a las dos horas de su salida pasaba frente a la Sierra de Adra. Toda la noche siguió navegando con gallardo andar; los tripulantes vieron de lejos la luz de Almería, y al amanecer montaron el cabo de Gata, siguiendo después con menos marcha, al socaire de los altos montes y cantil, que también tienen nombre de Gata. A proa iban Belisario y los marineros, y Ansúrez, a popa, con su hija. Sobre las tablas de la sobrequilla habían arreglado, con petates y mantas, el mejor acomodo posible para que la señorita descansara, ya que dormir no pudiera.

La caída del viento fué causa de que emplearan casi todo el día en recorrer la costa hasta Cala Redonda. De aquí, con una fácil guiñada demoraron frente al puerto de Aguilas, y en él se metieron para pasar la noche. Al amanecer continuaron; reinaba un lebeche suave que levantaba marejadilla. Alguna molestia sufrió *Mara* con las cabezadas de la embarcación; pero pasado cabo Tiñoso, se les presentó mar bella, y, por fin, bien entrada la noche, gozosos y satisfechos del tiempo y de la nave, dieron fondo en la bahía de Cartagena. Saltó a tierra Ansúrez con su hija, y sin tomar respiro subieron a su habitual residencia, que era una vetusta casa no lejos de la catedral antigua, situada en punto culminante desde donde se gozaba la vista del puerto y de los dos gigantes castillos que lo custodian: Galeras y San Julián.

Apenas instalado en su domicilio, se ocupó Diego en reanudar sus negocios, enterándose de la situación de los faluchos. La ausencia del amo había embarullado las cuentas, y para ponerlas en claro hacía falta paciencia y actividad. Dejaremos ahora en estos afanes al pobre naviero, para decir que la casa donde hija y padre vivían era la de un compadre y amigo llamado Roque Pinel, socio de Ansúrez en otro tiempo, y a la sazón ocupado en la compra y embarque de esparto. La cordialidad y buena armonía entre ambos mareantes no se alteró nunca. Habían sido compañeros en el servicio del rey, y juntos corrieron, en la navegación y el comercio, aventuras borrascosas, con varia fortuna. Cuando Ansúrez vivía en Cartagena, llevaban a medias los gastos de la casa, y del gobierno de ésta cuidaban la esposa y hermana de Pinel, dos mujeres cincuentonas, sentadas y de gran disposición para el caso. Bien podía confiarles Ansúrez la custodia de *Mara* en sus ausencias. Contaba con la docilidad de su hija, que aún ceñía falda de adolescente. Pero el padre recelaba que, en llegando a mujer hecha, no había de ser tan fácil retenerla en una disciplina rigurosa. Al propio tiempo, no estaba nada satisfecho de la educación de *Mara,* limitada, por aquellos días, al leer correcto, a un mediano escribir y deficientes nociones de Aritmética. Pensaba el celtíbero en un buen colegio de doncellas, o en escuela regida por monjas aseñoradas, que la instruyeran y la pulimentaran en todo lo concerniente a dicción, etiqueta y modales.

Antes que me pregunten por Belisario, diré que Ansúrez le consiguió trabajo en la descarga de carbón, con lo que se puso el hombre más negro que lo estaba en el instante de su aparición en el camino. Después fué recomendado a una Empresa de hornos y fundición en las Herrerías, y allí ganó dinero y se hizo querer de sus patronos. No se asombraron poco Ansúrez y *Mara* cuando le vieron entrar en su casa lavado y bien vestido, en tal guisa, que tardaron en conocerle, según venía de limpio y elegante. Sus trazas de caballero iban bien con el habla fina que usaba y con los dejos líricos que del alma le salían a poco interés y calor que tomara el diálogo. Lo más sustancial que dijo en aquella visita fué que

había empezado estudios de pilotaje en la Escuela de Cartagena, y que por necesidad continuaba en las Herrerías, sin otro objeto que ganar algún dinero con que emprender vida más de su gusto: o, en otros términos, para mayor claridad, que él pedía el auxilio de Vulcano para obtener los favores de Neptuno. Sonriendo miró *Mara* a su padre, como interrogándole acerca de aquellos señores Neptuno y Vulcano, que ella jamás había oído nombrar. Concluyó en aquella ocasión, como en otras, la visita de Belisario con las donosas burlas que hacía la chica del sutil lenguaje del americano, sin que por ello lograra enojarle, como sin duda se proponía; antes bien, llevábale a mayor admiración de ella y a más desenfrenado lirismo.

Bien entrado ya el 62, se supo que Belisario se había embarcado para Marsella en un buque francés que dejó en Cartagena cargamento de guano. Por Navidad del mismo año le vió Ansúrez en Palma vendiendo azafrán y comprando almendra. El 63 reapareció en Cartagena, vestido con singularidad, el rostro demacrado y tristón, como si convaleciera de una enfermedad penosa. Sus operaciones mercantiles no salían entonces del terreno espiritual: comerciaba con las musas, y sus remesas eran poesías, que más de una vez aparecieron en los periódicos locales. Los entendidos en estas cosas aseguraban que las odas, silvas, canciones y elegías del americano no carecían de mérito, y algunos vates cartageneros las ensalzaban hasta el cuerno de la luna. Sus defectos eran sus cualidades prodigadas con hinchazón y superabundancia por una fantasía sin freno. Abusaba indiscretamente de los ángeles, de la espléndida flora tropical y de las conversaciones tiradas que sostienen los astros del cielo con los átomos de la tierra. Todo esto pasó arrastrado por la corriente undosa de la literatura periodística, que lleva y derrama las ideas en el mar del olvido. Del mismo modo pasó Belisario, que desapareció de Cartagena sin despedirse de nadie, ni decir adónde iba con sus estrofas y su acentuada personalidad.

En los comienzos del 64 volvió el peruano a dar señales de vida, y ello fué por una carta que de él recibió Ansúrez en Alicante. Decíale que acababa de salir del Hospital, no bien repuesto aún de una fiebre maligna. Movido de su buen corazón, hizo Diego por él lo que podía, y partió a Valencia, donde estaba la gentil *Mara* perfilando su educación bajo la férula de las madres ursulinas de aquella ciudad. Los quince años de *Mara* eran espléndidos: pasaba de la adolescencia a la juventud con arrogancia de conquistadora. Sus hechizos inspiraban miedo a las madres, miedo también al padre, y sin dejarse ver fuera del convento, eran conocidos y celebrados por obra exclusiva de la fama. Ni el fuego ni la hermosura pueden estar ocultos.

En septiembre del mismo año dió Ansúrez por finiquitado el pulimento de la señorita, y se la llevó a Cartagena. Creía el buen hombre que las ursulinas habían puesto a su hija como nueva, y que ésta era un prodigio de ilustración y un lindo archivo de conocimientos. Grandemente se equivocaba, porque *Mara*, descontando el barniz leve de cultura que le dieran las monjas (nociones farragosas del arte gramatical y de la ciencia de la cantidad, un poquito de francés mascullado y un imperfectísimo tecleo de piano), salía del convento tan rasa y monda de saber como había entrado, con bastantes malicias y astucias de más, y su cándida ingenuidad de menos. Algo de ésta recobró al volver a su casa, porque no disimulaba el desafecto que en su corazón dejaran las madres.

Ansúrez no se cansaba de admirar el ligero barniz, que pronto habría de deslucirse y perderse, y encantado con su hija, no veía en la sociedad de sus iguales hombre digno de ella. Y está de más decir que *Mara* tuvo en Cartagena, al presentarse acicalada y bruñida de lenguaje, un éxito loco. Muchachos de diferentes vitolas y abolengo le cortejaron, sin que ella saliera de su mónita constante: enloquecer a todos, y no dar esperanzas a ninguno. Cobró fama de ambiciosa y de picar demasiado alto. Con las gracias discretas nuevamente adquiridas se juntaban, en delicioso revoltijo, los donaires que se le pegaron en la tierra andaluza... No había criatura que exhibir pudiera mayor conjunto de seducciones mortíferas, ni que impusiese más terror a los que la sitiaban con solicitudes amorosas. Su talle sutil, su gracioso andar, sus decires prontos, que tenían por manantial la boca más fresca

y bonita que podría imaginarse; su rostro trigueño a lo Virgen de Murillo, se grababan en la retina y en el corazón de infinidad de jóvenes que vivían desconsolados y como almas en pena.

Por aquellos días, que en buena cuenta eran los de octubre del 64, resurgió Belisario en Cartagena bien vestido y con cierto mohín misterioso, dejando entrever que un magno asunto secreto y de universal importancia movía su voluntad. Algunos le creyeron conspirador, y en verdad lo parecía por la sutileza con que esquivaba su persona. Pronto le llevaron a Diego Ansúrez el soplo de que el peruano había venido en requerimiento de *Mara*, y que de noche rondaba la casa disfrazado de marinero. Acechó Ansúrez; tomó lenguas de los vecinos y de las mujeres de la casa, y si no pudo echarle la vista encima al caballero rondador, supo de un modo indudable que había cambio de cartitas, y que a las manos de *Mara*, por impenetrable conducto, llegaban voluminosos paquetes de prosa y verso.

Saber esto y volarse el honrado marino, fué todo uno, y en su furor corrió derecho al descubrimiento de la verdad, encerrándose con su hija e interrogándola en forma ruda y pavorosa, que no era para menos la rabia que el celtíbero sentía. Atemorizada, negó al principio *Mara;* pero la verdad que le llenaba el alma pudo en ella más que el disimulo, y, al fin, con la fuerza de dicción que da un sentimiento poderoso, declaró de lleno que el peruano la quería, y que ella... le había hecho dueño de su corazón, con inquebrantable propósito de ser de él o de nadie. Larga y penosa fué la escena, y en ella hubo de todo: gritos, amenazas, lamentos, truenos furibundos en la boca del padre y un río de lágrimas en los ojos de la señorita. Repetido por la noche el sofión, presentes Pinel y las dos señoras, hablaron todos con tal vehemencia, afeando el amor de *Mara*, que la pobre muchacha quedó sobrecogida y muda. Creyeron que la habían convencido: pero no fué así: más fácilmente se apaga un volcán que el incendio de un corazón enamorado.

Dos días después, hallándose Ansúrez en la correduría que despachaba sus buques, se le presentó de improviso Belisario, y sin preámbulos ni retóricas baldías, en prosa categórica y llana, le dijo:

—Vengo, amigo Diego, a pedirle a usted la mano de su hija.

¡María Santísima, qué cara puso el celtíbero al oír lo que juzgaba disparate, blasfema o cosa tal; qué relámpago de ira echó de sus ojos, qué sarta de vocablos feos y sacrílegos de su boca! Repitió el peruano fríamente su demanda; mas antes de que concluyera, corrió hacia él como un león el enconado padre, y acudieron los allí presentes a sujetar a uno y otro, salvando de un grave estropicio al poeta mareante. Dueño éste de sí mismo, y conservando la serenidad que había perdido su enemigo, declaró que *Mara* sería suya, quisiéralo o no el señor Ansúrez, porque la ley de amor, más alta y fuerte que todos los respetos humanos, había de cumplirse. Amor es ley del Universo, y la autoridad paterna es ley social. Amor es fuerza creadora que engendra la vida y perpetúa la Humanidad; las leyes sociales que contrarían el amor son esencialmente destructoras como instrumentos de muerte. Estos y otros desatinos y razones enfáticas dijo en un tono y cadencia que sonaron a verso en los oídos de los hombres de mar. Terminó la reyerta con groseras burlas de las retahilas del americano, y a empujones le lanzaron a la calle ignominiosamente.

—Soy solo contra tantos—clamaba—, y no es bien que me traten así...

Ansúrez, sin que sus amigos le soltaran de la mano, quedó en la correduría braceando como loco furioso, y repitiendo las maldiciones y amenazas con que desfogaba su ira:

—¡Ajo, dar mi hija a un coplero!... ¡Ajo, maldito sea el instante en que los ojos de ese bigardo miraron a mi niña!... ¡Si no me lo quitan, lo estrangulo!... ¡Suéltenme, que quiero tirarlo al agua con una piedra trincada al pescuezo!...

No se calmó hasta que regresaron los que se habían llevado a Belisario, y le dijeron:

—No te sofoques, Diego, ni hagas caso de ese silbante. Hémosle metido en el bote del vapor sardo, donde está de mayordomo. Descuida, que a tierra no ha de volver. Ya tienes al vapor desatracado y listo para salir a la mar.

A pesar de esta seguridad, no tuvo sosiego Ansúrez hasta que vió salir el vapor sardo... Aún rondaba su alma un recelo inquietante. Aguardó la vuelta del práctico que había sacado al vapor, y las referencias de éste diéronle la certidumbre de que el aventurero gandul navegaba con rumbo a Génova.

En los días siguientes observó Ansúrez en su hija tan serena placidez, que la irritación y suspicacia motivadas por el suceso de la correduría se desvanecieron completamente. Después, tuvo que ir a Mazarrón a tratar de un transporte de plomos, y regresó a los dos días en un vaporcito costero. Al saltar a tierra, le recibió su amigo Roque Pinel con la cara larga y afligida que suelen poner los que se ven obligados a dar una mala noticia... No sabía el buen hombre cómo empezar. Sus palabras balbucientes, el tono lacrimoso y fúnebre con que las pronunciaba, levantaron en el alma de Ansúrez una onda de terror, que le cortó el aliento. Desgracia inmensa y repentina había ocurrido en su casa. ¿Estaba *Mara* enferma?... ¿Se había muerto quizás? Echóle Pinel el brazo al cuello y anduvieron juntos algunos pasos... Sacando fuerzas de flaqueza, pudo decirle, no que *Mara* se había muerto, ni aun que estaba enferma, sino que, buena y sana, se había escapado de la casa... ¡Jesús!... Fugada, sí, de la casa y de la ciudad... ¡Jesús, Jesús!... Arrebatada por el gavilán americano.

VII

La terrible impresión de esta noticia no hizo estallar al buen Ansúrez en bravatas y denuestos sacrílegos. La recibió como una maldición de Dios, y su dolor tomó forma semejante a las sublimes quejas del santo patriarca Job. Creyó que Dios lanzaba sobre su cabeza rayos de ira, que debía revolcarse en un muladar y convertirse en ceniza o polvo miserable. Rompió a llorar como un niño. Ni Pinel ni otros amigos pudieron consolarle.

Pero ¿cómo?... ¿Cuando?... A estas interrogaciones ansiosas fueron contestando los amigos con discreta lentitud. Llevároníe a la correduría, y con él se encerraron: así evitaban el tener que contarle cosas tan delicadas en medio de la calle... Pero ¿cómo?... ¿Cuándo?... Pues la escapatoria fué la misma noche de la partida de Ansúrez a Mazarrón. Ninguno de los amigos podía explicarse que, habiendo embarcado el ladrón en el vapor sardo, volviese a Cartagena tan pronto. O no eran ciertas las noticias dadas por el práctico, o el americano tomó tierra en alguna playa o puertecillo de la costa... Lo indudable, y esto se supo por una muchacha que en la casa servía cuando *Mara* volvió del convento, era que los amores de Belisario con la señorita databan de fecha relativamente larga. Cuando Ansúrez le socorrió en Alicante, ya había logrado el americano que sus amorosas esquelas llegaran a la colegiala de las ursulinas... Restituída la niña a su casa, continuó la correspondencia, que era, por una y otra parte, de lo más arrebatado y fogoso, a juzgar por una carta que, después de la evasión, encontraron en el neceser de *Mara;* papel que ésta se olvidó de quemar, como había hecho con otros... También era indudable que en octubre, antes de la violenta escena en la correduría, estuvo el gavilán en Cartagena; los amantes se veían y charloteaban, asomada ella a una ventana que da al callejón del Cristo, él en la calle, arrimado a un doblez oscuro de la pared.

Para que nada quedara por decir, uno de los presentes declaró que, por confidencia que a una de sus amiguitas hizo *Mara*, se sabía que el amor de ésta era de los de condición irresistible y volcánica. Otro de los amigos expuso la idea de que el americano sería todo lo perdido y vagabundo que se quisiera; pero que alguna cualidad eminente había de tener para trastornar a una señorita que, con la pasada que le dieron en el convento, era sin duda muy sentada de cascos. No faltó quien dijese que la culpa de aquel desvarío la tenían los malditos versos, o la poesía que, hablando en prosa neta, echaba de su boca el maligno americano. En resolución: éste había cautivado a la paloma de Ansúrez con el gancho de su palabrería poética, y el continuo hablar de ángeles, corolas, crepúsculos, misterios de la tarde y de la noche, astros rutilantes, desmayos del amor, y otras mil sandeces que debieran ser prohibidas por la Iglesia y

perseguidas sin compasión por los jefes políticos, corregidores y alcaldes pedáneos.

Faltaba lo más importante de la información que al afligido Ansúrez dieron sus amigos. En cuanto se notó la falta de *Mara* en la casa salió Pinel disparado en busca de la fugitiva. Requiriendo el auxilio de las autoridades anduvo de mazo en calabazo toda la noche, sin encontrar ni a las personas buscadas ni rastro de ellas. Creyó que habían huído por tierra; pero al día siguiente, la vaga delectación de un gabarrero le indujo a creer que *Mara* y su raptor habían escapado por los anchos caminos del mar. ¿Cómo y adónde?... Noticias posteriores dieron la casi certidumbre de que navegaban con rumbo al estrecho de Gibraltar, en una goleta de tres palos, norteamericana, llamada *Lady Seymour*.

—¿Para dónde, ajo?...

—Para Río Janeiro, Montevideo y el Pacífico.

La goleta, despachada en Barcelona con carga general, había hecho escala breve en Cartagena para tomar dos docenas de pasajeros, que iban sin blanca y con lo puesto, en busca de la *madre gallega*.

Por fin, el buen Pinel, no sabiendo cómo consolar a su amigo, dijole que unos señores no sabía si peruanos o chilenos, establecidos en Alicante y que de paso estaban en Cartagena, conocían a Belisario y dieron de su familia las mejores referencias. El padre había muerto, dejando un fabuloso caudal, haciendas muchas y plata en barras, que, puestas en monton, subirían tanto como la torre de la catedral de Murcia. De todo eran ya dueños la viuda y los hijos... Bien podía suceder que Belisario, al alzarse con la moza, tuviera la intención de ir por caminos malos a un fin excelente, que en esto de elegir caminos, el hombre es siempre un navegante, y no va por donde quiere, sino por donde le dejan las corrientes y el viento. Dentro de lo posible estaba que la pareja loca fuese navegando en demanda del Perú y de la herencia; que en el Perú se unieran *Mara* y Belisario en santo matrimonio, y que luego volvieran acá encasquillados en plata, para dar dentera a media España... Ansúrez le mandó callar: se angustiaba más con el desenlace de cuento infantil que los amigos querían poner a su infamia.

El suceso que referido queda hundió al celtíbero en negra tribulación. Ya no había para él contento ni paz. En pocos días se avejentaron sus cuarenta y dos años tomando aspecto de hombre más que cincuentón. Llenósele de arrugas el rostro, la cabeza de canas; la sonrisa y todo concepto jovial huyeron de sus labios. Hablaba tan poco, que sus palabras se podían contar como los donativos del avaro. Para que su semejanza con el santo Patriarca Job fuera más visible, a los ocho días de la fuga de *Mara* trajéronle la nueva de otra gran desdicha. El falucho *Esperanza*, que había salido de Torrevieja con cargamento de sal para Villanueva y Geltrú, fué sorprendido de un furioso ramalazo de Levante, que lo desarboló, y con graves averías en el casco, lo dejó sin gobierno, a merced del oleaje. De nada valieron los esfuerzos de una tripulación heroica: el pobre barquito fué a estrellarse en las peñas del faro de Santa Pola. Perecieron dos hombres, y la embarcación se deshizo como un bizcocho...

La noticia del tremendo desastre fué escuchada por Diego con resignación tétrica y sombría, como si antes que la temiese la esperase, persuadido de que las desgracias no vienen nunca solas. Considerando que el otro falucho que poseía, nombrado *Marina*, se encontraba en tal mal estado que su reparación había de costar casi tanto como hacerlo nuevo, resolvió el humilde armador desprenderse de todas las granjerías fundadas sobre el inseguro cimiento de las aguas. Aprestóse pues, a liquidar los restos de su negocio naviero y mercantil, con propósito de retirarse luego a la vida solitaria, quizá eremítica, lejos del mundo y de sus engañosas vanidades.

Con fría calma y estoicismo dedicóse Ansúrez día tras día a soltar sus amarras con la industria marítima, y el tiempo que le quedaba libre pasábalo en el Arsenal, al calor de algunas fieles amistades que allí tenía. Anselmo Pinel, hermano de Roque y maestro ajustador en los talleres, fué el primero que consiguió distraerle de sus murrias, interesándole en los trabajos de la ingeniería naval. A la sazón estaba en

grada un fragatón de hélice con blindaje, que llevaba el glorioso nombre de *Zaragoza;* y, terminada ya, esperaba su armamento junto a la machina otra gallarda nave, la *Gerona*, de cincuenta cañones y seiscientos caballos.

La inspección de obras, que suele ser el mejor esparcimiento de viejos aburridos, dió al alma de Ansúrez algún consuelo: al menos, mientras curioseaba, de una parte a otra, descansaba su espíritu de la contemplación interna de sus desdichas. Viendo iniciada en él la tendencia reparadora, Anselmo Pinel, sin apartarle de la idea de retirarse a vida solitaria, le indujo mansamente a volver al servicio de la marina de guerra, pues ésta, en su sentir, armonizaba muy bien con el santo propósito de abandonar los intereses mundanos. La vida del marino real era toda abnegación y sacrificio, con la añadidura de la soledad, más completa en la extensión del Océano que en los áridos desiertos de tierra. En este sentido le habló, aunque con términos más llanos, haciéndole ver que si le llamaban las austeridades del yermo y el gusto del sacrificio, debía sin vacilación engancharse por tercera vez, pidiendo plaza de contramestre u oficial de mar.

Aunque verbalmente rechazaba Diego esta proposición, bien comprendió Anselmo, por los términos vagos de la negativa, que la idea penetraba en el ánimo del infeliz hombre, y allí labraba su nido. Insistía y marchaba Pinel en su exhortación, reforzándola con discretas razones.

—Aquí tienes al director de Ingenieros, don Hilario Nava, que se alegrará de que vuelvas al servicio, y pronto ha de venir el general Rubalcaba, que te estima y no desea más que protegerte. No vaciles, Diego, y date a la mar, que será tu consuelo, tu familia, ya que ninguna tienes, y tu religión, que buena falta te hace.

Ayudaban al buen consejero en esta obra catequista dos amigos y compañeros de Ansúrez: el uno cabo de mar, llamado José Binondo: el otro, cabo de cañón, por nombre Desiderio García. Ambos habían navegado con él largo tiempo en la goleta *Vencedora*.

Por fin, hallándose Diego en gran perplejidad, el ánimo indeciso, balanceándose entre la pereza, que le pintaba las dulzuras de la quietud, y el sentimiento religioso, que le pedía trabajos más duros en provecho de su alma y de la madre patria, alma y dueña de todas las vidas españolas, salió una mañana al muelle y vió fondeada en el puerto la más gallarda, la más poderosa y bella nave de guerra que a su parecer existía en el mundo. Metióse en un bote, y se fué a ver de cerca la mole arrogante; la examinó y admiró por ambos costados y por proa y popa, embelesado de tanta maravilla. La estructura y proporciones del casco, que así expresaba la robustez como la ligereza; el extraño y novísimo corte de la proa, rematada en forma tajante como un terrible ariete para partir en dos a la nave enemiga; la colocación airosa de los tres palos; la altísima guinda de éstos; el conjunto, en fin de armonía, fuerza y hermosura, le dejaron asombrado y suspenso.

Vista por fuera la fragata, subió Diego a bordo, y acompañado de buenos amigos que allí encontró, hizo detenido examen de todo: vió el reducto blindado, el puente y alcázar, la extensa cubierta; en el primer sollado, las potentes baterías con todos los accesorios para su servicio; en la profunda caja central, las máquinas; subió, bajó y recorrió los departamentos del inmenso recinto, que era barco, fortaleza, palacio y refugio de las almas valientes, y se sintió llamado por voz del cielo a encerrar su vida en aquel que le pareció santuario de hierro, no menos grandioso que los de piedra. La *Numancia*, que así se llamaba el barco, venía de los astilleros de Tolón, nueva, flamante como un juguete construído para los dioses... Entusiasmado ante tanta belleza, pensó por un momento Ansúrez que su patria había recibido de la Divinidad aquel obsequio, y que éste no era obra de los hombres.

Y cuando la *Numancia* pasó al Arsenal para completar su armamento y arrancharse y proveerse de todo lo necesario a una larga navegación, se fué el hombre a bordo con Pinel: bajaron al segundo sollado, a proa, donde están los dormitorios de los condestables y contramaestres; se metieron en uno de éstos, y Ansúrez dijo a su amigo:

—De aquí no salgo ya. Arréglame todo como puedas. En casa está mi uniforme guardado con alcanfor para que

no se apolille. Tráemelo, y con él mis papeles. Vete a ver al mayor general o al oficial de derrota, que es don Celestino Lahera, mi amigo, y dile... lo que quieras, Anselmo... En fin, que me voy; y si no puede ser de contramaestre, iré de cabo de mar, de marinero ordinario, o aunque sea en el oficio más bajo de la Maestranza.

Pinel y los demás amigos se ocuparon activamente en este negocio del honrado navegante, consiguiéndole plaza de segundo cotramaestre. (El primero era otro excelente amigo y gran marinero, llamado Sacristá.) Y satisfecho de su empleo, el celtíbero no salió más del barco, y en él se sentía tan consolado de sus tristezas como peregrino que, tras un largo divagar, encuentra la magna basílica, y en ella el misterioso encanto que apetece su alma dolorida.

VIII

El 8 de enero del 65 salió la *Numancia* de Cartagena para Cádiz, llevando a bordo una Comisión de primates de la Marina, que debía informar de las condiciones de la fragata. Toda la travesía fué una serie de probaturas. Dócilmente obedecía la nave, haciendo todo lo que se le mandaba, y vieron y apreciaron los señores su andar a máquina, variando el número de calderas encendidas y los grados se expansión, y el tiempo que tardaba en dar una vuelta en redondo. Probóse asimismo el andar a la vela, desplegando en los mástiles la enorme superficie de lona. Era un encanto ver cómo el coloso, sensible a las caricias del viento, hacía sus viradas por avante y en redondo con suprema elegancia y precisión.

Reventaba de gozo Ansúrez viendo estas pruebas, singularmente las de maniobras de vela, que eran su fuerte y su orgullo. En ellas ponía su brío y ardimiento, expresados por su potente voz; ponía también su corazón, pues solo ya en el mundo, privado de todos los amores que embellecen la vida, había encontrado en la fragata un amor nuevo que le salvaba de la tristeza y sequedad anímicas. En pocos días se encendió en él la llama de aquel cariño nuevo: la fragata era su hija, su esposa y su madre, y en ella veía el lazo espiritual que al mundo le ligaba. La *Numancia*, personalizada en la mente del oficial de mar, era el conjunto de todas las maravillas de la ciencia y del arte; un ser vivo, poderoso bisexual, a un tiempo guerrero y coquetón. La bravura y la gracia componían su naturaleza sintética. No cesaba de alabar sus múltiples atractivos, y ya decía: «¡Qué valiente!», ya: «¡Qué elegante!»

Había recorrido, de sollado en sollado los innumerables departamentos y divisiones de la interior arquitectura del barco, los cuales correspondían a las necesidades de la guerra, de la vida y de la navegación. Todo lo había visto y examinado con prolijidad, conservando en su mente los pormenores de tantas y tan diferentes partes, de cuya proporción y armonía resultaba la hermosura total. Las baterías le enamoraban, y la máquina y carboneras encendían en él entusiasmo tan hondo como el velamen gigantesco. Tenía la nave corazón, sangre, alas, pies y un rostro bellísimo, que era la peregrina disposición de las viviendas donde tantos hombres, según su categoría, se albergaban; la opulencia de las cocinas y despensas, y todo lo concerniente al buen comer, indispensable función de los hombres de guerra.

El 4 de febrero salió de Cádiz la soberbia fragata, con mar llana y noroeste fresquito. En cuanto se zafó del puerto, puso rumbo a Canarias con cuatro calderas encendidas. Por la tarde se aprovechó la mayor frescura del viento, largando las gavias y algunas velas de cuchillo, con lo que se ayudó el andar a hélice. A la cuarta singladura vieron los navegantes el grandioso Teide, que desde las brumas del horizonte les daba el quién vive. Hacia él maniobraron, y a media tarde dejáronlo por estribor, pasando entre las islas de Gran Canaria y Tenerife. No fué tan bonancible la travesía de Canarias a San Vicente, porque se les presentó mar tendida y gruesa del Noroeste que les cogía de costado; y la señora fragata, que hasta entonces no había sufrido tal prueba, bailó graciosamente, con diez balances de veinticinco grados por minuto, demostrando que si grande era su ligereza, no era menor su estabilidad... En San Vicente se detuvieron el tiempo preciso para reponer el carbón gastado desde Cádiz. Un

calor pegajoso, un barullo de negros y mulatos, que, como solícitas hormigas, metían el combustible en las carboneras, incomodaron a los tripulantes en los tres días que permaneció el barco frente a la isla inhospitalaria, desnuda de toda vegetación.

En sitio tan desapacible reverdecieron las melancolías de Ansúrez, y se turbó la serenidad que desde el embarque en Cartagena traía en su alma. Una tarde, invitado a la mesa de los maquinistas por uno de éstos, que era su amigo, se entabló conversación sobre cosas y personas cartageneras, y el tercer maquinista, hombre simpático, mestizo de francés y catalán, hizo alusión muy trasparente al rapto de la hermosa *Mara*. Saltó Diego con exclamación pronta y viva, como si avispas le picaran. Mediaron palabras de curiosidad, excusas, interrogaciones ardientes, y, por fin, dijo el maquinista que nadie como él hablar podía de aquel suceso, porque era muy amigo de Belisario Chacón y se sabía de memoria su carácter, sus cualidades y defectos. El estupor de Ansúrez subió de punto. Nunca pensó que en medio de los mares, a tanta distancia del escenario de su drama de familia, viniese repentina luz a esclarecerlo. A las manifestaciones que antes hizo, agregó el maquinista que podía contar muchas cosas que el padre de *Mara* ignoraba. La curiosidad ansiosa de éste fué muy semejante a los balances que había dado la fragata en la última travesía... Pero como no era discreto hablar del caso entre tanta gente, en la confianza de la sobremesa, acordaron reunirse los dos a prima noche, después de picar las ocho. Bien podían charlar sin reserva cuando uno y otro estuviesen francos de guardia.

A la hora prescrita, arrimados al castillo de proa, hablaron largamente Ansúrez y el maquinista Fenelón, sin más testigo que el vientecillo terral, que una vez entrados los conceptos en el oído de Ansúrez, se los llevaba mar adentro.

Si no fuera discreto el terral, podría repetir cláusulas de aquel coloquio en que el semiextranjero refería sucesos reales y daba sinceras opiniones. Cogidos en la onda del viento se reproducen algunos trozos que no carecen de interés. Véase la muestra:

—Ha de saber usted, amigo mío, que en aquellos días de octubre tenía Belisario mucho dinero. Del bolsillo sacaba puñados de monedas de oro y fajos de billetes. ¿Piensa usted que este dinero era mal adquirido? Yo creo que no. Belisario es una cabeza destornillada, como la de todo el que anda en tratos con la poesía; pero no pone su mano en lo ajeno: esto me consta; he podido comprobar su honradez en las ocasiones de mayor pobreza. Dice usted bien que ese dinero no pudo ganarlo en su comercio de fruslerías..., pura farsa romántica... Se disfrazaba de vendedor..., ponía en verso los números... Me pregunta usted si sé la procedencia del dinero, y contesto que Belisario hacía también la farsa del guardador de secretos... Presumo que recibió fondos del Perú, enviados por su madre para que se restituyese a la patria.

—Y ¿por qué—observó Ansúrez prontamente—no me habló... *en plata*, para pedirme la hija? Aunque ni pobre ni rico me gustaba el peruano, con ese adorno de la riqueza..., quiero decir..., no viniendo el pretendiente a palo seco, mi contestación hubiera sido muy otra de lo que fué.

—Pues... Belisario no habló a usted de intereses—repuso Fenelón—porque es lo que llamamos un romántico... ¿Se entera usted, amigo?... Porque llevando las cosas por derecho y obteniendo la mano de la niña según el estilo corriente, no resultaba poesía... Lo poético era meterse por el camino más largo y más difícil, manteniendo la ilusión, que es la salsa de que se alimentan las almas románticas. Palabra de honor que es así.

—No lo entiendo, ni creo que tenga sentido común nada de lo que usted me dice...

—Pues añadiré que también su hija de usted es una romántica de marca mayor—afirmó Fenelón riendo—. Romántica vino al mundo; el aire andaluz agravó lo que bien puede llamarse enfermedad, y las lecciones de las monjitas acabaron de rematarla... ¿Tampoco lo entiende?

—¿Conoció usted a mi hija?

—La vi una sola vez. Sus ojos y las pocas palabras que le oí, me revelaron su romanticismo agudo. Después la he conocido mejor por el reflejo de su al-

ma en el alma de Belisario... Pues como decía, siendo los dos románticos furiosos, bien puede asegurarse que desecharon todo proceder antipoético para lanzarse a los fines de amor por los espacios rosados y lindísimos de lo ideal... ¿Tampoco lo entiende?

—No, señor, y líbreme Dios de entender esas monsergas... Por lo que usted me dice, voy comprendiendo que también es usted de esa cuerda o vitola... ¿Cómo llaman eso?

—Romanticismo... Pero sepa que yo no soy romántico, ni mis locuras, que también las tengo, son como las de Belisario y su hija de usted. Yo, así por el lado catalán como por el lado francés, soy esencialmente práctico y positivista. Si me hubiera encontrado en el caso de Belisario, habría ido derecho a la confianza de usted alargando la mano llena de dinero. Yo no desprecio el dinero, no lo llamo *vil*, no lo tengo por prosa, sino por la más alta poesía...

—Hombre, ni tanto ni tan poco—dijo Ansúrez con inflexión jovial—: quedémonos en un término medio... Pues ahora me ha entrado curiosidad de usted... Dígame quién es, cómo ha venido a la vida de perros de los maquinistas de vapor, y dónde y cuándo aprendió lo que sabe, y el aquel que tiene para calar a las personas.

—Yo soy hijo de francés y española; me crié en Cataluña, y mi primera educación fué para mejor oficio que este de maquinista. Mi padre ha sido director de Forges et Chantiers, y aún desempeña el cargo cuando se puso la quilla de esta magnífica fragata. Hoy está retirado por su mucha edad, pero conserva en los talleres y en la Dirección tanta influencia como cuando todo estaba bajo su mano... Yo fuí muy aplicado en mis años primeros, como acreditan las certificaciones de mis estudios prácticos en Le Creusot, y los diplomas que gané en Lyón y en París... Ya que nombro a París, diré que en aquella ciudad tan grande y bella se inició mi perdición, al tiempo que me asimilaba la cultura y el saber ameno que allí flota en el aire y se le introduce a uno, como si dijéramos, por los poros. Yo me di grandes chapuzones de lectura; me puse al corriente de todo lo antiguo y moderno, así en novela y poesía, como en las demás artes, sin olvidar por eso mi profesión científica. Pero mientras metía en mi entendimiento tanta y tanta luz, mi voluntad se la llevaban los demonios, y me lancé a una vida desarreglada y al delirio de los goces... Veo que me oye usted con la boca abierta, como si yo le contara un cuento fantástico. Usted, hombre sencillo y patriarcal, no comprende nada de esto... Abrevio mi cuento, y venga a parar en que mis escándalos tuvieron fin por intervención de mi familia. Mi padre me sentenció a trabajos duros para corregirme, y por imponerme más segura penitencia, me embarcó de tercer maquinista en la *Numancia*. Ya sabe usted que la Compañía Forges et Chantiers corre con el servicio de máquinas hasta que la fragata vuelva de su expedición.

—Viene usted, pues, como galeote—dijo Ansúrez—, que así llamaban a los criminales y perdidos que iban a remar en las galeras del rey. Bien, señor Fenelón. Ya veo que es usted hombre de historia, muy corrido en trapisondas de tierra adentro, y sabedor de cosas de novela y poesía..., que para mí son letra muerta, pues de ello no entiendo palotada. Y veo también que no sólo corrió usted las borrascas en aquella Babilonia de Francia que llamamos París, sino que también debió andar por España como bala perdida, y en España fué amigo del sinvergüenza de Belisario. ¿Andaba usted por la costa de Levante en septiembre y octubre del año pasado? Sin que me responda entiendo que sí. Cuando el maldito peruano me robaba la niña, estaba usted en Cartagena..., y cuando el ladrón y la joya robada se embarcaban no sé para dónde, usted tomaba la vuelta de Tolón, donde su señor padre le trincó y le impuso el castigo de galeras en nuestra fragata.

Afirmaba el francés, rechazando al propio tiempo toda complicidad en el robo de *Mara*.

—Y ¿cómo me explica usted—preguntó Ansúrez, que se resistía bravamente a entrar en el terreno legendario—, cómo me explica que, teniendo aquel pirata sus bolsillos estibados de buena moneda, sirviera de segundo mayordomo en un vapor de mala muerte?...

—Romanticismo, pura farsa romántica. El hombre satisfacía un irresistible anhelo de disfrazarse y hacerse pasar

por lo que no era, siempre a la mira y asechanza de su propósitn novelesco tal como lo que había visto en dramas y leído en libros de imaginación. Hacía, *por ejemplo*, el Montecristo, y derramaba el oro para escribir en su vida una página sorprendente de interés y emoción.

—No lo entiendo, no lo entiendo—dijo Ansúrez, llevándose las manos a la cabeza—; y como usted es también poeta, por su desgracia, no puede contarme las cosas como son, sino como las ve en el farol de poesía que tiene dentro de su cabeza. Y si esto no me entra en el magín, menos entrará que Belisario pudiera seducir y engañar a mi niña, sin emplear artes de brujería, bebedizos o algún requilorio enseñado por los demonios. ¿Cómo pudo ser, Señor, que se dejara trastornar mi hija por un charlatán sin seso; ella, que era buena de su natural, y además traía la enseñanza de las madres, que la instruyeron de moral y me la pusieron tan modosita y tan recatada que daba gloria verla y oírla?

—Las Ursulinas, amigo Diego—afirmó el francés—, no enseñaron a la señorita nada, absolutamente nada. Salió del convento tan borriquita como entró en él. Lo único que aprendió fué el disimulo de su romanticismo... Y también digo a usted que el alma romántica tiene su mejor cultivo en el misterio y soledad del claustro, mi palabra de honor... El misticismo le pone luego el capuchón para que se disfrace y pueda engañar más fácilmente al mundo.

Enorme confusión llevó esta idea al pensamiento de Ansúrez. No sabiendo cómo contradecir al francés, calló..., y ambos perdieron sus miradas en el mar sosegado y dormido que delante tenían. Pensó el contramaestre que su compañero de navegación había cargado la mano en la dosis de jerez con que se confortaba después de las comidas, y que por esta causa, más que por su embriaguez de cultura literaria, estaba el hombre a medios pelos.

IX

La campana picó el tantán de las nueve, y aún charlaban maquinista y contramaestre arrimados a la borda, junto a la amura de estribor. Repitió Ansúrez sus conceptos de incredulidad; insistió en que nada comprendía de las explicaciones enrevesadas que daba Fenelón al suceso de autos, y, por fin, buscó nueva luz con esta pregunta:

—Y ¿qué hacía Belisario con tanto dinero? Me figuro que emplearía buenos patacos en pagar a los traidores que le ayudaron en su robo.

—En esto fué tan liberal el hombre, que hay en Cartagena quien se *ha puesto las botas*, como suele decirse, con la fuga de la niña de Ansúrez. La criada, por ejemplo, que servía en la casa cuando usted trajo a *Mara* del convento, y que luego siguió visitando a la familia con pretexto de vender tortas y polvorones, se casó en noviembre y puso una pastelería en la calle de la Caridad.

—¡Ah!... Venancia—exclamó Ansúrez, apretando los puños—; ¡esa traidora, que a todos nos engañó!... Yo le haría pagar sus tercerías villanas si ahora la cogiera... ¡Indecente, hija de *tal*, y *tal* ella misma, gran perra!...

—Y no es ésa la única que se ha redondeado con los dineros del amigo... Muchos estrenaron ropa y pusieron gallina en el puchero días y semanas. Y aquí mismo tiene usted al cabo de mar, ese José Binondo, que también se guarneció el bolsillo..., mi palabra..., con la plata del americano. No me ponga esa cara de santo en éxtasis. Es usted un inocente, un buenazo que se fía de cualquiera, y va por la calle diciendo: «¿No hay por ahí alguna que me engañe?»

—Pues mire usted, señor Fenelón—declaró Ansúrez con franqueza candorosa—: yo sospechaba de Binondo, yo tenía la idea de que este amigo no era fiel... Y no me fundaba en rumores ni hablillas, sino en algo que notaba yo en él cuando hablábamos..., una sombra, un mirar para otro lado, un tonillo dengoso que tiene la voz de los traidores... Ya puede andar con cuidado el hombre, porque esa cuenta tiene que pagármela... Y ¿cómo ganó Binondo los duros del peruano?

—Al sacar a la niña la condujeron a una casa de pescadores en Santa Lucía. Binondo se encargó de llevarla en la lancha a bordo de la goleta; servicio arriesgado..., que realizó al amanecer, después de untar de amarillo las

manos de un cabo de la Comandancia. Cuando ésta pesquisaba con Roque Pinel, y revolvía el puerto y la ciudad, la niña y su amante se metían tranquilamente en la goleta, contando los minutos que habían de tardar en salir a la mar...

—Salieron, ¡ajo!—clamó Ansúrez entre suspiros hondos—, sin que la autoridad de mar ni la de tierra supieran cumplir su obligación. El dolor de un padre no significa nada para los que mandan... La autoridad, como tal autoridad, no tiene hojas... Y dígame usted ahora, ya que todo lo sabe o dice saberlo: ¿es cierto que la goleta llevaba la vuelta del Pacífico?... ¡Ajo!, pongamos que lleva retraso de tres meses por malos tiempos y averías gordas... Tendría gracia que la encontrásemos, desarbolada y sin gobierno, que nos pidiera auxilio, que se lo diéramos, y que al traernos a bordo a los náufragos viéramos entre ellos a mi querida hija y a mi aborrecido yerno. Sería como si los pescáramos en alta mar.

—No sueñe usted ni se nos vuelva también romántico. La goleta *Lady Seymour* habrá pasado por estas aguas... sabe Dios cuándo... Pero en ella no van Belisario y *Mara;* su plan era quedarse en Gibraltar y tomar el vapor inglés que sale de allí el quince de cada mes para Aspinwall, istmo de Panamá...

—Entendido... A fe que no son tontos. Esto sí lo entiendo; como que es de mi oficio de mareante, y aquí no hay romanticismo que valga. Vea por dónde nos fastidia el condenado istmo. Ya conocen esos pícaros el atajo... Vaya, que la juventud afina..., sabe más que los viejos... Bien recuerdo que el americano de presa tenía grande afición desde chiquito a las cosas de mar, y debía conocer los caminos entre su tierra y Europa, que son caminos endemoniados por acá y por allá... Dios permite que la gente joven se nos adelante y nos tome las vueltas. Si es cierto lo que usted dice, ya estarán esos locos en el Perú.

—Por mi cuenta, habrán llegado en diciembre..., a no ser que se los haya tragado el mar..., que todo podría ser...

Ansúrez miró al francés como reconviniéndole por su pesimismo. Golpeando la borda, dijo:

—¡Ajo!, no faltaba más sino que mi niña se ahogara con ese tunante. Santo y bueno que se haya dejado robar; pero irse al fondo con él..., eso no puedo consentirlo... Dispense usted, señor de Fenelón: no sé lo que digo... Quiero tanto a esa criatura, que todo se lo paso, todo se lo perdono con tal que viva Si en mi mano tuviese yo el gobierno del mar y de los hombres que andan en él; si tocando mi pito de contramaestre pudiera echar a pique una embarcación y salvar a unos tripulantes y a otros no, yo sacaría del agua por los cabellos a mi querida *Mara*, y al negro ese lo dejaría para merienda o almuerzo de los tiburones. Pero estamos soñando..., que esto es «hablar de la mar», o sea hablar dormidos... ¡Quién sabe dónde estará mi hija, ni si vive o muere, ni si volveré yo a verla!... Pongamos a Dios donde debe estar, por encima de todas las cosas, y no nos metamos en averiguaciones de las cosas distantes ni de las cosas venideras.

—Respetemos, sí..., los caprichos del acaso—dijo Fenelón, entornando sus ojos con vaga soñolencia—, y lo que sea, será y sonará... Yo pregunto: ¿vamos, *por ejemplo,* al Callao? ¿Vamos en son de guerra o en son de paz?

—Dios y nuestro comandante don Casto dirán adónde vamos y lo que tenemos que hacer por allá.

Esto replicó Ansúrez, añadiendo a sus palabras un ademán o intento de santiguarse. Pero la intención se quedó a medio camino entre la mano y la frente. El maquinista, soñoliento y *ajerezado,* manifestó deseos de embutir su persona en la litera, y en esto sonó la campana: tantán, tantán; las diez.

—Usted se acuesta; yo, no—murmuró Ansúrez, despidiéndose con una cabezada—. Aquí me quedo pensando...

Pensando estuvo largo tiempo aquella noche estrellada y apacible. Por la mañana, entre la algarabía de pitos marineros y de militares cornetas, salió de San Vicente la fragata, bien arranchada de carbón, que gastaba con economía, aprovechando la brisa frescachona para navegar a un largo con todo su aparejo. Días hubo en que se retiraron los fuegos de las calderas para marchar en brazos del aire vago Los pies, o sea la hélice, reposaban, y sueltas al viento las alas, daban un andar de cuatro o cinco millas. Así

transcurrieron días, durante los cuales el buen Ansúrez no dejó de cavilar en su asunto: y revolviéndolo y mirándolo por todas sus caras, trataba de reconstruir el rapto de su hija para convertirlo de novela en historia. De la vaguedad iba saliendo el sentido real del suceso; y si a veces éste se anegaba en las tinieblas de su origen, de improviso resurgía iluminado por la verdad.

Con los preciosos datos aportados por el hispanofrancés, llegó Diego a modificar su apreciación del hecho que había dejado huella tan honda en su alma. «Será muy raro — pensaba — que ahora salgamos con que no es el Belisario tan malo como pensé, y que la condenada poesía y los versos no le estorban para ser hombre honrado, caballero y buen cristiano. ¿Tendré yo la culpa, por mi brutalidad de aquella tarde en la correduría; tendré yo la culpa, digo, de que mi niña se me escapara por el aire viendo que yo le cortaba los caminos naturales de la tierra? Pero él debió decirme: «Tengo posición; soy nacido de buenos padres, y quiero casarme por la ley de Dios y con toda la decencia del mundo.» Si esto no dijo, por mor de la condenada «romantiquería», no es mía la culpa, sino de él... O será culpa de los dos, y resultará que yo también soy lo que se dice román... ¡Romántico yo!, no puede ser. Un padre no es eso, diga lo que quiera ese borrachín de Fenelón...; un padre no es poeta en lo tocante a nada de su hija...» Cuando estas cosas discurría, la fragata cortaba la línea equinoccial.

El paso de la línea fué, como es costumbre en el mar, festejado con alegría carnavalesca. Ansúrez estaba en todo, firme en sus funciones de contramaestre, sin dejar de hilar en su interior el pensamiento que le dominaba. Dos seres, uno dentro de otro, existían en él: el padre de *Mara* y el hombre solitario que amansaba su pena con las obligaciones fielmente cumplidas y con el cariño al barco, que era su casa y su templo...

Navegaba ya por el hemisferio Sur; ya no veían las amadas estrellas de la Osa Mayor; en el firmamento austral servíales de guía la espléndida Cruz. Ante ella, como en otros días ante la Osa, seguía el buen Ansúrez hilando su pensamiento; del copo salía la hebra, que nuevamente se deshacía, volviendo a la maraña de donde salió... A los 10 grados de latitud Sur, en el paralelo de Pernambuco, se hallaba Diego plenamente convencido de que toda la responsabilidad de su desdicha era de Belisario y de su arrastrada poesía... A los 24 grados, paralelo de Río Janeiro, creía firmemente que la culpa era suya, y que él también hacía versos sin saberlo. En los 30 grados remachaba esta idea, llegando a sostener que cuanto dijo en la correduría contra el americano era pura poesía rabiosa, pues también la rabia es romántica, como se podía ver en el teatro, donde todo el interés consiste en que lloren las mujeres los hombres amenacen y griten como locos...

En esto llegaron a Montevideo, donde encontraron descanso, la alegría de víveres frescos el bajar a tierra y tratar con españoles. Aunque políticamente no fueran aquéllos nuestros hermanos, por el habla y los sentimientos no podían negar la casta. Prueba plena del parentesco daban los valientes americanos con su afición al juego de la guerra civil. Como nosotros, se dividían en furiosos bandos, y se perseguían y se fusilaban «por dar gusto al dedo». Cuando fondeó nuestra fragata en aguas del Uruguay, había terminado una guerra fratricida; pero como el abolengo hisnánico no se avenía con el reposo de las armas, pronto los orientales declararon la guerra al Paraguay. El Brasil, que había sido enemigo, trocóse en aliado; la Argentina también sintió ganas de quimera. Aquellos pueblos, establecidos en las regiones más feraces del mundo, tenían horror, como su madre España, a la ociosidad militar, que es la paz. Allá, como aquí, la turbaban por un daca esas pajas, o simplemente por esa ironía del tiempo que llamamos «pasar el rato».

Por su mucho calado, la *Numancia* echó el ancla a seis millas de la ciudad. El carboneo se hacía difícilmente: el trabajo era rudo. En las clases de marinería y tropa, pocos individuos tuvieron permiso para saltar a tierra. Oficiales y guardias marinas gozaron algunos días en aquel esparcimiento, y más aún el personal de máquinas. Todos volvían diciendo que la ciudad pa-

recía un campamento, y que en ella no se hablaba más que de aprestos militares. A pesar de esto, el amigo Fenelón, que en la mar se sentía por lo común fuera de su elemento, pasaba en tierra todo el tiempo que se le permitía, empalmando las tardes con las noches y éstas con las mañanas.

—Puede usted creerme, mi querido Ansúrez—decía contándole a éste sus correrías urbanas—, que las mujeres de este país son preciosas, francas sensibles y más instruiditas que las de allá... Bajo mi palabra de honor, afirmo que me han gustado veintitrés, que me he sentido enamorado bárbaramente de cinco y locamente de dos. He vuelto a bordo con el corazón en pedazos y el cerebro como un volcán... Yo soy así... Mi naturaleza es la adoración de la mujer, y mi destino, entregarle mi alma para que juegue con ella, aunque con estos juegos me deje alma y almario hecho trizas... No puedo remediarlo. Si en vez de tocar en esta ciudad hermosa y culta, hubiéramos arribado a un lugar de tribus salvajes, no habría faltado una negra bozal que me hiciera tilín, como ustedes dicen, ni yo habría dejado de enloquecer por ella, trayéndome acá su negra imagen estampada en mi corazón... Ya, ya sé lo que va usted a decirme: que soy romántico. No, amigo mío; soy clasicote, un poquito pagano y un muchito sensualista y experimental. Entiendo que este culto mío de la mujer es una pequeña filosofía, mi palabra de honor... Vámonos a mi camarote y adormeceremos nuestras penas con unas copas de jerez... Venga usted acompáñeme... ¿Cuándo seguiremos nuestro viaje?... Ganas tengo ya de ver otras tierras. Usted, que ha pasado dos veces ese infernal Estrecho, dígame: ¿cuál es el tipo y cariz de la hembra patagona? ¿Es bravía, procerosa de talla, alta de pechos, de ojos flamígeros y boca hasta las orejas? ¿Se pinta, *por ejemplo*, rayas negras en la cara y se cuelga de la nariz un arete?... Vamos, no sea remolón: nos espera el amigo jerez, que es mi alegría y el descanso de mis penas... ¿Se ríe usted, camarada?... ¿Esa risita quiere decir que me admira o que me compadece?... Sea lo que quiera, yo no me enfado, mi palabra de honor...

Cogidos del brazo descendieron al segundo sollado, y en el camarote de Fenelón trincaron de lo lindo. Ansúrez era hombre de fabulosa resistencia contra la embriaguez; el otro por la reiteración de su vicio, necesitaba dosis extremadas para perder el dominio de la palabra y del pensamiento. Ambos permanecieron en el punto fisiológico a que habitualmente les llevaba una ingestión, no excesiva, del precioso licor. El jerez del mecánico solía ser alegre; el de Ansúrez era siempre triste y aplanante.

—Mi estimado señor Fenelón—dijo a su amigo—: yo, la verdad, no me alegro mucho de haber conocido a usted... porque..., también lo aseguro bajo mi palabra de honor..., más me gustaba creer que Belisario era un pillo vagabundo que no creerle honrado y caballero de posibles... Con odiarle me consolaba yo, y ahora resulta que..., *por ejemplo*, como usted dice..., debo quererle. Esto me pone triste, pero muy triste, señor de Fenelón... ¡Ajo!, yo le juro por mi sangre que a veces me dan ganas de arrojarme al agua. Ahogándome, no me atormentará la idea de que Belisario es un hombre de bien y de que mi hija le querrá más que me quiso a mí. Esto me pone loco... He pedido a la Virgen del Carmen el favor de que no me deje morir sin ver a mi hija... He llegado a creer que me lo concederá.... pero, ¡ajo!, me carga una cosa, señor de Fenelón. En la cara de la señora Virgen del Carmen cuando le rezo, he visto un cierto guiñar de ojos y un cierto mover de labios, como si se burlara de mí. También la Virgen cree que Belisario es bueno y que mi *Mara* hizo bien en irse con él, dejando a su padre en esta soledad... Y cuando ella lo cree, cierto será que mi hija está contenta, que ha hecho una gran boda y que yo debo consumirme de rabia, condenado a tocar un día y otro el pito de contramaestre para que los marineros entren en faena, y mientras yo doy mis pitidos, allá están mi morenita y el negro gozando de sus amores, quizás dándome nietos, que yo no he de ver... Dígame usted, bajo su palabra de honor, o por encima de ella, que esto es muy triste, pero muy triste, y que lo mejor que yo puedo hacer es tirarme

al agua... Como estoy de buen año, ya usted lo ve, ¡vaya una meriendita que voy a dar a los tiburones!

X

—No te tires, Diego, no te tires—le dijo Fenelón, que en sus alegrías vínicas trataba de tú a todo el mundo—. El mar es muy frío... Comprendo todos los amores, menos los amores de los peces... Yo me agarro a la vida y no la suelto... ¡Se encuentra uno tan bien en este mundo, aun estando condenado a galeras!... El galeote rema y rema pensando en la mujer que ha dejado en tierra o en la que va a encontrar en el primer puerto de escala. ¿Cómo será esta mujer esperada? ¿Será morena o rubia?... El galeote la ve en su imaginación, y sigue remando... Boga, boga, marinerito, que la bella te aguarda... Mi remo es la hélice; la máquina, mi corazón; la hulla, mi sangre... Yo te empujo, navecita mía; llévame pronto junto a mi morena, junto a mi rubia...

Vencido de un sopor intenso, Ansúrez empezó a dar cabezadas; Fenelón le agarró del brazo, y con sacudidas quiso despabilarle. Irguiendo la cabeza, el contramaestre aprovechó aquel despejo para poner a salvo su dignidad. Dió a su amigo las buenas noches con palabra tartajosa, y palpando mamparos llegó a su dormitorio, y en el coy se arrojó, que fué como si se arrojara en el mar del sueño, porque al instante se quedó dormido... Y antes de amanecer le despertó el viento de la Pampa, que se inició con un silbar prolongado y lúgubre en el aparejo. Acudieron los de guardia y los de retén a las maniobras precisas para defender la nave de la cólera rapaz del pampero, que algo quería llevarse de arboladura o de cubierta. Calaron masteleros, pusieron al filo las vergas, y largo tiempo emplearon en trincar todo lo que arriba o abajo podía ser arrebatado por el huracán: botes, toldos, mangueras y el sinfín de objetos movibles que toda gran embarcación lleva consigo como y donde puede. El viento la obliga, cuando menos se piensa, a meterse sus chirimbolos en los bolsillos o a sujetarlos fuera con esos apretados nudos que sólo saben hacer los marineros.

Por fin, tras luengos días, terminó el carboneo, y la *Numancia* zarpó acompañada del transporte *Marqués de la Victoria*, que le llevaba el combustible para la travesía del Estrecho y mares del sur del Pacífico. No empezaba con bendición la nueva etapa, porque a las pocas horas de salida la máquina dijo que no daba una vuelta más, y no hubo más remedio que arribar a la boca del Plata y fondear en el Banco Inglés... ¿Qué ocurría? La recalentadura de un cojinete había inutilizado la máquina... En aquellos tiempos, cualquier accidente de esta naturaleza llevaba la consternación y la ansiedad a las almas de los tripulantes.

Los maquinistas, franceses todos, diagnosticaron con pesimismo; por fortuna, el oficial de ingenieros don Eduardo Iriondo, tan animoso como entendido, tomó a su cargo la cura del organismo enfermo, y a las veinticuatro horas, vencida la parálisis y recobrado el movimiento, salió la *Numancia* mares afuera, cortando las olas con su arrogante espolón. El transporte no podía seguirla en conserva; hubo de moderar la fragata su paso ligero, atizando fuego en sólo tres calderas. A los dos días de navegar en esta forma, repitiéronse los casos de mala suerte, y el más lastimoso fué que el segundo comandante, don Juan Bautista Antequera, resbaló bajando la escala del falso sollado, y en la violenta caída se rompió una pierna... Desgraciada y reincidente avería, pues la misma pierna, por el mismo sitio, se había roto meses antes en Nápoles, cayendo, no de la escala de un buque, sino de la silla de un caballo... Triste fué aquel día: el segundo comandante era muy querido de iguales e inferiores. Mientras en el camarote de popa los médicos reducían, entablillaban y biznaban la rotura del hueso, la fragata, insensible al accidente, se columpiaba sobre las olas con cabezadas y balances harto expresivos. Quería juego y hacer alarde de arrogancia marinera.

La mala sombra seguía. Un pobre marinero llamado José López, que murió de fiebre de reabsorción, fué arrojado al agua al amanecer de un brumoso día. Las tristezas no querían abandonar a la *Numancia*, que bailando seguía, re-

tozona y ligera de cascos, como adolescente que se estrena en la vida y no conoce los peligros del mundo... Luego vino mar gruesa tendida, con viento racheado y duro: la fragata, poseída de verdadero frenesí coreográfico, lucía su elegancia y poder, y ya se inclinaba hasta hundir el espolón en las turbulentas ondas, ya se erguía majestuosa, sacudiéndose el agua y despidiendo a un lado y otro chorretazos de espuma. Menos airoso en su lucha con el viento y la mar, el caballero que a la dama escoltaba y servía, el buen *Marqués de la Victoria*, se encontró en gran apuro por la obligación de marchar en conserva. No tuvo más remedio el pobre galán que ponerse la capa, con rumbo distinto del que su señora llevaba, y navegando de tal suerte, se perdió de vista. La *Numancia* siguió su camino, segura de que el caballero sirviente parecería mares adelante...

He dicho que sin interrupción se sucedían las desgracias, y una de ellas fué que el cabo de mar José Binondo que se hallaba en el palo mayor aferrando la gavia, sufrió un grave accidente. Apoyaba los pies en el tamborete, las manos en la verga, cuando un fuerte balance de la fragata le hizo perder el equilibrio, y cayó sobre el aro mismo de la cofa con fuerte golpe en el pecho. Tuvo bastante destreza en aquel crítico instante para engancharse de pies y manos en la burda del mastelero, y pudo deslizarse hasta coger la escala del obenque mayor. Allí no pudo tenerse porque el tremendo porrazo en el pecho le privaba de respiración. Los compañeros subieron a socorrerle, y no sin dificultad le bajaron a cubierta, donde le recibió Sacristá, el cual, viéndole demudado y sin habla, le mandó a la enfermería. Allá quedó el infeliz, en manos del médico don Luis Gutiérrez, que diagnosticó rotura de dos costillas y hundimiento del esternón... El pobre Binondo arrojaba sangre por la boca, y en los intervalos de sus arcadas angustiosas pedía que le llevasen el cura y los sacramentos, pues ya se veía difunto y amortajado con las parrillas en los pies para descender rápidamente al fondo de las aguas.

Seguía la *Numancia* su rumbo hacia la boca del temido Estrecho. En aquellos días y noches, Sacristá y Ansúrez no se daban punto de reposo, alternando en el servicio o haciéndolo mancomunadamente cuando la complejidad de maniobras en tan difícil navegación lo exigía. El pito marinero no cesaba de lanzar al aire su estridor agudísimo, rasgando el claro son de las cornetas, que llamaban a galleta y café, a zafarrancho de camas, a baldeo, a instrucción, a ejercicio... El oficial de derrota no bajaba del puente, y don Casto Méndez Núñez, incansable en las observaciones y estudio del derrotero, no apartaba sus ojos, con catalejo o sin él, de las brumas que por estribor ofuscaban la costa.

El 11 de abril amaneció benigno: cayeron la mar y el viento; la fragata navegaba con cuatro calderas encendidas, ayudándose de las mayores y foques; era su marcha arrogantísima: la proa, potente, saludaba con graves cortesías a las olas que hacia ella corrían de Sur a Norte, lentas, más ceremoniosas que hinchadas. En la amura de estribor, Sacristá y Ansúrez lanzaban sus miradas de aves de mar al paredón neblinoso del horizonte. Poco después de que el vigía cantase «Tierra» desde la cofa, Ansúrez, conocedor de aquella región, anunció la recalada al Estrecho.

Llamado al puente por Méndez Núñez, el segundo contramaestre saludó como práctico al jefe.

—Mi comandante—le dijo—, la tierra alta que vemos es Cabo Vírgenes: sigue hacia el sudeste una tierra más baja, Punta Miera, que los ingleses llaman Pungeness... Hay un banco..., el Banco del Cabo.

A una pregunta seca de Méndez Núñez, tan hombre de mar como el primero, y que buscaba un buen informe dondequiera que pudiesen dárselo, Ansúrez contestó con la misma sequedad y modestia que usar solía don Casto:

—Mi comandante, con cuatro millas de resguardo no puede haber peligro...

Lahera ordenó la virada en el punto y ocasión convenientes. Al mediodía la fragata derivaba hacia el Oeste su proa; poco después tenía por estribor las alturas patagónicas; por babor, las soledades de la Tierra del Fuego. Montada la Punta, se enmendó la marcha, arrimando a la costa norte para precaverse de los bajos del Sur. A las cinco de la tarde fondeó la *Numancia* en la bahía

de Posesión para tomar respiro y aguardar a su extraviado caballero, el *Marqués de la Victoria*, cuyo rumbo y suerte se desconocían. La dama, intranquila, no cesaba de preguntar a todos sus tripulantes si sabían o sospechaban dónde había ido a parar el galante satélite.

A menudo se informaba Diego del estado de Binondo, pues aunque le cobró gran ojeriza por haber auxiliado al seductor de *Mara*, como buen cristiano le compadecía. En peligro de muerte estaba el cabo de mar, y sus horas en la enfermería de paz eran de infinita tristeza, que si los dolores de la caja del cuerpo y las angustias de la respiración le abrumaban, no se sentía menos agobiado y enfermo del espíritu. Habló con Ansúrez el médico don Luis Gutiérrez, y después de explicarle el porqué de hallarse Binondo tan abocado a la muerte, le dijo:

—Bien puedes bajar a verle, que está el hombre deseoso de hablar contigo, y si tardas en darle ese gusto, quizás no le encuentres vivo... Según entiendo, tiene contigo una deudilla de conciencia: no quiere irse al otro mundo sin quedar en regla con sus acreedores, y me parece que a ti ha de pagarte a toca teja. Algo me ha dicho del caso..., pero como es cuenta particular, allá los dos.

Bajó Ansúrez a la enfermería, y a la tristísima claridad de aquel recinto, que sólo recibía una limosna de luz solar por la escalera de entrada, y el aire por una manguera de lona, vió al que fué su amigo postrado en la colchoneta colgante, cubierto de un oleaje de mantas, por entre las cuales sólo asomaba su cabeza, tocada de un pañolón a guisa de turbante, y el hombro y brazos derechos. El rostro de Binondo, modelo de fealdad malaya, era de los que no se alteran visiblemente, ni con las alegrías del vivir, ni con las agonías mortales. Ansúrez no halló en él otra novedad que el cambio de color amarillo cobrizo en un verde sucio con arrebato febril en los pómulos. La débil claridad hacía más plano el rostro, como bajorrelieve tallado en una tabla con muy poco saliente de las anchas narices aplastadas y de la rasgada hendidura bucal... Los ojuelos, negros y chicos, de brillantez canina, animaban aquella careta, que sin el mirar no habría parecido cosa humana. Sentóse Diego frente a su amigo, y puso la mano sobre las mantas, en el bulto que hacían las rodillas, y cuando pensaba las primeras palabras que había de pronunciar en la visita, habló el enfermo, y dijo:

—Ya ves, Diego..., qué malo estoy... Se me ha roto el casco por la cuaderna mayor y el bao real... Quebrados tengo las palmajares y los trancaniles... En fin, que me voy de este mundo malo a otro mejor... ¡Y tú, Diego, como si no fuéramos amigos de toda la vida! Si no te mando llamar, no vienes a verme, perro, mal hombre, todo porque el francés maquinista te puso la bocina en la oreja para decirte que si yo, que si tal, que si tu niña... Oyeme a mí, Diego, que verdad como la que yo te diga no has de oír de nadie... Ya mis aljibes están llenos del agua limpia de la verdad..., y para esto se vaciaron del agua corrompida de la mentira.

Esta figura, empleada ingenuamente por el rudo marinero, impresionó y enterneció al amigo que le visitaba.

—Ya sé, ya sé—le dijo con emoción—, que no has de ocultarme la verdad... Estás en franquía para vida mejor..., ya has comulgado, *ya tienes el práctico a bordo*... No has de salirte con embustes, porque si lo hicieras, llevarías tu alma llena de contrabando..., y el contrabando ya sabes que no pasa, no pasa en aquellas aduanas... En fin, José Binondo, si no quieres molestarte, nada me digas, que yo, sabedor de lo que has de decirme, te perdono de todo corazón, como cristiano que soy...

—Poco a poco...—dijo el enfermo extendiendo el brazo que tenía fuera de mantas—. No te des por enterado con las verdades que te soltó el francés, y escucha las mías, que son más de ley... El te habrá dicho que favorecí la escapada de tu niña, y que la llevé a la goleta con tanto cuidado como hubiera embarcado a mi propia hija, si viviera.

—Sí... Te portaste mal... Fué acción fea la tuya: olvidaste nuestra buena amistad...

—Poco a poco, Diego... Déjame que te diga..., que te diga el porqué, pues no hay acción que no tenga su porqué.

—El porqué no me importa ya. Yo te perdono, y con perdonarte queda liquidada nuestra cuenta, Binondo.

—Déjame, déjame que sea yo quien liquide... Lo que dije y referí a don José Moirón para que me absolviera de mis pecados, ¿no has de saberlo tú? Nuestro capellán me encargó mucho que a ti te diera mis razones, y te las doy. Con el *práctico a bordo*, como dices, te llamo, y al despedirme de ti te dejo mis razones, Diego; óyelas: yo favorecí la fuga de tu *Mara*, porque yo también tuve una hija..., ya sabes cuánto quería yo a mi Rosa... Era un ángel; feíta, eso, sí; ¡pero qué mona de Dios!... Las narices tenía chatas, como yo; los ojos, chiquitos, como los míos, pero con mucho aquel; la color, quebrada; el cuerpo, con una salazón que ya, ya... Se parecía más a mí que a su madre, que era *Pepona de Lagarta*, bien lo recuerdas, lavandera de la ropa de maquinistas en el Arsenal... Pues mi niña era una verdadera rosa sin espinas... Aunque por broma la llamaban la *Rosa amarilla* o *Rosita la fea*, para mí era más guapa que los serafines... Bien sabes, Diego, cuánto la quería yo, y cómo me miraba en ella... Me muero con gusto, porque sé que voy a verla... Así me lo ha dicho nuestro capellán... Pues recordarás que mi adorada hija se enamoriscó de un fogonero italiano. No era mal chico; pero yo me indigné de que la niña pusiera en persona tan baja su voluntad. Pues la cogí un día y con una estaca le di tal paliza, que quedó mi ángel hecho una lástima. ¡Ay, ay Diego, cuánto he llorado aquella brutalidad que hice!... Mi Rosa, mientras yo la pegaba, me decía: «Aunque usted me mate, padre, querré siempre a mi *Curtis*.» Así llamaban al italiano... Un día la vi que, derrengadita y paticoja, salía en busca de Curtis, y yo, ¿qué hice?, la cogí por un brazo y me la llevé a casa, donde le di bofetadas y me parece que algún mordisco... ¡Oh, qué malvado fuí!... Pues desde aquel día, la niña empezó a desmejorar..., a caer y entristecerse... ¡Ay, qué pena tan grande! La llevé al médico, y el médico me dijo que la niña padecía mal del corazón... En fin, que una mañana la oí quejarse... Corrí a ella, y se me quedó muerta entre los brazos... ¡Ay de mí!, yo no tenía consuelo..., yo quería matarme para que me enterraran con aquella prenda querida. Los palos y bofetadas que le di me dolían entonces en el corazón y en toda el alma. ¡Yo verdugo, y ella una mártir inocente! La enterramos al siguiente día, al anochecer... *Curtis* venía detrás cuando la llevábamos... Yo me moría de dolor... Curtis y yo la bajamos al hoyo... El italiano era un mar de lágrimas, y yo un mar de amargura...

Vió Diego el llanto que corría por las mejillas verdes y por la cara plana del cabo de mar. Contagiado por su duelo, pero sin comprender la relación que pudiera tener el caso de *Rosita la fea* con el de *Mara la bonita*, Ansúrez, transcurrida una larga pausa, le dijo:

—Bien, José..., tú hija se murió... Ni *Mara* ni yo teníamos la culpa de tus desgracias. Si Dios te quitó a tu hija, ¿qué adelantabas con quitarme la mía?

—Poco a poco, Diego—replicó Binondo, acopiando todo el aliento posible para expresar lo que faltaba—. No me has entendido... Sabrás que la muerte de mi niña, de aquel cielo mío, fué una lección que Dios me daba..., una lección terrible... Dios me decía esto, Ansúrez: «Padres, antes que dejar morir a vuestras hijas, dejad que se vayan con sus novios.»

XI

No entraba fácilmente en el ánimo del celtíbero la explicación casuística que de su conducta daba el pobre Binondo. No era mala filosofía la de casar a las hijas a gusto de ellas antes que se murieran de desconsuelo de matrimonio; pero este humanitario principio debía cada cual aplicarlo a su familia, no a las ajenas. Estas y otras objeciones a las ideas de Binondo se le ocurrían; pero viendo mojado de lágrimas el rostro chato y verde, se encerró en un buen callar: era impertinente ponerse a discutir con un moribundo y turbar su conciencia con acusaciones y distingos. Quedárase cada cual con su tema, y Dios juzgaría con suprema equidad. Apagando más su voz, Binondo le dijo:

—Vuelve por aquí cuando estés franco y te lo explicaré mejor. Me darás la razón, Diego, cuando te cuente el paso... y sepas estos y aquellos pormenores.

Prometiéndole volver, Ansúrez se despidió muy afectuoso. El cabo de mar le retuvo, cogiéndole de la mano, para pre-

guntarle dónde estaban y a qué punto de su derrota había llegado la fragata.

—Estamos en la bahía de Posesión —contestó Ansúrez—, ya dentro del Estrecho de Magallanes, a los 52 grados de latitud Sur... Como en este maldito canal tira la marea lo menos, lo menos, tres millas por hora, hemos de ir mañana en busca de mejor fondeadero... Y a todas éstas, no parece el *Marqués*, que nos trae el carbón; y como no venga, lucidos estamos... El Estrecho es todo angosturas, vueltas, esquinas y canalizos. Métase usted a la vela en este laberinto, y podrá decir cuándo entra, pero no cuándo sale... ¡Y con barcos de este calado, válgame la Virgen!... Para desembocar sin tropiezo en el Pacífico, hemos de zafarnos de este callejón con buenas estrepadas de hélice.

En esto llegó a la enfermería el castrense don José Moirón, hombre excelente, modoso y encogidito. Por su mezquina presencia y delgada voz, más parecía capellán de monjas que de marineros y oficiales de guerra. El hombre desempeñaba la cura de almas en la sociedad militar con celo y modestia, hablando poco y no traspasando jamás el límite de sus funciones espirituales. A los moribundos asistía con amor: a los enfermos acompañaba, amenizándoles con su conversación dulce las tristes horas de encierro en la enfermería de paz.

—¿Qué tal, Binondo? Parece que te animas charlando con tu amigo Ansúrez... Y tú, Diego, ¿no encuentras a José más alentado? Los hombres de mar tenéis siete vidas... Todavía, José, has de ver cómo se te remienda el arca del pecho... Volverás a tu oficio de pasear por las vergas como yo me paseo en el Perejil de Cádiz... Animo, hijo... No llevo a mal que lloriquees un poco, porque así se te despeja el corazón de malos quereres.

Binondo contestó con mugidos blandos a estas cariñosas palabras. De la cuestión de conciencia nada dijo el capellán delante de Ansúrez: hablaron de geografía y de la feísima pinta del paisaje que tenían por una y otra banda.

—Dichoso tú, Binondo, que no ves el horror de estas tierras endemoniadas. Vegetación, Dios la dé... Y de animales, ¡qué pobreza! No he visto más que unos pájaros, que no sé si son nadantes o volantes, que están parados y erguidos, mirándonos desde tierra... Su forma es la de botijos con plumas.

—Estos son los pingüinos, que también llaman *pájaros bobos*—dijo Ansúrez—. Se empinan sobre las patas, y miran como si pidieran un tiro... Pero son mala carne..., no valen el tiro.

—*Pájaros bobos*...—repitió Binondo, con ligero extravío en su cerebro extenuado—. Como nunca ven gente, no huyen del hombre, creyendo que es, como ellos, un animal bobo... Y el hombre lo es, porque se pasa la vida haciendo tontadas... Sólo tiene listeza y sabiduría a la hora de la muerte, única hora que no es hora boba.

Sentóse el capellán junto a Binondo, y preguntó a Diego qué noticias había de los fines del viaje y cómo estaban los asuntos de España en el Pacífico.

—No sé más que lo que me ha dicho Sacristá—replicó Ansúrez—. En Montevideo recogió don Casto noticias buenas, no de oficio, sino particulares... Parece que está hecha la paz con el Perú, y allá vamos a proclamarla con salvas y festejos...

A las demás preguntas de Moirón no supo contestar el oficial de mar... Si pasaban con felicidad el Estrecho, llegarían en ocho singladuras a Valparaíso, donde no podía faltar conocimiento cierto de si iban al Pacífico en son de guerra o en son de *pingüinos*, por otro nombre *pájaros bobos*.

No pudo Ansúrez entretenerse más, y dejó a Binondo con el castrense, que sin duda le habló de lo buena que es la otra vida, y de la felicidad de los que van a ella limpios de pecados. La fragata partió de Posesión al día siguiente; pasó con felicidad la angostura de la Esperanza; una fuerte corriente contraria la obligó a detenerse y buscar abrigo en la ensenada de San Gregorio; siguió al otro día, embocando y recorriendo sin tropiezo la angostura de San Simón; penetró luego en el canal más ancho del Estrecho; dobló el Cabo Negro, resguardándose de los bajos y escollos que acechan traicioneros en aquellas aguas, y, por fin, dió fondo en el Puerto del Hambre, que acredita su fatídico nombre por el aspecto de miseria, desamparo y aridez lastimosa que allí ofrece la tierra en todo lo que alcanza la vista.

Avidos de explorar la misteriosa región magallánica, la oficialidad obtuvo permiso para saltar a tierra. En la mayor lancha de la fragata embarcaron oficiales y guardias marinas, el maquinista Fenelón y ocho remeros. Ansúrez cogió la caña del timón. No olvidaron las carabinas Minié por si ocurría un feliz encuentro de caza mayor o por si era menester defenderse de los bárbaros que habitaban en aquellas frías latitudes. Dirigióse la lancha a Punta Santa Ana, en la costa norte de la bahía. Pisaron tierra los expedicionarios, y por aquellos pedregales discurrieron buscando huellas o rastro de humanidad. No vieron más que unos pozos de agua dulce, con algún indicio, en sus bordes, de ser utilizados. A lo lejos se distinguían columnas de humo; mas no era fácil precisar si salían de algún techo o de hogueras encendidas en descampado. El humo subía lentamente hacia un cielo pesado y gris, que acariciaba con sus masas vaporosas las remotas alturas blanqueadas por la nieve. Todo el afán de los españoles era ver alguna muestra de raza patagona, caracterizada, según los geógrafos de más crédito, por su estatura gigantea y por la mansedumbre y nobleza de su barbarie. Pero aunque dispararon al aire sus fusiles con la idea de llamar y atraer a los indígenas, éstos no parecían por parte alguna. Llegaron a creer nuestros compatriotas que los patagones eran seres fabulosos, engendrados por la imaginación heroica de los primitivos navegantes.

Del reino animal no se dejó ver tampoco ninguna muestra, y del vegetal sólo descubrieron unos matojos verdes de plantitas frescas y talludas, de la familia de las *umbelíferas*. Por su sabor, eran semejantes al *apio caballar* de nuestros climas. Corriéndose hacia la extremidad de Santa Ana, reconocieron ruinas que a la primera impresión diputaron por las de la Colonia de Sarmiento. Este Sarmiento fué un héroe loco, un explorador animoso y exaltado hasta el delirio, que hizo creer a Felipe II en la conveniencia de establecer, en medio de todas las desolaciones de la Naturaleza, una colonia fortificada. La expedición, que al mando de otro loco llamado Flórez envió el rey con aquel fin aventurero y fantástico, acabó de la manera más desastrosa. Flórez y Sarmiento riñeron con escándalo y furia en las aguas y costas de América, disputándose la precedencia. Flórez se volvió a España. Sarmiento, más terco que la misma terquedad, se dirigió al Estrecho con las cinco naves que le quedaban, y aplicó toda su insana testarudez a la fundación de la plaza colonial. Innumerables hombres, que eran, sin duda, los más intrépidos orates de la nación, perecieron allí. A muchos se los tragó el mar en las angosturas o en los esteros fangosos de la costa Sur; otros murieron en enconada lucha fratricida; a los que se obstinaron en cimentar la absurda colonia, los aniquiló la desesperación, y, por fin, el hambre dió cuenta de los últimos...

Examinadas las ruinas, entendieron los españoles que no pisaban los restos de la obra insensata de Sarmiento sino los de la Penitenciaría chilena, fundada en aquel sitio a principios del siglo XIX. Tal vez en los informes vestigios, paredones corroídos, pilares truncados, había trozos de diferente antigüedad. Eran ruinas yuxtapuestas, despojos sobre despojos, pavorosa osamenta de dos arquitecturas muertas y consumidas del sol y el viento. Sobre ellas rodarían indiferentes las edades. Lo que en la historia humana había sido completamente inútil, en la Naturaleza servía para que anidaran cómodamente los *pájaros bobos*.

Desconsolados, volvieron a bordo los hombres de la *Numancia*. No habiendo visto los deseados indígenas, la excursión les parecía enteramente ociosa. La Patagonia sin patagones era una tierra insulsa y prosaica... En la mañana del día siguiente proyectaron nueva salida con idea de emprenderla por un río llamado San Juan, que desemboca al oeste de la bahía del Hambre. Sin duda, internándose aguas arriba, habían de encontrar a los hombres bárbaros y talludos dueños de aquellas tierras. En los preparativos de la segunda expedición estaban, cuando vieron venir por la boca del río una piragua tripulada por figuras al parecer humanas. La exclamación a bordo fué general.

—¡Hurra, ya están ahí los patagones, hurra!

Hacia la fragata venía bogando la salvaje embarcación, resuelta y presu-

rosa. Al tenerla cerca vieron con asombro los de a bordo que eran mujeres las que remaban, y no con remos, sino con *canaletes*, palitroques rematados en una tabla de forma elíptica. Las hembras daban impulso a la embarcación con aquellas espátulas, sin punto de apoyo en la borda, pues la piragua no tenía toletes. En pie venían tres bárbaros de fea catadura y no muy lucida talla lo que fué gran desengaño de los españoles, que esperaban ver colosos formidables y coronados de plumas. Al llegar los salvajes al costado de la fragata no expresaron admiración de la grandeza y hermosura de ésta. Con gestos y chillidos jimiosos, manifestaron su deseo de subir y de comer algo que les dieran. Sin esperar a que les echaran la escala, los tres hombres se encaramaron por los tojinos con agilidad cuadrúmana. Las dos mujeres remadoras se quedaron en la piragua, desoyendo las incitaciones de los españoles para que subieran. O ellas no querían seguir a los machos o éstos no se lo permitían, que tales etiquetas y reparos habrá sin duda en las costumbres del salvajismo patagón.

Gran rebullicio y algazara se movió en cubierta cuando pusieron su planta en ella los tres desgraciados seres en quienes se representaba la primitiva animalidad de nuestro linaje. Bien se podía decir ante ellos: «Así fuimos.» Eran de mediana estatura y color cobrizo, sucios y sin gallardía estatuaria. Cubrían parte de su cuerpo con pieles viejas y astrosas de un animal que llaman guanaco. Apestaban a grasa de pescado; sujetaban sus cabelleras ásperas con una correa de cuero, y acentuaban la fealdad de sus rostros con rayas negras y coloradas. Su habla era una mezcla de la modulación y el léxico de las cotorras y de los ásperos aullidos de los monos mayores. Fácilmente repetían las voces españolas; pero las de ellos no había boca cristiana que las reprodujera. Invitados a comer, se les ofreció pan, que miraron con asombro antes de probarlo. Mayor estupefacción les causó el ver cucharas, y embobados contemplaron a los marineros que con ellas comían. Quisieron hacer lo mismo; mas no acertaban a meter la comida en la boca con aquel adminículo tan extraño para ellos. El vino los entusiasmaba, y el aguardiente los transportó al cielo de las mayores alegrías. Si no sabían comer con cuchara, bebían cumplidamente en el vaso, empinándolo hasta que les caía la última gota. Los chupetazos que daban luego y el relamerse con sus lenguas sedientas, fueron diversión de los españoles, que nunca habían visto bárbaros de tan extremada inocencia y grosería... Llevároнlos luego a visitar todo el barco: manifestaban su asombro riendo como idiotas; pero su regocijo llegó al frenesí cuando se les invitó a ponerse unos pantalones viejos que allí sacaron. A la primera lección que se les dió, aprendieron a enfundarse las piernas en los calzones. El que parecía principal de ellos, ostentando como insignia de su autoridad mayores chorretazos de rojo en sus mejillas, fué obsequiado, además, con una levita informe y un sombrero alto, chafado y roto. Luego que se atavió con estas prendas, llevároнle delante de un espejo, y al ver la reproducción de su elegante figura, quedóse fluctuando entre la risa y un asombro respetuoso.

En tanto que a bordo con estas bufonadas se divertía la gente joven y alegre, otros habían bajado por los tangones al bote de servicio, y en éste se pusieron al habla, o a la mira, con las señoras salvajes. Fenelón era el más empeñado en obsequiarlas, y en honor de ellas escanció todo el jerez de una botella. Eran las hembras remadoras más desmedradas que los hombres, feas y hurañas. Ninguna de las gracias del bello sexo se revelaba en ellas y sólo Fenelón, como sacerdote de Venus, extremado en su culto, entrevió algún encanto en los amarillos rostros de las amazonas, en sus pechos fláccidos y colgantes, en sus cuerpos desfigurados por haraposas pieles, que, dejando al descubierto el ombligo y otras regiones poco bellas, tapaban las caderas y demás... Bajo los sucios pellejos asomaban las piernas cobrizas..., con medias, es decir, con la canilla y pie pintados de color verdinegro, señal de que las dos señoras habían chapoteado en el fango del río al lanzar la piragua. Nadie vió en sus descuidadas greñas adorno alguno que indicase el menor rudimento de coquetería o de arte del tocador... Eran hembras animales más que mujeres. Trabajillo costaba excitar en ellas la risa, como prueba de ligereza o agilidad de

espíritu. La risa de aquellas fieras causaba más miedo que alegría, porque ostentaban en toda su extensión la formidable herramienta dental... Por fin, partieron todos en la piragua, borrachos perdidos los hombres. Uno de ellos, vestido ridículamente con los guiñapos europeos, esgrimía con grotescos ademanes un sable viejo y tomado de orín que le regalaron los oficiales. ¡Infeliz tribu patagona, buena te había caído!

XII

¡Albricias, llegó el *Marqués de la Victoria!*... Saludada con gran festejo fué su presencia en Puerto del Hambre. ¡Volvían los compañeros perdidos en el Océano! ¡La fragata tenía ya carbón para proseguir su viaje!... Sin tardanza, fondeado el caballero sirviente a estribor de la dama, se procedió a meter el combustible en las carboneras de ésta. Todo el domingo, que era Pascua de Resurrección, se empleó en esta faena, sólo interrumpida en la hora de la misa y lectura de ordenanzas después de Oficio. Don José Moirón despachó la misa con prontitud, y el sermón militar de las obligaciones del soldado fué también muy breve. Todo el tiempo era poco para transbordar el combustible. La oficialidad de ambos buques, no teniendo nada que hacer a bordo, realizó su expedición al río San Juan, sin ver nada de interés, ni hombres ni animales. Los salvajes no parecían. La Naturaleza misma se recluía tierra adentro, avara de sus tesoros de fauna y flora, si algunos tenía. Volvieron los españoles a los barcos con el alma a los pies, desengañados de toda pasión geográfica y exploratriz, y pasaron el tiempo de estadía en el Puerto del Hambre desmintiendo este lúgubre nombre con los buenos víveres que una y otra nave traían. Los días acortaban ya tristemente, como días vecinos al Polo en aquella estación, que era el otoño austral... A las cuatro de la tarde se iniciaba el crepúsculo, anunciando ya las prolongadas noches invernales. Espesa penumbra caía sobre la tierra: el cielo tomaba un tono plomizo: cielo y tierra se vestían de un luto angustioso que avivaba en los corazones el amor y el recuerdo de la patria lejana, radicante en la más risueña porción del Globo.

Partió la fragata el 19 de abril, despidiéndose con fraternal emoción de su caballero sirviente, que a Montevideo se volvía. La nave acorazada emprendió sola su marcha por aquellos canalizos y desfiladeros, lo que fué temeridad grande; mas para tal empeño bastaba el esforzado corazón del soldado de mar que la mandaba. Día claro y sereno favoreció el paso de la *Numancia* frente al morro de Santa Agueda, donde el paisaje tomó las formas más imponentes y majestuosas. En aquel punto humillan los Andes sus moles ante la mordedura del mar, que las socava y desmorona. Por estribor veían los españoles, a lo lejos, el grandioso espectáculo de las cimas nevadas; de cerca, los cantiles abruptos, las masas rocosas cortadas como a pico, hurañas y resecas, con vagos toques de vegetación en algunas encañadas; por babor veían la Tierra del Fuego, merecedora de tal nombre si se le añadiera el calificativo de *apagado*. Era como un volcán, como un avispero de carácteres fríos, vestigio y estampa de los más terribles cataclismos geológicos. La vista de aquellas extrañas formaciones causaba espanto, sugiriendo la idea de un planeta muerto, perdido en los espacios siderales... Para que pudiera participar de la admiración general, sacaron de su camarote al segundo, don Juan Bautista Antequera, obligado a quietud por la soldadura de la pierna, y muy bien acomodado en una colchoneta le subieron al alcázar. Allí estuvo largo rato, y sus ojos, desperezándose de la oscuridad del encierro, no se hartaban de ver tanta maravilla.

Hizo alto la fragata en el fondeadero de Fortescue. Tras ella venía una corbeta de vapor, que resultó ser peruana, de guerra. *América* era su nombre, y había sido construída en Francia. Fué mirada con recelo; se pensó en disparar sobre ella; pero al fin, nada sucedió. La corbeta dejó caer su ancla por estribor de la *Numancia*. Esta levó muy temprano, al día siguiente, y atravesó la más estrecha angostura de todo el paso de Magallanes. Viéronse aquel día más próximos los elevados montes patagónicos, coronados de nieve, y los hilos de agua que al derretirse la nieve venían saltando por innumerables cañadas y repliegues, juntándose luego para

formar risueñas, espumosas cascadas. El paso llamado Crooked-Reach es tan angosto, que los navegantes creían tener al alcance de su mano los dos cantiles de izquierda y derecha. La fragata marchaba con cuatro calderas, gallarda como nunca, orgullosa de sí misma, mirándose en las claras aguas, mirando también su sombra en las rocas del Norte. Dijérase que todos los ánades y pingüinos de la región se habían dado cita en aquel paso, porque precedían a la nave como señalándole el camino, y luego levantaban el vuelo al ver de cerca el espolón y oír el golpetazo de la hélice batiendo el agua. También aparecieron cetáceos monstruosos, nadando delante y a los costados de la embarcación, y festejando a ésta con el surtidor que sus furiosos resoplidos lanzaban al aire. La fragata no parecía insensible a estas demostraciones de la fauna marítima, y surcaba las ondas con mayor prepotencia y majestad. Era la diosa Anfitrite, esposa de Neptuno, que pasaba por su reino precedida y escoltada por la corte de sirenas, tritones y bestias marinas.

Al décimo día de entrar en el Estrecho salió de él la *Numancia*. A las cinco de la tarde del 21, con mar sosegada y atmósfera densa que ofuscaba los términos lejanos, la fragata señaló a babor el Cabo Pilares. Era el extremo occidental del paso y la última tierra del sur magallánico, la más desolada que podría imaginarse; tierra que parecía obra de maldiciones y engendro de pesadilla. Las conglomeraciones basálticas, de soñadas formas nunca vistas, hacían creer que aquel extremo del mundo era el osario en que los siglos terminada la monda total del planeta, habían arrojado todos los esqueletos de animales paleontológicos.

Franqueado Pilares, entraron los españoles en mar libre y ancho. Fué para todos descanso y orgullo. Por un canal de más de cien leguas, erizado de peligros, habían conducido la mayor nave que hasta entonces se aventuró a pasar por allí. Bien podían envanecerse, aunque el caso no era milagroso, sino una feliz aplicación de la sintética proclama de Nelson. Todos, desde el comandante al último marinero, habían cumplido su deber... Y adelante, adelante, en busca de la ocasión de nuevos deberes que cumplir... Sin contratiempo navegó a hélice la fragata, con rumbo Norte, hasta los 40 grados de latitud, en que, hallando mejor mar y los vientos generales del Sur, apagó calderas y largó todo su aparejo. Nunca estuvo Anfitrite tan bella como cuando surcaba las aguas del Pacífico, con todo el flameante adorno de su ropaje aéreo. Sus airosas cabezadas expresaban el contento suyo y de todos los tripulantes, que con ella se identificaban y ponían los latidos de su corazón al compás de los pasos de ella en el ancho mar. La normalidad placentera de la navegación no se interumpió en aquella etapa: todos vivían alegres, contemplando de día, por estribor, el gigantesco murallón de los Andes, y aun los menos instruídos sabían leer en aquellas moles alguna estrofa de la leyenda hispánica.

Visibles fueron los efectos del gradual ascenso de la temperatura: los pocos enfermos que a bordo había se restablecieron, y el mismo Binondo, que en el Estrecho estuvo a punto de liar el petate, mejoró notablemente, como si quisiera entrar en la séptima vida que, según el dicho popular, gozan los marinos. Aún no podía el hombre valerse; pero respiraba mejor, señal de que se le iban calafateando los deteriorados bofes, y todos los días, a la hora de más calor, le sacaban a cubierta en una silleta, y allí le dejaban parloteando con sus compañeros. En estos solaces de convaleciente habló de asuntos diversos con su amigo Ansúrez; pero de aquellos coloquios sólo se cuentan aquí los pertinentes al caso de *Mara*.

—Poco a poco, Diego—decía Binondo extendiendo el brazo—: no eches sobre mí más culpa de la que tuve en el latrocinio de tu hija..., que, bien mirado, no fué tal latrocinio, sino cumplimiento de la ley de Dios, que dice: «Antes que dejar morir a vuestras hijas, dejad que se vayan con sus novios...» Esto ha dicho Dios, y a mis oídos llegó la voz divina, por la cual fuí movido a dar aquel paso... Que venga don José Moirón, que venga el santísimo capellán, y él te dirá si este mandamiento que te digo no es tan de ley como otro cualquiera...

—Bueno; ley de Dios será... Pero no tenemos por qué llamar al cura; que esta ropa sucia, José, en casa debemos lavarla... ¡Tú a encandilarme con tus leyes de Dios, ¡ajo!, y yo a no dejar-

me encandilar!... Mi sentido natural me dice que no es ley de Dios, sino del diablo, tomar dinerales por favorecer la fuga de la niña con aquel bandido.

—Poco a poco, Diego; poco a poco. No te niego la verdad. Pero has de saber que no fueron dinerales lo que tomé, sino una triste onza de oro...

—¿Triste la llamas? ¿Pues no valía dieciséis duros?

—Los valía, sí... Llamo triste a la onza, porque fué poco estipendio para lo que hice. Toda la noche estuve en vela, fingiendo que pescaba... Los carabineros me habían echado el ojo encima; yo no hacía más que bogar hacia afuera, y volver y escurrirme a la sombra de la batería de San Leandro. Pues tomé la onza..., no quiero dejar de decirte toda la verdad..., la tomé porque me hacía mucha falta...; como que aún estaba debiendo las visitas del médico y el entierro de mi niña... ¡Ay Diego de mi alma, no puedo nombrar a mi ángel sin que me salte el corazón y se me corte el resuello! ¿Ves? Ya estoy llorando... No hay consuelo para mí... Y ahora, con esto de que voy escapando de la muerte, mi pena es mayor, porque yo estaba muy satisfecho de morirme, por el gusto de ver pronto a mi niña, la mona de Dios..., y recrearme en aquel rostro de clavellina parda, y en el habla bonita, y en el cuerpo salado, tan salado y gracioso, que me río yo de los ángeles...

—No llores, José... Como algún día has de morirte, y verás a tu Rosa entre los serafines, resígnate por hoy a seguir viviendo... ¡Ajo!, no eches más babas ni mojes el pañuelo. Cuéntame cómo embarcó la niña en tu lancha; qué dijo...

—Antes tengo que repetir que la onza no fué más que una corta ofrenda para mi alcancía. La tomé por no desairar. Verdad que después, a bordo de la goleta, me dio don Belisario diez duros más... Pero ¿qué son diez duros para un servicio tan arriesgado?... Y el peligro fué tremendo... Los carabineros no me quitaban el ojo... Tu niña llegó a las piedras de Santa Lucía, único sitio donde podía embarcar de noche, acompañada de don Belisario y de la Venancia... Ya sabes, la Venancia... Esa sí cogió buen dinero... De aquí estoy viendo la pastelería que ha puesto esa ladrona en la calle de la Caridad... La veo, la veo, Diego... Y cuidado que hay distancia del Pacífico, treinta y tres grados latitud Sur, a la pastelería de Venancia, treinta y ocho grados de latitud Norte. Pues la veo; creo que la veo.

—Avante en popa, y no barloventees más.

—En brazos cogió a la niña el caballero, y de sus brazos pasó a los míos, que la pusieron en la lancha... De un brinco embarcó don Belisario. Despidiéronse de Venancia. Trinqué yo los remos, y me puse a bogar en silencio, arrimado a tierra, buscando la sombra del monte... Te diré, buen amigo, para tu satisfacción, que no había dado yo tres paladas de remo, cuando la niña rompió a llorar con tanto sentimiento, que me río yo de la Magdalena. El caballero quería consolarla: ya sacaba estas razones, ya las otras..., que Dios, que el amor, que la felicidad..., y luego unas retóricas ahiladas que no entendí, pues tales términos, comparanzas y sutilezas no había oído yo en mi vida. *Mara*, tan aferrada a su afliccion que no se quitaba de los ojos el pañuelo, decía: «Mi padre, ¡ay!, mi padre.» Y él le echaba el brazo por los hombros, y apretándola con agasajo, respondía: «Tu padre será mi padre; pero él no quiere serlo... Pagará su soberbia... Después le perdonaremos.» En fin, Diego, no puedo repetirte su hablar finísimo, porque usaba expresiones que mi boca no sabe pronunciar. La sustancia de aquel relato era ésta, verbigracia: «El amor, que viene a ser el rey emperador o no sé qué de todito el mundo terrestre y universal, te condenaba por bruto y descastado a..., diantre, a ver si me acuerdo... Pues te condenaba a la pena de perder a tu hija por tal o cual tiempo.» En fin, Diego, que te daban el trago de amargura para traerte luego los dulzores de volver a Cartagena casados y con guita... ¿Te vas enterando?... Yo no puedo referírtelo palabra por palabra. Sí te digo que a la niña se le apaciguó el duelo con los abrazos que le daba el novio, echándole en la misma oreja este bálsamo: «Te juro por mi madre que volveremos..., volveremos en tal condición, que tu padre se alegre de recibirnos.» Luego miraba para las estrellas, y moviendo el brazo con ellas hablaba. . A la mar le echó también una gran bocanada de términos que sonaban muy bien.

como una musiquilla de cantares... En esto, llegamos a la goleta: subieron ellos, yo detrás.

Poco tiempo estuvo la niña sobre cubierta, porque don Belisario y el capitán la llevaron a un camarote, y en él la escondieron, por lo que pudiera tronar. Yo esperé al caballero, porque así me lo mandó. Al cuarto de hora le vi aparecer en cubierta; llevóme a la borda, desde donde se veía Cartagena, más que por sus casas, torres y murallas, por las luces del alumbrado público; y señalando a la ciudad, dijo: «¡Ahí te quedas, Cartagena! Ahí te quedas, Ansúrez!... Entré con paz, y me mirasteis como enemigo... Al padre me llegué con el corazón en la mano, y el padre me echó la zarpa para ahogarme. No hay paces con los bárbaros. *Mara* no es de su padre, sino mía. El le dió la vida corporal, yo le doy la vida del espíritu...» No puedo explicártelo, porque las palabras que dijo en aquellas proclamaciones son de esas que no se quedan en la memoria. Lo que sí recuerdo bien es esta frase: «Pues quisiste guerra, guerra te doy, brutal Ansúrez. Ya puedes echarte a llorar hasta que volvamos...» Luego que dijo lo que te cuento, nos despedimos. Me pidió juramento de no contarle a nadie lo que había pasado, y yo se lo di..., digo que juré, haciendo la cruz, porque así me lo mandaba mi conciencia. Y él también tuvo conciencia, porque al despedirme metió mano al bolsillo y dióme los diez duros, que..., ahora recuerdo..., no fueron diez, sino veinte, o, hablando con toda verdad, veinticinco, plata y dos monedas de oro, isabelinas... Ya ves que no te oculto nada. Cuando yo a tierra me volvía poco a poco, pensaba en mi pobre niña difunta, ¡ay!, en aquel ángel. ¡Que no hubiera yo podido hacer con ella lo que hice con la tuya, Diego!... Dársela al novio, echarla en brazos del novio para que gozaran de su juventud. Para mí no había consuelo... Yo bogaba con pereza, y mis pensamientos iban al compás de los remos. En el cielo, como en el agua, oía la voz del Divino Jesús, diciéndome: «Que no mueran las hijas; que se vayan, que se vayan con sus novios.»

XIII

El interesante episodio referido por Binondo inmergió al oficial de mar en mayores cavilaciones y tristezas. Sus sentimientos, agitados por pavorosa crisis, no sabían si estacionarse en el amor o en el odio. Sólo sus obligaciones rudas le distraían de estos internos afanes. El 28 por la mañana recalcó la fragata en Valparaiso, y aproximándose al puerto paró y se puso al habla con el comandante de la goleta *Vencedora*. ¡Qué placer y qué descanso recibir noticias frescas, fidedignas! Los de la *Numancia* oyeron confirmar la buena nueva de que nuestro Gobierno había concertado un arreglo con el Perú. La escuadra, al mando del almirante Pareja, estaba en el Callao. Hacía el Callao hizo rumbo la *Numancia*, sin perder horas, navegando con cuatro calderas encendidas y ayudada del velamen. Serena mar y viento Norte, fresquecito, facilitaron aquella etapa, por todos estilos venturosa. En temperatura iban ganando de día en día; la salud era excelente a bordo, y todos vivían en espera de sucesos pacíficos más que guerreros, aunque no faltaba quien se apenase de que no sobreviniesen hostilidades duras, que en la profesión militar nada repugna tanto a los corazones enteros como la ociosidad.

Aunque se reponía bajo la acción de la subida temperatura, Binondo no recobraba por entero su vigor y aptitud para el trabajo. O era que se hacía el remolón para que le dieran mimo y le llenaran la pandorga, dejándole las horas muertas sentadito al sol, o a la sombra cuando el sol picaba más de la cuenta. En este período avanzado de su convalecencia, se hizo el hombre muy rezador: andaba siempre con el rosario entre las manos, y en sus pláticas con los compañeros, a éstos recomendaba que tuviesen el alma preparada para un buen morir, pues en las dudas de paz o guerra, nadie podía decir «a tal hora viviré».

—Aquí donde me ves, Diego querido, no estoy menos libre de la muerte que lo estaba en el Estrecho, porque las cuadernas del pecho no acaban de arreglarse, y el corazón me dice a cada momento que no cuente con él para una larga travesía. Pero yo no me apuro, Diego,

y tan hecho estoy a la idea de morirme, que me digo: «Cuanto antes, mejor, que de este mundo perverso no saca uno más que sofocos y berrinches que pudren el alma. Muérame yo pronto, que eso voy ganando, y así veré a mi querida Rosa en la Eternidad. Paréceme que ya la estoy viendo... Cuando tengo esta visión el aliento se me corta, como si la máquina del respirar quisiera pararse y decir: «Hasta aquí llegué.»

—¡Valiente marrullero estás tú!... Con tantos rezuqueos y visiones, lo que busca mi amigo es que no le den de alta, para seguir en esta gandulería y pasarse el tiempo sentadito en cubierta.

—Poco a poco; yo no trabajo porque no puedo. Ya sabes que como bien, porque así me lo mandó don Luis. Por mi gusto, no comería más que lo preciso para no desfallecer. Duermo toda la noche y parte del día, porque así me lo recomiendan los doctores, que el sueño es el estero donde el corazón se va carenando..., como te lo digo... Pero el dormir mío no es todo lo sosegado que fuera menester, porque el soñar me quebranta, y despierto tan molido como si me hubieran pasado de verdad las cosas que sueño... Es el corazón enfermo..., que adivina... Y a cuento de esto, sabrás que anoche he soñado contigo y con tu hija... Y era lo que soñé tan conforme con la razón, que desperté creyéndolo cierto. Vas a oírlo... Soñé que entrábamos en puerto... ¿Sabes tú cuando llegaremos al Callao?

—Mañana. Esta tarde hemos de señalar las islas Chinchas.

—Dime otra cosa: ¿hay mucha distancia del Callao a Lima?

—Media hora, o poco más, en ferrocarril.

Pues no te canses en ir a Lima, porque si vas no encontrarás a tu hija. Yo he soñado que *Mara* y don Belisario navegan hacia Panamá, camino de Europa. Van casados por la Iglesia y cargados de dinero hasta las escotillas... Llevan la idea de que les perdones, Diego, y les eches tu bendición... Pero Dios, que ve tus muchos pecados, dispone que ni ellos ni tú tengáis la satisfacción de veros y perdonaros. También ellos son pecadores... Dios castiga sin palo ni piedra, y así mientras tus hijos van, tú vienes... Equivocados navegáis todos... Dios, que gobierna con una mano los corazones y con otra los mares, te trae al Perú cuando tu hija no está aquí, y a ella la manda para España cuando tú andas por acá... ¿No ves bien claro los designios del patrón de todo el Universo?

Al oír esto, trabajo le costó a Diego reprimirse. Impulsos tuvo de coger a Binondo por el cogote y darle un fuerte achuchón contra el cabestrante próximo, chafándole el rostro hasta dejárselo enteramente raso.

—Tunante—le dijo—, guárdate tus sueños malditos y no atormentes al hombre honrado y bueno, que no hace mal a nadie.

—Bueno eres—replicó Binondo con extremada mansedumbre, acariciando las cuentas de su rosario—; pero ya sabes que el justo peca siete veces al día. Que Dios quiera probarte, que Dios pruebe a los justos para ver su temple y fortaleza, es cosa corriente en nuestra religión; y si lo dudas, llama a nuestro capellán y pregúntaselo.

Ansúrez le volvió la espalda. En actitud de oración se mantuvo José, la cara plana y verde caída sobre el pecho, con expresión de recogimiento budista. El otro, echando sus miradas y sus pensamientos sobre el mar, también quedó en éxtasis de amarguísimas dudas, del cual le sacó el pito de Sacristá llamando a maniobra. Poco después se marcaron a barlovento las islas Chinchas. El terral fresquecito trajo al olfato de los marinos efluvios amoniacales... *Tan, tan,* cuatro veces. Se cambiaron las guardias... Y al día siguiente, cuando sólo distaban cinco o seis millas del puerto del Callao, volvió Binondo a dar tormento a su amigo con el relato de sus estupendas soñaciones.

—Oyeme, Diego, y pásmate de que Dios se digne revelarme lo que ha de pasarnos a ti y a mí. Tú y yo somos buenos, y para que seamos mejores nos manda Dios tribulaciones grandes. He soñado, amigo, he soñado lo que voy a decirte para que te vacíes de orgullo y te llenes de resignación... Pues ello es que... No pongas cara fosca ni me hagas temblar con tus miradas... Yo digo lo que soñé, y tú lo crees o no lo crees... Ello es que ya no verás a tu hija en la tierra, sino en el Cielo... Estamos iguales, amigo del alma, y hemos de morirnos para ver a las prendas de nuestro corazón... Para mí es esto tan cierto y

verídico como el mar es mar, el cielo cielo y esta embarcacion la *Numancia* bendita..., que Dios favorezca para que viva más que nosotros. Dúdalo si quieres; pero la realidad se encargará de convencerte... A tu hija verás en el Cielo; antes de ir allá, si vas, no podrás verla... Créelo, Ansúrez, y disponte pronto, pronto, para un morir cristiano... Debemos prepararnos, porque nunca sabemos si hemos de vivir estos momentos o los otros. Podrá ser hoy, podrá ser mañana o en mañanas que aun están lejos. Pero que no nos coja desprevenidos... ¡Qué gozo el tuyo y el mío cuando las veamos en la gloria!... Mi Rosa tan linda, con aquella carita de marfil ahumado y aquellos ojuelos negros, como los de los ángeles que encienden los relámpagos y disparan los truenos en una noche de tempestad...; tu *Mara*, desmejoradilla y muy rebajada de su belleza..., porque nas de saber que muere o morirá de parto.

Ya no pudo tener Ansúrez el arrebato de su displicencia, y le dió un cosque más que regular, que humilló la cabeza budista y puso la cara p.ana a dos dedos de la borda, junto a la cual se hallaban.

—Poco a poco—exclamó Binondo—Esos no son saludos de los que se acostumbran entre amigos. Bárbaro estás, rebelde contra las verdades que Dios te anuncia por mi boca. De tus desdichas no tengo yo la culpa..., ni de que Dios ame a nuestras dos hijas por igual, y se las lleve de este mundo nuestro tan malo al suyo, que es la gloria...

No llegaron estas últimas razones al oído del oficial de mar, que se alejó rezongando amenazas cotra Binondo. La idea de la muerte de *Mara*, sugerida por el zorro malayo, le desconcertaba. A creerla se resistía, pero la idea penetraba en su entendimiento como la carcoma royendo y labrándose su casa... Aliviábase el buen hombre de esta confusión con la esperanza de que el sol de Lima despejara pronto sus dudas.

La entrada en el puerto de El Callao fué de teatral efecto resonante. Allí estaba la escuadra española mandada por Pareja; la componían las fragatas de hélice *Villa de Madrid*, *Blanca*, *Berenguela* y *Resolución*, y la goleta *Covadonga*. El primer saludo fué para la insignia de Pareja; después se saludó a la plaza, que contestó al instante; y apenas disipado el humo de estas salvas, se cañoneó en honor de las escuadras extranjeras allí fondeadas: inglesa, francesa y americana. Devolvían todos la cortesía con igual número de estampidos, y aquello fué como una batalla naval con pólvora sola, espectáculo precioso, inmenso vocerío de guerreros en paz.

Presentaba el puerto en aquellos instantes un golpe de vista espléndido. Deleitaban los ojos la flotante población de barcos de guerra y paz, y el bosque de sus mástiles, así como los mezclados colorines de tantas banderas de diferentes estados. Entre los buques mercantes, había los más hermosos tipos de vela entonces existentes en el mundo: fragatonas y corbetas *clipper*, de cascos elegantes y gallardísimas arboladuras. Todas estas naves esperaban vez para el embarque de guano en las Chinchas. Si es maravilla de la Naturaleza el almacenaje secular del excremento de las aves atlánticas en aquellas islas, no lo es menos el ingenio y artes del hombre para transportarlo por tan largos caminos de mar de un hemisferio a otro... El labrador piamontés o valenciano no acababa de comprender que abonaran sus tierras las aves del Pacífico.

Terminados los saludos, empezaron las visitas. No era sólo el jubileo de amigos y parientes entre unos y otros barcos: era la curiosidad que en todas las tripulaciones de las fragatas de madera despertaba la *Numancia*, potente y airosa: era el prodigio de haber ésta navegado sin tropiezo desde Cádiz al Perú, desmintiendo la opinión de que un guerrero vestido de armadura no podía sin peligro arrostrar caminata tan penosa y larga. Pero el comandante, hombre de arrestos indomables, la oficialidad y marinería, orgullosos de su feliz empresa, decían, como Segismundo: «¡Vive Dios que pudo ser!»

Tal invasión de visitas hubo en la fragata, que las escalas crujían del peso de los curiosos entrantes y salientes. Superiores y oficialidad, guardias marinas, marineros, en fin, y gente de maestranza, acudieron a saciar sus ojos, a explayar sus corazones en parabienes, que eran la expresión de la amistad y el orgullo, fundido todo en un tono general de patriotismo. La *Numancia* vió subir

a su cubierta y penetrar en sus cámaras y sollados al almirante Pareja, hombre de mediana estatura, delgado, con patillas blancas, de continente grave y maneras muy corteses; a don Miguel Lobo, mayor general, gran náutico y geógrafo, hombre de ciencia y de voluntad; a don Claudio Alvargozález, curtido y fosco, de barba erizada y ojos fulgurantes, el primer lobo de mar de España; a don Juan Topete, corazón fuerte, ávido de pelea y gloria; a don Manuel de la Pezuela, ducho en artes políticas y en el trato de gentes, que aplicar supo al arte de la guerra; a don Carlos Valcárcel, marino excelente y guerrero de tesón, y a otros muchos que ganaron después celebridad. La fragata les recibió con alegría, mostrándoles todas sus bellezas, así las exteriores como las más ocultas. Convites parciales y refrescos se improvisaron en los camarotes, y en tanto los grupos de marineros celebraban con modestas libaciones el feliz encuentro de amigos y hermanos en latitudes tan distantes del solar paterno.

Fué por la mañana cuando Ansúrez distinguió entre los visitantes una cara conocida. «¿Será...? Si no fuera tan gordo, diría que es Mendaro.» A estas dudas fugaces siguió la exclamación de ambos amigos que se abrazaron con júbilo después de una ausencia de cinco años.

—Por el ranchero Ibarrola—dijo Mendaro—supe que estabas aquí. He venido a verte a ti primero, después a esta hermosa fragata que os traéis acá... ¿Sabes que estás viejo?... ¿Qué ha sido de tu vida? Cuéntame.

Con frase concisa notificó Ansúrez a su amigo la muerte de Esperanza, y de la pérdida de *Mara* hizo una indicación vacilante, como los apuntes con que los pintores esbozan el intento de una figura. A continuación enseñó al forastero el interior del barco; le obsequió con jerez y galletas, y despidiéronse con mutuos ofrecimientos y cariños.

Mendaro y Ansúrez, después de navegar juntos, habían vivido en Cartagena pared por medio. Su amistad era sólida, íntima, como fundada en las excelentes cualidades de uno y otro. Enviudó Mendaro el 59 y se embarcó para el Perú, donde contrajo segundas nupcias. El 60 era poseedor de una de las más frecuentadas pulperías de El Callao de Lima, establecimiento que bien podía llamarse famoso, porque en él encontraban alivio de su sed y reparo de su hambre los marineros de diferentes banderas, cargadores y truchimanes, y allí solían congregarse también mujeres que al socorro de necesidades no espirituales acudían, buena gente toda, fermento y espuma de la humanidad afanosa que hierve en los puertos de mar. En la pulpería quedó citado Ansúrez para comer con su amigo y charlar de los reinos de España y de las indianas repúblicas.

XIV

Ansiosos de admirar la ciudad de Lima, que en todas las imaginaciones españolas se representaba con formas y colores de un seductor romanticismo, iban a tierra oficiales y guardias marinas en correctísima y elegante apostura, con pantalón blanco, indumentaria impuesta por los 12 grados de latitud Sur. Del muelle corrían en grupos alegres a la estación, y media hora después divagaban por las calles y plazas de Lima. Esparciendo con avidez sus ojos de una parte a otra, aplicaban su observación a cosas y personas, juzgándolo todo con juvenil calor, así en el elogio como en la censura. Tras las abstinencias y soledades de la navegación, anhelaban la vida social, el trato y compañía de señoras discretas, finas y hermosas, de mujeres, en fin, sin reparar en su clase y condición. Por desgracia, encontraban retraída la sociedad. Las clases opulentas, así como las mediocres, se recluían en sus casas por estímulo de la gazmoñería política, no menos adusta que la religiosa. La cordialidad y el agasajo entre naturales y forasteros no existían en aquellos días de incertidumbre y desconfianza; días turbados, además, por interna enfermedad revolucionaria.

Los oficiales españoles recorrían con actividad un poco melancólica la Ciudad de los Reyes. La sombra de Pizarro les acompañaba; las remembranzas de la patria salían a recibirles en las fachadas de los edificios de la época vicerreal. A cada instante surgía la *anagnórisis*, o sea el descubrimiento y declaración de parentesco. *Anagnórisis* era el gozo con que los españoles contemplaban el barro-

quismo amable, risueño, consanguíneo, de la catedral fundada por el conquistador. Nuestro, de *casa*, de familia, era el rostro de aquel monumento; nuestra también el alma, el interior, impregnado de dulce misterio y de místico encanto. Igual impresión de parentesco les daba el palacio de los virreyes, hogareño presidencial.

De calle en calle, se fijaban en los balcones a la turquesa, en las rejas y celosías, por cuyos huequecitos veían o creían ver los negros ojos de las limeñas. ¡Qué ilusión! ¿Pero estaban en la América del Sur, o en Ronda, Tarifa o Algeciras? La mujer limeña, sutilizada por la imaginación, era el tormento de aquellas pobres almas españolas, condenadas por un melindre internacional al desconsuelo de Tántalo. Cerrado el teatro, suspendidas las reuniones y tertulias, no se mostraban las limeñas más que en la calle, y para mayor desventura no eran entonces muy callejeras. Por lo poco que vieron los oficiales al paso y de refilón reconocían y declaraban que era la hija de Lima traslado fiel de la mujer de acá, más bien refinada que desmerecida en sus cualidades. Por aquellos días no podían extenderse a más detalladas apreciaciones del tipo físico y moral de tan seductoras hembras. El famoso manto negro a estilo de Tarifa ya poco se usaba. Sólo por las mañanas, cuando iban a misa, se las veía entapujadas con exquisita gracia y travesura, sin dejar ver más que los ojos: el misterio, el juego de tapa y destapa, los hacía más ardientes y luminosos, más afilados de malicia o recargados de amoroso flúido. Por junto al suelo se veían los pies chiquitos, y se apreciaba el andar ligero... andar de gacelas cuando van al paso.

Y vistas estas preciosidades, que parecían huir de las miradas del hombre antes que solicitarlas, iban los españoles a las partes excéntricas de la ciudad, donde percibían el rumor popular, nada benévolo ciertamente. Esquivando el trato con personas, hablaban con los edificios: vieron y examinaron exteriores ampulosos de parroquias y conventos, y a cada paso descubrían rastros del pasado, que confirmaban el parentesco entre los observadores y las cosas observadas. Clarísimo resultaba el rastro de la superabundancia frailuna, y el paso de la Inquisición había dejado huellas indelebles. La fiereza española, todo lo grande de la raza y todo lo violento y vicioso adherido a lo grande, permanecían escritos allí en cosas y personas, con más vivos caracteres que los que aún conserva en su propio rostro la madre común.

Pulpería de Mendaro. Este y su amigo Ansúrez, sentados a los dos lados de una mesa sin manteles, en un patinillo interior de la casa, platican de los reinos de España y de los achaques de aquellas repúblicas, sus hijas.

—Todo este torbellino—decía Mendaro—ha venido, ¿sabes de qué? Pues de anejos piques y desavenencias entre peruanos y españoles; del pleito viejo por si reconocemos o no reconocemos la independencia del Perú..., del mal trato que aquí dieron a unos catalanes y valencianos..., de bofetadas, palos y mojicones que han llovido en la tierra donde no llueve agua..., de que España se metió en Santo Domingo y quiso meterse en Méjico... de una gravísima trapatiesta que hubo en Talambo, peruanos ofendidos, españoles muertos... de que en Chile atropellaron a unos vizcaínos..., de las muchísimas desvergüenzas que escriben aquí los periódicos, y, en fin, de que los gobiernos de una banda y otra están dejados de la mano de Dios... Allá se les subió a la cabeza el humo de la guerra de Africa, y acá tienen los humos de su republicanismo y el no ser menos que la vecina de abajo, Chile, y que las vecinas de arriba, Ecuador y Colombia.

—Bien se ve que hay humos. En España se dice que este furor de camorra nos lo ha pegado la Francia, nuestra vecina por el Pirineo, pues el imperio segundo que hay allí, obra de ese Luis Napoleón, nos da la moda de encender guerras con tal o cual país. La miaja de gloria que va sacando el ejército de mar y tierra, es el torniquete, como quien dice, con que los mandones trincan y aseguran a los que obedecen.

—Moda es, que os viene de Francia. Aquí tenemos otra que recibimos de los Estados Unidos, y es el cansado estribillo de *América para los americanos*, que quita el seso a toda la gente de acá. Es moda, manía, aire natural de estos países, que se mete en el corazón y en la cabeza de cuantos aquí vivimos. Y así verás que los españoles, a los pocos años de llegar a estos climas, nos volvemos

americanos y tomamos a este terruño un amor tan grande como si en él hubiéramos nacido. Nada te quiero decir de los niños que de padre español nacen aquí, pues yo tengo uno de tres años, que apenas empezó a soltar la lengua, lo primero que aprendió fué llamarme *gachupín, gallego, patón, godo* y otras perrerías con que los naturales nos motejan... Pues volviendo al porqué de esta campaña, te diré que el Gobierno de la Isabel no supo lo que hacía cuando nos mandó a ese almirante Pinzón con la *Resolución*, la *Triunfo* y la *Covadonga*. No es que yo le quite su mérito y circunstancias a ese buen general de marina que nos mandasteis; pero... hablemos claro. ¡Por los pelos del diablo, que no era Pinzón hombre para estas incumbencias delicadas, porque tenía demasiado vapor en sus calderas, y no templaba, sino que metía más coraje en las almas peruanas! A cada brindis que echaba en las comilonas, ceceando como buen majo andaluz, se armaba una gran tremolina. Cosas decía con la idea de meter miedo, para que temblaran todas estas Américas, como si aún se sintieran en el suelo, a la vera de los Andes, las patadas de aquel bárbaro y grande hombre que llamaron Francisco Pizarro.

—No toques, amigo—dijo Ansúrez—no toques a esos caballeros, a quienes tengo yo por gigantes que no dejaron sucesión, ni con ellos compares a nuestra familia enana de estos tiempos.

—Dices bien, Diego, que al comparar modernos con antiguos resulta que no levantamos más de media cuarta del suelo... Sigo mi cuento. Para echarlo a perder, nos mandaron también al señor Salazar y Mazarredo, que por las ínfulas y prepotencia que se traía cayó muy mal aquí. Y lo que mayor enojo levantaba era el título de *comisario regio*, que en los oídos de esta gente sonó como el nombre de *virrey* o cosa tal. En fin, era corriente aquí que entre Pinzones y Salazares nos iban a quitar la bendita independencia... ¿Y qué te diré de la ocupación de las islas Chinchas, que fué como quitarle al Perú el corazón y el estómago? Los españoles no querían ser la buena madre, sino la madrastra de América... Todo iba mal, y esta gente cada vez más encendida. Llegó un día fatal, mejor diré, la noche en que se quemó la *Triunfo*. Te aseguro que la fragata era como un volcán... Las llamas pintaban de rojo todo el cielo.

—Aguárdate, Mendaro..., y perdona que te interrumpa—dijo Ansúrez, inquieto, poniendo la mano en el hombro de su amigo—. Mucho me interesa tu cuento; pero deja para otro día lo que falta y hablemos de lo que a mí particularmente me coge toda el alma. ¿Podré saber hoy mismo si está mi *Mara* en Lima, si me será fácil verla y hablar con ella? Bien enterado estás ya de lo que me pasó, ¡Jesús me valga!, y yo confío en que ayudarás a encontrar a mi querida niña. Ya te dije que no vengo de malas; traigo el corazón dispuesto para perdonarlos y hacer las paces, siempre que ellos quieran hacerlo conmigo.

—Voy creyendo que, más que distraído, estás trastornado—replicó Mendaro—, pues ya te dije que nada podré saber de esa cuestión tuya mientras no vuelva mi compadre Amador con respuesta al encargo que le di de averiguarme esos puntos. Yo no conzoco a los Chacones más que por la fama de su riqueza; sé que murió el padre, español bragado y de sangre en el ojo; que el hijo mayor, coplero, avispado, loco por ver tierras, se fué y volvió..., y no sé más. Amador, que conoce a esa familia, no tardará en traernos informes. No te impacientes ni con el pensamiento te vayas a Lima volando por los aires, que luego iremos por el ferrocarril, y algo hemos de saber de tu hija *Mara*, que, por lo que recuerdo, es una morenita muy salada.

—La más salada y graciosa que ha echado Dios al mundo—dijo Ansúrez, conteniéndose para no llorar—. Ella fué toda mi alegría, y después, mi tormento y desesperación. No hablemos de esto; no quiero afligirte. Sigue tu cuento, y yo haré por escucharlo sin perder gota, digo, sílaba.

—Se fué Pinzón enhorabuena, y nos vino Pareja con las fragatas *Blanca, Berenguela* y *Villa de Madrid*. Este señor Pareja nos pareció más templado que el otro y de buena mano para los arreglos de paz. Así fué: tuvimos paces, y en ellas descansaríamos sin el maldito suceso del cabo Fradera, en febrero de este año. ¡Ay, qué atroz barbarie! Y tengo que reconocer que esta vez la culpa fué del Perú, por el descuido y pachorra de estas autoridades... Aquí se armó el tumulto; aquí vimos la reunión

de gente vaga y oímos sus gritos contra los tripulantes de la *Resolución* que bajaron a tierra. Los españoles, advirtiendo la que se armaba, cogieron las lanchas para volverse a bordo; quedó rezagado el pobre Fradera; trató de ganar a nado un bote, pero el botero no quiso recogerle; volvió el infeliz a tierra, y con los pies en el agua, en la mano un cuchillo, se defendía bravamente de los malos patriotas que le acosaban. En fin, que muerto cayó entre agua y arena, y estos perdidos y borrachos cantaron su hazaña con berridos espantosos. La justicia les metió mano; hubo prisiones y castigos; pero al mal efecto de aquel atropello bárbaro no se pudo echar tierra, y por él quedaron las relaciones entre españoles y peruanos tan agrias y picajosas como las encuentra la *Numancia* al arribar al Callao.

A este punto llegaba Mendaro de su cuento, cuando compareció en el patinillo una mujer alta, fornida, de solidez estatuaria, ojos negros, gruesa y bien formada boca, pecho sobresaliente. No era de abolengo incaico, ni su regia estampa provenía del imperio del Sol; era una cuarterona de las que llaman *zambas*, ejemplar excelente de la mezcla de sangres etiópica y ariana, que suele aunar el cuerpo admirable y las facciones bellas. Traía de la mano un chiquillo gracioso, que en cuanto vió a Mendaro corrió hacia él y se montó en sus piernas. El niño era el hijo, y la mujer, la esposa del pulpero, y los tres se llamaban lo mismo: José, Josefa y Pepito. Con un gesto autoritario indicó la mujer a los dos varones que se apartaran de la mesa para poner los manteles y el servicio. Obedecieron. Tan pronto gastaba Josefa su saliva en reñir al chiquillo, que enredaba con los platos y cucharas, como en recomendar a su marido que vigilase la tienda mientras la familia se disponía para comer... Y entre col y col, ponía la señora vanidosos programas de la comida, que era extraordinaria en honor del amigo forastero.

Acudió Mendaro a la tienda con una solicitud presurosa, que era como la medida de los pantalones que en el gobierno doméstico gastaba su mujer; y ésta, entre tanto hizo cumplido elogio de los platos que serviría y de su condimento.

—Señor Diego, ¿le gusta a usté el arroz con pato? ¿Sí? Pues como el que yo he guisado para usté no lo habrá comido nunca, ni lo comerá mejor la reina de España... ¡Ay, qué cosas dicen acá de su reina de ustés, la Isabel!... Pues también le pondré un *tamal* que ha de saberle a gloria... Los españoles no saben hacer buena comida... ¿Verdá que en España no hay maíz?... Por eso vienen acá ustés tan amarillos..., por eso andan doblados por la cintura, como si se les cayeran los calzones... ¿Le gusta a usté el *sancochado?* ¿En España hay *sancochado?* ¿Qué dice? Ya; que allá tienen el cocido. Pues yo he comido el cocido español y no me gusta... ¿Es verdá que en España no da la tierra más que garbanzos y aceitunas?... Las aceitunas las como yo cuando el médico me manda *gomitivo*... Y esa reina que allí tienen, ¿cuándo la *gomitan ustés?*

Con estos y otros dicharachos puso la mesa, y a punto volvió Mendaro de la tienda con una botella de *pisco* y dos de vino del país...

—Este es el valdepañas de acá—dijo a su amigo—. No es malo; se sube hasta el primer piso, y de ahí no pasa. Si bebes mucho, te pondrás alegre y dirás lo que dice el nombre de Arequipa: *aquí me quedo.* Este aguardiente blanco que llamamos *pisco* es de vino..., cosa buena; los que empinan mucho ven a Dios en su trono.

Sentáronse a comer, y con alegría y buena conversación despacharon uno tras otro los platos que Josefa encarecía pomposamente antes y después de que fueran gustados. A la sopa de rabioso picante siguió el *sancochado,* que viene a ser como nuestro cocido; desfilaron luego el *pejerrey* (pescado chico) y la *corvina* en salsa (pescado grande); y, por fin, con honores extraordinarios, el pato en arroz, que era más bien como una *morisqueta* con pato. Mendaro, en continua relación con las botellas del tinto de la tierra, se apimpló un poco; Josefa hablaba, no sólo por la boca, sino por los codos, manifestando en cada cláusula su ojeriza contra la reina de España; el chiquillo amenizaba el banquete, ya con llantos y berridos, ya con risas y copiosa emisión de babas y mocos. Y cuando, por postre, comían alfajores y *chancaca*, la cuarterona, limpiándole la jeta a su criollito, dijo al convidado:

—Señor Diego, lo que le digo ahora

no quise decírselo antes para que comiera tranquilo, que lo primero es comer y lo segundo decir las cosas que han de decirse, aunque sean malas... Y es que no se canse usté en buscar a su hija porque Amador vino y yo le pregunté: Amador, ¿qué hay de eso?, y él me contestó: Comadre, hay que los señores de Chacón no están en Lima. Conque ya lo sabe. Para verlos y enterarse tiene usté que ir al Cuzco.

XV

—¿Y el Cuzco está cerca?—preguntó Ansúrez, sintiendo dentro de sí al patriarca Job con toda su paciencia—. ¿Podremos irnos allá y volver en una tarde?

Rompió Josefa en carcajadas estrepitosas, que empalmaron con estas exclamaciones de su marido:

—Sí hombre, sí... Está cerquita..., cerquita el Cuzco.... ahí a la vuelta del primer cerro... Poca distancia... Para que te hagas cargo.... es como tres veces de Cartagena a Madrid... Caminito muy llano, como una sala... Subes los Andes.... después los bajas.... para volver a subirlos... Cuestión de dieciocho días...

—Para que vean ustés—dijo la hembra talluda, sin dejar de reír—que los caminos de América son caminos grandes, no como los de España, caminos de juguete. Aquí no gastamos distancias de broma. O vamos lejos, o no vamos a ninguna parte.

—No te precipites, Diego, a coger la vuelta del Cuzco, que está donde Nuestro Señor Jesucristo perdió las sandalias... Antes de ir tan lejos, entérate por ti mismo de lo que ocurre. Bien podría suceder que mi compadre Amador, aficionadillo al *pisco*, haya empinado hoy más de lo regular... Vámonos, pues, a Lima y preguntaremos en la propia casa de los Chacones.

No necesitó Ansúrez que su amigo se lo dijera dos veces. Propuesto el paseo a Lima, quiso emprenderlo sin perder minutos. Requirió Mendaro la chaqueta y sombrero, empuñó un bastón nudoso y pasando por la tienda, donde imperante quedaba la gallarda Josefa, salió con Ansúrez a la calle. Momentos después cogían el tren; a la media hora de traqueteo suave llegaban a la ciudad de los Reyes, y a buen paso tomaron la calle que conduce a la Plaza. Ni en personas ni edificios ponía su atención Diego, que llevaba dentro de sí los espectáculos de su personal interés.

—Esta es la catedral—decía Mendaro con inflexión encomiástica—; aquél, el palacio de los virreyes, hoy de la Presidencia y Gobierno de la República...

Contestaba el oficial de mar con un mugido y una mirada de indiferencia, y seguían adelante.

—Por aquí es—dijo Mendaro, guiando a una calle que de la esquina del palacio arzobispal arrancaba, extendiéndose recta en toda su longitud—. Al final, en la última cuadra, viven los tales Chacones. Repara en las buenas casas de gente noble que hay por aquí. Muchas son del tiempo de los señores virreyes: otras, fabricadas después, tienen la misma traza y adorno de puertas y balcones.

La única observación que hizo Ansúrez fué para indicar la semejanza del caserío de Lima con el de algunas ciudades andaluzas, y el tono claro de las fachadas blancas las unas, otras de ocre o azul muy bajo. Fijóse también en que no había tejados, sino azoteas, observación que sugirió a Mendaro esta otra, pertinente a la meteorología:

—Te diré que aquí no sabemos lo que es llover, ni se conocen los paraguas. No tenemos más que un rocío, que llaman *garúa*, el cual por las noches, así refresca la tierra como nos moja y cala hasta los huesos. Por este beneficio del cielo no echamos de menos la lluvia y no se gastan aquí canalones ni aljibes.

—Dímelo a mí—observó Ansúrez—, que todas las mañanas me encuentro la cubierta como acabada de baldear, y el velamen y toldos tan mojados que se les podría torcer... No te diré yo que sea beneficio el caer el agua del cielo en esa forma de rocío; paréceme más bien maleficio, porque si lloviera de golpe quedarían las calles más limpias de lo que están. ¿Tenéis por ventura ríos caudalosos?

—Río tenemos: se llama el *Rimac*, y es nombrado más que por el caudal de sus aguas, por el magnífico puente de piedra, obra de los españoles que luego veremos. Por allí se pasea la gente para tomar la fresca en las tardes de bochorno...

Observó también Ansúrez el grandor y pintoresca hechura de los balcones de las casas principales, al modo de estancias voladas, con adorno exterior arabesco y celosías verdes. Eran la comunicación romántica de la casa con la calle y con el mundo; el conducto de las miradas, del suspirar y del amoroso acecho; eran el rostro enmascarado de la pasion y un emblema étnico más español que la propia España. Hallabase el celtíbero absorto en el examen de uno de aquellos balcones, el más historiado y holgón de la calle, al extremo de ésta, cuando Mendaro le puso una mano en el nombro y le dijo:

—Esta casa que miras es la de los Chacones. Veo que está cerrada a piedra y barro, por lo que entiendo ser verdad lo que nos dijo el borrachin de Amador. Si te parece, llamaremos, que alguien habrá dentro que guarde el edificio.

Y antes que Ansúrez respondiera, llegóse a la puerta, y agarrando el pesado aldabón, dió golpes y más golpes sin que de dentro viniera voz de quién vive ni respuesta alguna.

La emoción de Ansúrez ante la casa en que moraba la familia de Belisario fué tal, que no pudo tenerse en pie. Arrimóse a la pared frontera, y en el escalón de una puerta, cerrada tambien como puerta de inquilinos ausentes, se dejó caer: llanto amargusmo vino a sus ojos, y para disimularlo y esconderlo, con ambas manos puso máscara en su rostro. Mendaro, dejando pasar medio minuto, volvió a empuñar el aldabón y repitió los furibundos porrazos... La casa hacía esquina, de la cual partía un callejon estrecho, y a lo largo de éste, como por el tubo de una bocina, vino una voz bronca que gritaba:

—¡Quién..., quién!

Asomóse Mendaro al callejón, y a su vez gritó:

—Los quiénes somos nosotros, gandul, que estamos aquí llamando hace dos horas, sin que nos responda nadie; ven aquí, y ven con respeto, y dinos dónde están tus amos.

Apareció doblando la esquina un hombre que, por el color del hocicudo rostro y la largura de sus brazos y la corva inclinación de su cuerpo, más parecía cuadrúmano amaestrado para racional que racional efectivo, y apenas le vió Mendaro lo cogió por el cuello, y con voces descompuestas le dijo:

—*Cholo,* sinvergüenza, ¿por qué no has abierta la primera llamada? ¿Así cuidas la casa de tus señores? ¿Que hacias, borracho? ¿Dormías el *pisco?*

—Suéltame, *gachupín* —gritó el hombre feísimo, queriendo desprenderse de la garra de Mendaro.

Pero en éste había estallado la fiereza un tanto insolente del español educado con el catecismo de los tiempos heroicos, y no soltaba su presa ni suavizaba su duro acento.

—Ven aquí, perro, y contesta sin mentir a lo que te preguntamos.

—Suélteme, *¡carachitas!...* ¡Ay, ay!... Le diré la verdad, patrón; suelteme.

A los chillidos del infeliz *cholo* (así llaman a los últimos retoños degenerados de la raza india), víctima de la ingenita altaneria de Mendaro, acudió Ansúrez enjugando sus lágrimas y con formas de lenguaje más benignas:

—Déjale; no le trates con dureza... Vele ahi por qué no nos quieren en América... Por eso, José, por tus modos tiránicos... Oiga usted, buen hombre: queremos saber... Esperamos que usted nos diga con toda verdad...

—No esperes de él la verdad si le tratas con esas blanduras, Diego—dijo Mendaro—. No te fíes de estos ladinos y traidores. Verás cómo te sale con algún *despapucho,* con alguna sandez o mentira gorda que te desoriente y te vuelva tarumba.

—No tendrá tan mal corazón—indicó Asúrez—, que engañe a un pobre padre..., de quien no ha de recibir ningún daño, sino todo lo contrario, quiero decir, una buena recompensa.

—El caso es éste—declaró Mendaro, algo amansado de su fiereza por el ejemplo del amigo—: sabemos que tus amos se han ausentado y deseamos saber dónde están..., pero sin engaño.

Fosco y sombrío, el indio no desmentía la condición suspicaz de su raza humillada y decadente. No miraba a la cara de los españoles, sino al suelo, como más digno de sus miradas, y al suelo arrojaba también la respuesta desdeñosa que rebotó en pregunta:

—No hay engaño..., yo no tengo por qué engañar... Pero ¿a qué cuento quieren saber los *gachupines* dónde están mis amos?

—Este caballero—afirmó Mendaro—es el padre de tu señora, quiero decir, de la *señorita esposa* que el hijo de tu ama don Belisario, ha traído de España. ¿Te enteras, animal?... Levanta tus ojos del suelo, zorrocloco, y mírale, mira a este señor, que es el padre, el padre... ¿Sabes lo que es padre, zopenco?

Recogió del suelo sus miradas el *cholo* y las paseó por el cuerpo de Ansúrez. Como éste vestía de uniforme, cada uno de los botones fué un punto en que el mirar del indio se detenía con asombro y una risa estúpida. Sacó Diego una monedita de oro y se la mostró como una hostia, diciéndole:

—Esto para ti si hablas con verdad.

Pero a Mendaro le pareció excesiva la oferta y quiso atajar el movimiento generoso de su amigo con estas palabras.

—No, no, Diego. Con cuatro *soles* habría para comprar a todos los *cholos* que quedan en esta tierra. Ofrécele un *sol* (duro) y el hombre tendrá para comprarse unos calzones, que, ya lo ves, le hacen mucha falta.

El pobre indio, que en su desmedrada catadura y cobrizo rostro cuarteado no revelaba claramente su edad, aunque ésta debía estar ya muy lejos de la juventud, quedóse como encandilado al ver la moneda, y alargando hacia ella sus manos, dió una zapateta en el aire y soltó la respuesta que Ansúrez esperaba:

—Mi patrón, démela y se lo digo. Me llamo Santos, y por todos los mis patronos de la corte celestial, le juro que de mi boca no saldrá mentira: los amos míos, mi ama doña Celia, mi amo don Belisario y mi ama doña Marina, están en Jauja.

Oyó Diego el nombre de Jauja como cosa de burleta o de pasar el rato, pues aunque no ignoraba la existencia de tal pueblo peruano, en aquel instante, hallándose en la plenitud de sus ideas españolas, Jauja era el cuento de los perros atados con longaniza y de los árboles que dan chorizos y jamones; se acordó de *La pata de cabra* y de los mil chistes jaujanos, y puso en cuarentena el dicho del indio. Pero Mendaro le sacó de este yerro, diciendo:

—Puede ser, puede ser verdad, que allí tienen los Chacones haciendas muchas.

—Buen amigo—dijo Ansúrez a Santos, sin dejarse arrebatar la moneda, que éste quiso coger antes de tiempo—, necesito más referencias... y que me pongas en conocimiento de muchas cosas que ignoro. ¿Te gusta el *pisco?* Pues vente con nosotros y en cualquier pulpería te convidaremos, para que sueltes la sin hueso y me resuelvas todas las dudas.

Cuando esto decía el oficial de mar, ya se habían arrimado al grupo algunos zanganotes, mujeres y chicos. Ni Ansúrez ni su compañero se habían fijado en esta adherencia del público, que fué creciendo, creciendo, cuando los dos amigos y el *cholo* iban camino de la pulpería más cercana. Mendaro fué el primero en revolverse contra la molesta escolta, que a los pocos pasos se desmandó haciendo befa del uniforme de Ansúrez y arrojando sobre los dos *gachupines* pelotadas de barro y algunas almendras de arroyo. Movido de su impetuoso genio, que en trances de peligro siempre se mostraba, Mendaro se plantó en medio de la calle, y mirando a la chusma se dejó decir:

—¿A que saco la navaja? ¿A que alguno de estos sinvergüenzas nos va a enseñar el mondongo?

El prudente Ansúrez acudió a contenerle. Santos, en la expectativa de la moneda de oro, dirigió a la muchedumbre palabras conciliadoras. Con los dimes y diretes de una y otra parte, la cuestión fué tomando mal cariz, y en esto acertó a presentarse en escena, saliendo de una calle lateral, el maquinista Fenelón, vestido de paisano, con dos amigos suyos limeños de la mejor apariencia social. Aplacaron éstos el incipiente tumulto, declarándose defensores de los dos *gachupines,* y dispersando a los grupos plebeyos.

Mientras esto ocurría, informó Diego a Fenelón del motivo de su presencia en aquella parte de la ciudad y de llevar consigo al indio Santos. El maquinista, con el aplomo y superioridad que en sus palabras sabía poner, le dijo:

—¡Pobre Ansúrez, yo te habría sacado de dudas a bordo esta noche! Felizmente, he podido enterarme hoy de lo que pasa en tu familia y te lo contaré. Nadie podrá informarte con más exactitud, mi palabra de honor... Este *cholo* te ha dicho que tu hija está en Jauja... Ha mentido sin mala intención...; no le pegues... O no sabe la verdad, o se le ha mandado que diga lo que has oí-

do... Dale los cuatro *soles* y que se vaya a la porra. No es ése el guardián de la casa de los Chacones; no es más que un galopín del verdadero guardián, Arístides Cantelac, francés, con quien he jugado al billar hace dos horas, mi palabra. Por él he sabido que tu hija no está en Jauja, sino en Arequipa.

Sosegados todos, incluso Mendaro, que aún daba resoplidos patrióticos; desaparecido el *cholo*, que partió con la chusma, guardando su moneda donde no pudiesen quitársela, los dos españoles, el maquinista y los peruanos se dirigieron a un *restaurant* francés, donde refrescarían charlando. Ansúrez les siguió, más que por querencia de charla y frescura, por calmar el ardor de su alma, sedienta de verdad. ¿Por qué no estaba su hija en Lima? ¿Huía de su padre, o de quién huía? ¿Era dichosa?...

XVI

—No dudes que los Chacones están en Arequipa—dijo Fenelón al celtíbero, que permanecía como atontado mientras los demás bebían y charlaban—. Al partir dieron a su servidumbre esta consigna: «Vamos a Jauja.» Querían despistar al Gobierno y escurrir el bulto... ¿No comprendes esto, pobre Ansúrez? Pues es raro, porque un español, criado entre el bullicio de los pronunciamientos, entiendo yo que oirá crecer la hierba. ¿No has conocido que la revolución late en el Perú? Late y colea; sólo que anda todavía por debajo de las sillas y de las mesas por debajo de las camas, por debajo de los altares. Belisario y su mamá doña Celia son del partido revolucionario, como amigos, y no sé si parientes, del gran mariscal Castilla, gigantón de esta fiesta. ¿No caes en la cuenta de que la razón o pretexto de los revolucionarios es el tratado de paces con España, que firmaron Pareja y el presidente Pezet, arreglo que la gente levantisca considera como la mayor ignominia del Perú? Este patriotismo gordo y populachero es excelente cosa para ornamentar las banderas revolucionarias en los países de sangre española... Pues oye más, hombre inocente y sin hiel. Tu yerno Belisario y tu consuegra ilustre son los adeptos más rabiosos del bando antiespañol del Perú. Mira por dónde tu graciosa *Mara*, la morenita del tipo *Virgen de Murillo*, la de las sales granadinas, la discípula de las monjas, ha venido a ser una antiespañola furibunda.

—¡Ajo, eso, no!—gritó Ansúrez, dando una fuerte palmada en la mesa.

El inmenso estupor con que oía los informes del francés contuvo su protesta en esta brutal concisión.

—Yo no aseguro su antiespañolismo; pero lo presumo, porque el amor funde los sentimientos de marido y mujer. *Mara* siguió a Belisario deslumbrada por la poesía exuberante de América. América es ya su patria; España, clásica, rígida y enjuta, ya no lo es. ¿Qué significa esto, cándido Ansúrez? ¿Te acuerdas de nuestra primera conversación en la borda de la *Numancia*, cuando tomábamos carbón en San Vicente? Todo lo que tú no entendías entonces, te lo explicaba yo con una sola palabra: romanticismo. Romántico fué el amor de tu hija; románticamente te la robó Belisario; al Perú vinieron a realizar su ensueño; se han casado, son riquísimos... Todo esto quiere decir, *por ejemplo*, que cuando España arroja de sí el romanticismo, América lo recoge. Los ideales que desechan las madres maduras son recogidos por las hijas tiernas... España coge su rueca, y se pone a hilar el pasado: tu hija hila el porvenir en rueca de oro.

Diciendo esto, Fenelón se atizó de golpe una copa de coñac. Inquieto y sofocado Ansúrez no sabía qué pensar, no sabía qué decir. Llevábase las manos a la cabeza; luego, sobre la mesa, las dejaba caer desplomadas; por fin, arrancóse con estos desordenados conceptos:

—Me vuelvo loco... ¡Mi *Mara* antiespañola! ¡Ajo, eso, no! ¡Vámonos a España, con cien mil pares de ajos! Llévenme a mi casa, llévenme a mi fragata.

Ya levantado para salir, los amigos trataron de aliviar su pena, y Fenelón terminó sus informes con estas advertencias adicionales:

—Los Chacones, y tu hija con ellos, se han marchado al Sur por ponerse a salvo de las iras del Gobierno, y por vivir donde se guisa la revolución, que es territorio entre Arequipa y el Cuzco...

Era ya hora de volver a bordo; acudieron al tren, y en todo el trayecto hasta el Callao no paró Fenelón en las

amenas referencias de sus audacias amorosas. Lima era la Jauja del amor; él vestido de paisano y hablando francés burlaba la prevención reinante contra la Marina española. Todos reían de sus fabulosas conquistas, menos Ansúrez, que no le hacía ningún caso. Despedidos cariñosamente en el muelle, los dos vecinos de la *Numancia* volvieron a su vivienda, alegre el hispanofrancés, sumido en profunda y negra melancolía el que llamamos celtíbero. Las emociones de aquella tarde le tenían medio trastornado: desconoció, por breves segundos, a su compañero Sacristá; desconoció también el departamento donde moraba, y en la turbación de su mente hubo de sacudir su dormida memoria, diciéndose: «¿Dónde estoy? ¿Qué casa es ésta?»

En aquellos días, el oficial de mar *pagó la chapetonada*, que así llamaban los peruanos, desde tiempos remotos, a la fiebre de aclimatación, tributo de que pocos europeos se eximían en la costa del Pacífico. Era una terciana comúnmente benigna; pero en Ansúrez fué por excepción, bastante intensa y dolorosa, quizá a causa de la tristeza y depresión del ánimo, que le predisponían a toda enfermedad. Atacado ya de la terciana, escribió a su hija, poniendo en ello la fiebre que ya le requemaba la sangre. Escribió también a Belisario y a doña Celia; mas no contento del sentido de las cartas, las rompía, y así consumió gran copia de cuadernillos de papel. Tal carta en que con extremadas fórmulas de amor perdonaba y pedía paces definitivas, le pareció humillante. Los Chacones eran riquísimos y él, un pobre marinero: lo que en dinero no poseía, debía poseerlo en dignidad. Por fin, todo el fárrago epistolar quedó reducido a una sola carta, dirigida a la prenda de su corazón, diciéndole ternezas y pidiéndole vistas: «Estoy en el Callao, soy contramaestre en la *Numancia*... ¿No quieres ver a tu padre? Véate yo, hija de mi alma, y muérame después de verte. Tus riquezas no tienen valor para mí. La luz de tus ojos es mi riqueza: dámela, y guárdate lo demás...» Estos y otros conceptos amorosos y sutiles enjaretó. Satisfecho de haber expresado sus sentimientos con el mayor decoro y sin asomo de interés, cerró su carta, y a tierra la llevó para depositarla por su propia mano en el correo; que de nadie podía fiarse en cosa que tan vivamente a su corazón interesaba. Al regresar a bordo, la fiebre ardiente le tumbó en el coy, de donde no pudo levantarse en muchos días.

Asistíale don Luis Gutiérrez con cuidado y cariño; Sacristá, que como a hermano le quería, visitábale con frecuencia, informándose por sí mismo del curso de la traicionera enfermedad. En los días de remisión febril, la enfermería de paz era muy frecuentada de amigos y compañeros. Guardias marinas y oficiales bajaron al sollado, y el mismo don Casto, que era un ángel, practicó las obras de misericordia, acercándose con piedad y afecto al lecho de su compañero en las fatigas de la mar... Y cuando la remisión era intensa, permitían a Binondo dar a su amigo conversación tirada, y aun leerle vidas de santos, que en aquellos días el *Año Cristiano* era la ocupación predilecta del cabo de mar. No acababa el malayo de ponerse bueno, y cuantas veces intentó trabajar, sus esfuerzos le privaban de aliento. Relevado estaba, pues, de toda faena, y el pobre hombre empleaba su tiempo en exhortar a sus compañeros a la piedad, y en hacerles descripciones prolijas de la bienaventuranza eterna. Unos se reían de esto, y otros no; pero entre burlas y veras, Binondo hacía el apóstol o el misionero laico, no sin cierto desdén y escama del venerable capellán don José Moirón.

—Embelesado estoy ahora—dijo Binondo sentándose a la morisca junto al lecho de Ansúrez—con la vida de Santa Rosa de Lima, la gran santa de América; y sobre lo que ya tengo leído de ella en mi *Año Cristiano*, tres veces he pasado un librito que me trajo de tierra Desiderio García, en el cual librito se trata de mil pormenores de la virtud angélica de la Divina Rosa. Como mi hija lleva ese nombre, llego a figurarme que es ella, ella misma la santa..., y aunque no lo sea, yo las igualo en la hermosura... Dice el librito que aquí tengo que la santa nació en la casita de un corral, propiedad de su padre Gaspar Flores, y en dicho corral, ya niña, plantaba clavellinas y mosquetas... Un día advirtió que brotaba un rosal en su jardinito. Patente era el milagro, pues los rosales no se conocían en el Perú... Y la planta milagrosa dió tantas, tantas flores,

que toda la ciudad pudo gozar de ellas y de su hermosura y olor deleitoso..., deleitoso dice el libro. Y así como el aroma, o dígase fragancia, de las flores plantadas por Dios se extendió a toda la ciudad, y de la ciudad a todos los Perules altos y bajos, del mismo modo la fama de la santidad de aquella criatura voló por todo el orbe cristiano: así lo dice el libro..., hasta Roma mismamente... Dios me tocó en el corazón para que a mi hija diera el nombre de Rosa. Mi hija está en el Cielo con los ángeles y serafines. Cada vez que pronuncio su nombre, me da en la nariz el olor, o dígase fragancia, de aquella flor celestial..., celestial dice el libro.

—A la hija mía puse yo nombre de Marina por la Santísima Virgen del Mar, y no hay nombre que mejor le cuadre, porque lleva en sí toda la sal del Océano; tiene también su oleaje, el vaivén de las aguas; y para que la semejanza sea completa, la mueven temporales duros.

Con lúgubre y pausado acento dijo esto Ansúrez; y el otro, pegando su hebra en las últimas palabras del amigo, continuó así:

—Tempestades tuve yo también, Diego; ciclón terrible me llevó a mi hija, dejándome anegado de pena. Pero mi Rosa está en el Cielo; tu *Mara* también. Hagamos por morirnos tú y yo santamente, y las tendremos a nuestro lado por toda la eternidad.

—Mi hija no se ha muerto..., no se ha muerto—replicó Diego, inmóvil, triste, mirando a los baos del techo—. Pero la ausencia y la distancia son peores que la muerte. Si esta enfermedad acaba conmigo, no veré a mi hija, y seré más desgraciado que tú..., porque tú la verás pronto..., puesto que ya la tienes allá, José... Tú no tardarás en morirte, y en cuanto llegues, verás aquellos ojuelos negros y chiquitos, como los de los ratoncillos; la nariz chatuca y desdoblada; verás la color de aceituna, la boca reventona, con aquellos dientecillos que parecen nieve entre tomates.

—Poco a poco—dijo Binondo picado—. No tomes a chanza la cara linda de mi niña, que si fué preciosidad en la tierra, mayor lo es en el Cielo; que allá el jaramago se vuelve clavellina..., clavellina: así lo dice el libro de Santa Rosa.

—Mi hija es bella, y no necesita que la lleven al Cielo para que se le aumente la hermosura—murmuró Diego con cierto desvarío, que indicaba el recargo febril—. En la vida de América se ha puesto más bonita..., es más señora y apersonada, más suelta de lenguaje. No hay preciosidad como ella en todos los Perules del sur ni del norte... Mi hija vive en un palacio..., la sirven quinientos criados negros, rojos o amarillos..., come en vajilla de plata, y bebe en copas de oro. Todos los metales preciosos que dan las entrañas de los Andes son para ella... ¡Y yo no puedo verla muriéndome, como verás tú a la tuya!... Para verla, tengo que vivir, y navegar mucho tierras adentro. ¿Y cómo navego yo fuera de mi barco, si de aquí no puedo salir? Estoy en España; mi hija está en América, lejos, lejos, y ya no quiere ser española... ¡Válgame Dios, qué calor siento! Dame limón, José; me abraso...

Así prosiguió divagando hasta que le cogió el sueño. Rosario en mano, Binondo rezaba entre dientes. La noche fué tranquila. Siguieron días de quietud vaga y letárgica, en los cuales, desde el amanecer de Dios hasta la hora de silencio, iba contando Ansúrez todos los toques de corneta, campana, tambor y pito que marcaban las distintas faenas, maniobras y ejercicios que sucesivamente se practicaban a bordo.

La terciana fué más larga que intensa, y hasta junio no pudo Diego llamarse convaleciente. La reparación orgánica se retrasaba por causa del hondo abatimiento en que el ánimo del pobre celtíbero se mantenía. Lo que mayormente le angustiaba era no recibir contestación a la carta que escribió a su hija, y todo era cavilar y hacer cómputos de distancia y tiempo para explicarse la tardanza. Por segunda y tercera vez escribió, y no habría dado paz a la pluma si el amigo Fenelón no calmara su ansiedad con razones de mucho peso.

—No seas chiquillo, Ansúrez—le dijo una tarde, sentaditos los dos en el camarote de maquinistas—; no olvides la extensión de los caminos del Perú, siempre largos, ahora más, por el trastorno de estas revoluciones malditas. De lo que me ha dicho Canterac estos días, deduzco que la familia de *Mara* no está ya en Arequipa, sino en el Cuzco...

—Y ese Cuzco... entiendo que está en

el propio riñón de los cansados Andes... La verdad, no sé para qué levantó Dios esa cordillera tan alta, de Norte a Sur. Es como un grandísimo pisapapeles que puso a lo largo de estas tierras para que no se las lleve el viento ni las arrebate la mar... Dime otra cosa: ¿no fué en el Cuzco donde tenían la cabeza de su imperio aquellos indios que llamaron incas, y que eran como hijos del sol?

—Así es. En el Cuzco tuvieron su capital. El imperio era grandísimo, y lo poblaba una raza industriosa y guerrera. Francisco Pizarro, que no sabía leer ni escribir, pero tenía, *por ejemplo,* un corazón más grande que esos montes que vemos, y en su voluntad volcanes de furor, y en su cabeza, vacía de letras, pensamientos altísimos, se apoderó en poco tiempo de aquellas salvajes grandezas y cargó con todo; después vino y fundó esta Lima hermosa, y en ella puso la simiente de las lindas limeñas...

—De seguro, en ese Cuzco tendrá la familia de Belisario algún palacio... Puede que sea el alcázar mismo de aquellos emperadores incas o incaicos, como aquí dicen, restaurado y puesto a la moderna. Será todo de piedra-mármol jaspeada, con tropezones de metales preciosos... Yo me lo figuro así, y en él veo a mi hija como a una reina..., como a una emperadora... ¿Es así, Fenelón?

—Así puede ser, porque los Chacones son riquísimos. He podido informarme de su caudal; me han hecho la cuenta, al dedillo, de las rentas que disfrutan. Es un escándalo, Diego; es un ultraje a la Humanidad que unos pocos posean tanto y los más se pudran en la miseria, en un trabajo de animales...

—Y ¿en cuánto, Fenelón? Dime el cuánto de esa riqueza..., pero con verdad. Deja en tu cabeza las mentiras y échame cifras..., buenos números claritos.

—Pues entre doña Celia y sus hijos, que son tres, gozan una renta de... ello se aproxima a cuatrocientos mil soles...

—¿Al año?

—Naturalmente. Mi palabra de honor que la cifra no es de fantasía.

—Pues lo parece, y yo me quedo atontado escuchándote... Me acuerdo ahora de lo que pasó en la correduría de Cartagena, cuando quise coger a Belisario por los cabezones para tirarlo al mar..., me acuerdo también de cuando, camino yo de Motril con mi niña en brazos, le encontramos vestido pobremente, negro del sol y del aire, con plastones de polvo encima de lo negro...; en fin, que daba lástima verle... ¡Y ahora...! Se vuelve uno loco. Estoy en América... ¿He dado la mitad de la vuelta al mundo o es el mundo el que ha dado media vuelta en derredor de mí? No sabe uno lo que le pasa. Esto es vivir dos veces, Fenelón; esto es haberse uno muerto, y resucitar... en otro mundo.

XVII

Pasados muchos días, sin que el historiador pueda precisar su número, volvió Fenelón a su amigo con nuevos y más precisos informes. Al anochecer, en la batería para resguardarse de la *gurúa,* arrimáronse a una porta y charlaron largamente sentados en el suelo, sin más testigos que la formidable cureña y el cañón que al mar apuntaba con su boca muda.

—Hay grandes novedades—dijo el hispanofrancés—, y la primera es que la revolución, que estaba en manos torpes, ha pasado a las del general Canseco, vicepresidente de la República (entre paréntesis, primo hermano de doña Celia). ¿No sabes lo que ocurre? Ello parece mentira; pero es verdad, mi palabra... Pues se ha sublevado la escuadra peruana... La fragata *Amazonas,* mandada por el almirante Panizo, navegaba días pasados llevando tropas al Sur... Y ¿qué hizo la tropa? Pues dar el grito, y con el grito, muerte a toda la oficialidad. Quedó dueña del barco, y como soberana nombró jefe a don Lisardo Montero, capitán de navío. ¿Qué dices, inocente Ansúrez—el celtíbero no decía nada—. Lo primero que hizo este señor fué poner rumbo a Pisco a la vera de las islas del guano, y allí estaba la fragata *América...* ¿No te acuerdas? Es la que encontramos en Magallanes. ¿Qué tenía que hacer en Pisco esa otra fragata más que esperar a que la sublevaran? Montero se le atravesó por la proa, y enseñándole la andanada, la intimó a que se rindiera..., lo que efectuó sin resistencia, porque resistir no podía... Después cayó de la misma manera el vapor *Túmbez...* Los sublevados confían que

se les agregará la fragata *Unión*, hermana de la *América*, que ha de llegar muy pronto. ¿Qué te parece, amigo? ¿Qué opinas tú de esta trapisonda, que hoy es marítima, y mañana será terrestre?

—Como no entiendo yo nada de política—dijo Ansúrez rascándose el cráneo—, de esta revolución no puedo pensar nada bueno ni malo, mientras no me digas si con ella estoy más cerca o más lejos de ver a mi hija y gozar de su presencia.

—A eso voy... Tengo motivos para creer que tu hija y su marido y suegra partieron del Cuzco hace bastantes días.

—Yo he soñado, no sé si anoche o anteanoche..., que mi hija estaba, con séquito lucido de caballeros y damas, en una cacería..., allá..., qué sé yo... Vi un gran lago.

—Ya... El Titicaca. Habría más bien pesca, o cacería de patos. Puede ser que tu sueño fuera una visión de la realidad distante.

—Y ¿ese lago es muy extenso?

—Calculo que es del tamaño de la isla de Puerto Rico. Ya ves qué charquito. Y no te diré yo que sus márgenes, o gran parte de ellas, no sean propiedad de tu hija.

—Y ¿qué distancia hay del Cuzco a ese pedazo de mar dulce?

—Como treinta leguas por caminos endemoniados... Pero no hay distancias para los ricos. Las damas y caballeros que en sueños has visto irían montados en avestruces...

—No hay avestruces en este país, creo yo, Fenelón... Irían en llamas, en guanacos..., o sabe Dios cómo irían.

—En palanquines, tal vez, cargados por indios... Me parece, buen amigo, que no debemos referir tu sueño al lago Titicaca, sino a otro más pequeño que está en territorio muy distante de la zona del Cuzco. Para mí, tu hija y los Chacones están ahora en el Centro del Pasco, donde tienen sus minas, y seguramente, a más de las minas, palacios, grandes cotos y montes para sus diversiones. Puede que hayan resucitado allí la antigua caza de cetrería: pájaros rapaces hay aquí muy para el caso. Como Belisario es poeta, habrá querido dar a su esposa, *por ejemplo*, el espectáculo de aquellas cacerías tan magníficas de los tiempos en que no se conocía la pólvora... Lo que te digo: Belisario lo convierte todo en poesía. Después de cazar con halcones y gerifaltes en la ribera del Lago de Junín, que así se llama, habrá inventado diversiones acuáticas, mandando construir un magnífico galerón, como el que tenía el Dux de Venecia, para salir a casarse con la mar, y en él paseará *Mara* por el lago con sus damas, pajes y acompañamiento rico y aparatoso... Y desde la embarcación dispararán flechas contra los ánades o cisnes, para que todo sea poético, conforme a los usos de la edad en que la vida era más bella que ahora.

—Dará gusto ver a mi hija—dijo Ansúrez en éxtasis—, tendiendo el arco..., así, como una diosa, y disparando la flecha con tan buena puntería, que no habrá pato que se le escape... Y puede que también disparen flechazos contra los peces..., aunque mejor lo harán con arpones, que para mí habrá en ese lago abundancia de peces de gran tamaño, así como toninos o golfines.

—Mi palabra de honor, que también tú, querido, te nos vas volviendo poeta... En ti veo la influencia de América, y la inspiración que te da el amor a tu hija, porque el amor es el manantial de la poesía... Mira por dónde lo que fué tu desesperación ha venido a ser tu consuelo.

—¡Oh!, no, Fenelón..., dejemos estas tonterías—replicó Diego tornando a la realidad, como el aeronauta que da salida al gas para descender a tierra—. Tú eres quien me ha trastornado con tus invenciones románticas de la caza de cetrería y del pasear en galerón por esos lagos de engañifa... Dime la verdad, Fenelón amigo; tú has bebido hoy más de la cuenta.

—Cuatro copas no más he tomado después de comer. Economizo mi jerez, que se me concluye y no sé cómo reponerlo. Tú eres el que ha bebido con exceso.

—Borracho estoy, sí; pero no me trastornan las copas, sino mis pensamientos tristes, la ansiedad en que vivo por no tener contestación a las cartas que escribí a la prenda de mi corazón.

—Sobre eso tengo que decirte que es locura pensar en la puntualidad de correos, mientras duren las circunstancias de revolución en tierra y mar, y la tirantez de nuestras relaciones con el Perú. ¿Quién asegura que tu hija recibió

las cartas que le escribiste? Y si las recibió y te ha contestado, ten por cierto que su carta quedó en el camino. Ya sabes que nuestro correo nos llega por el Consulado inglés, y que lo recogemos en la capitana del comodoro Harvey.

—Por ahí viene el correo de España; pero una carta del interior del Perú nunca pensé que nos llegara por mano inglesa.

—Pues no la esperes, Diego. Vuelve a escribir a tu hija...

—¿Adónde, ajo?

—Al Cerro del Pasco... Para mayor seguridad, yo iré mañana al Chorrillo; veré a Canterac, y le preguntaré adónde debes escribir... Advierte a *Mara* que te dirija la carta *al cuidado* del comodoro Harvey.

—¡Virgen del Carmen—clamó Ansúrez levantándose presuroso y corriendo al camarote de Sacristá, donde comúnmente tiraba de pluma—, escribiré al instante!... ¡Ajo, tanto tiempo perdido!... Y ahora..., vuelta a empezar... Dios no me quiere ya. Tiene razón Binondo... Estoy lleno de pecados.

Ved aquí al pobre hombre nuevamente inmergido en la faena epistolar, que era gozo y tormento de su alma. Pensamientos nuevos puso en el papel: su inspiración era inagotable. Con esto se entretenía, descendiendo al fondo de sus amarguras como un buzo que desea explorar y reconocer las cavernas recónditas del mar... Y en esto desfilaron unos tras otros los días de ociosidad, y llegó uno memorable por haber aparecido en el puerto del Callao la flota insurrecta o *restauradora*, compuesta de las fragatas *Amazonas, América* y *Unión*, al mando de Montero. Dirigió éste a los jefes de las escuadras extranjeras oficios en que manifestaba su propósito de intimar a la plaza la rendición: más no le hicieron caso, que era como negar la beligerancia que los revolucionarios solicitaban. Fondearon las fragatas junto a la isla de San Lorenzo, donde mataban el tiempo tirando al blanco; y al fin, desconsoladas, se fueron a las Chinchas.

Corrieron monótonos los días, y el 17 de agosto entró en el Callao el *Marqués de la Victoria*, caballero sirviente que fué de la *Numancia* en el viaje de Montevideo al Puerto del Hambre. No era joven el *Marqués*, y sus calderas y máquinas se resentían del largo servicio, sin las reparaciones debidas; así es que cojeaba en su lento andar de ocho millas. Pero si flaqueaba de los pies, no así del corazón, y dispuesto se le vió siempre a correr nuevas aventuras, bajo la rienda de su valeroso comandante don Francisco Castellanos... Salió la escuadra el 31 a efectuar un crucero de instrucción. Convenía navegar para obtener mediana limpieza de los cascos, que en las prolongadas estadías en aguas tropicales se llenaban de broza y escaramujo. Trasladó Pareja a la *Numancia* accidentalmente su insignia; la escuadra hizo diferentes evoluciones probando el andar a la vela de cada buque, y a los cuatro días regresó al Callao, donde a todos esperaban interesantes noticias traídas por el correo. Consecuencia de ellas fué que Pareja, con todas sus naves, a excepción de la *Numancia* y *Marqués de la Victoria*, saliera para Valparaíso. ¿Qué ocurría, qué determinaciones del Gobierno motivaban la prisa con que se alistaron las fragatas de hélice para marchar a los puertos de la República de Chile?

Camarote de Sacristá.—Han comido Juntos Sacristá, Mendaro y Ansúrez, y de sobremesa charlan y *trincan*.

SACRISTÁ.—Os lo explicaré yo, si puedo. Sabéis que en Chile teníamos un embajador o legado..., no sé cómo esto se llama..., que llevaba veinte años en aquella República, con vida ociosa y divertida. Fácilmente se van haciendo al vivir regalado los diplomáticos, y el nuestro acabó por ser más chileno que español.

MENDARO.—He oído que don Salvador Tavira, que así se llama nuestro ministro en Santiago, estaba muy agarrado a los cariños chilenos. Si el Gobierno español lo sabía, ¿por qué no lo retiró del empleo y puso en su lugar a otro? Veo que aquí se cargan todas las culpas a la cuenta de los americanos, y esto no es justo. Yo, español, digo y sostengo que los políticos de allí tienen la mayor culpa de esta guerra, por haber mandado acá sus primeros mensajeros con tanta arrogancia, y ahora por el desacierto con que disponen todas las cosas. ¿No están conformes ustedes, españoles a rabiar, con la opinión de este español tranquilo, que quiere vivir en paz con sus hermanos de América? Pues lo siento. He dicho. *(Bebe.)*

SACRISTÁ.—*(Con solemnidad.)* Dejemos a un lado, amigos míos, esos pareceres de si ha sido prudente o no el mover guerra con estos leoncitos de América. Lo hecho, hecho está, y ya no podemos volvernos atrás. Ese señor Tavira presentó al Gobierno chileno un pliego de quejas, pidiendo satisfacción de los insultos a nuestro Consulado, a nuestra bandera y a nuestra querida soberana doña Isabel Segunda, que Dios guarde. El Gobierno chileno contestó de mala manera, pasándose las reclamaciones de nuestro Gobierno por semejante parte. Ello era una guasa... Nuestro ministro, señor Tavira, no admitió las explicaciones... Pasó tiempo, y un día se levanta el hombre de buen humor, con el mejor humor chileno, y ¿qué hace? Acepta y da por buenas las explicaciones.... Van y vienen correos... El Gobierno español se llama a engaño, y ¿qué hace? Desaprobar la conducta del Tavira y mandarle a su casa; y para llevar las cosas por derecho, nombra plenipotenciario al señor Pareja, dándole facultades para reclamar y exigir las satisfacciones, primero por la buena, y si no entran por la buena, por la mala, esto es, cañonazo limpio. España podrá estar loca; pero de tonta no tiene un pelo. O se le dan satisfacciones de tanto insulto y vejámenes tantos, o sabrá sacar el pecho como corresponde a su nombre glorioso... He dicho. *(Bebe.)*

MENDARO.—*(Tamboreando en la mesa con los dedos, después de beber.)* Tan... taran... tan. No me meto en si España desenvaina su espada con razón o sin ella. Español trasplantado en América, no entiendo bien esas cosas, y lo que quiero y pido es que la envaine sin deshonor... El que viene de aquel hemisferio a éste se va dejando en las aguas los puntillos de honra. Cuando uno se establece aquí para ganarse la vida, están muy pasados por agua los orgullos de allá..., y esto debe España tenerlo en cuenta antes de sacar de la vaina el espadón... Estos países son hijos del nuestro, emancipados, harto grandullones ya para vivir arrimados a las faldas de la madre..., y aunque sean algo calaveras, no debe la madre ponerse con ellos demasiado fosca. Son republicanos; han roto con la historia vieja, y se traen ellos su historia. España les dió con su sangre la picazón de las rebeldías...; debe tratarlos con indulgencia, y no reparar tanto en lo que dicen, que de muchachos no debe esperarse mucho comedimiento en la palabra. En fin, éste es mi parecer. Tómenlo como quieran. Soy español trasplantado: lo que digo es mi pensamiento natural... y algo más que me entra por las raíces. *(Bebe.)*

SACRISTÁ. Pronto hemos de ver grandes acontecimientos. Las fragatas van a Caldera a tomar carbón, y la *Villa de Madrid* sigue a marchas forzadas a Valparaíso, donde nuestro general echará su ultimátum, que es dar un plazo para las satisfacciones. Nosotros quedamos aquí en espera de lo que resulte de esta trifulca peruana; pero no creo que durmamos mucho en estas aguas. Suceda lo que quiera, yo digo: «¡Viva Isabel!» *(No beben: pensativos, miran al suelo.)*

ANSÚREZ.—*(Después de larga pausa.)* Yo tengo mi corazón en América... Pero con el corazón en América, también digo: «¡Viva la reina!» Mi bandera es muy grande. Coge medio mundo, desde España al Pacífico... ¿Qué me dice el nombre de este mar? Pues que brinde por *Mara...*, verbigracia, por la paz.

XVIII

El Chorrillo, la pintoresca playa que al sur del Callao se extiende, era lugar de recreo y descanso para la sociedad limeña. Allí concurrían ricos y semirricos, pobres y semipobres, en busca del trato expansivo y ameno, de la fresca brisa, de la vida placentera, factor principal de la vida saludable. En aquel campo de la ociosidad, donde crecían lozanas la paz, la higiene, la cortesía graciosa y alegre, no podía faltar la planta viciosa y viciada del juego. Formidables timbas actuaban en garitos elegantes, donde la juventud florida y la vejez verde exponían inmensos caudales de oro a la fatalidad del azar. Allí, las fortunas improvisadas con la venta y embarque del guano pasaban en horas al bolsón de los banqueros del envite. Como en aquel tiempo la riqueza principal del Perú procedía de los yacimientos de las Chinchas, podía decirse que en las mesas de juego del Chorrillo pasaba de unas manos a otras lo que las aves oceánicas habían deposi-

tado durante siglos y siglos. Allí dejó cuanto tenía, y hasta las plumas del tricornio, un altísimo personaje de aquel tiempo, culminante figura militar, política y revolucionaria, que ni en las postrimerías de su edad achacosa pudo curarse del funesto vicio. Los años y su jerarquía social dábanle derecho a una sinceridad chistosa. Cuando le agraciaba la suerte, decía: «Hoy he ganado yo.» Cuando venía la mala: «Hoy ha perdido el Perú.»

En ocasiones diferentes obtuvo Fenelón permiso de dos o tres días, que se pasaba tranquilamente en el Chorrillo, gozando de aquella excitante vida. Vestido con elegancia y hablando francés, mariposeaba en diferentes casas y familias, sin que nadie sospechara que estaba al servicio de la Marina española Por vanidad tanto como por vicio dejábase caer en la timba, donde era comúnmente desplumado. Un día que le sonrió la fortuna, se fué a Lima, y en la mejor fotografía de la ciudad compró una colección de retratos de mujeres que era el más variado y sugestivo muestrario de las hermosuras limeñas. Debe advertirse que en Lima las señoras y señoritas gustaban de ostentar públicamente su belleza en las vitrinas de los fotógrafos. Esta liberal costumbre, que debieran imitar las beldades de otros países, no tenía nada de particular. Lo insólito y raro era que los fotógrafos vendiesen al público los retratos de todo el mujerío de la ciudad, y que nadie se ofendiese por esto. Nuestros oficiales y guardias marinas, privados del trato y contemplación viva del bello sexo, se consolaban adquiriendo las preciosas imágenes. Algunos hacían entre sí cambalaches de ellas y a fuerza de contemplarlas y de discutir y comparar los diferentes tipos de belleza, llegaban a darles personalidad y aun a ponerles nombres: María, Carmen, Gracia, Lolita, etc.

Las cartulinas que llevó Fenelón, como escogidas por su buen gusto, eran primorosas. En su esfera jerárquica, que era la de oficiales y cabos de mar, condestables y mayordomos, enseñó la preciosa colección de niñas bonitas, describiéndolas con acertado criterio estético, y agregando indicación de las cualidades morales, virtudes o defectillos de cada una. De este modo, sin declarar que eran sus conquistas, dejábalo entender; y cuando sobre esto se le interrogaba, se hacía el modesto y el delicado, y a sus amigos pedía que no pusieran a prueba su extremada discreción.

De su tercera visita a las timbas del Chorrillo volvió Fenelón con la bolsa limpia como patena; mas del percance se consolaba con su filosofía parda y la gramática del mismo color, asegurando que era rico con la ilusión de un próximo desquite. Días antes de la catástrofe había hecho corta provisión de vino blanco, parecido a jerez de poco cuerpo, con lo que podría remediarse hasta que vinieran tiempos mejores. Convidó a Sacristá y a Diego a que lo probasen, y estando en ello se dejó caer por allí Binondo, encorvado y tétrico. Antes de que rompiera en místicas declamaciones y en el elogio de los santos, le taparon sus amigos la boca. Invitáronle a probar el vino; defendió con remilgos sus propósitos de abstinencia; al fin cedió a los ruegos insistentes, y copa tras copa, llegó a la cuarta, donde hizo punto con extremado escándalo de su conciencia. Fenelón y Sacristá le tranquilizaron, diciéndole que porque llegase borracho al cielo, no habrían de recibirle con menos agasajo del que merecía.

Ansúrez bebió doble que Binondo, y cuando estaba en la cuarta copa, le dijo Fenelón, poniéndose muy serio y tomando una actitud parlamentaria:

—Tengo que comunicarte un suceso de los que deben ser celebrados entre amigos con toda solemnidad... He querido haceros beber antes de la noticia, para que con lo que después se beba quede la noticia entre dos luces espléndidas... Veo a todos con la boca abierta, y a Diego con los ojos saltones y cortada la respiración. Lo diré de una vez... Bebamos a la salud del oficial de mar y de su ilustre parentela incaica... Ansúrez, abrázame: ya eres abuelo... Tu hija...

—¡Ajo!... Pero ¿es verdad?

—*Mara* ha dado sucesión a la regia familia de los Chacones... ¿No te alegras?

—¡Sí me alegro, ajo!—exclamó Ansúrez con llanto y risa que se peleaban en su rostro—. Es que la sorpresa me ha dejado lelo... Me vuelvo criatura, como si fuera yo nieto de mí mismo.

¿Conque un hijo... y varón? ¡Jesús, qué lindo será..., y, además, poeta por parte de padre!... Y mi hija, ¿está bien? En el trance apretado, se portó como buena española. Me atrevo a sostener que apretó los dientes para no chillar... ¡Valiente como ella sola! ¡Hija del alma!... ¿Qué dices a esto, Binondo?

—Digo que no es verdad—replicó el malayo—. Yo lo he soñado de otro modo, al modo triste, que siempre es el más verdadero. Verdaderas son siempre en sueños las visiones del morir; las del nacer no lo son. No creas, Diego, el cuento de este señor, y ten por seguro que no tienes hija, ni tampoco nieto, porque antes que ella pudiera dar el ser al ser del chiquitín, ambos seres dejaron de ser.

Montó en cólera el buen celtíbero al oír esta disparatada sutileza, y sin poder reprimirse cerró el puño y alzó el brazo con tal violencia y furia, que si los amigos no atajaran el movimiento, aplastado quedaría el cráneo de Binondo.

—Repórtate—dijo éste—; sé buen cristiano, Diego; aprende la humildad, la resignación, y hazte más amigo de la tristeza que de la alegría, más del padecer que del gozar.

—Cállate, fealdad; vete con tus músicas negras a otra parte—gritó Diego—, y déjanos a los que consolamos nuestras almas con algún rayito de alegría que Dios manda... En fin, no quiero incomodarme... Hoy es día de paz, de bailar de gusto y de echar la casa por la ventana. Venga otra copa. Bebe a mi salud, José, y que Dios te conceda pronto la muerte que deseas.

Bebió Binondo, limpiándose con la mano la boca en toda su longitud monstruosa; dijo amén, y agarrándose a los mamparos salió con la lentitud que le imponía su dolencia cardíaca. Apenas desapareció el malayo, Ansúrez, que no cabía en sí de gozo, pidió a Fenelón pormenores del fausto suceso. Díjole el francés que la noticia era tan cierta, *por ejemplo*, como la luz del sol; que el alumbramiento había sido felicísimo; que el chiquillo era una preciosidad, la madre un portento y que doña Celia y don Belisario estaban a punto de enloquecer de júbilo.

Para que Diego se persuadiera de la verdad del caso y se disiparan las últimas sombras de su duda, aseguró Fenelón que le presentaría dentro de poco una prueba documental irrecusable. ¿Qué prueba, señor? Pues... Belisario había compuesto una larga y sonora poesía, titulada *Al nacimiento de mi primer hijo*. Imprimiéndola estaban en Jauja, pues en el Cerro del Pasco no había buenas imprentas. Con la poesía del feliz padre recibiría Fenelón otras muchas en variados metros y estrofas, escritas por los poetas y poetisas de aquella localidad y sus contornos, y dedicadas al venturoso natalicio del nene de Chacón. ¡Extraño y nunca visto caso! Los versos, hijos de la fantasía, venían en auxilio de la razón, y daban testimonio y fianza del hecho real. Los tres amigos alzaron de nuevo las copas; Sacristá puso su mano cariñosa en el hombro de Ansúrez, y en su oído estas nobles palabras:

—Lo que tú dices: nuestras bocas gritan «¡Guerra!», y nuestros corazones, gritan «¡Paz!».

En esto llegó al camarote el capellán don José Moirón, y antes de tomar la copa que le ofrecían desembuchó estas graves noticias:

—Ya hemos declarado a Chile la guerra... Ya la revolución del Perú está en camino del triunfo.

Queriendo poner un comentario a la primera de estas interesantes nuevas, el buen castrense, modoso y encogidito como un capellán de monjas, echó de su boca esta exclamación pagana:

—Séanos propicio el Dios de las batallas.

Y Ansúrez, comentando la segunda noticia, dijo:

—Pues si como hay Dios de las batallas hay Dios de las revoluciones, no le arriendo la ganancia al presidente Pezet.

El caso era que no habiendo podido obtener del Gobierno chileno las satisfacciones pedidas en el ultimátum, Pareja declaró que las pediría con el lenguaje de las armas. Metiéronse por medio los diplomáticos, buscando arreglo; pero la obstinación de los chilenos cerró el camino a toda solución pacífica. El primer acto militar de Pareja fué disponer el bloqueo de los puertos de Chile. A los buques de banderas neutrales se les concedía plazo de diez días para que salieran cargados o en lastre de los puertos de la República. Las fra-

gatas *Villa de Madrid, Resolución* y la goleta *Vencedora* sostenían el bloqueo en Valparaíso; la *Berenguela,* en Coquimbo, y la *Blanca,* en Caldera. Apresaron cuantos buques chilenos andaban por aquellas aguas, casi todos de cabotaje, pues el comercio de altura se hacía principalmente en buques extranjeros.

Llegaron estas noticias por el correo del Sur, y con ellas innumerables periódicos que ponían a los españoles cual no digan dueñas. Con la prosa furibunda se mezclaban los versos: las musas que en aquellos países florecen, reventaban de tanto soplar la bélica trompa. Todo esto era muy natural, y nuestro almirante y plenipotenciario no debió incomodarse por tal efervescencia del patriotismo y de la versificación, cosas ambas que compiten en lozanía con la flora americana.

—Señores—dijo Ansúrez, en cuyo ser celtíbero resplandecía la equidad—, yo pienso, con perdón, que el señor Pareja no estuvo discreto al mandar a los chilenos el memorial de agravios el mismo día en que celebraban el aniversario de su independencia. Señores, cada país tiene sus cariños y sus memorias alegres o tristes de sucesos pasados. El jefe de escuadra..., lo digo con todo respeto, en cuanto oyó ruidillo de cohetes y escandalera de patriotismo, debió echarse mar afuera con todos sus barcos y cruzar un par de días, para volver luego cuando estuvieran ya roncas y cansadas las voces patrioteras... Y entonces era la ocasión de decirles: «¡Ea, caballeros, ya ven que les ha dejado desahogar los corazones! Ahora vamos a tratar de nuestro asunto, poniéndolo en los términos de la razón.» Y esto y lo otro, y vengan explicaciones, y vaya indulgencia para pedirlas, sin exigir demasiado, con cierto tira y afloja, como hace la madre cariñosa que reprende al hijo calavera, sin olvidar nunca que es madre... Esto me parece a mí que debió hacer nuestro general; y si es disparate, no hagan caso..., que yo no soy quién para tratar de estas cosas; pero digo todo lo que me sale del cacumen de mi sentido natural...

Ni Sacristá ni el cura apreciaron en lo que valía esta opinión sesuda, que sólo fué apoyada por el francés maquinista. Ello es que los españoles necesitaban de una fuerza grande de virtud para no dejarse inflamar por el rencoroso fuego que contra ellos enviaban los americanos. El correo del Sur traía, con las noticias de la declaración de guerra y el fárrago de versos patrióticos, un clamor inmenso y unánime que pedía la coalición del Perú y Chile contra el maldito *godo;* clamor que más bien iba buscando el convencimiento fácil del partido revolucionario que el del Gobierno del presidente Pezet. Casi juntamente con las noticias del furor chileno, llegó a bordo de la *Numancia* la del desembarco de cinco mil insurrectos en Pisco, al mando del vicepresidente y general Canseco, y del coronel Prado. Se situaron en Paracas, disponiéndose a marchar sobre Lima, distante cuarenta leguas. Pronto se supo que Pezet reunía un ejército de diez mil hombres y salía de la capital y tomaba posiciones en los llanos de Lurín. Arrojados quedaban ya los dados.

Mala la hubisteis, españoles, con aquellas trifulcas de vuestros parientes americanos, y malísima la hubo también el bonísimo Ansúrez, que apenas acarició las dulces esperanzas de comunicarse con su hija, vióse nuevamente defraudado y a punto de volverse loco, porque el comandante no permitía bajar a tierra, temeroso de conflictos y choques, provocados por la turbamulta de Lima y el Callao. Valiéndose de los rancheros y de su amigo Mendaro, envió Diego a tierra una carta que debía confiarse a los buenos oficios del señor Canterac, para quien dió el maquinista una esquela de recomendación. Pero la epístola volvió a bordo con el recado triste de que el señor Canterac no estaba en Lima: había ido al bateo del herederito de los Chacones, y se ignoraba cuándo volvería.

Y ya tenemos otra vez a nuestro buen amigo dedicado a la imitación santa del patriarca Job, de quien se creía discípulo en paciencia, aunque casi casi iba ya para maestro. Sirvióle de solaz y consuelo en aquellos tristes días la mediana carga de versos que le dió Fenelón, y fué remitida por una amiga de éste. Era el *Florilegio del Natalicio,* y en él figuraba como pieza mayor la composición de Belisario, en silva; seguían innumerables octavas, décimas, quintillas, romances, cantatas y otras

formas de poesía, que ensalzaban con entusiasmo ardiente el familiar suceso subiéndolo hasta las mismas barbas de la Historia. Aunque Ansúrez no entendía ni palotada de poesía, ni en su vida las había visto más gordas, todo lo leyó y releyó sin perder sílaba, gozando en la frase sutil, en el número y cadencia, en el sonsonete de las rimas. La exuberancia de los ripios, a gloria le supo. Admiraba los privilegiados caletres que daban de sí tan bellos pensamientos, y los reducían a un lenguaje que era, sin duda, el idioma vulgar de los serafines. Los renglones largos y cortos de Belisario, en combinación musical, le sonaban como una orquesta que imitara el rumor de la marejada, los golpetazos de la hélice y las caricias de un Nordeste frescachón. Los otros versos también eran bonitos. ¡Qué comparaciones, qué galanas frases y qué melindres cariñosos!... ¡Y qué cosas le decían a la hermosa *Mara!* ¡Ajo, vaya una lluvia de flores!... *La perla española... La flor de Castilla... La paloma emigrante, que en alas del amor...* En fin, que había hecho su nido *a la sombra de los Andes.*

XIX

Las revoluciones americanas se parecían a las nuestras como una castaña nueva a una castaña pilonga. Sus incidentes y desarrollo, su desenlace infeliz o venturoso, eran casi siempre los mismos; sus héroes, ya coronados del éxito, ya hundidos en la derrota, llevaban en su conducta y lenguaje los propios caracteres. Resulta, pues, para nosotros el relato de la revolución peruana en 1865 como un amaneramiento histórico... Clío se ve obligada a contar, con formas gastadísimas, sucesos ya conocidos por su lamentable repetición. Será preciso referir con trazo nervioso y rápido los acontecimientos que arrojaron de la presidencia al general Pezet, para poner en su lugar al general Canseco. Fuera de la escaramuza naval en aguas de Pisco, la revolución no presentó ninguna originalidad, ni dejó de amoldarse a los precedentes que para uso de los pueblos ibéricos archiva la historia de esta Península.

Mientras los dos caudillos se iban acercando con parsimonia y alzaban las cortadoras espadas queriendo renovar la pelea entre Don Quijote y el Vizcaíno, los pueblos se amotinaban aprovechando la debilidad de las guarniciones y el desequilibrio de aquellas autoridades tambaleantes, que tenían un pie en la legalidad, y pie y medio en la rebeldía. La república chilena, interesada en celebrar con el Perú pacto de odio contra España, atizaba candela en favor de Canseco, y valiéndose de hábiles agentes, laboraba en la capital y en su puerto, así como en las ciudades del Norte. Lima era un campo de continuos desórdenes, y en el Callao saltó un motín seguido de saqueo que fué la página más movida de aquel drama de escaso interés.

En esto, el bueno de Pezet y el arrogante Canseco renunciaban a toda semejanza con Don Quijote y el Vizcaíno: y poniendo hielo en la furia de sus primeras amenazas, envainaron los aceros. No tiene explicación la conducta de Pezet, que, dueño de excelentes posiciones, primero en Lurín, después en Bella Vista, dió media vuelta a la izquierda y acudió a embarcarse en una corbeta inglesa. En tanto, Canseco daba media vuelta a la derecha y caía sobre Lima, donde hubo de luchar con dos militares tercos que sabían su obligación: era uno el ministro Gómez Sánchez, y otro el coronel Sevilla. Pero, al fin, la fuerza y el número imperaron. Quedó Canseco dueño de Lima, con el nombre de *Libertador,* entre el delirio y espasmos patrióticos de la muchedumbre; y para completar el amaneramiento del desenlace, siguieron las fiestas, los escándalos, las libaciones y atropellos, que en esta clase de cambios políticos suelen ser el fin de las alegrías y el comienzo de las dificultades.

Desde la *Numancia* pudieron los españoles echar un vistazo fugaz a la revolución, que por sí y por sus hechos interiores sólo debía moverles a curiosidad. Por sus consecuencias internacionales les movía quizá a mayores inquietudes. La situación a bordo era de incertidumbre y zozobra. Gran número de familias se habían refugiado en barcos mercantes españoles. Con éstos se comunicó Méndez Núñez, ofreciendo a los prófugos amparo más seguro si fuera menester. La hostilidad entre la plaza

y la fragata era cada día y a cada hora más ostensible. De tierra venía un aire de cólera que daba en el rostro a los tripulantes de la fragata. Habrían sido rostros de mármol si no respondieran a las demostraciones airadas con fruncimiento de cejas por lo menos. Cada cual tiene su alma en su almario

Una profecía de Fenelón, hecha por aquellos días en círculo de camaradas, daba la medida de su mundología y agudeza. Dijo el hispanofrancés que una vez exaltado Canseco a la presidencia, se había de ver entre la espada y la pared, entre la realidad del Gobierno y los compromisos que había contraído para encender y arrastrar a las muchedumbres. El revolucionario tenía que darse de cachetes con el hombre de Estado, porque aquél lanzó a la populachería la idea de anular el arreglo con España, calificándolo de ignominioso, y éste se veía forzado, por ley de conservación, a librar a su país de los azares y quebrantos de la guerra. Así sucedió, en efecto: Canseco inauguró su presidencia con ejercicios de consumado equilibrista en la cuerda floja. Había predicado la guerra. ¿Cómo predicar ahora la paz? Largos días emplearon en negociaciones el ministro de Estado y nuestro representante señor Albistur, repitiendo los equilibrios del presidente. Este inventaba fórmulas, obras maestras de pastelería... Pero no hubo manera de oponerse a la efervescencia popular, atizada por los agentes chilenos, de prodigiosa actividad y travesura. Tanto empujó la ola del partido belicoso, formado casi exclusivamente de militares, que, al fin, Canseco hubo de comprender cuán expuesta es a quebrantos la pastelería política, y obligado se vió a resignar el mando y presidencia. En su lugar, los revolucionarios, asistidos de los agentes chilenos, elevaron al poder supremo al coronel Prado, con el nombre de *Dictador*. El nombre no más tenía y la estampa corpórea, que la verdadera cabeza dictatorial era Gálvez, hombre impetuoso y sugestivo, que con la brillantez de sus ideas y la exaltación de su antiespañolismo circunstancial se llevaba consigo a toda la juventud peruana.

Desvanecidas con la dictadura las esperanzas de concordia, la situación de la *Numancia* era bastante crítica. En aguas del Callao la retenía el cuidado de nuestros compatriotas guarecidos en barcos mercantes, el acopio de provisiones para sí y para los demás buques y la observación de los movimientos y planes del pueblo, que ya se mostraba como enemigo resuelto. Evidente era ya que el Callao quería fortificarse. A los oídos españoles llegaban los proyectos de baterías formidables, de cañones potentes... Más que estas amenazas, ofendían a los españoles las demostraciones de hostilidad negativa. Los peruanos no querían dar víveres, regateaban el agua... La incertidumbre y el recelo entristecían la vida de todos los tripulantes. Se doblaron las guardias; se extremó la vigilancia; se temía, no sin fundamento, el acecho de las naves americanas. Lanzadas las imaginaciones al campo de las conjeturas, se hablaba de unos artificios llamados *torpedos*, imitación del pez de este nombre, que, dirigidos sin ruido a larga distancia, explotaban dentro del agua y podrían destruir traidoramente el barco más poderoso. Por esto, y por creer que era conveniente acudir a reforzar el bloqueo de los puertos de Chile, la *Numancia* levó anclas el 5 de diciembre y puso proa al Sur, llevando a remolque a su galán *Marqués de la Victoria*, que, dolorido de los pies y quebrantado de las coyunturas, no podía dar un paso. Delante salieron, cargados de carbón y provisiones, los dos transportes *Vascongada* y *Valenzuela*. ¡Adiós, Callao; adiós, Lima hermosa; adiós, ingratas limeñas! Un hado maligno y burlón nos hizo enemigos. Maldito sea.

Navegó hacia Chile la fragata con mar bellísima y sosiego delicioso del viento. El Pacífico parecía un inmenso lago o un estanque sin fin; la atmósfera, limpia y transparente, permitía contemplar la majestad de los Andes. Tanta serenidad contrastaba con la expectación de los navegantes, que por secreteo misterioso del alma presagiaban alguna desdicha escondida en el fondo de aquella mansedumbre soberana del cielo y la mar. Seis días duró el navegar calmoso, con placidez acompasada y rítmica, marcada por las vueltas de la hélice.

Dos hombres no más había en la fragata, que, recogidos en su vida interior, se aislaban de las preocupaciones comunes a toda la tripulación. Eran Bi-

nondo y Ansúrez. El primero, bajo la acción deprimente de sus achaques e incapaz de todo trabajo corporal, zambullía su espíritu en la lectura, y ya llevaba medio devorada, aunque no digerida, la biblioteca del capellán, compuesta de dos o tres docenas de libros. Después de consagrar dos horas al *Año cristiano,* picaba en el *Sermoniario* y en un tratado de Teología; por fin le metía el diente al *Genio del cristianismo,* al *Perfume de Roma,* a las *Ruinas de mi convento* y a otros volúmenes tan entretenidos como piadosos... El continuo leer y el meditar en lo que leía, le iba poniendo en comunicación familiar con lo infinito, y su cara plana y cadavérica revelaba un desprendimiento gradual de las cosas terrenas. La vida interior de Ansúrez era de un orden muy distinto y puramente imaginativa. Su pasión paternal, llevada al último grado de exaltación por el nacimiento del nietecillo, de que daban testimonio los retumbantes versos, tomaba en la soledad formas de delirio, y a sí propio se engañaba, construyéndose interiormente un simulacro de la realidad. Era la imitación a veces tan perfecta, que Ansúrez no dudaba de la autenticidad de lo soñado. Sin desatender a sus obligaciones, entregágase el hombre a una solitaria labor de vida imaginada, trajín muy propio de mareantes, apartados del mundo en largas travesías.

Desde que supo la existencia del pequeñuelo, en él puso el celtíbero todos los ardimientos de su corazón, tan dispuesto al amor de familia. Su familia era *Mara,* mas un destino cruel le vedaba su presencia. El amor conyugal y los afectos de su nueva parentela la retenían como prisionera en regiones distantes. Del chiquillo, en cambio, pensaba Ansúrez que le pertenecía más que a la madre. Viéndole con el poderoso cristal de su imaginación, llegó a construir caprichosamente sus lindas facciones, su angélica sonrisa y sus donosas travesuras. Por misteriosa ley divina, aquel niño amaba a su abuelo más que a sus padres: con esto se creía compensado de tantas fatigas y tristezas. Así, cuando se aproximaban a puerto de Caldera, ya llevaba Diego varias noches con el niño a su lado, y aun de día imaginaba intensamente la presencia de la criatura, llevándola en brazos de un lado para otro. Si se pudiera dar forma visible a tan extraordinaria ficción de la realidad, resultaría el buen Ansúrez, la perfecta imagen de San José, suprimida la vara de azucenas y cambiando el traje bíblico por el uniforme de diario de un contramaestre.

Y en este imaginar ardoroso, Ansúrez no hacía caso del tiempo, ni lo tenía en cuenta para nada. El día anterior había llevado en sus brazos al nieto. figurándoselo en una edad como de año y medio, ya destetado, avispadillo y juguetón. Pues bastó un lapso de veinticuatro horas para que lo tuviera consigo en edad de más de tres años. con gorrita de marinero, ya muy parlanchín, sin dar paz a su media lengua deliciosa. ¿Dormía el hombre? ¿Soñaba despierto? Esto era lo más aproximado a la verdad. Ignorante del nombre que pusieran al chiquillo, él se había permitido dárselo a su gusto. Llamóse, pues, *Carmelo,* como traído al mundo bajo la protección de la Virgen del Carmen. El delirio del contramaestre llegó a suponer que su hija le enviaba el chiquillo con estas cariñosas expresiones trazadas en una carta: «Ahí lo tienes, padre; llévatelo para que, navegando, te entretengas con él.» Nada más decía; pero era bastante.

En brazos lo cogía, y su primer cuidado era enseñarle la soberbia embarcación: le mostraba todo, como le mostraría un fabuloso y complicado juguete que acababa de comprarle. «Vamos, hijo, por aquí, y verás qué bonito es esto. Te gustará mucho. Pues todo es para ti, para que juegues, para que juguemos los dos y nos divirtamos mucho... Vamos..., pasemos bajo el puente... Esto es el alcázar... Entremos por esta puerta. ¿Ves qué bonita cámara?... Aquí viven los principales del barco... Entremos más: allí está el camarote del comandante, que se llama don Casto... No podemos pasar: el comandante nos reñiría...; a ti, no; a mí, sí... Porque, aunque nos quiere mucho, por encima de su cariño está la ordenanza. Salgamos ya... Vamos... Por esta escala bajaremos a la batería... ¿Ves qué preciosa es la batería? Mira cuántos cañones: aquí uno, y siguen otro y otro, asomados a las portas para ver la mar y los peces... Estos cañoncitos

los dispararás tú cuando quieras... Mi niño no se asustará del ruido. Vamos hacia proa... ¿Qué te parecen estas cadenitas? Son las de las anclas... Puedes echar y recoger el ancla cuando quieras... Vamos ahora a ver la máquina. Nos asomaremos por aquel agujero... Verás, verás qué cosa tan bonita. Mira cómo relucen las piezas de acero y cómo suben y bajan aquellos vástagos, y qué ruido hace todo, como si estuvieran aquí dando patadas contra la quilla cuatrocientos mil caballos de tierra o de mar. Aunque sé que no te dará miedo bajar a la máquina, no bajaremos, porque nos pondríamos perdidos... Sigamos... Allí tienes, a popa, el comedor de oficiales... Vámonos ahora al otro sollado... Por esta escalera bajaremos... Ya estamos abajo. Allí, a proa, tienes nuestro dormitorio; más allá tenemos un pañol, donde guardamos nuestra comidita. Aquí, a los costados de babor y estribor, duerme la tropa..., se arman y se desarman las camas... Sigamos: comedor de maquinistas..., y, a popa, dormitorio de oficiales... Bajemos ahora al otro sollado, que tú no tienes miedo... Está un poquito oscuro... Detrás de este mamparo, ¿qué hay? Las carboneras... Aquí tienes la enfermería de guerra... Esto que pisamos es la cubierta de los aljíbes...; más allá, despensa, pañoles... ¿Quieres que bajemos más? Pues vamos, que el nene no se asusta y quiere verlo todo... ¡Ea!, ya estamos en lo más profundo... Por aquí, por aquí... Estamos ahora en el pañol de la pólvora, que llamamos santabárbara... Hacia aquel lado, cartuchos, balas... Aquí podrás jugar todo lo que quieras, y pegar fuego a la santabárbara, con lo que brincaremos todos hasta el cielo... ¡Ea!, volvamos arriba, que aquí hace calor... ¡Arriba, upa!... Ya estamos otra vez sobre cubierta..., ¡ajajá! ¡Qué hermoso cielo..., qué soberbia la embarcación! Allí tienes a nuestro amigo Sacristá, que nos mira y se ríe... ¡Ah pillo!, ya iremos a tirarte de una oreja... Vaya, niño mío, ¿quieres que te suba a la cofa de trinquete? ¿No te asustarás?... Pues si te atreves, subamos. Conmigo vas tan seguro como si el mismo San José te llevara. Arriba por la escala del obenque... ¡Ajajá!, ya estamos arriba. De aquí sí que se ve bien tu juguete y la mar... ¿Ves qué grande, qué grande? ¿Qué te parece este sinfín de cabos y la largura de las vergas? Puedes desde aquí jugar todo lo que quieras, y largar y aferrar las gavias y juanetes a tu satisfacción... Mira para el otro lado, niño mío... Allí tienes los Andes... ¿Verdad que son altísimos?... Algunos montes de esos son volcanes... y tienen dentro mares de fuego... Yo te llevaría con gusto hasta el pico más alto para que vieras toda la América de la otra banda, y los ríos que llevan sus aguas al Paraná y al Uruguay y al Plata... Todo eso es España, otra España, ¿te vas enterando?... Háblale, salúdala con tu manecita, y con tu media lengua dile que la quieres mucho, que estás aquí con tu abuelito y que también tu abuelito la quiere... Bueno; pues ahora mira para el cielo, niño querido. ¿Ves esa nube que tapa el sol? No es nube: es una inmensa bandada de pájaros. Míralos bien, verás que son miles de miles de aves. Vienen de alta mar, donde han comido peces, y ahora se retiran a las peñas de tierra... Se llaman *piqueros, sarcillos, gaviotas, alcatraces*... Traen en sus estómagos mucho dinero, pues el guano lo es..., es oro y plata... Mira, mira cómo la bandada, al aproximarse a tierra, se divide en escuadrones, en compañías... Cada familia se va a su casa y cada pareja busca su nido... ¡Ea!, bajemos, que hace ya demasiado fresco...» Terminada esta visión, empezaba otra, y a medida que las iba produciendo, el celtíbero celebraba con sonrisa del alma sus propios disparates.

XX

Al aproximarse a la ensenada de Caldera, Méndez Núñez, en el puente con el oficial de derrota, reconoció con su anteojo las fragatas *Villa de Madrid* y *Berenguela;* luego vió los mástiles de los mercantones apresados... No le sorprendió encontrar la *Berenguela,* que había relevado a la *Blanca* en el bloqueo de aquella zona, pero sí ver a la *Villa de Madrid,* y aún fué mayor su sorpresa cuando advirtió que ésta no arbolaba la insignia de jefe de escuadra, y, en cambio, en la *Berenguela* flameaba el gallardetón de capitán de navío. ¿Qué había ocurrido? Diferentes conjeturas pa-

saron rápidas por la mente del comandante de la *Numancia*, y las visiones de desdichas se sucedieron con la fecundidad pesimista de nuestra imaginación, que a veces las exagera y abulta con la idea de que resulte menos fuerte la desdicha real al ser conocida... Pronto saldría de dudas... Era don Casto Méndez Núñez de estatura mediana, tirando a corta, recio y bien plantado. Sobre su rostro moreno vagaba siempre, en ocasiones ordinarias, un mirar dulce y una vaga sonrisa. Su voluntad de hierro no era de las que tienen por muestra al exterior un entrecejo duro, ni su voz, robustecida en las conversaciones con el viento y la mar, llegó a perder las blandas inflexiones gallegas... Quedó, como se ha dicho, con el alma suspensa de un enigma cuya solución esperaba, y la atención presa en los topes de las dos fragatas. Los de la una, por arbolar insignia, algo le decían; los de la otra, por no tenerla, le decían más.

El segundo, don Juan Bautista Antequera, ocupaba su puesto a proa, atento a la maniobra de dar fondo. Saludó la fragata con siete cañonazos la insignia de capitán de navío; contestó la *Berenguela*, y apenas disipado en vagos jirones el humo, se vió desde el puente que del buque insignia venía un bote hacia la *Numancia*. Echóse a la cara Méndez Núñez los anteojos, y al ver que el bote traía la visita del capitán de navío don Manuel de la Pezuela, su asombro fué extraordinario. Con toda su curiosidad y todo su asombro a cuestas, Méndez Núñez bajó al portalón para recibir al visitante... La clave del estupor de don Casto nos la da un hecho, de estos que sin estar consignados en los libros de Historia, a ella pertenecen por el tributo que la vida particular paga a la vida pública cuando menos se piensa. Antes de que la *Numancia* saliera de Tolón, era su comandante Pezuela amigo y protegido del ministro de Marina, general Armero. Lista la fragata blindada para prestar servicio, y destinada a la campaña del Pacífico, elegido fué inopinadamente don Casto Méndez Núñez para mandarla y conducirla en tan larga navegación, nunca intentada por naves de tal porte y pesadumbre. Las razones que tuvo el ministro para este nombramiento no debían deprimir a Pezuela, que gozaba de buen crédito como navegante y militar, pero le amargaron enormemente. Debemos considerar que el enojo de Pezuela se fundaba en un noble sentimiento, la emulación, alma de los cuerpos armados de estructura aristocrática.

El caso fué que desde el día en que la *Numancia* cambió, como si dijéramos, de galán o de novio, Pezuela y Méndez Núñez no volvieron a dirigirse la palabra. Al primero se le dió el mando de la *Berenguela*, novia que ni por su edad ni por su belleza podía competir con la que le quitaron en Tolón, y fué al Pacífico en la escuadra de Pareja; el segundo emprendió después su viaje de leyenda con *la niña bonita*. Cuando ésta llegó al Callao victoriosa, desmintiendo los augurios pesimistas de los técnicos, los dos rivales no cambiaron ninguna demostración de amistad en todo el tiempo que permanecieron en aguas peruanas. Si Pezuela visitó en la *Numancia* al segundo de ésta, don Juan Antequera, fué en ocasión de estar en tierra Méndez Núñez pagando la visita oficial... Por la feliz realización del viaje, ascendió Méndez Núñez a brigadier de la Armada; Pezuela seguía en su empleo de capitán de navío... Todo esto que brevemente aquí se cuenta pesó en la mente de don Casto cuando hacia el portalón bajaba. Era hombre tímido, y la situación que se presentaba después de largo eclipse de amistad con Pezuela le ponía nervioso y cohibido. Viéndole subir por la escala, pensó que su rival despejaría el nublado con breves palabras. Así fué.

—Mi general—dijo Pezuela con grave cortesía estrechando la mano de Méndez Núñez—, vengo a saludarle y a resignar en usted el mando de la escuadra que accidentalmente he tomado y que a usted, por su graduación, corresponde. Ha muerto Pareja...

A la interrogación de pena y asombro, expresada por don Casto con la mirada y el gesto, más que con la palabra, contestó así Pezuela:

—Tengo mucho que contarle, mi general. Por de pronto, acepte usted para esta empresa, que se nos presenta oscura y difícil, la cooperación de todos mis compañeros y la mía particularmente. Estamos a tres mil leguas de España, con su honor y su bandera entre las manos... Miremos tan sólo a

sacar avante estos grandes intereses y olvidemos todo lo demás...

Con estas caballerescas expresiones puso Pezuela a los pies de Méndez Núñez todos sus piques y agravios; lo mismo hizo el otro. Se abrazaron como buenos compañeros que en aquel instante se veían más que nunca subyugados por la religión del deber, y dirigiéronse a la cámara. Antes de llegar a ella, la impaciente curiosidad de Méndez Núñez iba soltando interrogaciones ansiosas.

—Se ha pegado un tiro—dijo Pezuela, ya dentro de la cámara.

Y lo decía con cierta sequedad, como si más que lástima sintiera desdén del pobre suicida, general Pareja... Sin dejar espacio al asombro de don Casto, soltó la segunda parte de la trágica noticia, que más bien debía ser primera:

—Hemos tenido una desgracia... Nos han apresado la *Covadonga*.

Solos en la cámara, hablaron de las causas del suicidio del general, que habían de ser algo más que la pérdida de la goleta.

—Yo me lo explico, o quiero explicármelo—dijo Pezuela—, por la depresión de su ánimo ante el mal cariz de la campaña. El bloqueo nos resulta un fracaso. Los comandantes de las escuadras extranjeras no cesan de ponernos mil obstáculos; nadie nos ayuda; nadie nos da una noticia, como no sea mala. Vivimos en el mayor aislamiento, rodeados del odio de todo el género humano. Hasta se ha dado el caso, aquí, en este mismo puerto, de entrar una fragata inglesa y pasar junto a la *Blanca* sin hacer el saludo. Luego saltó a tierra su comandante sin pedir permiso a Topete, y a los dos días volvió a bordo, trayendo a un personaje chileno: era el intendente del departamento. Empavesó la fragata para recibirlo; le saludaron con hurras y le hicieron extremados honores. Que le cuente a usted Topete el berrinche que esto le costó y las ganas que le quedaron de cañonear al inglés... No sabía qué hacer. ¿Quién podía prever un caso tal de descortesía, más bien de burla?... Presumo yo que Pareja se sentía hundido bajo el peso de su responsabilidad por haber propuesto al Gobierno las actitudes belicosas a todo trance... Exageró quizá la debilidad de Tavira, hizo creer al Gobierno en una victoria fácil..., no sé, no sé.

—Y, últimamente, ¿qué instrucciones recibió Pareja de Madrid?

—¿Lo sabemos acaso? Yo presumo que después de recibir órdenes para llevar la cuestión por la tremenda, han venido órdenes de templanza y de transacción. ¡Vaya usted a saber!... Habíamos acusado a Tavira de traidor y desleal, y Tavira enseñaba una carta de Narváez en que éste le decía: «No haga usted caso del Gobierno y negocie la paz.» Esto es inicuo... Nos mandan al cabo del mundo, como si el venir acá y emprender una guerra en estas latitudes fuera cosa de juego..., y todo ello sin criterio fijo... ¿Saben allí dónde estamos y el modo de ser de estas repúblicas? Y verá usted cómo nos faltan recursos cuando sean más necesarios, y cómo nos veremos el mejor día sin una galleta, sin un quintal de carbón y sin un real.

Luego contó Pezuela el triste caso de la *Covadonga*. Carecía esta goleta en absoluto de poder militar y de agilidad marinera... Cojeaba de la hélice; asma padecía en sus calderas; manca estaba de tripulación, y el arma que llevaba (dos cañones en colisa) no servía más que para matar pájaros... Mandar estos inválidos a una guerra lejana era un verdadero crimen... En Coquimbo estaba la pobre veterana, con pata de palo y ambos brazos en cabestrillo... Servía para llevar y traer recados... La infeliz navegaba por mares enemigos, y a la vuelta de cada esquina o de cada cabo, acechábanla embarcaciones de más poder... En Coquimbo mismo entró a su bordo la traición con pretexto de pedir informe referente a una presa norteamericana... Los extranjeros, llamándose neutrales, ayudaban con ardor a los chilenos, haciéndoles el servicio de espías. Los españoles no tenían espionaje, ni podían tenerlo, como no acudieran a las aves o a los peces...

Partió la pobre *Covadonga* de Coquimbo para Valparaíso, cumpliendo órdenes de Pareja, que ya estaba con el alma en un hilo, recelando el mal fin de la pobre mensajera... El domingo 26 de noviembre pasaba la goleta frente a un puerto llamado El Papudo; amaneció con neblina; del seno de ésta sa-

lió, como fantasma, una corbeta, que izó bandera inglesa... No se dió por engañada la *Covadonga,* y preparó sus inútiles armas y avivó su andar premioso, renqueando por aquellos mares de Dios, más bien del diablo... Navegaba la corbeta de vuelta encontrada por estribor... Cuando se halló a popa, orzó rápidamente y descargó su andanada sobre la goleta... En seguida izó pabellón chileno. La goleta no tenía defensa... El combate no podía ser brillante por ninguna de las partes; mas por la parte española, que era la suma debilidad, resultó de un heroísmo oscuro. La impotencia hizo más de lo que humanamente podía. Los hombres se multiplicaron para defenderse y para dejarse morir. Los de la *Esmeralda* podían dividirse, pues su barco valía por diez del nuestro.

Descansado fué para los chilenos el apresamiento de la *Covadonga,* después de matar y herir a muchos de sus tripulantes. Cogida la nave inválida, a remolque la llevaron a El Papudo con algazara triunfal. El comandante Fery había sucumbido por falta de medios materiales que dieran a su entereza la debida eficacia. Con mal sino fué a la guerra: le tocó la china de tener que combatir con hombres bien armados, y para esto no llevaba más que una caña y armadura de papel... Los prisioneros fueron llevados a tierra e internados hasta Santiago, donde se les trató con rigor y crueldades que no merecía su glorioso vencimiento.

A una interrogación inquieta de Méndez Núñez, contestó Pezuela que el jefe de escuadra no había tenido conocimiento del desastre de la *Covadonga* hasta que fué a notificárselo el cónsul americano Nicholson, que, dándoselas de amigo de España, favorecía con toda clase de manejos y soplos la causa chilena. Y añadió el comandante de la *Berenguela.*

—Ya he dicho a usted que estamos aquí en un aislamiento horrible... No tenemos la simpatía de ninguna nación... Nadie nos ayuda, nadie da calor a nuestra causa, como no sea un grupo de españoles fanáticos, unidos a unos cuantos franceses mercachifles, que no sabemos qué fines se traen ni a qué móviles obedecen...

—Estamos bien—dijo don Casto triste y ceñudo—, y en estas condiciones, bloquee usted con cinco barcos un frente de mil quinientas millas... En Madrid no tienen idea de lo que es esto. Comprendo la desesperación del pobre Pareja... Sin base de operaciones, teniendo que llevar a cuestas la comida y el carbón, estamos a nueve mil millas de la patria. ¿Dónde podríamos reparar una avería de importancia? «En el cementerio», como dijo el general Alvarez; en el mar... Eso, sí; por cementerio no podremos llorar, que el que aquí tenemos es bastante ancho.

En este punto del coloquio, llegaron don Claudio Alvargonzález y don Miguel Lobo, comandante y mayor general de la *Villa de Madrid,* y hablando todos de los graves sucesos, no añadieron nueva luz a las causas del sucidio de Pareja. Resultaba como causa única, y bastante poderosa, la convicción del fracaso de su política en el Pacífico. Se sentía responsable de haber llevado las cosas al camino escabroso por donde iban a la sazón. Contaron asimismo los jefes de la *Villa de Madrid* que, después de la visita de Nicholson, observaron en el general Pareja una tranquilidad melancólica, que en otra persona no podía ser alarmante; en un militar sí lo era. Hablando con Lobo, le preguntó con flemática frialdad:

—¿Cree usted que nos habrán apresado también la *Vencedora?*

Y Lobo respondió:

—Mi general, lo creo posible y probable; que estos pobres barcos, indefensos y que andan con muletas, llegan de milagro adonde se les manda.

Por la tarde, el general comió con mediano apetito; después paseó un rato en la toldilla, fumando un cigarro. Bajó a su cámara... Tenía la costumbre de tirar desde el balcón con revólver a los pájaros marinos. Así lo hizo aquella tarde... Tres veces disparó... Pasó tiempo... El cuarto disparo sonó en los oídos del comandante y del mayor general con mayor estruendo que los anteriores. Pero apenas se fijaron en la intensidad del ruido. De pronto salió de la cámara, dando gritos, el asistente italiano del general. Acudieron, y hallaron a Pareja tendido en la cama, sangrando de la cabeza. Aún tenía en su mano derecha el revólver... En la mesa vieron un papel, en que había trazado el suicida, con firme pulso, sus últimos

pensamientos, dirigidos a Pastor y Landero, su sobrino y secretario. Tres pensamientos eran: «Te estoy agradecido...» «Que no me sepulten en aguas de Chile...» «Que todos se conduzcan con honor.»

Oído todo esto, y algo más que por no incurrir en prolijidad aquí no se cuenta, Méndez Núñez suspiró fuerte, y dejó ver en sus ojos cierta luz que anuncio parecía de resolución firme... Era jefe de la escuadra; la autoridad, así como la responsabilidad de Pareja, habían pasado a ser suyas... ¿Cómo continuar la empresa trágicamente interrumpida? Al abandonar el mundo y la vida, arrojó Pareja sobre un papel una idea sentimental: «que no me sepulten en aguas chilenas»; y tras esto, una genialidad de las que vulgarmente llamamos de clavo pasado: ¡Conducirse con honor! Esto ya lo sabían todos, y no había la menor duda de que así se cumpliera... Pareja pudo legar a su sucesor una idea militar, un plan, un criterio... Pero nada de esto dejó, sin duda porque no lo tenía... La Historia se continuaba; al caudillo muerto reemplazaba el caudillo vivo. Quizás lo que no dijo el papel fúnebre de Pareja decíanlo los ojos de Méndez Núñez: «Concentración de fuerzas... Tomar la ofensiva.»

Aquella misma tarde trasladó Méndez Núñez su persona y su insignia a la *Villa de Madrid* y salió para Valparaíso.

XXI

La *Numancia* permanecía en Caldera hasta que llegasen los transportes de vela *Valenzuela Castillo* y *Vascongada,* que del Callao salieron con víveres y carbón. Aún había para rato, por causa de las calmas de aquellos días. Aburridos quedaron los tripulantes de la fragata y como desengañados, pues muchos de ellos creían, al partir del Callao, que iban a una función militar de importancia. Otros veían en la ausencia de su general un vacío melancólico, cual si Méndez Núñez se hubiera llevado consigo toda la grandeza y ardor guerrero del primera barca de la nación. Mientras allí estuvieran las fragatas, debían custodiar el enorme rebaño de buques apresados que, con los transportes, formaban una impedimenta fastidiosa y pesadísima. No teniendo España, en la inmensa extensión de la costa debelada, ningún puerto, ni siquiera un islote, para refugio y abrigo de sus operaciones, veíase forzada a conducir consigo la reata de barcos viejos que le servían de carboneras, de almacenes, de talleres y de enfermería en algún caso. Se comprenderá cuán molesta y embarazosa era esta mochila para el guerrero, que allí necesitaba toda su agilidad y desenvoltura.

Las dos fragatas y todas las embarcaciones de vapor tenían siempre encendidas sus calderas; la vigilancia era minuciosa; en la lancha de hélice, o en botes, los guardias marinas bordeaban de día y de noche. Dos tercios de los tripulantes velaban desde la puesta del sol hasta su salida. En la plenitud del verano austral, eran las noches claras, estrelladas, de solemne hermosura. Marineros y oficiales de mar, oficialidad y jefes armaban sus tertulias nocturnas en los sitios correspondientes a cada jerarquía... Los mentideros más animados eran los populares, a proa. Junto al cabrestante formaban un ruedo animadísimo Sacristá, Fenelón, Ansúrez y otros amigos de máquina y maestranza. Binondo, que también hocicaba en aquel ruedo, se apartó bruscamente de él y se fué hacia un grupo de marineros que charlaban junto a la borda.

—Me vengo aquí—dijo—, huyendo de las conversaciones indecentes de esos perdidos... Me escandalizo de oír los cuentos asquerosos que refiere el francés de las mujeres que ha conocido en Lima, Callao y El Chorrillo. Ningún hombre de buenos principios puede oír tales porquerías. De una dice que tiene el cuerpo blanco como la leche; de otra, que es morenita tostada, y encendida de su fuego natural... Y como el hombre ve que le ríen y alaban estas suciedades, no se para en barras..., ni en pechos, y ahora decía que los tiene muy bonitos una que llaman Susana, sobrina de no sé qué general y prima del señor arzobispo... Aquí me vengo, porque ese condenado le hace pecar a uno de intención, y en estos casos yo corto por lo sano, quiero decir, corto por las intenciones.

Oído esto por los muchachos, dejaron solo a Binondo y se fueron al ruedo.

Las aventuras amorosas acometidas con singular audacia por Fenelón, y consumadas triunfalmente, embelesaban a los pobres mareantes, tan rudos como crédulos. Los más de ellos se tragaban sin chistar las enormes bolas que de su boca fecunda iba soltando el maquinista. El cual, henchido de fatuidad ante el éxito de sus embustes, lanzábase a mayores atrevimientos de la inspiración y de la fantasía. Terminó su mujeril relato con esta síntesis gallarda:

—Yo, que he recorrido las Américas divirtiéndome cuanto he podido y cursando, *por ejemplo*, toda la carrera del amor, hasta el doctorado, aseguro a ustedes que las mujeres más hermosas de este continente son las costarriqueñas: diosas, estatuas vivas, las llamo yo. Las más graciosas y apasionadas, las más seductoras y las más tiranas del hombre, son las del Perú; y en ilustración, a todas ganan las de este país en que ahora estamos, las chilenas, señores, que no por sabías y discretas dejan de ser bonitas..., mi palabra. Ocurre que en Valparaíso o en Santiago, está usted haciendo el amor a una señorita, y a lo mejor la señorita, contestando con gracia, le habla a usted de Kant o de otro filósofo muy nombrado...

Los contramaestres y cabos de mar oían estas cosas con la boca abierta; y aunque no sabían quién fuese aquel Kant, celebraban la ocurrencia y enaltecían al orador.

Derivó luego la conversación a un asunto muy distinto. Desiderio García, cabo de mar, andaluz, muy amigo de Ansúrez, excelente hombre un poco dado a la taciturnidad, fué instigado por sus compañeros a tratar de un tema que a él le trastornaba y a muchos divertía. Debe indicarse que había navegado por el Pacífico en buques mercantes y de guerra, y conocía no pocos lugares de la costa y algunos del interior. Contaba (sin que pueda garantizarse su veracidad) que había vivido en una tribu de indios bravos y recorrido largas extensiones del continente, al otro lado de los Andes.

—Pues queréis que hable, hablaré—dijo—. Oíganme y aprendan. Yo sé lo que sé, y de mi saber de este negocio no me arranca nadie. Estamos en Caldera... El monte altísimo que allí vemos, por encima de la ciudad, lejos, lejos, ¿cómo se llama?

—Es el Bonete—dijo Sacristá—; seis mil metros de altura.

—Más al Sur. ¿Pero no lo sabéis? Tendré yo que deciros que esa altura es Comecaballos y que aquí hay una garganta o puerto por donde pasamos a la otra banda y a un río que llaman Bermejo, el cual lleva sus aguas al Paraná. Todos esos territorios he recorrido yo, y sé que entre un pueblo que se llama Tinogasta y otro que nombran Copacabana hay unas peñas en lugar descampado y yermo..., y en esas peñas, abertura estrecha por donde se entra a una cueva tan grande como cuatro veces la catedral de mi pueblo, que es Córdoba. Pues en esa cueva, guardada en unas al modo de arcas de piedra, hay tal cantidad de plata en barras, que puede calcularse en seis o siete millones de quintales de ese metal...

Pausa, en la cual se oyó un grave murmullo: de asombro era, o de burla mal contenida. Acallado el rumor, prosiguió Desiderio, y dijo que él había visto el tesoro; que conocía su existencia por un indio viejo, patriarca en la tribu, llamado *Zapirangui*, padre del famoso *Cuarapelendi*, indio guerrero. El tesoro allí estaba, muerto de risa, como quien dice, y no faltaba más que ir a cogerlo y transportarlo a un puerto de mar, empresa que requería grande y costoso convoy de acémilas y un mediano ejército para cuestodiarlo. Declaraba el cabo de mar, con la más pura convicción y seriedad, que ofrecía la mitad del tesoro a quien concurriese con él a extraerlo del escondido antro en que yacía desde el tiempo de los señores incas. No quería comunicar el secreto al Gobierno de Chile. Como buen español, aguardaba las victorias de España y la ocupación de toda la América del Sur por los españoles para tratar con el jefe de la escuadra de la forma y modo de traer la plata a la costa, llevándola después a España en dos mitades: una para el descubridor y otra para Isabel II.

Refería estos disparates el cabo de mar con tanto aplomo, que los incrédulos y guasones, que eran los menos,

no se atrevían a contradecirle. Temían su furor, pues era hombre que súbitamente se encendía cuando alguien negaba o tomaba en solfa el depósito de plata. Como no le tocaran este asunto, no había hombre más pacífico y razonable. Ansúrez, que al principio había tenido con su compañero agarradas tremendas por el tesoro de Copacabana, ya empezaba a creer en él, como primer paciente del mal de soñación, que suele atacar a los navegantes en las travesías dilatadas.

—Mayor simpleza que lo del tesoro —se decía el buen Ansúrez con sinceridad candorosa— es creer que tengo aquí a mi adorado nietecillo Carmelo, y que le acuesto en mi coy, le visto y le arreglo, y le saco en brazos a pasearle por la cubierta. Cierto que esto es una sinrazón, lo reconozco...; pero momentos hay en que a ojos cerrados lo creo, por el consuelo que me da la mentira... En esta soledad chicha, sin ningún cariño a nuestro lado, nos moriríamos de pena si no encendiéramos las calderas del pensar y no navegáramos a un largo por el mundo de la ilusión... En fin, me voy abajo, quiero estar solo... Solo, piensa uno lo que quiere y se divierte con su propio engaño.

Todos iban cayendo, como he dicho, en la soñación endémica, y el más atacado era Binondo, que en la ociosidad física cultivaba más que los otros la vida espiritual. Una noche, viendo a Desiderio García asomado a la borda, mirando a tierra con atención alelada, llegóse a él y le dijo:

—Yo creo en tu tesoro; Dios me da vista bastante larga para ver el lejos de las cosas y para conocer que el hombre espiritado, como tú lo estás, sabe dónde moran los bienes escondidos... Fíjate, Desiderio, fíjate en la estrella que ahora está sobre Comecaballos. ¿La ves? Pues esta estrella tan bonita no sigue la marcha que llevan las otras en el cielo, sino que va dejándose caer, dejándose resbalar por detrás del horizonte... Estas noches me las he pasado observando la rareza de su movimiento, pues cuando todo el cielo deriva, como sabes, de Oriente a Occidente, ella va de vuelta encontrada. No podía yo comprender ni explicarte esta cosa nunca vista...; pero al oírte decir lo del tesoro guardado entre peñas montunas, a la otra banda de los Andes, he caído, Desiderio, he caído en la verdad... Pienso que será esa estrella un sino con que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o verbigracia, los tres, nos marcan el lugar del tesoro para que vayamos a cogerlo y regalárselo a nuestra España querida.

Echó Desiderio al malayo una mirada fulgurante, acompañada de temblor de mandíbula, que en el cabo de mar anunciaba siempre un acceso de cólera. Sobrecogido, Binondo puso en juego toda su astucia y labia persuasiva para despertar confianza en el espíritu del maníatico. Entre otras extravagancias, le dijo:

—Fíjate bien en la estrella, y verás que tiene rabo, un rabito que apenas ahora se distingue, y que va creciendo, creciendo, hasta medianoche. La estrella baja y se pone a contracielo; aún se verá la punta del rabo cuando el alba empiece a comerse las contestalaciones Si no crees en la maravilla, y en que el Eterno, que así decimos, por medio de luces celestes y angélicas con corona o con rabo, y de otras señales y avisos, guía los pasos del hombre, no llegarás a recoger tu tesoro.

Tanto y tanto le dijo y argulló, y tan sutilmente supo enlazar las ideas religiosas con la superstición, que a la medianoche Desiderio veía la estrella, su cola y movimiento tal como el malayo lo describía. Y ambos, en ardiente coloquio, determinaron la relación entre los tesoros de la tierra y los del cielo, convinieron en que la fe vivísima es el medio más seguro para llegar a poseer unos y otros.

Todos soñaban; el delirio descendía del cielo transparente y estrellado para introducirse en las cabezas de los pobres mareantes, que ya llevaban casi un año ausentes de su familia, en países enemigos, empeñados en empresa guerrera que hasta entonces les ofrecía más fatigas que gloria, privados de todo cariño y del trato de mujeres, sin pisar tierra o pisándola hostil, resentidos ya de la poca variedad y frescura de los alimentos, esperando la solución bélica que nunca venía, y preguntándola, sin obtener respuesta, al Pacífico inmenso y a la muda esfinge de los Andes.

Todos desvariaban, todos padecían la

nostalgia que impele a la construcción de una vida ilusoria para llenar con ella los vacíos del alma. Fenelón evocaba la persona de una dama limeña, a quien había visto en El Chorrillo, sin poder cambiar con ella más que cuatro palabras de saludo ceremonioso; a su lado la traía; paseaba con ella del brazo por la cubierta, por el alcázar, y la batería; llevábala a su camarote; platicaban de amores, reían, se ponían serios, eran dichosos... Ansúrez se persuadió una noche de que su hija *Mara*, deslumbrante de hermosura y elegancia, entraba en la fragata por el portalón; hablaban hija y padre tranquilamente, como si nada hubiera pasado, como si se hubieran visto el día anterior; el chiquillo tenía ya seis años; Belisario regalaba a su suegro una vajilla de plata; doña Celia era una señora con muchos moños y lacitos en el pelo gris, cargada de esmeraldas y rubíes, de habla graciosa y dulce, como la de las gaditanas... Sacristá vió a su mujer de cuerpo presente en su casa de Cartagena: las luces macilentas que alumbraban a los mayordomos en el pañol de proa le dieron esta impresión fúnebre, que desechar no pudo en tres o cuatro noches sucesivas... Binondo y Desiderio reducían a formas reales sus teorías de la intervención divina en el descubrimiento de tesoros; y el cabo de mar, en un minuto de sinceridad efusiva, vació sus pensamientos más recónditos en el oído del malayo, diciéndole:

—A ti solo, José, confiaré lo que aún no he querido confiar a nadie, lo más reservado, lo más secreto, y es..., escúchame sin miedo: debajo de la cueva de Copacabana, donde están, en arcas de piedra, los miles de millones de barras de plata, hay otro covachón más hondo, con bajada secreta, y en ese segundo sollado subterráneo, no tiembles..., hay como unos doscientos bocoyes llenos de pepitas de oro..., y no te digo más.

Y por este estilo soñaban todos los demás en las jerarquías nobles, de guardias marinas para arriba; sólo que sus delirios tomaban otras formas y caracteres. Eran sueños de guerra, de acciones heroicas. Quién soñaba con el engrandecimiento personal, quién con sacrificios y extremadas virtudes. Unos veían entre brumas gloriosos triunfos de la patria; otros, grandes desventuras y catástrofes.

XXII

Al sur de Caldera está Calderilla, que también llaman Puerto Inglés, y allí cambiaron por primera vez los españoles sus disparos con disparos de tierra. Se supo que en Calderilla preparaban los chilenos un torpedo, montándolo en un vaporcito de ruedas. A quitarle al enemigo ambas cosas, vaporcito y torpedo, fueron dos animosos oficiales: Alonso, en la lancha de vapor de la *Numancia*, y Garralda, en un bote a remolque. Arriesgadilla era la empresa, porque la guarnición de Caldera se corrió a Calderilla y tomaba posiciones en las rocas que protegen el puerto. Llegaron los oficiales adonde se proponían, y a la vista de los chilenos se hicieron dueños del vapor. Ya salían con él a remolque, cuando se vieron obligados a sostener vivo fuego con los enemigos apostados en la orilla norte. Heridos fueron Garralda y un marinero, y en gran compromiso se vió la pequeña expedición al querer salvar la boca del puerto, de unos ochocientos metros de anchura. La suerte de los españoles fué que los chilenos no acertaron a ocupar más que el costado norte de la barra, desamparando el lado sur, llamado la Caldereta. A ésta se arrimaron Garralda y Alonso, sosteniendo el fuego con las tropas de la otra banda. Su arrojo y serenidad, así como el auxilio que les prestó la *Berenguela*, acercándose a la entrada del puerto y cañoneando a los de tierra, les salvaron de un copo seguro. No pudiendo sacar el vapor aguas afuera por lo que tiraba la marea, lo echaron a pique, y allí se quedó con su torpedo, si es que lo tenía.

Llegaron por fin la *Vascongada* y la *Valenzuela Castillo*. A ésta podía llamársela el buque milagro, pues de milagro se sostenía sobre las aguas, y milagrosamente llegó a Caldera, gobernada por el alférez de navío don Antonio Armero. Su viaje desde el Callao había sido un naufragio constante. La vieja fragata, de inmemorial edad, se descosía, se desarmaba, y sus tripulantes no

tuvieron en la travesía momento seguro. Toda la navegación fué un perenne picar de bombas, un remendar infatigable de averías y una horrible lucha de la vida con la muerte. De los quebrantados palos se caían los marineros, y al caer se mataban y herían a sus camaradas. Héroes fueron aquellos infelices, y el oficial que los mandaba mereció más premio que si hubiera ganado una batalla. A toda prisa se procedió a descargar a la veterana *Valenzuela,* que no deseaba más que quedarse vacía para tumbar sus pobres huesos en un playazo. Todos los víveres y municiones fueron trasladados a los pocos barcos útiles, y se acordó pegar fuego a las presas, que no servían más que de estorbo, sentencia que fué rigurosamente ejecutada cuando la *Numancia* y *Berenguela,* obedeciendo a órdenes del superior, zarpaban para Valparaíso. Fué un espectáculo espléndido, un simulacro de volcanes marítimos. Los viejos barcarones tenían una muerte más brillante que la que les habrían dado las tormentas deshaciéndolos en las soledades oceánicas. Sus exequias eran fiesta extraordinaria de las aves y de los peces.

Concentrada en Valparaíso toda la escuadra, tuvo eficacia el bloqueo, reducido al puerto principal de la República. Y ahora, hablando nuevamente de los españoles que soñaban, designamos a Topete y Alvargonzález, comandantes de la *Villa de Madrid* y de la *Blanca,* como los que en mayor grado padecieron hasta entonces el desvarío heroico, pues afrontaron una de las empresas más temerarias que cabe imaginar. Deseando Méndez Núñez buscar al enemigo en los lugares inaccesibles donde tenía su refugio, los esteros y canalizos del archipiélago de Chile, preguntó a los dos marineros Alvargonzález y Topete si se atreverían a penetrar en aquel dédalo para sorprender en su escondrijo a las naves aliadas.

Pudieron responder los dos guerreros de mar que tal empresa era imposible, mortal de necesidad para barcos y hombres; mas no dijeron esto, sino que, antes que fueran otros, deseaban ir ellos, sin pensar en el peligro ni medir los inconvenientes náuticos y militares de aventura tan descomunal. Salieron las dos fragatas. Justo es declarar que, al verlas partir, casi todos los soñadores que en Valparaíso quedaban pensaron que no volverían a verlas... Pero se engañaban, porque a las dos semanas o poco más, reaparecieron con su casco y aparejo intactos, o con no visibles averías. Habían consumado proeza semejante a las de los argonautas, penetrando en laberintos habitados por monstruos que devoraban al que osaba llegar hasta ellos. El monstruo era una Naturaleza hostil, armada de toda clase de asechanzas y peligros, que para el enemigo de los españoles era refugio y defensa. Alvargonzález y Topete entraron con esforzado corazón en el laberinto por el golfo de Guaytecas, boca sur del archipiélago; navegaron por un angosto mar, parecido a estanque, de recortadas orillas y dieron fondo en Puerto Oscuro. Indígenas de mal pelaje les dieron noticia de la madriguera en que se agazapaban las naves chilenas y peruanas.

Prodigiosa fué la marcha por angosturas y desfiladeros, sin más auxilio que imperfectas cartas, obra de navegantes que habían recorrido aquellas aguas en cachuchos de corto calado. La *Blanca* y *Villa de Madrid* andaban al paso, sin dejar de la mano la sonda, temiendo a cada instante dar en un bajo. Hallábanse a los 42 grados de latitud Sur; la marea entrante y saliente tiraba con fuerza de seis o siete millas. Tal o cual paso, donde por la mañana había un fondo de quince a veinte pies, a la tarde estaba seco. Angulos y dobleces aparecían, que apenas daban espacio a las viradas... Navegaban las fragatas como los ciegos, tanteando el suelo con su palo y palpando las paredes cercanas... La *Blanca,* de menor calado, iba delante reconociendo el terreno; seguía la *Villa de Madrid,* obediente a las indicaciones de su compañera... ¿Qué tales serían las calles y callejones de aquella Venecia desconocida, que los peruanos y chilenos, guiados por gentes del país, perdieron allí dos fragatas? ¡Cuando los de casa perdían allí las botas, qué no perderían los forasteros!

Pero una deidad o encantador benigno miraba por aquellos temerarios hombres, Alvargonzález y Topete, cuando no se dejaron allí las fragatas y las vidas y hasta el nombre de España. Por noticias más certeras que las reci-

bidas en Puerto Oscuro, supieron que los barcos enemigos estaban en un estero de la isla de Abtao, y allá se fueron. La temeridad rayaba en locura. Había que encomendarse a Dios o al diablo para penetrar en el tortuoso callejón que separa del continente la recortada isla... Entraron, y en un ángulo recto que forma la ratonera, vieron los españoles el cádaver de la fragata *Amazonas* tumbado en el arrecife. Debieron la *Blanca* y *Villa de Madrid* mirarse en aquel espejo y volverse atrás; pero la calentura heroica pudo más que la razón. ¡Avante, que el enemigo no podía estar lejos! En efecto, a la salida del callejón, las fragatas vieron los mástiles de los buques enemigos: aún navegaron largo trecho para divisar los cascos.

Chilenos y peruanos hallábanse resguardados por arrecifes, que eran como una valla imposible de saltar desde fuera. Apenas se echaron la vista encima, empezaron unos y otros a cañonearse. La distancia no podía ser acortada por las naves españolas. Habían de darse por satisfechas con causar algunas averías a los barcos enemigos y matarles o herirles algunos hombres... Y allí terminó la hazaña, porque el monstruo de la Naturaleza que en aquellos laberintos habita sacó del légamo la cabeza y dijo a los atrevidos argonautas: «Retiraos, locos, ilusos, y no abuséis de mi paciencia y de la benignidad con que os he dejado llegar hasta aquí. ¿Qué pensáis, qué queréis, hombres o niños grandes, que habéis entrado en mi reino con sólo vuestros corazones, dejándoos fuera la razón? Salid pronto, que a poco que os detengáis retiro las aguas y quedaréis en seco... De vuestros barcos haré leña para mis hogueras, y de vosotros no quedará uno solo para contar al mundo vuestra locura.»

¿Qué habían de hacer los infelices más que obedecer a tan imperiosa conminación? Unas horas más en los canalizos, y seguramente no podrían contarlo. Se volvieron en busca de la salida del laberinto, no sin que Topete, con terquedad maniática, se parara en un sitio más despejado que los anteriores, y con la voz tonante de sus cañones, llamase a los contrarios, diciéndoles: «Venid aquí, enemigos y compañeros; dejad el enrejado de peñas en que os guarecéis... Salid a este campo y nos veremos las andanadas...» Pero los otros no salían. Estaban muy a gusto en sus cómodas huroneras. Las fragatas se desenvolvieron de la madeja intrincada de Chiloe y tornaron a Valparaíso. Contado lo que habían hecho, nadie quería creerlos. El almirante inglés Denman, que visitó la *Villa de Madrid,* oyó de boca de don Miguel Lobo el relato de la expedición, y a creerla no se determinaba.

—La empresa marinera que usted cuenta—dijo—cae dentro de la esfera de lo fabuloso, y no le daré crédito si usted no la garantiza con su palabra de honor.

Verdaderamente, la entrada en Chiloe, el cañoneo en Abtao y la salida del archipiélago, no menos admirable que la entrada, era un prodigio de habilidad y audacia marineras. Bien podían contarse Alvargonzález y Topete entre los más heroicos argonautas del mundo. De la eficacia militar de la expedición no podría decirse lo mismo: las naves americanas no abandonaban su resguardo ni admitían combate en aguas abiertas.

El relato que hicieron los expedicionarios avivó más el fuego de las imaginaciones soñadoras, y el propio Méndez Núñez quiso repetir por sí mismo la expedición, llevando de guía o práctico a Topete, que ya conocía el oscuro dédalo de Chiloe. Salieron la *Numancia* y la *Blanca* con gran entusiasmo y alegría de sus tripulantes, y cuando al archipiélago se aproximaban, les salió viento duro del Sudeste y mar tan gruesa, que la blindada causó alguna inquietud por la violencia y amplitud de sus balanceos. La terrible deidad que imperaba en el laberinto salió al encuentro de don Casto y le dijo: «¿También tú vienes acá, capitán de estos locos, y el primero en las vanas locuras? Vuélvete, y no esperes que sea contigo menos rigurosa que lo fuí con tus atrevidos compañeros. Más te perjudica que te favorece traer contigo ese armatoste blindado, que por su peso y corpulencia estará expuesto a quedarse en mis dominios, y yo te aseguro que si no viras en redondo y te vuelves adonde estabas, haré por merendarme tu fragata, que es bocado exquisito...» Esto oyó Méndez Núñez; mas no

hizo caso, y se metió en Chiloe por las Guaytecas, que era la puerta más expedita y franca.

Viendo el fantasma del archipiélago que los locos persistían en su desvarío, desplegó contra ellos una niebla que en sus velos densísimos les envolvió, cegándolos para que no pudieran andar un paso. Las hélices daban unas cuantas estrepadas lentas, y en seguida tenían que parar. Aun en estas condiciones, persistieron en su temeridad, y aprovechando las claras de la niebla llegaron hasta el mismísimo Abtao, que era llegar al interno cubículo donde el monstruo habitaba. Pero éste salió a manifestarles, con más burla que ira, la inutilidad de su expedición, porque el enemigo se había retirado a un recoveco más inabordable y escondido, al cual no podrían llegar los barcos españoles si no se trocaban en anguilas.

Nuevamente les conminó el monstruo a que se largaran, y se dispusieron a obedecerle; repetía las amenazas otra deidad marina: la bajamar, diciéndoles que se quedarían en seco si no tomaban el portante. Luchando con las dificultades del poco fondo, de los arrecifes, de la niebla, salieron al ancho mar, y a Valparaíso volvieron sin otra novedad que haber hecho en el camino tres presas: un vapor con pasajeros, que resultaron reclutas del ejército chileno, y dos fragatas con carbón del país, que era contrabando de guerra. En Valparaíso encontraron la escuadra norteamericana, recién llegada, con cuatro magníficos barcos de hélices y un monitor llamado *Monadnoch*, que, al decir de la gente, se comía los niños crudos.

La flota yanqui, así como la inglesa y los barcos italianos y franceses, venían al apoyo moral de Chile, por la simpatía, y a quebrantar a los españoles por el despego y la callada hostilidad que en toda ocasión les mostraban. Así la incauta y soñadora España llegó a encontrarse sola frente a dos repúblicas que ante ella desplegaban un frente de costa de casi mil leguas; y contra aquel frente tenía que combatir sin ayuda de nadie, sin amparo de ningún pedazo de tierra, llevando consigo las armas, la comida, el carbón y la bandera. Pocas manos eran para tantas cosas.

XXIII

El 23 de marzo saludó el fuerte de Valparaíso con vivo cañoneo a las banderas de las aliadas de Chile, que, a más del Perú, eran Bolivia y Ecuador, sorpresa histórica, pues ningún agravio ni cuestión pendiente con la madre tenían estas dos repúblicas. En tanto la madre, llevada por lastimosos errores de toda la familia a los extremos del coraje, no tenía más remedio que saludar a Chile con algo más que ruido y humo de pólvora. Los enojos no aplacados y los ultrajes no satisfechos, forzosamente conducían a la violencia; que las naciones, cuanto más viejas, más aferradas viven a la rutina caballeresca del honor. El honor no existe sin valentía. La valentía puede salvar las situaciones de hostilidad entre dos países, y es a veces más eficaz que el derecho y que la razón misma. El apocamiento del ánimo no resuelve nada, ni aun cuando le asista la razón. Así lo comprendió Méndez Núñez cuando dispuso el bombardeo de Valparaíso, acto inevitable ya, derivación lógica y fatal de los hechos pasados.

No lo comprendían así los jefes de las escuadras inglesa y americana, que protestaron del bombardeo, y aun se pusieron los moños de que lo impedirían... Para no llegar a la extremidad de tirotearse con los españoles, el contralmirante Denman (inglés) y el comodoro Rodgers (yanqui) llevaron a tierra sus buenos oficios para conseguir del Gobierno chileno las tan disputadas satisfacciones que España pedía. Pero Chile no quiso darlas por no parecer pusilánime. Las cosas habían llegado al punto delicado en que se pasa por todo antes de dejar salir al rostro la menor sombra de miedo. Verdaderamente, las hijas no mostraban ningún respeto a la madre, olvidando que de ella habían recibido sus virtudes guerreras, así como sus flaquezas políticas. Debieron ser las primeras en ceder de su rigurosa tirantez, y seguramente la madre no se habría quedado atrás en las concesiones para llegar a las paces. Pero, en fin, el acto de fuerza era inexcusable; don Casto no podía envainar la espada, y cuando los comandantes de las flotas extranjeras daban a entender que se

interpondrían entre los españoles y la plaza, les decía con arrogante concisión que no le importaba perder sus barcos si conservaba su honra.

Dados los correspondientes avisos al comandante militar de la plaza para que señalara con bandera blanca los puntos que debían ser invulnerables, hospitales, casas de asilo, iglesias, etcétera, y para que se retirasen los no combatientes, se señaló el bombardeo para el 31, Sábado Santo. Amaneció este día con inquietud grande de los españoles. ¿Se decidirían los extranjeros a proteger la plaza obligando a Méndez Núñez a desistir de su propósito? Este recelo se disipó bien pronto, porque, apenas iniciado el movimiento de las fragatas para situarse en los puntos de ataque, ingleses y americanos levaron anclas y se retiraron mar afuera, dejando libre el campo... *Resolución, Blanca* y *Villa de Madrid* fueron las designadas para cañonear la ciudad. La *Berenguela* se retiró al fondeadero de Viña del Mar, al cuidado del convoy. La *Numancia*, después de aproximarse a la población para dar, con dos cañonazos sin bala, la señal de que empezaba la función, se volvió a retaguardia de las tres naves combatientes.

A las nueve se rompió el fuego, dirigido exclusivamente contra los edificios del Estado más próximos: ferrocarril, almacenes de la Aduana, Intendencia y Bolsa. Al fuerte se lanzaron también gran número de proyectiles, sin obtener respuesta, pues los cañones estaban desmontados y los artilleros no tenían allí nada que hacer. Un disparo certero de la *Villa de Madrid* partió el asta de la bandera chilena que ondeaba en el fuerte. Los edificios condenados a sufrir el bombardeo dieron pronto señales del estrago que causaban nuestros proyectiles. La Aduana y almacenes caían a pedazos; columnas de negro humo señalaban el incendio en diferentes puntos de la ciudad. Era un espectáculo deslucido y triste. Faltaba la excitación y armonía del combate, la acción ofensiva de una parte y otra. Los españoles no celebraban ciertamente la indefensión de la plaza, y habrían visto con gusto que el fuerte respondiera al fuego con el fuego. No les satisfacía la forma de escarmiento que tomaba en aquella ocasión la guerra, ni se sentían airosos manejando los instrumentos de castigo. Sus arreos eran las armas, no las disciplinas.

Todo terminó a las doce menos cuarto. El cañoneo no llegó a durar tres horas; ya era bastante; aún era quizá demasiado para simple castigo o reprimenda austera, harto pagada de su carácter venerable y de sus históricos blasones. La hija, herida y maltrecha de los crueles disciplinazos de la madre, miraba a ésta desde tierra con el más agrio cariz que puede suponerse. Hasta entonces, sólo íbamos ganando en el Pacífico la malquerencia de las repúblicas. España, al fin y al cabo, pagaba las culpas de sus diplomáticos y de sus gobernantes. Toda guerra tiene o debe tener una finalidad militar o mercantil: los fines de la nuestra en el Pacífico no se veían claros, como no fueran el fin sin fin de abandonar los principios de la historia nueva para reanudar una historia concluída.

Tres mil hombres mal contados constituían la dotación de las cinco naves de combate y de las embarcaciones auxiliares y de convoy que representaban a España en las aguas del Pacífico. Aquellas tres mil voluntades, de diferentes categorías, eran o creían ser la voluntad integral de la nación; las tablas o las planchas de hierro en que los hombres se sostenían eran el suelo mismo de la patria flotando sobre las olas; la bandera que flameaba en los aires era el nombre, y la historia, el *qué dirán* de los países extranjeros, el *primero soy yo*, que así gobiernan las almas de los individuos como las de los pueblos... Bien merecían alabanzas los tres mil hombres de mar comprometidos en aquella singular aventura inconsciente, más que empresa meditada. No habían alcanzado aún, ni probablemente alcanzarían, esa gloria brillante y ruidosa que traen consigo los hechos eficaces, de finalidad clara y bien comprensible. No se les podía disputar la gloria oscura y pasiva, alcanzada por el valor silencioso y la paciencia, por el cumplimiento del deber, sin más recompensa que la conciencia de haberlo cumplido. Dignos eran de alabanza, y también de lástima, porque sin ver, ni aun de lejos, los frutos de la campaña, se sentían agobiados de privaciones y sufrimientos.

Fueron penitentes en el desierto sin fin de un mar enemigo.

Después de la dura lección a Valparaíso, la penitencia de los españoles se acentuaba, sin que se agotara, ni mucho menos, el caudal de abnegación que las almas llevaban consigo. Incomunicados con tierra, se alimentaban de sustancias secas, de carnes y tocinos en mediana conservación. El tabaco, que hace llevadera la soledad y el exceso de trabajo, escaseaba de tal modo, que cualquier porción de hierba fumable adquería fabulosos precios. Pero la falta de buena comida y de estimulantes no quebrantaba la salud de los tres mil hombres tanto como la vida de continua ansiedad y alarma en que todos vivían, obligados a una vigilancia minuciosa y sin respiro. Fatigosos eran los días, crueelísimas las noches. Entre los barcos de combate y los del convoy no se interrumpía el ir y venir de lanchas, faena de hormigas presurosas, que acarreaban víveres, utensilios de maquinaria. Era la escuadra como una ciudad que tenía todos sus arrabales sobre el agua, y no precisamente en aguas tranquilas, que algunos días la fuerte marejada dispersaba la procesión hormiguera.

De noche, los hombres se consagraban a la silenciosa operación de reconocimiento y patrulla voltijeando en derredor de la ciudad flotante, bien al remo, bien en la lancha vapora. Felices eran los que por turno podían descabezar un sueño de media hora, sin manta, bajo la acción de la humedad y el sereno. Y no había esperanzas de descanso a bordo, porque las primeras luces del alba traían imprevistas obligaciones, a más de las tareas ordinarias. Ni los cuerpos se rendían ni las voluntades desmayaban. La rutina del deber en pie les mantenía, esperando un reposo que bien podía ser el de la muerte.

Las sombras de tristeza que dejó en todas las almas el vapuleo de una plaza inerme, cruzada de brazos ante el fiero castigo, no podían disiparse sino repitiendo el ataque contra un enemigo armado de todas armas, como era el Callao. ¿Qué hacían que no iban corriendo allá? El Perú les provocaba con la jactancia de sus baluartes novísimos y el montaje de cañones potentes. Para acudir a la cita del furioso enemigo, se esperaba el refuerzo de la fragata *Almansa*. Felizmente, ésta se incorporó a la escuadra el 9 de abril, que fué día de gran regocijo y algazara, porque todos echaron su cana al aire, recibiendo con aclamaciones a los que venían de España, de refresco, y traían, con las memorias de la patria, algo de comer y de beber y de fumar. Mandaba la *Almansa* el capitán de navío Sánchez Barcáiztegui, y venía muy airosa y envalentonada; había hecho la travesía desde Montevideo a la vela por el Cabo de Hornos con tan buena fortuna, que no se podía pedir prueba más decisiva de su poder marinero... Sin perder tiempo, se dispuso la salida para el Callao en dos divisiones. ¡Otra vez hacia el Norte, a lo largo de la costa, dilatada con prolongaciones de pesadilla! ¡Otra vez la visión ensoñadora de los Andes, que parecían más altos, más ceñudos, más enemigos de los que venían a turbar la juvenil alegría de las repúblicas!

Hacia el Perú navegaban los tres mil con la ilusión de un acto decisivo que pusiera fin a la campaña; ya era tiempo de tomar tierra en alguna parte, aunque fuera en el más desolado rincón del mundo. Sobre esto sostenían en la *Numancia* largos coloquios Ansúrez y Fenelón, el cual aseguró que sin mujeres no nos ofrece la vida ningún bienestar, y que las guerras y revoluciones no son ni han sido nunca más que movimientos instintivos de los pueblos para ir en busca de nuevo surtido de mujeres o para cambiar las conocidas por otras de ignorados encantos. Al propio tiempo, a sus amigos repartía tabaco, obsequio recibido del maquinista del transporte *Uncle Sam,* que antes del bombardeo de Valparaíso había llegado de San Francisco de California con víveres. El tabaco era *virginio,* de la clase fuerte, capaz de tumbar la cabeza más firme y de volcar los estómagos más equilibrados; pero por sus cualidades mortíferas lo estimaban y preferían los marineros de blindadas fauces. Aceptaron éstos muy agradecidos las cortas raciones que Fenelón les daba, y hacían de ellas partijas para obsequiar a otros amigos. Binondo tomó cuanto pudo, ocultando las porciones recibidas para que le dieran otras, y así juntaba en previsión de futuras escaseces.

Trabajaba el pobre malayo en ayu-

da de los mayordomos y rancheros, llevándoles las cuentas, y en sus ratos de ocio se engolfaba en la lectura, prefiriendo la del *Sermonario*, a su parecer la más devota, la más apropiada a la ruindad de los tiempos y a las calamidades previstas. Muchos trozos de aquel libro, compuesto para socorro y guía de predicadores, se le quedaron en la memoria, y vinieran o no a cuento, a los compañeros los endilgaba.

—Dame, hijo mío, limosna de tabaco, que si no acudes a mi pobreza, no acudirá Dios a la tuya, que será el desamparo en que te veas a la hora de la muerte, si antes no te limpias de tus pecados... En verdad os digo que si no miráis por el pobre, el pobre no mirará por vosotros, y os pondré el caso de un mendigo que recibía zoquetes de pan, y era tan santo y bueno, que Dios le dió la facultad milagrosa de multiplicar los mendrugos que recibía. Y sucedió, pues, que en la ciudad donde aquel pobre moraba, llamada Gangópolis, si no me falla la memoria, sobrevino una gran hambre, desoladora, por el aquel de un cerco que le pusieron los del reino vecino de Capadocia; y hallándose todo el pueblo moribundo del no comer, presentóse el mendigo y mostró almacenes de pan, que era la milagrosa multiplicación de los mendrugos, con otro milagro encima, a saber: que la dura masa se había enternecido, y parecía recién sacada del horno... Pues bien, hijos míos: lo que hizo con los mendrugos aquel venturado de Dios, puedo hacerlo yo con las hojitas de tabaco que me dais, y bien podrá suceder que os las multiplique cuando llegue la gran carencia de todo lo comible, bebible y fumable...

En estas y otras accidentales conversaciones y sucesos, indignos de la historia, transcurrió el viaje. Si el mar y el viento fueron bonancibles en toda la travesía, la inquietud de las almas crecía conforme se aproximaban al Callao. En el momento solemnísimo de reconocer el puerto peruano, Ansúrez no pensó en el duelo empeñado entre España y la plaza, ni en la artillería y baluartes de ésta. Mirando hacia tierra, veía tan sólo los ardientes ojos de *Mara*, fulminando ira contra los barcos españoles. ¡Ingrata, ingrata! ¡Y él, mísero padre, obligado a disparar contra ella!

XXIV

Apenas llegaron al Callao las asendereadas naves españolas, los tres mil (o los que fueran) que las montaban no pensaron más que en acometer, sin perder días, la militar empresa, apretándoles a ello la noticia de la fortísima resistencia que habían de encontrar y el grave daño que les harían los cañones de monstruoso calibre traídos del viejo continente... La escuadra echó sus anclas en el fondeadero de la isla de San Lorenzo. No se le cocía el pan a Méndez Núñez hasta poder enterarse por propio conocimiento de la fuerza y defensas de su contrario· con esta idea montó en la *Vencedora*, que por su poco puntal podía ceñirse fácilmente a tierra, y recorrió todo el frente fortificado y artillado, examinando las obras a que innumerables trabajadores daban la última mano.

Al norte de la ciudad vió don Casto dos baterías rasantes, con veinte cañones la una; la otra, con doce, y en medio de ellas una torre blindada con dos piezas Armstrong. En los extremos de la batería había cañones del sistema Blakely. Las baterías al sur de la población eran tres, y se extendían hacia la punta en cuyo término está el Boquerón, entrada del puerto para embarcaciones menores. En aquella parte contó el general unas treinta piezas, entre ellas algunas de los poderosos tipos antes citados, y vió otra torre blindada como la del lado Norte. Frente al muelle vió los monitores *Loa* y *Victoria*, armados de cañones, y un Blakely campaba en mitad del muelle. Las viejas fortificaciones del tiempo del virreinato estaban desartilladas, como indignas de desempeñar en las epopeyas modernas otro papel que el de espectadoras. El Castillo del Sol parecía decoración de teatro arrumbada por inútil. En él no había piedra que no hablase del último *ayacucho*, el heroico Rodil... Las defensas nuevas revelaban en su disposición y estructura manos muy expertas y una dirección inteligentísima.

Mientras los peruanos no se daban punto de reposo para rematar sus imponentes aprestos de guerra, los españoles, en el fondeadero de San Lorenzo, no se descuidaban. Todos los barcos des-

montaron sus vergas y calaron los masteleros, dejando no más que los palos machos a la exposición de los tiros enemigos. Algunas de las fragatas de madera blindaron con cadenas la parte central de sus costados, correspondiente a la caja de la máquina, y todas pintaron de negro las fajas blancas de las portas. Interiormente se previno lo necesario y lo accesorio para acudir a las eventualidades del combate, y las enfermerías de guerra quedaron listas para recibir a cuantos heridos quisiera enviarles la suerte adversa. Desde los cañones hasta los botiquines, todo fué puesto en punto de servicio eficaz. No faltaba más que la acción, el fuego, el ardor de las almas y la divina sentencia que había de dar o negar la victoria.

Falta decir que los diplomáticos extranjeros se presentaron al general, apenas fondeó la escuadra, con la súplica de que aplazara el ataque por unos días para dar tiempo a la salvación de los neutrales. Méndez Núñez concedió cuatro días, y en esto su generosidad de caballero fué más allá que su precaución de caudillo, pues en media semana podía el Perú perfeccionar sus medios ofensivos. La guerra había llegado a concretarse en el trámite decisivo de un duelo personal entre los dos combatientes. Incapaz la torpe diplomacia para dirimir las cuestiones pendientes entre España y las repúblicas; ciegos los gobiernos de acá y de allá, y encastillados en ridículos puntos de amor propio, quedó la Marina sola, con toda la responsabilidad sobre sí, a tres mil leguas de la patria y obligada a proceder con acción tanto diplomática como militar, hasta dar por liquidada y conclusa una empresa cuya finalidad era tan oscura en el terreno comercial como en el político.

Hizo don Casto cuanto pudo por sacar a su país de aquel atolladero dispendioso. No hallando ocasión de batirse con las escuadras chilena y peruana, fué a buscarlas a los caños y esteros de Chiloe. A esta expedición ardua, que era un reto para que los enemigos salieran a mar abierto, respondieron ellos encerrándose más en sus inabordables refugios. Obligado se vió entonces al castigo de Valparaíso, acto de penosa y desigual lucha, que a su corazón de soldado repugnaba; y sabedor de que el Callao se pertrechaba de armas, allá corrió, anhelando el duelo final y decisivo entre el viejo y el nuevo hispanismo, entre el hemisferio Norte y el hemisferio Sur del planeta, que ya desde las edades heroicas se conocían.

Al duelo final iban los españoles sin reparar en que el contrario se había provisto de mayor fuerza que la de los barcos, con la ventaja de combatir en tierra, en la cabecera de una nación, de la cual obtendría todo lo que perdiese, mientras los españoles no tenían tras sí más que el Pacífico inmenso, y en él los peces, que se los habían de comer en caso de un desastre... En esto pasaron los cuatro días de plazo que había dado el general para la retirada de los neutrales... Gran número de españoles, que se habían refugiado en una fragata francesa, transbordaron a la escuadra, entre ellos el simpático Mendaro, que fué a embarcar en uno de los transportes del convoy... Serena y recamada de estrellas habladoras fué en sus primeras horas la noche última del plazo fatal; luego se enturbió de celajes, y en cerrada neblina amaneció el día, más fatal que la noche, 2 de mayo de 1866.

El mal de soñación se hizo epidémico, con gravísimos caracteres de fiebre patriótica, al amanecer de aquel día que todos creyeron había de ser glorioso. La embriaguez del martirio enardece a los cuerpos armados en vísperas de batalla. Aún no han bebido la primera pólvora y ya están borrachos. Acabó de trastornar a marineros y tropa la proclama que a las nueve de la mañana fué leída en todos los barcos, y era conforme al patrón consagrado por la costumbre en casos tales. Con más laconismo del que suelen usar los caudillos españoles, Méndez Núñez fijó los tópicos imprescindibles, la perfidia del enemigo, la urgencia de castigarlo, la recomendación de que todos se aplicaran al castigo con decisión y entusiasmo, y, por fin, la seguridad de añadir una página a las glorias de la nación, etc...

Terminada la lectura, todos aquellos infelices, quebrantados ya de la navegación larguísima, mal comidos y sufriendo mil privaciones, prorrumpieron en exclamaciones delirantes, declarando el gusto que les causaba morir por una rei-

na que no habían visto nunca, y por una patria que, a tres mil leguas de distancia, no pedía otra cosa que la terminación de la guerra insensata. Roncos quedaron del furioso entusiasmo... En el Callao, a la misma hora, pasaría lo propio, y se oirían exclamaciones semejantes proferidas en la misma lengua. En tierra y en el mar se invocaba el fantasma de la gloria, y allá como aquí se pediría el auxilio de Dios y los santos, que se habían de ver bien perplejos para contentar a todos. Por de pronto, los peruanos habían puesto su mejor batería bajo la tutela y patrocinio de Santa Rosa de Lima, suponiéndola muy enojada con los españoles. Difícil era, no obstante, que la santa, con ser de ideal hermosura mística, tuviese bastante valimiento para lograr que quedase desairada la Virgen del Carmen, a quien casi todos los marineros nuestros, verbal o silenciosamente, se encomendaban.

Levaron anclas todos los barcos, y acudieron a las posiciones que les designaba el telégrafo de banderas en el mesana de la *Numancia*. Esta y la *Blanca* y *Resolución* habían de batir las fortificaciones del Sur; las del Norte corrían a cuenta de la *Berenguela* y *Villa de Madrid;* la *Almansa*, con la *Vencedora*, se encargaban de los monitores fondeados en el muelle, así como de causar todo el estrago posible en el interior de la población. La capitana, a la cabeza de la división del Sur, llegó la primera frente a las baterías enemigas. Claramente distinguían los españoles las piezas peruanas y sus servidores, en pie junto a ellas con rigidez marcial. Y apenas las vieron, disparó la *Numancia* sus primeros tiros, colocándolos en la batería que llevaba el nombre de Santa Rosa. Contestó sin tardanza el Perú. Tronaron luego las demás fragatas, conforme iban llegando frente a las baterías, y bien pronto el humo denso envolvió la tragedia, y un estruendo pavoroso arrojó de los aires todo el silencio de la Naturaleza. El tiempo era absolutamente olvidado. Sólo lo sabían los cronómetros, que al empezar la función marcaban poco más de las once y media.

Desde la *Numancia* no se podía saber con exactitud lo que pasaba en el ala del Norte. El humo tapaba las partes lejanas, y no podía la atención distraerse del cuidado próximo. No obstante, en una clara, se vió que la *Villa de Madrid* pedía remolque. Había quedado sin gobierno por avería considerable. Acudió la *Vencedora* con prontitud a sacarla fuera, y la *Berenguela* quedó sola cañoneando las baterías y la torre blindada, cuyas piezas de gran calibre inutilizó al poco tiempo. En el ala Sur, la *Numancia* requería la mayor eficacia de sus disparos aproximándose a tierra... Pasó muy cerca de los artificios que los peruanos habían dispuesto para inutilizar las hélices; llegó a tocar en el fondo; tuvo que dar atrás precipitadamente... En aquel instante, la batería de Santa Rosa y la torre multiplicaban sus disparos contra la fragata. Méndez Núñez, en el puente, acompañado de Antequera y un oficial, en todo ponía sus ojos vivos y con ellos el alma.

Sereno casi siempre, risueño cuando veía el torbellino de humo y de polvo que levantaban los parapetos de la batería llamada de Abtao al recibir los proyectiles de la *Resolución*, iracundo al sentir que su barco tocaba en el fondo, don Casto no perdía un instante la majestad que sus graves funciones le imponían en medio de sus subordinados y frente al enemigo. Al gritar *¡cía!*, su voz dominaba la voz de los cañones... La fragata salió al fin del mal paso, removiendo con su hélice el fango de la bahía, y continuó la función sin que la maniobra marinera interrumpiese el fuego. Méndez Núñez hablaba con las dos fragatas de su división, como si ellas pudieran entenderle. Era un acto instintivo, del que él mismo no se daba cuenta en momentos tan críticos..., y no les hablaba por el nombre de ellas, sino por el de sus comandantes:

—¿Qué haces, Topete? No te acerques tanto... Valcárcel, firme contra esa batería de Abtao, que con Santa Rosa me entenderé yo... Y los tres a una iremos contra la torre blindada...

Cuando esto decía, un proyectil pasó entre el brazo derecho y el costado del general, rozándole... Los astillazos que el mismo proyectil despidió del pasamanos del puente y de la bitácora causaron en las piernas de don Casto heridas de menos importancia que la recibida en el brazo.

Que no era nada dijo, y lo mismo creyeron los que estaban a su lado. El fuego arreciaba por una parte y otra; las

baterías peruanas redoblaban su furor. Pasaron minutos. Méndez Núñez, por la pérdida de la sangre que del interior de la manga descendía enrojeciendo la mano, sufrió un desvanecimiento; le sostuvieron los más próximos a su persona... Se le bajó al alcázar... Tomó el mando el mayor general don Miguel Lobo sin decir palabra, pues la ocasión no permitía el rigor de los trámites... En el alcázar acudieron en auxilio del general los médicos Oliva y Gutiérrez y cuatro marineros que le bajaron a la enfermería. Tendiéronle en la cama... Viendo que corría la sangre por distintas partes de su cuerpo, palpaban los médicos aquí y allí para reconocer los sitios lesionados; y cuando empezaban a desabotonarle levita y chaleco, un marinero atrevido tiró de navaja, y cortando de cuatro tajos la ropa, facilitó la operación de apartar las telas y descubrir el cuerpo herido.

Al punto procedieron los facultativos a contener las hemorragia... En aquel punto llegaron a la enfermería vivas exclamaciones de la gente de batería y cubierta. Había volado la torre blindada de los peruanos, con terrible estruendo y espantoso escupitazo de humo, que por largo rato impidió distinguir los efectos de la explosión. Fué que una granada española penetró en aquel recinto, incendiando las grandes masas de pólvora allí depositadas. Al disiparse el humo, se advirtió que la torre estaba hundida y en completa inutilidad sus terribles cañones. Luego se supo que habían perecido los defensores de la torre, y con ellos el popular Gálvez, ministro de la Guerra, el coronel Zavala, hermano de nuestro general del mismo nombre, y otros militares sin graduación. Cada una de las tres fragatas que contra la torre disparaban se atribuía la gloria de haber mandado el proyectil que tan tremendo daño causó al enemigo; pero Topete, que era el más próximo a tierra, sostenía su derecho con razones que difícilmente podían ser debatidas. Cuando voló la torre blindada, los cronómetros marcaban las doce y diez minutos.

XXV

Al poco tiempo de estar don Casto vendado y quieto en la enfermería recobró todo el esplandor de sus facultades. Quieto estaba, pero no tranquilo. Llamó al oficial de la tercera división de la batería.

—¿Qué hay, Garralda? ¿Cómo va el fuego?

—Muy bien, mi general. La torre de La Merced ha volado. Ya no hacen fuego más que cuatro o cinco cañones de Santa Rosa.

—Animo, hijos míos. No desmayar. Yo estoy bien.... esto no es nada. ¡Volada la torre! Es más de lo que podíamos desear... ¿De cuál de los tres barcos sería la granada que causó ese desastre al enemigo?... Difícil será saberlo... Pero yo juraría que la mandó ese diablo de Topete...

Díjole después Garralda que la *Almansa* había inutilizado el cañón Blakely montado en el muelle. Luego preguntó Méndez Núñez si había vuelto la lancha de vapor que, al mando de Lazaga, corría las órdenes de un punto a otro. Poco antes de caer herido, el general había ordenado que se le llevasen informes seguros de lo ocurrido en la *Villa de Madrid*. Antes de que se retirase Garralda entró Lazaga, que así dió cuenta de su comisión:

—Pocos disparos había hecho la fragata contra la batería del Norte, cuando recibió por el costado de babor una granada Armstrong, que al estallar dentro de la matería mató trece hombres; veintidós quedaron heridos por la metralla y cascos que despedió el proyectil en su explosión. No paró aquí el desastre, porque la misma granada, al chocar en el cabestrante, lanzó un molinete que fué a parar a la caja de calderas, destrozando el tubo conductor del vapor. Esta avería no es grave, pero se necesita tiempo para repararla. En todo el día de hoy la *Villa* estará privada de movimiento. La he dejado fondeada en la isla. Cuando me retiré, don Claudio, poseído de furor, no paraba de maldecir su suerte.

—Ha quedado sola la *Berenguela* frente a las baterías del Norte—dijo Méndez Núñez desobedeciendo al médico, que le recomendaba tranquilidad. Corra usted a la *Almansa* y dígale a Barcáiztegui que inmediatamente vaya en apoyo de Pezuela.

Salió Lazaga más pronto que la vista... Continuaba el cañoneo, y su fragor indecible retumbaba de un modo pavoroso

en el hospital de sangre. El techo de éste era por la cara superior suelo de la batería. El estruendo de los disparos, las pisadas de los que servían las piezas, los gritos de los oficiales que mandaban las cuatro divisiones, los alaridos y voces de guerra de tantos hombres iracundos, sonaba dentro de las cabezas de los infelices que allí yacían malparados. La batería era el infierno, y la enfermería su catacumba, encierro de los condenados a la duda de vivir o morir. En el fondo del lúgubre sollado, a proa, se distinguía, entre faroles, la figura triste del capellán, con sotana y roquete, dispuesto para dar los Santos Oleos a quien los hubiese menester. A su lado, como acólito, estaba Binondo de rodillas, esperando, quizás deseando entrar en funciones.

El amigo Ansúrez tenía su puesto en el más profundo sollado, rigiendo a los que conducían la pólvora y municiones desde los pañoles a la batería. Hallábase, pues, debajo del agua, en un punto en que no podía ver el espectáculo del combate, y sólo lo apreciaba por el ruido. A cada instante creía que el cielo se desgajaba sobre la tierra y el mar, o que las profundidades del barco eran el interior de un volcán. A ratos, trepaba por la escala llegando hasta la enfermería, y echaba un vistazo a los heridos, deteniéndose con singular lástima y atención en el general, que fué de los primeros en quedar fuera de combate. Y era, sin duda, el herido de más consideración. Los demás no eran muchos ni graves. Ningún proyectil había hasta entonces entrado por las portas: todos habían perdido su fuerza en la coraza.

Pero llegó al fin, cuando Dios quiso, una granada Armstrong, que habría causado inmenso daño, quizá la inmersión violenta de la fragata, si no la protegiera la robusta armadura que llevaba sobre sus lomos. Eran las dos y media de la tarde, cuando un topetazo monstruoso hizo retemblar la embarcación, como si fuera de hojalata. Ansúrez, que en aquel momento bajaba al tercer sollado, sintió el golpe por estribor, en un punto a su parecer correspondiente a la línea de flotación, debajo de la batería, entre la cuerta y quinta portas, contando desde popa. Al punto creyó que su fragata se rompía en mil pedazos y que todos bajarían sin pérdida de tiempo a los profundos abismos... Sacristá, que se hallaba en el tercer sollado, fué el primero en determinar el sitio del tremendo choque, y como los duelistas de esgrima, gritó: «¡Tocado!» Fácilmente se apreciaba por dentro la caricia del proyectil. La cuaderna presentaba una sensible alteración de su curva; un tornillo de los que sujetan el blindaje había horadado la plancha, abriendo una vía de agua de escasa importancia. Acudieron los oficiales de mar a reparar el desperfecto y restañar el agua, que poquito a poco se colaba dentro. Para ello emplearon cemento y ladrillos, que son la cura quirúrgica que en estos casos se emplea, añadiendo limadura de hierro para mayor eficacia. El emplasto quedó hecho en poco tiempo, y la *Numancia*, que apenas sentía el escozor de la herida, gracias al peto y espaldar de su armadura, invocó a Nuestra Señora del Carmen y siguió tan fresca disparando balas, granadas y demonios coronados contra Santa Rosa.

—Gracias a la Virgen del Carmen—dijo Sacristá—, esto no ha sido nada.

—La Santísima Señora—observó Ansúrez—ha sido la salvación del barco, poniéndose a nuestro lado en forma y sustancia de blindaje. Bendita sea la Virgen y los que inventaron estas vestiduras de hierro.

Subió Ansúrez, llamado por el general, a informarle de la reparación de la avería, y antes de que concluyese llegó por segunda vez Lazaga con la noticia del casi milagroso caso de la *Berenguela*, que fué de este modo:

—Sola frente a las baterías del Norte, después de la retirada de la *Villa*, siguió cañoneando la veterana *Berenguela* y logró inutilizar los cañones Armstrong de la torre blindada. Pero luego le tocó una china de las gordas, un proyectil Blakely, que entró por la porta como en su casa, destrozó a muchos hombres, y corriendo en dirección oblicua fué a salir por el costado opuesto debajo del agua. Al salir se llevó una tabla, abriendo brecha enorme, por la cual se precipitó una cascada que en minutos habría inundado el barco si la Providencia y la tripulación no acudieran con prontitud al único remedio posible en tales casos. Antes de que se les diera la orden, los marineros llevaron los cañones a brazo..., ¡a brazo, parece mentira!, de la banda de babor a la de estribor, para es-

corar la embarcación, sacando así del agua la brecha... Y estando en esta faena, entró en el sollado otra bomba, que al reventar hirió a mucha gente y pegó fuego a las carboneras... La enfermería, llena de víctimas, se vió asaltada del agua y del fuego...; los pobres heridos gritaban con espanto entre los dos horrores: morir ahogados o morir quemados... Por momentos estuvo la fragata a dos dedos de irse a pique... Gracias a la rapidez con que los cañones pasaron de un costado a otro, se salvaron el barco y sus hombres de una muerte segura. Escorada, se retiró de la acción y apagó con el trajín de bombas su propio fuego. Rodeada y segura está ya en la isla, tapándose el boquete con lonas hasta encontrar maderas, para echarle unas buenas tapas y medias suelas. Las bajas son muchas: no he visto propiamente muertos, pero sí hombres muriéndose.

—Esto va bien, hijo mío—dijo don Casto, estrechando la mano de su subalterno—. Yo me encuentro regular. Me pone nervioso el verme preso en este camastro... Pero estoy contento... Adiós, hijo; vamos bien.

Las ironías de la guerra revoloteaban como avecillas negras y doradas en torno al lecho del general. Con su canto seductor infundían alegría en el relato de los hechos luctuosos y matizaban de gloria la cruel muerte y los sufrimientos humanos. Quedó solo el general con Pastor y Landero, que le dió cuenta de cuanto arriba, en el Estado Mayor, ocurría. Lobo y Antequera permanecían en el castillo de popa con los tenientes de navío Lahera y Basáñez. Alonso mandaba la batería; Barreda continuaba en funciones de segundo; Pardo Figueroa estaba en cubierta. Las cuatro divisiones de batería seguían a las órdenes de los alféreces de navío Liaño, Garralda, Silva y Armero, con los guardias marinas. Todo el personal se encontraba ileso. Ibamos bien, muy bien. Entró después Lahera, y con él el ingeniero don Eduardo Iriondo; ambos ponderaron las condiciones inmejorables de la fragata. Era un barco invencible; el combate, aún no concluído, daba la mejor prueba de la eficacia del blindaje. Con otras dos *Numancias* sobre la que teníamos, la destrucción de las defensas del Callao habría sido obra de minutos... Los barcos de madera ya no podían entrar en fuego con fortificaciones modernas, sin llevar dentro de sus tablas mayor grado de heroísmo del que debe exigirse a los hombres de guerra: eran héroes de vocación y mártires a sabiendas. No debemos ir desabrigados contra el frío ni desnudos contra el fuego. La realidad nos demostraba que sin una escuadra compuesta totalmente de *Numancias* no iríamos a ninguna parte. Las consideraciones y las ideas técnicas no podían seguir adelante, que era ocasión de aplicar todo el entendimiento al empirismo inmediato. Lahera trajo al general la noticia de que la *Blanca* se retiraba por habérsele acabado las municiones. Topete estaba herido, no de gravedad... De la *Almansa* se tenían noticias ciertas. En su batería reventó una granada, matando trece hombres. El guardia marina Rull quedó hecho pedazos y al instante le sustituyó otro guardia marina, Hediger, que antes sirvió en la *Villa de Madrid* y en la *Numancia*. Al estrago de la explosión siguió el incendio de la pólvora de los guardacartuchos; los que conducían las cajas quedaron abrasados; el fuego se extendió rápidamente hasta el antepañol de la santabárbara... El fuego no se apaga sino con agua... Urgía inundar el sollado, abriendo los gritos... Produjose entonces una situación dramática. ¿Qué era preferible? ¿El peligro evidente de volar, o el desaire de suspender la lucha? Esta duda fatídica inspiró al animoso Barcáiztegui una frase que había de ser célebre: «Hoy no mojo la pólvora...» Así fué: retiróse la fragata; fué extinguido el incendio sin mojar la pólvora, y antes de media hora ya estaba otra vez frente a las baterías del Norte, vomitando contra ellas todo su coraje.

Las cuatro y media marcaban los cronómetros cuando ya sólo tres cañones peruanos tenían voz y balas. La noche estaba próxima. Enterado de todo, Méndez Núñez dijo a Lahera y a Pastor:

—Mi opinión es que se dé por concluído el combate.

Poco después, Lobo mandó hacer la señal de que cesara el fuego. Subió a las jarcias la marinería, y dió tres vivas a la reina, que fueron el último aliento del furioso Marte en aquel terrible día. Los barcos españoles se retiraron tranquilamente al fondeadero de San Lo-

renzo. Durante la corta travesía de la *Numancia,* Méndez Núñez fué llevado de la enfermería a su cámara, donde el mayor general le dió cuenta del resultado total de la acción. Ambos lo conceptuaron lisonjero, pues sólo el hecho de no haber perdido ningún barco significaba una indudable victoria. Declaró Lobo que los peruanos se habían conducido con bravura y tesón. Calculaba que sus bajas habían de ser superiores a las nuestras, y sólo con la torre de la Merced tenían para llorar un rato y para hacer cuenta larga de desdichas. Pero, a pesar de esto, no podían negar que en el suelo de aquel día todas las ventajas fueron suyas, y nuestras las mayores desventajas. Combatían en tierra, alentados por la opinión próxima, en un ambiente de entusiasmo, con todo un pueblo por reserva. Sus artilleros podían hacer buena puntería. Los combatientes tenían retirada segura hasta los Andes, y aún más allá. En cambio, los barcos españoles no veían más retirada que la mar, sin recursos de vida, sin medios de reparación para los hombres extenuados y los buques maltrechos, faltos de todo.

Mientras navegaban hacia la isla, Ansúrez no apartaba sus ojos de la plaza y sus baterías, en las cuales era visible el estrago causado por las balas de los españoles. Con inmensa piedad miró hacia tierra, como si entre los muros rotos y entre las ruinas humeantes viese despojos de seres amados o algún ser vivo ligado a él con vínculos estrechos. Como estaba el hombre con los codos apoyados en la batayola y el rostro vuelto hacia la tierra, que a cada instante se alejaba más, por la neblina y la distancia, nadie pudo ver las lágrimas que resbalaban por sus curtidas mejillas. Lloraba de remordimiento de haber cañoneado a los suyos, a su hija, a su nieto, a los demás de la familia, que también se habían hecho suyos. ¿Quién le aseguraba que alguno de ellos, tal vez la propia *Mara,* hallándose por casualidad o de intento en el Callao, no había sido cogido por las balas que mandó con tanto furor la *Almansa* contra las casas del pueblo?... Y, sobre todo, Señor, ¿quién había inventado aquella maldita guerra y quién dispuso las cosas de modo que él no pudiese odiar al Perú, ni tenerlo por enemigo? ¿A qué venía tanta furia contra el pobre Perú, delicioso país, sin duda, por el hecho de estar en él la hermosa *Mara?*

Momentos después de estas tristezas y reflexiones vió a Fenelón, que de la máquina salía jadeante, pintado el rostro de grasienta negrura. Había hecho servicio durante todo el combate... Más fatigado de la suciedad que del trabajo, buscaba un cubo de agua con que baldearse y recobrar su ser ordinariamente limpio.

—¿Qué cuentas, Fenelón?—le dijo el celtíbero—. ¿Qué opinas tú de esto?

—Que por una parte y otra, todo ha sido una función de... romanticismo... ¿Consecuencias, dices? Ninguna, como no sea ésta: que se retrasará un cuarto de siglo, lo menos, la reconciliación de España con las que fueron sus colonias. El combate de hoy ha sido, *por ejemplo,* el acto final de una guerra en verso... No pongas esa cara de asombro. Acá nos han mandado para que cantemos una oda en el Pacífico. Los americanos han respondido con otra canción..., *y he aquí todo...* Ahora España envaina sus versos y se va por esos mares a la casa paterna, donde también habrá, cuando lleguemos, poesía a todo pasto.

Dicho esto, el francés dió con un cubo de agua, y requiriendo un pedazo de jabón, empezó a fregotearse con furor de limpieza.

XXVI

No cesaba el cuitado Ansúrez de voltear en su mente la idea sugerida por Fenelón de que toda la guerra y el combate final eran cosa romántica, como la fuga de *Mara* con Belisario, como el trasplante al Perú de la prenda de su corazón y como la fabulosa riqueza y felicidad indudable de la niña en América. Hay, sin duda, romanticismo público y nacional, como lo hay privado y doméstico. Las naciones hacen versos lo mismo que esos vagos que se llaman poetas... En la siguiente mañana, las obligaciones de su cargo le llevaron a un acto tristísimo, por su propia tristeza y desolación empapado de idealidad romántica. Encargado el transporte de muertos a la isla de San Lorenzo, donde se les daría cristiana sepultura, salió Diego de la *Numancia* en la lancha vapora, y fué de barco en barco reco-

giendo los botes en que ya estaban depositados los cadáveres, y dándoles remolque hasta el desembarcadero.

La solemnidad de dar tierra a las cuarenta y tres víctimas del combate del Callao dejó en el alma del contramaestre una impresión angustiosa. Desde el amanecer ya estaban en tierra unos veinte hombres cavando las sepulturas de sus compañeros. A los dos guardias marinas, Godínez, muerto en la *Villa de Maldrid,* y Rull, en la *Almansa,* se les enterró envueltos en la bandera nacional. Los cabos de cañón, condestables y marineros, fueron al hoyo con la misma vestidura, pero ideal, porque para tantos no había banderas. Asistían a la ceremonia un oficial y un guardia marina de cada barco, y presidía el segundo accidental de la *Numancia,* teniente de navío don Emilio Barreda. Los capellanes de todas las fragatas, arrimados a las sepulturas, daban al viento el tristísimo latín de los responsos, más fúnebre cuanto menos entendido. José Binondo, que fué de los primeros en la cava de los hoyos, y en el apañar y soterrar a los pobres difuntos, se multiplicaba como si le nacieran muchos brazos para las operaciones mecánicas y bocas muchas para los rezos en castellano y latín macarrónico que a cada muerto dedicaba. Para rematar dignamente el acto religioso, se puso en mitad del terreno de las sepulturas una cruz de madera pintada de negro, que a toda prisa carpinteó un calafate de la *Numancia.* Ansúrez habíala llevado en la vapora. Binondo ayudó a clavarla en tierra, afirmando su base con pedruscos.

—Yo te aseguro—dijo a su amigo mientras le ayudaba en la colocación de piedras—que al llorar a nuestros queridos compañeros difuntos debemos también envidiarlos, porque ellos están ya gozando de Dios y nosotros aquí quedamos como pobres desterrados, navegando y muriendo, sin morir... Porque ya ves: nuestra vida no es vida, sino más bien muerte, y nuestro comer es ayunar; y nuestras alegrías, penas y quebrantos. ¿No valdría más que nos echaran al agua de una vez para que ya que nosotros no comemos comieran los pobres peces?... Dios cuida, ya lo sabes, de dar su diario sustento al pajarillo y también al pececillo..., y quien dice pececillos dice ballenas, tiburones y tintoreras. En verdad te digo que debemos envidiar a los muertos, porque al morir por la bandera quedaron absueltos de sus culpas, y en la gloria están todos ya salvo algún renegado a quien echen cuarentena en el lazareto del Purgatorio.

—Si de ellos están absueltos y mondos de pecados—dijo Ansúrez—, también nosotros, que sobre lo ya sufrido tenemos lo que aún nos espera en estos malditos mares. Tierra firme paréceme a mí que ya no pisaremos. Y viviendo en el mar, trashijados de hambre, nuestros víveres son las ilusiones y nuestra bebida la poesía, que más emborracha que alimenta.

—Verdad. Pero ¿qué te importa si así eres feliz? Has llegado a creerte que tu hija vive, cuando está más muerta que mi abuela; crees también que nada en plata y oro, cuando ya no puede nadar en cosa alguna, como no sea en la divina misericordia... En verdad te digo que no te salvarás si no te haces amigo de la muerte. Aquí me tienes a mí deseando siempre que me llegue la hora... Vivo muriendo, o, como dijo la otra, muero porque no muero.

—Déjame en paz, farsante, y guárdate tus sermones—replicó Diego cogiéndole por el pescuezo..., que, entre poesía y poesía, prefiero yo la que me alegra el alma... Y dime ahora: ¿todavía rezarás a Santa Rosa, que nos estuvo abrasando con los cañones de su batería hasta que Topete y la Virgen del Carmen le metieron en la torre una granada?

—Yo le rezo a la Santa, pero con reservas. Rosa se llamó en el mundo mi querida hija... Yo les rezo a las dos Rosas, y hago mi separación de cañonazos y santidad. A este lado la guerra, al otro las ganas que tengo de salvarme. Nada tiene que ver el Credo con las témporas... Si la Virgen del Carmen mira por los españoles y Santa Rosa por los peruanos, allá ellas. Yo, Pepe Binondo, me pongo todo en mi alma, y al cuerpo mío, que es témpora, le doy un puntapié y le digo: «Muérete, cuerpo asqueroso. Cómante peces o meriéndete gusanos, lo mismo me da. ¡Viva mi alma, y amén!»

—Buen tuno estás tú... Acaba pronto y vámonos a bordo—le dijo Ansúrez tirando de él.

Embarcados en la lancha vapora, si-

guieron charlando. Binondo no soltaba el hilo de sus estrafalarias teologías; pero Ansúrez le llevó a un tema más positivo, anunciándole que si se concertaba un armisticio con el Perú, podrían los españoles hacer provisión de comida fresca y abundante; a lo que respondió el malayo, con verdoso fulgor en su mirada de santo budista:

—Buena falta hace... En verdad te digo que el comer es necesario hasta para la devoción, pues un estómago vacío trastorna el entendimiento, y si la cabeza no gobierna como es debido, puede uno llegar encandilado a la muerte, y no ver la puerta de la salvación.

Para que no tuvieran aquellos infelices ni un momento de descanso, las reparaciones de los barcos descalabrados en el combate les ocupaba día y noche, sin desatender el trajín de aprovisionamiento de carbón y víveres. Por ser la comida escasa y mala, el repartirla daba mucho que hacer. Lo menos malo era para los heridos, que no bajaban de ochenta, con añadidura de setenta y tantos contusos. En uno de los barcos del convoy, llamado *Mataura,* tuvo Ansúrez el gozo de encontrar a su amigo Mendaro. Las desdichas por ambos sufridas les desbordaron en una conversación calurosa, interminable, sobre lo divino y lo humano, sobre lo privado y lo público. Refirió Mendaro que sus parroquianos habían dado en llamarle espía, y su misma esposa, Josefa, le quemaba la sangre a toda hora, hablando pestes de la reina doña Isabel. Por más que él guardaba la mayor compostura, y no se permitía públicamente decir palabra que sonase mal en oídos peruanos, a cada paso le injuriaban, azuzándole con dicterios soeces. Antes de que le expulsaran se expulsó él a sí mismo, con propósito de regresar a su casa en cuanto los barcos españoles volvieran la espalda, dígase las popas. El hervor del patriotismo peruano pasaría pronto, que en aquella tierra, como en España, no había constancia en el odio, lo que es signo de buen natural.

De estos y otros temas particulares pasaron Mendaro y Diego a los de interés colectivo: se habló largamente del combate del día 2, del coraje y valentía que unos y otros desplegaron, de la catástrofe en la torre de la Merced, del brío y agilidad de las fragatas, terminando en consideraciones y barruntos de lo que sobrevendría. ¿Duraría más tiempo la guerra, o se hallaba ya en su conclusión y finiquito? Esto era lo más probable, y la opinión corriente en la escuadra, donde todos sentían la imposibilidad de mayor resistencia. La comida escaseaba y era de la peor calidad. ¿Adónde irían en busca de víveres frescos? Dijo a esto Mendaro que en el tiempo que llevaba en el convoy su constante pensamiento era comer algo más nutritivo y grato; dormía mal, con ensueños de olor y gustar un buen *sancochado* y un platito de *seviche,* que es pescado crudo con zumo de limón.

—Pues yo—dijo Ansúrez—, sueño que estoy en Cartagena comiendo pimientos y aladroque, y al despertar paréceme que conservo en la boca el gusto de aquellos comistrajes tan sabrosos... Yo creo que la guerra se ha concluído, y que vendrán pronto las paces.

Opinó Mendaro que la paz no podían hacerla los españoles allí presentes, sino otros que mandaría después el Gobierno con más papeles que cañones... A este propósito, repitieron lo que en la escuadra se daba como hecho corriente, divulgado de boca en boca. En sociedad tan estrecha y cordialmente unida como las tripulaciones de los barcos no había nada secreto, y las disposiciones del Gobierno de Madrid, apenas llegaban al Pacífico, eran conocidas y comentadas en la España flotante y en su vecindario de tres mil almas, algo mermado ya por las bajas de la guerra. El hecho que debe ser puesto aquí, como guión de los que marcan el paso de la Historia, fué el siguiente: nuestro Gobierno de entonces, ni más cauto ni más animoso que los que le precedieron y después le heredaron, se sintió de súbito aterrado de la prolongación dispendiosa de la campaña del Pacífico. Quizás vió, tarde ya, la locura de haberla emprendido por un impulso de pueril fiereza, cediendo a los estímulos de la moda imperialista (segundo Imperio francés) que, a la sazón, reinaba, moda que imponía con los miriñaques otras cosas vanas, como la hinchazón de guerras sin sentido común, para deslumbrar y dominar más fácilmente a los pueblos. Conocidos el error y la tontería, no vió el Gobierno más camino de arreglarlo que decretar la terminación de la campaña;

y al efecto, mandó al Pacífico al señor Alvarez de Toledo, alférez de navío, con pliegos para Méndez Núñez, ordenándole el «inmediato regreso» de la escuadra.

Defectuoso y precipitado era este modo de concluir, como fué impensado y calaveresco el modo de empezar. El enviado español tomó el camino más corto, que era el de Panamá, y en el Callao apareció el 1 de mayo, cuando ya la escuadra española estaba haciendo puntería, como si dijéramos, contra las defensas de la plaza. Y véase aquí cómo procede un caudillo valiente que tiene en su mano la bandera de su país y el honor de las armas. Méndez Núñez leyó el papel, y devolviéndolo al mensajero le dijo:

—Mañana, dos, bombardeo el Callao. Usted no ha llegado todavía; llegará pasado mañana, y en cuanto me comunique la orden del Gobierno, me apresuraré a obedecerla.

Así se hizo. ¡Honor a los hombres que, en circunstancias tan solemnes y críticas, saben desobedecer obedeciendo!

XXVII

De este suceso, del grande ánimo del general y de su heroica marrullería, hablaron los dos amigos extensamente, tratando luego de los medios de proporcionarse algún alimento de mediana calidad y frecura. Pero la requisa escrupulosa que hicieron de despensa en despensa no dió resultado alguno. Separáronse, y cada cual fué a entretener y amodorrar su hambre con las obligaciones. Ansúrez se aplicó a la faena de la reparación de averías en los barcos de madera.

En la agitación de estos trabajos les sorprendió la noche del 5, que fué de gran alarma y ansiedad, porque vieron confirmado el temor de que les atacaran con torpedos u otros aparatos infernales y traicioneros. Gracias a la vigilancia con que a estos riesgos atendían, pues aquella pobre gente no descansaba en las noches claras ni en las oscuras, pudieron librarse de una catástrofe. La *Berenguela* fué la primera en anunciar con cañonazos el peligro. A favor de las tinieblas se aproximaba un remolcador conduciendo una barcaza en que venía el torpedo, diabólico artefacto lleno de fulminante, que por medio de un sutil mecanismo, al chocar con un cuerpo duro se inflamaba y hacía terrible explosión, pudiendo así destruir la nave más poderosa. La Providencia, que a los españoles favorecía en aquellos angustiosos días de trabajar duro y apenas comer, deshizo el plan siniestro de los que habían armado el bárbaro artificio. Una bala de la *Berenguela* rompió la palanca que debía transmitir al depósito de explosivos los efectos del choque, y el torpedo quedó ineficaz. A la mañana siguiente pudieron desmontarlo con minuciosas precauciones, y salieron al fin ganando, porque el vaporcito que traía la muerte quedó con vida incorporado a la escuadra. ¡Lástima que, en vez de enviar vaporcitos portadores de fulminante, no los mandaran cargados de jamones, pavos, manteca fresca y demás pólvoras alimenticias!

Deseaban Sacristá y Ansúrez visitar al general para felicitarle por su mejoría y recibir sus órdenes, y antes de que pusieran en ejecución este noble pensamiento, Méndez Núñez les mandó llamar. Ello debió de ser el 7 ó el 8 de mayo. Halláronle levantado, el brazo en cabestrillo, pálido y decaído de fuerzas físicas, ya que no de ánimos. Con su bondad ingénita, que en el trato de los inferiores generosamente se mostraba, les recomendó que se previnieran para un viaje larguísimo y tal vez de contingencias desfavorables.

—Al retirarnos de estas aguas—les dijo—, no podemos seguir juntos... Yo me voy en la *Villa de Madrid*, con la *Blanca*, *Resolución* y *Almansa*, a Río de Janeiro; vosotros, con la *Berenguela*, emprenderéis la derrota de Filipinas, para seguir luego hasta España por el Cabo de Buena Esperanza. Ya veis: ocasión se os presenta de mostrar otra vez que sois excelentes marineros. Lo que hicisteis para ayudarme a traer acá esta fragata, repetidlo ahora... No me arriesgo a llevar la *Numancia* conmigo, porque ha de ser muy difícil embocar en esta estación la entrada occidental del Estrecho. Hemos de ir por el Cabo de Hornos y a la vela. ¿Quién nos dará carbón de aquí a Montevideo? Vosotros llevaréis mejor camino, y antes de llegar a Filipinas, haréis escala en alguna isla del Archipiélago de la Sociedad...

Menester será emplear la vela el mayor tiempo posible, porque no llevaréis carbón más que para algunos días. Viento de popa y corriente favorable tendréis al salir de aquí; navegaréis con rumbo Sudoeste hasta los diecisiete grados; luego, al Oeste: la corriente os ayudará a llegar a las islas. Ocupaos hoy mismo en guindar todo el aparejo, asegurando los estais y poniendo al corriente todo el juego de brazas de los tres palos, que si os cogen calmas, habréis de dar algunas puntadas en las mayores y en los foques, que bastante trabajaron para traernos acá... Y nada más os digo, porque os conozco, y sé que sabéis cumplir con vuestro deber... Deseo que podamos volver a vernos allá. Ello no es fácil, porque como de esta hecha hemos quedado todos, cuál más, cuál menos, bastante estropeaditos, y heridos del corazón tanto como de los remos, no será extraño que algunos vayan cayendo al agua por el camino. Sea lo que Dios quiera. Amigos, hasta Cádiz... o hasta el valle de Josafat.

Con emoción y gratitud salieron de la cámara del general los dos contramaestres. La llaneza bondadosa de don Casto les afianzaba en el cariño que por él sentían, y era el mejor estímulo para el cumplimiento de cuanto les mandaba. Sin perder tiempo se consagraron a guindar toda la arboladura, y a disponer el velamen, que pronto había de ser entregado a las caricias del viento. Después de trabajar como negros en estas operaciones, cayó el buen Ansúrez en hondas melancolías. La idea de abandonar las aguas peruanas sin poder saltar a tierra le abrumaba. ¿Qué razón había para que el general no hiciese paz honrosa con el Perú, echando pelillos a la mar, sin pensar más que en la reconciliación de los pueblos hermanos? ¡Ajo! ¿Para cuándo dejaban el tierno abrazo de americanos y españoles? Retirarse a España dejando las cosas como estaban, era una mala partida, un pastel indecente..., ¡una traición, con cien mil pares de ajos! No había consuelo para el infeliz padre cuando pensaba que tenía que volverse a Europa dando al mundo la vuelta grande sin ver a su hija y abrazarla. ¡Ni siquiera le permitía Dios el mezquino placer de comunicarse con ella, de recibir cuatro renglones trazaditos en un papel por su linda mano! ¿Qué crímenes había él cometido para estar condenado a dar vueltas al rededor del globo sin ninguna pausa ni alivio de su inmenso pesar? Esto era horrible, Señor; esto traspasaba los límites del dolor humano. Mejor que esto era el Infierno; mejor el Limbo, con su privación eterna de bienes y males.

Para mayor tortura del pobre celtíbero, hasta la consoladora visión del niño Carmelo había desaparecido. Por más que se esforzaba en traer a su imaginación la angelical persona del nietecillo, no podía disfrutar de aquel consuelo. La imagen alada y sutil se escapaba, se escabullía, perdiéndose en los espacios más remotos del ensueño. «¡Señor, Virgen del Carmen—decía clavándose los dedos en el cráneo—, si será todo mentira!... ¡Si me habrá engañado el maldito francés y los que declararon que mi hija estaba en Jauja, en el Cuzco, en Arequipa o en las Batuecas de los Andes! ¿Será también una farsa los versos con que quisieron darme fe del alumbramiento de la niña? ¡Ajos!, no me falta más sino que tenga razón ese puerco mojigato de Binondo, que me asegura la muerte de *Mara* y su viaje al otro mundo para no volver de él. Sáqueme Dios de estas dudas, o me entregaré a los demonios para que me cojan, me zarandeeen, y me zambullan en sus calderas de plomo derretido.»

En esta consternación y turbulencia de su espíritu estaba el hombre sin ventura, cuando llegóse a él Mendaro, que a despedirse iba. Llorando a moco y baba, se echó Ansúrez en brazos de su amigo, y le dijo:

—Pepe de mi alma, por lo que más quieras; por tu mujer guapetona, que parece una reina, por el príncipe de tu hijo, ten compasión de este padre desgraciado, y en cuanto vuelvas a tu casa, busca el medio de ponerte al habla con *Mara* o con su familia; revuelve a Lima, a Jauja y al piñatero Cuzco hasta dar con ella. Si para esto necesitas gastar algún dinero, aquí tienes todo el que guardo de mis pagas... No dudo que me harás este favor, hijo; yo te lo agradeceré mientras viva... Y si logras ver a esa ingrata, cuéntale mis amarguras, y hazle ver lo que he penado por ella, y lo que aún me falta. ¡ajo!, que es mucho dolor éste de volver a España por la

vuelta de Filipinas y el Cabo de Buena Esperanza sin ver a mi hija, sabiendo que está en el Perú... No sé, no sé cómo consiente Dios este desavío tan grande... ¡Y para esto ha hecho el hemisferio Sur y el hemisferio Norte, y los caminos de la mar! Navegue usted nueve mil millas, fondee delante del Perú, y resígnese a navegar ahora veinte mil millas sin ver logrado un deseo tan natural y tan santo como es el abrazar un padre a su hija... Yo le digo a Binondo que no hay Dios y que si lo hay está trastornado de su eterno caletre... Y si no lo estuviera, ¿cómo había de permitir estas guerras estúpidas, que no son más que bambolla y quijotismo? ¿Qué ventajas nos da el sinfín de bombas y granadas que hemos tirado contra esos infelices?... Pero, en fin, no nos entretengamos, Pepe, que tú tienes prisa, y nosotros aguardamos la pitada que nos mande levar anclas. Toma las diecisiete cartas que en estos días escribí a mi ingrata: se las das todas para que se entretenga leyéndolas. En la última le digo que en cuanto lleguemos a Cádiz me quedaré franco de servicio, y me vendré al Perú por Panamá, y veré a mi adorada, si es que vive..., y a Dios le digo que si no me arregla el venir acá, y el encontrarla buena y sana, y el hacer mis paces con ella y con su familia, me volveré ateo... Ateo seré, como hay Dios: te lo juro... Conque ya sabes: en ti confío; guarda las cartas... De lo que averigües, me escribirás a Filipinas, donde haremos escala... Y si recibiera carta de ella, me volvería loco, y se me quitaría el ateísmo... Adiós, hijo: a ti me encomiendo. Que te vaya bien. Ya suena el pito de Sacristá... A levar se ha dicho... Adiós, adiós.

Prometió Mendaro cumplir con toda solicitud el encargo de su amigo, y resistiéndose a tomar el dinero que éste le ofrecía, se abrazaron...

—¡Adiós, América!—dijo el uno.

Y el otro:

—¡Adiós, España!...

Media hora después la *Numancia,* andando a máquina, doblaba majestuosa la punta de San Lorenzo, y al entrar en el ancho mar tendía las alas de su velamen, abandonándose en brazos del viento suave y amoroso. Toda la escuadra navegó en conserva el día 10 con rumbo SO., y a la puesta del sol se separaron las dos divisiones. La despedida, con los silbatos de vapor y el sube y baja de banderas, fué patética, y dejó tristísima impresión en todas las almas. Pusieron las proas al Sur los que iban por el Cabo de Hornos, y la *Numancia, Berenguela* y *Vencedora,* con el *Marqués de la Victoria* y los mercantes *Uncle Sam* y fragata *Mataura,* enmendaron su rumbo, poniéndole al Oeste con cuarto al Sur.

El descanso de los tripulantes en aquella expedición era tedioso y lúgubre. Enfermos de excitación anímica y de rudos trabajos, ingresaban en vida de hospital, donde el malestar o las lesiones que cada uno llevaba salían a la superficie estimuladas por el reposo. Sobre todos los males imperaba el mal comer, contra el cual no había remedio mientras no llegasen a tierra de abundancia. Carne salada, tocino en mal estado y galleta mohosa eran el alimento corriente para todos, altos y bajos. El hambre se juntaba con la inapetencia, y la repugnancia cortaba el paso al apetito. Y, para colmo de desventuras, la carencia de tabaco llegó a ser absoluta. Hombres había que se dolían más del no fumar que del no comer. Llegó un día en que el mismo Binondo, almacenista en pequeña escala de hoja virginia, no suministraba ni una hebra. Hombres industriosos hubo, tan ávidos del vicio, que discurrieron fingir el tabaco con raspaduras de maderas dadas de sebo rancio. Las virutillas que así sacaban eran liadas en papel, como picadura, y venga a chupar y escupir engañando el gusto y rodeándose de humareda pestífera.

La tristeza era general: nadie cantaba ni reía. El aplazamiento físico y moral sobrevino con verdadera difusión epidémica. La pereza embotaba la voluntad: nadie trabajaba: fatigábanse algunos del mejor esfuerzo, y todos caían en tétricas modorras. Para sacudir los cuerpos enmohecidos, se discurrió darles gazpacho dos veces al día, pues no faltaba vinagre a bordo; y para mover las almas, se ordenó que se pusieran en práctica todos los medios de regocijo. El que supiera cantar, que cantase, y lucieran sus habilidades los tañedores de guitarra, bandurria, flauta, o siquiera del güiro. Dióse permiso para bailar y recitar romances y jácaras. Mientras los marineros organizaban un festival de

zapateado, o de las danzas peruanas la *Zamacueca* y la *Zanguaraña*, que algunos sabían, los guardias marinas repartían y ensayaban el socorrido *Puñal del Godo*, para dar una representación solemne y pública en el alcázar. Hasta se quiso incluir en el programa un número de prestidigitación y otro de volatines, que había en la maestranza dos muchachos muy fuertes en estas divertidas profesiones.

De nada valían tales artificios para atraer la alegría cuando ésta no se dejaba coger. Si por momentos resplandecía sobre algunas extravagancias, pronto se iba, difundiéndose en el aire calmoso. Lo que al barco llegaba y en él ponía su alojamiento era el escorbuto, el mal marinero que destruye las tripulaciones cansadas, mal comidas y agobiadas de tristeza en las grandes soledades oceánicas. En la *Berenguela* y *Vencedora* menudeaban los casos; en la *Numancia* empezaron las manifestaciones del mal a los tres días de salir del Callao. Los médicos vieron venir la terrible infección, y sin poder aplicar más que paliativos, suspiraban por llegar a cualquier isla donde hubiera limones. El primer atacado fué Desiderio García, que, además, tenía una herida de casco de metralla en el muslo, aún no cicatrizada; cayeron después un marinero vizcaíno llamado Ansótegui, y dos fogoneros gaditanos. Empezaban con un recrudecimiento de la general tristeza, y con extremada flojedad, abatimiento y fatiga; seguía la hinchazón de encías, síntoma determinante del mal; luego la reapertura de las heridas, el que las tuviera; las manchas equimóticas que degeneran en úlceras, la emisión de sangre negruzca, la caída de los dientes y, por fin, el marasmo, la muerte...

En el pobre Desiderio García no ofrecieron gravedad los primeros síntomas escorbúticos; pero el recrudecimiento de las heridas trajo complicaciones alarmantes, y el enfermo se vió acometido por dos males que encarnizadamente se lo disputaban. Al mismo tiempo que aparecieron las *petequias*, forma incipiente de la equimosis, y la hinchazón de encías, se presentó una fiebre intensa, fatiga, dolores que indicaban graves alteraciones viscerales. En dos días cayó el infeliz en postración hondísima. Crueles hemorragias anunciaban su acabamiento; las encías, tumefactas, no le cabían en la boca; su respiración no era más que el ansia de respirar. Una tarde, entre dos síncopes, disfrutó de breve descanso, y pudo emitir sonidos, palabras y aun conceptos. Llamó a sus amigos, y una vez que los tuvo junto a su lecho, les cogió las manos, y con pausado acento les dijo:

—Ansúrez, Sacristá, Binondo: quiero que sepáis que aquella sinfinidad y catálogo de millones de plata y oro que os conté y el escondimiento del tesoro en una cueva de Copacabana son mentiras y embaucaciones que no sé si saqué yo de mi cabeza o me las asopló un diablo que quería perderme. Si creísteis aquellas trolas, descreedlas ahora, y decid que os engañé por estar yo engañado... Ya confesé al capellán mi falsedad, y a vosotros ahora la confieso... Perdón les pido, y que recen algo por mi ánima.

Alentáronle los amigos con frases cariñosas, y Binondo dijo que no siendo esta vida más que una ensoñación, soñar con tesoros es un barrunto y vislumbre de la gloria eterna. Media hora después, reconciliado por el capellán y *con el práctico a bordo* para emprender su viaje a la eternidad, tuvo otro momento lúcido, en el cual pidió el último favor a su amigo Ansúrez.

—Me pondrás en los pies—le dijo—dos balas del mayor calibre, en la cintura una parrilla y en el pescuezo..., aquí..., un par de lingotes, para que cuando me arrojéis pueda yo irme derechito al fondo. ¿Sabes por qué te digo esto? Pues anda por aquí una tintorera que viene dando convoy a la fragata desde que montamos la punta de San Lorenzo. Tú la has visto, la han visto todos. Te aseguro que cuando yo la miraba desde la borda, la condenada no me quitaba los ojos... Con los ojos me decía: «Te como, te como...» Créelo: como hay Dios que nos viene siguiendo, porque sabe que me arrojaréis... Estos animales son muy listos, y todo lo entienden. Pero si tú haces lo que te pido, ponerme mucho hierro, mucho peso, yo me reiré de la tintorera, y a escape bajaré a lo profundo, diciéndole: «Fastídiate, tintorera. No me comes, no me comes.»

Al poco rato expiró, y fué en busca de los tesoros eternos. Era un buen hombre, de imaginación poemática... Sus

amigos le lloraron; y para cumplir su última voluntad, Binondo cuidó de arrojarlo al agua con oraciones y hierros de extraordinaria pesadumbre.

XXVIII

El cabo de cañón Ansótegui y los dos fogoneros se sostenían en los medios del sufrimiento, con esperanza de mejorar en cuanto llegaran a un país bien surtido de limones y naranjas. Era el viaje de una lentitud desesperante, por lo apacible del viento y el poco tirar de la corriente. La *Numancia,* con todo su aparejo al aire, no daba más de cuatro o cinco millas por hora. Como arreciara el mal escorbútico en los otros barcos, se les dió orden de abandonar la navegación en conserva, adelantándose cada una todo lo que pudiese. *Berenguela* y *Vencedora* y los transportes se perdieron de vista; quedó sola la blindada, arrastrándose como podía por las aguas quietas con sus tripulantes medio muertos de inanición y de quietismo tedioso. Lentos, monorrítmicos, transcurrieron días de mayo, días de junio... El tiempo navegaba por las aguas dormidas de la laguna Estigia... Y los hombres, como atontadas moscas, caían del aburrimiento a la enfermedad, unos con síntomas de escorbuto, otros de fiebre maligna, no pocos atacados de mal desconocido, cuyo síntoma visible era la mortal tristeza. En la enfermería no cabían ya tantos hombres. Era un dolor verlos caer y humillarse a la pereza, y requerir el olvido de lo que fueron.

El mismo Sacristá, fuerte como un roble, sucumbió a un acerbo quebranto y dolor de sus cansados huesos; otros estaban como atacados de locura: padecían el terror del escorbuto, y apretaban los dientes, creyendo que se les caían. Los fumadores sufrían el aplanamiento agudo de la privación de tabaco... Oficiales y guardias marinas desaparecieron del servicio y vivían confinados en sus camarotes, pidiendo limonadas que no se les podían dar. Había pescadores maniáticos que se pasaban el día y la noche en la borda, echando al mar aparejos que no enganchaban bicho viviente. Maniáticos había de ver tierra, que en cada nube del horizonte señalaban montañas, volcanes, a veces casas con blancas torres y chapiteles que brillaban al sol.

A mitad de junio no bajaba de ciento el número de hombres atacados de diferentes dolencias. El único que se conservaba fuerte, activo y hablador era Binondo: a todos quería consolar con ideas del galardón que reserva Dios a los justos y a los *pacientes* y *llorantes* en esta cárcel de la vida terrenal. Aseguraba el malayo que él no necesitaba comer para sostenerse, y que su gran piedad y la fortaleza de su espíritu hacían las veces de alimento, dígase carne, pescado y las demás materias nutritivas de que se forma nuestra sangre.

El 16 de junio, cuando el vigía de cofa señaló el monte de Fatu-Hiva, salieron todos a verlo, y aquel recreo de los ojos difundió en las almas una ráfaga de alegría... Aún distaban cuatro o cinco días de la isla de Otaiti... La esperanza levantó los corazones... Por fin, el 22, al anochecer, vieron las luces de la ciudad de Papeeté, capital de la ínsula; mas, desconociendo el puerto, siguieron por un ancho canal hasta la bahía de Toanoa, donde echaron el ancla. Un día más y se encontraron frente a Papeeté, rodeados de una felicidad y abundancia superiores a cuanto habían soñado los hambrientos, sedientos y maniáticos. ¿Era ilusión lo que veían? ¿Y aquellos botes y cayucos que rodeaban a la fragata, cargados de pan, de frutas, de tabaco eran reales o fantástica hechura de los cerebros enfermos? La hermosura del cielo, la tibieza del ambiente, la juvenil alegría que de todas partes emanaba, las voces de los indígenas ofreciendo alimentos tan apetitosos, habían trastornado a los sanos, y a los enfermos devolvían la razón, la confianza, el amor a la vida... Para mayor gozo, vieron fondeados, a pocas brazas de la ciudad, los demás buques de la segunda división. Participaban todos del delicioso descanso y festín riquísimo que Dios les enviaba en compensación de sus horribles trabajos y miserias.

—¡Hosanna, loor eterno al Omnipotente!—clamaba el pío Binondo alzando al cielo las manos, cuando llegaron a cubierta las primeras cestas de naranjas y limones, subidas por los indígenas, que eran, dígase con histórica imparcialidad, los seres más amables de la creación, los más ágiles y risueños...

¡Oh incomparable país; oh civilización silvestre, rozagante y desnuda; oh tierra de bendición y de libertad, coronada de flores y ceñida de espumas! Tu suelo fecundo y tu temple benigno redimen a los hombres de la dura ley del trabajo. Aquí la espléndida vegetación, sin las artes del cultivo, ofrece al hombre cuanto necesita para su sustento; aquí la dulzura del clima le exime de la complicada cargazón de ropa, no imponiendo más que el preciso y elemental resguardo del pudor; aquí las costumbres son proyección fiel de las benignidades de Naturaleza; no existe ni el rigor de castas, ni el apartamiento receloso entre los sexos; la ley es suave; el matrimonio, facilísimo; la religión, alegre; la virtud, generosa; la moral, amable; la muerte, un dulce tránsito... Tal pensaban y sentían los españoles ante la hermosura de Papeeté, capital de Otaiti.

Las primeras cargas de víveres fueron materialmente devoradas por la tripulación. Arrastrándose subieron algunos enfermos a cubierta; arrebataban las naranjas y limones y se los comían con cáscara. A enfermos y sanos exhortaba Binondo a la moderación, y pegando bocados a un tierno pan, les decía:

—Poco a poco, hermanos y amigos: refrenad el apetito de golosinas, que si dais demasiado al gusto, os quedará poco para salud. Guardad templanza y observad comedimiento, que las hambres que habéis pasado no os dan licencia para entregaros a la gula, feísimo pecado.

Estas y otras frases, aprendidas en el libro de sermones, iba soltando de grupo en grupo, sin perjuicio de tomar aquí y allí todo lo que le daban: plátanos, limones, guayabos y otras peregrinas frutas.

No escatimó el comandante en aquel día y a los siguientes las licencias para bajar a tierra. Deseaba que su gente se esparciera y refocilara en aquel edén, buscando su salud en la libertad, el movimiento y la alegría. Su primer cuidado fué gestionar de las autoridades otaitana y francesa la cesión de un edificio amplio y ventilado donde colocar a los enfermos. Concedida para este fin una isla entera, se dispuso trasladar a tierra a los infelices que penaban en los oscuros sollados. Todo era bienandanzas en la venturosa isla, que, rodeada de arrecifes de coral, ciñe su contorno de un cinturón de blanca espuma. Por esto fué llamada *La Cuna de Venus*.

Fondeada la *Numancia* muy cerca de tierra en aguas quietas y cristalinas, creíanse los españoles transportados milagrosamente de la muerte a la vida, y del reino de las amarguras a la morada de todas las dichas. Iban y venían los botes surcando aquel mar de juguete suizo con agua, casitas, figurillas de movimiento y cajas de música, y pisaron tierra en diferentes grupos oficiales y guardias marinas, cabos de mar, marineros, condestables, soldados... Lanzáronse a recorrer la ciudad y sus inmediaciones, apreciando cada cual, según su criterio y cultura, las maravillas naturales que contemplaban. Tiraron unos, desde luego, hacia el campo, atraídos por la opulencia de la vegetación, que, a mayor altura que las chozas y edificios, mostraba sus verdes cúpulas y cimeras ondeantes. Fueron a parar a un espeso bosque de naranjos y limoneros, silvestre, libre; se admiraron de pisar alfombra de azahares caídos y de coger cuanto fruto quisieran con sólo alargar la mano. No vieron señal ninguna de propiedad personal. Todo era de todos, del pueblo, que en la enramada frondosa tenía sus bien provistas despensas... El propio comunismo vieron y comprobaron en los espesos matorrales de guayabas, en las plataneras de luengas hojas... No había cercas, no daban el quién vive guardas adustos ni perros mordedores. Mujeres y chicos, vestidos de amplias y flotantes túnicas, andaban por aquellos vergeles cogiendo cuanto anhelaban, y ofreciéndolo a los extranjeros con risueña cortesía, para que ni la molestia tuvieran de cosechar lo que les pedía su necesidad y su gusto.

Adelante siguieron por alegres campos: vieron aldeas escondidas entre palmas de coco y otras especies vegetales rarísimas... Las casas de cañas, con singular arte tejidas, parecían jaulas o cestas. ¡Qué bien se viviría en aquellos aposentos cuyos frágiles muros tamizaban el aire, la luz y las miradas humanas! ¡Feliz Otaiti, que, no conociendo la gazmoñería, también desconocía la indiscreción!

Andando incansables entre tantos motivos de regocijo y asombro, dieron vis-

ta a un río que por aquí saltaba gozoso entre peñas con sonoras risas y espumas y por allá se remansaba en curvas perezosas hasta llegar a punto en que parecía dormirse a la sombra de árboles corpulentos que sobre él tejían bóveda de ramaje. En aquel remanso vieron los españoles turba de mujeres que gozosas y picoteras se bañaban. Las que en la orilla se disponían al baño y natación no se vestían del verde lampazo, sino que habían soltado la vestidura, quedándose como vinieron al mundo. Escondidos miraron los curiosos este lindo espectáculo, y oyeron la algazara que unas con otras hacían. Las que salían del agua empleaban para secarse el procedimiento más primitivo, que era revolcarse en el verde césped, y dar al aire sus extremidades con vigorosas zapatetas y cabriolas. Llegó un momento en que las alegres mozas se percataron de que eran miradas por los extranjeros, y no hicieron aspavientos de susto ni chillaron con remilgado pudor. Cambió de tono su griterío y algazara, y abandonando las aguas transparentes, se vistieron de prisa, operación fácil y que sólo consistía en encapillarse un ropón largo y holgón, única vestimenta de su constante uso, prenda única de su elegante y adorno mujeril.

Sin secarse ni aliñar las sueltas cabelleras mojadas, corrieron en alegre bandada las morenitas nereidas, y tras ellas iban, con paso y ojeo de cazadores, los europeos. Las alcanzaron en un prado verde rodeado de arbustos, y allí sin entender ni jota de la lengua que hablaban las ninfas, se metieron en franca conversación con ellas. Lo que no expresaban los idiomas desconocidos, decíanlo las risas, los gestos amables, las miradas alegres, y el tono general harto elocuente, mas no exento de cortesía. Algunas muchachas corrían con graciosa ligereza de piernas, y parándose de improviso, disparaban contra los españoles guayabos y naranjas, o los apedreaban con una frutilla menuda parecida a nuestras almendras; otras, admitiendo palique a media comprensión de vocablos, se dejaban abrazar. El idioma primitivo recobraba sus fueros. Luego que eran abrazadas se escabullían brincando como gacelas, y a perderse iban en las enramadas circundantes de las casas de caña... Desde el interior de aquellas jaulas continuaban disparando contra sus perseguidores risotadas y voces incomprensibles, que ellos no sabían si eran burlas o amistoso reclamo... ¿Estaban en Otaiti o en el Paraíso terrenal?

Los grupos de españoles, que, en vez de tirar hacia el campo y el monte, tiraron hacia las calles de Papeeté, eran la gente ilustrada, que iba en busca de las señales de civilización. No es menester decirlo: se divirtieron menos que los incultos y casi analfabetos, que, lanzándose tras de la Naturaleza y en seguimiento de la raza indígena, sorprendieron a ésta en su prístina sencillez y alegría de costumbres. Los ilustrados reconocían y admiraban las casas construídas cerca del muelle por los comerciantes europeos, el palacio de la reina y otros edificios de carácter administrativo y judicial. ¡Qué hermosura! ¡En Otaiti había administración, había Justicia! Vieron también con admiración, en las calles, señoras y caballeros indígenas ataviados a la europea... Gracias al protectorado de Francia, que se había metido en aquel edén para echarlo a perder y privarlo de sus seculares encantos, en Papeeté había zapateros, sastres y hasta sombrereros, bárbaros correctores de la estirpe humana, que han hecho una industria de la fealdad, y de la embarazosa sujeción del andar y los ademanes.

A consecuencia de no sabemos qué rebeldías y trapisondas, cayó la feliz Otaiti en el protectorado francés. Un funcionario del Imperio ejercía la autoridad con el nombre de comisario gobernador. Conservaba la soberanía de figurón una señora reina, llamada Pomaré IV, morenita y bella, del mejor tipo de la raza. En la época del arribo de la *Numancia* ya no era joven su majestad *canaca;* pero conservaba su aire gracioso y cierta distinción adquirida en el viaje que hizo a París. Fundaba su orgullo en vestir a la francesa, cuidando de acarrear trajes de última moda o de imitarlos con auxilio de figurines. Dígase, con todo el respeto que merecía la bondadosa Pomaré, que enjaezada a la europea estaba para pegarle un tiro. ¡Cuánto más bonita y seductora sería su facha conservando como única vestimenta el ropón o camisolín amplio y suelto con que se ataviaban y cubrían

las mujeres del pueblo! El rey consorte, llamado Arii Faité, era un bigardo glotón, y borrachín, que no se dejaba ver más que en comilonas y francachelas. Vestía ridículamente casacón bordado, y las plumas que debía llevar en su cabeza, según el uso salvaje, llevábalas en un sombrerote tricornio, como los que usan los suizos de las iglesias parisienses. Era, sin duda, el hombre más bárbaro de Otaiti y el más feliz de los *canacas*, que este nombre se daba a los indígenas del archipiélago de coral.

XXIX

Los felices españoles de clase humilde que visitaban la isla un día y otro, contaban a Binondo las maravillas que habían visto, la frondosidad silvestre de los naranjales y cocoteros, la sencillez y gracia de las mujeres vestidas de un simple camisón, y tan amablemente abiertas de voluntad a los obsequios del hombre; y al oír una y otra vez estas extraordinarias cosas, el malayo se encerraba en grave silencio, que era sin duda la cavidad mental en que guardaba sus profundísimas abstracciones. De aquellas honduras no sacaba su pensamiento más que para mostrarlo al capellán don José Moirón. Una tarde, cogiéndole solo, le dijo:

—Por lo que cuentan estos perdidos, señor don José, los habitantes de Otaiti no conocen la vergüenza ni ninguna ley divina ni humana. El nombre de *canacas* me dice que estos naturales son los *cananeos* de que nos habla Nuestro Señor Jesucristo en su Biblia, o dígase Moisés, que es lo mismo. Por donde saco que esta isla es aquella tierra de Cannam de que habla no sé si el Evangelio o la Epístola.

Contestóle el capellán tapándole la boca para que no salieran de ella más desatinos; pero el malayo prosiguió imperturbable:

—Desde que llegamos aquí, me paso las horas pensando qué religión profesarán estos bárbaros, cómo serán sus templos y qué vitola tendrán sus sacerdotes. Nada me han dicho los muchachos de la religión *canaca* o *cananea*, por lo que pienso será una indecente idolatría, como el adorar a la serpiente con pechos de mujer o a un hombre desnudo con cabeza de cocodrilo. Por todo lo cual, señor don José, usted y yo no haríamos nada de más yéndonos a tierra para ver qué casta de religión profesan estos salvajes..., y si resulta que es alguna secta idólatra y gentílica, de esas en que se adora la materia y el vicio, bien podríamos hacer algo por las almas de estos infelices, instruyéndolos y catequizándolos para sacarlos de sus errores lascivos y pestilentes y traerlos a la verdad de nuestra fe cristiana y sacratísima. Habrá usted oído que andan las mujeres por esos campos pisando azahares, sin más vestido que un ropón para cubrir la desnudez de pechos y caderas. Tales costumbres disolutas y desvergonzadas significan que aquí no se mira más que al deleite, en el comer, en el emborracharse y en el danzar deshonesto... Bienaventurado sería usted si consiguiera iluminar con su predicación a esas almas descarriadas. Yo iría con usted de misionero coadjutor o suplente, y no haríamos pocos méritos para nuestra salvación particular.

Tímido y desconcertado, contestó el capellán que él no tenía otra misión que la cura de almas de los tripulantes de la fragata, y que no quería meterse a convertir salvajes más o menos desnudos. Además, la Francia, protectora de Otaiti, cuidaría de cristianizar a los *canacas*, que para ello tenía personal nutrido de frailes y curas. Hecha esta declaración, aconsejó a Binondo que, pues sentía en sí fervor de catequista, fuese él solo a enseñar el Evangelio a los otaitanos. No desoyó el malayo este sabio consejo; aquella misma tarde se acicaló y compuso de rostro y vestido, y agarrando un grueso bastón en figura de báculo, se fué a tierra y se internó en la campiña de Papeeté. Divagando de un lado para otro, fué a parar al remanso del río en que se bañaban las *canacas* (de que tenía noticia por relación de sus amigos), y vió venir a las ninfas con sus holgadas túnicas, sueltas las cabelleras mojadas. Llegóse a ellas risueño y melifluo, echándoles almibarados requiebros. Debieron las mozas tomarlo por un mico vestido de marino español, y con risotadas lo cogieron, lo zarandearon y se lo llevaron a una de las aldeas próximas... Se perdió de vista el pío Binondo..., desapareció sin du-

da en el interior de una de aquellas frágiles casas de caña que parecían cestas.

Al anochecer, volvió el malayo a bordo, hecho una lástima: su chaquetón de cabo de mar había perdido los dorados botones, y mayores averías que en la ropa tenía en su rostro plano, lleno de horribles arañazos y chichones... Entró en cubierta procurando ocultar con una mano su desventura: pero no le valió el tapujo. Sus amigos hicieron gran befa y chacota. La explicación que dió fué que, habiendo entrado en una casa de infieles *canacas* con idea de predicarles el Evangelio, al principio fué oído con atención y recogimiento. Mas de pronto aparecieron unos diablos negros y deformes que le clavaron sus garras en semejante parte (el rostro) y le estrujaron y le hicieron mil estropicios, hasta dejarle en aquel estado lastimoso... Buscó el santo varón su bálsamo y consuelo en la piadosa lectura, principalmente en el *Sermoniario*, cantera riquísima de donde extraía todas sus ideas y sus persuasivas formas de lenguaje.

Desde el feliz arribo a Otaiti, túvose Fenelón por el hombre más dichoso del mundo. Su nacionalidad francesa le dió vara alta en aquel país sometido al protectorado imperial. A tierra bajaba diariamente, vestido con rebuscada elegancia, luciendo llamativos chalecos y corbatas. No tardó en cautivar al gobernador comisario, dándose a conocer con el título y modales de calavera de buena familia, sometido a expiación por desvaríos amorosos, y a esto debió mayor prestigio y metimiento en la buena sociedad *papeetana*, compuesta del comisario francés, conde de Rocière; del ordenador de la Marina, del cónsul inglés y de media docena de comerciantes ingleses y americanos. De esta sociedad le fué muy fácil subir el único escalón que le faltaba para llegar al real palacio. La aspiración del francés se vió pronto satisfecha y tuvo el honor de ser recibido y obsequiado por su majestad *canaca*, de quien mereció tan exquisitos agasajos, que sólo podía referirlos bajo palabra de secreto a los amigos de mayor confianza.

Solía el buen Ansúrez acompañarle a tierra; pero en las primeras calles de Papeeté se separaban, pues era el celtíbero más gustoso del libre campo que de la ciudad. En los espectáculos de la silvestre Naturaleza espaciaba sus melancolías, y el trato del pueblo sencillo y afable le resarcía de la desolación de su árida existencia sin afectos. Por las noches, de regreso a bordo, contábale Fenelón sus particulares sucesos del día, y el inocente Ansúrez se lo tragaba todo con crédula voracidad.

—Hoy—decía el francés—me ha dado Pomaré un rato malísimo... Es en extremo celosa... Figúrate que, paseando solos, vimos pasar una *canaca* lindísima; yo la miré..., no hice más que mirarla... Pomaré, furibunda..., creí que me arañaba... Hermosa y terrible es la mujer apasionada; yo adoro la pasión; pero la pasión salvaje puede ponerte, *por ejemplo*, entre las garras de una leona, y esto descompone un poco las más bellas aventuras.

Otro día contaba incidentes más gratos:

—Hoy me ha dicho Pomaré que no se separará de mí. Pretende que me quede en Otaiti de director de las reales máquinas..., que son una lanchita de vapor, varios relojes y cajas de música, y un aparato por el estilo de lo que llamáis tiovivo, para solazarse en el jardín.

Y alguna vez no faltaban regias gacetillas:

—Hoy se ha puesto tan pesado ese gandul de Arii Faité, que he tenido que darle veinte francos para que fuese a emborracharse, mi palabra... Con unos gritos de la reina y un empujón mío, le echamos a la calle... Yo leo el pensamiento de Pomaré... Si Arii Faité reventara de delírium tremens, va sé yo quién ocuparía su lugar en el trono.

La oficialidad apenas tenía tiempo para acudir a tantas invitaciones y festejos. En la casa del comisario, conde de Roncière, y en las del cónsul inglés y de los opulentos ingleses Brander y Hort, menudeaban los banquetes, las *soirées*, asaltos, meriendas y conciertos. Para corresponder a tan amables agasajos, determinó el comandante de la división dar un baile a bordo de la *Numancia*, y al punto se puso mano en los preparativos de la fiesta. Destinado el alcázar a salón de baile, se le adornó con vaporosas gasas, percalinas vistosas y terciopelos ricos, añadiendo a los trapos las galas de la Naturaleza, que mayormente habían de con-

tribuir al bello conjunto: el ramaje verde, las palmas y palmitos, y profusión de flores de tropical fragancia y hermosura. Completaron el ornamento los pabellones y trofeos de guerra y mar, las banderas de Otaiti, Francia y España en fraternal enlace y combinación. La batería fué convertida en comedor para la espléndida cena; la toldilla de popa, en salón de juego y descanso, y las cámaras de los jefes, en tocador para las señoras. La última mano de esta obra suntuaria fué un soberbio plan de iluminación interna y externa del barco. ¿Qué faltaba? Orquesta o banda militar. Como nada de esto tenía la fragata, se acudió al remedio de un piano traído de Papeeté.

Con tantas previsiones y el esmero en cuidar del conjunto y perfiles, resultó el baile tan original como fastuoso. En la fantástica nave, Marte y Neptuno se dieron cita con Venus, que llevaba de la mano a Terpsícore, tras de la cual entró también Baco, representado en la crasa persona augusta del rey o príncipe (que de ambos modos se le llamaba) Arii Faité. Concurrió toda la aristocracia europea y *canaca*, las hermosas señoras y señoritas de las familias francesas y británicas, las princesas reales Aimatá y Borabora, y, por último, su majestad Pomaré IV, para la cual se arregló una espléndida falúa. Está de más decir que la reina de Otaiti y sus damas, vestidas a la europea con buenos miriñaques, ostentando además cuantos faralaes y ringorrangos imponía la moda, dieron a la fiesta su mayor grandeza y hermosura. Amabilísima estuvo su majestad con todos, mostrando en su exquisito trato la dignidad afable de los soberanos europeos. Era una excelente reina, un poco fondona, ya en el ocaso de su belleza morenita. Hablaba un francés aplatanado y ceceoso, que hacía mucha gracia... Honró Arii Faité la cena repitiendo cuatro veces de todos los manjares suculentos, y tanto él como el anciano príncipe Paraitá, que había sido regente en la menor edad de Pomaré IV, no se contuvieron en las libaciones alegres y copiosas. Al rey consorte le retiró Fenelón oportunamente, llevándole a la falúa poco menos que a rastras. No se pudo hacer lo mismo con el respetable Paraitá, que desplegó hasta el amanecer su elocuencia en diferentes tonos, desde el sentimental al heroico. Discursos y brindis sin fin pronunció, primero en pie sobre las mesas, al fin, debajo de ellas. El baile terminó con la noche. A la luz del alba se retiraron los invitados tras la reina vagarosa, indoeuropea y fantástica. Aquella fiesta entre civilizada y salvaje fué el último ensueño de los españoles en el paraíso de Otaiti.

XXX

De las delicias de la isla, llamada con razón *La Cuna de Venus*, se ausentaron los españoles con vivo desconsuelo. ¿Cuándo y dónde encontrarían un oasis, un paraíso semejante? El día de la salida, dijo Fenelón a su amigo Ansúrez:

—No subo a cubierta; no quiero que me vean los espías de Pomaré. Me voy a escondidas... Prometí quedarme de director de las reales máquinas... Los ruegos, el llanto de Pomaré, me arrancaron una promesa que no puedo cumplir: mi palabra de honor...

De las inauditas hazañas amorosas que contó a su amigo, dedujo éste que habían sucumbido a los encantos del francés la reina y todas sus damas, no pocas señoritas de las colonias inglesa y francesa, y dos tercios o poco menos del sexo femenino de clase popular... Todo se lo creía el buen Ansúrez, que se hallaba en un estado psicológico propicio a la ingestión de mentiras. Sus facultades pendían de la esperanza de encontrar en Filipinas cartas de Mendaro y de *Mara*... Pero Dios había dejado de su mano al pobre celtíbero, porque la *Numancia* llegó a Manila después de un viaje de mil leguas, y en todo el mes que allí permaneció no parecieron cartas ni de ninguna parte llegaron noticias. Grande es el mundo, y en recorrerlo y darle la vuelta agota el hombre toda su paciencia; mas la de Ansúrez era un filón sin término, yacente en un profundo pozo. Cuando a sacar paciencia se ponía, sacaba esperanza. Si en Filipinas no habían parecido las cartas, en Java parecerían...

Pues llegaron a Batavia, capital de la bien regida colonia holandesa, y nada dijo el correo, por más que Ansú-

rez, con maniática pesadez, diariamente le interrogaba... ¡A la mar otra vez! Y la paciencia y la esperanza unidas se tragaron mil ochocientas leguas mal contadas entre Java y El Cabo, sin que tampoco en aquella extremidad procelosa del continente africano se encontrase ningún papel venido del Perú. Lo extraño era que Ansúrez alimentaba sin ningún fundamento la ilusión postal, pues no había dicho a Mendaro que escribiese a las más excéntricas regiones del globo.

¡Animo, y venga del fondo del pozo más paciencia, venga más esperanza! Ya estaban, como si dijéramos, a la puerta de casa, pues ¿qué suponían diez mil leguas después de lo que habían andado desde que salieron de Cádiz el 4 de febrero de 1865? Al mar otra vez, *Numancia*, y no te arredres. Si cartas no hubo en Manila, ni en Batavia, ni en El Cabo, las habría en Río Janeiro... La distancia no era gran cosa: un agradable paseo de mil doscientas leguas mal contadas... Sucedió que, al término de esta luenga travesía, quedaron igualmente fallidas las esperanzas, aunque no agotada la paciencia que del hondísimo pozo sacaba el hombre desconsolado. Pero ¿en qué estaba Dios pensando? «Como lleguemos a Cádiz—se decía Ansúrez—y no encuentre allí la escritura de mi hija, juro a Dios que no habrá quien me saque del ateísmo...» Lo que en Río hallaron fué el cólera, amén de otras calamidades, entre ellas el peligro en que estuvo la *Numancia* de volver a Montevideo. Pero todo se arregló, y al fin la blindada salió para Cádiz con lento andar y resuello fatigoso, como caballero que a su castillo vuelve rendido del peso de sus armas. Del mismo modo, Ansúrez se quebrantó de la fortaleza espiritual que le había sostenido en el viaje de regreso, y si no se le agotó el pozo de la paciencia, ya sacaba de él tan sólo heces turbias y corrompidas. A ratos no más le asistía la esperanza. y paralelamente a este descenso moral se iba marcando en su constitución hercúlea la dolorosa ruina.

Al pasar la línea ecuatorial, sintió como un terror que a su nostalgia se unía, haciéndola más negra y pavorosa... Navegando hacia San Vicente, todos los afectos secundarios que endulzaban su existencia se debilitaban gradualmente, hasta llegar a extinguirse. A unos amigos apartó de su corazón con indiferencia, a otros con aborrecimiento... Y más allá de Puerto Grande, la ruina física y moral del buen celtíbero se cristalizó en un estado neurótico agudo, con depresión considerable de fuerzas, que le obligó a encerrarse en la enfermería. A duras penas podía pasar algún alimento; repugnaba la compañía de los que fueron sus amigos... A la altura de las islas Canarias, su pensamiento se descomponía en imágenes y ensueños que se manifestaban sobre un fondo de blancura opalina. Soñó que arrebatado de este mundo por la muerte, tomaba la vía del cielo, donde creía se le deparaba su perdurable residencia. Pero en el cielo no quisieron admitirle... Ibase luego caminito del infierno, donde, sin ninguna explicación, le dieron con la puerta en los hocicos.

—Pues no estoy poco tonto—decía—; adonde tengo que ir es al purgatorio.

Hacia allí tiraba. y le acontecía lo propio que en el cielo y el infierno: que ni por un Dios querían admitirle. Bien claro estaba que en el limbo le tenían preparado su descanso. Pues, señor, en aquel lugar bobo encontraba la misma repulsa.

—¡Ajo!—clamaba el hombre con desesperación en medio del espacio—. ¿Dónde meto yo mi pobre alma?

Soñó esto muchas veces, en igual forma que aquí se cuenta. Añadíase luego al sueño descrito este otro, no menos extravagante: Hallándose el alma de Ansúrez en medio del espacio, sin saber dónde meterse, se le presentaba un fantasma de rostro macilento y plano, muy parecido al de Binondo, y le decía:

—¿No me conoces? Soy el Ateísmo. Dame la mano: ven conmigo, y yo te llevaré a mi asilo de eterno descanso.

No se determinaba Diego a seguir al fantasma. Solo, en medio del vago espacio, sentía inmenso frío..., creía ver a un ángel que, a soplos, iba apagando todas las estrellas.

XXXI

Un día antes de llegar a Cádiz dió Binondo al oficial de mar esta enfadosa tabarra:

—Sabrás, Diego querido, que en cuanto yo ponga el pie en tierra, me voy derecho a la casa de los santísimos padres franciscanos de las misiones de Africa. Llegar y pedir al reverendo prior que me admita de lego, será todo uno. Recibiré la santa instrucción frailesca, y acabaré mis días en la paz y santidad de la Orden seráfica, que me abrirá de par en par las puertas de la gloria... Imítame, Diego; tómame por modelo, ya que no tienes familia ni nadie que mire por ti; decídete y será conmigo en el paraíso.

Nada le contestó Ansúrez: las ideas se le dispersaban y las palabras no afluían a su boca.

Un día más. Ya estaban a la vista de Cádiz, cuando Fenelón fué a buscarle a la enfermería, y casi a viva fuerza le subió a cubierta para que participara del general regocijo y viese el espectáculo sorprendente de la ciudad que sobre las aguas aparecía, como ringlera de diamantes montados en plata. A medida que avanzaba la embarcación, los diamantes eran casas y torres: aquéllas con cristales, éstas con cimera de azulejos, en cuyas superficies jugueteaban los rayos del sol... ¡Cádiz! Para gran parte de los tripulantes de la *Numancia* era el hogar, el nido donde piaban la pájaro y los polluelos... La emoción a todos embargaba, demudando el color de sus rostros y cortándoses el aliento... Pasadas las Puercas, se mandó empavesar... Los barcos fondeados en la bahía echaron al viento todas sus banderas. Acudieron multitud de lanchas y botes. La *Numancia* acortó el paso como el festejado viajero que, recibido por entusiasta gentío, tiene que apretar infinidad de manos y contestar a innumerables salutaciones. Del mar circundante subía un clamor estruendoso de vítores; de la borda del barco descendía lluvia de voces alegres y de alaridos roncos. Empezó al instante, en forma de tiroteo nutrido entre la fragata y las embarcaciones menores, el reconocimiento y saludo de parientes. Sonaban en el aire como graneado fuego los nombres de padre, hijo, hermano... En medio de esta algazara, subió la Sanidad a bordo. ¡Oh rigor de una ley humana! Como la fragata venía de Río de Janeiro, no hubo más remedio que imponerle cuarentena. La multitud de dentro y fuera del barco chisporroteó como las ascuas de un brasero cuando se vacía sobre ellas un jarro de agua.

En esto, Sacristá se acercó al buen Ansúrez que en la borda estaba mirando a los botes, sin ver nada en ellos, y echándole un brazo por encima del hombro, vertió en su oído este chorro de fuego:

—Diego, ahí la tienes... ¿Ves aquel bote que ahora se acerca por la popa de la falúa de Sanidad?... En él viene tu hija *Mara;* fíjate, majadero... Ahora está el bote abarloado con la lancha de Pepe... ¡Eh, dejad paso a ese bote!... Si no lo ves, es que te has quedado ciego.

Ciego estaba el hombre, pero no de ceguera propiamente dicha, sino de emoción, de algo más que emoción, de una turbulentísima sacudida y revuelo de su alma, que quería salírsele por los ojos. El bote avanzó con dificultad por entre la escuadrilla de embarcaciones. En él venía, en pie, una mujer arrogantísima, que en su mano agitaba un pañuelo... Tan pronto hacía señas con el blanco lienzo, tan pronto se lo llevaba a los ojos.

—Es *Mara*—dijo Ansúrez, con una voz tan baja que sólo pudo escucharla el cuello de su camisa—. Ella es; pero no verdadera, sino fi..., sino figurada, como fan..., como fantasma...

—*Mara*—gritó Sacristá—, aquí tienes a tu papaíto, asustado de verte. Está bueno, aunque no lo parezca. Padece mal de tu ausencia... Acércate más; que te vea bien.

Mara tenía un nudo en la garganta, y de sus labios no quería salir ninguna voz. Por fin, Ansúrez la reconoció por su hija corpórea y no fantástica. Pasaron segundos, y reconoció también a Belisario, que se puso en pie para saludarle con esta sencilla y familiar fórmula:

—Diego, ¿qué tal? ¿Buen viaje?

El celtíbero recobró su aliento, y en el primer suspiro que lanzó se escaparon de su cuerpo todas las complejas enfermedades que traía. Estalló un vivo y cortado diálogo.

—Yo, bueno..., cansado no más de viaje tan largo. ¿Habéis venido por Panamá?

—Sí, padre... Hace tres meses que estamos aquí esperándole a usted.

—Yo esperaba encontrar cartas, no vuestras persona.

—Escribimos a usted diez cartas—dijo Belisario.

—Y las mandamos a puntos diferentes, padre: una, a las islas Marquesas; otra, a Manila.

—Otra fué mandada a Zanzíbar; otra, a Santa Elena, y qué sé yo... Cartas fueron a medio mundo.

—¿Os ha visto Mendaro?

—Sí; por él supimos que volvía usted a España. Nosotros pensábamos venir acá. Hemos anticipado el viaje.

—¿Y tu niño, *Mara?*...

—Está bueno... Verá usted qué gracioso... Ya le quiere a usted, sin conocerle.

—¡Pues no le quiero yo poco!... *Mara*, ¿vendréis a verme desde un bote mientras dure la cuarentena?

Afirmó Belisario que irían a visitarle diariamente. La cuarentena no sería larga, pues no tenían a bordo ningún caso de cólera... *Mara* se sentó. Sosegados los tres, hablaron largo rato de cosas pasadas y presentes, y en el curso de la entrañable conversación, repitió el celtíbero más de una vez este sagaz concepto:

—Lo que yo he visto y aprendido es que, cuando a uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla.

Madrid, enero-febrero-marzo de 1906.

FIN DE
«LA VUELTA AL MUNDO
EN LA «NUMANCIA»

PRIM

I

El primogénito de Santiago Ibero y de Gracia, la señorita menor de Castro-Amézaga, fué desde su niñez un caso inaudito de voluntad indómita y de fiera energía. Contaba que a su nodriza no tenía ningún respeto, y que la martirizaba con pellizcos, mordeduras y pataditas; decían, también, que le destetaron con jamón crudo y vino rancio. Pero éstas son necias y vulgares habilillas que la Historia recoge, sin otro fin que adornar pintorescamente el fondo de sus cuadros con las tintas chillonas de la opinión. Lo que sí resulta probado es que en sus primeros juegos de muchacho fué Santiaguito impetuoso y de audaz acometimiento. Si sus padres le retenían en casa, lindamente se escabullía por cualquier ventana o tragaluz, corriendo a la diversión soldadesca con los chicos del pueblo. Capitán era siempre; a todos pegaba; a los más rebeldes metía pronto y duramente dentro del puño de su infantil autoridad. Ante él y la banda que le seguía, temblaban los vecinos en sus casas; temblaba la fruta en el frondoso arbolado de las huertas. La vagancia infantil se engrandecía, se virilizaba, adquiriendo el carácter y honores de bandolerismo.

Desvivíanse los padres por apartar al chico de aquella gandulería desenfrenada y aplicarle a las enseñanzas que habían de poner en cultivo su salvaje entendimiento; pero a duras penas lograron que aprendiese a leer de corrido, a escribir de plumada gorda y a contar sin valerse de los dedos. Y aunque en todo estudio manifestaba despejo y fácil asimilación, el apego instintivo a la vida corretona y a los azares de la braveza dificultaba en su rudo caletre la entrada de los conocimientos.

No concordaban los padres en el mejor método para enderezar el alma torcida de Santiago. desacuerdo que provenía de la distinta naturaleza y gustos de uno y otro. Gracia, que en su marido amaba al hombre fuerte y violento, no quería privar al chico de las cualidades más relacionadas con la virilidad. El padre, que amó en su esposa la delicadeza y la ternura, quería que también su hijo fuese tierno y delicado, cualidades que, transmitidas por la madre a la descendencia masculina, habían de ser mansedumbre, sensatez y aplicación a toda suerte de estudios. Más conspicua que los hombres, y siempre soberana, la Naturaleza hizo al hijo semejante al padre, que en su mocedad y en aquellos mismos lugares había sido de la piel del demonio. Gracia y la Naturaleza estaban en lo cierto. El hijo segundo, Fernandito, modoso, cosido siempre a las faldas de la mamá, parecía cortadito para la carrera eclesiástica, y la niña Demetria, de opulenta complexión sanguínea, morenucha, saltona, los ojos como centellas, venía, sin duda, al mundo para dar de sí una vigorosa empolladura de Iberos bien bragados. El genio criador de la raza mira siempre por sus criaturas.

No había cumplido el Ibero pequeño dieciocho años, cuando fué acometido de terribles calenturas que le pusieron a dos dedos de la muerte. De milagro se salvó, quedando su naturaleza tan destrozada por los efectos del veneno tífico, que se le perdió toda la bravura. Con su voluntad desmayó su memoria, y, olvidado de haber sido león, vegetaba ceñudo y perezoso como un perro inválido que ha olvidado hasta los rudimentos del ladrido. Se pasaba los días en-

teros sin hablar palabra, y su mirada vagaba incierta por semblantes y cosas, no poniendo más interés en lo vivo que en lo inanimado. Como este lastimoso estupor se prolongara meses después de la convalecencia, y, además, sobreviniesen estados transitorios de inquietud, en los que el pobre mancebo echaba de su boca expresiones disparatadas e incongruentes, determinaron los padres llamar a consulta a los profesores facultativos de más crédito en aquellos contornos.

El jubileo de médicos animó por cuatro días las calles de Samaniego y avivó el chismorreo de las ancianas que hilaban a prima noche en los poyos de las cocinas. Los doctores de Oyón y de Laguardia opinaron que Santiaguito estaba tonto, y que para traerle a la discreción no había mejor tratamiento que los baños de mar. Los sabios de Vitoria y Salvatierra calificaron de locura la enfermedad, aconsejando el aislamiento, si no en casa de orates, en un lugar de montaña recogido y salubre. Estos y otros pareceres colmaron las dudas y confusión de los afligidos padres. Por fortuna, se les metió por las puertas, en los días de la consulta, don Tadeo Baranda, eclesiástico, primo carnal de Santiago Ibero por parte de madre, varón sesudo, leído, verboso, que presumía de poseer acción rapidísima para juzgar y resolver todas las dificultades. Si grata era siempre la visita del primo, en aquella sazón vino el tal como caído del cielo; y la solución que propuso a los padres del cnico fué tan del gusto de éstos, que al punto la hicieron suya y previnieron lo preciso para realizarla sin demora. Harto sencillo y elemental era el plan curativo de don Tadeo: llevarse consigo al pobre loquinario, tontaina o lo que fuese. Con una temporadita de verano y otoño en la plácida residencia patriarcal que el buen señor poseía en la histórica ciudad de Nájera, quedaría el bobito bien reparado del caletre y con más talento que Salomón.

Era el don Tadeo capellán mayor de Santa María, rico por su casa, como heredero del cura de Paganos, don Matías Baranda. Su vida era honesta y cómoda, feliz aleación de virtudes y riqueza; daba al trato social tanto como a Dios o poco menos; comía casi siempre con amigos; ponía especial esmero en sortear las disputas políticas y religiosas, y con esto y su buena mesa logró ser bienquisto de liberales y estimado de facciosos; salía de caza con buen tiempo, y el malo reservábalo para la lectura; hacía el reparto de estas dos nobles aficiones con tal escrúpulo, que el hombre se ilustraba más cuantos más días de lluvia viniesen en el año. Su biblioteca era escogida, de libros graves y profanos, prevaleciendo los de Historia, con algo de poesía, poco de novela y tal cual centón enciclopédico de los que suministran fáciles toques de sabiduría. Lo primero que hizo con el pobre chico, de cuya cura se había encargado, fué someterle, por vía de prueba a las dos aficiones de caza y lectura, para observar cuál de las dos conquistaba más intensamente el ánimo del enfermo.

Empezó Santiaguín por tomar muy a gusto los trajines de caza y pesca. Pero vino temporal frío y húmedo, y don Tadeo metió al sobrino en la biblioteca. Cautivado desde el primer día por la lectura, en ella zambulló su atención tan locamente, que no había medio de sacarle del mar hondo de las letras de molde. Pensó Baranda, viéndole tan aplicado, que por allí vendría la salud de la mollera, y no puso límites al atracón de lectura. El a echarle libros y más libros, historias y más historias, y el enfermo a devorarlo todo, sin hartarse jamás. *La conquista de Méjico*. referida con retórica pomposa y adorno por Solís, colmó el entusiasmo de Santiaguito, que, no contento con leerla una vez, le dió segunda y tercera pasada, y aun se aprendió de memoria alguna de las infladas arengas que en aquel libro, como en otros de su clase y estilo, tanto abundan.

El cerebro del joven, que ya venía recalentado con las *Guerras civiles de Granada,* de Hita; con la *Expedición de catalanes y aragoneses,* por Moncada, y otras historias o fábulas de extranjeros y nacionales a cuál más seductora, llegó a encenderse hasta el rojo con las increíbles hazañas de Hernán Cortés, y de ensueño en ensueño, o de locura en locura, acabó por la de querer imitarlas o reproducirlas en nuestro tiempo.

Clavóse esta idea en el pensamiento de Iberito y su orgullo la remachó. Los extraordinarios sucesos de la conquista le fueron tan familiares como si los hu-

biese visto; reproducía los incidentes de la rivalidad con Diego Velázquez, las épicas acciones de guerra en el río de Tabasco, la llegada a San Juan de Ulúa, la quemazón de las naves, la tenaz lucha contra los hombres y la Naturaleza, ya penetrando montes arriba, ya revolviéndose contra Pánfilo Narváez; las guerras y paces con Moctezuma, las peleas en las lagunas y todo lo demás de aquel poema, más hermoso en la realidad que en el espejo que llamamos Historia. Con memoria feliz retenía descripciones, retratos y hasta arengas, singularmente aquella con que responde Cortés a la de Moctezuma en este emperifollado estilo académico: «Después, señor, de rendiros las gracias por la suma benignidad con que permitís vuestro oídos a nuestra embajada, debo deciros...», y por aquí seguía endilgando sutiles conceptos, verbigracia: «Mortales somos también los españoles, aunque más valerosos y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de más robustas influencias... Los animales que nos obedecen no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad; brutos inclinados a la guerra, que saben aspirar con alguna especie de ambición a la gloria de su dueño... El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su producción esa facultad que profesan vuestros magos, ciencia entre nosotros abominable y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia...»

Por estos espacios navegaba el buen Santiaguito, cuando una noche del mes de octubre, en la tertulia de su tío, a que solían concurrir los vecinos más calificados de la población, oyó decir que el Gobierno de Isabel II aprestaba soldados y pertrechos para enviarlos a Méjico, y que aquella brava milicia iría bajo el mando del general Prim, cuyas hazañas se le habían metido en el corazón al pueblo español. Cada uno de aquellos señores conspicuos expresó su parecer sobre la expedición, sin que ninguno acertara con la finalidad de ella, hasta que el insigne don Tadeo, que era el oráculo de Nájera por su ciencia y penetración, y el definidor de todas las cuestiones, soltó una tosecilla, limpió el gaznate, y ante el solemne silencio y expectación de los circundantes, soltó este sibilítico discurso:

—Desde que oí el anuncio del envío de esas tropas y máquinas de guerra a la parte de América que llamamos Nueva España, le calé la intención a O'Donnell, la cual no puede ser otra que emprender la reconquista de aquellos estados de Tierra Firme para volverlos al dominio de nuestra patria, que así, poquito a poco, a ésta quiero, a ésta no quiero, será otra vez señora de todas las Américas... Claro que ni O'Donnell ni los ministros dicen que esta encomienda lleva Prim a Méjico: deben callarla, o echar a vuelo cualquier mentira para capotear a las potencias..., que siempre han de salir con algún enredo, metiéndose en lo que no les importa... Este es mi parecer..., idea mía, que hemos de ver confirmada si Dios nos da vida y salud... El general Prim llevará, con el mando del ejército, el nombramiento de *Adelantado* de aquella comarca, para gobernarla conforme la vaya conquistando... ¿No les parece que veo largo? ¿Tengo yo buen ojo, amigos?... Nadie me lo ha contado. Es idea mía... Idea que a mí me escarbe entre cejas, no falla...

La idea de Baranda, admitida y apoyada por los conspicuos, hubo de rematar el disloque de Iberito, que se pasó la noche en vela, voltejeando parte de ella en su cuarto y el resto, hasta el amanecer, en la huerta, entre perales, cerezos y manzanos. Toda la lógica del mundo se condensaba en este pensamiento: «Es mi deber presentarme al general Prim y pedirle que me lleve como soldado a la conquista de Méjico, o como corneta de órdenes. Lo mismo puedo ir de cocinero que de mozo de acémilas; y una vez en aquella tierra, ya me abriré camino para poner mi nombre a la altura de los que más alto suban al lado del de Prim.» Creía que todo el tiempo que tardase en poner en ejecución tan atrevido pensamiento estarían suspensas o quebrantadas las leyes del universo. Su destino, que hasta entonces había sido un oscuro acertijo, estaba ya bien claro. Dios y la Naturaleza murmuraban en su oído: «Corre; no te detengas... ¿No ves al término de España una llanura sin fin entre azul y verde? Es el Océano. ¿No distingues de la otra parte nuevas tierras? Es la ino-

cente América. ¿Ves una figura de matrona que en las rocas traza inseguras rayas con un punzón? Es la Historia, que ya está aprendiendo a escribir tu nombre.» Pensó Iberito al día siguiente que si consultaba sus planes con don Tadeo Baranda y le pedía licencia para realizarlos, el buen cura soltaría la carcajada y tomaría inmediatamente la llave del desván para encerrarle. No mil veces: a don Tadeo, ni palabra. Con la intención tan sólo le diría: «Llevad vos la capa al coro; yo el pendón a las batallas.»

Dicho y hecho: llegada la noche, aguardó Iberito la hora en que todos dormían, y por la puerta falsa del corral salió a un campo que no era el de Montiel, pero sí pariente suyo. Era el campo de la memorable batalla de Nájera, en que don Pedro I de Castilla derrotó a su hermano don Enrique.

II

Mientras duró la noche y en las primeras horas del día anduvo Iberito con vivo paso, deseando ganar toda la distancia posible antes que los criados del cura saliesen a capturarle. Con tino estratégico abandonó el valle del Najerilla, pasándose a un afluente de este río. Hizo su primer descanso a la vista de San Millán de la Cogulla, y de allí tiró hacia los montes, por donde, a su parecer, podría pasar a tierras de Soria. Algún dinero llevaba, casi todo lo que le había dado su madre al salir de Samaniego, y cuidó de ocultarlo distribuyendo las monedas en distintos huecos de su ropa y en el propio calzado. Por única arma llevaba un cuchillo de monte que sustrajo en la armería cinegética de don Tadeo, y con esto y el corto caudal, y su animoso corazón, que se creía suficiente para salir airoso en cuantos percances pudieran ocurrirle, iba tan contento y tranquilo como si consigo llevara un ejército. En su esforzada voluntad y en sus altas ambiciones verdaderamente lo llevaba.

No contó Iberito con el riguroso clima que había de oponerle no pocos obstáculos de hielos y nieves al acometer el paso de la divisoria por los puertos de Piqueras o de Santa Inés. Pero todo lo vencían su intrépida confianza y el mismo desconocimiento de las dificultades del paso. Conducido por los ángeles que amparan la inocencia, franqueó los montes, atravesó extensos pinares sin el menor desmayo de su vigor físico, descansó en compañía de pastores y carboneros, con los cuales sostuvo amenas y candorosas pláticas, y al descender por ásperos vericuetos al valle del Duero, después de tres jornadas que para otro menos entusiasta habrían sido fatigosas, llegó a las puertas de Soria, pasando de largo por miedo al encuentro de los parientes de su padre que en aquella ciudad vivían.

Siguió hacia el Sur por senderos de herradura, y al día siguiente de su paso por Soria encontró a unos caminantes que llevaban dos recuas de yeguas y mulas cargadas de lana. Entablada conversación, invitáronle los trajineros a que cabalgase un buen trecho entre sacas de lana, y él aceptó gustoso, porque iba ya medio derrengado del continuo caminar. Abría la marcha una yegua corpulenta, que llevaba un gran campano colgado del pescuezo, y tras ella las demás caballerías, atado el ramal de cada una en la cola de la delantera. Era la procesión pausada, pintoresca, y los pasos de las bestias marcaban el compás lento del esquilón de la yegua que guiaba. Los trajineros obsequiaron a Iberito con pan negro y chorizo, que fué para él sabroso desayuno. Le amaneció comiendo en grata conversación con la buena gente, y agradeció lo indecible aquel alivio de sus piernas y el reparo de su estómago. Dijéronle los caminantes que iban al mercado de Almazán a vender una partida de lana, y el pobre joven callaba, tiritando de frío y de hambre, pues el corto desayuno que le dieron antes le aumentaba que le disminuía el bárbaro apetito que traía de las cumbres.

No se alegró poco el inocente aventurero cuando vió próxima la gran villa de Almazán, cercada de murallas, coronada de románticas torres. La yegua delantera penetró por una de las arcadas puertas que daban ingreso a la villa, y avivando el sonido de su esquilón llegó a una extensa plaza, casi totalmente invadida ya por la muchedumbre campesina que al mercado concurría. Más que en admirar la variedad de especies que en grupos y montones ocupaban la pla-

za, granos, frutas, pucheros, leña, carbón, enjalmas, quesos, recoba y utensilios de labranza, ocupóse Iberito en buscar albergue y comida. Encamináronle a un mesón cercano a la plaza, y como no inspirara gran confianza por su cara juvenil y el deterioro de su ropa de señorito, desenvainó un duro, y, puesto en la mano de la posadera, no fué menester más para que le prepararan un platazo de huevos y jamón frito con acompañamiento de vinazo y de pan sin tasa. Atracóse el muchacho hasta dar a su cuerpo la reparación conveniente, y luego salió a ver el pueblo y a comprar calzado fuerte y una manta o bufanda de camino, con lo que quedó tan bien arranchado que no se cambiaría por un rey.

Nada le ocurrió en la villa que merezca mención, como no sea un altercado en que se revelaron y resurgieron de súbito los ímpetus anteriores a su enfermedad. Hallábase el hombre, por la noche, en la anchurosa cocina del mesón, donde algunos huéspedes, trajinantes y labradores, después de bien comidos y aún no bastante bebidos, jugaban al mus, mientras otros, entre jarros de vino, charloteaban con tanta viveza, que la conversación parecía disputa, y la disputa, encarnizada riña. En aquellos rudos caracteres, el lenguaje hervía siempre, como el mosto recién sacado de las uvas exprimidas. En el grupo más animado, donde se bebía más que se jugaba, pasaron de las cuestioncillas de campanario a las provinciales, y de éstas a las generales o políticas. Iberito, que dormitaba en un rincón, se despabiló en cuanto percibieron sus oídos rumor de cosas públicas.

Despotricaron aquellos bárbaros sin miramiento a persona alguna de las más encumbradas. Un zanganote montuno, negro como el carbón que acarreaba de los pinares, dijo que O'Donnell era un tal y un cual, y que estaba compinchado con *la Patrocinio* para el mangoneo en toda la nación; un gordo sanguíneo aseguró que si la reina no llamaba otra vez a Espartero, no acabaría sus días en el Trono; y un tercero, cuya voz gargajosa y facha de sayón de los pasos de Semana Santa componían el tipo del pesimista siniestro, echó de sus labios cárdenos, donde tenía pegada una fétida colilla, todo el amargor de la opinión recogida en los pueblos míseros. Ni grandes ni pequeños, ni liberales ni moderados se libraron de su sátira rencorosa. Los *vicálvaros* eran unos pillastres, que se estaban enriqueciendo con los bienes que fueron del sacerdocio; los del progreso ladraban de hambre y querían el Poder para llenar la pandorga; la reina era... mujer. con lo que se decía bastante... Las mujeres sirven para todo, menos para reinar. Habló luego de la maldita invención de los *ferroscarriles,* que significaba la miseria de toda la carretería. La guerra de Africa no había sido más que un engañabobos: O'Donnell volvió de ella con las manos en la cabeza; todas las hazañas que se contaban eran filfa; lo de Tetuán habría sido un desastre si no hubieran comprado a peso de oro la retirada de Muley Abbas; lo de Los Castillejos no fué más que una comedia indecente, pues ni hubo los aprietos que decían, ni Prim había hecho más que sacrificar soldados, quedándose él en lugar seguro, haciendo el figurón. Ni era valiente, ni servía más que para intrigar, como lo demostró en los tratos que tuvo con Ortega para traer de rey a Carlos VI...

No bien oyó Iberito el nombre de su ídolo sacado a colación con tanta ignominia, se levantó de su asiento con la pausa y aplomo de un valor sereno, y engallándose ante el procaz hablador, le echó esta rociada:

—Caballero, quiero decir, caballo, lo que ha dicho usted del general Prim es una coz, y aunque a las coces no se contesta con palabras, yo, por respeto a la concurrencia, con palabras de mi boca le digo que a la gloria de Prim no pueden llegar las patadas de usted, so bruto; y si no está conforme, salga afuera y se lo diré de otro modo...

Levantóse gran murmullo al oír estas bravatas tan disconformes con la edad del mancebo, y el feo hablador soltó una carcajada burlesca después de escupir la colilla que pegada a los labios tenía. Uno de los jugadores dijo que el mequetrefe era listillo, y que se le debía dar una mano de azotes y mandarle a la cama. El gordo grasiento quiso poner paz, declarando que a Prim no se le podía negar la nota de valiente, pero que había que agregarle la de farsante, pues las valentías le servían de gancho para sus negocios. La expedición a Méjico que le estaban preparando no era

más que un arbitrio para traerse de allá una millonada de pesos duros.

—Lo hemos de ver tal como lo digo. Llega el hombre a Méjico, desembarca las tropas, mete miedo a los *insulanos* con cuatro disparos de cañón, va de *Zacatecas a Zacatecas* echando contribuciones, hasta que de unos y otros saca para redondear la pella, y compinchándose con el gran *repúblico* para echar un pregón de paces, se vuelve a España repleto de dinero, y venga el darse tono aquí ante cuatro bobalicones, y venga el tocar el *higno* y el llamarnos todos *héroes*... o *herodes* por la perra de su madre.

—No es eso, no es eso—gritó Iberito saliendo rápidamente del rincón en que estaba y plantándose con gallarda fiereza en mitad de la cocina—. A Méjico no van don Juan Prim para negocio suyo, sino de la nación, porque va para conquistarnos otra vez a la Nueva España y traerla por los cabezones a la soberanía de Isabel Segunda. Yo lo digo y lo sostengo solo delante de los bárbaros que están en esa mesa; y sin reparar en si son dos, o son seis, o seiscientos, les mando que se desdigan de esos disparates o salgan a verse conmigo al corral, a la calle, o donde quieran, en la misma plaza, delante de Dios y de la luna que nos alumbra.

Con tal brío y entereza soltó el chico su reto, que de primera impresión quedaron suspensos y atontados los habladores. Rehiciéronse al punto y empezó la rechifla; a las burlas siguieron las amenazas... Mal lo habría pasado el audaz Iberito si en aquel punto no apareciese junto a él un hombrón formidable, que se levantó de uno de los poyos de la cocina y avanzaba con el contoneo de quien anda con un pie y una pata de palo. Era de rostro cetrino y disforme estatura; vestía de paño burdo, con peluda montera; se auxiliaba de un grueso palo con nudos y porra... Pues llegándose a la mesa de los bárbaros, descargó el garrote sobre ella con tanta furia, que al tremendo golpe saltaron en añicos los vasos y la tabla maestra se rompió en dos pedazos... Y con el estruendo de la madera y el vidrio se juntó el estentóreo vozarrón del hombre grande y cojo, que así decía:

—Sepan los que han hablado mal de Prim, que yo, José Milmarcos, sargento de la guerra de Africa, me paso sus lenguas por donde me da la gana, *moño* y *moño*... Sepan que lo que ha dicho este mozalbete es como si yo lo dijera, *moño*, y los que no estén conformes que vayan saliendo afuera, con mil *moños*...

Saltó el gordo con palabras de paz. Hablaban perrerías por pasar el rato, sin mala intención. Y prosiguió el cojo:

—Cosida por dentro del chaquetón llevo aquí mi medalla de la guerra, y la guardo porque no es bien que la vean los burros. Yo no enseño mi medalla a las caballerías, sino a los hombres racionales, *instructivos*. y el que se ría de lo que digo que me toque los faldones... ¡Ea!, yo defiendo a este mozo, y el que le ponga mano en el pelo de la ropa, véase conmigo donde quiera.

Era Milmarcos muy conocido en aquella sociedad. Su nombre fué aclamado entre pateos, berridos, chirigotas de algunos, jovial entusiasmo de otros.

—¡Viva Milmarcos!... Fausta, tráele vino a Milmarcos.

Dijo el sargento que no quería beber, y a una interrogación airada de la posadera respondió que lo roto debían pagarlo los puercos y deslenguados Carbajosa y Matarrubia, que eran causantes del estropicio. Viendo que la trapatiesta se resolvía pacíficamente, repitió el elogio del desconocido muchacho, alabando su valor sereno y el tesón con que salió a la defensa de la verdad y del honor militar contra la canalla envidiosa.

—Señores—gritó luego—, yo puedo hablar gordo en lo tocante a la honrilla militar, porque he sido soldado; y como hombre de los que fueron a Marruecos, no me pesa de haber perdido esta pata, quiero decir, la otra que tuve en lugar de esta de palo. Bien perdida estuvo la pata por la gloria que alcancé... Y si veinte patas tuviera, las diecinueve daría yo gustoso por este orgullo de haberme visto en Los Castillejos... y por poder deciros: Gandules, tengo la cruz pensionada; que vosotros no tendréis nunca... Borrachos, pagad los vasos rotos y la mesa rajada, que es lo menos que podéis pagar por los insultos a Prim... No. me toquéis a Prim, hijos de perra. Y tú, Carbajosa, no te rías de verme lisiado, que por tigo no me cambio... Mi cruz, *moño*, vale una pierna.

III

Con cháchara gruesa y mugidos desfilaban los bárbaros hacia las cuadras en que tenían sus jergones. Milmarcos echó el brazo por los hombros a Iberito, y cariñoso le dijo:

—¡Valiente!... Así me gustan a mí los hombres... Y que es de familia principal, se le conoce por la ropa y por el habla fina. ¿Va usted, aunque sea mala pregunta, a Madrid? Y ¿cómo va tan solo?

Respondió el chico que iba a Madrid, de paso para Cádiz, donde se embarcaría para América. Y Milmarcos siguió:

—¿Ha oído usted hablar de un pueblo que se llama Tor del Rábano? Pues es mi pueblo; en él nací y en él vivo descansando, con el real diario de mi pensión y otro par de reales que saco de mi trabajo. He traído una carguita de sal de Imón. Con lo que saqué de la sala he comprado dos bacaladas que me encargó el cura, y otros encarguillos... Tor del Rábano es camino de Madrid, y si se viene conmigo le llevaré en mi burra, que es poderosa y de buen paso. Le brindo mi burra, porque me ha entrado usted por el ojo derecho con su valentía... Seis leguas tenemos por delante. Si se determina, esté listo para las seis de la mañana.

No se hizo de rogar Iberito, y a la hora indicada salió de Almazán con Milmarcos, gozoso de ir en la honrada compañía de *uno de los de Prim*. Le instaba el sargento a subirse en la burra; pero a esto no accedió Ibero: su delicadeza le vedaba montar, llevando de espolique al que por héroe y por inválido merecía todos los respetos. Lo más que pudo conseguir Milmarcos con sus redobladas instancias fué que el joven subiese a la albarda breves ratos, sólo por probar la buena andadura de la bestia. Platicando agradablemente fueron por todo el camino. Milmarcos no acababa de entender por qué iba tan solo y a pie un joven cuyo mérito y noble condición saltaban a la vista. De la prontitud y arrogancia con que salió a la defensa de Prim colegía el sargento que el chico era de la familia de los *Prines* de Reus. Interrogado sobre esto, Iberito negó rotundamente. Entonces Milmarcos le dijo:

—Ya lo entiendo: ¿es usted mejicano, de la familia de la señora generala doña Francisca de Agüero?

Ante una nueva negativa, quedó el veterano en mayor confusiones.

—Pues le contaré—dijo Milmarcos, por amenizar la caminata, ya que no podía satisfacer su curiosidad—, le contaré que servía yo en el regimiento del Príncipe, número tres, de línea, y yendo de Málaga a Estepona con el regimiento de Cuenca, número veintisiete, el general Prim pidió veinte hombres para su escolta, los cuales no eran sorteados, sino que voluntariamente y de su *motopropio* pasaban a formarla. Yo fuí de los que se ofrecieron para la escolta, porque no miraba nunca el peligro, sino a la gloria. De Estepona fuimos a Algeciras, y allí embarcamos para Ceuta. Total: que por ser de la escolta estuve al lado del general en toda la campaña, hasta el cuatro de febrero, en que una judía bala me dejó sobre un pie como las grullas.

El hombre iba desembuchando por todo el camino trozos de historia viva, no pasada por escritura ni por letras de molde. Ibero escuchaba silencioso, gozando en beber la Historia en su fresco manantial. Entre otras cosas, refirió Milmarcos que Prim montaba un caballo inglés de largo pescuezo. Un macho grandísimo conducido por un paisano le llevaba provisión de comida fina y bebidas superiores, y avíos para su limpieza y tocador, todo bien guardado en un desmedido alforjón. No prescindía en campaña de sus hábitos de gran señor: por esto le habían comparado al Gran Capitán, que en su tienda se lavaba y perfumaba antes de entrar en batalla, y después de ella comía con refinada pulcritud y opulencia.

—En aquellas alforjas de obispo llevaba el general, por un lado, ropa blanca y frasco de agua de colonia, y, por otro, pastel de liebre en unas latas, jamón y cosas muy ricas... Pues le diré a usted que, sirviendo a su lado y poniéndome como él en los sitios de mayor peligro, llegué a quererle tanto como quise a mi padre. También él me quería. Verdad que se acaban todos los cariños en momentos de apuro, de aquellos en que no había que decir más sino: voy a matar o a que me maten. Pero cuando no corría prisa de perder las vidas, el general sabía economizar nuestra sangre...

De tanto verle y seguirle y mirarle a la cara para leerle las órdenes antes que las dijera, ya nos le sabíamos de memoria, y aprendíamos de él a despreciar la vida... Me parece que le veo al empezar la de Los Castillejos... Sobre una peña plantó el caballo, y de allí nos gritaba que avanzáramos. Se puso tan alto para ver quién de nosotros tenía miedo y quién no... Cuando salíamos a tomar posiciones, mirábamos su cara. Si la veíamos más amarilla de lo que estar solía o tirando a verde, ya era seguro que nos aguardaba un día de compromiso. Si apretaba los dientes o se comía los pelos del bigote, ¡malo, malo! Pero la señal más segura de que íbamos a tener jarana y de que no debíamos dar un ochavo por nuestras pellejas era ver a mi don Juan con el caballo parado en firme, mirándose las manos y limpiándose las uñas con un hierrecito que sacaba no sé de dónde... *¡Moño!*, arregladas las uñas, se le avivaba el genio y nos metía en unos fregados horrorosos, él siempre por delante.

A la admiración de Iberito, contestó Milmarcos con esta frase sintética:

—El general era su primer soldado.

Dijo luego que vestía sencillamente, sin entorchados más que en la bocamanga, el ros bien ajustado a la cabeza, en el costado izquierdo dos placas con brillantes... Por cierto que la primera vez que Muley Abbas se avistó con O Donnell para tratar de paces, le dijo: «Gran cristiano, mándale a ese general que no se ponga en los combates esas placas que relumbran al sol, porque mis bereberes apuntan al brillo y fácilmente le darán en el corazón.» Lo que oyó Prim, y dijo al moro: «Apuntad como queráis, moros de mi alma, que la bala que a mí me mate no está hecha todavía.»

Cuando esto decía Milmarcos, vieron la torre del pueblo asomada tras una loma; luego crecía, se echaba al llano cual si saliera a recibirles... Aparecieron después varias casas sentaditas en derredor de la torre; perros vinieron ladrando al encuentro de los viajeros; la burra alargó las orejas y avivó su andar; gallo y gallinas les dejaban libre el paso... Chiquillos se destacaron; luego el cura, dos viejas, un cerdo... La torre se dejó ver bien plantada y altiva, con su nido de cigüeña, y, por fin, la casa de Milmarcos, terrena y gacha, sonrió a los llegantes con su puerta blanqueada, su gato escurridizo, su macho de perdiz en jaula, su parra trepadora y su Servanda, que este nombre tenía la mujer de Milmarcos, gorda, jovial y zalamera... No hay que decir que el sargento ejerció la hospitalidad como un gran señor que recibe en su casa a un príncipe. Servanda mató dos pollos y se excedió en la faena culinaria; por no tener lecho apropiado para tal huésped, prestó la alcaldesa un catre, sobre el cual armaron un catafalco de colchones como para el obispo. Toda la flor y nata del pueblo visitó a Iberito, y el cura fué el más extremado en la amabilidad, porque Milmarcos había dicho a todos, *en reserva,* que su huésped era de la familia *particular* de Prim, como podía verse por la pinta del rostro, y que iba con su *padre natural* a la nueva conquista de Méjico.

Muy a gusto pasó allí tres días Iberito, reponiéndose de su cansancio y dejándose querer de tan buena gente. Servanda se ufanaba de tenerle en su casa, y por ello se daba no poco pisto con las vecinas. Servíale buen comistraje en platos y cazuelas humildes, y para postre se arrancaba con natillas o arroz con leche. El día de despedida gustaron de unas guindas en aguardiente que regaló el cura, y Milmarcos, a fuer de señor hospitalario, brindó con una guinda al noble huésped, diciéndole con solemnidad:

—¡Qué no diera yo, señor, por poder acompañarle a esa expedición, que pienso ha de ser sonada, *moño!* Pero ¿adónde voy yo con mi pata de palo? Los cojos, *moño,* no servimos más que para estarnos en casa haciendo empleita, acordándonos de que así como tejemos hoy el esparto, tejimos un día la Historia de España. ¿Verdad, señor, que así es?... Debe uno recordar siempre estas cosas, y a los que no tienen patriotismo y se ríen de ellas mandarles al *moño* de su madre... Siento que usted no estuviera aquí el día de San Roque, que es la fiesta del pueblo. En ese día santo, yo me pongo mi uniforme, y en el pecho me planto la cruz y la medalla. Estoy *manífico,* ¿verdad Servanda? Pues sacamos en procesión el santo, y yo me pongo delante de las angarillas. Crea, señor, que hago más papel que el cura.

estoy por decir que más que el santo, *moño;* todo por mi cruz, que da dentera a cuantos la ven... Y conforme vamos marchando con la procesión, salta uno y grita: «¡Viva Milmarcos!» Pues no queda boca que no responda: «¡Vivaaa!» Total, que desde que el santo sale hasta que volvemos a meterle en la iglesia no se oye más que vítores a Milmarcos. ¿Verdad, Servanda? Yo me incomodo, o hago que me incomodo, y con la mano hago así..., que se calmen, que me escuchen..., y cuando los tengo muy callados echo todo el pulmón gritando: «¡Viva Isabel Segunda! ¡Viva San Roque!»

Descansado ya, muy agradecido a los obsequios de la sargenta y su digno esposo, Iberito salió de Tor del Rábano acompañado largo trecho por *sinfinidad* de chiquillos, a los que seguían personas mayores de ambos sexos, el cura y el alcalde. La burra y Milmarcos prolongaron la despedida hasta Rebollosa, y de aquí siguió el chico a Jadraque, donde se metió en un galerón que dos veces por semana hacía el servicio de viajeros de Sigüenza a Guadalajara. Pudo luego fácilmente continuar a Madrid en el coche correo. Cerca ya del término de su viaje, los atrevidos pensamientos que a tal ventura le habían lanzado iban descendiendo del ensueño a la realidad y buscaban la forma y modo de encarnarse en hechos.

Desde que tomó la temeraria resolución de abandonar al cura Baranda hubo de pensar Iberito que en Madrid necesitaba una persona que le guiara en sus primeros pasos por la tumultuosa villa y que le diese luz y norte para llegar hasta Prim. Lo demás se le presentaba llano y hacedero: tal era la fuerza del ensueño en su disparada imaginación, que contaba con la benevolencia del general en cuanto éste le oyera expresar un deseo tan conforme con su propio genio aventurero y heroico. Las amistades de Iberito en Madrid eran de chicos de familias relacionadas con la suya, pretendientes o estudiantes, y entre éstos eligió al que más afecto le inspiraba, Juanito Maltrana, hijo de Juan Antonio y de Valvanera, nieto del gran don Beltrán de Urdaneta y sobrino del marqués de Saviñán. Seis años más que Santiago tenía el chico de Maltrana; pero eran buenos camaradas, y juntos habían alborotado locamente en las calles de Laguardia y en la casa de tía Demetria con los hijos menores de ambas familias. Pensando en tomarle por mentor y guía primero de Madrid, llevaba en un papel sus señas; y he aquí que apenas pisó la calle de Alcalá el aventurero Iberito, tomó lenguas de los transeúntes para dirigirse al 17 de la calle de Jacometrezo, de la cual sabía que era de las más céntricas, angulosas y hormigueantes de aquel Madrid tan lleno de misterios. La suerte le favoreció aquel día, mejor dicho, noche, pues llamar en el piso segundo, abrir la puerta una moza guapa, preguntar por Juanito, dirigirse tras de la moza a un gabinete próximo y encararse uno con otro y abrazarse cariñosamente Iberito y su amigo, fué obra de minuto y medio.

Las primeras preguntas del cortesano al forastero fueron las generales de la ley estudiantil:

—¿Cómo has venido tan tarde? ¿Vienes a estudiar Leyes? Ya está cerrada la matrícula. ¿Vienes a prepararte para Estado Mayor o Caminos? ¿Traes dinero?

Iberito, que era la misma sinceridad y no gustaba de colocarse en posiciones falsas, respondió como un examinando que sabe de memoria la lección:

—No vengo a estudiar Leyes ni nada. Traigo muy poco dinero... Me he escapado de mi casa.

—¡Bien, chico!... ¡Viva la Pepa! —dijo Maltranita con jovial admiración—. Eres el último romántico..., porque ya no hay románticos. Los que quedan vienen de provincias, como tú, escapados y sin guita... Pero se me olvidaba lo más importante. No habrás comido... Tendrás gazuza. Un poco tarde llegas. Pero algo habrá quedado para ti.

Apenas oída la breve respuesta del forastero, salió Maltranita a la puerta y llamó a la patrona con apremiantes voces:

—¡Luisa, doña Luisa!

La cual no tardó en mostrar su agradable presencia. Era una mujer más que cuarentona, de tipo suave, de marchita belleza otoñal.

—Aquí tiene usted un nuevo huésped —le dijo Maltrana—. Viene huído de su casa y con poco dinero... Pero no vacile usted en darle habitación y asistencia, que es de una gran familia. Yo respondo.

Contrariada, respondió María Luisa que había pasado la hora. Todos habían comido ya. Tendría que remediarse con lo que se pudiese preparar de prisa y corriendo. Mientras la señora cuidaba de disponer algo para el nuevo huésper, éste oyó de boca de su amigo las mejores referencias acerca de aquélla:

—Es una persona decentísima, viuda, que ha venido a menos. Su padre, don José del Milagro, fué gobernador de provincia en tiempo de Espartero. Su marido era un famoso bajo...

—¿Bajo de cuerpo?

—No, tonto..., ¡qué cerril vienes!... Era bajo de voz, italiano: cantaba óperas y funerales de primera clase... Esta casa es de las mejores de Madrid. No ha sido para ti poca suerte haber caído en ella. Por doce reales estarás muy bien, y por catorce, como un príncipe.

Mientras Ibero cenaba, Maltranita se mudó de camisa, cepilló muy bien su americana y pantalón y alisó esmeradamente con un pañuelo de seda la felpa de su sombrero. Era muy cuidadoso de su persona, y gustaba de presentarse en el café o en el teatro con facha parecida a la de un *dandy*. No había terminado sus arreglos cuando volvió al gabinete el forastero, llena ya la tripa de la bazofia patronil.

—Ya que has matado el hambre, y antes que nos vayamos al café—le dijo el cortesano—, vas a decirme a qué has venido a Madrid. No abandona casa y familia un muchacho como tú sin que le mueva una idea, una pasión, algo que... Dímelo pronto.

No se hizo rogar Iberito, que a gala tenía manifestar lo que a su parecer le honraba y enaltecía sobre manera. Con firme acento y claridad que revelaban su convicción, declaró el porqué de su escapatoria, el porqué de su viaje... Oyó Maltrana como quien no da crédito a lo que oye; se hizo repetir la declaración, y asaltado de una de esas risas que destroncan, se tumbó en el sofá para reír a sus anchas.

IV

No se desconcertó Iberito ante la hilaridad epiléptica del cortesano, pues contaba con que no podía ser de todos comprendido.

—Cada uno tiene sus fines, Juan—le dijo—. Si lo mismo pensáramos todos, el mundo estaría poco divertido. ¿Crees que estoy loco?

—O tonto de remate, Santiago—replicó el otro, apretándose la cintura para contener la risa—, y no acabo de comprender de qué nido te caes, ni de dónde has sacado esa idea. En primer lugar, el general Prim se ha marchado ya... Mira: aquí tienes *Las Novedades* de hoy, que lo dicen bien claro: «Ayer salió para Cádiz...» Pero aunque no hubiera salido y estuviera en Madrid..., ¿crees que si a él pudieras presentarte con esa encomienda habría de hacerte caso? ¡Llevarte consigo! Pero ¿cómo y en calidad de qué? ¿Irías de soldado, de machacante, de limpiabotas, de acemilero?

—De ranchero iré si me lleva.

—Pero aún hay en tu cabeza una tontería mayor. ¿De dónde has sacado que el general Prim lleva tropas a Méjico para conquistar aquella República y traerla al dominio de España? Eso es estar en Belén y no conocer el mundo, ni la política, ni nada... Pero se nos hace tarde: vamos al café y andando te explicaré a qué va Prim a Méjico... Te advierto que en el café no saques a cuento tu caballería andante. No me gustará que los amigos se rían de ti. Aunque no sea verdad, di que has venido a estudiar Leyes.

Salieron. Por la calle, Maltrana informó a su amigo de lo que éste ignoraba. Venía enteramente cerril, con ideas del tiempo de la Nanita y proyectos aprendidos en algún pliego de aleluyas.

—Para que te vayas enterando y caigas de tu burro, del burro de la ignorancia, te diré que tres naciones, Inglaterra, Francia y España, han celebrado un tratado de intervención en Méjico, no para conquistarlo, sino para pedir reparación de ciertos agravios a nacionales de los tres países y reclamar el pago de no sé qué deudas. Te daré un periódico en que lo veas bien explicado. Aquel país está en la anarquía... Parece que dos presidentes se disputan el mando... Las naciones quieren que los mejicanos tengan juicio, que den descargos y satisfacciones por los europeos ofendidos o asesinados, que paguen lo que deben, etcétera. En fin, que todo es prosa... Estamos en un siglo enteramente práctico,

fíjate bien en esto, Santiago... Y en cuanto a Prim, tu ídolo, te diré que yo tengo de él una idea muy mediana... Ya estamos en la Puerta del Sol. ¿Ves qué magnificencia? Los edificios de la curva ya están terminados. Faltan las dos cabeceras, que quedarán concluídas dentro de un año... ¿No se te ensanchan las ideas? ¿Y las telarañas que en tu cabeza traes, no se te deshacen viendo estas maravillas de la civilización? ¿No te asombras de lo bruto y atrasado que vienes? Y acordándote de la oscuridad de tu pueblo, ¿no te avergüenzas de traer acá ideas rancias y locas que allí debiste dejar entre las paredes ahumadas?... ¡Ea!, ya estamos en nuestro café.

Dos palabritas biográficas acerca del joven Maltrana. De sus padres, Juan Antonio y Valvanera; de su abuelo materno, el insigne don Beltrán de Urdaneta, se ha dicho anteriormente cuanto había que decir. Criado Juanito en Villarcayo, recriado en Cintruénigo y Laguardia, instruído en Vitoria, acabado de pulimentar en un buen colegio de Burdeos, desde que traspasó los veinte años tomaron sus ambiciones el rumbo de un sensato positivismo. Anticipándose al deseo de su padre, pidió ir a los Madriles, estudiar Leyes, ensayarse sin pretensiones en la literatura y en el periodismo; seguir, en fin, la carrera de hombre público, a que le llamaban su natural despejo y su fácil palabra. ¿De dónde salían estas vocaciones, esta novísima orientación de la juventud en la segunda mitad del siglo? El demonio lo sabe. Serían tal vez producto de la desvinculación, del parlamentarismo, de las cuquerías doctrinarias que informaron la Unión Liberal, del estudio constante de la Economía política...

Ello es que Juan, a poco de respirar los aires picantes de la Corte, hallábase aquí como pez en el agua; en pocos días aprendió la cháchara flúida, graciosa y mordaz del madrileño de casta; se asimiló las diferentes formulillas para juzgar de política, de teatros, de arte; fué un lucidísimo alumno de la Universidad; logró, por la amistad de su padre con Salaverría, un destinejo en Hacienda, que, con la mesada y los regalillos de mamá, le constituía un peculio espléndido para estudiante; vestía bien sin soltar nunca la pomposa chistera; tenía relaciones; hablaba y entendía de política; se abría, en fin, un brillante camino con sus dotes ingénitas y la ciencia social que sin él notarlo se le iba metiendo por los poros. Tan joven, y ya tenía puesta la mira en dos puntos luminosos del porvenir: casamiento con una heredera rica y posición política brillante. Y como tales bienes se le aparecían en término lejano, todos sus pensamientos polarizaban en aquella dirección; su voluntad rectilínea y sin el menor desvío hacia aquellos puntos, como el imán al Norte constantemente señalaba.

Llegaron los dos amigos a las mesas que ocupaban de tiempo inmemorial dos trincas o cuerdas de estudiantes de diferentes carreras. Era la trinca riojana y otra mixta de burgaleses y vascongados. La facha de Iberito provocó sorpresa y sonrisas. Era un novato que se había traído el pelo de un gran número de dehesas. Su brusquedad en los saludos fué alegría de la reunión. En ésta sólo encontró un muchacho conocido: Paco Cerio, hijo de un coronel carlista, convenido de Vergara y natural de Salvatierra. Felizmente para Iberito, a poco de llegar a la reunión quedó de figura silenciosa en el extremo de una mesa, pues los cafetómanos se enredaron en charlas, bromas y disputas, a las cuales era completamente extraño el aturdido forastero.

Lo primero que éste oyó fué la burla que hicieron todos del pobre Cerio, acribillándole desde una y otra mesas con pullas acerbas. Le motejaban de *neo:* así lo entendió Iberito, sin llegar a penetrar claramente el sentido de esta palabreja, nueva para él. Observó que Paco se defendía bravamente, respondiendo con salidas maliciosas a cuantas saetas le dirigían los guasones. De buena gana se habría puesto Iberito al lado de su amigo y casi paisano, batiéndose con él y disparando a los otros, no chistes envenenados, sino una botella de las que cerca de su mano tenía. Pero no pasó del pensamiento: no conocía bien el terreno en que lo había metido Maltranita, ni acababa de desentrañar el significado de los vocablos *neo* y *neísmo*. Luego se enzarzaron en un guirigay político. Nunca hablaban menos de cuatro a un tiempo. Gritaban y reían como un coro de orates desmandados... Los más próximos

al novato le preguntaron su opinión sobre la cosa pública, sin duda por mofa de su rusticidad, esperando oír graciosos disparates. Respondía el joven sacudiéndose las moscas: él no entendía..., él acababa de llegar de su pueblo. Maltrana le dió lección política en la forma más elemental. Ibero resultaba muy torpe para comprender cosas tan extrañas, y el amigo le instruía con paternal interés.

—Vienes en un estado completamente agreste y pecuario—le decía riendo—. ¿De veras no sabes lo que son «los obstáculos tradicionales»? ¿No tienes noticia de Olózaga, que es el autor de la frase?

—De Olózaga sí tengo noticia—dijo Iberito, gozoso de entender algo de tales monsergas—. Ese señor es de Oyón, cuatro leguas de mi pueblo..., y amigo de de padre. En mi casa de Samaniego le he visto; pero maldito si le oí hablar de esos obstáculos...

—Pues esos obstáculos son... que en Palacio no quieren a los progresistas, y se ha determinado que no sean jamás Poder... «Ser Poder» quiere decir subir al Gobierno, mandar...

Alargó la gaita hacia aquel extremo de la mesa un joven no bastante tierno para estudiante, sino más bien machucho, además largo de narices y socarrón de mirada, y en tonillo impertinente preguntó a Iberito:

—¿Y qué nos dice usted de las disidencias? ¿En su pueblo de usted qué opinan de Ríos Rosas?

Respondió Ibero, sin inmutarse, que le tenían descuidado las disidencias, y que en su pueblo nadie tenía noticias de Rosas ni de Ríos...

—El pueblo de usted—dijo el narigudo con ínfulas de chistoso—debe ser Belén... ¿Y en Belén no tienen noticia de otro disidente, que es paisano de usted, Alonso Martínez, el más joven de los políticos?... ¿No le conoce?... Señores, propongo que la frase usual «estar en Babia» se trueque por «estar en Burgos».

—Yo no soy burgalés, caballero... Soy de Samaniego.

—Ya... Samaniego es el país de las fábulas, donde hablan los animales.

—Así es... En mi tierra hablamos los animales. Pero como queremos instruirnos, venimos a donde ladran las personas.

Esta réplica vivaz y agresiva dejó a todos suspensos, y desconcertado al narigudo, que era un tal Segismundo Fajardo. Mas no tardó en rehacerse soltando otra saeta, a la que Iberito contestó con despejo y acritud. Ya se iba caldeando el diálogo; pero antes que llegase a temperatura explosiva tiró Juan del brazo a su amigo, y pretextando que tenían que avisar a la Administración de Diligencias para que llevaran a la calle de Jacometrezo el baúl de Iberito (no tenía más equipaje que lo puesto), dijeron «vámonos», y con esto y un «buenas noches» abandonaron la sociedad cafetera.

—Este Segismundo—dijo el cortesano al forastero—es un vago. Como tiene buenas aldabas, entre ellas, su tío el marqués de Beramendi, nunca está cesante; pero no va a la oficina más que a cobrar. Su padre, don Gregorio Fajardo, se ha hecho riquísimo con la usura, y ya se habla de que le van a dar un título... No es constante Segismundo en *nuestras mesas;* viene a ellas cuando no tiene mejor tertulia en que pasar el rato... El hombre quedó atontado con tu réplica. Para entre mí, yo me reía la mar, porque es un bravucón que se achica cuando le hablan recio.

La impresión que del café sacó Iberito en aquella su rápida visión fué que se asomaba a la puerta de una sociedad compleja, hirviente, de formas y caracteres desconocidos para él. Más risa que miedo causábale al primer vistazo la extraña sociedad, y no sentía su ánimo muy movido de curiosidad para conocerla mejor. Pensaba que detrás de aquel mundo había otro, más conforme con el suyo, con el que él llevaba dentro de sí, construído por sus propias ideas y por las sensaciones de su bulliciosa infancia. Justo es decir que Maltranita, aunque sus miras sociales le petrificaban en el egoísmo, fué generoso con Ibero, le garantizó el hospedaje y le dió alguna ropa para que se vistiese con decencia, hasta que proveyesen los padres. Y ved al hombre en Madrid, brujuleando en las calles, gozando de esa forma de soledad que consiste en andar entre el gentío sin conocer a nadie, observando cosas y personas, y tomando el tiento por de fuera al populoso mundo en que había caído.

V

Pronto aprendió, con o sin ayuda del amigo, a conocer las calles y a meterse y sacarse por todas ellas buscando sorpresas y perdiéndose entre la muchedumbre. Gustaba de ir por las mañanas al relevo de la guardia en Palacio, y se extasiaba viendo aquel maniobrar ordenado de las tres armas, que en sus movimientos eran como el índice o catálogo de las energías militares. Las demás horas del día las empleaba en recorrer estos o los otros barrios: ya se espaciaba por Buenavista, ya por la Inclusa y Latina. La calle de Toledo, así como el Rastro y Embajadores, le entretenían singularmente, y no se cansaba de contemplar el ir y venir afanoso de la gente humilde, la muchedumbre de mujeres fecundas, los chiquillos de diferentes edades que de aquella fecundidad eran muestra y testimonio, los hombres peor comidos que bebidos, y que en diferentes industrias y oficios luchaban por el pan. Era el pueblo, que con su miseria, sus disputas, sus dichos picantes, hacía la historia que no se escribe, como no sea por los poetas, pintores y saineteros.

Divagando siempre, vió más de una vez a la familia real de paseo. Doña Isabel, que por aquellos días volvió de su viaje triunfal a Santander, se mostraba en el camino de Palacio al Retiro, en coche abierto, precedida de batidores y caballerizos, y seguida de una escolta de húsares o lanceros. A su izquierda llevaba Isabel al rey don Francisco; ella con inclinación de cabeza, él con un sombrerazo, contestaban al frío saludo de la gente que discurría por las aceras. Observó Iberito que las majestades no levantaban a su paso más que un tenue vientecillo de cortesanía respetuosa. Detrás de la reina, en coche con tiro de mulas, solían ir la infantita Isabel, de diez años, y el príncipe de Asturias, Alfonsito, de cuatro, asistidos de sus ayas y servidumbre. Algunos días iban por delante; todos se metían en lo reservado del Retiro, donde no entraban más que los personajes de la Corte. ¿Qué hacían allí? Sin duda jugarían los niños y los padres pasearían a pie, con grave paso y soberano hastío.

Y algunos ratos de la mañana perdía o empleaba Iberito metiéndose en la Universidad, y observando el entrar y salir de muchachos cargados de libros y apuntes. Le interesaba el espectáculo de aquellos claustros bulliciosos, sin que por ello le picaran ganas de estudio; al contrario, su repugnancia de las carreras y de los títulos académicos era más grande en el interior de la Universidad que en la libre calle bullanguera. ¡Leyes! ¿Y todos aquellos guapos y agudos chicos andaban allí para llenarse el cacumen de conocimientos jurídicos o curialescos? ¿Tantas leyes hay, que necesitamos un desmesurado edificio y un ejército de maestros para enseñarlas? ¿Y dónde, dónde, *moño,* se estudiaba el arte de aplicar la justicia y de gobernar al pueblo?... Cansado de vagar por la Universidad, buscaba una iglesia, después otra, y con breve inspección recorría seis o siete en la mañana. Quería ver de cerca qué trazas tenían en la Corte los lugares de rezo y devociones. Vió cavidades oscuras, feas, despojadas de todo arte, como si las limpiara de belleza la escoba de la vulgaridad; vió feligresía de mujeres, más viejas que jóvenes, con predominio de la fealdad; vió curas y capellanes solícitos, como abejas en su industria sacerdotal, y atentos a la obligación de criar las almas para el cielo.

Fuera de la iglesia, le sorprendían aquí y allí formas y aspectos interesantes de la sociedad española; pero en ninguna parte vió ni oyó cosa alguna que tuviera con su ídolo relación; nadie le habló de Prim. La imagen de éste, fuera de una estampa que vió en el Rastro, parecía sustraída sistemáticamente a la admiración humana. Creyérase que al héroe de Los Castillejos se lo había tragado la tierra, quizás el mar, y que éste no quería ser conductor de nuevas epopeyas de España a las Indias. Iberito veía desvanecerse su ideal y caer desmoronado el castillo de su caballeresca ambición.

Por fin, en su casa de huéspedes, cuando menos lo esperaba, encontró dos jóvenes a quienes pronto miró como amigos, sólo por ser ambos muy devotos de Prim. Era el uno Rufino Cavallieri, hijo de la patrona doña María Luisa, chico tan rebelde al estudio, que no pudo su madre meterle en ninguna carrera, ni aun en las más fáciles. Por fin, se le de-

dicó a un oficio, y trabajaba en un taller de dorado. El otro era un huésped llamado Rodrigo Ansúrez, violinista muy notable. Pensionado por el marqués de Beramendi, protector de las artes, había hecho sus estudios en Bélgica, y por países extranjeros andaba casi siempre dando conciertos y perfeccionándose en la armonía y contrapunto. Cuando a Madrid venía por temporadas cortas, moraba en casa de doña Luisa, que, como viuda de un bajo profundo, pretendía dar a su establecimiento un carácter, si no de templo, de hospedería musical. En efecto: allí vivían un barítono y dos partiquinos del teatro de Oriente.

Rufino Cavallieri tenía por principal en su taller a un catalán, del propio Reus, loco entusiasta de su paisano, de quien se decía pariente. Toda la vida del general, desde que apareció en la guerra civil como *pesetero* humilde, hasta la gloriosa jornada de Los Castillejos, la tenía en la memoria, sin que se le olvidasen ninguno de los hechos de armas con que don Juan ilustró su nombre desde 1834 a 1860. El buen dorador, mientras estofaba marcos, peanas y cornucopias repetía. para recreo de sus oficiales y de algunos amigos, los trozos que más a pelo venían en las incidencias de la conversación. Todo ello se le fué pegando en las orejas y en el magín al joven Cavallieri, que pronto igualo a su maestro en el dorado y en adorar el nombre y los hechos de Prim. Verdad que al contárselos a Ibero truncaba lugares y fechas; pero esto no importaba. De verdades aderezadas con mentiras se apacientan las almas.

De muy diferente índole era el entusiasmo *primista* del músico. Hombre de menos palabras no se había conocido jamás. Todo se lo hablaba con el violín. Así, cuando Ibero mentaba a su ídolo, no decía más que «¡Oh Prim, grande hombre!...». y agarrando en seguida su instrumento, sacaba de las vibrantes cuerdas una declamación patética, en la cual, con graciosas modulaciones, se iban eslabonando las ideas en infinita serie, sin encontrar la fórmula final. Era Rodrigo Ansúrez un improvisador fecundo, que, sólo con abandonarse a la habitual acción de ambas manos con el arco y las cuerdas, lanzaba al exterior los sucesivos estados de su espíritu. Ibero, que no conocía una nota, hallábase dotado de la percepción artística en su máxima intensidad. El ritmo, el concepto melódico y la armonía le subyugaban; absolutamente ignorante de la técnica, se apropiaba como nadie el íntimo sentido musical cuanto más vago, más adaptable a los distintos estados espirituales del oyente... «¡Oh Prim, grande hombre!»

¡Si el músico era lacónico en la palabra, cuán elocuente en el violín! Toda su alma ponía Ibero en el oído. Alma y oído en perfecto consorcio saboreaban el *Romancero de Prim,* reducido a notas y ritmos. Claramente cantaba el violín las hazañas del héroe, su ardimiento, y reproducía su tonante voz en los combates. Una tarde, hallándose los dos amigos por tercera vez embelesados en la dulce tocata, el alma de Iberito se regalaba con nuevos desarrollos de la personalidad legendaria del héroe. Prim no era sólo el campeón intrépido contra moros; era también el expugnador de la tiranía; el conductor de pueblos, que los llevaba por sendero pedregoso y venciendo mil obstáculos a regiones de paz duradera. Todo esto cantaban las estiradas tripas, vibrantes de apasionada elocuencia, y aquel día dió el artista con el final sintético que en otras improvisaciones no pudo encontrar. Gradaciones rítmicas, modulaciones felices le llevaron insensiblemente a un pasaje de marcada inflexión trágica, o que trágicamente se proyectaba en el alma de Ibero, y luego a una tristísima salmodia fúnebre. O el *stradivarius* no decía nada, o decía que el héroe sucumbía violentamente, víctima de la envidia y la ingratitud; final muy lógico, casi rutinario en el poema de las grandezas humanas. Poníase Ibero a punto de llorar con la melopea trágica y fúnebre, y a su amigo decía:

—Acabe usted, por Dios, que el sentimiento de este pasaje me destroza el alma.

El músico no añadía una palabra sola a los épicos sones de su instrumento. Suspiraba, como el intérprete que nunca se siente bastante hábil y aspira con anhelo ardiente al absoluto dominio del lenguaje musical. Ibero le decía:

—Vaya, vaya; eso es tocar la Historia.

Y a su amigo Maltrana, que por aquellos días le incitaba al estudio y le ofre-

cía libros para que se fuese preparando a cualquier carrera, mientras disponían los padres si le dejaban o no en Madrid, le decía:

—Déjame en paz: no quiero libros ni carreras... A ninguna siento inclinación. Quiero quedarme libre: salvaje he sido hasta hoy, y salvaje he de ser siempre. Mis libros serán la acción. No siento ningún deseo de conocer, sino de hacer.

Si no lo dijo en esta forma, en otra parecida y más ruda fué.

Aguardando la resolución de los padres de Iberito. Maltrana le abandonó como cosa perdida. No le veía más que a las horas de comer, y esto no siempre; hablaban poco. Algunas noches le redujo a ir al café de marras; otras, Santiago iba solo al de una trinca de aragoneses, donde le presentó un conocido suyo, teniente, llamado Estercuel, a quien se encontró en la calle. Este le puso en relación con diversos puntos, entre ellos un don Víctor Ibraim, capellán de tropa, el cual, con desordenado estilo y acento ceceoso defendió el catolicismo democrático, la devoción a la Virgen, el *Himno de Riego* y la Constitución del año 12. Apenas le entraban a Iberito por una oreja las declamaciones del clérigo andaluz, ya le salían por la otra. No así lo que dijo Estercuel, que hablaba con sentido y daba a entender vagamente sus opiniones avanzadas.

Una tarde, el cura y el teniente invitaron a Ibero a que de paseo les acompañase a Leganés, donde ambos tenían su residencia militar, y el aburrido joven aceptó gozoso, por espaciar su ánimo y alargar la cuerda que a Madrid le sujetaba. Allá se fueron los tres, y allá merendaron. Al volverse a Madrid solo, ávido de movimiento, se metió por las lindes del campo; recorrió largo trecho en soledad placentera, y cuando entraba en el camino real por el Alto Carabanchel encontró un grupo de militares, del cual se destacó un joven corriendo hacia Iberito con los brazos abiertos. Era Silvestre Quirós, sargento de Infantería, riojano alavés, natural de Elciego. Su madre había sido cocinera por luengos años en la casa de Ibero, y en ella permaneció hasta su muerte en jubilación decorosa. ¡Con qué alegría se vieron y con qué emoción celebraron encontrarse juntos tan lejos de su patria! Silvestre tenía diez años más que Santiago. Hablábale más como amigo que como criado, o con la familiaridad respetuosa de los servidores que llevaron a sus amitos en brazos, a cuestas y a la pela, y les enseñaron a dar los primeros pasos. Allí fué el preguntar Silvestre por toda la familia y hasta por los animales de la casa: caballos, mulas, perros y gatos. De todo le informó Ibero, y como no tuvo más remedio que referirle su escapada y viaje libre a Madrid, hízolo con sinceridad y algún atenuante discreto para que Silvestre no le riñera. Frunció el ceño el militar; pero Santiago expuso razones de un orden espiritual que hasta cierto punto justificaban sus actos. ¡Y qué rara coincidencia resultó de estas explicaciones! También Quirós había sufrido el delirio de Prim y de América; también fué su sueño dorado ir en la expedición, y la imposibilidad de conseguirlo le había dejado con una murria de mil demonios... En fin, como la noche se venía encima y Silvestre tenía que seguir a Leganés sin demora, despidiéronse con la resolución de verse al día siguiente en el mismo sitio para charlar largo y tendido.

Ya con aquel encuentro tenía Iberito la compañía más de su gusto, porque Silvestre, su amigo de más confianza, le comprendía mejor que nadie, le hablaba de empresas militares más soñadas que verdaderas, y coincidía con él en pensamientos audaces, jamás a su parecer ideados de otro alguno. A la cita de los Carabancheles acudió presuroso, encontrando a Silvestre al pie de un gran árbol hablando con dos paisanos, que al ver a Iberito quedaron mudos, como si lo que allí se trataba no debiera oírlo ningún cristiano. Apartóse el joven discretamente; los desconocidos secretearon con Quirós algunas palabras o cláusulas breves al modo de consigna, y camino abajo se fueron, despidiéndose con esta concisa frase, tres veces pronunciada: «Allá, mañana.» «Allá» parecía ser Madrid.

Dijo Silvestre a su señorito y amigo que al día siguiente podrían verse en Madrid. Indicó como punto de cita la iglesia de San Sebastián, y como hora, las seis de la tarde. Sospechó Ibero que su amigo andaba en algún misterioso enredo políticomilitar; pero esta idea no le retrajo de la amistad del sargento,

antes bien, le empujó más hacia él, por querencia del misterio romántico. Juntáronse dos días más en los Carabancheles, y aunque Ibero trató de explotar a su amigo, éste no quiso clarearse. Por fin, una tarde entraron los dos a refrescar en un tabernucho situado en las primeras casas de Leganés. Arrimáronse a una mesa, donde estaba bebiendo cerveza uno de los dos individuos que Iberito había visto días antes en reservada conversación con su amigo; pidieron de beber, y mientras discutían con el otro si había de ser cerveza o vino, entró de súbito un sargento seguido de cuatro números de la guardia de prevención. Sin darles tiempo ni a las primeras exclamaciones de sorpresa, el sargento dijo:

—Sargento Quirós, de orden del coronel, venga usted preso..., y también estos dos pájaros...

Lívidos Silvestre y el desconocido, sereno y altivo Iberito, los tres mudos, siguieron al que les privaba de libertad.

En aquel punto acabaron los datos y conocimientos que la Historia pudo reunir en su primer legajo para la vida y hechos del audaz Iberito. La persona de éste se pierde desde aquel suceso, como el hilo de agua que corriendo se desliza sobre un suelo de arena. Lenta evolución de la vida y del tiempo fué menester para que resurgiera de nuevo en la superficie como verán los que sigan leyendo...

VI

Sábese, y si no se sabe se supone, que don Tadeo Baranda, al notar la ausencia de Santiaguito, despachó un propio en su seguimiento, y pensando que el fugitivo no había ido muy lejos, se abstuvo de notificar el caso a los padres, pues a nada conducía darles tal disgusto si, como era presumible, el muchacho parecía pronto. Equivocóse de medio a medio el buen cura, y su principal error fué mandar al criado, no en la dirección de San Millán de la Cogulla, sino en la de Santo Domingo de la Calzada, itinerario que seguían casi siempre en sus cacerías. El perseguidor debía prolongar su ojeo hasta Belorado, donde vivían dos chicas muy guapas, las de Corporales, que en Nájera pasaban el verano, y que por todas las trazas eran muy del gusto de Santiaguito. Volvió desconsolado el propio a los dos días, y antes de que diera parte al amo de la inutilidad de su exploración, don Tadeo, rabioso contra sí mismo, le dijo:

—¡Pero, hombre, si estaba yo en la hora boba cuando te mandé a Belorado!... ¡No acordarme de que las niñas de Corporales están ahora en Herramélluri! Vete allá, cógeme de una oreja a ese pillo y tráelo amarrado si fuese menester.

Nuevo fracaso del propio y mayor tribulación de don Tadeo, que, sin perjuicio de seguir explorando hacia Cameros y Soria, dió parte a los primos de Samaniego cinco días después de haber tomado soleta el niño tontiloco.

La consternación de Santiago Ibero fué grande. Hallábase su esposa en Laguardia, pasando unos días con su hermana Demetria, que volvía de Royan y Burdeos, vendimiados ya los ricos viñedos que Calpena poseía en la Gironda. Las dos hermanas gozaban de verse juntas después de larga ausencia. No quiso, pues, Ibero informar a Gracia de la barrabasada de Santiaguito. ¿A qué aguar su felicidad con esta noticia, si el chico había de parecer pronto? A este fin, escribió a varios amigos suyos, uno de Zaragoza, otro de Madrid, para que buscasen al prófugo. Punzante corazonada le decía que a Madrid había ido Santiago, movido de su alocada imaginación. El amigo que en la Corte recibió el encargo de Ibero y poderes para buscar al fugitivo y apresarle con todo el rigor de un segundo padre era el teniente coronel don Jesús Clavería, compañero inseparable de Ibero en las fatigas de la guerra, su fraternal amigo en la paz. Desgraciado en su matrimonio, Clavería obtuvo pocas ventajas en su carrera, por no disimular sus inclinaciones harto vivas al Progreso y la Democracia. Era un temperamento generoso, sincero, rectilíneo; miraba más a sus ideales patrióticos que a su personal provecho. Desde el 56 cayó en desgracia, viéndose obligado a pedir el cuartel. O'Donnell le tenía por sospechoso, y le molestó durante algún tiempo con vigilancias humillantes. A pesar de esto, y favorecido por su conducta correctísima, vivía en Madrid bienquisto de todo el mundo: sus relaciones con

personas de este y el otro partido eran muy cordiales; frecuentaba el Casino por no tener afectos en su vivienda solitaria, y era un ocioso simpático, uno de estos madrileños castizos que adornan todos los paseos y ocupan lugar preferente en el movible museo de caras conocidas.

La primera diligencia de Clavería al recibir el encargo fué echar un pregón en el Casino; luego lo echó en el café de la Iberia. Nadie daba razón del tal Iberito. Los círculos y peñas del Suizo tampoco respondieron. Un encuentro casual con Maltranita hizo al fin la luz. El prófugo había llegado a Madrid, instalándose en la casa de huéspedes de la Milagro; pero a los quince días de estar en ella desapareció por escotillón como había venido. «Salió una tarde diciendo «hasta la noche», y todavía le estamos esperando.» Así lo contaba Maltrana ya muy avanzado diciembre. De este dato precioso partieron las gestiones emprendidas con febril ardor por Clavería, ayudado del joven estudiante. La primera indicación para una pista segura la dió Seguismundo Fajardo, el ubicuo, parroquiano de todos los cafés de Madrid, y por consejo de él, fué interrogado don Víctor Ibraim. Hombre muy tardo en sus respuestas, por el afán de rodearlas de misterio y de farandulería, el castrense recomendó que se buscase el testimonio del teniente Estercuel. Pero Estercuel había sido trasladado a Zamora días antes. Por fin, siguiendo el rastro al través de la oficialidad de Cazadores de Figueras, acuartelados en Leganés, se llegó al punto importante de la prisión del sargento Quirós y dos paisanos, uno de los cuales era un jovencillo imberbe. Amigo de Clavería era el teniente coronel de Figueras. A él se fueron los investigadores sin obtener la claridad que perseguían. He aquí las manifestaciones del jefe del batallón. O el jovenzuelo detenido con el sargento había falseado su nombre, o era el que buscaba con el nombre de Santiago. De su paradero nada sabía el teniente coronel, pues los dos paisanos, entregados a la autoridad gubernativa, salieron en cuerda de presos... ¿Para dónde? ¿Para Melilla, para el castillo de Gibralfaro, en Málaga; para Cartagena?...

Ante estas vagas referencias pateó y echó fieras maldiciones Clavería, gritando:

—Pero ¿así se encarcela a infelices ciudadanos, y se les conduce al destierro sin formalidad alguna ni decir siquiera adónde los llevan? ¿En qué país vivimos? ¿Es esto España, o una colonia fundada por el Congo en tierras europeas?

Y el de Figueras, lastimado también y algo confuso, le contestaba:

—Amigo mío, no hemos hecho los militares la ley de Vagos. Es cosa del Gobierno, a quien los dedos se le antojan conspiradores. Hablen ustedes con el gobernador civil, con el ministro de Gracia y Justicia, con el director de Penales, con el presidente de la Junta de Cárceles, con el inspector de la Guardia Civil, con el juez de la Inclusa...—siguió enumerando en broma—, con el comisario general de Cruzada, con la Secretaría de la Interpretación de Lenguas, con el nuncio apostólico. con doña Polonia Sanz, con el padre Claret, con el moro Muza...

No exageraba el teniente coronel: la peregrinación que emprendieron los buscadores de Iberito abrazó innumerables compartimientos de la superficie burocrática del Estado, toda llena de aposentos claros y oscuros, de cavernas, zahurdas y pasadizos. Dos semanas de labor infatigable no dieron resultado alguno. Nadie sabía nada. En toda estancia de aquella Babel culpaban a la estancia vecina, y en ninguna faltó un hombre indolente que alzara los hombros significando su desprecio de la vida y de la libertad de los ciudadanos. Aburrido y desalentado. Clavería dió a Santiago Ibero cuenta de su indagatoria, tan prolija como ineficaz. Gran consternación en Samaniego y Laguardia. Enterada Gracia de la pérdida de su primogénito, sufrió terribles ataques nerviosos. Dejóla Ibero al cuidado de la sin par Demetria y del marido de ésta, y se fué a Madrid en enero del 62.

Juntos los dos amigos, repitieron las indagaciones, y, por fin, la Guardia Civil señaló una pista con visos de segura. Según dijo Ibero, las diligencias del cura Baranda dieron por resultado el encuentro de un sargento inválido que iba semanalmente al mercado de Almazán con una carga de sal. Milmarcos, que así se llamaba, conoció a Santiaguito en el

mesón de aquella villa, y le aposentó luego en su casa de Tor del Rábano. El móvil del descarriado muchacho no era otro que agregarse a las tropas que iban a Méjico al mando de Prim. Con esta idea coincidían las indicaciones de la Guardia Civil, resultando de todo que bien podía suponerse, con probabilidades de certeza, que no fué Iberito el preso de Leganés... Al desaparecer de la casa de huéspedes debió tomar el camino de Cádiz, y, al fin, en esta plaza hallaría modo de introducirse en el vapor que últimamente transportó más tropas para la Habana. Pudo embarcarse el muchacho furtivamente y sin papeles, por el sistema escurridizo de los pasajeros apodados *polizones*...

Resuelto a no desmayar en la cacería de la verdad, partió Ibero a Cádiz... Doloroso es consignar que volvió a Madrid a fines de febrero con la pena y desesperación de un nuevo fracaso. O Iberito había logrado colarse en el vapor de enero, o andaba escondido Dios sabía dónde, o era ya difunto. No acertando a consolar al afligido padre, Clavería y otros amigos daban por cierto que el chico pisaba ya el suelo americano, realizando con osadía caballeresca su pensamiento. Lo más práctico sería, pues, escribir a las autoridades de la Habana, o al mismo Prim a Méjico, para que buscaran al prófugo, y bien custodiado lo mandasen a la Península... No alcanzando a estos dos personajes las relaciones de Clavería, solicitó éste los auspicios de un buen amigo, el marqués de Beramendi, que se mostró en extremo bondadoso y servicial.

—Mañana es correo—le dijo—. Yo escribiré a Serrano presentándole el asunto como cosa mía, para que lo tome con interés. Con Prim no tengo confianza; pero Manolo Tarfe, que es uno de sus corresponsales en Madrid, y en todos los correos le da conocimiento de cuanto aquí pasa, le escribirá mañana mismo. Yo respondo de ello.

Uniendo lo cortés a lo diligente, invitó a un almuerzo íntimo, para el día inmediato, a Clavería, Ibero, Manolo Tarfe y algún otro amigo. De sobremesa se trataría del asunto que bien pudiéramos llamar *ibérico*, y se escribirían las cartas. Así fué. Reuniéronse todos a la hora indicada. Ibero fué presentado a Tarfe, resultando que se conocían: ambos recordaron haber hecho juntos en diligencia la travesía de Las Landas, viniendo Ibero de Francia con su señora y dos niños pequeños...

—Fué el cincuenta y dos, ¿no es eso?

—El cincuenta y dos, justo—replicó Santiago—. Recuerdo la fecha porque veníamos de París, donde no se hablaba de otra cosa que del casamiento de Napoleón con Eugenia.

—Y de lo mismo hablamos nosotros en el paso de Las Landas.

Al sentarse a la mesa, dijo Beramendi que había escrito a Serrano recomendándole el asunto del *niño perdido*. Urgía que Tarfe hiciera con toda eficacia la misma recomendación al general Prim en la carta de aquel día. Así lo prometió, y esta incidencia llevó de lleno el pensamiento y la palabra de todos los presentes a la campaña de Méjico.

—Para mí—afirmó Tarfe—, ya no hay secreto en la expedición: ya sé que Inglaterra y España van engañadas, vendidas... Así se lo escribo hoy al general... El convenio de Londres, después de establecer el objeto de la intervención, dice: «Las *altas partes contratantes* declaran que no buscan ninguna adquisición de territorio, y que no ejercerán en los asuntos interiores de la nación mejicana influencia alguna que menoscabe su derecho para escoger y constituir libremente su forma de gobierno.» ¿No dice esto? Pues todo es una comedia. Francia va resueltamente a cambiar allí la República por la Monarquía, y a colocar en el trono a un príncipe europeo.

Asombro de Ibero, novato en estos cubileteos de la diplomacia; dubitación de Clavería, risa de Beramendi, dejando traslucir que el noticion no era cosa nueva para él.

—Te ríes porque crees estar tan bien informado como yo. Por Guillermo Aransis, que llegó anteayer de Viena, sabes el nombre del candidato; pero ignoras cómo se ha fraguado este complot contra la República mejicana, y qué manos han tejido la fina trama. Yo he recogido excelentes testimonios y hoy le mando al general un protocolo curiosísimo, para que se divierta y rabie un poco... Ya verá en la que se ha metido.

—El candidato es el archiduque Maximiliano—dijo Beramendi—, hermano del emperador de Austria. Para mí no

es ya rumor, sino hecho positivo. Maximiliano será emperador de Méjico. ¿De dónde ha salido esta candidatura? Para mí no es difícil precisarlo... Ya sabes que en la gestación de las revoluciones, así como en la de las restauraciones, veo siempre manos femeninas. Es una manía, si quieres. Por algo la divinidad de la Historia es mujer: la musa Clío. Pues en París, hace ya algunos años, he visto de cerca la acción mujeril trabajando fieramente por la monarquía mejicana. ¿Conociste a la bella Errazu, a la Guibacoa, a la Uribarren, damas mejicanas, tan ricas como hermosas, y, por añadidura, furiosamente ultramontanas? Ya en los salones del Elíseo conspiraban contra la libertad de su país, y ésas y otras, también fastuosas y bellas, han reanudado en Tullerías la intriga para cambiar en Méjico la forma de gobierno, condensando ya sus ideas en la persona de Maximiliano.

—No han sido señoras, Pepe, sino hombres de fuste: ha sido la clase aristocrática y rica de la República, expatriada voluntariamente a la muerte de Santana, el único que allí contuvo los desvaríos democráticos; ha sido el arzobispo Labastida, que no se resignaba a la desamortización eclesiástica, llevada a efecto por Comonfort; ha sido el alto clero, la curia romana...

—Iniciadores fueron tal vez; pero sus planes habrían quedado reducidos a declamaciones de un coro sentimental si las damas elegantes..., ¡cuidado con ellas, que son de Caballería!..., no se hubieran lanzado a la pelea. En estas campañas sólo la bandera es de los hombres; a las mujeres pertenece la gloria del combate y del triunfo.

—No dudo que influya el bello sexo, Pepe; pero esto, según mis indagaciones, viene de más alto. Napoleón, por farolear en Europa y fascinar a los franceses, inventa las empresas militares más fantásticas. Un imperio en Méjico, ¡qué bonito! La bandera tricolor plantada en el árbol de la *Noche triste,* ¡qué teatral! Además, el hombre quiere hacer buenas migas con Austria..., puesta la mira en el Rhin y en la Prusia renana... El niño no tiene ambición que digamos... Luego, mi señora la emperatriz Eugenia, ante quien me postro con toda la admiración y el respeto del mundo, gusta de improvisar tronos..., ¡ella, que subió al de Francia con increíble suerte!..., y ahora se solaza haciendo emperador a un príncipe austríaco y emperatriz a una princesa belga... Es un bonito juego... Póngote de soberano en Méjico, aunque te ponga prendido con alfileres...

—¿Lo ves, Manolo?... Y luego negarás que las faldas empollan los imperios... Para tu gobierno, te diré que la idea de llevar un rey a Méjico es antigua. En mis mocedades de Roma conocí yo a un mejicano extravagante, Gutiérrez Estrada, que tenía por ídolo al príncipe de Metternich, y procuraba imitarle hasta en el vestir. Usaba unas corbatonas formidables y unos cuellos altísimos. En casa de Antonelli le vi algunas noches, con su levita color café, muy ajustada, y una placa de brillantes en el pecho... A lo mejor se lo encontraba uno en el Pincio, lleno el faldón de periódicos ultramontanos: *L'Univers, La Civilità Catolica;* leía febrilmente, y hablaba solo cuando no tenía con quién hablar. Yo le abordé algunas veces por pasar el rato, pues el hombre admitía conversación del primer paseante desconocido con quien topaba, y no hacía la menor reserva de sus pensamientos y sus planes. A vueltas andaba con una idea fija, que era cambiar la forma de gobierno en Méjico, con lo que ganaría mucho el orden y la religión. En Viena pasaba largos meses dando matraca al príncipe de Metternich, y por variar se iba después a Roma y la emprendía con Antonelli. Era un hombre afable y bastante instruído... ¡Pues, digo, si trabajó el hombre para plantar una corona sobre el escudo de su país! Muchos le tuvieron por loco. Luego ha venido la Historia a darle la razón, que esto está muy en la naturaleza de la Historia: dar la razón a los que no la tienen. Pero, lo repito: ni Gutiérrez Estrada, ni los ricos mejicanos que trabajaron después por la misma idea (Sánchez Navarro, Hidalgo, Arroyo, ni Almonte últimamente), habrían visto en Méjico Monarquía del tamaño de una lenteja si las señoras no sacan del pecho el Cristo y de la liga la navaja...

—Oigame usted, marqués—dijo a esta sazón Santiago Ibero—, y perdone que hable de mi pleito. Si tan grande es la influencia de las damas en los asuntos públicos, ¿por qué no ha de serlo en los privados? Pequeñísimo, insignifican-

te asunto es este de la desaparición de mi hijo, pues sólo a mí y a mi familia interesa. Y pues nada hemos conseguido de las autoridades ni de los altos o medianos poderes, ¿sería locura que nos encomendáramos a una, o tres, o veinte señoras de esas ricas y guapas que según usted todo lo pueden?

—Es una idea, es una idea—respondió Beramendi risueño y pensativo—; hay que pensar en ello... Yo pensaré...

VII

Corrían las horas, arrastradas suavemente por la conversación amena, y Tarfe anunció que concluiría su correspondencia en el despacho del marqués. Aún le faltaba lo mejor para dar al general Prim un informe interesantísimo, y era que doña Isabel, al enterarse de que los franceses llevaban un príncipe austríaco al Trono de Méjico, puso el grito en todo el sistema planetario. Su majestad habló así:

—«¿Cómo se entiende? ¿Un soberano a Méjico, y no es la reina de España quien lo elige? Ya verá Napoleón cuántas son cinco. ¡Como si no tuviera yo en mi familia príncipes para surtir a toda América! No daría yo poco, bien lo sabe Dios, por tener algún trono lejano donde colocar a Montpensier; a don Juan, mi primo, que acaba de reconocerme: a este otro primastro don Sebastián, y a los demás que me vayan reconociendo.» ¿No crees que esto dijo doña Isabel, Pepe?

—Tan bien la imitas, que me parece que la estoy oyendo. Pero no te entretengas; acaba tu carta. Me figuro que lo que le escribes a Prim de la candidatura de Maximiliano ya está harto de saberlo. También sabrá, por las cartas de Muñiz, toda la menudencia política de aquí, el cariño que le tienen los vicalvaristas, que esperan ver cómo se estrella en Méjico. Vete al despacho..., y no te olvides de que has de poner en pliego aparte recomendación muy expresiva para que se tome el trabajo de averiguar si entre las tropas, o entre los paisanos que siguen al ejército, está el hijo de este señor. Toma la nota con la filiación exacta.

Retiróse Tarfe a escribir, y con Beramendi quedaron solos Ibero, Clavería y otro comensal, no mencionado antes, porque durante el almuerzo no despegó los labios más que para pronunciar tímidamente algún monosílabo de urbanidad o aquiescencia, y parecía estatua puesta a la mesa, con mecanismo para comer pausada y limpiamente. Era, más que viejo, un hombre de buena edad, desmedrado y encanecido prematuramente, fláccido y chupadísimo el rostro, barba y bigote, en parte rasos por alopecia, y lo demás rapado a filo de navaja; los ojos, agobiados por párpados que se abatían como si fueran de plomo; el cuerpo todo ángulos, trémulas las manos y un poco gafos los dedos. Comía el misterioso sujeto callando, sin más señales de vida que el engullir con ceremonia, el modular alguna palabra insignificante y el desparramar vagamente alguna mirada oblicua, a medio descorrer del párpado, sobre los otros comensales. En cuanto se fué Tarfe, levantóse, desdoblando lentamente su estatura, y dijo con voz ultraterrena:

—Si el señor marqués no me necesita, me retiro con su venia.

Despidióle Beramendi con afabilidad y estas palabras cariñosas:

—Hoy no leeremos, amigo *Confusio*. Yo tengo que salir con estos señores cuando Manolo despache su correspondencia. Vete a trabajar, y vuelve mañana por aquí.

Hizo a todos reverencia el extraño sujeto, y salió como una sombra.

—Quien conoció a este hombre hace un año y ahora le vea—dijo Beramendi—, no comprenderá que así podamos saltar de la juventud alegre a la triste vejez. El que se llamó Santiuste, ahora lleva el nombre de *Confusio*, que él mismo se aplica olvidado de su verdadero apellido. Una enfermedad terrible, de la que escapó mal curado, para caer luego en un tifus horroroso, deshizo su naturaleza física y mental. Y el que ahora ven ustedes es un guapo mozo comparado con el que me encontré hace meses, cuando salió del hospital, y se arrastraba por los declives del Gilimón como un pobre animal moribundo. Yo le había perdido de vista: ignoraba su paradero y sus enfermedades... Pues, señor, le recogí; le puse en una vivienda saludable, al cuidado de personas caritativas. Se le reconstituyó lo mejor que se pudo

Fué como cadáver que resucitamos trayéndole un poco más acá de los linderos de la vida. A fuerza de cuidados recobró la acción muscular, el uso de la palabra con torpeza de pronunciación y penuria de voces; luego vino la escritura, que con el ejercicio gradual llegó a ser lo que fué, a medida que se iba corrigiendo el temblor de la mano. La reparación del entendimiento fué más perezosa, y las facultades del hombre muerto reaparecieron en el resucitado como destello de la luz de otros días. Casi todas sus ideas habían volado; olvidó su nombre y los anteriores sucesos de su vida, que fueron complejos y muy interesantes, dramáticos los unos, otros graciosísimos.

—Fué muy enamorado—indicó Clavería—. Yo recuerdo haberle visto cuando cortejaba a la Villaescusa...

—Otro más mujeriego no conocí: sus pasiones pertenecían al reino de la novela romántica. En Madrid no le faltaron conquistas; en Tetuán robó judías, moras en Tánger, y de regreso a España hizo estragos en las amas de cura, que, según él, son lo más tentador del mujerío contemporáneo. Pues aquellas aficiones y aptitudes han quedado muertas en él, y hoy vive y procede como si no hubiera mujeres en el mundo... De su ser anterior y del desplome de su entendimiento y de su memoria no restan más que el sentimiento patrio y una idea, una sola idea y propósito: escribir la Historia de España, no como es, sino como debiera ser, singular manía que demuestra el brote de un cerebro brutalmente paradójico y humorístico. Como entiendo que la ociosidad ha de perjudicarle, en vez de combatir esa manía, le estimulo para que trabaje en eso que él llama *Historia lógico-natural de los españoles de ambos mundos en el siglo XIX*... El hombre lo ha tomado con ahinco, y cuanto más trabaja, más se afianza en la fortaleza de su ser nuevo y más aguza las dotes paradójicas y *lógico-naturales* que le han salido ahora... Cada dos o tres días despacha un capítulo, que me lee antes de ponerlo en limpio. En su estilo no se advierte ninguna extravagancia; en la narración de los hechos está lo verdaderamente anormal y graciosamente vesánico, porque *Confusio* no escribe la Historia, sino que la inventa, la compone con arreglo a lógica, dentro del principio de que los sucesos son como deben ser. Anteayer me leyó un capítulo que me hizo morir de risa. Describe los sucesos del año veintitrés, las artes solapadas de Fernando Séptimo para ahogar en España el espíritu liberal, la intervención de los cien mil hijos de San Luis para restablecer el absolutismo, los acuerdos de las Cortes, la declaración de la locura del rey. Al llegar aquí, el hombre se quita de cuentos y... ¿qué creerán ustedes que proponen, discuten y votan al fin las Cortes? Pues procesar al rey. Toda la tramitación del proceso es tratada por el historiador lógico-natural de documentación sacada de su cabeza. Pásmese ahora: Fernando es condenado a muerte..., y como no resulta decoroso ahorcarle, ni tenemos verdugos que sepan degollar, es fusilado con muchísimo respeto en Cádiz, en el baluarte próximo a la Aduana... ¿Se ríen ustedes? Pues si leyeran la solemne escena de Fernando en la capilla, su conferencia patética con Argüelles, Martínez de la Rosa y Toreno su invocación a los juicios futuros de la Historia, y luego la marcha al suplicio al son de tambores destemplados, y lo que el augusto condenado dijo al cura que le auxiliaba, admirarían al historiador, que, según dice, no tiene por musa a la vieja Clío, sino a la conciencia humana.

—¡Demonio de hombre!...—dijo Ibero riendo—. Bueno, muere Fernando Séptimo por sentencia de las Cortes. ¿No querías Constitución? Pues toma tiros... Y los cien mil niños de San Luis, ¿qué se hicieron?

—Esto no lo sé...; pero ya se las compondrá mi *Confusio* para escabullirlos o evaporarlos por el sistema lógico-natural.

—¡Ajusticiado *Narizotas!*... Hombre, me gusta. Ese historiador loco es atrozmente simpático. Y yo pregunto: condenado el rey, ¿dónde está Cromwell?

—Pues él verá de dónde lo saca y a quién da este papel, porque él inventa los hechos, y, si es preciso, las personas.

Y no se habló más de este asunto, porque volvió Tarfe del despacho con su correspondencia terminada y lista para el correo. De la expresiva recomendación a Prim quedaron Ibero y Clavería muy satisfechos, así como de la carta de Beramendi al capitán general de

Cuba. Al retirarse, iban los dos militares esperanzados y en extremo agradecidos. Debe decirse ahora que Manolo Tarfe y Pepe Fajardo, unidos en amistad estrecha, se hallaban, por aquello días, a ceremoniosa distancia política de don Leopoldo, cabeza y pontífice de la Unión Liberal. La culpa de esta frialdad no fué de la cabeza, sino del brazo: Posada Herrera, que desatendió las recomendaciones de los dos en asuntos locales y privó a Tarfe, en las elecciones últimas, de aquel apoyo que hipócritamente llamaban *influencia moral.*

Claro es que no se separaron ostensiblemente de la *familia feliz;* pero sólo ponían un pie en ella; el otro lo tenían alzado sin saber aún dónde sentarlo. En el campo moderado no podía ser; en el progresista, tampoco. ¿Adónde irían, pues? Pues no era un partido, pero sí una incógnita sugestiva, una bella esfinge, cuya postura majestuosa y mirar profundo anunciaban poder, fuerza, dominio. Desde que volvió de la guerra de Africa adquirió ese respeto con que las clases intermedias de aquella sociedad miraban al futuro y probable caudillo militar, repartidor de mercedes, engarzador de voluntades y clave de una situación política. Mezclando en sus largos coloquios la realidad tangible con las intangibles conjeturas, Tarfe y Beramendi construían la figura de Prim en los venideros espacios de la Historia, y después de engrandecerla a su gusto se ponían a su lado, con perspicacia de hombres prevenidos.

—La Unión Liberal no le traga—decía Tarfe con hondo convencimiento—. ¿Pues por qué le han mandado a Méjico? Por alejar un peligro: esto es bien claro. Lo que hace falta es que vuelva pronto. Cuando quiera será jefe del nuevo partido liberal, sinceramente liberal dentro de la Monarquía... a la inglesa. ¿No crees que será liberal a la inglesa? De su monarquismo no podemos dudar, después de lo que dijo a la reina en el acto de cubrirse como grande de España.

—No te fíes, Manolo—replicó Beramendi, hombre de vista muy larga y atrevido sondador del alma humana—. Yo veo en la ambición de Prim lejanías que tú no ves. Te diré además que no veo en mi protegido *Confusio* un perturbado de tantos como andan por el mundo; téngole por una inteligencia de fuerza irregular y ciega, que se lanza sin tino a la cacería de las verdades distantes. Yo me siento algo *Confusio;* mis corazonadas se confabulan con mis desvaríos para no ver en Prim un general político y jefe de bando como los que ya tenemos... Ojalá vuelva pronto. Yo, cuando le vea, le diré: «Hola, Cromwell, ¿ya estás aquí? Me alegro de verte.»

Creyó Tarfe notar en su amigo un ligero amago del achaque mental que en ocasiones le acometía, y discretamente llevó la conversación a otro asunto.

VIII

Pasaron días, y el buen Ibero, ocioso en Madrid y atribulado por la inutilidad de sus pesquisas, se volvió a Samaniego, adonde le llamaban el cuidado de su familia y atenciones de su hacienda y labranza. Clavería quedaba en la Corte a la mira del asunto, aguardando noticias de la Habana y Veracruz... Siguió visitando a Beramendi una o dos veces por semana; el trato del marqués, como el de Manolo Tarfe, le agradaba en extremo. Pero su trinca favorita, á más del Casino, era el café de la Iberia, donde diariamente se veía con Muñiz, Sagasta y Calvo Asensio, paisanos; con Moriones y Lagunero, militares. En aquella tertulia pudo hacerse cargo de que el verdadero confidente y corresponsal del general Prim era Muñiz, que le informaba de las menudencias políticas, por menudas importantes en esta sociedad más gobernada por la intriga que por las ideas.

De Méjico llegaban noticias favorables o adversas, según venía por la vía francesa o la vía inglesa. Hoy: los jefes de las tres potencias aliadas operaban en perfecta armonía. Mañana: sir Charles Wike, Prim y Jurien de la Gravière andaban a la greña. Como hecho cierto, se supo que los aliados habían celebrado convenio con las autoridades de Méjico para instalarse en lugares menos insalubres que Veracruz. Franceses y españoles acamparon en Orizaba y Tehuacan... En sucesivas conferencias, Inglaterra y España reconocieron explícitamente la autoridad presidencial de

Juárez, tratando con él por mediación de los ministros mejicanos Echevarría y Doblado. Uno de éstos era tío de la marquesa de Los Castillejos. El general de las tropas francesas, Lorencez, secundado por Almonte, ministro de Méjico en París, que a la sazón desembarcó en Veracruz, se negó a todo trato con Juárez y apuntó la idea de que al amparo de los aliados se convocase un Congreso nacional con carácter de Constituyente. La intención de Francia no podía ser más clara ni más napoleónica. Asamblea de amigos y cacicones, reclutada más que elegida entre los pocos adictos a la idea monárquica; plebiscito a gusto de Francia; retablo mejicano movido por el maese Pedro de las Tullerías.

Trinó el inglés y bufó Prim. El primero, emisario de un país constitucional, determinó retirarse con las naves inglesas; el segundo, representante de otro país formalmente constitucional, aunque con *obstáculos,* se retiró con sus tropas a Veracruz, no pensando más que en embarcarlas para volver a España; y como no tuviese buques especiales a mano, embarcó en los ingleses, y a casa, es decir, a la Habana. ¡Cristo, la que se armó en Madrid cuando se supo la retirada de Prim, con la agravante de no consultar al Gobierno, ni pedirle instrucciones! Los que fueron partidarios de la expedición, creyendo que íbamos a una gloriosa campaña militar que diera mayor fuerza y mangoneo al *vicalvarismo* o *familia feliz,* no se paraban en barras. Lo menos que pedían era Consejo de guerra por abuso de atribuciones, severo castigo del general... Pero éste, más avisado y perspicaz que todos sus contemporáneos, no hizo caso de la malquerencia y desvíos del capitán general de Cuba, recogió a su esposa y familia y partió para Nueva York, despachando previamente para España a sus ayudantes, coronel conde de Cuba y teniente coronel Campos, con un protocolo dirigido a la reina. En él le daba cuenta de los motivos de su retirada, acompañando antecedentes y papelorios para ilustrar la cuestión. En tanto, Serrano, que como O'Donnell y los pájaros gordos unionistas temía rabietas de Napoleón, y aplacarlas creía *castigando severamente* a Prim por su retirada, despachó a don Cipriano del Mazo con otro cartapacio para el jefe del Gobierno, en el cual acumulaba fieros cargos contra el héroe de Africa.

La suerte de Prim dependía de que su mensaje llegase antes que el de Serrano. Bien hizo en recomendar a sus ayudantes que no perdieran tiempo, y que llegados a España no pararan hasta Aranjuez, donde seguramente estaría la reina, por ser la época de jornada en aquel Real Sitio. Su agudeza, su rápida visión de las cosas le sugirieron aquel arbitrio, fundándose en un hecho positivo, que amigos leales le habían comunicado desde Madrid. El ardiente españolismo de Isabel II se sublevaba y enfurecía viendo elegido para el Trono de Méjico a un príncipe austríaco, con desprecio de los españoles príncipes. ¿Podría España tolerar tal vilipendio? No se concebían en América majestades que no fueran de acá, de la raza y pueblo que descubrió, conquistó y civilizó, como Dios le daba a entender, aquellas doradas tierras. ¿No habían de ser españoles los soberanos de América? Pues quedárase ésta con sus repúblicas, que bien españolas eran por su dictaduras y sus pronunciamientos. Esto pensaba Isabel, y Prim supo que así pensaba.

Ved ahora el gracioso paso de Aranjuez, que, aunque parece inventado por el diablo de *Confusio,* es de incontestable realidad. Recibió el duque de Tetuán a Cipriano del Mazo, que le llevaba el mamotreto enviado por Serrano, y al punto fué extendido un decreto desaprobando la conducta de Prim e imponiéndole una corrección proporcionada a la magnitud de su culpa. Al día siguiente se celebraba Consejo en Aranjuez. Ya tenéis a los ministros encajonados en el tren-carreta, pues no merecía otro nombre la comunicación ferroviaria de aquel tiempo... Llegaron al Real Sitio y a Palacio y en la antecámara hubieron de sufrir un plantón como para ellos solos, pues la reina, que comúnmente no descollaba por la puntualidad, tuvo aquel día la humorada de dar la coba a los que se llamaban sus consejeros responsables. Estaban de guardia aquel día el grande de España duque de Vistahermosa y la marquesa de Belvís de la Jara. Otras dos damas, la Navalcarazo y la Villaverdeja, acompañadas de Manolo Tarfe y de Riva Guisando, permanecían a la expectativa en la saleta, pues ya se sabía que O'Donnell llevaba en su

cartera el tremebundo rapapolvo contra Prim. Así dábamos gusto al coco de Napoleón III, que se comía las naciones crudas... Pues, señor, después que hubo frito la sangre a los ministros con tan larga espera, apareció Isabel II sonriente, y sin dar tiempo a que O'Donnell le dirigiese la palabra, le dijo estas memorables:

—Pero ¿has visto qué cosa tan buena ha hecho Prim?... Ya estoy deseando verle para felicitarle...

Don Leopoldo masculló una respuesta. Su rostro, que había ostentado una serenidad majestuosa en la jornada del 4 de febrero ante los muros de Tetuán, se turbó y descompuso: en sus labios fluctuaba la sonrisa conejil, singular mueca de los hombres graves cuando se ven obligados a tragarse a sí mismos.

Amplió la reina sus conceptos con razones que anulaban toda opinión contraria; los ministros asintieron entre tosecillas, y el toque final de la escena fué que el de Tetuán no se atrevió a desenvainar su decreto, y que al regresar a Madrid se redactó otro que decía: «Su majestad la reina se ha enterado con el más vivo interés de los despachos de vuecencia, etc...., y *oído el parecer de su Consejo de ministros*, se ha dignado aprobar la conducta observada por vuecencia, etc., etc....»

La escena de la Cámara fué referida puntualmente por el duque de Vistahermosa a las damas y caballeros apostados en la saleta, que no se rieron poco del gracioso torniquete con que doña Isabel volvió del revés los propósitos de su primer ministro. Prim había ganado la partida por la feliz llegada de sus edecanes dos días antes que el señor Mazo, mensajero de Serrano. El acto de la reina, de puro gobierno personal, fué aquella vez una feliz enmienda de la ligereza del Gobierno. Este, que sólo era constitucional a ratos, fluctuando a merced de la Providencia o del acaso, si a veces erraba por su cuenta, acertaba siempre que sus decisiones coincidían con el regio capricho... Retiráronse los curiosos comentando el suceso de la cámara: Tarfe, contentísimo, como partidario de Prim y su corresponsal de chismes políticos y sociales; otros y otras, trinando en competencia con los ruiseñores de aquellas arboledas. Las damas entusiastas del Imperio francés, por moda política y *dilettantismo* fastuoso, ponían a Prim como un trapo, y la Navalcarazo llegó a decir:

—Está visto que no ha querido apoyar al de Austria, porque es él su propio candidato. El hombre ha dicho: «¿Un rey en Méjico? Pues Prim o nadie.»

Almorzó Tarfe con Riva Guisando en el palacete de la amiga de éste, la duquesa de Gamonal, y con ambos y con Bermúdez de Castro sostuvo terrible discusión, abogando por Prim. Salió de esta batalla bien comido, pero mareadísimo del largo disputar sin convencer a nadie, y por la tarde se fué a visitar a la marquesa de Villares de Tajo, pues Pepe Beramendi le había dicho:

—No dejes de ver a Eufrasia, y entérate bien de lo que piensa de estas cosas.

La viuda de don Saturnino del Socobio, ya cuarentona y ganando en inteligencia y travesura todo lo que en belleza perdía, le recibió amablemente, y le propuso dar un paseo. visitando de paso a las monjitas de San Pascual, a lo que se prestó Tarfe, que a todo sabía plegar su flexible espíritu. No le desagradaba la visita al convento, porque en los tiempos que corrían las relaciones monjiles eran de buen tono y aseguraban el favor de las personas más elevadas.

Fueron, pues, allá, y en el plácido locutorio charlaron cuanto les dió la gana con las benditas y elegantes reclusas. Satisfecho vió Tarfe que las esposas del Señor opinaban lo mismo que la reina en el caso de Prim. Tenían conocimiento del mensaje traído a su majestad por los ayudantes, y declaraban que por obra de Dios habían éstos llegado dos días antes que el señor Mazo... ¡Vaya, que querer encajarle a Méjico un rey austríaco! ¿Pues no teníamos aquí para esa plaza al infante don Francisco, a la infanta Luisa Fernanda con su Montpensier, que mejor estaría en América que en España, y a otros príncipes descarriados y costosos? En fin, que Prim había hecho muy bien en decir: «Ahí queda eso.» Con su retirada se acreditaba de buen español y de leal amigo de la reina. Todo esto le supo a Tarfe a las puras mieles. Para mayor amenidad de la visita charlaron las monjas de todo lo mundano, en mixtura graciosa con lo político.

De regreso a la casa de Eufrasia, se recluyeron en un saloncito decorado a

la chinesca para charlar de cosas reservadas que nadie debía escuchar. Habló primero Tarfe, ampliando lo que ya dijo a su amiga cuando iban hacia el convento. Eufrasia, que, por la fácil rutina de politiquear en la intimidad, adquirido había un cierto retintín oratorio, dió esta entonada respuesta:

—Claro es que Prim podría formar una situación con liberales o progresistas templados. Harta de unionistas y moderados está ya la reina. Con esto de habernos mandado a Méjico de comparsa de Napoleón, don Leopoldo y los *vicalvaristas* han tocado el violón a toda orquesta. ¡En buena nos habían metido! La señora está contentísima de Prim, y no desea más que empujarle... El es adicto leal a la reina y a la Monarquía; tiene talento; ambición noble no le falta; parece aristócrata sin serlo; es un hombre cortado para reconciliar al pueblo con la Corona... La reina, bien lo sabe usted, ama al pueblo...; su corazón tierno y generoso simpatiza con los humildes. A Pepe Beramendi lo he dicho mil veces, y a usted se lo digo ahora: la reina es liberal de corazón... No se asombre ni se ría. Es liberal; se paga muy poco de las grandezas heráldicas..., esto me consta; puedo asegurarlo..., y vería con gusto que gobernaran a España hombres liberales, aun de estos nuevos que, como jóvenes, son algo alborotados... Pero..., aquí viene el pero... La Libertad entra de lleno en el alma de la reina y avanza, posesionándose de sus afectos, hasta el momento en que dentro de dicha alma se encuentra con el confesor... En este encuentro se acabaron las amistades; la Libertad sale despavorida del alma de la reina...

—Si es así, amiga mía, no siga usted... ¿De qué vale a la Libertad entrar en ese corazón, si allí se encuentra con un huésped a quien no puede arrojar fuera?

—Intentar arrojarlo sería locura. El confesor, cualquiera que sea, hace allí su casa. ¿No sabe usted por qué hace su casa? Los que absuelven, los que prodigan la indulgencia, recaban de la voluntad sometida concesiones proporcionadas a la magnitud del indulto. La reina es creyente: ya lo sabe usted. Teme que por ser demasiado dichosa en la tierra pierda el cielo. La mejor parte del cielo es para lo que aquí sufren. Los poderosos, a poco que se descuiden, se quedan sin un rincón celestial en que guarecerse... Isabel es mujer de conciencia: cree en las penas eternas y en el eterno galardón. ¿Cómo alcanzar éste? Haciendo concesiones tan grandes como los perdones que recibe... Ya comprenderá usted por qué Isabel Segunda no quiere reconocer el reino de Italia.

—Ya, ya lo veo... Lo que no entiendo Eufrasia, es cómo ha pensado usted que nosotros, liberales..., seamos Poder; vamos..., teniendo tal enemigo en el corazón regio.

—En política todo se hace y todo se puede con habilidad y trastienda, amigo mío. No se asuste. Déjeme que le explique... En el corazón de la reina pueden entrar ustedes siempre que no pretendan echar de allí al confesor..., y entrarán como por su casa si el propio confesor les lleva de la mano... ¿A qué ese asombro? ¿Qué quiere decirme con esa boca tan abierta que parece el buzón del correo?... Lo que acabo de decirle no tiene nada de absurdo... Ni vaya usted a creer que el confesor se come a los liberales en salsa de concordato.. Si es usted amigo de Prim, aconséjele que escoja en el Progresismo un par de docenas de hombres sentados y de buen criterio. ¡Los hay, vaya si los hay! Cantero, Santa Cruz, Perales, Cirilo Álvarez, Gómez de la Serna, Roda, Madoz... Con Olózaga no cuenten, porque ése..., ya usted sabe..., es de todo punto incompatible... Tampoco deben contar con don Manuel Cortina, no porque sea incompatible..., todo lo contrario. Pero él ni a tiros quiere entrar en ninguna combinación de Gobierno... Pues sigo: una vez que haya juntado el amigo Prim un buen hatillo de progresistas serios y templados, tiene que pensar en construir su pirámide política sobre una base ancha anchísima, Manolo... Pues... en el Ministerio que forme ha de entrar algún hombre significado en la retaguardia política, por ejemplo, Pedro Egaña... ¿Qué? ¿Se ríe usted?... ¿Cree que estoy loca? ¿Pero, alma de Dios, no ha reparado que don Pedro Egaña y su periódico han sido los más entusiastas apologistas de Prim por su retirada de Méjico?

—No ha sido por amor al general, sino por el odio que los *neos* tienen a Napoleón.

—Sea por lo que fuese, Tarfe amigo

tenga usted por cierto que sería viable, como ahora dicen, un Ministerio de progresismo tibio con tropezones de *neísmo* ilustrado. Me consta también que don Pedro Egaña no haría *fu*, y que se dejarían querer otros que han comido con Narváez, como Alejandro Castro, quizás Benavides... Ayer mismo, hablando con Carriquiri, hicimos un recuento de los moderados que están rabiando por deshacerse del *Espadón*... ¿Qué dice usted? ¿Se ha quedado lelo? La gramática política, que es parda, como usted sabe, tiene por regla principal aprovechar las ocasiones... Recoger a los descontentos es otra regla muy práctica. Si usted no lo entiende, Prim, que es listo, lo comprenderá... Conque, ¿he dicho algo?

—Más de lo que yo esperaba, y todo sustancioso, como de quien conoce a fondo la realidad de las cosas y ve en la política un arte culinario, no para dar de comer a los pueblos, sino para matar el hambre de cuatro vividores... No creo, amiga mía, que esté el país para esos pistos o bodrios incedentes. Cuando Prim sepa la comida que usted le prepara... creo que se le revolverá el estómago... Y hasta otra tarde, mi dulce amiga. Me voy; temo perder el tren.

Despidiéndole en la puerta, Eufrasia, con fría serenidad, sonriente, le dijo:

—El guiso que les ofrezco es el único. No hay otro, Manolito. Pruébenlo; no sabe mal. Todo es acostumbrarse... La cuestión es ir viviendo...

IX

Cuando Tarfe contó a Beramendi la entrevista con Eufrasia, no advirtió en el rostro de su amigo sorpresa ni disgusto, sino más bien una tranquila indiferencia de las cosas reales.

—Hace un rato—dijo el marqués—estaba yo embelesado con la *Historia lógico-natural* que escribe el gran *Confusio* para uso y enseñanza de los espíritus superiores, y vienes tú a darme un tirón para que descienda de las verdades sublimes a las verdades puercas, de lo estético a lo vulgar... Sabrás, carísimo Manolo, que con la muerte que mandaron dar nuestros constitucionales a Fernando Séptimo, se produjo un estupor grande en toda la nación: surgieron armados y feroces los dos partidos apostólico y liberal, y estalló una nueva guerra de la Independencia, porque unidos los franceses de Angulema a nuestros absolutistas, los constitucionales se adjudicaron el nombre de *españoles*, y consideraron a los otros como extranjeros o afrancesados. Cinco años duró esta guerra, que *Confusio* describe con brillante colorido y verdad, refiriendo las acciones campales, sitios de plazas, sorpresas de guerrillas y demás incidentes de tan heroica tragedia. Tuvimos en esta campaña el auxilio de Inglaterra, y al cabo de mil peripecias quedó triunfante la bandera de la Constitución y deshecho el malvado absolutismo. Luego viene el reinado de Isabel...

—Pero tú y tu *Confusio* estáis locos. Muerto Fernando Séptimo el veintitrés, quedan descartados de la Historia el matrimonio con Cristina y el nacimiento de Isabel.

—No, porque el historiador sapientísimo nos presenta a la actual reina nacida de Isabel de Braganza. Desaparece, pues, la napolitana Cristina, y yo te juro, querido Manolo, que no hemos perdido nada con la evaporación de esta figura. La princesita Isabel, que sólo tenía meses a la muerte de su papá, es llevada a Portugal, donde la crían amorosamente sus tíos los Braganzas, y cuando tocan a restauración..., el toque lo dió el partido más sensato entre los constitucionales..., cuando tocan a restaurar, digo, hacia el treinta, si no estoy equivocado, se forma una Regencia trina compuesta de Mendizábal, Istúriz y Zumalacárregui...

—Basta, basta... ¿Cómo te diviertes con esos desatinos?... Yo me atengo a la realidad, y te pregunto cómo se arregla el historiador para explicarnos la guerra de Sucesión, y la disputa sangrienta entre los partidarios y los enemigos de la ley Sálica.

—No ha habido tal guerra. Suprimiéndola de un tajo, ha revelado el historiador su profundo ingenio. Hícele yo la misma pregunta que tú me haces ahora, y como le viera con gran perplejidad para responderme, le dije: «Lástima que al *abolir* a Fernando nos dejaras aquí a su dichoso hermanito.» Y él: «Eso lo arreglo fácilmente, señor marqués.» ¿Qué se le ocurre al hombre? Rehacer el ca-

pítulo de la ejecución del rey, agregando otros cuatro tiros para don Carlos... Ya ves de qué modo tan sencillo se deshizo el escritor de esa vergonzosa guerra civil que tanto había de afectar y ennegrecer su historia. No hubo más guerra que la que te conté llamándola de Independencia, y en ella quedaron liquidadas y finiquitas todas las cuentas del absolutismo con la libertad, y del pasado con el presente. Naturalmente, como el mote o lema que encabeza la obra de *Confusio* es *Aquí que no peco,* el hombre altera fechas y lugares, modifica personas y caracteres, escamotea las figuras que le estorban, crea las que le convienen, infunde la vida en los organismos moribundos, todo lo embellece, todo lo ilumina... *(Pausa.)* ¿Que quiere decir, Manolo, esa cara de idiota que pones oyendome? ¿Te burlas de mis desatinos? ¿Te inspiro lástima? ¿No sabes que me revuelvo en la vulgaridad, yo, poseedor de todos los bienes materiales sin haberlos ganado por mí mismo? ¿Sabes que sufro un inmenso mal, la conciencia de no haber hecho en el mundo nada bello ni grande, nada que me diferencia del comun de los hombres de mi tiempo? ¿No te he dicho mil veces que cuando me ennegrece el alma el tedio de la inaccion, de la inutilidad, tengo para mi consuelo un remedio que tú no tienes, y es inflar mi globo, meterme en la barquilla y subirme a las nubes, desde las cuales te veo como una pobre hormiga que se afana en la realidad, mientras yo respiro y gozo en las altas mentiras?

—Basta, basta... Baja un poquito, Pepe, y hablemos de...

—¿De que? Déjame en paz. Cierto que te encargué visitar a Eufrasia... No debí darte a ti tal encargo, sino a *Confusio,* para que juntos trazaran el reinado glorioso de Isabel... ¿Qué vienes a contarme? No te escucho. Si vuelves a ver a esa desorejada de Eufrasia, le dices que se acuerde del tiempo en que ella y yo íbamos juntos por los aires... Otra cosa: y de ese Iberito, ¿has averiguado algo? Me interesa ese pájaro, que se ha soltado a volar con tanta bravura. Si yo lo encontrara, me guardaría mucho de volverlo a la jaula... Que no parece: mejor. Que estará en alguna partida de bandoleros: mejor. Que andará por los mares pirateando o contrabandeando: mejor. Que se habrá pasado al Rif y tendra su harén: remejor. Todo es preferible a ser aquí teniente de Infantería, abogado picapleitos o empleado en Loterías con ocho mil reales. Las ambiciones de ocho mil reales merecen ochenta mil azotes. Admiro a ese chico que no quiere que le cuenten cómo es el mundo, y apretándose los calzones ha dicho: «Vamos a verlo.»

Entró en este punto María Ignacia, atraída de la vertiginosa cháchara de su marido, y con gesto gracioso y semblante risueño le mandó callar. Era la única persona que en él sabía calmar aquel hervor del pensamiento antes que llegase a la exaltacion morbosa. Despidióse Tarfe. Saliendo con él hasta la antesala, María Ignacia le encargó que cuando Pepe se remontaba en el globo, le llamase al descenso con suaves modos, no con voces destempladas. A lo que respondió Manolo que lo más conveniente para el amigo sería cortarle toda comunicación con aquel chiflado *Confusio,* que le llenaba la cabeza de disparates.

—¡Ay, no, Manolo! No está usted en lo cierto. Si no fuera por ese cuitado de *Confusio,* mi marido andaría muy mal. ¡Pobre Pepe! Entregado a sus manías en la soledad, sin un chiflado de talento que alegre su espíritu, es hombre perdido. *Confusio* es para él el oxígeno, créame usted, el oxígeno.

Sobre estas menudencias del orden privado y otras del orden público, no más trascendentales, cayó pronto el verano, ahogando en una ola de fuego ideas, sentires y propósitos. Prim, que había llegado a Madrid en mayo, vióse rodeado de mucha y diversa gente que en él veía un caudillo probable. Los españoles de la rama política y burocrática, que es la más numerosa, no pueden vivir sin capataz, es decir, sin una acción personal que supla la acción colectiva. Pero el de Reus, hombre cauto en las ocasiones que pedían cautela, como era el más arrojado cuando venía la oportunidad de obrar rápidamente, pensaba que, ante todo, debía defenderse en el Senado de las acusaciones que sobre él llovían por la retirada de Méjico. Llegó, por fin, el momento que Prim deseaba, en diciembre del 62. Tres días duró el valiente discurso ante los senadores, que lo escucharon con la atención y el respeto que merecen los hombres que saben hacer grandes cosas, o dejar

de hacerlas. Supo el general defender con maestría política y militar un acto negativo, y el que había sido héroe cautivó al Senado con las razones que dió para no desenvainar su espada victoriosa. Sobrio y elocuente estuvo el hombre, admirable en la defensa y en las réplicas que dió a los enamorados del Imperio francés, Bermúdez de Castro, don José de la Concha, los marqueses de Novaliches y Miraflores y otros. Y a pesar de tan dura lección, incurrimos en nuevas fanfarronadas, que tal fué, además de la anexión de Santo Domingo, la insensata campaña naval contra Chile y el Perú. En mal hora vino acá la moda imperial, con sus miriñaques primero, sus polisones después; vanidad de formas femeninas, vanidad de pompas bélicas.

Poblaron las tribunas del Senado, en las tres sesiones que duró el alegato de Prim, damas elegantes aficionadas al torneo de la palabra y a ver sangre de reputaciones en la candente arena parlamentaria. La Navalcarazo y la Campofresco fueron de las madrugadoras para coger buen sitio; la Belvis de la Jara y la Gamonal, que eran de libras, ocupaban cada una dos lugares, y sudaban la gota gorda en pleno diciembre. Aunque en la risueña bandada de señoras dominaba el criterio napoleónico, algunas, por agradar a la reina, se iban del lado de Los Castillejos.

Conviene mencionar aquí a una mujer hermosa, muy conocida en Madrid y sus aledaños por el carácter público de su liviandad, aunque no más liviana que las emancipadas dentro de la ley, mujer graciosa y despierta, Teresa Villaescusa, ya conocida del desocupado lector. Esta tal, con harto dolor suyo, no fué a las tribunas del Senado, porque en aquel tiempo la ilegalidad no tenía el fuero de exhibición en lugares destinados a la decencia pública; pero tuvo quien le contara *ce* por *be* todo lo que dijo Prim respondiendo a sus detractores, y devoró luego el *Diario de las Sesiones*, gustándolo como embriagadora novela o dulce poesía. Era frenética española y neta castellana: había declarado la guerra al Imperio francés en el terreno de las cuchufletas, y lanzaba toda su voluntad hacia las soluciones progresivas, sin saber lo que eran, por simpatía innata de lo nuevo y vibrante, o por concomitancias del corazón con hombre de ideas radicales. En fin, que se declaraba *masona* y *descamisada*, diciéndose con secreta presunción: «Amando las revoluciones, somos las mujeres más bonitas.» Así, después de despotricar donosamente contra O'Donnell y Narváez, se miraba al espejo. Y a pesar de esto, tenía debilidad por la reina; a su modo, la quería, sin haberla visto nunca de cerca; disculpaba sus errores y alababa el intenso espíritu democrático y absolutamente expansivo que la señora ponía en su existencia particular. La gloria presente y los venideros triunfos de Prim le quitaban el sentido; se revolvía contra los que le apoyaban con tibieza, y se dejaba decir: «No le defendemos resueltamente más que la reina y yo.»

En tanto, el vencedor de Los Castillejos y retirado de Méjico visitó a la reina. Así Doña Isabel como don Francisco se mostraron muy amables; oyéronle referir curiosos pormenores de sus conferencias con los representantes de Francia en la expedición, y celebraron su entereza y españolismo. En sucesivas pláticas cordiales con la reina sola sacó Prim la impresión de que Isabel acariciaba en su mente el plan de gobierno adulterado expuesto por Eufrasia. Pero el general no se dió a partido: repugnaba formar Gabinete con fianza de unos cuantos clérigos de capa corta. Esto era humillante: su ambición no se satisfacía con vanos esplendores. No quería ser pavo real, sino águila; remontaba su pensamiento a las altas cumbres, y desde allí veía el inmenso páramo que esperaba nuevas ideas que lo fertilizaran... Con certera visión de la realidad, se hizo cargo de la extensión social del bando progresista, de la fuerza que le daban la candorosa fe y el entusiasmo de sus adeptos. ¿Por qué entre esta vigorosa familia y la Corona se interponían los famosos obstáculos? Sin duda, por no tener el Progreso una cabeza militar. Pues si Espartero se metía en su concha de Logroño, allí estaba Prim para plantar su cabeza sobre los hombros del formidable cuerpo progresista.

En esto se metió por las puertas del mundo el año 63. Habló Prim en el Congreso, cerrando nuevamente contra los napoleónicos, y cuando menos se pensaba, cayó el Gobierno de O'Donnell.

sin que se supiera por qué, ni se molestaran los ciudadanos en averiguarlo, hechos como estaban a las mutaciones telónicas del escenario político. Las cuales removían el doloroso tumulto de los heridos por la cesantía o de los esperanzados de colocación. Cada crisis traía estridores de infierno y crujido de maldiciones. La bondadosa y antojadiza reina no veía ni oía nada de esto. Descuidada dormía en sus esparcimientos por la virtud de las opiatas que le daban sus mayores enemigos, que eran los más próximos, sin que una voz patriótica gritara en su oído: «Mujer, las reinas no duermen tanto.»

El pueblo, en cambio, despertaba. Muchedumbre de voces airadas o burlonas, en toda la haz de la Península, desde Pirene a Calpe, contaban los desvaríos de la Corte, la inepcia de los gobiernos, el abandono en que miserablemente yacía la vida nacional, como pupila recluída por sus tutores en un rincón de la casa. Las voces resonaban en las ciudades populosas, en las villas que parecían muertas, en las aldeas labradoras. Del conjunto de ellas resultaba un zumbido de inmenso moscardón, que vagaba con vuelo de ondas inciertas, aquí más tenue, allá más profundo. Si lo aventaban, sonaba más fuerte. En todo tiempo ha flotado sobre los pueblos este invisible y runfiante insecto; mas nunca, en lo que llevábamos de siglo, había expresado cosas tan feas ni tanto desprecio de los altos poderes. Nadie como el amigo Beramendi tuvo el oído más despierto para entender lo que decía el moscón en aquellos días de marzo del 63. No mencionaba al nuevo Ministerio, ni a su presidente Miraflores, ni al marqués de la Habana, ministro de la Guerra; ni al de la Gobernación, don Florencio Bahamonde. Figuras insignificantes eran éstas. El abejorro hablaba de más significativas personalidades, diciendo con zumbido: «Ya pareció Iberito..., ya se sabe que vive y alienta el atrevido, el grande Iberito.»

X

Era verdad lo que el abejarrón, con intenso runrún, cantaba en el oído que jamás dejó de percibir la voz pública. Las primeras nuevas del endiablado chico las tuvo en marzo Maltranita por una carta sin firma ni fecha. El carácter de letra no disimulado declaraba la mano que la escribiera. Decía: «Alta mar, a bordo del *vapor de don Ramón*. Estimado majadero: No estoy muerto. Vivo navegando y voy adonde me da la gana Si me buscan, no parezco; si me siguen, no me cogen. Soy pez... Abur.» Otra carta de la misma letra recibieron en abril los padres, redactada en esta forma bien explícita: «Santiago Ibero y de Castro-Amézaga participa a sus buenos padres que está vivo y sano. ¿Dónde? No quieran averiguarlo.» Firmaba *Libertad*.

En cuanto Clavería tuvo conocimiento de las cartas recibidas por Ibero y Maltrana se lanzó a prolijas averiguaciones en los llamados Centros. De Gobernación no sacó ninguna luz; de Correos, tampoco, porque la estampilla de la estafeta de origen estaba, como suele suceder, borrosa y confusa. En Marina trató de averiguar qué vapor era el que el anónimo designaba como de un *don Ramón*. ¿Era éste el capitán, el armador o el consignatario? Nada se puso en claro. Quedaba la esperanza de que nuevas cartas del pícaro vagabundo dieran luz y derrotero para cazarle o pescarle... En el tráfago de sus indagatorias, llevado además del gusto de la comidilla revolucionaria, fué a dar Clavería en la bonita, recatada y casi masónica vivienda de Teresa Villaescusa, donde buscaban cierta oscuridad para sus ideas y planes algunos progresistas de los llamados *de acción*, como Leal, Calvo Asensio Muñiz, Montemar; los militares Morione, Gaminde y Miláns del Bosch, y a veces los demócratas Figueras y García Ruiz. En aquella reunión se incubaban las de mayor fuste que habían de celebrarse en la casa de don Joaquín Aguirre o en la de Olózaga. Había levantado el Gobierno gran marejada con su aviesa circular limitando las reuniones electorales. Los agraviados vociferaban amenazando con el retraimiento; dieron un manifiesto a la nación, documento larguísimo, quejumbroso, de intensa amargura, en el cual no se nombraba a la reina. Esta seguía ciega y sorda. Aquel hermoso nombre, que había sido emblema de libertad, alegría de los pueblos, corrompido como estaba ya en el cora-

zón de las muchedumbres, no sabía salir a los labios con ningún sentido respetuoso.

Triste fué aquel verano. Murió Calvo Asensio de traidora enfermedad, que hubo de rendirle y acabarle en pocos días, dando con todo su vigor físico y mental en la sepultura. Era un hombre de grande empuje para la destrucción política; para el construir habría sido seguramente un hombre útil, pues en su voluntad existían seguramente las dos caras de la acción. Su talento no era florido, sino adusto, genuinamente castellano; su palabra, de secano, sin verdor ni lozanía; pero sabía, como pocos, imprimir a las ideas el germen fecundo y sembrarlas luego en millares de entendimientos. No había venido, como casi todos los políticos, de los campos abogaciles: era un farmacéutico que administró a su país enérgicas drogas tónicas y estimulantes. Su farmacia se llamaba *La Iberia.*

Como no hay manera de separar aquí lo público de lo privado, digamos que la hermosa y desenvuelta Teresita Villaescusa fué atacada de la misma enfermedad que dió con Calvo Asensio en la sepultura. Pescó la pobre mujer su tifoidea en pleno verano, y con tal furia fué acometida de la terrible infección, que desde los primeros días se perdió la esperanza de sacarla adelante. Su madre, la *sutil tramposa* Manolita; su amigo contratista, González Leal, y su criada Felisa, asistíanla, rivalizando en cariño y esmero. Iban a velarla, por las noches, amigas y algún pariente; aunque la pobre con brava naturaleza se defendía del fiero mal, éste podía más y se la llevaba, se la llevaba a rastras a la muerte. Espantoso era su delirio de medianoche en adelante. Quería saltar de la cama; hablaba con imaginarias personas, monstruos o fantasmas; reía histéricamente, y se figuraba estar perseguida de gitanos o demonios. Repetía con absurdos trueques de nombres lo que había oído a los amigos que en los últimos meses iban a *ojalatear* a su casa. Había que oírla: «¿Ya está formado el Ministerio Prim-Gabino Tejado? No es esto, *caraflis:* es Prim-Cándido Nocedal. Este va a Gobernación, y a Fomento no se sabe: o Manuel Ruiz Zorrilla o González Bravo... No te fíes de los *neos,* Prim... Me ha dicho la reina que te quiere mucho, que eres muy bravo... Su marido es el que no te traga... Cuando seas Poder, hazme a mí de la camarilla..., yo quiero ser de la camarilla...» «Esos que ahora entran, *¿quién* son? ¡Ah! Pepe Alcañices y el padre Claret. Adelante: ¿tanto bueno por aquí?...» «Hola, Carriquiri, ¡qué caro se vende usted!... ¿Pero qué hace? No se meta debajo de la cama, que ahí está el gitano viejo esperando a que yo me muera para llevarme a enterrar. ¡Pero si todavía no me he muerto, *caraflis!* No me entierren, que estoy viva... La reina me ha dicho que me llevarán a El Escorial, donde tengo mi panteón, orilla del de los Reyes Magos...; como magos, no; de los reyes de copas... Eh, tú, dile a Prim que le van a matar... Los gitanos le matarán como me han matado a mí...; sólo que yo estoy muriéndome y resucitando a cada momento. Me da la gana de resucitar, aunque no sea más que para dar un susto a ese *neo,* a ese padre Cirilo, que allí está mirándome y saca toda la lengua para hacerme burla... Pues yo te saco la mía, que es más larga, *caraflis, caraflis...*»

Viéndola sin remedio, se determinó, por indicación del médico Augusto Miquis, darle los Sacramentos. Acogió ella con regocijo esta idea, pues en los instantes de remisión reclinaba su espíritu a lo religioso y al arreglo de su alma. La confesó el padre Laforga, hombre para el caso y de manga anchísima, que hubo de perdonar a la pobre mujer todos sus pecados: y en verdad, el arrepentimiento y contrición que mostró ella, viéndose casi cogida ya por la mano esquelética de la Muerte, no eran para menos... Leváronle después el Viático, a que asistieron devotamente don Serafín del Socobio, Rafaela Milagro y otras personas muy calificadas de la vecindad (plaza del Angel). Y transcurridas no muchas horas desde este magno suceso, cuando ya esperaban todos ver a Teresita dando las boqueadas, he aquí que se determina una sedación intensa, que la enferma descansa, que su cerebro se normaliza, que la muerte no llega, que pasa un día, luego una noche, con mayor descanso y alivio, y, en fin..., que no se muere, que no la quiere la Muerte.

—Nada, Teresita—le dijo Augusto Miquis al declararla fuera de peligro—, que no puedo con usted..., que no hay me-

dio de matarla como no le pegue un tiro.

A los quince días de esto, ya en franca convalecencia, su rostro había quedado como un pabilo, y los ojos engrandecidos parecían espantarse de su propia hermosura. Cortáronle el pelo: habría pasado por un lindo muchacho enflaquecido por los afanes del estudio o víctima de ardientes pasiones. Viéndose viva, la pobre samaritana no cabía en sí de gozo, y agasajaba su espíritu en el abrigo consolador de las ideas religiosas. Su mantenedor González Leal dispuso llevarla a Valencia en la temporada de otoño, con lo cual Teresa completaría su reparación orgánica, y además podría cumplir la promesa que en las ansias de la muerte hizo a Nuestra Señora de los Desamparados. Había ofrecido visitarla en su santuario, costeando una misa solemne y nueve rezadas en diferentes días, y de añadidura una novena con toda la suntuosidad que se pudiera... A Valencia partieron, y Teresita cumplió con creces todo lo prometido, pues su tierno corazón comúnmente se excedía en la generosidad. A las ofrendas rituales, anadió el regalar a la Virgen todas sus alhajas, quedándose con sólo una sortija de poco valor. Hermosos pendientes, dos aderezos de bastante valor, tres pulseras, alfileres de pecho y otras cosillas, pasaron íntegramente al camarín y joyero de Nuestra Señora; y entendiendo que la humildad era de cajón en tales circunstancias, Teresa hizo voto de vestir durante un año hábito y correa de los Dolores. Cumplidos estos deberes de piedad, instaláronse los amantes en un risueño pueblecito de la costa.

El año marchaba con apagados pasos a su fin, sin grandes sucesos, sin más ruido que el de los ejes chillones y desengrasados de la máquina gubernamental, y el zumbar unísono del moscardón, o sea *vox populi*, monólogo de un pueblo que se aburre y se despereza en los albores de la desesperación. Prim se fué a Vichy; después pasó una temporadita en París, tomando inhalaciones de flúido europeo, y regresó a España con su amigo Carriquiri... En otoño vino la emperatriz Eugenia a visitar a doña Isabel. Madrid acogió a la hermosa granadina con la cortesía entusiasta que merecían su ideal belleza y su rango. El 63 acabó sus días lánguidamente... Se cuenta que los mazapanes de Toledo empezaron a presentarse aquel año en la forma de culebras enroscadas. Fué moda iniciada por el amigo Labrador...

No pasaron muchos días después de la inocente diversión de los *estrechos* (entre Año Nuevo y Reyes), cuando se oyó gran estrépito, cual si se derrengara una mesa y cayeran en cascos platos y botellas. Era el Ministerio del marqués de Miraflores, que caía de un empujón dado por el Senado. El respetable hombre de la *insaculación* y de los templados procederes fué sustituído por don Lorenzo Arrazola, con Lersundi, Benavides y Moyano, todos ellos de lo que se llamaba *moderantismo histórico.*

Traían los *históricos* la idea de hacer elecciones honradas, sacando a los progresistas de su retraimiento. Cándidamente lo creyeron éstos, que como pobres provincianos eran víctimas de diestros timadores. En efecto: Benavides reformó las listas electorales a petición de la gente del Progreso, y recomendó a los gobernadores que no fueran verdugos de los candidatos de oposición. Parecía que iban las cosas por buen camino; pero en esto se le ocurre a doña Isabel ponerse fuera de cuenta; llega el día del alumbramiento; delega sus poderes en el rey don Francisco, y mientras su majestad daba a España una infantita, ¡cataplum!, abajo el Ministerio histórico, y venga otro con don Alejandro Mon a la cabeza. La subida de Mon, con Pacheco. Mayáns, Cánovas y Ulloa, no era, según los progresistas, más que la descocada y provocativa erección de los infames *obstáculos.* Ya no era sólo el engaño, sino la burla. Prim estaba volado. Dicen que, cerrando el puño, gritó a sus amigos: «Caballeros, a conspirar.»

Lo que ordenaba Prim, tiempo hacía que lo efectuaban sus adeptos en una forma confortativa, sabrosa y reconstituyente. En grupo alegre se reunían ocho, diez o veinte amigos, y con cualquier pretexto que sirviera de pantalla; almorzaban juntos en el entresuelo de este o el otro café, o en un merendero de las Ventas. Comunicábanse así sus recelos y esperanzas y pasaban revista a los corazones bravos con que se podía contar, en este y el otro punto, para un nacional alzamiento. Eran los *ojalateros* de la Libertad. Pero llegó un

día en que pensaron algunos, luego muchos, y por fin todos, que de aquellas comilonas parciales y desperdigadas debían hacer una sola tan grande, que fuera ostentación o parada del vigor de la comunidad y catálogo de la innumerable gente que la componía. Esta idea cuajó del modo más feliz en el monstruoso banquete de los Campos Elíseos, el 3 de mayo de 1864, fecha memorable, porque lo que allí comieron y hablaron tres mil personas, venidas de todas las regiones de España, se le indigestó al Gobierno y a los altos poderes. Prim, en una perorata fulgurante, pronosticó que los *obstáculos* serían arrollados dentro de dos años y un día. Clamó la multitud arrebatada por tan arrogante vaticinio.

Ofrecía la explanada del teatro un conjunto soberbio, de grandeza imponente, casi aterradora. Bajo los toldos mal empalmados que daban paso a rayos del sol, se tendían las mesas para tres mil españoles, inhabilitados infamemente como raza maldita para toda función política en la patria común. Entre ellos había no pocos hombres respetables, cargados de méritos; muchos que atesoraban saber y cultura; la gran masa era gente honrada, crédula, generosa, sin las cuquerías y malas mañas de los políticos de oficio. Representaban la fuerza social más grande que aquí se había visto reunida y alineada en son de batalla. Sin pronunciar una sola palabra subversiva, sin ultrajar a nadie, ni poner en su queja más que una ligera inflexión de amargura, sólo con el respirar, sólo con la multiplicidad ingente de los rostros, en que dominaba la expresión bonachona, produjeron en las clases privilegiadas y en todo lo de arriba un hondo miedo, el vértigo de los abismos.

Una sola desafinación turbó la armonía de aquel gran concurso. Olózaga no estuvo feliz al regatear a Espartero, con eufemismos corteses, el pontificado de la Libertad. Terminó, pues, la reunión con una disonancia de pareceres sobre punto tan importante. Esta fué la única sombra que aprovechar pudieron los de arriba para aliviarse el miedo... No asistió Manolo Tarfe al banquete, por impedírselo su pudor unionista; pero bien cerca estuvo, dentro del perímetro de los Campos. Terminada la función, corrió a dar a su amigo Beramendi cuenta de todo, y éste, oída la descripción del lugar y del ágape solemne, dijo así:

—Por grande y decorosa que haya sido la solemnidad de esa cuchipanda, no se la puede comparar con la fiesta majestuosa de la Federación de los Estados hispanos, celebrada en mayo del cuarenta y tantos (del pico no me acuerdo), en el espacio comprendido desde la Puerta de Atocha hasta la de Recoletos, según se describe en el capítulo veinticuatro de la *Historia lógico-natural*. De todas las ciudades, provincias y reinos vinieron los síndicos, procuradores y príncipes, asistidos de numerosa representación de gremios, clases o estamentos. Era un espectáculo por demás grandioso ver tan bizarra muchedumbre, con los estandartes y oriflamas que cada cual traía, desfilando a ocupar los puestos que con arreglo a un plan lógicotopográfico se había trazado. Allí no se comía, Manolo, pues cada cual lo había hecho en su casa o donde pudo, ni los discursos se pronunciaban entre restos de tortilla o paella, o entre huesos de aceituna y palillos de dientes... Porque has de saber...

—Sigue, Pepe, que tu historia es tan bonita, que casi no parece mentirosa.

XI

—Pues has de saber, Tarfe amigo, que el comer es función doméstica, y el opinar y el resolver en lo tocante a la vida de las naciones es función pública, que forzosamente se ha de menoscabar y empequeñecer si con ella se mezclan regurgitaciones de estómagos ahitos... Sin que nadie pensara entonces en asociar los ideales políticos a la *vaca estofada*, los confederados de mil ochocientos cuarenta y tantos, hombres de gran patriotismo y de altas miras, echaron las bases de la sociedad española y la constituyeron y afianzaron para gloriosos destinos. La Asamblea de las Federaciones duró cinco días, celebrando sus sesiones al aire libre, rodeada del pueblo. Fué la más grandiosa fiesta de concordia, de paz y alegría que han visto las generaciones... Ya sabes que esto ocurría a la terminación de la cruenta y larguísima guerra civil, en la cual absolutismo y autocracia fueron reducidos a

cisco impalpable, arrebatado y esparcido al viento. Pelearon los antiguos reinos, quedando al fin condensados en las dos grandes síntesis históricas de Aragón y Castilla. Reunióse la magna Asamblea para ver de construir el nuevo Estado español sobre los escombros del despedazado régimen autocrático.

—Trabajillo les costaría la construcción; que los buenos demoledores abundan más que los malos arquitectos.

—No lo creas: del hervor de aquella guerra honda y salutífera, salieron hombres de empuje, hombres de iniciativa y de sólido conocimiento de las cosas. Aragón, que, como sabes, es la tierra madre del Derecho público, y el más fecundo plantel de voluntades viriles, dió de sí en aquella guerra un príncipe valeroso, tan bien dotado de ardor guerrero como de prudencia y maña para manejar la sutil máquina del Gobierno. Nació de las nobilísimas casas de Azlor y de Aragón; creció y se endureció en las batallas; se templó con el consejo de próceres maduros, confundidos con el pueblo, en cuyo corazón sano anida el sentimiento jurídico. Llamábase este príncipe Fernando María del Pilar Jaime Alfonso de Azlor y Aragón, y por tener en la cáfila de sus nombres el de la sacrosanta Virgen que idolatran los aragoneses, se le llamó siempre el príncipe Pilar, de que luego se formó el *Pilarón*, con que figura en la Historia, nombre que, a más del significado religioso y mariano, tiene el de *columna robusta*, sobre la cual puede asentarse toda la pesadumbre de un Estado. Vinieron a la Asamblea los confederados de aquel reino con la idea de hacer proclamar a *Pilarón* (que frisaba en los veinticinco años, y era el más gallardo cachorro que podrías imaginar) príncipe de todas las Españas, con el carácter de Soberano con las Cortes panibéricas, y siempre sometido al omnímodo poder de éstas... Los castellanos alegaron el mejor derecho de su princesa Isabel. Esta niña inocente personificaba la tradición y el engranaje de reyes que han venido calentando el Trono desde los godos hasta el absoluto y nasón Fernando, ejecutado de orden de las Cortes soberanas...

—Ya, ya. No repitas, adelante.

—Tres días duró la discusión entre castellanos y aragoneses, defendiendo los unos el derecho de Isabel, otros el de Pilar o *Pilarón*, hasta que al fin, del largo discutir y del acumular razones y argumentos, salió la idea sintética, salvadora...

—Acabáramos... Ya sé... Casaron a los dos candidatos, y al Trono con ellos, para que reinaran mancomunadamente, como el Fernando y la Isabel de antaño.

—Así fué. Pero has de fijarte en lo esencial, Manolo, y es que quien verdaderamente reinaba era la soberana Nación, o dígase las Cortes, y que los príncipes no tocaban más pito que el de la ejecución y aplicación de las leyes... ¿Lo quieres más claro?

—No te pido claridad, porque esas cosas inventadas, o si se quiere poéticas, más ganan que pierden envolviéndose en la oscuridad.

—Convendrás conmigo en que es más divertido escribir la historia imaginada que leer la escrita. Esta suele ser embustera, y pues en ella no encuentras la verdad real, debemos procurarnos la verdad lógica y esencialmente estética.

—Te admito tu historia *confusiana* como un licor que embelesa, transportándonos a la región de dulces ensueños.

—No te digo que no, Abstráete, y llegarás a ver en esta historia algo tan sustantivo como los mismos hechos. Todo es cuestión de ver hacia fuera o ver hacia dentro... Figúrate que han pasado mil años, y que los habitantes del planeta, en esa fecha remota, conocen las dos historias. ¿A cuál darán más crédito: a la de *Confusio*, o a la que estarán escribiendo ahora Rico y Amat o don Antonio Flores? Yo creo que la de *Confusio* será más leída, y acabará por gozar concepto de única historia verdadera... Y si así no fuese, tendremos otra cosa mejor, y es que los caballeros de mil ochocientos sesenta y cuatro no se cuidarán de averiguar cuál es la verdadera o cuál la falsa, porque una y otra les importarán tanto como un higo chumbo... Bueno, Manolo, ya me mareo un poco en mi globo, que he dejado subir muy alto. Bajo a la tierra, bajo a la realidad, que bien pudiera ser una ilusión como otra cualquiera, y te pregunto: después de esta demostración del banquete, que es como un desafío a los *obstaculos*, ¿qué harán?... Conspirar como demonios.

—Ya están en ello hace meses. Con-

fían en que podrán lanzarse en junio... Los trabajos en el ejército no cesan.. Lo que yo te digo queda entre nosotros, Pepe. Lo sé por algo que me ha dicho Muñiz, y otro algo que he sorprendido a Lagunero. Cuentan con dos regimientos acuartelados en la Montaña: *Constitución* y *Saboya*. Manda el primero el coronel Rada.

—No se fíen... Rada es convenido de Vergara. En *Saboya*, manda uno de los batallones López Guerrero, que es amigo mío.

—Y mío. Se cuenta con él incondicionalmente. El plan es que *Saboya* y *Constitución* den el grito, sorprendiendo el cuartel de San Gil y apoderándose de la artillería... En el cuartel del Soldado se sublevará *Cuenca*, que destacará un batallón al Ministerio de la Guerra y otro el cuartel del Retiro. Parece que Amable Escalante y Lagunero tienen bien trabajada a la Caballería, que se establecerá en el Prado, vigilando a los Ingenieros...

—No sigas... Todo es soñar... Muñiz y Amable Escalante sueñan, aunque de distinto modo que mi *Confusio*. Al menos los sueños de éste alegran el ánimo... Verás cómo todo se disipa, cómo los comprometidos se descomprometen, cómo los vigilantes se amodorran y los valientes se acoquinan...

Según opinaba Beramendi, abortó el «movimiento». Pero la infatigable conspiración, como los maestros de guitarra, decía: «Patilla, cruzado y vuelta a empezar.» Prim se fué a Panticosa, y en su ausencia se le preparó otro parto con los mismos regimientos, sin que los profesores de Obstetricia tuvieran más suerte que en el caso anterior. Pero se escandalizó lo bastante para que se alarmara el Gobierno: los Cuerpos sospechosos fueron trasladados a ciudades lejanas, y vinieron *Príncipe, Asturias, Isabel II*, con lo cual nada se adelantaba. Prim fué desterrado a Oviedo, que vino a ser el telar donde la urdimbre del ejército se tejía con la trama del pueblo. La tela iba cundiendo: casi se la veía y se la tocaba, violado ya el secreto que comúnmente encubre estos trabajos contra el orden establecido... De improviso, y cuando más descuidados tejían tropa y pueblo, ¡pim! cayó el Ministerio Mon. *Quare causa?* Nadie lo sabía, y lo que era peor, nadie lo preguntaba. Ya nos habíamos acostumbrado a que los Gobiernos cayesen y se levantasen sin otro motivo que la corazonada o el antojo de la señora. Andaba ya ésta muy confusa y muy amargada con las nuevas traídas de París por el rey don Francisco, que fué a pagar la visita de la emperatriz Eugenia. Napoleón y su mujer le habían calentado las orejas por la tenacidad con que España se negaba a reconocer el reino de Italia, «hecho consumado» que ningún país europeo podía considerar como no existente, so pena de quedarse fuera del ruedo de las naciones. La conducta de España era sencillamente un «quijotismo intolerable». Esto, palabra más, palabra menos, le dijeron a don Francisco de Asís los emperadores, y lo mismo que se lo encajaron lo transmitió él a su esposa, que se llevó las manos a la augusta cabeza, repitiendo, trémula y aterrada: «No puede ser, no puede ser.»

Como si lo viéramos, Isabel II comunicó inmediatamente a sus ángeles tutelares sor Patrocinio y el padre Claret las tremendas conminaciones que don Francisco le había traído de París. Es fama que ambas personas reverendas alargaron los morros y fruncieron las cejas... Mandara Napoleón en su casa, y dejara que nuestra reina gobernara en la suya... Sostuviérase España en su acuerdo tocante al «llamado reino de Italia», y con la protección de la Virgen nada debía temer del concierto ni del desconcierto europeo. Claramente se vió que aquí el Gobierno constitucional era un figurón con careta grave y casaca reluciente. Sólo creían en él algunos cándidos políticos y los vagos que en la Puerta del Sol se estacionaban para ver caer la bola de la torrecilla de Gobernación... Bien puede estamparse aquí, sin temor de atropellar la verdad histórica, este breve dialoguillo:

«—Narváez...

»—¿Qué, señora?

»—Ahora, más que nunca, te necesito. He despedido a Mon. Fórmame un Ministerio a tu gusto. Todo te lo permito con tal que no me traigas el reconocimiento de Italia y que me amanses a Prim y a esos endiablados progresistas.»

Cogió Narváez el timón del averiado cachucho del Estado, después de meter en él a González Bravo, a Llorente, a

Alcalá Galiano, al general Córdova y a otros de menos fuste... Hombre muy ducho en política, y bastante lince para ver el nublado que se venía encima, levantó el destierro a Prim y anuló los traslados de algunos coroneles y tenientes coroneles. Por mediación de Córdova, mientras éste permaneció en el Ministerio, después, valiéndose de Carriquiri y Salamanca, negoció con el de Reus, empezando por ponerse en un buen terreno de conciliación; condonó las multas por delitos de imprenta y levantó las penas recaídas sobre algunos periodistas. Vacilaron los del Progreso, sensibles a estos halagos; no pocos se inclinaron a que cesara el retraimiento; pero dominó, al fin, la opinión viril que preconizaba la retirada al Aventino, y el manifiesto de 20 de noviembre quitó a Narváez y a la reina toda esperanza de encadenar por buenas a la Libertad y amarrarla a una pata del trono, donde podrían escupirla reverendamente los tutelares ángeles de Isabel.

—No cogeréis al monstruo en trampa ni con lazo—dijo Beramendi a Eufrasia una noche en casa de la Campofresco—. Ahora va de veras. No puede Isabel impunemente renegar de la idea que tuvo más fuerza que las espadas para llevarla al Trono y asegurarla en él. Aconséjala tú, gran filósofa; dile que deseche el terror del Infierno, que sus culpas no son tan graves como ella cree o le hacen creer los que viven y medran a la sombra del miedo de la majestad pecadora. Culpa mayor que todas las culpas es el desprecio que hace de los intereses y de la vida de su pueblo. Si quiere ir al Cielo, no nos haga un pisto con su conciencia, que es toda suya, y su Corona, que es suya y nuestra.

—Su alma es muy compleja, Pepe, y cuantas veces intenté dirigirla por mejor camino del que lleva, me dejó mal. Es bondadosa, es generosa; pero se diría que nació y la criaron en la calle de Embajadores. Tiene todas las supersticiones de la mujer del pueblo... No creas que teme a los progresistas: a Prim le quiere, le daría con gusto el Poder... Haría ministros a Sagasta, a Fernández de los Ríos, a Montemar... Todos esos que escriben no le inspiran cuidado... A Olózaga sí le teme más que al cólera. Ya sabes que ése no se recata para decir que es abiertamente antidinástico... Pero el mayor temor de doña Isabel, ¿sabes cuál es? La Democracia...; esos hombres que te hablan de República como de la cosa más natural del mundo, y se atreven a poner en sus programas nada menos que la libertad del pensamiento; ese Rivero, ese Figueras, ese García Ruiz, ese Becerra, y otros que dicen con toda la poca vergüenza del mundo: «Soy demagogo.» Pues yo, qué quieres, en esto le doy la razón a la reina y participo de su temor. ¿Quién te dice que, llamado Prim al Poder, no vendrá, tras de la turba progresista, la *ola democrática* que arramblará por todo?

—Ya pareció la *ola*. ¿Dónde te has dejado la *piqueta incendiaria* y la *tea demoledora?*... Al revés he querido decirlo.

—Al revés o al derecho, ya verás, Pepe, cómo Narváez se entiende con Prim, y lo del retraimiento será una broma... Te apuesto lo que quieras.

—Yo no apuesto contigo, porque siempre te gano y nunca me pagas. Tienes conmigo una deuda enorme.

—¿Qué te debo, pillastre?

—La reputación de virtud que te estoy formando a fuerza de mentiras.

—Cállate la boca, tontaína, que estás bien pagado con el bombo que te doy cuando hablo de ti con tu mujer.

—Inútiles embustes. Mi mujer no te cree.

Nada más hablaron aquella noche. Adelante. Dice la *Historia ilógica y artificial* que González Bravo hizo unas elecciones como para él solo, sacando de las urnas con suave mano una mayoría de carneros, con perdón, todos de familia y marca moderada; pocos unionistas, y ni un solo borrego progresista, por más lazos que tendió para coger alguno. Y del mismo modo metió en el Senado una hornada o hato de moruecos que le aseguraban la sumisión del llamado Alto Cuerpo. Cogió doña Isabel el cielo con las manos, viendo que Narváez no le abría camino para amansar al furioso *Progreso*... Nada, nada: había que licenciar a Narváez. Esto pensó dos días antes de reunirse las nuevas Cortes, y como lo pensó lo hizo, molesta y agriada, no sólo por lo expuesto, sino porque Narváez había decidido el abandono de Santo Domingo, único remate posible de tan dispendiosa guerra. Sin temor de

atropellar la verdad, puede estamparse aquí otro breve dialoguillo:

«—Istúriz...

»—¿Qué, señora?

»—Narváez me ha engañado; tengo que prescindir de él. Además, no estoy conforme con el abandono de Santo Domingo. Me formarás un Ministerio con elementos unionistas que no estén muy gastados...

»—¿Yo, señora?... Yo...»

El anciano ilustre, que tan grandes servicios había prestado a la Monarquía española, así en la política como en la diplomacia, vacilaba entre el respeto y su desgane de prestarse nuevamente a tales obras de pastelería pública. Hombre de vastísima ilustración, volteriano de añadidura, no había sido nunca más que el remedión de todas las situaciones de difícil salida, y el constructor de Ministerios-puentes para pasar de una orilla a otra. Y cuando el amador platónico y puro de la reina Cristina ya descansaba tranquilo en su Presidencia del Consejo de Estado, la voluntariosa reina le pedía que viniese a armar otra pasadera. No le valieron las excusas con que su modestia y cansancio quisieron eludir el encargo; su exquisita amabilidad y dulzura le perdieron.

«—Nada, nada: te pido este favor y no has de negármelo. Mañana, a esta hora, me traerás la lista de tu Ministerio.»

Pasadas veinticuatro horas, llegó a Palacio el bueno de don Javier con la lista de ministros.

«—¿Está completa? ¿A ver, a ver...?

»—Ros de Olano, Salaverría, Bermúdez de Castro, Calderón Collantes, el general Ibarra, don Isidro Argüelles...

»—Bien, bien: estoy conforme. ¿Qué hora es? Las doce. Pues a las tres en punto pueden venir a jurar.»

A las tres menos cuarto:

«—Istúriz...

»—¿Qué, señora?

»—Que no hay nada de aquello. Ha venido Narváez... ¡Ay, qué cosas me ha dicho!... Dejémoslo para otra ocasión.

»—¡Ay, dejémoslo!... Respiro.»

Al día siguiente se reunieron las Cortes, y se presentó a ellas el Gobierno que con suave tirón electoral las había traído.

XII

La figura de Prim, que en la mente de muchos tomaba proporciones no comunes, por la firmeza con que seguía contra viento y marea un plan político esencialmente negativo y demoledor, permanecía indecisa, vagamente apreciada por los ojos de la muchedumbre. Perdíase la figura en sombras lejanas. Por un momento, salía, entre relámpagos que iluminaban una fase de su persona, y a esconderse volvía como fantasma obediente al canto del gallo, o a las campanadas de medianoche. No había llegado el tiempo de su desembozada presencia en el mundo: pero los días tediosos, de ansiedad incierta y vagas esperanzas, anunciaban el día luminoso de Prim.

No así Castelar, que en aquellos años brillaba con todo su esplendor en el cenit mental de España. Su oratoria opulenta, de lozanía plateresca, exuberante, de formas paganas enlazadas graciosamente con formas góticas, enloquecía los cerebros juveniles. En el Ateneo y en la Universidad, aquel supremo artista de la palabra construía la arquitectura espléndida de sus discursos, nunca fatigosos por largos que fueran, áureos y relumbrantes de piedras preciosas, como la custodia de Toledo, como ella gentiles y teológicos. Gente había que admiraba su retórica y ponía en cuarentena sus ideas, viendo en ellas un ariete contra las posiciones, los privilegios y las sinecuras; otros lo aceptaban todo y alababan fondo y forma. La doctrina democrática iba con tal apóstol penetrando en los entendimientos y extendiéndose por ciudades y campos como los sones de un órgano potente. El alma de los pueblos gusta de esta música oratoria y se abre con embeleso a las ideas expresadas con ritmo y cadencia. Siempre hubo poetas que enseñaron las verdades; siempre la música política y filosófica precedió a las grandes mudanzas en el ser de las naciones.

El Ateneo era entonces como un templo intelectual, establecido, por no haber mejor sitio, en una casa burguesa de las más prosaicas, donde se hicieron naves, prebisterio y capillas a fuerza de derribar tabiques, suprimiendo alcobas y gabinetes para formar espacios donde

la multitud pudiera congregarse. Era una iglesia pobre, una casa holgona, donde años antes habían vivido señores enriquecidos en el comercio, y que nunca supieron ni una palabra de Filosofía, ni de Literatura, ni de Historia. Y con ser tan chabacano el edificio y tan mísero de belleza arquitectónica, tenía un ambiente de seriedad pensativa, propicio al estudio, y sus techos desnudos daban sombra semejante a la de los pórticos de Academos. Iban allí personas de todas edades, jóvenes y viejos, de diferentes ideas, dominando los liberales y demócratas, y los moderados que habían afinado con viajatas al extranjero su cultura; iban, también, *neos*, no de los enfurruñados e intolerantes; las disputas eran siempre corteses, y la fraternidad suavizaba el vuelo agresivo de las opiniones opuestas. Sobre las divergencias de criterio fluctuaba, como el espíritu de una madre cariñosa, la estimación general.

Entrábase, por la calle de la Montera, a un portal amplio, que, si no estuviera blanqueado y limpio, sería igual a los de las posadas de la Cava Baja. A mano derecha, la escalera, nada monumental, conducía, en dos tramos, al piso primero; una mampara de hule claveteado daba ingreso al templo. Pasado el vestíbulo, en que hacían guarda el conserje y porteros, llegábase a un luengo y anchuroso callejón pasillo, harto oscuro de día, de noche alumbrado por mecheros de gas. Divanes de muelles que ablandó la pesadumbre de tantos cuerpos convidaban al descanso a un lado y otro y en las cabeceras del extenso corredor. En verano, no faltaba un botijo en algún rincón, y en invierno los paseantes medían de dos en dos, con las manos a la espalda, la dilatada estera de cordoncillo. Andando en la dirección de la Red de San Luis, a la izquierda, caían la sala que llamaban *Senado*, con balcones a la calle, la Biblioteca y una salita de conversación; a la derecha, el paso a los salones de Lectura y al de Sesiones... Más abajo, en derechura de la Puerta del Sol, abríase un pasadizo estrecho que a las estancias inferiores y de servicio conducía. En el *Senado* hacían tertulia señores respetables, fijos en los divanes como las ostras en su banco y otros que entraban y salían parándose un rato a platicar con los viejos. Comúnmente allí no se trataba de asuntos técnicos ni didácticos, sino de los sucesos del día, que siempre daban pie a ingeniosas aplicaciones de los principios inmutables.

En la Biblioteca, carpetas para escribir y leer, estanterías de estas que se estilan en las casas burguesas para guardar libros que no se leen nunca: allí se leía, sí; pero los libros tenían cierto aire de no querer dejarse leer, prefiriendo su cómodo resguardo entre cristales. En el fondo de la sala, apenas visible por el estorbo de las altas carpetas, se acurrucaba un hombre. En invierno se inclinaba tarde y noche sobre un brasero, puesto los pies en la tarima; en todo tiempo tomaba café a ciertas horas..., café traído del café y en vaso. Era don José Moreno Nieto, para quien la Biblioteca que regentaba era poca cosa en comparación de la que él tenía en su cabeza. Había metido en ella todos los sistemas filosóficos conocidos y los que aún estaban por conocer. A esta desaforada erudición correspondía una facilidad, una fluidez de palabra como el chorro de fuente inagotable. Más meritorio debía de ser en él el silencio que la elocuencia, pues ésta le salía de la boca sin esfuerzo alguno, como la constante erupción de un entendimiento que no cabe en sí mismo. Era de corta estatura, picado de viruelas, erizado el bigote, el pelo echado hacia atrás. Solo, callado y sin oyentes, hablaba con la movilidad de su temperamento nervioso, con el espíritu que no esperaba la palabra para salirse por los ojos. No existió jamás hombre más puro, de más recta conciencia, ni una vida en que tan bien incrustadas estuvieran, una dentro de otra, la filosofía sabida y la virtud practicada.

El salón o salones de lectura eran un gran espacio irregular compuesto de dos distintas crujías, comunicadas una con otra por arcadas de fábrica, con buenas luces al patio interior; recinto vulgar, que lo mismo habría servido para obrador de modistas que para cajas de imprenta, o para capilla protestante. Largas mesas ofrecían a los socios toda la prensa de Madrid y mucha de provincias, lo mejor de la extranjera, revistas científicas, ilustradas o no, de todos los países. Era un comedero intelectual inmensamente variado, en que cada cual encontraba el manjar más de su gusto

En aquel recinto blanco, luminoso, beatífico, sin más adorno que algún mapa o cuadros de estadística, habitaba como huésped fijo un silencio de paz y reflexión, y al amparo de él se apiñaban los lectores, todos a lo suyo, sin cuidarse ninguno de los demás. Nadie interrumpía con vanos cuchicheos aquella tranquilidad devorante de gusanos de seda agarrados a las hojas de morera. Oíase no más que el voltear de las hojas de los periódicos, armados en bastones para más comodidad del leyente.

Allí se veían extraños tipos de tragadores de lectura. Un señor había que agarraba el *Times* y no lo dejaba en tres horas. Otro tenía la manía de coger seis u ocho periódicos de los más leídos, se sentaba sobre ellos, y los iba sacando uno por uno de debajo de las nalgas, y dejándolos en la mesona conforme los leía. Otros picaban aquí y allí, en pie; los más comían sentados, sin quitar los ojos del plato exquisito, como buenos gastrónomos. Por aquel vasto local desfilaron todas las celebridades literarias y políticas del siglo, sin excluir buena parte de las militares. Los que recordaban a Martínez de la Rosa leyendo *Le Journal des Débats*, veían casi a diario, en los días de esta historia, a don Antonio Alcalá Galiano recreándose con las donosas caricaturas del *Punch*, y explicando el texto de ellas, poco inteligible para los que no habían hablado el inglés en la propia Inglaterra. El buen señor, ya viejo, de cara fosca y larga, enfundado en luengo gabán gris, entraba paso a paso y se situaba en la mesa de las revistas: hojeaba algunas, picando aquí y allí, buscando las mejores golosinas en la bandeja de los conocimientos novísimos. El ruedo de admiradores que junto a él en ocasiones se formaba oía su palabra ronca, que aun en lo familiar tiraba siempre a lo oratorio, engalanada con las formas gramaticales más perfectas. En la ironía sazonada no hubo maestro que le igualase, y a veces su intención dejaba tamañitos a los toros de Miura.

También iba alguna vez don Antonio Ríos Rosas, que a los jóvenes imponía respeto con su cara de tigre y su entrada silenciosa, el andar lento, sin hablar con nadie, hacia el salón de lectura. No picaba, como Alcalá Galiano, en diferentes revistas, sino que cogía una sola, *Le Correspondant* o la de *Ambos Mundos*, y metódicamente se tragaba uno de aquellos ingentes estudios de arte político o de controversia religiosa. Este y otros señores graves no iban más que a leer, y rara vez entraban en los sitios de tertulia, como otros ancianos o jóvenes maduros, que amaban e sabroso toma y daca de la controversia. Fermín Gonzalo Morón, en el declinar de sus años, el padre Sánchez, en su madura existencia vigorosa, se pirraban por armar altercados con la juventud en el pasillo o en el *Senado*. Entre la muchedumbre de hombres hechos, bullían mozos en formación para personajes, estudiantes ávidos de aprender, que se ejercitaban en la intelectual esgrima, tirando a perorar y a discutir con los espadachines mayores; los había también tímidos, que laboraban en la muda gimnasia de la observación y la lectura. Para que nada faltase, había un grupo de cubanos que exponían sus ideas de autonomía y aun de emancipación de las Antillas, sin que nadie de ello se asustara.

En aquel espacio, no más grande que el de una mediana iglesia, cabía toda la selva de los conocimientos que entonces prevalecían en el mundo, y allí se condensaba la mayor parte de la acción cerebral de la gente hispánica. Era la gran logia de la inteligencia, que había venido a desbancar las antiguas, ya desacreditadas, como generadoras de la acción iracunda, inconsciente. Por su carácter de cantón neutral, o de templo libre y tolerante, donde cabían todos los dogmas filosóficos, literarios y científicos, fué llamado el *Ateneo* la *Holanda española*. En aquella Holanda se refugiaba la libre conciencia; lo demás del ser español quedaba fuera del vulgarísimo zaguán del 22 de la calle de la Montera.

En los primeros días de abril de aquel año (andábamos en el 65) creció la animación en las tertulias y mentideros de la ilustre casa. Las chácharas rumorosas casi llegaron a invadir el primer espacio del sosegado salón de Lectura, y aun llegó algún eco de ellos al de las Sesiones o Cátedras, donde unas noches explicaba *Paleontología* el sabio geólogo señor Vilanova, y otras hacía Gabriel Rodríguez la crítica acerba del *Sistema protector*. El *Senado* dió por

agotado el tema de la Encíclica *Quanta Cura*, en que Pío IX condenaba el liberalismo y lo hacía responsable de todos los males que afligían a la Humanidad. ¿Cómo habían de gobernar a España los liberales, si su doctrina era pecado? Declarándolo así, el Santo Padre nos exhortaba paternalmente a dejarnos gobernar por él.

Sucedió en aquellos días que la reina doña Isabel cedió al Estado el 75 por 100 de algunos bienes del Patrimonio que debían venderse para socorro de la Hacienda pública. En esto iba comprendida una parte del bajo Retiro, entre la Puerta de Alcalá y el Prado. Vieron algunos en esto una martingala en que salía beneficiada la Casa real: los ministeriales dieron en sus periódicos un descomunal bombo al proceder de la reina, y Castelar soltó en *La Discusión* un artículo titulado *El rasgo*, que puso de uñas a toda la caterva moderada y palatina. ¡Vaya un escándalo! Ciego y disparado de coraje, el Gobierno privó a Castelar de su cátedra de Historia en la Universidad, ganada por oposición. Rezongó el Claustro, chillaron con furiosa algarabía los estudiantes. ¿Cómo no había de repercutir este nervioso estremecimiento escolar en las circunvoluciones del Ateneo, la bóveda pensante?

Aquella noche (primera semana de abril) restallaban en el *Senado* diálogos vibrantes. Salió al pasillo Moreno Nieto, y rodeado al punto de muchachos, les dijo que la cátedra ganada por oposición es propiedad más sagrada que la camisa que llevamos puesta. En su opinión, las demasías de los gobiernos autocráticos proceden siempre de una levadura demagógica. González Bravo fué siempre un demagogo, y ni él ni Narváez tenían idea de las funciones augustas del profesorado. Los jóvenes no se recataban para soltar ante don José las opiniones más radicales: la bondad del maestro les daba confianza para todo. En esto llegó el padre Sánchez, que venía del salón de lectura, y antes que le preguntaran su opinión, dijo a los muchachos, a don José y a Ramos Calderón, que en aquel momento se incorporó al grupo: «Soy enemigo de Castelar y de su democracia y de su lirismo histórico y político. Pero reconozco que es un atropello quitarle su cátedra por un artículo de periódico... Y esto traerá cola. Acabo de hablar con Montalbán. Dice que será firme defensor de la dignidad universitaria, y que no dará curso a la destitución de Castelar.»

Apenas dicho esto, vieron salir del salón de lectura, pasito a paso, a un anciano de afeitado rostro, dejando en su maxilar la menor cantidad de patillas blancas. Usaba gafas de présbita y muy fuertes, andaba con precaución, y sus plegados ojos no respondían de reconocer lo que miraba. Era el rector de la Universidad... Saludáronle; contestó él con ligera inclinación, y ninguno se atrevió a interrogarle, porque pudo más el respeto que la curiosidad. Al día siguiente apareció en la *Gaceta* la destitución de Montalbán y el nombramiento del marqués de Zafra, que fué como prender fuego a la hoguera del enojo estudiantil y desatar sobre ella un huracán. Se necesitaba poco en aquellos días para que una pavesa se trocara en incendio, y un juego de chicos en motín pavoroso.

XIII

Movidos los estudiantes de un pensamiento generoso, que era proyección del pensamiento general, resolvieron obsequiar con una serenata al rector saliente Pedido y otorgado por el gobernador el necesario permiso, se dispuso la música para las nueve de la noche, y un público espeso acudió a la calle de Santa Clara con bullicio y animación de fiesta. Si la serenata era en aquella ocasión un acto corriente y usual, como otros de la misma índole y objeto, ¿por qué a presenciarla y gozar de ella acudía tan inmenso gentío? Beramendi, que con su amigo Guillermo de Aransis asomó las narices por las inmediaciones del teatro de Oriente, sin otro móvil que curiosear, dijo así: «Cuando un pueblo tiene metido el motín en el alma, basta que se reúnan dieciséis personas para que salgan dieciséis mil a ver qué pasa.»

No obstante, motivo no había para temer desórdenes... De improviso, vieron los amigos que se arremolinaba la multitud. A la claridad de los farolillos de los atriles, junto a los cuales estaban los músicos, algunos con la boca pegada ya a los instrumentos, se vió que los

guardias de seguridad mandaban suspender la tocata... ¡A enfundar los instrumentos, a recoger los atriles y a casa todo el mundo! ¿Serenata dijiste? No fué mala la que dieron los silbidos de la muchedumbre, el maldecir a la Policía y el prorrumpir, hombres y mujeres, en soeces injurias contra el Gobierno. Resguardáronse Beramendi y Aransis del empuje de la turba enojada, que retrocedía enroscándose como culebra, y arrimados estaban a la pared, no lejos de la calle de la Escalinata, cuando se les plantaron delante dos mujeres desfachatadas y garbosas, que venían gritando y manoteando. Eran las *Hermosillas,* dos hermanas de vida airosa o aireada, guapas: la mayor, Rafaela, ya marchita; Generosa, todavía bien redondeada. En su vivir azaroso, vestían a la moda señoril o a la de pueblo, según el estado de su voluble hacienda. Aquella noche iban en la forma más achulapada; habían salido de sus madrigueras con la idea de que era noche de libertad y palos. En los barrios del Sur eran conocidas con el apodo de *las Zorreras,* por ser hijas de un fabricante y vendedor de zorros que figuró en la revolución del 54. A Guillermo de Aransis conocía la mayor, por pasajeros tratos, y con Beramendi había tenido Generosa algún encuentro no casual, grato sí, pero pronto olvidado.

Abordaron a los dos caballeros sin miramiento alguno, saltando de golpe la enorme distancia social, y Rafaela intepeló a Guillermo en los términos de la mayor confianza... En tanto, Beramendi les decía:

«—¿Qué hacéis aquí, oh mujeres del bronce? ¿No teméis que os estrujen?

»Ya estamos bastantes estrujadas.

»—¿Y que os pisen?

»—¡Más pisadas de lo que estamos!...

»—Idos a casa, que os puede alcanzar algún palo, sin querer.

»—O queriendo... Que *haiga* palos, don José. Para eso hemos salido, para verlo.

»—Os han dejado sin serenata... Fastidiaos.

»—Nos ha dicho un chico de Farmacia que ha sido un *rasgo* que echó Castelar.

»—El Gobierno hace bien en no permitir escándalos. Con pretexto de una serenata salen a rebuznar los revoltosos de oficio.

»—¡Pues, hijo! ¿También tú, Guillermito, sales a la defensa de ese perro de González Bravo?

»—Pero ¿que os ha hecho a vosotras el bueno de don Luis, que os permite corretear a todas horas?

»—¡Así le den morcilla...; así reviente! ¡Vaya con el tío!

»—¡Que lo arrastre el pueblo! ¡Que lo pinchen y lo mechen, hasta que veamos correr por el arroyo la última gota de su sangre!

»—Y la sangre del tigre de Narváez, ¿para cuando la dejas?

»—Ea, seguid... No va por ahí poca patulea...

»—Seguiremos..., que estamos llamando la atención.

»—Podían decir: «¡Vaya, qué amigas tienen esos caballeros!» Guillermo, abur.

»—Adiós, don José...; cuidarse. Lo primero es la salud.»

Por los claros de la multitud defraudada, rugiente, avanzaron los dos caballeros. ¿Adónde irían a pasar la prima noche?

—Vámonos al Ateneo—propuso Beramendi, pensando que allí oirían buenas cosas, por ser aquella trapatiesta obra de estudiantes y profesores.

Apenas entraron en el largo pasillo, vieron grupos que comentaban con viveza lo que los dos caballeros habían visto en la calle. Una de las primeras personas con quienes topó Beramendi en el grupo más próximo fué su hermano Gregorio García Fajardo, el cual era en el palacio de la inteligencia parroquiano reciente, novato fresco.

En cuanto la usura le dió riqueza bastante para pavonearse en la sociedad, el primer cuidado de Gregorio fué abonarse al Real y hacerse socio del Ateneo. Así, su esposa Segismunda se daba en público el lustre correspondiente a su improvisada posición, y él se barnizaba con unos toques de cultura, indispensables para figurar dignamente en el círculo de hombres de negocios y grandes capitalistas. Pensaba que su persona adquiría respetabilidad e importancia poniéndose a leer *La Epoca* u otro periódico de los grandes, y teniéndolo un buen rato desplegado ante los ojos en toda su extensión tipográfica. Y era también cosa muy entonada, como la buena ropa, llegar al café y decir: «Vengo del Ateneo, de oír la conferencia que nos

ha dado Moreno Nieto sobre *El estado actual del pensamiento europeo.* ¡Qué discurso, señores..., qué hombre tan pensador!»

Apenas los dos caballeros se agregaron al grupo, Gregorio Fajardo soltó esta grave opinión:

—De todo esto tiene la culpa ese loquinario de Prim, que ha soliviantado a los progresistas, los progresistas a los demócratas y éstos al populacho y a los estudiantes. También digo una cosa: yo González Bravo, no habría consentido que el gobernador diera permiso para esa cencerrada o serenata... Ha sido una pitada horrible dar el permiso y luego prohibir la música... Y digo más, señores: yo Narváez, no hubiera destituído al rector, que es un anciano; a Castelar, sí..., porque la democracia es una perturbación, y no está preparado el país para esas novedades... Yo doña Isabel, daría el Poder a los progresistas, para que se desacreditaran de una vez... Tres o cuatro meses de Gobierno nos librarían de ese fantasma...

Antes que el orador terminase, apareció el padre Sánchez en el grupo. A una interrogación cariñosa de Beramendi sobre el suceso del día, el buen cura don Miguel se expresó con esta ruda sinceridad:

—Son tan torpes estos moderados, que ni saben ser despotas. Narváez ha perdido los papeles. Ustedes dicen: ya no hay liberales. Yo digo: ya no hay tiranos. Exponerse a un conflicto grave, a una crisis, a un trastorno político porque toquen o dejen de tocar cuatro músicos sus trombones y clarinetes delante de un rector, es lo último que me quedaba que ver para comprobar nuestra decadencia. Yo les diría a los estudiantes: «Señores estudiantes: ahí tienen ustedes todas las bandas de la guarnición de Madrid. Llévenlas a la calle de Santa Clara, y que estén tocando siete días con sus noches...» Y dicen ustedes: «¡Inicua represión!» Ya sabemos todos que aquí conspira todo el mundo, paisanos y militares, de una manera más descarada. Hasta los chiquillos le dicen a usted: «*Constitución* está comprometido... *Arapiles* está al caer... Se cuenta con el *Inmemorial del Rey.*» ¿Saben ustedes de muchos coroneles y tenientes coroneles, de muchos progresistas y demócratas, que hayan ido a aprender el camino de Fernando Poo?

Rivero, que entra y pasa junto al corrillo, oye, se detiene, se agrega. En su cara de gladiador, tostada, terriblemente enérgica, brota con chispa fugaz una sonrisa. Con un periódico que doblado trae en la mano, golpea el hombro del sacerdote ateneísta, y dice:

—A Fernando Poo nos quiere mandar este cura... Pues el que va a ir pronto a Fernando Poo es usted, don Miguel, y no le mandará González Bravo, sino yo, yo.

—No digo que así no sea, don Nicolás. Las democracias fueron siempre más tiránicas que las monarquías.

—Pero nunca tanto como la Iglesia.

—Poco a poco, don Nicolás...

—La Iglesia, la primera y más sanguinaria opresora del mundo. Lo discutiremos cuando usted quiera.

—Ahora mismo.

Enredóse la discusión, elevándose de un vuelo a las altas regiones, que en aquella casa (pórticos de *Academos)* lo que empezaba en disputa familiar concluía por guerra de principios... Aransis se había separado del grupo y aparte parloteaba con un diplomático amigo suyo que quería saber la impresión producida en Viena por la Encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus.* Díjole Guillermo que las cuestiones romanas interesaban poco en Austria. Toda la atención estaba en el problema internacional. Debilitado el Imperio por la pérdida de Lombardía y el Veneto, buscaba medio de fortalecerse con las alianzas. La Cancillería austríaca gestionaba secretamente una alianza ofensiva y defensiva de Austria, Francia, Italia y España contra Prusia, que se crecía y engallaba, amenazando a Francia por el Rin y al Austria en la frontera de Bohemia. A la sordina trabajaba el zorro de Antonelli contra este pacto. Todo menos robustecer a Italia. Para Roma, el peligro más visible de tal alianza era que los estados del Papa perderían el amparo de Francia. Y España, ¿qué vela llevaba en este entierro? Ninguna, porque la Santa Sede, que se consideraba dueña de la voluntad de Isabel II, no consentía que nuestro país entrase en tal combinación, y, por de pronto, se le prohibía, como caso de conciencia, el reconocimiento del reino de Italia...

Y como en aquella casa, que no sólo era los *pórticos*, sino también los *portales de Academos*, se trataban todas las cuestiones, así las más elevadas como las más humildes y familiares, Pepe Beramendi, viendo salir del salón de Lectura a un amigo suyo militar, se fué derecho a él, abandonando el corro en que el padre Sánchez y don Nicolás Rivero acometían un tema histórico tan claro como la inmortalidad del cangrejo. Arrimados a un sitio solitario, Beramendi y el militar, que era joven, vestía de paisano y usaba lentes, hablaron así:

—¿Pavía, eh?... Perdone un momento. ¿Sabe usted algo de Clavería? Hace dos semanas que no se le ve en el Casino ni en ninguna parte.

—Creo que está en Valencia.

—¿Preparan algo allí?

—No sé... *(La sonrisa del militar más bien indica discreción que ignorancia.)* No he dicho nada..., tampoco aseguro que esté Clavería en Valencia, sino que allá pensó ir. Me lo dijo Teresa Villaescusa.

—Pero ¿está aquí Teresa?

—Estuvo unos días... Muy bien de salud.

—Algo tronada, según oí.

—González Leal está rebañando las ollas de su fortuna.

—Pobre, conspirará con más fe... Otra cosa: y Prim, ¿está aquí? *(Afirmación del militar.)* ¿No habrá este verano *tirada de patos* en la Albufera?

—No sé... *(Vacilando.)* Creo que no... En fin, ya veremos.

—Habrá tirada... Crea usted que todos los patos la deseamos. *(Sonrisa del militar.)* Y ¿qué piensa usted de este revoltijo de los estudiantes?

—Que es una chiquillada. Yo lo arreglaría con las mangas de riego.

—Yo, con el himno..., con el *Himno de Riego*. Verá usted cómo viene a parar ahí.

—¡Quién sabe! Todas las revoluciones empiezan con música...

—Y con música acaban. Son un emparedado musical..., con los tiros en medio.

A cada hora se animaban más el pasillo y el *Senado*. No eran pocos los que opinaban, como el teniente coronel Pavía, que contra la estudiantil asonada bastaba la artillería de las mangas de riego. Otros creían ver ya chorros de sangre; quizá lo deseaban..., con tal que no fuera la suya la que se derramase... Pasó el día 9, que era domingo, sin grandes novedades, por estar cerrada la Universidad, y el lunes 10, día en que celebran su santo los profetas Daniel y Ezequiel, presentó antes de mediodía síntomas de borrasca. La tarde fué bochornosa, relampagueante. Todo Madrid divagaba en las calles, con la esperanza, el temor y el deseo de sucesos trágicos. El menor ruido hacía correr a los transeúntes. En la Puerta del Sol, grupos de gente risueña con grupos de gente ceñuda se cruzaban. Creyérase que aquéllos decían a éstos: «Atreveos. ¿Qué teméis? Aquí estamos nosotros para elogiaros y decir que sois la salvación de la patria.» Los grupos risueños requerían los portales a la menor ondulación de los que venían ceñudos.

Poco después de anochecido, los rincones y salas del Ateneo presentaban la propia animación que en la noche del sábado. Beramendi, que acudió también al olor de las noticias motinescas, no encontró allí a su hermano Gregorio, sino que fué con él. Dígase entre paréntesis que existiendo una distancia enteramente planetaria entre la rastrera vulgaridad de Gregorio y el sutil talento de José María, éste no siempre miraba como inferior a su hermano, y en ocasiones se sentía vagamente impulsado a tributarle cierta admiración o respeto. ¿Por qué? Porque Gregorio había sabido, por fas o por nefas, labrarse una fortuna y ser el creador de su propia personalidad. Aun amasada con la usura, la riqueza de Gregorio era timbre o diploma de voluntad y un sillar sólido en la social arquitectura. Podía permitirse ser tonto, con cien probabilidades contra una de no parecerlo... Convidóle su hermano a comer aquel lunes, y luego, tirando de buenos puros, se fueron al Ateneo. A poco de arrellanarse ambos en los divanes del *Senado*, entró jadeante Luis Navarro, diciendo:

—¡Menuda bronca en la calle del Arenal! Corre la gente desalada; los hombres braman; las mujeres chillan; algunos caen... Pisadas, estrujones, batacazos...

No había concluído esta relación cuando llegó Tubino limpiándose el sudor:

—Señores, la Puerta del Sol es un volcán. Ha salido González Bravo a exhortar a la multitud. Le han contestado con silbidos horrorosos... Y a toda tropa o autoridad que pasa, allá van silbidos, insultos... Una cosa atroz...

Manifestó don Antonio Fabié que él había observado los grupos al pasar por la calle del Carmen. No eran ya estudiantes los amotinados: era el pueblo, la plebe... Se veían esas caras siniestras que sólo aparecen camino del Campo de Guardias en los días de ejecución de pena capital... Se veían caras de revoltosos de oficio y de patriotas alquilados... Era un horror...

Llegó don Laureano Figuerola con la habitual placidez de su rostro y su expresión austera y benigna. Acompañábale Gabriel Rodríguez, alto, barbudo, bien encarado y con antiparras de oro. Venían del Suizo. Desahogadamente pudieron llegar hasta la Academia de San Fernando; pero desde allí el paso era imposible. Hubieron de retroceder, dando un rodeo por la calle de la Aduana. En la Puerta del Sol, el tumulto y vocerío eran espantosos. Los dos esclarecidos economistas oyeron contar que una cuadrilla de obreros que bajaba a la calle del Carmen por la de los Negros apedreó a los soldados de Caballería, y que el gobernador militar mandó hacer fuego... Figuerola y Rodríguez sintieron la descarga; pero ignoraban si había sido al aire... Las voces que de esto llegaban al Ateneo eran contradictorias. Pasó tiempo..., declinaban las horas con lenta rotación, que acrecía la ansiedad... Sanromá entró diciendo que la Guardia veterana repartía sablazos en la Puerta del Sol... En efecto: oíase desde *la Holanda española* un rumor como de oleaje impetuoso, lejanos apóstrofes, estridor de silbidos...

Algunos ateneístas de los que se arremolinaban en el pasillo pensaron salir y aproximarse a la Puerta del Sol para ver de cerca la jarana; pero en esto llegó casi sin aliento un precoz filósofo, González Serrano, y dijo:

—No salgan ahora; no salga nadie... Por poco me gano un sablazo... El dolor que tengo aquí, ¡ay!, es de un golpe, ¡ay!... Se me vino encima la cabeza de un caballo... Ya cargan, ya vienen cargando por la calle de la Montera...

Acudió a los balcones del *Senado* y de la biblioteca gran tropel de curiosos. Calle arriba iban hombres, mujeres y muchachos huyendo despavoridos. Centauros, que no jinetes, parecían los guardias; esgrimían el sable con rabiosa gallardía, hartos ya de los insultos con que les había escarnecido la multitud. No contentos con hacer retroceder a la gente, metían los caballos en las aceras, y al desgraciado que se descuidaba le sacudían de plano tremendos estacazos. Chiquillos audaces plantábanse frente a los corceles, y con los dedos en la boca soltaban atroces silbidos. Al golpe de las herraduras echaban chispas las cuñas de pedernal de que estaba empedrada la calle costanera. Un individuo a quien persiguieron los guardias hasta un portal de los pocos que no estaban cerrados cayó gritando: «¡Asesinos!», y el mismo grito y otros semejantes salieron de los balcones del Ateneo. En la puerta de la sacristía de San Luis había dos muchachos, que, después de pasar los últimos jinetes hacia la Red de San Luis, gritaban: «¡Pillos! ¡Viva Castelar..., viva Prim!» Hacia la esquina de la calle de la Aduana, dos sujetos de buen porte retiraban a una mujer descalabrada...

La noticia, traída por un ordenanza, de que en la Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo había muertos, hizo exclamar a Beramendi:

—¡Sangre!... Esto va bien.

XIV

Y no disimulaba su júbilo al decirlo. Si la revolución era necesaria, inevitable, mientras más pronto viniera, mejor. Y sin sangre no había de venir, porque las revoluciones nutridas con horchata o zarzaparrilla criaban ranas en el estómago de los pueblos... Los ateneístas más impacientes por regresar a sus domicilios dejaron pasar algún tiempo, y en tanto planeaban itinerarios extravagantes. Hombre hubo que para ir a la calle de Atocha discurrió tomar la vuelta grande del Retiro. A última hora quedaban pocos en la docta casa comentando los hechos y reconstruyéndolos conforme a datos fidedignos. Por la calle de Sevilla y Carrera de San Jerónimo había pasado la tragedia, dejando en

las baldosas huellas de sangre. Los que allí perecieron no eran gente díscola y bullanguera, sino pacíficos señores que en nada se metían: iban a sus casas; salían del Casino o del café de la Iberia, pensando en todo menos en su fin inminente... En el pasillo grande del Ateneo permanecían dos corrillos de trasnochadores. El más nutrido y bullicioso ocupaba el ángulo próximo a la puerta del *Senado;* allí analizaban la bárbara trifulca un antillano llamado Hoscos, de ideas muy radicales, talentudo y brioso; otro americano, don Calixto Bernal, diminuto, maestro y apóstol de las cuestiones coloniales; Manuel de la Revilla, grande espíritu en un cuerpo mísero; Luis Vidart, artillero, filósofo, escritor, poeta..., y otros. En el segundo corrillo, junto a la entrada de la Biblioteca, Tubino, Fulgosio, Moreno Nieto y unos cuantos jóvenes que en aquel nido de la inteligencia se criaban para la oratoria y la política, embriones de afamados repúblicos, determinaron que la consecuencia inmediata del sangriento motín era la crisis..., ¡crisis total! En el salón de lectura sólo quedaba una persona, gravemente silenciosa y abstraída, los ojos clavados en una revista extranjera y el espíritu a mil leguas de las sangrientas colisiones de aquella noche nefanda... Algunos del corro primero se acercaron a la puerta del salón, movidos de curiosidad, y vieron la figura menuda, melancólica y calenturienta de Tristán Medina.

Estruendoso fué el vocerío de los partidos, de los periódicos, del ciudadano alto y bajo. Desatada la opinión sectaria, gente había que deploró no fuera mayor el número de muertos. Hablaban los madrileños en los cafés y en medio de la calle con un ardor que revelaba el desasosiego del cuerpo social. Transcurridas las vacaciones de Semana Santa, desfogaron en el Senado los hombres públicos, aprovechando la mejor ocasión que podía ofrecérseles para tirar certeros chinazos a la frente del Gobierno. Prim, Gómez de la Serna y don Cirilo Alvarez pronunciaron tremendos discursos. El más hermoso fué el de Ríos Rosas en el Congreso. Uno tras otro, disparó contra los responsables del suceso de la noche del 10 (que bautizada quedó con el nombre de *San Daniel)* los más formidables cantazos que recibieron en todo tiempo cabezas ministeriales; y como en el pasaje más ardiente al llamar con voz de trueno «miserables instrumentos» a los guardias de la Veterana, le soltase la mayoría la rutinaria muletilla: «Que se escriban esas palabras», se revolvió como un tigre y estampó con un manotazo esta respuesta grandiosa y clásica en la frente de la representación nacional: «Si no fueran mías, pediría que se esculpieran.» González Bravo, con titánico esfuerzo de su fecundo numen oratorio, pronunció dieciocho discursos en las dos Cámaras.

De algunos incidentes lamentables del día 10 quedó memoria por mucho tiempo. El respetable ministro don Antonio Benavides, que vivía en la calle de Carretas y salió tranquilo de su casa, fué atropellado por los guardias en los momentos de mayor confusión y barbarie A la misma hora pasaba en su coche por la Puerta del Sol el ministro de Fomento, don Antonio Alcalá Galiano, y fué tal su emoción al oír los silbidos y ver el tumultuoso y amenazador oleaje de la plebe iracunda, que ya no volvió a su ánimo la tranquilidad. A los pocos días murió casi repentinamente de un ataque apoplético. Así acabó aquel maestro de la oratoria, en su juventud ardoroso evangelista de la Libertad. Su muerte fué, en cierto modo, una muerte oscura, pues apagada estaba ya su fama mucho antes de que llegara la última hora de su existencia honrada, voluble y al fin más prestigiosa en la esfera literaria que en la política.

Desfilaban sobre la memoria de estos acontecimientos las horas grises y los días insulsos, y el bueno de Beramendi entretenía sus ocios con el arte, y singularmente con la música. Dos o tres noches por semana iba Rodrigo Ansúrez a casa de su protector; admiraban sus adelantos Guelbenzu, Monasterio y no pocas damas que en el arte veían el más noble de los lujos. Se improvisaban conciertos amenísimos; tocaban Monasterio y Rodrigo con Guelbenzu admirables sonatas clásicas de violín y piano, y una baronesa muy linda cantaba como los ángeles. En la vaguedad de su solitario pensamiento, relacionaba el soñador Beramendi la música de Beethoven y Mozart con la *Historia lógico-natural* del eminente compositor *Confusio,* y descubría entre uno y otro arte semejan-

zas notorias, que saltaban a la imaginación y al oído.

Una tarde, el marqués dijo a *Confusio:*

—Necesito dilucidar un punto oscuro de historia fea y prosaica, que todo no ha de ser historia estética y soñada. ¿No me has dicho que en tu casa de huéspedes vive ese Carlos Rubio, redactor de *La Iberia?* Es amigo mío. Quiero hablar con él. Haz por traérmele mañana. Procura desinfectarle, pues ya sabes que es tan grande su suciedad como su talento. Aquí estuvo una tarde, y mi mujer, al verle salir, me llenó la casa de sahumerios.

Volvió Santiuste al día siguiente, despachado el encargo.

—El amigo Carlos Rubio salió para Valencia, digo, para Alicante. A punto fijo no se sabe para dónde ha salido. Llevaba por equipaje su capa llena de remiendos y unas prendas de ropa envueltas en un número de *La Iberia.*

—Coincide—dijo el marqués—la desaparición de Carlos Rubio con la de Manolo Pavía. La *tirada de patos en la Albufera* es un hecho. Allí estará Prim cazando, dígase conspirando. Y ¿qué regimientos y batallones se han comprometido?

Alzando sus miradas al techo, expresó Santiuste del modo más significativo su ignorancia de todo acontecimiento sedicioso, pues en su historia, para él la única verdadera, no se sublevaba el ejército. La palabra *pronunciamiento* sólo figuraba ya en el diccionario como arcaísmo, a disposición de los pedantes. Aquel mismo día comprobó el marqués la salida de Prim y de Lagunero para la cacería, y observó en algunos progresistas caras de ilusión. No había pasado una semana, cuando recibió una esquela de Teresa Villaescusa pidiéndole entrevista para hablarle de un asunto reservado y de mucho interés. ¿Interés para quién? Para ella, sin duda. En la carta, que era un dechado de mala ortografía, decíale que no se determinaba a visitar al señor marqués, porque podría la señora marquesa *escamarse, etcétera...* La haría el señor don José un gran favor pasándose a tal hora por la casa de su madre de ella, doña Manuela Pez.

Pues allá se fué el hombre con la conciencia tranquila y sin otro estímulo que el de la curiosidad, pues nunca tuvo devaneos con Teresita, ni temía caer en sus bien tendidas redes. La encontró muy guapa, todavía un poco marchita de las resultas de su grave enfermedad, o quizá desmejorada por recientes amarguras. Pero con su palidez y pérdida no muy sensible de carnes conservaba Teresa hechizos imponentes y un juego de ojos que daban la desazón al más austero. Solos en la sala, bien apañada de muebles incómodos, de floreros hórridos y candelabros siniestros, dió principio la pobre mujer a la exposición de su asunto. Los tropiezos de la cortedad iban desapareciendo a medida que entraba en materia, y llegó al dominio completo de la dialéctica y a una dicción flúida, como la de un experto letrado que informa ante la Audiencia.

He aquí el triste caso: González Leal estaba tronadísimo. Gastando con exceso sus rentas, había tenido que desprenderse de las fincas rústicas y de las casas que heredó de sus padres. La pícara afición a caballos y coches, el juego, de añadidura, fueron las primeras causas del desastre. Luego vinieron otros despilfarros y calaveradas... Al llegar a este punto afinó Teresa su elocuencia y enardeció su acento para decir:

—No haga usted caso, señor marqués, de la calumnia indecente que me atribuye a mí la ruina de Leal..., que si mi lujo..., que si lo que gasto en tocador y en perfumes..., que si mis vestidos, que si mis alhajas... No, señor marqués: como Dios es mi padre, no he sido yo quien se ha tragado, así lo dicen, todo aquel caudal tan saneadito... Ha sido él: los caballos de él, los malditos faetones, el juego, señor marqués; las comilonas de tanto y tanto amigo en el soto de Rebollar..., ha sido también la política y la conspiración, porque..., verá usted..., era un chorreo continuo... Tanto para tal periódico..., tanto para imprimir discursos..., tanto para un almuerzo adonde iban los patriotas con hambre atrasada..., tanto para los presos o deportados..., tanto para la corona fúnebre que se había de poner a las víctimas..., tanto para el viaje de este conspirador, o para la familia del condenado a muerte... En fin, señor marqués, que no he sido yo, no he sido yo, se lo juro: tan cierto como que le pido a Dios la salvación de mi alma. Me aco-

san con calumnias, malos decires y falsos testimonios. Es la envidia, señor, que no desmaya, que no perdona...

Suspiró Beramendi; tomó aliento Teresa, prosiguiendo así:

—Hemos llegado, señor mío, al ahogo constante y a no tener ni un día ni una hora de sosiego... Si en poco tiempo se acabaron los bienes, más pronto se acabó el crédito... Comprenderá usted la situación, aunque nunca se ha visto en ella..., ni siquiera Dios que se vea... Aunque hablando a usted con toda sinceridad, no tengo vocación de pobre, ni puedo aceptar sin violencia tantas privaciones y afanes, no quiero abandonar a Leal... ¿Verdad, señor marqués, que no puedo ni debo? No: él ha compartido conmigo su bienestar; compartiré yo ahora con él la pobreza... De Valencia he venido hace dos días para arreglar un asunto de Leal, y allá me volveré en cuanto lo arregle... ¿Será un atrevimiento mío contar con la bondad de usted?... *(Pausa.)*

¿Qué era, señor? Pues muy sencillo. Teresa puso en su lenguaje toda la claridad del mundo para enterar al caballero del terrible atascadero en que se veía

—Entre los acreedores de Leal, hay uno, señor marqués, uno, el más molesto diablo de la usura que Satanás echó sobre la pobre España. Después de habernos sacado por réditos y capital como seis veces lo que prestó hace dos años, ahora, con un pagaré que Leal y yo firmamos, y que no se le ha podido pagar, quiere quedarse con todos mis muebles. Le advierto que por ocho mil cochinos reales declaramos haber recibido diez mil; y en fianza, los muebles, que me han costado más de dos mil duros. ¿No es esto robar? ¡Por la Virgen Santísima! ¿No es una infamia que venga ese tío ladrón y me embargue y me desvalije?... Pues ahora me falta decirle que ese verdugo, ese asesino y chupador de sangre es un empleado en Gobernación, llamado Telesforo del Portillo... El señor marqués le conoce bien: es feo, con bigote de charretera y ojos de carnero moribundo.

—Ya; dijera usted *Sebo*, y le habría reconocido más pronto.

—¡Ajajá!... *Sebo* le llamaban cuando era de la Policía. De poco acá presta dinero. El dice que el dinero no es suyo. ¡Sabe Dios de quién será!

—Dios lo sabe, pero no lo dice. El infierno pone el dinero de la usura en manos escondidas, hipócritas. Con esas manos se santiguan muchos que pasan por personas honradas y piadosas... En fin, a usted le han dicho que yo tengo influencia sobre ese bárbaro *Sebo*... Es verdad que la tengo, y que la emplearé en hacerle desistir de atormentar a usted... ¿Es eso todo lo que esperaba de mí?

—¡Ay señor!—replicó Teresa balbuciente y medrosica—. Es algo más. Yo..., yo..., sabedora de que *Sebo* es para usted un perro..., me atrevía..., perdone..., a esperar de usted que a más de ese favor me hiciera otro... Decir a *Sebo* que se resigne a cobrar más adelante... Leal espera una herencia..., y que no nos fastidie, que nos dé otros diez mil reales, sin descontarnos nada, con rédito más cristiano que el tres mensual..., y a pagar cuando se pueda.

Conquistado por la intensa amargura con que Teresa relataba su suplicio, y también por la belleza de la prójima, que belleza y desdicha combinadas no hallan resistencia en ningún corazón hidalgo, le hizo Beramendi formal promesa y casi juramento de acudir a su cuita y dejarla resuelta al día siguiente, con o sin *Sebo*... Y fué tan vivo el júbilo de la mundana, que casi llorando intentó besar las manos a su caballeresco favorecedor. Atajó éste la demostración, así como el ponerse de rodillas, y Teresa hubo de limitarse a dar suelta a su gratitud con estas nobles palabras:

—Ya me decía el corazón, señor marqués, que usted no me dejaría desesperada en manos de ese bandido. Yo he pasado en Valencia y aquí las mayores angustias, discurriendo a quién volvería mis ojos... ¿A quién, Señor?... Un día y otro día fuí devotamente a la Virgen de los Desamparados, y de rodillas me pasaba las horas muertas pidiéndole que me sacara de penas. Confiaba en la Virgen, porque como yo le había regalado todas mis alhajas cuando salí de aquella maldita enfermedad, pensaba que en alguna forma me las devolvería... Nada, Señor; no conseguí nada. Y aquí, en cuanto llegué, me fuí a la Virgen de la Paloma .. Siempre le tuve devoción... Pues nada, señor; nada... Hasta que me entró de repente una idea.... y sin saber cómo pensé en el marqués de Beramendi, y dije para mí: «Dejé-

monos de vírgenes, y vámonos a los caballeros...»

—Y ¿quién le dice a usted, incrédula, que la de la Paloma, de quien soy yo también muy devoto, no le inspiró la idea de venir a dar conmigo y contarme su conflicto?

—Es verdad, señor: así fué. Ahora caigo en ello...

XV

—También ha de saber usted, Teresa —dijo el caballero con jovial cortesía—, que este pequeño favor que le hacemos la Virgen y yo no es enteramente desinteresado. Siéntese usted, serénese y óigame. Ha dicho usted que de Valencia vino hace días y que a Valencia volverá. ¿Puede decirme qué resultado ha tenido lo que por pudor político llamamos *cacería de patos en la Albufera?*... Usted me entiende. O tenemos o no tenemos confianza uno con otro... Si le da por disimular, disimule; pero no podrá negarme que allá fueron Carlos Rubio, Lagunero y el jefe de la cacería, general Prim... ¿Qué..., vacila usted en ocultarme lo que sabe? ¿Me cree capaz de vender un secreto?...

—¡Oh, no, señor marqués!...—dijo resueltamente la Villaescusa, pasando de la perplejidad a la confianza—. Usted no puede venderme... No es usted del Gobierno, ¿verdad?

—Soy amigo de Prim, aunque no nos tratamos íntimamente. Sus ideas son las mías. Con mi pensamiento y con toda mi admiración le sigo en sus campañas por la Libertad... ¿Triunfará? Esto pregunto a quien pueda decírmelo.

—¡Oh!, sí,.. Prim... Es el único hombre que tenemos en España... Pues bien, señor: lo que usted llama *la cacería de patos* ha sido el fiasco número uno.

—Por defección de los que se habían comprometido... ¿Con qué regimiento contaban?

—Con *Burgos,* señor marqués. Al coronel Rada le llamo yo *capitán Araña.* A todos embarca y él se queda en tierra. Hoy habrá regresado a Madrid Carlos Rubio. El general y Pavía no tardarán en volver... Puesto que usted me ha de guardar el secreto, le diré que preparan otra, y ésa parece que irá de verás. Entrarán todos los cuerpos de la guarnición... Ello será para el mes de junio.

—El pobre Leal, tronadito y todo como está, se distraerá de sus melancolías conspirando furiosamente... ¿Recuerda usted qué Cuerpos componen la guarnición de Valencia?

—*Burgos, San Fernando, Extremadura...,* alguno más hay que no recuerdo. Es capitán general don Juan Villalonga... Como usted dice, Leal se moriría de tristeza si no pasara el rato catequizando militares. Es su fanatismo..., es otra pasión como el juego... Leal no descansa... Dormido, habla con los capitanes; despierto, con los sargentos. En las mismas trapisondas anda Jesús Clavería.

—¡Ah, sí! Me lo ha quitado usted de la boca. Ya iba a preguntar por este simpático amigo mío...

—Ahora que me acuerdo... Clavería y yo hemos descubierto algo que a usted interesa... ¡Qué tonta soy..., no habérselo dicho antes! ¿No se acuerda ya de que usted y Jesús andaban en averiguaciones de un chico que se escapó de su casa y se largó por esos mundos..., y nadie sabía de él..., y le buscaron en Cádiz, en Méjico, en el demonio, sin encontrar su rastro?... ¿No recuerda que ese pícaro escribió sin firma diciendo que estaba en el «vapor de don Ramón»? De la tertulia de usted, marqués, llevó a mi casa esta novela Clavería, que es uña y carne del padre de ese hijo pródigo... Pues... hablando un día con un primo de Leal, piloto, llegamos a descubrir que el «vapor de don Ramón» no es otro que el *Monarca,* de que es capitán don Ramón Lagier. Y este señor, que es amigo de casa, vino un día a comer una paella con nosotros, y allí, charla que charla, oyéndole contar cosas notables de su vida, nos enteramos de que por él fué recogido el chico en medio de la mar. Iba en una lancha, navegando solo. Usted, marqués, habrá leído novelas de mil lances maravillosos; pero ninguna leyó jamás como la de ese galopín. Le vimos una tarde que fuimos a bordo, convidados a merendar...

Díjole Beramendi que el interés suyo por el muchacho fugitivo era de un orden muy secundario, y que si anduvo en diligencias para buscarle, fué por servir a Clavería, amigo muy íntimo del padre de la criatura, un señor de la Rioja ala-

vesa, llamado Ibero... Pero aunque su interés por Ibero no era directo, se alegraba de su reaparición en el mundo de los vivos, pues por muerto se le diputaba. De Lagier dijo que le conocía de nombre, y tenía noticia de su intrepidez, de su exaltado patriotismo y frenético amor a la Libertad, así como del suceso dramático de la pérdida de sus hijos. A esto agregó Teresa que la novela del capitán Lagier y la del atrevido Iberito se habían enlazado y corrían ya juntas por los mares. Describió al muchacho vagabundo pescado al fin en el Mediterráneo por Lagier como un hermoso salvaje, que apenas hablaba y todo lo decía con los ojos. El capitán le había tomado afecto; le enseñaba la náutica y los trajines de a bordo y le daba lecciones de furioso liberalismo.

Para terminar, añadió la mundana declaraciones de orden distinto, bajando la voz con misterioso secreto.

—Tengo entendido..., no puedo asegurarlo..., hablo sin otro dato que algunas palabras sueltas que oí el mismo día de mi salida de Valencia..., pues..., creo yo..., que en la que están preparando para junio se ha determinado que el general llegue a Valencia por mar, llevado por el capitán Lagier desde Marsella, no sé si en el vapor que ahora manda o en otro que fletarán para el caso...

Y nada más dijo de estas cosas, que eran como los borradores de la Historia. El júbilo que sentía Teresa por la generosidad del caballero despertó en su ánimo tal apetito de sinceridad, que si fuese dueña de los más graves secretos revolucionarios, los entregaría de un solo arranque al hombre bueno y próvido, como se entrega a un confesor toda la conciencia. El marqués acogió las confidencias de la guapa hembra con mediana satisfacción, pues si buena curiosidad satisfizo, buen dinero le costaba. Era un platónico de la Libertad, un idealista ocioso, que mataba su hastío paseándose por las nubes o correteando por el suelo pedregoso de la realidad. En lo más alto y en lo más bajo, alternativamente, ponía todo su espíritu.

El tiempo restante, hasta las dos horas que duró la conferencia, lo emplearon en chismografía mundana, contando *historias*, líos y trapicheos, materia en que los dos, cada uno en su esfera social, eran buenos sabedores. Despidióse al fin el marqués; quedó Teresa más alegre que las castañuelas; volvieron a verse al día siguiente para dejar ultimado el negocio, parte con *Sebo*, parte sin él; despachó ella sus quehaceres; partió a Valencia... Beramendi la vió partir melancólico. Era una gentil diablesa que a su modo colaboraba eficazmente en la armonía humana. Arrojaba unos granitos de desenfado sobre tanta corrección enfadosa, granitos de alegría sobre tanto ascetismo.

En su viaje a Valencia no fué Teresita sola; en el mismo tren iban personas que la conocían, alguna en el departamento ocupado por ella; otras, en coches más o menos distantes. Tarfe la saludó desde una ventanilla; Sánchez Botín, que iba con su familia, charló con ella unos momentos y le pagó el chocolate en la fonda de Alcázar de San Juan. El que viajaba en el mismo departamento que ella era don Enrique Oliván, funcionario público de subido rango, casado con mujer rica, joven por no pasar de los treinta y seis años, viejo por la respetabilidad de una calva precoz y el cascado timbre de su palabra sensata. En todo el camino fué requebrando a la hermosa viajera con disimulada expresión y voz de confesonario, pues iban dos señoras y un caballero en el mismo coche. Desagradable fué para Teresa la compañía de Oliván y su pegajoso galanteo. Pero no tuvo más remedio que soportarle hasta la estación donde terminó su viaje don Enrique, que fué la de Almansa...

Bueno será indicar aquí el abolengo del tal, porque no es dudoso que el narrador se tropezará con él páginas arriba o abajo. Era hijo de don Eduardo Oliván e Iznardi, el empleado eterno a quien vimos y celebramos en las oficinas de Hacienda cuando las regía el gran Mendizábal. Hombre de más suerte que aquel don Eduardo no había existido en el mundo; nació de pie y sus pies echaron desde la infancia profundas raíces en la Administración española. Deparóle el Cielo una mujer que fué la más allegadora que en ningún hora se ha podido ver, hembra de peregrina industria para llevar positivos bienes a casa. Nada temía el hombre; desafiaba las políticas tempestades, se reía de las crisis y, frotándose una mano con otra, repetía la

egoísta fórmula: «Mi olla, mi misa y mi doña Luisa.» Y estaba en lo cierto, porque la hermosa doña Luisa era un águila para la cacería y cautiverio de hombres públicos, de los cuales recababa protección larga y tendida para su esposo y sus hijuelos. Estos, casi mamando, entraban en las oficinas públicas y en ellas se criaban, agarrándose y ascendiendo como el aprovechado padre. ¡Qué maña se daría el matrimonio, que después de alimentar a los niños en el pesebre burocrático, a los tres los casaron con muchachas ricas, de familia de banqueros o negociantes gordos! Gran mujer era doña Luisa, que, ya vieja y retocada de afeites untuosos, sostenía las posiciones de sus hijos y esperaba la hornada de nietos para colocarlos desde que pudieran andar solos por la calle y encasquetarse una chistera. A su marido, el sufrido don Eduardo, le tenía en un panteón papiráceo del Tribunal de Cuentas, donde no hacía nada y cobraba como un obispo, con una grande y pesada mitra en su cráneo, formada de la vieja sustancia córnea...

Como se ha dicho, quedóse Oliván en Almansa, pues en esta ciudad y en la próxima de Montesa desempeñaba con pingüe sueldo una comisión del Gobierno referente a los bienes que fueron de las Ordenes militares. De allí tendría que trasladarse a Uclés, el priorato de Santiago... No estuvo Teresa mucho tiempo sola, porque en La Encina se le metió en el coche Manolo Tarfe, antiguo amigo suyo, siempre grato y de buena sombra. Iba Tarfe a Chiva, residencia de su tía materna, doña Ramona de Zayas, anciana y riquísima, a la cual amaba tiernamente como sobrino y presunto heredero. Charlando de sucesos presentes y futuros, no de los pasados, ya prescritos, llegaron a Valencia, donde cada cual tiró por su lado. Metióse Teresa en una tartana para dirigirse al Cabañal, donde vivía. No encontró a su Leal, que estaba ausente, ni los criados pudieron decirle adonde había ido. Sospechó que estaba en Alicante o en Tortosa, *trabajando el elemento militar.* Preguntó si había llegado al Grao el capitán Lagier, y le respondieron negativamente. No quiso inquirir más, pues los espías soplones aparecían donde menos se pensaba.

Seis días pasó Teresa en amarga inquietud, temblando por su amigo y señor, pues en tales aventuras la pelleja estaba siempre vendida, y al fin apareció Leal en lastimoso deterioro físico y moral, derrengado y con un humor de mil demonios... Había estado con Clavería en Castellón y en Peñíscola; no habían encontrado más que tímidos o cucos, de estos que viven *viéndolas venir,* deseando el éxito, pero sin bríos para salir en su busca. Así no se va a ninguna parte. La pobre Libertad no encuentra ya más que amadores que sólo la miran con un ojo, mientras ponen el otro en el cochino garbanzo y en quien lo da...

Era Jacinto González Leal un cuarentón gastado por los afanes de una vida artificiosa; se desvivía por adiestrar caballos y lucirlos en coches de lujo, paseando en ellos la vanidad ajena; se arruinaba con jiras y convitazos campesinos en que su propio placer tenía mínima parte; derrochaba dinerales con Teresa para tenerla encerrada o mostrarla como una joya, más valiosa que por su mérito por lo mucho que le costaba; jugaba sin arte ni freno, como si el perder fuera la más elegante forma de vanidad; conspiraba por dar gusto a su inquietud levantisca, más que por conocimiento razonado y hondo de los males de la patria; era, en fin, un bruto de excelente corazón, de los que serían felices dominados por una voluntad superior, de hombre o de mujer. Teresa, compañera ocasional, adventicia, no podía o no sabía ser esa voluntad.

—Sé que has venido con Tarfe—le dijo Leal, que en sus días de mal humor era celoso impertinente—. Ya sabes que no me gusta que hables con ese danzante.

Contestábale Teresa lo mejor que podía rechazando todo motivo de recelo. Lo que mayormente la desconsolaba era que Leal no se mostrase agradecido por la grande hazaña de ella en Madrid, arreglando lo de *Sebo* y sacándole a éste más cuartos. Ni aun con el alivio que le trajo Teresa se mostraba Leal satisfecho; más bien gruñía, expresando su sospecha con maliciosas conjeturas.

—No me cabe en la cabeza—decía—que *Sebo* haya hecho todo eso de su natural *motu proprio.* Nunca he visto que una pantera se deje pasar la mano por el lomo y se vuelva gatito manso... No

puede ser, Teresa. Tú no me dirás, ya lo sé, cómo domesticaste a la fiera... Ni te lo pregunto más...

Replicaba la pobre mujer con energía, sacando a cuento su dignidad, su honor y qué sé yo qué... Luego lloriqueaba un poquito, y con el agua de este lloriqueo se calmaba la procelosa escama del buen Leal, que era un niño, y fácilmente pasaba de la hosquedad al mimo acaramelado y baboso... Por fortuna para Teresa, la displicencia de Leal se trocó en franca alegría con la presencia inopinada de Carlos Rubio, que entró de rondón una noche, diciendo:

—Ya viene, ya viene. Esto es un hecho.

—¿Vendrá por mar?

—En un vapor extranjero... Ya don Juan ha salido de Vichy. Debe de estar en Marsella.

—¿Ha llegado Pavía?

—Sí... Ha llegado también don Joaquín... ¡Don Joaquín Aguirre!, el presidente del Comité revolucionario... Venga usted conmigo a Valencia... Ahí tengo una tartana.

XVI

Carlos Rubio, tuerto y picado de viruelas, vestido como un pordiosero, era el contraste más rudo que puede imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia. Los que no conocían de él más que su prosa brillante, un poco lírica y sentimental, le habrían dado en la calle un ochavo moruno, si él lo pidiera. Así como otros pregonan con la efigie su importancia, a veces su talento, él no pregonaba más que su extremada modestia. Y ¿qué mejor pregón de patriotismo que aquel pergeño de mendicidad? ¡Pobre Carlos Rubio! Jamás existió quien tan desinteresadamente trabajase por el bien de su patria, a la que no pedía más que un pedazo de pan para comer y un trapo de desecho para cubrir sus carnes. Si España necesitaba de él servicios patrióticos en determinado momento de su historia, y él los prestaba, ¡cuán baratos le salían! Envuelto en su miseria como en una toga, era digno, altanero, incorruptible.

Según dijo Leal a su compañera, con el anuncio de la llegada del general, los militares comprometidos se mostraban más animosos, y los mismos guindillas hacían la vista gorda: también ellos, los pobres, se plantaban a «verlas venir». Supo además Teresa que todos los cuerpos de infantería estaban en el ajo: eran *Burgos*, *León*, *San Fernando* y *Extremadura*. Los coroneles Alemany, Rada, Crespo y Acosta se crecerían, alentados por la efectiva presencia del invicto Prim. La Caballería se agregaba al movimiento; la Artillería repugnaba pronunciarse, pero saldría de Valencia, que era como dar un mudo consentimiento.

La fecha aproximada del arribo del general sólo la sabía don Joaquín Aguirre, que se alojaba con nombre supuesto en la fonda del Cid. Era este señor una excelente persona, catedrático de Disciplina eclesiástica en la Universidad de Madrid, hombre más abonado para empresas de legislación y de paz que para los trotes guerreros y sediciosos en que le habían metido. No creyéndole seguro en la fonda, lleváronle a una casita pobre, entre el Grao y el Cabañal, habitada por familia marinera de absoluta confianza, y allí quedó el buen señor, disfrazado con un chaquetón grueso de patrón de lancha, botas de mar y una barretina vieja. No se compaginaba con el disfraz el rostro del profesor de cánones, tristón, afilado y con grueso bigote gris. Por mareante no podía pasar. Disfrazáranle, a ser posible, de carabinero, y el equívoco habría sido perfecto. En la fonda del Cid continuó alojado Pavía, que tenía medios de justificar su presencia en la ciudad, y en una casa humilde de la calle Trinquete de Caballeros se aposentaban Clavería, Carlos Rubio y otros progresistas que vinieron de Madrid.

Y Prim, ¿cuándo llegaba? Pronto, pronto... Del 8 al 9 de junio lo esperaban; el 9 recaló un vapor francés, y a las tres de la tarde fondeaba en el puerto. Allí estaba... Silencio, disimulo. El general no desembarcaría hasta que cerrara la noche. Poco faltaba ya... Por Dios, que si era valiente el hombre, a perseverante y cabezudo no había quien le ganase, pues apenas fracasado en una tentativa de pronunciamiento, ya estaba metido en otra, sin perder su

brío ni la ciega confianza en estas arriesgadas aventuras. Entre la primera de Valencia y la que a la sazón se preparaba, hubo otra desdichadísima, en Navarra. Vestido de aldeano atravesó el Pirineo a pie, desde San Juan de Pied-de-Port a Roncesvalles, y arreando bueyes penetró hasta Burguete, donde le esperaba Moriones para decirle que las fuerzas de la guarnición de Pamplona, que se habían comprometido a *dar el grito*, se llamaban andana. ¡La historia de siempre, el eterno balanceo de las almas guerreras entre el ardimiento y la ética militar! Colérico, mas no abandonado de su vigorosa constancia, volvió Prim a traspasar el Pirineo. Los reveses le enojaban, pero no le rendían. Dijérase que su desbordada bilis amargaba su voluntad, dándole una consistencia irresistible. Era de un temple tal que si mil veces fracasara en aquel propósito, engendro de una convicción profunda, otras tantas pondría toda su alma en realizarlo. El Destino se cansaría, el hombre, no.

Y a los pocos días de repasar la frontera navarra, recorriendo después gran parte de Francia para volverse a Vichy, ya estaba otra vez el caballero de la revolución armado de punta en blanco para lanzarse a nueva empresa lejana y peligrosa. Cambiando su nombre, volaba a Marsella; avistábase allí con su amigo el capitán Lagier; éste, no pudiendo llevarle a Valencia por expresa negativa de su armador, le agenció el flete de un vapor francés, que figuraría despachado con carga general para Orán y escala en puertos españoles. El tiempo que se tardó en diligencias reservadas y en arranchar el buque, lo empleó Prim en dar conocimiento a don Joaquín Aguirre, por correspondencia cifrada, de la fecha de su llegada al Grao, y en comunicarle las últimas y definitivas instrucciones para el alzamiento. A su salida de Marsella tomó un sencillo disfraz para el momento del embarque, pues a bordo no lo necesitaba, hallándose en cordialísima inteligencia con el capitán francés, por *obra y gracia* del Grande Oriente Universal del rito escocés... Pero si en la salida convenía tomar algunas precauciones por el acecho vigilante de la Policía francesa, al desembarcar en el Grao el peligro era mucho mayor y las precauciones habían de ser extraordinarias. Tratado el asunto con el fiel amigo Lagier, determinó éste que en el viaje acompañasen a Prim dos hombres de mar, los cuales no se separarían de él en el acto de tomar tierra española, y a su disposición quedarían luego para lo que pudiese ocurrir, en el caso de que los acontecimientos impusieran una retirada mar afuera.

Ingenioso era el artificio ideado por Lagier. Los acompañantes de Prim eran un marinero viejo, llamado Canigó, y otro joven, que respondía por *Bero*, y ambos figuraron con nombre francés en el rol del barco fletado. Al presentarles al general, don Ramón respondía con su cabeza de la lealtad de entrambos. El viejo era un experto mareante levantino, pariente de otro que en Valencia poseía dos buenos faluchos, y en ellos hacía con superior destreza el contrabando. El principal cometido de Canigó era disponer en el Grao una embarcación muy velera en que el general pudiera reembarcarse si ocurrían sucesos desgraciados. No era esto probable; pero todo debía preverse... En cuanto al muchacho, no dijo más Lagier sino que era valiente hasta la temeridad, leal hasta el sacrificio de la propia existencia, rudo hasta el salvajismo y de tan pocas palabras que parecía mudo de nacimiento.

Durante la feliz travesía no salió Prim del camarote del capitán, que le colmaba de finezas y obsequios. Al llegar al Grao se izaron en la mesana tres banderitas del telégrafo, señal convenida por el general con los de tierra para decirles que había llegado, y que al anochecer fuesen a buscarle a bordo. Cumplióse sin tropiezo esta parte del programa. En una lanchita con dos remeros llegaron al costado del buque francés don Joaquín Aguirre, con el disfraz ya descrito, y Carlos Rubio, que bien enmascarado iba con su facha de pobre, o de gancho, de esos que en todo puerto andan a la husma de pasajeros. Bajó a la escala Canigó a decirles que podían subir a bordo, pues no había en ello ningún peligro. El general les esperaba en el camarote del capitán, vestido con un sencillo traje azul de maquinista.

Llevaba don Joaquín Aguirre la proclama que se había de lanzar al pueblo y al ejército en el momento de la suble-

vación. Prim la firmó sin leerla. Todo le parecía bien con tal de que las tropas estuvieran decididas y no vacilan en el momento preciso. Al venir a Valencia, contaba con que las vacilaciones, los miedos y los escrúpulos, que ya tantas veces habían dado al traste con sus esfuerzos, no se repetirían.

—Lo que es ahora, espero que mis buenos amigos Alemany, Acosta y Crespo no me dejarán a la luna de Valencia.

Dijo esto gravemente, sin reír el chiste, con aquella voz un poquito parda, de timbre lleno, expresivo sin estridencia, como el dulce sonido del oro... Hallábanse los tres españoles en el estrecho camarote del capitán, alumbrados por un farol, cuya luz rojiza daba al rostro de Prim un tono de cálida encarnadura, que alteraba su habitual tinte amarillo bilioso. El óvalo imperfecto de su faz, ancho en los pómulos, afilado en la barba; las ojeras, que declaraban sus insomnios; la mirada viva, el pelo mal distribuído en mechones sobre la frente y las sienes, formaban con la ropa de maquinista una figura melancólica, absolutamente distinta de lo que aquel hombre representaba en la realidad.

A las preguntas del de Reus acerca de las disposiciones de la guarnición, contestó don Joaquín que éstas eran excelentes; sólo que los coroneles habían acordado una modificación del plan primitivo de alzamiento concertado con el general, antes que éste saliera de Vichy. Se había convenido en que a la señal de que el general estaba en el puerto del Grao se echarían las tropas a la calle, acudiendo a determinado sitio, donde aguardarían la presentación del jefe... Pues ya este plan no parecía práctico a los señores coroneles. Proponían que lo primero debía ser que Prim desembarcase, y luego que en tierra estuviese dispuesto a ponerse al frente de las tropas, éstas saldrían de sus cuarteles y... Tan mal le supo al caudillo esta enmienda de su plan de campaña, que sin acabar de oír lo que Aguirre le decía, se levantó bufando y soltó varias interjecciones catalanas, a las que siguieron estas castellanas quejas:

—Siempre he de encontrar hombres tímidos cuando busco hombres de corazón que arriesguen el grado y el pellejo. ¿Pues qué, don Joaquín, se pescan estas truchas con las manos secas y las bragas enjutas? No he de venir yo jugándome la vida una y otra vez para estrellarme ante..., ante la *comodidad* de estos señores... ¿Quieren que yo desembarque y dé la cara para dar ellos después la suya? Si la dan, en efecto, y no salimos con otro fiasco, menos mal. Vamos a tierra.

Despidióse del capitán, que en francés le dió parabienes anticipados por el éxito de la empresa, y con sus amigos y los dos marineros bajó a la lancha. Antes de llegar a la escala le había dicho Carlos Rubio que el desembarco sería con toda seguridad y sin ningún recelo, porque Leal Clavería lo tenían arreglado con los carabineros y cabos de mar. Hombre de ardimiento y de previsión, Prim no olvidaba ningún detalle en el complejo organismo de aquellas empresas. Antes de saltar a tierra reiteró a Canigó, en catalán, el encargo que ya Lagier le había hecho de tener dispuesto y arranchado de todo un falucho muy marinero de los dedicados al contrabando. Respondió concisamente el lobo de mar que antes de tres horas estaría lista la embarcación. En ella quedaría él esperando órdenes, y el general podría comunicarlas por *Bero*, que con este fin estaría en tierra.

La del Grao pisaron Prim y los suyos con franca facilidad. Nadie les dijo nada, y algún carabinero los miró vagamente, como si fueran lo que parecían. Ya cuando iban cerca del café de la Marina se les aproximaron Clavería y Leal, y hablando todos, para mejor disimulo, de cosas insignificantes, se encaminaron a la casa pobre del Cabañal, en que Aguirre moraba. Ya en ella y sin testigos, el héroe cogió un berrinche de los suyos cuando le notificaron que por aquella noche no habría nada. «La cosa», como solían decir en su fabla concisa los conspiradores, sería mañana.

—¡Mañana!—exclamó el general, tomando con las manos, y no es figura, el techo de la menguada estancia—. ¡Mañana! ¡Y yo estaba en que esta noche! ¡Veinticuatro horas de ansiedad! Pero ¿qué falta? ¿No estoy yo aquí?

Trataban Aguirre y Carlos Rubio de aplicar emolientes a su ardoroso ímpetu, cuando entró Acosta, cononel de Extremadura, y las explicaciones que dió, seguidas de la seguridad de triunfo, desbravaron un tanto el furor del de Los

Castillejos. Luego dijo a éste que de acuerdo con Pavía había resuelto instalarle en el casco de Valencia, a muy corta distancia del cuartel donde moraban los regimientos de Burgos y Borbón. Allí encontraría su uniforme, espada y cruces; allí hablaría fácilmente con los coroneles; allí, en fin, si no podían ofrecerle gran comodidad, le proporcionaban la ventaja inmensa de estar casi en contacto con los que pronto habían de ponerse a sus órdenes.

Accedió el de Reus, disponiéndose a entrar en la tartana que había traído Acosta; pero no lo hacía de buen talante, porque habría preferido que le aposentaran en el propio cuartel de las fuerzas dispuestas a sublevarse... Esto, según dijo Acosta, ni él ni Alemany lo creían prudente... Tanta prudencia y tanto ir y venir y requisitos tantos eran ya inaguantables, *¡voto va Deu!*... Y por Dios, que se le acababa la paciencias... El 3 de mayo de 1864 había dicho solemnemente que «antes de dos años y un día» arrollaría los «obstáculos tradicionales», y el tiempo corría, ¡caray!..., se deslizaba lento, fatídico, burlón...

XVII

Y he aquí que el buen Leal, que a todo atendía, dijo a *Bero:*

—Hasta mañana nada tendrás que hacer... En tanto, vete a casa; duerme, come, y de allí no te muevas hasta que se te den órdenes...

Obedeció el marino, y aquella noche durmió en la casa de Leal. Al día siguiente se le dió de comer todo lo que quiso. Obediente a la consigna, el hombre no se movía del patio, y pasaba las horas sentadito en un poyo o acariciando a un perrillo que con él hizo francas amistades. Llegóse a él la patrona, movida de intensísima curiosidad, primer estímulo del alma de mujer, y con semblante risueño le sometió a un proceso verbal muy minucioso.

—Tú eres Santiago Ibero.

—Sí, señora.

—Tú te escapaste de la casa de tus padres.

—No, señora: de la casa de un primo de mi padre, don Tadeo Baranda.

—Es lo mismo. ¡Valiente pillo estás! ¿No te da vergüenza de ser tan loquinario y tan andariego?

—No, señora.

—Y parece como que se alaba... ¡Habráse visto!... Tú corre que corre por esos mundos, y tus padres, muertos de pena..., y el pobre Clavería medio loco buscándote... Pero ¿dónde diablos te habías metido?

Puso en esta pregunta Teresa todo el fulgor de su mirada, queriendo turbar así la seriedad estatuaria del mocetón. Las respuestas de éste caían de sus labios opacas y frías.

—Parece que estás lelo... Y esos ojos de azabache, ¿para qué los quieres? ¿Para no decir nada? Vaya, que no he visto marmolillo igual... Bueno; pues dígnate ahora contestarme con más alma a esta otra pregunta: ¿eras el paisano que con otro paisano y un sargento fué preso en Leganés?

—Sí, señora; yo fuí.

—Según eso, ¿no te embarcaste para la Habana?

—No, señora.

—Ya... ¿Conque te prendieron?... ¿Y adónde te llevaron?

—A Melilla.

—Y allí estarías cautivo meses y meses..., y te trataron como a un perro, y... ¿Dices que sí?... Pero lo dices sin indignación. ¿Eres de piedra? Padeciste hambre, malos tratos... ¡Pobrecillo! ¿Y cuándo y cómo saliste de allí?

—El cuándo no puedo decirlo... No tenía yo almanaque para saber eso... Sé que era invierno, que hacía frío...

—¿Fuiste absuelto? ¿Te dieron la libertad?

—No, señora; me escapé.

—Vamos, vamos... No te costaría poco trabajo... ¿Y te escapaste solo?... ¿No? Te fugarías con otros presos. ¡Vaya una familia! Asesinos, secuestradores... El que menos, habría matado a su padre.

—Sí, señora.

—Ya me contarás otro día cómo fué esa escapatoria. Me gustan mucho las novelas, no escritas, sino contadas... Dime otra cosa: ¿qué idea llevabas cuando dijiste al cura: «Tío, buenas noches», y te fuiste a Madrid?

—Llevaba la idea de hacer alguna cosa grande, como las que yo había leído en la *Historia de Méjico.*

—¡Cosas grandes!—exclamó ella con

vago aturdimiento, dejando volar su mirada más allá del espacio que ocupaba la figura que tenía delante. Y al regresar de aquella escapada por el espacio, traía su espíritu esta inflexión burlesca—: Cosas grandes son... las pipas en que se guarda el vino..., las velas de los barcos, los rabos de las cometas... ¿A fabricar esto querías dedicarte?... No lo creo. A ti se te habían metido en la mollera otras grandezas... Lo que hay es que te caíste de un nido, y al estrellarte se te rompió la cabeza, como se rompe una hucha, y las ideas grandes se te salieron y se te desparramaron por el suelo. Consecuencia: que no has podido hacer lo grande, porque el mundo no está para eso, ni lo chico ni nada, porque toda la fuerza se te ha ido en querer cosas imposibles... Al fin sonríes... Gracias a Dios, ya veo alguna luz en esa cara, que tiene el color y el viso del café tostado... ¿Te sonríes porque me oyes decir las verdades?... Pues oirás otras... ¿Puedes decirme adónde fuiste a parar cuando te fugaste de Melilla?

—Anduve por la costa..., me escondía de noche en cuevas que hay..., orilla de la mar..., comía lapas... Una tarde vi lanchas..., una muy cerca..., y en ella, hombres que pescaban..., moros ellos de Argelia... Grité..., me recogieron y me llevaron a un pueblo que llaman Nemours... De allí fuí a Orán. En Orán me contraté en un jabeque español, que iba al contrabando de Gibraltar... Fuí a Gibraltar, metimos contrabando y fuimos a echarlo en Estepona... Digo que fuimos, pero no que lo alijamos, porque nos salió una escampavía... Era una noche más negra que el morir..., ¡con una mar...! No se ría usted, señora, que el caso no es de risa.

—Deja que me ría. *(Cantando.)* «¡Ay mamá, qué noche aquella!...»

—La escampavía nos largó un cañonazo... Corría más que nosotros..., nos cogía... casi estábamos cogidos... El patrón y dos marineros echaron al agua la lancha mayor. Yo, con otro hombre..., se llamaba Periandro, y era griego de nación, nos metimos en el chinchorro, y bogamos mar afuera, bogamos, bogamos, con toda el alma en los puños...

—¿Y os salvasteis?...

—La oscuridad quería salvarnos y la mar, furiosa, nos quería trabar. Bogábamos sin decir palabra... No había que decir más que una: «Boga, boga...» Pero el maldito Periandro, que entró en el chinchorro borracho perdido, soltó de pronto el remo y me mandó achicar. La embarcación hacía agua como un cesto... Yo achicaba... El diablo del griego me dijo que yo pesaba mucho, y que nos ahogaríamos... Yo le dije que yo no me ahogaba... Le vi con intención de echarse sobre mí para tirarme al agua.

—¡Ay pobrecito!—gritó Teresa, piadosa y asustada—. ¿Y tú...?

—Nada, ¿qué había de hacer? Antes que me matara, lo maté yo a él... y lo tiré al agua... Un día y media noche más me aguanté en mi chinchorro, hasta que me cogió don Ramón.

—¡Jesús, qué peso me has quitado de encima! Yo crei que te habías ahogado... ¡Demonio de griego!... ¿De veras no te mató? ¿De veras no te tiró al agua?... Esto parece cuento... Conque un día y media noche..., y sin comer..., y muertecito de frío... A ver, cuéntamelo otra vez.

—Con una basta.

—Don Ramón te trataría muy bien. ¿Verdad que es un hombre buenísimo don Ramón?

—No hay otro como él... ¡Y lo que sabe! ¡Y las tierras y personas que ha visto!... ¡Y las cosas tremendas que le han pasado!... ¡Y lo que ha leído, y las palabras buenas que le dice a uno, sacando el ejemplo de lo malo que él ha sufrido!

Notó Teresa que el rostro curtido de Ibero y sus ojos negros, luminosos, adquirían singular expresión de arrobamiento hablando de su capitán. Después de repetir los elogios del valiente marino y propagandista liberal, prosiguió así:

—A él debes la vida y el pan que comes, y el ser un hombre útil y honrado, aunque sin pasar de simple marinero.

Declaró entonces Ibero que su capitán le había enseñado todo el trajín del oficio de mar y el manejo de los instrumentos náuticos, instruyéndole asimismo en el saber de las estrellas que en la bóveda del cielo guían a los navegantes, y en el giro de los planetas en derredor de nuestro sol. A más de esto, habíale hablado del grande sufrimiento de los pueblos oprimidos por leyes injustas y de la obligación en que estamos todos de ayudar a sacudir el

yugo... Espejo y norte de todos era Prim. Lagier veía en él como un enviado de Dios; Ibero, la encarnación de un pueblo que lucha por desatarse de ligaduras cuyos nudos estaban endurecidos por los siglos. El no se daba cuenta del cómo y por qué de estas ligaduras; pero las sentía en sus muñecas y en sus tobillos y los efectos de ellas veía en cuanto le rodeaba.

—Se conoce que quieres mucho a Prim —le dijo la patrona—. Bien, hombre, bien. Déjame que te haga otra pregunta... Si te parece que soy demasiado curiosa, no contestes, y en paz. Vamos a ver: tú sabes que a don Ramón le hicieron una trastada los frailes de Marsella... En un colegio de aquella ciudad, dirigido por un señor Oliver u Olivieri, puso a sus dos niñas, Teresa y Esperanza, y a un niño pequeño. Las dos niñas fueron arrastradas con manejos hipócritas a su perdición..., el niño murió. Sabrás por el mismo don Ramón esta historia negra... Lo que el buen señor padeció viendo aquel desastre de sus criaturas y no hallando en los Tribunales quién le hiciera justicia, también lo sabrás... El mismo nos ha contado que estuvo a punto de perder la razón, y que su dolor no se calmaba con nada de este mundo. Para distraerse de su pena se metió más en los trabajos de la mar y en lecturas de cuantos papeles caían en sus manos. Leyendo, leyendo, llegó a dar en unos libros que... no sé si enseñan verdadera ciencia o cosa de magia... Ya comprenderás lo que quiero decir... Ello es que don Ramón se apasionó por lo que leía, y que tuvo por verdadero cuanto dicen los tratados de aquella ciencia, religión, magia o lo que sea. ¿No se llama eso el Espiritismo?

—Sí, señora.

—¿Y a ti te ha enseñado Lagier esas cosas y crees en ellas?

—Sí, señora.

—Según parece, los que creen eso llaman a los espíritus, y éstos acuden dando golpecitos con las patas de las mesas... También se les llama con un querer fuerte: vienen las almas de los que se murieron, y habla uno con ellas como yo estoy hablando contigo.

—Sí, señora.

—Y ¿tú crees, tú has hablado...?

—He hablado con mi padrino don Beltrán de Urdaneta, un caballero noble, que sabía mucho y era en todo generoso y grande.

—Y ¿qué te ha dicho?

—¡Ah! Muchas cosas. Me ha dado ejemplos de su vida noble para que los imite, y me ha dicho que obedezca al capitán Lagier en todo lo que me mande.

—¿Y el capitán te manda...?

—Por de pronto, que vaya a ver a mis padres...

—Te llevará él en su vapor. Ese pueblo tuyo, Samaniego, ¿es puerto de mar?

—No señora; no hay mar en mi pueblo. Yo iré por tierra. El capitán me ha dicho que si el general Prim sale triunfador en esto que llaman *la cosa*, me ponga en camino para mi pueblo. Después que me vea con mis padres, iré a San Sebastián o a Bilbao, donde me recogerá el capitán.

—Me parece a mí—dijo Teresa, risueña y maliciosa—que lo que tú quieres es corretear un poco tierra adentro... Dime la verdad: ¿tienes por ahí alguna novia y quieres verla?

—Sí y no... Novia tengo; pero no es mi intención verla por ahora, ni está en el camino de aquí a mi pueblo.

La sinceridad inocente, casi salvaje, que echaron de sí los ojos negros, profundos y leales del buen Iberito, cautivó a Teresa, dejándola un poco suspensa y desconcertada. Fué su intención interrogarle más, pedirle pormenores de aquella novia, que resultaba inverosímil por tratarse de un hombre que apenas salía del vapor en que marineaba... Porque no había de ser sirena, ni ninguna otra especie de ninfa oceánide, sino mujer efectiva, habitante en poética isla o en algún oasis del litoral. Pero no pudo pasar la mundana de los primeros disparos del interrogatorio, porque llegó Jacinto con tres desconocidos, dos de los cuales eran carabineros, y después Clavería. Para todos fué menester preparar comistraje, y allí estuvieron horas largas dando y recibiendo órdenes, con lo que la casa al mismo infierno se asemejaba... Sobre los afanes y el delirio de los conjurados descendió la noche, que por más señas era serena y alumbrada de un espléndido creciente. Aquella noche traía bajo sus alas de luminoso azul la empolladura de la revolución tantas veces anunciada y nunca salida del misterioso huevo.

Hallábase Prim, como se ha dicho, en una casa de Valencia, cercana al cuartel, acompañado sólo de Acosta, pues los demás nada tenían que hacer allí, y el entrar y salir de gente habría infundido sospechas al vecindario. A medianoche vistió el general su uniforme, ciñó la espada vencedora y se puso en el pecho las placas que comúnmente usaba. Corrían los minutos perezosos. El tiempo, remolón, simulaba una inmovilidad burlona y traicionera. Cuando se creía que estaban próximas las dos, los relojes, como instrumentos sobornados por un Destino adverso, no querían pasar de la una y media. Prim era la impaciencia misma; sus nervios vibraban; su bilis amarilleaba el blanco de sus ojos, y ponía en su boca el amargor de la pura quina... Pasos en la calle anunciaban que alguien venía con la noticia de la salida de tropas; pero lo que venía era el desengaño tras la extinción gradual de los pasos calle adelante.

La casa era ruin, pequeña, con un solo piso alto, solado de baldosines sobre vigas endebles; la escalera, de palo, al aire; vivienda frágil, temblona, tan conductora de los propios ruidos y de los de la calle, que no cesaban de sonar en ella golpes, rasguños, estallidos o lastimeros ayes de seres invisibles. Por las mañana vió Prim al dueño de la casa, llamado Vicente Jiménez, hombre incorruptible, según le dijo Acosta. Hablaba poco, y era de humilde condición. En el resto del día no volvió a verle; a prima noche vió una niña flaca, un anciano, gatos y perros..., y durante la noche oyó pasos tenues y lejanos, voces indecisas de algún diálogo soñoliento y hasta el toque rítmico de la pata de un perro que, al rascarse las pulgas, daba contra las tablas del suelo o de un tabique. Todo se oía menos los pasos y voces de los que tenían que venir a notificar que la revolución yacente se había puesto en pie.

Si al grande hombre, desairadamente escondido en aquella casa de Valencia en la noche del 10 al 11 de junio de 1865, hubiera dado Dios un oído cien veces más extensivo que el que disfrutamos los mortales, habría percibido: primero, la voz del soplón que dijo al gobernador civil, hallándose éste en el teatro, que se preparaba un alzamiento de gente de la huerta, apoyado por fuerzas del ejército; después, la voz del gobernador civil transmitiendo el soplo al capitán general, Villalonga; habría comprendido, por las medias palabras de éste, que no daba importancia a la declación... Villalonga manda llamar al general segundo cabo, Larrocha, y le ordena recorrer los cuarteles... Llega el gobernador militar al cuartel donde se aloja *Borbón* y lo primero que se echa a la cara es la oficialidad, todo en traje de marcha, y el coronel Alemany, dispuestos para salir con la tropa... La escena fué sencilla y cómica, pues rivalizando en timidez Larrocha y Alemany, el primero se limitó a decir al coronel: «Véngase usted conmigo a ver al capitán general», y el segundo no tuvo arranque para decir al otro: «Por lo pronto, quédese usted aquí preso, y luego veremos adónde vamos.» Momento decisivo fué aquel para la sublevación. La blandura con que procedía Larrocha, dando motivo a que se sospecharan condescendencias de Villalonga; la debilidad o turbación de Alemany, que se dejó llevar mansamente, en vez de arrojarse a la resolución temeraria que el caso imponía, descompusieron en un minuto lo que en luegos y laboriosos días se había tramado. Contó Larrocha después a sus amigos que fué al cuartel con la idea de que sería encerrado en el cuarto de banderas. Bien claro se vió que la sublevación palpitaba en el alma del ejército, y que el toque consistía en saber romper con unánime impulso las formalidades de la disciplina. A poco de salir el coronel vino una orden llamando a los oficiales a la Capitanía General, donde quedaron detenidos. Creeríase que un rector bondadoso trataba de apaciguar una rebelión de colegiales.

Clavería y un ayudante de *Borbón*, encargados de notificar a Prim lo sucedido, temblaban relatándolo; la cara del héroe se ponía verde y sus ojos arrojaban un fulgor lúcido. De pronto se encaró con Acosta, y echando por delante sus manos, que abofeteaban el aire, le soltó esta rociada:

—Yo he venido aquí, yo..., yo... he venido aquí porque ustedes me han llamado: usted, Acosta, y Alemany, Crespo y Rada... Los cuatro coroneles me han llamado... Yo vine aquí creyendo tratar con coroneles del ejército español, y ahora veo que he tratado con monjas... Esto

no se puede sufrir... España no merece más Gobierno que el que tiene, y ustedes hicieron mal en no estudiar para curas... Ya sabían que las revoluciones son actos de violencia. El que no tenga corazón, el que agallas no tenga, que se ponga a rezar el rosario... ¡Ea!, hemos concluído.

Aún no se había perdido todo, ¡cáspita!, según dijeron Leal y Carlos Rubio, que llegaron presurosos cuando Prim esparcía los rayos de su cólera sobre las cabezas de Clavería y el ayudante; aún quedaba disponible *Burgos,* cuyo coronel, Rada, no estaba detenido. Los oficiales proponían sublevarse a las ocho de la mañana, en el acto de salir a misa.

Era domingo: en vez de dirigirse a la iglesia marcharían a la Capitanía General, para libertar a los de *Borbón* y *Extremadura* detenidos y apoderarse de Villalonga... No cautivaron el ánimo del de Reus estas fantasmagorías palmariamente *ojalateras.* El plan de los de *Burgos* se consideró desatinado, y más cuando se supo que su coronel no lo patrocinaba... Corrieron allí de boca en boca iracundas recriminaciones contra Rada. El había sido el soplón, que vació en la oreja del gobernador el secreto de *la cosa.* Prim no dijo nada: su ira era contra todos... De súbito echó mano a la faja y deshizo el lazo en menos que se dice; se desabrochó la levita con tanta furia que saltaron los botones como proyectiles: unos fueron a chocar en la pared, otros en las barrigas de los allí presentes.

—Me voy... ¡Otra vez huir, huir siempre!... Que me traigan esos andrajos... A ver, ¿dónde están mis andrajos?

Cuando esto dijo, amanecía...

XVIII

Amaneció el 11 de junio, revuelto y brumoso, y el aire traía un aliento cálido precursor del Levante. Como domingo, el Grao se adormecía en el descanso de las faenas comerciales. Triste es el día festivo, dígase lo que se quiera, en los puertos de mar; tristes el silencio y quietud de los muelles, las banderas izadas en los barcos sin ruido, los marineros endomingados, las embarcaciones menores, gabarras y botes, metidas todas juntas en estrecha dársena y apretadas unas contra otras dando cabezadas, como el rebaño dentro de las teleras... Así lo pensaba el bueno de Ibero, que, después de divagar por los muelles, recorría todo el espigón hasta la farola.. Hacia la mar ancha miraba, y no viendo lo que ver quería, tornaba a los muelles y se asomaba a las puertas de los cafetines próximos al puerto. Bien decía su rostro la impaciencia y ansiedad que turbaban su ánimo: buscaba en la mar un barco, en la tierra un hombre, y ni hombre ni barco parecían. Ocurrió que por la mañana bien temprano salió su patrona al patio, despeinada y ojerosa, y con el tono más desconsolado le participó que *la cosa* había salido muy mal... ¡Qué desdicha! ¿En qué estaba Dios pensando?... A poco llegó el señor Leal también desgreñado, la boca torcida, borrachos de insomnio los ojos y el pensamiento, tartajosa la palabra, el ánimo espantable; y encarándose con Ibero como si tuviera éste la culpa del fracaso de *la cosa,* le escupió estos terminachos:

—¿Qué haces aquí, gandul?... ¡Oído a la caja..., marchen! Cada uno a su puesto... Verás: cojo una estaca y te.. Corre y di que atraquen... ¿Está listo el falucho? Que atraquen... Ya estás corriendo... Pero ¿aún estás aquí, bigardo?... ¿A que te rompo en las costillas el palo de la escoba? ¿No me has oído? El falucho..., embarcar..., corre... Que atraque..., playa del Cabañal, ¡fotre!: Cabañal, ¡contrafotre!... ¡Corre y vuelve a decirlo, con cien mil fotres!...

De estas abominables vociferaciones sacó Ibero en limpio que debía dar aviso a Canigó de que arrimara su embarcación a la playa del Cabañal. Nada más fácil que dar esta orden: ya sabía dónde estaba Canigó, pues con él había pasado la noche a bordo de la embarcación, bien arranchada de todo, víveres inclusive. Pero no contaba con el Destino adverso que en aquellos días y noches de *luna de Valencia* desbarataba los planes del primer revolucionario de estos reinos. La embarcación no estaba en el muelle ni a la vista dentro y fuera del puerto, ni Canigó en el café de la Marina, ni las casas, almacenes y barcos en su sitio, porque con la gran turbación y pavura que el caso produjo en la ca-

beza de Ibero, todo el mundo visible era un tiovivo que daba vueltas en torno al atontado marinero. Por esto se le vió vagar en el muelle y esparcir sus miradas por el mar alto desde el espigón. Así estuvo casi todo el día, hasta que, al fin, al caer de la tarde, vió aparecer a Canigó como si saliera de debajo de la tierra. Llegóse a él con la natural ansiedad, y el viejo, después de desahogarse con procaz estilo en San Pedro, San José y otros santos venerables, le dijo que su sobrino Gasparó le había faltado: que su sobrino era un renegado indecente... Pero al fin, a falta del falucho de Gasparó, ya tenía otro, malo y con fondos podridos, eso sí; pero a falta de pan, tortas..., y vuelta a desahogarse en los santos de más alto copete, y a llorar de rabia y a patear el suelo, que no tenía culpa de lo que pasaba.

—¡Tripas mías—dijo con bramido—, haceos corazón, y avante, avante!... Arrimaremos al Cabañal cuando cierre la noche... Avisa para que estén listos... Víveres no tengo; el barco navega de milagro. Pero Dios hará el milagro esta noche, y viva Prim, y yo me descargo en Gasparó y en la perra de su madre.

Y cuando descendió la noche, llorosa, destemplada y con raudos celajes que ocultaban la luna, un grupo de hombres de apariencia humilde a buen paso se dirigía desde las casas del Cabañal a la playa cercana. Sin detenerse entraban en el agua hasta media pierna, para ganar una lancha en que se embarcaron presurosos. La lancha se alejó con vivo golpear de remos. Quedaron en la playa tres individuos: don Joaquín Aguirre, Clavería y Vicente Jiménez, inquilino de la misma casa donde pasó Prim la cruel angustiosa noche del 10 al 11; hombre modesto y de pocas palabras, de alma bien templada para el sacrificio. Todo el día 11 anduvo la Policía en la persecución de los conspiradores, buscándolos en los cafés, casas particulares y de huéspedes. Jiménez, con astucia y sagacidad admirables, desvió la acción policíaca de la persona y guarida del general, y consiguió embarcarle sin el menor tropiezo. ¿Dónde estaban los carabineros, cabos de mar y polizontes? Nadie lo sabía. Se dijo que Villalonga arregló la salida de Prim por un lado, mientras la Policía echaba los ojos por otro. Años adelante, hablando de esto con sus amigos, Prim lo negaba rotundamente, y toda su gratitud era para el valiente y oscuro Vicente Jiménez.

Los que en la playa quedaban aguardaron atentos hasta que vieron el falucho dando al viento sus velas rotas y arando las olas con su quilla podrida. Allá iba Prim, el infatigable revolucionario, a merced de las aguas revueltas y de los vientos furibundos, en retirada de una empresa fallida, y ya pensando en otra, sin que le arredraran los reveses ni en su grande ánimo decayeran la idea destructora y la pasión ardiente que le impulsaban. Allá iba en un barco roto, sin víveres ni abrigo, valiente, inflexible, temerario. Resucitaba en nuestro tiempo la andante caballería, desnudándola del arnés mohoso y vistiéndola de las nuevas armas resplandecientes que van forjando los siglos.

Los demás auxiliares de la conspiración desaparecieron el mismo día, o al promedio de la noche. Cada cual buscó su escondite o cogió la ruta que creía más segura contra persecuciones, y ninguno sabía del paradero de los demás. Teresa y Leal, que escaparon en una tartana poco después de darse a la vela el falucho, no supieron decir a un amigo si Carlos Rubio había embarcado con Prim o se ocultaba con Aguirre en espera de favorable coyuntura para marcharse a Madrid.

Como almas que lleva el diablo iban hacia Requena Teresa y Jacinto, éste dado a los demonios, maldiciendo la hora en que vino al mundo. Lo que sufrió Teresa en aquel viaje no es para dicho. Y no era lo peor que fueran desconsolados, desavenidos, iracundos, sino que iban sin dinero, pues lo que ella trajo de Madrid se lo gastó Jacinto en pitos y flautas, dejando de añadidura en Valencia trampas engorrosas, y en aquella triste fuga no tenían santo ni demonio a quien poder encomendarse. Pero como Dios da su amparo a los buenos, y aun a los malos cuando éstos van más desesperados de socorro, sucedió que al parar la tartana en Chiva se les apareció como bajado del cielo Manolo Tarfe, que vegetaba en aquellas tierras al cuidado de sus viñas y de una tía tan vieja como rica, que había testado en su favor. Providencia fué el simpático caballero para los fugitivos, pues generosamente,

y antes que se lo pidieran, les proveyó de lo más necesario, y les dió la compañía y guardia de dos criados suyos para que les acompañasen hasta Requena y allí les albergaran en lugar seguro.

Aburridísimo estaba el buen Tarfe en la soledad de Chiva, villa triste, habitada por carlistas, campo feraz de robusta vegetación media, en que se dan la mano la manchega y la valenciana. Poco aficionado a la vida rústica, trataba de acomodarse a ella, contemplando a su tía medio perlática y los hermosos olivares y viñedos que poseía. De su tedio le consolaban dos veces por semana las cartas que recibía de Beramendi con noticia sabrosa del tejemaneje político y entremeses picantes de gacetilla social. A mediados de junio le escribió el amigo que, aterradas doña Isabel y su camarilla por la intentona de Valencia, los ángeles o diablos tutelares de la soberana acordaron despedir a O'Donnell y llamar a Narváez. Leía Tarfe estas gratas correspondencias al pie de un algarrobo o de un peral, en las fértiles heredades cercadas de áloes, y allí espaciaba su espíritu en el comento silencioso de los sucesos transmitidos por la escritura.

Decía la carta: «Aunque lo de Valencia ha sido otro mal parto, en Palacio tiemblan, y dicen: «A la quinta o a la sexta va la vencida.» «Bien se ve que el ejército se cuartea con la continua sacudida subterránea, y se desmoronará si una mano fuerte no acude a su reparación y fortaleza. Esta mano no puede ser otra que la de O'Donnell... Ya tienes al *Espadón* en la calle, y a don Leopoldo en el Ministerio de la Guerra y Presidencia del Consejo, con su inseparable *Gran Elector*, y con Zabala, Calderón Collantes, Alonso Martínez, Cánovas, etc.... Pásmate de lo que voy a decirte. La reina, que ve las orejas al lobo, consiente en reconocer el reino de Italia. ¡Cuando la señora se decide a reinar por sí, apartando con atrevido gesto la férula de Pío IX, figúrate qué procesiones andarán por dentro! Las damas que incluyen en sus programas de elegancia el poder temporal del Papa, están que trinan, y la llagada Patrocinio nos prepara uno de los más sorprendentes milagros de su repertorio. Pero es dudoso que podamos verlo, porque el Gobierno (lo sé de la mejor tinta, de la propia boca del don Leopoldo) ha resuelto exportar a la madre, mandándola a Roma con el padre Claret para que puedan allí milagrear libremente... ¿Logrará O'Donnell amansar a la revolución? Yo lo dudo. Me consta que se ofrecieron carteras a Sagasta y Fernández de los Ríos, y que éstos las rechazaron. Tendremos amnistía, libertad de Imprenta, reformas electorales y no sé qué otros anzuelos con que se quiere enganchar a los demandados peces de la Libertad. ¿Picarán? Yo creo que no, porque con todas esas concesiones a lo que mi hermano Gregorio llama el *espíritu del siglo*, Italia reconocida, la monja y el obispo mandados a freír espárragos, la política llevada por mejores vías, con todo eso y más que hubiera, aún queda en pie la muralla de la China, o sea los *obstáculos*... Y de Prim, ¿qué sabes?»

En otra carta, escrita en pleno verano, le decía: «¡Ay Manolo de mi alma, qué feo esta Madrid! Por tu vida, no vengas acá, no abandones tu geórgico apartamiento, duerme tus siestas bajo un olivo, lejos de este infernal freidero. Si ahí te acribillan las moscas, aguántalas con paciencia, y acuérdate de los que aquí sufrimos los picados de los tontos, que en este nefando Madrid con el calor se multiplican y aguzan sus penetrantes aguijones. El verano ahuyenta despiadado a los pocos discretos, y embota las facultades de los que se quedan aquí. La enfermedad de mi señor suegro ha trastornado todos nuestros planes. María Ignacia no se determina a salir, y yo digo como aquel bruto: «Ni se muere padre ni cenamos.»

»La Corte se ha ido a La Granja; la política duerme una lúgubre mona; ausentes los llamados hombres públicos, los vagos de Madrid nos entretenemos vaticinando la próxima sedición militar. El pueblo la siente en su corazón con latido enérgico y profundo... Desde la famosa noche, *¡ay mamá!*... del bendito San Daniel, el temor y el gusto de una jarana ruidosa alientan en todas las almas. El pacífico vecino de esta villa y corte podrá meterse en la cama sin persignarse, no sin frotarse las manos diciendo: «De mañana no pasa.» Un secreto instinto dice al pueblo que las aberraciones existentes no pueden continuar. Rara es la casa en donde la señora no manda a sus doméstica, los más de los días, por provisiones extraordina-

rias: en el momento menos pensado será peligroso salir de casa. ¿Oyese un rumor callejero de granujas revoltosos?... Pues hay carreras, y la gente, despavorida, se mete en los portales. ¿Suena el chasquido de una fusta?... Ya han empezado los tiros.

»Comprenderás, amigo Manolo, por los brochazos de realidad que te transmito, que he descendido de mi globo para recrearme pintando las chapucerías pedestres de esta vida ramplona. Mis vesanias son temporales, alternas, rítmicas, y ahora estoy en la humorada de arrastrarme por el bajo suelo, todo baches y polvo. Además, mi buen *Confusio*, que es quien con su dislocada imaginación me saca de paseo por los espacios, hállase estos días algo turbado de sus excelsas facultades, y no acierta, según dice, con el desarrollo y secuencias de los extraordinarios sucesos archilógicos que refiere. Quéjase de que la soberana lógica se le pone de uñas; vese obligado a frecuentes enmiendas de su labor, a rectificar lo escrito y a desandar unos caminos para entrar en otros; en fin, que el hombre se ha hecho un lío, y es como una araña que se enreda en sus propias urdimbres... Antes que se me olvide, Manolo: ya he sabido de Prim. Está en Vichy tomando las aguas. Me lo ha dicho Muñiz, que ayer tuvo carta del grande hombre. Por más que apreté a Ricardo para que me dijese en qué lugar del planeta trabajan ahora estos tejedores de la revolución, no he logrado saber nada. Por latidos o vibraciones que llegan hasta mí, sé que hay todavía en el Gobierno esperanzas de inteligencia con Prim, y que se le ha indicado que venga para celebrar entrevista con O'Donnell. ¿Vendrá? ¿Se entenderán? Creo que esto no lo sabe ni el mismo *Confusio*, entendedor supremo de las cosas que no han pasado y deben pasar, o de lo que debiendo ser no es.»

XIX

Entrado agosto, escribía esto Beramendi:

«Te digo bajo mi palabra de honor, y si quieres lo crees, y si no, vete al cuerno, que está nuestro Madrid delicioso. Teatros abiertos no existen, ni nos hacen falta para nada; conciertos no hay más que los que nos dan los mosquitos; la horchata de chufas no ha encarecido a pesar del excesivo consumo; los perros no han empezado a rabiar todavía: en casa te sofocas; en la calle te abrasas, aun de noche; y de día, como salgas, hazte cuenta que te has echado a la cara las llamas del purgatorio. El Ateneo es un páramo: allí me metí ayer, y sólo encontré a Moreno Nieto, un poco agostado y afligido del calor, siempre amable y ameno. A poco de estar a su lado, hablando de filosofía y refrescando mi entendimiento con el considerable saber del maestro, entró Castelar. Algo picamos en filosofía y en política. Te aseguro que en la compañía de tan altos ingenios encontré un oasis, y que me extasié junto a ellos a la sombra de las palmeras de su elocuencia, cargadas de dátiles dulcísimos. Otra noche que fuí no me favoreció tanto la suerte, porque en el desfiladero hacia la estancia interior, que llaman *Cacharrería*, me salieron dos krausistas, a los cuales hablé de música clásica para cortarles la vena metafísica, y luego di con un economista, con quien departí de cría caballar y de la edad de piedra. Imponiéndoles la conversación más contraria a sus especialidades, les comunicaba una ficticia excitación y yo me quedaba tan fresco. En estos días calurosos no debemos entablar otras discusiones que aquellas en que seamos mucho más fuertes que el contrario. No siendo así, te expones a la irritación de la sangre. Dímelo a mí, que el verano pasado, por ponerme a discutir con Severo Catalina de literatura hebraica, cogí un sarpullido y me salieron la mar de diviesos.

»Todo es tristeza y soledad en el Casino, donde languidecen, por falta de lenguas, las cátedras de chismografía. Hasta la cátedra del *sacro monte* está en manos de suplentes chambones, por ausencia de los maestros tallantes... No hay animación verdadera más que en la Tertulia Progresista, y esto lo sé por lo que me cuentan, pues yo no voy a esa parroquia. ¡Ay!, me entristezco soberamente. Como en mi casa no hay más que suspiros, temores, médicos y expectación de una muerte inevitable, busco ratos de distracción en la vía pública. Anoche me paré en los corrillos que ro-

dean a *Perico el Ciego*, que es un magnífico trovador, para que te enteres. Al son de su guitarra canta, no las proezas de los héroes, porque no los hay, sino las vivas historias de bandoleros y ladrones. Atento público le escucha con simpatía y emoción. Yo me he sentido medieval agregándome a ese público. Anoche hicieron furor dos o tres coplas de Perico, harto ingeniosas. O me engañé mucho, o eran alusivas a nuestra reina, que anda ya en jácaras de los cantores callejeros. Desengáñate, Manolo: aquí no hay más cronista popular que *Perico el Ciego*, ni más poetisa que la *Ciega de Manzanares*. A no ser que tengas por poesía la oda de Olloqui a la guerra de Africa, composición premiada por la Academia, donde se dice:

Denantes que del Sol la crencha rubia
se esparza, los venciera,
los hijos de la Nubia, los que abortó el Horeb en
[negra pluvia

»¿Crees que ésta es la poesía española de la *era Isabelina?* En tal caso, la tal era sería una *era* para trillar el buen gusto y el sentido común. Nada hijo mío, que aquí todo es paja, y tiene que venir Prim, con los demagogos que «abortó el Horeb en negra pluvia», para barrerla o aventarla.

»También entro en algún café para pasar el rato. No una, sino muchas noches, me ha embestido el famoso buscón *Perico Manguela* pidiéndome un duro. Ya comprenderás que se lo he dado. Me inspira más lástima que odio ese infeliz mendicante y pilluelo, y le absuelvo de sus raterías por la gracia con que las hace. Recordarás la cara de aflicción que ponía cuando en el billar te rogaba que le prestases la capa para poder salir y ocultarse de la Policía que en la puerta le acechaba. Algunos incautos caían en este timo, y cuando recordaban, ya *Manguela* volvía de empeñar la pañosa en la más próxima casa de préstamos. Como en verano no hay capas, inventa otros chuscos arbitrios para apoderase de un napoleón o de un par pesetas. Habrás observado que *Manguela* es popular, y que el público se pone siempre de su parte cuando le ven en la calle, acosado por los guindillas... También he tenido el gusto de encontrarme estas noches al pomposo brigadier Posada, pariente de nuestro *Gran Elector*, siempre mascando un puro de estanco que convierte en hisopo, rociando con su saliva a cuantos se le acercan, y promoviendo cuestiones personales con los que se ríen de su facha de su genio iracundo, de su corpulencia y cómica seriedad, del botón rojo que en el ojal lleva, de su inflada tripa y del levitón negro con las solapas salpicadas de lo que fuma, escupe y habla... He procurado esquivar su presencia, porque es pesadísimo y poco divertido, y en seguida te plantea la cuestión de honor... Otras figuras de neto madrileñismo he hallado en mis caminos nocturnos; pero de ellas te hablaré otro día... ¡Oh Madrid, metrópoli de vagos y universidad de arbitristas!»

A principios de septiembre, el corresponsal matritense notificaba al proscrito de Chiva que habían fracasado las negociaciones de arreglo con Prim; a fines del propio mes anunciaba el marqués la muerte de su suegro, el considerable patricio y cristiano caballero señor de Emparán, y añadía que pasado el novenario saldría con María Ignacia y su hijo para Zarauz. No se alegraba poco Beramendi de perder de vista a Madrid, porque sobre los horrores del verano entró en la Villa la pestilencia de una endiablada enfermedad que por todas las trazas debía de ser el cólera.. Con diferencia de pocos días, partieron para el otro mundo el suegro de Beramendi y la tiita de Tarfe, y bien pudo suponerse que su riqueza no les impidió subir a la morada celestial, porque ambos eran personas de piedad ardiente y habían terminado su mortal vida en augusta paz, despedidos por innumerables bendiciones e indulgencias eclesiásticas y por la pomposa solemnidad con que se les administran los Sacramentos...

Menos dichoso que su amigo, no pudo Tarfe cambiar su residencia, porque la testamentaría le retuvo mal de su grado en Chiva, con frecuentes excursiones a Requena, donde radicaba lo más extenso y valioso de los bienes heredados. En una de sus últimas diligencias de propietario, avanzado ya diciembre, encontró a Leal y a Teresa, disponiéndose a partir. Habló con los dos, ofreciéndose en cuanto pudiera servirles, y nada le dijeron del lugar adonde iban. Por per-

sonas de su intimidad en Requena, supo que Leal había recibido dinero de Madrid; que le visitó días antes un caballero desconocido, con el cual conferenció largamente, quedando citados para Ocaña. A Tarfe le dió en la nariz olor de cuartelada; pero no quiso hablar de ello con sus amigos, a quienes despidió, viéndoles partir alegres en un desvencijado coche. Eran los días próximos a Navidad.

Gozosa iba Teresa por perder de vista un pueblo en que había padecido crueles inopias y displicencias agudas de Leal, hombre que se volvía fiera cuando le faltaban sus dos principales elementos de vida: el dinero y la conspiración. Pobreza y paz no se avenían con su alma, enviciada en la dilapidación y en la hormiguilla revolucionaria. Siguieron, pues, su camino por la tierra baja de Cuenca, con mil privaciones y contratiempos, pues el fementido coche se les hizo añicos al salir de Motilla de Palancar, y hubieron de remediarse con un carro, que los llevó en cuatro largos días a Tarancón, villa famosa por sus uvas y sus Muñoces. Había Teresa encargado expresivamente a su madre que le escribiese a Tarancón, y, para mayor sorpresa y dicha, encontró, no la carta, sino la propia persona de Manolita Pez, que allá se fué huyendo del cólera (del cual aún había en Madrid casos esporádicos) y vivía con un pariente suyo, administrador de Riánsares, en casa holgada, de buen acomodo... Pues, señor, en cuanto Leal echó la vista encima a doña Manuela, que no era santa de su devoción, torció el morro, frunció las cejas y, entre carraspeos y tosecillas, hizo emisión de algunos términos agridulces, en que no se sabía si la presencia de la señora le causaba júbilo o un agudísimo dolor de muelas. Total: que apenas llegado, Jacinto dijo a Teresa:

—Pues encuentras en Tarancón la compañía de tu madre, aquí te dejo, vida mía, y yo tomo el portante. Ya sabes que hay prisa.

Sin esperar observaciones, alquiló un caballo matalón, y se fué bendito de Dios.

Bien puede afirmarse que si Leal sentía por Manolita una estimación semejante a la que nos inspira una neuralgia facial, la madre de Teresa le pagaba en moneda del mismo cuño, queriéndole como a un tumor maligno. Prueba al canto: al anochecer del mismo día en que hija y madre se vieron juntas, Manolita echó todo este veneno en el oído de Teresa:

—No he venido huyendo del cólera, que ya no existe, sino a prevenirte contra él, contra tu *morbo asiático*, que es Leal. Hija del alma, abre los ojos y convéncete de que seguir con ese hombre es peor que la muerte para ti. Mejor sabes tú que yo su situación. Más tronado está que arpa vieja; a Madrid no puede ir, porque detrás de cada esquina le saldrán siete acreedores furiosos... Si fuera un hombre trabajador o un hombre de idea, podría reponerse con algún negocio. Pero vete con negocios al que toda la vida fué un haragán, y un presumido y un bruto incapaz de sacramento. Teresa, mi adorada niña, vas a los profundos abismos si no haces caso de tu madre. ¿Qué esperas, qué piensas, qué decides?... ¿A qué vienen esos pucheros? ¿Lágrimas ahora? Cuando se nos quema la casa, lo primero es echar a correr. Tiempo hay luego de sentirlo...

Siguió la de Pez vomitando ponzoña. Con ser cosa tan mala el no tener Jacinto dinero ni de dónde le viniese, todavía era peor el haber tomado por oficio la conspiración. Bien claro se veía que Prim era un loco, seguido de unos pobres mentecatos o sinvergüenzas... ¿Qué quería Prim, y qué había de traernos si triunfaba? Más hambre, más chanchullos, y motín diario por la mañana y por la tarde. ¿Quién no se reiría de ver ministro a Carlos Rubio, a quien nadie podía dar la mano sin tener que jabonársela después? Y, por otro estilo, los demás eran tales que no había por dónde cogerlos. Daba grima pensar que fueran ministros el Becerra, el Sagasta y el Ruiz Zorrilla... En fin, que era un asco el dichoso progreso, y Prim un buscarruidos, un saltabarrancos, que debió haberse quedado allá, en América, con los mulaticos y cimarrones... Pues de Leal, el más tonto de los seguidores de Prim, ¿qué podía esperarse? El mejor día lo fusilaban..., y bien merecido le estaría, por imbécil... Ya le andaban siguiendo los pasos; ella lo sabía de buena tinta..., y no daba un ochavo por su cabeza.

Con estos crueles juicios y siniestros augurios, quedó la pobre Teresa conster-

nada: la terrible madre volvió a la carga con saña y pesadez en los días siguientes apretándola y cercándola de este modo:

—Estoy avergonzada, y no sé qué responder a las personas que me preguntan si te has vuelto loca o si te ha dado ese bruto algún bebedizo. Nadie comprende cómo una mujer de tu mérito aguanta esa vida, esas escaseces..., tantas humillaciones y vergüenzas. Me lo han dicho muchas, muchísimas personas respetables, de circunstancias, de gran posición; personas que te estiman, Teresa, aunque no te lo hayan dicho... Lo que oyes: no acaban de entenderte, y te compadecen de todo corazón, por lo que sufres... y, por lo que sufrirás cuando veas a ese bárbaro en un patíbulo.

Llegó Teresa a un grado tal de tribulación y azoramiento, que ni comía ni dormía. A ratos estaba como lela, sintiendo su cerebro vacío de toda razón y discernimiento; a ratos se le crispaban los nervios y se le encendía la sangre, poseída de coraje felino, en sí misma clavaba las uñas y apretaba los dientes. Su respiración era fuego; sus ideas, feroces... Hallábase una noche en el humilde cuartito bajo que habitaba, junto al portalón de la casa, cuando tuvo Manolita la mala idea de volver a la carga con redoblada impertinencia y crueldad. Debe decirse, como atenuante de la conducta de la madre, que ésta se hallaba en un estado de penuria más lacerante que el de su hija. De Teresa vivía: atendíala ésta tarde y mal, por no poder de otro modo. Era el tronicio de doña Manuela furibundo y desesperado. Había venido a Tarancón huyendo, no del cólera, sino del espectro de una miseria degradante. Empeñados todos los objetos de algún valor, había tenido que malbaratar la espada y espuelas de Villaescusa. Para mayor desdicha, los primos de Tarancón habíanla recibido con desabrimiento y grosería, y le pedían que abonase algo por su manutención. Estaba la pobre señora como los gatos hambrientos, que, en la desesperada, embisten a su propia especie, y no reparan en distancias ni obstáculos para satisfacer su ciega necesidad. Acometió a Teresa con formas y apremios más atroces que los que antes usara, y la estrechó furiosamente, diciéndole que ya no aguantaba más, que su decoro no era compatible con aquel vivir arrastrado y que, por fin, quisiéralo o no, su hija tendría que tomar inmediatamente nuevo protector, abandonado al infame y estúpido Leal. La madre, que estaba en todo, le tenía ya preparado el relevo...

No la dejó concluir Teresa, pues la furia insana que en su interior rebullía y pataleaba no le dió tiempo a pertrecharse de razón y templanza. Con bramido salvaje y zarpazo furibundo, arrojó a su madre sobre el camastro próximo, y le clavó en el rostro las uñas, y le descompuso todo el pelambre recién peinado, y sus roncos acentos remataron la bárbara impensada acción. Palabras de fuego, esparcidas en ráfagas y chispas, fueron éstas:

—¡Bribona, si tú me metiste a Leal por los ojos; si yo no quería, y tú me llevaste a él!... ¡Si decías entonces que era el número uno de los caballeros!... Lagarta, tú dijiste que le querías como a un hijo... ¡Y ahora, porque es pobre..., y ahora, porque es conspirador...! Pues lo mismo conspiraba entonces..., y tú decías: «¡Oh, qué hombre!... Es el primer talento, el primer punto de la revolución...» No eres tú mi madre..., no lo eres... Toma, toma...

XX

Acudieron a la nefanda trapatiesta los Bellidos, marido y mujer que así se llamaban los primos de Manolita y con tirones vigorosos separaron a la hija y a la madre manifestando que en su casa no toleraban tales escándalos. Teresa, recobrada de improviso la razón, libre del bestial coraje que la transfiguró, eclipsando su ser pacífico, se deshizo en llanto y dijo que su madre tenía la culpa, por haberla enloquecido y precipitado con los horrores que la propuso... Desde aquel lance quedaron una y otra confinadas en sus aposentos. Pasó Teresa una noche de perros, afligida por el recuerdo de su acción odiosa y diciéndose que daría parte de su existencia por no haber hecho lo que hizo o porque resultase un caso de pesadilla... Y en verdad que fué horrendo delito y que no podía justificarse alegando que medió trastorno, de donde vino el impulso inconsciente y mecánico. No había disculpa

para una hija, ni aun suponiendo en la madre toda la maldad del mundo.

De doña Manolita cuentan las historias que pasó parte de la noche escribiendo una larga epístola a persona que residía cerca de la villa; y hecho esto, se curó y disimuló con afeites los rasguños que su desnaturalizada hija le hizo en la cara; se peinó con esmero, poniendo en su lugar los arrancados añadidos y descompuestos moños, y por la mañana tempranito, después de mandar a su destino con un muchacho la carta que había escrito, vistióse de negro, con hábito y correa, y se fué *pian pianito* al santuario de Nuestra Señora de Riánsares, que está como a media legua de Tarancón. En los colmos de su infortunio, la pobre señora no veía quizás más consuelo que encomendarse a la Virgen para que ésta le deparase un honrado medio de subsistencia.

Sola y desatendida de sus parientes quedó Teresa en la triste casa, sin tener a su lado persona alguna con quien desahogar su pena, pues Felisa, la fiel criada desde los tiempos del francés Brizard, ya no estaba a su servicio. En Valencia le había salido un novio, buen chico, que comerciaba en vinos y azafrán. Se casaron y fueron a establecerse a Herencia, lugar de la Mancha. Sin madre ya, sin criada y sin amiga, pasó la dolorida mujer casi todo el día en el cuartucho bajo, cosiendo y arreglando algunos desperfectos de su ropa, el pensamiento fijo, más que en la labor, en las enormes y complejas calamidades que llovían sobre ella; y cuando más absorta estaba en su aguja y en sus negras ideas, sintió ruido combinado de caballería y de persona..., y oyó una voz que, de no ser tan ronca, le habría sonado como la de Leal. ¿Era o no era? Antes que pudiera salir de esta duda entró el propio Jacinto en la habitación, abriendo la puerta de golpe y con estruendo. Si de la súbita entrada se asustó Teresa, no le dió menos espanto la cara que traía el hombre, sudorosa y descompuesta, los ojos enrojecidos, con un mirar que parecía de sangre, y toda la facha y ropa en lastimoso descuido y deterioro. El, tan pulcro y tan mirado, venía hecho un Adán, lleno de porquería. Antes que Teresa pudiese interrogarle sobre su aparición brusca y su mal pelaje, la cogió de un brazo, la sacudió rudamente y le dijo con ronquera y malos modos:

—Déjate de preguntas... Traigo mucha prisa, Teresa... No me irrites... Dame todo el dinero que tengas.

—Aguarda, hijo... Vienes muy cansado... ¿Quieres tomar algo?

—Dame el dinero, Teresa, y no me saques la cólera... No puedo entretenerme. Mañana te diré...

—¿Vienes de Ocaña?

—No... Vengo de Villamanrique, ¡fotre!... No me sulfures más ni me marees con tus preguntas. Dame...

—De lo que me dejaste no me quedan más que doscientos cuarenta reales. Los necesito para vivir, pues estos generosos parientes nos piden a mi madre y a mí pago de hospedaje.

—¡Mentira, mentira!

La ronquera de Leal, aumentada por su ira y turbación, ya era más bien afonía. Sus palabras sonaban como el bramido de un rumiante furioso... Plantóse Teresa en la resolución de no darle el dinero, y él, runflando y despidiendo fuego por los ojos, sustituyó la palabra indecisa con la acción brutal. La escena que en breves instantes se desarrolló fué de lo más repugnante que imaginarse puede. Hizo ademán la pobre mujer de cortarle el paso hacia el cofre donde guardaba el dinero, y él, con tremenda bofetada, que restalló en el carrillo derecho, la derribó sobre la izquierda. Chilló Teresa... Nueva bofetada formidable la enderezó, arrumbándola luego del lado contrario... Segundos no más tardó Leal en abrir el cofre y sacar un envoltorio que contenía monedas. Ya sabía el indino dónde estaba. Precipitóse luego sobre Teresa, que había quedado de rodillas, apoyada en la cama, y con mano trémula tanteó la cabeza..., buscaba los pendientes. Atendió la mujer con movimiento instintivo a la defensa de aquellas joyas humildes; pero él apartó las manos de ella, vociferando con rugido:

—Deja que te los quite, o te arranco las orejas.

Obra fué también de algunos segundos. Después la cogió la mano derecha en cuyos dedos anular y meñique tenía dos hermosas sortijas... El bruto decía:

—Yo te lo he dado, yo te lo quito... Déjame..., no hables..., tengo prisa.

De dos tirones sacó las sortijas, y me-

tiéndoselas en el bolsillo, donde ya estaba el envoltorio del dinero, salió echando resoplidos y taconeando fuerte. A los oídos de la casi desmayada Teresa llegó el trotar del mulo en que Leal partía.

Largo tiempo tardó la pobre mujer en recobrarse del susto y de la indignación, y más aún en traer a su ánimo serenidad bastante para resolver algo y elegir el camino que debía seguir después del infame atropello. Por más vueltas que al problema daba, no veía más que un punto adonde volver los ojos, y este punto era su madre, que al fin resultaba cargada de razón en cuanto le dijo referente a Leal. ¡Y ella, ingrata y desnaturalizada, había puesto sus uñas en el rostro de su consejera y madre, y había deshecho los blancos mechones de aquella venerable cabellera!... Ansiosa ya de verla y de intentar la reconciliación, preguntó hacia dónde caía el santuario de Riánsares y a qué distancia estaba. Apenas la enteraron de esto echóse un pañuelo por la cabeza y en marcha se puso por el camino adelante, y sin equivocarse lo recorrió con tan buena suerte, que antes de llegar a la mitad del sendero topó de manos a boca con su afligida y enlutada madre, que del santuario volvía. Con entrecortadas frases angustiosas le contó Teresa la terrible escena, y lo mismo fué oírla doña Manuela que sentirse aliviada de los rencores y en la mejor disposición para olvidar los arañazos, repelones e injurias con que la maltrató la hija de sus entrañas. Abrazándola y besuqueándola con zalameras babas y cariños extremosos, le dijo que ya podían las dos respirar tranquilas y perdonarse recíprocamente sus agravios, porque Dios les había deparado el alivio de tantas penas y el remedio de la gravísima escasez que padecían. Por más que Teresa la incitó a que hablase con claridad, no quiso la *sutil tramposa* entrar en más explicaciones. Lo primero era serenarse, olvidar lo pasado y disponerse para vida de reposo y holgura, libres ya las dos del salvaje dominio de Jacinto Leal.

De regreso a la casa, cenaron hija y madre tranquilamente con los esposos Bellido, a quienes Teresa observó menos adustos que de ordinario. ¡Caso inaudito! Doña Manuela les dió dinero a poco de cenar... Y al verla sacar la bolsa pudo vislumbrar Teresa de refilón que, pagado el hospedaje, aún le quedaban a la ingeniosa dueña bastantes monises. Retiráronse a dormir, y como la vieja no se clareaba, gran parte de la noche estuvo Teresa devanándose los sesos para encontrar la clave de aquella mudanza que en los horizontes de su destino se aparecía. Este pensar vertiginoso y el quemor de sus mejillas, que aún ardían de las fieras bofetadas que le dió Leal, la privaron del descanso que tan hondamente necesitaba. Por la mañana, después de un profundo aunque no largo sueño, vió claro lo que en su ardiente desvelo no había visto, y atando cabos y descifrando palabras de su madre en los primeros días de convivencia en Tarancón, y entrelazando y entretejiendo diferentes hechos con frases oídas a Bellido y sus criados, vino a poseer la verdad o algo que a la verdad se aproximaba.

Véase, dividida en puntos, la obra de reconstrucción mental. Primer punto: El hombre, señor, caballero o lo que fuese, que por la gestión y altos manejos de doña Manuela resolvería la crisis, entrando en el Poder en sustitución de Leal, era don Enrique Oliván, joven campanudo, calvo y pegajoso, de la aristocracia burocrática, que acompañó a Teresa en el tren desde Madrid a Almansa... Segundo punto: Don Enrique estaba a la sazón muy cerca de Teresa, desempeñando una comisión del Ministerio de Hacienda. Hallábase en Uclés, mejor dicho, en la *Casa Real de Santiago*, cabeza que fué de la famosa Orden de Caballería. No podía precisar Teresa, por lo poco que había oído, la misión del caballero calvo y administrativo; pero ello era cosa de desamortizar o de allegar materiales a la desamortización. Don Enrique revolvía archivos buscando fuentes de propiedad, deslindaba territorios... Para esto llevaba consigo dos oficiales de Hacienda y tres agrimensores... Un coche alquilado le llevaba y traía en sus visitas a los pueblos cercanos, y cuando iba a Tarancón, sólo distante de Uclés poco más de dos leguas, se aposentaba en casa del señor arcipreste, que fué grande amigo del respetable y coronadísimo don Eduardo de Oliván, padre de Enrique. Tercer punto: ¿En dónde se veían don Enrique y Manolita para tratar de la solución de la crisis? Sin duda, para este negocio se dieron alguna

cita en el santuario de Riánsares, sin perjuicio de las cartas que menudeaban de Tarancón a Uclés y viceversa.

Levantóse Teresa no muy temprano, y supo que su madre había salido de madrugada. Apenas la vió llegar, serían las diez, anticipóse a darle cuenta de su adivinación. ¡Qué talento de chica! En todo había sido zahorí, menos en lo del lugar de la cita: no fué en el santuario, que esto le habría sabido mal a la Virgen, sino la casita del sacristán o santero, hombre bondadoso, pío y servicial. Y en esto vió Teresa que su madre disponía presurosa los dos equipajes, como persona que necesita salir ganando minutos a un apremiante negocio. Sin suspender ni un momento la faena febril de recoger y guardar la ropa y adminículos, satisfizo la curiosidad de su hija con breves explicaciones:

—Nos vamos a escape, niña del alma. Ya tengo apalabrado el coche. Ese señor, que reúne las dos excelencias de joven y respetable, no quiere que tú y él os veáis en Tarancón. Aquí empezamos a dar que hablar, y estos primos que nos ha deparado Dios no son muy discretos que digamos... Don Enrique, como sabes, es casado...; quiere a todo trance que se guarde un sigilo muy conveniente para él y para ti... Lo que me encanta más en Oliván es la circunspección... Ya sabes que el respeto a la sociedad ha sido siempre mi línea de conducta. Con arreglo a estas bases procederemos ahora y siempre.

La locución *con arreglo a estas bases* revelaba que en las conferencias de la casa del sacristán se le había pegado a Manolita el lenguaje administrativo del perfecto burócrata.

Preguntado por Teresa el punta adonde se dirigían, replicó la vieja que era Fuentidueña de Tajo, lugar no lejano, donde esperarían a Oliván.

—Ya he puesto hoy en su conocimiento nuestra partida, para que se dé prisa... El no desea otra cosa que verte y embelesarse en tu presencia. Habitará en Fuentidueña la casa oficina de la Remonta y Depósito de sementales del Estado... Nosotros iremos a la posada, porque allá, como aquí, *nuestra línea de conducta* no puede ser otra que guardar escrupulosamente las formas... Ya lo sabes todo..., y comprenderás la razón de mis prisas, porque... ¿quién te asegura que aquí estamos libres de otra embestida de ese bellaco de Leal?

No aventuró Teresa objeción ni reparo a lo dicho por Manolita, porque su voluntad, por fatal imposición de los hechos, había quedado debajo de la de su madre, mujer de iniciativas y de admirable tino y audacia para realizarlas. Partieron, pues, impacientes y precipitadas, como si fueran a extinguir un incendio, y al anochecer llegaron a Fuentidueña, albergándose en la posada de Pastor, de buen trato y no poca bulla, por el mucho tránsito de arrieros y carretería.

El dechado de la sensatez no llegó aquella noche, como se creía, ni a la siguiente mañana. Manolita, del trajín y fieros disgustos de los días anteriores, tuvo que quedarse en el lecho, afligida por una cruel neuralgia, que le cogía todo el lado derecho de la cara, tirándole por el pescuezo hasta el mismo omóplato y entronque del brazo. Toda la noche estuvo en un grito. Por la mañana, después de asistirla y darle unturas, dejándola sosegadita, salió Teresa al portalón de la posada, y de allí a la carretera, que era calle Mayor o principal del pueblo. Gustosa de observar costumbres y de indagar los medios de subsistencia de la gente campesina, recorrió un trozo de calle. Fuentidueña, a más de la granjería agrícola y ganadera, tenía la industria de preparar y tejer el esparto. En todas las puertas de las casas humildes vió Teresa viejos de ambos sexos y mujeres que trabajaban en la empleita, haciendo ruedos, esterillas, serones y otros objetos útiles para personas y animales. Embelesada contempló esta labor humilde, y hablando con alguno de los trenzadores, pensó un momento que sería quizá grato para ella trabajar el esparto a la puerta de su casita, libre de cuidados y sonrojos, comiendo lo que Dios se sirviera darle. Y estando en la vaguedad de estos pensamientos vió que de una puerta próxima salió un mocetón airoso y alto, comiendo pan y queso... El la vió y detuvo su paso presuroso: ella le reconoció al instante, y avanzando hacia él hizo con alegre acento esta salutación:

—¡Ibero, Iberillo!... ¿Tú por estos barrios?... ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes?

Afable, pero contenido siempre en su

rígida seriedad característica, el muchacho le contestó:

—No puedo decirle de dónde vengo ni adónde voy. No me pregunte más, señora...

Sin hacer caso de estos propósitos de reserva, insistió Teresa en sus preguntas:

—Pero ¿qué es de ti?... Cuéntame. ¡Vaya, que estás robusto y sanote!... Y de don Ramón, ¿qué sabes? ¿Sigues con él?

Ibero, respetuoso, se limitó a contestar:

—Perdóneme, señora Teresa. Llevo mucha prisa... He parado un instante para comprar algo que comer.

—¡Y vas a pie, pobrecito!... ¿De veras no te cansas?... Antes corrías por la mar y ahora navegas por tierra.

—Navego por tierras y mares; hago vida libre...

—Tonto, ven acá... Explícame eso. ¿No te parece que rabian de verse juntas la vida libre y esas prisas que llevas? Dime la verdad: tú andas al servicio de los conspiradores. Tú llevas algún parte, órdenes...

Con un *adiós señora,* terminante y cortés, se despidió el mozo, tomando con vivo paso el camino que va del Tajo al Tajuña. La mente de Teresa, caldeada y sutilizada por recientes amarguras, había adquirido en aquellos días un singular poder de adivinación. Con los hechos menudos y las palabras sueltas llegaba por inducción al conocimiento de los hechos grandes, como los hábiles naturalistas que construyen un esqueleto con el simple dato de algunos huesos menores. Viendo el paso vivo de Ibero y recordando las escenas de Valencia, pensaba que la maniobra revolucionaria no estaba lejos, y decía para sí con cierto alborozo: «¡Prim..., Libertad!»

XXI

Siguiendo a Ibero con la vista hasta que desapareció, envidiaba Teresa lo que el gallardo mocetón y semisalvaje entendía por vida libre, y consideraba dignas también de envidia las misiones secretas que a su parecer llevaba... Al volver a su casa, sorteando los baches de la carretera, endurecidos por la escarcha, pasaron junto a ella hombres a pie. Teresa les miró: eran caras conocidas: figuras militares vestidas de paisano. Viéndoles seguir la misma dirección que llevaba Ibero, decía para sí: «¿Adónde irán ésos?... A mí no me engañan... ¡Prim, Libertad!...»

Después de dar un vistazo a su madre, a quien halló profundamente dormida, volvió a pasear por el camino real, acercándose a la cabecera del puente sobre el Tajo. Antes de que a este sitio llegara vió venir cuatro jinetes; apartóse para dejarles paso, y uno de ellos, reconociéndola y llamándola por su nombre con muestras de gozo, paró su caballo. Aunque iba vestido de zamarra, al modo de trajinante rico, y se había dejado la barba, Teresa le conoció: era Clavería. El caballero iba, sin duda, de prisa, y abreviando su saludo entró en materia con rápida y nerviosa frase. Véase lo que dijo:

—¡Qué suerte encontrar a usted aquí, Teresa!... La Providencia anda en esto, de seguro. Oigame un momento, un momento no más... ¿No sabe usted lo que le pasa al pobre Jacinto? No debe saberlo; la veo a usted tan tranquila. Pues en Villamanrique tuvo la mala suerte de perder el dinero que tenía... y el que no tenía. Locuras, Teresa, que en estas circunstancias graves son la perdición de los hombres. Terribles traspiés y caídas ha dado el pobre Leal desde que anda solo por estos pueblos. Y usted, ¿por qué le deja solo?... ¿De veras no sabe que Jacinto fué preso por la Guardia Civil a consecuencia del altercado en Villamanrique? Y no es eso lo peor. Acá le traían con dos criminales cogidos en Belmonte... Pararon en una venta. Jacinto y sus compañeros de desgracia acometieron a los guardias cuando estaban cenando, y gravemente hirieron a uno, golpeándole con una barra. De los presos, uno fué muerto; el otro y Jacinto lograron escapar; vadearon el Tajo... Escondidos están en una casa que verá usted como a doscientas varas al lado allá del puente (señaló al Este). Va usted por aquí; pasa el puente; sigue por un arrabal de casuchas pobres..., después por zarzales que costean un prado. La casa está en ruinas y es llamada del Aguila... No tiene pérdida. La reconocerá usted por un águila de chapa de hierro clavada en una vele-

ta mohosa..., que no gira... Lo que yo digo: a usted no le será difícil sacarle salvo de allí, de noche, llevándole ropas de cura o de pastor con que se disfrace.

Alelada oyó Teresa este relato, sin que se le ocurriera más que esta lógica y natural observación:

—Y usted y esos otros jinetes que le acompañan, ¿por qué no le salvan, amigo Clavería?...

Pronta y contundente fué la réplica del militar:

—Porque mis amigos y yo vamos disfrazados, Teresa, y esquivamos toda ocasión de ser conocidos y descubiertos. Pasamos como sobre ascuas por los sitios en que puede haber guardias civiles, y aquí los hay. Y, además, tenemos que estar sin falta esta tarde en Villarejo de Salvanés. Vea usted a mis amigos camino adelante, a cien varas de aquí... Me aguardan..., están impacientes, están furiosos. No puedo detenerme más, Teresa...

—No se detenga... Yo sé adónde usted va... ¡Prim..., Libertad!

—Ponga usted en salvo al pobre Jacinto. Usted puede hacerlo; yo, no... Adiós. Salve a Leal.

Y sin más conversación picó espuelas y a trote largo fué a reunirse con sus compañeros, que se habían cansado de esperarle. Volvió a su casa Teresa más muerta que viva, y halló a doña Manuela en pie, con la cara hinchada, ceñida de un pañuelo negro, por lo que su rostro tenía aspecto de luna en cuarto menguante. Juntas pasaron el resto del día arrimadas a un brasero. Teresa, taciturna y medrosa, disimulando la turbación de su espíritu; Manolita, satisfecha y locuaz, divagando en amenos cálculos acerca de la nueva casa que habían de poner en Madrid. Llegada la noche, la madre dormía como un tronco; echóse Teresa sobre la cama, y a cada instante se levantaba descalza para examinar ventanas y puertas, y explorar el exterior oscuro, sombras de edificios, esqueletos de árboles, sobre un turbio cielo débilmente iluminado por las estrellas. Horroroso miedo embargaba el ánimo de la pobre mujer. Su idea fija era que Leal sabía que ella estaba en Fuentidueña, y favorecido por la oscuridad de la noche, vendría seguramente, no a darle un escándalo, sino a matarla... Como consecuencia de sus últimas degradaciones en el juego y de andar a tiros con la Guardia Civil, el hombre había pasado de su antigua condición de caballero a la de bandido... Sí, sí; a matarla vendría... Mil veces le había dicho: «Si me dejas por otro hombre, ponte en salvo, Teresa; escóndete, vete lejos. Si no, morimos, tú primero, yo después.»

Al menor ruido, creía que Jacinto forzaba la puerta, o que escalaba la ventana, trepando por una parra que a ella se le antojaba escalera practicable; le sentía los pasos; le sentía los dedos como garfios, agarrándose a imaginarios salientes de la pared; le veía en toda su espantable catadura de facineroso, tal como se le presentó en Tarancón, y oía su ronquera, lenguaje del furor de venganza... Movida de un instinto de defensa, intentó arrimar a la ventana sillas y banquetas, y con el ruido que hizo puso Manolita punto final en sus ásperos ronquidos y acabó por despertarse...

—¿Qué haces, hija; qué te pasa?

Resistióse Teresa a decir la verdad. Pero la madre encendió un mixto, dió luz a una vela que junto a su lecho tenía, y con la mirada inquisitiva y las expresiones cariñosas consiguió que la hija le diera cuenta de los motivos de su inquietud pavorosa. Incorporóse la vieja en el lecho, también asaltada de zozobra, y llevándose la mano al dolorido, entapujado bulto de su cara, habló de este modo:

—¡Ese hombre aquí!... Bueno. ¿Y qué nos importa? No temas nada... Si viniera, con que le diésemos algún dinero se retiraría tan contento. No conoces tú el mundo, hija del alma... Tranquilízate... De noche no ha de venir aquí... Hay buenos perros en la casa; sus feroces ladridos ahuyentan a los rateros y salteadores.

En esto, los perros ladraron furiosamente. Corrió Teresa a la ventana y distinguió bultos en la carretera: hombres que pasaban, no uno ni dos, sino en gran número.

—Parece gente armada, mamá. Han pasado el puente y van hacia allá... Ya sé..., ya sé adónde van... ¡Prim, Libertad!

—Estás desatinada esta noche... Ven, siéntate en mi cana. Charlando conmigo, se te pasará el susto, que no es más que imaginación.

Esto dijo la *sutil tramposa;* mas no logró calmar la excitación de su hija, que no echaba de su alborotado entendimiento la idea de que Leal había de matarla antes de que luciera el día. A instancias de la madre amplió las noticias que motivado habían su espanto, el relato de Clavería y la corta distancia de la casa ruinosa en que se ocultaba Jacinto, *la casa del Aguila*, a doscientas varas por la parte allá del puente. Aunque la muy lagarta de Manolita no las tenía todas consigo, y hasta sentía que el bulto de la cara en peso y volumen aumentaba, adoptó una actitud serena, y con su labia ingeniosa y los recursos de su mundano talento, entretuvo a la medrosa hija hasta que las luces del alba despejaron la oscuridad del cuarto y los sombríos pensamientos de las dos mujeres. Las ocho serían cuando la reverenda señora ordenó a su hija que se arreglara lo mejorcito que pudiera, porque, o mucho se equivocaba, o antes de las diez había de aparecer en Fuentidueña el espejo de los caballeros sentados y administrativos, don Enrique Oliván... En tanto que la joven se arreglaba, la madre se adecentaría un poco, aliñándose la cara y cubriendo con el mejor de sus pañuelos el doliente y feo bulto. Así lo hicieron. Poco trabajo le costó a Teresa ponerse maja y dar realce seductor a su incomparable palmito y a su airoso talle. Doña Manolita, que en gracias personales era ya terreno esquilmado y yermo, hubo de contentarse con lavar sus legañas con agua tibia y darse una mano de gato en lo demás del rostro, lastimado, endilgando luego el hábito y correa, que a su parecer le hacía figura respetable y de notoria dignidad.

En efecto: llegó don Enrique, alojándose en la casa de *Sementales del Estado*, y allá se fué doña Manuela con su bulto y sus marrulleras intenciones. Teresa quedó en casa, en expectación de las órdenes que su madre había de traerle: y como ésta tardase más de lo presupuesto, se aburría lindamente en el cuarto ante las sábanas revueltas, las tazas rebañadas del chocolate, los migajones de pan y las servilletas rasponas conque ella y su madre se habían limpiado los morros al desayunarse. El aburrimiento no tardó en sobreponerse a la paciencia de la guapa moza, y al fin se manifestó en una vivísima gana de echarse a la calle. Desde que las luces del día limpiaron de nocturnas alucinaciones su cerebro, el estado psicológico de Teresa dió un brusco cambiazo, como veleta que se vuelve del Norte al Sur, y el miedo a morir a manos de Leal se trocó en piedad de aquel hombre sin ventura. Bajó al portal; díjole la posadera que doña Manuela había ido a la *Remonta* y después a la iglesia, donde estaba oyendo misa.

Alegre Teresa de la probable tardanza de su madre, y sin pensar lo que hacía, dejóse llevar de un violento impulso de curiosidad y de otro de caridad, ambos nada nuevos en ella, y se metió por las calles del pueblo. La iglesia quedó a su derecha; pasado el puente, luego el arrabal, anduvo, anduvo, pisando terrenos blanqueados por la escarcha, insensible al frío y sin temor ninguno de verse en tal soledad. Creyérase que sus propios pasos eran guías infalibles del punto hacia donde un misterioso afán la dirigía, porque a los quince minutos de pasar el puente, vió una casa que no era *la del Aguila;* luego otra que quizás lo sería... Encontró a un chico que conducía dos cabras; no quiso preguntarle ni había para qué, pues pocos pasos más adelante, a la vuelta de un matorro de zarzas, vió la ruinosa construcción en cuya techumbre gibosa campeaba el pájaro de hierro sobre un torcido vástago de veleta.

Desde el momento en que vió el signo, quedaron las miradas de Teresa clavadas en la casucha y en un tuerto ventanillo con cruceta de hierro, donde algo distinguió que bien podía ser un rostro humano. Acercóse, y en efecto, rostro era, pero no el de Leal... Aproximóse hasta tocar una pared de piedra seca, distante como cuatro varas de la casa en ruinas, y el rostro vaciló un segundo, dos segundos; se movía...; miraba hacia dentro... Pasó otro segundo...; se asomó Leal; el propio Leal; su cara redonda y pálida, sus ojazos, su nariz roma... Quedó el hombre atónito...; debió de nombrar a su amante; pero ésta no le oyó. Con grande emoción levantó Teresa su mano con la palma hacia adelante; luego la recogió llevándosela a los ojos. Tras mediana pausa, Leal, sin maravillarse de verla así, le dijo:

—Te escribí a Tarancón; por eso has venido.

Decidida a mentir, respondió Teresa que sí, y añadió una verdad: supo por Clavería el lugar del escondite, y lo que era menester para sacarle salvo de allí.

—¿Hay Guardia Civil en el pueblo? —preguntó él.

—Respuesta afirmativa...; exhortación de Jacinto a que se retirara. Aunque poca, alguna gente pasaba por aquel lugar desierto. Podían verla..., sospechar..., dar aviso a los guardias. Dijo a esto Teresa que inmediatamente prepararía lo que el amigo le indicó, un vestido viejo de pastor, armas, algún dinero, comida... Esto por el día, y a la noche un caballo para salir como exhalación por aquellos campos.

Habló entonces Leal con voz más entonada. Primero dijo:

—Dos caballos, pues a mi compañero no he de dejarle aquí.

Y luego, echando toda su voz briosa a los espacios que tenía por delante, habló de esta manera:

—No, Teresa; no me traigas nada de eso si antes no me traes tu perdón por las injurias que te dije y las brutalidades mías de aquella tarde... Yo estaba fuera de mí, Teresa; yo llevaba tres noches sin dormir... El juego me emborrachó, y los malos amigos me pusieron de punta el amor propio. Yo era un tramposo y un canalla si no les pagaba... Te aseguro que cuando fuí a quitarte el dinero y las alhajas, yo estaba loco y no sabía lo que hacía... Lo que he llorado aquel agravio, no lo sabe nadie más que Dios, que lo ha visto. Fuí un miserable, no merezco tu perdón...; pero yo te lo pido, Teresa, porque sin tu perdón no quiero ni la libertad ni la vida...; no las quiero, no... Dios lo sabe, como sabe que antes de la barbaridad de aquel día, y después de ella, y en el momento mismo de mi locura, te quise con toda mi alma... Sí, Teresa..., y no te digo más porque me ahogo del gusto de verte y del pesar de haberte ofendido..., y del sofoco de decirte lo que te estoy diciendo... Vete, mujer; mátenme ahora que te he visto... Amor mío único fuiste y eres... Dios lo sabe, y no me digan que no lo sabe..., porque yo sé que lo sabe..., ¡fotre! y bien que lo sabe.

Dijo las últimas frases con inflexión de ira, golpeándose la cabeza contra el hierro y la piedra que le servían de marco. No podía Teresa sacar de su garganta una sola palabra: en su cuello sentía un dogal... Pero de alguna manera, con sílabas roncas, pudo decirle que de corazón le perdonaba. Vió entre el hierro y la piedra la cara inmóvil de Leal y el brillo de sus mejillas mojadas por las lágrimas... Poco después, no vió más que la mano de Leal que, con repetido movimiento, le mandaba que se retirase... Así lo hizo, y a distancia miró de nuevo, y otra vez vió la mano, la cara no, la mano que decía: «Vete, vete.»

Regresó la pobre mujer al pueblo y a la posada, y no fué poca suerte que su madre no hubiese vuelto aún de la visita y careo con el señor Oliván. Este retraso dábale tiempo para serenarse, componer su rostro y pensar en el arduo conflicto que Dios le había deparado. Hizo, al fin, su aparición doña Manuela, sofocada de haber venido con prisa, y se dejó caer en el desvencijado sofá de paja antes de soltar la sin hueso en esta relación:

—Cordera, habrás estado en ascuas por mi tardanza. No he podido evitarlo. Figúrate que al llegar a la *Remonta* me dicen que el señor don Enrique está en misa...; corro a la parroquia, y allí le encuentro. Díjome que hoy, dos de enero, es San Isidoro, el santo de su señora, y que ésta le tiene muy recomendado que celebre como de precepto el día de su santo y los de los santos de toda la familia... Bueno, señor; tuve que cargarme mi misa... Después de todo me alegré porque con tantos ajetreos viene una retrasada en sus obligaciones para con la Iglesia... Concluído el santo Sacrificio, pude hablar con don Enrique, aprovechando un momento en que nos dejaron solos los que le acompañaban... ¡Ay, hija!, está el buen señor todo asustadico y sobresaltado... Dice que aquí no podéis veros, porque viene con él el señor arcipreste de Tarancón, que no le deja a sol ni sombra... Nada, que las buenas formas se imponen ahora más que nunca, y que habréis de tener paciencia y disimulo, para que de esto no se entere nadie... Quedamos en seguir hasta Aranjuez, a donde irá él mañana, en cuanto se sacuda al engorroso arcipreste y a los zánganos de *Sementales*... Aunque nos contraríen estos aplazamientos, yo alabo la cautela de don Enrique, que nos viene muy bien para nuestro decoro..., ¿no te parece? Sí, hija del alma, ya sabe Oliván lo que se pesca...

Este no es un tarambana: éste es de los que saben hacer feliz a una mujer sin faltar a la circunspección, y con arreglo a los preceptos..., etcétera...

XXII

Siempre le fué antipático a Teresa el administrativo personaje. Su alianza con él, gestionada por la *sutil tramposa*, se le hacía muy dura; por fin, en la situación psicológica que le trajo inopinadamente su destino, el hombre la estomagaba... Devolvía su persona o la vomitaba como el bolo gástrico de un alimento indigesto, venenoso. Disimuló heroicamente ante su madre las bascas que sentía, y la dejó concluir así:

—Pues ahora, prenda, te dejo otra vez. No he venido más que a calmar tu impaciencia. Don Enrique me ha citado en la oficina de *Sementales* para darme dinero y sus últimas instrucciones..., pues en caso de que en Aranjuez encontremos testigos pegajosos, debemos seguir a Madrid, donde, por la reunión y revoltijo de tantas almas, hay más libertad y menos cuidado de criticones... Tú te estás aquí quietecita hasta que yo vuelva, y vas recogiendo todo por si es de necesidad que esta misma tarde salgamos pitando, y luego sabrás el dinero que me da... Pienso que no ha de ser poco, si paga como Dios manda esta vida de vagabundas que llevamos por él.

Desobediente a lo que su madre le mandaba, echóse Teresa a la calle minutos después de Manolita, y á distancia discreta la fué siguiendo hasta el lugar llamado *Sementales*, por una larga calleja transversal que iba a parar cerca de la cabecera del puente. Apostada junto al tronco de un árbol, como a treinta pasos de la portada del *Depósito*, vió entrar a su madre; vió, además, dos guardias civiles hablando con dos paisanos. Los cuatro entraron luego y volvieron a salir. La presencia de los guardias infundió a la pobre mujer pavor intenso y un deseo muy vivo de intentar el salvamento de Leal... ¿Pero cómo, si carecía de todo recurso para tal empresa, y a nadie conocía en el pueblo? Nunca como en aquella ocasión echó de menos a Felisa. Si allí estuviera su fiel criada, en ella tendría un auxiliar poderoso, pues era mujer lista, que se metía por el ojo de una aguja... Privada de tal auxilio, a cuantas personas vió, hombres y mujeres, atentamente miraba, tratando de encontrar en los rostros signos indicadores de bondad y nobles sentimientos... Pero aun contando con las almas caritativas, poco hacer podría, por falta de dinero. Con lo que sustrajo del bolsón de su madre aquella mañana, la segunda vez que ésta la dejó sola, no tenía ni para empezar... Y ni su madre ni Oliván habían de darle lo que para tal empresa necesitaba.

Alocada por tales amarguras y ansiedad tan honda, pasó el puente y dejó atrás el arrabal. Por último, en su correr incierto de un lado a otro, con el pensamiento en absoluta indisciplina, sintiendo como si llamas de alcohol, azuladas, se arremolinaran dentro de su cerebro, fué a parar a un lugar desolado, donde yacían sinfín de troncos de chopo recién partidos por el hacha, y en uno de éstos se sentó, rendida del incesante caminar. Hallándose en aquel osario del reino arbóreo, sintió que en socorro de su tribulación venía una idea, la única que podía consolarla y dar al conflicto una solución eficaz. La sintió llegar a su mente, entrar con timidez... La incitó a entrar como en su casa, y la acarició después para que no se escapara. Esta idea era compartir la suerte de Leal, y dejarse llevar con él adonde Dios quisiera llevarle. No tardó la voluntad con fuerte vibración en disponerse a ejecutar el soberano deseo. Levantóse Teresa del tronco, y con un ojear rápido trató de indagar el mejor camino para trasladarse en breve tiempo a la *casa del Aguila*... No pocos pasos de un lado a otro tuvo que andar para orientarse, y lo consiguió al fin, describiendo una gran curva al través de los campos. Algunas casas que había visto antes acabaron de señalarle el derrotero. Su idea, como estrella milagrosa de las que alumbran de día, con certera indicación la guiaba.

En el trastorno de sus sentidos para todo lo que no fuese su idea temeraria, vió, como vagos espectros o apariciones, dos hombres agobiados por cargas de sarmientos, chiquillos vagabundos que apedreaban a los pájaros; se fijó en el vacío nido de cigüeñas prendido en la torre de la iglesia; miró el cielo azul, brumoso en el horizonte, el suelo abri-

llantado por la escarcha, las ovejas flacas que pastaban en los rastrojos, el lejano escuadrón de álamos sin hoja, alineados en las márgenes del Tajo..., y al fin, descollando sobre el gris difuso del paisaje, la *casa del Aguila*, de ladrillo viejo y quemado, con violentos chorretazos de rojo sanguíneo.

Al cabo, como en la misteriosa ordenación de los sucesos del mundo no suelen ir éstos bien acordados con nuestras ideas, resultó que, de súbito, un vago rumor de humanas voces apartó de la *casa del Aguila* la atención de Teresa llevándola a un apiñado grupo, distante un tiro de fusil en dirección contraria al pueblo. Creyó ver la moza en aquel gentío tricornios de la Guardia Civil. Maquinalmente corrió allá, delante y detrás de unas cuantas personas, igualmente movidas de curiosidad... Poco habían andado cuando sonó un tiro. Detuviéronse medrosos hombres y mujeres. Alguna gente de la que a los guardias rodeaba retrocedió con susto y azoramiento... Teresa oyó estas confusas explicaciones del suceso: «Dos bandidos que cogieron en la *casa del Aguila*... Nada, que han tenido que matar a uno..., que estaba rabioso y se echó sobre el civil, mordiéndole la mano... No fué así, mujer..., como el bandido no quería dejarse llevar, y saltó la zanja, de un tiro le dejaron seco... No, hombre: el bandido sacó un hierro que había cogido de las rejas de la casa, y quiso clavárselo al guardia...; vele allí herido..., el guardia herido..., el bandido muerto... Ese ya no la hace más... A la Guardia con esas bromas... Vamos al pueblo a contarlo... No vayas, que ya está aquí todo el pueblo.»

El corazón de Teresa, con breve lenguaje trágico, dijo a ésta que el bandido muerto era Leal. Su propio terror llevó adelante los pasos de la desdichada mujer, y confundida con los curiosos, vió y comprobó con sus ojos lo que el corazón le había dicho. Era Jacinto... Muerto yacía sobre un rizabo, traspasada la sien de un tiro, contraídos aún brazos y piernas del furor que precedió a su muerte... Quiso matar, y pereció al primer intento. En la mueca de su rostro quedó estampada su última exclamación de insana rebeldía. Apagados, sus ojos eran fieros; muda, su boca blasfemaba... Huyó Teresa despavorida en dirección del pueblo; mas luego tomó camino distinto, que si la horrorizó el cadáver de Leal, no menos la espantaba la idea de ver a la sutil zurcidora de Manolita Pez. De ella y del remilgado caballero burocrático quería huir para siempre. Voló, pues, con las alas de su pánico; pasó el puente, la calle principal, y aunque el aliento le iba faltando, con esfuerzo de pulmones siguió campos adelante, hasta que desaparecieron de su vista las casas de Fuentidueña de Tajo. Ya era tiempo de respirar, y así lo hizo, tirándose en el suelo.

En aquel reposo de su cuerpo, yacente en el frío rastrojo, fué acometida de una pena insuperable que abrumaba su espíritu. Claramente veía que ella era culpable de la muerte del pobre Leal, porque con increíble simpleza, movida de un miedo nocturno, reveló a su madre el sitio donde el infeliz hombre se ocultaba. Cierto era, como la luz del día, que su madre llevó el cuento al señor Oliván, éste al alcalde... Lo demás del terrible suceso por sí mismo se reconstruía... ¿Quién le sugirió a ella la perversa confianza que tuvo con Manolita, la indiscreción de aquella noche aciaga? El demonio, sin duda. Y el demonio fué más listo que los ángeles, pues antes que éstos la incitaran a perdonar, el maldito había tramado la delación... Sí, sí; todos los agravios fueron perdonados cuando vió a Leal en situación tan miserable, escondido de la Justicia como un facineroso. Bien segura estaba de que su intención frente a la siniestra *casa del Aguila* fué perdonar, perdonar sin reserva...

Mas ni con estas consideraciones, ni con otras que hizo al ponerse en pie para seguir andando, consiguió el menor alivio de la enorme pesadumbre que tenía sobre su conciencia. Con todo aquel peso y el de su cuerpo fatigado siguió a campo traviesa, hallándose, al caer de la tarde, en un camino real que, a su parecer, era el que partía de Fuentidueña para los pueblos del Tajuña. Desfallecida, pidió socorro en una caseta de peón caminero, donde su bella persona y traje levantaron un vientecillo de sorpresa, curiosidad y murmuración. La caminera y dos vecinas, con chiquillos en brazos, le dieron pan y aceitunas, y ofreciéronle hospitalidad para pasar la noche que ya se venía encima. Aceptó Teresa

la comida y no el hospedaje, diciendo que tenía prisa por llegar al pueblo próximo, de cuyo nombre no se acordaba. Maravilladas las mujeres de que la hermosa señora, bien trajeada, no supiese el nombre del lugar adonde iba, dijéronle que era Villarejo de Salvanés... Sin disimular con una breve explicación su extraña ignorancia del pueblo adonde se dirigía, siguió adelante, dejando en la casa caminera un remolino de maliciosas conjeturas.

La noche cubrió de sombras el camino. En la soledad medrosa de su andar lento oyó Teresa tras de sí formidable rumor de creciente intensidad, como si las aguas de un gran río se desbordasen y corriesen en seguimiento de ella para cogerla y arrastrarla al mar. Asustada se detuvo; el ruido no era de aguas desbordadas, sino de miles de caballos que estremecían la carretera con su trotar vivo, *quadrupedante sonitu*. Apartóse, y dejó pasar la ola. Su alterada imaginación le aumentaba la veloz ringlera de corceles que, a su parecer, no tenía fin... No iban desmandados, pero sí con menos orden del que se admira en las marchas ordinarias de Caballería. Oyó las voces de los jinetes, raudas, desgarrándose en la velocidad y estiradas por el viento en flotantes hebras. No entendía; mas bien adivinaba... ¡Prim... Libertad!

Viendo pasar los veloces caballos, recordó Teresa que en la propia dirección habían ido Clavería con algunos paisanos y el intrépido vagabundo Santiago Ibero, con su frugal desayuno de queso y pan. Sin duda, iban todos hacia el pueblo cercano, cuyo nombre le enseñaron las mujeres en la caseta del caminero. Era Villarejo de Salvanés. Pensando en esto, cristalizó, al fin, en la mente de Teresa un propósito fijo, referente a sí misma, y se dijo: «Por aquí se irá también a Aranjuez, y por Aranjuez pasa el tren de la Mancha. Allá me voy; tomo mi billete de tercera, y me planto en Herencia, donde viviré con Felisa... hasta que quiera Dios aliviar mi alma de este peso que me agobia.»

A Villarejo llegó Iberito al mediodía del 2: al atardecer, Clavería y sus comilitones, que fueron recibidos por amigos disfrazados de paletos. Dijeron éstos a Clavería que el movimiento se había preparado en Madrid con arte y precauciones muy sutiles, que forzosamente traerían un éxito loco. ¡Ya era tiempo, vive Dios! Se contaba con tropas de las acantonadas en Leganés, con las del cuartel de la Montaña, y con otras que en el mismo día 3 darían el grito en Avila y Valladolid, produciéndose de este modo levantamientos simultáneos que el Gobierno no podría sofocar por pronto que acudiese. Se contaba, también, con la Caballería de Alcalá de Henares y con Cazadores de *Figueras*, que guarnecían aquella ciudad. En cuanto a los regimientos de Caballería *Calatrava* y *Bailén*, acuartelados el uno en Aranjuez, el otro en Ocaña, ya podían decir que los tenían en la mano. El primero estaba cogido por el capitán Bastos y el coronel Merelo; el segundo traíanlo Terrones y Oñoro: los dos amanecerían en Villarejo. La *cosa* se presentaba esta vez con buen cariz. El general, con *Calatrava* y *Bailén* y las fuerzas de Alcalá, caería sobre Madrid, donde gran parte de las tropas de la guarnición estarían sublevadas.

De madrugada llegó a Villarejo por el lado de Arganda un coche ligero de los que llaman *góndolas*. En la puerta de una casa de buen aspecto, propiedad de un acomodado labrador de la villa, descendieron cinco caballeros vestidos de cazadores: eran Prim, Miláns del Bosch, Pavía y Alburquerque, Monteverde y Carlos Rubio. De este último se duda que fuera vestido de cazador, como dice la historia: en todo caso, su traje sería el de los desastrados pajareros que, en las cercanías de Madrid, persiguen gorriones y pardillos. Prim, sobre las prendas venatorias, llevaba un gabán con el cuello levantado; se había constipado en el viaje y tiritaba de frío. Monteverde y Miláns del Bosch llevaban capotes de campo. En cuerpo gentil iba Pavía, insensible a la baja temperatura. Lo primero que preguntó el general al entrar en la casa fué si habían llegado los uniformes. Allí estaban desde mediodía, y no sólo llegaron los uniformes, sino algunos comisionados de comités de provincias y mensajeros que traían interesantes avisos y comunicaciones. Entre éstas agradó mayormente a Prim la que trajo de Levante un avispado mozo que, por su puntualidad y tino, por la ligereza de sus piernas, parecía el hijo predilecto de Mercurio.

Si Alicante y Valencia, como se anunciaba, respondían al movimiento el mis-

mo día 3, apuradillo se vería el Gobierno para acudir a echar agua en tantos incendios. Llegaron asimismo, en el curso de la noche, paisanos y catalanes, entre ellos uno muy arrogante y decidido, cabecilla de agitadores callejeros, a quien llamaban el *Noy de las Barraquetas*. La misión de éstos era salir de allí con proclamas que irían repartiendo en todo el tránsito hasta Barcelona... Nadie durmió aquella noche; nadie pudo eximirse del delirio expectante, del presumir y anticipar el suceso futuro, que todavía era un enigma. En las cabezas grandes y chicas ardían hogueras. Las llamaradas capitales, *Prim, Libertad*, se subdividían en ilusiones y esperanzas de variados matices: Prim y Libertad serían muy pronto Paz, Ilustración, Progreso, Riqueza, Bienestar...

XXIII

Desde el amanecer, la humilde Villarejo, comúnmente silenciosa y pacífica, parecía un campamento. *Calatrava* y *Bailén*, y la turbamulta de paisanos, fueron recibidos con grande estrépito de aclamaciones. Acto seguido, las improvisadas cantineras servían a los sublevados: el aguardiente del vecino Chinchón venía, como llovido, a confortar los ateridos cuerpos, y a encender en las cabezas los sentimientos más patrióticos. Un vértigo de organización corría de un lado a otro, y las órdenes restallaban a lo largo de las calles villanescas, como las tracas de la fiesta valenciana. ¡Caballos, hacen falta caballos!... Cuatro fueron los que con el suyo trajo Clavería; de Huete, de Tarancón y Aranjuez vinieron como dos docenas, parte montados, parte conducidos por patriotas.

Al fin, como se pudo, arreglóse que tuvieran cabalgadura los amigos más inmediatos a Prim, y los demás, los que venían de mirones o para hacer bulto, «que se apañaran borricalmente, o en los camellos que la Casa Real había instalado en Aranjuez.» Esto decía Miláns del Bosch, siempre inquieto y jovial, multiplicándose en los sitios donde había dificultades que vencer. Era corto de estatura, vivísimo de genio. Vistos una vez, nunca se olvidaban su encendido rostro, su bigote largo y su mirar impulsivo. El auditor de Guerra, Monteverde, cautivaba la atención por su lucida estatura y la nobleza y hermosas líneas de su rostro, alta la frente, blanquísima la barba Dejábase tratar llanamente de todo el mundo, y sus compatriotas, los canarios, le llamaban *Frasco Monteverde;* era hombre modesto, sencillísimo, afable gran corazón, y uno de los amigos más adictos y leales que tuvo don Juan Prim. Pavía no se dejó ver en la calle, atento al estado de ánimo del general, que a la seis de la madrugada extrañaba no haber recibido aviso de hallarse en marcha los sublevados de Alcalá; a las ocho comenzó a sentir inquietud, y a las diez impulsos de montar a caballo para salirles al encuentro. En el pueblo corría la voz de que los de Alcalá estaban ya en Pozuelo del Rey; pero, ¿quién había traído la noticia? Los pájaros, el deseo tal vez.

Ello era que, no sin motivo, se hallaban todos en ascuas, porque al general se habían dado vehementes seguridades de que los Cazadores de *Albuera*, los Coraceros del *Rey* y el de la *Reina*, con Cazadores de *Figueras*, se pondrían en marcha en la noche del 2 al 3... En estas ansiedades estaban los más allegados a Prim, cuando llegó a Villarejo, reventando el caballo, un capitán, llamado don Bernardo del Amo, con la triste nueva de que las fuerzas de Alcalá no «habían podido salir», y que las de Madrid se «quedaban en sus cuarteles» esperando mejor ocasión. ¡Y para traer la noticia de tal desastre, el capitán había corrido con velocidad de hipogrifo! ¿Pero qué había pasado? El jadeante mensajero no podía contestar concretamente. Los de Alcalá no salieron cuando debían, por un error o un azoramiento de Lagunero; y antes de que intentaran salir nuevamente, se echó encima el general Vega Inclán, a quien había telegrafiado el Gobierno... En Madrid, según indicó Del Amo, hubo imprudencias, delaciones... Sobre los entusiasmos de Villarejo se desplomó el cielo con toda su pesadumbre glacial de tenebrosas nubes.

Si el horrible desengaño dejó a los pobres insurrectos enteramente aplanados y casi sin respiración, Prim oyó con frío dolor la noticia, que era un toque más de la fatídica trompeta del fracaso, que ya conocían bien sus oídos. De tantos golpes y adversidades, de tantas esperanzas fallidas en el momento supre-

mo, el hombre se había hecho estoico. Su alma se revestía de coraza durísima, y su propio amargor bilioso le tenía bien preparado para más intensas amarguras. La magna empresa política y militar requería el valor de los héroes, la paciencia de los bienaventurados, y quizás la abnegación de los mártires. De todo había de tener un poco, y aun mucho, pues el reino de la Justicia y de la Libertad que intentaba conquistar se alejaba cuando parecía estar al alcance de la mano, y a cada embestida del expugnador se revestía de mayor fortaleza... Y ante el nuevo fracaso érale forzoso aguzar su entendimiento para decidir pronto si debía volverse a su casa vestido de cazador, como vino, o ceñirse la espada y montar a caballo para salir a una fugaz aventurilla en los campos manchegos. Lo primero era desairado, lo segundo peligroso. Optó por lo peligroso, solución más conforme con su altivez. Había llegado a Villarejo con la ilusión de reunir un ejército como el que O'Donnell llevó a Vicálvaro, y el *mons parturiens* no le dió más que los húsares de Aranjuez y Ocaña. ¿Cuál era el contingente efectivo de *Calatrava* y *Bailén?* Pavía le dió la cifra exacta: «Seiscientos ochenta y cuatro hombres.»

Pues con sus «seiscientos ochenta y cuatro» jinetes y la irregular cuadrilla de paisanos armados, se sostendría en campaña todo el tiempo que pudiese. Corría el riesgo de ser acosado por tropas que O'Donnell mandara en su persecución. ¿Pero no podría sobrevenir algo feliz entre tantas adversidades? Aún no se tenían noticias de Avila, donde Campos y González Iscar debieron pronunciar el batallón de Almansa; ni de Zamora, donde Villegas y Pieltain cooperaban resueltamente. Si éstos cumplían en Castilla, y Latorre en Valencia, y Ferré no se había dormido en Tortosa, quizás el alzamiento, que tan torcido nació en Villarejo, podría enderezarse, cobrar aliento y vida... Adelante, pues, y Dios diría. Decidido a probar fortuna, y sin oír otra voz que la de su esforzado corazón, salió Prim al campo; arengó a sus húsares, que le respondieron con vítores ardientes, y quedó dispuesto que se dedicara la noche al descanso, pues tenían por delante grandes fatigas y privaciones.

En las primeras horas de la mañana del 4, con un frío casi glacial, salió de Villarejo la tropa sublevada. Hallábase el gran Ibero en la plaza, metiendo maletas y fardos de víveres en la *góndola* que había traído al general y a sus amigos, cuando se sintió tocado, brusca y pesadamente, en el hombro. Al volverse, se encontró con la cara rugosa de un payo viejo, y estas corteses razones:

—¿Es usted, por casualidad, un mozo de ojos negros, mismamente, a quien llaman Santiago Ibero?... ¿Sí?... Gracias a Dios que acierto, señor. Pues vengo de parte de una señora que en mi casa está, si no moribunda, poco menos.

Respondióle Ibero que él no podía dejar su obligación por acudir a mujeres desconocidas, y el hombre siguió así:

—Bien hará en ir adonde le llaman, que la señora desvalida tiene buena traza, y en el llorar y en la hermosura es, a mi ver, como la Magdalena, aunque sea mala comparación... Y dígame ahora dónde se halla un caballero militar llamado don Jesús, a quien también desea ver la madama.

Ibero señaló a Clavería, que muy cerca estaba, instruyendo a los paisanos en el orden de marcha... Antes de abocarse con él, el payo viejo indicó a Ibero la situación de su casa, que blanqueaba no lejos de allí, a la incierta claridad de la mañana brumosa... Fué Santiago de un vuelo al sitio de donde con tanto apremio le llamaban, y vió a Teresa en estado lastimoso, yacente sobre una estera mal cubierta de mantas, la hermosa cabellera destrenzada y terrosa, como si hubiera servido de escoba para barrer el suelo, encendidos los ojos de fiebre y llanto... Una vieja y dos mozas, en cuclillas, junto a ella, la miraban con piedad y querían reponerla con friegas y vino caliente.

Apenas vió al errante mozo, trató la doliente Teresa de explicarle con entrecortadas voces su situación y sus deseos... Se había quedado sola en el mundo. Ya no tenía madre; ya no tenía tampoco a Leal... Todo su afán era reunirse con su criada Felisa, habitante en Herencia. Andado había la infeliz toda la noche... Sacando fuerzas de flaqueza, trataba de llegar a Aranjuez, donde tomaría el tren hasta Madridejos...: pero le habían faltado las fuerzas, cayéndose como cuerpo muerto en el camino real... En esta parte de la relación, entró Cla-

vería, y Teresa hubo de repetir algo de lo dicho, refiriendo además la desastrada muerte de Leal... En su desolación, entendió que Dios no la abandonaba por completo. Acordóse de los amigos que tenía en el ejército de Prim, y a ellos acudía en demanda de socorro, pues aunque no le faltaba dinero para tomar en Aranjuez billete de tercera, no lo poseía para llegar al Real Sitio en cualquier galerín o carromato, y antes que ir a pie, prefería que la llevasen de una vez a la sepultura.

No la dejó concluir Clavería. Impaciente y compadecido, fluctuaba entre sus obligaciones, momentos antes de la marcha, y su piadoso deseo de atender a la guapa moza. Solucionó, al fin, estas dudas a lo militar, soltando cuatro gritos y apoyándolos con patadas enérgicas:

—No podemos entretenernos en arreglarle a usted su viaje, Teresa... ¿Adónde va, pues? ¿A Herencia, a Madridejos, a la Argamasilla? No, no lo repita usted, Teresita, pues ni tiempo de escucharla tenemos ya... Yo no puedo abandonar... a la viuda de un tan querido amigo mío... ¡Eh, hala! Usted se viene con nosotros... ¡Chitón!... No admito réplica ni observaciones... ¿Qué tiene que decir?... Silencio... A callar, digo. Ibero, cógela y métela en la *góndola*. Si chilla, que chille; no le hagas caso... Cuando el carricoche pase por aquí, mandas parar, y adentro con ella. Figúrate que es un fardo más que llevas...; un bulto más, quiero decir... Abur... Hasta luego.

Corrió desalado...; ya los batidores y cornetas iban saliendo del pueblo.

No le valió a Teresa protestar del despótico proceder de Clavería. Hecho Iberito a la estricta obediencia de lo que se le mandaba, metió en la *góndola* el no muy pesado bulto de Teresa, como una carguita más entre las que se llevaban; le arregló en el interior el mejor y más cómodo sitio para que descansara, y... andando velas... ¡Rediez!, antes de pelear habían cogido los sublevados un hermoso botín. Por cierto que al enterarse del camino que seguían, volvió Teresa al toletole de su espanto y lloriqueo, diciendo:

—¿Pero qué..., me llevan otra vez a Fuentidueña? No, por Dios; no... Ibero, déjame en medio de la carretera antes que llevarme a ese pueblo, donde puede verme mi madre, puede verme el desaborido señor de Oliván.

Recomendóle Ibero silencio y paciencia, y como la quejumbrosa no le hiciera gran caso, tomó la actitud de un guardián inflexible, y así le dijo:

—Usted, señora, va donde la lleven, y yo, que aquí estoy para cuidar de usted, como ha mandado el señor Clavería, no la echaré a la carretera, ¿estamos? Cierre el pico y no tenga miedo, que aquí no se permiten alborotos... El capitán ha dicho que al pasar por los pueblos se guarde el mayor silencio..., y que de haber gritos, sea no más que *¡viva Prim!... ¡Viva la Libertad!* Pero de ningún modo gemidos ni cosas tristes, porque tal como va usted, señora, parece que la hemos robado para divertirnos por el camino.

Y pasaron por Fuentidueña, sin tropiezo, Prim y sus húsares, aclamados, aunque nadie sabía si traían la victoria o iban tras ella. Teresa, inadvertida, cuidadosamente arrebujada y tapándose la cara con un pañuelo. Lo primero que hizo Prim, una vez que pasó el Tajo, fué mandar cortar el puente, incomunicando así su menguado ejército con las columnas que O'Donnell había de mandar en su persecución. Sin detenerse, dejó la carretera de las Cabrillas, siguiendo por caminos transversales hasta Santa Cruz de la Zarza, donde pernoctó. Alojáronse los principales de la expedición en casas del pueblo, otros en corralizas y corralones, y Teresa quedó muy a gusto en el coche, pues, según dijo mil veces, no quería que nadie la viese, y sólo deseaba llegar pronto a una estación del ferrocarril por donde pudiera encaminarse a Herencia.

A visitarla fué Jesús Clavería, y la encontró más consolada y repuesta, aunque todavía chillaba de vez en cuando: que tan fácilmente no había de pasar la trágica emoción de su desdicha. Ordenó luego al buen Ibero que si Teresa no iba bien en la *góndola*, la trasladase a un carro de la impedimenta, acomodándola sobre sacas de paja. También le recomendó, con severidad, que cuidase a la lastimada y enferma señora y, al fin, le dijo:

—De acuerdo con el general, te dejo venir en la columna, en previsión de algún servicio que puedas prestar; pero ya sabes..., has de obedecer ciegamente

cuanto se te mande. Con tu vida me respondes de que Teresa no tendrá nada que sentir en su viaje, y de que nadie le ha de faltar al respeto y consideraciones que se le deben.

Tan al pie de la letra cumplió Iberito estos mandatos, que aquella noche misma hubo de tener una seria cuestión con dos albéitares de *Calatrava*, que se permitieron ametrallar con chicoleos a Teresita, por pasar el rato y tantear el terreno...; que si tendría los ojos más bonitos si no llorara tanto...; que si se tapaba demasiado la pechera...; que ellos le darían conversación para distraerla... Todo esto le pareció a Ibero de una descortesía impertinente, y llegándose a ellos, en actitud decidida y calmosa, les dijo:

—Caballeros, déjense de ofender a esta señora con flechazos y tonterías, porque aquí estoy yo con órdenes terminantes para no permitirlo... ¿Qué?... ¿Se ríen?... ¿Toman a chacota lo que les digo?... Pues el guasón que no esté conforme, salga al camino con el arma que quiera o a puño limpio, y Dios dirá quién se ríe y quién se pone serio... Fuera de aquí, y que no les vea yo más molestando a esta señora.

XXIV

Penetrando en el espíritu de Jesús Clavería, y leyendo en él la verdadera intención del interés que por Teresa se tomaba, lo primero que se encuentra es la piedad, después el egoísmo, que en todo hombre existe más o menos imperante, aunque lleve el nombre de nuestro Salvador. Pensaba el amigo de Leal que, muerto éste, le correspondía la herencia de los únicos bienes que al morir dejaba: las gracias de Teresa. La viudez de ésta no podía ser larga, si en Madrid hacía feria de sus encantos. Pues él, Jesús Clavería, la libraba del sonrojo de buscar nueva protección, y conociéndose ambos como se conocían seguramente habían de llegar a formal inteligencia. Firme en esta idea desde el instante en que la encontró desolada en el casucho de Villarejo, determinó llevársela en el convoy hasta donde pudiese sin escándalo. Procuraba que ni sus compañeros ni el general le descubrieran el botín. De aquéllos temía la envidiosa rivalidad; de Prim, que prohibiese llevar en su ejército sublevado impedimenta de mujeres.

De Santa Cruz de la Zarza salieron el día 5 buscando los caminos manchegos. Por el excelente espionaje que le servía, supo Prim que el general Zabala, destinado a perseguirle con tres batallones de Infantería, seis escuadrones y ocho piezas de batalla, había llegado a Villarejo en la noche del 4. ¡Qué acertado fué inutilizar el puente! Zabala no podía seguir otro camino que el de Colmenar y Aranjuez para cortar el paso a los sublevados en algún punto de la línea de Alicante, si éstos la pasaban para tomar la dirección de Portugal. Pero Prim picó espuelas, y arreando toda la noche adelantó muchas horas a Zabala. Al amanecer del 6 divisaba los molinos de viento de Tembleque. ¡Oh Mancha, oh tierra del ensueño caballeresco!... Por cierto que en aquel punto quiso Teresa quedarse; mas la disuadieron con el engaño de que la columna pasaría por la propia Herencia. Notó Ibero que la pobre mujer no se rebelaba ya tan enérgicamente contra estas fábulas, o que iba entrando en la superchería, dejándose querer, dejándose llevar. Y el bravo teniente coronel, acariciando sus gratos pensamientos amorosos, se decía: «¡Qué Herencia ni qué niño muerto! Aquí ya no hay más herencia que la mía, que yo la heredo, que Leal me ha dejado por heredero..., y aquí no ha pasado nada.»

Camino de Madridejos, donde pensaba pernoctar, supo Prim que, además de Zabala, venía contra él el general Concha, que había improvisado una columna con dos compañías sacadas de Albacete y paisanos armados. Y no era esto sólo, pues de Madrid venía Echagüe con tropas de todas armas. Hallábase, pues, entre dos fuegos, entre tres generales aguerridos, que se disputarían la gloria de cogerle y hacerle pagar cara su insana osadía. No sería flojo triunfo burlarles a los tres y escabullirse por entre los pies y patas de tantos hombres y caballos... En Madridejos, donde pasaron la noche del 5 al 6, no expresó Teresa con tanto ardor su propósito de ir a reunirse con Felisa; más bien se notaba frialdad en lo que días antes fué deseo febril. Las impresiones trágicas se borraban quizás, o sólo persistían en la

forma de turbación de conciencia. El gusto de vivir en conformidad con el Destino iba ganando terreno en aquella pobre alma, y los accidentes del viaje, que ya traían incomodidad, ya novedades y distracciones, producían el efecto sedante. De nada carecía; los conductores del carro, bien gratificados, la trataban con respetuosas consideraciones, creyendo, tal vez, que era una condesa o archipámpana que llevaban en rehenes, y, por fin, para mayor tranquilidad de ella, se iba disipando el peligro de que su presencia causase escándalo, pues desde Tembleque venían no pocas mujeres agregadas al convoy, unas arrastradas con vago magnetismo por la tropa, otras movidas de su propio impulso a la granjería de cantineras o proveedoras. La cola de un ejército, y más si éste va sublevado proclamando altos ideales, la emancipación de los esclavos, el fuero de los humildes, lleva y arrastra siempre un jirón del temporal o eterno femenino.

De Madridejos siguieron a Villarta, donde el general recibió el soplo de que por el tren iban treinta vagones de tropa en dirección a Manzanares. Mientras Prim descabezaba un sueño en Villarta, Zabala dormía en Tembleque, distante cuatro leguas. En Daimiel acechaban al rebelde fuerzas superiores, y a Toledo se aproximaba ya Echagüe y Serrano del Castillo. Por cierto que al de Reus le sacó de quicio lo que de él dijeron Concha en su proclama de Alcázar de San Juan y O'Donnell en su discurso del Senado. El primero le llamó *traidor* y *cobarde*; el segundo denigró a su rival con la especie de que al salir de Villarejo *había huído cobardemente*. Para acabarlo de arreglar, don Leopoldo dijo en aquella sesión tonterías angélicas, de las que él mismo para su sayo había de reírse: que nadie se había unido al general sublevado; que el ejército estaba indignadísimo, y que de toda la Península venían telegramas expresando el amor de los pueblos a su reina, *y el entusiasmo por el orden público*. Con perdón del ilustre duque de Tetuán, el grave historiador *Confusio* se permite afirmar que desde Túbal hasta nuestros días, ningún español se ha entusiasmado por el orden público... Hablando en plata, ridícula era la indignación de Concha y O'Donnell, sublevados el 41 y el 54. Ninguno de los dos tenía autoridad para coger la trompa y dar con ella estridentes notas de disciplina.

Ninguna importancia tienen en la Historia estos trompetazos, vano ruido de los principios, que no ahoga la música rítmica de los hechos. Lo que sí tiene importancia histórica es que, alojada Teresita en una buena casa de Villarta, entró en ella, requiriendo agua, jabón y peines, deseosa de adecentar su persona y quitarse la mugre y sombras de tristeza que la deslucían. Gran parte de la noche empleó en acicalarse y en restaurar su hermosura, que estaba como empañada; luego le sirvieron la cena, y otra vez al carro de pajosas blancuras... A las dos de la madrugada salieron en dirección a Daimiel, atrevida marcha que dispuso Prim para mayor burla de sus perseguidores. Avanzó la columna toda la mañana por terreno blando pantanoso, erizado de peligros para la Caballería; pasaron muy cerca de los *Ojos* de Guadiana, que en aquellos húmedos lugares sale a ver la luz después de soterrarse como avergonzado de sí mismo; vadearon charcas, pisaron juncales y eneas, y al amanecer, a la vista del pueblo, desfilaron de dos en dos por estrecha faja de tierra. Allí dispuso el general un rápido quiebro hacia el Norte; pasaron nuevamente por los *Ojos*, vadearon el río con el agua al pecho de los caballos, y, sufriendo ásperos rigores de la humedad y el frío, llegaron a Villarrubia de los Ojos, lugar grande, cuyos moradores trabajan, tuercen y manipulan la enea para fondos de sillas y otros utensilios; lugar, además, bien abastecido de quesos, hogazas, corderos y otras materias nutritivas, y de añadidura el más liberal y expansivo de toda la Mancha.

Salieron a recibir a los sublevados alcalde y médico, señorío, pueblo y hasta los curas, con lucida vanguardia de mujeres y muchachos, cuyos clamores y chillidos alegraban el aire vago. Allí, cuanto había en el pueblo se les brindó para mantenimiento de la tropa; allí se improvisaron festejos, con música de guitarras y bullas de panderetas; allí, en fin, no quedó alabanza ni lisonja que no le dijeran al de Los Castillejos por su valor y liberalismo. Pero el entusiasmo de la honrada villa fué defraudado por el propio don Juan, al decir que sólo

permanecería el tiempo preciso para dar a caballos y hombres un breve descanso. Monteverde, Miláns del Bosch y Clavería aprovecharon la breve parada para salir a los alrededores del pueblo a una tirada de palomas, que en espesas bandadas por el inmenso cielo discurrían, y en un par de horas mataron y cobraron algunas docenas de aquellas inocentes aves.

Corto tiempo duró el regocijo, porque el general mandó tocar a botasilla, y, con desconsuelo de unos y otros, salieron las tropas, tomando la dirección de los montes de Toledo. ¿Adónde iban? Siempre atrevido y gallardo, discurrió don Juan obsequiar con una cena en sus dominios, el palacio y cazadero de Urda, a los soldados y oficiales que en aquella sin igual aventura le seguían. Fué una humorada de gran señor y una temeridad de caudillo, pues iban a colocarse a pocas horas de Echagüe. Pero ¿qué importaba?

—A los que sostienen que es un disparate estratégico—dijo a sus allegados—, les contestaré que es impulso mío, iniciado al llegar a Villarrubia, y los impulsos que con violencia nacen en mi ánimo jamás los sofoco, porque sé que no han de conducirme a nada malo. Adelante y démonos prisa, que a un paso regular pienso que allá estaremos a las diez de la noche... ¡Qué gusto poder dar a estos leales muchachos el repuesto de vinos de primera que allí tengo! Todo es poco para ellos, que me siguen sin saber adónde los llevo... Por de pronto, los llevo a mi casa... Después, ya se verá, porque los olores de nuestra cena podrían llegar hasta las narices de Zabala o Echagüe, y entonces..., ¡sabe Dios!... ¡Ah, cómo se habían de divertir mis amigos Salamanca y Carriquiri si los tuviéramos aquí... Y ellos estarán ahora diciendo: «¿Por dónde andará ese loco de Prim?...» Y el loco de Prim, el *traidor* y *cobarde* Prim, camino de Urda... He aquí un sublevado que se va a su casa...

Con estas y otras humoradas iban ganando camino. Al anochecer, el terreno se les endurecía, se les elevaba, presentándoles repechos y accidentes que con ímpetu vencían los valientes caballos. La noche se presentó oscura, fría y serena, y el cielo, sin luna, les mostraba la gala de sus constelaciones. Pronto se vieron rodeados de sombrías masas arbóreas, chaparros agigantados por la oscuridad. Penetraban en el monte; la Caballería, de dos en dos, culebreaba por los senderos torcidos, buscando la divisoria entre las aguas de Guadiana y Tajo; a veces, su paso era lento, por obstáculos del camino o por vacilación de los guías. Después de las diez, salió por las sierras del Conde una luna menguante, roja, con media cara comida... Dijérase una cara con dolor de muelas, entrapajada del lado izquierdo; pero aun así, la presencia de la diosa infundió gran regocijo a los caminantes, que con exclamaciones de alborozo saludaron la dulce claridad que les traía. Iba la luna perdiendo su encendido color conforme subía por los cielos adelante, bruñidos como bóveda de acero. Las pocas nubes que los enturbiaban antes de la aparición del astro se retiraron barridas por la escoba de un nordestillo sutil. Dentro de sus dólmenes mataban los húsares el frío, que aún no era demasiado intenso, y los caballos no sentían bajo sus cascos la dureza de la helada. La claridad lunar, melancólica, que parecía traer a los oídos murmullos de consejas, alumbraba el país, dando su verdadera forma a la vegetación enana, chaparros, enebros y escaramujos, y a la más corpulenta de hayas y encinas, algunas de silueta extravagante. Conforme adelantaban, iba creciendo a la vista la flora selvática, que de improviso desaparecía, dejando ver las lomas calvas, en cuyas redondeces desleía la luna tintas, aquí verdosas, allá violadas.

Reaparecían las masas de monte bajo y alto. Luego se vieron fogatas de carboneros... Hacia ellos iba el ciempié ondulante de la Caballería, traqueteando con infinita cadencia de los herrados cascos sobre un suelo desigual, torcido, pedregoso... Pasó junto a los carboneros la tropa sublevada, con su general a la cabeza, y aquellos infelices, que en faena tan ruda se pasaban la vida, el pecho al fuego y las espaldas al frío glacial, miraban a los húsares como un ejército fantástico. Atónitos y con la boca abierta permanecían viéndolos pasar, sin saber de dónde salían tales hombres ni qué buscaban por aquellos riscosos vericuetos. No podía ser de otro modo: sus ideas políticas eran muy vagas; su conocimiento del mundo, harto

borroso. Conocían a Prim de nombre; algunos le vieron cazar en el coto de Urda... ¡Pobre gente! Para ellos no había más *obstáculos tradicionales* que la nieve y ventisca, la miseria y el bajo precio del carbón.

XXV

En Urda ya la columna, el general, sus amigos y la oficialidad se alojaron en el palacio, que parecía castillo. Los restantes acomodáronse en las dependencias, y a la tropa se le dió orden de acampar en el lugar más abrigado del monte, con permiso de hacer hogueras, cortando toda la leña que fuese menester. El general repartía entre sus leales soldados la *bucólica* y la bebida fina que en sus bodegas y despensa guardaba. La juvenil alegría dió a los soldados increíble presteza para proveerse de combustible y encender buen número de fogatas. Los grupos, bulliciosos, se formaban, se descomponían y volvían a formarse por improvisadas o antiguas atracciones de amistad. Toda la loma próxima al castillo se convirtió en verbena, iluminada por las llamas y por el júbilo que encendía los corazones... No sintió poco el buen Clavería tener que aceptar alojamiento dentro del castillo. Rehusarlo sin que se trasluciera la causa de su desgana no podía ser; y aunque Miláns y Monteverde estaban en el ajo, y quizá el general, la dignidad no le permitía descubrir su flaco. Dispuso que Teresa vivaquease en un sitio que él designó en los extremos del campamento; mandó arrimar el carro, encender una buena fogata, y se llevó consigo a Ibero, para enviarlo luego con lo mejor que pudo encontrar: fiambres excelentes, botellas de burdeos y borgoña, y un palomino de añadidura.

Bien se le conoció a Teresa que era de su agrado el campamento nocturno, con aire y toques de verbena, sin duda, por ser cosa no esperada y novísima, contraria totalmente a las privaciones propias de un ejército en campaña. A pesar del frío, le causaba desazón el resplandor ardiente que en la cara recibía, y con la venia de su guardián se apartó al resguardo de unas retamas espesas, que eran cómoda pantalla frente a la hoguera. Quedaba, pues, la buena moza en una sombra agujereada, y así recogía un calor discreto, cernido por los huequecillos de la planta. Allí fué Ibero para llevarle el pichón asado, un fiambre superior, galletitas sabrosas y vino de Burdeos. Todo esto en platos, con tenedores, cuchillos, vasos y cuanto se necesitaba para cenar con limpieza, que así las gastaba el castellano de Urda con sus comensales, ya se albergaran en el castillo, ya acamparan a la intemperie. Los soldados sabían prescindir de tales adminículos, empleando el desembarazado servicio de sus dedos. Retenido por Teresa, que quiso darle parte en todo lo que cenaba, Santiago se sentó a la sombra de las retamas, junto a la hermosa mujer, y, observando que comía con mediano apetito, le dijo:

—Bien se ve que va usted reponiéndose, y que todas aquellas tristezas y ganas de morirse se han ido quedando en las zarzas del camino. Por eso no hay cosa mejor que correr, correr por el mundo. Yo lo he probado.

—Lo que ves, Santiago, es la obra natural del tiempo, que cuando una quiere morirse, él no la deja, y es también efecto de los aires puros y del descanso... Pues aunque me veas animada y hasta de buen color, no pienses que mis penas se calman, ni que estoy menos desesperada que lo estaba en Villarejo... Del suceso de Tarancón me ha quedado remordimiento tan grande, que no sé cómo conllevarlo: no puedo echar de mi cabeza la idea de que Leal pereció por culpa mía, de que yo vine a ser quien le mató, pues su muerte fué haberle dicho a mi madre dónde estaba escondido.

—Pero también me ha contado usted que el decirlo a su madre fué por un sobrecogimiento y terror de medianoche. Esto le disminuye la culpa.

—No disminuye, Santiago, no y no —dijo Teresa, que, al tiempo que comía con finura y boca chiquita, quiso presumir de conciencia muy escrupulosa—. Lo que yo siento más es que Jesús Clavería, en vez de llevarme en la columna, llamando la atención y dando que hablar a la tropa, no me dejara en donde yo pudiera confesarme...

—¡Lástima que no traigamos castrense!

—Mientras yo no le cuente a Dios este gran delito, no se me aliviará la con-

ciencia ni tendré paz en mi alma. Pero si yo le dijese a Clavería que me dejara ir a confesarme a Toledo, donde hay más curas que longanizas, me soltaría cuatro ternos, y tendríamos un disgusto.

En este punto de la conversación, los pensamientos de ambos interpusieron una pausa, que cortó Ibero, después de comer un bocadito y rascarse la oreja.

—A mí me ha enseñado mi maestro, don Ramón Lagier—dijo—, que cuando tenemos el alma pesarosa por culpas cometidas, no debemos esperar a encontrar cura, pues para esto cualquier persona natural es cura..., o como quien dice, que el sacerdocio no debe ser oficio de unos cuantos, sino función de todos...

—¡Valientes disparates te ha enseñado tu don Ramón!... ¡Confesarme con Juan o Pedro!... ¡Bonita religión me gastas, chico! Y todo es para decirme con rodeos que me confiese contigo.

—No le digo tal cosa. Pero si quiere referirme sus pecados, los oiré.

—Mis pecados, ya los sabes; los sabe todo el mundo, porque no soy hipócrita y tengo mi conducta por todos lados abierta, para que la fisgoneen los ojos amigos y enemigos... Dime de ellos todo lo que se te ocurra, clérigo sin misa... Y de mis remordimientos por la muerte de Leal, ¿qué me dices?

—Pues antes de decir lo que pienso, he de saber si usted quería, si amaba con verdadero amor al hombre muerto por la Guardia Civil.

Perpleja, dejó Teresita en el plato el pedazo que comía, que era de lengua escarlata, y soltó la suya para decir sin gran timidez:

—Amor..., lo que amor se llama, no sentía yo por él... Este sentimiento es raro, y sólo una vez en la vida, o de tarde en tarde, lo sentimos... ¿Entiendes tú de eso, o es menester que yo instruya a mi confesor? Amor no se puede tener a muchos hombres, uno tras otro... Se tiene, cuando Dios lo manda, por uno, por cualquiera, a veces por el que parece menos digno... No sé si me entenderás; eres un inocente... Pero si ese amor no lo sentía yo por Jacinto, la estimación en que yo siempre le tuve era muy grande. El fué mi sostén largo tiempo, y atendió a mis necesidades con largueza; él me cuidó en mi enfermedad como si fuera yo su esposa o su hija... ¿Qué dices, tonto? ¿Por qué miras al suelo?... ¿Buscas en él una respuesta que te habrán escrito los espíritus? Tú no entiendes de amor, Ibero, y es tontería que quieras meterte a médico de las almas.

Distraídos por la bullanga que alegraba el campamento, suspendieron su conversación. Los soldados reían y cantaban, improvisando coplas, y junto a la hoguera, que daba demasiado calor a Ibero y Teresita, un despabilado húsar soltó este cantar, que cayó en gracia y fué corriendo de boca en boca por toda la columna:

Con Prim a la cabeza,
y el brigadier Miláns,
Bailén y *Calatrava*
a la victoria irán.

A la madrugada, el cansancio y las libaciones apagaban el entusiasmo alegre. Callaban una tras otra las voces, absorbidas por el sueño, y las últimas que se anegaron en el silencio fueron las de la gente adyecticia de ambos sexos: cantineros y arrimados. Esta cola de la cola vivaqueaba lejos de Teresita, que al sentar sus reales pidió ser colocada distante de la patulea... Preguntóle Ibero si quería recogerse a su carro, y ella contestó que no tenía sueño; que, con las cosas que él le dijo, la conciencia se le había puesto en mayor alboroto. Opinó Santiago que debía esperar consuelo del tiempo y de una vida de rectitud, a lo que asintió Teresa, diciendo:

—Si logro hacerme a la moralidad y a la modestia, Dios me perdonará..., y también me perdonará Leal, ya esté en el Purgatorio, ya esté en el Cielo.

—Se encuentra—afirmó Ibero con viveza—en la infinidad del Universo, donde los seres que en cuerpo aborrecieron, en espíritu se adornan de bondad y perdonan...

—Ahora recuerdo—dijo Teresa, como sorprendida de su flaca memoria—que crees en esa religión o en esa magia de los espíritus...

Viendo a Ibero afirmar con la cabeza, prosiguió así:

—Los cuerpos se descomponen, y los espíritus van y vienen..., moran en el cielo, en el aire o en lo que no es el aire; vuelven acá cuando les da la gana, andan entre nosotros y ven lo que

hacemos y oyen lo que decimos... ¿No es eso?...

Nuevas afirmaciones de Ibero con la cabeza. Teresa se levantó bruscamente, murmurando:

—Por Dios, no me digas esas cosas, que me dan mucho miedo... ¡Los espíritus aquí, volando entre nosotros por esta oscuridad, entre estas breñas!... ¡Y vendrán, y me tocarán...! Tocar, no, porque no tienen mano, no tienen cuerpo... ¡Jesús, Virgen Santísima, amparadme..., defendeme de los espíritus!... ¡Ay, qué miedo! Que se vayan al Cielo, al Purgatorio, y me dejen en paz.

Desoyendo lo que Ibero le decía para tranquilizarla, se apartó de la hoguera, por entre retamares más cerrados y laberínticos. Tras ella fué Santiago; pero el temor de asustarla le mantuvo a corta distancia.

Teresa, entonces, alzó la voz, llamándole:

—Santiago, acércate; no me dejes sola. Sola tengo más miedo... Por aquí hay espíritus. ¡Oh, qué miedo! Yo no los veo, pero ellos me ven a mí...; yo siento que me ven.

Llegóse Ibero y la cogió de una mano suavemente para volverla a donde antes estuvieron. En los matorrales penetraba la luz de la luna por aberturas y huequecillos de las formas más irregulares. Masas de vegetación se iluminaban fantásticamente, y otras quedaban en sombras angulosas, extravagantes, trágicas, burlescas... Aterrada, se llevó Teresa la mano a los ojos, dejándose conducir por Ibero como un ciego por su lazarillo...

—Tengo mucho frío... El terror me ha dejado helada—le dijo cuando llegaban junto a la hoguera—. Déjame sentar aquí un rato... Toca mis manos..., son hielo... Como hablábamos de espíritus... No; era yo quien hablaba, y tú decías que sí con cabezadas... Pues me pareció que andaban detrás y delante de mí... Ahora mismo, si cierro los ojos, los veo... No es ver, precisamente: es sentirlos... Y también, créemelo, oí como suspiros..., ruido de pasos por el aire, ruido de gasas que rozaban con los espinos... No sé, no sé... Lo que más me aterra, Santiago, es sentir detrás de mí a Leal y oír que me dice...: «Perra, por ti me mataron.» Siempre me llamaba *perra* cuando se ponía furioso...

—Todo ese terror—le dijo Ibero—es imaginación o sobresalto nervioso, y nada tiene que ver con el espiritismo... Yo no puedo explicar a usted ahora lo que creo, lo que mi maestro me enseñó y lo que he podido experimentar yo mismo. No se puede enseñar eso sino a las personas dispuestas a creer y que están con el ánimo sereno. A los medrosos y a los incrédulos no hay manera de aleccionarlos. Hablemos de otra cosa.

La hoguera, sin llamas, era ya un gran rescoldo, en que relucían las brasas con esplendor decadente, rodeadas de tizones humeantes. Dormían los soldados a la larga o en posturas insólitas. Teresa, sentada, los codos en las rodillas y el rostro en la palma de la mano, miraba las brasas, buscando en los cambiantes del fuego entre cenizas signos de un lenguaje desconocido, y, por desconocido, interesante. Alzando de pronto sus miradas al cielo, hizo la observación de que la claridad de la luna quitaba su brillo a las estrellas y apenas se veían pestañeando las más grandes.

—Sin verlas—dijo Ibero—, yo sé dónde están todas las que conocemos y estudiamos. Mi maestro me ha enseñado el cielo, y yo me lo sé de memoria; puedo decir en cada estación y en cada mes y en cada día: ahí está tal constelación, tal estrella. Vea usted, Teresa, y apréndalo si quiere, que este libro del firmamento enseña más que todos los que hay en la tierra estrellados de letras de molde... Aquí, sobre nuestras cabezas, tenemos la *Cabra:* se ve bien clara. Más abajo, los *Gemelos*. A la derecha, cayendo ya hacia Occidente, tiene usted a *Orión*, la gala del cielo; encima, el *Toro*, y debajo, el *Can Mayor*. Brilla tanto, que parece que nos sonríe y que nos habla... Mire más arriba y verá el *Can Menor*, que también es una señora estrella, y allá, por el Este, tenemos al *León* y su estrella mayor, que se llama *Régulus*... Si la noche fuese oscura, le enseñaría a usted más maravillas... Eso que usted ve, estrellas grandes y otras tan chicas que parecen polvo, ¿qué es, Teresa? Pues un sinfín de soles, cada uno con mundos o planetas que los acompañan. Eche usted mundos... Pues en todos hay habitantes, personas o seres, humanidades que en el *más allá* de los infinitos *más allá* serán tal vez divinidades.

—¡Cuánto sabes! —dijo Teresa con franca admiración.

—Todo me lo enseñó el capitán, que es el gran maestro... Diré a usted, señora, para que me conozca bien, que cuando me escapé de la casa de Nájera para lanzarme al mundo, iba yo con mi cabeza llena de aquel viento que saqué de los libros de Historia que leí... Ya se lo he contado. Llevaba yo la idea de ser un héroe como aquellos que me trastornaron con sus proezas increíbles. Yo no me contentaba con menos que con hacer otra vez la conquista de Méjico, sirviendo al lado de Prim, o luchando solo y por mi cuenta, que hasta a esto llegaba mi desatino. Pero aquella pompa de jabón reventó, ¡plaf!, aire, nada... Vinieron mis desgracias, trabajos y miserias a quitarme las ideas de guerra y de hazañas estrepitosas... Y lo peor fué que, reventado y caído, no se me abrió el entendimiento a otras ideas, a pensares distintos del matar gente y meter bulla en el mundo. Como un idiota estaba yo cuando me cogió el capitán Lagier, y sobre aquel terreno baldío de mi idiotismo fundó el maestro su enseñanza. Aprendí a conocer, primero, el mar y el cielo; después, algo de nuestras almas...

—¡Cuánto sabes!—repitió Teresa, elevándose más en la admiración—. Bien se ve que has leído. Ya me figuraba yo que había más mundo que éste en que estamos; pero no creía que fuesen tantos, tantísimos... Como que no hay matemática ni ringlera de números en que puedan caber... Y las personas que hay en ellos, ¿son como nosotros, o son los espíritus? Cuerpos habrá también allá, y muerte habrá; y si del nacer nacen los cuerpos, del morir nacen los espíritus, que van y vienen, vienen y van... Esto la vuelve a una loca. A ti, Santiago, ¿no te trastorna el pensar en esto?

—No, porque yo empiezo por reconocerme de una pequeñez tal, que no hallo cosa bastante chica con qué compararme. Pero chico y todo, invisible de puro chico, sé que mi pensamiento es parte del pensamiento total, y que un querer mío o un sentimiento mío no están aislados del sentir y del querer que envuelven toda esa masa de mundos vivos...

Para comprender tan sutil sabiduría hizo descomunal esfuerzo de sutileza el pensamiento de Teresita; mas antes de llegar a la receptividad mental que deseaba, le salió de toda el alma nueva onda de admiración. Nunca había oído cosas tan bellas y grandiosas como las que Ibero le decía; nunca vió tanta convicción en las ideas, unida a tanta sencillez en la manera de expresarlas, y por esto, y por la admirable rectitud y dignidad que Ibero ponía siempre en sus actos, entendía que era un hombre extraordinario, excepcional, tal vez único en el mundo.

XXVI

—Con lo que ahora me has dicho afirmó Teresa—, voy comprendiendo mejor lo que en otra ocasión te oí de esa religión... particular tuya... y de tu corto catecismo. Cuéntamelo otra vez.

—Mi maestro me enseñó la religión más sencilla y una moral que por mucho que se la quiera estirar escribiéndola no ha de ocupar más que una carilla de papel de cartas... Pero yo no necesito escribirla, porque en mi memoria están grabados los diez mandamientos, grabadas las obras de misericordia, y con esto me basta... Y, como dije a usted otro día, yo me desentiendo de curas, frailes, obispos y de toda persona encapuchada que quiere mandarme al cielo o al infierno, o que viene a pedirme dinero por un sacramento, por un sufragio...

—Poco a poco, Ibero—dijo Teresa, que si en el fondo de su alma pensaba y sentía lo mismo, creíase obligada, por presunción señoril, a opinar con sensatez—; recoge velas, y párate un poco. No podemos romper con la sociedad... Somos parte de ella, somos un grano de esa gran piña...

—Yo me desgrané, señora mía, y hace tiempo que ando suelto por estos mundos. Ya sabe usted que no gusto de vivir en ciudades, y cuando me veo precisado a estar en ellas, rabio por salir y correr a mi antojo. Desde chico, me tiraba la vida libre. No me agradan las poblaciones ni los barcos fondeados. Por la mar me llevan el vapor o el viento; por la tierra, mis pies. Andando de un lado a otro, se mete uno más en el pensamiento universal y se arrojan al aire las amarguras y tristezas...

—Eres muy joven, Santiago—le dijo Teresa, cariñosa—. Puede llegar un día

en que te cases... ¿Has de condenar a tu mujer a vivir como los gitanos?

—Eso, no. Viviremos en lugar fijo, pero no en ciudades.

—Pues yo te aseguro que difícilmente encontrarás mujer que quiera compartir contigo esa vida huraña. ¿A que no la encuentras?

—¿A que sí?... Tiempo ha que la encontré, señora doña Teresa. Mi maestro me ha dicho que en el mundo existe siempre lo que deseamos. Es cuestión de buscarlo bien. La mujer que ha de ser mía existe, y yo la conozco, y sé que quiere tenerme por suyo... Sus pensamientos me buscan a mí, como los míos la buscaban a ella.

Pidióle Teresa informes claros de la que, sin duda, era divinidad o estrella caída de los cielos altísimos; pero Santiago se negó a entrar en pormenores y a decir el nombre y calidad de la mujer que había de ser su compañera en esquivas soledades de tierra o mar. A su tiempo se lo diría... ¿No le consideraban como salvaje? Pues los salvajes ni gustan de vivir en poblados, ni poseen ese decir libre y sin freno que mueve a las confidencias. Llevó muy a mal Teresa las razones con que el mocetón defendía su secreto, y, dándose por lastimada, le dijo:

—Quita allá, tonto. Maldito el interés que tengo en conocer a tu princesa del pan pringado; métela en un escapulario y cuélgatelo del pescuezo... No se te vaya a perder esa reliquia... Según veo, has tomado careta y arrumacos de salvajismo para hacerte el interesante..., y luego, con cuatro bobadas del Universo, del pensar de las estrellas y con el *quitaos, ciudades,* y el no *me toquéis, curas,* te das tono y pasas por sabio... Déjame que me ría de ti... Me haces gracia, Iberillo.

El reír de Teresa rasgaba el silencio de la fría noche. No tardó en derivar hacia la seriedad con estos graves conceptos:

—Mira al cielo, Santiago, y verás que las estrellas que me enseñaste van cayendo de este otro lado, como la luna. Debe de ser muy tarde... Dame la mano y ayúdame a ponerme en pie, que estoy entumecida.

Levantóse, y cuando iban hacia la casa, o sea el carro, Teresa siguió hablando así:

—Te dije que de ti me reía... Fué por oírte, Santiago... ¿Por qué callas? ¿Te has enojado conmigo? ¡Valiente tonto! Verás... No es que me ría de ti, sino que... Vamos, yo deseo tu bien... Bueno es el salvajismo, pero no tanto. Me gustaría que te dejaras aconsejar de mí y me contaras todo lo que has hecho y lo que piensas hacer. Ya verías qué buenos consejos te daba yo... Porque tú sabes cosas del cielo; pero en las de la tierra no das pie con bola.

Callaba Ibero. Desconsolada del silencio de él, Teresa pasó de la exhortación a las quejas.

—Ya ves, chiquillo: en tantos días como has estado cerca de mí, no has tenido conmigo la menor confianza. Todavía no me has dicho lo que hiciste desde que te vi en Valencia, allá por junio, hasta que nos encontramos en Fuentidueña y en Villarejo, hará quince días. ¡Seis meses de vida que no quieres descubrir!... En ese medio año, ¿navegabas o qué hacías?... Y otra: ¿qué comisiones llevabas tú a Villarejo? ¿Era cosa de los oficiales que conspiraban en Tarragona, o te mandó el capitán Lagier con cartas y avisos el general, poniéndole en autos de otros preparativos?... Todo esto debías decírmelo, así como lo de tu novia: quién es, dónde vive, qué puntos calza, qué pitos toca... Ya sabes que sé guardar un secreto..., y aunque sean dos.

—Deje los secretos donde están, Teresita—respondió Ibero—, que cuando se les cambia de arca, algunos en el aire se quedan.

—Bueno, bueno; guárdatelos. ¡Pues no eres poco avaro de tus pensamientos!... La verdad, no he visto reserva como la tuya. Y tus cosas son tan raras, que no hay cristiano que las entienda. ¿Cómo se explica que si has ido a tu pueblo y te has presentado a tu padre y a tu madre, consientan éstos que andes en esa vida libre, arrastrada? ¿No están tus padres en buena posición? Si es así, ¿qué padres son esos que te permiten vivir a lo gitano?... ¿Es que tu padre te tiene al servicio de Prim porque así le conviene?... ¿Es que don Santiago Ibero, militar retirado, también conspira?... ¡Vaya, que es cargante tu silencio! Pues me reiré, me reiré de ti. Sin duda, conoces los planos del gene-

ral. ¿Sabes acaso qué miras lleva, qué reformas hará cuando triunfe?

—Nada sé de lo que piensa el general ni pretendo saberlo. Soy muy pequeño para que me digan ciertas cosas. Pero, por lo que me dicta mi razón natural, entiendo que el general hará lo que llaman una revolución; y decir aquí *revolución*, será lo mismo que decir *justicia*.

Queriendo Teresa manifestar de algún modo ideas sensatas y positivas frente a las vagas, tal vez quiméricas, aspiraciones de su amigo, soltó este pequeño programa:

—Andese don Juan con cuidado el día de la victoria, si es que ese día llega. Que corte y raje por donde quiera; todo puede hacerlo, menos destronar a doña Isabel y traernos la libertad de cultos.

Ni aprobación ni conformidad oyó de los labios desdeñosos del salvaje. Este habló de otra cosa.

—Métase en el carro, que viene un gris traicionero y usted no está hecha a estas frialdades... Ya despunta el alba..., mensajera del sol... ¿Qué le pasa, Teresita? ¿Qué sobresalto es ése? ¿Tiene usted miedo? ¿Qué teme usted, viniendo conmigo?

—Sí, tengo miedo—murmuró la mujer, demudada, temblando—. Siento espíritus. Por ahí andan, Santiago..., y eres tú quien los ha traído con las tonterías que me cuentas... No me digas que no... Los he sentido... Por esta oreja me pasó uno, y aun creo que me dijo algo... ¡Ay, ay, otro espíritu! Y éste es de los malos, porque me ha dado un empujón... ¿Te ríes? Pero ¿cuándo amanece, Dios mío? ¡Nunca vi noche más larga!

—Ya viene el día; ya los soldados sacuden el sueño; ya esos bultos tendidos son menos inertes. Bajo las mantas se desperezan los brazos vigorosos... Mire usted más allá, Teresa, junto a las encinas. ¿Ve unos hombres que parecen salir de debajo de la tierra? Son los cornetas, que van a tocar diana. La claridad blanca del día va devolviendo a todas las cosas su forma y color. Observe usted el patear de los caballos; oiga los relinchos con que dicen que han dormido bastante.

—Lo veo; veo y oigo lo que dices... Pero yo tengo miedo... Con la luz del día se van los espíritus; pero dentro de mí queda el miedo, este miedo que es mi conciencia sublevada, mi pena por el mal que hice... No me convencerás de que no fuí yo quien mató a Leal... Esta idea me vuelve loca... Y el espíritu de Leal me persigue..., y adonde quiera que yo vaya irá él.

Deseando tranquilizarla, Ibero la obligó a meterse en el carro, donde tenía mantas para entapujarse y requerir el sueño. En esto, el frío cristal del aire fué rayado, como con diamante, por el son agudo de los clarines, que tocaban diana. Era el himno militar, no tan militar quizá como religioso; la voz que con dejos de plegaria despierta a los hombres y los llama a las obligaciones de la guerra. Teresa, con nerviosa inquietud irritante, se arrebujó bien desde los pies a la coronilla; luego descubrió el rostro para decir:

—Al toque de diana empiezan tus quehaceres. Tienes que dar pienso a las mulas y ayudar a los carreteros... Entre tanto, me dormiré, que buena falta me hace. Ya me va entrando sueño. Fíjate bien en lo que te encargo: en cuanto acabes tus ocupaciones, vienes y me despiertas. Tengo que decirte una cosa.

—Dígamela ahora.

—Ahora no puede ser: tengo que dormir antes de decírtela... Vete... Ya oigo el lenguaje fino de los carreteros. Cuidadito, Santiago; vienes y me despiertas... No, no; ahora no te lo digo.

Volvió a desaparecer entre las mantas el lindo rostro. Minutos después, Teresa dormía..., con permiso de su conciencia. Y no había terminado el salvaje Ibero sus faenas matinales, cuando le sorprendió la súbita aparición de Clavería, el cual, apartándose con él de la caterva de machacantes y acemileros, le dijo:

—Prepárate, que vas a un recado.

—¿Lejos, señor?

—Como lejos, muy lejos, no es... Pero tampoco es cerca. A Madrid tienes que ir. Como tu bagaje es no más que tu persona y un lío en que metes dos mudas de ropa, ya estás andando, que hay prisa. Sales ahora mismo; tomas el camino de Orgaz, ¿ves?, por aquella loma..., rumbo Norte clavado. En Orgaz dejas a la izquierda el camino de Toledo, y te vas hacia Almonacid del Campo, y de allí derecho a pasar el Tajo por las barcas de Ateca. Te indico ese camino porque no conviene que pases

por Toledo, donde está Echagüe con la columna que nos persigue. Andando todo el día.... no es mucho: doce leguas.... puedes llegar a Villaseca, al otro lado del Tajo, antes de medianoche. Duermes seis horas.... y mañana sigues por Pantoja, Yeles, Torrejoncillo, Parla, Getafe.... y en Madrid a las dos o las tres de la tarde. Eres buen andarín, excelente geógrafo... No te detendrás a gandulear, ni equivocarás el camino... En Madrid, a las tres de la tarde... Para no sofocarte, te pongo las cuatro. Ahora, fíjate bien en lo que tienes que hacer en cuanto llegues. ¿Ves esta carta? Has de entregarla a don Ricardo Muñiz; pero en el sobre no se ha escrito este nombre, sino otro con las mismas iniciales. Mira, lee: «Señor don Roque Muñoz.» Lee este nombre y olvídalo porque la verdadera dirección, *Ricardo Muñiz*, ha de ir bien grabada en tu memoria. Repite este nombre, repítelo muchas veces. Que yo lo oiga, que yo lo vea bien grabado con buril dentro de tu sesera...

Repitió Ibero el nombre y apellido hasta que Clavería dijo:

—Basta. Confío en tu agudeza y en el interés con que sirves al general. Pues lo mismo has de grabar en tu memoria las señas, que no son las que aquí se ponen: «Carretas, diez.» Olvida esto, y coge y graba la verdadera dirección: «Carmen, uno.» Repítelo.

—No es necesario—dijo Ibero, valiente y seguro de sí mismo—. Carmen, uno; es muy fácil de recordar. Yo compongo este barbarismo: *Carmuñardo*, donde están al revés las sílabas mas sonantes de las tres palabras: calle, apellido y nombre. No se me olvida; esté usted tranquilo.

—La carta está escrita en un lenguaje cifrado y convencional, y si te la quitaran, nada sospechoso ni justiciable encontrarían en ella. La entregarás a ese señor en propia mano, sin perder horas ni minutos. Toma y guarda... Y ahora, fíjate en un segundo encargo, también del general... y mío—saca otra carta—. Aquí tienes... Esta no lleva la dirección disimulada. ¿Ves? «Señor don José Rivas Chaves, del comercio. Desengaño, diecinueve.» Es una recomendación para que te coloque en su comercio de telas —abre la carta: Ibero la lee rapidamente—. ¿Te enteras? Tu, el «portador de la presente», vas a Madrid en busca de colocación, y yo, que aquí firmo José González, y me llamo corresponsal de Rivas Chaves en Orgaz, te recomiendo a él... Todo es figurado: la carta, en escritura invisible, que Chaves hará salir del papel por un procedimiento químico, le dice cosas muy distintas de lo que va escrito con tinta ordinaria... Este amigo mío te recibirá muy bien, y te dará lo que necesites para tus gastos en Madrid, o para los que tengas que hacer luego.... que aún no he concluído, Santiago. Me has prometido sumisión, obediencia absoluta.

—He prometido y cumpliré. ¿Qué tengo que hacer?

—Pues desempeñados los encargos que llevas a Madrid, te vas a Samaniego, no como peatón desastrado, sino en el tren, y con el empaque y avíos que te corresponden. A este gasto proveerá el amigo Chaves. Ya te dije que tus padres no consienten, se resignan, a tu vivir errante, desligado de toda disciplina..., pero a condición de que dos veces al año por lo menos, vayas a verlos. En julio último, después de lo de Valencia fuiste allá. Prometiste volver en octubre, y ésta es la hora que...

—No pude—dijo Ibero prontamente—. En septiembre fuimos al mar Negro, a cargar trigo, y no volvimos hasta muy avanzado noviembre. Después...

—Sea lo que quiera, irás a Samaniego, y pronto. Tu padre, que pudo someterte dejándote coger el chopo a la edad en que todo español es soldado, no lo hizo, y te redimió del servicio militar... Tu padre tiene debilidad por ti: cree que en tu independencia salvaje hay como una exaltación de los sentimientos más puros y una quinta esencia de las ideas más honradas y nobles... Yo no sé si está en lo cierto, o tan alucinado como tú. En fin, has de ir a su presencia.. Tanto Santiago como tu madre desean que pongas alguna regularidad en tu emancipación. Me consta que han escrito al capitán Lagier para que te encarrile un poco, obligándote a estudiar formalmente y examinarte de piloto, que la marina mercante es honrosa carrera. Con esto, ya sabes cuanto tenía que decirte... Falta una cosa: toma dinero para lo que necesites en el viaje de aquí a Madrid. Si en los pueblos de la Sagra encuentras algún galeón o coche-correo lo tomas, y anticipas unas cuentas

horas tu llegada. Recoge tus bártulos, y ya estás echando a correr. Adiós, y hasta la vista, que lo mismo puede ser en Madrid que en el valle de Josafat... Adiós.

En un periquete se dispuso Ibero para partir. Una duda cruelísima le atormentó breves momentos. ¿Qué haría? ¿Despertar a Teresa para despedirse de ella, o largarse con la fácil despedida que llaman *a la francesa?* Acercóse al carro y vió el informe bulto liado en mantas. Vagamente marcábase al exterior el cuerpo de la buena moza, como una escultura embalada para el transporte. La quietud y rigidez del envoltorio indicaban profundo sueño. No, no; ¿a qué despertarla?... Seguramente se dolería de verle partir, porque él, en su errante soldad, la entretenía con amenas conversaciones... Pensó hacerle una muda despedida, colocando sobre ella algunas flores, que no habían de ser ofrenda de enamorado, sino de amigo... Pero ni rastro de flores se veía en aquel adusto y enriscado suelo. Fué, y ¿qué hizo? Cogió unos tomillos olorosos, y con cuidado los puso en aquella parte del bulto que al pecho correspondía.

«Ya comprenderá que he sido yo quien le ha puesto los tomillos—decía el hombre al retirarse—. ¡Pobrecilla! ¿Y si cree que se los han puesto los espíritus?...»

XXVII

Con ánimo decidido emprendió el gran Ibero su marcha hacia los Yébenes, por un país rocoso y montaraz, más habitado de alimañas que de personas. Guiábale su sentido geográfico, admirable don que aprendido parecía del trato con las aves emigrantes; alas le daba su deseo de cumplir lo mandado y de contribuir a los planes del general, y, por fin, el ir a Madrid en aquella ocasión causábale gran regocijo, por las razones que él mismo habría dado a conocer si su reserva característica no rigiese lo mismo para sus amigos que para los lectores de sus aventuras.

En esta favorable disposición atravesó breñales, quintos y dehesas; pasó el Amarguillo, y salvando las asperezas de la sierra de Orgaz, llegó a la feudal villa de este nombre, donde dió a su cuerpo un reparo nutritivo, siguiendo hacia Mascaraque y Almonacid. En terreno menos quebrado fué su marcha más segura y metódica; a nadie preguntó el camino; derecho iba en busca del río Algodor, por cuya margen izquierda había de llegar a la barca del Tajo. ¿Quién le enseñó esta topografía? Dios y un plano que en Madrid meses antes había visto. Ello es que felizmente pasó en la barca poco después de anochecido, y que, impávido, se metió en los despejados campos de la Sagra; durmió cinco horas en un mesón de Villaseca, y a las tres de la madrugada emprendió de nuevo la caminata. El limpio y estrellado cielo, que en aquella seca región multiplica la opulencia de sus constelaciones, le fué de gran compañía y entretenimiento en su viaje. Después de reconocer sus amistades estelarias del Zodíaco y del hemisferio Sur, puso toda su atención en la *Polar*, que veía sin mover los ojos ni la cabeza, pues hacia ella derechamente caminaba; y adorándola por su inmovilidad más que a las otras vagabundas, con ella conversaba en estilo mixto de oración y confidencia.

Soñador caminante, así decía: «Hacia ti voy, hacia ti van mis pasos y mi corazón, estrella de la constancia y de los pensamientos inmóviles. ¿Qué hombre no tiene una *Polar* en su alma? Yo la tengo, y toda mi vida gira en derredor de ella... A ti, *Polar* del cielo, miro yo, porque en ti veo la imagen de mi estrella terrestre, puesta en esos altos altares para que yo la adore. Mi estrella es, como tú, inmutable, señora de todo el Universo y señora mía...» Si no con los términos precisos que aquí se ponen, con otros semejantes hablaba Ibero en sus coloquios con la *Polar*, y ello era de dientes adentro, que si fuera en lenguaje sonado y si alguien lo escuchara, se le tendría por poeta descarriado, que al ritmo de su andar componía versos sin rima... Al pasar por Yeles, aclarando el día, un galerín de seis asientos que sólo llevaba cinco personas le brindó fácil transporte a Madrid. Ajustóse con el mayoral, metióse en aquella caja con ruedas, y como el camino no era malo y las caballerías supieron cumplir, al filo de las diez y media dió fondo el gran Ibero en la Cava Baja.

Poniendo el deber sobre todo, sin to-

mar descanso ni alimento, se fué el mensajero a cumplir la misión que un bárbaro signo, *Carmuñardo*, representaba en su mente. Las once marca el reloj de la Puerta del Sol cuando Santiago entraba en el número 1 de la calle del Carmen. Dijéronle en la casa que don Ricardo no estaba y que no volvería hasta las doce. Como a nadie podía confiar la carta, y el hambre le apretaba, se fué a comer un bocado en un bodegón de la calle de la Paz. Minutos después de las doce volvió a la casa de Muñiz, y fué recibido por éste, que a la primera impresión pareció receloso; mas leído el sobre y conocida la letra, se le alegraron extremadamente los ojos. Encerrado con el mensajero en su despacho leyó la carta sin chistar, no una, sino dos o tres veces, y acto continuo pidió al recadista noticias de la columna, de la salud de Prim y sus amigos, de la moral de las tropas sublevadas, de cómo eran recibidas en los pueblos, del camino que habían tomado al salir de Urda. A todo, menos a esto último, contestó Ibero cumplidamente. Ignoraba la dirección que don Juan seguiría, aunque la creencia más general en la columna era que iban a Portugal. Sonrió Muñiz al oír esto. Bien podía ser que Prim tomara la ruta más inesperada. Era hombre de arranques prontos, de inspiraciones y corazonadas.

Dicho esto, don Ricardo hizo al joven ofrecimiento de comida y albergue, así como de dinero para sus necesidades. Agradeciéndolo, respondió Santiago que otro amigo del señor Clavería, para el cual también traía carta, estaba encargado de atender a sus gastos en Madrid: era el señor Rivas Chaves. Al oír este nombre, dijo Muñiz con alborozo:

—Me lo he figurado... ¡Chaves..., grande amigo mío! Hemos estado juntos toda la mañana: nos hemos separado en la puerta de esta casa... Vete corriendo a la suya, Desengaño, diecinueve, que está el hombre impaciente por recibir lo que traes: me consta.

Advirtiéndole que volviese a la misma hora en los días sucesivos, hasta la escalera le acompañó sonriente Ricardo Muñiz, hombre de mediana estatura, calvo, de bigote negro y ojos muy vivos, revolucionario inquieto y sutil, que movía con singular disimulo y agilidad las teclas de la conspiración.

Con pie ligero subió Santiago desde la calle del Carmen a la del Desengaño. Su presencia en la tienda de Chaves fué motivo de sorpresa y curiosidad para los dependientes, que medían varas de tela o mostraban a las parroquianas refajos, chambras y vestiditos de niño... El señor Rivas Chaves, corpulento, gallardo y barbudo, mandó a Ibero que le siguiese al interior de la tienda, y de allí, por angosta escalera, le condujo a una habitación del entresuelo: sin duda, le esperaba. La estancia tenía aspecto de escritorio comercial, y en la estrechez de ella se paseaba melancólico, las manos a la espalda, un señor de buena estatura, con gabán corto no muy lucido. Apenas entraron, Chaves, impaciente y nervioso, arrebató la carta de manos de Ibero. Diciendo a éste: «Espérate aquí», cogió del brazo al caballero paseante y se lo llevó a un aposento próximo. En el andar, en las miradas, en el silencio mismo de los dos hombres, entrevió Santiago un misterio íntimo y una ansiedad expectante.

Solo en la estancia, quedó Ibero en gran confusión, apurando su pensamiento y su memoria en una labor de acertijo. Aquel sujeto del rostro melancólico y del agitado paseo no era para él desconocido. ¿Quién era, señor?... Le había visto, sí, no una sola vez, sino muchas. ¿Dónde, dónde?... Apretada la memoria y puesta en prensa, exprimió alguna luz sobre aquella persona. Sí, sí: le había visto en Samaniego, en su propia casa... La memoria, cediendo a la presión violenta, arrojó más claridad...

«Ya, ya—se dijo—; este señor es amigo de mi padre... Mi padre se crió en un pueblo de las Cinco Villas de Aragón. El caballero desconocido es también de las Cinco Villas, militar como mi padre, más joven que él... Aún creo recordar que tienen parentesco lejano. Sí, sí; cuando yo salí de mi enfermedad estuvo viviendo en mi casa cuatro días.»

La memoria del joven refrescó y vivificó incidentes oscurecidos por el tiempo... Creía estar viendo a su padre, de sobremesa hablando de guerras con el amigo aragonés, hombre muy vehemente y despierto, entendido en topografía militar. Era él, era él. Acabó Ibero, con ímprobo trabajo, por sacar de la oscuridad la figura y reconstruirla totalmente. Persona, condición, carácter, todo lo

tenía ya; no le faltaban más que el nombre, y éste se le escurría agazapándose en las tinieblas. Pero ya saldría, que la memoria tiene lóbregos desvanes, donde suelen parecer las cosas más olvidadas y perdidas.

Sin abandonar este trajín mental, pensó Ibero que Chaves y el aragonés estarían revelando la carta. La escritura secreta, trazada con zumo de limón, era invisible hasta que se pasaba una plancha caliente por el papel, o se le aproximaba a un brasero. No debió ser breve esta operación, porque los dos señores tardaron en volver al escritorio. Quizá después de dar visibilidad a los caracteres ocultos se entretenían en comentar lo que con ellos se les decía. Por fin, Ibero sintió pasos, voces. El primero que apareció fué el caballero de las Cinco Villas. Satiago le vió de frente, cara a cara; vió su nariz aguileña, su bigote castaño, y al fijarse en lo más característico de su rostro, que era la depresión y hundimiento del labio inferior, la memoria le dió con fulgor de relámpago el nombre del sujeto: «¡Moriones!»

Despidiéndose del Chaves con breve fórmula, salió Moriones disparado como hombre de apremiantes negocios que no tiene un momento libre. No se fijó en Ibero, ni le hizo maldito caso. En cambio, el bueno de don José, dulcificándose de improviso y acariciándose la bíblica barba espesa, estrechó la mano del mensajero, y con agrado y simpatía le dijo:

—Ya me encarga Jesús que te atienda, joven. Vaya, vaya..., con que eres aquel muchacho perdido..., por los años de..., ya no me acuerdo. No pasamos pocas sofoquinas Jesús y yo buscándote... Ya sé que eres de una gran familia, y que por tu natural..., así, un poco aventurero..., vives más en la mar que en suelo firme... Bien hijo, bien. ¿Conque liberal decidido, y si a mano viene, democrático?... Pues ahora hemos de arreglarte mejor facha de la que traes y ponerte, como el que dice, bien portado y elegantito.

A esto replicó Ibero que se adecentaría de ropa, conservando siempre un empaque modesto, pues no estaba en su natural presumir ni hacer el currutaco.

—Bien, hijo, bien—manifestó Chaves—. Deja de mi cuenta el buscarte la ropa. Aquí tengo blusas azules de maquinista, y pantalones y chalecos de pana... Te pondremos de *trabajador honrado*, limpio y decente. Un chaquetón de abrigo no te vendrá mal... Yo me encargo... Mañana estarás como nuevo.

Tratóse luego de la casa de huéspedes en que Ibero había de alojarse, y a las ideas de Chaves opuso el interesado su pensar propio en esta forma:

—Póngame usted, don José, en buena casa, donde yo no esté más que para dormir. Me gusta vivir libre, comer aquí y allá, en tabernas, bodegones o donde me diere la gana. Aborrezco las casas de pupilos, donde no encuentra uno más que estudiantes de carreras o empleaduchos que no le hablan a usted más que de la oficina, del jefe y de mil tonterías. No puedo contener mi genio, y en las dos temporadas cortas que he tenido que pasar en Madrid, era raro el día en que no me liaba a trompazos con mis compañeros de casa.

—Bien, hijo—dijo Chaves, tentado a la risa—. Eres de temple durillo... Dios te conserve tus malas pulgas, que por ellas serás hombre de respeto.

Según entendió Ibero, era Chaves un progresistón crédulo y fanático, de estos que se embriagan con las ideas y enloquecen con la acción, llegando, por sucesivo abandono de sus obligaciones particulares, a comprometer sus intereses y dejarse tragar por el monstruo de la *cosa pública*.

Un día bastó al diligente don José para proveer a Ibero de alojamiento y ropa. Esta era tal como el austero joven la deseaba, y también fué de su agrado la casa silenciosa y decente, en la calle de Santa Margarita (plazuela de Leganitos). Sólo tres huéspedes había en ella: un cura, un militar de reemplazo y un señor esmirriado y taciturno, que ocupaba la mejor habitación de la casa, y en ella pasaba casi por entero las horas del día, entre libros apilados en el suelo y enormes masas de papel escrito o por escribir. Como Ibero no comía en la casa, su trato con los huéspedes reducíase al breve saludo cuando la casualidad los cruzaba en el pasillo. La patrona, doña Mauricia Pando, viuda de un capitán fusilado por Cabrera en Burjasot, era una decadente señora, bien nacida y un poquito chiflada, que sólo admitía huéspedes recomendados y juicio-

sos. A Ibero trataba con singulares distinciones por la forma en que el amigo Chaves le había recomendado. En la sencillez del equipaje del joven y en su vestir humildísimo no vió penuria, sino misterio, disimulo de grandezas, que la buena señora procedía del romanticismo, y en su alma quedó la deformación poética de las cosas humanas.

Respetando el incógnito, doña Mauricia se abstenía de interrogar a su huésped; pero satisfacía su apetito de charla hablándole de los tres señores que con él vivían bajo el mismo techo. Con referencia al que más curiosidad despertaba en Ibero, habló de este modo:

—Ese señor que ocupa la sala, y que es, como usted ve, prudente, modoso y bien criado, tiene tanto talento, según dicen, que de la fuerza de las ideas y de la quemazón de su pensar estuvo trastornadito, y aún todavía tiene ratos en que parece no estar bien de la jícara. Allí le tiene usted noche y día escribiendo la *Historia de España*, una historia nueva que dicen ha de ser el asombro del mundo, porque en ella todas las cosas y sucesos van por la buena, quiero decir, que no es una historia triste y desagradable, como la que estamos viendo todos los días, sino alegre y consoladora, como en rigor debiera ser siempre. Ya lleva escritos si no me engaño, catorce tomos tremendos, que son aquel rimero de papel que tiene en el suelo, junto a la mesa... Parece que allí ha metido casi la mitad de este siglo, y ello ha de ser cosa buena, porque según él mismo me ha dicho, ha suprimido las calamidades del reino, y en vez de la maldita guerra facciosa pone cosas que harían felices a la nación si fuesen verdaderas... Pero yo le digo que, aun siendo mentiroso lo que escribe, ha de gustar mucho cuando se imprima y pueda leerlo todo el mundo..., pues harto hemos llorado ya sobre las verdades tristes... En fin, es un huésped que no me da ninguna guerra. Paga todos sus gastos el marqués de Beramendi, y como tengo encargo de tratarle a cuerpo de rey, para él traigo lo mejor de la plaza.

XXVIII

Apenas estrenada la ropa, se lanzó Ibero al laberinto de las calles de Madrid. Las horas y los días se le pasaban sin sentirlo, pisando aceras y cruzando empedrados, mirando números, subiendo y bajando escaleras, tirando de campanillas y, en fin, interrogando a innumerables individuos del gremio porteril. Si buscar una aguja en un pajar es ardua tarea, no lo es menos buscar entre cuatrocientos miles de almas una familia cuya residencia se ignora. Pero ni la familia ni el rastro de ella encontró Santiago, aunque lanzado anduvo como pelota de barrio en barrio, sin que alma viviente le diese las referencias que con tanto ardor buscaba. Cansado de inútiles correrías, llevó sus dudas y franqueó su secreto al buen tendero de la calle del Desengaño. Véase lo que hablaron:

—¿Conoce usted, señor de Chaves, o ha conocido, a un teniente coronel, de clase de tropa, llamado don Baldomero Galán, que a más de parecerse a Espartero en el nombre, se le parece en la figura: bigote de moco, patillitas, un poco de tupé, un mucho de tiesura gallarda?

—Sí, hijo, sí. Ese Galán tiene por mujer a una navarra guapísima, quiero decir, que lo fué y todavía conserva buenos pedazos. Si no recuerdo mal, sus paisanas la llaman *doña Saloma*.

—Ella es, ellos son—dijo Ibero sin disimular su regocijo—. Sabrá usted también que tienen una hija...

—¡Ah, sí!... Ya voy recordando: una hija preciosa, una divinidad..., y si no me engaño, se llama como la madre: *Salomita*... Sí, sí; mi mujer las conoce Ha vivido ahí cerca, en la calle de Silva.

—Pues esa Salomita—declaró Ibero algo ruboroso, desembozándose de golpe y mostrando, quizá por primera vez, toda su alma—, ésa... es mi novia, señor don José.

—Bien, hijo. ¿Los padres consienten...?

—No, señor; consiente ella, que es lo que me importa; en su busca voy para cogerla y llevármela... Es voluntad suya y voluntad mía. Don Baldomero está a matar conmigo, y doña Saloma no cesa de echarme maldiciones. Pero yo y la que ha de ser mi mujer no nos paramos

en barras. Ya hemos acordado unirnos para siempre. Falta la ocasión, y eso es lo que busco. Según mis ideas, bastan nuestras voluntades para formar nueva familia. Si los padres no quieren bendecirnos nos bendeciremos nosotros, debajo de la bóveda del cielo.

—Bien, hijo, bien... Pero... ¿no te parece que vas muy lejos y que corres demasiado? Modérate un poco, hijo. La autoridad de los padres, la sociedad, la familia, ¿eh?... Y luego, el sacramento, la religión, ¿eh?...

Dijo esto el bravo patriota echándose atrás como asustado y mirando a los ojos del imperturbable Ibero... En su casa era Chaves un hombre patriarcal, bondadosísimo, amante de su mujer y de sus hijos pequeñuelos, a quienes mimaba con extremosas ternuras; era en la calle un agitador ardiente, que por sucesivas excitaciones y compromisos había llegado a la mayor vehemencia y a la furia desatada; en su casa era pacífico, dulce, creyente, como el que vive dentro de un régimen que no ha de alterarse nunca; en la calle, la pasión sectaria y el fracaso de las tentativas sediciosas le llevaban hasta la ferocidad: en su casa faltábale poco para rezar el rosario con su mujer, y se preocupaba de que sus hijos aprendieran bien el catecismo; en la calle ponía toda su alma y todo su dinero al servicio de una causa que por medios violentos había de triunfar de la causa contraria; no le espantaban los ríos de sangre, si en ellos perecía el enemigo. Y la causa era, en suma, un ideal fantástico y verboso, un Progreso de fines indecisos y aplicaciones no muy claras, una revolución que tan sólo cambiaría hombres y nombres y remediaría tan solo una parte de los males extremos de la nación.

Extensamente hablaron Ibero y su amigo de la familia Galán. Hacía meses que Chaves no sabía de ella. Preguntó a su señora, y ésta dijo que don Baldomero llegó a Madrid con su familia por segunda vez al mes siguiente de la noche de San Daniel. Venían de Tortosa. Confirmó Ibero estas referencias. En Tortosa había sido su conocimiento con Salomita, en abril del año anterior. Luego se vieron en Madrid en pleno verano... Agregó la señora de Chaves que por todos los Santos las Galanas abandonaron la Corte, quitando la casa y llevándose los muebles... ¿Adónde fueron? Este era el enigma. Dijeron que a Pamplona; pero en la vecindad se aseguraba que don Baldomero iba a un castillo y ellas a Francia. Por último, Chaves aconsejó a Santiago que fuese a ver a Muñiz, quien de fijo sabía donde andaba Galán, pues éste seguramente era de los comprometidos en las tentativas del año anterior, descubiertos y sujetos a vigilancia.

No tardó Ibero en personarse en casa del bravo Muñiz, a quien encontró de malísimo talante. Don Juan Prim había pasado la raya de Portugal con su columna. Ya era locura pensar que volviese sobre Madrid con arrogante quiebro, dejando atrás a Zabala y Echagüe. Esta ilusión atrevida y risueña no nació en las almas de los patriotas amigos de Prim que en Madrid trabajaban; vino de Urda; apuntaba como un proyecto no quimérico en la carta traída por Ibero. Pero todo se lo había llevado la trampa. Otra vez triunfaban los demonios protectores de Isabel II, demonios vestidos de ángeles... ¿Pero a qué divagar en lamentaciones estériles? El caudillo se metió en Portugal porque no pudo hacer otra cosa. Si era cierto que Zabala y Echagüe tenían órdenes reservadas de no cogerle, también de seguro las tenían de imposibilitarle todo movimiento que no fuera la entrada en el reino vecino. Y esto no era en verdad más que un alto, un respiro en el jadeante y heroico marchar, cuesta arriba, hacia la redención de España; en aquel descanso Prim *herraría su caballo* para continuar su insensato correr tras el ideal. Concluída una etapa sin éxito, se empezaba otra. Los corazones no conocían el desmayo, y en cada caída rebotaban con más fuerza. Esto lo expresaba Muñiz con vulgar modo, acabando por decir:

—Por muy jorobados que quedemos en cada fracaso, no se nos arruga el ombligo..., y seguimos, seguiremos... con más riñones que el caballo de Santiago.

Aquel día no pudo Ibero adquirir las deseadas noticias. Muñiz no se acordaba..., revisaría sus papeles... Dos días después le encontró muy inquieto; acababa de llegar de la calle, sofocadísimo, y tenía que salir sin perder minutos, y correr a casa del general Gándara, con

quien estaba citado para visitar juntos al padre Claret. Véase el caso: en la desgraciada intentona del 3 de enero, los cuerpos de Caballería comprometidos en Alcalá no llegaron a pronunciarse porque los cogió en el momento crítico el general Vega Inclán, y la cosa se arregló, como si dijéramos en familia. Echóse tierra, que es en ocasiones la mejor compostura de estos descosidos de la Ordenanza. Pero toda la tierra echada con generosa espuerta no bastó a cubrir a un capitán y a varios sargentos de cazadores de Figueras, que se habían comprometido públicamente sin la cautela y cuquería que los más usaban. un Consejo de guerra condenó a muerte Pagaron por todos: una Justicia desigual escarmentó a los menos avisados; al desgraciado capitán Espinosa y a varios sargentos. Intentaron algunos progresistas salvarles la vida, y anduvieron de O'Donnell a Pilatos y de Caifás a Posada Herrera sin hallar misericordia. En la desesperada, Muñiz discurrió acogerse a los sentimientos cristianos del padre Claret. Este buen señor se puso muy compungido cuando Muñiz y Gándara solicitaron su intercesión en favor de los reos. Prometió hablar a la reina; pero si, en efecto, intercedió, no le hicieron caso. El 3 de febrero fué pasado por las armas Espinosa; pocos días antes sufrieron igual suplicio los sargentos. Se dijo que doña Isabel quería perdonar; pero el rey don Francisco y la camarilla pedían castigos implacables.

Pasados estos afanes, pudo Muñiz, revisando cartas y apuntes, decir a Santiago que don Baldomero Galán estaba en Miranda de Ebro, no con mando de tropas, sino al servicio clandestino de la revolución. Era muy afecto a Prim, pero tan corto de inteligencia, que se le vigilaba para enmendar sus torpezas o contener su celo impulsivo.

—Es hombre decente y leal—añadió—, pero más terco que una mula. Mal suegro te ha caído. No esperes que te dé el consentimiento si lo ha negado ya. Es de los que remachan sus ideas como si fueran clavos, para que nadie pueda sacárselas de la cabeza. De doña Saloma, sé que ha sido hermosa. Antes de casarse con don Baldomero tuvo que ver con un cura que andaba en la facción de Zumalacárregui. Me lo contó un coronel navarro convenido de Vergara. Otra cosa: no están la madre y la hija con don Baldomero, sino en Francia, no lejos de la frontera. Búscalas entre Hendaya y Bayona.

Oído esto, levantóse Ibero, y secamente pidió a su amigo órdenes para el norte de España y mediodía de Francia.

—Desde que salí de Urda—dijo—es mi destino caminar derecho, derecho hacia la estrella Polar. Viéndola delante de mí, vine a Madrid, y ahora la veré también guiándome los pasos. Iré por de pronto a Miranda; de allí, a Samaniego, que es corto viaje; de Samaniego, a Vitoria, por Peñacerrada y Treviño; y de Vitoria, no sé... Ya lo dirán los acontecimientos.

Disconforme con estos planes, Muñiz le dijo:

—Tengo carta reciente de Clavería en que me encarga que te utilice para nuestros trabajos. Ea, camarada, compaginemos tus proyectos con los míos. Yo también tengo que ir hacia esa estrella que dices: en cuanto arregle ciertas cosas saldré para Valladolid, Burgos, Vitoria y San Sebastián. Aguárdate tres días y nos vamos juntos.

No podía rechazar Ibero proposición tan bondadosa, y enfrenando su loca impaciencia, declaró que esperaría. ¿Qué había de hacer el pobre? Su salvajismo se desvirtuaba gradualmente por causa del contacto social. Y es que los salvajes de cualidades más agrestes se echan a perder en cuanto sus codos tropiezan con los codos de la civilización.

Aburrido y sin ningún quehacer en Madrid, Ibero repartía sus horas entre el lento vagar por las calles y las visitas a su amigo Chaves, con quien a ratos departía. Allí se dió a conocer el comandante retirado don Domingo Moriones, el cual recordaba gozoso su amistad con Santiago Ibero y los días alegres pasados en la opulenta casa riojana. Con estas referencias, la persona de Santiago se iba creciendo a los ojos de Chaves, que no sólo veía en él al ardiente partidario de Prim, sino a la persona de posición, nacida de padres ilustres. Por esto y por la simpatía que el mozo se ganaba cuando se le iba conociendo íntimamente, el patriarca masónico puso en él sus afectos, y con los afectos, su confianza. En uno de aquellos reservados coloquios se arrancó a decirle:

—El fracaso del tres de enero nos mueve a preparar con toda nuestra alma otro movimiento, que ha de ser decisivo. Hasta el mes de abril no podremos armar todo el tinglado..., pero ¡qué tinglado, hijo!... O morimos todos, o España será libre.

Decía esto don José pasándose suavemente la mano por su apostólica barba negra, salpicada de algunas canas, y al hacerlo, las chispas no salían de su barba, sino de sus ojos. El hombre se electrizaba cuando la hirviente vesania política se le salía por la boca con raudales de indiscreción. Y algunas tardes y noches le vió Ibero en el entresuelo y en la trastienda (mientras los dependientes comían) abriendo y cerrando puertas disimuladas, y guardando bultos de mercancías, cuyo contenido no se apreciaba por las formas del embalaje. De doble fondo eran algunas anaquelerías, y entre tabiques había huecos atestados de extraños paquetes y fardos. Comprendió Ibero que la tienda y el entresuelo de la casa eran un riquísimo depósito de trabucos, pistolas y escopetas, suficiente arsenal para satisfacer el ansia guerrera de los patriotas madrileños. ¡Ah, cuántas cosas estupendas y terroríficas podría ver el salvaje en casa de su amigo o en las calles de Madrid si sus obligaciones y afectos no le llamaran al Norte! Todo lo tenía dispuesto, ropa y avíos, en un maletín de mano, y para bajar a la estación no esperaba más que la orden de Muñiz. Esta llegó al cabo, y loco de contento se retiró a su casa, que cuando esperamos la hora de un partir dichoso, conviene encerrarnos y evitar así cualquier emergencia que nos detenga o nos inutilice para el viaje.

Paseándose en su jaula, dígase habitación, a cada instante consultaba la muestra de un reloj de plata que le había regalado su amigo Chaves. Aún faltaban cuatro horas largas. ¡Desesperante lentitud del tiempo! Viéndole tan inquieto, fué la patrona a darle conversación; de diferentes tópicos hablaron, y por fin doña Mauricia le sacó al comedor con estas afables razones:

—Venga, venga acá, señor mío, que la soledad estira el tiempo, y la buena compañía lo acorta. Aquí verá al amigo don Juan *Confusio*, que desde ayer no tiene otro pío que echar un parrafito con usted.

En efecto: en el comedor aguardaba el eximio historiógrafo, que hizo pausada reverencia de corte. Contestó secamente Ibero a saludo tan ceremonioso, sin disimular el asombro que le causaba la figura amojamada, casi esquelética, del infeliz Santiuste. Por un momento creyó habérselas con uno de aquellos buenos espíritus a quienes familiarmente trataba en evocaciones nocturnas. No paró mientes *Confusio* en aquel asombro, y desató su locuacidad en esta forma incoherente:

—Deseaba mucho ofrecer al señor mis respetos... Ya le conocía desde hace tiempo *in mente*. Cuando le vi hace días en el pasillo, el respeto y la admiración me dejaron mudo... Porque usted negará su alta jerarquía; pero no puede negarme su semejanza con el príncipe *Pilarón*. La sencillez y humildad de su traje no bastan a ocultar la realeza.

Atónito miraba Ibero al desatinado historiador y luego a doña Mauricia, como pidiéndole explicación de los disparates que oía. Con disimulado gesto, la patrona le indicó que no hiciese caso y que le dejase despotricar sin contradecirle. Acto continuo intervino en la conversación con esta benévola frase:

—Aquí, el señor *Confusio*, está escribiendo una historia magnífica, la mejor que se conoce, según dicen.

—Mi historia no es la verdad pedestre, sino la verdad noble, la que el principio divino engendra en el seno de la Lógica humana. Yo escribo para el Universo, para los espíritus elevados en quienes mora el pensamiento total. Yo abandono el ambiente putrefacto que nos rodea; saco mis pies de este lodo de los hechos menudos y subo, señor mío, subo hasta que mis oídos pierden el murmullo terrestre y mis ojos el falso brillo de las mentiras barnizadas de verdades. Yo subo, señor, y arriba escribo la historia lógica y pinto la vida ideal. Mis lectores no son de este mundo.

Oyendo esto, Santiago dudó si el historiador era un loco de atar o un espíritu proscripto que, encadenado en la tierra, poseía el secreto de la razón de la sinrazón. Sintiendo vaga simpatía por el escuálido sujeto, le preguntó:

—Y esa historia, ¿cuándo se publicará?

—Aconséjele usted, don Santiago—indicó la patrona—, que no deshaga lo

hecho ni rompa lo escrito, pues con tantas enmiendas y tanto quita y pon no adelanta el buen señor lo que debiera.

—Es que..., verá usted—dijo con tremante voz *Confusio*—: el anhelo de perfección nos obliga a frecuentes alteraciones de la forma y del plan... En el capítulo veintidós de mi obra describí... la muerte que dieron en Cádiz a Fernando Séptimo los constitucionales... Verá usted... Luego..., verá usted..., el desarrollo histórico me ha llevado a consecuencias ilógicas y a frialdades antiestéticas... He creído que debo resucitar al rey, mejor dicho, que debo anular aquel capítulo y escribir otro... Fácil es comprenderlo: la muerte de Fernando me desequilibra la raza... ¿No lo cree usted así? Aconséjeme: ¿debo resucitar al tirano, o dejarle en la sepultura?

Ibero no sabía qué contestar. Por último, dijo:

—Déjele usted muerto, que ya vendrá por aquí su espíritu... a hacer de las suyas y a equilibrar a España...

En este punto del coloquio penetró de rondón en el comedor una señora, amiga de doña Mauricia. Como había estado allí por la mañana, los saludos fueron brevísimos. Los dos hombres se levantaron, y el buen *Confusio*, ya por no gustar de la visita, ya por hablar a solas con el disfrazado príncipe, cogió a éste del brazo y se lo llevó a su aposento. Quedaron, pues, sentaditas, una junto a otra, las dos señoras, que al punto pegaron la hebra con locuacidad comadril. Era la visitante una sexagenaria remilgada y compuesta, el cabello gris peinado con profusión de moños y ricitos, el rostro como un museo de antigüedades, en que los afeites exponían y guardaban vestigios de belleza. Vivía la tal en la próxima calle de San Ignacio; era también viuda de militar, y desde su mocedad se trataba íntimamente con Mauricia Pando.

—Cuéntame, mujer—dijo ésta—. ¿Hay alguna novedad desde esta mañana?

—Vengo sofocada... Déjame que tome aliento... Pues hay gran novedad: que ya ha aparecido esa loca... Hace una hora que se me ha metido por las puertas... ¡Virgen Santísima, cómo viene! Molida del traqueteo de la diligencia, flaca, distraída, medio trastornada, con miedo de los espíritus que, según dice, andan tras ella. No ha podido referirme sino una mínima parte de los horrores que ha pasado... ¡Pobre hija de mi alma! Aun viniendo como viene, su vuelta me ha traído la alegría del mundo, porque ella es todo para mí... Ya no me falta más que salir a pedir limosna

—¿Y ha resultado cierto lo que sospechabas..., que ese Clavería la recogió?..

—Y en la columna sublevada se la llevó como un fardo de impedimenta. ¡Qué pícaro! A la muerte de Leal, Teresa, huyendo de mí, trató de irse a Herencia...; allí está Felisa. Esos bribones vieron en mi hija un precioso botín de guerra... Pero cuando ya llegaban a la raya de Portugal, se sublevó la niña, y dijo: «De aquí no paso sino descuartizada.» Total, que se fugó de la columna y acá se ha venido. Mi primera diligencia hoy ha sido llevar la noticia al señor de Oliván, y el buen señor se ha puesto tan contento, ¡ah!..., y ha dicho, como en la parábola del hijo pródigo: «Matemos un ternero para celebrar la vuelta del hijo descarriado...»

En esto apareció Ibero, reloj en mano, seguido de *Confusio*, y dijo:

—Ya es muy tarde..., se me escapa el tren.

Despidióse de doña Mauricia. Esta, risueña y burlona, afirmó que aún faltaba hora y media. Pero el impaciente viajero, ávido de precipitar el tiempo se precipitó a coger el maletín y luego la puerta... Desapareció, arrastrado por los espíritus.

XXIX

—¿Quién es ese mocetón tan guapo? —preguntó Manolita Pez a su amiga.

—Hame dado en la nariz que es un conde disfrazado. Me lo trajo Chaves... Yo respeto el incógnito de los que vienen a mi casa, y éste no se me ha clareado... Siempre comía fuera, pienso que en casa de Lhardy...

Apartando su mente de lo que no le interesaba, la *sutil tramposa* reanudó así la cortada hebra de su asunto:

—Dios querrá que ahora tenga término el tremendo temporal que vengo corriendo desde que me fuí a Tarancón. Yo le pido a Dios y a la Virgen que no me desampare... A la Encarnación o a San Marcos suelo llegar yo de madrugada, cuando aún no han abierto, y por

las noches soy la última que sale de la iglesia... La desgracia y el no tener nada que hacer la van metiendo a una en las devociones, y lo que importa es seguir en ellas hasta que Dios nos depare el remedión que le pedimos... Yo tengo esperanza, Mauricia; yo tengo fe en la decencia de don Enrique... Hoy le he visto entusiasmadísimo... Y dicen que lleva la batuta en el Ministerio de Hacienda; además, es rico por su mujer, una cuitada que se pasa los días haciendo vestiditos para el Niño Jesús...

Por no ser del caso, no se copia lo demás que las dos viudas charlotearon aquel día. Baste decir, para seguir escrupulosamente el proceso histórico, que la pobre Teresa tardó un mes largo en reponerse del cansancio y desorden mental que había traído de la columna. Encamada estuvo largos días; pasó fiebres erupciones, trastornos graves; rechazaba el trato social; no quería cuentas con las amigas; odiaba a los hombres; se declaraba salvaje y con intenciones de irse a un yermo y hacer vida de Magdalena o de Egipcíaca, medio desnuda, suelto el cabello y sin más compañía que la de una monda calavera. Hasta San José no la dió de alta el médico, y en abril salió por primera vez a la calle En los apuros de aquella vida, la única persona que daba pecuniarios auxilios a doña Manuela era Chaves, y esto lo hacía por caridad y por parentesco, como primo carnal del difunto coronel Villaescusa. Ninguna mira pertinente al orden erótico llevaba Chaves en sus generosidades, que cada día eran más cortas, y entrañaban el deseo de que un régimen normal les pusiese fin.

El demagogo de la barba bíblica hallábase por abril en delirante actividad. Su labor era intensa, febril, y en ella ponía todo su espíritu y no pocos dineros, subordinando los negocios al supremo interés de la *cosa pública*. Como la Junta revolucionaria no podía ya reunirse sin grandes precauciones, Chaves alquiló un humilde piso en la calle de Jesús del Valle, en casa de aspecto mísero, que no tenía porteros. Una o dos veces, a diferentes horas, se juntaron allí Sagasta, Becerra, Ruiz Gómez, Montemar, García Ruiz y el presidente Aguirre. Llegaban uno tras otro, y reunidos en un destartalado cuarto, a la luz de un apestoso quinqué de petróleo, deliberaban sobre la futura suerte de España. No creyéndose seguros allí, variaban de catacumbas, y en calles excéntricas y lóbregas se les veía desfilar de noche, embozados o con extrañas vestimentas.

La conspiración laboraba entonces en los sargentos de Artillería, disgustados por el fracaso del proyecto de ascensos que no pudo sacar adelante el general Córdova. Chaves y otros amigos les iban catequizando uno por uno. Como fuese preciso organizar la acción común, se acordó afiliarlos y ponerlos en contacto con un jefe, que, de acuerdo con la Junta, había de dar las órdenes para el movimiento. El punto de cita era la casucha de Jesús del Valle: Iban llegando los sargentos por la tarde, antes de la retreta, en grupos de dos o de tres, y Chaves los presentaba a Moriones, el cual poseía como nadie el don orgánico; les hacía ver el principio de reivindicación a que obedecía el acto de indisciplina; les explicaba la imposibilidad de remediar con otros medios el envilecimiento a que había llegado la Patria. Y, por último, la revolución, mejor dicho, la Patria agradecida, les ofrecía los empleos para el día en que pueblo y ejército asegurasen el triunfo de la Libertad y de la Justicia.

La Historia, que no cuenta las conspiraciones, sino sus efectos, tampoco dice nada del pacto amistoso que, al fin, celebraron don Enrique Oliván y Teresa Villaescusa, con intervención diplomática de la más fina zurcidora que vieron los siglos, doña Manolita Pez. Entró por el aro Teresita, venciendo su repugnancia de aquel sujeto, porque las exigencias de la vida material con imperioso mandato así lo pedían. Era ya cuestión de vida o muerte. O el pan, o la miseria. Fué la crisis del hambre, que era por cierto de las atrasadas que no admiten espera... Cuentan que a la semana de celebrado el diabólico pacto, Teresa se hizo dueña del ánimo del don Enrique y le trataba como a un negro, esgrimiendo el arma terrible de la publicidad. Y como el burocrático se había colado y encendido más de la cuenta, cayó en dura esclavitud, de la que difícilmente podía zafarse, porque con Manolita no había bromas. Si era un águila para hilvanar voluntades, «toda pico y uñas toda» se revolvía ferozmen-

te contra el intento de descoserlas fuera de su jurisdicción y autoridad.

Conllevaba Teresa con resignación aquella vida de forzado ayuntamiento sin amor, esperando una imprevista solución o nueva crisis que de tal suplicio la librase. Aburrida, buscaba su consuelo y solaz en fugas de la imaginación a esferas distantes, a ilusiones que fácilmente construía con materiales de otras que fueron y pasaron. En tal estado, abandonándose a los audaces vuelos de su fantasía, era tan revolucionaria como el primero, porque ella también odiaba *lo existente,* deseaba volver al régimen y armarlo de nuevo con otras ideas y otros hombres. A su tío (en segundo grado) don José Chaves le acosaba con preguntas, le ofrecía su cooperación, le incitaba con vehementes razones a persistir en la sañuda porfía contra los *obstáculos.* Ya no ponía la salvedad de respetar la Corona de Isabel y la unidad católica... Todo, todo debía caer.

Renovaba la memoria de Teresa con vivos colores la odisea desde Fuentidueña a Portugal, dividida en etapas, a las que correspondían sensaciones diferentes. Las primeras fueron trágicas; siguieron días tristes, precursores de la pacificación de su espíritu; el día luminoso de Villarrubia; la noche dulce y melancólica de Urda, que dejó en su alma una inquietud indefinible, querencia de ideales nuevos y la percepción de un mundo hermoso y lejano, indeciso entre el sueño y la realidad. Si mil años viviera, no olvidaría el fiero instante en que, apenas despierta, encontró sobre su seno los tomillos de Santiago. El presentimiento que en su alma levantaron aquellas silvestres y dolorosas matas fué confirmado por una voz áspera, que le dijo:

—Se ha ido... Le han mandado a Madrid.

El desconsuelo de aquel día la desconsoló para todo lo restante de la expedición. Desde Urda hasta Encinasola, el viaje fué para ella un martirio: la columna, una procesión fúnebre. Su displicencia constante y los disgustos a que daba lugar la indispusieron con Clavería. Para mayor desgracia de éste, Monteverde y Miláns del Bosch no sólo le daban bromas molestas, sino que cortejaban a su *conquista* con el mayor descaro. Cerca ya de Portugal, la situación se hizo insostenible. Plantóse Teresa, diciendo a su captador:

—Yo seré todo lo que se quiera, menos emigrada. En España nací y en España he de vivir siempre. Hecha pedazos podría llevarme a Lisboa; entera, no me llevan ni usted, Clavería, ni don Juan, ni San Juan Prim.

A esta declaración añadió la amenaza de un fuerte escándalo si no la soltaban.

Largo y penoso fué su regreso a la corte, adonde llegó en febrero, en el estado miserable descrito por Manolita. En cuanto pudo salir a la calle, vencida la indisposición, trató de indagar el paradero del salvaje que voló dejando en el pecho de ella unos tomillos. Nadie le daba razón de persona tan insignificante. Por desdicha, no se le ocurrió preguntar a su amiga Mauricia Pando; verdad que a casa de ésta no iba nunca, porque la presencia del pobre Santiuste le causaba intensa lástima y aflicción. Pero un día, hallándose de visita en casa de Chaves, subió al entresuelo a saludar a su tío. Allí encontró a éste con Moriones y un muchacho que parecía sargento. En algo que hablaron delante de ella sorprendió el nombre de Ibero. Fué una chispa, un relámpago. Preguntó Teresa... La verdad le fué revelada en esta forma por el muchacho a quien tuvo por sargento:

—Santiago Ibero se fué al Norte o a Francia con el señor Muñiz. El señor Muñiz ha vuelto; Ibero, no.

Con el que tal dijo trabó conversación, anhelando más informes. Pero en esto entraron en tropel los chiquillos de Chaves: dos niñas preciosas como los mismos ángeles, el hijo mayor, de ocho años, despabilado y gallardísimo, y un chiquitín de cinco, que era la criatura más salada y traviesa que se podía imaginar. Moriones y el sargento (si lo era) se despidieron, y los niños rodearon a Teresa, colmándola de fiestas y carantoñas. Propuso ella llevarse a su casa las dos niñas, comprarles dulces por el camino y devolverlas a la noche. Convino en ello le señora de Chaves, que a punto entró. Iba de visitas, y se llevaría el niño mayor. El pequeño, llamado Pepito, iría, como de costumbre, a paseo con su padre. Amaba tiernamente don José a todos sus hijos; pero aquel gracioso pillastre era su debilidad, sin duda por el

temperamento revoltoso y *de sistemática oposición* que en el niño a todas horas se mostraba.

Admirable cosa era que, gozando de tantos bienes domésticos, mujer buena y hermosa, lindos, inteligentes hijuelos, floreciente negocio comercial, todo esto y su reposo y su tiempo y sus ganancias lo sacrificase Chaves en altares idolátricos de la política. O eran aquellos tiempos de mayor inocencia o de mayor virilidad. De todo habría seguramente. Ello es que, sin el llamado *candor progresista*, de que tanta burla han hecho los oligarcas de poco acá, no se habría limpiado esta vieja nación de algunas herrumbres atávicas que la tenían paralizada y como muerta. Si héroes anónimos hubo siempre en nuestras epopeyas guerreras, también los hubo en los dramas políticos: héroes de abnegación no menos grandes que los que arriesgaron la vida y el honor militar. Chaves fué de los más esclarecidos patriotas, de los más candorosos mártires por la idea, que martirio y candor parecen la misma cosa, y el hombre se dejó ir a su ruina y descrédito por secundar valerosamente las ideas de libertad y justicia que sintetizaba en cuatro letras el sugestivo nombre de Prim. Prim era la luz de la patria, la dignidad del Estado, la igualdad ante la ley, la paz y la cultura de la nación. Y tal maña se habían dado la España caduca y el dinamismo ciego y servil, que Prim, condenado a muerte después de la sublevación del 3 de enero, personificaba todo lo que la raza poseía de virilidad, juventud y ansia de vivir.

XXX

Entró el de Reus en Portugal con sus fieles húsares y los amigos que le seguían. Poco tiempo permaneció en Lisboa; partió a Inglaterra; de Londres a París, apretándole a ello la precisión de ponerse al habla con sus activos colaboradores para tramar sin demora el alzamiento decisivo. Un nuevo plan de arreglo propuesto por Palacio interrumpió estos manejos; pero frustrada la componenda (un Ministerio Lersundi, formado a gusto de Prim), siguió la socava tenebrosa minando las capas más firmes del terreno social. En abril se consiguió en Madrid arrastrar a la conjuración a los sargentos de Artillería; en mayo, las guarniciones de Valladolid, Vitoria y San Sebastián quedaron cogidas; en junio se pudo dar al esquema revolucionario algún viso de organización. Ejecutores de este programa en provincias y en la corte eran Pierrad, Pasarón, Lagunero, Escalante, don Martín Rosales y otros nombrados jefes... Nunca se habían acumulado tantos elementos; nunca la cautela había conseguido evitar tan bien la repetición de los errores que fueron génesis del aborto en anteriores tentativas... El secreto con que laboraban los fieles adeptos no salía de las catacumbas.

De esto tenía pruebas Teresa Villaescusa, que, ávida de conocer la interna trama, preguntaba solapadamente a cuantas personas podían, a su parecer, darle alguna luz. Aquel mocetón que en casa de Chaves le dió las únicas noticias que de Ibero pudo obtener se le apareció una tarde vestido de sargento cuando Teresa iba de su casa, calle de las Rejas, a la de su madre, en la de San Ignacio. Con finura la saludó el militar, preguntándole por su salud, y ella, con más curiosidad que cortesanía, le soltó esta descarada observación capciosa:

—Ya sé que está usted comprometido... ¡Bien por los sargentos de Artillería! Y me han dicho que algún oficialillo también...

Poniéndose colorado, dijo el sargento con cierto énfasis que nada sabía; que su Cuerpo no se metía en fregados de revolución; que él se cuidaba tan sólo de cumplir su deber, y que no variaría de conducta por todo el Universo.

—Santa Bárbara le acompañe—dijo Teresa, colándose *incontinenti* en otra indagatoria de más interés para ella—. Es usted como aquel otro chico salvaje, su amigo y paisano, que todo lo arregla encomendándose al Universo... Y a propósito: ¿sabe usted si ha vuelto Ibero a Madrid?

Respondió el sargento afirmativamente. En Madrid estaba: le había visto dos veces. ¿Dónde? Una junto al cuartel de la Montaña; otra, en la calle del Duque de Liria. Venía del Seminario de Nobles, Hospital Militar, en dirección, verbigracia, de la Cara de Dios... Por cierto que iba muy derrotado, como si quisiera hacerse pasar por *méndigo*. Al-

go más le preguntó Teresa, fingiendo indiferencia, y luego cortó la conversación con un saludito de despedida. El sargento se puso a sus órdenes cortésmente:

—Simón Paternina, de Laguardia, Rioja alavesa, para lo que guste mandarme.

Aquella noche comió Teresa los garbanzos en casa de su madre (donde regía la moda francesa en las horas del yantar), y es fama que estuvo desabrida, mimosa y tan fuera de quicio, que puso en cuidado a la egoísta y astuta dueña. Lo que a ésta más alarmaba fué que dió en la manía de no ir a su casa a la hora en que fijamente la visitaba el empalagoso caballero burocrático. Por fin, con ruegos y amenazas, la indujo la madre al cumplimiento de sus deberes. No debió Teresa cambiar de humor en presencia de Oliván, porque éste se retiro a la hora de costumbre, harto lastimado y afligido. Ello fué que la linda moza recayó desde aquella noche en la extraña dolencia de asustarse de todo y de verse perseguida por malignos seres invisibles. Así lo entendió doña Manuela, que, clamando al cielo, decía:

—Comido vea yo de perros al que enseñó a mi hija esa brujería indecente de hablar con las ánimas. El que metio estas diabluras en su pobre cacumen fué sin duda el pillastre de Clavería, o alguno de los machacantes que iban en la dichosa columna.

Perdió Teresa el apetito y dormía muy poco, inquietando a Oliván, que no cesaba de recetarle agua ferruginosa y vino rancio, precisamente lo que tomaba su mujer para combatir la anemia. Manolita, no menos inquieta, le recetaba paseos, teatros, salir de compras, visitando particularmente las joyerías: éste era el tratamiento más eficaz contra duendes y fantasmas. Alguna noche, cuando se quedaba libre de la insulsa compañía de don Enrique, se ponía Teresa mantón y nube, y echábase a la calle con su criada. ¿Adónde iba? A vagar por las calles sin objeto aparente, no huyendo de los espíritus, sino más bien buscándolos. Entendía la criada Patricia que al acecho de alguna persona andaba su señorita; así lo demostraba el precipitado paso de ésta, sus miradas inquisitivas y el hecho de trotar casi siempre por las mismas calles. Las correrías se limitaban al espacio comprendido entre el cuartel de la Montaña y el Portillo del Conde-Duque, entre el de San Bernardino y la Universidad.

Una noche, pasando a última hora por la calle de los Reyes, vieron que de una casa, baja y poore, cuya puerta ostentaba el rótulo de «Imprenta», salieron dos hombres hablando con mucha viveza. En la esquina de la travesía del Conservatorio se detuvieron a platicar con otros dos que venían en dirección contraria. Las dos mujeres, arrebujándose bien, pasaron junto a ellos, siguiendo hasta doblar la esquina de la plazuela de Leganitos. Teresa dió con el codo a su domestica, y le dijo:

—¿Sabes quién es ese que me miró cuando pasábamos? Sagasta... En los otros tres no pude fijarme. Me pareció que uno de ellos era Montemar.

Otra noche, en el callejón del Cristo, vieron a Chaves, viniendo del Conde-Duque en compañía de un hombre de inferior estatura, que se contoneaba al andar. Ocultó Teresa su rostro, temerosa de que su tío la conociera, y cuando estuvieron lejos dijo a Patricia:

—El pequeño es Manolo Becerra.

A la noche siguiente tuvieron un mediano susto. En la calle del Limón las requebraron y persiguieron unos hombrachos que salian de una taberna. ¡Pies, para qué os quiero! Ama y criada no pararon hasta dar con un sereno, que las tranquilizó acompañándolas largo trecho. A la media hora resurgían solas en la plaza de Ministerios, y en uno de los bancos fronteros al Senado se sentaban a descansar, convidadas de la serenidad de la noche silenciosa y del temple primaveral del aire. Las miradas de Teresa elevároнse al firmamento, engalanado de todas sus maravillas sidéreas. Buen rato estuvo esparciendo sus ojos por tanta magnificencia, y trató de recordar lo que en noche serena y en lugar distinto de Madrid le había enseñado un salvaje astrónomo. Pero su memoria no retenía más que los nombres de algunas estrellas de primera magnitud. Embelesada, poseída de fervor religioso, lanzó su alma en veloz carrera tras de sus ojos, para explorar el inmenso espacio y medir, si así puede decirse, la infinidad sublime de sus distancias.

Trató luego de comunicar su fervor y sus conocimientos a la ingenua muchacha, que hacía por remontar al cielo sus miradas perezosas.

—Todo eso que ves, Patricia, es lo que llamamos el Universo, y cada estrella de ésas es un mundo grandísimo, lleno de personas. De lo que hay allá, sólo sabemos los nombres que los matemáticos de aquí han puesto a las estrellas. Una se llama la *Osa;* otra, la *Cabra*, y hay también el *Toro*, el *León*, el *Carnero*... Pero aunque llevan nombres de animales, son mundos de Dios, llenos de almas cristianas.

Patricia no contestó más que con el *¡aaaa!* admirativo que usa el pueblo para saludar el esplendor de los fuegos artificiales. De improviso descendió Teresa de aquellas alturas, cayendo como un rayo sobre esta terrestre idea:

—Oye, Patricia: tú me has dicho que tu novio es sargento. ¿Es acaso de Artillería?...

—No, señorita; es de los que están en aquel cuartel grande por donde pasamos anoche. Lleva un sombrerete que llaman *chascás*...

—Es lancero. ¿No te ha dicho si le han catequizado para sublevarse?...

—Melchor no se mete en esos trotes. Dice que va a venir revolución, y yo tengo miedo de que le toque alguna china...

—No temas nada. Revolución vendrá y todo lo existente caerá patas arriba. El porvenir es de los sargentos. ¿El tuyo no te ha hablado de Prim?...

—Sí, señorita. Dice que es el general más bragado y de más meollo que tiene España...

—Sí, sí—afirmó Teresa con tanta unción como cuando se embelesaba en las estrellas—. Prim es el hombre...

En la quinta salida, víspera de San Antonio, el acaso brindó al fin a las dos mujeres extraordinaria y sorprendente aventura. Fueron hacia el Portillo de San Bernardino; a cada paso encontraban grupos de gente alegre, borracha y cantora, que por la Cuesta de Areneros subía de San Antonio de la Florida. Retrocedieron, requiriendo la soledad, y cuando por la calle de Liria embocaban a la plazuela de Afligidos, vieron, ¡ay!, dos hombres que venían del Conde-Duque... ¡Era él, era...! Quedó Teresa paralizada y muda. Los dos hombres pasaron cerca; la claridad dormilona de los faroles, junto con la de la luna menguante, que acababa de salir, permitió a Teresa reconocer la figura gallarda de Ibero, que, según ella, con ninguna otra podía confundirse; su perfil noble, su andar decidido y su vestimenta, que no era de mendigo, como le dijo el sargento, sino decente, sencilla y airosa. Pero más que el estupor le ató los brazos y cerró la boca un miedo supersticioso, una punzante duda. ¿Sería un espíritu y no un ser corpóreo? Tras esta duda, otra asaltó su mente. Los espíritus de los vivos, ¿pueden ser visibles?

Los segundos que duró esta confusión perdiólos Teresa para el s guimiento de los dos hombres, uno de los cuales, según ella, era Ibero; el otro, Moriones. Iban hablando en voz queda y con serenos ademanes. El breve tiempo perdido por Teresa en el pasmo y suspensión de resuello que le ocasionaron sus dudas, los hombres o fantasmas, si tales eran, pudieron llegarse a una puertecilla próxima al santuario de la Cara de Dios, discutir un momento si entrarían o no, retroceder algunos pasos y entrar rápidamente por el callejón del Príncipe Pío. Al verlos filtrarse por aquel angosto pasadizo, recobró Teresa su aliento, y disparada corrió en la propia dirección. Entró por donde ellos habían entrado; les vió allá, como sombras, en un recodo que torcía bruscamente a la derecha; siguió; corrieron las dos hasta una plazoleta o solar, del cual partía otro conducto tortuoso, costanero, irregular, sin fin... Desesperada Teresa, no viendo ya a los dos hombres ni rastro de ellos, se paró, y con el aliento que le quedaba soltó tres veces el nombre de Ibero en gritos intensísimos y desgarradores, haciendo trompeta con las manos. Halláronse en un sitio donde la oscuridad era pavorosa. Creyérase que ante las mujeres los faroles del alumbrado público habían huído con temblor de sus vidrios y chisporroteo de sus luces. Confusamente se distinguían tapias, alguna casucha con puerta y ventana cerradas. Los hombres, si tales hombres eran y no espectros, se habían desvanecido en las tinieblas.

Viendo a su ama enteramente descompuesta y desgobernada, *tomó el mando* Patricia, y tirando del brazo a Teresa, hizo por sacarla de aquel laberinto. La salida no era fácil. Al fin, por un hueco entre dos tapias, se vieron en calle conocida. Dejábase Teresa conducir en silencio por su criada, y lo primero que hablaron fué para dilucidar el punto

por donde desaparecieron los dos hombres. Ocurrió entonces un caso extraño: Patricia los vió en Afligidos, y sostenía que habían entrado por la portezuela próxima a la Cara de Dios. Lo de que se sumieron por la angostura del Príncipe Pío era patraña y falsa visión de la señorita. Se enfurecía ésta defendiendo la verdad de lo que había visto, y, sin hacer caso de su fiel doméstica, que se proponía volverse a casa, metióse con paso vivo por las calles del Río y del Reloj, hasta dar en la plazuela de Ministerios. Allí soltó su lengua en desordenada vociferación, diciendo:

—No voy a casa, no vuelvo a mi casa... Yo no tengo casa. Soy salvaje, Patricia, y como venga Enrique a querer llevarme, verás una mujer furiosa defendiendo su libertad. Y no vuelvas a decirme que Santiago y Moriones no entraron por el callejón. Yo te digo que sí, y no tienes que replicarme. Yo los vi... No eran visiones ni espíritus... No me contradigas, no me atormentes..., o haré contigo lo que con Enrique... No me hables de ese rey de los bobos... Esta mujer no es suya, estos ojos no son suyos..., ni esta boca es suya, como no lo sea para escupirle... Te juro que aborrezco a todo el género humano, menos a un solo hombre, el único que existe para mí... No me digas que no, Patricia... Cállate, o te saco los ojos.

Viéndola en tal exaltación, quiso la muchacha reducirla con ternuras. Teresa rompió en llorosos lamentos:

—El mundo todo revolveré hasta que encuentre lo que es mío. No voy a casa, no me acuesto... Si no le encuentro, si no me dice que me quiere a mí como yo le quiero a él, tengo que matarme, Patricia. A ningún hombre quise nunca... A él solo, a ese que has visto... Nada: o me quiere o me mato, que para eso tengo preparados dos venenos, que con sigilo compré.

Apenas dicho esto, desembarazada ya de nube y manto, arrojóse en el suelo con epilépticas contorsiones. Acudió Patricia a socorrerla y sujetarla; mas ella contraía brazos y piernas, dando al silencio de la noche su voz desgarrada:

—Me mato, quiero morir... No más, no más sufrir vida tan miserable.

Golpeándose el cráneo y haciendo presa en sus cabellos, clamaba:

—Maldita de mí que traté a tantos hombres y no supe esperarle a él. No sabía yo lo que él me ha enseñado, Patricia; no sabía yo que en el mundo existe todo lo que deseamos... La dificultad está en buscarlo bien... Déjame; no, levántame; volvamos allá. Le encontraré, porque allí vive... Entró en alguna de aquellas casuchas bajas... Ven, vamos; llamaremos en todas las puertas...

Prometiéndole acceder a cuanto deseaba, Patricia logró que se levantara... A su lado la hizo sentar en el banco próximo. Irían, sí, en busca del hombre perdido; mas era menester esperar el día. Por de pronto, lo mejor sería retirarse a casa, dormir un poco, y, después... Rebelábase Teresa contra esto, y en dimes y diretes estuvieron todo lo restante de la madrugada. La Providencia deparó a Patricia un humanitario sereno, que, arrimándose a las dos mujeres, ofreció sus servicios... Vencida del horrible cansancio, quedó Teresa en visible atonía y somnolencia, colgante la cabeza sobre el pecho; y este momento aprovechó la criada para correr a dar aviso a Manolita, dejando a su ama al cuidado del sereno. Con rápida frase contó la muchacha lo que ocurría, confesando las escapatorias nocturnas y narrando el medroso encuentro que había sido causa del mayor disloque de la señorita. Tales fueron la consternación y sofoco de la madre, que a punto estuvo de rasgar la bata cuando quiso ponérsela para salir en socorro de su adorada hija. ¡Jesús, qué conflicto, qué desconocido drama y qué pavoroso quiebro del Destino!... Todos los hipidos y arrumacos de su repertorio empleó la buscona para reducir a Teresita y llevarla a la casa materna, lo que logró al fin con ayuda de su criada, de Patricia, y de dos serenos expeditivos y serviciales. Acostaron a la doliente, y doña Manuela se ocupó en desentrañar con arduas cavilaciones el nuevo problema que se le planteaba. ¿Qué le había pasado a la hija de sus entrañas? ¿Quién era aquel hombre que iba con Moriones por oscuras callejas, y que sólo con su rápida presencia diabólica había trastornado a la pobre Teresa? De sus cálculos y razonamientos sacó en limpio que el caso se relacionaba con los malditos conspiradores, y aquel mismo día, ni corta ni perezosa, se fué a confiar su cuita al bueno de Chaves, pidiéndole orientación, consejo. Pero don

José, después de oír la triste canción de la dueña, se inhibió secamente y la despachó a cajas destempladas.

XXXI

En mala ocasión iba Manolita con estas andróminas al amigo Chaves, que entonces se hallaba en el paroxismo de su actividad demoledora. Los trabajos no permitían un minuto de reposo a los atrevidos laborantes. Todo estaba dispuesto. La conspiración era ya un rimero de pólvora, al cual no faltaba más que arrimar la encendida mecha... No obstante la buena voluntad de todos, surgían desavenecias que no siempre eran reductibles. La más grave de ellas sobrevino entre la dirección civil y la militar, entre la Junta y Moriones. Este, que había llevado a feliz término la seducción de sargentos, vió pospuestas sus ideas a las de los civiles, y para cortar discusiones peligrosas, la suprema autoridad, que era Prim, determinó que el hombre de las Cinco Villas fuese a dirigir los trabajos de Valencia.

En el delirio de la organización masónica, Chaves no desperdiciaba las horas ni los momentos; ni aun cuando sacaba de paseo a su adorado niño dejaba de desempeñar alguna comisión o despachar algún trámite necesario. Una tarde cogió al niño, a quien su mamá había puesto muy majo para el paseo, y se lo llevó por las calles, dándole cuerda por el gusto de oírle sus dichos graciosos y sus salidas agudas. Era el chiquillo travieso, levantisco, y, como decía su padre, «estaba siempre en la oposición». Los juguetes de sus hermanos le gustaban más que los suyos. Era una fierecilla cuando le vestían y cuando le desnudaban; en las comidas chillaba siempre por lo que no había; si en el paseo le conducía su padre de la mano derecha, quería ir de la izquierda.

Aquella tarde llevaba Pepito, como de costumbre, su pelota, que solía tirar ocasionando algún trastorno en la circulación de transeúntes. Pero don José, lejos de incomodarse por esto, se reía como un simple cuando tenía que recoger el juguete a larga distancia. Así entraron por la calle de San Mateo, y al llegar al cuartel del mismo nombre, frente a la puerta principal, donde estaba la guardia, tiró el chiquitín la pelota, la recogió el papá, devolviéndola por elevación, y en este juego con apariencias de inocencia la pelota entró por el portal adelante hasta el patio en que estaban los soldados. Por impulso propio o por instigación paterna, colóse dentro la criatura en seguimiento de su juguete; con fingido enojo, entró tras él el padrazo, diciendo:

—¡Ay, qué chiquillo!... Ustedes dispensen...

Y éste fué el preciso instante en que apareció el sargento de guardia, ya prevenido. Chaves hizo como que le pedía excusas, y *sotto voce* le sopló al oído la hora, día y lugar de la cita. No era la primera vez que este ardid se empleó en los cuarteles; también solía usarlo el astuto conspirador para meterse entre filas, cuando la tropa estaba en maniobras. El tal Pepito era un ángel atrozmente revolucionario.

El *juego de pelota* no fué la última diligencia de Chaves aquella tarde. A otros sitios fué con su gracioso niño, y, por fin, llegóse a casa de don Joaquín Aguirre, con quien tenía que conferenciar. El ilustre canonista, presidente de la Junta revolucionaria, le esperaba en su despacho; entró el amigo con su nene, que ya venía muy cansado y soñoliento, frotándose con los puños los ojitos. Púsole su padre en una silla, ordenándole la quietud. Hablaron el patriota y el patricio con la viveza y el interés propios de la madurez del asunto que iban a tratar. Pero el chiquillo, que siempre era *de oposición*, interrumpió a los graves conjurados rompiendo en clamores de protesta y tirándose de la silla. Tuvo don José que cogerle en brazos, acariciarle, arrullarle, decirle mil ternezas, y el niño, agradecido, inclinó la cabecita sobre las patriarcales barbas de su papá, y se durmió profundamente. Era en aquel momento el buen demagogo la perfecta imagen de San José.

Siguiendo la conversación interrumpida, Aguirre hizo a su amigo manifestaciones de suma importancia. Según lo acordado por Prim, éste daría el grito el 23, en un pueblo de Guipúzcoa. Ya estaban en camino los comisionados que habían de transmitir las órdenes a las fuerzas comprometidas en las poblaciones del Norte. El alzamiento de Madrid

había de ser precisamente el 24. Para ponerse al frente de los sublevados, ya teníamos aquí al general Pierrad, oculto en casa de Moreno Benítez. Revelando satisfacción, dijo asimismo don Joaquín que estaban ya vencidos los escrúpulos que había mostrado para secundar la sublevación su pariente el capitán de Artillería don Baltasar Hidalgo. Realmente, no debía influir ya el espíritu de Cuerpo en el ánimo de aquel distinguido oficial, pues oportunamente había pedido la licencia absoluta... A este propósito habló Aguirre calurosamente del capitán Hidalgo, alabando su valor, liberalismo y caballerosidad: este juicio no lo ha desmentido la Historia.

Despidiéronse el patricio y el patriota con breves fórmulas de amistad y proselitismo. Salió Chaves presuroso con su niño en brazos y tomó rumbo hacia su casa... La excitación encendida en su ánimo por el entusiasmo, el deber, la responsabilidad, la grandeza de la idea, que pronto había de condensarse en formidables hechos, era como acicate que a precipitar el paso le obligaba. Por esto y por el peso de la criatura llegó a su casa sofocado. Ya no parecía San José, sino San Cristóbal. «Toma esto», dijo a su esposa, entregándole a Pepito. Comió precipitadamente, tragando sin mascar, y salió como una saeta. Urgía disponer la forma de repartir armas a los paisanos, cosa en verdad peliaguda. Toda la noche emplearía en avistarse con los amigos, ávidos de empuñar trabucos y pistolas, y para ello era forzoso acudir a sitios diferentes y distantes, donde el animoso pueblo celebraba sus oscuras asambleas: Afligidos, Limón, Cuchilleros, Ventosa, Tribulete, Salitre, Tres Peces, etc... Felizmente, dos comisarios de Policía, a la entera disposición de Chaves, le ayudaban en esta colosal faena.

Y sucedió que la ejecución del plan se anticipó dos días a lo presupuesto, por impaciencia de algunos conjurados, que temían no poder hacer nada si aguardaban a que el pronunciamiento estallase en provincias... Véase cómo ocurrieron las cosas. La noche del 21 al 22 doña Manuela Pez notó desusado ir y venir de gente en la solitaria calle donde vivía, que era, como se ha dicho, la de San Ignacio, en el apartado barrio de Leganitos. Mirando por los cristales de su gabinete vió que no cesaban de entrar hombres en la casa inmediata a la suya. Al instante recordó que Chaves había alquilado días antes los dos cuartos de aquella casa. «No hay duda—se dijo—: aquelarre tenemos. Milagro será que no se arme esta noche la gran trifulca.» Luego sintió runrún de voces tras del tabique medianero. En el mismo gabinete estaba Teresa, que sufría quebrantos de salud, inapetencia, insomnios... Los ruidos de la casa cercana no se escaparon a su oído sutil; levantóse de la butaca y aplicó su oreja al tabique. Escuchó largo rato; sus ojos brillaban de júbilo, sonreía su boca, repitiendo: «¡Prim, Libertad!»

Dejándola en aquella distracción inocente su madre, sin apartarse de los cristales, se zambullía en hondas cavilaciones. En aquellos días, no pudiendo apartar de su magín la nueva crisis de Teresa, abusaba horrorosamente del monólogo.

—Si viene trifulca, que venga, que de las revoluciones salen los hombres nuevos... Con lo que me ha dicho Mauricia se me ha ensanchado el corazón. ¡Vaya, que si es efectivamente un conde disfrazado...! ¡Jesús, Jesús, de pensarlo me dan mareos!... Pues otra: ahora sale Pepe Chaves con que el chico es de una familia rica y noble de la Rioja alavesa... ¡Virgen de los Remedios, si todo eso es cierto, menuda lotería nos va a caer! La verdad es que el don Enrique se había hecho insoportable. Hombre más jaqueca y más chinche no ha venido al mundo. Con sus remilgos, su miedo al escándalo y aquel hablar como la *Gaceta*, no le aguantaría ni el mismo Job. ¡Vaya con la pretensión de meter a mi hija en las Arrepentidas! Métase él si quiere en un correccional para hombres desaboridos, fulastres y *mariquitas*. En fin—suspirando fuerte—, despedido está... Veremos lo que ahora nos trae Dios. Vengan trapisondas y novedades. Lo que yo digo a mi hija: no importa la revolución con tal que no nos destronen a Isabel Segunda ni nos traigan la libertad de cultos...

Apartándose del tabique, se lanzó Teresa a un pasear vivo por la estancia. Su rostro, de admirable belleza melancólica, irradiaba satisfacción y orgullo. Acudió su madre a tranquilizarla; mas ella, alzando el brazo como si tremolara una bandera, gritaba:

—¡Prim, Libertad!

La bellaca dueña, con ademán de blandir una espada, respondía:

—Venga revolución..., hombres nuevos.

Excitada y nerviosa, Teresa quiso echarse a la calle; pero su madre, con exhortaciones y caricias, logró quitárseselo de la cabeza. Oyendo los ruidos de la casa inmediata, y haciendo mil conjeturas sobre lo que podría suceder, estuvieron en vela hija y madre toda la noche.

A las dos de la madrugada salió Chaves de la casa donde paisanos y oficiales aguardaban el momento de entrar en acción. Iba solo. De la calle de San Ignacio bajó a la plazuela; metióse luego por el callejón de Leganitos, y atravesando solares y recovecos lóbregos, llegó a una explanada, de donde se veían las ventanas altas del cuartel de San Gil por la parte trasera. Allí se detuvo; vió luz en uno de aquellos huecos; sacó un pañuelo y lo agitó repetidas veces; poco tardó en abrirse la ventana, donde un soldado hizo señal con una sábana... De allí partió el hombre, y por ásperos derrumbaderos se dirigió a la Montaña; rodeó el cuartel, y llegando al promedio de la fachada Norte, encendió un cigarrillo: la quietud del aire permitía mantener un rato inextinta la llama del fósforo. A esta señal respondió una luz en las ventanas altas... Después dió la vuelta el patriota por senderos abruptos, entre el palomar y el cuartel, y pasando por la fachada principal de éste, donde estaba la guardia, repitió la señal sin pararse. A cierta distancia, al arrimo d un árbol, vió claridades inequívocas, que en las rejas del piso bajo daban respuesta o conformidad...

Acto continuo salió como flecha hasta la calle de San Ignacio, donde los oficiales y el general esperaban intranquilos. Chaves les dijo:

—La señal está dada; han respondido: «Conformes; no hay novedad.» Cada cual a su puesto.

Volvió a salir disparado, y en un minuto llegó frente a la puerta del cuartel de San Gil, apostándose a la mayor distancia que permitía la anchura de la plaza... Aclaraba el día por instantes; era el momento más bello que sin duda existe en la Naturaleza. El cielo sereno y limpio, sin la más ligera mancha de nube, se inundaba de luz, dando vida y color a todas las cosas de la tierra. El silencio religioso de aquellos instantes sólo era turbado por lejanos desperezos de la ciudad que salía del sueño, y por los cantos de codornices aprisionadas que en diferentes balcones saludaban el día. La expectación anhelante con que el patriota miraba al cuartel no estaba exenta de fervor pietista. En su bárbaro fanatismo sectario cabía la invocación a la Divinidad. Todo hombre que vive consagrado a una idea, cuando suena para esta idea la suprema hora, sabe enlazarla con los altos designios.

Esperando los hechos, contemplaba Chaves en su mente el plan trazado para realizarlos. Todo su afán era que los hechos correspondiesen con exactitud a su explanacion teórica, como acontece en los programas de teatro. El plan era éste: los sargentos de San Gil, al toque de diana, sorprenderían a los jefes, encerrándolos en el cuarto de estandartes, *sin derramamiento de sangre*. Los del Retiro sacarían al Prado sus baterías, amenazando el cuartel de Ingenieros, y esperando a que llegase la Infantería de San Mateo. Los Cazadores de Santa Isabel correrían a situarse en las calles que desembocan en Palacio. Las fuerzas del cuartel de la Montaña, ocupando la plaza de Isabel II y la Plaza Mayor, incomunicarían las zonas sur y norte de Madrid. Las baterías de San Gil ocuparían la Puerta del Sol... Los paisanos en armas se colocarían en los sitios consagrados por la estrategia popular.

El programa militar de la sublevación no quería dejarse fijar en la mente del patriota, y en ella oscilaba, descomponiéndose en movibles líneas, que alteraban sus disposiciones fundamentales. Esforzábase Chaves en reorganizarlo... Quisiera por virtud del solo pensamiento calcar en él los históricos hechos... En esto vió aparecer a Becerra con algunos paisanos bravucones armados hasta los dientes. Díjoles que esperaran en lo alto de la escalerilla de la calle del Río, y volvió a su acecho. Aclaraba más el día... El corazón de Chaves marcaba los segundos con tremendos golpetazos... De repente, ¡ah!, hirió sus oídos el vibrante son de la diana, que fué como estremecimiento de los cielos y la tierra. Medio minuto más, y sonó un disparo en el cuartel; después, dos..., cinco..., hasta diez.

Corriendo hacia la escalerilla, vió descender por ella al capitán Hidalgo, en traje de marcha.

—Ya han sonado tiros—le dijo—. Entre usted...

Decidido, Hidalgo entró en el cuartel. Acompañóle Chaves hasta la puerta, y vió un sargento muerto a la entrada del cuerpo de guardia... Los tiros seguían.

XXXII

Al toque de diana hallábanse en el cuarto de estandartes los oficiales de guardia, capitanes don Juan Martorell y don Eugenio Torreblanca, y los comandantes don Joaquín Valcárcel y don José Cadaval. No dormían; jugaban tranquilamente al tresillo. Llegaron de puntillas al portal los sargentos sediciosos, creyendo a sus jefes entregados al sueño. Quedamente entreabrieron la puerta, con suavidad de fieles criados que no quieren interrumpir el sueño de su amo. Al rumor, los oficiales, con alarma súbita, tiraron las cartas... Tirar las cartas y echar mano a los revólveres fué todo uno. Antes que los sargentos osaran pronunciar una palabra, Martorell les increpó con la dureza que la disciplina permite y aun ordena. Segundos duró la estupefacción de los sargentos, que iban con intención de encerrar tan sólo, y se vieron en la obligación de matar. En un aliento pasaron de la piedad respetuosa a las violencias que impone el instinto de conservación, y ya no hubo jefes ni oficiales, sino un duelo terrible entre dos grupos de hombres: para que uno de los grupos pudiera vivir, tenía que perecer el otro. Invadieron los sargentos el cuarto al grito de «¡Viva Prim...!» Martorell cayó muerto; Torreblanca, tan malherido, que por muerto le dejaron. Valcárcel y Cadaval, que salieron en la confusión del primer momento, tratando de someter a los rebeldes, murieron a los pocos pasos en los patios del cuartel.

Por la eficacia del número, que les dió brutal superioridad, vencieron los sargentos, obrando como ciegas máquinas de destrucción, y el primer choque les resultó un acto criminal, que por ningún artificio lógico podía ser considerado como acto de guerra. La moral del alzamiento sufrió rudo golpe y una desviación lastimosa del primitivo ideal de justicia que a los jefes guiaba. La fatalidad, siempre burlona y trágica, ordenó que los oficiales no tuviesen sueño y entretuvieran con las incidencias del tresillo las largas horas de la guardia. El genio protector de Prim fué el que se durmió aquella noche, mientras los oficiales velaban jugando.

Salieron del cuartel los sublevados con grande algazara y desorden. Unos arrastraban los cañones; otros iban sacando los atalajes y los troncos de mulas. Turbas de paisanos, que en un instante invadieron la plaza, querían ayudar, y en realidad estorbaban. La falta de oficiales se hizo visible desde el primer momento. Lo que en ocasión normal era obra de minutos, en aquélla se estiraba en demoras eternas. El capitán Hidalgo, demudado al principio, enérgico después ante el barullo, intentó ser cabeza de aquel descabezado cuerpo: su voz no se oía en el tumulto oceánico de tantas voces. No había manera de organizar la desorganización, ni de traer a la unidad las individuales energías desmandadas. Al fin, una parte no más del regimiento montado pudo formar, y en imperfecta línea se colocó a la parte arriba de la plaza, ocupando Leganitos y la cuesta del Duque de Osuna. Los de a pie formaron abajo, esperando que se les uniera la infantería del Príncipe. En el laberinto de órdenes y contraórdenes volaban los minutos, como avecillas ladronas que se llevaban el éxito.

En esto sacaron al general don Blas Pierrad. Como se incorpora una efigie a la procesión organizada ya con fieles y clerecía, lo presentaron a las tropas; montó a caballo; pasó revista como pudo frente a las filas descompuestas; fué aclamado por soldados alegres y paisanos roncos y por la caterva de mujeres que poblaban los balcones. Aunque no se le conocía ni por retratos, su figura gallarda suplió por un instante la falta de popularidad. Las aclamaciones culminantes «¡Viva la Libertad, viva Prim!» habrían sido más ardientes si el pueblo viera la propia figura del héroe de Los Castillejos; pero la representación pálida del hombre y de la idea no encendía los corazones.

Seguía volando el tiempo, y la acción estancada de los rebeldes no daba un solo paso. Hidalgo, ardiendo en zozobra,

no cesaba de mirar hacia la Montaña. y de la Montaña, después de mucho esperar, no vinieron más que unos cuarenta hombres, azorados, conducidos por sargentos. Oficiales diligentes trataron de formar con ellos una columna de vanguardia para llevarla por Leganitos hacia Santo Domingo, que no es plazuela, sino encrucijada o atascadero peligroso... La Artillería montada, maniobrando con embarazo, se dividió en secciones. Por las calles de Leganitos, Bola y Torija subían las baterías, rodeadas de ciudadanos truculentos. De los balcones caía, como lluvia de flores de trapo, la nutrida ovación mujeril.

En esta situación tumultuosa, guiados por un entusiasmo nervioso y verbal, llegaron a Santo Domingo, donde ya el paisanaje hacía un bosquejo de barricada enfilando la calle de Preciados. Trataron los artilleros de emplazar algunas piezas. No podían revolverse, y el tiempo se les iba entre las manos como culebra escurridiza. Ya la Puerta del Sol estaba llena de tropas leales, que atacarían por Preciados. El general Pierrad, a quien allí se unió Contreras, dispuso que los soldados ocuparan las casas vecinas con el fin de apoyar desde los balcones el fuego de la barricada. Creyó luego que podría abrirse paso por Jacometrezo hasta la Red de San Luis; entró por aquel intestino; pero de la calle del Olivo no pudo pasar. A escape retrocedió por Tudescos a Santo Domingo, donde ya Contreras y un puñado de hombres de pelo en pecho se aprestaban a la defensa de la posición. De la Puerta del Sol venían los que la Historia llama leales, los artilleros del Retiro, que comprometidos estuvieron con sus compañeros de San Gil para pronunciarse juntos. ¡Qué sarcasmo, Santo Dios! Los que se habían juramentado en la fe de la revolución, ahora se batían fieramente contra ella. Los amigos eran enemigos. Nadie podría decir si los leales eran traidores o los traidores leales.

¿Qué razón había para este duro sarcasmo histórico? Pues sucedió que a O'Donnell llevaron un soplo antes de amanecer, cuando Chaves daba la señal a los cuarteles; que saltó de la cama; que mandó un recado a Serrano; recados a Narváez, Córdova, Hoyos, Concha y otros generales; que su hermano don Enrique O'Donnell corrió al cuartel del Retiro, sorprendiendo a los artilleros antes que los sargentos pudieran sacarlos a la calle; sucedió, en fin, que mientras los sublevados de San Gil perdían minutos en los entorpecimientos que les originaba su azorado desconcierto, O'Donnell los ganaba utilizando con la celeridad del rayo la organización existente. Allí se vió bien claro cuán difícil es que los cuerpos acéfalos puedan hacer frente a los bien dotados de firme cabeza. Cuando aún los pronunciados no habían subido a Santo Domingo, salió don Leopoldo a caballo a la Inspección de Milicias. Recorrió la calle de Alcalá, revistó las fuerzas del Principal; en la Puerta del Sol encontró a Serrano, a pie, y díjole que estaba inquieto porque no parecían los artilleros del Retiro... Serrano montó el caballo del coronel Cortés, y diciendo: «Voy a buscarlos yo», partió como una exhalación hacia el Prado... No tardó en aparecer de nuevo con la noticia de que el regimiento estaba ya en camino, y entonces O'Donnell le ordenó que fuese a Palacio, y que, si por allí había novedad, tomara las medidas que creyese necesarias. Partió Serrano a galope, sin que le tocaran los disparos que en las calles afluentes a las del Arenal le hizo el paisanaje. En Palacio encontró el miedo de la reina, no tan grande como el del rey, y animando a todos y haciéndose cargo de lo bien defendidas que estaban las instituciones, volvió al lado de su jefe y amigo.

En tanto, el valiente Pierrad, cumpliendo en Santo Domingo con estoica entereza los deberes que su mala estrella le impuso, trataba de dominar el furioso oleaje de la muchedumbre sublevada, que no tenía ya concierto, ni jefes, ni municiones, ni suelo en que moverse. Los paisanos volvían del Parque vociferando porque no se les daban cartuchos; los soldados clamaban porque alguien les mandara; chillaban todos, y la voz del general se perdía en el espantoso tumulto. En la calle Ancha no pudo hacer nada de provecho, porque por la Universidad y calle del Pez aparecieron tropas del Gobierno. Previendo que se trataba de atacarle por las rondas del Norte, encerrándole en un círculo de fuego, del cual no podía salir, partió por la Flor Baja y Leganitos a reconocer el alto de San Bernardino. En esta mar-

cha vió que gran parte de los artilleros sublevados le abandonaban, retirándose a San Gil con sentido estratégico, pues ya no había para ellos más solución que una resistencia brava en casa fuerte.

Iba Pierrad amargado, quizás maldiciendo la hora en que tomó la dirección del pronunciamiento, sin conocer las fuerzas que habían de seguirle ni estudiar el terreno en que habría de maniobrar. Quizás pensaba que una muerte honrosa sería para él la mejor salida de aquel confuso laberinto. Y cuando más engolfado iba en estos pensamientos, la suerte le deparó, no el honroso morir, sino un acertado resbalón violentísimo de su caballo. Cayó el hombre a tierra y recibió en la cabeza un golpe formidable, que le hizo perder el conocimiento. Recogido por los hombres de su escolta, le metieron en la más próxima casa, que era la llamada *del Duende*, en la calle del Duque de Liria, y allí se le curó de primera intención. Mientras a esto atendían los de la escolta y los caritativos habitantes de la casa, arreció fuera el peligro... La Guardia Civil se hizo dueña de la calle... A toda prisa disfrazaron el cuerpo casi exánime del general, quitándole el uniforme y endilgándole traje de paisano; sostenido por dos hombres, le sacaban para llevarle a lugar más seguro cuando a registrar la casa entraron los civiles. El paso fué de intensa emoción teatral. O los guardias no le conocieron, o, conocido, engordaron desmesuradamente su vista, a punto que llegaba un ilustre vecino, el duque de Berwick y Alba, con criados y mayordomos, el cual, haciéndose cargo del herido, se lo llevó tranquilamente a su palacio. Túvole allí bien asistido y cuidadosamente guardado de la Policía hasta que se le pudo esconder en una Embajada y arreglarle clandestina fuga por el ferrocarril.

Al volver de Palacio, Serrano pidió nuevas órdenes a O'Donnell, que le dijo: «Vaya usted a ver qué ocurre en el cuartel de la Montaña.» Partió Serrano en dirección de la puerta de San Vicente, de donde pensaba subir a la Montaña; pero viendo allí cuatro cañones de fondo, tuvo que dar un amplio rodeo por el puente de Segovia, Casa de Campo, paso del río por el puente del ferrocarril, y llegando al fin a la espalda de la estación, él y los que le seguían treparon como gatos por el empinado talud de la Montaña. En la explanada del cuartel había tropas formadas, de cuya moral y actitud no tenía el general conocimiento exacto. ¿Eran leales o rebeldes? Fueran lo que fuesen, Serrano, con el ardimiento y ciega bravura que en tales casos gastar solía, cayó sobre ellas, las electrizó con cuatro gritos, y no fué necesario más para recoger aquella fuerza vacilante, agregarla sin dilación a la que llevaba y emprender el ataque y asalto de San Gil, donde unos ochocientos artilleros se habían hecho fuertes, con la rabia pataleante de las causas perdidas: defenderse hasta morir.

Tropas de Serrano por la fachada Norte, tropas mandadas por el mismo O'Donnell por la plaza de San Marcial, acometieron el cuartel. Tan brava como la defensa fué la embestida. Los sublevados hacían fuego incesante desde las rejas del piso bajo; los sitiadores, sin acordarse de que por un capricho de la fatalidad no eran sus aliados, los fusilaban desde fuera. Asaltada la puerta con no pocas pérdidas de una parte y otra, los sitiadores fueron dueños de los patios; los sitiados, replegándose al principal, parecían decididos a disputar el terreno piso a piso. Cruzáronse parlamentos, sin llegar a términos de avenencia. Los artilleros pedían la impunidad, que no se les podía dar. Perdido el principal, continuó la furiosa contienda en el segundo, y, por fin, en las buhardillas, donde quedó sojuzgado *lo futuro* y victorioso *lo existente*. Sangre y muertos en todos los pisos mostraban cuán recia fué la batalla entre el nombre de Prim y el de Isabel II. ¡Lástima de brío militar empleado sin fruto y perdido en el torrente político más espumoso! Creyérase que el morir hombres y más hombres era necesario, por ley fatal, para la consolidación de nuestros altares y tronos, de perfecta índole asiática. ¡Vive Dios que ningún Poder se asentó jamás sobre tan ancha y alta pila de cadáveres!

XXXIII

Vencido y desarmado el brazo militar, faltaba someter al civil, lo que no era fácil, porque la plebe armada, dirigida por sus iguales, con una organización

primitiva, se movía con gran desembarazo. Acosada y dispersa en una calle, aparecía prontamente en otra. Era la guerrilla urbana más veloz que la milicia regular y más conocedora de los atajos y callejuelas para sorprender al enemigo. En la calle de la Luna, un grupo de estos leones sueltos, que disponían de un cañón y de varios artilleros para servirlo, tuvieron en jaque al general Concha más de una hora. Pero lo más apretado de aquellos sangrientos lances callejeros estuvo en la plaza de la Cebada: allí acudieron y se fortificaron con improvisados parapetos los bandos más aguerridos de la patriotería del Rastro y Latina. Tres cargas a la bayoneta les dió la Infantería con soberbio empuje, y aún no pudo con ellos.

Cuando parecían debilitarse, vino por San Millán un refuerzo de tiradores fieros y desesperados. Entre ellos descollaba una figura tan gigantesca por su talla como por su arrojo. Era un león barbudo, un descomedido atleta, que de sus ojos enrojecidos echaba fuego, de su boca imprecaciones tonantes; era la estampa del coraje indómito, del feroz patriotismo, que guerreaba a tiros, a puñetazos, a dicterios inflamados con rabia y encono; era, en fin, el gran Chaves, demente, bárbaro, heroico. En lo más duro del ataque vió entre la tropa que contra él venía la cara del sargento con quien cambió, días antes, palabras sigilosas en el patio del cuartel de San Mateo... Fué aquella tarde en que con el artificio de la pelota entró en el cuartel el niño, y tras el niño el padre... Dirigióle el barbudo desde lejos palabras rencorosas y vengativas... Y el sargento, mirándole con ojos benignos, y cumpliendo su deber como esclavo circunstancial de la Ordenanza, decía para su capote: «Te veo, Chaves; no quiero matarte; huye, escóndete. Podemos ahora más que tú... Te ha salido mal la cuenta; otra vez será.» Todo esto fué obra de segundos. Los valientes paisanos no pudieron resistir el ataque, mandado por el general Hoyos. Dejando algunos muertos y heridos y llevándose casi a rastras al furioso Chaves, huyeron hacia la Cabecera del Rastro.

Estas refriegas parciales y otras muy reñidas en Puerta Cerrada, plazuelas del Progreso y Antón Martín, duraron hasta la una o las dos de la tarde. A esta hora ya se dió por dominada la insurrección. El general O'Donnell, con su Estado Mayor, recorrió todos los sitios donde la lucha había sido más empeñada y tenaz. Herido fué levemente Narváez en la calle de Bailén, hallándose junto a O'Donnell. También les tocó alguna china a los generales Ceballos y conde de la Cañada; herida grave recibió el brigadier Jovellar. Los pocos transeúntes que afrontaron los riesgos de la calle vieron caballos muertos, charcos de sangre, despojos de guerra; las casas de Santo Domingo, acribilladas a balazos; cadáveres conducidos en camillas, entre ellos los de los dignos oficiales Escario y Balanzat, muertos en las calles cuando iban a incorporarse a sus Cuerpos. A media tarde era peligroso andar por los barrios circundantes del cuartel de San Gil, pues aún sonaban disparos hacia San Bernardino y Conde-Duque. La plaza de San Marcial ofrecía la pavorosa desolación de la tragedia. El frontispicio del cuartel, destrozado por el fuego de fusilería y cañón, era una faz llorosa, dentro de la cual se sentía el gemido de la conciencia nacional, abrumada. Los oficiales muertos, sus matadores y sus vengadores, sacrificados en la lucha, dormían todos el mismo sueño.

Avanzaba la tarde: los vecinos de la plaza de San Marcial salían de sus casas con ávida curiosidad. Querían ver, oír y tocar lo que quedaba de la matanza, respirar el flúido trágico que aún flotaba en el ambiente, como las emanaciones del cloroformo después de la cruenta cirugía. Las huellas de la humana barbarie atraen poderosamente a los hombres y más aún a las mujeres. Muchedumbre de éstas intentó bajar a la plaza; pero contenidas por el cordón de centinelas, quedaron relegadas en la plazuela de Leganitos. Entre la heterogénea multitud distinguíase la figura esbelta de Teresa Villaescusa, que, escapada de su casa, anduvo rondando por las calles próximas en un ansioso atisbo no se sabe de qué. Cuando ella y otras mujeres se quejaban de que los centinelas no las dejaran acercarse al matadero de San Gil, una mano se posó en el hombro de la hermosa mujer. Volvióse a ver quién la tocaba, y viendo el amojamado rostro de Santiuste, imagen de la muerte, tembló de nervioso frío y de miedo.

SANTIUSTE.—¿Qué haces por aquí, Teresa, y qué buscas en este campo de una batalla ideal, tan ganada por los vencedores como por los vencidos?

TERESA.—*(Con ligero desvanecimiento mental.)* Entre los vencidos busco a un hombre. Daría muchos días de mi vida por encontrarle vivo.

CONFUSIO.—*(Risueño, en plena embriaguez de pensamientos optimistas,)* Vivo le encontrarás, porque muertos no hay aquí... No te fíes de cadáveres fingidos, que ellos son hombres que hacen que se mueren, y viven.

TERESA.—Si fuera verdad lo que dices, yo me alegraría... Pero no puedo creerte, Juan. Muertos hay. Tú no has visto bien, o con tu imaginación enferma trabucas las formas reales.

CONFUSIO.—Yo he visto en el cuartel el simulacro de asalto y rendición. Los valientes soldados han desempeñado su papel a maravilla, y los generales han igualado con su arte exquisito a los más hábiles cómicos... Dentro del cuartel he visto a Prim con sencillo y airoso disfraz de hijo del pueblo.

TERESA.—*(Contagiada del trastorno de Juan.)* El que has visto no es Prim; es un hombre que parece humilde y tiene toda la nobleza y sabiduría del Universo.

CONFUSIO.—Te aseguro que es Prim el que he visto. Prim mandaba el simulacro dentro del cuartel..., y fuera, el intrépido Serrano dirigía el asalto. Cuando por acuerdo de los dos terminó la figurada chamusquina, entró Serrano en el cuartel con cara de júbilo... Serrano y Prim se abrazaron.

TERESA.—Quítate allá, Juan... Eres loco.

CONFUSIO.—Soy lo que soy. Compongo la Historia lógica y estética, estudiando los acontecimientos, no en la superficie, sino en el fondo... En el fondo veo a Serrano y Prim abrazados... Son los mejores amigos del mundo, aunque no lo parezca... Tus ojos pecadores no ven la verdad...

TERESA.—Los tuyos no ven más que disparates.

CONFUSIO.—Veo los muertos vivos, los enemigos reconciliados, el Altar y el Trono llevados a carpintería para que los compongan, la Historia de España escrita por los orates... Tú no sabes de esto, pobrecilla... Léeme y sabrás.

Santander-Madrid, julio a octubre de 1906.

FIN DE «PRIM»

LA DE LOS TRISTES DESTINOS

I

Madrid, 1866,

MAÑANA de julio seca y luminosa. Amanecer displicente, malhumorado, como el de los que madrugan sin haber dormido...

Entonces, como ahora, el sol hacía su presentación por el campo desolado del Abroñigal, y sus primeros rayos pasaban con movimiento de guadaña, rapando las árboles del Retiro, después los tejados de la Villa coronada... de abrojos. Cinco de aquellos rayos primeros, enfilando oblicuamente los cinco huecos de la Puerta de Alcalá como espadas llameantes, iluminaron a trechos la vulgar fachada del cuartel de Ingenieros y las cabezas de un pelotón desgarrado de plebe que se movía en la calle alta de Alcalá, llamada también del Pósito. Tan pronto el vago gentío se abalanzaba con impulso de curiosidad hacia el cuartel, tan pronto reculaba hasta dar con la verja del Retiro, empujado por la Policía y algunos civiles de a caballo... El buen pueblo de Madrid quería ver, poniendo en ello todo su gusto y su compasión, a los sargentos de San Gil (22 de junio) sentenciados a muerte por el Consejo de guerra. La primera tanda de aquellos tristes mártires sin gloria se componía de dieciséis hombres, que fueron brevemente despachados de Consejo, sentencia y capilla en el cuartel de Ingenieros, y en la mañana de referencia salían ya para el lugar en donde habían de morir a tiros, heroica medicina contra las enfermedades del principio de autoridad, que por aquellos días, y en otros muchos días de la historia patria, padecía crónicos achaques y terribles accesos agudos... Pues los pobres salieron de dos en dos, y conforme traspasaban la puerta eran metidos en simones. Tranquilamente desfilaban éstos, uno detrás de otro, como si llevaran convidados a una fiesta. Y verdaderamente convidados eran a morir..., y en lugar próximo a la plaza de toros, centro de todo bullicio y alegría.

Que en aquella plebe descollaban por el número y el vocerío las hembras, no hay para qué decirlo. Compasión y curiosidad son sentimientos femeninos, y por esto, en los actos patibularios, le cuadra tan bien a la Tragedia el nombre de mujer. Las más visibles en el *coro de señoras* eran dos bellezas públicas y reposadas: Rafaela y Generosa Hermosilla, más conocidas por el mote de las *Zorreras,* del oficio y granjería de su padre, que figuró en la revolución del 54, después de haber dado notable impulso a la industria de zorros. Las dos hermanas, llorosas y sobrecogidas, se abrían paso a fuerza de codos para llegar a las filas delanteras, de donde pudieran ver de cerca los fúnebres simones, cada uno con su pareja de víctimas. Pasaron los primeros... Casi todos los reos iban serenos y resignados; algunos, esquivando las miradas de la multitud; otros, requiriéndola con melancólica expresión de un adiós postrero a Madrid y a la existencia. Era en verdad un espectáculo de los más lúgubres y congojosos que se podrían imaginar... Al paso del quinto coche, una de las *Zorreras,* la mayor y menos lozana de las dos, aunque en rigor la más bella, echó de su boca un ¡ay! terrorífico, seguido de estas cortadas voces:

—Simón, Simón mío..., adiós... Allá me esperes...

Al decirlo se desplomó, y habría caído al suelo si no la sostuvieran, más que los brazos de su hermana, los cuer-

pos del apretado gentío. Este se arremolinó y abrió un hueco para que la desvanecida hembra pudiera ser sacada a sitio más claro y pudieran darle aire y algún consuelo de palabras, que también en tales casos son aire que dan las lenguas haciendo de abanicos. En su retirada fué a parar la *Zorrera* a la verja del Retiro bajo, y en el retallo curvo del zócalo de piedra quedó medio sentada, asistida de su hermana y amigos. Dábale aire Generosa con un pañuelo, y una matrona lacia y descaradota, reliquia de una belleza popular a quien allá por el 50 dieron el mote de *Pepa Jumos*, la consolaba con estas graves razones de un sentido esencialmente hispánico:

—No te desmayes, mujer; ten corazón fuerte, corazón de Dos de Mayo, como quien dice. ¡Bien por Simón Paternina! Bien por los hombres valientes, que van al matadero con semblante *dizno*, como diciendo: «Para lo que me han de dar en este mundo perro mejor estoy en el otro.» Bien le hemos visto...; cara de color de cera, guapísima..., como el San Juanito de la Pasión... Iba fumándose un puro, echando el humo fuera del coche, y con el humo las miradas de compasión... para los que nos quedamos en este pastelero valle de lágrimas.

Apoyó estas manifestaciones Erasmo Gamoneda, también revolucionario y barricadista del 54. Arrimóse a la *Zorrera*, y echándole los brazos con fraternal gesto de amparo, dijo, entre otras cosas muy consoladoras, que el cigarro que fumaba el sargento, camino del patíbulo, no era de estanco, sino de los que llaman *brevas de Cabañas*, que de este rico tabaco proveyeron generosamente a los reos los señores de la Paz y Caridad... El estaba en la puerta del cuartel cuando entraron los ordenanzas con la cena para los sargentos, que fué suculenta: *bisteques* con unas patatas *sopladas* muy ricas; pescado frito con cachitos de limón, y postre de flanes y de bizcochos borrachos a escoger... Luego café a pasto, hasta que no quisieron más, y puros en cajas, que iban cogiendo y fumaban encendiendo uno en otro, y viceversa, quiere decirse, sucesivamente.

Tomó de nuevo la palabra *Pepa Jumos*, elevando sus consuelos al orden espiritual, lo que no era para ella difícil, pues tenía sus puntadas de mística y sus hilvanes de filósofa. Ved lo que dijo:

—Yo sé por Ibraim, el curángano de tropa, que todos los reos han estado en la capilla muy enteros, y como ninguno Simón Paternina, que no perdió en toda la noche el despejo, ni aquel ángel con que sabe hablar a todo el mundo. Se confesó como un borrego de Dios y encomendóse a la Virgen para morir como caballero cristiano... Su cara bonita y pálida, y aquella caída de ojos, tan triste, y el humo del cigarro subiendo al cielo, nos han dicho que en el morir no ve ya más que un cerrar y abrir los ojos... Va bien confesado; va con el alma tan limpia como los tuétanos del oro, y Dios le dirá: «Ven a mi lado, hijo mío; siéntate...» Por eso, Rafaela, yo que tú, no me afligiría tanto..., lloraría, sí, porque natural es que una se descomponga cuando le quitan el hombre que quiere; pero diría para entre mí: «Adiós, Simón Paternina; Dios es bueno y me llevará contigo a la gloria...»

No quedó la maja muy satisfecha de esta exhortación a la dulce conformidad religiosa, ni el alma de la *Zorrera* se contentaba con tan lejanos alivios de su dolor. Suspiraban las amigas con el escepticismo de plañideras circunstanciales, mientras la Hermosilla, apretando contra sus ojos el pañuelo hecho ya pelota humedecida por las lágrimas, sostenía con el silencio el decoro de su dolor. Seguían pasando coches..., pasó el último. La multitud no pudo escoltar la fúnebre procesión, porque los civiles impidieron el paso por la Puerta de Alcalá... El rechazo de la curiosidad compasiva llenó la calle de protestas bulliciosas, de imprecaciones, en variedad de estilos callejeros... En este punto rompió su torvo silencio Rafaela, diciendo:

—Ya sé, ya sé que el pobrecito Simón se irá derecho al Cielo... Yo le conozco; no era de estos que reniegan de Dios y de la Virgen... Sus padres, que fueron carlistas, le habían enseñado muy bien todo lo de la religión... Pero a mí, que soy tan pecadora, ¿me querrá Dios llevar a donde él está?... Lo digo, porque cuando una se hace cuen-

ta de no pecar, viene el demonio y lo enreda...

A estos escrúpulos opuso la *Jumos*, con profunda sabiduría, la idea de que si queremos ser buenos, bien sea en la hora de la muerte, bien en otra cualquiera, la fe nos da ocasión de mandar a paseo al demonio y a toda su casta. Muy confortada la *Zorrera* con tal idea, siguió diciendo:

—Lloro a Simón, y le lloraré toda mi vida, porque era muy bueno... Un año hace que le conocí en la plazuela de Santa Cruz... De allí nos fuimos al baile del Elíseo...; fué el día de San Pedro..., bien me acuerdo..., y a los tres de hablar con él ya le quería. Aunque me esté mal el decirlo, muchos hombres he conocido, muchos..., ninguno como Simón Paternina. ¡Qué decencia la suya!... Caballeros he tratado: a todos daba quince y raya mi Simón. Por eso me decía *Don Frenético...*, ya sabéis: don Federico Nieto, aquel señor tan bien hablado... Pues un día, en casa..., no sé cómo salió la conversación... Dijo, dice: «Parece mentira que un *mero* sargento sea tan fino...» Y, si era el primero en la finura y en el garbo del uniforme, a valiente ¿quién le ganaba? Si mandando tropas metía miedo por su bravura, conmigo era un borrego... ¡Ay Simón mío, yo que pensé verte un día general, y ahora...! Bien te dije: «Simón, no te tires.» Pero él... perdía el tino en cuanto le hablaban de Prim, que era como decirle Libertad... Pues ahora, toma Libertad, toma Prim... ¡Ay Dios mío de mi alma, qué pena tan grande!... Yo confiaba..., ¿verdad, Generosa?..., confiábamos en que *la Isabel* perdonaría... Para perdonar la tenemos... ¡Bien la perdonamos a ella, Cristo! ¡Y ahora nos sale con ésta!... Pues ésta no te la pasa Dios, ¡mal rayo!... A un general sublevado le da cruces, y a un pobre sargento, ¡pum!... Tu justicia me da asco.

—No hables mal de ella—dijo la Pepa con alarde de sensatez—, que si no perdona es porque no la deja el zancarrón de O'Donnell, o porque la Patrocinio, que es como culebra, se le enrosca en el corazón...

En este punto rasgó el aire un formidable estruendo, un tronicio graneado de tiros sin concierto. Con estremecimiento y congoja, con ayes y greguería, respondió toda la plebe a la descarga, y la *Zorrera* lanzó un grito desgarrador. La *Jumos* exclamó con cierta unción:

—*Consumatomés.*

Algunos del grupo se persignaron, y otros formularon airadas protestas. El ruido desgranado de la descarga daba la visión del temblor de manos de los pobres soldados en el acto terrible de matar a sus compañeros... Aunque la *Zorrera* pareció acometida de un violento patatús, resbalándose del inclinado asiento en que apoyaba sus nalgas, pronto se rehizo, estirando el cuerpo, irguiéndose, trocándose repentinamente de afligida en iracunda, y de callada en vocinglera. Las maldiciones que echó por aquella boca no pueden ser reproducidas por el punzón de esta Clío familiar, que escribe en la calle, sentada en un banco o donde se tercia, apoyándo sus tabletas en la rodilla...

II

—A casa, a casa—dijo la Generosa, cogiendo del brazo a su hermana y llevándosela calle abajo, rodeada de los amigos—. Yo no quería venir, bien lo sabes... Nos abríamos ahorrado esta sofoquina.

Y la *Jumos*, con austera suficiencia, soltó la opinión contraria:

—Debemos verlo todo, digo yo. Así se templa una y se carga de coraje.

Después proclamó resueltamente la doctrina de Zenón *el Estoico*, asegurando que el dolor no es cosa mala. Volvióse Rafaela de súbito hacia los que la seguían, que era considerable grupo, y alzando las manos convulsas sotre las cabezas circunstantes, gritó:

—¡Viva Prim!... ¡Muera la...!

Su hermana y Gamoneda acudieron a taparle la boca, cortando en flor la exclamación irreverente. Ambas *Zorreras* y su séquito continuaron rezongando, y al pasar frente a la Cibeles, se les unió un sujeto que por su facha y modos se revelaba como del honorable cuerpo de la Policía secreta. Valentín Malrecado no gastaba uniforme; pero mejor que éste declaraba su oficio la raída levita del Rastro, el pantalón

número único, el abollado sombrero, la cara famélica, no afeitada en seis días, y el aire mixto de autoridad y miseria, propio de tales tipos en España y en aquellos tiempos. Agregado a la compañía, habló con sosegadas amistosas razones, pues a las *Zorreras* trataba con ancha confianza, y de Gamoneda había sido socio en la magna explotación de obleas, lacre y fósforos instalada en Cuchilleros.

—Ya te vi arrimadita a la verja—dijo a la dolorida mujer—; pero no quise acercarme a ti porque estabas furiosa y algo subversiva. Es natural..., te compadezco... Te doy el pésame... Cosas de la vida son éstas... Hoy les toca morir a éstos, mañana a los otros. Es la Historia de España, que va corriendo, corriendo... Es un río de sangre, como dice *don Toro Godo*... Sangre por el Orden, sangre por la Libertad. Las venas de nuestra nación se están vaciando siempre; pero pronto vuelven a llenarse... Este pueblo heroico y mal comido saca su sangre de sus desgracias, del amor, del odio..., y de las sopas de ajo. No lo digo yo: lo dice el primer sabio de España, Juanito *Confusio*.

Iban las dos hermanas despeinadas, ojerosas, como quien no ha probado desayuno después de una noche de angustioso desvelo. Llevólas Malrecado a una taberna de la calle del Turco, de la cual era parroquiano constante. Allí la partida se componía de las Hermosillas, la *Jumos*, Erasmo Gamoneda y una joven costurera llamada Torcuata, que llevaba en brazos a un niño, a quien había dado la teta viendo pasar los coches con los desgraciados sargentos... Sentáronse las señoras en negros banquillos, y se les sirvió vino blanco, que, según el policía, era bálsamo para las congojas y el mejor alivio de pesadumbres. Rafaela, que estaba desfallecida, dió tregua a la emisión de suspiros para beberse el primer vaso, apurándolo de un trago. Ella y su hermana repitieron hasta tres veces; Torcuata prefirió el cariñena, y se atizó varias copas «por estar criando»; el chiquillo se le había dormido. Requirieron la *Jumos* y Gamoneda el aguardiente blanco, que por añeja costumbre era la reparación más eficaz y consoladora en sus maduros años. A una pregunta de Rafaela, contestó Malrecado:

—La segunda ristra de sargentos saldrá pasado mañana. Dieciocho individuos van en ella. La verdad, esto pone los pelos de punta... Pero lo que digo: es la Historia de España, que sale de paseo... Debemos suspirar y quitarnos el sombrero cuando la veamos pasar... Luego vendrán otros días... Y si quiere venir la revolución, mejor... Don Manuel Becerra, que es amigo, se ha de acordar de mí... Pues como iba diciendo quedará la tercera cuerda de sargentos para la semana que entra, si el Consejo de guerra los despacha... Son muchas muertes... Don Leopoldo hace bueno a Narváez..., y no digo más, que soy o debo ser ministerial..., un ministerial de cinco mil reales... ¡Cinco mil reales!, que venga Dios y diga si hay país en el mundo donde sea más barato el orden...

—Para lo que hacéis—dijo la Rafaela, reanimada ya con la bebida—bien pagados estáis... Anda, que algo coméis también de la Libertad... Buenos napoleones te ha dado don Ricardo Muñiz. Y ese pantalón, ¿no es el que se quitó Lagunero cuando tuvo que escapar disfrazado?

—No negará—dijo la Torcuata zumbona—que Chaves le dió tres vestidos de niño..., yo lo vi; yo trabajaba en su casa... Tus sobrinos, los hijos de Pilar Angosto, los lucen los días de fiesta...

—Confiesa que comes con todos, Malrecado, y no te abochornes—observó la *Jumos*, poniéndose en la realidad—. Vele ahí la Historia de España «por la otra punta». En comer de esta olla y de la otra no hay ningún desmerecimiento. Cuando vamos para viejos, traemos a casa todos los rábanos que pasan.

—Malrecadillo, esa levita que llevas, ¿de qué difunto era? ¿No te la dió la Villaescusa cuando ibas todos los días a limpiarle las botas a Leal?

—Te mandaban vigilar a los progresistas, y tú comías en la cocina de don Pascual Madoz.

—Cobrabas del Gobierno por seguir los pasos a Moriones, y le contabas a Sagasta los pasos del gobernador.

Así le toreaban, así le escarnecían aquellas malas pécoras sin ningún respeto de su autoridad y sin pizca de agradecimiento por el espléndido con-

vite de vino con que el policía las obsequiaba. Pero Malrecado se sacudía las pulgas con flemático cinismo, y al contestarles no perdía su benevolencia.

—Callad, pobres mujeres, más deslenguadas que desorejadas—les decía—. Sois los que llamamos el «bello sexo», y un hombre decente no debe insultar a las señoras, aunque sean tan perdidas como vosotras. Callad; idos a vuestra casa, y no os metáis en la cosa pública, de la que entendéis tanto como yo de castrar mosquitos. Y tú, Rafaela, dime: ¿te parece bien que estando, como estás, de duelo y luto riguroso, te pongas a despotricar contra este buen amigo, que te ha favorecido en lo que pudo y te avisó con tiempo del mal que a Simón le vendría por meterse en aquellos dibujos? Vete a tu casa y recógete por unos días, y antes, ahora mismo, vete a oír una misa en San Sebastián o en otra iglesia que cojas al paso...

—De todo me enseñarás, Malrecado —replicó la *Zorrera* con grave continente y estilo, levantándose para salir—; pero no de lo que tengo que hacer tocante a religión, que aquí donde me ves, conciencia no me falta, aunque me falten otras cosas...: la vergüenza, pongo por caso. Pero a ti, que eres un hereje, te digo que sin vergüenza se puede vivir, pero sin conciencia no, ya lo sabes. No iré hoy a oír la misa, sino a encargarla, para que me la digan mañana, y a este respetive llevo aquí medio duro. ¿Lo ves? *(Sacándolo de su faltriquera y mostrándolo a todos.)* Y no es este medio duro del dinero que yo suelo ganar con el aquel de mi mala vida, sino que lo he ganado honradamente en un trabajo que me encargó la sastra de curas Andrea Samaniego, y fué el planchado, plegado y rizado del roquete de un señor capellán de Palacio..., labor fina para la que tengo buenas manos, porque desde chiquita lo aprendí de mi madre, que me enseñó el rizado fino con plancha, palillos y la uña. ¿Te enteras? Pues con mi medio duro bien ganado iré, no a San Sebastián, sino a Santa Cruz, porque en aquella plazuela fué donde conocí a Simón, que allí me salió una tarde, viniendo yo de la verbena de San Pedro... Conque la misa se dirá en Santa Cruz... Ya lo sabes, por si quieres oírla. Iré yo con mi mantón negro, y mi hermana y todas las amigas que pueda recoger... Ya lo sabes, Pepona, y tú, Norberta... No me faltaréis... Que no se diga que solamente las almas de los ricos tienen naufragios, sufragios, o como eso se llame, para salir pronto del purgatorio. Yo le pago una misa a mi Simón, y él, que era bueno y no tuvo parte en la matanza de los oficiales, irá pronto a la presencia de Dios y le dirá: «Señor, Santísimo, mire cómo me han puesto, cómo me han acribillado. En la mano traigo mis sesos. Esta es la Historia de España que están haciendo allá la Isabel y el diablo, la Patrocinio y O'Donnell, y los malditos moderados...; que no parece sino que Vuestra Divina Majestad ha echado mil maldiciones sobre aquella tierra...» Esto dirá Simón, y yo, en la misa de mañana, diré lo mismo a Dios y a la Virgen para que se enteren de lo que aquí está pasando... Isabel, ponte en guardia, que si tus *amenes* llegan al cielo, los míos también... Conque vámonos, que es tarde.

A instancias de Malrecado dieron todos otro tiento al peleón por despedida, y salieron a medios pelos.

III

Malrecado no tenía hijos, ni mujer que se los diera conforme a sacramento. Era solo y cínico; de su empleo había hecho una granjería sorda, que sin ruido, le daba para vivir desahogadamente, ocultando su bienestar debajo de una mala capa y de ropas que ya eran viejas cuando pasaron de ajenos cuerpos al suyo desgarbado. Su mano sucia no cesaba de recoger esta y la otra ofrenda, y su astuta labia ablandaba las voluntades de los robados como la de los ladrones. En la política brutalmente antagónica de aquellos tiempos hallaba campo doble para espigar el fruto. De lo lícito y de lo vedado, de lo legal y de lo subversivo sacaba el hombre para la *bucólica* y para la alcancía, para el presente claro y el mañana oscuro, y guardando con escrúpulos sus apariencias de pobre, señuelo de incautos, era un redomado alcabalero que, de guardia en su gari-

ta policíaca, cobraba el tributo a toda debilidad humana que pasaba para una parte u otra. Hombre sin ninguna instrucción, de su talento natural había sacado el cinismo útil y la filosofía parda y reproductiva.

Como se ha dicho, salió de la taberna con las prójimas, a las que acompañó hasta Santa Cruz, y desde allí se fué solo a Palacio, subió por la escalera de Cáceres, internóse en los pasillos del piso más alto. Allá solía ir casi diariamente, pues amistad o parentesco tenía con planchadoras, mozos y casilleres... Ocho días después de lo referido, media hora antes de que se alegrara la Plaza de la Armería con el militar bullicio del relevo de la guardia, subió Malrecado por la misma escalera y se detuvo en el piso segundo donde vivían los servidores de más categoría. En el ángulo de Armería y Oriente llegóse a una puerta, y antes que tirara del cordón de la campanilla, aquella se abrió para dar paso a don Guillermo de Aransis, gallardo de apostura, fresco de rostro, vestido de mañana y poniéndose los guantes. La belleza varonil del linajudo caballero se hallaba en el cenit, como diría un escritor de la época, en ese esplendor estacionario, distante aún de la declinación. Aransis no salía de visita; no vivía en aquella casa..., salía para irse a la suya.

—No podía usted llegar más a tiempo, Malrecado—dijo al policía—. Dejo una carta para Beramendi. Entre usted y recójala.

—Y aquí traigo yo otra del señor de Tarfe, que pone: «urgentísimo». Me ha dicho que espere contestación.

Leída rápidamente la esquela de su amigo, dijo Guillermo al mensajero:

—Antes de llevar la carta para Beramendi, vaya usted a casa de Manolo y dígale que iré a verle en seguida. Dentro de media hora estaré allá.

Y no pasó más. Con estos recados y comisiones urgentes se relacionaba la visita que Manolo Tarfe hizo a Palacio y a Su Majestad, después de pedir audiencia por mediación de la Villares de Tajo. El ingenioso y decidido caballero celebró previa conferencia con su amiga en una estancia no muy clara, con rejas a la galería, recinto de apacible misterio, semejante al de las *Meninas*, de Velázquez, aunque decorado con menos austeridad. En él parecían residir como en su propio nido los cuchicheos de voces femeninas y afeminadas, y los rumores de almidonadas faldamentas. Breve y nerviosa fué la conversación de Tarfe y Eufrasia.

—¡Crisis! Pero, ¿es eso creíble?... Anoche corrió ese rumor en el Casino. Nadie hacía caso. Yo, que de algún tiempo acá rindo culto al absurdo, me dije: «Cuando la cosa no tiene sentido común, debe ser cierta... Para salir de dudas, acudamos a la fuente de los hechos históricos, que es la reina. El caño de esa fuente arroja su agua primera sobre el cántaro de ese alma de ídem que se llama Guillermo de Aransis.» Acudo a él hace un rato, le interrogo; me contesta con equívocos y sonrisitas, que confirman el desatinado rumor... ¡Ay Eufrasia!, en este horrible desconcierto lógico, viendo que la mentira es verdad y el absurdo razón, el hermoso Aransis me pareció un patán feísimo, zafio, grotesco... Le hubiera dado veinte patadas... En fin, amiga mía, dígame usted la verdad o la parte de verdad que usted sepa.

—Sólo sé que hay gran presión sobre la señora para que cambie de Gobierno; pero aún no ha resuelto nada. La cosa es dura y la ocasión diabólica.

—O'Donnell acaba de sofocar una insurrección formidable; ha obtenido de las Cortes siete autorizaciones económicas y políticas, y, de añadidura, la suspensión de garantías. Ha fusilado a sesenta y seis sargentos. ¿Acaso les parece poco fusilar?

—No, por Dios, no es eso.

—¿Por ventura se ha fusilado demasiado?

—Tampoco es eso, Manolo. Puesto que dentro de un rato hablará usted con su majestad, pregúntele a ella... o trate de adivinar su pensamiento...

—No me hablará de política, ni yo, que sé tratar con reyes, he de salirme de la casilla de mi asunto.

—¿Se puede saber...?

—No es ningún secreto. Vengo a pedir a doña Isabel que interceda por dos infelices paisanos detenidos el veintidós de junio, y que no tuvieron arte ni parte en la sublevación. Los llevaron a Leganés, y allí están, esperando cuerda para Melilla o Fernando Poo...

—Pues hace usted bien en darse prisa, porque mañana o pasado podría encarecerse tanto la clemencia, que costaría Dios y ayuda obtener un pedacito de ella... Y dígame otra cosa, alma inocente: ¿viene usted a la petición solito y a palo seco, fiado en su propia influencia y simpatía?

—No, señora, que si tal hiciera sería tonto de capirote. Mi prima, que estaba en el convento de San Pascual, de Aranjuez, anda ahora por San Sebastián, jugando a la fundación de monasterios. Pues por ella he conseguido una carta de la madre, de la excelsa, seráfica y milagrosa madre. ¿Quiere usted ver la carta? Aquí la traigo... En ella se da fe de la religiosidad y honradez de mis dos protegidos, y se pide sean puestos inmediatamente en libertad.

—Bien, Manolo. Falta saber si la carta trae la contraseña que pone la madre para dar valor y eficacia a lo que escribe...

—Trae todos los requisitos, Eufrasia. Ya he tenido buen cuidado de hacerla examinar por las señoras y algún caballero de la camarilla.

—Pero...

—Ya entiendo..., eso no basta. Por encima de la camarilla de la reina está el *Supremo Camarillón Ecuménico*, que funciona en el cuarto del rey... Yo me encomiendo a usted, Eufrasia...

—¡Dale con las dichosas camarillas!... Los hombres de más talento no se libran de pagar su tributo a la vulgaridad.

—La opinión se hincha con la verdad, así como con la mentira. ¿Quién es capaz de separarlas? Loco sería el que en pleno huracán intentase separar el viento del polvo.

—Una frase ingeniosa no resuelve nada, Manolo. A los ingeniosos y chistosos les desterraría yo a una isla desierta... Pero con estas tonterías deja usted correr el tiempo, y, si se descuida, se le pasará la vez... Váyase a la Salita, que ya habrán empezado las audiencias.

—Cuento con la impuntualidad de la señora... Pero, en fin, allá me voy. ¿Podré ver a usted después?

Quedó la Villares de Tajo en recibirle en su casa por la tarde, y nada más hablaron... En la Saleta aguardó el caballero más de media hora la ocasión feliz de pasar a la presencia de su majestad.

—Estás hecho un perdido, Tarfe... Me tienes muy olvidada... Mil años hace que no vienes a verme.

A estas primeras palabras de la reina contestó el caballero con finísimas disculpas cortesanas. Vestía doña Isabel un vaporoso traje de crespón de seda azul, con volantes y adorno de encajes negros. Su peinado, bajo, achaparraba su cabeza, haciéndola más aburguesada de lo que era realmente. Por haber transcurrido unos dos años sin verla de cerca, fijóse el caballero en la creciente gordura de la reina. Las formas abultadas algo fofas iban embotando su esbeltez y agarbanzando su realeza... Aquel día no se hallaba la señora de buen talante. Parecía distraída, inquieta, y sus ojos, de un azul húmedo y claro; sus párpados, ligeramente enrojecidos, más expresaban el cansancio que el contento de la vida... Eran los ojos del absoluto desengaño, los ojos de un alma que ha venido a parar en el conocimiento enciclopédico de cuantos estímulos están vedados a la inocencia.

Apenas despachó Tarfe sus cortesanías y fórmulas de respeto, entró en materia, exponiendo a la reina su petición humanitaria... Pedía la libertad de dos hombres inocentes; reforzaba su demanda con una carta de la santa madre; si la soberana, piadosa, se condolía de aquellos desgraciados y quería salvarles de una bárbara deportación bastaría que escribiese dos letras el general Hoyos... Pero no se limitara a una fría recomendación; habría de pedir o mandar con todo el calor que su corazón atesoraba para los móviles de clemencia, de amor a los españoles.

—Pues, mira, voy a complacerte—dijo la reina, sin perder la seriedad con que aquel día enmascaraba su gracia festiva, a veces zumbona—. Eso para que digan que no perdono, que no soy generosa... Dime los nombres y escribiré ahora mismo la carta. Y la pondré bien expresiva para que Hoyos no tenga más remedio que bajar la cabeza.

Leída con rápido pasar de ojos la carta de la madre, Isabel se sentó a escribir, tiró de papel y pluma, repitiendo:

—Dime los nombres.

—Uno de los presos es Leoncio Ansúrez, armero habilísimo, que estuvo en la guerra de Africa. Todos los generales de Africa le aprecian mucho. Es un hom-

bre excelente, que nunca se ha metido en revoluciones ni cosa tal... Pero ¡si vuestra majestad le conoce o, al menos, tiene de él noticia!... Claro, no es fácil que se acuerde... Yo, señora, y mi prima, Carolina Monteorgaz, le contamos a vuestra majestad una noche, años ha, el caso de aquel herrerito que entró a componer las cerraduras en casa de la hija de don Serafín del Socobio, Virginia...

—¡Ah!, sí..., recién casada con el chico de Rementería.

—Y en vez de componer la cerradura, ¿qué hizo el hombre?, pues descerrajar el corazón de Virginia... Con pocas palabras y hechos atrevidos la enamoró y cautivó, llevándosela consigo...

—Y en el campo vivieron largo tiempo, libres y felices... Ya me acuerdo... ¡Pobres muchachos! Alguna vez pensé yo en ellos... La verdad, fué un caso graciosísimo... Y no hay que culpar a Virginia, sino a sus padres, que la casaron con un afeminado y bobalicón, sin maldita gracia para el matrimonio... Todo les está bien merecido. Luego hablan... Hay que ponerse en lo natural... De los tres personajes de ese drama de familia no conozco más que a Ernestito... ¡Qué modales ridículos, qué voz de tiple acatarrada!

Por primera vez en aquella mañana, una franca alegría iluminó los ojos claros de la reina, y la sonrisa picaresca retozó en sus labios. Con nerviosa mano trazó algunos renglones en la carta, diciendo, sin apartar los ojos del papel:

—Y ¿quién es el otro?

—El otro es un jovencillo de apenas veinte años, llamado Santiago Ibero, arrogante, guapísimo y muy inteligente.

—No le prenderían por su mucho talento y guapeza.

—Le prendieron no más que por haberle visto en la calle con un tal Moriones... ¡Pobre chico! El acompañar a Moriones fué cosa accidental... No se lo cuento a vuestra majestad por no fatigarla... Pero le aseguro que Iberito no anduvo jamás en líos revolucionarios, ni sabe nada de eso. Añadiré tan sólo que es de una gran familia, y que su padre, el coronel don Santiago Ibero, ha sido uno de los valientes defensores del Trono de vuestra majestad.

—Santiago... Ibero—murmuró la reina, mordisqueando el nacarado mango de la pluma—. Tengo idea de haber firmado algo referente a ese coronel... Tal vez una cruz... Lo recuerdo, porque me chocó el nombre y apellido, que, juntos, resultan lo más español del mundo...

—A españolismo neto nadie gana a este chico que han preso injustamente, señora. Es valiente, es aventurero, es enamorado...

—Tú, como tu amigo Beramendi, no pedís favor más que para los enamorados... ¡Buen par de perdidos estáis! —dijo Isabel con más seriedad en el tono que en el concepto—. Ahí tienes la carta. Me parece que va fuertecita. Hoyos no podrá negarme lo que le pido.

Extremó el buen Tarfe sus demostraciones de gratitud, y como al despedirse dijese que no pasaría el próximo día sin presentarse a Hoyos con la carta, saltó la reina, inquieta, algo nerviosa, diciéndole:

—No, Manolo; no esperes a mañana; despacha ese asunto esta misma tarde.

Las prisas de la reina, que, como buena española, siempre fué perezosa y *mañanista*, llenaron de confusión a Tarfe. Pero disimulando su sorpresa, se acomodó a la soberana voluntad. Y como la despedida le ofreciera una feliz coyuntura para hablar de O'Donnell, la aprovechó al instante, diciendo que le había visto la noche anterior muy caviloso por la gravedad de las cosas políticas, muy atareado con los trabajos preparatorios para plantear las autorizaciones... A esto, doña Isabel, retirando de su rostro toda inflexión que pudiera dejar traslucir el pensamiento, sólo dijo:

—Yo quiero mucho a O'Donnell.

Y lo repitió hasta tres veces. Con este breve y expresivo concepto, que cortaba el paso a otras manifestaciones, Tarfe se sintió despedido, suavemente empujado fuera de la cámara real. Salió de Palacio entre alegre y triste, o más bien, perplejo, atormentado por confusiones. Acudió por la tarde a la diligencia de libertar a los dos presos por quienes se interesaba, y luego visitó a Eufrasia en su casa, con ánimo de sonsacarle alguna información de los escondidos designios de la camarilla. La dama no se recató para pronosticarle el próximo cambio de Gobierno, que era como pronosticar nieves en verano e insolaciones en invierno. El absurdo imperaba, y la lógica política era una ciencia definida por los orates.

Con estos desagradables pronósticos fué Tarfe a Buenavista; comió en familia con don Leopoldo. Nada dijo en la mesa; pero más tarde, cuando llegaron a la tertulia los mejores amigos del de Tetuán y los diputados más adictos a su política, se planteó por todos la temida cuestión: «Mi general, que está usted vendido... Mi general, que la zancadilla está preparada... Mi general, que Narváez...» A estas manifestaciones de Ayala, Mantilla, Navarro y Rodrigo añadió Tarfe sus informes, bebidos en el propio manantial de las intrigas. O'Donnell, que con toda su experiencia y sus lauros militares era un niño muy grande, no daba crédito a lo que conceptuaba chismes y chanzas recogidos en los cafés. Abroquelaba su incredulidad con el sentido común, con la lógica; concluía por incomodarse, por mandar callar a su fieles amigos... Uno de los mejores, Ortiz de Pinedo, entró y soltó esta bomba:

—He llegado esta mañana de San Juan de Luz. Allí he visto a González Bravo...

—¿Y qué?

—Habrá salido hoy; llegará mañana. Viene a formar Ministerio con Narváez.

Aún se resistía don Leopoldo a dar crédito a los anuncios de su caída. El gran niño no quería comprender que reducir a una camarilla o librarse de sus invisibles asechanzas y silenciosos tiros es más difícil que la expugnación y conquista de Tetuán. Con todo, el pesimismo de los amigos invadía suavemente su ánimo, y aquella noche no fué su sueño muy tranquilo. A la mañana siguiente, después de despachar una larga firma de Guerra, se dispuso a ir a Palacio a la hora de costumbre, y anhelando despejar sin demora la incógnita, llevó a su majestad la promoción de senadores, que ya conocía la reina, pues algunos nombres de la lista habían sido propuestos por ella... Y la historia callejera y cafetera, anticipándose a lo que había de decir la historia grave, refirió aquella tarde que el despacho con la soberana fué breve y cortante. Presentada la lista de senadores, Isabel negó seca y agriamente su firma. A tal desaire no podía contestar O'Donnell más que con su dimisión, tan seca y áspera como el veto de doña Isabel... Saludos, adioses de mentirosa afabilidad, sonrisas que se cruzaron como rayos mortíferos, deglución de saliva, inclinación del largo cuerpo del primer ministro, como chopo azotado del viento..., y hasta el Valle de Josafat.

En Buenavista esperaban a O'Donnell sus amigos, algunos ministros y generales, y no pocos diputados, ansiosos de conocer la sentencia de vida o muerte. Buen disimulador era don Leopoldo; pero aquel día su desconcertada voluntad no pudo impedir que saliera al rostro la ira que le abrasaba. Apoyándose de lado en la mesa central del salón, se quitó los guantes, y arrojándolos con violencia sobre el mármol, el vencedor de Africa dijo:

—Me han despedido como despedirían ustedes al último de sus criados.

Levantóse en el concurso de amigos y sectarios un murmullo de sorpresa, que pronto lo fué de espanto, de ira; vocerío de recriminaciones, de protestas y amenazas.

—Mi general—dijo uno de los más fogosos, de procedencia progresista y revolucionaria—, a los dos días de lo de San Gil acordó la camarilla el cambio de Gobierno. Don Miguel Tenorio y don Alejandro Mon han sido los correveidiles entre Palacio y Narváez. ¿Por qué se ha tardado tanto en hacer efectiva la crisis?

Y Ayala respondió:

—Porque al desaire querían añadir una burla trágica. Narváez no tenía prisa. Era más cómodo para él que nosotros fusiláramos a los sargentos. Así podía venir el tigre más descansado y con aires de clemencia.

O'Donnell, sin añadir una palabra a este comentario de tan horrible veracidad, pasó con el general Serrano y algunos otros a la estancia próxima. En el salón quedó vociferando el grupo más inquieto y levantisco. Entre el tiroteo de frases acerbas y de burlescos dicharachos, descolló la voz declamante y altísona de Adelardo López de Ayala, gritando:

—Esa señora es imposible.

IV

Con gana cogieron la libertad Ibero y Leoncio Ansúrez. Mentira les pareció que se veían en la calle, después de dos semanas de horrible incertidumbre, te-

merosos de perder la vida o de ser mandados a un lejano y mortífero destierro. Locos de alegría y ávidos de correr para desentumecerse y activar la circulación de la sangre, desde el depósito de Leganés emprendieron la marcha hacia Madrid, hablando poco y sólo para felicitarse, para cantar su dicha con expresiones breves que parecían giros musicales. ¡Qué suerte la suya!... ¡Eterna gratitud debían a don Manolo Tarfe y al marqués de Beramendi! De milagro habían escapado, porque en rigor de verdad no eran inocentes, aunque otra cosa dijese el buen Tarfe a doña Isabel para captar la real clemencia. Uno y otro se habían batido en la calle de la Luna, después de haber empleado todo el día 21 en la preparación de armas para el paisanaje. Su trato, iniciado pocos días antes de la tragedia de San Gil, se estrechó con el compañerismo guerrero, y la común desgracia y prisión lo trocaron en fraternal amistad.

—Mira, chico—dijo Ansúrez cuando pasaban el Puente de Toledo—, tú te vienes conmigo a mi casa. No permitiré que andes rodando por posadas o casas de dormir, donde no faltarían soplones que te dieran otro susto. Ya que de ésta hemos salido, no caigamos en otra. A mi casa tú. Donde comen tres comen cuatro... Además, no tienes *guita,* y a mí nunca me falta un duro. Nada más grato que comer con un amigo en familia, recordando las fatigas que hemos pasado juntos... No te quiero decir cómo se quedarán mi mujer y mis chiquillos cuando me vean entrar... Aunque el marqués les habrá dado esperanzas, no creerán que sea tan pronto... Apretemos el paso, Santiago, que los minutos se me hacen horas... Virginia no me espera. De fijo, cuando me vea, se echará a llorar; los chicos, en el primer momento, me mirarán asustadicos; luego romperán a reír y a darme besos... ¡Quiera Dios que a todos los encuentre buenos! Hace dos días, según la carta que recibí de mi hermana Lucila, no había novedad en casa. Pero hoy, quién sabe. A lo mejor, se te pone malo un chico; se agrava en horas... y en minutos se te muere... Estoy en ascuas, Santiago... ¿Sabes que es largo este maldito paseo de los Ocho Hilos?... Y aún nos falta la calle de Toledo. ¡Dios!... ¿Para qué harían la Corte de España en este vertedero?... En fin, ánimo y adelante.

Calló Ansúrez, para no quitar ni un aliento al trabajo pulmonar de la subida. Menos locuaz que su compañero, Santiago también a ratos hablaba, por amenizar la penosa caminata.

—Pues te agradezco la fineza de llevarme contigo, Leoncio, y te agradezco tu hospitalidad. ¿Adónde voy yo con los bolsillos demasiado limpios y con este cuerpo que ya no puede con tantas hambres y trabajos?... En tu casa me arreglaré la máquina y volveré a salir por esos mundos...; ya sabes que mi destino es correr, navegar por mares y caminos y salir al encuentro de las cosas grandes que vienen..... si es que quieren venir..., no sabemos de dónde.

—Yo—dijo Leoncio, apechugando ya con la calle de Toledo—te envidio el vivir corriendo de un lado para otro. Si yo pudiera llevar conmigo en un carrito a mi mujer y mis hijos, como esos húngaros errantes que van por toda Europa componiendo calderos, lo haría, créelo. Es un gusto ver cada día cosas y personas distintas. Pero la familia impone a uno la quietud..., y la sociedad, que es una gran perezosa, no mira con buenos ojos a los que se atan al mundo con una cuerda demasiado larga.

—Poco tiempo he de estar contigo. El señor Muñiz, que a Francia me llevó y de Francia me mandó acá, dispondrá lo que tengo que hacer ahora... Eso si don Ricardo está en Madrid, que bien podría suceder que le hayan mandado a Filipinas o al quinto infierno.

—No hagamos cálculos..., que las cosas han de pasar según el gusto de las mismas cosas, que disponen su propio acontecimiento, ¿me entiendes?, y no al gusto nuestro... La voluntad del hombre apunta, y otra voluntad más grande dispara; pero rara vez va el tiro adonde uno pone la puntería..., ¿me entiendes?

—¿Cómo no entenderte si eso que dices de apuntar yo y disparar para otro lado la Providencia, o como se llame, me ha pasado a mí muchas veces? Ultimamente, ya lo sabes, busqué a mi mujer, o digamos novia, en Vitoria, y resultó que estaba en Madrid. Llegó a Madrid; indago la vivienda; escribo a Saloma, valiéndome de una vieja pren-

dera y corredora; me contesta Saloma citándome para tal día y tal noche en una casa. digo, en el jardinillo trasero de una casa del callejón de Malpica... Voy allá, como puedes suponer, loco de alegría, creyendo que ya tengo en la mano mi felicidad, y..., en vez de salirme al encuentro mi felicidad, me sale don Baldomero Galán con una escopeta y me suelta un tiro... Por fortuna, no me dió... El hombre temblaba de ira y parecía loco... Escapé saltando una tapia; fuí a caer en la cuesta de Ramón. Después supe por mi corredora que doña Salomé, mi suegra, estaba enferma de muerte y que don Baldomero padecía la demencia de ver a todas horas y en todas partes ladrones de su hija... Esto pasó el veinte de junio. Después vinieron los horrores de San Gil, mi prisión..., esta pesadilla horrible, de la cual hoy despierto.

Con ésta y otras conversaciones se les aligeró el tiempo y se les abrevió la caminata. Recorrieron todo el diámetro de Madrid, de sur a norte, hasta llegar a la casa de Leoncio, situada en la calle de Daoíz, a espaldas de la iglesia de Maravillas y frente al Parque viejo de Artillería, el barrio chispero, escenario ardiente del Dos de Mayo. Anochecía cuando el armero vió su morada, que era un principalito con tres balcones. Dos de éstos estaban abiertos, protegidos del calor por luengas cortinas de lona listada: en uno de ellos había un botijo sobre su peana; en otro, una jaula con jilgueros, que ya dormían el primer sueño. Sorprendido y algo asustado Ansúrez de no ver a nadie en los balcones a la hora de tomar el fresco, se plantó en medio de la calle, y haciendo bocina con sus manos, gritó fuertemente:

—*¡Mita!... ¡Mita!...*

Al segundo llamamiento apareció Virginia en el balcón, y con un abrir y cerrar de brazos, juntando luego las manos, expresó su sorpresa y alegría.

No hay que decir que Leoncio subió de un vuelo la corta escalera, seguido de Santiago. Quédese sin describir la tiernísima escena, primero silenciosa, después alborotada con rápidas preguntas y chillidos de júbilo. Leoncio cogió a sus dos chicos, uno en cada brazo y les dijo mil tonterías amorosas en lenguaje infantil, y los zarandeó y estrujó un buen rato. Luego, presentando a su amigo, que por unos días había de ser su huésped, le colmó de alabanzas. Ibero mostróse humilde, agradecido; sus ojos negros, sus palabras tímidas, transparentaban su buen natural. Poco tardó en sentirse ligado a la familia de Leoncio por un lazo fraternal. La cena comedida, gustosa, nuevo lazo de afecto y confianza, acabó de embelesarle y de recibir absolutamente su voluntad. De sobremesa, charlando con franca alegría y bebiendo un claro vinito de Méntrida, Leoncio dijo a su huésped:

—Mañana conocerás a mi hermana Lucila. De ella se ha dicho que era la mujer más hermosa de España.

—Y de cara todavía lo es—afirmó *Mita*—. Se ha casado dos veces, ha tenido siete hijos... Su cuerpo de estatua ya va desmereciendo.

—Y conocerás también a su hijo mayor. Vicentito Halconero. ¡Qué talento de chico! Delira por las guerras, y su alma es el alma de un Napoleón o de un Hernán Cortés... ¡Pobrecillo! Quedó cojo de una caída, y no puede ser militar.

—Es un dolor verle, es un dolor oírle... No se han visto nunca cuerpo y alma tan desavenidos.

Hablaron luego de Rodrigo Ansúrez, el portentoso violinista a quien Ibero conoció años atrás en la casa de huéspedes de María Luisa Milagro, viuda de un bajo profundo. Declinaba, languidecía la conversación, desvirtuada por el cansancio, y Virginia dió la voz de recogerse. Durmió Ibero en cama limpia y blanda, que no agradeció poco su pobre cuerpo tronzado y dolorido.

Vivían *Mita* y *Ley* en holgada medianía. La corta pensión que Virginia recibía de su madre y las lucidas ganancias de Leoncio en su taller de armera, daban al matrimonio una posición desahogadísima, que ya quisieran muchas familias encasilladas en la burocracia y que solían vivir con humo en la cabeza y los estómagos vacíos. A mayor abundamiento, la feliz pareja recibía de Lucila frecuentes regalos de fruta, hortaliza, legumbres, aves, corderos y miel... A la generosa campesina vió Santiago al día siguiente. ¡Qué tal sería la señora, que aun algo descom-

puesta y desbaratada de cuerpo, vestida con poco arte y ninguna presunción, dejaba poco menos que sin sentido a los que por primera vez la contemplaban! Cara tan perfecta, cara que con tan acabada conjunción y síntesis reuniera la gravedad, la belleza y la gracia, no había visto Ibero más que en estampas finísimas representando alguna de las musas, la diosa Ceres o nuestra madre Eva acabadita de crear...

Tanto como el rostro sin par, encantaron a Santiago la voz y el agrado de la celtíbera, que se despidió con esta frase de puro estilo paleto:

—Vaya, me alegro mucho de haberle conocido.

Y acto continuo echó el brazo al cuello de Vicentito, que a su lado estaba, y empujándole hacia Ibero, dijo a éste:

—Dispénseme si le dejo aquí a mi hijo, que ha de hacer con usted buenas migas. Algunas jaquecas le dará. El chico es muy aficionado a historias de batallas y conquistas. Le escondemos los libros para que no se caliente demasiado la cabeza. En cuanto le contó Leoncio lo que usted ha hecho y lo que ha pasado, volvióseme loco el pobre hijo. «Madre, lléveme... Madre, vamos pronto. Madre, que llegaremos tarde... El Ibero habrá salido, y sabe Dios cuándo volverá...» Conque... adiós, mi cojito. Comerás aquí. Hasta la noche.

Y salió, dejando frente a frente a los que habían de ser grandes amigos a los pocos minutos de conocerse. Acompañóla Virginia hasta la puerta, y allí repitieron extensamente lo que ya se habían dicho en la visita, resabio característico de las señoras apaletadas.

Desde que Vicentito Halconero se vió ante el misterioso amigo de su tío Leoncio, sentados ambos junto a la mesa del comedor, vació toda su alma en expresiones de confianza. Los ojos de Ibero, resplandecientes de benevolencia, acogieron el alma infantil, que se escapaba de la cárcel de un cuerpo doliente para correr hacia la luz y el ideal. A borbotones salieron de la boca del cojito estas ardorosas palabras:

—Me ha dicho el tío Leoncio que tú has estado con Prim; que tú has hablado con Prim, como yo hablo ahora contigo; que quisiste ir con él a Méjico, y no te dejaron...; que tú estuviste preso, y te escapaste tirándote de un monte a una playa...; que tú te has ahogado; no, no, que tú mataste a uno que quiso ahogarte... Me ha dicho que te sublevaste con la Caballería de Aranjuez..., que trajiste a Madrid las órdenes de Prim; que eres el gran amigo de uno que llaman Moriones; que tu padre defendió la libertad contra el faccioso; que has navegado por todos los mares y has recorrido a pie toda España, de punta a punta; que te mantienes días y días, si a mano viene, con un higo pasado y un mendrugo de pan, y que eres guerrero, anacoreta y qué sé yo qué... Me ha dicho que tienes una novia muy guapa, y que la robarás para casarte con ella sin permiso de los padres, que, al parecer, son muy brutos... Me ha dicho que de niño te fugaste de la casa de un tío cura, y que te echaste al mundo para *hacer cosas* por ti mismo..., y que has hecho ya cosas y has de hacerlas muy sonadas. Yo también las haría si esta pata coja no me estorbara para todo. ¡Ay Santiago!, si tú fueras cojo, no habrías hecho nada: habrías hecho lo que yo: leer, leer lo que otros hicieron. Es muy triste ser cojo, ¿verdad que sí?

Asintió Ibero a lo que dijo su amigo de los inconvenientes de la cojera, y de lo que perjudica este defecto a la acción humana. En lo referente a sus propias acciones, respondió con modestia, atenuando sus méritos, que agigantaba la ardorosa fantasía de Vicente. Este representaba edad inferior a sus trece años, por el menguado desarrollo a que le condenó la falta de ejercicio. La mitad superior de su rostro, frente, ojos y nariz, eran de la madre; la boca y barba declaraban la tosca hechura de Halconero. El conjunto era dulce, interesante, melancólico. A fuerza de cuidados vivía; a fuerza de métodos y aparatos, su cojera no era de las que exigen muletas: sentaba en el suelo los dos pies; pero la flojedad de la pierna impedía el ritmo de la perfecta andadura humana. Se auxiliaba de un recio bastón, que era como pierna auxiliar, y por más que el pobre chico disimulaba su defecto, no lograba que sus tres pies dieran un andar suelto y gallardo, sin el cual no hay figura humana que pueda *realizar* la epopeya...

Aturdido quedó Ibero ante la precoz

erudición que su amigo echó sobre él apenas rompieron a charlar. Desde que se dió aquel atracón de lecturas en la biblioteca de don Tadeo Baranda, Santiago había tenido poco roce con libros y papeles impresos; la vida de acción, de necesidades que había de satisfacer por su propio esfuerzo, no le dejaban sosiego ni rato libre para el pegajoso trato con las letras de molde. En cambio, Vicentito, niño rico y mimado, a quien su madre permitía el goce de la libre lectura, apartándole por razones de salud de todo estudio sistemático, devoraba libros, principalmente de Historai de España. Su ciencia superficial y fragmentaria, portentosa para un cerebro de tan corta edad, fué la admiración del amigo, incapaz de igualarle en aquel terreno. No podía contener Vicente el raudal de su adorable pedantería; en su boca resplandecían, como piedras preciosas, las grandezas épicas, los hechos militares más altos y las aventuras temerarias del valor hispánico...

—Para mí—decía—, la mayor grandeza de España está en el reinado del emperador Carlos Quinto. ¡Vaya un tío! Rey a los diecisiete años, emperador a los diecinueve..., y con medio mundo en aquellas manos tan tiernas... ¿Has leído tú la batalla de Pavía? Yo me la sé casi de memoria, y me parece que estoy viendo al rey de Francia, prisionero de Juan de Urbieta y entregando a Lannoy su espada... Y de la expedición a Túnez, ¿qué me dices?... Pues y ¿la campaña de Alemania?... ¡Mühlberg!... ¡Alba y el elector de Sajonia!... Con lo que no estoy conforme es con que el buen señor se encerrara en un convento, cuando aún no era muy viejo y podía gobernar los mundos de Europa y América.

Con gravedad asintió Ibero a estas opiniones, mostrándose singularmente contrario a la abdicación y monaquismo del hijo de doña Juana la *Loca*.

Y el niño Halconero siguió así:

—Felipe Segundo no me gusta tanto como su padre, por ser muy arrimado a la Inquisición y al tostadero de herejes; pero también es grande... Mira que la Liga contra el turco y la batalla de Lepanto le quitan a uno el sentido... Pues y de San Quintín, ¿qué me dices?... Mi madre me llevó a ver El Escorial..; allí tienes pintadas en la pared de una sala todas las batallas...; ¡qué cosas!... La Infantería española es la primera del mundo. ¿No lo crees tú así? *(Grandes cabezadas de Ibero apoyando la opinión de su amigo.)* Y quien dice la Infantería, dice la Caballería y la Artillería... También soy de parecer que no hay marinos como los españoles. ¿Has leído la batalla de Trafalgar? Yo la he leído en tres libros distintos. *Fuimos* vencidos por la impericia del francés aliado; pero aquellos héroes, aquel Churruca, aquel Gravina, aquel Alcalá Galiano, ¿no valen tanto como la victoria? Víctimas son ésas que todas las naciones nos envidian.

Y con este ardiente estilo y convicción siguió derramando su saber, que, al propio tiempo, era enseñanza y deleite para el gran Ibero.

La simpatía cordial que entre ambos se estableció al primer trato, se explica por el estrecho parentesco de sus almas. El uno era la Historia libresca; el otro, la Historia vivida, ambas incipientes, balbucientes, en la época de la dentición.

V

Este capítulo debiera titularse: «De los sabrosos razonamientos que pasaron entre los inocentes historiadores Iberito y Vicentito, con otros sucesos.» Autorizado por su madre, fué de paseo una tarde el cojito con Santiago Ibero, saliendo por la *Era del Mico*, esparciéndose luego por el *Campo del Tío Mereje*, y subiendo lentamente hasta el *Campo de Guardias*, donde requirieron el descanso de unos sillares colocados como para alivio de paseantes; y comiendo piñones y cacahuetes, que habían comprado a una vieja, entablaron el palique que fielmente se copia:

—¿Qué sabes tú de Prim, Santiago? —preguntó la Historia libresca a la Historia vivida—. No te hagas el reservado conmigo, que yo sé guardar un secreto. Bien enterado estás de todo: no me lo niegues. Tú andas, tú has andado estos días con los que conspiran... Lo ha dicho Leoncio... Conque... claréate: ¿dónde está Prim, y por dónde ha de venir, cuando venga?...

—Yo no puedo decirte nada de fun-

damento—replicó Ibero parapetado en su modestia—, porque dos veces he tratado de ver a mi amigo el señor Muñiz. En su casa no vive. ¿En dónde estará escondido? Cualquiera lo averigua. A otro amigo mío, don José Chaves, que anduvo en las trapisondas de San Gil, sí que le he visto: me lo encontré la otra noche en Puerta de Moros; salía él de una botica, y aunque se ha quitado las barbas, rapándose a lo clérigo, le conocí por el andar y la mirada. Nos metimos en una iglesia, que pienso es la de San Andrés, donde había rosario, y allí, fingiendo que rezábamos, hablamos todo lo que quisimos. Pues te diré que Castelar, Becerra y otro que llaman Martos, han escapado a Francia, disfrazados no sé si de fogoneros o de curas. Les acompañaban amigos unionistas... Sabrás lo que son unionistas... Pues han huído también Pierrad, Hidalgo y otros, protegidos por la Embajada de los Estados Unidos... Aquí está todavía Sagasta...; ¿conoces a Sagasta?..., y don Joaquín Aguirre... Pues ésos no han salido porque hay tratos, Vicente... Andan otra vez en composturas..., ya me entiendes.

—No entiendo nada, Santiago.

—Narváez, que no quiso coger el mando hasta que acabara O'Donnell de fusilarle los sargentos, ahora que está en el Poder, hace cucamonas a Prim y a sus amigos para que se dejen de revoluciones y entren por el aro. Pero eso no será. ¡Estaría bueno que ahora don Juan nos resultase grilla! Toda España quiere revolución. ¿Verdad que sí?

—Libertad queremos..., para todos..., y fuera privilegios...

—Igualdad, Fraternidad..., no olvidar esto.

—En fin, ¿dices o no dónde está Prim?

—Puedo decírtelo con reserva. Como ese tuno de Napoleón no le deja vivir en Francia, ha tenido que irse a Bruselas, que es, como sabes, la capital de Bélgica.

—Baja la voz, Ibero... ¡Cuidado!—dijo con alarma Vicentito, fijando sus miradas en una figura humana no muy distante—. ¿Ves? La vieja que nos vendió los piñones y cacahuetes se ha venido tras de nosotros, y en aquella piedra está sentada sin quitarnos los ojos.

—Nos acecha, esperando que le compremos más.

—No te fíes... Habla bajito, y sigue... ¿Crees tú que triunfará la revolución?

—Triunfará; pero créelo, Vicente, porque yo te lo digo...; la estrella de la libertad está aún tan lejos, que apenas podemos divisarla con anteojos de muy larga vista.

Con esta enigmática respuesta quiso el bueno de Ibero darse alguna importancia, pues la Historia vivida, no pudiendo afirmar hechos futuros, resultaba en inferioridad insípida frente a la Historia literaria. Vicente suspiró, miró al cielo... ¿Quién le daría un anteojo del alcance necesario para divisar la estrella? Tras melancólica pausa, volvióse al amigo que hacía la Historia, y le pidió mayor claridad.

—Yo sé muy poco. Lo que hay es que, como he visto mucho y he vivido cerca de los trabajadores en revolución, puedo formar juicio—dijo Santiago—, y de lo que pasó, saco la idea, saco el sentido de lo que pasará.

—Pues cuéntame todo lo que piensas y lo que tienes adivinado—dijo Vicentito, con mayor inquietud de la que antes sintió—. Pero aquí no hablemos más. Nos vigilan. ¿Ves? Un hombre malcarado se acerca a la vieja de los cacahuetes y los dos nos miran..., cuchichean. Disimulemos, Santiago, y siguiendo nuestro paseo, como si tal cosa, demos vuelta a esa tapia, y al lado de allá, si vemos que no hay nadie, hablaremos con toda libertad.

Siguieron, y como a los cincuenta pasos, llegaron a un rastrojo seco y solitario, con tres árboles muertos y una noria en ruinas. Ni hombres ni animales se veían por allí. Las tapias y casuchas más próximas estaban a una distancia que había de ser infranqueable para los oídos más sutiles. Rompió el silencio Halconero con estas razones:

—Aquí puedes decirme lo que quieras. Tú, que has amasado con tus manos un poco de historia de España, sabes, por lo pasado, lo que pasará. ¿Por dónde ha de venir la revolución, y qué cosas ha de traernos?

Tardó Ibero en contestar, mirando el desplomado esqueleto de la noria. Pensó que, para no quedar mal como creador de hechos ante el erudito de la historia pretérita, necesitaba anticiparse a los sucesos futuros, adivinándolos o inventándolos, que es la forma hipo-

tética de la adivinación. Con esta idea, respondió gravemente el amigo:

—La revolución vendrá, pero tardará mucho, porque necesita ahondar, remover... ¿No me entiendes? La revolución, aunque no lo quiera, tendrá que destronar a doña Isabel.

—¡Jesús! Santiago, ¿qué me dices? ¿Eso han decidido? ¿Lo sabes tú?

—Cualquiera lo sabe... Basta tener oídos... Tú pon atención a lo que se habla. No se abre una boca española que no diga: «Esa señora es imposible.»

—Verdad que así lo dicen. Pero yo me acuerdo de la Historia que he leído, y ella no dice que los españoles hayan destronado a ningún rey.

—Así será—replicó Ibero algo desconcertado—; pero la Historia... Ahora me acuerdo de lo que me dijo ayer un amigo mío. ¿Conoces tú a *Confusio?*

—Llámale Juanito Santiuste, que es su nombre verdadero. Le conozco desde el año en que murió mi padre. Tuvo mucho entendimiento, y ahora está trastornado.

—Trastornado, creo yo, de la fuerza de su talento. Pues ayer, hablando de esto mismo, me dijo: «La Historia no es un ser muerto, sino un ser vivo, y como ser vivo, engendra cada año con los hechos viejos, hechos nuevos. Si continuamente reproduce, también inventa. De forma y manera que si en siglos no destronó, en una hora destrona y si en siglos durmió con los reyes, un día despierta en la cama del pueblo.»

—Pues si es así—dijo Vicentito con notoria gravedad de acento y actitud, parándose y cogiendo la solapa a la Historia vivida—, yo propongo que proclamemos rey al príncipe Alfonso, que es valiente, simpático y estudia muy bien sus lecciones, según ha dicho en mi casa don Isidro Losa.

—Rey será, naturalmente, con el nombre de Alfonso Doceno, pues, si no estoy equivocado, Onceno fué el último Alfonso.

—Así es. Le llamaron el *Justiciero*... Gran monarca en la guerra y en la paz..., murió joven frente a Gibraltar, después de haber ganado a los moros la ciudad de Algeciras. Este Alfonsito que ahora tenemos me parece que ha de ser también un rey muy glorioso. ¿Será un Carlos Primero, que conquiste muchos pueblos, o un Carlos Tercero, que nos ponga buena administración, Sociedades Económicas de Amigos del País, obras públicas y demás cosas de riqueza y fomento? Vamos, hombre, adivina un poco más, y dime cómo será este nuevo rey.

No pudiendo Ibero sobre aquel punto concreto lanzarse a soltar vaticinios, replicó que Alfonso parecía despiertillo y de buen natural. El tiempo diría algo más... Y como el cojito le pidiese explicación de los medios que habían de emplear Prim y el Progreso para una empresa tan difícil como la destitución de la reina, pronunció Santiago estas sibilíticas palabras:

—Difícil cosa es, pero posible, si la necesidad hace amigos a los enemigos. ¿Sabes lo que ayer me dijo *Confusio*, que, para mí, es más profeta que loco y más sabio que poeta? Pues dijo esto: «Los hijos de O'Donnell se abrazarán con los de Prim.» Estos hijos son los unionistas y progresistas.

—¡Bah..., bah!...—exclamó Halconero, cogiendo el brazo de su amigo, y llevándole por caminos polvorientos a dar la vuelta de Chamberí—. *Confusio* habrá visto en sueños esos abrazos de los que fueron enemigos y otras cosas desatinadas. Si fuéramos a hacer caso de sueños, yo creería en los míos, pues aquí, donde me ves, de tanto leer y de pensar en lo que leo, soy un tremendo soñador, y no hay noche que no tenga mis entrevistas con las cosas del otro mundo, algunas agradables, otras feísimas... Cuando uno cojea y no puede hacer vida de actividad, sueña. Yo he visto, como te estoy viendo a ti, a don Alfonso el *Sabio*... Le he visto entrar en España y decir: «A ver, ¿qué leyes son ésas?... Será menester que yo las haga otra vez, y os enseñe a cumplirlas...» He visto a don Pedro el *Cruel* venir con la cara fosca, diciendo: «Habéis olvidado lo que es escarmiento duro y pronto. Pues yo os lo enseñaré... Menos curia, señores, y más justicia...» Veo que no te ríes, como se ríe mi madre cuando le cuento yo estos desatinos.

—No me río—dijo Ibero—, porque yo creo que las almas de los fenecidos, aunque estén en un mundo separado del nuestro tienen facultad para venir junto a nosotros y hablarnos, siempre que sepamos nosotros entenderlas.

—Pero ¿de veras crees eso?

—Lo creo, sí... Pienso que no se debe tomar a chacota lo que soñamos, y que el sueño es..., ¿cómo lo diré?..., en algunos viene a ser una especie de sala intermedia..., abierta por acá a nuestra vida; por allá a la otra.

—Me dejas pasmado con lo que dices—manifestó Vicente cuando su estupefacción le permitió el uso de la palabra—. A mí me han dado algunos sueños míos muy malos ratos... No hace muchas noches *se me presentó el Empecinado*. ¡Qué cosas me dijo!... Fué la noche del día en que fusilaron la primera tanda de sargentos... Mientras Juan Martín hablaba conmigo, iban pasando los pobres sargentos por el foro..., pues aquello era como un teatro... *El Empecinado* me decía: «Tendremos que volver a pelear por la Libertad...» Los sargentos desfilaban de dos en dos, ensangrentados, pero vivos. Los más callados, como en misa; otros, risueños y charloteando en voz baja... Ni *el Empecinado* les veía, ni ellos a él, o si le veían no hacían maldito caso... Yo estuve muy triste todo el día, y, para distraerme, me puse a leer el descubrimiento de América.

Dijo a esto Ibero que no convenía buscar a las imágenes del sueño una explicación difícil de encontrar, pues los seres idos viven en un medio lógico y moral distinto del nuestro, que con éste quizá no tiene ningún punto de semejanza. Añadió que para conocer de estas cosas es menester aprender métodos sutiles de comunicación con lo que está distante de nuestros sentidos. Comprendiendo el agudo Vicente que su nuevo amigo, la Historia viva, podía enseñarle admirables cosas, se lamentó de que el Destino los separase tan pronto.

—Tú no sabes adónde irás; yo, de seguro, voy a San Sebastián, porque mi madre quiere que tome los baños de mar, que el año pasado me probaron muy bien.

Replicó Iberito que estaba obligado a ir a Samaniego, su pueblo natal, y quizá al mismo San Sebastián, pues también su madre y hermanos tomaban en verano el *baño de ola*. Era, pues, seguro que se verían en el mes de agosto. Y hablando de esto avivaron el paso, porque declinaba la tarde y habían de ir a cenar a la casa de Vicente, situada en lo alto de la calle de Segovia, como a media legua de los lugares por donde a la sazón los dos vagos y amenos historiadores paseaban. Conviene advertir que Santiago había podido rescatar el modesto equipaje que dejó en la posada donde vivía cuando le sorprendió la prisión, y aunque no recobró sin mermas su pobre ajuar, pues le fueron sustraídas diferentes piezas de ropa, tuvo lo bastante para presentarse adecentado y limpio en la mesa de doña Lucila y de su segundo esposo, el señor don Angel Cordero.

Llegaron, pues, los dos jóvenes algo presurosos y fatigados, con retraso de diez minutos sobre la hora fijada por Lucila. Esta les riñó amablemente, y se fué a ultimar la cena, trasteando en la cocina, pues era de estas señoras caseras que gustan de *estar en todo*. Vestía la celtíbera un traje de Cambray, color bayo con adorno negro, atrasadillo de moda y de un corte algo provinciano; pero la belleza personal todo lo disimulaba y absolvía. Los hermanitos de Vicente, Pilar, Bonifacio y Manolo, vestían con más elegancia que la madre, y el pequeñuelo, del segundo matrimonio, andaba todavía en enagüillas, al cuidado de una zagala con refajo verde. Del señor don Angel Cordero debe decirse que era un paleto ilustrado, mixtura gris de lo urbano y lo silvestre, cuarentón, de rostro trigueño, con ojos claros y corto bigote rubio; carácter y figura en que no se advertía ningún tono enérgico, sino la incoloración de las cosas desteñidas. Sus padres, lugareños de riñón bien cubierto, se vanagloriaron de juntar en él la riqueza y la cultura. Siguió, pues, el tal la carrera de abogado en Madrid, con lo que empenachó cumplidamente su personalidad; tomó gusto a la Economía Política, estudióla superficialmente, haciendo acopio de cuantos libros de aquella socorrida ciencia se escribieron. Con este caudal siguió siendo lugareño, y vivía la mayor parte del año en sus tierras, cultivándolas por los métodos rutinarios y llevando con exquisita nimiedad la cuenta y razón de aquellos pingües intereses... Completaban la figura su honradez parda, su opaca virtud, y aquel reposo de su espíritu que nada concedía jamás a la imprevisión, nada a la fantasía, y era la exactitud, la medida justa de todas las cosas del cuerpo y del alma.

VI

No hay para qué decir que la cena fué abundante y castiza; que a cada plato, de los muchos y sustanciosos que desfilaron, doña Lucila sirvió a Santiago raciones de padre y muy señor mío, instándole a no dejar nada; que a todos atendía la señora, y que por sentarse a la mesa la familia menuda, salvo el nene, no cesaba el ir y venir de platos, al compás de la infantil cháchara; dígase también que no había etiquetas porque los señores no solían gastarlas, ni ellas habrían sido pertinentes con un convidado de tan modesta categoría.

Era, pues, una familia que contraviniendo el régimen constante de la burguesía matritense, daba poco a la vanidad, mucho al vivir interno, oscuro, y al comer nutritivo y abundante. Reunidos los patrimonios de Halconero y Cordero, resultaba una riqueza considerable, con la cual podían permitirse algún lujo de relumbrón; pero tanto don Angel como Lucila continuaban siendo paletos. En Madrid, donde tenían casa propia para pasar el invierno, hacían vida modesta y provinciana, sin permitirse otra disipación que la de ir al teatro algunas noches en días de fiesta.

Cordero carecía de vicios; no frecuentaba casinos; permanecía en el café cortos ratos, en compañía de sujetos de buena posición, aficionados a la caza; en el campo tenía caballos y coche; en Madrid, no; vestía sin pretensiones de elegancia; no conocía más que un lujo, y éste era el de poseer buenos paraguas; escogía y compraba los mejores, preciándose de conocer bien su mecanismo y la calidad de las telas. Era también muy entendido en la manera de poner a secar los tales artefactos para que escurriese bien el agua. Sabía cuándo estaban a punto para ser abiertos y en qué condiciones se debían envolver y enfundar. Usábalos de distinto tipo, según fueran para chaparrón, lluvia persistente, llovizna; y los que en Madrid habían cumplido su misión en recias campañas invernales, pasaban a la reserva en el servicio del campo y pueblos.

Clío Familiar desmentiría su fama y oficio si pasara en silencio que los señores de Cordero y su comensal hablaron de política. Hablar de política era, en aquellos tiempos, cosa tan corriente como el comer, y aun como el respirar. Salieron a la colada los desvaríos de la Corte, comidilla sabrosa para todas las bocas, aun para las que los repetían negándolos o poniéndolos en cuarentena. Lucila, indulgente, disculpaba a doña Isabel, cargando la ignominia política y privada a la cuenta de sus allegados y consejeros. Ibero hizo vagos pronósticos; Vicentito evocó memorias revolucionarias.

Resumió mansamente los distintos pareceres don Angel Cordero, inclinándose a lo razonable y sensato. Según él, todos los males de la patria provenían del matrimonio de la reina. Habría sido muy acertado casarla con Montpensier, que era un gran príncipe, un político de talento y el hombre más ordenado y administrativo que teníamos en las Españas. Todas las cuentas de su caudal y hacienda las llevaba por Debe y Haber; no dejaba salir nada para vanidades o cosas superfluas, y metía en casa todo lo que representaba utilidad.

—Los que le critican —añadía— por vender las naranjas de los jardines de San Telmo son esos perdidos manirrotos que no saben mirar al día de mañana, y viviendo sólo en el hoy dan con sus huesos en un asilo. Si viniera una revolución gorda y hubiera que cambiar de monarca, ninguno como ése para hacernos andar derechos y ajustarnos las cuentas; créanlo, ninguno como ese *Monpensier*.

A la española pronunciaba Cordero este nombre, porque, aunque abogado, no sabía francés, u olvidado había lo poco que le enseñaron en el Instituto.

Algo más se habría dicho de las turbaciones presentes y mudanzas probables si no entrara inopinadamente Leoncio, y si en el rostro suyo, más que en sus concisas expresiones, no advirtieran todos algo extraño: alarma, disgusto... Ya habían concluído de cenar, ya los chicos menores requerían la cama; Pilarita permanecía en la mesa, atenta a lo que se hablaba. La conversación ante Leoncio, mudo o enigmático, se fragmentó, se deshizo en cláusulas rotas que flotaron sobre las cabezas. En aquel instante truenos lejanos anunciaban tormenta. Mientras Cordero al balcón se

acercaba para mirar el cielo, Lucila dijo a su hermano:

—Tú traes algo; suéltalo de una vez.

Y Leoncio soltó su embuchado en esta forma:

—Vengo a decirte, Santiago, que, a poco de salir tú de paseo con Vicente, estuvo en casa la Policía para prenderte.

—¿Y a ti no?...

—Hasta ahora parece que no se acuerdan de mí. Pero no me fío, y desde esta noche dormiré fuera de casa... Ya te dije que con la subida de Narváez ni los gorriones están seguros en Madrid.

—Con el estado de sitio y la suspensión de garantías no se juega—indicó sesudamente Cordero—. Y este general Pezuela tiene la mano dura.

—¡Ay, cuidado con él!—exclamó Lucila indignada—, que es de la camada absolutista. Esos, ésos nos han trastornado a la pobre señora.

—Bueno—dijo Ibero serenamente, mirando a todos—. Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

—Quedarte aquí. Te esconderemos en casa—afirmó con ímpetu nervioso Vicente, echando el brazo sobre los hombros de su amigo.

Los truenos retumbaban cercanos. La tormenta se venía encima... Y los ojos de Lucila, piadosos, iluminaron con un noble asentimiento la proposición del cojito. Pero fué un relámpago, no más. A los pocos segundos, con mirada distinta, interrogó a su esposo, el cual, echando por delante un preámbulo de tosecillas, emitió estas prudentes razones:

—Poco o poco. Esconderle aquí es peligroso para él y arriesgadillo para nosotros... En su pueblo, al abrigo de su familia, estará más seguro.

Según manifestó inmediatamente Leoncio, que venía de hablar del caso con don Manuel de Tarfe, no se podía contar con el señor marqués de Beramendi, que se había ido a Fuenterrabía días antes. Pero el buen Tarfe, aunque no podía tener relaciones con Pezuela y González Bravo, ni con ningún otro sátrapa de la situación, se valdría de su amistad con gente de la Policía y con empleados altos y bajos del ferrocarril del Norte para facilitar la fuga de Ibero y Ansúrez, si vinieran también contra éste, como era de temer. Añadió Leoncio que él no se iba al extranjero sino llevándose a toda su familia, y que, por de pronto, en Madrid se quedaba, ocultándose como pudiera y solicitando la protección del señor Gutiérrez de la Vega y de los generales Echagüe y Ros, para quienes había hecho trabajos de armería muy estimables... No hallándose el amigo Ibero en estas ventajosas condiciones, opinaba Leoncio que debía salir para Francia sin pérdida de tiempo.

—¿Esta noche?—dijo angustiado Vicentín, a quien faltaba poco para echarse a llorar.

Se le iba la Historia viva, y a solas con la suya, la muerta y embalsamada en los libros, había de quedarse muy triste.

—Ya no puede ser hasta mañana—aseguró Leoncio—. Y pues hay tiempo para elegir, mejor y más seguro irá en el expréss de las tres de la tarde que en el correo de las ocho y media de la noche.

Tras un silencio de vaga inquietud, en que unos ponían su atención en los conflictos humanos, otros en la tormenta que ya descargaba sobre Madrid, azotaina furiosa de viento y lluvia, el armero creyó llegado el caso de las resoluciones urgentes, y lo manifestó así:

—Tenemos que preparar tu salida, Santiago, y ello no es cosa que puede dejarse para mañana. Despídete, echemos a correr.

—Pero ¿qué prisa?... Déjale que respire; pobre muchacho...

Así habló la sin par Lucila, poniendo cara de Dolorosa. Y su hija, balbuciente, trémula de ansiedad, agregó:

—Ahora no podéis salir... Mirad cómo llueve.

—Razón habrá para esas prisas—dijo Cordero—. En cosas tan delicadas como la fuga con disfraz conviene prepararse bien... Sí, sí, Leoncio y Santiago: no perdáis tiempo... Los minutos son preciosos... Y no hagáis caso de la lluvia... Esto es nube de verano. Pasará pronto...

Corrió don Angel hacia el interior de la casa, y en el breve tiempo que duró su ausencia, hubo Lucila de atender amorosamente a calmar a su hijo, atribulado por la deserción de la Historia viva.

—No te aflijas, Vicente... Se va porque es preciso..., se va por su bien...; figúrate que le meten preso... En la

frontera de Francia estará más seguro... Pero, tonto, ¿no vamos nosotros a San Sebastián?... Pues allí veremos a Santiaguito... Yo te llevaré a Bayona si fuese menester...

Volvió en seguida don Angel con un voluminoso paraguas, que ofreció a los que ya se disponían a salir.

—No perdáis un momento—les dijo—, ni hagáis caso de la tempestad, que no es más que un poco de ruido. Llevad este paraguas... Es de algodón, pero de mucho vuelo, y podéis guareceros los dos... Ten cuidado, Leoncio, que el varillaje está un poco gastado... Al cerrar, ponlo de modo que escurra bien... Y no te olvides de traérmelo mañana. Conque adiós, hijos míos... Que no tengáis ningún tropiezo... Ibero, ¡ánimo, y a Francia!

La despedida tuvo, por la parte de Lucila y Vicente, sus notas de ternura.

—Adiós, hijo; buena suerte—dijo la celtíbera, abrazándole—. La Virgen le acompañe... Si va usted a su casa, déle mis recuerdos a su mamá... Me alegraría de conocerla... ¡Cuánto sufrirá la pobre con estas cosas!

—Que me escribas todo lo que te pase—dijo Vicente, y abrazó con fraternal apretón al amigo, resignándose a una ausencia inevitable—. Mañana espero carta; no, pasado, o al otro... Y a Prim, si le ves, tantas cosas... Que venga pronto... Aquí no decimos más que «Prim... Libertad...» Adiós... Hasta la isla de los Faisanes.

Ninguno de los presentes sabía qué isla era aquélla.

—Vamos, Vicente—le dijo el padrastro, acariciándole—, no desatines. Ten juicio, y te compraré todo el *César Cantú*.

Y, al fin, salió Ibero con el corazón oprimido. Detrás de él, algunas lágrimas brillaron: un triste vacío taciturno quedaba en la casa. Aquella noche, cuando Vicente se acostó, acompañóle la madre largo rato, calmando su excitación con palabras dulces, ofreciéndole anticipar el viaje al Norte, y pasar la frontera, y visitar a los emigrados que en aquella parte de Francia lloraban su destierro... Durmióse al fin el cojito; fué su sueño intranquilo, tenebroso... Vióse perseguido por conspirador revolucionario, metido en cárceles, abrumado de procesos; vióse fugitivo, disfrazado con tiznajos de fogonero o sotana de cura; vióse, al fin, en tierra extranjera trabajando con Prim por la redención de esta infeliz España.

En el portal, un hombre risueño y mal vestido saludó a los dos jóvenes. Leoncio le presentó a Ibero con esta frase circunstancial:

—Don Valentín Malrecado, que esta noche y mañana será nuestro amigo.

Y tras un corto rato de espera, visto que el temporal amainaba por momentos, se pusieron en marcha, guareciéndose dos bajo la negra bóveda del paraguas y el tercero arrimadito a la pared. Así pasaron Puerta Cerrada y Cuchilleros, hasta la Escalerilla, donde ya ni el agua ni el paralluvias les molestaron más, pues el escondite adonde el discreto agente de la autoridad les llevaba tenía su ingreso por los portales de la Plaza Mayor.

Minutos después acometían una escalera de pesadilla, sucia, enroscada, tenebrosa, y, alumbrándose con fósforos, llegaron a una vivienda de aspecto carcelario, en la cual fueron recibidos por una mujer embarazada y un hombre que también lo estaba de la espalda, pues en ella tenía una gran joroba, o sea embarazo de toda la vida. Marido y mujer, que tal parecían, mostráronse amables con los jóvenes y pronto se vió claro que Ibero tendría hospedaje seguro en aquella casa hasta que bajara a tomar el tren.

—*Mi señora*—dijo el corcovado—está ya fuera de cuenta, y de un momento a otro caerá en la cama, por lo que esta noche no podrá atender a este caballero como se merece. Pero la prima bajará del segundo...

Dicho esto, la barriguda mujer cogió la lámpara de petróleo, de tubo ahumado y apestoso, y fué a mostrar a Ibero el cuarto mísero y el derrengado lecho en que había de dormir, que era, sin duda, el de Procusto, a cada momento citado por los escritores en la Prensa política. Todo le pareció bien a Santiago, que acostumbrado estaba a peores acomodos. Lo importante para él se trató en la conferencia rápida entre los sujetos presentes, y ello fué sintetizado por el policía en estas sensatas manifestaciones:

—El señor no tiene que moverse de aquí, ni apurarse, ni estar con cuidado... Del señor y de su seguridad me cuido

yo, que vivo en el tercero. En el segundo está mi prima Pilar Angosto, que es de toda confianza, y aquí tenemos a este cuñado mío, que fué escribiente en el Juzgado de la Inclusa, y ahora lo es en la Vicaría, persona de cuya lealtad y hombría de bien respondo como de la mía propia. *(Designó con gesto fraternal al jorobeta, que hizo una reverencia.)* El disfraz que hemos de poner al sujeto para llevarle a la estación nos lo dirá el señor de Tarfe, que quedó en hablar esta tarde con don Ernesto y don Fernando Polack, dos caballeros franceses que llevan la batuta en el ferrocarril del Norte.

A esto dijo Leoncio que él había quedado en ver a don Manuel aquella misma noche; pero el policía expuso el deseo de que le dejasen ésta y las demás diligencias del caso, pues él lo haría todo. En su activa oficiosidad, reclamaba el conjunto del servicio para redondear el precio y la recompensa. Ibero entonces trató con él de un punto delicadísimo que particularmente le interesaba.

—Puesto que no debo salir de aquí —le dijo—, ¿podría usted traerme a una dueña corredora y prendera que vive en la casa de al lado, y se llama o la llaman *la Galinda,* y es tratante en alhajas para señoras y en citas para caballeros?

—Bien podría traerla, señor—dijo Malrecado sonriente—; pero aquí no vendrá, por dos razones: primera, porque es muy bocona y podría comprometernos; segunda, porque no hace ninguna falta, si usted la requiere para el cuento de saber las incumbencias de don Baldomero Galán; que de este señor podré informarle yo todo lo que guste mejor que esa vieja ladrona.

Pasmado quedó Ibero de que el diabólico policía, a quien veía por primera vez aquella noche, tuviera conocimiento de su interés por la familia Galán. Al asombro del joven puso comentario Valentín en esta forma:

—Crea usted, señor mío, que si estuviéramos bien pagados, seríamos la mejor Policía del mundo... Pues para su gobierno, sepa que doña Salomé pasó a mejor vida el día de San Juan por la tarde, y que don Baldomero y su hija, que, entre paréntesis, es preciosa, salieron por el Norte hace bastantes días, en compañía de dos curas vascongados y una religiosa francesa... Los curas iban a Vitoria; don Baldomero, la niña y la monja entiendo que iban a San Juan de Luz... Por cierto que en el mismo tren que ellos marcharon disfrazados Castelar, Becerra y Martos.

Estas noticias, de cuya veracidad no dudaba, fueron felicísimas para Ibero, que ya tenía un motivo más para congratularse de su salida de la corte con rumbo a Francia. ¡Francia! ¡Cuántas alegrías, cuántas esperanzas le brindaba este nombre, y cómo reverdecían los marchitos ideales ante la visión geográfica del país vecino! Y para completar la dicha del aventurero, las órdenes que transmitió por la mañana el buen Tarfe eran halagüeñas, absolutamente tranquilizadoras. No necesitaba más disfraz que el chaquetón usual de los empleados inferiores del Norte. El señor Polack cuidaría de proporcionarle una gorra galonada... Saldría prestando servicio de mozo en el furgón de equipajes del expréss de las tres.

VII

¡Oh ferrocarril del Norte, venturoso escape hacia el mundo europeo, divina brecha para la civilización!... Bendito sea mil veces el oro de judíos y protestantes franceses que te dió la existencia; benditos los ingeniosos artífices que te abrieron en la costra de la vieja España, hacinando tierras y pedruscos, taladrando los montes bravíos y franqueando con gigantesco paso las aguas impetuosas. Por tu horrenda senda corre un día y otro el mensajero incansable, cuyo resoplido causa espanto a hombres y fieras, alma dinámica, corazón de fuego... El lleva y trae la vida, el pensamiento, la materia pesada y la ilusión aérea, conduce los negocios, la diplomacia, las almas inquietas de los laborantes políticos y las almas sedientas de los recién casados; comunica lo viejo con lo nuevo; transporta el afán artístico y la curiosidad arqueológica; a los españoles lleva gozosos a refrigerarse en el aire mundial, y a los europeos trae a nuestro ambiente seco, ardoroso, apasionado. Por mil razones te alabamos, ferrocarril del Norte, y si no fuiste perfecto en tu organización, y en cada viaje de ida o regreso veíamos faltas y

negligencias, todo se te perdona por los inmensos beneficios que nos trajiste, ¡oh grande amigo y servidor nuestro, puerta del tráfico, llave de la industria, abertura de la ventilación universal y respiradero por donde escapan los densos humos que aún flotan en el hispano cerebro!

Entraron a Ibero por la portería, al extremo sudeste de la barraca que servía de estación. Faltaba una hora para la salida del expréss, que ya estaban formando con coches de primera. Vestía el fugitivo traje apropiado a las funciones de mozo de tren que había de desempeñar. Un empleado le dió la gorra con galón, y poco después fué presentado al conductor, que le recibió con agrado. Era el tal regordete, risueño y coloradote, de mediana edad; Ibero le había visto y tratado en alguna parte; pero no recordaba el lugar ni ocasión de aquel conocimiento. Hallábase Santiago en el furgón, enterándose de lo que había de hacer, cuando vió al señor de Tarfe que hablaba con don Fernando Polack. Pasaron minutos; llamóle Tarfe, y llevándole al extremo del andén, le dijo que fuera descuidado, que ni en la estación ni en el viaje correría ningún riesgo. Después le dió una cartera de cuero iordinario, que contenía tres cartas sin sobrescrito. Cada una llevaba un número, y en un papelito aparte que Ibero guardaría en el seno iban las tres direcciones, precedidas de números correspondientes a los de las cartas. Las entregaría en Bayona a don Salvador Damato, a don Jesús Clavería y al marqués de Albaida. De todo se enteró el chico rápidamente. La cartera debía ser confiada al conductor, que ya estaba en el ajo, y éste se la devolvería en Irún.

Volvió Ibero al furgón de cabecera, donde le dijo el conductor que, una vez pasado El Escorial, podría trasladarse al furgón de cola, donde iba el guardafreno, y allí dormiría si necesitaba algún descanso. Buena falta le hacía echar un sueño, porque la noche anterior, en la casa donde le escondió Malrecado, había sido enteramente toledana, por las graves razones que ahora se dicen. Y fué que apenas se acostó el muchacho en el lecho titulado por buen nombre *de Procusto*, la señora Ricarda, que así se llamaba la hermana de Malrecado, empezó a sentir los dolores de parto, y en un grito estuvo tres horas consecutivas, implorando el auxilio de santos y demonios para que la sacaran del terrible lance. Los chillidos de la parturienta, el entrar y salir de vecinas, el habla hombruna de la comadrona y otros ruidos inherentes al gran suceso desvelaron al huésped, que al fin se levantó, sintiéndose más descansado en pie y vestido que en el abominable camastro. Disponíase ya a ofrecer su cooperación a las comadres y vecinas, cuando entró regocijado el jorobeta y le dijo que ya tenía un criado más que le sirviera. Dió las gracias Ibero, y viendo la rubicunda aurora colándose ya por las ventanas que daban a la calle de la Sal, renunció a dormir; sirviéronle chocolate, lo tomó y entretuvo el tiempo hasta que llegaran las nuevas que trajo Leoncio. Este y Malrecado le llevaron a la estación.

Pues, señor, ya no faltaban más que veinte minutos para la salida del expréss, y el andén se iba llenando de gente. El calor, cada día más molesto, decretaba la desbandada: damas elegantes y sueltas requerían el reservado de señoras; caballeros afanosos, rodeados de familia, se acogían al fuero de su importancia, que en algunos era ilusoria, para obtener el privilegio de un coche abonado. Muchos que tenían billetes gratuitos, por obra de la adulación o del favoritismo burocrático, querían medio tren para ellos solos. Don Fernando Polack se veía y se deseaba para repartir su amabilidad entre tantos pedigüeños y gorrones; medio locos estaban ya los vigilantes con la adjudicación de berlinas-camas, de limitado número. Y a última hora, más viajeros, más apuros y porfía por los puestos privilegiados.

Recorriendo el andén desde uno a otro furgón, vió Ibero al ingenioso Malrecado, que, con otro de su ralea, prestaba servicio en la estación. Saludáronse los tres con sonrisas de inteligencia... Damas bellas y elegantes vió el fugitivo, a las cuales no conocía: eran la Belvis de la Jara, Monteorgaz y la Navalcarazo, acompañadas de caballeros jóvenes o ancianos, de niños preciosos y criadas bien puestas. Parte de aquella interesante multitud se apearía en Zumárraga para invadir cualquiera de los balnearios de moda. Otras fami-

lias iban directamente a la bella Easo, y no pocas, a las playas francesas. Vió también las bandadas de señoras y galanes que iban a despedir y formaban infranqueable pelotón frente a las portezuelas de los departamentos, atestados de personas, de sacos de viaje y cajas de sombreros... La cháchara, el cotorreo de los que se iban y de los que se quedaban, difundía por toda la estación ruido de pajarera.

De improviso, cuando ya sólo faltaban cinco minutos para la salida del tren y sonaba ya el golpe de las portezuelas vigorosamente cerradas, entró en el andén una dama, una mujer elegante, cargadita de cajas, enseres y requilorios, seguida de una doméstica, igualmente agobiada de sacos y líos. Tras ellas apareció, renqueando, un vejete de traza enfermiza y aristocrática, el cual con cascada voz requirió a un vigilante, reclamando su berlina-cama, pedida con la conveniente antelación. El vigilante sacó un papel, leyó: «Señor marqués de la Sagra; berlina...», y, sin perder segundos, abrió el departamento, dentro del cual se precipitaron la dama y su doncella, metiendo a toda prisa el enredoso bagaje. Mientras el vejete pagaba el suplemento, asomóse la dama a la ventanilla; Ibero la miró. ¡Oh estupor, oh increíbles jugarretas del Destino! Era Teresa Villaescusa.

Teresa le conoció al instante; él siguió hacia donde su obligación le llamaba. Ignorante de los variados episodios de la vida social, historia para él inédita, Ibero no sabía que la *sutil tramposa* doña Manuela Pez, agobiada de privaciones deprimentes, había vendido los aun cotizables pedazos de su hija al marqués de la Sagra, aristócrata veterano de innumerables guerras amorosas, y tan caduco ya, que alguien le llamó cadáver galvanizado por el vicio. La presencia de Teresa y del viejecillo fué gran escándalo en la estación, por dominar en ésta el personal aristocrático a que el degradado prócer pertenecía. Pero éste, cegado ya por su cinismo senil, nada veía y apenas se daba cuenta de su humillación. Teresa se mostró indiferente ante la silba muda con que la saludaron al entrar: más que desprecio de la muchedumbre linajuda, temía su propio desprecio por prestarse a una farsa de amor con semejante estafermo. Reflexiones parecidas a éstas hizo Ibero a cuenta de la pobre Teresa cuando el tren hacia las agujas avanzaba majestuoso, pisoteando con metálico estruendo las placas giratorias.

Corría el expréss hacia El Escorial. En el corto hueco que dejaban los apilados baúles, preparó el conductor su descanso, extendiendo la manta sobre unas cajas. En sitio conveniente puso la cartera con las hojas de ruta y el breve lío de su ropa y efectos particulares; después encendió la pipa, y ordenando a Ibero que frente a él y en el baúl más próximo se sentase, le habló con esta cordial franqueza:

—Dios que no recuerdas cuándo y dónde me conociste. Pues yo te avivaré la memoria. Fué en San Sebastián. Te trajo al tren el capitán Lagier, que es mi amigo... Fuimos amigos antes que tú nacieras. El es de Elche; yo, de Torrevieja. Miguel Palop, para servirte. Mi padre era también capitán de barco, y yo empecé a ganarme la vida embarcando sal..., pero esto no hace al caso... Como decía, vino Ramón contigo; te tomó billete para Miranda y me encargó que cuidase de ti porque eras algo alocado y no sabías andar en trenes.

—Ya, ya me acuerdo—dijo gozoso Santiago—. Y usted, en Miranda, me tomó el billete para Cenicero... A mi pueblo iba yo... Hoy también iría; pero el maldito Gobierno ha dado en perseguirme... En Madrid no está nadie seguro...

—La seguridad empieza en este camino, joven. Estos raíles ya no son España, sino Francia. Por aquí va saliendo la revolución a trabajar fuera, y por aquí la traeremos triunfante... Y ahora que nadie nos oye, como no sean los conejos que andan en esos matojos, gritemos: «¡Abajo todo lo existente, todo, todo!...» ¿Verdad, joven, que esto está perdido? Dentro de España y fuera de ella no oye uno más que... «esa señora es imposible...» Y yo digo: por aquí han de salir, huyendo de la quema, todos los españoles que valen..., ¡eso! No hace muchos días que sacamos a Sagasta. ¿Sabes tú cómo? Pues entró a las dos por la portería, acompañado de don Ernesto Polack. Llevaba gorra de ingeniero... Se le metió en el *breack*... La máquina enganchó el *breack* y se hizo la maniobra para ponerlo a la cabecera...

Total: que salió el hombre casi sin ningún tapujo. Con él iban dos... La Policía no se metió con nadie..., y yo, que iba en mi furgón, como voy ahora, al salir de agujas grité: «¡Viva la Libertad!...» También ahora lo grito, para que el viento y los conejos se enteren: «¡Viva Prim! ¡Gobierno de España!: camarilla de Isabel, *¡fastidiaros y jeringaros*, eso!»

El hombre echaba chispas de sus ojos saltones, y el rostro, colorado, se le animaba y encendía más a cada grito subversivo que su boca soltaba. Por el mismo lado corrían los gritos y el humo de la máquina. Luego contó la salida de don Joaquín Aguirre, más dramática que la de Sagasta. El buen señor, que había tenido conferencias con González Bravo y don Alejandro Castro para tratar de una componenda solicitada por Palacio, creyó que podía partir tranquilo, como cualquier español que no fuera presidente del Comité revolucionario. Tomó sus billetes y se metió en una berlina con su familia, sin el menor disimulo ni precaución. Súpolo el general Pezuela y telegrafió a la autoridad militar de Irún para que al confiado señor detuviera, reexpidiéndole para Madrid.

—Pero Pezuela se tuvo que jorobar, ¡eso!—dijo Palop, terminado el cuento—, porque alguien, en Madrid, avisó a González Bravo, y González Bravo, que es más neo que Dios, pero no tiene mala entraña, telegrafió al gobernador de Vitoria, y éste escamoteó al señor Aguirre y le puso en lugar seguro. Total: que en Irún encontraron la berlina vacía..., ¡jorobarse!, y don Joaquín pasó la frontera en el mixto del día siguiente, disfrazado por nosotros... Porque nosotros respiramos por la revolución; nosotros somos Francia y España dándose la mano, ¡eso!, y gritando: «¡Viva el progreso, la Constitución del doce y la Unión Ibérica!»

Más allá de El Escorial, cuando el tren acometía con pujanza y ardiente resuello las abruptas moles de la divisoria, redobló Palop sus patrióticas invectivas, acalorando su ánimo con sorbos frecuentes de un generoso coñac que llevaba.

—Aquí no nos oye nadie, joven. Aquí puedo desahogarme a mi gusto para que se enteren los aires y los pinos, y estas peñas españolas y estas crestas serranas. Aquí me planto y digo: «Me joroba Narváez, me joroba doña Isabel y sor Patrocinio..., y don Francisco y el padre *Clarinete*. Oídme, rocas, jaras, retamas y chaparros: ¡Viva Prim, viva la Libertad!... Oiganme, lobos, zorros, galápagos, culebras, que también sois españoles, aunque animales: ¡Abajo las quintas!... ¡Viva el liberalismo y el desestanco de todo lo estancado!

Así gritaba el extremado Palop a la salvaje Naturaleza, gozoso de poder hacer públicas, en el estruendo de un tren en marcha, sus furibundas opiniones.

Con las extravagancias donosas de su jefe accidental, iba Santiago entretenidísimo. Deseando, por gratitud, prestar a la Compañía servicio de más empeño que la descarga de baúles, se ofreció a subir a la garita de la cola o del centro para dar freno cuando el maquinista lo mandase; pero Palop no accedió a ello. Le consentiría, únicamente, después de medianoche, cantar las estaciones y llamar a los viajeros al tren. En Navalperal, donde el expréss hubo de parar bastante, esperando el cruce del mixto ascendente, fué Ibero con un recado de Palop a la cantina, y hallándose en ésta sintió que le tocaban el brazo. Era la criada de Teresa, Patricia, que, sin más preámbulo, le dijo:

—Mi señorita quiere saber si es usted del tren.

Negó de pronto Santiago; después afirmó, recordando su comprometida situación como viajero... Y prosiguió la moza:

—Pues, si es usted del tren, oiga: en la berlina donde va mi señorita hay un cristal que no corre. Lo bajamos y ahora no podemos subirlo... Es la berlina tercera, empezando a contar por aquí.

Dió Ibero algunos pasos, mas la doméstica le retuvo, risueña, con estas desconcertadas razones:

—No, no; la señorita no quiere que vaya usted ahora a componer la vidriera, sino después, en la parada de Avila, que es de treinta minutos para comer... Aguarde, señor, que aún no he concluído... En la parada de Avila, mi señorita, que está con jaqueca, no comerá en la fonda de la estación... Bajará solo el señor marqués...

—Y sola la señorita, entraré yo... ¿Es un vidrio que bajó y no quiere subir?

—No, señor; me equivoqué. Lo subimos y ahora no hay quien lo baje... Venga por aquí... ¿Le digo a la señorita que irá usted?... Desde que le vió, la pobre no sosiega, no vive... Esta es la berlina... No sé si el señor marqués se ha despertado... Por si acaso, mire con disimulo.

Sin ningún disimulo, más bien descaradamente, miró Santiago, y vió el rostro de Teresa, casi pegado al cristal..., pero cuidando de no chafarse la nariz. Era como una bella estampa en su marco. Destacábase la hermosura de sus ojos, que, ofendidos, reconvenían... amorosos, perdonaban... En un segundo recriminaron, imploraron... Ibero vió además en los labios de Teresa modulación rápida de palabras... Pero no pudo descifrar lo que su amiga quería decirle, porque entró el mixto por el otro lado y el expréss pitó anunciando su salida. ¡Señores, al tren!...

VIII

¡Avila, al fin!... ¡Alegre parada de veinticinco minutos! Hacia la fonda se precipitaron caballeros y damas, atraídos del vaho de una sopa caliente, turbia y aguanosa... Después de acechar la entrada del vejete en el comedero, acudió Santiago a la cita, llevando herramientas que le dió el buen Palop. Salió Patricia cuando él entraba en la berlina... Teresa le cortó el saludo con rápida frase y fuertes manotazos, que dieron con el cuerpo de él sobre los cojines.

—¡Ingrato, ingrato, bandido, perverso, mal hombre!... Al fin has caído en mis manos... ¿Qué, te avergüenzas de verme? ¿La conciencia no te dice nada?

A este aluvión de palabras, que a despecho de su sentido liberal eran intensamente cariñosas, Ibero contestó:

—Déjeme que le explique... No alcanzo qué quejas puede tener usted de mí.

Y ella, temblorosa, húmedos los ojos de un llanto discreto, le echó mano al pescuezo, diciéndole:

—Tutéame, bandido, tutéame o te ahogo, te mato ahora mismo. ¿Ya no te acuerdas de la noche de Urda?... Habíamos convenido en ser amigos, en que te dejarías guiar y proteger por mí, y a la madrugada, cuando yo dormía, echaste a correr sin despedirte... ¿Merecía yo ese desprecio?

—No fué desprecio, Teresa; desprecio, no.

—Pues, fuera lo que fuese, ya has vuelto a mí, Santiago. El Destino, la Providencia o los espíritus que andan al cuidado mío, al cuidado tuyo, nos han juntado en este camino, en este tren que vuela... Dime pronto, pronto, pues hay que aprovechar los minutos: ¿adónde vas? ¿Estás empleado en el tren?... Me parece que no. Dímelo, cuéntame todo.

Con rápida frase, como el caso requería, la informó Ibero de su situación en el tren. Iba a Francia fugitivo, disfrazado...

—Ya...—dijo Teresa—. ¿Crees que no te vi con Moriones una noche..., antes del veintidós de junio? Bandido, ¿por qué no me buscaste en Madrid? ¿Por qué no fuiste a que yo te escondiera, a que yo te aconsejara, a que los dos juntitos gritáramos: «Prim... Libertad»?

—Porque..., no puedo decirlo en pocas palabras, Teresa... Sosiéguese usted..., digo, tú... Sosiégate... Ya hablaremos.

—¿Cuándo, fementido? ¿Cuándo, pirata cruel y sanguinario?—gritó Teresa en un estado, más que nervioso, epiléptico—. Pues si tú vas a Francia, yo me voy contigo. ¿Tú emigrado?... Emigradita yo.

Confuso y aturdido, el pobre muchacho no supo qué contestar.

—Piensa lo que haces, Teresa—indicó, al fin, por no estar mudo.

—¡Pensar!... Y ¿qué sacamos de pensar, tonto?... Hagamos lo que nos manda el corazón, que es el amo. Los pensamientos, ¿qué son más que unos pobres criados suyos?... ¡Ay Santiago, amigo del alma!, si tuviera yo tiempo de contarte..., sabrías lo desgraciada que soy y me tendrías lástima... *(Llorando con pena honda y sincera.)*, me tendrías mucha lástima... Y si, después de saber lo desgraciada que soy, no tuvieras tú ni siquiera lástima de mí, no podría vivir, créelo, no podría vivir.

—Ya me contarás—dijo Santiago, compartiendo con alma piadosa la emoción de su amiga—. Me lo contarás... Ya veremos dónde.

—Tú sigues a Francia; yo pararé en Zumárraga para tomar el coche de Are-

chaveleta... No necesito yo esos baños..., es él, es *Don Simplicio* quien ha de tomarlos... Después iremos a San Sebastián... Pero yo puedo disponer que vayamos a otra parte. Nada..., me pongo malita, pido aguas de Cambo, barros de Dax y amenazo con morirme si a Francia no me llevan... Santiago, ¡qué tonta soy poniéndome a llorar..., cuando debiera estar contentísima! *(Secando sus lágrimas.)* Tanto como deseaba verte, y ahora... ¿Verdad que ya no seré desgraciada? ¿Verdad que tú...? Pero explícame bien. Vas disfrazado de mozo de estación... ¿Prestas algún servicio?

—Yo propuse al conductor que me dejase subir a la garita para dar freno; pero no ha querido. Lo único que haré, después de medianoche, será cantar: *Señores viajeros, al treen...*

—¡Ay, qué bonito! Ya estaré yo con cuidado para oírte. No dormiré en toda la noche... Haz cuenta que estoy oyéndote y cántalo para mí, para mí sola...

—Y en Zumárraga volveremos a vernos.

—Antes... En Miranda me has de ver. ¿Qué crees tú?, ¿que no sabré yo hacer cualquier diablura para que podamos hablarnos siquiera dos minutos? Allí pararemos bastante tiempo para tomar el desayuno... Accede a llevarme contigo a Francia y verás qué pronto resuelvo yo la parte que me toca.

—Teresa, juicio... No vas sola... Algún lazo de afecto, de gratitud o siquiera de interés, tienes con ese caballero anciano tan respetable...

—Todos los lazos quedan rotos cuando tú quieras, y al anciano estafermo respetable le dejo yo plantado en cualquiera estación, y me voy tan fresca, con mi conciencia bien tranquila... Más te digo: me iré orgullosa y sintiendo en mí la dignidad que ahora no tengo, porque es digno, Santiago, es honroso para una mujer pasar de cosa vendible a persona que no se vende, se da... ¿Te asusta lo que digo? Yo doy mi corazón: lo doy a la pobreza, al vivir íntimo... No me digas que no lo comprendes, que no lo estimas, vagabundo mío, bandido mío... Ya que eres tú de los que piensan mucho estas cosas para decidirse, piénsalo de aquí a Miranda...

—No sería noble en mí darte una respuesta desdeñosa, Teresa—dijo Ibero, que en su aturdimiento veía ya clara la obligación de ser galante—. Tú mandas, Teresa; yo..., obedezco, como amigo y como caballero... Pero tengo que decirte, tengo que explicarte...

—Ahora, no...—replicó vivamente Teresa, que atisbaba por la ventanilla—. Patricia, que está de guardia, me avisa que ya... Sal por la otra portezuela. Hasta Miranda.

Despidiéronse con apretones de manos y con un ligero estrujón, que fué como bosquejo de un abrazo. De las tres herramientas que Ibero llevaba y que, naturalmente, no había usado, Teresa le quitó una, la llave inglesa, diciéndole:

—Esta te la dejas olvidada. Vienes por ella después de amanecer y antes de llegar a Miranda. Fíjate bien... Adiós, locura mía..., adiós...

De regreso al furgón, Ibero encontró a su jefe comiendo tranquilamente con los acomodos más primitivos: por mesa, un baúl; por mantel, un periódico... Ternera, merluza, botella de vino.

—Siéntate donde puedas, chico—le dijo el gran Palop—, y participa, que no se vive sólo de amor... ¿Conque tenemos enreditos con señoras de la grandeza en la berlina?... Bien, bien. Dichoso tú, que estás en edad de merecer. Yo, aunque me esté mal el decirlo, también tuve mis veinte..., y no me faltó una conquista de esas que recuerda uno toda la vida... Mil enhorabuenas... Bebamos ahora por la Libertad, porque sin libertad no hay conquistas, ni amor. Lo que yo digo: España, para los españoles..., y vivan las mujeres bonitas.

Con estas agradables expansiones se les fué la prima noche. No tardó Ibero en trabar amistad con los demás sirvientes del expréss, y pasada Medina hizo ejercicios de gimnasia, recorriendo de un extremo a otro el tren en marcha, los pies en el largo estribo y las manos en los asideros de los coches. En la cantina de Valladolid conoció a un maquinista francés que le ofreció hospedaje barato en Bayona, y en la fonda de Venta de Baños le convidó a café un revisor, que resultó protegido del marqués de Beramendi, a quien debía su destino. Iba, pues, el muchacho contentísimo, y no tenía poca parte en su gozo la singular aventura Teresiana,

que consideraba como un fugaz triunfo juvenil, sin consecuencias graves en su vida ulterior. Y más interesado en aquel enredo con su imaginación que con otras partes del alma, después de medianoche actuó de trovador, cantándole a su dama al pie de la berlina, ya que no de la torre, la endecha quejumbrosa de *Señores viajeros, al treen.* En ello ponía un sentimiento dulce y toda su voz potente y bien timbrada, que se había fortalecido cantando en los sublimes conciertos del viento y la mar.

Teresa, en tanto, despabilada por el ardimiento cerebral y afectivo en que la puso el hallazgo de Ibero, no hacía más que mirar al cielo estrellado y esperar de una estación a otra la cantinela del amante trovador, en quien cifraba la aventura de una nueva vida, más soñada que real. Y cuando en el paso por la Bureba la claridad del nuevo día despuntó sobre las cumbres pedregosas, iluminando pálidamente lo distante y lo próximo, la pecadora sacó de su cabás un lapicito y papel, ansiosa de fijar con vaga escritura sus arrebatados sentimientos. Se sentía en soledad plácida, porque el marqués y Patricia dormían profundamente. Ved lo que escribía en cláusulas sueltas, en truncados rengloncitos, a los que sólo faltaba el ritmo para ser versos:

«¡Qué bien ha cantado mi ladroncito bonito!... ¿A que no me adivinas lo que estoy pensando? Pienso que eres mi niño, un niño que yo he criado... Pillastre, déjame que te dé azotes y que te bese los ojos... ¿Sabes una cosa Que, a mi parecer, estoy loca perdida. Loca era yo, loca triste, y ahora soy loca alegre, porque Dios me ha dejado encontrar al loquero de mi alma... No te escapas ahora; ven a tu cárcel, ven a mi corazón, donde nos cargaremos de cadenas amorosas. Yo seré tu carcelera; tú, mi esclavitud... Ya es de día... Ya es de día: canta, canta otra vez y vuelve a pasar por debajo de este vidrio para que yo te vea... Aciértame ahora lo que pienso... Pues la luz del día me ha despejado la cabeza; ya veo claro que tienes razón cuando me recomiendas prudencia y juicio. No me robes con escándalo, ni con escándalo me iré yo contigo... Tú sigues a Francia, yo adonde me lleve este cataplasma... Espérame en Bayona. ¿Dónde te escribo? ¿A la lista del correo? Pero si vas emigrado y perseguido, tendrás que cambiar de nombre. ¡Ay Virgen del Carmen, qué contrariedad!... Bandolero mío, por todo el Universo, por la salvación de todos los espíritus vagantes en los aires, dime dónde y con qué nombre te escribo...; dímelo en Miranda... Bajaremos a la fonda. De algún modo te facilitaré yo que puedas hablarme... San Antonio bendito, ¿qué inventaré?»

En Pancorbo visitó Ibero discretamente la berlina para recoger la herramienta olvidada. Al ruido de la portezuela y a la bocanada de aire fresco remusgó el marqués, desembozándose de la manta de viaje. Pero esto no fué obstáculo para que Teresa diese a Santiago, con la llave inglesa, el papelito que escrito había. En la soledad del furgón leyó el joven aventurero lo que le decía su ferviente señora. Las delirantes expresiones trazadas por el lápiz eran signo cierto de la extremada exaltación del ánimo de Teresa. Y quedó además el pobre chico en gran perplejidad por no saber qué señas darle de su residencia en Bayona, donde tenía que vivir con nombre supuesto. De estas dudas le sacó el bueno de Palop, con quien consultó el caso, recomendándole un hospedaje barato y seguro, donde podría confiar sin ningún peligro su verdadero nombre a la patrona más española, más liberal y discreta que en aquella fronteriza ciudad existía. Ya en la estación de Miranda, apuntó Ibero en un papel: *La Guipuzcoane. Rue des Basques*, y satisfecho de llevar a Teresa una solución lisonjera, entró en la fonda, donde los viajeros, extenuados por la mala noche, la emprendían con los tazones de leche caliente y de café recalentado. Imposible ponerse al habla con Teresa, porque a su lado estaba el que ella, en su libre y nervioso estilo, había llamado *cataplasma.* Pero en sus ojos puso la enamorada mujer, mirándole de lejos, tal fuerza de expresión, que Ibero se dió por informado del pensamiento de ella. Comprendió que Patricia le esperaba en la berlina. Allá fué... No se había equivocado. Recogido el papelejo por la muchacha, ésta le dijo:

—Mi señorita quiere que en la estación de Zumárraga se coloque usted donde ella le vea bien..., vamos, que se ponga en el furgón de cola y nos eche muchos adioses..., a mí no, a mi señorita, que está dislocada por usted...

Y era verdad que Teresa padecía en grado máximo la dolencia de amor, para la cual no hay otra medicina que el amor mismo. A la salida de Miranda no faltó el flecheo de noviazgo entre furgón y berlina, y Santiago se dió el gusto de recorrer todo el tren por el estribo, que era como medir la calle haciendo el oso, y una vez y otra pasó rozando con la ventanilla tras de la cual penaba la dama cautiva... Y en Zumárraga infringieron tan descaradamente los novios o amantes las reglas del disimulo, que su muda despedida patética, con adioses mímicos a distancia, fué notada y reída por algunos viajeros y empleados del tren; que estas tonterías de amor siempre causan regocijo a los que ya no las gozan o a los que las quisieran para sí... No se sabe cómo se las arregló la muy pícara para escribir en un margen de periódico las tiernísimas notas de la despedida. Ello fué hacia Vitoria, aprovechando una dormidita del cansado viejo. Patricia entregó la *apuntación* que así decía, en Zumárraga, donde hubo tiempo para todo por la mucha descarga de baúles, y corriendo hacia Ormáiztegui leyó el galán estos frenéticos renglones:

«Salvaje mío, me conozco y no tendré paciencia, ni prudencia, ni juicio... El mejor juicio es la locura... Yo pierdo el tino..., me precipitaré, me perderé pronto. Benditos sean estos carriles que me llevarán a donde brillan tus ojos... Permita Dios que estos hierros se vuelvan oro... Tus ojos son el sol..., y yo, la luna de tus ojos... No me esperarás muchos días... Quien ha esperado una vida entera no se detiene por una hora... Ya no estoy en mí... Prontísimo estará en ti tu

Teresa.»

Camino de la frontera iba Santiago enteramente poseído de las inquietudes y mentales goces de aquella sin igual aventura. Si por una parte se sentía contagiado del amoroso desvarío de Teresa y vencido de su hermosura y tentadores hechizos, por otra temía la interposición de aquel suceso en el camino del ideal a que consagraba su existencia. Cierto que no había de extremar su devoción al ideal hasta el punto en que la llevara Don Quijote, sacrificando todo comercio de amor al respeto y fidelidad de la siempre lejana y apenas vista Dulcinea; pero tampoco debía entretenerse demasiado en el oasis que el azar le presentaba en su camino, porque corría el riesgo de no poder salir de él cuando compromisos y fines más altos se lo ordenasen...

Reflexionando en ello, vino a tranquilizarse con esta idea: «Bien haré en tomar el recreo del alma y de los sentidos que ahora me depara la suerte. Teresa inspira ternura, lástima; es hermosa y amante; es débil, es desgraciada; venga, venga pronto, y su soledad y la mía se consolarán una con otra. No veo ningún peligro para el porvenir, porque ello ha de ser breve. Estas mujeres tan corridas aman con arrebato, pero varían como las veletas... No pueden vivir sin lujo... Bien sabe Teresa que soy pobre, que de mis padres poco puedo esperar por ahora... Ya veo a mi conquista dando media vuelta en busca de la nueva ilusión...»

Entretenido con estos pensamientos, que llegaron a cautivarle más que los de la política, pasó la frontera sin tropiezo alguno, y poco después dió con su cuerpo en la hospitalaria Bayona, que era para muchos como una penetración de España dentro del suelo francés... Y para que todo fuera buena suerte en aquel viaje, apenas puso Ibero el pie en la estación, le salió un amigo...

IX

El amigo era Isidro el *Pollero*, así nombrado en Madrid entre los conspiradores y revolucionarios de armas tomar. Conocióle Ibero en casa de Chaves haciendo la lista para la distribución de armas; se habían batido juntos en la barricada de la calle de la Luna. Iba a la estación Isidro a encontrar a Chaves, creyendo que en aquel tren llegaba. Díjole Santiago que no le había visto en el tren; en Madrid, sí, días antes. Quizá vendría en el correo, si

había logrado proporcionarse el viaje en condiciones de seguridad, lo que cada día era más difícil. Apenas salieron Isidro y Santiago de la estación encontraron a otro emigrado, sargento de artillería, y en el paso por Saint-Sprit, a otros dos, uno de ellos sargento del Príncipe. En el puente y en las calles de la vieja ciudad fueron tropezando con españoles que dirigían al *Pollero* un saludo triste. Con algunos hablaron brevemente: en los vagos coloquios, las añoranzas de la patria distante iban a parar, por natural desviación lógica, a los rosados ensueños de la *ojalatería*.

Hablaron de alojamiento; pero Santiago no aceptó el que el *Pollero* le ofrecía, porque ya venía encaminado a determinada casa por un amigo del tren.

—Sí—dijo Isidro—, calle de los Bascos. Esa es la *Pequeña Guipuzcoana;* hay otra, la *Grande,* que aloja señores y damas de alto copete... Ven y te enseñaré la casa. Tu patrona es una que llaman Juana Goiri, que habla un endiablado pisto, francés y español revueltos con vascuence. Pero es buena mujer: en su casa verás algunos emigrados y muchos contrabandistas.

Poco después de oír estas referencias, quedó Ibero instalado. Su cuarto era humilde; la casa ruidosa; la comida, ordinaria; atropellado, el servicio; la patrona, bigotuda, varonil, bondadosa y de un léxico fantástico. Dos días necesitó Ibero para llegar a entenderla y a comunicarle el artificio de su falso nombre, Carlos de Castro, dándole a conocer el verdadero..., porque recibiría cartas reservadas de una señora, cartas también de su familia.

La primera diligencia de Santiago fué escribir a su padre, exponiéndole su triste situación y pidiéndole algunos dineros para... reblandecer el duro pan del destierro. Cumplido este deber, o llámese necesidad, puso toda su mente en aquel honesto ideal amoroso que era norte y luminar de su vida. No atreviéndose a ir a San Juan de Luz, por temor a la Policía francesa, trató de adquirir, por sus compañeros de hospedaje, alguna noticia del bárbaro Galán y de la bella Saloma. Ninguna luz obtuvo de [illegible] las primeras investigaciones; mas al cabo de dos días un guipuzcoano apodado *Chori,* que iba y venía casi diariamente llevando géneros a la frontera, le aseguró que el fiero coronel, con su hija y una monja francesa, se habían ido a Pau, y de allí, a Olorón. Entendía el tal *Chori* que Galán no estaba emigrado o que se había puesto a las órdenes del comandante general de Jaca para vigilar a los españoles que conspiraban en la frontera. Con esto vió Santiago alejada, desleída en opacas brumas, su más cara ilusión, y se desalentó enormemente. La vida se le desorganizaba; el Destino le entorpecía con enormes piedras la derecha vía, allanándole los senderos tortuosos conducentes a lo desconocido. En tal estado de ánimo, la imagen de Teresa asaltó su mente con ímpetu, posesionándose de ella como sitiador que penetra en una plaza de la cual huyen sus defensores.

Por cierto que le sorprendía la tardanza en recibir el anunciado aviso de la bella pecadora. Tantas prisas en el tren y tanto *allá voy, allá iré,* y luego nada. ¡Señor!, ¿habría cambiado de cuadrante y sus locas pasiones, movidas del viento, miraban a otro punto? ¡Oh inconstancia de la mujer! ¿Quién se fía en el vuelo de estas destornilladas avecillas? Y como la privación o el incumplimiento de las promesas femeninas aviva el deseo, el pobre Ibero no pensaba más que en Teresa y en contar las lentas horas de su tardanza... Triste era su vida al octavo día de residir en Bayona. Por distraerse, trató de poner interés en la política, y pasaba algunos ratos en el café Farnier, lugar de cita y gran mosconeo de los emigrados, que siempre zumbaban la misma cantinela.

En Farnier tuvo Ibero el gusto de encontrar una noche al gran Chaves, recién llegado: era siempre el conspirador temerario, incansable, dispuesto a sacrificar su vida cien veces por la bella y fantástica Libertad. Díjole que en Madrid imperaba la furiosa reacción y que España sería pronto un presidio, no suelto, sino atado, si no se levantaban hasta las piedras contra tan asquerosa tiranía; mostró y repartió papeles clandestinos que había traído, injuriosos versos, aleluyas indecentes, caricaturas en que aparecían las personas reales en infernal zarabanda con monjas y obispos... Como le dijese Santia-

go que no había podido entregar las tres cartas que trajo, por haberse ausentado don Salvador Damato y don Jesús Clavería y no conocer la residencia del marqués de Albaida, encargóse Chaves de aquella comisión, añadiendo:

—Sé dónde vive el marqués; Clavería y Damato están en París: pronto volverán. Dame las cartas que te dió don Manolo Tarfe por encargo de Muñiz, y yo respondo de que llegarán a su destino; que para estas cosas, cuando tú vas, pobre chico, yo estoy de vuelta.

Hablaron luego del fusilamiento de los infelices oficiales Mas y Ventura, en Barcelona, señal evidente de la ferocidad reaccionaria. Al comentar el trágico suceso, los emigrados se despojaban de toda sensibilidad, y antes que compadecer a las víctimas, celebraban su sacrificio, porque el riego de sangre, según ellos, fecundaba el surco de la Libertad. ¡Víctimas, víctimas, que de ellas tomaba la revolución su coraje!

Siempre que Ibero entraba en su casa hacía la invariable pregunta:

—¿Hay carta?

Y la patrona cuadrada y bigotuda respondía en su jerga trilingüe:

—*Cartaric* no haber *pour toi.*

Pero un día, el décimo de Bayona, según la cuenta de Clío familiar, la guipuzcoana respondió afirmativamente. Había llegado carta con doble sobre. ¡Oh alegría del mundo! ¡Por fin, Teresa!... Su carta era brevísima: «Salvaje mío, ladrón de mi existencia, no he ido a ti porque este pobre *don Simplicio* se ha puesto muy malo. Imposible dejarle en esta situación... Ayer le han sacramentado... Espérame siempre... ¿Cuándo? No lo sabe tu *alma en pena.* Sólo sabe que pena por ti.»

Calmáronse con esto las tristezas de Santiago; pero como luego transcurriesen más días sin traerle carta ni la persona de la exaltada mujer, volvió a caer en sus murrias, que aplacaba o adormecía con largos paseos por las Alamedas marinas, en las risueñas orillas del Adour. Una tarde, cuando, de regreso, entraba en la plaza de la Comedia, vió a Chaves que hacia él venía gozoso, restregándose las manos.

—Grandes novedades, Iberillo. ¡Venga un abrazo! ¿No sabes?... En Ostende se han reunido las cabezas de la revolución, los progresistas y demócratas condenados a muerte en garrote vil por el Gobierno de la camarilla... Pues han acordado tirar patas arriba todo lo existente y convocar Cortes Constituyentes para que decidan lo que ha de venir después... El único voto en contra fué el de don Juan Contreras, que dijo: «En ningún caso admitiré rey extranjero.» Se nombró un triunvirato que dirija los trabajos: Prim, Aguirre, Becerra, y se hace un llamamiento a los ricos del partido para que aflojen la mosca y podamos ir formando el tesoro de la revolución. La cuota es diez mil reales: esa cantidad se le pide a todo progresista, a todo demócrata que la tenga y quiera darla... Esto no va conmigo, pues por la Libertad he perdido cuanto tenía, y sólo puedo dar mi sangre. Tú, niño de casa noble y rica, escríbele a tu padre que apronte los diez mil...

Rehusó Ibero acompañarle al café y se fué a su casa, pues habían pasado muchas horas sin hacer la consabida pregunta: «¿Hay carta?» Resultó que aquella tarde la hubo; mas no era de Teresa, sino de don Santiago Ibero, y en ella el enojado padre, anunciándole el envío de *veinticinco duros,* se los amargaba de antemano echándole una brava peluca por haber intervenido en la brutal tragedia del 22 de junio. Con el sermón paterno y la parvedad del dinero que se le ofrecía, abatióse el ánimo de Santiago y llegó a lo más intenso el amargor de sus melancolías. Notaba en sí un fenómeno extraño, una disminución considerable, ya que no total pérdida de su voluntad. El efecto de esto en su espíritu era como el que se produciría en un cuerpo que se quedara exangüe. Y al par que notaba el vacío en su ser, lloraba la voluntad fugitiva, esforzándose en atraparla y en meterla de nuevo en sí. Echaba de menos el mar, donde adquirido había tanta fortaleza moral y física; al capitán Lagier, su maestro en la acción; a Prim, que le daba la norma de los grandes hechos; a los amigos fuertotes y tozudos, como Clavería y Moriones, y, por fin, hasta la imagen de Vicentito Halconero traía como fortificante a su pensamiento, porque tam-

bién el cojito amigo era un nervio de vida, por su saber primoroso y aquel entusiasmo angelical.

La noche fue dura, insana. «Ahogábase en el mezquino aposento; escotero se lanzó fuera de la casa y de la ciudad, y en las Alamedas marinas explayó su alma hasta el amanecer. La contemplación de los astros le llevó al recuerdo de los espíritus que en otro tiempo habían sido sus amigos y consejeros, y antes que los evocara fué por ellos visitado. En sus oídos susurraron, en su mente repercutieron, sugiriendo pensamientos extraños, de un sentido más que exótico, ultramundial. Fatigado de andar a la ventura, se sentó al arrimo de un muro, defensa o pretil del Adour sereno. La noche era calmosa, perfumada, mística. El viento Sur, ardiente y espeso, ondeando con rachas locas, traía efluvios de España, ecos y vislumbres de seres o de cosas de allá...; traía visión de catedrales, de ojos negros y manos blancas, olor de cabellos perfumados, sonrisas, naranjas, cantar de grillos, aroma de claveles, y el dulce silabear del habla castellano... Pasado un rato no corto en un estado entre la somnolencia y la alucinación, Ibero entró plenamente en ésta. Los espíritus enemigos se alejaban y los amigos venían a su lado: no tenían rostro y sonreían; no tenían voz y hablaban. El paso de ellos por el corazón de Santiago pesaba enormemente, cortándole la respiración. Pensaba también en su cerebro, donde todos ponían el nombre de Teresa, sin sonido, sin letras; un nombre no representado por ninguno de los signos propios del mundo físico. Los espíritus lo introducían en el cráneo de Ibero, el cual era como una urna que nunca se llenaba de nombres de Teresa por muchos millones de éstos que en aquella cavidad entraran.

Apuntaba ya el claro día cuando Santiago se puso en pie. Dió algunos pasos inseguros hacia el puente Mayou. Un espíritu apegado a la persona del joven vagabundo suspiró al lado de éste. Ibero le dijo:

—Mi fuerza no he perdido..., mi fuerza me habéis devuelto.

Y el espíritu sin rostro y sin voz afirmó.

Detúvose Ibero, y dijo:

—Esa mujer, esa Teresa..., ¡siempre Teresa!..., se me ha metido en el alma y no puedo echarla. Mientras más tarda en venir a mi lado, más honda la siento dentro de mí. ¿Por qué es esto?

El espíritu, que no tenía hombros, expresó con un movimiento inequívoco su incompetencia para contestar a tal pregunta. Era un enigma, tal vez un misterio que los seres incorpóreos no podían penetrar... Atormentado por sus dudas, Ibero interrogó de nuevo al buen espíritu, el cual, aunque no tenía dedos ni labios, impuso silencio... Entendió Santiago la indirecta, y no preguntó más.

Otras noches y días pasó en estos singulares éxtasis, hasta que una tarde, paseándose en el claustro de la catedral, sintió, de improviso, grande inquietud y deseos tan vivos de ir a su casa, que al instante hubo de satisfacerlos. Indudablemente, había carta. Llegó..., interrogó... Carta no había; pero sí una señora que acaba de llegar de la estación y que en el humilde cuartito le esperaba...

—¡Teresa!...

—¡Ladrón!...

—¡Al fin!...

—¿Has rabiado un poquito?...

—¡Qué hermosa estás!

No fué corto el espacio concedido a las naturales ternezas y alegrías, y ya sosegados, explicó Teresa los motivos de su tardanza. Al primer baño cayó enfermo el pobre *don Simplicio*. Era la descomposición general de una vieja máquina, un agotamiento súbito de todo el ser... Al primer acceso quedó medio perlático; al segundo, no tuvo ya palabra más que para pedir los Sacramentos. Había pecado mucho, y quería poner en orden las cuentas del alma... No podía ella abandonarle en tal desventura. Era ante todo cristiana, y sabía lo que es humanidad, caridad. Aunque a los siete días del primer arrechucho mejoró el consumido señor, recobrando la palabra y pudiendo valerse de sus remos, se avisó a la familia. Su sobrina, la de Yébenes, telegrafió desde San Sebastián que no iría mientras estuviera en Arechavaleta *esa mujer... Esa mujer* aguardó la llegada del marqués de Itálica, sobrino del enfermo y persona corriente y razonable, que se hacía cargo de las cosas. Por fin, halló Teresa la ocasión de hacer entrega del enfermo y

de los objetos de su pertenencia, y, sin más despedidas ni requilorios, ¡aire!, un cochecito, y a Zumárraga. Allí expidió a Patricia para Madrid y ella se vino a Bayona, donde se juntaba con su salvaje, realizando el más ardiente anhelo de su vida. Y pues él y ella eran felices, no se hablara más de lo pasado sino de lo presente y un poquito del porvenir.

Ni corta ni perezosa, aquella misma noche alquiló Teresa un carruaje para irse a Cambo con su ladrón al día siguiente, tempranito. Anochecieron en santa paz, inquieta y amorosa..., y amanecieron en paz más inefable, con sosiego, adoración mutua y anhelo de cantar un himno al sol, al verde de los campos, al azul del cielo y a la soberana libertad. Ya les esperaba el coche en la puerta, ya se disponían a partir, cuando los dos, asaltados de un mismo pensamiento, acordaron hacer balance y arqueo de sus recursos.

—Seamos prácticos — dijo Teresa—. ¿Cuánto dinero tienes?

—Tengo los quinientos reales de mi padre — replicó Santiago—. Los otros quinientos que *de ocultis* me mandó mi madre los gasté en comprarme ropa interior y este trajecito.

—Pues yo—dijo Teresa, que, sentada con su saquito en la falda, contaba su dinero—tengo tres mil novecientos reales..., casi cuatro mil... Con lo tuyo y lo mío juntos somos riquísimos. Además, mis alhajas, que llevo aquí, valen algo. Las fundiremos cuando no haya otra cosa. Seremos económicos, ¿verdad pirata mío, que seremos económicos y arregladitos? Pues con arreglo podremos vivir largo tiempo en un pueblecito bonito y retirado... Reúne tú todo el dinero y guárdalo, que al marido le corresponde administrar los bienes matrimoniales. Vámonos, huyamos..., ocultémonos donde no tengamos más compañía que nuestra felicidad.

Entraron en el coche, y, rebosando de gozo, admirados de cuanto veían, llegaron a Cambo, donde comieron... Mas con ser aquél un lindo y ameno lugar, no les pareció bastante escondido, y en el mismo coche siguieron risueños, gorjeando, hasta una aldeíta llamada Itsatsou... Allí se posaron; allí eligieron una rama para su nido los pobres pájaros emigrantes. En aquella espesura nemorosa, no lejos del Paso de Roldán (Roncesvalles), les deja el discreto historiador.

X

Triste y tediosa fué para Vicente Halconero la temporada de San Sebastián. ¿Qué hacía el amigo Ibero, qué le pasaba, adónde había ido a parar? ¿Por qué no cumplía su promesa de visitarle? Gran desconsuelo era para el cojito verse privado de aquella dulce amistad, tan instructiva como amena, de aquellas pláticas en que la Historia libresca y la Historia vivida sabrosamente contendían. Cansado de esperarle le había escrito innumerables cartas, dirigidas a diferentes puntos: Bayona, San Juan de Luz, Samaniego, sin que ninguna tuviese respuesta.

Distraía Vicente su soledad con los espectáculos de las bravas rompientes de la mar o con el trajín de las naves en el puerto... Paseaba por los caminos de Hernani o Pasajes, y concedía poco tiempo a la lectura. Viéndole tan lastimado de la ausencia del amigo, su madre le llevó a Bayona un día, avanzado ya septiembre: recorrieron todas las fondas: Providencia, Vizcaína y Guipuzcoana; los hoteles de lujo; hablaron con varios emigrados, y ninguno dió razón del misterioso aventurero. Sin duda, los que pudieran informar del sujeto o de su rastro, le conocían por otro nombre.

—Hijo mío—decía de regreso a España—: o tu amigo es un ingrato que no se acuerda de nosotros, o se ha muerto, o a su lado le tiene, en París ó Londres, el propio don Juan Prim. Esto creo yo lo más probable.

Esperando la formación del tren español en Irún, vieron a Tarfe, que en el andén se paseaba con el marqués de Beramendi. Fué Tarfe a saludar a Lucila: la trataba desde el tiempo de Halconero, y con el segundo marido tenía amistad y buenas relaciones de propietarios colindantes. Cuando volvió Manolo junto a Beramendi, éste le dijo:

—Siempre es hermosa y lo será hasta que se muera de vieja... Su cara es, para mí, la más perfecta obra de Fidias. La vi por primera vez en el castillo de Atienza hace la friolera de die-

ciocho años. Entonces era Lucila una criatura mitológica... Me enamoré de ella, y padecía la *efusión estética*, un mal terrible, Manolo; un mal que consiste en adorar lo que suponemos privado de existencia real; un mal que es amor y miedo... Fíjate, observa con disimulo... Me ha visto, y como sabe que por ella perdí los cinco sentidos, y seis que tuviera..., lo sabe por *Confusio...*, está muy satisfecha de que yo la vea y la mire. Es hoy una buena señora del estado llano, sedentaria, honesta y de holgada posición; lleva ya dos maridos; ha tenido no sé cuántos hijos..., y con todo, aún se recrea secretamente con la admiración de los hombres, y más aún de aquellos que fueron sus enamorados... Yo, por mi parte, nunca la veo con indiferencia... Siempre es Lucila, siempre hay en ella algo de celtíbero, de aborigen, de raza madre prehistórica, engendrada por los dioses... ¿Ves? Fíjate: ya se dirige al tren... Delante va el hijo cojito... Mira qué andar grave el de ella; qué admirable compostura de rostro y cuerpo; qué gesto noble para tomar la mano de su hijo, que ya está en el coche para ayudarla a subir. Repara con qué arte se pone en la ventanilla, cómo mira hacia acá sin mirarnos y cómo finge que no sabe que la estamos mirando. Su afectación es tan noble, que imita perfectamente a la naturalidad... Bien sabe ella cuáles son las posiciones de su cabeza y busto, que resultan más bonitas miradas desde aquí... Ya se retira de la ventanilla... Ya arranca el tren... Adiós, Lucila, vieja ilusión, mitología arcaica y madura. Que la vulgaridad en que vives te corone de felicidad, te engorde y te conserve tu españolismo neto.

Pocos días más estuvieron Cordero y su familia en San Sebastián. Ya Madrid les llamaba, y más que Madrid, el campo con las gratas faenas otoñales. Los preparativos de la vendimia comenzarían pronto. Vendimiaban en Aldea del Fresno, en Méntrida y en Torre de Esteban Hambrán... Hijos y padres gozaban en la fiesta del vino, y Lucila, en aquellos días, singularmente amaba el campo, por el campo mismo y por vivir junto a su padre, el viejo Ansúrez, ya cargado de años, despejo y gallardía. El patriarca celtíbero prolongaba en un descuidado bienestar su senectud venerable. Gozoso, contemplaba la grandeza y prosperidad de Lucila, y a los hijos varones desparramados por el mundo veía o consideraba bien apañados y boyantes, cada cual según su oficio y aficiones: el pequeño, un gran músico; Leoncio, hábil armero; Gil, bandido generoso; Gonzalo, moro pudiente; Diego, marino de rey, y, por fin, de Jerónimo, el mayor, huído de la familia antes del éxodo de ésta, supo que había sido contrabandista, luego pastor, y, por último, fraile, hallándose a la sazón de misionero en tierras de infieles. Con tantas satisfacciones y la salubridad activa del trabajo campestre, el hombre, como buen padre bíblico, iba camino de los cien años, y tal vez un poquito más allá.

También Beramendi y Tarfe abandonaron pronto los ocios de Guipúzcoa para tornar juntos a Madrid, donde tenían su vendimia, que era el chismorreo político, la reunión de Cortes y la fiebre de conjeturas que en aquella revuelta edad embargaba la mente de todos los epsañoles. Atestado venía el tren, pues ya empezaba el desfile hacia cuarteles de invierno. Pasada la estación de Miranda, Beramendi dejó a su mujer y a su hijo en el reservado que traía, y se fué a charlar con el marqués de Perales, que ocupaba con su familia un coche cercano. Hablaron de la cosa pública, que, a juicio del marqués, iba por un desfiladero tenebroso... Nadie podía decir de qué lado nos caeríamos. Narváez, debilitado por la edad, no era ya el gobernante de otros días, y se dejaba llevar de la mano por González Bravo. Teníamos, pues, de jefe de Gobierno a un hombre de corta vista que tomaba de lazarillo a un ciego. Otras cosas dijo que demostraban su atinado conocimiento de la situación política. Pertenecía Perales, como Cortina y Cantero, al grupo de los progresistas templados, que, tal vez por su apartamiento de la acción demasiado viva, constituían la mayor fuerza del partido; era un prócer de notoria ilustración, un hombre recto, sencillo, gran agricultor y el primer ganadero del reino.

Beramendi le acompañó hasta más acá de Burgos, y, ávido de conversación variada, se pasó al coche inmediato, en que venían Tarfe y dos caballeros franceses, uno de ellos consejero del Crédito

Mobiliario, otro ligado con la famosa casa de banca israelita Baüer y Weissweiller... No encontró Beramendi en aquel departamento la charla frívola y amena que requería, pues los franceses hablaban sin ningún comedimiento de la reina, de la Corte y del Gobierno español, amontonando sobre las faltas efectivas las imaginarias, o, por lo menos, dudosas, arma envenenada de la malicia. Algo de lo que dijeron aquellos señores no se podía oír con calma, aun reconociendo su veracidad. Los rostros españoles se ruborizaban oyendo tales cosas. Por delicadeza, por quijotismo patriótico, sintióse Beramendi movido a la protesta airada, a la negación grosera... Tarfe le contuvo, diciéndole:

—En el extranjero, la opinión es tal que los españoles sufrimos a cada instante los mayores sonrojos. Es fuerte cosa aguantar esto. Podemos sufrir con paciencia nuestra inferioridad mercantil, política, internacional; pero al desprecio del mundo no debiéramos resignarnos.

Callaron los españoles; los franceses arreciaron en su amarga crítica y en sus burlas, hasta que, sintiéndose molesto y sin ánimo para contradecirles, Beramendi aprovechó una parada para despedirse y volver a su departamento.

Sobre Castilla y sus campos trasquilados y amarillos había caído la noche. El viajero halló a María Ignacia soñolienta y a los hijos dormidos. Les dejó en su descanso, y arrimado a la ventanilla, de donde veía el despejado cielo, y la tierra que imitaba la llanura de un mar espeso, se entregó a la vaga meditación. En su inmensidad yacente, también la vieja Castilla dormía, descuidada de los graves afanes de la cosa pública, quizás ignorante de ellos o despreciándolos por atender más intensamente a los afanes de la vida menuda y campestre. Echaba de menos el prócer a su amigo *Confusio* para filosofar juntos sobre aquella indiferencia de la tierra madre, sobre aquel símbolo del olvido histórico... Corría el tren por el país de los Comuneros, ahora sin aliento para la rebeldía, productor de trigo y paja más que de hombres duros, así en la guerra como en la política. Por lo común, todos los gobernantes nos venían hoy de Andalucía, el país del gorjeo retórico y de los parlamentarios, que eran como ruiseñores de la Administración.

Pensando así, se amodorró Beramendi, y empalmando sueñecicos, llegó hasta muy cerca de Madrid, cuya proximidad hubo de reconocer por los morados plantíos de lombarda. En la estación, la servidumbre de Beramendi esperaba a los señores, y, tras la servidumbre, tímido y casi invisible, el escuálido *Confusio*... Una palabra grata tuvo para todos el buen marqués, y a *Confusio* singularmente distinguió preguntándole por sus trabajos.

—Ya tengo en planta—dijo éste—el quinto libro de la *Historia*, y ahora estoy escribiendo la introducción o discurso preliminar, que quiero leer a usted.

Diariamente iba repatriando el ferrocarril del Norte a los madrileños que habían salido a tomar aguas, aires o a darse tono. Aun los que veraneaban por vanidad, eran inconscientes auxiliares de la higiene y de la cultura, contribuyendo a la meteorización física y mental de una parte de la raza. A su regreso, Madrid les ofrecía su amenidad otoñal, favorecida del temple benigno; se animaban cafés, teatros y tertulias; la política iba entrando en calor y divirtiendo a la gente con sus altercados bulliciosos. Pero iban las cosas tan mal, que no terminó el año sin que anduvieran a la greña los dos mellizos, que eran dos personas distintas y un solo sistema verdadero, y se llaman Poder legislativo y Poder ejecutivo. El Parlamento gritó: *Me abro*, y el Gobierno: *Te cierro*, y, en estas disputas, saltaron los dos presidentes, Ríos Rosas del Congreso, Serrano del Senado, con sendas protestas que firmaron diputados y senadores... ¿Protesta dijiste? Ni el Gobierno ni la reina entendían este modo de señalar, y los protestantes fueron desterrados. Y que volvieran por otra... Mientras esto pasaba, la Prensa era una muda que ya no hablaba ni por señas... Se prohibía la palabra escrita, y aun la intención apenas suspirada. Así, era una delicia ver el sinnúmero de papeles clandestinos, opúsculos escandalosos, caricaturas, aleluyas, versos cáusticos, que de oscuras oficinas tipográficas salían pitando y picando como enjambre de cínifes venenosos.

Una noche de comida íntima en casa de la Belvís de la Jara, cogió Beramendi a solas a su amigo Narváez, y, valido de

la benevolencia que el general en toda ocasión le mostraba, se permitió exponerle una opinión severa y leal sobre la marcha de las cosas públicas; y don Ramón, exasperado, sin dejarle concluir, le dió esta iracunda respuesta:

—Cállate, Pepito, y no me sulfures... ¿Crees que no me hago cargo?... Todo eso me lo he dicho yo mil veces, y yo mismo me he contestado: «Verdad, verdad..., pero no puede ser, no podemos hacer más que lo que hacemos...» Viene sobre mí una presión horrorosa, un peso que aplasta... Cierto que puedo sacudirme, tirar los trastos, decir: «Ahí queda eso, señora; nombre usted un Ministerio de palaciegos y curas...» Pero, ¿no ves, tontaina, que eso sería el cataclismo, y yo no quiero echar sobre mí la responsabilidad del cataclismo?... Dices: «¡Reacción!» ¡Pero si no concedo más que una mínima parte de lo que me piden! ¡Si no ceso de echar freno, freno! ¡Y aun así, carape!... En fin, Pepe, déjame en paz... Yo me encuentro con la revolución enfrente y con la reacción detrás... Tú ves la revolución, que grita y manotea; no ves la otra fiera que tengo a retaguardia y que a la calladita quiere deslomarme... Me gustaría verte en esta brega, toreando dos cornúpetos a la vez. Es muy divertido, como hay Dios. Apenas acabas tu faena, defendiéndote de las astas del uno, tienes que volverte para zafarte de los pitones del otro... Es tremendo..., sé que esto me quitará la vida.

XI

—Ven, *Confusio*, amigo, escultor de pueblos—dijo Beramendi un día—: ahora que estamos solos, siéntate, saca tus papeles y léeme tu introducción al quinto libro, ilustrada con apéndice y notas...

Leyó Juanito con entonada voz y variados matices, y oíale su mecenas sin gran fijeza de atención, pues si en algunos trozos no perdía sílaba de la ya elevada, ya descompuesta prosa del historiador, en otros se distraía, solicitado quizás de sus propios pensamientos tristes, y acababa por desvanecerse en un estado parecido a la somnolencia. Llegó, no obstante, en el curso de la lectura, un pasaje que interesó al prócer más que lo anterior; encadenó su oído a la voz de *Confusio*, y gustando mucho de aquel fragmento, le mandó que lo repitiera para conocerlo mejor y desentrañar su sentido. *Confusio* releyó:

«El Ejército fué en aquel borrascoso reinado brazo inconsciente de la soberanía nacional. Cuando los pueblos no logran su bienestar por la virtud de las leyes, intentan obtenerlo por las sacudidas de su instinto. Lo explicaré mejor parabólicamente. La libertad es el aire que vivifica; el orden es el calor de estufa o brasero que templa la vida nacional para contrarrestar las inclemencias de la atmósfera. Cuando los gobiernos no saben disponer los braseros y éstos producen emanaciones venenosas, los pueblos, al caer con síntomas de asfixia, se levantan de un bote y rompen los vidrios de la ley para que entre el aire..... Por el contrario, cuando los pueblos se entregan con exceso a una ventilación demasiado libre, el Poder público debe arropar, tapar grietas, encender discreta lumbre, procurando un temple moderado y benigno... Hablando en términos netamente políticos, diré que cuando el ente moderador no ha desempeñado sus funciones con el debido criterio de justicia y de oportunidad, el ente militar ha sabido quitar de las manos inexpertas el cetro moderante para restablecer el equilibrio...»

—Bien, bien, *Confusio*—dijo Beramendi con sincera admiración—. Ahora, en esta segunda lectura, me asimilo tu idea y alabo el agudo ingenio que penetra en la entraña de los hechos humanos.

—Claramente hemos visto que la fuerza pública, o sea pueblo armado, obedeciendo a una fatal ley dinámica, ha sido el verdadero Poder moderador, por ineptitud de quien debía ejercerlo. Siempre que ha venido la asfixia, o sea la reacción, el Ejército ha dado entrada a los aires salutíferos, y cuando los excesos de la libertad han puesto en peligro la paz de la nación...

—Claro, ha restablecido el orden, el buen temple interior. Por esto, no debemos juzgar con rigor excesivo las sediciones militares, porque ellas fueron y serán aún por algún tiempo el remedio insano de una insanidad mucho más

peligrosa y mortífera. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Eso es, señor. Lo que llamamos pronunciamientos, los pequeños actos revolucionarios que amenizan dramáticamente nuestra Historia, no son más que aplicaciones heroicas de las providenciales sanguijuelas, sinapismos, ventosas o sangría que exige un agudo estado morboso. Y yo añado en mi discurso preliminar que a estas intervenciones de la patria militar debemos la poquita civilización que disfrutamos.

—Cierto. Debes añadir que cuando no se puede ir a la civilización por caminos llanos y bien trazados, se va por vericuetos...

—Ya lo he puesto, si no con las mismas palabras, con otras semejantes...

—Dime ahora qué te propones y adónde vas por ese nuevo desfiladero de tu *Historia lógico-natural.*

—Voy al quinto libro, o sea el del glorioso reinado del Doceno Alfonso... Ya sé que tendrá usted por extravagancia el escribir un reinado antes que nos lo dé construído el tiempo en sus talleres inmortales. A eso digo que escribir lo que ha pasado no tiene ningún mérito; la gloria de un historiador está en narrar los hechos antes que sucedan sacándolos del oscuro *no ser* con el infalible artificio de la Lógica y de la Naturaleza...

—Por grande que sea tu arte para concebir y expresar según el modo ideal la vida futura—dijo el mecenas—, no podrás en esta crisis turbulento sustraerte a la realidad. Ni estás tan metido en ti mismo que ignores que una revolución se está elaborando inevitable diluvio tras el cual no sabemos lo que vendrá.

—Si el señor marqués me lo permite —dijo *Confusio* con la serenidad extática y mística que marcaba el estado agudo de su vesania—, negaré que estalle tal revolución. Cierto que algunos locos quieren traernos ese diluvio; pero todo quedará en chubasco y mojadura sin importancia, porque doña Isabel, con magnánimo corazón y ardiente patriotismo, abdicará en su hijo don Alfonso. Y ya tiene usted el felicísimo reinado, precedido de una Regencia formada con tres de las más ilustres personas del reino. Las conozco; pero, con la venia del señor marqués, me abstengo de nombrarlas.

—Sí, hijo; no te comprometas: guarda el secreto de esos nombres...

—El reinado de Alfonso Doce será dilatado y próspero. No habrá pronunciamientos, porque el rey sabrá usar con tino la prerrogativa moderatriz y alternar con discreta cadencia y turno las dos políticas, reformadora y estacionaria. No habrá guerra civil, porque he tenido buen cuidado de matar y enterrar muy hondo a don Carlos y toda su prole, y de añadidura he ido escabechando y poniendo bajo tierra a todos los españoles que salían con mañas de cabecillas, y a todos los curas de trabuco. Verdad que, aunque por dos veces he matado a Fernando Séptimo, su espíritu anda vagando por España, y aquí y allí sugiere ideas de absolutismo teocrático y sopla en algunos corazones para encender las llamas de intolerancia y levantar humazo de Santo Oficio... Pero el nuevo rey, que viene al Trono con ideas precisas, con aspiraciones elevadas, fruto de su grande ilustración, destruirá el maléfico influjo de aquel espíritu protervo, vagante en la selva del alma hispana.

—Trabajo le mando al nuevo rey —dijo Beramendi zumbón—. ¿Y estás seguro de que la educación que dan al príncipe es la que corresponde a un rey llamado a representar en la Historia papel tan grande? ¿Crees que le preparan para ese saneamiento del alma nacional y para empresas tan difícil como librarnos de todo el maleficio que nos trae el espíritu de su abuelo?

—Creo y sé que la educación es perfecta. Los maestros del príncipe son los más sabios del reino, y la enseñanza está bajo la inmediata dirección de hombres tan eminentes como don Isidro Losa, don...

Soltó Beramendi la carcajada, cortando el relato del grave historiador, mas sin desconcertarle, pues habituado estaba Juanito así a las desmedidas alabanzas como a los festivos desahogos de su mecenas, que de ambos modos le mostraba éste su afecto.

—No me río de ti, sino de mi amigo Losa. El buen señor está muy lejos de sospechar que tú le has descubierto el talento que él oculta cuidadosamente. No contradigo tus opiniones, buen *Con-*

fusio; conserva tu inocencia, que es el molde soberano en que fundes tu saber teórico de las cosas no sucedidas. El mundo ideal que describes no sería hermoso si mojaras tu pluma en la malicia de esta realidad negra. Mantente en la virginidad de tu pensamiento y cultiva tu candor para que tus obras sean puras, diáfanas y nos muestren las cosas humanas vistas desde el Cielo, que es un ver estrellado, magnífico y consolador... Y ahora, hijo, vete a dar un paseíto por la Moncloa; espacia tus ideas y dales aire para que nunca se abatan rozando el suelo... Trabaja toda la mañana y ven la tarde que quieras a leerme tus inspiraciones... Adiós, hijo, adiós.

Guardó Santiuste sus manuscritos, y besando la mano de su protector salió rígido, lento, impasible. En el vestíbulo encontró a los hijos de Beramendi, que venían de sus clases. Saludóles el historiógrafo con la misma ceremonia que emplear solía para las personas mayores, y los chicos hiciéronlo en igual forma, pues les tenían rigurosamente prohibido mortificar con burlas al pobre vesánico.

Ocasión es ésta de dar a conocer la prole de Beramendi. Del primogénito, Pepito, ya se habló en la época de su nacimiento, fecunda en sucesos históricos, como la invención de las llagas de Patrocinio y el *Ministerio Relámpago*. Siguió Felicianita, que vino al mundo el 52, a poco del atentado del cura Merino. El 54, en los preludios de Vicálvaro, nació otra niña, que sólo tuvo tres meses de vida, y a fines del 57 vino Agustinito, veinte días después del nacimiento del príncipe Alfonso. Y ya no hubo más. Contentos vivían los marqueses con sus tres críos, en quienes cifraban sus más risueñas esperanzas. La sucesión de la noble y opulenta casa estaba bien asegurada, y a mayor abundamiento, tanto la niña como los varoncitos eran dóciles, guapos y disfrutaban de excelente salud. En los tres se recreaban los padres, poniendo en su educación y crianza todo el cariño y dulzura compatibles con la severidad. En 1867, por donde ahora va Clío familiar, había terminado Pepe sus estudios del bachillerato y hacía sus primeros pinitos en la Universidad. Era un chico aplomado, fácil a la disciplina, bastante dúctil para seguir las direcciones que se le indicaban. Venía, pues, cortado para la vida opulenta y noble a la moderna, y con su ligero barniz universitario, su título abogacil y su correcta educación mundana, respondería cumplidamente a los fines ornamentales de su clase en el organismo patrio. Un poco de esgrima y un mucho de equitación daban la última mano a su figura social.

Felicianita, que aún estaba de traje corto, era una niña de excelente índole, muy despierta. La madre iba introduciendo en su cerebro las ideas con mucho pulso, temerosa de que se asimilara demasiado pronto el conocimiento de la vida tal como existía en el claro intelecto de María Ignacia. Sin ser una belleza, el conjunto agraciadito de su persona garantizaba, para dentro de tres o cuatro años, un buen partido matrimonial, titulado y rico... *Tinito*, el benjamín de la casa, con nueve años y pico en 1867, se había traído toda la imaginación lozana de Pepe Fajardo, su gracia y atractivos personales. A sus hermanos aventajaba en donaire y belleza; era el encanto de todos; con sus monadas y zalamerías engañaba a los padres haciéndose perdonar sus travesuras, y a su abuela doña Visita la tenía embobada y medio chocha. No se conseguía fácilmente que estudiara, y sólo a fuerza de promesas y regalitos dominó el chiquillo las primeras letras. Su afición al dibujo era tal a los cuatro años, que no tenía su padre en el despacho papel seguro. Emborronaba los sobres de las cartas, las hojas de los libros y los márgenes de los periódicos. Un año después era maestro en la pintura de soldados graciosísimos, iluminando el trazo de tinta con lápiz rojo y azul. Poco a poco iba entrando en la Aritmética y Geografía y en árido estudio gramatical. A los nueve años, sentada un poco la cabeza, conservaba *Tinito* su graciosa inquietud y el ángel o simpatía con que a todos cautivaba.

No vivían los Beramendi con fausto y vanidades correspondientes a la formidable riqueza que dejó el señor de Emparán. Este caballero, de medula y cáscara absolutistas, transmitió a sus herederos, con el pingüe caudal, tradiciones que fácilmente se petrificaban en la existencia, y entre aquéllas ninguna

persistió tanto como la moderación de los goces sociales y el bienestar comedido. La misma tradicional mesura se advertía en las relaciones, que no abarcaban un círculo demasiado extenso, limitándose a las antiguas amistades de la familia y a las nuevas, y bien seleccionadas, traídas por el tiempo. Entre las primeras sobresalía don Isidro Losa, que era el único superviviente de la tertulia íntima de don Feliciano Emparán, y por esto le distinguía doña Visita con extremosas atenciones. Otra de las amistades más firmes era la de la marquesa de Madrigal, que había sido compañera de colegio de María Ignacia: desde su infancia quedaron unidas por una tierna amistad, que había de durar toda la vida. En 1867, la Madrigal desempeñaba un alto cargo de etiqueta en el cuarto de las infantitas. Las nuevas relaciones traídas por Fajardo eran escogidísimas: Morphy, Guelbenzu, Monasterio, presidían el estamento musical en las agradables noches dedicadas al recreo artístico, y la poesía y pintura tenían su representación en Ayala, Selgas, Asquerino, en el viejo don Carlos Ribera y los jóvenes Gisbert, Palmaroli y Haes.

Eugenia de Silva, marquesa de Madrigal, era madrina de *Tinito*, a quien amaba como a sus hijos y se lo disputaba a María Ignacia para mimarle y retenerle, llevándole de paseo en coche y al teatro los domingos por la tarde. Estas menudencias refiere Clío familiar como introito a la interesante conversación que tuvieron una noche María Ignacia y su ilustre marido.

—¿No sabes, Pepe, lo que ocurre? Por segunda vez me ha dicho Eugenia que se encontraron en lo reservado del Retiro nuestro *Tinito* y el príncipe Alfonso. Jugaron juntos, y se han hecho tan amigos, que el príncipe se quedó muy triste cuando llegó el momento de la separación. Pues esta tarde, la infanta Isabel, que también estaba en el Retiro, ha convidado a almorzar a *Tinito* con ella, el príncipe y sus hermanas.

—¿Mañana? Pues que vaya. Bueno es que el niño se acostumbre al trato de esas altas personas. Le vestirás bien, sin elegancias rebuscadas, impropias de los chiquillos, y antes que vaya a Palacio le aleccionaremos para que no diga ni haga ninguna tontería.

XII

Fué a Palacio *Tinito* y volvió encantado de la amabilidad de la señora infanta. En cuanto almorzaron bajó con el príncipe a las habitaciones de éste, que están en el entresuelo, y Alfonso enseñó al amiguito su soberbia juguetería. ¡Vaya unos juguetes, compadre! Todo lo contaba el chiquillo con gracia y prolijidad encantadoras, sin omitir nada. Refirió que en el entresuelo había encontrado a don Isidro Losa, que aquel día estaba de guardia, muy majo, vestido de gentilhombre... Entre los juguetes admiró principalmente *Tinito* un tren de artillería con cañones de verdad, que podían dispararse, y una fragata lo mismito que la *Numancia*, con sus marineros subidos a los palos. Allí estuvieron enredando *Tinito*, el príncipe, Juanito Ceballos, que era su compañero inseparable, y Pepito Tamames. El juego consistía en enganchar al tren de artillería las parejas de mulas, los armones, colocar en sus puestos a los artilleros y arrastrar todo el armadijo de una habitación a otra. En esto llegó el marqués de Novaliches, que dijo al príncipe que no se sofocara demasiado, y don Isidro encargó a los cuatro que jugaran con juicio. En aquel trajín se les pasó el tiempo, hasta que llegó el profesor militar, y con él dió Alfonso la lección de manejo de carabina y sable; después, lección de leer y escribir, y luego le mudaron de ropa para salir de paseo.

—Salimos con él el chico de Ceballos y yo—prosiguió *Tinito* en sus explicaciones—. Ibamos en coche de mulas. Nos acompañaba don Guillermo Morphy... ¡Hala!, ¡al Retiro, a lo reservado, a correr!... Alfonso estaba muy contento y hacía la mar de travesuras. Metía los pies en todos los charcos y se mojaba, Morphy le reprendía; pero, ¡quiá!, no hacía caso... Al llegar a Palacio le cambiaron de calzado; subió a comer con la reina y el rey. Eugenia me recogió a mí para traerme a casa.

Reclamada por el propio Alfonso una segunda visita, volvió allá el niño de Beramendi a las diez de la mañana. El príncipe, según contó después, daba su lección con un señor cura...; la lección duró más de una hora... Subieron al

almuerzo en el comedor de arriba; quedáronse un ratito en el cuarto de la infanta, viéndola dar su lección de arpa con madama Roaldés. Luego, otra vez al entresuelo, donde el príncipe dió lección de carabina, disparando tres pistones, y lección de ejercicio, lo mismo que un soldado. Refiriendo esto, el salado *Tinito* expresaba a su modo, con pueril candor, la destreza de Alfonso en el ejercicio militar y lo orgulloso que estaba de que sus amiguitos le vieran y admiraran en aquel noble estudio. Y terminó su cuento con una observación que a los padres hizo gracia, mas no la rieron por no dar lugar a que el chiquillo entrara en malicia. Fué de este modo:

—Papá, voy a decirte una cosa. Alfonso no sabe nada. No le enseñan más que Religión y armas.

—Hijo mío, es todo lo que necesita un rey. Ahí tienes a San Fernando, que con eso no más fué un gran monarca y, además, santo.

—Yo pensé que un rey tenía que aprender gramática, porque..., si no sabe gramática, ¿cómo ha de escribir bien los decretos?

Advirtióle su padre que era de mala educación meterse a juzgar si el príncipe sabía o no sabía. Los herederos de una corona lo saben todo, aunque parezcan ignorantes. Recomendóle además severamente que no hablara con nadie de tales cosas, pues de lo contrario no volvería más a Palacio... Convidado *Tinito* por tercera vez a almorzar con el príncipe y las infantas, María Ignacia le preguntó por la noche si había observado fielmente las reglas de buena crianza indispensables en mesas de tanto cumplido.

—Mamá—respondió el niño—, todo lo hago como tú me lo mandaste. Cuando la señora infanta me dice si quiero más, contesto que no señora, y que muchas gracias.

—Y del tratamiento ¿no te habrás olvidado?

—¿Qué me voy a olvidar? Su alteza para arriba, su alteza para abajo. La infanta doña Isabel es muy buena, me quiere mucho y se ríe de todo lo que digo.

—Cuéntanos otra cosa. Después del almuerzo, ¿dió la infanta su lección de arpa?

—No; la infantita Pilar se puso a leer en un libro dorado y la infantita Paz y Alfonso me dijeron que les pintara muñecos..., lo que yo quisiera, vamos... La infanta Isabel me llevó a una mesita, sacaron un pliego de papel, lápiz negro y lápiz encarnado, y yo pinté una fila de soldados en marcha, con el pie adelante y el fusil al hombro, y *entre medio* de la tropa, dos curas tocando el piporro... Se rieron mucho. Alfonso cogió el papel para guardarlo. La Paz se lo quería quitar..., riñeron; Alfonso podía más. Yo le dije a Paz: «Déjaselo, que yo pintaré otro para tu alteza...» Bajamos al entresuelo. Después de la clase de Religión, que fué muy pesada, dió Alfonso la de manejo de espada y sable, y se puso tan valiente, que a Juanito Ceballos y a mí nos daba miedo verle. El día que sea rey, cualquiera se le pone delante. Luego me dijo que vaya un día por la mañana y me llevará al picadero para que le vea montar a caballo.

Sin venir a cuento, volvió el chicuelo a mofarse de las lecciones de su regio amiguito, insistiendo en que no le enseñaban más que Historia Sagrada y Religión. Respondióle nuevamente el marqués por meterse a censor de cosas tan delicadas... ¿Qué entendía él, pobre niño, de educación de príncipes? Pero *Tinito,* sin desconcertarse, montó en las rodillas de su padre y le echó los brazos al cuello murmurando:

—¿Quieres que te diga un secreto?

Y con voz muy queda soltó el secretico en el oído paterno:

—No sabe nada de reyes de España, porque yo le hablé de Ataúlfo y, riéndose, me dijo que Ataúlfo era don Isidro Losa.

—Eso puede significar que el príncipe y sus amiguitos han puesto el apodo de *Ataulfo* al buen don Isidro. Pero no quiere decir que Alfonso desconozca los nombres de los reyes de España. Con asomarse a la plaza de Oriente aprende más que tú en tu librito. Lo demás se lo enseñan los retratos de que están llenos los palacios de Madrid y sitios reales y el gran salón de la Armería.

Dicho esto, besó al chiquillo y entrególo al brazo secular de la madre y criadas para que le diesen su cenita y le llevaran a la cama, donde pronto se

quedaría dormido como un ángel, y soñaría tal vez que se hallaba en el picadero de Caballerizas, rigiendo un vivaracho y airoso potro en compañía del futuro rey de España. Tiempo hacía que Beramendi pensaba con insistencia en la educación del príncipe de Asturias, dando a este punto importancia tan grande, que de él dependían la bienandanza o desventuras del próximo reinado. Por su amigo Guillermo Morphy sabía que el digno general marqués de Novaliches, mayordomo y caballerizo mayor de su alteza, había dispuesto que se abriese un registro en que diariamente anotaran la vida del príncipe los tres gentileshombres al servicio de su alteza, don Isidro Losa, don Guillermo Morphy y don Bernardo Ulibarri, consignando a cada cual lo ocurrido en las horas de guardia respectiva.

El libro se llevaba escrupulosamente, y en él constaban las ocupaciones del niño, todo lo corporal y anímico, sus catarros frecuentes, sus tareas escolares, con nota minuciosa de los adelantos observados cada día; sus rezos y actos de devoción, el grado de apetito en las comidas, los juegos y juguetes. No faltaban las travesurillas propias de la edad, ni aun los arranques de soberbia o los generosos impulsos, que podrían ser trazos indicadores del carácter del hombre. Director de estudios era el general Sánchez Ossorio; profesores militares, un teniente coronel por cada arma; profesor de Religión, el padre filipense don Cayetano Fernández, y de lectura y escritura, don Antonio Castilla.

Deseaba Beramendi penetrar en el cuarto del príncipe, verle de cerca, hablar con él, pasar la vista por el libro en que constaban todos los actos y movimientos de la vida mental y fisiológica de tan interesante persona. La ocasión de satisfacer aquella curiosidad se la facilitó el propio marqués de Novaliches, a quien tuvo una noche en su tertulia de confianza. Hablando de su alteza, expresó Pavía el grande amor que al príncipe profesaba y su sentimiento de verle tan endeble de salud y tan propenso a las dolencias pulmonares. Si se agitaba un poco jugando, venía en seguida el enfriamiento, luego la tos y un poquito de fiebre.

—Fíjense ustedes—decía—en la carita descolorida de su alteza. Su mirada es triste y sus ojos parecen cada día más grandes... Quiera Dios que esta criatura no nos dé un disgusto el mejor día. Lástima será que se malogre, porque es bueno como un ángel y despejadito como él solo.

En el curso de la conversación, dijo luego Novaliches que Alfonsito estaba convaleciente de uno de aquellos resfriados que fácilmente cogía por agitarse en el juego o en el ejercicio de sable y carabina. Ya se levantaba; pero no daba lección ni salía de Palacio; se pasaba el día con el magnífico juguete que le había regalado el duque de Veragua, una plaza de toros corpórea, con su cuadrilla, mulas, caballos, alguaciles y demás piezas. La marquesa de Madrigal, confirmando estas referencias, propuso que, pues estaba también malo Juanito Ceballos, el inseparable camarada de don Alfonso, debían llevarle a *Tinito* en su aburrida convalecencia. La proposición de la dama le pareció de perlas al mayordomo y caballerizo mayor de su alteza.

—Mande usted a su chico mañana temprano, Pepe—dijo a Beramendi—, o llévele usted mismo, y así podrá ver al príncipe y apreciar su talento, su buen natural. Como logremos sacarlo adelante, podrá decir España: «Tengo un rey que no me lo merezco.»

A la hora que indicó Novaliches, más bien un poquito antes, paraba el coche de Beramendi en la Puerta del Príncipe. A los diez minutos de entrar en Palacio *Tinito* y su padre, y después de un viaje laberíntico por aquel confuso monumento, traspasando puertas y mamparas, sube por allá, baja por aquí, llegaron al cuarto de don Alfonso, guiados por un alto funcionario de la Intendencia. En la antesala les recibió Morphy, que a las doce de aquel día terminaba su guardia. Impresión de tristeza y ahogo recibió el buen Fajardo al recorrer las estancias del entresuelo, asombradas por el espesor de los muros, que, con la bóveda de los techos, ofrecían aspecto de casamata; las ventanas eran troneras. Componían el cuarto de su alteza varios aposentos: alcoba, guardarropa, sala de estudios, gimnasio, comedor, oratorio, secretaría, oficios, etcétera.

Salió Novaliches a recibir al amigo, y éste no pudo disimular la impresión desagradable que el local le causaba.

—No es éste el mejor alojamiento para un niño de constitución débil, heredero de la Corona. La infancia de un rey pide mayor desahogo, luz, aires de campo, alegría. ¿Por qué no vive su alteza en el mejor departamento de Palacio, que es todo el principal que da al Campo del Moro? ¿Para qué quieren aquellas salas amplias, inundadas de luz, con un horizonte espléndido que recrea los ojos y el espíritu? ¿No comprenden que lo primero que necesita el que ha de ser rey es habituarse a ver mucho, a respirar fuerte y a contemplar las cosas lejanas?

El buen Pavía alzó los hombros, inhibiéndose de aquel asunto, y Morphy se atrevió a decir:

—Lo mismo pensamos nosotros; pero..., quien manda, manda.

Apenas llegaron a la presencia de Alfonso, ofreció a éste sus respetos el «papá de *Tinito*», que con este nombre fué presentado el marqués a su alteza por el general Pavía. Díjole Beramendi mil cosas lisonjeras: que tenía un gran placer en hablarle; que en él veía la mayor esperanza de la patria, y que su salud interesaba a todos los españoles. Contestó Alfonso con timidez afable y sonriente, fiel observador ya de la urbanidad regia, que aprendido había antes que los primeros rudimentos del saber humano. Respecto a la salud, dió Novaliches las mejores impresiones; ya no le quedaba al niño más que algo de tos y un poquito de pereza. Corral, que acababa de salir, había recomendado que jugase todo el día, sin cansar la imaginación con lecciones.

—Anoche—añadió el general—, su alteza, después de acostado, me pidió los húsares de plomo para jugar en la cama. No quería rezar... Tuve que coger yo el nuevo libro de rezos que mandó hace días su majestad y leerlo para que él repitiera. De este modo rezó, aunque de mala gana...

Protestó Alfonso con gracia diciendo:

—Pero esta mañana bien recé, marqués..., sin que me leyeras nada...

—Sí, sí... Pero su alteza no quería levantarse y tuve que coger el libro de cuentos y leerle algunos para entretenerle... hasta que vino Corral y ordenó suprimir la lectura y abandonar el lecho...

Siguió Beramendi hablando con su alteza de las lecciones, de los rezos y prácticas religiosas, de la enseñanza militar, de la esgrima y equitación, y en todas sus réplicas mostró el chico un despejo y claridad de juicio que encantaron a su interlocutor. Al terminar el coloquio, los sentimientos de Beramendi con respecto al heredero de la Corona eran: un cariño intenso, un elevado interés político y una vivísima compasión.

XIII

Retiróse Novaliches; entregóse Alfonso con delicia al placer de enseñar su plaza de todos a *Tinito* y a otro niño (hijo de un portero de damas) que había bajado antes, y Pepe Fajardo pasó con su amigo Morphy a Mayordomía, donde el gentilhombre de guardia tenía que anotar sus observaciones. Tuvo, pues, el hombre la mejor coyuntura para hojear el registro y conocer en sus menores detalles la vida, los estudios, conducta, indisposiciones del príncipe de Asturias y el tratamiento físico y mental que a su salud y educación se aplicaba. El libro, destinado sin duda a documentar una parte esencialísima de la historia patria, resultaba de inmenso interés en su insípida y deslavazada literatura.

Beramendi leyó:

«*1.º de octubre.*—Su alteza real ha almorzado a las doce de la mañana. A la una ha dado la lección de ejercicios, hasta las dos menos diez minutos; a las dos dió la lección de escritura con el señor Castilla, y a las tres de Religión con el señor Fernández. A las cuatro y media tomó sopa con arroz, como acostumbra, y a las cinco menos ocho minutos subió a las habitaciones de su majestad la reina para salir de paseo...»

«*4 de octubre.*—Su alteza estuvo jugando hasta las dos y cuarto. No tuvo lecciones, por ser hoy día de su majestad el rey, y a las tres menos cuarto subió a las habitaciones de su majestad la reina para asistir al besamanos con el traje de sargento primero y la cruz de Pelayo. Concluyó la ceremonia a las seis y cuarto, a cuya hora bajó su alteza con el señor marqués de Novaliches, porque le apretaba mucho una bota (no al marqués, sino a su alteza).

Dicho señor marqués le quitó la bota y examinó minuciosamente el pie, sin encontrarle nada de particular. De esta circunstancia se hace especial mención por haberlo creído oportuno el jefe superior del Cuarto de su alteza:..»

Observó Beramendi en su rápida lectura la variedad de estilos de los tres caballeros guardianes de su alteza. En lo escrito por Morphy se revelaba el hombre de cultura y principios; discreto y claro aparecía don Bernardo Ulibarri; don Isidro Losa era la pura sencillez mental. Atento sólo a la escueta obligación doméstica, llenaba páginas del libro con su gramática inocente y su fantástica ortografía. Ved la muestra:

«*Día 6.*—El Príncipe, mi señor, almorzo a las doce. Dio sus Lecciones, salio a N. S. de Atocha... comio vien se metió en la cama a las diez a dormido diez horas tomó poco chocolate se a confesado a las nuebe y media el Padre Fernández celebró la misa...»

«*Día 9.*—Almorzó con apetito; dio sus Lecciones a las Oras marcadas y bastante inquieto: a las cuatro se aseo tomo la Sopa y Salio a Paseo Con el Mayordomo Sr. Marques de Novaliches, Profesor Sanchez y Juanito bolbio a las Seis y Cuarto... subio a comer a las ocho se lebanto de la mesa y hasta las diez permaneció en la camara jugando con Juanito se dio un golpe en el muslo Izquierdo con el Tallado de una Cónsola, a las diez se quedó dormido desperto a las nuebe sin moberse en toda la noche Se lebantó a las nuebe y media sin sentir dolor por el golpe rezo las oraciones asistió a misa en Su Cuarto salio á paseo á la Montaña con Su Mayordomo Mayor bolvio á las once y asistio a la misa de Ofrenda con Sus Majestades y Altezas á las doce menos Cuarto bajo y se Corto el Pelo Su Alteza.»

Repasando el diario, observó Fajardo que en la endeble salud del príncipe ponían los tres guardianes toda su atención. Rara era la página en que no se leía: «se despertó a medianoche, estornudó y se sonó», bien: «Anoche no estornudó más que una vez.»

Ulibarri escribía:

«Despertó a las seis menos cuarto para sonarse, quedando dormido en seguida.»

De Morphy es este párrafo:

«Durante la comida estornudó su alteza varias veces: atribuyéronlo sus majestades a haberse asomado al balcón la noche antes para oír la serenata.»

Pero, aún más que de la salud del cuerpo del príncipe debían inquietarse de la del alma, pues minuciosamente apuntaban cada día sus rezos y devociones. Entre las monotonías del machacón y cansado libro, descollaba el inevitable informe de la lección de Religión y Moral que el príncipe daba diariamente. Podían olvidarse de otros asuntos; pero esta ingestión de cascote no se les quedó jamás en el tintero.

Una hora larga de Religión todos los días del año había de dar al principito un saber dogmático que le permitiría hombrearse con el Concilio de Trento. Ocurría que cuando algunos mitrados visitaban a la reina, mandábales ésta al cuarto de su hijo a que presenciaran la tarabilla religiosa. A este propósito dice Morphy con cierto cansancio irónico:

«Dió la lección Su Alteza en presencia de los obispos de Avila, Guadix, Tarazona y de otra diócesis que no recuerdo.»

Y el sencillísimo Losa nos cuenta en su parte del 30 de octubre:

«A las Ocho y Media disperto labo y vistio dio gracias a Dios y tomó chocolate con apetito a las diez dio lección de Religión en la presencia del Sr. Cardenal de Burgos quedando muy complacido de lo adelantado que esta su Alteza por lo que merecia nota de *Magnificamente en todo.*»

En los referente a los cuidados y tratamiento medicinal del príncipe, demostraban los gentileshombres el miedo a complicaciones patológicas. Los accidentes más vulgares eran registrados como garantía del exquisito esmero que debía ponerse en conservar la preciosa vida del heredero del Trono. Constan en el libro prolijas observaciones anotadas por Ulibarri y Morphy con discreta retórica; mas el bueno de don Isidro, enemigo de circunloquios, refería los hechos con realismo ingenuo, y así su prosa histórica nos da esta candorosa sinceridad:

«El Serenísimo principe mi Señor se

dispertó a las nuebe menos diez minutos se labo, bistió, rezando sus Oraciones, tomó chocolate. se le mobio el Vientre muy natural y abundante; a las diez menos cuarto principio la leccion de Religion... salio a paseo a las once menos cuarto... con Juanito fué al gicnasio pasó una hora muy dibertida esta muy vien de Salud...»

Hojeando, encontró el marqués esta interesante página suscrita por Ulibarri:

«*1.º de noviembre.*—Su alteza asistió a la capilla pública con sus majestades e Infanta Isabel: estuvo en la función con mucha atención y compostura, bajando luego a su cuarto, donde jugó hasta las tres y media, que tomó la sopa. A las cuatro se recibió aviso de su majestad la reina para que subiera su alteza al despacho con objeto de ver al *brigadier de la Armada don Juan Topete, a quien abrazó su alteza por indicación de su majestad, cuya honra fué hecha por su buen comportamiento en el combate del Callao.*»

Suspendió el curioso lector al dar las doce su fisgoneo del diario; Morphy entregó la guardia a don Isidro Losa, y con los saludos al uno de despedida, al otro de entrada. se entretuvo el caballero más de lo que quiso. Quedó, pues, un rato en poder del bueno de Losa, el cual le rogó que fuese una mañana a la hora en que su alteza daba la clase de Moral y Religión. Así podría formar idea de lo bien instruidito que estaba en aquella sabiduría, la principal y más necesaria para un rey.

—Créame, don José—decía, dándole cariñosos palmetazos en el hombro—, lo que nos importa es tener un monarca muy religioso y sumamente moral.

Oía Pepe Fajardo al buen don Isidro como quien oye llover, que acostumbrado estaba, desde los tiempos de don Feliciano, a la densa monotonía de sus opiniones. En la casa se le apreciaba por su fiel amistad, pues tanto como tenía de anticuado en sus pensares, tenía de consecuente en sus sentires. Era, pues, un hombre de buen natural, afectuoso, que había sabido hacerse perdonar su inverosímil, casi milagroso encumbramiento. Si el palatinismo es una carrera, no se vió jamás carrera más loca que la de aquel bendito señor. Empezó por cerero de sor Patrocinio, fámulo más bien de la cerería que a la llagada madre suministraba velas y blandones; adornábale los altaruchos; le servía en recaditos y encomiendas. De estos oscuros menesteres pasó a la servidumbre del rey don Francisco, donde su lealtad, diligencia y buen modo le captaron la voluntad del augusto amo. Servidor fiel de la familia, velozmente adelantó y subió en el escalón palaciego. Fué ujier, secretario de Cámara, gentilhombre de casa y boca, mayordomo de semana..., llegó a poseer la gran Cruz de Isabel la Católica, y por fin, el título de conde. En el trato particular, don Isidro era siempre llano, modesto, y no tenía más orgullo que la incondicional y ardiente adhesión a la familia en cuyo servicio había subido de cerero a personaje resplandeciente de galones, cintajos y veneras que infundían a la gente un respeto hierático. Su estatura era menos que mediana; sus cabellos, su bigote, espeso y cortado, blanqueaban ya; su cuerpo rechoncho inclinábase un poco, como cediendo al peso de tantos honores.

Conversó de nuevo Pepe Fajardo con su alteza, teniendo ocasión de apreciar por segunda vez su bondad y claro entendimiento; recomendó a *Tinito* la formalidad, y con un apretón de manos a don Isidro y nuevos espaldarazos de éste, hizo su despedida del cuarto del príncipe y de Palacio, satisfecho de las enseñanzas de aquella visita. En su casa contó a María Ignacia cuanto había visto, y tres días después recibió la visita del gran *Confusio*, con quien sostuvo un coloquio interesante, digno de pasar a la historia, aunque ésta sea la llamada *lógico-natural*.

—Ya puedes ir abandonando—dijo Beramendi—tu plan de reinado de Alfonso *Doceno*. Si así no lo haces, desde nuestros sepulcros oiremos las carcajadas de la realidad. He visto de cerca al príncipe, he respirado el ambiente que él respira, he tomado el pulso a su educación y a sus educadores, y venido al convencimiento de que su reinado, si Dios no lo dispone de otro modo, no será como tú lo imaginas... Sí, honrado *Confusio;* sí, candoroso *Confusio*... Alfonso es un niño inteligentísimo; posee cualidades de corazón y pensamiento que bien cultivadas, bien dirigidas, nos darían un rey digno de este pueblo; pero semejan-

te ideal no lo veremos realizado, porque se le cría para idiota: en vez de ilustrarle, le embrutecen; en vez de abrirle los ojos a la ciencia, a la vida y a la Naturaleza, se los cierran para que su alma tierna ahonde en las tinieblas y se apaciente en la ignorancia.

Decía esto el buen Fajardo poseído de ardimiento y cólera: medía la habitación con pasos de gigante, y sus brazos aspeaban por encima de la cabeza. El pobre Santiuste oía sin chistar, pálido y atónito ante la iracunda voz y descompuestos ademanes de su mecenas. El cual prosiguió:

—Compadezco a ese niño y compadezco a mi patria. En Alfonso vi una esperanza. Ya no veo más que un desengaño, un caso más de esta inmensa tristeza española, que ya, ¡vive Dios!, se nos está haciendo secular.

Calló el prócer después de dar un fuerte manotazo en la mesa, junto a la cual se sentaba el esmirriado Juanito. Este saltó de su asiento como un muñeco de goma. Siguió una corta pausa, durante la cual el escultor de pueblos revolvió en su turbada mente las ideas optimistas que acerca de la educación del príncipe tenía, y como buen lunático se dispuso a sostenerlas diciendo:

—Señor, con la venia de usted, yo insisto en que los educadores del heredero de la Corona sabrán modelar al hombre y al rey para que sea la mayor gloria de esta nación en el siglo que corre y parte del que venga.

—Por esta vez, *Confusio* amigo—dijo Beramendi cada vez más nervioso y exaltado—, no te dejo vagar por las nubes, no permito que te encarames a las estrellas para escribir tu Historia. ¿Sabes lo que hago? Agarrarte por el pescuezo, restregarte el hocico contra las asperezas de la realidad, para que te enteres, para que conozcas los hechos tales como son. *(Marcando con gesto vigoroso la intención de hacer lo que decía.)* Así sabrás la verdad de la educación del príncipe, que no es educación, sino todo lo contrario, un sistema contraeducativo. Sus maestros le enseñan a ignorar, y cuanto más adelantan en sus lecciones, más adelanta el niño en el arte de no saber nada... Bien está el manejo de las armas; buena es la equitación como ejercicio corporal: la prestancia de un rey exige todo eso... ¿Pero acaso no pide también una fuerte enseñanza espiritual? ¿Es el rey no más que un figurón a pie o a caballo para presidir ceremonias ociosas o paradas teatrales? Un rey es la cabeza, el corazón, el brazo del pueblo, y debe resumir en su ser las ideas, los anhelos y toda la energía de los millones de almas que componen el reino. ¿No lo crees así, o es que tú también te has vuelto idiota?

XIV

—Así lo creo—dijo *Confusio* con más fuerza en el movimiento de cabeza que en la delgada y tímida voz.

—Pues bien: para el modelado espiritual de nuestro rey no hay en aquella casa más que un cura teólogo y poeta, que tiene el encargo de administrar diariamente al príncipe una dosis de Religión indisgesta y de Moral abstracta, que el pobre niño aprende a lo papagayo. Con escoplo y martillo, el don Cayetano va metiendo en el cerebro de Alfonsito sus lecciones. Y éstas ¿qué son más que un conglomerado farragoso que se irá endureciendo y petrificando, masa inerte de conceptos sin sentido, que no dejará lugar para otras ideas si en su día quisieran entrar allí? Muy santo y muy bueno que se enseñen al primero de los españoles los principios fundamentales de la religión que profesamos. Pero el catecismo es sencillo, breve, facilísimo. ¿A qué vienen esas pesadas y tediosas lecciones? Lo que Jesucristo enseñó con aforismos y parábolas de hermosa concisión, ¿por qué lo ha de enseñar don Cayetano en días y días con amplificaciones hueras y pesadeces sermonarias? ¿Qué sustancia ha de sacar su alteza de esa ingestión de paja, en la cual van perdidos algunos granos de trigo? Bastaría para enseñar al príncipe la Religión las cortas lecciones de un aya discreta y dulce... Y ¿qué me dices de ese furor para incrustar en la mente de Alfonso una moral teórica y formularia que el niño no puede entender? ¿No sería más eficaz enseñarle la Moral con continuos ejemplos y observaciones de la vida? Yo te aseguro que si el príncipe no echa por sí mismo de su cerebro toda la paja y el serrín que le introduce con su labor de fabricante de muñecos el padre

filipense, acabará por no tener religión ni moral: será un volteriano y un hombre sin probidad...

—Cierto, cierto—dijo *Confusio*, que con la fuerte inyección de ideas administrada por Beramendi se puso en gran inquietud, y levantándose de un salto empezó a dar manotazos y a correr disparado por la estancia.

—Lo que el señor dice es claro y sencillo como el Evangelio... Educación mísera, educación de seminario, no para príncipes... en todo caso para princesas... no para reyes, sino para sacerdotisas destinadas al bordado de casullas. Pero yo, señor..., y no se incomode por lo que digo..., yo tengo compromiso de presentar el reinado de Alfonso como de los más bienaventurados y magníficos. Es inspiración, señor; es aviso del cielo que siento en mi alma; y si yo abandonara este criterio para adoptar otro, me moriría sin remedio..., porque, créalo el señor marqués, mi vida está estrechamente enlazada a estas dulces mentiras.

Cogióle Beramendi del brazo y le llevó al sillón, obligándole a sentarse.

—Sosiégate, pobre *Confusio*—le dijo—, y óyeme. Hay un modo de conciliar tus ideas con la mías, tu ilusión con la realidad. Escribe el reinado a tu gusto: glorioso, lleno de prosperidades, y, además, largo. Puedes dilatarlo hasta comprender todo el primer cuarto del siglo que viene. Dale al buen Alfonso una larga vida, y en ese tiempo despáchate a tu gusto, haz de esta pobre España un país extraordinariamente venturoso y civilizado, devolviéndole sus pasadas grandezas. Mas para eso necesitas educar al rey. ¿Cómo? Voy a decírtelo. Nada conseguirás teniéndole bajo la férula de don Cayetano Fernández. Sácale de ese ambiente de ñoñerías, rezos y lecturas de libritos devotos del padre Claret; aplícale el remedio heroico, el procedimiento educativo y bien probado... ¿No caes en ello? Pues si quieres hacer de don Alfonso un gran rey, de vida fecunda y altos hechos, arráncale a viva fuerza de ese oscuro cuarto real y échale de aquí, lánzale al azar de la vida libre.

—¡Revolución!—murmuró por lo bajo el trastornado pensador como hablando con su camisa—. ¿Y...?

—Revolución, sí—dijo Beramendi con nueva inquietud y furia de pensamiento, soltándose a los paseos de gigante en la estancia—. Revolución, cirugía política, ya que la medicina está visto que no sirve para nada... Amputación, hijo, pues no hay otro remedio. Tienes que coger al príncipe y convertirle en Juan Particular, lanzándole al aire del mundo, a la adversidad... Verás cómo se despabila..., verás cómo sus talentos renacen, cómo su voluntad se fortifica y todo su ser adquiere gran viveza y brío. Hazlo así; cierra los ojos y fuera con todos. Esta gente no aprende de otro modo... Hay que desentumecer, hay que sanear, penetrar en Palacio con un largo plumero y quitar las telarañas que ha tejido en los altos y bajos rincones el genio teocrático... Y cuanto al espíritu de Fernando Séptimo, que pegado a los tapices, a las sedas y alfombras allí subsiste no lo echarás más que con exorcismos de Prim y buenos hisopazos de agua de Mendizábal... Anda, hijo; emprende la obra. No te olvides de quemar la santa túnica de Patrocinio, sudada y asquerosa, que allí encontrarás; quemarás asimismo todos los papeles que encuentres de la bonísima cuanto inexperta doña Isabel, pues nada pierde la Historia con que las llamas devoren ese archivo... Y, por fin, el cuarto del rey don Francisco lo sanearás y purificarás, no con el fuego, porque no lo merece, sino con aire tan sólo: bastará que abras balcones, puertas y ventanas para que salgan todos los mochuelos, lechuzas, murciélagos, correderas y demás alimañas que allí han hecho su habitación...

...Luego que termines estas operaciones salutíferas, mi buen *Confusio*—añadió el mecenas—, dejas pasar tiempo, el tiempo prudencial según tu criterio, y cuando creas llegada la ocasión, traes del extranjero a nuestro príncipe y le proclamas rey. Verás cómo viene robusto, templado por la desgracia, fuerte de voluntad, vigoroso de entendimiento, nutrido de sanas ideas y encaminado a las resoluciones que le harán digno jefe de un Estado glorioso. En tales condiciones podrás construir, con el nombre de Alfonso *Doceno*, un reinado que no debe durar menos de medio siglo.

La convicción y elocuencia con que hablaba el ingenioso Beramendi fué mecha que inflamó la pólvora de ideas que almacenada en su tumultuoso cerebro tenía el buen *Confusio*, porque estalló en entusiasmo y alegría como el que súbi-

tamente descubriera un mundo. Saltando del asiento, erizado el cabello, encendidos los ojos, altos los brazos, exclamó:

—Señor marqués, bendita sea su boca, que me ha dado la clave de mi *Libro Quinto*. Ya lo veo claro; ya veo el reinado grandioso, el reinado de paz, ventura y progreso que prolongaré, si usted me lo permite, hasta mil novecientos veinticinco.

Mientras le decía Beramendi que podía prolongar el reinado de Alfonso todo lo que le diese la gana y crear una extraordinaria riqueza nacional, un ejército poderoso, una marina formidable, aumentar las colonias, extender el dominio hispánico por Africa y América, etc., etcétera, fué nuestro buen Santiuste cayendo desde la altura de su entusiasmo a la profundidad de un frío aplanamiento.

—Pero, señor marqués—dijo con desconsolada y temblorosa voz—, desde que arrojo a nuestro Alfonso hasta que le traigo de nuevo a España, hay un espacio, un interregno... ¿Qué pongo en él?... ¿Prim dictador, Prim Cromwell, Prim rey?... ¿O será más bonito que ponga un poco de República?

—Pon lo que quieras—respondió el mecenas con plena voz vibrante, pues, trocados los papeles, él era el más exaltado y Santiuste el más apacible—. No me preguntes a mí lo que has de poner. ¿Soy yo acaso el historiógrafo *lógico-natural*, maestro en la pintura de sucesos fabulosos, ideales, nunca vistos, nunca imaginados por mortal alguno? De tu meollo fertilísimo sacarás materia para ese interregno y para tres más... Pon repúblicas, protectorados, dictaduras; pon audacias, calamidades, transformaciones felices, éxitos locos, fracasos más locos aún; pon grandezas caídas, pequeñeces exaltadas, explosiones de amor, de ira, de heroísmo, de vileza, inauditos casos de probidad y de corrupción. Si los reyes necesitan desentumecerse y estirar brazos y piernas, más necesitados están los pueblos del ejercicio libre, de la tensión de músculos y de la celeridad de la sangre. Pon fases inesperadas, tintas vigorosas, inflexiones violentas en la continuación natural de la vida. No pongas puertas al campo de tu inventiva, ni barreras a tu erudición adquirida en la biblioteca del espacio; derrama tu ciencia ideal, la que más satisface al alma, para que te admiren las generaciones, para que te...

Cortada fué bruscamente la declamación del buen Fajardo por la presencia de su mujer, que enteabrió la puerta del despacho diciendo:

—Pero, Pepe, ¿qué es esto?

Desde un gabinete, donde estaba con doña Visita y don Isidro Losa, oyó María Ignacia la voz de su marido en un tono y diapasón desusados. Corrió allá, creyendo que el desvaído *Confusio* le había dado motivos para montar en cólera.

—No es nada, mujer—dijo el marqués, recobrando al momento su calma risueña—. Juanito y yo, por pasar el rato, nos ensayábamos en la oratoria tribunicia. Este se mostraba partidario de las formas reposadas; yo quise ponerle un ejemplo del decir violento, de la imprecación, del ex abrupto...

No gustaba a la marquesa que las conversaciones de Pepe con el historiador *lógico-natural* fuesen demasiado largas.

—Ya es hora, Juanito—dijo a éste—, de que vaya usted a dar su paseo... Conque... adiós... Hasta mañana.

De la misma opinión fué Beramendi, que despidió al amigo en la forma más cariñosa... Sola con el esposo, María Ignacia le recordó que su majestad había llamado a la Cámara real a *Tinito*. Obsequiosa estuvo doña Isabel con el niño, colmándole de caricias y afectos, y al despedirle, díjole que tendría mucho gusto en que fueran sus papás a visitarla.

—Acordamos—agregó la marquesa—pedir a su majestad una audiencia para darle las gracias por las atenciones que, tanto las infantas como el príncipe, han prodigado a nuestro hijo. Don Isidro Losa se encargó de facilitarnos la audiencia... Pues ahí está. Viene a decirnos que su majestad nos recibirá mañana a las tres, en audiencia especial para nosotros solos... ¿Te enteras? Parece que estás lelo... Mañana; y tenemos que llevar a Felicianita. La reina desea conocerla.

—Mañana... No estoy lelo, mujer, sino contentísimo de que ofrezcamos nuestros respetos a doña Isabel... Buenas cosas le diré... No, no te asustes... Le diré tan sólo que se vaya preparando... No, tampoco es eso. Le diré que... nada: que nos veremos en París el año que viene por este tiempo.

—Vamos, tú estás hoy de juego... Ven a ver a don Isidro.

—Voy a ver al gran don Isidro, que es uno de los más robustos pilares en que se asienta la monarquía española...

Toda aquella tarde estuvo Pepe divagando en estas chispeantes bromas, lo que a su mujer inquietaba un poquito, pues quería verle siempre bien aplomado y sin el menor desentono en sus pensamientos. Y hasta el día siguiente, cuando ya se disponían a salir para Palacio, persistía la marquesa en su inquietud, porque Pepe no dejaba de asustarla con sus equívocos maleantes.

—Me parece, querida esposa, que saldremos de la audiencia entre alabarderos.

—Quita allá, tonto. No te hago caso... Cesaron las bromas al salir en coche para Palacio. Llevaban a *Tinito* y a Feliciana, y por el camino el pequeño daba a su hermanita lecciones de etiqueta, pues la niña no se había visto nunca entre personas reales... Tras una espera brevísima, el gentil hombre de guardia, conde de Moctezuma, condújoles a la presencia de su majestad, que en su Cámara les esperaba con el príncipe de Asturias. ¡Con qué afecto tan sencillo y familiar les recibió la señora! Besó María Ignacia la mano de la reina y ésta besó a Felicianita, ponderando su dulce belleza; a *Tinito* acarició también, y al saludo de Beramendi dió esta donosa respuesta:

—Sí, sí: contenta me tienes... Necesito llamaros para que vengáis a verme. Sé que me queréis, porque me lo cuentan; pero no se os ocurre venir a decírmelo.

Marido y mujer replicaron con toda la sutileza posible a la bondad de la soberana, que les mandó sentarse, y ella puso a su lado, en el confidente, a Felicianita, cuya mano conservó un rato entre las suyas. María Ignacia estaba frente a su majestad; Beramendi un poco más lejos, y Alfonso y *Tinito*, replegándose al ángulo próximo al balcón, se entretuvieron en hojear un voluminoso librote con estampas o figurines de todos los uniformes antiguos y modernos del ejército español.

—Ignacia—dijo la reina—, viéndote me parece que veo a tu buen padre... ¡Oh aquel don Feliciano!... Carácter recto y leal como ninguno. ¡Y luego tan religioso!... ¡Ah!, caballeros como Emparán son los que yo quisiera tener siempre a mi lado para que me aconsejaran... Créelo, pocos hombres hemos tenido aquí como tu padre... A él debo la inmensa ventaja de que bastantes carlistas me hayan reconocido, y que estén conmigo muchos que estuvieron con mi primo Montemolín.

Esperaba María Ignacia que contestara su marido a estos expresivos conceptos, que escondían sin duda una intención política. Pero como él no chistó, limitándose a una ceremoniosa cabezada, tuvo ella que aprontar frases de relleno:

—Yo procuro imitar a mi padre... imitarle en su sencillez, en sus virtudes.

Y por poner un puntalito a la conversación, que se caía de un lado, hizo el panegírico del señor de Emparán y el relato patético de su muerte, que fué como la de un santo. Mientras la dama salía del paso con estas remembranzas anedócticas, Beramendi hablaba con doña Isabel; pero sólo con el pensamiento, y sin desplegar los labios le dirigía estas severas reconvenciones.

—¿Por qué celebras la adhesión del absolutismo, si el llamarlo y acogerlo ha sido tu error político más grande, pobre majestad sin juicio? Eso, eso es lo que más te ha perjudicado y acabará por perderte: agasajar a los que te disputaron el trono, y dar con el pie a los que derramaron su sangre por asegurarte en él. Te has pasado al bando vencido, y para los que te aborrecieron has reservado los honores, las mercedes, el poder. Hipócritamente se agrupan a tu lado, y con devotas alharacas te rodean, te adulan, te abrazan... Pero no te fíes: los que parecen abrazos son empujones hacia el abismo.

XV

En este punto, la reina, contestando a la última frase de María Ignacia, decía:

—Sí, sí: ya sé que sois muy religiosos. Es la tradición de vuestra casa... Más arraigada estará la buena doctrina en ti y en tus hijos que en tu marido. *(Risueña, mirando a Beramendi.)* Por-

que de la religión de ése no me fío yo... Está imbuído en las ideas que hoy enloquecen al mundo...

—Permítame vuestra majestad—dijo con prontitud el aludido—que me defienda de esa injusta acusación. Yo...

—No, no entremos ahora en esas honduras—indicó Isabel bondadosa, tolerante—. Los hombres... ya se sabe... o tienen bula, o se la toman, para ser un poquito incrédulos.

—Señora, yo aseguro a vuestra majestad que las libertades que me da esa bula no las utilizo más que para pensamientos y acciones en honor y provecho de Isabel Segunda y de su real familia.

—Está muy bien. Sé que eres bueno, leal. Yo te cuento entre los mejores. Te quiero mucho, Beramendi. A ti y a todos los tuyos estoy muy agradecida.

Siguieron a esto palabras respetuosas de ambos cónyuges y un tímido murmullo de la niña. Doña Isabel, árbitra de los tópicos y giros de la conversación, la llevó a donde quiso, preguntando a los marqueses por la educación de sus hijos, si eran aplicados, si adelantaban... Divagó María Ignacia; divagó también Felicianita, reseñando las prácticas de su colegio, y Fajardo, a quien la esposa echaba miradas terribles reconviniéndole por su silencio, habló con afectado calor de los sistemas educativos, concluyendo por ensalzar como más excelente el que se seguía y observaba con el serenísimo príncipe don Alfonso. Por creerlo así, pensaba ponerle a *Tinito* un profesor de Religión y Moral que fundamentara en el corazón del niño la fe, las virtudes...

Contra lo que todos creyeron, doña Isabel no dió importancia a esta piadosa idea, o se había distraído pensando en cosas distantes. Algo habló en voz queda con María Ignacia, y en tanto el marido de ésta se despachó a su gusto, soltando diques, no a la palabra, sino al pensamiento, en esta forma cruel:

—Pobre majestad, las ridiculeces de la etiqueta que han inventado los adornados caballeros palatinos para incomunicar a los reyes con el sentimiento nacional, me obligan a no decirte la verdad. Ninguno de los que venimos a rendirte acatamiento te ofrecemos la verdad, porque te asustarías de oírla. Ni aun los que más entran en tu intimidad entran con la verdad. A tu intimidad llegan mintiendo, puesta la imaginación en sus provechos... Recibe, pues, bondadosa Isabel, el homenaje de mis doradas mentiras. Cuanto te he dicho esta tarde es una ofrenda de flores de trapo, únicas que se reciben en los regios altares... Tú, más que otros reyes, inclinada a lo familiar y plebeyo, dejas que llegue a ti la verdad española en cosas externas, decorativas y verbales; pero en las cosas de carácter público no quieres más que la mentira, porque en ella estás educada, y falsedad es la misma capa religiosa, mejor dicho, velo transparente con que quieres encubrir tus errores políticos y no políticos, reina descuidada y sin ventura.

Lo que se decían la reina y María Ignacia llegaba muy apagado a los oídos de Beramendi. Más claramente percibía el murmullo de la conversación de los dos niños viendo y comentando las estampas, y el ruido de las luengas hojas de papel cuando la mano de Alfonso las volvía. Doña Isabel alzó la voz con esta frase:

—María Ignacia, quiero darte la banda de María Luisa... No me perdonaré nunca no haberlo hecho antes. Ha sido un descuido... Soy muy descuidada ¿verdad?

La marquesa se deshizo en cumplidos y gratitudes, y Beramendi no tuvo más remedio que decir:

—Señora, las bondades de vuestra majestad no tienen límite. ¿Cómo expresar a la graciosa soberana nuestro agradecimiento?

Y mientras Isabel hablaba con María Ignacia de otras mercedes para sus hijos, Beramendi soltó así el pensamiento:

—Para nada nos hace falta ese cintajo... Lo tomamos, porque si tú admites nuestros homenajes mentirosos, de ti recibimos la mentira, o sea, los signos de vanidad. Rey y pueblo nos engañamos recíprocamente, obsequiándonos con trapos pintados que parecen flores, y con honores pintados o escritos que parecen afectos.

Isabel decía:

—Tengo que daros otro título, un titulito de conde o vizconde, que pueda lucir vuestro primogénito cuando llegue a la mayor edad...

María Ignacia no tuvo más reme-

dio que coger el incensario y echar sobre la reina este humo espeso y oloroso:

—Señora, vuestra majestad nos abruma con sus mercedes. ¿Qué hemos hecho nosotros para merecer tales honores?

También sahumó de lo lindo el marqués, y su mujer añadió:

—Nuestra reina es la misma bondad. Por eso la quieren tanto los españoles...

—¡Ah!, no, no—exclamó Isabel con dejo de melancolía—, ya no me quieren..., ya no me quieren como me querían..., y muchos me aborrecen..., no por culpa mía, pues bien sabe Dios que yo no he cambiado en mi amor a los españoles... Pero las cosas han venido a esta tirantez..., ¡qué sé yo!..., por acaloramientos de unos y otros... ¿Verdad, Beramendi, que no tengo yo la culpa?

Y el agudo Fajardo saltó y dijo con exquisita ficción cortesana:

—Ninguna parte tiene vuestra majestad en esta situación embrollada y penosa. Ello es obra de los hombres públicos, movidos siempre de la ambición, del egoísmo...

—¿Crees que esto se despejará, que se calmarán las pasiones?

—¡Oh, señora!, yo espero que el Gobierno irá confirmando su autoridad y que los que están en rebeldía reconocerán su error...

—Eso me dicen todos, ya, ya...—indicó Isabel con ligera inflexión picaresca en sus labios, hechos al concepto maleante—. Veremos por dónde salimos. Yo confío siempre en Dios, que creo no me abandonará.

Y mientras la reina, volviéndose a María Ignacia, desarrollaba la misma idea en forma familiar, Beramendi le dirigió con el pensamiento estas graves razones:

—No invoques el Dios verdadero mientras vivas prosternada ante el falso. Ese Dios tuyo, ese ídolo fabricado por la superstición y vestido con los trapos de la lisonja, ese comodín de tu espiritualidad grosera, no vendrá en tu ayuda, porque no es Dios ni nada. Te compadezco, majestad ciega, dadivosa y destornillada. Los que tanto te amaron, ahora te compadecen... Has cometido la torpeza de convertir el amor de los españoles en lástima, cuando no en aborrecimiento. Yo reconozco tu bondad, tu ternura; mas no bastan esas prendas para regir a un pueblo... El pueblo español se ha cansado de esperar el fruto de ese árbol de tu bondad, que has entregado al fariseísmo para que lo cultive.

Y cuando Isabel, poniéndose en pie, señaló el término de la visita, y prodigaba sus afectos a María Ignacia y a la inocente Feliciana, Beramendi arrojó sobre la majestad esta muda salutación de despedida:

—Adiós, reina Isabel. Has torcido tu sino. Empezaste a reinar con las caricias de todas las hadas benéficas, y esas hadas protectoras se te han convertido en diablos que te arrastran a la perdición... Como en tus oídos no sabe sonar la verdad, no puedo decirte que reinarás hasta que O'Donnell dé permiso a los generales de la Unión para secundar los planes de Prim. ¡Pobre reina!, ¿cómo decirte esto? Me tendrías por loco, me tendrías por rebelde y enemigo de tu persona, y asustada correrías a pedir consuelo a tus diablos monjiles y a la odiosa caterva que ha levantando un denso murallón entre Isabel Segunda y el amor de España... Y al separar de tu nombre mis afectos te digo: *Adiós, mujer de York, la de los tristes destinos...* Dios salve a tu descendencia, ya que a ti no te salve.

XVI

Con refinadas etiquetas y besuqueo de manos, la noble familia se despidió de la reina y del heredero de la Corona. Por el camino, y en su casa, comentaron los marqueses la visita, mostrándose agradecidos (ella principalmente) a la bondad de la señora, y un tanto dudosos (él más que ella) del valor de las bandas y títulos con que la graciosa majestad les obsequiaba. Divagó risueña y con un poquito de vanidad María Ignacia, pensando y diciendo que le gustaría para Pepito el título de conde de Monreal, nombre de la inmensa propiedad que en aquel lugar de Navarra poseían. A todo contestaba Fajardo afirmativamente; que nada era para él tan grato como acomodarse a las ideas y gustos de su buena esposa.

Con sus amigos, que nunca le falta-

ban; con la política y con los viajes aerostáticos de *Confusio* por los espacios de la Historia, pasó Beramendi muy entretenido los primeros meses del 67. La reunión de las nuevas Cortes moderadas, con la servil reata ministerial que trajo González Bravo; la flamante *Constitución interna*, entremés político del mismo *Maese González*, y otras cosillas que diariamente surgían en el retablo de los acontecimientos, eran la sabrosa comidilla del vulgo. De la tal *Constitución interna* hizo Juanito una divertida parodia en verso libre, o libertino, que ahora no tiene cabida en estas páginas por la preferencia que es forzoso dar a un asunto más relacionado con la persona del amigo Fajardo... Pues sucedió que una mañana, cuando más descuidado estaba el hombre, vió parecer una luctuosa, tétrica y suspirante señora, que al modo de fantasma penetró en el despacho. Cubríase la visión con un negro y tupido velo matizado de ala de mosca, y por entre las ajadas ropas salía, como de un féretro, una mano enguantada y tiesa.

—Señor marqués, una madre desolada viene a solicitar su amparo... Y diciéndolo levantó con solemne ademán el velo y mostró la faz dolorosa y marcadamente desnutrida de doña Manuela Pez.

—Siéntese usted, señora, y dígame...

—No me niegue usted su amparo—dijo la triste dueña—. Mi tribulación sólo puede comprenderla usted, tan amante de la familia. Tengo una hija..., usted la conoce..., Teresa, corazón tierno, voluntad desgobernada, cabeza vacía de todo juicio. Es mi única familia, el único bien que poseo, pues ningún otro me ha dejado poseer Dios... Todo Madrid sabe que hace siete meses mi dislocada hija se escapó de Arechavaleta, donde al arrimo estaba del difunto marqués de la Sagra..., que en aquellos días aún no era difunto..., y arrebatada de su liviandad marchó a Francia con un bandido, con un salvaje que había conocido al ir con Prim desde Fuentidueña de Tajo a los montes de Toledo. Tan loca como Teresa fugada he vivido yo estos meses con el trajín de buscarla. Por fin, no ha muchos días he averiguado dónde se esconden los criminales, y también sé que el señor marqués conoce a ese maldito Ibero y está con él en correspondencia. Por lo que más usted quiera, señor, facilíteme el medio de sorprenderles, trincarles bien trincados y traerles acá bajo partida de registro.

Sorprendido Beramendi de tales cuentos, dijo a la enlutada que no sabía de Teresa ni del bandido, y que bien podía irse a otra parte con aquellas músicas. Mucho trabajo le costó aquel día sacudirse el pesado moscardón; pero al fin se fué Manolita sin obtener lo que deseaba, lamentándose de su mala suerte. Peor había de ser la del marqués, porque pasados luengos días volvió a presentarse la dueña con la misma cancamurria, y de rodillas, tal como ante Don Quijote la Micomicona, pidió al caballero el auxilio de su fuerte brazo...

—Porque usted tiene influencia con el Gobierno—le dijo bañado en lágrimas el ya fláccido rostro—, y puede conseguir que por la vía diplomática se pida la extradicción de esos tunantes y que vengan aquí atados codo con codo entre guardias civiles.

—¡Pero, señora, si dije a usted!... ¡Vaya, que no es floja monserga la que usted me trae!...

—Me ha dicho *Sebo* que el señor marqués puede hacer que vengan acá reclamados por la autoridad militar, pues el Iberito es un conspirador tremendo. Como que él y Chaves están en la frontera tramando la caída de Isabel Segunda... Y para que el señor marqués se convenza de los malos que son Teresa y su salvaje, sepa que no sólo conspiran, sino que ofenden y ultrajan a nuestra santa Religión con el culto a los ídolos que allá practican, sí, señor...

—La idolatría y el fetichismo son la más cómoda religión entre salvajes. Andarán por los bosques, comerán raíces y vestirán pintorescos taparrabos.

—No visten deshonestamente, según me han dicho. Entiendo yo que su traje se compone de una sábana blanca, que les cubre todo el cuerpo, y llevan corona de ramaje en la cabeza, al modo de esos druidas que salen en la *Norma*. Mis noticias son que viven en un lugar montañoso, cerca de San Juan de Pie de Puerto.

Sospechando que las historias contadas por la dueña no eran más que un encubrimiento artificioso de la necesi-

dad que la tal sufría, el marqués le dijo:

—Yo, señora, nada puedo hacer en ese negocio, y por tanto, le suplico que se retire y no vuelva más a mi casa con esa matraca. Si quiere usted aceptar cinco duros como indemnización por la soledad y estrechez en que la pone su hija, tómelos, y que Dios la ampare y la Virgen la consuele.

Tomó doña Manuela, no sin escrúpulos de la melindrosa dignidad, la moneda de oro, y salió con tiesura y oscilación de Dolorosa llevada en andas... Aunque algo había oído Beramendi de la fuga de Teresa, ignoraba que ella y el joven Ibero vivían allende el Pirineo en completa paz idílica, sin la menor nube que empañara el cielo de su ventura; que Teresa, lejos de manifestar cansancio, se afianzaba más cada día en el gusto de aquel vivir íntimo y pobre, sin más que lo preciso para la existencia material; que Ibero se maravillaba de verla tan constante en sus sentimientos, y que para los dos transcurrían los días dichosos sin que se les ocurriera cambiar de vida. Extraña cosa era que una mujer tan corrida y aventada como Teresa hubiese llegado a la condensación de sus afectos y a consagrar toda su alma a un solo hombre, sin pensar en nuevos cambios, estimando aquel amor y aquel vivir como reposo definitivo de la movilidad de su juventud. No era la juiciosa que se equivoca, sino la equivocada que rectifica, la fatigada que se sienta y se adormece en la tardía enmienda de sus errores.

No sabía tampoco Fajardo que Ibero había ido cayendo en una dulce pereza mental, a medida que el alma de la pecadora penetraba más en la suya. Primer síntoma de aquella pereza era un creciente olvido del ensoñado amor que le hizo caballero de una Dulcineíta lejana. La imagen de ésta subsistía en la mente del galán, mas ya desvanecida, borrosa... El hombre vivía más en el presente que en el pasado azaroso y en el porvenir oscuro. Y es que el presente, cuando viene con fácil curso y libre de inquietudes, tiene una fuerza incontrastable. Es un constructor de vida que emplea los materiales más sólidos, desechando todo lo inconsistente, ilusorio y fantástico... Habíanse arreglado Santiago y Teresa con una honrada familia que les alojaba por poco dinero, y ellos, con otro poco, atendían a su sustento frugal. La pella traída de Bayona había de tener fin, aunque los amantes, con económicos estirones y arbitrios, trataban de alargarla. El tiempo corría, la existencia se prolongaba, y el metal de las monedas se deshacía de oro en plata, de plata en cobre y de cobre en aire.

Para dilatar el agotamiento de la pequeña mina, Santiago trabajó en una industria. Existían en Itsatsou tornerías de boj movidas por saltos de agua. Una de éstas era propiedad de Carlos Bidache, casero y patrón de la enamorada pareja. Empezó Ibero por pasar algunos ratos en el taller, viendo modelar al torno lindas piezas de aquel palo duro y coherente como marfil, aros de servilletas, anillas de cortinas, peonzas, fichas de damas y ajedrez y otras fruslerías graciosas. Al principio no hacía más que mirar: luego ayudaba; cogió, al fin, las herramientas. Su habilidad se manifestó tan pronto, que al poco tiempo le señalaron un franco de jornal... No tardó en ganar dos. De su trabajo salía satisfecho, y en el jardincito frontero al taller le esperaba Teresa con la patrona y amiga María Bidache. Gozosos volvían a casa los amantes, libres de cavilaciones extrañas a la dulce paz en que vivían.

Entre las cualidades anímicas de Ibero, descollaba la sinceridad. Sus ojos negros, que constantemente cambiaban la luz interna con la luz del mundo, solían tomar la delantera a la palabra; su frente espaciosa, su varonil rostro, en que la belleza de líneas tan bien se avenía con el tostado color, hablaban para quien supiera entenderlos. Tanto como él sincero, era Teresa perspicaz. El amor definitivo y sintético que ponía sello a su existencia dábale prodigiosa facilidad para leer en los ojos y en la cara de Santiago como en el más claro libro. Algunas noches, antes o después de cenar, viéndole meditabundo, le decía:

—Ya sé en lo que estás pensando. Piensas que este trabajo de la tornería, esto de hacer bagatelas y chirimbolos, no es para ti... Y te acuerdas del mar..., de los barcos en que has navegado, de don Ramón Lagier... Todo aquello era grande, y esto es para ti un país de

juguetes... ¿Verdad que es eso lo que piensas?

—Eso es—dijo Ibero, que abría su alma de par en par siempre que Teresa le mandaba que abriera—. Pero aunque piensa en la mar y en don Ramón y en todo lo grande, debajo de este pensamiento, que es el humo, hay otros, Teresa...; otros, que son el fuego, el verdadero fuego de mi vida.

Dos noches después trasteaba Teresa en sus habitaciones, poniendo en los menesteres domésticos la donosura y gracia que de la vida regalada había traído a la vida pobre. En los trajines de cocina y del arreglito de la casa, sabía mantenerse siempre limpia y evitar con arte supremo la grosería, la fealdad y el desmerecimiento de su persona. Santiago leía *La Petite Gironde*, que la daba Didache para que se enterara de las cosas de España.

—Sé lo que piensas—le dijo Teresa—antes y después de leer el periódico. Piensas en Prim... Quieres echar de tu pensamiento al grande hombre, y el grande hombre vuelve... Piensas en la conspiración, en si van y vienen..., en el levantamiento, y en la pobre doña Isabel destronada.

—Verdad que pienso en lo que dices. No puede uno olvidar que es español. ¿Quién no desea para su patria un buen Gobierno? Yo tengo patriotismo; me gusta ver desde aquí a los que ayudan al gran Prim en su obra.

Avanzaba ya el verano cuando los Bidaches, que eran hijo y padre, ambos casados, determinaron trasladarse a Olorón, donde Carlos Bidache *junior* había tomado en arriendo una vieja marmolería y canteras para trabajarlas con los modernos medios industriales. Decidieron Ibero y Teresa seguir a sus patrones, por el grande afecto que les tenían, y acaso porque la extracción y laboreo del mármol podría ofrecer a Santiago extenso campo de actividad. Resolvió entonces Teresa vender parte de sus alhajas; y, al efecto, se fueron un día los dos a Bayona, encaminados por Bidache a un cambista de moneda y tratante en pedrería, hombre de rigurosa probidad que no había de engañarles. Era el tal emigrado realista, del tiempo de los apostólicos, viejísimo ya, olvidado de la lengua española sin haber aprendido bien la francesa. Llamábase Chaviri, y vivía en Saint-Esprit con tres hijos habidos de una hebrea, ya difunta.

Recibidos por el marchante, regatearon el valor de las joyas. Chaviri, con un lenguaje de filología comparada, revoltijo de *patois*, vascuence, francés corrupto y español aljamiado, defendía su negocio; Santiago y Teresa miraban por lo suyo; al fin, visto que el apostólico judaizante no apretaba con exceso, se cerró trato. En la tienda de Saint-Esprit quedaron varios pendientes, alfileres de pecho, sortijas y otras menudencias, y los amantes cargaron con unos mil seiscientos francos en buena moneda. Aún les restaban a Teresa dos perlas magníficas y algunos brillantes y esmeraldas, que reservó para futuras contingencias.

Con la operación de venta y algunas compras, se les hizo tarde y tuvieron que quedarse en Bayona, hospedándose en La Providencia, donde se les apareció, como salido por escotillón, el gran Chaves, que, muy gozoso de verles, informó a su amigo Ibero *sotto voce* de la nueva intentona que estaban preparando. El golpe se daría por la frontera de Aragón, y para ello contaban con los carabineros y con voluntarios mandados por sargentos y oficiales.

—La cosa va de veras—decía—. El movimiento por el Pirineo aragonés está a cargo de Moriones, que operará en combinación con Pierrad y Baldrich, y es casi seguro que vendrá don Juan Prim a ponerse al frente. Si viene, ¡adiós, Isabel mía! En un par de jornadas nos plantaremos en Zaragoza. Y, para que sea completo el sofoco que vamos a dar a la maldita reacción, Contreras pasará el Pirineo por el Valle de Arán, y Bonet, Casanova y Gaminde, por Lérida. ¡Adiós, Madrid; adiós, camarilla y Narváez y Patrocinio de mi alma! De esta hecha seréis polvo.

No mostraba Ibero poco interés en los planes guerreros comunicados por Chaves. Creíalos razonables, prácticos y de éxito seguro si, en efecto, venía Prim a infundir a todos su ardimiento. Lo mismo pensaba Teresa, que añadió esta sensata observación:

—¡Que venga Prirm, que venga! Si le hubierais tenido en Madrid el veintidós de junio, no habríais salido con las manos en la cabeza, y sabe Dios lo

que hoy sería nuestra triste España.

Viendo el revolucionario incansable la buena disposición del valiente joven, le incitó a coger de nuevo las armas por la causa santísima de la Libertad. Ocasión como aquélla no debía desperdiciar un buen patriota. Si se decidía, irían juntos a ponerse al lado de Moriones. Insistente en sus manejos de catequista, dijo a Ibero que su amigo Muñiz había llegado a Bayona, haciendo el viaje de Madrid a la frontera disfrazado de cura. Muy pronto saldría para París a recibir y traer las órdenes del general. Si Santiago deseaba verle, le llevaría pronto al escondite de don Ricardo, que por burlar la vigilancia del cónsul de España se ocultaba en la casa de una tendera de telas (Rue d Espagne), donde también vivían agazapados Damato y Montemar. Excusóse el otro, alegando la precisión de volverse al pueblo al romper el día. Mas el tentador Chaves, que con las alegres y soñadas glorias de la lucha por la Libertad quería inflamar el alma de Ibero, añadió estas razones:

—Aquí tienes, dispuesto a ponerse en marcha conmigo y otros patriotas, a un sargento amigo y paisano tuyo, llamado Silvestre Quirós.

Ni por éstas se le comunicó a Santiago, al menos ostensiblemente, el entusiasmo del tentador, y se despidió para Itsatsou y Olorón, adonde trasladaría su residencia.

Prorumpió Chaves en exclamaciones de regocijo, diciendo:

—Pues nos veremos en Olorón, que de allí hemos de partir para el Pirineo, hijo... Y ¿dices que vais a vivir a la marmolería de Camus?... La conozco. Allí habitamos Moriones y yo una temporadita... Conque hasta luego, amigos míos. y digamos con el ángel: «¡Prim, Libertad!»

Partieron los tórtolos, y a los pocos días hallábanse establecidos en Olorón, junto a los industriosos Bidaches. Estos eran la paz; Chaves, la guerra y las aventuras. Entablóse una corta porfía, de la cual hablará Clío familiar en las páginas siguientes, anotando, además, la repentina y admirable resolución de Teresa Villaescusa, que iba resultando mujer de altas ideas, de corazón tan grande como las gigantescas moles del cercano Pirineo.

XVII

La marmolería de Camus, donde se instalaron los prófugos, estaba en el arrabal de Sainte-Marie, separado de la villa de Olorón por la torrentera de Aspe, que bajaba del Pirineo metiendo ruido y levantando espumas. El sitio era muy ameno; dábanle mayor encanto las casas risueñas y ajardinadas, las verdes campiñas próximas y el panorama espléndido de la cordillera, imponente muro entre Francia y España. La serrería de mármoles, cuya restauración industrial emprendió Bidache hijo sin demora, ofrecía campo de actividad al buen Ibero, y éste no dejó de ver en ella, desde los primeros instantes, una granjería provechosa para el porvenir. Pero no bien cumplida una semana de vivir Teresa y su amado en aquel apacible refugio, se apareció de nuevo el impetuoso Chaves, que, como serpiente del Paraíso, siguió tentando con promesas de gloria y otros halagos al fogoso Iberito. Y para reforzar su dialéctica, llevó una tarde a Silvestre Quirós, el amigo y paisano de Santiago. Aunque Silvestre había salido de España con los galones de sargento primero, en el ancho campo de la emigración era considerado ya como teniente o capitán (no se sabe con certeza), y se le daba el mando de una compañía mixta de contrabandistas y carabineros.

Resistía Santiago heroicamente la sugestión guerrera y patriótica de sus amigos, no porque dejara de prender en su alma el fuego que aquellos locos le transmitían arrojándole conceptos incendiarios, sino porque, firme en el amor de Teresa, pensaba que ésta había de padecer cruelmente viéndole correr en pos del fantasma revolucionario. La separación, además, habría de ser para entrambos amarguísima. Hallándose, pues, una noche en estas luchas de su mente arrebatada y de su corazón amante, retirados ya los dos en su aposento después de cenar, sobrevinieron estos memorables razonamientos que hizo Teresa con elevado y generoso espíritu:

—Muchas cosas he aprendido, Santiago, desde que rompí con aquella vida indigna para quererte a ti solo. El amor tuyo y esta paz en que vivimos han despertado todo lo bueno que puso Dios

en mí. Quiero decir que, por quererte tanto, ya no tengo más egoísmo que el del amor; pero, fuera de esto, no apetezco otro bien que el tuyo, y todo cuanto poseo lo doy porque seas feliz, porque veas cumplidas tus aspiraciones... ¿Me vas entendiendo?... ¿Por qué me prendé yo de ti en aquellos caminos manchegos? Por lo que me contaste de tu ensoñamiento de cosas grandes desde que eras chiquito, por el afán que yo veía en ti de ayudar a los hombres valientes y de igualarte a ellos. Pues si por esto te amé y te amo, ¿no es un desatino que yo te estorbe para realizar lo que te pide tu carácter, tu corazón y tu natural todo? ¿No sería yo criminal si te amarrara para siempre a esta vida de menudencias, en la cual no puedes salir de la insignificancia, de la nulidad? Mucho he pensado en esto desde que hablamos con Chaves en Bayona. A fuerza de cavilar y cavilar, aquí tengo una idea que creo inspirada por Dios. Vas a saberla: la mejor prueba de amor que puedo dar a mi águila es soltarle las ataduras y decirle: «Vete a tus espacios altos, águila mía, que aquí me quedo yo viéndote subir y esperando que vuelvas a mi lado.»

Suspenso y aturdido dejaron a Ibero estas declaraciones, que tan alto sentido de la vida entrañaban, y no supo por el pronto contestar más que con vaguedades y protestas de amorosa constancia.

—Creo todo lo que me dices—prosiguió Teresa—, y es preciso que creas tú todo lo que a decirte voy. Prepárate, porque oirás cosas de esas que causan miedo por demasiado sinceras... Yo soy, digo, yo he sido una mujer mala..., una mujer perdida..., o si esto te parece duro, una mujer sin juicio. Soy de esas que han nacido para una vida dividida en dos partes: una buena y otra mala; pero si lo común en las que nacen con ese sino es vivir primero la mitad buena y luego la mala (y en este caso se hallan muchas casadas), a mí me ha tocado el poner la mitad mala antes que la buena, y en ésta estoy ahora... El cuento es que con mi pasado deshonroso no puedo echar sobre ti más que una sombra muy negra y muy mala. ¿Qué posición puedes tú alcanzar, ni qué honra, ni qué provechos al lado de Teresa Villaescusa? Si de este rincón saliéramos para volver a Madrid, serías conmigo un hombre mal mirado de todo el mundo. Y de tus padres, ¿qué diré yo? Sin duda, se avergonzarían de llamarte hijo. *(Nuevas protestas de Santiago, invocando la razón libre, la independencia moral y qué sé yo qué.)* Ante eso, mi conciencia se subleva. La mujer mala se levanta, sacude el polvo que de los tiempos de su maldad aún pueda quedarle encima, y dice: «Santiago mío, vete a mirar de cerca las grandezas de Prim o de Moriones; llégate a la fantasma, tócala: sabrás lo que hay en ella. No diré yo que no encuentres lo que buscas. ¿Quién sabe lo que Dios te tiene reservado? Ya salgas bien de tu nueva tentativa, ya salgas malamente, aquí me hallarás..., a no ser que te quedes por allá o no quieras volver, en cuyo caso yo, seguramente, no habría de sobrevivir a mi soledad...

Aún resistió Santiago, poniendo el amor por cima de la gloria y de toda ambición. Mas como Teresa repitiera su poderoso razonar, inspirado en la realidad de la vida, se rindió el hombre, y declaró que iría, sí, a probar nuevamente fortuna en la guerra sediciosa; pero lo hacía por obediencia a los deseos de su amada y con firmísimo propósito de volver a su lado, vencedor o vencido. Dijo Teresa que a tal prueba le sometía por deber de conciencia y por estímulo del amor mismo, el cual, también algo ambicioso, a su modo buscaba un poquito de grandeza... Y, además de aquella prueba, a otra le sometería; mas como era tarde, pensaran en dormir, que tiempo habría de decir lo restante.

Durmió inquieto Santiago, y Teresa no pegó los ojos, pasando la mayor parte de la noche en monólogos ardientes, engarzados uno con otro, al modo de rosario, por el hilo de esta idea fija: «La otra prueba es más dura, es terrible; pero, aunque en ello me juegue yo la vida, a esa prueba voy. En esta segunda mitad de mi vida, que debiera ser mala y me ha salido buena, me he vuelto más lista que antes lo fuí; tengo talento, que ya lo quisieran las honradas a carta cabal, y un tesón y una entereza, que ya, ya... Pues es preciso que esa ilusión vieja de Santiago por la tal Salomita se confirme o se des-

vanezca. O ella o yo... No quiero incertidumbres ni tonterías de si será o no será. Le diré a Santiago que en cuanto salga de su aventura, bien o mal, se vaya adonde está esa niña zangolotina y la vea..., y escoja entre ella y yo... Esas cositas del ideal y de la belleza soñada me ponen en una celera horrible. Quiero disipar esa nube y dejar bien limpio y claro el cielo mío... He averiguado que la niña pura está cerca de aquí, en un pueblo que llaman Lourdes... Por lo que de ella me han dicho, se me ha metido en la cabeza que es una desaborida, que no ha de gustar a Santiago cuando la vea y la trate más que la ha tratado y visto... Yo soy valiente; voy a la cabeza de las dificultades, estoque en mano, y el toro me mata a mí o yo le mato a él... Santiago mío, no quiero la menor duda entre nosotros. Antes que dudar, morir...»

De este delicado asunto y espinosa prueba habló a Ibero al siguiente día, con disgusto de él, que ya se iba acostumbrando a ver la estrella que llamó polar apagándose gradualmente. Heroica y altanera, Teresita repitió la terrible fórmula: «Antes que dudar, morir», añadiendo el lugar de residencia de la Dulcineíta, y, requiriendo a Santiago a que de una vez despejase aquel misterio, cerciorándose de si el ídolo adorado en sueños era persona o muñeca. Con cierta repugnancia habló Santiago a Teresa de este asunto, y enérgicamente dijo que de las dos pruebas, sólo a la primera se sometía, y la otra debía ser de plano desechada, como impertinente y peligrosa... Y volvieron Chaves y Quirós, y al saber que la parienta de Ibero le daba licencia para incorporarse a los expedicionarios, alegráronse lo indecible.

En aquellos días estaba Olorón lleno de emigrados, los más con nombre fingido y disfrazando como podían la condición y nacionalidad. De Burdeos había traído Chaves unos treinta, y otros procedían de Bayona, Mont de Marsan y Tarbes. Teresa, que era buena observadora, vió en Sainte-Marie y en la villa caras conocidas, tipos de militares y de patriotería ciudadana, fisonomías vascas, figuras madrileñas. La presencia de Policía y gendarmes venidos de Pau aventaron el enjambre, que se corrió hacia el Sur, esparciéndose en la enorme muralla pirenaica. Llegó, por fin la noche en que hubo de emprender Ibero el camino de su aventura. La despedida fué ternísima, partiendo él con aflicción muda, quedando Teresa llorosa y abrumada de presentimientos.

Con Santiago salieron de Sainte-Marie Chaves y el *Pollero,* poco después de las diez de la noche, y por trochas y veredas tomaron la orilla izquierda de la torrentera de Aspe, aguas arriba, en dirección Sur. No llevaban más que lo puesto y una muda de ropa ligera en envoltorio a modo de mochila; faja donde guardaban el tabaco, la navaja y algún dinero; alpargatas, boina y el corazón lleno de esperanzas. Anduvieron buen trecho silenciosos, y lejos ya del punto de partida, rompió Chaves con estas advertencia y explicaciones:

—Iremos juntos hasta un sitio llamado Puente de Lescun. Allí encontraremos a Silvestre Quirós y a otros amigos, y nos separaremos en dos grupos. Yo iré en el que ha de seguir hasta Canfranc. Tú, Santiago, y tú, Isidro, iréis con Silvestre al Valle de Ansó, donde recogeréis la partida de escopeteros que allí se está organizando.

Algo faltaba que el ardiente revolucionario dejó para lo último, por ser lo más penoso y desagradable.

—Amigos — dijo, suspirando —, tengo que comunicaros una mala noticia. Don Juan Prim no viene, como nos habían prometido, pues se ha resuelto que vaya a Valencia, donde se dará otro golpe. Es un dolor; nos han jorobado; pero ¡qué remedio!... Nos mandará Moriones, que es de los que tienen los calzones bien puestos y las ternillas en su sitio, y, además, conoce palmo a palmo los terrenos de Aragón. Animo y adelante.

A cuerno quemado les supo la noticia a los dos patriotas; ambos recordaron el desastre de Madrid por la ausencia de Prim, y Santiago refirió el de Valencia, donde las tropas se echaron atrás en el momento preciso, sin que la presencia del general valiera de nada.

Amanecía cuando llegaron al Pont de Lescun, y, en una casa, que más bien parecía castillo en ruinas, encontraron a los amigos anunciados por Chaves. Reuniéronse allí unos catorce hombres, aragoneses en su mayoría, según declaraban la traza y el acento. Diez eran

los que habían de seguir a Canfranc. Cuatro pasarían al Valle de Ansó, a las órdenes de Silvestre y guiados por un ansotano... Adiós, adiós. Un cantinero híbrido de baturro y francés les sirvió la mañana, y, mejor bebidos que comidos, emprendieron la marcha los dos grupos, cada cual a su destino, por angostas veredas trazadas por el ligero pie de las cabras. Pero los vericuetos más riscosos e inaccesibles fueron los que acometió la partida gobernada por Silvestre Quirós, que había de franquear enormes desniveles hasta encaramarse en las estribaciones del Pico d'Anie, por donde buscaría el desfiladero que les abriera paso a la cuenca del Veral. Todo el día invirtieron aquellos infelices en escalar peñascos, vadear torrentes, gatear por céspedes resbaladizos o por lastras donde difícilmente podían asegurar el pie. Tras de una gran masa rocosa vencida, aparecía otra más imponente y adusta, y tras una temerosa angostura suspendida sobre el abismo, venía un cornisón, que, ladeados, pasaban, agarrándose a los picos de la peña, o a los arbustos que en las grietas crecían. Ibero, que no creía existiese espectáculo más grandioso que el del mar, quedó absorto y aterrado ante la majestad de aquel mundo de las alturas, oleaje petrificado, imprecación que la tierra lanza contra el cielo, desesperada por no poder escalarlo.

El guía, cuyo vigor muscular se había educado en el contrabando, no conocía la fatiga. Los cinco expedicionarios sacaban fuerzas de flaqueza, y sometían piernas y pulmones a un inmenso trabajo. Pero en el constante ascender, la variedad de paisajes les sorprendía y, a veces, les anonadaba: a la salida de un pasadizo de rocas, bordearon un lago que dormía entre muros verdosos; luego vieron a sus pies el lugar de Lescun, y sobre sus cabezas unos picachos tan inclinados sobre la vertical, que, al parecer, bastaría que alguien tosiera o diese unas palmadas para que se vinieran abajo con la nieve que en sus espaldas y en sus rebordes tenían... Los caminantes no podían ya con sus cuerpos. Pero el guía les arreaba, siempre risueño y. zumbón, anunciándoles que pronto llegarían a su descanso. Por fin, en una revuelta del Puerto de Anie, llegaron a una corta meseta, donde el guía, hundiendo en el suelo el regatón de su palo, les dijo, alegre y triunfante:

—Alto aquí, caballeros; tomen respiro y echen una miradica para esa parte baja, por donde se pone el sol.

El sol se ponía con esplendor de llamaradas rojizas entre nubes, por la parte en que todas las masas de montes aparecían en descenso. Miraron los asendereados andantes, y vieron, al término de la gran escalera de montañas, un vacío, un azul plano, que les pareció un pedazo de cielo desprendido por detrás del mundo visible.

—Es el mar, el mar—gritaron los tres a una, quedando embelesados en la contemplación del sublime cuadro.

Era el golfo de Gascuña; podían mirarlo a noventa kilómetros de distancia, y desde una altura de dos mil metros. Ante el mar y la montaña, Ibero, silencioso, pensó que a la medida de aquellas grandezas debieran cortarse siempre los hechos humanos.

XVIII

Elegido por el ansotano un sitio para vivaquear, encendieron lumbre y a ella se arrimaron, gozosos; que agosto dejaba sentir en aquellas alturas su cruda frialdad. La noche fué alegre, amenizada por la fogata y una cena frugal. Con esto y una dormida breve, repararon sus fuerzas, y a la madrugada siguieron su camino por gargantas estrechas y ondulantes senderos con más bajadas que subidas. A las tres horas de camino oyeron un «¡Ujujú!» lejano; después, otro más próximo.

—No hay que temer—dijo el práctico—: son amigos.

Y soltó él una especie de relincho que repercutió en las solitarias hoces por donde caminaban. Al poco rato se les aparecieron tres hombres armados de escopetas. Eran montañeses, de Hecho. Reconocidos por Quirós, se estrecharon las manos, gritando:

—¡Aragón!... ¡Libertad!

Al cabo de otra larga caminata, vieron dos hombres que se alejaban traspasando una loma: eran carabineros franceses que se recogían a sus puestos. A la media hora llegaron a una

caseta, frente a la cual Silvestre Quirós se detuvo con cierta solemnidad, y, descubriéndose, dijo:

—Señores, estamos en España.

Isidro el *Pollero,* arrebatado de súbito entusiasmo, saludó el suelo de la patria con patadas vigorosas y estos desaforados gritos:

—Aquí nos tienes, España; venimos a traerte la Libertad. Tómala—reforzando los pisotones—, tómala por buenas o por malas.

Poseído Ibero de emoción viva, callaba y pisaba suavemente. Sus primeros pasos en España, después de tan larga emigración, eran mesurados, respetuosos, como si hollaran una superfecie sensible.

A medida que avanzaban en la estrecha cuenca por donde corrían jugueteando las recién nacidas aguas del Veral, los senderos les ofrecían mejor andadura. A un lado y otro veían los ganados de Ansó pastando en las verdes praderas; veían cabañas, casitas pobres, menguados huertecillos entre peñas. El río crecía rápidamente, amamantado por delgados arroyos, que, ondulando, bajaban del monte; nutríase después de mayores caudales, y cuando ya, por su crecimiento, adquiría plenitud, lo apresaban para utilizar su juvenil pujanza en el meneo de las ruedas de molino.

Cerca ya de mediodía, encontraron otros amigos contrabandistas; uniéronse a éstos unos pastores, que, sin abandonar su pacífica condición bucólica, celebraron la bondad y justicia de la Causa (que sus entendimientos vagamente comprendían), y se dolieron de no poder auxiliarla con activo concurso. En prueba de solidaridad, convidaron a los forasteros y sus acompañantes a una calderada de oveja. Ardía ya el fuego entre las trébedes; ya estaba la res desollada. Aceptó galanamente Quirós, en nombre de todos, y el festín fué placentero, sabroso, amenizado por la conversación y por los zaques que muy a punto llevaron los carabineros.

A todos conocía Quirós en el valle, donde había vivido dos largos meses, haciendo propaganda revolucionaria y reclutando prosélitos. Era uno de los más activos y despiertos agentes de Moriones. Su labia persuasiva, su arrogancia y despejo, le captaron la simpatía y la adhesión de la gente ansotana... Despedidos cordialmente de los generosos rústicos, siguieron adelante. Ibero, que todo lo observaba, vió parcelas recién segadas, otras por segar, con las doradas mieses ondulantes; vió plantíos de lino, de patatas, de legumbres, pocas viviendas, animales estacados aquí y allí, algunos hombres; mujer, ninguna... Sorprendíase de esta ausencia de las ansotanas, cuyo traje conocía por las llamadas *chesas,* que había visto vendiendo paquetes de hierbas en Rioja y en Madrid... Sus miradas vagaban de un lado a otro examinando la tierra y los hombres, y echando de menos el sexo femenino, cuando se ofrecieron a su vista los techos de pizarra y los negros muros de la villa de Ansó. Como no era prudente que tantos hombres entrasen en cuadrilla, ordenó Silvestre que se dispersaran, para reunirse por la noche en puntos determinados. Entraron, pues, solos Quirós y Santiago, llevando detrás al *Pollero* y a un vecino de la villa, de los más pudientes, llamado Garcijiménez, en cuya casa habían de alojarse el jefe y sus allegados.

Si en el campo sorprendió a Santiago la falta de mujeres, en la primera calle del pueblo fué grande su asombro al ver las escuetas figuras vestidas con la basquiña de paño verde, sin talle, suelta y airosa, marcando los pliegues rígidos desde el seno al borde de la falda. Al fin, aparecían las *chesas;* mas eran tan tímidas, que al ver los forasteros, corrían a esconderse de una puerta a otra. Luego, recelosas, miraban desde el zaguán oscuro; otras se asomaban a los cuadrados ventanuchos, que eran ojos y oídos por donde las recatadas viviendas percibían las imágenes y ruidos que del mundo externo llegaban a la villa. Las calles de ésta permanecían en la franca libertad de afirmado y alineación que se les dió, siglos antes, cuando fueron abiertas: era torrenteras secas en verano, o cauces pedregosos con islotes y pasaderas en invierno. Las casas de piedra ennegrecida por la humedad eran altas, adustas, remendadas de distintos revocos y chapuzas; en ellas se advertía la pobreza ceremoniosa. Atravesando de un callejón a otro hasta llegar a la plaza, Ibero habló así a Quirós:

—Dime, Silvestre: ¿estamos en el siglo doce?

Y el otro respondió:

—Casas y mujeres, todo es aquí gótico, o como quien dice de la Edad Media.

Pararon en una corta calle o pasadizo que daba a la plaza, y dentro de la casa de Garcijiménez, que era de las mejores de Ansó, aguardaban a Ibero mayores sorpresas. Allí vió de cerca a las ansotanas, y admiró su atavío medieval, que a todos los trajes de mujer conocidos supera en sencilla elegancia. Las dos hijas del dueño de la casa entraban y salían con herradas, transportando el agua de la fuente. Eran bonitas, delgadas, sutiles, y más las sutilizaba la basquiña verde de contados pliegues largos, que daban cierta reminiscencia ojival a los cuerpos enjutos. Vió las mangas cortadas en el hombro y codo, por donde salían buches de la camisa; vió el peinado, que consistía en torcer todo el pelo en una sola mata, envolviéndola con cinta roja: resultaba como una cuerda, que se arrollaba en la cabeza a modo de turbante. Sobre éste ponían las muchachas el pañuelo, que los días festivos era de seda de brillantes colores, y los diferentes modos de ponérselo y de anudarlo atrás o adelante indicaban el gusto personal de cada una, y a veces el estado de su ánimo. Los pendientes de filigrana, las cadenas y medallas que colgaban del cuello, y que relucían sobre la camisa y el canesú de la basquiña, completaban la arcaica figura... traída de las tablas góticas o de las iluminadas vitelas a la realidad de nuestro siglo.

La distribución interior de la casa también fué motivo de sorpresa para Santiago. En la planta baja estaban los graneros; seguían más arriba, en un piso o en dos, las habitaciones de dormir, y en lo más alto el comedor y la cocina. Esta, bien pavimentada de grandes lastras pizarrosas, tenía poyos alrededor del hogar y ancha campana para expeler los humos al aire. La mujer o señora de Garcijiménez, asistida de sus hijas y criadas, hacía la comida, que mientras allí estuvieron los huéspedes fué brutalmente opípara y abundante. Dos veces al día les atracaban de ternesco, gallinas asadas, truchas corpulentas del Veral, todo ello estimulado por el *ajilimójili* y sin que cesaran las rondas de vino. Otra sorpresa de los forasteros: que sólo los hombres se sentaban a la mesa en la pieza que hacía de comedor, y eran servidos por las muchachas. Estas y la madre y todo el mujerío comían en la cocina. La superioridad feudal del hombre era, como el atavío mujeril, remembranza gótica en aquellas escondidas tierras aragonesas.

Llamábase Garcijiménez a sí propio «el contrabandista más honrado». La lucha con el Fisco era, en su conciencia, una industria lícita, y el Fisco un detentador de los derechos del pueblo; además, en todos los tratos no relacionados con las Aduanas y el Resguardo, su probidad no tenía la menor tacha. En Ansó le conceptuaban rico: poseía tierras y ganados, y en las Cinco Villas había colocado algún dinero en préstamos con hipoteca. Si en su cabeza dura germinó la semilla revolucionaria, no fué sólo por el ardor irreflexivo que tales ideas despertaban, sino porque honradamente creía que toda aquella música de Prim, Libertad, había de favorecer la fácil introducción de mulas y muletos, su más pingüe negocio.

En la casa de este honrado vividor quedaron afiliados unos cuarenta hombres, entre paisanos y carabineros. Viéronse allí unidos contra el despotismo político los que, según las leyes del despotismo fiscal, eran enemigos acérrimos. Dispuso Quirós que saliesen en grupos de dos o tres, recorriendo la Hoz, río abajo, hasta la Canal de Berdum. En la Pardina y en Biniés recogerían las armas los que no las tenían, reuniéndose todos en Javierregay, donde encontrarían de seguro órdenes de Moriones. *El grueso de los sublevados*, que no bajaba de setecientos individuos, estaría probablemente entre Jaca y Berdum. O mucho se equivocaba Silvestre, o el plan de Moriones era invadir con rápido avance las Cinco Villas, de Aragón. Hablaba el sargento con todo el aplomo y gravedad de un general de división, y con atenta fe le oían aquellos inocentes y alucinados hombres.

Emprendieron, pues, la marcha al amanecer de un claro día por los escarpados montes de la orilla derecha del Veral. Ibero, inseparable de Quirós, llegó con éste y otros tres a la Pardina, donde comieron y se proveyeron de ar-

mas; pasaron la Hoz por una elevada cornisa de piedra, que iba ondulando al son del río, y contemplaban desde vertiginosa altura la cristalina corriente, en la cual se distinguían las enormes truchas, dueñas de su elemento en aquella región abrupta y solitaria. Reuniéronse al día siguiente en Biniés unos cincuenta hombres a la sombra de un gigantesco y seculoso nogal que en aquella tierra existe, decano de los nogales españoles, y uno de los más nobles, venerables y opulentos árboles que los siglos han perpetuado en el mundo. De Biniés partieron para Javierregay, donde ya eran sesenta y pico, y allí les salió al encuentro un emisario de Moriones. Llamábase Miranda, y era sargento de Artillería de los que escaparon el 22 de junio. El tal les transmitió la orden de que marcharan en dirección de la Sierra de Marcuello, donde se unirían a las fuerzas de Moriones y Pierrad.

Andando en el rumbo indicado, les contó el sargento Miranda que Moriones había empleado los medios de guerra más enérgicos para llevar a su campo a todos los carabineros de las Comandancias que prestaban servicio en aquella parte del Pirineo. Fácilmente consiguió la incorporación de muchos números; pero con la oficialidad no fué tan afortunado: algún teniente, algún capitán perecieron en esta brega, y otros escaparon a Francia. Con este ten con ten, reunió don Domingo como unos cuatrocientos carabineros.

Conviene apuntar aquí que, a la salida de Javierregaray, el sagaz contrabandista Garcijiménez pidió permiso al jefe para ir a Tiermas a traer veinte hombres que allí tenía dispuestos. Partió con esta encomienda el cuco ansotano, llevándose al *Pollero* en clase de ayudante, y a ninguno de los dos se le volvió a ver más... Traspasaron los expedicionarios el riscoso laberinto en cuyo seno está San Juan de la Peña, cuna gloriosa de la nacionalidad aragonesa; descendieron al valle del Gállego, vadearon este río, y, siguiendo por terreno quebrado, amanecieron en un pueblo llamado Linás, donde estaban Pierrad y Moriones. Acomodáronse allí lo mejor que se pudo. La pobreza del lugar apenas les brindaba lo preciso para sustentarse miserablemente, y la precipitación fatal de los sucesos no les dió tiempo para el descanso. Antes de mediodía se supo que venían contra los sublevados tropas del Gobierno. Pierrad y Moriones deliberaron en medio de la plaza, y se convino en que éste dirigiría la acción, quedándose el general con su gente, como Cuerpo de reserva, detrás del pueblo, a la falda de las colinas circundantes.

Un segundo espía patriota llegó a Linás a uña del caballo; trajo la noticia de que venía el general Manso de Zúñiga con Cazadores de Ciudad Rodrigo, una sección de Caballería y buen golpe de guardias civiles. Como en estas exaltaciones del espíritu político en guerra la mente popular propende a las formas pintorescas, el emisario venido de Huesca terminó su mensaje con esta pincelada de colorido africano:

—Al salir para acá, Manso de Zúñiga ha dicho que volvería con la cabeza de Moriones atada a la cola de su caballo.

XIX

Algunas docenas de casas míseras, formando callejuelas y una irregular plaza, componían el lugar de Linás de Marcuello, a la falda de un cerro, del conglomerado rojo que tanto abunda en tierras de Aragón. Frente al pueblo, por la parte contraria al monte, había eras extensas; seguían terrenos cercados de frágiles tapias de adobes, entre las cuales una o dos callejas comunicaban el lugar con el camino de Ayerbe. Por estas callejas tenía que entrar forzosamente Manso de Zúñiga.

Moriones, que en el escalafón del Ejército no era más que capitán, tenía título y autoridad de coronel en las falanges de la emigración revolucionaria. Al frente de los sublevados aragoneses apareció vestido de paisano, con chaquetón parduzco, sombrerillo blando, el ala inclinada por delante al modo de visera; sin ninguna insignia ni distintivo militar, sin armas a la vista. Era un hombre duro, seco, voluntarioso, fruto de la tierra clásica del baturrismo. Egea de los Caballeros, una de las Cinco Villas de Aragón. Su valor temerario, unido al maravilloso instinto estratégico, hacían de él un guerrillero indomable. En la guerra de la Independencia no habría tenido rival; en la

civil habría sido un Zumalacárregui; en aquella nueva contienda entre españoles, por un más o un menos de libertad, ocasión y medios le faltaron para realizar verdaderas maravillas. Bien acreditó su maestría guerrillera en la intentona de agosto del 67, recogiendo y organizando a los carabineros con los ardides y el rigor necesarios en tales casos y agregándoles los fornidos montañeses de Hecho y Ansó. A éstos llamaban vulgarmente *cheses;* su atavío, describiendo de abajo arriba, era: peales, calzón, faja morada, chaqueta jaquesa, sombrero redondo sobre el pañuelo, en los más pañuelo solo, muy ceñido a la cabeza.

Desde el mediodía, esperando por momentos la visita de las tropas regulares, Moriones dispuso a su gente en esta forma: tras de las tapias de los callejones por donde forzosamente habían de entrar en el pueblo los soldados, puso a los carabineros, con orden de agazaparse tumbados en tierra, o al abrigo de los adobes. A los *cheses* colocó en las eras, tapando por izquierda y derecha las primeras bocacalles del pueblo. Silvestre Quirós, que, como ayudante de órdenes, llevaba a su lado a Santiago Ibero, mandaba una de las secciones de esta fuerza. Los demás obedecían al sargento Miranda y a otros improvisados oficiales, que, si carecían de galones y distintivos, iban bien pertrechados de coraje. Los sargentos supervivientes de 22 de junio sentían particular ojeriza contra los Cazadores de Ciudad Rodrigo, y querían vengarse de aquel Cuerpo, porque, comprometido a sublevarse con los artilleros, faltó por estar aquel día de guardia en Palacio.

Apenas ocupados por los carabineros y *cheses* los sitios en que Moriones les puso, el militar bullicio de cornetas y clarines anunció el avance de la tropa. Manso de Zúñiga debía de ser hombre de grande arrojo, porque, en vez de iniciar su ataque enviando una o dos compañías al reconocimiento de las entradas del pueblo, no hizo más que colocar la Caballería en el sitio por donde, a su parecer, habían de escapar los sublevados, y, poniéndose al frente de los de Ciudad Rodrigo, con ciego ímpetu se lanzó por la primera calleja que vió delante. Procedió como un capitán de Cazadores mandado a tomar pronto una posición secundaria.

Heroica fué la cadetada, si así puede llamarse, de Manso de Zúñiga, y con el arranque que tomó, pudo en tiempo brevísimo pasar con sus soldados la calleja sin que los disparos de los carabineros hicieran en éstos gran estrago. Y tan de súbito entró el general en las eras, que los *cheses,* viéndole aparecer a caballo con toda su bravura y marcial arrogancia, seguido de los Cazadores, y oyendo las espantables voces guerreras del caudillo y su tropa, se sobrecogieron; faltos de práctica, pensaron que el mundo se les venía encima, y, poseídos de terror, buscaron refugio en las primeras calles del pueblo.

Rápido como el pensamiento, acudió Moriones al peligro. Por las callejuelas laterales del pueblo salió al encuentro de los *cheses;* los contuvo, los atajó con furibundos empellones, les arengó, mezclando bárbaramente la idea patriótica con sonoras desvergüenzas baturras, y, al fin, pudo empujarlos a las eras, recobrados del pánico que los lanzó a la fuga. Tan breve fué esta reacción, que apenas tuvo tiempo Manso de Zúñiga para reconocer las entradas del pueblo y distribuir su gente para un nuevo ataque. En tal situación, reapareció en las eras el grupo más decidido de *cheses,* mandado por el sargento de Artillería Miranda; tras aquel pelotón llegaron otros, y se empeñó un vivo tiroteo entre paisanos y Cazadores· a los disparos siguieron las embestidas cuerpo a cuerpo; un *ches* mató a un soldado; otro soldado mató al *ches;* un segundo ansotano vengó la muerte de su compañero, y así fueron cayendo en tierra muchos hombres.

En medio de esta confusión, el general regía su caballo de una parte a otra, tratando de estimular a los suyos y de impelerles a un ciego heroísmo. Desde la callejuela próxima, las imprecaciones baturras de Moriones cantaban el himno del combate. Inútiles resultaban los esfuerzos de Manso, y los Cazadores de Ciudad Rodrigo abandonaron despavoridos el terreno. Con fuertes voces los llamó y arengó su jefe, hasta que las heridas que había recibido le privaron de la palabra. Caballo y jinete se desplomaron. Acudió Miranda, acudieron otros a levantarle y hacerle prisionero. En el momento en que Miranda le agarraba del brazo, los ojos agonizantes de Man-

so dirigieron al artillero la última mirada que tuvo para este mundo...

Entre unos ojos y otros se cruzaron los rayos lívidos del trágico duelo de España.

Con movimiento velocísimo, pues corrían el riesgo de que se rehicieran los de Ciudad Rodrigo y volviesen con mayores bríos, Miranda le quitó al general la espada, y viendo que aún respiraba, hizo ademán de rematarle. Ibero le contuvo, diciendo:

—Déjale; ya está muerto.

Advirtiendo algunos que el enemigo volvía, clamaron retirada. Miranda le quitó al general el ros, y como exhalación salió de las eras tras de sus compañeros, llevando la escopeta en la mano derecha, el ros en la izquierda y en la boca la espada del valiente y desgraciado Manso de Zúñiga.

Volvían, sí, los Cazadores de Ciudad Rodrigo, porque un hijo del general, que venía en columna, alarmado de que su padre quedase en las eras después de retirada la tropa, corrió allá con dos compañías... No pudo hacer más que recoger el cadáver del que había sido víctima de su propia impetuosidad. La gente de Moriones se replegó a la parte opuesta del pueblo, donde había quedado la reserva, mandada por Pierrad, y estupefactos advirtieron que el general y sus hombres habían desaparecido. Ello debió de ser con bastante antelación, porque no se distinguía bicho viviente en todo lo que alcanzaba la vista. Sin duda, viendo Pierrad la primera desbandada de los *cheses*, creyó que aquello estaba perdido, y se puso en salvo. Aquí de los desahogos baturricos de don Domingo Moriones y de sus quejas airadas. Pero, en realidad, era injusto con su compañero, porque él tuvo que hacer lo mismo. Aunque habían tenido la suerte de matar al jefe de la columna, siempre resultaba desigualdad enorme entre los sublevados y las fuerzas del Gobierno. En éstas permanecían intactas la Caballería y la Guardia Civil. Moriones y Pierrad juntos no podrían librarse de ser acuchillados y deshechos por las tropas regulares. Retiróse, pues, el sagaz Moriones, porque vió clara su inferioridad, y porque no sabía que la columna iba muy escasa de municiones, que en aquellos tiempos ya nuestros Gobiernos solían mandar los soldados a la guerra sin la conveniente provisión de pólvora y balas.

La retirada fué penosa. Traspasados durante la noche los cerros de Marcuello, fueron a parar a Anzánigo. En este pueblo, donde quedaron algunos heridos confiados al alcalde, Ibero perdió de vista a Chaves, a Quirós y a Moriones, que tomaron rumbo hacia la Canal de Berdum... Siguió Ibero la recta hacia Canfranc, como el camino más corto para Olorón. Era, sí, la vía más derecha, pero también la más peligrosa, porque en Jaca se exponían a ser capturados y en la frontera de Francia los gendarmes y aduaneros les apresarían para internarlos.

Ibero y Miranda, con otros cinco, trazaron su itinerario con un amplio rodeo para evitar el paso por Jaca. Horrenda tempestad de lluvia y granizo, con espantable música de truenos, les detuvo en la montaña. Refugiáronse en cuevas; padecieron frío y hambres; recalaron al fin en un lugar llamado Campanal de Izas; allí los cinco compañeros no eran más que tres, pues dos de ellos habían tomado la vuelta de Panticosa. Repuestos de su hambre en Campanal, fueron a pasar la divisoria por Somport, y, al fin, con indecibles trabajos y fatigas, pusieron el pie en Francia. Ya iban más tranquilos, aunque derrengados y en gran necesidad. Así llegaron al pueblo francés de Urdós, donde ya sólo quedaba un compañero, y eran tres los expedicionarios. En Acous ya iban solos Ibero y Miranda, y éste le dijo:

—Yo no puedo ni quiero volver a España. Esto de la revolución va para largo. En Francia buscaré cualquier acomodo, y mejor estaré aquí trabajando como una bestia que en España, aunque gane Prim y me hagan subteniente.

Ibero le prometió buscarle trabajo en el pueblo donde él tenía su residencia. Por fin, medio muertos, sostenidos por la fuerza espiritual que da la esperanza, dieron con sus pobres huesos en Sainte-Marie de Olorón al amanecer de un sereno día.

Grande satisfacción de todos y alegría loca de Teresa, pues había corrido en Olorón la noticia de un espantoso descalabro de Moriones en tierra de Huesca. Pasadas las primeras efu-

siones de gozo, atendió Teresa a cuidar a su hombre y reparar el desmayo y mataduras que de la horrible caminata traía. Le lavó todo el cuerpo, le administró friegas con alcohol o suaves unturas donde era menester, y le acostó en la cama, asistiéndole con calditos sustanciosos e infusiones aromáticas. El sueño atrasado pesaba de tal modo sobre Ibero, que de un tirón durmió quince horas: una vez pagada parte de la enorme deuda que con el dormir tenía, describió y pintó el suceso histórico en que había intervenido; y, como trazo final, dijo a la mujer amada que el desastroso fin de aquella salida con Moriones al campo de la Caballería revolucionaria no le había curado de su ambición de grandeza. Lo mucho que había visto y lo poquísimo que había hecho le movían a desear otras escapaditas por campo más extenso.

Oyéndole hablar así, Teresa reprodujo sus anteriores razonamientos acerca del estorbo que ella ponía con su triste pasado a las aspiraciones de un hombre en plena fuerza y juventud. Pero Santiago protestó enérgico.

—No sé qué tienes, Teresilla—le dijo, añadiendo cariños a palabras y palabras a cariños—; no sé qué tienes tú, que cuanto más tiempo pasa, más te quiero, y ahora y siempre sostendré que no hay ninguna mujer que se te pueda igualar.

Envanecida la buena moza y deseando remachar su triunfo, tomó un papel semejante al del *abogado del diablo* en los juicios de canonización, y expuso todos los argumentos desfavorables a su persona.

—Mira lo que dices, Santiago. Soy más vieja que tú, bastante más...; no quiero precisar con números la diferencia de edad... Básteme decir que he pasado de los treinta, y tú no has entrado en los veinticinco... Y, como la mujer envejece más pronto que el hombre, y yo te llevo ya mucha delantera, dentro de algunos años, cuando tú seas todavía joven, yo estaré horrible, feísima; tendré que pintarme y ponerme moños postizos, con lo que más lograré causarte repugnancia que amor. Reflexiona en esto, Santiago mío; piensa en el mañana, en los años que vuelan llevándose nuestras ilusiones, llevándose la fina tez, el brillo de los ojos, la frescura de las carnes, y con esto el genio alegre que endulza la vida.

Briosamente rebatía Santiago estas argucias del abogado del demonio, ratificándose en sus ideas optimistas y en la perfecta compatibilidad de Teresa con las ambiciones del hombre que en ella ponía todo su cariño. Conviene hacer constar que la pecadora corregida conservaba todos sus encantos. Aunque envejecía, era tan lenta la acción destructora del tiempo, como si éste la cortejase aspirando a poseer sus gracias. Y la pícara sabía ser siempre pulcra, elegante y convertir su sencillez y modestia, su pobreza misma, en un atractivo más. El cuidado escrupuloso de su persona persistía en ella como los sentimientos hondos que duran hasta la muerte. Algo bueno le había de quedar de aquella primera mitad de su vida, desarreglada y escandalosa.

No quiso Teresa soltarle de una vez al aventurero todo lo que tenía que decirle. Para ciertas cosillas que podrían causarle impresión penosa, esperó a que el hombre descansara todo lo que su abrumado cuerpo le pedía. Esta ocasión llegó al cuarto día del regreso, y una mañana, cuando acababan de desayunarse, abordó la guapa moza con arte sutil su interesante revelación, dándole este principio gracioso:

—Muy bien, salvajito mío. Por lo que me dices veo que he salido airosa de la prueba. Estoy contentísima, o, como diría Carlos Bidache, nuestro discípulo de español: no *cabo* en mí de satisfacción... Pues vamos ahora a otra cosa. Recordarás que te propuse una segunda prueba..., y yo...

—No, no, Teresa. *(Repentino, asustado.)* Más pruebas, no...

—Déjame concluir: lo que tú no quisiste hacer, otra persona lo hizo por ti... ¿A qué abres esos ojazos?... Ea, pues yo he sido quien ha hecho la prueba..., y también en ésta he ganado.

Enmudeció Santiago, y ella, dejándole una pausa para que espaciara su asombro, empezó a relatar el caso, poniendo en él todo su donaire y agudeza, como verá el que quiera leer un poquito más.

XX

—Ausente tú, yo no sabía qué hacer... Sola, nada se me ocurre que no sea referente a ti... «¿Pues qué haré que sea por él, para él, que sea también para mí?» Pensando en esto, se me ocurre ir yo a la prueba. Hablé de esto largamente con María, y un día, las dos a un tiempo, dijimos: «Vámonos a Lourdes.» Te advierto que ya María estaba enterada del sitio adonde habíamos de dirigirnos para la prueba. Tiene en Lourdes una prima bien acomodada y santurrona, Berta Richard, viuda sin hijos, que es en aquel pueblo persona principal, dueña de una fábrica de pañuelos que fundó su marido... Pues por esta señora sabíamos que tu niña zangolotina vivía en una casa religiosa, mixtura de convento y colegio. Hay allí unas hermanas con tocas y manto negro que educan niñas. Llevan un nombre que no recuerdo bien, Madamas Cristianas o algo así... Dicen que son unas santas; pero de esto nada puedo decirte, porque entiendo poco de cosas de santidad... En fin, que allá nos fuimos. Don Baldomero Galán, el año pasado por este tiempo, vino a Francia con su hija y una de estas religiosas; dejó a Salomita en la casa que te digo, y se volvió a España. En Jaca le tienes: es gobernador de un fuerte que llaman Rapitán... Pues, acompañadas por la señora Richard, fuimos a visitar a la niña, figurando que éramos de una familia madrileña muy amiga de los Galanes, etcétera... Por cierto, que la casa-convento es un modelo de orden y limpieza; las hermanas que vimos disimulan su gazmoñería con su amabilidad, y una de ellas, valenciana de la parte de Gandía, habla español con acento levantino... Es mujer guapísima, sólo que un poco bizca, y al hablar tuerce la boca; los ojos tiene algo pitañosos.

—Por María Santísima, hija, no divagues... Vivo, vivo, al asunto.

—Al asunto, tienes razón; al grano... Y el grano es que tu Dulcineíta no te quiere, ni se acuerda de ti para nada... Tiene otro novio...

—¿Es de veras? *(Pálido, echando chispas de sus ojos.)* ¿La viste tú..., qué te dijo, qué hablasteis?

—Las hermanas nos dijeron que le ha salido otro novio, que está locamente prendada del nuevo galán...

—¿Y el novio es militar, es persona de categoría?

—¿Militar, dices? Creo que no... Es pacífico, muy pacífico, y de categoría tan alta, que tú a su lado eres más chico que una hormiga. De ese galán nos habló madama Berta con entusiasmo, y al celebrarle y enaltecerle ponía los ojos en blanco, y aun creo que se le caía la baba.

—Teresa, por los clavos de Cristo, déjate de babas, y dime...

—Pero, tontín, ¿no has comprendido ya quién es el novio de tu adorada? Si acabas de nombrarle... Eres tan torpe, que hay que meterte en la cabeza las ideas con cuchara. Tu rival es el propio Jesucristo. Tu Dulcinea zangolotina se ha convertido en una cuitada y sosa monjita. No ha profesado aún: por eso te dije que Jesucristo es su novio; no tardará en ser esposo.

La sorpresa de Santiago estalló en monosílabos, en golpes sobre la mesa, en pases de la mano por la cabeza, echando atrás el cabello, que así se encrespaba más. Teresa prosiguió:

—Pero, tontín, si eso es de clavo pasado y ocurre todos los días. Don Baldomero les entregó a su hija para que se la educaran a la francesa, con mucha finura y mucho aquel, y ellas, viéndola tan mona, dijeron que debía ser para Dios, no para los hombres... Los hombres, ¡qué asco! Es la historia eterna... Ya me imagino qué cosas le dirían a la niña para convencerla... Sin duda, supieron que tenía un novio salvaje y medio loco, que habla con los espíritus; le dirían que eres un perdido, un amigo de Prim, y que ya no hablas con los espíritus, sino con una mujer mala..., conmigo... Figúrate cómo habrán puesto aquella cabecita. La menguada chiquilla cayó en el cepo, y ya no se escapa. Si la encontraras en alguna parte, verías que la han vuelto idiota... Por supuesto, yo no me equivoqué, Santiago: siempre creí que Salomita tenía muy poca sal en la mollera; a un entendimiento bien sazonado no le entran esas bromas del monjío... Y el pueblo en que la pusieron, ese Toboso de tu Dulcineíta, es lo más abonado para tales cosas, porque allí, para

que te enteres, hubo hace años, no muchos, un grandísimo milagro. En una gruta, se apareció la Virgen a una muchachita llamada Bernardette Soubirous, de catorce años, y le dijo que elevaran en aquel lugar un santuario para darle culto. Allí están la gruta y la imagen, muchas velas encendidas y sinfín de exvotos de los que han ido a curarse del reuma, ciática y parálisis... Ya, hijo mío, el que cojea es porque quiere... Van peregrinos de toda Francia, con tanta fe y devoción que se queda una pasmada y edificada.

—Por Dios, no divagues más... ¿Qué me importa la gruta, ni qué los cojos y lisiados de todo el mundo?

—Pues no vayas a creer que don Baldomero consintió que su hija entrara en religión. El pobre señor no se enteró hasta que la cosa no tenía remedio. Fué a Lourdes hecho un demonio, y lo menos que quería era sacarle los redaños a la madre rectora y a todas las benditas hermanas. Pero sólo consiguió que se le encendiera la sangre y que la cabeza se le llenara de bultos deformes y la cara de feísimos granos. Al fin, tuvo que salir de Lourdes entre gendarmes, y a la niña la llevaron a un pueblo cerca de Marsella, donde para todos, menos para Dios, está invisible.

El monjío y la invisibilidad de Salomita en un convento próximo a Marsella evocaron en la mente de Santiago recuerdos penosos del capitán Lagier y de los sufrimientos del honrado marino. Por estas memorias y por lo que personalmente le dolía el suceso, se levantó en el alma de Ibero un gran tumulto; los sentimientos se movieron con furioso oleaje, las ideas saltaron y anduvieron a la greña... Pero como en razón inversa de la intensidad del tumulto estuvo la duración, no tardó en calmarse el sofoco. En verdad, el inopinado desenlace no encontró base psisológica para producir arrebatos de ira o negra pasión de ánimo. Como se ha dicho, la imagen y el recuerdo de Salomita se borraban cada día más; había corrido un año largo sin que Ibero la viese y aun sin que de ella tuviera noticia, y, por fin, el amor de Teresa, sostenido por la convivencia, precipitaba la desilusión rápida. Aquella misma tarde, interrogado acerca de la impresión recibida, dijo Santiago a María y Teresa que se sentía mentalmente aliviado de un peso, como si le hubieran operado en la cabeza para extraerle un cuerpo endurecido. Algo le quedaba del dolor de la operación; pero ya iba pasando; pronto vendría la insensibilidad.

Aún tenía que hablarle Teresa de otro asunto, y, como era muy urgente, no quiso aplazarlo. Había tenido noticias directas de su madre por una carta quejumbrosa, llena de amenazas. Mostróla a Santiago, y ambos comentaron con viveza los manejos de la *sutil tramposa.*

—Es mi madre—dijo Teresa—, y no puedo hablar de ella como hablaría de una persona extraña. Pero sí afirmo que las maldades de la primera mitad de mi vida no son mías, sino en corta proporción. Obra de ella fué mi rebajamiento. Ella me vendía, me arrendaba, me contrataba, según su interés, mirando sólo a lo que daban por mí... Bien conoce Dios mis buenas intenciones; si algún día llego a tener más dinero del que necesitamos para mantenernos, algo mandaré a mi madre para que viva... Pero... ¡volver yo a su lado, jamás! Prefiero morirme... Y ahora, Santiago, vas a saber la segunda parte, que es la peor. Dos días antes de llegar tú se presentó aquí un tío polizonte preguntando por... Traía el nombre escrito en un papel: *Carlos de Castro...* Ya ves: las señas son mortales. El tipo aquél habló del subprefecto, del cónsul... Yo me quedé helada. Bidache el viejo le trasteó de lo lindo, diciéndole que el *Castro* ese había quedado en Cambo, y que allá fueran a buscarle... ¡Ay hijo mío!, temo la internación, por lo menos. Para nosotros no puede haber aquí tranquilidad.

—Francia es muy grande—dijo Ibero sin inmutarse—. Francia es trabajadora, hospitalaria. Busquemos en ella libertad y honrados medios de vivir.

—Pues hemos de decidirlo pronto. Somos unos pobres salvajes que necesitan cambiar de choza. Di tú adónde debemos ir.

—Decídelo tú... ¿Adónde vamos?

Ambos quedaron mudos un rato, mirándose con ojos fijos y penetrantes. «¿Adónde vamos?», preguntaban los ojos. De improviso y a un tiempo, con voz que pareció un estallido, los dos

amantes soltaron de su boca la respuesta:

—¡A París!

Perfectamente acordes estaban en la resolución, y los móviles de cada uno eran sustancialmente los mismos; necesidad de mayor espacio y de atmósfera vital menos ahogada. Ibero vió en París el grande horizonte, la amplitud en las ideas, el roce con las primeras figuras de la emigración hispana. Teresa veía por el lado femenino el ensanche de pensamiento y acción, y sus planes no eran desacertados. En los días de la ausencia de Ibero estuvo en Sainte-Marie una señora, parienta de la esposa del viejo Bidache. Llamábase Ursula Plessis y tenía en París negocio de encajes finos. Solía veranear en el Pirineo, repartiendo sus días de descanso entre Biarritz, Pau y Luchon, sin perder ripio para hacer su artículo en los sitios adonde concurrían señoras ricas. De paso visitaba a sus parientes. En Olorón hizo conocimiento con Teresa, y se quedó maravillada de la gracia nativa de ésta, de su exquisito gusto, de su genial disposición para comprender y asimilarse las sutiles artes de la elegancia.

A este propósito, la sermoneaba de continuo:

—Hija mía, su terreno de usted, su porvenir, están en París. Véngase conmigo allá o vaya cuando pueda, y yo le aseguro que pronto se abrirá camino en cualquier negocio de los que tienen por fundamento el buen gusto. Yo, desde luego, le ofrezco que para empezar tendrá en mi establecimiento un acomodo modesto...

Esto y otras cosas sugestivas le dijo, con lo que el alma de Teresita quedó encendida en la noble ambición de adquirir con su trabajo un vivir decoroso.

Véase por qué Teresa, en admirable consonancia con su amado, soltó el grito de vida, de lucha contra la miseria y la muerte. «¡A París!» Como tenían poco que arreglar en punto a equipajes y efectos de viaje, tadaron en poner en ejecución su pensamiento el tiempo preciso para asegurarse el secreto de la salida, por si al subprefecto o al cónsul se les ocurría darles un disgusto. La despedida fué ternísima: en ninguna parte del mundo encontrarían amigos como aquellos honrados y generosos Bidaches. Tuvo Santiago la satisfacción de dejar colocado en el arrastre de mármoles al pobre sargento Miranda, que muy contento decía:

—Vale más ser aquí un buey de trabajo que dejarse internar como un perro o volver a España a que le fusilen a uno como un hombre, con sacramentos y todo.

Partieron los amantes algo medrosos, y hasta pasar de Pau no respiraron con tranquilidad. En Dax, avanzada la noche, al cambiar de tren, se encontraron a Silvestre Quirós, muy mal trajeado, con cara de insomnio y ayuno. Abrazáronse los dos amigos, cambiando en rápida frase el quejumbroso saludo de la emigración con sus melancólicas añoranzas. Dijo Silvestre que no podía vivir más en Bayona. Con los cuartos que le quedaban podía llegar a Angulema, donde le ofrecían colocarle en una fábrica de papel. Ya encajonados los tres en el coche de tercera, refirió Quirós que en los mismos días de lo de Linás embarcó Prim en Marsella para Valencia, donde tuvo el tercer fracaso, porque las tropas que se habían comprometido no salieron.

—La razón que daban fué que Prim había firmado un manifiesto en que se pide la abolición de quintas; y sin quintas, ¿cómo ha de haber ejército? Salió el general del puerto de El Grao echando bombas, y, según dicen, ha desembarcado en Sette. ¿Entrará por Burg-Madame? ¿Tendremos otro descalabro?... Yo no creo nada ya; he perdido la fe... Ya es hora de que gritemos: «Nos están engañando; juegan con nosotros como si nuestras vidas fuesen fichas de damas o de dominó.» La revolución, que es guerra de guerras, no se hace sin dinero. Si no lo tienen, ¿para qué nos meten en estos líos? No hay libertad sin pan. Ahora mismo, al volver de Marcuello, no teníamos qué comer. Moriones nos dió lo que llevaba sobre sí: no podía más... Pereciendo, llegamos a Bayona. Pero no ha venido Moriones más lucido que nosotros. Anoche le vi en el café Marnier con Muñiz. Su cara y su ropa eran las de un cesante. Y yo pregunto: ¿a quién da la Junta el dinero que recoge? Vete a saber... En Bayona tienes a los que entraron con Contreras, y han vuelto por el puerto

de Benasque descalzos y pidiendo limosna. Algunos, cogidos por los destacamentos franceses, han sido internados a pie, de cárcel en cárcel. Ya Bourges no les parece bastante lejos, y están mandando emigrados a Besançon, pared por medio con Suiza... Conque ayúdame a sentir, Santiaguito. La pobre España está perdida, y quiere que la salvemos sin armas, sin dirección y con los estómagos vacíos. ¡Anda y que la salve su madre!

Con esta cantinela pesimista contristaba el pobre Quirós a sus dos compañeros de tren, que alentados iban por risueñas esperanzas. Felizmente, el lastimado amigo les dejó en Angulema y ellos recobraron su buen humor en el resto del viaje, que fué felicísimo, aunque un poco largo, porque los trenes ómnibus no eran un prodigio de velocidad... Al anochecer del día siguiente vieron que a un lado y otro del tren en marcha se iniciaba la aglomeración de alegres pueblecillos, de granjas admirables, de quintas escondidas entre bosques espesos: vieron la muchedumbre de fábricas y talleres con sus chimeneas humeantes, las estaciones de una y otra línea transversal, los edículos y almacenes. los gasómetros, el sinfín de construcciones que anuncian la vida industriosa y opulenta de una gran metrópoli.

—Ya llegamos—dijo Teresa—. Esto es París.

Era ya noche cerrada. Ibero miraba con avidez por encima de las filas de vagones parados, máquinas y objetos mil de intensa negrura, y veía un extenso y vivo resplandor que invadía gran parte del cielo...

—Es París — exclamó —. Parece que arde.

Y risueña, radiante de alegría, respondióle su compañera:

—No es incendio, es claridad.

XXI

Iban recomendados por los Bidaches a una casa modesta *(rue* Paradis), y gracias a esta precaución pudieron obtener un cuartito decente. Hallábase París en los días febriles de la Exposición Universal, en que Francia hizo potente alarde de su industria, de su riqueza y mentalidad luminosa; eran los días de la gran apretura de hospedajes; media Europa invadía París; la otra media hacía cola.

Apenas tomaron tierra los enamorados aventureros, pusiéronse en comunicación con Ursula Plessis, que vivía en la *rue* Mont Thabor. Reiteró la comercianta de encajes la simpatía que en Olorón había mostrado a Teresa y, consecuente en su amabilidad, la llevó a su establecimiento para que se fuera enterando. Se convino en que mientras duraran las dificultades de hospedaje, continuarían viviendo en la *rue* Paradis. Después se les agenciaría mejor acomodo. Iría Santiago a buscarla poco antes de las doce para almorzar juntos en cualquier restaurante barato de las calles próximas al Palais Royal; al anochecer harían lo mismo, retirándose a su casa después de comer. Las horas que Teresa pasaba entre encajes y blondas las consagraría Santiago a divagar por París, aprendiendo en la práctica el laberinto de calles, bulevares y avenidas.

El primer día le acompañó en este sabroso estudio un chico, hijo de un comisionista español, vecino de piso en la casa de Paradis: pero luego se procuró un plano, y con este amigo mudo se libró de otro, que era harto entremetido y molesto. Solito recorría París de punta a punta, viendo y admirando tanta grandeza y maravilla. Habíanle dicho que si quería ver españoles se fuera al Pasaje Jouffroy, y asistido de su plano fiel, allá se encajó una mañana... No hizo más que llegar y le salieron dos compatricios, uno de ellos con su capa, terciada garbosamente. No se puede afirmar que en agosto llevase tal prenda con objeto de abrigarse; llevábala, sin duda, para tapar la desastrada vestimenta de un triste insurrecto proscrito. Conocieron los tales a Ibero por la pinta (que los españoles pregonan la casta por el aire jacarandoso), y le abordaron resueltamente, entrando en palique.

—¿Qué tal?... ¿Usted por aquí?... Este París es un infierno... Todo aquí es farsa.

De estos tópicos vulgares se pasó a charlar de política, de la revolución fracasada por falta de cabezas... No había cabezas; no había más que pies

para correr en cuanto sonaba un tiro... Ellos (el de la capa y el otro que se cubría con un gabán claro) eran víctimas de su amor a la Libertad. Les habían engañado; les habían sacado de sus casas, donde tenían un modesto pasar, para meterles en jaleos de guerra que se malograba por causa de los de tropa...

—Mire usted, caballero—dijo el de la capa—: yo puedo alzar el gallo; yo puedo acusarle las cuarenta al mismo don Juan Prim, porque vengo del Alto Aragón... Yo me batí al lado de Moriones; yo ayudé a matar a Manso de Zúñiga...

—Alto ahí, señor mío—dijo Santiago con prontitud y sequedad—. Yo estuve en eso que usted cuenta y no le vi a usted por ninguna parte. No éramos tantos que se pudieran confundir las caras y personas. Ni usted pareció por allá, ni sabe dónde está Linás de Marcuello.

—Le diré a usted...

—No me diga usted nada, porque es tarde y estoy de prisa. Abur.

Y les dejó plantados, siguiendo su camino por el bulevar adelante hacia el de Italianos. Estaba de Dios que aquella mañana le saldrían españoles en cada esquina, porque apenas llegó a la de la *rue* Drouot, se tropezó con don Jesús Clavería. ¡Oh sorpresa!...

—Iberillo, ¿tú aquí?

No le había visto desde que en Urda recibió de él las cartas para Muñiz y Chaves. Cambiados los saludos afectuosos, Clavería le dijo:

—Ya sé, ya sé que has tomado un papel poco lucido: el de redentor de Teresa Villaescusa, de esa...

Cortóle Ibero la palabra con rápido ademán y un mirar luminoso. La protesta, enérgica y concisa, remató el efecto.

—Mi coronel, ya sabe que le quiero y le respeto. Pero con todo el respeto del mundo, le digo que ni usted ni nadie hablará mal, delante de mí, de una mujer que, por mujer, merece consideración, y por estar conmigo tiene quien contra todo el mundo la defienda.

El tono y la dignidad del lenguaje impusieron comedimiento a Clavería, que, por otra parte, no estaba de humor de romper lanzas por una redención de más o de menos. Conocía bien las cualidades de Ibero, su tozuda entereza y la prontitud con que solía poner los hechos como remate y complemento de las palabras. Echóse atrás con más benevolencia que cobardía, y, palmoteándole en el hombro, le dijo:

—Bien, hijo mío; no te enfades. A mí nada me importa. Redime todo lo que quieras.

Fácilmente llegaron a conversación menos espinosa.

—Vengo a París a ver mundo—dijo Ibero—y a servir a la Causa si en algo puedo servirla.

Contóle después la frustrada aventura en Linás de Marcuello, que Clavería oyó con vivísimo interés, diciendo al fin:

—Es preciso que hablemos. Hoy no puedo detenerme contigo, porque me está esperando Monteverde, que me ha convidado a almorzar... Acompáñame un rato y charlaremos.

Bulevares arriba, Clavería informó a Santiago del gran número de españoles de todas castas que en aquellos días había en París, atraídos por la interesante y espléndida Exposición.

—¿Sabes a quién tienes aquí? A Manolo Tarfe: vive en la *rue* Helder... ¿No es también amigo tuyo y protector el marqués de Beramendi? Pues en París está, con toda la familia, en un hotel elegante y recogido, *rue* Ville l'Evêque, detrás del Elíseo.

Algo le dijo también tocante a planes revolucionarios: pero con tanta brevedad, que fué más bien programa para otra entrevista.

Aprovechaba Ibero su tiempo tan metódicamente, que en pocos días dió rápidos vistazos a las salas del Louvre, a Cluny, a los Inválidos, al Bosque de Bolonia; subió al Arco de la Estrella, a la Columna de Vendôme, al Pozo artesiano de Grenelle, alternando este recreo instructivo con las visitas a la Exposición. Si los monumentos y jardines le causaban alegría y asombro, no gozaba menos en el gigantesco palacio del Campo de Marte, o de Marzo, construído en forma elíptica, con la más lógica y práctica distribución que pudiera imaginarse. Las líneas ovales guiaban al curioso en dirección de las materias expuestas; las líneas radiales, en dirección de las naciones que exponían.

En el Parque, de incomparable amenidad, que rodeaba el palacio, vió Ibero

al famoso Maltranita, muy elegante, llevando del brazo a una señora joven, que debía de ser su mujer. Sin duda, el mozo positivista y cuco había encontrado el partido de boda que perseguía como cazador codicioso en el coto social. Aunque Maltranita vió a Santiago y, sin duda, le había conocido, no creyó decoroso saludarle por la inferioridad jerárquica que anunciaba el traje del amigo. Este tampoco se dió por entendido, y le hizo todos los honores de su desprecio. Con la guía en mano, el soplado señorito y su esposa, que era raquítica y de muy poca gracia, se detenían ante cada una de las instalaciones del Parque, poniendo todo su asombro, lo mismo en el gigantesco cañón de Krupp o el martinete del Creusot, que en la cabaña suiza, llena de chucherías de tallada madera. De este modo almacenaban en su cerebro impresiones bien catalogadas para llevarlas a Madrid y despatarrar a la gente con el recuerdo maravilloso de lo que habían visto.

En tanto, Teresa, contentísima de su iniciación, daba a Ibero cada noche cuenta de sus adelantos. Ya se iba soltando en el francés: la continua charla con sus compañeras le enseñaba los secretos del idioma y las inflexiones del acento. Ya conocía todas las clases de encajes y distinguía perfectamente lo legítimo de lo falsificado, por esmerada que fuese la imitación. Ya sabía empalmar los pedazos del Bruselas sin que se conocieran las uniones; el Valenciennes, el Chantilly, punto de Alençon, Brujas, los Guipures inglés y venecianos éranle familiares, como amigos de toda la vida. En fin, adelantaba prodigiosamente, y Ursula no cesaba de elogiarla por su entendimiento, por la sutileza de su vista y la delicadeza de sus dedos en aquel difícil trabajo. Con idea de alentarla le había señalado dos francos... A mediados de septiembre hallaron, por mediación de la misma madame Plessis, un cuarto baratito, *rue* Saint-Roch, no lejos del establecimiento, y abandonada la primitiva casa instaláronse en su nuevo nido.

Una mañana, en la segunda quincena de septiembre, encaramado Ibero en la imperial de un ómnibus (Madeleine-Bastille), se cruzó con otro coche, en cuya imperial iba Vicente Halconero con su padrastro. El cojito vió a Ibero y, alargando los brazos, llamóle con un grito de alegría que le salía del corazón. Al grito volaron las miradas de Santiago tras el otro ómnibus, que andaba rápidamente; vió a Vicentito, mandó parar, se bajó; mas cuando puso el pie en el asfalto del bulevar, su amigo, el gran sabedor de historia escrita, estaba ya tan lejos que no había medio de alcanzarle... ¡Qué contrariedad, qué pena! Perdido el amigo en el caudaloso río de gente y caballos, desapareció como navegante arrastrado de veloz corriente...

Los días se deslizaban fáciles y entretenidos en la inmensa metrópoli. Agradaban a Ibero singularmente las excursiones al campo con que los parisienses trabajadores suelen reparar cuerpo y espíritu del ajetreo de toda la semana. Salía con Teresa muy ufano por aquellos lindos suburbios. Comían al aire libre, paseaban por florestas tupidas o asoleadas praderas, se mecían en columpios, remaban sobre el Sena en barquillas gallardas. Iban a estas gratas expansiones con las compañeras del taller de encajes, y se les agregaban mozalbetes del comercio, obreros diamantistas y algún estudiante, hirsuto y pálido, del Barrio Latino. En una de aquellas jiras, dos, tres muchachos se permitieron acosar a Teresa con galanteos impertinentes, y apenas vió esto el fogoso Ibero, salió como un león a poner su fiereza entre tales groserías y la señora de sus pensamientos. Del primer ímpetu les soltó una fuerte andanada, en español neto, por no dominar el francés. Quedaron ellos cortados y sin saber qué decir; pero el estudiante melenudo, desconociendo el peligro que corría, revolvióse contra Santiago, echándole a la cara una de las palabras francesas más feas que se pueden decir a un hombre. Ibero, que se oyó llamar *macró*, y sabía lo que significaba, arremetió furibundo contra los tres, y del primer zarpazo cayó uno en tierra y los otros salieron pitando bosque arriba. Levantóse el caído, chillaron las mujeres, acudieron otros merendantes, oyéronse voces conciliadoras y proposiciones de paz. Los jóvenes dispersos no querían volver, temerosos de que Ibero *sacara la navaja*, arma que inspira más terror fuera que dentro de España... Todo se arregló al fin, dió excusas el de las greñas y la partida con-

tinuó tranquila hasta la hora de retirada, los jóvenes refrenados en su lenguaje, Teresa orgullosa y Santiago dispuesto a proceder con igual prontitud siempre que fuera menester.

No consentía el riojano alavés la menor sombra en su decoro; el mote infamante le lastimaba más que cien bofetadas. Deseando evitar para lo sucesivo suposiciones injuriosas, al día siguiente, de acuerdo con Teresa, visitó por segunda vez a Clavería para pedirle con vivas instancias que le proporcionase una ocupación bien o mal retribuída. Tempranito fué a casa de su amigo temiendo que se le escapara. Encontróle vistiéndose, y a las primeras indicaciones del asunto respondió Jesús:

—Ya se hará, hijo; ya tendrás ocupación. No te apures; ten paciencia y fe como todos los penitentes españoles que estamos aquí, privados del placer honestísimo de ver bajar la bola en la Puerta del Sol. Por de pronto, te convido a almorzar: esto ya es algo.

Salieron juntos, y cuando requerían el ómnibus que había de llevarles al Campo de Marte, Jesús continuó así su charla:

—No soy yo quien te convida, sino un español que me convida a mí y a otros; y yo te agrego, porque para este buen señor no hay mayor gozo que encontrar compatriotas a quienes obsequiar. Es un caballero aragonés llamado don Manuel Santa María, dueño de una fuerte y acreditada casa de comisiones. Poseedor de mucha guita, emplea parte de ella en dar gusto a su patriotismo y a sus ideas radicales. Es el paño de lágrimas de los emigrados pobres y, a veces, intermediario de la correspondencia secreta entre Prim y todos nosotros.

Por último, indicando que el señor Santa María les daría de almorzar en el comedor español de la Exposición, servido por el Café Universal, de la Puerta del Sol, dijo:

—Tú ya tendrás ganas de comer cocido. Puede que también nos den paella o bacalao a la vizcaína.

En el Parque les esperaba Santa María, que era un señor de mediana edad, moreno, afeitado totalmente el rostro, de ojos vivos, tipo de indiano. Con él estaba un sujeto fláccido, tuerto, el rostro picado de viruelas y reñido con el agua, la cabellera reñida con los peines, trajeado de la manera más fachosa y mísera. Ibero le conoció al instante: era Carlos Rubio.

Antes de que terminara los saludos, Santa María, desconsolado, hizo esta pregunta:

—¿Y Sagasta?

Clavería y Rubio afirmaron que la noche antes le habían hecho la invitación en nombre de don Manuel; pero desconfiaban de su asistencia. Era mal madrugador, y para venir desde la Isla de Saint-Denis tenía que tomarse dos o tres horas de delantera.

—Pero a cambio de ese riojano que nos falta—dijo Clavería—, le traigo a usted este otro, de ilustre familia. Como yo, como tantos otros, es víctima de su amor a la Libertad.

El agrado, la benevolencia paternal con que le acogió el aragonés dieron regocijo y alientos al pobre muchacho... ¡Si obtendría de aquel excelente señor la ocupación que deseaba...! Entraron en el restaurante, donde Rubio y Clavería saborearon la ilusión de hallarse en el café Universal, de Madrid, pues allí estaba el dueño, don Juan Quevedo, un astur amable y narigudo; allí Pepe el *Malagueño*, brujuleando de mesa en mesa, siempre zaragatero y servicial.

Comieron lo más hispanamente que era posible en aquellas latitudes, sin perdonar los castizos garbanzos; charlaron y *ojalatearon* de lo lindo, arreglando las cosas a su gusto. El más callado era Ibero, que no osaba manifestar sus opiniones ante los tres para él respetables patricios... Ya tomaban café, cuando entró Manolo Tarfe, presuroso y fatigado, como el que viene muy de lejos con el peso de una noticia de sensación. Alegróse al ver a Clavería, y llegándose a él, le dijo:

—Al fin le encuentro, querido Jesús... He estado en su casa, donde me dijeron que...

Se interrumpió para saludar a Carlos Rubio; saludó también gravemente al caballero aragonés, como a persona desconocida, y para Ibero tuvo una frase familiar y cariñosa.

—¿Ocurre algo?—preguntó el coronel, vislumbrando en el rostro de su amigo un secreto que quería echarse fuera.

—Sí—replicó Tarfe—. Ya hablaremos...

Dijo entonces Santa María que si te-

nían algo reservado que tratar, aguardaran no más que dos o tres minutos, porque él tenía que marcharse.

—Ya sabe usted, mi querido Clavería, que a las dos hago falta en mi escritorio... Si hay noticias buenas de España, ya me las comunicará usted.

Aceptó Tarfe al café que le ofrecieron, y cuando a tomarlo empezaba retiróse el aragonés con afectuosa despedida de todos.

—Bien pudo usted—indicó Clavería—decirnos todo lo que quisiera delante de nuestro amigo, que es de una discreción a toda prueba. Pero, en fin, ya estamos solos. Desembuche. ¿Qué hay?

Después de mirar en torno, Tarfe bajó la voz para soltar en el oído de los tres emigrados esta que bien podía llamarse bomba:

—Ya está iniciada la inteligencia de los unionistas con el general Prim... La magna coalición será un hecho muy pronto.

Las primeras exclamaciones fueron de duda más que de alegría... Siguió un fulminante tiroteo de frases entre los tres, pues Ibero no hacía más que oír y callar.

—¿Quién ha iniciado la inteligencia?

—El general Dulce. Ha venido de Biarritz a conferenciar con Olózaga.

—¿No era más natural que conferenciara con Prim?

—Para eso ha ido a Ginebra Cipriano del Mazo.

—Y de O'Donnell, ¿qué?

—O'Donnell..., ¡ah!..., él no hace; pero deja... deshacer.

XXII

Pasados algunos minutos en interrogaciones rápidas, comentarios ardientes y resoplidos de entusiasmo, restablecióse la serenidad, y refirió Tarfe pormenores del gran suceso.

—El proyecto de coalición se había elaborado en Bayona por Dulce y Mazo, con asistencia de Muñiz. Este telegrafió a Prim lo tratado en la conferencia. El mismo día contestó Prim, desde Ginebra: «Acepto. Que venga Mazo.» En Bayona se comunicó el proyecto a los emigrantes Montemar, Damato, Moriones y Moreno Benítez, que lo encontraron de perlas... Si quieren ustedes saber más, averigüen lo que estarán hablando ahora don Salustiano y Dulce. Como yo vengo calentando este horno desde el otoño pasado, el amigo Dulce, al llegar a París esta mañana, vino a parar a mi hotel; me puso en autos. Después de hablar con Olózaga volverá a Biarritz, y yo me voy con él... Queremos estar junto a don Leopoldo.

Como terminara indicando que convenía enterar del suceso a los emigrados de más viso, Clavería, frotándose las manos de gusto, dijo:

—Yo me encargo de eso, mi querido Manolo. Rubio irá esta tarde a la Isla de Saint-Denis, y, por la noche, veré yo a don Joaquín Aguirre.

No pudiendo detenerse más el simpático vicalvarista, despidióse de los tres con apretones de manos y frases de lisonjera esperanza:

—Ahora sí que vamos bien... Ya marchamos cuesta abajo... ¡Al éxito, amigos; al triunfo!

En cuanto salió Tarfe, pidió Clavería papel y pluma, y escribió esta carta:

«Mi querido Santa María: ¡Hossanna, aleluya y viva la Libertad! Me apresuro a comunicar a usted que la Unión Liberal y el Progreso se han dado ya la mano, y pronto se abrazarán para realizar como un solo partido la salvación de España. Ya le contaré a usted detalles y le diré nombres... ¿Recuerda usted, mi noble amigo, que ayer mismo hablamos de esto, y usted dijo: «Pero ¿en qué piensan esos hombres que no posponen sus agravios mujeriles al bien de la patria?» Pues la coalición se ha planteado; todos la quieren: se hará.

»Y ahora, mi bonísimo don Manuel, no me riña si le digo que este notición, que a usted, como a todos, le hará feliz, no puede ser gratuito. El portador de la presente, Santiago Ibero, natural de la Rioja alavesa, es hombre de relevantes prendas, leal como ninguno, inteligente como pocos y, además, liberal y patriota, que ha derramado su sangre por nuestras ideas. Emigrado está, como yo, como otros ciento y mil; pero carece de recursos, y yo me atrevo a recomendarle a la benevolencia de usted para que le proporcione una colocación en cualquier industria o dependencia comercial. Confío en que la grande alma del patriota

no desatenderá este ruego... Salud, Libertad... y francos. Su siempre reconocido amigo, q. b. s. m.,

Clavería.»

Clío familiar reproduce esta generosa carta para documentar históricamente la colocación que tuvo Ibero en la casa mercantil del señor Santa María, con la retribución diaria de cinco francos. La noche que Santiago llevó a su mujer la estupenda nueva de su destino, el regocijo de ambos estalló en apasionadas carantoñas de amor; permitiéronse un extraordinario en la comida; después se fueron a ver una funcioncita en el *guignol* mecánico de los Campos Elíseos. Teresa ganaba ya tres francos, con esperanza de llegar pronto a cuatro. Eran felices: París, el monstruo benéfico, les cogía de la mano y les llevaba por senda angosta y áspera..., pero bien derecha y conducente a los grandes fines de la vida.

El destino de Santiago era de almacén, para llevar la entrada y salida de géneros, anotando los bultos y su peso en un libro, al propio tiempo en hojas que servían para comprobar las operaciones de transportes. Exigía este cargo gran escrúpulo en los asientos y vigilancia extrema de los cargadores y camioneros. Ponía Santiago en su obligación los cinco sentidos, y su principal estaba contento de él. Solía el señor Santa María emplearle también en comisiones no comerciales, tocante a sus concomitancias con los emigrados. Una noche de las primeras semanas de noviembre le llamó a su despacho y, mostrándole varios pliegos que introdujo en un sobre grande, le dijo:

—Mañana, muy temprano, vas a llevar esto a la Isla de Saint-Denis. ¿No sabes dónde es? Saca tu plano y te indicaré... ¿Ves la estación del Norte? Pues aquí tomas tu billete y te metes en el primer tren que salga... En diez o quince minutos estarás allá. Buscas la calle Du Bocage y... ¿Conoces tú a Sagasta?

—Sí, señor; en Madrid le vi más de una vez. Su cara no se me despinta.

—Bueno; pues este paquete de cartas has de entregarlo a Sagasta en propia mano. Podrías darlo a su compañero de vivienda, Juan Manuel Martínez, pero como no le conoces personalmente, no te expongas a dar el pliego a un individuo que tomara su nombre para engañarte. Sólo a Sagasta darás lo que llevas... Si éste o Martínez tuvieran algo que decirme, ello será seguramente por escrito... En este caso, te esperas, dándoles todo el tiempo que necesiten para escribir... Otra cosa: ya me olvidaba decirte que les llevarás de palabra una noticia... Si esta noche la sabemos pocos, mañana será pública en París... En cuanto veas a Sagasta, le dices: «Ha muerto O'Donnell...» Si quieres dar pormenores, añades que ha muerto en Biarritz, hoy... Según parece, de indigestión de ostras.

Temprano salió Ibero a su comisión, sin madrugar mucho, pues ya sabía por don Jesús que nuestros emigrados dejaban tarde las ociosas lanas. Siguiendo las instrucciones de su principal, tomó billete en la estación de la plaza Roubaix y se puso en camino. La niebla que en aquella desapacible mañana de noviembre invadía París era en la zona norte densísima. Al llegar al lindo pueblecito llamado Isla de Saint-Denis no pudo orientarse fácilmente: las casas se desvanecían en la blancura lechosa; las personas, encogidas de frío, transitaban a prisa, con pocas ganas de dar informes al forastero que en mañana tan cruda venía preguntando por la *rue* Bocage. Al fin, no sin trabajo, dió con la calle y el número. Entró en la casa; una viejecita le encaminó arriba; llamó..., tardaron en abrir... Abrió, al cabo, un joven alto, moreno, de ojos vivos, boca grande y risueña. Díjole Ibero que traía un recado de don Manuel Santa María para el señor Sagasta.

—Práxedes ha salido. Puede usted dejarme a mí el encargo. Soy Juan Manuel Martínez.

—Dispénseme, señor; me han dicho que entregue mi encargo en la propia mano del señor Sagasta.

—No tardará mucho. Pase usted. Perdóneme: estaba encendiendo la lumbre cuando usted llamó, y temo que se me apague.

El tal Martínez le llevó a una cocinita próxima a la puerta de entrada, y cogiendo un fuelle sopló en los carbones para que en ellos acabara de prender la llama de unas teas.

—Como no tenemos criados, nosotros lo hacemos todo—declaró ingenuamen-

te, sin abandonar la sonrisa, larga y afable—. Práxedes ha ido por agua al río, y yo tengo que hacer nuestra compra.

—¿Quiere usted que le ayude?—dijo Ibero, movido de los sentimientos más generosos—. Si a usted le parece, puede ir a la compra y yo quedaré aquí al cuidado de la lumbre.

—Gracias, amigo—replicó Martínez—. Me figuro que también usted es emigrado.

—Y a mucha honra. Emigrado para servir a usted, y muy amigo del señor Clavería.

—¡Ah!..., todos somos amigos, todos somos unos. Pues, si quiere ayudarnos, oiga lo que se me ocurre. Mientras yo voy a la compra, usted se va al encuentro de Sagasta. El pobre ha llevado hoy, además del cubo, un jarro muy grande: los dos cántaros llenos han de pesarle una atrocidad... Es algo indolente y poco aficionado a ejercicios corporales. Si usted trae el cubo, o siquiera el jarro, lo agradecerá mucho.

Conforme Ibero con este plan, bajaron a la calle, y Martínez, con su cesta colgada del brazo, indicó al mensajero la dirección segura para llegar al río. Separáronse, tomando cada cual distinta dirección. La niebla empezó a desgarrarse en jirones vagos. A los diez minutos de marcha, distinguió Ibero la mansa corriente del Sena, como un cristal esmerilado. Acercóse a la orilla por angosto sendero, entre céspedes, y vió venir a un hombre agobiado, andando lentamente, con un grave peso en cada mano. Llevaba el cuello del gabán subido hasta las orejas, sombrero hongo, pantalones doblados a estilo *de pesca;* las botas, mojadas de la gran humedad del suelo herboso. Cuando estuvieron frente a frente, dijo Ibero:

—Señor don Práxedes, le traigo unos pliegos de su amigo Santa María.

—¡Hombre!...—exclamó Sagasta risueño, con toda la gracia bondadosa que le era peculiar—, hombre..., de Santa María..., pliegos... Vamos a casa.

Y al decirlo dejó en el suelo los pesos que llevaba, y tomó un gran aliento, pues venía ya fatigadísimo.

—Vamos a casa, señor—dijo Ibero—; pero no está bien que usted cargue estas cosas... Yo lo llevaré...

Quiso don Práxedes resistirse a que el desconocido le sustituyera en el acarreo del agua; pero Santiago se apoderó de la carga y echó por delante, diciendo:

—Yo estoy aquí para servirle a usted, y ahora, de camino para su casa, le daré una noticia: ha muerto el general O'Donnell.

—¡Hombre, hombre!... Pero ¿es cierto?... Y ¿dónde ha sido?... En Biarritz, de seguro.

—Allí... Parece que comió demasiadas ostras. Los periódicos de hoy lo traerán...

La inopinada y grave noticia detuvo a Sagasta en su camino. Absorto quedó, mirando al mensajero... Por su mente pasó la noble figura escueta del duque de Tetuán; pasaron detrás la vicalvarada, el bienio, las luchas parlamentarias desde el 54 hasta el 65, en que él, Sagasta, había tantas veces combatido airadamente al vencedor de Africa. El paso de aquellas históricas páginas por la memoria del tribuno proscrito iban dejando en su alma sensación de frialdad. Una época de empeñadas contiendas pasaba y moría...

—¡Qué frío hace!—exclamó el buen Práxedes moviendo los brazos para activar la circulación.

Y pensó en la Historia, próvida y renovante, que tras de la muerte trae la vida; tras el frío, el calor. Inmenso hueco dejaba O'Donnell; mas era el vacío que la idea nueva esperaba para cimentarse...

—Vamos, amigo—dijo Sagasta, con súbita impaciencia—. En casa hablaremos. ¿Cómo se llama usted?

—Santiago Ibero; soy también riojano, pero alavés, del lado acá del Ebro. Tal vez haya usted oído nombrar a mi padre, que se llama lo mismo que yo.

—Me suena ese nombre. ¿Su padre de usted es militar? ¿Sirvió con Zurbano?

—Sí, señor. Hace tiempo que está retirado. No sale de nuestra casa de Samaniego... Conocerá usted a mi tía Demetria, la señora de don Fernando Calpena.

—Precisamente los he visto aquí en julio. Vinieron a la Exposición.

Tembló Santiago pensando en el posible encuentro con personas de su familia, y ya no habló más de parientes lejanos ni próximos. Melancólicos pro-

siguieron ambos, y a la casa llegaron cuando Martínez, de vuelta de la compra, preparaba el almuerzo.

—Juan Manuel—dijo Sagasta asomándose a la cocina—, O'Donnell ha muerto.

El otro ya lo sabía: había comprado *La Liberté*.

Mientras Juan Manuel trasteaba en la cocina, don Práxedes recogió de manos de Ibero el voluminoso paquete, donde venían comunicaciones reservadas, unas de Madrid, otras de Bruselas. Después de pasar por ellas la vista con vaga atención, gritó:

—Juan Manuel, oye..., ven un momento. Se me olvidó decirte que hagas también almuerzo para este joven.

Ibero le dió las gracias, excusándose con que tenía que partir pronto; pero al fin, tanto le rogaron, que hubo de quedarse.

—No tenga usted prisa, joven—le dijo Sagasta sonriente, rascándose la barba—. En este mundo no hay nada peor que las prisas... Si corremos tras de las cosas encontramos siempre las peores. Las buenas, créanlo ustedes, vienen a nosotros.

Sirvió Martínez una tortilla para los tres y una chuleta por barba, y bebieron de un borgoña superior, resto de un obsequio que les había hecho el diamantista Samper... Llegó para Santiago el momento de tocar a retirada. Despidióse con estas razones:

—Es muy grato estar aquí; pero yo tengo que hacer y ustedes también.

Sagasta, indolente y festivo, obsequió al riojano con un insípido cigarro de la Régie, diciéndole:

—Nuestros quehaceres no son muy grandes que digamos. En cuanto despachemos la correspondencia fregaré la vajilla, y luego nos iremos a pasar un rato en el café del pasaje Choiseul...

Apenas desapareció Ibero, Juan Manuel, haciendo de secretario, leía los pliegos y extractaba su contenido.

—Aquí nos dice ochenta y tres que continúa celebrando reuniones con ciento cuatro. A la última concurrió noventa, sin que de él pudieran obtener nada concreto.

—Noventa es el duque de la Torre, ¿no es eso?

—Justo. Asistió a la conferencia con Dulce y don José Olózaga; pero se mostró muy reacio... Este otro pliego nos lo manda Alcoriza, el cura de Alcalá Zamora, diciéndonos que veintiocho, el amigo de Sevilla, tiene a la disposición de la Junta tres mil quinientos duros, y que, según comunicación del amigo de Cartagena, cuarenta y siete, entre la gente del Arsenal hay cada día más partidarios de la revolución.

—El amigo de Sevilla es Arístegui, y el de Cartagena, Mogrovejo.

—No: Mogrovejo, ciento setenta y uno, es el de Alicante.

—Dichoso tú, que con tan buena memoria retienes esos números que son personas—dijo don Práxedes mirando vagamente los giros del humo de su cigarro.

A esto siguió una pausa... Martínez leía para sí. Sagasta, después de breve meditación, expresó estas ideas, que demostraban su grande agudeza y el conocimiento de hombres y cosas:

—Juan Manuel, oye: muerto don Leopoldo, y Dios le haya perdonado, se puede dar por concluída la etapa de las sublevaciones locales, de los alzamientos chicos y de las intentonas con partiditas y tontadas... O'Donnell se va, y con su ida acaba la época de los sargentos y empieza la de los generales... Entendámonos con los tetuanistas, y lo que falte lo hará Narváez con sus violencias. La conspiración grande mata la conspiración chica, ¿no crees tú lo mismo?

—Sí...; pero si abandonamos en absoluto la pesca chica—opinó Juan Manuel—, no cogeremos tan fácilmente los peces gordos... Sigamos ahora. *(Le da una carta.)* Aún hay algo muy importante.

—Ya—dijo Sagasta displicente, leyendo con rápido pasar de ojos—. Nuestro bonísimo Santa María nos repite la murga de que debemos parlamentar con don Carlos... Y me incluye una carta de don Félix Cascajares, que sigue en su manía de identificar al pretendiente con la revolución... ¡Vaya por dónde le ha dado a este viejo progresista! Y no es él solo. ¡Qué cosas vemos, Juan Manuel! Pero ¿qué piensan?... ¿Creen posible que traigamos a ese señor a ocupar el Trono? Ya he dicho a Prim que me parecen ridículos esos tratos y contubernios... Y Prim, erre que erre, empeñado en echarme a mí el mochuelo... ¿Qué puedo yo proponer a don Carlos que él acepte?

¿Qué puede don Carlos proponerme a mí que me parezca admisible?

—Pues mira lo que dice Prim. *(Alargándole una carta.)* La conferencia se celebrará por delegación. Tú representarás nuestras ideas: don Ramón Cabrera, las de don Carlos.

—¡Cabrera y yo! *(Con suprema indolencia.)* ¡Y tengo que ir a Londres! *(Lee rápidamente, fijándose en lo más importante.)* «Conviene, mi querido cincuenta, que vaya usted a conferenciar con el *Tigre del Maestrazgo*, no para que lleguemos a una inteligencia, cosa imposible, sino para entretener a don Carlos... Ya que no nos ayude en la revolución, debemos hacer todo lo posible para que no nos estorbe... *(Pausa. Sagasta rehace su voluntad desmayada.)* Iremos a Londres.

Martínez guardó los papeles; cogió una escoba, disponiéndose a la limpieza y arreglo de la casa.

—Y qué, ¿vamos esta tarde a París?

—Iremos un rato al café del pasaje Choiseul—replicó Sagasta, acometido de nerviosa actividad—. Prometí a Gambetta que nos veríamos esta tarde... Pero, antes, atendamos a nuestras obligaciones. Voy a lavar la loza.

XXIII

Crudísimo fué en París el invierno del 67 al 68. Sobre el Sena helado patinaba la juventud bullanguera, y en el lago del Bosque de Bolonia la crema aristocrática organizó una fiesta rusa, con espléndida iluminación, trineos y deportes al uso septentrional. Insensible al frío, Ibero veía pasar los días y los meses en la vulgaridad uniforme, descolorida, isócrona, dentro del cerrado horizonte del almacén. Ganaba el sustento, sí; pero como no vivimos sólo de pan, el hombre estaba en gran penuria espiritual, ausente de toda grandeza y de las nobles aventuras que planeó su loca imaginación. Vida tan desaborida no habría soportado nunca si el amor no le amarrase a ella con fuertes ataduras, y, mientras más se desalentaba viéndose tan bajo, más apasionado se sentía por la hermosa madrileña y más uncido a ella por indestructible yugo. Al contrario de Ibero, Teresa era toda entusiasmo, alientos, orgullo de su oficio. Tanto progresaba en éste, que, al principiar el 68, Ursula, que en ella ponía ya toda su confianza, le subió el jornal a cinco francos. Y para mayor delicia de Ibero, cada día estaba más bonita... ¿Qué diablos hacía para conservar y afinar su belleza y para presentarse más garbosa en su modesto atavío? Obra del medio era esto, sin duda; por todos estilos, París habíala hecho suya.

Privados del campo por el riguroso frío, solían ir los domingos a la *matinée* en algún teatro, y el tiempo restante lo pasaban recogidos en casa, ejercitándose en los temas franceses, o dando él a ella lección de Aritmética. Quería Teresa ponerse muy fuerte en contabilidad. Algunas tardes de día festivo le incitaba a ir al café du Cercle o al de Choiseul para que viese españoles y se alegrara oyendo hablar de revolución y de Prim. Determinóse a ir una tarde. Vió a don Juan Manuel Martínez, vió a Sagasta hablando con un señor de cabello erizado, de semblante duro, de extraordinario fuego en la mirada: era un famoso periodista francés llamado Rochefort. También vió a Gambetta, que entró más tarde; hermosa cabeza, barbuda y melenuda. Hablando con vehemencia, se convertía en cabeza de león.

Ibero sintió reparo de aproximarse a Sagasta, y, buscando el lugar más modesto, arrimóse a otras mesas, donde vió a Carlos Rubio con emigrados de medio pelo. Entre éstos reconoció a un sargento de Bailén y a otro de Calatrava que ya llevaban en París cerca de dos años y se ganaban la vida en una fábrica de *clysobombas*... Al entrar Santiago en el ruedo, los tales hablaban de un trágico asunto, ya viejo de seis meses, pero siempre nuevo, interesante y conmovedor: el fusilamiento de Maximiliano, en Querétaro. A este propósito, Carlos Rubio tomó la palabra con cierto énfasis, y después de colmar de alabanzas a Prim por su destreza diplomática y su airosa retirada de Méjico, sostuvo que la sangre del infortunado archiduque austríaco debía recaer sobre la cabeza de Napoleón III, a quien por éste y otros motivos puso cual no digan dueñas, concluyendo por llamarle *Nabucodonosor*... El Imperio francés era un

Poder falso y sin fundamento, estatua de bronce con pies de barro.

Llegó luego un patriota madrileño del 22 de junio, menguado de cuerpo, barbudo de rostro: ganaba el pan en un comercio de naranjas. En cuanto tomó asiento, sacó el número de *Gil Blas*, que *venía muy bueno:* traía sinfín de picardías graciosas contra el *neísmo* y solapadas alusiones a personas altas. De mano en mano pasó el periódico; todos se regocijaron con los donaires de Luis Rivera, Eusebio Blasco y Manuel del Palacio. El famoso soneto de éste, despiadado con doña Isabel, fué repetido entre risas por el sargento de Calatrava, que lo sabía de memoria. La conversación recayó luego en el infante don Enrique, desterrado a Canarias por si se corrió o no se corrió hablando de su prima. De ésta, ya se comprenderá que no habían de decir cosa buena. Suponiéndola destronada, allá para Pascua florida o para San Isidro, apresuráronse a proveer la vacante. En aquella asamblea de soñadores vocingleros, Montpensier no tuvo más que un voto; don Enrique, ninguno; Espartero se llevaba de calle a todos los candidatos. Por fin, el bueno y desastrado de Rubio cortó con tajante autoridad la nudosa cuestión, afirmando que no había más candidato serio que el rey viudo de Portugal, don Fernando de Coburgo. A esto puso reparos un vejete vivaracho que se titulaba *demócrata hasta morir*, y declaró que su partido no quería que le hablaran de reyes. Así se lo habían escrito Castelar y Pi y Margall desde Ginebra, Orense desde Bayona y García Ruiz desde Amberes. Si no creían lo que bajo su palabra afirmaba, traería las cartas para que los presentes vieran y entendieran.

Con estas divagaciones y controversias Ibero se entretenía y pasaba gratamente el rato; pero al fin de la tertulia presentóse aquella tarde en el café un sujeto de alta estatura y curtido rostro, barba erizada, voz cavernosa, tipo de mareante, el cual desconcertó a Santiago con su saludo bronco y fúnebre, como dicho con bocina:

—¿Ya no me conoces, Iberillo? Soy Nonell, piloto retirado, que despachaba el *Monarca*, en Barcelona. Me metí en aquel turrisburris... Tiene uno patriotismo y sangre liberal... Ventura y Mas, fusilados... Yo escapé por un milagro de la Virgen... Vaya, vaya; has variado bastante, Iberillo; estás hecho un hombre. ¿Llevas en París mucho tiempo? ¿No viste a Ramón Lagier, que aquí estuvo, por agosto, a visitar la Exposición? Pues sabrás que volverá... y pronto. Aquí tengo su carta. Viene al negocio de la Causa. Estará unos días... Entiendo que irá después a Londres, a ponerse al habla con Prim. Si quieres verle, dime las señas de tu casa y te avisaré cuando llegue.

Respondió Ibero con torpes evasivas y se despidió del casi desconocido y olvidado Nonell, sin darle las señas o dándoselas equivocadas. Aturdido y en grande inquietud salió del café, y, de camino hacia su casa, sondeaba su interior, buscando la razón psicológica del extraño azoramiento que sentía. ¿Por qué le turbaba la idea de verse en París con el capitán Lagier? Era éste persona de su particular predilección y cariño. Le amaba como a su padre, pues fué para él padre de la voluntad y regulador de la existencia. Verdad que tanto como le amaba le temía; había sido para él un maestro inflexible, un cuño de duro metal que le dió forma y perfiles nuevos... Si en París le encontraba el maestro, era casi seguro que con su férrea autoridad trataría de soltarle del yugo de Teresa, y contra esto, ¡vive Dios!, se rebelaba con toda su energía y fiereza, y lo mismo haría con su padre, si llegara con iguales intenciones separatistas.

De esta zozobra, que duró todo el mes de enero y parte de febrero, le sacó al fin Teresa con su dulzura y la maña que se daba para penetrar en el alma de él, descubrir lo dañado y ponerle remedio.

A fines de febrero, queriendo madame Plessis ampliar la protección que a Teresa dispensaba, dióle la suma necesaria para que ella y su amigo pudieran dejar los estrechos aposentos del *hotel meublé* y alquilar un piso cuarto, luminoso y alegre, en la misma calle de Saint-Roch. En marzo estrenaron aquel precioso nido y los muebles, tan modestos como elegantes, que Teresa compró a su gusto. La suerte se empeñaba en favorecerles, porque en la misma semana, Santa María aumentó en un franco el sueldo de Ibero, ascendiéndole del trabajo rudo del almacén al descan-

sado del escritorio *(rue* Saint Hyacinthe). ¡Oh París tutelar!

La felicidad de Teresa era un cielo sin nubes; la de Ibero, a las veces, se oscurecía con el celaje de sus murrias, abatimientos y desmayos anímicos. En lo corporal notábase igual diferencia, porque si Teresa gozaba de una salud formidable, insolente. que se manifestaba en la frescura de su tez, en el torneado de sus formas y en el brillo de su mirada, la naturaleza de Santiago, construída para un vivir duro y longevo, comenzaba a quebrantarse. La Villaescusa era como una planta de tiesto trasplantada en tierra libre; Ibero como un árbol silvestre traído al encierro de la estufa. Teresa reconstruía su vida con nuevos elementos; Ibero veía desmerecer la suya por el abandono de los elementos propios. Así lo comprendía con su admirable penetración la hermosa madrileña, y cavilando en ello con alguna inquietud, se decía: «Mi pobre salvaje no puede adaptarse a este reposo, a esta igualdad de las horas y los días; necesita libertad, movimiento, aire, sol. ¿Qué haría yo para darle todo esto?» Por más que en ello reflexionaba, no veía la solución del problema.

Tenía Ibero su mesa de trabajo en un cuartito próximo al despacho del señor Santa María. Por allí pasaban todos los que tenían que hablar con el jefe de la casa, corredores, clientes; por allí los emigrados que solicitaban socorro... Cuando en el despacho había demasiada gente, Ibero. por orden de su principal, decía a los entrantes: «Tengan la bondad de aguardar un poquito; en seguida pasarán.» En el rato de plantón, algunos entraban en palique con él: no hay que decir que eran españoles. Un día de abril llegó un sujeto a quien hubo de suplicar que esperase un ratito. No le veía Ibero por primera vez: ya vino a fines del mes anterior; en sus visitas se mezclaban las dos naturalezas, comercial y política; don Manuel le apreciaba y solía convidarle a comer en el café Inglés. Era el tal de estatura espigada, seco de carnes, tan acelerado y nervioso, que no podía estar quieto en ninguna parte; expresivo en la mímica, suelto en la palabra, con acento andaluz de blando ceceo. Tapaba sus ojos con gafas azules; el rostro le tenía curtido y picado de viruelas, el pelo al rape, la barba corta; su edad no pasaría de los cuarenta. Conocía Ibero de aquel señor el nombre de pila, don José; ignoraba el apellido. Aquel día entró el andaluz con ganas de conversación y, viéndose obligado a una corta antesala, desahogó su locuacidad con el dependiente:

—¿No sabe usted la gran noticia, joven? Se ha muerto ese perro de Narváez... Ya reventó el tío, ya cargó el diablo con él. Y van dos.

—Dos, sí—dijo Ibero—. En noviembre, O'Donnell; ahora, éste... Los dos puntales de la monarquía. ¿Qué le queda a doña Isabel?

—Le queda Marfori—dijo el don José con risotada cínica—. ¡Bueno se pondrá el país!... Según parece, seguirá González Bravo, que es un barril de pólvora.

—¿Va usted a Londres, don José?

—No, hijo; vengo de allí; voy a España... Hay que mover los títeres. ¡Ocasión como ésta...! Volveré pronto a Londres; pero no pasaré por Francia; iré por mar.

En este punto se abrió la mampara; salieron dos y pasó don José al despacho dando voces. Como un cuarto de hora estuvo encerrado con dos Manuel. Este llamó; acudió Santiago. En el momento de entrar, don Manuel decía con jovialidad al andaluz:

—Pero no le bastarán quinientos francos. Se expone a tener que dar un sablazo por el camino.

Y volviéndose a Santiago le ordenó que fuese a la caja y trajese mil francos oro...

—Oye, oye: que los anoten en la cuenta de don José Paúl y Angulo.

Al despedirse, soltó el señor Paúl todos los grifos de su facundia, que en aquella ocasión fué enteramente patriotera y de *ojalatismo* revolucionario.

—Voy a revolverte un poco, Andalucía de mi alma. Ya era hora... Allá por Cádiz y Jerez estamos hartos... A Prim le he dejado animadísimo... Con poco que ayuden o dejen hacer los generales de la Unión la armaremos gorda..., pero muy gorda, mi querido don Manuel. Yo le digo a Prim que eche por la calle de enmedio... Abajo la reina, sin pensar en más candidatos ni candiditos... Cortes Constituyentes..., y adelante con los faroles de la Historia...

Abur, amigo, que cuando nos volvamos a ver podamos decir: Salud y España libre.

Otros españoles y franceses pasaron por el escritorio, dejando enzarzadas en los oídos noticias de España. Cada día llegaban de allá especies más alarmantes, de un tono agrio y chillón, como todas las cosas de la tierra de los colorines. Las últimas palabras de Narváez fueron: *Esto se acabó. Dejo a España entre dos Juanes.* Los Juanes eran Pezuela y Prim. Reacción y Libertad... Se le hicieron exequias suntuosas. Ejército, Política, Magistratura, Corte, tributaron a sus restos honores ampulosos, retumbantes. Pero no se dice que Isabel II consagrase a este fiero servidor de la Monarquía una frase *shakespiriana,* como la que, según cuentan, pronunció al tener noticia de la muerte de O'Donnell: *Se empeñó en no volver a ser ministro conmigo, y se ha salido con la suya...* La bondadosa reina sin seso nombró a González Bravo heredero de Narváez en la Presidencia del Consejo. Fué un ademán de suicidio... Para concluir de arreglarlo, hizo capitanes generales a los marqueses de Novaliches y de la Habana; y después dedicóse a hinchar la *Gaceta* con nombres de nuevos marqueses, grandes de España y caballeros del Toisón.

Avanzado ya junio, recibía Santiago directamente del propio señor Santa María, nuevas de España. Algunas noches llamábale don Manuel a su despacho para dictarle la correspondencia. Sentados frente a frente, trabajaban hasta muy tarde, y en los ratos de descanso permitíase el buen aragonés su poquito de *ojalateo.*

—Esa pobre señora está ya completamente ida de la cabeza... Hablo de doña Isabel... Entiendo yo que no hay en ella perversión, sino falta de juicio. La verdad, siento hacia la reina más lástima que odio. Si pudiera yo hacer algo por esa señora, abrirle los ojos, librarla de los cuervos que la rodean, tendría la mayor satisfacción de mi vida. Pero ya no hay quien la salve... Otra cosa: sabrás que se casó la infanta Isabel con un príncipe napolitano, y Madrid vió por las calles la pompa palaciega, el desfile de carrozas. Será bonito aquello. Me escribe un amigo que el pueblo de Madrid vió a la infanta con simpatía: dicen que es buena de su natural. Esa jovencita y su hermano Alfonso no tienen culpa de nada y pagarán los vidrios rotos por su mamá... Pues verás ahora lo más gordo: a los pocos días de la boda, echó *La Nueva Iberia* un artículo en que se traslucía que ya estaban los generales unionistas colados en la revolución. ¿Qué hizo González Bravo? Coger a los generales y ponerles a la sombra. Fué ni visto ni oído. Anochecieron en sus casas y amanecieron en las prisiones de San Francisco. De allí han salido para Canarias o Baleares el duque de la Torre, Dulce, Serrano Bedoya, Zabala, Echagüe, Caballero de Rodas, Ros de Olano, Marchesi y otros que, si no son todavía generales, entiendo que lo serán pronto. ¿Qué te parece, Ibero? ¿No te da olor a chamusquina? ¿No sientes los pasos del cataclismo? ¡Los unionistas en destierro lejano... y Prim en Londres...! ¿Por dónde vendrá lo que ha de venir? ¿Tú qué piensas?

—Yo, señor—dijo Ibero—, pienso y creo que ello vendrá por donde disponga Prim, pues Prim es el hombre, es la Libertad, es la España nueva, que dirá a la vieja: «Vete de ahí, estantigua, harta de ajos, hija de fraile y maestra de la gandulería...»

Con las azarosas noticias de España estuvo Santiago en aquellos días muy avispado; engrandecía los sucesos, los comentaba con regocijo ardiente si se trataba de liberales, con sarcasmo y malicia si se referían a moderados o a los aborrecidos neos... Pero, de improviso, ¡ay!, en lo más alto de estos vuelos de la fantasía, la Providencia, con frío y cruel manotazo, le precipitó en la dura realidad, desatando sobre él todo el rigor de las desdichas. ¡Infeliz Ibero!, ya los benéficos espíritus se cansaron de protegerte, y caíste en poder de los espíritus aviesos, que aborrecen la paz y abominan del amor.

XXIV

Jesús Clavería, que ausente de París estuvo largos meses, *laborando,* según dijo, en las plazas de Cádiz y Ceuta, reapareció a mediados de julio. Tranquilo y gozoso estaba Ibero en su despachi-

to una mañana cuando le vió entrar... ¡Qué alegría y, súbitamente, qué susto, qué consternación! En breves palabras le dió Clavería el jicarazo:

—De Cádiz me vine embarcado a San Sebastián; allí vi a tu padre, que ya sabe dónde estás, y viene a París decidido a cogerte, secuestrarte y llevarte consigo... Traerá todo el apoyo de las autoridades españolas y francesas. Prepárate, Iberillo... Mi opinión es que te dejes coger.

El terror privó a Santiago de la palabra. Lo primero que dijo, llevándose las manos a la cabeza, fué:

—¿Dejarme coger, dejarme llevar?... ¡Nunca! Suceda lo que quiera, mi padre tendrá que volverse solo.

—Ya lo pensarás, hijo. Estás en edad de no prolongar las tonterías... Veremos reproducida la escena de la *Dama de las Camelias*, cuando viene el papá del señorito Armando y...

—¡No, no!—gritó Santiago, dejando caer con estruendo sobre la mesa la palma de su mano—. Teresa no está tísica..., no está tísica, ni de los pulmones ni de la voluntad. Es mujer fuerte, mujer valerosa... Ni del corazón ni del cerebro flaquea; no y no.

—Bueno, hombre, bueno... ¿A qué ese furor? Mejor será que te inspires en la sana filosofía parda, y esta noche te vengas conmigo un ratito a Mabille... ¿Qué... te incomodas?... Pues dejemos a un lado la filosofía... Tu padre, por lo que me dijo, estará aquí dentro de un par de días... Lo que resulte de esto lo sabré yo más adelante, porque mañana saldré para Londres.

No dijo más y pasó al despacho.

En indecible ansiedad estuvo Ibero hasta que llegó la hora de salir a la refacción de mediodía. Siglos se le hacían los instantes. No hay que decir que antes de hablar con Teresa, la lividez de su rostro, incapaz de disimulo, y el extravío de su mirada le delataron.

—Grave cosa me traes hoy, salvajito —dijo la madrileña bajando con él a la calle—. ¿Qué es? Cuenta, cuenta.

En pocas palabras refirió Ibero el terrible conflicto. Por entre los porches de la calle de Rivoli oyó Teresa la siniestra noticia, sin perder la serenidad, y confortó el ánimo turbado de su salvaje con estas apacibles razones:

—Almorzaremos tranquilamente y luego, en casa, vendrá la deliberación y oirás mi parecer. No te apures; no veas montañas donde sólo hay un montoncito de arena. Somos unos pobres vagabundos, que hemos labrado una choza con cuatro palitroques y un poco de paja. Esta choza es para nosotros un hogar sagrado que convertiremos en castillo inexpugnable.

Así habló Teresa:

—Tu padre no podrá separarnos, y para evitar disgustos y cuestiones, que siempre traerían falta de respeto, hemos de procurar que don Santiago Ibero tenga que volverse a España sin que pueda hablar contigo ni conmigo. Tú y yo desaparecemos, tú y yo nos evaporamos. ¿Cómo? Vas a saberlo. ¿Conoce tu padre las señas de nuestra casa, las señas del señor Santa María, donde estás colocado? Pues ni a mí en nuestra casita, ni a ti en su oficina nos encontrará. Para conseguir esto necesitamos contar con la protección de dos personas: Santa María y Ursula Plessis. Yo, antes de hablar con mi amiga y patrona, sé que no ha de faltarme su amparo. ¿Puedes tú decir lo mismo del señor Santa María? Es preciso, Santiago, que esta misma tarde hables con él... Le pides una conferencia... Solicitas que te conceda un cuarto de hora. Pues bien: no seas tímido ni te amilanes. Le cuentas con absoluta sinceridad toda nuestra historia, sin ocultar nada, nada. Santiago. Le dices cómo empezó nuestro conocimiento..., lo que yo fuí..., sin omitir cosa alguna, salvajito mío..., a estos lances se va con la verdad.... lo que yo fuí, lo que soy ahora... Le cuentas nuestro encuentro en el tren del Norte; el pacto que hicimos en Bayona; nuestra vida en Itsatsou, en Olorón; la inspiración de venirnos a París; en fin, todo, todo. Y cuando, a más de esto, sepa don Manuel el conflicto que se nos viene encima, le pides que te mande a Londres con una comisión cualquiera comercial o política... Pero no tienes que descuidarte. En cuanto llegues al escritorio, te vas derecho a don Manuel y...

Parecióle a Santiago muy acertado el consejo, y no le puso más pero que el desconsuelo de la separación. Si juntitos fueran a Inglaterra, la felicidad sería redonda; a lo que respondió Teresa:

—Dudo que Ursula me deje salir de París. Estamos en la época de más trabajo y apuros de tiempo; ella no goza de buena salud y descansa en mí...

Convinieron en que la resolución definitiva se aplazaba para la noche, después que cada cual hiciese la consulta con su patrono tutelar. Impetuoso y confiado por los alientos que le había dado Teresa, fué Santiago a la confesión con don Manuel, el cual dió el primer indicio de benevolencia prestándose a escuchar una historia larga, si bien no desprovista de interesantes episodios. ¡Y que no se quedó corto Santiago en el arte de la presentación, poniendo a plena luz lo que, a su parecer, más le favorecía! El buen señor oyó con interés, y en los pasajes que indicaban audacia y travesura soltaba la risa. Todo le regocijaba, todo le hacía feliz; a ratos, la satisfacción humedecía sus ojos tiernos. Creyérase que sus maduros años recibían en cada lance de aquella historia, tan espiritual como picaresca, inhalaciones de flúido juvenil.

Cuando Ibero, terminada la confidencia, le presentó el grave conflicto de la venida de su padre, el aragonés precipitó su opinión diciendo entre picadas risitas:

—Tú y ella debéis desaparecer, evaporaros. Respetable será el papá, ¿quién lo duda?... Pero conviene que no encuentre al hijo casquivano. Los padres no tienen razón siempre. Lo que yo digo: la razón de la sinrazón es alguna vez la razón suprema.

Estas peregrinas y algo estrafalarias manifestaciones del risueño don Manuel, y lo que después dijo Ibero de sus ganas de servir a la Causa bajo la bandera revolucionaria de Prim, determinaron la solución más práctica y sencilla que pudiera imaginarse.

—Lo mejor—dijo Santa María—será que te vayas a Londres; yo te daré una carta para mi tocayo Ruiz Zorrilla, y con la carta irán papeles y notas que, a mi parecer, serán de alguna utilidad en los momentos presentes. Llevarás lo preciso para el viaje y te abriré un modesto crédito en la casa de mis corresponsables en la City para que vivas uno o dos meses en aquella Babilonia. Aprovechando tu viaje, mandaré contigo a Blanco Brothers valores y efectos comerciales.

Por último, con la idea de ganar tiempo, se convino en que las cartas y encargos quedarían corrientes aquella noche a fin de que pudiera el prófugo salir pitando a la mañana siguiente.

Cuando Ibero y Teresa se juntaron para comer, de la boca de uno y otro salió la misma exclamación:

—¡Triunfo completo!

El dijo:

—Es un santo ese hombre.

Y ella:

—¡Qué mujer tan buena!

Con recíprocas felicitaciones celebraron su éxito y, apresurando la comida, se fueron a su casita, donde con más desahogo refirió cada cual su breve gestión.

—¿Sabes una cosa, mujer?—dijo él—. La historia que le conté a don Manuel, la historia mía, la nuestra, debe de ser igual a la suya, o, por lo menos, muy parecida. Porque el hombre no se incomodó por nada de lo que conté... Todo le hacía mucha gracia..., y el hombre reía, reía... Ni una sola vez le vi fruncir el entrecejo. Mi historia es la suya... ¿Conoces tú a la mujer de don Manuel? Yo apenas la he visto... Es guapa y vive muy retraída... En fin, que el hombre me manda a Inglaterra. Lo que te digo: es un santo.

Habló luego Teresa:

—Lo que hará Ursula por mí ya lo sabes: llevarme a vivir consigo mientras tú estés ausente, y si se presenta tu padre, decirle: «Aquí no hay *damas de camelias*, ni Cristo que lo fundó. Vaya usted con Dios, caballero, y no parezca más por esta casa.» No me sorprende la bondad de Ursula: yo la esperaba. ¿Sabes por qué, tontín? Porque mi historia es semejante a la suya: yo lo sé. Y en la historia de ella también apareció un padre..., pero se fué como había venido. En fin, chico, que la vida humana se repite sin cesar, y lo que hoy pasa ha pasado miles de veces.

Tranquilos, confiados ya en la solución del conflicto, sólo quedaba la pena de la separación. Ambos la expresaron con ternura, y a la ternura añadió Ibero el ardor de su exaltado temperamento. Esperó Teresa a que las llamas se aplacasen, y sobre el rescoldo dejó caer su palabra dulce, que en los momentos críticos sabía engalanarse con las mejores luces de la razón:

—Tanto como tú, siento yo la ausencia; pero la soporto por algún tiempo, un mes o dos, porque sé que mi salvaje necesita de vez en cuando escapaditas al campo, al mar, a los aires del mundo. Bueno es, créelo, que vuelvas en seguida de tu ilusión, que llegues a ella y la toques y veas si es cosa real o fantasma... Donde me dejas me encontrarás, y aunque tardes más tiempo del convenido, siempre seré lo que soy. Tan seguro estamos yo de ti y tú de mí, que no hacen maldita falta los juramentos ni las protestas de fidelidad eterna. No salgamos ahora imitando a las novelas desacreditadas. Nuestra novelita, modesta y sin requilorios, la hacemos nosotros a la chita callando, con hechos positivos y la verdad por delante. ¡hala!; y que venga Dios y lo vea.

Siguió a esto un largo divagar sobre el sistema de comunicación que habían de establecer para saber uno del otro con frecuencia. Dios misericordioso, que mira por los enamorados, cuidaría de mantener el contacto de las almas para que la ausencia fuese el más parecido retrato de la presencia. En esto se les fué una hora larga; de las ternezas y amantes coloquios que ocuparon el resto de la noche no hay para qué hablar.

Tempranito estaban los dos en la plaza Roubaix. Tomó Ibero su billete directo a Londres por Calais. Teresa entró al andén para estar junto a él hasta el último instante. Por mucho freno que quiso echar a su emoción, perdió la entereza cuando se aproximaba el momento de la partida... El en la ventanilla, ella en el andén, repitieron lo que se habían dicho de cartas, direcciones, poste restante y telegramas; pero luego Teresa tuvo que sacar el pañuelo y aplicarlo a sus ojos... Y desde el tren en marcha vió Ibero que el pañuelo bajaba a la boca, para dejar libres los ojos con que mirar al amado, y luego batió los aires dando los últimos adioses... Llevaba Santiago el corazón tan oprimido, que no podía respirar. ¿Por qué se iba? ¿Por qué no la llevaba consigo?... ¿Qué era la vida sin ella?... Pero una vez en camino, volver pronto era la mejor solución.

Hasta más allá de Creil no se aflojó el lazo corredizo que apretaba el corazón del viajero, y en el *restaurant* de Amiéns, donde bajó a tomar algo, se iniciaron las impresiones y sorpresas, que eran como signos precursores de las interesantes aventuras que buscaba. Al entrar en el comedero, encaró de sopetón con Clavería, el cual mostróse frío y reservado en su saludo. No alcanzaba el riojano la razón de esta esquivez de su amigo, a quien no había visto desde que le anunció la próxima emergencia de Ibero padre. A las explicaciones que hubo de pedirle Santiago, contestó Clavería secamente:

—Si quieres, hablaremos en el tren. No me negarás que vas a Londres. Ya te vi en la estación de París: no me sorprendió. Y no vas a Inglaterra huyendo de tu padre... Tu padre y el decoro de la familia te tienen a ti sin cuidado. Vas... tú sabrás a qué.

Viendo a Clavería entrar en un coche de segunda, se coló tras él. En el departamento iba otro viajero español (y no había nadie más), en quien al punto reconoció al catalán Nonell, que en el café del Pasaje le había desconcertado con los pronósticos referentes al capitán Lagier. Reclinado con indolencia, el viejo marino comía lonjitas de carne fiambre, que cortaba cuidadosamente con su navaja; delante tenía una cesta con diferentes vituallas entre papeles grasientos... Ibero se sentó frente a Clavería, y sin preámbulos habló así:

—Mi coronel, usted me ha dicho cosas que no entiendo, y otras que me lastiman por el despego con que me trata. Somos amigos, y por mi parte no quiero dejar de serlo.

—Te conozco, Santiago—replicó Clavería sin abandonar su sequedad—, y sé que no has de revelarme adónde vas dirigido, qué llevas y quién te manda. Vuélvete a tu coche para que no caigas en la tentación de explicarme los fines de tu viaje. Si aquí te quedas, no podré yo contener las ganas de preguntártelos.

Comprendiendo Ibero que le convenía conservar el misterio planteado por las enigmáticas razones de Clavería, se dió mucha importancia, diciendo:

—Hará usted bien en no preguntarme nada, pues yo a usted nada le pregunto.

El catalán, que acababa de empinar una botella, bebiéndose de un tirón gran parte del vino que contenía, se limpió

con la mano la boca y soltó de ella estos conceptos roncos:

—Déjate de músicas, Iberillo, y cuéntanos qué embuchado llevas a Londres. Don Jesús va llamado por Prim; yo, mandado por Ramón Lagier. Tú no puedes decir lo mismo; y a propósito, hijo, espérate un poco: en Marsella vi a Ramón la semana pasada, y me dijo que te tiene ya por cosa perdida. En fin, con nosotros, que somos de ley, y llevamos el corazón abarrotado de patriotismo, debes clarearte. Si no lo haces, pensaremos que llevas una encomienda traidora. Porque..., para que lo sepas, la traición ronda nuestra Causa.

Estupefacto miró Ibero a Clavería, el cual, después de afirmar enérgicamente con la cabeza, lo hizo en estas palabras:

—Falsos amigos. Iscariotes, hay en la Causa, y los buenos patriotas debemos aplastar la negra traición. Tú eres un inocente; enredando con los espíritus, no ves lo que pasa en el mundo. ¿Sabes tu que la infanta Luisa Fernanda y su marido Montpensier han sido desterrados por haber escrito a doña Isabel señalándole el mal camino que lleva la política?

—En París lo supe, y también que salieron de Cádiz para Lisboa en la *Villa de Madrid*.

—Pero no sabes que los unionistas que trabajan en Cádiz este negocio, Ayala, Barca, Vallín, se echan atrás si no aceptamos como futuro rey de España al duque de Montpensier.... ¿Qué, te ríes de esta dificultad? ¿Qué significa esa cara de idiota que pones oyéndome lo que acabo de decirte?

—Significa que no me da frío ni calor que esos señores y otros quieran encajarnos un rey que los militares no habían de aceptar.

—Veo que estás en Babia. Los generales que fueron tetuanistas, ahora desterrados en Canarias, también respiran por el maldito Montpensier. Nuestro gozo en un pozo. Aquel júbilo, ¿te acuerdas?, con que celebramos la coalición, se nos convierte en rabia.

—Prim triunfará de todo—afirmó Ibero, que con su lozano optimismo resolvía la temida cuestión—. ¿No cuenta con el ejército?

—De Cádiz y Ceuta he venido yo no hace mucho—dijo Clavería—. Los cuerpor de guarnición en aquellas plazas están bien dispuestos. Las disposiciones son excelentes; de las agallas para salir no puede decirse lo mismo... Recordarás lo de Valencia, lo del veintidós de junio en Madrid... Hace tiempo que se emprendieron trabajos en otro organismo militar de gran poder. Ya lo teníamos ganado; ya lo teníamos cogido por los cabezones...

Ibero no entendía, y sus ojos, clavados en el rostro del amigo, querían deletrear el pensamiento de éste, que la palabra a intervalos mostraba y encubría... En tal punto, la voz de Nonell, con estruendo ronco de bocina, rompió en francas declaraciones:

—Este tonto no sabe que está en el ajo la Marina... la Marina de guerra.

—Estaba—dijo Clavería con dejo melancólico—, porque Topete se ha cerrado en banda por Montpensier... y con este señor, naranjista y paragüero, no transigimos... Preferiríamos aguantar a doña Isabel, que siquiera es española.

XXV

La conversación languideció gradualmente. Nonell, después de dar los último tientos a la botella, atronaba el coche con sus ronquidos lúgubres, que parecían lanzados también con bocina o trompa de nieblas. Clavería fué cayendo en una taciturnidad melancólica. Ibero, arrimado a la ventanilla, contemplaba el paisaje, las verdes planicies bajas, limitadas al Oeste por una faja de mar de un azul grisáceo: era el Canal de la Manga, o de la Manche, Mancha muy distinta de la que inmortalizó Don Quijote... Así llegaron a Calais. Cada cual agarró su maleta, y a escape metiéronse los tres en el vapor, que desatracó sin tardanza, y con vigorosas paletadas que levantaron bullentes espumas, partió trotando hacia la acera de enfrente, Inglaterra. El vapor era de ruedas, con anchos tambores que formaban en el centro de la embarcación una extensa y alta toldilla. A ésta subieron los tres españoles, y arrimándose a la borda, vieron cómo se alejaba y desvanecía la costa francesa. Allí recobró Clavería la palabra para proseguir con Ibero la conversación interrumpida.

—¿No te enteraste?—le dijo—de que ha-

ce unos días estuvo Prim en Francia? Fué a tomar las aguas de Vichy, que le hacen mucha falta para su padecimiento del hígado. Napoleón, que no le perdona lo de Méjico, le había cerrado la puerta de Francia. Fué preciso entablar negociaciones, poner en juego influencias inglesas, para que se le permitiera una temporada corta en Vichy...

—Algo de esto dijo no sé quién en el escritorio de Santa María—replicó Ibero—, y también que el general volvió pronto de Londres.

—Porque a los cuatro días de estar en Vichy llegaron desolados el cura Alcalá-Zamora y Pérez de la Riva. Venían de Cádiz con la noticia de que los unionistas piensan hacer el movimiento por sí mismos, anticipándose a los planes de Prim... Naturalmente, no sabes nada de esto. Recibir Prim el aviso de la gran traición y salir escapado de Vichy, fué todo uno. Al paso por París, visitó al ministro del Interior, monsieur Pinard, y le dijo que se volvía precipitadamente a Londres por haber caído repentinamente enferma la condesa... El general, acompañado por Juan Manuel Martínez, pasó este Canal hace pocos días..., quizá en este mismo barco...

Otras vueltas dió Clavería con triste acento al nunca apurado tema. De pronto Nonell, con penetrante vista marina, señaló tierra. Momentos después, los que no eran mareantes distinguían bien los acantilados de Dover. La conversación recayó en las grandezas de Albión, en la libertad que aquel país concede, tanto a sus hijos como a sus huéspedes... ¡Nación como ninguna, sólida y potente, porque en ella tiene su imperio la justicia, es respetada la ley y amada la persona que la simboliza! Nonell, que había vivido en Livorpool y en Londres bastante tiempo, no se hartaba de encomiar la vida inglesa; la colosal abundancia de comestibles de todo el mundo que allí se reúnen; la excelencia y la finura de las carnes; la variedad y fuerza de los vinos y bebidas; la colosal riqueza, la hermosura de la libra esterlina, lo bien pagado que está el trabajo, y, por último, también había que dar a las hembras su buena parte en los elogios, por lo tersas, sonrosadas y frescachonas. Divagando así llegaron a Dover, y con la misma prisa con que entraron en el vapor salieron de él, requiriendo a escape el tren que había de llevarles a Charing Cross, que ya estaban en el país de las prisas, donde el tiempo vale y corre. Nonell, que mascullaba el inglés marítimo, sabido de todos los navegantes del mundo, les servía de intérprete. En alas del tren, que marchaba con sostenido ritmo y andadura veloz, sintióse el buen Clavería movido a la sinceridad.

El alma noble del coronel se desbordó en estas francas explicaciones:

—Pues ahora, Iberillo, preciso es arrojar al aire los disimulos y marrullerías españolas. La mentira no cuaja en esta tierra. Hablando como hombre de honor, te digo que yo no traigo misión ninguna, ni nadie me ha mandado; vengo por mi cuenta, traído por mi patriotismo y mi amor a la Libertad, sin más objeto que decir a Prim: «General, ¿qué hacemos? ¿Es cierto que los unionistas nos echan el pie adelante y nos quitan con su cansado Montpensier la bandera revolucionaria? ¿Quedaremos en proscripción eterna, llorando nuestra incapacidad y las desdichas de la patria, que no sabe sacudir una tiranía sin aplicarse otra?...» A esto vengo y nada más. He fingido una misión misteriosa para ver de arrancarte a ti el secreto de la que traes.

La espontaneidad del amigo movió a Santiago a desembozarse con igual franqueza, diciendo:

—Pues si ha llegado el momento de la verdad, allá va la mía. A Londres me manda mi principal y jefe, que no es capaz, bien lo saben ustedes, de tramar cosa contraria al interés de Prim, de la Libertad y de la emigración.

—Pero don Manuel es hombre tan bueno como inocente—indicó Clavería—, y a todos los emigrados agasaja por igual, sin reparar ni distinguir el género bueno del averiado..

—Yo no sé lo que traigo. Soy portador de una carta bastante abultada para don Manuel Ruiz Zorrilla.

—Empezaras por ahí—dijo Clavería con alborozo—y se nos habría quitado el amargor de boca... Al verte en la estación de París, di en pensar lo peor: que traías comunicaciones del infame unionismo. En París vi a Pastor y Landero: en el Café du Cercle estuvo la otra tarde revistiéndose de importancia y misterio; hablaba en nombre de Topete y Malcampo... Luego sé que fué a

visitar al amigo Santa María... Bien puede ser que éste avise a Ruiz Zorrilla para que... En fin, pronto saldremos de dudas, porque tú traes la carta, y yo te llevo a la presencia de Ruiz Zorrilla en cuanto lleguemos a Londres... Viene a resultar que el mensajero soy yo y tú la valija... ¿Dónde estamos, maestre Nonell? ¿Llegaremos pronto?

—Ya esto es Londres—dijo el lobo de mar señalando las filas de casas de ladrillo ennegrecido que a un lado y otro del tren y debajo de éste se veían.

Pasado New Cross, inmenso haz de líneas férreas que allí se reúnen, y de allí se ramifican abriéndose como varillas de abanico para penetrar por diferentes puntos en las entrañas de la metrópoli, vieron por la derecha un bosque de mástiles. Era el inmenso rebaño de buques de vela encerrado en las aguas quietas de Gran Surrey Docks. Contemplando las altas arboladuras, el bueno de Nonell rompió en estas exclamaciones de entusiasmo:

—¡Hurra por Inglaterra; hurra por los mercantes y por los reyunos también, concho!... ¡Hurra por toda la marina de aquende y de allende y de más allende!...

Arrebatado por su propio acento, prosiguió su enfático sermón, en pie, braceando, como si hablase ante un gran concurso:

—Señores, yo aseguro bajo mi palabra de honor dos cosas: primero, que amo a Inglaterra como a una madre, pues en ella he mamado la leche de la navegación; segundo, que tengo mi boca, paladar y tragadero tan resecos como la yesca, y, por tanto, hago voto de beberme uno, dos, o si a mano viene, cuatro vasos de cerveza *pelel*, en cuanto demos fondo en la estación de Charing Cross. Señores, nobles amigos, no puedo yo en momento de tanta alegría guardar ningún secreto. Del corazón se me salen los secretos, arrastrados por el patriotismo, que cuando soy feliz no quiere estar encerrado en el silencio. Declaro que vengo acá mandado por mi amigo Ramón Lagier para tripular con otros mareantes españoles el vapor que ha de ir a Canarias en busca de los generales... A ti te lo digo, Iberillo, que este Clavería ya lo sabe. ¡Qué honra para mí, nobles caballeros y amigos del alma!

—Aplaca tus humos, buen Nonell—dijo Clavería con inflexión escéptica—. A tripular el vapor te han mandado; pero fácil es que al llegar a Londres encuentres deshecho ese plan, y tengas que volverte con las orejas gachas a tu triste destierro de París.

—Pues ahora me toca a mí—exclamó Ibero, contagiado de la exaltación del catalán—. Si el amigo Nonell está en sus cabales y no es delirio lo que nos cuenta, en ese vayor iré yo. Si ustedes no quieren enrolarme, yo mismo le pediré a don Juan Prim que me enrole, aunque sea de grumete, de marmitón, de fogonero. ¡Yo iré..., como hay Dios que iré!

En esto llegaron a la estación de Cannon Street, donde el tren se detuvo un momento, reculando después para tomar los carriles que en pocos minutos debían llevarlo a Charing Cross. Bajaron presurosos del tren los tres españoles llevando sus maletas, y como el hotel adonde iban a parar no estaba lejos, determinaron mandar con un mozo sus breves equipajes y hacer a pie su entrada en la más grande y populosa ciudad del mundo. El primer cuidado de Nonell fué dirigir sus pasos inseguros al bar de la estación y convidar a sus compañeros, atizándose él, sin respirar, tres, seis o más dosis de cerveza, que en esto de las tomas no se conoce la cifra exacta. Salieron, y a los pocos minutos se enuontraban en la plaza de Trafalgar. Un fenómeno extraño pudo notar Ibero en la persona del fantástido Nonell, y era que si la sed le hacía desvariar, la copiosa ingestión de *pale-ale* le devolvía el discreto y normal uso de sus facultades mentales. Cogiendo del brazo a sus amigos, les llevó junto a uno de los gigantescos leones que ennoblecen y custodian el monumento elevado a las glorias de la Marina inglesa. Después de señalar a la estatua del insigne almirante, colocada en lo alto de la columna, les mandó que se fijaran en uno de los bajorrelieves del pedestal, donde se representa la muerte del héroe, y les dijo:

—Caballeros, vean ahí un letrerito, escrito en inglés, naturalmente, para mayor claridad... Pues esas letras doradas ponen lo que el amigo Nelson dijo a sus marinos antes de disparar el primer cañonazo en el combate de Trafalgar. Les dijo, dice: «Caballeros...

—Caballeros no—indicó Clavería—. To-

dos conocemos la proclama de Nelson: «Inglaterra espera...

—Que cada quisque... *every man,* cumplirá con su deber.» Pues yo, que hasta ahora no he sido Nelson, ni espero serlo ya, digo esas mismas palabras a los buenos españoles que estamos metidos en este fregado de la revolución pública. Caballeros, que cada uno de por sí haga lo que se le ha mandado y llegaremos al triunfo. Conque, nobles amigos, ¡viva Nelson, viva España libre, viva don Juan Prim y Prats!... Vivamos todos para ver implantado el Progreso y vámonos a casa...

Guiados por Clavería, muy conocedor de aquellos lugares, recorrieron parte de las vías más hermosas y concurridas de Londres: Piccadilly Circus, el Cuadrante, y de aquí, por estrecha transversal, llegaron a una placita jardinada (Golden Square) y al hotel modesto donde algunos emigrados solían albergarse. A la sazón vivían allí Pavía y Miláns del Bosch.

Sin tomar descanso, refrescándose tan sólo con un lavatorio de cara y manos, fué Clavería con sus dos compañeros de viaje a ver a Ruiz Zorrilla, que habitaba en un *family hotel,* cerca del Museo Británico. No estaba en casa don Manuel: largo fué el plantón; pero al fin, viéronse en la presencia del afamado revolucionario que, con Sagasta, compartía la confianza de Prim. A Clavería saludó con mucho afecto, y a Ibero y Nonell acogió benévolamente, apresurándose a recoger y abrir el pliego que su tocayo le dirigía. Leyendo para sí, dejó traslucir en el rostro el gozo de las buenas noticias, y Clavería, que reventaba de curiosidad y no cabía en sí de puro inquieto y desasogado, le dijo:

—Querido don Manuel, no nos prive del gusto de saber lo que ocurre, si es cosa buena como parece indicar su cara Y lo que a mí solo me diría, dígalo delante de estos dos hombres, patriotas de ley, afectos a nuestra Causa y dispuestos a servirla.

—Sí que lo diré—contestó don Manuel, mandándoles sentar, lo que no obedecieron, porque su anhelo se avenía mejor con aguardar en pie la verdad pedida—. Sabrán ustedes que los unionistas no se dieron por vencidos con el veto que puso Napoleón a la candidatura de Montpensier para el Trono de España. Insistieron por medio de sus agentes; manifestaron que sería reina la infanta, y que el marido de ésta quedaría en la situación de príncipe consorte, sin título de rey... Ya suponíamos que a esta solemne tontada no había de rendirse el emperador; pero la confirmación oficial no la teníamos hasta ahora. *(Recorriendo con rápida vista la carta.)* Bien claro está. El presidente del Consejo Privado del emperador, monsieur de Persigny, ha dicho a Olózaga que no se consiente la Corona de España en la cabeza del duque ni en la de la duquesa de Montpensier.

—¡Bravísimo! — exclamó Clavería—. De modo que es candidatura descartada.

—En absoluto... Ya lo saben los unionistas. Y si aún no se han enterado bien, no faltan medios de abrirles las entendederas. Nosotros, descuidados ya de este asunto, vamos a la revolución.

—Con o sin ellos.

—No, no, Clavería: con ellos. Los unionistas no pueden volverse atrás, ni nosotros prescindir de su concurso. La fórmula de someternos todos a la voluntad nacional, expresada en las Cortes Constituyentes, resuelve por ahora todas las diferencias... Después,, Dios dirá.

Esta manera elemental y algo inocente de marcar el proceso de las revoluciones fué muy del agrado de los tres visitantes, que la celebraron con esperanza y alegría. Era, sin duda, Zorrilla un temperamento revolucionario; pero ni la Historia ni la vida le habían enseñado las leyes que rigen las alteraciones de la normalidad en los pueblos. Verdad que no se estudian las revoluciones por los que las hacen, ni se hicieron nunca por los que las estudiaron en sus causas y en sus efectos. Obras son inspiradas más que reflexivas. En los movimientos interiores que turban la paz de los pueblos, imposible es separar las ideas de las pasiones. Y Ruiz Zorrilla carecía seguramente de la frialdad necesaria para intentar esta separación. Era un hombre voluntarioso, contumaz, carácter forjado en los odios candentes del bando progresista, nutrido con los amargores del retraimiento, que fué como un destierro para la vida pública, y como un largo ejercicio en el arte de la conspiración. Personalmente, era franco y noblote, como buen burgalés; alto y no muy derecho, con ligero agobio de

su espalda; el rostro era la imagen de la llaneza, de la hombría de bien; los ojos, leales: el bigote, corto y caído, con mosca.

No quisieron retirarse los emigrados sin que don Manuel les diese alguna información sobre otro punto muy importante. ¿Tardaría mucho en ser alistado el vapor que había de salir para Canarias en busca de los generales? No quiso, o no pudo, Zorrilla precisar la fecha de la proyectada expedición; pero recomendó encarecidamente a los tres que guardasen escrupuloso secreto sobre aquel asunto, y que con ninguna persona hablaran en Londres de tal viaje ni de tal vapor. Este se alistaba como para ir a Candía en auxilio de aquellos insulares, sublevados contra el Imperio turco. Si alguien les hablaba del asunto, debían decir:

—Sí; el vapor lleva socorro de armas y víveres a los candiotas, a los pobrecitos candiotas, víctimas del despotismo turco, y no pronunciar el nombre de Canarias, ni el de España... ni mentar a nuestra desgraciada doña Isabel... Chitón, chitón...

XXVI

Clavería dijo a don Manuel que los dos hombres allí presentes eran de los que enviaba Ramón Lagier para tripular el barco misterioso; y como Zorrilla manifestase que aquel asunto no estaba en sus manos, y no podía darles hasta el siguiente día indicación clara de lo que habían de hacer, soltó Nonell con la bocina de su ronca voz estas estridentes razones:

—Yo no estoy bien enterado, señor Ruiz, pues Ramón Lagier me dió en Marsella completa guía para todo lo que tengamos que hacer aquí. En el forro de mi sombrerete llevo apuntación con las señas de la correduría que despacha el vapor, Billiter Street, y las señas de nuestro alojamiento en las Minories, cerca de la Torre de Londres y de los diques de Santa Catalina, donde amarrada está la embarcación. Yo iré de piloto y este joven de marinero. Somos partidarios frenéticos de Prim, bien probados en Barcelona y en Madrid con el peligro de nuestra pelleja.

Con esto se retiraron los tres muy contentos, dejando a don Manuel no menos gozoso y animado. Al día siguiente quiso Clavería que Ibero le acompañase a pasear por Piccadilly, Pall Mall y los parques; pero Santiago, con fogosa querencia de las aventuras, prefirió lanzarse al conocimiento de lo que en su imaginación se representaba con descomunal grandeza y atractivos: los diques de flotación, los inmensos transatlánticos, el Támesis, la Torre de Londres... Salió, pues, tempranito con el fantástico Nonell; en el Puente de Waterloo metiéronse en uno de los vaporcitos que hacen el servicio urbano en ambas orillas, y se fueron río abajo, admirando la acumulación de maravillas que en ninguna otra parte del mundo se pueden ver. Iba Santiago con la boca abierta; no hablaba para no quitar espacio ni tiempo a su asombro. Después, paseando en tierra, los diques de Santa Catalina y London, la muchedumbre y variedad de barcos de todos tamaños y de diferentes banderas; los inmensos almacenes, abarrotados de cuanto Dios crió en las cinco partes del mundo: los trenes, que sin cesar cruzaban, llevando y trayendo mercancías, diéronle la impresión de haber caído en un planeta esencialmente comercial, todo carbón, fardos, máquinas, humo. Sus habitantes eran negros demonios benignos que colaboraban en el bienestar universal.

Para concluir de embriagarle y enloquecerle a fuerza de admiración, Nonell le condujo al túnel bajo el Támesis, con lo que quedó el pobre muchacho enteramente trastornado.

—Si esa bóveda fuera de cristal—le dijo el catalán cuando se hallaban a la mitad del tubo—, veríamos el agua del río, y en el agua las quillas de los barcos. Esto viene a ser el mundo al revés, y más sorprendente que andar en globo por los aires...

Por fin, poco después de anochecer, uno y otro cayeron rendidos en sendos camastros del posadón en que se alojaban, situado en una calleja del arrabal de Minories.

Atendida la primera de sus obligaciones, que era escribir a Teresa, dedicó Ibero el nuevo día con ardor impaciente a ver Londres, que, a su parecer, era como una provincia con calles. Echando un vistazo al barrio donde

vivía, Minories, advirtió en los rótulos de las tiendas apellidos de claro abolengo hispano: Guevara, Rodríguez, Mondéjar... Pronto comprendió que eran nombres de judíos, y que éstos abundaban en aquellos lugares. Entró en un Rastro que allí había, mísero bazar de ropas hechas, nuevas y baratas, o usadas y en buen uso, y cuando examinaba un colgadizo de chaquetones de pana, con idea de hacer alguna compra, salió al trato un hombre de rostro cetrino y pringoso. No entendió Ibero lo que dijo; comprendió el marchante que se las había con un espafol, por alguna palabra de él, cogida al vuelo, y, acercándose más, con afabilidad humilde, le soltó esta frase:

—Señor, ¿topa lo que le place?

Ibero le miró: creía escuchar una voz que venía del tiempo de los Reyes Católicos; y así era, en efecto. El judío siguió hablando con él en la jerga que llaman judeoespañol. Había oído Santiago que existían en diferentes partes del mundo hebreos de procedencia hispana, que conservaban en sus hogares, como reliquia preciosa, la lengua de Castilla, y alegróse de comprobar por sí mismo el fenómeno... Como tenía que aprovechar el tiempo, despidióse del mercader judío, ofreciéndole volver a comprarle algo, y tiró, con rápido andar, hacia el Oeste.

Cerca de Royal Exchange compró un planito de Londres, y púsose a estudiar brevemente las vías principales y las líneas de ómnibus. Lo primero que tenía que aprender era la situación de la casa Blanco Brothers, en la cual había de presentarse aquel mismo día. Pronto la encontró: era un pasadizo afluente a Lombard Street, muy cerca del sitio donde a la sazón se hallaba examinando su plano; mas, como no era hora de visitas, resolvió emplear el rato de espera en recorrer la City, el Strand y algo más, si había tiempo. Subió a la imperial de un ómnibus, que le llevó a Trafalgar Square. De allí, recorrió a pie la espléndida vía Whitehall, formada, en parte, por monumentales edificios antiguos y modernos. La mañana era brumosa; el sol no había devorado aún todas las gasas en que Londres, desde su temprano despertar, se envolvía.

La ciudad dejaba ver sus formas tras un velo tenue, que solía conservar con cierto recato pudoroso hasta muy avanzado el día. El sol mismo atenuaba sus rayos tras aquel velo, para que los londinenses pudieran mirarle sin quemarse los ojos... Los de Ibero no se saciaban del hermoso espectáculo que le ofrecían las maravillas de aquel trozo de la ciudad. Y, cuando vió la masa gótica del Parlamento, cuyas líneas verticales parecían ascender de la tierra al cielo, estirándose y adelgazándose en la subida; cuando vió la torre y su reloj, cuya esfera y agujas eran, tal vez, para marcar horas gigantescas, no nuestras comunes horas: cuando, siguiendo hacia el río, llegó al puente y contempló la enorme conglomeración de masas ojivales, Parlamento y abadía de Westminster, todo envuelto en el vaporoso velo que espiritualizaba la piedra y desleía sus contornos en el gris dulce del cielo, creyó tener delante la representación del mayor esfuerzo de los hombres para establecer el imperio de la paz del mundo. Esta idea extraña brotó en su mente, y en ella hizo su nido. «Los que han labrado esta colmena—se dijo—son las abejas de la paz, del bienestar humano.» El mismo se maravillaba de que tal idea hubiese entrado en él, y la agasajó en su cerebro para que no se escapase.

Después de abarcar con rápido golpe de vista el conjunto de las dos orillas del Támesis, mirando desde el puente de Westminster, corrió a la abadía, revistó con arrobamiento febril las tumbas de los grandes hombres de Inglaterra, y desandando a prisa Whitehall, tomó el ómnibus para la City. Por el camino iba pensando mil extravagancias, nacidas del ideísmo pletórico que en su mente levantaron las grandezas que sólo en dos días había visto. Primero, el espctáculo de Long Shore, al Este, los diques, las naves, el inmenso trajín de la industria y el comercio; luego los monumentos del Oeste, que declaraban la pujanza y solidez del Estado británico, reconcentraron sus pensamientos en esta noble idea patriótica: «¡Quiera Dios que con la revolución que haremos pronto los españoles consigamos fundar un Estado tan potente, ilustrado y feliz como el de esta tierra ¡nebulosa y fuerte!» Y creyendo en la posibilidad de tanta ventura, entró en

la casa comercial de Blanco Brothers.

Recibido fué por dos individuos: un inglés tieso y un español flexible, que ya debía tener noticia, no sólo de su llegada, sino de su persona y antecedentes, porque le acogió muy cariñoso y le invitó a traspasar la verja de madera con rejillas metálicas. Encontróse Ibero frente a un señor larguirucho que escribía en un pupitre, y otro muy anciano, que en aquel momento entró, renqueando, apoyado en un bastón. Llegóse al joven, y, saludándole con paternal afecto, le mandó sentar, sentándose también él con lenta caída sobre la blandura de un sofá. Las primeras palabras, en un castellano plagado de elipsis y con notorias inflexiones inglesas, fueron para España y su hermoso cielo y su alegría picaresca. El señor anciano se regocijaba con las memorias de una patria que había perdido de vista medio siglo antes, sin haber vuelto a ella ni una sola vez.

Era también emigrado; pero de larga fecha, de la gloriosa y fecunda emigración de 1824, la importadora del régimen constitucional, y, como el famoso relojero Losada, y Carreras, el acreditado *tobacconist*, encontró en Londres, con la hospitalidad, medios de labrar una fortuna. El buen viejo, asaltado de añoranzas, se deshacía en preguntas.

—Dígame usted, joven, ¿se ha muerto Alacalá-Galiano?

No estaba seguro Ibero de la respuesta, y, en la duda, por no quedar mal, respondió que sí... Ya no vivía..., era una lástima... Y siguió el señor Blanco, que así se llamaba:

—Hace mucho tiempo que no sé nada de Argüelles...

Respondió Ibero con ingenua veracidad que en el mismo caso estaba él... Dijo después el anciano:

—De Toreno me acuerdo perfectamente... Me parece que le estoy viendo... Aquellos hombres valían mucho, joven. Ya no hay hombres como aquéllos... Yo los traté a todos... Fuimos amigos entrañables.

Sin duda, el pobre señor no regía bien de la cabeza, porque varió súbitamente de conversación, diciendo:

—¿Es usted aficionado a la música, joven?... Porque convendrá usted conmigo en que no ha nacido otra cantante como la Malibrán. Soy muy amigo de su hermano, Manuel García. En mi casa come todos los domingos... Yo sostengo que todas estas Pattis y todas estas Pencos no valen lo que el zapato de María Malibrán... Dígame otra cosa: ¿Espartero está bueno? ¿Vive todavía en Logroño?

Sin esperar respuesta, cambiando súbitamente de conversación, le dijo que si se proponía visitar todo lo notable de aquella gran capital, no dejara de ver la parra de Hampton Court, y los instrumentos de tortura que se guardan en la Torre de Londres..., y que, según parece, eran los regalos que a Inglaterra llevaba la Armada Invencible.

Despidióse Ibero del venerable y simpático viejecito. Inmediatamente, el caballero que al entrar le recibiera, español neto por el lenguaje y el tipo, le manifestó que podía disponer del crédito abierto a favor suyo por el señor Santa María. Pidió y tomó Santiago cuatro libras, para ir viviendo, y se retiró muy satisfecho y agradecido. El resto de la jornada lo empleó en tomar su *lunch*, en ver San Pablo y recorrer después toda Oxford Street, en rodear Hyde Park, dando la vuelta completa a la Serpentine, y admirando el lujo de los paseantes en coche, a caballo y a pie.

En los siguientes días no pudo el riojano evadirse de acompañar a Nonell en las diligencias para el alistamiento del vapor misterioso. Conoció en estas faenas a varios mareantes catalanes y mallorquines, que con el propio objeto estaban en Londres. Asimismo pudo observar la variedad de hombres y razas que hormigueaban en los apartados cantones del East End. La diversidad de lenguas en aquella Babel a flor de tierra era otro motivo de sorpresa y asombro. Oyó Ibero su lengua propia, la italiana y francesa, y otras que le sonaban como jerigonza ininteligible. Vió tipos griegos, turcos, egipcios, australianos; vió a los que traen las sederías y el té de China, las perlas de Ceilán, las plumas y pieles africanas, el oro de California, las quinas del Arauco, el tabaco de Cuba, las esmeraldas del Perú y las fieras y alimañas que de todo el mundo vienen a ocupar su celda en el arca de Noé llamada Jardín Zoológico.

Los amigos españoles o ingleses con quienes hubo de intimar aquellos días iniciaron a Ibero en el pasatiempo de las tabernas, mas sin lograr que tomase afición a las fuertes bebidas que allí se usan. La ginebra le repugnaba; transigía con el *small whisky*, aumentando la dosis de agua para atenuar considerablemente la graduación alcohólica. En los bares y cantinas, más que con la bebida, se embriagaba con la conversación, si encontraba españoles, franceses o catalanes. A la charla de los ingleses atendía para habituar su oído al idioma británico, cuya fonética era para él una música bárbara... En aquellas sesiones tabernarias surgían a menudo disputas que alguna vez acababan en pendencias y choques violentísimos. Ibero, por lo común, no rehuía su intervención en estas trapisondas, movido de su carácter impetuoso y de las aficiones guerreras de su niñez, que en momentos graves casi siempre reverdecían. Nonell le atajó más de una vez, librándole de compromisos y lances peligrosos.

Una noche de sábado, en un tabernucho de Whitechapel, hallándose con amigos franceses y catalanes, y turbamulta de ingleses que bebían como cubas y vociferaban como demonios, estalló una cuestión entre un francés y un griego: la disputa empezó por nada, y rápidamente se trocó en furibunda trapatiesta. Intervino Ibero con ideas de paz; pero de improviso metióse en el ruedo un maldito irlandés que solía gallear con insolencia en aquellas reuniones, y, al verle junto a sí, el riojano alavés perdió la serenidad. Aquel hombre, que noches antes había soltado palabras despectivas y canallescas en un castellano soez aprendido en los muelles de Gibraltar, le cargaba lo indecible; sentía ganas hondas, instintivas, de darle dos patadas...

Pues, señor..., llegó el bravucón irlandés despotricando en bárbaro lenguaje híbrido... Algún brutal injurioso disparate dijo de los españoles; mas la frase quedó bruscamente cortada por el tremendo bofetón que Ibero le descargó en mitad del rostro... ¡Inmenso tumulto, greguería espantosa! El irlandés volvióse contra Ibero esgrimiendo los puños como mazas de hierro; otros dos boxeadores se abalanzaron sobre el español, que se vió precisado a sacar su navaja, aprestándose a una defensa rabiosa... ¡Sabe Dios lo que habría pasado allí si al estruendo no acudiese la Policía que rondaba la calle. Un *policeman* echó la zarpa a Ibero, ordenándole que entregase el arma; otro agarró al irlandés, ligeramente herido de navaja en el brazo izquierdo. Los boxeadores quedaron también detenidos y... ¡hala!, ¡todos a la cárcel!

La gran desdicha de Ibero aquella noche fué que no estaba presente su amigo. Este llegó minutos después del suceso. Corrió detrás de los *policemen* que llevaban a los delincuentes..., fué al depósito de prevención... Enteróse allí del caso legal, que era delicadísimo, por la herida de arma blanca, que ostentaba como un trofeo judicial el gandul irlandés. Salió consternado Nonell, diciendo para su capote: «¡Pobre Iberillo, ya tienes para un rato!»

XXVII

La primera diligencia de Nonell para sacar a Ibero de aquel mal paso fué visitar a Clavería. El emigrado español y los amigos que con él vivían se inhibieron del asunto. Ni ellos ni Prim podían dirigirse al cónsul en demanda de protección para un compatriota que, por cuestiones de naturaleza criminal, había de comparecer ante los Tribunales... Era un grave compromiso. Aguantara Ibero su detención y la sentencia que le viniese después. ¿Quién le mandó enborracharse y meterse en líos? El primer deber de la emigración política es no faltar a la hospitalidad. Ibero había faltado hiriendo a un súbdito inglés... Por último, no queriendo cerrarle los horizontes de salvación, dijeron a Nonell que viera con tal objeto a los señores Blanco Brothers en la City, para quienes el riojano trajo de París carta de recomendación y crédito.

Pasaba el buen don Jesús las horas del día y parte de las de la noche en la casa de Ruiz Zorrilla, en otra donde vivía Gaminde y en la de Prim (Paddington). El general recibía por la mañana a los que más directamente le ayudaban en su trabajo: Zorrilla y Pavía. Juan Manuel Martínez y Mi-

láns del Bosch entraban a todas horas. Para unos y otros tenía el general una frase afectuosa; para todos una previsora reserva, amargo fruto de los desengaños. Nunca fué el de Los Castillejos tan poco expansivo, nunca tan tardo y perezoso para levantar los velos del inmediato porvenir. Y no obstante, el silencio de Prim no amortiguaba la confianza de los españoles proscritos. En todas las almas abría la esperanza sus rosadas florecitas. La voz de la fatalidad política, secreteando en los corazones, les decía que la histórica mole se desplomaría pronto. En tanto, la salud de Prim no era buena; los heroicos esfuerzos seguidos de fracasos, los acelerados y angustiosos viajes, los obstáculos dilatorios que a cada paso surgían, el desaliento de los partidarios, la indolencia de algunos, la ingratitud de otros, quebrantaron su naturaleza física. Pero de todo sabía triunfar el templado espíritu del caudillo, su tesón admirable, que de la dureza de los hechos sacaba nuevo raudal de energía.

La vivienda del general era una linda casa burguesa, confortable, pulcra, discretamente elegante, situada en uno de los más hermosos barrios del Oeste. La condesa de Reus (doña Francisca Agüero) y los hijos, Juan e Isabel, compartían con el grande hombre las amarguras del destierro y las asperezas de la conspiración. Componían la servidumbre más inmediata al general dos hombres: un ayuda de cámara, francés, llamado Denis, pequeño de cuerpo, alegre de rostro, y un italiano alto, rubio, de gallarda figura, a quien llamaban Antoni. El primero llevaba muchos años al servicio de Prim; estuvo con él en las campañas de Africa y de Méjico, y sentía por su amo respetuosa adoración; el segundo le fué recomendado en Italia: era de los *Mil de Marsala*, y entró al servicio de Prim con nota o fama de bravura, honradez y fidelidad. Por su porte y modales, era un *maître d'hôtel* distinguidísimo.

Saca el narrador a cuento estos caracteres secundarios por un suceso acaecido en la casa de Prim, avanzado ya el mes de agosto, y que tuvo relación subterránea con la historia pública. De tiempo atrás, los emigrados que comunicaban a Prim las oscuras tramas revolucionarias venían notando que algunas noticias transmitidas al jefe con exquisitas precauciones eran conocidas en Madrid y en la Secretaría privada de Gobernación. Sagasta y Martínez, desde París; Zorrilla, desde Bruselas, manifestaron al de Reus la sospecha de que en la casa de Paddington había un geniecillo maléfico que sustraía las cartas... Prim lo negó terminantemente.

—Toda carta que recibo—les dijo—la leo dos veces para enterarme bien y contestarle, y en seguida la rompo.

En la segunda quincena de agosto, las sospechas de los amigos tomaron cuerpo, y una prueba evidente vino a darles plena confirmación. Había recibido Sagasta, en París, una carta del agente revolucionario en Marsella, señor Cuchet; otra de Arístegui, el agente en Sevilla, y ambas remitió a Prim, el cual, después de contestarlas, las rompió, como de costumbre. Pues bien: a los pocos días, las dos cartas, con la de Sagasta, eran recibidas en nuestro Ministerio de la Gobernación.

Don José Olózaga, que por soplos de un funcionario infiel (en todas partes salen Judas) tenía noticia de este caso inaudito, harto parecido a un lance de comedias de magia, trató de comprobarlo. Lanzándose por torcidos caminos, logró al fin su objeto, y ello fué por mediación de una señora cuyo nombre se ha perdido en los intersticios de la vida histórica. Por fin, Olózaga tuvo en sus manos las cartas, y con ellas la clarísma prueba de la traición. Bien se veía que en Londres fueron rotas en pedazos, y éstos estrujados. Luego, una mano aleve había recogido del cesto los trozos de papel, los había estirado, juntándolos cuidadosamente y pegándolos en una hoja en blanco... Olózaga copió los párrafos más significativos y, formando con ellos una rica documentación testifical, la envió a Sagasta para que éste hiciera comprender a Prim que tenía la serpiente en su casa. La comunicación de don José Olózaga fué llevada de París a Londres por don Juan Manuel Martínez... En presencia de la terrible verdad, Prim quedó mudo; la lividez verdosa de su rostro daba espanto. Con interjección rotunda exclamó en voz queda y trágica:

—¡El italiano!...

Seguros de que la labor criminal no tenía interrupción, concertaron el plan

más certero para sorprender al Judas. La hora más propicia estaba próxima. Por Denis supieron que todas las tardes, en cuanto el general salía de paseo, Antoni se encerraba en su cuartito del piso segundo. ¿Qué hacía en sus soledades? Nadie lo sabía... El general y su amigo dispusieron dar el golpe con las precauciones necesarias para un éxito seguro. Salió toda la familia a dar su paseo de costumbre por Hyde Park; acompañábala Juan Manuel. Al cuarto de hora, éste y Prim entraron sigilosamente en la casa por el patio trasero... Allí quedó Martínez; el general avanzó hacia el interior y, subiendo la escalera despacio, con pie gatuno, preparóse para la sorpresa, que había de ser decisiva y cortante.

En los tiempos de su juventud militar y aventurera hubo de adquirir Prim una costumbre que conservó hasta su muerte. Usaba un cinturón de cuero y, en la parte posterior de éste, llevaba, bien sujeto y envainado, un puñal. Escalones arriba, pisando quedo, sacó el arma... llegó a la puerta del cuarto en que Antonio se encerraba y no se entretuvo en llamar ni se cuidó de que la puerta estuviese cerrada con llave o sin ella. De un puntapié vigoroso, la puerta quedó de par en par abierta. Antoni fué sorprendido en la tarea de pegar los pedacitos de cartas sobre un papel blanco. Al ver entrar al amo en aquella actitud, la cara verde, los ojos fulgurantes, el puñal empuñado en la mano derecha, no pensó ni en disculparse ni en confesar su delito. Prim no le dió tiempo a las gradaciones que conducen del crimen al arrepentimiento. El hombre cayó de rodillas, y antes de pronunciar el *yo pequé* prorrumpió en súplicas de perdón con terror lacrimoso. El general cayó sobre él como un tigre, y apretándole el pescuezo hasta que el italiano echó fuera gran parte de su lengua mentirosa, alzó el puñal como si matarle quisiera de un solo golpe en aquel mismo instante.

Antoni, congestionado, pedía perdón Más con la mirada que con la voz, Prim le dijo:

—Villano, traidor, podría yo matarte; podría enviarte a Italia a que te mataran los que me engañaron haciéndome creer que eras hombre honrado y leal... Pero no mancharé, no, mis manos con tu sangre...; quiero dejar tu vida en la ignominia... Tu castigo es continuar siendo lo que eres, y el mal que me has hecho lo pagarás repitiendo lo que hiciste... Levántate—dijo después, poniéndose en pie—. ¿A quién das las cartas? Responde pronto.

Compungido, contestó el italiano:

—Al embajador, señor duque de Vistahermosa.

Le cogió don Juan por las solapas y, sacudiéndole furiosamente, sin soltar de su mano el puñal, le dijo:

—Tu vida está pendiente de mi voluntad. Muerto eres si no haces lo que te mando. A la menor infracción de las órdenes que voy a darte perecerás sin remedio... Escúchame: seguirás en mi casa, sirviéndome con las mismas apariencias de fidelidad; seguirás siendo espía del duque de Vistahermosa... Yo y tú vamos ahora en un acuerdo perfecto. Yo, como antes, arrojaré en el cesto las cartas que reciba; tú continuarás recogiendo los trozos y pegándolos conforme hacías cuando entré a sorprenderte. Reconstruirás cuidadosamente las cartas y seguirás entregándolas al embajador de España y cobrando lo que este señor te pague por tu servicio... ¿Te enteras bien de lo que te digo?

Puesta la mano sobre el corazón y acentuando sus trémulas palabras con movimientos de cabeza, hizo Antoni protestas de servil obediencia a lo que su amo le ordenaba. No dándose Prim por satisfecho con esa medrosa contricción, reiteró sus amenazas de muerte en la forma más terrible. Terminó con esto la escena... Dejando al italiano bien vigilado, don Juan Prim se dejó cepillar por Denis, cogió su sombrero y se fué con Martínez a Hyde Park, a seguir su paseo con la familia.

La Historia se precipitaba impaciente: las ideas corrían a engendrar los hechos; la Libertad, harta ya de tentativas espirituales y de amenazas aéreas, ansiaba dar al mundo un ser efectivo, un engendro cualquiera, ya fuese bien formado, ya monstruoso. Cuantas noticias llegaban de España en los últimos días de agosto y primeros de septiembre daban ya por rematada, con todos sus perfiles, la máquina revolucionaria. Un contratiempo, no obstante, desconcertó por unos días a los emi-

grados londinenses. Fué que dos días antes del señalado para la salida del buque misterioso que había de traer a los generales deportados. la casa consignataria se percató de que el auxilio a los candiotas era una... metáfora política, y rescindió èl contrato, devolviendo la cantidad entregada ya como primer plazo del flete. Felizmente, cuando los conspiradores se hallaban en lo más recio del apuro. llegó de Cádiz la noticia de que estaba concertada la expedición del *Buenaventura,* mandado por el capitán Lagier. Este intrépido marino y ardiente patriota traería de Gran Canaria y Tenerife a los generales unionistas. Pero aún con esta favorable solución, Prim y los suyos no descansaban de sus inquietudes. pues forzosamente habían de fletar otro vapor para llevar a Cádiz a los oficiales proscritos residentes en Inglaterra y Francia.

Nuevos entorpecimientos rindieron, pues, aquellas firmes voluntades, que no hay obstáculos tan enojosos como los que origina la escasez de dinero. El tesoro de la revolución hallábase en lastimosas apreturas... Era indispensable socorrer a los emigrados pobres, que no podían quedar abandonandos en tierras extranjeras. La solución de este problema aritmético la dió la condesa de Reus, generosa y magnánima, decidiéndose a empeñar una joya de gran valor... Resultó después que tan nobles esfuerzos eran insuficientes, pues de improviso surgieron gastos imprescindibles... Por fin, los banqueros Blanco Brothers, entusiastas amigos de España y de la Libertad, facilitaron cuanto fué menester para el saldo definitivo de la emigración.

Desconsolado Nonell por el fracaso del buque fantasma, desahogaba su pena con el amigo Clavería, el cual le animó de este modo:

—No llores por aventuras románticas. Más seguro y tranquilo irás en este otro vapor, que creo es de los *Macandrews,* y que me llevará a mí y a los demás jefes y oficiales. ¡Quiera Dios, Nonell amigo, que nos salga todo tan bien como está planeado y presupuesto, y que al rendir nuestro viaje veamos a España feliz, en el goce de todas las libertades!

A las preguntas que con vivo interés le hizo sobre las cuitas de Santiago Ibero, contestó Nonell:

—Ya salió de *chirona,* gracias a los señores Blanco Brothers, que se han interesado por él. Para mí, que don Manuel Santa María escribió a estos Blancos, diciéndoles: «Caballeros, cuiden de ese chico, travieso y valiente y mírenle como si fuera de mi familia.» Y así lo han hecho... Me ha contado Ibero que en la cárcel no le trataban mal. La semana pasada le llevaron al juicio, y yo fuí con él por animarle y cuidar de que declarara por derecho... ¡Qué comedia! Aquellos tíos de las pelucas nos marearon en grande. Vengan preguntas y más preguntas. Que si tal, que si fué, que si sacó la navajilla... Santiago contestaba por intérprete, y todo lo que dijo estuvo muy en su punto. Para no cansar, los guasones de peluca sentenciaron libertad y una corta compensación al herido. Yo le hubiera dado por compensación cincuenta palos... Ibero está contento; hace un rato le dejé en casa de los Blancos; no sale de allí; les ha caído en gracia. Díjele que vendría con nosotros en el *Macandrews,* y me ha contestado que no; él irá en el barco en que vaya Prim, aunque tenga que ir pelando patatas o fregando la loza... Oiga usted, mi coronel, ¿cuándo sale el general? ¿En qué vapor embarcará?

—No lo sé—respondió Clavería—, ni me atrevo a preguntarlo a nadie. Ese es el secreto último, el secreto capital, la clave...

Llegó Ricardo Muñiz a Londres con las disposiciones postreras del plan, acordadas en Cádiz y en Madrid, y al día siguiente volvió al continente y, sin detenerse en París, siguió a Bayona, con órdenes para Damato, Moriones y Montemar. No tardó en salir Juan Manuel Martínez, que no había de parar hasta Madrid; llevaba instrucciones definitivas para Olózaga, Cantero, Moreno Benítez y Escalante, que formaban la Junta central... Pavía, Miláns del Bosch, Gaminde y otros muchos partieron en el vapor fletado; Clavería. no, pues a última hora se le mandó a Burdeos para desde allí acudir a Santander y Santoña... En fin, toda la hueste conspiradora se movilizó con admirable orden y prontitud... El 12 de septiembre. muy temprano, por la estación de Waterloo, salió Prim para Southampton. Con él iban Sagasta, Ruiz Zorrilla y el fiel Denis. El mismo

día, por la tarde, embarcó en el magnífico transatlántico *Delta* de la Mala Real Inglesa.

Entró Prim a bordo vestido con la librea de los condes de Bark, señores franceses amigos suyos, que con este donoso tapujo le facilitaban la salida de Inglaterra y la llegada a Gibraltar. Para sostener la ficción fué alojado Prim en cámara de segunda, con Denis. En segunda iban también Zorrilla y Sagasta, que habían tomado su pasaje como viajantes de comercio, sin infundir sospechas. Y la salida de Prim se tramó con arte tan discreto y sigiloso, que ni la Policía inglesa ni el embajador de España tuvieron la menor noticia. La estafeta traidora del italiano Antoni, que antes dañó a la Causa, hízole ahora un gran servicio. El espía de Vistahermosa, reducido por las amenazas de muerte a engañar a quien le pagaba, seguía recogiendo del cesto cartas amañadas, falsas invitaciones a jiras campestres y a paseos marítimos en Brigthon o isla de Wight. Los pedacitos, cuidadosamente desarrugados y pegaditos en un papel iban a parar a la Embajada, y de allí salían para Madrid. Por esto, cuando Prim iba de viaje, cuando estaba ya en Gibraltar y aun en Cádiz, González Bravo decía, sonriente y confiado:

—No hagan ustedes caso de noticiones absurdos. El hombre sigue en Londres... No puede haber duda: aquí está la prueba.

Partió el *Delta*, majestuoso, con sinfín de pasajeros para la India y escalas. En la espléndida cámara de primera, familias inglesas, ricachonas, se disponían a un viaje divertido, comiendo cinco veces al día y entreteniendo las restantes horas con lecturas, música y otros pasatiempos. Hechos a las largas travesías, los ingleses viven a bordo como en tierra y consideran el mar como un elemento que en toda ocasión les es propicio; por ésto lo han dominado, convirtiendo al buen Neptuno en un manso amigo de Albión. En la cámara de segunda, el hombre de Los Castillejos violentaba su carácter señoril acomodándose a la inferioridad del alojamiento y trato, y proponiéndose no salir del camarote hasta Gibraltar, con lo que podía soñar despierto en la magna empresa o aventura que su indomable corazón acometía.

La primera noche de viaje fué mediana. A excepción de Denis, que era insensible al cambio de elemento, los españoles de *segunda* sintieron las molestias del mar. Prim cayó por la mañana en profundo sueño, que fué sedación de la horrible cansera mental de los últimos días en Londres; Zorrilla, despierto, consultaba con las almohadas de la litera sus atrevidos planes revolucionarios, suficientes a volver del revés toda la vida nacional; Sagasta, que había dormido por la noche, fué desde el amanecer el más valiente: había echado de su cuerpo la bilis sobrante; se confortó después con café; más tarde añadió el superior confortamiento de un *gin coktail*, y ávido de aire y luz, que son la mejor medicina contra las molestias del mar, subió a cubierta. Vió en la toldilla señoras y caballeros que, arrellanados en butacas de mimbre o de lona, leían o charlaban. Ya el *Delta* había montado la punta de Ouessant, en Francia, y llevaba rumbo a Toriñana. El día era espléndido; la mar, muy llana y apacible. Sagasta disfrutó del puro ambiente, y hallándose en sosegada contemplación del barco en toda su longitud, de popa a proa, vió aparecer por la más próxima escotilla la cara, después el busto y cuerpo, de un joven que no le fué desconocido. El tal vestía chaqueta con botones dorados; al hombro llevaba una servilleta y en la mano unos platos. Llegóse al proscrito español, y, con voz afectuosa, le dijo:

—¿No me conoce, don Práxedes?

—Hombre, sí. Quiero recordar...

—Soy el que le llevó a Saint-Denis los pliegos del señor Santa María... y le encontró a usted volviendo del río con los cubos de agua... Soy, para servirle, Santiago Ibero.

XXVIII

—Hombre, ya..., ya recuerdo. ¿Cómo tú aquí?

—Se lo contaré... Debo la felicidad de estar a bordo, cerca de Prim y de usted, a los señores Blanco Hermanos, que me han favorecido... Para mí no hay mayor gloria que servir a la Cau-

sa... Adonde vaya Prim voy yo. Denme ustedes ocasión de hacer algo, por poco que sea, en provecho de esa gran idea...

—Bien, hijo, bien. Tú pitarás, tú pitarás. Arrimémonos a la borda, donde estaremos más aislados, para charlar un poco. Cuéntame: Clavería me dijo que estuviste preso...

—Sí, señor... Pinché a un irlandés renegado que habló mal de los españoles... Fué un pronto que tuve. No pude contenerme. ¡Quince días de aburrimiento, de congoja..., y sin saber lo que sería de mí!... El trato de la prisión no era malo. Me daban bien de comer y me permitían escribir a mi mujer y recibir las cartas de ella.

—¡Tu mujer!—exclamó Sagasta, riendo—. Pero ¿eres tú casado?

—Casado, precisamente, no. Pero para mí y para ella es lo mismo. Somos felices.

Agradeció Ibero la benevolencia de Sagasta, que escuchaba risueño. Con el mismo regocijo había escuchado el señor Santa María la picaresca historia de su dependiente.

—Le contaré—dijo Santiago—cómo he podido colarme en este vapor. Al verme preso, escribí a mi principal, y éste repitió a los señores Blanco la recomendación de mi persona, rogándoles que hicieran por devolverme la libertad... Don Jaime Blanco, que es el más joven de la casa, nieto del viejecito don Félix, me tomó afición; fué a visitarme en la cárcel dos o tres veces... Le conté mi historia... También se reía... Cuando me vi libre, dije a mis favorecedores que mi mayor gusto sería embarcarme en el vapor que llevase a España al general Prim. El día diez supieron los Blancos que don Juan embarcaría en el *Delta*. Y vea usted por dónde la Providencia me favoreció, colmando por el momento todas mis ambiciones. Un día, explicándole yo a don Jaime Blanco, por quinta vez, mis manías patrióticas, me dijo lo mismo que usted hace un rato: «Tú pitarás.» Y he pitado y pito, porque don Jaime está casado con la hija del proveedor de la Mala Real Inglesa, un míster Prescott, que tiene a su cargo el servicio de fondas de todos los vapores de la Compañía y el personal de mayordomos, despenseros, camareros y limpiaplatos... ¿Verdad que he tenido suerte? Todavía me parece sueño... Esta mañana le serví a usted el café, señor don Práxedes, y no me conoció...

—Hay poca claridad en la cámara—dijo Sagasta, recogiendo su sonrisa y poniendo en su rostro ligera expresión de severidad—. Esa travesura que me cuentas, el colarte aquí para ir a Gibraltar con nosotros, podría tener, a pesar tuyo, algún inconveniente... ¿Ese proveedor de los vapores a quien debes tu colocación, ¿sabía que Prim embarcaba en el *Delta?*

—No, señor; nadie más que don Jaime Blanco lo sabía. Míster Prescott me admitió como ayudante de camarero hasta Gibraltar nada más, por estas razones que le dió don Jaime: que yo servía en un barco español naufragado en Bristol; que tengo mi familia en Algeciras; que carezco de recursos para volver a mi país. Esto y más le dijo... Pero nada de Prim ni de política...

Sin darse por convencido absolutamente, inclinábase don Práxedes a recibir por buenas las razones del riojano y a creer en su lealtad. No dió a Ibero formal promesa de apoyarle en su pretensión de ser incorporado a los acompañantes de Prim; pero le ofreció consultar el caso y darle respuesta definitiva antes de llegar a Gibraltar. Separáronse después de esto, pues su conversación era ya demasiado larga, y Sagasta se volvió a su litera, de donde ya no salió en todo el día.

En el siguiente, navegando a lo largo de la costa de Portugal, Ibero se dió a conocer a Ruiz Zorrilla, dentro de la cámara, aprovechando una ocasión en que nadie podía escucharles. Don Manuel recordó la fisonomía del joven emigrado, y los encomios que de su ardimiento y fidelidad a la Causa le había hecho por escrito Santa María. No fué preciso más para que se estableciera entre ambos revolucionarios, el grande y el chico, una corriente de simpatía y confianza...

—Aunque contamos con la Marina —dijo don Manuel en el tono sigiloso que era ya un hábito por el largo ejercicio de la conspiración—, yo me mantengo reservado... Si me preguntan por qué desconfío, contestaré que estas cosas no pueden razonarse. En los cuerpos armados hay muchos liberales de buena fe, que en los acaloramientos del

patriotismo prometen lo que después, en las frialdades de la Ordenanza, se queda sin cumplir... Sabemos que el mes pasado estuvo la *Zaragoza* en Lequeitio; que la reina, con la mar picada, fué a visitar el barco... Doña Isabel no se marea nunca: lo que hace es marearnos a todos... Pues a bordo de la *Zaragoza* la obsequiaron los señores marinos, y el bravo Malcampo le rindió los homenajes de ritual... ¿Quedó Malcampo, después de la visita regia, en la misma disposición que tenía antes de ir a Lequeitio?... Te advierto que Topete, Malcampo y Prim apenas se han tratado. Pronto hemos de ver lo que de esto resulta... Entiendo que mañana llegaremos a Gibraltar. Tú, si no te doy órdenes en contrario, te arrimas a mí, como si fueras criado mío, y transbordaremos a una lancha, a otro vapor..., todavía no lo sé... Aún estamos en la esfera de lo desconocido, de lo dudoso... ¿Cuándo entraremos en lo cierto?

Suspiró y, llamado por Denis, se fué al camarote de Prim.

Un ratito de palique tuvo Ibero con el bondadoso franchute, criado del general. Oyéndole hablar español, quiso Denis meterle los dedos en la boca para que vomitase su nombre, condición y lo demás que al parecer ocultaba; pero Santiago no se dió a partido, y supo hacer la comedia de que ignoraba la jerarquía y calidad de los pasajeros a quienes servía. El de Reus continuaba invisible... El tiempo empezó a ponerse fosco a la altura de Lisboa, y cuando el *Delta*, al atardecer del 15, asomaba las narices al cabo de San Vicente, recibió la bofetada de un levante frescachón, que fué aumentando en violencia cuanto más se aproximaba el vapor a la boca occidental del Estrecho. Con balanceos molestísimos para todo el pasaje llegó a la bahía de Gibraltar en la mañana del 16... Al punto atracaron multitud de botes y lanchas. Entraban los de Sanidad y la Policía del puerto; salían pasajeros que habían terminado su viaje; invadían el vapor mercaderes de fruta, chamarileros, ganchos de fondas. En la gran confusión de cubierta, vió Ibero a don Juan Prim con traje usual de paisano, despidiéndose de los condes de Bark; vió a Sagasta y Zorrilla, y a éste se arrimó, aliviando a los dos de las maletas que cargaban.

Vestido aún de la chaqueta azul de camarero, Santiago se abrió paso, a codazo limpio, entre la densa multitud... Llegó a verse muy cerca de Prim, a quien expresivamente saludaron dos señores que acababan de subir a bordo: en uno de ellos, alto, picado de viruelas y con gafas ahumadas, reconoció a don José Paúl y Angulo: al otro no conocía; después supo que era el coronel Merelo... Con trabajo llegó Ibero a la escala: delante de él iba Denis, agobiado de diferentes bultos. Al fin pusieron pie en una lancha; vió a Zorrilla y Sagasta que pasaban de una embarcación a otra... El general, Paúl y tres más acomodáronse en un bote con dos remeros. Un hombre que empuñaba la caña del timón hizo señas a Sagasta, indicándole una lancha con toldo, tripulada por cuatro hombres... Hacia allá fueron, saltando de borda en borda. Al fin, en la confusión se iniciaba un orden relativo... Entre tantas voces, una enérgica frase dispuso la salida del bote y lancha bogando en dirección determinada... Iban con rumbo contrario al muelle; se aproximaron a un vapor, cuyo nombre, pintado en la aleta de estribor, leyó Ibero: «*Alegría*. Cádiz.»

Sin duda, aquél era el barco que debía conducir a Cádiz al general y a sus amigos... Notó Ibero gozoso que Denis le miraba risueño; además, al encaramarse en la escala, le confió parte de los bultos que llevaba, encargándole mucho cuidado. Uno de éstos era un lío como de bastones o paraguas enfundados. Por la forma de algún objeto comprendió Santiago que iba allí la espada de Los Castillejos. ¡Adelante, arriba! Sobre cubierta, mientras Prim y sus amigos desaparecían en la cámara, Ibero y el francés cuidaron de reunir, junto al mamparo más próximo, el equipaje del general, las maletas de Zorrilla y Sagasta, añadiendo las de los criados... Y cuando los marineros del *Alegría* trataban de bajar todo a la cámara, salió de ésta Zorrilla y les dijo:

—Dejen eso aquí, pues es fácil que hagamos otro transbordo.

En tanto, Denis, seguía tratando a Ibero como de la casa. Sin duda, don Manuel había garantizado la fidelidad del mozo riojano, llevándolo a su servicio, que era como ir al servicio de

Prim. En la cámara celebraban animada conferencia el general y sus amigos, con los que de Cádiz habían venido en el *Alegría*: don José Paúl, el coronel Merelo y un paisano llamado La Rosa. Ni Denis ni Santiago pudieron enterarse de lo que allí se trató. Tal vez el criado francés, que repetidas veces entró en la cámara, pudo coger al vuelo alguna frase reveladora del sentido de la conferencia; mas al salir nada dejó entender a su compañero. Ignoraba, pues, Santiago que los jefes de la escuadra hacían saber a Prim, por conducto de aquellos tres señores, comisionados al efecto, que no debía presentarse en Cádiz, ni personarse a bordo de la *Zaragoza* hasta que llegasen de Canarias los generales unionistas, que había de traer el capitán Lagier en el *Buenaventura*. Ya sabía Ibero, por un marinero del *Alegría* harto comunicativo y charlatán, que el *Buenaventura* había salido de Cádiz el 8, llevando de sobrecargo a don Adelardo Ayala... Estaría de vuelta sobre el 18 ó el 19, salvo impedimento de mar o dificultades para el embarque de los generales en las costas del archipiélago.

La discusión fué muy animada en la cámara del *Alegría*. Por conducto de los comisionados, Topete y Malcampo decían a Prim que se detuviera en Gibraltar. La escuadra no debía, según ellos, *dar el grito* mientras no estuvieran reunidas en Cádiz todas las espadas revolucionarias. No se conformaba con esto el impetuoso general. Con poderes de éste, el capitán Lagier, al partir para Canarias, había convenido con Topete en que la escuadra recibiría a su bordo al primero de los caudillos que llegase, efectuando sin dilación el pronunciamiento. Faltaba, pues, Topete a un compromiso por él contraído y, además, ponía en grave peligro el éxito de la sublevación, dilatándola indefinidamente, pues no era posible determinar cuándo recalaría el *Buenaventura*, ni había seguridad absoluta de que trajese a los generales. Los mismos que eran mensajeros de la Marina opinaban contra la excesiva precaución de Malcampo y Topete. Se corría el riesgo de que la goleta *Ligera* llegase a Málaga de un momento a otro, y no se había contado aún para la revolución con el comandante de aquel barco de guerra... Hallábanse, además, el general y sus amigos expuestos a una desagradable visita de la Policía inglesa.

El más fogoso, inquieto y levantisco de los comisionados, don José Paúl y Angulo, no sólo se mostró contrario a la cuestión de etiqueta planteada por los jefes de la Marina, sino que propuso al general desatender resueltamente la indicación de aquéllos. Y como se recelaba que el viaje en el vapor *Alegría* había de ser peligroso a la salida de Gibraltar, y más aún al entrar en la bahía de Cádiz, él y su hermano don Francisco habían dispuesto que el general y sus amigos embarcasen en otro vapor. Al efecto, entraron en negociaciones con un rico comerciante de Gibraltar, míster Bland, grande admirador de Prim y entusiasta por la revolución española. Este les facilitaba un remolcador del puerto, embarcación ligera y de buena marcha, que les llevaría, como un discreto contrabando, a Cádiz y al costado de la *Zaragoza*. Prim, que nunca fué tardo ni vacilante en sus resoluciones, dijo:

—Vámonos y sea lo que Dios quiera.

A poco de esto llegó a bordo el mismo Bland, dueño del barco, y de lo que allí deliberaron resultó el acuerdo de salir en el remolcador durante la noche. El *Alegría* saldría como de costumbre, siguiendo, para no infundir sospechas, su derrota ordinaria de Gibraltar a Cádiz, con escala en Tánger. En el curso del día variaron los pareceres sobre si todos irían en el *Adelie* o sólo el general con Sagasta y Zorrilla. Por fin se decidió que con Prim irían tan sólo los amigos que le habían acompañado en el *Delta* y, además, Paúl y Denis. No quedó poco desconsolado Santiago Ibero cuando Zorrilla le notificó que no embarcaría en el remolcador. Adverso se le mostraba el Destino en aquel punto, pues su ilusión más viva era ir junto al gran caudillo y los dos paisanos que casi actuaban ya como ministros de la Causa. Y aun la separación del buen Denis le causaba pena, pues con un corto trato ya le estimaba y tenía por amigo. Se acordó, por último, dejar los equipajes en el *Alegría*, donde era más fácil ocultarlos en caso de que algún buque guardacostas intentara reconocimiento.

En resolución, a la madrugada zarpó el *Adelie* con las personas indicadas,

cuatro marineros y un piloto. Con diferencia de pocas horas, hizo lo propio el *Alegría*. El levante, que ya les zarandeaba en la bahía de Gibraltar, en cuanto rebasaron de Punta Carnero se les mostró terrible enemigo, con furioso viento y mar gruesa de costado. Entre Tarifa y Trafalgar, el *Adelie* luchó como león marino con los refuelles del Estrecho, moderando su andar y manteniendo el rumbo como podía. En el horroroso cuneo, sus tambores iban alternativamente al cielo y al abismo. Cuando la embarcación se hallaba en la cresta de la ola, las ruedas pataleaban en el aire, y al caer en la sima de agua creyérase que el barco y sus valientes tripulantes y la revolución española se colaban juntos, hechos una pelota, en las profundidades del mar.

En esta situación amaneció el 17 de septiembre. El mismo día, entre nueve y diez de la noche, hallándose la *Zaragoza* fondeada en Puntales, los oficiales de la fragata jugaban tranquilamente al tresillo. De improviso, se presentó a bordo el segundo comandante, don Francisco Castellanos, y al poco tiempo llegó don Rafael Malcampo, primer comandante. Como solían dormir en tierra, la presencia de los dos jefes fué motivo de sorpresa en la oficialidad y en toda la tripulación. Sobre las cartas del juego interrumpido flotaron retazos de comentarios sigilosos. Alguien apuntó por lo bajo el esperado arribo de un vapor que vendría de Canarias. En estas incertidumbres y conjeturas había pasado media hora larga, cuando los oficiales sintieron que otro bote requería la escala. ¿Quién venía? El brigadier don Juan Topete, capitán del puerto de Cádiz. Ya no quedaba duda de que un acontecimiento extraordinario estaba próximo. En el portalón recibieron los dos comandantes a Topete, el cual, mahumorado, les dijo:

—Ríñanme; vengo con retraso.

Y sin hablar más metiéronse los tres en la cámara del comandante.

La causa de la tardanza del valiente comandante de la *Blanca* en el Callao se conoce en Cádiz por una tradición perpetuada de boca en boca. Cuentan que la señora de Topete, tan virtuosa como amante de su marido, no gustaba de que éste anduviese en trapisondas revolucionarias. Don Juan, que estaba muy atrasado de sueño, echóse en la cama a prima noche, encargando al cabo de mar que a determinada hora le llamase tirando fuertemente de la campanilla. Sospechó, sin duda, la dama que el ir a bordo tan a deshora no era para cosa buena, y envolvió en trapos el badajo de la campana para que la vibración del metal no pudiese llegar a los oídos del durmiente. La impaciencia del cabo deshizo el femenino ardid: cansado el hombre de tirar del cordón, llamó a puñetazos con tanta furia, que poco le faltó para echar abajo la puerta Gracias a esto despertó el buen Topete y pudo acudir a su puesto, aunque con bastante retraso.

A poco de reunirse en la cámara los jefes de la *Zaragoza* y el capitán del puerto, llamaron a la oficialidad. Topete, con palabra difícil, les dijo que el oprobio arrojado por el Gobierno sobre la Marina ponía fatalmente a ésta... en el duro trance... de quebrantar la disciplina... Era cuestión de dignidad..., cuestión de honra... Guerrero de voluntad maciza, navegante de grande acción y palabra seca, Topete no conocía más vocabulario que el de la lealtad; no encontraba las voces con que se ha de expresar lo contrario de aquella virtud, algo que también es respetable, pues hay sinfín de virtudes que los hombres practican conforme al mandato de las circunstancias. En su auxilio fué Malcampo, que dijo:

—La Marina no puede ser indiferente a los males de la nación; la Marina es un organismo nacional..., ha recibido de los últimos ministros del ramo desaires sin cuento, humillaciones...

Con estas y otras vagas formulillas salieron, al fin, del paso los dos comandantes, y terminaron diciendo a sus subordinados que, si alguno se sentía disconforme con el pronunciamiento de la Marina, a tiempo estaba para retirarse a su casa. Un oficial se permitió suplicar a los jefes que fijaran el punto hasta dónde había de llegar la Marina en su protesta o rebelión, pues no resultaba esto bien claro. Volvió a tomar la palabra Topete para decir con rudeza premiosa que la Marina no iba contra el Trono... El Trono, ¡ah!, sería respetado... Se aspiraba no más que a un cambio de Gobierno, a un cambio radical de política... Con las expli-

caciones de unos y otros prolongóse un rato la conferencia, y estando aún reunidos todos en la cámara sonaron fuertes voces fuera del barco.

Las voces decían:

—¿Es ésta la *Zaragoza?... ¡Zaragoza,* un bote; pronto..., echadnos un bote!

Acudieron todos a la borda; en la oscuridad de la noche distinguieron el bulto de una embarcación no muy grande. Malcampo reconoció el remolcador de Bland, y ordenó al instante que acudiese un bote a los que llamaban con tanto apremio. Momentos después, el bote atracaba a la escala y por ésta subía don Juan Prim, seguido de sus compañeros.

—Creí que no llegábamos nunca—dijo Prim al estrechar la mano de Topete y Malcampo—. Viaje malísimo..., muertos de hambre...

XXIX

Al poner el pie en la cubierta de la *Zaragoza,* Prim no disimuló su júbilo. Topete y Malcampo, guardando al general la debida cortesía, permanecieron un rato vacilantes y cortados, sin encontrar en su pensamiento la fórmula de las congratulaciones para casos como aquél, más frecuentes en las comedias que en la vida. No esperaban a Prim tan pronto; esperaban a los generales traídos de su destierro de Canarias. Cambiado por el acaso o por lo que fuera el orden de las cosas, se les desconcertaban las ideas y hasta el vocabulario. No podían decir a uno lo que cada cual llevaba preparado en su caletre para decirlo a otro... Creyérase que el inesperado huésped entraba en la fragata como un golpe de mar, alterando por un momento la estabilidad... de los perplejos tripulantes.

Reunidos marinos y paisanos en la cámara del comandante, antes de meterse en deliberaciones se acudió a reparar las fuerzas de los que llegaban de una travesía penosa y sin víveres. Como nada se había preparado a bordo, la cena de Prim y los suyos fué modestísima y fiambre. Naturalmente, al compás del comer, la conversación, animada y picante, en términos de franca amistad, fué sacando de cada alma pensares y sentires que, si en algunos puntos disentían, en otros admirablemente concordaban. Con pie de gato asustadizo pasaron sobre las ascuas del candidato al Tronco, en el caso de que éste quedase vacante. La infantil ingenuidad de Topete y su palabra marinera y balbuciente podían poco cruzándose con la convicción ardorosa y la palabra de acero de Prim; menos podían aún frente a la esgrima de un polemista tan experimentado como Sagasta. La idea de remitir la espinosa cuestión dinástica al supremo criterio de la soberanía nacional, acogiéndose a la socorrida receta de Espartero, iba penetrando en el ánimo de los marinos, que así se encontraban con buen emoliente que aplicar a sus escrúpulos y escozores de conciencia.

Discutiendo con noble sinceridad, se llegó a declarar que si los males y humillaciones de la Marina eran graves, mayor gravedad tenía el oprobio de la patria, y que la Marina empequeñecía su protesta si la encerraba en los cortos límites del espíritu de Cuerpo. La Marina, como el Ejército, tomaría el nombre de España, envilecida ante las naciones por la Corte y la infame camarilla. Los soldados de mar y de tierra, como todo el país, sentían su rostro enrojecido por los ultrajes que a la nación española inferían los que más obligados estaban a mirar por su honra. Ejército y Armada, unidos al pueblo, habían de salir en defensa de la madre común escarnecida públicamente y arrastrada por el fango... De esta discusión, que Prim, Sagasta y Zorrilla caldearon hasta el rojo, salió el acuerdo de que la escuadra se pronunciara al día siguiente, a las doce. De ningún modo debía esperarse a los generales, no sólo porque era insegura la fecha de su llegada, sino porque la efervescencia que reinaba en Cádiz exigía que no se dilatara el arranque inicial... Le revolución llenaba el ambiente y movía todas las almas; la misma autoridad, azorada y melancólica, sintiéndose impotente contra ella, a punto estaba de ver dar el breve paso que separa el contra del pro. Detener el pronunciamiento un día más, una hora, era exponerse a que cualquier inesperado suceso, una regresión, una falsa noticia, una voz en el aire, una china en el sendero, dieran con todo al traste. ¡Vol-

ver a empezar!, ¡qué horror! Las vidas se agotaban, las voluntades rebeldes habían llegado a su máxima tensión y ya... o reventar o vencer.

Penetrados de tales ideas y dispuestos a ejecutarlas, requirieron los caballeros de la Libertad un corto descanso; que ya, desde la última palabra del discutir hasta la primera claridad del amanecer, poco tiempo había de pasar. El más tardo en recogerse fué Sagasta, que en un corro de oficiales estuvo charlando hasta la salida del sol. Encendidas las calderas desde la madrugada, el 18, después de las faenas matutinas, se dieron órdenes para que la escuadra dejara el fondeadero de Puntales y se aproximase a la ciudad, colocándose frente a la batería de San Felipe. Era para don Juan Prim contrariedad molesta la falta de uniforme; pero como todo tiene remedio en este mundo menos la muerte, él mismo discurrió un ingenioso arbitrio para ostentar las insignias elementales de su jerarquía militar. Mandó que con lanilla roja de banderas le hicieran una faja; se la puso, y, en verdad, que una vez ceñida al cuerpo y vista de lejos todo el mundo la diputara por legítima. Para cubrirse, tomó la gorra del oficial de Marina, cuyas medidas de cabeza correspondían a las de la suya. Tocó este honor a la cabeza del ilustrado oficial don Camilo Arana. Véase cómo un gran suceso de la historia contemporánea fué precedido de incidentes vulgares, cómicos, contrarios a toda solemnidad.

Con lenta marcha majestuosa llegó la fragata *Zaragoza* frente a San Felipe. Delante y detrás, formando extensa línea, fueron la *Tetuán* y *Villa de Madrid*, los vapores *Isabel II*, *Vulcano* y *Ferrol* y las goletas *Edetana* y *Concordia*. A la una del viernes 18 de septiembre de 1868, hallábanse en el puente de la *Zaragoza* don Juan Topete, Malcampo, Prim y toda la oficialidad. Dióse a la marinería la orden de subir a las vergas, a los cabos de cañón la de prepararse para el saludo, y don Juan Topete, con voz de mando estentórea, lanzó los gritos de ordenanza: «¡Viva la reina!» Siete veces fué aclamada doña Isabel por Topete; siete veces contestadas las aclamaciones por la marinería. Bien pudieron notar los oficiales que Prim cambiaba de color a cada grito. Mas no era hombre que se dejase imponer por una voluntad que en aquel caso solemne tenía por secundaria, ni consentía que sus altos pensamientos quedasen más bajos de lo que debían estar. Arriba, en el cielo mismo, había de ponerlos, ¡vive Dios!, y que los señores de a bordo lo tomaran como quisiesen. Huésped de ellos era, su prisionero tal vez. Pero ningún peligro le arredraba: con una o dos palabras pondría el remate a su gran obra y convertiría su idea en acción real. Pues a decirlas ante el cielo y la tierra.

Como quien rectifica cortésmente un concepto equivocado, Prim se adelantó con esta vulgar frase:

—Dispense usted, mi brigadier.

Y, como un león, se abalanzó al pasamanos del puente, y echando toda el alma en su voz bribante, gritó:

—¡Viva la soberanía nacional..., viva la Libertad!

Repitió la exclamación como un conjuro mágico que desde aquel punto había de correr por toda España, despertando los corazones dormidos y resucitando las esperanzas muertas. Oído por la marinería el grito del general, ya no sonaron más los fríos clamores de ordenanza, sino que estalló un «¡Viva Prim!» inmenso, ardoroso, y confundido con el estruendo de la artillería fué repitiéndose de verga en verga y de barco en barco. El nombre de Prim y los cañonazos sonaban con giro vertiginoso, como si en espiral se enroscaran... Iban a perderse en la ciudad entre los alaridos de la multitud.

La fiera de la revolución estaba ya suelta; el Trono, caído y roto... Los generales, cuando vinieran, si venían, nada podrían hacer ya para encadenar a la fiera y enderezar lo caído. Si Prim no se les hubiera anticipado, el alzamiento habría seguido rumbo distinto, que desconocemos..., como no se tome el trabajo de referirlo el divino *Confusio*.

Pronunciada la escuadra, se creyó a bordo que la plaza secundaría el movimiento sin tardanza. No fué así: tardanza hubo. Los batallones de Cantabria no salían de sus cuarteles, y el paisanaje divagaba por las calles cantando coplas patrióticas, sin que la Guardia Civil tratase de impedirlo. A media tarde empezó a llover, y lloviendo estuvo parte de la noche. El agua del cielo,

ya se sabe, no favorece los movimientos populares... En tanto, llegaron a bordo de la *Zaragoza* los que habían salido de Gibraltar en el *Alegría* y, además, el jerezano Sánchez Mira, capitán de Artillería retirado. Al anochecer volvieron a tierra, después de asegurar que el pronunciamiento de la guarnición sería indefectiblemente un hecho en la mañana del día siguiente, 19. La noche transcurrió en Cádiz con aparente tranquilidad, aunque bajo la capa de este sosiego protegido por la lluvia ardía el espíritu de rebelión y se trabajaba en encenderlo más. Merelo, Sánchez Mira, Bolaños y Guerra recorrían los acantonamientos, encareciendo a los paisanos la quietud hasta que llegase el momento preciso. Agregado a ellos estaba el capitán de Infantería de Marina, Borrero, que días antes logró escapar del castillo de Santa Catalina, donde hubo de arrostrar indecibles sufrimientos y martirios hasta su evasión, que realizó jugándose la vida y casi seguro de perderla.

A la madrugada se personaron Merelo y su acompañamiento en el cuartel de San Roque, donde se alojaba Cantabria, y con una breve arenga quedó pronunciada la tropa. Inmediatamente se dispuso reforzar con paisanos armados la guardia del Principal, ocupar todas las azoteas de la plaza de San Juan de Dios y que dos o tres compañías se posesionaran de la Aduana. Uniéronse al movimiento los carabineros, y se procedió luego a poner en libertad a los patriotas presos días antes. Se dispuso que fuese un oficial a bordo de la *Zaragoza* a participar lo que ocurría, y al toque de diana, la banda de Cantabria saludó la sublevación en el lenguaje musical de ordenanza: el *Himno de Riego*.

A las siete desembarcaron Topete y Prim. Este llevaba ya su uniforme de comandante general de Ingenieros. Fué recibido con hervor de entusiasmo, con emoción ardiente, en la cual había no poco de ternura. Dirigiéronse a la Aduana, el histórico albergue de toda autoridad en los días famosos de los años 8, 12 y 23. Allí vivió Fernando VII, prisionero de los constitucionales, mientras Angulema bombardeaba en el Trocadero las avanzadas españolas; en aquellos balcones se asomaba, vestido de mahón, para que la plebe le manifestase un respeto que él no merecía; allí le puso en capilla el lógico historiador *Confusio*, y de allí le sacó entre guardias para llevarle al rebellín de San Felipe, donde le administró los cuatro tiros a que se había hecho acreedor por su perfidia. Cierto que esto de los tiros era fantástico, desgraciadamente. Quédese, pues, en los rosados limbos de la justicia ideal, y dígase que en el mismo balcón donde se asomaba Fernando a requerir los homenajes de un pueblo inocente tirando a tonto, tuvo que asomarse Prim para recibir la adhesión amorosa de un pueblo más avisado ya, y en camino de pasarse de listo.

Mientras el general se ocupaba en nombrar la Junta revolucionaria, ponderando discretamente en ella las tres familias: progresistas, unionista y democrática, acudió Topete al castillo de Santa Catalina, donde se había retirado el gobernardor de la plaza, general Boulligny, con la artillería. Por fórmula le rogó que se adhiriese al movimiento; por fórmula replicó al general que no podía complacer a su amigo; resignó el mando; fué conducido por el mismo Topete a la capitanía general; las fuerzas de Artillería volvieron a sus cuarteles, y a la una de la tarde salieron para La Carraca. Todo iba, pues, como una seda. Los que con loca facilidad, apoyados por la escuadra, habían sublevado a Cádiz y a la guarnición, se alababan de un éxito tan hermoso, *sin derramar una gota de sangre*... ¡Qué simpleza! La sangre se había derramado antes. Que hicieran la cuenta de sangre desde la noche de San Daniel y jornada del 22 de junio, con sus severísimos castigos; que añadieran los suplicios de Espinosa, Mas y Ventura, Copeiro del Villar y otros mártires, y se vería que no hay revolución seca. Y aún faltaban algunas venas que abrir. Clío, trágica, no había soltado de su mano la terrible lanceta.

Para que todo fuese dicha en aquel venturoso 19 de septiembre, por la tarde llegó el *Buenaventura*. A su encuentro, en alta mar, salió el vapor de guerra *Vulcano*, que informó a los generales de cuanto en Cádiz había ocurrido. Desembarcaron los unionistas. Nuevos entusiasmos. El regocijo y las esperanzas desbordaban de los corazones.

Estos habían vivido largo tiempo en sequedad triste, y ya se llenaban de flores, que lucirían su aroma y colorines hasta que Dios quisiera. La misma tarde se dió a la imprenta el manifiesto que Ayala había escrito en el *Buenaventura,* y al anochecer corría por Cádiz de mano en mano. Era la proclama viril en que el poeta, fundiendo con arte exquisito la razón con el sentimiento, expresó el dolor de la patria y sus legítimos anhelos de recobrar la salud, la paz y el decoro; documento que puede señalarse como modelo de elocuencia guerrera y política, y que por su fuerza oratoria fué en aquellos días el rayo ardiente que corrió por toda España propagando el popular incendio. Por mucho tiempo conservaron los españoles en su memoria los famosos *queremos* de Ayala. *Queremos que una legalidad común, por todos creada, tenga, implícito y constante, el respeto de todos... Queremos que el encargado de observar la Constitución no sea su enemigo irreconciliable... Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en voz alta delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas...,* etc.

Ni los *queremos* de la vibrante alocución de Ayala, ni la presencia de Prim y Serrano, saludada en calles y balcones por la frenética multitud, distraían a Santiago Ibero de su melancolía y abatimiento por no haber encontrado en Cádiz la esperada carta de Teresa. En Londres pidió a los hermanos Blanco un nombre de casa de banca o de comercio adonde su familia pudiera dirigirle la correspondencia. Dióle don Jaime, anotada en un papel, esta dirección: *Horacio Alcón y Compañía. Cádiz,* la que mandó a su amada mujer, con la advertencia de que inmediatamente le escribiera. No se alegró poco al saber por sus amigos los marineros del *Alegría* que los Alcones eran armadores del vapor en que navegaba. Pero en cuanto desembarcó, su gozo en un pozo. En la casa y escritorio donde creyó encontrar su dicha no había carta para él. Idéntica negativa dada el 19 y el 20 abatió tanto el ánimo del pobre aventurero, que aun la misma revolución triunfante perdió parte de su interés.

En compañía de marineros alegres vagaba Ibero por la linda ciudad engalanada. En algunos momentos, el delirio popular invadía su alma; pero muy poco se estacionaba en ella. Cuando por los amigos del *Alegría* se supo que había venido con Prim en el *Delta,* era saludado en las calles como un brazo fuerte de la Libertad; caían sobre él convites y obsequios, obligándole a un disparatado consumo de manzanilla. En medio de esta disipación, que entenebrecía su espíritu en vez de iluminarlo, apareció al fin la aurora de su felicidad. El 21 por la tarde volvió a casa de Alcón con la negra idea de un nuevo chasco. Dios lo dispuso de otro modo, y hubo carta... La cogió Santiago y rápidamente rasgó el sobre, como si dentro viniera bien dobladita la propia Teresa en cuerpo y alma. Pasando la vista por los no muy derechos renglones, leyó frases amantes, dulces tonterías, y, guardando en su seno el precioso papel con idea de leerlo y saborearlo en su casa, salió a la calle de San Francisco medio loco. Todo el delirio patriotero, reconcentrado y latente en su alma, se desbordó ante los grupos de transeúntes que iban hacia la plaza de San Juan de Dios, donde estaba tocando la música de Cantabria. El hombre, feliz, prorrumpió en estos alegres clamores: «¡Viva Prim, viva Serrano, vivan todas las libertades: de cultos, de comercio, de imprenta...!»

Soltando estos gritos, que también eran convicciones, llegó a la plaza. Unos le miraban con asombro, otros con alegría, y, como todo el vecindario gaditano estaba ebrio de liberalismo, hacían gracia los patriotas, aunque fueran borrachos. Al aproximarse a la Puerta de Mar, por donde entran y salen de continuo chorros de gente, vió Santiago a un hombre de regular estatura, grueso, de tostado rostro, con enormes patillas grises. Quedó Ibero paralizado ante aquella figura. El de las barbas le vió también, y, abriendo sus brazos, con paternal emoción, gritó:

—*¡Bero,* hijo mío!

Santiago se dejó estrujar entre los brazos forzudos del capitán Lagier, diciendo con voz llorosa:

—Don Ramón, iba a buscarle...

XXX

Pasadas las efusiones del reconocimiento o *anagnórisis,* Lagier dijo a Ibero:

—Acompáñame a unas diligencias y luego te vienes conmigo a bordo para que hablemos largo y tendido...

Así se hizo: pasó el riojano la noche en el *Buenaventura,* gozoso de platicar con su segundo padre. ¡Qué admirable coyuntura para hacerle confesión general de su vida en el tiempo que había corrido suelto por el mundo! Hablaron de política y de revolución, y Santiago abordó con valentía el magno asunto de su revolución propia, de sus amores con Teresa y de su firmísimo inquebrantable lazo de matrimonio libre, sin reparo ninguno de los antecedentes de ella y de sus pasados extravíos. Oyó Lagier la historia, sin reír como los anteriores oyentes, y vió toda la importancia y gravedad del caso, su fatalidad inevitable.

Apuró Santiago su dialéctica para obtener exequátur de su maestro, y entre otras cosas muy pertinentes dijo que no podemos ser revolucionarios en lo público y atrasados o ñoños en lo privado. Si se tira de la cuerda para lo de todos, tírese para lo de cada uno... Cierto que Ibero, al proceder de aquel modo, se ponía en desacuerdo con la sociedad y levantaba un murallón infranqueable entre él y su familia. ¿Veía el sabio maestro alguna solución conciliadora? A esta pregunta contestó el buen marino, después de meditar en silencio, acariciándose las luengas patillas, que si Santiago tenía medios de vivir en el extranjero con Teresa, trabajando los dos honradamente, diera un adiós definitivo a España y se labrara una vida francesa del mejor modo que pudiese, con libertad y sosiego. Así, dejando pasar el tiempo, se vería libre de los disgustos que en España le ocasionaría el fanatismo.

—Sí, hijo mío: el fanatismo tiene aquí tanta fuerza que, aunque parezca vencido, pronto se rehace y vuelve a fastidiarnos a todos. Los más liberales creen en el infierno, adoran imágenes de palo y mandan a sus hijos a los colegios de curas... No sé hasta dónde llegará esta revolución que hemos hecho con tanto trabajo. Avanzará un poco, hasta que al fanatismo se le hinchen las narices y diga: «Caballeros Prim y Serrano, de aquí no se pasa.»

Muy del agrado de Santiago fué la exhortación a la vida en país extranjero, donde su doméstica revolución quedaría amparada de la tolerancia y defendida del fantismo español por los providenciales Pirineos... Elevando luego la cuestión a las esferas de la filosofía que profesaba, afirmó Lagier que si las almas de los fenecidos transmigran de uno a otro planeta, buscando nuevas reencarnaciones, ya con el carácter remuneratorio, ya con el expiatorio, las almas de los vivos pueden y deben transmigrar, dentro de la pequeñez de nuestro mundo, buscando su mejor estado y observando las leyes de la moral universal. El no emigraba porque le tenían amarrado al terruño español su familia y el régimen de la Marina mercante.

—El que ande suelto—añadió—haga efectiva su libertad, viviendo donde mejor le cuadre... Yo no hallo más inconveniente que la tristeza de tus padres por tu desvío. Siempre verán con cristales de fanatismo tu casamiento libre; nunca con los cristales de la ciencia eterna, que dan al amor su verdadero tamaño... ¿Me entiendes?... Sed buenos, humildes, honrados, y puede que el tiempo os lleve a la reconciliación con tus padres y hermanos... Dificilillo es; pero quién sabe... Recordarás, *Bero,* lo que otras veces te he dicho: *Nacemos como un libro en blanco,* en el cual, conforme vivimos, vamos escribiendo una historia dictada por causas internas y externas, de que no sabemos darnos cuenta... Ocasión es ésta de deciros una y otra vez a ti y a tu Teresa: «*Reconstruid vuestras personas con actos buenos,* con actos independientes de los dogmas, y que arranquen de la pura conciencia.» Por mis lecciones sabes que en nuestra conducta influyen de un modo misterioso *seres inteligentes e invisibles.* Pon atención a lo que esos seres te digan... No te preocupes de las experiencias y comunicaciones. Los buenos espíritus vendrán a ti sin que tú los llames... En tus soledades y tristezas, vuelve los ojos al mar, si tienes ocasión de verlo, y al cielo; ellos te darán la impresión de lo infinito. Ante lo infi-

nito, eleva tu conciencia, y Dios será contigo.

De estas apacibles lecciones, dulcemente acogidas por el alma de Ibero, pasó Lagier a referir a su amigo las fatigas que había pasado en Tenerife para embarcar a los generales.

—A los tres días de navegación—dijo—llegué al puerto de La Orotava, al amanecer. Paré la máquina; al poco rato vi una lancha que venía en demanda de mi barco. Esto no es nuevo en aquellas costas. A menudo pasa un vapor preguntando: «¿Hay cochinilla que embarcar?» Y de tierra vienen a decirnos las condiciones de flete. El patrón de la lancha me trajo una carta anónima que decía: «No estamos preparados para el embarque. Váyase de vuelta afuera hasta el lunes catorce a las doce de la noche, que se acercará con un solo farol para que embarquemos... Aléjese mucho para no ser visto.» Yo contesté: «Conforme; no faltaré a la cita.» Dos días estuve voltijeando mar afuera. En la fecha convenida, a medianoche, me llegué al puerto de La Orotava con sólo la luz del tope, apagadas las de situación. La noche era oscura; el cariz, de mal tiempo... Acerquéme a la farola con precaución, moderando... No tardé en oír el compás de los remos de varias embarcaciones... Eran los generales. Larga y penosa, por el picado de la mar, fué la travesía del puerto a mi barco... El primero que subió por mi escala fué el duque de la Torre, a quien recibí en el portalón con un abrazo. El suspiró y me dijo: «Yo no sirvo para esto. Me gustaría más estar al lado de mis hijos.» Tras él entraron los demás. Lancé un «¡Viva la Libertad!», que retumbó *en las bóvedas del infinito*, y sin perder un minuto puse rumbo Norte, cuarto al Este, y mandé dar avante a toda máquina. El viaje fué mediano, con un día malísimo. Yo bajaba de cuando en cuando a charlar con el duque en su camarote. El buen señor sufría del mareo y gustaba de mi conversación. Hablábamos de política. Una noche le dije: «Señor duque, si salimos bien de ésta, hemos de establecer el matrimonio civil...» «Hombre, hombre—me contestó—; eso no es cosa nuestra. Ya ves: todavía creen que eso del casarse es cosa del Papa... La revolución que traen quedará, pienso yo, en un juego de militares. Como no vayan al bulto, no harán gran cosa.» Por eso me atreví a decir al duque: «Pues si no cortamos las alas a *esa gente*, trabajo perdido...» En fin, avistamos Cádiz a las ocho de la mañana. Como Topete me encargó que entrase de noche, me aguanté fuera hasta que salió el vapor *Vulcano* y supimos la sublevación de la escuadra al grito de *¡Viva la soberanía nacional!*

En los mismos sabrosos asuntos tratados por la noche, volvieron a picar a la mañana siguiente, al despedirse por tiempo indefinido, pues Lagier había recibido de Prim la orden de salir inmediatamente para Lisboa, con objeto de traer la gente que tenía en Portugal y *ciento once* oficiales que estaban desterrados en la Madera. Terminó Ibero con esta consulta interesante:

—Aconséjeme, don Ramón, pues dudo qué rumbo he de tomar ahora. Prim se va en la fragata *Zaragoza* a sublevar las poblaciones del Mediterráneo; Serrano va tierra adentro, llevándose todas las tropas que pueda para formar con las de Sevilla un Cuerpo de ejército y marchar sobre Córdoba y Madrid... ¿Con quién debo irme yo?

Sin vacilar, contestó Lagier:

—Incorpórate a los que van por tierra, que así llegarás pronto adonde quieres ir, y verás más notables peripecias.

Como Ibero a nadie conocía en el séquito de los generales, Lagier le prometió recomendarle cariñosamente a Caballero de Rodas, Ayala o López Domínguez. Bajaron los dos a tierra y anduvieron de un lado para otro. La oferta de Lagier quedó al fin cumplida. Por orden de López Domínguez, Santiago ingresó en la Maestranza de Artillería, donde se organizaba un convoy que había de salir aquella misma tarde. Despidiéronse con vivos afectos el capitán y su discípulo, no sin que aquél le diera, con el último abrazo, la síntesis de sus advertencias y sanos consejos.

—Hijo mío, encastíllate en la virtud, sin mirar al dogma, mirando a lo infinito, que verás reflejado en tu conciencia si sabes mirarlo... La conciencia es el espejo de lo infinito... Otra cosa debo decirte. Cuando te tuve a mi lado después de recogerte en medio del mar,

tenías inclinaciones al heroísmo. El heroísmo no se busca; se acepta y se practica cuando la ocasión nos lo trae, cuando nos vemos obligados a ser heroicos... También en la vida oscura y laboriosa hay heroísmo; también es heroico hacer frente a los fanáticos y derrotarlos con el ejemplo de las virtudes que ellos no practican..., y no te digo más... Adiós, hijo querido...

Despidiéronse con fuertes abrazos, casi con lágrimas en los ojos, y Santiago quedó en la Maestranza, encomendado a un sargento de Artillería, que le cambió de ropa, endilgándole chaquetilla de mecánica y gorra de cuartel. De allí fué a la estación, donde toda la tarde se ocuparon en embarcar material de artillería en plataformas, con las cuales y algunos coches de tercera se formó un tren especial, que, restablecida la comunicación entre la Isla y Puerto Real, salió avanzada la noche y llegó a Sevilla dos horas después de amanecer. De allí pasó el tren al Empalme, quedando Ibero con algunos hombres en la ciudad, ya pronunciada por el general Izquierdo.

En medio del ardoroso trajín de aquellas horas, en que los hombres desconocían el descanso, tuvo Ibero la inmensa satisfacción de encontrarse de manos a boca con su amigo del alma Leoncio Ansúrez. Apenas tuvieron tiempo de cambiar las interrogaciones de sorpresa y alegría. ¿Cómo tú aquí?... ¿De dónde vienes? Bastóles por el momento saber que irían a Córdoba, y se concertaron para hacer juntos el viaje. Leoncio había llegado a Sevilla el día 15, con un mensaje reservado de don Manuel Tarfe para el general Izquierdo. Comunicáronse rápidamente sus impresiones y noticias, y siguieron trabajando con ardor incansable. Un día pararon en la factoría de utensilios, una noche al raso, vagando por las morunas calles, oyendo el habla graciosa del pueblo y dando vueltas en torno de la Catedral y la Giralda... Vieron partir a Serrano y a Izquierdo, despedidos por alegres multitudes, y al día siguiente partieron ellos en un tren militar. Todo era júbilo en el camino. Los pueblos salían a las estaciones con músicas y banderolas; el aire se componía de estos elementos: ojos lindos de mujeres, aroma de flores, *Himno de Riego*...

Como Leonico sabía muchas cosas que Ibero ignoraba, en el tren le informó de que al estruendo de los cañones de la escuadra en Cádiz se desplomaron en San Sebastián González Bravo y todo el Ministerio moderado. Ministro universal era el marqués de la Habana, que no tenía otra misión que reunir tropas y mandarlas a cortar el paso a Serrano. Al frente de ellas venía el general marqués de Novaliches...

—Yo creo—dijo Leoncio, profético—, que no habrá batalla, y que cuando se encuentren en Despeñaperros, o donde sea, se abrazarán unos y otros soldados, diciendo, como Ayala: *¡Viva España con honra!*

A la hora en que así discurrían, las poblaciones del litoral estarían sublevadas. La camarilla imperante, con reina y todo, se desmoronaba y deshacía como un azucarillo en el agua...

Con estas ilusiones llegaron a Córdoba los dos amigos, donde se les dió boleta de alojamiento para una casita situada en el Potro. Tan corto fué su descanso en la patria del buen Séneca, que apenas dispusieron de algunos ratos para ver de prisa y corriendo la mezquita o Catedral, que de las dos maneras la llaman los turistas. Sin respiro se ocupaban en el inventario y reparación de armamento, en la pirotecnia, en el servicio de acémilas y carros... De esta faena les sacó una mañana Caballero de Rodas, que salió con dos regimientos a tomar posiciones en Alcolea, porque, según noticias, Novaliches había franqueado ya Despeñaperros, y era forzoso cerrarle las puertas de Córdoba. En Alcolea comenzaron sin pérdida de tiempo los trabajos de atrincheramiento, así en la falda de la sierra como en la cabecera del puente, donde había un hostal muy apropiado para la defensa. Se dispuso el emplazamiento de la artillería, y se fortificaron dos excelentes posiciones en casas de labor llamadas Yegüeros y el Capricho.

Serrano, que en Córdoba se alojaba en casa de los condes de Gavia, iba todas las mañanas en coche a examinar los trabajos. El día 27 fué con él Ayala, que partió al campo enemigo a conferenciar con Novaliches. Días antes había salido con el mismo objeto el señor Vallín, que era gallardo jinete, y uno de los paisanos que con más ardor ayu-

daban a la Causa. El 28 fué Serrano más temprano que de costumbre, acompañado de sus ayudantes. En otro coche llegaron varios caballeros, entre los cuales Ibero y Leoncio vieron con gozo a don Manuel Tarfe. Hallándose Serrano en Alcolea, inspeccionando las obras de atrincheramiento y el estado de las tropas, llegó don Adelardo Ayala de su visita al campo de Novaliches. La respuesta que trajo no se dió a conocer fuera del círculo íntimo del general en jefe. Corrió la voz de que en la contestación del caudillo de la reina palpitaba el tesón caballeresco, el sentimiento del deber cumplido con leal firmeza, y una tristeza muy humana ante el espectáculo del sangriento inevitable choque entre dos esforzados grupos del ejército nacional. No había razón ni afecto que impidiesen ya la formidable porfía entre las instituciones caducas y el pueblo que proclamaba con pujanza y estruendo sus derechos seculares. Muchedumbre de tropas habían llegado al amanecer, y bastantes cañones de batalla. El campamento ardía en animación bulliciosa. Soldados, jefes y paisanos respiraban júbilo y confianza.

Serrano y sus acompañantes, a los cuales se agregó don Adelardo Ayala, volviéronse a almorzar a Córdoba; mas no debieron hacerlo con tranquilidad, porque poco después de mediodía los confidentes o espías de Caballero de Rodas trajeron la noticia de la proximidad de las avanzadas de Novaliches, y despachó a Córdoba un propio con apremiante aviso para que el general en jefe acudiese sin tardanza. Las dos serían cuando llegó Izquierdo. Media hora después, Serrano, con su plana mayor y diversa y heteróclita gente en carricoches o a caballo, desfiló por la carretera como procesión fantástica, cuyas figuras se desvanecían en la nube de polvo que a su paso levantaban.

A las tres y minutos, hallándose Caballero de Rodas frente al Capricho, vastísima y opulenta casa de labor de un rico hacendado cordobés, vió venir tropas enemigas por la falda de la sierra, entre los grupos de olivos. Dispúsose a resistir el ataque. Apenas iniciado el tiroteo, fuerzas de Cazadores de Madrid se precipitaron a una embestida contra las que mandaba Caballero; error táctico bien visible, pues los combatientes revolucionarios aún no habían entrado en fuego, mientras los otros venían fatigados, y con prematuro ardor quebrantaban su energía.

Desastroso fué el resultado para las tropas de la reina, que de un modo tan irregular iniciaban la lucha. Eran los Cazadores de Madrid uno de los cuerpos más afamados por su bravura. Al encontrarse de improviso frente a los Cazadores de Simancas, de glorioso abolengo también, el estupor les dejó mudos y paralizados. Viendo la línea de tropas extendida entre Yegüeros y el Capricho, y tras ella la formidable artillería, los que habían venido por el bosque con idea de sorprender un destacamento halláronse sin remisión copados.

Caballero de Rodas propone que venga a su presencia el coronel de los de Madrid, y le dice que si éstos retroceden les hará fuego; si dan un paso hacia adelante, también. Eran, pues, prisioneros. En esto se adelanta Serrano, que estaba frente a Yegüeros con Izquierdo y López Domínguez...; pide una conferencia con el brigadier Lacy, que mandaba la fuerza enemiga; hablan éste y Serrano; confiesa Lacy con sinceridad dolorosa que creyendo sorprender había sido sorprendido, y que su posición era en absoluto funesta. El duque le invita, con frase más patriótica que militar, a unirse al ejército de la revolución; protesta Lacy pundonoroso, aferrado al cumplimiento de su deber. La idea de que su aturdido movimiento pueda ser interpretado como ardid para pasarse, le subleva, le vuelve loco, le lleva a la desesperación. Prefiere la muerte a tal ignominia... Por fin, Serrano, que sabe emplear muy a tiempo la magnanimidad, termina la conferencia con un rasgo admirable:

—Brigadier Lacy — dice a su contrario—, comprendo las dificultades militares y morales de su posición. Retírese usted con sus fuerzas, vuélvase a su campo, y yo le doy mi palabra de honor de no romper el fuego sin previa intimación.

XXXI

Retiróse Lacy. Al cuarto de hora tomaba posiciones, y empujado por el general de su división daba la orden de romper fuego. Cazadores contra Cazadores embistiéronse a tiros; pronto lo harían cuerpo a cuerpo con encarnizada fiereza. El combate se generalizó entre Yegüeros y el Capricho; el cañón de las tropas de la reina, que era de los de acero, de modernísima construcción, empezó a tronar desde las alturas lejanas; el cañón revolucionario, de bronce, algo anticuado, pero dirigido con más arte y conocimiento por López Domínguez, tronaba desde acá. Unas y otras piezas hacían estrago. Los proyectiles de la artillería enemiga, que en el aire trazaban horribles espirales, venían a caer muy detrás de la infantería de Serrano; sin reventar, empotrábanse en el suelo blando, levantando la tierra en forma semejante a la de los montículos que hacen los topos... En el extremo izquierdo de la línea, donde el paisanaje armado ayudaba a los militares como podía, Leoncio se separó del grupo buscando a su amigo Ibero, a quien vió correr y perderse entre unas encinas. Creyó que estaba herido... Le encontró ileso, arrimado a un tronco, con muestras de fatiga y desaliento.

—No es cobardía lo que me ha separado de vosotros—dijo Ibero a su amigo—; es el espanto de ver cómo se matan unos a otros los hermanos... Disparé, vi caer muerto a un cazador de Madrid... Tuve esa desgracia... Al segundo disparo no hice blanco; al tercero, sí..., cayó, ignoro si herido o muerto, otro soldado de Madrid. No sé lo que me pasó al verlo... Rompí a llorar de pena... Creí que mataba a un hermano mío. Aumentaba mi congoja al ver la ferocidad con que se matan éstos y aquéllos..., y acaba de confundirme el verlos vestido con el mismo traje. Un número no más los diferencia... Me ha entrado un terror muy grande sólo de pensar que puedo equivocarme de número.

—Yo también he sentido este temor —dijo Leoncio—. Pero no hay más remedio que pelear. Seguimos la bandera de Serrano contra la de Novaliches, y si retrocedemos, nos tendrán por traidores.

—A todo seré traidor; pero no a la Humanidad. Esta carnicería es estúpida... ¡La guerra civil! ¡Qué cosa más abominable!... Menos mal cuando se pelean los que quieren libertad con los que la aborrecen. Pero aquí, en uno y otro bando, todos piensan lo mismo. Métete en el pensamiento de ellos, examínalos por dentro uno por uno, y verás que no hay diferencia mayor en lo que desean... Todo es un puntillo de honor, un puntillo de disciplina, y nada más...

—Sea lo que quiera, ven y déjate de humanidades y tonterías... Si pensáramos siempre en la Humanidad, no habría guerras ni gloria militar. Con tus ideas, viene necesariamente el desmayo, y si desmayamos, nos derrotará y destrozará el que trae la bandera de doña Isabel y su camarilla.

Cedió Ibero a la sugestión de su amigo, y se dejó llevar por él adonde éste quiso conducirle. El brigadier Salazar daba una carga feroz a los Cazadores de Madrid, que retrocedían hacia el arroyo de Yegüeros, dejando innumerables muertos en el campo. Los de Borbón y Cantabria, mandados por Alaminos, batieron la derecha de los de la reina, persiguiéndolos y acosándolos entre los olivares. Ibero y Leoncio viéronse arrastrados por el pelotón de treinta carabineros con que Caballero de Rodas cazó en lo más intrincado de la espesura a innumerables hombres de Barbastro y Gerona. Leoncio mató hermanos; Ibero tuvo la desgracia de hacer lo mismo, y ambos se recogieron espantados de su triunfo, pidiendo a Dios con secreta oración que acabase pronto la inhumana y brutal pelea. Sentían opresión, ansia misteriosa de que todos los caídos se levantaran; de que el hierro de las bayonetas se convirtiera en cartón, y los fusiles en inofensivos juguetes.

Repugnaba en verdad a la conciencia patria (que es forma de conciencia de las más interesantes, en la cual se fundan el honor y la dignidad de las grandes familias llamadas naciones) ver cómo tiraban a matarse tantos hombres vestidos con el mismo traje, llevando en sus armas y arreos los mismos signos de nacionalidad. Sólo se distinguían por un número. En aquel tiempo, los Cazadores vestían uniforme mal imitado de los *bersaglieri* italianos, con un som-

brerito a la chamberga, ornado de plumas de gallo. El empaque parecía más cinegético que militar, pintoresco, algo tirolés o suizo. El pueblo español nunca vió en aquellas figuras de ópera cómica el aire de las tropas ligeras de nuestro país, tan queridas y admiradas. Por esta razón, los altos sastres de nuestro Estado Mayor general desecharon pronto el exótico traje, y cogieron las tijeras para hacer otro.

Llevado de su indomable tesón, Novaliches no vió, no quiso ver, que tenía perdida la batalla, y destacó varios escuadrones al mando del príncipe italiano conde de Girgenti. Avanzaron por el llano con tranquilo paso, como si asistieran a una parada. Nadie entendía los propósitos del general al disponer este movimiento, como no fuera el dar a la Historia un alarde de frío valor pasivo. La Caballería y su coronel Girgenti resistieron impávidos, recibiendo a su paso innumerables proyectiles de cañón, sin que se les presentara coyuntura de acuchillar a sus enemigos. Al cabo tuvieron que guarecerse de la lluvia de fuego al amparo del cortijo. Pero éste fué incendiado por las granadas de artillería de Serrano, y los bravos jinetes hubieron de retirarse sin hacer cosa de provecho: sólo habían demostrado un valor ineficaz... Aun después de este fracaso, el tenaz Novaliches, que sin duda tenía en su corazón el famoso *no importa*, emprendió el ataque del puente, la más temeraria locura que se podría imaginar. Embistió por la cabecera izquierda; lanzáronse con ímpetu los soldados, llevando al frente al valeroso Meca, capitán de Estado Mayor, que perdió la vida en los primeros sacudimientos del ataque. ¡Gloriosa vida, cortada bárbaramente en la flor de la edad!...

Desde la orilla derecha. Ibero y Leoncio, que con otros paisanos recibieron la orden de molestar al enemigo con frecuentes disparos, vieron la terrible porfía del puente. Caía la tarde, y el Occidente se encendió en un crepúsculo rojo, fondo muy apropiado, por su sanguinolento esplendor, a la fiera batalla. A poco de iniciado el ataque, empezó a debilitarse el rojo del cielo, y cuando los combatientes llegaban al delirio, aquel tono degeneraba en rosa... El regimiento de Valencia defendía con brava serenidad el paso del puente; los soldados que ocupaban los contrafuertes eran los más exaltados en la lucha y las primeras víctimas, por hallarse en posiciones sin más defensa que los curvos pretiles, semejantes a la mitad del brocal de un pozo. Desde allí, agachados, hacían incesante fuego. En los trances de mayor furia, el cielo de Occidente pasó del rosa al violeta, se diluía fundiéndose en el azul diáfano y puro, señal de paz. Pero la paz no venía para los hombres, que continuaban peleando cuando sobre ellos cayó el velo de la noche.

Desde su puesto en la orilla derecha, Ibero y Leoncio vieron la porfiada lucha, que con intervalos breves se prolongó hasta las nueve de la noche o más, desarrollándose la trágica escena en una dulce penumbra cerúlea recamada de plata, pues la luna, en vísperas de nueva, alumbró antes de la puesta del sol con pálida faz; después, con intensa claridad argentina. Las figuras de los guerreros sobre el largo puente, que reflejaba en las aguas del Guadalquivir la ringlera de sus ojos centrales, ofrecía un cuadro fantástico, tan bello como aterrador. La claridad plateada y lívida agrandaba los hombres; el suelo de la escena, de piedra dura montada sobre agua, acentuaba vigorosamente las voces furibundas con que se enardecían los combatientes para sostener su coraje.

La tenacidad heroica de las tropas reales no tenía otra finalidad estratégica que llevar a un punto culminante la disciplina y el pundonor de los que hacían el último esfuerzo en pro de Isabel II. Su grito era: «¡Viva la reina! ¡A dormir a Córdoba!» Y a la eternidad iban a dormir unos y otros, sin que doña Isabel ganara una sola línea del terreno perdido en el corazón de España. Es indudable que Novaliches se lanzó al frenético tumulto del puente por delirio caballeresco, buscando una muerte que pusiera sello de gloria a su inquebrantable lealtad. Herido fué gravemente en la quijada, y hubo de resignar el mando en el general Paredes. La figura de Novaliches, dando el rostro a la impopularidad para defender lo irremisiblemente perdido, infundiendo a sus tropas un ficticio entusiasmo y peleando contra la Libertad hasta quedar fuera de combate, es digna del mayor respeto y aun de admiración.

Al retirarse el general de la reina, ha-

biendo apurado con escrupuloso tesón el cumplimiento de su deber, el puente estaba embaldosado de muertos. Fué preciso apilarlos en los pretiles para franquear el paso. En esta operación ayudaron los paisanos a los militares. Asistía la luna con su dulce claridad a este tristísimo despejo del campo de batalla. Extinguidas las voces de cólera y guerra, se oía una cháchara triste y zumbante, como un rezo por tantos difuntos. El general Serrano, después de disponer que el ejército vencedor pernoctara en sus posiciones, se retiró a descansar en un carro de artillería. A sus allegados dirigió frases melancólicas, acordándose de sus hijos. Melancólica también era, sin duda, la victoria alcanzada por la Libertad. Los novecientos cadáveres de ambos ejércitos en aquella trágica tarde, entristecían el triunfo y aumentaban la horrorosa estadística de vidas españolas sacrificadas por la fatídica doña Isabel o contra ella.

Hallábase Ibero junto al Capricho, ayudando a disponer el vivac de los de Simancas, cuando una mano amiga le cogió del brazo. Volvióse y vió la cara risueña de Tarfe, el cual le dijo:

—Salgo pitando para Madrid. ¿Quieres venir conmigo?

Respondió Santiago con afirmación enérgica, añadiendo que anhelaba perder de vista el horrible matadero de hombres.

—Pacífico estás. La vista y el olor de la sangre despejan las cabezas ahumadas de ensueños de gloria. ¿Qué tal la frase?

—No está mal, don Manuel, y yo añado que es verdadera. Los humos se escapan. Las grandezas lejanas se achican cuando nos acercamos a ellas... Crea usted que esta guerra civil me ha descorazonado totalmente.

—¿De cuándo acá, pregunto yo, se ha vuelto cordero el león, el que siendo aún cachorro quiso ir con Prim a la nueva conquista de Méjico?

—Ya en Linás de Marcuello sentí los primeros síntomas de esta enfermedad, o de esta curación, que lo mismo puede ser lo uno que lo otro. Pero aquello fué ligera sacudida... Ahora viene el desencanto como un desplome.

—Seguramente habrás echado la sonda en tu alma. ¿Atribuyes tu cambiazo al amor, a los espíritus?

—Los espíritus son los mensajeros del amor, señor don Manuel... Su misión es propagar la ley de amor en todo el universo...

—Metafísico estás... ¡Ja,ja, ja!...

—Es que el espanto de la guerra civil me ha trastornado... En fin, don Manuel, si se digna usted llevarme consigo a Madrid, vámonos cuanto antes. Tengo mucho que andar desde este campo de muerte a la paz de mi casa. ¿Por dónde y cómo iremos? ¿No está cortado el ferrocarril?

—En un carricoche que enganchado quedará dentro de cinco minutos, llegaremos a Andújar. Desde allí hay vía libre.

Brevemente dispusieron la marcha. Metió Tarfe en el birlocho algunos pliegos, cartas, paquetes de manifiestos, ejemplares de *La Andalucía,* de Sevilla; una cesta de provisiones, un maletín con ropa... Santiago añadió a esto sus armas y su corto equipaje, y a los pocos minutos recorrían la polvorosa carretera, alumbrados por la blanca luna. El vetusto coche iba marcando en la carrera un sonajeo rítmico; el cochero no soltaba de su boca las canciones patrióticas, poniendo en ellas el dejo triste de las quejumbrosas playeras; los caballos sostenían su deber con suaves estímulos de la fusta.

Corriendo veían la desolación del ejército en retirada, soldados y oficiales medio muertos de hambre y cansancio, destrozados de ropa, menos quebrantados de moral, porque su vencimiento les llevaba del campo de la reacción al de la libertad victoriosa, donde serían acogidos como hermanos. Iban maltrechos, consumidos; pero sin odio ni afán de inmediato desquite. En El Carpio, donde muchos estuvieron alojados hasta la mañana de aquel día, fueron acogidos con agasajo cariñoso. Todo el vecindario salió a recibirlos, pidiendo noticias de la batalla, celebrando el triunfo de la revolución, sin creer que con esto lastimaban a los vecinos.

—Patrona, aquí estamos—decía un oficial, entregándose al cuidado y a las atenciones de sus aposentadoras—, venimos muertos... Nos han fastidiado... ¡Viva España! Dennos algo de comer... Detúvose el carricoche de Tarfe en una de las principales casas del pueblo, cuyas puertas estaban bloqueadas por el

gentío. Allí, el médico de Pedro Abad, don José Antúnez, hacía la primera cura al general Novaliches. No quiso proseguir Tarfe su camino sin informarse con vivo interés del estado del valiente caudillo de la reina. El propio médico, terminada la cura, bajó a decirle que no podía dar un pronóstico satisfactorio. ¡Adelante! En su rápida marcha hacia Pedro Abad, hallaron los viajeros fuerzas del ejército vencido en Alcolea, que se retiraban sin perder su organización. Avanzada ya la noche, cuando no veían soldados, sino paisanos y mujeres que salían a la carretera ávidos de noticias, Tarfe, con relativa tranquilidad, habló a su amigo del trascendental hecho de armas que habían presenciado. Era un doblez de la Historia de España, una desviación de la vida española hacia los ideales de progreso... Innumerables lugares comunes salieron a la boca del buen caballero, entremezclados con incidentes y pormenores que archivaba su infeliz memoria.

—El general Novaliches se había portado como perfecto militar, defendiendo hasta el último trance la causa de la reina y los dorados muebles que llamamos el Trono y el Altar... La conducta del coronel de Pavía, conde de Girgenti, esposo de la infanta Isabel, merecía también sinceras alabanzas. El buen señor se hallaba tranquilamente en París cuando le dieron aviso de la sublevación de la escuadra, y con el aviso le llegó el olor de chamusquina. Corrió a su puesto, hizo lo que se le mandó, arriesgando la pelleja... Como era yerno de Isabel Segunda, Serrano pondría a su disposición una escolta que le acompañase hasta la frontera de Portugal.

Oía y callaba el buen Ibero, más atento a las melancolías y vagos pensamientos pesimistas que en aquella para él triste noche embargaban su ánimo. Pero el caballero unionista, que con sólo un oyente mudo tenía bastante para soltar el chorro de su locuacidad, prosiguió su nervioso comentario de la jornada:

—Y ¿qué me dices de la intrepidez del general Rey, hechura y pariente de don Ramón María Narváez? La Libertad atrae a los que fueron sus enemigos. Rey mandaba la plaza de Ceuta; presentóse en Cádiz a Prim, que le trató con dureza, mandándole que se pusiese a las órdenes de Serrano. Ya viste cómo ha cumplido el hombre... ¿Dices que el empuje revolucionario lleva demasiada fuerza y que llegará más allá de donde quería ir? Soy de la misma opinión... Y el que se queda más atrás en esta carrera es mi amigo Montpensier. ¿Sabes que ofreció a Serrano su cooperación personal, y que Serrano la rehusó cortésmente? ¿Sabes que envió caballos de silla y que éstos se volvieron por donde habían venido?

Ibero no sabía nada de esto, ni le importaban las oficiosidades pretendentiles del de Orleáns.

Cerca ya de Montoro, contó don Manuel a su amigo la trágica muerte de Vallín, emisario de Serrano en el campo realista. Menos afortunado que Ayala, Vallín tuvo la desgracia de tropezar con un furioso. Su altanería se estrelló en otra altanería mayor, quizá algo vesánica... Apenas entraron en la ciudad, sorprendió a los viajeros un hecho satisfactorio. Las autoridades civiles y militares, que habían olido ya la quema, estaban a medio pronunciamiento, y con las noticias traídas por Tarfe se procedió a formar la inevitable Junta revolucionaria. Para mayor dicha, supieron que desde Montoro estaba la vía corriente hasta Madrid. ¡Qué alegría! Todo era bienandanzas aquella noche. Como el único tren disponible era el mixto, que allí debía formarse a las cuatro de la madrugada, para llegar a Madrid a las diez de la noche siguiente, Tarfe pidió un tren especial, en el cual, aun saliendo después de medianoche, podría llegar a la corte a la una o las dos de la tarde del 29. Su impaciencia y las órdenes que llevaba exigían ganar horas, minutos.

A la una próximamente salieron en el tren especial, compuesto de una máquina, dos coches y un furgón. Tarfe, Santiago y dos caballeros de Montoro ocuparon el primer coche; en el segundo iban tres parejas de la Guardia Civil. En cuanto cayó en las blanduras del departamento de primera, Santiago pagó su tributo al sueño, con quien estaba en atrasada deuda. Tarfe durmió hasta el paso de Despeñaperros, y entre Vilches y Venta de Cárdenas, alumbrado ya el coche por el nuevo día, viendo que su compañero sacudía la pereza,

abrió la cesta de provisiones, en que traía emparedados y un jerez exquisito. Sin dar parte a los señores montoreses, que como troncos dormían, repararon sus cuerpos extenuados, y entablando de nuevo conversación, Tarfe dijo a Ibero:

—Has descansado, has hecho por la vida. Ya estás en disposición de que yo te dé una noticia desagradable... No pongas ojos tan fieros... No te anticipes a la verdad; escucha tranquilo y provéete de filosofía... Allá voy; ten calma... Pues sabrás que Teresa vuelve a ser lo que fué... Ha triunfado mi tocaya doña Manuela...

Del estupor pasó Ibero a la explosión colérica, pidiendo explicaciones, aclaraciones, pruebas..., invocando al cielo y al infierno como testigos contra el deslenguado calumniador.

XXXII

—Cálmate..., repara con quién hablas —le dijo Tarfe gravemente—. Disculpo tus inconveniencias, reconociendo tu ofuscación... Yo no calumnio, yo no miento... Repito lo que me han dicho personas dignas de todo crédito...

—Es falso—replicó Ibero con estridente voz—. Yo afirmo que miente quien tal ha dicho, y espero encontrar al infame para partirle el corazón y no dejarle gota de sangre en el cuerpo.

—Muy bonito, muy trágico..., de pura tragedia provinciana y de guardarropía... Si no te moderas, llamaré a la Guardia Civil... Deja a un lado el furor, arma vieja que no sirve para nada, y ven a la razón...

—No vengo ni voy más que a mi protesta contra ese engaño; no voy ni vengo más que a matar al que me ha deshecho mi vida, sea quien fuere... Don Manuel, perdóneme que le haya dicho lo que a usted no debo decirle, porque usted no es culpable; el culpable es mi destino, yo quizá, que nunca debí separarme de ella.

Del furor pasó a una intensa congoja que le hizo derramar algunas lágrimas. De este fondo de amargura rebotó al instante, subiendo de golpe a las alturas de la desesperación, y otra vez invocó al cielo y al infierno, agotando el caudal de palabras groseras, y se golpeó el cráneo y azotó con mano iracunda los acolchados asientos. En vano intentaba el amigo sosegarle, arrepentido de haberle dado el jicarazo sin sospechar sus terribles efectos. Manolo Tarfe no comprendía que por la infidelidad de una mujer corrida como Teresa se disparase con tanto vuelo la pasión de un hombre del siglo. El romanticismo, ya pasado de moda en el teatro, no había dejado ni una chispa de fuego en las almas glaciales de los señoritos de la clase media.

Pasada la estación de Santa Cruz de Mudela, Santiago, en un nuevo acceso de rabia, balbucía quejas y amenazas entre resoplidos; cayó al fin en silencioso marasmo, que aprovechó don Manuel para derivar el espíritu del pobre riojano hacia las ideas apacibles.

—Podrá ser que me hayan engañado, y que todo resulte fábula... En Madrid sabrás la verdad...

A las nuevas preguntas de Ibero, contestó:

—No puedo afirmar que encontremos a Teresa en Madrid. Lo que sí aseguro es que hace días la vieron en San Sebastián, tan bien disfrazada, que tardaron en reconocerla. Del nuevo protector de ella sólo sé que es título de Castilla y de gran posición...

—Mentira, mentira—clamaba Santiago, tapándose el rostro, como para librarse de una visión siniestra—. Lo que cuenta usted no cabe en la realidad humana..., está fuera de la Naturaleza...

—Hazte cargo de que estamos en pleno cataclismo. Revolución pública, revolución privada... Eres un caso de mudanza dinástica... Lo que te digo: filosofía, respecto a los hechos consumados.

—Ahora veo todo lo vulgar, todo lo indecente y chabacano de esta revolución que ustedes han hecho—dijo Ibero con negro pesimismo—. ¡Inmensa y ruidosa mentira! La misma *Gaceta* con emblemas distintos... Palabras van, palabras vienen. Los españoles cambian los nombres de sus vicios.

En cada parada del tren, Tarfe y sus amigos repartían el manifiesto de Cádiz y los números de *La Andalucía*. Saludados eran con vítores, canticios roncos, augurios ardientes, de un risueño porvenir. Ayudando a repartir proclamas, Ibero decía entre dientes:

—Tomad, tomad vuestra alfalfa, borregos de la revolución.

En Alcázar y Tembleque, su intensa amargura se desbordó en las formas de sarcasmo más envenenadas; extremaba su falso entusiasmo gritando:

—¡Viva el pueblo libre! ¡Abajo la Iglesia! ¡No más Trono ni Altar! ¡Venga la República, venga el comunismo!

Pasado Aranjuez, hallándose el hombre en un estado de profundo agotamiento muscular y nervioso, Tarfe se dispuso a pasar la mano por el lomo del pobre león herido.

—A poco que reflexiones en el hecho que hoy te parece una desgracia, comprenderás que es más bien un favor del Cielo... ¿Qué podías tú esperar de Teresa? Alégrate, tonto, de recobrar tu libertad... ¡Libertad!... ¡España con honra!... Eso hemos gritado... ¡Pues con honra y libertad, ya estás en camino para volver a la sociedad a que perteneces, y en la cual, por tu mérito, te corresponde un puesto, una posición quiero decir... Como ahora estamos en candelero, gracias a Dios, yo te aseguro que para entrada... fíjate, para entrada, puedes contar con una plaza de dieciséis mil reales, ya en Hacienda, ya en Fomento. Pronto te subiremos a veinte mil... No puedes quejarte...

Aturdido por su propia locuacidad de señorito parlamentario, no se fijó Tarfe en el rostro de Ibero, ni supo leer en él la expresión intensamente despectiva con que escuchada fué la promesa de protección. Irónico, destilando amargura, agradeció Santiago la generosidad del caballero, que a todos los buenos españoles quería dar abrigo y pienso en los pesebres burocráticos. Desde aquel momento, el infeliz Ibero, solo, errante, sin calificación ni jerarquía en la gran familia hispana, miró desde la altura de su independencia espiritual la pequeñez enana del prócer, hacendado y unionista... Hablando poco, aplicado cada cual a sus particulares pensamientos, llegaron a Madrid.

Toda el alma de Ibero ardía en un deseo furioso: acudir pronto a donde pudiera descifrar el tremendo enigma de su vida. En su última carta a Teresa, le había dicho:

—Escríbeme a Madrid con doble sobre y esta dirección: Vicente Halconero y Ansúrez, Segovia, tres.

En la estación despidióse de Tarfe y cogiendo el primer coche que encontró se fué derecho a interrogar al oráculo: Segovia, tres. Eran las dos de la tarde del veintinueve de septiembre de mil ochocientos sesenta y ocho.

Recorriendo calles vió el loco júbilo de Madrid, banderas, colgaduras, cuadrillas de paisanos armados que pronunciaban la sentencia histórica con vivas y mueras. Un letrero, toscamente pintado, dijo a Ibero que había caído para siempre la raza de los Borbones, y que a la dignidad suprema subía la soberanía nacional, la voluntad del pueblo... Este proclamaba su triunfo en alta voz, con alegre deambulación por las calles... El coche en que Santiago iba al negocio de su enigma tuvo que detenerse más de una vez por lo apretado del gentío. El cochero, que había brindado por los redentores de España en innúmeras tabernas, se ponía en pie en el pescante y echaba toda su voz gargajosa en loor de Prim, Serrano, y Topete... Por fin, venciendo apreturas y dando tumbos sobre el infame piso de Madrid, llegó Ibero a la calle de Segovia, donde fué su cruel pitonisa la portera del número 3, que le soltó este oráculo triste:

—Los señores han ido a la vendimia. No puedo decirle si hoy están en la Villa del Prado o en Méntrida. No se canse en subir, pues no hay nadie en la casa.

Helado quedó Ibero. Su primer impulso fué emprender el viaje a la Villa del Prado. Luego pensó que lo más práctico era tener domicilio en Madrid, escribir a Vicente Halconero, pidiéndole la carta si la tenía, y proseguir las averiguaciones visitando ante todo a la sutilísima tramposa.

Entregó su maleta a un chico mandadero, y llevándole por delante, encaminóse a la calle de Santa Margarita, donde alojado estuvo en los días de junio del 66. ¿Existirían aún la sosegada y silenciosa casa, la bonísima patrona, doña Mauricia Pando, y el tan ilustre como esmirriado huésped Juanito *Confusio*?... Al atravesar la calle, vió un denso grupo de paisanos armados que iba en dirección del Ayuntamiento. Llevaban un lienzo a modo de pendón, con la fatídica leyenda: «Cayó para siempre la raza espúrea», etc. Del grupo se des-

tacó un hombre de rostro encendido y sudoroso que llevaba sable colgado de una cuerda, y llegándose a Ibero le obsequió bruscamente con un estrecho abrazo. Era Malrecado, agente de seguridad pública. Quiso el voluble polizonte arrastrar a Santiago a la manifestación popular; pero éste se negó: acababa de llegar de la batalla de Alcolea; tenía que ventilar en Madrid un asunto urgente, y lo primero era instalarse en la casa que habitó dos años antes. Interrogado el corchete sobre varios puntos, aseguró que el pupilaje de doña Mauricia Pando no había tenido variación. De la residencia de doña Manuela nada sabía... Reteniéndole casi a la fuerza, quiso Ibero saber si se hallaban en Madrid algunos amigos suyos que podrían ayudarle en la investigación emprendida. Díjole Malrecado que don Ricardo Muñiz estaba en aquel momento en el Gobierno Civil armando con otros señores el tinglado de la Junta Nacional. Rivas Chaves debía de andar por los barrios bajos, que eran su terreno.

En esto, la procesión popular se atascó frente a Milaneses, chocando con otra que por la calle de Santiago venía de la plaza de Oriente. La confluencia de las dos corrientes humanas produjo remolinos, más hervor y espumarajo de alegrías patrióticas. Torció Ibero hacia Herradores, buscando paso franco, y tras él se fué Malrecado, en quien la frase de Ibero, «vengo de Alcolea», determinó una fascinación irresistible. Venir de Alcolea era la mejor ejecutoria de valimiento político. La curiosidad y la ambición convirtieron al policía en satélite de Santiago. Corriendo a su lado, le refirió así los sucesos de aquel día:

—De madrugada se supo en Guerra que habíais ganado la batalla, y a eso de las ocho nos pronunciamos... El amigo Concha, don José, reunió Consejo de generales, y se acordó nombrar capitán general de Madrid a Ros de Olano, para que bajo el mando de éste fraternizáramos pueblo y tropa. Yo, que estaba encargado de vigilar a la Junta Central revolucionaria, me puse a las órdenes de don José Olózaga... La verdad, como buen liberal, yo trabajaba por el progreso bajo cuerda... Mandóme don José en busca de Rivero, escondido en la calle de Tabernillas... Le llevé a la casa de López Roberts, calle de la Libertad, donde ya estaban Madoz, Figuerola, Moreno Benítez... Muñiz me cogió después para que le acompañase a sacar de la prisión a don Amable Escalante, y a reunir gente que se le agregara. Fué don Amable al principal; habló con el general Ros; pidió que se le diera orden para tomar armas del Parque... Corrimos a San Gil... Volvimos... Gritamos. Escalante arengó al pueblo soberano en la Puerta del Sol... Entusiasmo, delirio... Pena de muerte al ladrón... ¡Viva España con honra!... ¡Cayó para siempre!..., etcétera. Amigo Ibero, siempre fuí de la cáscara amarga, tirando a democrático... Pues sigo: Ros de Olano nombra gobernador de Madrid a don Pascual Madoz, el cual me dice: «Malrecado, *ves* en busca de Vega Armijo, del *pollo antequerano* y de...», no me acuerdo de quién. Yo me volvía loco de tantos quehaceres, de tanto ir y venir... En estos trajines, me coge Rivero y me dice: «Malrecado, hágame el favor de avisar a don Vicente Rodríguez...» Ya no me acuerdo de lo demás que me encargó, y que no pude cumplir por tener que correr al Ayuntamiento detrás de don José Olózaga, llevándole un cartapacio con papeles... Junta reunida en el Ayuntamiento... Junta en el Gobierno civil... Yo, loco, atendiendo aquí y allá... Don Manuel Cantero me manda llamar a Pepe Abascal; éste me ordena que traiga a Rojo Arias, y, por fin, se constituye la Junta Nacional, que gobernará hasta que vengan los amigos Serrano y Prim... Ahora se están formando las Juntas de distritos, y si usted quiere, influiremos para que en el mío pueda yo entrar siquiera como suplente, pues méritos sobrados tengo para ello...

Respondióle Ibero que a él no le importaban un ardite las Juntas. A Madrid venía por un negocio particular. Si a resolverlo le ayudaba el señor Malrecado, se lo agradecería mucho, pero sin darle recompensa metálica ni empleo, pues él no tenía dinero ni valimiento político. Oído esto, se enfrió de súbito el interés que al aventurero mostraba Malrecado, y pretextando quehaceres en otra parte, dió media vuelta y le dejó en la calle de Leganitos... Poco tuvo que andar Santiago para llegar a la presencia de doña Mauricia Pando, que le recibió con su habitual finura:

—Pase usted, señor conde, y descanse... Ocupará la misma habitación de hace dos años. No tengo ahora más huésped que el señor *Confusio*, que en estos momentos andaba por Madrid viendo cómo cuece el pueblo la Historia verdadera... Está muy triste, porque su protector Beramendi no ha vuelto todavía de San Sebastián... Venga esa maleta, y despida usted al chico mandadero... Pase a su cuarto. ¿Quiere acostarse, quiere comer algo?... Al punto le serviré. ¿Qué dice?... ¿Lavarse, escribir? Aquí tiene agua, jabón, tintero y pluma. Le traeré papel del que usa Juanito para escribir de los reyes que aún no han nacido.

Mientras Santiago sacaba de su maleta la ropa limpia, la patrona informaba.

—De Manuel Pez puedo decir a usted que ya no vive en la calle de San Ignacio, sino en la del Viento, esquina a la de los Autores, ¿no sabe?, en aquel altozano, frente al Arco de la Armería... Dos semanas hace que no le veo... Recibe algún dinero de su hija, y con eso y lo que aquí se agencia va tirando. A mi oreja ha llegado un rumor, salido, según creo, de la boca de Manuela Pez, y es que Teresita ya no está con el negro salvaje que la llevó a Francia, sino con un serenísimo duque adinerado. No sé si es verdad. Si tiene usted interés en averiguarlo, váyase a la calle del Viento y hable con Manolita, que desde que se sublevó la escuadra, según me han dicho, se pasa el día brindando por Serrano, Prim y Topete.

Pronto despachó Ibero su carta; luego redactó un telegrama para madame Plessis, preguntándole por Teresa; devoró aprisa parte de lo que le ofreció la patrona y salió para el Correo y Telégrafo. Despabiladas en corto tiempo estas diligencias, fué a la calle del Viento, donde no tuvo que hacer indagaciones para encontrar a la tramposa sutilísima, porque la suerte se la deparó en la calle, rodeada de una turba de mujeres y chiquillos. Sólo por la exaltación patriótica podría explicarse la descompuesta facha y ademanes escénicos de Manolita. Arrastraba la buena señora una falda negra de larga y deshilachada cola, recamada del polvo y basura de la calle; cruzaba su pecho una toquilla o nube azul con desgarrones, y en su cabeza descubierta las guedejas grises, mal recogidas, tendían a enroscarse y esparcirse, como las serpientes de la cabellera de Medusa. Al público infantil y femenino que la seguía, arengaba con roncos disparates, que al llegar Ibero terminó de este modo:

—¡Viva España con deshonra!... No, no, hijos míos: entendámonos. España con nuestra honra... somos la honra de España.

XXXIII

Acercóse Ibero, y aunque desde el primer instante hubo de conceptuarla borracha o loca, abordó ante ella la cuestión magna. Para su información y consulta no tenía más que aquel triste documento, escrito con garabatos ininteligibles.

—Soy Santiago Ibero—le dijo—. ¿No me conoce usted? ¿No recuerda haberme visto dos años ha en la casa de su amiga Mauricia Pando?... Vengo de Andalucía y quiero que usted me dé noticias de Teresa, óigalo bien, de Teresa...

Soltó doña Manuela una risilla entre burlona y dolorida, y estas palabras incoherentes:

—Vos, el salvaje negro... preguntáis por mi hija... ¡Oh! Teresa, duquesa..., hija del alma... Llevadme, si gustáis, a la casa grande, ¡oh!... Veréis que ha sido ella, ella sola, sin mi consejo, la que ha tomado por querindango al duque..., ¡ah, al duque!... Ahí le tenéis en el regio alcázar... Es de los Muñoces de Tarancón, que tienen una pata en el trono de España y otra en Flandes de las Asturias.

El encendido color del rostro de la vieja, que echaba lumbre de sus mejillas, la peste a vinazo que iba delante de las palabras abriendo paso hacia el oyente, confirmaron a Ibero en la idea de que se las había con una pobre mujer alcoholizada.

Sintió el joven un impulso fiero de estrangularla o segarle el pescuezo... A la fiereza sucedió instantáneamente la compasión, y el deseo de un informe cierto volvió a ganar su alma. Tiró del brazo de la vieja; la llevó al pretil que da frente al Arco de la Armería, y con palabras cariñosas trató de sacar de

aquel turbado cerebro la verdad que buscaba.

—Serénese, doña Manuela, y respóndame a esta sola pregunta: ¿está Teresa en San Sebastián?... ¿Ha tenido usted carta de ella?... Contésteme, y no mienta. Tengo mal genio, y el que me engaña una vez no me engañará la segunda. Soy bueno para el que me dice la verdad.

Doña Manuela, pasándose la mano por la cara, exhaló un gran suspiro. Los muchachos que la rodeaban prorrumpieron en chillidos burlones. Evocando su paciencia. Ibero procuró aislar a Manolita de la chusma que la toreaba. Una mujer dijo a Santiago:

—No le haga caso, señor. Los días que se entrega al vicio, su cabeza es una pajarera...

—¿Es usted vecina de esta pobre señora?—preguntó Santiago a la mujer desconocida—. ¿Puede decirme si sabe algo de lo que acabo de preguntar?

—Sí, señor—replicó la mujer—: sé que la Teresita está en San Sebastián. He visto la carta fechada en aquel pueblo, en que dice a su madre que está buena y le manda diez duros...

Interpúsose entonces doña Manuela con este nuevo chispazo de su incendiado cerebro:

—Venid vos, gallardo negro y salvaje, a mi casa... No es casa opulenta, sino más bien de vecindad... de las de tócame... Tú, don Roque, busca a Teresa en la casa de enfrente... piso segundo... pregunta por los Muñoces de Tarancón, duques ellos, príncipes ellos... Yo aquí mirando, yo aquí viendo pasar la España con deshonra... Hijos, ¡viva la libertad que habéis conquistado con vuestro sudor! ¡Viva el sudor del pueblo!...

Volviéndole la espalda, Ibero miró a la calle, y vió que al frente de un grupo pasaba Rivas Chaves. Con repentino júbilo le llamó con su nombre dos, tres veces. Pero el patriota iba ya lejos en dirección de la puerta del Príncipe, y no oyó la voz clamante. Pensaba Ibero que el primo de Manolita podía darle la luz que en vano quiso obtener del inflamado entendimiento de la vieja. Sin hacer ya ningún caso de ésta, que seguida de su coro angélico tiró hacia la calle del Factor, bajó por la de Requena en persecución del amigo, perdido entre la multitud estacionada frente a Palacio. Abrióse paso con dificultad, y por fin, entre tantas cabezas allí aglomeradas, alcanzó a ver la de Chaves, que fácilmente de las demás se distinguía. Con fuertes voces le llamó hasta conseguir que se fijase en él. Alzando los brazos, el patriota le gritó con alborozo:

—¡Hola tú, Iberillo, ven!... ¡Libertad tenemos!

A fuerza de codos, pudo Santiago llegar hasta él, y, sin entretenerse en saludos, le dijo:

—Don José, quiero entrar en Palacio; ya le diré por qué.

El ardiente revolucionario, hecho a mandar al pueblo, empezó a dar voces:

—Caballeros, abran paso, que este señor viene de parte de la Junta.

Luchando con la onda humana, llegaron a la puerta del Príncipe, que estaba entornada. Chaves empujó, diciendo:

—Abre, Muñocito: soy yo; vengo con este amigo, que es de los de ley, y podemos confiarle una guardia.

Tuvo tiempo Santiago de ver un papel de doble folio pegado en la puerta con obleas, en el cual se leía en letras gordas:

EN ESTE EDIFICIO
EXISTEN DELEGADOS
DE LA JUNTA PROVISIONAL

Hallóse Ibero en el largo zaguán que conduce al patio, y lo primero que llamó su atención fué un joven de levita y sombrero de copa que daba órdenes a una veintena de hombres del pueblo, armados unos, otros por armar. Con los instrumentos de guerra que allí se repartían podía formarse un pintoresco museo militar... Próximo al joven del alto sombrero, un caballero de mediana edad, vestido con elegancia y descubierto, hacía discretas indicaciones para organizar la custodia del edificio: era un empleado de la Intendencia. Un paisano joven, de gallarda estatura, armado en toda regla con fusil, correaje, sable y canana, colaboraba en aquellas disposiciones salvadoras: era un empleado de la Fábrica Nacional del Sello. Actuaba también allí en la plana mayor don José Chaves, que había salido poco antes con una urgente comisión para la Junta Suprema. Al volver con la respuesta, ocurrió el encuentro con Ibero. Entraron a un tiempo y...

Antes de referir la comunicación verbal que de la Junta Suprema trajo Chaves conviene que se dé conocimiento del origen de aquella singular escena, tan contraria a la normalidad palatina. El joven de la levita y chistera (ambas prendas harto deterioradas, rugosas y polvorientas por el extremado roce que habían tenido con las multitudes populares en aquel agitado día), era un tipógrafo, natural de Ciudad Rodrigo, llamado Casimiro Muñoz, que trabajaba en el periódico de la tarde *La Reforma,* fundado por Manuel Fernández Martín, y que tenía su imprenta y redacción en la plazuela de Lavapiés, esquina a la calle del Tribulete.

En la mañana del 29, hallábase el buen Muñoz laborando en las cajas de su periódico, cuando entró Fernández Martín con la noticia de la victoria de Alcolea, que era el *Alleluia* de la revolución. Entre gritos de júbilo, se dispuso a escribir, componer, imprimir y echar inmediatamente a la calle una hoja extraordinaria. Todo se hizo con febril presteza. Los unos desde las cajas, los otros desde la redacción, percibían la efervescencia popular y el jaleo entusiasta de las muchedumbres. Casimiro no podía contenerse, y, apenas terminada su tarea, quiso ver, oír y palpar la revolución, y hacerse suyo en cuerpo y alma. Fué a su casa, un cuarto piso, en la calle del Humilladero; se puso los trapitos de cristianar, sin darse cuenta de la oportunidad de lucir su mejor ropa en día de trifulca, y se lanzó a las calles con el vago presentimiento de que su Destino le asignaba un importante papel en los albores del nuevo régimen...

En la Puerta del Sol vió Casimiro a don Amable Escalante arengando al pueblo; oyó que en el Parque de Artillería podían los ciudadanos proveerse de armas. Corrió a la plaza de San Marcial; pero el excesivo número de gente impidióle ser caballero militante. Inerme y sin otra prestancia que la que le daba su alto sombrero, fué hacia la calle de Bailén y plaza de Oriente; notó que por la puerta del Príncipe entraban hombres y muchachos de mal pelaje; colándose entre los grupos, llegó al patio, donde unos cuantos bigardos y chulos indecentes, con palos y navajas, intentaban desarmar a los alabarderos. Algunos de éstos, sobrecogidos por las injuriosas amenazas y groserías de la plebe, entregaron sus picas; otros subieron a refugiarse y hacerse fuertes en el Cuerpo de guardia, llamado *el Camón*...

Contemplaba indignado el bravo cajista este desagradable espectáculo, cuando se le acercó un señor de aspecto distinguido, que le dijo:

—¿Es usted de la Junta?

Contestó Muñoz negativamente, doliéndose de no tener autoridad para enfrenar a la canalla...

—Si no tiene usted autoridad, parece tenerla—dijo el desconocido sujeto, y esta manifestación fué el primer efecto de la ropa negra y sombrerote que el cajista llevaba—. Yo soy empleado de la Intendencia; pero nada puedo hacer. Esta gentuza la emprenderá contra mí si sabe que soy de la casa.

Casimiro tuvo una idea luminosa, y con la idea brotó en su alma noble el propósito de ponerla en ejecución al instante.

—Proporcióneme usted en seguida—dijo al de la Intendencia—papel, pluma y tinta.

Procediendo sin demora, como las circunstancias exigían, el caballero palatino le llevó a un entresuelo que daba a la plaza de la Armería. Allí escribió Casimiro con letra gorda y en papel de barba el aviso que Santiago vió en la puerta del Príncipe. Dos más escribió, saliendo él mismo inmediatamente a fijarlos con obleas en las puertas de Palacio. Ordenó que fuesen cerradas las de la plaza de la Armería, y sólo quedó abierta la del Príncipe. Fijados los cartelillos, volvió adentro el hombre, y encarándose con la pillería que en el patio y pie de la escalera tramaba el asalto de las habitaciones altas, soltó con enérgica voz esta conminación:

—¡Eh, pronto..., a la calle!... Soy de la Junta... Estoy encargado de la custodia del Palacio Real... Ya viene la fuerza... A la calle, digo.

Y, sin detenerse, salió a la puerta del Príncipe con dos objetos: no permitir la entrada de más chulapería, y llamar a cuantos paisanos de honrado aspecto pasasen. ¡Nuevo y más admirable efecto de la levita y bimba, a que daban más autoridad las iracundas voces del atrevido tipógrafo! A muchos contuvo a empujones; a otros metió dentro, ofrecien-

do, en nombre de la Junta, dos pesetas por el servicio de guardia, y luego colocación en los trabajos del Ayuntamiento. Acertó a pasar Chaves, que era conocido y vecino de Muñoz, y con el refuerzo de tan buen ciudadano vió el cajista su obra coronada por el éxito. Otro de los que entraron a montar la guardia fué el empleado del Sello... Por fin, organizada una fuerza provisional honrada y de buena presencia, desalojaron a los gandules, y Palacio quedó en condiciones de defensa eficaz. En esto, el que se había hecho, por su energía y audacia, dueño de la situación, ordenó a Chaves que corriese al Gobierno Civil y notificase a la Junta lo que en Palacio ocurría. Fué allá el patriota, y, acompañado de Ibero, volvió al poco rato, con esta desconsoladora respuesta:

—Los señores de la Junta se están *constituyendo*... No pueden disponer envío de delegados ni de fuerza alguna hasta que se *constituyan*.

—¡Vaya con la pachorra de los señores junteros!

Contra ella protestó Casimiro, pisando fuerte en el patio y haciendo gala de la autoridad tan gallardamente conquistada. Entre tanto, Ibero y el paisano del Sello acabaron de limpiar el edificio de la gentuza que aún quedaba en las galerías y escalera. Presentóse a la sazón un viejecito, que era el llavero de Palacio, y Muñoz, acompañado de Ibero y Chaves, determinó hacer una requisa en las habitaciones altas, para ver si los pilletes habían cometido algún desmán.

Precedidos por el llavero, que iba franqueando las puertas, los fingidos delegados de la Junta recorrieron varias estancias lujosas, que a todos causaron maravilla. En las de la infanta Isabel vieron y examinaron objetos curiosos, entre ellos un lindo librito de rezos. Entre sus hojas había una carta autógrafa de Pío IX, aconsejando a su alteza que no vacilase en casarse con el conde de Girgenti... En una gaveta hallaron una carta del infante don Sebastián, que contenía un mechoncito de pelo... Terminada la requisa, se les comunicó por el empleado de la Intendencia que habían llegado tres caballeros preguntando por los delegados que indicaban los carteles fijados en las puertas. Acudió Muñoz, dió a los tres señores enviados por la Junta cuenta y explicación de lo que había hecho para salvar el edificio, desamparado por la autoridad, y entre el fingido y los verdaderos delegados *para defensa, vigilancia y administración* del Real Palacio, reinó perfecta concordia. Los guardianes legítimos aprobaron sin reservas lo dispuesto y ejecutado por los intrusos, y éstos, que tan gran servicio habían prestado a la nación, quedaron agregados por aquella noche a la Comisión oficial.

Dadas las nueve, algunos hablaron de descanso y cena. Ibero cogió a Chaves, y, llevándole aparte, secreteó con él de este modo:

—Dígame, don José, ¿este Muñoz es por ventura de los Muñoces de Tarancón, duques ellos, príncipes ellos...?

Soltó la risa el patriota, y con ella esta franca respuesta:

—¿Te has vuelto tonto? ¡Si éste es un pobre cajista de *La Reforma!* Le conozco..., somos vecinos en la calle del Humilladero...; excelente muchacho, de los *charros* de Ciudad Rodrigo, buen liberal y ciudadano de ley, como has visto.

Suspiró Ibero; refirió su turbación y mortales ansias, añadiendo la poca sustancia informativa que pudo sacar de la trastornada madre de Teresa. Cariñosamente le respondió el amigo que no se fiara de palabra alguna salida de la boca de la Manuela, pues la pobre mujer empinaba el codo más de lo regular, y de vez en cuando cogía unas turcas horribles que le duraban tres días.

—Cierto es que cuando está peneque habla del nuevo arreglo de la hija con un Muñoz de los de Tarancón; pero, a mi ver, esta idea es tan sólo vapor de vinazo y aguardentazo que se mete en el cuerpo... De si está Teresa en San Sebastián nada puedo decirte. La suposición de que habite en este Real Palacio, ponla a cuenta de la chispa que ha cogido Manuela estos días para celebrar a su modo la sublevación de la escuadra. Y, para más seguridad, requisaremos todo el edificio, de abajo arriba... ¿Qué piensas?

—Que con mi pena y mi cansancio, estoy tan borracho como mi suegra... y basta que una cosa sea disparate para que la piense yo... Mis dudas son peores que la muerte.

XXXIV

Avanzada la noche y cerradas las puertas de Palacio, bajaron a las cocinas Muñoz y uno de los delegados, en busca de provisiones. Tan sólo hallaron jamón en dulce, tres botes de melocotón en conserva y dos panes grandes, duros ya como adoquines. Esto no era bastante, y como también había que repartir algo de cenar a los cincuenta y tantos hombres, entre paisanos y alabarderos, que componían la guardia, resolvieron mandar traer de fuera pan y butifarra en abundancia; el vino indispensagle subiéronlo de las bien surtidas bodegas de Palacio. Ibero y Chaves, una vez que requisaron, sin resultado alguno, los pisos segundo y tercero, bajaron a tomar su parte de cena... Por iniciativa del empleado de la Intendencia, se cometió la expoliación más inocente que los guardianes podían permitirse. Del rico depósito de tabacos habanos que en los sótanos había mandaron subir un par de docenas de cajas, con lo que, después de llenarse los bolsillos (que hay que mirar siempre por el día de mañana), tuvieron para fumar toda la noche. El tabaca es la alegría de las guardias y el mejor compañero de los largos plantones.

El incansable Muñoz y tres más descendieron nuevamente a las cocinas y despensas. Olfatearon y revolvieron diferentes escondrijos. y en un cuarto oscuro, destinado a depósito de cenizas, encontraron una maletita de viaje. Con el precioso hallazgo subieron al entresuelo, donde tenían su cuerpo de guardia. Abierta fué la maleta con las debidas formalidades, y de ella sacaron seis mil duros, parte en billetes, parte en oro y plata; varias sortijas de oro y brillantes, dos de ellas con la corona real, un collar de perlas en su estuche, unas tenacillas de plata para el azúcar y varias prendas de ropa interior de caballero.

De todo se levantó acta minuciosa, que firmaron los delegados con Muñoz y Chaves, y se redactó un oficio al gobernador de Madrid, don Pascual Madoz, para que se hiciese cargo de aquellos objetos y de otros que en el curso de la noche se encontraron. Entre éstos, figuraba un interesante libro de apuntes descubierto por Ibero y Chaves en las estancias del príncipe Alfonso. Era el registro en que los gentileshombres del cuarto de su alteza, señores Morphy, Ulibarri y Losa, anotaban diariamente los actos, juegos, lecciones y dolencias del heredero de la Corona. Pasada medianoche, el sueño y la fatiga rindieron a los guardianes del real alcázar. Los que no debían permanecer en vela acomodáronse en divanes de la Intendencia, o por la galería pasaban al *Camón;* otros descubrían, en los entresuelos altos y bajos de la servidumbre, mullidos lechos. Ibero y su amigo se apoderaron de un cuartito próximo a la escalera de caoba, en el cual solían dormir los Monteros de Espinosa. Las camas, aunque de campaña, ofrecían comodidad a los hombres rudos, desconocedores de la molicie. Chaves dijo a su compañero:

—Acuéstate y descansa, que a Madrid has traído agujetas y desvelo de ocho días... Paréceme que has echado ya de tu pensamiento esa maldita idea.

—Sí — dijo Ibero tendiendo a lo largo sus doloridos huesos—. ¡Teresa en Palacio! ¡Desatino como ése...! Fué una turca horrorosa que me comunicó doña Manuela con su aliento envenenado... Ya se me despeja la cabeza, ya me habla el corazón, y me dice... Necesito recogerme para oír bien lo que quiere decirme.

Tumbóse, a su vez, el patriota, y, al poner su cabeza en la almohada, la puso ya dormida... Santiago, cuya excitación cerebral se rebeló un instante contra el sueño, recordó palabras interesantes de su maestro, el capitán Lagier. Este le había dicho en Cádiz:

—En nuestra conducta influyen de un modo misterioso *seres inteligentes e invisibles*... No te preocupes de las experiencias y comunicaciones... Los buenos espíritus vendrán a ti sin que tú los llames...

Repitiendo estas palabras con un deseo muy vivo de que tuviesen eficacia real, entre dormido y despierto, Santiago vió a Teresa... Entraba la hermosa mujer en la estancia, mal alumbrada por el mechero de gas de la próxima escalera de caoba, y, pasito a paso, se aproximaba risueña, con aquel ángel de su mirada y rostro que no tenían en toda la Humanidad semejante. Ibero le dijo: «Teresa, ¿dónde estás?... Para que no dude de ti, dime en qué pueblo

estás.» Vestía Teresa como en el obrador de encajes, con su elegante delantal blanco recamado de cintitas rojas. Viéndola muy cerca, inclinada y sonriente, con vaga expresión de burlona confianza, el amante le habló así: «Teresa, dime si te has muerto... Por Dios, dímelo, y no me tengas en estas ansias. Si estás en la eternidad, allá iré contigo...» Pasado algún tiempo. cuya duración el durmiente o semidespierto no podía precisar, la imagen de Teresa se desvaneció.

Santiago repetía en su cerebro la visión próxima de las estancias de Palacio por las cuales había discurrido con Chaves y el viejecito llavero; vió las enormes salas silenciosas y frías, de altos techos, en que bailaban figuras pintadas; las paredes revestidas de riquísimas telas, las estofadas consolas, las chimeneas de jaspe que sustentaban relojes y candelabros con muñecos mitológicos; los retratos de reyes muertos, el manso Carlos IV, el narigudo Carlos II, y reinas con blancas pelucas y deformes tontillos; vió las sillas y altos sillones puestos en formación a lo largo de las paredes, gravemente vestidos de sus fundas de lienzo, como frailes con los capuchones calados en la ringlera del coro... Las estancias pasaban; una se iba, y llegaba otra. En las últimas vió a doña Isabel pintada con tintas y pinceles de adulación, vestida de azul y plata, el cabello en cocas, medio cuerpo dentro del inflado miriñaque, coronada la frente, los claros ojos azules diciendo bondad, pereza mental, abulia; la mano derecha blandamente caída sobre un cojín rojo, donde estaban la Corona y un cetro ideal, semejante al que llevan los reyes de baraja.

En medio de esta soñación de los aposentos palatinos, apareció de nuevo Teresa, con su trajecito de encajera... Pisaba las blandas alfombras de Santa Bárbara o las finas esteras de junco, con voluble y gracioso andar... Ibero, angustiadísimo, bañada la frente en frío sudor, le decía: «Ven aquí, Teresa: ¿qué haces? ¿Por qué andas de un lado a otro sin fijar tus ojos en mí? Acércate y dime si te has muerto... Voy creyendo que ya no estás en el mundo de los vivos, sino en el de *los espíritus inteligentes e invisibles*. Si es así, ¿por qué te veo?... ¿Seré yo también espíritu y me habré muerto como tú? Sácame de esta duda; y si en realidad somos espíritus, ¿por qué estamos en este caserón maldito y no en los libres espacios del Universo?»

Las diez del día 30 serían cuando despertó Chaves, y, tan profunda y sosegadamente dormido vió a su compañero, que no quiso interrumpirle el sueño y salió en busca de los demás guardianes para ver qué novedades ocurrían. El primero que se echó a la cara fué Casimiro Muñoz, coronado ya de su respetable sombrero. Disponíase el valiente joven a volver a su trabajo de cajista, satisfecho de haber evitado el saqueo y profanación del Real Palacio en el turbulento 29 de septiembre. A la misma hora en que Muñoz salía de la que fué morada de los reyes (día 30) entraba un chico de Telégrafos en la humilde casa de doña Mauricia Pando, calle de Santa Margarita. Llevaba un telegrama para Santiago Ibero, transmitido desde París por la primera oficiala de madame Plessis. Aunque cerrado lo guardó la patrona, esperando el regreso del huésped, bien puede el historiador penetrar dentro del papelejo y leer y traducir su contenido. Así decía:

«Ursula y Teresa en Biarritz San Sebastián trabajando artículo.—*Pauline*.»

XXXV

A Biarritz llegaron las dos mujeres el 18 de septiembre, y el 20 fueron a San Juan de Luz y San Sebastián. A los tres días tornaron a Biarritz. Anualmente hacía la Plessis su excursión mercantil a la frontera de España, y en aquel otoño tuvo singular empeño en llevar consigo a Teresa. Resistió la española cuanto pudo; mas al fin fué conquistada por la autoridad y el cariño de su patrona. Del inopinado viaje dió conocimiento a Santiago en carta que le dirigió a Madrid, según aviso de él, al cuidado de Vicentito Halconero. Entre otras cosas amables y chuscas, le decía: «Para evitar que me conozcan, me visto y me peino de una manera algo estrámbotica, me finjo italiana, tomo el nombre de Beatrice y hablo un francés enteramente macarrónico. El 27 volveremos a San Sebastián. Escríbeme allí: Hotel Ezcurra.»

Hallábanse las encajeras el 29 de sep-

tiembre muy atareadas, «trabajando su artículo» de casa en casa y de hotel en hotel, cuando llegaron a San Sebastián las emocionantes noticias de Alcolea y Madrid. España entera se estremecía de júbilo; sólo permanecía muda, y, al parecer, tranquila la bella Easo, por respeto a la desdichada majestad que en su recinto se albergaba. Suspendidos los negocios por la grande inquietud de la colonia estival, Ursula y Teresa salieron a ver lo que ocurría. No lejos del Hotel de Inglaterra, donde moraba la Corte, vieron partir los coches de la Casa Real hacia la estación. No necestiaron preguntar... En los corrillos próximos decía la gente que el marqués de la Habana llamaba desde Madrid a la reina... Al poco rato, hallándose las parisienses en el paseo del Urumea, vieron que los coches volvían de la estación con las mismas personas que antes llevaron... ¿Qué ocurría? Pues nada: que, estando ya su majestad y real familia y servidumbre dentro del tren, llegó otro despacho de Concha, diciendo poco más o menos: «Que no venga. Esto está que arde... Ya no hay remedio.»

Entró de nuevo la señora en el hotel como en una cárcel, y el infortunio pesó ya gravemente sobre su corazón. Aún sentía en su cabeza la Corona, por costumbre de aquel peso ideal, y, engañada todavía de los espejismos puestos ante sus ojos por la superstición, vislumbraba socorros enviados a última hora por la Providencia. Y si la reina, dentro de su improvisado palacio, esperaba el milagro, fuera del edificio y frente a él la embobada multitud, montando a pie firme la incansable guardia de la curiosidad, leía en las puertas y ventanas de una fonda la última página de un reinado. El buen pueblo de San Sebastián y la colonia de forasteros castellanos no sentían inquina contra la reina; pero sí un fuerte anhelo de la novedad histórica, de ver cómo se deshacía una época, y cómo corrían a encasillarse en la actualidad los tiempos que algunos días antes parecían lejanos.

Embutidas entre la multitud atenta y piadosa, Teresa y Ursula también leían en el rostro del Hotel de Inglaterra lo que aún faltaba saber del acabamiento de una dinastía. Es bella la muerte de las cosas grandes... La caída de un Trono no se ve todos los días... ¿Cómo es un soberano en el momento de quedar cesante? En estas ansias de curiosidad estaban las encajeras, cuando junto a ellas se abrió paso un caballero cuarentón, de noble y gallarda figura. Teresa lo señaló a su amiga con estas palabras:

—Ese que ha pasado y entra en el palacio es el marqués de Beramendi..., excelente persona... y de mucho talento. De seguro, dará a doña Isabel buenos consejos.

Sin que nadie le detuviera, pasó Beramendi a una estancia del piso bajo, donde vió cuatro personas, mudas, pensativas: eran el alcalde de la ciudad, un diputado por Guipúzcoa, un teniente coronel de Ingenieros y el gentilhombre de servicio. A éste manifestó Beramendi su deseo de hablar brevemente con la dama de la reina, marquesa de Villares de Tajo. En el corto tiempo que tardó en presentarse la *moruna,* el marqués cambió con aquellos señores palabras de cortesía mortuoria, como las que amenizan las visitas de duelo, los entierros y funerables. El gentilhombre, anciano de larga domesticidad en la casa, suspiraba... y aún creía en los milagros políticos. Escuchándole, Beramendi no pudo eximirse de la tristeza que proyectaba la Casa de la reina sobre cuantos entraban en ella. La Corte de España, reducida a la vulgar estrechez de los cuartos de una posada, sugería meditaciones dolorosas. ¡Qué soledad, qué abandono! Los grandes de España, los próceres del reino, ¿dónde estaban? ¿Dónde los príncipes de la Milicia, de la Magistratura, de la Iglesia? El pobre Trono se caía sin que le prestase apoyo su robusto hermano el Altar.

La entrevista del caballero con Eufrasia fué breve. Apartáronse los dos a un ángulo de la estancia para hablar, en pie, como si hicieran alto en medio de un camino.

—Vengo a decirte que si la reina persiste en la buena idea de la abdicación, debes hacer los imposibles para que ciertas personas enfatuadas no malogren este pensamiento, única salvación que se vislumbra... He tenido noticias directas de Serrano. Si doña Isabel abdica en don Alfonso, salvará la dinastía, ya que no salve su persona. El duque de la Torre no pondrá obstáculos a esta solución.

—Hay otra mejor—dijo la dama sin

necesidad de bajar mucho la voz, pues, a consecuencia de un resfriamiento, estaba casi afónica—. Esta solución que voy a revelarte tiene sobre la tuya la ventaja de que no hay que pasar por el sonrojo de tratar con Serrano... A mí se me ocurrió esta idea feliz, y cuando tenía la palabra en la boca para decirlo a la señora, saltó ella con lo mismo... Las dos lo pensamos a un tiempo... Como que es la pura lógica... Oye: Su majestad tomará el camino de Logroño, y, en presencia de Espartero, abdicará en el príncipe de Asturias...

—Bien, admirable.

—Falta lo mejor... La reina, después de abdicar, partirá inmediatamente para Francia, dejando al nuevo rey en poder del regente Espartero.

—¡Admirable..., hermosísimo!—exclamó Beramendi con sincera convicción y entusiasmo—. Es la clave del porvenir, es la salud de España... Pero... ya debíais estar andando hacia Logroño... El tiempo apremia... No hay que perder horas ni minutos.

—Esta noche se decidirá la partida...

—¡Ay Dios mío! Temo aplazamientos que serían mortales; temo que algún mal amigo, algún obcecado palaciego, tuerzan esa dirección salvadora, la mejor, la única.

—Veremos—dijo la dama con bostezadora indolencia—. Dios nos inspire a todos. Retírate. Tengo que volverme arriba. La señora, don Francisco y Roncali están tratando los términos del manifiesto que se ha de dirigir a la nación.

—Y España dirá: «¿Manifiestos a mí?» Es hora de hablar al país con hechos robustos, no con retóricas vacías.

—Los hechos a veces quieren hablar y no pueden—murmuró Eufrasia con voz apenas perceptible, arropándose en su manteleta.

—¿Tienes frío?...

—Siento el frío de la proscripción... La desgracia de doña Isabel me ha cogido desprevenida... Si hubiera yo sospechado que venía tan pronto, no habría salido de mi casa. Pero no puedo decir: «Ahí queda eso.» No se trata ya de la reina, sino de la amiga.

—Merece consideración la pobre majestad, abandonada por los que la llevaron a la perdición. ¿Qué ministros quedan aquí?

—Ninguno más que este señor Roncali. Catalina, Orovio, Belda y Coronado se han ido a Francia. Ponen a Concha que no hay por dónde cogerle.

—Y Concha dice que aquí sigue funcionando la camarilla, y que se expiden órdenes militares sin el refrendo del ministro de la Guerra.

—No hablemos del marqués de la Habana, que ha jugado con dos barajas: la de Isabel Segunda y la de la revolución.

—Eso no es verdad. Se le han pedido a Concha milagros, y ésos no los hace más que sor Patrocinio... En fin, amiga mía, no es ocasión de disputas agrias. Unica absolución de tantos errores: salir inmediatamente para Logroño...

—Yo lo aconsejo... Idea mía fué... No puedo decir más. Adiós, Pepe... Tengo frío.

—Adiós, *moruna*... Cuídate. Estos aires de la frontera son malos.

Despidiéronse afectuosos, y Eufrasia subió lentamente, agobiada por inmenso tedio, la escalera del hotel-palacio. El silencio de muerte que reinaba en la última residencia de la Monarquía fué turbado por el trajín de los criados que servían la comida en las habitaciones altas. Comida y servicio resultaban de una modestia grave, sin ningún esplendor palaciano. Los reyes y príncipes estaban en aquella vivienda, relativamente pobre. como inquilinos desahuciados que al abandonar la casa, sin saber adónde ir, se aposentan por una noche en la portería.

El día 30 amaneció envuelto en la dulce humedad de las mañanas cantábricas. El toldo de plata, sin lluvia, velando los ardores del sol, era propicio a la vagancia callejera y al abandono de los negocios. Desde muy temprano, acudieron las bandas de curiosos a situarse frente al hotel, a la entrada de la Concha. Muchos que iban al baño, con la sábana envuelta en hule, se detenían para ver cosa tan desusada como el éxodo de las instituciones.

Acudieron también al acto las encajeras, y, estando en filas, vieron que, como en la tarde anterior, entraba en la morada real el marqués de Beramendi. No necesitó ser introducido: al dar sus primeros pasos en el interior de la casa, observó una completa relajación de la etiqueta. Resueltamente pasó al gran salón de la derecha, que era el comedor del hotel. La mitad, o una

tercera parte de la mesa, tenía mantel y servicios de desayuno de café y chocolate, ya consumido. En la otra parte, sobre el tablero desnudo, se veían maletitas, sacos de viaje, líos de bastones, espadines y paraguas.

De manos a boca, tropezó Beramendi con el marqués de Loja, don Carlos Marfori, intendente de su majestad. Saludáronse con afecto empañado por la tristeza. Conocía Fajardo al sobrino de Narváez desde los tiempos en que no figuraba en la política ni tenía más significación que la de su parentesco con el general; le apreciaba por su caballerosidad y por la firmeza de sus ideas retrógradas, que sostenía con modestia y sin ofender a nadie. Después, cuando Marfori escaló un Ministerio, y de éste saltó a Palacio, ya era otra cosa. El trato entre ellos fué menos frecuente, y sus relaciones algo frías. Apenas cambiaron sus saludos en aquel día nefasto, comprendió José María que era un tanto impertinente hablar de política. No obstante, se aventuró a esta sencilla pregunta:

—¿Va su majestad directamente a Francia?... Algo se ha dicho de viaje a Logroño...

Arrugó su entrecejo Marfori al decir:

—Pero ¿no comprende usted, mi querido marqués, que será humillante para la reina de España ir a pedir protección a un general, aunque éste se llame Espartero?... Toda concomitancia con progresistas ha de ser funesta... La reina sale de España persuadida de que su pueblo la llamará pronto...; tales horrores hemos de ver aquí...

No dijo más. Las disposiciones para la partida solicitaban su atención. Indignado Beramendi por lo que había oído, contempló un rato al don Carlos, dando sus órdenes a la turba de servidores, uniformados unos; otros, no. Le miró con encono, viendo en él la torpe influencia que torcía los propósitos saludables de doña Isabel. Entre tanta gente desmedrada y anémica, se destacaba la figura de Marfori por su recia complexión sanguínea y su tipo árabe, afeado por el grandor de la boca y el desarrollo del maxilar. Su prognatismo desvirtuaba la belleza de los ojos negros y de la figura garbosa, amenazada ya por la obesidad incipiente. Era impetuoso, autoritario, ejecutivo; su altanería ante los iguales tenía el atenuante de la educación exquisita que le había enseñado la finura y amabilidad. Estas prendas resplandecían en él en ocasiones normales, aun en el trato con los inferiores.

De pronto, alguien tocó el brazo de Beramendi. Un hombre, un señor que no denotaba su jerarquía con ningún signo exterior, y lo mismo podía ser gentilhombre que criado, le dijo:

—Su Majestad está en la salita de enfrente... Desea que pase el señor marqués a saludarla.

Corrió el caballero a la sala de la derecha del vestíbulo, y hallóse frente a Isabel II, sentada, vestida de viaje, con dos señoras en pie por cada lado. La una era Eufrasia. Con lástima hondísima, Beramendi notó en la faz arrebolada de la reina la tensión muscular, el esfuerzo fisiológico por revestirse de entereza. Cuando el prócer besaba su mano, ella le retuvo forzándole a permanecer inclinado para que oyera lo que no quería decirle en alta voz:

—Ya sabrás que *se ha* desistido de ir a Logroño... Lo hemos pensado... No puede ser... ¿A qué?... No más humillaciones... Yo me voy por no agravar las cosas, por evitar el derramamiento de sangre... Pero ya me llamarán, ya volveré... ¿No crees tú lo mismo?

Mintió con tanto descaro como piedad el buen Fajardo, respondiendo así:

—¿Qué duda tiene? Llamaremos a vuestra majestad... y vuestra majestad vendrá con la rama de oliva, con el laurel...

No encontraba en su mente las tonterías propias de la dolorosa situación.

La reina se impacientaba. ¡Salir, salir de una vez..., no prolongar más tiempo la terrible ansiedad con su lado patético y su lado embarazoso!... Levantóse la soberana y tocando con su mano augusta el brazo de Beramendi le dijo:

—Francamente, creí tener más raíces en este país.

Y cuando el apiadado amigo le decía que sus raíces, a pesar de aquel suceso, eran hondas y fuertes, entró en la sala don Francisco, vestido de paisano, dispuesto para la partida. Su figura y su voz, no muy apropiada a las grandezas, añadieron escaso interés a la escena dramática, que alguna vaga semejanza tenía con las salidas para el pa-

tíbulo. En muchos casos no vale una corona menos que una vida. Aparecieron las infantitas con sus ayas, y tras ellas el príncipe de Asturias, llevado de la mano por la señora de Tacón... Vestía su alteza trajecito de terciopelo azul. Su carita descolorida y la tristeza resignada de sus grandes ojos expresaban mejor que todas las miradas y rostros presentes el duelo monárquico y doméstico... ¿Qué faltaba ya? Nada más que la orden de partir.

XXXVI

La multitud que ante el hotel-palacio aguardaba la interesante función de la salida vió aparecer a doña Isabel del brazo de don Francisco... Su presencia fué saludada con un murmullo de acatamiento respetuoso, y nada más. Atajaron los pasos de la reina algunas mujeres que se agolpaban en los peldaños. Eran criadas palatinas, señoras pobres que habían recibido limosnas de la bondadosa soberana. De rodillas le besaron la mano; prorrumpieron en tiernos adioses, sollozando... No pudo ya doña Isabel conservar su entereza y, llevándose el pañuelo a los ojos, trataba de abreviar la escena lastimosa... No sabía qué decir...

—Adiós, hijas... No lloréis... Volveré... España me quiere... Yo... Adiós... Volveréis a verme...

Partieron uno tras otro los blasonados coches, desfilando con la prisa que fatalmente se impone a las salidas no triunfales. En la estación se habían tomado precauciones para impedir la entrada del público. Acomodáronse todos: la dinastía fugitiva, en los coches regios; los demás, en departamentos de primera... La media compañía de Ingenieros que había de escoltar a su majestad hasta Hendaya ocupaba coches de segunda a la cola del tren. La máquina no tardó en pitar con áspero bramido, y pronto arrancó sin que se oyeran vivas: el mudo respeto suplió las exclamaciones, mandadas recoger por inoportunas.

—En un coche de primera se metió Beramendi, con dos oficiales de Ingenieros y un diputado de la provincia. «El duelo se despedía en la frontera.» Pero los acompañantes de la difunta Monarquía no guardaban silencio en aquel viaje, que en los entierros, comúnmente, los que van de reata combaten el tedio con expansivas conversaciones. Hablaban, pues, del suceso: el más taciturno era Beramendi, que reservaba sus pensamientos por creerlos tal vez demasiado crudos para dichos en alta voz.

Cavilando más que diciendo, el sagaz caballero, entre San Sebastián y el Bidasoa, lanzaba a los espacios estas tristes ideas: «¿Qué pensarán de esto, si pueden pensar y formar juicio de las cosas de nuestro mundo, las cien mil víctimas inmoladas por Isabel desde su cuna hasta su sepulcro?... Llamo sepulcro a su destierro. Las cien mil vidas sacrificadas en la guerra de sucesión y en las innumerables revueltas intestinas por y contra Isabel, ¿qué himno de justicia tremebunda cantarán en este día? Véase la tragedia de este reinado, toda muertes, toda querellas y disputas violentísimas, desenlazadas con esta vulgar salida por la puerta del Bidasoa, como si los protagonistas o causantes de tantas desdichas fueran a tomar baños o a vistas y regocijos con otros reyes... Dígase lo que se quiera, la Libertad ha sido en España mansa, benigna y generosa; no ha sabido derramar más que su propia sangre, como cordero expiatorio de ajenas culpas...»

En Hendaya formaron los Ingenieros en el andén, y con rápido paso los revistó la reina del brazo del rey; llevándose el pañuelo a los ojos, saludaba con ligera inclinación de cabeza. La infeliz señora tuvo en aquel instante el momento más amargo de su tránsito a tierra extranjera. Sin volver atrás la vista, penetró en el tren francés. Los Ingenieros quedaron en Hendaya; habían llevado al duelo la tradicional cortesía del Ejército español, y a España se volvían a colaborar en la historia nueva. Beramendi siguió con idea de no pasar de Biarritz, donde tenía su familia, y en el término de su viaje vió un espectáculo que resultó tan triste como el de Hendaya. En el andén estaba Napoleón III, rodeado de un brillante acompañamiento militar. El emperador, rechoncho ya y avejentado, entristecía el cuadro con su rostro tétrico y dormilón, con su nariz romana, bajo la cual salían horizontalmente, a un lado y otro, las afiladas guías de sus bigotes. Entró Napoleón en el coche real,

y allí estuvo unos diez minutos... Al salir, su semblante exprecaba una profunda indiferencia del suceso político y una etiqueta glacial ante la desgracia.

No se fijó en esto Beramendi, porque a la estación salieron su mujer y *Tinito*, y a ellos hubo de acudir cariñoso: no les había visto en seis días... Y aconteció que *Tinito*, viendo al príncipe Alfonso asomado en la ventanilla, se desprendió de la mano de su madre y anduvo un poco hasta llegar cerca de su amiguito, y le saludó con la mano, no atreviéndose a expresar su duelo de otro modo. Reparó en él Alfonso, y puso una cara tan triste, que el niño de Beramendi rompió a llorar. Su madre fué corriendo hacia él; le apartó del tren regio.., También acudió el padre, que entre besos le decía:

—No llores, hijo. Alfonso volverá. Fíjate en él ahora. ¿No ves cómo te mira y se sonríe?... ¿Qué te has creído tú? El príncipe, tu amigo, viene a Francia a tomar aires. Estate tranquilo. Volverá; en España le hemos de ver.

No acababa de convencerse el dolorido chicuelo, ni las caricias de los amantes padres atajaban sus lágrimas, únicas que corrieron en aquel acto final del drama dinástico. Calmándose ya, estrechado por los brazos maternos, preguntó sollozando:

—Dime, papá, y ¿la reina... volverá también?

—¡Ah!..., eso no puedo asegurártelo, hijo mío. Yo creo que no. Para salir de dudas, cuando vayamos a Madrid se lo preguntaremos a *Confusio*, que es quien sabe de estas cosas.

Diciendo esto, el tren arrancó. Los Beramendis vieron pasar a doña Isabel, que en pie, dejando ver media figura en la ventanilla, saludó a todos, de emperador inclusive abajo, con el aire de majestad delicada y bondadosa que era su gran éxito personal en los actos solemnes. Así lo vió María Ignacia. Otros creyeron que el paso de los claros ojos azules de la soberana fué rapidísimo y cortante, como el del diamante que raya el cristal.

El sagaz historiófilo Pepe Fajardo siguió a la majestad con el pensamiento, diciéndole:

—No volverás, pobre Isabel. Te llevas todo tu reinado, más infeliz para tu pueblo que para ti. Impurificaste la vida española; quitaste sus cadenas a la Superstición para ponérselas a la Libertad. En el corazón de los españoles fuiste primero la esperanza, después la desesperación. Con tu ciego andar a tropezones por los espacios de tu reino has torcido tu destino, y España ha rectificado el suyo arrojando de sí lo que más amó... Vete con Dios, y ahora... aprende a pensar... Piensa en lo que ayer fuiste, en lo que eres hoy.

¿Quién puede decir lo que pensaba la destronada Isabel, cuando por los risueños campos bearneses la llevaba el tren hacia Pau, cuna y nidal de sus antepasados? Tal vez, del fondo negro de su pena por el ultraje recibido saltaba un chispazo de alegría; tal vez, como acontece en los más hondos dramas humanos, el dolor engendró un goce y el llanto una sonrisa..., y con la sonrisa brotó en el pensamiento esta frase de placentera conformidad: «Me han echado y ellos gozan de libertad... Bien, y ¿qué? Ahora... yo también libre.»

XXXVII

La última visión de Madrid en la retina de Santiago fué un ciclo de rápidas imágenes, que le resultaban gratas por la reciente placidez de su espíritu. Le causó risa el ver a Maltranita hinchado de fatuidad en la Junta de su distrito y asaltando con radicalismos de última hora un puesto en Gobernación. Malrecado, asido a los faldones del inapresivo joven, se coló también en el Ministerio, mientras Segismundo Fajardo, hijo de Gregorio y sobrino de Beramendi, se filtraba en Hacienda, al arrimo del conspicuo señor de Oliván, que era de los técnicos, y, por tanto, insustituíble... Ya se hablaba del Ministerio de la Revolución: Serrano, presidente; Prim, Guerra; Sagasta, Gobernación; Ruiz Zorrilla, Fomento. Los demás serían unionistas. La inmensa grey desheredada del Progreso y Democracia aprestábase a invadir los nacionales comederos.

A Leoncio encontró Ibero en la calle del Arenal; rápidamente hablaron; citáronse para la tarde. Aquel día, 1 de octubre, repitiéronse las ruidosas expansiones populares en la Puerta del Sol.

Una de las *Zorreras*, la más joven, según versión digna de crédito, arrebatada de patriotismo y de ardoroso frenesí revolucionario, se dejó decir, moviendo caderas y arremolinando faldas, que para celebrar el triunfo de la Libertad se ofrecía gratis para todo el que quisiera. Con igual esplendidez hubo taberneros que brindaron gratuitamente al público libre sus bautizados vinos... Recobró Santiago en aquel venturoso día la paz de su alma, porque, a más de recibir el telegrama de que se ha hecho mención, tuvo la dicha de ver en Madrid a Lucila y Vicente Halconero con toda la familia. La carta de Teresa que en sus manos pusieron fué un celestial aviso para el pobre aventurero, que ya iba viendo claro en la oscura mentira frívolamente acogida y divulgada por Tarfe.

Demente con la revolución, en la cual veía esplendores y maravillas sin cuento, Vicentito se pegó a su amigo Ibero y no le dejaba a sol ni sombra. Lucila, embelesada con la sabiduría de su hijo, soñaba con que éste llegase a ser en el nuevo régimen el águila de la historia. Cordero no se apeaba de su *montpensierismo*.

—Al fin y a la postre—decía—tendrán que ponerle en el Trono, pues no hallarán rey más *económico* y administrativo.

Y maravillado del pacífico advenimiento de la Revolución, repetía con orgullo esta frase pescada en el mar revuelto de la Prensa:

—Las naciones extranjeras nos admiran.

Llamado por conducto de Leoncio (que iba a ser colocado con pingüe destino en el Museo de Artillería), fué Ibero a casa de Tarfe, el cual le abrazó con franqueza cordial y pidióle perdón por la gran sofoquina y trastorno que le había ocasionado en el viaje, repitiendo con ligereza opiniones de los amigos, que ya consideraba erróneas.

—Pensé yo pagarte con un destinillo —añadió—los servicios que has prestado a la Revolución en París y Londres, en Cádiz y Alcolea; pero como no quieres empleo, según me asegura Leoncio, yo me permito poner en tu mano *(Sacando un bolsillito con monedas de oro y contando algunas.)*, en tu mano, digo..., estos cien duros para que con ellos compres lo que te sea más necesario o los gastes en divertirte y en echar al aire las canas que aún no te han salido.

Por la expresión que vió en el rostro de Ibero, pensó Tarfe que su amigo, echando por delante algunos melindres o quijotescos escrúpulos para cubrir la dignidad, aceptaría la remuneración. Pero no fué así. Poniendo en su negativa una sequedad cortés y delicada, el riojano salió del paso con estas razones:

—Lo agradezco, señor... Destine esa cantidad a recompensar a otros más dignos. No soy yo tan pobre como usted cree... Casi, casi soy rico... No insista, don Manuel...

Y con esto y reiterando las gracias, se despidió del aristócrata revolucionario... Ya lejos de la casa y divagando solo, pues Leoncio se fué por otro lado a sus quehaceres, comentó Ibero su negativa, sazonándola con cierta ironía salobre y con los granos dulces de su naciente optimismo: «Yo, caballero sin caballo, aventurero desengañado de las grandezas, soñador perdido tontamente en el camino de las glorias políticas y militares, quiero darme el tono de rechazar los cien duros que me ofrece este caballerete de la Unión Liberal por mis vanos servicios. Es un orgullo como otro cualquiera: es la nueva grandeza que nace en el alma para llenar el hueco que dejaron las otras... Aventurero desventurado, voy en busca de aventura nueva..., y a ella quiero ir pobre y desnudo... Además, desprecio los favores del hombre que calumnió a Teresa... Teresa y yo somos ricos. Nuestras almas se llenan de ambiciones doradas y de ideas... contantes y sonantes..., ¡Oh amor..., vea yo tus milagros!

Decidido a largarse sin demora, por telégrafo avisó Santiago a Teresa su salida, y sin despedirse de nadie se recluyó en su casa hasta la hora de partir. Sólo con el gran *Confusio*, su más inmediato vecino, se entretuvo algunos instantes.

—¿Ha visto usted, *señor conde*—le dijo—, la elegante revolución que hemos hecho? Es un lindo andamiaje para revocar el edificio y darle una mano de pintura exterior. Era de color algo sucio, y ahora es de un color algo lim-

pio, pero que se ensuciará en breves años... Luego se armará otro andamiaje..., llámele usted República, llámale Monarquía restaurada. Total: revoco, raspado de la vieja costra, nuevo empaste con yeso de lo más fino y encima pintura verde o rosa... Y el edificio, cuanto más viejo, más pintado. Pasarán años, y aquí estoy yo para derribarlo antes que se desplome y aplaste a todos los que estamos dentro. Sobre las ruinas armaré yo el gran andamiaje *lógiconatural* para edificar de nueva planta sobre el basamento secular, ¡oh!, que nunca necesitó revoco ni pintura. No respetaré más que el basamento, que es del mejor granito... ¿Se entera usted? Pues adiós, y hágame el favor de dar memorias de mi parte a las naciones extranjeras.

Partió Santiago en el exprés de las tres. Adormilado pasó la tarde y gran parte de la noche, y en los claros de su modorra oía retazos de la conversación de los viajeros que iban en el coche:

—Ministro de Hacienda, Figuerola; de Estado, Lorenzana, el autor de los célebres artículos *Misterios, Meditemos*. Para Ultramar, el indicado es López de Ayala; para Gracia y Justicia, Romero Ortiz... Y en tanto, Prim, de triunfo en triunfo en su viaje por el Mediterráneo... Hermosa revolución... Todo como una seda... Yo confío mucho en Serrano... Y yo en Olózaga y Cantero... Yo confío más en los demócratas Rivero y Martos.

Como a todo se llega, llegó el tren a San Sebastián... Teresa en la estación: abrazos, besuqueo...

—¡Qué flaco estás!...

—¡Y tú qué hermosa!

XXXVIII

TERESA.—*(En una estancia del Hotel Ezcurra, despertando.)* Pienso como tú. Vámonos hoy mismo. Aquí ya no hacemos nada. También Ursula desea volver a su casa.

IBERO.—*(Saltando del lecho.)* Démonos prisa; no perdamos el tren de hoy... A París, a París, pronto... Como anoche te decía, voy contento. Toda ilusión de grandezas políticas y militares se ma ha ido de la cabeza. Pero te tengo a ti; contigo me conformo, tú eres mi gloria y mi grandeza...

TERESA.—*(Vistiéndose muy a la ligera.)* ¿Y qué me decías anoche de esa revolución que habéis hecho?

IBERO.—Empecé a contarte... Pero tú no cesabas de reír y reír con la divertida historia de los Muñoces de Tarancón. ¿Quieres que hablemos otra vez de las fatigas que pasé por los malditos Muñoces?

TERESA.—Ahora no: tengo que bañarme..., tengo que avisar a Ursula para que se vaya preparando... Nos vamos hoy. Yo estoy contenta. ¿Verdad que somos felices? No me canso de celebrar que rechazaras los cien duros que quiso darte el sivergüenza de Tarfe.

IBERO.—¿Qué dinero tenemos? Paréceme que es muy poco. Yo me río contemplando la nada espléndida de nuestros bolsillos.

TERESA.—Y yo... Conque tengamos para llegar a París, basta.

IBERO.—París nos dirá: «Pobretones, venid a mi reino.»

TERESA.—Nos dirá: «Venid a mi paraíso. Comeréis la fruta no prohibida de mi industria y de mis artes.» Iberillo, arréglate pronto. *(Vase.)*

IBERO.—*(Solo.)* Sí que soy feliz. Cada cual obedece a sus propias revoluciones. Yo no tengo que poner los andamiajes de que habla *Confusio* para revocar un viejo caserón. Mi casa es una choza nueva y linda. En ella tengo mi trono y mi altar. En ella venero mis instituciones.

TERESA.—*(En la estación.)* Me dió mucha pena ver partir a la pobre doña Isabel.

IBERO.—Doña Isabel no volverá, ni nosotros tampoco... Ella, destronada, sale huyendo de la libertad, y hacia la libertad corremos nosotros. A ella la despiden con lástima; a nosotros nadie nos despide; nos despedimos nosotros mismos diciéndonos: corred, jóvenes, en persecución de vuestros alegres destinos.

TERESA.—*(Meditabunda.)* Huímos del pasado; huímos de una vieja respetable y gruñona que se llama *doña Moral de los Aspavientos viuda de don Decálogo Vinagre...*

IBERO.—*(En Hendaya. Vuélvese hacia la orilla española del Bidasoa, y ha-*

ciendo bocina con sus manos, grita.) Adiós, España con honra. Nos hemos muerto... Adiós; que te diviertas mucho. No te acuerdes de nosotros.

TERESA.—*(Gritando.)* No te acuerdes... Nosotros te olvidamos.

IBERO.—*(Andando el tren.)* Somos la España sin honra, y huímos, desaparecemos, pobres gotas perdidas en el torrente europeo.

Madrid, enero a mayo de 1907.

FIN DE
«LA DE LOS TRISTES DESTINOS»

EPISODIOS NACIONALES

SERIE FINAL

ESPAÑA SIN REY

I

FALTÓME tiempo y espacio para referiros un suceso doloroso acaecido en la familia de Santiago Ibero. Si me dais licencia, emplearé mis ocios en adobar estas y otras historias particulares anotadas en la cuenta de los años 1869 y siguientes, las cuales, a mi entender, no deben perderse en el sumidero del olvido, adonde paran muchas historias públicas pregonadas y trompeteadas por esa gran voceadora que llamamos la *Gaceta*. Los íntimos enredos y lances entre personas, que no aspiraron al juicio de la posteridad, son ramas del mismo árbol que da la madera histórica con que armamos el aparato de la vida externa de los pueblos, de sus príncipes, alteraciones, estatutos, guerras y paces. Con una y otra madera, acopladas lo mejor que se pueda, levantamos el alto andamiaje desde donde vemos en luminosa perspectiva el alma, cuerpo y humores de una nación... Por lo expuesto, y algo más que callo, pedida la licencia, o tomada si no me la dieren, voy a referir hechos particulares o comunes que llevaron en sus entrañas el mismo embrión de los hechos colectivos. El caso es éste:

Primogénito de Santiago Ibero y de Gracia (la niña segunda de Castro-Amézaga), fué aquel ambicioso y desengañado joven, cuyas andanzas a tiempo se relataron. Siguióle en el orden de sucesión Demetria Fernanda, nacida el 45, y el 47 vino al mundo Fernandito Demetrio. Por un caso de transposición, harto común en el habla doméstica, los segundos nombres de la niña y su hermanito pasaron a primeros, quedando así confirmados por el uso para toda la vida. No bien cumplidos los veintitrés años, era Fernanda una moza de opulenta hermosura, flor de la ibérica raza, traslado y reproducción femenina de su padre, de quien tenía los ojos negros y la mirada quemadora, la riqueza sanguínea, el cuerpo espigado, el andar resuelto, la terquedad aragonesa batida en el yunque riojano. Era de ventajosa talla; en las anchuras moderada, en las delgadeces recogida; la tez morenita, la boca no pequeña, roja y dulcísima. En el regazo moral de su madre y su tía Demetria, aprendió Fernanda todas las virtudes, y se revistió de aquella honestidad y comedimiento que tan bien cuadraban a su linaje por ambas ramas. La tenacidad de su carácter, la espiritual fuerza polarizada en dirección del bien, existían envueltas en capitas de dulce modestia, semejantes a las túnicas delicadas que protegen a ciertos frutos en formación.

La vida provinciana, casi lugareña, fomentaba en Fernanda un estado psicológico de puro desarrollo interno. Ni los padres habían pensado en casarla, ni anduvo ella en tanteos candorosos de novios o pretendientes, como es ley de vida en toda jovencita, aun las mejor nacidas, sin que por ello se empañe su pureza. Mostrábase con los jovenzuelos graciosamente esquiva; teníanla por orgullosa o encopetada, de estas que se reservan y custodian en espera de un partido principesco, y cuando vuelven de su encanto se encuentran aderezando trapitos para vestir al Niño Jesús. Gustaba Fernanda de componerse y acicalarse con toda la elegancia posible, según las modas, que a Laguardia llegaban perezosas; su presunción, encerrada escrupulosamente en le medida de la modestia, se producía dentro de los cánones de un gusto exquisito.

Amaba también la niña de Ibero el

teatro, la sociedad, el baile decoroso, y por esto los amantes padres, atentos a dar gusto a una hija tan buena, pasaban en Vitoria dos o tres meses de invierno para presentarla en lo que socialmente llamamos *el mundo*, darle goce de las representaciones escénicas por buenos cómicos y alegrar su venturosa y lozana juventud. Completaban estas expansiones, en cierto modo educativas, las escapadas a Burdeos, en verano, con sus tíos Demetria y Calpena. En Royan pasó Fernanda semanas alegres de agosto en medio de una risueña sociedad de veraneantes. Allí, y en la gran ciudad girondina, se soltó en el francés, practicando lo poquito que sabía; dominó el acento y las fórmulas elementales de la conversación; perfiló su natural elegancia, corrigiendo la rigidez de modales y el hablar reducido y dengoso de las señoritas de pueblo.

A su fin corría con paso incierto el año 68, atropellando sus días inquietos entre clamorosas disputas. Habíamos hecho una revolución con el instrumento naval y militar, trayendo después al pueblo a que la confirmara, y apenas cogieron los nuevos estadistas el manubrio de gobernar, saltó la cuestión batallona: si quitado el Trono debíamos poner otro, o constituirnos en República. Y los españoles se encendieron en porfías y altercados sin fin. La oratoria, que había sido el achaque de algunos escogidos habladores, se hizo manía epidémica, y hombres, mujeres y aun chiquillos salieron perorando a cántaros, cada cual según su tema o sus humores. Los más fríos argumentaban así: «Pero, hombre, no es poco trabajo carpintear ahora un Trono con las astillas del que acabamos de romper.» Y esta discusión primaria pronto había de ramificarse en variedad de peloteras. Los republicanos despotricarían sobre si la República debía llevar penacho unitario, federal o mixto, y los monárquicos andarían a la greña por si encasquetaban la Corona en esta o en la otra cabeza.

A principios de diciembre, el Gobierno llamó a Cortes Constituyentes, fijando los días de las elecciones y de la apertura de la gran Asamblea en que se había de descombrar a España, y enderezar lo caído, y poner mano en las nuevas construcciones planeadas por los revolucionarios. Y allí fué el correr de los candidatos a sus casillas electorales, y el remover en ellas voluntades y opiniones, soltando la catarata de sus discursos. El ardor sectario en algunas localidades, la intriga y los amaños de amistad en otras, la tutela oficial en casi todas, iniciaron la campaña, tempestad ruidosa y fulgurante.

Pues, señor..., la nube electoral descargó en Laguardia un candidato joven, de sonoro nombre y extraordinarios atractivos personales. Era don Juan de Urríes y Ponce de León, andaluz segundón de la casa noble de Ben Alí. Llevaba una expresiva carta de Sagasta para Santiago Ibero, en la cual, después de enaltecer la caballerosidad y el patriotismo del ilustre candidato, se indicaba que el Gobierno provisional le vería con gusto representando en las Cortes Constituyentes la circunscripción de... (No aparece claro en los apuntes recogidos para esta historia si la provincia agraciada con tan esclarecido candidato era Burgos, Alava o Logroño. Lo mismo da.) Cartas llevaba también de Olózaga para los pudientes de Oyón y Treviño; otras que había de entregar en Vitoria, para ilustres canónigos y respetables veteranos del carlismo. Según decía Sagasta a su amigo Ibero, el gallardo joven no tenía ya cabimiento en ninguna casilla electoral de su tierra, pues la que estaba vinculada en la familia Ben Alí la representaría el conde de este título, hermano mayor del don Juan de Urríes. Seguía éste las banderas de la fracción o estamento unionista, compuesto de graves y aprovechadas personas. ¡Y tan aprovechadas! Como que sin ellas nunca se habría hecho la revolución.

Por de contado, Ibero aposentó en su casa y agasajó cumplidamente al señor de Urríes, caballero de acabada hermosura varonil, años veintisiete, soberbia estampa, realzada por un hablar fácil y gracioso, que era el encanto de cuantos le oían. Muy honrados se consideraron Ibero y Gracia con tal huésped. Don Juan respiraba nobleza, elegancia; su traje y modales eran la misma distinción; sus pensamientos, expresados con exquisito donaire, revelaban un alma tan selecta como sus corbatas, y sentimientos primorosos, bien limpios y esmeradamente planchados. Aconteció que la visita de Urríes coincidía con la épo-

ca en que los Iberos se trasladaban a Vitoria, a cuarteles de invierno. Como el candidato había de seguir el mismo derrotero, no hubo necesidad de alterar planes, y allá se fueron todos. Demetria y su esposo, don Fernando Calpena, estaban a la sazón en Madrid con sus hijos.

Aunque los Iberos tenían casa propia en Vitoria, creyérase, por lo mucho que lo frecuentaban, que vivían en el palaciote de los marqueses de Gauna, parientes de Gracia por doña María Tirgo y el cura Navarridas, ya difuntos, parientes de Ibero por los Barandas y Pipaones... No vendrán ahora mal cuatro pinceladas descriptivas de la casa de Gauna y de sus moradores en aquellos años, gente de atildada bondad y llaneza no incompatibles con el rancio abolengo. Casos notables de longevidad ilustraban aquella mansión, descollando en ella el añoso don Alonso Landazuri, marqués de Gauna, del hábito de Santiago, que a su título añadía esta pomposa coleta: «Juez superintendente de Arcas y Tesoros de Encomiendas vacantes y Medias anatas.» Llevaba a cuestas noventa y seis inviernos, y aún tenía cuerda para un rato. Seguíanle en la serie cronológica otros vejestorios disecados y señoras embalsamadas: don Tirso Pipaón, sobrino del marqués, fraile exclaustrado que había sido «provincial de la Orden de Predicadores de Alcarria y tierra de Toledo, supra Tagum»; doña Manuela Tirgo y Sureda, viuda de un alto funcionario de la corte de Oñate; otra momia, nombrada doña Rita de Landazuri, solterona, hija del marqués; don Wifredo de Romarate, sobrino de Gauna, «bailío de Nueve Villas en la Militar Orden de San Juan de Jerusalén». Completaban la lista dos clérigos: el uno, «ex capellán del Hospital de Convalecencia de Unciones»; el otro, «ex canónigo cuarto de optación en la insigne Iglesia colegial de Santo Domingo de la Calzada», después, «canónigo entero en la de Logroño.

En este museo de antigüedades destacábanse con juvenil colorido los presuntos marqueses de Gauna: él, don Luis de Trapinedo, nieto del casi centenario don Alonso; ella, doña María Erro Sureda y Arias Teijeiro, que por los cuatro costados de su nombre declaraba su sangre carlista. Ambos eran agradables, hablaban y casi pensaban a la moderna. Tenían dos hijas muy monas, la mayor de la edad de Fernanda, sencillitas, inocentes, menos bellas y más provincianas que su amiga, y dos chicos adolescentes que estudiaban en el Instituto. Esta generación alegraba la casa holgona y feudal, enclavada en la ciudad antigua entre las calles de Zapatería y Herrería. Las familias de Trapinedo y de Ibero eran la vida y el color en medio de aquel ennegrecido retablo de *ricos omes, fijosdalgo,* dueñas *acecinadas* y reverendos eclesiásticos curados al incienso.

Viejos y jóvenes acogieron al caballero Urríes con deferencia y noble agasajo. Harto sabía él, consumado artista social, adaptarse a todos los medios; en la masa de la sangre tenía la facultad de asimilación, y en su labia, flexible y chispeante, un arsenal inagotable de recursos persuasivos. Conversando se llevaba de calle a todo el mundo: su dicción derramaba sin tasa la sal andaluza, sin ceceo, por haberse criado en Madrid. Entendía de linajes y entronques nobiliarios; de costumbres, modas y estilos de elegancia; usaba la sátira con donaire, la crítica con apariencias de buen sentido; el gracejo de los chascarrillos que contaba hacían desternillarse de risa a las momias del palacio de Gauna; el propio don Alonso se estremecía riendo con muecas de ultratumba.

A los primores de la cháchara jovial añadía don Juan de Urríes el don singularísimo de impresionar a las mujeres con tonos y conceptos de fácil entrada en el corazón de ellas... Ya se adivina el resto..., y es que con sólo unos pocos días de trato en Laguardia, y otros tantos en Vitoria, quedó Fernandita intensamente enamorada del don Juan, y llegó a prender en ella el fuego de amor con tal furia, que pronto fué incendio imposible de apagar. Ni ella trataba de sofocarlo; antes bien, dejábalo crecer, dejábalo crepitar, echando en la hoguera toda su alma inocente.

El galán, vista la facilidad de su conquista, procedía con las formas pulcras del que ante todo anhela conservar su opinión y timbres externos de caballero. Buen cuidado tuvo de no salirse ni una línea del campo de la corrección: sagaz calador del corazón femenino, entendía que era imposible llevar su conquista por caminos apartados de la pura hones-

tidad. Con toda su pasión y ciego delirio, Fernanda no le habría seguido. Podían mucho en ella la educación, los ejemplos de su familia y el carácter rigido de su padre. El don Juan supo enarbolar desde los primeros arrullos la bandera de matrimonio. pues si así no lo hiciera. la niña se habría llamado a engaño, dándose a la muerte antes que a la deshonra. No tardaron los padres en hacerse cargo; que la comunicación por miradas, actitudes u otros chispazos del alma, llegó pronto al punto en que el secreto se vende a sí mismo. Padres y amigos tuvieron por venturoso el hallazgo de un porvenir... Quedaba la tramitación del noviazgo hasta la petición y las nupcias, cuesta que los enamorados suben con brincos de impaciencia y los mirones bostezando. Así es la vida: brincos aquí, bostezos allá.

Desde que la violentísima ráfaga de amor arrebató el alma de Fernanda, ésta no tenía sosiego: la extremada felicidad le dolía, y las risueñas esperanzas la punzaban. Era como una protesta de la naturaleza humana contra la irrupción insolente del bien. Recordaba el dicho eclesiástico de que hemos nacido para sufrir, no para gozar. Se impacientaba por llegar al fin, a la solución de lo que tenía siempre, a pesar de la indudable formalidad del caballero, el ceño del enigma. A ratos temía morirse antes de casarse, que muriese don Juan, o que un espantoso cataclismo hundiera en abismos de fuego a toda la Humanidad. Y a ratos su felicidad se reclinaba en la confianza y de todo su ser despedía torrentes de luz.

¡Cuántas veces, paseando por el campo con el galán, la hija mayor de Trapinedo y el cura don Tirso Pipaón, creía Fernanda que no pisaba el suelo, sino una nube convertida en alfombra; que todas las cosas visibles eran bellas, que las alturas de Gorbea podían alcanzarse con la mano, que las coles sonreían y los árboles secos cantaban al paso del viento por entre las ramas ateridas! Los burros cargados de leña o de ladrillos aran guapísimos; los grajos, parleros; las ranas, elocuentes, y los rastrojos de la tierra encharcada, pensiles cubiertos de flores. Los ojos negros de la señorita enamorada devolvían a la Naturaleza el amor que de ésta recibía, y apenas devuelto lo tomaba de nuevo. Con este ir y venir, las miradas fulgentes de la niña de Ibero encendían el cielo, abrasaban la tierra y derretían la nieve que en aquella cruda estación blanqueaba las alturas.

II

Unos días a caballo, otros en coche, salía el galán a sus correrías electorales, visitando pueblos, alentando a los amigos y desarmando a los contrarios con urbanidad melosa. Aquí derramaba obsequios en especie o moneda, allá dejaba caer amenazas. y en todas partes prometía lo que no lograra cumplir si mil años viviera. Total, que triunfó, y quedaron los electores tan satisfechos como si hubieran encontrado la piedra filosofal. Trabajillo le costó a don Juan cortar las ligaduras de amor para irse a Madrid, adonde le llamaban sus deberes de hombre público y constituyente; y, al fin, dado el último tirón, que a él le dolió mucho, y a Fernanda más, partió días antes del 11 de febrero, señalado para la apertura de las Cortes.

La novia era de las que no sin dificultad se consuelan consumiendo la propia idealidad. Al quedarse sola, levantaba castillos imaginarios, torres de proyectos más altas que la de Babel, y entre estas torres y castillos tenía cables y columpios en los cuales mentalmente se balanceaba. Era de ver cómo entre un aleteo de sus negras pestañas surgían los días futuros matizados de vivos colores. En la intimidad del pensamiento, Fernanda preveía lo moral y lo físico. Su marido era muy bueno, y, además, eficaz marido. Por consiguiente, ella tendría hijos, los cuales. de seguro, habían de ser guapos, inteligentes, tan buenos como su padre. Este ocuparía elevados puestos, ministro, embajador, y aunque la soñadora no se pagaba de vanidades, veía con gusto el encumbramiento del jefe de la familia por el honor que de ello había de recibir toda la descendencia... Meciéndose en su columpio, Fernandita se miraba al espejo de un remoto porvenir, y en él se veía risueña, grave, bella en sus años maduros, los negros cabellos ya nevados... En tal estado, Fernanda acariciaba a sus nietos...

Desde Madrid continuaba el galán constituyente alimentando con cartas la

hoguera de amor. A Fernanda prolijamente escribía, llenando el papel de cariñosos melindres, que no perdían su valor por repetidos y vulgares. Pudo notar la señorita que su caballero era menos inspirado escribiendo que hablando. Ella plumeaba mejor que él, y solía *poner* cosas que a nadie se le habían ocurrido antes. Vaya de muestra: «Estoy celosísima de las Cortes, que me parecen unas jamonas habladoras y emperifolladas.» «Dices que vais a hacer una Constitucio. Por Dios, no te metas en eso... En todo caso, coge una de las viejas, y con algún garabito aquí y otro allá, la presentas como nueva. Me ha contado mi madre que el famoso caballero don Beltrán de Urdaneta, cuando ya chocheaba, no tenía más entretenimiento que hacer Constituciones. Todas las noches escribía una, y al día siguiente hacía con ella pajaritas.»

A Ibero también escribía Urríes de cuando en cuando, informándole del curso de la política. Divagaba, hinchaba las noticias y se ponía furioso siempre que mentaba a los republicanos. «Esos majaderos están comprometiendo la revolución con sus exageraciones... En Cádiz, en el Puerto, como antes en Málaga y Antequera, se suceden las escenas *vandálicas*... Me ha dicho el duque de la Torre que no hay más *rey viable* que Montpensier. Urge restablecer la Monarquía para que los *vándalos* del republicanismo se encuentren con la horma de su zapato.» El hombre de inagotables gracias en la conversación, no sabía salir, escribiendo, del círculo tonto en que están contenidas todas las vulgaridades del pensamiento.

A principios de marzo volviéronse los Iberos a Laguardia, y a los pocos días de estar allí tuvieron de huésped a uno de los *ricos omes* o *fijosdalgo* que decoraban la casa de Gauna, frey don Wifredo de Romarate y Trapinedo, que en sus tarjetas ponía sobre el nombre un casco rematado de plumas, y debajo este título insigne y pomposo: «Bailío de Nueve Villas en la Real y Militar Orden de San Juan de Jerusalén...» Era un caballero cincuentón, de corta talla y tiesura ceremoniosa, pulcro, remilgado, afeitadito, espejo de la buena crianza y diccionario vivo de las palabras finas y corteses. Cifraba su orgullo en pertenecer a una de las Ordenes de Caballería más ilustres, y nada le halagaba como que le llamaran *señor bailío*, aunque todos ignorasen el significado de la palabreja... Pues, como digo, apareciόse inopinadamente en Laguardia el señor don Wifredo, y Santiago Ibero le tuvo en su casa los días que empleó el bailío en despachar sus menesteres en la villa. (Aquí un paréntesis para decir que Romarate trató siempre a Fernanda con las más exquisitas atenciones y los rendimientos más refinados. Era como un caballero *servant*, que a la dama obsequiaba y asistía, sin traspasar nunca la línea que separa el cortesano respecto del melindre amoroso.)

De Laguardia fué don Wifredo a Cenicero y Logroño; siguió después a Viana, y de aquí a Estella. A las tres semanas de su partida se le vió aparecer de nuevo en Laguardia, por el camino de Oyón, acompañado de otros dos caballeros, que así los llamamos porque venían en sendas mulas, no por su aspecto, que era como de clérigos vestidos de paisano. Aposentáronse en la casa de Crispijana, dando excusas a Ibero por no aceptar su hospitalidad. Los dos sujetos que con el bailío viajaban no podían encubrir su carácter eclesiástico. No eran viejos, no tenían aire juvenil; antes bien, revelaban cansancio de las naturalezas consumidas por el sedentarismo y el estudio de esas materias abstrusas, que lo mismo dan de sí sabidas que ignoradas. Uno de ellos era endeble, medio cegato, con anteojos de una convexidad extremada; el otro hablaba con acento extranjero, picando en todos los asuntos sin eludir los mundanos. Cuando fueron a visitar a Santiago, el bailío presentó al primero diciendo que era un afamado teólogo; al nombre del otro agregó una retahila de conocimientos: Historia, matemáticas, Lenguas orientales, Geografía. Era incansable viajero. Acababa de llegar del Japón, y después de recorrer *la España*, se embarcaría para el Perú.

El amigo Ibero no necesitó preguntar a Romarate el móvil de tales viajatas. Al punto le dió en la nariz el tufo carlista: como hombre de corazón abierto, lo dijo claramente a los tres señores en la segunda visita que le hicieron; y como añadiese algunas palabras de asombro por la impavidez y ningún sigilo con que los tradicionalistas andariegos lle-

vaban su negocio, replicó el teólogo:

—Nos acogemos a los derechos individuales que proclama la Constitución nueva: «Libertad igual para todos», señor don Santiago, «porque si no, no es tal libertad...» Permítame usted que me ría un poco de la candidez de los señores de la España con honra.

—Está bien—dijo Ibero—. Pero la Constitución no se ha promulgado, no rige todavía.

—Para nosotros como si rigiera—agregó el bailío, sonriente, echando atrás la cabeza con airecillo de autoridad dogmática—. Y no dude usted que estamos agradecidos a la España con honra por la generosa concesión de esos derechos... inalienables... En esto se ve la mano de la Providencia: nos dan la libertad que esa misma Libertad necesita para ser abolida... O, como dijo el sabio: *Similia similibus...*

En otra conversación, solos Ibero y Romarate, éste empleó conceptos de hueca solemnidad para contar a su amigo que los carlistas áulicos habían conseguido del príncipe don Juan que abdicase en su hijo. No era don Juan hombre capaz de sostener en toda su pureza el dogma de la legitimidad. Para esto había venido al mundo don Carlos, hijo de aquél, joven de excelsas virtudes y partes, grande, apuesto, magnánimo, bien penetrado de sus deberes como de sus derechos, que arrancaban de su realeza histórica y divina, hijo intachable, padre de sus pueblos, esposo de una ilustre princesa que daría prez y honor al Trono de San Fernando. Y antes de acabar esta letanía sacó del bolsillo interior de su levitín un retrato de fotografía que enseñó a Santiago. Este lo había visto ya en casa de Crispijana, afiliado también a la Causa. que a la sazón revivía de sus cenizas. Sin entusiasmarse con la figura del príncipe, elogió la talla lucida, la gallardía marcial, la expresión varonil, y, devolviendo la cartulina, con melancólico y frío acento, se expresó de esta manera:

—Cuando al carlismo dimos sepultura en Vergara, lo dejamos muy a flor de tierra. Claro: con la alegría de terminar la guerra, no pensábamos más que en abrazarnos... No nos dimos cuenta de que el enemigo mal enterrado estaba medio vivo.

—Diga usted que con toda la vida y robustez que tuvo en los días de Zumalacárregui y de Cabrera... Vacante el Trono, por haberse podrido la rama segunda, nadie puede evitar que venga la primera... Declare usted, con toda franqueza, como hombre discreto y leal, si cree posible que España reciba y aguante a un rey extranjero.

—¡Rey extranjero!... Eso nunca—afirmó Ibero, poniendo en su voz todo el españolismo de su nombre y apellido.

—Veo que es usted de los míos... Carlos Séptimo es nuestro rey, el único rey posible...

—No estoy conforme, señor bailío; no me llame usted de los suyos... Me sublevo...; quiero decir, voto en contra... Guárdese usted su rey.

—No me lo guardo, pues no sólo es rey mío, sino de todos los españoles... Precisamente aquí tengo dos cartas... *(Metiendo mano al bolsillo.)* Una es de don Joaquín Elío. *(Sacándola.)* Otra es del señor Arjona, secretario de su majestad.

—Sí, sí...; le escribirán con la pluma mojada en ilusiones...

—Me dicen... *(Gravemente, envainando las cartas.)* que antes de San Juan estará el rey legítimo en el Palacio de Madrid...

—Lo dudo...; pero si así fuere... no le arriendo la ganancia... ¿Y cree usted, don Wifredo, que Prim se cruzará de brazos?...

—No sé de qué se cruzará... Sé que en el Ejército español hay infinidad de jefes y oficiales que pronto tomarán el camino por donde ha ido el coronel don Eustaquio Díaz de Rada... Prim verá que el Ejército español se le escapa por entre los dedos.

Con frases un tanto vivas de una y otra parte terminó el coloquio. El alavés se despidió para Miranda, adonde iría con sus acompañantes, el teólogo y el enciclopédico, ambos jesuítas de cuidado. El primero era de los expulsados de España en octubre del 68; el otro, polaco, recriado en Francia, poseía en grado sumo la facultad de asimilación, y a los pocos días de penetrar en España mascullaba nuestra lengua, apropiándose con furioso y pertinaz estudio el conocimiento gramatical, y ejercitándose en la palabra castellana, en su acento y prosodia, con arrestos de conquistador... Ambos iban rectilíneos y sin pestañear

al fin que se les señalaba, resortes inflexibles de una máquina tenebrosa y fuerte, soldados de una Orden de Caballería que unos creen de Dios, otros del diablo.

Cuando Romarate se despidió de la familia Ibero, pidiéndole a Fernanda órdenes para don Juan de Urríes y Ponce de León, la hermosa señorita se mostró desconsolada por la ya larga ausencia del galán, doliéndose de que el corte y costura de una Constitución durasen tanto.

—Ya están dando las primeras puntadas—dijo don Wifredo—. Es una prenda de vestir que nosotros nos pondremos, pero volviéndola del revés... Del derecho podrá servirnos para Carnaval.

Habló después Fernanda de sus rabiosas ganas de ir a Madrid, y de la cachaza con que sus padres habían aplazado de un año para otro la satisfacción de este deseo. Sus tíos Demetria y Fernando la llamaban desde allá con voces cada día más cariñosas. Faltaba sólo que su padre se determinase a llevarla.

Oyendo esto, Gracia y Santiago sonreían. Don Wifredo, tomando un aire de intercesión paternal y caballeresca, apoyó a la señorita. Los padres no decían que no... Lo pensarían... La mamá, amargada por la desaparición de su querido hijo Santiago, sentía horror del bullicio de las capitales, y no quería separarse de Fernanda hasta que ésta se casara... Si la boda era en otoño, Madrid sería el punto elegido para el viajecito de novios... ¡Madrid, Sevilla, Granada!... Ante estas manifestaciones, Fernanda suspiraba, soltando su imaginación por los piélagos infinitos del espacio y del tiempo: y después de un navegar loco, volvía, como la paloma del arca, con una rama en el pico..., rama de los olivares andaluces.

Salieron para Miranda el bailío y los clérigos de San Ignacio; mas en aquel punto se separaron, marchando los jesuítas a Tolosa, y agregándose a don Wifredo, para ir con él a Madrid, otro eclesiástico, ya mencionado en la relación de los huéspedes de la casa de Gaunа. Era el doctor, *in utroque,* don Cristóbal de Pipaón y Landazuri, sobrino o resobrino del marqués por agnación lejana, varón ilustrado y pío, con gafas de oro, mirar oblicuo y habla reposada. De sus títulos eclesiásticos no se copia más que mínima parte: «Canónigo cuarto de optación..., canónigo entero..., chantre de Armentia..., prestamero de San Miguel», etc. La opinión le señalaba por su conducta severa y por su feroz intransigencia política. Ultimamente diéronle fama de poeta varias composiciones religiosas de estilo tontopindárico. La lira de don Cristóbal cantaba asuntos bíblicos con estro semejante al volar de un pato, con engarabitada sintasis y terminachos pedantescos. Todo era Jehovah para arriba, Jehovah para abajo, y poner motes a los demonios, llamándolos *tartáreos* o *abortos del Horeb;* a Jerusalén llamábala *reina impura.* Hablaba de la *faz jocunda* de Dios en su trono, y de la *impía raza de Cam* (los judíos). Describía con pelos y señales la mansión de los justos:

> los abismos de azul, las cataratas
> de vivido fulgor llenan los cielos...

Se metía con el filisteo y el sadiceo, poniéndolos como hoja de perejil, y ensalzaba la *mano innocua* de Jesús curando a los leprosos. Aunque nadie entendía los versos del conspicuo don Cristóbal, unos cuantos amigos de su misma cáscara le alzaban hasta el cuerno de la luna, diputándole por eminentísimo poeta entre los primeros del mundo. La verdad era que al buen señor no deslumbraban los ridículos encomios, y se hacía muy de rogar para dar a la estampa sus bíblicas, retumbantes y huecas majaderías.

Sin cotratiempo alguno hicieron su viaje don Wifredo y don Cristóbal. Despabilados y nerviosos, no pararon de charlar en todo el camino, agotando los tópicos de la ojalatería y cuentas galanas. Eran dos monomaníacos que jugaban a la pelota con la idea que a entrambos enardecía y fascinaba. El *canónigo entero,* en un arrebato de optimismo humanitario, planeaba la nueva Inquisición para limpiar de errores heréticos a la gran familia española, y Romarate esbozó pragmáticas draconianas que restablecieran las buenas costumbres, el respeto a la nobleza y al sacerdocio. De madrugada, cuando ya el sueño les rendía, sin que remitiera la embriaguez optimista, don Cristóbal dijo a su amigo:

—Créame usted, señor bailío: una de las primeras medidas debe ser el establecimiento de la censura para poner coto a los mil esperpentos que se publican. Yo no permitiría la impresión de composiciones poéticas que no tuvieran un fin altamente moral y un estilo decoroso.

Asintió don Wifredo con cabezadas, pensando en otra cosa: la recompensa de su adhesión sería una embajada en cualquiera de las cortes extranjeras. Durmióse, y al poeta bíblico también se le cuajaron los pensamientos en una mezcla de sueño y cavilación. Pero no dormía con sosiego, porque en la cabeza le estorbaba un desmesurado gorro, al cual tenía que echar mano para que no se le cayese. A fuerza de tocarlo, llegó a entender que era una mitra... En uno de sus dedos notaba la presión de un gordo anillo, y a cada movimiento del buen señor, el pesado báculo le daba un golpe en la nariz... La complicada vestimenta crujía con rumor de seda y rigidez de bordados de oro...

Al entrar el tren en la estación de Villalba, ambos viajeros, en dislocantes posturas, roncaban estrepitosamente.

III

No era rico ni mucho menos el caballero de Jerusalén. Su hacienda consistía en dos casas modestas en la parte alta de Vitoria, llamada villa de Suso, y en un caserío situado en Arganzona, hermandad o término de la capital de Alava. De sus mezquinas rentas gastaba tan sólo lo preciso para su sostenimiento, y defendía el corto peculio con su asistencia casi diaria a la mesa del marqués de Gauna. Gracias a esto, el bailío tenía sus ahorros, que aplicaba al dispendio extraordinario, o al renglón de viajes en servicio de la Causa. Hombre más arreglado no se conocía en el mundo: jamás contrajo la menor deuda; jamás recibió de amigos ni de parientes préstamo ni favor alguno en metálico.

Ajustándose a sus limitados posibles, don Wifredo, apenas resolvió el traslado a la corte, escribió a un su amigo de toda confianza que le previniese un alojamiento decoroso y no caro, como otros que tuvo en Madrid en viajes anteriores, el 49 y el 53. El discreto amigo, doctor don Pedro Vela y Carbajo, «comendador de la Orden de Alcántara y capellán mayor del Convento de las Descalzas Reales», cumplió el encargo con diligencia y tino. Ved al buen bailío instalado en una casa de huéspedes decentísima y de buen trato, calle de Atocha, entre San Sebastián y Santo Tomás. Al escribirle a Vitoria incluyendo las señas en un papelito con olor de incienso, don Pedro Vela le decía: «Es casa de las más recogidas de la corte, pues no se admiten más que personas recomendadas. Allí van sacerdotes y señoras mayores que huyen del bullicio. El trato es excelente y como de familia. A las ventajas de buen sol, calle espaciosa y ventilada, une la inapreciable proporción de la misa cercana por un lado y por otro.»

Instalados los dos amigos en la casa que les recomendó el señor Vela, vieron que éste no había sido hiperbólico en los encarecimientos. La vivienda hospederil era de lo mejor de su género, limpia y ordenada. Como una docena de personas vieron en el comedor a la hora de los garbanzos, gente juiciosa y grave, con excepción de dos jóvenes inquietos y un poco maleantes, que se permitían adulterar la honesta conversación con frases equívocas y vocablos de reciente cuño callejero. Había un sacerdote, un relator de la Audiencia, un coronel retirado con su esposa, dos ricos caballeros extremeños, un cónsul y otros sujetos de circunstancias.

Ilustre huésped de la casa era una señora marquesa ya madura, con sobrina y criada; pero esta familia comía en su cuarto, y era casi invisible. La dueña, señora mayor de buen porte y modales finos, no hacía más que vigilar el servicio, recorriendo cuartos y pasillos asistida de un grueso bastón, por estar dolorida de las piernas. El gobierno inmediato de la casa llevábalo una mujer de mediana edad, limpia, seca y no mal parecida, andaluza, muy diligente. El ama la llamaba *Chele*, y algunos huéspedes pronunciaban su nombre invirtiendo las sílabas. Todo lo que vió y observó en la casa el señor bailío fué de su agrado; todo le parecía discreto y conforme a la buena educación, menos la desenvoltura de lenguaje de los dos caballeretes. Y lo que mayormente en és-

tos le disgustaba era que a la gobernanta ed la casa la llamasen *doña Leche*, nombre o remoquete que, a su parecer, no era completamente decoroso.

Mientras más a los mozalbetes trataba, menos estimación les tenía. Uno de ellos cultivaba una uña. Había dejado crecer desmesuradamente la del dedo meñique de la mano izquierda, limpiándola con potasa y cuidándola como se cuida un objeto de gran valor. Con los gestos de su mano hacía por mostrar a la admiración del mundo aquella excrescencia, como si fuese una joya. Tal moda, de origen chinesco, le pareció a don Wifredo una porquería, y así lo manifestó al joven, recordándole uno de los consejos de Don Quijote a Sancho; mas con tal discreción y timidez lo hizo, que el dueño de la uña no se dió por ofendido. La manía del otro era *culotar* una boquilla de las que llaman de *espuma de mar*. Fumaba puros de estanco, más que por el vicio del tabaco, por el gusto de arrojar sobre la pipa los chorros del humo. Esto hacía sin parar, parloteando de sobremesa en el comedor, y luego frotaba la boquilla con un trapo de lana. Satisfecho de su labor, mostrábala a los huéspedes para que admirasen el negro brillo que tomaba. Luego se iba al café, donde seguía culotando y frotando, y ofreciendo su obra a la admiración de un círculo de ociosos.

Los insustanciales señoritos, el de la uña y el de la boquilla, se revelaron pronto en el comedor de la casa como pretendiente a destinos. Al discreto y comedido don Wifredo le repugnaban aquellos silbantes que pretendían y al propio tiempo criticaban con chocarreras expresiones a los hombres de la *Gloriosa*. El uno imitaba la voz atiplada de Castelar; el otro zaherría con chanzonetas del peor gusto al duque de la Torre; al propio Prim y a Sagasta escarnecían ambos, y de todos los candidatos al Trono hacían disección y picadillo con anécdotas soeces.

Al sacerdote que en la casa vivía abordaron pronto los dos alaveses, quedando muy desconsolados del trato de aquel sujeto. Llamábase don Víctor Ibraim, y llevaba luengos años en el sacerdocio castrense. Desde las primeras palabras gargajosas del clérigo andaluz, le dió en la nariz a don Cristóbal olor de caballería. Hablando de diferentes asuntos eclesiásticos y políticos, los tradicionalistas descubrieron en el huésped hervor de ideas revolucionarias y un soez desenfado para manifestarlas. Entre la hojarasca de sus vanos conceptos dejaba traslucir el castrense una ambición insensata. El propio Romero Ortiz le había prometido la Rectoría de Atocha, destino calificado y pingüe. Pero pasaba el tiempo, *¡caray!*, y ya se cansaba de esperar el santo nombramiento... Brindóse luego Ibraim a presentar al señor de Pipaón en San Sebastián, donde tendría misa diariamente, y remató la oferta con estas groseras palabras:

—Ojo al cura, que es un tío muy malo..., y el bandido del colector no le va en zaga.

Guardáronse muy bien los alaveses de clarearse ante aquel renegado. Apenas oyeron los primeros bramidos de su ambición no satisfecha, encerráronse en reserva sagaz, envolviendo cuidadosamente el lío que llevaban a Madrid.

—Hemos de recatarnos de este sinvergüenza—dijo Pipaón a su amigo cuando se hallaron solos—, porque como buen revolucionario y mal sacerdote, será de los que llevan soplos al Gobierno.

Y otro día, cuando incidentalmente se tocó la cuestión de reyes posibles en España, Ibraim se dejó decir que el carlismo era una aberración de cerebros enfermos. Luego nombró a don Carlos con el mote irrespetuoso de *Niño terso*, inventado, según el canónigo poeta, por los graciosos *que infestan la noble habla castellana*. Oía don Wifredo por primera vez denominación tan irreverente, y un noble coraje encendió su alma caballeresca, monárquica y religiosa, en que revivía el espíritu de las Cruzadas.

A los tres días de su llegada recibieron los de Alava la interesante visita de dos caballeros muy señalados en Madrid por su filiación política, con vueltas a la fama literaria. Eran Gabino Tejado y Navarro Villoslada, ambos atrozmente neos o clericales, buen orador y periodista el primero, el segundo excelente prosista, y el que con más ingenio y dotes narrativas había cultivado en España la novela histórica, en el género de Walter Scott. Era Tejado de mediana estatura, de rostro duro y bruscas maneras, que se acomodaban a su intransigencia irreductible; Villoslada no desmerecía del otro en el rigor absolutista;

pero le aventajaba en estatura y no carecía de cierta flexibilidad en el trato, por lo que contaba con buenas amistades en el bando liberal. A primera vista causaban cierta pavura su talla escueta y el color subidamente moreno de su rostro, en el cual, boca y ceño, nunca fueron apacibles. Tejado solía emplear el tono humorístico con gracejo y elegante frase. Ambos se producían en sus escritos, como en su conversación, con cierta donosura tiesa y castiza que, según el entender de ellos, era el verbo adecuado a las ideas que profesaban.

La primera entrevista de Tejado y Villoslada con el bailío de Nueve Villas y el canónigo Pipeón no duró menos de dos horas. En ella cambiaron instrucciones y planes; hubo trasiego de papeles y notas, designación de pueblos adictos, listas de personas que ansiaban dar su vida por la Causa, y todo lo demás que es materia prima del amasijo de las conspiraciones. Los tales caballeros trabajaban la harina con activa mano; pero faltaba el horno bien caldeado para intentar obtener la cochura. Sin esto, de nada valdría la preparación de la masa, como verá el que siga leyendo...

Nuevas entrevistas celebraron los mismos sujetos en la casa de huéspedes, y otra, con más asistencia de amasadores, en un tenebroso piso bajo de la calle de la Cruzada. De aquel local recóndito, con trazas de masónica sacristía, salió el acuerdo de que don Cristóbal de Pipaón acudiera, incontinenti, a varios pueblos de la Mancha, donde era necesaria la presencia de varón tan calificado, y don Wifredo quedase en Madrid, esperando instrucciones de carácter delicadamente internacional, las cuales le obligarían a visitar con tapadillo impenetrable las cortes extranjeras.

Todo lo que dispuso el reverendo Sínodo fué cumplido al pie de la letra, y en Madrid quedó muy gozoso y hueco el señor bailío, recreándose mentalmente en la secreta misión que se le confiaría y en los graves puntos que había de tratar con las potencias de Europa; misión que, a su parecer, encajaba en él como anillo al dedo.

Hallándose don Wifredo en esta expectación, hizo un nuevo y peregrino conocimiento sin salir de la casa. Como ya se ha dicho, allí moraba una linajuda y triste señora, que día y noche permanecía recluída en su aposento, sin dejarse ver más que de muy contados visitantes. En el comedor había oído el bailío diferentes versiones acerca de la retraída y un tanto misteriosa dama: quién la consideraba mujer *de historia*, degenerada en *novela* de litigios denigrantes; quién deslizaba el innoble supuesto de que la bella sobrina, que compartía la triste existencia y reclusión de la señora mayor, no era tal sobrina, y sí una princesa de sangre real... El tontaina de la larga uña llegó a insinuar algo más grave, suponiéndola de sangre pontificia... Tales desatinos encendieron la ira de don Wifredo, y con la ira, la curiosidad. Pero Dios quiso que ésta quedara pronto satisfecha, porque una tarde llegóse a él risueña y susurrante *doña Leche* con la encomienda de que la señora marquesa, sabedora de quién era don Wifredo y de su jerarquía y significación, le suplicaba que la honrase con su visita.

Acudió a la cita el caballero; recibióle la señora con amable finura, mostrando alegría y orgullo de verle en su cuarto; de un gabinete próximo salió la sobrina; sentóse él, después de los obligados cumplidos, y frente al enigma pensaba que le sería fácil descifrarlo... La dama se dió el título de marquesa viuda de Subijana, que don Wifredo desconocía, aunque en su oído sonaba con eco alavés. Los apellidos eran Lecuona y del Socobio, y apenas enunciados añadió la marquesa que estuvo reñida con sus parientes de Madrid, Serrafín del Socobio y con la viuda de Saturnino, una tal Eufrasia, advenediza, que de aluvión bastante turbio había entrado en la familia. Oyendo estas cosas, pasó rápidamente don Wifredo por variables estados de ánimo. Tan pronto creía que hablaba con una farsante aventurera, como con una víctima inocente de graves discordias domésticas. Al fin resultó que la marquesa viuda de Subijana sostenía en Madrid un rudo pleito con el Estado por la posesión de gran parte de las salinas de Añana, que el ministro de Hacienda de O'Donnell, señor Salaverría, vendió indebidamente años atrás.

En el curso de la exposición del litigio pudo observar el sanjuanista la dicción perfecta que declaraba el alto abolengo; observó también la belleza de la

sobrina, que era del tipo angélico, rubia, vaporosa, espiritual. Diríase que sus brazos, honestamente recogidos, se iban a convertir en alas, y que todo lo que su modestia callaba lo diría remontando el vuelo por encima de las cabezas de la tía y el visitante. Una vez que la ilustre viuda explanó sus derechos, se metió en el campo político, declarándose ferviente partidaria de la Causa que el caballero defendía. No había otro rey para España que el gallardo príncipe, hijo de don Juan y nieto de don Carlos María Isidro. A estas manifestaciones añadió el relato patético de sucesos presenciados por ella en los años 34 y 35; páginas palpitantes de la vida y desengaños del asendereado Carlos V, la verdadera Historia de España, según don Wifredo. Aunque se la sabía de memoria, oíala siempre con desmedido gusto. La otra historia, la de la rama segunda, que a Isabel enaltecía llamándola reina y a su tío denigraba con el pepresivo mote de *Pretendiente*, le atacaba los nervios: era una Historia suplantada, apócrifa y petardista.

IV

Embelesado prestó atención el buen Romarate a este relato fidedigno:

—Yo, señor mío, seguí a don Carlos, a la reina doña Francisca y a sus hijos, con la princesa de Beira, en la persecución que sufrieron en Portugal, después de la derrota de los *miguelistas* por las tropas de Saldaña y Rodil, y embarqué en el *Donegal* con los reyes y su séquito. Era yo camarista de mi señora doña Francisca, y, constantemente al lado suyo en aquellos trances, pude admirar su grandeza de alma y su valor sublime ante la adversidad. Si don Carlos Isidro era la paciencia resignada, en doña Francisca había usted de ver la fortaleza desafiando al Destino. De don Carlos Luis puedo decir que no se ha conocido príncipe más inteligente ni más simpático y resuelto. ¡Con su muerte, ¡ay!, perdió España un excelso rey!

Con cierta prevención escuchaba don Wifredo este exordio, sospechando que la tronada marquesa historiaba de oídas; y para salir de dudas la interrogó bruscamente:

—¿Recuerda usted, señora, el nombre del pueblecillo donde embarcaron?

—Aldea-Gallega—replicó al instante la narradora—. ¿Cómo no he de acordarme, si en mi vida he pasado mayor susto que en la angustiosa travesía de la playa al navío, que era inglés, como usted sabe? Lo que tal vez ignora es que el comandante se llamaba Pushave, y era hombre seco y de pocas palabras.

—Lo sabía, señora, y también que en el séquito de nuestros reyes iban algunos generales.

—Sí, sí: Romagosa, González Moreno...

—Y Maroto, señora, y dos mariscales de campo.

—Abréu, Martínez; bien me acuerdo. El personaje que más abultaba por su hinchada jerarquía era el obispo de León, señor Abarca. También llevábamos al padre La Calle, confesor del rey, y al padre Ríos, ayo de los príncipes, y otros padres, que no se mareaban y comían como buitres.

—No se olvidará usted del gentilhombre señor conde de Villavicencio, pariente mío.

—No me olvido de ése, ni de mi tío materno el marqués de Obando. Llevábamos también al secretario Plazaola, al brigadier Soldevilla, a los médicos Llord y Villanueva y al caballero francés Saint-Silvain.

—Veo que tiene usted una memoria felicísima — afirmó Romarate, sosegado ya de su recelo—. Me ha dicho usted que era camarista de su majestad la reina.

—Sí, señor. Mi esposo, caballerizo de su majestad, quedó en Portugal, encargado de traer con sigilo pliegos del rey a Madrid y a las provincias vascongadas... Nuestro viaje fué pesadísimo, por causa de las calmas. Doña Francisca, impaciente por llegar a Inglaterra, imprecaba con ardor a los vientos dormidos y al tiempo perezosos... Por fin, ¡válgame Dios!, llegamos a Portsmouth, en cuyas aguas nos tuvieron fondeados dos días, sin dejarnos desembarcar. ¡Qué ansiedad, qué amarguras las de aquellas horas! A bordo vinieron varias autoridades, que, con preguntas irrespetuosas, indiscretas, aumentaban la desazón de la familia real. Al cabo llegó un inglesote con el escopetazo de que el Gobierno británico no reconocía los derechos de nuestro señor don Carlos al Trono de España, y que no podía tributarle hono-

res regios, ni tampoco honores de príncipe, como no renunciase previamente a lo que aquel bárbaro llamaba *derechos ilusorios* a la Corona. No podía, pues, el Gabinete inglés concederle mejor trato que el correspondiente a un simple particular.

—De entonces acá, señora mía—dijo sesudamente el caballero de San Juan—, ha cambiado mucho la opinión de la Inglaterra respecto a estos particulares, y no han tenido poca parte en esta mudanza los escándalos del reinado de esa pobre doña Isabel... Y no la llamo reina, porque no lo ha sido más que de hecho... El hecho contra el derecho claro y patente no tiene valor alguno. Esa Isabel, mal llamada *Segunda,* es para mí como una sombra que ha pasado por el Trono sin romperlo ni mancharlo... Siga usted, señora.

—El agravio de aquellos malditos ingleses nos encendió la sangre. Como no nos entendían, les insultábamos en nuestra lengua. Yo no podía contenerme: les dije todas las desvergüenzas que podía decir una señora, y algunas más... Saltamos en tierra... El rey se mantenía en su paciencia taciturna: miraba al suelo y movía los labios como si rezara entre dientes. Doña Francisca, mujer poco sufrida, de sentimientos hondos, fácilmente inflamables, no disimuló la quemadura en el rostro que el bofetón inglés le había causado, y, con fiera dignidad de reina ofendida, protestaba del ultraje en formas iracundas. No había consuelo para ella. La negación, burla más bien, de sus derechos, le ponía en un grado de excitación cercano a la demencia... La familia no quiso residir en Portsmouth. En una quinta de las cercanías de Gosport se instalaron los reyes con su inmediata servidumbre. De las camaristas, yo fuí la única que permaneció junto a la reina doña Francisca, y puedo asegurar que ni una sola vez puso la *señora* sus pies en la calle; tan grandes eran su tristeza y abatimiento.

Pausa larga y patética. Suspiró el caballero de San Juan, y su mirada melancólica, al vagar por la estancia como ave que busca su nido, se cruzó con la mirada igualmente desconsolada y errabunda de la señorita angélica que figuraba en el mundanal catálogo como sobrina de la marquesa de Subijana. Chocaron las miradas un momento; la señorita recogióse de nuevo en sí, apretando contra el cuerpo sus alas, sin decidirse a volar; rasgó el silencio una tosecilla del caballero, y al poco rato lo cortó la voz bien entonada de la señora, que así reanudaba el hilo de sus graves historias:

—Triste era la existencia de las reales personas en la soledad de Gosport. Corrieron los días con la única distracción de proyectos de viaje y planes belicosos. En diarios consejos de magnates se trataba de los arbitrios para costear la campaña en el norte de la Península, donde ya estaba encendida la guerra; tratábase asimismo de si la presencia del rey era o no necesaria para inflamar los ánimos de la gente carlista. Un día de gran discusión en el Consejo se levantó fuerte altercado sobre esto, y el obispo Abarca y el francés Saint-Silvain opinaron por que el rey se reservara, cuidando de no exponer su persona al riesgo de los combates. Presentóse de improviso la reina en medio de la junta o concilio, y con acento de dignidad y enojo soltó un severo discurso, terminado con esta frase: «Quien aspira a ceñirse una corona por la fuerza, no ha de mirar peligros, no ha de mirar más que a la posibilidad o certeza de lograr el triunfo.» No fué menester más para que todos se decidieran por la presencia inevitable de Carlos Quinto en Navarra y Guipúzcoa... Poco después, el travieso Silvain se procuraba unos pasaportes falsos, expedidos a favor de *Alfonso Sáez* y *Tomás Saubot, comerciante en la isla de la Trinidad,* y al amparo de estos papeles partió don Carlos de Londres, atravesó el reino de Francia y el uno de julio del treinta y cuatro fué recibido en Elizondo por Zumalacárregui. *Un faccioso más,* dijo el badulaque de Martínez de la Rosa al saber la noticia... El faccioso era el rey, un leño más, un bosque de leña arrojado en el incendio de la guerra.

—Incendio—afirmó prontamente el bailío—que no quedó extinguido en Vergara, sino mal tapado entre cenizas.

—Llego a lo más sensible, a la mayor amargura y desolación de la historia que me tocó presenciar, y fué la muerte de mi amada señora y reina doña María Francisca de Braganza. La proscripción, la estrechez de la vivienda, la negrura

del cielo inglés, los desaires de aquel Gobierne hereje, más inclemente que cielo, suelo y clima; la incertidumbre, y, ¿por qué no decirlo?, la pobreza, pues su majestad llegó a carecer de lo más preciso, destruyendo su salud. La grande heroína quedó desarmada para la tremenda lucha que sostenía... La veíamos desmerecer por meses, por semanas. Su lozanía degeneró en extrema flaqueza. Todo en ella moría lentamente; sólo vivían en sus ojos la tristeza y la majestad. Su hermana doña Teresa y yo, únicas personas que la asistíamos con nuestro cariño y nuestros cuidados, vivíamos en constante alarma. La arrogancia, la tirantez de voluntad que sostenían, como armazón de hierro, aquella desmayada naturaleza, vinieron a tierra con dos golpes de adversidad que recibió en mayo de aquel año funesto. El uno fué las malas nuevas que recibió del Pirineo, confirmadas por una carta de don Carlos, en que le decía que, sorprendido por las avanzadas cristinas, estuvo a dos dedos de caer prisionero. Se salvó de milagro, gracias a un pastor llamado Esain, que en hombros le sacó por entre peñas y precipicios horribles, ocultándole en una choza.

—Fué la ocasión más crítica—dijo don Wifredo—en que se vió su majestad durante aquella guerra, y una de las que más claramente manifestaron la acción tutelar de la Providencia.

—Permítame usted, señor bailío—dijo con cierto escepticismo de buen tono la marquesa historiadora—, que dude de las bondades de la Providencia en aquellos días tristísimos. Esa señora tutelar no se dignó evitar a doña Francisca el horrible notición de la escapatoria de Carlos Quinto, llevado a la pelea por un pastor, como si fuera una oveja descarriada. Y para mayor desdicha, sobrevino nuevo altercado con las autoridades inglesas, por negarle éstas a la *señora* los honores que a su realeza correspondían... Ardiendo en indignación, doña Francisca no se mordió la lengua. «Mis pretensiones y derechos — les dijo — nacieron conmigo; tienen un origen tan remoto y respetable como mi propia existencia. Toda detentación de estos derechos será un atropello inicuo.» No se dieron por convencidos los ingleses... La infeliz reina, sintiendo que se hundía todo su tesón, cayó moralmente desplomada, y su espíritu no alentó ya más que para prepararse a un morir cristiano... ¡Ay señor!, no podré contar a usted la muerte de mi amada señora sin que mis ojos se llenen de lágrimas y el corazón se me despedace. Arrebatada su majestad de una fiebre violentísima, estuvo algunos días entre vida y muerte. La ciencia hizo esfuerzos desesperados, y al fin se retiró de la lucha, dejando a la enferma en manos de Dios. Nuestros cuidados fueron también ineficaces... La tribulación y congojas de los últimos días no podré olvidarlas si mil años viviera... Rodeada de su familia y servidumbre, con entero conocimiento, despidiéndose de todos en tierno lenguaje, que parecía descender del cielo, grandiosamente, santamente, entregó su alma al Señor a las once y treinta y cinco minutos de la mañana del once de junio.

Gimoteando, terminó la noble dueña su página histórica, y la señorita angélica rompió a llorar amargamente.

—Esta niña—indicó la marquesa, tratando de contener su propia emoción—es tan sensible, que no puedo referir delante de ella los trances dolorosos de nuestra Causa sin que se deshaga en lágrimas, como usted ve. Hija del alma, sosiégate. Han pasado más de treinta años desde aquellos días tristes, y ahora esperamos días risueños.

Ni con estas palabras afectuosas se le calmó a la sobrina la congoja, que más parecía mal de corazón... Contagióse la tía, y, por no ser menos, también se afectó dolorosamente don Wifredo, que hubo de llevarse a los ojos su pañuelo, marcado con la cruz de San Juan de Jerusalén sobre las iniciales.

V

—No haga usted caso, señor bailío —dijo la dama, limpiándose el mojado rostro—. Es que somos tan desgraciadas, y con tanta saña se ceba en nosotras el infortunio, que por cualquier cosa, por un triste recuerdo, por una palabra de ternura, nos convertimos en Magdalenas...

El noble caballero, dominando la parte de emoción que le había tocado, empleó toda su elocuencia en sosegar a tía y sobrina, logrando al fin que se inicia-

ra lo que en lenguaje clásico se llamaba *descordojo,* o sea el alivio de la congoja y el dulce placer que sigue a las fuertes aflicciones. Por fin, a ratos condolido, a ratos consolado, los ojos de Romarate se embelesaron en la admiración de la señorita, cuya belleza no desmerecía con el llorar. Aunque la nariz se le había puesto muy colorada, y la boca se contraía con muequecillas poco estéticas, don Wifredo la consideraba tan bonita como los ángeles que acompañan en su duelo a Nuestra Señora de las Angustias.

Sosegadas tía y sobrina, entraron los tres en conversación de cosas positivas y tocantes a intereses, y el alavés pudo enterarse de que el bienestar de ambas señoras dependía de una resolución del Consejo de Estado. En Madrid tenía la marquesa conocimiento con personajes de los que la revolución había puesto en candelero. Sin ningún escrúpulo solicitaba y obtenía el amparo de tales hombres, pues todo debía posponerlo al rescate de su hacienda. Semejante contubernio con los enemigos del Trono y el Altar no le parecían bien a Romarate; pero se calló, por no tener aún confianza para contrariar a las señoras en puntos tan delicados...

La visita de aquel día fué demasiado larga para ser la primera. Cada vez que don Wifredo pedía venia para retirarse, le instaban a permanecer un poquito más; pero al fin dejáronle salir, sin agotar los variados temas que unos tras otros, enredándose como cerezas, se suscitaban. Al retirarse, caviloso, a su estancia, el sanjuanista no veía los caracteres de la dama y damisela con claridad satisfactoria. Pensando más en ello, se dijo: «Pocos días, pocas horas quizá de conocimiento bastarán para disipar la neblina que las envuelve, a no ser que su disimulo sea más fuerte que mi penetración. Estate en guardia, Wifredo, que para ti está guardado este precioso enigma.»

En las visitas siguientes, las oscuridades, lejos de disiparse, aparecieron más espesas a los ojos del caballero. En una larga conversación que tuvo con la sobrina (cuyo nombre familiar era *Céfora,* elipsis de Nicéfora), revelóse en la niña un conocimiento de cosas místicas y aun teológicas, que no por superficial dejaba de ser gracioso. Sin duda, su adolescencia precoz se apacentó en variadas lecturas; seguramente cayeron en sus manos, tras de las novelas sentimentales y enredosas, obras de literatura sagrada o de ejercicios devotos a la moderna, y en aquel feraz campo espigó ideas, hechos y conclusiones referentes a la vida inmortal.

Y cuando Céfora, después de pasearse un ratito por los *lugares teológicos,* se declaraba horrorizada de la terrenal existencia y querenciosa de la paz del claustro, saltaba la marquesa con estas doloridas manifestaciones:

—Han sido inútiles mis esfuerzos para desviarla de esos caminos... Buena es la inclinación hacia la verdad, excelente el estudio de cuanto conduce a Dios; mas para determinarse a encerrar la vida en el rigor y dureza de un monasterio, hace falta mayor reflexión. Verónica es una criatura, y su vocación no ha pasado por las pruebas que han de darle la debida consistencia. ¿No está conforme conmigo el señor bailío?

Sí que lo estuvo don Wifredo; y penetrado de que la señorita procedía con infantil precipitación y aturdimiento en sus anhelos de vida ascética, en tal sentido la sermoneó con palabra cortés y un poquito galante. Pero la niña defendía su criterio con tesón y eruditas razones, y un mover de sus ojos azules, y un accionar de manos y brazos, que al alma del bailío llevaban más trastorno que convencimiento.

No acababa de convencerse el caballero de San Juan de la sinceridad de Céfora en aquel orden de ideas, y su confusión subió de punto una tarde, oyéndola tratar materias muy distintas. Esquivando la disputa de temas religiosos, habló *de re* mundanal y suntuaria, de costumbres y devaneos cortesanos con un conocimiento, ¡ay, ay!, y con una picardía, que hicieron a don Wifredo el efecto de un tiro... Pero la gran sorpresa, más bien espanto, del ilustre alavés fué al anochecer de aquel mismo día, cuando vió entrar de visita, con la desenvoltura y modos familiares de una firme amistad, al caballero andaluz don Juan de Urríes y Ponce de León.

El estupor dejó mudo a Romarate por algunos segundos. Don Juan tardó más de la cuenta en encontrar la fórmula de saludo. Pero, recobrándose, como hombre muy corrido, disimuló lo desagrada-

ble de aquel encuentro. Alegre y cordial fué la salutación de las señoras, y en ellas se traslucía que el amigo había estado ausente un par de semanas. Con toda su agudeza no pudo evitar Urríes cierto embarazo en la conversación, y don Wifredo, de puro cortado, trabucaba los conceptos. Pero su confusión no le impidió advertir el extremado gozo de la señorita teóloga ante el gallardo sujeto recién venido.

Los ojos de Céfora brillaron: en ellos jugueteaba una luz que por convencionalismo seguiremos llamando celestial. Al buen alavés le parecieron más azules, más expresivos, húmedos de candorosa emoción. Corrían las miradas de la niña hacia la faz del caballero, como si quisieran sorprender sus pensamientos antes de que los expresara. Tan aturdido estaba el noble personaje carlista, que a ratos cerraba sus ojos para descansar de una visión que le resultaba odiosa. Sostuvo la conversación, no sin sutilezas de su mente, para evitar una retirada busca, y, al fin, en cuanto halló coyuntura de fácil salida, pidió la venia y, despidiéndose de Urríes y de las señoras con afectadas finezas, se puso en salvo.

Muy alterado estuvo el caballero de San Juan aquella noche. La ira prendió en su noble alma, y con la ira tomaron en ella mayor vuelo los sentimientos de hidalguía y caballerosidad. Paseándose en corto dentro de la brevedad de su aposento, encasquetado el sombrero de copa y sin quitarse los guantes que llevó a la visita, monologueaba de este modo:

—Tan ángel es como mi abuela. Y de aquellas teologías, de aquel llanto por la muerte de doña Francisca, ocurrida treinta años ha, ¿qué debo pensar? O es loca de remate, o una consumada histrionisa... Bien he visto que Urríes le ha sorbido el seso... Y ¿cómo compaginamos amor de hombre y devoción del Santísimo Sacramento, ¡Oh corrompida sociedad, oh fruto venenoso de las doctrinas de la maldita Enciclopedia, oh burla de Dios y risotadas del diablo! ¡A lo que ha llegado esta pobre España, el país de las damas honestas, de los caballeros sin mancilla y de la exaltada fe religiosa! Aquí tenéis vuestra obra, revolucionarios: ved la sentina de vuestra *España con honra.*

Quitábase los guantes y con furia los arrojaba en el velador; dejaba sobre la cómoda el sombrero con violento golpe, que parecía indicar poca estimación de aquella noble prenda, y aguardando el aviso de *doña Leche* para la comida (que allí a la francesa se servía, con los garbanzos por la noche), daba más cuerda a sus alborotados pensamientos:

—Ya veo claro que si la sobrina es una comedianta, la tía es el prototipo de la trapisonda. ¡Y quieren hacerme creer que son partidarias de los que defendemos a raja tabla el Trono y el Altar! Si así pensaran, ¿cómo habrían de andar en contubernios con los malditos *septembristas* y *alcoleístas*, valiéndose de ellos para negocios y enredos que han de ser de una suciedad apestosa? ¡Válgame Dios! ¡A lo que ha venido a parar la nobleza! Si no hubiera otros indicios para calar toda la malicia demagógica de esta pobre familia degenerada, lo que observé esta tarde me bastaría para formar juicio. Cuando llegué, la marquesa leía... Para recibirme y saludarme, dejó el libro en el velador cercano... De soslayo lo miré... ¿Qué libro era, Dios mío? Pues *Los miserables*, de Víctor Hugo... Ateme usted esa mosca... Y dama aristocrática me soy..., y ex camarista de la reina legítima. ¿Qué idea tendrá esta gente de la legitimidad y de los sagrados derechos y de la verdadera y única religión?

Después de comer con menguado apetito, salió, como de costumbre, a gustar las delicias de la fresca noche de Madrid, que es uno de los mejores recreos de esta villa, entonces descoronada. Salía don Wifredo a dar unas vueltas, de nueve a diez, embozado en su capita, por la calle del Príncipe y carrera de San Jerónimo. Su caballerosidad y catolicismo no le estorbaban para distraerse viendo las niñas guapas, y en seguimiento de ellas las acechaba para observarlas a su antojo al pasar ante el resplandor de los escaparates. Aquella noche no faltó a su rutina... Mas desconsolado que nunca se retiró a su vivienda después del ojeo, y al acostarse le acometió de nuevo la fiebre del monólogo.

—Y ahora resulta—se dijo—que el don Juan de Urríes es un pillastre, un hombre sin conciencia, que desconoce las leyes elementales de la delicadeza y del honor... ¡Vive Dios!, no esperaba el muy

ladrón que yo le sorprendiese en delito flagrante de infidelidad. ¡Oh, qué pensaría Fernanda si supiera que su prometido se entretiene en abrasar y derretir con amores, que a mí me parecen impuros, a esta dislocada mística rubia, a esta diablesa con ojos y cabello de serafines, blanca, modosa, tan pronto sentimental y llorona, como avispada y picaresca!... ¡Y qué diría de semejante canalla don Santiago Ibero, persona recta y pundonorosa, aunque progresista!... Ahora se me ocurre que yo, como amigo leal de aquella noble familia, debo tomar cartas en el asunto... ¡Sí!... ¿Somos acaso caballeros de relumbrón, o lo somos para sacar el pecho bravamente en defensa de los ultrajados y adelantarnos al castigo de los que olvidan las leyes del honor?... ¡Oh Fernanda hermosa, la más arrogante, la más honesta y pulcra doncella que Dios ha puesto en el mundo!, ¿quién te había de decir que este bailío de San Juan habría de ser mantenedor de tu inocencia, burlada por un libertino?... Por el nombre que llevo y el hábito que visto, no pasará el día de mañana sin que yo me plante frente al señor Urríes y le exija reparación y le amenace con los furores de mi justicia implacable si no rinde su necia vanidad de seductor ante la belleza y honestidad de la sin par Fernanda Ibero...

Con estas belicosas ideas se durmió al fin el caballero de Jerusalén, abandonando su noble cabeza sobre la almohada hospederil.

VI

Al despertar a la siguiente mañana, lo primero que en sí notó el puntilloso Romarate fué una remisión notoria de la fiebre caballeresca. Saltó del lecho, y mientras se aseaba y acicalaba reanudó sus cavilaciones, dándoles nuevo giro, por efecto del bálsamo de mansedumbre que el sueño había difundido en su alma.

—La noche me ha dado serenidad bastante para ver que no siendo yo padre, ni hermano, ni tío siquiera, de la sin par Fernanda, no me corresponde pedirle cuentas a ese Don Juan de los agravios hechos o por hacer a tan primorosa doncella. Si fuese huérfana o estuviese sola en el mundo, bien estaría mi metimiento en este negocio y el exponer mi vida por la justicia y el honor.

Poco después, hallándose en medio de la estancia, con sus escasos pelos mojados y tiesos, la cara enrojecida del frotar de la toalla, se decía:

—Y has de tener muy en cuenta, Wifredo de mi alma, que si ese bergante de Urríes hace contigo el jaquetón y te arrastra a un duelo de verdad, has de verte apuradillo. Eres poco fuerte en toda clase de armas: en esgrima no pasas de discípulo chambón, y en el tiro de pistola pones la bala en todas partes menos en el blanco... Por una verdadera irrisión social, estos señoritos calaveras son espadachines y tiradores muy temibles. Maldita gracia tiene que Urríes te mande al otro mundo por el desaire de una niña bonita que no ha sido tu novia ni cosa tal... Bien mirado, resulta absurdo y casi ridículo que sea yo caballero de la insigne y militar Orden de San Juan de Jerusalén, que pueda usar un largo y severo manto con cruz roja de ocho puntas, que me cubra con un birrete y ciña espadín, y que con todos esos arreos carezca de la más elemental destreza en el manejo de las armas...

En su corto paseo matinal, camino de la peluquería donde se afeitaba, pensó también el bailío que no debía poner el caso en conocimiento de la familia de Fernanda, pues no era compatible la dignidad de un caballero con la soplonería y el llevar y traer chismajos.

Aquella noche no visitó a la marquesa. No quería estorbar, ni tampoco ser impertinente o desairado testigo de la conversación y de los melindres, ojeadas y muequecillas que habrían de cruzarse entre los enamorados. Sabía que por las noches iban tía y sobrina a la parroquia de San Sebastián, donde a la sazón se celebraba solemne novena de los Dolores. A la hora que le pareció más oportuna, requirió don Wifredo el tapujo de su capita, y embozado a la picaresca se situó en la calle de Cañizares al acecho de las damas, por ver si el amigo las acompañaba a la novena. Al cuarto de hora de centinela distinguió el alavés la figura talluda y airosa de don Juan de Urríes. Junto a él iba Céfora, picoteando; detrás, la muchacha, que era una mostrenca de nariz roma y ademanes silvestres, llamada Sagrario. ¡La marquesa se había quedado en casa...,

embebecida en *Los miserables*, de Víctor Hugo!... La sorpresa que embargó el alma hidalga de Romarate trocóse prontamente en ira; apretó los dientes, imprecó al cielo con una mirada y al suelo con pataditas, masculló una frase corajuda, y dijo al fin, con Jovellanos:

—¡Oh vilipendio, oh siglo!

De aquel innoble desaguisado tenían la culpa la Enciclopedia, Voltaire, D'Alembert, Diderot y toda la taifa precursora y actora de la infernal Revolución francesa... De aquella ciénaga desbordada venía la corrupción de las costumbres en esta pobre España. Por obra y gracia de los emigrados, importadores del vicio mental, y de los masones y revolucionarios, puros monos de imitación, habían quedado estos reinos limpios y rasos de sus tradicionales virtudes. Apenas quedaban ya damas verdaderas; apenas teníamos hombres de honor. Urgía restaurar la patria, empezando por sus quebrantados cimientos...

Las sospechas del alavés llegaron a lo más abominable. Determinó trasladar su punto de acecho desde la calle de Atocha a la de las Huertas, pues ya tenía noticia del fácil juego que ofrecen a los amantes en este Madrid las iglesias de dos puertas. Poco trecho medió entre lo sospechado y lo sucedido: a los cinco minutos de estar en el nuevo atisbadero vió salir por el patio de San Sebastián a Urríes y Céfora, solitos, presurosos, escurriéndose con disimulo entre la multitud que entraba... Siguieron el galán y la niña calle abajo, arrimándose a las casas, como en requerimiento de la oscuridad; llevaban el paso ligero; ocultaba ella su rostro entre los pliegues de la mantilla, y él se alzaba el cuello del gabán, so color de poner reparo al fresco de la noche. El bailío les siguió a distancia... les vió torcer a la derecha, metiéndose por una transversal... De la calle del León pasaron a la de San Juan... Adelante siempre los bultos recatados. Detrás, a distancia, el embozado espía...

Pasaron la niña y su amigo a otra calle que don Wifredo desconocía... Entró por ella y no vió nada. La escurridiza pareja se perdió, filtrándose por alguna pared o sumiéndose por algún traicionero callejón o puerta disimulada. Quedó perplejo y muy dolido de su chasco el buen bailío, y se abstuvo de proseguir su persecución iindiscreta. No era de caballeros apurar el espionaje. Su mal humor fué expresado con patada violenta... Dió media vuelta brusca, como girando sobre un pivote, y marcó la retirada. Terribles cosas escupía de su boca contra la felpa del embozo:

—¡A qué ignominias ha llegado esta nación! Crea usted en purezas de niñas angelicales, en virtudes de marquesas tronadas y codiciosas, en palabras de galanes bien vestidos y dicharacheros-... ¿En dónde estoy?... Siento asco... Vuélvome a casa... ¿Dónde habrá personas decentes con quienes tú puedas hablar, Wifredo de mi alma?... Sin duda, todo Madrid es pestilencia...

La retirada del caballero fué triste y no sin peripecias. Perdido en las calles, fué a salir frente al Congreso, cuya fachada le sirvió para orientarse. Y a la tarde siguiente (¡oh incongruencia bárbara de la sociedad matritense y de la nueva neurosis de que atacada estaba toda la nación!) le recibieron las de Subijana con las demostraciones más afectuosas. Urríes no pareció por allí: sin duda, la sesión del Congreso era movidita y de bullanga. El angélico rostro de Céfora estaba triste, como un día sin sol. Creyendo el bailío que el sol que faltaba era don Juan de Urríes, hacia la persona de éste derivó la conversación, tratando de sondear el pensamiento de las damas sobre aquel bergante de buen tono. Contra lo que esperaba, la viuda no fué muy benévola con el andaluz, cuya figura física y moral trazó con estas breves pinceladas:

—Es un hombre agradabilísimo, fino y servicial como él solo; pero a poco que se le trate, se descubre, debajo de la frivolidad graciosa, el enorme vacío moral de estas generaciones. Estimándole yo mucho como amigo de los de puro ornamento social, no me fiaría de él en cosa alguna pertinente a las buenas costumbres, a la familia y a nuestra religión sacratísima.

No queriendo negar ni asentir, el bailío salió del paso con generalidades de las que a nada comprometen. En su interior afirmó que cada día entendía menos a la Subijana. O era una sutil hipócrita o una inocente de esas que no ven más que la superficie de las flaquezas humanas... Carolina de Lecuona y del Socobio no revelaba en su noble ros-

tro, de simpática belleza otoñal, inocencia ni gazmoñería. Había sido hermosa, y aun en aquella fecha lo sería sin el estrago que antes que el tiempo le causaron las pesadumbres, los quebrantos de salud y fortuna. Su cuerpo, desbaratado por la obesidad y por la negligencia del estrecho vivir, contrastaba con su primorosa cabeza sesentona, en la cual la crítica estética más descontentadiza no encontraría ninguna vulgaridad. Hablaba con la pureza gramatical que observamos en las señoras de alto nacimiento y crianza exquisita. Su dicción y su acento encantaban; su lenguaje familiar reunía la llaneza castiza y el donaire sutil apenas perceptible, como los aromas delicados.

Súbitamente, sin que nadie le preguntara, habló Céfora del ausente caballero andaluz. De su linda boca oyó el bailío, maravillado y aturdido, estas preregrinas razones:

—¡Ah!, ese pobre don Juan quiere ser listo, pasarse de listo, y lo que hace es pasarse de tono. Ayer..., ¿te acuerdas, tía?, nos reímos de él todo lo que quisimos. Por halagarnos, se empeñó en hacernos creer que está desengañado del mundo; que no tiene novia, ni la busca; que si se decide a casarse, se casará con una lugareña..., sin ilusión, se entiende..., por aquello de tener quien le cuide... Dijo que se siente viejo, muy viejo, y que desea vivir en un rincón, olvidado de todo el mundo. ¡Qué farsa, qué comedia tan mal representada! Nada me hastía como ver a estos hombres, que son todos mentira, así cuando dicen verdad como cuando la fingen... Total, que ni mentir saben. Verás, tía, cómo don Juan vuelve otra vez mañana con la cantinela de su desengaño del mundo... Y si le hablas de Dios, te dirá que no le entra la fe ni con escoplo y martillo... Espíritus muertos, ¿verdad, señor de Romarate?... Yo no puedo tomar en serio a este pobre don Juan...

Largo rato duró el reír nervioso, entre jovial y dolorido, de la niña angélica. Carolina le decía:

—Basta, hija; por cualquier cosa se dispara la carretilla de tus nervios...

El bailío permanecía mudo, pensando que Céfora era tonta rematada o un monstruo de cinismo precoz... Retiróse luego la joven a una distancia próxima, y la marquesa dijo a su amigo:

—Habrá usted observado que esta chiquilla tiene mucho talento..., un talento desmedido y que no cabe en su delicada persona. Quisiérala yo menos avisada y con menos luces en la mollera; quisiérala yo un poco tonta, señor bailío, más acomodada al tipo común de señoritas en el estado social presente; me convendría que fuese más vulgar, de pasta blanda, que fácilmente se dejara modelar... Así haría yo de ella una mujer definitiva para el mundo, o para la religión.

No habían concluído la dama y el caballero de parafrasear esta idea, cuando reapareció Céfora, no ya riendo, sino compungida y llorosa. Viéndola su tía tan bruscamente cambiada del reír a las lágrimas, la reprendió cariñosa, incitándola al reposo y a la ecuanimidad, a lo que replicó la sobrina con humilde acepto:

—Perdóneme, tía; perdóneme también el señor bailío. Es que me había propuesto confesar y comulgar hoy..., pues no lo he hecho desde el jueves... No encontré en Santo Tomás a mi confesor, padre Codes... Por esperarlo se me pasó el tiempo. ¿Verdad que debí confesar con don Matías?... Lo que importa es la confesión, no los confesores.

—Sí, hija mía—dijo Carolina con amable corrección—; pero... se llora por un motivo serio, no por escrúpulos tontos y sin sustancia.

—Cada cual aprecia, según su sensibilidad, los móviles de la conciencia... Yo me entiendo, tía..., déjeme usted.

Y más dolorida, la mano en el rostro, con lento paso se metió en la cercana estancia, mientras su tía sacaba un suspiro del hondísimo pozo de su pecho, y Romarate se hacía cruces mentalmente, diciendo para su sayo: «Si no está loca de remate, es la más desvergonzada embustera del mundo.»

VII

El primer encuentro del caballero de Jerusalén, después del ojeo nocturno que referido queda, fué en la plaza de las Cortes, volviendo el uno de su paseo, camino el otro del Congreso. Saludáronse con formas de etiqueta, como personas que no se estiman y están obligadas a

respetarse. Algo cohibido, Urríes se puso en guardia, esperando del alavés alguna desagradable insinuación. Así fué, en efecto. Preguntóle Romarate si seguía recibiendo noticias diarias de Laguardia... Luego, dejándose caer, le dijo:

—Ya le he visto a usted atrozmente derretido con la rubita candorosa de Subijana.

Indeciso entre la expresión seria y la jovial, dando a conocer que le había escocido la indirecta, don Juan respondió con frivolidades evasivas, y para su capote dijo: «Este tío mamarracho llevará o mandará cuentos y chismes a los Iberos y a las momias de la casa de Landazuri.» El temor de la chimosgrafía maliciosa le indujo a tratar al bailío con exageradas finezas y lisonjas.

—Ya sé..., lo he sabido por Gabino Tejado—indicó, atenuando la intención guasona y palmoteándole en el hombro—. No me lo niegue... Es usted el diplomático del carlismo. No tardarán en enviarle las instrucciones para tratar con las Cortes extranjeras.

Quedó atónito el alavés, y como precisamente se hallaba en gran desasosiego por la tardanza de las credenciales que le anunciaron Tejado y Villoslada, no bien llegó a su nariz el tufo del incienso se hinchó de vanidad, y su actitud y ademanes fueron como los del pavo en el momento de hacer la rueda.

—Por Dios, don Juan—murmuró con cierto misterio, a estilo masónico—; esas cosas, cuando se saben sin deber saberlas, se callan... ¡Qué indiscreto ha sido el amigo Tejado!... Me compromete usted, querido Urríes, divulgando lo que debe ser secreto impenetrable.

Ya el andaluz le tenía por suyo. Para mejor asegurarle, echó sobre él cuantos halagos y adulaciones le sugería su extraordinaria viveza. Véase la muestra:

—No me cansaré de decir a usted, ilustre amigo, que hace mal, pero muy mal, en no frecuentar el Congreso. Hoy mismo le mandaré un pase para el interior, y allí tendrá papeletas para la tribuna de orden... Y no salgamos ahora con que es usted antiparlamentario furibundo, incorruptible... Mayor motivo para que trate de conocer bien aquella casa... Entre paréntesis, es un herradero. Allí se aprende mucho. Se aprende a venerar, a odiar al régimen..., según el humor de cada cual. Allí se ve día por día la marcha y paso que lleva la procesión política, el alza y baja de los candidatos al Trono, que hemos sacado a subasta a concurso... Créame usted: hay tarde en que aquello parece una casa de locos. Tendré yo el gusto de presentarle a muchos diputados amigos míos... ¡Y qué sesiones tan brillantes y de tanta emoción podrá usted ver, oír y gozar!... Ahora se discute la cuestión peliaguda, *alias* religiosa.

Quedó el señor de Romarate convencido, y mientras el andaluz expresaba su pensamiento con gracia y ardor, dirigía miradas benévolas a los leones del Congreso. Había presenciado ya, desde la tribuna, dos o tres sesiones. Ciertamente, lo que allí oyera no dejó en su ánimo impresión grata, ni atenuó su repugnancia del parlamentarismo. Su propósito de no volver fué quebrantado por el artificio mañoso de Urríes, que supo deslumbrarle excitando en él la vanidad. ¿No era el bailío figura culminante del carlismo? Pues por estudio, ya que no por gusto, debía conocer y tratar de cerca a los llamados prohombres, respirar el caldeado ambiente de la intriga, ver, en fin, la farándula de telón adentro, desnuda y sin careta.

A la tarde siguiente, vierais el caballero de San Juan peripuesto de levita y chistera, guantes, botitas de charol y un bastón muy majo con puño de marfil, penetrar en el Congreso por la puerta de Floridablanca, harto pequeña para ingreso de casa tan concurrida. Presentó su pase; saludáronle gravemente los porteros, y pronto dió con su estirada persona en el pasillo. A los pocos pasos hubo de quedar preso entre la muchedumbre que allí rebullía. El cuerpo del bailío avanzada, chocando ahora con codos, ahora con espaldas; la cháchara de tantas bocas le aturdía; la estrechez y escasa ventilación le sofocaba. Un ratito anduvo el hombre como atontado, buscando entre los cuerpos un hueco por donde avanzar corto espacio. Hablaban los diputados familiarmente, en algunos grupos con cierta vehemencia, en otros con inflexiones humorísticas. Aquí estallaban risotadas, allí susurraban el secreteo. La mayor sorpresa del buen señor fué ver confundidos en aquella grillera los padres de la patria de distintos partidos, bandos y fracciones, y oír que conversaban en tonos de tolerancia y

amistad los que públicamente se argüían con dureza.

Por aquel callejón prolongado, que es paso para el salón de sesiones, para las escaleras, escritorio, *buffet* y otras piezas, colector y partidor, en fin, de todas las actividades de la casa, se fué colando trabajosamente el bailío. Deslizándose entre los grupos, ganó la puerta del salón llamado de conferencias, por la cual no podían entrar juntos dos hombres de buenas carnes. Al penetrar allí vió don Wifredo un espacio rectangular con cuatro puertas y ninguna ventana, cuatro chimeneas, alfombra rica y mesa central sostenida por cuatro quimeras. Avanzando, pudo apreciar las proporciones, holgura y simetría del local, la altura del techo, la luz amarillenta, que por la claraboya de éste se filtraba. El decorado y su pátina de oro viejo le hizo un efecto semejante al de los antiguos altares del Renacimiento; los santos eran allí unos señores graves, pintados en altos medallones. Muchos de éstos aún no tenían santo... En el cuadrado salón había también tropel de diputados, tropel de gente, pues entre tantos individuos ceñudos o risueños, serios o locuaces, el buen alavés no distinguía los padres de los hermanos, sobrinos y yernos de la patria... Con menos estrechez estaban allí que en el pasillo; algunos, en movibles grupos, paseaban de chimenea a chimenea; otros platicaban con indolencia en los divanes rojos.

Esparcía don Wifredo sus miradas buscando algún rostro conocido, cuando de un pelotón próximo a la mesa central se destacó el don Juan... Saludáronse con fingido afecto. Momentos después el bailío era presentado al *pollo antequerano,* don Francisco Romero Robledo. El encogimiento y la cortesía ceremoniosa del caballero alavés contrastaban con la soltura y gracia del andaluz, así como la talla corta del primero, malamente agrandada por los tacones y la bimba, quedaba deslucida por la hermosa figura del segundo, y por su arrogante juventud, el rostro animado de picardías, la palabra erizada de agudezas No tardaron en hablar de política, asunto que abordaba con desenfado el de Antequera en todos los terrenos.

—No harán ustedes nada sin Cabrera—indicó Romero—, y Cabrera, según me ha dicho hoy un amigo que acaba de llegar de Londres, no está dispuesto a meterse en historias. Los aires de Inglaterra han amansado al tigre...

—Con Cabrera o sin Cabrera—afirmó el alavés, que obligado se creyó a mostrar optimismo y resolución—, iremos al cumplimiento de nuestro deber para con Dios y para con la patria... Usted, señor Romero, será de los que no quieren confesar que don Carlos es el único rey posible en España.

—Lo que confieso y declaro es que le tengo por el único rey imposible.

—Permítame que le diga que no es usted sincero...

—No se ofenda, señor mío, si afirmo que viven ustedes en un mundo de ilusiones engañosas...—y añadió con gracejo—: «Livianas como el placer.»

—Natural es, señor don Francisco, que usted y yo nos mantengamos en nuestras respectivas torres, y en ellas nos tiremos a la cabeza nuestras opiniones inconciliables.

—Yo admiro a ustedes por su fe...

—Somos los grandes convencidos.

—Pronto serán los grandes desengañados.

Sonaron los timbres llamando a sesión. Era un estridor metálico que tintinaba en diferentes partes del edificio, como el canto de un sinfín de chicharras que a la vez agitaran sus vibrantes élitros. Los diputados se dirigían hacia el salón; algunos quedaban en el pasillo; otros entraban, subían a los escaños, a la presidencia, o permanecían formando corros bajo las barandillas del hemiciclo. La sesión comenzaba perezosa; el secretario rezongaba el texto del acta como una letanía. En el salón de conferencias observó don Wifredo que la muchedumbre política se rarificaba; vió a Romero Ortiz, y a Ruiz Zorrilla, que pasaron presurosos con escolta de amigos locuaces; vió también a un joven de buen año, que, cargado de papeles, llevaba el mismo camino (después supo que era Coronel y Ortiz); poco a poco se fué quedando solo; con aire de hastío, tan pronto miraba el reloj colocado sobre la puerta como las figuras alegóricas pintadas en la escocia, y en esto vió entrar por la puerta del escritorio a su amigo el diputado carlista Vinader. Era un señor regordete, con larga perilla, anteojos, expresión seria, aire de activi-

dad, como hombre abrumado de ocupaciones.

—Querido Romarate—le dijo en el tono expeditivo que en él era habitual—, supongo que irá usted a la tribuna. Suba, suba..., no se entretenga, que voy a hablar en seguida... ¡Qué Gobierno! ¡Bonita está la Libertad! En mi distrito han emprendido una persecución horrorosa. Creen que podrán someternos desterrando curas y prendiendo veteranos de la otra guerra... Ya le contaré lindas cosas.

—Celebro esta ocasión de oír a usted... Pero tenga la bondad de indicarme el camino, que aún no conozco las subidas y bajadas de este *establecimiento*..., como dijo el diputado y obrero catalán.

Cogiéndole del brazo, le llevó al pasillo y a una de las escaleras, no sin que en aquel breve tránsito hablaran de la Causa.

—¿Qué hay, amigo Vinader? ¿Tenemos alguna novedad?

—Poca cosa, y ésa no muy buena. El empréstito no cuaja. Los banqueros Cramer y Breda no dan lumbre sino en condiciones horribles.

—¿Y el conde de Chambord?

—Nada entre dos platos. El duque de Módena no suelta una peseta... En fin, ya hablaremos. Suba, suba.

Indicándole la ruta que había de seguir, partió como una flecha hacia el salón. Momentos después, el bailío entraba en una tribuna junto a la diplomática, y tomaba sitio en la grada tercera; la primera y segunda estaban ocupadas por señoras elegantes... Un mediano rato empleó en contemplar el ancho y vistoso local, la presidencia, las ringleras de diputados... Luego recogió sus miradas para examinar la sociedad de ambos sexos que inmediatamente le rodeaba. Abarcado todo el conjunto, lo distante y lo próximo, fijóse en Vinader, que había empezado su perorata, gesticulando debajo del reloj, un poco hacia la izquierda. El sanjuanista no veía de su amigo más que la calva lustrosa y la larga perilla que marcaba con nervioso sube y baja el ritmo de la indignación del orador. De lo que éste dijo no pudo enterarse. En los escaños y en las tribunas un murmurar hondo, como zumbido de abejorros, ponía sordina a los discursos. Diputados y público se distraían, se impacientaban...

Con ojos y oído aplicó Romarate toda su atención a dos damas que picoteaban en la tribuna, separadas de él tan sólo por una grada. Eran la Villares de Tajo y la Campo Fresco, ambas privadas ya de toda frescura en la tez, pero conservándola en el ingenio y la palabra. No eran jóvenes, pero aún tenían ese atractivo emanado de la distinción y de la buena ropa, especie de hermosura convencional que hace las veces de la verdadera y aun de la misma juventud. Era don Wifredo muy devoto del mujerío, aunque en las más de las ocasiones lo disimulaba, por obediencia al buen parecer y al rigor dogmático de la moral que su significación política le imponía; y entre todos los tipos femeninos, gustábale singularmente el de aquellas damas ajadas ya, pero siempre seductoras por el prestigio heráldico y social.

Algo daría el personaje alavés por tener coyuntura de entablar conversación con las aristócratas picoteras; pero entre ellas y él había una grada, donde varias señoras y señoritas provincianas y un caballero enteco hacían comentarios sobre la gallardía de los maceros, o trataban de interpretar el simbolismo histórico de las frías pinturas del techo.

El señor enclenque, con vanagloria de cicerone parlamentario, iba designando a las provincianas los diputados de más viso:

—Aquel de larguísima barba blanca, el vivo retrato de Abraham o Moisés, es Montero Telinge, gallego él y progresista; y aquel jovenzuelo gordo y lucido de carnes es Coronel y Ortiz, entenado de Becerra... Muy cerca veréis al mismo Becerra. Más allá está Moncasi, el gran progresista aragonés. Frente por frente tenéis a Muñiz, aquel de las patillas negras; junto a él, Damato... Más arriba, mi amigo Alvaro Gil Sanz, y en la fila más baja del redondel veis a Moreno Benítez, a Miláns del Bosch, a Paúl y Angulo, a *Frasco* Monteverde..., los mejores amigos de Prim. Mirad ahora por aquí abajo, tirando a la izquierda. Ahí tenéis a Cánovas, que, según dicen, es un gran talento: ¡lástima que no sea progresista!... Los republicanos, los que despiertan más curiosidad en Madrid..., y en provincias no se diga..., no puedo enseñároslos bien. Están aquí, debajo de nosotros. Si os ponéis en pie, podréis

ver sus calvas; sus rostros, no. En lo más bajo, García López y el valiente Fernando Garrido; arriba, Figueras y el marqués de Albaida; Castelar, un poquito más abajo... Arriba también y arrimado a la derecha, se sienta Sánchez Ruano. Lástima que no hable hoy, porque había de gustaros por lo desahogado que es y la gracia que tiene... García Ruiz entra en este momento... Vedle llegar a la escalerilla... Es ese de color de pez, y el peor vestido de las Cortes... Ya sube; tras él viene Díaz Quintero, otro que tal en cuestión de ropa... Toda esta parte la ocupan los republicanos; entre éstos y los moderados, tenéis a los *carcundas* Cruz Ochoa, Ortiz de Zárate y el Vinader ése, que nos está *vinaderizando* hace media hora y no lleva trazas de acabar.

Muy mal le sentó al caballero de San Juan este modo irrespetuoso y burlesco de designar a los hombres de su partido y al digno diputado tradicionalista que rompía lanzas por Dios y por el rey... No pudo contenerse: dirigió al descortés sujeto desconocido una mirada furibunda... El otro se dió por enterado, y fué más discreto en lo restante de sus informaciones, que recordaban el retablo de Maese Pedro. Tanto molestaban a don Wifredo la charla y el desenfado de aquella gente, que hizo propósito de marcharse; mas, por fortuna, los otros le dieron mejor solución, porque una de las señoritas se sintió sofocada del calor y pidió retirada. Verdaderamente, de Cortes y diputados tenían ya bastante, y el resto de la tarde podían emplearlo en dar otra vuelta por el Retiro. Al bailío le vino Dios a ver cuando salieron las provincianas y el caballero enteco, no sólo porque se libraba de vecinos fastidiosos, sino porque, al quedar vacía la segunda grada, podía descender a ella y estar pegadito a las damas elegantes... Saltó, hizo el paso de un banco a otro con juvenil ligereza, y en su nuevo sitio sentía gozo indecible, aspirando el sutil perfume que las aristocráticas prójimas exhalaban.

VIII

Ansioso el hombre de ser notado, tomaba las posturas más propias para caer dentro del campo de visión de sus nobles vecinas cuando volvían la cabeza. Toda exclamación de ellas, ya fuese de alabanza o de burla, la repetía y celebraba, agregándole algún fino comentario. Y tan embargado tuvo su espíritu en este juego de coquetería, que apenas se dió cuenta de que hablaba Sagasta, contestando al difuso Vinader. Vagamente fijó sus miradas en el banco azul; vió los ademanes graciosos y elegantes del ministro de la Gobernación y oyó sus giros familiares y sus argumentos socarrones. Fué una visión rápida, porque don Práxedes se sentó pronto. La Cámara reía: don Wifredo no sabía por qué.

Inútiles eran las insinuaciones galantes del sanjuanista para enganchar la atención de las señoronas. Sonrisas miradas, muestras de conformidad y aquiescencia, todo resultaba como pólvora mojada. El apuntaba; pero el tiro no salía. En esto, presentóse un ujier con cartuchos de caramelos, que a las damas enviaba el señor Romero Robledo. Pensó el caballero alavés que sus vecinas le convidarían; pero se equivocó en este cálculo risueño. Sin percatarse de ello, también él era un poco provinciano, pues las damas no eran de esas que convidan a un desconocido, como suele acontecer en los coches de un ferrocarril ocupados por gente del montón. Observó que una y otra señora criticaban acerbamente todo lo que oían a los oradores republicanos y progresistas. Sin duda, eran *moderadas*, de las viejas cepas de Narváez o Sartorius. Primero, hablaron pestes de Montpensier, por si vendía o no vendía las naranjas de San Telmo. Luego cogieron por su cuenta a don Fernando de Portugal, un Coburgo viudo, casado después morganáticamente con una bailarina. Tembló el bailío, sospechando que la emprenderían después contra don Carlos; pero con gran sorpresa y deelite oyó decir a la Campo Fresco:

—Que no le den vueltas. El único rey posible es don Carlos.

Alguna objeción hizo la otra; pero al

punto tuvo réplica categórica y contundente:

—O lo aceptan, trayéndole con pomada, o España lo traerá con sangre. Que escojan.

Encantado de lo que oía, Romarate estuvo a punto de quebrantar la etiqueta, presentándose a sí mismo con sus títulos heráldicos y el dictado de carlista de acción, emisario probable del rey en las Cortes extranjeras. Pero no había medio de llevar a la ejecución el atrevido pensamiento, porque las señoras, cuando él se insinuaba con ademán de romper el capullo de su timidez, volvían la cara, dejándole cortado y suspenso. Creyó notar que en una de éstas cuchicheaban, se reían... El rostro de don Wifredo echaba llamas. «O son —pensó—de las que sólo tienen de damas el nombre y el traje, o también en las personas de alto abolengo se debilita, se pierde la buena crianza. Voy viendo que en este corrompido Madrid para nada existe ya la seriedad. Todo es reír, bromear, sacar chistes a cada paso, y para las cosas más graves le sueltan a usted un chascarrillo indecente.»

Por fin, las señoras, fatigadas ya de una sesión que les ofrecía poco interés, se levantaron para salir. En aquel momento tan propicio para una cortés aproximación, fué también desgraciado el bailío, porque cuando alargaba su mano para ofrecer apoyo a la más próxima, vió que un brazo negro avanzó con el mismo objeto. Era brazo y mano de un cura que estaba en la tercera fila y que debía de conocer a las damas, porque algo les dijo a que ellas contestaron *con sonriso*... La otra recibió apoyo de un oficial de Caballería que acababa de entrar en la tribuna. «Debí acudir más pronto—se dijo don Wifredo pesaroso—. Para otra vez he de procurar ser algo atrevido, pues ya veo que este Madrid liberalesco y corrupto es de los desaprensivos, tirando un poco a desvergonzados.»

A la tarde siguiente fué don Wifredo más venturoso, porque desde que entró en la tribuna le sonrió la suerte por la linda boca y ojos de una señora que le tocó por vecina. Era jamona, risueña, larga de lengua y opulenta de pechuga, corta de resuello por las apreturas del corsé, el rostro harto retocado de afeites, tan cargadita de buenas joyas como aliviada de cortedad. Su desembarazo era tal, que apenas vió a su lado a Romarate, trabó conversación con él:

—Caballero, váyame diciendo... ¿Quién es el que habla? Y aquellos de enfrente, ¿son los ministros? ¡Oh!, sí, ya distingo a Prim: le conozco por lo retratos... El que ahora entra es Topete. Dispénseme, pero soy de Cáceres, nunca he visto esto: hoy vengo aquí por vez primera... Estaremos aquí un mes, ni un día más... Pero no faltaremos a ninguna sesión... Esto es precioso... Lo que queremos es oír discursos de esos que levantan ampollas...

Hablaba en plural, porque acompañada iba de otra jamona, fláccida, desvaída y fulastre de vestimenta, con trazas de parienta pobre. Derritiéndose de cortesía, respondió don Wifredo al atropellado interrogar de la señora cacerense, y viendo la fácil llaneza con que ésta se insinuaba y su airoso desprecio de toda discreción, entendió que el cielo aquella tarde le deparaba conquista segura, y se dispuso a proseguirla y rematarla del modo más gallardo. No necesitaba ser atrevido, porque la dama le había tomado la delantera en las audacias, y su alma, saliéndosele por ojos y boca, buscaba el alma del caballero. En la finura, éste se quebraba de puro sutil.

—Mi deber de informarte, señora—le dijo—, me obliga a prevenir a usted que ese a quien ahora se concede la palabra es don José María Orense, marqués de Albaida. Aquí le tiene usted, debajo de esta tribuna, en el escaño más alto.

Atendió la dama gorda, y viendo que el orador era de edad madura, salió con este donoso comentario:

—Caballero, usted comprenderá que no viene una de Cáceres a oír a los oradores viejos, sino a los jóvenes.

Celebró la gracia el alavés, y ambos escucharon al orador, que explanaba una idea conforme con el dicho de la gordiflona: pedía que al llegar a los veinte años adquiriesen todos los españoles el derecho de sufragio.

—Este buen señor—dijo el bailío—es hombre agudo, franco, noblote, y de los que expresan su opinión sin rodeos. Por su llaneza me gusta, por su honradez es digno de admiración; pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que en la suya faltan algunos tornillos de los más necesarios para el buen discernimiento.

Yo pregunto: ¿cómo es que este señor marqués, aristócrata de raza, milita en los ejércitos del loco republicanismo?

Y la vecina frescachona, que, sin duda, era filósofa sin saberlo, respondió con cierta gracia ordinaria:

—El mundo va caminando ahora *cacia la variedad*... Todo es *de otra manera*... ¿No lo entiende? Pues hasta en mi pueblo lo entendemos.

El buen castellano viejo, con ribetes de manchego por su lógica refranesca y su diáfano estilo, defendía la juventud, y con gracejo hablaba de *santones* y *santoncitos*, acusando a los viejos de que en sus manos se desacreditaban los movimientos populares. Le respondió Sagasta, imitándole en el razonar marrullero y en los tópicos aforísticos. Ambos hicieron reír con sus donaires al ilustrado concurso, y la cuestión entre jóvenes y viejos pasó, no a la Historia, sino al limbo de una Comisión parlamentaria y somnífera. Entróse luego en lo que llaman *orden del día*, que era el proyecto de Constitución en su totalidad, y dieron la palabra a un orador joven que se sentaba en el banco de la Comisión, detrás del de los ministros... A la preguntona de Cáceres no supo contestar el sanjuanista. Había visto al orador en el salón de conferencias; de él había oído que era uno de los jóvenes que más alto picaban en la predicación política; pero no se acordaba de su nombre. Felizmente, uno de la tribuna, con voz alegre, lo soltó en la grada más alta, y pronto corrió de boca en boca:

—Es Moret..., es Moret, Segismundo...

—¡Ah! Sí, Moret y Prendergast.

Apenas empezó el orador, supo cautivar al auditorio. La dama cacereña, con sus gemelos chiquitos de teatro, hizo de él un examen atento.

—¡Qué guapo es!—dijo sin poner frenos a su admiración; y pasando los gemelitos a la parienta pobre, agregó—: Mira, Jesusa, qué hombre más guapo.

Luego le tocó el turno a don Wifredo en el uso del óptico instrumento. Ver *de cerca* al orador y oír los encomios de la señora era todo uno.

—¿Verdad que es guapísimo? ¡Y qué cuerpo tan gallardo, qué actitudes y qué mover de brazos!

No tuvo el bailío más remedio que asentir a cuanto se le decía, pues la urbanidad y sus designios de conquistador así se lo ordenaban.

Reconocía el ilustre alavés en su fuero interno que Moret hablaba con perfección: dominaba las ideas, y con arte supremo las iba presentando engarzadas; dominaba el lenguaje, que era en su boca un esclavo sumiso y servidor diligente. Pero con todo esto y su airosa figura, el orador le encocoraba, porque defendía el proyecto del Gobierno, y para don Wifredo nadie que patrocinase las ideas *septembritas* podía ser de su agrado y devoción. Además, los elogios desmedidos de la señora, las flores con que a cada párrafo y a cada triquitraque adornaba la persona del caballero parlante fueron parte a que el de San Juan le tomase ojeriza. ¡Vaya con los hombres guapos! Cuando tuviera más confianza con la cacereña le diría que otras cualidades, más que la pulidez del rostro y la buena caída de ojos, deben ser estimadas en el hombre.

La simplicidad de la dama era realmente encantadora: con igual candor colmaba de elogios al joven por su gentileza y declaraba después que no había entendido ni jota del discurso. Y no era que Moret fuese oscuro; al contrario, su verbo resplandecía de claridad. Pero la extremeña era absolutamente indocta en aquellas materias, y no sabía más sino que el orador *hilaba bien* sus razones. A pesar de esto, el discurso le parecía largo. ¿Por qué no acababa ya? ¿Por qué no *cogía* otro la palabra?...

Viéndola con trazas de aburrimiento, el conquistador creyó llegada la ocasión de encaminarse resueltamente a su negocio, y comenzó a disponer sus artilugios de amor fino, que eran, en verdad, harto anticuados y candorosos. Preguntitas, manifestaciones de gustos y preferencias, un discreto lamentar de la suerte de no encontrar las personas dignas de confianza y afecto..., todo fué saliendo quedito y con delicadeza de los labios del caballero de San Juan... Tenía él deseos de ir a Cáceres. Debía de ser un pueblo muy hermoso, de aspecto noble, como residencia de nobles familias... ¡Lástima que la señora, ¡ay!, no estuviera más tiempo en Madrid! ¿Por qué no quedarse siquiera hasta San Isidro?... El había simpatizado atrozmente con la señora, cuyo nombre aún ignoraba... La señora, ¡ay!, era de esas personas que

con sólo una palabra, un suspiro, dejan traslucir un alma hermosísima... El era hombre que siempre ponía por encima de todo las dotes del alma... Por nacimiento, por educación y por pertenecer a una de las más venerables Ordenes de Caballería, *su línea de conducta* frente al bello sexo era la de una consumada delicadeza...

Y al cabo de estos requilorios del manido formulario del año 43 hizo la extremeña nuevos derroches de simplicidad.

—Mi esposo—dijo—es también muy caballero... Ha sido militar... Pronto le verá usted... Abajo está conferenciando con los diputados de Cáceres, señor conde de Torre Orgaz y don Vicente Hernández... Quedó en subir a recogerme... Hilarión ha sido militar, como digo... Sirvió con Espartero, que le quería como a un hijo..... Es hombre de muy mal genio y de pocos amigos..., pero en el fondo, un ángel... Como usted, es delicado con las señoras, verbigracia, conmigo, pues para él no hay más bello sexo que yo... Y si para mí es de rosas, para todos es ortiga, y no tiene más ley ni más Roque que el puntillo de honor.

Como gotas de hielo cayeron estas cláusulas bobas sobre el arrebatado corazón del sanjuanista. Y aún tuvo que oír mayores candideces de la dama extremeña. Era natural de Coria, hija única de padres muy ricos, que no aprobaban la boda con Hilarión. Este la depositó contra viento y marea. Era un hombre terrible. Toda Coria se alborotó... Hilarión tuvo seis desafíos... Iba al campo del honor como quien va a beberse un vaso de agua...

No hubo de esperar Romarate largo tiempo para conocer al truculento esposo de la dama frescachona... Aún no había terminado Segismundo su bella oración; aún se regocijaban los oyentes de abajo y arriba con la admirable ilación discursiva, cuando don Wifredo vió aparecer en las primera grada de la tribuna la procelosa estampa de un caballero. Era él; era el Hilarión, el Perseo de la fábula cauriense. Su esposa, su Andrómeda, desde la grada inferior, le dió a conocer por las miradas que entre uno y otra se cruzaron. El bailío clavó en él los ojos, y obligado fué a retirarlos al punto, pues los del sujeto no admitían persistencia de extraña mirada.

Lo culminante del rostro terrible de don Hilarión era un bigote tan grande, que con él podrían hacerse hasta una docena, de regulares proporciones, para hombres bien barbados y bigotudos. Más que bigotes eran dos cortinas que arrancaban del labio superior, y con pelo de la cara hábilmente dispuesto se prolongaban hasta los hombros. El color negro, retinto, abetunado, hacía más terroríficas las magníficas excrecencias capilares, obra de los años y de un cultivo esmeradísimo. El hombre las alisaba y repartía a un lado y otro con suaves pases de su mano, como diciendo: «Aquí hay un león que tiene por melenas estos signos de virilidad, y con ellos cita y emplaza a cuantos varones andan por el mundo armados de ordinarios bigotes.»

Concluían la figura del respetable don Hilarión dos ojos fulgurantes, que eran pregoneros de la marcialidad y guapeza del negro aparato bigotil, y más arriba lucía la bóveda de una lustrosa calva. En la nítida y bien planchada pechera ostentaba el hombre un grueso brillante, cuyos destellos eran el adorno retórico de aquella firmísima provocación caballeresca y matonil. Don Wifredo, dentro de su sayo, tembló y soltó la risa.

Puso punto final Moret en su gallarda peroración, recibiendo aplausos y felicitaciones de los circunstantes, y en aquella coyuntura o paréntesis levantóse la extremeña para subir hacia su marido, que con bigotudos signos (que en él las miradas eran también mostachos espeluznantes) la llamaba. Por distracción, sin duda, que a otra cosa no puede achacarse la falta, la señora no se despidió del galán su amable vecino; no tuvo para él un movimiento de cabeza ni una sonrisa de las que a los guapos oradores prodigaba. Al subir de grada en grada su corpulencia y anchuras lozanas fueron gran molestia para los asistentes a la tribuna. Todo lo recogió el fantasmón de los bigotes, dueño indiscutible de aquellos ricos tocinos extremeños. El último detalle fué que si la dama gorda no hizo al salir ningún aprecio del desconsolado caballero de Jerusalén; en cambio, la otra señora o mujer, la que don Wifredo calificó de pariente pobre, le agració con una sonrisa y una mirada... del año 43. Y el bailío de Nueve Villas, aunque la tal no era bella ni joven, lo agradeció cumplidamen-

te, porque el mirar delicado y el lánguido sonreír respondían a sus arcaicas artes de amor, encastilladas en la tradición y refractarias al progreso.

IX

La siguiente tarde, que era la del 9 de abril, la pasó don Wifredo en el salón de conferencias más que en la tribuna. Hizo conocimiento con Vallín; hermano del que fusilaron en Montoro; con José Luis Albareda y con Augusto Ulloa. De lo poco que les oyó hablar dedujo que eran *orleanistas*, y no fué preciso más para mirarles con recelo y antipatía. Después vió al pomposo don Salustiano con sus amigos Pardo Bazán y Montero Alige: eran el núcleo del bando que patrocinaba la candidatura de don Fernando de Portugal. Creía el noble alavés que los tales, así como los de Montpensier, estaban locos, o que se habían vendido al oro extranjero. Esto mismo pensaba y decía Cruz Ochoa, por quien el bailío sintió vivos estímulos de amistad apenas le hubo tratado. Era joven, esbelto, rubio como las espigas, y sus palabras despedían esa fragancia de las convicciones que con nada puede confundirse. Había sido guardia civil, y con el uniforme de este Cuerpo se le vió años antes en las aulas de la Universidad estudiando la carrera de Derecho. Los carlistas de Pamplona le dieron sus votos para las Constituyentes. Cumplió en ellas como soldado parlamentario de la monarquía que llamaban legítima. Después se hizo cura, estado a que le llamaban sus ideas, cierta testarudez del ánimo, nacida del trato con cabecillas veteranos y clérigos levantiscos. Contribuyó a encender la guerra civil con su palabra, no con el ejemplo de lanzarse al campo ungido por la iglesia, trocando la estola por el fusil.

Con otro constituyente simpatizaba don Wifredo, saltando por encima del ancho foso que entre ellos abría la política. Era Sánchez Ruano, el ático ingenio salmantino. Admiraba en él la juventud, la gracia, la oratoria impulsiva y pendenciera, en la que armonizaba la virilidad del luchador republicano con las sales del humanista. Debe añadirse que el caballeresco Romarate sentía menos aversión de los republicanos que de los monárquicos llamados constitucionales. Entre aquéllos los había dignos de simpatía y aun de amistad; los otros, hombres sin fe religiosa ni política, no merecían más que desprecio. Los que, hartos de recibir honores de la reina Isabel, la destronaron groseramente, y andaban luego pidiendo prestado un rey a las naciones extranjeras, le parecían seres descoyuntados, políticos de circo ecuestre, cuatreros con puntas de rufianes. Al pensar así, don Wifredo no era más que un lorito repetidor de la opinión de su partido.

Un momento subió a la tribuna por ver qué ocurría. De la pena de muerte y de la necesidad de su abolición hablaba un orador progresista tiernamente compadecido de los asesinos y ladrones ¡Horror! A la descarriada *España con honra* no le faltaba ya más que *honrar el delito* y repartir a los delincuentes chocolate de Astorga... Escapó de la tribunea cuando empezaba la votación de proyecto tan desatinado, y en el salón de conferencias, donde platicaban sosegadamente no pocos escépticos de la pena de muerte y de otras penas y glorias, agregóse a la trinca de Romero Robledo. Le agradaba el antequerano por su alegría, por el tijereteo de su sátira y por su ropa, que resultaba en él de una perfecta elegancia personal, aun contraviniendo los cánones indumentales para hombres públicos. Usaba comúnmente chaquet, pantalón y chaleco de colores distintos, corbata un tanto chillona. Con estas prendas, que en otro habrían sido demasiado pintorescas, resultaba el rubiales de Antequera muy bien. Así lo entendía don Wifredo, y más de una vez le contempló con idea de imitarle; pero pronto se hizo cargo de que la imitación era imposible. Lo que debía buscar el bailío era una originalidad propia, huyendo del plagio, más peligroso en esto que en literatura...

Rodeado de amigos, entre ellos Barca, León y Llerena, Bermúdez Reina, Urríes y otros, *el pollo antequerano* picaba en todos los asuntos del día, en las personas más que en las ideas. Desenfadado, locuaz, gratísimo a las damas, poseía cuanto es menester para una brillante carrera política, y él la iniciaba con el arte instintivo, netamente español, de dejarse querer. Lo primero que

aprendió fué a enguatar su ambición de modo que no lastimase a nadie. Fumaba cigarrillos con pinzas de plata, para no manchar sus dedos pulcros... Fué a las Constituyentes como satélite de Ayala, y desempeñaba en derredor de éste la Subsecretaría de Ultramar. En el arte en que había de ser un águila andando el tiempo, el arte de hacer amigos, despuntaba ya entonces con genial precocidad. Cuentan que Ayala le decía:

—Ya me duele la mano de tanto firmar credenciales para tus protegidos de Antequera... y de media España.

Un ratito figuró don Wifredo, aunque con muy escaso brillo, en la constelación de habladores presidida por Romero. De allí le llevó Urríes al pasillo largo que une las estancias de los dos presidentes, de la Cámara y del Consejo, y paseo arriba, paseo abajo, trabaron palique con diferentes sujetos que asiduamente concurrían a la casa: periodistas, algún ex diputado, algún ex gobernador del bienio en expectación de destino, aspirantes unos, sobreros otros de la política. Allí, como en el salón, había hombres arcaicos junto a otros que eran plantas nuevas acabadas de traer de la almáciga: los había también que confundían en sus rostros los signos de la antigüedad con los de la juventud. Entre estos individuos, uno con particular interés fué presentado a don Wifredo por Urríes, para lo cual misteriosamente los arrimó a un rincón, encareciéndoles la conveniencia y oportunidad de que fuesen amigos. El desconocido y presentado lo fué con el nombre de Celestino Tapia y con filiación tradicionalista. «Es de los empedernidos», había dicho Urríes.

El tal Tapia lo mismo podía pasar por joven revejido que por anciano remozado: diríase una vida desligada del fuero del tiempo. Tenía cara de vieja; su labio superior ostentaba un bigotillo más poblado que el que decora la faz de algunas mujeres. El color era moreno, como pasta de higos; la nariz, trompuda; los ojuelos, chispos y maliciosos; la boca, rasgada y pícara, conductora de un verbo ceceoso, sazonado con donaires. Desagradable a primera vista, dejaba de serlo cuando la palabra fácil y entretenida animaba el corcho de aquellas facciones... Del cuerpo nada malo se podía decir: era esbelto y flexible en su mediana talla, y de añadidura correctamente vestido, según la moda del día. Esto cautivó a don Wifredo, admirador de los figurines vivos. Pero no tenía el sanjuanista bastante mundo para distinguir la verdadera elegancia de la de aluvión, adquirida en pocas lecciones con el texto de un buen maestro sastre. Tanto o más que el lujo y propiedad del vestir agradó al bailío el santo amor a la Causa, manifestado por el Tapia desde las primeras conversaciones. Cierto que también esta cualidad era de acarreo; mas el ciego fanatismo del señor de Romarate no podía como tal apreciarla.

Después de cambiar sus cortesanías, subieron los dos amigos a la tribuna. Lo primero que hizo don Wifredo fué pasar revista al mujerío, y a este propósito le dijo Tapia:

—Estamos en el mejor campo para conquistas, señor de Romarate. En los días que llevan discutiendo la totalidad del proyecto de Constitución yo he hecho tres..., y no malas.

Admirado y dolido de tales venturas, don Wifredo pidió a su amigo que le revelase el secreto de sus rápidos triunfos.

—Aquí no hay más que citar con los ojos—dijo Celestino—. En seguida *toman varas*... Vienen a lo platónico y a lo que no lo es... Elija usted luego.

Replicó el bailío que él, por su condición de representante de los principios de religión y monarquía tradicional, no podía traspasar los límites de la moral cristiana.

—Ya hablaremos de ello—dijo el otro—, y oigamos los discursos de estos bandoleros, que tienen secuestrada a la pobre España, y la venderán al extranjero si los dejamos... Paréceme que la función de esta tarde será de las que hacen época en la historia del aburrimiento... Si a usted le parece, dejemos este beaterío y vámonos a batir calles y a ver chicas guapas.

Así lo hicieron, y la tarde y prima noche pasaron sin sentirlo, charlando en Recoletos y en el café Universal. Comieron en la fonda de Barcelona, donde vivía Tapia, y prolongaron la sobremesa parloteando hasta más de las doce. Nunca había gustado tan intensamente don Wifredo el placer puro de la charla, hablar por hablar, picando en todos los

asuntos, desde el político más alto al chismográfico más rastrero. Algo sabía el alavés de historias cortesanas; pero Tapia, que era viviente archivo de lo verídico y de lo falso, colmó la medida de la curiosidad de su amigo. De innumerables personajes o fantasmones en candelero hizo Tapia disección cruel, rajando sin piedad y sacándoles al aire las entrañas. A las mujeres de algunos puso mentalmente en la picota, aligerándolas de ropa para poder azotarlas más en lo vivo, refiriendo sus vicios, engaños y trapisondas, que movían a indignación y risa. El bendito don Wifredo estaba horrorizado.

Derivó la conversación hacia la pura política, y el desvergonzado Tapia hizo, con trazo gordo y chafarrinones espesos, retratos de hombres y partidos, esmerándose en pisotearlos y ennegrecerlos. Véase la muestra:

—Esos pobres progresistas son un hato de borregos, que no saben ni balar; los de la Unión, zorros que vienen al robo de gallinas y huyen al menor ruido; los demócratas, papagayos disecados, que con un mecanismo dan los tres golpes de *Libertad, Igualdad, Fraternidad* Ni entre todos valen tres pepinos, ni son capaces de hacer nada. Desaparecerían de un soplo si no tuvieran a su frente a ese hombrecillo desmedrado y lívido, a ese Prim, monstruo que parece un arrapiezo, saco de malicias, vaso de bilis... Su perversidad es tan grande como su inteligencia... Y ahí le tiene usted: es el amo... Ha cogido a España y se la ha metido en el bolsillo... ¿Quién es el guapo que se atreve con él? Créame, señor don Wifredo: Prim es el estorbo insuperable, la rémora, el atasco...

Quedaron los dos un instante pensativos, y luego mordieron en otro tema. Era viernes; el sábado también lo pasaron juntos; el domingo, no. Tapia tuvo que ir a Aranjuez, y el bailío empleó el día en visitas: quería exponer al joven Olazábal y al viejo Aparisi su situación equívoca y desairada en el partido. El lunes 12 de abril, conforme a la cita que se habían dado, reuniéronse a primera hora en el Congreso para presenciar juntos la sesión, que había de ser interesante: hablaría Manterola. Puntuales y madrugadores acudieron a la tribuna, resignándose a las apreturas y al largo plantón con tal de tener sitio. Casi todas las delanteras estaban ya ocupadas cuando Tapia y Romarate llegaron. Las señoras eran las más impacientes, las más ávidas de obtener lugar, y explotando el fuego de la galantería, desalojaban a los caballeros de los sitios preferentes para ocuparlos ellas. Con gran trabajo lograron los dos amigos un par de puestos en primera fila, arrimados a una columna; hallábanse en situación contraria a la que otras tardes ocuparon; es decir, a la derecha del presidente, costado de la Epístola, aunque sea la mala comparación. Tenían dejabo a los ministros y a la Comisión; veían de frente a las minorías o izquierdas, que caen siempre del lado del Evangelio, comparando mal.

Largo rato hubieron de esperar viendo la Presidencia desamparada, los grandes semicírculos rojos con enormes mandíbulas bostezantes. Don Wifredo engañaba su hastío mirando al techo y al abanico de cristales que se abre o se cierra para templar el aire del salón; miraba las pinturas frías, cual estampas iluminadas y desteñidas por la luz, repreesntando reyes aburridos y alegóricas figuras de las Artes y las Ciencias, que también gemían bajo el imperio del simbólico fastidio. De allí, por buscar el consuelo de la variedad, abatió sus miradas sobre la curva fila de las tribunas, y desfloró gozoso la ringlera de señoras que en aquel *cuerno de oro* brillaban. Movidos por el calor, aleteaban los abanicos; movidos de la curiosidad y del tedio expectante, mariposeaban los ojos. Colorines de sombreros salpicaban de temblorosos puntos todo el circuito...

A poco de comenzar la mujeril requisa, don Wifredo vió en la tribuna de los diplomáticos a las dos orgullosas damas que una tarde le mostraron un desvío mortificante. En otra tribuna frontera vió a la señora cacereña que por breve rato fué su amiga. A la derecha estaba el tremendo marido de los bigotes espantables; a la izquierda, la pariente pobre cuya mirada recogió la del sanjuanista, y ambas quedaron enzarzadas y como en simpática trabazón una con otra... Creyó el alavés que al correr de los minutos los ojos de la dama pobre variarían de objetivo; pero no fué así. Continuaban fijos en el caballero, sin hartarse de su contemplación. Indudablemente, era una mirada del año 43,

toda fe, ternura y constancia; mirada que decía: «Quiero un amor puro... y eterno.»

X

No se le escapó el juego al maligno Tapia, que así dijo a su compañero:

—Amigo, conquista tenemos..., y ésta es de las que vienen con prisa... Allí hay unos ojos que se lo comen a usted. Supongo que esto no es nuevo, pues no se empieza con tanto furor...

—Cierto que no es nuevo—murmuró el bailío dándose tono lo más discretamente posible—. Ello *data* de hace días... Es una señora que adopta formas humildes; es persona que sufre; un ejemplo más de grandezas caídas, que no quieren contaminarse de la farsa reinante..., como aquella otra que ve usted a su lado..., una gordura cardosa, imagen del siglo, ¿verdad?... La que me mira pertenece a la primera nobleza de Cáceres... Algo ajada está de tanto llorar, de tanto sufrir humillaciones...

En estos y otros decires y comentarios se fué animando el salón. Llegaban diputados; aparecían los maceros precediendo a los señores de la Mesa; comenzaba el runrún del secretario en la tribuna. Ya ocupaba Rivero el alto sitial. Su figura recia, tozuda y ciclópea llenaba la Presidencia. Ladeado en el sillón, hablaba con ministros y diputados que a saludarle subían. Como todos los días, el principio de la jornada parlamentaria era un diluvio de exposiciones con miles de firmas pidiendo la unidad católica.

Los ministros, andando de lado como los cangrejos, iban poblando el banco azul. Ya estaban en su sitio todas las celebridades: enfrente, Castelar, Orense, Figueras...; debajo del reloj, Cánovas; más a la izquierda. Ríos Rosas. Don Wifredo y Tapia vieron los solideos de Manterola y Monescillo, sentados bajo ellos, no lejos del banco de la Comisión. Un escaño más arriba veíase la roja vestimenta del cardenal Cuesta. La orden del día no se hizo esperar. Empezó Canóvas rectificando, y a pesar de su fama, no obtuvo la atención de don Wifredo. Tratábase de contestar a conceptos de Ríos Rosas en la sesión última. Más que esto, le importaba al bailío cerciorarse del mirar persistente de su conquista, la cual, en su expresión amorosa, a juicio del caballero, no pasaba ni un día más acá de la caída de Espartero, y con sus ardientes y febriles ojos decía: «Tu amor o la muerte.» Era como un alarido del romanticismo, que quería volver de ultratumba.

Recreábase en los ideales románticos, y acariciando a cada instante con su expresión caballeresca el mirar dolorido que de la tribuna frontera venía, el alavés no paraba mientes en los discursos. Ni le interesaba la oratoria viril y menbruda del gran Ríos. y menos la de Cánovas, en quien no vió más que uno de tantos constitucionales que en la España sin rey iban a su negocio, llevando por señera el nombre de cualquier candidato de los averiados e imposibles... Prendido estuvo el espíritu del sanjuanista como una mosca en la red de miradas que tejía desde enfrente la dama melancólica y pobre, hasta que don Nicolás María Rivero, con su voz ciclópea, dijo:

—El señor Manterola tiene la palabra.

A éste si había que oírle. Era la Monarquía legítima, era la Religión, era la Verdad, voz augusta que pronto habría de desvanecer y dispersar las gárrulas mentiras. Púsose en pie Manterola, requirió su manteo, desembarazó su garganta con ligera tosecilla y empezó su perorata con ademán grave y modesto, con palabra llana, fácil, sin otro defecto que una leve guturalización de las erres De él se había dicho que era más tribuno que predicador, y que sus éxitos en el Congreso habrían de superar a los obtenidos en el púlpito. Y era verdad: Manterola se revelaba como un parlamentario hecho y derecho. ¡Con qué habilidad tocaba la delicada cuestión de creencias, sin herir las creencias o incredulidades del contrario! ¡Y qué arte puso en disimular la pesadez de la erudición eclesiástica!

—¡Lo que habrá leído este hombre!... —dijo don Wifredo al oído de Tapia.

Y éste replicó:

—Sabe demasiado. No es menester atracarse de lecturas malignas para traer aquí la sana y sencilla verdad.

Esta idea era reflejo de una opinión muy extendida en el país vasconavarro con respecto a Manterola. Creían por allá que para combatir la herejía y su derivación liberal bastaban la fe y un

conocimiento somero de la cuestión. Los creyentes habrían querido a Manterola más burdo, más elemental, quizá un poco zote, ayuno y limpio de exóticas filosofías. De tal absurdo protestó así el alavés:

—Necesitamos venir al combate armados de todas armas y con pertrechos y material de guerra semejantes a los que traen nuestros enemigos. He aquí un adalid que con cuatro mandobles no tardará en merendarse a toda esta caterva de sofistas y desvergonzados masones. Usted lo verá: aguárdese un poco. Vea con qué atención le oyen; note las caras de sorpresa y terror. Claro: no esperaban esto. Creían que los dignísimos sacerdotes se venían acá con los *Gozos de San José* y la *Letanía Lauretana*. Y ahora les sale la criada respondona..., y ahora este coloso de la dialéctica y la palabra los vuelve locos, los aniquila, los aplasta.

Admirable y completo, dentro de la corrección o etiqueta parlamentaria, fué el largo discurso del cura Manterola; más admirable aún y de grande eficacia dentro del estricto criterio católico. Dijo con excelente lógica y persuasivo estilo cuanto había de decir: de la Teología y de la Historia sacó y expuso cuantos argumentos había menester para robustecer su tesis; tuvo rasgos de alta retórica para mover a la pura y noble emoción; y cuando hubo terminado y se sentó a descansar, como Dios después de haber hecho el mundo, con calurosos plácemes y apretones de manos le felicitaron los dos obispos sentados a su vera y otros conspicuos tradicionalistas que no lejos de aquel lugar tenían su puesto. Mientras recibía el buen presbítero tantos y tan valiosos parabienes, en los escaños altos de enfrente se levantaba un hombre regordete, calvo y bigotudo.

Al verle, don Wifredo, que había llorado de emoción oyendo los elocuentes conceptos finales de Manterola, no pudo reprimir su enojo, y limpiándose las lágrimas que humedecían el rostro caballeresco, dijo a su compinche:

—Pero ¿este majadero de Castelar se atreve...? Saldrá con alguna canción..., con alguna de esas coplas que debemos recomendar a los ciegos...

Y hablando así buscaba las miradas de la dama de enfrente, que constante en su apasionado ensueño, le decía: «Amor puro, amor eterno en el seno de nuestra Madre dulcísima la Iglesia católica...»

Descendían sobre el salón las sombras de la tarde. Apenas distinguía don Wifredo la faz de la señora enamorada y pobre... Poco tardó en verla con claridad... Hablaba ya Castelar cuando se encendieron las luces. En las cristalinas bombas que encerraban los mecheros detonaba el gas con alegre *bumbún* el contacto del fuego. Cada bocanada aumentaba una luz, y la suma de ellas, difundiendo intensa claridad, ponía el color y la vida en los rostros de los constituyentes y en el pintoresco semicírculo de las tribunas. Todo renacía; todo se llenaba de matices y resplandores, con los cuales poco a poco se fundía el resplandor mágico del verbo castelarino.

El maestro de la elocuencia no atacó la fe: tuvo la extraordinaria habilidad de rodear de veneración y respeto lo fundamental del Catolicismo. Su táctica era describir los inmensos males ocasionados por la intolerancia religiosa. Gran estartega, sabía llevar al enemigo al terreno en que fácilmente pudiera destrozarlo. En esta maniobra avanzaba despacio, midiendo las cláusulas, graduando los efectos, graduando también las fuerzas que una tras otra al combate lanzaba. A medida que desarrollaba su plan, se iba creciendo; su voz ganaba en sonoridad rotunda; su actitud, en desembarazo majestuoso... El interés y la atención del auditorio crecían de igual manera. Don Wifredo lo veía en las caras, lo respiraba en el aire, por el cual pasó una corriente ciclónica, y la corriente giraba y pasaba de nuevo, aumentando en intensidad a cada vuelta.

De pronto oyó el sanjuanista un rumor lejano..., que rápidamente se aproximaba. Era el profundo son subterráneo que precede a los terremotos, o el rodar de la nube antes de descargar el granizo... Castelar se había crecido enormemente, y con voz que no parecía de este mundo exclamó:

—Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede; el rayo le acompaña; la luz le envuelve; la tierra tiembla; los montes se desgajan... Pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en

una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y diciendo: «Padre mío, perdónalos; perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen...»

Al bailío se le iba la cabeza, se le nublaron los ojos... El suelo de la tribuna se estremecía; el soplo ciclónico pasó velocísimo, sacudiendo el cuerpo y el alma del caballero... Este miró al techo, creyendo por un instante que tan alto llegaba la cabeza del orador. Y Castelar, como si con letras de fuego escribiera en los aires lo que decía, prosiguió así:

—Grande es la religión del poder; pero es más grande la religión del amor. Grande es la religión de la justicia implacable; pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pediros que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa, es decir, Libertad, Fraternidad, Igualdad entre todos los hombres.

Quedó el alavés sin resuello, viendo que la Cámara ardía, que todos gritaban. Los aplausos en escaños y tribunas, el golpe y sacudida de miles de manos derechas contra miles de manos izquierdas daban la impresión de innumerables aves que aleteaban queriendo levantar el vuelo. ¿Qué pasaba? ¿Era una tempestad de entusiasmo ardiente o un espasmo colectivo de terror? Sacando las palabras del pecho con dificultad, dijo a Celestino:

—Hágame el favor de darme algunas palmadas en la espalda...; no sé lo que me pasa..., no puedo respirar.

Hizo el amigo lo que se le pedía, y el señor de Romarate pudo echar de su boca estos conceptos:

—¿Qué quiere ese hombre? ¿Libertad de cultos? Yo digo: matarle, matarle... Pero habla bien; me ha conmovido... Sin quererlo, se siente uno magnetizado... Esto es un abuso, amigo; no hay derecho a magnetizar... Eso no vale, no vale... Es como darle a uno cloroformo para dormirle y robarle..., sacándole del bolsillo el dinero, o del corazón la Unidad católica... No, no mil veces. Atrás magnetismo, atrás gotitas de cloroformo... ¡Castelar, fuera de aquí!... Oradores que le sustraen a uno con engaño la Unidad católica, ¡a la cárcel, a la cárcel!...

Completamente tranquilo veía Tapia con ojos escéjticos la calurosa ovación que a Castelar hacían los diputados de aquende y allende. Contemplaba el hecho, el fenómeno, como quien lee una página histórica, y reservaba su juicio para mejor ocasión. Don Wifredo, con avinagrado talante, propuso la retirada. Se asfixiaba en aquel recinto, viendo flotar junto a sí en jirones dispersos la Unión católica. Veía los cadáveres de Manterola y de los reverendos obispos tendidos en el suelo. Quiso salir, pero no podía. El público desalojaba la tribuna con lentitud; las señoras tardaban un siglo en franquear la última grada... En estas apreturas, el caballero miró a la tribuna de enfrente, y advirtió con pena que su dama del año 43 ya se había retirado. Como ella y él habían de bajar por escaleras distintas, ya no era fácil aproximarse a al incógnita y enamorada señora...

¡Nueva desilusión, nueva trastada de un Destino adverso y cruel, que no permitía el cuaje de la más inocente conquista! Como formulara esta queja al traspasar con gran trabajo la puerta de la tribuna, el amigo se apresuró a sosegarle, diciéndole que por la galería interior podían pasar de las escaleras del Florín a las que descargan en Floridablanca. Pero don Wifredo se encontraba imposibilitado de acelerar el paso: sus piernas flaqueaban; tenía que arrimarse a las paredes. El gentío le mareaba, y el largo tiempo de quietud en la tribuna le había entumecido. En tal situación, andando a empellones, Tapia se encontró a un amigo, con quien trabó conversación. Separáronse inadvertidamente Celestino y don Wifredo: éste quedó como perdido...

Cuando se encontraron con feliz coincidencia a la salida por Floridablanca, Tapia, risueño y burlón, cogió del brazo al sanjuanista para socorrerle en su premiosa y divagante andadura.

—He visto a la familia cacereña—le dijo—. Hace un momento desapareció por la calle del Sordo. El señor de los bigotes es, en efecto, un terrible espantajo, muy propio para Carnaval: la señora gorda es una linda tarasca que podría servir como anuncio del género de Candelario y Almorchón; y en cuanto a

la conquista de usted, mi querido don Wifredo..., he de decirle que... la pobre anda con mucha dificultad. ¡Lástima que no saliese usted y le ofreciera el brazo para llevarla hasta su casa! ¿No entiende, o se hace el mal entendedor? Pues la he visto bien de cerca. Está en estado interesante..., tan interesante, que..., vamos, debe de haber entrado ya en el octavo mes... ¿Qué dice? ¿Duda del embarazo? Pues yo, que he visto a la dama, no dudo..., y digo más: creo que es de usted...

—Señor de Tapia—replicó don Wifredo, plantándose en actitud y tonos de la más genuina al par que correcta caballería—. Yo me permito decir a usted que si es broma, puede pasar...; pero que, en el caso presente, y tratándose de personas de absoluta moralidad y principios, no debo tolerar chanzas de tan mal gusto... Como le aprecio a usted, siento mucho verme precisado a emplear este lenguaje...

Con explicaciones afectuosas de Tapia se restableció la concordia, y el paladín de Jerusalén envainó el temido acero.

XI

Las tristezas que agobiaban el alma del bailío se ennegrecieron en los días subsiguientes a la portentosa oración de Castelar. Ya se ha dicho que salió el hombre del Congreso, en aquella memorable tarde, atontado y desvanecido. El discurso fué para él como un golpe de maza en el cráneo. A la impresión producida por el sublime estruendo y los fulgores de aquella tormenta oratoria, se unía, para desconcertarle más, la consternación que le causara el ver al orador republicano aplaudido y aclamado por tan diversa gente. Los diputados todos, casi sin excepción, corrieron a felicitarle; en las tribunas fué terrible el entusiasmo; hasta las nobles señoronas *moderadas* batían palmas, y otras de peor pelaje chillaban como rabaneras... Castelar era un gran magnetizador de gentes, y, por tanto, un inmenso peligro para la paz pública.

Pero aún tenía el caballero de San Juan otros motivos de desazón que personalmente le afectaban, y era que corrían días, semanas, meses, sin que le llegaran instrucciones ni avisos de aquella misión diplomática que le anunciaron Villoslada y Tejado. ¿Qué ocurría? ¿Por qué se le descartaba de toda intervención en los trabajos del partido? ¿Acaso había encontrado don Carlos de Borbón y de Este hombres que le sirvieran con más solicitud, lealtad y abnegación? Estas incertidumbres y resquemores le amargaban la vida. Dos o tres veces visitó al señor Aparisi y Guijarro; pero ni el insigne letrado carlista, ni el joven aúlico don Tirso Olazábal arrojaron luz sobre el giro que llevaban las cosas... Ambos le dijeron que no se le pretería ni se le olvidaba; que los trabajos estaban paralizados, y no habrían de ser emprendidos con brío hasta que cesaran las vacilaciones de Cabrera y se resolviese la cuestión madre y batallona, que era el empréstito.

—Tenemos hombres de sobra—decían—; pero para salvar a España necesitamos dinero, dinero... Sin dinero no se salva nada.

Algo calmado con tales explicaciones, recobró en parte don Wifredo su tranquilidad, pero no su alegría. Felizmente, acudió a distraerle el picaresco Tapia, invitándole al teatro, a largos paseos en coche o a comer en cafés y restaurantes, a todo lo cual proveía el amigo con el metal de su repleta bolsa. Del desaire de no pagar nunca protestaba orgulloso el bailío; pero Tapia, con risueña y cordial contraprotesta, le decía:

—Déjese querer, señor de Romarate. ¿Cuándo volveré yo a tener ocasión de obsequiar a un tan ilustrado y cumplido caballero?... Pues aguárdese un poco: para esta noche le tengo preparado un divertimiento que ha de ser la mejor medicina de esas murrias que usted padece. Iremos a un colmado, donde comeremos muy bien, y de sobremesa..., quizás entre plato y plato, nos servirán unas muchachas muy lindas..., mejor dicho, se servirán ellas a sí propias, como la sal o el ajilimójili de nuestra comida.

Rechazó don Wifredo la tentación con remilgados escrúpulos de orden moral; mas el otro pudo al fin doblegar la rígida conciencia del caballero haciéndole ver que el *elemento feemnino* ha sido siempre el mejor calmante de nuestras penas y un seguro alivio de preocupaciones y quebraderos de cabeza. La socie-

dad autoriza esta clase de recreos, y la Iglesia misma los mira como deslices sin importancia, sabedora de que tales funciones terminan siempre con un lindo epílogo de arrepentimiento.

Movido de estas y de otras razones, don Wifredo fué, o se dejó llevar, a un *colmado* que algunos autores designan en la calle de la Visitación, otros en la del Lobo; y como la exactitud del lugar importa poco, dejamos el esclarecimiento de este punto a la erudición ociosa, y atenderemos sólo al indubitable suceso. Entraron por una tienda, cuyo mostrador ostentaba innumerables viandas crudas, otras condimentadas ya, fiambres suculentos, mariscos, frutas, repostería y cuanto apetecer pudieran los más refinados comilones, amén del sinfín de botellas que con los abigarrados signos de sus etiquetas pregonaban licores y vinos así de España como de *extranjis*. De la tienda pasaron a un corredor, en cuya banda izquierda se veían compartimientos separados por tabiques que no llegaban al techo, de lo que resultaban al modo de establos o pesebres con mesas. En uno de estos pesebres se metieron, y allí les llevó el mozo el servicio y la lista de comistraje, y para empezar o hacer boca gran copia de chucherías, mariscos, menudencias picantes o saladas...

El hostelero y mozos saludaron a Celestino sin ninguna ceremonia, como a parroquiano casi familiar. Romarate, que entró con recelo, mostrándose inapetente, hizo a la comida los debidos honores; bebió un poco del vinillo blanco que Tapia le escanciaba, y sus melancolías empezaron a disiparse. Hablaba y reía, celebraba chascarrillos que el amigo refería con gracia. A media comida, serían las diez y media de la nocche, oyeron bullanga de voces, risas y guitarreo en un departamento cercano, al término del pasillo. Tapia dijo al mozo:

—Advierte a ésos que no alboroten, que hay aquí esta noche personas de despeto...

A poco de enviar este recado, coláronse sin previo aviso en el departamente o establo donde los dos amigos comían dos mozas de insolente hermosura, bravas, jocundas y desfachatadas. Al verlas llegar alborotando, arrimarse a la mesa metiendo ruido con platos y cubiertos, pedir langostinos, salsa tártara y manzanilla, lo primero que chocó a don Wifredo fué que hablaban con muy mala gramática. La una sazonaba su lenguaje con dengues andaluces; la otra, con rudezas baturras.

Ambas mozas se mostraron desde el primer instante amabilísimas, con todos los pérfidos arrullos propios de su liviana condición. La que parecía baturra era de estatura mediana, carnosa, pegadiza y mareante, por la grande agilidad de su juego de ojos, de su charla suelta como en chorro de un grifo imposible de cerrar, por la ondulaciones pisciformes de su cuerpo bonito. La otra, de lucida talla y esbeltez admirable, morena, de gitanos ojos, tenía dos toques fisonómicos que le daban singular encanto; eran: una dentadura ideal por su corrección y blancura, y unas patillitas que limitaban su bello rostro con dulce sombra de terciopelo. Resultó que no era andaluza, sino de Ceuta, y respondía por Paca, reservando su verdadero nombre, Africa, por respeto a la Virgen de su pueblo. Fácilmente perdonó don Wifredo a la gentil africana sus faltas gramatincales, que por esto no desmerecía su linda boca; antes bien, la incorrección era un garabato gracioso.

Al principio, el insigne alavés estaba hecho un pánfilo: no sabía qué decirles ni cómo tratarlas. Empezó con galanteo sentimental del tiempo del *Triste Chactas;* mas pronto supo acomodarse a la condición anárquica de las alegres pelanduscas. En tanto la bullanga crecía en el cercano pesebre, y cuando Tapia y la baturra transmitían por el mozo órdenes de atenuar el escándalo, dijo don Wifredo:

—Dejarles; ¿qué más da que chillen? Aquí hemos perdido todos la vergüenza, Cada sitio tiene su moral, y cada moral su lenguaje propio. Discútase si debemos venir a estos lugares; pero una vez en ellos, adelante con la ignominia...

Poco a poco el escrupuloso paladar de don Wifredo se iba *jaciendo* a la medicina preceptuada por el sabio doctor Tapia para remisión de la fiebre política y alivio de pesadumbres. Al cuarto de hora de tener a Paca la *Africana* junto a sí, gustaba de ella y de las patillas que sombreaban su tez morena y limpia, de los ojos como luceros negros y de la ringlera de perlas de su dentadu-

ra maravillosa; a la hora ya creía que el separarse de la moza era un golpe mortal, y a las dos horas pensaba el hombre que la Paca *valía una misa*, entendiendo por misa el soslayas a ratos el decoro, la representación social y toda la caballería andante o sedente.

Al llegar a este punto, las incompletas crónicas de donde se ha entresacado esta historia recatan con discreto silencio los actos del bailío de Nueve Villas.

Por respeto a tan digno personaje, ponemos sobre él la capa del silencio, y sólo se hacen públicos algunos incidentes y diálogos que al través de los agujeros de dicha capa se traslucen. Estos huequecillos, abiertos, sin duda, por mano aleve, dejan ver retazos de alguna escena interesante en local muy distinto del colmado ya descrito. Era, sin duda, una casa donde tenía sus recepciones la gentil *Africana*, la cual, consecuente con su ardorosa naturaleza, estaba ligerita de ropa. Don Wifredo, reclinado a su vera en sofá de gastados muelles, que gemían al peso, la contemplaba con tiernos ojos. Languidecía la conversación, caída de los tonos vehementes a la frialdad del coloquio fragmentario. En la estancia, decorada con un lujo chillón y barato, había muebles de algún valor; otros, sin que nadie se lo preguntara, declaraban haber venido de *las Américas*. Láminas picantes, retratos de mujeres bonitas y de hombres achulados, se daban de bofetones con grandes cromos de santos y vírgenes.

La mujer de las patillitas y los febeos ojos habló así, con dejo de indolencia:

—Me ha dicho Tapia que eres caballero.

—Naturalmente. ¿Pues qué querías que fuese?

—No me explico... Quiero decir que eres caballero de esos que están cruzados o llevan cruz...

Resistióse don Wifredo a entablar tal conversación en lugar profano; pero tanto se obstinó la moza, que al fin hubo de responderle que, en efecto, era caballero de la Real Militar y Hospitalaria Orden de San Juan de Jerusalén, la más antigua, la más noble de cuantas existen.

—Y eso ¿para qué sirve?

—Tú no puedes entender—dijo el bailío en tono agridulce—estas cosas del honor, de las instituciones históricas y de la...

—¡Pues no estás poco tonto!—replicó la *Africana*, cortándole la palabra—. Esa cruz te la dió la pobre doña Isabel Segunda.

—No, hija, no digas disparates. Soy caballero por decisión del Capítulo de la misma Orden de San Juan.

—Pero el capítulo ése ha de ser cosa del rey o reina. Déjame a mí de historias. Eres caballero porque la reina fundó para pasar el rato esas caballerías... ¿Qué quería ella más que caballeros?

—Con tu permiso, bella Paca—dijo el alavés entre severo y acaramelado—, mi Orden viene de tiempos muy remotos, pues la fundó Balduíno Primero, hermano de Godofredo de Bouillon. ¿Sabes tú algo de Balduíno Primero?

—No sé nada de ese señor—dijo la *Africana* echándose una falda—. Pero a Godofredo sí le he conocido. Era un cochero francés de la marquesa de Itálica, que tenía sus cocheras hace un año en el bajo de esta casa. Por cierto que me hizo el amor y quería llevarme a Francia. ¡Pues no nos hemos reído poco del tal Godofredo y de su modo de hablar, lo mismo que el de los amoladores!

Rióse el balío de esta humorada, y como sólo estaba calzado de la bota izquierda, porque la derecha le apretaba, se calzó ésta con protesta de sus callos, disponiéndose a recobrar su eclipsada prestancia. Desvanecida la primera vergüenza de hablar de la Orden en sitio tan contrario a los históricos prestigios, quiso dar a su amiga un sumario conocimiento de aquel venerando instituto.

—Fuimos fundados—le dijo—con un fin hospitalario y guerrero. Residíamos primero en Jerusalén, después en Tolemaida, luego en Chipre, en Rodas, por fin en Malta...

—¿Y en todos esos puntos has vivido de paseante en Corte?—replicó la moza estirándose las medias por encima de las rodillas—. ¡Pobrecillo! Vele hay por qué estás tan encanijado. Si hubieras sido labrador, como San Isidro, estarías más robusto y con buen color... Lo que te digo es que tienes que traerme tu cruz para que yo la vea, y harías bien en dejármela poner un día y salir con ella a la calle... No, no me pongas esa cara de avefría desconsolada... También me ha dicho Tapia que tienes un manto de

gran cola y que no lo sacas más que el Viernes Santo. ¿Vas con ese manto a la *Cara e Dios*, como voy yo con mi mantón de Manila?

Calló don Wifredo, y sintiéndose de nuevo avergonzado, se atacó el pantalón y abrochó sus bragas, añadiendo al cuerpo la doma y suspensorio de los tirantes. Aplicó después al talle un cinturón de cuero que hacía veces de corsé, para enderezarle y cincharle el desbaratado cuerpo, y en este pergenio volvió a sentarse, requiriendo a la moza para cambiar con ella delicadas caricias. Dejando a un lado los escrúpulos de su noble alma, se sentía vivamente enamorado de la *Africana* y esclavo de su linda figura, de sus ojos asesinos, de sus patillas terciopelosas y de su banco, finísimo y uniforme dentamen.

La verdad sea dicha: tan enamorado como compadecido de la bella criatura, acariciaba la idea de redimirla, hidalga y generosa intención. Pero al propio tiempo veía en su mente las dificultades de tal empresa. No hallaba medio de aplicar a ésta la calidad hospitalaria y militar de su Orden, y temía que sólo el propósito de redención le precipitase en abismos de escándalo. En fin, la idea, no por difícil, debía ser desechada, y ya volvería sobre ella más adelante... Sigamos, pues, la historia, sin más datos informativos que lo que se trasluce por los agujeros de aquella capa de silencio que cubre los actos del buen Romarate en esta parte de su azarosa vida. Sépase que en otro aposento de la misma casa donde se ha localizado la anterior escena tuvo lugar otra de mayor interés y mucho más pintoresca y bulliciosa.

En comedor o sala, que los heteróclitos muebles no decían claramente el destino de la estancia, hubo aquella noche (tampoco consta la fecha exacta) una regocijada francachela. Asistieron, a más de Paca y la baturra, dos mujeres de trapío y una matrona fofa y empalada dentro de un corsé, más pintada que un retablo. De hombres estaban Tapia y don Wifredo; dos militares, Navascués y Pulpis, y dos sujetos más, bien conocidos en Madrid por sus hípicas aficiones, y que reclaman y obtienen el anónimo. ¿Celebraba su santo la dueña de la casa? Tal vez. Se ignora su nombre. Pero escarbando la Historia, aparece la tal con quince años de antelación y el picaresco mote de *María Meneos*.

Cenaron, bebieron, alborotaron y se divirtieron como demonios. Conservó su noble gravedad don Wifredo hasta muy adelantada la cena. Al aceptar la invitación habíase propuesto observar en el festín actitud semejante a la que le impondría su buena educación en un banquete de personas regulares. Era hombre de poco mundo, criado en el reino de la simplicidad. Así, mientras todos reían y bromeaban, manteníase el caballero en una desaborida y tétrica corrección; aumentaba el bullicio, pasaban del desorden a la desvergüenza, y él, haciendo la triste figura de San Antonio, vencedor de las demoníacas tentaciones.

La *Africana* por un lado y Tapia por otro le incitaban a doblar el palo de su tiesura ante las expansiones del alegre cotarro. Debemos quebrantar alguna vez la rígida observancia social y sacudir el ánimo para que caigan de él las murrias que lo devoran. Paca le hacía beber, le demostraba con su enojo que un hombre tercamente encastillado en la templanza es indigno del amor de una mujer. Cedía don Wifredo a los halagos, a las burlas, a la lisonja, mañosamente empleadas por la hija de Ceuta; bebió al fin mucho más de lo que acostumbraba, y sus ojuelos, empezaron a encandilarse. El ambiente, el ruido, la jácara de la orgía se le fueron metiendo en el alma... También él rompía en risas por cualquier incidente baladí, y poco a poco se le iba pasando el finchado envaramiento de un decoro impropio del lugar y la ocasión. Poco tardó ya en zaherir a la *Meneos* por la prodigalidad de sus postizos lunares; se metió con Navascués, porque éste habló de la *Africana* con poco respeto, llamándola hermosura *de presidio*, y cantó un responso a la candidatura de Montpensier, coplas a la de Espartero...

Con gran regocijo celebraron los comensales el trastorno del sanjuanista, y para llevarlo a la extrema irradiación de chispas del ingenio de dió la maligna Paca un infernal brebaje, mixtura de coñac, aguardiente de Chinchón y no sé qué más... Apenas lo hubo tragado el pobre bailío, sobrevino la rápida y monstruosa transformación: ya no era el mismo hombre; ya era un grotesco ma-

niquí, hecho con los despojos del atildado caballero de San Juan. Su buen talante y compostura desaparecieron como por arte del demonio; con manotazos iracundos se desabrochó levitín y chaleco, se deshizo el lazo de la corbata; su comedido lenguaje se desbarató en carcajadas insolentes, como un cristal que en mil pedazos se rompe; sobre la reunión, que no quería más que divertirse, arrojó dicterios y miradas provocativas.

—¿Quién es el que ha dicho que yo soy el bastardo de don Godofredo de Borbón?...—gritaba—. Que me lo repita en mi cara y lo suicidaré al instante... Señoras de la aristocracia de Ceuta, no hagáis caso de estos borrachos que os quieren introducir la libertad de cultos... Oídme a mí, que os traigo la verdad de mis convicciones superlativas... ¿Queréis oírme, sí o no? Yo vengo de Tolemaida o de Concentaina, que es lo mismo, como apóstol de gentes de mal vivir... Oídme, oídme.

Empujáronle para que subiese a una silla y hablar pudiera desde lugar alto. El pobre señor desembuchó, con voz a ratos atiplada, a ratos cavernosa, estos horribles disparates:

—Grande, grandísimo es Dios en el Sinaí... El trueno le precede, la chispa le acompaña..., la tierra se echa a temblar, los montes se ríen a carcajadas... Pero en mí tenéis un dios más grande, más bonito... ¿No me declaráis el más bonito de los dioses? Yo soy el amador de Paquita; yo bebo en sus ojos la idea espiritual de Chinchón, y vengo a predicaros la libertad de aquellos cultos que practicaron caldeos y macabeos, fenicios, egipcios y estropipcios... Por esa idea muero, perdonando a mis verdugos. Y por eso soy más grande que aquel Dios del Sinaí, mi particular amigo... Me río yo del Dios del poder y de la justicia implacable... Yo soy el dios del amor...; dígalo la celestial Paca...; yo soy el dios del perdón misericordioso de la Magdalena y la *Meneos*... y por eso os digo que no hagáis caso del Señor ese del Sinaí, que escupe truenos y vomita rayos, y vengo a pediros que en vuestro Código fundamental..., ¡ah señores!, dejadme reír..., que en vuestro Código fundamental le mandéis memorias a la Unidad católica, y pongáis este letrero: «Liberté, qué sé yo qué»..., y por último «¡Viva mi *Africana* con honra!...» *(Locos aplausos, berridos, pataleo y escándalo.)*

Lo que siguió apenas merece los honores de la narración. A las tres de la mañana sacaron a don Wifredo de debajo de la mesa, y entre Tapia y Pulpis le metieron en un coche, y como cuerpo muerto lleváronle a su casa

XII

Dos días hubo de permanecer en cama el noble caballero, y otros dos sin salir de su aposento: tan desquiciado le dejó la estúpida broma de aquella noche infausta. Los huesos le dolían como si se los hubieran quebrantado en bárbara paliza; su cerebro era como abierta jaula, de la cual habían huído la memoria y el entendimiento. Hizo Tapia por consolarle, diciéndole que todo caballero había corrido alguna borrasca de mujeres y vino, y que hasta los hombres más sesudos y escrupulosos tenían anotada en su vida una borrachera, como tributo pagado a la virilidad. Ni admitía ni rechazaba Romarate estas ideas, pues su ánimo se estancaba en un fondo menagoso de idiotez y marasmo. Casi a la fuerza, Celestino le obligó a vestirse; le sacó a la calle, y después de pasearle en coche por la Castellana, le condujo a un café, donde almorzaron; y cumplida esta elemental obligación para con la máquina corporal, se fueron al Congreso.

Era el 26 de abril. Ya se había discutido la cuestión religiosa en la totalidad del proyecto de Constitución. Faltaba examinar los artículos 20 y 21, en que se concedía de una manera farisaica y meticulosa la tolerancia de cultos Aunque mucho se había dicho de tan grave materia, mucho y bueno quedaba por decir. La expectación era grande; las tribunas estaban llenas antes de empezar la sesión. Propuso don Wifredo a su amigo quedarse en el salón de conferencias, donde no faltarían ociosos con quienes engañar las horas en dulce charla. Pero anhelando Tapia para sí y para el bailío las fuertes emociones, a remolque le llevó arriba, y se colaron en la tribuna de periodistas, donde aquel gran entrometido tenía vara alta.

Vióse, pues, el ilustre hijo de Alava en un mundo nuevo y desconocido, el

mundo de la Prensa, formado por personal de diferentes castas y procedencias, por hijos de diversas madres políticas, amamantados antes con unas leches, ahora con otras. Lo que a primera vista le causó más sorpresa fué ver confundidos en cháchara compañeril a los que seguían las inspiraciones de don Pedro la Hoz y a los que las recibían de Castelar o Rivero. «¿De modo—se dijo—que en este coro angélico se practica la libertad de cultos?» Nueva sorpresa fué para él que los folicularios de Dios y los de Luzbel aparecieran también unidos para ofrecerle en aquel beaterio sitio de preferencia donde pudiera ver y oír cómodamente.

Ya empezada la sesión, pudo observar el alavés que algunos de aquellos pícaros le miraban con cierta malicia y apartados murmuraban risueños. Por Tapia, que entre ellos se sentaba y con todos alegremente departía, sabían el nombre y condición social del caballero. El que a su lado estaba, como los demás prevenido de lápiz y papel para extractar los discursos, le ofreció caramelos, y entrando en conversación con él sobre si estorbaba o no en aquel sitio, le dijo:

—Usted no estorba en ninguna parte, y para nosotros es un honor tener en nuestra compañía al señor don *Gaiferos*.

Al pronto, tuvo el bailío por irrespetuosa la alteración de su nombre de pila, y poco le faltó para corregir airadamente al picaresco escritorcillo; pero luego reflexionó que el *Gaiferos* no era más que la castellanización castiza del gótico nombre, como está escrito en los libros de caballería y en los romances de gesta. No había, pues, motivo para enfadarse por un rasgo de erudición. En esto había empezado a discursear un orador republicano de lucida estatura y semblante un poquito diabólico, rostro largo y huesudo, frente ancha, ojos vivos, pelos negros y erizados en tres mechones, uno para arriba y dos en la regiones temporales; barba en la forma que llaman de candado, también negra, partida como cola de pez mitológico; figura, en suma, semejante a la que se ve en la parte inferior de algunos retablos. El periodista dijo así a su vecino:

—Este es Suñer y Capdevila, diputado federalista, y ateo él *gracias a Dios*.

Y a poco de oír el nombre, oyó don Wifredo de boca del orador esta frase sintética:

—Ni el Gobierno ni la Comisión han comprendido bien la *idea nueva*, y voy a decírselo. La *idea caduca* es la fe, el Cielo, Dios. La *idea nueva* es la ciencia, la tierra, el hombre.

Sorprendió a don Wifredo la idea; mas no levantó en él indignación. Se sentía caído, amilanado; yacía su alma en un pantano de indiferencia o cobardía, en el cual dormitaba la perezosa voluntad. Las graves cuestiones de conciencia no tenían fuerza para sacarle de allí, y pasaban sobre él como aves errabundas, dejando caer la vana elocuencia de sus cantos o graznidos No pudo confiar su impresión al vecino más próximo en la tribuna, porque el diligente cronista transcribía con rápida mano las palabras del ateo... Este la emprendió luego con Jesucristo y la Virgen María, en forma tan irreverente, que toda la Cámara y las tribunas respondieron con murmullos... Romarate estaba perplejo; no sabía qué pensar. El orador dijo:

—Jesús, señores diputados, fué un judío, del cual todos los católicos, y sobre todo las católicas, tienen una idea equivocadísima... Jesús fué hijo de un carpintero... Según San Mateo, siendo María desposada con José, antes que vivieran juntos, se halló haber concebido del Espíritu Santo...

El bailío, cada vez más lelo, buscaba en los rostros circunstantes el efecto de aquellas palabras. Oyó claramente la voz de Tapia, exclamando:

—¡Bárbaro!... ¡Fuera!

Otras voces oyó, que por un momento ahogaron la voz del orador.

—¿Qué ha dicho?—preguntó don Wifredo al periodista.

—Que San José..., no sé..., que no conoció a María...; que ésta tuvo otros hijos, a más del primogénito... Ese tío está loco... Aquí no se pueden decir ciertas cosas...

Trató la campanilla presidencial de atajar al impío, éste, con diabólica impavidez, hablaba del sentido que debemos dar a la palabra bíblica *conocer*. Quería demostrar que María tuvo más de un hijo, y que Jesús no provenía del Espíritu Santo... Rivero, haciendo de San Miguel, ponía el pie sobre Suñer, y con la campanilla le golpeaba el cráneo,

aunque aparentemente los golpes caían sobre la mesa... Pero Suñer no se daba por entendido. Su calma y la feroz tranquilidad de su acerba crítica podrían tener expresión propia cuando el lenguaje paradójico nos consintiese hablar de la frialdad del infierno.

—No debe olvidar su señoría—decía el presidente, furioso, descargando la espada ondeada sobre la testa dura de Suñer—que no discutimos aquí la religión, sino la forma política que debemos dar a la religión de España.

Y el Belcebú parlamentario devolvía la admonición co este zarpazo y coletazo de tentetieso:

—Mi enmienda abraza dos partes: primera, que los españoles tengan libertad de profesar cualquier religión; segunda, que estén en libertad de no tener ninguna... He indicado que sería una ventaja para los españoles el estar limpios de toda religión...

Oyendo estas cosas, don Wifredo vacilaba entre la risa y el enojo. El periodista, su vecino, le dijo con marcada socarronería:

—Gracias a Dios que oímos aquí a un hombre de fe... ¿No cree usted que este Suñer es el evangelista del pervenir, y que su ateísmo es obra de la gracia divina?

Sin comprender el burdo humorismo de esta frase, Romarate asintió con sonrisa y cabezadas. Y luego, para su chaleco, se dijo:

—Estoy degradado. Busco en mí mis opiniones y no las encuentro... Efecto de la embriaguez y de andar entre Magdalenas que no quieren arrepentirse.

Sus ojos buscaron a Tapia, el cual, alarmado, le miraba, temiendo que las horrendas herejías del orador afectaran al puntilloso paladín católico, y que éste se disparase a una protesta ruidosa en plena tribuna. Pero Romarate parecía tranquilo y como aletargado. A las preguntas que por señas le hacía Celestino, contestó a media voz:

—No oigo nada... Estoy sordo.

Poco después de declarar el bailío su sordera, Suñer y Capdevila soltaba nuevas y más detonantes bombas. Véanse algunas de éstas: «La ciencia debe sustituir la fe; el hombre, a Dios...» «La moral se deriva directamente del hombre...» «El hombre no será hombre mientras Dios sea Dios...»

Por último, entre la Presidencia, que quiere cerrar a todo trance la boca del diablo republicano, y éste y sus amigos codiablos, que afirman ruidosamente su atea libertad de pensamiento y de palabra, se entabla un vivo diálogo. La Cámara, salvo el cotarro de la izquierda, apoya con calurosas excitaciones al presidente; el orador sucumbe al fin a los golpes de los innumerables San Migueles que surgen de los escaños. Todos creen, todos envainan su indiferentismo práctico, para blandir el ondulado acero religioso que les ayuda a conservar sus posiciones políticas... El Satán parlamentario, acusado de una parte y otra por las voces que le motejan y las manos qeu le presentan cruces, repliega su cola erizada de escamas, esconde sus uñas, y con amargura flemática dice que no puede continuar apoyando su enmienda. Se sienta... Don Wifredo alarga su cabeza...; ve desaparecer los cuernos del ateo entre las cabezas de los cachidiablos que le felicitan.

La necesidad de respirar aire no tan impuro como el de la Cámara puede más que el entumecimiento perezoso del señor de Romarate. Se levanta; salta trabajosamente de la grada inferior a las superiores; su vecino le ayuda... Tropieza en unos y otros. Pide perdón, y una voz dice:

—Tiene ángel este don *Gaiferos.*

Suénale a burla el *Gaiferos;* pero le faltan alientos para protestar... Al fin, sus manos encuentran las del amigo Tapia, que le ayuda a salvar los últimos obstáculos para salir al pasillo. Tras de sí, en la cavidad rojiza y negra de la Cámara, deja un vago rumor de tempestad que gradualmente se apacigua, y una como neblina o tenue polvareda, producto de las retóricas emanaciones.

—¿De veras está usted sordo?—le dice Tapia, cariñoso.

—Sordo del espíritu—replica el alavés—, impedido del pensamiento. No sé razonar, no sé juzgar. Me encuentro acorchado, o algodonado... Es atroz, no sé qué me pasa.

El portero le ofreció una silla en la antesala de la tribuna para que descansara. Dábase aire el bailío con un pañuelo. A su lado, algunos periodistas disputaban.

—Eso no puede decirse en un Parlamento...

—En un Parlamento se dice cuanto es menester para fundamentar la opinión que se profesa...

—Pero ¿qué tiene que ver la Sagrada Familia con la libertad de cultos?...

—¿Pues no ha de tener que ver? El Estado me manda que adore a San José, y yo, en uso de un derecho indiscutible, me niego a ello...

—No es eso..., por Dios, no es eso...

—Suñer no predica el ateísmo; no hace más que proclamar el derecho a no creer en nada.

Uno de ellos, no de los más jóvenes, se dirigió a Romarate con frase afable y benévola:

—Habrá usted pasado un rato amarguísimo. No debe venir aquí el que no pueda dejarse las creencias en la calle de Floridablanca.

A esta y otras indicaciones de los que a su lado bullían, contestaba don Wifredo indistintamente, abanicándose, *sí, sí,* o *no, no,* sin saber a qué ideas asentía ni cuáles reprobaba. Un amigo de Celestino tomó la defensa del diablo Suñer, encareciendo así sus virtudes privadas, las únicas que tal nombre merecen:

—Es un hombre honradísimo, excelente padre de familia, cumplidor exacto de sus deberes en todos los terrenos. No ha necesitado extraer del catecismo su moral..., y es benigno, generoso, indulgente... Ensalza a los buenos y detesta a los malos, sin preguntarles a qué religión pertenecen. Ama la ciencia, y la practica como médico. Respeta la fe... La fe suya arranca de la Naturaleza. No hace mal a nadie. Don Juan Prim, que le conoce bien, le ha retratado en pocas palabras: «Un santo que no cree en Dios.»

Despidiéndose del grupo de periodistas con un solo saludo para todos, don Wifredo se agarró al brazo de Tapia, y con trémula voz le dijo:

—Lléveme usted hasta la calle... No sé qué tengo...

Bajaron la escalera entre un gentío bullicioso, que comentaba la crudeza brutal del enviado de Pedro Botero. Alarmado Celestino por la palidez y temblor del bailío, quiso levantar su ánimo con palabras lisonjeras:

—También hoy había mujeres bonitas en las tribunas... ¿No ha reparado usted?

—Sí, no..., no sé... Algo sordo... También un poco ciego... Yo miré... Sobre las tribunas flotaba una niebla... Las caras de las mujeres, confusas, borradas... Abajo, lo mismo... Yo no veía claro más que el testuz cabrío y el corpacho peludo de ese Capdevila... Estoy trastornado, ¿verdad?... Pues en las tribunas de enfrente vi a Paca la *Africana,* que no quitaba de mí sus ojos.

—Ilusión, fantasmagoría—dijo Tapia riendo—. *Esas* no vienen a las tribunas del Congreso.

—Alucinación, burla de mis sentidos... Como la llevo en el alma, la veo donde no está.

Suspiró con ansia el caballero, y al llegar a la calle requirió a su amigo para que hasta la de Atocha le acompañara. Temía perderse, tropezar con los transeúntes, caer al suelo... Se sentía muy mal. Accedió el otro, condolido y atento, y en aquel triste camino rompió de nuevo el silencio el buen Romarate para franquear al compañero las singulares anomalías de su espíritu.

—Esa mujer, esa *Africana*—dijo parándose para tomar aliento—, me tiene loco; se me ha metido en mí..., y con ella dentro de mí yo soy otro hombre: ya no soy aquel, aquel...

Asintió el *ad latere,* temiendo que la contradicción acreciera el desvarío, y entreteniéndole con frases amenas le llevó hasta su casa.

Subieron. Opinó Celestino que al instante debía meterse en cama, y prevenida *doña Leche* para disponer lo necesario, pronto quedó entre sábanas el atribulado sanjuanista. La vicepatrona se apresuró a traer un tazón de tila bien caliente. Con la pócima se templó y sosegó el enfermo... No hacía falta más que reposo y descansar la cabeza de pensamientos vanos. De esto hablaban, cuando el cruzado de Jerusalén, con brusco ademán, mandó salir a *doña Leche;* atrajo a sí al amigo con otro gesto menos autoritario, y señalándole una silla próxima al lecho, amplificó y aclaró los conceptos expresados en la calle.

—Sí, señor de Tapia, soy otro hombre... Ya no soy aquel frey don Wifredo de Romarate que vino de Vitoria dos meses ha con el cura Pipaón. Madrid me ha embrujado, o para decirlo más claro, me ha endemoniado... ¡Oh noche aciaga! ¡Oh infaustas horas! ¡Oh vili-

pendio! Y yo me digo: ¿No es lógico suponer que en aquellas tomas de aguardientes venenosos bebí alguna droga de maleficio?... Si no, ¿cómo me explicaría usted, señor de Tapia, que desde aquella hora se encendiera en mí con tal furia el amor de Paca, llegando mi locura al punto de que la imagen de ella no se aparta ya un instante de mi pensamiento?... Yo sé de muchos casos en que el jugo de ciertas hierbas y la sustancia de ciertas alquimias enardecen la ilusión en el hombre, y le ponen más enamorado..., hasta morir de incendio de amor. Esto es un hecho... Y yo miro a mi interior, y digo que con la pasión ha entrado en mí una villana condescendencia con la demagogia y las ideas anárquicas.

Tomando resuello, prosiguió así el caballero sin ventura:

—Se me ha metido en el alma uno o varios demonios, que a este paso pronto harán mangas y capirotes de mi nobleza, de mi honradez pura y hasta de mi santo temor de Dios... Ya no me asusta oír menospreciar a Jesucristo. Agravian a la Virgen Santísima, injurian al bendito San José, y me quedo tan fresco... ¿Es esto lo que llaman meta..., metamorfosis, o qué demontres es? Dígamelo, por los clavos de Cristo. Para que vea usted cómo estoy, sepa que a ratos tengo a Castelar por el primer orador entre los nacidos... Hay dos Dioses: el de Sinaí y el otro... Oigo ruidos extraños..., la demagogia patalea dentro de mí... Siento pasos..., la incredulidad y el ateísmo llegan, a la calladita, y me acechan en un rincón del cerebro... Divertido es esto, como hay Dios... Y para concluir, señor y amigo particular, tráigame a mi *Africana;* que si ella me ha ocasionado con sus gracias hechiceras este turrisburris, ella sola podrá quitármelo... Vaya usted; cuéntele lo que me pasa..., vuelva pronto con ella.

Inquieto y locuaz estuvo don Wifredo buena parte de la noche. Tapia no se separó de él hasta dejarle sosegado y vencido del sueño, bajo la custodia de las sirvientes de la casa.

XIII

Al siguiente día, fué llamado un médico. Con los antiespasmódicos y la gradual alimentación nutritiva, se obtuvo una mejoría franca. El pobre señor, a los cuatro días del acceso, parecía totalmente reparado; hablaba poco y sin desvariar; pero su debilidad no le permitía salir del aposento. Visitábale a menudo la marquesa de Subijana, acompañándole cariñosa... Una prima noche hablaban los dos tranquilamente de cosas gratas, extrañas a la política, y, de pronto, el alavés, sin venir a cuento, salió por este desatinado registro:

—Yo, señora, iría de buen grado a pasar una temporadita en el campo, si no me retuvieran en este maldito Madrid mi obligación y compromiso de redimir a una gentil persona que por sus cualidades y su belleza no merece la vida miserable a que está condenada... Si usted, señora mía, se viera en esa esclavitud del trato con diferentes hombres, ¿no solicitaría el auxilio de un honrado caballero redentor?

Asustada de verle camino del despeñadero, Carolina torció la conversación hacia otro tema... En aquellos días regresó de su viaje a la Mancha don Cristóbal de Pipaón, el cual, enterado de la dolencia del amigo y de sus causas, creyó confortar el espíritu de éste leyéndole una pindárica y palmípeda oda que en Daimiel había compuesto en elogio y defensa de la unidad católica, tan combatida en aquellos días por los energúmenos parlamentarios. La composición había sido inspirada por el soez insulto de un diputado (García Ruiz), que llamó *monserga* a la Santísima Trinidad, y por la fervorosa protesta que contra blasfemia tan horrible formularon el cardenal Cuesta y el obispo Monescillo... Empezaba el poeta implorando el auxilio de la Musa o Numen, que en aquel caso tenía que ser el Espíritu Santo, y ya con el soplo de la Divinidad sobre su frente, rompía en apóstrofes trompeteros contra los impíos y desvergonzados, diciéndoles que venían del *Báratro,* que traían marcadas en la frente la garra de *Astaroth* y la uña de *Baal;* tronaba en hinchadas voces contra la *infanda cohorte;* luego se volvía lisonjero hacia los defensores de la fe, hablaba del *pío*

arrebato con que proclamaron la verdad, y terminaba invocando el auxilio y pronta venida del generoso Príncipe y enviado de Dios, que había de redimir a España de la esclavitud del error...

Apenas concluyó, díjole el bailío que lo del redimir era la parte más inspirada de la canción, por la forma y por la idea.

—Lo demás—agregó—, permíteme la franqueza, parécemе harto frío y oscuro. Si una lengua infernal llamó *monserga* a la Santísima Trinidad, también tus versos tienen algo de monserga por lo ininteligibles y enrevesados..., y no te enfades, Cristóbal, por este juicio de tu leal amigo.

Pidióle después don Wifredo noticias del giro que llevaba en la Mancha el negocio carlista, y Pipaón, lastimado aún por el poco aprecio que el bailío hiciera de su oda, contestó que todo iba mal en el país manchego, que los carlistas aguerridos y fieles no querían echarse al campo mientras no se les diera con qué sostenerse. Soflamas y ojalaterías no valían para nada. No había dinero. Las pocas y desmandadas partidas del Campo de Calatrava no eran carlistas más que de nombre, pues alentaban y comían con dinero de Montpensier. Terminó don Cristóbal su informe con estas graves palabras:

—Así me lo han asegurado, y mil pormenores he visto que los confirman. Por esto he decidido retirarme, y acudir a París, o a donde esté el *señor,* y plantear la cuestión en estos términos: O se procura metálico abundante para que nuestros hombres no tengan que tomar el de ese tío maulón, o arrollemos nuestra bandera, y envainemos la espada de nuestra fe, hasta que Dios nos depare un maná o tesoro militar... Harto saben las tres personas de la Santísima Trinidad que sin dinero no se mueve el carro de la guerra entre los hombres. Lo de que la fe lleva de aquí para allá las montañas, está dicho en un sentido espiritual.

Absorto quedó Romarate con estas opiniones y noticias, y cuando rompió el silencio fué para decir que él había barruntado que las partidas carlistas de la Mancha y tierra de Burgos se alimentaban con dinero masónico.

—Hay que ver en este Madrid el pujo de los candidatos, para comprender que ese maldito duque lleva la mejor parte. El es rico, y ricos son sus partidarios. Si Prim, que es el amo, por él se decide, ten por cierto que será rey. Prim dispone de las caudales de la nación... Así estamos... Y yo te digo: Cristóbal, aconséjale al *señor* que se entienda con Prim... ¿Cómo?... A mí me parece que antes se entregará por ambición que por codicia, antes por honores que por moneda sonante. ¿Por qué no le ofrecen la soberanía de un pequeño reino? ¿No habrá por ahí una isla, o algún pedacito de tierra firme...?

—No creas, también yo he pensado en eso... Hagámosle rey..., por ejemplo, de la República de Andorra.

—O aunque sea de la República de las Batuecas... Lo aceptará, sí, a cambio de abrir el camino al *señor*... Y si no aceptara, los de Montpensier se encargarán de matarle... Esto he pensado yo...; que lo maten los de Montpensier. Así lo he visto en mis delirios. He soñado; por mi magín han pasado mil extravagancias que pueden resultar la pura realidad...

Callaron, meditaron. Poco después, don Cristóbal, confinado en su aposento, escribía cartas en cifra conforme a clave. Una de las epístolas iba dirigida al señor Labandero, ministro de Hacienda de don Carlos; otra era para Homedes, que llevaba y traía mensajes entre don Ramón Cabrera y el *señor.* Los conocedores de las interioridades del Destino y de las revueltas de la Historia, sabían que en cuanto recibía Cabrera los cifrados escritos de Pipaón, los hacía trizas sin leerlos, y los arrojaba al cesto de los papeles rotos.

Como la noticia del malestar y chifladura del buen Romarate cundió entre los amigos, menudearon las visitas, singularmente de alaveses. Ninguna fué tan agradable para el enfermo como la de Demetria y su esposo, don Fernando, que ya se disponían para regresar con sus hijos a Laguardia, o a cuarteles de primavera. El gozo de ver a personas tan entrañablemente estimadas, serenó y templó de tal modo los espíritus del pobre caballero, que en el curso de la larga visita no dejó caer de sus labios las tonterías y sinrazones, fruto morboso de su destornillado caletre.

Hablaron algo de Madrid, mucho más de Vitoria; consagraron recuerdos cari-

ñosos al venerable Matusalén don Alonso, y a todas las innúmeras personas de aquella patriarcal familia, desde las más vetustas y momificadas a las más frescas y juveniles. Ningún Trapinedo, ni Tirgo, ni Lanzaduri quedó sin mención afectuosa, y especialmente recargaron la cordialidad de sus buenas ausencias en los presuntos marqueses de Gauna, don Luis y doña María, y en su lucida prole. Fácilmente pasaron de esta familia a la de Gracia y Santiago Ibero, que eran la propia familia de los visitantes. Al llegar a este punto y al tema de Fernando y de su presupuesto matrimonio, le faltó a don Wifredo la discreción que hasta entonces había gallardamente manifestado... Sin ningún atenuante, se dejó decir que si consentían en el casamiento de su sobrina con Urríes, harían la desgraciada para toda su vida, porque el don Juan era un calavera libertino y voluble que a diferentes mujeres entretenía y engañaba. Disparado en sus airadas revelaciones, contó el caso bien cercano y palpitante de Céfora, una joven mística y pérfida, una diablesa rubia, que en aquella misma casa tenía su escondrijo.

Oyendo esto, los señores de Calpena quedaron confusos y desconcertados. No se determinaban a creer lo dicho por Romarate, y pensaron que éste, tan juicioso en toda la visita, desbarraba lastimosamente al término de ella. No obstante esta consideración de la chifladura del alavés, al retirarse no iban tranquilos. Recordaba Demetria que su hermana, en carta del mes anterior, le había encargado que se informase discretamente de la conducta de don Juan de Urríes y de la vida que llevaba en Madrid. No hizo caso: harto sabía que Gracia era excesivamente cavilosa y suspicaz... El día mismo de su partida para Laguardia hablaron del caso con don Cristóbal de Pipaón, el cual, llevándose a la sien el dedo índice, habló así:

—No hagan caso de Wifredo, que está... un poco ido... El hombre parece otro... Y por lo que toca al Urríes, no puedo decir de él nada bueno. Es *mont pensierista,* y con esto se dice todo. Hay más: me han asegurado que ese andaluz pinturero y otros farsantes como él, valiéndose de agentes astutos o de falsos tradicionalistas, promueven y pagan el levantamiento de partidas, ora carlistas, ora republicanas, para que alboroten, escandalicen y atropellen. El intríngulis de esto bien claro se ve: que España se aburra, que España se desespere y a gritos pida la conclusión de esto que llaman *interinidad.* España padece este grave mal, y es forzoso curarla, *desinterinizarla:* el *desinterinizador que la desintirinice* no puede ser otro que ese franchute avariento y ruin, a quien yo llamo *Antonio Igualdad,* amamantado, como su padre y su abuelo, a los pechos de la Revolución francesa.

Partieron Demetria y Fernando para Laguardia, llevando entre sus alegrías la tristeza de un enigma.

Las visitas del caballerete de la uña larga, su compañero de hospedaje, entretenían al bailío; pero no aprovechaban a su salud, porque oyendo hablar de política, teatros, mujeres y otros mundanos asuntos, tornaba el pobre señor a sus insanas manías. García Junco se llamaba el tal, y era del lugar de La Felipa, cerca de Albacete. Habíanle mandado sus padres a estudiar Derecho, y él lo estudiaba torcido, dedicando las más de sus horas a pasear y divertirse. Fuera de aquel extravagante capricho de la uña crecida y cultivada, era un buen chico, con más frivolidad que malicia. A Wifredo solía contarle sus aventuras en el paraíso del Teatro Real, y escenas en las casas de *damas de las camedias* (así lo decía, buscando la distinción del lenguaje), donde apurar solía las horas de la noche.

Refirió también García Junco que por el padrinazgo del señor don Manuel León Moncasi, famoso progresista, diputado por Albacete y por Huesca, disfrutaba de un destinillo en Hacienda; pero que no iba a la oficina más que a cobrar. En cambio, su compañero y amigo íntimo el *culotador* de boquillas, Pepe Tinoco, natural de Cocentaina, andaba todavía pereciendo tras del destino que le había ofrecido don Emigdio Santamaría, sin que llegase el momento de ver el rostro bonito de la credencial. Estudiaba Tinoco para notario. Aunque ambos eran de familia bien acomodada, pedían al Estado que subviniese a lo superfluo, teatros y placeres, pues no bastaba para esto lo que recibían de sus padres, ni lo que las madres, a escondidas de éstos, les enviaban. Divertíase don Wifredo con la viva historia referi-

da por los muchachos, y encarecidamente les recomendaba que fundasen o promoviesen la nueva Orden de Galanes de la Merced, o *Redención de Cautivas*

Por fin, un visitante tuvo don Wifredo que le llevó gran provecho espiritual, serenando su turbado entendimiento con palabra docta y cristiana. Era don Pedro Vela y Carbajo, capellán de las Descalzas Reales, el amigo que le había recomendado la honesta casa en que el buen alavés vivía. Pues en cuanto se enteró del trastorno y de sus aparentes causas, fué allá, y sin rodeos le planteó la cuestión de conciencia.

—Ea, caballero Romarate, para que la cabeza rija como es debido, hay que limpiar el corazón de las porquerías que se han metido en él... ¿Qué ha sido ello? Que por no parecer gazmoño o por alternar con viciosos, se dejó usted llevar, y anduvo en malos pasos..., que en esos pasos trató y conoció a una moza guapa, con patillitas... ¡vaya por Dios! Reconozco que las patillitas, una sombra suave, como pelusa de melocotón que baja por delante de la oreja..., así..., son cosa de mucha gracia. Pero no es para que un hombre se disloque y quiera redimir, olvidando su calidad y posición política... ¡Magdalenas a mí...!

Asentía don Wifredo con cabezadas y suspiros que mostraban su arrepentimiento, y el bravo capellán continuó así:

—Dejémonos de pamplinas, y vamos por el camino derecho a la enmienda de estos graves errores. Lo primero es reconocer que una calaverada poco significa, si de esa callejuela indecente se sale con propósito firme de no volver a entrar en ella... Porque lo que yo digo: ante la dignidad de un caballero y la conciencia de un buen católico, nada significan unos dientecitos blancos y unos ojuelos pícaros... Ello es muy bonito, lo confieso; pero no tiene maldita gracia bajar a los profundos infiernos por demasiado amor a esas lindezas... Considere que pronto se las comen el tiempo y la muerte... Conque a salvarse tocan, don Wifredo... Aunque tiene usted vida para muchos años, y Dios se la aumente, hágase cuenta de que llega la hora de liar el petate... ¿Está conforme? Ea, como médico del alma, le ordeno a usted que se prepare, que haga examen de conciencia... Todo, todo ha de salir a la colada...

Penetrado Romarate de la rectitud del camino de vida y reparación que el capellán le trazaba, no acertó a expresar su reconocimiento. Poco le faltó para expresarlo con lágrimas... Por no excitar demasiado la sensibilidad del enfermo, don Pedro desvió la conversación hacia la política, evitando tocar el delicado punto de candidatos al Trono, porque el buen clérigo guardaba fidelidad a la destronada doña Isabel, de quien había recibido el hábito de Alcántara y un pingüe destino eclesiástico, a más de la capellanía de las Descalzas. Con tesón y coraje, a su protectora defendía de las ignominias que la maliciosa ingratitud le imputaba: para él, doña Isabel no había cesado de reinar: la situación creada por la *Gloriosa* era una sombra pasajera, un estado ficticio; no reconocía nada de lo existente; todo lo consideraba falso, postizo, provisional, y esperaba que las aguas de la vida pública tornaran pronto a su natural cauce.

Volviendo luego, por natural querencia de las ideas, al fundamental tema de la visita, dijo el capellán a su amigo y ya penitente que pensase en someter su vida a un régimen nuevo, y que si se sentía picado y cosquilleado del estímulo amoroso, debía pensar en poner fin a una soltería que dañaba su alma. Aún no era viejo; aún podía procurarse, por la vía matrimonial, una compañera y un hogar tranquilo y honesto, que fueran alivio de sus comezones. Mas no buscara esta consorte en Madrid, donde hay poco bueno en materia de bello sexo, sino en Alava: Allí encontraría fácilmente una señora de peso, viuda, virtuosa y con algo de hacienda, que le resolvería de una vez los problemas del espíritu y de la materia.

Propuesta la sabía solución, retiróse don Pedro Vela, y quedó el bailío muy consolado. Los consejos del capellán se clavaron en su pensamiento, y toda la tarde y prima noche dió vueltas en el magín a la saludable receta del médico espiritual. Lo del casorio embargaba singularmente su ánimo. Por entonces solía tener don Wifredo sueños extravagantes; pero aquella noche, al dormirse con la idea de buscar esposa en la clase de viudas recatadas y pudientes, su sueño fué de lo más peregrino que puede imaginarse. Soñó, pues, que se casaba con *doña Leche*, y cuando angustiado y

oprimido disponíase a consumar boda tan desigual, se le apareció en imagen clarísima la regidora de la casa..., la vió revolver en un arcón, sacar papeles y llegarse a él diciéndole: «Si dudas de mi nobleza, Wifredo mío, aquí tienes la demostración de que puedo ser tu esposa. Desciendo en línea recta de Balduíno II, hijo de Balduíno I, fundador de tu Orden... Lee y lo verás. Mira mi árbol genealógico, posa tus ojos en todas sus ramas. Mi nombre es Everarda; nací en Anatolia en aquellas calendas..., ¿te acuerdas?, cuando tomasteis a Jerusalén, reinando Guido de Lusiñán. La envidia y los malos quereres me han traído a la baja condición de pupilera. Para ti estaba guardado el sacarme de este encantamiento, y arrebatar mi disfraz, volviéndome a mi prístino ser y regia condición... Toma, lee... *Tolle et lege*, y verás que aún eres tú poco para mí...» Apretando con dulzura la blanca mano de *doña Leche*, despertó el bailío, y un ratito tardó en convencerse de que todo había sido humo cerebral.

XIV

Las visitas de Urríes al sanjuanista fueron breves y de pura fórmula. Al salir del aposento de la Subijana, llegábase al del vecino, y en él permanecía unos minutos, o bien, limitándose a preguntar a *Doña Leche*: «¿Cómo está el señor *Baldío?*», se iba sin poner interés en la respuesta... Corrían ya los primeros días de mayo; en uno de éstos, despidióse de Urríes su amigo Tapia, que partió a Barcelona, para de allí salir a cacería de incautos en la montaña de Cataluña. El objeto de tales correrías no consta en los archivos de donde se ha sacado el meollo documental de estas historias, y para conocerlo se ha de esperar a que las hablillas del vulgo (que asimismo son documento y manantial de históricas verdades) se concreten en hechos positivos. Partió el mozo viejo, en quien se confundían las dos naturalezas de carlista y demagogo, dejando un pequeño vacío en los afectos de Urríes. Este consagraba parte de su tiempo a la política, y al Congreso asistía con la puntualidad de los que allí laboran por sus intereses o apetitos, despojados de todo ideal; otra parte, la mayor quizás de sus horas, dedicaba al mujeril enredo, que era en él conveniencia tanto como diversión o deporte.

El hermano de don Juan, marqués de Ben Alí, era también diputado; pero no había venido al Congreso más que para jurar, y en su pueblo, de la provincia de Córdoba, permanecía gobernando y feudalizando con los instrumentos de tortura o dominación administrativa. La convivencia entre los dos hermanos era completa, y ambos se daban maña para fortificar la torre del cacicato y hacerla inexpugnable. Con esto queda dicho que don Juan sostenía correspondencia larga y prolija; carteo constante, entreverando los amores con la politiqueja local. Levantábase el hombre a mediodía, y desde que almorzaba hasta la noche tiraba de pluma con verdadero frensí. Cartas empezadas en su casa concluía en el Congreso, y algunos días no paraba hasta la noche, viéndose privado del recreo de la conversación.

Viéraisle una tarde abandonar el escritorio y acudir al salón, dejar el cigarro en el pedestal de la estatua de Isabel la Católica, colocada en el rincón de la derecha; ocupar su asiento junto a una de las escalerillas de la banda ministerial, y allí, solicitado su espíritu de la necesidad epistolar que en muchos casos era obligación de caballero, levantar el pupitre y escribir, aislando su atención del interés de la Cámara o compartiéndola con él. Así resultaba en sus escritos, no pocas veces, una incongruencia de ideas y un anarquismo gramatical que le obligaban a pedir indulgencia. Aquella tarde puso en garabatos esta graciosa coletilla: «Perdóname las faltas. Escribo en el salón, en medio de un espantoso barullo, oyendo a un loco que nos habla de la Virgen María, y añade que no *quiso ofenderla ni presentarla como esposa infiel*... Este bruto es el Suñer que habló la semana pasada... Aquí te pongo su retrato...» Y con cuatro rayas y borrones trazaba la silueta infernal del ateo.

No le bastaba esto, y poco después añadió a la posdata otra igualmente garabatosa: «Para que te rías. Ha dicho este bárbaro que los que se han escandalizado de sus blasfemias *son cuatro beatas, cuatro sacristanes y muchos hipócritas*. Aplícate el cuento... También

nos ha contado historias de ídolos chinos, de una diosa de buen ver, que se llamaba *Ton-Pao*, y que con sólo mirar a una estrella tuvo un hijo, a quien pusieron el nombre de *To-Hi*... Te aseguro que es muy divertido oír estas cosas... Y todavía no hay quien le dé una patada a este tío... Adiós; hasta mañana... Adorándote...»

Al día siguiente, en su casa, escribió a la misma, contestando a inesperada y alarmante carta de ella. «Ciertamente—le decía—, es grave contratiempo que mi señora doña Carolina haya pronunciado el *lo sé todo*, que prepara el desenlace en las comedias de enredo... «¿Y ahora, qué?», dices tú. Y yo contesto: «Ahora, lo mismo...» Tú niegas; yo no temo a tu tía, ni he de temblar, como crees, cuando me presente ante ella. Alegre y sereno le notificaré dentro de dos días, tres a lo sumo, la resolución favorable del asunto de las salinas. ¿Te parece que soltando esta bomba, sin dar tiempo para hablar de otra cosa, seré mal recibido?... Y lo que te digo no es cuento. Mañana tendremos la sentencia del Consejo de Estado. Váyase lo uno por lo otro. Carolina se amansará; es mujer de talento; ha padecido escaseces; ha luchado buscando el apoyo de personas de todos los partidos; en su corazón ha entrado la indulgencia, y de allí no puede arrojarla... no puede...»

A estas razones, trazadas con tendida escritura y desordenado estilo, añadió el andaluz las ternezas de amor, planes de próximas secretas entrevistas y otras menudencias espirituales entreveradas con couceptos eróticos. Terminada su epístola, que iba llena de borrones y tachaduras, la cerró y envió a su destino por una recadista que para estos tráficos tenía... Almorzó de prisa y corriendo, y en los escritorios del Congreso reanudó su tarea de Sísifo. Y no había medio de aplazarla, pues en deuda de carta estaba con la mujer a quien debía mayor respeto..., deuda de tres días, que gravitaba en la conciencia del galán, anunciándole serias complicaciones. Apenas empezó, tuvo que pasar al salón. Puesto el cigarro con cierta reverencia en el pedestal de la católica Isabel, para que ésta lo custodiase, subió a su escaño, levantó el pupitre, y aprovechando el rato destinado a preguntas e interpelaciones, fué despachado el delicado introito hasta entrar en materia... Leed, amigos, estos fragmentos especiosos.

«Me duele mucho que creas esos disparates, y que no tengas bastante serenidad para ver en ellos una fábula grosera. O la inventó la envidia, o es obra inconsciente de algún cazador de mosquitos. Yo sospecho que a ti y a los tuyos ha llevado estos cuentos el *señor Baldío*, en quien debemos ver más simplicidad que malicia. Es un pobre mentecato que no conoce el mundo; el hombre me gasta una moral estrecha, cortada por la regla de San Benito, y con ella convierte los actos inocentes en crímenes merecedores del diluvio universal... Te advierto que el *Baldío* está loco rematado, a consecuencia del naufragio de su virtud entre una turca y una africana. Corramos un velo...»

Y más adelante escribía:

«No te niego que conozco a esa Céfora, sobrina de una marquesa de Subijana, que acá vino no sé cuando. La tía es persona distinguida y tronada. De tonta no tiene un pelo, ni de inocente tampoco. Se rodea de sombras para darse lustre novelesco; se titula *ex camarista de la reina doña Francisca;* cuenta historias muy viejas, con pormenores que nadie puede rectificarle... Pleitea por las salinas de Añana, que dice son suyas... En cuanto a Céfora, buena falta le hace la salazón, porque hembra más desaborida y sin gracia no ha nacido de madre. Es rubia desteñida, de ojos azules, que nada expresan. No sabe hablar más que de los milagros que hicieron éstas o las otras Vírgenes; figura en Santo Tomás como una de las beatas más empedernidas; viste como una percha de colgar ropa, y tira al monjío como la cabra al monte... Quedan, con esta leal explicación, disipados tus recelos; y no digo *celos*, porque lo que esta palabra significa es vela demasiado grande para llevarla a un entierro tan chico... Amor de mi vida, no volverán tus ojos a ninguna parte sin encontrar mi lealtad y el sagrario de mis promesas...»

Al llegar aquí, el andaluz dejó la pluma... Cuando se escribe entre mucha gente, más interrumpe el silencio que el ruido. Englobada su atención en la atención de la Cámara, bajó don Juan

el pupitre, y con propósito de terminar después su carta, ojos y oídos puso en la persona del orador, que hablaba detrás del banco azul.

«Este Echegaray—dijo una voz junto a Urríes—me parece más científico que político, y más poeta que científico. Tiene el don singular de vestir sus ideas con imágenes tomadas de las astronomía y de la geología, y sobre estas figuras físicas sabe poner las humanas.» Esto lo decía Moreno Nieto. El andaluz, lego en tales materias, como en todo lo que no fuera el arte de amar, aplicó de lleno su sensibilidad al orador un hombre de algo más de treinta años, flaco, espiritual, barbudo y con anteojos, de dicción fácil y razonar persuasivo. Le agradó sobre manera esta idea con tanta galanura expresada: «La ciencia ama la religión, sólo que la ama a su manera; no se encierra en ella, no se ahoga en ella; es como el águila que ama las montañas, que pasa de unas a otras, que se posa un momento en la más elevada, pero que después tiende su vuelo, sube a las nubes, se pierde en el espacio, y las montañas allí se quedan, inmóviles, gigantescas, colosales.» La imagen empleada por el matemático poeta para exponer la idea democrática, el doble proceso cósmico desde la nebulosa hasta el planeta, y desde la unidad al individuo, impresionó al frívolo caballero, individualista impenitente en cuestiones de moral y de amor.

Echegaray, de quien pudo decirse que poseía el secreto de la inspiración científica, alumbraba con potentes resplandores las cuestiones más distantes de la poesía. Tratando el punto harto prosaico de las relaciones entre la fe y las leyes humanas, trazaba, con tonos dramáticos, el cuadro de la teocracia y de su abusivo poder despótico en épocas remotas. Combatía la unidad católica como el más apropiado ambiente para que aquel poder tiránico pudiese atormentar a la Humanidad; y al describir el quemadero del llamado irónicamente *Santo Oficio,* cuyos vestigios fueron desenterrados en aquellos días, puso en su acento toda la humana ira y las maldiciones más elocuentes. Por esto le gustó a Urríes, por la pasión del intento y el fuego de la palabra.

Admirable fué la reconstrucción que hizo el orador del lugar siniestro en que tostábamos a los herejes. En el corte del terreno veía como un libro, cuyas negras páginas declaraban la infamia de aquel Tribunal, que afrentó a la justicia divina con sus atroces crímenes. De las capas de terreno extraía residuos calcinados o a medio quemar, y con ellos daba teatral realismo a los actos inquisitoriales; a su conjuro resurgían los verdugos fieros, las piras crepitantes, el chasquido de las carnes lamidas por el fuego y la blasfema imprecación de las víctimas, que en el paroxismo del dolor pedían al Cielo que se desplomase sobre tanta iniquidad. Por éste y otros inspirados pasajes, Echegaray tuvo un éxito ardoroso. Urríes aplaudió a rabiar. Moreno Nieto dijo: «Lo que hemos oído es hermoso y dramático.» Y al bajar a felicitarle, completó así su pensamiento: «Muy bien, muy bien, Echegaray. Lástima que no sea usted dramaturgo.»

Y no fué Urríes el último de los que colmaron de sinceras alabanzas al orador. Después, apremiado por la obligación y urgencia de escribir, recogió su cigarro del pedestal de la Reina Católica y se fué al escritorio. La carta debía salir necesariamente aquella misma tarde, aunque fuera menester mandarla a la estación. Como se hallaba bajo la impresión del discurso de Echegaray, y aún le ardían en el oído las palabras de fuego del gran plasmador de la belleza científica, el resto de la carta *le salió* harto imaginativo y apasionado:

«Si yo tuviera el convencimiento de que tú dudabas de mi amor, pondría término a mi existencia... Créeme, Fernanda: tus dudas son para mí una *nebulosa*... No, no; que de la nebulosa sale todo el Universo. Lo que quiero decir es que eres el sol, y tu amor es la atracción, la suprema ley que rige los orbes; yo, un pobre cuerpo que gira en derredor tuyo y no puede salir de su órbita sin correr a desmoronarse en el vacío...»

Muy satisfecho de este párrafo, lo releyó, y en él hizo enmiendas, retocando lo de la nebulosa. En los finales de la carta, los conceptos del galán revelaban contagio de la tensión dramática que puso en su brillante arenga el insigne sabio y poeta:

«Ausente de ti, mi vida es como la del

condenado a destierro. Momentos hay en que la desesperación me sobrecoge, me sacude, me irrita. Y si calumniadores infames me privaran de tu amor y de tu fe, mi único consuelo sería la venganza, mi gozo único condenar a los infames verdugos de mi felicidad a tormentos semejantes a los de la Inquisición, y que ellos y yo pereciéramos juntos en las llamas. El espectáculo de los autos de fe y mi propia extinción en la hoguera, son mi idea fija cuando pienso que me niegas tu amor y me condenas al olvido... Olvido, no; antes muerte, infierno...»

Con apasionadas ternezas, y el anuncio de que muy pronto las obligaciones parlamentarias le permitirían *volar a su lado*, echó la firma... Cerrada la carta, la mandó a la estación.

Cumplido el apremiante deber epistolar, descansó el caballero, y con libre espíritu entregóse a su recreo nocturno. Comió con Constantino Vallín en Lhardy; estuvo un rato en el Príncipe; el resto de la noche lo pasó en la tertulia de la duquesa de la Torre y en el Casino. Pero no fué completo su dscanso mental, porque le atormentaba la idea de una olvidada carta que debió escribir y aún estaba pendiente... ¿Quién es, quién era ella? Pues una viuda rica (veinticinco años, agradable palmito, ilustre nombre), a quien había conocido y tratado en Córdoba, antes de emprender su viaje electoral... Por hoy sólo se añade que en la mañana siguiente, por mi cuenta la del 6 de mayo, escribió don Juan, con singular esmero, una extensa carta... No conoce el historiador más que el sobre, que así decía: «Excelentísima señora doña Mariana de Pedroche y Vaca de Guzmán, marquesa de Aldemuz.—Priego.»

XV

Conforme a los saludables requerimientos de don Pedro Vela y Carbajo, que a menudo le visitama como cura de almas y como amigo, dedicóse aquellos días el caballero de San Juan al arreglo de su conciencia. Del menudo análisis y honda meditación, resultó un admirable resumen que hubo de dividir en dos partes, apresurándose a escribirlo para que las interesantes conclusiones no se le fueran de la memoria. La primera parte de aquel registro de conciencia lleva el epígrafe de *Pecados*, la segunda el de *Tristezas*, ambos rótulos puestos en latín para mayor claridad. Conviene dar a conocer los dos índices trazados por la honrada mano del noble y cristianísimo alavés.

«PECATA.—1.º Error mío gravísimo y primer paso hacia la ignominia fué dejarme llevar al colmado por el maligno Tapia. Debo considerar cómo pecado mortal la cenita o comistrajo en que Celestino y el demonio confabulados me entregaron a las hechicerías de la *Africana*. Si yo no hubiera ido al colmado, mi pureza no habría sufrido el menor detrimento.

»2.º Con sólo mencionar la flaqueza y el arrebato impúdico que me arrastraron hasta caer en el cieno, declaro mi pecado más horrendo, y de él me acuso. Mi arrepentimiento no empece para que yo admire una de las más bellas obras de Dios, a saber: los ojos negros y rasgados, el marfil de los dientes, el terciopelo de las pátillas... y *ainda mais*, de la diablesa.

»3.º En el tercer artículo de mi afrenta pongo la descomunal borrachera que cogí aquella noche, después de echarme al coleto un infernal bebedizo. Pecado repugnante fué la turbación a que damos el nombre de *papalina*, y los bárbaros despropósitos y suciedades del discurso que pronuncié subido en la silla. Parodiando a Castelar, más que a éste, ridiculicé al Dios del Sinaí y del Calvario.

»4.º Culpa execrable fué haber admirado a Castelar, aunque por breves momentos, y velando con escrúpulos mi admiración. Pequé, asimismo, cuando deseaba que Dios me concediese un poder oratorio semejante al de aquel vocinglero disolvente.

»5.º Pecado fué la cobardía que paralizó mi voluntad cuando de labios del moderno Moloch, Suñer y Capdevila, oí desvergonzados ultrajes a la Virgen Santísima y al glorioso Patriarca San José. Y no me disculpa la presunción o el hecho de que en aquel instante tuviera yo dentro de mi cuerpo unos diablillos irónicos y picarescos. Esto no me vale. Yo debí vomitar mis diablos sobre el

hemiciclo, y protestar furiosamente contra el blasfemo.

»6.º El odio que de algún tiempo acá he sentido contra don Juan de Urríes y Ponce de León es un sentimiento notoriamente pecaminoso. Acúsome también de haber deseado la muerte de este sujeto, sin que me disculpe su perversidad. Abomino de mis pensamientos homicidas. Durante muchos días y noches me recreó y entusiasmó la idea de que pereciese en un desafío con espadachín más diestro que él. Quería yo ver reproducido en Urríes el caso de Celestino Olózaga, que, por acometer airada y ciegamente, se clavó en el sable de su contrario.

»7.º Pecado de tontería, no por eso menos grave, es la confianza y la amistad que, por sugestión astuta de Urríes, concedí a esa serpiente llamada Tapia. Pequé de obcecación, de inocencia; falté a la lealtad que debo a mi Dios y a mi rey, abriendo mi corazón a un traidorzuelo que, con máscara carlista, es correveidile de Montpensier y miserable instrumento de sus intrigas. Así me lo han asegurado personas de tanto crédito como don Pedro Vela, don Cristóbal de Pipaón y el bendito don Cruz Ochoa.»

Reproducido el índice de los Siete Pecados del sanjuanista, sigue aquí el de sus Siete Tristezas.

«TRISTITIAE.—1.º Amor platónico y purísimo, sin ninguna esperanza, sentía yo por Fernanda Ibero, cuando tan cerca de mí la veía diariamente en casa de mi tío el marqués de Gauna. Indómitos celos me quemaron el alma cuando la vi arrebatada de amor por ese danzante de Urríes. El dolor de esta quemadura me durará tanto como la vida.

»2.º Conocí a Céfora; gusté de su dulce y blanda belleza dorada. Antes de que yo la desechase por extravagante y neurótica, me fué arrebatada por el atrevido pillastre don Juan de Urríes, a quien Dios pone siempre en mi camino para enturbiar mis glorias de amor. Yo habría conquistado a Céfora, enmendando con paciencia y saliva sus histéricas explosiones de risa y llanto... Luego he visto que tía y sobrina no son trigo limpio... Urríes se come la breva, y yo masco mi amargura.

»3.º Entróme *la africanita* por el ojo derecho; sus gracias me subyugaron. Ya he reconocido como pecado grave la pasión inspirada por una Magdalena no arrepentida. Pero la idea de redimirla no quiere abandonarme. Puesto que mi director espiritual no consiente que me meta en líos de redención, obedezco y consigno aquí mi desconsuelo, no sin hacer constar que la doctrina de Cristo no nos veda que redimamos a quien lo ha menester, ni menos que lo hagamos por los medios y resortes del amor. Dolida está mi alma de no poder salvar la de una mujer bella y descarriada, diciéndole: «Tú, que has amado mucho, vendrás conmigo al Paraíso.»

»4.º No disimules, corazón mío, tu aflicción por el desaire que te hicieron los propios agentes de la causa de Dios y del rey. Ofrecieron mandarte a negociar con las Cortes extranjeras, y después nadie te dijo *por ahí te pudras, diplomático.* ¿Quién tiene bastante grandeza de alma para no sentir ni lamentar este vacío de la promesa no cumplida? ¿Hay otros más dignos de tan noble misión? Pues díganlo. Yo no soy ángel; yo me quejo de lo que considero doble bofetón a mi dignidad y a la Orden de Caballería que profeso.

»5.º Y como no me duelen prendas, también diré que estoy dolorido por haber hablado con la *Africana* de la Sacra Orden de San Juan de Jerusalén. Tuve la debilidad de darle pormenores de la fundación y de las reglas de honor a que los caballeros estamos sometidos. Esto no debí hacerlo hasta no tener el alma de Paca bien metida en las vías redentoras.

»6.º Una de las tristezas que más lúgubremente agobian mi alma es haber admitido socorros de dinero de ese maldecido Tapia. Verdad que este aprobio vino a mí de soslayo. ¡Perfidias de mi destino adverso! Mandóme el sastre la cuenta. Yo, contra mi costumbre, diferí el pago, esperando que de Vitoria me remitieran fondos. *El Celestino*, que presente estaba, dijo que no me apurase. Yo, enfermo y turbado, me entristecí, suspiré... ¿Qué hizo él? Pues pagarme la ropa... Después vino con el requilorio de que ya arreglaremos cuentas. Se declaró mi administrador. ¡Canalla!

»7.º Me duele haber querido competir en vestimenta con ese silbante de Romero Robledo; me horripila deber dinero a Tapia; me amarga la idea de que,

con lo que ha de venir de Vitoria, no tendré para el médico y para la quincena de casa. Heme aquí perturbado en mi admirable orden, y sacado del carril de mi método... ¿Qué es esto? ¿Es anuncio de mi próxima muerte? Si es así, acójeme el Señor en su santo seno.»

Así acababan las Tristezas del bailío, que jamás contento con lo que había escrito, rehacía diariamente sus conclusiones. Por último, a fin de mayo o principios de junio, que en la fecha no hay claridad, viendo don Pedro Vela que el amigo se hallaba ya restablecido de sus achaquillos cerebrales, y bien preparado de conciencia, determinó que no se dilatase más el acto de confesión. De acuerdo ambos en el lugar y la hora, fué don Pedro a buscar al bailío una mañana, y juntos se llegaron a la próxima parroquia de San Sebastián. No faltó el ratito de parleta en la sacristía con el cura, el colector y otros clérigos que entraban o salían, algunos revestidos para la misa. Amigo de los más de ellos era don Pedro, y no escaseaban temas de conversación eclesiásticos y profanos. En esto, salió a la iglesia don Wifredo, con ánimo de arrodillarse en el primer confesonario que viese libre, según indicación del padre Vela; y al atravesar la nave paralela a la calle de Atocha, entre el barullo de gente que a diversos altares y misas acudía, fué atormentado por visiones que tomaban cariz terrorífico en la penumbra del templo.

Creyendo que su ánimo turbado era el forjador de tales fenómenos, avanzó don Wifredo en seguimiento de dos bultos que le parecieron Céfora y Urríes. No eran, no, fantasmas, sino reales y tangibles personas. La mística de Subijana y el guapo caballero andaluz iban hacia la puerta de la calle de Atocha, silenciosos, como pedía la santidad del lugar. Fuerte coloración observó el alavés en las mejillas de Céfora, como de quien ha llorado, como de quien ha tenido excesos de pena o de alegría. El rostro de don Juan, por el contrario, era todo gravedad, decorada con palidez de buen tono. No daba Romarate crédito a sus ojos: buscando el testimonio del tacto, les cortó el paso, y poniendo su mano sobre el pecho de Urríes, dijo:

—¡Ah! ¿Son ustedes?

El libertino respondió al instante:

—Ha venido a confesar.

—¿Y usted?

—Yo, no; ella.

Miró Céfora con lástima a su vecino de habitación, y dijo:

—En la capilla de los Dolores saldrá misa muy pronto. Nosotros nos retiramos ya.

Y, sin aguardar respuesta, se fueron... El de Jerusalén les vió salir, después de tomar agua bendita... Era una visión en que hacían híbrida pareja el misticismo y el amor. Había pronunciado Céfora el *nosotros* con dulcísimo acento familiar y musical, que dejó una intensa vibración en el alma del pobre don Wifredo. Este, cuando el andaluz y la rubia de Subijana salieron, se sintió en pavorosa soledad, sin que el ruido de pisadas y las caras del gentío que se agolpaba frente a los altares le aliviaran de tan ingrata sensación.

Como quien huye, atravesó la iglesia en dirección de la salida por la calle de las Huertas, y junto a la capilla de la Novena vió un apiñado grupo con más mujeres que hombres. Acercóse..., más propio será decir que el grupo le atrajo. Fué magnetismo, fué el efecto de una enorme irradiación vital. El grupo era una boda que esperaba la bendición, y en él estaba Paca la *Africana* con otras mujeres, todas con mantón negro de largo fleco y flores en la cabeza. Al ver a su conquista, resplandeciente de hermosura, el sanjuanista estuvo a punto de perder el conocimiento. Luego se le achisparon los ojos; acercóse más hasta enredar sus dedos en el fleco sedoso que dejaba traslucir la torneada mano de la hetaira, y articuló palabras balbucientes.

—Sí, sí; *Gaifrido*—dijo la moza, que así solía llamarle—: venimos de boda... Pero no soy yo la que se casa, sino la Eloísa... ¿No te acuerdas? Tú la conoces..., estaba con nosotros aquella noche..., cuando cogiste la gran *mona*... Es buena chica, honrada en lo que cabe..., con mucho ángel...

—Y ¿es casamiento de verdad... o...?

—Pues ¿dónde estamos, *Gaifrido*, más que en la iglesia?... Ha tenido esta chica la gran sombra de encontrar un chico honrado y caballero...; mírale allí... José Cornejo, que, sin hacer caso del «qué diréis, lenguas», la saca de vida es-

clava y la trae a un altar, pasándose el mundo por las narices... Ya ves..., para que aprendas. Eso hacen los hombres de corazón. Cornejo es guarnicionero, y trabaja en los arneses de la caballería, por lo que también es caballero, como tú... Ahí tienes un hombre.

—Redención—dijo el alavés, anegando sus miradas en los negros y fúlgidos ojos de Paca, que a su parecer (al del bailío) alumbraban la iglesia—. Redención..., lo que yo pienso, lo que yo predico, y no me entienden... Sólo que yo..., no puedo..., un cruzado de Jerusalén no puede, Paca... ¿Y la novia, ha confesado? ¿Por qué no confiesas tú también, y limpias, barres y deshollinas tu conciencia? No hay otro camino... Yo he venido a eso... Te he visto. Estás guapísima. Tu hermosura es obra del Omnipotente, y esto se lo digo yo a don Pedro Vela y al Verbo Divino. ¡Ay Paca, Paca; yo estoy loco! ¿Cómo toco yo a redimir sin dejar de ser caballero..., y cómo me pongo mi manto si redimo?... Que venga Dios y lo vea; que venga el Dios del Sinaí, mi particular amigo, y lo vea también..., y que venga...

Alzando gradualmente la voz y descomponiéndose, llegó a promover alarma y tumulto en el santo recinto. La gente acudía escandalizada, las misas se quedaban sin oyentes. Perdida por completo la noción del lugar donde estaba y toda idea de comedimiento, avanzó don Wifredo hacia la nave principal, y allí, de cara al altar mayor, aterró a los fieles con sus gritos y sus descompasadas gesticulaciones... El primero que acudió a contenerle, echándole los brazos, fué don Víctor Ibraim, que salía ya para su casa. Después apareció, consternado, don Pedro Vela; tras él el párroco, y algunos otros clérigos, sacristanes y monaguillos. En tanto, el grupo de la boda entraba en la capilla donde los novios habían de recibir las santas bendiciones.

Fué don Pedro Vela el que primero logró imponer su autoridad al desdichado bailío, haciéndole ver el escandaloso sacrilegio que cometía. Voces y músculos cedieron, agotada pronto la energía del pobre señor, y fácilmente le condujeron a su casa el mismo Vela y don Víctor Ibraim. Buena parte del día pasó el alavés sin que remitiera la exaltación. Por la tarde, al fin, quedó el hombre tranquilo; comió en su aposento; fueron a verle algunos amigos, y él se mantuvo correcto en la breve tertulia, más atento a sí propio que a las ajenas voces. No faltó aquella noche la de Subinaja, mostrando tanta estimación como lástima del desdichado amigo, y mientras hubo con quien mover la sin hueso, allí se estuvo parloteando. Don Pedro Vela fué el que más tiempo devanó con ella el hilo de la conversación. Carolina desplegó aquella noche una locuacidad diluviana. El motivo de este desbordamiento no era otro que la venturosa solución del pleito de las salinas; que la felicidad engendra el optimismo, y éste suelta las esclusas de la palabra.

—Al fin se me ha hecho justicia, señor don Pedro—dijo la dama...; al fin se me entrega el patrimonio de mi familia, y yo estoy loca de contento, deseando volver a mi tierra.

—A usted—replicó el capellán de las Descalzas—la llama el Norte; la llama el país de sus antepasados, de sus recuerdos. Desea respirar el aire de las montañas, y... digámoslo de una vez..., el aire carlista... Yo, señora, no la sigo a usted por ese camino: soy partidario acérrimo de la reina destronada, y no hay quien me saque de las casillas de mi lealtad.

Observando que don Wifredo, adormecido suavemente, abandonaba su cabeza en el respaldo del sillón, aguardó un instante, y en voz baja dió esta réplica al digno sacerdote:

—Ahora que nuestro buen amigo no se entera de lo que hablamos, señor don Pedro, puedo decir a usted que los partidarios del nieto de don Carlos María Isidro no harán otra cosa que perpetuar la *Dinastía de la Pretensión...;* no sé si me explico.

—Lo entiendo muy bien—dijo Vela—, y *abundo* en las ideas de usted. Será ese joven *Pretendiente Tercero,* pues aquí no hay más reina efectiva que doña Isabel Segunda.

—Y, en todo caso, la *señora* tiene un hijo, que dentro de algunos años estará en edad de ceñir la Corona.

—Es prematuro hablar de Alfonsito Su madre, calumniada y escarnecida por los que se ensalzaron y se enriquecieron a su sombra, ha de volver al Trono, y una vez restaurada en él, abdicará o no abdicará... Ella es quien ha de decidirlo.

Dormía profundamente don Wifredo, la cabeza tendida hacia atrás, abierta la boca, por la cual respiraba con áspero ronquido; las manos cruzadas sobre el vientre. Del angélico sueño del bailío, que era como un alejamiento a cien leguas de la realidad, se aprovechó Carolina para echar de sí las ideas ingeniosas que a continuación se expresan.

XVI

—Yo, señor capellán, no puedo negar mi abolengo carlista: fuí dama de honor de la primera esposa de don Carlos María Isidro en su emigración; en mis brazos expiró aquella digna señora; leal servidor de la Causa fué mi marido hasta su muerte, ocurrida en Italia. Desde entonces mi vida ha sido un *vía crucis* de contratiempos, privaciones y apuros, y a la hora presente, cuando me veo remediada de tantos males, me asalta y acaba por apoderarse de mí la idea de que la lealtad es tontería, ridículo amaneramiento que debemos desechar. ¿Qué debo yo al carlismo? Nada. ¿Porqué caminos me conducía la fidelidad? Por los de la miseria. ¿A quién debo mi reparación y estos alientos de vida? A la tan maldecida y execrada *Gloriosa*... Perdóneme usted si lastimo sus sentimientos. Contra doña Isabel no digo nada. Pero tampoco puedo negar que a los hombres que la destronaron debo yo la restitución de un bienestar perdido... A pesar de esto, no me gustan los delirios revolucionarios. Yo vería con gusto que este nudo se desatara con la abdicación de doña Isabel.

—En el fondo, la idea de usted no es mala—dijo gravemente el señor Vela—; pero nada espere de esos elementos desencadenados que llaman aquí Cortes Constituyentes...

—Perdone usted, don Pedro, que le contradiga en este punto. No debemos hablar de estas Cortes con ira ni menos con desprecio. Yo he tenido la paciencia de leerme todo lo que han hablado en ellas los hombres de los diferentes bandos... Urríes me trae el *Diario de las Sesiones*, y allí me entero y formo mi juicio, equivocado tal vez; juicio de mujer, pero mío, y por él tengo que guiarme, mientras no me den otro que me parezca mejor... ¿Qué, se asombra usted de lo que digo? Pues espérese usted un poco. En las Cortes hay una suma de inteligencia que no encontraremos en ningún otro momento de la Historia de España en este siglo. Si de este foco de inteligencia no sale lo que debe salir, no es cuenta mía... ¿Qué tiene usted que decirme de los discursos que negros y blancos pronunciaron hace días sobre la forma de gobierno? ¿Leyó usted el discurso de Figueras?... ¿Y el de ese Pi y Margall, que sabe por veinte?... ¿Y lo que dijeron los de la otra cofradía, Ulloa, Silvela y Ríos Rosas?

Con breves palabras, acentuadas por gestos negativos, indicó don Pedro Vela que no perdía su tiempo en vanas lecturas. Prosiguió impertérrita Carolina con claridad y desenfado:

—Yo, hallándome ya en edad que no admite fantasmagorías, veo la procesión histórica, y a ella me agrego, marchando detrás modestamente... ¿Quiere usted que le hable, señor cura, con absoluta sinceridad, como se habla al confesor? Pues allá voy: al recobrar mi hacienda, tengo que ser muy otra de lo que he sido en mi desgracia. Los bienes que poseo me dicen que la vida es buena, y que no debo derrocharla en quejas lastimosas del mal ajeno ni comprometerla uniendo mi suerte a la de causas que yo no perdí, que se perdieron por sus propios errores o porque Dios así lo dispuso... Oigame hasta el fin, don Pedro, y no me juzgue mal. Yo veo la procesión histórica, y no soy tan tonta que me eche a andar en sentido contrario..., no, señor: ando con ella, tras ella..., porque soy rica..., tengo al menos con qué vivir y no se vive bien a contrapelo, señor mío...

—Hasta cierto punto—dijo Vela, reprimiendo una sonrisa—, tiene usted razón... Vivimos a pelo derecho; pero podemos pensar a contrapelo...

—No, señor, que el pensar de ese modo altera los humores y amarga la existencia. Es más saludable y entretenido mirar las comitivas históricas y dejarse ir al compás de ellas... Respetemos los hechos y asistamos a su paso majestuoso, cualquiera que sea la música que vayan tocando... No, no maldigamos a esta gente hasta que veamos adónde van a parar con sus musiquillas y sus es-

tandartes. ¿Qué ocurre? Que han hecho una Constitución... Vayan con ella benditos de Dios... Por una Constitución más no hemos de reñir... Han votado la Monarquía... Muy bien. Esto nos gusta a usted y a mí... Adelante con ella. Ahora falta que encuentren rey. Yo..., que tengo para vivir..., perdóneme que insista en mi argumento capital..., yo, que soy modestamente rica, no debo apurarme porque el rey se llame Juan o Perico... Ya le veremos, ya le examinaremos de pies a cabeza cuando nos lo traigan... En tanto que se ponen de acuerdo sobre este particular, nos dan un poco de Regencia..., y en este Trono de la interinidad colocan al general Serrano. Muy bien, muy bien.

—Muy mal, horriblemente mal—dijo el capellán, alborotándose—, y no se enfade si le contesto tan a contrapelo.

—No me enfado, señor Vela. Usted maldice a Serrano por lo que llama su ingratitud con la reina Isabel. Pues yo, dejando esta cuestión a un ladito, bendigo a Serrano, porque a él debo el remedio de mis abstinencias. Sí, señor mío: los amigos que me han ayudado en este negocio interesaron en favor mío al duque de la Torre, y éste ha sido mi salvador. Por eso digo a voz en cuello que Serrano es el primer caballero de España y un regente dignísimo. Comprenda usted, señor Vela, que vivimos bajo el imperio de la fatalidad y que el egoísmo es el gran constructor de caracteres. Yo debo enaltecer a los que me han devuelto mi posición. Las ideas caen desplomadas en cuanto tosen fuerte los intereses... Sea usted franco. ¿Por qué es usted furibundo isabelino? Porque doña Isabel le resolvió el problema de los garbanzos... ¿Qué? ¿Se ríe? He llamado *garbanzos*, hablando en lenguaje popular, a la raíz de la existencia.

—Raíz..., está usted en lo firme; pero no es la única—dijo el capellán, transigiendo benignamente—. El caso es que si arrancamos ésa, todas las demás mueren al instante.

—Al fin me da usted la razón... Las circunstancias me han obligado a cambiar de ídolos... Así hemos de llamar a los figurones que dirigen las cosas públicas. La gratitud se parece mucho a la devoción religiosa. Por ella quito de mi altar los santones apolillados y pongo un santirulico acabado de salir de la tienda: el duque de la Torre... A la derecha de esta imagen tengo que colocar la de la duquesa, que, por lo que me han dicho, fué quien hizo más para sacar a flote mi asunto... De Madrid no saldremos hasta que podamos visitar a esa señora. No hemos ido ya por..., a usted puedo decírselo en confianza..., porque este paso de la estrechez a la holgura nos ha cogido mal de ropa. De la modista depende que cumplamos pronto ese deber... Dicen que la duquesa es un prodigio de hermosura.

—Vaya usted, vaya bendita de Dios —dijo don Pedro con leve dejo humorístico—. Apostaría yo que ahora, en su nueva posición empingorotada, visitándose con la regente y otras damas de rumbo, se aficionará usted más a la vida de Madrid y la tendremos aquí mucho tiempo.

—¡Oh, no, don Pedro!... Yo me voy a mi tierra; tengo que estar a la mira de mis intereses, mejorar la explotación de las salinas hasta duplicar su producto... Además, debo atender con la mayor solicitud al porvenir de Céfora.

—¿Y para casarla con Urríes tiene usted que ir tan lejos?

—No he hablado de Urríes; no he dicho tampoco que mi sobrina desee casarse... Es que Céfora no acaba de decidirse entre la vida religiosa y la matrimonial, y en mi país estoy en mejor terreno para elegir..., yo, yo, no ella..., lo que más convenga.

—Eso es puro despotismo. Veo, señora, que, acabadita de hacer constitucional, sigue usted tan carlista como antes.

Al pronunciar don Pedro Vela estas palabras, despertó súbitamente el bailío, diciendo con fuerte voz:

—Estoy conforme, absolutamente conforme...

—¿Con qué, mi buen Wifredo?

—Con todo lo que ustedes han hablado, y con la conclusión, con la síntesis..., «tan carlistas como antes».

—Pero ¿qué decíamos, señor bailío de mi alma?—le preguntó afectuosamente Carolina, llegándose a él.

—No se me ha escapado una sílaba de la conversación de ustedes... Lo primero, que murió la pobre reina doña Francisca en Gosport... Suceso tristísimo que nos ha hecho derramar lágri-

mas, y que por poco cae don Carlos en poder de los cristinos... Gracias que un pastor le cogió en hombros, como a una oveja, y le puso en salvo... Después viene la noticia del día, la más sonada, la más gorda... Que han matado a Prim... Se cree que haya sido Tapia el matador... Conste que el tal Tapia no es carca, sino *montpensierista*... Pues muerto Prim, la regente, duquesa de la Torre, resuelve la cuestión del rey... ¿Cómo? Del modo más sencillo... Isabel Segunda larga su abdicación, y casamos a don Carlos con Céfora..., digo, con la infanta Isabel Francisca.

—No hay más inconveniente sino que la infanta y don Carlos están casados ya.

—El Sumo Pontífice, Gregorio Dieciséis, o quienquiera que sea, casa o descasa cuando así conviene a las naciones... Y ahora, Carolina, no falta más que redimirla a usted... Tenga usted calma, que todo se andará... Hoy, sin ir más lejos, hemos visto en San Sebastián una redención por vía de matrimonio... No ha sido cosa mía, sino de un caballero guarnicionista que arregla las monturas del Apóstol Santiago... Espere usted una buena coyuntura, y digamos con el corazón: «Tan carlista como antes.»

Con miradas tristes dijéronse la marquesa y el capellán que Romarate no tenía remedio, y diputándole perdido totalmente de la cabeza, le recomendaron el reposo... Retirándose por el pasillo, la noble señora y don Pedro Vela convinieron en aplicar al sanjuanista el único remedio práctico, que eran mandarle a Vitoria, donde el descanso y los aires del país nativo le repondrían del grave estropicio cerebral.

Llegaron por aquellos días a Madrid los presuntos marqueses de Gauna, don Luis de Trapinedo y su esposa, parientes del buen Romarate, herederos del título y hacienda del casi centenario don Alonso. Como venían con propósito de pasar en Madrid un largo mes, ésta era buena proporción para el traslado del bailío, si otra más pronto no se presentaba. El marqués de Gauna, a quien todos daban el título antes de poseerlo por legal sucesión, era un caballero que física y moralmente llevaba consigo la simpatía, y aunque por tradición de familia militaba bajo las banderas de la legitimidad, la lectura y los viajes le habían modernizado. Y más que el viajar y el leer influyó en esto su amistad íntima, casi fraternal, con Cánovas del Castillo. Tenían la misma edad, cuarenta y un años, en la época de esta historia; se habían conocido en Madrid, siendo ambos estudiantes; escribieron, no con criterio igual, en *La Patria*, fundada por Pacheco en 1849; juntos recibieron las inspiraciones y los consejos de Estébanez Calderón, y cuando Cánovas, a fines del 54, fué destinado a Roma como encargado de Negocios, y agente general de Preces, allá se fué también Trapinedo, en viaje de novios, y poco menos de un año permaneció junto a su amigo, embebecido con él en la admiración y el estudio del arte clásico.

Las estrechas relaciones mantuviéronse luego en España con el carteo frecuente. El ministro de la Gobernación en el Gabinete Mon-Cánovas (1864), ministro de Ultramar con O'Donnell (1866), no olvidó en ninguna ocasión a su amigo. Este hizo un viaje a Madrid en 1867, expresamente para asistir a la recepción de Cánovas en la Academia Española. Claro es que la primera persona visitada por Trapinedo en su viaje del 69 fué el entonces solitario malagueño, que en las Constituyentes representaba una causa harto embrionaria y verde para ganar prosélitos. No estaba aún el honor para las empanadas alfonsinas. Cánovas, conforme en esto con la ingeniosa marquesa de Subijana, no pensó en andar a contrapelo de la procesión política: iba con ella muy a retaguardia, esperando la madurez y oportunidad de los fines que perseguía. Para redondear este párrafo de historia privada, que pública podía ser a poco que se escarbase en ella, dígase que la señora de Trapinedo, María Erro y Sureda, era muy amiga de la marquesa de Villares de Tajo, Eufrasia para los lectores de estas anécdotas, que van cosidas con un hilo histórico robado del costurero de Clío.

Casi todas las tardes dejaba ver el marqués de Gauna en el Congreso su agradable persona. Allí departió con Urríes; allí se permitió recordarle el compromiso matrimonial con la hija de Ibero. Obligado por razones de lógica y de dignidad a ratificarse en lo dicho, ya que no implícitamente pactado hízo-

lo con expresiones de fina delicadeza. Noticias interesantes agregó el marqués. Que Fernanda estaba cada mía más guapa (ya se lo imaginaba el novio)... Que la familia se había instalado por breve temporada en Bergüenda, donde Ibero había adquirido un monte que fué del condado de Fontecha... Una y otra vez expresó Urríes su impaciencia por ir a Laguardia o adonde estuviese la sin par Fernandita; pero no podría zafarse del *herradero* hasta el mes de julio.

Apenas terminada esta conversación, corrió don Juan al escritorio, acordándose de que estaba en deuda epistolar. Con rauda escritura enjaretó una carta, de la cual se entresacan estos interesantes trozos:

«Al hablar hoy con Luis, he sentido tan acerba la nostalgia, que me ha faltado poco para llorar. El tiempo vuela, y yo no puedo volar hacia mi cielo... A las razones que te dije en mi anterior, añado hoy otras, recomendándote el sigilo por tratarse de asunto muy delicado. Ya sabes que por mi buena o mala estrella, soy de los que trabajan la candidatura de Montpensier. No puedo decirte por escrito los medios que empleamos en esta secreta campaña. A su tiempo lo sabrás todo, vida mía.»

Reflexionó un instante, temeroso de correrse más de la cuenta en las revelaciones; y una vez pensada y medida la parte que la discreción podía ceder a la confianza, prosiguió así:

«Por hoy te diré que entre un amigo y yo hemos catequizado a Becerra, el furibundo demócrata: ello se ha hecho ganando de antemano la voluntad de su mujer, una señora tan ilustrada como respetable, a quien llaman aquí *madame Rollan*

»Después de esto, he tenido yo solo un triunfo mayor. Asómbrate: he conquistado a Sagasta, el buen amigo de tu padre; Sagasta, ministro de la Gobernación Ahora trato de conseguir que don Práxedes arrastre tras sí a la reata de sus amigos. Para ello cuento con Abascal, a quien he metido en el ajo... Es un antiguo progresista, hoy encargado de la administración y conservación de los bienes que fueron de la Corona. Palacio y los Sitios Reales están bajo su custodia. Pues verás: el que bien puedo llamar intendente del Real Patrimonio, dará muy pronto un banquete a Sagasta y a los amigos que él quiera llevar. Sitio: El Escorial. Fecha: uno de los próximos días festivos...

»Espero que en esta comida traerá don Práxedes al campo del duque una buena parte del rebaño de Prim. Figúrate mi alegría si esto se logra. ¡Quererme tú, ver yo cumplidos mis deseos en la esfera de amor y en el terreno político!... ¿Qué mayor felicidad para un hombre? Ya tienes bien explicado el motivo de mi tardanza, y seguramente me autorizarás para detenerme aquí un par de semanas... Otra cosa tengo que decirte. Cuidado, Fernanda mía: de esto, ni una palabra a tu padre, que hace *fu* a toda candidatura que no sea la de Espartero. Amor de mi vida, espero ansioso tu carta con el perdón que solicito y la licencia para vivir lejos de ti unos diitas más...»

Con veloz pluma trazó las últimas fórmulas de pasión, echó la firma, y ¡zas!, al correo.

XVII

En la calle del Príncipe encontró don Pedro Vela una tarde a la marquesa de Subijana, y al pronto no la conoció: tan bien apañada y compuesta iba, luciendo al exterior elegante traje y capota, por dentro atormentada de un tirano corsé, máquina ortopédica contra la obesidad y los cuerpos deformados. Unos días a pie, otros en coche, cultivaba la noble señora sus nuevas amistades, refrescando las antiguas. A la duquesa de la Torre visitó más de una vez en la Inspección de Milicias (morada del regente, como lo había sido de Espartero), y quedó muy prendada de su gracia y amabilidad.

Por cierto que en su reciente salida a las mundanas esferas no era fácil clasificar a Carolina en uno u otro de los dos bandos sociales que a la sazón existían marcados con graciosos motes. En entrambos podía figurar, porque a los dos por igual concurría. A las esposas de los ministros y personajes que pertenecían a la situación presidida por Serrano con el nombre de Gobierno provisional, pusieron las damas de la vieja cepa aristocrática el picante apodo de

señoras provisionales. No se quedó corta la de la Torre en devolver la picazón a sus enemigas, y como éstas tenían su conciliábulo de murmuraciones en un palacio de la Carrera de San Jerónimo, fueron así llamadas: *las señoras de la Carrera*. La de Subijana, por la promiscuidad de sus relaciones, era tan pronto de *la Carrera* como *provisional*.

No debe el historiador dejar en el olvido un dato importante, y es que Céfora se negaba tercamente a acompañar a su tía, o lo que fuese, en el jubileo de visitas. Aunque no carecía ya de buena ropa, rara vez abandonaba su sencillo vestir. Más que de andar por el mundo, gustaba del visiteo de altares y de hociquear con curas y personas religiosas. Grandes altercados tuvo con ella Carolina; mas no pudiendo vencer su caprichuda modestia, al fin la dejó que hiciese su gusto. La probidad exige al narrador una declaración que arrojará sin duda, sombras de sospecha y desdoro sobre la señorita; pero los hechos piden la verdad, y la verdad era que muchas tardes, dejando a la criada en la iglesia, Céfora se escapaba con Urríes de Santo Tomás o de San Sebastián para esconderse con él en ignorado asilo... Doloroso es decir esto: tal vez los mismos sucesos traigan, cuando menos se piense, justificación de cosa tan irregular.

Para que todo fuera misterioso en aquella singular mujer de angélicos y dulces ojos, su origen y estado civil no estaban claros. Por conceptos oscuros y equívocos, escapados de la discreta boca de la Subijana, entendió don Juan que no era tía de Céfora. ¿Qué lazo de parentesco había entre las dos?... ¿Acaso no existía ninguno? Si así era, ¿cómo explicar la proximidad o alianza de aquellas dos vidas? Por descifrar tan cerrado acertijo, ahondaba Urríes en el pensamiento de una y otra, partiendo de palabra, ademanes o silencios de ellas; pero no encontraba la solución. Conjeturas, hipótesis, leyendas, disparates mil devanaba en su caletre el caballero andaluz, con interminable voltear de infinitos hilos. Y lo más extraño, confinando con lo inverosímil, era que su secreta confianza con Céfora no le valía para esclarecer las tinieblas de aquella existencia. La vaporosa mujercita no sabía nada de sus progenitores, o no quería romper el sello que la dignidad, la vergüenza, el miedo quizá, habían puesto en sus labios.

Tan sólo una vez habló la esfinge rubia. Hallábanse una tarde los enamorados en su retiro. Urríes estrechaba con preguntas apasionadas y capciosas a su amiga, y ésta, arreglándose los cabellos de oro entre el galán y un espejo, dejó caer de sus labios pocas palabras melancólicas, desmayadas:

—Lo único que sé y puedo decirte es... que fuí bautizada en Roma, el nueve de febrero, día de San Nicéforo... Para que sepas mi edad, añadiré que fué el cuarenta y siete, segundo año del ponficado de Pío Nueve... Conténtate con saber una fecha, el principio de una vida... Deténgase aquí tu curiosidad...

Dicho esto, revistió Céfora su bello rostro de una fría severidad displicente, que lastimó al galán, llevando a su alma mayor confusión. Poco más hablaron aquella tarde. Céfora o Nicéfora no se dignó poner en su boca la flor de la sonrisa. Urríes, al separarse ella en el portal de la casa, pensó que el carácter de la damisela incógnita estaba erizado de espinas. ¿Pero qué importaba si en la esfera física y sensual los encantos de ella se sobreponían al carácter y lo soslayaban y oscurecían?... A menudo dejaba ver la locuela de Subijana dos frases de su ser, absolutamente disconformes una con otra. La cara ardorosa, la cara de hielo, alternaban a las veces, sin que entre el frío y la llama mediara la más leve transición. Displicente, hinchaba las ventanillas de su nariz, y en sus azules ojos se eclipsaba todo lo angelical, dejando ver chispazos de ridícula fatuidad. Amorosa, volvía la luz del cielo a su mirada y la faz recobraba su atractiva belleza...

Al entrar en su casa con la criada mostranca, fué sorprendida de un bullicio de voces y carcajadas. Era que el pobre don Wifredo andaba por los pasillos en mangas de camisa, alborotado, protestando de graves injurias que en aquella tarde había recibido de personas de la casa y de otras que fueron a visitarle. Tras él iban risueños, calmándole con prudentes razones, *doña Leche* y el joven *Tinoco*, el *culotador* de pipas, de fumar. Dos ataques a la dignidad soliviantaron al cruzado de Jerusalén: le habían llamado *señor Baldío*, ponien-

do en caricatura su honroso título, y habíanle dicho que un señor pariente suyo, el marqués de Gauna, le pagaba todos sus gastos. Gritaba el alavés protestando de tales insultos, y apeló a Céfora para que le apoyase.

—¿Verdad, señorita, que es humillación intolerable que le paguen, a uno casa y comida, un triste cocido y lo demás? Un caballero de nacimiento sabe recorrer con la frente erguida el camino de la pobreza... Venderé mi caserío de Argandona, venderé los pantalones que llevo puestos por ley del pudor, venderé mi honrada camisa antes que...

En este punto entró Céfora en su aposento, y tras ella, como si huyera de sus enemigos, se coló el sanjuanista sin ninguna ceremonia, con muy opuesta, en verdad, a su exquisita educación.

—Aquí busco refugio—dijo—contra esa plaga desmandada.

Pero la damisela no creyó que las bromas debían llevarse tan adelante, y con sequedad despiadada le significó que no se entraba con facha tan indecente en las habitaciones de las señoras.

—¡Ah!, dispénseme—murmuró el bailío sin desconcertarse—. ¿Va usted a rezar?... ¿Pero no ha rezado bastante con el caballero Urríes?... Mi opinión es que debe usted cambiar de altar y de santo... Y no es que ahora pretenda yo que rece usted conmigo..., no... Yo practico a mi modo la libertad de cultos, y tengo mi altarito y mis devotas... morenas, de ojos negros.

Empujándole suavemente, Céfora echó de su estancia al *señor Baldío*.

Cuando Tinoco se encargaba de llevar a don Wifredo a su habitación, hallábase no lejos de allí el marqués de Gauna, haciendo efectivo ante la patrona el pago de los débitos del pobre vesánico. Cumplido este deber, y adelantando algunas indicaciones acerca del transporte del enfermo a Vitoria, retiróse Gauna, evitando la dolorosa emoción de ver y oír a su infortunado pariente. De allí se fué al Congreso; subió a las tribunas, donde estaba su mujer con la marquesa de Villares de Tajo y otras damas, y después de saludarlas bajó al pasillo curvo, donde aguardó a que saliera Cánovas del salón de sesiones. En el breve rato de espera le acompañó Iranzo, uno de los que componían la modesta constelación canovista. Díjole que pronto hablaría Prim para presentar a los nuevos ministros, Silvela y Martín Herrera, en sustitución de Lorenzana y Romero Ortiz, y presentarse él mismo como presidente del Consejo.

Desde el 29 de septiembre venía siendo Prim la voluntad impulsora de la situación. A principios de junio del 69, vigente ya el nuevo mamotreto constitucional, la cabeza visible, Serrano, fué colocada en *jaula de oro*, y apareció al frente del Gobierno el que de hecho lo presidía ya y era su efectiva cabeza... Propuso Iranzo a don Luis de Trapinedo introducirle en el salón por la mampara de la izquierda, para que pudiera ver y oír a Prim. Aceptó gustoso el forastero, y en pie, en el ángulo donde estaba la estatua de Fernando el Católico, presenció lo más interesante de la sesión. Justo será decir que le agradaron la persona enjuta y el amarillo rostro del general de Los Castillejos, así como su oratoria, ceñida, clara, de genuino estilo militar. Vino a repetir Prim la muletilla de los presidentes del Consejo en tales casos: que el nuevo Gobierno era continuación del anterior, y que si cambiaban los hombres, inmanecían las ideas; o en otros términos: que la idea Prim se perpetuaba, aunque por dar pasto a las ambiciones se variaran las figurillas del retablo.

Volvieron Iranzo y el marqués al pasillo curvo, donde no tardó en agregárseles Cánovas del Castillo, el cual expresó una opinión, como suya, muy interesante y atinada.

—No entiendo—les dijo—cómo este Prim, hombre de una agudeza fenomenal, ha reconstituído el Ministerio sin dar participación a los demócratas, que vienen siendo, aunque el general no quiera, la salsa del guisado *septembrista*. Oigan ustedes a Martos, a Becerra, al mismo Rivero, y verán por dónde respiran. Lo que ellos dicen: «¿Y para esto nos hemos hecho monárquicos?» No ha de tardar mucho la explosión de estas ambiciones, hasta cierto punto legítimas... A esto dicen los de la Unión Liberal: «Sin nosotros estaríais aún en la emigración, cantando las letanías ojalateras...»

En este punto pasó junto a ellos un joven regordete, con gafas, afeitado totalmente el rostro... Gauna, que no le conocía, le tomó por un profesor de la-

tín o por un clérigo humanista que ahorcado había las negras hopalandas. Tocó en el brazo a Cánovas; éste alargó el suyo, le enganchó de la mano, le trajo al grupo, y con afecto le presentó al de Gauna:

—Mi amigo muy querido Cristino Martos, vicepresidente, gran orador y demócrata de la congregación de la paciencia.

—Ya sabes, Antonio—replicó Martos con gracejo, después de los cumplidos—, que no soy impaciente. Los que fabricamos el porvenir sabemos esperar.

—¿Y qué dices de los nuevos ministros?

—Que no traen más que una muda de ropa política..., como quien viene para pocos días... Abur. Me llama el presidente.

Corrió a la Mesa, donde Rivero le soltó el trasto de presidir: la campanilla. Los tres del grupo quedaron riendo del gracioso dicho de Martos, y luego don Luis indicó a Cânovas que tenía mucho y bueno que contarle referente a los planes y conjuras carlistas. Desde que se puso en contacto con su entrañable amigo, contaminándose de las ideas del talentudo malagueño, contábale a éste todo lo favorable a la Causa, y con más gusto quizá todo lo adverso. Aquella tarde llevaba Gauna un buen puñado de sustanciosas y verídicas noticias; pero como no había tiempo para transmitirlas, propuso a don Antonio que comieran juntos.

—Convidados estamos María y yo para esta noche por la Villares de Tajo..., y en nombre suyo te digo que ella y nosotros tendremos muchísimo gusto en que tú y el amigo Iranzo *seáis de los nuestros,* para decirlo a la francesa.

Aceptaron.

Vivía la Villares de Tajo en el novísimo barrio de Salamanca, ampliación de Madrid según la norma de las grandes ciudades europeas. Del plan ideado y a medio ejecutar por el atrevido negociante, resultaba partido el escudo de esta cortesana Villa: con todo lo viejo se quedaba el oso heráldico, y lo nuevo poníase bajo la jurisdicción del madroño. En los días de mi cuento, gran parte de la nueva Madrid avanzaba en su construcción, un poquito a la ligera, y se extendía desde el terreno próximo a la antigua plaza de toros, por detrás de la Veterinaria y Casa de la Moneda, hacia los altos que dominan la Fuente Castellana. Por el Este querían invadir los improvisados Campos Elíseos y los tejares y paradores que afeaban los aledaños de la capital. Las dos primeras manzanas de casas, levantadas hacia el 68, respondían al genial pensamiento de Salamanca. En su interior tenían un gran patio común ajardinado, que les daba luz y aire; sus habitantes gozaban de doble fachada y no padecían la insana oscuridad de los interiores del viejo caserío.

El espíritu progresivo de Eufrasia fué de los primeros en admitir la innovación. Una de las casas de la segunda manzana, con entrada por Jorge Juan y disfrute de las luces del patio, fué adquirida por la ilustre dama, que se instaló en ella poco después de la revolución de septiembre. Falta decir, como última pincelada en el boceto del barrio flamante, que a la calle principal se dió primero el nombre exótico de *boulevard* Narváez. La revolución, con el criterio patriótico infantil de aquellos días, borró el Narváez para poner Serrano, y el instinto académico del pueblo condenó a muerte la primera parte del rótulo, pues no es necesario que las calles se llamen bulevares para ser aireadas, amplias y alegres... La comunicación entre el barrio y la vieja Villa era de lo más primitivo, conforme a la mezquindad y lentitud de la existencia urbana. Llevaba y traía gente un solo ómnibus con imperial y cabida para veinte personas a lo sumo. El cobrador anunciaba las salidas con un cuerno o trompetilla, y a los clamores de ésta acudían señoras y caballeros al estribo por donde trepaban al interior o a la escalerilla de la imperial. A muchos parecía este sistema de locomoción interurbana un portento de actividad y europeísmo.

Volvió a su casa la Villares de Tajo, acompañada de su amiga María Erro, antes que terminase la sesión, que fué bastante aburrida, como una comedia moral del viejo molde. Encontró tarjeta de la Subijana, que por segunda vez a visitarla iba. Supo al propio tiempo que también había estado la señorita Céfora. La visita de la titulada sobrina era ya la tercera, y en ninguna de las tres llevó compañía de señora ni criada.

Bastó la simple mención de estas personas para que María Erro, encendida en curiosidad, pidiese a su amiga información acerca de ellas. Como viuda de un Socobio, Eufrasia seguramente las conocería.

Declaró, en efecto, la Villares de Tajo que a Carolina trataba, y que de ella no podía decir nada malo. Era viuda de un don Miguel de Nanclares, caballerizo de don Carlos, por gracia de éste, marqués de Subijana. A la terminación de la guerra, quedó el matrimonio en situación precaria, y huyendo de molestias y ahogos fué a parar a los Estados Pontificios.

—Don Miguel y Carolina desaparecieron, pues, de Alava, y en más de veinte años apenas se ha tenido de ellos noticias. Muerto el marido en Roma, volvió Carolina con Céfora, hará de esto dos años... Entre paréntesis, esa joven no es tal sobrina; ya lo explicaré. Volvió, digo, muy mal de ropa y de dinero, y se consagró asiduamente a reclamar del Estado las salinas de Araña, fundándose en el derecho que le había transmitido su tío paterno, don Indalecio de Lecuona, fallecido en Miranda de Ebro el sesenta y seis... Según parece, ha ganado el pleito, y ya está remediada de su estrechez. Yo me alegro mucho; la he felicitado de todo corazón. Carolina es mujer de talento. No tenga usted reparo en tratarla... A la inteligencia une la distinción, la bondad... Y hablemos ahora de la falsa sobrina, que bien merece capítulo aparte, porque ésa sí que es historia interesante, de las que parecen novela. Carolina tuvo y tiene gran empeño en entapujarla. Con esto ha dado lugar a que la gente lance a la circulación mil cuentos extravagantes: que Céfora es hija de Montemolín, que nació de una princesa de Módena... Algunos van más allá, y han lanzado a la maledicencia el nombre del Papa... ¡Qué aberración! Yo soy quizá la única persona que sabe la verdad, y no vacilo en contarla para que se entere todo el mundo. No hay desdoro para nadie en referir una verdad que corta el vuelo a las mentiras... Amiga mía, tenemos tiempo de charlar un poco antes que lleguen mis convidados. Déjeme usted dar algunas órdenes..., cinco minutos no más..., y luego contaré...

XVIII

—Vivía yo en Roma el cuarenta y siete cuando allí ocurrió lo que voy a contar—dijo Eufrasia—, y pude enterarme del suceso por mi conocimiento directo con personas que en él hubieron d intervenir... Céfora es hija de don Miguel de Nanclares, esposo de Carolina. La tuvo de una hermosa muchacha judía, llamada Mesooda, de familia pobre del Gheto. Cómo se las arregló don Miguel para enamorar y seducir a esa Mesooda, es cosa que no sé, ni hace falta este dato para la historia. Lo indudable es que, nacida la chiquilla, la dieron a criar a una buena mujer de un pueblecito cercano. Allá iba don Miguel a verla, y en una de estas visitas a la aldea, el caballero y el ama de la niña discurrieron que debían bautizarla. Les pareció que era un crimen dejar que la tierna criaturita se perdiera para Dios... Trajéronla a Roma, y en la Minerva (ya recordará usted, una hermosa iglesia próxima al Panteón) recibió la hija de Nanclares el agua bautismal el nueve de febrero, y le dieron el nombre de Nicéfora, por el santo de aquel día. Mi marido estuvo presente, y contribuyó a la solemnidad del acto... Pues no quiero decir a usted la que se armó en cuanto pudo enterarse la madre, una rubita de traza ideal, del tipo de Ruth..., me parece que la estoy mirando... ¡Y que era una fierecilla la tal Mesooda!... Por milagro se salvó Subijana de que le arrojara al rostro un cantarillo de aceite hirviendo...

—Es un caso semejante al del niño Mortara, que tanto ha dado que hablar —dijo la oyente—. Aunque, en verdad, hay diferencia, pues aquí el padre era católico.

—Cierto..., y tan furibundo católico como ferviente libertino. No ha visto usted un hombre más extremado en la devoción de las faldas... Carolina tuvo que suprimir el servicio de criadas. Don Miguel las hacía suyas de la mañana a la noche, y fuera de casa andaba en liviandades con señoras, si alguna le caía por delante; con loretas y hasta con monjas... ¡Y muy católico me soy! ¡Y ay del que en su presencia dijese alguna herejía leve! Había usted de oírle ensalzando la moral cristiana y refirién-

donos milagritos de santos y vírgenes. Era una risa... Pues, señor, el Gheto se alborotó con escándalo... Pero Pío Nueve, rey absoluto de Roma, dijo que la niña Céfora había entrado en la grey cristiana, y punto final. Mesooda no volvió a ver a su hija; no le quedó más derecho que el del pataleo y las maldiciones; en el maldecir son terribles los judíos...

... Viene ahora otra faz del asunto, y es el furor de Carolina, que también maldecía, aunque en estilo cristiano: acudió a la Rota, quería divorcio, separación de cuerpos. En todos aquellos líos intervinimos mi marido y yo, queriendo poner paz en el matrimonio... Al fin logramos echarle un zurcido; pero de aquellas luchas quedamos la Subijana y yo enemistadas. Aquí en Madrid, hace cuatro días, hemos hecho las paces... La historia que refiero se iba volviendo cómica, ferozmente cómica A los dos días de reconciliarse Carolina y su esposo, ¿sabe usted lo que hizo el arrepentido don Miguel? Pues después de pasar la noche velando al Santísimo Sacramento, por la mañanita, con la fresca, se escapó a Frascati con una bailarina del teatro Apolo.

—¿Y Céfora?

—A ella voy. Ya grandecita, la pusieron en un convento de Ursulinas... De esto hablo por referencia, pues ya no estaba yo en Roma. Sé que murió el marqués de Subijana, y que su mujer, dando pruebas de excelente corazón, cuidó de la desgraciada niña. Sé que ambas vivieron algún tiempo en Pau, y que al volver a España la presentaba como sobrina... Mucho tiempo estuve sin saber de ella, hasta que un día no hace de esto dos semanas, me anuncian la visita de una joven, y sola... Una joven que viene sin compañía es siempre sospechosa. «Pues que pase...» Entra aquí y hace su presentación con encantadora sencillez: «Soy Céfora.» La verdad, me fué muy simpática. Su figura delicada, su ademán humilde, hablaban en su favor. Las primeras palabras que pronunció fueron para excusarse de venir sola. Por impulso propio imitaba a las señoritas extranjeras, que no necesitan rodrigón para andar por la calle... Esta gallardía me agradaba; pero empecé a recelar cuando, con cierto temblor de voz, me suplicó que a Carolina no hablase de su visita, rematando el ruego con esta frase: «Vengo sin que mi tía sepa que doy este paso.» El paso, no tardó en decirlo, era que sentía vocación religiosa muy viva y ardiente; que, anhelando ser monja, me pedía mi protección para encontrar convento en que meterse; deseaba una Orden muy estrecha. Acabó soltándome a boca de jarro un texto de San Agustín: «Mucho me cansa, Señor, esta vida, y me angustia esta prolija y triste peregrinación.»

—Estas que a los veinte años se cansan de la *prolija peregrinación*—dijo María Erro—, me dan a mí muy mala espina.

—Y a mí... Siguió hablando la joven... Yo, encantada de oírla. Tiene talento, mejor dicho, imaginación viva... Ha leído... Pero con todo su ingenio, no acabó de convencerme. Me pareció el primer día una cabeza dislocada, y en su segunda visita confirmé esta opinión... Yo sabía que ese loquinario de Urríes le hace el amor. De esto le hablé, y ella, sin perder su serenidad, respondió que Urríes la persigue; pero que no logrará cogerla en sus garras. A propósito de esto, me disparó otro párrafo de San Agustín, de que ahora no me acuerdo, santas palabras que venían muy a pelo... La verdad, he sacado en limpio que esta criatura, híbrida de judaísmo y cristianismo, es un ser bastante complejo. No hay claridad en ella. En sus ojos azules noto un estremecimiento de luces que marea... Yo me entretengo a veces en estudiar la mirada humana, y en la de Céfora he visto algo del suicida que mide la hondura del despeñadero en el momento de arrojarse... Esta es de las que se precipitan en el monjío como quien se arroja a una sima cuyo fondo apenas se ve... Pero ya hemos de poner punto a nuestra conversación... Ya están ahí: oigo la voz de Cánovas... Después vendrán Urríes y Juanito Valera.

La presencia de los tres convidados trajo a los salones de Eufrasia la dulce amenidad, el parloteo festivo con toques irónicos que son la orgía de las personas formales. ¡A comer se ha dicho, y a referir, comiendo, anécdotas y sucesos del mundo vigente, cosas amables, gustosas y picantes! Allí se realizaba lo que expresó Cánovas en un dicho ingenioso, como todos los suyos: «¿Qué hacen ustedes y sus tres amigos en las

Constituyentes?...» Y él respondió: «Esperamos, y esperando hacemos la Historia de España.» Pues la mesa de Eufrasia fué aquella noche un taller de historia, con sólo las referencias que allí se hicieron de sucesos privados. En algunos de éstos se veía pronto la relación con la vida pública; en otros, la misteriosa tangencia de lo individual y lo sintético no aparecía bien clara, y sólo era visible para las mujeres, que saben encontrar el parentesco de la *Gaceta* con las costumbres.

Don Juan Antonio Iranzo llevó su lote de anecdotismo particular a la general leyenda hispánica. En él todo era extraño, incongruente. Hombre de origen humildísimo formaba en el grupo conservador y aristocrático de Cánovas, y precisamente por esto resultaba tan española su figura. En España es un hecho constante la realidad de lo contrario, o que cosas y personas actúen al revés de sí mismas. El diputado por Teruel era un sesentón, alto y enjuto, de rostro huesudo, cenceño y totalmente afeitado. Creyérase que días antes había cambiado el calzón corto ceñido, el chaleco de pana y el pañizuelo en la cabeza, empaque muy noble ciertamente, por la levita y demás prendas que no caracterizan a nadie y a todos nivelan en la desairada vulgaridad... Lo que realmente a don Juan Antonio caracterizaba era que, en su alta posición de hombre político adinerado, no sentía vergüenza ni resquemos de su origen plebeyo; antes bien, siempre fué su mayor gusto referir cómo subió la cuesta social, desde la humildad pobre a la cumbre en que a la sazón se veía. Deseaba Eufrasia que sus amigos los Gaunas oyesen de boca del propio caballero la historia de su vida protentosa. No se hizo de rogar Iranzo. La sorpresa de sus oyentes le hacía feliz; refiriendo la verdad escueta, gozaba tanto como los histriones que declaman el ingenioso embuste.

—Es cierto lo que Eufrasia dice. No me avergüenzo de mirar desde arriba la llaneza de donde vine..., y bien puede uno alegrarse de haber subido cuesta tan empinada... Pero si me alegro, no me alabo de ello, porque, mirándome bien, veo que no he llegado por mi propio esfuerzo, adonde estoy... Claro que mi constante trabajo ha tenido alguna parte en los bienes que disfruto; pero la parte mayor pertenece a la suerte... Debo lo que soy a un milagro..., no se asombren, a un verdadero milagro, como van a ver... Yo fuí criado de los duques de San Lorenzo..., criado..., doy a las cosas su nombre... No vale disfrazar el nombre de las cosas. Criado fuí, y a mucha honra... Los señores duques me querían, porque yo era fiel y puntual en el servicio y muy afecto a la casa. Doncella de la señora duquesa era una joven de quien me enamoré... Juntos servíamos... Entramos en relaciones, resolvimos casarnos. Los amos veían con buenos ojos nuestros amores honestísimos... Pero aunque mi novia y yo teníamos algunos ahorrillos, el casorio nos lanzaba a los azares de la vida con pocos elementos para la lucha. ¿Cómo se remediaba esto? Pues la solución más sencilla era que los señores duques, al salir yo de su casa, me consiguieran un destino. En mis ratos de descanso entreteníame en pensar qué empleo, arreglado a mis cortos conocimientos, me convendría más... ¿Portero en algún Ministerio, en el Congreso, en Palacio? ¿Guarda en sitios reales?... A fuerza de cavilar, me decidí al fin por algo que halagaba mis gustos; yo veía con admiración a los cobradores que andan por Madrid llevando al hombro un saco de plata o calderilla... Aquel empleo colmaba mis ambiciones. Cobrador te vean mis ojos, que capitalista como tenerlo en la mano.

Con ojos y oídos atendían todos al buen Iranzo, y en cada pausa celebraban la ingenuidad y gracia del autobiógrafo. Este prosiguió:

—Escogida la ocupación que había de sustentarnos, dije a mi novia que a la señora duquesa manifestara mis cortas ambiciones, y ya descansamos de todo afán, pensando en apresurar la boda, pues la duquesa pronunció el «estad tranquilos: corre de mi cuenta...» Y así fué: la ilustre señora no se anduvo en chiquitas, y acudió no al director ni al ministro, sino a la propia reina gobernadora doña María Cristina, con quien tenía entrañable amistad. No sé si llevó de memoria la petición, o en el mismo papelito en que yo la escribí para mayor claridad. Ello fué que su majestad repitió el sacramental «estate tranquila», etcétera..., y, deseosa de ser-

vir, tiró de pluma y pidió al ministro la plaza para mí...

—¿Y el milagro?

—El milagro fué que al escribir..., ¡cómo tendría su cabeza la buena señora!..., se equivocó, y en vez de poner «cobrador colegiado». fué y puso «agente colegiado...» *(Exclamaciones alegres de los oyentes.)*, que es destino de fianza, destino de rendimientos grandes, como que los agentes autorizan las operaciones de Bolsa... Total: que me casé, y a los dos días de ser marido de mi mujer me dió la duquesa el nombramiento. Lo leí..., quedé aterrado... El primer impulso fué devolver la credencial, dicendo que aquello no era para mí, ni yo para cosa tan grande. Después me vino la idea de no precipitar los acontecimientos. Guardé mi papel... Ocho días lo tuve en mi bolsillo, sin mostrarlo a nadie; ocho días de meditación sobre aquel caso inaudito... Concluí diciéndome que cuando a Dios le da la gana de hacer un milagro, no debe el hombre meterse a corregirlo... ¿Dios me había hecho agente de Bolsa y Cambios colegiado?... Pues cúmplase su santa voluntad... A los ocho días de dar vueltas en mi caletre al bendito milagro, me fuí a ver a un amigo muy estimado, que en Bolsa operaba sin título: era listo, de riñón bien cubierto; yo le dije, mostrándole mi credencial: «Don Anselmo, mire lo que me han dado y no se encandile. De usted depende que yo me quede con este papel o lo devuelva.» Y el hombre, abriendo el ojo, y dando un puñetazo en la mesa, me respondió: «¿Devolver? Eso es cobardía. Los vailentes saben morir antes que devolver las armas que la patria les entrega.» Nos arreglamos. El cobraría la mitad de mis ganancias hasta reintegrarse con intereses la suma que adelantó para la fianza... Trabajábamos juntos: operaba él; yo firmaba..., hasta que llegó un día en que pude soltar los andadores... Para no cansar a los cinco años de esto ya tenía yo un capitalito ganado a pulso... A los diez, el capitalito era capital... A los veinte...

—No siga, don Juan Antonio—dijo Eufrasia, riendo—; nos da usted una dentera horrible, contándonos cómo crecían sus cosechas de dinero.

Iranzo terminó así su cuento de hadas:

—Ya saben todos los presentes que es más fácil hinchar cincuenta mil duros que cincuenta mil reales... El primer milagro, el verdadero, fué obra divina... Yo hice después los míos, milagritos pequeños, de los que hace cualquiera con un poco de suerte. buen ojo para los números y buen olfato para las ocasiones.

—Lo que llamamos suerte—dijo Gauna—no es más que la proyección de nuestras cualidades y defectos. En lo que hemos oído, veo yo la acción de una voluntad poderosa. Don Juan Antonio, es usted un hombre extraordinario.

—¡Ah!...; eso, no. Un hombre de los más comunes, honrado y trabajador, un obrero que sabe hacerse su propia casa... No me quejo de la vida, y bendigo mi estrella. A mayor abundamiento, también en mis dos matrimonios he sido afortunado. Mi mujer y yo vivimos en la mejor armonía. Disfrutamos de todo, y nos permitimos un poquito de vanidad... El Papa nos ha hecho condes... ¡Pchs!..., esto gusta a las mujeres. En tiempo de la pobre doña Isabel, era moda ponerse un título para dorar la plata, y a veces la calderilla. Nosotros no habíamos de ser menos.

En el giro de los comentarios, Cánovas expresó esta idea tan ingeniosa como profunda:

—Vea usted confirmado, Eufrasia, con el ejemplo de Iranzo, lo que dije ayer, hablando con Manzanedo. No esperemos que de la antigua aristocracia salga la fuerza conservadora, inteligente y eficaz, que ha de salvar a esta sociedad. O no sale esta fuerza de ninguna parte y la nación española se pierde sin remedio, o vendrá de estos hombres nacidos del pueblo y elevados a las altas posiciones por su agudeza y laboriosidad. Estos, éstos son los fabricantes de fuerza. Vengan muchos Iranzos; vengan a robustecer el sentido conservador de la sociedad, que hoy vemos harto flaco y miserable.

Con sagaz criterio afirmó después don Antonio que España había de pasar fatalmente por graves disturbios, delirios y ensayos sangrientos. La política de los últimos años había producido, por errores de todos, una gran fuerza expansiva o revolucionaria. No era prudente ni práctico oponerse al empuje de esa enor-

me fuerza desencadenada. No había más remedio que dejarla correr hasta que por el continuo roce se gastara.

—La fuerza nuestra es aún muy débil. Esperemos su crecimiento, que ha de venir por ley de naturaleza... Ya tenemos en nuestras catacumbas milicia, nobleza, damas elegantes, capitalistas... Pero aún vendrán en número incalculable... Nuestras catacumbas son doradas y cómodas: se está muy bien en ellas... Podemos esperar.

Ya se ha dicho que las conversaciones de la calle y de las salas y comedores, con las anécdotas privadas y las vidas de hombres oscuros, colaboraban en la historia de España. La vida de Iranzo era en esa historia uno de los pasajes de mayor potencia documental. *Los fabricantes de fuerza* iban quitando el puesto a los guerreros y conquistadores. El pueblo, desnudo unas veces, vestido otras, hacía lo que antes hicieron reyes y tribunos. La plebe, transformada por la adquisición del dinero, escalaba las alturas v modelaba los ídolos monárquicos con un yeso que no había de fraguar ídolos para largo tiempo, pues ya no hay calor que endurezca la blanda masa de que están compuestos... Y ahora seguiremos presentando anécdotas y sucedidos particulares, que son fundamento de la historia fraguada para medio siglo de idolatría nacional; un remiendo más bien chapuza, para tirar hasta 1919.

XIX

Hablan ahora las damas. Eufrasia dijo:

—Sólo en el carlismo veo yo un peligro imponente.

Y María Erro, que hasta entonces había permanecido taciturna, anunció un nuevo pasaje histórico:

—Que cuente Luis lo que sabe acerca del carlismo, y ustedes dirán si debemos mirarlo como un serio peligro o como un estorbo pasajero. Yo soy legitimista: mis apellidos traen acá los ecos de Oñate, de Estella, de Vergara. Pero no vive uno por vivir, sino por aprender. Seguiremos siendo carlistas platónicos mientras no se nos traiga una cosa mejor, o algo que sea nuestro ser trasplantado a la vida real. Así lo dice Luis; así lo digo yo, que ante todo soy católica, apostólica, romana.

La curiosidad de lo que el marqués de Gauna había de contar no admitía espera. Apremiado por todos, don Luis cogió la palbra:

—No es cuento, aunque lo parezca. Es, no diremos un hecho, pero si un propósito que ha de traducirse en hechos reales. Me han traído noticias de Cabrera, y las tengo por tan verídicas como si yo las recogiera del propio don Ramón, mi querido amigo. Cabrera, sépanlo ustedes, acepta al fin la dirección del partido, que es como decir la dirección de la guerra. Cabrera se pone al frente de las muchedumbres carlistas, llevando a su lado al rey hasta traerle a ocupar el Trono. Pero... Aquí viene lo bueno. Cabrera será la espada de don Carlos, con la condición de que éste acepte un programa liberal, franca y abiertamente liberal. Aquí tengo copia de las bases. *(Saca un papelito que pasa a las manos de Cánovas.)* Míralo, Antonio, y te convencerás: es copia exacta de las condiciones enviadas a Carlos Séptimo...; programa liberal a la europea, pues de otro modo, la Causa sería recusada por el mundo entero: Constitución, Parlamento y libertad de Imprenta; tolerancia religiosa, vivir a la moderna, dar de lado a frailes y clérigos, sujetando a la beatería con un Concordato inspirado en las ideas regalistas...

—Basta, basta—dijo Cánovas con expresión victoriosa—. Si esto es verdad, y verdad será cuando tú lo dices, pon una losa sobre el carlismo, que ha muerto para siempre. ¿Rechaza don Carlos las condiciones de Cabrera y se lanza a la lucha con los elementos que ahora tiene? Pues será vencido, irremisiblemente vencido y destrozado. ¿Acepta el liberalismo que le ofrece el conde de Morella? Pues pronto le abandonarán los elementos clericales, que son su fuerza, son el alambre que mantiene derecha esa estatua de barro... Don Carlos, antes de disparar el primer tiro, tendrá que irse a su casa, porque el carlismo dejará de ser tal, y cambiando de ideas ha de cambiar necesariamente de nombre: se llamará *Alfonso Doce.*

Callaron todos, esperando más vivos comentarios. Y Cánovas siguió así:

—Esto lo sabe Cabrera mejor que nadie. Me consta que lo sabe... Por lo demás, esas condiciones diríanse ideadas con el fin de desengañar a don Carlos y abrir los ojos a la realidad. Por ese medio Cabrera se quita de encima una mosca importuna, pues ni él está para salir a campaña, ni sus ideas son las que tuvo en mil ochocientos treinta y ocho y mil ochocientos cuarenta. Vive en Inglaterra; está casado con una protestante, que es más fiera que él, y no puede ver ya en el carlismo más que una leyenda para solaz de inválidos de las clases militar y eclesiástica.

A poco de terminar Cánovas, y cuando acababan de tomar café, fué anunciado Urríes. Pasaron los comensales al salón, donde no había más visitante que el diputado andaluz, con quien Eufrasia y sus amigos empalmaron la hebra de su charla política.

—¿Qué noticias nos trae, Juanito? ¿Sigue en alza el papel Montpensier?... Díganos antes: ¿cómo es que no viene con usted esta noche Juanito Valera?

—Está en casa del duque de Rivas, donde habrá lectura de una colección de elegías. Juan quería llevarme; pero como esto de las elegías entiendo que es cosa triste y funeraria, he preferido brillar por mi ausencia... En cuanto al papel Montpensier, tengo el sentimiento de declarar que hay tendencias a la baja.

—¡Ah Juanito! Ya me lo figuré en cuanto le vi a usted. Nos trae esta noche una cara terribleemnte elegíaca. Vamos a ver: ¿qué ha resultado de la reunión masónica en El Escorial? ¿Fueron los amigos de Prim y de Sagasta? ¿Consiguió éste hacerles entrar por el aro? ¡Ea!, no nos venga usted ahora con reservas y tapujitos. Descúbranos el lindo pastel.

—Como el pastel se nos ha quemado, todo lo diré, sin ocultar nombres... El primero, nuestro espléndido anfitrión, Abascal, intendente, o cosa así, del Real Patrimonio; después, Sagasta, que era el llamado a recomendar al Progreso el papel Montpensier; seguía la reata... Vaya usted contando: Figuerola, Llano y Persi, Moreno Benítez, Juan Manuel Martínez, Venancio González, Ricardo Muñiz, Bonifacio de Blas, Carratalá y *este cura*... Me parece que no se me olvida ninguno.

—Pues han sido ustedes trece. ¡Fatalidad!

—Dispénseme, Eufrasia. Mala cuenta hace usted. Eramos once. Y este número debe de ser más fatídico que el trece, porque el final de la reunión hizo competencia al rosario de la aurora... Sagasta desempeñó su papel con brevedad. Su argumento fué de los que no admiten réplica: «Señores, no discuto la valía del duque. Sólo afirmo que ha venido a ser el único candidato *viable*. No hay otro. Todos los intentos han fracasado. El que de ustedes crea posible mejor solución, dígalo pronto. Yo sólo añadiré que cada mes, cada día de interinidad es un gravísimo peligro para la patria. No patrocino a Montpensier; expongo la urgente necesidad de tener un rey. Don Fernando de Portugal se niega en absoluto... En el duque de Génova no hay que pensar... ¿Qué hacemos? Quiero saber la opinión de mis queridos amigos.» Y la supo; la oyó bien clara y terminante, contraria resueltamente a la propuesta o consulta del ministro de la Gobernación. Cada cual según su temperamento, unos con suavidad, otros con energía, alguno con fiereza, todos se interpusieron entre la Corona de España y la cabeza del cuñado de Isabel Segunda. Antes, la interinidad indefinida; antes, el desgobierno, el motín crónico, el diluvio. No sólo era cuestión política, sino cuestión moral. Yo me permití decirles que estaban obcecados, que estaban locos. Pero si de Sagasta no hicieron caso, ¿qué caso habían de hacerme a mí?

—¡Delicioso fracaso, Juanito! —dijo Eufrasia, gozosa—. ¡Ay, qué alegría! Siga, siga.

—Nada más diré de un asunto que recuerdo con pena. Huyo de él, como los cómicos escapan del teatro en que les han arreado una silba. Pero algo más, de un orden enteramente distinto, hubo en la reunión. ¿Lo cuento? El bueno de Abascal quiso prepararnos una sorpresa..., más que grata, emocionante, patética; un espectáculo que ha dejado en los que lo presenciamos recuerdo indeleble. Fué, por decirlo así, el número más hermoso y dramático del programa, el único éxito brillante, magnífico, de la excursión, jira o como quiera llamársela.

Expectación ansiosa del público:

—¿Qué ha sido, Juanito? ¿Qué ha visto? Dígalo pronto.

—Lo que yo he visto—afirmó Urríes pavoneándose—, ninguno de los que me oyen lo vió jamás, ni probablemente lo verá... Convengamos en que Abascal no tiene precio como empresario de espectáculos de gran novedad, ni como anfitrión que sabe obsequiar a sus convidados. Pues, señor..., bajamos al panteón, y allí nos encerramos con algunos albañiles y aparejadores. A cada uno de nosotros se dió una vela de cera, encendida... Vimos al costado derecho del altar, en la primera fila de nichos, un andamio portátil, bastante sólido. Era el aparato que allí se emplea para dar sepultura a los reyes o reinas. Subieron los aparejadores. Sacaron la urna más alta, tirando de ella como se tira del cajón de una cómoda... Una vez la urna en el andamio, levantaron la pesada losa de mármol que le cubre, y quedó descubierto el cuerpo del emperador Carlos Quinto... Subimos todos a verlo...

—¡Escándalo, profanación!—exclamó Cánovas con súbito estallido de ira—. Esto no puede tolerarse... Esos hombres nada respetan. ¿Qué sentimiento monárquico ha de haber en esas almas groseras y prosaicas, insensibles a la grandeza de una tumba gloriosa?... Siga, Juanito... Y ¿qué vieron? ¿En qué estado se halla el cadáver del César?

—Está momificado y en admirable conservación. Enormemente nos impresionó ver el rostro y cuerpo del emperador. Quedamos todos suspensos, y en los primeros instantes no se oyó el menor murmullo. Conteníamos la respiración; nos paralizaba un respeto religioso... Creíamos ver la Historia que volvía..., no sé decirlo..., el pasado que se nos ponía delante..., tampoco acierto a expresarlo. Tiene el César la nariz casi destruída; los ojos, como huecos profundos; inalterable la quijada saliente, y en perfecta conversación el pelo entrecano de la barba. Para mí resultaba como si la cabeza del retrato de Ticiano, que está en el Museo, fuera sacada de un desván donde las cucarachas hubieran hecho algún estrago, dejando el parecido... Las piernas, de rodillas abajo, son esqueléticas... La gota en vida le trató peor que las cucarachas en muerte.

—¿Y qué ropa viste...?

—Sólo un gran manto de tisú blanco, en que está envuelto todo el cuerpo; en la cabeza, un capacete o gorro de la misma tela. La conservación de ésta es admirable.

—Manteo de brocado de Cambray, tejido con seda y tirado de plata—dijo Cánovas—. ¿Y no tenía ninguna insignia del Toisón?

—Nada. Ni collar, ni borrego, ni cruz, ni ningún objeto de metal vimos... Después de contemplar un rato lo que queda del hombre más poderoso de su tiempo, se volvió a poner en su sitio con muchísimo respeto la losa o cobertera; los aparejadores empujaron la urna hacia el interior del nicho y todo quedó conforme estaba.

Los comentarios y apreciaciones de la irreverente travesura fueron muchos y poco lisonjeros para los progresistas.

CÁNOVAS.—¡Y esta gente anda buscando un rey!... Los que no respetan la Monarquía en su representación personal más alta, quieren que venga un príncipe extranjero a compartir con ellos la frivolidad de esta generación. Yo aseguro, desde ahora, y lo digo muy alto; yo aseguro que ningún rey traído de fuera dormirá en las urnas de El Escorial.

URRÍES.—*(Aparte, a Gauna.)* Con furia lo ha tomado este señor. No he querido contar las tonterías que en presencia de la momia se dijeron. No sé quién hizo esta frase: «De mal agüero es tu exhumación, amigo Carlos Quinto. ¿Significará que vendréis otra vez los austríacos a jeringarnos?»

EUFRASIA.—Compadezco al que venga. Deseo la ruina y el fracaso más horrible a los empresarios de la traída de rey.

URRÍES.—*(Alto.)* Por Dios, don Antonio, no se incomode, y, sobre todo, guárdeme el secreto. Se me olvidó decir que nos juramentamos para no contar a nadie lo que hicimos. Si se sabe, que no se sepa por mí... Verdaderamente, debí callarlo; pero el afán de referir algo extraordinario ha podido más que mi discreción... Ruego a todos que no me comprometan.

Diósele promesa de secreto, y la presencia de otros amigos de la casa generalizó y desgranó la conversación. Don Manuel Orovio, apenas puso el pie en la sala, acometió fieramente a Cánovas con apreciaciones políticas, de una seriedad

aterradora. Más que con su seriedad, deslumbraba el ex ministro de Isabel II con sus chalecos, que en el último tercio del siglo XIX suministraron a las gacetillas abundante materia pintoresca. Era un buen señor, tan probo como reaccionario, bastante sagaz en los días subsiguientes a la revolución, para ver en Cánovas el hombre del porvenir. A él se adhería mentalmente, poniendo al servicio del maestro todo lo que podía darle: su honradez, su experiencia de covachuelista y su ardiente devoción borbónica.

Las diez y media serían cuando se despidió Iranzo. Era hombre de una sociabilidad tan intensa como rutinaria, y en aquellos días no se retiraba sin pasar por el salón y tertulia de la duquesa de la Torre. Esta fidelidad a una casa en que predominaban ideas tan contrarias a la del buen amigo de Cánovas se explica o por la atracción de los elementos opuestos, o por la simpatía personal, que en España suele relegar las ideas a un lugar secundario. Por esto, diluídas en el ambiente cortesano, acción y reacción han sido siempre tan benignas... Al ver salir a Iranzo, la de Campo Fresco, que poco antes había entrado, dijo a la *Moruna* (viejo mote de Eufrasia):

—Siempre que veo a este hombre, ¡ay!, me le represento alzando la cortina para darme paso al salón de la San Lorenzo... Créame usted: si atontado está el mundo, es de las vueltas que da.

Llegó Carriquiri, un viejo amable, viviente archivo de su siglo; poco después el conde de Toreno, joven con aire de bebé, coloradote y con barbas rubias, el más inteligente y lucido quizá de la nueva hornada reaccionaria; comparecieron después Cárdenas, Jove y Hevia y otros. Hablando pestes del Gobierno de la revolución y zarandeando los candidatos al Trono, pasaban dulcemente las horas. Urríes se retiró después de las doce, y se fué a la indispensable escala en la tertulia de la duquesa de la Torre, que aún residía en la Inspección de Milicias. Allí vió a Ortiz de Pinedo, con quien se entretuvo un rato en maldecir la interinidad. Un general ilustre, Ros de Olano, comentando los apuros de la España sin rey, hizo una indicación, que no comprendieron los que con risas la celebraron, viendo el chiste y no la profunda filosofía histórica que entrañaba.

—No hemos caído en la cuenta—dijo—de que lo más lógico es traer un rey árabe, y que no debemos buscarlo en las reinantes familias europeas, sino en los harenes africanos... Arabe y musulmán debe ser nuestro rey, aunque luego, para que ande por casa con desenvoltura, tengamos que cristianizarlo. Un rey descendiente del amigo Mahoma será el que mejor nos entienda, nos baraje y nos meta en cintura. Decidámonos, y traigamos un Abderramán, a quien llamaremos *califa*. Alá es grande... Con tal caudillo no tardaremos en apropiarnos toda la costa septentrional de Africa.

Esta idea no era para reída, sino para pensada.

Retiróse Urríes a su casa, donde estuvo unos días en preparativos de viaje, lo que no era tarea liviana, por el inmenso bagaje de sus pensamientos, unos que irían con él al Norte, otros que había de dejar en Madrid y algunos que debieran ser expedidos a la tierra de María Santísima. Provenía la confusión del caballero de su desordenado y voluble deporte amoroso, pues como quien se ejercita en la circense habilidad que llaman *juegos icarios*, jugaba con varios corazones como si fueran platos o palillos, tirándolos al aire para recogerlos y relanzarlos con diestra y limpia mano. El juego había de fallar alguna vez, y ello fué cuando el hermano de don Juan apareció en Madrid inopinadamente y le dijo:

—Ha llegado el momento de poner término a tus vacilaciones y de decidirte por la solución que vengo indicándote desde el mes pasado. Nuestra casa necesita un apoyo. Tú debes darlo casándote con Mariana de Pedroche, que, a su condición de propietaria de las mejores vegas de Montilla y Lucena, une las cualidades de belleza y virtud. Acábense tus dudas. Sienta la cabeza, Juan; ya no eres un niño. Bastante tiempo te he dejado vivir a lo mozalbete. Ya llegó el día de llamarte al orden y decir: Hermano mío, te mando que seas conde de Aldemuz.

XX

Y animándose con el mutismo de su hermano, prosiguió Ben Alí:

—Irás inmediatamente a Laguardia, y sin dilación desharás el equívoco que allí existe por tu gran imprevisión y ligereza. Mil veces te dije: «Juan, no sueltes prenda, no hables de matrimonio, ni empeñes tu persona irreflexivamente.» Por no hacerme caso te ves ahora obligado a dar explicaciones, a pedir que te dejen retirar promesas y palabras que un hombre discreto no debe dar nunca. Y al propio tiempo, te encargo que procedas como caballero, que no olvides tu nombre y procures quedar bien con esa familia de Ibero, según entiendo, muy respetable. La cuestión es como de encerrona, y para sortear la salida necesitas de mucha flexibilidad y mano izquierda...

Era el conde de Ben Alí un hombre feo de esos en quienes la misma fealdad revela procedencia de padres hermosos. Sus ojos, desmesurados y refulgentes eran como los faroles de un ferrocarril; las cejas, dos tirajos curvos de paño negro; la distancia entre la nariz corta y la boca larga, más grande de lo que marca el ideal helénico; la barba fuerte, espesísima, afeitada en los carrillos para que no invadiera las partes del rostro que, según ley estética, deben estar mondas de pelo; la color blanca, dorada al sol; los dientes limpios, correctos y sanos. Su aspecto, en suma, comprendiendo cara y cuerpo, acomodábase al más arrogante tipo de bandido, y no había en ello incongruencia, pues rara vez vió y sufrió el pueblo español cacicón más audaz y despótico. Era el azote político, fiscal, judicial y administrativo de una comarca tan risueña como desdichada.

El ideal patriótico del conde, fundamentado en su brutal egoísmo, no era otro que ver al bueno de Montpensier en el Trono de España. Grande amigo del duque, no dudaba que éste le facultaría para extender y reforzar con apretados tornillos su feudal máquina de tortura... Y, por fin, las ambiciones de Ben Alí se redondeaban casando al hermano con la dama de Priego, marquesa de Aldemuz, para que nuevos estados vinieran a la familia y se constituyese el feudo en un cosiderable espacio rural.

Las amonestaciones severas del hermano mayor impresionaron a don Juan, que si bien ya estaba en la idea de cambiar de novia, su ligereza no le había permitido aún ver claramente la dificultad del paso. Pero había llegado el momento crítico de liquidación amorosa. El galán tenía que desenredar sus enredos y afrontar las consecuencias de su frivolidad. ¡Oh Fernanda grácil y seductora! ¡Cuán penoso era para tu accidental caballero sufrir la pena de dejarte libre y en disposición de admitir nuevo dueño, y, al fin, poseedor de tu excelsa hermosura!... Menos mal que el tirano Ben Alí le mandaba a Laguardia por largo camino, pues dispuso que fuese antes a Barcelona con importantes órdenes y pliegos para un coronel de Artillería retirado, que en aquella gran ciudad dirigía secretamente la tramoya montpensierista.

Cuando el arrogante andaluz disponía sus bártulos para tomar el tren, supo que la Subijana y Céfora habían levantado el vuelo. Días antes salió el pobre Romarate, custodiado por un sirviente de los marqueses de Gauna, en el mismo tren que a éstos condujo. Algo inquieto y sobresaltado, pudo creer el caballero que amigos y enemigos corrían hacia el Norte, imantados como él de un temor supersticioso, miedo a la verdad, al amor enojado y justiciero.

Partió el mismo día en que Prim modificó el Gabinete. La salida inevitable de Martín de Herrera, por su desatentada circular sobre la interpretación de los derechos individuales, y el decreto acerca del ingreso y ascenso en la carrera judicial, dieron al general ocasión de abrir la puerta grande a los demócratas. Quedó en Estado Silvela, pasó Ruiz Zorrilla a Gracia y Justicia, en Hacienda entró Ardanaz; en Fomento, Echegaray; en Ultramar, Becerra. Con estos últimos nombres en el cartel gubernativo refrescó Prim su política, y los demócratas conocieron la alegría del vivir: ya no eran simple adorno muerto, de azul y oro, en la vitela del libro de la Constitución...

El mayor, el único regocijo de Urríes al salir de Madrid por la vía de Zaragoza, fué ver la lozanía con que maduraban los frutos de la interinidad. Como fanático de Montpensier, deseaba que en

el cuerpo y extremidades de la nación brotaran granos y pústulas, para que fuese menester acudir al heroico remedio. Gravísimas noticias traían el viento y el telégrafo, el correo y las públicas voces. España decía: «Estoy muy molesta, con insufribles picazones en todo mi viejo corpacho. Por aquí me duele, por acullá me arde, por esta otra parte se me hincha la piel. Me salen carlistas por donde menos podía pensar, me salen federales por *do más pecado había.*»

Por el camino repasaba Urríes en su mente el sinfín de manifestaciones eruptivas que infestaban a la nación. Todo aquel sarpullido era por don Carlos y la Unidad Católica. Indudablemente, el ejemplar más castizo y picaresco de aquellos brotes insurreccionales fué el que la Historia designa con el epígrafe de *El cura de Alcabón*. Era don Lucio Dueñas, según sus biógrafos, un clérigo chiquitín, casi enano, buen hombre en el fondo, pero tan fanático y cerril, que perdía el sentido en cuanto el viento a sus orejas llevaba rumores de guerra carlista. Apenas se enteraba de que ateos y masones sacaban los pies de las alforjas, preparaba él las suyas llenándolas de víveres y cartuchos. Convocaba inmediatamente al vecindario del mísero pueblo de Alcabón, y entre mozos y viejos disponibles reclutaba una docena, o algo más, de gandules dispuestos a defender con su sangre y su vida la Unidad Católica y la Monarquía absoluta. Hecho esto, y reunida su mesnada, que rara vez pasó de veinte hombres, echaba la llave a la iglesia, cogía la escopeta, enjaezaba su rocín flaco, y ¡hala!, a pelear por Dios y por Carlos VII.

El campo de operaciones del minúsculo guerrillero tonsurado era la banda Sur de la provincia de Toledo. Pasaba el Tajo por donde podía; evitaba los pueblos grandes; en los pequeños entraba impetuoso, arengando a su gavilla; pedía raciones, cebada y pan o lo que hubiese; y si en alguna parte le atendían, daba recibo en papel, encabezado con este membrete: «Real Comandancia de Toledo.» Su refugio y descanso buscaba en Menasalbas o en Guadalerzas. Era, en verdad, delicioso y romancesco el cleriguillo de Alcabón. Hacía poco o ningún daño; no fusilaba; valíase de los muchos amigos que en la comarca tenía para escabullirse de la Guardia Civil; pedía y tomaba raciones; no desperciaba caballo cojo ni burro matalón, y aprovechando alguna coyuntura feliz, arramplaba con los menguados fondos municipales. Como experto cazador de toda la vida, don Lucio conocía palmo a palmo el terreno. Alguna vez recalaba en la posesión de don Juan Prim, en Urda. El administrador, que era su amigo, le daba raciones y buen vino de las provistas bodegas del general. El jefe y los bigardos de la partida se apimplaban para hacer coraje, y luego salían por aquellos campos gritando como energúmenos: «¡Viva la religión! ¡Viva la Virgen! ¡Viva don Carlos!» El exaltado cura, tan pequeñín que apenas se le veía sobre el jamelgo, se esforzaba en suplir su menguada estatura con la fiereza de sus gritos y la bizarría de sus actitudes.

Más temibles que el enano de Alcabón eran en la Mancha Sabariegos y Polo, cabecillas veteranos que asolaban el Campo de Calatrava. Los bárbaros que les seguían llegaron a formar cuadrillas imponentes, que so color de la Unidad Católica cometían mil desafueros. Estos granos o diviesos eran de más cuidado que los de la tierra toledana, y mortificaban con punzadas dolorosas el tronco de la madre Iberia. Pero ésta sufría en otras partes de su cuerpo enardecido múltiples tumores, que en sanguinoso avispero se juntaban. Los párrocos y canónigos de Astorga, alzando pendones por la Monarquía absolutamente católica, se comprometieron a dar cada uno para la santa guerra un hombre armado o su equivalencia en dinero. Pronto se reunieron elementos tan silvestres como belicosos. Del Seminario salió un intrépido sacerdote y catedrático, el señor Cosgaya, que, organizada la evangélica partida, se lanzó a las aventuras macabeas. Su hazaña primera fué matar a un pobre alcalde; después siguió de pueblo en pueblo racionando a sus hombres y caballos, y aliviando al Fisco de la cobranza de contribuciones.

Pero la cuadrilla más audaz y vandálica de la provincia de León fué la que guerreaba bajo las banderas del heroico beneficiado de la Catedral, don Antonio Milla, de quien se dijo que era tan sutil teólogo como hábil estratégico. Asoló diferentes pueblos, dejando en Santa

María de Ordax memoria perdurable por los delitos que allí se perpetraron contra la vida, la hacienda y el pudor. Otro de estos Cides con puntas de bandoleros fué el ilustrado canónigo don Juan José Fernández, que no se quedó corto en los atropellos y depredaciones. En una provincia cercana, Palencia, salió Balanzátegui, no cura, sino soldado, y de los más valientes, a quien perdió el necio delirio de imponer a tiros y sablazos la Unidad Católica y el Concilio de Trento. Su ciega y fanática intrepidez le perdió: fué pasado por las armas...

El divieso del Burgo de Osma fué García Eslava, que brotó y reventó entre aquel pueblo y Almazán. En tierra de Burgos aparecieron como abscesos infecciosos los afamados Hierros, que operaban con ruda valentía y eclesiástico fervor de la patria del *Empecinado* y en los términos de Aranda de Duero, Roa y Coruña del Conde... En la provincia de Segovia, los facciosos dispersos se juntaban en Revenga bajo el garrote y bonete del capellán de Juarrillos, para correr al latrocinio de leñas, carbones, pan y cebada; en tierras de Madrid, el cabecilla Jara salía de Santa Cruz de la Zarza en busca de los pingües esquilmos de Aranjuez; desde Valdemorillo y Colmenarejo partían bandas de campeones de la Unidad Católica en persecución del Real Sitio, y amenazaban las preciosidades de la Casita de Abajo. Era, en fin, un levantamiento general y a la menuda, en la mayoría de los casos organizados y dirigidos por indignos clérigos. Y estos bribones, que al verse perdidos se acogían al último indulto, volvían luego tranquilamente a sus parroquias, santuarios o catedrales, y sin que nadie les molestara continuaban ejerciendo su ministerio espiritual, y elevaban la Hostia con sus manos sacrílegas.

Y aún había más, mucho más que lo rápidamente contado, que fué repaso y enumeración en la mente de Urríes. Todo el mísero cuerpo de la nación estaba invadido de la plaga. En el Maestrazgo, Valencia, Aragón y Cataluña, sufría España la terrible picazón. De aquella sarna que la obligaba a rascarse desesperadamente brotaron los horribles tumores que la pusieron en tan asqueroso estado. Acudía el Gobierno con los emplastos emolientes del envío de columnas en persecución de los malhechores católicos, unitarios, absolutos o carlistas, que de mil maneras se llamaban. Pero como era forzoso atacar un mal esporádico en tan distintas y distantes partes del enfermo, unas veces llegaba tarde el remedio, otras demasiado pronto, como pasó en Montealegre, cerca de Barcelona. Los conjurados se reunían por órdenes del cabecilla Larramendi, y conforme iban llegando al punto de cita, con arreos de cazadores, la columna del brigadier Casalis los cogía, y tranquilamente los fusilaba. El único que pudo escapar fué Larramendi, que olió la quema y se puso a salvo.

De algunas de estas erupciones oyó hablar Urríes en el curso de su viaje; otras las supo en Barcelona, donde se detuvo pocos días para dar cumplimiento a la misión que llevaba. En el centro de propaganda y de irradiación activa que allí tenía el de Orleáns supo que los carlistas se llamaban a engaño y ya no daban juego. Mejor resultado se pensaba obtener de los federales, que ya en diferentes partes de Cataluña movían los secretos humores para salir a la epidermis nacional. El mal y su difusión aterradora provenían de la sangre viciada por el terrible virus de la interinidad, y el enfermo llegaría pronto a la gangrena y la muerte si no le injerían la droga interna, que era tragar al duque. ¡Amarga pócima para España, que, rechazándola con signos negativos, se rascaba y se condolía, siempre risueña y grave, inmensamente noble y picaresca!

XXI

De regreso a Zaragoza, continuando su viaje parabólico, tuvo Urríes un encuentro feliz y desagradable. Presuroso comía en la estación cuando se le apareció su amigo Tapia, derrengado, cojo y con un brazo en cabestrillo, el rostro de vieja tachonado de negros parches de tafetán. Con frase compungida y rápida, hizo historia de sus lastimosas averías, obra de unos desalmados facciosos de Balaguer. Como la brevedad de la parada no daba tiempo a largas explicaciones, limitóse a decir que los carlistas que furiosamente le molieron los hue-

sos eran de los de verdad; que el vapuleo fué desaforado y puso en peligro su existencia, y que huyendo de sus verdugos se vino a Lérida para curarse con árnica y quietud de sus mataduras y contusiones. Dicho esto, pidió, y obtuvo, un auxilio de dinero... Metiéndose en el tren a toda prisa, después de socorrer al amigo, don Juan le mandó que fuese a Barcelona a recibir nuevas órdenes... Durmió en Zaragoza el caballero, y tempranito salió en el tren que va y viene por la margen derecha del Ebro, entre Zaragoza y Miranda.

A medida que avanzaba el vagabundo Urríes, espaciando sus miradas en los risueños campos o en la caudalosa corriente del magno río, tristeza y zozobra se metieron a la calladita en su alma; y cuando, al caer de la tarde, pasando por Cenicero, vió los montes de Laguardia y Toloño, iluminados por el sol poniente, con tintas y tornasoles de nácar, don Juan se recogió en sí... Como el sol doraba los montes, la imagen de Fernanda iluminó la mente del caballero, y en ella se reprodujo con singular viveza. La hermosura de la hija de Ibero, su gracia, su continente, a la par modesto y noble, imitaban soberanamente la realidad.

En aquella hora de triste ocaso, propicia al examen interno, don Juan pensó que su inclinación a las livianas aventuras, por puro pasatiempo deportivo, y sus tratos con la marquesa de Aldemuz, buscando una boda de conveniencia, le imposibilitaban en absoluto para pretender un hueco en el corazón de Fernanda. Pero contra la desazón que esta idea produjo en su alma, reaccionó el caballero al instante, con sus arrogancias de libertino... Cierto que Fernanda era mujer de extraordinaria valía..., mas no la única... Otras había que... Y, por último, ¡qué demonio!, si él salía bien de la engorrosa obligación que le había impuesto su hermano, deshacer aquel impremeditado compromiso matrimonial, ¿no podía suceder que Fernanda siguiese amándole, que él...? Su buena estrella en lides de amor no había de abandonarle. Con tales pensamientos llegó a Miranda, y no sabiendo dónde residían a la sazón los señores de Ibero, corrió a la fonda en busca de un muchacho que allí servía, y que seguramente le sacaría de dudas. El mozo, natural de Paganos, hijo de un antiguo servidor de Castro-Amézaga, y muy afecto a la familia, le dijo que los señores habían pasado por Miranda dos días antes. Don Santiago y su señora, con el niño pequeño, estaban en Sobrón tomando las aguas; la señorita Fernanda, en Bergüenza, con sus tíos doña Demetria y don Fernando.

Durmió Urríes en la fonda de Guinea, mejor será decir que se acostó, pasando en penoso desvelo toda la noche. Sus atormentadores eran: el mandato de su hermano, tan difícil de cumplir; la hermosura y bondad de Fernanda; la rígida entereza de Santiago Ibero. A la mañana siguiente, un buen coche de alquiler le llevó por la orilla izquierda del Ebro. Aunque iba con toda la atención en sus inquietudes, algo le quedaba para mirar al paisaje, que le pareció desolado y tristísimo. Detenido en Fontecha para pagar el portazgo, el corazón le dió avisos de mal recibimiento, augurios tristes... Pero aún había que andar algo más. Adelante, pues... Por fin paró el coche frente a un muro enverjado en su parte superior. Urríes oyó, ¡ay!, la voz de Fernanda...; en el mismo instante vió su esbelta figura tras unas ramas de rosales floridos... Charloteaba con unas muchachas. ¿Eran criadas o señoritas del pueblo? El caballero descendió junto a una puerta que no era entrada del jardinillo, sino de la casa, y ésta tenía un aspecto austero, señoril y arcaico, con escusones, reloj de sol y una graciosa ventana plateresca. La primera que salió a recibir a don Juan fué Demetria; poco después apareció Fernanda. Fríos, pero de suprema ficción cortesana, fueron los saludos. En lo poco que habló Demetria descollaron estas dos frases, que hirieron particularmente la atención de Urríes...

—Mi esposo ha ido a Santa Gadea del Cid, a visitar a un amigo. Ahora, don Juan, hablará Fernanda con usted; después hablaré yo.

Dicho esto, salió la señora, y los novios quedaron solos frente a frente. Las miradas de uno y otro vagaban en el espacio intermedio como pájaros asustados que no saben adónde volar.

¿Quién de los dos hablaría primero? El sentimiento que en el alma de Urríes hacía veces de dignidad dijo a

éste que debía romper el silencio, y así lo hizo:

—He venido acá, olvidándome de todos los equívocos que nos han trastornado, he venido a decirte, Fernanda, que...

—Acaba. Cuando a mí me toque hablar, verás qué pronto despacho.

—A decirte que no he dejado de amarte; que mi corazón es y será siempre tuyo, cualquiera que sea la determinación... a que me lleve..., mejor dicho, que me imponga mi Destino, un sino perverso..., fatalidad, debo decir... Ese nombre de fatalidad doy yo a mi familia... Más fuerte que todo eso será mi amor..., más permanente la imagen tuya que llevo grabada en mi corazón.

—Y ¿para qué quiero yo—dijo Fernanda, con arrogante desdén—, para qué quiero un corazón que se contenta con llevarme grabada?... ¡Qué risa! ¿De modo que yo me vuelvo imagen, y tu corazón un altarito en que dice misa otra mujer?

—No me has dejado concluir. Aguarda un poco. He dicho que te amaré mientras viva, Fernanda; que...

—¡No dices verdad!... Podías dar a tus engaños otra forma, alegar razones; que has encontrado mujer más de tu gusto, que la conveniencia se sobrepone al cariño, o que el cariño es voluble, loco... Podías, en todo caso, traerme la razón suprema, el *no quiero,* el *no puede ser,* que no dan lugar a más dimes y diretes. Juan, Juan, yo soy muy recta, y no admito disculpas estudiadas, ni volteretas del pensamiento... Quiero el *sí* o el *no,* claros, redondos... Tengo el alma bien dura..., dura para el sufrimiento... Dura soy también para querer, cuando en el querer soy correspondida. ¿Me entiendes? Si he de estimarte, ya que quererte no pueda, ven a mí honradamente con tus disculpas; no me traigas las mentiras endulzadas y las perfidias que usáis en las Cortes...

—Allá se quedan las ficciones; aquí vengo a declarar inextinguible el amor que te tengo, Fernanda.

—Mentira, mentira—replicó la hija de Ibero, firme en su proceder rectilíneo.

Era un alma enteriza. Desconocía las sutilezas del lenguaje que sirven para soslayar el pensamiento con adornadas curvas; no usaba nunca el lenguaje irónico ni las figuras tortuosas; en sus cariños, como en sus antipatías, jamás gastaba términos medios; no sabía poner sordinas ni apagadores en la ruda expresión de la verdad.

Repitió don Juan sus ditirambos amorosos. El niño que hay siempre dentro del calavera o libertino le sugería procedimientos muy elementales; arrojar sobre la mujer engañada flores bonitas y galanos requiebros. Creía que Fernanda era como las demás, y en esto se equivocó, poniéndose en el orden de los profesionales de amor más adocenados, conforme a la degeneración del tipo en el siglo XIX. La enamorada doncella se levantó, protestando del artificioso galanteo. Con empañada voz le dijo:

—No te canses, Juan: tus flores me parecen flores de muertos..., flores de trapo. Llévalas a la rubia Subijana, y en ella se volverán flores vivas, frescas, naturales. Bien cerca la tienes... Ha sido ella más dichosa que yo. Pero no debemos quejarnos... Al mundo venimos para eso: para que unos pierdan y otros ganen... Yo he perdido...

Saltó Urríes con una gallarda negativa... Céfora no le interesaba. Era un conocimiento, no un compromiso. No era caso de amor, sino de piedad de una huérfana desvalida.

Con un *no hablemos más,* dicho con entereza, ahogando su pena hondísima, puso Fernanda punto en la conversación, y se dirigió a la puerta. Su andar y su gesto eran como si arrojara y pisoteara las flores contrahechas con que el galán quería reconquistarla. Y saliendo ya, dijo:

—Todo lo tenemos hablado... Lo que falta te lo dirá mi tía.

Desapareció, y en el rato que estuvo solo coordinó don Juan sus pensamientos y analizó los de Fernanda.

—Es muy particular—se dijo—que su celera y su enojo señalen exclusivamente a Céfora... De Mariana, ni una palabra. Sin duda hay aquí un equívoco que debo aprovechar.

No tuvo tiempo para más reflexiones. Entró Demetria, que deseando terminar pronto evitaba toda prolijidad.

—No puede usted figurarse, don Juan, el estrago que ha hecho en la familia, en nuestros corazones. Ya le queríamos a usted, ya le teníamos por nuestro... Reconozca que su comportamiento no ha sido como esperábamos. La corrección no parece por ninguna parte. ¿Qué?

¿Se ofende de lo que le digo? Peor sería para usted que se lo dijera Santiago... Ya, ya sé lo que usted me contestará..., que en la vida no se hace todo lo que se quiere; que cuando menos se piensa saltan obstáculos insuperables. Naturalmente, no es el corazón el que manda en todos los casos..., mandan los intereses.

Por la primera brecha que Demetria le dejó libre se coló Urríes con sus disculpas, comenzando por manifestar que su pena era de las que no admiten consuelo..., que amaba a la familia Ibero tanto como a la suya, y acabó declarando que, en efecto, existían obstáculos; pero que acerca de ellos no había dicho aún en su casa la última palabra.

—Dispénseme, don Juan, si me permito desmentirle—replicó Demetria, triste y obstinada—. La última palabra está dicha ya; los dos hermanos se han entendido; usted se casará con la dama de Priego... Todo lo sabemos aquí; sólo está ignorante de ello la pobre Fernanda, a quien hemos ocultado la verdad para que su herida no sea tan dolorosa. Hemos tenido la desgracia de perderle a usted..., digo desgracia, porque para nosotros era felicidad contarle en nuestra familia. El conde de Ben Alí, que según parece no admite oposición a su autoridad, ha sentenciado... Es inútil que usted nos hable de su desconsuelo... Creo en él; creo que usted no va con gusto en ese machito del casorio con la viuda... Pero resígnese y háganos el favor de retirarse y de no volver por acá. Mi marido y mis hermanos, Gracia y Santiago, no apreciarían esta visita de usted como la aprecio yo...

Quedó el caballero un tanto apabullado con estas severas y delicadas razones, a las que por el pronto no supo responder más que con declamaciones caballerescas, de las cuales tenía bien surtido repertorio. Y Demetria, visiblemente afectada, con lágrimas en la voz, ya que no en los ojos, le despidió con frases de intensa ternura:

—¿Ha traído usted las cartas de Fernanda para entregárselas, como es uso y costumbre en todo rompimiento de noviazgo? Porque ella tiene ya dispuestas las de usted en un paquetito. Y para que se vea si es inocente y angelical esa criatura..., esta mañana, hablándole yo de la obligación de devolver las cartas, me dijo: «Tía, ya las he reunido en un paquete; pero lo até con una cinta rosa, y estoy buscando una cinta negra para que lleven la expresión de muerte que es necesaria, indispensable.»

Contagiado de la emoción de la dama, uno y otro, en pie para la despedida, don Juan no quiso rematar la visita sin dar también su nota de ternura y delicadeza:

—Yo he traído las cartas de ella; pero las dejé en Miranda... El corazón se me rebelaba contra el trámite doloroso del rompimiento..., y me decía que esta visita no podía ser la última. ¿Me permite usted, señora, que me despida de Fernanda y solicite nueva entrevista para el cambio de esas que vienen a ser papeletas de defunción, signos de muerte, el corazón suyo y el mío devueltos, como lo que no fué poseído, sino prestado?

—¡Ay, no!...; no puedo consentirle a usted nueva entrevista, caballero. Despídase usted de ella en forma vaga, sin afirmar ni negar que se ven por última vez. De este modo la separación no será tan desoladora para ese ángel... Véala usted en el jardín... *(Acércanse a la ventana.)* Allí está regando los claveles con las dos muchachas que aquí le hacen compañía..., la una es sobrina del cura del pueblo; otra otra es Boni, hija del que fué escudero de mi esposo, y hoy el criado más antiguo de mi casa... Es hermana de Sabas, un muchacho que sirve en la fonda de Miranda... Observe usted a mi sobrina. ¡Qué bien disimula su pena! Ríe, y a ratos, canta... Mientras esté usted aquí, sabrá mantenerse entera y tragarse sus amarguras. Salga usted, baje, despídase con su habitual cortesía... Yo no intervengo, no quiero intervenir: le dejo a usted solo, y fiada en su caballerosidad le veré desde aquí... Después, nada... Vuélvase a Madrid, y de la devolución mutua de cartas me encargo yo. Mándeme usted su paquete, las de ella: yo le enviaré después a Madrid, con un conductor del tren, hombre de toda confianza, el paquetito atado con cinta negra... y *requiescat in pace.* Todo queda muerto y sepultado... Pero los corazones revivirán... Usted será feliz con su viudita opulenta, y a mi sobrina, que es mujer de grandísimo mérito, no le faltará un buen partido..., y también será feliz...

Yo soy un ejemplo de ese revivir de los corazones, mejor dicho, mi marido es el ejemplo. Amaba locamente a otra, y yo me di mis trazas para ser su verdadero amor, el amor de toda su vida.

Descendió al jardín el caballero, y reunióse con Fernanda, junto a un grupo de altos rosales. Los que fueron novios quedaron a distancia de las dos muchachas, en un sitio desde el cual podía verles Demetria. El taimado caballero, ducho en artes de amor, evocó en la mente todo su poder sugestivo y magnético... En breves instantes y contadas palabras había de crear una nueva situación sobre las ruinas de la antigua.

—Fernanda—le dijo, poniéndose en el rostro la máscara patética que usaba en las críticas ocasiones—, no ates el paquete de tus cartas con cinta negra, por Dios te lo pido... Lo negro es signo de muerte, y nuestros corazones quieren vivir, pese a quien pese. El paquete de tus cartas lo dejé en Miranda. Viene atado con cinta verde, que es color de esperanza. Lo que hoy parece rompimiento no lo es... Yo me sublevo contra tal absurdo, y para darte mis razones necesito una entrevista, solos los dos..., cerca de aquí, en el campo, donde tú digas.

—Eso no puede ser—replicó ella, con temblor de voz, que de los labios a todo el cuerpo le corría—. Eso nunca. Hemos concluído para siempre.

—Piénsalo, vida mía, y no me empujes a la desesperación.

Con pérfido arte lo dijo, revistiéndose de una dramática gravedad, que admirablemente realzaba sus ademanes varoniles. La inocente y crédula Fernanda se enganchó en la fina red arácnida de cazar moscas.

—La desesperada soy yo, Juan; yo, que... Pero cuanto digamos ya es inútil. Vete pronto...; déjame. No volveremos a vernos... ¿Pero qué has dicho?

La pobre criatura vacilaba entre darse por muerta y recobrar nueva vida. El galán echó el resto, y con aparatosa ficción romántica, que le agigantaba, dándole a los ojos de ella mayor gallardía y hermosura, se expresó así:

—Concederme o negarme la entrevista, es como decidir que yo viva o que muera. Es tristísimo que no pueda yo contarte mis horribles penas. ¿Eres tú acaso más mala y más perversa que mi Destino? Bien. ¿No quieres volver a verme? En ese caso, me sentencias a desaparecer del mundo.

—¡Oh, no! Juan, no.

—¿Concedes la entrevista?

—No puedo.

—Pues yo podré. Adiós, Fernanda. Me verás otra vez. Adiós.

Hizo las reverencias y figurado saludo de quien se despide con *forma vaga*, como había indicado la señora, y salió. Corriendo en su cochecillo hacia Miranda, el caballero no iba triste. En su alma aleteaba la ilusión de empalmar los pedazos rotos de su historia de amor. Pensando en ello, acariciaba este hilo de zurcir que ingenuamente había dejado caer Demetria: *Boni, hermana de Sabas, el mozo que sirve en la fonda de Miranda...*

XXII

Con ardor empezó Urríes su trabajo apenas llegó a la estación; que en tales campañas no conocía la pereza ni dejaba perder los minutos. Con dinero y saliva conquistó fácilmente a Sabas, el cual no puso reparo a intervenir en el negocio, siempre y cuando no fuera cosa mala. Muy adicto a la familia, y tan fiel como su padre y su hermana, no asintió a las proposiciones del caballero sin echar por delante sus escrúpulos:

—¿Pero todo esto, don Juan, es para casarse?

—Sí, hombre. ¿Pues para qué había de ser? ¿Por quién me has tomado?

Y con explicaciones enfáticas, de inventiva novelesca, le dejó en pleno convencimiento de que colaboraban en la paz de la familia. Sin perder tiempo, se puso el bueno de Sabas en comunicación con Boni... Esta se encargaba de persuadir a la señorita. Todo a pedir de boca se arreglaría, porque el jardín de la casa de Bergüenda lindaba con otro enteramente abandonado y en poder de caracoles y babosas. La entrada era facilísima de noche, sin que nadie lo advirtiese. Tapia de poca altura separaba los dos jardines, y en ella podían hablar los novios, cada uno por su lado, sin aproximaciones ni tan siquiera *cogerse las manos*. Lo malo era que el perro guardián, seguramente con sus ladridos, daría la voz de alerta. ¿Cómo se arreglaba esto?

Y el buenazo de Sabas, rascándose la testa, halló, al fin, la solución, y la manifestó con llaneza cruda.

—*Dejaivos* de jardines con caracoles, y del perro y la tapia, y los mil *incomenientes* que pasan. ¿No *saléis* tú y la señorita a prima noche para *irvos* al rosario en la iglesia?... Pues, coni, en vez de entrar en la iglesia, *meteivos* por el callejón que sale al juego de pelota y a las choperas del camino viejo, por *onde* no pasan ni las ánimas; que ya no andan ánimas *dende* que la revolución quitó el Purgatorio... Allí estaremos don Juan y yo, y allí pueden hablarse los novios...; que en media hora, coni, tiempo tienen de decir lo que quieran tocante a casamiento, y tú y yo apartadicos, sin quitarles ojo, para que no *haiga* pegazón de personas una con otra, ni besos mismamente, *cétera*...

A ciegas aceptó Urríes este plan, por no tener medios de ejecutar otro. Entregábase al acaso, fiando en su suerte loca; contaba con lo imprevisto, que rara vez deja de ser favorable en las comedias vivas de amor.

Llegó, pues, la noche fijada para la cita. Acudió primero don Juan: llevaba coche cerrado. No tardaron en destacarse de la sombra nocturna las figuras de Fernanda y Boni. Todo resultaba tal como lo calculó el experto Sabas, que andaba por allí ceñudo y vigilante, sin otra mira que el honor de la familia. Las intenciones de Urríes no eran buenas; pero su apetito *donjuánico* no tenía suficientes arrestos para proceder conforme al uso de los tiempos heroicos del libertinaje. La sociedad comedida y reglamentada del siglo XIX no permitía ciertas audacias. El rapto en el coche, burlando de un puntapié o a cuchilladas la vigilancia de los servidores, era un delirio anacrónico. Robada Fernanda, ¿qué haría después? Estábamos en un siglo imposible, todo alambrado de leyes, reglas y miramientos. El ideal supremo sería tener dispuesta una casa próxima; entrar en ella con la hermosa joven; platicar juntos y solos en la forma más íntima, sin reparo de los desvaríos a que la mutua pasión les condujera, y después volverla al hogar paterno, quedando todo en secreto, con o sin consecuencias visibles en corto plazo. Esto era lo procedente y lógico en un siglo de amaños, hipocresías y ziquizaques. Y la Humanidad iba perdiendo en ello, porque los males de la fuerza fueron siempre menos malos que los de la astucia.

Ya en el terreno, mano a mano con Fernanda (y las manos de él no osaban ir más allá de las de ella), vió don Juan que se había equivocado de lugar y ocasión. Otra cosa ideó y presumió su acalorada mente de burlador. ¿Qué hacían allí las estatuas sombrías de Boni, Sabas y la señorita del pueblo, como representantes ñoños de la moral? Los mirones o testigos profanaban la santidad de la poesía y convertían en coplas insulsas el poema *donjuánico*... En la corrección de la entrevista, el pensamiento dominante de Urríes era recabar de Fernanda promesa de nueva cita, para lo cual precisaba reentablar sigilosa correspondencia entre la casa de Bergüenda y Miranda. Negóse la hija de Ibero, y encastillada en su honestidad tanto como en su agravio, acudía veloz al cierre de todas las brechas que el galán abría. En el corazón de la enamorada joven el odio a Céfora era una llama inextinguible. A Céfora tenía por autora de los tormentos que le ocasionaba el desvío de don Juan; y mientras más bello y seductor a sus ojos se presentaba el hombre amado, más terriblemente crepitaban las llamas del corazón, y más acerada y persistente era la idea fija, semejante a una brújula montada en el cerebro.

Con todas las artes de su ingenio fecundo se aplicó Urríes a desmontar aquella idea fija. Recelar de Céfora era ver visiones y asustarse de sombrajos. Aferrada tenazmente a sus odios, Fernanda insistió, diciendo:

—Es verdad; no deliro. ¿Por qué estás aquí sino por estar cerca de ella?

Viendo que las sutilezas de su imaginación no daban juego, don Juan tomó el caso a broma; ridiculizó a Céfora, agregando chistosas comparaciones y conceptos saladísimos. Fernanda sonreía; pero aunque la sonrisa podía parecer señal de debilidad, continuaba rebelde al convencimiento. Repitió don Juan muy en serio su declaración de que la rubia de Subijana no significaba para él más que las invisibles pajaritas del aire.

Fernanda era religiosa: creía que los juramentos obligan y son prendas de veracidad. Su candorosa fe, un poco rutinaria y formulista, respondió a las ar-

dientes afirmaciones del galán proponiéndole que jurase lo que había dicho. ¡Buen cuidado le daba a Urríes complacer a su amada, y pasarse jurando toda la noche! Los juramentos dramáticos y líricos no tuvieron fin: juró por Dios y por su madre; es decir, por las dos madres, la de Dios y la del caballero, a la cual éste suponía muy bien aposentada en la mansión de los justos. Quedó así Fernanda consolada o en disposición de creer, y dando por terminada la entrevista, ofreció conceder otra en breve plazo y decidir en ella si reanudaban el carteo. Separáronse, él con pasión declamatoria, ella con ternura reservada. Triste y un tanto alicaído, se retiró Urríes a Miranda. No le resultó la novelesca cita tal como él la soñara y presintiera. Pero en su riquísimo arsenal de pertrechos amorosos hallaría resortes, trampas y redes más eficaces.

En este lugar de la narración se marca una coyuntura que desvía los sucesos y los empuja por derrotero no previsto. Un personaje, una mujer ya mencionada, aparece ahora como activa palanqueta en la máquina de esta ejemplar historia. Era Nievecitas, sobrina del cura de Bergüenda, bondadosa y honesta joven, agradable de rostro, menudita de cuerpo, un poco y un mucho picotera, y tan comunicativa que antes reventara que guardar un secreto. A los tres días del careo nocturno, llegóse a Fernanda, y muy compungida, casi llorosa, le dijo que don Juan de Urríes visitaba las más de las noches a Céfora en un caserío pobre de las inmediaciones de Salinas... Para evitar su paso por Bergüenda, el traidor tomaba la línea de Bilbao hasta Pobes, donde ajustado tenía un coche...

El primer efecto de este jicarazo en el ánimo de Fernanda fué una estupefacción parecida a la insensibilidad; siguió la cólera, el ciego creer en lo que oía; vino después la duda... Nieves mentía..., repetía cuentos y chismajos... A estos angustiosos estados de alma, que cambiaban rápidamente, sucedió un repentino desbarajuste nervioso como arrebato de locura. En la sedación de su delirio cayó Fernanda en taciturnidad sombría, lúgubre. Guardó en el alma el secreto de su aflicción con heroico y casi increíble disimulo. La violencia que hacía sobre sí para no dejar traslucir su congoja parecía superior a las fuerzas humanas: divina fuerza era, sin duda.

El primer cuidado fué que los tíos no sospecharan la grave desazón de la señorita. Conseguido esto, en su aposento y en los paseos vespertinos Fernanda tramaba con Nievecitas y Boni tenebrosa conspiración. Se le había metido en la cabeza comprobar por testimonio de sus propios ojos la traición de Urríes. Amiga y criada trataron de apartarla de aquel propósito; mas antes lograrían que saliese el sol por Occidente. La hija de Ibero podía romperse y morir; doblarse y transigir, nunca. Era un ser fundido en una sola pieza, y no había medio de tomar una parte de ella dejando lo demás.

Las conspiradoras recibieron de Miranda un soplo interesantísimo. Algunas tardes salía don Juan por la línea de Bilbao, diciendo que iba a visitar a un amigo en Orduña o en Amurrio. Regresaba al día siguiente. Sin decirlo claro, quería pasar por conspirador, y aires de tal se daba. Esto a nadie sorprendía en tiempos de tanta libertad y de tan activas y variadas propagandas por el achaque de buscar rey... Una tarde, después de comer en la estación, se metió Urríes en el mixto de Bilbao. Al poco rato se apeaba en Pobes. En un coche que prevenido y bien pagado tenía, partió por la carretera de Nanclares a Espejo. El camino era tortuoso, costanero, y el paisaje melancólico se entristecía más al caer de la tarde, cuando las últimas luces del día se acostaban en él soñolientas.

Don Juan se distraía contando los robustos y frondosos nogales que en aquel país se ven frente a todas las casas y en la proximidad de las iglesias. La penumbra los agrandaba, la sombra los ennegrecía, y sus formas corpulentas querían ser ante la imaginación figuras de abades panzudos o de atletas acurrucados bajo inmensos paraguas. En su vagarosa observación, así pensaba el caballero: «En la madera de esos árboles, que puede ser algún día mi cama, mi mesa, mi ropero, duermen ahora los pájaros tan tranquilos...» Luego, enzarzando ideas, se decía: «A diferencia del hombre, los pájaros no aman nunca de noche... De día se dedican al canto, a sus amores y a robar para comer... El ser que no ama, no vive. Como el pájaro

busca el grano, busca el hombre a la mujer, y donde la encuentra allí se para y come..., toma lo suyo y lo ajeno...»

Entre pensativo y adormilado llegó a un caserío pobre a la entrada de Salinas. La noche era oscura y cálida; el lugar, hondo, medroso, solitario, entre cerros y peñas. Próximo estaba el pueblo, y ninguna calle de él se veía. No faltaba frente a la casa el nogal pomposo que dormía envuelto en su capa o copa, tapándose desde el trónco a la coronilla. Salió la casera al encuentro de don Juan y le dijo que la señorita no había llegado. Coche y cochero pasaron al corral, y Urríes entró renegando en la casa, pues los plantones le enojaban, como hombre acostumbrado a que los gustos y bienandanzas se le viniesen a la mano. Condújole adentro y arriba la mujer, prevenida de un candil, por escalera crujiente y sollado de castaño, que respondían a las pisadas con quejas y chirridos lastimosos. En una estancia bien puesta y limpia entraron. El galán se dispuso a esperar: preguntóle la casera si quería tomar algo; negóse don Juan, mohino; tomaría tan sólo paciencia. A su pregunta de si la señorita tardaría mucho, respondió la mujer que nada sabía y que la tardanza podía ser corta o larga, según... Total, que era forzoso ponerse en manos del tiempo, árbitro de los plantones de amor.

La noche había de ser para don Juan penosísima; noche de fastidio y rabia, porque el plantón no acabó ni con el día. Fué una soberana burla del tiempo y del amor confabulados, un bromazo cruel, aunque no tanto como él merecía. A las doce perdió la esperanza de ver a Céfora. Ya cerca de la una, prefirió el galán dormir, y se tendió medio vestido en la cama, que no era mala, aunque sí de las de música, pues en cuanto el cuerpo se movía en ella, las secas hojas de maíz y las maderas de la armadura cantaban y reían como enemigas del sueño del huésped. A pesar de esto, durmió cuatro horas, con leves interrupciones de picotazos; que no faltaron pulgas feroces, asesinas...

Temprano dejó las ociosas y musicales pajas, y desayunándose con un buen chocolate que le dió la casera, preguntó a ésta el camino más corto para entrar en las salinas sin pasar por el pueblo. Precisamente del caserío a las salinas había poco que andar, aunque ello era por vericuetos. Subiendo por un senderillo que arrancaba del nogal, se llegaba a una pared de piedra seca, deshecha en diversas partes y con practicables boquetes. Guiado por estas indicaciones, allá se fué don Juan, seguro de encontrar a Céfora, que todas las mañanas, antes o después de misa, daba un paseíto por los dominios de la blancura.

Alguna noche estuvo Urríes en las salinas; de día, el espectáculo de aquella singular explotación del agua salada le dejó maravillado y suspenso. Era un ancho y profundo barranco, cuyas dos vertientes habían sido convertidas en estanquillos o balsas de madera, escalonadas, como los jardines de Babilonia. Estacas verticales soportaban estos tenderetes; los más lejanos parecían galerías o pórticos guindados unos sobre otros: las superficies altas, donde se estancaba el agua para someterla a la evaporación, eran de una horizontalidad perfecta. Los soportes y algunos trozos de muro que servían de armazón a tan industrioso artificio ofrecían la complejidad y variedad más pintorescas. De una parte a otra, y aun por todo el espacio que separaba las dos vertientes del valle o encañada, corrían los cauces de madera, conductores del agua. Esta bajaba del manantial y se distribuía por la enmarañada red de canalillos, altos y bajos. Lo que daba al paisaje una singular y exótica hermosura era que al evaporarse el agua salobre, en los trayectos quebrados y rectilíneos que recorría y en la entrada y salida de los estanques, dejaba por todas partes cuajarones de sal. Aquí colgaban témpanos y estalactitas, allí corrían cristalinas cuerdas horizontales. Estos efectos, los de las pilas de sal ya recogida y la nitidez alba de los embalses, daban la impresión de un país nevado o de una ciudad de pórticos, en parte de madera, en parte del más rico mármol de Paros. La general blancura superaba con mucho a la de la nieve, por el brillo y claridad que la viva luz y los directos rayos del sol daban a tan espléndido conjunto. No sé cansaba Urríes de contemplar el bello, gracioso y divertido espectáculo: iba de una parte a otra buscando las variadas perspectivas, cuando vió a Céfora, que, sola y leyendo un librito, avanzaba por

la linde de los más bajos estanques. Había entrado por el portalón que comunica las salinas con el pueblo.

«Ahí viene esa loca—se dijo Urríes, andando hacia ella por los blancos senderos en que la sal pisoteada tenía el brillo mate del esmeril—. ¡Y qué guapísima! ¡Cómo realzan la belleza dorada estas nieves, hijas del sol; estos templos de sal!...»

XXIII

Cuando a la dorada beldad se acercó el caballero, alzó ella del libro los ojos, y sin mostrar alegría ni pena, con fría tranquilidad, le hizo este saludo:

—Ya contabas con encontrarme aquí. Buenos días, Juanillo loco.

—Contaba encontrarte, sí; pero no pensé que trajeras por delante al amigo San Agustín, que, sin duda, es el culpable del plantón que me diste anoche.

—San Agustín, no, ¡pobrecito! Echame a mí la culpa. ¿De veras te ha dolido el plantón? Me alegro mucho, Juan... ¿Para qué estamos en este mundo más que para sufrir?... Reconoce, amigo mío, que mis desgracias, esta humillación en que vivo, me dan derecho a mortificar.

—Pero a mí, no.

—Mortifico a los que me quieren, Juan. Así me querrán más.

Esto decía con frialdad lacerante, que al caballero confundía, dándole impresión parecida a la del frote de un rallo en lo más sensible de la epidermis. Cuando así hablaba Céfora, don Juan creía ver en los ojos de ella un resplandor extraño, como si el azul celeste se cambiara en verde cenagoso.

—Hoy vienes en la más cargante de tus fases..., porque tienes fases, Céfora, como la luna... Tienes crecientes deliciosos y menguantes horribles... Te suplico que hoy, en compensación de la noche boba que me has dado, me presentes la fase amorosa...

—Sí que soy lunática... Pero no esperes hoy la fase bonita. Estoy en la hora antipática y en el menguante de hacerme aborrecible... Vámonos por aquí, y metámonos en aquella cueva, que estos salineros todo lo ven y llevan cuentos a mi tía.

—Vamos a donde quieras. Y ya que nombras a tu tía, dime si anoche has tenido con ella algún zipizape... Eso me explicaría mi plantón y tu displicencia.

—Anoche no hemos reñido. Nunca reñimos; pero siempre estamos distantes una de otra, en espíritu. Mi tía es amable..., amable como las serpientes, que miran con tiernos ojos antes de enroscarse en la víctima. Carolina no me arroja de su lado; espera que yo me vaya; lo espera sentadita, sin decirme una palabra dura ni agria... Me arroja de sí con este dilema: «O monja o casada.» Hace dos días me propuso por marido a un chico del pueblo, que tiene cuartos..., hijo de un tendero de aquí, valenciano, que vende alpargatas, loza ordinaria, con especialidad de orinales, esteras, pelotas y muñecas baratas, de esas que miran con ojos espantados. El que quieren que sea mi novio es gordo y lucido... Siempre está sudando... Los ojos tiene asustadicos, como los de las muñecas, y, como ellas, está lleno de serrín. Su orgullo es jugar bien a la pelota, y cuando sale del trinquete trasuda horriblemente y apesta... Pues el otro punto del dilema es el convento de las monjas de la Esperanza, a media legua de aquí. El clérigo que se compinchó con mi tía para meterme en la Esperanza me ha resultado grilla. Carolina me mandó que oyese sus consejos... ¡Vaya una catequesis que se gastaba el hombre! Me hizo una declaracioncita muy mona...: que le gusto mucho..., que en vez de entrar en la Esperanza me arregle con él en clase de ama con visos de sobrina..., que seremos muy felices.

—Ya ves, Céfora—dijo el caballero gozoso—, cómo al fin tienes que venir a parar a mí... Rechazas el novio gordiflón, desprecias el curita hipócrita... Pues vente conmigo, tontuela... Te escapas bonitamente una mañana..., yo te llevo a Madrid. Tendrás una linda casita... y...

Buscando soledad y frescura, pues picaba ya el sol, se encaminaron a uno de los grandes huecos que los pórticos dejan entre sí, bajo el maderamen de los estanquillos. Eran como cavernas de fondo desigual, según la forma de la roca o conglomerado terroso en que se apoyaba todo aquel tinglado. Allí se veía la sal apilada en montones, bloques endurecidos que semejaban esbozos de mar-

móreas estatuas. En algunos trozos, la imaginación veía intentos de modelado de figuras y golpes del escoplo de Fidias.

—No me hables a mí—dijo Céfora, sentándose en la sal blanca y dura—de linda casita en Madrid ni nada de eso... ¡Bonito papel el mío!... No quiero casamientos de mano izquierda, mientras das la derecha en el altar de Dios a la señorita de Laguardia. Entre paréntesis..., la he visto... ¿No sabes que estuve la otra tarde en Bergüenda con unas amigas? Es bonita tu novia; sólo que su hermosura va diciendo: «¡Qué tonta soy!...» Pero no hablemos de eso ahora..., y a lo que iba. En ningún caso aceptaré lindas casitas, porque resueltamente me decido por la vida religiosa... Si un clérigo indigno turbó mi alma, otro dignísimo me ha dado la paz... A él debo el afianzarme en mi vocación... ¿Quién es, me preguntas? Pues un sacerdote ejemplar, un sabio, un santo que vino aquí a misiones... Hoy no está en Salinas; mañana volverá. El me ha marcado el camino único para llegar a la paz que ambiciono; él me ha reprendido mis liviandades contigo, me ha enseñado a evitar las tentaciones...

—Pero tú no le harás caso, como no te coja en alguna de tus fases de tontería... Eres voluble... Yo te cogeré al fin en una veleta de las que miran hacia mí... y contra clérigos y beatas.

—No lo harás, Juan. Esta veleta no mirará más para tu lado. ¿Qué puedo esperar? Posición social no has de darme... Yo ambiciono, ¿a qué negarlo?, ambiciono ser algo más que una inclusera pobre. La sociedad no quiere nada conmigo, bien lo veo. Cien maldiciones pesan sobre mí. Si me quedo en el mundo, pienso que he de ser muy mala, y que haré daño a cuantas personas vea junto a mí... ¿Quieres que te abra mi conciencia y te deje ver mis anhelos y mis odios? Pues vas a verlo. Si te asustas, no culpes a mi sinceridad, sino a tu curiosidad. No necesito recordar mi triste origen, pues hace pocos días tuve el valor de contártelo. Mi madre era judía, mi padre cristiano... Me educaron en el cristianismo. Lo que éste tiene de hebraico es lo que ha echado más raíces en mi alma. Soy hebrea por mi madre... ¿No recuerdas lo que te conté de ésta? Pues por vengarse de mi padre, que la abandonó y me apartó de ella, ¿qué crees que hizo? Acecharle con un cantarillo de aceite hirviendo para quemarle la cara.

—Bárbara y loca venganza—dijo el caballero con súbito estremecimiento y contracción de su rostro—. Tu madre era una furia del infierno.

—Pues aquí me tienes a mí: también soy algo furia. Mi madre se llamaba Mesooda, que quiere decir dichosa. Así me lo ha dicho mi director espiritual, que sabe lenguas orientales; yo me llamo Nicéfora, que significa..., ya no me acuerdo..., cosa de *llevar algo,* no sé qué... Lo cierto es que..., ¿lo digo?..., desde que tengo uso de razón llevo en mi mano el cantarillo de aceite hirviendo... Creo que en mi naturaleza persiste el impulso aquél de mi madre contra mi padre... Pues verás: la otra tarde, cuando vi a tu novia, la señorita de Laguardia, al pasar junto a ella instintivamente levanté la mano... Con gusto le habría quemado la cara, convirtiendo su hermosura en fealdad repugnante... Estas perversidades mías he revelado a mi confesor, el cual me ha dicho que no hay para mí salvación si no abandono el mundo.

—Abandonando el mundo no te salvas —dijo el caballero, asustado de la fase maligna de Céfora—. La soledad es lo más propicio a la perdición. Quédate en el mundo; hazte cargo de que éste es un río, y tú un pedrusco anguloso... La corriente y el rodar continuo te irán gastando los ángulos y picos, y quedarás redondita y bien pulimentada.

Satisfecho de su idea, y más aún de la feliz imagen con que logró expresarla, imagen por cierto adquirida en una lectura reciente, don Juan miró a la rubia, buscando en su rostro alguna señal de conformidad... Pero el pensamiento de Céfora había roto el hilo de la conversación y suelto divagaba por espacios desconocidos. Las miradas de ella lo perseguían; cazáronlo al fin en los blancos lomos de una pila de sal cercana; lo trajo a sí, y a Urríes lo brindó con estas palabras:

—¿Qué decías, Juan? Mientras tú hablabas, me distraje recordando un pasaje de San Agustín muy bonito, que me sé de memoria. Dice así: «Dios mío, fortaleza y salud mía, pequé, y tuvisteis paciencia; falté, y todavía me esperáis; si

me arrepiento, me perdonáis; si vuelvo a Vos, me admitís, y aun si tardo, me aguardáis...».

—Pues todo eso—replicó don Juan con el gozo que infunden las claridades de la lógica—está conforme con lo que te digo... ¡Yo, de acuerdo con San Agustín!... Ya ves: *si tardo, me aguardáis.* Quiere decir el santo que debemos vivir en el mundo, rodar por él, baquetearnos en sus luchas, y después... Yo he pensado en eso mil veces. Tiempo tiene uno de volverse a Dios... En fin, Céfora, que Dios nos aguarda hasta que seamos viejos.

—¡Tonto!... ¡Bonita manera de entender la virtud!

—Tu capellán, ese clérigo..., ese que llamas el bueno, en contraposición al otro pillete que quiso tomarte de sobrina, ¿qué te aconseja?

—Pues que huya del mundo desde ahora, que me aparte del pecado... No creas que es demasiado rigorista, como esos que tienen siempre el infierno en la boca, y que por cualquier tontería o dame acá esas pajas la quieren meter a una en el fuego eterno... Es hombre ilustrado, conoce el mundo y sabe persuadir sin asustar. Perdona con tal que no se le oculte ningún secreto del alma ni de la vida.

—¿Es italiano, es español?

—Entiendo que es húngaro, o polaco... Pero nada debe importarte este sujeto, enderezador de conciencias torcidas... Y ahora, Juan, bastante hemos hablado. Separémonos. Los salineros, y más aún las salineras, reparan en nosotros... No te quiero decir qué cuentos llevarán por el pueblo.

—No te dejo, Céfora, sin que me des tu palabra de reunirnos otra vez... Me debes una noche, y antes moriré yo que perdonarte esa deuda. Te perseguiré, te acosaré si no accedes, y si fuera menester acogotar o sacarle las tripas al clérigo polaco, hablador de tantas lenguas, cree que lo haré. ¿Quiere el hombre ser mártir para subir al cielo con palma? Pues lo será... ¿Te espero, sí o no?... Te advierto que si después de prometerme la cita faltas a ella, habrá en Salinas una catástrofe... Piénsalo y decide.

Insistía Céfora en la negativa, primero ceñuda, después risueña. Supo don Juan emplear con hábil gradación sus medios sugestivos: primero amedrentó, poniendo en su rostro admirable ficción de ira; después atacó por la parte más flaca y peor defendida de la desigual fortaleza que debelaba. Bien sabía qué partes del muro se derrumbaban espontáneamente cuando el sitiador pedía entrada con ardiente lenguaje amoroso. Este era de seguro éxito para turbar la voluntad de Céfora, para enmarañar la red de sus nervios, encender su sangre y chamuscar su piel. Advirtió don Juan en los ojos de ella que el efecto se producía, y apretó más en la seducción para que el efecto no se perdiese en los días medianeros entre aquel instante y la noche de la cita. Pudo creer el hombre que, bajo la acción de sus palabras ardientes, la rubia crepitaba cual manojo de espigas arrojado en la hoguera.

—No me tientes, Juan—dijo Céfora temblorosa, apartándose de él para buscar asiento en otro montón de sal.

Con eléctrica prontitud pasó don Juan de un artificio de combate a otro que conceptuaba de más terribles efectos. Había herido el flaco de la sensualidad, y ahora la emprendía contra el del orgullo y vanas ambiciones.

—Yo te llevaré adonde ahora no puedes soñar, Céfora; yo te llevaré a un estado social decoroso, como corresponde a tu belleza, a tu distinción negativa, a tu gracia inteligente; se te arreglará que tengas el nombre ilustre que te falta, que poseas medios de vida, que brilles, que triunfes, que seas como mereces festejada y admirada. Sin mí te pudrirás en un convento tedioso y sucio, rodeada de imbéciles monjas: conmigo irás al esplendor de tu ser y de tus prendas naturales.

—No me tientes, te digo.

—No es tentación; es amor por ti, es interés por ti, es ambición de llevar al mundo una mujer exquisita, para que me digan: «¿De dónde has sacado esa divinidad? ¿En qué cielo has robado ese ángel?»

Céfora temblaba. Apoyándose en los bloques de sal, se puso en pie. De sus labios caían, entre escupidas y habladas, estas vocecillas melindrosas:

—Juan, huyo de ti, me voy... Te tengo un miedo horrible.

—Pero vendrás, vendrás a la cita—dijo Urríes, asiéndola de la falda para no dejarla salir de la gruta—. Cada día que pase aumentará mi ansiedad hasta

la desesperación. Nos reuniremos mañana..., fíjate..., mañana...

Y ella:

—Salgamos, Juan, y disimulemos... Nada puedo prometerte... Dentro de mí está empeñada la batalla. Puedo ceder, puedo hacerme fuerte y no acudir... No sé lo que pasará de hoy a mañana... En la mano llevo el cantarillo de aceite hirviendo... Si lo vertiera en mi propia cara, repetiría el caso de una heroína española muy nombrada...

—Déjate de heroínas que no existieron más que en la imaginación de poetas malcomidos... Si llevas el aceite, puedes freírle la jeta a tu director espiritual, para que diga lo de *gato escaldado,* etcétera. Nosotros entendemos que sobre todo está el amor. Nuestra religión nos manda embellecer y alegrar las horas de la vida. ¿Vendrás?

—Vuelvo a decirte que no y que sí. Estoy en lo más terrible de la borrasca de mis dudas. Vámonos despacito por el borde de estos estanques. Hablemos sin dar a conocer que estamos en plena discordia... Pasemos con tranquilidad aparente junto a estos hombres y mujeres que aquí trabajan... Imagina tú los pucheros que se pueden sazonar con la sal que aquí se recoge.

—No divagues, Céfora; no desvíes la conversación—dijo el caballero con salobre amargura en su boca—. Quedemos en algo preciso. Yo te espero...

—Como quieras... Yo ignoro todavía si te daré plantón o no... En caso de que recibas plantón, echas a correr y me das por muerta para ti, Juan... No te sulfures: aguarda un poco. En caso de que yo descarrile, desde ahora te digo que no me retengas toda la noche... Volveré a casa antes que el gallo dé su primer canto, que es a las dos... Mi tía se levanta con el alba, y suele hacerme una visita de inspección... Teme que haya volado el pájaro... La Sagrario, que es mi discípula en perversidad, me aguarda, me abre la puerta del jardín y protege mi paso a oscuras hasta la alcoba en que duermo... o no duermo

Bordeaban los estanquillos, andando uno tras otro por angostos senderos blancos de esmerilado cristal. Y cuando dejaron atrás el grupo que con descarada observación les miraba, don Juan se paró y dijo:

—Por tu madre, Céfora, no me faltes mañana.

Y ella, con grave solemnidad, que degeneraba en picardía:

—No invoques a mi madre, Juan, porque cuando la llevo dentro de mí, más dispuesta estoy a quemarte la cara que a las diversiones de amor. Invoca para esos devaneos a mi padre, a mi enamoriscado y ardoroso papá, don Miguel de Zambrana, que no vivía más que para... ya lo sabes.

—Pues le invoco... Descienda a ti desde el cielo, o suba del infierno el divino don Miguel.

—Tonto, no blasfemes... No hablemos más... Aquí nos despedimos. Yo me voy por el pueblo; tú sales por donde has entrado. Adiós..., retírate..., no me sigas.

Y sin darle tiempo a la repetición de sus instancias, desapareció fugaz en las calles de Salinas. El galanteador de oficio retrocedió mohino y meditabundo a las alturas, y transpuesta la tapia desmantelada, fué a esconder en el caserío su expectación, su cachaza venatoria. Largas horas había de aguardar en el puesto, hasta ver si la res venía o no venía. Se propuso entretenerlas paseando en coche y a pie por la comarça, camino arriba.

En tanto, Céfora pasó el día gozosa con las visitas que le hizo el espíritu de su padre. El *sacerdote de Venus,* después de asomarse al alma de la hija de Mesooda una y otra vez, acabó por meterse y anidar en ella risueño y desvergonzado, irradiando sensualidad. Con tal fuerza y estímulos dentro de sí, Céfora soltó el armadijo de alambres de su externa tiesura moral, y apenas cerrada la noche escapóse de la casa con ciego afán y andar sonambulesco. No era dueña de sí: al ser vicioso, a la caldeada sangre del padre obedecía... En ascuas la esperaba el galán, paseo arriba, paseo abajo, midiendo el tiempo y el suelo del solitario y hondo camino. Cuando se cansaba de mirar a las mortecinas luces del pueblo, miraba a las estrellas. Unas y otras eran signos de cruel incertidumbre. En el prado circunstante, rodeado de peñas, se oía el coloquio de los rumores nocturnos: aquí, el silabeo de las aguas corrientes; allá, la nota cristalina de los sapos en celo... Llegó Céfora a la vista de don Juan. ¡Hosanna!... Juntos, enlazados los brazos, entraron en el al-

bergue oscuro y silencioso... Allí se quedan... Historia y fábula, corred vuestras cortinillas...

Antes que el gallo, puntual vigilante y cosmógrafo, cantase las dos, don Juan y Céfora salieron del caserío. Iban sin abrigo ni tapujo, confiados en la soledad del sitio y en la templanza del aire; hablaban sin secreteo, creyendo que de nadie podían ser oídos... No habían andado veinte pasos en dirección del pueblo, cuando unos rígidos bultos plantados en medio del camino parecían interceptar a los amantes... Andando éstos un poco más, pudieron ver que los bultos eran tres, colocados equidistantes, el del centro mayor que los dos laterales... Un paso más, y... Eran mujeres: las tres llevaban negro manto por la cabeza, sin ocultar los rostros... Ante aquellas extrañas y temerosas figuras quedó yerto Urríes... Segundos no más duró su perplejidad. Comprendiendo que no debía pararse ni manifestar miedo, empujó a Céfora, y, ladeándose, pasaron ambos por la cuneta. Invertida la posición, los amantes avivaron el paso, y las tres figuras se volvieron de la otra parte. Una voz clara y fuerte dijo:

—Lo he visto...

Don Juan no permitió a Céfora mirar hacia atrás... Ya iban a distancia cuando el canto del gallo rasgó el velo estrellado de la noche. Otros gallos, cerca y lejos, repetían... Repetía la voz de mujer, que ya no era voz, sino grito de vibrante sarcasmo, lanzado como bala en persecución de los fugitivos:

—¡Eh!..., caballero, ángel... Os he visto...

XXIV

Aún no iban lejos los amantes, cuando les alcanzó una piedra lanzada con recia mano. La suerte de Céfora fué que la peladilla pasó rozándola la falda. Si llega a darle en la cabeza, ¡pobre ángel de Dios! Otra piedra cruzó el aire: mas ya no pudo hacer blanco, porque el enemigo estaba lejos.

—No tires, Boni, no tires—dijo Fernanda a su criada, cogiéndole la mano en que ya tenía la tercera piedra—. Sabes que eso no me gusta... ¿Qué adelantamos con apedrearles? Un par de tiros con buena puntería ya sería otra cosa. Pero no podemos, no sabemos matar... Vámonos; llevadme a Bergüenda Nieves, Boni, no perdamos tiempo... Hemos de estar en casa antes de amanecer... Ya he visto lo que quería ver..., y nada tengo que hacer aquí.

—Ahora que lo has visto, lo crees.

—Ya lo creía..., pero siempre me quedaba un poquitín de duda... Es bueno ver las cosas, por malas que sean, y apurarlas en toda su amargura, para que el alma descanse en una pena tranquila... Venga un padecer claro, sin incertidumbres ni falsas esperanzas... ¿Quién no preferirá la muerte a la agonía?

—Esta no es muerte, sino vida, salud —le dijo Nievecitas filosofando—. El suplicio que has pasado tiene ahora su término; la indignidad de ese don Juan es la mejor medicina de tu ceguera. Mi tío lo dice: «Niñas que estáis ciegas de amor: frotaos los ojos con el desprecio de los hombres... Despreciadlos y curaréis.»

—Por cura y por viejo—replicó Fernanda, dejándose llevar camino abajo—, no es tu tío el mejor médico para estas enfermedades del alma...

Dicho esto, sus labios figuraban un mudo monólogo durante el paso por las ásperas pendientes del pueblo. Calles abajo corrían las tres, como si un torrente las arrastrara, y sus pies ágiles no se detenían ante ningún obstáculo. Por fin, viéronse en campo libre, y un instante se pararon para tomar aliento.

—¡Qué pueblo más horrible!—dijo Fernanda, desembarazando su cabeza del manto—. Hemos salido disparadas, hemos rodado por las calles, como si nos echaran a puntapiés... Yo estoy perdida de barro... Nieves, mira mis zapatos. ¡Ay, lo que más siento es llevarme barro de este pueblo!... Hasta el barro me ofende.

—Puedes creer que el barro no tiene ninguna culpa: el barro es sucio..., al par que inocente—dijo Nieves rondando la filosofía.

Siguieron su camino, el más del tiempo calladas, aplicándose en cuerpo y alma a sostener la vivaz andadura. A ratos Nieves y Boni bromeaban por sacar a Fernanda de su taciturnidad, y lo conseguían en apariencia. La desolada joven daba gusto a sus amigas, respondiendo a las chanzas con palabras amables y hasta con risas, sin que por esto

se acallaran los piporrazos lúgubres de la procesión que le andaba por dentro... Gracias al sostenido paso militar, llegaron a Bergüenda cuando los gallos, con alegre clarín, espantaban a la Pereza y mandaban descorrer el velo del día. Con asistencia del cochero y hortelano, que les habían favorecido en la escapatoria, entraron las tres de puntillas. No quisieron Nieves y Boni abandonar a Fernanda hasta dejarla recogida. La señorita les dijo que tenía mucho sueño y quería dormir; mas lo que hizo, en cuanto se quedó sola, fué desatar la pena que hinchaba su pecho y soltar el río de sus lágrimas.

Pensaba la triste doncella que su vida se había frustrado absolutamente; que ya no existía felicidad mundana de la cual pudiera obtener una parte, por pequeña que fuese. La persona gallardísima y las promesas de don Juan habían constituído en ella una segunda naturaleza, por no decir alma segunda. Muerto don Juan por defección moral imperdonable, quedaba el alma de ella lo mismo que estuvo: encendida en tiernísimos afectos. Con el símil de una casa robada, expresaba Fernanda en sus soliloquios aquel estado de dolor inaudito: «Nada: ha entrado el ladrón en mi casa, en mi alma: se ha llevado todo lo que había en ella: felicidad, alegría, y él..., el ladrón, se ha quedado dentro. ¡Qué cosa más rara! ¡Robarme todo lo que tengo, y quedarse dentro!... ¿Y cómo le echo ahora?... Más raro es todavía que no quiero echarle... Quiero tenerle en mí, como las cosas muertas que pasan a ser reliquias, recuerdos queridos que fueron muy amargos y luego se van volviendo dulces.»

Ya fué imposible ocultar a los padres y tíos lo que había ocurrido. Después del rompimiento con Urríes, Fernanda tenía sobre su conciencia algunos actos realizados a espaldas de la familia y que pedían inmediata confesión. Declaró, pues, la entrevista nocturna en las Choperas, el cambio de algunas cartas y, por fin, el caso atrevidísimo de ir de noche a Salinas para comprobar la traición del que aún se daba el nombre de caballero.

Tanto Demetria como Gracia y Santiago afearon a Fernanda la audacia de este paso, tan contrario al decoro de una doncella noble; reprendieron ásperamente a Boni y dieron quejas a la sobrinita del cura. Por las explicaciones que mediaron, se tuvo conocimiento de la intriga con que las tres muchachas lograron su fin. Iniciadora fué Nieves, instrumento activo el sacristán de Bergüenda, el cual, compinchado con su colega de Salinas, armó un admirable espionaje, por el cual supieron los días y noches, la hora de las citas y hasta lo que el galán y la diablesa rubia hablaban en su escondrijo. El *sacris* de Salinas, que era el primer pícaro de la comarca, oyó una noche, aplicando su ancho pabellón auricular al tabique de madera, que los enamorados pensaban romper por todo y casarse a lo civil, como personas públicas, luteranas y dañadas de concupiscencia...

Todo lo perdonaban los Iberos a su querida hija con tal que sacudiese con firme voluntad la maligna ilusión que le quedaba en el alma. Una muchacha inteligente, virtuosa y bella no debía embobarse mirando los pájaros idos, pues éstos no habían de volver, y si volvían, menester era recibirlos a tiros... A vivir, a olvidar, a desocupar el corazón de viejas murrias y de ajados ideales para disponerlo a nuevos amores.

Aparentaba Fernanda someterse a estas exhortaciones; pero su espíritu se mantenía rebelde al convencimiento. Gustaba de estar sola para consagrarse con ancho y libre pensamiento a sus meditaciones y dar mil vueltas al dolor, buscando la sutil alegría que esconde entre sus pliegues. Como no le permitían encerrarse de día en su aposento, por temor a que cultivara sus melancolías, refugiábase en la libertad de la noche; que los llagados de amor buscan su bálsamo en el pensar antes que en el dormir.

Por la proyección nocturna, los pensamientos de Fernanda, en aquel desfile de sombras ante su caldeado cerebro, tenían más semejanza con el sueño que con la realidad; eran una forma de dormir, y en cierto modo un descanso del cuerpo quebrantado y del alma dolorida... El primer delirio fué la idea de renunciar al mundo y sepultar su vida en un convento. Todas las almas juveniles rompen el vuelo en esa dirección cuando, azoradas ante la catástrofe del ideal de vida, se lanzan a los espacios... Pero la hija de Ibero no persistió en

aquella dirección tenebrosa, y volvió las alas hacia el punto de partida, sintiendo repugnancia de la pasividad monjil en disciplina rigurosa

En su segundo delirio se estacionó tanto la dolorida joven, que en él parecía querer fijar su alma. Empezó el ensueño por avivar enérgicamente la memoria de su hermano Santiago, por reverdecer el cariño que siempre le tuvo, por mirar con benevolencia su vagar aventurero y su alejamiento de la familia. De aquí vino un cambio radical en la manera de apreciar los hechos del fugitivo. Las que fueron extravagancias o locuras eran ya, si no razones, sinrazones con un reverso razonable. Todo en este mundo tiene su lógica transparentada cuando no la tiene a flor de superficie. Así, por gradaciones de benevolencia, la hermana admiró al hermano, y habría querido imitarle si la diferencia de sexos no fuera elemental impedimento. ¿Cómo dejar de admirar el primer arranque de Santiago, cuando se escapó de la paternal tutela de don Tadeo Baranda para lanzarse con Prim a la nueva conquista de Méjico?... A este poema infantil siguió el de arrojarse con salvaje brío a la independencia, buscándose la vida por mar y por tierra, primero navegando con Lagier, después conspirando y batiéndose por Prim.

De recuerdo en recuerdo y de simpatía en simpatía, Fernanda llegó al último dislate de Santiago, que para la familia era de los que no admiten disculpa. Todo se le podía perdonar, menos la vileza de dejarse arrastrar por una mujer de mala conducta, huir a Francia con ella y establecerse y ayuntarse con simulación de matrimonio, deshonra de su abolengo y atropello de toda ley divina y humana... Recogióse en sí la hermana del delincuente, y al examen de aquel problema trajo algunos datos nuevos, entre ellos la manifestación de un grande amigo de su padre, Jesús Clavería, ya brigadier, que al volver de París en junio último se detuvo en Vitoria por pasar un día en casa de Ibero.

La feliz memoria de Fernanda nos reproduce, casi con honores de copia, esta interesante declaración de Clavería:

—Tú me conoces, Santiago; sabes que no puedo engañarte; usted, Gracia, sabe también que rindo culto a la veracidad. Pues óiganme y crean lo que digo... He visto a ésos. No quise salir de París sin acercarme a la pareja y observarla bien, para traer a esta familia noticias auténticas, de las que no admiten duda... Esa Teresita, de quien hemos hablado con tan poco respeto, afeando su presente con su pasado, es una mujer extraordinaria... Todos nos equivocamos, y como yo fuí el primero en denigrarla, quiero ser ahora el que rompa plaza en desdecirse y proclamar el error. Teresa es un caso inaudito de regeneración, del cual hay pocos ejemplos en el mundo... Yo creí que no había ninguno: he visto y comprobado el presente, y para que no me quedase duda, hice mi prueba con las investigaciones y testimonios más minuciosos. Me ha llenado de asombro el ver cómo esos dos que parecían locos, Santiago y Teresa, han resuelto el problema de la vida con un arte y una inteligencia que ya podrían imitar muchos cuerdos. Fundamento fué el amor, y ejecutantes del milagro dos voluntades poderosas. Yo he visto el milagro y he llegado a los extremos de la admiración, que se tocan y confunden con los comienzos de la envidia.

Amplió Jesús Clavería su informe, agregando que entre los dos ganaban ya veinte o veinticinco francos diarios, y que vivían del modo más ejemplar: de ello daba fe madama Ursula, la cual, a tal punto llegaba en su confianza, que había entregado plenamente a Teresa la dirección del negocio de encajes. La casa en que vivían los amantes, y así había que llamarlos aunque esto sonara mal en oídos gazmoños, era un modelo de orden y pulcritud... Teresa tenía tiempo para todo. En la vecindad no se oían más que elogios de *Madame Ibero*..., ¡tan bonita y tan buena!... Su marido, su trabajo, su casa, y no más.

París complejo, París integral y babilónico, tuvo siempre en su seno ejemplares de estas abejas industriosas, fabricantes de la miel doméstica y de las virtudes silentes, opacas, que rehuyen el cartel y hasta los menores ruidos de la fama. Estas virtudes, cualquiera que sea el sexo en que resplandezcan, necesitan el apoyo y estímulo de un ser del otro sexo, dotado de superior consistencia moral. En el caso de *Madame Ibero*, ésta no habría realizado el portento de su rehabilitación si no hallara en Santiago un robusto pilar en que asentarla.

Falta decir que en los más de los casos no era parisiense todo el oro de estas virtudes escondidas. Había parejas mixtas y parejas totalmente exóticas, que en el ambiente de la gran ciudad, tan rico en principios vitales, habían llegado a rehacer la existencia en nuevos moldes, encontrándose poseedoras de cualidades que procedían ciertamente de un tronco étnico lejano, pero que en él no tuvieron efectividad por causas invisibles. En presencia de estos fenómenos, el curioso trataba de indagar la causa o raíz de la fuerte concreción vital que París poseía. ¿Era por ventura la facilidad de la subsistencia, el vivir cómodo, la pronta y eficaz recompensa del trabajo, la puntualidad, la formalidad, el cumplimiento de las leyes, la blandura de éstas, la soberana tolerancia religiosa, que por su extensión y benignidad más parecía obra de la Naturaleza que de los hombres? Difícil era precisar las causas; bastaba con reconocer los hechos.

No se engolfó en estas consideraciones Clavería; pero apuntó la idea, llegó a sostener que el terreno lo hace todo, y que las plantas oprimidas en el semillero donde han nacido no dan flores ni frutos hasta que se las pone en tierra libre y ancha, cruzada por cuantos aires, vientos y ventarrones quiera Dios mandar al mundo. Algo de esto dijo, sí, y si no lo dijo, lo mismo da. Lo que importa es que Fernanda recordó las informaciones de Clavería para encariñarse más con su hermano, y llegar a lo más increíble: a no sentir despego, sino simpatía, por la compañera de la regeneración de él; por la mujer aquella de mala vida, que ya no lo era, pues algo excelso brillaba en su oscuridad.

Otro dato sobre lo mismo. Poco antes de salir la familia para Bergüenda y Sobrón, Fernanda sorprendió en el pupitre de su madre una carta a medio escribir. Sin duda, Gracia se olvidó de guardarla: era carta de tapadillo. El inflexible Santiago Ibero había decretado rompimiento de relaciones con el hijo rebelde, y el informe optimista y conciliador de Clavería no era tal que le moviese a cambiar de conducta. El primer impulso de Fernanda fué respetar el secretillo de su madre; pero la curiosidad pudo más que el respeto, y una mirada fugaz, deslizándose en la escritura, enganchó estos jirones de conceptos: «Hijo querido, tu padre se desenojará un poco si vienes a vernos. Ven, por Dios... Pero no puedes traerla..., eso nunca..., traerla no... Mándanos su retrato..., bien disimuladito, para que tu padre no se entere... Deseamos conocerla... Clavería nos ha dicho...»

Con lo poquito que leyó pudo Fernanda formar este juicio: su madre se dejaba rodar por la pendiente que arriba es rigor inflexible y abajo piedad... ¡Cuán difícil es sostenerse en los picachos del odio!... Cada día sería mayor la blandura de Gracia: el hijo ausente llamaba con fuertes aldabonazos en el corazón de la madre; la hija, por su parte, adelantábase a los demás de la familia, y abría desde luego su atribulado corazón al hermano querido, al aventurero, al vagabundo, al revolucionario, al amante de la Samaritana; y por no poner límites a su desbordada indulgencia y piedad. también absolvió y amó a Teresa... Ningún miramiento tenía ya que guardar la hermana de Iberito a la sociedad que la rodeaba. Fuérase la tal sociedad a paseo con todas sus morales triquiñuelas y sus necias hipocresías. Teresa era, según Clavería, un caso inaudito de regeneración. Pues a respetarla, a quererla, a morar con ella en espíritu.

Véase, pues, cómo en donde menos podía esperarse encontró Fernanda un alivio de su tribulación y una salida al repleto embalse de sentimientos generosos que su noble corazón atesoraba... No hay forma de dar todavía explicación clara de este fenómeno: que Fernanda restañara sus penas con la felicidad de dos seres amantes. Entre el caso inocente y doloroso de la doncella enamorada y el caso de aquellos aventureros corridos, no había relación, contacto ni aun remota semejanza; ofrecían, por el contrario, en sus conclusiones brutal antítesis. La paloma candidísima, que en su corta existencia no había hecho más que arrullarse en honestos cálculos de amor, se estrellaba en un terrible desengaño, que más parecía castigo. ¡Y ellos, los de París, los que habían sido malos, concluían dichosos! Pronto comprendió la joven que este criterio de cuento de hadas no podía ser aplicado a los casos reales de la vida... Ya iría entrando en conocimiento de la escon-

dida ley por la cual los pecadores pueden ser felices y las almas angélicas no... Mientras encontraba un criterio justo que aplicar a tan endiabladas contradicciones, Fernanda se entregaba al deleite íntimo de amar a los irregulares, y de traerlos a su lado para verlos y oírlos, como a viajeros maravillosos que conocían y contaban los secretos más dulces del vivir.

XXV

Buen acuerdo de los padres y tíos de Fernanda fué apartar a ésta de los lugares que constantemente le recordaban su desventura. Partieron, pues, todos a Laguardia y Samaniego, y de allí, a los dos o tres días, se fueron a Vitoria, donde esperaban hallar más bullicio de seres, más variedad de imágenes, más rotación de sucesos, y el exceso de impresiones que, destilándose lentamente, producen el benéfico bálsamo del olvido.

Con excepción de las de Gauna, todas las señoritas de Vitoria desagradaron a Fernanda. ¡Cosa más rara! En algunas, que habían sido sus amiguitas, ya no veía más que insulsas muñecas, que se movían y hablaban por mecanismo. Muchas de ellas no pasaban del *papá* y *mamá*; otras, en cambio, eran tan redichas, que fácilmente recaían en la indiscreción. Algunas, en su primera visita, plantearon la cuestión de don Juan. Con lenguas, ora despiadadas, ora zalameras, azotaron al caballero y compadecían a Fernanda, llegando a esa locuacidad cotorril que no se sabe si expresa pena o alegría.

A poco de residir en Vitoria los Iberos, corrieron por la ciudad (casinos, boticas, *Mentirón* y Florida) rumores de carácter un tanto novelesco referentes a don Juan de Urríes. La fama del héroe popular andaluz, conquistador de mujeres, no cabía ya en los términos familiares, y propagándose por pueblos y montes, invadía el suelo pacífico y patriarcal de Alava. Cierto que en el trasplante se ajaban y desteñían los colorines de la poesía *donjuánica*; pero en la airosa figura quedaban todavía el penacho y caireles, que el pueblo modificó a su antojo. Lo que principalmente constituía el aura popular de Urríes era su mano dadivosa, abierta siempre para el necesitado. En fondas y paradores no reparaba en cuentas, por desaforadas que fuesen; espléndidamente pagaba servicios de coches, recadistas y mediadores, y lo más bonito y seductor era que, a más de dinero, derrochaba la influencia política, prodigando recomendaciones, promesas de credenciales, efectividad de favores políticos, con lo que algún burlado esposo quedó más que satisfecho. En fin, que el don Juan indemnizaba, cual si acometiera y realizara sus aventuras por cuenta del Estado.

Véanse las lindas hazañas *donjuanescas*, según el vulgo las refería. En Orduña, con sólo una tarde de trato y dos o tres horas de la noche, enamoró, sedujo y enloqueció a una hermosa y hasta entonces honestísima señora casada. A los tres días de esta horrenda catástrofe moral, paseaban juntos los tres: es a saber, don Juan, la señora y el marido de ésta..., a quien ya se indicaba para una plaza de *joven de lenguas* en el Ministerio de Estado. (Era francés el tal, y mascullaba dos idiomas a más del suyo.) En Ulibarri Gamboa engañó don Juan a una linda muchacha que estaba para casarse. La encandiló con sólo un palique de media hora, echándole unas flores tan bonitas y al propio tiempo tan demoníacas, que la pobre chica, según contó después, no supo lo que le pasaba...

Luego, ¡vaya por Dios!, resultó que no hubo la malicia que al principio divulgaron las ociosas lenguas... El novio, que había sufrido un ataque de pataleo furioso y rabia blasfemante, estaba ya más calmado; poco a poco iba remitiendo su desconfianza, y no tardaría en descansar a la sombra de las palmeras de la fe... Del buen cura don Prudencio Virgala, tío de la joven, varón sensato, conciliador y pacificante, debe decirse que a los seis meses del escándalo se consideraba ya con toda seguridad canónigo de Calahorra... ¡Y que no estaba poco ufano el hombre, viendo realizado al fin, por tan tortuosos medios, su ideal eclesiástico desde que cantó misa!

En Villarreal, Nanclares, Salvatierra y otros pueblos siguió don Juan dando sus golpecitos de escandaloso libertinaje, con fugaz alboroto de los vecindarios

inocentes. Pero todo terminaba con pacífico arreglo y pródigas mercedes del burlador. Prenda de paz solía ser una concesión de carretera por el Estado en territorio de Treviño, subasta de otra con adjudicación a determinada persona, o bien destinillos y favores de menor cuantía; y aun se dió otro caso más chusco: don Juan hubo de pagar la dote de dos muchachas monjitas, de familia estrechamente unida por parentesco a la señora burlada.

Imperaba, pues, el criterio de las compensaciones, que tal vez era la rosada aurora de una moral nueva. Nueva era también, y singularmente peregrina, la transfusión de la sangre *donjuanesca* de las venas cálidas del Sur a las venas del Norte aguado y frío. La gallardía personal y la esplendidez dadivosa reproducían el Mañara sevillano; las artes escurridizas y el amaño para guardar el bulto recordaban al *virote* de las ciudades andaluzas. El tipo evolucionaba en pos de un maridaje discreto del romanticismo con la Administración, y esquivaba el paso por encrucijadas dramáticas, llevando en su corazón el fuego de amor, en su escarcela el oro, las leyes, decretos, reales órdenes y todo el positivismo decoroso de las mejoras locales... Entraba en los pueblos como paladín de la Inmoralidad, y se despedía con esta tarjeta: «Don Juan Tenorio, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País».

Quisieron los padres y tíos de Fernanda poner barrera entre la perversa fama de don Juan y los oídos de la desairada señorita. Pero viendo que sería imposible este aislamiento sin cerrar con candados las bocas de las amigas, juzgaron conveniente informarla de todo, y así se hizo, tocando previamente las trompetas y trompetillas de la moral.

—Ya ves, hija, qué hombre tan impúdico... ¡De buena te has librado!... Vete enterando, para que acabes de perder esa vana ilusión.

Revestía Fernanda su rostro de glacial indiferencia al oír estas cosas, y los padres y tíos se regocijaban creyéndola convalecida de la grave enfermedad de amor. Pero no iban las cosas por tal camino en la región invisible del alma, que Fernanda con cierto pudor místico recataba de las curiosidades más afectuosas. Según el juicio de ella, el *donjuanismo* era un mal; pero de tal naturaleza, que en él no podía existir la fealdad..., como no existía tampoco la fealdad en la vida borrascosa de Santiago y Teresa antes de que un impenetrable Destino los llevase a la tranquila honradez. Estas ideas eran nuevas en Fernanda; apuntaron en su cerebro después de la catástrofe, y en su rápido crecimiento ahogaban toda idea anterior. En ellas se mecía como en un columpio, viendo venir otras, viéndolas entrar en su pensamiento como pájaros asustados que huyen de la tempestad. Cada idea que entraba traía plumaje desconocido y un piar distinto del de las aves de acá. Volando venían de países remotos, donde la locura es sensatez, y quizá el desorden virtud.

La historia privada y pública convienen en que por aquellos días el trastorno mental de don Wifredo de Romarate, bailío de Nueve Villas, se había resuelto en una plácida mansedumbre, casi equivalente a una radical curación. Ya era otra vez el hombre pacífico, atento, sin una palabra más alta que otra, extremado en la caballería, fino y consecuente en la amistad. Verdad que hablaba muy poco, y así no había ocasión de disputa; no se curaba de la legitimidad ni de las fatigas de Carlos VII por ceñir la Corona de España. Levantábase el hombre temprano; oía misa en San Vicente; consagraba después, en su casa, dos o más horas a un prolijo aseo y aliño cuidadoso; se ponía unas botitas de tacón muy alto, con que acrecía un poco su menguada estatura; endilgaba la ropa que últimamente le hicieron en Madrid, un hermoso *chaquet estilo Romero Robledo,* pantalón y chaleco distintos; se coronaba de un sombrero de altísimo cilindro, terminado en airosa campana; revestía sus manos de amarillos guantes, y acompañado del más primoroso de sus bastones, emprendía su matinal paseo hasta la hora de comer.

El paseo del bailío había llegado a ser en Vitoria fenómeno consuetudinario, inherente a la vida de la población. Su presencia servía de reloj a muchos. Invariablemente recorría dos veces los cuatro costados de la plaza Nueva, una vez las aceras de la Vieja; seguía luego por la calle del Prado, hasta dar vista a la frondosa Florida. Por el Instituto, Capitanía General y San Antonio se enca-

minaba a la calle de la Estación, de la cual recorría invariablemente las dos terceras partes, ni baldosa más, ni baldosa menos; regresaba a la plaza Nueva, y medidos por última vez los cuatro costados, tornaba a su vivienda en el Portal del Rey. El ritmo de andadura era siempre el mismo. Si se contaban los pasos, no habría cuatro de diferencia entre un día y otro. Su contoneo era grave y decoroso; su ademán, noble; su pisar, firme; no hablaba con nadie; sólo con leve sonrisa y una indulgente cabezada favorecía la persona de algunos transeúntes. A las señoras y sacerdotes cedía galanamente la acera. En medio paseo bastoneaba; en el otro medio llevaba mano y bastón a la espalda, y cuando entraba en su calle hacía un poco de molinete... Todas las tardes, después de la siesta, repetía la caminata por los mismos sitios y con el mismo número de pasos; la única diferencia era que no sacaba el *chaquet Romero Robledo,* sino la *levita Manuel Silvela* y el *pantalón Camposagrado.*

Invariablemente terminaba el paseo de la tarde en el palacio de Gauna, donde por cena hacía don Wifredo una colación muy frugal; y si no estaban allí los Iberos, a la casa de éstos iba en busca de la tertulia, la colación y el extático contemplar a la hermosa Fernanda. Tenía ésta especial gusto en hablar con el bailío; encontraba en su conversación algo del gorjeo exótico y del plumaje pintoresco de los pájaros que en forma de ideas venían a refugiarse en su cerebro. Los primeros días hallábase el pobre sanjuanista cohibido por un respeto casi religioso. En la hija de Ibero veía una santa, una mártir, un ser interna y externamente purificado por las tribulaciones; era para él la perfección moral y la suma hermosura. Después ya se fué soltando; pero su franca espontaneidad no se mostraba sino cuando Fernanda era su única interlocutora, y esto acontecía las más de las noches, porque a las chicas de Gauna y a las de Prestamero se había prohibido severamente marear al buen señor y darle bromas que pudiesen remover su dolencia o despertar sus aletargadas manías.

Apartada con él en un rincón de la sala, Fernandita sabía tratar graciosamente los puntos más delicados, sin alterar la dulce mansedumbre en que el caballero vivía.

—Anoche, don Wifredo, me dejó usted a media miel. Ya sabe que sus aventuras amorosas me entretienen más que nada y son lo único. puede creerlo, que me alivia de mi tristeza. Pues empezó a contarme su conocimiento y relaciones con una dama enlutada, triste, parienta pobre de otra muy compuesta y fachendosa, natural de Cáceres; y cuando estaba yo más entusiasmada con su historia, se nos acercó Sofía Prestamero; varió usted de conversación, y yo me quedé, como quien dice, en ayunas... Siga, siga, por Dios, y sepa yo en qué pararon aquellos amores tan volcánicos..

Tomó don Wifredo la postura de las grandes confidencias, la cual era, como todas las suyas, postura correctísima, con la más decente colocación del cuerpo y las extremidades, y un orden artístico en todos los pliegues de su pantalón y levita, los cuales pliegues eran cada noche casi exactamente iguales a las de la noche anterior... Y en esta grave petrificación estatuaria satisfizo la curiosidad de su noble amiguita.

—Ya dije a usted que la conocí en las tribunas del Congreso, cuando Castelar nos habló del Dios del Sinaí, muy señor mío... Las miradas de aquella señora triste incendiaban el salón de sesiones. Yo estaba sofocado y me puse malo por no tener a mano un refresco... Un amigo que entonces me salió, pérfido y enredador, quiso hacerme creer que la dama estaba en el último mes de su embarazo. Fué una broma de mal gusto; y cuando la señora llamó a la puerta de mi casa, nadie observó en ella bulto de vientre ni cosa tal. No me fué posible recibirla; pero por *doña Leche,* que habló con ella. supe que es algo marquesa, viuda de un militar muerto en Cuba, y que allí dejó una fortuna... En sus cartas, arrebatadas de un amor insensato, del año cuarenta y tres, me pedía que fuéramos ella y yo a reclamar... En fin, que por mi dolencia no me decidí a embarcarme con ella... Mi negativa debió de exasperarla hasta la exaltación. Sus cartas terminaban con el terrible dilema: «Tu amor o la muerte...» Trajéronme entonces a Vitoria, donde supe que murió de tristeza...

—No me parece inverosímil ¡Pobre señora!... Y ahora, dejando esto a un

lado, don Wifredo, va usted a explicarme otra cosilla que anoche dejó medio en el aire... ¿Ya no se acuerda? Pues me dijo usted que ese achaque de la cabeza que padecía en Madrid, por culpa de una tal *Africa*, le trajo muchos sinsabores y disgustos, y también grandes beneficios. Me falta saber qué beneficios fueron ésos, señor bailío...

—Verdad que no acabé de explicar... Lo que yo padecí fué como un terremoto que cuarteó mi cerebro... Hendido y lleno de grietas quedó..., y si por este lado se escaparon muchas ideas y pedacitos de la razón, por estotro entraron hermosas verdades, que ya no quisieron salir... Una de las verdades que adquirí en aquella revolución o cataclismo fué que Cristóbal de Pipaón es un malísimo poeta...; sí, hija mía, no se asuste usted..., no se ría... Cristóbal es el peor poeta que cabe imaginar... Sí, sí: un gato que maya en el tejado llamando a la gata es más poeta que él... Las voces que Cristóbal llama poéticas son adoquines, y sus odas, calles empedradas... Suenan sus versos como las calles cuando pasa el pesado carromato de Burgos con seis mulas, ni más ni menos... Bueno; pues otra de las grandes verdades que aquí se me han metido y ya no salen es que si mi amigo don Carlos de Borbón y de Este viene al Trono, no lo calentará mucho tiempo.

XXVI

—¿Qué razones tiene mi buen don Wifredo para creerlo así? Eso ya no es poseer verdades, sino meterse a profetizar.

—Pues profetizo. En mi caletre han venido a guarecerse las verdades futuras. Don Carlos no calentará el Trono, porque todas las señoras elegantes quieren al niño don Alfonso... Así lo cuenta Luis Trapinedo, que conoce bien la sociedad... Y Luis y yo sabemos, porque lo hemos visto de cerca, que también aman al niño de Isabel Segunda los enriquecidos, antaño salchicheros, chocolateros, contratistas de tabaco, prestamistas, logreros, y hogaño chapados de aristócratas, algo marqueses ya, o con ganas de serlo... Como estos ricachones y las damás bonitas vestidas a la última moda de París son la fuerza social efectiva, no cuajará ningún rey que no venga empollado por las faldas y talegas... No digo que no haya rey al fin, ya lo saquen de un pozo, ya escojan algún sobrero de ganaderías extranjeras... Lo que digo es que no cuajará...

—Pues yo, don Wifredo de mi alma —declaró Fernanda, humorística—, creo que el único monarca que conviene a los españoles es aquel de palo que Júpiter dió a las ranas cuando éstas le dijeron que no podían vivir sin rey.

—Quizá esté usted en lo cierto, pues ahora todo es figuración, y el mejor rey será el que sirva de imagen para llevado en andas en la procesión política. Con más fervor lo adorará nuestro pueblo viéndolo de palo que viéndolo de carne y hueso. El pueblo gusta de venerar los sujetos cuando se los presentan en traza de objetos barnizados e inmóviles, con ojos de vidrio... Y los que medran al amparo de esta superstición no quieren rey vivo, sino un lindo juguete monárquico que lo más, lo más, diga *papá* y *mamá* y eche firmitas.

—Vaya, don Wifredo—dijo Fernanda con risueño entusiasmo—, que está usted hecho un sabio, y bien puede bendecir su cataclismo.

—Basta de verdades por esta noche —declaró el bailío—. Ya mi señora doña Gracia da la señal de retirada... Mañana seguiremos, amiga del alma, que aún hay verdades como puños, y entre ellas algunas que interesan a usted particularmente...

Empezó el desfile, y nada más hablaron aquella noche, con gran desconsuelo de Fernanda, a quien no se le cocía el pan hasta saber qué verdades eran aquellas de su particular interés. La impaciencia y curiosidad tuviéronla desvelada, y no se durmió sin tornear en su mente atrevidos cálculos y conjeturas sobre aquel ignorado tema. A la siguiente noche debían reunirse todos los amigos y parientes en el palacio de Gauna, donde había familiar fiesta, por ser la de San Luis, rey de Francia, y celebrar sus días el futuro marqués de Gauna y su hija Luisita.

Esta y su hermana, con Fernanda, Demetrio y los chicos hortelanos, tuvieron la feliz idea de adornar la frondosa huerta del palaciote como para verbena, y toda la tarde emplearon en colgar de

los árboles farolillos y banderolas de papel; antes dispusieron un barrido general de paseos, y se armó un tabladillo para colocar dos violines, dulzaina y tamboril. Todo resultó muy bien apañado, como improvisación de muchachas traviesas. Llegada la hora del juvenil regocijo, después de la cena, daba gusto ver las arboledas, aquí umbrosas, allá iluminadas de fantásticos colorines, y oír el rumorcillo de risas y coloquios por alegres bocas de ambos sexos, y ver los grupos que entre cerezos, manzanos, morales y albérchigos bulliciosamente discurrían. La musiquilla cumplió hasta medianoche, sin dar tregua ni paz a sus estridores rítmicos; bailó la juventud honestamente, y la cháchara interrumpió con crueles latiguillos galantes el tranquilo sueño de los pájaros, que tenían por suya la callada fronda.

Ya mediada la verbena, Fernanda y el bailío reanudaron en tan apacible lugar sus coloquios. Apartados del tumulto, dejáronse ir quedamente a un paseo lateral, adonde llegaba medio muerto el resplandor de los farolillos, y hecho polvo de sonidos el parloteo de galancetes y damiselas...

—Esta soledad—dijo don Wifredo saboreando el misterio nocturno—es la más adecuada escena para que ciertas verdades pasen de mi boca a los oídos de usted...

—Pero lo hará sin asustarme—murmuró Fernanda, traspasada por fugaz calofrío—. Esto está muy oscuro, don Wifredo... Vamos por aquel paseíto... Estamos junto a la noria, que es lugar triste. Fué noria...: ya no es por dentro más que una ruina; por fuera, un armatoste abandonado..., con mortaja de hiedras.

—Sí, ya veo.... es la noria..., que veinte años ha sacado de la tierra un hermoso raudal de agua fresca y cristalina... Me agrada verme junto al pasado glorioso... Detengámonos aquí un instante, que mis verdades pronto se dicen. Es cuestión de segundos... Fernanda, no tiemble, no se asuste. Don Juan... ¡Eh! ¿Qué hace usted? ¿Por qué chilla?... Venga aquí.

—No quiero que me hablen de ese hombre — gimió Fernanda, temblorosa, alejándose del bailío.

—Si no me ha dejado concluir. Digo que don Juan ha de volver a usted..., sé que ha de volver, Fernanda; lo sé...

Aterrada, la hija de Ibero no se movía. El sanjuanista fué hacia ella, y alzando los brazos iracundos, y agitándolos sobre su cabeza, soltó estas palabras de fuego:

—Velverá..., volverá..., lo digo yo... Y digo también, delante de Dios y delante de usted, que si no vuelve, le mato..., le mato, Fernanda.

—Silencio; cállese, don Wifredo...: No diga esos horrores. Pueden oírle.

Y él, disparándose más en la exaltación, lanzó su clamor a las estrellas:

—Por la presencia de Cristo vivo en la Hostia, juro que mato a ese hombre si no vuelve a usted... Pero volverá: yo lo sé, yo lo aseguro .

Tuvo Fernanda que decir también «volverá, volverá», para que el caballero se calmase... Y gracias a esta hipócrita conformidad, logró sacarle de aquel sitio sin que alborotara con sus destemplados juramentos y amenazas... Poco después, don Wifredo recobraba su tranquilidad entre los demás asistentes a la verbena, y habló a Fernanda en el tono de su habitual mansedumbre. Al salir para su casa, algunos que iban tras él notaron que gesticulaba moviendo el bastón de un modo harto fantástico, y le oyeron mascullar y escupir frases incoherentes.

Fernanda tardó aquella noche más de lo regular en traer a su mente fatigada las dulzuras del sueño, pues aun dichas por un pobre vesánico, las palabras «don Juan volverá; le mato si no vuelve», tenían bastante poder magnético para turbar su reposo... Y al siguiente día vió la noble Vitoria interrumpida la normalidad de su existencia por la falta de un hecho que diariamente ocurría con cierta puntualidad astronómica; el bailío no se dejó ver en sus paseos matinal y vespertino, y los vitorianos comentaron con asombro el eclipse. Amigos y parientes llegáronse a la casa, y por Filiberta, la criada del sanjuanista, supieron que había pasado toda la mañana encerrado en su sala-biblioteca, entre legajos, armas sacadas de los viejos arcones y libros que parecían misales, con sus hojas rebarbeadas por los ratones; añejas crónicas, tal vez, de la Orden de San Juan en los gloriosos días de Tolemania y Rodas.

Repitióse el eclipse un día, dos días

más, que en esto no hay exacta medida histórica, y una prima noche hizo su reaparición en casa de Ibero revestido de su pontifical elegancia nocturna, y luciendo, además, o aparentando, su caballeresca y dulce amabilidad. Rodeáronle y con lindas palabras le entretuvieron las chicas de Prestamero y de Gauna. Fernanda se apartaba de él, como si le temiera. Pero en una favorable coyuntura, hallándose Romarate solo en el ángulo donde sentarse solía, suplicó a la señorita con amable seña que se acercase un momento, y con fugaz secreteo le habló de este modo:

—Fernandita, sepa usted que por aquí anda ese hombre... No quiere abandonar las tierras de Alava, donde, por lo visto, le va bien.

Con temblor en su voz cristalina, la joven respondió:

—Don Wifredo, le suplico otra vez que no me hable de... Ni nombrarle me gusta... Sea usted prudente, respete mi tristeza.

—Yo insisto en que volverá. Me lo dice el poder de adivinación que adquirí en mi terremoto cerebral. ¿Duda usted de ese poder mío? Pues con ejemplos que fácilmente pueden comprobarse lo demostraré. No hace muchos días, el caballero andaluz se corrió a San Sebastián, y de allí a Irún, donde se hizo el encontradizo con el general Prim, que pasó a Francia con varios amigos para tomar las aguas de Vichy... Don Juan quería informarse de los planes de Prim referentes a candidatos al Trono... Es un lío, un lío horroroso... Siéntese usted, ingratuela, y oiga los apuros y desengaños de los buscadores de rey.

—Me sentaré, si usted se empeña en ello—dijo Fernanda—. Pero algo de eso sabemos ya. Nos lo contó anoche Luis Trapinedo, que está bien enterado.

—Pero Luis no sabe que si ningún príncipe extranjero quiere ser rey de España, Montpensier no desiste de sus pretensiones, y que el de Urríes propone a Prim, en nombre del duque, un millón de reales para cada diputado que le vote, diez millones para Prim y otros diez para Serrano.

—Yo no sé nada de eso, don Wifredo, ni me importa... Si no se enfada, le diré que habla usted en sueños.

—Pronto se convencerá usted de que hablo bien despierto. No tardará mi amiguita en apreciar por sí misma que don Juan ronda, que don Juan acecha; ha conocido su error y quiere repararlo... Y como no entre en razón, peor para él. Ya sabe usted la que le espera... Si él se planta en la sinrazón, yo me planto en la justicia.

En circunstancias comunes, estas arrogancias habrían hecho reír a la hija de Ibero; en la turbación de su espíritu, aún perseguido de sombras y no abandonado de las angustiosas dudas, el responder con bromas a las palabras del bailío le repugnaba más que discutirlas y tratarlas con seriedad. El motivo de esto fué que dos horas antes había sabido por otro conducto algo que confirmaba las noticias del buen Romarate. Don Juan, no sólo rondaba la ciudad, sino que había estado y quizá estaba aún en ella. Le habían visto recorrer de abajo arriba el paseo central de la Florida, entrar por la calle del Prado. Pasó después por delante del Instituto y entró en la Capitanía General. Al anochecer del mismo día, se le vió en los Arquillos con un sujeto de baja estatura que tiene cara de vieja...; bajaron por San Vicente, perdiéndose luego en la plaza del Machete, donde los Iberos vivían... Estas noticias dió a Fernanda una buena mujer que fué su criada, y antes lo había sido de los Prestameros. Llamábase Marciana, y estaba casada con un guardia civil.

Dos noches después de la referida conversación con el bailío no esperó Fernanda a que éste la llamase, sino que se fué a él, aprovechando una feliz ocasión de hallarle solo. No fué a él temerosa de noticias, sino más bien buscándolas.

—El pájaro ha levantado el vuelo, Fernandita—dijo don Wifredo—; pero... me consta que volverá.

—¿Ha hablado usted con él?—preguntó Fernanda, entre seria y burlona.

—Yo no hablaré con ese caballero más que una vez, y será la definitiva... Aparte de esto, la sonrisita de usted me dice que sabe algo de lo que yo sé..., no todo, porque sería imposible. Lo que ha llegado a su conocimiento lo debe a Marciana... ¿Ve usted cómo adivino donde menos se piensa?

—Como que el pajarito que le cuenta a usted todo será la propia Marciana..., será Filiberta. Vamos, don Wifredo, dejémonos de jugar a los secretitos. Yo

sé más que usted... Sé que ese caballero estuvo en la Capitanía General..., cosa naturalísima... Es amigo del general Allende Salazar...

—El cual fué.... lo sabe todo el mundo.... ayudante de Espartero...

—Pero la amistad no viene por Espartero, sino por Zabala. Los Urríes son amigos y algo parientes del general Zabala.

—Está bien... Y después de visitar al capitán general, fué don Juan a ver al gobernador civil, señor Ezcarti, con quien tiene también amistad.

—De esa visita no sé nada. La amistad con Ezcarti debe venir por Pavía, que es muy amigo de don Juan. Ya sabe usted que el gobernador tiene dos hijas casadas, y que sus dos yernos son oficiales de Artillería: Baltasar Hidalgo y Manuel Pavía.

—Justamente. No niego que usted sabe algo de lo que yo sé... Pero usted no adivina, hermosa Fernanda... Dios no ha querido conceder a usted la facultad que yo disfruto por singular favor, quizá como compensación de mis desdichas... Conoce usted, pues, algo de lo externo, algo de la vestidura de los hechos; pero no sabe ni palabra de los hechos profundos, de las intenciones... Veo que usted se asombra; veo que sus bellos ojos lanzan al espacio sus miradas como aves de cetrería, en persecución de todo pensamiento volante y reptante... ¿Me explico? Es que si mi trastorno me ha hecho adivino, también me ha hecho poeta, más poeta que Cristóbal de Pipaón, el adoquinador de odas... En fin, amiga del alma, ¿de veras no ve usted el sentido íntimo de las visitas de don Juan al capitán general don José Allende Salazar y al gobernador señor Ezcarti?

—Yo no veo nada, don Wifredo—dijo Fernanda con pudoroso disimulo de sus vagas esperanzas—; sólo veo que usted es muy bueno, que se emborracha de caridad, de abnegación...

—Deje el incensario y respóndame a esta otra pregunta: ¿No estuvo ayer el capitán general a visitar a su padre de usted? *(Signo afirmativo de Fernanda.)* ¿Hallóse usted presente a la visita? *(Nuevo signo afirmativo.)* ¿Puede decirme lo que hablaron?

—Presente estuve un rato no más—dijo la señorita—. Luego mi madre y yo nos retiramos; quedaron solos mi padre y el general. Ya sabe usted que son muy amigos, desde los tiempos de Espartero y Zurbano. Delante de nosotros hablaron de política y de los aspirantes al Trono... Allende Salazar, como mi padre, es partidario de Espartero... El odio a los carlistas enciende el genio del buen don José, que si siempre se parece a Don Quijote por su alta estatura, flaqueza y sequedad del rostro, cuando habla contra esa gente es Don Quijote mismo. Delante de mí, ayer, dijo que su mayor gusto sería fusilar al canónigo Manterola, que predica la guerra santa en el púlpito y en las conversaciones de los Arquillos.... y que le pegaría los cuatro tiros en la misma tapia donde fué pasado por las armas, con menos motivo, el pobrecito oMntes de Oca.

Risueño comentó el bailío esta humorada del capitán general, añadiendo que no merecía tan fiero castigo el buen Manterola, defensor de la fe católica y de la monarquía tradicional.

—Mejor sería—dijo después—que fusilase a Cristóbal de Pipaón, no por carlista, sino por detestable poeta... Y no hablemos más esta noche, adorable Fernanda... Sólo diré a usted que don Juan, al partir hoy para Miranda, donde habrá cogido el tren del Ebro hasta Zaragoza, y de allí hasta Lérida, Reus y Tarragona, ha dicho: «Volveré...», y yo lo repito... Con esta palabra me permito entrar en el amante corazón de usted, y como amigo y como poeta dejo en él una linda flor que se llama *Esperanza*...

XXVII

¿Tendría razón don Wifredo?... Debe advertirse que si en su vida social no escaseaban las ridiculeces, en su vida íntima era un santo, y que Fernanda conocía no pocos ejemplos de su grandeza moral. Por esto quizá, al conjuro del caballero, sintió la joven que en su alma reverdecían esperanzas marchitas; las ramas secas e inodoras despedían leve fragancia de mejorana y tomillo, y en la mente oscurecida, como alcoba de enfermo grave, entraban ya por innumerables rendijas luces del libre ambiente. Cierto que esto no era debido tan sólo al lisonjero vaticinio de don Wifredo:

en el conjuro tenía buena parte Marciana, mujer bienintencionada y discreta, que procedía con la mayor lealtad.

Y aún cobraron las esperanzas de la desconsolada señorita mayor aliento cuando observó que llegaban a su casa visitas que a su parecer traían misterio y algo que a ella particularmente interesaba. Presentóse una mañana don Felipe García Fresca, alcalde de Vitoria, y aunque esto nada tenía de particular, por ser Santiago y el señor Fresca muy amigos y ambos liberales, Fernanda creyó ver en ello una extraordinaria encomienda. Quizá no hablarían más que de política, de elección de rey, de los temores de levantamiento carlista; pero estos asuntos no explicaban el extraño caso de que, al despedir a su amigo en la escalera, quedase Ibero contentísimo, con una cara de Pascua que la hija no había visto en él desde los tristes días de Bergüenda.

Pues la misma noche estuvo en casa de Gauna don Francisco Juan de Ayala, persona principal de la ciudad, cuñado del conde de Cheste. Ayala y Luis de Trapinedo hablaron largamente a solas en un extremo de la sala Fernanda notó que la miraban sonrientes. Luego creyó notar en Luis cierto alborozo... El hecho era que todos parecían contentos; pero nadie le decía nada. El único que con la señorita se franqueaba era su amigo el gran don Wifredo, que, risueño, le dijo:

—No me ponga esa cara tristona. Alegrándose un poco está usted más bonita... Ya puede salir al campo de la ilusión, a recoger y acopiar pajitas y pelusitas para un nuevo nido... Aquél se rompió, se deshizo... Pues a otro... Esto digo yo, y que venga ese bruto de Cristóbal Pipaón a competir conmigo en imágenes bellas... Fernanda, que la vea yo a usted alegre y saltona, cogiendo pajitas y llevándoselas en el pico...

Al llegar aquí se detiene el historiador extasiado ante la noble figura caballeresca del bailío de Nueve Villas, que en aquella segunda etapa de su azarosa vida se nos presenta con los caracteres de la más alta grandeza moral. Podría no estar el hombre en sus cabales; podría ser un vidente, un iluminado; fuera lo que fuese, la dirección que tomaba su voluntad merecía calurosas alabanzas. Volvió el hombre de Madrid medio loco o loco entero, trastornado por pasiones que súbitamente entraron a saco en su espíritu. Madrid le había sido funesto; había caído el hombre en aquel infiernillo político y social, con cincuenta años largos de pacífica normalidad provinciana; pagó el tributo a los gustos retrasados, a los apetitos inéditos y adormecidos; se le fué el santo al cielo; se achispó de los sentidos y del corazón. Restituído por bondadosos parientes al suelo natal, se encontró con el tristísimo suceso de Fernanda, la mujer ideal, la mujer soñada, tan alta para él, que nunca osó rendirle adoración fuera del invisible altar del pensamiento.

Pudo estar don Wifredo perturbado cuando le trajeron de Madrid a Vitoria; pero no cabía mayor señal de cordura que su proceder ante la hija de Ibero, abandonada del novio, sin perder su pureza. Ni por un momento pensó el bailío en sustituir al galán fugitivo. Claramente vió que su edad avanzada, su posición modesta, la borrasca mental que había corrido en Madrid, le imposibilitaban para toda pretensión amorosa. No era falto de seso el hombre que así pensaba. Pero no contento con esto, y obedeciendo a las generosas y cristianas voces que sonaban en su alma, se dijo: «Todo por Fernanda y para Fernanda; y pues enamorada sigue del sujeto, a pesar del desaire sufrido, consagraré mi vida al fin altísimo de traer al don Juan a su deber, o de castigarle con la muerte si a ello se negara» Con esta especie de juramento quedó afianzado el sanjuanista en la desinteresada empresa expresión fiel de la Orden de Caballería que profesaba.

La idea del regreso de don Juan nació en la mente del bailío de confidencias que alteraba su lozana inventiva. Pero contando siempre con la volubilidad del andaluz, se previno por si llegaba el caso de tener que matarle. Los eclipses del paseo matutino y el encierro en su aposento fueron motivados por la necesidad en que se vió de limpiar sus armas, enmohecidas por el ocio de una larga paz. Poseía espadas de fino temple, cuyos aceros jamás vieron sangre; sables, dagas y otras herramientas de muerte conservadas por curiosidad o como recuerdos de familia. Terminada esta faena en dos mañanas, otras consagró a poner en orden sus papeles, a desempolvar sus

ejecutorias y a trazar con mano firme un testamento ológrafo, pues aunque confiaba en que el juicio de Dios le sería favorable, por llevar consigo toda la razón, no podía dejar de admitir alguna probabilidad de fracaso y muerte. Sobre todo estarían siempre los altos designios.

Fundado en vagas noticias, Romarate se imaginaba a don Juan encariñado con la reconciliación. Faltaba, no obstante, la nota de verosimilitud o algún dato testimonial, para que tal creencia fuese algo más que vana conjetura. A este propósito debe decirse que las atrevidas adivinaciones de don Wifredo solían tener más consistencia lógica y más aire de verdad que muchos de los informes que sus confidentes le comunicaban; pero él se las componía muy bien para llevar a los puntos débiles la fuerza persuasiva que en otros sobrara, para dar apoyo a los hechos tambaleantes arrimando a ellos los hechos firmes, y así lograba sostener aquel aparato en que no era fácil discernir lo imaginario de lo real.

El taller en que don Wifredo fabricaba su lógico artificio era su casa del Portal del Rey, y el ayudante o discípulo la criada que desde remotos tiempos le servía, cincuentona como él, de una fidelidad inaudita, llena el alma de devoción y de supersticiones, con cierta salida de humos a lo caballeresco, plagio de su señor. Lo más extraño de Filiberta era que jamás creyó en la demencia del amo, y que en cuanto éste hizo y dijo al regresar de Madrid no vió más que donaires o rigurosa demostración de un caráter entero. Le amaba y le servía con absoluto desinterés; le cuidaba como a un hijo, y no tenía más finalidad en su existencia que verle saludable y alegre. Rara vez ha existido un caso de adhesión semejante, que se explica, más que por el natural bondadoso de la sirvienta, por la increíble bondad, rayana en lo sublime, del caballero de San Juan.

Era Filiberta viuda de un contrabandista, que el año 54 contrajo una repugnante enfermedad en la boca y nariz. Hora es de que se conozcan las cristianas virtudes del ilustre bailío, que llevó a su casa al pobre canceroso, le aposentó en su propia alcoba, asistióle como a hermano y no se apartó de él en la hora de la muerte. Entre él y la viuda le amortajaron; fué el caballero al camposanto, y con sus propias manos le dió sepultura. Como nunca hizo alarde de esta ni de otras obras suyas de alta misericordia, que cumplía calladamente como caballero hospitalario, pocas personas lo sabían. Pero el historiador lo sabe, y nos manda trazar este perfil biográfico.

—Filiberta—decía una noche a su fiel siriventa, cuando ésta le quitaba las botas—, en el testamento, que hace días escribí de mi puño y letra, te dejo el caserío de Argandoña.

Y ella, con súbitas ganas de llorar, oprimiendo contra su pecho la bota que acababa de quitarle al amo, respondió:

—Señor, yo no quiero que me deje nada. Lo que quiero es que viva más que yo. Muérame yo primero.

—No te aflijas, mujer. Sólo Dios sabe los días que hemos de vivir. Comprenderás que hallándome yo pendiente de un lance gravísimo con ese don Juan, he debido arreglar mis asuntos, por si el juicio de Dios me fuera desfavorable

—Quite allá, quite—dijo Filiberta retirando la otra bota después de limpiarse una lágrima en cada ojo—. ¡Estaría bueno que Su Divina Majestad no le sacara a usted salvo y triunfador!

Disertando sobre esto con desigual reparto en el coloquio, pues don Wifredo no hacía más que asentir con frases breves, Filiberta expresó peregrinas opiniones respecto a la Caballería y a las virtudes de su amo. El que era un santo con sombrero de copa; el que practicaba la caridad sin que se enterara ni el cuello de la camisa; el cruzado de Jerusalén, amparo de los desvalidos, que andaba por el mundo lleno de misericordia, no podía quedar mal en un lance por defender a una dama noble y católica. Oyendo esto, despojóse don Wifredo de las prendas de vestir más pegadas a su cuerpo, y se metió en la cama. Hízolo en la forma más pudorosa, mientras la criada, poniéndose de espaldas para no ver al amo en su desnudez, recogía la ropa y la ordenaba. Era Filiberta morena, tirando a negra; de granadera talla, huesuda, con bosquejo de bigote y barbas. Puesto en pie a su lado con altos tacones, apenas le llegaba al cuello el hombre chiquitín con quien compartía su existencia, y en quien veía un santo niño, digno de culto religioso.

Acostado el niño, su servidora le lió en la cabeza, a guisa de turbante, un pañuelo de seda. No dormía bien el caballero sin abrigar de este modo su cráneo y sus pensamientos, costumbre higiénica que le fué impuesta en Madrid por los cuidados de *doña Leche*. Y cuando Filiberta le hacía en la frente el nudito final, dijo a su señor:

—Y para más seguridad, ya sabe que yo tengo un amuleto que me dieron los ermitaños de Barria. Se lo pongo en el pecho, y no haya miedo de que le toquen balas, ni de que le entre estoque o daga en desafío, siempre que a él vaya con fe y devoción. No es más que un colgajito con el *haba de mar* cogida en Viernes Santo, unos palitos de hierba de Tierra Santa y la regla de San Benito. Bien probada tengo la virtud de ese divino escudo: que por dos veces se lo puse a Ramón, y fué como si llevara una coraza de diamante. En Vera le soltaron siete tiros a boca de jarro, y no le tocó ni un grano de pólvora.

Bondadosamente replicó el bailío que más eficaces que el amuleto de los ermitaños eran la razón y la justicia, formidables broqueles que él llevaba en su pecho, y con esto terminaron el coloquio.

A la mañana siguiente, serían las ocho, volvía ya el bailío de San Vicente con su misa en el cuerpo. Sirviéndole un rico chocolate, Filiberta le dijo:

—Y anoche, señor, ¿durmió bien?... ¿Pensó mucho, vió las cosas que están lejos?

—Te diré... Anoche estuve algo inquieto, distraído... Sin que yo los llamara, venían recuerdos y alguna que otra imagen, muy seductora, por cierto, de las borrascas que corrí en Madrid... No puede concentrar bien el pensamiento en las cosas de acá.... ni calcular lo que hace y piensa el caballero andaluz en Cataluña... No dejes de ver hoy a tu prima Marciana, y si puedes, haz por ver a su marido, el guardia civil Antonio Castro. Un compañero de éste, llamado Matías Calero, acompañó a Urríes en el trajín de las elecciones, y un miñón de los que están en el Gobierno Civil llevó recados del gobernador a don Juan en la fonda de Quintanilla... Y ahora que me acuerdo: ¿no conoces tú a dos muchachas de la fonda, que son de Comunión, tu pueblo? Pues ésas tal vez sepan algo...

Gozosa de colaborar en las imaginativas empresas de su amo, Filiberta se preparó para salir a la compra.

—No te des prisa—le dijo el señor—, que hoy no paseo... No me arreglaré hasta las doce... Pasaré la mañana leyendo.

Partió la moza con la idea de que las páginas de aquellos librotes de Tolemaida y Rodas contenían la misteriosa cábala... reveladora de las cosas futuras y los sucesos distantes.

Pero al enfrascarse en la lectura, no buscó el caballero su deleite en pesados mamotretos del tamaño de diccionarios, sino en volúmenes chicos, amenos y graciosos que guardaba en su reducida biblioteca, y que fueron sus delicias en la niñez, como lo habían sido de sus padres... Se embelesaba en aquellos días con peregrinas historias de aventuras y correrías maravillosas por las regiones inexploradas del globo; buscaba la distracción de momento, los lances más inauditos, los hallazgos de enanos y gigantes, de monstruos marinos y terrestres, los peligros de huracanes, desiertos de hielo, abismos, trombas, torbellinos y banquetes de antropófagos...

De uno de estos bárbaros festines volvía don Wifredo aturdido... Cerró primero el libro, después los ojos, y en un breve letargo se vió llegando a Barcelona en un navío, después de seis meses de viaje. Apenas saltó en tierra, vió a don Juan de Urríes tomando billete en la estación de un ferrocarril. Vendía los billetes una mujer, que asomó las narices por el ventanillo, preguntando al caballero que adónde iba... La voz era la de Filiberta, que entraba con la cesta de compra, y dijo a su amo:

—Señor, en la fonda de Quintanilla esperan al don Juan para dentro de tres días. Tiene la habitación reservada.

—Ya lo sabía—dijo don Wifredo, pasándose la mano por los ojos—. En este momento toma el tren en la estación de Barcelona.

XXVIII

Y era verdad que tomaba el billete en la estación de Barcelona; pero no para Zaragoza, como pensó don Wifredo, sino para Tarragona. No iba solo: dos señores le acompañaban. No le movían empeños o compromisos amorosos: em-

pujábanle, con inquietud y curiosidad, móviles políticos y el inmediato interés de la causa dinástica que defendía. Observar quiso la tromba insurreccional que se iba formando en toda España, y con más ímpetu que en parte alguna en las regiones catalanas próximas al Ebro. Era la explosión del sentimiento republicano, el más joven y, por tanto, el más vigoroso de los sentimientos políticos en aquella época de pasmosa florescencia vital. Brotaban los nuevos gérmenes con fuerte empuje de la savia, y el poder y virtud de ésta se malograban por querer crear el fruto antes de producir las flores... Este arrebatado movimiento tomó la encarnación teórica más atrevida: el pacto federal, y tras él iba con generoso raudal de sentimiento. El federalismo creyó llegar más pronto a su fin batiendo las alas de la razón filosófica que andando modestamente con los pies de la cautelosa realidad. Pronto había de pagar su error.

Como se ha dicho, fueron Urríes y dos más a ver de cerca el ciclón, sin acercarse mucho, por si llovían golpes y tiros. Los compañeros de don Juan eran un señor Angulo y un señor Solís, muy notados de montpensierismo doméstico y público. Lamentaban que en España hubiese tantos hombres que exponían su vida y su hacienda por don Carlos o por la República, y que no saliesen de ninguna parte ni siquiera cuatro gatos armados que mayasen por el de Orleáns. En su lista de adictos tenía éste generales y políticos de peso; en sus arcas, millones que derrochar, si pudiera más la ambición que la codicia, y con tales elementos era el hijo predilecto de la impopularidad. Angulo, Solís y Urríes salieron de Barcelona con objeto de ver si en el revuelto río federal era fácil pescar alguna trucha que pudiese comer tranquilamente el señor duque.

Vieron los tres caballeros la grande agitación de aquel país, y en un tris estuvo que retrocedieran a Barcelona; pero más pudo la curiosidad que el temor, y adelante siguieron. Sabían que las radicales ideas de Pi y Margall habían cristalizado en los organismos federativos de pueblos y regiones, y que pronto lo harían en la Junta central, común atadijo de los haces regionales. Sabían también que la guerra civil republicana se iniciaba en ciudades populosas y ardientes, como Zaragoza, y en otras que siempre fueron pacíficas No desconocían que tras ellos quedaban soliviantados pueblos importantes de Barcelona y de Gerona; que Suñer y Capdevilla reclutaba hombres a centenares, a miles, para expugnar la institución monárquica, todavía platónica y acéfala, pues había Trono, mas no rey que lo ocupase; pero ignoraban lo que podía venir del lado de Tortosa, donde algunos diputados republicanos y otros que no lo eran, hombres de tan viril entendimiento como Valentín Almirall: jóvenes exaltados, como José Luis Pellicer, habían adiestrado al pueblo en el arte de la reivindicación y en otras artes complementarias, como el maldecir cantando y el aclamar rugiendo. Inspiraba el gran niño admiración por su infantil fiereza; causaba miedo, porque su inocencia no era ya inofensiva.

Al llegar a Tarragona, nada vieron anormal Urríes y sus acompañantes. Fueron a visitar al gobernador, don Juan Manuel Martínez, hombre tan inteligente como simpático amigo inquebrantable del general Prim, satélite de adversidad más que de fortuna, pues con alegre constancia le siguió por todos los ásperos senderos y atajos de la emigración... No le encontraron: había ido a Barcelona a conferenciar con el capitán general, Gaminde, y pedirle fuerzas con que contener el nublado que se le venía encima.

Recibió a los curiosos forasteros el secretario, gobernador interino, don Raimundo Reyes García, el cual no pareció temeroso de que estallasen desórdenes graves a la llegada de los republicanos que vendrían de Tortosa. Según dijo, conocía bien al pueblo tarraconense: teníale por reflexivo, poco dado a excesos revolucionarios: pensaba que arengándole con lenguaje conciliador, invocando su dignidad y cordura, todo se reduciría a un poco de ruido. Contagiados de la tranquilidad del secretario, se fueron los caballeros a la fonda, luego a un café, rambla de San Carlos, donde departieron sobre los presuntos alborotos. Seguramente, si éstos eran extremados y traían atropellos de la propiedad y ataques a las vidas, más ganaba que perdía la causa del duque. Convenía que la odiada interinidad se pusiera su máscara más cadavérica y su mortaja

más pavorosa para asustar a la nación.

Con estos comentarios ojalateros pasaban el rato, cuando oyeron rumor de marejada popular, y a la calle se lanzaron, siguiendo la corriente que con hervor de gritos descendía de la rambla de San Juan a la de San Carlos. Por la calle de la Unión precipitáronse a la plaza de Isabel II, donde ya era menos fácil el paso, por lo que iba espesando la muchedumbre. Dejábanse llevar del torrente humano, que corría cuesta abajo, y por calles que desconocían, rectas y de anchura diferente, llegaron a una gran explanada, en cuyo término se veía la estación del ferrocarril. Era la escena del drama federal anunciado, que se hallaba en su primer acto, mejor será decir que el único, porque fué tragedia breve, con muy poco espacio entre la prótasis y la catástrofe.

Sobre la multitud que ondeaba con hinchazón rugiente, como un mar tempestuoso, se destacó la figura arrogante de un militar anciano, que subió a un coche. Su hermosa barba blanca dábale aspecto de un gran rabino con ros y levita galonada... Era Pierrad, hombre valiente en la guerra, desgraciado en la paz, y en toda ocasión política enormemente inoportuno; tardío cuando debía llegar pronto, prematuro cuando su tardanza podía ser un suceso favorable. No se sabía si a la multitud arengaba, o si oía su bronco alarido sin comprenderlo... El general era sordo.

Entre don Blas Pierrad y la estación, el gobernador interino arengaba en otra forma y con mejor sentido a la brava multitud. Esta, también un poco sorda, como su ídolo en aquel momento, no se enteraba de las sensatas exhortaciones de la autoridad..., se arremolinó en torno al señor Reyes; éste cayó al suelo... La fiera se inclinó sobre él... Era como el niño recogiendo el juguete que se le ha caído... Los niños, en sus juegos inocentes, inventan diversiones crueles y hacen simulacros de maldades... Ello fué que la iracunda caterva popular echó una cuerda a los pies del infeliz gobernador interino y le arrastró, no sin tropiezos y dificultades, porque el suelo estaba muy mal empedrado... Los arrastradores, con incierta marcha de niños embriagados por la travesura, tiraban hacia el puerto... Pierrad fué y vino en su coche... Los caballos, encabritados, parecían luchar con las olas, como caballos de Neptuno. Alguien gritaba júnto al general, refiriéndole lo que ocurría; mas él no parecía comprenderlo bien.

Urríes, Angulo y Solís no creyeron prudente marchar a la cola de la bárbara tragedia que se alejaba; y deseando apartar de sus oídos el espantable resuello de la plebe, mezcla de carcajada hombruna y de aullar de canes, retrocedieron calles arriba...

—Filiberta—dijo don Wifredo a su criada, abriendo los ojos y requiriendo el libro que había dejado sobre sus rodillas—, ¿has oído un estrépito como de loza que cae y se rompe en mil pedazos?

—No, señor—replicó la mujer huesuda, que entró de puntillas cuando su amo dormitaba en el sillón—. Nada oigo, y en casa no se han roto tazas ni pucheros.

—Pues creí... Estaba yo leyendo unas historias del País de los Volcanes... Cada casa tiene su cráter... País de terremotos... El suelo está siempre bailando... Pues leía que estalló una gran erupción... No sé más, porque me amodorré... Dime, Filiberta, ¿fué ilusión mía, o en la calle había bullanga? ¿No pasó un grueso gentío alborotando?

—No, señor; no ha pasado más que el carromato de Estella con cuatro mulas... Alboroto hemos tenido en Vitoria; pero ello fué anoche... En el teatro se juntaron esos locos republicanos, y estuvieron echando prediques hasta las once o más. Luego, a la salida, hubo lo de *que si tú, que si yo;* vivas y mueras, y empujones muchos, que por poco se vuelven palos.

—Fuera de don Pedro la Hidalga, varón respetable, aunque de cáscara más amarga que la hiel, todos los republicanos de acá son niños echados a perder por el estudio... Entre ellos hay muchachos listos..., simpáticos. ¡Ricardo Becerro, Daniel Arrese, Sotero Manteli, ángeles de Dios!... Antes de irme a Madrid, discutía yo con ellos, y les volvía tarumba, despedazándolos con sus propios argumentos... Ahora, los ángeles se han quitado de cuentos, y tratan de traernos el caos. ¿Sabes tú, Filiberta, lo que es el caos?

—Señor, como saberlo, no lo sé...; pero ello debe ser algo parecido a la Re-

pública federal, porque ésta no se les cae de la boca... Pues el otro *cao*, el de Carlos Séptimo, también tiene pelos... Y para que estemos más divertidos, *cao* de Montpensier, *cao* de Espartero y del demonio coronado. Digo, señor, que no ganamos para caos.

—Es verdad; no ganamos... Y a propósito, Fili: estoy algo inquieto... El corazón, desde anoche, me dice cosas tristes. Todo cuanto leo me hace pensar en trifulcas lejanas, en calamidades y sucesos sangrientos.... en volcanes y cataclismos. ¿No te parece que...?

—Sí, sí; me parece que debe el señor arreglarse, vestirse y echarse a la calle—dijo la mujerona con regaño y mimo, a la par severa y cariñosa—. ¡A lucirla, a pintarla... a que diga la gente: «Ahí va el primer caballero y el *cao* de la pura elegancia»! Fuera murrias, y viva mi dueño.

Fácilmente persuadido por este exabrupto de cariño maternal, don Wifredo despachó sus lavatorios matutinos; con media hora más quedó de punta en blanco, y a la calle... ¡Albricias! El gran Romarate reaparecía como el sol después de un largo y triste nublado.

Entrada la noche, fué al palacio de Gauna, donde halló más gente que de costumbre, y la novedad de que estaba allí el gobernador contando el trágico suceso de Tarragona. Un cronista muy autorizado fija en la noche siguiente la visita del señor Ezcarti. ¿Qué más da? Y en último caso, con correr una fecha queda la historia en su punto... Al entrar don Wifredo, el digno gobernador, rodeado de graves señores y algunas damas, iba ya muy adelantado en el relato del espantable motín que sabía por telegramas oficiales. La autoridad militar, general Acosta, no dió señales de vida hasta que le llevaron noticia de que el pobre señor Reyes había sido arrastrado. Antes de que llegara la escasa tropa que guarnecía la plaza, algunos guardias civiles y carabineros lograron contener a la salvaje plebe; pero no salvar a la víctima, que aún estaba entre la vida y la muerte, yacente en la plazuela de San Fernando, cerca del mar, adonde los arrastradores querían arrojarla...

—¿Y el gobernador civil?

—Llegó de noche..., pudo recoger el cadáver del desgraciado Reyes, espantar a don Blas, que se volvió a Tortosa, y dar principio al desarme de los voluntarios de la Libertad. Don Juan Manuel hizo prender en Tortosa al general Pierrad, y le trajo a la cárcel de Tarragona; después, reuniendo toda la fuerza disponible, persiguió a los amotinados. Estos se corrían a Reus, a Valls, a Montblanch... En fin, que había para rato, y aquella insurrección daría mucho que hacer al Gobierno.

Los comentarios fueron, como es de suponer, vivos y medrosos. Algunos, encastillados en la rutina, creían que sólo al carlismo correspondía la especialidad, casi casi el derecho de la insurrección. Romarate oía y callaba, pues había perdido el hábito de las disputas políticas. María Erro, Gracia y la señora de Prestamero no extremaban su indignación y sólo veían en la tragedia el peor síntoma de la gravísima dolencia de España, llamada interinidad. En cambio, las añosas damas doña Manuela Tirgo y doña Rita de Landazuri sacaban de sus amojamadas laringes voces de ultratumba, para pedir un régimen absoluto sin Cámaras, aunque con camarillas, que pusiera freno a tantos desmanes. Luis Trapinedo, Ezcarti, Santiago Ibero y otros pedían represión por los medios constitucionales, y los que blasonaban de católicos antes que políticos, como don Ramón Ortiz de Zárate, don Francisco Juan de Ayala y el valetudinario don Tirso Pipaón, ex provincial de la Orden de Predicadores, afirmaron que la tragedia de Tarragona y otras que se estaban preparando tenían por único fundamento la relajación de los principios religiosos.

Oídas estas sesudas razones, se arrimó el bailío al grupo de las muchachas, que al otro extremo de la sala picoteaban con cuatro mozalbetes. Al mirar a Fernanda, los ojos de ella le salieron al encuentro, mirándole a él. ¡Y con qué expresión tan rara! Asustados, pedían auxilio, informes, luz, con ser tanta la que ellos despedían. Fácilmente se puso el caballero al habla con la señorita, y aprovechó ella el ruidoso charlar de la gente moza para decir quedamente al de San Juan:

—¿No sabe? Ayer estuvo aquí de visita la marquesa de Subijana...; me lo ha contado Luisa. Esa señora quiere ahora reanudar sus amistades del siglo pasado, o de no sé qué siglo, con estas

venerables momias. María Erro le preguntó por la sobrina..., por esa...

Comprendió don Wifredo la repugnancia a pronunciar el nombre. El revolvió el Céfora entre los dientes, y después, mirando al suelo, lo escupió sin saliva... Y Fernanda siguió:

—La repuesta de doña Carolina fué de lo más chusco... Que la chica esa... entra en un convento...

—Ya lo sabía yo. Es achaque antiguo en ella la falsa santidad.

—¡Monja!... Pero ¿es burla, es ironía?... ¿Y en qué orden?

Como don Wifredo no toleraba que los informes reales se anticiparan a su prodigiosa facultad de adivinación, contestó sin vacilar:

—En las *Brígidas* de Vitoria.

XXIX

Retiróse el bailío a su casa recelando que la traviesa realidad no quisiera ponerse de acuerdo con la inspiración profética...

—Filiberta, ¿lo soñé yo o me dijiste tú que en las *Brígidas* entraría pronto una joven...?

—El señor lo habrá soñado—replicó la huesuda, tirando de la bota derecha de su amo—. Yo no le hablé de semejante cosa... Pero ahora me acuerdo de haber oído ayer en la plaza...

—¿Ves cómo es verdad? ¡Si yo no me equivoco!... ¿Y oíste el nombre de la nueva monja?

—Lo dijeron. Pero yo tengo mala cabeza para nombres..., y el de esa mujer no es de los que oímos todos los días.

—Filiberta—dijo el caballero, ya en la cama, cuando con blanca mano le ponía su criada el turbante—, yo te suplico, y si es preciso te mando, que me averigües qué hay de la nueva monjita en las *Brígidas* y cómo se llama; y si es forastera, de dónde ha venido. Hace días que veo signos próximos y distantes de sucesos de suma gravedad... Retírate, que yo aquí, solo y a oscuras, lo mismo pensaré dormido que despierto, y algo he de ver y he de sentir de lo presente y de lo futuro. Buenas noches, Fili...

Al día siguiente no llevó la fiel doméstica noticia ni rumor alguno referentes a la nueva parroquiana de las *Brígidas*. Y como al segundo día ocurriera lo propio, empezó a creer don Wifredo que había fallado su adivinación. En el barullo mental que esto le causaba, no sabía el hombre si desear o temer que fuese verdad la presencia de Céfora en Vitoria. Al tercer día o tercera noche, la confusión del caballero subió de punto en la tertulia de Gauna, donde el alcalde, don Felipe García Fresca, puso el paño al púlpito para referir los horribles desmanes de Valls. La plebe, desenfrenada de toda autoridad, se lanzó a satisfacer sus bárbaros apetitos, a descargar sus odios en personas quizá culpables y en edificios inocentes. Aquí asesinó, allí incendió, ensañándose particularmente en los opresores del pueblo, y entreteniéndose en la quemazón de archivos, así municipales como notariales. Era el furor revolucionario en su mayor delirio, la ciega venganza de inveterados desafueros... Lo que el alcalde de Vitoria refirió sabíalo por un caballero de Madrid, testigo presencial de los terribles atentados, el cual llegó a Vitoria por la mañana, marchando por la tarde a un pueblo próximo.

La idea de que el caballero informante era don Juan de Urríes se clavó en la mente del de San Juan, quien se impuso el deber de no dormir aquella noche sin despejar la formidable incógnita. En efecto, así lo hizo, y por el guardia civil Antonio Castro supo que Urríes estuvo aquella mañana en la fonda de Quintanilla dos o tres horas; fué después a la Casa-Ayuntamiento, y a las dos próximamente alquiló un coche por días, partiendo a un pueblo cercano... ¿Alí, Armentia, Gomecha? Esto no se sabía; mas no era difícil averiguarlo. Con tales informes, don Wifredo creyó tener en su mano la mitad de la clave, y por tenerla entera, a la mañana siguiente, muy temprano, despachó a Filiberta con un recado para la señora madre abadesa de las *Brígidas*, con quien el bailío tenía conocimiento. Iba el mensaje formulado interrogativamente en un papelito para que la criada no trabucase el extraño nombre. En efecto, las *Brígidas* recibirían pronto como novicia a una señorita llamada Nicéfora, catequizada por el padre Beck. Aún no había llegado. Hallábase en preparación o ejercicios...

Seguro de poseer ya la clave entera,

apresuróse el bailío a construir a su modo toda la historia, con potente imaginación y lógica un tanto poemática. Conocía bien a Céfora y se sabía de memoria las dos naturalezas que estrechamente enroscadas una en otra componían su carácter. Incompatible con Carolina, se había declarado independiente, haciendo la comedia del monjío para escaparse con Urríes en pos de goces y aventuras, menos secretas que las de Madrid. La que lloraba oyendo relatar la muerte de la reina doña Francisca y poco después reía locamente repitiendo donaires picarescos; la que frecuentaba la iglesia, y dolorida de las rodillas, por larga humillación ante el confesonario, se iba con don Juan a misteriosos nidos o burladeros, no era susceptible de enmienda ni reforma.

Era el diablo mismo en su duplicada encarnación histérica y romántica: era la infernal Antarés, que a don Juan ofrecía sus formas seductoras cuando se hallaba dispuesto a variar de conducta. Con ser tan malo, don Juan era mejor que ella. El caballero andaluz volvía seguramente, como había previsto o adivinado don Wifredo; pero no volvía llamado por la virtud de Fernanda, sino por la sensualidad de Céfora. Según las presunciones del cruzado de Jerusalén, el burlador había tenido un instante de arrepentimiento: rayo del Cielo penetró en su alma, iluminándola con divinos resplandores; pero acudió Antarés con las tinieblas y el vicio, y don Juan perdió la vía del bien a que su vaga intención más que su rígida voluntad le encaminaba.

Ultimátum.—En cuanto se pudiese averiguar dónde moraba o se escondía don Juan, el bailío de Nueve Villas le plantearía con arrogante severidad la cuestión caballeresca con esta concisa fórmula: «Usted, señor de Urríes, está obligado a casarse con Fernanda, no por reparación del honor de ésta, que no ha sufrido ni podía sufrir ningún detrimento, sino por dar al alma nobilísima de la doncella de Ibero la paz y felicidad a que es acreedora. Padece la demencia de amar a usted. Su corazón pertenece a su verdugo.» Si a este requerimiento respondía el andaluz con un *sí*, todo estaba felizmente terminado. ¿Respondía con un *no* iracundo o siquiera displicente? Pues el de San Juan, con la misma o mayor entereza, le diría: «Aquí traigo dos espadas de fino temple: escoja usted la que quiera, y solos, sin testigos, vámonos a resolver en Juicio de Dios, cual cumplidos caballeros, esta grave contienda.»

Al trazar con mente fervorosa este soberbio plan, el alma del caballero ardía en loco entusiasmo. ¿Qué mayor gloria que consagrar los últimos días de una vida intachable (salvo las canitas echadas al aire con la *Africana)* a una empresa de rehabilitación tan grande y bella? Y pensando en esto, a su mente traía la imagen de Fernanda, adornándola de innúmeras piedras preciosas que representaban otras tantas prendas morales. O devolverle su don Juan, o morir por ella... En la mansión de los justos se encontrarían, limpios ambos de toda terrenal impureza, y contemplándose extáticos, gozarían eternamente el premio de sus virtudes..., y a Dios vería cada cual en las pupilas del otro... Alargando después sus brazos para alcanzar el cuello de Filiberta, que en estatura le ganaba más de un palmo, le dijo con desbordada vehemencia:

—Abrázame, mujer, y abrazándome, reconoce que tienes por amo al caballero que más alto pica en la abnegación. Abrázame, a ver si se te pega algo de la grandeza de mis fines..., y aprende, Filiberta, aprende a sacrificarte por la belleza y la virtud. Este arranque gallardo que en mí ves lo debo al cataclismo de mi cerebro. Dios me turbó y desconcertó, para darme después un natural y temple más varoniles, infundiéndome la querencia de los actos heroicos. Al propio tiempo me hizo más poeta que Cristóbal de Pipaón, y con esa ventaja me encontré de añadidura.

Derramando lágrimas, le abrazó Filiberta, diciéndole entre babas que si el señor moría en duelo, o como Dios quisiera, ella no se quedaba por acá. A su don Wifredo se pegaría como una lapa, y juntos subirían a la Gloria eterna.

Tan ufanado con su caballeresca resolución llegó a estar el bailío, que le aterraba la idea que un soplo de prosaica realidad deshiciera el hermoso castillete. Al regresar de su paseo una mañana, pensando en la ideal doncella por quien se desvivía, la encontró con su hermano Demetrio y con María Erro, que iban hacia la plaza Nueva, Galan-

temente se agregó a las damas y al caballerito, y creyó ver en los divinos ojos de Fernanda sombra y luces que decían: «Temo y espero.» Al entrar en la plaza halláronse de manos a boca frente a un clérigo joven, vivo, con acento extranjero, el cual se enganchó en saludos amables con María Erro, después con Fernanda, Demetrio y la compañía. Era el padre Beck, uno de los dos jesuítas que estuvieron con don Wifredo en Laguardia en la primavera de aquel mismo año. Saludáronse todos, y particularmente extremó el clérigo sus cortesanías con el bailío, no sin recordarle las caminatas que juntos habían hecho por Estella, Viana y Logroño, preparando el terreno y las almas para el levantamiento carlista. Con sonrisa de conejo respondió don Wifredo a las remembranzas del ignaciano, que se despidió relamido y afable, ofreciendo su domicilio, una hospedería muy recatada, próxima al convento de las *Brígidas*.

Siguieron las damas y su acompañamiento. Al despedirse Romarate en la puerta de la casa de Gauna, Fernanda le recomendó, con expresivo acento de tímida confianza, que no faltase aquella noche... ¿Qué había de faltar?... Llegó el primero, y aun pensó que llegaba tarde. Apenas vió a la gentil doncella de Ibero, pudo advertír en ella un ardiente afán de ponerse al habla. Ambos se dieron sus mañas para encontrar la ocasión que deseaban. La sorpresa del caballero fué grande cuando la señorita le dijo con balbuciente voz:

—Ya sé, don Wifredo, dónde está esa..., esa... En Vitoria la tenemos ya.

—¡Céfora!... ¿Dónde?

—¿Se fijó usted en las señas que dió de su casa el clérigo de esta mañana?... Pues allí..., allí.

—Ya lo sabía yo—replicó el caballero en un rapto de vanidad adivinatoria—. Digo: como saberlo precisamente, no... Lo había pensado, lo sospechaba. Ya sé, ya sé: la hospedería de las señoras de Ezquerecocha, adonde sólo asisten personas recomendadas, comúnmente sacerdotes, beatas...

—Dijo el padre que es al lado de las *Brígidas*.

—Está esa casa en lo que fué *Hornabeque de la Victoria*... ¿Sabe usted?

—¿Qué he de saber?... En mi vida oí tal nombre.

—¡Oh, yo de chico he jugado allí mas veces...! Ya el Hornabeque o fortín estaba en ruinas... Pues el año cincuenta construyeron allí varias casas: una de ellas es ésa, con sólo dos pisos altos, que ocuparon las Ezquerecochas, excelentes señoras a fe mía... Guadalupe, que era una santa, murió del cólera; Eduvigis está baldada... Hoy gobiernan la posada unas sobrinas de poco juicio, según entiendo. Por esto ha perdido la casa su antiguo crédito y respetabilidad... En el bajo, que es un local muy espacioso, hubo hace años un almacén de granos; luego, un gimnasio, que tronó hace dos meses. La semana pasada, esos locos republicanos quisieron alquilarlo para celebrar allí sus reuniones o *metingues;* pero las vecinas de arriba pusieron el grito en el cielo, y el propietario se negó... Ahora que me acuerdo: días ha me dijo Filiberta que los valencianos de la plaza Nueva alquilan ese local para depósito de loza y esteras... Amiga del alma, noto en usted un sobresalto que no tiene razón de ser... Estamos próximos a la Hora de Dios... Como dice muy bien Filiberta, el reloj de Dios es distinto del de los hombres, y cuando nosotros decimos «temprano», él dice «tarde», y cuando decimos «ahora», él dice «todavía no...». Aguardemos con fe y serenidad.

Hubiera desentrañado Fernanda estas sutiles razones; pero por atender más al pensar propio, no quería salir del alcázar de su silencio. Despidióse el bailío con efusión concisa, y algo aturdido salió a la calle; mas en cuanto las auras frescas de la noche orearon su frente, sintióse poseído de ardimiento belicoso y espoleado por febril actividad. Apenas encaró con Filiberta, dió órdenes semejantes a las de un caudillo que reúne a los jefes de Cuerpo para dar comienzo a una fiera batalla. Al punto quiso ponerse al habla con la Marciana, con su marido Antonio Castro, con Matías Calero y con un miñón llamado Ciordi, que, según Filiberta, era el individuo mejor informado de los pasos de don Juan. Anhelaba don Wifredo conocer sin demora el paradero del andaluz para irse derecho a él y plantearle la cuestión caballeresca en términos de inexorable precisión.

Divagando en conjeturas, y sin resolver nada, se pasó la noche, y a la ma-

ñana siguiente, dadas ya las ocho, sólo pudo averiguarse que la marquesa de Subijana, desentendida ya de Céfora, se había ido a San Sebastián con su amiga la Villares de Tajo: ambas habían estado tres días en Quintanilla, donde tuvieron la dicha de alternar con los marqueses de Beramendi y otras aristocráticas familias. Carolina Lecuona era feliz entre las damas elegantes y los señores ricos, que habían erigido en ley de buen tono el repudiar a todos los candidatos a la Corona de España y envolver en flores de simpatía al niño don Alfonso... También había partido de Vitoria el padre Beck, creíase que a Tolosa, dejando a Céfora la custodia y gobierno de una grave señora piadosísima que habitaba en la misma casa.

Daban las diez cuando se supo que don Juan había pasado de Ali a un caserío cercano. Era inútil buscarle allí. Más práctico sería salirle al encuentro en Vitoria, adonde venía en cuanto cerraba la noche. El miñón José Ciordi, conocedor, sin duda, de los pasos, ya que no de las intenciones, del caballero, se encastillaba en una discreción a prueba de halagos. Era indudable que entre don Juan y Céfora mediaban cartitas. Desesperado don Wifredo ante la imposibilidad de apoderarse de alguna de ellas, invocaba y sutilizaba su poder de adivinación, tratando de penetrar ideológicamente el delicado arcano de las letras que iban y venían por el aire, como efluvios telegráficos. Pero esto no le valía, y los esfuerzos de una imaginación potente y ágil no servían más que para internarse en enredosos laberintos... Por fin, hubo de comprender que su fantasía deliraba, y que los monstruosos absurdos por ella engendrados eran obra de unos traviesos diablillos que se introdujeron en su magín, y allí jugaban con el aparato de adivinar.

Para librarse de esta diabólica sugestión se fué el hombre a San Vicente, y ante el altar mayor oró devotamente una media hora, de rodillas. Muy consolado y fortalecido en sus pensamientos salió de la iglesia para su casa, y antes de llegar a ésta sintió que en la bóveda de su cerebro llamaba con fuertes golpes el verdadero y genuino poder alucinatorio, como diciendo: «Atención: aquí estoy..., abrid, abrid...» La grande adivinanza de origen divino entró en el cerebro precedida de espléndidas luminarias. Vedla aquí: el nuevo alquilador del local vacío, en la casa de las Ezquerochas, era Servando Arregui..., grande amigo de Romarate, moralmente ligado a éste por el cariño y la gratitud...

—Fili, Filiberta—dijo el bailío con fuertes voces entrando en su casa—, averíguame al instante si los valencianos de la plaza Nueva han alquilado el bajo de la casa..., ya sabes...

—Señor, le estaba esperando para decirle que ayer alquiló el almacén Servando Arregui, y que hoy le han dado la llave.

XXX

—¿Ves, ves?... Lo adiviné—clamó el bailío radiante de júbilo—. Y el barrunto vino de que recordé haber oído a Servando, seis días ha, que pensaba tomar ese local para poner en él un establo.

—No, señor; establo, no...; pone almacén de ferretería.

—Eso es...; confundí las vacas de leche con las llantas, flejes, clavazón... Lo mismo da. Corre, mujer: dile a Servando que quiero hablarle... Puedes, desde luego, explicarle tú mis fines y propósitos, que son de la más pura honestidad..., inspirados en su supremo bien... En fin, quiero que me dé la llave... Es preciso que esta noche misma me apodere yo de aquella posición importantísima, para sorprender al don Juan, que por allí ha de recalar... Ahora sí que no se me escapa, ¡vive Dios!... Y detrás de la casa hay un campillo mal cerrado de tapias, el cual fué huerta, prado, y hoy es depósito de escombros, lavadero... Allí tenemos don Juan y yo un espacioso y solitario ejido donde plantear el juicio de Dios, si ese andaluz alocado se negase a la reparación que le pido... Filiberta, estoy loco de contento... Vete pronto a ver a Servando. Que me dé la llave... La llave es la clave, y cogiéndola podré exclamar: *¡Eureka..., eureka!* Quiere decir: «Clave ya te tengo...»

Fué luego el ingenioso bailío a la casa de Ibero, deseoso de hablar con Fernanda antes de llevar a la realidad su audaz propósito. Pero no pudo ver a la ideal señorita, porque hallándose enferma de fiebre palúdica Sofía Prestamero, junto al lecho de ésta pasaba tar-

de y noche, asistiéndola como cariñosa enfermera. Dirigióse don Wifredo al domicilio de Prestamero, calle del Prado, casi frente al Instituto, y muy cerca de las *Brígidas;* pero en la puerta varió de idea, porque preveía la dificultad de no poder hablar a solas con Fernanda, y porque sus graves quehaceres le pedían aprovechar escrupulosamente el tiempo.

Recibida de manos del propio Servando Arregui la llave del local, y pasada revista a los confidentes y espías que auxiliaban su causa, no quiso demorar la ejecución de sus heroicos pensamientos; recogió al anochecer sus espadas, y llevándolas bien disimuladas con la envoltura de una tela, se fué al escondido palenque donde aguardar a pie firme debía la hora de Dios.

Aunque el caballero quiso ir solo al puesto en peligro, contra su voluntad, le acompañó Filiberta.

—Bueno—le dijo el amo en la puerta del local—. Consiento que entremos juntos; pero luego te vas. Quiero estar solo. Las mujeres, con sus arrumacos y chillidos, perturban estos actos de carácter estrictamente varonil... Abramos... ¡Ea!, ya estamos dentro...

Era un local vastísimo; gran salón corrido, con dos rejas y una puerta a la carretera, otra al campillo posterior, que por el Norte lindaba con la huerta de las *Brígidas.* Columnas de hierro fundido sostenían las gruesas vigas de carga del techo; las paredes eran desnudas y sucias; el suelo, de baldosín. Del techo pendían aún argollas y cuerdas, resto del gimnasio que allí hubo. En algunos paramentos se veían desgarrados carteles de ferias y toros, cuentas trazadas con carbón sobre yeso. Unicos muebles donde poder sentarse eran un banco de carpintería, otro más pequeño y algunas piezas de tablazón apiladas contra el zócalo.

Vieron esto a la luz de una vela, que con precaución doméstica trajo y encendió Filiberta.

—Buena ha sido tu idea—dijo don Wifredo, dejando sus espadas en el banco—, y no está mal que yo tenga aquí esa bujía, que podrá ser necesaria en alguna ocasión. Pero yo me propongo hacer mi guardia en completa oscuridad, para evitar el riesgo de que se espante el enemigo y no entre a la suerte.

Después de cerciorarse de que el local no tenía comunicación directa con los pisos altos, apagaron la vela, que Fili dejó sobre el banco de carpintería con una palmatoria de barro y caja de fósforos, y, saliendo al campillo, reconocieron la puerta que daba salida a los pisos altos, y frente a ella lavaderos y colgadijos de ropa: más allá, un estanquillo vacío y seco, y después soledad, árboles muertos, restos de fortificaciones. Una tapia destruída a trozos limitaba el campo a lo largo de la carretera de Madrid a Irún.

Una vez examinado el terreno, ordenó don Wifredo a su criada que le dejase solo, y como ella se negara, poniéndose un poquito dengosa, tuvo el amo que cuadrarse y hablar recio... Al fin, partió la huesuda, haciendo propósito de dar por allí unas vueltas a distintas horas de la noche. Solo en su torre, ufano como un guerrero feudal dentro de los muros que afianzaban su poder, esperó el bailío los hechos que el reloj de Dios marcaría fijamente en el curso de la noche.

Su punto de vigilancia era una de las ventanas enrejadas que daban a la carretera, frente al paseo de la Florida. Desde allí no se le escapaba don Juan, ni nada de lo que ocurriese en las Ezquerecochas. En su acecho le ayudaba una luna hermosa, con sólo dos noches de menguante, ligeramente recortada de un carrillo, y espléndida de dulce claridad. Alumbraba el astro lo exterior, y el caballero vigilaba en la oscuridad. Todo lo veía, y ni de hombres ni de alimañas podía ser visto.

No había pasado media hora desde que en el firmamento apareció la luna, cuando Fernanda Ibero, en un respiro que le dejó el descanso de la amiga enferma, salió a un mirador de los que engalanan la ciudad de Vitoria, con vistoso frente de cristales. Sola un momento ante la hermosa vista del cielo, con claridad lunaria, y de las arboledas cercanas, iluminadas de un azul verdoso, el alma de la triste doncella salió a espaciarse en la dulce melancolía de la noche. Pocos minutos llevaba en su contemplación, cuando fué sorprendida por una muchacha de las que servían en la casa, Prudencia, la cual llegóse a ella medrosica y vacilante, como quien trae un tapadillo. Después de mirar a las ha-

bitaciones próximas, de donde salía rumor de niños y criadas, le dijo:

—Señorita, para usted traigo una cosa...

Tembló Fernanda. ¿Qué sería? El miedo de la criadita se le comunicó, y apenas pudo pronunciar dos palabras. Con un «tome, tome», alargando un papel, cumplió Prudencia, que, azorada, seguía mirando a las puertas por donde venían las voces.

Cogido el papel por Fernanda, vió que era una cartita pequeña con sobre de tarjetas...; vió la letra de don Juan en el sobre...; le faltó poco para caer sin sentido.

—¿Quién te ha dado esto, Prudencilla?

—Mi primo, el miñón. Pepe Ciordi... Abajo está esperando por si quiere la señorita contestar... Me dió el papel cuando volvía yo de la botica...

—¿Cómo he de contestar, si no he leído...? Y no sé si debo leerlo... Dile que se vaya... No, espera... Sí, que se vaya; que no contesto... Aguarda, mujer...; que sí, que contestaré... Pero tengo que pensarlo despacio...; oye..., que pensarlo despacio.

No sabía la pobre señorita qué decir, ni qué resolución tomar: tan violenta conmoción le traía el inesperado mensaje, que era como bomba estallante en su alma. Con veloz mano rompió el sobre chiquito, y con mirar de relámpago leyó las seis líneas escritas por don Juan... Leerlas y arrugar el papel y sobre, guardándolo todo en el seno con rapidez de prestidigitador, fué obra de pocos segundos...

Inmediatamente se internó en la casa; volvió al cuarto de la enferma, que aún dormía; salió... Marciana, de cuya fidelidad y honradez tenía tantas pruebas, era la única persona de quien se fiaba en el asunto oscuro y delicado que de improviso tomaba tan extraño giro. No hallándose en la casa la confidente, esperó su llegada con cruel ansiedad. En esto, la madre y la hermana de la señorita enferma ordenaron cariñosamente a Fernanda que se acostase, pues había pasado en vela la noche anterior... Aunque no tenía sueño, Fernanda obedeció para estar sola y aislada. Quería zambullirse con libertad en el mar de sus pensamientos.

La solitaria meditación fué para la enamorada doncella tormento, del cual provenían goces del espíritu y ensueños que acababan en cruel suplicio de incertidumbres. En su breve carta, don Juan le proponía restablecimiento de relaciones, olvidando todo lo pasado. El galán reconocía el inmenso mérito de la que fué su novia y prometida, y renegaba de sus pasadas locuras. Momentos hubo en que Fernanda, que aún conservaba la carta en el seno (se acostó vestida), sentía que el papel le comunicaba un calor dulcísimo; sentía renovado su amor ardiente, y veía posibles la confirmación y realidad de las esperanzas que alimentaron su alma desde que don Juan emergió en Laguardia hasta que se hundió en Bergüenda. El recuerdo de la parábola del hijo pródigo la alivió de sus dudas. Antes de medianoche, disparada la imaginación de la señorita en velocísima carrera, llegó a ver cosas y personas tal y como fueron en los primeros meses del año. La ilusión de amor, el porvenir risueño..., el matrimonio, el esposo, los hijos..., hasta la remota esperanza de los nietos, revivieron como una vegetación milagrosamente cambiada de las zonas frías a las tropicales... Don Juan, curado de sus travesuras solteriles por los goces de la familia y por la paz doméstica, era un modelo de esposos, de padres... ¿Por qué no ya de abuelos?

Una brusca regresión, un repentino salto atrás llevaron el alma de Fernanda hacia otras ideas. Obra fué también de la imaginación, que es justamente veleta y viento, pues a sí propia se cambia... Vió la señorita cómo se alejaba, de súbito, aquel rosado ensueño...; pensó que la enmienda de don Juan sería difícil, y temió que, si en efecto, se arreglaba todo, y con él se casaba, había de ser infelicísima. Acordóse luego de su hermano Santiago, de sus aventuras, de su vida irregular, de su felicidad presente, y se dijo: «Quizá mi destino y el de mi hermano sean igual destino... No podré llegar a la paz sin que antes pase por mil pruebas, sufra desdichas y afronte horribles tempestades.» Santiago y Teresa eran para ella un símbolo más admirado que comprendido, un mito que representaba la humana vida en su primordial concepto. Veíalos como un grupo de clásicas figuras, imponentes por su belleza y noble gravedad. Sin que hubiera en torno a ellos palabras

escritas ni grabadas leyendas, algo decían... Invisibles trompetas de oro daban al aire estas voces: «Energía, Dignidad, Amor, Justicia», y alguna más que no se oía bien...

Cansada de buscar enseñanzas de vida en la vida de su hermano, pasó Fernanda otra vez a lo fácil, próximo y tentador, a la fascinación *donjuanesca*. ¡Era tan interesante y galán el travieso andaluz!... Su carta revelaba propósito de enmienda... En el mundo no son raros los casos de pecadores súbitamente convertidos... Con estas generosas ideas se adormeció, ya de madrugada, y su caldeado cerebro tuvo algún descanso... Al despertar, su primer pensamiento fué para Marciana... Por fin, ¡ah!... Eran ya las nueve bien dadas, cuando la señorita pudo hablar con su leal servidora y confidente.

La primera observación de Marciana, en cuanto se enteró de la cartita, fué de una lógica inmensa:

—¿Por qué no le dice eso a tu padre? A tu padre debe dirigirse ahora, no a ti... No te fíes...; lo que quiere es marearte, trastornarte; sabe Dios con qué idea.

Protestó Fernanda tímidamente: tomaba la defensa del burlador por estímulos hondos del alma y nerviosos estímulos que, enlazados, subían a inspirar su pensamiento. Cariñosa rebatía Mariana sus débiles razones. Era una buena mujer, cuarentona, gordezuela, corta de estatura y de inteligencia, graciosa de cara, la mirada picante por causa de un ligero estrabismo, como gancho malicioso. Amaba con ternura materna a Fernanda, de quien fué niñera, y no había olvidado el tutearla; no quería más a sus hijos.

—Ten calma, cordera—le dijo—. Yo me enteraré hoy mismo. De ese Ciordi no debemos fiarnos, porque está vendido enteramente al don Juan, y no nos cuenta más que lo que le conviene... Pero mi Antonio sabe o puede saber lo que Ciordi nos oculta. Volveré por aquí a primera hora de la tarde, y te diré lo que Antonio averigüe.

Entre la primera y segunda visita de Marciana, las horas, invisibles ruedas del tiempo, corrieron con doloroso engranaje en el corazón de la señorita. Adormeció ésta su ansiedad asistiendo a Sofía, recibiendo las órdenes del médico y aplicando sus manos al trajín de la casa. A las tres llegó Marciana con cara fosca, y a solas hablaron después de esperar ocasión favorable.

—Hija del alma, lo que pensé ha resultado cierto. Tan engañada como yo lo estuve cuando te calenté la cabeza con lo de que volvía don Juan, lo estás tú ahora con la ilusión que te ha traído esa carta de brujería... No viene, no, con buen fin... Si viniera de buenas, se habría dirigido a tu padre... Lo que quiere es perderte, arrastrarte a sus locuras...

Rechazó Fernanda estas suposiciones que creía malévolas. Imposible que existiera en un hombre tanta maldad. Palideció en la protesta, como si las palabras de la confidente desgarraran sus sentimientos más vivos. Marciana, que blasonaba de su veracidad, así como de su amor a la señorita, se aventuró a desembuchar la peor parte de las nuevas que traía...

—Pues sabráslo todo, para que te desengañes de una vez. El don Juan juega con cartas dobles... Y esa que estudia para monja es tan santa como yo emperatriz... Don Juan y ella están de acuerdo, se escriben, se hablan... Todo lo tiene preparado para sacarla de aquella casa... La roba..., se la lleva a Madrid de contrabando... Y no ha de pasar de esta noche.

De la ira quedó Fernanda un momento sin habla; apretó los puños, y al oír a Marciana repetir sus últimos conceptos, rompió en acerbas negativas:

—¿Cómo he de creer esas atrocidades? Marciana, te tuve siempre por leal; ahora te tengo por mentirosa... No es buena esa Céfora...; pero sería un monstruo si de la puerta del convento se volviese atrás llamada por el vicio... No; te digo que no es la Humanidad tan perversa... No, no... ¡Y el don Juan escribirme lo que has leído para salir luego con...! ¡Oh, no! Marciana, no me harás creer que Dios permite infamias tan horribles...; no, mil veces.

Acabó su protesta llorando amargamente. Marciana, con dignidad de mujer que no sabía mentir, replicó así:

—Pues, hija, no estás poco romántica... Te traigo la verdad y dudas; no me crees... ¿Lo creerás si lo ves?

—Sí, sí—dijo Fernanda, y el *sí* fué como un grito en que echaba toda su alma—. Marciana, llévame...

—Bien cerca estamos...: pero es un compromiso... ¡Si tus padres lo saben!...

—Quiero verlo... La mayor vileza, la mayor abominación que Dios permite a sus criaturas, quiero ver.

Hablando así, avanzó con tal fiereza hacia la pobre mujer, que ésta retrocedió asustada.

—Bueno, paloma, no te pongas así—dijo, apretándole las manos, que Fernanda soltó en seguida con tirón vigoroso—. Si te empeñas en ello, iremos... ¿No calculas que nos será difícil salir de noche..., y dar una razón de nuestra salida?...

Y Fernanda, despreciando con gesto altivo los escrúpulos de la otra, contestó:

—Digan lo que dijeren, y pase lo que pase, yo voy... Si no quieres ir conmigo, iré sola... Sé adónde tengo que ir... Es muy cerca.

Vaciló Marciana. El fuego que despedían los ojos de Fernanda prendió pronto en ella. Próximas la una a la otra, ya no se oyó más que un cuchicheo de ladrones en acecho:

—Tráete tu mantón negro de crespón para mí...

—¿Fingiré un recado de tu madre llamándote a casa?...

—No es preciso...

—¿Sabes que tengo miedo?...

—Yo no...

—Bien mirado, ¿qué vamos a buscar allí?...

—La verdad: ¿te parece poco?

XXXI

Desgracia y fastidio fué para el insigne don Wifredo que el reloj de su ansiedad no anduviese acorde con el del Padre Eterno, pues las horas de aquél pasaban y pasaban silenciosas, sin que llegara la de Dios. Venía, pues, atrasado el reloj divino, o el del bailío corría furioso, como si adelantara sus agujas el dedo de la impaciencia. El hombre esperaba, sin distraerse un instante de la escrupulosa atención de su acecho, y ni asomos del caballeresco lance aparecieron por parte alguna. ¡Lenta y tediosa noche, engalanada de una dulce claridad que resultó enteramente burlona! Diversa gente vió don Wifredo pasar por la carretera; mas nadie se acercó a la casa de Ezquerecocha después de cerrada la puerta, a las diez y minutos. Arriba sonaron pasos tenues... Murciélagos entraron en el almacén y se colgaron del techo; ratones transitaban bajo las tablas como corredores diligentes que van y vienen a sus negocios.

Ni con las claridades del día se acabó la paciencia del bailío, pues cuando vió entrar a Filiberta, que sonreía en competencia con la aurora, le dijo:

—No ha pasado nadie, ni ha venido el enemigo; pero yo no desmayo. Tráeme el chocolate, que de aquí no me muevo. ¿Quién nos dice que la Hora de Dios ha de ser precisamente una de las de la noche?

Al volver con el chocolate, Filiberta le disuadió de su propósito. No debía esperar que de día hubiese drama. Lo conveniente era descansar en casa, para volver a la noche con los necesarios bríos. Cedió el hombre; se fué, llevando por delante a la huesuda, portadora de la chocolatera y de las espadas... Antes de anochecer ya estaba otra vez el bailío en su puesto, más alentado aún que la noche anterior, pues algo y aun algos le susurraba la cerebral trompetilla que anunciar solía las grandes adivinaciones.

Varió don Wifredo de táctica en la segunda noche, y dejando las armas en el banco, salió a un reconocimiento en el campillo. Cerca de las tapias, cuyas roturas y boquetes permitían la entrada por diversas partes, se le acercó un miñón con el paso y modos de quien encuentra la persona que busca, y cortésmente le dijo:

—Señor don Wifredo, ¿no me conoce? Soy Lucas Ciordi, hermano de Pepe Ciordi. Mi hermano, que está de servicio, no puede venir a verle... Por Filiberta supo que estaba usted aquí... Pues me manda a decirle que no se moleste en esta centinela, porque aquí nada ocurre ni puede ocurrir, señor. Para no cansarle, hay paces. Sépalo y alégrese.

—Me alegraré si me traes pruebas de esas paces—dijo el bailío, con entonada gravedad en su voz y continente—, o si me señalas dónde podré encontrarlas tan claras como yo las necesito.

—A eso vengo, pues. El señor don Juan de Urríes estaba hace un rato en la Capitanía General. De allí salió para

el Gobierno Civil, donde ahora se encuentra con el gobernador, señor Ezcarti, el señor de Ayala y don Ramón Ortiz de Zárate... A mi hermano ordenó don Juan que se le diese a usted aviso de que le esperaban en el Gobierno Civil..., para ir todos juntos a visitar a don Santiago Ibero, plaza del Machete.

Quedó suspenso el ínclito Romarate. En su alma, la desconfianza y el temor suspicaz fueron pronto vencidos por la irrupción de sentimientos generosos, empapados en el dulce humor de la credulidad; y sin más palabra que un «vamos», decidido y seco, salió como una flecha, precedido del miñón.

Quedó solo el campillo, pues al propio tiempo que don Wifredo lo abandonaban un muchacho y una mujer, que retiraron ropas de las cuerdas de secar y desaparecieron por la puerta excusada de la casa de Ezquerecocha... Rodaron luego sobre aquella bostezante soledad minutos de silencio y paz...; un hombre pasó silbando; sapos cantaban llamándose de una parte a otra con sonidos de flauta dulcísimos...; conversación de ranas venía de la parte alta, lindante con las *Brígidas*. Apareció la luna, ya con la redonda faz más mermada de un carrillo, y su claridad azul pintó fantásticamente los relieves del suelo y los objetos en él esparcidos, recortándolos de sombras intensas... Ya iba la luna bastante alta, despejada de nubecillas *stratus*, cuando por uno de los huecos de la tapia rota entraron dos bultos, que parecían enlutadas mujeres. El desigual terreno, con fuertes golpes de claridad y sombra, les imponía un andar lento y cauteloso.

Llegaron a la casa; dió Marciana con la puerta, y, empujándola, dijo a su compañera:

—Está abierto... Entremos... Aquí no habrá nadie, y si alguien hubiere, será ese ángel de don Wifredo, que cogió las llaves...

Ya dentro las dos, sentóse Fernanda en el banco pequeño, y viendo en el de carpintero algo que a la luz de la luna relucía..., tocó...; era el manojo de llaves... Algo más pudo reconocer: las espadas del bailío.

Después de examinar el local y de asomarse a una de las rejas, volvió Marciana junto a la señorita, diciéndole, con voz sigilosa:

—No se ve, no se siente nada.

Y Fernanda:

—Habrá que esperar. Creo que debemos apostarnos fuera..., en este campo abandonado... Por ahí saldrán, creo yo...

Y Marciana:

—Estate ahí sentadita; yo miraré por una parte y por otra. Ten sosiego, hija mía; no olvides lo que me has prometido: ser prudente, no alborotar...

Y Fernanda:

—No puedo decirte hasta dónde llegará mi prudencia... Tales cosas puedo ver, que...

Y Marciana:

—Pues, nada; un paso de novela, tonto de puro viejo. Ella estará preparada.., Llegará él con un coche... Lo probable es que deje el coche a distancia... Lo que no sabemos es si ella saldrá por alguna puerta, o si se descolgará del balcón.

Callaron. Fernanda permanecía sentada; a su lado Marciana en pie... En el oído tenían las dos su alma, acechando rumores del piso alto y de la calle. La primera que dió un alerta como susurro casi imperceptible fué la hija de Ibero:

—Arriba, pasos...

Marciana susurró, negando:

—Eran ruidos de fuera.

Insistió Fernanda:

—De fuera, no: de arriba... Son pasos..., y pasos de mujer... Aguarda... Ahora abren la ventana o balcón con mucho cuidado para que no chillen las bisagras...

Y Marciana:

—Te equivocas: es el chillido de alguna lechuza en los árboles de la Florida...

Nueva pausa... Minutos que se coagulaban en las venas del tiempo, y que no querían correr... De pronto, Marciana delató, con el gesto más que con la voz, una sombra, una figura que pasaba ante una de las rejas. Sin decir nada, Fernanda empujó a su confidente para que a la reja se acercara, y... Antes de que la criada volviese a la reja, el bulto volvió a pasar: iba en sentido contrario. Acudió también Fernanda, y como la otra retrocediera, en medio del local encontráronse las dos... Marciana la abrazó, le sujetó los brazos, aún hizo ademán de taparle la boca...

—No te arrebates, hija; no hagas caso... Es él.

Más prudente fué la señorita de lo que

creyó su antigua niñera. Caricias ternísimas le prodigó ésta para sosegarla y evitar una explosión dolorosa. Por señas le aseguró Fernanda que sabría contenerse. Segundos después vieron a don Juan de Urríes plantado frente a la reja, la cabeza echada atrás, atento a una voz que del balcón descendía... Desde el centro del local donde las dos mujeres estaban no oían los conceptos de arriba; oían tan sólo sonidos dispersos, sílabas aperladas que rebotaban en el cristal de la noche. La voz y los conceptos de don Juan sí que los percibían claramente.

—Me has dado la razón, vida mía—dijo el galán—. Tu carta de hoy es el mayor alegrón que podrías darme. Resueltamente arrojas de tu alma el último sedimento de esta estúpida manía monjil...

Algo dijo ella, y el caballero respondió:

—Sí, sí; mi amor será inextinguible; te hago mía, te llevaré a Madrid. Serás dichosa; yo también...

Habló Céfora. La réplica de don Juan fué así:

—Antes de recibir tu carta, tenía yo preparado todo para mañana, y a eso he venido, a decirte que todo está dispuesto para mañana... ¿Te parece bien esta hora?

Poco antes de decir esto don Juan, Fernanda, retirada al fondo oscuro del local, dejábase caer en el banco donde antes estuvo. Con violentísimo esfuerzo sobre sí, pudo contener su angustia y desesperación, y sofocar las voces furibundas que de su boca querían salir. Marciana, en tanto, permaneció junto a la ventana para no perder nada de lo que hablaran... Y, en esto, retiróse el andaluz vivamente, más pronto de lo que las mujeres esperaban.

—Llora, hija de mi alma—murmuró Marciana, besándola con efusión—; llora un poquito... Esto ha concluído...

—Pero ¿se fué...; se ha ido él?

La interrogación de Fernanda era estupor, espanto, sospecha de mayor desventura.

—Sí... Te contaré. Sosiégate... Pues, según parece, don Juan tenía dispuesta para mañana la función de robar a esa berganta. Pero ella, ¿sabes lo que ha dicho? Que mañana no podrá ser, porque el padre catequista, que está en Tolosa, vendrá en todo el día de mañana, y con el dichoso clérigo aquí no puede haber fuga sin escándalo... Tiene que ser la función esta noche. ¿Ves qué pillos?... Oí bien claro lo que la pájara dijo desde el balcón... Que esta noche, en cuanto esté dormida la vieja que arriba manda, podrá escabullirse sin ruido. Tiene llave para salir por la puerta que da a los lavaderos.

—¿Y él?

—Se fué corriendo... No tenía nada preparado... Dijo así: «Si nos quedamos aquí esta noche, ¿dónde nos guarecemos?... Si nos vamos, preciso es que ahora mismo alquile un carruaje... Esto será lo mejor: nos iremos a Miranda...»

—¿Eso dijo?...

—Esto y algo más.

—Lo demás es fácil adivinar... Quedaron en que él vendría con el coche y aguardaría en la carretera. Tratar coche a esta hora, prepararlo, enganchar, y venir aquí, será cosa de cuarenta minutos..., algo más, quizá... ¿Vendrá él a esperarla, o saldrá ella a un sitio de la carretera que él fijó?... Se iran por abajo, por el paso a nivel...

—Algo de eso dijeron...; no pude enterarme bien. ¡Buena tengo yo mi cabeza para retener palabra por palabra!... Un oído tenía yo puesto en ellos, otro en ti, por si salías chillando y moviendo gresca... Y, sobre todo, ¿qué nos importan ya esos últimos requilorios? Ya has visto lo que querías ver; ya tienes la verdad que buscabas... Vámonos a escape, hija, y demos gracias a Dios por no haber tenido ningún tropiezo.

Permanecía Fernanda inmóvil, y con su inercia taciturna decía claramente que aún era pronto para partir. La impaciente comezón de Marciana no dió resultado alguno, y en esto transcurrió un buen cuarto de hora, veinte minutos, que a la buena mujer se le hicieron larguísimos. Al fin, la joven, poniéndose en pie, dijo a la que bien podría llamar su escudera:

—Adelántate un momento, y mira si hay alguien que pueda vernos.

Salió Marciana, y volvió al poco rato diciendo que no había nadie; en la puerta encontró a Fernanda, que también salía, muy envuelta en su negro mantón... Ya en el campillo, la señorita se encaminó a la derecha, hasta llegar a una puertecilla que era la comunicación de la casa con los lavaderos... Detúvose

junto a un poste de los que mantenían las cuerdas de colgar ropa, y a las indicaciones apremiantes y temerosas de la escudera, contestó muy quedamente, pero con voz firme:

—Déjame; es entretenido ver la puerta por donde ha de salir este diablo hecho mujer... No: no temas nada...; no chillaré, no alborotaré si la veo salir...; no haré más que reírme, Marciana; reírme de estos horribles sainetes del infierno... No es esto para llorar ni para encolerizarse; es para reír...; para que nos hartemos de echar burlas y salivazos sobre un hombre más falso que Judas y una mujer sin pudor.

A fuerza de amantes ruegos logró Marciana separarla de aquel sitio; pero no tardó Fernanda en rebelarse de nuevo y volver al lugar que con fuerte atracción la llamaba... Pausa y silencio, que cortó bruscamente un ruidillo metálico...; llave requiriendo una cerradura...; cerradura que chilla; puerta que gime y se abre lentamente, dando paso a un bulto, a una mujer... Esta salió rígida, cautelosa... No vió a los que la veían y pudieron reparar que vestía de gris, con un abrigo en el brazo, luciendo su airoso cuerpo; en la mano derecha traía un envoltorio, un saquito, no podía distinguirse bien; en la cabeza, nada... Echó sus miradas hacia la derecha, buscando un sendero, y en aquella dirección anduvo hasta llegar fuera de la zona de sombra. Creyó sentir pasos; asustada, miró hacia la parte desolada del campillo; pero no venía por allí el miedo; venía detrás de ella, con paso vivo, y en forma de una figura esbelta y oscura, que al aproximarse le arrojó estas palabras, como saetas voladoras:

—Señorita Céfora, va usted equivocada. No le espera a usted don Juan por esta parte. Es por la otra...; hacia el ferrocarril. Párese un poco. ¿Quiere hablar un rato conmigo, en tanto que...?

Céfora se paró en firme. Había llegado a la zona de iluminación de la luna; la angelical figura y sus cabellos de oro se destacaron en la plateada noche.

—¿Quién es usted?... ¿Qué me quiere?—dijo, asustada y desdeñosa.

—Quiero—replicó Fernanda, también parada en firme—, que reflexione usted, que se vuelva por donde ha venido, que entre en su casa y no salga de ella esta noche.

Cuando esto decía, fué reconocida por la otra, que lanzando terrible chillido salió disparada en carrera velocísima por el primer sendero que encontró delante. Tras ella corrió Fernanda, igualándola en velocidad, y detrás, a bastante distancia, porque su gordura y corto aliento no le permitían más, Marciana, que gritaba:

—Hija, cordera; déjala, no seas loca... Por tu madre, ven, aguarda.

Las dos jóvenes corrían a competencia, con gallardos quiebros y brincos, salvando las desigualdades del terreno, como gacelas perseguidas. Iban locamente al acaso, y sin darse cuenta recorrían todo el campillo, internándose en el recodo solitario próximo a la tapia de las *Brígidas*... A Céfora se le acabó el resuello antes que a Fernanda, y fué alcanzada por ésta, que, con mano vigorosa, la cogió del brazo y la detuvo, quedando ambas frente a frente... Céfora gritó, despavorida:

—¡Juan! ¡Juan! ¡Ven a mí!...

Y Fernanda, con más furia, blandiendo la espada que traía en su mano derecha:

—Llámale, llámale, Juan, ven a este infierno, que es obra tuya.

Frenética, cerró contra ella, y ¡ras!... allá fueron al suelo Céfora y espada; aguja clavada en un acerico... La diablesa pasó de este mundo al otro sin decir apenas ¡ay!...

XXXII

Mediano rato tardó Marciana en llegar jadeante al lugar de la tragedia... Sus ojos dudaban de lo que veían... Pasado el estupor primero, y sin aliviarse de su espanto, comprendió la gravedad del hecho, y asió el brazo de Fernanda para llevársela... La infortunada joven, que parecía privada de voluntad, se dejó llevar largo trecho; pero, de improviso, como herida de recuerdo punzante, desprendióse de la mano de su escudera..., y apretó a correr en querencia del lugar trágico, pero sin dirigirse a él en línea recta. Describió extensa curva con el ligero y brincante paso de gacela, y al llegar cerca, como a seis pasos del cadáver de Céfora, se arrodilló ante él y permaneció en contemplación muda.. En tanto, Marciana, medio loca de cons-

ternación, iba y venía de una parte a otra, las manos en la cabeza, sin saber qué resolución tomar.

Cerca de aquel desolado sitio, casi tocando la tapia de las *Brígidas*, había un tejar, charcas pobladas de ranas, que a ratos rompían el silencio nocturno con su crotorante canticio; más allá, una casucha que habitaba la viuda de un tejero. Allí vió luz Marciana, y allí acudió.

La viuda y un hijo suyo, mocetón hercúleo, que habían oído alteradas voces, le salieron al encuentro. Relató la escudera el suceso como una riña sin consecuencias graves, y despachó al mozo con un recado para el guardia civil Antonio Castro, marido de ella, que estaba de servicio en el camino de Alí. Hecho esto, volvió en busca de su señorita, a quien encontró, no de hinojos, sino sentada en una piedra, los codos en las rodillas, el rostro sostenido en las palmas de las manos. Sentóse a su lado Marciana, poseída de la intensa emoción religiosa ante la mujer muerta; los suspiros de ella se concertaban, como fúnebre rezo, con los gemidos que de vez en cuando exhalaba la otra. Pasado algún tiempo, Fernanda alzó el rostro, y dejó caer de sus labios estas lentas palabras:

—Mírala..., tan joven, y ya muerta...

Marciana suspiró más fuerte, y Fernanda prosiguió así:

—Morir en la juventud florida es ley de enamorados... El amor, el verdadero amor, no quiere envejecer...

Pasó más tiempo, inapreciable jirón del tiempo, y Marciana vió aparecer una figura humana, dos... Eran don Wifredo y Filiberta. Al partir corriendo el tejero hercúleo en busca de Antonio Castro, encontró a medio camino al bailío y a su criada, y les refirió con vagas y medrosas indicaciones la ocurrencia y el lugar de ella. El primero que se acercó al lúgubre teatro fué el caballero sanjuanista, y al ver a Fernanda en actitud luctuosa, y a Céfora tendida con mortuoria compostura, la espada clavada en el pecho, quedó como estatua, en estupefacción terrorífica. Luego llegó Filiberta, que, de la fuerza del repentino espanto, cayó al suelo diciendo:

—¡Ay Dios, ampárame! Yo no he sido.

Las cuatro figuras rodeaban en lúgubre cerco el cuerpo de la que dormía el eterno sueño, vuelta hacia al cielo la blanca faz, el cuerpo yacente en gracioso abandono, un brazo extendido sobre el césped, recogido otro hasta dar con la mano en la tremenda herida... Los cuatro callaban; sólo de la boca de Fernanda salieron palabras sueltas, sin sentido, sin relación alguna con la tristísima realidad:

—En una lanchita...; olas furiosas...; al agua tú...

Oído esto por Marciana y don Wifredo, creyeron que la señorita deliraba. La terrible situación presente, ¿qué tenía que ver con olas ni con lanchas? No era delirio, sino este sutil comentario que pasaba por la mente de la infeliz damisela: «Mi hermano, escapado de Melilla, salió de Orán en un barco de contrabando... Perseguido, tuvo que meterse en una lanchita... Oleaje furioso... Iban él y un griego solos... Dos hombres eran mucho peso para una embarcación tan chica... Mi hermano vió en el griego la intención de tirarle al agua... ¿Qué hizo?... Matar al griego y tirarle... Cae el que cae...; se salva el que puede...» Esto se decía Fernanda, y al pensarlo, algunas palabras salieron a los labios, otras quedáronse dentro...

FERNANNDA. — *(Mirando a Céfora).* — Matarme tú a mí de dolor...; matarte yo a ti con espada... Son dos espadas... ¿Cuál de nosotras dos está más muerta? Venga la Justicia Divina y dígalo...

DON WIFREDO.—La Justicia Divina me ha burlado, Fernanda, pues, creyéndome instrumento de ella, quise matar a un hombre perverso, y he matado a una mujer...; á la infernal Antarés, la que induce a los hombres al vicio...

FERNANDA.—He sido yo, señor.

DON WIFREDO.—Mía es la espada.

FERNANDA.—Mía fué la mano...

MARCIANA.—*(Protestando, con voz lacrimosa.)* No delires, hija del alma. Tú no has sido... Como testigo que no miente digo y sostengo que esa pobre mujer iba delante de nosotros... De pronto, salió de lo oscuro un hombre, enmascarado, que la mató, atravesándola con su espada.

DON WIFREDO.—La espada es mía, y yo el matador enmascarado. Lo digo y juro yo, bailío de Nueve Villas en la Hospitalaria Orden de Jerusalén; yo, que jamás he mentido; yo, que por riguroso mandato de la caballeresca religión que

profeso no puedo decir cosa contraria a la verdad.

FERNANDA.—*(Con voz entera.)* Por mi culpa, por culpa también de alguno que no está presente, he venido a caer en este infierno. Yo estoy en él por mi pasión furiosa. La generosidad del buen bailío no tiene puesto aquí.

DON WIFREDO.—*(Inspirado, pulsando la lira, más bien templándola.)* No se obstine, Fernanda, en creer que sus manos pueden estar manchadas de sangre... En ellas veo yo la blancura de las azucenas, como en toda su alma la celeste claridad de la virtud... *(Tocando la lira con frenesí.)* Pasa la gentil doncella de Ibero por el valle que riegan nuestras lágrimas. Los ángeles la preceden; las estrellas la acompañan; coronan su frente y adornan su seno piedras preciosas, símbolo refulgente de la pureza. Recorre nuestro mísero valle la inefable dama; ella es el cielo que pasa; nosotros, el infierno que permanece... Quedamos en el valle angosto y negro, de la llamada Justicia humana, de la falsa devoción, de la vanidad y de la mentira... Para ella, el esplendor de la bienaventuranza; para nosotros, la oscuridad de cárceles y presidios, entre la villana grey de estos diablos llamados hombres... *(Rompiendo alguna cuerda, de la furia con que toca.)* Adiós, virgen de Ibero, la del destino venturoso... Un triste caballero desconsolado, hoy criminal confeso, contempla la vía luminosa que dejas tras de ti, y en ese polvo rutilante busca dejos de tu voz, estelas de tu sonrisa, destellos de tu mirada... Adiós, mujer que fuiste, querubín que eres. Reserva un lugar humilde en tu Paraíso al caballero loco y enamorado, matador de Antarés, la de las dos naturalezas.

FILIBERTA.—¡Pobrecito amo mío; cómo está! *(Antes de que terminara el cantor bailío su grave melopea, prorrumpen las ranas en cháchara clamorosa.)*

FERNANDA.—*(Trastornada.)* Oigo espantosos gritos, y una voz llorosa, y un sonar de cuerdas de laúd. Marciana, yo desfallezco de cansancio, de horror, de piedad... ¿Es verdad que he matado a ésa?... Soy criminal... Mi madre, ¿dónde está? Quiero verla, quiero contarle... Mi madre y mi padre, mis hermanos queridos, me consolarán. *(Espántase de la vista del cadáver; con violenta sacudida se levanta, como queriendo huir.)*

MARCIANA.—*(Aprovechando aquel movimiento para llevársela.)* Ven, hija del alma... Estás enferma... Aparta de este horror tus ojos y tus oídos... *(Aparece una pareja de guardias civiles; uno de éstos es Antonio Castro. Tras los guardias viene el mocetón que fué a buscarlos.)*

FERNANDA.—*(Poseída de terror, poseída del ansia de la verdad.)* ¡Guardias, yo maté! *(Marciana habla un momento con su marido; habla después con el hombre atlético. Este se va derecho a Fernanda y la coge en brazos como a un niño. Avanza con ella hacia el punto de salida; detrás, Marciana.)*

DON WIFREDO.—*(A los guardias que se acercan.)* Señores guardias, tan claro es esto, que no necesitan interrogarme. En el corazón de la muerta está mi espada..., y aquí, en mi corazón y en mis labios, la verdad de esta tragedia... Llevadme ante el juez.

FILIBERTA.—No le crean, guardias.

FERNANDA.—*(En brazos del atleta, gritando.)* Yo la odiaba... Ella me mató antes a mí. Muerta soy... Santiago, hermano mío; Teresa, ¿dónde estáis?... Espíritus fuertes, venid, resucitadme.

Octubre, noviembre, diciembre de 1907; enero de 1908.

FIN DE «ESPAÑA SIN REY»

ESPAÑA TRAGICA

I

1.º de enero.

HA sonado la última campanada de las doce. 1870 recoge la herencia del escandaloso 69, año de acciones difusas y de oratoria sinfónica... «¿Y qué haré yo con tantos discursos? —dice este pobrecito 70, que nace sobre los mismos hielos que han sido sepultura de su padre—. ¿De qué me servirá la opulencia verbosa de estos caballeros constituyentes?... ¿Por ventura el diluvio retórico fecundará la simiente de la República o nos traerá un nuevo retoño del árbol secular de la Monarquía?

★

2 de enero.

Si escribir pudiéramos la historia futura, corriendo más a prisa que el tiempo, yo escribiría que el rey X, si acaso lo encuentran, no querrá venir a este cráter del volcán en erupción. Se le quemarán las botas.

★

3 de enero.

Estos Carabancheles son desprendimientos del apretado cascote que llamamos Madriles. Hastiados de formar en ringleras, sin aire ni luz, algunos caseríos se han escurrido bonitamente hacia el campo. Aquí vivo, no por mi gusto, sino por el de mi madre, que, como buena campesina, tira siempre a las afueras.

★

6, día de los Santos Reyes.

¡Oh, qué visión divina me trajeron los Magos de Oriente!... Pasó el tiempo en que mi buena madre dejaba en el balcón mi zapato para que Gaspar, Melchor y el negro Baltasar me pusieran en él soldados o cañoncitos, que colmaban mis inocentes ambiciones. Anoche, sin aventurar zapato ni chinela, los reyes fueron para mí más que nunca propicios y dadivosos, porque apenas abrí hoy la ventana por donde suelo contemplar la huerta de esta casa y la de la casa medianera, separadas por vieja tapia, vi una figura, imagen, persona, que al pronto me pareció ángel, después, mujer. Verla y pensar que había encontrado mi novia definitiva, el ideal de amor, fueron dos facetas de un solo momento, iluminadas por un solo relámpago... Cuando, absorto, clavé mis ojos en la hermosa visión, ésta me miró a mí... Pasado un segundo, dos quizás, la imagen se desvaneció tras de un ciprés... Esperé un rato; no la vi más. Yo miraba al ciprés y le decía: «Ciprés amigo, apártate un poco; déjame ver si...»

Día 7.

Estoy tristísimo. Temo y espero y desconfío. Mis pensamientos han volado a otro mundo, dejándome en una perplejidad ansiosa y muda. Mi madre me riñe por mi sombrío silencio. Con falsas alegrías y afectada locuacidad disfrazo yo la turbación de mi alma... Viene mi amigo Enrique Bravo, exaltado patriota, escritor agresivo, tribuno vibrante, que cultiva en su propio ardimiento y fogosas lecturas el arte de las insurrecciones. Con palabra bravía me habla de la Convención, de Bonaparte en el Consejo de los Quinientos, de Carlos Décimo, del ministro Polignac y de las jornadas de julio. Le contesto vagamente... Volvieron de muy lejos mis opiniones, y como

bandada de avecillas que requieren sus nidos, se posaron en el ciprés...

★

Día 12.

Con Enrique fuí hoy a Madrid. Estuve en *La Iberia* hablando con Fernando Garrido y con Gil Sanz. Luego entramos en el Congreso; subimos a la tribuna y asistimos a la presentación del nuevo Gabinete; vi a Rivero en el banco azul, le oí un discursillo corto y duro. Su facha es de cíclope; su palabra, de hierro, ceceosa; va soltando las cláusulas como si las forjara con potente martillo sobre un yunque gramatical. No me enteré bien de lo que dijo, ni de los argumentos de Figueras, que interpelaba sobre la crisis... Salí de la tribuna y bajé a la calle con mi amigo, sin darme cuenta de lo que allí pasaba. Bravo lo decía todo; yo asentía con cabezadas mecánicas y con un mirar sin fijeza. La política y el Parlamento me resultaban de una pequeñez atomística...

Estas y otras ocurrencias o impresiones, humoradas, hechos de índole personal o de interés público, anotaba casi diariamente en un rayado libro el joven Vicente Halconero, hijo de Lucila, bien conocido ya del lector familiar, que en anteriores páginas le vió entrar y salir, paseante de Madrid, alma candorosa y bella, voladora por los infinitos espacios en que giran los astros y las ideas, inteligencia vagabunda, ambiciosa y sedienta, nunca satisfecha, nunca saciada.

Andaba ya Vicente en los veinte años no cabales. Su rostro melancólico, de viril belleza delicada, casi lampiño, reproducía las facciones de Lucila y las del Apolo del Belvedere. Aunque la corrección clásica no alcanzaba al cuerpo, mezquino y endeble, éste no carecía de gentileza y arrogancia. Su cojera, modificada por el prurito de disimularla, había llegado a ser una imperfección casi distinguida y de buen tono, como la cojera de Byron. La adoración y el mimo de su madre realzaban con excelente ropa la persona del primogénito de Halconero: pero éste desdeñaba la elegancia sartoril, y apenas Lucila se descuidaba iba derivando hacia la sencillez, y de la sencillez hacia el desaliño.

De cuanto pudiera decirse acerca de Vicente Halconero, lo más fundamental es que provenía espiritualmente de la revolución del 68. Esta y las ideas precursoras le engendraron a él y a otros muchos, y como los frutos y criaturas de aquella revolución fueron algo abortivos, también Vicente llevaba en sí los caracteres de un nacido a media vida. Produjo ciertamente la *Gloriosa* medias voluntades, inteligencias en tres cuartos de madurez, con incompleto conocimiento de las cosas, por lo que la gran procesión histórica partida de Cádiz y Alcolea se desordenó a mitad de su camino, y cada pendón se fué por su lado. La razón de esto era que buena parte de la enjundia revolucionaria se componía de retazos de sistemas extranjeros, *procedentes de saldos políticos*. La fácil importación de vida emperezó en tal manera a los directores de aquel movimiento, que no extrajeron del alma nacional más que los viejos módulos de sus ambiciones y envidias, olvidándose de buscar en ella la esencia democrática y el secreto del nuevo organismo con que debían armar las piezas desconcertadas de la nación.

Casi todo el dinero que la hermosa Lucila destinaba al bolsillo particular de su primogénito, disipábalo éste en un tabuquito de la Carrera de San Jerónimo, la humilde librería que las manos de Monnier transmitieron a las de Durán, y de éstas había de pasar después a las de Fernando Fe, constituyendo en tan mezquino y oscuro local una especie de aduana, por donde recibíamos la importación de cultura europea. Difícil es precisar la innumerabilidad y catálogo de libros que con la divisa de Didot, Charpentier, Plon, Hachette, Levy y otros afamados mercaderes de material literario han entrado por allí en más de medio siglo, y el cúmulo de ideas que, enfardadas en masas de papel, pásaron de los grandes cerebros del siglo a la fácil asimilación de nuestros ávidos entendimientos.

Parroquiano constante de Durán fué Vicente Halconero, que completaba el gusto de adquirir libros con el honor de encontrar en la menguada ermita o cuchitril aduanero a Castelar o a Cánovas del Castillo arrimados al estan-

te bajo de la izquierda, conforme entrábamos; a Campoamor, a Echegaray, a Gabriel Rodríguez, a don Francisco Canalejas, o bien a Pi y Margall, Giner de los Ríos, Alcántara, Calderón y otros muchos que estaban en los medios o en los principios de la fama. Muchos iban por la literatura, otros por la filosofía o la economía política... Halconero no hablaba con las personas eminentes que allí veía, por sentirse muy inferior a ellas en edad y saber: contentábase con el golpe de vista y oído y con el roce; hablaba sólo con Durán, la mitad superior de un hombre pegado a una mesilla escritorio, en la cual, a la luz de un mechero de gas, despachaba el género cultural extranjero en grandes y pequeñas dosis.

Antes del 68, ya el hijo de Lucila dejaba pesetejas y duros en la covacha de Durán. Pero el gran derroche vino después de la sacudida del 29 de septiembre. Como compuerta que se abre soltando el libre curso de las aguas embalsadas, la revolución dió entrada a una impetuosa corriente de literatura extranjera. Obras que en Francia eran viejas, vinieron acá como novedad fascinadora. La censura y las prohibiciones habían alejado de nuestros paladares el vino nuevo de Europa, y de pronto la libertad nos lo sirvió añejo, fortalecido por el largo reposo en botellas o cubas.

Las primeras borracheras las tomó el neófito con Víctor Hugo, que en verso y prosa le entusiasmaba y enloquecía. Vino luego Lamartine con sus dramáticos *Girondinos;* siguieron Thiers con *El Consulado y el Imperio*, y Michelet con sus admirables *Historias*. En su fiebre de asimilación, empalmaba la Filosofía con la Literatura, y tan pronto se asomaba con ardiente anhelo a la selva encantada de Balzac, *La comedia humana,* como se metía en el inmenso laberinto de Laurent, *Historia de la Humanidad*. Por complacer a su padrastro, don Angel Cordero, apechugó con Bastiat y otros pontífices de la Economía política, y para quitar el amargor de estas áridas lecturas, se entretuvo con la socarronería burguesa del *Jerónimo Paturot*.

Impelido por intensa curiosidad, dedicóse el incipiente lector a los maestros alemanes. Devoró a Goethe y Schiller; se enredó luego con Enrique Heine, *Atta Troll, Reisebilder,* y por esta curva germánica volvió a Francia con Teófilo Gautier, Janin, Vacquérie, que le llevaron de nuevo a la espléndida flora de Víctor Hugo. Mayores estímulos de sed ardiente le empujaron hacia Rousseau y Voltaire, de donde saltó de un brinco a las constelaciones de la antigüedad clásica, Homero, Virgilio, Esquilo, el cual, como por la mano, le condujo hacia el espléndido grupo estelario de Shakespeare: *Otelo, Hamlet, Romeo y Julieta.* De aquí, por derivaciones puramente caprichosas, fué a parar a *Jorge Sand,* Enrique Murger, y al desvergonzado Paul de Kock. El espíritu del neófito se remontó de improviso, requiriendo arte y emociones de mayor vuelo. Releyó historias y poemas, y buscando, al fin, con la belleza, la amargura que a su alma era grata, se refugió en *Werther,* como en una silenciosa gruta llena de maravillas geológicas, y ornada con arborizaciones parietarias de peregrina hermosura.

No tardó Halconero en tomar grande afición a la literatura concebida y expuesta en forma personal: las llamadas *Memorias,* relato más o menos artificioso de acaecimientos verídicos, o las invenciones que para suplantar a la realidad se revisten del disfraz autobiográfico, ya diluyendo en cartas toda una historia sentimental, ya consignando en diarios apuntes las sucesivas borrascas de un corazón atormentado. En densas epístolas puso Rousseau su *Nueva Eloísa,* y en espasmos de amor y desesperación, diariamente trasladados al papel, contó Goethe las desdichas del enamorado de Carlota. De este arte apasionado, melancólico y amarguísimo se prendó tanto el hijo de Lucila, que, sin quererlo, y por inopinadas comezones de la edad juvenil, fué inducido a imitarlo... Aquella noche (enero del 70), después de un día de aplanante tristeza, escribió en su *Diario:*

Día 14.

Hoy la he visto por tercera vez; hoy he podido admirar su belleza, porque se detuvo algunos minutos junto a la tapia medianera jugando con los chicos del hortelano de su casa. Figura más esbelta no vi en mi vida. De su rostro no puedo decir sino que al mirarlo me sentí enloquecido. Trato de analizarlo, y no puedo. No cabe análisis de lo que se

ofreció a mis ojos como el cielo mismo. Su propio esplendor, llenando todo mi espíritu, me incapacita para la descripción. ¿Es morena? ¿Son negros sus ojos? O no lo sé, o lo sé demasiado. Oí absorto su voz sin entender lo que decía. El sonido blando de las eses y las eles entre vocales penetraba en mi alma como el eco de una música lejana. ¡Y pensar que esto que aquí escribo habría de parecer tonto a los que lo leyeran!... Pero nadie lo leerá.

Sólo el que siente y padece sabe ver el trasluz divino de las tonterías.

Día 15.

En mi hermosa vecina..., cada día lo veo más claro..., hay un misterio. Misterio es, sin duda, que una mujer bonita y joven no salga nunca de casa. Mi madre me ha dicho que ni a misa va. ¿Será que algún suceso desgraciado le ha infundido el horror de mostrarse en público? ¿Será miedo, será vergüenza, será enfermedad? Hoy he notado que anda con lentitud. Sus ojos, de intensa expresión amorosa y dramática, me han hecho pensar en las divinas mujeres que ganaron la bienaventuranza eterna con el martirio. Dios ha querido que esta santa escultura baje de los altares para que yo la adore viva.

No se trataba la familia de Vicente con la de la vecinita preciosa y pálida; pero sí con una dama que, dos números más adelante, en la misma calle vivía. Era la viuda de Oliván, mujer de historia, relegada, al fin, por los años a una oscuridad honorable y a un extrañamiento que la puso a honesto resguardo de las murmuraciones. Por esta señora, con quien hizo conocimiento en la iglesia, supo Lucila que la señorita misteriosa se llamaba Fernanda y que era hija de un coronel de reemplazo. Al oír esto, sintió Vicente alegría y un cierto alivio de su confusión y pesadumbre, porque el misterio con nombre es misterio que empieza a desembozarse. Ya no era tan hermética la bella y triste aparición que decía: «Me llamo Fernanda.»

II

Sin ningún accidente extraño, antes bien, con fácil sucesión de los hechos más vulgares, se fué aclarando día por día el enigma oscuro. En la Parroquia, por mediación de la Oliván, hizo amistad Lucila con la madre de Fernanda. Simpatizaron apenas cambiados los primeros cumplidos; charlaron familiarmente al volver a casa, y se despidieron con la mutua invitación a entablar amistades... En su primera visita, poco ceremoniosa, en verdad, a los señores de Ibero, se enteró Lucila de que éstos habían abandonado su país, la Rioja alavesa, con la esperanza de que el cambio de aires fuese favorable a su querida hija. Del carácter y origen de la dolencia de ésta no dió la madre explicaciones. De Madrid habían venido a Carabanchel huyendo del bullicio cortesano, que destemplaba furiosamente los nervios de la señorita. ¡Ah los pícaros, los traidores nervios!... Algo debió acontecer que moviera la insurrección espasmódica, porque la compleja máquina de nuestro sistema nervioso no suele descomponerse sin graves turbaciones del orden afectivo y moral. ¿Qué sería? ¿Pasiones contrariadas, desengaño amoroso, precedido de extravío y deshonra?

—No, madre, no—dijo Vicente rebelándose contra las conjeturas expresadas por la celtíbera—. ¡Deshonra, no! Guárdate de usar esa palabra oprobiosa, cruel... A ti, por ser mi madre, te consiento que hables de ese modo: a otra persona no se lo consentiría..., no podría consentirlo. Es mi gusto salir a la defensa de la debilidad, de la inocencia perseguida...

Sonrió la celtíbera de este inesperado ademán caballeresco, y, comprendiendo que el interés de Vicente por la vecinita no era superficial o caprichoso, en el resto del coloquio cuidó de ponerse en discreta concordancia con las ideas de él. Si esta conversación avivó el incipiente desvarío del joven romántico, más radical fué su trastorno cuando la madre, al volver de su tercera o cuarta visita, le habló así:

—Hijito mío, mañana tendrás que ir conmigo a la casa de esos buenos señores. Quieren verte, quieren que veas y trates a su hija. ¿Te parece esto muy

extraño? A mí también; pero te cuento las cosas como son, y refiero puntualmente lo que don Santiago y doña Gracia me han dicho. Verás, verás qué raro es todo esto. Fernanda padece la monomanía de la soledad. No quiere ver gente; le causan horror las caras humanas, en particular las de jovencitas de su edad y las de caballeros de edad correspondiente a la suya. Se han hecho mil probaturas y ensayos para librarla de este desvarío; pero sólo han conseguido excitarla más en el aborrecimiento del mundo. Su sociedad, ya lo has visto, se reduce a tres criaturas, con las cuales charla, ríe y parece dichosa... Quieren los padres romper el cascarón de hielo en que parece está encerrado el espíritu de la pobre señorita... Te han visto en la calle; han oído hablar de ti... Yo, madre amante y un poco tonta, figúrate lo que les habré dicho de Vicentillo Halconero... Y ellos, ¡ay!..., creen que me han trastornado la cabeza. «Tráigale usted, por Dios; tráiganos a su hijo. Ya sabemos que es un muchacho excelente, juicioso, ilustradísimo. que no hace más que leer y leer; que entiende de poesía, de literatura, de artes, y que manifiesta su saber con donaire y viveza, con un decir elegante... que cautiva.» Así me hablaban uno y otro... Y yo, tan hueca. Se me caía la baba de gusto, sin comprender el motivo de que esos señores te estimen en tanto antes de conocerte y tratarte... Pero, sea lo que quiera, allá nos iremos mañana, y Dios sobre todo.

Atontado, como quien recibe un golpe en la cabeza, quedó el bueno de Vicente con lo dicho y propuesto por su madre. La pena y el gozo se disputaban su ánimo: la una entraba expulsando al otro, y al instante se repetía la operación contraria. La noche pasó desvelado, en lecho de espinas, sin poder aletargarse en el descanso de las sábanas, ni aquietar sus pensamientos en el apacible trato de los libros. ¿Por qué le llamaban los vecinos? ¿Qué significaba el empeño de aproximarle a la doliente señorita como un remedio de sus graves trastornos? ¡Tremendo arcano y enredoso acertijo! No había visto nunca que los padres buscasen un galán para la damisela. Estas, comúnmente, con libre iniciativa, los ojeaban y perseguían en el ancho coto social y los hacían suyos antes que la familia se percatara de ello. En el mundo literario, no en el real, había visto Vicente algo semejante al solícito reclamo de los señores de Ibero. Recordaba la niña enferma de *El médico a palos*, y otras niñas neuróticas que graciosamente revestían de melindres patológicos su desolación. Si, en efecto, padecía Fernanda mal de amores en el grado agudísimo, ¿por qué no le llevaban el remedio propiamente suyo? ¿O había llegado el caso de aplicar el aforismo psicológico de la mancha de la mora, que con *otra verde se quita?*

En estas angustiosas cavilaciones llegó la hora de la visita, para la cual se vistió Vicente con elegante sencillez, por inspiración propia, con el asenso de su madre, que le dijo:

—Sin pretensiones ha de ir quien por ahora es más pretendido que pretendiente.

No hay que decir que fueron hijo y madre amablemente recibidos por el matrimonio Ibero y que la conversación preliminar no rompió los moldes o tópicos de la retórica de visitas. La crudeza del tiempo, los rigores de la helada, la tristeza de las dilatadas noches en un suburbio falto de todo atractivo social consumieron no pocos instantes. Sin transición alguna pasaron del tema meteorológico al tema político, y éste no podía ser otro que el sabroso asunto de la elección de rey, comidilla de todas las bocas en aquellos días. Burla burlando, dieron de lado al de Aosta, al de Génova y al Coburgo... Don Santiago se mantenía en su tozuda fidelidad a la candidatura de Espartero, y Lucila, respondiendo a las ideas burguesas y positivistas de su segundo esposo, quería salvar a España con las virtudes administrativas de Montpensier.

Comenzó Vicente a expresar su opinión recordando los tres *jamases* de Prim, y estando en esto, oyeron risotadas de chiquillos en la huerta cercana. La salita era baja: el gorjeo de aquellos pájaros alegró por un momento la triste solemnidad de la visita. Luego sonó la voz de Fernanda, dulce y armoniosa, sobreponiéndose a las de sus amiguitos. ¿Les reñía o les acariciaba? Con un signo afectuoso, Gracia sacó a Vicente de la sala. Seis escalones no más bajaron hasta pisar la tierra endurecida

por la helada, y a los pocos pasos el caballerito y la damisela se encontraron frente a frente bajo un sol de enero, tibio y pitarroso, pero que pintaba los objetos con vibrante color y fuerte claroscuro. Sintió Vicente grande emoción al ver a corta distancia el rostro descolorido de Fernanda, sus manos que parecían de cera y el general aspecto de figura mística y doliente. Con la persona desentonaba el vestido: falda de franela gris tórtola, y una capita moruna de paño escocés; en la cabeza, nada que amenguara la magnificencia de su cabellera negra como el fondo de un abismo.

Con asombro de Gracia, más encogido que la señorita y más indeciso de palabra estuvo el galán después de la presentación. Con soltura sonriente, Fernanda dijo al vecino:

—Ya tenía noticias de usted por mi amiguito Luis, el chico del hortelano. Me ha contado que usted se pasa la noche leyendo en ese cuarto que se ve desde aquí... Yo he mirado la luz a las nueve, a las diez... Desde esa hora no he podido mirarla, porque a las diez me recojo siempre...

Contestó Halconero, balbuciente, que leía de noche por no tener mejor cosa que hacer..., pero que su madre le quitaba la luz a las once para obligarle a dejar los libros por el sueño.

—Pues a mí—dijo Fernanda—mi madre no me quita la luz en toda la noche, porque a oscuras no puedo dormir, y aun con luz duermo poco. La noche es muy triste... Dicen que desde Reyes acortan las noches... Yo no lo he notado... Yo me paso las madrugadas esperando las primeras luces del día, y cuando entran por los resquicios de la ventana de mi cuarto, me alegro y les digo: «Bien venidas seáis, lucecitas mías. Entrad, entrad.»

Estas razones, un tanto desconcertadas, emitidas con ingenuidad dulce y poética, fueron gratas al galán, que en la réplica pudo desembarazarse de su cortedad.

—Yo celebro el día, que nos trae la madurez de lo que pensamos por la noche—dijo—; celebro la luz, que separa los buenos pensamientos de los malos... De día es más hermosa la soledad y más fecunda. Yo he visto a usted en las horas de pleno sol y de viva luz. Su bella persona me ha hecho pensar de noche y de día, acumulando tantas cavilaciones, tanto y tanto imaginar con miras a lo pasado y a lo futuro, que se maravillaría usted si pudiera yo contárselo...

—¿Por qué no ha de poder?—dijo Fernanda con singular brillo en la mirada y un poquito de coloración en las mejillas—. Cuéntemelo... Si no es para contarlo, ¿a qué ha venido usted?

Contestó Halconero que no era ocasión de referir las intimidades de su pensamiento: podrían parecer extravagantes, quizás ridículas... Tiempo habría de que él abriese su alma y dejara salir las locuras y desatinos que se agitaban en abierta insurrección dentro de ella... Soltó Fernanda una franca risa oyendo estas cosas... De la risa y de las palabras que oyó, cruzadas entre el galán y la damisela, se maravilló y alegró sobre manera doña Gracia. Tal fué su gozo, que, dejando solos a los jóvenes, corrió a llevar las albricias a su marido y a Lucila. Jadeante, entró en la sala diciendo:

—En tres meses no la he visto reír como ha reído ahora... Apenas se ven ella y él, ¡pobres ángeles!, simpatizan y..., honestamente, discretamente, se brindan amistad, confianza... Ha sido mano de santo para mi adorada hija. ¿Querrá Dios ahora darnos el remedio que tantas veces le hemos pedido?...

Gozosos los tres, llegáronse a la ventana, y, arrimados a los cristales, siguieron con atentos ojos el vago pasear de la pareja por los rústicos andenes. A ratos se paraban, acentuando con miradas lo que se decían. Bien claro estaba el interés que cada cual, alternadamente, ponía en las palabras del otro. Cuando les veían de cara notaban que la de Fernanda, risueña, parecía iluminada por un rayo interno de su propio espíritu. Creyérase que volvía por arte mágico a los dichosos días de su florida y sana juventud. En tanto, las criaturas, dos mocosas de cinco y seis años y un chaval de siete, abandonados de su amiguita y maestra, que a juegos mayores jugaba, entregáronse solos a ruidosas travesuras.

La huerta había sido jardín. Por una y otra parte se veían señales de su noble abolengo. Testigos de la degeneración eran algunas matas de ciprés y boj recortados y otras lastimosas reliquias del

estilo versallesco, pedruscos y trozos de cemento que habían sido gruta, y aún se conservaba una estatuilla descabezada, que debió de ser un fauno venido muy a menos. La traza del pensil había sido alterada para convertir los arriates floridos en tablares de hortalizas. Berzas, escarolas y lombardas heredaron el suelo que fué patrimonio de las rosas, clavellinas y anémonas, bien así como los humildes labriegos heredan los timbres linajudos de próceres arruinados. La casa también era degeneración tristísima, y de su grandeza pasada sólo quedaba el desnudo grandor de los aposentos.

Como se ha dicho, los padres de Fernanda y la madre de Vicente seguían con atenta mirada el vagaroso ir y venir de la pareja por senderos, ora curvos, ora rectos de la plebeya finca, descendiente de un aristocrático jardín... Se perdían a ratos tras un grupo de arbolillos, supervivientes míseros de un lindo boscaje destruído, y reaparecían entre un cenador en ruinas y un rimero de mantillo. Casi una hora duró el paseo y palique inocente, a que puso término Halconero con la fórmula más discreta y delicada. Bajaron Gracia y Lucila; se generalizó la conversación, interviniendo la gente menuda, gozosa de recobrar a su maestra. Los vecinos se retiraron, quedando en estrechar diariamente las amistades entabladas con tan buenos auspicios. Gracia y su esposo no disimulaban su satisfacción, que subió de punto a la hora de la cena, advirtiendo en su amada hija un cambio radical. Hablaba la señorita como si su hastío de la vida y del mundo se trocara súbitamente en ganas de vivir, como si saliera del sepulcro que con su taciturnidad sombría se labrara y corriera en pos de las hermosuras y armonías de la Naturaleza. A la Naturaleza renacía, y en el seno de ésta, mullido con promesas de amor y felicidad, descansaba de su fatídico viaje al purgatorio y al infierno.

Luego que a su hijita dejó acostada, parloteando graciosamente con la doncella, Gracia fué a reunirse con su marido, que sobre las diez acostumbraba fumar el último puro del día, paseándose en su despacho. Marido y mujer estaban de enhorabuena por haber encontrado, al fin, tras ineficaces probaturas, la reparación psicológica de su adorada hija. Con militar rudeza expresó Santiago Ibero a su esposa sus esperanzas de triunfo en aquel empeño. Gracia le oía temblando, desconfiada del peligroso juego; pero él, con elevación de pensamiento y frase llana y baturra, habló de este modo:

—No temas nada. Pase lo que pase, debemos alegrarnos del brinco que ha dado el alma de esta pobre criatura. ¿Qué hacía falta para sacarla de ese pozo en que se nos había metido? Un novio, un amor nuevo. Así mil veces lo pensamos. Pues ya tenemos novio. Otros le desagradaron, le repugnaron; éste le gusta, éste es el hombre... Ya hemos dicho que el mal ocasionado por un hombre infame, otro puede curarlo. Ya sabes mi lema: «Un hombre, un hombre para la niña.» Fíjate en que no digo *un marido*, ni siquiera *un novio*, sino un *hombre*. Por las trazas, este chico es un angelón; pero si no lo fuera, siempre saldríamos ganando. Gran beneficio será que la chica le ame y que con el nuevo amor se le encienda el corazón, que, a mi ver, no era más que un tizón apagado. Si, en efecto, se nos enamora de este joven, dejémosles que hagan lo que quieran. ¿Qué la deshonra? Eso será el mal menor; en todo caso, preferible al estado presente... Ya te lo he dicho, mujer: «Contra un cataclismo, otro cataclismo.» ¿No has oído que un clavo saca otro clavo? Pues un hombre saca a otro hombre... Venga la resurrección de la niña, aunque nos traiga un poco de vilipendio. ¿Qué supone una mácula en la extensión de eso que llamamos *ser, vivir?*

Exhaló Gracia un suspiro, que quería decir: *Amén.*

III

Prosiguieron asiduamente las visitas con regocijo por parte de las dos madres. Fernanda revivía, tornaba visiblemente a su prístino ser. Vicente, más enamorado cada día, no había logrado aún la completa tranquilidad del ánimo, porque el misterio que en la vida anterior de su novia traslucía continuaba indescifrado. En sus discreteos galantes, de exquisita delicadeza, intentó alguna vez provocar una confidencia leal; pero Fernanda enmudecía, y un celaje oscuro pasaba sobre su rostro

hechicero y místico. Desde su ventana, antes de bajar a la visita, solía el joven hablar con ella, y aun tomar parte en el candoroso divertimiento de la señorita de los nenes. Oía la inocente cantinela: *Ambo, ató, matarilerilerile,* y contestaba. *Matarilerilerón...* En el juego de escondites intervenía con los risueños avisos de: *Frío, frío... Caliente..., que te quemas.*

Un día salió a la ventana y no vió a Fernanda, ni sintió el rumor de su graciosa charla con los amiguitos. No tuvo tiempo de pasar de la extrañeza a la confusión, porque entró su madre y le dijo:

—Hoy no bajaremos. Fernanda tuvo anoche un enfriamiento, y no han querido que se levante. En cama está; la he visto. Parece que su indisposición no es de cuidado. Yo iré después sin ti. Gracia me ha dicho que quiere contarme algo que tú y yo no sabemos todavía.

—Ya era tiempo, madre. Convendrá usted conmigo en que no debieron tardar tanto en descorrer el velo.

—Hijo mío, no sabemos lo que habrá tras el velo. Sin duda, es cosa de mucha gravedad... Hace un rato, al decirme Gracia que hoy me contará las causas del duelo de la familia, se le demudó el rostro..., derramó algunas lágrimas... Dime: en tus conversaciones con la niña, ¿no has tenido arte y malicia para provocar la confianza?

—La he visto llegar al borde de la confianza y retroceder como espantada... Sólo me ha dicho claramente que este amor suyo no es el primero... Otro amor hubo... Le duele a uno ser segunda parte en estas cosas, ¿verdad, madre?... ¿Por qué te ríes?... ¿Quieres decir que hay casos en que lo segundo es mejor que lo primero?

Poco más hablaron. Volvió Lucila a la casa vecina, y el chico romántico, abrumado de melancolías, sin ganas de pasear ni de conversar con sus amigotes, acogióse a la sociedad de sus amados libros. Trozos favoritos leyó de dramas y poemas; pero no pudiendo encadenar su atención, se entretuvo en mirar estampas. Días antes había comprado a Durán un libro bello y voluminoso: *La Mitología griega,* con texto eruditísimo y sugestivas ilustraciones. Largo rato invirtió en ver dioses y diosas, ninfas del aire y el agua, sátiros, héroes divinos y divinidades humanizadas, copias de estatuas más o menos desnudas, por las cuales conocemos el Olimpo y sus aledaños. En una hermosa lámina de las musas detúvose con examen contemplativo, porque en ella había notado, desde que por primera vez la vió, una curiosa particularidad: la semejanza, más bien exacto parecido, de su madre Lucila con Melpómene, la musa de la Tragedia. Una y otra tenían las mismas facciones: nariz y boca eran idénticas; y cuando Lucila, por algún enojo doméstico, fruncía su helénico entrecejo, creyérase que la personificación del numen de Sófocles y Esquilo andaba por estos mundos.

Hojeando el libro de las bellas deidades, mató Halconero un buen espacio del tiempo; y cuando, a las dos horas de partir, volvió Lucila de la casa de Ibero, hallábase el romántico por tercera vez con los ojos puestos en las figuras arrogantes de las hermanas de Apolo. Lo primero que Vicente dijo a su madre, viéndola entrar alterado el rostro y fruncido el ceño, fué que nunca había sido más patente su parecido con la iracunda Melpómene.

—¿Quién es ésa?—dijo Lucila mirando la figura y su leyenda—. ¡Ah!, es la señora musa de los dramas y tragedias... Pues, hijo, ¿es esto casualidad o magnetismo? Tragedia es lo que te traigo.

—¿Qué dices?

—Tragedia, lance de teatro es lo que ignorábamos, lo que yo sé ya y tú sabrás ahora... En dos palabras te lo cuento. Luego sabrás pormenores... Fernanda tuvo un novio, caballero andaluz, muy galán, pero más falso que Judas. La entretuvo y engañó con bonitas palabras largo tiempo...; engañó también a la familia..., la pidió en matrimonio, y haciendo la comedia del casorio, a otras enamoraba con doblez y villanía. No abusó de Fernanda porque no pudo; porque ésta fué siempre la misma virtud... Fué leal, ciega, enamorada..., confió locamente en el hombre mentiroso y pérfido. Un día, a poco de oír de los labios del caballero protestas de amor, descubrió sus amoríos infames con una tal..., no recuerdo el nombre..., rubia, medio italiana, medio judía, medio religiosa, casi mon-

ja, casi diabla. Supo el sitio y ocasión en que la empecatada hembra se había de reunir con el mal caballero para escapar juntos a tierras andaluzas... Deja que recuerde bien... Lo que te cuento pasaba en Vitoria..., en lugar solitario, noche oscurísima... Para concluir: Fernanda sorprendió a su rival, y antes que llegase al punto en que la esperaba con un coche el maldito don Juan..., ¡es terrible, hijo mío!..., la hirió con una espada..., le atravesó el corazón..., la dejó seca... ¿Has visto?... ¡Y creemos que sólo en el teatro hay tragedias cuando da en escribirlas algún poeta que jamás mató un mosquito! ¿Has visto?... Asómbrate, hijo, y de aquí a mañana no vuelvas de tu asombro..., no vuelvas de tu admiración.

Hijo y madre se miraron un rato con fijeza intensísima. Vicente permaneció mudo un mediano rato, viendo más claro que nunca el parentesco fisonómico entre su madre y Melpómene. Con terrible entrecejo, cerrado vigorosamente el puño con que golpeaba la mesa, Lucila pronunció estas entonadas estrofas:

—Admiro a la mujer valiente, que supo llenar de ira el corazón que tuvo lleno de amor... Admiro a la heroína que castigó la maldad, matando a la rival embustera, prostituída y ladrona... Así..., así. Digan lo que quieran, esto no es crimen: es justicia, es virtud... Y aun le faltó matar al bandido, al canalla.... aunque debemos reconocer que la medio monja y medio judía era más culpable que él. Ella le embaucaba..., así pienso yo..., ella le arrastró a la fuga; él era el robado y ella la ladrona... Bien, Fernanda, bien... Eres la mujer fuerte, que no espera de los hombres la justicia... Los hombres hacen la justicia para sí, no para nosotras. Ellos matan a sus rivales, ellos odian, y a nosotras nos mandan que seamos muñecas de amor.

Un tanto sorprendido de la vehemencia con que hablaba su madre, Vicente rompió en elogios de Fernanda, ensalzando su bizarra valentía. ¿Cómo no amar a mujer tan grande?... Acerca de su pureza, repitió Lucila que no tenían los padres de ella la menor duda... Ansiaba Vicente narración del suceso con todos sus aspectos y pormenores, como quien anhela leer y saborear un hermoso poema después de haber oído sucinta referencia de su asunto. La tragedia y su protagonista tuviéronle tarde y noche en febril exaltación. Veía todas las cosas agrandadas monstruosamente y revestidas de un vivo resplandor de aurora boreal; agrandado veía su amor hasta lo infinito, y la heroína se le representaba con la majestuosa elegancia y la perfección estética de las diosas paganas. Amar a una mujer trágica, ¡qué hermosura!... Amar a la que en sus divinos ojos dejaba traslucir el alma de Esquilo, ¡qué felicidad! Era una felicidad que espantaba y un terror placentero... En tal estado de bárbaro delirio le encontró su madre a la mañana siguiente. ¡Efervescencia de amor y poesía en un cerebro congestionado por la excesiva asimilación literaria!

A la hora de costumbre, después de comer, fueron hijo y madre a la casa vecina. En un aposento alto vió Vicente a Fernanda. Hallábase la damita recluída y resguardada del frío, cuello y cabeza envueltos en una nube, para que todo fuese a la moda olímpica. El galán creyó ver en la hermosa figura de su amada la reproducción de Polimnia, pensativa, rebozada en sutil velo, conforme aparece en una escultura famosa. Fernanda le acogió con afecto delicado. Sentáronse el uno junto al otro, y, sin vigilancia de ninguno de la familia, hablaron cuanto quisieron. Departían vagamente, como paseantes desocupados en elíseos jardines, y se miraban para enmendar con los ojos la cortedad de la palabra... Ya se tuteaban.

—Sé que estás enterado de mis desventuras—dijo ella, creyendo decir poco.

Y él prosiguió:

—Son desventuras de almas superiores que se elevan sobre la turbamulta de los mortales. Tú has sido grande en la acción. Los demás, y yo entre ellos, no hemos hecho nada que merezca referirse.

La confianza crecía rápidamente. Fernanda era sincera y expresiva en su lenguaje, proyectando en rayos o chispas la espiritual acción, que era la facultad primera de su alma.

—Dudo mucho—dijo al caballero—que, después de saber lo que sabes, sigas queriéndome... Si te inspiro repug-

nancia o miedo, retírate tranquilamente a tus libros y busca en ellos el modelo de la mujer esclava del hombre.

A lo que replicó Halconero que la quería infinitamente más; que amaba en ella la fuerza psíquica, creadora en el amor, destructora en los casos de rivalidad y justicia. La fuerza le subyugaba en su expresión moral y estética. De aquí partieron para un vivo y eterno tiroteo de protestas y promesas, en que se daban mutua fianza del presente y del porvenir. Fernanda encontraba en él su segundo amor, basado en la estimación. Hallábase Vicente en la eflorescencia robusta y total del primero que había de ser único. En él ponía toda su existencia, y el amor no perecería sin llevarse la vida por delante.

Aquella misma tarde, cuando Fernanda se recogió a su alcoba, acompañada de su madre, don Santiago Ibero refirió a Vicente toda la historia, un ejemplar compendio de acción humana con sucesivas formas de idilio, madrigal, novela drama y tragedia. No olvidó el coronel el tremendo epílogo, las fatigas y malos ratos que hubo de pasar la familia para sustraer a la justicia el terrible suceso. Alcanzado este fin, los señores de Ibero abandonaron la ciudad de Vitoria, y luego la casa patrimonial de Laguardia, creyendo, con razón, que su dolor se atenuaría huyendo de la escena ensangrentada y pavorosa.

Pasó un día. Al levantarse, serían las nueve, supo Vicente que su madre estaba en la casa vecina. De allí la habían llamado al amanecer con urgente apremio... Sin entretenerse en interrogaciones, su ansiedad le llevó a la indagación directa, personal... Corrió a la casa de Ibero. En la puerta vió un coche. Al entrar, una mujer le dijo que la señorita Fernanda estaba muy malita... Franqueó la corta escalinata, y en la sala baja halló a Lucila, que oía las órdenes facultativas del doctor Alejandro Miquis. Este salió a ocupar el coche que le esperaba. Lucila, leyendo la consternación en el rostro de su amado hijo, acudió a sosegarle con dulces palabras:

—No hay motivo de alarma, creo yo. Ello ha sido una indisposición de más aparato que gravedad. Los padres se han asustado... Naturalmente..., adoran a su hija. Ya está mejor... El reposo y buenos calditos la restablecerán. Mañana podrás verla...

—Pero ¿qué...?

—Un repentino ataque de.... no recuerdo el término..., un vómito de sangre.

—Hemoptisis...

—Eso mismo. Anoche se acostó tan tranquila. Despertó de madrugada.... acudió la criada, que duerme en la misma alcoba...; acudieron todos... En fin, si no hay gravedad manifiesta, la pobrecita ha quedado muy débil... Quietud y calma le ha recomendado el médico, y hablar lo menos posible... Mañana podrás verla... hoy conviene tenerla en completo reposo, para que no se repita el ataque... ¡Lástima de mujer, tan bella y tan buena!... Buena podemos llamarla a pesar de aquella fiereza con que liquidó sus cuentas de amor...

IV

Momentos después vió Halconero a los padres, afligidísimos, sin poder ocultar un sombrío presentimiento. Aunque dejaron a la enferma tranquila y aletargada, desconfiaban de verla pronto restablecida. Gracia subió de nuevo, y junto al lecho vigilaba el respirar pausado y rítmico de Fernanda. En la sala baja, frente a Lucila y Vicente, Ibero refería con triste comentario las horribles desazones que le habían dado sus hijos, con la extraña particularidad de que los tres tenían excelentes cualidades. Del primogénito, Santiago, refirió las novelescas aventuras y su voluntario destierro en París, unido, con o sin sacramento..., no pudo averiguarlo..., a una mujer... demasiado conocida en Madrid... Demetrio, el hijo tercero, enloqueció de ira al conocer la tragedia y quiso rematarla digna y lógicamente. No se le podía quitar de la testaruda cabeza la idea de matar a don Juan de Urríes. Escapó de Laguardia con propósito de realizar su venganza en Madrid, en Córdoba o dondequiera que hallase al desleal caballero. Fué menester que los padres mandaran en seguimiento del exaltado chico a dos hombres de confianza, los cuales lograron detenerle a mitad del camino, y,

para sujetarle rigurosamente, impidiendo una nueva catástrofe, don Santiago le llevó a Toledo y le puso interno en la Academia de Infantería.

Considerándose ligado por lazos de afecto indestructible a los señores de Ibero, Vicente no se apartaba de ellos. Tres días pasaron en alternadas emociones de temor y esperanza. El hijo de Lucila iba algunos ratos a su casa. Comía poco en una y otra parte. El latir de su corazón marcaba los segundos de su vida expectante. como el tiqui-tiqui de un reloj marca las partículas de tiempo que separan el hoy del mañana. Vivía esperando, minuto tras minuto, hora tras hora, el mañana dichoso en que pudiera ver a su amada restablecida. Llegó, por fin, el risueño día. A Vicente se le consintió verla; a Fernanda se le permitió hablar.

Trémulo entró Halconero en la alcoba, y hubo de reprimir su emoción ante la imagen de la señorita yacente en lecho de blancura, rodeada de flores que le habían llevado para alegrar su ánimo. Las flores y el albor de las telas y la inmovilidad de la enferma, daban la impresión de una belleza no perteneciente a este mundo, amortajada viva por un alarde de estética funeraria. Marcábanse vagamente en la ropa de la cama las formas supinas del cuerpo, como esbozadas en un gran trozo de mármol. Tan sólo los ojos eran vida, y vida muy intensa. De una parte a otra los revolvía buscando caras u objetos en que posar la mirada. Cuando vió al entrañable amigo, descansó en él su afán. Sentóse Vicente junto al lecho, y ella se apresuró a usar del permiso de hablar que se le había dado...

—Hola, Vicente: ¡qué malita me encuentras! ¡Vaya, que has tenido mala suerte conmigo!... Apenas empezamos a tratarnos salgo yo con este alifafe, y aquí me tienes hecha una calamidad.

Difícilmente pudo el joven disimular su pena con frases consoladoras de las más triviales.

—Ya estás buena... Yo estoy muy contento de verte... Miquis ha dicho que mañana estarás en franca convalecencia...

Sucedió a esto un silencio adusto. Gracia, esforzándose en desatar el nudo que se le había hecho en la garganta, les dijo:

—Hijos míos, porque yo esté delante, no dejéis de hablar con libertad y de deciros todo lo que se os ocurra... Aquí estoy por tener cuidado de que Fernanda no se fatigue charlando demasiado. Algo puede hablar. Y usted, Vicente, procure que sus palabras no sean demasiado vivas. Hablen, díganse cosas..., cosas gratas, sencillitas y que no provoquen a emoción. Yo estoy sorda: callo y vigilo.

Con tan amable licencia ella y él se despacharon a su gusto en corto tiempo. Fernanda emitía la voz con alguna fatiga; pero dejaba en libertad a los ojos para que con su expresiva intervención dieran descanso a la palabra.

—Ya creías tú que me moría, Vicente. Pues mira: aún no puedo asegurar que te has equivocado.

Y él:

—Nunca pensé tal cosa. Morirte tú y vivir yo no puede ser. Mi vida me ha garantizado la tuya.

Y ella:

—Con frasecitas imitadas de tus libros no adelantamos nada... Yo te miré bien cuando entraste, por ver si estabas alegre... Pues, aunque disimulabas, la tristeza traías contigo, y no podías dejarla al otro lado de la puerta.

Y él:

—Mi tristeza consiste en no poder cambiar mi salud por tu enfermedad.

Y ella:

—Tonto, si eso pudiera ser, la triste sería yo entonces. Devuelve tus frases a los libros de donde las has tomado. Convendrás conmigo en que para estar los dos contentos debemos pensar que Dios, obligándonos a morir juntos, tal vez se compadezca de nosotros y nos deje vivir...

—Morir, no, hijos míos—dijo Gracia sintiendo que se le apretaba más el nudo—; ni juntos ni separados debéis pensar en moriros. Aunque yo esté delante, llevad la conversación del lado afectuoso, y decid que os queréis... No soy tan lerda que os prohiba la cháchara de amor. Es lo natural. Tú, Fernanda mía, debes callar y oír. Ya se te nota la fatiga. Callas y escuchas a Vicente, que te cantará, como él sabe hacerlo, su extremado cariño.

Con tales estímulos, el caballerito se despachó a su gusto, soltando el rau-

dal de su pasión por el cauce de su rica fantasía.

Cuidaba de evitar el énfasis literario, poniendo en su amoroso cántico notas de gracia y de familiaridad encantadoras. Tan pronto sonreía Fernanda como expresaba con donoso mohín su incredulidad, un tanto coquetil; sostenía la conversación con arqueo y fruncimiento de cejas, con morritos de mimo, con ligero meneo de la cabeza y agitación de su cabellera, pronunciando monosílabos, palabras sueltas, cláusulas rotas. Así pasaron un ratito, hasta que Gracia dió la voz de alto, diciendo:

—Por ahora, no más... Toma la medicina... Irá Vicente a dar un paseíto por la huerta o a charlar con tu padre; tú y yo nos quedamos solitas..., y dormirás un poco. Hasta luego, Vicente... Pero oye, hijo: para que veas si soy tolerante; para que veas cómo sé dar el cariño leal y honesto alguna franquicia de buena ley, te permito..., voy más allá..., te mando que des a Fernanda un besito en la frente.

En un instante que pareció religioso, con cierta solemnidad de administración de sacramento. Vicente cumplió el mandato de la madre benigna. Besó la cálida frente de su amada, y ésta, en un sonreír pudoroso, le dijo:

—Vicentillo, pronto me levantaré..., creo yo...

Salió de la alcoba el galancete, y como en su espíritu moraban por entonces las formas y representaciones del arte clásico, vió en Fernanda la exacta imagen de la interesante reina Alceste en su lecho mortuorio, antes que viniera Hércules a resucitarla. Fué reproducción mental de la famosa pintura de un vaso griego. La reina parecía dormida entre rosas; la rodeaban los suyos y el coro de plañideras, de retorcidos brazos.

En la huerta vió Halconero a las dos chiquillas y al chaval con quienes Fernanda se solazaba en juegos inocentes antes de su noviazgo y enfermedad. Los tres correteaban con travesura y alboroto, sin echar de menos, al parecer, a su amiguita. Penosa impresión dejó en Vicente la brutal alegría de las criaturas, olvidadas de quien tanto las amó y quería ser como ellas. No se había hecho cargo aún de que la niñez es ingrata y desmemoriada, ni de que el egoísmo inocente informa al ser humano en los comienzos de la vida... En tanto, se le agregó Santiago Ibero con sus amigos, uno de ellos el cura de la Parroquia, militar el otro, de servicio en Leganés. Hablando del suceso que entristecía la casa, recitaron tímidamente y con débil convicción el himno de la esperanza.

Renovóse al siguiente día la dulce y triste escena de la conversación de novios junto al lecho de Fernanda, en quien se acentuaban la debilidad y aplanamiento. Extremó Vicente la sutileza gentil de sus conceptos de amor, incitado a ello por Gracia y por Lucila, que presente estaba. Repitióse asimismo el beso final autorizado y prescrito por ambas señoras. Vicente se excedió en la obediencia, besando tres veces la frente abrasada de la damisela. Esta no pronunció palabra alguna; pero cogiendo la mano del caballero, la estrechó con leve presión contra su pecho. Los ojos tenía cerrados, la boca entreabierta.

Tres horas más, y sobrevino súbitamente la extrema gravedad. El espanto entró en la casa... Llegó el médico con una oportunidad que, desgraciadamente, resultó ineficaz. Todos acudían al triste aposento, y de él salían más llorosos y descorazonados. Vicente tuvo que acudir a la iglesia para traer al cura. Al volver a la casa, oyó gemidos angustiosos que descendían de lo alto, y apenas pisaba el primer peldaño de la escalera quedó aterrado ante la figura de su madre, que lentamente bajaba. Traía Lucila un negro chal por la cabeza. Con su mano derecha envuelta en la tela se tapaba la boca. Sus ojos divinos, sombreados por las cejas contraídas, declaraban un pavor doloroso. Figura semejante había visto Vicente en el libro mitológico o en los dibujos de Flaxman. Era Némesis, que preside el tránsito a la Eternidad. Destapándose la boca, dejó salir estas palabras:

—No subas, hijo. Todo ha concluído.

Pero él subió con mayor presteza, sin parar hasta la fúnebre estancia. Vió el rostro muerto de Fernanda debajo del de su madre, que no se hartaba de besarlo; vió la faz curtida del coronel Ibero, pegada a una de las yertas ma-

nos, mientras las criadas se disputaban la otra para poner en ella sus lágrimas y sus caricias. Las ropas del lecho compartían su blancura con grandes manchas de un rojo húmedo que les daba tonalidad trágica. Hallábanse presentes la viuda de Oliván, otras dos señoras y el cura, que había llegado tarde con las postrimerías sacramentales. Entre todos apartaron a Gracia del cuerpo inanimado, y entonces Vicente se arrojó con bárbaro anhelo a sellar con sus labios las bellas facciones no desfiguradas aún por la muerte. Medio loco ante aquel cuadro desgarrador, no se dió cuenta de cómo salió de allí, ni supo qué brazos vigorosos le sacaron hasta la escalera.

Momentos después encontrábase en la sala baja con su madre, el cura y un militar. Tan hondo era el duelo de Lucila, que se sentía incapaz de intervenir con la familia en los fúnebres actos ineludibles que imponía la muerte. Hijo y madre confundían la expresión de su inmensa pesadumbre. Las pisadas que sonaban en el piso alto estremecían a Vicente, y, atendiendo a ellas, creía presenciar la escena que arriba se desarrollaba. Para que la noche fuese más lúgubre, desde media tarde se inició un temporal, que al anochecer adquirió aterradora violencia. La lluvia azotaba los cristales con tremendos latigazos y el viento bramaba en derredor de la casa con variados acentos terroríficos, ya imitando el rugido de animales feroces, ya la voz lastimera del dolor humano.

Pensaba Vicente que si mil años viviera no podría olvidar aquella noche de suprema desolación y pavura, acentuadas por espantables clamores de la Naturaleza. Dadas las doce, Gracia, que era de corta resistencia espiritual y nerviosa, hubo de sucumbir al cansancio, y, en compañía de Lucila, se retiró a su aposento. El padre y Vicente, con el amigo militar y las criadas, hicieron la guardia en derredor de la heroína muerta, cuya bella faz apagada y marchita se hundía entre flores y aromoso follaje. En la turbación de su insomnio, el enamorado caballero veía desaparecer lentamente el perfil de cera, remedando el ocaso de una estrella en el mar.

De madrugada, el quebranto producido por tan hondas emociones venció la energía del pobre Halconero, abismándole en un sopor insano. Servíanle de almohada sus propios brazos, y en tal postura su cerebro enardecido le dió lóbregas visiones poemáticas. Se vió con Fernanda en los espacios cavernosos de un infierno medio dantesco medio pagano... Vestidos iban los dos de luengos ropajes que caían con severas líneas. No hablaban, no sabían hablar; deteníanse ante los grupos de sombras vagantes que por una y otra parte discurrían... Pasaron de improviso a un campo abierto y luminoso. Veían un suelo azul, arbolitos del mismo color, de tronco rígido, follaje recortado, formando algunos copa semiesférica, otros copa cónica, sin proyectar ninguna sombra sobre el suelo. Por entre ellos iban y venían personas que no eran vivas ni tampoco muertas. Vestían túnicas azules que poco más allá tomaban matiz de rosa.

Con el azul y rosado gentío se confundieron Fernanda y Vicente, sin que su presencia fuese advertida de aquellos seres diáfanos ni muertos ni vivos. Allí no se conocía ningún ruido. Fernanda, que iba delante, volvióse hacia su compañero, y en un lenguaje sin voces, idioma de signos emitidos por la mirada, le dijo:

—Aquí no está. ¿Dónde la encontraremos?

Y él dijo:

—No lo sé, lucero. Para mí que nos hemos equivocado de planeta...

Siguieron a éstas otras visiones indeterminadas, que acabaron desvaneciéndose en los nimbos cerebrales. Volvió Vicente a la realidad, y tardó un mediano rato en reconocerla, dudando de lo que veía.

Desde aquel amanecer en que todo lloraba, el cielo y la tierra, los ojos y los corazones, hasta el momento en que vió desaparecer los despojos de su amada en el interior de un nicho, que fué tapado con ladrillos y yeso, el alma de Vicente Halconero estuvo emancipada de la vida corporal y voló libremente por las negras regiones del dolor sin consuelo. Cuando a su casa volvió, su madre, que le esperaba intranquila, le obligó a recogerse y acostarse. El intenso cariño maternal fué medicina y salvación del desdichado joven. La idea del suicidio, que embargaba su espíritu

con clavada fijeza, señalándole el término eficaz de su inmenso padecer, se embotó en el corazón de Lucila. Y la terrible idea no vino, no, exenta de cierto orgullo, porque el propio aborrecimiento de la vida se encariñaba con un morir semejante al del joven Werther, gloria y ejemplo de los amantes desesperados.

V

La cuidadosa ternura de la madre y de toda la familia, el padrastro inclusive, apartaron a Vicente del disparadero; mas esto no fué obra de pocos días. Lucila no le permitía salir, ni tampoco entregarse desmedidamente a la lectura. A los amigos dió licencia para que le acompañaran algunos ratos, y en lo restante del tiempo ella se cuidaba de entretenerle y sosegarle como Dios le daba a entender. Por su madre supo el dolorido que a los dos días de la defunción llegó Demetria, hermana de Gracia, con su hija mayor. No habían venido antes por ignorar la gravedad y peligro del caso. Lo primero que determinaron las dos hermanas, después de desahogar con lágrimas su pena, fué abandonar la triste casa de Carabanchel, y así lo hicieron aquel mismo día, instalándose en Madrid.

—Demetria es muy simpática—dijo Lucila—, inteligentísima y más dispuesta que su hermana. En cuanto tú te serenes, hijo mío, iremos a visitarlas.

Deseos tenía Vicente de abrazar a don Santiago y de saludar a la noble familia, que tuvo por suya, y a la cual se sentía ligado para siempre por fibra de amor y respeto; pero su primera salida fué para visitar y contemplar con melancolía extática el nicho de San Justo en que apagado yacía el *Lucero de la tarde*. La madre le acompañó en este religioso acto: ambos lloraron y mudamente anegaban su pensamiento en las tristes memorias, doliéndose del corte brusco que Dios suele dar a las dichas humanas y a las glorias apenas nacidas. Como el caballero se lamentara de la ruindad del nicho, señalado tan sólo con un tosco número y la inscripción del nombre, la celtíbera, lacrimosa, le dijo:

—Hijo del alma, ya sabes que es provisional, y que cuando pase el tiempo que marca la ley será trasladado el cuerpo al magnífico panteón de la familia en Laguardia.

—Es verdad..., ya no me acordaba —replicó Halconero—. Aquí y allá todo es provisional en relación con lo eterno... Y por espirituales que seamos, no podemos acostumbrarnos a ver en esto algo más que polvo y despojos míseros. Esclavos somos de la rutina y admiramos la piedra o el yeso que tapan un hueco vacío de toda vida...

Puso fin la madre a estas vagas razones, dictadas del no extinguido dolor, y se le llevó fuera del camposanto... Por aquellos días propuso Lucila que debían trasladarse a Madrid, y así se acordó, en principio, por todos. Intentó Vicente detener algunos días la mudanza, sintiéndose amarrado a los lugares fúnebres por fortísimos hilos de su propia pena. Temía el olvido; aborrecía la distancia. Olvido y distancia eran un agravio a su inalterable consecuencia de amor; eran como una amenaza de infidelidad y traición.

Algunos días consiguió su padrastro, don Angel Cordero, llevarle a Madrid y sacudirle el ánimo, tratando de despertar en él las aficiones políticas, ya que hacerlo no podía con las políticoeconómicas. Pero quien positivamente vigorizó el desmayado espíritu de Halconero fué su amigo Enrique Bravo, joven apasionado y verboso, sentimental en el terreno de la lozana doctrina federalista, como el otro lo era en el moral y literario. Las ideas predicadas por el gran filósofo constituyente Pi y Margall habían conquistado el pensamiento y el corazón de Halconero, quedándose allí, en forma teórica, para un lejano porvenir. En cambio, Enrique Bravo las consideraba de fácil aplicación a la vida real, antes de aquilatarlas en su mente fogosa y de escasa altura. Divagando por Madrid, de café en club y de logia en taberna, a los dos amigos se agregaron otros, entre los cuales hallábase Vicente un tanto dislocado, pues todos eran la acción irreflexiva, y él, la teoría reservada y meticulosa.

Politiqueando de calle en calle, Bravo propuso a Vicente que tomase un puesto en la Milicia Nacional, salvaguardia de la libertad y escudo contra los buscones de rey y faranduleros de

la reacción. A esto contestó el amigo que se consideraba incapacitado para mandar una compañía en los batallones patrióticos, porque su cojera, aunque leve y bien disimulada, era incompatible con la desenvoltura y arrogancia militar.

—¿Qué vale tu cojera, que apenas se conoce—dijo Enrique, risueño—, comparada con la del bravo capitán del batallón de la Inclusa, Romualdo Cantera, que lleva una pata de palo y marca el paso como nadie, y es el oficial más gallardo y más apuesto frente a su tropa?... En cuanto a uniforme, si el mío no te gusta, ahí tienes el del batallón de Antón Martín, con chambergo y botas, que por tu figura esbelta te caerá muy bien.

No se dió por convencido Vicente; pero sí asistió a las reuniones privadas de la oficialidad en la Casa Municipal de la Plaza Mayor o en las diferentes tiendas, clubs y mentideros a que habitualmente concurría.

En estas visitas, que, a veces, eran sabrosas cuchipandas, reanudó Vicente su amistad con un popular sujeto, sugestionador de multitudes, llamado por todo el mundo con familiar llaneza el *Carbonerín*. Era de mediana edad, de mediana estatura; sólo tenía grande viveza del ingenio y la prontitud en las resoluciones. Informaba su carácter la guapeza jactanciosa. En los actos políticos, así como en todo incidente de la vida privada, ponía singular empeño en demostrar que era hombre capaz de *jugarse la cabeza* por un sí como por un no. Vestía bien y cuidaba de llevar en público su ropa limpia del polvo de la carbonería. Tenía caballo, del tipo andaluz acarnerado, de ancho y prominente pecho. En él montaba, llevándolo a paso rítmico de procesión ecuestre, como si el bruto fuese estatua marchando sobre su propio pedestal. En su trato mostrábase leal, violento, de una susceptibilidad bravía, por lo cual era tan temido como amado. Casado y con familia, tenía la mujer en Asturias, quedándose de este modo en holgada franquicia para sus mariposeos amorosos.

Con este tipo revolucionario simpatizaba grandemente Halconero, no porque se le pareciese, sino por todo lo contrario. Radicalmente se diferenciaban en alma y cuerpo, en modales y costumbres. El hijo de Lucila era rico en cultura, pobrísimo de acción; Felipe Fernández, el *Carbonerín*, tenía todo su ser polarizado en la voluntad, sin que le quedara espacio para el estudio... Con este amigo y con Enrique Bravo, solía pasar Vicente algunos ratos en el club federal de la calle de la Hiedra, local destartalado, sombrío y sucio, donde tarde y noche se congregaba un pueblo bullicioso, entusiasta de ideales antes adorados que comprendidos. En aquel antro se respiraba, con los densos olores, el malestar social, ineducación agravada por la clásica pobreza hispana. Las conversaciones duras, entreveradas con discursos de tono agresivo y rugiente, versaban sobre estos temas invariables: dar disgustos al Gobierno: oponerse a las elecciones de rey, pues ni reyes ni curas nos hacían maldita falta; tener, en fin, bien dispuestos los fusiles y los corazones para defender la Libertad, el federalismo y los derechos del pueblo.

A pesar del candoroso fervor revolucionario, no exento de grosería, imperante en el cotarro de la calle de la Hiedra, Halconero pasaba buenos ratos en él, y allí se sentía más a gusto que en el Casino federal de la calle Mayor, Casa de Cordero, donde los primates departían y peroraban con discreta elocuencia y verbalismo parlamentario. Faltaban por aquellos días los *elementos* (ya era costumbre llamar así a los grupos de cada matiz) más levantiscos y más desmandados de palabra. Suñer y Capdevila, Joarizti, Guillén, Paúl y Angulo, Estébanez, Carrafa, Bertoméu, Santamaría y otros, que habían salido en el otoño del 69 a levantar en armas el partido federal. Vencida por Prim la formidable insurrección, los propulsores de ella andaban desperdigados por esos mundos; los unos, presos, como Estébanez, que purgaba su ardiente radicalismo en cárceles de Salamanca; los otros, refugiados en Francia, como Antonio Orense y el angelical ateo Suñer; dispersos los restantes en Gibraltar, Madera, Londres o Lisboa.

Pero a medida que avanzaba el 70, los de acá se animaban, recobrando el calor perdido y acibarando la vida del Gobierno con motines escandalosos. *In diebus illis*. Halconero pasó revista a todos los clubs y casinos políticos de

Madrid, sin descuidar el llamado del Congreso, calle del Lobo, donde Enrique Bravo llevaba la voz cantante. Luego fué arrastrado a la visita de logias, en las que no se entraba sin cierto respeto por la tradición del misterio y de la pintoresca liturgia, que allí se gastaba. Cierto que las formas rituales habían decaído enormemente y que las iba sustituyendo el positivismo cooperativo; pero aún quedaba solemnidad y persistían los arrumacos y simbólicas garatusas. Visitó Halconero La Rosa Cruz, la Mantuana y tres más. Unas estaban instaladas en sótanos; otras, en desvanes. Nada sacó en limpio de aquellas secretas asambleas el ilustrado joven, como no fuera el tenerlas por decaídas y amenazadas de muerte. Cuando todo podía decirse y concertarse en lugares públicos y aun al aire libre, para nada servía el tapujo en reuniones nocturnas y soterradas.

Nadie superaba al joven Halconero en lo radical de las ideas; pero como se hallaba vigilado estrechamente por la madre, que no le dejaba descoserse de sus faldas protectoras, resultaba un revolucionario teórico y faldero, incapaz para todo lo que no fuese observar los hechos y anotarlos en su mente. En cuanto Lucila se enteró, por él mismo, de que se había dejado llevar a escondrijos masónicos, le reprendió con el templado enojo que emplear solía en la corrección de su amado hijo... Más severo que la madre fué el padrastro, don Angel Cordero, que apareció en el cuarto de Vicente con las manos en los bolsillos de su batín de moda, luciendo el pie, pequeño, calzado con zapatilla de terciopelo rojo bordado de gualda, y en la cabeza, gorrete con borlón de seda, que de un lado pomposamente le caía.

—Tiene razón tu madre—dijo mediando en la conversación con sólido argumento—. Guárdate de alternar con masones y de oficiar con ellos en sus pantomimas extravagantes. Tu madre te ha señalado el peligro..., pero yo voy más allá, yo te digo: Vicente, si peligroso es el trato con los que llamándose *maestros sublimes perfectos* no son más que unos grandes tunos, peor es el roce con esos que se apodan *internacionalistas*..., ya los conocerás..., unos pajarracos extranjeros que andan por Madrid corrompiendo a nuestras honradas clases populares. Todos los crímenes políticos que hemos visto, obra fueron de la masonería. Los crímenes de mañana..., que vendrán, ¡ay!, si Dios no lo remedia..., deberemos atribuirlos a esa Internacional tenebrosa, que es la masonería de abajo. Yo veo en esa locura europea un aborto de la diabólica doctrina comunista... Pretende, nada menos, que poner patas arriba a la sociedad...; las patas arriba y las cabezas abajo: ya ves qué absurdo..., hacer tabla rasa de las instituciones fundamentales, destruir la propiedad, la familia misma...

Algo más dijo el buen señor, pertinente a las lecturas que debía preferir el estudioso joven.

—Para que aprendas a odiar esa herejía social y política llamada comunismo, menos literatura, Vicente, menos dramas y poemas, y más ciencia económica y administrativa... Dice Pelletan: «El mundo marcha.» Pero ¿hacia dónde marcha, Vicente? Hacia la buena administración...,-y no le des vueltas..., hacia el *debe* y el *haber* o la estricta cuenta del *toma* y *daca*.

VI

Sin menospreciar el respeto que a su buen padrastro debía, Vicente se cuidaba poco de seguir su criterio para la elección de libros. Reanudó sus visitas al cuchitril aduana del amigo Durán, y anhelando nutrir su pensamiento con doctrinas fundamentales, recibió de manos del mercader importador las obras de Ahrens y de Spencer. Cargó luego con lo último de Proudhon y con *La democracia en América*, de Tocqueville, libro que volvía locos a todos los políticos de aquel tiempo. En la librería, corriendo los últimos días de febrero del 70, hizo conocimiento con Manuel de la Revilla y amistad con Eusebio Blasco.

Vinieron días apacibles, que Halconero aprovechó para su peregrinación al santo nicho de San Justo que guardaba el *Lucero de la tarde*. Acompañábale Enrique Bravo en esta devoción de amor viudo, y del cementerio se corrían a Carabanchel, entreverando en sus pláticas de paseantes el federalismo con la literatura y las ideas permanentes con

la transitoria y voluble actualidad. Hablaban de las dificultades que se acumularon en el camino de Prim por las cuestiones económicas y el proyectado empréstito con el Banco de París. Los haces de la mayoría se desataban. Unionistas, demócratas y progresistas saldrían pitando, cada cual por su lado, y adiós Gobierno, adiós Prim y adiós restauración monárquica... Entre col y col sacaban a relucir la lechuga del Concilio Ecuménico, que a la sazón estaba reunido en Roma para darnos el nuevo dogma de la infalibilidad del Pontífice. De esto, por caprichosos brincos del pensamiento, pasaba Enrique a referir que se había divertido locamente en el último baile de Capellanes o en el teatro-café de Calderón.

Aunque la familia de Vicente se había reinstalado ya en su casa de la calle de Segovia, Lucila pasaba semanas enteras en Carabanchel, solicitada de su tenaz afición a la vida de granja. Por hacerle compañía, dejaba la residencia de la Villa del Prado su padre, Jerónimo Ansúrez, ya cargado de años, pero fuerte y en la plenitud de su saber campesino. Era la época de echar las gallinas, arreglándoles los nidales y las huevadas con maternal solicitud, asistiendo después al romper de los cascarones y al cebo y crianza de los graciosos pollitos. Lo que gozaba Lucila en este interesante período de la vida gallinesca no es para dicho. En tanto que ella se embelesaba en su papel de comadrona de pollos y patitos, Jerónimo podaba las tres o cuatro vides de latada, disponía la preparación de los terrenos para la siembra de patatas, algarrobas y yeros, para el plantío de los calabacines, pepinos y zanahorias, y a toda hora se mostraba labrador peritísimo y archivo de refranes agrícolas. «No ha de llover en marzo más de cuanto se moje el rabo del gato», decía, tranquilizando a su nieto, que anhelaba el buen tiempo para sus campestres paseos.

Cuando Vicente se quedaba de noche en la casa de Carabanchel, solía retener a Enrique Bravo en su compañía, y por la mañana salían juntos para volverse a Madrid o peregrinar con rumbo a lo que fué Portazgo de Alcorcón, corriéndose luego hacia el campo de tiro y demás establecimientos militares. Una mañana, apenas salieron al camino real, vieron venir, como de Carabanchel Alto, tres figuras de mujer vestidas de negro, formadas en línea y andando a compás, guardando una distancia discreta entre sí. La que iba en medio era más alta que las otras dos; éstas, desiguales en su mediana talla.

—Ya tenemos aquí a las tres estantiguas, que no descansan, que no se rinden, ni hay un rayo que las parta —dijo Bravo hallándose aún a distancia de las visiones—. ¿De dónde vendrán ahora estas beatas andariegas? Vendrán de Leganés, de visitar al inspirado historiador *Confusio,* que en aquel manicomio sigue escribiendo la Historia de España..., por el reverso, o, como dice él, «por la verdad de la mentira».

A pesar de estas burlas, detúvose Bravo ante las tres mujeres y saludó a una de las pequeñas en tono de familiar conocimiento.

—Doña Rafaela, ¿tan de mañana por estos arrabales? ¿Han dormido aquí o han venido en el coche de Tiburcio?...

La respuesta fué breve y denotaba pocas ganas de conversación. Durante el rápido coloquio y saludo, Halconero permaneció apartado, mirando con recelo cauteloso a la más alta de las tres, que, por más señas, era de rostro huesudo y desapacible. Siguieron las negras mujeres su camino a paso vivo y casi marcial, hollando la polvorosa carretera con pie calzado de zapato blando y holgón, como de santas peregrinas, y los dos amigos, viéndolas entrar en la casa de la viuda de Oliván, hicieron despiadada carnicería de ellas y de sus infecundos menesteres de falsa piedad.

La cháchara de los jóvenes facilita la obra del narrador.

—¿Qué nombre les has dado?—decía Enrique—. ¿Son las *Euménides* o las *Parcas?*

Y Vicente respondió:

—La noche en que murió mi Fernanda, cuando salí disparado a buscar al médico, las vi por primera vez en este mismo sitio. ¡Oh! Después las he visto en ocasión también memorable, y esa de aventajada talla y de cara tan dura que parece de bronce, me causa miedo..., me da escalofrío...

Insistió Bravo en que eran las *Parcas,* y Vicente, más fuerte que su amigo en mitología, las declaró reproducción de

la *Triple Hécate*, divinidad infernal que en tres figuras representa la Venganza, el Encantamiento y la Expiación.

A este añade el narrador que la más talluda y desagradable era Domiciana Paredes, hija de un cerero de la calle de Toledo, más que cincuentona, de historia compleja y un sí es no es dramática. Abrazó el monjío en el culminante período del valimiento de sor Patrocinio, y la expulsaron del convento de Jesús por el delito de clavar un alfiler gordo en las nalgas de un señor obispo. Anduvo después en privadas intrigas y enjuagues palaciegos. Vivió en los altos de Palacio hasta que fué destronada doño Isabel, y cuando entraron a mandar los revolucionarios, según ella impíos y masones, dedicóse a la dulce masonería que en reservadas logias laboraba por que volvieran las aves negras a sus desiertos nidos. Terca como una mula, sagaz como raposa y escurridiza como serpiente, llevaba por buen camino sus propósitos, ayudada de sus malas pasiones y de su talento de organización. Conocía mejor que nadie la historia interna de España desde el 46 al 70.

La de menor talla, que solía ir a su derecha, era Rafaela Milagro, ya entrada en años, proyectando en ellos las últimas luces de su decadente belleza graciosa y aniñada. En sus mocedades, aún soltera, cuando le aplicaban el gracioso mote de *Perita en dulce*, tuvo que ver con diferentes sujetos, extremando su fragilidad con Montes de Oca, y antes, o a la par, con un caballero militar, que, al cabo de los años, resurge en esta historia. Casó luego Rafaelita con un señor acomodado, que apodaban *don Frenético;* enviudó el 67, y apenas hubo endilgado las severas tocas que le aseguraban la prescripción de un pasado frívolo, se consagró a pasar revista nocturna y matinal a todas las iglesias de Madrid. En la sacristía de San Justo hizo amistad con Domiciana, que le confirió el cargo de su lugarteniente o *vicaria general.*

La tercera, la que se distinguía por su talla media entre Domiciana y Rafaela, se llamaba Donata y había vivido desde su tierna infancia entre curas y capellanes, más o menos castrenses. El imponderable historiador *Confusio* la raptó, con audacia y escándalo, del gineceo del arcipreste de Ulldecona, descendiente del de Hita. Pasó luego del servicio de Juanito Santiuste al de opulentos y refinados canónigos. Blando y encendido era el corazón de Donata, como de pura pasta de amor; pero no podía torcer el imán de su destino, que la encaminaba inflexiblemente a la íntima familiaridad con personas eclesiásticas. A éstas consagraba toda la solicitud y ternura de su alma fogosa. Era la más joven de las tres, y en su faz de Dolorosa, pálida y lacrimante, persistía la belleza de imagen vieja, de luciente barniz, que reflejaba la llama de los cirios. Entre sus cualidades descollaba el saber litúrgico, pues en la dilatada convivencia con gente de iglesia su feliz memoria llegó a encasillar en las fechas del calendario los nombres de todos los santos del cielo; conocía las festividades y ceremonias, sin que se le escapara el menor detalle; sabía Derecho canónico y merecía pertenecer a la Sagrada Congregación de Ritos.

Colaboradora y amiga de tanto precio encontró Domiciana en la vivienda de un ilustre sacerdote, que había sido capellán de honor y predicador de su majestad, y, llevándola consigo en sus peregrinaciones, quedó constituída la *tríada* de mal agüero que a Bravo causaba risa y miedo a Vicente. El continuo trajín de las reverendas fantasmonas se explica por un fenómeno social propio de aquellos días turbulentos: la revolución de septiembre había llevado su espíritu reformador a la esfera y a las costumbres que parecían más rebeldes a toda mudanza. La discreción privada y pública recibió un golpe de muerte; las ideas más conservadoras buscaban el aura popular, y la falsa piedad, que antes vegetó en recintos oscuros, se hizo callejera. Obedeciendo al prurito social de libertad, gimnasia y ventilación, la sagaz Domiciana iba prendiendo de casa en casa el hilo de sus intrigas. Creíase destinada por Dios a recoger la grey dispersa y a establecer contacto y acuerdo entre los españoles crédulos que del nuevo Recaredo Carlos VII esperaban la salvación.

Con estos y otros artilugios, la *tríada* iba calentando el horno de la fe, lo que no era difícil aun en tiempos tan impíos. Organizaba pomposas funciones de desagravios, solemnísimos triduos y novenas, recaudando de casa en casa go-

tas de cera para un grande cirio pascual. Pedían asimismo para socorrer a emigrados católicos que ojalateaban en Bayona o en Perpignan, y últimamente acudían al bolso de las personas ricas para obsequiar con esplendidez pontificia al Santo Padre en celebración de su dogmática infalibilidad.

No era todo venturas en los tientos que las andariegas daban a la caridad o a la vanidad de las familias madrileñas, y si de algunas casas salían bien satisfechas, con carne entre las uñas, en otras, las menos, o eran recibidas agriamente o tenían que retirarse a prisa con las manos en la cabeza. Uno de los más feos desaires lo recibió la *Triple Hécate* en casa de Lucila (calle de Segovia).

Con cierto temor, mezclado de confusión, así lo contaba Vicente:

—Iban sin duda equivocadas, desconociendo quién vivía en nuestra casa... Entraron las tres. Salió mi madre al recibimiento antes que pasaran a la sala. La Domiciana, grandullona y altiva, se turbó al ver a mi madre... Mi madre la miró como dudando si era o no persona conocida. La feróstica quiso recobrarse de su asombro; le costó trabajo echar una sonrisa y estas palabras: «Lucila, ¿ya no me conoces?» Mi madre, sin esperar más razones, puso la cara trágica... Cuando mi madre se pone la careta de Melpómene... se acabó.... trapatiesta segura... Pues me cogió del brazo, y con fiereza me dijo: «Vicente, echa de casa a esas mujeres.» Yo me adelanté... Oída por ellas la intimación, la Domiciana soltó una risilla desdeñosa y se dirigió a la puerta, rezongando así: «Pues no es poco tonta tu mamá. Abur... Que se alivie...» Cogieron la escalera más que de prisa... Pues en todo aquel día no se quitó mi madre la cara trágica. A las interrogaciones que le hicimos mis hermanos y yo respondía vagamente... ¿Tú qué piensas de esto?

—Yo no sé más—replicó Bravo—, sino que esa Domiciana es un demonio que no se espanta de las cruces..., como que las lleva siempre consigo... Es mala de veras... Quizá tenga tu madre, en sus cuentas atrasadas, alguna partida serrana de esa estantigua... Si tu madre no te lo ha dicho, guárdate de preguntárselo.

No se habló más del asunto. Tres días después, hallándose una tarde en Madrid y en lo alto de la calle de Fuencarral, acompañados del *Carbonerín* y de Emigdio Santamaría, vieron pasar a la *tríada*. Bromearon los cuatro amigos acerca del apodo que debían aplicar a las damas callejeras, y discutiendo si las llamarían las *Parcas* o las *Euménides, Carbonerín* se decidió por este mote y lo corrompió al instante con su lengua inculta y graciosa. Quedaron bautizadas con el nombre de las *Ecuménicas*.

VII

Las negras damas pedigüeñas habían salido del Hospicio. Tras ellas anduvieron un rato los cuatro federales. *Carbonerín* propuso que si ellas se corrían más allá de la era del Mico, debían seguirlas y apedrearlas. Pero las postulantes se metieron en un palacete que hacía esquina a la calle del Divino Pastor, con jardín cerrado por elegante verja curva.

—Esta es la casa de Fermín Lasala —dijo Santamaría—, y aquí vive Montpensier, el pobre duque derrotado en las elecciones de Oviedo. Pretende la Corona y no ha podido alcanzar el acta de diputado.

Viendo entrar a las pécoras, todos a una dieron por seguro que iban a pedir dinero a Montpensier para ayuda de sus embelecos mojigatos. A este propósito contó Halconero lo que días antes había oído de boca de uno de los dependientes del librero Durán. De vez en vez entraba el duque en la tendilla de la Carrera de San Jerónimo a comprar alguna obra de historia contemporánea o de estudios graves de economía política. Le mostraban lo mejor que había, y su primera palabra, hojeando los volúmenes, era *Combien?*... De la repetición de esta muletilla vino el que le pusieran el nombre de *monsieur Combien*. Comprara o no, siempre iba por delante la pregunta del precio.

—Pues a este *monsieur Combien*—dijo Santamaría—me parece que le van a poner las peras a cuarto muy pronto.

—¿Quién, cómo, cuándo?

A estas preguntas no quiso Santamaría responder concretamente. Dijo que

tenía que ver al infante don Enrique, y que si los amigos pensaban seguir paseando hacia Chamberí, no les acompañaría. Los otros declararon que eran vagos políticos, que ni como milicianos ni como patriotas libres tenían nada que hacer en aquella ocasión. Lo mismo divagaban por el Norte que por el Sur. Barruntando que Santamaría pudiera contarles algo nuevo, de picante actualidad, determinaron ir con él hasta dejarle en la Costanilla de los Angeles y en la puerta misma de la morada del único Borbón residente en España.

Parecía el buen don Emigdio poco seguro de sí mismo, preocupado, vacilante, dudoso. Bajando por la calle Ancha, a ratos se adelantaba como si tuviera prisa, a ratos quedaba retrasado sin hacer caso de sus amigos... Uno de éstos propuso ir a pasar el rato al cafetín de la plaza de Santo Domingo, llamado de Lepanto, donde tenía su asiento una tertulia federal de las más ardorosas. Allá se fueron, y al llegar a la puerta del café se despidió Emigdio Santamaría de sus compañeros diciendo secamente:

—Vuelvo.

Los amigos entraron, dirigiéndose a las mesas de la izquierda. En ellas rebullían grupos de gente ociosa, zumbante, fumante, embriagada por el espíritu y el vaho de ideales risueños. El local era de los más típicos: columnas prismáticas de madera sostenían el ahumado techo; el mostrador, el cafetero, los mozos, el echador, las mesas, el gato, el servicio, la jorobadita vendedora de cerillas y periódicos, reproducían con indudable propiedad arqueológica los gloriosos recintos de La Fontana de Oro y Lorencini.

En las mesas donde se apiñaban los bulliciosos federales, envueltos en irrespirable ambiente de tabaco y disputas, no se hablaba sólo de política. Un capitán del batallón de Maravillas y un chico del de Palacio, ambos cubiertos con la gorra colorada, embobaban a sus compañeros refiriendo sus triunfos amorosos. El de Maravillas tenía por teatro de sus conquistas La Novedad (bailes de Capellanes), y otro saltó diciendo que para mujerío *hasta* allí y conquistas rápidas no había nada como La Azucena Madrileña, Carrera de San Francisco... En la caterva hirviente del cafetucho había también hombres estudiosos y jóvenes formales que alternaban con los demás por la común exaltación federalista. Halconero se arrimó a un tal Segismundo García Fajardo, hombre muy listo, de fácil palabra, sobrino del marqués de Beramendi. Había comenzado su vida política alistándose en la Unión Liberal; al estallar la revolución del 68 se pasó a los demócratas de Rivero; poco después, por no sabemos qué piques o despechos, dió un salto tan grande, que fué a caer junto a don Carlos; del carlismo se vino a la República y, seducido por las doctrinas de Pi, abrazó el federalismo con fervor delirante. Respetando sus inconsecuencias, Halconero le admiraba por la agilidad de su ingenio y por su verbo rico, seductor.

En la mesa próxima, un federal vetusto, de abolengo progresista, lobo de barricadas curtido por los huracanes revolucionarios, hablaba del ciudadano Emigdio Santamaría, que minutos antes se separó de sus amigos en la puerta del café. No fué benévolo el tal en los comentarios que hizo del ausente y de su conducta en la vencida insurrección federal. En octubre del año anterior salió de Madrid para Levante. Iban en el mismo tren Froilán Carvajal, Rodríguez Solís, Bertoméu, Palloc y otros. Con Antoñete Gálvez se corrió hacia Orihuela y Murcia, dejando en Alicante a sus compañeros. Estos sublevaron muchos pueblos de la provincia; se batieron con los *panaorgos*, que así llamaban a los monárquicos por allá; fueron vencidos... La tropa les dió caza, les abrasó... Al pobrecito Froilán nos le fusilaron..., los demás se escondieron, volaron. En el extranjero esperaban un indulto... Pues Santamaría, después de andar en el fregado de Murcia, sin hacer cosa de provecho, se vino acá tranquilamente y le dijo a Prim: «Don Juan, yo no he sido... Don Juan, yo no estuve en Murcia; yo soy hombre de orden..., yo no he tenido arte ni parte en esas locuras...» Y con su poco de coartada y otro poco de *sanjasón*, ahí le tenéis, tan campante.

Empezaban el *Carbonerín* y Bravo a defender a Santamaría, ponderando su valor, su honradez republicana, cuando entró el aludido tomando asiento en medio de la pandilla. Saltó la conversación a un punto interesante sugerido

por la presencia del amigo que acababa de llegar.

—Oiga, ciudadano don Emigdio—gritó un sujeto de bronca voz, echándola desde el extremo de la mesa más distante, como un proyectil parabólico—, aunque usted guarda una reserva, como aquel que dice, diplomática, ¡ajo!..., no se nos oculta que podrá confirmar lo que por ahí corre tocante a los planes, ¡ajo!, del infante don Roque, digo, don Enrique.

—No sé nada...: todo lo que se dice es música, amigo Tablares—replicó Santamaría apartando de la boca del vaso el platillo con los terrones de azúcar para que el echador le sirviera—. El infante es un caballero, es un liberal de toda la vida; pero su nombre y posición excepcional le prohiben adoptar actitudes demasiado activas...

—Se ha dicho, y yo lo creo—indicó el *Carbonerín*—, que don Enrique Borbón, sin *de*, ¡fuera ringorrangos!, abraza el federalismo con todas sus consecuencias, y está preparando el manifiesto que ha de dar a la nación.

—No crean eso... El infante es liberal, muy liberal, y muy caballero; pero debe apartar su nombre y jerarquía de las luchas candentes—dijo Emigdio, quemándose los labios con los primeros sorbos del café, tan caliente como la opinión.

Pausa breve, con maleantes murmullos de incredulidad... Era Santamaría un perfecto modelo del tipo arábigo levantino. Si vistiera chilaba o albornoz, podría creerse que acababa de llegar de la Meca. Nació en Elche, oasis que los genios islamitas transportaron de las faldas del Atlas. Le destetaron con dátiles y, desde su más tierna infancia, aprendió el Corán de la Libertad, que luego fué ardiente federalismo. Su color moreno aceitunado, su barba negra partida, sus labios gruesos, de un rojo ahumado, hacían creer a la gente que el simpático profeta se paseaba por estos mundos vestido de español del siglo XIX.

Rompió el silencio Segismundo García con una observación que denotaba su sentido político y su conocimiento de la historia contemporánea.

—Me escamo mucho, señores—decía cautivando con sus primeras palabras la atención del auditorio—; me ponen en ascuas estos príncipes de sangre real que se enamoran locamente de la República. ¿No os dice nada el ejemplo de Luis Napoleón? Ese hombre, ladino y falso, se declaró partidario ardiente de la forma de gobierno que más odian los reyes y los tiranos. Coqueteó con ella, le hizo la rueda hasta calzarse la Presidencia, y apenas apagado el eco de sus juramentos empezó a conspirar contra la institución sacrosanta..., y ya sabéis lo demás... Con un plebiscito amañado se burló de Francia y de los franceses, y le puso la albarda del Imperio... Amigos, ojo a los príncipes que se prendan de nuestra República y la encuentran preciosa, monísima...

Una voz de bronce, al otro extremo de la pandilla, gritó:

—No queremos Borbones en casa..., no queremos República con *pachulí*..., no, no... Fuera demócratas de sangre real, aunque nos digan que vienen con buen fin... Besugo, te veo el ojo claro... Andese con tiento el titulado infante y no juegue con nuestra federal, que es doncella pulida y no admite chicoleos ni tentarujas. Borbón, a tus zapatos; zapatero, a tu monarquía... Haz las paces con tu cuñada la Isabelona y no enredes aquí, pues ni con *plebecito* ni sin *plebecito* te tragaremos... He dicho.

Protestó Santamaría buscando apoyo en la mirada de Halconero y de Segismundo, los más ilustraditos de la reunión, limitándose a repetir que don Enrique no quería más que la felicidad de España; que era un espejo de caballeros, hombre puro, limpio de ambición, con otros discretos razonamientos... A pesar de la réplica del buen Emigdio, siguieron los demás picoteando en aquel tema, hasta que les llevó a otros más risueños el voluble giro de la conversación.

El que menos hablaba era Vicente, que se sentía descentrado en aquella sociedad. Ni sabía cómo alternar en las ardorosas disputas, ni hallaba modo de cortar y despedirse airosamente. La superioridad de su entendimiento, su timidez y delicadeza le tuvieron un buen rato abstraído y como ausente, en espíritu, del bullicioso cotarro. Soltando las alas a su imaginación, volaba muy lejos, y a sus oídos, físicamente ligados al torbellino del café, llegaban cláusulas dispersas. Oyó que un miliciano de

colorada gorra leía trozos de un folleto muy celebrado en aquellos días. *Los neos en calzoncillos,* de Funes y Lustonó. Las carcajadas que coreaban la lectura interrumpían el libre pensamiento del joven soñador. Oyó también que hablaban de *La Carmañola,* comedia estrenada en Lope de Rueda noches antes, con estrepitosa ira del público; a su cerebro llegó alguna palabra referente a las bravatas de los carlistas, a las disensiones que por apreturas económicas estallaron en la familia real proscrita...

Nada de esto podía interesarle, ni lo que después dijeron de teatros y diversiones. Como se había echado encima la tediosa Cuaresma, los bailes de Piñata cerraron el ciclo coreográfico, y de amenos galanteos y conquistillas; pero, en cambio, tuvo el vago público en Lope de Rueda un drama *sacrobíblico, tradicional, Los siete dolores de María,* dividido en *pasos,* cada uno con decoración espléndida, lujoso vestuario y guardarropía... Había coros, comparsas; salían judíos y cristianos, los doce Apóstoles, las tres Marías y, en la final apoteosis, angelitos de ambos sexos y lindas muchachas que cantaban aleluyas... *¡Gloria in excelsis Deo, y viva la República federal!*

VIII

Pasado un lapso de tiempo inapreciable (como toda fracción de tiempo perdido), y disuelta la tertulia, Halconero bajaba por la Costanilla de los Angeles, llevando a su lado a Segismundo García Fajardo; delante iban Bravo y Santamaría, el cual, después de secretearse un instante con su amigo, entró en la casa del infante. Siguieron los tres por la calle del Arenal. Enrique encontró a su amigo Felipe Ducazcal y se fué con él; Segismundo se metió en San Ginés, donde según dijo, ojeaba una conquista...; ya le contaría...; caza mayor..., una hermosa res de las que corren a la querencia del coto eclesiástico, y en él había que perseguirla y cobrarla.

Despidiéronse a la entrada del patio, y Vicente se alegró de encontrarse solo. Cabizbajo marchó a su casa, condoliéndose de que en su alma no encontraba calor nada de lo que en derredor suyo veía. La política callejera le hastiaba cada día más. Amaba al pueblo; pero no había sabido ponerse a tono con él, ni logró tampoco armonizar con las pasiones populares la ciencia extraída de los libros. El clamoreo de los clubs, la gárrula y ociosa charla de cafés y cafetines, que un día le divirtieron, ya le fatigaban. Veíase metido en el charco de las ranas pidiendo libertad, y la algarabía de aquellos batracios le resultó más molesta y jaquecosa que la de los que pedían un rey, siquiera fuese de palo. Diariamente veía crecer Halconero el vacío que en su existencia dejó la muerte de Fernanda; vacío de sentimiento no más, pues las ideas abundaban y crecían con extrañas ramificaciones.

En su casa no hallaba medio de abrigarse contra el frío espiritual, porque su madre, que era para él el único foco de calor, continuaba en Carabanchel, entretenida con el abuelo en sus trabajitos de avicultura y de jardinería *potajera.* Con sus hermanos pequeños, Manolo y Bonifacia, se entretuvo el resto de la tarde; comió con su padrastro, don Angel, que si bien excelente persona, era un buen bloque de hielo espiritual, y, al fin, se recogió en la soledad plácida y casi religiosa de su aposento, donde le hacían sulce compañía la lectura y la meditación. Muchos días antes de lo que ahora se narra, Vicente había encerrado en una gaveta de su mesa aquel *Diario* en que anotar solía, por entero, impresiones varias y cuenta corriente de sucesos públicos y privados. El rayado libro yacía en el cajón, como Fernanda en su nicho; pero de pronto se le antojó al caballero inhumarlo y, llenando con largas cruces el espacio correspondiente a las fechas en claro, reanudó sus apuntes con casos de pura psicología, rápidas notas del estado de su ánimo. Véase la muestra:

«*4 de marzo.*—Yo me siento aristócrata... ¿Y en qué te fundarías tú, Vicente Halconero y Ansúrez, para justificar ese sentimiento? En ninguna ley de sangre. Ni por línea paterna ni por la materna me salen próceres ni caballeros. Mi padre fué labrador, de gloriosa dinastía de destripaterrones.

Por su belleza, puede mi madre suponerse descendiente de los dioses del Olimpo; pero en el árbol de su linaje no aparecen héroes castellanos. Plebeyo soy, según lo que reza mi fe de bautismo. Y, sin embargo, tengo a mi padre por noble.

»Mucho he pensado en esto ayer y hoy... Buscando mis ejecutorias, digo y sostengo que no hay en el mundo ademán más noble que el de mi abuelo, Jerónimo Ansúrez. ¿Quién le iguala en la dicción castiza, quién le aventaja en las actitudes de gran señor? O mi abuelo es un prócer disfrazado de villano o los villanos de antigua capa labradora, del tipo del alcalde de Zalamea, son los verdaderos fundadores de razas nobles. Esto me induce a estampar aquí un disparate, que entrego a mi propio paradojismo para sacar de él una gran verdad: *La aristocracia es la agricultura.*

»*5 de marzo.*—Poetas y dramaturgos me han enseñado el amor al pueblo. Yo amo al pueblo... *en principio.* Pero viéndome en contacto con las multitudes bullangueras y sudorosas me han nacido estos instintos aristocráticos. Son ellos más fuertes que yo y van invadiéndome poco a poco. Me sucede una cosa muy rara: soy más tímido ante el *Carbonerín* que ante cualquier persona de mayor categoría social. Envidio la acción de Felipe y me figuro que también él siente algo de aristocrático rebullicio dentro de sí. No sé por qué me figuro que *Carbonerín* ama al pueblo... en principio. Sin rebozo alguno, y confiado en el secreto de este *Diario,* estampo aquí mi pensamiento: *Ven pronto, Dictadura.*

»*8 de marzo.*—Me agradaría mucho conocer y tratar al infante don Enrique. Veré si Santamaría quiere llevarme a su casa, presentarme... Los individuos de estirpe real y de dinastía destronada, ¿cómo son, qué piensan, qué dicen? Este ilustre señor permanece en España, privado de toda distinción jerárquica; se llama demócrata y, si no lo es, hace cuanto puede por parecerlo. Además, es pobre: ¿qué mayor diploma de democracia que la pobreza? Su familia, que en la proscripción harto hace con atender a sí mismo, le abandona, por no decir que le desprecia. Su hermano, don Francisco, que le pagaba la casa de la Costanilla hogaño, tiene que cuidarse de pagar la propia en París...

»Los resquemores del infante datan de los días, ya lejanos, en que se consumó el enorme desacierto de las bodas reales... Así lo dicen los que conocen el asunto y han sido testigos de la creciente inquietud de este descontentadizo nieto de Carlos IV... Sólo de vista conozco al infante. Se parece a don Francisco de Asís: pero el rostro de don Enrique es más varonil que el de su hermano. La frente y el cabello rizoso les dan semejanza... Lo demás del rostro indica en don Enrique un vivir de fatigas y aun de pasiones, que no advertimos en el mirar inexpresivo y cuajado del esposo de doña Isabel... Una tarde, estando yo en la tienda de Prat, calle del Arenal, vi salir al infante con un paquetito de dulces o pasteles, que debían ser para sus niños. Vestía con decencia un poco estropeada y en uso cuidadoso. Al verle me dije: «*Adiós, sombra de Borbón, errabunda en los círculos del infierno revolucionario...*» Para mí solo escribo estas tonterías. No creo que el infante dé que hablar a la Historia.»

A la siguiente noche, don Angel Cordero, que había cenado fuera de casa con sus amigos Barca y el marqués de Santa Cruz de Aguirre, furibundos *montpensieristas,* entró poseído de grande enojo, que manifestaba con el temblor de manos y pataleo semejante al de los chiquillos contrariados en sus travesuras. No satisfecho con desahogar a solas su rabietina, se lanzó a profanar la soledad de Vicente, que con sus lecturas y su *Diario* se entretenía como un estudiantón tragalibros. Entró, pues, rezongando en la leonera, y con el ademán resuelto y la voz tartajosa le sacó para llevarle a su despacho.

—Ven acá, hijo, para que te enteres de este papelucho..., de esta infamia, por no decir canallada indecente...

La voz del buen señor se volvió lúgubre y remedaba el *escucha y tiembla* que en toda tragedia se oye como anuncio de un terrible relato.

—¿Qué es esto?—dijo Vicente cogiendo de la mano trémula el arrugado papel y pasando por él sus ojos.

—Dudo que la indignación te deje leerlo hasta el fin—indicó don Angel—. Dámelo..., yo te leeré los trozos más desvergonzados para que veas a qué extremo llegan el cinismo y la grosería de ese desgraciado príncipe. Tú dirás, como digo yo, que el que esto ha escrito está más loco que todos los huéspedes de Leganés. Sólo así se concibe que un magnate..., que un individuo de sangre real se produzca..., es lo que digo..., se produzca como suele producirse la plebe de los barrios bajos... Lee..., no..., dame..., yo leeré el inmundo manifiesto que ha echado a las calles el titulado infante... Atiende..., escucha; reprime tu repugnancia: «Cumple a mi honor romper el silencio, etc.» En este párrafo se revuelve contra los que le acusan de hallarse acobardado ante el señor duque o en tratos sumisos con él... Luego..., veras..., se burla de los que piensan que Antonio Primero será coronado por don Juan Prim..., y en el siguiente párrafo estampa estas ignominias: «No hay causa, dificultad, intriga ni violencia que entibien el hondo desprecio que me inspira su persona, sentimiento justísimo que por su truhanería política experimenta todo buen español...»

—Fuertecillo viene el hombre—dijo Vicente más risueño que indignado—. Esas querellas que entre ciudadanos del montón no pasan de Juan y Manuela, entre príncipes adquieren tal resonancia que bien puede meter el cuezo en ellas la trompetera Clío.

—Para mí, lo más indigno es lo que voy a leerte: «Este príncipe, tan taimado como el jesuitismo de sus abuelos, cuya conducta infame tan claramente describe la *Historia de Francia*, habría sido proclamado rey en las aguas de Cádiz si un ilustre compañero de Marina no se negase a manchar su uniforme indisciplinándose por Montpensier...»

—Si lo dice por Topete, miente el bellaco, pues Topete no proclamó a la infanta, porque Prim, ¡ay!, le ganó la acción echando por delante la soberanía nacional y diciendo a Topete (él mismo me lo ha contado). «Luego se verá... Que la nación decida.» Y la nación no ha dicho todavía que sí ni que no... Este papelucho habla del *dinero montpensierista*, dando a entender que habrá diputados que voten al duque mediante *conquibus*... No, mil veces, infante loco: le votarán por convicción y patriotismo.

—No se sulfure, don Angel..., y considere que en este juego de la elección de rey, si no son triunfos las espadas, tal vez lo sean los oros.

Tan desconcertado y nerviosillo estaba el buen Cordero, que sus manos no tenían sosiego. Quitábase el lindo gorro, lo amasaba entre sus dedos hasta dejarlo como una pelota, y después lo desenvolvía para coronar de nuevo con él su prestigiosa calva... El papel difamatorio pasó de las manos de don Angel a las de Vicente, que siguió leyendo: «¡Dicen los mercenarios que Montpensier es un ser perfecto y el iris de paz y el dios de bondad!... Por eso cuanta sangre se ha derramado, y tal vez se derrame antes de su completa desaparición, cae sobre su cabeza de pretendiente... El liberalismo de Montpensier, conducido por la fiebre de hacerse rey, es tan interesado, que se merece la terrible lección que de cuando en cuando impone la justicia de las naciones indignadas.»

—Más adelante verás sus ridículos alardes de patriotismo, Gibraltar le entristece..., los héroes del Dos de Mayo le entusiasman. Mentira, fatuidad... Sigue.

Vicente leyó: «En mil ochocientos ocho, cuando mi padre provocaba el levantamiento del valiente pueblo de Madrid, era la invasión armada contra nuestra patria, y hoy es la invasión hipócrita, jesuítica y sobornadora de los orleanistas contra nuestro país, tan cansado, tan desilusionado y tan ametrallado por los Gobiernos...» Luego daba el manifiesto su nota detonante con la bomba final: «Montpensier representa el nudo de la conspiración orleanista contra el emperador Napoleón Tercero, conspiración en que entraron ciertos españoles de señalada clase. Pero que sepan esos conspiradores de Francia y España que, caída la dinastía imperial, no la heredarán los Orleáns, sino Rochefort, o lo que es lo mismo, la República francesa... Y sepan también que en España el esclarecido Espartero es el hombre de prestigio y el objeto de la veneración nacional, y de ninguna manera el hinchado pastelero francés...»

Así terminaba la rencorosa diatriba del Borbón contra el de Orleáns. Inquieto y medroso, don Angel Cordero concretó sus recelos en esta forma:

—Pienso, querido Vicente, que los propósitos de ese infernal don Enrique no se limitan al escándalo. Lo que has leído es una provocación, un reto para llevar al duque a un lance de los llamados de honor... Se le insulta, se le induce a volver por su dignidad, le obligan a batirse, y ¡pim, pum!, le matan... ¡Qué manera tan sencilla de resolver la cuestión de interinidad! Al rey más calificado, ¿te enteras?, más grato a la opinión, se le quita de en medio con un poco de farándula caballeresca y un mucho de alevosía..., y ¡viva la Pepa!... La Pepa es la republiquilla federal... Pero..., lo que yo digo: podría suceder que les saliera la criada respondona. ¿Has oído tú que el don Enrique es un gran tirador?

—Nunca oí tal cosa—replicó Vicente—; pero bien podría ser verdad, que el juego de las armas fué siempre arte de príncipes... ¿Cree usted, don Angel, que esta querella entre el Orleáns y el Borbón acabará en desafío?

—No, hijo, no. Sería lamentable, pues por mucho que igualen los odios. Montpensier, llamado a ser nuestro soberano, no debe rebajarse...

Y, midiendo la estancia con paso de tendero meditabundo, remató su pensamiento con estas sesudas razones:

—Don Antonio debe apuntar a su enemigo con el arma del desprecio... Buen tirador de desdenes es el duque, que el año pasado, cuando don Enrique le insultó llamándole *naranjero* y volcando sobre él todo el diccionario de las verduleras, no tuvo más respuesta que un silencio verdaderamente augusto. Hoy, sin embargo, podría suceder que fueran las cosas por otro camino... En confianza, te diré que ayer y hoy han menudeado ciertas embajadas entre el caserón de la Costanilla y el palacio de Fermín Lasala... Iban y venían mensajeros de honor..., ¡qué guasa!..., ese moro barbudo..., ¿cómo se llama?, ¿Emilio, Remigio...?

—Emigdio Santamaría.

—Y el otro barbudo sevillano, médico y federal, Federico Rubio... De otra parte, los generales Córdoba y Alaminos... No sé, no sé lo que traman... No he podido enterarme bien; pero se me antoja que la caballería andante ha tomado cartas en el asunto... Para mí que el don Enrique, cantará el *yo pecador* con tal que le socorran de garbanzos y panecillos... Es triste cosa para los que creemos en la dignidad de las Casas reales... Pero a nadie más que a sí mismo debe culpar el infante de haber venido tan a menos. El es su propio enemigo; él se ha hundido, se ha encenagado en sus propios desaciertos y locuras... Yo digo que quien busca el escándalo, en él perece... Es tarde, Vicente; acostémonos... Y para concluir: nuestra vivienda está tristísima sin tu madre..., diré más, está muy fría. Tu madre es el calor. Harás un bien a toda la familia si te vas a Carabanchel y la convences de que es hora de venir a darnos su abrigo. Y no hablo yo precisamente del calor físico, sino del calor doméstico... No ha de ser todo el cariño para los polluelos... Que venga, que venga y medraremos todos... Nuestro nido está helado... Cada cual, según su estado propio, echa de menos las plumas de la madre, de la... En fin, hijo, que duermas mejor que yo... Vete y tráela, para que termine nuestra desaborida soledad.

Con estas dulces quejas, retiróse el buen Cordero a la matrimonial alcoba, y no tardó en estirarse en su lecho, cuyas frías anchuras no eran por entonces vergel, sino páramo desolado... Obediente a su padre político, el chico de Halconero se fué temprano a Carabanchel y encontró a Lucila tan embelesada en la crianza de las nuevas generaciones gallinescas, que le fué penoso convencerla de que los hijos del hombre y el hombre mismo tenían mayor derecho a su maternal asistencia. Horas dulcísimas pasaba la celtíbera en el entretenido enredo de prestar el primer socorro a los que salían del cascarón y en alimentar a los que ya sabían comer, ya echaban sus traguitos de agua elevando al cielo los tiernos picos, y habían aprendido el lindo juego de escarbar la tierra para buscar comida. Luego ponía Lucila todo su cuido en rodearles de precauciones contra la humedad y contra ruines animalejos.

La casa patética donde expiró el *Lucero de la tarde* hallábase aún desalquilada, coyuntura que aprovechó Vicen-

te para renovar y espaciar sus melancolías en la huerta solitaria, empapándose en el dolor con deleite romántico y místico. La noche pasó en ensueños medio sentimentales, medio literarios, interrumpidos por insomnios en que recobraba su imperio la realidad. Era como un poema en verso con metódicos comentarios en prosa. Muy de mañana, antes de la hora en que solía dejar el lecho, entró su madre a llamarle con apremio.

—Hijo, levántate; ahí está Enrique Bravo. Viene a buscarte. Le he preguntado que adónde vais, y me ha respondido con esta tontería: «Que se levante y se vista pronto; vamos a ver la Historia de España.»

Saltó Vicente de la cama y a prisa se vistió. Faltaba un cuarto para las nueve cuando los dos amigos salían a la calle y de la calle al campo. Enrique le dijo que la Historia de España que iban a ver podría resultar una página trascendente o un renglón burlesco, según el humor que en aquel día tuviera el Destino, árbitro de la existencia de los hombres y de los pueblos. Y Vicente replicó así:

—El toque está en que madama Clío se ponga el coturno de dorados tacones, o las chinelas de orillo, en que traiga el *peplum* o una bata de tartán a cuadros blancos y negros.

Lenguaje más positivo habló Enrique diciendo:

—Aunque se quiere guardar secreto, yo he sonsacado la confianza de Santamaría... Démonos prisa. Soy amigo de un teniente, subalterno del comandante de la Escuela de Tiro, y espero que podremos meter el hocico y ver de cerca la función... El programa es magnífico... A diez metros, avanzando... Pistola, y condiciones verdaderamente trágicas. Falta que los actores correspondan al interés y a la pasión que se ha querido poner en la obra...

A campo traviesa anduvieron los dos amigos largo trecho en dirección del arroyo de Luche, y cuando se hallaban a corta distancia de la carretera de Extremadura, vieron que por ésta venía un coche de dos caballos..., detrás, otro...; luego, simones...

—Aquí están... Son los héroes del día, los sacerdotes de la Historia, acompañados de sus acólitos· van a oficiar..., van a celebrar la misa en la mesa o ara del Destino. Adelante, Vicentillo, y tratemos de colarnos en el templo... ¡Hermoso día para una fiesta en honor del Honor!...

—Yo tengo mis dudas, Enrique. En mi corazón se balancea un péndulo doloroso... ¿Resultará historia o gacetilla?

IX

Vieron los amigos que los coches paraban en el lugar llamado Portazgo de Alcorcón, y que de ellos descendían caballeros que, unos tras otros, tiraron a pie hacia la derecha. Vicente y Bravo apresuraron el paso, carretera adelante, para tomarles las vueltas. Largo trecho anduvieron sin poder penetrar en el coto militar: aquí encontraban cierre de alambres, allí un soldado que les cortaba el paso. Por fin, Bravo, adelantándose a su amigo, logró la condescendencia de un oficial, que permitió la entrada con tal que observasen exquisita discreción, permaneciendo lejos del sitio del lance Admitidos en el vedado, los dos jóvenes hubieron de caminar a la ventura, procurando orientarse. El terreno era extenso, ondulado, con pabellones y casetas aquí y allá, raso de arboledas, resplandeciente de luz vivísima y batido por aires matinales de picante frescura.

Aturdido del vago correr en distintas direcciones y deslumbrado por la luz, Halconero sentía el cansancio precursor del aburrimiento. Llegó con su amigo a un lugar donde vieron un alto y abundante armatoste, formado con vigas y planchas de hierro: era el blanco del tiro de cañón, enorme pantalla que les permitió parapetar su curiosidad en acecho de la comedia o tragedia que se preparaba. Al amparo de aquel biombo robusto, abollado por los proyectiles, se tumbaron en el suelo boca abajo, postura de lagartijas con que fácilmente ocultaban sus personas, y en tal situación divisaron a los caballeros que en dos grupos avanzaban y retrocedían, como escogiendo lugar adecuado para la justa. Contaron unas diez personas: los dos adalides, tres padrinos para cada uno, y otros dos, que debían de ser médicos. Tanto se aproximaron algunos, que Halconero vió brillar los lentes

de Montpensier. La reparación del duelo se efectuaba con exactitud parsimoniosa, semejante a las ceremonias litúrgicas.

—Tú no te has visto en estos lances, y desconoces la escrupulosidad con que se disponen—dijo Bravo al hijo de Lucila—. Yo he tenido tres, y en los tres acabamos con abrazos y almuerzo. Lo que importa es aparentar valor, sobreponer al peligro la idea de *quedar bien,* y ser caballeresco desde el principio al fin. ¿Ves? Ahora, después de elegir terreno, se cuidan de que ninguno de los combatientes reciba de cara los rayos del sol. Uno de ellos tendrá el sol a su derecha; el otro, a su izquierda... Inmediatamente medirán la distancia. Ya lo ves: miden nueve o diez metros con una cinta; luego echarán suertes para designar quién ha de tirar primero... Se sorteará también el punto que cada cual debe ocupar en los extremos de la línea. La rifa de vida o muerte va despacio, como ves, y los que han de batirse hacen de tripas corazón, mostrando una impavidez fría, etiqueta obligada de estos encuentros en la puerta de la Eternidad, que las más veces suele ser la puertecita de una fonda.

Por la distancia que de estos trámites le separaba y por la extrañeza de ellos, Halconero los veía como actos y figuras de ensueño v su atención se iba de la humana realidad a las líneas y colores del paisaje. Frente a sí, más allá del lugar de la liza, vió una caseta roja, otros mamparones que servían de blanco al tiro de fusil, y, detrás, manchas verdosas de jara, las curvas del terreno acentuadas por la viva luz, y a lo lejos la torre de Húmera... El azul de la Sierra, con toques de nieve, embelesó sus ojos por un momento, y los habría embelesado más si Bravo no le trajese a la realidad inmediata diciéndole:

—Mira: ya están los caballeros de Orleáns y Borbón cada uno en su puesto. El primero, a nuestra izquierda; el otro, a esta otra parte. Fíjate... Parecen estatuas. Ambos están serenos..., con la serenidad del honor..., con la vergüenza caballeresca, que es lo mismo que la torera, pongo por caso... Ninguno de ellos deja ver la procesión que le anda por dentro... Mientras los sacerdotes del Destino permanecen como marmolillos entregados a la meditación y al cálculo de las probabilidades de vida o muerte, los acólitos se ocupan en cargar las pistolas, operación delicada que realizan metódicamente, devotamente... Las balas son el símbolo del honor..., son el criterio, el sí y el no de este tribunal que llamamos Juicio de Dios... Las balas deciden, y tienen siempre razón.

—Serán la razón de la sinrazón—dijo Halconero sin quitar los ojos de los que a distancia del punto de acecho cargaban las pistolas—. Desde aquí distingo las barbas morunas de don Emigdio y las blanquinegras de don Federico Rubio. Parece que han terminado de atacar las razones...

—Y ahora echan suertes para elegir pistola... A cada uno le llevan la suya... Se retiran los padrinos a distancia prudente... Las actitudes indican que se ha dado ya la voz: ¡atención!...

—Ya están los adversarios en manos de la Fatalidad.

—Ya están en guardia..., los distingo claramente...: el brazo derecho doblado, la pistola a la altura de la cara, con el cañón apuntando al cielo... Han alzado el cuello de la levita para ocultar el de la camisa, que hace blanco con su blancura

—Ya los segundos se alargan... La Fatalidad se hace esperar...; la esfinge retrasa su fallo, y dice: «Voy, voy», sin venir nunca. Pero ¿cuándo tiran, cuándo se matan? Si tiraran a un tiempo y se matasen los dos, sería lindo término de esta expectación angustiosa..., y...

Disparó el infante; disparó luego Montpensier, y ambos quedaron ilesos. Los padrinos cargaron de nuevo las pistolas y discutieron, probablemente sobre la suspensión del avance después de cada doble disparo...

—La función es harto pesada—dijo Vicente—; los actos, brevísimos; los entreactos, interminables. A ver, guapos mozos: tiren otra vez y hagan el favor de hacer blanco.

Y Bravo opinó que el lance llevaba trazas de inofensividad estudiada o fortuita, para concluir sin víctima y, sin vencedor, con el solo triunfo del honor en el concepto decorativo y de social etiqueta... Al disparar los rivales por segunda vez, acudieron los padrinos al

infante, creyéndole herido. Sin duda, no fué nada, porque se procedió a cargar nuevamente.

—Esto va para largo—dijo Bravo.

Y Halconero:

—A la tercera va la vencida. Veo a la Fatalidad arrugando el ceño...

Y el otro:

—Yo veo en su boca una muequecilla conciliadora. Desengáñate. Habrá vida y honor para todos.

Por un rato de duración inapreciable siguieron comentando el lance prolijo, y cuando sus palabras pasaban resueltamente del tono serio y expectante al de las bromas, oyeron el tercer disparo del Borbón.... y al sonar el de Montpensier, ¡ay!, vieron a don Enrique girar con rápido quiebro y voltereta, y caer de un lado... Al rebotar en el suelo, quedó el cuerpo en posición supina.

Con excepción del caballero de Orleáns, que, impávido, tal vez temeroso, permanecía en su puesto, todos acudieron a examinar al caballero caído... Los amigos intrusos, espoleados por su curiosidad ardiente, metiéronse en el vedado del Juicio de Dios. Si un instante duraron, pronto les decidió el ver que de la otra parte violaban la clausura diferentes personas, algunas en traje militar. Algo sucedía de gravedad suma. Cuando llegaron al grupo, destacóse de él Santamaría, y en su rostro moruno vieron los dos amigos la emoción trágica.

—¿Herido el infante? — murmuró Bravo.

Y el levantino respondió que si no estaba muerto poco le faltaba... Acercóse Bravo codeando; mas de tal modo se apiñaban sobre el caído los ansiosos de examinarle, que sólo pudo ver el cuerpo de rodillas abajo... Federico Rubio, que antes que los dos médicos del duelo había podido apreciar la herida del infante y su respiración estertorosa, se incorporó, diciendo:

—No hay remedio. Está expirando.

Al propio tiempo, volvió Halconero sus miradas hacia Montpensier, la contrafigura del duelo terminado, y vió que un señor, en quien pudo reconocer a Solís, secretario y padrino del duque, le notificaba el terrible desenlace.

El de Orleáns dejó caer sus lentes, que quedaron colgando de la cinta, y mientras los cristales devolvían la luz con picantes reflejos, el caballero vencedor se llevó las manos a la cabeza en ademán de desesperación, y al aire salieron de su boca palabras doloridas que oyó tan sólo el secretario. O se lamentaba cristianamente de haber matado al primo hermano de su esposa o lloraba viendo desvanecida en humo su ilusión majestática. Fué al lance tal vez con la idea de hacer ante el público sus pruebas de valentía y de honor caballeresco, guardando las vidas de ambos para un reinado de conciliación, de lavatorio en aguas jordánicas. Pero el Destino le había jugado una mala partida. El quería comedia, y Melpómene le había cambiado los trastos. Frente a la catástrofe, Montpensier maldecía su suerte, confundiendo en su consternación los motivos políticos y los humanos. Había matado a un individuo de la familia real de España, hermano del rey consorte, cuñado y primo de la reina, tío del inocente Alfonso. Pero si la bala de Orleáns quitó la vida al infante, la bala de Borbón, perdida en el espacio, se llevó la Corona de Isabel, que ya el esposo de Luisa Fernanda creía poder encasquetar en su cabeza. Con brutal humorismo, el Destino retirábase del escenario, dejando tras de sí las sílabas de su carcajada... ¡Ja, ja!...

Expirante don Enrique, nada tenía que hacer allí Montpensier. Acompañado de dos de sus padrinos y de uno de los del adversario, se volvió a Madrid. Iba el egregio señor verdaderamente consternado. La gloria de triunfador era poca para sofocar el remordimiento de fratricida. Su ambición, aliada con sus sentimientos humanitarios, había pedido al Destino una victoria incruenta, un éxito de pamplina honorífica para deslumbrar al profano vulgo. Lloraba el nieto de Felipe Igualdad la desfloración de sus ilusiones, y masticando los amargores de un triunfo desgraciado, entró abatidísimo en el palacio de Lasala... Como novio que ha tenido que maltratar al hermano de la novia, suspiraba pensando en el estallido de la opinión al siguiente día, o aquella misma tarde, cuando cundiesen por Madrid las lástimas de la tragedia y empezase el clamoreo de los que no tienen más oficio que lloriquear por toda víctima y hablar pestes de todo matador.

Pasaron minutos, y los testigos de ambas partes desfilaron mudos y cabizbajos; temían la llegada de la Policía, que desde muy temprano recibió del Gobierno la orden de perseguir a los duelistas... En tanto, de los próximos edículos militares acudían curiosos, y en torno a la víctima se formó un ancho ruedo compasivo y susurrante. Aislado el cuerpo en medio de aquel redondel de mirones, todos podían verle y contemplarle consternados, y el comentario giraba una y otra vez con triste murmullo por todo el círculo de cabezas. Muchos tenían al infante por muerto; otros observaban tenues oscilaciones de la vida en su extinción solemne.

El desdichado Borbón tenía la cabeza hundida en la tierra, tal vez por la blandura del suelo. La mortal herida sangraba en la sien derecha. En la mejilla y en el cuello de la camisa brillaba el rojo de la sangre, que ya invadía el hombro y el brazo del mismo lado. El brazo izquierdo, doblado con violencia, desaparecía bajo la espalda; el derecho se extendía rígido, como brazo de cruz; las piernas se abrían; el pie izquierdo aparecía contraído violentamente, con la bota a medio descalzar. En la voltereta que dió el cuerpo al ser taladrada la masa encefálica por el proyectil, sufrió, sin duda, el pie izquierdo una dislocación formidable... El rostro no se había desfigurado aún, y su expresión mortuoria satisfacía los diferentes gustos de los curiosos. Algunos veían el rencor en el entrecejo fruncido del muerto o moribundo; otros descubrían en sus labios un intento de sonrisa irónica.

Esto vió Halconero, transido de compasión, y cuanto más le consternaba la tragedia, con más ahinco se clavaban en ella sus ojos. Ningún detalle perdía, ningún objeto accesorio se sustrajo a su tenaz observación. La pistola del infante estaba no lejos de los pies. El sombrero y guantes, a la derecha... Llegó el subdelegado de Orden público, señor Maestre, y su primera disposición, después de reconocer a la víctima y de darla por muerta, fué requerir a los militares para que facilitaran una camilla en que trasladar el cadáver a un local cercano donde se le instalara con algún decoro y pudiera ser examinado por los médicos forenses.

Llegaron los camilleros; fué recogido el cadáver, y en marcha se puso la triste procesión hacia la Venta de Retamares. Rodeaban la camilla los de la Policía, y detrás formaban acompañamiento los curiosos, gente de pueblo, chiquillos y algunas mujeres que pedían la cabeza del matador. En el cortejo dolorido iban Bravo y Halconero, y éste no podía echar de su mente la página histórica que había visto antes de que pudiera ser escrita. ¿Era el fin de una raza? ¿Con don Enrique morían la dinastía borbónica y colateral la rama de Orleáns?... ¿Qué giro tomaría el pleito oscuro de la interinidad?... No recordaba que ningún príncipe español hubiese muerto en desafío... El duelo resultaba como una democratización de la realeza... Gran resonancia tendría en toda Europa el suceso del 12 de marzo, aunque el Gobierno español lo desvirtuara con la fabulilla oficial de que don Enrique había muerto *probando unas pistolas* en el Campo de Tiro. A esta infantil versión contestaría la Iglesia negándose a enterrar en sepultura bendita al pundonoroso y desgraciado príncipe.

Mientras la Policía cumplía sus deberes en la Venta de Retamares, Bravo intentó convencer a su amigo de que debían abrir un pequeño paréntesis en el duelo, haciendo por la vida... Hasta para llorar y condolernos necesitamos vivir sanamente, y la vida y la salud nos piden alimento; declaró Bravo su buen apetito, y aunque Vicente se resistió a descender de golpe desde lo espiritual a lo material, al fin pudo el amigo llevársele a la reparación orgánica. Largo trecho anduvieron por el camino real y fuera de él hasta dar con la Venta de la Rubia, donde un adusto ventero y una Maritornes amable les sirvieron opulenta tortilla con jamón y unas magras carneriles con cartílagos y osamenta, vino peleón y, para postre, blandas y melosas torrijas. Probó de todo Vicente con desgana; devoró Bravo, y luego se volvieron despacito al recinto mortuorio de Retamares.

Yacía el cadáver de don Enrique en desnudo colchón, que sustentaban desiguales tablas sobre dos derrengados bancos. Fláccidas almohadas sostenían la cabeza, que se inclinaba del lado de la herida. La sangre que de ésta manaba se iba empapando en un luengo paño,

como toalla, que aplicado por un extremo a la sien se extendía hasta medio cuerpo como culebra roja y blanca. El pie izquierdo estaba descalzo, por haberse perdido la bota en el traslado del cuerpo. Entre las rodillas y los pies se veían el sombrero y los guantes... Golpe de gente había en el mísero local. De rodillas junto al muerto rezaba un sacerdote, que era, según después les dijo Santamaría, el capellán de las Descalzas Reales, señor Pulido y Espinosa. Entre los visitantes reconocieron a Luis Blanc, a Montero Telinge, a García López y otros calificados republicanos, que iban a rendir triste homenaje al tataranieto del duque de Anjou (Felipe V), tronco del árbol hispanoborbónico.

Los mortales despojos del príncipe sin ventura evocaban memorias históricas y ponían de relieve sus lazos de sangre con todas las personas de la familia que había cesado de reinar en septiembre del 68. Era primo y cuñado de Isabel II; tío carnal del niño Alfonso, que los fieles dinásticos habían traído a que reinara en sus corazones: primo hermano de la esposa de Montpensier, lanzado por la fatalidad a un lamentable fratricidio; primo de Montemolín, de don Juan de Borbón y tío en segundo grado de Carlos VII. Fué desdeñado pretendiente de Isabel, por ésta preferido, preferido también por los progresistas; mas rechazado por la Corte y las camarillas reaccionarias. De esta pugna y del desaire resultaron las llagas del corazón, las acritudes de carácter que habían de persistir en el resto de su vida como enfermedad crónica... Fué causa o pretexto de la revolución gallega, que terminó con los fusilamientos de Carral. Halagado por los del progreso y admitido con júbilo en los senos masónicos, hizo profesión y gestos de liberalismo que disgustaron a su parentela. Sufrió persecuciones, destierros y desdenes, por lo que su impetuoso ánimo se lanzó a más peligrosas inquietudes. Era hidalgo, valiente, liberal, amante de sus hijos, amante del aura popular. Su historia, desde el 46, en que los vientos de la opinión jugaron con su nombre ilustre, hasta que murió en una tragedia doméstica, fué agitada y borrascosa, vida de rebeldía constante, de querella irreductible entre la realeza y la popularidad... En el *Diario* de Vicente Halconero descuella esta frase, que no carece de sagacidad histórica: «Tempestad que turbaste a la familia real de España con ruidos y conmociones de escándalo, así en el Trono como en el destierro, ya pasaste para siempre. Yo te vi exhalar el último soplo...»

X

Volvieron los dos amigos a Carabanchel, donde pasaron juntos la noche. Vicente contó a su madre lo que había visto, esmerándose en la veracidad, bien adornada de los más sutiles pormenores, y poco después anotaba en su cuaderno el sangriento drama del sábado 12 de marzo. Terminó la velada con el acuerdo de que Lucila volvería con su hijo a Madrid... Y en la siguiente mañana, cuando Bravo y Halconero salieron a buscar coche, toparon de manos a boca, en la carretera, a la menor de las tres damas negras, que el *Carbonerín*, con chunga y solecismo, llamaba las *Ecuménicas*. Era Rafaela Milagro, que había pasado la noche en la casa de su amiga la viuda de Oliván. Como Vicente se asustara del encuentro, Enrique le dijo:

—Pues ayer por la mañana, cuando entraba yo en la calle de Toledo para coger el coche en la *tienda del botijo*, me encontré a la estantigua mayor, la feroz Domiciana... Temblé, y me dije: «*Malum signum*. Algo muy grave tendremos hoy.» Ya ves cómo acerté.

Serían las nueve cuando salieron con Lucila. La buena señora partió desconsolada, oyendo el tierno piar de la infantil pollería.

Fué para Vicente aquel domingo, 13 de marzo, día de variadas sorpresas y emociones. Iba por la calle de Alcalá, viendo el señorío concurrente a las misas de Calatravas y San José, cuando se encontró de sopetón al coronel Ibero, el cual, después de abrazarle con paternal afecto, le reconvino cariñosamente en esta forma:

—Pícaro, no has ido a vernos... Tu madre nos dijo: «Vendrá mañana», y ese mañana no acaba de llegar... Vivimos con Demetria... Mi cuñada y su marido desean conocerte... «¡Pero ese chico!... ¿Qué hace que no viene?...»

Enrojecido de vergüenza, se disculpó

Halconero con vagas razones en que puso toda su alma.

Y prosiguió Ibero:

—Ven pronto y conocerás a las dos niñas de Demetria... Verás qué monas, qué simpáticas... Y bastante instruiditas...

La confusión de Halconero subió de punto, y su vergüenza le encendió más el rostro cuando vió venir a la señora de Calpena con sus dos hijas, que salían de San José. Las tres llevaban luto por Fernanda.

—Aquí las tienes...—dijo don Santiago—. ¡Vaya, que es casualidad!

Hecha la presentación, se metió Vicente en el berenjenal de los saludos, entreverados con excusas, apretando lindas manos y desenvolviéndose atropelladamente del gracioso enredo en que le ponían la cortesía y la timidez.

En Demetria vió acabado modelo de gracia y afabalidad, y en las dos damiselas, lindas muchachas muy interesantes, si bien harto inferiores al clásico tipo de su prima Fernanda. Acompañando a la noble familia por la calle de las Torres hasta la del Barquillo, dijo Vicente que había presenciado el desafío y muerte del infante don Enrique, y al comentario que hicieron las damas y el coronel, éste agregó informes auténticos, transmitidos aquella misma mañana por un testigo presencial: don Fermín Lasala.

—Cuando llegó a su residencia, a las once de ayer, el duque de Montpensier iba tan atribulado, que los amigos que allí le aguardaban le creyeron herido. Federico Rubio le sostenía; entre todos le llevaron a su habitación... Diéronle a beber tazas de tila con éter, y, temiendo una congestión, por la tarde le sangraron... En la noche del viernes al sábado, don Antonio no pudo conciliar el sueño... Redactó un codicilo... Su esposa le había telegrafiado estas palabras: «No te batas; despréciale...» La respuesta de él fué: «Nada temas; no pienso batirme...»

Y la sin par Demetria llevó también su parte de testimonio al suceso del día:

—Pepe Beramendi le dijo anoche a Fernando que el pobre don Enrique confesó y comulgó anteayer en las Descalzas Reales, donde está sepultada su esposa, Elena Castelví... Lo supo por el propio capellán de las Descalzas, señor Pulido y Espinosa... Don Enrique llegó hace poco tiempo de París: allí tiene a sus hijos menores, internos en el Liceo Napoleón... Le amagaba el presentimiento de una desgracia próxima. Vivía solo y aislado en su caserón frío de la Costanilla, donde le visitaban republicanos de los más rabiosos, muchos de ellos afiliados en la masonería. Contaba el infante... (así lo refiere el capellán de las Descalzas) que al despedirse en París de la reina doña Isabel, ésta le dijo: «Si vas a España, primo mío, haz cuanto puedas para que no sea rey Montpensier.» El hombre así lo prometió, y ha cumplido, porque de esta tragedia ha salido el vencedor imposibilitado para pretender una Corona que ayer manchó de sangre...

En las despedidas se mezcló profanamente el espanto de la tragedia con el lindo entremés de instar al chico de Halconero a que apresurase la visita. No se preocupara de la hora... De tarde salían poco; de noche, nunca... Adiós, adiós, y finezas y apretoncitos de manos.

Encantado quedó Vicente, y al retirarse a su casa (que ya se aproximaba la hora de comer) hacía propósito de pagar sin demora su deuda social con tan noble familia. En la calle Mayor se encontró a Segismundo García Fajardo, el cual le dijo que el cadáver de don Enrique había sido trasladado a su casa, donde le embalsamarían para exponerle al público. La *masa popular* proyectaba una demostración de simpatía con su poco de ruido y parambomba. Quedaron en reunirse por la tarde en el café Universal para de allí alargarse a la Costanilla y ver lo que pasaba.

Acudió Halconero a la cita, y con Segismundo y otros amigotes de éste pasó largos ratos de conversación perezosa en aquella parte interior del Universal, que formaba un martillo con salida al portal de la casa, departamento en que se reunían los canarios, servidos por *Pepe el Malagueño*. Era una tertulia de las más amenas de Madrid, compuesta de estudiantes de Derecho, Medicina y de Caminos, y reforzada por personas mayores curtidas de marrullería y experiencia. Corrieron allí, de boca en boca, noticias referentes al duelo del día anterior, las unas verosímiles, ex-

travagantes las otras, muchas de ellas transmitidas por el verbo inconsciente del *Malagueño*, que de mesa en mesa llevaba con el servicio sus fantásticos discursos. No ha existido mozo de café que en tan alto grado poseyera el don de las peroratas hinchadas y burlescas para divertir a los parroquianos.

—Sé de buena tinta—dijo un chico de Derecho—que el reloj del infante desapareció mientras estuvo tendido en el campo del honor, antes de la llegada de la Justicia...

—Pues a mí me consta—esto lo dijo un caballero viejecito, clérigo sin hábitos—que con el reloj volaron veinte mil duros en billetes que del señor Martín Esteban había recibido don Enrique por venta de sus muebles. Lo sé por el barbero que afeita al capellán de las Descalzas Reales.

No podía faltar el comento de un discreto canario:

—También es ocurrencia ir a un duelo con veinte mil duros en el bolsillo.

Y otro completó así su informe:

—No le dejaron más que los retratos de sus hijos y una carta-orden que le dió Napoleón Tercero para su embajador en Madrid, encargando a éste que velara por la seguridad del infante.

—Pues yo sé...—dijo el *Malagueño*, en pie, frente a los parroquianos—. En la mesa de los bolsistas lo han relatado... Pregunten a los bolsistas que están de cuerpo presente en aquella mesa... Pues yo sé que el infante escribió a Espartero para que viniese a ser su padrino. Y Espartero le contestó: «Allá voy...» *Vele ahí* por qué adelantaron el desafío... Porque si llega a venir el de Logroño, por primera medida, consagra al don Enrique rey de España por los cuatro costados.

Y Segismundo habló así:

—Dinos, Pepe, ¿no has oído tú que la pistola de don Enrique la cargaron sin bala?

Y el *Malagueño* respondió, besándose los dedos:

—Por esta cruz, que nada oí de ese *desacierto*... Lo que sí dijo el jorobeta vendedor de fósforos es que los padrinos volvieron a Madrid un poco *ajumados*, y que Montpensier se tapó la boca con el pañuelo y luego los ojos, para que no se le conociera que lloraba cuando vió muerto a su contrincante... Lloró y puso sus gritos en el sol, diciendo: «¡Ay Dios mío, qué día tan desgraciado!... Yo no quería matarle, sino darle una lección del catecismo... por deslengualo y contraproducente...» El infante había insultado al duque con piropos provocativos en letra de molde, sarcasmo y vituperio, con las de Caín... No iban a matarse, sino a velar por el honor consabido de mancomún, quedando en situación pacífica y desagraviados de su yo cada cual. Con un *pimpum y tenteieso* se cumplía para la visualidad. Pero las pistolas no entendían de filiíes, señores, y hubo la de *caiga el que caiga*. Esto es lo que llamamos tragedia superior... Según viene el tiempo, tendremos tragedia para todo el año... ¡Va!

Con este grito acudió al servicio de otros parroquianos, dejando a los primeros en el vértigo de sus conversaciones... El voluble Segismundo, que ya se cansaba de aquella forma de ociosidad, propuso a su amigo tomar el aire en un corto paseo. Salieron y, apenas traspasada la puerta del café, vieron tropel de gente que subía por la calle de Alcalá, con voces y risas que les sonaron a motín. El rumor de *jarana* era en aquel bendito tiempo, el tono corriente del resuello de las multitudes, y los ciudadanos no se asustaban de oírlo. Tranquilos y casi gozosos, se metieron entre el gentío, ansiando saber por qué chillaba el buen pueblo de Madrid. Oyendo aquí, preguntando allá, enterándose los dos muchachos de que había salido por las calles una manifestación de protesta contra las quintas. ¡Oh, la eterna pesadilla del pueblo español! ¡Neurosis de rabia impotente!... Iban los manifestantes por Recoletos, un poco desmandados, cuando acertó a pasar entre ellos el general Prim, que a caballo volvía de su paseo en la Castellana. Hombres y mujeres se arremolinaron en torno al jinete, cortándole el paso... Manos convulsas le conminaron, voces airadas le pidieron que cumpliese los sagrados compromisos de la revolución.

El héroe se mantuvo sereno y digno; díjoles que ejercitaran con más comedimiento el derecho de manifestación, y picando el caballo se zafó gallardamente. La multitud no se dió por convencida; siguió tras él... Cerca ya de la Ci-

beles le arrojaron una piedra, que dió en el anca del caballo... El general vió a tres bigardones con las peladillas en la mano, dispuestos a tirar. A los policías que allí se le agregaron ordenó que los detuviesen y los llevasen al Ministerio de la Guerra... Total: que en presencia de Prim, los criminales rompieron a llorar... ¡Ellos no habían sido!... Se ignoraba lo que pasó después. Probablemente, el general les pondría en libertad. No era hombre que por un quítame allá esa piedra se enfrascara en la devoción del orden y del sacro principio de autoridad.

—Pues anochece ya—dijo Segismundo a su compañero—, vámonos a San Ginés, a rastrear mi conquista eclesiástica. Pasaremos un rato bueno. Pero no te asustes si en el sagrado recinto nos encontramos a la *Triple Hécate*, como tú dices, que si al entrar tomamos agua bendita, las *Ecuménicas* quedarán desarmadas de sus atroces maleficios.

Allá se fueron gozosos, y llegaron cuando concluía la función vespertina con sermón y reserva. En el patio de la calle del Arenal les estorbó el paso el tropel de mojigatería de ambos sexos, y colocados en atisbo junto a un puesto de flores vieron salir en la última tanda a las tres negras mujeres. Ya sabía Segismundo que en la calle se separarían, partiendo dos hacia la Puerta del Sol y la tercera en dirección contraria, para reunirse en otra iglesia una hora más tarde, después de cenar. Así fué. Domiciana y Rafaela tiraron de una parte, y cuando Donata se quedó sola, se le agregaron los dos jóvenes para darle convoy hasta su casa.

—Dispénseme la sin par Donata—le dijo Segismundo con fino rendimiento—si hemos llegado tarde a San Ginés... La culpa es de este amigo, que tenía su arreglito y cuarenta horas en el oratorio del Olivar.

—Déjeme en paz—respondió la dama, tétrica por su oscura y pobre vestimenta, blanca y bella por su faz de Dolorosa compungida—. Ya le he dicho que no me siga, que no me ronde ni me hable en la calle; y menos en la iglesia... Es usted enfadoso y trae consigo, aunque quiera disimularlo, un olor de masonería que apesta.

—No soy masón, Donata, ni lo es mi amigo, a quien con todo el respeto debido presento a usted... Vicente Halconero y Ansúrez, de familia noble y cristiana, niño sensato y puro, que por las noches y de mañanita reza el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto...» Si usted nos lo permite, le daremos escolta hasta su santa casa.

—Ni quiero que me acompañen ni voy a mi casa, don Segismundo—replicó la *Ecuménica*, concediendo a los galanes, por especial misericordia, una leve sonrisa de amabilidad—. Esta noche no ceno, porque las sobrinas del cura de San Ginés se empeñaron en darme merienda más fuerte de lo que tolera mi estómago... Chocolate del que llaman *macho*, con dos ensaimadas, y encima cabello de ángel y otras golosinas. Puede creerme que me ha quedado acidez y rescoldera... Ya no voy a casa. Esperaré a mis amigas en Santa Catalina de los Donados, tres pasos de aquí, donde tenemos la novena de San José.

—Por mi fe y mi salvación le juro, hermosa Donata, que poco antes de encontrar a usted estábamos Vicente y yo en gran perplejidad por decidir en qué iglesia gozaríamos la novena del Santo Patriarca. Y ahora que usted nos indica el modesto santuario de Santa Catalina, ya no dudamos, y allí nos meteremos, que yendo detrás de usted entraremos en la gloria.

—Embustero, farsante, váyase con Dios, si con Dios pueden ir los masones.

—Hermana, ya le dije que me salí de la masonería y abominé de sus gatuperios infernales, porque usted así lo quiso. La bella Donata es mi redentora y yo su hermano espiritual.

—Malos vientos corren para el masonismo, señor don Segismundo. Ya ve usted lo que le ha pasado a ese pobre don Enrique. Pues esta tarde, en la Castellana mismamente, han apedreado a don Juan Prim. Parece que la descalabradura ha sido tremenda y que entre cuatro le llevaron al Ministerio de la Guerra, dejando tras de sí un reguero de sangre.

Díjole Segismundo que el caso no había sido tan grave, y Halconero se asombró de que Donata y sus amigas, que en el momento de la pedrea se hallaban devotamente recogidas en San Ginés, conocieran con tales pormenores lo sucedido en Recoletos.

—En el recogimiento de la iglesia sa-

bemos nosotras todo lo que ocurre—replicó la *Ecuménica* con vaga petulancia—, y no aletea en Madrid una mosca sin que el zumbido llegue a la capilla, a la sacristía o al confesonario... Y digo más..., digo que aun de diabluras y francachelas masónicas sabemos más que ustedes, los que se pasan la vida ganduleando en calles y cafés... De seguro no saben que esta noche hay gran jolgorio y aquelarre solemne en esa casa donde está de cuerpo presente el pobre señor a quien dió muerte Montpensier, otro que tal... Pues en presencia del propio infante difunto y condenado, habrá zarabanda con salterio, brindis con cítara o bandurria y todas las escandalosas ceremonias que usan esos protervos para ofender a Dios.

—No lo sabíamos—dijo Segismundo afectando sorpresa y gravedad—; pero pues lo decís vos, gentil Donata, ello ha de ser cierto, como Dios es nuestro padre.

En esto, llegando los tres cerca de la Costanilla de los Angeles, vieron espeso gentío que estorbaba la entrada por la calle del Arenal. La plazoleta de Santa Catalina de los Donados estaba también favorecida de público... Por la travesía pasaron, y en la puerta de la menguada iglesia se detuvieron para contemplar, en las ventanas de la casa del infante, la claridad de los hachones funerarios.

—Vicente amigo—dijo Segismundo revistiendo de solemnidad su intención picaresca—, penetra sin miedo en esa casa impía para que veas y aquilates y puedas contarnos todas las borricadas que hagan esta noche los de la *Acacia*, con triángulo y garatusas. En esta plazoleta te esperaré, después de platicar un rato con mi redentora dentro de la iglesita de mis amigos los Donados, pues donado quiero ser y a la santa fundación entregarme con bienes y persona.

Fué Vicente a la casa mortuoria, y Segismundo, desobedeciendo a Donata, que no quería compañía de hombre en los actos de culto, se coló tras ella en Santa Catalina.

XI

Poca gente había en el santuario chiquitín, pues aún faltaba más de media hora para la novena. Luces, pocas; sombra mucha; silencio misterioso, sólo turbado por el profano rumor que al abrir de la puerta entraba de la calle con soplos de aire frío. Cuatro bultos se veían aquí y allá: eran viejas baldadas y catarrosas, que respiraban con siniestros carraspeos. Al poco rato aparecieron otros bultos, anunciados por la quejumbre chillona de los goznes de la puerta... Las figuras entrantes tomaban posiciones, señalando su presencia con el arrastrar de suelas y el restallido de toses. El altar se destacaba de la oscuridad por salteados golpes de resplandor en su estofa luciente, y San José, con las velas no encendidas aún, vestidito de fiesta, aguardaba risueño la ofrenda litúrgica, en unas andas domingueras al lado del Evangelio.

Donata oró un rato de rodillas. Los instantes del rezo fueron horas para Segismundo. Al fin, la dama *Ecuménica* se sentó en el más delantero de los tres bancos colocados al lado de la Epístola, y el atrevido joven se instaló en el segundo, de donde sin escándalo de los fieles adormecidos hablar podía con ella cómodamente.

—Donata—le dijo—, ya que su nombre indica que usted se ha dado a Dios, yo me llamaré Donado, pues por usted, por seguirla como la sigo, religioso y amante, también quiero darme a Dios... o darme a usted, para que lo vaya entendiendo...

—Cállese, libertino, y repare que estamos en lugar sagrado—murmuró la hembra piadosa volviendo ligeramente su rostro.

—Me callaré—respondió Segismundo, deslizando las sílabas con susurro—, me callaré después de decir a usted, Donata sublime, que este Donado ama a usted con locura, con frenesí... No me culpe a mí, culpe a sus virtudes, a su hermosura, que no tiene igual en el mundo. ¿Quién hizo esa belleza dolorida y arrebatadora? Dios... Pues si Dios la hizo, ¿qué mal hay en que yo la reverencie, en que yo la adore?...

—Desvergonzado, no siga... Me está usted perturbando en mi devoción... Re-

serve su desatino y sofóquelo... Si usted quiere condenarse, yo no me condenaré por sus arrebatos...

—No nos condenaremos. Usted se salva y a mí me salvará de mis tormentos temporales, peores que los eternos. Sea usted benigna, Donata, y no vea en mí un tipo vicioso, ni un incrédulo enemigo de Dios, ni menos un masón corrupto. Yo me convierto a la fe, y por usted, que es toda pureza y amor, quiero ser su discípulo y su amante... con pureza y arrobamientos. A las personas eclesiásticas entrega usted su alma. No me lo niegue: conozco la inmensa unción de su espíritu fogoso y pío. Pues aquí me tiene decidido a ser también religioso. ¿Quiere usted ver en mí el aspecto grave, el limpio rostro de las personas consagradas a la divinidad? Pues el aspecto, y la limpieza, y la divina compostura verá pronto en este neófito. Abrazaré el estado canónico, y para que acompañen las apariencias a la vocación, mañana mismo, si usted lo manda, me afeitaré el bigote, este signo infamante del hombre libre, siervo de una sociedad profana, por no decir atea...

Torció su cabeza la Dolorosa más a lo vivo, sin llegar a mirarle, y muy quedamente le dijo:

—No me tiente, Segismundo, que si sus errores y las malas compañías le han hecho disoluto, el diablo le ha hecho simpático. Apague el fuego de sus palabras, y si el de su corazón es como dice, y son sinceros sus propósitos de entrar en religión, ya hablaremos...

—Pero ¿duda?... ¿Cuándo llegó a sus oídos la expresión de un amor como el mío? Sométame a cuantas pruebas quiera; impóngame penitencias; oblígueme a mortificaciones crueles, que yo he de cumplirlas, así me valgan y me conforten las potencias celestiales y los santos del día...

—Los santos de hoy—dijo Donata sin ladear la cabeza—son San Leandro, arzobispo, San Rodrigo, San Salomón y Santa Eufrasia; los de mañana, Santa Matilde, reina, y la Traslación de Santa Florentina. Encomiéndese a ellos, y cálmese y espere.

Y a los nuevos parrafillos eróticos que el pícaro silbó en su oído como satánica serpiente, contestó con susurro estas discretas palabras:

—Cálmese y espere. Tenga fe y paciencia... No soy persona blanda, ni tampoco puercoespín erizado de púas. Si tanto me estima, obedézcame... Vea usted: ya encienden las luces del altar; ya se va llenando de gente la iglesia. Váyase de aquí, que pronto vendra Domiciana, y como me vea y le vea tan cerca de mí, no será floja reprimenda la que me endilgue... Domiciana es mujer de tanta austeridad, que no nos permite hablar con ningún hombre, como no sea en las casas de gente piadosa y honesta a carta cabal. Con el ejemplo nos predica, porque ya sabrá usted que no hay otra que más aferrada viva en la abstención de todo melindre... Rechaza la dulzura, busca el padecer, reniega de los hombres... y ha sabido conservarse virgen.

—No lo sabía—replicó el pícaro—; pero sostendré que es la misma pureza si usted me lo manda. No me coge de nuevas la noticia de su virginidad, que ya me había llegado al alma el olor de sus virtudes...

—Obedézcame, Segismundo: por Dios se lo ruego.

—Obedezco, y aquí dejo mi corazón, Donata... No quiero que por mí tire de disciplinas la santa maestra virginal, a quien deseo ver pronto en los altares... Adiós, alma y vida mía en lo temporal y en lo eterno. Me humillo, me encomiendo al Santo Patriarca, y desaparezco por el foro, anunciando a usted que esta noche, cuando se retire a su casa, calle de Silva, me encontrará. Adiós.

Arrodillóse, y encorvado devotamente rezongó, dándose golpes en la caja torácica. Luego hizo mutis, despacio, con quiebro, genuflexión y agua bendita en la misma puerta... En la calle vió gentes que miraban a la casa mortuoria, adorantes del hecho trágico representado en la fúnebre quietud de un cuerpo que nadie podía ver desde fuera. El pueblo hace sus honras frente a una pared callada, o ante el fulgor de luces que alumbran el camino de la eternidad, para que no tropiecen los que a ella se dirigen.

En el portal le salió al encuentro su amigo Roque Barcia, y a él se agregó para entrar y subir como por su casa. En la escalera vió a dos o tres señores vestidos con anticuadas levitas, encasquetado el sombrero de copa (de la

moda del año 40), ceñidos de bandas, con el deslucido adorno de un mandil que del pecho hasta más abajo de la cintura les colgaba... En la antesala encontró a Luis Blanc, el cual se lamentaba de que no asistiesen a velar o siquiera visitar al ilustre difunto los personajes de primera fila pertenecientes a la Orden.

—Ya lo ves: no ha venido, ni vendrá, don Juan Prim, que tiene el grado 33 en el *Oriente de Escocia;* ni Sagasta, que ahora quiere ver olvidada su historia masónica.

En el salón contempló el cuerpo del infante en cama imperial de la Sacramental de San Isidro, vestido de vicealmirante. En la cabecera se veía el escudo con las armas reales, y debajo de éste un paño bordado con signos diversos, descollando en el adorno el número 33 en letras de oro. El cadáver estaba colocado en la línea de Oriente a Occidente, y en los cuatro ángulos de la cama hacían guardia otros tantos individuos con bandas y mandil, empuñando la espada. Parecían estatuas, o más bien maniquíes, vestidos de levitones demasiado anchos, o de casaquines que reventaban de estrechos. En los relucientes aceros advirtió Segismundo todas las variedades arqueológicas. Alguno era ondeado, como el que le ponen al Arcángel vencedor de Satanás, y otros procedían sin duda de las panoplias de Zorobabel o de Ciro, rey de Persia.

Observado todo esto, se fijó el picaresco joven en las desnudas paredes del salón y en la pobreza de su mueblaje. Cuadros había dos: el uno de cacerías flamencas, grandón, ennegrecido, lucha de perros y venados; otro, un retrato de personaje del siglo XVIII, con peluquín, casacón galonado de plata y venera de Santiago. Una consola vulgar, recientemente barnizada para disimular su vejez plebeya, y algunos sillones de tapicería de una modernidad de baratillo, hacían juego con la alfombra deslucida y de retazos, sin ningún parentesco con las de Santa Bárbara. Todo cuanto allí se veía daba testimonio de la honrada escasez en que había vivido el infortunado príncipe, que no quiso doblegarse ante su real parentela. Digno era de respeto, de tanto respeto como lástima, y su cadáver merecía del pueblo y de los grandes más altos honores.

Pasó Segismundo a otras salas y gabinetes: en uno de éstos halló individuos de filiciación ministerial en la política militante. Alguno se aventuró a sostener qeu no había derecho para sacar a relucir la guardarropía masónica en aquel acto.

—Por estas tontunas—dijo Ricardo Muñiz, poniendo cátedra de discreción—, se han alejado de la casa mortuoria las entidades políticas de más viso. Por no hacer el oso, se abstiene la Marina, que hoy se llama Almirantazgo, y esto es lo más grave, pues don Enrique de Borbón era, si no me equivoco, vicealmirante. La clase aristocrática, que habría sido el mejor ornamento de las honras fúnebres, también brilla por su ausencia, y henos aquí deseando tributar nuestros homenajes a este gran patriota de sangre real, y temerosos de caer en el ridículo.

En otro grupo halló Segismundo al joven Halconero, y juntos se internaron de sala en sala, huroneando en la fría y desamparada mansión. En una estancia de las más recónditas, próxima a la cocina, vieron al *Carbonerín* y a Romualdo Cantera *(el Cojo de las Peñuelas),* con uniforme de milicianos; a otros dos de la misma vitola y a tres de los de levitón, mandil y banda de colorines. Habían mandado traer vino y cerveza del café de Santo Domingo, y estaban refrescando, o haciendo salvas, según el vocabulario masónico. Excitado por la bebida, *Carbonerín* despotricó agriamente contra los del triángulo, que con sus artilugios habían hecho del funeral del infante patriota una mala comedia para niños y criadas de servir. Si él y sus colegas de la Milicia se hubieran encargado de organizar la manifestación de luto, formando en el entierro, el día siguiente sería sonado en Madrid... Confirmó y acentuó estas opiniones Cantera, diciendo:

—Dennos el cadáver, y yo aseguro que las honras no acabarán en el campo santo. ¿Qué mejor responso para este señor que un toque de libertad y abajo el Gobierno?

Los del mandil respondían, con cierta gravedad sacerdotal, que el acto debía tener carácter religioso, y ellos a este criterio elevado se ajustaban, entendiendo que lo litúrgico no quitaba lo revolucionario, antes bien, cada uno de

los ritos masónicos simbolizaba la destrucción del templo de la farsa para construir el de la verdad.

No interesaban a los dos amigos estas vanas altercaciones, y desfilaron llevándose a Cantera, cuyo pie de palo batía marcha con duro compás al través de pasillos y salas de la triste casona. En la capilla ardiente se toparon de nuevo con Roque Barcia, que en actitud un tanto aflictiva expresaba su duelo, mezclando a las audacias democráticas alguna simpleza sentenciosa de corte bíblico. Su cuerpo mezquino y su cara irregular, más ancha de un lado que del otro, perdiéndose en el gentío, y asimismo se perdió Cantera, fundiéndose en un grupo de milicianos. Libres ya Segismundo y Vicente, tomaron aire escaleras abajo y se fueron a la calle, ávidos de franquicia para correr a sus anchas. Halconero quería cenar; Segismundo también necesitaba un buen reparo del organismo; pero no desistía de acechar el paso de Donata cuando se recogiese a su vivienda. De una breve discusión brotó esta luz: ojear durante un cuarto de hora en la calle de Silva, y si la res no parecía, irse a cenar al café de la Luna...

La suerte favoreció a los galanes, porque a los diez minutos de medir la calle, vieron que la incierta luz de un farol sacaba de la oscuridad el bulto negro de la linda *Ecuménica*.

Al instante se le pusieron los dos al costado, y Segismundo, con elocuencia descocada y mística, repitió sus endechas amorosas, pidiendo compasión a la santa mujer. Cumpliría ésta las obras de misericordia dando posada al peregrino, admitiendo aquella noche en su domicilio venerable al dolorido galán y catecúmeno. De tal desvergüenza protestó airada la bella santurrona, persignándose y rompiendo en estos anatemas:

—Quite allá, insolente, deslenguado, y no me provoque a maldecirle y aborrecerle.

—Perdone, hermana y redentora... Si aspiro a recogerme donde usted se recoge—dijo el pícaro con sutil argucia—, no es por mala idea, ni por acicate de concupiscencia; es por un intenso anhelo de que mi espíritu more junto al espíritu de usted y con él se compenetre, unidos en la oración y escondidos en un mismo cenáculo. Si he faltado, sea mi señora indulgente y ofrézcame que me concederá otra noche el favor que le pido.

—Otra noche tampoco podrá ser... ¿Cómo va a poder ser eso que pide? —replicó ella en lenguaje de persona sensata, que mide y pesa los obstáculos materiales más que los espirituales.

Y volviéndose hacia Vicente, prosiguió así:

—Convénzale usted, señor Halconero; usted que parece más razonable que su amigo. Yo les agradeceré que se retiren y me dejen entrar en mi casa sin más paradas ni conversaciones. Aunque parece que no hay testigos, puede haberlos... En ninguna parte está la inocencia libre de sospechas.

Para sosegarla, afirmó el tuno que los ojos inquisitoriales de Domiciana no llegarían a la escondida calle donde a la sazón se hallaban los tres. A lo que respondió Donata que la maestra, como virgen y exenta de pecado, poseía un saber prodigioso y cierta divina inspiración que le permitía ver lo distante y penetrar en el porvenir oscuro.

—Esta noche—añadió—nos ha causado un miedo espantoso con su flujo de adivinación. Al través de las paredes de la casa del infelicísimo don Enrique, ha visto los horribles actos sacrílegos de los masones, y ha oído sus blasfemias, burlas y rugidos infernales. Luego nos ha dicho que en este año se han de ver los efectos de la grande ira del Altísimo por los ultrajes que se le hacen en esta nación perdida y en otras. Dice que si hoy la piedra lanzada por el pueblo no ha matado a Prim, piedras o balas volarán que lo maten, pues ya está llamado a dar cuenta estrecha de sus acciones malas... Afirma también, como si lo viera, que en este año maldito ha de correr mucha, pero mucha sangre de cristianos, justo castigo de esa pestilencia que llaman el pensamiento libre.

—Nosotros—dijo Halconero—nos inclinamos ante las profecías de la venerable dama huesuda y zanquilarga, y pedimos a Dios que esa sangre de cristianos que ha de derramarse no sea la nuestra. Y ahora, Segismundo, acompañemos respetuosamente a esta señora hasta la puerta de su casa, y vámonos a cenar, que estamos desfallecidos.

Así lo hicieron, y Segismundo extremó sus amorosos aspavientos en la puer-

ta que muy a pesar suyo no podía franquear.

—Donata, como buen creyente—murmuró apretándole la mano—, yo siempre espero... La fe y la esperanza están en mí. Sólo me falta la caridad que veo en usted sin poder alcanzarla.

—Si es usted razonable, Segismundo —dijo la negra dama Dolorosa, abandonando sus dedos inertes en la cálida mano del joven—, seguiré estimándole; no le diré que ponga punto en la esperanza. Adiós; una cosa les recomiendo al despedirles: que no vayan mañana al entierro de ese príncipe masón. Habrá palos, correrá la sangre de culpables y de inocentes... Domiciana lo ha dicho... Sangre inocente es la que lava... Adiós, pollos alocados, adiós.

Y con un saludito de su mano bella se metió en un portal lóbrego, muy cercano a la iglesia del Cristo de la Salud.

XII

—Esta pájara—decía Segismundo, calle arriba—hace siempre su nido en casas de clérigos. Hay que asaltar el nidal o sacarla de él con arte mañoso, y luego dejarla libre para que busque otro sagrado refugio, que hallará al primer vuelo.

En el café se encontraron a Felipe Ducazcal, que también allí cenaba con algunos amigos militantes en el famoso bando de la *Porra*. Y el capitán de ésta, coincidiendo con la *Ecuménica*, vaticinó que en el entierro menudearían los palos, por causa del metimiento de los masones en acto tan serio.

—Si queréis libraros de un porrazo —agregó con su habitual petulancia—, venís a la *Porra*.

Luego llevó su tributo al inagotable caudal de comentarios sobre la tragedia del día 12.

Como dijera uno de los presentes que ninguna persona de la familia del infante se hallaba en Madrid, Felipe afirmó que el hijo mayor llamado también Enrique, subteniente de Húsares, no había salido de la Corte. En la mañana del domingo tuvo sospechas de que su padre se batía con Montpensier, y salió a caballo, acompañado de su primo, el hijo de Güell y Renté, dirigiéndose a los Carabancheles. En el camino encontraron al de Orleáns, que volvía de la tragedia, con su séquito de médicos y padrinos... Siguieron los dos jóvenes, y antes de llegar a donde querían, alguien les enteró del funesto desenlace. Ciego de ira, volvió grupas el que ya era huérfano, con la temeraria idea de alcanzar al de Montpensier, retarle a un juicio de Dios, repentino, sin trámites ni etiquetas ociosas, y arriesgar su vida juvenil en el empeño de vengar a su padre... Amigos y deudos le atajaron en esta generosa insensatez, y cuando su corazón se deshizo en un dolor sin consuelo, le llevaron a la casa de su tío el duque de Sesa.

Muy al tanto de la vida y andanzas de don Enrique estaba el fantástico Ducazcal, o lo decía y aseguraba, declarándose íntimo del desgraciado Borbón. Todo lo sabía, y con desenfado airoso hacía las veces de Historia palpitante.

—No están en lo cierto los que asignan a mi amigo cincuenta años de edad; sólo tenía cuarenta y siete, pues nació en abril del año veintitrés... Sus hijos menores, don Francisco y don Alberto, se hallan en París, en el Liceo Napoleón, que antaño se llamó de Enrique Cuarto. La niña, doña María del Olvido, que sólo cuenta diez años, allá está también, en uno de los mejores colegios de señoritas. Y en París viven, al cuidado de los hijos, los criados fieles del infante, Camilo Carsy y Eugenia Saint-Blancat... A los dos les he conocido y tratado bastante aquí. Son excelentes, y de inquebrantable adhesión a la familia... Don Enrique vino a Madrid con ánimo de cerrar el paso a la candidatura Montpensier. El mismo me ha referido lo que le dijo doña Isabel al despedirle... Porque habéis de saber que la reina le quiso siempre... ¡Ay, qué cosas os contaría si tuviéramos tiempo por delante! Yo lo sé todo... Las desavenencias en la familia, las amarguras y reconcomios de este caballero vienen de que debió casarse con Isabel... Pero entre la Cristina, Luis Felipe de Francia y el *Espadón* de acá, deshicieron la obra santa del amor para urdir la de la maldita razón de Estado...

Interrumpió Segismundo a Felipe con estas cortantes razones:

—Todo eso que nos cuentas es información de segunda mano, pues no fuis-

te tan amigo del Borbón como dices, ni poseíste su confianza. No eres más que portavoz del capellán de las Descalzas, señor Pulido y Espinosa, el cual me ha contado también a mí lo que acabamos de oírte. No te des tono, haciéndote pasar por fuente histórica. Tú y yo no somos más que los primeros bebedores de las aguas de la verdad.

—Pues me has descubierto, querido Segismundo—replicó Ducazcal con llaneza y frescura—, declino mi originalidad... Es muy desairado contar de referencia. Sin pensarlo, se hace uno el propio cosechero de las noticias de importancia. En fin, lo dicho, dicho, bajo la fe y autoridad del capellán señor Pulido. Por él sabrás tú, como yo, que uno de los mejores amigos del infante ha sido Espartero.

—Y que don Enrique conservaba cartas del ex regente llenas de respeto y cariño. Una de ellas, escrita el cuarenta y ocho en Londres, es digna de pasar a la Historia. Ambos se hallaban desterrados en distintos países. El moderantismo furioso mangoneaba en España...

—Y en su carta al infante, Espartero le decía...

—Le decía... Ya no me acuerdo... El señor Pulido retiene en su memoria las ideas, mas no los conceptos.

—Lástima que esa carta se pierda...

—Se perderá. La muerte del hombre —dijo Segismundo con triste sagacidad—suele apagar todas las luces que iluminaron su vida.

Por fortuna, no se apagó aquella luz y el narrador puede alumbrar con ella el cuerpo exánime del príncipe sin ventura. La carta de Espartero dice así:

—«Serenísimo señor: Cuando el infortunio que a tantos españoles agobia alcanza también a vuestra alteza, considero un deber manifestar el profundo sentimiento de que me hallo poseído al ver arrojado a un país extranjero al príncipe adherido a la causa del pueblo... Consagrado yo al servicio de la Patria, he cuidado poco de los bienes de la fortuna. No me es dado por lo mismo el hacer ofrecimientos espléndidos. Pero si lo que yo poseo puede contribuir a suavizar la suerte de vuestra alteza, disponga de ello con tanta franqueza como yo empleo de sinceridad en ofrecérselo... Ver a vuestra alteza restituído a la Patria con la consideración debida a su alto rango, es el deseo ardiente del más atento y respetuoso servidor de vuestra alteza, cuyas manos besa.—El capitán general, Baldomero Espartero.»

Lo demás que hablaron Segismundo y Halconero en la ociosa compañía de los *cachiporros* perdióse en el vago aire de las tertulias cafeteras. Al día siguiente, lunes 14 de marzo, encontramos a nuestro amigo Vicente en la casa del infante, esperando la salida del entierro. Sobre el ataúd cerrado se había puesto un crucifijo de bronce, el sombrero y la espada de vicealmirante; los emblemas masónicos habían desaparecido. En marcha se puso la fúnebre procesión... El día era ventoso y claro. En la calle no faltaba gentío popular; coches de lujo había muy pocos; personajes de viso, tan sólo el duque de Sesa, el hijo de Güell y el capellán de las Descalzas, que presidían. Uniformes de Marina no se veían por ninguna parte; altos funcionarios, tampoco. Algunos respetables sujetos de la masonería salieron con bandas y mandiles; pero pronto hubieron de quitárselos y esconderlos, obedientes a un mugido del pueblo, acentuado por las mujeres. Contó Segismundo que una desaforada hembra de Lavapiés había gritado:

—Que se metan el faldón de la camisa.

Por entre ringleras de curiosos, iba la negra carroza, paseando su desairado acompañamiento, que era en verdad bien pobre para difunto de estirpe tan alta. Lo que llamamos mundo oficial se había quedado en sus cómodas oficinas; la grandeza, en sus palacios; los caballeros de la Armada, en el pontón anclado en calles que llamamos Ministerio de Marina; el Ejército, en Buenavista; la Milicia Nacional, en sus ociosidades bullangueras; las autoridades, embozadas en sí mismas, y los ricos, que colectivamente designamos con el nombre de alta banca, retraídos en el sagrado de su cuenta y razón. El pueblo solo asistía, melancólico, desorientado y sin arranque, en masas no muy nutridas, pues no se le había preparado para el acto. La sociedad revolucionaria que en aquel año imperaba se mantuvo perpleja y muda, asustada de los arrumacos masónicos. Era tarda en formar criterio; su cerebro hallábase atarugado

con las mareantes disputas por los candidatos al Trono y con el más enconado litigio de la forma de gobierno. El mundo aquel de la interinidad había caído en honda modorra, congestionado por sus pasiones furibundas. No hacía más que rumiar sus ideas, como un buey soñoliento.

Vicente y sus amigotes iban contando las personas conocidas asistentes al entierro: Montero Telinge, con sus barbas de Isaías; García López, con su atildada frialdad; Díaz Quintero, Sánchez Borguella, Barcia, Blanc, Bernardo García y otros muchos de significación radical. Los de la cuerda templada se podían contar por los dedos de ambas manos... En la Puerta del Sol hubo un poco de atasco y barullo. El coche fúnebre se paró junto al pilón, y en la muchedumbre, que en dos filas se apiñaba, se iniciaron carreras con tumulto y chillidos. Por fortuna se calmó pronto el oleaje. Del grupo bullicioso en que Halconero iba, se separaron, por oscilación mecánica de la multitud, Segismundo, Ducazcal y otros jóvenes, quedando solos el hijo de Lucila y Enrique Bravo.

En la corta parada, Bravito sacudió el brazo de Vicente, dirigiendo la atención de éste hacia unas mujeres que formaban en la primera tanda de apretados mirones.

—Allí tienes—le dijo—a la Eloísa, con Paca la *Africana* y otras tales. Míralas: nos han visto y se ríen. La Eloisilla rompe filas para venir a hablarte... ¡Pobrecilla! La tienes muy olvidada.

En efecto: a Vicente se acercó una linda joven, de esbelta figura y agraciado rostro, y sin melindre se le colgó del brazo, soltándole estas acaloradas expresiones:

—¡Bandido, ladrón; tres siglos, tres meses sin ir a verme! Desde el día de los Inocentes no he visto a mi *Vicentíbiris*. ¡Faltón, perdulario, *ingratíbiris!*

Su lenguaje era como el de los pájaros; su acento, sentido y risueño: a un tiempo le reconvenía y le acariciaba.

Halconero estrechó con afecto la mano blanca, y por un instante admiró el bello rostro de exquisito corte y finura, los ojos azules, la expresión inocente de la pobre mujercita en quien se juntaban las apariencias angelicales con la moral más desconcertada. Eloísa siguió así:

—No te suelto si no me juras por tu salvación que irás a verme. ¿Te espero, *granujíbiris?* ¡Tres meses sin acordarte de tu *silfidíbiris*, tan chalá por ti!

Afable y cariñoso le contestó Vicente que sí, que a verla iría prontito, y diciéndolo pensaba en las cosas que le habían pasado en aquel lapso de tres meses: el conocimiento con Fernanda, su admiración de la hermosa mujer trágica, su pasión repentina, las ansias de aquellos lúgubres días de enero, la muerte, en fin, del *Lucero de la tarde*... No hubo tiempo para más, porque el carro fúnebre siguió, avivando la marcha, en dirección de la calle de Carretas. Halconero se despidió de la grácil y tierna Eloísa; despidióse también Bravito de la *Africana* y de las otras, echándoles familiares saludos, a que todas contestaron con gestos y sonrisas de picante franqueza.

Dejándose llevar en la pausada corriente del entierro, el hijo de Lucila no podía echar de su mente a la sentimental diablesa, parecida externamente a los ángeles, y dió en traer a la memoria el cómo y cuándo de su conocimiento. Fué por Todos los Santos. Bravo había sido el introductor. Sobrevino del primer encuentro un ardiente apego por una parte y otra. Halconero se dejaba colar por simpatía y también por estímulo cerebral, procedente de sus amores literarios... Realizaba la *Vida de Bohemia* y otras vidas de cortesanas remojadas en el Jordán de la poesía... La pasión de ella era más intensa, más arraigada en el corazón. Deciale a Vicente que le amaba con locura, y éste pudo creerlo en algunos instantes... Al fin, tras devaneos y embriagueces, que no duraron más de cincuenta días, el galán vió a Fernanda y contrajo la grande y definitiva dolencia de amor, con fiebre y delirio. Las relaciones corporales con Eloísa quedaron desde aquel punto cortadas bruscamente y disueltas en el olvido.

Reapareció de improviso la graciosa *silfidíbiris* en el fondo de un cuadro fúnebre, y la visión despertó en el guapo mozo memorias que no eran desagradables... Eloísa encarnaba en su persona la más absurda paradoja que pudiera imaginarse, pues su depravación pública no se acomodaba con la fineza ideal de su ser físico. Inmóvil y callada, era

un perfecto tipo de distinción aristocrática; la palabra y el gesto descomponían el artificio, y ya no era más que un ser desgraciado, errante en el laberinto de las liviandades del hombre. Con estos pensamientos enlazó el joven otros pertinentes al vacío sentimental de su alma. Acordóse de la señora y niñas que en la calle había visto el día anterior. En falta estaba con Gracia, lo mismo que con Demetria, y más aún con el amadísimo don Santiago, padre del *Lucero de la tarde*. Hizo, pues, ante su conciencia juramento de pagar sin perder día la deuda de urbanidad.

En la calle de Toledo, donde el duelo se despedía, redújose bastante el acompañamiento. Halconero y Enrique siguieron en simón hasta el camposanto, y reunidos allí con los amigos dispersos, entraron tras el cadáver hasta el lugar del sepelio. Dominaba en la concurrencia la humanidad de chaqueta o blusa, y el recinto lúgubre y los fríos patios, embaldosados de rotas lápidas mortuorias, se animaban con tanto ruido de pisadas enérgicas y de vivo lenguaje... Antes de encasillar el cuerpo de don Enrique de Borbón en un nicho de la horrible estantería sacramental, le rezó un responso el señor Pulido, rodeado de los parientes y allegados del muerto. El susurro de las preces dió al acto severa solemnidad... Gemían los goznes del negro portalón de ultratumba...

Fuera del cementerio, mientras las cabezas del duelo requerían sus coches para volverse a Madrid, el pueblo se derramaba por los cerros próximos a la ermita del Santo, juntándose con innumerables gentes que subían de la pradera. Y si en las exequias del príncipe de Borbón faltó la militar pompa y enmudecieron cañones y fusiles, en cambio, estalló ruidosa tempestad popular con truenos y relámpagos oratorios. Aquí y allí lanzaron sus anatemas improvisados tribunos, y de la turbamulta se destacó al fin uno que impuso atención y silencio, soltando a los aires su voz, bien timbrada, y sus detonantes razones. Era Luis Blanc, joven que por su apellido parecía revolucionario francés, y lo era español de los más desahogados y atrevidos. Pequeño de cuerpo, de rostro agradable y sugestivo, completaba su persona con una palabra audaz que se disparaba sin saber adónde iba.

Empinándose sobre las ruinas de una tapia, empezó diciendo que hablaba por obedecer al pueblo soberano... Hablaba para manifestar ante el pueblo que su presencia en aquel sitio no significaba que acompañase a un Borbón a su morada postrera; singificaba el respeto a un español muerto por la mano de un francés... Don Enrique había perecido de un modo misterioso, cuando ya estaba secretamente elegido presidente de la República... Griterío aterrador y palmoteo acogieron estas palabras: el aire quemaba, la tierra se estremecía con el ardiente resuello popular. Calmó Luis Blanc los atroces vientos recomendando que se disolviese la reunión con el mayor orden. El pueblo no es enemigo del orden, y lo reclama y practica en el ejercicio de las sacrosantas libertades.

—Orden, señores, para que no digan..., para que no vengan diciendo que somos la demagogia, que somos el libertinaje...

A pesar de la sensata indicación del orador, el pueblo no se retiraba con la debida compostura, ni cesó el relampagueo de protestas y tronicio de aislados discursos. Del tronco de un árbol caído hizo púlpito un imberbe mozo, y emprendió con voz fogosa y ademanes epilépticos el panegírico de la santa masonería. Alelados le oían hombres y mujeres, y él se arrancó con este atrevido pensamiento:

—Pío Noveno se tiene aún por francmasón, aunque hace tiempo se le borró de los cuadros jerárquicos de la Orden, por considerar al rey de Roma incompatible con la fraternidad humana. ¿De qué os asombráis? ¿Por qué abrís con estupor de ignorancia vuestras bocas? Meditad en lo que digo, y la razón entrará en vuestros oscuros entendimientos. No me miréis con ojos atónitos. Sobre las aguas turbias de la ignorancia flota la verdad. Si buscáis a Dios en el fanatismo sacerdotal, nunca le encontraréis... Buscadle en las almas sencillas de los que sufren, de los que lloran... Vuelvo a deciros que Pío Noveno es francmasón. ¿Y por qué no ha de ser francmasón el llamado Papa, habiéndolo sido nuestro padre Adán, Moisés y el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, que extrajo de los libros masónicos todo lo bueno que encontramos en los Evangelios?...

XIII

15 de marzo.

Obediente a su madre, Lucila, obediente a su conciencia y a un vago deseo de embellecer la vida, llamó Vicente Halconero a la puerta de la casa en que moraban los Iberos y Calpenas (calle del Barquillo). Eran las cuatro de la tarde. Los señores habían ido de paseo. Volvió el caballerito por la noche, después de comer, y a todos encontró y de todos fué recibido con alegría cordial. Abrazado tiernamente por Gracia, estuvo a punto de llorar viendo la aflicción de la pobre madre. Demetria le habló de Lucila, encomiando con ardor su belleza, su dulce trato, y reconociéndose igual a ella en el gusto de las artes del campo y en la chifladura de sacar pollos. Ibero y don Fernando, tocando la tecla política, pidieron a Vicente noticias del mundo plebeyo, federal y masónico que frecuentaba, dándole a entender delicadamente que en tal sociedad no hallaría nunca su ambiente propio un espíritu cultivado.

Dspués de picar en diferentes asuntos, los dos caballeros se fueron a la tertulia de Beramendi. Entraron otras personas que luego se darán a conocer, y Vicente pudo platicar aparte con las niñas Pilar y Juanita. Ambas le cautivaron por su exquisita educación, en que se armonizaban la gravedad y la soltura. Sin ser beldad estupenda, Pilar lo parecía por la esbeltez de su talle y la admirable composición de su rostro, en el cual, con facciones vulgares, se producía un hechicero conjunto. La blancura de su tez y el opulento cabello castaño eran los toques definitivos de su linda persona. Más pequeña de talla y menos viva que su hermana era Juanita, que aún no llevaba al ras del suelo la falda de su vestido. En los ojos de ambas veía el buen Halconero un fugaz destello del mirar de Fernanda; llegó a creer que el alma de la trágica damisela jugaba al escondite con el alma de sus primas, así cuando éstas reían como cuando se ponían serias.

Al poco rato de vago charlar con el nuevo amigo de la casa, reveló Pilar su genio sutil y vivaracho... Mejor que describiendo y perfilando sus caracteres, el narrador dará existencia real a las niñas de Calpena dejándolas que hablen y se presenten a sí mismas.

—Oiga usted, Halconero—decía Pilarita—: ya sabemos que se pasa usted la vida tragando libros franceses, o libros ingleses y alemanes traducidos al francés. Dice mi padre, y no se ofenda, que tanta lectura extranjera podía indigestársele a usted. Nosotras, como nos hemos criado en Burdeos, hablamos el francés lo mismo que el español. Y tan lo hablamos, que mi hermana, como usted habrá notado, arrastra un poquito las erres... Pues a mi padre, que es el hombre más español que se conoce... entre paréntesis, sepa usted que le gustan muchísimo los toros y no pierde corrida... Pues mi padre, como le digo, nos ha quitado aquí todos los libros franceses que traíamos, dejándonos tan sólo dos o tres... y nos ha obligado a leer el *Romancero* dos veces; tres veces, el *Quijote*, y de lo moderno nos tiene a ración diaria de las *Leyendas* de Zorrilla y de las *Doloras* de Campoamor... Veo que usted se ríe... Sin duda, nos tomará por unas brutas... ¡Ea!, no se nos vaya a enfadar por eso... Y si se enfada, ¡qué hemos de hacerle!... Ya sé que usted se surte de ilustración en la librería de Durán. Lo que le digo es que hace días fuimos allá nosotras a comprar las *Novelas Ejemplares*, de Cervantes..., y no las había..., sí, las había; pero no más que en una edición grandota que cuesta cuarenta duros.

Risueño y encantado, les contestó Vicente que el españolismo literario de sus nuevas amiguitas significaba una hermosa revelación. Ya comprendía que él, por tan aficionado a lo extranjero, era el verdadero *bárbaro*, y que de ellas tomaría lecciones: sería su discípulo...

—Oiga, Vicente, oiga...—dijo la menor—. Ya sabemos que es usted aficionado a la Mitología. Nosotras tenemos un libro chiquitín francés de esas cosas... con algunas láminas... Yo soy muy mitológica, y me entretengo con las mentiras de aquellos dioses pícaros y de aquellos héroes... ¡Ay, qué líos arman!... Yo digo que son hombres poéticos... Lo que más me llama la atención es que Neptuno, con su corte de ninfas, pudiera vivir dentro del mar... La verdad..., ¡qué lindas son las musas... y el tal Cupido, qué mono!

Vicente se declaró también mitológico, y diciendo a sus amiguitas que el libro de ellas era un manual insignificante, ofrecióles el suyo, y cumplió a la noche siguiente regalándoles su grandiosa obra de *Mitología griega*. Después de hojearla, viendo las admirables estampas, Pilar pasó por lentas gradaciones a otro asunto. Habló de su prima Fernanda, y con expansiva crueldad puso sus delicados dedos en la llaga que aún sangraba y dolía. No pudo Halconero evadir la triste conversación, y con austero laconismo y sinceridad hizo a las niñas un resumen de su breve y tiernísima historia, desde que conoció al *Lucero de la tarde* hasta que lo dejó encerrado en el niño de San Justo. Juana oyó el relato mirando al historiador con asustados ojos, y Pilarita derramó no pocas lágrimas. Al punto dijo:

—Yo quise a Fernanda después de la tragedia tanto o más que antes la quería... Pero no hablemos de esto ahora, que ya mi tía Gracia nos está mirando... Tú, Juana, discurre algo que nos haga reír... y usted, Vicente, cuéntenos otras cositas de su vida que no sean dolorosas.

Y en la tercera visita, ya establecida una discreta confianza, Pilar dijo al caballero:

—Esta noche, señor don Vicentito, tengo que pedir a usted un favor.

—Concedido antes de saber lo que es.

—No se comprometa tan pronto. Tenga cuidado, que si le cojo la palabra no va a tener más remedio que cumplir... El favor será para mí de gran precio; pero si usted se pone tontito y no quiere concederlo, tendré paciencia, y por ello no hemos de enfadarnos... Conque no suelte prenda y pregúnteme qué favor es... Pues es... Ya está rabiando porque se lo diga... Bueno: rabie una chispita más... No, no quiero que se caliente esos cascos tan llenos de ilustración... Allá voy... Sé que usted ha escrito un *Diario*... Lo empezó el uno de enero, y en él ha ido apuntando todas sus impresiones, todos sus secretos... Sé que a nadie ha dejado ver el librito de esas memorias... Pero alguien que le quiere a usted mucho lo ha visto, y a mí me han entrado ganas de verlo también... Soy muy impertinente, ¿verdad? ¡Ay, pobre Vicentito!, ya le cayó quehacer.

Sorprendido y desconcertado, respondió Halconero que su *Diario* no era más que un juguete de estudiante... No quería que nadie lo viese... Lo había escrito sin reparar en las incorrecciones, amontonando idea tras idea, dejando correr lo absurdo entre lo razonable... A esto dijo Pilarita:

—Ahora lo comprendo todo. Usted no quiere enseñarme su libro, porque en las últimas fechas ha puesto algo que va con nosotras... por ejemplo: Hoy, día tantos, he visto en la calle a esas desaboridas señoritas de Calpena, y...

—Sí, sí—replicó Vicente—; pensaba poner eso y algo más: que las niñas de Calpena me resultaban atrozmente antipáticas... Pero me ha faltado tiempo... Todo se andará; y ahora, pues empeñé mi palabra, le traeré a usted lo que desea, para que se ría de los disparates que pensé y escribí... Sólo pongo una condición. Que usted me devuelva el *Diario* después de leerlo, o que lo queme o que lo guarde, sin enseñarlo a persona viva.

Aceptada por Pilarita la triple condición, Halconero le llevó a la noche siguiente el arca de sus secretos, con lo que bien pudo decir que le había entregado su alma.

En los comienzos de su intimidad con los Iberos y Calpenas, no iba Vicente todas las noches a la casa de la calle del Barquillo. Pensaba, con buen juicio, que no era delicada la puntualidad. Mas transcurrida una semana, suprimió por consejo de su madre los discretos paréntesis y quedó abonado a la tertulia y al dulce platicar con las donosas niñas. De ello se holgaba enormemente Lucila; que así se iba desprendiendo el chico de las groseras amistades, para entrar de lleno en el mundo y sociedad que le correspondían. Y él apreciaba ya las ventajas del cambio, dándose cuenta de una feliz transfusión de sus ideas. El vacío sentimental se le disminuía gradualmente, y su alma descansaba de los tormentos del pensar solitario, devorándose a sí mismo. Cesó, además, en la febril lectura, que ya tragado había bastante alimento en letras de molde, y se sentía mejor nutrido con la fácil asimilación de las letras vivas, hechos y personas.

Y no se concretaba el joven al cuchicheo galante con Pilar y Juanita, y otras agradables damiselas, las de Trapinedo,

las de Lantigua, las de Monteorgaz; sino que se metía en el ruedo político formado por el coronel y don Fernando con diferentes señores de grave continente y charla sesuda. En la mayoría de éstos advirtió Halconero la tendencia alfonsina. Sin rechazarla como solución que impusiera la dura necesidad, Calpena reservaba su preferencia para un príncipe de la casa de Saboya, si teníamos la suerte de vencer las dificultades de España y escrúpulos de Italia.

A la semana de trato, alguna tarde paseaba Halconero con Demetria y sus hijas, haciéndose el encontradizo en la Castellana o en el Retiro. Y antes de estos gratos encuentros, don Fernando le hizo el honor un día de pasear con él en el Prado y llevarle después al Congreso, a ver de cerca la comedia política, que ya era familiar y soporífera, ya de intensa vibración dramática. Por cierto, que el señor de Calpena le cautivaba por la delicadeza y distinción de su trato. Era sin duda la persona de más noble prestancia que Vicente había visto en su vida. Por algunos días rondó su mente la idea de semejarse al modelo con una discreta imitación; pero luego hubo de caer en la cuenta de que, para realzar la nobleza ingénita de su ser, le bastaría la proximidad al maestro sin necesidad de copiarle servilmente.

En una de sus visitas al Congreso, tuvo el hijo de Lucila la suerte de presenciar la famosa sesión que en la historia parlamentaria quedó con el nombre de San José, porque empezada en la tarde del 18 de marzo, no acabó hasta la madrugada del 19. Don Fernando, que con él estuvo en la tribuna, se cansó del largo debatir, y se retiró a las nueve de la noche con la presunción de que Prim perdería la batalla. Ibero volvió después de comer, y lo mismo hizo Halconero... Vivamente se interesaba don Santiago por el jefe del Gobierno, con quien había reanudado antiguas amistades, y eran de esas que toman su fuerza del compañerismo militar, en juveniles andanzas de guerra con gloria y peligros. Tenía Ibero a Prim por un segundo ídolo, pues como primero figuraba siempre en su alma el duque de la Victoria, y al llegar aquella comprometida ocasión, en que peligraba la supremacía política del hombre de Los Castillejos, no tenía sosiego hasta ver qué daba de sí el fiero empuje de las revoltosas mesnadas con quienes tenía que habérselas el bueno de don Juan.

Mientras Halconero permanecía en la tribuna aguantando el nublado de discursos, don Santiago andaba de fisgoreo en el salón de conferencias y pasillos, asomándose a ratos a las mamparas, de donde apreciar podía el giro del combate... Véanse ahora las causas, véanse las ambiciones que movían todo aquel cisco. Estaba el Gobierno a la cuarta pregunta. ¿Cómo tapar los agujeros abiertos en el Tesoro por las recientes sublevaciones carlista y federal? ¿Cómo acudir con hombres y dinero a la urgente obligación de atajar a los insurrectos cubanos? No hubo más remedio que sacar el dinero de debajo de las piedras, y las únicas piedras que guardaban a la sazón el dinero buscado por España era un grupo de negociantes que usureaban con el rótulo de Banco de París. No tenía Prim otro santo a quien encomendarse, y aceptó su auxilio, no porque fuera bueno, sino porque era el único que en aquel temporal de descrédito se le ofrecía.

En estos apuros del Gobierno, y en lo que éste hacía para dominarlos por el momento, vieron los unionistas la mejor coyuntura para dar el encontronazo a sus aliados los progresistas y demócratas. Juntos habían hecho la revolución; en dulce contubernio habían gobernado desde septiembre del 68; llevaba Prim mucho tiempo con la mano potente en la caña del timón. En su belicosa actitud, los unionistas y conservadores vieron el cielo abierto con el apoyo que les daban los federales echando del lado conservador la cuantía y el peso de sus votos. Porque los federales de aquel tiempo, como todo partido español avanzado, padecían ya el mal de miopía, o sea, el ver de cerca mejor que de lejos. Jamás apoyaban a sus afines; en éstos veían el enemigo próximo, y cerraban contra él, descuidados del enemigo lejano, que era en verdad el más temible. Pues, señor, de cualquier modo que se sumaran por una parte y otra los votos probables, resultaba derrotado el Gobierno.

Halconero presenciaba desde la tribuna el tiroteo parlamentario. Oyó un grande y magistral discurso de Cáno-

vas, otro muy sustancioso y ático de don Manuel Silvela; oyó a Figuerola, a Santa Cruz, a Ulloa. Dándose unos a otros la denominación de elocuentísimos, y arrojándose el incienso de traidora cortesía, se destrozaban cruelmente, y el Gobierno llevaba la peor parte... No tenía hueso sano, y el banco azul despedía olores de matadero... Pero poco antes de las dos de la madrugada se levantó Prim en la cabecera del banco, y entre despojos lució su faz verdosa y sonó su palabra guerrera y cortante. Habló poco tiempo, con frase dura, con lógica de hierro... Presentó la cuestión en su aspecto político y financiero, en su aspecto moral, todo ello con rápida flexibilidad oratoria; y al final, sacando y poniendo sobre el pupitre, no ya los argumentos, sino otras varoniles razones vigorosas, vino a decir poco más o menos:

—Nunca pensé que los que fueron nuestros amigos y colaboradores vinieran a darme esta batalla... Ya sabéis las dificultades que he tenido que vencer, los cargos que se me han hecho, las consideraciones que he debido guardar a todos..., los consejos, las súplicas... Si queréis guerra, no me queda que hacer más que decir también: *guerra.*

Y terminó esgrimiendo la espada de Los Castillejos, convertida en esta frase refulgente: ¡Radicales, a defenderse! ¡El que me quiera, que me siga!

A votar, a votar... Ganó el Gobierno por 123 votos contra 117... ¡Seis votos de diferencia!... ¿De quiénes eran aquellos seis votos?

XIV

—Verás lo que ha pasado—dijo el coronel Ibero a su amigo Vicente, cuando embozados en sus pañosas salían del Congreso entre dos y tres de la madrugada del 19 de marzo—. Como he pasado la noche entre bastidores, he visto el manejo de la maquinaria. ¿Por qué sortilegio diabólico se cambió la suerte, y los 123 votos que las oposiciones creían suyos pasaron a ser del Gobierno? Vas a saberlo. Hay en las Cortes una fraccioncita de cinco, seis o siete individuos que se han puesto el rótulo de independientes... Ya sabes cómo califica el marqués de Albaida a los independientes, descomponiendo la palabra... Pues estos caballeros que tal nombre se dan, son familiarmente conocidos con el apodo de los *Perlinos*, porque en ciertos días se reúnen a comer en el café de la Perla. Son, en puridad, pretendientes disgustados: uno lo está con Sagasta, porque le negó no sé qué favor; otro, con Rivero, porque no le despachó tal o cual expediente. Lo cierto es que se han juramentado para constituirse en grupo atrabiliario, o en puercoespines políticos que no se casan con nadie.

Refirió Halconero que en la tribuna de los periodistas, adonde se pasó para estar con Segismundo, oyeron, a eso de la una, voces tremendas que muy cerca sonaban. Preguntado el ujier, éste les dijo: «Son los señores *Perlinos,* que están en la sección sexta.»

—Sabrás ahora quién daba esos gritos—prosiguió Ibero—. En el salón de sesiones, los amigos del general y los secretarios de la Mesa contaban y recontaban los diputados adictos y no adictos para poder anticipar el resultado de la votación. La cuenta no salía..., faltaban votos... En esto dijeron a Prim que los independientes estaban reunidos en una sala de arriba, y que se abstendrían o votarían en contra... Montó en cólera don Juan, y llamando a su amigo el doctor Mata, que, según parece, tiene algún ascendiente sobre los puercoespines, le dijo:

—Perico, vete a la sección sexta y no bajes sin traerte a esos majaderos a paso de carga, y si se resisten, subiré yo por ellos.

Los gritos que oíste los dió Mata poniéndolos de vuelta y media por no querer votar con la mayoría, como era su deber. Ello fué que todos menos uno entraron por el aro... Me río yo de ciertas independencias cuando hay un pastor que sabe conducir las manadas de hombres... A la voz de radicales a defenderse, balaron todos el voto, y se salvó la situación..., se salvó la patria.

Añadió el coronel que Prim era la clave de la libertad y del porvenir de España, y que si aquel hombre faltase, volveríamos, tarde o temprano, al reino de las camarillas, bajando de tumbo en tumbo hasta ponernos otra vez debajo de las tocas de sor Patrocinio y del solideo del padre Claret. Lo que parece vencido y muerto no lo está, y a cada

momento sentimos el resuello del fantasmón que quiere volver a darnos guerra y a metérsenos en casa... De este asunto pasó el coronel a otro que particularmente le interesaba, y era que Prim quería traerle de nuevo al servicio activo. Base principal de su política era tener a su lado a todos los hombres de probada lealtad y firmeza... Locuaz estaba don Santiago aquella noche. No bastándole el corto trayecto del Congreso a su casa para desahogar su mente congestionada, se pasearon un rato entre la plaza del Rey y la entrada al Ministerio de la Guerra por el Barquillo, dándose el uno al otro sus opiniones sobre el grande hombre que regía las Españas. Después de apurar los conceptos encomiásticos, Halconero puso una sombra en la espléndida figura del presidente del Consejo, y fué de este modo:

—Grande admiración debemos a Prim por su energía, por su buen tino como pastor de pueblos y por su habilidad o astucia política; que en él se manifiestan reunidos el león v el zorro. En alto grado posee el valor, la inteligencia; pero los sentimientos de moralidad..., de esa moralidad que debemos llamar pública, no están en él muy claros... El hombre se va con Maquiavelo, sin comprender que el maquiavelismo no encaja en el genio, en los humores, como dice Mariana, del pueblo español. La idea de vender a los Estados Unidos la isla de Cuba es un alarde de positivismo llevado a las últimas consecuencias, y ese positivismo será siempre mirado como una ignominia en esta nación romántica que ha sabido conquistar colonias y perderlas; pero venderlas, no, mi querido don Santiago.

—También oí yo esa monserga de la venta de Cuba—dijo Ibero en tono displicente—; pero no lo he creído. Recordarás que hace pocas noches, en casa, hablamos de esto a Marcelo Azcárraga, jefe de la Sección de Campaña en el Ministerio. De él y de Sánchez Bregua se dice que son los brazos de Prim... Pues Marcelo, al oírlo, rezongó malhumorado: «No debe hablarse de semejante asunto sin conocerlo a fondo.»

—Bien comprende usted, mi coronel, que don Marcelo no ha de decir cosa alguna que sea depresiva para su jefe. El mal humor de ese señor y el de otros adláteres de Prim demuestran que lo de la venta es verdad. ¿Y cree usted que se vende un pedazo de España con sus habitantes como se vendería una dehesa con sus rebaños? Los millones que cogiera España por ese negocio se le desvanecerían como el humo.

—En eso estamos conformes... Y de veras te digo que, cuando oigo hablar de vender un lote del solar español, me corre un cierto escalofrío por el espinazo, y se me salen a la boca las expresiones de ira que son verbo patriótico para nosotros los aragoneses... Yo, no obstante lo que se dice, pienso que Prim no es hombre que se ponga, como quien dice, enfrente de la vergüenza nacional. Yo te prometo que he de enterarme de lo que haya..., pues, sin duda, algo se ha tratado que pudo motivar esos desatinos. Las ideas más altas pueden, hijo mío, convertirse de honradas en afrentosas al pasar de la mente de un grande hombre al magín desconcertado del vulgo... Y ya sabes, tú lo has dicho: en ciertos terrenos toda España es plebe.

Con esta sensata resolución de buscar elementos de juicio, aconsejada por la lógica y la hora (las tres y media de la madrugada), se despidieron, y cada cual se fué a buscar su descanso.

En lucha interna vivía por aquellos días el coronel Ibero, solicitado por Prim para volver al servicio de la patria y requerido por su propio espíritu a la quietud y al cuidado de sus haciendas. Gracia, que al oír las primeras indicaciones de don Marcelo, mandatario de Prim, había sentido repugnancia de ver a su amado esposo en los trajines militares, se dejó al fin picar de la ambición. El ascenso a brigadier no se haría esperar; y luego mariscal de campo y teniente general, como tenerlo en la mano... El principal motivo de que don Santiago quisiera terminar sus días en la vida privada era el aplanamiento en que le habían dejado la desaparición de su primogénito y la muerte de Fernanda. Acerca de esto, Demetria y su esposo, don Fernando, opinaban que la actividad marcial sería para las heridas del alma mejor medicina que el vivir sedentario...

En estas dudas, inclinándose a ratos de una parte, a ratos de otra, Ibero iba muy a menudo a Buenavista, donde disfrutaba el privilegio de la franca entra-

da en el despacho del general. Pensando en sus cosas y en los graves aprietos que, enzarzados unos en otros, le salían al Gobierno, se fué al Ministerio una mañana, en los postreros días de marzo. Llegó al portal de los desmontes de la calle de Alcalá, dejó a la derecha la escalera grande y por una puerta humilde, a mano izquierda, llegó a la escalera de servicio privado, por donde a sus habitaciones particulares subía el ministro y presidente del Consejo. Todos los ordenanzas le conocían. Bastó un simple anuncio para que se le franqueara el paso a la estancia en que Prim despachaba los asuntos corrientes.

—No podías llegar más a tiempo, Santiago—dijo el héroe de Los Castillejos, señalándole el asiento frontero al suyo en la mesa de despacho—. Hace un momento decía yo al amigo Azcárraga y a Sánchez Bregua: «Hoy, que necesitamos a Ibero, verán ustedes cómo viene. Tengo yo una suerte loca para las evocaciones. Me siento magnético... Cuando deseo ver a un amigo, el amigo viene; cuando deseo perder de vista a otro, ese otro se muere o se lo llevan los demonios.» Siéntate, y fuma un cigarro.

La estancia era grande y señoril, sillería y paredes vestidas de seda carmesí rameada de blanco. Fuera de la escocia y techo, en que subsistían pinturas del género tonto-pompeyano, un tono de noble elegancia imperaba en la sala-despacho del ministro. Aristócrata por naturaleza, ya que no por nacimiento, Prim amaba los esplendores suntuarios, y quería convertir el palacio de la Guerra en moradas de príncipes.

A la derecha del general se sentaba Sánchez Bregua, mariscal de campo y subsecretario; a la izquierda, el coronel Azcárraga, jefe de la Sección de Campaña. Los tres vestían de paisano. El subsecretario, terminada la firma, recogía y apilaba los papeles, después de quitar a cada uno los polvos secantes, devolviendo éstos al arenillero.

El presidente del Consejo siguió así:

—Como los pasillos de tu propia casa conoces tú, querido Santiago, los caminos de Estella a Vitoria, de Estella a Laguardia...

Afirmó Ibero que todo aquel terreno se lo sabía de memoria, y por él andaría con los ojos cerrados. Tratábase de adoptar con tiempo las medidas necesarias para cerrar el paso a una partida carlista que, según confidencias recientes, se formaba en las Amézcoas para recorrer y alborotar los pueblos ribereños del Ega... Asesoró Santiago, diciendo que con un par de columnas en Santa Cruz de Campezu y otra en Gauna o Maeztu, bien organizadas y al mando de oficiales conocedores del país, bastaría para destruir cuantas partidas de carcas o de bandoleros salieran de las guaridas altas de Urbasa y Andía.

—No se olvide, mi general, de tener bien guarnecidas las posiciones de Peñacerrada y Pipaón, para cortar en caso preciso, el paso al merodeo en la ribera alavesa, que ha sido siempre la querencia de esos malditos.

Según indicó Azcárraga, para llevar una columna a Santa Cruz de Campezu tendría que sacarla de Vitoria o de Logroño. Con la organización de las fuerzas que había que mandar a Cuba, forzosamente quedarían muy mermadas las guarniciones de las plazas del Norte...

—Y las del Sur—dijo Prim con acento amargo—. Tenemos menos ejército del que pide nuestra guerra interior. Tanto hemos dicho: *¡Libertad, libertad!*, que ahora hemos de gritar: *¡Soldados, soldados!*... O, en otros términos, necesitamos *libertad armada.*

De estos breves conceptos se derivó un diálogo vivo de apreciaciones y recuerdos. El uno relató episodios de Navarra; el otro, de Cataluña o del Maestrazgo, y cada cual puso un renglón en la vaga y amena historia de España. Y, partiendo de aquella documentación fragmentaria, don Juan Prim cogió de la mesa una goma de borrar y un pedazo de lacre, como Don Quijote cogió las bellotas en el convite de los cabreros, y jugando distraídamente con aquellos objetos, sin que esto significara más que un ritmo maquinal o compás de la palabra, dió a la suya rienda suelta, no para celebrar, como el otro, la *edad y siglos dichosos,* sino para lamentarse de los afanados y difíciles que le habían tocado en suerte. Y ello fué en el estilo llano y descosido que usan los héroes de esta edad de hierro y papel, como por la muestra se verá:

—Prefiero, amigos, el tiempo de guerra declarada, con las viseras altas y las caras al sol, a esta paz guerrera en que nos sentimos cercados de enemigos,

sin saber por dónde han de atacarnos, ni con qué semblantes vienen, ni qué arreos traen; paz que no es paz, sino un estado rabioso en el país y en los que lo gobiernan, pues todos rabiamos, todos maldecimos nuestra ineptitud para buscar y encontrar términos de inteligencia... Habrán ustedes visto, como yo, que España padece desde el año anterior una calentura muy alta, que más se enciende cuanto más agua fría tratamos de echar sobre ella con nuestra paciencia y nuestra moderación. No hay templanza que baste; no hay razón con fuerza suficiente para llevar la tranquilidad a este manicomio... Yo creo que pocos han de igualarme en energía y coraje cuando la ocasión lo pida; pero también digo que en paciencia doy quince y raya a los santos del calendario, y haré gala de esta virtud cuando todos se hayan disparado en la insensatez... Pero tengo en mis manos el porvenir de la nación, y la nación ha de decirme algún día: «Juan Prim, no más paciencia, hijo.» Bien a la vista está que nuestro país ha venido a ser una caldera puesta al fuego. El agua hierve... Hace días, Figueras me dijo que prefiere la República más loca a la Monarquía más cuerda y liberal. Yo creo que no dice lo que siente, o que libre de responsabilidad se entretiene en tratar los problemas de hoy con las ideas del siglo *veintitrés*... España sigue hirviendo. Los federales quieren que yo me ponga un gorro colorado y salga por ahí con unas tijeras descosiendo el mapa de España y haciendo cantones como los de Suiza. Yo digo que la Suiza que conocemos no se hizo con tijeras, sino con hilo y aguja. Primero existían los cantones; después vino la nación confederada... ¡Federalismo! ¡Ah!, yo admiro a mi paisano Pi y Margall. Es gran filósofo y hombre de perfecta rectitud y pureza. Pero entiendo que la pureza pura y la recta rectitud no hacen los pueblos, ni los sacan de los atolladeros hondos en que se atascan por obra y gracia de la historia de cada día. La Historia no es filósofa cuando está pasando, sino después que ha pasado, cuando vienen los sabios a ponerle perendengues... Los pueblos no entienden la filosofía cuando están descalabrados, febriles y muertos de hambre. El único filósofo que puede crear obras duraderas es el Tiempo, y nosotros, plantados en un *hoy* apremiante, tenemos la misión de resolver el problema de un solo día... Este día puede ser de veinte, de cincuenta, de cien años...

»El agua española hierve; pero se dan casos en que puedo meter los dedos en ella sin quemarme. Hay entre los políticos actuales alguno o algunos que me dicen: «Prim, no se devane los sesos buscando rey, y pues usted conduce el carro, llévelo por el camino llano y hágase rey de derecho; que de hecho ya lo es...» Oigo estas cosas, y..., como digo..., no me quemo, antes bien, enfrío el agua al meter en ella mis dedos... ¿Qué quieren? ¿Que haga yo el Iturbide o el tiranuelo de otra República americana? No he nacido para eso... El rey que a España traigamos será de sangre real, será rama de una gloriosa dinastía y personificará la fusión perfecta del principio monárquico y del principio democrático... No será rey ningún figurón de quien el pueblo español pueda decir: *Te he conocido ciruelo*...

»Las cabezas están en ebullición: pondría mil ejemplos; pero quiero fijarme en el más expresivo, en la cabeza de Paúl y Angulo, que ha llegado al mayor desvarío y exaltación por no saber encerrar las ideas dentro de los límites que marca la razón. ¡Oh!, la razón de Paúl es un cohete continuo que va por los aires estallando sin cesar, y derramando chispas cuando sube, lo mismo que cuando baja... El pobre Paúl es un caso digno de estudio. En ocasiones me ha parecido un niño, en ocasiones un desalmado. De todo tiene un poco... Yo le quiero; no puedo olvidar que me ayudó y me sirvió, mostrando un corazón más grande que la copa de un pino... Después ha enloquecido, como si las ideas se le volvieran infecciosas, envenenándole el cuerpo y el alma. Tales han sido sus exigencias, tan desconsiderados sus ataques a mi persona, que he tenido que mandarle a paseo... Y de paseo está. Fugitivo, después de la sublevación federal, vivió en Lisboa, luego en Londres... ¿Y saben ustedes lo que se le ha ocurrido para matar sus ocios en el destierro? No lo creerán, si no lo afirmo con toda seriedad, si no les aseguro que tengo pruebas irrebatibles del mayor desatino que ha podido caber en cabeza huma-

na... Oigan esto, que es lo más célebre...

»De Londres vino Paúl a París, donde organizó una peregrinación a Roma. ¡Y qué peregrinación tan pía! Era una partida de aventureros italianos y españoles, de demagogos franceses; lo más perdido de cada casa. El objeto de la peregrinación era disolver a latigazos o a puntapiés el Concilio ecuménico..., arrojando de San Pedro a los obispos, y... no sé lo que haría con el Papa... ¿Hase visto demencia igual?... *(Risas de los tres oyentes.)* Pues ya tenía unos noventa peregrinos, todos ellos de lo más bragado que existe en el mundo, cuando hubo de abandonar su empresa, porque Mazzini, a quien dió conocimiento de ella, le escribió diciéndole que no intentara locura tan descomunal... Quien ha visto la carta me ha contado el hecho y el consejo de mi amigo Mazzini... Pues al tono de ese cerebro delirante están hoy muchos cerebros españoles. Cada uno chilla y desentona por su lado. Díganme ustedes qué director de orquesta podrá concertar estas músicas, y sacar un sonido agradable de esta desafinación sinfín. *(Asombro, risas y comentarios donosos de los oyentes. El héroe les convidó a almorzar.)*

XV

En el curso de abril, entre Semana de Pasión y Pascua florida, floreció la amistad de Halconero con Pilarita Calpena, hasta llegar al noviazgo, consentido por los padres, o sea los amores en su expresión más correcta y fría, como un negociado más de la oficina social. Con agrado, ya que no con ardor, fué entrando Vicente en este género de relaciones, sometidas a un estrecho formulismo y melindrosas etiquetas. A los pocos días de verse en aquella blanda esclavitud, que pictóricamente se expresaría con los tonos rosado y gris perla, pudo el galán penetrar en el alma de la señorita; creyó ver en ella un fondo moral de gran solidez, y al propio tiempo cierta malicia inocente, no incompatible, sin duda, con el fondo moral, pero que desconcertaba la pareja.

Pilar había tenido ya dos novios o pretendientes; relaciones fugaces, domésticas y de escasa formalidad; pero que fueron parte a que la damisela se adiestrara en las artes del diálogo amoroso para novios honestos, en el cambio de insípidas esquelas y, más que nada, en las perfidias coquetiles, que, aun en estado embrionario, esconden algo de veneno. De estos amores zangolotinos no quedó otra huella que las artimañas de Pilar, sus desconfianzas, sus exigencias, celos a cada instante y por liviana causa: afán de interrogar, de inquirir, el romper hoy para reanudar mañana, y otros menudos y enfadosos alfilerazos. No era así Fernanda, mujer de extraordinaria grandeza, que daba o negaba su corazón todo entero, y cuando le deparaba su destino agravios que reprimir, entuertos de amor que enderezar, no tomaba sus armas de los acericos, sino de las panoplias...

Frente a la fuerza quisquillosa y femenil de Pilarita, tenía fuerza mucho más eficaz Halconero, su saber literario, el espíritu universal archivado en su propio espíritu, un mundo grande dentro de otro pequeño; y aunque el conocimiento que de esto resultaba no era directo, valía como tal en aquel caso. Pasiones, batallas de amor, almas y personas de uno y otro sexo, procederes que no por imaginarios dejaban de ser profundamente humanos; todo esto, y la forma exquisita y los retóricos ejemplos, llevaba el buen Halconero dentro de su alma, y con semejante arsenal se aprestó a regalar su propio ser con ideales paseos por diferentes espacios del amor. ¿Era venganza? ¿Era compensación? De todo había un poco.

Encendido el cerebro por la llama literaria, Halconero reanudó sus gratas expansiones con la desenvuelta Eloísa, y lo hizo sin escrúpulos de conciencia, sin creerse traidor a su cándido noviazgo, ni en deuda de fidelidad con la inocente doncella. Si alguna turbación sintió en los comienzos de su enredo con la bella hetaira, luego invocó augustos nombres: ¡Libertad! ¡Juventud!... Y dichas estas palabras, agregando otras: Arte, Poesía, declaró ante su conciencia el derecho del hombre libre a la independencia de amor. Esta independencia se conquista con el cultivo del espíritu. Dueño era de hacer su gusto el que había estado en comunicación

con todos los grandes maestros de la literatura, desde Virgilio hasta Cervantes y desde Cervantes hasta Balzac.

Así pasaron días. Pilarita, que poseía geniales dotes de observación y perspicacia, sospechó, por no decir adivinó, las distracciones de Vicente, y le atosigaba con interrogaciones y quejas reiteradas.

—¿De dónde vienes?... ¡Vaya unas horas de venir!... ¿Y adónde irás luego?... ¿En qué estás pensando ahora?... A ti te pasa algo; tienes el pensamiento a cien leguas de aquí... ¿Contestas o no a lo que te pregunto?... Pues así no se puede seguir... ¿A qué hora te espero mañana?...

Otro día, para dar picante variedad a su impertinencia, empleaba Pilar la pregunta capciosa:

—¿Saliste de casa esta mañana?

Contestaba Halconero que no. Y ella, revistiendo su cara de artificiosa sequedad y clavando en él los ojos, decía:

—Mentira. A las once y cuarto pasaste por la calle de la Montera, frente a la tienda de Scropp...

Vicente se sentía cogido. Alguien, tal vez ella misma, le habría visto... Parábase un poco, revolvía su mente buscando disculpas, explicaciones, y, al fin, encontraba un lindo artificio con que salir del paso.

Aliviábase, al fin, la señorita de su rigor inquisitivo, oyendo de boca de él dulces conceptos de madrigal. Pero al día siguiente volvían a las andadas. *Quare causa?* En el salón de sus amigas, las de Monteorgaz, oyó Pilarita reticencias que dejaban malparada la honradez amorosa de Halconero, o bien se le decía claramente que era muy favorecido del bello sexo... Mercedes Lantigua, inocente o maliciosa, le aseguró que Vicente tenía la mala costumbre de retirarse a su casa a las tantas de la noche...

Sobrevino de estas hablillas una grave alteración de la modosa paz del noviazgo. Tardes enteras pasaron ella y él en dimes y diretes y cándidas ironías. Pilarita le recriminaba; él se defendía con arte y gracejo... Por fin, una prima noche estalló en forma destemplada la ruptura. La niña de Calpena se presentó con faz luctuosa... Había llorado, y sobre la huella de las lágrimas traía como lindo afeite un toque de afectación. Engrosó su linda voz cuanto podía para decir:

—*Lo sé todo...* Ya no valen disculpas ni enredos... *Hemos concluído...*, fíjate bien, *concluído para siempre...* ¿Qué vas a decirme? Vale más que te calles. Ni tú ni yo debemos alborotarnos..., no. Esto se ha de resolver con frialdad. Los dos nos hemos equivocado... Ni yo soy para ti lo que creíste ni tú para mí...

Apareció una premiosa lagrimilla, que Pilar hubo de borrar pasándose la mano por los ojos con gracioso ademán gatesco, y luego repitió y agravó sus recriminaciones con acento un tantico teatral; que algo le valían los ejemplos de las comedias y dramas que había visto representar. Véase el latiguillo:

—*Lo sé todo...* Ea; basta de fingimientos. Estás en relaciones con una señora casada.

Tronó Vicente contra tan absurda suposición. Contestó ella que no suponía, sino que afirmaba de ciencia cierta. Personas de todo respeto le habían revelado *la terrible verdad.*

—Y antes de que me la revelaran, tuve indicios..., ¡ay Vicente!, indicios de esos que no dejan duda... Hace dos días..., a ver cómo explicas esto..., hace dos días traías en el cuello de tu levita..., mejor dicho, entre el cuello y el hombro..., un cabello rubio. Sobre el paño negro se destacaba como un hilo de oro... Yo, naturalmente, no te dije nada... No era decoroso, no era propio de mí preguntarte: «¿De quién es ese cabello, Vicente?...» Me callé... Tragando amarguras estuve aquella tarde y toda la noche... En fin, no hay más que hablar... Acabemos, acabemos de una vez... Equivocados tú y yo... Adiós... Ya sabes... Nos devolveremos las cartas... Adiós... Retírate tranquilamente, como si nada ocurriese..., y que te vaya bien con tu señora casada... Adiós, digo... No más, no más.

Todas las protestas y negativas que puso Halconero en su defensa fueron inútiles, porque la niña, firme en su idea y propósito de rompimiento, como actriz concienzula que sostiene su papel con artístico tesón, no se daba a partido, ni escuchaba razones, ni se apeaba de aquel inflexible tópico de la señora casada y del pelito de oro. Cerrado el camino a la concialiación, el

buen Halconero, ya rendido al cansancio de aquellas enfadosas peleas, ya con miras de castigo y ejemplaridad como único medio de domar a la fierecilla, aceptó el desenlace, tomando un airecillo de resignación decorosa. Retiróse al Aventino de su casa con romana gravedad; y en dos días, que para entrambos resultaron nebulosos, la costurerilla, que hacía el servicio de comunicación epistolar, fué y vino con paquetitos que despedían olor de flores ajadas y de ilusiones muertas.

Y ahora interviene la Historia, que nunca olvida sus viejas mañas de amalgamar los grandes hechos de público interés con los casos triviales, que componen el tejido de la vida común. Para que veáis cómo la severa Clío no se desdeña de ser traída y llevada por criaturas insignificantes que mariposean en los espacios del amor, sabed por ella que, efectuado el toma y daca de cartitas, la niña de Calpena cayó en vaga tristeza, que a la tristeza siguió un desconsuelo intensísimo y que a los tres días del regaño ya le faltaba poco para rasgar sus vestiduras y entregarse a la desesperación.

En noche horrible de insomnio y pesadillas, Pilarita delataba la grave turbación de su alma con febriles monólogos: «No sé qué me haría para castigarme por mi simpleza, por mi falta de seso y de tacto... ¿En qué estabas pensando, Pilar, cuando le pusiste en el disparadero de despedirse y decir «¡No vuelvo más!»? ¡Pobre chico!... Vaya, que estuve impertinente y soberbia... Lo que digo: estuve muy cargante... ¡Y ahora!... Pues nada, que lo ha tomado en serio, y ya no vuelve... ¡Dios mío! Pero ¿he sido yo quien le ha dado libertad, o es él quien se la toma para matarme de pena?... Estuve tontísima al decirle aquello de la *señora casada*. Pero, ¿lo inventaste tú, Pilar, o fué artimaña de las de Lantigua? Ellas, por envidia, me lo dijeron como sospecha no más, y yo... Bueno: pues admitiendo que sea verdad, y que lo del cabello de oro no fuera casual, ahora resulta que yo, ciega y embrutecida, en vez de atraerle a mí, le solté, para que a sus anchas se divierta con la *señora casada*... Estas son cosas de los hombres; cosas de las casadas casquivanas, que les trastornan a ellos, sin conseguir que ellos las quieran... ¡Pues me ha lucido, como hay Dios! Da una estas pifias, y a muerte se condena por orgullo, por aquello de mostrar carácter y decirle al hombre: «Sobre tu voluntad estará siempre la mía...» Pero ya me vuelvo atrás... Yo te quiero, Vicente; yo te quiero a ti, y a ningún hombre podré querer aunque mil años viva... Pues si es así, acábese pronto esta ansiedad mía. Tú deseas volver; pero por puntillo de amor propio no darás el primer paso. Yo, que con mis tonterías he traído esta *terrible situación*, daré el primer paso... Tomo por la calle de en medio, y te escribiré mañana... Pera ¡que te escribiré, vaya, y de pensarlo y resolverlo ya me pongo más contenta que unas pascuas! ¡Ay, qué peso se me quita sólo con el propósito firme de escribir a Vicente! «Vicente, te escribo... Vicente, te pido perdón. Por Dios, no salgas ahora dándote tono... Ven a casa... Acuérdate de Fernanda... Fernanda se me aparece en sueños, y me dice que tú me quieres como la quisiste a ella...»

Pero sucedió que a la claridad del día cambiaron las ideas de Pilar, y le entró el miedo a infringir las sosas etiquetas del noviazgo. No debía ella tomar la iniciativa para le reconciliación; podía, sí, emplear un ardid mañoso para echarle el lazo. Su hermana Juanita, con quien consultó el tremendo caso, opinaba lo mismo. Tempranito se encerró Pilar en su cuarto, y atormentó el tintero y la pluma buscando la fórmula *digna* de escribir al galancete; mas, como ninguna le saliera conforme a su gusto, muchos plieguecillos rompió apenas rasgueados por la pluma. Luego fué a misa con su madre y hermana, y pidió a la Virgen del Carmen que la iluminase para poder salir del atranco. Al volver a casa, metióse de nuevo en el trajín de buscar la fórmula. Y entonces se vió, como socarronamente dice la Historia, que hay una Providencia, o una Virgen del Carmen, para las niñas buenas, aunque sean frívolas y quisquillosas.

Pues aconteció que, hallándose Pilarita suspensa, como Cervantes al escribir su prólogo, *con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que escribiría*, entró a deshora en el

cuartito de la doncella su tío don Santiago, que venía del Ministerio de la Guerra... Aquel mismo día, muy temprano, llegó de Toledo, y por la tarde tenía que salir para Laguardia, de donde le llamaban los menesteres de su hacienda... Nada sabía de la ruptura de los novios, ni le importaría gran cosa si la supiera... Disponiendo de poco tiempo entre la llegada y la partida, fió a su sobrina un delicado encargo.

—Toma este papel—le dijo entregándole un plieguecillo doblado en cuatro—y dáselo a Vicente en cuanto llegue... Cuidado: no lo pierdas, que ello es cosa de importancia, copia fiel de la nota que dió Prim a ese míster Sickles, embajador de los Estados Unidos...; ya le conoces; el que arrastra una pierna de palo... En este documento resplandece la luz, que nos saca de una gran confusión; y como Vicente y yo hemos andado medio locos con la falsa noticia de la venta de la isla de Cuba, pon en sus manos el desengaño para que se tranquilice y vea en don Juan Prim, no un vendedor de islas, sino el más alto y sagaz de los patriotas.

En el alma de Pilar estalló la franca alegría, y cogiendo el pedazo de Historia que el tío puso en su mano, lo colmó de besos. La Virgen del Carmen, disfrazada de Clío, había venido a verla, penetraba en su camarín, y bondadosa le decía: «Ahí tienes, niña del alma, la solución que me pediste; te doy la fórmula para escribir a ese alocado Vicentito...»

Con acción rápida tomó la pluma, y no tuvo que pensar mucho para escoger el tono y estilo que emplear debía... El tono había de ser severo, como de persona ofendida y completamente inflada de dignidad. Ved ahora la carta:

«Señor don Vicente Halconero.

Muy señor mío: Muy a pesar mío dirijo a usted esta carta...»

Suspendió la escritura, diciéndose:

«Dos veces he puesto *mío*, que es palabra cariñosa... Pero no importa... En lo demás, me pondré muy fiera... ¡Que rabie, que rabie!... Sigue, Pilarica...»

«He tenido que violentarme para obedecer a mi tío Santiago, que me ordena remitir a usted este documento... Yo no quería..., porque entre usted y yo *hay un abismo*...» Retiró la pluma pensando que lo del abismo sería demasiado fuerte; pero luego siguió, atenuando la frase... «*Un abismo abierto por la fatalidad*... Me limito, pues, a cumplir el encargo de mi señor tío, y nada más tiene que comunicarle su segura servidora, q. b. s. m.—*Pilar de Calpena.*»

Notó al instante que algo más debía decirle, y trazó con firme mano la posdata:

«Ya comprenderá usted que a mí me importa tres pitos que vendan o compren la isla de Cuba, pues ni en esa isla ni en la de San Balandrán se me ha perdido nada... Lo que me faltó decirle es que no me escriba usted a mí, sino a mi tío, para que éste vea que he cumplido su encargo. Pero como mi tío sale esta tarde para Laguardia y no volverá hasta la semana que viene, puede dirigirme a mí la carta con sólo cuatro letras que digan: «Recibí, etcétera...» Y no se moleste en poner otras cosas, porque cerraré los ojos y romperé la carta sin leerla.»

XVI

Al tener que referir el cómo y cuándo recibió Halconero la carta y dónde fué a leerla, con el curioso manuscrito que contenía, la Historia, más pudibunda y remilgada en aquel caso que en otro alguno, se tapó la cara y disfrazó su voz para que no se la tuviese por persona de baja ralea. A su parecer, era grande ignominia que aquel documento, digno de ser guardado en el relicario de Simancas, pasase a lugares profanos que envilecen todo lo que en ellos entra... La narradora de los grandes hechos humanos no tuvo reparo en decir que la costurerilla encontró a don Vicente saliendo de su casa; que le entregó la carta en la misma puerta y que el galán, guardándola cariñosamente en el bolsillo del pecho, se lanzó al laberinto de calles y callejuelas; pero dicho esto, se negó rotundamente a puntualizar y describir el sitio adonde fué a parar con su cuerpo el hijo de Lucila.

Digna de respeto es la gazmoñería de la sabia matrona. Por conducto más bajo se sabe que Halconero dió fondo en un gabinetito exornado de fresca-

chonas láminas al cromo, de panderetas y paisajes taurinos y que a su vera se puso una linda muchacha rubia, la cual, con gozosos modales y tiernas voces, celebraba su presencia... Sábese también que por el camino, desde la calle de Segovia a la mansión X, la curiosidad y el amor le impulsaron a romper el sobre de la carta. Lo abultada de ésta le había puesto en gran inquietud. Enteróse rápidamente del contenido y, con propósito de leer despacio al volver a su casa, metió la esquela y papel adjunto en el bolsillo interno de su levita... Lo que ocurrió en la entrevista con la ninfa de cabellos de oro no se narra. La Historia está presente y vuelta de cara a la pared para no ver nada; recomienda con bronca voz la total omisión de lo que allí se ve y se oye. Al terrible veto escapa alguna frase aguda, que sale volando como ágil mariposa o pajarita:

—Por mi salud, que estoy contenta. Y tú, ¿qué tienes? ¿Por qué está mi nene tan *pensatibiribiris?*...

Luego, la blanca mano sobadora, estrujando el pecho, promovió bajo el paño un áspero ruido de papel. El que usan en los ministerios, de consistencia pergaminosa, se delata al menor roce y canta las rigideces burocráticas.

—¿Qué es esto?

La respuesta fué seca:

—Esto no es nada que a ti te interese. Haz el favor de...

Pasó un cuarto de hora, algo más quizá. El tiempo duerme a veces y no sabe darse cuenta de sí mismo. Con osada rapacidad, la mano blanca sustrajo del bolsillo los papeles rumorosos, y de un brinco saltó la ninfa al otro extremo de la habitación. Reía como loca empuñando su presa, con la insolente amenaza de no dejársela quitar... Estalló de súbito una repugnante porfía entre hombre y mujer. Con no poco trabajo, valiéndose de la fuerza, de la autoridad varonil y viéndose obligado a golpear a la linda mujer en diferentes partes de su cuerpo y rostro, pudo Halconero recobrar lo suyo. Los chillidos de ella y sus bárbaras expresiones alborotaron la casa. Acudieron a la trapatiesta dos mujeres y un hombre, que ayudaron a contener el salvaje furor felino de la chica de cabellos de oro. Estos quedaron en un bello desorden. Diríase que despeinó a la ninfa la mano de un dios iracundo. De su pecho, ahogado por el esfuerzo muscular, brotaron voces de amante duelo, amostazadas con groseras locuciones que ensuciaban los oídos. Acudieron las mujeres a sujetar a la fiera, que en el espasmo de su ira arrojaba sobre el caballero cuantos proyectiles a mano encontraba: una bota, un candelero, un corsé... Y el hombre echó sus brazos al galán, diciéndole con acento de amistad conciliadora:

—Basta, Vicente... ¿Qué ha sido?... Sosiégate... A esta gente hay que tratarla de cierto modo. No vale incomodarse... Es de mal gusto llegar a la riña material...

La Historia, que, no contenta con taparse la cara, se había hecho invisible dentro de una espesa nube, sugirió a los amigos la resolución de marcharse con viento fresco. Era ésta la táctica mejor para dar fin a la batalla. Cogieron a toda prisa la puerta, y escaleras abajo, Vicente, que apenas hablar podía por causa del sofoco, balbució estas palabras:

—En el momento de llegarte a mí para sujetarme, no te conocí, Segismundo...

—No me conociste porque me he quitado el bigote; estoy transfigurado y parezco un respetable clérigo.

Comprendió Halconero el porqué de la metamorfosis; mas no quiso entretenerse por el momento en asunto tan baladí. Dióle cuenta de lo que había motivado su enojo con la Eloísa, y añadió:

—Hemos de leer juntos un papel político de importancia. ¿Adónde nos vamos?

Propuso Segismundo que se fueran a un café, y Halconero indicó que no iría donde encontraran tertulias de amigos, pues debían leer a solas, lejos de toda indiscreción y fisgoneo de curiosos. A esto dijo el otro que no le proponía llevarle a su casa, pues ya no la tenía, y el albergue en que moraba míseramente estaba muy lejos. Ya en la calle, Segismundo puso en su rostro la mixtura de aflicción y dignidad que usar solía en sus apelaciones a la bondadosa largueza del amigo:

—Ateniéndome a la significación, no casual, sino providencial, de nuestro encuentro, te digo, Vicente de mi alma, que eres el hombre designado por Dios

o por los hados, como quieras, para proporcionarme doscientos reales que me hacen mucha falta... Déjame que te explique...

Sin esperar las explicaciones, el liberal amigo, que en cien apreturas le había echado una mano, ofreció remediarle aquel mismo día.

—No puedes figurarte, querido Vicente—dijo Segismundo en tono patético—, a qué extremos llega mi desamparo. Mi padre me ha echado de casa; mi madre dice que no quiere verme ni en pintura, y el tío Beramendi, que siempre fué mi paño de lágrimas, también se me ha puesto de uñas. Yo reconozco que he sido un tronera, que he despilfarrado el dinero mío y el ajeno, que mis travesuras han llegado a la frontera del delito... Efectos de la edad, de la sangre joven, enardecida por el estudio de la historia contemporánea... No te asombres: los que conocemos la efervescencia revolucionaria y psicológica de los tiempos modernos padecemos la dolencia del olvido moral... Las ambiciones del *hijo del siglo*, como nos llama Roque Barcia, tienden al quebranto de toda ley... Discurriendo así, mi angustia y desesperación me determinaron a pedir un socorro a la Josefona, mujer de buenos sentimientos y de corazón hasta cierto punto magnánimo, a pesar de su vil oficio, del cual dijo Cervantes que es de los más necesarios en la república... Y estando yo convenciendo a la Josefona de que bien podía prestarme sin menoscabo de su erario los doscientos reales, oímos el bullicio de tu altercado con Eloísa y, al encarar contigo, vi claro, como la luz del día, que la Providencia que yo buscaba en aquella casa no era la Josefona, sino tú.

Contestóle Vicente, risueño y afable, que él actuaría de Providencia siempre que el amigo le prometiera lealmente variar de conducta y ponerse a tono con su familia y la sociedad.

—Eso haré—replicó el otro, casi compungido—; pero, entre tanto, como mi tocayo el de *La vida es sueño*, he de recitar el «apurar cielos pretendo...». Sin casa ni hogar, vivo del amparo que me ha dado Romualdo Cantera en un cuartucho de la casa en que tiene su barbería... La comida es por mi cuenta, y de servírmela en el pesebre se encarga una feroz arpía a quien tengo por aborto del infierno, *vulgo* de la Fábrica de Tabacos. Con todo, allí vivo tranquilo y casi contento. El contacto del pueblo me tonifica, me inspira ideas grandiosas, a veces épicas... Yo digo que frente al pueblo libre me educo en la oratoria tribunicia, como Demóstenes robustecía su voz hablando frente a los olas del mar embravecido.

Del brazo atravesaron la Puerta del Sol, sin saber qué dirección tomarían para llegar a un lugar reservado. Decidiéndose a subir hacia Santa Cruz, Halconero quiso saber en qué ocasión se había rapado su amigo el bigote, y Segismundo le dió franca explicación del caso.

—Esa perra *Ecuménica* parecióme rendida la víspera de Dolores... Contaba yo con que me franqueara su nido al día siguiente, y me decidí a limpiarme de pelos la cara para ser más de su gusto... Pero la indina me salió con el piopío de que hasta después de Semana Santa no podía ser, y no en su casa, sino en otra de una fiel amiga suya, temerosa de Dios... No tuve más remedio que apencar con el aplazamiento, y llegado el día de Pascua me encontré compuesto y sin novia, mejor dicho, descompuesto, o dígase afeitado... Luego vino mi degradante pobreza, y, encontrándome tan raso de bolsillo como de cara, no me atreví a presentarme a la Donata, pues no tenía ni para pagar un coche, ni para convidarla tan siquiera a leche merengada o a café con media... Un caballero tornado es hombre al agua. Escribí a mi santurrona diciéndole que me había torcido un pie, y al siguiente día se me apareció en la calle con la estantigua de Domiciana. Una y otra me agraciaron con un mirar benévolo, y yo me hice el cojo y pasé de largo, con el aire más compungido que pude poner en mí. No desisto, Vicente; sé que mañana irán a San Sebastián. Cuarenta horas y novena del Alumbrado... A la salida irá cada pájara a su nido... Yo sé dónde podré coger a la mía, que ya no duerme en la calle de Silva, sino en la de Embajadores, junto a San Cayetano.

Completando los informes biográficos que Vicente deseaba, Segismundo acabó de pintarse a sí mismo con estos graciosos trazos:

—En mi pobre domicilio estudio, leo cuanto puedo, que para eso me he llevado allí parte de mis libros. Y al propio tiempo me divierto y juego a las máscaras algunos días. En el Rastro me he comprado un bonete seboso y una sotana raída. Cuando el pueblo de aquellos barrios se agita y sale vociferando, con el refuerzo de la turba chillona de las cigarreras, me calo mi bonete, endilgo la funda negra, y con esto y mi cara de cura salgo a mi balcón y les echo cada discurso que tiembla Dios. Ya clamen contra las quintas, ya contra otra cosa, yo despotrico en mi púlpito y les vuelvo locos con aquellas palabras de Lamennais: «Soldado, ¿adónde vas? A la conquista de mis derechos.» Y otras majaderías por el estilo. Yo cito a Platón, a Descartes, a Roque Barcia, y les atribuyo cuantos disparates se me ocurren. Soy dichoso. Me aplauden a rabiar. Al final les doy mi bendición, saludo y me meto para adentro.

En esto llegaron a la plaza Mayor, y Vicente propuso entrar en el café del Gallo, donde no encontrarían gente curiosa y patriotera que les estorbase. Pero Segismundo, temeroso de no hallar en aquel apartado sitio el deseado aislamiento, guió hacia otro lugar, bajando la Escalerilla y siguiendo por Cuchilleros hasta Puerta Cerrada. Metiéronse en la taberna de Lucas que tenía un departamento interior para borrachos distinguidos, y allí se instalaron en banquetas, uno a cada lado de la mesa mojada de vino.

La luz era escasa; pero se podía leer sin dificultad. Sacó Vicente el papel, arrugado en la lucha con Eloísa, y se dispuso a leerlo.

—Al final—dijo—hay una nota de letra de don Santiago, en que me recomienda la mayor discreción. Entérate. «Vicente: ni en todo ni en parte debe pasar esto al dominio público, pues es por hoy cosa reservada.»

—¿Tiene alguna cabecera o título?

—Dice así: «Bases propuestas por el general Prim para conceder a la isla de Cuba la autonomía o la completa emancipación.»

En el momento en que Halconero esto leía, la Historia, que con los dos amigos había entrado invisible en la tasca indecente, se dejó ver..., quiero decir, que espiritualmente hubo de presidir la reunión, y entre los dos jóvenes tomó asiento, sin mostrar repugnancia del ambiente plebeyo y vinoso. En la mesa puso la gentil matrona sus codos augustos y con ambas manos sostuvo su rostro clásico, modelado por los padres de la estatuaria. Atentos los ojos y el oído a la lectura, que era recreo inocentísimo de dos almas españolas, no vió profanación en los lectores ni en el sucio lugar que les albergaba; antes bien, dió con su presencia grave solemnidad a lo que se leía. Su laureada frente no se humilló en aquel cuadro de apariencias groseras; los bordes de su clámide, recamada de elegantes grecas, resbalaban de su cuerpo soberano y caían en el suelo, entre polvo, heces de vino y salivazos, sin que estas confundidas suciedades en manera alguna los manchasen.

Por abreviar, resumió Vicente en pocas palabras las cláusulas primeras:

—Empieza diciendo que los insurrectos depondrían las armas, y que hecho esto, el Gobierno español concederá una generosa y amplia amnistía... En seguida procederá Cuba a la elección de sus diputados a Cortes: sin este requisito no se podrá legislar sobre aquella provincia con arreglo a la Constitución del Estado... Cuando los diputados cubanos libremente elegidos se encuentren en la Península, el Gobierno español presentará a las Cortes un proyecto de ley concediendo a la isla de Cuba amplias libertades, llegando, si necesario fuese, «a la autonomía bajo el protectorado de España y aun a la completa independencia si fuese indispensable para la felicidad de ambos pueblos...» El procedimiento que habría de seguirse y las compensaciones que España habría de reclamar se acomodarían a la extensión y alcance que la nación diese a sus concesiones...

—No está eso bien claro—dijo Segismundo—. ¿Quieres que yo lo lea y le saque la miga?

—Espérate un poco, que, o mucho me engaño, o la miga está en los siete artículos que siguen. Los leeré despacio, atendiendo a la idea más que a la forma, y viendo si una y otra están en perfecta concordancia.

Vicente lee con lentitud reflexiva:

«Para llegar a la emancipación juzgaría el Gobierno indispensable:

»Primero. Que así se acordara por los habitantes de la isla y por medio de un plebiscito.

»Segundo. Que la isla emancipada se obligase a garantir la seguridad individual y las propiedades y derechos de los españoles avecindados o residentes en Cuba.

»Tercero. Que por cierto número de años, diez por ejemplo, se concedieran ventajas al comercio español, quedando éste al terminar aquel plazo en las condiciones de la nación más favorecida.

»Cuarto. Que se daría indemnización a España por valor de todas las propiedades inmuebles, fortalezas, establecimientos militares o civiles, caminos, puertos, faros y demás obras públicas; en una palabra: de todos los bienes inmuebles que la nación española posee en la isla.

»Quinto. Que ésta tomaría a su cargo una parte de la Deuda pública de España. Para deslindar bien la carga que la isla aceptaría por este concepto y por el del párrafo anterior, se computarían los valores en *doscientos cincuenta millones de pesos en metálico,* y España no recibiría nada de su importe, limitándose a que la isla pagase los intereses de la parte de Deuda española que al tipo corriente, en una fecha convenida, fuese el equivalente de la indicada suma en metálico.

»Sexto. El cumplimiento de este contrato exigiría forzosamente la intervención de una potencia que lo garantizase, y en este concepto, España aceptaría gustosa la de los Estados Unidos de América. Esta garantía, en cuanto al pago de la suma convenida, consistiría en que los acreedores de España a quienes cupiese tal ventaja por sorteo tendrían derecho a canjear sus títulos por otros de la nación garantizadora. Si no lo hiciesen, ésta pagaría los intereses por semestres, en Madrid o en París, a voluntad del Gobierno español.

»Séptimo. El tratado que estipulase tales condiciones se habría de someter al Poder legislativo de los Estados Unidos, así como a las Cortes Constituyentes, sin cuyo requisito no tendrían valor alguno, ni crearían ninguna clase de compromiso.

»Tales son las indicaciones que hoy pudieran hacerse; pero deberán ser puramente confidenciales, dando sólo lectura de ellas con toda reserva, sin entregar copia.»

XVII

La última palabra de la lectura abrió el espacio de un silencio en cuyo seno se agitaban los pareceres temerosos de manifestarse. Quiso Vicente que su ingenioso amigo echara su opinión por delante, y viendo que no alzaba los ojos de la redonda tabla tabernaria, cual si en ella hubiera signos y garabatos que prendían su meditación, le dijo:

—Bueno, Segismundo: ¿qué...?

Como ni con este puntazo volviera el otro de sus reflexiones, le sacudió de un hombro, pidiéndole juicio sincero sobre el pensamiento y planes de Prim.

—No es fácil opinar tan pronto de cosa tan grave—replicó Segismundo sobándose la frente—. Aquí me tienes, más que perplejo... En estos instantes he volado con una mirada de mi espíritu hacia el porvenir, y del porvenir vuelvo diciéndote... Espérate otro poco. Aún no es completo mi juicio... Esto debiera someterse al criterio de nuestro amigo *Confusio,* que si sabe rectificar la historia pasada, es maestro también en adelantarse a la futura.

—Yo pienso—afirmó Vicente con juicio a medio formar—que si esto no es la venta descarada y burda de que tanto se habló, es un traspaso revestido de formas bellas, sugestivas y aun graciosas. Si la intención es discutible, debemos celebrar sin reservas la obra de arte.

—El arte es todo, mi querido Vicente. En la política, como en la vida, como en la misma religión, los grandes éxitos no son más que triunfos artísticos. ¿Quién duda que fueron artistas Moisés y el propio Jesucristo, y que, en los tiempos cercanos al nuestro, Cromwell, Washington y Napoleón han sido, ante todo, admirables histriones? Pero dejando a un lado el arte, o sea la sublime pantomima que engendra las transformaciones políticas, yo, a medida que te hablo, voy comprendiendo mi juicio y acabo por decirte que... Déjame tomarlo de otro modo. Si lo que acabas de leer se hiciera público, todos los juiciosos, todos los sensatos, todos los *sesudos omes* de nuestro país dirían a

voz en grito: «Eso es una atrocidad, una vergüenza con taparrabo, una ignominia sobredorada...» Y clamarían invocando la dignidad de una patria que nos quieren presentar con tricornio y chafarote para espantarse a sí misma... Pues yo, que más que hombre juicioso soy hombre sin juicio; yo, perdido calavera, manirroto y dejado de la mano de Dios, te digo que en el pensamiento de Prim descubro una previsión profética, un mirar de águila que percibe lo distante mejor que lo próximo; veo el ensueño de fundar una nueva España más grande y potente, formada de pueblos ibéricos que se aglomeren y unifiquen, no con atadijos administrativos, sino con ligamento moral, filológico y étnico... ¿Me entiendes o no? ¿Crees que desvarío? Aunque estamos en una taberna, no he probado el vino; menos el aguardiente... ¡Pum, pum!... ¡Mozo!...

Golpeaba la mesa llamando al tabernero o a su acólito, y éste se apareció preguntando qué se ofrecía. Pidieron algo de beber, y en el punto en que el chico entraba con botellas y vasos, la Historia, oídos los pareceres de sus alumnos, aprovechó el ver a medio abrir la puerta para escabullirse sin que nadie advirtiera su salida. Los amigos bebieron, aplicándose Segismundo al aguardiente de caña, que le inspiraba sutiles pensamientos. Halconero lo tomó también, pero en pequeña porción, atenuada por la mezcla con gaseosa. Era el hijo de Lucila mal amigo de Baco: la bebida fuerte le repugnaba, y jamás conoció los desórdenes de la embriaguez. En cambio, Segismundo, lanzado a la vida libre sin poner freno a sus apetitos, se había connaturalizado con el alcohol, y bebiéndolo en cierta medida conservaba su serenidad, atizando y dando mayor brillo a las luces de su mente. Aquella tarde, a punto que el crepúsculo ponía entre dos luces a los descuidados amigos, Segismundo bebió con tino, y su genio paradójico y su fácil verbo se manifestaron gallardamente. Acariciando el vaso y consumiendo a sorbos la dulce y capitosa caña, decía:

—Este licor de América trae a mi pensamiento la idea de la *comunidad panhispánica,* que apoya uno de sus brazos en el viejo solar de Europa para extender sin esfuerzo el otro por el continente americano... «Libertad, fraternidad», dice la universal lengua soberana. Constitución íntima de estos gloriosísimos reinos, y por lo que toca al amigo Prim, opino que ha querido dar un salto en los tiempos, y se caerá al suelo sin que su idea, por hoy, tenga realidad... Y ahora trayendo la cuestión del lado sublime al lado picaresco, te diré, ¡oh Vicentito!, que será lástima el fracaso de nuestro general, porque si ese plan fuese un hecho, yo propondría que se modificara en aquella parte que trata de la indemnización y de que sólo se han de pagar los vagos intereses. Lo bonito será que nos traigan acá los *doscientos cincuenta millones de pesos* para distribuirlos y aplicarlos conforme a las negras necesidades de estos empobrecidos pueblos. Muy desgraciado había de ser yo si no me tocaran algunas hebras de este vellocino...

Tanto lo que Segismundo expresaba seriamente como lo que en picaresco decía, era muy grato a Vicente, que tenía singular predilección por aquel desordenado amigo. Las ideas de éste sobre el *panhispanismo* como síntesis palingenésica, le admiraban y seducían, pues él también acarició alguna vez en su cerebro aquella magna hermandad de los continentes, concibiéndola y desechándola como un rosado ensueño, y en el inofensivo picor de la gaseosa se alumbró con las divinas luces que despedía de su mente el gracioso perdis... La conversación derivó por escalones hacia las sosas aventuras del propio Vicente, y éste dijo que la carta de su novia, incluyendo la nota de Prim, era un disimulado artificio para llamarle y dar por terminados los *moños*. La niña le amaba, y él también a ella, con pasión discreta de las que terminan en matrimonio. Su madre, Lucila, le incitaba a la reconciliación, buscando para ello un pretexto, un punto de apoyo.

—Sí, sí; haz pronto las paces..., cásate..., ponte la marca de los privilegiados de la vida. Posees bienes de fortuna; no tienes que aguzar el entendimiento para proporcionarte el cocido de mañana. Todo te lo dan hecho: la comida, la casa, la mujer... A cambio de esto, carecerás de libertad, de aquella libertad preciosa que arraiga en el pensamiento y florece en los hechos polí-

ticos... Sí, Vicente, joven sensato: quiéraslo o no, tú serás alfonsino, trabajarás por la Restauración... Puede que seas marqués y ministro de un Borbón futuro...

Halconero reía, tomando a chacota los presagios de su amigo. Y éste, apurando la caña, atizaba el fuego de su locuacidad.

—Yo no soy sensato, y me quedo en la pobreza y en la insensatez; yo me tengo por hijo de una edad revuelta, y en este año setenta, que es para mí la plenitud de los tiempos locos, me declaro ciudadano de la sinrazón, y no haré nada que sea razonable, según vuestra idea de la razón... Ya se verá lo que sale de esto. Lo que yo te aseguro es que antes de haber mundo hubo caos, un delicioso embarazo cósmico, y que, viniendo a la edad histórica, la civilización y cultura han nacido del vientre abultado de una sociedad gestativa... En aquel barrio pobre me instalé y en él vivo gozoso... Y aunque pudiera titularme *marqués de la Cascarria,* me limitaré a llamarme *capellán honorario de su majestad la Plebe...* Podré ser ministro de un Gabinete o *Gabinetito con alcoba.* Desde mi púlpito predicaré la piadosa destrucción. Nada me importa el decir de la gente de allá. He abandonado Atenas para establecerme en Corinto, y allí puedo disfrutar mejor que en otra parte la única riqueza que me ha dejado la sociedad: el sol, el benéfico agente de toda vida. Con mi sol y mi plebe me basta; no quiero nada más... Y para concluir, amadísimo Vicente, hombre nacido de pie y destinado a gozar de todo privilegio, no olvides que me has prometido un suministro de doscientos reales, que te devolveré el día en que se vuelvan gatos los leones de la Cibeles... No lo dejes para mañana, que en ese río del *mañana,* según un viejo refrán, se ahogan las buenas intenciones.

Con estas y otras donosas extravagancias, que Vicente oyó como chisporroteo del recalentado magín de su amigo, terminó la tarde. Fué Halconero a su casa, a corta distancia de la taberna, y al poco rato puso en manos de Segismundo la cantidad que éste necesitaba para sus urgencias de amor y el pago de su pitanza. Separáronse, prometiendo Vicente visitar al pobre misántropo en su retiro de Corinto... Volvió a su casa Halconero, y aquella misma noche o al siguiente día (sobre esto no hay seguridad) dedicó un mediano rato a contestar a su novia. La carta era del tenor siguiente:

«Señorita: Conforme a lo que me indica en su esquela, doy recibo de la nota que incluye para que su señor tío don Santiago tenga seguridad de la exactitud con que usted cumple sus encargos. Y tranquilizada usted sobre este punto, me permito decirle que el abismo abierto entre usted y yo es grandísimo y pavoroso. No me toca ninguna responsabilidad en la apertura o excavación del susodicho abismo, obra exclusiva de usted y de sus imaginarios agravios. No soy, pues, quien debe cegar esa cavidad, sino usted, Pilar, y para ello es menester que tenga el valor de reconocer en mí al leal caballero que amó a usted creyéndola dotada de tanta discreción como sensibilidad, y de un genio apacible, digno complemento de su gentileza y hermosura. Es cuanto tiene que decirle por hoy su atento servidor q. s. p. b.,

Vicente Halconero.

»Como usted *postdatea,* no quiero ser menos. Reciba usted, por mi conducto, finas expresiones y recuerdos de esta *señora casada* con quien me divierto y me divertiré hasta que logre olvidar a la que no hace mucho reinaba en mi corazón y era señora de mi pensamiento... En mis soledades no olvido a las amigas de usted, que tan bien la ayudaron a cavar el dichoso abismo. Déles memorias y añada que me alegraré mucho de que se queden para vestir imágenes. A usted no le deseo lo mismo, aunque bien merece tener ese fin desgraciado; no se lo deseo, porque aún espero la enmienda de la interesante señorita, que ahoga las bondades de su corazón con suspicacias y reparillos sacados de su cabeza..., un poquitín destornillada.

»Aunque usted me manda que no escriba palabra alguna dirigida a la que fué mi novia y me amenaza con romper mi carta sin leerla, yo desobedezco y escribiré cuanto me dé la gana. Quiero hacerla rabiar. Rabie usted, Pilarita, y conserve su furia hasta el Día del Juicio por la tarde... Allí, en el Valle de Josafat, nos encontraremos.»

Aunque esta carta llevaba entre líneas las paces, y paces cantó parabólicamente en su respuesta Pilarita, llamándole pillastre, libertino, granuja, epítetos que en mil casos no son más que la proyección burlesca del cariño, la reconciliación se hizo esperar, y fué Vicente el que la llevó con pies de plomo, buscando así la eficacia de la lección que dar quiso a su novia. Y aunque ésta, corregida de su ligereza, trataba de apresurar el día feliz, aún fué menester que la costurerilla rompiese un par de zapatos llevando y trayendo conceptos sutiles, escrúpulos y reservas no menos prolijas que las de una negociación diplomática. Halconero se proponía rendirla y someterla de una vez para siempre, que así creía, como si dijéramos, reacuñar en nuevo troquel a su esposa futura.

Y tanto se alargó la lección, que hasta bien entrado mayo no fué un hecho la paz, ajustada por fin en forma tal, que ambos la tuvieron por duradera. Vicente, justo será decirlo, no queriendo ser corrector incorregible, se puso también en paz con su conciencia, cortando de raíz sus livianos amores con la rubia Eloísa. Al llegar, pues, los floridos días de San Isidro, halláronse los novios en pleno éxtasis de amor, sin nubes de candorosa égloga y de idílico arrullo. Sus conversaciones, apartadas de los oídos profanos, imitaban el canto prematrimonial de las enamoradas avecillas. Oigase el gracioso piopío:

—¿Verdad, Vicente, que nosotros somos felices y que la infelicidad de España nos importa un bledo? ¿Verdad que este afán de buscar rey y no encontrarlo nos tiene sin cuidado? Porque nosotros ya hemos salido de la maldita interinidad; nosotros ya tenemos rey. Mi rey tres tú, y yo, tu reina...

—Así es; y lo mismo nos importa un rey de *extranjis* que la traída de la República. La República no ha de causarnos la menor molestia; haremos nuestro nido en un árbol grande y alto, adonde no lleguen los alaridos de la muchedumbre soberana.

—Yo te digo, Vicente mío, que la vida humana es muy bonita y que hicimos muy bien en nacer y venir a este mundo, porque este mundo, digan lo que quieran los predicadores, es precioso, y en él está todo dispuesto para nuestra felicidad. ¿No lo crees tú así? No tenemos para qué pensar en la muerte. Entiéndanse con ella los viejos. Nosotros hacemos bien en ser jóvenes, y como jóvenes pensamos en Dios sin meternos en las tristezas de la religión... Nosotros no tenemos pecados... Me parece que tú y yo somos ángeles... No te rías... Yo pienso que en el cielo se casan los ángeles.

—No nos cuidemos, vida mía, de si hay en el cielo una vicaría para los ángeles que quieran vivir honradamente en sus casitas. Sin duda, habrá por arriba ángelas hacendosas que anhelan casa y marido, y ángeles que aspiren a ser cabezas de angelicales familias.

Y otro día, la enamorada dijo esto a su enamorado:

—Vicentillo: quiero revelarte un secreto... Dame tu palabra de no contárselo a nadie, ni a tu mamá... Lo he sabido casualmente por unas palabras que oí a mi tío Santiago hablando con mi tía Gracia... No es que yo me pusiera a escuchar... Eso no lo haré nunca. Fué que hablaron ellos sin verme, cuando yo estaba en el gabinete de mamá, detrás de aquel biombo, ¿sabes?, buscando un pedazo de satén que guardé hace días en el arca que fué de doña María Tirgo... Te lo digo a ti solo... Verás: tú has oído que mi tío sale mañana para Laguardia y Samaniego con objeto de ver los trigos y preparar la siega de las cebadas... Dicen que la cosecha será tremenda... Pues mi tío no va a Laguardia... Todo es mentirijilla y disimulo. A donde va es a Logroño, y lleva una carta que Prim escribe a Espartero ofreciéndole la corona... Vicente, tan verdad es esto como el sol que nos alumbra... Y como Espartero, naturalmente, aceptará esta vez la corona que le ofrecen Prim, Serrano y Sagasta, en triunfo le traerán a Madrid, y... aquí viene lo que no es más que figuración y corazonada mía. Espartero quiere mucho a mi padre, que fué su mejor auxiliar cuando preparaban el Convenio de Vergara... Pues Espartero rey será padrino de nuestra boda, Vicente... ¡Anda, no esperabas ésta, pillo!... ¡El rey nuestro padrino!... ¿La noticia no vale que me digas alguna cosa bonita?

—No es noticia, es corazonada. Y el corazón no acierta siempre, Pilarica.

Por lo demás, nuestra felicidad será la misma apadrinados por Baldomero Primero o por cualquier hijo de vecino.

Aconteció que a los pocos días volvió el coronel a Madrid, y toda la trascendencia del mensaje que había llevado a Logroño quedó en agua de cerrajas. Espartero rechazaba discreta y juiciosamente la corona. No se dió por defraudada Pilarita, y del auroral optimismo en que vivía sacó este plácido razonamiento:

—A decir verdad, Vicentillo, maldita la falta que nos hace que nos apadrine un rey. Yo pensé en Espartero por aquello de darnos tono y de que rabiaran mis amigas; pero como de todos modos han de tragar mucha quina bien vamos así... Para el otoño han fijado nuestra boda tu mamá y la mía. Tú has dicho que debemos poner alas al verano. Por mí, que vuele todo lo que quiera. Te advierto que mi padre quiere llevarnos este año a Arcachón; pero mamá no está por eso, y prefiere a Royán. Conque ya lo sabes. Si vas este año a París..., y cuidado con París, caballerito, que es ciudad donde los hombres pierden el tino, y por eso la llaman *Babel* o *Babilonia*..., ya lo sabes..., a la ida o a la vuelta nos harás la visita y ella no ha de ser corta... ¿Quedamos en eso?

Y ya entrado junio, con su blando calor y alegría, Pilar pasó una tarde tediosa esperando a Vicente, que por primera vez después de la reconciliación faltaba a la hora de costumbre.

—¡Ay, qué susto me has dado!—le dijo Pilarita viéndole entrar casi de noche—. No te riño... Lo de reñir por las tardanzas está mandado retirar, ya lo sé... Pero he pasado una tarde horrible. Creí que estabas malo.

Dió Halconero la explicación justa. Había ido al Congreso con Enrique Bravo y otros dos amigos... Les llevó a la tribuna el interés que despertaba el voto particular de Rojo Arias y la votación que habría de recaer sobre él.

—Y ¿qué es eso y con qué se come?

—Pues nada... El Congreso acuerda que para elegir rey será preciso reunir ciento setenta y un votos, la mitad más uno de los diputados que han jurado el cargo...

—Y ¿eso va con nosotros, Vicente? ¿Qué nos importa que sean ciento o ciento y pico?... Mi padre ha dicho que lo que es Montpensier, por más dinero que gaste en la compra de periódicos y diputados, no sacará más de veinte o veinticinco votos... ¡Ah!, ¿no sabes lo que me dijo ayer tu padrastro, don Angel? ¡Qué risa! Pues quiso atraerme al *montpensierismo*. Me ofreció puesta la mano sobre el corazón, que si don Antonio es rey, me nombrarán dama de honor de la reina Luisa Fernanda. ¡Lo que pude reírme. Dios mío! ¿Qué falta me hace a mí ser dama de honor, que es como entrar en servidumbre?... Pues oye lo más gracioso... También me dijo que a ti, a los dos, nos darán un título de nobleza; seremos *marqueses de la Villa del Prado*... Anda, hijo, date tono. Fruta por fruta, un *marqués de la Uva de Alvillo* no será menos que un *rey de las Naranjas*.

XVIII

Celebrando la ocurrencia, afirmó Vicente que el acuerdo votado aquella tarde por las Cortes dificultaría la elección de rey, pues no habría candidato que reuniese 171 votos... Con esto salía ganando la República.

—Pues que venga de una vez—dijo Pilar, gozosa, extendiendo su optimismo a la forma de gobierno—. Y ¿qué nos va a pasar si suben los republicanos? Porque guillotina no han de traer. Todas las fierezas de esos buenos señores quedarán reducidas a quitar las quintas, a rebajar las contribuciones y a suprimir unos cuantos clérigos de los muchos que hay.

Terció en la conversación el coronel Ibero, asegurando que don Juan no se acoquinaba por la dificultad de los 171 votos; que tendríamos rey; que ya se habían echado los anzuelos para pescar uno de familia real de muchas campanillas, y que... por el momento no podía decir más... Entendieron los oyentes que algún secreto poseía, guardado en el arca de su discreción... Hablando de Prim y de sus dotes de gobernante, recordó Vicente el bosquejo de la emancipación de Cuba, y quiso saber si los Estados Unidos entraban por el aro. Según afirmó el coronel, enterado por buen conducto, los yanquis estimaron aceptable la proposición y excesiva la canti-

dad. Entrarían, tal vez, si España se contentaba con la mitad, *ciento veintinco millones de pesos*... Pero aunque se llegase a un acuerdo en la cuestión metálica, el trato aquel tropezaría con enormes dificultades por los escrúpulos caballerescos del patriotismo español.

Contó Ibero que el general había dado conocimiento de su atrevido plan al Consejo Supremo de Guerra. Los primates que componían aquel alto Cuerpo se indignaron viendo reducidos a una cuestión de ochavos los sacros fueros de Marte y el glorioso atavismo. Todo les pareció mal, y sin dar informe por escrito, pusieron en el cielo sus clamores. Prim ignoraba la opinión del venerable coro de ancianos de la milicia, y a este propósito refirió el coronel un pequeño pasaje histórico por él presenciado. Estaba el general en su aposento familiar, vistiéndose para salir a la calle. Presentes se hallaban Sánchez Bregua, el ayuda de cámara, el ayundante Moya y Santiago Ibero. El general, parado ante el espejo, en la operación de anudarse la corbata, preguntó al subsecretario si algo sabía del efecto causado en los del Consejo por la nota que sometió a su examen. Sánchez Bregua, recelando que el general desataría su coraje al saber la opinión de los veteranos, furiosamente contrarios al proyecto, atenuó cuanto pudo la verdad de su respuesta. Ya Prim se lo tenía tragado; conocía la honda inercia de la rutina histórica y la rigidez de las corporaciones seniles, buenas para contener, ineficaces para el impulso... Sin apartar la mirada de su propia imagen en el espejo ni desentenderse del lazo de su corbata y de la compostura de su efigie, pronunció fríamente estas palabras:

—Ya lo llorarán.... ya lo llorarán.

Comentaron Ibero y la joven pareja el dicho del general. Ninguno de los tres tenía bastante clara la percepción adivinatoria para saber si los españoles futuros derramarían lágrimas sobre la inmovilidad de los hieráticos consejeros. Tan sólo Vicente, recordando al iluminado y erudito Segismundo, sabio, calavera y un poco borrachín, tuvo una rápida visión de la edad futura, visión de sangre, llanto y desconsuelo; pero creyéndola hechura del pesimismo que todos los españoles del siglo XIX llevamos dentro, no se determinó a manifestarla.

El tiempo corría, precipitando a los madrileños hacia la desbandada veraniega. En todas las casas ricas se limpiaba el polvo a las maletas, y las señoras cuidaban de los complicados equipos que habían de lucir en las casas de baños y en las playas del Norte. Lucila confirmó a Vicente la promesa del viajecito a París, y para que el joven tuviera freno y compañía en la grandiosa y divertida ciudad, determinó ir con él. Demetria y su familia partirían para Royán, con escala de pocos días en Vitoria. Gracia y su marido y el hijo cadete, que tomaría vacaciones muy pronto, seguirían la misma ruta, después de pasar un par de semanas en Samaniego y Paganos, inspeccionando la recolección. Todos aguardaban gozosos el día en que tocaran a emigrar, y Pilarita singularmente piaba y trinaba, como avecilla que se dispone a levantar el vuelo hacia los climas dulces y hacia los aleros y los árboles donde se han de colgar los nuevos nidos.

—¿Por qué está tan alegre mi Pilarica?—le dijo su novio una tarde, viéndola batir palmas y gorjear una canción de moda.

—¿Pero no sabes la noticia?... Nos vamos la semana que viene... Es casi seguro que iremos también a París. Allí nos veremos; allí nos pasearemos, *olivarej* arriba, *olivarej* abajo, como dijo Cúchares... Y puede que nos lleguemos a ver un poquito de Alemania... ¿Sabes ya que nos traen un rey alemán? Lo ha dicho el tío Santiago; el nombre es algo así como *Oleole*.

—El príncipe Leopoldo de Hohenzollenr... Parece que acepta... Al fin hay un caballero que no se asusta de regir estos alborotados reinos, Salazar y Mazarredo ha traído el notición de la conformidad del príncipe y del consentimiento del rey Guillermo de Prusia.

—Pues esto del rey prusiano me gusta mucho... Las modas no vendrán ahora de París, sino de Berlín, y ya no beberemos vino, sino cerveza. Tenemos que aprender algo de alemán, que es una lengua muy parecida a la que hablan los pájaros. En fin, Vicente: como no pienso más que en nuestra felicidad, todo me alegra. Y te digo también que si en vez de traernos rey alemán,

nos lo trajeran turco, me alegraría lo mismo.

—Yo, no..., porque, según he oído, Napoleón está que trina... La noticia ha caído aquí como una bomba. Prim está en Daimiel, cazando con Miláns del Bosch y otros amigos. Vendrá esta noche. Mañana sabremos si ese Hohenzollern cuaja o no cuaja.

—El nombre de *Oleole* me hace mucha gracia. Invita a las cañas de manzanilla y al baile flamenco... Yo me rio y me divierto con estas cosas, porque, la verdad, no me dan frío ni calor: sobre esto que llamáis política y sucesos públicos, mi alma vuela como una mariposa. Todo lo ve y lo mira; pero no se posa más que en lo suyo, y lo suyo es un caballerete muy simpático y muy pillo, que se llama don *Oleole* Halconero...

Cada hora traía nuevas impresiones. La candidatura del Hohenzollern le había sabido a Napoleón a cuerno quemado. Su embajador, Mr. de Mercier, llegó a decir:

—Antes que ese prusiano, Montpensier.

Y mientras el Gobierno español convocaba las Cortes para decirles: «*Eureka*, ya tenemos rey», las cancillerías de Francia y Prusia se alborotaban como gallineros visitados por el zorro.

—Oye, Vicente—decía Pilarica a su novio—. ¿Conque se ha roto o está para romperse el *equilibrio?* Explícame eso...

—No se romperá nada—repuso Halconero—, porque el príncipe Leopoldo ha renunciado a la mano de doña Leonor. No es mala gresca la que han armado con la tal candidatura. España no puede desmentir su abolengo histórico. Es la dama guerrera que preside los torneos del mundo. Una mirada suya, cayendo como centella donde menos se pensaba, ha estado a punto de incendiar los campos europeos.

—Pues mi padre sostiene que el gallinero sigue alborotado y que en él anda un zorro muy listo que llaman Bismarck... Pero sea lo que quiera, podremos irnos a Francia tranquilamente.

Salió la familia Calpena, y en Vitoria supo don Fernando que Napoleón, impertinente y picajoso, había exigido al rey Guillermo tales garantías para evitar la reproducción del conflicto, que el soberano de Prusia hubo de mandarle a paseo en la persona del embajador Mr. Benedetti. Partieron los iberos para Laguardia, y en el camino se les dijo que Francia, o más claro, el Imperio, ávido de laureles militares con que galvanizar su dominio, había declarado la guerra a Prusia... Salieron Halconero y su madre, dejando en Madrid la desagradable impresión de que un guiño de España buscando rey había encendido la guerra europea. En el descanso de Bayona oyeron la trepidación del suelo francés, y a los dos días, apenas llegados a París, presenciaron la furiosa exaltación de las turbas gritando:

—¡A Berlín, a Berlín!

Asustada Lucila de aquel estruendo, propuso a su hijo volverse a España; pero Vicente no se avino a dejar la plataforma de donde tan bien se vería la descomunal tragedia que se anunciaba. Contagiado de la opinión corriente en Madrid y en toda España, creía que el poder militar de Francia era incontrastable; que el sol de la leyenda napoleónica no se había eclipsado, y como un lorito repetía la jactanciosa frase de Girardín: «Echaremos a los prusianos a culatazos al otro lado del Rhin.» Persistía en el noble mancebo el ardiente amor a Francia por las afinidades de raza y por la exaltación de los amores literarios. Francia era Voltaire y Rousseau, Víctor Hugo, Musset, Balzac... Y aun los alemanes Goethe y Heine se afrancesaban, transmigrando del hermético idioma teutónico al transparente lenguaje de las modernas Galias.

París ardía en entusiasmo y en fiebre guerrera. En los bulevares, el paso de los batallones encaminados a la guerra promovía delirios de patriotismo loco. En toda Francia los ferrocarriles conducían tropas hacia el Este; por las estaciones pasaban trenes y más trenes, con la velocidad del rayo. El Gobierno francés, temiendo las indiscreciones del telégrafo, prohibió bajo penas severísimas las noticias de movilización... A pesar de estas precauciones, que pusieron en pugna el arte de la guerra con los adelantos científicos, las noticias volaban sin saberse de dónde salían. Prusia habían lanzado a las orillas del Rhin medio millón de hombres... El rey Guillermo tenía su cuartel general en Francfort... Dos formi-

dables cuerpos de ejército, mandados por el príncipe real de Prusia y por el príncipe Federico Carlos, ocupaban Maguncia y Coblenza... Todas las naciones se armaban hasta los dientes. Italia y Bélgica eran verdaderos campamentos; Austria llamaba sus reservas; Inglaterra mandaba al Báltico sus escuadras... Francia retiraba de Civittavecchia las tropas que allí tenía para defender de los garibaldinos los estados del Papa...

Halconero escribía desde París a su prometida, residente en Royán:

«Estoy en el mejor sitio para ver la tragedia más grande y sangrienta que ha presenciado el siglo desde Waterloo. No temas por mi madre y por mí. Aquí no corremos peligro alguno. París es la torre desde donde podremos ver sin riesgo la reforma del mapa de Europa. La tragedia será hermosa y terrible. Nunca pensé que me fuera dado ver de cerca un hecho de los que han de ser punto culminante en la historia de la Humanidad. ¡Qué pequeños nos sentimos ante la historia vista en la realidad! Pero aún nos parecen más enanos los que han de leerla después de bordada en el cañamazo de la letra de molde... Vida mía, hoy no te escribo más... Voy al café Cardinal a saber noticias. Parece que algo se sabe ya de un primer encuentro favorable a las armas de la divina Francia.»

En aquellos angustiosos días, París necesitaba una victoria... París no podía vivir sin victoria, y ésta le fué transmitida desde Saarbruck como un calmante telegráfico. Roto el fuego, los batallones franceses habían cortado del árbol germánico los primeros laureles. El telegrama llevó a París trompetazos de fanfarronería, y una nota sentimental: «La jornada había sido brillante... El fusil de aguja había hecho maravillas... El príncipe imperial se mostró sereno en medio del fuego.»

Enloqueció París con esta inyección de ideal napoleónico; pero poco hubo de durarle el efecto del estimulante. Lo de Saarbruck fué el 2 de agosto, y el 4, la acción de Wissemburgo empezó a deshojar la flor de las ilusiones, iniciando la serie de descalabros con que Francia pagó su imprevisión y el descuido de sus organismos militares... Dejando ahora lo público por lo privado, se dirá que Halconero se encontró en París con un amigo Antonio Orense. A menudo se reunían en el café de Madrid o en el Cardinal para remembrar a España y condolerse de sus querellas y desdichas. Con otros jóvenes emigrados hizo amistad Vicente, distinguiendo a un catalán llamado Garrigó, que había corrido la suerte de Súñer y Capdevila en la sublevación federal del 69. A principios de agosto, después de la desastrosa acción de Worth, se organizó en París un cuerpo de voluntarios, en el cual se alistaron jóvenes emigrados de distintas naciones. Uno de éstos fué Garrigó, que con generoso ardimiento quería dar su sangre por la hospitalaria y gloriosa Francia.

El día en que partió para la frontera la legión de voluntarios, fueron Halconero y Orense a la estación de Estrasburgo a despedir al bravo Garrigó. Tan apretado era el gentío, que difícilmente pudieron abrirse paso hasta el andén. Entre el humano revoltijo formado por los legionarios y los que iban a despedirle, vió Halconero una cara de hombre que le produjo repentina emoción. No pudo contenerse... A codazos y empujones se abrió paso; llegó hasta el tal, que era joven, de figura gallarda y varonil belleza..., y agarrándole el brazo no se entretuvo en preguntarle quién era ni en presentarse con las formas usuales, sino que con airosa familiaridad le dijo:

—Usted es Santiago Ibero.

—Sí, señor; yo soy...

—¿Y usted va también...?

—Voy..., sí, señor... Perdóneme..., no tengo el gusto de conocerle.

—No es ocasión de pedirle que aguce un poco la memoria. Hace algunos años, no sé cuántos, nos conocimos en Madrid, en la casa de mi tío Leoncio. Yo era un chiquillo. Paseamos juntos una tarde, hablando de...

—Ya me acuerdo.

—Por la noche estuvo usted en mi casa, calle de Segovia...

—Sí, sí; la noche que el señor de Tarfe me disfrazó de fogonero para escapar de Madrid... Y usted me ha conocido...

—Más que por mis recuerdos por el parecido de usted con su hermana Fernanda, de triste memoria...

—¡Ah!... ¡Mi hermana Fernanda!...

Dijo esto con inflexión de duelo, mientras Vicente, ahogado por la pena, hubo de contener con esfuerzo viril las lágrimas que le salían a los ojos... Este diálogo nervioso, rapidísimo, no pudo prolongarse en ocasión tan inoportuna. El oleaje humano separó a los que ya parecían amigos. Por un esfuerzo de ambos volvieron a juntarse... Vió Halconero a una mujer hermosa que, cogida del brazo de Santiago, se despedía de otras mujeres... El hijo de Lucila, movido de intensa efusión, se dirigió a ella con fraternal confianza:

—Usted es Teresa. La conozco sin haberla visto nunca. ¿Pero... usted también a la guerra?

—Sí, señor. Ya que no he podido disuadirle de esta calaverada heroica, me voy con él..., no quiero que esté solo.

No había tiempo para más explicaciones. Santiago abrazó a Vicente, diciéndole:

—Adiós..., adiós. ¿Nos volveremos a ver en París? ¡Quién sabe si nos veremos en España! Adiós.

Y Teresa, en los apretujones para subir al tren, pudo decir:

—Le conocemos a usted, caballero don Vicente. En París sabemos todo. Tenemos en Madrid nuestro pequeño espionaje... Adiós... Una palabra no más. Si volvemos vivos de esta calaverada, llámela usted aventura, Santiago se reconciliará con sus padres... Yo se lo aconsejo...

Y lo demás fué dicho por Santiago, ya en el estribo, después de subir Teresa:

—Diga usted a mi madre y a mi padre que Teresa y yo iremos a visitarles en La...

Ahogaron su voz los vivas y aclamaciones patrióticas. Halconero gritó:

—En Laguardia...

Y Santiago y Teresa afirmaban con cabezadas.

Partió el tren, que al matadero llevaba tanta juventud, alucinada por un ensueño de gloria.

XIX

En el curso de agosto vió Halconero el vertiginoso giro del desastre; vió la incapacidad militar de Napoleón; el engaño de Francia, conducida torpemente a una colosal guerra sin organización, sin criterio estratégico y táctico, sin estudio, sin planes ni concierto; vió claramente que el ministro de la Guerra, Lebœuf, era una hinchada nulidad; que los generales se hacían un lío al primer paso; que la oficialidad llevaba planos de la topografía de Alemania y desconocía la de su propio país; que los batallones iban con cifra menor que la del contingente oficial; que el aprovisionamiento era una vana palabra; que las tropas tenían que entrar en fuego fiándolo todo a un heroísmo temerario y a los arranques epilépticos del valor personal. Francia, vendida por sus ineptos conductores, sucumbía con hermosa desesperación.

Al descalabro de Worth, siguieron Mars-la-Tour, Gravelotte, la salida de Metz y, por fin, Sedán (1 de septiembre), con la resquebradura y desplome del fantasmón imperial. Y cuando París, furioso, desengañado de la falsa ilusión guerrera y asqueado del organismo político que había perdido a Francia, proclamó el 4 de septiembre la República; cuando el pueblo derramó su ira por plazas y bulevares, y tras de las pisadas de la emperatriz fugitiva recogió del arroyo la corona imperial para refundirla en mural corona, emblema de la soberanía de la nación, Lucila, temblando de miedo, dijo a Vicente:

—Hijo del alma, vámonos sin perder día. Has visto ya bastante historia viva de esa que pone los pelos de punta... ¡Sabe Dios lo que va a pasar aquí! Yo te aseguro que las palabras *República* y *republicanos* me dan escalofríos y temblor de piernas. Antes no era yo así; me gustaba lo que llaman soberanía del pueblo. Pero ahora..., hogaño, como dice mi padre, y yo lo decía también cuando era moza..., hogaño, el bienestar me ha hecho bastante moderada... Vámonos, hijo. ¡Ay París, qué feo estás! ¿Quién te conoce? ¡Oh España mía, único país del mundo que sabe ser a un tiempo desgraciado y alegre!

No pudo Halconero desoír el toque de retirada. En un día compró los regalos destinados a la novia y partieron para Burdeos. Iba Lucila contenta, y su hijo muy triste, viendo cómo se le ajaba y desvanecía la ilusión de Francia. Hasta la literatura, desmereciendo a sus ojos, se rebajaba de su esplendor augusto. Voltaire y Rousseau, Víctor Hugo y Balzac se le representaban menos grandes de lo que fueron antes del desastre. Este sentimiento de chafadura del ideal fué, por fortuna, poco duradero, y tuvo su corrección en el propio espíritu del joven. De la gloriosa nación, maltrecha, resurgió pronto, con mayor pujanza, lo que debía tener perdurable vida...

En Burdeos enteráronse hijo y madre de la concisa carta que el desdichado emperador dirigió al rey Guillermo declarándose prisionero:

«Señor y hermano: No habiendo podido morir en medio de mis tropas, sólo me resta entregar mi espada a vuestra majestad.—*Napoleón.*»

Con esta dolorida estrofa terminó uno de los actos de la tragedia. Pero ésta no había concluído, y sus pavorosas convulsiones siguieron aterrando al mundo entero en lo restante del año 70 y en buena parte del 71.

Se comprenderá que el descanso de Halconero y su madre en Burdeos fué muy breve, y que el primer vaporcito que salió para Royán les llevó a esta risueña villa, situada en la desembocadura de la Gironda. Gran día de regocijo y plácemes. Las dos familias (Iberos y Calpenas) gozaban de excelente salud, sin otra contrariedad que el dolor por las desdichas de Francia. Pilarita no había podido echar de su mente la idea de que su prometido corría enormes riesgos en París, y hasta que le vió llegar vivo y sano no se recobró de su pavura. En sus insomnios creía que los ulanos cogían a Vicente y le llevaban preso a Berlín; mal dormida y soñando veía que los descamisados del 4 de septiembre le conducían a la guillotina y le cortaban la cabeza, ¡ay!

Halconero y su madre se instalaron en el hotel de la Croix Blanche, y los Iberos y Calpenas vivían en una linda casa con jardín, propiedad de don Fernando. Todo el día pasaban juntos, y la feliz pareja irradiaba su contento sobre los demás. Mas era raro el día en que las malas noticias no arrojaba una sombra de tristeza sobre la triple familia. Hoy era la batalla de Artenay; mañana, la toma de Soissons; por fin, que los prusianos iban ya sobre París... Y una mañana, cuando Vicente fué a la casa de su amada, de donde habían de salir todos para una excursión a Vieux Soulac, pueblecito tragado por las arenas, Pilarita le sorprendió con un notición que, de tan gordo, parecía mentira.

—¿No sabes, Vicentillo, lo que pasa? Te quedarás atónito y estupefacto cuando yo te lo diga... Espera un poco, que ahora voy a decírtelo... Pues los garibaldinos han entrado en Roma... Como Francia tuvo que retirar sus tropas, dejando indefenso al Papa, ¿qué han hecho los italianos? Pues asaltar la Ciudad Eterna por una puerta que se llama... Pía... Nada, hijo, que a Pío Nueve le han birlado sus estados y Roma será la capital de Italia. ¿Qué te parece? ¿Ves qué cosa tan atroz?

—Ya estaba previsto. El Papa quedará de rey espiritual de los católicos, que es destino de gran provecho... Dejemos correr la comedia del mundo hacia el reparto equitativo de papeles. Cada cual al suyo.

—¿De modo que tú no te asustas, ni siquiera te indignas? Pues mi tía Gracia dice que esto es un robo, una usurpación, y que si todas las naciones no acuerdan devolver al Santo Padre su reino, lo que debe hacer Pío Nueve es abandonar a esa Roma ingrata y venirse a España con toda su Corte pontificia. Aquí se le recibiría como si bajara del cielo, por ser éste el país más católico del mundo. A mi tía Demetria no le da tan fuerte, y asegura que bien se está San Pedro en Roma. Por mi parte, te diré que, si me apuran, todo lo que no sea casarme contigo me importa un rábano, y que allá se las haya Pío Nueve con Víctor Manuel... Pero eso no quita que nos alegremos de que el Papa se establezca en Madrid... Dará gusto ver tantos cardenales vestidos de colorado y centenares de obispos, algunos con barbas..., y figúrate el sinfín de frailes y monjas de todos colores que veremos por las calles... Confiésame que será muy bonito... Si nos traen rey, tendre-

mos dos Cortes, y como para el Papa habrá de ser el Palacio Real, al rey le meteremos en la Casa Panadería o en la platería de Martínez.

Pasados algunos días en gratas excursiones por las amenas orillas de la Gironda, llegó la ocasión del regreso a España. Partieron con pena, dejando a Francia tan agobiada de acerbas desdichas, y a medida que avanzaban hacia el Pirineo, les daba en el rostro el aliento de las calamidades españolas.

En aquella encrucijada internacional, donde se abren los portillos de Francia y España, los viajeros no lograron seguir juntos. Lucila, invitada por los Iberos, pasó la frontera para detenerse en la Rioja alavesa, gozando de una temporadilla geórgica en tierras de sus amigos. Vicente quedó con los Calpenas en Biarritz por unos días. Era tan considerable allí la colonia de españoles de viso, que no se daba un paso sin meterse en saludos y en chácharas interminables. Manolo Tarfe, Guillermo de Aransis, la Villares de Tajo, desfilaron esparciendo a un lado y otro sus ditirambos sobre la guerra francoprusiana y sobre el oscuro porvenir de nuestra política.

Nada de esto desagradó a Vicente. Lo que le sacó de quicio fué ver al mal caballero don Juan de Urríes y a su esposa, doña Mariana de Pedroche, marquesa de Aldemuz. Con ellos iba Carolina de Lecuona, formando una trinidad harto antipática. Esquivó Halconero la presentación, desairando a su amigo Tarfe, con quien a la sazón estaba, y prefirió la sociedad de un improvisado figurón, funcionario del Gobierno Civil, don Telesforo del Portillo, que en su anterior vida policíaca fué vulgarmente conocido con el mote de *Sebo*. Este *hombre del siglo* y su esposa, una tal Fabiana Jaime, que había sido sastra de curas, presumían de elegancia. La sociedad estaba, sin duda, *trigonométricamente* trastocada, como decía Raimundo Bueno de Guzmán. Los aristócratas se aburguesaban, y la señora de *Sebo* ponía en su sombrero los plumachos que eran signo de distinción social.

Septiembre era, en años normales, el mes del desfile de españoles a Francia. Los comerciantes iban a sus compras de otoño; las señoras, a su acopio de perifollos de invierno y a tomar nota de los nuevos modelos de vestir. Fabiana Jaime hacía también su escapadita *a por* un abrigo de última novedad. París era la meta de las ambiciones indumentales. Pero en aquel año trágico la corriente se invertía y el ferrocarril del Norte más traía que llevaba españoles. Los unos huían de la guerra; los otros eran emigrados de las sublevaciones federal y carlista del año 69, a quienes la amnistía concedida por el Gobierno español abría las puertas de la patria.

Con esta avalancha tropezó Vicente en su regreso, y aconteció que el plan de las tres familias para seguir juntas hasta Madrid no pudo realizarse por imprevisión o descuidos de tiempo harto comunes en la estrategia de los viajes. Ello fué que Vicente llegó al encuentro de Lucila más tarde de lo presupuesto, y ambos se quedaron rezagados en Miranda. Hijo y madre cogieron el expreso, metiéndose en un coche ya ocupado por tres personas, y no fué poca suerte encontrar aquel acomodo, pues todos los trenes ascedentes iban atestados de viajeros.

Las tres personas que en el departamento venían instaladas desde Irún eran Portillo y su mujer y un caballero alto, picado de viruelas, inquieto y hablador. Antes de fijar la atención en aquel hombre extraño, dígase que los señores Portillo (alias *Sebo)* venían inconsolables por no haber podido llegarse a París. Billete gratis tenían hasta la frontera, y en el *Midi* les agraciaban con mitad de precio. Después seguían en Orleáns con billete de segunda, y así podían, con arte económico, visitar la capital de Francia. Dos otoños seguidos habían efectuado su excursión, alojándose en casa de madame Noel, donde amos, criados y huéspedes hablaban español. Hacía Fabiana sus pequeñas compras de trapos, con añadidura de sombrilla, *fichú*, cintajos y otras menudencias, todo baratito, pues sabía entenderse con marchantes de poco pelo; luego lo pasaba todo de contrabando por la Aduana de Irún, valiéndose de mil tapadijos y de su conocimiento con vistas y carabineros, y al llegar a Madrid, en el círculo de sus variadas amistades, se daba un horroroso pisto. Pero la maldita guerra, promovida por

las intrigas *de ese Bismar*, había cortado en flor dichas tan inocentes.

Trotando el tren hacia Pancorbo, el señor parlanchín, que ocupaba un asiento junto a la ventanilla del Oeste, prosiguió su conversación con Portillo, sentado en mitad del diván frontero de espaldas a la máquina. A juzgar por lo que dijo el desconocido, *Sebo* se había burlado de los derechos individuales, llamándolos *inaguantables*, y recordando que a Sagasta le pesaban *como losa de plomo*. Desatóse el otro en invectivas contra Sagasta, llamándole farsante y traidor a la libertad... No intervino Halconero en la conversación, aunque a ello le incitaba el tarabilla de ronca voz con su mirada insistente, como si le pusiera por fiador de lo que decía o le pidiese su testimonio. Hallábanse en lados distintos y en ventanillas diagonalmente contrapuestas.

En tanto, las dos señoras, sentadas una junto a otra en el diván zaguero, de cara a la máquna, no podían vencer el prurito netamente español de la familiaridad, y picotearon contándose sus viajatas. Fabiana, cuarentona de lucidas carnes, tomó un tonillo finústico, y sin dejar de la mano el saquito en que llevaba su dinero y algunas alhajas, ponderó a Biarritz por su elegancia y la mucha gente *de la grandeza* que allí veraneaba.

—En Francia—decía—todo es amabilidad. En tiendas, cafés y *restaurañes* la miran *a una* para adivinarte lo que quiere y servirla al instante. *Eso da gusto*... Cierto que cobran bien; pero paga *una* de buena gana la finura, acordándose de que en España no tenemos buena educación.

El hablador del otro lado despotricaba con fuertes voces y ademanes violentos, alargando los brazos casi hasta tocar con sus dedos el rostro fiero y bigotudo de *Sebo*, que defendió a Sagasta, su jefe en otros días, empleando los argumentos más comunes con frase arrastrada y pedestre. El discutidor viajero soltó esta rociada:

—Vivimos en una sociedad infame, donde los unos son egoístas hasta el crimen; los otros, ignorantes o pusilánimes hasta la estupidez... No tendremos verdad y justicia hasta que las clases trabajadoras despierten de su letargo... Esto lo digo yo, yo, que inicié la revolución de septiembre, y después arrastré al partido federal a la lucha violenta... No hay otro medio para facilitar al pueblo el camino de la verdadera revolución. Vengo del destierro; vuelvo a mi patria con el fin de agitar las masas... Yo no me canso; lucharé hasta morir, porque es mi temperamento luchar por el pueblo y para el pueblo... Ese caballerito que está sentado frente a mí, me conoce, y puede decir si soy hombre que lleva en sus venas horchata de chufas o sangre caliente y rica.

Sebo y las señoras miraron a Vicente. Este habló así, dirigiéndose al exaltado sujeto.

—Desde que entramos aquí le conocí a usted, señor Paúl y Angulo; pero como no había tenido el gusto de tratarle más que una vez, y eso brevemente..., no sé si se acuerda.... una noche en casa de don Fernando Garrido, creí que no se acordaría de mí, y no me determiné a saludarle.

Viéndose presentado al público, el hablador se apresto a sermonear de nuevo. Lucila le miraba espantada. Nunca había visto aquel rostro cribado por la viruela y encendido del ardor de la sangre... Los cristales azules de las gafas hacían veces de ojos, simulando los de un ser fantástico, de esos que representan el papel aterrador en los cuentos de niños. El marcado ceceo andaluz y las patillas negras completaban el cariz temerón y provocativo del viajero, que sin que nadie le excitara rompió en estas exaltadas manifestaciones:

—Yo soy todo corazón, ya lo sabe ese joven; yo llevo la honradez de mi alma y el anatema en mi boca; yo digo a España la verdad, y al pueblo señalo el camino para que llegue a la conquista de sus derechos... Los que me escuchan no me negarán que el orden existente es un conjunto repugnante de leyes injustas, de códigos infames, de gobiernos cínicos, de costumbres vergonzosas. Y yo digo a los virtuosos y desgraciados trabajadores: nada tenéis que esperar de los ricos, de los instruídos, de los poderosos de la tierra.

Algo pensó contestar *Sebo:* su descomunal bigote se agitó debajo de la nariz minúscula; los vocablos querían salir, y el bigote no los dejaba, o las ideas se recogían en el pensamiento, persua-

didas de que las cerdas del mostacho bastarían a confundir al brutal preopinante. Halconero, sin ganas de discusión en tal sitio y delante de señoras que deseaban reposo, dijo que la sociedad no era perfecta ni mucho menos; pero más imperfecta sería por los medios violentos del amigo Paúl. España acababa de hacer una revolución de tres al cuarto, y anhelaba constituirse en un régimen práctico, ecléctico, que le permitiese vivir... No aspiraba por de pronto más que a un vvir de reparación y descanso, con media cabeza en el almohadón del régimen pasado y la otra media en el de las ideas novísimas...

—¡Ah, según eso—exclamó Paúl soltando la carcajada—, usted es de los del balancín! Bonita generación de muchachos tenemos... Nada, que estamos a lo práctico. ¿Le ha dado a usted Prim un destinillo? Bien, hijo; por ese camino se va a la gloria. No ha cambiado usted poco desde que le vi en casa de Fernando Garrido... Claro: en casa de aquel amigo no hacía usted nada. Allí no daban credenciales.

La grosería impertinente del andaluz no podía ser tolerada.

—Señor Paúl—le dijo Vicente con serena dignidad—, no he dado motivo a que usted me hable de ese modo. Si usted desconoce que estamos en una sociedad de personas bien educadas, le dejaremos que hable solo, y sus palabras serán para nosotros como un ruido más de las ruedas del tren.

—¡Ja, ja!... ¡Señoritos a mí! Dígame, pollo: ¿cuándo traen ustedes al bebé..., al inocente Alfonsito? ¿Ya están de acuerdo con *Pringue?*

—Señor Paúl, lo único que puedo y debo decir por ahora es que usted no debe molestar a estas señoras. Si no lo entiende así, será preciso decírselo de otro modo.

Lucila, viendo cómo se alborotaba su hijo, trató de calmarle con amonestaciones cariñosas, dichas a media voz. Pronunció *Sebo* frases conciliadoras. Vicente se movía en su asiento, cual si éste fuera todo espinas. Paúl rezongaba en el opuesto ángulo, mascullando crudas ironías: y en esto se detuvo el tren en la estación de Burgos; abrióse la portezuela, y entró un clérigo con maletín y una manta liada, dió las buenas noches y tomó asiento junto a Paúl. Cuando el tren proseguía su marcha, sacó de una de las maletas un gorro negro, y encasquetándoselo, se dispuso a envolver el traqueteo del viaje en un dulce sueño.

XX

Halconero se puso en pie y cubrió la luz mustia que alumbraba el departamento. En tono familiar, desvanecido ya o disimulado su enojo, dijo:

—Caballeros, llegó la hora del silencio. Las señoras quieren descansar.

Refunfuñó Paúl, estirando su gorra hasta taparse los ojos; los demás callaron, y *Sebo* se atusó los espesos bigotes, tomando un aire ceremonioso ante la majestad del sueño.

Cambió Halconero de sitio con su madre, para que ésta tuviese mayor lugar de descanso. Fabiana Jaime quedó entre Vicente y el clérigo, que era joven, bien parecido y de lucida estatura. Aunque este personaje viene a empalmar en la presente historia como un bulto durmiente, justo es que el narrador le consagre alguna referencia, diciendo que al tomar el tren en Burgos traía en el cuerpo cinco horas de coche desde Salas de los Infantes, y que la noche anterior no había dormido, por causas que se ignoran... Se consigna el hecho para que nadie extrañe que al caer en las blanduras del vagón quedara dormido como un tronco.

Nada digno de mención ocurrió hasta la hora de Avila, donde daban a los viajeros diez minutos para desayunarse. Del coche descrito sólo Paúl salió, y al volver carraspeando y renegando del frío, de Avila y de Santa Teresa, despedía un tufo aguardentoso que tumbaba... Siguieron.... amaneció... En Villalba ya venían todos despiertos, con caras descoloridas y tristes del madrugón y del mal dormir; las señoras, arreglándose un poquito para la llegada; los caballeros, requiriendo los bultos y rehaciendo los líos de mantas...

Apenas penetraron en el vagón las primeras luces del día, el truculento Paúl tomó pie de unas palabras de *Sebo* tocantes a la lentitud del tren y al mal servicio, para perorar en esta forma:

—Aunque ese caballerito se incomode..., y yo lo siento, porque le estimo, le

considero, no puedo menos de afirmar que nuestro zarandeado país no saldrá de su miseria y de su ignorancia mientras no acabemos con la taifa de *gateras* que se han hecho pastores del rebaño español... Los que me oyen que sean empleados, rásquense... Ya sé que pico... y pico porque digo las verdades.

—No sentimos picor, señor Paúl—dijo Halconero—, porque usted, con su violencia extremada, quita fuerza a sus diatribas. Hable usted de otro modo, y...

Paúl interrumpió con esta cortante afirmación:

—La vergüenza política no puede tener otro lenguaje que el mío. Yo sostengo todo lo que digo.

—Yo también... Y si no quiere usted llamar a esto vergüenza política, llámelo vergüenza privada, personal.

Estas palabras y el reír descompuesto de Paúl agriaron de nuevo la conversación. Todos, menos el cura, que impasible y atento permanecía, dijeron algo para calmar los ánimos, y Lucila, encarándose con el andaluz, le soltó estas puntadas:

—Caballero, deje usted en paz a los que vamos tranquilamente en este cajón del ferrocarril, sin otra idea que llegar vivos y sanos a nuestras casas, y póngase a predicar a los palos del telégrafo... Vea cómo van pasando uno tras otro..., quiero decir, nosotros pasamos, y ellos nos miran quietos y calladitos... Pero si usted les dedica sus parletas, ellos las transmitirán por los alambres a todos los confines del mundo, y eso va usted ganando.

Ante la bella señora se inclinó Paúl con respeto, y acató su donaire, pues era hombre de principios.

—Yo, señora, hablaré con los palos del telégrafo si su hijo de usted me promete contar a las nubes lo que me ha dicho a mí. Cada uno es como es, y yo estoy en el mundo para decir verdades como puños, hasta que me oigan..., y me oirán, créalo usted. Tengo la voz muy gruesa, y unos pulmones grandísimos, y un corazón que descompondría la romana si quisieran pesármelo por arrobas.

—Lo que usted tiene—dijo *Sebo*, envalentonándose, fiado en la erizada insolencia de sus bigotes—es mucho tupé, pero muchísimo tupé.

—Pues usted, caballero—replicó Paúl—, lo tiene mayor que el de Sagasta; sólo que lo lleva en el labio superior para infundir más miedo.

—Yo no provoco a nadie..., soy hombre de paz—dijo Portillo, recogiendo velas y mordiéndose el mostacho como si quisiera comérselo—. Mi tupé consiste en cumplir con mi deber, sin meterme en dibujos... Soy jefe de Sección en el Gobierno Civil...

—Por muchos años—dijo Paúl con mueca que a *Sebo* le pareció infernal—. Por muchos años, no; por muy pocos, señor mío, porque no tardaremos en limpiarle a usted el comedero.

El cura sonrió, Y Fabiana Jaime puso unos morros harto despectivos. Lucila requirió a su hijo para que arreglase maletas y mantas, pues ya se aproximaban a Las Rozas. Paúl, no queriendo terminar el viaje sin deshacerse de las ideas que congestionaban su mente, rompió en estas duras fanfarronadas:

—Yo, que inicié la revolución de septiembre, trato ahora de sacarla del atasco en que la han metido estos traidores. No me paro en barras. Yo grito: ¡abajo la Monarquía llamada constitucional, con sus *atributos esenciales* y su fausto escandaloso; abajo la Unidad Católica con su clero oficial; abajo el Ejército activo con sus quintas y sus ordenanzas, peores que la Inquisición; abajo el centralismo administrativo, con su presupuesto absurdo y su burocracia insolente... ¡Fuera el Código Civil, que sanciona las iniquidades, el despojo y el acaparamiento de la tierra y sus productos! ¡Fuera el Código Penal, con su garrote vil y su cadena perpetua, negación del derecho a la vida y obstáculo de la ley de perfectabilidad que dignifica a los hombres y a la sociedad!... Romperemos las tres condenas del pueblo, que son: la Monarquía, la Iglesia privilegiada, el Código Civil y Penal. ¡Abajo lo existente y su antecedente! ¡Muera la Historia!

—Caballero—dijo Lucila valerosa, creyendo interpretar el sentir de los oyentes—, eso que usted se trae sería obra de romanos para muchos hombres de buena voluntad; para usted solo es obra temeraria, que quedará en pura pamplina. Tal mudanza sólo puede hacerla Dios, y Dios no está por eso: al menos, no da señales de querer dar gus-

to a los revolucionarios rabiosos. Más bien tira del otro lado.

—Señora—respondió Paúl creciéndose al castigo—. Ya que habla usted de Dios, palabra que aún suena bien en boca de señoras, le diré que eso que yo llamo el *Gran Todo*, o, con más propiedad, *lo desconocido*, no toca pito en nada de lo que hacemos o dejamos de hacer en nuestro mundo. Sólo intervienen *las fuerzas naturales*, y éstas, tratándose de política, ¿qué son más que el pueblo, el santo pueblo?

Tapóse el rostro Fabiana ruborizada de tales sacrilegios, y volviéndose luego al cura, que a su lado continuaba silencioso y risueño, le dijo:

—Usted, padre, contéstele...

Y el padre, dando al aire por primera vez en el curso del viaje su voz sonora, dejó a todos turulatos con esta rotunda declaración:

—Estoy conforme con todo lo que ha dicho este caballero, con todo absolutamente.

Asombro y escándalo de señores y damas. Paúl, radiante, alargó al clérigo su mano, diciéndole:

—Choque, choque.

Como habían pasado de Pozuelo, preparáronse todos para bajar del tren. Paúl guardó su gorra y se puso un sombrero blando de alas anchas. Su figura, sus patillas, su grueso chaquetón y su desgarro andaluz, dábanle las apariencias de un ganadero de toros.

En el andén apretujó la mano del clérigo, y éste desapareció entre el gentío, llevándose sus bultos. Los señores de Portillo despidiéronse de Lucila con ofrecimiento de las respectivas casas, y el terrible demagogo cambió con Vicente palabras equívocas:

—Hasta la vista, joven alfonsino. No le digo más. Soy Paúl y Angulo.

Y el otro replicó:

—Mi nombre es Vicente Halconero. Si me necesita.... Segovia, tres.

Algo más querían decirse; pero de la multitud salió don Angel Cordero con los hermanitos de Vicente, y éste se entregó a la familia, desentendiéndose del jerezano, que en el mismo instante fué cogido por los brazos de dos amigos, Ramón Cala y Pepe Guisasola.

Al tomar nuevamente posesión de Madrid, la primera visita de Halconero ya se comprende para quién fué; y por cierto que no halló bienandanzas en su presunta familia. El joven Demetrio, alumno en la Academia de Toledo, había pescado en el Tajo calenturas malignas, y allá se fueron Gracia y don Santiago... De mal talante estaba Pilarita, no sólo por la dolencia de su primo, sino porque con tal motivo hubo de aplazarse la boda. Para mayor desdicha, avanzado el mes de octubre, la fiebre que el cadete padecía se agravó considerablemente. Demetria fué también a Toledo; las noticias que de allí venían no eran consoladoras. Pilarita encubría su destemplanza con la tristeza común a toda la familia.

—Me da el corazón—dijo a su novio un día, que debió de ser el de Santa Teresa (quince de octubre)—que no nos casaremos hasta San Eugenio. En nuestra boda comeremos las bellotas de El Pardo. A mí me gustan; ¿y a ti? Pues... a propósito de bellotas: ¿estás ya enterado de que al fin encontraron rey? Sí, hijo; el duque de Aosta, que antes salió fallido y ahora parece que cuaja. Dicen que esta vez va de veras. ¿Conoces a Montemar? Pues ése es el que lleva las negociaciones directamente con Víctor Manuel.

Replicó Vicente que sería venturoso para España traer a reinar al caballeresco y liberal príncipe Amadeo de Saboya.

—Pues venga de una vez y acabemos con la jaqueca de los candidatos—dijo Pilar pensando en su *trousseau*, que era muy bonito, pero que corría el riesgo de anticuarse si no tocaban pronto a casorio—. Yo te aseguro que las marcas de los almohadones, con palomitas entre las letras, son de una novedad estupenda. Lo mismo digo del rebozo de las sábanas... Pero ¿en qué estoy yo pensando? ¿De qué hablábamos? Perdona, hijo: ya ves cómo está mi pobre cabecita... Decíamos que el duque de Aosta...

—Mi cabeza no anda más concertada que la tuya, vida mía, y cuando hablábamos del nuevo rey don Amadeo, pensaba yo en las hermosas vistas de nuestra casa en Claudio Coello, con vuelta a la calle de Alcalá. Ayer estuve un rato en el balcón del chaflán contemplando el Retiro. Es una delicia. Se ve parte del estanque... Se oye el rugido del león.

—¡Jesús, qué preciosidad! ¡El rugido

del león!—exclamó Pilar, con centelleo de sus lindos ojos—. ¡Oír al león! ¡Qué acierto tuviste en la elección de casa! ¿Y cuándo, Vicentillo...? Ello ha de ser algún día, y vendrá ese don Amadeo, trayendo a España una paz deliciosa... También te digo que mis dos vestidos de sociedad son elegantísimos, y que el blanco de boda me lo pondré un día de éstos para que lo veas y te quedes bizco.

Con estas dulces tonterías iban pasando los tediosos días de espera... En tanto, Vicente no se había olvidado del pobre Segismundo García, y en cuanto tuvo una mañana disponible se fué al extremo de Embajadores, seguro de hallarle en la barbería de Romualdo Cantera. Aún moraba en el cuchitril que éste le cediera meses antes; pero comía fuera de casa. Dió Vicente algunas vueltas por el barrio, hasta que tuvo la suerte de encontrar al propio Cantera, que de las Peñuelas subía. Aquel buen hombre y bravo miliciano, alegrándose mucho de verle y de serle útil, se brindó a llevarle a donde Segismundo mataba su hambre, que era la taberna de *Tachuela,* en la calle de Toledo, frente a la Fuentecilla. Como vía más expedita, cogieron la Ronda, y a cada paso encontraba Cantera correligionarios y amigos con quienes, por exigencia de su popularidad, tenía que echar un párrafo.

El Cojo de las Peñuelas, que por tal mote se le nombraba, ejercía cierto apostolado político en aquellos barrios. A cuantos le paraban en la calle decía una palabra patriótica, pertinente al suceso del día.

—Estén tranquilos... Ese rey italiano, ese *macarroni,* no pisará las calles de Madrid.

Subiendo por la de Toledo, frente al Matadero, el regatón de su pie de palo hería el suelo con fuerza, y al duro choque soltaba chispas el pedernal del empedrado de cuña. A su encuentro salían matachines y jiferos con los mandiles manchados de sangre; salían mondongueras hombrunas, vociferantes, y a todos atendía y arengaba:

—No temáis. El patriotismo no se duerme... Estaría bueno que dejáramos entrar a ese Aosta o *langosta.* Italianos, a la ópera... Españoles, a la República.

En la taberna, que era la mayor y más lujosa del barrio, había poca gente. El tabernero, Joaquín Balbona, más conocido por *Tachuela,* con su chaleco de Bayona y sus manguitos de lanilla verde rayada de negro, campaba en el mostrador forrado de latón, y servía copas a dos paletos. Risueño y cortés, obsequió a los amigos con un par de chatos, y enterado del objeto de la visita, dejó el despacho, y guiando hacia un cuarto interior, echó dentro estas voces:

—Mundo, aquí te busca un caballero.

Pasó Vicente, y Romualdo quedó en el cuerpo principal del establecimiento, agregándose a un grupo de parroquianos bulliciosos.

Segismundo celebró con alegría franca la presencia de su amigo, y después de abrazarle se dispuso a seguir comiendo.

—No te convido—le dijo—, porque estas miserias no son para ti... Ya ves: dos tajaditas de bacalao y un vaso de vino son hoy mi remedio. Me vengo a comer aquí porque este buen *Tachuela* me sirve por poco dinero, tan poco que no me cobra nada. Ya ves. Pocos hombres he conocido tan magnánimos. A más de gran patriota, es el mejor discípulo de Marco Aurelio, y, como éste, no quiere acostarse sin poder decir: «Hoy he hecho algo en provecho del prójimo.»

Con graciosa transición pasó el pícaro a diferente asunto.

—Te has sorprendido de verme otra vez con bigote. Sí, hijo; me quité la cara eclesiástica, que ya para nada me sirve. Conquisté a Donata... Aproveché unos días en que llovió sobre mí algún dinero..., ya te diré cómo... La perseguí de iglesia en iglesia, hice el papel de amante desesperado..., imité como un perfecto cómico los preliminares del suicidio... Al fin cayó. En una casucha escondida de la calle de Santiago el Verde, vivienda de una mujer amiga suya, especuladoras en *caras de Dios, cilicios, reglas de San Benito y muelas de Santa Polonia,* conocí a Donata, quiero decir que apuré sus congojas de amor... Es mujer arrebatada, y debajo de su misticismo apócrifo esconde un corazón bueno... Torcida vive en una vida irregular y estrambótica, bajo la férula de Domiciana, de quien no puedo decir si es mujer desaforada, o bruja que ha

descubierto untos maravillosos para darse olor de santidad. ¡Peste del diablo!... Pues tres días tuve a Donata en mi poder, en silenciosos escondites de dos horas y media cada tarde. Al tercer día estaba dislocada por mí..., no exagero..., y la conciencia se le removió con el incendio de amor. Por cada ojo echaba un río de lágrimas. y abrazándose a mí con apretón tan fuerte que me trituraba los huesos, me decía: «Yo deseo ser tuya por toda la vida que me queda. Quiero que nos unamos para siempre; pero antes debo limpiarme de mis grandes pecados para darte una esposa enteramente pura. No conozco aquí fraile ni sacerdote con autoridad para perdonarme. Segismundo mío, si tú puedes allegar algún dinero, con eso y con lo poquito que yo poseo de mis ahorros reuniremos lo preciso para irnos a Roma y echarnos a los pies del Padre Santo, pidiéndole un perdón general para los dos..., perdón que de fijo tendríamos, y con él la licencia para casarnos santamente y ser los más felices, los más meritorios siervos de Dios.» Yo le contesté así, *mutatis mutandis:* «Donata hermosa, mujer escogida, corazón sublime, yo haré cuanto quieras por lograr el bien inefable de la unión contigo. Mi anhelo es que juntos vivamos y muramos. Mas para proporcionarme esa cantidad que dices, necesitaré robarla..., no podré proveerme de metálico más que por un hurto, más bien estafa picaresca y sutil. Y como eso sería, bien lo comprendes, añadir un pecado a los muchos y gordos que habremos de llevar a Roma, tú me dirás si aumentando la carga no corremos el riesgo de que se dificulte el lavado de nuestras almas...» Quedó ella perpleja, sumida en meditaciones, y llegado el momento de la separación, me despedí *hasta otro día;* y ello fué la del humo, querido Vicente, porque di por terminada mi aventura, y no volví. Como yo tuve buen cuidado de no darle las señas de mi casa, se acabó todo... Yo no había pretendido más que un triunfo sin consecuencias. Llegué, vencí, y a mi camaranchón a continuar viviendo la Historia de España.

XXI

Condolido del mal traer de Segismundo y admirado de su ingenio, Halconero volvió en su busca al siguiente día, convidándole a un buen almuerzo en casa de Botín (Cuchilleros). El generoso amigo no se contentaba con matarle el hambre atrasada: era su propósito repararle totalmente, vestirle, devolverle a la familia y la sociedad, para que tan lucido talento no se anegara en los remolinos de la plebe. No se mostró el perdulario muy conforme con aquel plan.

En más estimaba su libertad, según dijo, que todos los bienes del mundo, y más dichoso le hacía el vulgo bajo que los demás vulgos que componen el conglomerado social. Sin hacer caso de estos coqueteos filosóficos, Vicente seguía en sus trece. Por de pronto, y mientras requerían un sastre que vistiera al desnudo, el amigo remedió a éste con su ropa decorosamente, cosa bien hacedera, pues ambos tenían la misma talla y anchuras.

Pensaba Halconero solicitar la intervención del marqués de Beramendi para reconciliar al pícaro con sus padres; pero antes de que lo intentara, le disuadió de su buen propósito el propio Segismundo con su desatinada conducta. En los primeros días de noviembre, fué a visitarle en su vivienda de *Corinto.* Allí estaba el hombre afanado entre papeles y libros, que desordenadamente cubrían la mesa y parte del camastro. Sorprendió a Vicente ver a su amigo vestido con los pingajos que llevaba sobre su cuerpo el día del almuerzo en Botín, y antes que le pidiera explicaciones, Segismundo las dió terminantes con estos donosos conceptos:

—Ya, ya... Te asombras de no ver sobre mí las hermosas y casi nuevas prendas de vestir con que me obsequiaste. ¡Ay querido Vicente! Si otra vez cubren mi esqueleto estos innobles guiñapos, débese, no a mi descuido, sino a mi acrisolada honradez. Sabrás que el *parné* que me diste para mi bolsillo tuve que traspasarlo al de unos feroces logreros, que me facilitaron fondos este verano con el módico rédito de una peseta por duro cada mes... Aquí donde me ves, pobre y casi desnudo, soy esclavo de

mi palabra, cumplidor fiel de mis compromisos... Apenas llegó a mi bolsillo tu dinero, no pensé más que en pagar; pero como no me bastaba, ¿qué hice?, pues depositar la ropa en los archivos de *Peñaranda* y volver a ponerme la vieja, con la cual, dígolo sin intención de molestarte, me encuentro muy a mis anchas y en la plenitud de la holgura y comodidad.

No sabía Vicente si reñir a su amigo o perdonarle, atendiendo al sinfín de desdichas que sobre él se acumulaban. Segismundo se hizo más digno de compasión, prosiguiendo así el relato de sus calamidades:

—Pues no bastando lo que por tu ropa me dieron en las mazmorras de *Peñíscola,* me puse al trabajo, que en esta *apartada orilla* no deja de ser productivo. Yo me levanto muy temprano, y después de leer los *Diálogos socráticos* de Platón, o las *Tusculanas* del amigo Marco Tulio, me pongo a trabajar. Verás en qué. Tengo un parroquiano, sacerdote muy ejemplar, pero más bruto que las bolas del Puente de Segovia, que se gana el cocido predicando en los pueblos de Parla, Fuenlabrada, Griñón y otros de esta ilustrada provincia. Es un zote incapaz de toda sintaxis y de toda literatura. Nos conocimos vagando en Gilimón; tuvo la sinceridad de confesarme sus dificultades para componer los sermones; brindéme yo a socorrerle de gramática y fraseología, y al fin convinimos en que yo le sacaría de apuros por el estipendio de diez reales cada pieza oratoria. El hombre quedó contentísimo, y yo más, pues con esa corta ganancia he podido bandearme en mis borrascas de verano y otoño.

Diciendo esto, Segismundo revolvió con nerviosa mano los papeles que en la mesa y en la cama tenía, y encontrando algo de lo que ansiaba mostrar a su amigo, le dijo:

—Para que veas cómo las gasto en el arte de la sagrada oratoria, emulando a Bossuet, a fray Luis de Granada y demás órganos del Espíritu Santo, aquí tienes los cartapacios de sermones que escribí para ese bienaventurado... Este es el que le hice para la fiesta del Rosario en Torrejón de la Calzada... Leeré yo. Hago el elogio de Santo Domingo de Guzmán, y digo... Escucha: Contra los infames albigenses luchó Domingo, y salió victorioso. ¿Con qué armas? Con la persuasión, con la oración, con la santa y dulce caridad: *charitas gladium*... Y en memoria de triunfo tan grande, instituyó el *Santo Rosario,* que los píos fieles practican y practicarán hasta el fin de los siglos: *solvet sœclum*... Y más adelante: Apareció Domingo en medio de las tinieblas de la herejía, y con encendida antorcha las disipó... Dios bendijo tu santo Instituto, Domingo... Le trato con esta confianza, *tú por tú,* porque así es costumbre en la literatura sermonaria.

En esto, la puerta se abrió con estridente ruido, y en su hueco apareció una bestia feroz con trazas de mujer, desgreñada, bigotuda, alta de barriga, baja de pechos y éstos colgantes como pellejos puestos a escurrir, los ojos bizcos, la trompa encarnada, la boca torcida y los pies en chanclas astrosas, vestida de sucio y armada de una escoba; bruja, en fin, truculenta, la cual echó de sus fauces estos desaforados gritos:

—A ver, *don Chirimundo,* si me deja libre el cubil para tan siquiera un barrido. ¿Qué hace ahí nadando en papelorios, escribano de los demonios?... Salga, que van tres días sin arreglarle el cuarto...

Y esgrimiendo la escoba sobre las cabezas de los dos amigos, exclamó:

—¡A ver si va a poder ser!

—Anda, Vicente—dijo Segismundo levantándose—; vámonos, que esta loba viene hoy de malas... ¡Ah *Señángela,* si fuera yo hombre de trabuco en vez de ser hombre de pluma, ya la había puesto a usted patas arriba!... Hala, Vicente, a la calle, para que mi arpía me limpie el chiquero.

Y como aún tardaran en salir, porque Segismundo se detuvo a recoger papeles, la loba volvió a blandir la escoba, rugiendo con mayor coraje:

—¡A ver si va a poder ser!

—Ahí te quedas, morcón infernal—dijo el pícaro—. Por burla te llaman *Señángela*... Ya nos vamos; no pegues...

Y como en el angosto pasillo, y bajando por la escalera desvencijada, continuara Segismundo denostando con bromas agrias a la mujerona, salió ésta y descargó un escobazo en el barandal de la escalera, repitiendo su aullido:

—¡A ver si va a poder ser!

—Ahí donde la ves—dijo Segismundo

a su amigo cuando cogían la calle—, es buena y me quiere... Su fealdad puerca sirve para espantar a mis enemigos. Hace días, cuando vinieron a sofocarme los forajidos mensuales, *a pesetas por duro*, la *Señángela* salió con su escoba, y uno fué rodando por las escaleras, y al otro le puso un ojo como un tomate. Estos bárbaros contrastes no los hallarás fuera de los barrios pobres, donde labra hoy sus madrigueras el genio brutalmente paradójico de la raza. Pasearemos un poco, y para evitar el encuentro de pelmazos y preguntones, vámonos hacia los terraplenes que dominan el Gasómetro, lugar solitario, donde podremos filosofar a nuestras anchas...

Aunque en aquella dirección no faltaron amigotes de Segismundo que les detenían y molestaban, *Cheparunda* y el *Mosca*, no les fué difícil sacudírselos, y hallaron al fin un grato aislamiento. Dijo Vicente que mientras no saliesen maestros o apóstoles que aleccionaran a la muchedumbre, y en ella infiltraran el sentido práctico, el vecindario del Sur sería un peligro para la paz pública. A esto replicó Segismundo que él, estudiando día y noche el sentir hondo y el vago pensar del pueblo, había sacado esta enseñanza: Como en las grandes crisis políticas de nada sirven las ideas si no vienen vaciadas en pasiones ardientes, la plebe del Sur cumplía muy bien su misión de poner al fuego las ideas para que hirvieran, y con su hervor fuesen cauterio del cuerpo social. La semilla lanzada por filósofos y pensadores no germinan sino cuando cae en los cerebros y en las almas de los que más directamente soportan el mal humano, de los mal comidos y semidesnudos, de los que soportan todas las cargas y no gozan de ningún beneficio.

—Es cierto—dijo Vicente—; mas para que de las revoluciones salga vida eficaz, es preciso que se casen y procreen la fuerza pensante y la mecánica o impulsiva. De otro modo, todo es barullo estéril.

—Convenido..., pero yo te digo que las fuerzas mecánicas están ya fecundadas por la idea, ¡bendita vesícula!... Y el nuevo ser vendrá. Tú lo has de ver, Vicente... Y ahora gocemos de este delicioso sitio. Sentémonos en este sillar, que nuestra imaginación, ya que no nuestras nalgas, convertirá en diván blandísimo; respiremos este polvo, y contemplemos las pintorescas basuras que por todas partes esmaltan el suelo y los edificios. Esparce tu vista a un lado y otro y abarcarás un soberbio escenario, digno de sublimes dramas históricos. A la izquierda verás el caserío de las Peñuelas, que si humilde en la realidad, en nuestra retina se vuelve grandioso; a la derecha se destaca la hinchada cúpula de San Francisco, llamado el *Grande* porque es algo menos que chico. Bajo aquellas bóvedas y techos pasaron a mejor vida multitud de reverendos frailes en el zafarrancho que tuvimos el año treinta y cuatro... Vuelve los ojos a esta otra parte, y verás la Fábrica de Tabacos, que alberga la comunidad de cigarreras, alegría del pueblo y espanto de la autoridad. Si miras a lo lejos, verás el lindo telón de la sierra y las enramadas que bordean las orillas del Manzanares, risueño y pobre...

—No niego que este paisaje tenga cierto encanto—dijo Halconero—. No es bello; es malo. Los guiñapos y el sol le dan su colorido picante, y debe su majeza al desperdicio de las alegrías de Madrid, que caen todas hacia esta parte.

—Yo te aseguro, Vicente mío, que aquí me acomodo como una joya en su estuche. ¿Consistirá el encanto de estos arrabales en que a ellos vienen, como tú dices, parte de las barreduras de las ideas y de los placeres de Madrid? Sea como quiera, yo amo esta vertiente, y la prefiero a lo de arriba, donde todo es artificio, importación y farándula... Pues reflexiona conmigo, y considera el sinnúmero de vidas españolas que alientan debajo de esos techos, debajo de los tenderetes y cobertizos que vemos desde aquí. Si pudieras examinarlas una a una, como yo, verías que particularmente y en conjunto todas esas almas abominan de los que nos traen ahora un rey extranjero, un nuevo *Botellas*, aunque no sea bebedor; un *intruso*, aunque venga por votos de 171 caballeros, si es que al fin tienen pecho para votarlo... Pues yo te digo que nuestra insigne plebe está cargada de razón, porque la razón no es privilegio de los *leídos y escribidos*, sino de los que conservan pura en sus entrañas bárbaras la fundamental idea de patria y libertad.

—Sobre esto no discutamos, Segis-

mundo. Tú eres un hábil paradojista; tu ingenio escamotea las verdades.

—Yo estudio aquí la vida española en su estado elemental: yo veo lo que no ven los de arriba, engañados por su ambición, que sin quererlo ni pensarlo es la medula de su pensamiento. Esos..., los hombres llamados públicos, los unos calvos y con lentes, los otros barbudos o con bigote y perilla, desconocen la vida elemental de España. El leer sin ton ni son libros o revistas extranjeras; el parlamentar como cotorras, han hecho de ellos hombres artificiales. De buena fe algunos, otros con las picardías que les sugiere su ambición de provechos personales han llegado a suponerse poseedores de la clave política, y lo que poseen es un bastón como los que llevan los ciegos para guiarse en las tinieblas.

—Metafísico estás... Que me maten si te entiendo.

—Te lo explicaré mejor. Con la mano puesta sobre el corazón del pueblo, yo he meditado en el problema político; ya veo muy claro que la Gloriosa de septiembre fué tan sólo el acopio de materiales para la revolución que piden a voces el alma y el cuerpo de nuestra raza. ¡Y ahora, de lo que no es más que preparativo, queremos hacer un estado permanente! ¿Has visto que todo el país se sacude y se agita con una exaltación formidable? Pues esa exaltación, esa fiebre, significan que España se siente dentro del período épico; sus convulsiones son la lucha contra los que quieren ahogar esa situación épica... Dime, ¿las revoluciones de los grandes pueblos, como Inglaterra y Francia, no son epopeyas? Tú, que has leído tanta historia, ¿no lo ves así, o es que a fuerza de leer has llegado a embotar tu entendimiento, y éste acaba por ser pura curiosidad que se deleita en la superficie pintoresca de los grandes hechos humanos?

Vicente le miraba sin chistar, y el pícaro prosiguió así:

—El pueblo español quiere constituirse en estado de epopeya, y no lo dudes, en prólogo épico estamos. Pronto aparecerá lo que faltó en las abortadas revoluciones del cincuenta y cuatro y del sesenta y ocho: el elemento trágico. Si quieres ilustrarte sobre la fatal necesidad de la tragedia, lee las páginas inéditas del divino *Confusio*, que supo reconstruir el movimiento sedicioso del veinte al veintitrés, rematándolo con el toque felicísimo de llevar al patíbulo a Fernando Séptimo. Lee en historias verídicas el suplicio de otros tiranos, Carlos Primero de Inglaterra y Luis Dieciséis de Francia, y verás que para que tenga su natural desarrollo la epopeya hispana del siglo diecinueve hemos de sacrificar altas vidas; que estas vidas han de ser inmoladas para dar cumplimiento al trágico designio de la fatalidad histórica... Y ésta nos dice con acento de oráculo infalible: ¡Españoles, matad a Prim!

XXII

Oída esta barbaridad, se levantó Vicente enojado y nervioso, diciendo:

—Basta, Segismundo; hasta aquí llegaron las paradojas, las bromas o epigramas picarescos. Vámonos de aquí.

Dió algunos pasos, pisando cascos de loza y vidrio, cortezas de naranja y cáscaras de piñones, mezcladas con el polvo y con escoria de fraguas. Tras él fué el amigo parafraseando sus últimas palabras:

—Oye, Vicente, aguarda. ¿No somos literarios? ¿No tienes tú, como yo, atiborrado el cerebro de bellezas históricas y poemáticas? ¿No somos estéticos o amantes de lo bello? ¿Pues quién más hermoso que Julio César, envolviéndose en la toga, cuando cae traspasado por la espada de Bruto?... Yo, bien lo sabes, soy incapaz de matar un mosquito, y al decir que Prim morirá, no hago más que reproducir el latido trágico de esta epopeya que viene, que avanza... Sus pisadas hacen temblar la tierra... Prim es el tirano; Prim quiere traernos esta pamplina del rey constitucional, que reina y no gobierna; del rey pantalla, tras el cual seguirá él gobernando y haciendo su voluntad... Esta traída de un italiano es como petardo puesto en el corazón del pueblo que no conoce de Italia más que a los infelices saboyanos que vienen acá con arpas y organillos... Fíjate..., toda la gente brava de estos barrios está que trina; no hablan más que de traición, de venta de España, y cada techo alberga un ciudadano, que si no tiene trabuco lo compra...

—Eres tú más literario que yo—dijo Vicente, que sin saber por dónde iba se metió en las Américas—, y tienes la cabeza llena de lugares o temas estéticos, que no podemos aplicar a la vida real.

—Yo fuí *libresco;* pero hace tiempo que me volví *humanesco;* he pulsado la vida, y mis libros son el pueblo. ¿Quieres instruirte en mi biblioteca? Pues vente a menudo acá, no de día, sino de noche, que nocturno es el culto de la demagogia. No verás aquí masones con embeleco sacerdotal, sino hombres bien bragados con trabuco... Estamos en el Rastro; si quieres adquirir trabuco, carabina o pistolones, yo te llevaré a donde te sirvan lo bueno... Para el estudio ven de noche, como te digo. Iremos al templo de *Tachuela,* que ya conoces; subiremos luego hasta el santuario de Antón Martín, donde hay cada misa cantada que tiembla el misterio.

Replicó Vicente que no gustaba de tales templos. Hablando del pueblo, dijo que reconocía su poder anímico; pero que las multitudes, movidas por la pasión o por la idea pasional, no podían dar de sí nada bueno si no eran regidas por un maestro, por un pastor inteligente... Esto nos lo dice el sentido común... y la literatura.

—Aquí tenemos gente arisca y resuelta—dijo el pícaro—; corazones que aman la Patria y quieren servirla..., pero como cabeza no tenemos más que la de *Don José,* a quien los más siguen y obedecen.

Comprendiendo Vicente que aquel don José, rabadán del rebaño patrioteril, era Paúl y Angulo, refirió a su amigo cómo le había conocido en el tren, y le calificó de tarambana y valentón de boquilla.

—Yo tengo a Paúl por hombre de talento y de corazón—dijo Segismundo—. El odio que ha tomado a Prim, no sé por qué, lo ha convertido en grito de guerra. Discurre bien cuando tiene la cabeza fresca; pero si se excede un poco en los chatos que suele tomar, ya le tienes perdido... Yo he visto en él rasgos de bondad admirables; le he visto también pasar de la dulzura de carácter a la grosería más soez. Por una palabra inocente se dispara, y al que le contradice le provoca y desafía... Es gran tirador: yo recomiendo a sus amigos que no le hagan caso cuando le vean alumbrado por seis o siete copas, porque si van con él al terreno los despacha para el otro mundo en un decir Jesús.

—Rebaja un poco de la ferocidad de don José—dijo Halconero—. Esos valientes, con chatos o sin ellos, se acaban cuando sale un hombre de dignidad que les arrea un par de bofetadas.

—Puede que tengas razón—indicó Segismundo—; pero hasta ahora, que yo sepa, ninguno le ha parado los pies al jerezano. En cambio, le he visto muchas noches en Antón Martín completamente sereno, diciendo la misa demagógica con gran sentido, y afinando bien la puntería... A mí me quiere..., tiene debilidad por mí. . Se ha empeñado en llevarme a su periódico *El Combate,* que se imprime en la plaza de los Mostenses: allí tiene la redacción, con un trabuco detrás de cada puerta... Pero no me doy a partido... Aunque don José me ofrece un sueldo, no acabo de convencerme. Temo que ofrezca y no pague..., y yo con mis sermones me defiendo y gano cuartos: que mi parroquiano, el cura don Trinidad, es tan mal gramático como buen pagador.

Decían esto parados en la esquina de las Amazonas, donde acordaron separarse: el pícaro, para ir a su comedero, la taberna de *Tachuela;* el otro, en dirección de su casa.

—Sí, chico—dijo Halconero—: no vayas al *Combate;* quédate por acá, en la dulce vida libre, escribiendo sermones..., y yo te encargo uno dedicado a Santa Catalina, pues para esa fecha se ha fijado mi boda..., aplazada ya dos veces. Y en pago de ese sermón toma cinco duros.

Cogió Segismundo la moneda de oro, y ademán hizo de besarla guasonamente.

—Dios te lo pague y te lo aumente, amigo del alma; y que Catalina..., con esta confianza trato yo a todos los santos del Cielo..., que Catalina te traiga en su día una buena boda, y asegure tu felicidad con masculina sucesión... Adiós, adiós.

Siguió Vicente por la cabecera del Rastro sumergido en vagas meditaciones. El pueblo español padecía de una honda enfermedad del juicio: loco estaba el patriotismo, loca perdida la libertad, y el año venía con una sarta de locuras trágicas engarzadas una en otra, como cuentas de rosario. Perdido de la

cabeza estaba Segismundo, rematados Paúl y los brutos que le seguían.

Pero aún tenía que ver otro ejemplo vivo del desbarajuste mental de la sociedad, y ello fué al pasar por la calle de los Estudios. Absorto quedó ante un caballero y una señora que hacia él venían de bracete. La mujer era Donata; en el galán reconoció al clérigo que había tenido por compañero en el ferrocarril desde Burgos a Madrid... Al apartarse para dejarles la acera, se fijó en el sujeto. No podía dudar; era el mismo: alto, guapo, con traje oscuro de paisano, la cara sin afeitar, no por desaseo, sino por determinación de dejarse la barba. Pasaron... El caballero sacerdote saludó a Vicente con expresivo sombrerazo, y la graciosa beata volvió su rostro hacia la pared, para ocultar el *pavo* que hasta la raíz del pelo le subía...

Detúvose Halconero para verles de espaldas, y advirtió que se entretenían ante las tiendas que en la tal calle exhiben el tráfico de baúles y maletas, y examinaban el género con atención que delataba tendencias emigratorias.

«Estos pájaros—pensó Vicente—rompen por todo, y para vivir a sus anchas quieren cambiar de aires...»

Lo primero que hizo el joven al llegar a casa fué contar a su madre lo que acababa de ver, y Lucila, soltando la risa, le dijo:

—Yo también les he visto esta mañana en una tienda de Santa Cruz. Me quedé pasmada, y él me reconoció, saludándome con una reverencia... Ella se probaba un abrigo, un sobretodo para viaje. No sé si al fin compraron, porque yo me marché... Dirás tú que ella y él son un par de sirvergüenzas. Yo me callo..., no, callar no... yo te digo que si predicáis y pedís libertad, ésta no ha de consistir tan sólo en dorar las cadenas. Y otra cosa te digo: la libertad menos mala es la que no tiene tratos con la hipocresía.

Almorzaron; llegó a la sobremesa Enrique Bravo, y suscitada conversación sobre el mismo asunto, el amigo dió más informes de la pareja sacrílega, pues al clérigo conocía, y dos días antes habló con él largamente. Llamábase don Andrés del Romeral; era hombre de mérito, pues en su espíritu se juntaban la doctrina severa y la dulce amenidad. Descolló en estudios teológicos, fué brillante alumno del Sacro Monte; después ganó en lucido certamen la Penitenciaría de Burgos. A estas evidentes galas del cacumen, añadía Romeral su destreza en tañer la guitarra, su gracia para contar chascarrillos, su don de gentes y el despejo que en el comercio social mostraba. Amores tuvo con Donata, en tiempos no remotos que el narrador no podía precisar; sólo sabía que la *Ecuménica* le guardaba fidelidad relativa en el sagrario de su corazón.

Los vientos de libertad trastornaron a don Andrés; se sentía varón, y de añadidura guapo, dotado de espirituales atractivos. Viviendo y pensando, fué a dar en la tecla de hacerse protestante, que era un pastoreo compatible con los melindres de la carne. Hombre de recia voluntad, no se anduvo en chiquitas para su apostasía. Rompió con la Iglesia como quien se despoja de un calzado molesto, y de la noche a la mañana, pisando hablillas y dándosele un ardite de la disciplina, hizo su evolución.

—Porque esto, querido Vicente—añadió Bravo—, no es más que la evolución natural de las conciencias, conforme a los grandes principios de septiembre. Romeral, según me ha dicho, se irá uno de estos días a Gibraltar con su coima. Allí se casarán, y luego... América es grande... Las paletadas de la hélice de los vapores, ¡pim, pam!, cantan: «¡Libertad, libertad!»

Horas después, cuando acompañaba Enrique al amigo hasta la casa de su novia, hablaron de otra evolución no menos extraña que la del cura Romeral, sólo que era en sentido contrario. A los oídos de Vicente había llegado el rumor de que Bravito evolucionaba resueltamente hacia la Monarquía. Interrogó el amigo al amigo, y éste, con gallarda valentía y sinceridad, confesó de plano. Se había visto constreñido a la defección por los aprietos de la vida, que ahogaban las ideas. Las ideas no dan de comer, ni con ellas se paga la pensión de una madre loca, recluída en un manicomio; ni se atiende a un padre paralítico y a tres hermanos pequeños que necesitan educación..., amén de otras mil urgencias que le agobian a uno... y atrasadas trampas que crecen como la espuma. Esclareció su informe declarando que al cambio de ca-

saca le había llevado su amigo, el gobernador don Juan Moreno Benítez, íntimo de Prim, y uno de los hombres más simpáticos y más caballeros de la situación... Según dijo Vicente, corrían voces de que el corredor o intermediario entre Bravito y Moreno Benítez había sido Duzazcal. Nególo el interfecto, agregando que, aunque era amigo de Felipe, ni éste medió en el asunto, ni el paso atrás significaba ingreso en la temida y execrable *Porra*. Terminó Enrique su confesión manifestando, como descargo de conciencia, que la traída de don Amadeo al trono de España era una solución conciliadora, que satisfacía por el pronto los anhelos democráticos del país.

—Contentémonos con lo posible, y no vivamos en expectación de ideales utópicos. El don Amadeo, según dicen, es un príncipe liberal, y con él tendremos un monarquismo templado, que casi casi será una república coronada, a estilo de la monarquía inglesa.

Esto decía Bravo, entrando ya en la calle del Barquillo, cuando vieron los amigos que hacia ellos venían las *Ecuménicas*, ya reducidas a dos por la voltereta de la ojerosa y sentimental Donata. Con súbito presagio, al recibir de frente al flechazo siniestro de la mirada de Domiciana, dijo Halconero:

—Alguna desgracia nos anuncian las dos *Parcas* que quedan.

Pasaron moviendo con sus negras faldas una ola de aire, no tan frío como el acero de sus miradas. Bravo dijo:

—La corneja mayor, la infernal Domiciana, está que echa lumbres por la fuga de su compañera... Cree que tú y Segismundo habéis tenido alguna parte en la captación de Donata y en su traspaso al cura Romeral... Ha intentado echarle la zarpa y volverla a su esclavitud... Sabe que Romeral anda en amistades con Paúl y Angulo, y no se ha recatado de hocicar con éste... Me consta que Paúl la mandó a paseo. Lo sé por Montesinos y Gabiola, amigos íntimos del jerezano.

Replicó Vicente que si odiosa era para él la *Ecuménica*, no lo era menos, por otro estilo, el desaforado, el vesánico Paúl.

Por sucesivos encadenamientos lógicos, hablaron de política, y convinieron en que la elección de rey en las Cortes sería un capital acontecimiento, y un nuevo triunfo que Prim apuntaría entre los mejores de su vida heroica. Y por otra lógica derivación del diálogo, se trató de la boda. Dijo Halconero con alegría franca que ya no habría más aplazamientos. Mostróse Bravo delicadamente envidioso de tanta ventura. En esta sociedad, formada de mogollón y a puñetazos, unos lo tenían todo, otros nada. La desamortización no había hecho más que cambiar los términos de la desigualdad. Aumentaba el número de ricos, y en las clases inferiores aparecía un nuevo grupo miserable, que era el proletariado de levita y botas de charol. Para esta infeliz caterva social, no había otro refugio que la burocracia. Las oficinas eran conventos modernizados en que hallaban techo y sopa los segundones de esta edad funesta... A la burocracia o *panfuncionarismo* había que atenerse.

—¿Sabes lo que me ofrecen por mi resellamiento?—añadió Bravo casi con lágrimas en los ojos—. Pues la secretaría de un gobierno de provincia o un destino en Cuba, a elegir. Aunque no siento ganas de pasar el charco, quizás me convenga alejar de Madrid todo lo posible este oprobio que me han traído mis desgracias... Querido Vicente, estoy pasando amarguras de que tú, el mimado de la suerte, no puedes tener idea. Ya no entro en ningún café, ya no voy al teatro... El temor de encontrar amigos que me zahieran o me insulten, me retrae de la sociedad que siempre fué más de mi gusto...

El bondadoso Vicente le dió ánimos y consuelo. En España tenemos un singular rocío de olvido, que desciende benéficamente del cielo sobre las inconsecuencias políticas, y las hace desaparecer sin que quede rastro de ellas... Se despidieron, al fin, quedando en verse a la noche siguiente, cuando Halconero saliese de la casa de su novia. A la misma hora saldría Bravito del nido en que tenía la suya una linda muchacha, con quien estaba casado en vigésimas nupcias *por detrás de la iglesia*. Si admitía el destino en Cuba, la llevaría consigo... Como la tal moraba en la calle de Regueros, se reunirían los dos amigos a lo largo de la del Barquillo, a hora bien determinada, y se irían a parlotear a una extraviada chocola-

tería donde no topasen con ser viviente de los que causaban espanto al desdichado Bravito.

Así lo hicieron: las diez y media serían cuando Halconero y Bravo iban de pájaros nocturnos por la calle de San Mateo, de la cual pasaron a la de la Palma. Pero con tal desdicha o mala intención guió sus pasos la fatalidad, que, huyendo del perejil, cayeron en él de cabeza. Todo les salió al revés de lo que pensaban, y donde creyeron encontrar paz, hallaron querella y bronca. Iba diciendo Bravito: «En esta calle, un poco más allá, tenemos una chocolatería que, por lo tranquila, es una sucursal del Cielo», cuando se vieron interrumpidos en su marcha por un tropel de gente bulliciosa, que de la costanilla de San Andrés desembocó en la calle de la Palma. Eran unos ocho, lo más, diez sujetos; pero alborotaban por ochenta.

No les valió a los amigos detenerse para dejar paso libre al tumulto. Venían dos delante, como batidores, embozados hasta los ojos; los demás, en desorden, graznando y riendo, con alegría tabernaria. Pasaron los primeros, De los que seguían se destacó uno que, reconociendo a Bravo, le abordó con burlas y ademanes descompuestos:

—¡Hola *Don Gaita* o *Don Judas!*

Y otro se arrimó también desembozándose, y dejó ver un rostro inyectado de sangre y unos ojos chispos. De los pliegues de la capa salió el cañón de un trabuco, y de la boca del hombre este disparo:

—Dile al traidor Sagasta que esta noche le vamos a descacharrar la *Porra...*; dale el recado de mi parte, de parte de Paco Huertas... Ya me conoce.

Y vino un tercero, y dijo:

—Eres Bravo, el vendido... So monárquico, ¿ya no saludas a los que fueron tus amigos? Yo soy Paco Robles, y te desprecio...

—Sigan su camino—gritó Halconero—, y déjennos en paz.

Uno que a distancia iba ya, retrocedió en aquel instante, y, plantándose en el grupo dejó ver su faz picada de viruelas, sanguinosa, sus gafas azules, su aire bravucón y desenvuelto, sin capa ni trabuco, con sólo un palo que esgrimía para marcar con acento irónico y brutal estas roncas palabras:

—¡Caray, si son los niños de la aristocracia del pavo!... ¿Adónde vais, *pavi-pavi?* ¿Sois de la *Porra?* ¿Besáis el faldón sucio de Felipe Ducazcal? Tú, Halconerín, no andes en compañía de este lambión... Tú eres rico, tú harás carrera, por tener madre guapa. No hay como gastar madre hermosa para echar buen pelo... Por el marido de tu madre te llamas Halconero..., pero nadie, ni ella misma, sabe de quién eres hijo.

Con terrible rugido se abalanzó Vicente hacia Páúl, y sus manos casi tocaron el pescuezo del jerezano; pero éste se apartó con viveza, soltando carcajada de insolente desprecio, y rodeado de algunos de los suyos, siguió calle adelante.

Quiso Halconero correr trás él... El llamado Huertas le detuvo con vigorosa mano, gruñendo así:

—Aguántate, niño. y sigue tu camino...

Pero el pobre caballero, fuera de sí, trataba de desasirse de Huertas y del mismo Bravo, y no cesaba de gritar con toda su voz:

—¡Canalla, cobarde, borrachín..., déjame arrancarte esa lengua asquerosa!

XXIII

Solos, al fin, Halconero y Enrique, éste seguía encadenando con sus dos brazos al amigo, que, poseído de frenética indignación, no se arredraba ante el número y fuerza superior de la mesnada de Paúl.

—Pero ¿estás loco? ¿Qué podemos nosotros contra esa cuadrilla de bárbaros armados de trabuco? ¿Traes revólver?... ¿No?... Pues yo sí, y no lo saqué porque de nada me habría servido... Cálmate y reflexiona. En rigor, no debes considerarte agraviado por las palabras soeces de un hombre que trae esta noche dentro del buche una bodega tan grande como las que tuvo en Jerez. ¿Qué adelantas ahora con provocarle, si él había de poder más que tú?... Lo que te digo. Las injurias de ese botarate no deshonran más que al mismo que las pronuncia.

No cedía la furia de Vicente; pero la descomunal tensión muscular y nerviosa tocó a su fin, y el hombre habría

caído al suelo si su amigo no le sostuviera.

—Busca donde pueda sentarme—murmuró Halconero, agotado el aliento.

La iglesia de Maravillas les ofreció los escalones de su puerta berroqueña, y allí se sentaron los dos.

—Descansa, vuelve a la razón—le dijo Bravo—. Podemos retar a un enemigo insolente; pero a un loco de atar, no... Y un loco embriagado carece de personalidad...

—Pues que lo diga—replicó Halconero, con premiosa respiración—. Declárese irresponsable; eche la culpa al vino..., cante la palinodia... y pida perdón...

—Eso no lo hará. Es tan soberbio como provocativo. Buscaremos la intervención de amigos suyos de los más adictos, como Balbona, Montesinos, Quintín, y no será difícil que consigan de ese bruto una explicación franca...

Sosteniendo su cabeza con ambas manos, perdida la mirada en la oscuridad de la calle, permaneció Vicente como esfinge un mediano rato sin dar respuesta al amigo. Este oyó, al fin, palabras dichas con estoica frialdad.

—Déjate de pasteleos indignos y de parlamentar con facinerosos. Mañana, tan seguro como hay Dios, mañana busco yo al miserable que me ha ofendido, y él y yo solos ajustaremos esta cuenta.

—Considera, querido Vicente, que estás a punto de casarte...

—Yo no me caso si antes no mato a ese hombre, o me mata él a mí. Me ha herido en lo más vivo del alma. Con cien vidas de él no quedaría mi honor bastante satisfecho... ¿Qué hora es? Será muy tarde. Las once y media escasamente... No te empeñes ahora en llevarme a cafés o chocolaterías... No podré distraerme con nada, ni comer ni beber... Dentro de mí se ha metido de repente una idea, un bulto, un mundo..., no sé como decírtelo; y mientras no eche de mí esa idea, esa pasión o lo que fuere, mi existencia está interrumpida. Adonde voy ahora es a mi casa... y no a dormir; me será imposible. Quiero estar junto a mi madre..., sentirla cerca de mí, aunque no la vea...

Poco después, andando los dos taciturnos hacia la calle de Segovia, que era largo camino, Vicente rompió el silencio para decir a su amigo:

—Cuidado, Enrique; cuidado con contar a mi madre el suceso de esta noche. Desde ahora te advierto que si hablas de esto a mi madre, perderás el único amigo que te queda... Más te digo: seré tu enemigo irreconciliable.

Con medias palabras prometió Bravo callar, y al despedirse dejó en la puerta su promesa vaga, y se retiró con sus reservas hondas.

En vela estuvo Halconero toda la noche, viendo la inmensa procesión que no acababa de pasar por dentro de su espíritu; procesión de agravio recibido, de honor no satisfecho, de amor a su madre, de odio a su enemigo, del forzoso escarmiento que había de seguir a la soez injuria. Examinándose a sí mismo, vió llegada la gran crisis de su existencia. Hasta entonces había vivido en pasiva normalidad, arrimadito a las faldas de una madre amantísima. Sus necesidades, desde lo elemental hasta lo superfluo, estaban plenamente satisfechas: todo lo recibía de la incansable providencia materna: el vivir sereno y sin fatigas, la ilustración fácil y el solaz literario, los amores. Si éstos fueron desgraciados con Fernanda, felices eran con Pilarita. Con ésta le daban esposa linda, buena, rica y de familia ilustre. Bienes tan eficaces no alteraron ni en un punto la pasividad del hijo de Lucila, que con hechuras y estampa de hombre se perpetuaba en la niñez, dulcemente mimado por la madre, por los amigos, por la sociedad.

Pero ¡ay! que de pronto surgió en el Limbo infantil el momento de la virilidad activa; apareció el caso en que había de decidir Vicente si era hombre completo o no lo era. Hasta entonces no se le presentó ocasión de conocer en sí el más claro signo de la voluntad humana, que es el valor, con sus facetas de dignidad, de firmeza estoica, de menosprecio de la vida. Reconoció que al llegar ocasión tan solemne no se sentía débil, sino, por el contrario, asistido de una vigorosa fuerza interior, y el copioso archivo literario que llevaba en su cerebro no le estorbó para lanzarse camino de la bravura y aun del heroísmo, antes bien, le alentaba, le esclarecía con rutilantes ejemplos.

En resolución, castigaría, con prontitud, dureza y crueldad proporcionadas al agravio, la insolencia de su enemigo.

Sin ceder en su fiero propósito, veía bien claro que se colocaba en un terreno divisorio entre la vida y la muerte, con más probabilidades de muerte que de vida. Porque el plan de Vicentito era ir enteramente solo al escarmiento de Paúl, sin padrinos ni médicos, despreciando la tramitación caballeresca y en cierto modo elegante de los lances de honor.

Aunque Bravito prometió no informar a Lucila del suceso de la calle de la Palma, no estaba Vicente seguro de que el amigo cumpliera. Temía que, con miras de sentimentalismo ñoño, Enrique faltase a la discreción... ¿Qué hacer? Bien sabía que Bravo se levantaba muy tarde. Determinó, pues, el improvisado paladín echarse fuera de casa antes de que el oficioso amigo llegara, y esto no había de ser hasta mediodía. Con el embuste de que Beramendi le había convidado a almorzar, despidióse de Lucila, diciéndole que no le esperase hasta la noche... ¡Oh, qué dolor ver la cara de la celtíbera, que en el hijo clavó sus ojos con cierta lumbre patética y recelosa! Al salir intentó Vicente sofocar su pena con fortísima presión de la voluntad. «Mi madre—pensaba—se ha puesto hoy la cara trágica... ¿Sospechará?» La idea de que tal vez no la vería más le puso por un momento en consternación desgarradora, determinando en él un punzante cariño a la vida... ¡Fuera, fuera melindres! ¿Qué valía la vida sin honor?

En el café Oriental tomó un tentempié, y después se fué a divagar por el Prado y Retiro, sin otro móvil que hacer tiempo hasta la hora en que solía visitar a su novia. En la casa de ésta entró a las cuatro, después de un prolijo estudio de histrionismo para ponerse máscara y ademanes de alegría, que no dejasen traslucir el sorteo de vida o muerte que llevaba en su alma. Y tan bien hizo su papel de hombre sereno y feliz, que Pilarita no sorprendió en él la menor sombra de inquietud. Hablaron... de lo mismo, del día dichoso, sólo separado del presente por una semana cachazuda, que deslizaba sus instantes con lentitud de caracol...

Llevaba Halconero bien guardado un revólver que le regaló meses antes su tío Leoncio, dueño a la sazón de un hermoso almacén y taller de armería. Vicente no había usado nunca el arma, que era del mejor sistema conocido entonces, y en tan buena ocasión pensaba estrenarla dignamente... Quedó, pues, Pilarita engañada por la bien fingida serenidad de su prometido, que supo sustraer a toda sospecha el conflicto anímico y el instrumento de muerte. En la despedida, con promesa de volver por la noche, la señorita vió partir a su novio tranquila y risueña, prolongando su alma en pos de la de él con un cariñoso «Hasta luego».

Bajó Halconero rápidamente los primeros peldaños de la escalera, como si se precipitase al fondo de un abismo; mas de pronto se paró sacudido por un lúgubre pensamiento. «¡Ay Pilar, Pilar, mujer mía! Noventa y nueve probabilidades contra una me dicen que no te veré más... Pero ¿es esto posible? ¡Y tan posible!... No te veré más...; no seré tu marido; quedarás viuda antes de casada.» Y al pensarlo dió tan fuerte golpe con la mano en el barandal de la escalera, que ésta se estremeció en toda su angulosa longitud de abajo arriba. Por un instante vaciló su ánimo, acogiéndose a la idea del desistimiento de su aventura... ¿No sería mejor aplazarla para después de la boda? Así quedaría Pilar en viudez legal y canónica, no en la desabrida situación de viuda soltera... En el trastorno de su mente llegó a creer que si consultaba el caso con su futura, ésta opinaría lo mismo.

Al coger calle, se afianzó Vicente en su resolución caballeresca. El aplazamiento era una cobardía... Y en buena lógica, ¿por qué habían de ser noventa y nueve las probabilidades de muerte? Bien pudieran ser cincuenta, mitad por mitad entre la muerte y la vida. Sobre todos los cálculos en casos tales se cernía con las alas extendidas el ave misteriosa de lo imprevisto, la fatalidad, que lo mismo podía ser desdichada que favorable... Metióse por calles transversales para llegar a Recoletos y seguir luego por la Castellana, recorriéndola toda sin otra idea que hacer tiempo hasta las diez de la noche, hora infalible para encontrar a Paúl en la Redacción de *El Combate*.

En nocturno paseo por rondas y proyectadas vías fué dejando minutos, horas, y cuando se aproximaban las diez entraba en la calle Ancha de San Bernardo por la de las Navas de Tolosa.

Despacito avanzó hacia el fin de su caminata. Por la calle de las Beatas hizo su entrada en los Mostenses. Antes de dirigirse a la Redacción, en la esquina de la escalinata que conduce a la travesía de la Parada, dió la vuelta a los tinglados de la plaza por el Oeste, con el fin de reconocer el terreno; cruzó frente a la calle del Alamo: detúvose en la rinconada; en la bocacalle de la travesía del Conservatorio vió dos bultos que guardaban las esquinas. Nada de esto extrañó a Vicente, pues ya sabía que los mesnaderos de Paúl guarnecían la Redacción, diariamente vigilada por la Policía y a veces asaltada por la partida de la *Porra*. Uno de los bultos que custodiaban la callejuela dejaba ver su rostro: Vicente creyó reconocer al ferocísimo, al membrudo y peludo Paco Huertas; pero no podría jurar que fuese él... Al dar la vuelta, vió en la esquina de la calle del Rosal a otro individuo, que, por lo hinchado del embozo, debía de llevar trabuco bajo la capa. No se le despintó a Vicente la cara de aquel tipo. Era uno de los Quintines, héroe con Paco Huertas de la barricada del 22 de junio en Antón Martín.

Entró en la casa de *El Combate* por una pieza baja en que tenía el cierre y despacho para la venta de números. El recinto estaba oscuro, y en él había hombres y muchachos cuya condición y oficio no era fácil precisar. Tipógrafos no eran, porque el periódico se componía y tiraba en la imprenta de Tello, Isabel la Católica, 23. Un chico señaló a Vicente la escalera que a la Redacción conducía. Subiendo por ella, topó el joven con un hombre conocido que bajaba. Era *Tachuela*, el dueño de la taberna donde comía Segismundo. Repitió Vicente su pretensión de ver sin demora al señor Paúl, y el tabernero, fluctuando entre la desconfianza y la cortesía, le dijo:

—No sé si podrá verle. Está trabajando... Suba y pregunte, que don José recibe siempre a los amigos... y a los enemigos.

Peldaños arriba, Halconero tuvo una lúcida visión, hechura de su considerable saber histórico y literario. Y pensando que no era muy airoso compararse a una mujer, aunque ésta fuese grande heroína, se comparó con Carlota Corday cuando subía la escalera de la casa de Marat, hasta llegar, guiada por la sirviente, a la estancia en que el brutal revolucionario y libelista aguardaba la muerte, metido en su baño... Apenas llegó arriba, vió Halconero la claridad de un aposento, y en éste al terrible Paúl, no en el baño, sino escribiendo, encorvado sobre una mesa bajo la luz de un quinqué colgante... Junto a él, en pie, estaba el diputado federal jerezano Ramón Cala.

Sin pedir permiso ni andar en etiquetas, Halconero se coló dentro de la salita. El director y el redactor de *El Combate* le miraron sin gran extrañeza, quizás por estar hechos a las visitas de sorpresa, sin previa licencia de entrada. Después de mirarle, atendieron a lo suyo. Dichas por Paúl algunas palabras al redactor, éste se retiró a una estancia próxima, concediendo a Vicente una sonrisa benévola.

Alzó Paúl los ojos de lo que escribía, dejando salir de su boca una interrogación rutinaria, sin interés:

—¿Qué se le ofrece, caballero?...

—Yo creí—dijo Halconero, firme de acento y sereno de rostro—que bastaba mi presencia para que usted comprendiera...

—Pues no caigo...; pero, en fin, señor mío, con decírmelo usted salimos de dudas... Dispénseme un momento. Déjeme acabar este sueltecito..., cuestión de medio minuto..., y luego hablaremos todo lo que usted quiera.

Con un monosílabo asintió Vicente, y, en la corta espera, viendo y oyendo el rasguear de la pluma del jerezano, pensaba que éste se hallaba completamente fresco y que la hora del copeo no había llegado aún.

Terminó Paúl en breve tiempo su trabajo; dió un silbido; vino un chico de la imprenta, en cuyas manos negras puso las cuartillas, con una orden seca, ...

—Pues usted dirá... ¿Por qué no se sienta?

—Gracias; estoy bien así... Si no comprende usted a qué vengo, es que ha perdido completamente la memoria...

—¿A ver, a ver?

—Perder la memoria de anoche acá es cosa incomprensible, a no ser que usted se quite la memoria cuando le conviene, como se quita uno los guantes o el sombrero.

—¿A ver?... Explíquese mejor—dijo

Paúl fríamente, sacando su revólver y poniéndolo sobre la mesa, junto a las cuartillas en blanco.

Halconero requirió en su bolsillo el arma que traía, y, sin sacarla, sacó del pecho estas graves razones:

—Yo le avivaré la memoria diciéndole que anoche nos cruzamos usted y yo en la calle de la Palma. Usted llevaba consigo un tropel de gente; yo iba con Enrique Bravo. Los amigos de usted se permitieron insultar a Enrique. Luego, usted, sin la menor provocación de mi parte, vino hacia mí, y con formas soeces me injurió... Personalmente no me hacían gran mella sus ofensas; pero usted injurió también a la primera señora del mundo, que para mí es mi madre, y esto no se lo tolero yo a ningún nacido. Vengo, pues, a que usted se trague todo lo que dijo, o, de lo contrario, tendré que romperle la crisma, exponiéndome, como es natural, a que usted me la rompa a mí.

—Bien, joven—replicó el hombre terrible tirándose hacia atrás en el sillón con sonrisa más guasona que iracunda—. Así me gusta a mí la gente. Estoy a sus órdenes. Elija dos amigos que vengan a tratar con los míos las condiciones del lance...

—La magnitud del agravio me manda prescindir de esa farsa, de las formas y etiquetas del duelo. Sin testigos nos entenderemos mejor usted y yo... Y si no se aviene a que nos matemos con esa sencillez primitiva, me veré en la precisión de asesinarle... Decida pronto.

—Decido que sí..., que se hará como lo desea el chico de Halconero—afirmó Paúl echándose adelante—. Quiero ver si es usted un hombre, aunque el verlo me cueste la pena de matarle, con lo que haré a su señora madre daño mayor que el causado por las palabras que de ella dije..., palabras y ofensas de que no me acuerdo, ¡caray!..., puede creérmelo.

—¡Lo niega, lo niega y se desdice ahora!—exclamó Vicente con mayor coraje.

—No niego, señor mío—replicó Paúl flemático en grado sumo—. Digo que no me acuerdo; pero pues usted afirma que dije esto y lo otro y no sé qué, yo lo doy por cierto. Me basta su testimonio, y ya ve que hago honor a su palabra... Nada, nada: nos batiremos en esa forma primitiva que desea, forma verdaderamente trágica y hermosa... Se asombrará usted si le digo que empiezo a sentirme cansado de la vida... ¡Esta lucha, esta tensión continua!... Lo peor será que el instinto de defensa pueda más que mi cansancio, y que le mate a usted... Por muy bien que tire el chico de Halconero, yo tiro más... Nada: lo dicho, dicho... Me parece que no hay prisa, que podemos esperar a la madrugada. En cuanto yo cierre el periódico estaré a su disposición... Tome asiento, espere, o vuelva por aquí: como usted guste.

Dijo Vicente que esperaría, y cuando con heroica paciencia se sentaba en la silla más próxima, entró Ramón Cala con cuartillas que había de someter a su amigo. Después de examinarlas rápidamente, Paúl dijo a Cala:

—Este señor viene a desafiarme por palabras que, según él, pronuncié anoche..., palabras ofensivas para su madre... ¿Tú te acuerdas?

Ramón Cala, que, debajo de la fiereza revolucionaria y de los arrestos demagógicos, ocultaba una bondad angelical, se explicó en esta forma:

—Palabras, sí, que no tienen ningún valor..., dichas en momentos de abandono y alegría..., alegría que sale de los vapores de la cabeza, levantados por unas copas de más... ¿Y por eso quieren matarse?...

Llegóse a Vicente, y, agraciándole con una sonrisa y un palmetazo en el hombro, le dijo:

—Mire usted, joven: yo lo arreglaría de este modo...

Y en el momento de oír Halconero el *de este modo,* subió del piso bajo y de la plazuela un gran estruendo; sonó un tiro..., otro tiro...

Paúl saltó de su asiento gritando:

—*¡La Porra, la Porra!* ¡A ellos!

Con brinco felino corrió a coger un trabuco colgado tras de la puerta. Sus voces parecían gruñidos al decir:

—Joven..., usted no sirve para estas trifulcas. Quédese aquí. ¡A ellos, a ellos!

XXIV

Ramón Cala, muy sereno, dijo a Vicente:

—Esto pasa una noche sí y otra también. No salga de aquí si tiene miedo.

Ofendió al joven que Cala le supusiera medroso, y sacando su revólver salió a ver la batalla, o a tomar parte en ella, si era menester. Los hombres que antes vió, y otros que parecían vendedores del Mercado, estaban en la calle, y enredados con la gente de *la Porra*, llovían garrotazos y mojicones. Parecería batalla de chicos si los disparos de revólver que de una y otra parte se hacían no encendieran y agravaran la pelea. En retirada iban los *porros*, unos hacia la calle de las Beatas, otros escabulléndose por entre los cajones de la plaza. En la parte baja de ésta, hacia la calle de Isabel la Católica, se avivó la lucha, con tiroteo de escopeta y gran carga de palos. Desde la travesía del Conservatorio tronaron los trabucos, y la patulea, viendo cortado aquel agujero de escape, tiró en busca de otro por la calle del Rosal. Nuevos trabucazos, desde la calleja de San Cipriano, asustaron más a los fugitivos, que ya no corrían, volaban. Bueno es decir que si algún trabucaire cargaba su arma con postas y clavos, los más de ellos tiraban con pólvora sola. Paúl dejó el retaco y apaleó a cuantos cogía por delante entre el Mercado y la Redacción, pues los *porros* más aturdidos emprendieron la fuga por el escalerón de la travesía de la Parada.

En suma, la hueste de Ducazcal había llevado una nueva paliza, que seguramente no sería la última. Alguno de los vencedores aseguró haber visto al jefe de *la Porra* en la entrada de la calle del Alamo alentando a los suyos. Formaban el estado mayor de Felipe algunos policías.

—Vaya un paso que llevan—decía Paúl runflante de gozo, rodeado de sus amigos y matones—. Vayan a contarle a Sagasta, a Martos y Prim el recorrido que han llevado.

Ebrio de victoria, mas no satisfecho con embriaguez puramente abstracta, Paúl se puso a dar gritos:

—*Tachuela,* Ramón, Pepe, que traigan jerez, coñac, cazalla, chinchón, ¡caray!, y los doce judíos apóstoles. Si no lo traen pronto, beberemos la *Reina de las tintas.*

Llegaban a la Redacción o castillo, a recabar sus *miajas* de gloria, los vecinos que habían intervenido a favor de *don José.* Corrieron órdenes para traer bebida, y en estas alegrías estaban cuando un carnicero entró diciendo que entre los cajones de la plaza había visto un cadáver... Un segundo mozo rectificó: no era difunto mismamente, sino herido vivo, que a gatas se arrastraba, queriendo salir... Debía de ser de *la Porra.*

Fué allá Ramón Cala con Balbona y otros, y a poco volvió diciendo:

—Es el joven ese que vino poco antes de la trifulca.

—¡El Halconerín, caray! —exclamó Paúl sorprendido y lastimado—. Iba yo a preguntarte si le habías visto... ¡A ver! Traerle pronto, y si hay remedio para él, se hará lo que se pueda. ¡Caray! ¡Pobre chico, en la que se metió! Como valiente, lo es. ¡Y parecía tan para poco! Pues si es perro, me muerde.

No tardaron en traer al herido entre dos de aquellos improvisados héroes, y cuidadosamente le pusieron en el suelo, mientras se buscaba colchón o cualquier blandura en que acomodarle. El rostro tenía lívido; la sangre corría por el costado derecho, invadiendo el pantalón, así como la mano del mismo lado, aunque en ella no tenía señales de herida; su mirar era de dolor resignado; su habla intercadente y trabajosa.

El fiero Paúl prorrumpió en exclamaciones compasivas que pronto se hicieron jactanciosas.

—¡A ver! ¿Qué hacéis ahí?... No se os ocurre nada. Hay que prestar auxilio a este caballero sin pérdida de momento. Si no estuviera yo aquí, nada resolveríais... ¡Eh!... Pronto, una camilla, y llevarle a la Casa de Socorro.

En tanto, Ramón Cala desabrochó a Vicente, y pudo apreciar heridas en el costado derecho..., algo también en el brazo. En un quejido pidió Halconero que le llevasen a su casa. Paúl siguió vociferando con atroces fanfarronadas de hombre de iniciativa.

—Gracias que estoy yo aquí, joven; que si llego a faltar yo, ¡caray!, se queda usted hasta el día del Juicio en los cajones de la Plaza.

Puso su mano en la sien del herido,

y las jactancias tomaron un tono paternal.

—Vamos, amigo, eso no es nada. Se ve que es usted nuevo en estas jaranas, y que no ha tomado gusto al plomo ni al hierro... Animo..., que usted no es gallina, ni mucho menos. Bien ha mostrado esta noche, al venir a buscar a Paúl y Angulo, que tiene un alma como una torre... ¡Digo, venir con una cuestión grave de honor, dando la cara, como la ha dado usted, empezando por decir: *Ni padrinos, ni reglas, ni peinetas*... Eso lo hacen pocos. Y ahora que le veo caído, repito que no me acuerdo de haber dicho lo que dice usted que oyó de mi boca. O estaba usted soñando, o yo... ¡A ver! Basta de matemáticas. ¿Traéis o no esa camilla? Tendrá que ir Paúl y Angulo a buscarla. Los demonios me llevan si hay aquí quien valga para un fregado como para un barrido... Vamos, gracias a Dios, ya pareció la camilla. ¿Habéis ido a Pekín por ella, gandules? Llevad al señor con cuidado. Vete tú, Ramón... Joven, eso es poca cosa. Iré a visitarle... Conque ¿viene o no viene el *Espíritu Santo?*

Entraban botellas a punto que salía la camilla... Vicente fué transportado a la Casa de Socorro, sita en la calle de los Dos Amigos, donde un médico y sus auxiliares diligentes le despojaron de la ropa y examinaron las heridas, que eran tres, en el costado derecho. Los proyectiles fácilmente se reconocían como de trabuco: dos de ellos pasaron de través, sin otro efecto que desgarrar los tejidos, de que resultó la hemorragia venosa; otro debió de alojarse en la cara externa de las falsas costillas.

—Pero ¿cuándo acabáis de alborotar a Madrid con estas batallas callejeras? —dijo el médico a Ramón Cala—. Ya es intolerable. Mientras discutíais a bofetadas y garrotazos, menos mal. Pero desde que habéis dado en hablar con la boca de las escopetas y retacos, sois un peligro serio.

—Nosotros no atacamos—dijo Cala—. Si nos buscan, hemos de defendernos.

—Pero emplead en la defensa vergajos, trallas o varas de medir, ¡jinojo! —prosiguió el médico bondadoso y humanitario—. Ya le he dicho a don José que si emplean el trabuco con un fin terrorífico, lo carguen con sal o perdigón menudo. Pero esos bárbaros cargan con clavos, postas y hierro de metralla, y hasta con ochavos morunos partidos en dos pedazos... A este joven, si no me equivoco, le han metido en el cuerpo un ochavo partido, con bordes desgarrados... Gracias que el proyectil, según parece, no ha penetrado en la región torácica... Será preciso extraerle el ochavo..., que habría estado mejor echado en el cepillo de las ánimas.

En el bíceps reconocieron otra herida, felizmente transversal. El proyectil que la produjo había salido, desgarrando a su paso el tejido y algunas venas. El afectuoso médico y sus ayudantes se esmeraron en la cura de Halconero, el cual, una vez lavadas las heridas y taponadas con hilas y *bálsamo católico*, quedó en relativo bienestar, recobrado de su laxitud. Diéronle caldo, y como éste le repugnaba, mandó Cala traer café con leche, que el herido tomó con verdaderas ansias de vivir. En esto llegó Enrique Bravo, que, desde las nueve de la noche, sospechando el mal paso de su amigo, salió a buscarle, y, al fin, inquiriendo aquí y allá dió con él en la Casa de Socorro. No se había llevado mal susto, pues en la calle de Silva, unos chicos de *la Porra* le dijeron que de la zaragata de los Mostenses resultaron dos muertos, y que uno de ellos parecía ser Vicentito Halconero.

Respiró Enrique al ver vivo al amigo, y al saber por el médico que las heridas no eran de muerte. El cariño que a Vicente tenía inspiróle resoluciones acertadas.

—¡A casa, a casa! Estate aquí una hora más, acostadito y fumándote tu cigarro... Voy a buscar un coche. Antes iré a prevenir a tu madre, que está en ascuas. Quiero tranquilizarla con la verdad, antes que un indiscreto, un malintencionado le lleven algún cuento absurdo...

A los pocos minutos de salir Bravo, entró en la Casa de Socorro Paúl con su amigo Guisasola. Venía el director de *El Combate* con los espíritus alborotados por su triunfo y por el sinnúmero de copas con que acababa de celebrarlo. No traía la cabeza fresca; pero los vapores cálidos que la ponían fuera de la normalidad eran de carácter festivo con tendencias a la mansedumbre humanitaria.

—¿Conque vamos bien?—dijo sentán-

dose junto al lecho—. ¡Como que ello no es nada! Con pocos días de quietud en casita podrá usted volver a las andadas. No hay vida como ésta para llegar a viejo. A mí las trifulcas y el andar a tiros me rejuvenecen. Por cierto que esta noche, apenas me reparé del estómago, me volvió la memoria que había perdido... De pronto, como si en mí entrara una luz, me acordé de lo que pasó anoche en la calle de la Palma... Y en efecto, joven: me dejé decir alguna o algunas palabras incorrectas o, si se quiere, impertinentes y desatinadas... Pero créame usted, caballero: no fuí yo quien dijo lo que a usted puso fuera de sí... Como me llamo José Paúl, que en aquel momento habló por mi boca una fantasma de Madrid a quien llaman Domiciana, que el día antes vino a contarme que le habían quitado una oveja... Y contándomelo, con boca y baba de serpiente, habló de usted y me echó a la cara las injurias a su señora madre... Aquí está Guisasola, testigo de que la despedí con cuatro frescas de las que yo gasto y un empujón que la llevó de golpe hasta la escalera... Salió de estampía; pero sus palabras venenosas se me quedaron dentro, se me quedó ella misma metida en mi cuerpo. Fué, digo yo, como cuando está un hombre endemoniado... Por mi salud, que endemoniado estuve hasta la noche siguiente... Recuerdo ahora que cuando le vi a usted en la calle de la Palma sentí como una fuerte basca..., y...» ¡brrum!, eché por mi boca al demonio... o sus palabras, que ello viene a ser lo mismo.

Oyó Vicente esta declaración picaresca y jerezana con el interés que inspira un trozo de literatura anacreóntica... Algo quiso decir, pero el médico le cerró el pico, instando a los demás a que hablaran lo menos posible con el herido. Paúl hizo corrillo aparte con Guisasola, Cala y el médico para desfogar a media voz su locuacidad. Inspirado por su exaltada imaginación, decía comentando el suceso de aquella noche:

—¿Qué quieren que yo haga? ¿Que me deje asesinar por la patulea de Ducazcal? Tengo que defenderme. Contra el *Mito*, que así llaman a la *Porra* Sagasta y Prim, trabucazo y adivina quién te dió. Ya verán quién es Paúl y Angulo. ¿No es una gorrinada que el capitán del *Mito* tenga un destino en la Conservaduría del Real Patrimonio?... Pues el muy gandul vive en las dependencias de Palacio y anda por Madrid en un magnífico coche de los de la Casa Real... ¿Cabe mayor insulto a la sociedad ni mayor cinismo en un Gobierno? Todos los días va el *mitorro* a tomar la orden al Ministerio de la Guerra. «Mi general, ¿a quién silbamos o apedreamos esta noche?» Y *su general,* que en vergüenza está a la altura de una alpargata, le dice: «Felipe, quítame de en medio a Paúl y te nombraré *azafato* de mi rey *Macarroni Primero*...» Luego dicen que si yo, que si tal... Es que me sublevan, me dan asco los traidores... Yo inicié la revolución de septiembre, yo traje la libertad, y Prim la vende... ¿No es un miserable, no es un bandido?... ¿Estoy o no cargado de razón cuando digo: *hemos de matar a ese hombre?*

Ya eran las dos de la madrugada cuando Halconero fué conducido a su casa sin más compañía que la de Enrique Bravo. La consternación que tenía en vilo a toda la familia, quedó reducida a una mediana zozobra cuando vieron al herido, que entraba por su pie, risueño y con relativa agilidad. Todos, la madre, el padrastro, los hermanitos, le rodearon, le besuquearon y le hicieron mil carantoñas. No tardó Lucila en despachar a chicos y grandes, y se quedó sola con Vicente, a quien acostó, disponiéndose a permanecer a su lado toda la noche. Ni él le dijo una palabra de la gresca en que le sobrevino aquel percance ni ella le molestó con interrogaciones que le habrían causado inquietud y desvelo. Guardó la señora para mejor ocasión su curiosidad y puso toda su alma en aplicar al hijo los tiernos cuidados que habían de ser, según ella, la medicina más eficaz.

Vencido de la debilidad y del horrible desgaste nervioso, cayó Halconero en un sopor hondo, con fiebre no muy alta y delirio a media voz, incoherente. De la herida no tenía la madre más informes que los traídos por Bravo, esto es, que no era de peligro, y que, según el médico municipal, una operación sencillísima y quince días de asistencia cuidadosa bastarían para que el caballero se restituyese a su normal salud. Pensando en esto, y sin quitar los ojos de su amado hijo, la celtíbera contaba los minutos, las horas, esperando la lle-

gada de Augusto Miquis, a quien había mandado recado con Bravito.

En la familia de Calpena, la noticia del hecho levantó mayor sobresalto y ruido por haber llegado repentinamente y sin preparación. Demetria y Gracia, avanzado ya el día, hubieron de emplear sin fín de circunloquios y artificios de lenguaje para dar a Pilarita conocimiento del triste caso. Cayó la doncella con un descomunal síncope, y fué menester meterla en cama, llamar a Moreno Rubio y probar en ella todo el arsenal de antiespasmódicos que ha inventado la ciencia para conjurar las tempestades del ánimo en el sexo femenino.

Las buenas noticias que durante todo el día administraron a Pilarito no fueron parte a sosegarla. Rota la disciplina de sus nervios, pedía que su hermana Juanita no se separase un momento de su lado, y abrazándose a ella le contaba al oído sus imaginarias penas. Por la noche, después de disfrutar algún descanso, despertaba, tapándose los oídos, y sobresaltada y temerosa decía:

—Mamá, ¿no oyes el rugido del león? Si no lo oyes estás sorda como una tapia. Yo le oigo, dormida y despierta... ¿Pero te ríes, mamá? Es el león del Retiro. Ya sabes que está muy enfadado... A nuestra casa llegan los rugidos... Juana me ha dicho que ella también los oye..., ya ves..., no soy yo sola.

Al siguiente día reaccionó la señorita, y funcionaba ya su entendimiento hacia la normalidad. Ya no decía que don Juan Prim había mandado matar a Vicente, ni que don Amadeo y su señora, la de Cisterna, al posesionarse del Trono, habían hecho ministro a Paúl y Angulo y al *Carbonerín*... Todo volvió al estado de realidad, y se vió clara la desgracia sin tenerla por irremediable. Diariamente iban a visitar al herido don Fernando Calpena y el coronel don Santiago, que volvían a la otra casa con noticias lisonjeras. Recobró la novia la paz de su alma por virtud de una cartita que le escribió su prometido con firme pulso, en la cual tuvo buen cuidado de poner cuantas esperanzas, ternezas y alegrías le sugirieron su amor y su literatura. Pero, ¡ay!, ni la literatura ni el amor podían impedir que la boda se retrasara un siglo más..., dígase un mes.

A los cinco días del percance, un hábil operador extrajo del cuerpo de Vicente dos postas y un fragmento de ochavo moruno, y desde la salida de estas piezas entró la mejoría franca, y poco después de la convalecencia, que si no fué corta, no llevó consigo ninguna complicación. A fines de noviembre, cuando permitieron al herido el tónico moral de recibir la visita de su novia, se dió franca entrada a los amigos que quisieran entretenerle con pláticas no muy largas ni de temas excitantes. Don Santiago Ibero quiso referirle con pormenores curiosos, por él presenciados, la famosa sesión del 16 de noviembre; pero Lucila le suplicó que dejase para otro día la votación del rey, asunto complejo y peliagudo, que podría perjudicar a Vicente si su cabeza, todavía muy débil, se obstinaba en discurrir sobre él.

Obediente a la señora, Ibero se metió en el despacho del candoroso don Angel, el cual, siempre que encontraba una víctima, no la soltaba sin espetarle sus *especiales puntos de vista* sobre la elección de rey.

—Si miramos a la calidad más que a la cantidad, mi querido Ibero, valen más los *veintisiete votos* por Montpensier que los *ciento noventa y uno* que se ha cargado don Amadeo... ¡Valiente cuadrilla le ha salido al italiano!... ¿Quiénes son y qué significan ese Albareda, ese Juanito Valera, ese Navarro y ese duque de Tetuán? Yo puedo asegurarle a usted que fueron nuestros hasta hace poco... Y del *Pollo Antequerano*, ¿qué me dice usted?... Para mí que Ayala es el corruptor de toda esta familia, con el dinero que han traído de Cuba don Manuel Calvo y demás negreros para hacer propaganda en favor de la esclavitud... ¿Ha visto usted cómo la Bolsa ha saludado la elección con un alza considerable? Vea usted la mano de Manzanedo, de Herrera, de Vinent. El dinero cubano nos perderá... Y hay que reconocer que los federales han sabido cumplir... Sus *sesenta* votos indican que hay en España hombres que no se venden. Los carlistas serán esto y lo otro; pero no se les puede negar la decencia. Viendo estas cosas—añadió sacando un número de *El Combate*—, casi estoy por dar la razón a este loquinario de Paúl, que

dice (se cala los lentes y lee): «El 16 de noviembre de 1870 será para la España revolucionaria de septiembre la marca de una vida afrentosa, que en vano intentará borrar de su frente la *sangre del tirano*.» Pues fíjese ahora en la salutación cariñosa que dirige a las Cortes y al nuevo rey: «El edificio está coronado; lo remata un mamarracho, obra de la desesperación de algunos hambrientos.» ¿Qué tal, Ibero amigo?... ¿Medita usted?... Nosotros los *montpensieristas* nos lavamos las manos, y a su tiempo se verá si la soberanía nacional se lava, no las manos, sino el rostro, *con la sangre del tirano*.

XXV

Ibero llevaba con paciencia la derrota de Espartero (ocho votos no más, ocho leales), y sólo pensaba en describir a su amigo la efervescencia y algarabía de la Representación nacional en aquellas solemnes horas. Momentos hubo en que la semejanza de las Cortes con un circo de gallos fué completa. Federales y carlistas se levantan, se sientan, soltando de sus gargantas enardecidas voces de guerra y desafío. Figueras, Múzquiz, Vinader, Blanc, Moreno Rodríguez, Abarzuza, se suceden, como en galope infernal, presentando exposiciones contrarias a la candidatura de Amadeo, o leyendo listas de los diputados que en las Constituyentes del 54 votaron contra doña Isabel II. Uno pide que se lean tales artículos del reglamento; otro reclama la lectura de la Bula de Excomunión fulminada por Pío IX contra Víctor Manuel y su familia. El barullo crece, la temperatura parlamentaria llega al rojo, el presidente rompe campanillas. En lo más recio del tumulto, se levanta Paúl y, en medio del hemiciclo, la voz ronca, los brazos en alto, la cara echando fuego, pronuncia estas atrocidades, que el pudoroso *Diario de las Sesiones* no admite en sus columnas: *En nombre de todos los españoles que tienen vergüenza y dignidad y que no son presupuestívoros, como los sois vosotros, protesto de las farsas indignas que aquí se representan.*

Por fin, cuando el presidente, afónico ya y sudoroso, logra establecer una calma relativa, aporreando la mesa y mandando *que callen, que se sienten, que respeten la majestad del lugar*, empieza la votación... En el curso de ésta surgen cómicos entorpecimientos.

EL GENERAL IZQUIERDO.—Pido la palabra.

EL PRESIDENTE.—No hay palabra.

EL GENERAL IZQUIERDO.—La pido, señor presidente, para decir tan sólo que si hasta este momento he defendido la candidatura del señor duque de Montpensier, ahora voto al señor duque de Aosta. *(Aplausos aquí, risas allá.)*

Desfilan, uno tras otro, los diputados, formulando su voto en una papeleta donde constan el nombre del votante y el del rey elegible. En la Mesa, los secretarios y los que intervienen la votación forman una piña espesa. El escrutinio dura largo rato y es presenciado con expectación, que en ningún momento es silenciosa. Nadie ocupa su asiento. Van y vienen, y un vórtice de impaciencia y ansiedad llena la Cámara. Cuentan, recuentan, se lee la lista de los ausentes, la lista de los votantes. Del cúmulo de cifras y del laberinto de nombres emerge al fin la voz del presidente, que dice:

—Queda elegido rey el duque de Aosta.

Eran las siete y media.

Mas con esto no se termina el acto ruidoso y memorable. Suspendida la sesión para designar los diputados que habrán de ir a Italia a presentar a don Amadeo el acta de su elección, se reanuda después de las ocho. Otra vez a votar. Los caballeros que por voluntad de la Cámara habían de ir a Italia a cumplimentar al rey y a traerle al hispano redondel recibieron desde aquella noche el nombre de *cabestros*. La guasa española ni en las ocasiones más solemnes se desmentía.

Y mientras allá, en la Montaña del Príncipe Pío, cañones roncos anunciaban a Madrid y a España que teníamos rey, el presidente Ruiz Zorrilla pronunciaba con ronquera y cansancio un discurso apologético del hijo de Víctor Manuel. No quiso Dios que con este sermón acabase la borrascosa jornada del 16 de noviembre, porque de nuevo se enredaron mayoría y minorías en acerbas disputas. Tronó Castelar, granizó Figueras, y el presidente hubo de

hacer frente con descomunal esfuerzo a la nueva tempestad que amenazaba. Sobre si después de la elección de rey podía éste ser discutido, resurgió la borrasca, un nuevo desate de los vientos airados y de las voces y réplicas, que parecían gritos callejeros. La ingente pelea entre Monarquía y República coleaba todavía con vigorosas convulsiones. ¡Y lo que aún habías de colear, morena!... Por fin, como quien despierta de angustiosa pesadilla, el presidente respiró y dijo:

—Se levanta la sesión.

Eran las nueve. El cañón lejano había enmudecido.

Rebañando, en su memoria, sacó Ibero detalles interesantes de la votación. Los conservadores, con Cánovas al frente, habían votado en blanco. Dos tan sólo, Iranzo y Otero Rosillo, dieron gallardamente su voto a don Alfonso de Borbón. No recataba el coronel su derivación hacia el *aostismo* o *amadeísmo*, guiado por el criterio superior de su hermano político don Fernando Calpena. En realidad, era el único partido *viable* en las anómalas circunstancias del día. Los 191 votos decían bien claro que los hombres de orden entraban en aquel despejado camino, conducidos por don Juan Prim, ante cuya firme voluntad y agudeza cedían todos los obstáculos y dificultades.

Reconocía don Angel Cordero las dotes políticas del jefe; pero echaba de menos en él la potencia administrativa y el golpe de vista económico.

—Creáme usted, amigo Ibero—dijo a su amigo, cogiendo de la mesa un librejo de pocas hojas—. El señor de Prim no será nunca económico ni administrativo. Vea usted lo que dice este papel, obra de un notabilísimo escritor a quien llaman don Roque Barcia. *(Lee.)* «Ese general (Prim) tiene de sueldo *diez mil reales* mensuales, y gasta *mil duros* todos los días... Ese general gasta su sueldo en el *postre ordinario* de su mesa... Ese general recibió dinero de los moderados, de los unionistas, de los progresistas, de los demócratas; lo recibiría mañana de los republicanos si éstos no le conocieran... Ese general, plebeyo insaciable, plebeyo ingrato, venderá a don Amadeo como vendió a su *augusta comadre* doña Isabel Segunda... Si España diese a Prim un palacio de piedra, lo querría de plata; si fuese de plata, lo querría de oro; si fuese de oro, habría de ser de diamantes...» No leo más, basta. Pues con un hombre así no voy a ninguna parte, don Santiago de mi alma. Digo con este don Roque: «Señor duque de Aosta, *venid confesado.*»

Como se ve, el candoroso don Angel, al volver mohíno y desalentado del campo administrativo de Orleáns, se prendaba de las doctrinas hiperbólicas y del bíblico estilo de Roque Barcia. España estaba loca, y la propia economía política se iba del seguro, como decía Vicente Halconero. Este mejoraba rápidamente y desentumecía su cerebro con el amigo Enrique, rememembrando los hechos pasados. Entre otras cosas, contó Vicente que en la noche de marras había salido de la Redacción de *El Combate* sin saber si tomaría partido por los de Paúl o por los de la *Porra*. Unos y otros éranle profundamente antipáticos. En cuanto se vió en el terreno de la lucha, sintióse inclinado a dar su apoyo a los que viera más débiles. Su único fin era que no se le tuviese por cobarde. Dos disparos hizo con su revólver desde los cajones de la plaza. Con ellos alentó a unos *paulistas*, que tenían traza de panaderos y se batían a garrotazo limpio. Después supo que eran operarios de una tahona cercana... A los pocos minutos se vió envuelto en un grupo de *porros*, los cuales le estrecharon tanto, que no podía moverse. Un disparo les dispersó. Cuando intentaban reconocer de dónde había venido el tiro, ¡pum!, le descerrajaron casi a quema ropa el trabucazo que le dejó tendido. En el tirador creyó reconocer al *ojalatero* Gabiola.

—Estás equivocado—dijo Bravito—. Gabiola no llevaba esa noche trabuco, sino escopeta, y cargada con sal para meter ruido sin matar. Me consta esto de un modo indubitable.

—¿Sería Langarica? El demonio lo sabrá... Cuando me llevaron herido a la Redacción, vi caras conocidas, ojos que me miraban con lástima. Los nombres relacionados con aquellas caras huían de mi memoria. Quizás eran de esos nombres que uno no sabe nunca, porque nada nos interesan las personas que los llevan.

—El que de seguro estaba era Montesinos.

—¿Uno pequeño, flacucho y vivaracho?

—No: Montesinos es figura procerosa. El chiquitín que dices debía de ser ese que llaman *Matacristos*. Y estaría también otro tipo inconfundible: Torralba. De fijo lo viste allí. Es un madrileño neto y barbián, más conocido que la ruda.

—Buena figura: barba y pelo castaños, ojos garzos...

—El mismo. Pero más que las señas particulares de talle y rostro, le caracteriza el que tiene una mujer, llamada Pepita, buena, inteligente y simpática, tan enamorada de su marido y tan celosa, que va con él a todas partes, incluso a los sitios y ocasiones de mayor peligro; barricadas, motines, trifulcas... Allí donde esté Torralba peleando por la libertad o contra las quintas, no puede faltar Pepita, exponiéndose al fuego por vigilar bien de cerca al marido, tan valiente como pinturero.

—Pues te diré: si de haber visto al hombre no tengo idea clara, sí recuerdo que cuando en la camilla me llevaban a la Casa de Socorro, fué junto a mí una mujer acompañándome con sus lamentaciones: «¡Pobrecito..., qué dolor!...» De cuanto en aquella noche me pasó, de las diferentes impresiones que entraron en mí por los ojos y los oídos, algunas han quedado en mi cerebro con tal intensidad, que no las olvidaré nunca. La voz de Paúl, jactanciosa, sin ningún acento de odio contra mí; la figura de Pepita plañidera, y el sonido del trabucazo que me tumbó, son sensaciones inolvidables. Durante muchas noches de insomnio y fiebre oía el terrible disparo... Era..., no puedo explicártelo..., algo como cien campanas que a la vez dieran el polpe, del cual quedaba en el aire una vibración nunca extinguida...

De estas y otras cosas atañederas al suceso de la infausta noche hablaron los amigos, llevando graciosamente el asunto al vago humorismo, en que se desvanecían las trágicas emociones. Y lo más peregrino en los comentarios de aquella página histórica fué la sinceridad con que declaró Vicente la transformación de sus sentimientos con respecto a Paúl. Ya éste le inspiraba menos odio que lástima; le tenía por un loco irresponsable, peligrosísimo...

—Es un iluminado, un poseído, un epiléptico, a quien no se debe permitir que ande suelto por el mundo—afirmó Bravo—. Lo mismo podría decirse de los bárbaros que le siguen. Casi todos ellos son en la vida privada hombres de bien; viven de su trabajo, y algunos tienen una holgura ganada honradamente. El fanatismo que don José ha metido en sus almas podrá llevarles a los mayores desafueros. Pero no hallarás entre ellos ninguno que vaya al crimen por interés. No son asesinos asalariados, sino matones espontáneos, espirituales, movidos por una exaltación morbosa y mecánica.

Sobre el jerezano hizo Halconero observaciones muy atinadas. En él veía la representación personal de la fiebre o locura que en aquel año fatídico padecía la sociedad española... Completará la figura el hecho que a continuación se refiere.

Una noche de las últimas de noviembre, los *mitológicos* asaltaron el teatrito de Calderón, donde había de estrenarse un sainete cómicoburlesco titulado *Macarronini I.* Tomadas y ocupadas por la cuadrilla todas las butacas, desde la fila cuarta a la veinticuatro, apenas se levantó el telón empezó el disparo de patatas y de verduras arrojadizas sobre los pobres comediantes, y como éstos protestaran con ira, los alborotadores invadieron el escenario y allí no quedó decoración entera, ni mueble sano, ni actor sin desgarrones en la ropa y cardenales en el rostro. Huyó el público despavorido, se desmayaron muchas señoras y algún niño salió magullado. A los agentes del Orden no se les vió el pelo, y el acto vandálico se consumó con discreto alejamiento de la autoridad. Y menos mal que no hubo muertos, como en el salvaje atropello del Casino carlista de la Corredera.

De este y otros desmanes quedó en el público un rastro de indignación, de acres disputas. Paúl en su *Combate,* y Ducazcal en *La Iberia,* se pusieron de vuelta y media, achacándose uno a otro la culpa del escándalo. Felipe se jactó de haber maltratado al jerezano en plena calle. Lo más suave que Paúl

dijo a su enemigo fué este puñado de flores:

«Al jefe de la partida de asesinos protegidos por el Gobierno que a España deshonra, a Felipe Ducazcal, tiene dicho el director de *El Combate:* Que le reconoce como vil y cobarde agente del ignominioso Gobierno de Prim y Prats.—Que mintió como un villano al asegurar que le habían maltratado, quitándole el revólver.—Y, por último, que, sin embargo de su despreciable condición, dispuesto estaba a batirse con él *cuando quiera y como quiera.*»

Inevitable fué salir al campo del honor; empezaron las visitas de caballeros, el discutir y fijar las condiciones del lance. Este se concertó, al fin, *a muerte.* Padrinos de Paúl fueron Santamaría y La Rosa: los de Ducazcal, Doñamayor y Menéndez Escolar, teniente de Cantabria. El 10 de diciembre, muy de mañana, habían de encontrarse los dos valentones, con sus testigos, detrás de las tapias del cementerio de San Isidro. Si un duelo es siempre cosa de cuidado, para Ducazcal fué aquél atrozmente inoportuno, porque se hallaba el hombre en la luna de miel: días antes se había casado con una hermosa pescadera de la calle Mayor.

Tempranito salió Felipe de su casa, próxima a la llamada de Pajes, detrás de la Armería, y en coche de la Casa Real, tirado por magnífico tronco de mulas, se fué con sus padrinos al Tiro de Leonardo, en la Castellana, donde estuvo más de una hora ejercitándose en el tiro de pistola. Con admirable destreza puso doce blancos. Los padrinos le felicitaron, asegurándole un triunfo si en el terreno apuntaba y afinaba tan bien como en la Castellana. Después del feliz ensayo, partieron a la carrera para San Isidro; llevaban las mismas pistolas que en marzo de aquel año sirvieron para el duelo en que Montpensier mató al infante don Enrique.

La llegada a San Isidro coincidió con la de un lujoso entierro escoltado de innumerables coches. Viendo de lejos los dos simones en que venía Paúl con sus padrinos, comprendieron la dificultad de escabullirse tras el cementerio sin llamar la atención. Vacilaron entre ir a lo suyo o agregarse a la cáfila del entierro, y estando en estas dudas se les presentó un sargento de la Guardia Civil de a caballo, con dos números, interrogándoles en forma que indicaba el propósito de impedir el duelo. Grande fué la contrariedad de Ducazcal, que agotó todo el repertorio de apóstrofes para maldecir su suerte. Le sacaba de quicio la idea de que *el otro* le supusiera capaz de haber dado el soplo a la Policía para librarse de un encuentro en tan graves condiciones.

Invocando a todos los demonios, dió con una estratagema que salvaría su opinión de caballero intachable. Convino con sus padrinos en echar pie a tierra para confirmar lo que habían dicho al guardia civil, esto es, que formaban parte de la comitiva del entierro. Y, en tanto, el amigo Menéndez Escolar corrió adonde estaban los dos simones de Paúl y contó a éste lo que pasaba. El mejor medio para salir del atranco era que don José y sus padrinos se metieran en el coche de la Real Casa y salieran pitando para el Arroyo Abroñigal, mientras Felipe y los suyos irían en los alquilones al Gobierno Civil para ver a Martos y exponerle el caso. No dudaban que el gobernador interino les daría permiso para matarse como caballeros en donde lo tuvieran por conveniente.

Así se hizo, no sin que Paúl, escamón, pusiera el ceño de matachín perdonavidas. Mientras los unos iban al Abroñigal en el coche regio, los otros emprendieron la carrera hacia el Gobierno Civil, donde Ducazcal, con fieras maldiciones, pintó a su amigo Martos el desairado trance en que le ponía echando la Guardia Civil en persecución de los honrados paladines. Martos le dijo:

—Váyanse, váyanse, al Abroñigal; pero aprisita, y despachen lo más pronto que puedan, que yo aguardaré un poco... Calcularé el tiempo para que la Guardia Civil llegue allá cuando de los dos valientes no queden más que los rabos.

Salieron Ducazcal y los suyos con loca impaciencia, ofreciendo propina de un duro a cada simón, y ya eran más de las once cuando se juntaron unos y otros en un barranco del Abroñigal, a la izquierda y fuera de la vista de las Ventas... Pero no había tiempo que perder, y aunque el sitio era estrecho,

sin espacio bastante para partir el sol, no se entretendrían en buscarlo más cómodo, por no parecerse a Bertoldo eligiendo el árbol en que había de ser ahorcado. El día era glacial. De la nieve caída en la noche anterior quedaban enormes cuajarones en los sitios no acariciados por el sol.

¡Al avío, al avío! Activaron los padrinos las prolijas funciones preparatorias: medir distancias, sortear los puestos y las armas, cargar, etc.... Llevaba Ducazcal un majestuoso *carrick* nuevo de última moda, levita inglesa y chistera flamante. Paúl iba envuelto en luenga capa de paño verde, con larga esclavina y cuello alto. Sobre éste campeaba un sombrero de alas anchas. Llegado el instante de recibir las pistolas, cada uno de los duelistas dejó ver su peculiar temperamento y psicología. Felipe, con gesto semejante al de un tenor de ópera en la escena de las bodas de *Lucía*, arrojó lejos de sí el *carrick* elegante y la bimba lustrosa; Paúl se quitó la pesada capa, y, doblada cuidadosamente, como si apreciase la prenda pluvial más que su propio cuerpo, la dejó en un sitio despejado de nieve, y sobre ella puso el blando chapeo. Quedó la figura escueta, con zamarra, pantalón de pana y botas altas.

Tocó a Ducazcal disparar primero. También en la manera de tirar se declaraba la diferencia de temperamentos. Ambos eran valientes; pero el valor, como todo lo humano, reviste formas variadísimas. El de Felipe era enfático y decorativo; el de Paúl, reconcentrado, profundamente austero... Tiró Ducazcal con precipitación desdichada, disgustando a sus padrinos, que en la mañana de aquel día le habían visto hacer blancos con admirable precisión en el Tiro de Leonardo... Por segunda vez disparó, con más arrogancia que tino, con teatral guapeza. Y se le acercó su padrino Menéndez Escolar, diciéndole:

—Afine usted, afine, por Dios..., o ese hombre le mata.

Siguieron tirando. En una de las suertes le falló a Ducazcal la pistola; arrojóla con gallardo gesto, volviendo la cabeza. En aquel momento la bala de Paúl le entró por una oreja. Felipe dió una gran voltereta y cayó como muerto. Mientras los padrinos, acudiendo a socorrerle, daban por terminado el lance, Paúl recogió y desdobló su capa tranquilamente, se la puso, se caló el sombrero y, sin más saludo que una grave reverencia, se marchó con su padrino La Rosa.

XXVI

En las primeras referencias que del lance llegaron a la casa de Halconero, se dijo que Ducazcal había muerto. Pero en la noche del mismo día (10 de diciembre) rectificó Bravo la triste noticia, por testimonio del mismo Menéndez Escolar. Cuando los padrinos llevaron a su casa en el coche de Palacio al jefe de la *Porra*, creyeron que se les quedaba en el camino. Pero no fué así. Vivía y podría salvarse si se lograba extraer la bala. Los comentarios del desafío y de la relación del mismo con la cosa pública no tenían fin en la tertulia de Halconero. Allí se leía *El Combate*, que en su número del 12 traía estas convulsiones epilépticas:

«La traición revolucionaria está probada; el volcán de las iras populares está próximo a estallar...; se aguarda un momento terrible; se aproxima una tempestad siniestra; óyense los primeros rugidos del aquilón revolucionario; se necesita una víctima para reivindicar nuestros derechos... Esta víctima la traéis vosotros al sacrificio... ¡Sobre vosotros caerá su sangre y la sangre generosa del pueblo que por vuestra culpa se derrame!»

En otro número echaba estas flores a don Nicolás María Rivero:

«Un ministro de la Gobernación tan tirano como cobarde, que no tiene el valor del progreso ni de la reacción; apóstata y traidor por temperamento, que vendió la República española por un cuartillo de vino; ese gitano y regateador político que adopta el procedimiento del hurto y de la estafa, detiene en las calles y en las estaciones inmediatas a Madrid los ejemplares de *El Combate*.»

Leídas estas ignominias, Bravo se afirmaba en sus nuevas aficiones monárquicas. Pero si el espíritu del ex federal se avenía bien con el cambio, no se conformaba con la tardanza en recibir el premio de su resello. El ofrecido tu-

rrón no parecía. Cansado de esperar, puso toda su confianza en los buenos oficios de Vicente. Este habló del caso con su presunto suegro, don Fernando, el cual era grande amigo de Moret, ministro de Ultramar, y quedó concertado que en la primera combinación iría Bravito a Cuba, con un buen momio en la Aduana o en otro benéfico ramo...

En su convalecencia, Halconero fué visitado por amigos de diferentes castas, entre ellos Romualdo Cantera y el *Carbonerín*. Ambos milicianos se mantuvieron en el altar de sus sacros ideales. No transigirían con el nuevo rey; no *formarían* en los actos solemnes de la entrada de Amadeo; protestaban de que Prim quisiera desarmarlos para refundir la milicia en el molde monárquico... Pero esto no significaba que simpatizaran con las desvergüenzas y locuras de Paúl, ni a tan desaforado capitán prestarían vasallaje. No reconocían otros ídolos que los antiguos: Figueras, Pi, Orense, Estébanez... Con éstos irían hasta el fin del mundo, guiados por la santa doctrina, no por el pregón de la violencia y el asesinato. Indicaron, además, que el don José no tardaría en quedarse solo con su cuadrilla de valentones. Muchos que seguían al jerezano en sus andanzas callejeras, como *Matacristos*, Torralba y el mismo *Tachuela*, se iban apartando de él a instancias de Figueras o de Pi.

En estos aislados hechos y en otros que los graves individuos de su nueva familia le mostraban, vió Halconero un instintivo retroceso de la sociedad española, la querencia del orden, como si todo el país sintiese la necesidad de buscar el abrigo de las ideas conservadoras. No en vano él, desde que intimó con los Iberos y Calpenas, se sentía retrógrado y, como si dijéramos, un poquito *neo*. ¿Adónde iba a parar la sociedad si no seguía la despejada senda que el genio sagaz y enérgico de Prim le marcaba? Y como la soledad en que vivía (fuera de las visitas de su futura y sus amigos) convidábale al examen interior y al análisis de sus propios sentimientos, dedicaba al monólogo la parte de ociosidad sobrante de sus lecturas. El siguiente soliloquio merece ser conocido:

«La exaltación de dignidad y el acto de arrojo temerario que me llevaron al percance de los Mostenses han determinado en mí esta dirección conservadora que quiero tomar. Mi alma no estaba fortalecida para ninguna clase de acción. Me faltaban los bríos, el arranque, el desprecio de la vida. Ese valor y ese desprecio tuve, y aunque el Destino impidió que yo apurase aquel estado anímico, por circunstancias de tiempo y lugar, por el rendimiento de mi enemigo, etcétera, conservo las virtudes conquistadas en ocasión tan crítica. Y ¿a qué fines debo aplicar las nuevas virtudes y las que ya poseía, inculcadas por mi querida madre en los días placenteros, llanos, sin ningún saliente ni alteración de la superficie vital? ¿Debo aplicarlas a los ideales atrevidos del pueblo? No, porque éste tiene ya sus directores bien calificados y porque yo, aunque plebeyo, o aristócrata villano más bien, no siento en mí entusiasmo por reivindicaciones que apenas se marcan vagamente en la media luz de los siglos futuros. ¿Me aplicaré a los ideales e intereses de las clases superiores, nobleza de abolengo y sus similares, ejército, religión? Tampoco. Esos cultos tienen ya sacerdotes del mismo pelambre, de la propia hilaza linajuda...»

Deteníase en un punto de confusión; mas luego hallaba fácil salida:

«Mi novia, la que será mi mujer dentro de algunos días, es mi Ariadna; ella me conduce al través del laberinto. Yo cojo de sus lindas manos el hilo salvador. Cuando me veo junto a ella pienso que nuestra clase, la suya y la mía, estas familias medianamente ilustres, medianamente ricas, medianamente aderezadas de cultura y de educación, serán las directoras de la Humanidad en los años que siguen. Este último tercio del siglo diecinueve es el tiempo de esta clase nuestra, balancín entre la democracia y el antiguo régimen, eslabón que encadena pobres con ricos, nobles con villanos y creyentes con incrédulos...»

Tras otro momento de confusión, proseguía:

«Bien clara veo mi esfera de actividad. Casado a mi gusto, resueltos definitivamente los problemas del corazón, viviré sin ningún estímulo de nuevos

amores. Estaré como el santo patrono en su altar, entre dos imágenes guardianas, que serán mi madre y mi mujer, y no teniendo que pensar tampoco en mis intereses, porque ellos están bien asegurados, me consagraré al bien público... ¡Qué hermosura poder consagrarse al provecho de todos, sin ninguna mira personal!... De este modo, la política es el arte social por excelencia... De seguro que mi madre y mi mujer me estimularán a entrar por ese camino del sublime arte... En ambas he creído notar cierta noble ambición... Tienen de mí la idea, un poco extraviada, de que por haber leído tanto, tanto, estoy habilitado para dirigir a los pueblos. ¡Qué desvarío! Bueno es enriquecer noblemente nuestro espíritu con las ideas de todos los sabios antiguos y modernos; pero eso no será eficaz sin la acción. Mi madre y mi mujer me estiman en mucho por el adorno de mis lecturas; yo me estimo en algo por la acción que adquirí en aquellas dos noches gracias a la violenta sacudida del sentimiento humano... Y a propósito de esto: a las conquistas de la voluntad deben acompañar nuevos conocimientos Prepárate, Vicente... Da de mano a los poemas y a la historia vieja y busca en la moderna y en los estudios económicos el secreto del arte político... Miren por dónde, habiéndome reído de mi buen padrastro, don Angel, tengo ahora que acudir a su árida biblioteca... Ya, ya... *Capital y trabajo, Tratados de comercio... Cooperativas... Crédito agrícola...*»

Enumerando los elementos de su erudición futura, se adormeció el chico de Halconero... Porque estos monólogos se producían en la nocturnidad blanda y tibia del lecho, como una decantación de las ideas de cada día. Y en la última vuelta que dió, buscando el profundo sueño, decía Vicentillo:

«Siglo veinte, ¿qué seré yo si a ti llego?... Y tú, ¿qué serás?...»

Las visitas menudeaban día y noche. Fueron a verle Clavería y Ricardo Muñiz, amigos de la casa y muy allegados al general Prim. Habláronle de la próxima venida del de Aosta. El triunfo de Prim era el mayor éxito del siglo. Tendríamos un rey democrático, que imposibilitaría de un modo absoluto la vuelta de los Borbones... La Comisión del Congreso, que había regresado de Florencia, venía encantada de la cortesía del *Rey Galantuomo* y de la llaneza hidalga de su hijo, ya rey de España por los cuatro costados... Prim sería ministro del nuevo soberano por largo tiempo, para que pudiese implantar sólidamente, al abrigo de la majestad saboyana, los principios democráticos... Las Cortes funcionaban de nuevo, pues entre otras menudencias habían de resolver y votar la dotación del rey, que no era grano de anís: treinta millones de reales. La energía y la paciencia del general, que habían triunfado de lo más, triunfarían de lo menos, y no quedaría el rabo por desollar habiendo desollado con tanta fortuna el cuerpo del inmenso problema político.

En una de las visitas de Romualdo Cantera, dijo éste a Vicente que Segismundo había ido con él hasta el portal, no atreviéndose a subir porque no quería dejarse ver con la desastrada ropa que cubría sus pobres carnes. Volvió más de una vez el tal a la portería, sin otro objeto que preguntar por la salud de su amigo, y una de éstas fué sorprendido y capturado por criados de Halconero con esta consigna, enteramente arbitraria y despótica: «Manda el señorito don Vicente que le prendamos a usted y, de grado o por fuerza, le llevemos arriba, donde tiene dispuesta ropa interior y exterior para que se vista de caballero decente y alterne con sus iguales...»

La primera persona que ante sí vió Segismundo al entrar en la casa fué a Lucila. Llevándole a un cuarto próximo a la puerta, la señora le dijo en tono de guardia civil:

—Ahí tiene usted cuanto necesita para mudarse de pies a cabeza; quítese toda esa basura que lleva encima y la mandaremos quemar... Luego que usted se vista de limpio, almorzará con Vicente y con Enrique.

¿Qué remedio tenía el pícaro más que aceptar? La gratitud se disfrazó de obediencia, y el hombre salió del cuarto como nuevo, sin ocultar el gozo que su transformación le producía. Vicente y Bravo le abrazaron. El charlar alegre, chispeante y caudaloso no cesó durante el buen almuerzo, servido para ellos solos

en el gabinete del señorito... De su vida y milagros (que milagrosa parecía su existencia) refirió Segismundo varios ejemplos y casos, conforme a lo que le preguntaban sus amigos... Seguía componiendo sermones para el cura don Trinidad, pagador escrupuloso a diez reales pieza. De añadidura, le había salido trabajo de otra clase, aunque no tan productivo. Escribía discursos terroríficos para el tribuno de la plebe apodado *Cheparunda*. Era el tal un jorobeta que poseía las dotes mímicas y fonéticas del orador. Faltábanle las ideas y el arte retórico. Pues esto se lo suplía Segismundo redactándole las peroratas. *Chepa* se las aprendía de memoria y arrebataba al auditorio de la calle de la Hiedra. En todos los discursos se enaltecían rabiosamente los derechos del pueblo, pisoteados y escupidos por Prim y sus acólitos. El estipendio de estos trabajos era mezquino y en especie, con el agravante de la impuntualidad. Era toque indispensable en la conclusión de las arengas pedir la cabeza de don Amadeo, y para el caso de que ello fuese materialmente imposible, pegar fuego a Madrid, convirtiendo a nuestra villa en *antorcha funeraria*.

Uno y otro amigo desaprobaron la industria oratoria con fines criminales. Arguyó Segismundo que los demagogos para quienes él componía tales soflamas eran absolutamente inofensivos.

—*Cheparunda* es un ángel afligido de una gran corcova, y sus oyentes, revolucionarios de boquilla... El mal y el peligro vienen de otro lado... Los que ahora callan son los que darán que hablar, según yo entiendo.

Siguió soltando retazos de su historia picaresca:

—Ya no vivo en la barbería de Cantera, ni como en la taberna de Balbona. El dejar a Romualdo no ha sido por desavenencia con este gran patriota, sino porque la *Señángela* me ha dado mejor acomodo en casa de una hermana suya, calle de la Lechuga, *primer piso bajando del cielo*. Es comercianta en pitos, pelotas, triquitraques y otras cosucas, que varían según las estaciones. Tiene su puesto en la calle de Toledo... Algunos días como con ella, y otros en la taberna de Casimiro, calle de Botoneras...; establecimiento sosegado y limpio, adonde va gente muy callada... Y algunas noches voy a cenar a la tienda de vinos de *Tachuela*, con quien conservo las mejores amistades. Por cierto que si él me dió de comer de gorra por largo tiempo, yo le he pagado con creces. ¿Cómo, con qué moneda? Pues con el oro de un sano consejo que le di y él tomó y ha seguido, quedándome muy agradecido. «Joaquín —le dije—, no andes con Paúl, que la compañía de ese hombre te perderá.» ¿Por qué di este consejo a Balbona? Todo no puedo decíroslo de una vez... Ni estaría hoy por hoy, bien seguro de lo que dijera... En fin, amigos míos, si no puedo sostener que estoy otra vez en Atenas, sí afirmo que me voy acercando a ella. Un..., no sé cómo decíroslo..., un vago magnetismo histórico me atrae hacia el centro... No vi yo bien claro, querido Vicente, cuando te dije que la Historia elegiría para su teatro épico la vertiente del Sur, donde yo habitaba.

HALCONERO.—¿Y en qué vertiente o colina de las setecientas de Madrid pondrá su tinglado la Historia? ¿Puedes decirlo?

SEGISMUNDO.—No. Yo veo que *Palatino* y *Capitolio* se disputan el ser teatro de lo que ha de venir. *Aventino* está descartado.

BRAVO.—No nos hables en romano ni vaticines tragedias.

HALCONERO.—Malos augurios no me traigas. De las heridas que recibí en los Mostenses he quedado muy débil. Mi cerebro y mi corazón rechazan las emociones fuertes, y mis ojos se cierran asustados ante todo espectáculo desagradable.

SEGISMUNDO.—Pues oye el consejo de un amigo que entrañablemente te quiere. Cásate pronto, que, aun estando débil, el amor mismo te dará bríos para la iniciación matrimonial. Si tu familia y la de tu novia han señalado para la boda un día muy lejano, adelántalo tú: cásate, y sal pitando de aquí con tu mujer. Diviértete con ella en un país remoto, y no vuelvas hasta después que haya entrado don Amadeo, pues aunque muchos creen que entrará aquí como en su casa, a mí me da el corazón que antes o después de la entrada tendremos una bella catástrofe.

HALCONERO.—Me casaré; mi mujer y yo nos iremos, en luna de miel, adonde mi madre disponga. Temo estar aquí;

me da miedo la Historia, que si trajese alguna desdicha, sacudiría terriblemente mis nervios. Hay momentos en que me causa terror el pensar en las felicidades de mi boda.

BRAVO.—¡Ah Vicente, si yo tuviera tu independencia, valiente cuidado me daría la Historia!... Yo me casaré con mi mala suerte, y huiré a la isla de Cuba si no me limpian el comedero a los dos días de llenármelo.

SEGISMUNDO.—Todo podría ser, querido Bravo. No te embarques, y espera.

Algo más y aun algos hablaron. La partida se disolvió sobre las tres, pues Halconero salía en coche todas las tardes para visitar a su novia. La inclemencia de la temperatura no le permitía echarse a las calles a pie. Invitado el pícaro a entrar en el coche para llevarle adonde quisiese, pidió a su amigo que le dejase en la plaza Mayor.

Placenteras eran las horas de Halconero en la dulce compañía de Pilarita y de los padres y tíos de ella. A media tarde iba Lucila en coche; las señoras mayores tomaban chocolate, conforme al estilo y costumbre de los pueblos del Norte. Era la casa holgadísima. Tenía su ingreso por la plaza del Rey, y en largo espacio se extendían las habitaciones hasta Levante, con vistas al parque del Ministerio de la Guerra. Las señoras gustaban de charlar a solas, separadas de *los chicos*, tratando algún asunto de sus inocentes ambiciones maternas. Demetria y Lucila sondeaban con mirada optimista el porvenir, que para ellas no era oscuro ni problemático, sino bien esclarecido de luminosas venturas.

DEMETRIA.—Me ha dicho Fernando que en cuanto venga el rey habrá nuevas elecciones. Las Constituyentes están ya deshechas. El distrito de Laguardia es nuestro: Vicente será diputado.

GRACIA.—Un chico como éste, lector de cuanto se ha escrito, merece que se le lleve a la vida pública.

LUCILA.—Amigas del alma, Vicente lo agradecerá, y yo.... ¡qué he de decirles! Soy tan madraza, que todos los honores me parecen pocos para mi amado hijo.

DEMETRIA.—Vicente tendrá pronto dos madres...; estoy por decir tres, pues a mi hermana no le faltan motivos para quererle tanto como yo le quiero.

GRACIA.—Nuestro hijo será el gran hombre del porvenir.

DEMETRIA.—Vienen tiempos de regeneración, en que los intereses públicos estarán en manos de la juventud ilustrada, independiente, que sepa mantenerse bien derecha entre las exageraciones.

LUCILA.—Así sea.

En tanto, Santiago Ibero se corría de poniente a levante para remozarse con la alegría de los novios, instalados con Juanita en un risueño y luminoso aposento junto al comedor.

JUANITA.—Oye, Vicente; oye, Pilar: si vosotros, desde vuestras casita frente al Retiro, oiréis el rugido del león, nosotros aquí oímos a otro león más fiero que el vuestro... En esas habitaciones de Buenavista que tenemos tan cerca vive Prim.

IBERO.—Fijaos en el ángulo del edificio: dos ventanas que miran a la calle de Alcalá, otras dos que miran acá. Pues ahí duerme el general. En esa cueva, magnífica estancia tapizada de seda amarilla, se recoge de noche el león, como dice muy bien Juanita... Allí madura sus pensamientos y planes; allí afila el hierro de su voluntad; allí se reviste de la coraza de su paciencia... Pidamos a Dios que dé a nuestro león hispánico larga vida. Si le perdemos, ¿dónde encontraríamos otro?

XXVII

A medias tan sólo se ufanaba el león hispano del reciente triunfo, porque si su energía, su ingenio y perseverancia habían, al fin, salvado el inmenso atasco de encontrar un rey y traerle acá, no estaban con esto desarmadas las imponentes dificultades que por humana ley circundaban a un suceso tan fuera de lo común; que siempre fué más fácil despachar a un soberano y sacudirse toda una dinastía que traer a un viejo reino familia y monarca de naciones y climas extraños. Bien lo comprendía el general, sin que le arredrase la magnitud de su empresa, así en lo ya hecho como en lo que restaba por hacer.

Si no temía complicación internacional, porque el aplomo europeo había de alterarse muy a su gusto, de Pirineos

adentro veía dos fuerzas enemigas, a cuál más poderosa: de un lado, el federalismo; de otro, la aristocracia. Si distinto era el terreno en que estos fieros dragones acampaban, diferentes en mayor grado eran sus armas, su táctica y sus banderas. Con menos ruido que los republicanos, con envenenadas ironías y menosprecios de damas linajudas, el bando borbónico había de dar más guerra que las muchedumbres mal vestidas, vociferantes en el extremo contrario del campo social.

Pero con sólo pensar en ello, a don Juan le salían del corazón y de toda el alma estímulos de resistencia contra tales enemigos, y se le ocurrían ardides para inutilizarlos; que su genio, asistido de su paciencia, era inagotable en recursos defensivos... Al propio tiempo pensaba en el viaje del rey, ya próximo; en su llegada a Cartagena y en los preparativos y precauciones para recibirle dignamente. Y aún faltaba que las Cortes despacharan asuntos pertinentes al cambio de política, y que votaran la lista civil; faltaba dictar infinidad de disposiciones que eran el puente por donde la nación había de pasar de la interinidad a un estado efectivo. En la cabecera de aquel puente estaba Prim, presidiendo el paso de la muchedumbre social, y fijándose bien en los que iban derechos o torcidos.

La actitud del general era en aquellos días serena, revelando alguna fatiga, actitud y expresión de insomnio, de mala salud y de confianza en la propia voluntad. No participaba de la zozobra de sus íntimos, que presentían atentados criminales contra él. Dos conjuraciones fueron descubiertas; pero no parecían cosa formal. Prim las tuvo por conjuras de opereta. No consentía que se le supusiera medroso, ni gustaba de ver su camino guardado por policías. A pesar de esto, alguno de sus amigos iban al Congreso armados de revólver, y no se apartaban del general cuando al pasillo curvo salía con algún otro ministro a fumar un cigarro.

La labor testamental de las Cortes era premiosa y áspera, últimos andares de un mecanismo ya oxidado. En la cabecera del banco azul, Prim apuraba su energía cachazuda; creyérase que se agotaba su numen fecundísimo para el sorteo de las dificultades. Vieron los amigos acentuado el verdor de su cara y empañado el claro timbre de su voz. Alguien dijo que la cara del general se revestía de una extraña expresión mística. Era que lo restante de la obra no había de consumarlo el valor, sino la paciencia.

El Combate, de Paúl, abrumado de denuncias y multas, perseguido en los Tribunales por el fiscal y en la calle por los corchetes, determinó suicidarse y despidióse del público en una hoja furibunda, en la cual los «defensores de los derechos del hombre declaraban que debían cambiar la pluma por el fusil.» Cargando, pues, el fusil hasta la boca, y atacándolo con furia, los hombres de *El Combate* decían:

«Una mayoría facciosa, prostituída y encenagada hasta la hediondez..., *maniató traidoramente la soberanía* a la espuela del dictador don Juan Prim.»

Y más adelante:

«*La Patria está en peligro*. Basta ya de dudas y vacilaciones... ¿Hay algún español que dude y vacile ante el *golpe de Estado de un pequeño dictador?* Pues ese español es un cobarde, un ciudadano indigno, un hombre degenerado, un miserable... Ignominia y baldón para el ciudadano español que, al saber que el rey extranjero ha manchado con su planta el suelo español, no se apresure a lavarlo con su sangre...»

En otro lugar hablaba de la revolución, declarándola enteca, y añadía:

«Mas por uno de esos milagros de la ciencia de curar, el hierro, el acero y el plomo la robustecerán muy pronto, tan *robustamente*, que no la conocerá la madre que la parió. Al tiempo, y un poquito de calma, no más que un poquito; que el verdadero *fiat lux* no se hará esperar muchos días.»

Nadie hacía caso de estas groseras bravatas. Pero no faltaban otros signos y barruntos de la vesanía pública que a los amigos del general inquietaba. En la mañana del 26 fué Vicente Halconero a casa de su novia, no ciertamente a tortolear con Pilarita, que para esto sobraba tiempo en las tardes y noches de amoroso palique. Acompañábale Enrique Bravo, y ambos, validos de la confianza del primero en la casa,

se colaron en el cuarto del coronel, que estaba vistiéndose para ir al Ministerio de la Guerra.

—Pues llegamos a tiempo—dijo Vicente mostrándole un papel con lista de nombres—; y usted, mi querido don Santiago, prestará un gran servicio a su amigo el general Prim diciéndole que mande prender a los diez individuos comprendidos en esta nota.

Tomó Ibero el papel; leyó los nombres, que en unos eran apellidos, en otros apodos, en los menos designación completa de la persona, con el oficio y las señas de residencia. Quedó Ibero suspenso, y a su estupor siguió un mohín de incredulidad.

—Entiendo—les dijo—que no es éste el primer soplo que a Buenavista llega. Don Juan no hace caso. Confía en su buena estrella, y en lo que hemos dado en llamar *hidalguía del pueblo español*. Por lo que he podido observar, más teme por don Amadeo que por sí mismo... Pero, en fin, debemos dar curso a estos avisos por lo que pudiera tronar. Decidme ahora por qué conducto ha llegado a vuestras manos este papel... Noto que la escritura es tuya, Vicente.

—Escribí los nombres al dictado—replicó Halconero—. El apuntador ha sido un amigo nuestro llamado Segismundo García. Si mi escritura me compromete, acepto la responsabilidad de la delación... Por el honor nacional, doy la cara en este asunto... Yo acuso de tentativa de asesinato a los que están en esa lista.

—El delator—dijo Bravo—es un amigo a quien queremos mucho, perdonándole sus extravagancias, su vivir de bohemio en contacto con la ínfima plebe. Es hombre de talento extraordinario, nutrido por copiosas lecturas; pero en él distinguimos el hervor paradójico, la brillantez retórica y el flujo de originalidad, del sentido moral y de la rectitud del corazón.

Hechas estas manifestaciones, los amigos saludaron a las damas y señoritas, y con Ibero volvieron a la calle. Este subió a Buenavista por la rampa de la calle del Barquillo, y los amigos se reunieron con Segismundo, que les esperaba en la plaza del Rey. Vestía el bohemio la ropa de Vicente, ya mal traída y afeada por manchas y algún siete.

—He cumplido un deber de conciencia—les dijo, andando los tres hacia la calle de Alcalá—. No sé si entramos en el período épico, o salimos de una epopeya fallida, de un mal ensayo con chambones y héroes de la legua. Os confieso que estoy desorientado, y no sé si esto acabará en novela por entregas o en diálogos filosóficos en el estilo del nuevo Platón, *alias* Roque Barcia.

—Has hecho muy bien—dijo Vicente—en traernos esa lista, que hacemos nuestra. Si algo temes, escóndete. Vente a mi casa. Los diez de la lista dormirán esta noche en la cárcel.

—De veras os digo que el elemento trágico traído a la Historia de España por esos Brutos de tan baja calidad no entra en mis sentires de poeta histórico. De otro modo han de ser las tragedias. Dantón y Robespierre me aterran, pero no me repugnan. Son la tempestad que purifica, no la alcantarilla que retrotrae sus aguas inmundas para verterlas sobre la sociedad. He delatado por vergüenza revolucionaria. Y ahora, mis queridos amigos, no me tildéis de pusilánime si os digo que abandono mi albergue de la Lechuga y mi pesebre de Botoneras para volverme a mi Corinto de abajo, al amparo del buen Cantera y de mi morcón tutelar la *Señángela*... Me hago la cuenta de que salvar una vida da derecho al sueño tranquilo. El ansia de paz y del dormir largo y sin visiones lúgubres me ha llevado de nuevo a la vertiente Sur... Dejadme correr hacia allá, que hoy he mandado con un mozo de cuerda mis pobres bártulos, un cofre con más libros que ropa, y quiero ver si han llegado felizmente las únicas riquezas que poseo... Adiós. Si esta noche o mañana tuviera que comunicaros algo nuevo, iré a tu casa, Vicente..., y no dejéis hoy de la mano el asunto de la lista, que en estas cosas un minuto de pereza puede traer largos días de lágrimas. Abur.

Partió el pícaro por la calle del Turco, acompañado de Bravo, y Vicente volvió a la casa de su novia, donde había de pasar todo el día. El tiempo no era propicio para callejear. ¡Felices los que libres de cuidados tenían lumbre a que arrimarse, y corazones amantes que dieran al alma confortante abrigo! A pesar de que la vida del afortunado mortal hijo de Lucila se hallaba fuer-

temente defendida contra la social intemperie, no gozaba el hombre la plenitud de la felicidad. Su salud no era completa; su anemia no estaba vencida; su ánimo, rebelándose a ratos contra las visiones alegres, quería llevarle a una región de sombríos presagios. Ya la boda se había fijado definitivamente para el día de Reyes, y en ambas familias nadie temía la emergencia de nuevos obstáculos.

A la hora del almuerzo, le dijo Ibero que don Juan Prim había leído la nota con indiferencia. Sonrisa de incredulidad acompañó a las palabras con que hubo de ordenar al subsecretario que pasase la lista al gobernador. Otra relación semejante, con alguna diferencia en los nombres, había recibido por conducto de Ricardo Muñiz. En el vago interés del general hacia las delaciones, vió Halconero como un desprecio del amaneramiento histórico. Amaneramiento era la repetición pedestre de las amenazas de muerte contra los hombre colocados en la cumbre social. Por lo mismo que estos avisos acusaban una monotonía tediosa en el arte de la Historia, el grande hombre no debía darles la menor importancia. En el curso de los sucesos faltaría toda majestad si lo que había pasado en diversas ocasiones hubiese de ocurrir siempre. Conviene desconfiar de todo lo que se anuncia y de todo lo que se espera. En aquel caso, lo artístico era pedir al Destino venturas no previstas ni anunciadas por el vulgo...

Nada digno de mención pasó en el resto del día en la feliz morada de los Iberos y Calpenas. El 27 por la mañana fué Ricardo Muñiz a Buenavista, y almorzando con Prim se quejó dolorídamente de que el gobernador no hubiese preso más que a uno de los diez de la lista. El general, con escasa atención en el asunto, le dijo que viese a Rojo Arias y al coronel de la Guardia Civil, encareciéndoles mayor diligencia, y con su amigo y sus ayudantes se fué al Congreso.

Apurada fué la labor parlamentaria en aquel día. El anterior, 26, partió de Génova la fragata *Numancia* conduciendo a don Amadeo, y la dotación del soberano popular no había sido aún aprobada por las Cortes. Un orador del grupo de Cánovas, el señor Bugallal, abogado de retóricas difusas y de acentos fiscales que difícilmente llevaban consigo la persuasión, combatió la lista civil en un discurso agrio..., habló mucho de lo divino, poco o nada de lo humano que se debatía. Le contestó Prim, sacando del alma las heces de su paciencia. Se veía que el hombre anhelaba llegar al fin de una lucha que aún para titanes habría sido fatigosa. Su oratoria fué aquel día seca y dura... Habló después Navarro y Rodrigo, con despejo y firme dialéctica.

En el curso de la discusión, dilatada y sin relieve, no pocos amigos se acercaron al banco azul a saludar al presidente del Consejo. En el propio sitio sostuvo con éste una larga conversación Ricardo Muñiz. Díjole que aquel día, 27 de diciembre, banqueteaban los masones en memoria de San Juan Evangelista. ¿Qué tenía que ver el santo apóstol con *los caballeros de la Acacia?* Nada. La masonería se congregaba en fiesta solemne dos veces al año: solsticio de verano y solsticio de invierno, San Juan Bautista y San Juan Evangelista. El *ágape* de aquel invierno se celebraba en el hotel de las Cuatro Naciones, calle del Arenal.

Prim había ingresado recientemente en el Gran Oriente Nacional de España. Diéronle el cargo de portaestandarte del Supremo Consejo de la Orden. Su grado era el 18 con título de Caballero Rosa Cruz. Al darle cuenta de la solemnidad masónica de aquel día, Muñiz le encareció la necesidad de honrarla con su presencia. Prim se mostró indolente, poco propicio a conceder a tales comedias el poco tiempo de que disponía.

—Fíjese, Ricardo, en que necesito algún reposo. Llevo una vida que no es para llegar a viejo. Mañana sin falta saldré para Cartagena á recibir al rey, que ayer partió de Génova. En el Ministerio tengo mil asuntos que debo despachar entre esta noche y mañana. Vaya usted al banquete; discúlpeme con estas razones y con otras que a usted se le ocurrirán...

Insistió Muñiz en que fuese, aunque su visita no durara más que algunos minutos. La asistencia del grande hombre sería muy grata, etc... En esto quedaron, y poco después se levantó la sesión. La lista civil fué aprobada por

115 votos contra ocho. Para todos fué como el despertar de un mal sueño, y en Prim se pudo advertir la sensación de un descanso inefable.

Requerían los diputados sus gabanes o capas para echarse a la calle, que la noche se presentaba en extremo glacial, noche de infinita soledad y tristeza. Por las calles, desiertas, discurrían a escape las contadas personas a quienes alguna obligación ineludible lanzaba de sus hogares. Los coches rodaban sin ruido sobre un suelo acolchado de fango y nieve. En el arroyo, las ruedas dejaban paralelas serpenteantes; en las aceras, las huellas impresas a compás de andadura parecían marcar el paso de seres invisibles. La atmósfera era una opacidad quieta y lechosa que rodeaba de nimbos las luces próximas y desvanecía las lejanas en dudosas penumbras. Ruidos de la calle: un ligero roce de algodones que al ser comprimidos crujían como el serrín...

Interior del Congreso: El conde de Reus hablaba en el pasillo curvo con Rojo Arias, gobernador de Madrid. ¿Le recomendaba que pusiera pronto en recaudo a los hombres de la trágica lista? Es probable que así fuese, y también que el flamante gobernador, guardándola en su bolsillo, dijera que se ocuparía del asunto..., todo ello sin precipitación y estudiando los antecedentes de cada individuo para que no se le acusara de arbitrariedad... Poco después de esto se vió al general en el pasillo recto, frente a la puerta del salón de conferencias. Allí encontró a varios federales, con quienes sostuvo un afable diálogo:

—Lo que debiera usted hacer—dijo a García López—es venirse conmigo a Cartagena a recibir al rey.

Contestaron los enemigos festivamente, y uno de ellos le aconsejó con sincero interés que no confiara demasiado en su buena estrella y se precaviese contra riesgos probables. Otro habló de prontas algaradas, y Prim dijo:

—Que haya juicio. Llegado el caso, tendré la mano dura...

Algunas palabras cambió con Morayta, excusándose nuevamente de asistir al banquete masónico... Aparecieron luego Sagasta y Herreros de Tejada, que habían convenido en acompañar a don Juan al Ministerio. Se encaminaron a la salida por la calle de Floridablanca. En la portería, los ordenanzas y un guardia de orden público charlaban tranquilamente, apiñados alrededor de un brasero.

En la calle, el intenso frío no ahuyentó a los desocupados que se recrean viendo el entrar y salir de personajes. Sagasta y Herreros de Tejada subieron a la berlina de Prim; siguióles éste, dejándoles los sitios de preferencia. Pero, de pronto, Sagasta y su acompañante se acordaron de que una ocupación urgente les obligaba a tomar otro rumbo. Salieron; los ayudantes del general, que ya se iban a pie, retrocedieron y entraron en el coche, que al instante partió... Al doblar la esquina de la del Sordo, un resplandor súbito iluminó la blancura opalina de la niebla. Uno de los ayudantes miró al través del vidrio. No era nada... Un fumador que encendía su cigarro.

XXVIII

A los pocos segundos, al torcer el coche para entrar en la calle del Turco, surgió otro fumador que daba fuego a su cigarro. Pensó el ayudante que ya eran dos las personas que en tal sitio y en noche tan fría se paraban a encender fósforos. El general iba meditabundo. Pensaba en lo que le habían dicho los federales, interesándose por su vida, que él mismo afectaba despreciar. No debió de ahondar mucho en sus reflexiones, porque ya próximo al extremo de la calle del Turco se detuvo el coche. Había un obstáculo..., otro coche, parado y sin cochero. Oyóse la voz del de Prim, que clamaba contra el estorbo. En el momento mismo, el ayudante gritó:

—Mi general, agáchese, que nos hacen fuego.

Al través del vidrio empañado vió, o antes sintió que vió, el súbito peligro. A un golpe de fuera saltó en pedazos el cristal del lado derecho, y por el hueco entró, con un hierro en forma de trompeta, un estruendo aterrador. El general quedó herido en la mano derecha, con que empuñaba el bastón.

Antes que pudieran protestar de la barbarie, estalló el vidrio por el otro

lado. Una voz tabernaria, infernal, gritó:

—¡Fuego! ¡Prepárate; vas a morir!

Dos, tres, cinco disparos descargaron dentro del coche, sinfín de postas y hierros de metralla... El cochero, furioso, fustigó a los caballos para zafarse de la horrible visión de los hombres que dispararon sus trabucos. Vió cinco, seis, repartidos en los dos costados. Vestían largas blusas. Palabras soeces, horrorosas blasfemias, eran la repercusión de los disparos... En segundos pasó todo: la descarga, el piafar de los caballos, el arrancar de éstos con arrogante fiereza, invadiendo la acera; el encontronazo con el coche parado, la rauda salida a la calle de Alcalá, tomando la dirección de la rampa de Buenavista...

El carruaje fusilado llevaba en su interior sangre, silencio y el estupor trágico, que aún no daba paso al claro conocimiento del hecho. Subiendo la rampa empezaron las voces a manifestar las impresiones...

—¿Herido?

—No será nada. ¡Canallas!

Prim echó las llaves a su palabra. Manteníase derecho, mirando a los oficiales y soldados de la guardia que, al ruido de los trabucazos, salieron a ver qué ocurría. Alguien dijo:

—Nada... Unos miserables..., tentativa de agresión

El coche entró en el portal. Un oficial abrió la portezuela. Salió Prim con bastante agilidad y rostro ceñudo, sin hablar con nadie; se dirigió a la escalera privada y subió agarrándose al pasamanos, que dejó manchado de sangre. Contestaba con frase cortante a los que bajaron a su encuentro.

Al pronto se creyó que el general no tenía más herida que la de la mano derecha, bien manifiesta por la sangre que de ella corría. Al llegar arriba, la condesa de Reus salió consternada. Su esposo le dijo:

—No me toques... Estoy herido...

Fijáronse todos en el hombro izquierdo... Por la inmovilidad, por las señales de intenso dolor, por la sangre, que empezó a calar la ropa, comprendieron que había en aquella parte gran destrozo... Pasaron silenciosamente a la alcoba del general. Este se sentó en una silla. El primer impulso fué acudir con pañuelos, con agua templada, con frases cariñosas... Siguió a esto la natural confusión, la febril impaciencia.

—Losada, Losada...

Y en otra parte:

—Ledesma, Ledesma...

Lentamente recobró sus fueros el método normal... Y a cada instante llegaban amigos, según se iban enterando del grave suceso. Uno de los primeros fué Muñiz, que había ido a la fonda de la calle del Arenal, donde se celebraba en santa paz el convite masónico. Presidía el *ágape* don Clemente Fernández Elías, y el ritual de la Orden escrupulosamente se observaba en todos los pormenores del festín, así en la disposición de las mesas como en el detalle de colocarse los comensales las servilletas en el hombro izquierdo. Primero Muñiz, luego Morayta, dieron cuenta de la bien motivada abstención del general, lo que desconsoló a todos; y aunque ambos dejaron entrever la posibilidad de que el Caballero Rosa Cruz asistiese por breves minutos, nadie esperaba verle aquella noche. Ya habían empezado las *salvas*, cuando entró un militar masón, y habló al oído del *Venerable* presidente. Este palideció. Diríase que su estupor le privaba del uso de la palabra... Una onda de ansiedad suspicaz corrió de mesa en mesa. El señor Elías escribió algo en un papel, y alargó éste a los comensales más próximos. Cuantos leían quedaban suspensos y aterrados, y la general incertidumbre aumentada. Por fin, el *Venerable*, sacando fuerzas de flaqueza, se puso en pie, y con voz de intenso duelo pronunció estas palabras:

—Hermanos...: imposible callar. No puedo ni debo ocultaros la verdad terrible. El hermano Prim ha sido asesinado.

Levantáronse todos de golpe, como a impulso de una sacudida telúrica, y confundidos el lamento y la protesta, los elementales sentimientos humanos ahogaron el sentido masónico que a tanta gente congregaba. Se acabaron las *salvas;* la *pólvora* quedó en los *cañones* o vasos ociosos. Todos mostraban honda pena, y los militares, que no eran pocos, añadían a la pena la ira y el deseo de venganza. La dispersión fué instantánea. Los más acudieron a Buenavista.

A las diez, en el salón grande del Mi-

nisterio y en el despacho, recientemente decorados por el general Prim con exquisito gusto suntuario, apenas cabía la muchedumbre que acudió a condolerse del salvaje crimen y a maldecir a sus autores. Los amigos íntimos, como Damato, Muñiz, Moreno Benítez, y los funcionarios de la casa, Azcárraga, Sánchez Bregua y otros. pasaban a las estancias interiores y volvían con noticias que interpretaban en el sentido más favorable.

—Losada y Vicente han hecho la primera cura. Las heridas del hombro izquierdo son las de más importancia; pero, según parece, no comprometen la vida del general...

El ayudante Nandín, que se aguantó largo tiempo con la mano herida envuelta en un pañuelo, fué conducido a la Casa de Socorro... No cesaba el ardiente comentario del suceso. Moreno Benítez y Ricardo Muñiz declaraban que al entrar don Juan en su residencia, dijo a su esposa y a los amigos:

—Oí su voz bien clara...

Prim fué acostado después de la cura. La condesa de Reus y contadas personas de la intimidad política del héroe no se apartaban del lecho. Aunque los médicos habían recomendado el reposo y el silencio, era forzoso tratar sin demora de una cuestión de suma gravedad. Imposibilitado el presidente del Consejo para recibir al rey, que habría de llegar a Cartagena el 29, ¿quién desempeñaría misión tan alta? Serrano, sentado a la cabecera del lecho, propuso la cuestión a Prim. a Topete y a dos amigos presentes. Nadie osaba pronunciar una palabra en tal asunto. Rogó Prim al regente que decidiera, como primera autoridad del reino en los confines de la interinidad a punto de extinguirse. El duque de la Torre, que en todo el tiempo de la visita no acertó a disimular su tristeza y consternación, dijo a Topete con una mirada y un apretón de manos cuanto podría decirse en trance tan crítico, impropio para discusiones de palabra.

¿Con qué cara iría Topete a recibir a un rey a quien había negado su voto? Esta cuestión peliaguda, insoluble para espíritus de bajas miras, la resolvió el hombre generoso y bueno, el heroico soldado de mar, con un gallardo arranque de su corazón, desoyendo cuantas sutilezas pudiera sugerirle el pensamiento. Los tres caudillos de la revolución de septiembre, separados por distintos criterios en las postrimerías de la interinidad, se unían de nuevo y lealmente como en los comienzos de ella. Accedió Topete a partir para Cartagena, y lo hizo casi sin articular palabra; asintió, más que con la voz, con el gesto y un palmetazo en el hombro de Serrano, mirando al general herido, a quien no podía estrechar ninguna de las dos manos.

—Don Juan—dijo al fin, empañada la voz—, esté tranquilo. Yo traeré al rey... No tema nada. De que le traeré bueno y sano, respondo con mi cabeza. Restablézcase pronto..., y que al volver de este viaje le encontremos a usted tan animado como le vi en el puente de la *Zaragoza*.

Y Prim, inmóvil. pues sus vendajes le tenían como una momia, le contestó:

—Amigo del alma..., yo no dudaba que usted me sacaría de este mal paso... Dios se lo pague...

Con Serrano habló luego un instante, mostrándose uno y otro más tranquilos.

—Creo que saldré de ésta—dijo Prim.

Y Serrano:

—Para mí es indudable. Quietud, amigo. No pensar más que en remendar la pelleja, y adelante con ella. Yo pienso que nosotros tenemos siete vidas...

Y Prim:

—Yo he contado siempre con setenta. Adiós. Descansar.

Topete, al salir de la alcoba, se pasaba la mano por los ojos. Era hombre de corazón tan grande, que por no temer nada, no temía que le vieran llorando. Grave y silencioso salió Serrano, queriendo engañar con vaticinios consoladores su pesimismo... Para sí, muy para sí, pensaba que la nave de la revolución de septiembre había encallado.

XXIX

Antes de medianoche contaba Muñiz en un corro de amigos, entre los cuales se encontraba Santiago Ibero, que él, por sí y ante sí, después de presenciar la cura del herido, había visitado

al primer operador de España, don Melchor Sánchez Toca. Y oídas las impresiones del amigo, opinó el maestro que urgía la inmediata decolación del brazo izquierdo. De esto trataron los íntimos; pero ninguno se atrevió a proponer el caso a la familia, pues a la condesa de Reus le habían dicho que las heridas no eran de muerte, y la Facultad no consideraba precisa la intervención quirúrgica... Muñiz y Moreno Benítez resolvieron quedarse hasta el día; otros se retiraron a distintas horas de la noche.

A su casa llegó Ibero entre doce y una. Toda la familia velaba, anhelando noticias auténticas y dignas de crédito, pues en el curso de la noche habían llegado referencias distintas: las unas, tranquilizadoras; las otras, alarmantes. El coronel adoptó un justo medio para informar a los suyos. Juanita no cesaba de atisbar desde la ventana de Levante, y cuando vió que de los balcones del general desaparecía la luz, por haber cerrado las maderas, dió por seguro que el león dormía tranquilamente.

Halconero, presente en la mansión de Calpena desde media tarde, no quiso retirarse a la suya sin noticias fidedignas. Hallábase afectadísimo, profundamente lastimado en su corazón, y se condolía de que el gobernador y el coronel Valencia tomaran a broma el aviso que se les dió con los nombres de los asesinos. Tal abandono era un nuevo crimen o un reverso del acto criminal, y merecía castigo severo... El tiroteo de la calle del Turco se oyó en la casa cuando se disponían a sentarse a la mesa. El primer tiro retumbó en el cerebro de Vicente, dejándole aterrado y sin habla. Oyó los cinco restantes con el mismo estupor. Pilarita y los demás de la familia se estremecieron del susto.

Todos se manifestaron con una interrogación angustiosa, y Vicente recobró así la palbra:

—Han matado a Prim.

Dudas, ansiedad... Ibero corrió a Buenavista. Pronto se supo por diferentes conductos la verdad... Esta siguió entrando en la casa con versiones que variaban desde la extrema levedad a los augurios más desconsoladores. Halconero se resistió a comer por el estado de su ánimo. Decía que el primer tiro fué para él siniestra repetición del trabucazo que le dejó tendido entre los cajones de la plaza de los Mostenses... El mismo son simultáneo de campanas, con honda quejumbre, que rompía el tímpano y el cráneo... Por un segundo fué víctima de la terrible sensación, y habría caído al suelo si los tiros siguientes no le trajeran a la realidad... Pilarita intentaba distraer a su prometido y llevarle a la serena apreciación de las cosas; mas todo era inútil, y acabó ella por trastornarse también y ponerse un poquito trágica.

Ya era más de la una cuando el joven se decidió a volver a su casa. Fué con él don Fernando, por no dejarle solo con la turbación que padecía, y el coche hubo de tardar lo indecible por el cuidado y entorpecimiento de la nieve en las calles. Ardiendo en impaciencia esperaba la madre; retiróse Calpena deseándoles descanso y buen dormir, y Lucila trató de que su amado hijo se recobrase de la tremenda emoción. Reduciéndole a meterse en la cama, la celtíbera combatió como pudo el prurito de hablar sin término, de referir el suceso y condenar con atropellada indignación el descuido de las autoridades y el escandaloso alejamiento de la Policía. Y cuando parecía dar fin a su relación y comentarios, empezaba de nuevo. Hasta el alba estuvo a su lado la madre, y no se retiró a su aposento sino cuando el adorado hijo, rendido del desgaste físico, cayó en profundo sopor.

Por la mañana, Bravito, llamado por Lucila, acudió sin tardanza. Vicente había dormido unas cuatro horas, con sueño intercadente. Despierto, le atacó de nuevo la verbosidad, ya con persistencia en una sola idea, que era la de hacer públicos los nombres de los asesinos y de pedir para ellos perentoria justicia. Como su madre y Enrique le dijesen que mirase bien lo que hacía, pues su boda estaba señalada para Reyes y no le convenía distraerse de aquella obligación sagrada, contestó muy serio:

—Madre y amigo, el casarme es asunto de dos personas: Pilar y yo; y el reclamar y obtener justicia, no sólo a dos familias afecta, sino a toda la nación y a la Humanidad entera.

Por precaución, y esperando que el

aislamiento le calmase de aquella inquietud, Lucila le matuvo encerrado en casa todo el día 28. Creyó Enrique ponerse a tono con la madre aguando el vino de la tragedia, y aseguró que las noticias del día eran plenamente satisfactorias. *La Iberia*, en un artículo truculento contra los matadores de la libertad, decía que las «heridas recibidas por el general no eran de cuidado».

El 29 mostróse Halconero más tranquilo; pero Lucila decretó un día más de encierro. Por la tarde presentóse Segismundo en la casa, cuando menos se le esperaba. Los tres amigos hablaron del suceso con calor y enaltecieron la figura del mártir, a quien un corto número de hombres fascinados y delirantes querían cerrar brutalmente el paso hacia el coronamiento de una empresa política. Si a todos no era grata tal política, merecía respeto por el brío y la perseverancia que Prim había puesto en ella. De aquí pasaron al examen y expurgo de la lista de facinerosos que intentaron cambiar el rumbo de los destinos de España con feroz dentellada, más propia de tigres que de hombres.

Rompió luego Segismundo el freno de su sinceridad, y sin preparación alguna nombró a los bárbaros de la calle del Turco.

—No hay ni mediana paridad—dijo Halconero—entre esos nombres y los que traía la lista... Aquí tengo la copia que para mi uso particular guardé.

Sacó del bolsillo el papel y, examinado por el pícaro, dictó éste a su amigo la rectificación, quitando dos nombres y sustituyendo otros dos por nombres nuevos. Total: ocho. Y luego que se hizo la enmienda, añadió estas palabras, dictadas por la radical convicción de lo que decía:

—Ahora tienes completo y exacto el personal de la tragedia, cuyo desenlace ignoramos aún. Ahí verás al capataz de los bandidos; ahí, los dos fosforeros, el del coche y los cinco que dispararon sus retacos dentro de la berlina... ¿De dónde salieron preparados para dar muerte a don Juan? Lo sabrás todo. Lugares y personas tienen igual importancia. Entre dos luces partieron de la taberna de Botoneras, llevando su plan bien madurado, contados los pasos que habían de dar. Seguros iban de la indolencia de la Policía y de la ceguera de las autoridades. Podían despachar su obra en cómodas tinieblas, en un escenario admirable para trabajar a mansalva sin ningún peligro. Un solo contratiempo temían: que la víctima no pasase aquella noche por la vía más breve entre su palacio y el de las Cortes. Pero si pasaba, como siempre, inerme y descuidado, no había de salvarle ni la Paz ni la Caridad.

»Salieron uno por uno del escondrijo de Botoneras, tomando distintas direcciones, bien calculados tiempo y distancias para reunirse en el Prado. Llevaban los más blusas largas; dentro de éstas, los retacos... Unos subieron a la calle del Turco por la de la Greda; otros, por la de Alcalá. Como habían de esperar a que terminase la sesión de las Cortes, entraron algunos en la taberna del Turco, con disimulo de sus inicuas intenciones; su lenguaje fué jovial y totalmente extraño al asunto. Los demás divagaban por las proximidades, andando aprisa, no como quien se estaciona, sino como quien pasa de largo... Con hábil estrategia, semejante a la de los ladrones, se juntaban para cambiar el alerta en espera del aviso. Este llegó comunicado por un sencillo telégrafo de fósforos encendidos en la oscuridad, y... lo demás pertenece a la historia visible y pública.

»Al general le ha perdido la vanagloria de su valor. Si hubiera dejado entrar en su alma un poco de miedo, ordenando que custodiara la calle una pareja no más de la Guardia veterana, a estas horas estaría tranquilamente en Cartagena, sin otra inquietud que la de si aparecía o no en el horizonte la fragata *Numancia*. La bravura temeraria salva en unos casos a los hombres, y en otros los pierde. La hombrada de Los Castillejos dió a Prim fama, gloria, tras de las cuales vino el caudillaje de las multitudes, el poder revolucionario, el poder de gobierno... Los hombres se endiosan por el éxito, y en el delirio de su soberbia llegan a desconocer que si en largos días no los vence la legión de enemigos descubiertos, en cinco minutos puede vencerlos y aniquilarlos la cobardía traicionera y enmascarada. En el escenario militar de Africa y en el teatro político de Madrid, triunfa el hombre valiente y sagaz y en un paseo

estrecho y oscuro media docena de bárbaros en acecho acaban con él y con sus ideas altas y generosas.»

Dicho esto, el pícaro y bohemio abandonó a sus amigos, alegando la necesidad de consagrarse a las ocupaciones que eran el nervio de su existencia. Su próvido cliente don Trinidad le apremiaba para que se pusiese al telar, pues los pueblos, ante el advenimiento de un rey excomulgado, pedían actos de fe y el consuelo de la santa cátedra.

—Me da en la nariz—dijo Segismundo al salir—que viene a escape una época en que veremos muy floreciente la industria sermonera o sermonaria, y yo, que de ella vivo, quiero sostener, y si fuere posible, aumentar, mi honrada parroquia.

Quedó Halconero, con la vista y referencias de Segismundo, más caviloso que antes estuvo, y más aferrado a la idea de lanzarse a la palestra de la verdad como paladín de la justicia. Guardando cuidadosamente en su bolsillo la corregida nota de los matachines de la calle del Turco, expresó con grandísimo tesón su propósito de acusarlos a cara descubierta, sacrificando a este deber su tranquilidad, su posición, sus amores, su vida misma si fuere menester. Viéndole tan decidido y ardoroso, Lucila pensó que sería peor contrariarle, y así lo dijo secretamente a Bravito cuando en la puerta le despedía. Toda la tarde y parte de la noche persistió Vicente en su temeraria idea, sin que de ella pudiese apearle ni el propio don Angel Cordero con sesudos y amenos divagares sobre la economía y administración aplicadas al arte de pastorear a los pueblos. A medianoche se durmió; junto al lecho observaba Lucila con atento amor las intermitencias del sueño del amado hijo. Retiróse al tener certeza de que había caído en un dormir profundo. La estancia quedó alumbrada por una mariposa puesta en el gabinete próximo, frente a una imagen de la Virgen; la tenue llamita de la candileja proyectaba sobre el cuadro religioso extrañas claridades, que en unos puntos fingían figuras alargadas y en otros sombras contraídas.

Media hora estuvo Lucila ausente de la habitación. Apareció de nuevo en ella, abriendo con lentitud la puerta para evitar el ruido. Venía mal cubierta de un manto, como persona que abandona su lecho para poner en ejecución una idea súbita, quizá una idea olvidada. Traía la cara trágica; podía ser comparada con lady Macbeth cuando, en su vagar sonámbulo, intentaba lavar su mano de una mancha indeleble. Mas no era ésta la intención, no era éste el estado anímico de lo noble señora en aquel instante, como se verá por la narración fiel de lo que hizo en la estancia donde su primogénito dormía.

Pasito a paso se acercó al lecho, sus pies descalzos no levantaban ni el más ligero ruido en la blanda alfombra. Observó a Vicente dormido, y llegándose adonde había dejado su ropa, la reconoció con dedos sutiles hasta encontrar el bolsillo en que guardaba el censo de asesinos. Suavemente lo sacó, poniendo en el mismo sitio otro papel que a prevención llevaba. Con el mismo andar de diosa o figura evocada por un ensueño, pasó de la alcoba al gabinete, y llegándose a la mesa en que estaba la candileja, miró la lista que llevaba en la mano, y segura de que no se había equivocado, acercó una de las puntas del papel a la lucecita que ardía sobre un disco de corcho, flotante sobre el aceite. El papel cogió lumbre. Viéndole arder lentamente, la señora de trágico rostro así pensaba:

—Para nada sirve este infame papel, como no sea para trastornar a mi querido hijo y apartarle de su felicidad y de sus deberes. Quémate, lista criminal; quemaos, nombres de bandidos. ¡Lástima que con vuestros nombres no ardan también vuestras personas!... Descifren el acertijo los que tienen el deber de hacerlo; descubran los jueces lo que haya que descubrir, y queden los inocentes apartados de esta infamia. Ya se ha visto que no hay aquí Policía ni autoridades previsoras. Para saber que tampoco hay justicia, no es necesario que este pobre hijo mío comprometa su nombre honrado y sacrifique sus días dichosos. Asesinos, pasad ignorados a la posteridad, y que ésta pueda maldeciros sin conoceros.

XXX

El papel, invadido por la llama, se ennegrecía y enroscaba como cuerpo vivo sensible a los efectos de la combustión. La celtíbera no lo soltó de sus blancos dedos hasta que éstos sufrieron el ardor de la quemadura. Recogidas las cenizas, las arrojó en un cubo de agua, donde se deshicieron como saliva escupida en el mar... El papel que introdujo la buena madre en el bolsillo de Vicente, en sustitución del papel sustraído, era una carta que Pilar escribió a su novio aquella noche, expresándole su cariño con la ingenuidad más intensa, suplicándole, además, que por amor de Dios y de ella se abstuviera de comprometer nombre y persona en enredos de justicia.

Lo que se ha referido pasaba en la madrugada del 30 de diciembre, día que amaneció risueño y claro para los que en Buenavista seguían con ansiosa expectación el curso de la dolencia traumática del general Prim. Este había pasado la noche muy tranquilo, y de su sueño despertó con ganas de hablar, que todos interpretaron como ganas de vivir. La noticia de la mejoría salió a correr por Madrid, llevando alegría y esperanzas a todo el vecindario y lanzada después por el telégrafo a ciudades y pueblos, difundió las albricias por España entera. A pesar de esto, se prohibió severamente la entrada en la alcoba, sin otra excepción que la de los amigos y familia que turnaban en velar al enfermo. Tenía el general su cabeza tan despejada, que de todo quiso informarse, y aun apuntó disposiciones acertadísimas, proyectos que había de realizar en cuanto el rey llegara.

Ya el día anterior, 29, había presentado síntomas de mejoría por la remisión natural de la fiebre. Pudo resistir la emoción de la despedida de Topete, que partió aquel día para Cartagena, revestido de la autoridad de presidente del Consejo. Conoció y alabó la composición que en momentos tan angustiosos se dió al Ministerio. Sagasta había vuelto a Gobernación; Topete se encargó de Estado con la Presidencia, y Ayala entró en Ultramar. Asimismo tuvo Prim suficiente claridad mental para informarse de la interesante sesión del 28, y del hermoso arranque de Topete, que supo expresar su pensamiento y noble actitud con sublime elocuencia; pudo conocer las protestas contra el hecho de la calle del Turco, formuladas por amigos y adversarios, y las disposiciones y acuerdos de las Cortes para mantener el orden material en días de tanta inquietud y amargura.

No todos los que de cerca observaban y asistían al herido se hallaban conformes con las noticias optimistas que a cada instante eran lanzadas al público, ni creían que en caso de tal importancia debía ser engañado el país con piadosas mentiras. El ministro de Hacienda, Moret, pidió que no se diesen noticias sin el refrendo de la Facultad, y el Gobierno acordó en la mañana del 30 que así se hiciera... En las rampas de Buenavista, por Alcalá y el Barquillo, se estacionaba mañana y tarde el pelotón de gente ociosa y compasiva que infaliblemente, desde que el mundo es mundo, monta la guardia pública a la vera del suceso trágico.

Salía Ibero de Buenavista, y al tomar la bajada del Barquillo fué detenido por una mujer que del pelotón salió a cortarle el paso. Desagradó al caballero la presencia súbita de Rafaela Milagro (pues no era otra la mujer aparecida), con quien tuvo algo que ver en días anteriores a su casamiento con Gracia. Alguna vez habíala visto en Madrid, pasando de largo, sin hacer caso de las miradas de ella, que pedían saludo y conversación. No pudo don Santiago librarse aquel día del repentino encontronazo, y si éste no le satisfizo, menos le agradó el oírse tuteado familiarmente en cuanto abrió su boca la dama errante de antaño.

—Dispensa que te detenga; pero te veo salir de Buenavista... Traerás noticias frescas de ese pobre señor... ¿Cómo está? ¿Es cierto que ha mejorado de ayer a hoy?

—Tanto ha mejorado el general—replicó Ibero con propósito de limitar a lo preciso la contestación—, que creemos asegurada su vida.

Y la *Ecuménica*, componiendo su rostro con guiños y muequecillas coquetiles, para que Santiago recordarse los tiempos en que la llamaban *Perita en dulce*, habló de esta manera:

—Aunque no es santo de mi devoción,

me alegro... Viviendo, tendrá espacio su alma para el arrepentimiento... Ya sé que hoy eres su amigo. No vienen esas amistades de muy atrás, porque este Prim pasaba por moderado y enemigo del regente, cuando tú, Santiago Ibero, fusilaste al pobre Montes de Oca en la Florida de Vitoria...

Frunció el ceño Santiago y revistió su rostro de amargo desdén al oír el intempestivo recuerdo. Quiso dar por terminada la conversación, cuando se acercó la fantasma o estantigua mayor, que había permanecido alejada de su compañera. La huesuda y feroz Domiciana, cabeza principal de la *Triple Hécate*, metió su viperina palabra en el coloquio con estos lúgubres conceptos:

—¿Y dice usted que está mejor? Lo siento, porque ésa es la mejoría de la muerte. Al verle a usted pasar tan aprisa, creímos que iba en busca del confesor... No está bien que le detengamos... Vaya, vaya pronto, que si no trae en seguida al médico del alma, podría llegar tarde...

XXXI

De mal talante se apartó Ibero de las malditas cornejas, y procurando olvidar los lúgubres vaticinios, fué corriendo a su casa, ganoso de llevar a la familia las felices nuevas. Sin tardanza, volvió al Ministerio, y apenas entró en la alcoba donde el general yacía, pudo advertir en las caras de los amigos presentes que las impresiones lisonjeras habían cambiado en el corto tiempo de su ausencia. Había dejado al héroe incorporado en su lecho, y le encontraba rígidamente tendido en todo su largo, la cabeza hundida en las almohadas. Habíale dejado parlero y casi jovial, y le encontraba con la cara intensamente terrosa, la mirada fija en el techo con atención incierta. No hizo el coronel a los circunstantes pregunta alguna. Todos miraban al general, esperando que hablase.

Al fin, el héroe y mártir, dejó caer de sus labios una vaga pregunta:

—¿Qué hora es?

Contestáronle que habían dado las doce, y el silencio volvió a posesionarse de la triste y amarilla estancia.

Pasado un rato, la misma pregunta del general rasgó el silencio:

—¿Qué hora es?

Le respondieron agregando a la cifra anterior lo que aumentado había el paso inexorable del tiempo... Ya no dudó nadie que en el cerebro del general se iniciaba la somnolencia que conduce al eterno dormir; y cuando por tercera vez dijo con mayor desmayo y terneza de la voz «¿qué hora es», el terror cundió por toda la casa. Síntomas tristísimos no tardaron en presentarse, y la Facultad acudió a ellos con remedios que sólo servían para disimular la inmensa gravedad. Aumentó la fiebre, y en el ardor de ella el general tuvo un momento lúcido para preguntar con voz entera si había llegado el rey a Cartagena; y como le contestaran que sí, lanzó de su pecho un descomunal suspiro. Fué, sin duda, el delantero que abría paso para la salida del alma. Pasó un rato angustioso, hasta que la noticia que habían comunicado al hombre de la revolución tuvo de boca de éste un fúnebre comentario:

—*El rey ha llegado y yo... me muero.*

¡Triste síntesis de la vida de España en aquellos turbados años! ¡Tanta energía y acción tan formidable concluídas en un cruce irónico del triunfo y la muerte! Llevaron apresuradamente al doctor Sánchez Toca, que no hizo más que verle, y salió diciendo:

—Me traen a ver un cadáver... Ya no hay nada que hacer...

Anocheció. Las últimas claridades de un día velado y lacrimoso se despidieron del aposento amarillo en que acababa sus horas el que unió su nombre a la más amada idea del siglo: *Prim Libertad*. Lámparas nocturnas alumbraron la inmovilidad del moribundo y el dolor de los suyos. En su delirio, el héroe mismo se cantaba sus honras pronunciando a ratos con fuerte voz, a ratos con torpeza balbuciente, este salmo lastimero:

—He salvado la Libertad... Me muero... ¡Canallas!...

El grande hombre arrastró sus instantes hasta las ocho y quince minutos, en que expiró. Su figura histórica era la puerta de los famosos *jamases*, la cual tapaba el hueco por donde habían salido seres e institutos condenados a no entrar mientras él viviera. Muerto Prim,

quedó abierto el boquete, y por él se veían sombras lejanas que miraban medrosas, sin atreverse a dar un paso hacia acá. Era pronto para entrar; pero como quedaba franco el camino, ya les llegaría su ocasión. Aquel día, 30 de diciembre de 1870, supo España que toda puerta es practicable cuando no hay un cuerpo bastante recio que la tape y asegure... Las devociones reaccionarias y frailunas rezaron por el muerto con esta dulce letanía: «Vivir para volver.»

Madrid, marzo de 1909.

FIN DE
«ESPAÑA TRÁGICA»

AMADEO I

I

El 2 de enero de 1871 vimos entrar en los Madriles al monarca constitucional elegido por las Cortes, Amadeo de Saboya, hijo del llamado *Re galantuomo,* Víctor Manuel II, soberano de la nueva Italia. En las calles, alfombradas de nieve, se agolpaba el pueblo, ansioso de ver al príncipe italiano, de cuyo liberalismo y caballerosidad se hacían lenguas los amigos de Prim, que le habían buscado y traído para felicidad de estos abatidos reinos. Como los españoles no habíamos visto, en lo que iba de siglo, rey ni Roque a la moderna, más arrimados a la Libertad que al feo absolutismo, ardíamos en curiosidad por ver el cariz, el gesto, la prestancia del que nos mandaba Italia en reemplazo de los en buen hora despedidos Borbones.

Entró don Amadeo a caballo, con brillante escolta, y su persona despertó simpatías en el pueblo... Varios amigos, de quienes hablaré luego, nos situamos en la esquina de la calle del Turco, palacio de Valmediano, orilla baja del Congreso, y le vimos muy a gusto desde que apareció por el Prado v embocó el repecho que llaman plaza de las Cortes. Saludaba con graciosa novedad, extendiendo ceremoniosamente el brazo al quitarse el sombrero. Uno de los amigos que me acompañaban aseguró que aquél era el saludo masónico, en su expresión castiza, y sólo por este detalle vió en el rey entrante una esperanza de la patria.

A todos pareció don Amadeo gallardo y animoso hasta la temeridad. Y que el hombre tenía los riñones bien puestos y un cuajo formidable, se demuestra con decir que de una monarquía juvenil le traían a reinar en una vieja monarquía, devastada por la feroz lucha secular entre dos familias coronadas. Verdad es que España se sacudió a entrambas como pudo; pero una y otra dejaron en los repliegues del suelo cantidad de huevecillos que, el calor y las pasiones de los hombres cluecos, aquí tan abundantes, habrían de empollar más tarde o más temprano. Venía el buen príncipe de un país en que el pueblo y sus reyes, recíprocamente, se amaban, y entraba en éste, recocido en el hervor de las opiniones, amante tan sólo de irisados ideales, o de vagas incógnitas, que sólo podría despejar el tiempo.

Y por si no estuviera bien probado el valor del *chico de Saboya,* la fatalidad le sometió a mayor prueba. Al llegar a Cartagena, diéronle, para hacer boca, la noticia del asesinato y muerte de Prim, que le había traído a reinar en este manicomio. Mostróse apenado y sereno el príncipe al recibir este jicarazo... Su arribo a España, en momentos trágicos, no carecía de romana grandeza. La Historia, que aún no tenía nada que decir del nuevo rey, señaló aquel primer paso, puesta la mano en el esforzado corazón del hijo de Víctor Manuel.

En el trayecto por ferrocarril desde Cartagena a Madrid no llegaron a don Amadeo calurosas demostraciones populares. Diéronle la bienvenida caciques inveterados en la adulación, y alcaldes de real orden, que lo mismo habrían festejado al moro Muza, si el Gobierno se lo mandase. Llegó a Madrid la majestad saboyana, y de la estación fué al santuario de Atocha, donde visitó a Prim, muerto y amortajado de uniforme, entre hachones; y cuando el rey, con mudo estupor y recogimiento, contemplaba el embalsamado cadáver, éste le dijo: «Aprende de mí la inseguridad de las grandezas humanas. Vienes a reinar en España traído por Prim. Pues

aquí tienes a tu Prim... Ya no soy más que un hombre, un despojo mortuorio, un tema para que algún sabio cuente lo que hice y lo que no he podido hacer. Creíste encontrar un hombre, y sólo soy una leyenda..., una ráfaga de gloria, un frío mármol, quizá, y una biografía... Arréglate como puedas, hijo. Consulta el corazón del pueblo, y al son de los latidos de éste pon los del tuyo. Para poseer el arte de reinar, aprende bien antes la ciudadanía. El buen rey sale del mejor ciudadano...»

Oído esto, o pensado (es un suponer), don Amadeo hizo su oficial entrada en la Villa y Corte con la arrogancia caballeresca que le captó la querencia y agrado de los madrileños. Después de jurar en las Cortes, siguió su camino, entre soldados y apretada muchedumbre, prodigando el quita y pon del tricornio, que mi amigo llamaba *saludo masónico*. Los que gozamos de aquel lindo espectáculo éramos cinco: Córdoba y López, federal exaltado y escritor valiente; Emigdio Santamaría, furioso propagandista republicano; Mateo Nuevo, otro que tal, revolucionario de acción, que a la idea consagraba toda su actividad y toda su pecunia: los dos restantes, inferiores sin duda en edad, saber y gobierno, nos habíamos conocido y tratado en una casa de huéspedes, donde juntos hacíamos vida estudiantil. El era *guache* y yo *celtíbero*, quiere decir que él nació en una isla de las que llaman adyacentes; yo, en la falda de los Montes de Oca, tierra de *los Pelendones;* él despuntaba por la Literatura; no sé si en aquellas calendas había dado al público algún libro; años adelante lanzó más de uno, de materia y finalidad patrióticas, contando guerras, disturbios y casos públicos y particulares, que vienen a ser como toques y bosquejos fugaces del carácter nacional. A mí también me da el naipe por las letras; pero carezco de la perseverancia que a mi amigo le sobra. Ambos, en la época que llamaré *amadeísta*, matábamos el tiempo y engañábamos las ilusiones haciendo periodismo, excelente aprendizaje para mayores empresas. Y no digo más, por ahora, reservándome, con permiso del bondadoso lector, el nombre de mi amigo y el mío.

Visto el paso del rey, divagamos por las calles, recogiendo de las bocas y de las caras de la muchedumbre la impresión del suceso, y debo declarar, honradamente, que el príncipe italiano, traído a ocupar el Trono vacío de los Borbones, había entrado ya en la capital del reino *con buena sombra*. Las mujeres encomiaban al rey forastero por su garbo y su valor sereno, y los hombres, en general, le veían como una esperanza engarzada en una novedad. Lo nuevo lleva siempre ventaja sobre lo gastado y caduco. La medicina desconocida consuela al enfermo, ya que no le cure, y el cambio de amo trae algún alivio a los que sufren miseria y esclavitud.

Los amigos que desde la tribuna de periodistas del Congreso presenciaron la sesión solemnísima de las Constituyentes cuentan que el nuevo rey, bien plantado, la derecha mano sobre el corazón, pronunció con voz entera el «Sí, juro», sanción elemental de su investidura y primer aliento de su reinado. Respondióle con fervientes aclamaciones la turbamulta que llenaba el salón, voces que fueron, ¡ay!, el estertor de las Constituyentes, pues con aquel hálito expiraron y se desvanecieron en la Historia, dejando tras sí un rastro glorioso. En el propio instante feneció también la discreta Regencia ejercida por Serrano desde que la democracia se hizo monárquica por el voto de los más, hasta que el Principio se hizo carne en la persona del hijo de Víctor Manuel...

Al salir del Congreso, el rey alteró la carrera y ordenamiento de su marcha triunfal, volviendo al Prado para dirigirse a Buenavista. No quería entrar en su casa sin visitar a la viuda de Prim, condesa de Reus y marquesa de Los Castillejos, doña Francisca Agüero. La visita fué breve y patética, según nos contó Ricardo Muñiz en la misma tarde del día 2. Don Amadeo besó la mano de la desolada señora y abrazó a los huérfanos. Ni él pudo hablar largo por su escaso dominio de la lengua castellana, ni la viuda tampoco, porque la intensidad de su dolor le entorpecía la palabra... De Buenavista subió el rey por la calle de Alcalá, saludando y saludando con afectuosa cortesía.

Buenos observadores éramos para saber apreciar el momento político por el adorno de los balcones de la carrera. Las irreducibles formas de opinión hablaron aquel día claramente, aquí con las profusas percalinas, allá con la au-

sencia de toda clase de trapos manifestantes de una idea. Un amigo muy despierto, de filiación *moderada*, Juanito Valero de Tornos, nos hizo notar que los palacios de Medinaceli y Villahermosa, en lo más bajo de la plaza de las Cortes, no habían colgado sus elegantes reposteros. También faltaban los tapices en la casa de Miraflores, carrera de San Jerónimo, y en la de Oñate, calle Mayor. El veto del alfonsismo era, pues, terminante. Yo me permití decir a nuestro amigo que más significativo que aquel veto era el de los federales, bien manifiesto en innumerables balcones desnudos, y él respondió, burlándose:

—Poco significa la opinión de la cofradía *sinalagmática, conmutativa, bilateral*, que, muerto Prim, ya no podéis tocar pito ni flauta.

Uno de los nuestros le dijo:

—Tocaremos lo que nos acomode, y vosotros, el cuerno.

Y el otro replicó:

—Sí, sí, el cuerno de Hernani.

Vuelvo un poquito atrás para referir que los cinco amigotes agrupados el 2 de enero de 1871 para ver entrar a don Amadeo formamos la misma piña el día anterior, domingo 1 de enero, en las rampas aún no concluídas del palacio de Buenavista, para ver salir y pasar tristemente el féretro de Prim. También aquel día cubrían el suelo cuajarones de nieve. El sol se ocultaba entre nubes pardas, ceñudas. ¡Oh luctuoso día, el más triste que yo había visto desde que mis ojos pudieron observar la corriente de la Historia viva! Pasó el coche en que iba el general cuando le dispararon los tiros en la calle del Turco, rotos los vidrios, enlutados los faroles, enlutado el cochero: detrás, la carroza fúnebre, lenta como el barquichuelo de Aqueronte. Vi a los que llevaban las cintas por el lado en que yo estaba: eran el general Contreras, don Manuel Silvela y don Vicente Rodríguez. Seguía la cabecera del duelo: general Serrano, don Salustiano Olózaga, un obispo, don Nicolás Rivero, Moreno Benítez... Ulloa, Ruiz Zorrilla, que se habían adelantado al rey para llegar al entierro del grande hombre, y detrás, la revuelta turbamulta, diputados y políticos de todas marcas y abolengo. Recuerdo haber visto a Castelar, a Pi y Margall, a García Ruiz, Sánchez Ruano, Becerra... Era un desfile de caras que constituían la iconografía política de aquel tiempo..., figuras del montón complejo, algunas de las cuales entraron en la Historia y otras se quedaron fuera, mirando a una puerta que se llama *del olvido*... En marcha se puso la tétrica procesión, Prado abajo, en dirección del santuario de Atocha. Lloraba el día, lloraban los árboles desnudos, lloraba la muchedumbre negra, silenciosa, con el solo rumor de sus pisadas. Así fué llevado al sepulcro el hombre que ejerció en España durante veintisiete meses una blanda dictadura, poniendo frenos a la revolución y creando una monarquía democrática como artificio de transición o *modus vivendi*, hasta que llegara la plenitud de los tiempos.

El mismo día, tempranito, habíamos ido los cinco a los funerales masónicos que se hicieron al general en la basílica de Atocha. Aunque yo y mi amigo de hospedaje y periodismo no teníamos vela en aquel entierro, nos agarramos a los faldones de Nuevo, Córdoba y Santamaría, para colarnos en el sacro recinto y en la capilla que los atrevidos masones convirtieron por un buen rato en logia o *taller*. Nunca vi cosa semejante, alarde atrevidísimo de licencia cultual. En los tiempos que corren, aquel acto habría sido la más escandalosa de las profanaciones, merecedora de los tizonazos del infierno. Yacía el cadáver del héroe de Los Castillejos en una capilla de las primeras a mano izquierda, descubierto en su caja bronceada. De la otra parte del templo venía el tintín de campanillas, señal de misa, y se oían pisadas y carraspeo de viejas. Los masones, que eran unos treinta, pertenecientes al Gran Oriente Nacional de España, dieron comienzo a la ceremonia, sin que nadie les estorbara en los diferentes pasos y manipulaciones de su extraño rito.

Descripción del funeral. Lo primero fué hacer tres *viajes* alrededor de la caja, formados uno tras otro. El primero y segundo *viajes* iban dirigidos por los dos primeros *vigilantes* de la Orden; en el tercero iba de guía el *gran maestre* (Gr.'. Mae.'. de la Ord.'.) Al paso arrojaban sobre el cadáver hojas de acacia. Luego, el propio *gran maestre* dió tres *golpes de mallete* (un mazo de madera) sobre la helada frente de Prim, llamándole por su nombre simbólico: «Caballe-

ro Rosa Cruz, grado dieciocho.» A cada llamamiento, los masones, mirándose con gravedad patética, exclamaban: «¡No responde!» Después formaron la *cadena mística*, dándose las manos en derredor del muerto. El *vigilante* declamó con voz sepulcral esta fórmula: «La cadena se ha roto. Falta el hermano Prim, caballero Rosa Cruz, grado dieciocho.» A continuación, el *gran maestre* pronunció un breve discurso apologético, y luego leyó un *balaustre*. Así llaman a las comunicaciones o documentos que las logias de diferentes países se cruzan entre sí para restablecer la fraternidad universal. El *balaustre* era de la masonería italiana, que ponía bajo la salvaguardia de los hermanos del Grande Oriente Español la persona de Amadeo de Saboya, encargándoles encarecidamente que velaran por el nuevo rey y le protegieran de la maldad y asechanzas de todo género.

(NOTA.—Luego resultó, según me dijo Santamaría, que el *balaustre* era falso, y que Amadeo no figuraba en la masonería de su país, ni pisó jamás las *cámaras, logias* o *talleres*. Superchería fué de un español amante de la casa de Saboya. Con tal ardid logró un efecto de propaganda previsora, muy eficaz en la ocasión crítica de aquella traída de un rey, para fundar la dinastía en país turbulento y alocado.)

Observé que en la última parte del ceremonial, cuando los *Hijos de la Viuda* estaban en la plenitud de su abstracción litúrgica, asomaron en la entrada de la capilla dos o tres viejas y algunos inválidos que habían despachado sus misas. Con más curiosidad que espanto, miraron y oyeron los arrumacos y el vocerío masónico. Debieron pensar que aquellos señores rezaban por sus muertos en una forma y estilo extravagante; mas no veían gran malicia en ello... Sotanas de curas y sacristanes no vimos que a la capilla se acercaran, lo que demostraba excesiva tolerancia o vista muy gorda de la superior clerecía de Atocha... Tolerancia hubo de una parte; pero la otra incurrió en el pecado de indiscreción, porque algún periódico describió la ceremonia con todos sus pelos y perendengues, sin omitir las hojas de acacia. Consecuencia de esta simplicidad periodística fué la destitución del rector de la basílica, don Leopoldo Briones, varón docto y un tanto hereje, según oí decir, liberal sin careta, muy dado al libre pensar y a la libre crítica de personas y cosas eclesiásticas.

II

Volviendo al punto inicial de este relato, diré que a media tarde del 2 de enero nos dispersamos los cinco ciudadanos que habíamos presenciado juntos la entrada del nuevo rey. Mi amigo el canario se fué con Córdoba López a la casa de pupilos donde moraban (Olivo, número 9); Santamaría se unió a la trinca de Félix La Llave, Patricio Calleja y Nicolás Calvo, conspiradores de oficio, y se encaminaron los cuatro al domicilio del último (Olmo, 30), donde tenían su *sanedrín*. Yo me fuí con Mateo Nuevo a su casa (Montera, 11), donde se agazapaba la Redacción de un ardiente periodiquillo, *El Tribunal del Pueblo*. Ayudábale yo a escribirlo, y no miento al decir que las parrafadas más libres y frenéticas eran de un servidor de ustedes. Sorprendíanos a Mateo y a mí la aurora del nuevo día enjaretando artículos y sueltos, o hablando de la revolución, que, a juicio de él, se incubaba sigilosamente, y pronto saldría del cascarón cantando *La Marsellesa*.

Era Mateo Nuevo un hombre ingenuo y exaltado. Su fe revolucionaria, a prueba de desengaños, le inspiraba la persistente acción y el ciego impulso hacia los fines que creía tener al alcance de la mano. Los dedos tocaban los fines, y éstos huían alejándose en una atmósfera de azul y dorado ensueño. Su casa era un tubo de largo pasillo y habitaciones lóbregas que empezaba en la calle de la Montera y acababa en la de los Negros, rebautizada con el nombre de Tetuán. En esta parte estaba la Redacción, y allí teníamos nuestro club y mentidero, con asistencia de amigos locuaces, adorantes de un dogma bellísimo, dispuestos a dar toda su saliva y, en último caso, su sangre por traerlo a los altares de la realidad. Las noches largas de invierno se nos hacían cortas, y deslizaban sus horas entre el correr de nuestras charlas, ora utópicas, ora proyectistas, pues en el delirio de la conversación imaginábamos lindas leyes

concisas que no esperaban más que el triunfo material para colmar a España de felicidad y contento. El desperezo matutino del próximo mercado del Carmen y *el ronco son* de la taberna y carbonería que caían bajo los balcones, por la calle de los Negros, nos traían a la razón y al sueño. Ya era virtud el descanso. Cada mochuelo se iba a su albergue, y yo a mi *cueva,* que así la llamaba por ser en la calle de los Leones.

Mi trato constante con Mateo Nuevo y otros románticos de la política, constructores clandestinos de una España feliz, me puso en condiciones de descubrir algunos tapadijos revolucionarios y rasgar velos de conspiración, cosa muy grata a los que anhelamos libertad que nos despabile y mudanza que nos mejore. Con mi destreza en atar cabos, y algo que se le salía de la boca al bueno de don Mateo, vine a saber que existía en Madrid un organismo designado con el resonante título de Junta Suprema del Consejo de la Federación Española. Lo presidía don Francisco García López, diputado constituyente, estirado de palabra y de ropa, y fueron vicepresidentes los hermanos Pierrad, y después don Juan Contreras. Mateo Nuevo figuraba como vocal, y también Córdoba López y Emigdio Santamaría.

Tuve luego conocimiento de otros, y de los que componían las Juntas de distrito, que irán saliendo conforme los reclame el desarrollo histórico. Reuníase a veces la Junta Suprema en la casa de mi amigo Nuevo. Por variar de sitio se congregaron alguna vez en el *taller* de Nicolás Calvo (Olmo. 30); andando días, los olfateos de la Policía les movieron a recatarse más, y la guarida revolucionaria fué... (lo diré aunque no me lo crean...), fué un covento de monjas.

Ello era en la plaza de Jesús, esquina a las Huertas, y ocurría cuando ya llevaba largos días en Madrid el rey saboyano. Emigdio Santamaría, que era el mismo demonio, me reveló, cuando llegamos a unirnos con mayor confianza, que él había sido el catequizador de las monjas para que facilitaran un salón de planta baja donde se reuniera la Junta Suprema. Mas no supo o no quiso explicarme el porqué de tal tolerancia en personas de ideas tan contrarias a las nuestras. He dado en pensar que como la conjura iba contra un rey excomulgado, creían aquellas mujeres simplísimas que ayudando a la Federación Española laboraban santamente en servicio de Dios. Misterios de la conciencia, misterios de la política, ¿quién os entiende, quién os deslinda, quién os baraja?

Perdóneme el piadoso público la falta de método que habrá notado en mis escritos, los cuales aparecen reñidos con el orden cronológico. Este defecto mío radica en el fondo de mi naturaleza, y sin darme cuenta de ello refiero los acontecimientos invirtiendo su lugar en el tiempo. Si nunca me ha entrado en el cerebro la Aritmética, tampoco hice migas con la cronología, y, sin pensarlo, refiero lo de hoy antes que lo de ayer, y la consecuencia antes que el antecedente... Va siempre por delante lo que hiere mi imaginación con más viveza... Al franquearme contigo, noble y cachazudo lector, presumo que desearás conocerme, saber quién soy, de dónde he salido y el cómo y porqué de mi metimiento, de mi colaboración en estas historias. Por de pronto diré que soy un hombre chiquitín de cuerpo, grande de espíritu y dotado de amplia percepción para ver y apreciar las cosas del mundo. Reservo, por ahora, mi verdadero nombre, y, entre los diferentes motes que suelo usar en mi labor periodística, escojo el más adecuado, que es también el más breve: *Tito.*

Si queréis saber algo de mi ascendencia, os diré que es un extraordinario ciempiés o cienramas. Por mi padre tengo sangre de los Pipaones y Landázuris de Alava, absolutistas hasta la rabia, y sangre de los Torrijos y Porlieres, mártires de la Libertad. Mi madre me ha transmitido sangre de verdugos, como González Moreno y Calomarde, sangre de Zurbanos y aun la de fieros demagogos, ateos y masones. Mi abolengo es, pues, de una variedad harto jocosa. Yo, con paciencia y saliva, quiero decir tinta, he reconstruído mi árbol, y en él tengo señoras linajudas, títulos de Castilla, que casi se dan la mano con logreros y mercachifles de baja estofa; tengo un obispo católico, un cura protestante, una madre abadesa, dos gitanos, una moza del partido, un caballero del hábito de Santiago y varios que lo fueron de industria... Soy, pues, un queso de múltiples y variadas leches.

Debo declarar que de la heterogeneidad de mis fundamentos genealógicos he salido yo tan complejo, que a menudo me siento diferente de mí mismo.

En la época de este mi cuento amadeísta había cumplido yo los veintitrés años; pero declaraba veinticinco por el afán de hacerme más hombre y atenuar la poca estimación en que, a mi parecer, se me tenía por mi rostro aniñado, casi lampiño, y mi corta estatura. Temeroso de que se dudara de mi eficacia varonil, yo aumentaba mi humanidad agregándome años, y mi talla, usando descomunales tacones... Han pasado desde entonces algunos lustros: rugoso y lleno de canas, ya no me cargo años, sino que me descargo de ellos, y ni a tiros me hacen pasar de los cincuenta y nueve. La estatura es la que no ha cambiado, ¡ay de mí!... Suspiro, señores míos, porque este defecto de mi pequeñez ha sido y es la mayor amargura de mi vida. A la menguada talla debo atribuir todas mis desgracias, el fracaso de mis tentativas literarias y el estancamiento de mis ambiciones... Mi defecto era simplemente la pequeñez, pues no padecía ninguna deformidad: al contrario, mi rostro era correcto, mi cuerpo bien repartido de miembros y de notoria esbeltez, mi temperamento de gran viveza y acometividad, compensación que la Naturaleza suele dar a los chiquitines, casi enanos. Completo mi retrato asegurando con toda veracidad que en los días a que me refiero hice la mar de conquistas, como verá el que me leyere.

Una de las más rápidas y felices la intenté y llevé a venturoso término en Palacio, en la época de interinidad, poco antes de que las Cortes eligieran rey a don Amadeo de Saboya. ¿Quién era ella? Pues una mujer picotera y bien armada de carnes, planchadora desde los tiempos de doña Isabel, esposa de un portero, que tuvo bastante habilidad y cuquería para empalmar el último reinado borbónico con el primero de la dinastía italiana. Vivían marido y mujer en una modesta habitación del piso más alto, y les protegía el intendente interino, don José Abascal. A palacio iba yo para visitar a un primo de mi madre, don José Folgueras, empleado en las oficinas. Recorriendo las alturas, topé con María de las Nieves. Pronto hallé un pretexto para entrar en su casa. Ello fué que se me hizo un tremendo desgarrón en la capa, y ella me ofreció el remedio de aguja y hebra de seda. Era bajita y frescachona. Sin encomendarme a Dios ni al diablo, le planteé la cuestión de confianza. A mi primer exabrupto contestó con risas y fingidos desdenes; al segundo advertí que le había caído en gracia; al tercero fué la vencida, y quedamos amigos. El marido, Quintín González, que se pasaba gran parte de la tarde y prima noche trajinando en la reventa de billetes de teatro, era un buenazo, corpulento como un buey y confiado como un borrego de Dios.

No duró mucho tiempo aquel lío. En febrero del 71 fuí una tarde a Palacio, por visitar a Nieves, sin otro fin que preparar un delicado rompimiento, pues ya me había deparado el Cielo conquista mejor. Apenas pude ver a Nieves un instante: toda la servidumbre estaba muy afanada en disponer las habitaciones para la reina doña María Victoria, que no tardaría en venir a estos reinos. El marqués de Dragonetti, caballero rubio y de buena presencia, ayudante, secretario y amigo de Amadeo I, se multiplicaba en la organización de los servicios palatinos y en equipar con arte pintoresco la servidumbre. A los porteros vistió de colorado rabioso. Cuando en la puerta del Príncipe topé con mi candoroso y coronado amigo Quintín González, vestido en tal guisa y armado de una cachiporra, no pude contenar la risa. Bromeamos un rato. Díjome que a su mujer le gustaba lo colorado. Era Nieves muy fantasiosa y algo torera. A él no le hacía maldita gracia el traje, porque ya la gente tomaba en broma las libreas rojas de los porteros, y dentro y fuera de Palacio les llamaban los *langostas*.

—Mala cosa es—dijo moviendo el testuz—que empecemos ya con el mote, el chistecito y la guasita. Yo le diría al rey, si tuviera confianza: «Mire, señor; si los españoles le atacan con discursos, injurias y aun con armas blancas o de fuego, manténgase tieso; pero si vienen con chafalditas y remoquetes, ya puede ir preparando el petate.»

Mi siguiente conquista fué romántica, pasión que venía rezagada, no de los tiempos de *Don Alvaro* y *El trovador*, sino de otros más próximos en que privó el sentimentalismo baboso de *Flor de un*

día y de *Borrascas del corazón*. La mujer soñada se me apareció en el anfiteatro del teatro del Príncipe, viendo, en función de tarde, *Los polvos de la madre Celestina*, obra de risa en que Mariano Fernández derrochaba su inagotable gracejo. ¡Ay!, aquellos polvos me trajeron pronto a los lodos de mi amorosa demencia. La joven que me trastornó era, como yo, chiquitina, de bellas facciones y cuerpo primorosamente formado. A esta igualdad o armonía de nuestra naturaleza visible se debió, quizás, la repentina inclinación de ambos y el fogonazo de amor que no tardó en producir voraz incendio. El nombre de la menuda divinidad era Obdulia, de exquisito sabor romántico, y su talle y rostro componían la más encantadora muñeca que en bazares de juguetes se ha podido ver. Iba en compañía de otra mujer, de más edad y complexión hombruna, y desbordada entre ellas y yo la confianza, supe que la pequeña servía y la grande había servido en la casa de una empingorotada señora, la marquesa de Navalcarazo.

En el primer acto de *Los polvos* hicimos Obdulia y yo nuestra presentación respectiva; en el segundo declaramos la mutua simpatía, y en el tercero afirmábamos enfáticamente que habíamos nacido el uno para el otro. Romeo y Julieta no se dieron más prisa. Fué casualidad picante o simbólica que la compañera de Obdulia se llamara Celestina, y confirmaron el nombre sus astutos requerimientos. A la salida de *Los polvos* las acompañé, y en el tránsito desde el teatro a la calle del Sacramento repetimos nuestros gorjeos amorosos, añadiéndoles ya planes y horarios para nuestras futuras entrevistas. Celestina Tirado nos dió facilidades de tiempo y lugar, que me colmaron de gratitud.

Aventura tan novelesca me pareció cuento de hadas. Fué Obdulia encanto y alegría de mi existencia, y yo, con mi labia y fáciles recursos de expresión, la trastorné y enloquecí. Mi muñeca dejaba traslucir constantemente el romanticismo azucarado y tonto que llevaba en su alma. A lo mejor, salía diciendo con canturria:

Si oyes contar de un náufrago la historia,
ya que en la tierra hasta el amor se olvida...

Y lo demás de que no me acuerdo. Cuando yo le preguntaba, suponiéndome náufrago, si me olvidaría, contestaba, poniendo la mano sobre el corazón:

Aquí vivirás mientras yo viva.

A pesar de estas ardientes ternuras, tuve que darle palabra de casamiento para continuar nuestros amores. Cada día me requería con más empeño a legalizar su situación. Mostrábase celosa guardiana de los buenos principios y de la corrección legal... En verdad, la melaza romántica no se avenía con las asperezas del deber social y católico; pero yo entraba por todo, y cuando mi Obdulia salía con la tecla del matrimonio, yo le aseguraba que en cuanto me mandaran los papeles.... pim..., a casarnos.

Llegó un día en que mi muñeca, sin apagar sus poéticos fulgores, mostraba un admirable sentido práctico.

—He confesado a mi señora—me dijo, poniéndose muy seria—que tengo un novio, a quien quiero de veras..., novio con buen fin, que si otra cosa le dijera se pondría furiosa; que a nosotras las criadas no nos consienten gallos tapados, por más que veamos a nuestras señoras enredadas con este o el otro caballero, que a lo mejor es el más íntimo del marido... Pues bien: sabedora de estas relaciones, me aseguró que si vamos por el camino de la decencia y la religión, nos protegerá. ¿Te vas enterando? Sabrás que la marquesa de Navalcarazo es muy lista, que ha leído y lee libros en francés de mucha sabiduría, y que en política vale más de lo que pesa. A un cura de cuello y medias moradas, que suele comer en casa, le oí decir que las personas más sabias de España son ese Cánovas y mi señora... Bueno: pues me dijo ayer que este rey que han traído tendrá que tomar el tole dentro de unos meses, porque en esta tierra no puede cuajar rey extranjero. Y no vale que sea, como dicen, honrado y caballero. Con eso y la excomunión que tiene encima su padre, el rey de Italia, saldrá pronto de aquí con viento fresco. En seguida vendrá esa cosa que llaman la Restauración, que es como decir Alfonsito, el niño de doña Isabel, y ese día mandarán los que hoy se llaman alfonsinos. ¿Te vas enterando? Pues en cuanto eso venga, si para entonces es-

tamos casados, tendrás un destino de doce mil reales, y de catorce mil si quieres servir en provincias mejor que en Madrid... Mi señora es cumplidora fiel de su palabra. Del empleo no dudes, que ello es pan comido, en cuanto este pobre don Amadeo se aburra y salga pitando, despedido por los tiros de los federales y los desprecios de la aristocracia. «Si oyes contar de un náufrago la historia...» Si ves que Amadeo se embarca..., ya sabes..., destino al canto.

III

Y siguió diciendo mi muñeca, o lo dijo otro día:

—Sabrás que en casa se reúnen a tomar té las señoras alfonsinas. Van la Monteorgaz y la Campo Fresco. Esta tiene, según dicen, la contrata de los chistes, porque los hace tan graciosos, que dan risa para todo el año. Es muy salada; no se asusta de lo verde ni de lo colorado; cuenta sus historias, y a lo mejor te suelta una barbaridad que canta el credo. Esa fué la que, hablando de su hijo, se dejó decir que le había llevado en su vientre como se lleva una solitaria. También va la Belvís de la Jara, la Villares de Tajo, la Villaverdeja y la de Yébenes. Esta, que, según cuentan, es más *nea que Dios,* toma las cosas de política por el lado de la religión. Dice que este rey es masón y nos ha traído acá el infierno... Pues allí se están picoteando toda la tarde, y por la noche van algunas de ellas y muchos señores: uno que le llaman Orovio, el marqués de Molíns, este..., ¿cómo se llama?, Iranzo, y otros que tú conocerás... En fin, que no paran de hablar mal de este pobre rey... Que si no piensa más que en divertirse...; que si sale a la calle como un cualquiera, encanallando la majestad; que si todas las noches se va de picos pardos con su ayudante italiano; que si le han visto en tales o cuales casas... ¡Jesús, qué cosas dicen!

Hablóme otra tarde Obdulia de su familia. Era natural de Villaviciosa de Odón, donde su madre moraba. En Madrid tenía un tío muy bestia, que diferentes veces la requirió de amores con mal fin; pero ella no se daba a partido. Temía que cuando el tal tío tan *tío* se enterara de nuestras relaciones y del proyecto matrimonial, nos dificultara la boda, de acuerdo con la madre. ¡Ay!, lo que nos enfadó esta idea no hay para qué decirlo. Hicimos juramento de vencer cuantos obstáculos se nos opusieran. Antes que renunciar al casorio, haríamos cuanto aconsejase el romanticismo y el clasicismo más desenfrenado. Huiríamos, nos mataríamos con pistola o veneno, si alguno intentaba cortarnos la fuga. Acordado esto solemnemente, volvíamos a nuestras conversaciones. Obdulia me dijo:

—No sabes cómo andan ahora de alborotadas las señoras alfonsinas con la llegada de la reina, que parece está ya en camino. ¡Y cómo la muerden! Lo menos que dicen de ella es que es *una buena mujer,* sin hábitos de reina. No pasa de *señora de un comandante,* lo más *de un teniente coronel.* Es algo instruída, como que ha estudiado para maestra. Su título es *de la Cisterna.* El título no puede ser más profundo. Fama de virtuosa sí que tiene. Gusta más de vivir recogida que en las bullangas de la Corte. Eso no se puede criticar, digo yo, pero tampoco es razón para que venga aquí *a por una corona.* Una reina debe ser ante todo reina. La de Yébenes dijo: «No nos oponemos a que sea virtuosa; eso, nunca. Las virtuosas reinan en sus casas. Oí que esa buena señora da el pecho a sus niños y a los niños de sus criadas. Lo mismo puede ser esto afectación que pobreza de espíritu.»

Yo advertí a Obdulia que la guerra de damas estaba prevista, porque cuando acudían a cumplimentar a don Amadeo las entidades decorativas del Estado, la Diputación de la Grandeza se abstuvo, salvo dos o tres familias.

—La aristocracia está de uñas... De doña María Victoria se sabe que es una gran señora, que viene a honrar la Corte y Trono de España. Dilo así a tu ama...

—¡Qué tonto! ¿Cómo quieres que le diga yo eso a mi señora? ¡Buena se pondría!... ¡Bonito genio tiene estos días para que se le vaya con bromas! Sabrás que... Esto te lo digo con reserva... No salgas por ahí contándolo a tus amigos... Sabrás que está con un humor de mil demonios porque el *suyo* parece que anda distraído..., dícese que con la Tordesillas... Cuando yo entré en la ca-

sa, ya mi señora *hablaba* con el marqués de Uclés... Todo Madrid le conoce por Manolo Uclés. Pues ahora están de monos... A mi señora no hay quien la aguante, de la celera que tiene. Y ya no es una niña... Los cuarenta y pico no hay quien se los alivie... Y ya no te digo más; no se te vaya la lengua con tus amigos...

—Nada importará que cuente lo que sabe todo el mundo—repliqué yo—. Esas historias son en Madrid comidilla fiambre, que pasa de boca en boca sin que nos parezca muy gustosa. Los paladares piden manjares fuertes, Obdulia.

—Llamas tú manjares fuertes al escándalo gordo, a las revoluciones... Hazme el favor de no andar tan metido en los federalotes, gentecilla fulastre... Ya sabes que tienes que hacerte alfonsino, poquito a poco para que no chillen tus amigos. Si no te conviertes, será difícil que nos casemos... Y ahora que me acuerdo: mi señora me preguntó ayer si mi novio es católico. Yo le respondí que sí, que eres muy católico.

—Sí, sí; tan católico por lo menos como Manolo Uclés, que es grande amigo de Nocedal y da dinero para *El Pensamiento Español,* donde escribe Gabino Tejado... Si a pesar de ser yo catoliquísimo no nos dejan casar, nos suicidaremos, ¿verdad, gacela mía?

—Eso habrá que pensarlo... Cierto que es bonito morirse de amor, como aquellos de Teruel, o matarse una con el humo de un braserillo, como leí en una novela *de por entregas.* Pero la muerte más simpática es la de la dama de *Espinas de una flor,* que se va quedando muertecita en un sillón; y allí sale un cura vestido de calzón corto, que le dice al oír la campana: «Es un alma que divisa... las palmeras de Sión.» Para mí, que esas palmeras son el cementerio. A mí me gusta pasearme por un cementerio y ver los nichos, las lápidas del suelo, y pensar que debajo de ellas están descansando tan tranquilos los enamorados... En fin, chico, a ver si vienen de una vez tus papeles, que los míos encargados los tengo al secretario del Ayuntamiento de mi pueblo, sin que lo sepa mi madre... Me corre mucha prisa, no sea que... ¡Ay! Es cosa fea el salir una en estado interesante, cuando menos de piensa, y no poder ocultarlo, y que le digan a una que no es católica por no haberse casado antes de...

Yo procuré tranquilizarla, persuadiéndola de la pronta venida de los papeles, que ya estaban de camino. Pero los papeles no podían venir, ni yo los había encargado. Vino, en cambio, un grave suceso, que torció de súbito la corriente histórica de mi vida, llevándola por torrenteras dramáticas. Veréis lo que pasó. Llegado el día de la entrada de nuestra soberana, doña María Victoria, me planté en el Prado, por donde la comitiva había de pasar, dispuesto a referir el acto para nuestro periódico, conforme a las indicaciones de Mateo Nuevo, quien me ordenó que hablase de la señora reina con respeto, pero sin entusiasmo. Yo debía decir que doña María Victoria era atrozmente virtuosa; pero que no lograría captarse el amor de los españoles, que ya no querían cuentas con reyes, y menos si son extranjeros.

Vi la regia procesión palatina entre filas de tropa y grandes masas de gentío curioso. Pensaba decir en mi crónica que en las caras del pueblo se *combinaba la curiosidad con la indiferencia,* y que el sentimiento general era de lástima más que de simpatía. En esto no decía verdad. Oí comentarios en extremo favorables. Las mujeres, sobre todo, contemplaban a la reina con alegría, y con cierta confianza la saludaban, cual si en ella vieran la más alta de sus iguales. No sé si me explico bien. Al paso de la ilustre dama, se discutía su hermosura. Algunos la ensalzaban con exceso; otros la deprimían con esta crítica pesimista que es la miel más grata en bocas españolas. Yo, dejando a un lado la reseña *oficial* escrita para mi periódico, daré a los beneméritos lectores de estas páginas la veraz impresión de un honrado testigo.

Era doña María Victoria de buena presencia y más que regulares carnes, que propendían a la gordura. En su rostro advertí perfil y rasgos napoleónicos, la sonrisa franca, el mirar entre melancólico y asustado. Creyérase que la dignidad real era en su pensamiento cosa prestada o postiza, y que a nosotros venía, no a ejercer un cargo, sino a desempeñar un papel. En estas ideas me afirmé después, cuando la esposa de Amadeo convertía la realeza, que le dieron entonada y rígida, en cosa blanda y doméstica. Al verla pasar en el coche

de gala, a la derecha del rey, que no paraba en repartir de un lado y otro su garboso saludo, comprendí que doña María Victoria sería muy querida de las mujeres humildes y admirada de las de clase intermedia, que pueden ser llamadas señoras sin llegar a damas. Estas brillaron en la recepción de Palacio con todo el fulgor de su ausencia, bien campaneada por los periódicos moderados, alfonsinos y carlistas. La gente adinerada se hizo notar también por sus desdenes. *El Imparcial* señaló las casas donde no lucían colgaduras, y aludió claramente a Manzanedo, hablando de un palacio que debía ostentar en los florones de su escudo: «Tabaco Virginia o Kentucky», y «algunas motas de ébano», representativas de la compra y venta de negros en Cuba.

En la Puerta del Sol hubo apreturas y algún calor de vivas y aplausos al paso de los reyes; en la plaza de la Armería, mayor tumulto, por el gentío que esperaba el desfile de la tropa. Salieron las saboyanas majestades al balcón, y el pueblo desempeñó muy bien la parte de coro que le corresponde en estas partituras. Las músicas militares enardecían a las muchedumbres, y éstas, a su vez, estimulaban con sus gritos el fervor de los inocentes soldados... Hallábame yo muy entretenido con aquel espectáculo pintoresco, cuando me sentí tocado en el hombro. Volvíme, y vi a un hombrejo zanquilargo, feo, encopetado con sebosa chistera que fué de moda el año 41. Con señas y medias palabras me dijo que le siguiera para hablar conmigo dos palabras, y me fuí tras él, rompiendo no sin dificultad por el primer resquicio que nos ofreció la multitud. Fuera ya del arco de la Armería, y encontrándonos en sitio más desahogado, el tal, ceñudo y con áspera voz, me dijo:

—Usted no me conoce.

—Sí, señor—le respondí—. Usted es don José Malrecado, que sirve en la Policía.

—No soy Malrecado ni Buenrecado, ni permito que usted se burle de mí.

—Dispense: no me burlo—dije, observando su ropa negra y raída, con las trencillas del chaleco y levitín deshilachadas, el rostro sudoroso, el bigote lacio, los ojos de carnero moribundo.

Y él, mirándome con amenaza y cogiéndome el brazo con garra de cernícalo, soltó la voz a estas ásperas razones:

—Yo soy Aquilino de la Hinojosa... Veo que se asusta. Es natural. Por mi nombre se entera de que soy tío de Obdulia, por parte de madre.

—Aunque lo fuera usted también por parte de padre, no me asustaría—respondí, sacando del pecho toda mi entereza—, pues nada tengo que ver con usted, ni me importa un bledo que sea usted tío de la Osa Mayor o del Espíritu Santo.

—¿Bromitas tenemos?—replicó el tío, tambaleándose en su soberbia—. Le he buscado para decirle que no se casará usted con Obdulia.... que aquí estoy yo para impedir que siga trastornándole el seso a esa buena chica. Entiéndalo, y no me ponga en el caso de hacer con usted una barbaridad.

—Pues le participo que me casaré con Obdulia cuando me dé la gana, y sepa que me descargo en usted y en su pastelera madre.

Hizo ademán de echarme al cuello sus manos; pero yo, que chiquitín y todo soy una fiera cuando tocan a mi dignidad, invoqué a mis tacones para que aumentaran media cuarta, y haciendo como que requería un arma en mi bolsillo, le solté esta rociada:

—Si usted me provoca, no tendré inconveniente en sacarle al aire el bandullo, so tío.

—Poco a poco—gruñó el estafermo, echándose atrás—. No hemos de armar escándalo entre tanta gente. Si usted no tiene vergüenza, yo la tengo. Tiempo y lugar habrá para ver quién puede más.

Diciendo esto, sacó del bolsillo una tarjeta sucia, en la que leí: «Aquilino de la Hinojosa, afinador de pianos. Cuchilleros, 3.» Yo me arranqué a decirle con mayor coraje:

—Iré a buscarle a usted y le afinaré el entendimiento.

A lo que, ya en retirada discreta, respondió:

—No me busque en mi casa, donde tampoco quiero escándalos. Me encontrará todas las tardes en el Casino Conservador... Abur... Nos veremos, caballero miniatura.

—Cuadrúpedo, nos veremos.

Nada me sulfuraba tanto como que me llamaran chiquitín. El *miniatura* me

sonó como la injuria más grosera y soez... Viendo al *tío* gandul alejarse hacia los Consejos, hice juramento mental de romperle la crisma o el hueso palomo donde y cuando le cogiera... La inesperada emergencia de aquel gaznápiro fué la mueca repugnante con que el Destino me anunciaba una reata de infortunios: al siguiente día me tocaba entrevista con Obdulia, y Obdulia no fué. Busquéla en la calle del Sacramento, paseando desde las monjas de este nombre a la plazuela del Cordón, y el eclipse de mi linda muñeca en la calle como en nuestro nido me colmó de amargura y despecho. El jicarazo lo recibí aquella misma noche en mi casa, por una carta que me llevó Celestina. ¡Oh ansiedad, oh enigma fatídico! ¿Qué diría la carta? Pues la carta, con el lenguaje burlón de sus garabatos, esto decía:

«Apreciable *Mico* (apodo familiar inventado por su cariño): Tengo que decirte con sentimiento que ya no puedo casarme contigo, porque he sabido que no eres católico. Mi señora la marquesa y mi madre, que ha venido ayer, son muy católicas, y las dos me mandan renegar de ti. ¡Ay *Mico* mío, qué pena! ¿Pero qué quieres que yo haga? Dejar de ver a Dios por ti y condenarme, no puede ser. Si me muero por esta pena, que me entierren en un cementerio bonito, con muchas flores..., y que me dé sombra una palmera de Sión. Yo le pediré a Dios en la otra vida que te arrepientas y en seguida te mueras, para que allá estemos juntos mi *Mico* y yo.

»Supe que no eres católico, porque me contaron que estuviste en la reunión de los federales en el teatro de la Alhambra, y allí dijeron mil herejías ese *Pío Margallo*, el Castelar, el don Roque de Barcia, don Marcos de Albaida, y tú te subiste a una silla y soltaste el mayor sacrilegio, diciendo que no estabas seguro de que hay Dios, ni ángeles ni Virgen..., que adorabas al demonio y que te *descomías* en los santos... ¡Qué cosas, qué pena! No puedo ser más larga. Ya no vuelvas a verme ni a escribirme... De ti se despide hasta la eternidad la que llorándo te aborrece y verte no desea.

Obdulia.»

Estrujando la carta en el puño, dije a Celestina que aquello me parecía una estúpida farsa. La letra era de Obdulia; pero no el sentido ni la intención de la carta. Algún malintencionado la obligó a escribirla, dictando quizás parte de ella. En el párrafo tocante a mi supuesto discurso en la reunión de la Alhambra, vi bien a las claras la malvada inspiración directa del siniestro mastín que había querido morderme en la plaza de la Armería. Cierto que estuve en la reunión de los federales y que pronuncié algunas palabras; mas no fueron para meterme con Dios ni ensuciarme en las imágenes de santos. Celestina, dejándome ver su blanca dentadura, se reía de mi furor y de las vulgares perfidias que lo motivaban. Confesóme que la familia de la muñeca no aprobaba sus relaciones conmigo; querían casarla con un hombre de más fuste y estatura. Lo de estimar los maridos por la alzada levantó en mí una borrasca de indignación. Díjome también que Obdulia me tenía ley, y vacilando entre el amor y la obediencia, se hallaba la pobre *como una borrica entre dos piensos.*

Sospechando que la señora marquesa de Navalcarazo pudo ser causante de mi desventura, interrogué a Celestina, la cual, soltando de nuevo su reír frescachón, me dijo:

—La *señá* marquesa es muy católica, eso sí, pero no se mete en los líos de sus criadas, ni se cuida de lo que ellas hacen o dejan de hacer con sus novios. La marquesa no piensa más que en el *suyo*... Por cierto que ya se ha reconciliado con el caballero de Uclés... El galán ha vuelto arrepentido, cantando la *mea culpa*. La señora le ha perdonado, y tan creída está de que por sus oraciones ha vuelto el caballero, que ayer, en acción de gracias, confesó y comulgó, y a las monjas del Sacramento llevó de limosna un buen puñadito de monedas de cinco duros. Protege de largo a la comunidad. Es beata de ley, socorre a los necesitados, y como tiene más dinero que pesa, a todos atiende: da para el culto, da para que se casen los amancebados, da para los pobres de su casa y de la casa de Uclés, y siempre le queda un buen pico para mandárselo al pobrecito Papa, que está preso, como usted sabe, en su propio palacio, convertido en cárcel por esos malditos italianos... ¡Ay Jesús!

IV

—¡Cómo está la sociedad!—exclamé yo—. ¿Cuándo se vió pisto igual? ¿Es que Dios y Luzbel han llegado a un arreglo? Civilización de España, ¿quién te entiende? ¿Somos un país europeo, o aquel *país de las monas,* descrito por un inglés, de cuyo nombre no me acuerdo?

Viéndome tan triste, la bondadosa Celestina me administró estas palabras de consuelo:

—Confórmese con lo sucedido, y no crea que se acaba el mundo porque se le va una novia. Mujeres hay muchas, y yo, si quiere, le proporcionaré una mejor que esa sosaina de Obdulita. Si sus negocios andan mal, y la pluma no le da para vivir, arrímese a lo católico, pues lo que es dinero no encontrará fuera del catolicismo. Si no tiene valor para meterse de hoz y de coz en el alfonsismo, no hable mal del hijo de su madre, ni le ponga motes feos, como el que le aplican ahora los que no le quieren, ni le saque a relucir al padre ni a la madre... Siga el consejo mío, que es consejo de persona que conoce como nadie el tecleo de este Madrid y su gente. Tenga juicio y *pupila;* váyase *desapartando* de los federales, familia tronada que no da más que palabrería sin jugo... No se meta con el Altísimo ni con el Papa, escriba para el Gobierno y saque un buen destino, que si usted pega de firme a los que mandan, de ellos saldrá el amansarle con un cacho de turrón.

Aquella mujer ruda era una sabia de tomo y lomo, y yo la estimaba y agradecía sus consejos sin tener en cuenta su ruin oficio, del cual dijo Cervantes que era muy necesario en la República. Debo declarar que antes de oír los sesudos consejos de Celestina ya había pensado yo en gestionar una colocación. Todos los españoles adquirimos con el nacimiento el derecho a que el Estado nos mantenga, o por lo menos, nos dé *para ayuda de un cocido.* Los valedores a quienes acudí fueron Llano y Persi, amigo de Sagasta, y Ramos Calderón, íntimo de Rivero y de Martos. Ambos me las prometieron muy felices; pero... había que aguardar a que pasara el período electoral... Pasó el funesto período, y por cierto que el bueno de Práxedes manejó los cubiletes con arte maestro para traer mayoría; mas no pudo impedir que la coalición de carlistas y republicanos, diabólico himeneo, trajera setenta o más diputados.

No sé si mis lectores tendrán interés en conocer el Ministerio de conciliación, presidido por el duque de la Torre. Eran los de siempre, ni mejores ni más malos que los anteriores y subsiguientes. ¿Qué hacían? Ir viviendo, ir trazando una Historia tediosa y sin relieve, sobre cuyas páginas, escritas con menos tinta que saliva, pasaban pronto las aguas del olvido. Si no recuerdo mal, Martos se encargó del *Foreign Office,* Ulloa regentaba la Gracia y la Justicia, Sagasta era el gallito de Gobernación, Moret tomó la riendas del Fisco, y Beranger el timón de la Marina. Paréceme que Ruiz Zorrilla ocupó la poltrona de Fomento y Ayala la de Ultramar.

Más que el quita y pon de ministros os interesa sin duda mi asunto personal, que a mi parecer también era histórico. Pues a ello voy. No tenía yo sosiego hasta que pudiese acometer y apabullar al ruin, al sucio, negro y desvergonzado aguilucho que me privó de las gracias de Obdulia, Aquilino de la Hinojosa. Designado el día de mi venganza, me calcé las botas de tacón más alto que en aquellas décadas poseía, cogí un roten nudoso que parecía la maza de Hércules, y me fuí derecho al Casino Moderado de la calle de Atocha, donde esperaba medir mi fiereza con la barbarie soez del tío más tío del mundo.

Pronto comprendí que iba mal encaminado, porque al Círculo de la calle de Atocha no concurrían más que moderadotes de ropa limpia y elevada representación pública, como el señor Carramolino, el señor Moyano, el señor Collantes, el conde de Cheste y otros tales. Mejor orientado, me dirigí a un casinejo de reciente fundación, abierto en la calle de Jacometrezo con el mote de *Círculo popular...,* no sé si *conservador* o *alfonsino,* y apenas entré en la oscura, deslucida y puerca antesala, oí la voz del cernícalo graznando en estridente disputa con otros pajarracos de la fauna reacionaria. Con un mozo que pasaba llevando servicio de café en abolladas cafeteras mandé recado a mi enemigo... Una visita..., un señor que deseaba decirle dos palabras...

Los vocablos con que se inició la visita fueron más de dos, seguidos de réplica insolente y de un garrotazo que descargué con delicioso coraje sobre la cabeza del tío, la cual sin el resguardo del sombrero habría quedado rota. Era como hucha de barro que yo quería cascar para sacarle la calderilla, digo, los sesos... Al vocerío de Hinojosa y al traqueteo de los palos acudieron de una parte el mozo y conserje, de otra los compinches de mi enemigo. Unos me sujetaban, otros corrían al socorro del tío... Ya he dicho que soy un hombre terrible y que me crezco al castigo, convirtiéndome de chico en grande por la fiereza de mi embestida y la arrogancia de mis actitudes. Con presteza increíble me sacudí de los que intentaban acorralarme, y seguí el vapuleo contra todo el que por delante me caía. El número al fin pudo más que el ardimiento feroz. Uno salió al balcón gritando: «¡Guardias, guardias!»; otro, a la próxima escalera reclamando el auxilio de los vecinos. Pude tras ruda pelea batirme en retirada solo contra tantos, y gané la escalera. A no ser yo quién soy, habría bajado rodando; pero no perdí pie... Felizmente, acudió en mi ayuda un amigo que a punto subía presuroso, alarmado del estruendo.

Era Telesforo del Portillo, en los viejos anales conocido con el apodo de *Sebo*, criado que fué del marqués de Beramendi, después policía, funcionario de Gobernación, y al cabo cesante cuando ya le indicaban para secretario de un Gobierno de provincia. Provino su desgracia de habérsele descubierto concomitancias con el marqués de Bedmar, el de Uclés y otros acreditados alfonsinos. Su esposa, Fabiana Jaime, ex criada de la Campo Fresco, tenía parentesco con mi madre, de donde vino mi amistad con *Sebo* y las consideraciones que me guardaba, estimándome más que como periodista, como pariente. En cuanto me vió púsose de mi parte, diciendo con aplomo policíaco:

—Paz, caballeros. Ténganse a la autoridad, que todo ello será por mala inteligencia. Vengan explicaciones leales de una parte y otra. Conmigo no valen *soterfugios*. Silencio, digo, y envainen los insultos. Este joven es de mi familia, y será el primero en retirar sus palabras.

Algún trabajo le costó al ilustre *Sebo* *imponerse*, y en cuanto hubo sosegado las encrespadas olas, lo primero que hizo fué sacarme del remolino, escaleras abajo, recomendándome, como había hecho más de una vez, que pusiera freno a mi fiereza indómita. Aunque yo había quedado airoso, por ser uno contra tantos, llevaba en mi cabeza tremendos chichones y mataduras dolorosas en distintas parte de mi cuerpo garboso y pequeñín.

Acompañóme Telesforo a mi casa de la calle de los Leones, llevándome antes a una botica, donde fué el león asistido de apósitos y tafetanes. Y véase ahora cómo se empalman y enraciman los males con los bienes en esta vida humana, complejidad eterna de llanto y de risa, de ansias coléricas y expansiones de júbilo. ¿Qué creéis que en mi casa encontré al volver a ella con bizmas y parches? Pues la credencial que meses antes había solicitado de Llano y Persi. Bendije la risueña credencial; bendije al Destino y a Dios, inspiradores del próvido Sagasta, sin acordarme de que dos días antes habíale disparado un dardo periodístico hablando de su tupé, de su frescura y otras zarandajas. ¡Cosas de la vida! La vida es pasión, contrastes, fuga veloz de corazones duros, de corazones tiernos, toma y daca de arañazos y caricias. Y el mundo marcha..., y el sol sale todos los días. Vivid, humanos, en la dulce alternativa del odiar y el querer.

Mi primer pensamiento al verme colocado fué ocultar mi felicidad a Mateo Nuevo, a Santamaría y demás amigos políticos. Luego lo pensé mejor y abominé del tapujo, que, además de ser inútil, me habría colocado en el listín de traidores o siquiera sospechosos. Franqueado con mis amigos, que conocían la distancia que la fatalidad había puesto entre mi boca y el pan, alentáronme a envainar mi dignidad, previa declaración de que sería más federal hoy que ayer, y mañana más que hoy... El mundo marchaba y yo con él derechamente a mi bienestar, porque para colmo de ventura me dijo Llano y Persi que yo no tenía que ir a la oficina más que a cobrar, el primero de cada mes.

Encerrado permanecí en mi leonera esperando a que fueran menos visibles en mi cara los achuchones de la reciente trifulca. Apenas puse el pie en la calle

fuí a ver a Llano y Persi, el cual me dijo que deseaba llevarme a la Redacción de *La Iberia.* Quedé perplejo. No quería disgustar a Llano, uno de los hombres más nobles y generosos que he conocido, ardiente liberal y patriota desinteresado; no me agradaba ser redactor de un periódico rabiosamente ministerial, un cuerpo anquilosado de la opinión, que sólo a la defensiva funcionaba, desaborido y sermonario, sin *vis* política, ni gracia ni literatura. En tal indecisión pedí a mi buen amigo plazo de tres días para decidirme... Y aconteció que en aquella semana se acumularon sobre mí, como aluvión de un destino caprichoso, multitud de sucesos raros y sorprendentes.

Entre aquellos halagos de una fatalidad benigna, menciono la visita del amigo citado por mí en las primeras páginas de esta relación, el excelente chico isleño con quien trabé amistad en la casa de huéspedes donde vivimos desde el 66 hasta el 70... No vino el tal a mi casa por visita de cumplido, ni por ociosa charla; vino a proponerme que fuese a trabajar con él en *El Debate,* fundado a principios del año por José Luis Albareda. La verdad, me sedujo la proposición, por el modernismo y buen tono de aquel periódico, y con esto y una sola consulta con la almohada quedé libre de mis dudas y me desligué del pendiente compromiso con Llano y Persi... No poco se holgó el isleño de mi resolución, y al día siguiente nos fuimos gozosos al pisito bajo de Trajineros, donde estaba *El Debate,* y en otro cuarto del mismo piso tuve el gusto de hablar con Albareda, a quien yo no conocía más que de vista y fama.

Por las once mil vírgenes que me fué muy simpático el caballero andaluz. Hombre más salado no he visto, y si en la primera visita me cautivó por su gracejo, cuando el trato afinó mi conocimiento, le admiré por su talento macho y por la viveza con que percibía y atrapaba las ideas políticas culminantes en cada día, y la claridad con que veía la fase de razón de esa idea, la fase de oportunidad y la fase de peligro... Inspirado por José Luis, que así le llamaban sus íntimos, escribía yo de todo: teatros, vida social, política. El fundador leía nuestros artículos, y si le gustaban, nos elogiaba desaforadamente. Cuando, según él, lo hacíamos mal, nos trataba como perros.

Previnome el isleño contra las hipérboles de Albareda:

—Ni cuando te pone en los cuernos de la luna te envanezcas, ni demasiado te aflijas cuando te trate a zapatazos.

Un día que escribí muy a su gusto una croniquilla de salones elegantes, alfonsinos y católicos, me dijo así:

—Tiene usted más talento que Dios.

Al día siguiente le desagradó un suelto político, y al entrar en su alcoba oí que decía, por mí:

—A ese judío enano le voy a dar cien patadas.

Su enojo pasaba como el humo y se desvanecía en donosas ocurrencias. Nos quería, y le queríamos. Para mí era el periodista ideal. Cuando nos llamaba para sugerirnos alguna idea, con igual confianza nos recibía en su alcoba, recién dormida la mañana, que en la próxima pieza, donde le veíamos bañarse en pelota, tomar ducha por regadera y hacer luego su *toilette* de persona pulcra y elegante, todo esto hablando de lo humano y lo divino con singular donaire ceceoso, apuntando la idea política o el juicio picante de cosas y personas.

Era nuestro inspirador y mecenas partidario ferviente de la conciliación, y apoyaba con su periódico el primer Ministerio de don Amadeo, armadijo de unionistas y radicales. Creía el buen andaluz que se hundiría el mundo en cuanto los dos concertados puntales de la situación se cayeran cada uno por su lado. Y si esto creía el maestro, o si no creyéndolo lo afirmaba, de su caletre al nuestro lo transmitía por razones de puro arte político. Yo no pensaba como él en lo tocante a la conciliación, que infecunda me parecía, pues cada una de las dos partes a la otra estorbaba para toda labor eficaz. Pero me guardaba de manifestarlo a mi jefe, que me habría soltado el chorro saladísimo de su verbosidad andaluza. Yo pensaba en ello y me decía:

—Algún motivo tendrá este hombre para patrocinar con tanto ardor la forzada coyunda de los dos partidos, y para fundar un periódico con el fin exclusivo de sostenerla.

El Debate araba la tierra política sin lograr la derechura del surco, porque ni el buey unionista ni el buey radical se

avenían a tirar del arado con igualdad. ¿Romperían el yugo?

Lo rompieron, sí, señor, bastantes días después de entrar yo en *El Debate;* pero antes de referir esto, traeré a colada otras materias para no disgustar a los devotos de la exacta cronología. De asuntos privados, confundidos con los públicos, hablaré, para que resulte la verdadera Historia, la cual nos aburriría si a ratos no la descalzáramos del coturno para ponerle las zapatillas. ¡Cuántas veces nos ha dado la explicación de los sucesos más trascendentales, en paños menores y arrastrando la chancletas! Y vais a verlo.

V

Sabréis, amigos, que mi conquista de aquellos días (que no consigno por orden numérico porque he perdido la cuenta) me deparó una moza bravía y algo hombruna, morena y agitanada, más alta que yo en cuarta y media, gallardísima, de ojos bonitos y más bonitos morros, la cual me juró amor eterno y fidelidad, siempre que yo le mantuviese el pico y con decencia la vistiera, sin interrupciones de ayuno y desnudez. Trájome Celestina aquella hermosa bestia, diciéndome que era su prima, y yo le di el gobierno de mi casa y la soberanía de mi persona. Vivíamos felices. Felipa, que así se llamaba, natural de las Peñas de San Pedro, era una fuerte trabajadora en los menesteres más duros de la vida doméstica; lavaba la ropa y los suelos y toda la casa con verdadero frenesí; guisaba con abuso de especias y picantes, y hablaba con estridor de gritos y libérrimo vocabulario...

Naturalmente, mis relaciones con Felipa trajéronme nuevas amistades y trato con personas del propio jaez. Conocí a otra mujer, muy bonita por cierto, pelo rojo, figura delicada. Aunque el tipo, lenguaje y modales de Lucrecia (¿nombre verdadero o postizo?) eran tan distintos de los de Felipa, tratábanse las dos mujeres con familiar intimidad... Tras Lucrecia compareció en nuestras tertulias un hombre ordinario, disfrazado de elegante, estrenando ropa, mal carado, y hablador verboso, insustancial y cínico de asuntos que no entendía.

De esta sociedad, llamémosla así, que a mi albergue acudía, pasamos a otras, yendo Felipa y yo a tertulias amenas en casas donde conocí y reconocí caras bonitas y feas, y encontré amigos entre sujetos que veía por vez primera. No se crea que era la mansión de Celestina ni otra semejante. Algo se celestineaba allí, es cierto, por bajo cuerda, y más que algo se le tiraba de la oreja al amigo Jorge; el tono general era de semidecencia o *mediomundo*, y algo de *armas al hombro*. Utiles enseñanzas de la vida y del mundo adquirí en aquel extraño beaterio. Oyendo aquí y adivinando allá, vine a comprender que mi Felipa había sido criada de Lucrecia, y que el fachoso cortejo de ésta, adornado con gruesos brillantes en pechera y sortijas, era jugador de profesión y poseía en Madrid pingües chirlatas. Otras muchas rarezas vi y observé, que no cuento a mis buenos lectores porque quiero irme derecho al asunto de más interés. Una mujer entró allí, la *tía Clío*, con mantón y delantal, arrastrando gastadas pantuflas en chancleta. Mirándola en tal guisa y desaire, tardé un rato en reconocerla, y me dije: «Yo he visto a esta vieja en alguna parte.»

Y en el mismo instante se destacó del grupo principal de la tertulia un señor inflado, calvo y herpético, que me llevó aparte para reanudar conmigo una conversación entablada la noche anterior. Aquel sujeto llevaba frac, no por llevarlo allí, sino porque de allí se iba al teatro Real.

—En *El Debate* está usted muy bien —me dijo—. José Luis es listo, bien relacionado y sabe mirar por los que le sirven y abrirles camino para las buenas posiciones políticas. Un sueldecito regular no le faltará a usted... El periódico está bien hecho: me gusta mucho... Y vivirá: su vida está asegurada para largo tiempo. Hay dinero, amigo, hay dinero a granel. ¿Sabe usted de dónde vienen los monises?... Pues vienen de Cuba... ¿Por qué abre tanto esa boca? De Cuba, sí, señor. ¿Pero usted cree que hay en España dinero que no venga de la perla de las Antillas?... ¿Qué..., lo niega usted?

—No, señor, no niego ni afirmo nada: oigo.

—Pues oiga usted más. El dinero lo mandan los ricos hacendados de la isla

para crear aquí una opinión favorable a sus intereses. Considere usted, joven, lo que son los intereses en aquel país tan rico y tan desatendido por estos gobiernos. Los buenos españoles de allí quieren que no se precipite el Gobierno en echarles reformas y reformas. Sobran aquí sabios, oradores, y el buen sentido se cotiza muy bajo. Quieren los buenos españoles que si se ha de quitar la esclavitud, nos contentemos ahora con *el vientre libre,* dejando lo demás para mejores tiempos. Si así no se hace, peligrará la riqueza, la propiedad, y los ingenios serán pronto montones de ruinas... Para meter estas ideas en las cabezas alocadas de acá, los hacendados desean tener aquí órganos de la opinión sensata... Hacen ellos su cuestación, reunen una porrada de miles de pesos y la mandan acá. Ahora viene el dinero a las manos de don Manuel Calvo, que está en Madrid. ¿No le conoce usted? Vive en casa de Lhardy. Es la única persona que Lhardy aposenta en su casa... De las manos de Calvo pasa el dinero a las de don Adelardo Ayala, que los distribuye..., porque no es sólo *El Debate* el que cobra por defender la buena causa. ¡No he visto yo pocos fajos de billetes pasar de las manos de don Manuel a las de don Adelardo! ¿Qué, se asusta, Tito? ¿Es usted de los españoles pacatos que tiemblan y se descomponen cuando oyen hablar de gruesas cantidades?

—No me asusto, señor—le dije—: me asombro y casi me indigno de que se suponga a mi jefe capaz de...

—¡Ay, qué gracia!—exclamó el herpético, rompiendo en franca risa—. ¡Pero si Albareda no pierde con ello ni un átomo de su honradez; si esto es lo más lícito, lo más meritorio, lo más...! Albareda es un amable filósofo, que se adelanta a su época. Si a él le conviene tener un periódico defensor de su política, ¿qué mal hay en recibir auxilio de un grupo de buenos españoles que miran por su patria? Me consta que el dinero pasa por las manos de Albareda sin que nada se pegue en ellas.

Aquel hombre, que, según dijo, venía de comer en Lhardy, hablaba con salpicaduras de saliva y un galopar tumultuoso de los conceptos. Creí advertir en su lenguaje los efectos de un mediano exceso de la bebida. Sin venir a cuento, sacó un largo puro habano, diciéndome:

—Tome este tabaco. Es de los de regalía.

En seguida me dió otro, y cuando yo creía que tomaba aliento para seguir despotricando, se levantó, dejándome con mis observaciones atravesadas en la boca... Le vi acercarse a las que llamaremos damas por no saber qué nombres darles, y se fué no sé por qué puerta... Acerquéme entonces a la *tía Clío* con avidez de interrogarla, y me volvió la espalda, volteando su anchuroso cuerpo, pobremente vestido... Y al instante, sin decirme una palabra, sin dejar tras de sí otro rumor que el de sus chancletas sobre la gastada esterilla, desapareció. Mis ojos la buscaban; buscándola la perdieron de vista. En medio de la sala quedéme perplejo y apenado... Cogí de un brazo a Felipa y le dije:

—Ven, vámonos de aquí, mujer, que en esta casa hay duendes.

Me guardé bien de contar a don José Luis lo que había visto y oído, tal vez soñado. Tratando en largos días al maestro y a sus amigos, llegué a la certidumbre de que *El Debate,* como otros periódicos de Madrid, vivía de la savia cubana. Esta pasaba por las manos de Albareda sin que en ellas quedaran ni partículas del precioso metal. Todo era poco para el cuerpo y el alma de la publicación (imprenta, papel, redactores). El hombre que sostenía con fatigas y el apoyo de sus amigos *La Revista de España* fué un grande y desinteresado propulsor de la cultura de este país. Fué el más aristócrata de los periodistas y el más elegante de los políticos. Las campañas que él inspiraba llevaban siempre el sello de distinción exquisita. En contacto constante con la gente linajuda, se mantuvo fiel a los ideales de la soberanía de la nación; era conservador a la inglesa y predicador del *self-government.* Esta fórmula y los motes de los dos partidos, fundamento y piezas principales de la máquina política, los *torys* y los *wighs,* no se apartaban de su boca andaluza... Y viviendo entre millonarios, siempre fué pobre, y en la pobreza se deslizó su vida, que muchos tenían por ociosa y era muy activa. Mujeriego, taurófilo y deportista, tenía tiempo para todo, hasta para demostrar con hechos que el talento fecundiza la misma frivo-

lidad, y de ello sacan frutos preciosos la razón y el ingenio.

A propósito de ingenios quiero hablar del conocimiento que en *El Debate* hice con varios sujetos que lucidamente han figurado en las letras y en el periodismo. Los que más vivos conservo en mi memoria son Rodríguez Correa y Ferreras... ¡Alto!... Déjeme volver atrás. Necesito el desorden; la estricta cronología pugna con mi temperamento voluble y mis nervios azogados. Atención. Cuando llegamos a casa pregunté a Felipa quién era el señor obeso y calvo, de frac, que me había llevado aparte para hablarme a solas. Díjome que era un mozo de café o de fonda, que se fué a La Habana y de allá volvió dándoselas de ricachón, o siéndolo de verdad. De la *tía Clío,* por cuya procedencia y oficio le pregunté, díjome lo que a la letra copio:

—Es una vieja medio loca, que en el piso bajo tiene una tienda de muebles, armas y papelorios antiguos. Lejos de aquí la hemos visto vestida de señora con borceguíes de tacón dorado, y aquí se nos presenta hecha un pingajo, con chinelas que dice fueron de una tal doña Urraca. Charlotea de trifulcas que pasaron y de las que están pasando, y es una criticona que no hace más que gruñir. Se va como viene, sin saludar a nadie y diciendo no más que: «Hasta ahora.» Y el «ahora» quiere decir *siempre.*

Hablábamos de esto medio dormidos ella y yo, por lo cual quedó en mi cerebro aquella conversación como cosa de incierta realidad, tocando en la frontera de lo mentiroso y fantástico... Y a los pocos días caí enfermo de una fiebrecilla que empezó leve, y por descuidarla hubo de parar en tifoidea, que a mí me postró por más de tres semanas, y a Felipa dió mucho que hacer y que sentir. La pobre mujer, creyendo que me las liaba, forcejeó con la muerte, y mientras ésta tiraba de mí para llevarme al otro barrio, mi coima tiraba con verdadera furia para dejarme aquí.

¡Qué días de sufrimiento y qué noches de angustia! El único amigo que me acompañaba y a ratos hacía de enfermero auxiliar de Felipa era el isleño por cuya mediación afectuosa entré yo en *El Debate.* No se concretaba su auxilio a las palabras consoladoras y a la dulce compañía, sino que, a las veces, con su corto peculio cuidaba de proveer el vacío portamonedas de Felipa... En la soporífera largura de mis horas de fiebre me acusaban las visiones de la *tía Clío* y del hombre herpético que me contó la leyenda de los dineros de Cuba... Al fin, restablecida poquito a poco la normalidad en mi caletre, entré en convalecencia, fuí tomando fuerzas, curé, y una tarde, cuando ya podía valerme y saborear la lectura y la conversación, hablé de este modo a mi buen camarada el isleño:

—Por mucho que yo viva y prospere, no podré pagarte lo que en esta ocasión, la más crítica de mi vida, has hecho por mí.

Y él me respondió:

—Quién sabe si algún día me presentaré yo a cobrarte esta deuda, y tú, con buena memoria, te apresures a pagarme.

Corrió el tiempo arrastrando sucesos públicos y privados: se fué don Amadeo; salió por escotillón la República, feneció ésta, dejando el paso a la Restauración... Reinó Alfonso XII; pasó a mejor vida. Tuvimos Regencia larga; se fueron de paseo las Colonias y entraron a comer manadas de frailes y monjas... El niño Alfonso XIII fué hombre; reinó, casó... Vino lo que vino: agitación de partidos, inquietud social, prurito de libertad, alerta de republicanos, guerra con moros, semanas de fuego y sangre...

Pues en tan largo estirón de la Historia, el hombre chiquitín que os habla vió caer sobre sí un diluvio de calamidades. Pasó miserias, sufrió persecuciones; trabajó sin descanso, repartiendo su voluntad entre las tareas de pluma y la conquista de mujeres, únicas empresas en que le favoreció la fortuna. Errante anduvo de un hemisferio a otro; fué empleado en Cuba, empleado en Filipinas, periodista que jamás obtuvo recompensa, escritor que no llegó a conocer el galardón de la fama. Siempre oscuro y desconsiderado, en sus retornos de América y Oceanía vivió pobre en Madrid, vegetó en diversos pueblos y poblachos de provincia. En el curso de esta odisea alguna vez topó con su amigo el isleño; se cumplimentaron y departieron sobre la buena o mala suerte de cada uno. Pero llegó un día en que la conversación fué más larga y de mayor sustancia, como a continuación se verá.

En la Puerta del Sol nos encontramos a los treinta y siete años justos del día en que tomó el portante don Amadeo de Saboya. ¡Treinta y siete años! Muy pronto se dice; mucho se tardaría en contar lo que pasó bajo las chinelas o el coturnio de la *tía Clío* en trece mil quinientos cinco días. Yo, lejos de aumentar, había menguado de talla; los pelos que me quedaban eran hebras de plata, y rostro y cuerpo mostraban lastimosamente los zarandeos del tiempo. Mi amigo no llevaba mal sus años maduros, y su rostro alegre y su decir reposado me declaraban mayor contento de la vida que el que yo tenía. Hablamos de trabajos y publicaciones; díjele yo que había leído las suyas, y él, replicándome que algo le quedaba por hacer, saltó con esta idea, que a las pocas palabras se convirtió en proposición:

—Una promesa indiscreta oblígame a escribir algo de aquel reinadillo de don Amadeo, que sólo duró dos años y treinta y nueve días. Tú y yo vimos y entendimos lo que pasó y lo que dejó de pasar entonces. Tu memoria es excelente; sabes contar con amenidad los sucesos públicos. Hazme ese libro, y con ello quedará saldada la deuda de caridad que tienes conmigo. Puedes observar el método que quieras, ateniéndote a la cronología en lo culminante y zafándote de ella en los casos privados, aunque éstos a veces llegan al fondo de la verdad más que llegan los públicos. Puedes entreverar entre col y col la lechuga de tus conquistas; ya sé que han sido innumerables, algunas acometidas y consumadas con temerario atrevimiento y dramáticos peligros... Por este trabajo te pagaré lo que dió Cervantes al morisco aljamiado, traductor de los cartapacios de Cide Hamete Benengeli: dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, o su equivalente en moneda, añadiendo el gasto de papel, tinta y tabaco en los pocos días que tardes en rematar la obra... Dime pronto si aceptas, para cerrar trato contigo, o buscar otro plumífero con quien pueda entenderme para sacar al mundo la vaga historia de Amadeo Primero.

Vacilé un instante, mirando al cielo y a los tranvías que de un lado a otro pasaban, y acepté, y con un apretón de manos sellamos nuestro compromiso.

VI

Y ya que sabéis la razón de que yo escribiese lo que estáis leyendo, añadiré para mayor claridad de este negocio que el isleño me autorizó a contar la Historia como testigo de ella, figurándome en algunos pasajes, no sólo como presenciador, sino como lo que en literatura llamamos héroe o protagonista. A mi observación de que yo tendía por temperamento y volubilidad natural a la mudanza de opinión, y a variar mi carácter y estilo conforme a la ocasión y lugar en que la fatalidad me ponía, contestó que esto no le importaba, y que la variedad de mis posturas o disfraces darían más encanto a la obra.

Dadas estas explicaciones, continúo mi cuento. En pleno verano del 71 se despegó con el calor la Conciliación, retirándose cada parte por su lado con ganas de pelea. No habían hecho nada. Al soltar sus cuellos del yugo, la emprendieron a cornadas unos contra otros.

—Ya ve usted, mi querido don José Luis—dije al maestro—, lo mal que resulta el intentar que gobiernen juntos los que de su separación y diferencia sacarían la fuerza eficaz que pone en marcha la máquina del sistema. Ya que tan enamorado está usted del turno inglés, hágase la prueba de que gobiernen ahora los *wighs* con su programa y planes de reforma, y que los señores *torys* aguarden, con paciencia su vez.

Pero Albareda no daba su brazo a torcer. Hombre agudísimo, que por imposiciones de la Fatalidad tenía compromiso de abogar por el contubernio, desmintiendo su *dilettantismo* anglómano, sacaba razones de su fértil ingenio, y me apabullaba con sofismas deliciosos. Seguía yo defendiendo con mi fácil pluma el desbaratado armadijo, tratando de recoger los pedazos para volver a pegarlos con la cola de mis artículos. Pero por mi cuenta digo que los *torys* de acá eran la mayor calamidad del reino. De cepa unionista moderada, llevaban en la masa de la sangre los vicios y las malas mañas de la rancia política y de la administración apolillada. Con necia fatuidad, aseguraban que ellos solos poseían el secreto de regir a la Nación, y que sin ellos todo era desorden y merienda de negros. Conocía yo a un señor, in-

veterado unionista del 63 y 64, y siempre que nos encontrábamos largábame un sermón, contrastando la omnisciencia de los suyos con la ineptitud de la gente nueva. La síntesis era ésta: «Nada, nada, amigo; es cuestión de camisa limpia...» Según aquel inmenso congrio, la clave del gobierno de España estaba en manos de las lavanderas y planchadoras.

Divorciados el Ayer y el Mañana, matrimonio de conveniencia, entró a formar Gobierno el Mañana, don Manuel Ruiz Zorrilla, el más valiente y entero de los hombres de la revolución, popular cual ninguno por mirar de frente a los intereses del pueblo, voluntad firme, corazón que ardía en el amor romántico de una España redimida. Sus compañeros de Gabinete, llamándose demócratas, gastaban pecheras tan blancas y lustrosas como las de los palaciegos mejor almidonados. No era cuestión de camisas limpias, sino de cerebros lavados de roña y telarañas.

Un epoquito atrás, caballeros. Se me olvidó decir que en los tenebrosos y amargos días de mi enfermedad fué la apertura de Cortes, y en el acto solemne leyó don Amadeo el acostumbrado discurso, como todos los del ritual, enfático y pedantesco, henchido de vanas promesas y preñado de hiperbólicas esperanzas. En boca del rey puso el Gobierno parrafillos en que éste pudo vanagloriarse con sincera bravura de su liberalismo, como de su respeto a la voluntad de la Nación. Con entusiasmo loco recibió el anfiteatro estas lindas canciones, que trascendieron pronto a las calles y al corazón de los adictos... Presidente de las Cortes fué Olózaga por votación no muy nutrida. Ciento diez papeletas le colaron en las urnas. La oposición era tremenda: entre federales, carlistas, moderados netos, alfonsinos de solemnidad o vergonzantes, formaban una falange de complejos rencores, que iban a una contra el Gobierno, el rey y el Verbo divino.

Adelante. Reanudo el hilo cronológico para deciros que Ruiz Zorrilla trajo a la política oxígeno abundante y frescura de reformas, por las que suspiraba el envejecido ser de la Patria. Entró don Manuel con singular arranque a matar las rutinas; crujía la *Gaceta* del empuje, y el radicalismo se estrenó con un sonoro triunfo. De aquel Gobierno se dijo que era una *República con rey*. ¡Lástima que no hubiera sido cierto, y que no durara lo bastante para que se consolidase la utopía y se hiciera verdad de carne y hueso! Los ministros que don Manuel asoció a su obra tuvieron éxitos redondos desde los primeros días. Don Servando Ruiz Gómez realizó brillantemente una emisión de 220 millones en un papel que yo no he poseído nunca, y que llaman *Billetes del Tesoro*, y un empréstito de 150 millones; Montero Ríos dió un buen tajo al presupuesto eclesiástico; el tan modesto como entendido don Santiago Diego Madrazo ordenó las cosas de Fomento, y Mosquera intentó lo mismo con las antillanas, que eran más duras de pelar.

El verano apoyó con su calor esta vehemencia del zorrillismo, y todos íbamos viviendo...; digo mal, yo no vivía, porque no daba un paso sin pisar horrendas dificultades, por los desniveles de mi hacienda, que ya me llevaban a la bancarrota inevitable. Así como los estados, en sus conflictos pecuniarios, acuden a los grandes financieros del mundo, yo, en mis apuros (secuela de mi enfermedad y otros excesos), llamaba a las puertas de la Casa Rostchild, a las de la Casa Laffitte. Mi sueldo y lo que yo ganaba en *El Debate* hablando pestes del radicalismo, barajando los *torys* con los *wighs*, o bien preconizando como heroica medicina de España el *self-government*, todo esto y algo más se lo llevaba la Casa Rostchild, un roñoso prestamista de la plazuela del Alamillo, que en diferentes crisis metálicas me había facilitado algunos millones o puñados de maravedises... Ahogado ya, puse mis paralelas a otras opulentas casas judaicas, y como éstas me mandaran a escardar cebollinos, fuí y qué hice: contratar un empréstito de diez duros, a corto plazo, con Baring Brothers de la City (en Madrid, callejón de San Cristóbal); mas no habiendo podido cumplir, me dieron un escándalo, y a la escandalera se agregó la Casa Rostchild, y entre todas aquellas casas me dejaron, como quien dice, en cueros vivos; buena moda para verano.

A estos males se sumaron otros, que por ser de calidad afectiva dolían y amargaban más, y fué que Felipa empezó a mostrarse displicente y a renegar

de mi estado financiero. Aunque me adoraba, según decía, no se sentía con fuerzas para vivir del aire como los camaleones, y en sus actos y aun en la palabra notaba yo el propósito de poner entre mi descarnada pobreza y su gallarda persona la distancia que impone el instinto de conservación. A cada momento, por un daca o por un toma, nos peleábamos... El regaño gordo vino al cabo, y la vi recoger su ropa para marcharse a vida menos ruin. Como yo observara que alguna prenda de su uso dejaba en casa, pensé que preparaba un artificio para volver... Al verla salir tomé una actitud de dignidad severa, sin despegar los labios ni alterar mi adusto entrecejo...

Al día siguiente supe que se había hospedado en una casa donde la honestidad no tiene su asiento... Como yo esperaba y temía, volvió... Burla burlando nos enredamos en reconvenciones. «más eres tú y que torna, que vira...» Con furia un tanto grotesca, Felipa me cogió de improviso, doblándome por la cintura en la disposición de darme lo que llaman en Cuba un boca-abajo, y con la palma de su mano dura me arreó una azotina en semejante parte, y luego tales estrujones en la espalda y cabeza, que olvidé mi condición varonil para chillar como un niño. Concluyó el castigo poniéndome en pie y zarandeándome.

—Aunque me voy, pizca de hombre —me dijo, cogiendo la puerta—, no creas que te dejo campar solo... ¡Qué sería de este pobre Tito sin mis azo...titos!...

Al siguiente día recibí por un mozo de cuerda un paquete conteniendo entre papeles un terno de lanilla de los que en El Aguila valen cinco o seis duros. No era nuevo, pero sí en buen uso, comprado a una prendera o en el Rastro. Debió pertenecer a un niño de catorce años, y a mí me venía como si me lo hubieran hecho por medida. En un bolsillo del chaleco encontré dos pesetas envueltas en un papel. La procedencia del regalo ninguna duda me ofrecía. Antes que el mozo me diera las señas de la donante, reconocí a Felipa, que era una bestia muy delicada...

Pues, señor, me endilgué al instante mi trajecito, que me caía muy bien, y salí a la calle gustoso de exhibir en ella mi persona, recluída por falta de vestimenta... Y bien podría mi buena sombra depararme una conquistilla que me consolara de tantos infortunios... Después de pasear un rato por las aceras, caldeadas del sol, volví a casa, donde reparé mi organismo con el frugal comistraje que me aderezaba la portera. Fuíme después al Café Oriental, y me arrimé a la tertulia de don Santos La Hoz, Roque Barcia, Rispa Perpiñá y otros desinteresados patriotas. Sólo estaba el primero, y con él me explayé hablando de la situación y poniendo la persona de Zorrilla sobre el cuerno de la luna.

Ya sabéis que don Santos la Hoz era un curita que condenó a garrote vil sus hábitos, metiéndose de lleno en la vida laica y en el torbellino de la política, primero progresista, después republicano. Mezquino de cuerpo, ahilado de rostro, en el cual dejó crecer patillas y un lacio bigote, suelto de nervios y más suelto de palabra, don Santos ponía en la política toda la honrada vehemencia que su alma no pudo encontrar en la vida eclesiástica... Había cambiado de tema, de norte y de ideales; pero su estilo era el mismo, y en los clubs tenía dejo y tonos de predicador; en el café, delante del licor negro y humeante, movía las manos y miraba al vaso como un grave sacerdote que está diciendo misa.

—Esto va muy bien—me dijo mirando a un periódico que al lado tenía, como si estuviera leyendo la Epístola—. Si don Manuel sigue por el camino que ha emprendido, la democracia forzosamente ahogará la Monarquía, y don Amadeo tendrá que volverse a su tierra diciendo: «Españoles, habéis demostrado que merecéis la República... La benevolencia se impone. Pi y Margall, Castelar y Barcia, que forman el Directorio, dirán a las masas en el manifiesto que preparan: «¿Hemos de tratar con igual rigor a los que nos dan condiciones de vida y de progreso, y a los que pugnan por quitárnoslas?» En fin, yo estoy contento. Esto marcha.... Claro es que Sagasta y el duque pondrán en el camino de don Manuel chinitas y peñascos...; pero, amigo, *todo lo vence el amor o la pata de cabra*, todo lo vence el principio sacrosanto de libertad, ese rayo de Dios, esa palanca, esa panacea...

Nos burlamos luego de los carlistas, diciéndoles ante el mármol de la mesa

del café: «Venid, echaos de una vez al campo... Así os aniquilaremos más pronto.» Nos reímos de las damas católico-alfonsinas. Ya podéis guardar en vinagre o en alcohol a vuestro niño. La Patria le rechaza (frase de Castelar), *como el mar arroja a la playa los cadáveres*... Y dicho esto, nos quedamos tan frescos, con permiso del calor que nos abrasaba. Don Santos pagó mi café, y yo me fuí a la calle... ¡Oh calle, única delicia y recreo del hombre tronado!

El verano se me presentaba fosco y aterrador. Casi todos los amigos que podían aliviar mi penuria habían echado a correr. Para mayor desdicha, la inacción veraniega metió a *El Debate* en el pantano de las economías, y a mí me tocó el ser uno de los licenciados hasta otoño. El isleño se fué a Santander, Albareda a tomar los baños de Dax, y yo no tenía santo a quien poner una vela... Ferreras y Correa, ¡ay de mí!, también levantaron el vuelo. Lleneme de paciencia, y me vestí de la coraza del estoicismo. Hallaba consuelo en mi fanatismo musulmán, el cual en aquella triste ocasión me decía: «Esta escrito que por desconocida senda te vendrán satisfacciones y venturas...»

En largos y calurosos días esperé, mirando a la esfinge del Mañana. Por pasar el rato escribía gratis en *La Igualdad* y en *La Ilustración Republicana Federal*. Tenía ésta su Redacción en la plaza de la Cebada, 11, y la dirigía Rodríguez Solís. En la lista de los colaboradores figuraba todo el santoral republicano, con los pontífices a la cabeza; pero los más constantes eran Roque Barcia, Roberto Robert, Ramón Cala y otros de vago y hoy olvidado nombre. Tanto como me encantaban Robert y su acerada sátira, me entristecía don Roque con su literatura bíblica y orientalesca en rengloncitos de este jaez: «Avanza, hombre loco, y dime: ¿cuál es tu sino?...»; y el hombre loco y pálido responde: «Mi sino es llorar hoy el Pasado, que no quiere volver y vuelve.» «Retírate, Pasado, y no olvides llevarte tu manto de tinieblas.» «Adiós, hijos del día; la luz en que vivís me daña, Adiós.» ¡Y había lectores, entre ellos mi portera, que se deleitaban con esas cosas!

En *La Ilustración Republicana Federal* me aclimataba yo más que en *La Igualdad*, pues aunque en ninguno de los periódicos ganaba un real, en el primero tenía de director al bueno y cristianísimo Rodríguez Solís, que solía convidarme a comer en su modesta casa, llenándome el buche para un par de días. A las veces llevábame Roberto Robert a Lhardy, un espléndido bodegón què radica en los sótanos de la plaza Mayor, y tiene su entrada suntuosa por Cuchilleros, en lo más bajo de la Escalerilla. Dábannos allí cocido, judías u otro plato suculento; y amenizábamos el festín con el dulce murmurar, comentando la vida social o política. Recuerdo que en aquel Lhardy apuramos una tarde el tema candente de las cacerías de Ríofrío. No se hablaba de otra cosa. Persiguiendo venados con el rey, Serrano conspiraba para derribar a Zorrilla, al mes de subir éste al Poder. No sería la verdad; pero el público, ávido siempre de novedades, se hartaba de aquella comidilla... Las cacerías fueron y son los más seguros vedados para matar las grandes reses políticas.

Pero don Manuel seguía tan terne, sin que le alcanzaran los tiros, si acaso los hubo, ni cuidarse de ellos. Por aquel tiempo, si no me falla la memoria, visitó a su hermano el príncipe Humberto, heredero de la Corona de Italia. Estuvo en La Granja, en Madrid y en Toledo y Sevilla. Al despedirle, nuestro presidente del Consejo oyó de labios del huésped ilustre estas palabras de felicitación, que recordaba siempre con orgullo: «Deseo para mi hermano y su dinastía diez años de gobierno radical.»

Grabada con letras de oro quedó en mi memoria esta frase, porque la oí de la boca dulce y colorada de una dama, de una mujer..., que... Leed, os lo suplico: leed a renglón seguido mi nueva conquista.

VII

Doña María de la Cabeza Ventosa de San José, a quien respetuosamente inscribo con el número *tantos* en mi amoroso registro, era una dama fresca y agraciada, de negros ojos, risueña boca, lucidas carnes, poseedora de dos tiendas de telas, una en la calle de Toledo y otra en la Concepción Jerónima, donde habitualmente residía. No diré que fuese una cabal hermosura; pero sí que te-

nía lo que llamamos un gancho fisionómico, un garabato facial, un mirar pillín y un fruncimiento de la boquita que a todos cautivaba, y con tal gancho a mí me pescó el alma, inspirándome una pasión que no vacilo en llamar volcánica.

¿Cómo la conocí? Pues los vaivenes de mi miseria me llevaron de nuevo hacia Córdoba y López, y Mateo Nuevo, que quiso arreglar mi complicada cuenta con la Casa Rostchild de Alamillo Square. Algo se aflojó con aquellas gestiones el dogal que me apretaba el pescuezo; respiré un poco, y por derivaciones naturales hice conocimiento con un vejete gracioso y pío, que llamaban Plácido Estupiñá, corredor de dependientes de comercio, el cual me exhortó a dejar la pluma por la vara de medir, y la literatura por la contabilidad mercantil. Intercedió noblemente con las *opulentas casas de banca* para que me dieran mayor respiro, y llevándome de tienda en tienda di con mi persona en la de doña María de la Cabeza, que precisamente, ¡oh felicísima casualidad!, necesitaba un *chico que supiera llevar cuentas*. ¡Cielos divinos!, aquel chico fuí yo. ¿Era sueño, era realidad? Estupiñá fué el alado mensajero de la Providencia que me llevó del abismo de la desesperación al pináculo de mi ventura.

Del gusto que me dió el verme admitido por doña Cabeza, y aposentado en su propia casa, me puse muy malo, me entró fiebre, atacóme la tos ferina, con quebranto de todo el cuerpo. Me metieron en cama; mi admirable patrona y *principala* me llevaba calditos, infusiones, alguna golosina para llamar el apetito, apelando a las friegas para desvanecer los dolores erráticos. Mi gratitud hízome ver en la señora un ser divino, quizá la propia esposa de San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza, cuyo glorioso nombre llevaba. ¡Vive Dios, que antes que el nombre las igualaba y confundía la santidad!... Cuando me dieron de alta y me levanté, poniéndome la ropa limpia, lavada en mi nueva casa, me sentí inundado de una luz celestial, y abrasado en fuego de inspiración. El alma se me quería salir por ojos y boca para ofrecerse con sublime rendimiento a doña Cabeza, como galardón de sus divinas bondades e infinita misericordia.

Yo soy un hombre que no sabe disimular sus sentimientos. Soy todo un torrente para la sinceridad, y un águila para poner en ejecución, sin perder instantes, lo que me dicta mi conciencia. Consecuente conmigo, me arranqué, como suele decirse, de una vez, y le solté a mi doña Cabeza una declaración de amor tan coruscante y ardorosa, que la buena señora se quedó asustadica, vacilante entre la risa y el asombro. Notando yo que no era la dama tan fácil al asedio, avivé el fuego de mi oratoria, echando en él llamaradas de locura, sutilezas de poesía y conceptos que doña Cabeza oía quizá por primera vez en su vida... Y el efecto se produjo al fin. Al través de los espesos vapores que, a mi parecer, levantaba mi apasionado lirismo, observé que el rostro de doña Cabeza se ponía muy serio, que en su boca graciosa expiraba la última risa, que aparecían después unos pucheritos muy monos... y que la interesante señora, enmudecida por la emoción, me mandaba callar... ¡Ay qué pillo!

Aunque doña Cabeza me dijo aquella tarde que se vería en el caso de despedirme de su casa, en tal forma lo dijo, y con tal mimo de *quiero* y *no quiero*, que me tuve por vencedor. Debo declarar que mi pasión era sincera, y que mi protectora se hacía dueña de todo mi ser. ¿Había encontrado mi felicidad y la solución de los graves problemas de mi vida? Tal vez... A los tres días de aquella mi flamígera declaración, desesperado vuelo de un alma que huye del vacío, aseguré y celebré mi triunfo. Loco de orgullo juré amor eterno, fidelidad hasta la muerte. Y cuando a este culminante fin llegaba, un desengaño enfrió mi entusiasmo. María de la Cabeza no era viuda, como presumí viéndola vestir de alivio. Por ella supe que su viudez consistía en vivir separada de su esposo, un perdido criminal, con méritos bastantes para ir a presidio. En Madrid andaba el tal: su mujer le pasaba un duro diario, y de vez en vez le pagaba las trampas; pero antes muriera que admitirle a su lado. La riqueza, las tiendas y alguna finca rústica eran de ella. No refiero lo que Cabeza me contó del engaño y disparate de su casamiento, porque no añade ni quita interés a esta verídica historia.

Si me afligió por un lado el saber

que mi dama no estaba capacitada para segundas nupcias, me agradó mucho conocer su abolengo liberal, rancio y clarísimo, como esas aristocracias cargadas de blasones. Mi señora era nieta, por parte de madre, del gran don Benigno Cordero, espejo de milicianos, que inmortalizó su nombre en el Arco de Boteros, hoy Siete de Julio; sobrina, en segundo grado, de Calvo Asensio, y en tercer grado, de don José Abascal. Parentesco lejano tenía con Mariana Pineda, y cercano con don Vicente Rodríguez y don Juan León Moncasí. Su padre, don Lucas Ventosa, fué uno de los más leales amigos de Espartero, íntimo de don Evaristo San Miguel y de don Ramón de Calatrava. En su casa y en la de sus padres, Cabeza se pasó parte de la vida bordando banderas para los batallones de milicianos, y en sus dos tiendas se refugiaron una y mil veces los cabildeos electorales y aun los tapujos revolucionarios. Toda esta tradición cálida y candorosa se fué acumulando en la cabeza de mi doña Cabeza, tan entusiasta de Prim, que lloró tres días cuando le mataron. Muerto el héroe, la idolatría de mi dama vino a condenarse en el único santo que, a su parecer, representaba las glorias del progreso: don Manuel Ruiz Zorrilla.

Yo también me volví radical, como el mismo don Manuel, o como su trompetero, Angel Fernández de los Ríos. Fuera de esto, yo estaba en la gloria, bien comido, bien bebido, admirablemente apañado de ropa y satisfecho en cuantas necesidades y estímulos constituyen la vida espiritual y fisiológica. El marido de Cabeza, Serafín de San José, no me inquietaba gran cosa. Alguna vez me tocó despacharle con tres pesetas o un duro sacados del cajón: era un cínico silencioso, que a su degradación ponía máscara de prudencia. Más me inquietaban algunos parientes de Cabeza, que se retraían de visitarla, reprobando así discretamente su irregular trato conmigo. Y mayor zozobra que el despego de los primos y agnados me causó la insistencia con que paseaba la calle un sujeto alto y zancudo, de color cetrino, barba negra, nariz tajante, con lentes que daban no poca impertinencia a su mirar fisgón, bien vestido, la chistera un poco ladeada. Advertí un día que al pasar le saludó Perico Luna, que solía tertuliar en mi tienda.

Interrogué al amigo, que así me dijo:

—Es un tal Alberique, amigo de Madoz, empleado que fué en La Peninsular. No tiene hoy más oficio ni más beneficio que pintar la mona y hacer el oso.

Por algo más que se escapó a la discreción de Luna, y otro poco que me indicó Roberto Robert, sospeché que aquel tipo había sido mi antecesor en los blandos afectos de mi señora doña Cabeza. No necesité saber más para decidirme a espantar el enojoso estafermo. Elegida la ocasión más favorable, salí a la calle una mañana, y me encaré con el cargante individuo. A quema ropa le di el quién vive en la forma que cuento, y no es jactancia:

—Caballero, quiero saber qué se le ha perdido a usted en esta parte de la calle, y qué motivos tiene para montarnos la guardia. Si es policía, dígalo y se le dará una propineja para que no moleste tanto.

—Señor enano de esta venta—me replicó zumbón, ajustándose los lentes en la nariz huesuda y poniéndose en facha—, yo estoy en mi derecho cogiéndome parte de la calle o la calle entera, y usted váyase a medir percales y déjeme en paz.

—Si usted me insulta, le diré que voy a coger la vara para medirle a usted las costillas.

—Antes me insultó usted a mí llamándome policía y ofreciéndome propina... Si usted no fuera tan chiquitín, le pediría cuenta de sus ridículas arrogancias. Conozco su nombre y condición. Por si usted no sabe quién soy y cómo las gasto, ahí le dejo mi tarjeta. Como usted no trae tacones altos, y ha salido en zapatillas, tengo que inclinarme para que la tarjeta pueda llegar a sus manos.

Tomé la tarjeta, y leí: «Modesto Alberique. Representante de la Sociedad Belga Constructora de Cierres Mecánicos. Esgrima, 3.» Y viéndole partir con aire jaquetón, le dije con el pensamiento: «Ya te daré yo a ti cierres mecánicos, farsante.» Volví a mi tienda, y nada dije a Cabeza, que estaba en el principal, en manos de su peinadora. Era tan firme mi resolución de mandarle los padrinos al enfatuado virote que me ultrajó groseramente, que no pasó la tarde sin pensar en los amigos que debía

escoger para función tan delicada. Andando en esto, supe que mi rival era un poco espadachín, o que de ello presumía. Mejor que mejor. El lance había de ser duro. Mi amor propio no consentía otra solución que matar a mi contrario y quedar yo airoso y arrogante, cantando el quiquiriquí en mi gallinero.

En las tertulias de mi tienda menudeaban los noticiones y las profecías políticas. Oigan lo que dijo aquella tarde o la siguiente un amigo nuestro, inveterado progresista semifósil:

—Parece que se conspira de lo lindo. ¿Qué hay de La Granja?... Pues hay...

Diciendo esto mostraba un fajo de periódicos, entre los cuales vi *El Imparcial, El Debate* y *La Política*. El corresponsal del periódico del señor Mantilla contaba que la reina María Victoria había salido como escapada del Real Sitio, llevándose a su marido.

—Hay más: «El brigadier Palacios, comandante general del Real Sitio de San Ildefonso..., ¡oído a la caja!, arrestó al joven Díaz Moréu, oficial de Marina, ayudante de su majestad.» ¿Por qué creerán ustedes? «Porque siguió demasiado cerca a don Amadeo.» Pero *El Imparcial* trae otra versión. Oigan: «La causa del arresto del ayudante fué que éste saltó una zanja con más presteza que el brigadier Palacios.» ¿Quieren decirme ustedes qué significa esto de reina fugada y de arrestos y zanjas? Pues el corresponsal de *La Política* salta otra vez con la cuenta de cuarenta y ocho reales que no ha sido abonada al dueño del Hotel Europa, de La Granja, el señor *Davide Macchino*. ¿Qué es esto? ¿Quién me compra un lío? Hame dado en la nariz, señores, olor de barraganía... Estas cosas tan raras y esta cuenta sin pagar, y el rey que escapa con la reina, ¿no os señalan un rastro? Seguid el rastro, seguid la pista, y encontraréis una res que dicen es hermosa, yo no la he visto..., la *dama de las patillas*.

Tomó entonces la palabra don Francisco Bringas, otro de los asiduos a mi tienda, varón calmoso y sesudo, colocado recientemente por Zorrilla en una modesta plaza de Fomento. Asegurándose las gafas sobre la nariz, aquel hombre, que llamaban *monsieur Thiers*, por la perfecta semejanza de su rostro y talle con los del celebérrimo político francés, nos dijo que no era de buenos españoles sacar a colación a *la de las patillas*, ni dar aire a los malignos rumores de que se apacienta el vulgo ignaro. El monarca que nos regía, por obra de los 191 votos o por lo que fuere, se menoscababa en su alta dignidad, traído y llevado en lenguas de la gente ociosa.

—Yo serví lealmente a doña Isabel —añadió—, y mientras comí su pan jamás permití que en mi presencia se dijeran las atrocidades que corrían acerca de ella... Ahora, después de larga cesantía, debo un humilde destino a don Manuel, colocación que viene encabezada con el nombre del rey. Pues yo, fiel a mis principios, no digo ni escucho ninguna cuchufleta en mengua del jefe del Estado. ¿Qué más? Ayer me vino Rosalía con el cuento de la señora patillluda, y yo le dije: «Rosalía, hazme el favor de callarte la boca. Por mi decoro de funcionario público, por respeto al primer magistrado de la nación, oigo esas *anecdotas* como fábula indecente. Y punto final.»

—Tiene razón don Francisco—dijo Cabeza interviniendo en el coloquio con la bondad juiciosa que era el mayor encanto mío—. Sí, amigo Bringas, fuera cuentos que bien pueden ser falsos testimonios. ¿Qué nos impòrta que su majestad tenga un devaneo, y que la tal gaste patillas o barba corrida? No demos aire a las habladurías, y menos ahora que tenemos el *progreso* en el Poder. ¡Y que está el rey poco contento, vaya! Por lo que he contado a ustedes de las palabritas del don Humberto al despedirse, comprendarán que hay don Manuel para rato...; lo que digo: ¡don Manuel para rato!

Al anochecer desfilaron los amigos, y antes de cenar di un salto al Casino Federal, para conferenciar con mis padrinos, hombres inflexibles en materias de honor: Córdoba y López, Ramón Cala... Pasaron tres días; el feroz Alberique no se daba prisa para designar padrinos. Los míos iban en su busca; no le hallaban nunca en su casa. Temimos que se lo tragara la tierra. Pero del centro de ella le habría sacado yo para vapulearle públicamente y pregonar su cobardía. Por fin dió la cara, y se concertó el duelo en las condiciones que imponía la gravedad del caso. Y en los días que precedieron al terrible lance, mi señora doña Cabeza mostró deseos de que

yo escribiese en *Las Novedades*, ensalzando hasta las nubes a don Manuel, y declarándome radical monárquico, bajo el manso poder de don Amadeo I. Claro es que yo no podía negarme a tan dulces requerimientos. Escribí, pues, sin esfuerzo, hinchados panegíricos de la política radical, y el bueno de don Manuel se asfixiaba seguramente con las nubes de oloroso incienso que yo arrojaba sobre él. Llevado y traído por fatal corriente misteriosa, yo era el campeón de todas las causas. En corto tiempo enaltecí con mi fácil pluma el federalismo intransigente, el federalismo templado, la monarquía conservadora de Serrano y Sagasta y la monarquía democrática de Ruiz Zorrilla. Era yo, pues, un caso peregrino de proteísmo; y ved, amigos, cómo esta mi voluble constitución mental venía consagrada desde mi nacimiento y bautismo por mi nombre y cognomen. Yo me llamo, sabedlo ya, Proteo Liviano, de donde saqué el *Tito Livio* usado en mis primeros escritos, y el *Tito* a secas que hoy merece mi preferencia por lo picante y diminuto.

Escribí, como digo, furiosos alegatos ministeriales para dar gusto a la gobernadora de mi existencia. Pero en lo más recio de mi campaña vino el trueno gordo; las intrigas del Real Sitio dieron su fruto, y Ruiz Zorrilla, con todo su radicalismo reformista, se desplomó con estrépito. Y he aquí que aparecieron en el tablado, por el foro derecha, Serrano y Sagasta, tapándose el rostro con el antifaz del Ministerio Malcampo-Candáu.

VIII

Un poquito atrás. No se me vaya a quedar en el tintero mi épico lance con Alberique, más interesante, a mi juicio, que aquella cáfila de hombres que iban y venían, y aquellas menudencias del vivir nacional, que el tiempo y la *tía Clío* arrojan en el polvoriento rincón de la trastienda, donde toda antigüedad inútil tiene su sepulcro.

Acordaron los padrinos que el duelo fuese a pistola: la desigualdad de talla entre mi enemigo y yo imposibilitaba el uso del arma blanca. Los padrinos de mi contrario, Felipe Ducazcal y el teniente Luque, de quien hablaré después, propusieron el sable, arma en que Alberique se creía fuerte; pero al fin cedieron a la razón, que era la pistola. Llevamos de médico a un chico de San Carlos que en aquellos días recibió la licenciatura. El lugar donde habíamos de tirar a matarnos era un jardín o huerta en las cercanías de las Ventas del Espíritu Santo.

Las ocho de la mañana serían cuando llegaron al terreno los dos rivales, con nuestros respectivos apoderados. Alberique iba muy estirado de guantes, vestido de negro, el sombrero muy encasquetado para que no se lo arrebatase el viento que del Oeste soplaba. Por no cansar, suprimo los pormenores. Partido el campo y cargadas a conciencia las pistolas, nos pusimos frente a frente. Sin ninguna jactancia, debo hacer constar que yo estaba sereno ante la faz del drama, como lo estoy en el momento de referirlo. Yo he nacido para las ocasiones críticas, para los actos que se desarrollan en raudos minutos, decisivos entre la vida y la muerte. Tocó a mi rival disparar primero. No me acertó. Disparé yo... Nada... En un segundo disparo, Alberique afinó la puntería. Yo dije: «¿Sí? Pues ahora verás.» No era yo tirador; afiné con toda calma..., ¡pim!, le metí la bala en el costado derecho... ¡Alto!... La herida de Alberique era de pronóstico reservado. Terminó el lance. No me presté a reconciliaciones ni saluditos, y me retiré con tranquilidad augusta.

O mucho me equivocaba yo, o todos los que se cruzaron con mi coche en la carretera de Aragón me miraban con respeto admirativo, quizá, quizá, con respeto medroso. En mi casa me declaré a Cabeza, refiriéndole con terroríficos detalles el lance y sus antecedentes y motivos. Oyóme atenta, sin mostrarse demasiado orgullosa de mi serena valentía, y contra lo que yo esperaba, me salió con esta desentonada cantinela:

—Has hecho mal, Proteo, en tomar las cosas tan por lo caballeresco, porque ese majadero de Alberique es casado..., casado y con cinco hijos. Figúrate que se muere de la herida. Pues tú le has matado, y por tu quijotismo quedarán huérfanas esas pobres criaturas... Todo por el honor. ¡Dichoso honor, que sólo existe en las lenguas de los que no lo tienen! Dime, Proteo querido, ¿dónde tienes tú

el honor? ¿Lo has traído tú a casa, o estaba aquí ya cuando llegaste?... Hazme el favor de no hablarme a mí de esas pamplinas. No hay más ley que el amor, el trabajo, la libertad y el progreso, y todo lo demás es *verso* y tonterías. ¡Ah!, se me olvidaba: también es ley de vida la buena contabilidad y el arreglo de los negocios, y respetar el tuyo y mío. Como me llamo Cabeza, que esto creo y no creeré otra cosa si mil años vivo.

Quedéme de una pieza oyendo estas razones, y ellas habrían bastado a quitarme el sosiego si Cabeza no me mostrara su cariño y confianza en terreno que no era el ideológico. Adelante: Como decía, cayó Zorrilla cuando se le creía más seguro. El terremoto político que llamamos crisis se produjo por la elección del presidente de la Cámara. El candidato ministerial, Rivero, obtuvo 110 votos, y a Sagasta, candidato de los unionistas, progresistas templados y carcundas, le votaron 123 padres de la Patria. Esta se quedó turulata viendo que por corta diferencia de votos se cambiaba el Gobierno. Pero tal era el sistema, mal traducido del inglés: tal la bastarda imitación de aquel *self-government* con que Albareda y yo andábamos a vueltas en *El Debate*... Malos ratos debió de pasar el rey con este *self-desbarajuste*.

¡Sorpresa, escándalo, furor! La tertulia progresista se echó a la calle con un pendón morado. Salieron los estudiantes de Farmacia y San Carlos a ventilar su ardorosa juventud, fatigada de la estrechez y disciplina de las aulas. Madrid ardió en alborotos, vocerío de vivas y mueras. Restallaban de boca en boca los dicterios contra Sagasta, y hasta las verduleras designaban a las fracciones políticas contrarias al radicalismo con los viles apodos usuales: *fronterizos, cangrejos, calamares, palomos, tomadores*... Mi Cabeza me mandaba que fuese a meter ruido en las manifestaciones y a enfoguetar los ánimos con mi briosa elocuencia.

Obediente a mi dulce tirana, acudí al bullicio, y entre la turbamulta encontré a muchos federales que se agregaban al progresismo radical, para hinchar el coraje público y armar camorra con los agentes de la autoridad. Ramón Cala me aseguró que antes de dos meses tendríamos la Federal con todo su complejo tinglado de pactos y cantones; Rodríguez Solís comentó el retraimiento cada día más significado de la sangre azul y del dinero amarillo. Las únicas damas de alcurnia que iban a Palacio y acompañaban a la reina, más por lástima y respeto que por adhesión verdadera, eran las duquesas de Fernán-Núñez y de Tetuán, la condesa de Almina y otras poquitas más. Y Luis Blanc opinó cándidamente que la grandeza, con la sorda y persistente conspiración del desaire, nos estaba haciendo el caldo gordo a los republicanos. Yo, que si en letra de molde, por dar gusto al dedo, falsifico donosamente la verdad, soy esclavo de ella cuando hablo con mis amigos, les dije que nosotros éramos los que hacíamos el caldo gordo a las elegantísimas damas alfonsainas y catolicoides, ayudando a convertir en palabras vacías los tres rotundos *jamases* del general Prim.

La implacable cronología, de la cual quiero hacerme esclavo, me lleva en los primeros días del Ministerio Malcampo a referir una nueva y peregrina conquista...; digo mal, porque en realidad no fuí yo conquistador, sino conquistado. Ved qué cosa más rara. Una tarde, terminado el trajín de la tienda (que fué, por más señas, harto engorroso: recibir el género de invierno, anotar precios según factura, precios de venta al vareo), salí a desentumecerme y proveer de aire fresco mis pulmones, y cuando pasaba junto al callejón de la Concepción Jerónima salió de éste una muchacha, que puso en mi mano una cartita y apretó a correr. Pronto la perdí de vista. «Aventura tenemos», pensé yo; y antes de que abriera la esquelita comprendí, por el color del papel y el perfume que de él se desprendía, que era carta de fémina. No creí prudente leerla en mi calle, y seguí hasta la plaza del Progreso, donde satisfice mi curiosidad. Ved la carta, que me sorprendió tanto por su contenido como por su excelente escritura y ortografía, mejor que las que gastan las mujeres bonitas... y aun las feas.

«Caballero: reciba usted la entusiasta felicitación de una señora desconocida para usted... Sentíme, ¡ay!, inundada de alegría cuando supe que había usted castigado al infame y presumido Alberique, y mi júbilo habría sido completo si hubiera usted dirigido su punte-

ría al costado izquierdo en vez del derecho, para que quedase partido aquel corazón donde jamás anidó un sentimiento noble... He sabido con satisfacción que se agrava la herida de ese bigardo insolente. Lo celebro con toda el alma. Yo soy así, implacable con los que me han ofendido. Sé querer; no sé perdonar.

»En usted veo al hombre honrado que, cuando el caso llega, sabe proceder con vigor y arranque, comprometiendo su vida. Mis plácemes y vítores entusiastas al héroe. ¡Arriba los hombres de ánimo grande y corta estatura!... Cuando me han enterado de que el héroe es chiquitín de talla, he sentido por usted admiración más viva. Séame lícito decir que de niña jugué con muñecas más tiempo del que mi crecimiento permitía; que de mujer me agradan todas las variedades de muñecos. Entre lo pequeño y lo grande hay una escala de gratas sensaciones. Ya sabe usted que *per troppo variar Natura é bella.*

»Y no digo más por hoy. Deseo conocerle, mas no es ocasión. La ocasión llegará... En tanto, valiente caballero, admita los sinceros plácemes de su amiga,

Graziella.»

Leí por tres o cuatro veces la carta, y ni con veinte lecturas habría salido de mi confusión. Por la gramática no parecía carta de mujer. ¿Sería obra de algún amigo maleante? No... La corrección gramatical y la ortografía revelaban quizá las manos y pensamiento de mujer neurótica, de superficial cultura. No desconocía yo la suma extravagancia mezclada con el sumo donaire que constituyen el ser de algunas almas del reino femenino, entendimientos desequilibrados que fluctúan entre la sutileza del ingenio y los desvaríos de una razón desmandada. Por su nombre y la cita italiana, la tal declarábase compatriota del Dante. Nueva confusión mía, mezclada de ardiente curiosidad. ¿Por qué me dejaba, como quien dice, a media miel, revelando su nombre y guardándose la dirección de su casa? ¡Pues de saberlo, no iría yo poco contento a darle las gracias y rendirme a su fineza y bondad!... Rompí la carta en los pedacitos más chicos que pude obtener, cuidando mucho que alguno de ellos no se me quedase pegado a la ropa, porque...

Ya lo comprenderéis. Cabeza era muy celosa, y, además, mujer de grandísimo talento. Por algo se llamaba Cabeza. No ignoraba mis aficiones al bello sexo. Mi fama de galanteador afortunado le quitaba el sueño, y a mí me ocasionó sofoquinas. En sus ataques agudos de celera, mi dama se levantaba de puntillas, a medianoche, para registrar mi ropa, buscando alguna carta que su encendida imaginación sospechaba y temía. Y cuando entraba yo en casa de dar un paseíto o evacuar alguna diligencia mercantil, me olía las solapas, la corbata, el cuello, buscando algún aroma que delatase mi supuesta infidelidad. La tarde de marras, al llegar a la tienda después de rotos y aventados los pedacitos de la carta de Graziella, me asaltó el temor de que el papelejo hubiese dejado en mis dedos algún resto de su intensa fragancia. Subí corriendo a lavarme las manos; mas ni aun con esto estuve tranquilo, ni vencer pude el terror que me causaban los ojos inquisitivos de Cabeza y el venteo de sus narices.

Advertí en los siguientes días a Cabeza más pensativa y fisgona que nunca lo estuvo. Parecíame que su mirada, al fijarse en mis ojos, los atravesaba para sorprender los pensamientos míos replegados dentro del cerebro. Y en éste no habría encontrado más que una infidelidad puramente mental. Yo pensaba en la italiana. Su imagen revoloteaba dentro de mi caletre como un insecto alado que cambiara de luz y colores a cada instante. Por las noches, mi cara mitad me tenía prisionero en casa, no permitiéndome ni quince minutos de expansión en el café Oriental o en el de las Columnas, donde yo encontraba los amigos de mi mayor aprecio. Vedme, pues, forzado a soportar la insípida tertulia casera, formada por dos viejas regañonas, que se dormían cuando no jugaban a la brisca, y de tres o cuatro sujetos soporíferos, entre ellos un primo de Rojo Arias, que no hacía más que hablar pestes de Sagasta y de los amigos de éste, Abascal, Muñiz, don Zoilo Pérez, y un inspector de arbitrios municipales, que proponía como única solución política *la traída de Espartero.*

El Ministerio Malcampo-Candáu seguía pasando el rato con un enredoso debate parlamentario sobre la Internacional. Pero el interés político no estaba

en el Congreso, sino fuera de él, en los conciliábulos y recíprocas embajadas de los dos feroces bandos que se disputaban la primacía. Rompieron en terrible pelea zorrillescos y sagastorros. Cada uno de los jefes de estas dos revoltosas taifas dió al país su manifiesto. Leílos yo, y la verdad, no encontré gran diferencia entre una y otra soflama. No era obra de romanos concordarlos y hacer de los dos uno solo, que fuera cimiento en que fundar honrosas y duraderas paces... Los padres de las criaturas, que parecían mellizas, Zorrilla y Sagasta, se avinieron a nombrar un Jurado o Comisión de arbitraje que examinara los dos manifiestos, y desarmándolos y volviéndolos a armar en un solo cuerpo de doctrina y conducta, creara el progresismo único y de una sola pieza, amplio terreno dogmático en que pudieran vivir y comer todos los caballeros de la orden septembrina.

¡Qué cosa más sencilla, vive Dios, y que facilísima dificultad!

Apoderados de don Práxedes fueron Calatrava, el marqués de Perales y don Cipriano Montesinos; de Zorrilla, Fernández de los Ríos y Moya (don Javier). A éstos, por si eran pocos a discutir, se unieron luego otros cuantos, que no me tomo el trabajo de citar, pues para lo que hicieron, vale más dejarlos recostaditos en el almohadón del olvido... Conque, manos a la obra, caballeros. Un día se reunían aquí, otro allá, y vengan consultas, vengan ponencias, vengan... Y no sigo, pues me urge decir que cuando comenzaban los finos dedos de los señores jurados a tejer aquella tela de *Pentecostés* (como decía un general de la época, queriendo decir *Penélope)*, recibí segunda carta de la italiana, más perfumada y más pequeña que la primera. Diómela la misma criadita en el mismo sitio, y yo, poseído de zozobra, escapé a leerla lo más lejos posible, y no pareciéndome bastante segura la distancia de la plaza del Progreso, fuí a dar con mi cuerpo y mi epístola olorosa... más abajo de Antón Martín.

¡Oh Tito afortunado mortal! ¡La incógnita dama te indicaba calle y número... y hora para recibirte! Aventura tan bonita y novelesca no se presentó jamás a ningún nacido. Esto pensaba yo cuando me acercaba, tímido y dudoso amante, a la gruta en que la diosa se ocultaba. La misma duda aumentaba el encanto de amor. ¿Sería Graziella una hermosa ninfa o un culebrón espantable? Pronto había de verlo.

IX

Ni culebrón repugnante ni hermosura radiosa. La llamada Graziella, italiana o española, debiera ser clasificada en el tipo vulgar de la escala femenina, si no le dieran valor estético las llamaradas de sus ojuelos negros, su graciosa movilidad de ardilla y el libre chorro de su lenguaje atrevido y pintoresco... En mi primera visita, que hubo de ser corta, como simple acto informativo, de puro reconocimiento, no pude adquirir la identificación completa de mi nueva conquista, nombre, familia, lugar de nacimiento. Dióme en la nariz que el nombre de Graziella era postizo, la nacionalidad dudosa, la mujer un misterio, una cifra oscura de interpretación imposible. La gruta de tan singular ninfa estaba en barrio muy distante del mío, allá por Monteleón y Maravillas. El interior era reducido y pulcro: pocas y bien arregladas estancias, gabinete coquetón y alcoba rosada. Sorprendióme el adorno de paredes, donde descollaban panderetas pintadas entre láminas de santos y vírgenes de distintas advocaciones, Pilar, Desamparados, Sagrario y Paloma. En peana y entre flores vi a San Antonio, el frailecito amable, indulgente patrono de las enamoradas. En la heteróclita casa vi a la mozuela que me llevara las cartitas, y una mujerona que se escurría por los pasillos sin otro rumor que el de toses y carraspera. Era un anchuroso bulto de vieja, o una elefanta en dos pies cubierta de refajos...

En nuestra conversación inicial, la enigmática hembra puso algo de sordina en su expresivo parlar de amores y en su liviano propósito de entenderse conmigo.

—Ya ves, Tito—me dijo con donaire—, que la franqueza es mi Norte y mi Sur, mi Este y mi *Aquel*. Si te dijera que soy honrada, te echarías a reír. Tráeme una honradez que me dé de comer, y tendrás que santiguarte al entrar en mi casa. Yo he admirado en ti al caballero valiente, vengador de la virtud ultra-

jada. Eres chico y grande... Me gustaste por tu hazaña, y más me gustas ahora que te conozco... Pero, entendámonos. Tú eres pobre. A mí no me hace maldita gracia la pobreza... No soy hermosa; pero no soy pava... Soy de esas feas que dan la desazón y revuelven medio mundo... Como no quiero perjudicarte, lo primero que te digo es que no dejes a tu tendera lozana y rica... La engañas un tantico, y nada más. Yo no engaño... Vivo en libertad..., protegida por la Corte Celestial... Entre los santos que cuelgan de estas paredes, hay uno, que no se ve, y es mi *Santo Gusto*... Por el reverso de los santirulicos andan mis diablillos, quiero decir mis rencores y malos quereres... Has de saber que uno de mis mayores odios ha sido ese ladrón de Alberique... Algún día te contaré la trastada que me hizo, y que no pagará con cien vidas.

Tras una pausa grave, siguió así:

—Ya me irás conociendo; soy voluble, caprichosa y un demonio de travesura... Tengo una virtud, digo, muchas virtudes... Vas a saberlas: primera, que el que me la hace me la paga; segunda, que todo lo que digan de mí me sale por una friolera; tercera, que soy larga en tomar dinero, y más larga todavía para darlo al que lo necesita... Si tú hicieras comedias y quisieras sacarme en una, deberías titularla: *La deshonrada más honrada.*

Volví a mi casa un poco aturdido. Pensando en mi aventura, hice propósito de proceder con cautela. No me convenía dejar lo cierto por lo dudoso, ni sacrificar lo positivo a lo de puro pasatiempo y fantasía. Tuve la suerte de que mi señora Cabeza no estuviese aquel día tocada de celera, y sacudiéndome el perfume salí pronto de mi cuidado. Al día siguiente tuve ocupaciones en casa; pero al otro, que fué viernes, me entendí con un amigo progresista radical para que me escribiese llamándome a una entrevista con Zorrilla, que quería encargarme un trabajo de pluma urgentísimo. Con este sutil engaño, en que fácilmente cayó mi Cabeza (que si en amores era la misma suspicacia, en política tenía tragaderas para cuanto se le quisiera echar), me fuí a la gruta, donde pasé toda la tarde con la endiablada ninfa, recreándome con su grácil salero y disfrutando en su compañía variedad de esparcimientos, algunos, créanmelo, del orden espiritual...

Del ingenio y del libertinaje de la diabólica italiana (me aseguró aquel día que era hija de un cardenal) saqué no pocas enseñanzas para mi estudio y conocimiento del mundo. Ratos pasé de alegría, ratos de confusión y perplejidad. Si mi huéspeda empezó la tarde con dulce temple, luego le sobrevino, de súbito, la racha de las diabluras, y me fastidió de medio a medio, al acercarse la hora de separarnos.

—Tito, *mio caro*—me dijo, cuando me disponía para la retirada—. Me ha picado la tarántula, y esta noche quiero darte un bromazo.... y otro a tu doña Cabeza.

—¿Qué dices, Graziella?

—No pongas esa cara de tonto. Esta noche no vas a tu casa. Yo lo he determinado así. ¿No me has dicho que soy una ninfa hechicera? Pues prepárate a pasar la noche en mi gruta.

—Graziella, por San Antonio bendito que te custodia, no gastes bromas trágicas.

—Aquí estaremos los dos divirtiéndonos con la idea de lo que ha de rabiar doña Cabeza. ¿No me has dicho que es celosa y que te huele la ropa y te registra los bolsillos? Pues yo detesto a las personas celosas, y me divierto aplicándoles al corazón un hierro encendido al rojo. Yo soy así.

Protesté indignado... Pero Graziella, con infernal risa, me dijo que me había escondido botas, ropa y sombrero, y que estaba cautivo, sin que por ningún medio pudiera evitarlo. Omito, por no fatigar a mis lectores, los gritos que proferí, ahora coléricos, ahora suplicantes; las vueltas que di por toda la casa, descalzo y en mangas de camisa, buscando mi ropa; los extremos de ira y desesperación; los ruegos y amenazas; el último recurso de mi desesperación, que fué lanzarme escaleras abajo, escaleras arriba, llamando al portero, a los vecinos para que me sacaran de aquel aprieto. ¿Dónde estaba la policía, dónde el alcalde de barrio, dónde el sereno que ampararan a un honrado cliente de la nefanda Antarés, diosa del quinto infierno?

Nada me valió. Con risueña frescura, Graziella contemplaba mi sufrimiento; la muchacha reía, y la vieja elefanta, de-

forme y carraspienta, se mofaba también de mí.

Dieron las ocho, las nueve, y cuando sonaron las diez, me rendí...

—Ya no te atreverías a ir a tu casa si yo te soltara—me dijo la hechicera—, porque Cabeza te sacaría los ojos. Vale más que esta noche prepares aquí tranquilamente el lindo embuste con que podrás aplacarla mañana. ¿No le diste el pego con una fingida carta de Zorrilla llamándote para escribir con él un papelón político? Pues date prisa: escríbelo aquí. Yo te ayudaré.

Esta donosa superchería me consoló un tanto. Audaz era la idea; pero no despreciable para soslayar el peligro y gravedad de mi situación. En esto pusieron la mesa para cenar. Cuatro cubiertos vi: sin duda, comíamos juntos las criadas. Graziella y yo. ¡Oh burlesca democracia y confusión de clases! La cena fué sustanciosa: estofado y frituras, hojaldres y polvorones, todo ello injerido con el estímulo de un vino blanco excitante y traicionero, que a los pocos tragos me puso perdido de la cabeza, alterándome la justa percepción de las cosas. Advertí que Graziella tragaba como si no hubiera comido en tres días, y que la vieja elefanta, sin dar paz a los dientes, rezongaba conceptos ininteligibles. El recuerdo más claro de aquella noche fué que, después de cenar, me cogieron en vilo las tres mujeres y, con gran chacota y fiesta, me arrojaron sobre la cama como un fardo insensible.

¡Noche de fiebre, de un girar vertiginoso en torno de mi propio pensamiento! La primera sensación de la mañana siguiente fué que una de las tres, no sé cuál, me llevó en brazos a la salita que comunicaba con el gabinete. Yo me sentía más chiquitín; no pesaba ni abultaba más que un nene de cinco años. Desgreñada, pálida y pitañosa, Graziella me sirvió café con leche y tostadas. Me entoné con el brebaje caliente... Junto a la butaca donde mi menguada persona yacía, pusieron un velador con papel en cuartillas, tintero y pluma, y la ninfa me dijo:

—Aquí tienes los avíos de escribir. Tómalo con calma. Fácilmente podrá enjaretar el *turri burri,* que supones dictado por ese don Manuel, para dársela con queso a tu cara mitad. ¡Pobre Cabeza... destornillada! Dará gusto verla con el adorno de la vistosa cornamenta que le has puesto. Siento que mi peinadora no sea la suya. Yo le diría: «Cuando arregle a esa señora, lleve serrucho en vez de peine.» ¡Ay Tito mío, chiquitín!... Eres lindo y perverso; así me gustas.

En esto, entró la matrona corpulenta trayéndome de la calle todos los periódicos del día y de la noche anterior: *Iberia, Correspondencia, Novedades, Eco de España, Tiempo, Pensamiento Español, Universal, Discusión,* y alguno más.

—Ahí tienes hilaza—me dijo Graziella—. Ya puedes hilar y tejer cuanto quieras.

Viendo salir a la vieja, pregunté su nombre, condición y empleo que en la casa tenía, a lo que respondió mi tirana:

—Es la tía *Mariclío,* comercianta de antigüedades y papeles viejos, que ha venido a menos. Yo le doy albergue, y me hace servicios menudos y recados. Tú la conoces: no te hagas de nuevas... No se ha podido averiguar la edad que tiene. Hay quien asegura que nació un poquito después del principio del mundo. No siempre está en el mal pergenio en que ahora la ves. Si en tales o cuales días viene a menos, en otros sube a más, y se pone unas botas al modo de borceguíes de cuero carmesí, con tacones dorados, y de gordiflona y ordinaria se te vuelve esbelta y elegante... Sabe mas de lo que parece, y cuando escribe lo hace con primor. Llámala para que te ayude, y te dará buena cuenta de lo mucho que ha visto, y te alumbrará las entendederas para que sepas ver lo que ahora pasa.

Oí otras advertencias de la diablesa como si sus palabras fueran runrún de mis propios oídos. Yo no estaba en mis cabales. Sospeché que aún me duraba el efecto del vinazo ardiente que aquellas hechiceras, brujas o lo que fuesen, me dieron en la cena de la noche anterior. Fuése Graziella, reclamada por su peinadora, y yo me puse a leer periódicos... Largo tiempo, a mi parecer, invertí en la lectura, que fué irregular y nerviosa, saltando de uno en otro papel, y fijándome en todos antes que en ninguno de ellos. ¿Qué decían? Que si el Jurado encontraba la fórmula, que si la fórmula resbalaba cual anguila en las

manos de aquellos respetables majaderos... De pronto, vi a la vieja sentada frente a mí. No supe cuándo ni por dónde entró. Apoyaba sus robustos brazos en el velador, y me acariciaba con su mirada complaciente. Sus cabellos, que antes me parecieron blancos, tenían irisaciones y reflejos, que en las ondas del rizado tan pronto eran oro como plata. Su rostro se había tornado apacible, tirando a hermoso, y el volumen de su cuerpo quedaba reducido a las proporciones de una mujer de medianas carnes.

Antes de que yo le hablara, acercó sus dedos al rimero de periódicos, y con voz que de ronca se había trocado en blanda, me dijo:

—Pobre Tito, si para sortear la furia de tu mujer engañada has de fingir un alegato dictado por el bueno de Zorrilla, puedes empezar diciendo que los del Jurado no acabarán de encontrar la fórmula de avenencia hasta el momento preciso en que suenen las trompetas del Juicio final. De estos hombres que ponen en la mediocridad el límite más alto de sus ambiciones, nada puede esperarse. Ya ves. Empezaron por decir que no veían gran diferencia entre los dos manifiestos. Se les dice: «A ver, a ver. Reducid las dos monsergas a una sola.» Y empiezan a quitar o poner esta o la otra palabra, y aquí doy un toque, allá otro toque.

—Ya, ya... Luego vienen las consultas... ¿Qué les parece?... «Nos parece—responden de allá—que ahora debe atenuarse aquel verbo, y poner aquí un adjetivo de más color.»

—«Está bien—dicen los otros...—prosiguió *Mariclío,* zumbona—. Pero antes conviene discutir la cuestión previa, para fijar la forma y manera de proceder en este negocio.» Y en la cuestión previa se pasan días y días, noches y noches.

—Llegan al artículo de la Internacional... ¡Ah!, es indispensable poner algún freno a ese monstruo disolvente.

—Sí, sí... Pero... ¡Ah, no toquemos a los derechos individuales, inalienables... Sistema preventivo... No, no; represivo... Pues hagamos un bello maridaje de lo represivo y de lo preventivo...

—Viene la cuestión de Cuba... ¡Ah!, ante todo la *integridad del territorio*... Cuestión elemental, cuestión previa.

—Pero, ¡ah!, las reformas se imponen... No puede España permanecer divorciada de lo opinión universal.

—Sí, sí...; reformas, aire nuevo... Pero, ¡ah!, alentemos la abnegación y el patriotismo de los voluntarios de Cuba, salvaguardia del honor de España y de la integridad, etcétera...

—Por encima de todo, los derechos ilegislables, por ser naturales, inherentes a la personalidad humana... Pero, ¡ah!, medios ha de tener siempre el Gobierno para castigar, sin salirse de la Constitución, todo acto político de carácter inmoral o delictivo...

—Otra cuestión a debatir: la Internacional, ¿es moral o inmoral? Que sí, que no... Por fin, tras largas disputas enredosas, declaraban que entre el programa de Sagasta y el de Zorrilla no había un comino de diferencia... Pero, ¡ah!...

Rompimos en franca risa los dos, mirándonos sin pestañear. Y ella fué la primera que convirtió las notas picantes de su risa en palabras donosas.

—¡Ay Tito, no sé cómo me río hablando de estas cosas, que son, ¡vive Dios!, tan tristes! ¡Que un país, donde hay sinfín de hombres que discurren con juicio, y sienten en sí mismos y en conjunto el malestar hondo de la Patria; que una nación europea y cristiana esté en manos de esta cuadrilla de politicajos de menguada ambición, mil veces más dañinos que los ambiciosos de alto vuelo! Si algo pudiera contra ellos, los barrería como barro esta sala, regándolos antes para no levantar polvo, y mezclados con serrín los metería en su más adecuado sumidero, que es el eterno olvido.

—Pues, anda, anda... En este periódico veo que, después de inútiles conferencias, alambicando palabras y evacuando consultas..., ¡ridículas diplomacias!, salimos con que todos se sacrifican... No hay avenencia... ¡Ah!, yo me sacrifico... No quiero ser obstáculo... Y salta otro por allí sacrificándose...

—Sacrifiquémonos. Eso dicen cuando se ven cogidos en la última maraña de sus enredos. Si creen que debe sustituirse en el manifiesto la palabra *pitos* por la palabra *flautas,* hágase en buen hora; pero, ¡ah!, mi dignidad no me permite...

—Y por allí salta otro diciendo que su *Credo* es tal o cual cosa, y que no puede

quitar ni una tilde de su *Credo*. ¡Valientes *Credos*, valientes *Salves* las que rezan esos farsantes! Riámonos de su indigna dignidad y de sus interesados sacrificios. Si no se avienen a vivir juntos en una sola iglesia, con un solo *Credo* y un solo *Gloria patri*, es porque en caso de avenencia sólo serían ministros de cabezas más visibles...; mientras que dividiéndose en hatillos o cofradías de corto personal, irían todos entrando en el comedero, y hasta los gatos serían ministrables. La ambición de estos hombres raquíticos y de cortas luces se limita, como ves, a la vanidad de ser ministros, sin otros fines que darse tono, repartir empleos, y que la señora y los niños paseen en coche galonado. Ello les dura poco tiempo, y salen del Gobierno en completa virginidad política. Lo más que han hecho es *estudiar* los asuntos que allí se quedan para que los *estudie* el sucesor. Esta caterva de *estudiantes* debiera ser mandada, ¡voto a Sanes!, al limbo de las eternas vacaciones...

Esto dijo la vieja *Mariclío*, a quien diputé por persona sagaz y de mundana picardía. Salió para entrar de nuevo, y durante su ausencia me visitó Graziella en un intermedio de sus abluciones. Aún le faltaban toques de afeite y compostura, y el pelo lo traía suelto... La peinadora, que podía pasar por hombre público, según lo que charlaba y peroraba, lucía en el cercano gabinete la soltura de su lengua. La tía *Mariclío* volvió a mí con un libro viejo, que abrió sobre el velador, sentándose en postura de escribir.

—Aquí voy yo anotando... Mira, mira—me dijo risueña, escribiendo con un estilete que a cada momento se llevaba a la boca para mojarlo con su saliva—. Obligada estoy por mi Destino a mencionar todo lo que hace esta gentezuela; pero escribo sus nombres con una saliva especial que me dió mi padre para estos casos.

—¿Qué casos?

—Esta saliva tiene una virtud preciosa. Lo que con ella escribo se lee hoy, se lee mañana; pero luego se borra y no llega a la posteridad.

X

Ignoro cómo tracé, con rápido mover de pluma, lo que suponía dictado por don Manuel Ruiz Zorrilla; pero hablando en conciencia, no puedo afirmar sino que me lo dictaron los mismos demonios. En mi escrito, que no tiene principio ni fin, ensalcé el radicalismo puro, única receta para sacar a esta nación de su atonía y somnolencia mortíferas. Si don Manuel se sentía con redaños para obra tan grande, bastárale plantarse en firme y dar grandes voces, diciendo: «Cortes y rey, caterva de políticos intrigantes y ociosos: Convocad a la nación con verdad y honradez, y ella os dará un criterio de gobierno. ¿No queréis hacerlo? ¿Teméis que os manden a todos al corral? Pues aquí estoy yo para esa hombrada... ¿Que yo tampoco me atrevo? Pues al corral con vosotros... Venga un hombre, un tiazo que hable poco y sepa sacar la voluntad nacional de las teorías pedantescas a la realidad viva... O perecemos como nación, o hay que rehacerla desde el cimiento. Justicia, Ejército, Administración, Trabajo, Igualdad ante la ley. Libertad de la conciencia. Que todo sea nuevo, de flamante material y hechura... Que todo sea tan sólidamente construído, que no podamos volver atrás, y que si cuatro carcundas o cinco sacristanes intentasen remover las viejas ruinas, sean hechos polvo, y el polvo aventado por los espacios infinitos...» Estos y otros disparates escribí con mano febril, dejándome arrastrar de mi ardiente imaginación y de mi odio a las repugnantes rutinas y ficciones que forman el entramado político y social de nuestra existencia.

Tres, cinco, seis pliegos emborroné, cual máquina que obedece a un impulso extraño y superior. En mi delirio llegué a trazar planes y programas de orden jurídico financiero social: Presupuestos, Organización de Tribunales, Mecanismo electoral, Espectáculos públicos, Relaciones entre el Municipio, la Provincia y el Estado; Ley de Servicio militar, Catastro, Minas, Código de Comercio y mil y mil disposiciones que, en surtidor inagotable, salían de mi cabeza... Y en los pasajes más afluentes de mi inspiración metía paréntesis imperativos: «Don Manuel, ánimo; don

Manuel, atrévase; don Manuel, ahora o nunca...» La presencia de Graziella, ya peinadita y acicalada, contuvo un tanto la velocidad de mi rotación cerebral. Leyó algo de lo que yo escribía; lo alabó sin entenderlo, y yo le dije:

—Espérate un poco, ninfa hechicera. Déjame acabar. Aún me falta lo de Culto y Clero, Instrucción Pública...; ahí es nada... Receta contra frailes y monjas...

—Con toda esa monserga que llevas a tu casa, doña Cabeza quedará desenojada. El toque está en que sortees la primera embestida de la fiera celosa...

—Déjame acabar. Pongo la última razón: «Don Manuel de mi alma: o sois el salvador de España, o quedaréis perdido en el montón gregario, donde se os pondrá un cencerro y pastaréis tranquilamente en el Presupuesto...»

Concluído mi trabajo, me sentí satisfecho, y hasta cierto punto conforme con la esclavitud que la hechicera me imponía. Ya me inquietaban menos los temores y el deseo de volver a mi casa. Hallábame un sí es no es alelado, como si obraran en mi voluntad los efectos de un licor o esencia de extraordinaria virtud aplanante. A ratos dormía, y en mi sueño me asaltaban visiones placenteras, me arrullaron lejanos cantos eróticos de ninfas, entre cuyas voces distinguí la de Graziella con agudas notas humorísticas... Desperté, y halléme solo en la casa, la puerta cerrada con llave... Entraron luego la italiana y su criadita, que me traían dulces, cigarros y más botellas de aquel delicioso y somnífero vino, que me apagaba la voluntad y me encendía la imaginación con ardores resplandecientes... No pedí a mis carceleras que me devolviesen la libertad. Dulce pereza me familiarizaba con la atmósfera tibia y perfumada de aquel presidio. Pasó todo el día sin que me aliviara de la holganza, y vi llegar la noche sin que me asustase la idea de pasarla blandamente en la serena gruta.

En mi segunda noche, no vi a *Mariclío*. Pregunté por ella, y dijéronme que había ido a la Academia de la Historia (calle de León), donde cobra la menguada pensioncilla de que vive. En aquella casa venerable suele entretenerse ayudando al conserje en el barrido de la biblioteca y en quitar el polvo a los estantes. Si le anochece en esta faena, suele quedarse a dormir en la portería, y por la mañana le cepilla la ropa al gran don Marcelino, por quien siente ardoroso cariño maternal... Prosigo contando que yo dormitaba, y Graziella, junto a mí, escribía cartas en el velador. Y a cada renglón que trazaba se interrumpía para celebrar con risas lo que había puesto en el papel.

—Estás en ascuas—me dijo viéndome escribir y reír juntamente—. Es que cuando estoy aburrida, me entretengo escribiendo anónimos... Verás..., escribo a las damas católicas y alfonsinas, que andan en intriga contra el pobre don Amadeo y su mujer... En mis cartas figuro que soy también católica, y que para traer al Alfonsito, ofrezco todo el *parné* que tengo... En ésta he firmado la *Marquesa del Congosto*, y en esta otra, la *Condesa de Pata del Cid*... No creas, algunas las pongo con tan lindo artificio que no parecen de burlas. Otra voy a poner diciendo que a mis *tées* viene todita la crema de Loeches. Me divierto la mar. Les digo que cuenten conmigo para todo, y que vino a verme Zorrilla para ofrecerme la plaza de camarera de doña María Victoria y yo le respondí: «Para ese cargo pongo a su disposición cualquiera de mis criadas...» Voy a escribir otra en que me planto título de duquesa, y digo que en mi palacio se han reunido ayer el obispo de la Diócesis y el clero castrense, sor Patrocinio, el fiel de fechos y dos generales invictos, manifestando todos a una que están decididos a pronunciarse por Alfonso y a dar el grito un día de éstos, con la fresca...»

Leyendo y comentando los disparates con que amenizaba sus ratos de ociosidad, me entretuvo la diablesa toda la prima noche... Me maravillaba que, en largas horas de mi permanencia en la gruta, no fuera ésta visitada de hombres... A mis dudas contestó, poniéndose un poquito seria, lo que literalmente copio:

—Aquí no vienen hombres, Tito... Porque has entrado tú, no vayas a creer... que esta casa es un tranvía para el infierno... Infierno no digamos... En fin, lo que sea. Yo vivo amparada por un señor, por un caballero...; te lo diré claro, por un sacerdote que podría ser mi padre..., y por su comportamiento conmigo lo es. Créelo, Tito, aunque lo oigas

de estos labios míos, que te parecerán mentirosos: puedes creerme que persona como ésa no existe en el mundo, y que si entre tantas virtudes no tuviera la flaqueza de quererme sería un verdadero santo, mejor que muchos que se han encaramado en los altares. El nombre no te lo diré: lo venero y guardo por respeto... Es bueno para todos; es humano, caritativo, y no se asusta de nada. En su oficio de cuidar de las almas cumple como el primero... Reprende todos los vicios; pero hay uno en que a mi buen cura le falta valor para incomodarse..., y abre la mano... Lo que él me ha dicho mil veces: «Por esta debilidad, que es imperio de la carne, no se va al infierno. Se va por la crueldad, por el no socorrer a nuestros semejantes cuando están necesitados, por levantar falsos testimonios, por la usura, la ira y la soberbia.»

—Me dejas atónito, Graziella. Y ¿cómo has encontrado ese mirlo blanco, ese espejo de caballeros, más digno cuanto más tonsurado?

—¡Ay, no fué poca mi suerte al dar con él! Perdida andaba yo, cuando una casualidad me deparó su conocimiento. Hará de esto diez años. Me recogió y amparó... Prendóse de mí; le cautivaba el fenómeno de que siendo yo lo que era tuviese el poquito de ilustración que se me pegó en Italia. El también estuvo en Italia. Era familiar de un cardenal español, y fué con él al Conclave en que eligieron Papa a Pío Noveno. Cuenta cosas muy interesantes del Conclave y de fuera de él. En Roma perdió la fe... Ya sabes: *Roma vedutta, fede perdutta.*

—¿Y no quieres decirme...?

—No, no; Tito. El nombre no me lo preguntes... Es persona muy conocida, muy apreciada en Madrid... Puedo alabarle, puedo contarte lo bueno que es...; pero la boca se me cierra al querer pronunciar su nombre. Si algún día lo sabes, te lo callas, guárdate de decir que es mi protector, y que viene a verme una o dos veces por semana... Antes venía más a menudo; ya no puede... Está viejo y achacoso...; las piernas le flaquean... Ya no dice misa todos los días... Sale poco de su casa... Y ninguna falta le hace trabajar en el oficio de cura, porque es rico. Tiene fincas allá por Toledo, y dinero en el Banco.

A propósito de la riqueza del santo varón, dije a la ninfa que bien podría contar con una parte en la herencia, si no había sobrinos o amas con mayor derecho, y Graziella me aseguró que no tenía pizca de ambición en lo tocante a intereses. De aquí derivó la conversación hacia el terreno moral, y no pude ocultar a la moza mi extrañeza de que no guardara fidelidad a un protector tan generoso y bueno. Delicada era la cuestión. Graziella supo sortearla con sutil razonamiento y gracia... Harto sabía el caballero sacerdote que su protegida era de la piel del diablo, alocada fantasía y temperamento inflamable. Tolerante y filósofo, no había de exigir que... Sin manifestarlo claramente, dió a entender a su amiga que podría tomarse una libertad relativa..., evitando todo escándalo. Mil veces le había dicho que no era pecado..., sino en tanto cuanto... Ni Graziella encontraba la fórmula racional para cohonestar sus pasatiempos licenciosos, ni yo podía dar mi conformidad a tan absurda ética.

Con nuevos pormenores adornó la ninfa su peregrino cuento. La razón de su odio al farsante Alberique era que este malvado, furioso porque ella desatendió sus requebrajos, cometió la villanía de abochornar públicamente al cura, una mañana, a la salida de la parroquia de San Marcos. De aquí provino el entusiasmo y alegría de ella cuando supo que yo le había metido una bala en el cuerpo, y el felicitarme y hacerme por escrito amorosas carantoñas, llamándome valiente caballero y un poquito héroe... Otro detalle: el buen presbítero era muy aficionado a los estudios históricos; poseía copiosa biblioteca, y mataba sus largos ocios escribiendo una obra de mucha miga, titulada: *Historia del clero mozárabe en la diócesis de Toledo.*

—Y para que te enteres, Tito—añadió Graziella, poniendo toda el alma en sus ojos—: aquellos benditos clérigos no eran *solteros*, y todos tenían sus lindas barraganas. De su gran obra ya lleva el señor publicados tres tomos...; la venerable *Mariclío* que has visto en casa, sabe de estas cosas más que yo. Ella te contará...

Esto y algo más que hablamos completó en mi mente la figura extraña de la hechicera, que en su gruta me alojó tres

días. Al tercero salí, más que por impulso mío, por un suave empujón de ella, que así me dijo:

—Ya es hora, Tito, de que vuelvas a tu casa. Anda; muéstrale a tu consorte el programa pistonudo que te ha dictado don Manuel. Tres días y dos noches te ha tenido en su casa sin dejarte salir... Entiendo yo que, al verte llegar, Cabeza te recibirá de uñas, bramando improperios y rugiendo amenazas. Pero en cuanto se entere de lo que rezan esos papeles, se irá trocando de frenética en razonable, y de dura en tierna. Si así no fuere, aplícale unos cuantos bastonazos en las partes blandas, con que la sacudas bien el polvo, sin hacerle daño. Verás qué pronto se le aplaca el genio... Anda, hijo mío; no lo pienses más. Animo, y a la *Cabeza*.

Salí de la gruta con flojera de piernas y desmayo de mi corazón, y en todo el largo trayecto desde aquel lejano barrio al mío, fuí pensando en la catástrofe que esperaba y temía. Al dar en mi calle los primeros pasos, me detuve a pensar si no me convendría más volverme atrás y emprender definitiva y veloz carrera en sentido contrario. La imagen de María de la Cabeza Ventosa de San José se me ofrecía en el pensamiento como la de una espantable hidra... Por fin, anteponiendo a todo mi dignidad de varón, avancé hacia el peligro y me metí en la tienda... Las caras de los dependientes me dieron la impresión de estupor, de miedo y lástima... Yo les dije:

—¿Qué hay de nuevo por aquí...?

Y como no me contestaran, quedándose ante mí cual estatuas de hielo entre percales y lanillas, les dije otra vez:

—¿Qué hay por aquí...? Y de ventas, ¿qué tal?

El mayor de ellos respondió:

—Así, así... Y a usted ¿cómo le ha ido por esos mundos?

—¿Qué mundos ni qué carneros?... ¿Cabeza no está?

—Creo que ha salido. Suba usted y le dirán...

Subí medio muerto de sobresalto. Salió a recibirme Jesusa, la criada vieja que a Cabeza servía desde tiempo inmemorial. No esperó a escuchar el metal de mi corta voz para decirme:

—Cabeza no está. Se ha ido a casa de su tía doña Florencia.

—Pero ¿no vendrá pronto?

—No... Pase usted por aquí. Tengo que darle un recado.

Llevóme a la que había sido mi habitación, y con seca voz me dijo, señalando mi baúl:

—Aquí tiene usted su ropa...; lo mismo la nueva que los pingajos que trajo acá... Puede usted retirarse. Cabeza me ha dicho que le diga..., vamos..., que no volverá a su casa... hasta que usted no se haya ido, llevándose su ropa.

—¡Jesús, Jesusa!—exclamé yo—. Eso no puede ser... Necesito explicar a Cabeza... ¿Ve usted estos papeles que traigo? Pues aquí está la explicación... Don Manuel Ruiz Zorrilla...; ya sabe Cabeza que...

—Cabeza no sabe nada de eso. Por don Ignacio Rojo Arias mandó recado al señor Ruiz Zorrilla, preguntándole... Total, que ni ese señor le llamó a usted, ni usted ha parecido por la casa de él, y que todo es inventorio de usted. Ya se lo dije yo a Cabeza: «¡Ay Cabeza, Cabeza; ten cuidado con esa sabandija que has metido en tu casa!»

—Pero yo necesito explicar, dar mis razones... Este papel... ¡Oh! Me harán pedazos antes que retirarme sin que Cabeza se entere de... Dígame, Jesusa: ¿las personas que aquí suelen venir han hablado desfavorablemente de mí...; han supuesto que yo...?

—Algo han hablado, por mi fe. «Es mucho Tito éste», decía el señor de Bringas. Según don Roque Barcia, usted se había perdido en los laberintos federales. Ni don Mateo Nuevo, ni don Roberto Robert, ni ningún otro dieron razón. Y todos a una decían: «Perdido está entre faldas...» ¡Ah!, se me olvidaba... Llegó ayer una carta... La firmaba una marquesa... A ver si me acuerdo... *La marquesa de Pata del Cid*... Decía que el señor Tito se había puesto al servicio de las damas católicas y alfonsinas, y que con ellas pasaba el día y la noche... Ya se vió que era broma. Pero detrás de las bromas salen las verdades... Conque a despejar pronto... Cabeza no vuelve a su casa, ya se lo he dicho, ¡caramba!, hasta que usted no se haya perdido de vista.

—Pues ¡ea!, me voy al otro mundo —dije, avergonzado de la ultrajante despedida—. Me llevo mis papeles... Ella se lo pierde. A ver, a ver, Jesusa: lla-

me usted a un mozo de cuerda para que me lleve el baúl. Y diga usted a Cabeza que la perdono. Ella se lo pierde... Ella es la reacción; yo soy el progreso, pero *el progreso indefinido*... No lo digo yo. Lo dice Ruiz Zorrilla en estas páginas que han de ser inmortales... ¡Ea!..., con Dios... Abur... Conservarse. ¡Oh, qué país! Al español honrado no se le hace justicia hasta que se muere... Pues venga la muerte, y tras de la muerte vendrá la justicia, vendrá la apoteosis...

Y así, empleando los tonos patéticos al emprender mi forzosa retirada, salí de aquella casa, donde mi vida tormentosa gozó algunos días de regularidad placentera. Mandé el baúl a la portería de mi antigua casa de la calle de los Leones, y me lancé a una divagación callejera, dando libre vuelo a mi desolado pensamiento. ¿Dónde me guarecería? Felizmente, tenía cinco duros, que me había echado en el bolsillo al salir para mi aventura loca. Por una noche y un día, podría creerme potentado. En el café de las Columnas me convidé a comer una tortilla y un bistec, seguidos de café con leche... Abreviaré mi relato, diciendo que aquella noche me dió albergue Mateo Nuevo, mi consecuente y bondadoso amigo, y que al siguiente día mis pasos se fueron solos, por inconsciente magnetismo, hacia el barrio de Maravillas, donde tenía su encantadora gruta la diablesa causante de la soledad en que me veía...

Entré en la calle, y como a primera vista no reconociera la casa, fuí mirando los números, y atontado anduve de abajo arriba sin encontrar el 16 que buscaba. Aturdido, pregunté a una mujer, que parecía portera:

—¿No es éste el dieciséis?

Respondióme que era el 14... «El siguiente será el dieciséis», dije yo; y la maldita vieja, que me miraba con sorna, tomándome por demente o borracho, pronunció estas fatídicas expresiones:

—El número que sigue es el dieciocho. En la calle no hay dieciséis. Lo hubo. ¿Ve usted esa valla de madera que sigue?... Pues en ese solar estuvo el dieciséis...; si usted no manda otra cosa...

No pude menos de hacer una juiciosa observación: «Anoche debió ser derribada la casa, porque ayer estuve yo en ella. Y si así no es, habré yo confundido el número.»

—Dígame: ¿no vive en este catorce una señora que llaman doña Graziella? Si no es aquí, será en el dieciocho.

Oído esto, la portera me dió la contestación más inconveniente y soez:

—¿Sabe lo que le digo? Que si viene usted dormido, aquí tengo yo el palo de la escoba para despertarle... Y váyase pronto a que le den el amoníaco.

En mi confusión y azoramiento, al ver desaparecida o tragada por la tierra la gruta de la maga, me retiré sin saber por dónde iba. El incierto rumbo de mis pasos me llevó a la calle de Fuencarral; por ésta me metí en la de San Mateo, y al promedio de ella vi que hacia mí venía una persona..., un hombre, en quien creí reconocer a uno de mis amigos más queridos. Dudé; desconfiaba de mis ojos, que en tales días padecían quizá la dolencia de ver visiones. Avanzaba el sujeto... Su talla y andar, su rostro, su larga perilla rubia no podían engañarme. Era él, era él. Cuando a mí llegó con los brazos abiertos, mis dudas se extinguieron en este grito de alegría:

—¡Estévanez!... ¡Nicolás Estévanez!

XI

Bastante más joven que él era yo, y por la edad, como por el respeto, solía llamarle *don Nicolás*. El me devolvía la fineza, llamándome, burlonamente, *don Tito*. Abrazados todavía, me dijo que acababa de llegar de Cuba por vía muy larga y tortuosa... ¡Qué viaje, qué fatigas! Aún llevaba el pantalón blanco de hilo que usan los militares antillanos. Con él salió de la Habana, con él andaba en Madrid por no tener otro. ¡Y estábamos en pleno invierno! Por sólo este detalle, me movió a grande admiración la sublime pobreza del héroe... Así le llamo, porque por tal le tuve y le tengo.

—Yo no poseo más que cincuenta reales mal contados, don Nicolás—le dije—; pero con esa suma, le convido: almorzaremos juntos.

Aceptó, y nos fuimos en busca de un cafetín. Por el camino, y dentro del local modesto donde almorzamos, me ex-

plicó los motivos de su inesperada vuelta de Cuba, cuando le suponíamos allá bregando con los insurrectos... Hallábase en Madrid de reemplazo a fines del 71. No deseaba la situación activa, porque en ella se habría visto en el caso duro de tener que combatir a los republicanos. Puesto en el dilema de faltar a sus deberes o a sus arraigadas creencias, pensó en abandonar la carrera militar... Sus modestas ambiciones se verían colmadas con un destino civil. ¿Cuál? Desde niño soñaba con desempeñar plaza de torrero en un faro. Era su ilusión «vivir entre las olas, con los pies en tierra, gozando la inefable ventura de no tener vecinos».

Ignoro si había llegado Estévanez a pretender la plaza de torrero, que era su ensueño. Soñando vivía cuando se pensó en destinarle a un regimiento, y aquí vino el conflicto: o mandar soldados, cuya misión entonces no era otra que pegar a los republicanos, o abandonar la carrera. No teniendo otro medio de vivir que su paga de capitán, salió del paso pidiendo el traslado a Cuba con el propio empleo. Otros iban con ascenso; él no aspiró a tal gollería. Embarcó en octubre; llegó el 2 de noviembre, día de los Difuntos; se presentó a las autoridades; no se le dió ocupación activa, ni en guarnición ni en campaña. Su único trabajo era pasearse en la acerca del Louvre, y charlar con los amigos en el café del mismo nombre.

Ocurrió en el curso de aquel mes que se alborotaron los voluntarios por no sé qué broma, ligereza o travesura de los estudiantes de Medicina. Contaba don Nicolás que no dió importancia al suceso, y que cuando oyó en el café que se había formado Consejo de guerra para juzgar a los estudiantes, creyó que era también ligereza o broma de la enfatuada tropa de voluntarios... Una tarde, al entrar en el café, lo encontró casi vacío. En las calzadas y paseos próximos no se veía un alma. ¿Qué ocurría? Pues nada...

—Pero ¿qué ocurre?—preguntó a un mozo del café.

—¿Qué ha de ocurrir? *Que los están fusilando.*

—¿A quién?

—A los estudiantes.

Contándolo, el rostro de Estévanez se transfiguraba..., parecía otro...

—Nunca ni antes ni después—me dijo—, en ninguno de los trances por que he pasado en mi vida, he perdido tan por completo mi aplomo. Grité, me descompuse, pensé en mis hijos, creyendo que también me los fusilaban... No sé lo que me pasó... Ahora mismo no puedo explicármelo.

El horror de la brutal tragedia, la indignación, la idea del oprobio que caería sobre España y su Ejército por tal acto de barbarie, le pusieron en un estado congestivo, privándole de conocimiento. Fué menester sangrarle. Amigos cariñosos le llevaron a su casa. En una noche de insomnio y horribles pesadillas, atormentado por la idea y visión de que le arrancaban de cuajo el alma, y con ella los sentimientos más arraigados, Estévanez pasó por todas las formas de demencia; y cuando ésta fué declinando hacia la serenidad, surgió la inquebrantable resolución de abandonar la isla.

Hombre de tal temple, enardecido desde sus años juveniles en la devoción de la Humanidad de que se derivan las ansias de libertad y progreso, no podía vivir en aquel campo de fieras discordias: por un lado, los enemigos de la patria; por el otro, los que, llamándose hijos de ella, la deshonraban con sus violencias y crueldades; allí la soberanía del honor militar; aquí el imperio de las ideas... Imposible residir en Cuba sin tirar el uniforme o tirarse al mar...

Pero, ¿cómo volver a España? Amigos fieles facilitaron a don Nicolás la salida de aquel cráter: se solicitó del capitán general licencia y pasaporte para la Península, y conseguido esto, ya sólo faltaba esperar la salida del primer vapor. Pero a Estévanez se le hacían siglos las semanas, los días... Ansioso de partir, como si en ello le fuera la vida, tomó pasaje en una goleta, llamada *Estrella,* que salía para Nueva Orleáns con cargamento de madera... El relato que me hizo el hombre de su viaje en aquel barcucho, ponía los pelos de punta. Fué un viaje de incidentes y trabajos que recordaban la primitiva navegación en los mares de América.

Zarpó la goleta al anochecer, y a las pocas horas se inició en su bodega un incendio. Echaron el bote al agua, y en él se embarcaron, precipitadamente, tripulación y pasajeros. Estos eran dos:

don Nicolás y un chino. El capitán de la goleta, un yanqui de mala catadura, les puso a remar, y al fulgor de las llamas que devoraban el barco emprendió el bote la penosa navegación por un mar nada tranquilo. Sospechaba mi amigo que el incendio no había sido casual: capitán y tripulantes dieron fuego al barco con un fin de piratería. Provocaban un siniestro para estafar a la Compañía de Seguros... Esto sospechó Estévanez. Confirmaron su presunción las maneras y actitud del capitán y marineros.

Rema que te rema, los dos infelices pasajeros veían cercano el momento de ser asesinados o arrojados al mar. Parecía novela de navegación por aguas de piratas o caribes. El miedo que pasaron fué tal, que a otro que Estévanez le habría durado toda la vida. Así transcurrió la noche, y en tan horrorosa incertidumbre llegaron los náufragos al nuevo día. Felizmente econtraron un vapor yanqui, que los recogió y los llevó a Cabo Haitiano. De Cabo Haitiano partió mi amigo a Santomas, y allí, descansado de tan hondas angustias, no pensó más que en dar realidad legal a la situación que se había creado. Al abandonar la isla de Cuba, devolvía resueltamente a la nación la espada que ésta puso en sus manos. En cuanto pisó tierra de Santomas, fué al Consulado de España, y entregó al cónsul un pliego en que solicitaba del rey la licencia absoluta.

—Lo hice con pena—me dijo, grave y melancólico—. Yo no tenía más carrera que la militar: era capitán del cincuenta y nueve, con el grado de comandante; pero me había persuadido al fin de que no se puede permanecer a la milicia cuando se antepone la propia conciencia a todas las leyes, a todas las ordenanzas, a todos los prejuicios de profesión y de escuela...

Siguió refiriéndome que por hallarse muy escaso de dineros tomó pasaje de tercera en un vapor francés que a Europa venía con escala en Santander. Recaló el vapor en el puerto cantábrico en día de furioso temporal del Noroeste, y suprimida la escala, siguió a Saint Nazaire. Desembarcó don Nicolás, y con los pantalones blancos de la Habana, en pleno invierno, y la misma ropa veraniega, estuvo en Nantes... Prosiguiendo en ferrocarril su odisea, pasó la frontera y se plantó en Madrid.

Esta breve y pálida referencia no puede dar a mis lectores idea, ni siquiera remota, de la precisión, elocuencia y donaire con que el héroe, que tal nombre debo aplicarle, relataba su dramático viaje de las Antillas a España, y las tremendas causas que lo motivaron, y el admirable tesón cívico que vigorizaba su alma generosa: Oyéndole, saboreaba yo una gallarda página histórica, que él solo puede y debe escribir, como su propio creador o cosechero.

Del cafetín fuimos, corriendo calles, a la busca y captura de amigos de él y míos, y por el camino le enteré de las extrañas cosas que aquí pasaban. Se maravilló y enojó de que los republicanos estuvieran divididos en intransigentes y benévolos, y me dijo que por esta castiza propensión al divorcio estábamos tan lejos del advenimiento de la República. No había en España voluntades más que para discutir, para levantar barreras de palabras entre los entendimientos y recelos y celeras entre los corazones... Puedo afirmar con plena convicción que de cuantos amigos tenía yo ninguno me cautivaba como aquel hombre inflexible y *de una vez,* dicho sea vulgarmente.

Perdonenme ahora si me acuso de una nueva licencia cronológica... Caigo en la cuenta de que mi destornillado caletre ha invertido los hechos, pues mi encuentro con Estévanez fué bastantes días después de mi violenta salida de la casa de Cabeza y de la misteriosa desaparición de la gruta (número 16 de cierta calle) en que visité a la ninfa graciosa y endemoniada. Se me apareció el gran republicano ya bien entrado enero del 72, y lo compruebo con un dato político. Hablamos don Nicolás y yo del Ministerio Sagasta, y precisamente en aquellos días don Práxedes derribó con un simple codazo al Gobierno de Malcampo para subirse al pescante y coger las anheladas riendas.

Sagasta era otra vez el gallo de nuestro corral político, y con su arrogante cresta o tupé, su quiquiriquí tribunicio y el irisado plumaje de su simpatía personal, dominaría las olas que socavaban el trono de Amadeo I. Del caído Ministerio conservó a Malcampo y a Angulo, y completó el retablo con estas figuras:

De Blas, Groizard, Topete y Gaminde.

En los propios días, ¡oh lector mío bonachón!, esa misteriosa fuerza de los hechos menudos, que llamaré *onda social*, me apartó del trato y compañía de Nicolás Estévanez para llevarme a la vera de mis antiguos camaradas de *El Debate*. ¿Fué caso providencial, o una nueva virazón de mi voluble Destino? Pues una noche, dadas ya las once, me encontré a Ramón Correa, que del Príncipe venía muy embozado en su capita. Del teatro solía ir a sus tertulias de gente de tono, y después se zambullía en el Casino hasta el amanecer. Me paró; hablamos con expresiva confianza; quejóse de mi retraimiento...

—Pero ¿dónde te metes, Titillo? Ya sabes que te queremos... Vete por mi casa...

Le prometí visitarle, y él puntualizó la cita, diciéndome:

—Vete pronto. Ya sabes..., a la *hora a que me levanto. Abur.* ¡Qué flaco estás!

La hora a que me levanto era, en el reloj de la vida de Correa, las siete de la tarde. Hombre más nocturno no he visto nunca. Vivía en un pisito bajo de la calle de Claudio Coello. Retirábase al despuntar el día. Despertaba de doce a una; se incorporaba, y sus criadas le servían un buen almuerzo en una mesilla de patas muy cortas, construída *ad hoc* para formar un plano sólido sobre las telas del rebozo. Después de bien almorzado, seguía durmiendo hasta las seis y media o las siete. Era la hora de recibir a los amigos, y lavándose y vistiéndose, charlaba con ellos hasta que salía para la casa rica en que había de comer. Tal era el vivir de Ramón Correa, que se pasaba meses y años sin conocer al sol más que de oídas. En la noche social resplandecía la luciérnaga de su grande ingenio. Por ser Correa cubano, debo decir *cucuyo*. De noche brillaba más que de día, y hablando más que escribiendo, pues la indolencia ponía diques a su talento para mostrarse en la literatura escrita. Su gracia, su exquisito gusto literario y su inmenso saber de cosas mundanas corrían sin tasa en los raudales de la conversación.

Desde que iniciamos la nuestra, todo lo que me dijo mi amigo, acabado de salir de la cama, iba encaminado a catequizarme para que me hiciese sagastino. Con burlas y razones quería convencerme de mi estulticia, y alabó a don Práxedes y al duque de la Torre, presentándolos como los únicos hombres que podían traer a España la paz, el bienestar y la cultura. Era Correa un espíritu liberal metido en la armadura de un eclecticismo elegante y conservador, como Albareda y demás políticos procedentes de *El Contemporáneo*. Con el buen gusto y la pasta de un positivismo del mejor tono, adornaba sus argumentos. Pero con todo su donaire y amenidad no lograba convencerme.

—Mire usted amigo Correa—le dije—. Yo, bien lo saben Albareda y Ferreras, escribo fácilmente, ajustándome a las ideas que se me piden. Escribo en republicano, escribo en conservador y hasta en *neo* si fuera menester. Pero esto es, como si dijéramos, producción inconsciente de mi ser, un chorro con variados criterios, que brota de mí sin más valor que el de un juego de palabras. Dentro de mí quedan mis convicciones inalterables. Si se me piden parrafadas anónimas, dispuesto estoy a darlas; pero si me quieren afiliar públicamente al sagastismo, o como se le llame, no accederé nunca, aunque usted me ofrezca posiciones, destinos y jamón con chorreras. Vendo por un pedazo de pan mis tiradas de prosa política; mis ideas no las vendo por ningún tesoro.

Sin pensarlo, me ponía yo en la cuerda paradójica en que él, con gracioso balancín, sabía moverse y bailar.

Todos guardamos en nuestra alma, querido Tito, un depósito grande o chico de convicciones, que vienen a ser nuestro equipaje para el siglo que viene. Pero no cambiemos de siglo antes de tiempo. La vida presente nos tira del faldón cuando queremos lanzarnos hacia un lindo porvenir, y nos dice: «Detente, amigo, y no corras hacia las fechas de mil novecientos diez o mil novecientos quince, que aún están vacías.» Tiéntate el estómago, y tu estómago te dirá: «Estoy como caño de órgano. Echenme algo pronto, que si no, me muero y te mueres.»

De broma en broma fuí a parar a mi grave profesión de fe política, diciéndole que yo no quería cuentas con Sagasta, el cual era el escepticismo, el aplazamiento, el *ya se verá*, y yo aceptaba de lleno el programa de don Manuel Ruiz Zorrilla, la reforma inmedia-

ta, radical, concluyente... Libertad de cultos, ensañanza totalmente laica, derechos inalienables, imprescriptibles; igualdad social, reparto equitativo del bienestar humano, supresión del voto de castidad, desamortización de conciencias, ejército cívico, autonomía municipal y provincial. Fuera títulos de nobleza; fuera cruces y calvarios... No más pena de muerte; no más quintas; no más frailes; no más gandules presupuestívoros; no más colmenas para zánganos administrativos...

En mi exaltación, me dejé decir aturdidamente que tal programa me lo había dictado *el propio cosechero,* y en mi poder lo tenía para darle publicidad... Mirábame Correa con asombro, poniéndose las gafas, después de lavarse... Dudó de que yo estuviera en mis cabales; soltó la risa... Volví yo entonces de mi fugaz desvarío, y sujetando la burra que se me quería escapar, rectifiqué. No me lo había dictado Zorrilla... Obra mía fué la nueva Constitución, en noche fantástica, hospedado en la gruta de una hechicera Circe, barragana de un cura loco.

Contagiado el gracioso cubano de los escapes flamígeros de mi pensamiento, aseguró que él iba más allá, y que dentro de un par de siglos levantaría la simpática bandera de la supresión de todo Gobierno, que es como decir *anarquía.* La entidad Gobierno es la negación de la paz pública... Y de aquí, con gradaciones airosas, iba a parar a este dilema: O yo me afiliaba públicamente en el sagastismo, o se me ofrecería celda gratuita en Leganés, ya que no se habían creado aún los *tonticomios* que reclama el considerable aumento de la mocedad... Una vez que endilgó su frac, como feliz comensal de casa grande, salimos juntos, y por la calle repitió sus bondadosos requerimientos para redimirme de la oscuridad y solitaria pobreza en que yo vivía. Díjome al despedirse que si él no lograba convencerme lo haría Ferreras, que también me distinguía y honraba con su afecto...

A buen paso me fuí a mi domicilio, que a la sazón era una casa de huéspedes, calle del Amor de Dios, de mediano trato y no muy lucido aspecto, donde en días de penuria grande me metí, por los motivos y circunstancias que a renglón seguido contaré. La horripilante situación de mi erario me lanzó nuevamente a la busca y captura de la Casa Rostchild, la cual, echando los bofes, encontré reencarnada en un varón seco, duro, agrio, que se llamaba don Francisco Torquemada y vivía en la calle de San Blas, zona baja de Atocha. Enorme cantidad de saliva gasté y sinfín de escalones subí para conseguir de aquel perro algún alivio de mi necesidad. Pidióme garantía del Banco de España, o la firma de Manzanedo, y cuando ya llegaba yo a los extremos de la ira, llegó él a los de la piedad, y salí de su casa contento, aunque desplumado para una fecha no lejana. Al despedirme quiso mostrarme su protección, recomendándome una casa de huéspedes buena, limpia y económica. Acepté por hallarme a la sazón muy mal alojado, y por dar gusto a Torquemada. Sin duda, la casa de pupilos era suya, o de algún cliente con quien iba a la parte.

Mi patrona era una pobre mujer derrengada y envejecida por el trabajo, con la carga de cuatro hijos y la impedimenta de un marido que no le servía para nada, en el orden de la industria huesperil. Llamábase Nicanora, y Rosita la mayor de sus niñas, que era muy mona y algo bachillera. El esposo, don José Ido del Sagrario, había sido maestro de escuela. Aquejado de cierta frialdad del cerebro, hubo de abandonar el noble oficio de desasnar chicos; mas no con el descanso pudo recobrar la salud, ni siquiera un mediano *gobierno* de su máquina muscular y nerviosa. Quedó, pues, en situación de esqueleto vestido de fláccidas carnes; no resistía ningún trabajo fuerte, físico ni mental; ocupábase tan sólo en repartir entregas de una Casa editorial, reduciéndose a un corto callejero, y en hacer recados a los huéspedes, que eran conmigo tres estudiantes de San Carlos. El trato de Ido me agradaba; era hombre que no carecía de luces, aunque solían brillar tan sólo por ráfagas intercadentes, lívidas llamaradas de alcohol. Tristeza y goce me causaban a la par mis conversaciones con aquel hombre inocente y bueno, cerebro que yo comparaba a la celda de una cárcel en que hubiera estado preso un filósofo. Este se había fugado, dejando en las paredes efluvios de su espíritu.

A poco de entrar en la casa de doña

Nicanora, tuve amores con una princesa... Déjenme explicar. Era una tiple que había estrenado en los Jardines del Retiro el airoso papel de *La princesa Colibrí,* farsa medio lírica, medio bailable. Por la interpretación libérrima y desahogada de aquel personaje mímico y cantable quedóle entre el vulgo teatral el mote de la *Princesa.* Su nombre auténtico era Pepa Hermosilla, sobrina carnal de dos quapísimas hembras de la generación pasada, las *Hermosillas,* comúnmente llamadas las *Zorreras,* por ser hijas de un fabricante de zorros. Vierais en Pepa una mozuela linda y desfachatada, bailarina más terrestre que aérea, tiple ligera, ligerísima.

XII

Sí; tan ligera, que la conocí antes de medianoche en el escenario, y a la madrugada estábamos ya casados requetecivilmente... No debería yo contar estas cosas; pero allá van para descargar mi conciencia, mostrando a mis lectores la locura de aquellos años juveniles. Confieso mis pecados con la mira saludable de que en ellos se vea la procedencia de mis fieros quebrantos y desdichas, y de ello tome ejemplo la juventud, para que se aparte de los caminos que no conducen a la moral... Pues, señor, llevaba yo media semana en las alegrías de *príncipe consorte,* cuando una tarde me encontré en la plaza de Matute con aquella Lucrecia de quien ya hice mención, bonita y vaporosa rubia bermeja, amiga de Felipa..., la que conocí asociada a un jugador de oficio que llevaba la pechera y los dedos cuajados de brillantes. Al jugador le había salido la mala, y se lo llevaron los demonios. Lucrecia se me presentó desolada. La compadecí, le prodigué los consuelos que mi alma generosa me sugería, y, por último, observando que su pena no tenía más alivio que el contármela a mí, decidíme a protegerla; hablamos, nos entendimos, y punto concluído.

Mi doble juego de amor fué descubierto a los pocos días por las dos apasionadas hembras, a quienes yo engañaba y entretenía con toda clase de sutilezas o equilibrios. El resultado fué que estalló el conflicto una mañana... Encontrándose en la calle de Santa Isabel, se acometieron, se arañaron, se dijeron cuanto dos bravas mujeres pueden decirse en caso tal, y se arrancaron recíprocamente mechones de sus respectivas cabelleras, negra la una, rojiza la otra. El culpable de aquela mujeril trifulca, que los periódicos narraron como un caso de risa y festejo, fué el bendito chiflado don José Ido, a quien entregué dos cartas, una para cada cual, y el desventurado filósofo las trabucó y... Ya comprendéis lo demás... Cuando, enterado de la zaragata, increpé al mensajero por su descuido, me respondió con fría y angelical serenidad:

—Francamente, naturalmente, yo pensé, señor don Tito, que usted, en vez de regañarme, me agradecería la equivocación, porque así, enzarzadas la una con la otra, se ve usted libre de las dos, y quedará en franquía para mejor arreglo con una sola.

No dejé de apreciar en su justo valor esta sutil filosofía; pero, ¡ay!, de lance mujeriego no me resultó el beneficio que el candoroso Ido presumía, sino todo lo contrario... Sucedió que cuando se hallaban Lucrecia y Pepita en lo más recio de su pelea, acudió a separarlas y poner paz una señora que con su criada venía de hacer la compra en el mercado de los Tres Peces... Logró el armisticio entre ellas; oyó las razones de cada cual, y con humanitaria diligencia vino a mí para gestionar avenencia y concordia con una de ellas, ya que con las dos no podía ser. Y cómo se arreglaría la desconocida señora en su arbitraje, que de las sucesivas conferencias resultó que llegué a un *modus vivendi* con las dos separadamente, y luego me entendí con la mediadora, que era mujer agradable, viuda en buena edad y de no poca sal en la mollera... Yo no sé qué tengo, señores que me leéis, no sé qué tengo... Lo mismo es hablar yo con una mujer, que ésta se pone tierna y no tarda en enloquecer por mí... No sé lo que tengo, repito no sé...

De lo que acabo de referir salió, como podréis suponer, mayor desventura mía, y el trabajo hercúleo de tener que triplicarme con diarias fatigas y combinaciones. La más amada de las tres era la que fué mediadora. Trataba yo de que fuera la única; pero tales dificultades y trapisondas me salieron al paso en mi

tentativa de moralidad, que hube de seguir bailando, como decía el otro, *en el triple trapecio de Trípoli,* hasta que la desdichada derivación de tales hechos dió su funesto resultado... Antes de que pasaran dos semanas de este horrible trajín, Lucrecia fué asesinada por el empresario de timbas que había sido su amante, y aunque no me alcanzaba ni alcanzarme podía culpabilidad en el crimen, por el lugar y ocasión en que fué perpetrado, no me libró del espanto y consternación propios del trágico suceso. Pocos días después descubrió la *Princesa* mi triple juego, y, alborotada, se plantó en mi casa, y cual furiosa rabanera vertió sobre Nicanora y el pobre Ido las más groseras injurias. Lo que me dijo a mí me está escociendo todavía... Y, por último, compasivo lector, mi *tercera,* que yo tenía por primera, no pudo menos de abrir sus enamorados ojos a estos escándalos, y me despidió de su trato, ya que no de su corazón, derramando lágrimas amarguísimas.

Era una viuda tierna bastante supersticiosa, tirando a mística. Llamábase Delfina. Su padre fué un excelente confitero, que tuvo gran parroquia en Madrid. Su marido fundó y disfrutó la más elegante funeraria de esta corte, industria que la viuda traspasó, mediante *conquibus,* al que había sido primer dependiente del fundador. Con este provecho y lo que heredó de su padre, Delfina disfrutaba de un buen pasar; vivía holgadamente, y daba socorros a parientes pobres, suyos y de su marido... Entendía yo que aquellas granjerías, tan diferentes en forma y fondo, habían dejado en la infancia y juventud de la buena señora la impresión de las cosas familiares adheridas a la existencia. Por esto decía de ella mi amigo Roberto Robert que era *dulce y tétrica...,* y que en su carácter veía un ataúd lleno de yemas y tocino del cielo.

Algo de verdad había en estas paradojas. Mi amiga era suave y borrascosa; con sólo minutos de diferencia, mordía y acariciaba. Ferviente devota de San José, a quien pedía todo lo que anhelaba, creía mil profanos disparates. Cuando en misa sacaba el cura casulla verde (lo que sólo en contados días se ve), doña Delfina se llenaba de terror, y de la iglesia salía persuadida de la proximidad de grandes daños y calamidades. Creía en el mal de ojo y en las recetas para impedir sus terribles efectos, y era fuerte en fórmulas cabalísticas para conseguir de la Santísima Trinidad la pronta cura de tercianas y cuartanas.

Refiriendo a mi persona estas extravagancias, diré que la viuda me quería y me apartaba de su trato; tan pronto era la benigna divinidad que por mí se interesaba, como la fiera sacerdotisa que arrojaba sobre mí siniestros augurios y maldiciones... Termino el retrato con estas noticias, que, si por el momento no interesan, podrán tener algún valor en lo que más adelante relataré. Delfina Gil era natural de un pueblo próximo al que tuvo el honor de verme nacer. A no pocas personas de mi familia conocía, y huroneando en el pasado sacaba remotos entronques de sus antecesores con el claro linaje de los Livianos.

Adelante con mi cuento. Las resultas de la referida borrasca mujeril y la extraña doblez del carácter de Delfina, mi benéfica protectora por un lado, por otro mi fiscal implacable, me llevaron a un estado de intensa melancolía. Vagaba yo mañana y tarde por los barrios extremos y las afueras de Madrid, hablando a solas o pronunciando discursos férvidos ante la soledad agreste. El casual encuentro con algunos amigos me sacó del pozo de mis meditaciones, llevándome a la política, que es eficaz medicina de tristezas. El trajín de las opiniones propias y ajenas, que en mil casos no nos llegan a lo hondo del ser, nos restablece a una normalidad vividera y al suave pasar de las horas y los días... Sin saber cómo, llegué a verme metido en el hervor de la campaña electoral. Corría febrero; marzo le siguió en aquel afán; yo, avispado o embrutecido, que esto no lo sé por la propaganda, me metí más en ella. No era que yo pretendiese la diputación; pero amigos míos pedían sus votos al pueblo, y quise poner en la lucha todos mis esfuerzos, interesándome particularmente por Nicolás Estévanez, que presentaba su candidatura en uno de los distritos de Madrid.

En aquellos días de ciego furor sectario quedó formada la magna coalición o piña electoral para derrotar al Gobierno. Componían la Junta mixta, o, si se quiere, el pisto manchego, tres individuos por cada uno de los cuatro partidos de oposición: por el carlismo, tres

neos hidrófobos; por el alfonsismo, tres reverendos caballeros de los de alba camisa, únicos poseedores de lo que se llama *dotes de gobierno;* esto es, planchado con brillo; por los radicales, tres añejos progresistas, y por los republicanos, los más culminantes del partido. Omito los nombres para no contribuir a que llegue a la generación venidera el fuerte olor del vinagre en que se hizo esta ensalada o gazpacho...

Menudeaban las reuniones, las prédicas y las asambleas. Yo fuí a las que celebraron los republicanos en el teatro de la Alhambra, y sin hacerme de rogar, por impulso instintivo y comezón declamatoria, en todas hablé... Me oían con vivo interés, me aplaudían a rabiar. Luego mi ardor y los aplausos me llevaron a la exageración de mi énfasis, a emplear argumentos retorcidos y dislocados y a burlarme de la lógica. Una noche defendí el contubernio electoral, y a la siguiente lo combatí con saña... Sin saber cómo, se me salían del pensamiento a la boca las ideas de aquel fantástico programa que supuse dictado por Ruiz Zorrilla en la hechizada gruta de Graziella. Todas las zarandajas de mi credo radicalísimo iban cayendo de mis labios sobre el auditorio, como lenguas de fuego sobre el montón de combustible. Una noche, a la salida, Santamaría y Luis Blanc me dijeron:

—Chico, no hables más. Te exaltas demasiado. Procura serenar tu entendimiento.

Estas suaves reprimendas de mis amigos, y otras más agrias de algún primate de los que ocupaban la mesa, conminándome con no concederme la palabra si seguía por aquel camino, me redujeron a un triste silencio. Salíame yo por las tardes a los barrios del Sur, y de allí a las afueras, y dondequiera que veía un grupo de seis o siete personas, me detenía y les predicaba... No tardé en encontrar prosélitos; llevaba tras de mí una pandilla de hombres y mujeres, que me incitaban a que les arengase, y yo, diciendo para mí: «Aquí que no peco», soltaba el surtidor de mi desordenada oratoria. No ponía ningún freno a mis ideas, y lo menos que les decía era que el mejor Gobierno era el no-gobierno... Cuando a mi casa me retiraba, fatigado y ronco, y en la soledad de mi cuarto, con fría reflexión, pensaba en mis discursos, me astaltaba la sospecha de que en mi cerebro había ocurrido alguna conmoción que desmontara o por lo menos sacara de sus quicios las piezas del mecanismo pensante. Y cavilando más en esto cada noche sobre el agasajo de las almohadas, creí dar con la razón de tales sinrazones. Sí, en efecto, yo iba camino de la demencia o de la chifladura, la causa no podía ser otra que el desequilibrio en que estaba mi ser por la interrupción de mis conquistas y de los dulces efectos de ellas, o sea el trato con el bello sexo.

Firme en esta tesis, me propuse volver a las amenidades amorosas. Sí, sí; el amor es la vida, y además la razón y el perfecto funcionar armónico de nervios, sangre, masa encefálica, estómago, pulmones, etc... ¿Qué hice? Visitar a Delfina Gil y abordarla bruscamente con arrumacos sentimentales, suaves arrullos, miradas incendiarias, y sobre todo ello puse las *floriturás* y *fermantas* de un vocabulario de seducción que, dicho sea sin falsa modestia, sé manejar como nadie... Pues Delfina no me hizo caso. Hallábase en un estado de espíritu incompatible con mis malvadas pretensiones. Sufría el ataque de virtud furiosa y empedernida, que solía durarle diez o doce días y a veces meses enteros. Seria y desdeñosa, me dijo que llamase a otra puerta, y al verme salir, me retuvo para echarme esta suave *indirecta del padre Cobos:*

—Estás mal de la cabeza, pobre Tito. He notado el desorden de tus razonamientos. Tus amigos se alarman oyendo los disparates que dices en los *metingues.* Será preciso aislarte, tenerte en encierro y observación hasta que entres en caja. Escribiré a tu familia, enterándola de tu mal. Allá dispondrán si vienen a buscarte y te llevan al pueblo, que sería lo más acertado, o me autorizan para ponerte en cura.

Yo me reí...

—Adiós, adiós...

Al pie de la letra tomé el *llama a otra puerta,* y de la calle de la Magdalena me fuí tan campante a la de Tabernillas. Sabía que en aquellos barrios moraba mi antigua socia Felipa, que aún me guardaba ley, demostrándomelo en repetidas ocasiones con recaditos de amistad, y aun con menudos obsequios... Busca buscando, la encontré en la calle

del Aguila, más negra y agitanada que antes, por efecto del negocio de carbón a que se dedicaba en compañía de un hombre robusto, tiznado y carbonífero, llamado Bernabé Díaz. A mis halagos contestó Felipa que no contara con ella para nada contrario a la fidelidad que a su Bernabé debía. Hallábase, pues, en pleno período de virtud; era feliz, trabajaba de sol a sol, y no cambiaba su actual vida de activa tranquilidad por otra de escándalo y deshonor. Preguntéle si se casaría con Bernabé, y me dijo:

—En eso andamos. Las damas catoliconas nos están trabajando el casorio. Yo lo deseo. Me espanta la idea de llegar a vieja sin tener un arrimo y vivir en ley...

Ya me iba cargando tanta virtud... ¿Por ventura tendría yo que hacerme también virtuoso para recobrar mi equilibrio?... De la carbonería pasé a la taberna próxima, donde tuve la satisfacción de encontrarme a mi amigo y casi pariente *Sebo* por mal nombre, rodeado de toscos ciudadanos, entre los cuales estaba el tal Bernabé, presunto esposo de Felipa. Trataban de la elección por aquel distrito (Latina), el más republicano de Madrid. *Sebo*, agente electoral de la coalición, recomendaba la candidatura de Estévanez, que era predicar a convencidos, pues en aquel barrio pobre, liberal y entusiasta, gozaba don Nicolás de gran predicamento. Metí yo al instante mi cuarto a espadas en la reunión, haciendo del candidato el más fogoso panegírico que aquellos hombres inocentes habían oído. Y fué grande mi satisfacción oyendo lo que a la salida de la tasca me dijo Telesforo:

—Mi antiguo señor, el marqués de Beramendi, me ha mandado que apriete de firme para sacar a Estévanez, pues aunque no le trata ni le ha visto nunca, le tiene en gran estima por su honrada convicción y por lo derecho y firme que va camino del progreso, sin mirar atrás.

Desde aquel día me metí en el trajín electoral, y tuve la dicha de oír de los autorizados labios de don Nicolás, en las reuniones del teatrito de la calle de las Aguas, parrafadas y apóstrofes tan tremendos como a los que a mí me valieron poço menos que la excomunión de la asamblea del partido... Si a mí me tuvieron por loco, no lo estaba menos Estévanez, y esto me consolaba. O ser revolucionario de verdad, o no serlo. Si nuestra sociedad reclamaba, con su hondo malestar, renovación completa, nada se haría si no demolíamos el vetusto y apuntalado edificio para reconstruirlo con nuevos planos, nuevos materiales y arquitectos nuevos. Sacáramos éstos de la nada, no del personal existente... Antes de crear un nuevo mundo, hiciéramos un delicioso caos.

No canso a mis lectores refiriendo al detalle una campaña electoral en que apenas hubo pelea, por la excelente disposición del popular distrito y el arranque del candidato. Sin gastar una peseta le sacamos, con 8.000 votos de ventaja sobre el contrincante sagastino. Los electores eran gente sencilla, proletaria, que no ambicionaba destinos ni prebendas, voz y voluntad auténticas del pueblo soberano. La coalición triunfó en Madrid, con dos republicanos: Estévanez (Latina) y Galiana (Hospital); cuatro radicales: Montero Ríos (Palacio), Ruiz Zorrilla (Centro), Martos (Congreso) y Becerra (Audiencia); el único ministerial que tuvo acta fué el general Beranger (Hospicio). En provincias, los amaños de Sagasta dieron a éste una mayoría gregaria; mas no pudo ahogar el empuje de las minorías. Sólo el carlismo trajo treinta y cinco puntos... Y éstos sí que eran puntos negros.

Seguí en relaciones de cordial amistad con Estévanez, que no se envanecía de su triunfo, ni creía que en el futuro Congreso pudieran hacerse campañas eficaces para la idea republicana. En nuestras charlas, tuve el gusto de oír de su boca las apreciaciones más exactas de la realidad política en aquellos días. La revolución estaba muerta, por haber perdido en gran parte la savia progresista que le dieron los trabajos del 67 y el triunfo del 68. Los alfonsinos habían ganado terreno con la traída de un rey extranjero; contaban a la sazón con lo más florido de la oficialidad del Ejército. Todo cuanto veíamos despedía olor a muerto. Los gobiernos de don Amadeo no salían de la norma y pauta somníferas de los gobiernos anteriores a la revolución. Los vicios se petrificaban, y las virtudes cívicas no pasaban de las bocas a los corazones. Administración, Hacienda, Instrucción Pública, permanecían en el mismo estado de quietismo y

pereza oriental. No salía un hombre que alzara dos dedos sobre la talla corriente. Hacía falta un bárbaro, como Pizarro, que, sin saber leer ni escribir, creó un mundo hispano en la falda de los Andes.

Estas ideas me cautivaron. Sí, hacía falta un bárbaro que creara otro mundo hispano. Pero aquel bárbaro no era yo, que poseía regular cultura, sabía escribir y echaba sin ton ni son discursos elocuentes... Hacía falta un mudo, que hablara con los hechos y con la piqueta, demoliendo los viejos muros, sin pedir permiso a las letras de molde; un mudo, sí, que entendiera de cirugía política y supiera leer lo escrito con caracteres de fuego en al alma de la nación... Debajo del pesimismo de mi gran amigo latía, como es de ley en todo ser superior, un fuerte optimismo. No desconfiaba de la idea, sino de los hombres que en el telar político, llamándose ministeriales o de oposición, tejían la misma tela frágil y descolorida, tan fea y tan mala por el derecho como por el revés... En suma: que la oposición republicana, aliándose con los Nocedales y Barzanallanas, se contagiaba de esa legalidad indigesta que siempre resulta infecunda, y cándidamente hacía el juego a sus naturales enemigos. Los arañaba; pero no supo darles, como debía, muerte y sepultura... Mientras más lecciones de estas cosas me daba mi amigo, más me enamoraba su carácter. Lo que aún tengo que decir de él quédese en remojo todavía, pues me urge contar un suceso de importancia, que a mi ver cae dentro de la fase humorística de la Historia. Sígame, si gusta, el benigno lector desde este capítulo al que inmediatamente le sigue.

XIII

No cesaba yo de interrogarme así: «¿Estaré un poco demente, o siquier tocado de tenaces manías, la manía de mi proteísmo, que consiste en escribir con distintos criterios y aparente convicción; la manía de mi esencial criterio inmanente, de tendencias atrozmente revolucionarias?» Y otra cosa pregunto a los que me leen y a mí mismo: «¿Todo lo que cuento es real, o los sueños se me escapan del cerebro a la pluma y de la pluma al papel? Las amorosas conquistas que me sirven de trama para la urdimbre histórica, ¿son verdaderas o imaginarias? ¿Creo en ellas porque las imagino, y las escribo porque las creo?...»

Mientras con ayuda de mis indulgentes lectores dilucido estos puntos, seguiré contando... A ver si me acuerdo... Ya, ya he cogido el hilo... Pues Felipa, después de repetida por décima vez la proclamación dogmática de su virtud, me aconsejó que viese a Celestina Tirado y a sus buenas disposiciones me encomendara.

Pero..., el demonio lo hacía..., encontréme a Celestina también atacada de monomanía virtuosa y en vías de abandonar su vil industria, dándose de baja en el escalafón del infierno. Tenía una hija, criada en el campo, ya grandecita. Celestina la llevó consigo, sedienta de cariño maternal, que apenas había gustado en su vida liosa. Enteróse de ello la marquesa de Navalcarazo, y queriendo apartar a la pobre niña de todo influjo maléfico, obligó a la madre a ponerla bajo la guardia y custodia de unas monjitas de la calle de San Leonardo. Accedió Celestina, movida de un vago prurito de corrección espiritual, y las mañanas pasaba en la iglesita del convento o en la frontera parroquia de San Marcos, entretenida en rezos y otros actos de devoción. Hablando de esto, me confesó que hasta las oraciones más elementales, Credo y Padrenuestro, se le habían olvidado, y en aquella ocasión las aprendía de nuevo, sintiéndose volver a sus años infantiles.

En estos contactos con la vida eclesiástica, la antes pecadora y después reformada Celestina echóse también su director espiritual, y tuvo la suerte de topar con un sacerdote ejemplarísimo, llamado don Hilario de la Peña. Hablando de él, la pícara convertida no agotaba el filón de las alabanzas. Tales cosas me dijo, que me entraron vivas ganas de conocer al bendito clérigo. Y una mañana, en que mis divagaciones callejeras me llevaron a la de San Leonardo, me deparó mi suerte el encuentro de Celestina, que del convento salía con su reverendo amigo y capellán don Hilario, y ambos iban hacia la parroquia de San Marcos. Presentóme la pícara como periodista y cultivador de las letras, y apenas hablé diez palabras con el buen

señor le diputé por hombre bueno, tolerante y de no común cultura.

Metióse Celestina en la parroquia y yo seguí con el cura hasta la puerta de su casa. Era viejo, de gran talla y al parecer gotoso. Aliviaba su cojera con un grueso bastón. Lucio y carilleno, parecióme hombre que se había dado buena vida. Su afable sonrisa y sus ojuelos vivarachos delataban el amplio conocimiento del mundo y el hábito de la preciosa indulgencia. Mostróse complacido de hablar con un escritor, y, juzgándome con benevolencia cortés, por desconocer mi escasa valía, me reveló que él también plumeaba, por pasar el rato y sin pretender el galardón de la fama.

—Soy aficionado a los estudios históricos—dijo con modestia—, y he consagrado mis ocios a escribir la *Historia del clero mozárabe en Toledo*, de la cual llevo ya publicados tres tomos. Es obra de pura erudición, árida, como centón de documentos.

Mi cortesía correspondió a la suya, diciéndole que conocía parte de los tres tomos publicados, y haciendo del contenido de ellos un ardiente elogio. Al darme las gracias advertí en él un amable escepticismo. No creía en mi entusiasmo por su obra... Con recíprocos plácemes y cumplimientos nos separamos, pidiéndole yo la venia para visitarle, pues me honraría mucho su trato y buena amistad.

Y no pasaron tres días sin que me personara en la casa del cura. Me recibió en su biblioteca, que era copiosa y algo desordenada, como toda biblioteca en que se trabaja. De lo que habló don Hilario saqué en limpio que era rico, que por no abandonar en absoluto su ministerio religioso desempeñaba la capellanía de las monjas vecinas. Algún trabajo le daba el delicado gobierno de las conciencias de aquellas santas señoras, que por no tener nada que hacer inventaban pecadillos y apuraban la paciencia del confesor para lavarlos y restablecer su inmaculada pureza... Deseaba el señor Peña ocasión para zafarse del engañoso lavatorio y planchado de las monjiles conciencias... También me dijo que le amargaba el sentimiento de no poder terminar su obra. Herido de la gota y otros desgastes del organismo, sólo contaba ya con un par de años de vida, o poco mas...

La persona del venerable clérigo trajo a mi cabeza espantosa confusión. Antes de tratarle, tenía yo noticia de él (ignorando el nombre) y de su magna *Historia del clero mozárabe*. Intentaba yo por mañana y tarde descifrar aquel enigma, y desvanecer mi perplejidad. No sé cuántas veces me llegué a la calleja, entre Monteleón y Maravillas, y con ojos inquietos buscaba el 16 de marras, sin perder la esperanza de que la casa de aquel número hubiera salido de las entrañas de la tierra. Pero lejos de ver que ésta devolvía lo que se tragara en días ya lejanos, mi barullo mental aumentó con sucesos más contrarios a la lógica y al sentido común.

Acudiendo una mañana de abril a mi tercera visita, encontré a don Hilario en la calle, yendo por la de los Reyes. Nos paramos, y después de los recíprocos saludos, me dijo:

—Tengo que ir a Palacio. Si no tiene usted qué hacer, acompáñeme, y por el camino le contaré el porqué de ir yo a a la casa grande, novedad para mí extraordinaria, pues sólo una vez estuve en ella, cuando a doña Isabel le dió por hacerme obispo y yo rehusé. No recuerdo la fecha. Ello fué cuando Pío Noveno concedió a doña Isabel la Rosa de Oro. Vamos, hijo.

Andando, siguió así:

—Pues esta buena señora, doña María Victoria, sale ahora con que quiere nombrarme capellán de ese asilo que ha fundado para las lavanderas... Ello habrá sido idea del conde de Ríus, intendente de Palacio y gran amigo mío. Usted le conocerá: es yerno de Olózaga, que también me honra con su amistad. Sea de quien fuere la iniciativa de mi designación, voy a decir que nombren a otro. Yo declino ese honor, yo no sirvo para nada. Busquen para las lavanderas un clérigo mozo. Yo no estoy ya para ninguna función que reclame el vigor juvenil...

Charlando con voluble intercadencia de veras y bromas, llegamos a Palacio y entramos en la Intendencia, que está, como sabéis, en la planta baja, plaza de la Armería. En una antesala nos detuvimos; salió el intendente, conde de Ríus, a quien yo sólo conocía de vista; el cura me presentó a él como un amigo que le acompañaba en clase de rodrigón o *lazarillo de su cojera*, y pasaron

los dos al despacho próximo, donde, a mi parecer, trataron de la capellanía de lavanderas. Quedéme solo en aquel aposento, donde no veía más que estantes llenos de legajos y algunos cuadrotes deslucidos del tiempo y del humo del gas, y que representaban edificios o campiñas de los sitios reales. A poco de estar sumido en tal soledad, sentí hormiguilla en brazos y piernas y zumbar de mis oídos, cual si a ellos llegaran las ondas de un lejano son de bronces vibrantes. Convirtiéronse aquellos sonidos en voz humana, demasiado dulce para ser de hombre, demasiado grave para ser de mujer. Volví la cabeza... y vi que por escondida puertecilla entraba un bulto... Mi primera impresión fué de una señora gorda y ajamonada... Al acercarse a mí se volvió esbelta, sin gran merma de sus carnes lúcidas. Vestía elegante traje negro de seda, a la última moda... ¡Ay Dios mío! Que me llevaran los demonios si no era la *Mariclío*, con sinfín de años menos de los que representaba cuando anteriormente la vi y muy apersonada y peripuesta.

—Hola, Tito—me dijo con graciosa confianza, arrastrando un pesado sillón para sentarse frente a mí—. ¿No me habías conocido? Vengo ahora un poquito transformada. Yo me pongo más fea o más bonita, según los lugares por donde paso y las diligencias que traigo entre manos. Estamos en lo que los periodistas llamáis el *regio Alcázar*, y cuando aquí entro, procuro adecentar mi facha y traje, por si me sale en estas alturas del Estado algo decoroso que pueda llevar a mis archivos.

Diciendo esto, alargó hacia mí uno de sus pies con la mayor desenvoltura, sin cuidado de que yo le viera la pantorrilla. Calzaba en aquel pie un lindo borceguí colorado, con tacón de plata. Y viéndome suspenso, sin saber qué hacer con el precioso y bien engalanado pie, me dijo, risueña:

—Parece que estás tonto. Haz el favor de descalzarme. ¿Tanto te asusta una vieja compuesta? No es el coturno lo que ves: es un zapatón de media gala. Me lo he puesto para venir a esta casa, y ya me pesa. No lo merecen...

Le quité el borceguí con todo el respeto que me inspiraba, y al instante sacó, no sé de dónde, una blanda zapatilla, que por su propia mano se calzó, sin esperar mi auxilio. Antes de repetir la operación en el otro pie, levantóse muy ligera y dió paseos airosos por la estancia, un pie con medio coturno y el otro con zapatilla. Esgrimiendo la que le quedaba en la mano, decía:

—Con este escarpín azotaría yo las posaderas de los desgraciados y ridículos hombres que arriba he visto. Pide a tu patria que tenga un arranque y los mande adonde fué mi amigo el reverendo *padre Padilla*.

Dicho esto, volvió a sentarse; la descalcé y calcé del otro pie, y quedóse meditabunda un mediano rato, mientras yo discutía mentalmente con mis ojos sobre la realidad o ficción de lo que veían, y les acusaba de burlarme con alucinaciones infantiles... Y ellos me contestaban que no era culpa suya, sino de doña *María Clío*, hechicera y juguetona. Esta terminó sus meditaciones, diciendo:

—Mal andan allá arriba. Ministros y rey han rivalizado en torpezas. Al rey le disculpo. Sagastinos y zorrillistas le traen mareado con sus necias enemistades por un quítame allá esas pajas. Los ciento noventa y un votos que dieron la Corona a la Casa de Saboya, ¿qué se hicieron? Hanse dividido en dos bandos; viven tirándose a la cabeza todos los trastos de la Constitución. Como don Amadeo no se imponga a esta tropa, ya puede preparar sus equipajes... Figúrate, hijo mío, que los llamados constitucionales se dividen a su vez, y por la combinación de generales andan también a repelones... El sábado, día de Consejo en Palacio, se presenta Sagasta en la cámara real y dice al rey que no se celebrará Consejo, porque no hay asuntos de qué tratar. No le valen al camerano sus marrullerías, y Amadeo, con acento más firme del que suele usar, le contesta: «Si el Gobierno no tiene hoy nada que decirme, yo tengo cosas muy serias de qué hablar al Gobierno. Cite usted ahora mismo, y aquí quedo esperando...»

—Ya sé lo demás, señora mía—repliqué yo—. Lo traen los periódicos.

—Cada periódico cuenta el caso a su modo y con el aderezo y salsa que cada bandería suele gastar en sus guisos. Oyelo de mi boca que no miente. Mi único guiso es la verdad... Azorados reuniéronse los ministros en Consejo, y ante ellos desenvainó el monarca un

papel que leyó con buena entonación. El documento era declamatorio y enfático, como los que escribías tú en *El Debate* recomendando el específico de la conciliación. No admitía el rey nuevas disidencias, ni que el partido llamado Constitucional se partiera en mitades, que en la política general resultaban cuarterones. La intención expresada en el papelito era buena, el modo de señalar y el estilo, vulgarotes a no poder más... Los ministros fueron desde aquel momento pintorescos personajes de ópera cómica. ¿Dimitían o continuaban después de rascarse las partes de sus cuerpos azotadas por el papelito? De sus reflexiones resultó que debían quedarse, con ligero cambio de personas. No hay cosa más desagradable que dejar vacías las poltronas para que otros las ocupen... La gran escena cómica de hoy en la cámara regia y piezas inmediatas es de tal modo bochornosa, que me he quitado los coturnos por zafarme de la obligación de contarla. Para dar noticia de lo que hoy he visto, heme puesto estos borceguíes raídos y viejos... Figúrate que los sagastinos y unionistas han arreglado su guisote de crisis con salsa de calamares, y hoy se han presentado a jurar.

—Juran y perjuran poniendo su mano al revés sobre un falso Evangelio.

—¡Anda, que del indecoroso plantón que les dió el rey se acordarán mientras vivan! Yo le dije a Sagasta: «¿No te sientes humillado? ¿Eres un cochero que viene a pedir plaza en las caballerizas?» Y él, rascándose la barba, me contestó: «Paciencia, *madre Clío;* este oficio pide mucho aguante y resignación por arrobas. La política es valle de bilis.» Dos horas les tuvo Amadeo en la antecámara. A lo mejor salía Dragonetti con recaditos: «Dice su majestad que si traen el programa.» Y el riojano de amarillo rostro y boca rasgada respondía: «El programa no lo traemos; pero... se traerá. El amigo Colmenares lo está confeccionando...» *Confeccionando,* como si fuera un pastel o una torta de dulce... Vuelve Dragonetti con dulzura oficiosa, y dice: «Que si no traen el programa no juran.» Yo disimulaba mi enojo hablando de teatros con la marquesa de Constantina. El hombre del tupé bajó al Ministerio de Estado con De Blas, y los que allí quedaron se miraban asustados de su paciencia ovejuna. Me acerqué al ministro primerizo y le dije: «Simpático *pollo antequerano,* parece que estás triste. Te ha tocado un estreno de mala sombra.» Y él, desplegando su boca y mostrando su blanco dentamen, se sacudió así la broma: «Madre, la buena sombra la traigo yo conmigo... Sea usted benigna, y dejaré memoria de mí.» Volvió de Estado Sagasta, con el tupé más crecido y la color más biliosa. Traía también el programa, que enseñó a los amigos. Como reapareciese Dragonetti con nuevas chinchorrerías, Práxedes le dijo: «Aquí está, aquí está el programa. Mañana lo verá su majestad en la *Gaceta.* Le hemos dado forma de circular a los gobernadores. Se les dice que este Ministerio es estrictamente compacto, que somos el progresismo histórico, firme columna de la Monarquía; y al propio tiempo les encarecemos la más exquisita legalidad en las elecciones. Legalidad ahora y siempre, para que el sufragio sea la exacta expresión de la voluntad del país...» Amén. Pasaron a la cámara real; hicieron arrumacos de juramento... Yo lo vi; hice cuanto pude para ponerme seria. Di una vuelta en derredor de todos; pasé delante del rey, casi tocándole las narices, y ni él ni sus desaprensivos secretarios me vieron. Fuertemente dirigidos hacia los senos de su egoísmo tenían los ojos del alma, y los del cuerpo estaban ciegos. «Si me vierais, hijos del aire—les dije—, no seríais lo que sois.» Bajé corriendo a quitarme el calzado que torpemente llevé a las alturas. No merecen los de arriba mis tacones de plata... Y ahora, buen Tito, acompáñame. Quiero espaciarme, alegrar mi pobre espíritu ansioso de verdad. Vámonos a la Fuente de la Teja, y allí veremos a los soldados bailando con las criadas. Aquello, en su humildad, es más noble que esto. De allí puede salir algo grande; de aquí, no. Iremos también a ver a los chicos jugando al toro o a la tropa, en la Virgen del Puerto. De allí saldrán hombres de poder, ciudadanos, trabajadores, mártires, héroes. Aquello es la sal y el fuego de la vida... Aquí no hay más que hombres de humo que burla burlando asfixian a su patria.

Ya estábamos en la puerta con ánimo de no parar hasta la Fuente de la Teja, cuando llegaron don Hilario y el conde de Ríus, que bajaban de las habitacio-

nes de su majestad la reina doña María Victoria. Hablando pasaron junto a nosotros, como si no nos vieran. Creímos entender que había sido mala inteligencia del conde la designación del señor Peña para la capellanía de lavanderas.

—Le han llamado—me dijo *Mariclío*—porque a esta buena señora le ha dado ahora por hacer obispos. Cree con esto desarmar a las damas católicas que le han declarado la guerra. Equivocada está de medio a medio, porque aunque propusiera una hornada episcopal de sacerdotes virtuosos y entendidos, el Papa no los aceptaría... Así lo dije ayer a doña María Victoria, y ella me aseguró que secretamente, y sin que lo supieran don Amadeo ni Víctor Manuel, había tendido un hilo de inteligencia con el Vaticano, y por este hilo le habían dicho que sí, que propusiera... ¡Ay, no sabe esta buena señora con quién trata! Yo le dije: «No te fíes. Suponiendo que Pío IX entre por el aro, no te preconizará más que obispos carlistones, afectos a él más que a ti y a tu marido... Hija mía, no te metas con Roma, ni creas que amansarás a las apostólicas damas poniéndote todos los moños del catolicismo y del papismo...» Y este bienaventurado Hilario Peña no se calará nunca la mitra. Es hombre bueno, sabio y caritativo. No tiene ambición...; no quiere *obispar*. Ya sabes que pertenece a la militar Orden de Santiago el Verde, quiero decir que es de Caballería.

XIV

No sé cómo escapamos de aquel antro, que tal me parecía... Salimos oyendo la voz lejana de don Hilario, que decía: «No, no; nunca.» En la calle nos encontramos *Mariclío* y yo, y apenas tomamos la dirección que ella indicara, noté que su persona se iba despojando de la dignidad señoril, y su vestimenta desluciéndose hasta tomar las apariencias humildísimas con que la vi en la gruta de Graziella. Pero a medida que envejecía y se vulgarizaba, era mayor su agilidad, y su paso tan vivo que no podía yo seguirla sin sofocarme. Yo me preguntaba: «¿Cómo ha podido cambiar tan pronto de traje y facha?... ¿Y dónde demonios lleva escondidos los zapatos de medio lujo?... ¿Y cómo salimos de Palacio sin pasar por ninguna de sus puertas?... ¿Y qué se le habrá perdido a esta buena señora en la Fuente de la Teja?»

Por Caballerizas, cuesta y puerta de San Vicente, puente del Manzanares llegamos al popular sitio de recreo. Hormigueaba en él la descuidada plebe; sonaban en estridente algarabía los organillos, los pregones y el gozoso runrún de los merenderos. Por entre la turbamulta paseamos; *Mariclío* habló con dos aguadoras; yo, con un mendigo lisiado, a quien llevaban en un carrito... Llegamos adonde militares y muchachas habían armado el incansable bailoteo. Daba gusto ver el entusiasmo con que ellas zarandeaban sus cuerpos en aquel ejercicio, agarrándose al hombre o bricando frente a frente y haciendo graciosas figuras.

—El baile—me dijo mi compañera de paseo—es la primitiva manifestación del arte y del amor. En su ritmo verás el aleteo con que la especie humana dice: «No quiero morir, sino vivir y reproducirme.»

Contemplando los enardecidos grupos danzantes, y luego las parejas que entre los espesos olmos se alejaban buscando la soledad, *Mariclío*, con lenguaje que sólo entendíamos el viento y yo, les decía:

—Divertíos en la edad gozosa... Soldaditos y criadas, chicos y chicas que comenzáis la vida en la sana esclavitud de las obligaciones, no os detengáis, y, de estos devaneos inocentes pasad a mayores devaneos... Casados o sin casar, cread españoles traednos ciudadanos, que es menester venga nueva generación a enmendar a ésta, desvaída y decadente. Traed acá nuevos hombres de quienes yo pueda referir acciones altas y nobles.

Seguimos andando... Yo era un autómata... En la Virgen del Puerto y la Puente Segoviana, nos cruzábamos con parejas a quienes *Mariclío* hacía la misma recomendación de aumentar a toda prisa el censo de España...

—Nueva gente.... y pronto, pronto... Hombres que traigan cerebros machos, corazones grandes y ternillas a la medida de los corazones...

Pasamos luego por la *Tela*, donde vimos enorme caterva de chiquillos jugando a la tropa con palos, banderitas y

morriones de papel. Los más audaces se disputaban el mando: «Yo soy Plim», chillaba uno, y otro gritaba: «Pues yo Napolión. Límpiate...» Un tercero venía dando zancajos y vociferando así: «Quitaos, gallinas, que yo soy mi abuelo, y mi abuelo se llama el Tío Pecinado...» Formaban batallones; batían marcha imitando con la boca el *rataplán* de los tambores; disparaban tiros, se acometían al arma blanca, tomaban la fortaleza de un montón de piedras... *Mariclío* se metió entre ellos y, fogosa, les decía:

—No desmayéis, valientes chicos. Creced y dadme tela para que yo corte a vuestra patria un vestido espléndido, y dadme materia para que ese vestido salga recamado con estrellas de oro... Mandaos los unos a los otros, recompensaos, castigaos, para que aprendáis la justicia. Sed guerreros chiquitos para que de grandes seáis buenos ciudadanos.

Otras estupendas cosas l s dijo, y ellos, exaltados por tan sonoras palabras, no vieron mejor modo de expresarnos su conformidad que apedreándonos. Las peladillas silbaban en nuestros oídos... Era un disparar impetuoso y graneado que no nos hizo daño alguno. *Mariclío* se descuajaba de risa, y sin miedo a la pedrea les enardecía de este modo:

—Bien, hijos; no importa que me ofendáis ahora si mañana os portáis como dignos y valientes. Seguid, seguid jugando...

Embocábamos la calle de Segovia, cuando mi brava compañera me habló así:

—Tito mío, estas diabluras de los rapaces y el embeleso de las parejas de enamorados me consuelan de la mísera vida que arrastro en esta tu decaída tierra. Veo que abres tus ojazos, admirándome sin conocerme, deseando que te diga quién soy y te explique por qué vine al mundo y cuáles son mi abolengo y familia. Sentémonos en este sillar que aquí está como preparado para nuestro descanso.

Nos sentamos, y he aquí lo que me contó:

—Somos nueve hermanas... No te diré cuál es más joven o más vieja, pues nacimos juntas de un mismo vientre... Nuestro padre nos dedicó a diferentes artes. Cada cual escogió la más de su gusto. Una de mis hermanas se dedicó a bailarina y ha venido muy a menos; es más desgraciada que yo, y hoy nadie le hace caso. Dos fueron cómicas: la una se dedicó a la tragedia; la otra, a la comedia. Andan hoy regular; consideradas, sí, pero muy discutidas...; que si eres, que si no eres... La que estudió para oradora brilla y aparenta, mas con poca sustancia. La que se aplicó a la tarea de componer versos heroicos está por los suelos, más que yo quizá; la que hace versos alegres va viviendo.... da que hablar, y los desocupados la festejan. La que actúa de observadora del cielo y del curso armónico de los astros goza de gran predicamento. Pero la que ha subido más en el aprecio de las gentes y más éxitos alcanza es la que eligió el arte de la música, del dulce canto y tañer de concertados instrumentos. A mí ya me ves. No valgo para nada. por falta de materia con que pueda dar al mundo muestra y señales de mi grandeza... Las nueve hermanas nos vemos y nos visitamos a menudo para comunicarnos nuestras glorias y desdichas...

Cuando esto decía ya no estábamos en la calle de Segovia, sino internados en las calles más bulliciosas de Madrid. Mi interesante compañera se detuvo en un punto, donde oíamos dulcísimos acentos de violines y de humanas voces melodiosas, y despidiéndose me dijo así:

—Aquí me quedo, que siento la voz de mi hermana, la que rige y gobierna los reinos de la Música, y subiré a pasar un ratito en su compañía... Vete a descansar, que bien lo necesitas... Haz por dormirte; olvida lo que conmigo has hablado y visto, que todo es figuración y embuste de tu cerebro enardecido y no muy sano...

Dejé de verla a mi lado... Mi camino seguí claudicante y haciendo eses... Esto de las eses que yo hacía me puso en gran cuidado, pues no recordaba yo haber bebido ni una gota de licor espirituoso. Alguna cuchufleta oí referente a mis eses...; la cabeza me pesaba como si en ella se me hubiera metido todo el azogue de las minas de Almadén... No puedo asegurar cómo y en qué postura llegué a mi casa; pero es indudable que en ella y en mi cama me encontré por la mañana, como quien despierta, o más iben resucita... Apenas puse mis huesos de punta, me lié con Ido del Sagrario en agria disputa. Empezamos por sostener, yo que las Musas eran diez, y él

me contradijo con burlas diciendo que no eran más que nueve, quizá ocho no más, pues una de ellas, la de la Historia, se había dado de baja por no tener ya cosa bella o grande que contar... Estallé yo en cólera: quise pegarle, y habríamos tenido en casa una tragedia si no entrara Nicanora con zorros y una estaca para restablecer la paz. ¡Cómo estaría yo en aquellos días, que no hablaba con ningún amigo sin que acabáramos poniéndonos de vuelta y media! Con Mateo Nuevo reñí tan ásperamente, que faltó poco para enredarnos a pescozones. Por una palabra, por una sonrisa, desafié a Luis Blanc y a Roberto Robert. A Ramón Cala, por haberme recomendado moderación en la bebida (yo no la cataba), le mandé los padrinos, que fueron Ido del Sagrario y Roque Barcia.

Divagando solo, examinaba lo que bien puedo llamar mi conciencia mental, y sentía que alguna pieza del aparato pensante no se hallaba en perfecto engranaje con las demás. Yo quería pensar una cosa y me salía otra. ¿Como restablecer la ordenada función de mi cerebro? Consulté el caso con Ido, muy práctico en tales achaques, y me dijo que tomase mucha tila y no leyera más libro que *Las tardes de La Granja,* obra muy distraída, o la *Vida de Santa María Egipcíaca,* que a él le había probado muy bien. En esta situación de espíritu, llegaban a mí ecos zumbantes del estruendo político en las Cortes y en la Prensa. A Sagasta y Romero Robledo, *el gallo de Cameros* y *el pollo de Antequera,* les traían locos por la transferencia de dos millones, que la gente maleante dió en llamar *Los dos apóstoles.* Traviesos eran Sagasta y Romerito. y no reparaban en pelillos para engrasar la máquina electoral. Y aun así no pudieron impedir que trajeran acta treinta y cinco carlistas. Estos se preparaban el Norte para obsequiarnos con otra guerra civil... ¡Bueno se iba poniendo esto!...

Mis amigos políticos y particulares huían de mí o me trataban como un caso patológico. La vagarosa Delfina se presentó en mi casa un día, luctuosa y con un negro velo por la cara, y en tono dulzaino y lúgubre, revelándome su doble procedencia confitera y funeraria, me dijo:

—Tito de mi alma, tus amigos no hacen más que compadecerte; yo te compadezco y trato de curarte. Ya escribí a tu familia. Tendrás pronto remedio. La vida campestre te probará muy bien. Yo, cuando me quedé viuda, estuve también algo tocada, y con dos meses de andar al zancajo en una dehesa, pastoreando vacas y subiéndome a los alcornoques, sin cuidarme de que los zagales me veían las piernas, me puse buena, y tan fuerte, que al volver habría podido levantarte en vilo para darte azotes, como lo hice después..., bien lo sabes.

A los tres días de esta visita hallábame yo recién salido del lecho, sentadito en incómodo sillón de gastados muelles y desiguales pelotes. Trájome Ido mi desayuno, y apenas lo tomé con menos que mediano apetito, me sumergí en hondísimas reflexiones. ¿Adónde iría con mi cuerpo aquel día? Estando en los senos carvernosos de esta meditación, la mirada en el suelo, el dedo en la frente, oí ruido de voces que venían del recibimiento... Alcé los ojos, y en la puerta de mi cuarto vi un bulto, una persona que allí apareció como clavada. Era tan semejante a mí, que creí ver la reproducción de mi figura en un espejo... El sujeto que suspenso me miraba era chiquitín como yo, con mi propia cara más curtida, cabello gris y... Lo diré de una vez. Aquel señor era mi padre.

La inesperada presencia del autor de mis días sacudió todo mi ser, privándome del habla por un mediano rato... Y el pobre señor, más envejecido que viejo, se conmovió intensamente al verme tan alicaído, si bien su pena no tardó en dulcificarse, pues por la carta angustiosa de Delfina temía encontrarme en un manicomio. Pasada la efusión primera, y dada cuenta de toda la familia, mi padre planteó la cuestión secamente. Había venido por mí. Yo no dije nada; me sentía máquina rota. ¿Y cuándo nos iríamos al pueblo?... Aquella misma tarde. «Bueno..., pues vámonos.» Así dije, y mi padre dió las órdenes a Ido para que aprontara mi ropa y todo mi bagaje, con excepción de libros, pues no consentía que llevase conmigo las causas de mi desarreglo mental, que eran la vida loca de Madrid. el hervidero de las ideas disolventes y las lecturas de obras perversas que inducían a la inmoralidad y al crimen... El no tenía nada que ha-

cer en la Corte, que odiaba y maldecía...

—Yo no me separo de ti—me dijo—. Tomaremos un bocado al mediodía...; yo con un caldo me arreglo. Hoy es vigilia de precepto.

Fuimos a visitar a Delfina, y largo rato platicó mi padre con ella, recordándole sus bondades con mi familia. Y entre otras remembranzas de gratitud sacó de la oscuridad del pasado la siguiente:

—Usted, Delfina, ha sido muy buena para nosotros. Cuando vino a Madrid el año sesenta y siete mi hermana Bonifacia con su marido a consultar a los médicos su enfermedad del pecho, estaba usted recién casada. Acompañó a mi hermana en el visiteo de doctores; le regaló una magnífica torta de dulce, y cuando el pobrecito Manuel murió, no quiso usted cobrarle nada por el ataúd y hachones... Esto no lo olvida mi hermana, que ahora vive en Burgos.

Con estas y otras finezas nos despedimos, y Delfina me dió un escapulario y una cajita de bombones de chocolate para que me entretuviera por el camino... Dos horas después estábamos ya en la estación del Norte, con una hora de anticipación a la de la salida del tren, pues mi padre temía que éste se le escapara, dejándole un día más en este Madrid, objeto de todo su asco y aversión.

En marcha el tren, llevando en nuestro departamento de segunda tres compañeros y dos compañeras de camino, mi buen padre, libre ya de la inquietud del regreso, y gozoso de llevarme consigo, me franqueó sus cariñosas intenciones.

—Hijo mío, creo que sólo con sacarte del laberinto de ese Madrid arrastrado y disoluto, te curarás de tus murrias y del desvarío de tu cabeza. Te inficionaron los miasmas del vicio y de la corruptela, ¿no entiendes lo que te digo?...; pues corruptela quiere decir el burlarse de las leyes de Dios, el no amarle ni temerle, el andar en el tole tole de libertades, que yo llamo licencias, y el querer meternos a los españoles en un fregado de ideas pestíferas, y, como quien dice, republicanas. Te lo diré más claro... En los aires limpios del pueblo soltarás toda esa podredumbre y serás otro hombre... Echarás de tu cabeza todo el maleficio, dejando que entre poquito a poco, como ave que busca su nido, la paloma del Espíritu Santo.

De esta figura, que de su boca salió envuelta en seráfica sonrisa, debió de quedar muy satisfecho el buen señor, pues con ella puso punto final, y apoyando su venerable cabecita en la palma de la mano, se durmió como un ángel. Era mi padre, don Matías Liviano y Pipaón, un hombre bueno y simplísimo, incapaz de hacer daño a una mosca, de ideas petrificadas, patriarcales, resultado del vivir estrecho en pueblos de corto vecindario, sustrayéndose sistemáticamente a todo contacto con el vivir que irradia de las grandes ciudades del reino. Alavés de nacimiento, se estableció desde muy joven en Oña, patria de mi difunta madre, doña Pascuala Zurbano y Calomarde. En Oña, El Cubo y Medina de Pomar poseían mis padres algunas tierrucas y dos o tres casas de mala muerte, con que disfrutaban de un pasar modesto, insuficiente para los hijos, que aspirábamos a mejor vida. Mis dos hermanas casaron, la una con un bigardo vizcaíno, bien cubierto del riñón, vamos al decir, rico; la otra con un viudo joven de Miranda de Ebro, que traficaba en vinos de Rioja. Yo, el más chico de la familia en edad y estatura, pues a mis hermanas les tocó la talla que a mí me faltaba, anhelé desde niño horizontes más amplios, y cuando pude valerme solo, me fuí a Vitoria en busca de alimento con que saciar mi apetito mental. No hallándolo en la capital de Alava, plantéme en Madrid, desde donde anudé relaciones con mi padre, ofreciéndole villas y castillos, y pronosticándole mi próxima, indubitable celebridad.

El sueño no quiso apagar mis arrebatados pensamientos. Mi desvelo fué parte a que me fijase en una señora que a mi vera estaba, la cual durmió hasta más allá de Avila, y poco después, volviéndose a mí, me preguntó que cuánto faltaba para llegar a Briviesca. Al contestarle que allá iba yo también, vi que era de agradable rostro, lozana y risueña. Al instante reapareció en mi ser el caballero galanteador, sentí mi cabeza despejada y mi corazón henchido de amor a toda la humanidad femenina. Empecé por acometerla con discretas finuras, sondeando hábilmente su receptividad galante. Mantúvose firme un buen rato, ni admitiendo ni rechazando las

varas que yo quería clavarle; mas yo saqué las armas retóricas de mi arsenal persuasivo, y a poco de medirlas con la recatada concisión de la dama, supe que era viuda sin hijos y que tenía fincas en La Bureba... Poco a poco fué entrando en el nimbo de simpatía que sé formar entre mi persona y una blanda hembra. Desde Medina a Valladolid la dama recompensaba mi rendimiento con sonrisas y un juego de ojos que fué como si las estrellitas del cielo se colaran en la penumbra del coche. Más animado yo en cada estación, pues por éstas contaba yo las etapas de mi aventura, rompí a cantar, cerca de Burgos, la cavatina de mi declaración, con la mala pata de que en los primeros compases despertó mi padre, y estirándose y bostezando exclamó: «Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.» Al terminar la frase hizo la señal de la cruz sobre su boca, y sacando el rosario se puso a rezar... Me había cortado el resuello... ¡Ay, si no fuera mi padre...! Entre dos avemarías, pronunciadas a media voz, me dijo:

—Tito, ¿te encuentras bien? ¿Has podido dormir?

—Sí, padre; he dormido. Estoy tan bien, tan bien, que ya se me han quitado todos los males, y me siento tal y como fuí en mis días de fuerte salud, enteramente *conmutativo y bilateral.*

El pobre señor no me entendía, y siguió despachando su tercio de rosario.

XV

A poco de pasar de Burgos envainó mi padre su rosario suspirando ya por la llegada, y aunque sobraba tiempo, dióme prisa para que recogiera nuestros bultos y paquetes.

—Por Dios vivo, Tito, no se nos quede algo.

La señora guapa se arregló la cabeza y toquilla dirigiéndonos una mirada que me pareció precursora de inteligencia. Sin duda le supo mal el quedarse a media miel cuando el despertar de mi padre cortó bruscamente la volcánica declaración que yo empecé a espetarle.

—Hasta que pase Santa Olalla no hay prisa—nos dijo; y en su acento creí notar cierta dulzura que a mí solo dedicaba.

Llegamos, y al ponerse en pie la señora para salir vi con espanto que era coja, pero de una cojera de solemnidad, pues tenía una pierna de palo y se ayudaba de un bastón... En ninguna de mis conquistas tuve tan *mala pata*... Hice como que no me enteraba, y extremando mi figura y prodigando las expresiones más corteses, la ayudé a bajar del coche. Los demás viajeros seguían durmiendo profundamente. El frío era intensísimo... De mi brazo pasó la dama coja a los brazos de personas que la esperaban... Mi padre saludó a un cura, y luego al dueño de los coches que llevaban diariamente el correo desde Briviesca a Medina de Pomar, pasando por Oña, nuestro pueblo... Descansamos; amaneció, y ¡al coche!... Antes de las diez estábamos en la risueña y monacal villa de Oña, donde me crié, y con las primeras travesuras realicé mis primeras infantiles conquistas.

Declaro que me rejuvenecí y me fortifiqué con sólo pisar el suelo de aquella villa guardadora de mis dulces recuerdos. El convento de benedictinos, con su iglesia y claustros y frondosas huertas, que conservaban aún, a mi parecer, la huella de mis zapatitos agujereados a poco de estrenarlos, renovaron en mi espíritu las alegrías de la niñez. Con placer indecible me recreaba en las verdes orillas del río y en los embalses de cristalinas aguas que los frailes tenían para sus recreos de natación y pesca... La menguada población me divertía menos. En el tiempo que yo faltaba de allí aumentado había el rebaño de curas; la beatería del vecindario era ya un estado epidémico... Para mí, pasar de Madrid a Oña era como saltar de un planeta a otro. Mi padre, que con tanto desprecio y horror hablaba de los *miasmas* de Madrid, no se daba cuenta del aire espeso de fanatismo que allí respirábamos. Felizmente, corta sería nuestra estancia en Oña, y cobrados unos cuartejos de la renta de dos casuchas y tierras pobres, seguiríamos hasta Durango, donde mi padre, desde su viudez, vivía con mi hermana Trigidia (nombre de una santa oñense), bien casada y establecida.

Con mal tiempo y buen humor, metidos mi padre y yo en vehículos que variaban de lo malo a lo pésimo, emprendimos la peregrinación hacia Frías; de

allí, por el valle de Tobalina seguimos a Miranda de Ebro, donde nos detuvimos para pasar un día con mi hermana Pascuala. De Miranda seguimos en tren hasta Vitoria, y otra paradita, pues mi padre no pasaba por allí sin visitar a sus parientes los Pipaones y Suredas, todos redomados carcundas. La última etapa fué de Vitoria a Durango, por Ochandiano, paso de la Peña de Amboto... Y heme aquí, lectores que bondadosos me seguís de mazo en calabazo, heme incrustado en una sociedad de sentimientos y pesares tan opuestos a los míos, que me tuve por transportado, no digamos que a otro planeta, sino al más lejano de los mundos siderales. Vivía mi hermana en casa holgona, del tipo más patriarcal. Su marido, Ignacio Zubiri, estaba ausente. Guardábase en la familia cierto misterio, que al fin descifré suponiéndole en la facción. Fruto lozano de este matrimonio eran tres chicos sonrosados y mofletudos. Trigidia se alegró mucho de verme; como mi padre, celebraba que me hubieran traído del infecto ambiente de Madrid a la sanidad de los valles risueños entre montañas. Halagado de la buena vida material, yo simulaba un apego mansurrón a la verde Vasconia.

La verdad, yo comprendía y admiraba las sólidas virtudes de la raza, su contumaz apego a la tradición, cualidad meritoria cuando sirve de punto de partida para el progreso, como acontece en Inglaterra; me agradaba la lealtad de los hombres, la lozanía de las mujeres; los alimentos eran muy de mi gusto; la rica ternera, el pescado que los más de los días traían de Mundaca o Elanchove, las gallinas, patos y abundancia de verduras que mi hermana recibía diariamente de sus caseríos. Las borrajas, las habas, nabitos y cuanto constituye la nutrición castiza en el país, satisfacía mi paladar y me restauraba el estómago, tan necesitado de vida nueva. Lo que no me entraba ni con escoplo era el habla. Toda mi atención no era bastante para entenderla, y ni el oído ni la mente podían habituarse a tan archiengorrosa cháchara. Mayormente me afligía ver en el vascuence un valladar, un tremendo aislador para todo amoroso intento. Siempre que inicié la conquista de alguna garrida hembra campestre o frescachona criada, el maldito lenguaje me descomponía y desarmaba, pues ni yo les entendía una palabra, ni ellas a mí más que si les hablara en lengua chinesca.

En aquel pueblo y en ambiente tan apropiado a un espíritu enteco, vivía mi buen padre como si estuviera en las antesalas del Paraíso. Desocupado y con sus cortas necesidades satisfechas, vegetaba y dormitaba como un bendito a la sombra del dogma, que en aquel país es como una bóveda solemne que protege y abriga las almas. En su credulidad candorosa, el pobre don Matías Liviano y Pipaón no veía nada más allá de su vivir cómodo, en lo material, y de su pensar estrecho dentro de la elemental esfera religiosa. «Así lo encontramos y así lo hemos de dejar, hijo mío», era su única réplica cuando yo me permitía deslizar en su oído alguna observación conforme a mis ideas. Viéndole tan tranquilo, tan feliz dentro de su redoma, me parecía crueldad impertinente contrariarle. Si le hubiera dicho que no creo en el infierno, le habría ocasionado tal vez un catarro gástrico, tal vez un ataque a la cabeza; que su flaca salud pendía de cualquier disgusto. Si yo le hubiera dicho que el Purgatorio no es más que un establecimiento industrial y mercantil, de cuyos pingües rendimientos se nutre el cuerpo de la Iglesia, el choque de mis ideas con su inefable quietud le habría quizás provocado un torozón que le llevara al otro mundo. Y aunque él creía tener asegurada la gloria eterna, por el pronto le iba bien aquí con las borrajas, las habas, la merluza en salsa verde, los pichones y las sabrosas sardinas de Elanchove.

Por esta causa yo no me metía en discusiones con él ni con mi hermana, ni con ninguna de las personas que a casa concurrían. Y aun le guardaba la fina consideración de acompañarle en sus frecuentes visitas a Santa María, seguidas de inmersiones larguísimas en la casa del cura, vicario o arcipreste que en aquella santa iglesia gobernaba, con otros, las almas duranguesas. Para sobrellevar tan fastidiosos plantones no tenía yo paciencia, y esperaba al santo varón paseándome en el espacioso atrio de la iglesia, donde me entretenía viendo salir y entrar chicas guapas, no por beatitas menos interesantes.

Buena parte del tiempo que allí me

sobraba invertía yo en pasearme por las anteiglesias o pueblecitos que rodean la villa. A todas las mujeres que encontraba les pedía plática, con idea de ejercitarme en el vascuence, lengua preciosa, les decía yo, que deseaba poseer...; como que mi estancia en Durango no tenía más objeto que aprender el idioma vasco. Ya poseía veinticuatro lenguas, entre ellas todas las orientales, y además el catalán y el chino. Con estas y otras sutilezas iba entrando en la confianza de ellas, y como ya sabía no pocas frasecillas éuskaras, me divertía, bromeaba y con alguna logré asomos de intimidad, que andando días llegaron a mayores, proporcionándome sabrosos ratos a la sombra de espesos laureles o nogales.

Fuera de estos experimentos, harto arriesgados y de compromiso, vivía yo confinado en la desabrida normalidad de la casa y sociedad de mi hermana, rezando el rosario con mi padre, oyendo la cancamurria de los *ojalateros* que le hacían la tertulia, o el relato de lo que ocurría en la facción lejana. Mi único recreo, las más de las tardes, era jugar a la pelota con mi sobrino mayor y otros chicarrones del pueblo, en el trinquete próximo a Barrencalle, donde vivíamos.

Por las noches, arrimados a la lumbre si hacía frío, o reunidos en la sala baja, había de aguantar el chaparrón de la *ojalatería* carlista, que ni poco ni mucho me importaba. Ello era como vivir en un Limbo todo tristeza nebulosa, y ya me cansaba, ¡por Júpiter!, tan miserable vida. Los asistentes a la casa eran vecinos de mi hermana y amigos de su marido, algunos curas que olían a pólvora y hombrachos aguerridos que apestaban a incienso.

Una noche vi a mis buenos *ojalateros* tan movidos al optimismo que hube de prestar más atención a sus ardorosos comentarios. Según noticias mandadas con un propio por mi cuñado Zubiri desde Lecumberri, donde a la sazón estaba, el grito se daría muy pronto en la frontera de Navarra, proclamando la Monarquía cristiana y su cabeza a don Carlos, *alias* duque de Madrid, nieto del glorioso don Carlos María Isidro. Habían concluído, pues, las vacilaciones entre los consejeros del rey: ya los Elíos, los Radas del orden militar, los Morales y Manterolas del civil y eclesiástico habían superpuesto su opinión guerrera a la de los Nocedales y Canga-Argüelles, que en los ocios de Madrid predicaban la paz. Ya el hijo de cien reyes, por la recta línea masculina, desenvainaba el acero, y seguido de sus leales, pasaba la raya de Francia, y con bravura y ardor repetía la frase guerrera del comunero episcopal Acuña: «¡Adelante mis clérigos!»

La buena sombra, que a todas partes me acompaña, deparóme un amigo, cuya compañía y grata conversación suavizaban la rigidez monótona de mi vida en aquellos días de mayo. Era el tal un donoso cura, don José Miguel Choribiqueta, rector de la iglesia de San Pedro de Tavira, viejo ya el hombre y cascado, algo enfermo de los ojos, que recataba con vidrios verdes; carácter jovial, ameno y comunicativo. Asistente por rancia costumbre a la tertulia de mi hermana, se aburría como yo de las *ojalaterías* enojosas, y me hacía el favor de sacarme de paseo por las alegres campiñas. En cuanto le traté, vi en él a uno de esos hombres que, habiendo realizado en la plenitud de la vida lo que le imponía su conciencia, llevando a la esfera de los hechos su fe, su valor y su buen criterio, miraba con desdén a los que imitar querían en peores tiempos los mismos actos y las mismas virtudes, o lo que fuesen. Don José Miguel héroe de la otra *guerra*, no podía desechar la idea de que lo pasado fué mejor, ni admitía que hubiera dos epopeyas en un mismo siglo.

—A solas con usted, señor don Tito —me decía en castellano corriente, aunque un poco turbio—, me reiré de estos majaderos, que quieren repetir..., ya, ya..., para repeticiones estamos. Aquéllos eran otros tiempos, aquéllos eran otros hombres... Dígame usted, señor don Tito, qué guerra pueden hacer ni qué lauros conquistar Fulgencio Carasa y Jerónimo García...

—No les conozco, amigo mío, y esos nombres escucho ahora por primera vez.

—Pues no pierde usted nada con no conocerles... Como si el mandar tropas fuera cosa de juego... Oiga usted. Yo mandé tropas desde el treinta y tres hasta el convenio de Vergara, que Dios confunda; yo tengo mi cuerpo lleno de agujeros, cicatrices y costurones. Yo...; no es que yo lo diga... Ahí están los partes de la campaña, desde el gran Zuma-

lacárregui hasta el bribón de Maroto...; en algún archivo estarán...; véanlos... Pero no hablemos de mi humilde persona. Yo le pregunto a usted si puede esperarse algo bueno de Jiménez de Rada, que fué liberal y conspiró con Prim para traer la revolución llamada de Septiembre... ¿Se concibe, pregunto yo, que Valdespina pueda hacer algo? Y de Calderón, ¿qué me dice? En Elío, ¿tiene usted confianza?

—Yo, ninguna. No les conozco siquiera.

—Y puesto a comparar, mi señor don Tito, diré a usted en confianza que entre este reyezuelo y aquel otro respetable y sentado cristianísimo monarca don Carlos María Isidro hay alguna diferencia..., me parece a mí... Y dígame ahora, hágame el favor, dígame: ¿dónde tenemos un Zumalaçárregui, un Villarreal, un Gómez, un Zariátegui, un Cabrera?... En cambio, veamos los que han salido a la palestra... Pero ¿no se ríe usted? Yo me descuajo de risa. Han salido armados de punta en blanco Canaelechevarría y Solís, dos clerigachos guerniqueses, que no pueden ni con el hisopo... Le digo a usted que esto es un paso de comedia... También ha ido el danzante de Urraza. síndico del Ayuntamiento... Y ahora, mi buen don Tito, no se enfade usted si le digo que su cuñado de usted, el marido de Trigidia, Ignacio Zubiri, que anda no sé por dónde haciendo el papelón, es un calzonazos que se asusta de ver pasar un conejo... ¡Bonita guerra nos traerán, bonita! Yo barrunto que éstos van a su negocio... Guerra y guerra de figurón, para luego venderse al Gobierno de Madrid, y pescar grados y galones. Otra vez el infiel Maroto, que vendió como carneros a los hombre de fe, a los guerreros cristianos de España... ¡Oh España! ¿Quién te sacará de esta miseria?... Los leones que pelearon en aquella soberbia campaña, o se han muerto, o están como yo con una garra en la sepultura. Nuestro galardón no está aquí, sino allá—añadió con solemnidad, señalando al cielo con su cayada—. Dios nos acoge en su santo seno, y dice a estos malos imitadores: «Mequetrefes, no intentéis lo que es superior a vuestra flaqueza. Dejad las armas hasta que me plazca resucitar a mis hombres y les mande a defender mi causa.»

En otro paseo, oyéndole los mismos o parecidos razonamientos, le dije:

—Según veo, esto será nube de verano y todo acabará en corto tiempo, por la poca lacha de la gente nueva y el abandono del Gobierno...

—No se duermen, no, los fantasmones de Madrid. Ya tiene usted a Serrano en campaña. Ayer estaba en Tafalla... ¡Por mi patrón San Miguel, que no me dieran a mí más trabajo que hacer polvo a esos Serranos y a esos Moriones, generales de teta, que aún no han llegado a la dentición militar! Oiga usted, amigo: En uno de los encuentros que tuvimos con los cristinos al retirarnos de Peñacerrada, no copamos a Espartero porque el general Guergué, que entonces nos mandaba, no hizo caso de mí, que a cada momento le advertía sus errores tácticos. Y a pesar de ello, supe arrollar al entonces coronel don Juan Zabala, matándole mucha gente, y al maldito Zurbano le tuve cogido... Fué cuestión de minutos, señor don Tito...; debió la vida suya y la de su tropa al socorro que le dió de improviso el general Rivero... Pues verá usted otra: Días adelante, mandaba yo la Caballería del general don Julián Alzaa... No tiene usted idea de las palizas que le di a Zurbano en Arechano, en Gamarra y en otros lugares de Alava... Pues digo, también el general León me conocía... Menudas cargas nos dimos, y si los falsos historiadores le dicen a usted que en Belascoaín quedó vencedor el Leoncito, no lo crea usted. El vencedor fué este cura.

Dijo esto puesta la mano en el pecho, parándose, con lo que dió a su figura un aspecto estatuario.

—Ha sido usted un héroe, señor Choribiqueta—le dije poniendo en ojos y boca todas las formas de admiración—. He oído que también estuvo usted en Ramales y Guardamino.

—Allí estuve... ¿Cómo no? Bien armada se la teníamos a Espartero. Pero la cobardía de Maroto nos birló la victoria—. El tal Maroto, desde los fusilamientos de Estella... y yo fuí de los que escaparon de milagro..., venía tramando su infame traición al rey legítimo. Bien nos la jugó a todos. Yo he servido a la causa de Dios desde su comienzos hasta que Maroto nos vendió miserablemente en el llano de Vergara. En el In-

fierno está pagando su culpa... Yo he servido a las órdenes de Zumalacárregui, de Villarreal, de Cástor Andéchaga, del conde de Negri, de Guergué y de otros guerreros abnegados y valientes; serví y luché sin ambición, despreciando ascensos, despreciando pagas, comiendo un pedazo de pan y unas habas mal cocidas después de veinte horas a caballo, o de medio día de combate; yo no miré jamás a ninguna ventaja temporal; no miraba más que a Dios y a su santa doctrina... Cuando salí de mi casa para entrar en la facción llevaba en mi cinto sesenta y cinco duros, y cuando a mi casa volví después de la traición de Vergara traía dos pesetas en plata y otra, o poco más, en calderilla...

—¡Bien por los hombres valientes y honrados—exclamé—, que sacrifican a una finalidad altísima la conveniencia personal y la propia vida!... Y ahora, don José Miguel, me va usted a permitir que le haga una pregunta: Cuando, terminada la campaña, dejó usted la existencia militar para restituirse a la eclesiástica, ¿no sintió en su alma los efectos de transición tan violenta?... Yo me figuro que usted no sabría ya ser cura...; vamos..., que se le habría olvidado hasta decir la misa, el modo de decirla... y el rosario y las preces más usuales.

—Le diré a usted. Cuando a mi pueblo y hogar volvía, con la pena del convenio, deshecha y arrojada en el polvo la causa de Dios, venía yo pensando eso mismo que usted dice, que se me había olvidado todo el ritual... Pues verá usted, señor don Tito: yo fuí siempre especial devoto de la Purísima Concepción. La Dulcísima Señora, San Miguel Arcángel y el Señor San Pedro, fueron y son mis abogados así en la guerra como en la paz. A la Reina de los Angeles me encomendaba yo en todos mis aprietos, y con su amparo y el de los santos que nombro salí felizmente de todos los peligros... Como digo, venía yo mustio y desconsolado en un jamelgo que me proporcionó el cura de Plasencia, y al divisar la torre de mi pueblo querido, se me ensanchó el corazón..., me entró en el alma una luz celestial, y volviendo toda mi voluntad hacia la Purísima Señora, le pedí que a la memoria de su siervo humilde volviera todo lo que pudo olvidar en los trajines de la guerra... Fué para mí aquel momento el más solemne de mi vida, puede usted creerlo, momento en que me sentí comunicado con la Virgen Santísima y con mis celestiales patronos... Esto no lo comprenderá usted, esto no está al alcance de las personas de fe poco ardorosa. Pues bien, llego, me desmonto del rocín, me quito las espuelas y entro en la iglesia. Lo mismo fué verme bajo la bóveda oscura, que recordar de golpe lo que había olvidado. Mi memoria se vació de todo lo de la guerra, y se llenó de todo lo eclesiástico. ¡Virgen Inmaculada, qué cosas! Lo que usted oye... A la media hora de mi llegada me revestí y salí a decir mi misa.

XVI

Me entretenían lo indecible las conversaciones con el amable cura, tipo singular del más violento hibridismo que puede ofrecernos la naturaleza humana. Sólo España, fecunda en ingenios, en héroes, en santos y en monstruos, nos da estos engendros de la razón y la sinrazón, de la fe mística y el orgullo marcial fundidos dentro de una alma... Y debo añadir que el bravo veterano Choribiqueta era en su vejez un venerable padre de almas, que cumplía sus deberes escrupulosamente y ejercía la caridad con verdadera efusión cristiana.

Tanto como me agradaba la épica historia del clérigo y su franco carácter, picante mixtura de lo divino y lo humano, me entristecía la sociedad de mi casa, donde se oía tan sólo el áspero zumbido de los *ojalateros*, y el comentar de verídicos o fantásticos incidentes de una guerra lejana. Iban y venían emisarios, llevando masas de juventud y trayendo noticias de las gestas de Navarra. También se hablaba de política o sucesos de Madrid, afeándolos con groseras burlas. Había caído el Gobierno de Sagasta, por la porquería de dos millones que el Sagasta y un tal Romero habían sustraído de la caja del Tesoro público para llevárselos a sus propias cajas. Decíase que si los gastaron en elecciones; que en Madrid, el dinero es el mejor cebo para pescar votos; que si los gastaron en comilonas y regalos a señoras guapas, cosa en Madrid corrien-

te, por ser pueblo de continuos festejos y cuchipandas... En las Cortes se armó tal rifirrafe por este alivio de dos millones que hicieron al Tesoro los indignos administradores del procomún, que el Gobierno se tuvo que retirar, lavándose las manos con el agua del río Manzanares, que es agua muy sucia... Naturalmente, vino otro Gobierno, con el indispensable Serrano al frente, llevando de compañeros a Topete, a un señor Ulloa, a otro que llamaban Candáu, a un tal Elduayen y a otro que respondía por Balaguer. Estos señores, salvo Serrano y Topete, que con Prim componían la trinidad revolucionaria, eran para la gente duranguesa muy conocidos en sus casas.

Corrió Serrano a Madrid a tomar posesión del mando político, y encargando al Topete que le hiciera la vez, como cabeza del Consejo de Ministros, se volvió al campo de la guerra... En tanto, mi padre, mi hermana y otras personas que por su metimiento en la casa eran como de la familia, apartaban a ratos su atención del grave negocio bélico para ocuparse de mí. Queriendo resolver de golpe y porrazo el problema de mi vida y asegurarme la felicidad, decidieron casarme... ¿Con quién? Con una zagalona, más alta que yo en media vara, llamada Facunda, hija de un pariente de mi cuñado Zubiri, y heredera de cuatro caseríos de valor, según dijeron, situados en la risueña vega que fertiliza el río Durango. La que me destinaban para compañera de mi existencia en todo lo que ésta me durase era... Dejadme tomar resuello, que esto es muy grave.

Era una muchachona desgarbada, más sosa que las calabazas que a mi parecer crecen a la puerta del Limbo; tan cerrada en el habla vascuence, que apenas podía decir en castellano frases premiosas, trabucando los casos, descoyuntando la sintaxis como lo harían los mismos demonios. Desde que la vi me fué atrozmente antipática, por su ceño displicente, la sequedad de su trato y algo que en ella noté, como sombra o trasluz de un brutal fanatismo. Casándome con ella, según me manifestó mi padre en una sesuda conferencia, sería yo poseedor de cuatro caseríos, dos de ellos en Santa Polonia, lo más hermoso de la vega de Durango, otro en Malespera y el cuarto en Lequineche. El cuidado de mis tierras y ganados acabaría de limpiar mi cabeza de los *miasmas* cerebrales, que me habían puesto al borde de la locura en la mil veces endemoniada Villa y Corte. Aunque estos proyectos y augurios me desconcertaban, fingí conformidad con la idea paterna, esperando que algún inopinado quiebro de mi destino me sacara de aquel compromiso sin oponerme derechamente a los planes del pobre viejo.

Los padres de mi novia eran admirable pareja para representar como maniquíes vestidos el tipo éuskaro en un museo etnográfico. Con ambos hablaba yo mediante intérprete, pues sólo jirones desgarrados del idioma castellano les habían entrado en la mollera. El padre pareció mirarme con simpatía y alegrarse de tenerme por yerno: dijo que siendo yo persona de mucha lectura y escritura, podía enseñar algo a la chica, que se conservaba cerril. No le habían enseñado más que a rezar y a escribir y leer torpemente. Era un ángel, eso sí, muy buena y obediente; sabedora de todas las artes caseras y tan excelente labradora del campo, que valía por dos hombres de los más fornidos. La madre no fué, a mi parecer, tan propicia, y puso el reparo de mi corta estatura, por lo cual no haría buen ayuntamiento con la yegua que el Cielo le había deparado por hija... También la chica, mi novia o prometida, Facunda Iturrigalde (allá van nombre y apellido), me motejaba por chiquitín; la risa no iluminaba su rostro inexpresivo y mofletudo sino cuando se hablaba de mi corta talla, y algo decía en vascuence que hacía reír... Era, sin duda, un concepto semejante al de *La niña boba*, de Lope, cuando le presentan el retrato de medio cuerpo del novio que le destinaba su familia:

> Eso es no tener marido
> siquiera para empezar.

Esto me ofendía. Pues una tarde... Dejadme tomar otro aliento, que esto es gravísimo. Una tarde, digo, iba yo acompañando a mi novia desde Durango a Santa Polonia. Una fatalidad benigna nos dejó solos, pues los padres iban delante, con el carro cargado de aprestos de fábrica, herrajes, maderas, para una obra que habían emprendido en la mejor de sus casas. Charloteaba yo con

Facunda, dándole lección de lengua castellana, y obligándola, con insistencia de dómine, a repetir temas y conceptos de uso constante en la conversación. A propósito estiraba yo mi acción escolar para retrasarnos en el camino y ponernos a mayor distancia de los padres. Dos criados que nos seguían con un borrico, cargado también de material, pasaron delante de nosotros, y en esto, atardeciendo, atravesamos un grupo de nogales que con su sombra anticipaban la noche y convidaban al descanso. Díjome Facunda que aquellos nogales y otros que más allá se veían eran suyos. Entróme con esto un vivo afán de posesión de tierra y de lo que no era tierra. Y pues ésta y los ganados, el fruto vegetal y la carne animal habían de ser míos, bien podía tomar posesión de todo en aquel mismo instante.

Apenas pensado el propósito mío de hacer efectivos mis derechos, acudí a la práctica, declarando a Facunda la pasión violentísima que el lugar sombrío y apacible, el sosiego del campo y la hermosura de ella levantaron al modo de tempestad en mi alma. Observé que mis palabras ardientes en castellano declamatorio, parodia de las famosas endechas de don Juan Tenorio en el sofá, la impresionaron hondamente y la movieron a estupor y curiosidad seguida de infantiles risotadas. Estimando la actitud de Facunda como un principio de consentimiento, me lancé de las palabras fogosas a los actos atrevidos... Echéle los brazos, y ello fué como si el algodón quisiera ceñir y sujetar el acero. Facunda, sin dejar de reír como una chicuela, se defendió de mí con rápida zancadilla. Caí al suelo en postura poco airosa... Quise levantarme... Facunda, con vivo juego de infancia campesina, me volvió a dejar tendido y sin gobierno de mis piernas, y cuando yo, vencido y maltrecho, pedía misericordia, me increpó y vilipendió con horroroso traqueteo de frases de burla en vascuence. Comprendí que jugaba conmigo y que celebraba con algazara jocosa el triunfo de su fortaleza sobre mi debilidad miserable... Terminó el juego desliándose de la cintura un cordel y atándomelo al tobillo sin que yo pudiera evitarlo... Me ayudó a levantarme, y arreándome con su varita, me llevó por delante. No me quedaba otro recurso que aceptar el juego y seguir la broma. De la boca de Facunda salió una frase que me dolía más que la caída y los varetazos. Haciéndome el tonto, y fingiendo alegría, traduje a mi modo la frase. Creo que no era infiel esta versión: «Vean, vean el cochinito que he comprado en la feria... A mi casa lo llevo... Tres duros me costó... Engordarélo para San Martín. Cochinito, arre...; arre, *charrichu.*»

Llegué al caserío renegando de las bromas de la zángana Facunda, aspeado de la prisa con que me llevó haciendo el *charrichu.* Quisieron los padres que me quedase a cenar con ellos; mas yo, pretextando quehaceres en casa y órdenes de mi hermana, me volví a Durango por el mismo caminito llano, a trechos sombreado por nogales corpulentos. Si aquellos hermosos árboles no me fueron propicios, otros más arrimados al monte habían sido mis sagrados bosques citereos, y váyase lo uno por lo otro. Yo podía vanagloriarme de más de tres y más de cuatro conquistas en la soledad nemorosa.

Añado ahora, como dato interesante, que después de mi frustrado ataque a la virtud de Facunda, ésta empezó a mostrarme afición y a gustar de mi compañía y lecciones; ya no se burlaba de mi estatura mezquina, ni me daba a entender que era poco hombre para su corpulencia. Esto me envanecía; mas no cambiaba mi invencible repugnancia de hacerla mi esposa, por incompatibilidad o desproporción muscular y sanguínea. Bestias había yo conocido que no me desagradaban. Bien vengas, bestezuela, para el amor, mas no para el matrimonio.

A los tres días de hacer yo el cochinito, supimos que en un lugar de Navarra, llamado Oroquieta, había dado el general Moriones un tremendo palizón a los carlistas, echándolos a la frontera con su iluso rey, desvanecido por la adulación de sus prosélitos montaraces y por el estímulo de las plumas y voces que en Madrid movía la turba de neocatólicos y tradicionalistas hidrófobos, explotadores de la religión como resorte de absolutismo. El desconsuelo y turbación que tal noticia produjo en la villa de Durango, y marcadamente para mí en nuestra tertulia o cabildo de *ojalateros,* ignorantes de cuanto concierne a gobierno de pueblos y al fuero de ciu-

dadanía, no es para referido. Unos clamaban, otros gruñían... Llegó mi cuñado Zubiri, desarmado, rabioso, sin que la vista de su hogar y de su familia le consolase del porrazo recibido en lo más delicado de su amor propio y en lo más duro de su barbarie.

Por no desentonar en el coro, yo me mostré afligidísimo, como si la derrota de Carlitos VII me quitase la breva de ser su ministro universal; mi padre era la imagen de la consternación paralítica y estupefacta, cual si oyera el son terrorífico de las trompetas del Juicio final. Todos se hallaban igualmente cariacontecidos, incluso el cura Choribiqueta, aunque éste lo hacía por comedia, pues cuando salimos, y a discreta distancia de mi casa nos hallamos, rompimos los dos en la misma exclamación:

—¡Tenía que suceder!

Sin disimular su alegría, el valiente clérigo me dijo:

—¿Estaba yo en lo cierto, querido Tito? ¿Se puede esperar algo de un Carasa, de un García, de un Urraza? ¿Cabe en lo humano que nos traigan la monarquía de Dios las cabezas más vacías que tenemos en nuestra tierra?... Amigo, cada día me encontrará usted más aferrado a mi tema. Dios no quiere que haya dos epopeyas dentro de un siglo.

—En el otro será, don José Miguel.

—En el siglo veinte resucitaremos..., lo creo como si lo estuviera viendo...; resucitaremos los soldados de la fe para traer a España el reino de Dios.

Por la tarde fuí con mi padre a visitar al amigo Choribiqueta, que a la hora de ritual nos dió chocolate con exquisitos bizcochos. Y tomando los tres el Guayaquil, repitió don José Miguel los solemnes conceptos sibilíticos que había expresado ante mí... Entusiasmado quedó mi buen viejo, y no sentía sino que él no fuera también resucitado para ver la maravilla del siglo XX. Al volver a casa, le vi engolfado en soliloquios que eran destellos de la misma idea consoladora... Llevándome a su cuarto a la hora de acostarse, tomó el tonillo más patético y dulce para decirme:

—Tito, hijo mío, ya que trayéndote a esta tierra de la virtud y de la fe te hemos curado de tus desvaríos, yo te ruego que apliques tu ingenio y dotes oratorias a ilustrar a estas buenas gentes sobre aquel punto de la venida del reino de Dios. Tus ideas han cambiado de una punta a otra del pensamiento. Eras hereje, y herejías y locuras y pestilencias predicaste. Hoy eres creyente y acatas la ley divina. ¿Qué trabajo te cuesta regalarnos con un buen discurso que instruya y consuele? Yo me he cansado de decir a todos los amigos de acá que eres un verdadero pico de oro, que en Madrid entusiasmas, y que alguna vez te sacaron en hombros tus oyentes. Pues si tales triunfos obtenías cuando predicabas la mentira, ¿qué tendrás ahora, reformado y arrepentido, proclamando la verdad? Yo, sin esperar tu consentimiento, he dicho que mañana por la noche nos darás una conferencia en la sala de esta casa, que es bastante capaz... No, no me vengas con repulgos ni arrumacos de falsa modestia. No, Tito...; yo he anunciado la plática tuya, y no has de dejar mal a tu padre. Di que sí. Tienes la noche y todo el día de mañana para prepararte. A más de los amigos, que ya están en el ajo, y esperan la función como pan bendito, convidaré a las personas principales del pueblo, sacerdotes, señoras..., señoritas...

No dijo más. Lo pensé un instante y accedí, representándome la sala, mi sermón, mi triunfo...

XVII

A continuación verás, oh lector amable y socarrón, mi formidable discurso, precedido de un ligero introito descriptivo... Mi hermana y mi padre se encargaron de colocar a los caballeros y señoras en ringleras de sillas puestas en tres lados de la sala, dejando la cabecera de ésta para las personas de más viso y para desahogo del orador. Yo improvisé una tribuna con tres sillas, cuyos respaldos me separaban del público, ofreciéndome apoyo y resguardo. Con cuquería teatral me abstuve de aparecer ante mi auditorio hasta el momento de comenzar mi oración. Desde la puertecilla por donde había de entrar miré y examiné a mi público, conforme se iba instalando. Vi señores acartonados, predominando los narigudos sobre los chatos, serios todos como si estuvieran en misa; vi a la derecha, en el término más lejano, señoras gordas, señoras flacas, al-

gunas de buena presencia y aire aristocrático dentro del tipo lugareño. En la primera fila lucía un grupo de tres damas, una de ellas muy aventajada de pechos, la cara bonita. Vestían todas de negro, con excesiva honestidad, pues apenas dejaban ver el cuello carnoso. Sobre la oscura vestimenta se destacaban escapularios y medallitas. Gente aldeana de ambos sexos ocupaba las filas menos visibles, pues los sitios delanteros eran para el señorío y los curas...

Tal era mi público, arcano cuyo seno guardaba la rechifla o el aplauso. Aunque nunca me ha faltado el valor en casos semejantes, sentía ligero escalofrío, y mis ideas se acobardaron, refugiándose en lo más hondo del cerebro... Pero llegaba el instante en que el pundonor y el sentimiento del deber habían de arrollar al miedo y a los falsos escrúpulos con que el alma desconfía de sí misma... Tendí mis ojos sobre el apretado concurso. El aleteo de los abanicos me infundió ánimos, no sé por qué. Tras de cada abanico adiviné un corazón de mujer... ¡Ah!, mujeres. ¡A ellas!, me dije, y salí. Acogido fuí por un murmullo; que allí no se estilaban los aplausos. Puse las manos sobre el respaldo de las sillas, que eran mi tribuna, y con firme aliento y plena conciencia de mi triunfo ante las damas y mujeres, solté las primeras palabras:

—Señoras..., señores...

Una pausita, y seguí:

—Soy un pobre peregrino que ha venido de la región del pecado a esta comarca de la inocencia y las virtudes. Salí de aquel infierno agobiado por el peso de mis culpas; pero la voz de Dios me alentó en los primeros pasos; la voz de Dios me iluminó el alma; en el áspero camino lloré mis errores, y, una vez llorados y aborrecidos, el arrepentimiento me dió nueva vida... El ambiente puro de esta tierra completó mi regeneración, y el ejemplo de vuestras virtudes me da valor y alientos para dirigiros la palabra. Soy un alma que ha conocido el mal, y ahora se espacia en el bien, sintiéndose hermana de las almas buenas y aspirando a perfeccionarse viviendo entre vosotros con familiares lazos de amor. Os entrego mi corazón, os entrego mi alma toda, para que la fundáis con las almas vuestras. Vuestro pensar es el mío. No me falta más que poseer vuestra lengua, la más antigua y la más hermosa del mundo, para poder con ella cantar en voz baja las bellezas de vuestra tierra y en voz muy alta, pero muy alta, el nombre de Dios y las glorias de su santa causa.

Circuló murmullo de aprobación. Adelante.

—Dios me ha dado el singular galardón de traerme a su campo, a su solar amado y predilecto, donde prepara la redención de la mísera España, que sería, como sabéis, su nación preferida, si ella se organizase a la usanza vuestra, y desechando sus vicios y desnudándose de la costra leprosa de sus herejías, se vistiera del esplendor de vuestra fe y de la gala de vuestras resplandecientes virtudes... Pero, ¡ah!, la redención de España está lejos, queridas hermanas, queridos hermanos; y está lejos, porque la vuestra, que ha de preceder al salvamento de todo el pueblo ibero, no está cerca, no. Mucho tendréis que hacer aún, ¡oh gloriosos vascos!, para poner el problema en su verdadero estado de intenso desarrollo. Permitidme que os exponga las ideas, fruto de mis largas meditaciones en esta tierra bendita. Oíd el parecer de un férvido creyente que en largas noches, invocando el auxilio de la Divinidad, ha estudiado el presente, adquiriendo la clara visión del porvenir... La causa de Dios triunfará en Vasconia, y en Vasconia tendrá su principal asiento, cabeza de todos los reinos católicos de nuestra España... Habréis visto, amadas hermanas y hermanos, que la guerra encendida para restablecer el imperio de la fe se ha visto frustrada. Abrid los ojos y ved bien claro, como lo veo yo, que Dios no quiere traeros la verdad por mano y designios de reyes grandes ni chicos, ramas una y otra de un árbol podrido. No; no esperéis nada de los reyes, que conquistan el suelo para hacerlo suyo y llenarlo de formas de tiranía. Yo no distingo de reyes, ni disputo por legitimidades, que sólo son juego de palabras. Todos los reyes son ilegítimos, todos llevan en la cimera de sus cascos estos o los otros signos; en la redondez de sus cabezas, estos o los otros sombreros.

Estupor en el público... En él se oiría el vuelo de una mosca... Sin perder el hilo de mi razonamiento, observaba yo las caras de mi auditorio, y en ellas vi

asombro, terror... Pero no me importaba. Tomé aliento, bebí un poco de agua, que me habían puesto en una mesilla cercana, y seguí muy sereno preparando la bomba cuyo estallido debía ganarme la voluntad de todo el concurso. Seguí:

—Mi declaración os causa sorpresa y alarma por un instante vuestras conciencias honradas. Pues si a todos los reyes, decís, debemos declararlos ilegítimos; si ninguno de ellos ha de traernos la luz celestial; si no debemos luchar por reyes ni príncipes ni fantasmones más o menos coronados y galonados, el orador quiere que instituyamos una República, y esa República será el ara santa donde se consagre la unión de todos los católicos pueblos, la paz, el bienestar, la dicha... Sí, hermanos queridos, la República es nuestra salvación.

Inmensa ansiedad expectante en el público. Hice una pausa. Paseé mis miradas arrogantes por las caras de señoras y caballeros, y como había tomado ejemplo de *fray Gerundio* para producir los grandes efectos oratorios, les dejé en el tormento de sus dudas, y cuando me pareció bien, tomado otro traguito de agua, proseguí:

—¡Sí, la República!... Pero no es aquella bacante semidesnuda y escandalosa, hija de Satán, que trastorna con su bello nombre y su infernal doctrina a los pueblos y ciudades de Castilla; no es la bestia roja, sanguinaria, ebria de vino y de mentirosas filosofías; no es ésa, no. Esa República será barrida como los despojos de Carnaval que ensucian las calles el Miércoles de Ceniza; esa República tendrá sus altares en los manicomios, donde expirarán todos los que la profesan y donde se extinguirán sus alientos con rugido de fieras moribundas. La República que yo preconizo y anuncio es otra: es la que lleva en sus sienes, por corona, la luz del Espíritu Santo, la que en los bordes de su clámide lleva bordadas las inscripciones: *Fe, Esperanza y Caridad;* la que en su seno purísimo agasaja la paz; la que con sus labios imprime el beso del ardiente amor de Dios...; esa República, hermanos queridísimos, es... la Iglesia.

El enorme efecto se produjo, y aguzando mi voz para dominar los murmullos de entusiasmo, remaché la frase:

—La *Iglesia católica apostólica romana*... Ya veis cómo al arrancar de vuestras opiniones la figura borrosa y descolorida de estos reyes de faramalla, os presento la imagen de Cristo, rey de los pueblos católicos; Cristo, rey de España... Y siendo vicario de Cristo, y su cabeza visible el romano Pontífice, os digo: Durangueses, todo pueblo vasconavarro: derribad los ídolos dinásticos, usurpadores de la autoridad, y poned en el trono vacío la excelsa soberanía del Papa... Oídme ahora este argumento decisivo: ¿No nos gobierna el Papa en lo espiritual; no es él quien nos impone el dogma y vigila su cumplimiento? Pues si gobierna en lo espiritual, que es lo más, ¿por qué no ha de gobernar en lo temporal, que es lo menos? ¿No se os había ocurrido este razonamiento? ¿No pensabais que el gobernador espiritual debe gobernar también en el terreno de las menudencias de la vida? ¿Qué es lo temporal? La vida finita. ¿Qué es lo espiritual? La vida infinita. Pues englobad lo finito en lo infinito; mirad lo finito como cosa baladí al lado de lo infinito.

Entusiasmo loco. La convicción ganó todos los ánimos. Me aplaudieron. La señora gorda y guapa, más visible entre las damas, me miraba no ya con admiración, sino con arrobamiento. Mi padre, sentadito en forma de ovillo no lejos de mí, tenía ya el pañuelo tan mojado de sus lágrimas, que se las bebía por no poder secárselas. Adelante con mi bravo discurso:

—Ya sabéis—¿qué católico no lo sabe?—que el Santo Padre tenía en el centro de Italia sus estados, de los cuales era rey. Donación del Altísimo, eran aquellos estados, los más felices de la tierra mientras vivieron bajo el mando, bajo el dulcísimo gobierno de Su Santidad. Pero el infierno alborota la Italia; el infierno coloca en el trono de un pequeño reino de Italia, llamado Cerdeña, a un cerdo que lleva el nombre de Víctor Manuel, y este cerdo arrebata al Pontífice sus estados dejándole preso en su palacio. ¿Por qué ha permitido Dios tal iniquidad? Porque previene a Pío Noveno mejor casa y estados mejores y reino más grande... Ya lo adiviináis. Vuestros corazones se anticipan al pensamiento... El nuevo Estado pontificio es España, y contra España pontificia nada podrá el infierno, ni los Víctor Manueles de los cubiles de acá y de allá prevale-

cerán contra la voluntad de Dios... Pero Dios espera, Dios quiere que los pueblos que le son queridos se penetren de su voluntad y den muestra de querer realizarla. Claro es que Dios puede hacerlo cuando guste; pero le agrada en extremo que su pueblo más querido se anticipe y reclame el honor de declararse propiedad del vicario de Cristo... Ya lo sabéis, hijos de Vasconia. Si el Espíritu Santo, como creo, ha sugerido a vuestras almas la idea de la pontificia República, no vaciléis, no durmáis, no esperéis a mañana. Id a Roma, damas y varones escogidos de Dios, y decid al supremo jerarca: «Padre Santísimo: si estados os quitó la iniquidad de un rey, tomadlos mejores y más ricos en la Península católica, donde la reina de los Angeles tiene su más extendido y ferviente culto, en la tierra bendita, madre de los santos y fundadores más gloriosos. Por de pronto, podréis tener por vuestros los vastos dominios que se extienden desde el Roncal a Carranza, salida y puesta del sol; por septentrión, el Cantábrico mar y cordillera pirenaica, y al Sur, montañas de Burgos, curso del Ebro...»

Sonidos guturales, ayes de admiración, palmadas... Estaban locos. La señora gorda me comía con sus ojos. En ellos y en su lozano rostro, encendido por el calor y el entusiasmo, fijé yo los míos, y para ella dije:

—Pedid al Santo Padre su bendición, y os la dará gozoso, y vosotros le diréis: «Santísimo Padre: mandad al punto a vuestro nuevo territorio todos los frailes y monjas que tengáis disponibles y que sean de diferentes órdenes, sin que ninguna falte, y con la sola invasión de esa católica hueste, dad por conquistado vuestro reino y bien asegurado contra heresiarcas y contra la peste de nefandos políticos. Los varones religiosos, astros de virtud y profesores de fe, se difundirán por toda la Península, y ya no hace falta más. Pero mandad muchos, Santísimo Padre, los más robustos, los más enérgicos, los más sabios, y con ellos mandad cuantas vírgenes o esposas del Señor tengáis en vuestros sacros monasterios. No os arredre el número, que allí hay sustento y holgadas casas para todos, y dinero de largo para cuanto hubieren menester.»

El regocijo de mi público iba en aumento, y yo, creciéndome y agigantándome sin necesidad de tacones, llenaba el mundo, a mi parecer, con mi exaltada oratoria, y al cielo tocaba con mi gesto, no menos elocuente que mi palabra. Para ofrecer a mi auditorio, en forma práctica y fácilmente accesible a los más obtusos, la idea de mi República Hispano-Pontificia, tracé el siguiente cuadro estadístico:

—No terminaré, señoras y caballeros, sin daros una síntesis clarísima de los nuevos estados de Dios, gobernados por su vicario en la tierra. Admitid que las órdenes religiosas difundidas por toda España y adueñadas de las conciencias declaran constituída la divina República. Admitid esto y dadlo por hecho, y veréis el grandioso espectáculo de una nación organizada por el Espíritu Santo. Rey ni Roque no necesitamos, porque nuestro soberano es el Papa, residente en Roma, o residente en España, en la ciudad que más le conviniere. Los ministros podrán ser siete, ocho, según lo demande el interés público, y serán escogidos entre los arzobispos y los priores o abades de las congregaciones. Desaparecerá, pues, de un soplo la nube de politicastros que, cual langosta, devora toda la riqueza del país. Congreso y senado pasarán también al estercolero, y en su lugar, tendremos un concilio permanente, que se formará con individuos del episcopado, padres de la Compañía de Jesús, reverendos párrocos y sabios religiosos de distintas órdenes. Los funcionarios subalternos de los ministros, los embajadores o nuncios, serán también obispos deanes, arciprestes, según la categoría del cargo; los gobernadores y alcaldes se reclutarán entre los párrocos de más autoridad y circunstancias, y en cuanto a lo que hoy se llama *Tribunales de Justicia*, os diré que a la Iglesia le sobra personal para constituir, con los sabios agustinos, dominicos y jerónimos, cabildos jurídicos que vean y sentencien con recto juicio todas las causas civiles, criminales y eclesiásticas... Ya veo en vuestros rostros que mentalmente formuláis una pregunta: ¿Y ejército? Os diré con la rudeza que pongo en mis opiniones que el actual *elemento armado* será reconstituído después de una escrupulosa purificación, para lo cual se formará un elevado Consejo, presidido por un obispo. Serán vocales de

ese magno Consejo personas de acreditado conocimiento y experiencia en lo militar y en lo religioso, que de sobra tenemos, bien lo sabéis, varones doctos, guerreros y píos, que sepan desempeñar función tan delicada.

Vehemente aprobación y voces afirmativas... *que sí, que sí...* Y yo me encaminé sereno y mayestático al coronamiento de mi aparato lógico:

—Sólo me falta deciros que para la realización de este divino ideal, de lo que llamaríamos *política de Dios* y *gobierno de Cristo*, hemos de establecer la estricta unidad de sentimientos religiosos, hemos de conseguir que en toda la nación no exista una sola alma que discrepe del sacrosanto dogma. ¿Qué necesitamos para este fin indispensable? Pues necesitamos un órgano, un instrumento de limpieza, un salutífero purificador de las conciencias. ¿Y cuál es este órgano, este instrumento en que se combinan lo divino y lo humano? En la mente de todos los que me escuchan, en sus labios, diré con más propiedad, está la respuesta. El órgano purificante y unificante es la dulce Inquisición... Sí, la llamo dulce, porque sus efectos nos llevarán a un dulcísimo estado de beatitud, porque los rigores que a veces empleara contra la herejía son cosa blanda en parangón de la paz y dulcedumbre que ha de dar la nación, porque si emplea el fuego para ahuyentar a los demonios, nos trae frescura y aire delicioso con el batir de alas del sinnúmero de ángeles que el Cielo nos enviará para consuelo y alegría de las almas españolas.

Delirio, palmoteo frenético, berridos de aldeanos, lloriqueo de señoras... Y yo, *tenza que tenza*, como el célebre mentiroso Manolito Gázquez, bailando en el aire, quiero decir que, alentado por los aplausos, disponíame a terminar del modo más airoso. Con rápida visión retórica, comprendí que el final debía ser en extremo patético y dulzón. Allá va:

—Ya he cansado bastante a este noble auditorio; ya debe este humilde orador católico volver a la oscuridad de que nunca debió salir, de que salió por vuestra benevolencia y caridad, digo caridad, porque tal parece el hecho de que os hayáis dignado oírme. Os debo gratitud eterna por vuestra benevolencia, y a ella correspondo diciéndoos que ese galardón de vuestras almas generosas es el más preciado que pude soñar. No veáis en mi pobre discurso primores de inteligencia, ni recursos de erudición, ni ornato de filigranas retóricas; no veáis más que ardor de fe y sinceridad de creyente postrado ante los altares de Dios. Lo que habéis oído es fruto, más que del estudio, de la oración, de embebecer el alma en la contemplación de la Divinidad y dormir en el éxtasis como el niño inocente en el blando regazo maternal. En mí no veáis ciencia; en mí no veáis la vana sabiduría que se adquiere en los libros, obra comúnmente de la superchería o del orgullo; en mí no veáis más que amor, que es la fuente de todo bien, manantial que nace en la grada más alta del trono del Altísimo y viene murmurando suaves promesas hasta nuestras almas sedientas. El amor de Dios, que me abrasa con llama inextinguible, me ha enseñado el amor de las criaturas. Mi enseñanza es amor, y entiendo que el sublime plan de República Hispano-Pontificia sólo por el amor puede traerse a la realidad. Y en verdad os digo que sin amor no saldréis de la esclavitud en que vivís... Amaos los unos a los otros. Amad a vuestros enemigos, amad a vuestros amigos. Os lo dice y os lo encomienda con efusión ardiente el que, subiendo desde el error a las cimas de la verdad, aprendió esta suprema ley; el que vivió en el pecado y se regeneró en la virtud; el que fué ciego y hoy, iluminado por el fuego de la fe, es todo sentimiento, todo piedad, todo amor... He dicho.

El esfuerzo para terminar con brío, el espasmo oratorio, me dejaron sin aliento. Me vi en brazos de mi padre, que al estrujarme en ellos me privó de la respiración: el raudal de sus lágrimas me anegaba el rostro. Mi hermana lloraba también, abrazándome y dándome besos, mientras el bárbaro de su marido gritaba:

—*Lo que saber chico, pico de oro tener hablado.*

El público en masa avanzó impetuoso hacia mí para felicitarme con palabras cariñosas y exclamaciones de entusiasmo. La señora gorda y bonita fué de las primeras que a mí llegaron, trayendo consigo dos damas flacas un tanto narigudas, de cuyos labios oí plácemes afectuosos en una jerga mixta de castellano y vascuence. En la señora simpática pude advertir una subida coloración del

rostro, del exceso de entusiasmo, y un trémolo de la voz que me indicaba su modestia, como si se creyera indigna de hablar conmigo. Apretándome las manos entre las suyas calentitas, me dijo:

—¡Qué sublime orador! ¡Qué gloria oírle!... Aquí no se ha conocido quien a usted iguale, ni quien como usted posea el arte de conmover.

A su correcto castellano contesté con vehementes gratitudes, y ella, hecha un merengue, hablóme de este modo:

—Sería cosa de pedir a usted que le oyéramos todos los días. Yo he comprendido todo, tan bien lo decía usted y con tanta claridad lo exponía. Todo lo he comprendido. Sólo me han quedado dudas en un punto. En la nueva República, ¿los militares vestirán el uniforme que hoy usan, o un traje como los caballeros de Calatrava y Santiago, con birrete y manto blanco?

—Sobre este punto y otros que no he podido explanar en esta oración sintética—le respondí muy fino—daré a usted explicaciones latas cuando tenga yo el honor de visitar a usted para ofrecerle mis respetos.

—¡Oh!, cuando usted quiera.

—Molestaré quizás...

—¿Molestia? Ninguna. Vivo sola con dos muchachas. Mi esposo está en Cuba, empleado en la Aduana... Salgo poco de casa. De ocho a nueve todos los días voy a misa a Santa María, y por la tarde al rosario... Tendré mucho gusto...

Despidiéndola cortésmente para dar paso a otras y otros que acudían a mí, dije para mi sayo: «Conquista tenemos.» Largo rato duró el sofocante jubileo de plácemes y apretujones. Las pobres aldeanas expresaban con sencillez candorosa el deleite de haberme oído, y salían clamando: «¡Viva Dios y viva el Santo Papa nuestro rey!» Harto expresivos fueron los padres de mi novia y mi novia misma. En los ojos de ésta conocí que había llorado. Apretóme el brazo hasta el dolor, muda y bestial expresión de sentimientos que parecían instintos. El padre me dijo que sabía yo por doce obispos, y la madre me soltó este requiebro: «Tanto como chico, grande ser tú, hijo mío, de saber y sermón bonito.»

La felicitación y el abrazo de mi amigo el cura Choribiquieta fueron también muy expresivos, si bien con un poquito de reserva, que no pudo disimular. Le invité a no escatimar conmigo su confianza, y a mis razones contestó éstas, que oí con el respeto debido a su grande autoridad:

—Muy bien, querido Tito, soberbio. Ha estado usted imponderable en la dicción, sublime en la idea y plan de gobierno de Cristo, por su vicario el Papa. Es usted un orador que se deja en mantillas a los Manterolas de aquí y Castelares de allá. Conforme en todo, menos en una cosa; y pues usted me pide franqueza allá va mi parecer sincero. Todo me ha parecido bien, menos la idea de meternos aquí todos los frailes de la cristiandad. ¿Para qué queremos aquí tal aluvión y acarreo de regulares? Nosotros los seculares nos bastamos y nos sobramos para todo lo que haya que hacer. Sobre que son en su mayoría un hatajo de gandules que vienen aquí con hambre atrasada, y en poco tiempo consumirían todas las subsistencias de la nación, querrían mangonear ellos solos y nos reducirían a una servidumbre vergonzosa. En la clerecía de aquí hay bastante personal para desempeñar cuantas funciones civiles, judiciales y aun militares se nos encomienden. De mí sé decir, sin jactancia, que me creo tan apto como el primero para ser, al par que un párroco modelo, un ejemplar alcalde. Sí, Tito, sí; yo gobernaría esta villa mejor que nadie. Bien apañado estaría el pueblo, y bien derechos andarían todos mis administrados, que al propio tiempo serían mis feligreses. ¡Ayuntamiento y parroquia en una pieza- ¡Qué gusto! Pues aún me sobraría tiempo para otro cargo, por ejemplo: maestro de escuela... A los chicos los despacharía yo en dos palotadas... Conque ya sabe usted lo que piensa un hombre que siempre dice la verdad. Recorte usted eso de la traída de frailes y monjas, y en lo demás conformes, y grandemente entusiasmado de su talento, de su oratoria, de su arranque... ¡Viva Dios Uno y Trino, y la Purísima Concepción, Madre del Verbo, inspiradora de toda elocuencia!

De los demás curas recibí enhorabuenas, no todas ardorosas, algunas bastante frías, como de quien no ve con buenos ojos al que descuella demasiado pronto y gana con un solo acto la voluntad colectiva... Avancé en la sala para saludar a los que humildemente iban

saliendo sin atreverse a dirigir la palabra al gran orador. A muchos di mis gratitudes, y en uno de los grupos rezagados que requerían con apreturas la puerta de salida distinguí una cara de mujer que me dejó paralizado de estupor. O yo veía visiones, o la que vi era *Mariclío* en apariencia equívoca, medio señora, medio aldeana. Con trabajo y abriéndome paso como pude llegué hasta ella. Me miraba y reía. Cuando a su lado estuve, acercó su boca a mi oído para decirme con susurro:

—Eres el granuja de más chispa que he visto en el mundo. He pasado un rato delicioso oyéndote desatinar con tanta gracia y picardía... ¡Y esta pobre gente tan consentida!... Te han tomado por el Espíritu Santo.

Interrogada por la razón de su presencia en la villa de Durango, me dijo así:

—Aquí he venido creyendo encontrar algo de provecho. Me parece que nada bueno podré llevarme, como no sea tu discurso, que quizá, bajo la forma de jácara o entremés de burlas, entraña no pocas verdades para el día de mañana... Pero no hablemos más aquí. Vivo en una posada o parador, a la entrada del pueblo, viniendo de Bilbao. Vete a verme cuando puedas. Estaré algunos días hasta ver en qué para esta nueva humorada facciosa... En la posada pregunta por *doña Mariana,* o la *Madre Mariana,* que con tales nombres vengo y por ellos soy conocida. Adiós, Tito salado.

XVIII

Maravillado me dejó la presencia de *Mariclío,* pues aunque bien conocía yo sus naturales tendencias a la ubicuidad, no esperaba verla en aquel lugar de Vasconia, donde nada ocurría digno de los borceguíes ni aun de las sandalias de mi ilustre amiga. Hice propósito de visitarla en su posada en cuanto tuviera un rato disponible. Viéndola escurrirse entre el gentío saliente, acompañada de otra mujer que acaso sería su posadera, pensé que mi discurso debió de causarle gran regocijo, y de ello me alabé, pues yo también de dientes adentro me reía de mí mismo y celebraba el gracejo y socarronería con que supe tomar el pelo a los inocentes y fanáticos durangueses. Ni en aquella tarde ni en todo el día siguiente pude ver a *Mariclío,* porque en mi casa menudeaban las visitas. Tras de las visitas venían invitaciones a comer, y hasta de las monjas de Santa Susana y Santa Clara llegaron recaditos tiernos, con la coletilla de que me verían con gusto en el locutorio.

Heme aquí de visiteo todo el santo día, sin olvidar a las monjitas, y menos a mi predilecta, la que di en llamar *señora gorda,* y ahora designo por su verdadero nombre, doña Josefa Izco de Larrea. Ya comprenderá el ladino lector que, encontrándola sola en mi primera visita, juzgué oportuno aprovechar la buena coyuntura para colocar, entre los tópicos vacíos de un vago parloteo, una pérfida declaración de amor. Díjele que por las singulares circunstancias de mi vida y por la exaltación a que había llegado, mi espíritu necesitaba un amor puro, un amor místico, y que en ella veía el único ser capaz, por su exquisita idealidad, de acoger aquel amor... enteramente angélico, sin el menor atisbo ni vislumbre de melindre sensual. Poniéndose colorada y haciendo con su boca linda unos repliegues muy monos, ocntestó que siendo el amor rematadamente puro, *en toda la extensión de la palabra,* afecto espiritual, sutilísimo y sonrosado, no tendría inconveniente en... Al siguiente día, después de acompañarla a misa, le conté, como yo sabía hacerlo, la vida de Santa Cecilia y San Valeriano, que fueron novios y tuvieron el gusto de ser martirizados antes de casarse. Oíame Josefa Izco con arrobamiento, y encomiaba la castidad como la virtud preeminente para ganar el cielo. Yo decía para mi sayo: «Déjate estar. Ya hablaremos de eso dentro de ocho o diez días.»

La primera vez que pude hacer un hueco en mis ocupaciones para visitar a *Mariclío* tuve la desdicha de no encontrarla en su casa. Díjome la posadera que había ido a Elorrio, y que ignoraba cuándo volvería. ¿Qué pasa en Elorrio? A mi pregunta me contesta la buena mujer:

—No sé, señor. Sólo sé que allí está el general Serrano, alojado en la casa de los señores de Urquizu... Dos hermanos muy principales. El uno fué a la facción, y el otro está con Serrano. Andan sobre esto muchos decires... Parece que

allá van los señores de la Diputación de Vizcaya, o que Serrano y Urquizu irán a ponerse *so el árbol de Guernica* para tratar paces duraderas con don Carlos. No sé si *doña Mariana* es amiga de Serrano: pero allí está, viendo lo que guisan. Es señora muy leída, que todo lo quiere saber, y no hay olla en que no meta sus narices...

En tanto que esto ocurría, el éxito y fama de mi discurso «Proclamación de la República Hispano-Pontificia», repercutían lejos o cerca de mí con diferentes efectos. Por una parte, mi padre recibía de Madrid la noticia de que la conferencia, reproducida por la Prensa neocatólica, había levantado polvareda de alegría y entusiasmo. Gabino Tejado, Carulla, Carbonero y Sol y otras encumbradas figuras del ultramontanismo, me ponían sobre su cabeza. Se decía en Madrid que en la Curia Romana era ya conocido el discurso, y que el propio Pontífice, oído el dictamen de la *Propaganda Fidœ*, lo consideró como documento digno de ser comunicado a todo el mundo católico. Esto me aseguró mi buen padre, babeándose de emoción; mas como no me mostrara las epístolas en que tan lisonjeras cosas se le comunicaba, pensé que algún ángel se lo había contado en sueños.

Por otra parte, llegaron a mí referencias totalmente desfavorables a mi persona y discurso. Mi amiga mística Josefa Izco, cuando ya sus tiernas afecciones iban derivando por suave pendiente hacia la impureza, me informó con íntimo secreto de que dos curánganos aviesos, el uno coadjutor en Santa María, capellán el otro de las Claras, tramaban atroz conjura contra mí. Andaban diciendo que, informados de mi persona y antecedentes por sujetos llegados de Madrid, sabían que yo era un pícaro redomado, un zascandil de la literatura y el periodismo, federal de abolengo, masón y revolucionario callejero, y que mi famosa perorata fué una burla infame de la honrada inocencia de los durangueses. Creía Pepita Izco que los tales clérigos procedían así movidos de la envidia y del reconcomio de su barbarie, y que yo sufría la injusta persecución que siempre recae sobre el verdadero mérito. Pero me prevenía contra la maldad de mis enemigos, que ya se preparaban para vilipendiarme públicamente. El uno se proponía desenmacararme desde el púlpito, contando mi vida de disipación y escándalo, y mis propagandas demagógicas y ateas. El otro andaba ya en tratos con una pandilla de mozos de brío, que me obsequiarían con una somanta, toreándome por las calles y arrojándome del pueblo.

Ambas versiones archivé en mi mente para resolver, a su debido tiempo, el partido que debía tomar. Pepa Izco no me engañaba; los optimismos de mi padre me inspiraban confianza poca, y no era santo de mi devoción el ángel que le traía los cuentos de Roma. Prevenido para lo que pudiera ocurrir, volví a la morada de *Mariclío*, que por dicha mía llegó de Elorrio horas antes de pasar por Durango el duque de la Torre, con su séquito militar y civil, en dirección a Zornoza. Di cuenta a la *Madre Mariana* de mis inquietudes, y me dijo que según sus noticias no tendría yo más remedio que salir por pies, antes que se descubriera la superchería picaresca del sermón con que embobé a los durangueses. Había sido yo un diablo metido a predicador y profeta, y aunque lo hice con donaire sutilísimo, tendría que pagar con el pellejo mi descocado atrevimiento... A estas severas razones añadió después otras más blandas, que me infundieron cierta tranquilidad:

—Hazte el desentendido de esos rumores contra ti, y esta tarde y mañana irás con tu padre a Santa María, y con Choribiqueta darás tu acostumbrado paseo. Yo me encargo de sacarte de esta rinconada en que te has metido. ¿Cómo? Por de pronto, antes de medianoche recibirá tu padre un telegrama del encargado de la Nunciatura en Madrid diciéndole que el Papa desea y pide que vayas sin pérdida de tiempo a Roma...

—¡Yo...; a Roma yo!

—No te alborotes, hijo. Tú has hecho la historia jocosa, la profecía burlesca. ¿Qué otra cosa es tu «República Hispano-Pontificia» más que un divertido sainete? Pues yo, en estos días de horroroso tedio, endulzo mis amarguras dándome un paseíto por el campo de la *Historia burlesca*, de la *Historia chismográfica*, de la *Historia juguete*... De varios modos nombro estos vagos esparcimientos de mi triste vida. ¿No lo entiendes, tontín? Pues vete a tu casa y *espera los acontecimientos*. Aunque és-

tos sean acontecimientos de puro recreo infantil para pasar el rato, no quedarás mal servido, querido Tito, predilecto de las musas bufonescas... Yo me iré esta noche en persecución de mi duque de la Torre. Deseo saber si hace algo que me obligue a cambiar estas rústicas alpargatas por el alto y dorado coturno. Luego volveré aquí, donde espero verte, y me contarás si te han dado la solfa y carrera en pelo que te corresponde por haberte metido a intérprete del Espíritu Santo.

Obediente a su mandato, me retiré *pian pianito* a mi casa, y esperé tranquilo los pícaros acontecimientos. A la hora de la siesta llegó el telegrama en que el secretario de Estado de Pío IX..., no reírse..., comunicaba.... no sé cómo decirlo para que mis lectores no me tengan por loco... En fin, que piensen lo que quieran... Los viajes que hacía mi padre al fijar sus ojos en el telegrama, la cara que puso leyéndomelo, después de haberse enterado él detenidamente, no caen dentro del dominio de la literatura descriptiva... Yo, al menos, no encuentro palabras para expresar el trémulo acento, la..., la... transfiguración, el éxtasis final de mi buen viejo en tan sublime instante. Y para complemento de la función, llegó una hora más tarde el rector de Santa María con otro telegrama notificándole que la *Propaganda Fide* quería que yo explanase mi tesis ante ella...; vamos, que Roma me llamaba, Roma me reclamaba, no sé si para ponerme en un altar o para quemarme vivo.

Corrí a llevar la noticia a Pepita Izco, que no se resolvió a creerlo, y aun indicó la idea de que en ello andaban los demonios. De vuelta a mi casa, recibí el tercer telegrama. Era del encargado de los negocios puramente eclesiásticos de la Nunciatura, diciéndome que a mi disposición tenía los fondos necesarios para mi viaje... ¿Creéis que era broma?... Y añadía que no perdiese el tiempo, pues el 25 salía vapor de Marsella para Civitta-Vecchia, y si me descuidaba no tendría vapor hasta el 31... Aquella noche nadie durmió en casa. Todos parecían locos. Zubiri, mi padre, mi hermana, se reunían en consejo de familia, y se separaban sin decir cosa alguna. Trigidia, un tanto recelosa de la procedencia de los telegramas, inclinábase a suponerlos, como Pepita Izco, invención del mismo infierno.

Lo primero que me dijo mi buen padre a la mañana siguiente, cuando tomaba su chocolate. fué que antes de partir para la *capital del Orbe católico* debía dejar concertadas solemnemente mis nupcias con Facunda, dando cuenta de ello al Sumo Pontífice en la primera entrevista que con él celebrara, para que nos concediese su santa bendición, regalo de boda el más preciado que la chica de Iturrigalde podía ambicionar. Con todo me mostré conforme. Trató luego de la necesaria provisión de dinero, y haciendo un gran esfuerzo y torciendo la boca como si algo le doliera, sacó un envoltorio de papel con cuatro monedas de cinco duros, que me enseñó diciéndome:

—Esto para el viaje a Madrid, que harás en primera, para que en primera te vea el nuncio. pro-nuncio o lo que sea, si baja a la estación a recibirte... Ya sabes que tienes viaje pagado desde Madrid a la *capital del Orbe católico*. Te recomiendo, hijo del alma, que no te detengas en la Villa y Corte más que el tiempo preciso para visitar al señor pronuncio. Huye de los amigos malos y de toda la pestilencia de aquel pueblo corrupto.

Por la noche me dió las monedas de oro con tanta solemnidad como si pusiera en mis manos hostias consagradas. Y al siguiente día me asaltaron los padres de Facunda con arrumacos y zalamerías, amenazándome con su enojo si volvía de Roma sin traer para su hija el espléndido regalo de la bendición papal. En tanto la mozarrona corpulenta me perseguía, como camella desmandada, por las calles y callejas del pueblo, llamándome a su lado, pidiéndome conversación de amores, cual si me necesitara para inmediatas expansiones afectivas. También me acosaba mi padre, dándome prisa para emprender mi viaje; no se me escapara el vapor de Civitta-Vecchia.

Estaba yo en ascuas, pues Pepita Izco me dió noticias alarmantes de los dos clerizontes que trataban de lanzar contra mí la brutal plebe, armada de estacas. Indicios de esta ignominia observé al pasar por algunas calles. Frente a la botica de Anabitarte vi un grupo que a mi paso profirió voces chanceras acom-

pañadas de siseos y carcajadas, y de la lonja de Basterrechea salieron chiquillos desvergonzados, que me arrojaron hojas de berza y algunas peladillas... En previsión de un escandaloso conflicto, mi primer cuidado fué correr en busca de mi protectora la *Madre Mariana*, y tuve la suerte de verla entrar en su posada a poco de estar yo allí. Sabedora ya de mis afanes, y tomándolos a broma, me dijo sonriente:

—¿Qué le pasa al ingenioso Tito?... ¿Quieres quedarte en esta feliz Arcadia?

—No, madre. Por todo el oro del mundo no estaría un día más en la metrópoli de mi República Pontificia. Se la entrego al Papa y a sus negros lugartenientes... El problema es salir de aquí sin la cabeza rota. Ampáreme usted, y si, como parece, abandona estos lugares beatíficos, lléveme en su compañía y séquito, en calidad de secretario, maletero, paje o como le plazca.

Sin otra forma de expresión que una sonrisa tranquilizadora, cogióme de la mano y me llevó a su habitación, que era baja, oscura. Al entrar en ella, encandilado por la luz solar, no pude distinguir si los informes bultos que allí se parecían eran muebles, baúles o personas. *Doña Mariana* me arrojó, con empujón leve, en un asiento, que no supe si era sillón o sofá. Inciertas blanduras de muelles rotos y de pelotes gastados me lastimaban las carnes. La señora me habló de viajar en coche y en trenes, y cuando de mí se alejaba la reconocía tan sólo por la voz, pues su figura se perdía en las tinieblas de aquel antro. Me consolaba la idea de que *doña Mariana* me llevaría consigo, y mi única contrariedad era el tener que partir sin ropa, pues ni a tiros volvería yo a casa de mi hermana para recoger mi equipaje...

Pensando en esto, mis oídos, más que mis ojos, se sintieron como sumergidos en una atmósfera de somnolencia, jugando con la ilusión y la realidad. En el charloteo murmurante de *doña Mariana* con personas no vistas se destacó un acento que me sonaba como la propia voz de Graziella, mi hechicera y amiga en las noches febriles de la gruta de marras. El dejo italiano de la invisible parlante y su gracia voluble delataban a la ninfa; mas yo nada veía; la luz era escasa, temblorosa. Creyérase que la producían llamas moribundas de candiles colocados en el suelo de la estancia. Esta era de tal configuración, que desde mi asiento yo no distinguía su término.

De improviso, vi a la *Madre Mariana* junto a mí, no puedo decir si sentada o en pie. Su voz sonaba quejumbrosa, diciéndome lo que, por ser de ella, intento copiar *ad pedem litteræ*...

—Me vuelvo a los Madriles, porque ya he visto lo que dan de sí los últimos acontecimientos de Navarra, y el fracasado intento de guerra civil. Bien poca cosa es lo que puedo aprovechar de esta ráfaga histórica, que pudo ser incendio, y no es más que fogata o llamarada efímera. En un palacio de Amorebieta (Dos Amores) he dejado a Serrano, que ayer trataba de paces con los diputados de este señorío. Con él hablé, y sus pensamientos y los míos han coincidido en la necesidad nacional de poner cerrojos, candados y barrotes al templo de Jano... En los medios para lograr tal ventura no estamos acordes. Serrano, ya lo sabes, es un león en los campos de batalla; pero en los descansos de la guerra toda la hiel se le endulza, y en su inocente optimismo cree que con tratos y avenencias amistosas puede desarmar a sus encolerizados enemigos. Yo le dije que sólo con la guerra cruda y eficaz se puede obtener el beneficio de paces duraderas. No le convencí, y allí estuvo parlamentando con los primates vizcaínos, y entre unos y otros dejaron escritas unas que llaman *bases*, y que son montoncitos de arena movediza sobre los cuales nunca podremos asentar un sólido edificio.

Yo quise decir algo; pero las ideas que de mi cerebro bajaron a mis labios helados murieron en ellos sin producir el más leve sonido. *Doña Mariana* prosiguió así:

—Estaba el duque en lo cierto diciendo a los carlistas, por conducto de Urquizu, que en guerra formal jamás vencerían. ¿A qué sostener una campaña que no tendría más consecuencias que convertir el risueño país vasco en campo de ruinas y desolación? Algunos cabecillas, como Iriarte y Valdespina, no se daban a partido; otros firmaron en Mondragón un acta en que autorizaban a Urquizu para tratar de paces con Serrano.

De la boca de la *Madre Mariana* salieron con limpia dicción nombres de esos que se resisten a permanecer en la memoria del oyente: *Garibi, Cengotita, Arguinzonis*... Entendí que los dos primeros eran apellidos de cabecillas, el otro de un diputado del señorío de Vizcaya... Luego pronunció otros nombres, que yo con atención muy afilada intenté clavar en mi memoria. Pero entraban en ella y al instante salían a perderse en el ambiente ahumado y tenebroso de aquella estancia de aplastado techo y largura de túnel.

Turbado yo y soñoliento, pude formular en mi magín este razonable juicio: «El suceso que la puntual *Mariclío* trata de referirme es de aquellos que se desvanecen en la Historia, y a los treinta o más años de acaecidos, no hay memoria que los retenga, ni curiosidad que en ellos quiera cebarse. El humo y la penumbra borran todo hecho que no tuvo eficacia, y de él sólo queda un epígrafe, la etiqueta de un frasco vacío.» Yo vi el letrero: *Convenio de Amorebieta*, y ante él la *Madre Mariana* y su humilde interlocutor bostezábamos.

Pronunció luego la señora nombres vascos, que al salir de la clásica boca cruzaban el aire con ruidillo comparable al del diamante que raya el cristal... *Arguinzonis, Urquizu, Urúe*. Eran éstos los individuos con quienes Serrano hizo tratos para dar la paz a la noble Vizcaya. ¿Qué convinieron? Indulto general a todos los insurrectos carlistas que se presentaran con armas, dándoles todo género de garantías para su seguridad... Los que vinieran de Francia podían quedarse en sus hogares sin ser molestados... Los generales, jefes y oficiales procedentes del Ejército que se hubiesen alzado en armas por la causa carlista podrían reingresar en el Ejército con los mismos empleos que tuvieron antes de su deserción. La Diputación de Vizcaya se reuniría con arreglo a fuero, a la sombra venerable del *Guernikako arbola*, para determinar la forma y manera del pago de los gastos de la guerra... La cuestión foral se trató vagamente en una carta del duque, ofreciendo que todo se arreglaría de común acuerdo, mirando a la paz duradera...

¿Qué resultó de esto? Nada. Vinieron días de una paz artificiosa. Fué remisión de la fiebre carlista, cuyo germen permanecía latente con la sangre vasconavarra, prolongando el descanso para resurgir con más fuerza. El tiempo no quiso hacer nido entre los papeles del *Trato de Amorebieta*, y la guerra dormida, o tan sólo amodorrada, despertó y se puso en pie en los comienzos del año que venía... De esto nada puedo decir, y sigo mi cuento refiriendo sensaciones personales que no carecen de miga histórica.

Cuando menos lo pensaba, sirviéronnos comida frugal. Yo vi a la *Madre Mariana* sentada frente a mí, con la separación de una mesilla en que aparecían diferentes platos y viandas del género pobre y barato. Servían mujeres, de las que yo no veía más que las manos y antebrazos. Eran dos, pues yo distinguía tres manos, a veces cuatro; pero de esta cifra no pasaban. Sus voces sonaron como un murmullo, vago silencio mezclado de inflexiones de jácara. «Que me maten, pensaba yo, si esta voz y estas manos no son los de la ninfa hechicera.» Confirmaron tal sospecha el olor y el gusto del vinillo blanco, en quien reconocí la poción somnífera que me dieron en la gruta señalada en mis recuerdos con la sencilla marca del *número 16*... Me dormí, mas no tan profundamente que dejara de advertir la partida, el arrastrar de baúles, la cháchara de las viajeras, que en vilo me llevaron a un coche, y en él me acomodaron como un bulto más. Rodó el vehículo con estruendo...; rodó con él el tiempo descuidado, sin señalar las horas: rodó la noche vaga, en cuyo seno las horas se dormían también olvidadas de sus minutos..., y uno de éstos despertó de súbito y me dijo: «Excelso Tito, estás en Vitoria.»

XIX

Y yo dije al minuto: «Tu hora, ¿cuál es?» Y no el minuto, sino *doña Mariana*, me contestó:

—Déjate llevar, bobito. Del coche pasamos al tren.

Me miré, me consideré, me vi como un niño chiquitín, que no podía valerse. Sentí hambre. Pensé que me alimentarían con biberón. Manos blandas me cogieron, arropándome. Mis manecitas tocaron un abultado seno, y balbuciendo dije:

—¿Verdad que eres Graziella?...

Y una mano menos blanda me azotó en los cuartos traseros, y oí dulces palabras:

—A callar, a dormir..., ro...

Por el traqueteo rítmico que venía de abajo conocí que no íbamos en coche, sino en el tren. Y dormitaba, y mi vago soñar, reproduciendo cosas pretéritas, era cortado a trechos por el canticio melancólico que marcaba las estaciones y los puntos de parada. Los sueños que elaboraba mi cerebro eran pasajes de intensa zozobra, con opresión cardiaca y temor de inminente peligro. Mi primera zozobra fué si alcanzaría o no el vapor para Civitta Vecchia... Que no lo alcanzaba; que salía momentos antes de llegar yo... Allá va el vapor sin mí; allá va... Y en esto sonaba el triste canto: «¡Pancorbo, un minuto!»

Pensé yo que un minuto no me daba tiempo para embarcarme en otro vapor... El *traca traca* del tren siguió arrullándome, y en mi cerebro aparecía nueva inquietud opresora. En mi discurso de Durango se me había olvidado una parte importantísima. A muchos de mis oyentes repugnaba la palabra *república*, aun retocada y ennoblecida con los perifollos de *católica* y *pontificia*. «No, queridas hermanas; no, hermanos del alma; no os alborotéis por la fealdad de una palabra, similar de todo escándalo y del delirio de la sanguinaria plebe... Callad, escuchadme: os sobra razón, y en armonía con vuestros sentimientos doy a los gloriosos estados el nombre de *Imperio de Cristo, Imperio Hispano-Pontificio*... ¿Os satisface? ¡Viva nuestro emperador y rey Pío Primero, quiero decir Nono, que el número no hace al caso!» En esto la divina voz melancólica clamaba en el silencio frío de la noche: «¡Quintanapalla, un minuto!»

El espantoso ruido del tren pataleando sobre las placas giratorias al entrar en una estación grande me hizo saltar en el regazo de la incógnita hembra que me agasajaba. Pregunté dónde estábamos, y oí que habíamos llegado a Burgos. No me tranquilicé con la idea y el honor de estar en la ilustre *Caput Castellæ*, y seguí con mis ansias y zozobras al compás del fogoso vehículo que me llevaba traqueteando a lo largo de las Españas. Vi que contra mí venían los bárbaros jayanes hostigados por dos curas impíos y soeces, deshonra de su clase. La bestial plebe me apaleó; arrastrado fuí por el suelo y lanzado a un campo de ortigas... Recogíame con dulce piedad Pepita Izco; me lavaba las heridas, me bizmaba con delicadas manos; con el bálsamo de sus caricias me restauraba el cuerpo y el alma, y llevándome a su casa en brazos de las fornidas doncellas que la servían, en su propio lecho blando y anchuroso me acostaba, ¡ay!, a punto que el cantor triste del tiempo y de la noche decía, estirando la voz: «¡Torquemada, un minuto!» Oyéndolo, pensaba yo que Torquemada, con sus hórridas hogueras y sus crueles suplicios, era más humano que la bestial plebe duranguesa...

Pasado este angustioso trance, volví a la primera zozobra: ¿alcanzaría el vapor para Civitta Vecchia? No lo alcanzaría, por no llevar el tren la vertiginosa marcha necesaria para llegar a Marsella en corto tiempo. Cuando creí que el cantor nocturno clamaría: «¡Marsella, parada y fonda», gritó: «¡Venta de Baños, cambio de tren para Santander...» Pensé que siendo Santander puerto de mar, allí encontraríamos vapor para Italia... Pero no iba nuestro tren en aquella dirección que me sacaría de mis apuros. Oí cantar Dueñas; luego, Valladolid; después, Arévalo, Sanchidrián... Cuando pasamos de la patria de Santa Teresa, la *madre Mariana* me tomó en sus brazos y me zarandeó gozosa diciéndome:

—Titín, chiquitín, arroja de tu mente todas las ideas, todas las impresiones, recuerdos de aquella *Carquilandia* que ha sido para ti un destierro, en algún modo tedioso y mortificante. Pero no creas que allí has perdido el tiempo, no; en aquella tierra de hombres inocentes y bravos has aprendido más de lo que pensabas. Mucho vale, hijo mío, el aprendizaje de cosas y personas que allá tuviste; mucho vale el dato de Vasconia, documento vivido por ti, para que lo agregues a los estudios que han de darte el total conocimiento de la vida hispana.

Con filial mirada y breves voces accedí a cuanto la cariñosa *Mariana* me decía. En aquel punto me sentí tan extremadamente chiquitín, que al colocarme ella al amparo de su brazo derecho pude medirme fácilmente, pude ver

y comprobar que yo no era más largo que su brazo, desde el sobaco a la punta de sus dedos. Yo menguaba, yo había disminuído considerablemente de talla, y así debiera creerlo mientras no se me demostrara que ella crecido había hasta un tamaño doble o triple del que tenemos por natural.

Al otro lado del vagón, dos mujeres arrebujadas y encogidas dormían profundamente. Con el tapujo de sus pañolones no se les veía el rostro. En los dos montones de arropadas carnes, inmovilizadas por el descanso, descollaban las ancas poderosas. Esto vi a la incierta luz de la lámpara cenital cubierta de un trapo verde. *Doña Mariana* no dormía. Sentada estaba en el rincón junto a la portezuela, teniéndome agasajadito en el espacio, grandísimo a mis ojos, entre su brazo derecho y el costado correspondiente. Blanduras tibias rodeaban mi mezquino cuerpo en aquel nicho sagrado.

De él me sacó la diosa cuando habíamos traspasado el caballete del Puerto, y poniéndome sentadito sobre su muslo izquierdo, me dijo:

—Pronto veremos la claridad del alba. El día nos saluda siempre en este paso de la Vieja a la Nueva Castilla. Y pues estamos, como quien dice, a las puertas de esa villa, cueva o nidal de todas las alimañas que intervienen en la vida pública, aquí recobro la plenitud de mis funciones, y uno de mis primeros actos será tomarte a mi servicio, utilizando tu agudo ingenio y la sutileza con que te cuelas allí donde algo se guisa que pueda interesarme. Tu vista y oído son excelentes órganos de observación. Pequeño eres; más pequeño, casi imperceptible serás cuando me sirvas en calidad de corchete, confidente y mensajero.

Respondíle que desempeñaría con orgullo cuantas encomiendas quisiera encargarme, y cada palabra que salía de mis labios achicaba, a mi parecer, mi ya corta estatura. O yo padecía una horrenda perturbación de mis sentidos, o era del tamaño de un gatito en la edad juguetona. Mordía yo suavemente un dedo de la *madre Mariana* para demostrarle mi cariño, y con sus dedos me abrazaba ella y jugaba con mi cuerpecillo blando y dúctil.

El tren descendía rápidamente. Amaneció... Oí el clamor ferroviario que nos dijo: «¡Escorial, cinco minutos!» Vino luego Villalba; siguió Torrelodones... Ya día claro, *doña Mariana* llamó a las mujeres durmientes, incitándolas a prepararse para la llegada. Pero ellas continuaban como piedras en el apretado envoltorio de sus mantas y mantones. La señora, puesta en pie, se cubrió de un luengo balandrán: cogióme con viva manotada, y doblándome sobre mí mismo me guardó en un hondo bolsillo de aquella prenda lujosa.

Desde mi cárcel holgona y forrada de seda olorosa, oí la voz de la que bien puedo llamar mi ama, despertando a las mujeres. Estas gruñían desperezándose... Con el canto de «¡Pozuelo, dos minutos!», se confundía el ajetreo de las tres féminas requiriendo sus maletas y cinchando con correas sus envoltorios de viaje. En tanto, yo me desperezaba y sacudía en mi cárcel sedosa. Nada veía: pero al tacto pude apreciar que no estaba solo y que otros seres blandos y menudos iban conmigo en la prisión... Total, que llegamos a Madrid. Claramente percibí la salida del tren, el paso por la estación, la entrada en un coche y... ya no más, ya no más. Mis sensaciones se perdieron en un sopor delicioso y rosado, tirando a violeta... No sé cómo expresarlo.

Al llegar a este punto, el más delicado, el más desaprensivo de esta historia, me detengo a implorar la indulgencia de mis lectores, rogándoles que no separen lo verídico de lo increíble, y antes bien lo junten y amalgamen; que, al fin, con el arte de tal mixtura, llegarán a ver claramente la estricta verdad. A riesgo de que no me crean, les digo que me encontraba en la plena conciencia de mi yo espiritual y físico; yo era yo mismo en mi ser inmanente; gozaba la serena vida fisiológica, la vida pensante y erudita, pues todo lo que supe sabía, y mi memoria se armonizaba con mi entendimiento; yo estaba bien comido y perfectamente apañado de todas mis necesidades y estímulos: yo bebía y fumaba; yo iba por las calles saboreando la inefable dicha de que nadie me viera ni en mi diminuta persona reparara; yo disfrutaba el placer de verlo todo sin ser visto, y de ejercitar el don de la crítica, el don de la burla, más precioso aún, sin que nadie

por ello me molestase; yo podía reírme a mansalva de todo ser viviente, del rey para abajo, y no encontraba freno ni obstáculo a mi observación fisgona; ante mí no había puerta cerrada ni pared que me cortaran el paso; me congraciaba de mi suerte diciéndome: «Por San Tito, mi patrón, y por Santa Clío, mi madre, que es linda cosa el oficio de duende.»

En calidad y funciones de tal, avanzaba yo una tarde por la plaza de Oriente, y después de rodearla toda contemplando el caballo de bronce, me metí en Palacio por la Puerta del Príncipe. En el largo zaguán, desde la puerta al patio, me encontré de manos a boca con mi amigo Quintín González, imponente y colosal portero, vestido de casacón colorado, con los aditamentos solemnísimos de tricornio y cachiporra. Ante él me planté, puesto en jarras, y le felicité por su hermosura monumental. Con gran sorpresa mía, Quintín permaneció impasible y tieso, sin contestarme ni fijar en mí sus miradas. En aquel momento me hice cargo, por primera vez, de que yo era invisible o poco menos, y sin solicitar de nuevo la comunicación amistosa con el amigo, acordéme de su mujer y de mi amoroso enredo con ella en días lejanos, allá por los fines del 70 y principios del 71.

Entráronme vivas ganas de ver a Nieves, y con resuelto paso me lancé a las alturas por la escalera de Cáceres. Recorrí alegremente todo el piso segundo, todo el tercero, rememorando alegres días. No encontré a la esposa de Quintín en la habitación donde antes moraba; tampoco encontré a mi pariente don José Foigueras, empleado en la Intendencia... Metíme en diferentes casas cuyos inquilinos desconocía y en una de ellas se me apareció la frescachona Nieves, así llamada irónicamente, pues era su persona el trasunto de los ardores caniculares. Había mejorado considerablemente de posición y jerarquía, que bien lo declaraban su compostura y traje, así como el adorno de la sala. En ésta la vi sentadita frente a un alabardero, el cual, inclinado con abandono, le acariciaba las manos pronunciando las palabrejas galantes que inician una campaña de amor...

Yo me reía y observaba. Brincando pasé entre las piernas de uno y otro, sin que ellos se percataran de mi presencia. Salté a una silla; de ésta me encaramé en la cómoda; me entretuve mirando retratos colocados en esterillas, y entre ellos vi el mío, que a Nieves regalé dos años antes. La estancia revelaba un progreso enorme en el bienestar del matrimonio Quintín-Nieves. Esta no era ya planchadora de la Real Casa; debía de ser azafata, moza de retrete o no sé qué... De un brinco volví al suelo. El alabardero, echando hacia atrás los vuelos de su capa blanca, se aproximaba tanto a Nieves que su larga perilla rozó los labios de ella. En uno y otro, la alegría del alma mostrábase con el reír gozoso y voluble. De pronto, Nieves cogió del sofá el tricornio de su adorador y se lo puso. Con rápido andar corrió a mirarse en el espejo. Tras ella fué el galán, y abrazándola por la cintura, ambos contemplaron sus rostros risueños en el espacio reproducido por el cristal. Yo me dije: «Vaya, vaya; ni aun en mi condición de invisible me resigno a presenciar la felicidad ajena, con mi gorro bien calado y mi velita en la mano. Abur, avecillas en celo; divertíos todo lo que podáis.»

Salí de estampía, y conmigo salió el gato de la casa, que por efecto de la picante escena iba en busca de lo suyo. El ligero paso del morrongo guió los pasos míos, y tras él seguí escaleras abajo, no sé si por la de Cáceres o por otra de las muchas que allí hay. Ya era de noche y el gas alumbraba todos los pasajes, conductos y rincones del inmenso caserón real. No puedo dar idea del sinnúmero de peldaños que descendí. En un rellano encontré a mi gato, con otros individuos de su especie, maullando y haciendo la carretilla. Su lenguaje no era para mí totalmente ignorado. También ellos y ellas jugaban, se perseguían y se enzarzaban en enredos amorosos... Descendiendo más, el olfato y el ruido de voces hondas me anunció las cocinas.

En ellas penetré, y vi la caterva de cocineros y marmitones que aderezaban la real comida. Era también la hora de servirla, y en el ancho recinto abovedado vi movimiento y barullo que me dejaron suspenso. Daba el jefe voces de mando, como general en el momento crítico de una batalla. Los hombres de blanco gorro hacinaban en las fuentes

con ágiles dedos las piezas de carne, legumbres y pescado con el adorno de mil porquerías comestibles. Otros armaban los castilletes de repostería y postres de cocina. Todo el comistraje iba pasando al pie del ascensor, por donde las copiosas bandejas subían al piso principal, como en los buques de guerra suben los proyectiles desde la bodega hasta la batería donde están emplazados los cañones.

Recorrí todo el antro, y movido de mi curiosidad intensa me metí en un grupo de marmitones, que arreglaban las fuentes catando de todo por arte o glotonería. Algunos de ellos comentaban con burletas el extraño gusto de don Amadeo. No comía más que carne guisada simplemente, que los italianos llaman *lesso,* y patatas cocidas. Uno que parecía italiano aseguró que lo mismo comía Víctor Manuel. El postre de nuestro soberano eran guindas en aguardiente que le mandaban de Turín, aderezadas con pimienta en grado tan fuerte que cuantos lo probaban aquí escupían los hígados.

La vista del montacargas me atraía. Reconocida ya la oficina culinaria, me lancé a él escabulléndome entre rimeros de chuletas y montañas de hojaldre. Subí... Encontréme en una habitación donde estaba la estufa en que se colocan las fuentes para conservar el calor. Allí, los mozos, a la voz de un maestresala, llevaban los manjares al comedor llamado *de diario.* Con rápido paso en el comedor me colé. Vi al rey y a la reina en las respectivas cabeceras. Vi damas, gentileshombres, militares de la guardia, ayudantes del rey, y oí la festiva charla trilingüe, pues sobre el castellano, a lo largo de la mesa, flotaban frases y conceptos italianos y franceses. Exploré con alegría juguetona la hermosa estancia; contemplé las pinturas del techo, los espejos, cuadros y tapicerías que ornaban las paredes, las suntuosas mesas, relojes y candelabros... Ni encogido ni perezoso, creyendo que vistas las alturas y los medios debía investigar también lo rastrero, me metí debajo de la mesa, y la recorrí holgadamente de punta a punta por la calle que dejaban libre los pies de las dos filas de comensales.

Allí me entretuve observando los bien calzados piececitos de las señoras, las caladas medias y los bajos finísimos guarnecidos de encajes. Por otro lado, vi botas con espuelas, conteras de sables, pantalones galonados... Hasta mí llegaba, repercutido por la madera que allí era mi techo, el sonido de la conversación ceremoniosa. La mesa era para mí una caja armónica que me transmitía las inflexiones más leves de la voz humana. La reina hablaba un castellano gramatical, premioso, aprendido por principios. Los entorpecimientos de su palabra revelaban el temor a equivocarse. Don Amadeo hablaba torpemente, como quien todo lo aprendía de oídas y sin estudio. Al fin de la comida me regocijó la escena en que el rey, con galantería maleante, quería obsequiar a señoras y caballeros con las famosas guindas de Turín. Todos declinaban riendo el honor de probarlas. Una dama, cuyo nombre ignoro, dijo que una vez que cató las guindas se le abrasó la boca y estuvo enferma de estomatitis. Un caballero, ayudante del rey, alabó a éste por tener su boca indemne contra el fuego. La risa terminó con libaciones discretas de jerez y champaña. Todos bebieron, menos el rey, que no cataba el vino.

Terminada la comida, desfilaron. Yo salí de los últimos, y pude ver a los camareros bebiéndose lo que quedaba en algunas copas. Como esto no me interesaba, corrí tras de las reales personas, y de estancia en estancia llegamos a una que llamaban (después lo supe) Despacho del Rey. La reina, con las condesas de Almina y de Constantina, formó corrillo en el testero principal, junto a la chimenea, entonces apagada. Sobre ésta lucía un retrato de María Luisa, por Goya, maravilla de la pintura. Embelesado estuve un rato mirando la figura genuinamente borbónica de aquella reina frescachona, de boca hundida y ojos de fuego. El pintor, atento a destacar lo más hermoso del modelo, se había esmerado en reproducir su brazo incomparable.

Retozando sobre la blanda alfombra de Santa Bárbara, me enteraba yo de cosas y personas. La tertulia de sus majestades, después de comer, no era muy lucida. Ningún personaje de importancia, ningún prócer de primera fila, vi entre los asistentes a la real sobremesa. Toda la concurrencia era puramente

palatina y del Cuarto Militar. Habló la reina del Convenio de Amorebieta, que estimaba beneficioso... por el momento... Díaz Moréu le dió detallada explicación de las bases de aquel arreglo; elogió con ardor al duque de la Torre, hombre de altas miras. Según dijo, el Convenio sería discutido en las Cortes y tendría la aprobación de todos los elementos dinásticos. Esperaba que de esta discusión saldría el Gobierno con mayor fuerza. Hablaron después de Ruiz Zorrilla, lamentando su alejamiento de la vida pública, en su retiro de Tablada. Doña María Victoria expresó tímidamente sus dudas de la eficacia del Convenio de Amorebieta. ¿Quién podía responder de que los carlistas, rehechos más allá de la frontera, no volverían con mayor furia a encender la guerra civil? Contra su terquedad nada valdría la razón, nada el interés de la patria. Extremando su galantería, Díaz Moréu no se atrevió a disipar en absoluto las dudas de la reina, y casi las confirmó, diciendo:

—Tal vez, señora, vuestra majestad discurre siempre con admirable previsión. El carlismo es de calidad muy dura, irreducible... Con esa gente no hay día seguro.

Por lo que después oí de labios de doña María Victoria, comprendí que esta señora se cuidaba de los asuntos públicos, y en ellos ponía toda su atención. En su grande ánimo prevalecían la idea y propósito de consolidar en España la dinastía de Saboya. Manteniendo su propia persona en cierta oscuridad modesta, enderezaba su voluntad firmísima hacia el porvenir de sus hijos en tierra hispana... Hecha esta observación, pasé a fisgonear en el grupo que al otro lado de la estancia formaba el rey con los amigos de su mayor intimidad. Allá me fuí ligero, resbaladizo, invisible. Lo que oí, agazapadito debajo de la silla en que don Amadeo se sentaba, merece capítulo aparte.

XX

Lo primero que le cuento al lector amable y antojadizo es que nuestro buen rey saboyano desdeñaba los riquísimos tabacos habanos de regalía, de que había grande acopio en la Casa Real. El mismo desaire que sus amigos hicieron a las abrasadoras guindas de Turín hizo él al tabaco generoso y suave de Vuelta Abajo. Por hábito y gusto fumaba el hombre los apestosos cigarros que en Italia llaman *virginia,* consistentes en un luengo y nefando cachirulo que lleva en su ánima una paja, sin la cual no hay quijadas que los hagan arder. Amable y guasón, a sus amigos ofrecía las cajas de habanos, diciéndoles: «Fumen eso; yo, virginia.» Para evitar el continuo encender de fósforos, que sin fuego constante no hacía tiro la pajilla, su majestad tenía en una mesita cercana una vela encendida, y a la llama de ésta aplicaba el chicote.

Junto al rey estaba el barón de Benifayó, montero mayor de Palacio, alto, moreno, expresivo, de arqueadas cejas, lentes de oro. Como hablaba de corrido y limpiamente el italiano, con él descansaba don Amadeo del suplicio del idioma español, que en dos años no había podido dominar. A la vera de don Amadeo vi otros señores, que no pude identificar por mi desconocimiento del personal palatino. Vestían de paisano. ¿Era uno el general Gándara o el general Rosell? ¿Era el otro don Cipriano Segundo Montesinos? No puedo asegurarlo. Reconocí a Dragonetti, a Díaz Moréu y al general Burgos, de uniforme, que dejaron a la reina conversando con las damas, el conde de Ríus y otros dos palaciegos gordiflones, que yo no conocía.

En el corrillo del rey, la conversación era frívola, de temas fugaces que pasaban rápidamente de boca en boca. En un momento que a mí me pareció solemne vi a la reina levantarse. Hizo una reverencia de Corte, y seguida de las damas se retiró a sus habitaciones. Empezó el desfile de los caballeros en dirección de la saleta, hasta que solos quedaron don Amadeo y Benifayó. Encendió su majestad otro *virginia.* El rey y su montero hablaron breve rato en italiano bajando la voz, pues aunque nadie quedaba en la estancia, temían el misterioso escuchar de las paredes. Servidores galonados pasaban por el Despacho del Rey. Les sentí cerrando puertas y apagando luces en las habitaciones próximas. Pensé que mis funciones inquisitivas me ordenaban no apartarme del rey y su montero hasta saber qué

harían. A mi parecer, dejaban correr el tiempo esperando la ocasión oportuna para escabullirse de Palacio. No me engañaba.

Llegó un instante en que el silencio y la tranquilidad, tardíos cortesanos, se posesionaron de la casa de los reyes. Don Amadeo y su montero se filtraron, vamos al decir, por la puerta de servicio. Pisando quedo, y sin decir palabra, atravesaron un pasillo alumbrado con mecheros de gas. Torcieron a la derecha, luego a la izquierda. Ningún servidor les salió al paso, ni tuvieron otro testigo de su escapatoria que mi traviesa personalidad invisible. Llegaron, llegamos debo decir, a la escalera de caoba que llaman *de la Intendencia*. Descendimos suavemente. Gemían los peldaños alfombrados bajo las pisadas de ellos, no de las mías; que yo era poco más que un espíritu... Fuimos a parar a un pasillo: en él vi dos servidores que estaban en el ajo, y saludaron con leve reverencia. De allí salimos a la plaza de la Armería, donde esperaba un coche de un solo caballo y cochero sin librea. Entró el rey en el coche; tras él, Benifayó. Algo noté entre el montero y el oficial de guardia, que me indicó la connivencia de éste. No necesito decir que me colé de un brinco dentro de la berlina, achantándome bonitamente en la bigotera...

El coche partió hacia la plaza de Oriente y calle del Arenal. Era la noche plácida, de mejor temple que el día, como suele acontecer en las primaveras matritenses. Por la Puerta del Sol y calle de Alcalá discurrían los vecinos noctámbulos que salen de los teatros para meterse en los cafés. En Recoletos vimos poca gente: no faltaban los ciudadanos de la última capa social que tienen por alcoba y cama las sillas de hierro, o la escalinata de la Casa de la Moneda. Desierta estaba la Castellana. El coche la recorrió en casi todo su largo y fué a parar en un hotel próximo a la calle de la Ese. Alguien abrió desde dentro la verja, y la berlina penetró en un jardinillo de incipiente frondosidad. Momentos después, las tres ilustres personalidades franqueábamos corta gradería, y entrábamos en una linda sala, bien iluminada, donde fuimos recibidos por una dama... Espérate un poco, picaresco lector, que esto es muy delicado.

Era la tal de mediana talla, bien formada y no mal constituída de carnes y anchuras. Mi primer cuidado fué examinarle bien el rostro, que vi entonces por primera vez. Mi crítica lo declaró tan agraciado como hermoso; la tez morena, ojos expresivos, grande la boca, tan abundante el pelo que no se contenía dentro de sus límites naturales, extendiéndose por delante de la oreja, como un rudimento suave de varoniles patillas. El conjunto de tal rostro tenía el encanto de la originalidad, que en arte como en belleza es poderoso atractivo. Sentáronse los tres arrimados a una mesa, la dama y el rey juntitos, mano con mano; frente a ellos, Benifayó... Yo me subí de un brinco a la consola próxima para ver bien y pescar todo lo que hablaran. La señora, que vestía luenga bata de seda blanca, libremente descotada, dejando ver los linderos de un lozano busto, revelaba en sus ojos chispos y en su franca sonrisa el gozo de ver terminada felizmente una larga y ansiosa espera. Anhelaba, sin duda, comunicar a su regio amigo impresiones guardadas durante luengas horas y aun días. La ocasión de la dichosa confianza llegaba al fin. No podía contenerse, y prorrumpió en esta calurosas manifestaciones:

—Ya supongo, *mon lion brave et généreux*, que no te habrás tragado el pastel que llaman Convenio de Amorebieta. No te fíes del duque. Su intención no es mala, pero en la diplomacia militar no da pie con bola. Los carlistas tratarán ahora de rehacerse, y volverán pronto más insolentes y feroces a disputarte el Trono... Si las Cortes aprueban el Convenio, el duque, ¡oh rey mío!, te pedirá la suspensión de garantías, pues sin hacer mangas y capirotes de la Constitución no podrá gobernar.

—*Yo contrario*. He jurado—*giurato*—la Constitución. Gobernar sin ella no puede ser. *Yo contrario*.

—No debiste consentir que don Manuel, desalentado y aburrido, se retirase a Tablada. Ten presente, rey de España por los ciento noventa y uno, que no has venido aquí a continuar la política de los malditos moderados, de los unionistas rutinarios y pasteleros. Por ese camino no vas a ninguna parte.

—Es cierto, Adela. *Yo conforme*.

—Ni la guerra puede ser sofocada pa-

ra siempre sino con la guerra misma—dijo ella, disfrazando la pedantería con mohines graciosos—. ni la política debe estancarse o petrificarse...; no sé cómo decirlo... No has venido a España para gobernar como la pobre doña Isabel... Para ese viaje no necesitabas alforjas... Fíjate en este refrán castizo; repítelo para que se te grabe en la memoria... Alforjas...; a ver, a ver cómo nos pronuncias esa jota...

Intentó el soberano un aprendizaje de pronunciación castellana; mas lo hizo tan desgraciadamente, que él mismo se reía de su torpeza antes que los demás nos riéramos. En esto entró un criado, vestido de frac, con dudosa corrección, y colocó en la mesa servicio de té con galletitas y emparedados. A una orden de la señora, desapareció el sirviente, volviendo al punto con un mazo de los infernales cigarros *virginia*, predilectos de su majestad. Cayeron los dos caballeros sobre los *sandwichs*, mientras la señora servía el té, y a mí, lo confieso, me asaltó la idea de plantarme en la mesa y comer con ellos, satisfaciendo mi hambre nocturna. Mas recordando mi calidad de sabandija, perteneciente al mundo suprasensible, me abstuve de tomar parte en el refrigerio. Temía que un rasgo de animalidad me descubriese, deshaciendo el artilugio que me había transformado de persona grave en duende corredor. Si una indiscreción o exceso de travesura me restituyese de súbito a mi ser propio, ¡no te arrendara yo la ganancia pobre Tito!

Entre mordiscos a los emparedados y sorbitos de té, la dama de las patillas anudaba la serie de sanos consejos al amigo y rey. Intervino Benifayó realzando con tímidas palabras la persona del general Serrano. Entre la dama y el barón se trabó una donosa controversia, en que salieron a relucir duques y duquesas con otras bien conocidas personas de la *crema* social. En todo lo que allí se dijo puse yo mi atención; pero mis funciones, en cierto modo históricas, me obligan a seleccionar los conceptos que oí, reservándome tan sólo los que entrañaban algún interés público.

—Si vale el consejo de una mujer—dijo la dama, poniendo su blanca mano sobre el hombro de Amadeo—, yo diría que debíais mandar a Tablada un mensajero...; persona discreta y aguda tenía que ser...; un mensajero que pudiera cazar con lazo de buenas razones a Ruiz Zorrilla, y... Debes tener muy presente, león de Saboya, que para remover del fondo a la superficie la vida política, las costumbres políticas, y *toda la pesca*, determinó Prim traer a España un rey nuevo, un rey *de fuera*, que nos diese lo que no teníamos, y acabara con el tejemaneje moderado y unionista. Hacer una revolución, poner todo patas arriba, cambiar de dinastía para volver a las viejas mañas, al polaquismo, al hoy tú, mañana yo, me parece que es como si quisiéramos aplicar a la vida de la patria el juego de las cuatro esquinas...

En un tris estuvo, podéis creérmelo, que saltara yo desde la consola al regazo de la patilluda señora para felicitarla por su atinado consejo. ¡Qué discreción, qué talento, qué golpe de vista! Yo me decía: «De casta le viene al galgo. Ya sé que te engendró el primer escritor del siglo.» Abstraído un momento en estas consideraciones, vi que el rey y la dama blanca se escabullían por una puerta próxima al mueble donde tenía yo mi observatorio. Advertí disminución de la luz... El bueno de Benifayó, ¿dónde estaba?... Creí verle arrimado a la mesa hojeando una revista ilustrada... Creí que salía por la puerta que nos había dado ingreso. Por primera vez desde que era duende dudaba de la justeza de mi perfección visual. Pero es mi deber no interrumpir mi cuento; que para seguir con vista y oído el curso de la humana vida en estas historias me llevaron al recatado lugar donde me encontraba. Adelante, pues.

La fatalidad me obliga, ¡oh lector agudísimo y picaruelo!, a continuar en forma que, sin duda, no ha de agradarte. Tengo que emplear en mi escritura los signos simbólicos más discretos. Meto la mano en una escarcela bien provista que me colgó de la cintura mi *doña Mariana*, y saco un puñado de puntos suspensivos y los derramo sobre el papel para que te entretengas leyéndolos o descifrándolos. Ahí van .....

.....

Aturdido recorrí brincando toda la habitación; salí al jardín; no vi alma viviente. El coche no estaba. ¿Había par-

tido en él Benifayó para volver más tarde? No lo sabía ni me importaba averiguarlo. Cerrada la puerta de hierro, trepé por las enredaderas que cubrían la verja, y de un brinco me puse en la calle. Al pisar el suelo de la Castellana me reconocí en mi normal estado físico. Yo era quien era, Proteo Liviano, conocido por Tito en el vago mundo del periodista y de las letras. Mi primer cuidado fué desandar a buen paso la Castellana, Recoletos... En la Cibeles el reloj de Buenavista me dijo que eran las dos de la mañana... Tomé el camino de mi casa, calle del Amor de Dios, hospedaje de doña Nicanora, esposa del evaporado filósofo don José Ido del Sagrario.

Agasajado en mi cama me adormecí jugueteando con estos acertijos: ¿Era verdad que mi buen padre me había llevado a Durango, que hice allí vida patriarcal y soñolienta entre carlistas fieros y curas de armas tomar? ¿Eran reales las figuras de Choribiqueta, Fabiana Iturrigalde y Pepita Izco? ¿Había yo, en efecto, espetado a los cándidos durangueses un discurso chancero sobre la República Hispano-Pontificia? ¿Era verdad que la *Madre Mariana* me había sacado de aquel atolladero, tomándome a su servicio, para lo cual hube de transformarme en duende minúsculo y gracioso, sutil espía de la historia privada?... Si todo esto fué mentiroso aparato forjado por mi exaltada imaginación y de ello puede resultar que lo verosímil sustituya a lo verdadero, bien venido sea mi engaño, y allá van, con diploma de verdad, los bien hilados embustes.

En aquellos días anduve de bureo político con mis amigos Mateo Nuevo, Roberto Robert y don Santos la Hoz, que me felicitaban por haber recobrado mi equilibrio cerebral. Fuí a la tribuna de las Cortes; oí un gran discurso de Cristino Martos de fiera oposición al Gobierno; presencié los ardientes debates sobre el Convenio de Amorebieta, terminados con votación que dió al Gobierno formidable mayoría. A pesar de esto, corrían voces desfavorables para la situación Serrano-Topete. Decíase que el duque, abrumado por las dificultades que se le venían encima, había pedido al rey la suspensión de garantías, y que don Amadeo respondió secamente con su acostumbrada fórmula: «Yo contrario.» Despiertos y animosos, los radicales corrieron en comisión a Tablada, logrando atrapar a don Manuel Ruiz Zorrilla y traerlo a Madrid. Total, lector mío cachazudo, que sobrevino la quinta o sexta de las crisis que amenizaron aquel reinado. Cayó el duque de la Torre, dejando el puesto a Ruiz Zorrilla, que formó Ministerio con Martos, Montero Ríos, general Córdoba, Ruiz Gómez, Beranger y Gasset y Artime. Ibamos viviendo.

Engalláronse más los alfonsinos. Hablaban de la Restauración como si la tuvieran en la mano. Los federales del grupo intransigente y levantisco echaban bombas. Los clubs y casinos ardían en protestas, en arengas fogosas en amenazas furibundas a todo lo existente. Me pidieron que hablara y hablé, soltando todo el surtidor de mi nativa facundia oratoria. Nadie me atajó: a nadie parecieron extremadas mis lucubraciones. La misma boca que predicó en Durango la República, mejor dicho, el Imperio Hispano-Pontificio, vociferaba en Madrid anunciando el próximo advenimiento del Federalismo sinalagmático y cantonal. ¡Abajo la unidad centralista y corruptora; arriba el cantón autónomo que, por medio del pacto, reconstruía la patria libre devolviendo al ciudadano su dignidad y soberanía! Aplausos frenéticos y plácemes cariñosos recompensaban mi palabrería furiosa.

La corriente social me devolvió entrado ya el mes de julio al afectuoso trato de Mateo Nuevo, que generosamente me ayudaba en mis penurias. Volví a frecuentar su casa, Montera, 11, donde acudían casi todos los amigotes mencionados en los comienzos de este libro. El jacobino *Tribunal del Pueblo* ya no se publicaba: pero existía, con el nombre de Redacción, el punto de cita de los que regían las muchedumbres populares, titulándose *presidentes de los Comités de distrito, presidentes de Juntas revolucionarias*, con otras denominaciones que sólo han servido para distracción y entretenimiento de los partidos avanzados. A poco de frecuentar la sala cuyos balcones caían a la oscura calle de los Negros, me dió en la nariz olor de conspiración aguda.

Al comunicar mis sospechas a un amigo candoroso, éste me dijo:

—Sólo se trata de producir en Madrid la conveniente alarma con objeto de que el Gobierno no saque tropas de aquí para mandarlas a las plazas de provincias. Se prepara..., en confianza te lo digo..., un movimiento general en toda España. Ahora va de veras. Se alzarán Ferrol, Santoña, Cartagena, Sevilla, Badajoz, etcétera. Ello está tan bien dispuesto, que el triunfo es seguro, tan seguro como tenerlo en la mano. No falta más que una cosa, Tito, y es producir en Madrid agitación tan grande que el Gobierno no pueda sacar tropas. ¿Lo entiendes? Ello es clarísimo. Te digo esto con la mayor reserva. No hables a nadie...

No daba yo gran crédito a tales monsergas. Mil veces había llegado a mis oídos el susurro de alzamientos generales o locales, sin que los hechos correspondieran a las risueñas esperanzas. El optimismo de los revolucionarios sencillotes y pillines, que creen lo que sueñan es un fenómeno habitual en tiempos turbados. Manteníame yo escéptico, convencido de que no había más revolución que la formulada en ardientes discursos, revolución puramente teórica y verbal. Por eso yo, sempiterno hablador, era el primer revolucionario de la época y el primer oráculo de un resurgimiento que no quería venir. La patria no podía contar aún con la acción de sus hijos, y debía contentarse con la resonante canturria de sus oradores. Desconfiado de la eficacia de la acción, continuaba yo atento al trajín de los conspiradores y a su chismorreo sigiloso en la vacía Redacción de *El Tribunal del Pueblo*. De ello me distrajo, al promedio de julio, el hallazgo feliz de una mujer...

Tomo aliento, amados lectores, con lo cual, al contrario, expreso mi sorpresa y turbación ante la súbita emergencia de un pasado lisonjero. La mujer que se me apareció en la calle de la Sal, junto al arco de la plaza Mayor, era la poética, la romántica Obdulia, con quien compartí las venturas del amor en los comienzos del reinado de Amadeo I... «Obdulia, ¡oh!...» «Tito, ¡ah!...» Al tiempo de lanzar estas exclamaciones se juntaron en febril apretón nuestras manos, y con frase entrecortada nos dimos informes recíprocos de la salud y vida de uno y otro. La linda criatura estaba flaca, ojerosa, manchado el rostro de pecas rojizas; y el desarreglo y suciedad de su ropa indicaban pobreza, malestar, infortunio... Díjome que se había casado, por imposición de su familia, con el desagradable mastín negro Aquilino de la Hinojosa. Ya lo sabía yo.

Oí contar de un náufrago la historia...

La náufraga era mi pobre y desdichada Obdulia.

XXI

Avida de referir sus cuitas, la infeliz mozuela me contó que, a poco de casarse, vió en su marido el más perverso animal de la Creación. Lo que llamamos *luna de miel*, fué para Obdulia completa desilusión del matrimonio. Ella era delicada, sensible y de finísimo trato; él, grosero, brutal, insaciable en la comida y otros apetitos. Al mes de casada pensó en divorciarse; habló con un abogado amigo suyo, y como éste le dijera que en las leyes españolas no tenemos divorcio, dió en la idea de suicidarse, saltando de un brinco hacia *las palmeras de Sión*. Le faltó valor para el salto mortal: ni con fósforos ni con braserillo supo determinarse... Pensó acudir a mí; me buscó; dijéronle que yo vivía en magnífico arreglo con una tendera de la Concepción Jerónima. Acercóse allá y le salió al encuentro una señora llamada Cabeza, que quiso descabezarla... En tanto, Aquilino iba de mal en peor, agravando sus defectos. No le bastaba el oficio de afinador para sostener su casa y sus vicios. Dedicóse a la compra, venta y alquiler de pianos, y tales desatinos hizo y en tales enredos se metió, que fué a caer en las mallas del Código Penal.

—En mi casa—decía, suspirando—no entraban más que procuradores y alguaciles. Yo no vivía; el apetito y el sueño me abandonaron; consuelo de mi angustia era el llanto, consuelo también un librito de poesías de Selgas, que por las noches me calmaba los nervios, y aquellos versos de Espronceda:

¿Por qué volvéis a la memoria mía...?

Hace unos meses vino a verme y a consolarme Celestina Tirado, que se metió a beata...; no sé si lo sabes..., y anda en

trajines de religión. Díjome que en la Iglesia hallaría mi remedio; que fuese a misa y a confesar, y que rezara mis tercios de rosario con devoción. Mi antigua señora la marquesa de Navalcarazo me llamó para recomendarme el mismo medicamento de Celestina: religión, misas, novenas y pronunciar a toda hora el nombre de Jesús,

> que endulza el alma y la boca
> más que con la miel y azúcar
> con sólo sus cinco letras...

Cogidos de la mano íbamos paseando despacito bajo los soportales de la plaza Mayor. La doliente historia de mi amiga quedaba cortada en un suceso que nos abría camino para reanudar nuestra vieja novela interrumpida. Aquilino de la Hinojosa no estaba en Madrid. Dos semanas antes de lo que se refiere, había ido a Villaviciosa de Odón a recoger la menguada herencia de una tía suya que murió en aquel pueblo. Para ciertas diligencias judiciales tuvo que trasladarse a Navalcarnero; al regreso volcó la galera en sitio de peligro; rodando cayó el afinador en una barranquera, donde le recogieron descalabrado y con una clavícula rota. Personas caritativas le llevaron a Villaviciosa, y en casa de unos parientes estaba en cura, que había de ser larga.

—Ayer—me dijo ella—recibí su primera carta después del siniestro. Está dado a los demonios. Me escribe poniendo en cada renglón una blasfemia. Le tienen bizmado y entablillado, sin poder moverse. ¡Dichosa herencia, que no es más que un melonar, cuatro almendros y una casuca sin techo! Me dice que tiene cama para dos meses; manda tres duros por el ordinario y cuatro recibos de treinta reales para cobrar alquileres de pianos. Me recomienda la economía y que no vaya a verle, pues está bien cuidado por su prima, doña Melchora.

Fáltame referirte, lector de mi alma, la última declaración de Obdulia, que es del tenor siguiente:

—Vivo en el veintitrés de esta plaza, allí, en un entresuelo, encima de la taberna que hace esquina a la calle del Siete de Julio. Con las pesetejas que me ha mandado *ése*, y diez duretes que me dió mi señora la Navalcarazo, vivo pobre y solita, porque he despedido a la muchacha que me servía...

No necesito decir más para que se comprenda que en aquel mismo día senté mis reales en el modestísimo y lóbrego albergue de mi antigua y moderna conquista, la señora De la Hinojosa. Los que no han vivido en un entresuelo de la plaza Mayor, con ventanas mezquinas, bajo la visera de los soportales, no saben lo que es oscuridad en pleno día. Nunca pensé yo cobijar mi persona en tal ratonera; pero la exaltada pasión y el donaire de mi socia me convertían la tristeza en gozo y las tinieblas en luz. Aderezaba Obdulia nuestras comiditas. Más de una vez, por evitarnos ir a la compra y la molestia de encender lumbre, bajábamos a comer a la taberna, donde nos servían platos de judías de *batallón*, tajadas de bacalao y otros condimentos de pobres. El tabernero era muy amable y nos ponía la mesa en un aposento interno, donde rara vez veíamos comensales.

Por cierto que una noche me encontré de manos a boca con Serafín de San José, el esposo de mi antigua barragana, la eximia señora doña Cabeza. Aquel soez vagabundo, muy mal vestido y con cara de hambre atrasada, hablaba sigilosamente con un bigardo de mala catadura, entreverando las tajadas de bacalao con tragos de tinto. De la mesa donde estaba vino a saludarme, y me dijo que su mujer se había arreglado otra vez con el zascandil de Alberique. ¡En qué distinguida sociedad estábamos! El despacho grande de la taberna hervía de parroquianos lenguaraces. Siempre que por allí pasábamos de refilón oíamos conceptos groseros, iracundos, entre los cuales saltaba, como nota picaresca, una idea política.

Ultimados mis quehaceres, volví a casa, un poco tarde, en la noche del 18 de julio, y marco esta fecha porque sobrevino de improviso un suceso histórico. Hallé a Obdulia nerviosa y asustada:

—¡Gracias a Dios que llegas!—me dijo, saliendo a la escalera—. Entremos; vas a saber una cosa tremenda. No te asustes: no va con nosotros. Siéntate... Recordarás que pedimos al tabernero para esta noche un pote gallego, que a ti tanto te gusta. Queriendo yo aprender cómo hacen este guiso, bajé a la cocina y estuve un rato con la *señá* Sebastiana. Luego me fuí al mostrador, con el señor Tomás. De allí a la trastienda. Oí

palabras sueltas de los *puntos*, que bebían y charlaban... Até mis cabos... Volví al mostrador; el señor Tomás y un hombre de mala facha, que llaman el *tío Martín*, secreteaban... Pesqué alguna frase que me abrió las entendederas... En fin, chico, te diré lo que he podido traslucir. Esta noche matarán a don Amadeo. ¿A qué hora? Cuando los reyes vuelvan de los Jardines del Retiro a Palacio. ¿Sitio? La calle del Arenal. No te rías. Verás cómo resulta cierto. Otra cosa: el pote gallego se ha pegado, y en su lugar nos mandarán unas chuletas de vaca y patatas fritas. Andan abajo esta noche muy desconcertados. ¡Qué caras he visto en la trastienda! Para mí, son los mismos que mataron a Prim.

No di gran importancia al cuento de Obdulia; pero tampoco lo eché en saco roto. Mientras cenábamos, comentando la conjura tabernaria, hice propósito de dar un soplo al Gobierno Civil para que éste tomase las precauciones propias del caso. Pero a nadie conocía yo en las delegaciones ni en las antesalas del gobernador. En estas dudas acordéme de mi pariente *Sebo*, cuyas relaciones familiares con la primera autoridad de la provincia, don Pedro Mata, me constaban de manera positiva. Tranquilamente despachamos nuestras chuletas, por cierto medio chamuscadas, medio crudas, y salimos a buscar en calles y jardines el aire y la expansión nocturna con que templábamos el ardor de los días caniculares. Después de hacer escala en la casa de Telesforo del Portillo (Olivar, 4), bajamos al Prado; dimos unas vueltas por Recoletos; descansamos en un aguaducho, y ya cerca de medianoche cogimos la calle de Alcalá, y en la Puerta del Sol dudamos si tomaríamos la calle Mayor, que era nuestro derrotero, o la del Arenal. Eramos como trasnochadores que no se retiran a su casa sin ver una piececita de teatro.

—Por sí o por no—dije a mi señora postiza—, sigamos la dirección que han de llevar los reyes y veremos si sale sainete o tragedia.

Recorriendo despacio la calle del Arenal, vimos en la esquina del callejón de San Ginés a Serafín de San José, con blusa larga. Advirtiendo que se recataba de nosotros, creí sorprender en él cierto aire de filósofo pensativo. Al pasar por Bordadores, dos hombres cruzaron a la acera de enfrente. Obdulia me hizo notar que bajo las blusas de aquellos tipos se marcaba el bulto de trabucos o retacos. Hacia la calle de las Fuentes creí ver al señor Tomás, con chaqueta parda y boina. Ya nos acercábamos a la calle de la Escalinata, cuando sentimos venir coches, que nos parecieron de Palacio. Retrocedimos. Era, en efecto, la carretela descubierta en que volvían de los Jardines el rey y la reina, con el general Burgos. Detrás venía otro carruaje...

No tuvimos tiempo para mayores observaciones, porque de súbito sonaron disparos. Los fogonazos brillaban en un lado y otro de la calle. Encabritados los caballos (luego supimos que eran yeguas), se paró el coche. Púsose en pie don Amadeo. El general Burgos atendió a escudar a la reina con sus corpulentas anchuras... Confusión, espanto... Los transeúntes se agolpaban curiosos o corrían atemorizados. Obdulia y otras mujeres lanzaban al aire sus chillidos. Del coche que venía detrás descendió el gobernador, don Pedro Mata, enarbolando su bastón. Surgieron polizontes como por magia. Nuevos disparos. La carretela de los reyes partió a escape hacia Palacio: una de las yeguas cojeaba. Entablóse rápida lucha entre policías y paisanos. Estos huyeron, en veloz corrida, hacia las Descalzas y Santo Domingo... Busqué a Obdulia, que en el tumulto se apartó de mí. La encontré en la esquina de la calle de las Fuentes. Volvimos al lugar trágico, y vimos entre varios heridos a uno yacente, rígido; parecía muerto. Obdulia reconoció al *tío Martín*. Allí estuvimos, atentos al ardoroso comentario del suceso, hasta que trajeron la camilla para llevarse al que todos creían cadáver. Y agregándonos a la comitiva de curiosos desocupados y chicuelos, fuimos tras de la camilla hasta la Casa de Socorro de la plaza Mayor. De allí pasamos a nuestra casa, advirtiendo al entrar en ella que había en la taberna estrecha custodia de policías.

A la mañana siguiente, atraído del febricitante interés que despierta un lugar trágico, me fui a la calle del Arenal. Gran golpe de gente había frente a una tienda de cristales situada entre la Costanilla de los Angeles y la tra-

vesía de los Donados. Los curiosos impertinentes no se hartaban de mirar y señalar las huellas de los proyectiles en el zócalo y en el rótulo de la tienda. De improviso, los que formábamos el *respetable público* de la tragedia fracasada vimos llegar al propio don Amadeo, acompañado de su amigo Dragonetti y de su ayudante, Díaz Moréu. Rodeado de la plebe novelera, miró y remiró las señales de los balazos. Muchos de los que allí fisgoneaban tenían a gala el señalar al rey algún desperfecto que su majestad no había visto.

De la tienda salió una señora joven, que parecía la dueña, y graciosamente invitó al rey a que pasara, si quería descansar. Daba las gracias don Amadeo, permaneciendo en la calle, cuando se destacó del personal de la tienda una señora mayor, que ofreció al rey un proyectil que había penetrado en el local, incrustándose en la anaquelería. Agradeció don Amadeo el obsequio y quiso gratificar a la señora, mas ésta no admitió el dinero. Despidióse el monarca sombrero en mano, con su habitual cortesía, y a pie se volvió a Palacio, escoltado por un pelotón de vagos y precedido de un destacamento de chiquillos.

Acerquéme yo a la señora mayor, que en la puerta de la tienda quedaba, contemplando al pueblo soberano, y de manos a boca le dije:

—He tardado un rato en reconocerla, insigne *Mariclío*, porque está usted hoy un poco desfigurada, con mayor peso de ancianidad que el que tenía la última vez que la vi. A su disposición me tiene para cuanto guste mandarme.

—A este ensayo de tragedia—me dijo, enseñándome un pie—he venido con mis zapatos de orillo, como ves. No había motivo ni asunto para mejor calzado. Los badulaques de anoche, movidos a un acto que no tenía más objeto que producir miedo para que el Gobierno no saque tropas a provincias, han procedido neciamente. El provecho de este regicidio sin regicidio será para los partidarios del niño Alfonso. ¿Por ventura son éstos los que os aconsejan y dirigen?

Nada le respondí, pues mis observaciones no habían de llegar a la altura de su autoridad. Ofrecíme de nuevo a prestarle cuantos servicios me encomendara, y con gusto la vi bien dispuesta en favor mío. Díjome que a la sazón moraba en la portería de la Academia de la Historia, porque sus cortos haberes no le permitían mejor acomodo. La *capitis diminutio* a que había llegado en la desabrida etapa histórica del rey saboyano deslucía su ancianidad gloriosa.

—Lo que mayormente me aflige—añadió, rompiendo conmigo la multitud para seguir juntos por la calle del Arenal—es la flaqueza femenil de los partidos monárquicos y la inconsistencia de los que vociferan en las filas avanzadas, indicio seguro de la poca virilidad del pueblo hispano. Todo lo que aquí pasa es cosa de ópera cómica, tirando a bufa. He pensado en darme de baja, como dice tu amigo Ido del Sagrario, y transferir mis nobles funciones a mi hermana Talía, que las desempeñará muy bien, encargando algunos numeritos de polca y tango a mi hermana Euterpe... El quita y pon de ministerios, que sólo difieren en la medida y rumbo de sus tonterías; la conspiración de las damas católicas, con su armamento de peinetas y florecillas de lis, pertenecen al orden literario del entremés con tonadilla y ovillejos. Habrás oído, entre tus amigos, planes de levantamientos en plazas fuertes y ciudades populosas. No hagas caso, hijo. ¡Batallones que se echan a la calle, guarniciones que se pronuncian! ¡Sueños locos de paisanos ociosos, que gobiernan el mundo en las mesas de un café o la redacción de periódicos bullangueros! Todos esos que se levantan, lo que hacen es acostarse, y entre sábanas se ríen de los conspiradores de alfeñique... Hace pocos días he visto a los niños de las Peñuelas jugando al pronunciamiento. La demagogia misma procede hoy con más simplicidad que barbarie. Los ideales exaltados son ahora instintos movidos por la imbecilidad.

Acompañé a la señora hasta la calle del León, y me volví a casa. A mi consorte accidental referí mi encuentro con *doña Mariana*, y traté de explicarle la condición de ésta y su doble calidad real y quimérica. Pensé yo que Obdulia no me entendería, pero como en la naturaleza cerebral de la bella joven prevalecían la ensoñación poética y el bello mentir, admitió como verídico el cuento de *Mariclío* y de sus inauditas transformaciones.

—¡Ay Tito de mi vida—me dijo cons-

ternada—, qué felices seríamos si esa divina dama nos llevara por esos mundos como duendes o muñequitos que pueden esconderse, si a mano viene, dentro de una cajita de caramelos! Sabrás que en esta renegada casa estamos sobre un volcán. Apenas saliste tú para la calle del Arenal, entraron dos policías y me marearon con preguntas; que si yo, que si tú... Respondíles que no teníamos nada que ver con el atentado; que nosotros somos vecinos, pero no cómplices del señor Tomás y sus compinches. Antes te dije, querido Tito, que estábamos sobre un volcán... Son dos volcanes, dos. Porque si vuelve Aquilino mal curado de sus mataduras no pararé hasta el suicidio..., y que me entierren en un cementerio bonito con cipreses y adelfas. En caso de que mi maridillo se quede por allá, será posible que nos prendan por el aquel de regicidas, y nos separen quizá para siempre. Eso no, Tito mío; vámonos, salvémonos.

Fácilmente me comunicó Obdulia sus recelos, y por tranquilidad suya y mía resolví una pronta mudanza. Recogida nuestra ropa, un colchón y otras cosillas, y dejando en la casa los trastos menos necesarios, nos fuimos a mi hospedaje de la calle del Amor de Dios. De sus graves inquietudes descansó Obdulia con la grata compañía de Nicanora y del dulce filósofo don José Ido. Este mostraba paternal solicitud por la espiritual joven que llevé a su casa. Hablaron de literatura y teatros, y Obdulia le recitó con lírica declamación versos que embelesaron al esmirriado señor... Mi compañera no pisaba la calle por temor a un encuentro desdichado. Echándoselas de médico, Ido la declaró anémica y diagnosticó los baños de mar como infalible tratamiento. ¡Buenos estábamos para viajecitos y expansiones estivales!

Pasaba yo los mejores ratos del día persiguiendo a *doña Mariana,* o en su grata compañía cuando me deparaba Dios el encontrarla. Una tarde, platicando en la portería de la Academia, me sorprendió, mejor diré, me asombró gratamente con estas inesperadas razones:

—Ocioso está el gran Tito, y la ociosidad es el achaque peor que puede caerle a un hombre de ingenio. De tu listeza y de tu travesura necesito yo estos días, sin que me sea forzoso darte la condición, modo y sutileza física que te di al traerte de Durango a Madrid. Tal como eres y en compañía de esa moza chiquita y romanticuela, que es ahora tu mujer adventicia, irás a donde yo te mande. Ya sabes que el rey Amadeo sale hoy para una excursión a diferentes ciudades del Norte. Tú irás también por allá. Mas te destino a una sola plaza, Santander. Me consta que van también para allá gentes peligrosas de uno y otro sexo. En fin, tú lo has de ver... Observa lo estrictamente verdadero; no me traigas acá mentiras adornadas.

Sacó de entre sus ropas un taleguito, y me lo mostró con estas dulces palabras:

—Apurando mis recursos te doy billete de ida y vuelta para ti y para tu chiquilla, y una suma prudente para el gasto de tres semanas. Toma. No tardéis más de dos días en poneros en camino. Buen ojo, actividad y criterio. Adiós.

XXII

Ya me tenéis otra vez, lectores picarescos, oficiando de guindilla histórico, sin conmutación de mi ser físico en entidad periespiritual... Lo que se alegró mi Obdulia cuando en casa le mostré el saquito milagroso, no hay para qué decirlo. Veraneo, baños de mar, costa cantábrica, ¡qué porvenir tan poético y delicioso! En dos días arregló la romántica sus trapitos por el figurín más económico y nos largamos con viento cálido en busca del viento fresco. ¡Por qué modo tan peregrino se habían realizado los deseos emigratorios de Obdulia y su anhelo de ambiente marino, conforme a la docta indicación del filósofo-médico Ido del Sagrario! En el estado de nuestro ánimo se nos representó como un paraíso la ciudad cantábrica, que en aquel tiempo bien podría llamarse *la ciudad harinera,* porque su hermoso puerto se veía poblado de buques de vela cargando harina o descargando los ricos frutos coloniales. Obdulia, que nunca había visto el mar, se embelesaba contemplando el grandioso muelle, el trajín comercial, los barcos de arboladura gallarda; y cuando en nuestro primer paseo vagaroso transpusimos el cerro de Miranda, la vista del Océano impetuoso colmó

el estupor de la pobre muchacha. ¡Aquello sí era poesía!... Aquéllo era el camino de América, el camino para todo el *más allá* terrestre y acuático!

A los dos días de vagar por la ciudad y sus alrededores, probando distintos alojamientos, nos instalamos definitivamente en una casita del alto de Miranda, donde pagábamos dos pesetas por la habitación, y comíamos por nuestra cuenta. Eramos dichosos en aquella vida libre y modesta. Los dos íbamos a la compra, y Obdulia guisaba. Lo restante del día lo empleábamos en largos y deleitosos paseos: ya nos extendíamos hasta Cabo Mayor, y desde lo alto del faro contemplábamos el mar en toda su majestad y bravura, o bien, después de recrearnos en las hermosuras del Sardinero, íbamos a coger azucenas y clavellinas silvestres a la península de la Cerda. También dirigíamos nuestros pasos tierra adentro, revolviéndonos por toda la ciudad, entretenidos con la faena de las harinas en el puerto o viendo el arribo de las lanchas pescadoras.

A los seis días de esta descansada vida llegó el rey, con séquito militar y civil no muy lucido. Recibiéronle las autoridades y le alojaron en la Aduana, edificio viejo donde estaban las oficinas del Gobierno Civil y de la Administración de Hacienda. Antes o después de don Amadeo (no puedo precisarlo) llegó de Santoña el batallón de línea que debía custodiar a su majestad y hacerle los debidos honores. Como en la ciudad no había cuartel, por ser plaza desguarnecida y en extremo pacífica, la autoridad militar ordenó al alcalde que expidiera boletos de alojamiento para albergar a la tropa. El alcalde, señor Safiudo, era convencido republicano, y sin faltar al respeto que al jefe del Estado debía, replicó que no estaba dispuesto a molestar al vecindario y que acomodasen a los soldados en la forma militar más adecuada.

En esto ocurrió un suceso digno de la Historia. Como la visita del rey fué tan precipitada, no hubo manera de prepararle decoroso alojamiento. Elegido para este fin el local alto de la Aduana, habitación del gobernador civil, lo pintaron de prisa y corriendo para disimular su fealdad y porquería, y esto se hizo la víspera de la llegada del rey. Pasó éste una noche de perros en su incómodo albergue, apestado del insufrible olor de la pintura, y al amanecer abrió los balcones, buscando aire respirable. Ante este imprevisto contratiempo, acudieron los ediles a don Juan Pombo, el ricacho del pueblo, que ofreció para morada real un lindo palacete del Sardinero, conocido por *La casa de Pepe Pombo*. Y allá se instaló el rey, encantado de la belleza del sitio y del relativo esplendor de su nueva residencia.

Al propio timpo fué resuelto, del modo más simple, el conflicto del alojamiento militar. En las suaves colinas verdes que rodean el Sardinero y entre los espesos grupos de pinos se emplazó un lindo campamento con tiendas de lona. El vivir de los soldados día y noche en aquel alegre vivaque dió al hermoso paisaje un cierto encanto de popular romería. Para embellecer más el cuadro, fondeó en el abra del Sardinero la fragata *Vitoria*. Desde el ventanucho de nuestra casita, Obdulia y yo, contemplando las tiendas, los pinares, la tropa, los bañistas y la grandiosa nave, creímos ver el más lindo nacimiento que se pudiera imaginar.

En aquel amenísimo rincón de la Montaña hacía don Amadeo vida campestre, desplegando libremente sus aficiones democráticas. A distintas horas se le veía divagando en dirección de Cabo Menor o de La Magdalena, acompañado de Díaz Morúe y Dragonetti. Por las tardes, cuando la música tocaba en *El Pañuelo* (plazoleta triangular entre la Casa de Baños, las fondas y el palacete de Pombo), lo veíamos en la turbamulta de paseantes, ojeando a las señoritas guapas y charlando jovialmente con sus amigos... De la llaneza democrática del rey oímos contar innumerables casos. Alguien le había visto llegar de noche solo a su vivienda, y llamar a la puerta tirando de aldabón, como cualquier vecino trasnochador... Otros le sorprendieron en el interior de su palacio inspeccionando las obras de decorado. Viendo a un obrero que clavaba una guardamalleta, subido en débil escalera, puso en ésta el rey su mano y dijo:

—Cuidado con caerse, amigo. Siga usted clavando; yo mantengo.

Una mañana, paseando Obdulia y yo por la segunda playa, vimos a una dama guapa y melancólica, con traje veraniego enteramente blanco.

—Ya tenemos aquí a la de las patillas—dije a Obdulia, que cebó en ella sus miradas.

Un rato fuimos tras ella, acechándola con discreto espionaje. La vimos llegar pausadamente hasta Los Molinucos; volvió luego por la playa, en baja marea, fijando sus ojos en la arena húmeda, como si buscara en ella alguna inscripción borrada por las aguas. Subió después hacia Las Llamas; se sentó en un ribazo. Sin duda esperaba. ¡Qué triste es esperar, esperar al que no llega, al que no acude puntual a la cita! La espiábamos con tanta discreción, que no podía sospechar nuestra vigilancia... Llegó el momento en que la belleza patilluda daba por terminado su desesperante plantón. En su rostro, pálido, creíamos advertir el despecho y la ira. Subió paso a paso hacia el pinar llamado de Aparicio. De tiempo en tiempo volvía sus ojos hacia el paso de la primera playa. Aquel mirar era el último residuo de esperanza. En la carretera subió a un coche de los que llaman cestas, y partió cuesta arriba en dirección de la ciudad.

De once a doce me cuidaba singularmente del baño de Obdulia. Ayudábala yo a desnudarse y vestir el traje marino; con ella descendía por la playa hasta dejarla en poder de Germán, el fornido bañero; y en el límite del agua, mojándome los pies, la miraba entre las blandas olas, remojándose con toda la fe de una bañista que busca la salud. A la salida le ponía la capa, y a la caseta volvía con ella, donde quedaba sola con su felpuda sábana y su ropa. Yo me paseaba viendo el ir y venir de mujeres en remojo, y singularmente me fijaba, como los demás curiosos, en una señora inglesa, esbelta, rubia y guapísima, que nadaba como un pez. Al salir de las aguas la recibía su marido capa en mano, y como yo a Obdulia, la llevaba derechamente al secadero de la caseta.

Un amigo que en el entretenido vagar de la playa me salió, un conocimiento de estos que se traban y se destraban en la sociedad balnearia, entabló conmigo coloquio chismográfico, del cual refiero lo estrictamente sustancial:

—¡Brava mujer es esta inglesa! Vaya unas hechuras, vaya una tez de rosa y nácar...! ¿Ha visto usted qué piernas? Para escultura no hay como las inglesas. Su marido es corresponsal del *Times*, el primer periódico de Londres. Celebra conferencias políticas con el rey, y el rey las celebra de otro género con la *corresponsala*. ¿No lo sabía usted? Viven en una de estas fondas, no sé si en *Zaldívar* o en *Barbotán*... Dicen que Amadeo y su nuevo amor se ven en una casa del paseo del Alta.

Camino de nuestra casa, dije a Obdulia:

—Me parece que tendremos lío. En el mar proceloso se baña una bellísima nadadora, de nacionalidad inglesa y *corresponsala* del *Times*. A esta señora le hace cucamonas nuestro amado soberano, y digo tan sólo cucamonas por no dar mayor gravedad a un caso que conozco por simple chismorreo público.

Debo añadir ahora que, sin darnos cuenta de ello, Obdulia y yo nos sentíamos posesores de no sé qué poder metafísico, con el cual penetrábamos en la intimidad de los hechos y en la consciencia de las personas que en Santander y su famoso balneario vivían. Hallábame yo dotado de una facultad intuitiva, al modo de reflejo de la vida externa en mi retina cerebral, facultad que a Obdulia se comunicaba, resultando que los dos teníamos un vago conocimiento de cuanto sucedía.

Por esta pasmosa virtud anímica supimos, sin que nadie nos lo dijera, que la dama patilluda moraba en el Hotel del Comercio, el más decentito de la ciudad (Muelle, número 1), antigua casa próxima al edificio de la Aduana, donde el rey habitó una noche y estuvo a punto de perecer envenenado por la reciente pintura del local. Tuvimos asimismo la visión de que Adela pasaba parte del día en su aposento solitario, atormentada de hondas inquietudes. Escribía cartas con febril mano, y las rasgaba en pedazos antes de concluirlas. Por no bajar al comedor, se hacía servir en su habitación. Como Calipso en su gruta, *elle ne pauvait se consoler* de la partida de Ulises.

Una mañana, en el Sardinero, presenció todo el público de bañistas y curiosos una estupenda regata. La nadadora inglesa se alejó, con gallardo deporte, como unas treinta brazas. Al volver hizo la plancha, meciéndose graciosamente sobre las movibles ondas. Cuantos

estábamos en la playa admirábamos su belleza y arrojo. Apenas la hermosa oceánide hizo pie para volver a tierra firme, se nos ofreció un espectáculo más emocionante. De la caseta real, colocada del lado de Piquío, salió su majestad con dos amigos al recreo de su baño, que más bien era un alarde de resistencia deportiva, pues si como rey había quien le aventajara, como nadador difícilmente se le encontrara rival. Le vimos alejarse braceando, hizo la plancha, continuó aguas adentro: a una distancia doble de la que había recorrido la bella nadadora inglesa se volvieron los amigos del rey, y éste siguió, impávido, convoyado por una lanchita que tripulaban los bañeros.

En la playa, la nutrida fila de espectadores aumentaba por momentos. Corrían de boca en boca voces de admiración y entusiasmo:

—Es un pez... Hace rumbo a *Vitoria*... Que llega... Que no llega.

A veces le perdíamos de vista por interponerse la curva de una onda; después reaparecía. Hubo un momento en que sólo pudieron verle los espectadores que miraban con gemelos; por fin, estalló en el público la exclamación:

—¡Que llega! ¡Que llega!

A bordo de la fragata sonaron las cornetas anunciando la presencia del soberano. Los que tenían gemelos vieron a los oficiales que descendieron la escala para recibirle. La nadadora inglesa, que había tenido tiempo de vestirse, era la más regocijada entre el público, la que con más énfasis aplaudía y encomiaba el arriesgado ejercicio del regio tritón, glorioso deudo de Neptuno. Don Amadeo se quedó a bordo; para llevarle su ropa y servidumbre vino la falúa de vapor de la fragata.

La misma tarde de este suceso vimos en el Sardinero a la dama blanca y melancólica. Después de voltijear en las inmediaciones de la residencia real, vino al Pañuelo, donde alguien la enteró de que don Amadeo continuaba en la fragata. Supo también que a bordo había un poquito de fiesta, merienda o refresco. La lancha de vapor iba y venía llevando convidados. Por sus propios ojos vió Adela que entraban en la falúa el corresponsal del *Times* y su bella señora. Momentos después de este grave incidente la vimos en la playa, excitadísima, hablando con Díaz Moréu. Su palabra era tan vehemente, su actitud tan resuelta y su gesto tan vivo, que creímos que le arrancaba los cordones al ayudante del rey. Este empleaba toda su habilidad cortés en aplacar el enojo de la dama, y sus razones discretas terminaban con una negativa rotunda: imposible llevarla a bordo. Volvió la embarcación a recoger más gente, y se llevó a Díaz Moréu, al alcalde Sañudo y a dos o tres militares de la guarnición. La hermosa Dido, abandonada contra el fuero de amistad y amor, mostraba claramente su despecho y celosa furia cuando embarcó en la jardinera de dos caballos para retirarse a su gruta del Hotel del Comercio.

No sé decir si yo veía o si adivinaba; mas la certidumbre penetraba en mi espíritu, y continúo mi cuento, seguro de llevar delante de mi pluma la luz de la verdad. Obdulia y yo veíamos lo distante; oíamos las voces lejanas... A consecuencia de lo anteriormente referido, la hermosa y desdichada señora, que por su talento y su belleza mereció los favores del rey, se vió lanzada a extremos de pasión y venganza, si reprobables en la estricta moral, dignos de indulgencia como desahogo casi legítimo de un alma burlada. Iracunda y ciega, pensó que su papel en aquel drama, medio personal, medio histórico, era responder al secreto agravio con agravio público y resonante. Pues se la despreciaba indignamente; pues se le sustituía por una inglesa extravagante y zancuda, no se retiraría de la escena sin escándalo. ¿Qué menos hacer podía que dar publicidad a trece cartas escritas de puño y letra por el rey de España, don Amadeo I?

Aferrada locamente a esta resolución, castillo formidable de la flaqueza femenina, hizo saber al rey lo que proyectaba. Alarma y susto en la pequeña Corte del Sardinero; mensajes, recaditos... Pronto se vió que la deidad irritada no cedía. Sonaron los primeros fragores del escándalo: la tempestad estaba cerca... Transcurrieron dos días; al tercero presentóse en el Hotel del Comercio y en la estancia de la dama un caballero amigo del rey, pidiéndole conferencia reservada. Sentóse Dido abandonada junto a la mesilla donde pasaba las horas escribiendo y rasgando cartas, e invitando al caballero a sentarse frente a

ella, le preguntó el motivo de su visita.

—Comprenderá usted, Adela—dijo el caballero—, que el objeto de esta entrevista no puede ser grato para mí. Confío en la dicreción de usted, en su talento, en su bondad. Es usted buena. Por tal la he tenido siempre. Bien sabe el respeto y la consideración con que la tratamos todos sus amigos. Vengo decidido..., ¿no lo presume usted?..., a recoger las cartas de su majestad.

Desplegando toda la táctica femenil, Adela contestó que las cartas podían ser documentos históricos, y que en este caso pertenecían a la nación. No creyó el caballero que el asunto era de los que pueden tratarse con sutilezas del ingenio, y sacando de su cartera un sobre repleto de billetes de Banco lo puso sobre la mesa y dijo así:

—Las relaciones de su majestad con usted han terminado, Adela. Mi opinión es que usted las ha roto, no él. Sea como fuere, su majestad no consiente que usted quede desamparada. Tome usted esto... Son cien mil pesetas.

Airada respondió la señora que quizá vendería los *documentos históricos* por una palinodia del soberano, reconociendo su veleidad y poniéndole remedio... Por dinero no los daría nunca. Entablóse una breve y agria disputa. Dido enamorada se defendía fieramente contra el abandono. El mensajero del rey, hombre que iba derecho al bulto y no gustaba de inútiles parloteos, sacó del bolsillo un revólver, y poniéndolo de golpe sobre la mesa, soltó este ultimátum:

—O me da usted las cartas, o la mato a usted ahora mismo.

Por distintos estados emotivos pasó rápidamente la dama. En el espacio de unos segundos se mostró colérica, medrosa, soberbia, humilde... Con incierto paso llegóse a un maletín donde guardaba sus alhajas. Sacó las cartas y con furioso ademán las arrojó sobre la mesa. El mensajero tuvo serenidad para contarlas. Vaciando el sobre de los billetes y metiéndolas en él, para guardarlas cuidadosamente en su bolsillo, se retiró con fría reverencia. No hay noticia del tiempo que tardó Adela en recoger la *indemnización de guerra,* última página de su historia de amor.

XXIII

En medio de la placidez de la vida campestre y balnearia, no se extinguían absolutamente las inquietudes de Obdulia. Una noche despertó sobresaltada y pegando gritos. Había soñado que hallándose en la frescura y recreo de su baño vió venir de mar afuera un horrendo tiburón, abierta la espantosa boca con triple fila de dientes. El cetáceo no era otro que Aquilino de la Hinojosa, metido en aquel disfraz para devorar a su cónyuge infiel. Entre las mandíbulas del monstruo marino estaba ya cuando despertó de la pesadilla. El terror le duró largo rato después de despierta, y sólo a fuerza de cariños pude tranquilizarla, prometiéndole además el exterminio del afinador en cuanto lo cogiese a tiro.

La partida del rey, que embarcó para visitar otros puertos de la costa; las enojosas lluvias, que anunciaban la declinación de la temporada, y la merma fatal de los dineros de *Mariclío* nos dieron el toque de marcha... En el tren, camino de Madrid, la casualidad nos deparó la compañía de aquel joven, no diré amigo, sino conocido, que en la playa del Sardinero me dió noticias de la *corresponsala* del *Times* y de sus amores con el rey. Era el chismoso profesional, el hombre de las anécdotas galantes, de las historias que son el fermento de la ociosidad en casinos y cafés. Tomando pie de una frase nuestra pegó la hebra de su croniquería escandalosa, y después de referir con picantes pormenores el enredillo del rey con la dama inglesa, nos colocó el relato de otras aventuras amadeístas, acaecidas en el último invierno.

La primera ocurrió en una casa (proximidad del teatro Real) donde vivía un personaje que, por su elevado cargo, despachaba muy a menudo con el rey. Esposa del tal personaje, cuyo nombre no quiso revelarnos el cuentista, era una mujer bella y arrogante, a quien Amadeo conoció en un baile de Palacio. Ligerilla debía de ser la dama, pues sin gran resistencia *tomó varas* del rey y concertaron una entrevista. ¿Dónde? En la propia casa de ella, aprovechando las largas ausencias que al marido imponían sus obligaciones burocráticas... Acu-

dió el soberano a la cita, no sin prevenirse contra posibles contingencias desagradables. Por si el marido se presentaba inopinadamente en su domicilio, se dispuso que un confidente del rey se situase en la puerta de la calle, con hábiles instrucciones para cortarle el paso. La maquinación era del género más picaresco... Pues, señor, llegó como se temía el confiado o desconfiado caballero, y el emisario, acometiéndole al bajar del coche, le dijo con bien fingida premura:

—Estoy aquí esperándole a usted para comunicarle, de parte de su majestad, que en Palacio le espera para tratar con usted de un asunto urgentísimo.

Refunfuñó el marido... Antes de ir a Palacio subiría un momento a su casa. Pero el confidente le atajó con frase apremiante, angustiosa:

—No, no; no hay que perder momento. Su majestad espera impaciente. El asunto es muy grave.

El engañado personaje se dirigió velozmente a Palacio, donde preparado le tenían otro gracioso ardid. Al encuentro le salía Dragonetti, obligándole a una larga antesala. Su majestad estaba conferenciando con Cialdini, embajador de Italia, en las habitaciones de su majestad la reina... A la hora larga de este bromazo recibía don Amadeo al personaje y con él trataba de un asunto administrativo, que el cuentista no dijo, y en verdad no hacía falta para redondear el cuento.

Oída y celebrada esta picante aventura, de cuya veracidad no respondo, el chismoso, sin tomar respiro, continuó la serie. En otro lance amoroso, los satélites del rey tuvieron que simular un robo para proteger la difícil salida del *galantuomo;* en otra sacaban a la señora por una puerta secreta, o bien descolgaban al caballero desde el balcón al jardín, y en todas resultaba que el marido era tonto. Nos dijo seguidamente que don Amadeo habría traído de Italia una cuadrilla de rufianes para organizar aventuras tan diabólicas. No daba yo gran crédito a esta importación rufianesca. Añado por mi cuenta que los referidos lances de seducción eran de corte italiano más que español, y en ellos se advertía el cinismo malicioso de Boccaccio antes que las artimañas sutiles de la picaresca de acá... Lo que he recogido de boca del chismoso tiene un hueco en estas páginas como documento vivo de cierta opinión insana que se proponía desprestigiar al rey Amadeo, poniendo en circulación esta liviandades indecorosas y a veces ridículas.

Llegamos a Madrid en perfecta salud. En la casa de huéspedes no había otras novedades que un aumento molestísimo de estudiantes de Medicina, y que el gran don José, en un ataque agudo de su depresión cerebral, pasaba largas horas sumergido en hondas meditaciones sobre el misterio de la Inmaculada Concepción. Sabedora de mi llegada, fué a verme Delfina Gil, suponiendo que yo venía de Roma. Por carta de mi hermana Trigidia tuvo noticias del revuelo que armó mi discurso y de los telegramas del Papa llamándome a *la capital del orbe católico.* Seguí yo la broma, y a sus preguntas acerca de la salud del Padre Santo, le dije que estaba bueno, sin otro achaquillo que un corrimiento de muelas, que le obligaba a tomar continuamente buches de malvavisco. Le describí con frases hiperbólicas la Basílica de San Pedro y la Capilla Sixtina, donde oía yo misa todos los días frente a la pintura del Juicio Final. Añadí que el Sumo Pontífice me había colmado de bendiciones y finezas, dándome de añadidura una misión secreta para la reina doña María Victoria, la cual me recibiría en audiencia un día próximo. De esto no podía decir una palabra más. *Item.* Yo comía todos los días con mi amigo el cardenal Fieramosca, de la *Propaganda Fidœ*... Los buenos católicos estábamos de enhorabuena porque la prisión del Santo Padre tocaba a su fin. El bárbaro Víctor Manuel, movido de arrepentimiento y del acerbo dolor de su culpa, estaba dispuesto a postrarse de hinojos ante el solio pontificio, cubierta de ceniza la cabeza, besando sucesivamente los escalones, hasta poner sus labios en la sandalia de Pío.

Por el efecto que en Delfina causaron estas gordísimas trolas comprendí que le faltaría tiempo para comunicarlas a los beaterios y sacristías que frecuentaba... Como mi Obdulia no se aliviara de su terror, le ordené que no saliera de casa. Yo andaba en busca de la *madre Mariana,* sin poder dar con ella. Los porteros de la Academia de la Historia me dijeron que después de pasarse tres días y tres noches en la Biblioteca, la vieron

salir una noche con don Marcelino. Presumieron que habían ido a la Academia de la Lengua, calle de Valverde. Don Marcelino había vuelto; *doña Mariana,* no. Ansioso de hablar con ella, la busqué en ambas Academias y en la de Ciencias Morales y Políticas, en la imprenta de la *Gaceta* y en la Armería real. Todo inútil.

Al volver a mi casa encontré en ella a Ramón Cala y a Felipe Ducazcal, que me esperaban para que les acompañase a la guarida de don Francisco Torquemada, prestamista y anticuario, con objeto de proponerle la venta o alquiler de algunas prendas de uso mujeril, consideradas ya como arqueológicas. De buen grado les acompañé a la calle de San Blas, y, enterado yo del asunto, entablamos negociaciones con el adusto usurero, gastando los tres enorme dosis de paciencia y saliva para persuadirle de que le proponíamos un buen negocio. Tratábase de adquirir o alquilar cierto número de peinetas de carey, altas y labradas, en forma de teja. Usadas por nuestras abuelas, ya pertenecían al coleccionismo. Torquemada las tenía preciosas y pedía por ellas un sentido. Se convino al fin en que las cediera por dos días, depositando una cantidad como garantía de puntual devolución.

Colaborando en la travesura que se traían mis amigos, nos procuramos mantillas blancas y negras en diferentes casas de préstamo, y en lo restante del día y mañana siguiente organizamos la graciosa mascarada que había de desvirtuar y corromper la manifestación de las católicas damas alfonsinas. No fué empresa difícil reunir y contratar dos docenas de *mozas del partido,* bonitas las unas, atarascadas las otras, útiles todas para el efecto que nos proponíamos obtener. El pícaro Ducazcal sacó, no sé cómo ni de dónde, ocho carretelas de lujo, algunas blasonadas, con lucidos troncos de caballos.

La función resultó brillante, abigarrada, jocosa. Salieron aquella tarde las alfonsinas aderezadas con sus mantillas y peinetas, creyendo realizar de este modo una protesta muda contra la nacionalidad exótica de nuestros reyes. Ridículo, afectado y artero resultaba el españolismo de nuestras clases altas. Las que desde el segundo tercio del siglo habían renegado de todo lo castizo, arrojando al montón de las prenderías las modas españolas, y vistiéndose, comiendo y hablando a la francesa, salían ahora con la tecla de adoptar preseas sacadas del Rastro indumentario. Bien hicieron los pícaros de la política en poner frente a ellas el manchado espejo de un Rastro moral.

La pantomima de aquella tarde fué lucida, y, digámoslo claro, vergonzosa. A lo largo de la Castellana, la ilustre señora y reina doña María Victoria pasó ante la muchedumbre carnavalesca arrostrando, con severo continente, el desaire público con visos de injuria. Nunca la vi tan revestida de alta nobleza y majestad. En su rostro y actitudes no se conoció si había sabido distinguir las verdaderas de las apócrifas damas. Mis amigos y yo nos entretuvimos en actuar como puntuales cronistas de salones, digamos de sociedad, y fuimos enumerando el mujerío manifestante, en sus dos estamentos constitutivos. La fatalidad política había confundido lo más aristocrático con lo más villanesco. Y sobre la bullanga femenil oíamos una estruendosa carcajada de la moral pública.

Oficiemos de revisteros imparciales: allí estaban la Navalcarazo y la Yébenes, señaladas por su furibundo catolicismo; la Campo Fresco, de agudísimo ingenio; la Belvís de la Jara, la Ruy Díaz, ilustres importadoras de toda elegancia francesa; la Villares de Tajo y la Gamonal, flor y nata de la aristocracia burguesa; la Trastamara, la Monteorgaz, la Villaverdeja y la Tordesillas, de remoto abolengo histórico. Entre los caballeros vimos a Paquito Uclés, a Pepe Armada, Jacinto del Pulgar, Guillermo de Aransis, Manolo Montiel y otros *que sería prolijo enumerar...* De la otra banda deben ser citadas con preferencia Paca la *Alicantina, marquesa del Cieno;* la *Eloísa,* muy conocida en todos los círculos... viciosos; la *Clotildona,* la Rosa Huertas, Pepa la *Sastra,* espléndida de fofas carnes; la *Napoleona,* la *Condesa del Real Cuño,* la *Silfide,* la *Moño Triste* y otras tales, cuyos linajudos nombres se escapan avergonzados de la pluma cuando queremos escribirlos.

Al volver yo de la Castellana con Roberto Robert y Mateo Nuevo encontramos a Pepe Ferreras, el periodista más discreto y agudo de aquellos tiempos, hombre que sabía cual ninguno poner el

dedo en la parte doliente de todo suceso político y mostrar el grave daño que padecíamos.

—He visto la indigna comedia de esta tarde—nos dijo—. No se concibe mayor oprobio de un país, ni mayor torpeza de las clases altas, que nos han traído la intervención del fango social en la vida política. En el estúpido atentado contra el rey y en esta farándula repugnante veo yo el principio del fin. La responsabilidad es de todos, sin excluir las instituciones. Queríamos un Gobierno constitucional, sensato, estable, y en dos años llevamos ya seis crisis, si no recuerdo mal. En política todo puede admitirse, menos el barullo, el caos y la falta de orientación. ¿Adónde nos lleva este don Manuel? ¿Continuará la marcha emprendida en su primer Ministerio, o nos precipitará de tumbo en tumbo hacia lo desconocido? Digamos con don Salustiano: «Dios salve al rey.» A la reina no hay que salvarla, que bien alta está en el concepto público. Si ella gobernara, tendríamos Saboyas para rato. Pero no nos caerá esa breva. Lo peor del caso es que todo esto, y principalmente lo que esta tarde hemos visto, resulta en provecho de los Borbones... Y yo pregunto a ustedes, señores republicanos tibios y calientes, señores demagogos y socialistas de la Internacional, ¿harán ustedes algo duro y hondo, algo que no sea esta labor de tontería y aturdimiento? Si no cambian de tocata, la restauración viene; vendrá traída por todos, y principalmente por ustedes; la tendremos aquí después que armemos el gran barullo..., el gran barullo... Y si no, al tiempo, al tiempo... El gran barullo.

Repitiendo la frase última, rutinaria muletilla en él, se despidió de nosotros, y yo seguí sopesando en mi mente las palabras proféticas del sutil periodista y augur Pepe Ferreras.

XXIV

En lo restante de aquel otoño, esta nación sin ventura, como cuerpo en que circula sangre viciada, se llenó de granos, manchas eruptivas y forúnculos, síntomas de la enfermedad o *gran barullo* pronosticado por Ferreras. En todo el territorio del Norte, alta Cataluña, Maestrazgo, provincias de Levante, apareció la sarna de las partidas carlistas, y tras ellas vino el picor y desazón de las partidas republicanas. No sabía el Gobierno adónde acudir primero: aquí salía del paso rascándose; allá se aplicaban emolientes; nos contentábamos con ir viviendo, con ir tirando, mientras el mal estuviera limitado a la fea y desapacible afección dermatológica... Continuaban infructuosas mis diligencias para encontrar a la *Madre Mariana*. Si por una parte me dolía mi orfandad, por otra tuve algunas satisfacciones de carácter doméstico. La intranquilidad en que Obdulia y yo vivíamos se calmó con las noticias que de Villaviciosa trajeron el ordinario y otras ordinarias personas. Lejos de mejorar, Aquilino iba de mal en peor, por la falsa soldadura de la clavícula, y aún tenía camastro para otros dos meses o más. Eso íbamos ganando.

Con los dinerillos que dió a mi mujercita la marquesa de Navalcarazo, por ciertas labores de aguja, y algo que yo ganaba escribiendo en *El Diario del Pueblo*, fundado por mi amigo Valero de Tornos, pagábamos nuestro pupilaje y aún nos restaba para menudencias y honestos placeres. Debo decir, entre paréntesis, que en mi Obdulia se armonizaba el romanticismo con las cualidades del perfecto economista. Gracias a ella podíamos regalarnos diariamente en La Perla, yo con mi café, ella con su vasito de leche merengada.

Los billetes del periódico nos permitían el goce del teatro: en el Circo de Paúl nos entreteníamos oyendo a la Williams, actriz bonita y salada, que con el gracioso Rosell representaba el *Mambrú*, pieza de circunstancias, llena de picardía. En el Teatro Circo vimos dos o tres veces el famoso zarzuelón *Barba Azul*; en Capellanes nos descuajábamos de risa con la desvergonzada revista *Los prófugos de Ultramar*, sátira del escándalo de los «Dos millones», que, según la gente maliciosa, afanaron Sagasta y el *Pollo Antequerano*.

Pero lo que más nos encantaba y divertía era el arte maravilloso de la célebre prestidigitadora Benita Anguinet en Variedades. Titulábase la función *Los milagros de la brujería*, y como yo había sido un poco brujo, hallaba singular deleite en aquel espectáculo de escamoteos, sorpresas, juego de luz y tinieblas,

que confundían la mentira con la realidad. Era la Anguinet una señora simpática, gorda sin menoscabo de su agilidad: encontraba yo en ella un parecido notable con Pepita Izco, heroína de mi breve idilio místico y sensual de Durango. Por esta razón eran más calurosos mis aplausos a la mágica de opulentas carnes y sortilegios diabólicos. Una noche, estando Obdulia y yo en segunda fila, vi en la primera a mi pasado amor María de la Cabeza Ventosa de San José. Estaba con Alberique. A la salida nos miraron con desdén olímpico, como diciendo: «Adiós, pobreza.» Les pagamos en peor moneda riéndonos descaradamente de su inflado empaque burgués.

Entrado ya diciembre, el buen pueblo republicano de Madrid agregó al interés de los teatros un motincillo callejero, nuevo síntoma de la grave dolencia hispana. Hallábase una noche deliberando la Junta Suprema del Consejo de la Federación Española, cuando sonaron tiros en la Puerta del Sol. ¿Qué ocurría? Que los Comités de los distritos habían acordado, por sí y ante sí, lanzarse a la calle. Corrióse la trifulca a la plaza de Antón Martín, tradicional baluarte republicano, y allí fué sofocada por las tropas que llevó el general Pavía. Entre los revolucionarios, figuraba el famoso *Espiga,* el comandante Decref y Carlos Caro, Cerrudo y otros paisanos. Hubo bastantes heridos y un solo muerto: el lacayo del coche de Ruiz Zorrilla, víctima inocente del celo de un diputado, señor Boceta, que se empeñó en recorrer el *campo de batalla* en el propio carruaje oficial del presidente del Consejo.

Los treinta y cinco prisioneros de aquella descabellada intentona fueron puestos en libertad a la mañana siguiente... A mi parecer, produjeron aquel fugaz movimiento *Las Hojas Revolucionarias,* que, a falta del periódico *Tribunal del Pueblo,* publicaban mis amigos de la calle de la Montera. Entre aquellas *Hojas* obtuvo enorme circulación la titulada *El rey se va,* escrita por la propagandista republicana Modesta Periú. No era ella la única hembra que valerosamente luchaba por la causa, pues otra, llamada Gumersinda Rojas, anduvo a tiros con las tropas de Pavía en la plaza de Antón Martín.

A los pocos días de esta zaragata, los buenos y sencillos revolucionarios se las prometían muy felices. Hallándome yo una noche en la Redacción de *El Diario del Pueblo* escribiendo mi «Crónica del día», vino a darnos plática un amigo, jovenzuelo y candoroso, el más activo satélite de don Juan Contreras y del Consejo Federal, que forjaba los rayos de la revolución.

—Ya la tenemos armada, querido Tito—me dijo con sigiloso misterio—. Ahora va de veras. Será cuestión de días el triunfo de la República federal. Sevilla, Barcelona, Cádiz, Cartagena, están a punto de pronunciarse. La Junta Suprema y los prohombres han discutido largos días, triunfando al cabo la idea del levantamiento general. Esto que te digo lo sé por el propio García López... Puedes estar seguro, como si lo hubieras visto, de que anoche salió para Andalucía Nicolás Estévanez. ¿Crees que va de paseo o a echar discursos? No, chico. Lleva la sagrada misión de cortar todos los puentes de Despeñaperros, de levantar partidas, sublevar las poblaciones de Linares, Andújar, Bailén, La Carolina, cerrando al Gobierno toda comunicación con las plazas de Andalucía. Tú conoces a Estévanez; comprenderás lo que puede esperarse de su capacidad y audacia. Nicolás es el águila de las guerrillas. No te digo más... Dentro de algunos días podremos decir, no «el rey se va», como nuestra brava heroína la Modesta Periú, sino «el rey se ha ido». Día de júbilo tendremos. ¡Con qué gusto veré partir a don Amadeo, el Dragonetti y a los rufianes que ha traído de Italia para sus trapicheos amorosos! Lo sentiré tan sólo por la reina, francamente lo digo. Esta doña María Victoria es tan buena y simpática que no parece reina, sino una señora cualquiera. Yo me quito el sombrero al verla pasar, y le perdono el ser italiana. Ya sabes que cría a sus hijos. Me consta que este verano, paseando por las inmediaciones de El Escorial, encontró un niño abandonado que chillaba pidiendo teta. Pues lo recogió y le dió de mamar, no con biberón, Tito, sino a sus propios pechos. Tú, que sabes tanto de Historia, me dirás si has leído algún pasaje de reinas o emperatrices que hayan hecho esto...

Tomé nota mental de los cuentos que me trajo aquel majadero inocente, y seguí observando los acontecimientos que marcaban la fiebre y el creciente males-

tar de la madre España. Entre domésticos goces y fáciles trabajos transcurrieron los días de diciembre hasta la placentera semana de Navidad y Año Nuevo, que fué para nosotros alegre y descansada, por lo que voy a referir. Se hospedó en nuestra casa por pocos días un rico labrador toledano, residente en Bargas, que nos invitó a pasar las fiestas en su campestre vivienda, holgona y bien abastada de cuanto ha menester la vida. Aceptamos con gratitud, y allá nos fuimos con él en un galerín que salía de la Cava Baja. En el viaje y en el pueblo todo nos pareció delicioso: el campo totalmente desnudo de árboles, nos encantaba; la morada de nuestro amigo y anfitrión se nos antojó palacio principesco; cuanto veíamos era reflejo del gozo de nuestras almas.

En don Casiano vimos el más cumplido, el más gallardo y obsequioso hidalgo campesino; en su mujer, doña Dulce, la más bella, la más airosa y afable dama labradora de estos reinos; en sus cinco niños, cinco ángeles que reproducían la hermosura y simpatía de sus padres. La casa, enorme y toda la planta baja, era el ideal de la humana vivienda: anchurosas estancias, patios y corrales poblados de alimaña volátil y de toda cuatropea cerdosa, ovejuna y caballar. Completo la figura del gran don Casiano diciendo que militaba en el republicanismo federal, y que tanto en él como en su linda consorte reconocimos las ideas más amplias y generosas. Estábamos, pues, Obdulia y yo en el Paraíso terrenal, y nuestra única pena era que antes de Reyes tendríamos que salir de él.

No hay que hablar de la opulencia de las comidas, del diario consumo de pollos, palomos, conejos y cabritos. Lo que digo: aquello era más que el Paraíso: era Jauja. Tenían los niños, en una de las principales habitaciones, un magnífico Nacimiento con la mar de figuras, montañas de corcho, nubes de algodón, sinfín de pastores, reyes magos y un escuadrón de húsares. Obdulia, que era maestra en artes infantiles, les completó la decoración con ramaje de carrascas, un lago cristalino, en que patinaban elefantes y camellos, y un ferrocarril que comunicaba el Cielo con la Tierra. La Nochebuena, iluminado el altarejo con innumerables candelas, brillaba como ascua de oro. Niños de la vecindad, agregados a los de casa, nos regalaron con el concierto angélico de panderetas, zambombas, rabeles, cánticos y alilíes de entusiasmo.

A la mañana siguiente, los ciegos que recorrían el pueblo cantando villancicos, vinieron a la casa, donde se les aseguraba copiosa limosna. Eran mendigos astutos y oportunistas, que variaban el sentido de sus coplas, acomodándolas a las ideas de las personas cuyo aguinaldo requerían. Y como el buen Casiano gozaba en toda la comarca fama de republicano ardiente, los ciegos cantaban de este modo el natalicio del Hijo de Dios:

Camina la Virgen pura
con San José liberal
para el Santo Nacimiento
República Federal.

Venía luego el estribillo, que era el *Me gustan todas*, con música de *El joven Telémaco*.

Otras coplas copio que nos hicieron mucha gracia:

En la mitad del camino
iba San José cansado.
Fué a llamar a una posada
y le salió un moderado.
A otra posada llamó,
ya fatigado de andar,
y le dijo el posadero:
«Entra, Pepe federal.»

Por aguinaldo recibieron, con la calderilla, un pan y un chorizo por barba. En la calle les encontré luego, cantando también en forma libre para halagar al pueblo, cuya ideas liberales conocían:

Vinieron los pastorcitos
a besarle pies y manos;
Jesucristo muy contento.
porque eran republicanos.

Me contaron que en la casa del párroco, tachado de carcunda, cantaban así:

¡Viva Jesús Nazareno,
juez de nuestra Religión!
¡Viva Jesús Nazareno
y don Carlos de Borbón!

Frente al cura, como en todas partes, terminaban con el estribillo:

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general...

Con la llegada de los Reyes Magos, día triste para los escolares, nos despedimos de nuestros espléndidos anfitriones. Trance amarguísimo era dejar las ricas ollas y el trato exquisito de doña Dulce, su digno esposo y agraciada prole. Pero no había más remedio. Proponiéndome yo no volver a Madrid sin pasar unos días en Toledo, para que Obdulia pudiese dar un vistazo a la Catedral y demás monumentos, el propio don Casiano nos llevó en un cochecillo a la imperial ciudad, instalándonos en la Posada de la Sangre, donde nos pagó una semana de hospedaje. Hombre tan bueno y dadivoso despertaba en mí tal admiración y gratitud, que hube de considerarlo como un enviado de Dios.

El tiempo húmedo y ventoso no nos estorbó para recorrer y registrar las maravillas toledanas, desde la inmensa Catedral, relicario de todas las artes, hasta los últimos rincones arqueológicos, como el Cristo de la Luz y el Cristo de la Vega. Rendidos de nuestras caminatas por las empinadas y torcidas calles, nos acogíamos a nuestra posada, al amparo de la sombra del amigo Cervantes. Una noche, cenando en anchurosa cuadra junto a la cocina, vi a la *Madre Mariana,* que hacía por la vida en una larga mesa, poblada de arrieros y caminantes. Dos mujeres estaban a su lado, y todos los comensales departían alegremente. Con respeto supersticioso me acerqué a la señora y le besé la mano. Ordenó ella que Obdulia y yo nos agregáramos a su compañía, y así lo hicimos gozosos.

—Celebro encontrarte, querido Tito —me dijo—. Aquí me tienes descansando en esta ciudad, que es uno de mis solares predilectos. Me distraigo remembrando cosas de tiempos muy lejanos. Es dulce y confortante hacer revivir los concilios de Toledo, las cuitas del rey Sabio, el rito mozárabe y charlar con los cardenales Mendoza, Cisneros, Silíceo, Carranza, y con mis buenos amigos Juan Guas y el *Greco.*

Oyendo a la señora creí encontrarme en los senos vaporosos de un mundo quimérico. Las dos mujeres que acompañaban a la divina *Clío* atrajeron poderosamente mi atención. La una, bella y altiva en su madurez, era la mismísima viuda de Padilla; la otra, joven y bonita, Santa Leocadia. Entre los hombres, todos de vigorosa complexión goda o castellana, de rostros enjutos y tallas procerosas, vi al rey Wamba, a San Ildefonso, a Jiménez de Rada y Jiménez de Cisneros, a Illán de Vargas, al Pastor de las Navas, y a otros, extranjeros españolizados, que eran sin duda Copín de Holanda, los Borgoñas y Theotocópuli. También creí reconocer al poeta Garcilaso y al comunero Padilla.

XXV

Cenamos diferentes manjares castizos; se oscureció la estancia, y al volver en tropel a nuestros dormitorios, *Mariana* me estrechó la mano, diciéndome:

—Descansa un poco, que en el primer tren de mañana nos iremos a Madrid. No sé si sabrás que está a punto de estallar un huracán político por susceptibilidades y resquemores de los caballeros de Artillería. No te digo más por esta noche...

En efecto, reunidos en el tren, a temprana hora, *Mariclío* prosiguió de esta manera sus graves informes:

—El ventarrón nos ha venido por el nombramiento de don Baltasar Hidalgo para el mando de una división en el ejército del Norte o de Cataluña..., no estoy bien segura: lo mismo da. Recordarás la parte que se atribuye a Hidalgo en los trágicos acaecimientos del cuartel de San Gil (en mil ochocientos sesenta y seis). Fuera o no culpable el entonces capitán de Artillería, sus compañeros le tomaron entre ojos. Apartado del Cuerpo, Hidalgo ha prestado servicios en Cuba; ha merecido y obtenido ascensos: hoy es mariscal de campo, sin que sus compañeros de Arma hayan protestado de verle en tan alta jerarquía. El disgusto de ahora se funda en que los artilleros no quieren ser mandados por don Baltasar. Distante de Madrid he formado el juicio de que esto es un aparato político para derribar al Gobierno y poner en graves apreturas al pobre Amadeo. Sé que los llamados constitucionales andan en este enredo y que los oficiales de Artillería se reúnen

nocturnamente en casa de Ulloa. Pronto se sabrá la verdad. Hoy se abren las Cortes, allí parirán estos montes y veremos si sale ratoncillo inocente o dragón infernal.

Mientras hablaba la señora examiné a las dos mujeres que iban en su compañía. Ya no vi en ellas las poéticas facciones de la viuda de Padilla y Santa Leocadia, sino antes bien, vulgares rostros de dos criadas, que al propio tiempo eran marisabidillas capaces de escribir al dictado sendos tomos de Historia. Con una de ellas charlaba Obdulia, refiriéndole sus impresiones de Toledo, y la otra me dió noticias del nuevo incendio de guerra civil en el Norte y Cataluña. Las facciones de Guipúzcoa, mandadas por Lizárraga, pisoteaban el Convenio de Amorebieta: Durango ardía en pasiones belicosas; Pepita Izco, olvidada de mí, bordaba banderas para los batallones de la fe, y mi amigo Choribiqueta, dando de mano a su atavismo, presentía ya que podían caber dos epopeyas dentro del espacio de un solo siglo. Horizontes teñidos de sangre cerraban la vista por el Norte y parte de Levante. La pobre España, arrullada en los brazos de la Facultad, aguardaba su sentencia de muerte o vida con expectación pavorosa.

Al llegar a Madrid, *doña Mariana* concertó conmigo lugar y ocasión para comunicarnos; podía yo prestarle ayuda en la grave crisis que el Destino elaboraba en su profundo taller histórico. Conforme a estas advertencias, una mañana, entrado ya febrero, me llamó a la casa del reverendo sacerdote don Hilario Peña, a quien hallé trabajando en su biblioteca, algo aliviado de la gota, metido en el laborioso afán de terminar su magna obra del *Clero mozárabe*. Frente a él, en la misma mesa, atestada de librotes y papeles, escribía rápidamente la *Madre Mariana* en largas hojas de papel pergaminoso. Apenas me acerqué a ellos para saludarles vi entrar a Graziella, trayendo servicio de café con leche y tostadas para los dos, mejor dicho, para los tres, pues me invitaron a participar de su desayuno. Entraba y salía la ninfa, diligente y cuidadosa, como ama de llaves sobre quien pesa el gobierno de una casa. No hablaba más que lo preciso. Pasado un rato, cuando el cura, la *Madre* y yo hablábamos de los asuntos públicos, reapareció con bayetas calientes para defender del frío las piernas y pies de su amado señor.

—Hemos sabido—me dijo la *Madre*—que el rey de Italia ha escrito a don Amadeo ordenándole que a todo trance se sostenga en el Trono, para lo cual es indispensable que se ponga al lado de la oficialidad de Artillería, y que no consienta la disolución de un Cuerpo tan noble y fuerte. Tenemos, pues, que Amadeo se coloca frente a su Gobierno. Si prevalece el criterio del rey, veremos a Ruiz Zorrilla y a sus radicales hechos polvo. Volverá el duque, volverán los unionistas con los resellados del progreso. ¿Qué ocurrirá después?... Ven acá, Graziella; tú, que eres el numen de la nueva Italia, traído a nuestra tierra como un soplo vivificador, dinos lo que te inspiran tus hermanas las ninfas del Arno y Tíber.

La vivaracha Graziella, que en aquel momento acababa de poner bajo los pies de don Hilario una estufilla con brasas de carbón de encina, apoyó sus codos en la mesa, y en el tono jovial y picaresco que tan bien se armonizaba con su liviandad, nos dijo:

—Víctor Manuel teme a los Carbonarios, teme a los sectarios de Mazzini y a los venecianos que han heredado las doctrinas de Manín. No quiere que se pase más allá de la Monarquía democrática. Le asusta la república; cree que si su hijo flaquea en España y se deja arrollar por el radicalismo, tengamos aquí un ensayo de Gobierno popular con gorro frigio. La dichosa monterita es para él, como para mí, la mala sombra, la *Jetattura*. Le dice a su hijito que se arrime a los cañones. Sin cañones no se puede vivir. Lo mismo pienso yo, que también soy de Artillería. Como venga el gorro colorado, el rey *galantuomo* ve perdido el trono de Portugal, donde tiene a su hija María Pía; perdido el trono de España, en peligro también el suyo aunque asentado en la popularidad.

—Si es verdad lo que nos cuenta esta loca—dijo don Hilario—, tenemos resuelta la cuestión. El rey se va con los caballeros de Artillería; Zorrilla y Córdoba se meten en sus casas; vuelve el duque... Resulta que aquí siempre estamos lo mismo. Entran y salen los eternos perros sin tomarse el trabajo de cambiar sus collares.

—Lo que yo veo, mi buen don Hilario —dijo *Mariana*—, es que aquí andan sueltas todas las pasiones, menos la del patriotismo, única pasión que da salud y vida a los pueblos enfermos. Ya sabemos quién es el Ginés de Pasamonte que mueve los hilos de este retablo. Al pobre Amadeo le ponen en un dilema de mil demonios: de una parte, su juramento de rey constitucional; de otra, la conservación de un trono que unos y otros han convertido en mueble de guardarropía. Aquí despuntan acontecimientos dignos de mí. Graziella, sácame del arca grande mis borceguíes de tacones de plata...

En la segunda visita que días después les hice, me recibió Graziella sola, luctuosa y suspirante. Don Hilario estaba en cama, con ataque agudísimo. *Doña Mariana,* que haba salido a sus menesteres y a visitar a sus hermanas, no tardaría en volver. Decidíme a esperarla para comentar con ella el suceso corriente. Las Cortes habían discutido la disolución del Cuerpo de Artillería, aprobando la conducta del Gobierno por ciento noventa y un votos.

—*Jettatura, jettatura!* —exclamó la ninfa, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Los ciento noventa y uno que le trajeron, ahora le despiden!

Desapareció la hechicera voluble y yo me quedé solo en la biblioteca sin otra distracción que leer los tejuelos de los libros y curiosear en los rimeros de papeles. Llegó *Mariclío;* hablamos un rato; volvió a salir presurosa. No sabré dar medida del lapso de tiempo que permanecí solito en la silenciosa estancia. Anocheció; me adormecí en la holgada blandura de un sillón. Conservo la vaga idea de haber visto a Graziella entrar con una triste lamparilla de catacumbas. La tenue claridad nocturna se fué trocando en luz de claro día, y cuando mi cerebro se despejó de las nieblas de mi sueño advertí con espanto que no estaba en la biblioteca del docto don Hilario, sino en la quimérica gruta de aquella casa del número 16, tragada por la tierra en Maravillas o Monteleón. Entró la diablesa itálica desgreñada y en paños menores a traerme café con leche, y poco después llegó *doña Mariana,* de cuyos labios, para mí divinos, oí la grave relación que a la letra copio:

—El nudo se ha roto ya, y a estas horas el arduo conflicto artillero ha pasado al montón de los hechos consumados. Las consecuencias serán por algunos bien vistas; por otros, lloradas... Los jefes y oficiales, doloridos por el agravio que a tan noble Cuerpo se infería, presentaron, como sabes, solicitudes de cuartel, retiro o licencia absoluta, según la situación de cada uno. Como era natural, el Gobierno las admitió. Paralelamente a esta indisciplina moral de los ofendidos, los generales palatinos Gándara, Rosell y Burgos, en connivencia y contacto secreto con Serrano Bedoya, el duque de la Torre y todo el patriciado constitucional, preparaban un acto de audacia política que bien podría llamarse *golpe de Estado.* Del rey te diré que patrocinaba el movimiento conforme a las ideas, planes y temores de su señor padre. La Casa de Saboya se asusta del radicalismo y pretende afianzar en las dos penínsulas la Monarquía democrática.

—Ya lo sabemos, *Madre*—dije yo—. El numen italiano no quiere cuentas con la República. Víctor Manuel cree que está lejos aún la emancipación de los pueblos latinos.

—Así es, hijo mío—prosiguió *Mariana*—. La conjura para sacar triunfante al Cuerpo de Artillería no vacilaba en rebasar los linderos de la prudencia. No bastaría derribar al Gobierno radical; era forzoso barrer el Parlamento, en cuyo seno convulso *ciento noventa y un* votos aprobaron la reconstitución del Arma de Artillería, elevando a los sargentos a la categoría de oficiales y sustituyendo los jefes con individuos técnicos de otros Cuerpos. Para dar eficacia positiva al pensamiento de los conjurados, se acordó el siguiente plan: enganchadas las baterías en el cuartel de San Gil y en el del Retiro, con su oficialidad y jefes naturales a la cabeza, saldrían a la calle con la marcialidad que es de rigor así en las paradas como en los pronunciamientos. Los de San Gil debían detenerse en la puerta del Príncipe, donde se les incorporaría el rey con el escuadrón de su escolta. Dado este paso, ¿qué faltaba ya? Seguir adelante, disolver las Cortes y crear la dictadura interina, de donde saldría un nuevo artificio constitucional, impuesto por las circunstancias... Preparado estaba ya todo cuando llegó de Palacio la con-

traorden. No había nada de lo dicho. A desenganchar. Quedaron los soldados en su ordinaria vida de cuartel y los jefes y oficiales se acogieron al descanso de sus casas.

—Ya me figuro el reverso de la escena, señora *Madre;* mejor será decir que lo adivino. Con el fuerte apoyo que le daba la confianza de las Cortes, Ruiz Zorrilla llevó a la sanción del rey el decreto reorganizando el Cuerpo de Artillería, y don Amadeo... fué débil...

—Débil, no, querido Tito. Fué consecuente con los compromisos que le impuso su dignidad al venir a España. Reflexionó; hizo exploración de su conciencia; puso fin con solemne arranque a sus veleidades y ligerezas. Recordó su juramento ante las Cortes. Sus ojos vieron en letras de fuego las palabras memorables con que expresó su propósito de *no imponerse a la soberanía de la nación,* y firmó.

—Y ya tenemos a los sargentos en los puestos de los oficiales. Me da en la nariz que algunos de los agraviados ofrecerán sus servicios a Carlos Séptimo.

—Así será, hijo mío. La nación está en presencia de graves turbaciones y luchas sangrientas. Para salir viva de ellas necesita sacar de su ser el poder anímico que hoy parece adormecido. Fracasada la conjura de los constitucionales, la rabia del pataleo les inspira resoluciones sumamente cómicas. Entérate de esto: la duquesa de la Torre ha dimitido su cargo de camarera mayor de la reina, y el duque renuncia a todos sus empleos, títulos y condecoraciones. La figura de Amadeo se ha crecido a mis ojos. Presumo que en su mente germina y florece la idea de la abdicación. ¿Estamos frente a un acontecimiento digno de mí?

Sorprendido quedé viendo el arrogante ademán con que *Mariana* se levantó de su asiento. La sorpresa fué pasmo y admiración cuando la vi transfigurada de vieja caduca en matrona gallarda, de rostro helénico y figura escultórica. Temblé de emoción al oír el vibrante sonido de su voz, pronunciando este imperativo llamamiento:

—Graziella, ven, ha llegado mi hora. Saca del arcón mi clámide más hermosa. Tráeme la diadema y el coturno... ¿No entiendes, tonta?... Mis borceguíes de tacones de oro.

XXVI

Con potente acción de mi voluntad sobre mis sentidos logré desembarazarme de aquel mundo quimérico, y me restituí a la vida normal, volviendo a mi casa y a la comunicación afectuosa con mis amigos. Valero de Tornos, alfonsino, y Ramón Cala, republicano, me llevaron al Congreso, y en pasillos, tribunas y salón de conferencias noté agitación y vocerío que me recordarban *el gran barullo,* pronóstico de Ferreras. Por aquel cálido y tempestuoso ambiente corría como centella esta frase lumínica: «El rey abdica.» Pepe Ferreras, que por su autoridad y claro sentido de las cosas formaba corrillo en cuanto hablaba, puso el paño al púlpito y nos dijo:

—Don Amadeo se va; don Amadeo vuelve la espada a este pueblo de orates y nos deja entregados a nuestras propias locuras. No creáis, como algunos dicen, que a la reina le cuesta trabajo desprenderse del trono español. Es todo lo contrario.

Como sobre este punto se moviera ligera discusión en el corrillo, el buen zamorano, mascando un puro rebelde al fósforo y a las quijadas, prosiguió así:

—Por una dama discretísima, la más afecta a su majestad la reina, he sabido que ésta planteó a su marido la cuestión en forma concluyente. No tenía ya paciencia para soportar los desprecios del patriciado de señoronas, que habían manifestado con descortesía su fanatismo y su inferioridad mental. ¿Querían Borbones? Pues dárselos. La santa señora, que siente nostalgia honda de su tierra y de su casa ducal, saldrá de aquí dejando memoria eterna de sus virtudes. A cambio de esto no se llevará ni una hilacha. Huye de nosotros para librarse de los dos fantasmas que llenan su alma de terror: el carlismo y la Internacional. Anhela sacar a su esposo y a sus hijos de un país donde no hay hombres que sepan domar las pasiones y establecer un Gobierno que sea garantía de la libertad y de la paz... Estos sentimientos y razones han ganado el ánimo del rey, que, como ustedes saben, no tiene ambición. La corona no le deslumbra; por conservarla y traer a la razón a los elementos que componen esta olla de grillos no quiere emplear la

fuerza ni derramar sangre española. Por tanto, es irrevocable su resolución de abdicar la corona, y así lo ha manifestado a don Manuel Ruiz Zorrilla... Así lo ha manifestado..., así lo ha dicho.

Más tarde, recorriendo distintas cavidades de aquel horno de pasiones y disputas, me encontré en otro corrillo, donde Llano y Persi y don Santos La Hoz vaciaban en los oídos las noticias más recientes: el rey había encargado a don José de Olózaga el mensaje de abdicación; mas no habiéndole gustado la forma y algunos conceptos del documento, encargó nueva redacción de él a don Eugenio Montero Ríos. Llegó en esto la noche, y el zumbar de colmena aumentaba en el Congreso. Metiéndome en todos los corrillos vi al propio Rivero esculpiendo, con su voz dura y su gesto autoritario, la Historia de España en aquella memorable noche del 10 al 11 de febrero de 1873. Por la voz, el ceño y el ademán, don Nicolás María Rivero era un cíclope ceceoso que hablaba dando martillazos sobre un yunque. Oponíase airadamente a la pretensión de Zorrilla, que, acariciando aún la esperanza de disuadir al rey de su propósito, intentó suspender las sesiones de Cortes. Rivero, firme y tozudo en la idea contraria, quería reunir Senado y Congreso, constituyendo así la Asamblea Nacional (llamada por algunos Convención), que al recibir la renuncia del rey, asumiría todos los poderes.

Como teníamos jarana para toda la noche, me fuí a cenar con Ramón Cala y don Santo la Hoz a la taberna de la calle del Turco donde es fama que se dieron cita los matadores de Prim. Volvimos al instante al Congreso, que estaba en sesión permanente. En las inmediaciones del edificio, por Floridablanca y carrera de San Jerónimo, había gentío expectante. Relajada la disciplina de ujieres y porteros, entraban, salían y andaban por aquella casa los ciudadanos, en revuelta familiaridad con diputados y senadores. Corrían de grupo en grupo noticias estupendas. En uno se aseguraba que *ya no había nada de lo dicho,* que el rey se quedaba entre nosotros, ganoso de nuestra felicidad; en otro decían que los constitucionales procuraban entenderse con el Gobierno para buscar *la consabida y tan acreditada* fórmula de concordia, que permitiera seguir turnando mansamente en los pesebres del presupuesto; más allá oímos que Serrano enviaba un recadito al general Moriones para que acudiese a Madrid con algunas tropas.

En estas contradicciones y resoplidos *del gran barullo* de Ferreras se pasó la noche. Me fuí a dormir a mi casa, y en la mañana del 11 traté de volver a mi puesto o atalaya de la Historia. Pero a la familiar licencia de la tarde y noche anteriores para franquear el edificio había sustituído un rigor extremado. Los ujieres no dejaban pasar ni una mosca, y hube de mantenerme en la calle observando los grupos que circundaban el templo de las leyes. Allí me encontré con las furibundas mesnadas de Mateo Nuevo, de García López y con muchos individuos de la Junta Suprema del Consejo de la Federación Española. Vi cuadrillas de hombres armados, inquietos y vociferantes. Busqué ávidamente entre la multitud a Nicolás Estévanez, y no le hallé ni nadie me dió razón de él. Ya perdía yo la esperanza de colarme en el Congreso, cuando mi buena suerte me deparó a Moreno Rodríguez, a cuyos faldones me agarré para romper la terrible consigna porteril. En las tribunas no se cabía. Cuando pude meter el hocico en la de la Prensa, con terribles ahogos y apreturas, ya se había leído el mensaje de abdicación de Amadeo I. Poco después conocí el documento y pude apreciar su entonación viril y el amargo lamentar de un rey que no logró la paz y ventura de sus pueblos. Quejándose de la crudeza implacable con que luchaban los partidos, decía: «Si fuesen extranjeros, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería yo el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la Nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.»

En otro lugar se expresaba de este modo: «Nadie achacará a flaqueza de ánimo mi resolución. No habría peligro

que me moviera a desceñirme la corona si creyera que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles...» A renglón seguido pedía, en su nombre y en el de su esposa, que se indultase a los autores del atentado de la calle del Arenal. Y terminaba, con frase patética, haciendo renuncia de la corona por sí, por sus hijos y sucesores, y despidiéndose *de la noble y desgraciada España* con toda la efusión de su alma generosa. Suspendieron la sesión para redactar la respuesta que las Cortes debían dar al rey dimisionario. Crecía la efervescencia en el interior del Congreso, y fuera la inquietud popular era ya imponente. Para calmar los ánimos salió Figueras a una ventana, por la calle de Floridablanca, y pronunció una breve arenga, cuya síntesis era ésta: «De aquí saldremos muertos o con la República votada.»

Encargado Castelar de contestar al rey, redactó en breve tiempo un elocuente mensaje. Se reanudó la sesión. Presidía Rivero; a su lado se sentaba Figuerola, presidente del Senado. Los escaños rebosaban de legisladores de diferentes capacidades y cataduras. Todo lo que allí pasaba era irregular y contrario a la Constitución, según la cual no podían deliberar juntas en ningún caso las dos Cámaras. Sobre el fondo de un silencio mayestático fué leído el mensaje de Castelar, un adiós ceremonioso al rey caballero, que prefería la paz de su hogar al tumulto de una patria hirviente y postiza. El estilo grandilocuente y ampuloso del orador poeta lucía en todo el documento. Flores y más flores arrojaban las Cortes sobre la persona del soberano dimitente y de su augusta y amada esposa. Se les despedía con galas retóricas lindísimas y bienolientes, ofreciéndoles, como poético galardón, la ciudadanía de un pueblo independiente y libre. *Ite misa est.*

XXVII

Sin discusión fueron aprobadas la renuncia del rey y la respuesta o responso que le dieron las Cortes al asumir todos los poderes. A Palacio acudió una Comisión, presidida por Rivero, la cual debía poner en manos de su majestad dimisionaria los tiernos adioses de la *tan noble como desgraciada España.* En el acto palatino, que, según me dijeron, fué solemne y triste, Rivero, con la trémula voz de un cíclope conmovido, pidió al rey y a la reina el honor de estrecharles la mano, y no hay que decir que tal honra le fué cordialmente otorgada. Los reyes dijeron para sí: *Adiós, mundo amargo.*

Primer trámite del Parlamento después de lo relatado fué la renuncia del Gobierno, que ya estaba como el alma de Garibay. Inmediatamente se presentó la proposición pidiendo que se proclamase la República. El debate fué ordenado y serio, sin más acritud que el corto, pero grave altercado entre Martos y Rivero. Este, movido de su temperamento irascible y despótico, exigió duramente a los que fueron ministros de don Amadeo que ocuparan interinamente el banco azul. Saltó Martos de su asiento, como enconada fierecilla, y con aplauso del Congreso dijo, entre otras cosas:

—No está bien que empiecen las formas de la tiranía el día en que se despide el poder monárquico.

Estas palabritas hirieron a don Nicolás en lo más vivo, obligándole a descender, con runflante protesta, del augusto sitial... ¡A votar, a votar! *Doscientos cincuenta y ocho votos contra treinta y dos* decidieron que España no era ya Monarquía, sino República. *Laus Deo.*

Procedióse a elegir Poder Ejecutivo. He aquí el primer Ministerio de la República: Presidencia, Figueras; Estado, Castelar; Gobernación, Pi y Margall; Gracia y Justicia, Salmerón (don Nicolás); Hacienda, Echegaray; Guerra, Córdoba; Marina, Beranger; Fomento, Becerra; Ultramar, Salmerón (don Francisco). Cuatro de estos señores pasaron de ministros de don Amadeo a ministros de la República con la corta pausa de un trámite parlamentario. Martos vitoreó calurosamente a la República, a la integridad de la Patria y a Cuba española, y Figueras anunció días de ventura bajo un régimen de concordia, paz y libertad... El cambio de instituciones, que parecía mutación teatral con subir y bajar de telones pintados, fué acogido por el pueblo con alegría más expansiva que escandalosa. Las multitudes que invadían las calles próximas al Congreso se difundieron, fraccionándose. El más nutrido destacamento fué a

parar a la Puerta del Sol, irradiando su ardor patriótico con vítores, cánticos, músicas y desahogos inocentes, sin molestar a nadie ni llegar a las tonalidades demagógicas. En Antón Martín el tumulto fué más vivo, y aparecieron banderas aparejadas precipitadamente por ciudadanas en quien se juntaban el republicanismo y la majeza. En la plaza de la Cebada, en Maravillas, San Gil y demás puntos estratégicos de las expansiones madrileñas, el entusiasmo no traspasó los límites de la moderación. Ello fué como un plácido regocijo lugareño festejando *la traída de aguas* o la elección de un alcalde muy querido en la localidad.

Con puntualidad absolutamente espontánea, pues no mediaron órdenes ni avisos, aparecieron iluminados casi todos los balcones de Madrid en la noche del 11 al 12 de febrero, Obdulia y yo recorrimos algunas calles, y en las de Alcalá y Arenal contemplamos las lucecitas balconarias, haciendo de todas ellas recuento y análisis. Eran como letras, palabras y conceptos de una página histórica, escrita con hachones y farolillos. Sin más auxilio que nuestro criterio y el conocimiento en cierto modo adivinatorio que teníamos del vecindario matritense, leímos aquella página y la diputamos por vergonzosa y repugnante. Las casas de los republicanos, que eran los legítimos triunfadores en la jornada del 11 de febrero, estaban a oscuras, y en cambio los palacios aristocráticos, las moradas de las damas católicas y de los señorones alfonsinos y carlistas brillaban con espléndido alumbrado signo de lisonjeras esperanzas. Mayormente nos escandalizó la cínica refulgencia de las casas donde se albergaban los corifeos del viejo progresismo, que hasta el día 10 fueron cortesanos y servidores de don Amadeo.

Pasando junto al teatro Real en dirección de la plaza de Oriente, me tocó en la espalda, llamándome por mi nombre, una mujer enlutada, cubierto el rostro de negro velo. Por la voz conocí a Graziella, y rogándole que abandonara el tapujo, le dije:

—Numen de Italia, ¿también tú nos dejas?

—Bien quisiera volver a mi patria —contestó la ninfa con voz tremante—. Esta patria postiza me rechaza. ¡Oh España!... *Vedo l'armi, vedo le mure, ma la gloria non vedo.*

—Hechicera del Arno y Tíber, hija del cardenal Fieramosca, ¿quién te trajo a España?

—Me trajeron, diez años ha, unos pobres coristas de ópera. Era yo mocita cuando mis padres rebuznaban, en este teatrón, los corales del *Moisés* y de *La Gazza Ladra.* Ya sabes lo que fuí cuando abandonada de mis padres me metí en la vida *traviattesca.* Mucho he visto, mucho aprendí en esta tierra de la donosa picardía... Dragonetti me conoce bien. Voy a Palacio a despedir a unos parientes míos que moran en las alturas, los rufianes del rey. Quiero dar a todos mis tiernos adioses.

—Sigue mi consejo, Graziella, y vete con los de tu raza.

—No puedo, queridos amigos Tito y Tita; que en Madrid he de quedarme al cuidado de mi anciano protector y amigo del alma don Hilario. A proceder así me mueve con mi cariño la ambición intensa que me llena toda el alma. ¿Sabes lo que ambiciono?... No te rías... Aspiro a que vosotros, los locos de la Federal, hagáis obispo al sacerdote más ilustrado y virtuoso que existe en las Españas míseras. Con el oro y la plata de mis ahorros le he comprado ya la mitra y el báculo... Dentro de pocos días adquiriré un magnífico pectoral que he visto en el Monte y un soberbio anillo, que espero besaréis con devoción tú y todos tus compinches... En fin, apresurad el paso, que yo tengo prisa. Si queréis entrar en Palacio, venid conmigo.

En esto nos hallábamos frente a la inmensa mole de la casa de los reyes, huraña y oscura, contrastando lúgubremente con las luminarias de la burguesía enfatuada y de la aristocracia enloquecida.

XXVIII

Momentos después mi Tita y yo, por virtud del poder milagroso que llevábamos en nuestras almas, nos convertíamos en gatitos diminutos y recorríamos, con jugueteo y brincos invisibles, la Saleta, la Antecámara y Cámara y otras regias estancias. Un hado benéfico, protector de nuestro sagaz espionaje, nos

permitió ver el solemne desfile que era fin y principio, engarce o eslabón entre dos interesantes etapas históricas. Delante iban damas y palaciegos rodeando a las servidoras que conducían a los dos niños mayores. Manuel Filiberto, ex príncipe de Asturias, de cuatro años de edad (1), y Víctor Manuel, de tres años y dos meses (2). Seguía el ama que llevaba en brazos al ex infante Luis Amadeo Fernando, nacido en Madrid el 29 de enero; su edad, catorce días (3). En torno a esta criatura se agrupaban los marqueses de Dragonetti y otras personas de alta jerarquía, italianas y españolas. Detrás iba don Amadeo, grave y sereno, sin expresar pena ni alegría, vestido de viaje. La corona y atributos monárquicos se habían quedado en el suelo del despacho del rey, al pie del retrato de María Luisa.

Daba el brazo el monarca dimisionario a su digna y santa esposa doña María Victoria, envuelta en pieles. No se le veía más que el rostro pálido, con marcadas huellas de dolencia reciente. No parecía pesarosa de abandonar la colosal vivienda que fué para ella lugar de ansiedad y martirio. A los que fueron sus servidores despedía con sonrisa graciosa y afable. Creímos que les decía:

—No me llevo más que lo mío, mi marido y mis hijos. Os dejo todo lo vuestro, una corona que no ambicioné y un título de reina que no fué para mí más que una palabra vana.

Rodeaban a los reyes personas finchadas de estas que llaman hombres públicos. No transcribo nombres porque no estoy bien seguro de acertar en mis designaciones. Había entre ellos algunos militares que en ocasión distinta enumeré en estas páginas. Confundido entra la turbamulta, y como si quisiera ocultar con su persona su desconsuelo, iba Ruiz Zorrilla, con luto y resignación en el rostro macilento. En la cola de la procesión vi a mi adorada señora *Mariclío*, tan grande que no había techo de suficiente alteza para su figura majestuosa. Vestía la clámide griega, calzaba el coturno y ceñía su frente la diadema cuyos reflejos iluminaban el Espacio y el Tiempo. Su rostro clásico, sus labios mudos y sus ojos divinos decían: «Al fin encontré la página hermosa. Ahora soy quien soy.»

El momento más triste y grandioso de aquel éxodo fué el descender de la comitiva por la escalera de honor, entre alabarderos rígidos, sin música ni voces que turbaran el fúnebre silencio. Sólo el rumor de las pisadas marcaba el lento caminar de una época declinando hacia los senos del Tiempo que traen la sanción de los actos y el juicio de la Historia.

Y nada más... Se oscureció la escalera, se oscureció el palacio, apagóse el ruido de las pisadas. Nos vimos envueltos en tinieblas de panteón.

Santander-Madrid, agosto-octubre de 1910.

(1) Hoy duque de Aosta.
(2) Hoy conde de Turín.
(3) Hoy duque de los Abruzzos, explorador del Polo Norte.

FIN DE «AMADEO I»

LA PRIMERA REPUBLICA

I

VENID acá otra vez, fieles parroquianos de estas páginas, y escuchad la voz de aquel buen Tito, entremetido indagador de cosas y personas, familiar diablillo que os entretuvo con la vaga historia del rey saboyano; venid acá otra vez, y os contará cómo saltó España del trono mayestático al tablado de la República, las fatigas, desazones y horribles discordias que afligieron a esta patria nuestra, tan animosa como incauta, y, por fin, el traqueteo nervioso y epiléptico que la precipitó a su desdichada caída.

Reconocedme, soy el mismo: chiquitín, travieso, enamorado, con tendencias a exagerar estas cualidades o defectos, si es que lo son. Mi estatura parece que tiende a empequeñecerse más cada día; la agilidad de mi espíritu y de mis movimientos toca ya en lo ratonil, y en cuanto a mis inclinaciones y aptitudes donjuanescas, debo decir que vivo en constante combustión amorosa.

Ansío penetrar con vosotros en la selva histórica que nos ofrecen los adalides republicanos en once meses del 1873, año de sarampión agudísimo, del que salimos por la intensa vitalidad de esta vejancona robusta que llamamos España. La historia de aquel año es, como he dicho, selva o manigua tan enamorada que es difícil abrir caminos en su densa vegetación. Es en parte luminosa, en parte siniestra y oscura, entretejida de malezas con las cuales lucha difícilmente el hacha del leñador. En lo alto, bandadas de cotorras y otras aves parleras aturden con su charla retórica; abajo, alimañas saltonas o reptantes, antropoides que suben y bajan por las ramas hostigándose unos a otros, sin que ninguno logre someter a los demás; millonadas de espléndidas mariposas, millonadas de zánganos zumbantes y molestos; rayos de sol que iluminan la fronda espesa, negros vapores que la sumergen en temerosa penumbra.

Antes de meternos en este laberinto quiero decirle al picaresco lector algo de mis particulares asuntos. Obdulia, compañera dulce, a quien conocéis con el doble carácter de romántica y hacendosa, me fué arrebatada por su marido, que cayó sobre Madrid y sobre mí como una maldición de Dios a los pocos días de la partida de los reyes para Lisboa. Recordaréis que aquel gaznápiro respondía por Aquilino de la Hinojosa, y lo mismo desafinaba pianos que los vendía y alquilaba. Se debió sin duda a los médicos del Infierno la soldadura de la clavícula, el gobierno de la pata, y el admirable lañado de la osamenta craneana, estuche de sus infames pensamientos.

La presencia de aquel mastín, que se nos apareció ladrando con la fiereza que le daban sus derechos, nos truncó la vida y nos mató la felicidad. Intervino la justicia, pasamos días de horrible infortunio y vergüenza, y al fin, la paloma suavísima y arrulladora me dejó solo en mi nido. Una tarde, trastornado y rabioso, salí resuelto a matar al ladrón de mi dicha. No me arredraba perder la libertad, ni la honra, ni la vida; la idea de la cárcel y del patíbulo no aplacaban mi furor... Tras de mí salió corriendo el buen Ido del Sagrario, ansioso de atajarme en el camino de mi perdición, y cuando yo forcejeaba para desasirme de los amantes brazos del filósofo... ¡pum!, se nos acerca Nicolás Estévanez, risueño, haciendo chacota de mi exaltación homicida.

El cariño y la jovialidad de Estévanez me calmaron, dando a mis sentimientos

una dirección apacible. En breves palabras expliqué a mi amigo la razón de mi furia, y nombré al perro cuya vida me estorbaba. A este propósito me dijo don Nicolás con donaire mezclado de amargura:

—Conozco a ese sinvergüenza, a ese Hinojosa, que es como decir *Jinojo*... Pertenece a la bandada de pajarracos que apenas establecida la República se cuela en ella para llenar sus buches con los desperdicios del presupuesto. Tu enemigo es de los primeros que han llegado, quitándose las plumas alfonsinas para ponerse la cresta roja que gastan los demagogos. Esta canalla nos desacreditará, Tito, y acabará por perdernos. ¿Sabes quién ha colocado al *don Jinojo?* Pues Martos, que hila maravillosamente las palabras, pero en cuestiones de personal no tiene vista ni olfato... Ayer me enteré. Al afinador le mandan a la oficina de *Bienes mostrencos,* que está en la travesía de la Parada.

Estábamos en Antón Martín, junto a la fuente churrigueresca. El manso filósofo Ido del Sagrario se fué a la compra, calle de los Tres Peces, y Estévanez, que había salido de la tienda de sedas del popular republicano don Toribio Castrovido, me llevó calle abajo por la de Atocha, contándome sus andanzas en el largo tiempo en que yo le había perdido de vista. Refería con pintoresca sencillez y gracia las que no vacilo en llamar hazañas, y mi curiosidad apuraba sus conceptos con atención sedienta. No esperéis que trascriba su relato *ad pœdem litteræ;* lo extractaré, conservando, si puedo, la intensidad del pensamiento y la concisión de la forma.

Empezó así:

—A mediados de noviembre me visitó Contreras y me dijo que contaba con una parte de la guarnición de Badajoz, con casi toda la de Sevilla, con las de Córdoba y Málaga, con muchos carabineros y con un regimiento de Caballería, para intentar un golpe decisivo. Añadió que estaban dispuestas las partidas que habían de salir al campo en catorce provincias. Pero que la señal que a todos serviría para sublevarse era la aparición de una partida que cortase el ferrocarril en Despeñaperros. La partida estaba dispuesta, y yo designado para mandarla. No vacilé, y pedí al general que señalara día para mi salida. Convinimos en que yo iniciara la revuelta el veintitrés; los demás secundarían la sublevación hacia el veinticinco. Sólo exigió de mí que me sostuviera ocho días.

No se contentó el audaz revolucionario con aguantarse ocho días; se aguantó treinta y ocho. En todo este tiempo el pobre general Contreras anduvo de la Ceca a la Meca hostigando a los militares y paisanos comprometidos, sin lograr sacarles de su inmovilidad. A Prim, con ser Prim, le pasó lo mismo allá por los años sesenta y seis y sesenta y siete. Las partidillas que aparecieron al conjuro de Contreras en Murcia, Extremadura y Vizcaya, no pasaron de tímidos conatos.

Según me dijo, lanzóse Estévanez a la aventura de Sierra Morena sin ninguna confianza en el éxito. Salió de Madrid por la estación de Atocha. Apenas tomó asiento en un vagón de segunda, un hombre de aspecto inofensivo, cargado con cajas de cartón, abrió la portezuela preguntando:

—¿Es éste el tren que va a Sevilla?

Oída la contestación afirmativa, se introdujo en el coche, y acomodando sus cajas se reclinó en un ángulo, con actitud de indiferencia descuidada. Momentos antes de arrancar el tren llegó a la estación don Toribio Castrovido, republicano de los más fieles, y después de buscar a Estévanez de coche en coche dió con él y le hizo bajar para decirle rápidamente:

—Ese tipo de las cajas de cartón es un inspector de Policía: lleva la orden de prender a usted por la Guardia Civil tan pronto como el tren salga de los límites de esta provincia y encerrarle en la cárcel de Toledo o de Ciudad Real.

Volvió Estévanez al coche sin cerrar la portezuela y cuando el tren arrancaba se arrojó al andén. Sorprendido el polizonte asomó la gaita por la ventanilla, y el atrevido conspirador le gritó:

—¡Buen viaje, amigo!... ¡Y mucho ojo!

En la noche del mismo día salió de Madrid don Nicolás, metido dentro de una zafra de aceite, sin aceite, en un furgón precintado del tren de mercancías, con tan menguada velocidad que tardó en llegar a Vilches veinticuatro horas largas. El gobernador de Ciudad Real, Plácido Sansón, amigo y paisano

del héroe, le esperaba por orden del Gobierno en una de las estaciones de la línea, al paso del tren de viajeros, con la fuerza de la Guardia Civil que había de detenerle. Supónese que se alegró mucho de no encontrarle... A las diez de la noche, antes de llegar a Vilches, paró el tren de mercancías para que se apeara el hombre facturado en la zafra de aceite. Hallóse el tal en un despoblado, donde se le unió Virgilio Llanos con la formidable partida que debía iniciar el movimiento: una docena de hombres, ocho de los cuales eran procedentes de Madrid. Dos horas después ya no existía el puente de Vadollano.

Al decir esto, pasaba Estévanez del estilo picaresco al estilo trágico, desnudo de todo énfasis, sin otro adorno que la sencillez. En él veía yo la personificación vigorosa del espíritu de rebeldía que alienta en las razas españolas desde tiempos remotos, y que no tiene trazas de suavizarse con las dulzuras de la civilización, protesta inveterada contra la arbitrariedad crónica del Poder público, contra las crueldades y martirios que la burocracia y el caciquismo prodigan a los ciudadanos. Cortar las comunicaciones ferroviarias es grave atentado a la cultura y saqueo del acervo nacional; pero Estévanez y sus auxiliares actuaban en aquellos momentos como profesionales de la rebeldía y ejecutores ciegos del fatalismo revolucionario. Creían, sin duda, que era forzoso destruir las cosas útiles, único medio de allanar el camino para la destrucción de la inmensa mole de inutilidades viciosas y de seculares estorbos.

El historiador de sí mismo contaba con naturalidad aterradora el acto de cortar el puente. Entraba en él a toda máquina un tren de mercancías, después de haber dejado en tierra a todos los empleados, menos al conductor. Para salvar la responsabilidad de éste, un hombre, armado de mala escopeta, se plantaba en medio de la vía gritando:

—¡Alto el tren!

Saltaban a tierra conductor y maquinista; el tren seguía y al llegar al punto en que se habían levantado los raíles, descarrilaba, y desde la formidable altura caía con estruendo pavoroso sobre el río, quedando la máquina, ténder y algunos vagones en posición vertical.

En el acto estalló el incendio, pues el tren iba cargado de aguardiente y otras materias combustibles. Ardió todo, cedió la armadura del viaducto; las llamas, reflejándose en la corriente del río, y el humo subiendo en negras ondulaciones por los aires, componían un cuadro grandioso, sublime estrofa del arte revolucionario, que también las revoluciones tienen su poesía... De este modo quedó interrumpida para mucho tiempo la comunicación de Castilla con toda la región andaluza.

Recorrimos la calle de Atocha en toda su longitud y torcimos hacia el Prado, pues Estévanez tenía que ir al Ministerio de la Guerra, en donde le había citado el general Córdoba. Andando despacito, siguió contándome don Nicolás su historia de Despeñaperros, que más parecía novela:

—No creas que aquella vida era demasiado fatigosa; tirábamos a los lobos, alguna vez a los jabalíes; no tuvimos ningún encuentro serio, ni dimos ninguna batalla como las de Marengo y Arcola; nos alimentábamos con naranjas, madroños, exquisita miel, y bebíamos agua cristalina de los manantiales de la sierra... En Madrid publicaban los intransigentes, en hojas extraordinarias, noticias estupendas elaboradas para los inocentes de grandes tragaderas: «Entrada de Estévanez en Linares con cuatro mil hombres...» «Ultima victoria de la partida de Estévanez...» «Tropas del Ejército, unidas a la partida de Despeñaperros...»

—Ya me acuerdo—dije yo—. También se propaló el noticion de que había usted tomado El Viso.

—Lo que tomé en El Viso fué una buena taza de café con que me obsequió el famoso guerrillero León Merino... En cuanto a las tropas que se me incorporaron, todo se redujo al cabo de Caballería Tomás Guzmán y cuatro soldados, con muy buenos caballos, que supuse eran los de sus jefes.

—Y de allí según nos contaron, fué usted a Linares con su ejército.

—Sí; formidable ejército, compuesto de doce hombres. Antes de entrar en Linares mandé un explorador para saber si se había sublevado la población según lo prometido al general Contreras; volvió el emisario diciendo que todo estaba en calma, sin el menor vislumbre de sublevación. Luego se me presenta-

ron dos vecinos con la embajada de que sólo esperaban mi presencia para echarse a la calle. Pues adelante con mi tropa. Apenas entré se levantó el pueblo, con el señor Marín a la cabeza, atronando los aires con el grito de «¡Viva la República federal!»

II

—En Madrid se afirmó que los cuarenta y dos guardias civiles que guarnecían la ciudad se habían rendido, tras reñida lucha, a una docena de paisanos.

—No quiero engalarme con plumas de pavo real; yo no disparé un tiro; la Benemérita salió de la ciudad al ver la exaltación unánime del vecindario... Desde Linares oficié al Directorio dándole cuenta de haberse proclamado la República. Hicimos un alistamiento voluntario y fortificamos las entradas del pueblo. Como no nos sobraba tiempo, suprimí casi en absoluto las soflamas, arengas y manifiestos. A los dos días, alarma en el pueblo, gran toqueteo de campanas; los alistados acudieron a sus puestos. No participé del desasosiego. Calculé que no seríamos atacados hasta el cuarto día, por lo que abandoné la ciudad la noche del tercero, llevándome setecientos hombres. El armamento era de una variedad pintoresca; cada cual llevaba lo que halló en su casa; en cuanto a municiones, el que más, tenía seis cartuchos.

—Según los noticieros madrileños, se fué usted a La Carolina.

—Y cerca de este pueblo nos salió al paso una corta fuerza de Caballería y unas parejas de la Guardia Civil de Infantería. Nos tiroteamos y mi ejército voló, quedándome sólo ochenta hombres... Dos días después la *Gaceta de Madrid* decía: «Ha sido dispersada la partida de Estévanez; pero se ha presentado otra en El Viso.» No era otra; era la misma. Habíamos atravesado la sierra en pocas horas. En El Viso se nos incorporaron algunos voluntarios de la Mancha. Necesitando municiones, traté de sorprender el destacamento del Visillo (Almuradiel), compuesto de veinticuatro cazadores del batallón de *Las Navas*, y mandado por el subteniente O'Donnell. La sorpresa fracasó y tuve que retirarme a la venta de Malaventura. Amanecía... Perseguido por varias columnas, tuve que maniobrar algunos días por los sitios más escabrosos de la sierra. Esclavo en todo de la verdad, debo decirte, querido Tito, que aquello era una persecución de mentirijillas. Aquel extraño modo de guerrear me ha enseñado muchas cosas. Nuestras guerras civiles han durado años y años porque las tropas regulares no han sabido o no han querido ahogarlas en su origen. Creeríase que hay interés en que las facciones se organicen, y fogueándose constantemente, aprendan el arte o las astucias de la guerra. Pudieron los jefes de las columnas acabar con nosotros en menos de una semana; pero descansaban de noche en los pueblos, iban de uno a otro por las carreteras, sin fatigarse, siempre de día, y no nos buscaban con deseo de encontrarnos. Varias veces pasaron las columnas junto a mí sin sospechar mi presencia; jugábamos graciosamente al escondite.

Ibamos ya frente al Museo de Pinturas cuando empezó a contarme su encuentro con la columna del coronel Borrero, hecho de armas que llegó a Madrid de tal manera hinchado que alguien le dió proporciones semejantes a las de la acción de las Termópilas. Acaeció el suceso el 6 de diciembre en una ermita llamada de San Andrés. Borrero llevaba veinticinco caballos y dos compañías de cazadores de *Ciudad Rodrigo;* Estévanez, treinta y siete escopeteros. Después de un largo tiroteo, Borrero se retiró al Viso con algunas bajas. Esta batalla en miniatura tuvo una prelación cómicamente ampulosa: la militar arenga que Virgilio Llanos, subido en una roca, pronunció ante los aburridos y fatigados escopeteros. «Esforzados campeones de la Libertad—les dijo con épica exaltación, agitando los brazos, como poseído del mal de San Vito—, ha llegado el momento sublime de hacernos inmortales. Desde aquellas cumbres la España y la Historia os contemplan. ¡Corred intrépidos a cubriros de gloria! Vuestras madres os bendicen. La santa República os acogerá en sus brazos amorosa. ¡Sus, y a ellos!, etcétera...» El tal Virgilio era un muchachón avispado, activo, frenético sectario y un poquito socarrón. Años adelante le he conocido yo trabajando modestamente en la Admi-

nistración de un periódico avanzado, en la contaduría de un teatro, en las oficinas de la Resinera de Coca. Fué grande amigo de Eusebio Blasco.

La partida menguaba de día en día; algunos de los de Madrid se marcharon, no sin despedirse. Eran buenos para el fuego, pero se cansaban pronto de las jornadas largas, de las lluvias y de las privaciones. Los más duros eran los pastores y serranos. El 20 de diciembre ya no le quedaban al heroico y sufrido don Nicolás más que nueve hombres. El 21 entró solo en Bailén, dejando a su gente en un cortijo próximo. Descansó unos días en casa de un buen amigo suyo, y al volver al cortijo, los nueve guerrilleros se habían reducido a seis.

Entrando ya en el palacio de Buenavista, relató así el bravo campeón la última triste página de sus aventuras:

—Una noche, en un cortijo, orilla del Jándula y cerca de Andújar, dormíamos sin vigilantes por la escasez de gente. El cortijero me dijo que de nada servían escuchas ni centinelas, porque los perros nos advertirían cualquiera novedad. En efecto, él interpretaba los ladridos con una exactitud maravillosa. Oyendo a los perros, me decía: «Le ladran a una lechuza.» «Pasa un lobo.» «Está saliendo la luna», etcétera. De repente, se oyó un ladrido lejano y el hombre se puso en pie, gritando con susto: «¡La Guardia Civil!...» Salimos, y a los pocos minutos vimos llegar un paisano enteramente solo y sin armas a la vista; pidió un vaso de agua, y entre sorbo y sorbo nos manifestó que había servido en la Guardia Civil seis años. Llevaba la licencia en el bolsillo. Sin duda conservaba el olor del instituto, puesto que los perros avisaron su paso.

El 30 de diciembre tomó Estévanez en Vilches el tren de Madrid. Fué reconocido por más de dos viajeros que no le denunciaron. Se tiró del tren antes de llegar a la estación de Atocha, y embozándose en la capa, se dirigió a su casa con el tranquilo paso del ciudadano más inocente y descuidado.

Ya en el ministerio, escaleras arriba, me dijo Estévanez que Figueras le incitaba vivamente a reingresar en el ejército. Negábase a ello mi amigo, muy a gusto en el libre ambiente de la sociedad civil... En el salón del ministerio había mucha gente, paisanos y militares, agrupados en diferentes corrillos. En uno de éstos vi a Luis Blanc y a García López; en otros, Roque Barcia y Félix la Llave charlaban con dos militares, con Ramos Calderón, riverista, y con un amigo de Martos, de cuyo nombre no me acuerdo. En todos los grupos se respiraba el aire espeso y acre que arroja de sí la palabra *crisis*. ¡Crisis, Dios mío, cuando aún los primeros ministros de la República no habían calentado las poltronas! ¿Dónde estabas, *Mariclío* celestial; en qué pozo te habías caído que no fuiste de ministerio en ministerio, chinela en mano, azotando las posaderas de toda esta gente rencillosa y quimerista, sin conocimiento de la realidad ni estímulos de patriotismo? Pienso yo que aburrida de tu oficio quieres adoptar el de alguna de tus hermanas, quitándole a Euterpe la voz angélica, los pies a Terpsícore, tal vez a Melpómene el ceño iracundo y la mano armada de puñal.

En aquel maremágnum de gente ociosa y postulante se me perdió de vista Estévanez. Salí de allí, con ligero paso, hastiado del pregón de crisis y de la turbulencia moral que indicaban los rostros de aquellos politicastros de baratillo. Quise ir a mi casa, y maquinalmente me fuí a la de don Eleuterio Maisonnave, que me había ofrecido una colocación decorosa. No le encontré, y aturdido y desalentado vagué por las calles, cambiando a cada instante de propósito y dirección. La ausencia de mi Obdulia me llenaba el alma de tristeza y ésta se agudizaba de improviso resolviéndose en arrebatos de cólera furibunda. En la Puerta del Sol, llena de papanatas y haraganes, sentía vivos impulsos de enredarme a trastazo limpio con cuantas personas me estorbaban el paso.

Sin pensarlo, como si huyera de mí mismo, me metí en el café de las Columnas, donde tal vez encontraría a don Santos La Hoz para contarle mis penas: «Hoy estoy de malas—me dije, atravesando por entre las mesas pobladas de vagos parlanchines—. Basta que yo desee ver a don Santos, para que no le encuentre.» ¡Sorpresa y alegría! Desde una mesa cercana al mostrador me llamó el curita La Hoz, que tomaba café con unos cuantos amigos de esos que arreglan el mundo entre terrones de azúcar y sorbos de agua de castañas. Acudí al llamamiento, y me hicieron

hueco amablemente. Al sentarme, vi frente a mí una señora risueña y guapita que formaba parte de la trinca. Al instante me sentí arrastrado al vértigo de una conversación febril, de política, por supuesto... Don Santos hablaba horrores de Martos, de Becerra y de toda la chusma que llamaban cimbrios. Junto a mí había dos tipos locuaces, que despotricando me rociaban con su saliva. Sus caras no me eran desconocidas; pienso que les vi en un templo masónico adonde me llevaron una noche a ver una *Tenida blanca* con pasteles, caramelos y baile agarrado. Si no me equivoco, aquellos dos *venerables hermanos* tenían en la Logia los nombres de *Licurgo* y *Epaminondas*.

La señora sentada frente a mí, pizpireta y apañadita, no me quitaba los ojos, celebraba cuanto yo decía, por lo que, holgándome mucho, le dedicaba yo todos mis chistes y agudezas subrayándolos con pisotones. En el giro de la conversación, vine a comprender que también aquella dama había visto las *Columnas Simbólicas*, como aprendiza masona, en lo que denominan *Rito de Adopción*. Algunos la llamaban Candelaria, su nombre de pila, y otros la aplicaban el sonoro mote de *Penélope*. Junto a don Santos había dos señores que afectaban cierta gravedad y se creían depositarios del buen sentido y órganos de toda opinión sesuda. Eran dos solemnes marmolillos, de esos que se precian de poner los puntos sobre las íes y de quitar caretas a todo el género humano. De lo que allí se habló saqué la certeza de que el primer Ministerio de la República amenazaba ruina, y de que Martos, presidente del Congreso, era el Sansón de los filisteos republicanos. Mi vecino de mesa *Epaminondas* aseguró que don Cristino había nombrado a Espartero capitán general de Madrid: pero don Santos y sus adustos adláteres *pusieron sendos puntos sobre las íes*, consignando que el nuevo espadón de la dictadura era el general Moriones.

Retiráronse algunos de la tertulia y hubo cambio de sitios, quedando yo junto a don Santos, y a mi izquierda la vivaracha Candelaria Penélope. En el curso de la picante comidilla política, hallé coyuntura para contarle al curita los motivos de mi descontento. El mismo 11 de febrero, Maisonnave me ofreció una placita modesta para poder vivir, y habían pasado muchos días sin que don Eleuterio me sacara de penas.

—Bien puede afirmar el grande y pequeño Tito que ha nacido de pie—dijo don Santos rasgando toda su boca en un reír inefable—. Mira por dónde te ha salido la buena, cuando menos lo pensabas al entrar en este café y encontrarme a mí... Dime ahora que no hay Providencia. Ya puedes marcar este día con piedra blanca: *Albo notanda lapillo*, que dijo el latino... Abrázame, Titín, y anticípame las gracias: aquí tienes al ciudadano La Hoz, clérigo desclerigado, que sabe mirar por sus amigos, cuando son liberales de buena ley, como tú... Debo decirte, ante todo, para que vayas aprendiendo a vivir, que no te fíes de Maisonnave ni de ningún castelarino; deja el campo de los ruiseñores, donde no hay más que gorjeos, y vente acá: nosotros no gorjeamos, pero damos trigo.

Llevado de sus pujos oratorios, me dejó suspenso y a media miel. Se subió las gafas, que tendían siempre a resbalar hacia la punta de la nariz. Tomó de nuevo la palabra, que era estropajosa por falta de dientes, y espolvoreando su saliva sobre mí, mordisqueó desabridamente a Figueras, Salmerón y Pi, que piaban federalismo y dejaban vacíos los comederos. Con gran trabajo logré que disipara mis ansias y despejase la doble incógnita de su generosidad y de mi agradecimiento. ¡Acabáramos! Mi amigo disponía de una plaza de seis mil reales en Gobernación por ascenso y traslado a provincias del funcionario que la desempeñaba. Trastornado yo de júbilo, cierro el pico y dejo hablar al ínclito don Santos, mi salvador y mecenas:

—Esa plaza me la dió Ruiz Zorrilla para mi amigo y paisano don Rufino José Novillo, esposo de esta dama que nos honra con su presencia, y como ha sido destinado al Gobierno Civil de Badajoz, dispongo yo del puesto vacante, según práctica usual en nuestro panfuncionarismo burocrático. Cuando tú entraste, querido Tito, estaba yo discurriendo a quién daría la modesta breva. ¡Mira con qué oportunidad y buena sombra entraste en el café esta tarde! Lo que te digo: hay minutos decisivos en la vida de los hombres públicos o de los que aspiran a tales. Es uno providencia

sin saberlo, y tú, al encaminar aquí tus pasos, venías empujado por el ángel de tu guarda.

Volvíme yo entonces hacia doña *Penélope,* y violentándome para no darla un estrecho abrazo y besar sus mejillas, un poquito pintadas, le dije:

—Señora mía, permítame usted que celebre con toda el alma el ascenso de su digno esposo, recompensa justa, mas no correspondiente a sus méritos insignes. Como supongo que usted le acompañará, mi alegría se nuble, pues quisiera poder expresar a usted mi gratitud aquí, día por día...

—No, no; yo no voy. Mi marido puede ir donde quiera: cuanto más lejos mejor—dijo vivamente la señora, acentuando su palabra con guiños y muequecillas que no dejaban duda de sus sentimientos conyugales—. De Madrid al Cielo... Yo no he nacido para provinciana... Aquí tengo mi centro, mis trabajos humildes, y un nombre que no carece de resonancia, aunque me esté mal el decirlo...

Selló sus labios un alarde de modestia, tan falsa como el rosicler de sus mejillas. Pero don Santos se apresuró a desvirtuar aquella discreción postiza, diciéndome:

—Tú habrás leído algunas composiciones de esta señora en *La Ilustración Federal.* Firma con el seudónimo de *Rosa Patria...* Y de sus artículos *Conciencia libre* y *La hora del Apocalipsis* también tendrás conocimiento.

Aunque era la primera vez que oía citar aquellas creaciones, en verso y prosa, yo las alabé hiperbólicamente, cual si las supiera de memoria, y ella, volviéndose hacia mí, dando a mis ojos la convexidad blanda de su pechuga y a mi nariz el perfume barato que usaba, me dijo con tierna voz:

—Yo sí que le admiro a usted hace tiempo, señor don Tito. El discurso irónico que pronunció usted en Durango es una pieza oratoria por la que merece el título de Cicerón humorístico. ¡Con qué gracia se burló el orador de aquel público de avutardas católicas y de gansos absolutistas! Cien veces he leído su plan de *Imperio Hispano-Pontificio,* relamiéndome de gusto. Tiene usted mucho talento, señor Tito. Está usted llamado a ser pronto un hombre público eminente, al par que ilustre pensador.

Un ratito estuvimos incensándonos mutuamente, cambiando alabanzas, gratitudes y mil floreos empalagosos... Atardecía. Se iba aclarando la peña de los contertulios de don Santos. Uno de los señores graves desfiló, dejando tras sí una estela de necedades sentenciosas; el otro agarró un periódico. Yo aproveché la clara para concertar con mi amigo lo que más me interesaba. Convinimos en que al día siguiente iríamos juntos al ministerio para que me extendieran la credencial y tomar posesión del cargo lo más pronto posible. En esto la señora se despidió de nosotros.

—Tengo que ir—nos dijo—a la tienda de Clement... ahí, calle de Carretas, donde ahora estará, seguro, seguro, mi Rufino comprando las corbatas que quiere llevarse a Badajoz para hacer el pollo en aquella culta ciudad. Hemos quedado en vernos allí: son las cinco. Me temo que si no estoy presente escoja las formas y colorines más estrepitosos. Tiene mi marido un gusto de mil demonios. Si le dejo, sale a la calle hecho un guacamayo...

Al despedirse agotó su arsenal de remilgos, ojeadas y meneos para ofrecerme su casa, su persona, en el concepto literario y político, aceptándome como auxiliar o comadrón para los futuros alumbramientos de su fantasía. Viéndola salir por entre las mesas, pude apreciar que era pequeña de cuerpo, gordezuela y fofa, viva de andadura, suelta de ademanes, y tan desahogada de lengua que a lo largo del café iba disparando dicharachos a un lado y a otro.

Dejadme tomar aliento para que pueda contaros, con la debida pausa y sentido, dos hechos muy importantes que van entrelazados estrechamente en esta veraz historia. El uno es el caso y circunstancias de mi metimiento afectivo con doña Candelaria. El otro es la ruidosa y descomunal crisis del 24 de febrero, a los trece días del establecimiento de la República. ¡Aún no asábamos y ya pringábamos!

III

Por no cansar a mis buenos lectores con prolijidades impertinentes, omito el empalagoso tramitar que me llevó a la intimidad con la estrafalaria señora del

café de las Columnas, a quien podía designar, escogiendo *ad libitum*, cualquiera de los tres nombres que la aplicaba la turbada sociedad de su tiempo: *Penélope* por lo masónico, *Rosa Patria* por lo literato y *Candelaria* conforme al santo Crisma.

Tres días mal contados, incluyendo entre ellos el de la partida de su esposo para Badajoz, me bastaron para posesionarme de su hogar modesto y amenizar en él mis días tediosos y agasajar mis noches heladas. Noticias pocas y precisas os daré de la familia de Candelaria. Componían sus tres crías, dos varoncillos pequeños y una chavala graciosa y parlera que ya rayaba en los ocho años; y su madre doña Belén, matrona espigada, tiesa y diligente, que llevaba el gobierno de la casa. Por la buena mano de esta mujer, su pulcritud y vivacidad, la casa estaba bien apañadita, y sólo tenía trazas de leonera el gabinete en que había instalado su laboratorio poético y prosaico la fecunda y jamás cansada propagandista. Gracias a la providente abuela, los niños andaban bien cuidados y limpios, la comida siempre a punto, y en la casa no sufrían grave ofensa la vista y el olfato.

Despojada del *doña* que le ponía la vecindad, Belén estaba más en carácter y lucía en toda su plenitud las cualidades domésticas. En elogio suyo debo decir que a su hija idolatraba, creyendo que había venido al mundo para desacreditar y extinguir la raza de las mujeres ñoñas, encogidas, pánfilas y santurronas. La densidad analfabética de su cerebro no le dejaba espacio más que para la admiración del portentoso talento de Candelaria. Se maravillaba de verla escribir con desenfrenado rasgueo de pluma, y cuando los garrapatos o patas de mosca volvían de la imprenta transformados en letra de molde, que la pobre señora entendía tanto como si fuera escritura chinesca, contemplábalos atónita, cual si fueran arte de magia o brujería.

«No sé a quién sale esta chica—decía—, porque el bailarín de su padre, que esté en gloria, no escribía más que con los pies.»

La idea extremadamente lisonjera del mérito de Candelaria excluía en la madre toda severidad. A fuerza de admirar el talento, no paraba mientes en las flaquezas de su hija, ni en sus desórdenes y extravagancias, que la diferenciaban de todo el personal de su sexo en aquella época. Creía Belén que andando los años y siguiendo en aquel ajetreo de pluma adquiriría *Rosa Patria* fama universal, reinando, al fin, por la fuerza de su entendimiento, sobre la turbamulta de hombrachos enclenques y desaboridos que mangoneaban en la sociedad. Sin participar del delirante optimismo maternal, yo veía en *Penélope* algo extraordinario que se cernía sobre sus extravagancias, sobre su inquietud ratonil, su mala prosa, sus versos ripiosos y cojitrancos. Lo que me agradaba en ella era su valentía, su desprecio de la vigente organización social y la desvergüenza, en cierto modo graciosa, con que daba la cara a las rechiflas y burletas de las demás señoras y aun de muchos hombres.

Cuando la intimidad abrió el sagrario de sus secretos artísticos, *Rosa Patria* me dió a conocer todo el material inédito de sus obras poéticas, así los ensayos balbucientes como las odas pindáricas y laberínticas, con tendencias patrioteras, y la verdad, todo ello me pareció medianejo. La prosa, menos mal: aunque deslavazada, tejida de lugares comunes, se dejaba leer. Sus apóstrofes campanudos y sus chupinazos finales buscaban la emoción del lector ingenuo, y cumplidamente lo conseguían. Mi posición junto a ella obligábame a mostrarme admirador de tal fecundidad farragosa; lo que yo realmente estimaba era, como antes digo, la brabura desaprensiva con que se adelantaba medio siglo al curso de la Historia. Guardábame yo de decirle que predicaba para gentes que aún tardarían un rato en nacer. Mi egoísmo manteníala en su ilusión mentirosa, recreándose tan sólo en los atractivos personales de aquella singular *Diosa Razón*. Me encantaban su linda dentadura, los hoyuelos de sus mejillas, sus negros ojos, el donaire o garabato que en su rostro picante corregía o retocaba la dudosa hermosura.

Completaré la figura de Candelaria con unas pinceladas psicológicas. Era vanidosilla, ligera de cascos y de buen corazón. Un solo rencor turbaba la placidez de su carácter. Odiaba sencillamente a su marido, a quien tenía por el más vulgar de los hombres, cominero, fisgón,

refractario a toda poesía y a toda literatura. De aquel odio participaba doña Belén y cuando hija y madre se ponían a contar las impertinencias y chinchorrerías del tal don Rufino, acababan pidiendo a Dios que le tuviera hasta la eternidad en Badajoz o en el quinto infierno.

Una sola vez vi yo al marido de mi amiga en su casa, disponiéndose a partir para Extremadura, y me pareció persona insignificante, soplado de presunción, sin que lograra con su hinchada tiesura disfrazar su crasa vulgaridad. Era regordete, adiposo; se pintaba el bigote, según decían, con el tizne de la sartén, y su cabeza encanecida abultaba mucho por la gran cantidad de aglomerada estopa que tenía dentro. Discurría trabajosamente, cual si prensara las ideas, y de sus labios salían perezosas y lentas las palabras, como gotas de aceite. Habituado a la somnolencia de las oficinas, no sabía más que atar y desatar los fárragos expedientiles. Entre los varios papeles que la sociedad reparte para le representación de la humana comedia, don Rufino escogió el más apropiado a su vacío cacumen, el papel de *hombre serio*, y lo desempeñaba compitiendo con los más acreditados guardacantones.

El ridículo funcionario se burlaba estúpidamente de su mujer, que, sin poseer dotes excepcionales, era, junto a tal zopenco, un prodigio de la Naturaleza. Candelaria se cobraba de aquel menosprecio injusto proclamando a voces que su esposo era una excelente bestia para tirar de un carro o dar vueltas a una noria. Nunca pude entender cómo existió noviazgo y matrimonio entre dos criaturas tan diferentes. Alguien me indicó después que ello fué obra del difunto padre de la escritora, del cual se dijo que, bailarín consumado, tenía los juanetes en el entendimiento.

Cuando Candelaria y yo llegábamos a una intimidad que no había de ser duradera, frecuentaba la casa uno de aquellos varones graves que vi junto a don Santos La Hoz en el café de las Columnas. Era un pobre hombre que, después de haber consumido sus mejores años trabajando en varios periódicos como redactor financiero, andaba rondando la naciente República y haciéndonos el oso para ver si cogía un destinejo, como los que gozó en tiempo de González Bravo. Los que esto lean reconocerán a don Basilio Andrés de la Caña, que en la Redacción de un diario ya fenecido desmenuzaba el presupuesto del Gobierno, y acumulando cifras a su antojo armaba el mazacote del presupuesto de oposición, para uso de cuatro papanatas que, sin leer sus artículos, semejantes a una pared de ladrillo, le dieron fama de hacendista y diploma de hombre serio. Era de abultada presencia, calvoroto, nariz cortísima, poco mayor que una almendra, y montadas sobre ella unas gafas de présbita muy fuertes.

Andaba mi hombre a la sazón flaco de bolsillo y desguarnecido de ropa. Buscaba un cocido y algo más, principio y postre; y no había tecla que no tocase para remediar sus atrasadas escaseces. Antigua era su amistad con los progenitores de Candelaria, y lejos de burlarse de ésta, la mimaba, alentaba sus aficiones, y con sanos y cariñosos consejos quería guiar sus talentos por el camino de la seriedad. Entre tanto, no se descuidaba en admitir las invitaciones que hija y madre le hacían para que cenase o comiese con ellas. Más de una vez nos reuníamos los cuatro en torno a la mesa, bien abastecida de sabrosos manjares caseros. De las innumerables majaderías que oí al don Basilio una y otra noche, transcribo algunas para ornamento de esta historia:

—Fíjate en lo que te digo, Candela. Ya sabes que te quiero paternalmente y admiro tus bellas facultades. Lo que has escrito estos días está muy bien. Tu imaginación chispea; tu sensibilidad imprime calor a los pensamientos. Atinadísimo lo que dices de *la libertad igual para todos*, del derecho al trabajo y a la educación, del gobierno por el pueblo y para el pueblo, de abolir la pena de muerte, las quintas y el estanco de la sal. Pero todo eso, que es lindísimo y tornasolado, no será eficaz mientras no tengamos un buen sistema de Hacienda y un rigor escrupuloso en las prácticas administrativas. Escríbenos una serie de estudios sobre cuestiones tan amenas como los Derechos reales, el Catastro, la unificación de las Deudas, la circulación fiduciaria, los Bonos del Tesoro, etcétera... Tu pluma galana puede presentar estas cuestiones bajo prismas brillantísimos y hasta poéticos. Tú pue-

des dar encanto a las materias más áridas, como, por ejemplo, a la extinción de la langosta, el enyesado de los vinos y a las relaciones del Tesoro con el Banco... De esto y de todo lo relativo a la Hacienda te daré cuantos datos necesites, cifras, cálculos...; te haré un presupuesto verdad, no como los que presenta el Gobierno.

Si en algún punto de la perorata mostraba Candelarita cierto escepticismo chancero, al fin la vi como contagiada de la seriedad del sabio profesor de finanzas. La vivaracha propagandista entraba por todo, y era capaz de poner en octavas reales los presupuestos del Estado. Otro día llegó el ciudadano De la Caña desconcertado y asustadizo, trayéndonos la noticia de la crisis del primer Gobierno de la República. Leed aquí sus palabras, que revelaban una emoción triste, casi fúnebre:

—Vean ustedes lo que pasa, y pásmense como yo. A los trece días de instaurada la forma republicana, ya la tenéis en peligro de muerte. Este señor Martos, en connivencia con los ministros procedentes del *amadeismo,* y que hoy se llaman radicales, quiere arrojar del Gobierno a los republicanos Pi, Salmerón, Figueras y Castelar. Aunque esto es un desavío para mí, porque ya mis amigos habían recabado del señor Echegaray mi colocación en Hacienda, me tengo por hombre sincero y justo, y sostengo que el designio de Martos es a modo de un golpe de Estado. Ya sabéis que yo soy muy claro, y que gusto de poner los puntos sobre las íes. Afirmo, pues, que lo que quiere mi don Cristino es una dictadura. ¿Te has enterado tú, Candela, de lo que es dictadura? Es el gobierno de un solo hombre, sin más ley que su voluntàd o su capricho. Agarra la pluma, hija mía, y enjareta un artículo condenando los desenfrenos de la ambición, el fanatismo del yo...

Como don Basilio dijese, entre otras cosas, que había gentío y tropas en el Congreso, abandoné corriendo la casa (Costanilla de los Desamparados) para leer en la vía pública la página histórica. Esta no fué sangrienta, ni siquiera de mediana emoción. En la plaza de las Cortes me encontré a Rojo Arias, que me introdujo en el Congreso. Apenas di algunos pasos hacia el Salón de Conferencias, rodeado me vi de amigos que me refirieron el argumento de la ópera cómica cuya representación había empezado. En el despacho presidencial y en el de los ministros hormigueaban los hombres públicos, y entre uno y otro departamento cruzábanse mensajes, recados y comisiones portadoras de recetas y formulillas emolientes. Parte de la tropa requerida por Martos se agazapaba en el sótano, y otra parte permanecía en la calle, dispuesta a sostener lo que don Basilio llamaba *el fanatismo del yo.*

A media tarde oí decir que a don Cristino no se le cocía la torta de la dictadura. Una cosa era predicar, como él lo hacía, con soberbio estilo, y otra dar la cara a los hechos con bravura y agallas. No adelantó nada con llenar de tropas los ministerios de Gobernación y Hacienda; sus propios amigos, viendo que el presidente de la Asamblea quería conducirlos por los bordes de un precipicio, echáronse atrás, dieron la razón a los republicanos, y el fiero complot terminó con un frío desenlace de lamentaciones, disculpas y alguna que otra nota jocunda. La Milicia Nacional Republicana se echó a la calle en defensa de los suyos; pero no hubo necesidad de romper el fuego, porque dentro de la Cámara quedó Martos domado y vencido, aunque guardándose para mejor ocasión sus pinitos de Bonaparte. A prima noche, cuando volví a mi casa, supe la solución de la crisis. Continuaban los cuatro ministros republicanos; a Echegaray sustituyó Tutau; a Córdoba, Acosta; a Beranguer, Oreiro; don Eduardo Chao y don Cristóbal Sorni entraron en Fomento y Ultramar.

Sin inquietarme gran cosa del cambalache de ministros, fuí a ver a Candelaria, a quien no encontré. Díjome su madre que había ido con don Santos al club de la calle de la Hiedra, donde el tema de la crisis convocó a toda la turbamulta exaltada y parlera. No estaba yo de humor para soportar el ambiente caldeado de aquel hervidero de pasiones, y me lancé a recorrer los barrios del Sur, desde Santa Isabel a las Vistillas. Sentía yo en mi ser por aquellos días una como evolución de mis gustos y costumbres. Me agradaba sobremanera la vagancia por calles, travesías y plazuelas, viendo rostros que aun siendo desconocidos me parecían familia-

res, recogiendo al paso jirones de diálogos, apóstrofes o frases picarescas, tropezando con grupos amorosos, secreteantes, o con pendencias y ruidosas broncas. Esta deambulación solitaria me avivaba el entendimiento y me sugería ideas luminosas con más vigor que pudieran hacerlo las tertulias de amigos y las lecturas más interesantes.

Retirábame a mi casa fatigado, alta ya la noche, y al otro día a la hora reglamentaria, iba puntualmente a mi oficina de Gobernación, pues me complacía ganar mi sustento, y el trajín burocrático no me desagradaba. Destináronme a la Secretaría particular del subsecretario, don José de Carvajal, a quien muchos de los que me leen habrán seguramente conocido, hombre de gallarda y noble presencia, hermosa cabeza, perfil semítico, luenga barba espesa, ademanes señoriles y trato muy afable. Si en la tribuna lucía como brillante orador, en la conversación privada cautivaba por su amenidad, dicción correcta y un ceceo blando y meloso. A todos los que allí le servíamos nos trataba con miramiento, y a mí me distinguía particularmente, atribuyéndome cualidades que no tengo, y colmándome de elogios cuando interpretaba a su gusto los trabajos epistolares de mi incumbencia.

Aunque muy a gusto con jefe tan simpático, aspiraba yo a prestar mis humildes servicios lo más cerca posible de Pi y Margall, por quien sentía veneración fanática. El mismo Carvajal me deparó lo que yo deseaba, enviándome al despacho del ministro para redactar urgente correspondencia. Halléme, pues, frente al santo de mi mayor devoción, el cual, visto de cerca, modificó la idea que de él tenía yo, y conmigo el vulgo. No era un hombre glacial; no era la estatua de la reflexión imperturbable, como parecía indicarlo la escasa movilidad de sus facciones, su austera faz, su barba gris, su boca sin sonrisa, y sus anteojos que aguzaban la penetración de la mirada.

Era, en verdad, el apóstol del federalismo un hombre afectuoso, reposado, esclavo del método. Lo primero que me encargó fué algunas cartas citando a su despacho a varios personajes, y otra para don Eduardo Benot, con mayor extensión y conceptos más delicados. Cuando le llevé ésta la corrigió, hízola casi de nuevo, redactándola de su puño y letra. Llegada la hora de tomar alimento, llamó a un ordenanza para que le trajera del café Oriental su almuerzo, el cual, según después observé, era el mismo todos los días. En la propia mesa de su despacho le sirvieron una chuleta con patatas, una ración de queso Gruyère y un vaso de cerveza de Santa Bárbara. Cuando vino el mozo del café a recoger el servicio, don Francisco le pagó de su bolsillo, y seguimos trabajando.

IV

Toda la marejada, todos los dimes y diretes que se produjeron entre la Asamblea Nacional y el Gobierno, cuando éste quiso disolver las Cámaras para convocar Cortes Constituyentes, se iban reflejando en el despacho de mi jefe, y aunque yo no presencié las frecuentes entrevistas con Figueras, Salmerón, Orense, Estévanez y otros primates de la República, se vió bien claro que los federales ganaban la partida. Martos, con su guerrilla de cimbrios, quedaba por segunda vez vencido. El 4 de marzo se leyó en las Cortes un proyecto de ley suspendiendo las sesiones y convocando las Constituyentes para el 1 de mayo. La Asamblea Nacional debía continuar deliberando hasta votarse definitivamente las leyes de Abolición de la esclavitud, de las Matrículas de mar y sostenimiento de cincuenta batallones francos.

Aunque en Gobernación había yo visto a mi amigo Estévanez más de una vez, rabiaba por encontrarme con él a solas para oír de su boca opiniones y juicios que me orientaran acerca de la situación. Una tarde le visité en su morada oficial, y me recibió tan alegre y afable como antes cuando me refería sus andanzas facciosas en Sierra Morena. En la puerta de su despacho vi el cartelito que le dió fama en aquellos días y que revelaba en don Nicolás tanto ingenio como entereza. El papelito, pegado con obleas, decía, *mutatis mutandis:* «Aquí no se dan destinos, ni recomendaciones, ni dinero, ni nada.» Hablando con mi amigo de esta humorada, me dijo riendo:

—No creas, Tito, que se compone de republicanos la nube de pedigüeños. Son

más bien los cesantes de los partidos viejos, el detritus de la política, los innumerables moscones aburridos y famélicos que hacen imposible la vida oficial. He tenido que ahuyentarlos con esa tufarada de azufre. A pesar del cartelito, vuelven, zumban y pican.

Las numerosas y pesadas visitas que el gobernador recibía no le permitieron platicar conmigo todo lo que ambos deseáramos. Volví por la noche, y, comiendo juntos, pudimos charlar largo rato. No me franqueó, como era natural, el arca de los secretos graves que, sin duda, poseía; pero algo me dijo que puedo comunicar a mi buen público. Copiaré sus palabras para mejor inteligencia:

—No soy grato a todo el patriciado del republicanismo. Algunos que me han tratado a fondo, no desconfían de mí; otros me tienen por agitador levantisco, que por un quítame allá esas pajas se lanza a vías de hecho... Ya me irán conociendo. Yo les conozco a todos y sé que en los republicanos de gran talla no es todo concordia. Hay entre ellos resquemores, celeras...

Como juicio general de la situación, me dijo esto:

—En los sucesos a que dió lugar la ambición de Martos, se inició un síntoma malsano, que podrá tomar proporciones peligrosísimas si a tiempo no se le sofoca. Tenían los radicales preparado en Barcelona un pronunciamiento de bajo vuelo contra la República. ¿Por qué se malogró el movimiento? Porque la tropa no quiso obedecer a los jefes. Dicen que ha sido indisciplina contra la indisciplina; o, de otro modo, que los leales han sido los soldados y clases. Verdad; pero roto el nervio del Ejército, que es la subordinación, no sabemos adónde esto podrá llegar... Militarmente hablando, querido Tito, la situación es débil y lo será más si no sale un caudillo... Yo te pregunto: ¿sabes tú dónde está ese caudillo?

Ambos callamos meditabundos... No sé si fué aquel día u otro cuando me contó los disparates que los corresponsales venidos de París enviaban a la Prensa francesa. Uno de ellos dijo en su periódico: «La República ha caído en un desenfreno espantoso. Castelar se ha visto obligado a nombrar gobernador civil de Madrid a un *monsieur Estévanez*, que se lo exigió navaja en mano. Este *monsieur*, muy conocido en las tabernas, no sabe leer ni escribir.» Otro corresponsal, por cierto amigo de don Eduardo Chao, mandó una crónica razonable; pero en París, para dar color romántico y medieval a las cosas de España, le retocaron con estos monstruosos chafarrinones: «Madrid es una ciudad de la Edad Media, sin alumbrado público, salvo los faroles mortecinos que alumbran imágenes religiosas, esculturas en general de imponderable mérito; porque hay hornacinas, algunas muy artísticas, en todas las callejuelas... Ayer pasó por la Puerta del Sol un batallón de Nacionales, cuya banda de música, por cierto notabilísima, tocaba *La Marsellesa*. El público se descubría respetuosamente al pasar los gastadores vistiendo el hábito de San Francisco.»

En el desempeño de su cargo desplegaba don Nicolás una diligencia y celo admirables. Visitábale yo con frecuencia, y una noche advertí que se acostaba con las botas puestas, por la necesidad de acudir prontamente a cualquier tumulto que surgiese en la vía pública. Apartado de toda lucha activa, me concretaba yo a cumplir mis deberes burocráticos y a presenciar con tristeza el desconcierto que en todo el país reinaba. Los radicales procedentes del amadeísmo dieron a conservadores y alfonsinos el ejemplo de socavar la situación. El carlismo presentaba cada día nuevos focos de guerra. Los generales de la República eran pocos y malos. Todo el generalato de cuartel era hostil al régimen republicano. En Madrid, que considerábamos como resumen de los sentimientos de la Nación rara vez veíamos caras que no expresasen una desconfianza severa de nuestros mal comprendidos ideales. Las noticias de Cuba traían mayor zozobra al ánimo turbado de los españoles de todas clases. A mi parecer, la media docena de hombres que simbolizan el nuevo sistema de Gobierno lucían como faros luminosos en la esfera del ideal; mas en la acción se apagaban sus indecisas voluntades.

En el correr de los días de marzo fueron menos frecuentes mis visitas a Candelaria *Penélope*. Leí sus furibundos ataques a la *Roma Papal* y unas *Consi-*

deraciones sobre la equidad tributaria, escritas en prosa poética y seguramente inspiradas por don Basilio Andrés de la Caña. Este logró ser colocado en la Dirección de la Deuda por el señor Tutau, feliz acontecimiento que nos libró del acoso y majaderías pretensioniles del sesudo financiero, quien al fin encontraba la caterva burocrática que por derecho de seriedad le correspondía.

Como ya os he dicho, me fuí retirando *por escalones* de la intimidad de *Rosa Patria,* no porque su persona me disgustara, sino porque se me hacía muy penosa la obligación de alabar sus escritos, y más aún la de colaborar en ellos. Para romper este vínculo de carácter periodístico y literario tenía que romper también el amoroso, y ello vino tan bien concertado por la suerte, que poco tuve que hacer para recobrar mi libertad. Una noche nos enredamos en agria disputa sobre los reparos que puse a un articulazo que ella escribió con el título *El Papado en camisa,* y a una poesía truculenta que denominaba *Ven pronto, guillotina.*

Mis prudentes razones la pincharon en lo más sensible de su vanidad .Rabiosilla, me dijo que yo era un ignorante y que mis ideas no iban con las del siglo. Contestéle con acrimonia. De palabra en palabra llegamos al espasmo de la ira... De súbito, agarró Candelaria el tintero y me lo tiró a la cabeza, causándome el doble estropicio de levantarme un chichón en la frente y de mojarme de tinta toda la cara y la parte visible de mi alba camisa... Supe contenerme, y aunque me había puesto como un calamar, vi en tal ultraje más ridiculez que afrenta. Llenándome de filosofía, me agarré a la profunda sentencia de uno de los siete sabios de Grecia, Bias, que legó a la Humanidad todo su saber en este consejo: *Aprovecha la ocasión*

Tomando actitud de severa dignidad, me levanté y le dije:

—Señora: mi caballerosidad me ordena que sólo conteste a usted con una retirada silenciosa. Adiós.

Frenética, respondió Candelaria con chillidos, y en esto entró la tarasca de doña Belén, vociferando como una endemoniada y lanzando sus manos disformes al alcance de mi cara. Entre sus gritos pude distinguir estos conceptos:

—Vaya usted de aquí, silbante. Ya le tengo dicho a mi niña que se apañe con un hombre, no con un mico desaborido, gorrón y más tronado que arpa vieja. Váyase a llenar el buche a otra parte, don Titiritaño de los demonios.

Salí combinando la dignidad con la prisa para librarme de las manos de aquella bestia desmandada. Candelaria me despidió con bramidos mezclados de un reír espasmódico. Oí estas frases:

—Adiós, pigmeo: busca una pigmea que te sufra... Lárgate pronto, Calomarde..., ji, ji..., *pae* Claret..., ji, ji..., piojo de la reacción..., ji, ji...

Corrí a mi casa a mudarme de ropa, y cuando cenaba, sin apetito, Ido del Sagrario me dió una noticia muy desagradable. El marido de Obdulia, destinado a Filipinas, había salido ya para Barcelona, llevándose a su mujer... Empapada mi alma en el recuerdo de Obdulia, y perseguido por su cara imagen, me lancé a la calle, que era mi alivio y mi descanso en las horas nocturnas, hastiado de las conversaciones ociosas y de la turbulencia social. Arrojábame yo en el laberinto de las calles como en los brazos de una madre cariñosa. Trotando a ratos, moderando el paso cuando me acomodaba, recorría largas distancias entre sombras de muros y claridades de tiendas, oyendo las voces o el hálito no más de la vida matritense. Me metí aquella noche por la calle del Olmo, pasé a la del Calvario; no sé cómo entré en Ministriles, donde sentí tras de mí pisadas que me parecieron las de Obdulia... Me volví, y era un clérigo que me fué siguiendo hasta la calle de Lavapiés.

Con marcha irregular llegué a la plazuela de Lavapiés, donde me detuve ante un grupo de hombres que disputaban en alta voz. Uno de ellos exclamó:

—¡La República, para los republicanos!

Al entrar en la calle del Tribulete pasé por una taberna a punto que salían de ella estas voces:

—Para generales, Contreras. No hay otro como él.

Poco más allá, dos mujeres gordas le decían a un guardia de Orden Público:

—¿Por qué no *afusiláis* a ese Martos?

Andando, andando, me metí en la calle del Amparo. Subiendo por ella, vi que bajaba un hombre... ¡Ay, era Aquilino de la Hinojosa!... Cuando ya esta-

ba cerca me detuve como cortándole el paso. El también se paró cual si quisiera reconocerme. No era *Jinojo*, y sentí que no lo fuera. Nos flechamos con fugaz mirada recelosa, y él siguió calle abajo, yo calle arriba.

Continuando mi ronda, entré en un estanco, pienso que en Mesón de Paredes, a comprar cigarrillos. En el breve rato que allí estuve, rasgaron mi oído estas palabras, que dijo la estanquera hablando con otra mujer:

—Se fueron a Filipinas, sí, señora; pero al llegar a Barcelona..., lo sé por la Ciríaca..., ella se les escapó, y el muy judío tuvo que embarcarse solo.

Me detuve anheloso de oír algo más, pero se interpusieron otros compradores y me quedé *in albis*. Medio trastornado, volví a la calle y al subir a la plaza del Progreso vi una mujer, dos mujeres, grupos de mujeres, y todas ellas me parecían reproducción fiel de Obdulia, o más bien la propia Obdulia multiplicada... Giré en torno mío; di pasos adelante, pasos atrás, y, atontado, tuve que agarrarme a la verja del jardinillo para no caerme... Repuesto de aquel mareo, me dirigí como una flecha hacia la calle de Barrionuevo, donde Aquilino vivía y de donde seguramente salió el matrimonio para su viaje a Barcelona. Me asaltó la idea de que en dicha calle podía yo encontrar algún indicio... Recorriéndola dos o tres veces en toda su longitud, así pensaba: «Y esa Ciríaca que ha dado la noticia, ¿quién será? Ciríaca, ¿dónde estás?»

Convencido de la inutilidad de mis pesquisas, me metí por la Concepción Jerónima. Pasé por delante de la tienda y casa de mi ex barragana María de la Cabeza Ventosa de San José. *Oh témpora, oh mores!* La tienda estaba cerrada. En uno de los balcones del principal había luz. ¿Qué estaría tramando la que fué mi señora y tiranà?... Del portal salieron dos señores, en quienes reconocí a don Francisco Bringas y a don Plácido Estupiñá. Eran los contertulios de Cabeza en la era feliz de mi prepotencia en la casa... Pasaron sin reparar en mí. Pesqué al vuelo esta gangosa frase de uno de ellos:

—Y Zorrilla, en Tablada. Tráiganlo de una vez, que si no vamos a tener aquí la hecatombe hache...

Seguí hasta la calle del Sacramento, que siempre me cautivaba porque allí vivió mi Obdulia cuando estuvo al servicio de la señora marquesa de Navalcarazo. Pisando las aceras de la calle solitaria, vibraba en mi oído la tierna voz de Obdulia, repitiendo aquella frase patética y un poquitò cursi:

Si oyes contar de un náufrago la historia...

De pronto, me encontré junto a una boca de alcantarilla, abierta, por la cual, salía una ronda de poceros que terminaban su servicio en aquellas profundidades. Uno de ellos, calzado con altas y gruesas botas, estaba ya fuera; otro, al asomar la cabeza y hombros por el agujero, soltó estas palabras:

—*Vus* lo digo otra vez. La República tiene que ser para los republicanos.

Y en lo hondo del pozo, otra voz subterránea repitió:

—Sí, sí; para los republicanos.

Al llegar a la iglesia del Sacramento vi que de la calle Mayor descendían sigilosos, como negros fantasmas, algunos embozados, y se precipitaban en la oscuridad del pretil de los Consejos. «Estos son masones—me dije—, que van a la *tenida* de esta noche.» En efecto, algunos pasos más arriba me encontré a Nicolás Díaz Pérez, calificado como una de las más altas dignidades entre los *Hijos de la Viuda*. Nos paramos, y él, desembarazando su boca del embozo, me dijo:

—Tú, que estás en Gobernación, ¿no sabes lo que pasa en Barcelona? Desde hace días la tropa, pasándose la disciplina por las narices, fraterniza con los federales en cafés y paseos públicos. La plana mayor y jefes, aburridos y sin agallas, no se atreven a imponerse a las clases y soldados. O no hay lógica, o pronto tendremos Cantón catalán. Adiós, amigo, que voy retrasado y no quiero llegar tarde al *templo*. A ver cuándo se decide usted a *penetrar en nuestros augustos misterios*. Buenas noches, Tito.

No sé qué le respondí, y continué mi camino sin prisa y sin rumbo. Por la calle del Factor me dirigí hacia el teatro Real. En la plaza de Isabel II me senté fatigado en un banco del jardinillo, frente a una estatua fea que tenía una careta en la mano. Al poco rato, sentí la atracción del lugar histórico y me acerqué a la tienda de cristales junto a la Costanilla de los Angeles, que

aún conservaba las señales de las balas que unos ridículos demagogos dispararon contra el pobre don Amadeo. Con Obdulia presencié yo el imbécil conato de regicidio. Al día siguiente del suceso, se me apareció *Mariclío* en la puerta de aquella tienda, y hablando familiarmente con ella tuve el gusto de acompañarla hasta la Academia de la Historia. ¿Dónde estaba la santa y buena *Madre?* ¿En qué rincones o burladeros escondía su clásica persona? Imposible que dejara de conocer y calificar las turbulencias del terrible año que corríamos, pues para tal oficio y menesteres habíanla dado el ser los altos dioses. Si andaba por acá, infatigable en su fisgoneo sublime, ¿por qué a su lado no me llamaba. ¿Por qué no requería los servicios de su leal muñeco?

Esta idea se posesionó de mi cerebro con tal intensidad, que perdí el gobierno de mi mente y el aplomo de mi andadura. La cabeza se me iba; mis piernas temblaban; no sabía dónde poner los pies, como si el suelo se moviera con ondas semejantes a las del agua agitada por viento leve. En tal estado avanzaba por la calle del Arenal, no muy concurrida en aquella hora, pues había salido ya el público del teatro de Oriente. Los quiebros que yo hacía y las eses que iba trazando debieron sorprender a los pocos traseúntes, porque sentí risas burlonas... Indudablemente, el suelo se movía la tierra temblaba; no por oscilación telúrica, sino por tremendos golpes que daba sobre ella el pisar de un ser invisible, que por la pesadumbre de sus pies debía ser tan grande como la vieja torre de Santa Cruz... Con esta sugestión terrible, precedido de los pasos de la figura gigantesca sustraída por arte mágico a la visión humana, llegué a la Puerta del Sol; avancé por ella tambaleándome, porque allí los pasos formidables del ingente fantasma imprían al suelo una trepidación honda y convulsiva...

El invisible caminante, que era, sin duda, como una montaña con pies, se dirigió a Gobernación. No acierto a expresar mi asombro cuando sentí, no puedo decir vi, que la pesadilla andante entraba en el Ministerio. ¿Por dónde, si aquella puerta no tenía cabida para uno solo de sus talones?... Yo también entré tropezando, y en la escalinata del zaguán caí desvanecido. Un guardia civil y un portero acudieron en mi auxilio. Bajó en aquel momento un telegrafista amigo mío, que me llevó a mi casa.

V

Cuando yo caía en mi camastro al término de una de estas largas y fatigosas peregrinaciones, que solían acabar en desvarío sonambulesco, lo mismo que soltaba mi ropa dejándola a un lado, soltaba mis imaginaciones y pensamientos, echándolos de mí uno tras otro, hasta caer en profundo sueño. Dormía, descansaba, y al despertar la siguiente mañana, antes que la ropa volvían a mí las ideas de la noche anterior. Primero llegaba una; después, dos o tres rondaban mi cerebro, y, al fin, iban entrando todas. Pensé yo entonces que durante mi sueño las ideas y los hechos pasados velaban en torno mío, esperando que yo despertase para volver a su juala.

Levantéme un día con sinfín de cosas imaginarias y reales dentro de mi pajarera cerebral. No me pidáis que puntualice el día, porque en mi mollera entra cuanto existe, menos las fechas. Nunca he podido disciplinar, ya lo sabéis, el dietario de los acontecimientos, sobre todo cuando no son de esos que llevan bien determinada la efemérides... Pues, señor, me fuí a la oficina, a pesar de ser domingo, y al entrar me dijeron los compañeros que el ministro, don Francisco Pi y Margall, se había pasado la madrugada anterior agarrado al telégrafo. ¿Qué pasaba? Pues que los rumores de alzamiento en Barcelona se habían confirmado. Ya sabíamos que la tropa, dominada en absoluto por los Comités federales y convertida en instrumento de la Diputación provincial, aspiraba nada menos que a proclamar el Estado catalán.

Al instante vió nuestro jefe los gravísimos inconvenientes de tal precipitación. No se podía consentir que los pueblos establecieran por sí y ante sí el régimen federativo, anticipándose a lo que era facultad y obra de las Cortes Constituyentes, aún no reunidas. De la parte acá del hilo telegráfico hablaba Pi y Margall con la serenidad reflexiva propia de su exquisito temperamento. De

la parte allá vociferaban los federales barceloneses, conjuraban para proveerse del Cantón que les correspondía con arreglo al catecismo autonómico. Gastó don Francisco enorme dosis de su fuerte dialéctica para convencer a los amigos de la inoportunidad e imprudencia de tal resolución. Nunca vino tan a pelo el aforismo de que «no por mucho madrugar», etc...

Atento a conjurar todos los peligros, don Francisco ordenó la incomunicación telegráfica de Barcelona con el resto de España, y previno contra el movimiento a los gobernadores de las provincias limítrofes... Hallábame yo en el despacho de mi jefe, don José Carvajal, escribiendo al dictado cartas urgentes, cuando entró el secretario de Figueras, señor Rubaudonadéu, y por él supimos que aquel mismo día partiría para Barcelona el presidente del Poder Ejecutivo. Poco después pasé al salón grande del Ministerio y vi a Figueras, Castelar y Salmerón, que salían del despacho del ministro, acompañados por éste. Las caras de todos revelaban tranquilidad. Don Francisco les dijo al despedirles:

—Por fortuna, hemos deshecho la borrasca antes que estallase.

Y Castelar, risueño, añadió este comento breve:

—Ahora, señores, hasta otra.

Volvió a reinar en la Secretaría del Ministerio el sosiego burocrático. Durante largo rato oíase tan sólo el rasguear de las plumas... Sigo mi cuento declarando que después de conjurado aquel conflicto, por la hábil maniobra de Pi y Margall, adquirió cierta fortaleza el Gobierno republicano. Pero como quedaba en pie la hostilidad solapada de los radicales, con el inquieto don Cristino a la cabeza, continuaron los días azarosos. La naciente república no tenía momento seguro, y todo su tiempo dedicábalo a quitar las chinitas que ponía en su camino la displicente Asamblea Nacional, formada con todo el detritus de las pasiones monárquicas. Al fin, en un día de marzo, hacia el 20 ó 22, se consiguió que suspendiera la Cámara sus sesiones, después de votar la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y otras importantes leyes.

Pero los conjurados inventaron el enredijo de una Comisión Permanente, que no servía más que para embrollar, entorpecer y aburrir a todo el mundo. De tanta y tanta pejiguera se habrían librado los republicanos si desde el primer día (24 de febrero) en que apareció el serpentón monárquico-radical le hubieran cortado, con certero golpe, la cabeza. Así lo pensaba yo, y si no me lo estorbase mi respeto al gran Pi y Margall, le habría dicho: «Si usted, mi señor don Francisco, y sus compañeros hubieran volcado con un audaz gesto revolucionario la Asamblea llamada Nacional, quitando de en medio a puntapiés a toda esa caterva de ambiciosos egoístas, tendrían despejado el terreno para fundar desahogadamente el régimen nuevo. No se pasa de aquello a esto sin cerrar con cien llaves el arca de los escrúpulos, aplicando calmantes heroicos a las conciencias demasiado irritables.»

Repitiéronse en abril las mismas dificultades y las propias luchas. En mis paseos melancólicos y en la soledad de mi hospedaje me entretenía yo en aconsejar mentalmente a los ministros y proponerles la mejor línea de conducta. «Yo entiendo de política, señores míos—les decía con el pensamiento—, porque entiendo de Historia. Y no aprendí esta ciencia en los libros, sino de labios de la propia divinidad que recoge y transmite todo lo que concierne a la ciencia de los hechos humanos. La Historia me ha llevado en sus brazos, en sus bolsillos y en su regazo augusto. La llamo mi madre, no sé dónde se ha metido y la buscaré por toda la redondez de este suelo ibérico, dejado de la mano de Dios.»

Vagaba yo una noche por las inmediaciones de la iglesia de San Sebastián, cuando sentí un ligero paso y el siseo de una vocecilla que me llamaba. Volvíme rápidamente, creyendo que pudiera ser *Mariclío*, y... ¡ábrete, tierra, y trágame..., era Candelaria. Llegóse a mí con ademán afectuoso, y estrechándose las manos se arrancó con estas frases:

—¡Ay Tito, chiquitín, qué ganas tenía de verte!... No has querido volver a casa..., ¡qué tonto!... No creí que lo tomaras tan por la tremenda. Yo te esperaba para pedirte perdón por aquel arrebato. Te tiré el tintero sin darme cuenta de ello. Te habría tirado un clavel o una rosa si los hubiera tenido a mano. Toda la noche estuve llora que te

llora. En fin, ya me estás perdonando; pronto, pronto...

Balbuciente, le di las gracias; aseguré que no le guardaba rencor, y quise abreviar la entrevista con el pretexto de ocupaciones perentorias en mi casa. Pero ella hizo presa en mi brazo, tirando de mí hacia la plaza del Angel. Tanto como sus tirones me redujeron a la obediencia sus tiernas palabras:

—No, Tito; ya que he tenido la suerte de encontrarte, no te suelto. Hazme el favor..., ¡ea!, no seas tonto. No me desaires... ¡Mira que...! Acompáñame un ratito al café de San Sebastián. Quiero enseñarte dos artículos que llevo aquí. Son muy vibrantes, ya verás. Ven. En el café están don Santos, Luis Blanc, Antoñete Pérez y otros amigos.

Me dejé llevar. La resistencia pugnaría con mi delicadeza y buena educación. Entramos... Heme aquí en la tertulia de aquellos bravos patriotas. Sentéme junto a *Penélope,* que antes de que la trajeran café desenvainó su manuscrito y comenzó a leer. Era una soflama violentísima, que titulaba *Delirium tremens,* y en ella sacudía de lo lindo a los martistas y al propio don Cristino, aplicándoles toda clase de improperios y chanzas mortificantes. A media lectura advertí que *Rosa Patria-Penélope* habíase apropiado los latinajos que el periodismo de aquella época iba poniendo de moda. Al final de un párrafo, refiriendo las ridículas pretensiones de los señores de la Asamblea Nacional, escribía: *Risum teneatis?*

Terminada la lectura, sirvieron a Candelaria el café en vaso. Lo endulzó con dos o tres terrones y se guardó los demás en un hondo bolsillo. Todos hacíamos lo mismo; mas la escritora, por privilegio de su sexo, requisaba sobre el mármol los terrones dispersos para aumentar el acopio de azúcar y llevárselo a su casa... Don Santos departía con Antonio Pérez, Balbona y Castañé en una mesa próxima, y cuando *Rosa Patria* tiró de papeles para leernos a Luis Blanc y a mí el segundo de sus artículos, la vaga atención que en la lectura ponía yo dejé en libertad a mis ojos para extenderse por las profundidades del café, lleno de gente. Algunas mesas más adentro vi un rostro de mujer, cuyas miradas vinieron al encuentro de las mías. No tardé en reconocerla: era Delfina Gil, la industriosa confitera y empresaria de pompas fúnebres. Pronto advertí que mi antigua dama y consejera deseaba hablar conmigo. Claramente me lo decía con sonrisas y mohines de su linda boca. Bajo estas impresiones corría, lenta y susurrante, la lectura del artículo candelaresco, cuyo título era *Un dogal para los cimbrios,* y que después de poner a éstos como ropa de pascuas, acababa con el tremendo anatema: *Lasciate ogni speranza.*

Como las tertulias cafeteras pugnaban cada día más con mi gusto y costumbres, abrevié cuanto pude mi permanencia en aquel lugar de vagancia sedentaria. Alabé con piadoso calor los escritos de doña Candelaria, y quedando con ella en equívocas apariencias de reconciliación, me despedí de todos, prometiéndoles volver otra noche a matar el tiempo en tan agradable peña. Interném un poco para saludar a Delfina, la cual, agradeciéndome la fineza, me preguntó si seguía yo viviendo en la misma casa (calle del Amor de Dios), pues tenía que hablarme a solas y con urgencia. Díjele que no había cambiado de domicilio, y... Adiós, adiós... Hasta mañana.

Pasó la noche, pasaron las primeras horas matutinas; y cuando estaba yo arreglándome para echarme a las calles, emergió en mi gabinete la señora dulce y funeraria, de negro totalmente vestida, entapujada con tupido velo, que se levantó al entrar, mostrándome la interesante blandura de su rostro. En la mano traía rosario y librito de misa, señal de que venía de cumplir sus obligaciones beatíficas de Montserrat o en las Niñas de Loreto.

—No debía yo tener ningún trato contigo—me dijo con melindre, sentándose en mi arrumbado sofá—, porque estás muy echado a perder, Tito. ¿Qué esperas tú de esa cuadrilla de barrabases?... Repito que no mereces que yo te hable; eres un secuaz de la monserga federala, que quiere acabar con las venerandas creencias y con toda ley humana y divina... A pesar de todo, te conservo alguna estimación, porque, fuera de lo político, eres hombre de buenas partes; estimo también a tu familia, y por ella y por ti vengo a decirte que estés preparado para el peligro, o te escondas y huyas, si no quieres perecer. De hoy a mañana ocurrirán en Madrid cosas tre-

mendas. Vendrá el barrido de toda esta pillería que quiere dividir a España en cantones con *autonosuyas* y el *pato comunicativo y burraterâl*. Ponte en salvo, Tito, que ya los buenos se han cansado de aguantar tantos ultrajes y locuras... Por humanidad te aconsejo que prevengas también a los de arriba, al Pi, al Figueras y demás diablos que quieren traernos acá el infierno; díselo también al borrachín de Estévanez. Que se oculten, que se metan en la carbonera o escapen a correr... La sarracina será tal, que si los leales cogen a los pájaros gordos del arrastrado federalismo les machacarán de firme, y el pedazo más grande que quede de ellos será de este tamaño...

Solté yo la risa, no sin pensar que detrás de aquellas imbecilidades bullía tal vez una maquinación verdadera, un nuevo plan o postrer esfuerzo de los desesperados martistas. Ya sabía yo que la viuda boyante estaba en estrechas relaciones con la *cimbrería*. Una hermana suya, a la sazón estanquera, sirvió algunos años en casa de Sardoal, y su primo Filiberto Gil mandaba una compañía de los milicianos tildados de monárquicos. Algo le contaron a mi amiga, algo de proyectada conjura o bullanga llegó a sus oídos, y ella lo abultó con su disparatada imaginación y criterio chabacano. Afecté credulidad para inducirla a que me diese más detalles. Pero se limitó a decirme que no le pidiera más claridad: su deber era prevenirme para defender mi vida, y no revelar planes que había sabido por los conductos más reservados. La causa de España, la causa del orden, la causa de Dios, exigían la discreción de todos los buenos.

Inquieto por los avisos de aquella tarasca, que de la vida libidinosa había pasado a la vida de farándula mística, y que, según rumores, hociqueaba con clérigos y mayordomos de cofradía, me fuí a ver a Estévanez. No le encontré en su oficina, pero media hora después le vi entrar en mi Ministerio. Encerróse con Pi, y allá se fué también Carvajal. La duración de la conferencia nos dió a entender que algo ocurría. Salió Estévanez, y entraron luego dos coroneles de la Milicia, acompañados de Rubaudonadéu. Mi trabajo me impidio llevar nota de las muchas personas que aquel día conferenciaron con el ministro. Todo confirmaba el temor de próximas alteraciones del orden público...

Por la noche tuve la suerte de encontrar al gobernador en su despacho. Comía precipitadamente para echarse a la calle. Salimos juntos, y le acompañé en su coche a la estación de Atocha. Hablando por el camino, advertí que aquel hombre, tan sereno ante el peligro, mostraba la inquietud natural ante lo desconocido. No fué conmigo demasiado sincero, ni podía serlo, por la reserva que le imponía su cargo. Procuraré reunir y ajustar las diversas expresiones que oí de sus labios, y combinarlas artísticamente conforme a la ley de la narración histórica, que permite extraer de la verdad de los caracteres la verdad de las manifestaciones orales. La conjura que me anunció Delfina era cierta. Los despechados radicales asambleístas contaban con Pavía, capitán general de Madrid; con la guarnición, que no era muy numerosa, y con los batallones mnárquicos de la Milicia Nacional. Creían tener de su parte a la Guardia Civil, y confiaban ciegamente en la Artillería. Separados del servicio los jefes y oficiales facultativos por efecto de la desatinada disolución del Cuerpo en las postrimerías del reinado de don Amadeo, mandaban los regimientos individuos de las Armas generales, que temían de la República una reorganización contraria a sus conveniencias...

De lo que se tramaba tuvo noticia Estévanez al mediodía. Cuando fué a ver a Pi, ya éste había recibido confidencias del caso. Ocupáronse de las medidas necesarias para cortar el paso a la sublevación, que, por noticias fidedignas, era indefectible programa para el siguiente día, 23 de abril. El rostro estatuario de don Francisco Pi y Margall no sufrió en su coloración ni en sus líneas la menor mudanza mientras enumeraba los poderosos elementos de que disponían los contrarios. Estévanez le dijo:

—Aun contando ellos con todo lo que quieran, yo le respondo a usted de que nos sostendremos treinta horas... Si nos derrotaran en Madrid, y eso habría que verlo, fíjese usted, don Francisco, en que disponemos de todo el servicio de trenes en el Norte y Mediodía, y en trinta horas podemos traer sesenta mil

federales castellanos, aragoneses, catalanes, valencianos, manchegos... Ordene usted que vayan esta misma noche a los puntos que fijaremos, comisionados con poderes amplios para convocar y acumular sobre Madrid, sin necesidad de aviso telegráfico, las muchedumbres republicanas de media España, o de España entera, si fuera menester.

Precisamente a despedir a esos comisionados iba don Nicolás a la estación de Atocha. El acto, de corta duración y de apariencias familiares, no dió motivo a curiosidad ni comentarios. De la estación fuí con mi amigo a visitas, que atribuí a la necesidad perentoria de despertar las fuerzas populares y disponerlas para la lucha. Estuvimos en la ronda de Atocha, en las Peñuelas, en la calle de Santa Ana. Como él subía solo a las casas, dejándome en el coche, no puedo asegurar a qué personas visitaba. Pero mi conocimiento de la gente de coraje me bastaría para designar sus nombres sin miedo a equivocarme.

De la calle de Santa Ana fuimos a la del Avemaría, y de allí, a la plazuela de Antón Martín, donde nos apeamos los dos; yo llamé al sereno, y éste abrió la puerta de la casa de Santiso. Ya era más de la una. Invitóme Estévanez a subir con él, más yo no creí discreto presenciar conferencias tan delicadas, y como estaba tan cerca de mi casa y me sentía fatigadísimo, le pedí permiso para retirarme. Al despedirme, el grande hombre, que miraba con serenidad desdeñosa la negra faz de las revoluciones y afrotaba risueño y altivo las contingencias erizadas de peligros, me dijo así:

—Mañana a estas horas, o quizá al caer de la tarde, podrás ver por ti mismo que hemos ganado la partida y que han escapado o están hechos polvo los enemigos de la República. Buenas nones, y duerme tranquilo.

En esto de la tranquilidad del sueño no pude obedecer al gobernador, porque pasé una noche horrible, sin pegar los ojos, dando vueltas en mi duro camastro. Cualquier ruido de la calle se me antojaba estruendo de lejanos tiros, cañonazos o voladuras. La claridad de los faroles de la calle entraba en mi alcoba, y mi abrasada mente la convertía en resplandores de incendio. Aunque yo estaba acostumbrado a los tremebundos ronquidos de mi patrón, Ido del Sagrario, aquella noche me sonaban como acompasados gritos de la plebe furiosa invadiendo las calles.

VI

Del ligero sueño que pude conciliar en las primeras horas del día me despertaron Nicanora y su marido con estas alarmantes voces:

—Levántese, señor don Tito, que hay revolucion.

A toda prisa me vestí y mandé que me trajeran mi desayuno. Mientras lo tomaba, el honrado psicólogo Ido inició la historia verbal de aquel nefasto día:

—Desde el amanecer están pasando por Antón Martín milicianos armados. Van a sus puestos, van a su deber, van a la muerte... ¡Oh España!, ¿qué haces, qué piensas, qué imaginas? Tejes y destejes tu existencia. Tu destino es correr tropezando y vivir muriendo... Como le digo, toda la Milicia Nacional está en armas. En la plaza de Santa Ana he visto al *Carbonerín* con el batallón de Lanuza. Por la calle de las Huertas va un gentío inmenso chillando, y milicianos a la carrera. Oí que en la Puerta del Sol está la Artillería. ¿Qué pasa? Que la Historia de España ha salido de paseo. Es muy callejera esa señora...

En esto, mi patrona, que había salido un momento, volvió con las manos en la cabeza, gritando:

—Vete pronto a la compra, José, que si te descuidas no quedaremos hoy sin comer. ¡Virgen de la Paloma, ya están esos diablos de Antón Martín armando las barricadas!

Salimos disparados Ido y yo. En Antón Martín no había barricadas, pero sí brazos ávidos de levantarlas y bocas de ambos sexos que las pedían a gritos. Mi patrón corrió con fuertes trancos a proveerse de comestibles, y yo, arrastrado por una corriente tumultuosa, me fuí a la plaza de Santa Ana, donde los voluntarios del batallón de Lanuza, mandados por Felipe Fernández (el *Carbonerín)* y don José Cristóbal Sorní, ministro de Ultramar, ocupaban el teatro del Príncipe y las entradas de las calles próximas. Parte de esta fuerza, la más cui-

dada de las Milicias republicanas, llevaba uniforme: guerrera garibaldina de paño gris, pantalón con franja verde, polainas y gorra colorada con visera de charol, de que les vino el mote de *botellas lacradas*. El armamento de la Milicia Nacional era carabina Berdan. Sólo los batallones de La Latina usaban Remington.

Por lo que vi y por lo que me contaron puedo fijar la situación de las fuerzas republicanas. Los batallones de Antón Martín, mandados por Ponce de León y Clemente Gutiérrez, ocuparon el teatro de Variedades, calle de la Magdalena; los voluntarios de La Latina, uno de cuyos jefes era Antonio Castañé, ocupaban el teatro de Novedades y los puntos estratégicos de las plazas de la Cebada y Progreso. En las Milicias de los barrios del Sur eran escasos los uniformes; casi todos los combatientes iban de paisano, sin otro distintivo que la gorra colorada... La Red de San Luis y la plaza de Santo Domingo estaban guarnecidas por fuertes núcleos de las Milicias republicanas y pueblo armado de escopetas y trabucos. Varios edificios de las calles Mayor y Alcalá, como el Ministerio de Hacienda y el Depósito Hidrográfico, escondían retenes de guardias de Orden Público. En las Salesas situó Estévanez bastante fuerza, al mando de Enrique Faura, si no recuerdo mal. Lo mismo hizo en las dos estaciones del ferrocarril, dejando una considerable reserva en la plaza Mayor.

Los milicianos monárquicos, que eran más de cuatro mil hombres, se hallaban reunidos desde primera hora de la mañana en las inmediaciones de la plaza de toros vieja, a la salida de la Puerta de Alcalá, con el pretexto de pasar una revista. A su frente estaba el señor Marina, jefe de la Milicia Nacional, por su calidad de alcalde de Madrid. Vestían estos milicianos un pulido uniforme, semejante al del ejército, con quepis, correaje blanco y carabinas Berdan. Los más vistosos eran los batallones del Centro y de la Audiencia, y en todos ellos abundaban los empleados municipales. Pronto se vió que los jefes de la Milicia monárquica no se distinguían por sus luces estratégicas, y desde el momento en que se *enchiqueraron* en la plaza de toros su causa estaba perdida.

Las fuerzas del Ejército permanecían en los cuarteles, y aunque se dijo que algunos generales apoyarían a los milicianos monárquicos, ninguno de ellos se atrevió a dar la cara. La Guardia Civil no contrarió los planes del gobernador, y después de las cuatro de la tarde no era difícil vaticinar el triunfo de la República. El Gobierno puso una columna de fuerzas de Infantería, Caballería y Artillería a las órdenes del brigadier Carmona, jefe de Estado Mayor de los Voluntarios de la República. Don Baltasar Hidalgo, nombrado minutos antes capitán general de Castilla la Nueva, en sustitución de Pavía, transmitió órdenes a parques y cuarteles. Rodaron los cañones por las calles, y... no pasó más. Los *enchiquerados* de la plaza de toros ya no podían dar otro grito que el de *¡Sálvese el que pueda!*

Agregándome a los voluntarios de Lanuza, me fuí de la plaza de Santa Ana a la de las Cortes. Se efectuó esta movilización para poner sitio a los batallones primero y segundo de milicianos realistas del distrito del Centro, mandados por Simón Pérez, dueño del Bazar de la Unión, y por Martínez Brau, propietario de una famosa pescadería de la calle Mayor, que estaban desde por la mañana dentro del palacio de Medinaceli. Ocuparon los republicanos el marmóreo portal anchuroso, tomando posiciones a lo largo del edificio hasta el Prado y en la calle de San Agustín y plazuela de Jesús. El enemigo quedó embotellado perfectamente. No debía tener muchas ganas de romper las hostilidades: apenas veíamos asomar tímidamente algún quepis por las buhardillas o ventanas altas.

En esto llegó Estévanez, y con él me colé en el Congreso, donde los individuos de la Permanente celebraban sesión en franca rebeldía contra el Gobierno. Apenas entramos, un diputado dijo a don Nicolás:

—Los rebeldes no somos nosotros; lo es el Gobierno. Si lo fuéramos nosotros, ahora mismo nos apoderaríamos de usted.

Tranquilo y sonriente, contestó el gobernador:

—Eso es lo que yo quisiera, porque acabo de hacer testamento, y no tardarían en venir diez mil hombres a sacarme.

Dicho esto, entró a ver al presidente

de la Asamblea, don Francisco Salmerón, ofreciéndole fuerzas de la Guardia Civil para custodiar la Cámara. No fué aceptada la oferta.

En el bullicio del Salón de Conferencias perdió de vista a Estévanez, y, metiéndome en los corrillos, pude enterarme de lo que en la sesión había pasado. Asistieron los individuos de la Comisión Permanente y casi todos los ministros. Planteó el debate Echegaray, sosteniendo que la elección de Cortes Constituyentes no debía efectuarse hasta que la legalidad estuviera totalmente asegurada. Con gallarda elocuencia le contestó Salmerón, deshaciendo los argumentos del ilustre matemático. Habló Rivero contra Salmerón. Intervino Castelar, y apenas comenzado su discurso se presentó en la Cámara el ministro de la Guerra, quien, sin pedir la palabra, increpó la actitud de los batallones monárquicos de la Milicia en la plaza de toros. Saltó el marqués de Sardoal, vociferando con vehemencia desaforada... Pidieron los ministros que se suspendiese la sesión hasta restablecer el orden... La controversia degeneró en agria disputa, llegándose, no sin trabajo, al acuerdo de interrumpir el debate, mas no la sesión.

Permitidme ahora que, retrocediendo en mi relato, cuente un suceso que, a mi parecer, iguala en interés histórico al trozo parlamentario que acabo de trasladar a estas páginas. Dudo mucho que uno y otro hecho sean merecedores de pasar a la posteridad; pero allá va el mío, de índole privada, emparejado con el de carácter público. A eso de la una, almorcé en una tasca de la calle de la Visitación judías con salchicha y un vaso de vino. Allí alterné con los dos *Carbonerines*, Juan de Murviedro, Langarica, Félix Lavalle, cantero; Enrique Díez *(Moisés)*, revendedor de billetes de teatro, y otros que merecen mención en esta historia.

Con tan escaso alimento pude resistir todo el día, y al caer de la tarde salí del Congreso con Moreno Rodríguez y Díaz Quintero a curiosear hacia el Prado, Cibeles y Puerta de Alcalá. Así pude enterarme del fracaso y desbandada en que vino a parar la truculenta rebeldía de los milicianos monárquicos. Estos recibieron a tiros la columna del brigadier Carmona. Contestaron al fuego los soldados, y como a los candorosos realistas se les había hecho creer que el Ejército no dispararía contra ellos, cuando vieron que las bromas se trocaban en veras estalló el pánico y salieron de estampía, unos hacia la Fuente del Berro, otros por detrás del Retiro en dirección del Olivar de Atocha, y no faltó quien se escondiese en los chiqueros de la plaza. Los fugitivos iban soltando las armas, los quepis, y cuanto les estorbase para correr más aprisa, incluso las elegantes guerreras, que sólo les habían servido para camelar a criadas y nodrizas. De aquel bélico rigodón resultaron tres heridos leves y muerto un pobre cochero a quien alcanzó una bala perdida.

Quedaba el nudo de Medinaceli, que se desató por sí solo ya entrada la noche. Los voluntarios monárquicos, en mal hora encastillados en el palacio ducal, salieron mohinos y silenciosos, sin que los federales les maltratasen, porque el Gobierno había enviado fuerzas de la Guardia Civil para evitar las represalias, natural desahogo de la irritación de los ánimos. Los que se rendían sin disparar un tiro desalojaron la plaza mansamente, dejando sus carabinas en el portal, y calladitos se fueron a sus casas, eludiendo disputas y camorras callejeras.

La segunda compañía del batallón de Lanuza entró en el Congreso, y en los alrededores del edificio se acumularon, a toda prisa, grandes muchedumbres armadas. Los señores de la Permanente levantaron la sesión con premura vergonzosa. En los pasillos de la Cámara se advirtió el trajín de la desbandada. Los primeros en salir hiciéronlo sin dificultad: otros hubieron de escapar furtivamente; algunos valiéndose de disfraces. Rivero y Becerra, por ser muy conocidos, se ocultaron en los sótanos. Los demás fueron saliendo, acompañados por Nicolás Salmerón, por Castelar por Sorní, por el propio gobernador. Nadie les atropelló, nadie les insultó. Oyeron tan sólo, al aparecer en la calle, algunos silbidos. Federales y radicales quedaban en disposición de entablar futuras inteligencias... ¡Todos amigos!... ¡Siempre amigos!...

Terminado lo del Congreso, podría decirse que cayó el telón sobre la histórica jornada del 23 de abril; pero aún quedaba un fin de fiesta para regocijo del público. Los voluntarios de Lanuza,

apostados desde el café de la Iberia a la plaza de las Cortes, pasaron el rato dispersando unas turbas de señoritos impertinentes y molestos que invadían la Carrera de San Jerónimo. Era la flor juvenil del alfonsismo y de la radicalería unitaria, de esos que ordinariamente llamamos *pollos líquidos* y que en aquellos tiempos designábamos con el remoquete de *silbantes*. Poco trabajo costó espantarlos; se metían en los portales, en las tiendas que aún estaban a media puerta, y los más corrían a escape por las bocacalles, de donde les vino un nuevo apodo. Se les llamó el *batallón ligero... de pies.*

Medianoche era por filo cuando cenábamos en la taberna de Juan Niembro (calle de los Negros). Anastasio Martínez, librero de la calle del Arenal; el *Quito* (Francisco Berenguer), dueño de una buñolería; Alejo Villesano, sastre; José Duplau *(Pelusa)*, carpintero, héroes de aquel día, y un servidor de ustedes, que no fué héroe, sino curioso entremetido y aprendiz de narrador. Cada cual citaba y encarecía con infantiles aspavientos lo que había visto y los incidentes en que había mostrado su marcial arrojo. Nuestra cena fué sopas de ajo, *batallón*, escabeche en ensalada y morapio sin tasa... No habíamos llegado a la total enumeración de tan prolijas hazañas, cuando entró el simpático Virgilio Llanos, *henchido de noticias*, según dijo, y se apresuró a desembucharlas gozoso en nuestros oídos. Ya sabéis que era muy amigo de Estévanez y se codeaba con elevados personajes del federalismo. En las primeras horas de la mañana de aquel día se le confió un delicado espionaje en las inmediaciones del hotel del duque de la Torre, calle de Serrano. Tan bien desempeñó el ojeo encomendado a su sagacidad, que no se le escapó ningún personaje de los que acudieron al misterioso concilio en la morada del duque.

Por el mismo orden con que les vió entrar los fué citando Virgilio en nuestro cenáculo tabernario. Helos aquí: los ayudantes del general O'Lawlor y Ahumada; el conde de Valmaseda, Topete, Letona, Baldrich, Bassols, Gándara, Gasset, Ros de Olano, Caballero de Rodas. Del elemento civil fueron Borrego, Albareda y otros que a mi parecer iban en representación de Sagasta, Martos y Rivero, los cuales se quedaron achantaditos en sus respectivas casas viéndolas venir. Oída esta cáfila de nombres tan sonoros como vacíos, todos los presentes celebraron con mayor ingenuidad la victoria federal contra tal piña de pomposos y coruscantes figurones.

En el resto de la noche fueron llegando otros amigos de las Milicias Republicanas. Entre ellos, Balbona *(Tacnuela)*, Cantera *(Cojo de las Peñuelas)*, Santiago Gutiérrez *(el Pasiego)*, uno de los Quintines y más y más. Enaltecida hasta las nubes la importancia de la victoria, hiciéronse lenguas de la generosidad de los vencedores. La sangre no enrojeció las calles; nadie fué molestado; los llamados prohombres, que en el Congreso hicieron cuanto podían por aplastar la República, fueron conducidos a sus casas con refinada cortesía y miramiento; los espadones que se reunieron en casa del duque de la Torre se quedaron tan frescos, y si al poco tiempo pasaron la frontera fué para conspirar a sus anchas: los *silbantes* no tuvieron ningún deterioro en sus personas ni en su elegante vestimenta; el único que sufrió algún desvío, Becerra, a quien llevaron preso al Gobierno Civil, fué puesto en libertad con apretones de manos y palmaditas en la espalda.

Camino de mi casa, casi al rayar el día, iba yo reconstruyendo en mi mente todo lo que había visto y oído, y entre las sábanas de mi lecho hice juicio sintético de la jornada del 23 de abril de 1873. No tuvo nada de epopeya; no fué tragedia ni drama; creí encontrar la clasificación exacta diputándola como entretenida zarzuela, con música netamente madrileña del popular Barbieri. No hubo choques sangrientos ni encarnizadas peleas, ni atronó los aires el horrísono estruendo de los cañones. El *acto* del Congreso fué un paso de comedia lírico-parlamentaria, con un concertante final en que desafinaron todos los *virtuosos*.. Los *actos* de la calle fueron un continuo ir y venir de nutridas comparsas, que disparaban vítores y exclamaciones de sorpresa o de júbilo. Otras comparsas mejor vestidas salían corriendo por el foro, y se tiraban al foso o se subían al telar. Concluía la obra con un gran coro de generosidades ridículas y alilíes de victoria, sin luto por ninguna de las dos partes.

Así no se pasa de un régimen de mentiras, de arbitrariedades, de desprecio de la ley, de caciquismo y nepotismo, a un régimen que pretende encarnar la verdad, la pureza y abrir ancho cauce a las corrientes de vida gloriosa y feliz. Aplicando mi corto criterio a los hechos de aquel día, pensé que el 24 de abril estaba la vida nacional lo mismo que antes estuvo, y que las seculares fuerzas que habían querido resolver el problema del porvenir no habían hecho más que exhibirse sin chocar en dura pelea, dispuestas a proseguir, el día menos pensado, la teatral batalla... ¡Solución de amiguitos, querella de dicharachos en un inmenso patio de *Tócame-Roque*, simulacro de guerra y paces entre compadres bonachones!

Agrego a la página histórica el estrambote de una escena de que no tuve conocimiento hasta el día 25, y que no altera sustancialmente mi juicio de aquellos vulgares acontecimientos. Parece que en la madrugada del 24 se produjo en el Gobierno algún conato de severidad contra el duque de la Torre y los demás santones monárquicos. Ya clareaba el día cuando Castelar, con rostro afligido, se presentó en el despacho del gobernador y le dijo:

—Amigo Estévanez, si una persona que a usted le hubiera salvado la vida se hallara hoy en peligro inminente, ¿qué haría usted?

La respuesta de don Nicolás fué la que a todo varón honrado y generoso correspondía.

—Pues vaya usted—añadió don Emilio—al hotel del general Serrano, métalo en su coche y llévelo a la embajada inglesa.

Así se hizo, y... aquí paz y después gloria.

VII

Tan rendido, tan agotado de fuerzas me dejó el ajetreo del 23, que no pude salir de casa hasta el segundo día. En la mañana de éste, hallándome anegado en la cobranza de los atrasos que el sueño me debía, mi pobre cuerpo fué sacudido por una mano vigorosa. Desperté, y vi ante mí la imagen un tanto grotesca de mi amigo y algo pariente Telesforo del Portillo, más conocido por *Sebo*, el cual me atronó los oídos con estas estridentes palabras:

—Levántate, hijo mío, y ven en ayuda de este hombre honrado que hoy es víctima de las envidias y malos quereres. Asómbrate y llénate de coraje. Acabo de recibir mi cesantía del puesto que desempeñaba en la Dirección de Penales.

Ayudándome a salir del lecho y a vestirme, prosiguió así su matraca:

—Ya sé que eres uña y carne de Pi y Margall... Lo sé por Fabiana, que es amiga de la lavandera de don Joaquín Pi y Margall, hermano del don Francisco... No vengas ahora con repulgos, haciéndote el modestito. El ministro de la Gobernación ha puesto en ti toda su confianza...

Protesté. Mis negativas me valieron tanto como si quisiese atajar con razones las cornadas de un toro de Miura. *Sebo* insistió de esta manera:

—Me han dejado cesante por soplos y delaciones de algún enemigo insidioso... Que si he sido alfonsino, que si era confidente de Martos, que si llevé recaditos al duque de la Torre... Todo falso, querido Tito, maquinación infame de los *perturbadores de oficio*... Porque has de saber que yo soy federal; *más federal que Riego*... Las nuevas ideas me han conquistado; si lo dudas, habla con Roque Barcia, con quien me reúno todas las noches en el café Venecia. Precisamente anoche estuvimos trazando las lindes *sinalagmáticas* de los futuros Cantones...

Levantado ya y vestido, corté la palabra a *Sebo*, que me rasgaba los oídos como el estridor de una corneta destemplada. Ni yo poseía la confianza de mi jefe ilustre, ni osaría recomendarle ningún asunto de personal. Loco estaba quien tal creyera. Lo único que hacer podría era llegarme a Estévanez y... Interrumpióme Telesforo, descompuesto, diciéndome:

—No, no; Estévanez no, que ése me ha tomado tirria por creer que yo me opuse a que fuera gobernador...

Trabajo me costó librarme de aquel tábano molesto... Salimos juntos, y en la calle pude sacudírmelo, con la patraña de que trabajaría por su reposición. ¡Dios de los buenos, en qué fatigas se veía un hombre tan insignificante como el hijo de mi madre! ¡Pobre de mí;

los necesitados de protección buscaban sombra en este mezquino arbusto, el último ciudadano de España!... En la oficina pude enterarme de que mi jefe, don Francisco Pi y Margall, presidente interino del Poder Ejecutivo en ausencia de Figueras, había disuelto por decreto la Comisión Permanente de la Asamblea Nacional. De la misma forma disolvió los batallones de milicianos que estuvieron el 23 en la plaza de toros y en el palacio de Medinaceli, y otras unidades orgánicas de Artillería, Zapadores y Caballería. Leí la expresiva alocución que dirigió a las Milicias republicanas y a la guarnición de Madrid, felicitándolas por su actitud patriótica en los pasados disturbios. Estos documentos, que vinieron a enriquecer la copiosa literatura política coleccionada en la *Gaceta*, resultaban muy bonitos, pero no amansaron el oleaje tempestuoso que, iniciado en Madrid, iba extendiéndose por toda la superficie nacional.

De labios del propio don Francisco Pi oí una frase que conservo en mi memoria:

—En el telégrafo central siento el latido de las provincias, y encuentro a las más republicanas poseídas de una exaltación calenturienta.

Los partidos derrotados el 23 de abril por el federalismo tomaban las posiciones que mejor les convenían. Los radicales conspiraban allegando voluntades en el Ejército y fuera de él. Los carlistas, envalentonados por el barullo reinante, multiplicaban sus medios de guerra. Reverdecían como planta bien fecundada las esperanzas de los alfonsinos. Los monárquicos defensores del principio en forma impersonal, acrecían con la ridícula bandera del rey X, el desbarajuste hispánico. En tanto, el federalismo, perdida la cohesión en que le mantuvo la lucha con un enemigo poderoso, se dividía después del triunfo, y en su seno caldeado surgieron, a más de los intransigentes y benévolos de marras, los pactistas convencionales, los comunistas y otras variantes del intenso latir que oía don Francisco desde el aparato telegráfico de Gobernación.

Durante el período electoral, que no fué tan turbulento como se creía, no cesaban de salir de Madrid las familias monárquicas y reaccionarias de más viso: generales de cuartel, banqueros, bolsistas, todo el elemento que llamaban sensato y la flor y nata de la *gente de orden*. Con esta emigración, que atestaba diariamente los trenes, el dinero español enriquecía de lo lindo a los fondistas y aposentadores de Biarritz. En aquellos febriles días de mayo pasaba yo la mayor parte de mi tiempo rondando el sentir y el pensar de mis conciudadanos; palpaba los corazones; intentaba penetrar con agudos interrogatorios en los cerebros enardecidos. De este pesquisar minucioso y constante saqué la impresión de hallarme en un pueblo de locos.

El desatinado *Sebo*, que no cesaba de acosarme solicitando la protección que yo no le podía dar, escribía artículos hidrofóbicos en *La Igualdad*, periódico sostenido, según rumor público, con dineros monárquicos. Tan loco como *Sebo*, si bien con diferente modo y estilo, estaba don Basilio Andrés de la Caña, que una y otra vez solicitó *mi valioso influjo* para que le destinaran a Filipinas.

—Esta será mi jugada definitiva para redondearme—me decía el hombre serio, frotándose las manos—. Ya ve usted: jubilación a los treinta años de servicios con los cuatro quintos..., sueldo de Ultramar. Si se me pide mi credo político, diré que el federalismo no me desagrada; pero acá se queda toda esta faramalla si consigo pasar el charco... Ya sé que el ministro de Ultramar, don José Cristóbal Sorní, no le niega a usted nada. Si usted le habla por mí, como espero, dígale que respondo de poner como una seda la contabilidad en aquel archipiélago.

Aún no había conseguido librarme de este cínife, cuando vino otro con trompetilla y picadura mortificantes. ¿Sabéis quién era? Pues aquel Modesto Alberique, que fué mi sucesor en el afecto y tálamo de doña María de la Cabeza. Nunca vi mayor desvergüenza. Venía a mí con una carta de la tendera frescachona, y pretendía del ministro de Fomento una plaza de inspector de Instrucción pública en provincias. Del sentido de la carta y de las palabras del que fué mi mortal enemigo saqué la consecuencia de que doña Cabeza, hastiada de aquel gandul, quería lanzarle de su lado.

—Sabemos de buena tinta—me dijo Alberique, haciéndose de mieles—que el

ministro de Fomento, don Eduardo Chao, no hace nada sin consultar con usted. Pídale mi plaza, y soy hombre feliz. Volveré por aquí mañana, si no le molesto.

Apenas levantó el vuelo aquel cernícalo, vi entrar en mi gabinete, ¡oh sorpresa increíble!, a Candelaria y su madre, que cayeron sobre mí, cogiéndome cada una por un brazo, y entre aterrorizadas y llorosas me soltaron estas tremebundas razones:

—¡Tito, Tito; cataclismo en casa!... ¡Se nos cae el cielo encima!... ¡Rufino ha pedido su traslado a Madrid!... ¡Ay Dios mío, Virgen del Sagrario, válganos el Ser Supremo!... Por lo que más quieras, háblale hoy mismo a tu grande amigo Pi y Margall, que no te niega nada... Que no lo trasladen, que lo lleven más lejos, a las islas Chinchas, al Polo Norte, al Polo Sur...

Yo cogía el cielo con las manos, yo me sentía contagiado de la general locura. ¿De dónde diablos había salido la leyenda calumnioso-burlesca de mi poder omnimodo y de mi influjo con todos los ministros?

Cansado ya de negar dicha leyenda, entróme de súbito un fuerte apetito de darla por verdadera. Invadió mi alma el placer del embuste, el regocijo de la humorada y de la expansión cómica. ¿Qué hice? Pues declararme generoso protector de todos y pródigo de las mercedes oficiales. A *Sebo*, a Caña, a Modesto Alberique, a Candelaria y a cuantos después vinieron con la misma solfa les dije, complaciente y risueño, que sí, que sí, que sí: que yo era el bienhechor prolífico de todo el género humano.

Vinieron otros, compañeros míos de oficina, amigos que conocí en la Redacción de *El Tribunal del Pueblo*, parientes lejanos, tipos diferentes con quienes tuve ligero trato en los dos años de don Amadeo. Mi humilde gabinete no desmerecía en aquellas mañanas del despacho de un empingorotado estadista o de un agente de colocaciones. Metido de hoz y coz en aquella farsa, tenía momentos en que me parecía verdad tanta mentira. Una noche me acosté destemplado y algo febril; tuve pesadillas desatinadas, y cerca ya del día soñé que era presidente del Poder Ejecutivo, con tal precisión de detalles y tal claridad en los objetos y personas que me rodeaban, que ya despierto permanecían en mi cerebro las visiones como la misma realidad.

Cuando me hallaba ya vestido y preparado para *las audiencias*, el primer visitante fué un sacerdote anciano y venerable, en quien al punto reconocí a don Hilario de la Peña. Asombro y alegría me causó su aparición en mi cuarto. Sus primeras palabras reveláronme torpeza de dicción, como amago de parálisis; su andar era pausado y doliente. Advertí en su ropa menos pulcritud de la que ostentaba cuando hice con él amistad en su casa de la calle de San Leonardo. Al sentarse, la lentitud del juego de piernas y una mueca de sufrimiento eran señal cierta de que el buen señor declinaba de la vejez terne a la senectud desmayada. Dándome un palmetazo en la rodilla, me habló de esta manera:

—Ya sabe usted, señor don Tito, que soy obispo. Recibí el nombramiento un domingo de Carnaval, no recuerdo la fecha. Yo no solicité tal honor, ni entró jamás en mis planes gobernar una diócesis... Pero ello vino porque Dios así lo quiso. Testigo es usted de que yo me resistí siempre... Pero debo acatar los designios de... los altos designios... Perdone usted, Tito; tengo la cabeza un poco ida. Las ideas se me escapan, las palabras no me obedecen, y...

—Sosiéguese, don Hilario—le dije, tocándole en el hombro—. Hable con reposo. Acaricie las ideas para que no se vayan volando, y agarre las palabras por una letra para sujetarlas al pensamiento... Desde febrero último sé que tiene usted mitra, báculo, anillo pectoral y toda la vestimenta de un señor prelado. No le falta más que...

—Sí, sí; Roma, esa maldita Roma, que no acaba de despachar mi preconización. Por eso he venido...

—Descuide usted: yo me encargo de activar el asunto. Veré al ministro de Gracia y Justicia hoy mismo. ¡Ah! Con Salmerón no juega la curia romana. ¡No faltaba más!

Elevó el santo varón sus miradas al techo, mostrándome en alto las palmas de sus manos como en señal de gratitud, y yo, atento en aquel instante a satisfacer una curiosidad ardiente, le solté la pregunta que me retozaba en los la-

bios desde que le vi llegar a mi presencia:

—¿Y Graziella, señor don Hilario; Graziella, sigue con usted?

Quedóse el buen clérigo suspenso, como si buscara en los desvanes de su memoria un objeto perdido. Nos miramos un rato sin saber qué decirnos.

—¡Ah..., ya! —exclamó don Hilario con leve sonrisa—. Dispense usted, amigo Tito... Es que la memoria también se me va. Hay momentos en que me encuentro totalmente vacío de memoria. Pero ella vuelve. Ha vuelto. Aquí la tengo. ¿Me preguntaba usted si Graziella...?

—¿Sigue con usted? Desearía verla.

—Ahora me cuida Celestina Tirado, una santa que lleva recados de la tierra al cielo y los trae del cielo a la tierra. Graziellita... está sirviendo en una casa...

—¿Dónde? ¿Qué casa es ésa?

—Espérese usted un poco—dijo don Hilario, mirando al suelo y llevándose el dedo índice a la boca—. Esa perra de memoria se me ha escapado otra vez... Pero ya vuelve... Ya la tengo.... La italiana graciosa está hoy al servicio de las Nueve Musas.

Quedé absorto, movido a intensa compasión, pensando que las potencias mentales del pobre don Hilario se hallaban en lamentable anarquía.

—¿Qué Musas son ésas?—le dije—. Serán tal vez señoras de carne y hueso que han tomado el nombre de las hermanitas de Apolo para embromar a la gente.

—No sé, no sé—respondió el cura, queriendo atrapar en el aire con su mano temblorosa las ideas que revoloteaban en derredor de su cabeza—. Las vi una noche... ¿Qué noche fué, Dios mío? Las vi cual máscaras griegas, en procesión solemne, llevando ramas de mirto y laurel... Vuelvo a mi asunto, Tito. Me ha prometido usted hablar a Salmerón...

—Esté usted tranquilo, don Hilario. Nicolás no me niega nada... Las Nueve Musas, quiero decir Roma, cederá, y tendremos un obispo a la moderna, liberal y racionalista.

—Yo no solicité la mitra; pero, una vez metido en este fregado episcopal, no he de quedar en ridículo ante mis feligreses. Debe usted decir al bueno de Salmerón, y a Castelar si le ve, que considero perfectamente compatibles el dogma católico y..., ¿cómo se llama eso?..., la República *sinalag*... No puedo con esta palabra, que es como un gatito: me araña la lengua cuando quiero atraparla.

—Será usted el primer revolucionario del catolicismo.

—Usted lo ha dicho—respondió el buen cura, demostrando con risa infantil su desconcierto cerebral—. En cuanto yo trinque el báculo, repartiré buenos golpes a un lado y otro. Lo primero será suprimir en mi diócesis el celibato eclesiástico, quiéralo o no el Santo Padre. Mandaré a todos mis clérigos que se casen inmediatamente con sus amas, y al que no me obedezca le retiraré las licencias... Los ordenados *in sacris* no deben limitarse a la cura de almas; Dios quiere que se dediquen a procrear, practicando el *crescite et multiplicamini*. Refundiré las comunidades de uno y otro sexo, organizando los conventos con parejas de frailes y monjas que prediquen el santo dogma, y procreen y procreen...

—Admirable doctrina, señor don Hilario, que hará inmortal su nombre.

—Y haré más, más... Espérese un poco, amigo, que se me ha escapado la idea... Ya la cogí. Declararé de texto en mi seminario mi grande *Historia del clero mozárabe*, que usted conoce... Magna obra, ¿verdad? En ella consagro un tomo entero a la institución de las barraganas.

Viéndole en actitud de levantarse, no quise dejarle partir sin que me diera noticias más concretas de Graziella y del lugar donde se encontraba. Pero a mis preguntas no contestó sino con gestos denunciadores de la fugaz deserción de su memoria. No insistí, y, reiterándole mi promesa de hablar a Salmerón aquella misma tarde, ayudéle a ponerse en pie, no sin que el esfuerzo muscular le arrancase doloridos ayes. Salió renqueando, apoyado en su grueso bastón. Mis patrones, que habían fisgoneado la visita, le salieron al paso. Don Hilario les echó gravemente la bendición, alargando dos dedos de su mano derecha. Nicanora y Rosita se arrodillaron para besarle la mano. Cogido del brazo le llevé yo hasta la puerta, y encargué a Ido que bajase con él la escalera, hasta dejarle en el coche que le había traído.

VIII

Cuanto más arreciaba contra mí la caterva de pretendientes, con mayor desenfado me iba yo metiendo en el delirio de arrojar sobre todos la lluvia de oro de mis generosas ofertas. En esta rarísima situación psíquica llegué a extremos verdaderamnte morbosos. Llenaba mi espíritu un intensísimo sentimiento paternal. Sin duda sufría yo un ataque de altruísmo en su forma más aguda y frenética. Antes de referir los casos más extraordinarios de mi dolencia, traeré a estas páginas sucesos públicos que por obligación, no por gusto, debo comunicar a mis parroquianos. Asistí en 1 de junio a la apertura de las Cortes Constituyentes y a las sesiones del examen de actas; vi la turbamulta de flamantes diputados, caras inocentes, caras de honrada convicción y sinceridad candorosa, caras de rurales novatos, con visajes de marrullería y destellos de ambición. En su estreno, las Constituyentes fueron bautizadas por un profesional del chiste con el apodo de *Tren de tercera;* grande necedad e injusticia, pues el pueblo español dió su representación a bastantes hombres de gran mérito, como a su tiempo se verá.

En los escaños vi a los políticos viejos y jóvenes, que se sustrajeron al retraimiento acordado por todos los partidos no federales: Ríos Rosas, Salaverría, Becerra, Labra, Padial, San Román, Elduayen, Esteban Collantes, Canalejas, León y Castillo, Mansi, marqués de la Florida, Romero Robledo, Fernández Villaverde, Silvela y algunos más. De los que tuvieron arte y parte en la Revolución de septiembre se quedaron sin acta Rivero, Martos, Sagasta, el duque de la Torre, Topete, Malcampo y Ayala.

Vuelvo a mi manía de grandezas para deciros que a lo mejor me abordaban en los pasillos del Congreso sujetos desconocidos para mí, diputados algunos, y llevándome aparte me decían con sigilo:

—Amigo don Tito, ya sé que usted tiene vara alta con Pi y Margall...

O bien:

—No me niegue usted, señor Liviano, que Figueras le quiere a usted como a un hijo...

Otro salía con esta tecla:

—¡Por Dios, don Proteo! Hable usted de mi asunto a Nicolás Salmerón. Yo le trato; pero no tengo con él la confianza que usted.

Y uno que parecía venido de las Batuecas se descolgó con esta tocata:

—Me dirijo a usted en nombre de un grupo de federales de ley. Sabemos que está usted encargado de redactar el proyecto de Constitución. Que sea muy radical, amigo, atrozmente radical. Hay que destruirlo todo sin compasión y levantar de nueva planta el edificio político y social...

Yo cotestaba siempre, con bondad inefable:

—Cuente usted conmigo... Déme usted la nota... Lo tomaré como cosa propia... Será usted complacido... Pierda cuidado..., etcétera.

Como broma podía pasar; pero el día en que la realidad cayese sobre mí, tendría que poner tierra por medio, o me asesinarían en cuanto saliera a la calle.

Abrasado de impaciencia por tener noticias de Graziella y de Cbdulia, me fuí a ver a Celestina Tirado, ama de gobierno del obispo reformador casamentero de curas don Hilario de la Peña. Continuaba viviendo este señor en la holgona y cómoda casa de la calle de San Leonardo. Allí le encontré sentadito y agasajado entre mantas, escribiendo en la mesa de su biblioteca, en la cual los libros y papeles rivalizaban en desorden caótico con el caletre del pobre anciano. Saludóme éste con afable sonrisa, y, después de echarme la bendición, siguió redactando el *Boletín Eclesiástico de su diócesis,* como si yo no estuviera presente.

A punto entró el ama de gobierno, mostrándome sus afectos como en los días en que nos conocimos. No tardé en formular con apremio las preguntas que motivaban mi visita; mas la pícara, en vez de contestarme con la debida prontitud, saltó con esta requisitoria:

—Ya sabemos que el señor Titín es el alma de este Gobierno federalucho. En los Ministerios no se hace sino lo que quiere esta buena pieza... Yo me alegro de verle tan por las nubes... Y voy a lo mío: he casado a mi niña; mi yerno es un cuitado, Pepe Verdugo, hijo del mandadero de las monjas de ahí enfrente. El pobrecillo no tiene sobre qué caerse muerto. Mis hijos viven con los padres

de él, orilla del convento, y me están comiendo un codo... Bueno, pues yo quiero que me dé usted para mi Pepito una plaza en la Administración de los Reales Sitios, La Granja con preferencia, pues allí, de la poda y del aprovechamiento de hierbas sacan los empleados su buen cocido con gallina y jamón para todo el año.

Mi respuesta, ya lo suponéis, fué que contara con el destinejo, y ella cual si ya lo tuviera en la mano, reventaba de satisfacción. Reiteradas mis preguntas, sacóme al pasillo para explicarse con más libertad, y ved aquí cómo lo hizo:

—La Graziella, que como usted recordará tiene los demonios en el cuerpo y es sabedora de cosas mágicas o hechiceras, se apartó de este buen señor por mandato de unas divinidades, que a mi parecer están emparentadas con las ánimas del otro mundo... Esa diabla toma, cuando le conviene, naturaleza o hechura mundana, y con tal figuración está trabajando de *suripanta* en el teatro de Las Musas, calle de las Aguas...

Por lo tocante a Obdulia, sólo sabía que no quiso embarcar en Barcelona y que escribió a la marquesa de Navalcarazo, pidiéndole recursos para venir a Madrid. De esto hacía más de un mes. No me dió más noticias.

Y heme ahora, lectores amados, feligreses píos en estos divinos oficios de la Historia; ya veis que imito al obispo cismático y saladísimo), heme aquí, repito, aunque sean cargantes tantos *hemes,* en la calle de las Aguas buscando el teatro de las Musas, que reconocí al fin en una fachada de almacén o cocherón, en parte cubierta de carteles desteñidos y rasgados por el tiempo y la chiquillería vagabunda. La puerta estaba abierta. Entré. No vi a nadie. Di palmadas, voces, y, al cabo, de la oscuridad de un pasillo, entorpecido por rimeros de bastidores y de trastos polvorientos, salió un hombre en quien al punto reconocí con estupor a Serafín de San José, el esposo de doña Cabeza. Su figura era lastimosa; su rostro, famélico y displicente. En breves palabras me dijo que la compañía se había disuelto, que él fué dos meses *representante;* un mes, *avisador,* y a la sazón, para que no pereciera de necesidad, le tenían de guarda del edificio. Estas explicaciones biográficas las empalmó con estotras de mayor interés:

—Ya sé por Cabeza que es usted el hombre más *pudiente* de España. Tengo entendido que le escribió, contestándole usted que podía contar con la plaza. Ya sabe, guardia de Orden Público o agente de la Secreta. Para otra cosa no serviré; mas para esos oficios soy que ni pintado... Cuando le vi entrar, señor don Tito, creí que me traía el nombramiento.

—Hoy no te lo traigo, Serafín—le dije—. Otro día lo tendrás. Pero te advierto que te doy la plaza por complacer a tu señora, nada más que por eso, porque..., debo decírtelo..., en el registro de la Policía, en el Gobierno Civil, estás anotado como sospechoso... Y hay algo peor, Serafín: te han señalado como uno de los que en el Club de la Hiedra se juramentaron para matar a Pi, a Salmerón y no sé si a Manolo Becerra.

Oído esto, se iluminó con centelleos de indignación el rostro macilento de Serafín. Elevó sus descarnados brazos a la altura de la cabeza, y de su boca húmeda y temblante salió esta protesta iracunda:

—¡Que me parta un rayo, señor Tito; que ahora mismo me quede tieso en este portalón si yo he matado jamás a ningún cristiano, ni siquiera a una picotera mosca! Es calumnia... Tengo enemigos que le llevan a Cabeza la fábula de que soy un disolvente, un anárquico y un *sanculoto*... Cabeza no me quiere. Para que vea usted lo mala que es, ayer fuí a su tienda, donde se están alistando los que forman la Corporación de *Vecinos honrados* del distrito de la Audiencia para defender el orden y la propiedad, y apenas me vió entrar salió como una furia con la vara de medir, y me echó a la calle con estos lenguarajos indecentes: «Ni tú eres vecino, ni honrado, ni tienes más comercio abierto al público que las Vistillas o la Fuente de la Teja.» En fin, usted, que la conoce bien, sabe que es una víbora y...

Le atajé en esta quejumbre amarga, ansioso de abordar pronto mi asunto:

—Y de Graziella, ¿qué?

Respondióme que por este nombre no la conocía, y yo, después de darle las señas de su talle y rostro, añadí, para completar la filiación, que su voz era dengosa, con marcado acento italiano.

—¡Ay don Tito!—dijo el esmirriado San José—. Todas las pécoras que pasan por estas tablas son género averiado, y por el habla no las podemos distinguir. Si tiene usted interés en saber si estuvo aquí esa castaña pilonga, véngase conmigo al cuarto del que fué primer actor en una corta temporada de verso, don Hermógenes Cadalso, que hacía como los ángeles *La carcajada* y *Los pobres de Madrid*, y verá los retratos de casi todo el mujerío que ha pasado por este coliseo.

Subí con Serafín por desvencijadas escaleras lóbregas a una estancia asquerosa, cuyas paredes estaban llenas de recortes de periódicos y de toscos dibujos a pluma, fijados con engrudo. Eran retratos en caricatura de mujeres alegres o de actrices despechugadas, feos y groserotes, del peor estilo de aquellos tiempos, en que era embrionario el arte de ilustrar periódicos. Por tales mamarrachos no podía yo reconstruir el aire y fisonomía de una persona determinada. Retiréme del horrible teatro, dejando a Serafín de San José una propineja para que disfrutase por algunas horas la alegría del beber, y le aseguré que vestiría muy pronto el honroso uniforme de Orden Público.

A escape me fuí al Congreso, donde teníamos aquel día elección de presidente interino y de Mesa provisional. Se me olvidó decir que el 1 de junio, durante la solemne sesión de apertura, hubo gran desfile de tropas regulares y de milicias, entremezcladas y confundidas para expresar con mayor realce la fraternidad entre el Ejército y los ciudadanos. Al pórtico del Palacio de las Leyes salieron muchos constituyentes, el Gobierno y el Cuerpo diplomático. Estruendosos fueron los vítores y aclamaciones, así en los desfilantes como en la muchedumbre que los contemplaba. Una nota desagradable advirtieron algunos en el momento culminante de aquel entusiasmo. Se dijo, yo no lo vi, que ciertos oficiales y voluntarios intransigentes de la milicia, al aclamar frenéticamente la República federal, se pasaban la mano extendida por el cuello mirando a los ministros, como si recordaran el uso de la guillotina para castigar la debilidad, la cobardía o la traición. De esta insolencia no bien comprobada se habló toda la tarde, y alguien aseguró que tendría castigo severo. Pero Figueras y Pi quitaron importancia a la broma descortés, y nada se hizo.

Elegido presidente interino de las Cortes Constituyentes fué don José María Orense, marqués de Albaida. En la discusión del Reglamento ocurrieron incidencias graciosas. Un diputado protestó iracundo de que le llamaran *su señoría;* fué un descuido del presidente, pues la Cámara había acordado que el único tratamiento fuera *ciudadano tal, ciudadano cual...* Otro padre de la Patria propuso la supresión de los maceros, que consideraba como un signo de atavismo repugnante. Y un tercero pidió en largo discurso que se tapizara con terciopelo de otro color el escaño de los ministros, pues lo de *banco azul* recordaba los desafueros de la Monarquía... El día 7 se eligió la Mesa definitiva. Después de constituídas las Cortes, aprobaron una ley declarando la República Democrática Federal como forma de gobierno en España, y surgió una crisis, que era la cuarta en los fastos de aquella República.

No necesito decir que en mis tardes del Congreso me vi asaltado por nuevos y más engorrosos pretendientes, a los cuales mi furibundo altruísmo colmaba de risueñas esperanzas. Pero lo más chusco fué que una tarde, atravesando la plaza de las Cortes para irme a mi casa, vi que hacia mí venía con los brazos abiertos don Basilio Andrés de la Caña.

—Este tío viene a estrangularme—me dije sobresaltado—. ¡Dios me valga!

Pero lo que hizo el hombre fué abrazarme con ternura, clamando así:

—¡Gracias, gracias, imponderable Tito, el hombre más influyente de estos reinos... o de estos cantones! A usted debo mi felicidad; a usted debo mi plaza. Hoy me han dicho que mañana se firmará el nombramiento. Ya veo que Sorní le baila a usted el agua... Otro abrazo... Otro...

La desbordada emoción del financiero me sofocaba; sus apretujones me molían los huesos, y su aliento, que no era fragancia de rosas ni de ámbar, me revolvía el estómago. Quiso acompañarme hasta mi casa; pero le insté a que me dejara solo, y felicitándole con exagerado calor, apreté a correr por la calle de San Agustín.

Pues ya veréis otro milagro. A la mañana siguiente entró en mi *sala de audiencias,* mejor será decir *despacho presidencial,* la bestia de doña Belén, madre da Candelaria. La introdujo Ido del Sagrario, con cierto aire ceremonioso y empaque de portero mayor o sumiller de cortina. Venía la pobre mujer a darme las gracias por haberse conseguido lo que yo pedí al ministro de la Gobernación tocante al chinche de Rufino. Don Francisco Pi me había complacido al instante. Bien se veía que era yo su ojito derecho. No sólo negó al maldito yerno el traslado a Madrid, sino que le ha mandado más lejos, a una provincia que llaman *Güelva,* allá donde San Pedro perdió las alpargatas. Luego me abrazó y estuvo a dos dedos de besarme, diciendo:

—¡Bien por Tito, el hombre del gran poder!... Y ahora, chiquitín de mi alma, no me voy de su casa sin pedirle algo para mí. Un estanco en buen sitio, calle Mayor, Arenal o Carretas.

Y yo, espléndido y magnánimo, le dije:

—Mejor será en la Puerta del Sol, doña Belén. Lo pediré esta misma tarde...

Las sesiones de las Constituyentes me atraían, y las más de las tardes las pasaba en la tribuna de la Prensa, entretenido con el espectáculo de indescriptible confusión que daban los padres de la Patria. El individualismo sin freno, el flujo y reflujo de opiniones, desde las más sesudas a las más extravagantes, y la funesta espontaneidad de tantos oradores, enloquecían al espectador e imposibilitaban las funciones históricas. Días y noches transcurrieron sin que las Cortes dilucidaran en qué forma se había de nombrar Ministerio: si los ministros debían ser elegidos separadamente por el voto de cada diputado, o si era más conveniente autorizar a Figueras o a Pi para presentar la lista del nuevo Gobierno. Acordados y desechados fueron todos los sistemas. Era un juego pueril, que causara risa si no nos moviese a grandísima pena.

La composición de la Cámara era de una divisibilidad aterradora. Formaban la derecha distintas castas de benévolos; la izquierda, los intransigentes, fraccionados en heteróclitos grupos: federales, pactistas, orgánicos, simplemente autónomos o descentralizadores, federales con vistas al colectivismo, y otros que se arrancaban con los criterios más extravagantes. El centro era un arco iris con todos los colores del espectro solar del republicanismo. Nombrado un Ministerio, se deshizo al instante. El señor Tutau desenvainó unos proyectos de Hacienda que fueron conceptuados como declaración de la bancarrota nacional. En aquellos días apareció el famoso pasquín *¿Quién es Pedregal?,* que revelaba tanta grosería como ignorancia, por tratarse de un hombre de relevante mérito, así por su grande inteligencia como por su acrisolada honradez.

De la caótica confusión salió al fin el acuerdo razonable de autorizar a Figueras para que continuara con sus ministros al frente del Poder Ejecutivo. ¡Aclamaciones y vítores ensalzando la unión de los republicanos!... Pasado un día, nuestro gozo en un pozo. El marqués de Albaida dimite la Presidencia de las Cortes. Renovación del barullo, que toca ya en la vesania. Después de varias sesiones diurnas y nocturnas, se faculta de nuevo a Figueras para formar Gabinete, sin someter la lista de ministros a la aprobación de la Cámara. Empezaron las consultas y los ridículos cabildeos. Castelar quería convencer a Salmerón; Salmerón, a Carvajal; Carvajal, al demonio coronado...

En esto vino el estruendo final de la chispeante función de fuegos artificiales. Don Estanislao Figueras, enojado por la frialdad de Pi y Margall en una entrevista que ambos tuvieron, cogió el tren sin decir nada a nadie, y de un tirón se plantó en Francia. Inaudito suceso, caso de flagrante deserción, que nadie pudo explicar en aquellos días. ¿Qué motivó esta fuga? ¿El hastío, el miedo, la convicción de la vacuidad bullanguera de las Constituyentes? De todo hubo un poco; pero ninguna de estas razones pudo absolver al presidente de su insana conducta. ¡Qué chasco nos dió, a cuantos verdaderamente le amábamos, aquel hombre tan entendido, ingenioso y simpático! Fué orador insigne, y en su carácter la vivacidad y exquisito trato llenaban el espacio que dejaba vacío la falta de entereza. Doy a este breve juicio un sentido necrológico, porque aquel día murió políticamente don Estanislao Figueras.

Hasta pasadas veinticuatro horas no

se tuvo noticia cierta de la fuga del que había sido figura eminente de la primera República española. La estupenda nueva partió del banco azul; corrió los escaños con hondo murmullo; subió a las tribunas; propagóse con eléctrica velocidad por todo el edificio. Del estupor que sentí ante suceso tan grave, que era el mayor descrédito de la Causa, me puse malo. Al despedirme de mis amigos en la tribuna de la Prensa, no podía tenerme en pie. Salí tambaleándome, y al llegar a la escalera asaltó mi alma un horroroso pánico creyendo que se desplomaba el edificio. Furibundos golpes, como de grandes peñas que hirieran los peldaños, me recordaron la sugestión morbosa que padecí una noche transitando por la calle del Arenal y Puerta del Sol. Eran los pasos de una gigantesca figura invisible... Creí que la escalera se convertía en astillas. A mi parecer bajé rodando, a gatas, o no sé cómo... Pensé que el aire de la calle me despejaría la cabeza; pero no fué así.

En Floridablanca, plaza de las Cortes y calle del Prado, el tremendo andar del ser misterioso hacia trepidar el suelo. Inclinábanse las paredes de las casas, como haciendo cortesías. Guiados por los pasos del fantasma, entré en la calle del León. La terrible quimera, que no impresionaba mi vista, sino mi oído, se desvaneció cuando me aproximé a la Academia de la Historia... Recobrada mi normalidad, se me ocurrió meterme en la portería de la docta casa y preguntar por *doña Mariana*. Los porteros, asombrados de mi pregunta, no me dieron razón.

IX

Sin salir de casa en tres días, enfermo del ánimo más que del cuerpo, supe que el capitán general de Madrid, señor Socías, al tener noticia de la huída de Figueras, ordenó a varios generales y brigadieres amigos suyos que se pusieran al frente de las fuerzas de la guarnición, sin excluir a la Guardia Civil. Pero en tanto, Estévanez ofició a la Benemérita ordenándole que fusilara a los que intentasen arrastrarle a un pronunciamiento. Echáronse a la calle los Voluntarios de la República; produjose la consiguiente aglomeración de pueblo junto al Congreso y las tan acreditadas aclamaciones al federalismo.

Las Cortes, reunidas en sesión secreta, acordaron nombrar nuevo Gobierno por directa elección de cada uno de los ministros, conforme al sistema de los intransigentes. Y entonces ocurrió uno de los hechos más singulares de aquellos singularísimos tiempos. La Guardia Civil, que se había declarado sostén de las Cortes Constituyentes, desplegó su fuerza frente al cuartel de la calle de Serrano, y sin meterse a designar personas, exigió la inmediata formación del Ministerio. Muchos republicanos de primera fila negáronse a admitir cartera bajo esta presión humillante. Al fin, quitando y poniendo nombres, el laborioso parto dió al mundo la lista del nuevo Gabinete: Presidencia y Gobernación, Pi y Margall; Guerra, Estévanez; Ultramar, Sorní; Estado, Muro; Marina, Anrich; Gracia y Justicia, Fernando González; Hacienda, Ladico; Fomento, Benot.

Aparto mi atención de estas cosas y casos, de notoria insignificancia en la vida general de la Humanidad, para fijarla en los sucesos que personalmente me incumben, y que considero de suma trascendencia en la pura región del espíritu. Introducida solemnemente por Ido del Sagrario, se presentó una mañana en mi *despacho presidencial* Celestina Tirado, a quien mi chambelán debió de tomar por dama de alcurnia, según las zalemas que le hizo al traerla a mi presencia. Venía la buena mujer con rostro alegre a darme las gracias por la colocación de su yerno Pepito Verdugo. Pasmada de la prontitud con que el ministro accedió a mi petición, no sabía cómo alabarme y enaltecer mi augusto poderío. Estrechóme las manos efusivamente, y se sentó en el destartalado sofá, cuyos muelles rotos herían las nalgas de todo visitante que cayera sobre ellos.

Después de los saludos y plácemes recíprocos, le pregunté por don Hilario, del cual me dijo que su vejez era una infancia locuaz y juguetona. A ratos se entretenía con los chirimbolos de su investidura episcopal, báculo, pectoral y anillo. En sus accesos de presunción, se encasquetaba la mitra y salía por los pasillos echando bendiciones a fantásticas muchedumbres piadosas. Cansado de este trajín, permanecía largo rato

sentadito en su sillón cantando antífonas, mientras con sus dedos reumáticos intentaba tocar castañuelas. Lamentábame yo de esta dolorosa crisis de senectud que desvirtuaba la personalidad de tan grave sujeto, cuando Celestina, no sin cierta cortedad y muequecillas equivalentes al exordio de una cuestión delicada, me habló de esta manera. Atención, amigos, que ello es grave:

—Yo quisiera, señor don Tito, demostrarle a usted mi agradecimiento con algún favor tan grande como el que usted me ha hecho. Aunque hace tiempo dejé el oficio mío, mal mirado de la gente y como quien dice vergonzoso, de higos a brevas lo ejerzo todavía, cuando se trata de personas de circunstancias a quienes estimo de veras. Ya sé que desde primeros de año no tiene usted mujer, y sin el pasatiempo y halago de mujer está usted desconsolado, aburrido y...

—Así es, Celestina—le dije sin ocultar mi desabrimiento—. Desde que se me fué Obdulia vivo en tristeza deprimente, sin arrestos para nada. Mi soledad es la causa de esta hipocondria, que no tiene más consuelo que el vagar nocturno por las calles. Las alucinaciones terribles que trastornan mi cerebro provienen de la suspensión indefinida del trato amoroso. El amor es la vida, el amor es la luz, la savia de la existencia. De modo que si usted viene a proponerme una mujercita en buenas condiciones...

—No es mujer ni mujercita—declaró Celestina en tono triunfal—; es una dama.

Al oír dama miré a la corredora de amoríos silencioso, suspenso y turulato... En la confusión de mi mente se destacó la idea de que me ofrecía Celestina un arreglo desigual, inaceptable. No se avenía con mis cortos posibles el disfrute de una señora encopetada por su alcurnia o por su riqueza. A esto contestó la sutil zurcidora que había dicho dama, no precisamente por la posición o el rango que hoy tenía la tal, sino por su nacimiento, que era muy alto, y así lo declaraban su noble facha y rostro. Luego añadió que yo encubría mi condición verdadera, haciéndome el modestito y alojándome en una casa de huéspedes de cuarta clase. No me valían tapujos. Mi buena mano para sacar destinos era señal de mi gran poder.

—Y en todo caso—agregó la Tirado, mudando de postura en el sofá por el daño que le hacían los malditos muelles—, cuando le dan la breva no pida la berza. Si la señora que le digo se conforma con usted tal como es, ¿a qué viene el ponerle peros? Es como aquel que dijo: «Doyte el gazapo y pides el sapo.»

—Pero vamos a cuentas, Celestina —indiqué yo, dejándome querer—. Esa señora ¿se conforma conmigo tal como soy? Si es así, sin duda me conoce, sabe que...

—Naturalmente, le conoce de vista... Le conoce por la fama de sus buenas partes, de su talento, de su poder. Para mí que se trae alguna pretensión que sólo usted puede conseguir de esos padrotes federales.

—Entendámonos. ¿Se trata de que yo dé mi apoyo a un favor político difícil de lograr, o se trata de un pacto amoroso como los muchos que usted ha negociado felizmente en su larga profesión, que yo no califico de vergonzosa, sino de muy necesaria en la República, como dijo Cervantes?

—De ambas cosas hablo, como que van metiditas la una en la otra. Sé lo que digo. Soy muy ducha, muy corrida en lo tocante al ayuntar las voluntades de hombre y mujer.

—¡Pues aquí está el hombre; aquí está el corazón enamorado!—exclamé yo entregándome al sugestivo juego de la tratante de líos—. Vengan pormenores. Venga el nombre de esa señora.

—¿El nombre?... No debo decírselo todavía. A su tiempo lo sabrá; no vaya usted tan aprisa.

—¿Es bonita?

—¿Bonita? ¡Ja, ja!... Con esa palabra no se puede pintar su hermosura. La pinto yo diciendo que es lo mismito que una diosa.

—¿Es alta?

—Lo bastante talluda para no ser baja... Ni delgada ni gruesa. Ojos como luceros, facciones perfectas, boca tan linda cuando calla como cuando habla; blancura que deslumbra; pechos, manos y pies en proporción. Todo es proporción en esa criatura, y por esa igualdad en todas sus partes, incluso en las que tocan al alma, digo que es mujer única... No hay otra como ella.

Oído esto, estalló dentro de mí un sú-

bito incendio, pasión fulminante, que me hizo saltar de la silla, y plantándome frente a Celestina, con altas voces y dramático gesto, le dije:

—¿Es que ha venido usted a volverme loco, Celestina, o me toma por un visionario capaz de creer esas patrañas de mujeres diosas y criaturas perfectas?

Levantóse risueña la *proxenetes*, llevándose la mano a la parte lastimada por los rotos muelles del sofá, y contestó con estas graves razones:

—No he venido a volverle loco, señor don Tito, sino a proponerle la felicidad. Por hoy no le digo más; esto ha sido poner los primeros puntos al negocio... Déjeme ir. Hago falta en casa, donde he dejado solo a mi obispito. Tenga paciencia. Otro día seguiremos tratando.

Se fué la pícara con paso ligero. Cuando la vi desaparecer, agarré violentamente a Ido por un brazo y le dije:

—Esa mujer que sale de casa, ¿es en realidad de verdad Celestina Tirado, o una visión, un engaño de mis ojos?

—Esa pájara deshonesta—me contestó con hueca voz mi patrón—es una tal que hace años vivía del comercio de reses femeninas. La conocí siendo manceba de un amigo mío, don Pedro Polo, cura y maestro de párvulos.

Me encerré en mi cuarto, y largo rato estuve dando vueltas en él como una fiera enjaulada. Hallábame en plena rotación cerebral, atormentado por los singulares fenómenos psíquicos que me rodeaban. ¿Cómo explicarme el hecho de que acudieran a mí sinfín de pretendientes, creyéndome poseedor de influencia omnímoda? Y si esto no tenía sentido común, ¿qué debía yo pensar del loco altruísmo con que yo me brindaba graciosamente a sostener y apoyar tales pretensiones? Pues luego venía lo más inaudito, lo verdaderamente milagroso, y era que todos los postulantes obtenían lo que solicitaban, resultando que mi supuesto influjo y poder eran en la realidad verdaderos, sin que yo hiciera gestión alguna ni de ello me cuidara. Cuantos confiaron ciegamente en mi soñado favoritismo fueron después a darme las gracias. ¿Qué significaba esto, Señor? ¿Era yo, sin saberlo, un genio benéfico, o actuaba por mí la mano de algún numen recóndito? Y de aquella mujer, cuya belleza igualaba a la de las diosas, ¿qué debía yo pensar? ¿Y cómo siendo perfecta de cuerpo y alma solicitaba por tan baja tercería mi valimiento y mi amor?

El giro mental de estas ideas en mi caldeado cacumen fué decreciendo en velocidad a medida que se gastaba el inicial impulso que le dió movimiento. Al parar de la rueda invadió mi ser una fría calma que me trajo todos los resortes de la lógica, y arrojándome en mi lecho razoné de esta suerte mi estado anímico: «En este mundo, que no sé qué mundo es, vivimos rodeados de espíritus benéficos o maléficos que dirigen nuestros actos, estimulan nuestras pasiones y vienen a ser como una proyección sobrenatural de nosotros mismos. A las veces, no nos dejan hacer lo que queremos; a las veces, hacen ellos lo que nosotros deseamos. Ellos son nosotros, y lo que llamamos nuestro yo es el yo infinito de todos y de cada uno de ellos... Esta es la fija, Tito, y mientras las cosas vengan por el lado benigno y placentero, déjate llevar.» Puse término a tales meditaciones afirmando que era imposible distinguir mi conciencia de la conciencia universal.

Meciéndome en el columpio de estas ondulantes filosofías, empalmé las horas del 11 con las del 12 de junio, hasta que me sacó de mi éxtasis un recado de Nicolás Estévanez, que habiendo cambiado el bastón de gobernador civil por la cartera de Guerra, me llamaba al palacio de Buenavista. Por ocupaciones perentorias en mi oficina de Gobernación, tardé dos días en visitar a mi grande amigo. Cuando fuí a verle, advertí desde que nos saludamos que en el nuevo y peliagudo cargo no había perdido el hombre su simpática jovialidad, contenida siempre dentro de la discreción y el buen gusto. Después de reiterarle mis felicitaciones, díjele que todos esperábamos grandes cosas de su iniciativa en Guerra, y él me contestó con buena sombra:

—¡Pero, hijo mío, si he venido precisamente a no hacer nada! Así me lo dijo Castelar cuando quisieron traerme a este beaterio. Bastante trabajo será defenderme de los enemigos que me han salido desde que vine a Guerra. El general Socías, que nos ha querido obsequiar con un golpecito de Estado, anda celoso porque no le dieron esta cartera, que, según dice, le corresponde.

—De don Fernando Pierrad, subsecretario y ministro interino, se dijo que no le daría a usted posesión como no se la pidiese a tiros.

—No hay tal. Enteramente solo vine a tomar posesión, y Pierrad me hizo entrega del cargo de una manera correctísima. Se miente mucho. El público apetece el folletín histórico. Quiere sangre, jarana, duelos, motines, y nosotros tratamos de ir escapando sin darle nada de eso. Nuestra República, recién nacida y un poquito enclenque por haber venido al mundo antes de tiempo con auxilio de comadrones inexpertos, requiere cuidados exquisitos. Resulta que la Madre España no puede darle la teta: su leche es escasa y mala. ¿Le daremos biberón? ¿Podrá ser amamantada por una loba, como Rómulo y Remo? Yo, si me dejaran, iría a los desiertos de Africa en busca de una buena leona tetuda, rolliza y feroz, que nos criase a la Niña... Pero no están los tiempos para bromas, Tito, y aunque aquí no debo hacer nada, me paso el día firmando...

Entró el coronel Carrafa, subsecretario, amigo íntimo del ministro; entraron otros jefes cargados de papeles, y yo me arrimé a los cristales de un balcón y me distraje mirando los árboles del parque. Ya comprenderéis que, desde mi entrevista con la Tirado, mi pensamiento se escapaba a cada instante en persecución de la imagen de aquella hembra misteriosa, que me pedía protección, ofreciéndome sus divinos pedazos. Ante los amenos jardines, y el trozo de caserío y el grande espacio de cielo que veía desde el balcón de Buenavista, hice a Celestina Tirado esta ardorosa pregunta: «¿Pero cuándo he de saber el nombre y condición de esa diosa?» Y algo más pregunté a la maldita corredora: «¿Es casada, es viuda o soltera?»

La Celestina con quien yo hablaba era una nube, cuyos bordes reproducían el perfil aquilino de la Tirado. Naturalmente, la nube no me contestó, y continuaba fija sobre la torre y veleta del palacio de Alcañices. Terminado el despacho, me dijo el ministro que en el Gobierno Civil había dejado firmada la credencial para Serafín de San José, añadiendo que su mayor gusto era complacerme en todo, pues me tenía por uno de sus amigos más leales...

No necesito indicar que salí muy satisfecho de la visita... Aquella noche y al día siguiente, en el café, en la calle y en algún sitio de recreo no cesé de recibir expresiones de gratitud y ofertas de recompensar mi favor con cuantos servicios pudieran prestarme los agradecidos. *Sebo*, Alberique y otros muchos, paisanos, militares, curas y aun diputados del montón, excitaron en mí de una manera loca lo que don Basilio llamaba *el fanatismo del yo*... Al retirarme a casa, ya muy tarde, sentí en mi alma el retroceso del entusiasmo vanidosillo creado por éxitos tan fabulosos: «Guarda, Tito—me dije—, y no te deslumbres hasta ver en qué para esto.»

Cavilando a toda hora en los manejos de aquellos vagorosos espíritus que me favorecían con su amistad, pasé lo restante del mes de junio, entre San Antonio y San Pedro. No fueron para mí muy divertidos aquellos días, los mayores del año y los que más inducen al placer de vivir. Mientras mis convecinos reían, yo rabiaba. Cuantas veces intenté obtener de Celestina concretas noticias de la dama que conmigo quería entenderse, quedé defraudado. A mi anhelo de saber el nombre de mi bella incógnita no quiso dar satisfacción, alegando razones que más bien eran ridículos pretextos. ¡Por la cornamenta de Luzbel, ya me estaba cargando la mensajera de amores! ¿Se divertía conmigo mostrándome una piedra preciosa y apartándola de mi mano cuando yo quería cogerla?

De estas ansias mías, entremezcladas con lentas horas de tedio, me consolaba asistiendo a las sesiones de Cortes, más que por gusto mío, por ayudar a unos buenos muchachos que hacían el extracto y crónicas parlamentarias para varios periódicos. Presencié la embestida que dió el general Socías a mi amigo Estévanez; si destemplado estuvo el general, el ministro hizo alarde de una moderación que algunos creyeron excesiva. Oí religiosamente y extracté el discurso de Pi exponiendo el programa de su Gobierno. La síntesis era ésta: no podían de ningún modo emprenderse las reformas económicas mientras no estuviera hecha la Constitución federal a que había de ajustarse el nuevo presupuesto; las políticas de más trascendencia serían consignadas en la Constitución; mas era necesario ir derechos a

separar la Iglesia del Estado, establecer la enseñanza gratuita y obligatoria, reorganizar el régimen colonial y abolir la esclavitud en Cuba. Respecto a cuestiones sociales, afirmó la necesidad de implantar las mejoras ya realizadas en otros países y las que fueran necesarias para proteger a las mujeres, regular el trabajo de los niños y vender los bienes nacionales en beneficio de los proletarios.

No fué del agrado de los intransigentes esta última parte del discurso de Pi, y el marqués de Albaida no se mordió la lengua para mostrar su enojo, añadiendo que ya desconfiaba de las Constituyentes y que se iba a su casa. Por segunda o tercera vez le oí su familiar alegación contra el cuarto del cartero, el estanco del tabaco, la Lotería, los Aranceles judiciales y los Consumos... Las Cortes eligieron presidente a Salmerón. No estaba yo aquel día para discursos, y antes de que acabara el suyo don Nicolás salí pitando hacia la calle de San Leonardo, con el alevoso pensamiento de estrangular a Celestina si no me decía... ¡Y con qué mala pata llegué, Señor!...

El pobrecito don Hilario estaba gravemente enfermo... Entré: le vi en su lecho, con dos curas por cada lado, que sin duda le hablaban de la deliciosa eternidad que en el Cielo se le tenía dispuesta... Aprovechando un momento propicio saqué a Celestina al pasillo y le dije:

—Estoy en ascuas. Vengo a que me diga usted de una vez...

—¡Por la gloria de este santo varón, señor don Tito!—replicó con acento lacrimoso—. ¿Le parece que estoy yo ahora para tratar de cosas tan mundanas, tocantes al deleite, como quien dice?

—Una palabra no más, Celestina: ¿Es casada, viuda o soltera?

—¡Dale con el melindre dale con que si le sobra o le falta! De esta boca pecadora no quiere salirme la respuesta, porque tengo el pensamiento en Dios y en el alma de ese venturado que ya quiere subir a la Gloria... ¡Ay Gloria, para mí te deseo!... Hoy le traeremos a Su Divina Majestad, y en esta hora *solene* no está una para que le hablen de pecados ni de...

No acabó la frase. Llamada con fuerte voz por uno de los clérigos, corrió a la estancia... Comprendiendo la inoportunidad de mi visita, presuroso cogí la calle.

Las sesiones parlamentarias me proporcionaron en días sucesivos no pocos ratos de interés. Los intransigentes armaban grescas cada martes y cada lunes. Una tarde leyó el diputado Bernardo García un pasquín o cartelón fijado en las puertas de los clubs y en muchas esquinas. El cartel decía: «Pueblo soberano: La República peligra. Los diputados de las Constituyentes no tienen valor cívico ni abnegación patriótica para salvar a España. Si hoy mismo no se forma un Gobierno valiente, ¡salva tú a la Patria, Pueblo soberano!» Protestas, apóstrofes duros y espantable chillería.

Días adelante, después de diferentes controversias enconadísimas, de un gran discurso de Pi planteando a las Cortes la cuestión de confianza, de otro discurso de Castelar, de un conato de crisis y de veinte mil desazones y trapatiestas, los diputados Armentia, Echevarría, Olave, Taillet y otros que no recuerdo se subieron a las barbas de don Francisco Pi, proponiendo a las Cortes que se declarasen en *Convención Nacional* y eligieran de su seno un *Comité de Salud Pública*. Esta proposición fué desechada, y los intransigentes presentaron luego otra y otras.

Hastiado de tanto delirar, me volví a lo mío, y lo mío fué que, según informes que tuve la víspera de San Pedro, don Hilario no se murió del grave arrechucho que parecía definitivo pasaporte para recibir el premio de sus virtudes y de sus facultades procreadoras... Acudí allá, y me lo encontré sentadito en su cama, risueño, vividor, jugando con dos gatines muy monos... Corrí a la cocina, donde estaba el ama de gobierno machacando en el almirez. Llegar a su lado y espetarle mis preguntas fué obra de segundos. Y ella, machaca que machaca, me dijo con retintín:

—Sí, sí: contenta tiene usted a la señora.

X

Mi perplejidad al oír la frase de Celestina duró segundos no más. Luego la emprendí con ella en esta forma:

—¿Qué es eso? ¿Se burla usted de mí? Pues sepa que no lo aguanto. Ande se con cuidado que tengo mal genio.

—¡En buena ocasión viene usted con sus rabietas!—me dijo secamente, poniéndose en jarras—. ¿Le parece al don Fuguilla que está una para incomodarse y para reñir en un día como éste? Sepa el cascarrabias que hoy, para celebrar la mejoría de mi santo señor, he ido a confesar y he tomado la comunión. Conque pocas bromas, amigo. No se me hable hoy de nada que me encienda la cólera, ni de nada que tenga olor de pecados. Ya, cuando le vi entrar, cometí sin pensarlo un pecadillo de habladuría al soltar el chisme de que la señora... tal y qué sé yo...

—Me dió usted a entender que estaba descontenta de mí.

—Pues con toda mi alma en la boca y con toda la limpieza que hoy, gracias a Dios, llevo en mi conciencia, le digo al pequeño don Tito que la señora tiene ya noticia de sus trapicheos con María de la Cabeza, la Felipa, la Lucrecia, la de Durango, esta otra que vende cajas de muertos, la Obdulia, y eche usted *céteras y céteras*... En todo esto no ve la señora más que el melindre de usted y su fuego natural. Por lo que no pasa es porque sea usted, como le han dicho, un hombre de creencias *ateístas*, o verbigracia, anticatólicas. Si quiere usted agradar a la señora, váyase a misa todos los días, que ella lo sabrá, sin que nadie se lo cuente, por los duendes angélicos...

Me entró tal arrebato que agarré la tabla de picar carne, y a punto estuve de estampársela en la cabeza... Afortunadamente me contuve a tiempo. Valía más tomarlo a risa; tales desatinos no merecían mi cólera.

—Hoy no está usted en sus cabales, Celestina—le dije—. La santidad, tomada en ciertos días a grandes tragos, como hace usted, suele subirse a la cabeza. Me voy, no sin advertirle que como siga usted burlándose de mí ya le ajustaré las cuentas.

Desde la cocina a la puerta saludé a dos curas que entraban, y oí la voz cascada de don Hilario cantando *Alleluia, alleluia*...

De este arrechucho me alivió el desastre del Ministerio, que fué como si cayera de manos de un niño la caja de juguetes de barro, rodando por el suelo las figurias desportilladas. No me causaba pena Estévanez, pues bien conocía yo sus ganas de soltar la carga; ni José Fernando González, hombre de gran mérito, que habría hecho mucho si le dejaran mimbres y tiempo; sentí la catástrofe por el insignificante, honrado y candoroso Ladico, que pasó por Hacienda sin pena ni gloria. A ese buen señor, por cuatro palabras que dijo una tarde en el banco azul, le arreé un desmesurado bombo en las crónicas que yo hacía para no sé qué periódico. Quedó el hombre tan agradecido, que me buscó en los pasillos de la Cámara, hizo que me presentaran a él y me dió las gracias con extremadas demostraciones de amistad. No es necesario decir que despachó favorablemente todas las recomendaciones que mis espíritus familiares le hacían en nombre mío.

Del origen de su candidatura para ministro se contaron cosas chuscas. Vagaba el hombre, solitario, por el Salón de Conferencias, acordándose de su patria lejana (Mahón) y de su establecimiento comercial, cuando llegó un amigo y le soltó esta bomba:

—Ladico, acaban de elegirle a usted para la cartera de Hacienda.

Por de pronto no dió crédito a lo que oía; mas cuando se persuadió de que era cierto, la sorpresa le tuvo suspenso y mudo largo rato... Su primer cuidado fué poner un telegrama a su esposa, y al día siguiente, un mallorquín amigo de la familia recibió otro despacho concebido en estos términos: «Estoy en una ansiedad muy grande. Dígame si mi marido se ha vuelto loco. Me asegura que le han hecho ministro de Hacienda.» Era don Teodoro Ladico un buen hombre, sencillo y modesto; entendía de negocios, y manejaba los libros de contabilidad como experto comerciante.

La salida de Benot fué ciertamente lamentable. Varón recto y de poderosas iniciativas, de seguir en Fomento hubiera hecho mucho más que las leyes regularizando el trabajo de las mujeres y los niños y la creación del Instituto Geográfico y Estadístico...

Ved ahora la lista de las nuevas figuras con que Pi y Margall sustituyó a las que habían rodado por el suelo: Maisonnave, Estado; Gil Berges, Gracia y Justicia; general González, Guerra; Pérez

Costales, Fomento; Carvajal, Hacienda; Súñer y Capdevila, Ultramar. El único que quedó del Gobierno anterior fué Anrich, ministro de Marina, el cual, poco después, tuvo a bien pasarse a los carlistas. El programa de Pi y Margall, al presentar a las Cortes el nuevo Gabinete, se condensaba en estas dos palabras: Orden, Gobierno.

Aterrado por el crecimiento de la insuerrección carlista, el Gobierno solicitó el asenso de las Cortes para tomar desde luego todas las medidas extraordinarias que exigiese la gravísima dolencia de la Nación. Sólo halló resistencias en el grupo de los intransigentes, que, ante la idea de ver suspendidas las garantías constitucionales, pusieron el grito en el cielo, acusando a Pi de atentar contra la democracia y el principio federal.

En las enconadas discusiones que con este motivo se produjeron tuvo el Gobierno un brioso refuerzo con la súbita presencia en Madrid del diputado Antonio Orense, hijo del marqués de Albaida. Se daba el caso extraordinario de que este noble anciano acaudillase el grupo más demagógico de la Cámara, y el hijo, mozo y muy baqueteado ya en la política y en la guerra, fuese uno de los gubernamentales más convencidos y discretos. En la guerra francoprusiana batalló en la legión de garibaldinos. Ya proclamada la República en España, organizó un batallón para combatir a los carlistas, y en esta campaña tuvo ocasión de apreciar hechos mil de que eran responsables los intransigentes por su conducta ante la indisciplina militar.

Fuerte con los datos que le dió la realidad por él observada, Antonio Orense refirió casos vergonzosos, y revolviéndose contra los federales fanáticos arrojó sobre ellos estas tremendas acusaciones:

—La patria se pierde; se pierde también la República. ¿Sabéis por qué? Porque habéis venido a demostrar que cuando aquí reinaban los Borbones nadie se atrevió a levantar la cabeza, y todos eran siervos humildes, mientras ahora que se nos ha dado la República, todos se atreven a insurreccionarse. ¡Ya sé yo que si estuviéramos bajo el yugo oprobioso de las dominaciones borbónicas no tendríamos tantos héroes de barricada!

Trinaron y tronaron los intransigentes con agrias y roncas voces; mas la filípica de Antonio Orense llevó la persuasión a todos los diputados, menos al padre del orador y a la partida de locos furiosos que le tenía por jefe y profeta. El que más alborotaba con la palabra y con el gesto era Casalduero, diputado por Brihuega. Entre los más inteligentes debo señalar a Díaz Quintero y a Ramón Cala, ambos amigos míos. Tal vehemencia y furor empleaban en su acción parlamentaria, que los que no les conocían juzgábanles como hombres atrabiliarios y feroces, absolutamente intratables en sociedad. Nada menos cierto. Tanto Quintero como Cala eran fuera de la política caracteres de dulce trato, fáciles a la amistad, esquivos para todo lo que no fuera correcto y digno. Detrás de sus vociferaciones no lució nunca la menor chispa de ambición. Mantuviéronse incorruptibles en toda su vida política: ni por nada ni por nadie cedían un ápice de su intransigencia huraña. De ellos decía Nicolás Estévanez que eran los energúmenos más angelicales que había conocido.

En tanto, los Voluntarios de la República, vistiendo de continuo innecesariamente el uniforme, se paseaban por Madrid arrastrando los sables, y sin que nadie los llamara se metían en el Congreso a pasar la tarde, como si aquello fuera un casino. Por no sé qué inconveniencia del gobernador civil don Juan Hidalgo se armó recia trapisonda en las Cortes. Vino luego la votación definitiva del proyecto de ley que el Gobierno creía indispensable para dominar la guerra carlista. Terminado el acto, pidió la palabra con solemnidad pontificial el marqués de Albaida, y habló así:

—Me levanto únicamente a decir que, visto lo que sanciona esta Cámara y la conducta del Gobierno, la minoría se retira de estos bancos.

Los diputados vieron con más jovialidad que indignación el éxodo aparatoso de treinta señores, precedidos por el honrado patriarca de la intransigencia don José María Orense.

El mandadero de las Servitas de la calle de San Leonardo, Cástulo Verdugo, consuegro de Celestina, me trajo una mañana la noticia de que había muerto a medianoche el santo varón don Hilario de la Peña... El pobrecito cura había pasado tranquilo la prima noche,

acompañado de sus amigos los clérigos de la vecina parroquia. De pronto le entró comezón de risa, ganas de juego; pidió que le llevaran los gatitos, metidos dentro de su bonete. Luego le dió por llorar. Atribulada, Celestina le hizo el dúo, y los sacerdotes amigos rezaron quedito. Uno de ellos, don Mariano Medialdea, varón docto, perito en muertes, anunció que su querido amigo llegaría dentro de pocos instantes a la presencia del Señor. En efecto, tranquila y dulce fué la agonía del cura venerado y amable, que supo cumplir sus deberes, y si se excedió generosa y humanamente en el amor, no dió jamás entrada en su alma grande a ninguna clase de rencores.

Sin alteración intensa en la faz, risueña la boca, fatigoso el aliento, pronunciando retazos de locuciones infantiles y truncadas palabras de indescifrable sentido; haciendo caricias con inquietos dedos a las cabezas y patitas de los graciosos gatines, fué resbalando hacia la negra divisoria entre la vida terrena y la eternidad... Cuando le trajeron la Extremaunción, que recibió sin enterarse de ello, los buenos amigos sacerdotes juzgaron decoroso retirar de las manos del moribundo los mininos, que tanto en sus últimos días le divirtieron y embelesaron... Momentos antes de expirar se vió que los dedos trémulos arañaban la sábana requiriendo su juguete... Don Mariano Medialdea le acercó uno de los animalitos, y en la última vibración muscular de los dedos yertos de don Hilario quedó prendida la blanda oreja del micho travieso... Oyóse un leve mayido, y... *Requiescat.*

Como no podía ir al entierro, porque en la oficina se nos había ordenado asistencia puntual, visité antes de las dos la casa mortuoria. En la biblioteca, convertida en capilla ardiente, yacía el difunto don Hilario vestido con lujosa ropa sacerdotal. Su rostro expresaba el infinito sosiego del sueño de un hombre justo. Las llamas oscilantes de la doble hilera de hachones repartían su triste claridad entre el varón muerto y las innumerables personas que lo velaban. Conté como unas veinte mujeres enlutadas, luctuosas: algunas, jóvenes y bonitas; otras, adolescentes, casi niñas. Entre ellas vi, sentados o de rodillas unos cuantos hombres de cierta edad, y mocetones guapos, acompañados de algunos pequeñuelos.

Todo esto lo contemplé silencioso desde la puerta, pues no quise internarme en la biblioteca por no turbar el tranquilo dolor de aquella buena gente. Cerca y de espaldas a mí estaba una mujer que al ponerse en pie mostró un cuerpo esbeltísimo, perfecto, de una proporción exquisita... No pude ver más. La hermosa figura, cuyo rostro me era desconocido, avanzó internándose y desapareció al otro lado de la cama imperial. En esto salió Celestina, lacrimosa, afilada la nariz y afiladas todas las facciones, de tanto llorar. Retirándonos al pasillo hablamos un momento.

ELLA.—¡Qué desdicha, don Tito! Aunque hace días lo veíamos venir, yo no tengo consuelo. Créame usted, era un santo.

YO.—Un santo, sí. Ahora se aprecia todo el bien que hizo. La casa está llena de gente agradecida y piadosa.

ELLA.—Todos los que usted ve son familia del señor.

YO.—Ya está claro, Celestina. Por familia se entiende los hijos y las hijas del patriarca que ha fenecido anoche.

ELLA.—No he dicho hijos mismamente..., mas tampoco negaré que lo sean los más y las más que aquí se ven. Y, en fin, sea lo que fuere, yo vuelvo a decir que era y es un santo. Muchos de los que están en los altares no sirven para descalzarle el zapato.

YO.—Estamos de acuerdo. Yo también digo que...

ELLA.—Basta ya, que no es ocasión de habladurías... Váyase a su Ministerio, y no falte al funeral, que será lucidísimo. Mañana habrá misas en San Marcos. Véngase.

Allá me fuí tempranito, no precisamente movido del deseo de sacar pronto del purgatorio el alma de don Hilario (pues si éste era un santo, los sufragios holgaban), sino más bien cediendo a la irresistible atracción de un interés profano. Entré en la parroquia. En diferentes capillas se celebraban oficios de difuntos. Reconocí los que me interesaban por la asistencia de algunas personas que había visto el anterior día en la casa mortuoria. No cesaba yo de atisbar las mujeres vestidas de negro, arrodilladas de espaldas a mí. La escasa luz del templo no favorecía mis investigaciones.

Por fin se aclaró el recinto. El sol vino en mi ayuda, despejando el cielo y metiendo rayos de luz por los altos ventanales... Allí estaba: era ella, la figura estatuaria que vi en la cámara ardiente. No podía ser otra. Adquirí la certeza cuando se puso en pie terminadas las misas. Aguardé ansioso la salida para poder verla de frente; pero tardó un rato, porque se puso a charlar con otra señora; luego se agregaron dos niñas y un monaguillo.

Cuando observé que el grupo parecía próximo a disolverse, tomé posiciones, calculé distancias para coger al paso a la incógnita y aún no bien vista belleza... Llegó el momento. La ideal figura enlutada describió una suave curva para recorrer el camino desde la capilla a la puerta de la calle. ¡Ay de mí! Cuantas perfecciones había forjado mi fantasía pensando en ella resultaron desvirtuadas por la realidad. ¡Qué asombro de mujer! Como dijo Celestina, el secreto de su extraordinaria belleza era la extraordinaria proporción.

Presa de un vértigo de galantería, de cariño, fuí andando junto à ella, y luego me adelanté unos pasos para poder ofrecerle agua bendita. En este acto quise poner tanta finura como respeto, y me resultó la comunicación más espiritual y ultraterrena que yo pudiera soñar. Tomó ella el agua y se cruzó la frente con la cabritilla negra que forraba sus dedos. No puedo asegurar que me miró. Con una ligera inclinación de cabeza dióme las gracias. Cuando abrí la puerta del cancel para que saliera llevóse a la boca el devocionario, como queriendo ocultar una leve sonrisa con que se dignaba obsequiarme. Fué una chispa de luz caída del cielo a la tierra.

Salí tras ella y la seguí con ojos ávidos. ¡Qué talle, qué manos y pies! ¡Qué discretas anchuras donde la naturaleza, no el indumento, las ponía! ¡Qué cabeza, qué andares, qué aire de diosa!... Aceché su paso por la acera de enfrente, sospechando que volvería el rostro para mirarme. Me equivoqué... Al verla doblar la esquina de la calle de San Bernardino metíme de nuevo en la iglesia. Todo mi anhelo era apoderarme de Celestina Tirado, que charlaba con el sacristán y unas viejas santurronas. Esperé un ratito...; le eché la zarpa. Olvidado del respeto que a la santidad del lugar debía, la llevé aparte, y con toda la fogosidad de mi alma le dije:

—Ya la he visto. Tenía usted razón. No es una mujer; es una diosa.

—Cállese la boca, don Tito—me contestó poniéndose máscara de humildad compungida—. Repare que estamos en la iglesia. ¿Le parece a usted que es éste sitio propio para hablar de diosas y embelecos mundanos? Ya que no tiene devoción, tenga recato y respete mi conciencia..., que hoy la llevo tapadita con crespones.

—Sólo una cosa le preguntaré, Celestina. ¿Es hija del difunto?

—¡Ay, ay! ¡Por Jesús vivo no me ruborice, no me hable de hijos, porque hablar de hijos es hablar de pecados! Hasta que pase el novenario, ni en mi pensamiento ni en mi boca hallará usted idea ni palabra que me recuerden aquel oficio... ¡Fuera de mí toda la tercería infame! Quiero ser buena. ¡Señor, déjame ser buena!...

Creyendo que el aire de la calle disiparía sus escrúpulos, la saqué de la iglesia, tirándola de un brazo... En la calle me dijo:

—No sea terco... Repito que no sé si es hija o no es hija.

—Las facciones de la dama reproducen las del padre... Lo he visto.

—¡Huy, huy! ¡Vaya con la sarta de pecados que este hombre mundano me quiere restregar en la conciencia!

—Dígame una sola cosa. ¿Dónde vive?

—¡Jesús; San José bendito¡ ¡Ya quiere ir...! No, no; nada sé. Mientras dure el novenario no me llamo Celestina, me llamo Andana. Déjeme en paz.

Diciéndolo se metió en su casa, y apretó a correr portal adentro y escaleras arriba. Entré yo detrás de ella, y desde los primeros peldaños la despedí con desaforados gritos:

—¡Farsante, hipócrita, corredora del infierno! Lo que tú callas, Dios o el diablo me lo dirán.

XI

Desorientado anduve algunos días, sin que mis investigaciones me dieran la luz que deseaba. Envuelta en tinieblas permanecía la dama incógnita, pues ni el sacristán de San Marcos, ni las beatas de la parroquia, ni el mandadero de las

Servitas, ni ningún bicho viviente supo señalarme el rastro por donde podía encontrar la hermosa res que se me había perdido. Vagas noticias adquirí del testamento de don Hilario. La casa en que éste murió pasó a ser propiedad de una doña Leonor Ruiz del Macho, toledana, cincuentona, al parecer sobrina del santo varón. Lo primero que hizo esta buena señora fué plantar en la calle a Celestina Tirado. A otra heredera joven y de buen ver, aunque algo paleta, le tocaron dos casas en Toledo y un cigarral. Los cuantiosos bienes raíces que el cura poesía en los términos de Illescas y Torrijos los repartió entre individuos de ambos sexos y de diferentes edades, cuyo parentesco con el testador no estaba claramente definido.

Aprisionado mi espíritu en el afán de aquel ojeo amoroso, abandoné Cortes, amigos, oficina, para volver de nuevo ante la esfinge sutil, burlona y rufianesca, a quien encontré en la travesía de la Parada, no en su antigua casa (donde subsistía el obrador de zurcidos y enredos, bajo el gobierno de una que llamaban la *Bernardona),* sino en la taberna de la misma calle, propiedad de su hermano Ginés Tirado. Sorprendióme ver a la mala hembra despojada ya de su traje de luto y con un pañuelo rojo por la cabeza. Junto a un velador tabernario, en compañía de otra mujer y de un cochero de punto, charlaba entre vasos de cerveza y caña. Al verme llegar, sus contertulios dejaron libres las dos banquetas. En una me senté yo, y entablé con Celestina este diálogo vivo:

—Terminado el novenario—le dije—, ya puede usted abrir la boca y no tenerme en el aire, como el zancarrón de Mahoma.

—¡Ay don Tito de mi alma!—exclamó echando un gran suspiro, que trajo a mi nariz vapores vinosos—. No puede usted hacerse cargo de la pena que me ahoga. Figúrese... El señor que está en gloria, y yo se la deseo por toda la eternidad, no se ha portado con esta fiel cristiana como era debido. Por los servicios que le presté, cuidándole con tanto mimo como lo hubiera hecho con los hijos de mis entrañas, esperaba yo que lo menos, lo menos que podía dejarme era un par de cigarrales de los cuatro que en Toledo poseía, y que, según dicen malas lenguas, los afanó de una vieja ricacha con quien tuvo que ver... ¡Ay!, Dios mío! Mi congoja y amargura por esta ingratitud y esta desconsideración son tales, don Tito, que me paso los días llorando y rabiando, y no encuentro mejor alivio de este sofoco que un par de copitas por mañana y tarde, y de añadidura unos traguitos de caña, que le recomiendo si tiene pesares y rencorcillos que ahogar... Pues verá... Por todos mis trabajos y sacrificios, por todas las porquerías que le limpiaba..., y hay que ver, don Tito, lo que es un viejo con los muelles flojos...; por la honradez mía en el gobierno de la casa y demás, me ha dejado, ¡pásmese usted!, la cochinada de cuatro mil reales. Cuando lo supe me volé; eché de mi cuerpo el luto; no he vuelto a pisar la casa, ni la parroquia, ni el convento de las monjitas..., que son unas bribonas, para que usted lo sepa..., pues cuando ya estaba el pobre señor con una pata en el sarcófago, por medio del capellán, que es otro pillastre, le sacaron un legado de diez mil duros. ¿Qué le parece? ¡Oh mundo falaz, mundo hipócrita y *contraproducente!*

—Por lo que estoy viendo, Celestina, le ha resultado a usted fallido el cambiar el corretaje de amores por la vida beata.

—Lo hice no más que por casar a la niña, bien lo sabe Dios. Don Hilario fué el que me metió en cristiandad. Me escarabajeaba la conciencia, fuí a confesarme con él, y me catequizó. La verdad, no me pesa haber dado a mi alma un limpión general con el zorro y plumero de tanto rezo y tanta penitencia. Pero ya no más. Casé a la niña. Gracias a usted que me colocó a Pepito, ya están los dos como dos ángeles, comiendo de la leña y de los pastos de La Granja. ¡Dios se lo premiará a usted, don Tito!... Y ya hemos hablado bastante de lo mío... Ahora usted dirá.

—Debe comprender que estoy loco, Celestina. Me tiene usted en horrible incertidumbre, sin contestar a nada de lo que le pregunté.

—Pues ahora, ¡ay qué pena!, no puedo decirle nada que sea de su gusto. Le ofrecí lo que sabe porque en aquellos días creía tenerlo en mi mano pecadora. Ya no lo está, don Tito; ya se nos ha escapado la diosa.

—Explíqueme eso, yo se lo suplico. Empiezo por no saber el nombre de...

—La llaman *Floriana*... ¿Tiene usted noticia de una señora gorda que ha heredado la casa del difunto cura y vive ya en ella, una tal doña Leonor Ruiz del Macho? Pues ésa, que fué ama de don Hilario a poco de cantar misa, y después tuvo que ver con un canónigo de Toledo, otro de Ciudad Real y con varios figurones de Madrid, dedicándose ya vieja a parear corazones por todo lo alto, ha colocado a Floriana con un señor muy rico, carcunda él y mayordomo del *Alumbrado y Vela*.

Quedé pasmado, no muy convencido de la veracidad de lo que aquella pícara y rencorosa mujer me decía. Necesitaba más explicaciones. ¿Dónde vivía Floriana? Vaciló un rato Celestina y apuró despacio medio chico de vino, como si se tomara tiempo para encontrar la respuesta. Por fin, estirando el concepto, me dijo:

—Donde vivía puedo decirle; dónde vive, no. Pero antes ha de saber usted una *circunstancia* que se me había olvidado: Floriana es maestra de escuela. Estudió en la Normal con buenas notas y sacó título. Diéronle la escuela de niñas de la calle de Rodas. A más del sueldo tenía la pensioncita que le pasaba don Hilario. Hacía vida recogida y honesta, desasnando chiquillas. Alguna vez mandaba allá mi amo a llevarle la pensión y algún regalito. Era su hija según decían. Yo no lo aseguro porque la madre, una marquesa viuda y guapa de alto copete, amiga espiritual del curita, se divertía también con un caballero muy elegante, diplomático y qué sé yo qué... Una de las veces que fuí a ver a Floriana de parte de mi señor, me habló de usted con mucho retintín. Por ella supe que es usted el hombre de más poder en la política y el de mayor metimiento en los despachos de todos los ministros. Luego me dijo: «Si yo conociera a ese señor, le pediría que hablase por mí en Fomento para que me dieran colocación en un colegio de los buenos...»

—Acabe usted. Celestina. Esa vida laboriosa y modesta, que tiene para mí mayores encantos que la hermosura, ¿ha terminado ya?

—Sí, señor; antes de que muriera don Hilario, voló la pájara. De ello no me pida usted cuentas a mí, sino a esa doña Leonor, que es una tal y una cual.

—Según eso, ¿ya no encontraré a Floriana en la calle de Rodas?

—Búsquela usted en algún palaciote o en un principal de mucho lujo, con la mar de balcones a la calle.

Aturdido y meditabundo, me anegaba en un mar de presentimientos melancólicos. En buena parte del cuento de Celestina advertí color y acento de verdad; pero algo había que me pareció mentiroso. Sospechaba que no fué doña Leonor, sino la propia Celestina quien hizo el negocio de tercera con el caballero beato. Silencioso clavé en ella una mirada inquisitiva, y con el pensamiento le dije:

—Yo sabré la verdad, hembra satánica, y si me has engañado me lo pagarás con tu vida.

Dos días invertí en indagaciones que creía precisas antes de abocarme nuevamente con la sagaz Tirado. En la escuela de la calle de Rodas no encontré más que albañiles, porque estaba el edificio en obras, y en vacaciones la maestra y las niñas. Nadie me dió razón de Floriana. Recorrí las calles inmediatas Peña de Francia, Santiago el Verde y Huerta del Bayo, interrogando a las porteras donde las había, o pegando la hebra con las mujeres que tomaban la fresca en las aceras de sombra, rodeadas de sus chiquillos. Entre tantas comadres parleras encontré algunas que me dieron noticias de una maestra muy guapa que regentó la escuela del barrio. Faltábame saber adónde se había ido la profesora bonita, y sobre esto, los informes eran tan vagos como contradictorios. Aquí me dijeron que había pasado a otra escuela, en Maravillas; allá, que había heredado algunos miles y estaba en tierra de Toledo; acullá, que, asediada por los novios impertinentes que acudían como moscas a la miel de su hermosura, se había metido monja...

Con estos elementos anecdóticos me personé a prima noche en la taberna de Ginés Tirado. La concurrencia de parroquianos era extraordinaria. Celestina no estaba; pero su hermano, asegurándome que bajaría pronto, me llevó a una mesa desocupada, en el ángulo más oscuro del establecimiento. Entre los concurrentes reconocí a muchos con quienes hice conocimiento y breve amistad en la jornada bullanguera del 23 de abril. Allí charlaban y bebían Antonio

Merino, profesor de esgrima; Cerrudo, maestro de obras; *Botija*, corredor de vinos; Vicente Morata, cajista; Perico *el de los Mostenses*, y otros que sólo conocía de vista.

Cerca de mí, un sujeto leía en alta voz, en ruedo de bebedores, el folleto de Roque Barcia *El Papado ante Jesucristo*, escrito en conceptos bíblicos, que eran la forma usual de aquel desatinado evangelista. Comentaban los oyentes con risas o alabanzas las frases de latiguillo que eran la salsa del folleto. Al terminar la lectura, el vocero de don Roque se fijó en mí, y acudiendo a saludarme, me dijo:

—Amigo don Tito, dispénseme, no le había visto. Estaba leyendo a estos señores la más grandiosa filípica que se ha escrito contra la Curia romana. Usted la conocerá.

—Sí, sí; me la sé de memoria—contesté yo, y al decirlo recordé en él a uno de los *maestros masones* con quienes tomé café en el de las Columnas, la tarde que hice conocimiento con Candelaria. Era el que en Masonería llevaba el *nombre simbólico de Licurgo*. Sentándose junto a mí, sacó un fajo de folletos, y alargóme uno con estas corteses palabras:

—Tengo el gusto de ofrecer a usted el que acaba de imprimirse, y aún no se ha puesto a la venta. Es precioso, interesantísimo. Vea usted qué título: *¿Quieres oír, pueblo?, o La cabeza de Barba Azul.*

Cogí yo el papelejo, y dando a *Licurgo* gracias expresivas, le prometí leerlo inmediatamente, pues me agradaba sobre manera la prosa hebraica del nuevo profeta don Roque. No seguimos porque tuve la suerte de que la entrada súbita de Celestina cortase un coloquio que no podía serme agradable. El tábano de *Licurgo* se fué, zumbando de mesa en mesa, hasta llegar a una donde se apiñaba el grupo más ruidoso de la patriotería del barrio. Solo ante mi corredora, me faltó tiempo para desembuchar lo que tenía que decirle. En efecto, Floriana no vivía ya en la calle de Rodas. Respecto a la ausencia de la linda moza, daban las vecinas distintas explicaciones. Ninguna indicó que se hubiera liado con un ricacho carcunda.

—¿Qué tengo yo que ver con las habladurías de aquel barrio, que es el mentidero de la *tía Cotilla?*—respondió la Tirado, tomando el primer sorbo de un medio chico del blanco de Méntrida—. Créame a mí, y siga el consejo que le voy a dar: Desaparte ya su pensamiento de esa mujer, que no será para usted como no ponga toda su influencia con el Gobierno para que le caiga el premio gordo de la Lotería. La Floriana es y será siempre gala para hombres ricos. Si ha de seguir usted en su vida modestita y a la pata la llana, con influencia y todo, arréglese ya de asiento con esa doña Candelaria: que es mujer barata, pues ella se mantiene con versos, que algunos llaman berzas, se desayuna con periódicos, y se viste con las percalinas amarillas y encarnadas que se usan para colgar los balcones en días de patriotismo.

Oí con desprecio las exhortaciones de la liosa mujer, y sintiéndome fatigadísimo y con dolor de cabeza, me retiré a mi casa. Pasé la noche compartiendo mis horas entre el sueño y el delirio, atormentado por visiones de la realidad y espejismos de un mundo ilusorio y fantástico. Dolencia grave del ánimo debo más bien llamar a mi pasión ardiente por aquella mujer, apenas vista, y más adorada cuanto mayor era el espacio entre su persona y mis brazos amantes. En la hermosa Floriana veía yo la cifra y resumen de mi existencia el reposo definitivo de mis ansias de amor, lanzadas a prueba en mil ocasiones sin hallar nunca la ideal satisfacción de ellas.

Entre los disparates con que me mareó Celestina, brilló con fulgor de relámpago una idea práctica. ¿Por qué no utilizaba yo en provecho propio mi omnímodo poder en la esfera oficial? Si a los demás hacía yo felices ¿por qué no agenciaba para mí la felicidad de ser rico, que me daría la más fácil solución del problema de amor? Tal fué mi vertiginoso delirio en aquella madrugada. Por más vueltas que daba yo en mi abrasado cerebro a la idea y propósito de traer a mis manos el premio gordo de la Lotería, no hallé la manera y forma de entenderme con mis espíritus familiares para que éstos dieran positiva realidad a mi loco ensueño. Cuando las luces del nuevo día despejaron mi cabeza, vi con claridad que mi solo recurso era encomendarme con alma y vida a mis aéreos protectores, y ellos me sacarían de

penas, ellos me traerían la mujer ideal empleando las divinas artes de su potestad sublime, ultraterrena.

Como en aquellos días no iba yo al Congreso, ni parecía por la oficina, apenas pude enterarme de las graves sublevaciones que amenizaron la vida nacional en diferentes provincias. Nicolás Estévanez, única persona que yo visitaba entonces, me contó lo de Málaga, que fué, no del tenor, sino del *barítono siguiente*, como decía en su guasón estilo mi amigo Roberto Robert. Los inquietos federales malagueños, ávidos de campar por sus respetos, rompieron todo lazo con el Poder central, declarándose francamente autónomos. Cabeza de la insurrección fué un hombre de más osadía que inteligencia, llamado Eduardo Carvajal, tío del ministro de Hacienda. Con las armas viejas requisadas en la ciudad y las que quitaron a los pocos soldados que el Gobierno envió como guarnición de la plaza, se pusieron en pie de guerra. El travieso jefe de aquel movimiento tenía sin duda relaciones más que amistosas en el mundo oficial de Madrid, porque obtuvo de un empleado secundario de Guerra, sin conocimiento del ministro, una orden para que le entregasen cuatro cañones el Parque de Sevilla. Las cosas que entonces se veían en España no se vieron jamás en parte alguna.

Compinchado con amigos de Sevilla, se dirigió Eduardo Carvajal a esta ciudad con una partida de mil hombres, entreteniéndose por el camino en cobrar contribuciones y en el merodeo de víveres y caballos. En su marcha siguió sublevando pueblos y afanando fondos municipales hasta regresar a Málaga, donde le recibieron con aclamaciones de triunfo. Su primer cuidado fué establecer el cantón malagueño. No pudo conseguirlo. Quiso entablar negociaciones con el Gobierno, y como éste no le hiciera caso, fué a buscar más ancho campo de acción en Cartagena.

Los intransigentes de Sevilla, imitando el ejemplo de sus hermanos de Málaga, se sublevaron. atacando con ardor el Parque, del cual sustrajeron las armas inservibles y viejas que allí existían. Fácilmente se sobrepusieron a la escasísima guarnición de la plaza, y proclamaron con gran solemnidad la independencia de la provincia de Sevilla, formando la indispensable y tan acreditada Junta Provisional de Gobierno. Pero los de Utrera no se avenían a depender de Sevilla. Esta mandó contra Utrera una columna, que fué rechazada en recto combate, en el cual sufrió cuatrocientas bajas entre muertos y heridos. Por la otra banda, Sanlúcar constituyó también su cantón, nombrando un Comité de Salud pública, y Cádiz. donde era alcalde el austero patriota Fermín Salvochea, hizo lo propio. Siguió ardiendo por toda Andalucía el reguero de pólvora, y Osuna, Antequera, Loja, Granada, proclamaron con solemne desahogo y algarabía su santa idependencia.

Aunque de mí os burléis, amados lectores, he de deciros que esta descomposición de la Patria. este desorden convulsivo, traían a mi alma un regocijo intenso, porque en mi propio ser sentía yo el frenesí de independencia; yo era también obstinado rebelde, y el impulso centrífugo me lanzaba fuera del régimen de mansedumbre y rutinas putrefactas de puro viejas. Yo era también cantón o quería serlo, fundándolo en el único pacto que mi mente concebía, el trato de amor con la mujer amada.

Erame odioso el pesado matalotaje de leyes que por todas partes nos cercan y aprisionan. Infecto me resultaba el llamado orden social, atmósfera demasiado espesa y malsana para mis pulmones. Así, para juzgar los arrebatos faccioso de las ciudades andaluzas, yo ponía mañosamente a un lado la reflexión, y me iba derecho al asunto con mi fantasía sin freno y con el centelleo de la pasión que me abrasaba.

En aquellos días de soledad ensoñadora, mi única placidez era el nocturno ambular por las calles. sin dirección fija. Mis piernas se volvían de acero. Al término de mi excursión no me era fácil decir por dónde había pasado, como no fuera la calle de Rodas y adyacentes, a las que consagraba largo tiempo de mis caminatas. No ponía ya gran atención en los grupos ni en los diálogos, natural expresión de la vida en los lugares de mi tránsito. Más que lo de fuera veía yo lo que en mi interior llevaba, y más que el lenguaje del pueblo me impresionaron, una vez y otra, voces pronunciadas sólo para mis oídos, aliento y susurro de seres invisibles que en torno a mi cabeza revoloteaban.

Una noche, después de dos horas de

voltijeo inconsciente por una parte de los barrios bajos y otra parte de los medios, me encontré en una calle que reconocí como la que antaño se llamó de la *Inquisición* y hogaño de *Isabel la Católica.* Allí fueron más recias y claras las voces que murmuraban en mis oídos. No podía dudar que los familiares espíritus me decían: «Búscala, búscala... Adelante, pobre Tito.» Seguí, seguí... Por la calle del Alamo llegué a la de los Reyes, y como allí sonara de nuevo el *Búscala,* pensé que mis invisibles amigos querían guiarme a la calle de San Leonardo. Allá me fuí como una flecha. Recorrí la calle de arriba a abajo y de abajo a arriba, deteniéndome varias veces frente a la casa que fué de don Hilario, con la extraña particularidad de que mientras yo contemplaba en éxtasis el edificio, cerrado y sin claridad en sus huecos, las voces misteriosas callaron.

Al ponerme de nuevo en marcha hacia la calle de San Bernardino, escuché como un reír gracioso, y luego estas palabras bien claras: «Sigue, Titín enamorado; Titín picaruelo.» Obedecí metiéndome en las calles de Juan de Dios y Limón, alentado por las risueñas voces. Sin saber cómo salí al callejón del Cristo y a la calle de Amaniel, y allí mis aéreos tutelares clamaban, con jácara bulliciosa: «Sigue, Tito; que te quemas, que te quemas.» Así llegué a la plazuela de las Comendadoras de Santiago, y ante la fachada grandota del convento me paré, mirando primero las altas rejas, después la pesada y ostentosa mole de la iglesia. En este punto, las voces que a tal sitio me guiaron resonaban en torno a mis oídos con cháchara de risas, mezcladas de sílabas y modulaciones fugaces. Creí encontrarme dentro de una pajarera.

Pensé que si allí estaba Floriana no sería en calidad de monja, sino de *señora de piso,* que así llaman a las damas principales que en aquel santo retiro buscan sosegado alojamiento y viven recogidas y libres, pudiendo salir a la calle y comunicarse con el mundo. Tras larga expectación me dominó de tal modo la fatiga que no podía ya con mi alma. Pero como al propio tiempo me sujetaban con invencible atracción aquellos lugares, me senté en uno de los escalones del pórtico. Minutos no más transcurrieron entre sentarme y tenderme a lo largo, apoyando mi cabeza en un gastado sillar... La dureza de mi cama no impidió que me sumergiera en un sueño profundísimo... De aquel sopor me sacaron manos vigorosas, que tirando de mí obligáronme a tomar la vertical... Me vi entre dos guardias de Orden Público. Uno de ellos pronunció alborozado mi nombre. Era Serafín de San José.

XII

Dejéme conducir hacia la calle Ancha por mi protegido, a quien vi transformado por el uniforme. De su rostro había desaparecido la expresión famélica, y su mirada y gesto eran de un hombre satisfecho de la vida. Agarrado a su brazo, le dije:

—Amigo Serafín, el apoyo que te presté espero que me lo pagues ahora con un servicio..., fíjate..., con un servicio que te agradeceré mientras viva. Quiero que me averigües..., fíjate..., que me averigües, pero pronto, hoy mismo, si puede ser...; fíjate en lo que te digo..., que me averigües si en el convento de las Comendadoras de Santiago vive una *señora de viso,* joven y hermosa, que se llama..., fíjate..., que se llama *Floriana.*

Observé que Serafín me oía con atención cariñosa mezclada de lástima. Sin duda, juzgando mal lo entrecortado de mis conceptos y la repetición del *fíjate,* creía que me había sorprendido durmiendo una *jumera.* Antes que él me revelara su pensamiento, yo me arranqué con estas explicaciones:

—No soy bebedor: bien lo sabes. Mi sueño era de cansancio, no de embriaguez. Y si mi habla es un tanto premiosa, atribúyelo a la debilidad de mi estómago y a que tengo el caletre un poquito trastornado... porque..., fíjate..., ¡me pasan unas cosas!... Esta madrugada han venido siguiéndome por las calles unos espíritus..., espíritus buenos y amables que se interesan por mí...

Por lo que dije de mi trato con entes invisibles y por lo que antes hablé de mi desfallecimiento, el bueno de Serafín, movido a mayor lástima, me invitó a entrar con él en una excelente buñolería de la calle de la Palma, donde daban chocolate además de café econó-

mico. Acepté gustoso, que buena falta me hacía reparar mi desmayado cuerpo. Lo primero que me sorprendió al entrar en el cafetín fué la persona del buñolero, en quien reconocí a Indalecio García *(Pajalarga)*, miliciano de los que cercaron el palacio de Medinaceli la noche del 23 de abril, y que luego concurrió a nuestra cena y tertulia en la taberna de Juan Niembro. Estuvo el hombre finísimo. Mandó hacer para el guardia y para mí dos chocolates machos, y nos los sirvió con churros exquisitos. La parroquia del establecimiento no era escasa. Vi dos mozas del partido, soñolientas, tres o cuatro chulos aburridos, con altas gorras, y unos trabajadores que tomaban en pie la mañana. Llegaron luego algunos *silbantes*, trasnochadores de prostíbulos y chirlatas, y empezaron a consumir buñuelos y copas de lo fuerte.

En torno a nuestra mesa se formó un ruedo de habladores, en el cual descollaba *Pajalarga*, no sólo por su estatura, sino por su vena oratoria. Era un parlamentario terrible. En los clubs le rompían a fuerza de tirones la chaqueta, para hacerle callar. Mi presencia le alentó a dirigir su voz a *las masas*, y dando un puñetazo en la mesa, tomó así la palabra:

—Yo, señores, soy federal desde el vientre de mi madre. Ni don Francisco Pi ni el propio Roque Barcia me ganan en federalismo. No me asusto de que los pueblos, viendo que las Cortes se tumban en el surco y el Gobierno espera que las ranas críen pelo para federalizarnos; no me asusto, digo, de que los pueblos se acantonen de por sí, formando sus Consejos particulares de la Salud pública. ¡Viva Sevilla, viva Málaga, donde hay hombres de coraje que rompen el vínculo y la víncula del unitarismo funesto, incomunicativo y contradictorio! Por lo que no paso, señores, es por lo que están haciendo los falsos *Robespierres* de Alcoy. Y ya que tengo el honor de recibir en este establecimiento al sabio corifeo don Tito, yo le ruego nos diga lo que piensa de esos vituperios que deshonran la Causa...

Le interrumpí para decirle que ignoraba lo de Alcoy. ¿Cómo había yo de saberlo si acababa de llegar del extranjero? Fraccionada en retazos que salían de diferentes bocas, oí la historia de lo acaecido en la ciudad levantina, que fué como sigue: Los trabajadores de Alcoy, afiliados en su mayor parte a la Internacional, pidieron que se les aumentara el salario en un cincuenta por ciento, y que se les declarase dueños de los telares en que trabajaban. Surgió la huelga. El alcalde, señor Albors, que había sido diputado republicano en las Constituyentes del 69, declaró en un bando la libertad de los huelguistas y de los no huelguistas; es decir, que podía cada cual hacer lo que le viniera en gana... El motín estalla, los trabajadores arrollan la escasa guarnición; pegan fuego al Ayuntamiento, asesinan a todas las personas que odian, matan a trabucazos al alcalde, y arrastran ferozmente su cadáver...

—Gracias que llegó una columna de voluntarios valencianos, mandada por el general Velarde—dijo *Pajalarga*, arrebatando el vocablo a las demas bocas—. Con esto apretaron a correr aquellos que no son republicanos, sino públicos forajidos; pero ya les alcanzará el Velarde y pagarán su culpa esos traidores, renegados, vendidos, señores, ¡ah!, vendidos al oro de la reacción.

—Para cantones bien formados, el de Valencia—afirmó un *silbante*—. En la Junta cantonal figuran el arzobispo y el marqués de Cáceres, jefe de los alfonsinos.

—También se han acantonado Castellón y Murcia—agregó un albañil—. Lo sé por el ordinario.

—Poco a poco—saltó una de las mozas del partido, metiéndose en el ruedo—. Mi pueblo, que es Alhama de Murcia, no quiere depender de la capital, y ya tiene su Cantoncito para él solo.

Recobrado mi equilibrio con el lastre de chocolate y churros, me dispuse a marchar a mi casa. Con oficiosa esplendidez, *Pajalarga* no quiso cobrarnos el gasto, y sacándome del ruedo me metió en el rincón más oscuro de la trastienda, donde misteriosamente me dijo:

—No me oculte usted, señor don Tito, que ha ido al extranjero con una encomienda de don Francisco, para que los gobiernos repúblicos de la Francia y de la Suiza metan mano a las carcas y no les dejen pasar la frontera.

Sin negar ni afirmar nada, mi sonrisa bonachona dió a entender al buen *Pajalarga* que estaba en lo cierto; pero tuve cuidado de añadir que el asunto

era delicadísimo, y la reserva me obligaba a ser sordo y mudo. Ya hablaríamos, ya hablaríamos...

Hasta la puerta nos acompañó, a Serafín y a mí, el elocuente buñolero. Volviendo a la calle Ancha, tomamos el tranvía de Estaciones y Mercados, para ir a la Puerta del Sol. Aproveché la obsequiosa compañía de Serafín, que no me quería dejar hasta mi casa, para reinterarle una y otra vez el encargo de averiguar lo referente a la *señora de piso,* añadiendo el dato importantísimo de que había sido maestra de niñas en la calle de Rodas.

En mi casa encontré a Ido y a toda la familia en grande alarma por mi ausencia. Díjeles que había estado en una reunión política de suma gravedad. Las magulladuras de mi cuerpo, por la dureza del lecho granítico, me pedían a voces la blandura de mi cama, y en ella me metí, sirviéndome de ayuda de cámara el bueno del patrón. Como de costumbre, le dije:

—¿Qué hay de cosas, amigo don José?

Y él, alargando su chupado rostro, me contestó con voz funeraria:

—Francamente, naturalmente, señor de Tito, poco puedo yo contarle que usted no sepa. Los males que afligen a España se reducen a uno solo, es a saber: que todo lo que sufrimos sería poca cosa si no padeciéramos ese cáncer, esa peste, ese cólera morbo que llamamos indisciplina militar. Yo me horripilo cuando me cuentan que los soldados gritan a sus jefes: *¡Que bailen, que bailen¡* y *¡Abajo los galones!*

Pausa. Suspiros de ambos. Ido prosiguió así:

—Vea usted el caso del teniente coronel de Llagostera. Entra indisciplinado en Murviedro el batallón de Cazadores de *Madrid.* Su jefe, hombre de tesón y coraje, dice: «Aunque me juegue la vida, yo meto a éstos en cintura.» Alardeando de arrojo temerario, ordena a los cabos, sargentos y oficiales que le dejen solo con la fuerza. Después de poner en el suelo su sable y su revólver, manda formar el cuadro. Arenga a los soldados con palabras ardientes, invocando el honor, la bandera, la Patria, y cuando ya cree tenerlos dominados con su noble entereza, suena un tiro; luego otro y otros. El bravo Martínez Llagostera cayó acribillado a balazos.

—Como ese caso, aunque no tan graves, hay muchos en toda España.

—Y yo pregunto, señor don Tito; sin Ejército disciplinado, ¿cómo vamos a terminar las guerras civiles?

—El tiempo, amigo Ido, que es la cifra y compendio de la disciplina, pues nada puede alterar el régimen pausado de sus horas, sus días y sus años, se encargará de poner término a esas calamidades... Las guerras civiles, combatidas por el cansancio, que es también una forma de disciplina, se acabarán por sí mismas, y todo volverá a su ser y estado natural. ¿Cuándo? A esto no puedo contestarle. Los que vivan mucho lo verán.

No seguimos porque Ido me recomendó el reposo, y mis nervios y mi cerebro me pedían también disciplina. Al despedir a mi patrón, le dije:

—Es posible que duerma todo el día. No dejen entrar a nadie, con una sola excepción. Si viene un guardia de Orden Público, que se llama Serafín de San José, despiértenme en seguida. Me traerá un parte, un despacho, un aviso, de más importancia para mí que todas las cuestiones políticas, así nacionales como internacionales o del mundo entero.

No interrumpió mi descanso la voz deseada de Serafín de San José; pero al llegar la noche, fuí sorprendido por otra voz siempre grata para mí. Era Nicolás Estévanez, que se me presentó en casa con propósito firmísimo de llevarme a comer con él. Intenté formular delicada resistencia a la invitación de mi amigo; pero éste la repitió con tonos tan terminantes y autoritarios, que me rendí a su bondad un tantico despótica...

Comiendo en Levante, solicitó mi colaboración para un trabajo literario y periodístico. Un diario de París, de los más poderosos, le había encargado una información extensa y concienzuda de lo que en España ocurría, y singularmente de los debates parlamentarios. Pagaban con largueza, y exigían que diariamente se mandase un determinado número de cuartillas.

—Necesito un ayudante—añadió—, y ese ayudante eres tú. Desde mañana nos vamos al Congreso, yo a los escaños, tú a la tribuna, distribuyéndonos previamente el trabajo. No hay que decir que partiremos también... *el oro francés* que no nos vendrá mal.

No sabía yo cómo excusarme de admitir una colaboración que había de serme penosísima por el estado de mi cabeza. Por fin, echando resueltamente por la calle de en medio, rompí el secreto de mis íntimas aprensiones, ensueños y amorosas ansias, y le conté la fábula poemática o mitológica de la dama invisible, angélica o endemoniada, que era mi ilusión y mi suplicio. La risa que soltó don Nicolás al oír mis peregrinas confidencias me desconcertó más, poniendo mi pensamiento a inconmensurable distancia del suyo.

—Ahora sí que no te suelto, Tito—dijo Estévanez, apretándome fuertemente el brazo—. Estás enfermo, y yo soy el médico que ha de curarte. Padeces un romanticismo agudo, que puede ser principio de chifladura crónica. Tu dolencia se manifiesta bien clara en tu estado de languidez babosa, de inquietud delirante, de sutileza del oído que se empeña en traducir al lenguaje vulgar los silbos del aire que pasa, los ruidos de las puertas y el pisar de los transeúntes. Desde esta noche harás lo que yo te mande: te sujeto al trabajo. El remedio heroico de tu enfermedad es tener tu atención sujeta siempre a cosas prácticas, externas, ajenas a todo lo que compone el reino mentiroso de la imaginación.

Como lo decía lo hizo desde la mañana siguiente muy temprano. De acuerdo con Ido, me secuestró apenas tomado mi desayuno, y echándome la garra me llevó consigo, antes que pudiera yo largarme a mis habituales correrías. Movido de una intención benéfica y paternal, me hizo su esclavo, y yo, sintiendo el hierro que me oprimía, no pude maldecir la mano dura y generosa del amigo entrañable.

Vedme otra vez en el Congreso, amados leyentes míos y hermanos en la comunidad de la Historia; vedme en la tribuna, rasgando el papel con lápiz velocísimo, para transmitir a luengas tierras lo que, a mi parecer, no merecía salir de aquel que a cada paso llamaban *augusto recinto*. Extractaba yo los vanos discursos sin poner en ellos más que una fugaz atención mecánica. Casi todos los grupos de la Cámara eran hostiles al Gobierno, por la inacción en que éste permanecía frente a las escandalosas insurrecciones cantonales y al creciente empuje de los carlistas. A cada momento salían de los escaños voces de arbitristas proponiendo enérgicas panaceas para curar, con rápido tratamiento, los males de la Nación.

El simpático diputado por Cabuérniga (Santander), don Antonio Fernández Castañeda, propuso que se autorizara al Gobierno para organizar treinta mil voluntarios: el señor Ocón, diputado por Segorbe, pidió que se decretase un impuesto extraordinario de 110 millones de pesetas, y que se nombraran Comisiones de diputados vasconavarros y catalanes, investidos de facultades extraordinarias, que acompañesen a los generales en la campaña del Norte. Otro saltó pidiendo que se revisaran las hojas de servicio de los generales, jefes y oficiales...

Con indignación y dolorido acento patriótico trataron de los sucesos de Alcoy, en las sesiones del 11 y 12 de julio, Aura Boronat y Maisonnave, ambos diputados levantinos. Las Cortes *ordenaron* (textual) al Gobierno que procediera por inexorable energía. Los ministros pusieron sus carteras en manos de Pi y Margall, y dos días después, mientras éste se ocupaba en amasar y cocer un Gabinete de conciliación, el señor Prefumo abordó el terrible asunto del alzamiento de Cartagena, precipitado por la flaqueza o traición del gobernador de Murcia, señor Altadill, y por la indolencia del Gobierno.

A Pi y Margall se le censuraba casi unánimemente porque, investido por las Cortes de facultades extraordinarias para dominar la situación, no quiso aplicarlas en momentos tan críticos. Ante la pavorosa insurrección cantonal, limitábase a dirigir por telégrafo a los gobernadores y alcaldes amonestaciones patrióticas, o saludables máximas de buen Gobierno y de respeto a la Ley. Era el hombre inflexible; era la Ley misma. Pensaba como yo (lo digo sin vanidad) que la Razón y el Tiempo, las dos fuerzas eternamente disciplinadas e incontrastables, reducirían a los rebeldes a la obediencia y devolverían a los pueblos su placentera normalidad.

A la defensa de Pi, ausente de las Cortes en aquellos días, salió Carvajal, ministro de Hacienda, que con toda su elocuencia no pudo amansar las iras del señor Prefumo; acudió a la liza el

ministro de Ultramar, señor Súñer y Capdevila, y aquí fué Troya. Empezó diciendo que estaba dispuesto a castigar con mano dura, inexorable, a los revoltosos, a los incendiarios y a los asesinos. Un aplauso unánime acogió estas palabras, y aquel hombre talludo y frío, sectario furibundo, que desmintiendo su honrada condición ponía siempre en sus palabras una ironía mefistofélica, prosiguió de esta manera: «Pero, señores; cuando se trata de luchar y de derramar la sangre de mis amigos y de mis correligionarios, declaro que hasta aquí no llega el heroísmo.» Un diputado le interrumpió preguntando: «¿Y si son facciosos?» El ministro contestó: «Para su señoría serán facciosos...» Espantable vocerío y protestas unánimes le obligaron a callar.

Restablecido el orden, remató así Súñer su infeliz perorata: «Una cosa es considerarlos facciosos, y otra luchar con ellos. Aquí no hay más que dos políticas: o la de ataque o la de concesiones. Pues bien: yo declaro, desde este banco, que soy partidario para con mis correligionarios, sublevados en Cartagena y en cuantos puntos puedan levantarse, de la política de concesiones.» Nuevo escándalo. Habló Pi, que acababa de llegar al Congreso, y no convenció a nadie. La sesión terminó con borrascosas disputas. La crisis se imponía, y para resolverla, las Cortes dejaron de celebrar sesiones los días 15 y 16 de julio usando el artificio de figurar falta de número para poder abrirlas.

Me vinieron muy bien los dos días de asueto, pues ya me fatigaba la ímproba labor de comunicar al mundo los alborotos del divertido gallinero de mi Patria. Pero mi amigo y médico, don Nicolás Estévanez, atento a que mi espíritu no se desligase de las cosas externas para volver a cabalgar locamente por los espacios imaginarios, teníame bien sujeto; llevábame a comer a su casa o al café, y a la caída de la tarde, paseando agradablemente por las afueras, me refería sucesos cómicos y dramáticos en que él intervino; con fácil trazo descriptivo hacía la semblanza de los primates del republicanismo, y de ellos contaba casos y rarezas que desmentían la opinión vulgar de sus caracteres.

De cuanto le oí en aquellas tardes se me ha quedado muy presente el perfil biográfico de Figueras, y una interesante anécdota. Reproduzco, con la mayor fidelidad posible, las propias palabras de Estévanez.

XIII

«Don Estanislao es el hombre más generoso y bueno del mundo. En él no se admira tan sólo la virtud pasiva, que consiste en no hacer el mal. En su corazón arde el sentimiento de caridad en su grado más efusivo. No acude a él ningún necesitado que no halle consuelo y socorro. Los perseguidos por la Justicia que solicitan su compasión, le ven entrar en el Saladero llevándoles el sustento y la esperanza. En los casos difíciles habla con los jueces, revuelve toda la Curia, y no descansa hasta conseguir la libertad del preso. Si para los extraños es misericordioso, para los amigos no tiene límite su bondad. Practica el principio cristiano en toda su entereza, desentendiéndose en absoluto de la liturgia; por lo que resulta, según el criterio de los neos, un ángel impío, un santo anticlerical.

»Ahora te hablaré de su mujer, la pobre doña Josefa Madrignac, que murió en abril, días antes del veintitrés. Era una señora excelente, un modelo de esposas, modelo también de modestia y candor. Amaba tiernamente a su marido, sin que atenuara este cariño la diferencia de ideas religiosas. Su beatería y misticismo la inducían a procurar que su marido, elevado a la Presidencia de la República, dejase en paz a las personas y corporaciones religiosas. Pero Figueras se mostraba reacio. Cansada la angelical señora de sermonear al marido hereje, y no pudiendo, por su sordera, enterarse de las razones que éste le daba, escribíale cartitas dulces, cariñosas, impregnadas de piedad, y cuidadosamente se las ponía en los bolsillos de la levita o en el forro del sombrero de copa... No dejaban de afectar al presidente las esquelitas cuando daba con ellas. Ocurrió que en un Consejo de Ministros se acordó la exclaustración inmediata de algunas monjas, y este acuerdo fué apoyado por Figueras con toda su energía. A la semana siguiente tratóse del mismo asunto en otro Consejo, y don Estanislao, va-

rlando de opinión, se mostraba condolido del daño que se iba a causar a las pobrecitas religiosas. Pi y Margall, que le había descubierto el juego, se sonrió diciéndole: «Vamos, Estanislao, ya has recibido carta de la familia. ¿Me dejas registrarte el bolsillo de la levita?» Negó Figueras, un tanto confuso. Aquella misma tarde, al retirarse del banco azul, tomando su sombrero, cayó del forro de éste una esquelita. Sonrisa general en todo el Ministerio.

»La muerte de la virtuosa y angelical doña Pepita, que así la llamaban familiarmente sus amigos, causó grande aflicción a Figueras, que estuvo largos días encerrado en su casa de la calle de la Salud, cuyo rótulo fué sustituído por este otro, kilométrico: «Calle del Primer Presidente de la República Española...» Te contaré ahora cómo fué curado de su dolor el jefe del Estado por la medicina del tiempo, reparador solícito de las desdichas humanas. Añadiré, para tu total conocimiento del personaje, que, además de bueno, misericordioso y caritativo, en grado heroico, es Figueras un romántico hasta la medula de los huesos; romántico digo, como tú, y como tú gustoso de la variedad de los afectos que más halagan al hombre. Antes de su viudez se prendó de una bella señorita y viudo ya y enlutado, el presidente del Poder Ejecutivo rondaba la casa de la damisela, y acechaba en la esquina próxima para verla entrar o salir. Pasión ardiente prendió en aquel hermoso corazón que en todo ha de ser grande. Ni sus canas ni sus deberes políticos le contenían en el violento retorno a la edad juvenil. ¿Qué quieres que te diga, Tito? Yo admiro a Figueras tal como es, sin meterme a dilucidar si sus extravíos son aciertos, o sus errores cualidades excelsas. En él todo me parece bueno...

»Si ahora me preguntas qué influencia tuvieron estas que algunos llaman debilidades en la fuga del presidente, te diré que lo ignoro. No tuve bastante intimidad con él para desentrañar el misterio psicológico de su deserción. Quizás sintió el hombre con extraordinario ardor el ansia de libertad; tal vez su alma vió en la libertad individual un bien altísimo y soberano, superior a cuantas satisfacciones podía darle la vida política en un país ingrato, voluble, predestinado a ser eterno juguete de la tiranía o de la demagogia.»

Las últimas frases del cuento de Estévanez sugirieron en mí estas reflexiones amargas. Si mi amigo elogiaba el romanticismo de Figueras, y por ser éste un grande hombre le absolvía de sus delirios, ¿por qué a mí, romántico también, aunque pequeño y de condición insignificante, quería curarme con medicamentos un tanto crueles? Si la libertad individual es el mayor tesoro de los humanos, ¿por qué había de ser concedido a los altos y negado a los humildes?

Debo declarar que el tratamiento de Estévanez no había sido ineficaz para mí, y que yo sentía muy atenuado mi frenético espiritualismo por la acción de la vida ramplona y pedestre. No obstante, cuando Estévanez me dejaba solo en mi casa, escapábame yo hacia el ideal preguntando a Ido si había estado a buscarme el guardia Serafín. Como la respuesta de mi patrón era siempre negativa, hube de añadir esta nota interesante:

—Si viniese el guardia por la tarde, adviértale que me encontrará en la tribuna de la Prensa del Congreso.

Desganado y sin ninguna ilusión periodística, volví a las tardes de las Constituyentes, bajo la severa autoridad de mi amigo y médico. Testigo del inenarrable barullo que precedió a la designación del nuevo Ministerio, lo transmití todo a la Prensa extranjera. Pero a vosotros, amados lectores, me guardaré muy bien de ofreceros los detalles de aquellas zaragatas, que habrían de marearos y confundiros. En una sesión que empezó a las ocho de la mañana, se leyó el *Proyecto de Constitución Federal de la República Española.*

Reunidos por la noche en el Senado los padres de la patria con el señor Pi y Margall, éste se dió por vencido; sólo el centro, unido a la derecha, podía resolver la crisis. Al día siguiente, 18 de julio, las Cortes designaron a Salmerón para formar Gobierno. El 19 leyó don Nicolás la lista de los nuevos ministros: Soler y Pla, Estado: Moreno Rodríguez, Gracia y Justicia; Oreiro, Marina; Fernando González, Fomento; Palanca, Ultramar; Carvajal, Hacienda; González Iscar, Guerra; Maisonnave, Gobernación.

Apenas empezó Salmerón su discurso-programa, yo, que fácilmente me distraía, miré a la puerta de la tribuna, y vi en ella el rostro fláccido de mi guardia Serafín de San José. Como atraído por irresistible fuerza magnética, salté de mi asiento, dejándome en el pupitre papel y lápices... No sé si agarré a Serafín por el brazo o por el pescuezo... Llevéle al pasillo, y antes que yo le preguntara, su boca, rasgada en sonrisa placentera, me soltó estas palabras dulcísimas:

—Señor don Tito, vengo a decirle que está usted servido.

—Explícate. Dime pronto.

—Ahora verá usted que Serafín es hombre agradecido. Por usted sacrifico yo todo lo que tengo, mi destino y hasta mi vida...

—Bueno, bueno; pero dime...

—He podido encontrar..., ¡ay, qué fatigas, qué ajetreo, qué ir y venir!... ¿He tardado, verdad?... Pero ¿qué importa la tardanza, si al fin este pobre guardia viene a usted con la satisfacción inmensísima de haber encontrado a la señorita Floriana?

La voz de Serafín me pareció celestial. No sonaron mejor en mi oído los coros angélicos. Mi polizonte prosiguió así:

—Créame: ha sido como sacarla de las entrañas de la tierra. Verá usted: estuvo tres semanas en las Comendadoras con unas damas maduras que no sé si son tías, madres o abuelas putativas. Para averiguar esto tuve que hacer el amor a la cocinera de las *señoras de piso*. Por ella supe que Florianita saldría pronto de Madrid. Yo soy muy lince: camelé a la prójima, y la puse tan tierna, que al fin logré que llevara un recado a la señorita, de parte de don Tito Liviano. Pasaron tres, cuatro, seis días sin respuesta ni razón alguna. Desesperado estaba ya, cuando la cocinera me dijo que doña Floriana se había dignado concederme audiencia. Subí al convento y me aboqué con la señorita, cuya hermosura medio me cegaba como si estuviera mirando al propio sol. La divina mujer me acogió risueña, y sin más me dijo: «Mañana, a esta hora, búsqueme usted en la calle de Rodas, número trece. Es una escuela donde están de obra. Allí hablaremos. Basta ya.»

Al llegar a este punto, estaba yo medio loco; las sienes me latían, mis orejas echaban lumbre, el corazón se me quería saltar del pecho. Cogí a Serafín por un brazo, y le dije:

—Paréceme que se nos cae encima el techo del Congreso. Vámonos a la calle.

Temía que nos escucharan, que me detuvieran, que los amigos de la Prensa se conjurasen contra mí... Bajamos rápidamente, y a media escalera tuve que volver a subir, porque se me había olvidado el sombrero en la percha del guardarropa... Al fin me vi en la calle, llevando a mi confidente cual si yo fuera el policía y él un criminal... Como fugitivos llegamos a la calle de la Greda. Allí me paré, y disparé contra Serafín esta pregunta, que fué como un tiro:

—Imbécil, ¿cómo no has ido ya a la calle de Rodas?

—De allí vengo, señor... ¿Por quién me tomaba? ¿Cree que soy capaz de hacer las cosas a medias?... Pues por mor de usted y de su novia he tenido que faltar hoy al servicio.

—Bien, Serafín; me vuelves el alma al cuerpo... Eres un hombre, un grande hombre... Eres mi mejor amigo. En fin, habla. ¿La encontraste? ¿Qué te dijo?

—Apenas traspasé la puerta, me salió al encuentro en el local de la escuela, vacío enteramente de chiquillos. La obra no ha terminado; pero los albañiles trabajaban en el revoco del patio...

—¡Déjate de albañiles y de revocos, hombre! A ver, ¿qué te dijo?

—Repetiré sus acentos divinos. ¡Ay, qué ángel! ¡Oiga usted, lo recuerdo palabra por palabra: «Dígale al señor don Tito que mi gratitud será eterna por el favor que me ha hecho. He recibido el nombramiento de directora de un colegio de niñas de reciente fundación. Estoy contentísima. Dígale también a ese señor tan bueno y amable que no puedo darle mis adioses porque salgo esta noche para tomar posesión de mi nueva plaza.»

Quedé absorto, alelado, encantado... Quedéme también a media miel.

—¿Y nada más, Serafín?

—Sí, señor; hay más. Este humilde criado de usted sabe rematar la suerte. Como no me satisfacía que me diese el recado por lo verbal, le supliqué que me pusiera, en cuatro letras escritas de su mano, todo eso de la gratitud y de lo contenta que está.

—¿Y escribió, Serafín, escribió?

—Corrió hacia adentro: trajo tintero, pluma y papel, y... tris tras..., con linda mano y más linda escritura... En fin, sosiéguese, señor; aquí está el papelito.

Con mano trémula tomé lo que el mensajero del cielo me entregaba, y en medio de la calle, a la luz del sol, leí:

«No me engañó quien me dijo que es usted poderoso.

»Por su mediación ha obtenido más de lo que pretendía esta humilde maestra.

»Salgo esta noche para la nueva y feliz residencia adonde me lleva mi destino.

»Adiós, adiós, y que no sea para siempre.

»Si es grande su poderío, no es menor la gratitud de

Floriana.»

La tempestad de impaciencia que estalló en mi alma no me dió tiempo ni para besar la divina esquela, trazada con perfecta y elegantísima escritura. Arreando a Serafín subí a Cedaceros, para tomar la Carrera de San Jerónimo. Al atravesarla, para entrar en la calle del Baño, un terror pánico me cortó el aliento. ¿Qué sería de mí si en aquella encrucijada se me aparecía Estévanez y me secuestraba...? Apreté a correr, diciendo para mi sayo: «Ahí te quedas. Nicolás amigo. Me escapo como Figueras..., hacia el ideal.»

Cuando íbamos por la calle del León dije a Serafín:

—Adelántate, vete a mi casa, y dile a Ido o a su mujer que me pongan en la maleta que uso para los viajes cortos toda la ropa interior que quepa, y las botas nuevas... Yo no voy a casa por temor a que me entretenga o den parte a mi tirano... Vuela, Serafín. Te doy diez minutos para esta comisión. Te espero a la entrada de la calle de la Magdalena. Si tardas, me voy solo...

El tiempo que esperé se me hizo larguísimo. La impaciencia me devoraba. Viendo el declinar de la tarde, temía no llegar a tiempo. Esto sería horrible, esto sería peor que la muerte. Por fin apareció el guardia, jadeante. En Antón Martín tomamos un coche. Calculé que si éste nos llevaba a la calle de Rodas en diez o quince minutos, llegaríamos mucho antes de que Floriana partiera para la estación. Por el camino pregunté a Serafín:

—Pero ¿tú no sabes a qué estación va?...

Respondió que la señorita no había hablado de estaciones.

—¿Y no viste allí baúles, sacos de viaje?...

—No vi nada de eso, ni junto a la divinidad apareció persona humana.

Cuando el coche paró junto a la puerta de la escuela, sentí en todo mi ser un retroceso frío y súbito de aquel impulso temerario. Por un momento me asaltó la idea de retirarme. ¿No era descortés, no era impertinente que yo, sin ser invitado a ello, me presentase a Floriana poco antes de la hora precisa para emprender su viaje? La timidez y la delicadeza, que por algunos segundos paralizaron mi actividad, fueron pronto vencidas por la pasión. «Adelante—calmó ésta dentro de mí—, adelante siempre,» Ordené a Serafín que entrase antes que yo, como enviado extraordinario para prevenir mi visita, suplicando a la señora que antes de partir me concediese el honor de ofrecerle mis respetos... Viendo que mi embajador tardaba en volver más tiempo del que yo había calculado, bajé del coche y me metí en la casa. Recorrí el local de la escuela, donde no vi alma viviente ni oí ruido alguno. Acerquéme a una puertecilla del fondo, y tampoco vi nada. Ya la impaciencia y ansiedad derramaban fuego por mis venas, cuando apareció Serafín, trémulo y desencajado.

—Señor, señor—me dijo—. En esta casa hay duendes.

—¿La has visto?

—Sí, señor; está esperando a usted. Dice que pase al momento.

—Pero ¿qué has dicho de duendes? ¿Estás tú loco?

—Después de hablar con la señorita Floriana, volvía yo hacia acá, cuando de una puerta lateral salieron llamas verdes y amarillas, con terrible olor de azufre... Vea toque, señor. Me han chamuscado el pelo y la ropa... Y al tiempo que asoplaban las llamas, oí risas y cháchara de mujeres burlonas...

—Acabemos. Toma estas pesetas. Paga al cochero, tráeme mi maleta, y lárgate si quieres.

Segundos después, Serafín me entregaba la maleta, diciéndome:

—De veras, don Tito de mi alma, ¿no tiene usted miedo?

—¡Yo qué he de tener miedo! Tú lo tienes porque eres un simple, un pobre diablo que ignora los fenómenos de la vida suprasensible... ¿Has dicho que Florana me espera?... ¿Dónde?

—Siga usted por ese pasillo adelante. Después tuerce a la derecha, y que Dios y la Santísima Virgen le acompañen.

—Abur, Serafín. Si no vuelvo, nos encontraremos y nos daremos un abrazo... en el valle de Josafat.

Me colé a toda prisa por el pasillo oscuro, sin que me cortaran el paso llamas azules ni verdes. Sentí un tufo como de quemazón de pez y piedra alumbre... Al extremo de aquel corredor torcido vi un cuadro de claridad que era el marco de una puerta. En el centro de ésta, Floriana me aguardaba. Era como una estatua de imponderable belleza. Vestía traje blanco, de forma helénica netamente escultórica. Desde que la vi a larga distancia me descubrí, avancé despacio abrumado por la emoción, y cuando aún no había vencido la distancia que de la diosa me separaba, su voz sonora y dulce me habló de esta manera:

—Le esperaba, señor don Tito. Ya sabía yo que vendría usted. Por esperarle me he detenido unos minutos. Me han dicho que le tendré por compañero de viaje. Su compañía me será muy grata.

De tal modo me anonadaron las palabras de la divina Floriana, que no supe qué decirle ni qué hacer ante su augusta presencia. Creo, mas no lo aseguro, que hinqué una rodilla en tierra y le besé la mano. Traté de sacar de la mente a los labios la fraseología galante que yo manejé siempre con arte y desenvoltura; pero la usual galantería no me valió en aquel caso, y todo el vocabulario pasional y erótico que prevenido llevaba se quedó en mi lengua avergonzado de sí mismo. Las únicas expresiones que pudo emitir mi boca fueron estas, tímidas y balbucientes:

—Sólo aspiro a ser su siervo, su esclavo, Floriana... ¿Qué soy yo más que un insecto miserable, indigno de mirar a este sol de hermosura?...

Advertí que sonreía como denegando graciosamente lo que afirmé en desdoro mío y en alabanza de ella.

En esto, una mano muy bonita me quitó la maleta..., y digo una mano, porque la mujer a quien aquélla pertenecía yo no la vi. Floriana habló así:

—Pase usted y sígame. Voy delante para guiarle en este camino, que es áspero, largo y difícil. Cuando se canse, me avisa y pararemos un ratito.

XIV

Guiado por la *creatura bella, bianco vestita*, entré, no en una estancia, sino en una caverna. A los pocos pasos el suelo descendía con rápido declive, y entrábamos en una especie de catacumba de paredes y techo labrados en la dura arenisca de Madrid. El soterrado pasadizo no era recto; ondulaba a izquierda y derecha. El piso, empedrado con desiguales cantos y morrillos, no permitía un andar ligero. Delante de la diosa vi las llamas de una docena de hachones; los portadores de ellos no se veían. Oía, sí, un parloteo festivo de mujeres. A ratos, hacia mí se volvía Floriana y me alentaba con una sonrisa y un gesto gracioso. Cuando yo tropezaba en los pedruscos, sosteníanme brazos de seres invisibles. Como una hora duró, según mi cálculo, el tránsito por aquella mina lóbrega y pendiente... Apagáronse los hachones.

Al término de la caminata fatigosa nos encontramos en un rellano bastante extenso. Elevé mis ojos hacia arriba, y no vi cielo, sino una inmensa bóveda pétrea. Miré hacia abajo, aproximándome a los bordes de aquella especie de terraza, y vi un abismo insondable. Quedé suspenso, mudo, absorto: pero lo que colmó mi estupefacción fué que allí no había sol, ni luna, ni estrellas, y, sin embargo, había claridad, una luz tenue, dulce, desconocida para mí.

Sentóse Floriana en el suelo, que era de finísimo guijo, señalándome un puesto a su lado. Las vaporosas mujeres, ninfas, espíritus o lo que fuesen, que formaban el cortejo de la diosa nos sirvieron en platos de cristal una delicada merienda, de cuya suavidad, gusto y dulzura no puedo dar idea. Componían la parte sólida de aquella comidita unos bizcochos blandos y gruesos, no diré borrachos, sino ligeramente embriagados con un néctar delicioso. Apenas los metía yo en mi boca, se deshacían, y al ser

tragados diríase que comunicaban súbitamente a todo el ser un calor tenue, vigorizando la vida nerviosa y muscular.

No sé cuántos bizcochos me comí; me sabían a gloria; no me cansaba de alabar tan sabrosa y sutil repostería. Agua cristalina y fresca nos dieron luego las ninfas, que al aproximarse a servirnos perdían en parte su invisibilidad. Yo no cesaba de mirarlas cuando de la penumbra iban saliendo hacia la claridad, y en una de las que más se nos aproximaron reconocí el rostro picaresco de Graziella.

—Andando, andando—dijo Floriana poniéndose en pie con agilidad aérea.

Y yo, que en aquel antro sublime y ante el misterio de aquellas divinas hembras no sabía decir más que palabras de una inocencia paradisíaca, concluí de este modo el concepto de Floriana:

—Andando, sí, que es tarde.

Volvióse a mí la diosa, y entre risas delicadas me dijo:

—Borre usted de su mente, señor don Tito, las palabras *tarde* y *temprano;* que aquí no existe esa forma de apreciar el tiempo. En estos valles no hay día ni noche; no amanece ni anochece. Si lleva usted reloj, no se cuide de darle cuerda, que mejor está descansando, con todas sus ruedecillas dormidas.

Emprendimos la marcha por un sendero estrecho, entre pedruscos conglomerados. Precediéndome a mí iba Floriana, acompañada de cuatro o cinco mujeres, cuyas formas indecisas excitaban mi curiosidad. Delante de ella y detrás de mí iban las demás del cortejo, apreciables tan sólo al oído por un murmullo alegre, como conversación de avecillas picoteras. Sosteniendo mi marcha al compás de la comitiva, mis ojos ávidos no hacían más que observar el inmenso antro por donde caminábamos. Floriana lo llamó valle, y estructura de tal en parte tenía. Formaban la cavidad dos grandes escarpas montuosas, en las que pude apreciar a una altura aproximada de doscientos o trescientos metros. Del fondo, donde los costados del valle tenían su cimiento, venía un rumor como de aguas precipitadas de peña en peña. Las que llamo escarpas afectaban en algunos trozos formas de colinas o laderas tendidas suavemente; en otros eran vertientes riscosas o paredones cortados casi a pico. Por el lado izquierdo del valle se escurría tortuoso el angosto sendero por donde íbamos.

Fáltame describir lo más extraño de aquel paisaje por mí nunca visto ni soñado. Las cimas de las dos grandes escarpas eran apoyo de la colosal bóveda o techumbre que unía una parte con otra. Traté de apreciar la distancia entre la clave máxima y el fondo del valle; pero mi mente confusa ante tan grandioso espectáculo, no pudo determinar tal altura, que a veces me parecía incomensurable, a veces comprendida en las dimensiones que resultarían de colocar dos o tres Giraldas una sobre otra.

Ahora relataré lo que produjo en mí, más que asombro, terror. En el punto donde se confundía la cima de las vertientes con el arranque de las bóvedas creí distinguir agujeros, covachas, y apenas me hice cargo de esto, vi que de las oquedades salían cuerpos movibles, animales felinos del mismo color de aquel terrazgo amarillento. Se me erizó el cabello al oír espantosos rugidos... No podía dudarlo: de los peñascales areniscos salían tigres, panteras y otras alimañas rampantes, cuyo aspecto y bramidos pondrían pavor en los pechos más animosos...

Al ver esto, noté que se alejaba rápidamente el rumor de las ninfas que iban delante. Comprendí que corrían. Corrió también Floriana. Las ninfas que iban detrás de mí se precipitaron monte arriba, lanzando silbidos penetrantes. De otro lado venían sonidos roncos, como de trompas de caza. El terror me paralizó, y no sabía por dónde tirar en busca de un sitio seguro... Sentí pasos, y me dije: «¿Vendrá alguien a socorrerme?» Mis ojos no se apartaban del lugar por donde aquellos pasos sonaban. No eran pisadas de hombres, sino de gigantes... ¡Ay, ay; tampoco eran de gigantes, sino de...!

Imaginad, amigos del alma, cuál sería mi espanto al ver venir hacia mí un toro..., ¡ay madre mía!.... un toro tan grande que a mi parecer era mayor que los más corpulentos elefantes, colorado retinto, por su porte y lámina de genuina casta española, con una cornamenta que a Dios llamaba de tú... Al suelo caí exánime, diciéndome: «Esta fiera me engancha en un tris, me voltea y me manda volando hasta el mismísimo te-

cho.» El animal acercóse a mí despacio... Vi llegada mi última hora..., me olfateó, echando sobre mí un resoplido de huracán, y siguió adelante.

No tuve tiempo de alegrarme, porque apenas pasó el primer toro vi venir otros dos; luego, cinco, ocho... ¡Dios mío!..., una inmensa piara inacabable: todos del mismo color y estampa: parecían hermanos. A medida que iban pasando, sin hacerme caso, cual si vieran en mí un gusanillo despreciable, mi miedo declinaba, y se me alivió por completo cuando advertí que las ninfas, espíritus, ángeles, demonios o lo que fueran, volvían corriendo con grande algazara de silbidos y alilíes. Esto me confortó el ánimo. Ya respiraba. Señal inequívoca de que se me había despejado la cabeza fué que vi a los toros en su tamaño y proporción naturales.

Aún no había pasado el imponente rebaño taurino, cuando me llamaron mis compañeras de viaje con voces cariñosas. Acudí al reclamo por sendero distinto del que llevaban los cornúpetos, pues aún no las tenía yo todas conmigo. Por zanjas y barrancas llegué a un terreno casi llano, con verdor de pradera, y allí me salió al encuentro Floriana, burlándome delicadamente por el mieditis que pasé.

—Estos fieros animales—me dijo—son mansos como corderos para mí y para cuantos van comigo. No tema usted nada.

Al decir esto la diosa, los toros, en número tal que no podía ser contado, prorrumpieron unánimes en mugidos espantosos. No creo que orejas humanas hayan oído nunca un coro semejante. Pensé que no sonarán con más estruendo las trompetas del Juicio final. Mil truenos corriendo a lo largo del valle no imitarían la repercursión prolongada de aquel mugir estentóreo. Cuando vino el silencio, se oyeron lejanos, los bramidos de las panteras y demás alimañas feroces, que, amedrentadas, se recogían en sus altas guaridas.

Estupendas cosas había yo visto en aquel mundo dantesco; pero aún me esperaban nuevos motivos de asombro. Floriana, que en un cercano matorral había cogido una varita y jugaba con ella blandiéndola en el aire, me dijo:

—Ahora, señor don Tito, podremos seguir nuestro viaje con más comodidad. En este paso no faltan peligros; pero ya ve usted que los he sorteado con mis bravos y generosos animales.

Acarició el testuz de un gallardísimo toro que a su lado estaba, y apoyando sus manos en el morrillo, de un brinco quedó montada a flor de mujer sobre el lomo del vigoroso bruto. Viéndome indeciso, hablóme así:

—No tenga usted miedo. Escoja el que más le guste y monte sin cuidado.

Así lo hice, a horcajadas. No sé quién me dió una varita... Todo el mujerío grácil y susurrante siguió el ejemplo de la diosa, entre risotadas alegres y una ligera porfía retozona, disputándose los toros en que habían de cabalgar.

Púsose en marcha la extraña procesión, semejante, según mi criterio artístico, a los bajorrelieves que son memoria y emblema de la civilización asiria. Al moderado andar de los toros avanzamos valle abajo, y éste, pasadas dos o tres grandes curvas, nos presentó aspectos más risueños. En algunas colinas vi manchas de vegetación montuna y baja. La luz siempre era la misma, y la temperatura, inalterable, dulcemente cálida... Si, como dijo Floriana, no había noche ni día en aquella parte del mundo, los cuerpos sustituían aquellas relaciones del tiempo con la necesidad alterna del velar y del dormir... Cuando en toda la comitiva se manifestó la querencia del sueño, hicimos alto, nos apeamos, y la diosa nos encaminó a una grande y limpia caverna, donde permanecimos entregados al descanso... ¿Cuántas horas?... No seré yo quien os lo diga.

Lo que sí os diré, lectores amadísimos, es que los toros quedaron pastando en las verdosas márgenes del cercano arroyo; que el suelo de la caverna era una finísima alfombra musgosa y blanda; que las bullangueras ninfas, a ratos visibles, a ratos no, nos sirvieron bizcochones más suculentos que los de la merienda: creyérase que eran de una pasta parecida al chocolate, mezclada con lo que llaman ambrosía o manjar de los dioses...

Algún resquemor me causó que la diosa, al retirarse con las que llamaré sus damas a un extremo de la caverna, no solicitara mi compañía, ni tan siquiera me diese las buenas noches, o lo que se usara donde la palabra noche no tenía

sentido... En el opuesto lado de la cueva-dormitorio, donde me rodearon las sílfides inquietas, a mi oído llegaba su confusa charla jovial, que se iba desvaneciendo en el sueño. No acababa yo de explicarme por qué no había entre ellas alguna que se vistiera de su carne mortal y a mí se arrimara blandamente para estimularme a más dulce reposo. Pensando que aquel mundo en que había caído era un tantico monótono y sosaina, me dormí profundamente... Y heme aquí soñando con lo que había dejado en el otro mundo. Así lo llamo por no saber si *el otro* era aquel en que me encontraba, o si me habían traído efectivamente al que allá llamábamos *el otro*. ¡Sueño de sueños!

Pues, señor, me vi en el Congreso (tribuna de la Prensa) oyendo un discursazo de Salmerón, magnífico, elocuente. Cuando terminó, todos decían: «Ya hay Gobierno en la República española.» Aquello se me representaba como un teatro de niños, con figurillas diminutas que se movían con alambres .. Luego soñé que pedía la palabra Ríos Rosas. Produjose un tumulto, porque alguien pretendió que no se dejara hablar al orador monárquico... Yo salí a la calle, y en la esquina de Floridablanca unos *silbantes* pegaban un pasquín que decía: «¿Quién es Ríos Rosas?» Yo les dije: «Imbéciles; es el león de la elocuencia. Dios os libre de caer en sus garras...»

Volví a verme en la tribuna y escuché la fiera voz del león, que así clamaba: «El tercer pretendiente al Trono de España será confundido y aniquilado como su tío, como su abuelo. Esta nación desgraciada puede sufrir hasta la anarquía por un período de tiempo; lo que no sufrirá jamás es el despotismo de don Carlos ni de sus descendientes; lo que no sufrirá jamás es la Inquisición. Jamás, jamás consentiremos a don Carlos ni a los satélites de la antigua tiranía. Todo menos eso. *(Aplausos delirantes.)* Para llegar a ser Gobierno de la nación—decía, dirigiendo sus palabras al banco azul—aquí tenéis una mayoría, no muy numerosa, no os importe el número; aquí hay cohesión, convicciones, patriotismo... Con esta mayoría podéis salvar la República, restablecer el orden, restituir a la sociedad sus condiciones de asiento y de vida. Así seréis Gobierno de la nación, energía prepotente que combata, que aterre y mate todas las fuerzas rivales.»

Cambiados rápidamente los espejimos de mi sueño, me vi en la esquina de la calle de las Huertas, donde unos chicos pegaban un cartel que decía: «Salmerón es el presidente de los monárquicos...» Quise ir a mi casa, y de pronto me encontré en la tienda de María de la Cabeza, a quien vi muy acaramelada con su esposo Serafín de San José, y cuando ambos me saludaban apretándome tiernamente la mano, el atronador mugido de los toros me despertó.

XV

Un ratito estuvo mi pensamiento meciéndose en el balancín de esta duda: ¿La realidad era lo de allá o lo de acá? ¿Eran este y el otro mundo igualmente falaces o igualmente verdaderos? Sin llegar a dilucidarlo, me vi conducido al punto en que me esperaba mi cabalgadura. En ella monté, y la caravana siguió su camino. Grandemente me desconsoló el ver que la diosa iba muy delantera, dejando entre su persona y la mía buena parte de su séquito. Junto a mí marchaban las sílfides más jugetonas y parlanchinas.

Entre ellas vi a Graziella, manifestándose claramente en su encarnadura mortal. Debajo de una falda vaporosa vestía pantalones, y a horcajadas montaba en un toro voluntarioso y saltón, al cual gobernaba y regía con arte que envidiaran las más hábiles artistas de circo en el otro mundo. Hostigándole con una varita flexible, le hacía juguetear como un ágil caballo. Cuando se cansaba de este recreo, sentábase la diablesa en el testuz del animal, echando las piernas a un lado y otro del hocico, y agarrándose a las astas entonaba cantos báquicos, a que el toro respondía con sonoros resoplidos. Embelesado con tan extraordinarios ejercicios, pasé un rato agradable. Luego, la que fué mi amiga en otros tiempos tomó de nuevo la forma natural de equitación, y emparejando su toro con el mío, me habló de esta manera:

—¿Qué tal, Titín? ¿Vas a gusto en el torito? Si no te enfadas, te diré que

te has metido en este laberinto subterráneo por un extravío de tu temperamento, por tus malas mañas de pícaro redomado y por tus pretensiones de virote conquistador de cuantas hembras se te ponen por delante. Te enamoraste de la maestra por artilugios de una corredora, y creíste que esta perfecta hermosura podía ser tuya, como lo fueron tantas otras de baja y villana estofa, entre ellas, yo. Pues ahora te digo, picarón impuro, lascivo, adúltero, vicioso, ladrón, deshonesto, monstruo de disipación y libertinaje: en el momento en que dirijas a nuestra maestra y señora la menor solicitación o requerimiento de amor liviano; en el momento en que aspires a poseer un átomo de la carne divina con apariencias de mortal vestidura, quedarás muerto, si no te convierten en un inmundo y hediondo bicharraco.

Ya se había hecho de tal modo mi espíritu a las cosas inauditas, descomunales y absurdas, que las palabras de la diabla no me causaron el efecto que ella, sin duda, pretendía obtener. Siempre la tuve por un ser esencialmente burlón y sarcástico. Díjele que al entrar en aquel mundo me había cortado la coleta de tenorio y hecho voto de castidad. Apartóse de mí, indicándome que tenía que ocupar otro puesto en la caravana, y yo, imposibilitado de trabar conversación con las indecisas figuras que me rodeaban, entretenía mi tedio observando los cambios del paisaje adusto y pavoroso. Conforme adelantábamos, el valle presentaba aspectos menos áridos: junto a las masas pedregosas veíanse alcores verdeantes; crecían las aguas con el aflujo de arroyuelos que brotaban de las altas peñas. En algunos sitios las bóvedas goteaban como si rezumasen el agua de caudalosos ríos que sobre ellas corrían. Llegó un momento en que la lluvia era tan intensa que sentí miedo. Una sílfide que a mi lado iba me miró risueña, diciéndome:

—No se asuste, caballero, del agua que cae ni del ruido que se siente por allá arriba. Es el Júcar que pasa.

Esta observación de la ninfa llevó mi pensamiento al mundo exterior o cortical, digámoslo así, donde yo había nacido, y de la superficie volvió a la profundidad intratelúrica en que a la sazón me encontraba. El ir y volver de mi pensamiento engendró una idea tristísima: «Seguramente—me dije—, los que discurrimos por estas soledades, sin días ni noches, somos personas que murieron allá arriba, y muertas descienden a esta región para vagar siempre en ella purgando sus culpas.» La verdad, lectores míos muy amados, lo de ser yo ánima del Purgatorio no me hacía maldita gracia.

Mucho más allá del sitio en que vi la filtración de las aguas del Júcar se oyeron en lo alto rugidos de bestias feroces; mas no eran en tanto número como las que aparecieron en los comienzos de la expedición, y al mugido de los toros se metían asustadas en sus cubiles. Por la parte baja dejáronse ver enormes gatos monteses de pintado pelo, que a nuestro paso salían huyendo rocas arriba, con maullidos estridentes. La veloz huída de las terribles alimañas era celebrada por nuestras sílfides con algazara de silbos y greguería triunfal. No participaba yo de estos gozos, y me dije: «Por vida de San Proteo, mi patrón, que están apañadas las ánimas que vengan a este Purgatorio sin agregarse al séquito de alguna diosa.»

Largo trecho adelante, se me acercó Graziella, cautelosa, juntando su toro con el mío, y deslizó en mi oído estas palabritas:

—Farsante, me han prohibido hablar contigo.

—La farsante eres tú. ¿Cómo me explicas que siendo como eres el espíritu del sainete, de la farándula y de la picardía bufonesca, te admiten en esta grey, donde todo es discreción, comedimiento y seriedad taurina y silfidesca? Cada vez entiendo esto menos. ¿Adónde me conducen? ¿Qué pito toco yo aquí, apartado de la diosa, que no quiere llevarme a su lado? ¿Esta caverna sin fin se formó con la osamenta del paganismo, muerto y sepulto hace miles de años, o es un conducto de ansiedad mística que nos encamina a los eternos goces?...

Me azotó la diablesa con su varita, diciéndome en voz muy queda:

—Pobre mentecato, sigue, déjate llevar y llénate de paciencia. Este es el reino de la paciencia, de la castidad, de las virtudes calladas y de la educación para la vida futura. En este reino, como en todos, las almas necesitan un poquito de alegría para dar amenidad a las

horas austeras, y esa alegría soy yo. Cierra el pico y no me busques el genio. Ya me conoces: soy Graziella, la que te zarandeó de lo lindo y te dió gusto y pena llevándote siempre de lo malo a lo bueno, y de lo bueno a lo mejor. Por mí conociste a la maestra de maestras, a la grande *Mariclío*, que hizo de ti su auxiliar preferido, su muñequito donoso y sutil.

Oír el nombre de *Mariclío* y arrebatarme de júbilo y entusiasmo, fué todo uno. Empezó a dar voces... Graziella me fustigó con fuerza, incitándome al silencio. Sus últimas palabras fueron:

—Dentro de un buen rato descansaremos para comer otra bizcochada sabrosa, y van tres... Adelante hasta la bizcochada siguiente. Más paciencia, Titín salado, y después de la quinta comidita verás a la *Madre* gloriosa y eterna.

Dicho esto, arreó su toro, y haciéndole brincar como un cabrito, desapareció entre la turbamulta caminante.

Las gratísimas esperanzas que me dió la diablesa desenvuelta y marimacho devolvieron la tranquilidad a mi espíritu. Pensaba yo que, llevando cuenta de las etapas que me indicó Graziella, acortaría el tiempo y la distancia que me separaban del bien anunciado. El valle intratelúrico estrechó considerablemente cuando pasamos de la tercera bizcochada, y después de la cuarta descendía en rápido declive y ondulaba con recodos violentos. Las escarpas eran rocosas, afectando las formas más extrañas que pudiera imaginar un escultor en pleno desvarío. La humedad aumentaba, y en las peñas vi légamos verdosos, donde se deslizaban culebras de pintada piel, inofensivas. Luego, al término del largo descenso, el valle ensanchaba gradualmente y la bóveda que lo cubría era más alta, con tendencias a la forma ojival.

La quinta merienda y descanso fué en un lugar anchísimo, en el que se podían apreciar vegetaciones más lozanas y espesas. La impaciencia que llenaba mi alma me quitó el sueño. Despierto, deliraba. Quiso mi buena suerte o la voluntad de la diosa que ésta y yo reposáramos a corta distancia. Hablamos. Yo le reiteré las expresiones más nobles de mi acatamiento, y ella elogió la calma resignada con que yo la seguía en tan larga, triste y lenta peregrinación. Declaré que en aquel mundo pálido, como en el otro lleno de luz, yo sería siempre su más adicto siervo. Antes de recostarse en el blando césped para dormir, rodeada de sus ninfas camareras, me dijo así:

—Con tales disposiciones a la obediencia, usted y yo iremos muy lejos. Pronto, señor don Tito, llegaremos a donde pueda yo decirle *buenas noches y buenos días.*

Desvelado y en éxtasis, no me cansaba de contemplar el cuerpo ideal de la diosa, tendido de espaldas cerca de mí. Conque mis brazos tuvieran doble tamaño del natural, hubiera podido llegar a tocarla y darle unas palmaditas en semejante parte.

A poco de emprender la nueva jornada, distinguí a lo lejos resplandor de luces. Los toros apresuraron el paso, lo que me indicó que ellos sentían, como yo, la comezón de la llegada. A medida que nos acercábamos, advertí el enorme ensanche de lo que habíamos dado en llamar valle. Era ya más bien un campo, y la magnitud de la techumbre exigía grandes soportes de roca distribuídos con más variedad que orden, torcidos unos, derechos otros, esbeltos o jorobados, simulando gigantes cuerpos en violentas posturas. De ellos arrancaban las desiguales bóvedas en que se fraccionaba la gran techumbre pétrea. Era, en resumen, un recinto muy semejante al de una inmensa catedral hecha a mojicones y puñetazos. Cuando entramos en él, apreció su magnitud, advirtiendo que todos los toros y el personal de la caravana tenían allí holgada cabida.

Me desmonté y acudí por entre cuernos duros y blandas formas de mujer al espacio donde veía la profusión de luces, el cual era como estrado con honores de presbiterio. Allí me colé de rondón, esquivando toda ceremonia. Vi divinidades risueñas, vestidas de clámide, calzadas de coturno y con las sienes ceñidas de laurel. Vi a *Mariclío*, grande como el Tiempo, hermosa como la Verdad, plácida y grave como el genio de la Historia... Descendió del presbiterio a las anchas naves, donde los toros se atropellaban frente a ella y proferían cariñosos mugidos. Con tiernas y sentidas voces les acarició, rascando suavemente sus testuces, manoseando sus afiladas cornamentas, y ellos alargaron sus ho-

cicos húmedos, lanzando sobre la diosa calientes resoplidos.

Acerquéme a la *Madre,* y le oí decir:

—Bien venido seas a mí, pueblo viril y manso, sufrido y fiero. Te conozco desde que el viejo Túbal me trajo a la feraz Hesperia. Reposa, solázate en las praderas y hártate de cuantas golosinas hemos dispuesto para ti: avena en grano, algarroba, chícharos, habas, tan frescas hoy como las que para ti sembraron mis primeros amigos los felices íberos. Cuando comas y descanses, espárcete por estas encañadas, donde encontrarás a tus hembras, las amantes vaquitas, y con ellas puedes refocilarte cuando quieras...

Partieron y se dispersaron con alegre confusión los hermosos animales, y entonces *Mariclío,* al volverse, encaró conmigo, y ambos lanzamos una exclamación de júbilo.

—Ven acá, Titín—me dijo, levantándome en vilo para besarme.

Por la diferencia de estaturas no hubiera podido hacerlo de otro modo sin inclinarse más de lo que su dignidad permitía. Cortado y confuso, tan sólo supe responderle con frases balbucientes:

—Señora y madre mía... Soy dichoso... Siglos me habéis tenido huérfano...

—Has venido, buen Tito, en cuanto te lo mandé. Eres obediente a mi atracción sutil... A flor de tierra te he visto mil veces; tú a mí, no... Está aquel mundo muy revuelto y no quise dejarme ver. He repartido allí no pocos zapatazos con mi recia sandalia. Mas no me han hecho caso. Una y otra vez quise ponerme al habla con tus grandes hombres; pero ni siquiera supieron oír mis pasos formidables. Tú sólo te asustaste de ellos. Creo que los directores poseen inteligencia y buena intención, lo que no basta para que pueda yo darles la inmortalidad en mis anales. Pasarán días, años, lustros, antes que junten y amalgamen estas dos ideas: Paz y República.

Algo se me ocurrió que creí digno de ser dicho; pero de tal modo me conmovía y deslumbraba la majestad de la *Madre,* que de mi boca no pudo salir más que un suspiro. Avanzando por lo que he llamado presbiterio, entre grupos de sílfides reclinadas, *Mariclío* prosiguió así:

—No hace mucho me anunciaron su visita mis hermanas... Ya sabes que somos nueve, y que las nueve nacimos en un mismo día... La presencia de mis hermanas ha sido un grande alivio de mis amarguras. Vinieron con la idea de que, desembarazado este pueblo de la balumba de su realeza caduca y estéril, podrían ellas cultivar y extender aquí libremente las nobles artes que cada una preside y enseña. ¡Ay!..., yo les digo que es muy pronto para que las nueve ejerzamos por acá, en combinada maestría, nuestras funciones. Ya llegará la ocasión. Ello será cuando estos caballeros, todavía un poco inocentes, den el segundo golpe...; más seguro será cuando den el tercero.

XVI

Las ninfas o sílfides, dudosamente revestidas de carne mortal, así como las sacras figuras majestuosas, hallábanse sentadas en el césped, formando grupos sin clases ni jerarquías, y se regalaban con manjares de sutil delicadeza y aroma. La charla graciosa esparcía de grupo en grupo un franco y dulce contento. Tuvo la *Madre* el acierto, que le agradecí mucho, de no presentarme a sus hermanas, ante las cuales el pobre Tito, turbado y confuso, no habría sabido qué decir. Con *Mariclío* había adquirido yo cierta confianza, pero las otras me anonadaban con el resplandor de su presencia. Busqué con mis ojos a Floriana, y la vi junto a una que me pareció *Polimnia,* maestra de la oratoria y, la pantomima. Poco después creí verla con *Urania,* soberana de los astrónomos. Y si no estoy equivocado, la vi luego reclinada en el regazo de *Euterpe,* profesora de música de toda la Humanidad.

Sentéme yo junto a *Mariclío,* y no lejos de mí estaba Graziella con otras sílfides, cuyos rostros pude yo distinguir y apreciar en el curso del viaje y en las estaciones de reposo. Debo decir que comí de cuanto me dieron, y que sentía regenerada mi sangre y alentado todo mi ser con la ingestión de los divinos manjares. De la general conversación llegaban a mí jirones o ráfagas que pasaban dejando en mi oído frases ininteligibles, entre otras que no podía comprender por ser pronunciadas en extra-

ños idiomas. A la derecha de *Mariclío* vino a sentarse su hermana *Calíope*, gobernadora del mundo de la poesía, y de lo que ambas hablaron con viveza y animación no entendí ni jota. Por ciertas inflexiones me pareció que hablaban en griego *para mayor claridad*...

Ya llevábamos un gran rato engullendo las célicas viandas, cuando del sitio donde estaba *Euterpe* vino una música de tal suavidad y tan lindamente concertada en giros melodiosos, que al oírla sentíamos como si manos angélicas nos levantasen en vilo y al mismo cielo nos transportaran. Vi a la propia *Euterpe* tañendo una flauta de oro, cuyo son acompasaba y regía el de otras tañedoras de flautas, caramillos y chirimías, agrupadas a la derecha de la musa. Al opuesto lado, otras musicantes tocaban liras y laúdes, y con tan exquisito arte se acoplaban las diferentes voces del aire vago y de las cuerdas vibrantes, que resultaba un perfecto trasunto de la armonía de las esferas.

El dulce comistraje, a cuya preparación no era extraño, sin duda, el amigo Baco, y el más dulce ritmo de la celeste música, nos llevaban suavemente a un estado letal. Luché con el sueño; pero al fin me dormí como un tronco... Soñé que estaba, no en las Cortes, no en las calles de Madrid, sino en el Olimpo, habitual residencia de los dioses que fueron y que quizás no eran todavía. La impresión que recibí fué la que produce un lugar visitado ya en tiempos muy remotos.

El padre Júpiter parecióme algo aburrido, y se desperezaba en su trono de nubes; la madre Juno había engordado tanto, que su ponderada hermosura era ya un verdadero mito. El águila de él y el pavo de ella se habían hecho amigos y dormían juntos en el suelo. Minerva, Ceres y demás familia conservaban su gallardía de antaño; sólo el amigo Marte me pareció rebajado algunos puntos en su bizarría, como un general que ha pasado a la reserva... Soñé que penetraba yo allí con la timidez propia de un intruso mortal, y cuando hacía grave reverencia a los venerables dioses, vi entrar a Martos en traje olímpico, con lentes y corona de laurel. Habló con Mercurio... Comprendí que trataban de sustraer un rayo del haz que Júpiter a su lado tenía.

Cuando yo hice por acercarme al padre de los dioses para prevenirle contra los rateros, sentí que me tiraban de un pie. No hice caso. Los tirones arreciaron como si alguien quisiera arrastrame... Desperté... Era que la maldita Graziella, llegándose a mí sigilosa, quería divertirse cortando mi olímpico sueño.

—Tito, Tito desatentado y escandaloso—me dijo, soltando la risa—, se permite dormir; pero no está permitido roncar en presencia de las diosas inmortales. ¿Te parece que es decente atronarnos con esos bramidos de gañán? ¡Menudo concierto de trombón nos has dado! Despabílate, tontaina, que aquí estamos cuatro sílfides aburridas con deseos de entrar en conversación y pasar el rato.

Restregándome los ojos me incorporé, y viendo que ya no estaba a mi lado *Mariclío*, pegué la hebra con las compañeras que pedían palique. Observé que Morfeo imperaba sobre todo el cotarro divino, semidivino y semihumano. No tardé en formar ruedo con las amigas, y yo fuí el primero en tomar la palabra.

—Ya sé—les dije—por qué estáis tan aburriditas. En toda la caravana que vino del otro mundo, y en todo el señorío mitológico que hemos encontrado en éste, no hay más que mujeres. ¡Mujeres, Señor; todas mujeres y ningún hombre!... Pues yo, traído aquí en calidad de ser incorpóreo y contemplativo, apenas me llamo varón.

Rompieron a reír las cuatro, y una de ellas, bonita y graciosa, dijo:

—Fastidiate, perdulario: bastante te has divertido allá.

Y otra, rubicunda y metida en carnes, intervino así:

—Pues qué querías. ¿que te dejáramos traer a doña Cabeza, a Candela o a Delfina la funeraria?

La tercera de aquellas pícaras metió la cucharada de esta forma:

—No conoces bien este mundo, que se parece al otro más de lo que tú crees. Penitencia y soledad hallarás aquí: mas esto no es eterno. La *Madre* es la misma sabiduría, y a las que pedimos cierta libertad nos concede lo que ordena el fuero de la Naturaleza.

Resumió las opiniones Graziella con esta peregrina observación:

—Entre las que aquí vamos, aluvión de mujeres, las hay de todas castas:

santas, semisantas, místicas de moco y baba, románticas, espiritadas; haylas también tiernas de corazón y místicas al revés o contemplativas en la esfera de lo corporal. A las que formamos esta pandilla, la *Madre* bondadosa nos convierte en vacas y nos deja ir por esas encañadas.

Saltó una de las otras diciendo con viveza:

—Has revelado el arcano, trastrocando la verdad con alguna indecencia. Lo que debe saber Tito es que muchos de los toros que ha visto son hombres.

—Lo he dicho al revés—afirmó Graziella sin dejar de reír—para que lo entienda mejor.

Estos y otros disparates que oí de aquellas bocas desaprensivas llenaron mi ánimo de tal confusión, que no sabía qué juicio formar de aquel mundo en que había caído. ¿Era un mundo de guasa mitológica, con ribetes picarescos, un fermento trasnochado del paganismo, traído a la vida moderna como levadura para poder amasar y cocer el nuevo pan de la civilización? ¿Las musas que vi eran las verdaderas hermanas de Apolo, o figuras de teatro modeladas artísticamente por hábiles maestras de aquella comunidad andante, donde iban hembras de tan diferentes castas y aptitudes?

De esta desilusión pesimista sólo exceptuaba yo a Floriana y a la excelsa *Mariclío*, sagrario que guarda y custodia la verdad de los hechos humanos... A mí se llegó la buena *Madre*, apartándome de la compañía y coloquio de aquellas a quienes juzgué como dislocadas marionetas, y me llevó consigo, rodeando los grupos de durmientes. Llegamos a un punto donde vi la boca de una caverna de medianas anchuras, y me dijo:

—Por aquí iréis vosotros adonde yo he dispuesto.

El *iréis vosotros* lo entendí como si dijera *Floriana y tú*, y así se lo manifesté. Luego añadió ella:

—El camino es corto y menos ingrato que ya el recorrido. Durante la travesía no me veréis. Pero allá nos encontraremos.

Esto me alegró lo indecible. La dulzura risueña con que me habló la *Madre* me hizo vislumbrar que del mundo de pesadilla pasaríamos a la vida real, y que Floriana sería nuevamente la belleza corpórea que vi por primera vez en la parroquia de San Marcos.

Atento a la brevedad, omito los incidentes que precedieron a nuestra partida. Extinguiéronse las luces, diseminároнse las figuras de aspecto divino y de apariencia humana. Las musas se fueron con la Música a otra parte, a otra parte con la Tragedia y la Comedia, a otra parte con la Epica, la Oratoria y la Danza, a otra parte con la Astronomía y la Poesía popular. No pude apreciar la dirección que tomó la Madre Historia. Aparecieron de nuevo los toros, no en tanto número como antes. Advertí que entre ellos venían no pocas vacas. Tocóme oprimir los lomos de una de éstas, por cierto muy ágil y bizarra.

Emprendimos la marcha por un valle menos ancho que los de las primeras etapas, de alta bóveda y suelo mullido y húmedo, en el cual no vi otras alimañas que las saltonas ranas entonando a nuestro paso el nocturno *croá, croá*. La luz era la misma que antes nos alumbrara. Floriana y otra hembra, cuarentona y adusta, que en la última cena hablaba íntimamente primero con *Mariclío* y después con *Caliope* y *Talía*, montaba a mujeriegas un toro arrogantísimo. Detrás fuí yo largo trecho, hasta que Floriana, llamándome a su lado con dulce acento, me dijo:

—Ya descendemos amigo Tito, hacia la vida vulgar. Es ley divina que esto acabe siempre en aquello y aquello en esto, pues nunca se verá el fin definitivo de las cosas.

Mientras contestaba yo como Dios me dió a entender a estas palabras sibilíticas, advertí que la ideal doncella no vestía ya la túnica helénica, alba y ceñida, sino un oscuro traje, de color no bien definido por la escasa luz y de forma semejante a los que usan a flor de tierra las señoras. Con mayor asombro noté que sus lindos pies no calzaban sandalias, sino zapatos y medias.

—Veo, señora mía—le dije gozoso—, que nos vamos humanizando. Esto me regocija, porque yo soy humano hasta la medula de mis huesos.

Continué desarrollando mi tesis, y cuando yo estaba en lo más entonado de mi oratoria, me cortó la palabra un ruidoso trotar de jinetes o jinetas que detrás venían. Pasando con veloz carre-

ra junto a nosotros, se nos adelantaron con alegre algazara hípica. Eran Graziella y un sinfín de picaronas de su laya, que corrían a tomar la delantera. Con risueña tolerancia, Floriana me dijo:

—Adelántese usted, don Tito, y vea de apaciguar a esas locas harto impacientes por llegar al fin. Exhórtelas a la mesura, y amenácelas con mandarlas a la cola si no son juiciosas.

Con mis talones y la varita avivé el paso de mi vaca, y pronto llegué al grupo de las alborotadoras desmandadas. Al recorrer toda la caravana, advertí con júbilo que la invisibilidad había desaparecido casi en absoluto. Ya no había espíritus, ni periespíritus, ni formas equívocas. La carne y el hueso, la sangre y la vida, recobraban su imperio. Metido entre la turba de revoltosas, hice otra observación que confirmó mi alegría. Los trajes de ellas eran lindos y vaporosos, sin más que la tela precisa para llegar al término medio entre la ropa y la desnudez. Su alegre vocerío no era la salmodia clásica y desabrida de los himnos báquicos, píticos o délficos, sino canciones de la vida mundana, con letra y música que yo había oído la mar de veces en los teatros populares.

Graziella nos dió un *número* de circo, divertidísimo, haciendo mil piruetas sobre los lomos de su cabalgadura, y luego una plancha imponente, agarrada a las astas del toro, a quien llamaba *Perico*. Terminado el ejercicio, hízome montar a su lado, y entonces las otras diablesas se abalanzaron a mí, acometiéndome con pellizcos y tirones de orejas. Una de ellas me dijo:

—¿Te acuerdas, pillín, de aquella noche..., cuando te llevamos por las calles hasta la plazuela de las Comendadoras, diciéndote: «Búscala, que te quemas»?

Otra saltó con esto:

—Yo y esta amiga mía éramos las que te mandábamos los pretendientes de destinos para que te marearan y volvieran loco.

—¡Ah bribonas!—exclamé—. Y luego ibais de Ministerio en Ministerio, embaucando a los ministros para que me concedieran todo lo que yo no les había pedido.

—No, tontín; esa función no era nuestra. Sacaba los destinos, con artes muy sutiles que nosotras no entendemos, la *Madre Mariclío*, que es la que corre con todo lo tocante a la intriga de lo divino en el terreno de lo humano, asistida, según creemos, de una dama cabalística que tiene a su servicio.

—Y esa dama, ¿es la que Floriana trae a su lado?

—No, simple—dijo Graziella—. La que viene montada con Floriana en el toro *Padre* es *Doña Gramática*... Tú de todo te asombras. A cada palabra que te decimos pones esa cara que parece la del bobo de Coria... Déjame que te explique: Para regir el alma de Floriana en las funciones atañederas a la instrucción de los pueblos, hay un Consejo de sabias o sibilas, que se llaman: *Doña Gramática, Doña Geografía, Doña Aritmética, Doña Caligrafía* y otras tales... Las has visto. Van cerca de Floriana.

—Decidme, diablas—exclamé fuera de mí—. ¿Estoy dormido o despierto? Sacadme pronto del dédalo de estos mitos, que enloquecerían a la razón misma, si la razón con su luz vivificante no los ahuyentara.

Cuando esto decía, advertí un cambio súbito en la intensidad y color de la claridad que nos iluminaba. Las mujeres, que otro nombre no debo darles, prorrumpieron en clamores de júbilo:

—¡Ya llegamos a la luz del sol! ¡Ya tenemos día, ya tendremos noche! ¡Horas, venid; venid, voladores minutos! ¡Dulce Tiempo, amigo, compañero y compás de la vida, abrázanos!

En tanto, mi cabeza se despejó súbitamente de visiones, mitos, ensueños, delirios aéreos y telúricos y de todas las fantasmagorías que se habían metido en ella por obra y arte de la razón de la sinrazón. ¡Realidad, qué hermosa eres!

XVII

Estábamos en un anchuroso espacio, que era también encrucijada de donde partían diferentes caminos subterráneos. Desmontáronse todas las hembras, y las más traviesas despidieron a sus toros can cariñoso vapuleo de las varas, dándoles los familiares nombres de *Perico, Gonzalo, Ventura, Zalamero, Manrique, Lázaro* y otros que se me han ido de la memoria. Las que fueron sílfides o silfidonas graves hicieron lo propio con sus

cabalgaduras, aplicándoles motes más apropiados a la condición taurina. Personas, habla, trajes, todo era real, verdadera resurrección de la carne vivificada por el espíritu. Como yo también había dejado de ser silfo vaporoso, halléme en la plenitud de mi agudeza mental, y pude reconocer por su noble madurez y serio continente a *Doña Caligrafía* y otras señoras académicas, que iban mezcladas con la muchedumbre, llevando libros o fajos de papeles.

Pedibus andando, seguimos nuestro camino, estimulados por la luz solar, que cada vez era más viva. Todo mi anhelo era encontrar a Floriana para juntarme a ella. Detuve el paso... Al fin la vi venir acompañada de *Doña Gramática*, que al salir del estado silfidino era una matrona un tanto maciza, con aire de institutriz o profesora de casa grande. La que habíamos llamado *diosa* vestía con elegante sencillez, cubriéndose con un abrigo ligero, holgado y muy airoso. Al verla, sentí en mi cerebro una reversión fugaz hacia los desvaríos mitológicos, representándomela como una musa de origen olímpico ataviada al uso moderno. Alegróse de verme, requirió mi compañía, y hablamos con la naturalidad y llaneza de amigos bien probados. Empezó ella recordándome mi entrada en la escuela de la calle de Rodas, y yo, desenrrollando la cinta de mis recuerdos, le dije:

—Si mil años viviera, Floriana, no olvidaría la primera vez que vi a usted cara a cara, al salir de las misas por el alma del santo de don Hilario...

—Sí, sí; fué una mañana triste. Yo iba de luto riguroso.

—En mi espíritu la había visto a usted mil veces, no enlutada, sino revestida de una blancura celestial.

—¡Por Dios, no se ponga usted tonto! —dijo ella sonriente—. Olvide ahora que a su espíritu me llevaron las mentiras de aquella mujerona que sirvió a mi padre con ideas de lucro.

—Cierto; a mi espíritu vino usted por caminos de mentira; pero ¿qué importa eso? La Naturaleza, Dios si usted quiere, nos trae a veces la luz por caminos oscuros.

La disminución lenta de la claridad solar nos anunciaba la noche. Llegó un instante en que hubimos de retrasar la marcha para evitar tropezones. Las muchachas delanteras cantaban alegremente para dar ánimos a la femenil muchedumbre caminante y hacerle menos pesado el fatigoso andar en medio de tinieblas. Cuando éstas llegaron a su completa densidad, ofrecí mi brazo a Floriana, que sin reparo lo aceptó.

—Vaya usted tranquila—le dije—. Yo cuido de tantear el suelo para evitar malos pasos

En el mismo instante, *Doña Gramática*, pasando por detrás de mí, se me colgó del brazo izquierdo, excusándose con estas delicadas expresiones:

—Perdone usted, don Tito. Con la oscuridad, no tiene usted más remedio que sostenerme a mí por esta otra banda. Peso un poquito: pero estimo que su amabilidad y galantería superan a mi pesadumbre, y por ello, agarradita a su fuerte brazo, me creo bien segura.

—Bien segura va usted—le respondí—. Mi vigor muscular corre parejas con la cortesía que debo guardar a las damas.

—Ya lo veo, ya lo sé—dijo *Doña Gramática* con melindre—. Aunque no de gran estatura, es usted un hombre de poder, y no le arredra el peso de dos señoras..., ni aunque fueran cuatro. Además, es usted muy amable. Sinceridad por delante, no vacilo en decir que por dondequiera que va el señor don Tito sabe captarse, por su talento y discreción, las simpatías de todo el mundo.

Después de darle las gracias, volví la cara, y noté que Floriana se llevaba una mano a la boca para sofocar la risa.

«Apañado quedaré—pensaba yo—si al término de tan endemoniado viaje Floriana no me quiere y esta vieja pedante me hace el amor.»

Pasado un ratito, Floriana se dignó comentar graciosamente las antedichas alabanzas de mi persona:

—Posee usted el arte dificilísimo, señor don Tito, de poner a su modestia un granito de sal, la sal de la jactancia. Eso me gusta. Yo creo que las personas que tienen un mérito no deben rebajarlo con afectaciones de humildad. Usted no tiene un solo mérito, sino muchos, y el más digno de admiración para mí es su bondad sin límites, el interés que pone en servir, amparar y proteger a los desfavorecidos por la fortuna que solicitan un empleo, un medio de vivir, un adelantamiento en esta o la otra carrera...

—¡Ah señorita!—exclamé yo con efu-

sión, dándole el tratamiento que imponía la realidad visible y palpable—. Es que en mi ser domina el corazón, el amor a la Humanidad, el desvivirme por el bien ajeno antes que por el propio. Confúndese en mi alma con este sentimiento otro de la misma calidad y estirpe, y es mi adoración de la belleza. Soy un bienhechor y un enamorado. ¿Halla usted, Floriana, en estas dos cualidades alguna diferencia?

—Alguna tal vez habrá; mas yo no la veo. Pienso que el bueno no puede ser totalmente bueno si no ama. Si los enamorados no entraran en el Cielo, el Cielo estaría vacío.

Estas hermosas palabras me subyugaron, me embelasaron... Desbordeme en clamores de admiracion ardiente, que fueron cortados por un grunido que sono de la otra parte. Pesando excesivamente sobre mi brazo, *Doña Gramática* dijo con agria voz:

—Por la Virgen, Tito, vaya usted con más tiento... ¡Ay!, por poco me caigo en un hoyo. Parece que nos lleva usted por donde hay mas pedruscos.

Di mis excusas con brevedad, y atendí a la voz de Floriana, que me decía:

—Refrénese, don Tito, y guarde sus hipérboles para mejor ocasion, que no ha de faltarle seguramente, pues yo sé que ha sido usted muy afortunado en amores.

—¡Ah, no, Floriana!... Afortunado no fuí... He sido buscador infatigable del bien que sonaba. Mi ambición, que es mucha, no se contentaba con menos que con el sol de la belleza. Busca buscando, encontré varias estrellas, y, como dijo Calderón,

> entretúveme con ellas
> hasta que el sol mismo vi.

Mientras Floriana me reía la frase, obsequióme *Doña Gramática* con este otro gruñido:

—¡Jesús, que he metido el pie en un charco!... Haga el favor, don Tito, de poner alguna atención por esta parte.

—Muy alto pica el amigo—dijo Floriana entre risas—. No le censuro por eso, que la ambición es la cualidad que hace grandes a los hombres. Para los ambiciosos es el sol, no para los tímidos y apocados.

¡Oh felicidad! Ya no podía dudar que la ideal criatura me daba permiso delicadamente para manifestarle mi pasión. Igualándola en delicadeza, no dije palabra; tan sólo apreté ligeramente mi brazo contra mi costado derecho, creyendo que así me apropiaba el calor de su mano. La iniciación del idilio por una parte, y por otra la displicencia de *Doña Gramática,* eran la prueba palmaria y definitiva de que estábamos en plena Humanidad.

De súbito, vino de la plebe delantera un clamor estruendoso, como el *¡Tierra!* de los navegantes, como el *¡Ujiji!* con que anunciaban su paso los primitivos montañeses.

—Han visto ya la boca de salida—me dijo Floriana.

Miré hacia adelante. Vi tan sólo un punto de claridad. Aumentó el vocerío... Siguieron canciones, coplas, palmoteo... Un rato más, y el punto de claridad era ya un semicírculo luminoso, azul; era el cielo, la noche. Apresuramos el paso, apretujándonos para llegar pronto a la salida. *Doña Gramática,* con refunfuños de impaciencia, tiraba de mí. Tuve que soltarla para no cuidarme más que de la comodidad de Floriana...

El medio punto llegó a ser tan grande como el arco de una catedral. Cerca yo de la boca vi la muchedumbre de estrellas que tachonaban la inmensidad azul. Al pronto no pude hacerme cargo de la parte de cielo que teníamos delante; pero, observando mejor, comprendí que mirábamos al Oriente. Floriana fué la primera en reconocer las espléndidas constelaciones zodiacales de Taurus y de Géminis.

Fuera de la boca de la caverna, extendimos nuestra vista sobre la inmensidad estrellada. Ya en terreno abierto y llano, la femenil muchedumbre se diseminó y no parecía tan grande. Acompañada de *Doña Aritmética* se me acercó *Doña Gramática,* y con retintín profesional me dijo:

—Señor don Tito, usted, que sabe tanto, ¿podrá determinar, por la altura de los astros sobre el horizonte, la hora que es?

Mis conocimientos astronómicos eran nulos; pero no quise dar mi brazo a torcer, y respondí sin vacilar:

—Son las once y media.

De pronto, vi una inmensa superficie de agua quieta y bruñida, sobre la cual se destacaban las recortadas siluetas de

dos o tres islas, habitadas tal vez por ninfas oceánicas.

—Este lago es lo que llamamos el *Mar Menor*—dijo una señora delgaducha, que me pareció *Doña Caligrafía*—. ¿Ve usted aquella luz?... No la confunda con una estrella. Es la farola de Cabo Palos. Aquí, por la derecha, tenemos a Balsicas, que es camino para Cartagena.

Cuando creí que se habían acabado los prodigios tuve una sorpresa que me dejó estupefacto. Una mujer desconocida me entregó mi maleta y desapareció corriendo. No dije una palabra. Las alborotadoras delanteras seguían cantando a mucha distancia de nosotros. A los diez minutos de marcha nos aproximamos a un caserío que debía de ser Balsicas. Nuevo asombro mío. Aparecieron dos señores bien vestidos, que saludaron cortésmente a Floriana y a las matronas que iban con ella. La diosa se desprendió de mi brazo. Seguíla yo a corta distancia, y de pronto llegamos adonde vi no sé si tres o cuatro tartanas. Nada me sorprendía ya, ni aun el ver que unas mujeres y dos o tres chiquillos colocaran en aquellos vehículos las maletas de Floriana y de sus compañeras. Y yo, ¿qué hacía, adónde iba?

De esta confusión que llegó a ser ansiedad, me sacó uno de los corteses caballeros, el cual se llegó a mí para decirme:

—Usted puede venir en esta tartana. Uno de nosotros le acompañará y le llevaremos a una buena fonda. En mala ocasión vienen ustedes. Cartagena está revuelta. El cantón nos trae locos.

Con movimiento simultáneo, Floriana y yo nos aproximamos uno a otro para despedirnos. No tuve tiempo de decirle las mil finezas que brotaron de mi mente. Con prontitud y afecto, estrechándome la mano, la divina mujer me dijo:

—Adiós, Tito, hasta mañana. ¡Ay qué dolor! Hemos venido a un volcán. Adiós, adiós.

Ocupamos las tartanas. A mí me tocó ir en compañía de *Doña Gramática, Doña Aritmética* y dos señores. Muchas de las que fueron sílfides y ya eran hembras de diferentes cataduras, se quedaron en el pueblo esperando que vinieran más vehículos. Cuando las tartanas echaron a andar una tras otra, pasamos junto a la pandilla de las alborotadoras, que animosas se lanzaban a seguir a pie hasta Cartagena, amenizando el viaje con la regocijada algarabía de sus cánticos y vivo parloteo. Entre ellas vi algunos mocetones, a los que llamaban *Perico, Zalamero, Ventura, Lázaro, Manrique, Gonzalo* y demás...

El trayecto desde Balsicas a Cartagena fué para mí muy triste. Desconocía la comarca, y no podía prever las derivaciones vitales que me traería mi Destino en la ciudad facciosa. Por lo que hablaban mis compañeros de coche, comprendí que no eran afectos al cantón. Uno de ellos me pareció funcionario centralista, destituído por las autoridades del *Estado cartagenero;* el otro se reveló como comerciante dolido de la paralización de los negocios. *Doña Gramática,* en quien el lector ha podido apreciar, por lo antes relatado, una fuerte propensión a la verbosidad entonada, pidió a los señores informes precisos de la sublevación cantonalista, y ambos contestaron entre risas y lamentaciones varios conceptos, que pueden resumirse así:

—¡Ah señora! Aquí tenemos una pequeña nación con todos los requilorios de una nación vieja y grande... Tenemos Comité de Salud Pública, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra, Tesorería... sin un cuarto; y para que nada falte, piensan acuñar moneda...

Acogió *Doña Aritmética* estas noticias con aspavientos de asombro, y *Doña Gramática* las comentó con gravedad, deplorando los conflictos que podrían sobrevenir. Luego, señalándome en la forma habitual de las presentaciones, lanzó una caprichosa insinuación, que no me hizo maldita gracia:

—Pues para contarle a España y al mundo las atrocidades que aquí pasan, y las que seguirán, si Dios no lo remedia, ha venido expresamente de Madrid con nosotras este ilustre historiador, don Tito Liviano, que pondrá todas las cosas en su punto, y a cada uno de estos malandrines dará su merecido.

Ligeramente sonrojado, me incliné. Algo quise decir; pero la matrona me cortó la palabra prosiguiendo así:

—No disfrace su mérito con antifaz de modestia, señor don Tito. Madrid entero reconoce a usted como el erudito más concienzudo que cuenta en su seno la Academia de la Historia... Y sepan estos señores que esa misma Academia de

la Historia es la que acá le manda para que relate y aprecie, día por día y hora por hora, los acaecimientos del dislocado cantón.

—Pues tenga cuidado—indicó uno de los caballeros—con que se le escape algo que no sea del gusto de esta gente. No le arriendo la ganancia si no compone sus historias al son de lo que quieran el Cárceles, el Contreras y el Antoñete Gálvez.

Sin dejarme meter baza, *Doña Gramática* siguió despotricando de esta manera:

—¡Ah, no saben ustedes lo que es este don Tito con la pluma en la mano! Posee el secreto de la imparcialidad, sin agraviar a nadie. Crean ustedes que hará una obra maestra, añadiendo una página a la historia de esta ilustre ciudad, que los antiguos, como ustedes saben, llamaron *Cartago Spartaric*, por el achaque del esparto que producía este terruño. Sabrán también que fué Asdrúbal el que la hizo capital de su Gobierno en la Península, cambiando el nombre que antes dije por el de *Cartago Nova*.

Asintieron con cabezadas los buenos señores; pero bien se les conocía que no sabían jota de tales antiguallas... Picando en diferentes temas que se relacionaban con la trapatiesta cantonal, llegamos a la población al romper el día, traspasando la muralla por una puerta en que vi guardia de milicianos. Momentos después pararon las tartanas en una plazuela, donde descendieron todas las mujeres, incluso *Doña Gramática* y *Doña Aritmética*. Uno de los caballeros bajó también, y con el otro seguí en el coche hasta llegar a mi albergue, que según supe después, se llamaba Fonda Francesa.

Mi acompañante, cortés y obsequioso, no se separó de mí hasta dejarme instalado en la habitación, y reiterándome que anduviera con pulso en mis historias, ofrecióse como amigo, guía y consejero en la turbulenta ciudad. En pleno día me acosté, movido de un hondo cansancio; mas no pude conciliar el sueño por la nerviosa excitación que llenaba de espinas las sábanas hospederiles. En mi mente volteaba esta fatídica interrogación: ¿Era verdad o mentira, realidad o sueño, mi largo transcurso por las entrañas de la tierra?

XVIII

Por Júpiter, por Cristo, si así os parece mejor, juro ante mi conciencia que no logré descifrar el tremendo enigma. Fatigado de ahondar en él, me sosegué recordando el título de una comedia de Calderón: *En este mundo, todo es verdad y todo es mentira*. Para mayor consuelo mío, amplié la sentencia, diciendo: *En este mundo y en el otro*.

Ni dormido ni despierto pensé que entraría con pie derecho en *Cartago Spartaria* si *Mariclío* no me agraciaba con su divina presencia, guiándome con sus consejos y mandatos en aquel laberinto de pasiones ardientes... A Floriana seguramente la encontraría. ¿Dónde? ¿Cuándo? El Destino, a quien sobre esto interrogaba, respondíame, con rostro más risueño que ceñudo, que esperase tranquilo el correr de los primeros días... Gocé al fin de un sueño apacible, y al caer de la tarde me puse en planta, me vestí y arreglé para bajar al comedor. En éste había bastante gente, todos hombres, ni una señora por casualidad. Tomé sitio en la cola de la mesa redonda, y comí de todos los platos que me fueron pasando. La conversación de los comensales era exclusivamente política y cantonal, con rudas vehemencias y ultrajes al odioso centralismo.

Como entré a comer de los últimos, quedéme casi solo a la hora de los postres y el café, y entonces se me ocurrió tirarle de la lengua al mozo, que era un chico afable, decidor y ávido de contar más de lo que sabía:

—¿Vió usted aquel jovencito, casi sin pelo de barba, con uniforme de coronel de Milicianos, que comía junto a la cabecera? Pues ése es Cárceles...

—¡Cárceles...! —exclamé revolviendo en mis recuerdos—. Ya decía yo que aquella cara no me era desconocida. Ahora caigo... En el club de la calle de la Hiedra oí sus discursos algunas noches. Habla muy bien; es chico listo, fogoso, de ideas exaltadas. Me parece que estudia Medicina.

—Sí, señor; estudia para médico y enseña federalismo. No hay otro más templado ni que sepa como él jugarse la vida por la revolución. Es hijo de Cartagena y aquí le idolatra la ciudadanía trabajadora, y, como quien dice, ham-

brienta de pan y libertad. Suyo es todo el popularismo campante que llamamos Milicias Voluntarias y Movilizados; suya toda la gente operaria del Arsenal, y los que labran con su sudor el mecanismo de la Maestranza, y *viceversa* los de la Armada; cabos de cañón, artilleros, contramaestres y el total de marinería de guerra, mercante y de pesca... No le pueden ver los *prefumistas*..., ¿sabe usted?...

—Ya, ya; los partidarios del señor Prefumo, diputado por Cartagena. Le conozco.

—A los *prefumistas* les descompuso Cárceles el juego antes de las elecciones municipales, y luego hizo la revolución en un decir Jesús, la noche del once al doce de este mes de julio. Lo que vale esa criatura no se dice en seis días... ¡Y qué pico de oro, qué manera de entusiasmar a las masas y de llevarnos a donde quiere con cuatro palabras y cuatro gestos de los que ellos llaman el apoteosis del credo federal!

Oído esto, que me pareció interesante, le pregunté si había venido a buscarme el señor que me trajo a la fonda. Mi simpático camarero respondió que aquel señor, que era don Lorenzo Cantalapiedra, empleado destituído por el cantón, se habría escapado ya probablemente de Cartagena.

—Es centralista—añadió con mohín despectivo—, y ya sabe usted que el centralismo es lo más malo que hay. A esos tales les odiamos, y cuando queremos ofenderles los llamamos *benévolos*, que es el *voquible* más feo que aquí se puede decir a un cristiano. ¿Se asombra usted?

—No, amigo; ya sé: los *benévolos* son un partido político; el que ha condenado el cantón y se dispone a combatirlo.

—Pues en Cartagena no le ponga ustel ese mote a nadie, como no fuere algún enemigo a quien quiera usted enrabiar. En fin, señor: si usted no me manda otra cosa, voy a comer. Cuando los mozos terminemos nuestra faena, me iré al club. De seguro hablará Cárceles. ¿Quiere usted oírle y pasar allí un ratito? Yo le acompañaré con mucho gusto puesto que usted no conoce la población. Es aquí cerca, en la calle de Jara.

Acepté gustoso la invitación del simpático mozo, y para hacer tiempo, salí a dar un paseo. Pero como desconocía las calles, puse freno a mis aficiones ambulatorias, tratando de reconocer los lugares por donde caminaba para poder orientarme a mi regreso. Llegué cerca de un edificio que me pareció el Ayuntamiento, vi el arco de muralla que al puerto conducía. En mi paseo me abstuve de meterme por calles laterales, temeroso de perderme.

Invertida en esta corta exploración una media hora, me volví a la fonda, y al poco rato salí con mi primer amigo cartagenero, el cual, conduciéndome por una calle estrecha y algo empinada, abrió el grifo de su locuacidad prolija con estas informaciones:

—Esta calle se llama del Cañón... Se lo digo para que se vaya enterando... A mí me tiene usted a sus órdenes siempre que esté franco de servicio en la fonda. Yo me llamo Alonso Criado, para servir a usted, y soy de San Pedro del Pinatar, orilla del Mar Menor. Esta otra calle por donde vamos ahora se llama de los Cuatro Santos..., para que usted vaya conociendo la capital de nuestro cantón. En vez de seguir *palante*, nos metemos *viceversa* calle abajo y entramos en la de Jara, donde está el club.

No era menester decirme que allí estaba el club, porque apenas pisé la calle, oí el rumor oratorio y el estruendo de los aplausos. El gentío rebasaba de la puerta, y en medio del arroyo había gran número de oyentes. Mi camarero, que llevaba sombrero ancho, chaqueta y pantalón de dril y un nudoso garrote, trató de abrirse paso invocando su calidad de socio y miembro de la *Diretiva*. Yo no me atreví a seguirle por no aguantar estrujones y sofocos. Desde la calle oí la voz de Cárceles vibrante, cálida, y percibí conceptos de rotundas cadencias tribunicias, que provocaban rugidos de entusiasmo.

Por el hueco que abrió con sus codos de hierro el mozo de la fonda, salió con fatigas, arreando golpes a diestro y siniestro, un joven alto y huesudo, en quien al punto reconocí a Fructuoso Manrique, oficial de Telégrafos, amigo mío, a quien yo conocía desde los primeros meses del 72. En cuanto salió del atascadero, sofocado y limpiándose el sudor, lleguéme a él y celebramos nuestro encuentro con un estrecho abrazo.

—¿Tú aquí?... ¡Qué alegría verte!... Cuéntame... ¿Qué es de tu vida?

Era Manrique un chico excelente, suelto de palabra, honradamente fanático en opiniones, y seriamente dispuesto a la guasa y a la travesura. Le traté primero cuando íbamos juntos a negociaciones con la *Casa Rothschild (Alamillo Street)*, con Torquemada y otras Bancas que eran alivio de los necesitados. Fué luego, durante un mes, mi compañero de pupilaje en la calle del Amor de Dios, y últimamente estrechamos nuestras relaciones en Gobernación, cuando él servía en el gabinete telegráfico del Ministerio.

En mayo del 73 fué destinado a Cartagena, su pueblo natal. Allí tenía familia y sinfín de amigos, entre ellos Cárceles. Con éste, con Alberto Araus y otros muchachos furibundos perteneció a la Juventud Federal de Madrid. No hay que decir que en la fiebre pasional del cantón halló Fructuoso el ambiente apropiado a su temperamento político. Así lo aprecié y comprendí cuando, llevándole conmigo a la fonda para tomar un piscolabis, me dió a conocer, con la exactitud de un testigo de vista, las primeras páginas de la historia cantonal. Os doy un fiel extracto de su verbosa relación:

—Todo lo que aquí ves, todo este prodigio de crear un Estado, rudimentario si quieres, pero Estado al fin, se lo debe a Manolo Cárceles Sabater. ¡Y luego dicen que los jóvenes!... No esperes nada de los viejos, Tito. Los viejos teorizan, pero no ejecutan. Vino este chico de Madrid comisionado por el Comité de Salud Pública para promover el levantamiento de Cartagena. Ni corto ni perezoso, poniendo toda su alma en la acción y encubriendo cuidadosamente sus propósitos, convocó al pueblo en el club de donde me has visto salir. A su devoción tenía toda la masa obrera, los cabos de cañón y la marinería de las fragatas *Almansa* y *Vitoria*. Los enardeció como él sabía hacerlo, encaminando los entusiasmos hacia el tema de las elecciones municipales convocadas para el día doce. Esto fué un artilugio político, preparación para cosas más gordas.

»Luego celebró otra reunión para protestar del nombramiento de un inspector de Policía, hechura de los aborrecidos *prefumitas* llamados por mal nombre *benévolos*. De tal modo soliviantó a las multitudes, que el polizonte se quedó sin destino. A la gente del Arsenal y de la Escuadra les hizo creer que estaba de acuerdo con el Gobierno para hacer la revolución, con lo que logró que a su lado se pusieran hasta los más tímidos. En aquellos días pronunciaba discursos por mañana, tarde y noche, y se movía de un lado para otro, estaba en todas partes...; poseía, sin duda, el don de ubicuidad.

»Espérate un poco Tito, que ahora viene lo mejor. Después de conferenciar secretamente con los Movilizados que guarnecían el castillo de Galeras, para inducirles a que no se dejaran relevar por fuerzas del Ejército, se entendió con nuestro amigo Alemán, que manda la compañía más brava de los Voluntarios de la República. Alemán convocó a la compañía en su propia casa; pero no se reunieron más que sesenta, por falta de tiempo para dar los avisos. De estos sesenta, sólo la mitad iban armados con sus fusiles Remington.

»Cárceles les expuso su plan y les dijo que eligieran al que creyesen de más agallas para un paso muy arriesgado. Elegido fué un cartero llamado Sáez. Ya le conocerás... Es un tío bragado, capaz de jugarse la vida cien veces por la causa federalista. Sin más preámbulos, Cárceles le dijo: «Cartero de todos los demonios, tienes que subir al castillo de Galeras con los treinta hombres que llevan fusil. Nada, que subes cueste lo que cueste y caiga el que caiga. Cuando llegues a la cortadura te echarán el alto los centinelas de los Movilizados, preguntándote el santo y seña. Tú contestas a sus preguntas: «Cantón y Libertad.» Entonces te abrirán el castillo. Tu consigna es reforzar la guarnición y no permitir de ningún modo que a las doce de la noche os releve la tropa del regimiento de Africa. En Galeras te sostendrás hasta que Cartagena secunde el movimiento.»

»Tramado el golpe de mano, Cárceles confió su plan a don Pedro Gutiérrez... Ya conocerás a este señor, presidente del Comité republicano de Cartagena y admirador fervoroso de Castelar... El pobre don Pedro se llevó las manos a la cabeza, y dijo a Manolo que aquello era una locura. Mas la locura se realizó con éxito redondo. A las doce de la noche

del once de julio los soldados de Africa tuvieron que regresar a la plaza cantando bajito, y Galeras quedó en nuestro poder.

»No esperó Cárceles el día para seguir actuando con su extraordinaria velocidad de acción. A la una de la madrugada se reunieron en un caserón viejo de la calle del Carmen, junto a la puerta de Madrid, muchos jefes de Movilizados y Voluntarios, a los que Cárceles expuso el estado de las cosas. Algunos se asustaron y no quisieron comprometerse a secundar la revolución. Sólo el capitán Martínez y otro jefe de Voluntarios declararon que irían adelante. Covacho y Roca dijeron que antes de comprometerse creían necesario consultar a sus compañías.

»A las cuatro de la madrugada los timoratos quisieron dar por terminada la reunión. Pero a ello se opuso Cárceles resueltamente. Salió el valiente Martínez, y a poco volvió con su compañía. Con diecisiete hombres de ésta se fué Cárceles al Ayuntamiento, tomando posesión del edificio. Como no tenía cornetas ni tambores, mandó a dos parejas de Voluntarios con orden de recorrer las iglesias para que las campanas de éstas inmediatamente tocaran a rebato. Amaneció... El sol que nos alumbró el día doce era ya un sol cantonal.

»A las cinco de la mañana, el que bien puedo llamar *dictador de un día* puso centinelas en la plaza de las Monjas y nombró la primera Junta Revolucionaria, figurando él como presidente, y como vocales, el viejo republicano don Pedro Gutiérrez, los capitanes de Voluntarios Pedro Alemán y Juan Covacho, y otros que no nombraré, porque, como verás, duraron poco. Acto continuo se presentó a Cárceles un cabo de cañón de la *Almansa* diciéndole que hasta que la plaza no se sublevara de una manera pública, la escuadra no podía secundar el movimiento, y urgía resolver esto, porque los barcos tenían orden de zarpar dentro de pocas horas. Sin demora, el *dictador* mandó a Galeras un emisario para que izaran bandera roja, saludándola con un cañonazo.

»Al poco rato presentáronse en la plaza de las Monjas las compañías de Voluntarios que mandaban Covacho y Roca, con ciento cincuenta hombres bien armados cada una. Guarnecido ya el Ayuntamiento, Cárceles fué a Telégrafos para incautarse de las líneas, cortando la comunicación con Madrid. Mandó retirarse a los carabineros que prestaban servicio en las puertas de la muralla, sustituyéndolos con voluntarios, y estando en esto, lleváronle la noticia de que la Junta recién nombrada por él, vacilante y medrosica, trataba de ahogar la revolución en su nacimiento. Corrió Cárceles a la Casa Consistorial, y, acompañado de unos voluntarios muy decididos (entre ellos iba yo), se acercó a la puerta del salón de sesiones en el momento en que peroraba un señor Fernández, escribano, capitán de Movilizados y amigo del Prefumo. Dimos un empujón a la puerta y nos plantamos en medio del salón. Cárceles no dijo más que esto: «Despejen..., ¡a escape, a escape!... El que no quiera salir por la puerta, saldrá por el balcón.» Desbandáronse los reunidos.

»En aquel momento la bandera roja y el cañón de Galeras proclamaron el régimen nuevo. A eso de las diez de la mañana se reunieron en la plaza más núcleos de Voluntarios y Movilizados. Yo volé al Arsenal, y a poco rato traje la noticia de la sublevación de la marinería y de los obreros de la Maestranza. Al mediodía se nombró nueva Junta Revolucionaria, eliminando a los de la cepa *prefumista* y *benévola*, y sustituyéndoles con federales ardientes. En esta Junta se dió la presidencia a don Pedro Gutiérrez, nombrando a Cárceles comandante general de las fuerzas populares...

»Para comprender bien nuestra emoción (y en plural lo digo, porque en todos aquellos lances me encontré); para que te hagas cargo de las alternativas de susto y ardimiento, de coraje, desmayo y suprema exaltación, considera los graves sucesos que con precipitada furia se desarrollaron en el término de un día. Tú, Tito, que has visto muchas y grandes cosas, y de ellas escribes, reconocerás que España no ha visto un trozo de Historia condensada como este nacimiento de nuestro cantón...

»Y para que las ansias y triunfos de aquel inolvidable día doce remataran de un modo espléndido, a las cuatro de la tarde tuvimos la entrada de Antonio Gálvez en Cartagena. No puedes tener idea del entusiasmo loco con que le re-

cibimos. Su fama de valentía, sus proezas como rebelde indomable, su carácter rudo, entero, su misma figura de luchador salvaje, hacían de él un hombre de leyenda o una leyenda humanizada. Del tren le sacamos en vilo, algunos amigos le metieron en una carretela, y al llegar a la calle Mayor tuvo que descender, porque los caballos no podían romper por entre la multitud... Parte a pie, entre abrazos y empujones, parte en hombros, llegó al Ayuntamiento, desde cuya balconada saludó al pueblo y al cantón de Cartagena, con frases de noble y bárbara elocuencia.

XIX

Así terminó Fructuoso Manrique su fragmento de Historia condensada. Yo no me cansé de oírle: él se fatigó de hablar, pues no he referido más que una síntesis de lo que me dió su fluidez discursiva. Amplificaba sin freno, y sus continuas digresiones le llevaban fuera del asunto, perdiéndose en lentas curvas hasta volver jadeante a la línea recta... Al despedirnos, con mutua promesa de vernos a menudo, me indicó los lugares donde podría encontrarle: el Telégrafo, el retén de guardia del Ayuntamiento, la casa de Manuel Cárceles, plaza de la Merced, la Redacción de *El Cantón Murciano* y otras señas y direcciones que no se grabaron bien en mi memoria.

Mi atrasado sueño me dió aquella noche un descanso tranquilo, y al día siguiente, después de almorzar, me lancé a la calle dispuesto a recorrer la población y a enterarme de todos los aspectos públicos de la vida cantonal. Deambulando a la ventura, no pensaba más que en encontrar algún rastro de Floriana, alguna señal o indicio por donde pudiera descubrir la morada de la diosa que me había traído por las entrañas de la tierra o por la superficie de ésta, pues ya me atormentaban dudas acerca de mi verdadero camino desde Madrid a Cartagena. Mi aburrida expectación me llevó a la ciudad alta, con accidentes de alcazaba moruna y vestigios de catedral añosa, no sé si visigoda o románica; llevóme después al grandioso arsenal, donde vi la marinería dueña de los barcos y de los almacenes y talleres: toda la oficialidad y jefes de la Armada estaban en forzadas vacaciones.

Rendido de cansancio, me volví a mi fonda, a la caída de la tarde, y apenas entré me dijo un camarero que una señora había estado a preguntar por mí tres veces, y que, dolida de no encontrarme, prometió volver a la mañana siguiente. Por las señas que me dió el mozo, comprendí que mi visitante no podía ser otra que la insigne *Doña Gramática*. La esperanza de ver pronto a Floriana me llenó de júbilo... Mi amigo Alonso Criado me dió nuevos pormenores de la visitante, repitiendo estas palabras de ella:

—El caballero don Tito ha venido a Cartagena a escribir la historia de lo que aquí está pasando.

Subí a mi cuarto para quitarme el polvo del largo paseo. Di un corto descanso a mis huesos, y al bajar al comedor y sentarme a la mesa, mi fiel camarero me preguntó si me agradaba la población, si había visitado el arsenal, si había visto a Gálvez...

—Estuve en el arsenal, mas no he visto a Gálvez. Me han contado el recibimiento loco que le hicieron ustedes el día doce.

—Cosa no vista. Pues digo..., el recibimiento que hicimos al general Contreras, un día después, también fué bien sonado de palmas, vitoreos y *¡aquí está el hombre!* Para mí que este Contreras es la primera espada de España y el primer ojo militar que tenemos.

Respondíle apoyando estos encomios, y en el tercer plato me dijo:

—Pues ahora estamos esperando a Roque Barcia, que como sabio, da quince y raya a todos los tíos de las Academias y Ateneos de Madrid. En fin, que vamos a tener en Cartagena la flor y nata del valor, de la hombría de bien, del *militarismo* y de la ilustración, tocante al tejemaneje del Gobierno y demás. Yo he leído esas Biblias que escribe don Roque, y crea usted que con aquel fraseo tan pulido me quedo tonto y me subo al quinto cielo.

Cuando me servía los postres y el café, puso la voz en el tonillo bajo de íntima confidencia para decirme:

—Si el caballero don Tito quiere poner en el punto verídico la historia que piensa escribir, no se olvide de este caso que al por menor le cuento. En la noche

del trece vino a Cartagena de ocultis un señor Anrich, que era ministro de Marina en el Gobierno de *don Pi*. Traía la incumbencia de restablecer la disciplina en la Escuadra. Un cabo de cañón le hizo un disparo que, por desgracia, falló... El hombre tuvo que salir de naja, pero no con las manos vacías, pues arrambló con veinticinco mil duros que estaban dispuestos para pagar un mes vencido a la Maestranza. Ponga usted también en su historia que se llevó de rositas dos mil reales para sus gastos de viaje. Que no se le olvide esta gatada, y que esté bien clarita. Así verá el mundo lo que son estos caballeros del centralismo nefando y virulento.

—¿Y es verdad que el gobernador de Murcia, ese Altadill, vino a Cartagena el día trece?

—Sí, señor; pero no se metió en nada. Nuestro cantón se ha hecho de por sí, y todos los populares, cada cual según su capa social, arrimó el hombro con desinterés, señor don Tito, sin recibir un chavo de nadie. Para que vea usted lo que es aquí la masa federal, armada o sin armar, le diré que la *Junta Revolucionaria* decretó el día doce que se acuñara una medalla memorativa para colgarla en el pecho de los que defendieron el cantón con las armas en la mano. La tal medalla daba derecho a una pensión vital de treinta reales al mes. Nadie aceptó el sustipendio. En cambio, los voluntarios de la República pidieron que en la condecoración campeara la palabra *heroica*... Tome usted apuntación de este otro sucedido. El día quince llegó a la estación de la Palma el regimiento de Infantería de *Iberia*, para batirnos a los cantonales. Llegó, vió y ¿qué hizo? Pues pronunciarse lindamente. Los soldados, que eran todos de la masa federal, despidieron a sus jefes y entraron en Cartagena dando vivas al cantón.

—Pues todo eso, amigo Criado, lo pondré de pe a pa. Ya he sabido que la tropa de la guarnición de Cartagena imitó el ejemplo de los de *Iberia*.

—Lo que yo voy viendo es que el mundo entero es federativo. Acabarán por acantonarse las estrellas y esos que llaman planetas, para que rabie el sol.

Con esto nos despedimos. Me acosté, y aunque dormí algunas horas, la noche se me hizo interminable, como si faltaran siglos para la visita de *Doña Gramática*. Hallábame ya vestido y compuesto a punto de las nueve, cuando entró en mi aposento la ilustre dueña. Era una mujer de mediana edad y de vulgar estampa, de rostro severo, que a ratos volvíase almibarado. Vestía con aseada modestia; su cuello era carnoso, sus manos bonitas, su voz timbrada con el acento profesional, un tanto campanudo. Lo primero que me dijo fué su nombre, que yo desconocía. Llamábanla, comúnmente, Juanita Cid, y poseía cuantos títulos acreditan competencia en las funciones del Magisterio con faldas.

Reíme de mí mismo al recordar que había visto en aquella pobre mujer una figura semiolímpica que se codeaba con las hermanas de Apolo y le quitaba motas a la Musa de la Historia. ¡Lo que va del sueño a la realidad! Sentóse la dueña frente a mí, y plegando su boca, y dando cierta movilidad graciosa a sus negros ojos, para lograr la mayor finura de expresión, entabló el coloquio con su poquito de hipérbaton:

—El caballero Tito perdone que en matutinas horas a importunarle venga esta maestra humilde.

A tan relamido concepto contesté que verme en presencia de señora por tantos títulos ilustre era mi mayor gusto

—Gracias, señor... Del alma brotan mis gratitudes por tan dulce bondad—dijo ella, y luego me soltó esta pieza sintáxica, abusando fieramente de los incisos—. Comoquiera que Floriana, desde la mañana de ayer, y no necesito puntualizar la hora, me encargó comunicar a usted su residencia, no lejana, ciertamente, deseando ser visitada por el talentudo historiador e historiógrafo, me apresuré a desempeñar mi cometido, ayer tres veces frustrado, y hoy vengo gozosa a manifestar a usted, con gusto mío y del que me escucha, que vivimos en la plaza de la Merced, número tres, local anchuroso de una escuela que debió de estar poblada de ángeles y hoy está desierta, porque nos ha trastornado con su convulso movimiento la hidra revolucionaria.

—Ahora mismo voy—exclamé, levantándome de un brinco—; pero ella, con gesto y voz que remedaban las actitudes olímpicas, me ordenó la calma, y así prosiguió:

—Refrene su impaciencia, señor mío,

y óigame. Floriana es una chiquilla, sin que este calificativo amengüe su idoneidad casera. Lo juvenil no quita en ella lo juicioso. En esta hora y en la subsiguiente hállase atareada en el negocio de sus abluciones, y en acicalarse y componerse, cosa natural en tan linda persona. De ello resulta que, conforme a las ordenanzas de la etiqueta urbana, ha de correr un lapso de tiempo hasta que llegue el oportuno instante de recibir visitas. Déme el señor don Tito licencia para decirle que es hombra harto fogoso y vivaracho, de lo cual colijo que rara vez, quizá nunca, ha tenido a su lado personas sentadas y maduras; que el juicio se pega con el roce vital, y los ejemplos de sensatez y mesura son el mejor aprendizaje para los caracteres movedizos y volanderos en demasía.

Erame ya insoportable la cancamurria pedantesca y el traqueteo gramatical de aquella buena señora. Ansioso de llegar a la deseada oportunidad de las visitas, la entretuve como Dios me dió a entender, dándole cuerda y contestando tan sólo con monosílabos a su laberíntico fraseo. Cuando, a mi parecer, había pasado ya bastante tiempo, le dije:

—Vámonos despacito, señora, y si aún fuere temprano, nos entretendremos charlando por el camino.

Accedió la dueña· le ofrecí mi brazo para bajar la escalera, y me llevó por calles desconocidas, aturdiéndome con su estilo machacante. De todo hablaba: del cantón, de la enseñanza pública, de los nuevos métodos gramaticales, y en tan variados temas hallaba coyuntura para echarme una flor mal encubierta con frases lisonjeras.

—Aunque mi oficio es enseñar Gramática, dura faena, en verdad—me dijo en una de las muchas paradas que hacía—, mis aficiones me han llevado siempre a la Historia, y a esta ciencia sublime consagro mis ocios. Sin autoridad para juzgar a los superiores, no vacilo en ofender su modestia diputándole por el más feliz narrador de los hechos humanos, así los oscuros como los resonantes. Tengo para mí que la historia que usted nos escriba, si en ello persiste, será de las más discretas, eruditas y ejemplares que habremos de disfrutar, señor *don Tito Livio*... No se ría; al trastrocar su apellido heme permitido usar un *apócope*, que también puede ser un vislumbre de *metátesis*.

Sofocando la risa le reiteraba yo mis gratitudes, y, al fin, con la pesada carga de la *gramatical* balumba, llegué al número 3 de la plaza de la Merced. ¡Oh felicidad sin medida y sin nombre! En un magnífico y espacioso local de escuela, recién construído, todo nuevo, todo limpio, ornado de mapas y cuadros gráficos admirables, me recibió Floriana a los pocos instantes de impaciente espera. Gozosa vino hacia mí; nos estrechamos las manos, y sentándonos en un banco escolar, cambiamos las salutaciones de rigor. Vestía traje azul sencillísimo, sin ningún adorno. Su hermosura ideal recobró en mi retina la exquisitez helénica, y recordé la primera frase de Celestina, cuando me propuso el pacto de amor: «No es mujer; es diosa.»

XX

Inició ella la conversación con estos sentidos conceptos:

—¡Ya ve usted, amigo Tito, con qué mala sombra he venido a tomar posesión de mi destino! ¿Cómo habíamos de pensar que este dichoso cantón destruiría radicalmente mis ilusiones y mis planes, haciendo inútil la gestión de usted para darme la dirección de esta escuela? Ya le enseñaré el edificio y sus dependencias. Verá usted qué grandiosidad. Aquí hay cátedras, gabinetes de Física, museo, jardines, aposentos para el internado... Todo perdido, todo por lo menos en suspenso hasta sabe Dios cuándo.

—El aplazamiento será corto, no lo dude usted—le dije para consolarla—. Creo que el flamante Estado no abandonará esta institución.

—¡Ay don Tito, no lo veo yo así! Contaba con que de las trescientas criaturas de ambos sexos que pidieron matrícula, vendrían en tiempo de vacaciones unas sesenta o setenta. Al llegar aquí encontré doce, y ayer no vino ninguna. Considere usted, amigo mío, que este edificio fué costeado por un millonario cartagenero, recién venido de América, quien formó una Junta patronal, sometiendo el plan de enseñanza a la Dirección de Instrucción Pública. Ahora resulta que la Dirección es un órgano

centralista: *vade retro*. Y lo más funesto, lo que me quita toda esperanza, es que los señores de la Junta patronal y el fundador millonario son *benévolos*... Esta palabra es injuriosa en Cartagena. Cada día aprendemos una cosa nueva, y yo aprendo aquí que la *benevolencia* no es una virtud, sino un delito.

Aseguréle yo con gran entereza que su pesimismo era infundado, y que no faltaría quien intentase, en bien de la Enseñanza, un decoroso arreglo entre *prefumistas* y cantonales.

—Observe usted—añadió Floriana—que el plan de enseñanza trazado por la Dirección es francamente laico. Yo no enseño Catecismo.

—¡Oh, mejor que mejor! Los cantonales aplaudirán seguramente ese criterio.

Movía la cabeza Floriana en señal de desaliento, y *Doña Gramática*, sentada en el banco próximo, soltó de su erudita boca las primeras frases de un terrorífico discurso, claveteado de incisos. Afortunadamente, Floriana no la dejó meter baza. En aquel punto entró por la puerta interior otra matrona, en quien reconocí a *Doña Aritmética*, seca, huesuda y muy aborrascada de entrecejo. Cubría toda su delantera con un grueso mandil. Por esto y por las palabras que cambió con Floriana, comprendí que desempeñaba funciones de cocinera en el vagar de las tareas escolares. Luego, Floriana y *Doña Gramática* me llevaron adentro para enseñarme toda la casa, que era, en realidad, una maravilla.

Bajamos a un jardín lindísimo, donde tuve la dicha de ver desaparecer a la insufrible sabia Juanita Cid, mandada por la directora a un recado callejero. En un banco me senté junto a la que sigo llamando diosa por estímulo de una idealidad más fuerte que mi razón. Encastillada en su pesimismo, me dijo:

—Triste desengaño es éste al término de un viaje largo y molesto, en que no nos faltó ninguna contrariedad. Primero, por la precipitación y por el descuido de estas buenas señoras, no traíamos comida, y tuvimos que alimentarnos con bizcochos. Ya lo recordará usted... Después ocurrió la desgracia de que al salir de la estación, no sé si de Albacete o Chinchilla, hubo de parar el tren porque se precipitó sobre la vía una piara de toros; la máquina arrolló a uno y los demás huyeron desmandados... ¿Se acuerda usted de lo que nos atormentaron los rugidos de las fieras enjauladas, que iban en un furgón, y que pertenecían a un polaco que las exhibe por los pueblos?... Y a todas éstas, el tren atrasando horas y horas. Me parece que fué en la estación de Hellín donde invadieron nuestro coche aquellos malditos cómicos, que nos dieron la gran tabarra contándonos el argumento de la función *Las diosas del Olimpo*, que iban a dar en Murcia.

—Sí, sí, ya me acuerdo—exclamé yo, sin que mi confusión me permitiera añadir una palabra más.

—Yo no pegué los ojos en todo el viaje—dijo ella—. En un coche de tercera, de cola, iban unas muchachas alegres que no cesaron de cantar y gritar desaforadamente. Luego, en no sé qué estación, se pasaron a los coches delanteros. ¡Qué barullo! ¡Qué escándalo!

—Sí, sí; parecían diablesas.

—Ya para acabar de arreglarnos, en Balsicas tuvimos que dejar el tren por descarrilamiento del mixto. ¿Se acuerda usted de que nos entretuvimos un rato contemplando las constelaciones?

—Ya lo creo. Vimos al *Toro* y a *Géminis*. Nos metieron en unas tartanuchas, y a las treinta y seis horas de viaje llegamos a Cartagena.

—Yo llegué muerta.

—Y yo también—dije, procurando atraer a mi mente las ideas que azoradas escapaban volando hacia la región del ensueño—; muerto de cansancio y afligido de un grave desconcierto cerebral, que todavía persiste, aunque con atenuaciones temporales. Créame, Floriana; viéndola a usted y escuchándola, mi ser se ennoblece y se eleva, tomando las direcciones que usted quiere darle. Con Floriana voy al extremo delirio o a la razón serena... En la razón estamos ahora. Adelante.

—Si he de hablarle con sinceridad, mi amigo don Tito—contestó ella con gracia un tantico burlona—, no entiendo bien lo que acabo de oírle. Pero, pues estamos en plena razón, ya trataremos de..., de eso..., que usted razonablemente me explicará.

En este punto, entró de la calle *Doña Caligrafía*, cuyas facciones y talle de persona distinguida y bien apañada se

me quedaron muy presentes desde que en Balsicas nos dió las primeras referencias de la localidad. Era una señora de buen porte, algo ajada y canosa, natural de Cartagena, y, según después supe, maestra insigne en el arte del pendolista. Entregó a Floriana varios paquetes de compras, entre ellos una cajita de cartón que me pareció de dulces o pasteles. En el mismo instante apareció, por otro lado *Doña Aritmética,* y las medias palabras que de boca de las tres oí hiciéronme comprender que era la hora de la comida. Me levanté para despedirme, y Floriana me dijo:

—¿Se va usted porque es hora de comer? No tenemos prisa. Si quiere usted honrarme otro día, le preparemos algo que sea de su gusto. Venga usted a verme cuando quiera, y fijaremos el día para ese festín. A esta hora me encontrará siempre. Salgo muy poco. Algunas tardes voy de paseo a la calle Real o a San Anton.

Salí aturdido y un tanto desolado. Al atravesar el local de la escuela, para tomar la puerta de la calle, apreté el paso vivamente, porque vino a mis oídos, desde los aposentos interiores, la tos clásica y la voz altisonante de *Doña Gramática.* Almorcé sin apetito en la fonda y me lancé a la calle. Errabundo y triste, conforme a mi vieja costumbre, recorrí no sé qué barrios de la ciudad, pues nunca en casos tales precisaba mi descuidado itinerario, y en las inmediaciones del arsenal me metí por un angosto callejón, donde oí voces risueñas y mi nombre claramente pronunciado.

Por un momento creí escuchar las voces misteriosas que en noche memorable me guiaron en las calles de Madrid hacia la plazuela de las Comendadoras. Volvíme, y en una ventana de piso principal vi tres mujeres bonitas, una de las cuales me llamo con la mano y con estas palabras cariñosas:

—Tito, Titín salado, ven acá. ¡Gracias a Dios que te vemos! Sube.

Ni corto ni perezoso, entré, y por empinada escalera subí al aposento donde estaban las alegres muchachas, cuyas caras no me fueron desconocidas, pues con ellas hice el viaje, a mi parecer subterráneo, desde Madrid a Cartagena. Más que la presencia de las tres sílfides, me sorprendió encontrar entre ellas a mi amigo Fructuoso Manrique, a quien no había visto desde la noche que estuvimos en el club de la calle de Jara.

Observando rápidamente el local, vi cómoda y muebles muy modestos, máquina de coser con obra empezada, y sofá ruinoso, que parecía hermano del que fué suplicio de visitantes en mi casa de huéspedes de Madrid. Sobre él y unas sillas cercanas había vestidos a medio coser. El ornato de las paredes lo componían láminas con vírgenes o santos al cromo, y litografías de toreros, sin marco ni cristal. El examen de la estancia me llevó a presumir la condición de las mozas. ¿Eran costureras, modistillas o qué demonios eran? En una redonda mesita con hule blanco, colocada en mitad de la pieza, vi servicio de café y copas, traído de fuera.

—A tiempo has venido, querido Tito —me dijo Fructuoso—. Siéntate y tomarás café en esta escogida sociedad.

La sílfide que se me puso al lado, para llenarme el vaso de café con leche, me dijo:

—Señor don Tito, la última vez que nos vimos fué aquella noche..., en la estación de Murcia..., cuando, al pasarnos del coche de cola al coche de cabecera, le di a usted un pellizco tan fuerte que aún me parece que le estará doliendo. Pues para que me perdone, ahora le diré que mi intención no fué pellizcarle a usted, sino al tío de las fieras, que ya me tenía cargada haciéndome el amor, como si fuese yo pantera o leona. Me equivoqué de nalga, y usted pagó por el *polonés.*

—Tiene usted razón: todavía me duele—dije yo—. El viaje fué muy malo; pero estas niñas bien se divirtieron.

Picotearon las tres ninfas un buen rato entre sorbo de café, y yo, echando de menos a Graziella en aquel cotarro, pregunté por ella. Las tres, a un tiempo, respondieron:

—Ahorita viene... La estamos esperando... Nos asomamos a ver si venía cuando usted pasó...

—Si no tienes que hacer esta tarde —me dijo Manrique—, iremos un rato al arsenal, donde hay mucho que ver, y además te contaré algunas cosas del cantón, que te servirán para tus estudios históricos.

—¡Y cuidado con lo que nos escribe el don Tito!—dijo mi vecina, ojinegra, boca grande y salerosa, blanca denta-

dura—. Nosotras somos *cantonalas* hasta la pared de enfrente, y como usted hable mal de esto le arrastraremos por las calles.

Y otra, pelirroja, boca chiquitita, metida en carnes, afirmó que al mar me tirarían, con una piedra al pescuezo, si escribía cosas feas del cantón. La tercera, atizándose una copa de coñac, no hizo más que gritar:

—¡Viva la Revolución cartagenera y la Virgen de la Caridad!

Respondiendo al *viva* entró Graziella, sin anunciarse. Traía flores en la cabeza, y en los hombros un pañuelo corto de crespón amarillo, de los que llaman de talle. Manrique hizo un hueco para que a mi lado se sentara. Pidió café solo, medio vaso, y apurándolo a sorbos, me dijo:

—Ya sé por *Doña Caligrafía* que has visto hoy a Floriana. ¡Qué linda está!

—No es mujer; es una diosa. Tiene toda la pinta de don Hilario, que de mozo debió de ser un clérigo guapísimo.

—Y de viejo, todavía, todavía...—indicó la pelinegra de boca grande.

—¡A quién se lo cuentas!—exclamó Graziella—. Don Hilario, viejo, valía por treinta jóvenes. Era mucho hombre mi santo varón..., y como aquel que dice, la santidad no quita la hombría.

En aquel momento empezó el copeo. Fructuoso sirvió a todas coñac, dando él ejemplo de largueza en la bebida. Aunque nunca tuve familiaridades con el bueno de Baco, se me comunicó la general alegría y empiné más de lo que acostumbro. Graziella, aficionada desde su infancia al néctar espirituoso, se puso pronto entre dos luces, y con rara mezcolanza de risa y llanto, nos contaba sus penas:

—¡Ay de mí! No sabéis la tabarra que hoy me ha dado mi *Perico*... Quiso pegarme el muy sinvergüenza. Pero yo le di un trastazo, y luego le agarré por las astas y le tiré al suelo. Si él es bravo, yo también... Nada; se empeñó en que habíamos de ir hoy a Los Molinos para comer con su tía la *Berrenda*. El, que sí; yo, que no: en esta brega estuvimos hasta las tantas. Por eso he tardado.

Alegres carcajadas acogieron este desahogo, y la muchachita gordezuela y pelirroja dijo así:

—A mi *Lázaro* le voy a dar el canuto... Con sus celeras me tiene frita. Ha dado en la tecla de que *Zalamero* me hace el amor.

La tercera de las mozuelas, menudita y vivaracha, dijo que su *Ventura*, hecho un merengue, le pedía casamiento, y que ella le había contestado con un sí dentro de un no. Mi honradez histórica oblígame a decir que, sin excederme en las tomas de coñac, me puse pronto a medios pelos. Alegría loca inundó mi alma. Abracé a Graziella y después a Fructuoso, diciéndole con efusivo lenguaje.

—Manrique, amigo del alma, sácame de una duda que me atormenta: esta preciosa ojinegra que tengo a mano izquierda, ¿es tu ninfa?

—Sí, Tito de mi corazón—respondió Fructuoso, que había cogido una regular *papalina*—. Distraído con la charla, se me pasó el presentarte a mi amiga, Dorita, de la noble estirpe de los Vargas Machuca o Machaca.

Como la cáfila de nombres taurinos había despertado en mi caletre las ideas más extrañas, dirigí a Fructuoso esta segunda interrogación:

—Dime, Manriquito, ¿recuerdas tú haber sido toro alguna vez?

La tempestad de algazara y risas que levantó mi pregunta nos impidió escuchar la respuesta de Fructuoso, que me pareció entre seria y festiva. Acallaron el tumulto dicharachos de Graziella, que disparataba en el tono y estilo más donosos. Blasonando de una templanza tardía, retiró Fructuoso las copas y la botella de coñac. Los ánimos embravecidos por el alcohol se fueron sosegando. Dorita se puso a coser en máquina. Las otras disponían la tarea, canturreando a media voz. Manrique, acometido de un sueño imperioso, se tendió en el sofá. Yo llevé a Graziella junto a la ventana. Había llegado la ocasión de satisfacer las dudas que continuamente me atormentaban.

—¿Tienes tu cabeza bastante serena—le dije—para contestarme a unas preguntitas?

—Y la tuya, Tito, ¿está firme y fresca para que puedas preguntarme cosas con sentido? Porque yo, por mucho que beba, ya lo sabes, nunca pierdo el compás, digamos la brújula de mi entendimiento.

—Con toda mi serenidad y todo mi

aplomo, te suplico me digas si la madre de Floriana es una marquesa o condesa que vive en un convento de Madrid.

—Es duquesa, Tito... Recordarás que yo, cuando me divertía escribiendo cartas en guasa a las señoras de la grandeza, le encajaba el título de *Plata del Cid*. Hoy está tronada y vive con otras dos viejas de su familia en las Comendadoras, como *señora de piso*. Hace días intentó catequizar a Floriana para que abandonase el siglo, como ellas dicen, y se metiese en vida monjil aristocrática. Pero Floriana no quiso entrar por ello y tomó la puerta... ¿Quieres saber más, curiosón, novelero? Pues te diré que la duquesa tuvo esta niña de un santo clérigo, a quien requirió para que la enseñara la Teología y le explicase el *Cantar de los Cantares* Teología fué, que nació la linda criatura con las facciones hermosas del bendito papá. La duquesa dió a criar la chiquilla a unos pobres campesinos de las tierras que poseía, y que luego perdió por su destornillada cabeza.

—Era viuda y guapa, según me han dicho.

Guapísima y viudísima, sí; pero mala madre, porque no hacía caso de la criatura ni se cuidaba de ella. Cuando vino a menos y empezó el tronicio de su hacienda, dejó de atender a los pobres paletos que criaban a Floriana, pero a la niña le salió un ángel bueno, le salió una señora con solicitudes y cariño de madre verdadera. Recogida Floriana por la divina dama, ésta le dió educación perfecta, instruyéndola en todo el saber del mundo, para que en su día fuese maestra de maestras, o como quien dice...

—No sigas, Graziella—exclamé yo sin poder refrenar un arrebato de entusiasmo y orgullo—. ¡Los dioses han creado a Floriana para un fin sin fin! Es la educadora de los pueblos.

XXI

Díjome en seguida la diablesa que a su bienhechora daba Floriana el nombre de madrina, y la quería más que a su madre. Oyéndolo rompí en este ex abrupto:

—Ya la madrina es *Mariclío*, la madre alta y piadosa que nos enseña el arte de hacer felices a los pueblos. No me lo niegues. Esta es una verdad que yo siento en mi corazón...

Alzó Graziella los hombros, ademán que en ella solía tener una significación afirmativa. Luego sacó de su faltriquera un cigarrillo, lo encendió y se puso a fumar tan tranquila, sin pronunciar palabra. Yo proseguí:

—Pues ahora te digo que *Mariclío* está en Cartagena. Lo sé. Y como estoy seguro de ello, quiero que me lleves a su lado, que para eso, no para cosas fútiles y livianas, eres consumada hechicera.

Fija la mirada en el suelo, y quitando la ceniza a su cigarrillo, me dijo la diabla que no podía llevarme adonde yo quería, sin obtener permiso y orden expresa de la señora mil veces augusta, que a menudo cambiaba de residencia y sabía ocultarse y aun perderse de vista, cuando pensaba que los nacidos no eran dignos de su presencia.

—Es abeja—añadió—que labra su panal a escondidas, y no quiere que la molesten zánganos ni abejorros.

Amparados por el ruido de la máquina y el parloteo vivo de las mozuelas, pudimos Graziella y yo hablar con libertad. Desperezándose con mugido despertó Manrique. El breve sueño ahuyentó de su cabeza los vapores vinosos, y al poco rato nos hablaba de estirar las piernas y sacudir la galbana con un paseíto por el arsenal. Del mismo parecer fuimos Graziella y yo. Dorita quiso agregarse a la partida; pero teniendo que terminar unos pespuntes, nos dijo que fuéramos por delante, que ella nos alcanzaría antes de media hora. Salimos, pues, y no paramos hasta franquear la puerta del arsenal. Entramos en la Comandancia, donde algo tenía que hacer Fructuoso, y siguiendo luego por entre los edificios y talleres, llegamos a la dársena. ¡Qué hermosura! ¡Cómo me deleitaba ver aquel inmenso tazón rectangular, en cuyas quietas aguas flotaban inmóviles las naves más poderosas que en aquellos tiempos se conocían!

Advertimos gran movimiento a bordo y en tierra, y continua comunicación de gente afanosa transportando enseres y vituallas, en chinchorros, gabarras y lanchas de vapor. Junto a la machina vi a Gálvez rodeado de gentes de mar y tierra, y esperé que se aclarara el grupo

para saludarle, pues de Madrid le conocía. Era de mediana estatura, doblado, fornido, de recios hombros; la cabeza grande y firme, atezado el rostro, la nariz ancha y algo aplastada, los ojos pequeños, vivos y muy a flor de cara, por lo que ésta resultaba como un bajo relieve. Su barba, bien poblada y negra, descendía del rostro hasta la mitad del pecho. Hablando en lo íntimo, era dulce y candoroso como un niño; perorando en público sacaba una voz áspera y honda, con la que premiosamente expresaba su pasión fanática y sus indomables arrestos.

Viendo, al fin, un claro en la multitud, acerquéme a estrechar su mano. Saludóme con afecto, y como yo le preguntase si se disponían a salir a la mar, me contestó con cierta jactancia pueril:

—Teniendo como tenemos una plaza fuerte de primer orden, con buenos castillos, y una escuadra pistonuda, ¿qué ha de hacer nuestro cantón más que salir a posesionarse de la costa? ¿Sabe usted lo que vale una costa en un Estado moderno? Pues es la vida, la riqueza y el poder. Si cuando salgamos quiere venir con nosotros, pondremos a prueba sus agallas.

Sin rehusar su invitación quedamos en que nos veríamos. Le di las gracias por su amabilidad, y me aparté a corta distancia, porque noté que Fructuoso quería hablar con él reservadamente. Al seguir ojeando por entre la multitud trabajadora, vi que Graziella se nos había escabullido.

—Es que ha visto a *Perico* bajar de la *Vitoria* para venir a tierra—me dijo Fructuoso—, y corrió a esperar la llegada del bote. Ya nos la encontraremos.

Yo pregunté a mi amigo:

—¿Y qué habéis hecho de la oficialidad de la Armada?

La respuesta fué bien sencilla. Algunos se fueron con Anrich; otros quedaron presos, y, por fin, se les dió a todos pasaporte para que fueran adonde quisiesen.

Hice la misma pregunta referente a las autoridades militares, y Fructuoso me dió estas explicaciones:

—El día catorce ordenó Contreras que Cárceles y Gálvez se entrevistaran con el general Guzmán, gobernador militar de la plaza, para exigirle la entrega de los fuertes Atalaya, San Julián, Despeñaperros, Moros y los de la entrada del puerto. Yo fuí con ellos y presencié la escena. Los voluntarios que nos acompañaban se quedaron en la calle. El general Guzmán nos recibió pálido y descompuesto. Gálvez apoyó su intimación con tan ruda energía que a los pocos momentos salíamos con una orden firmada para que las fuerzas centralistas desalojasen los castillos. Desde aquel día quedamos absolutamente dueños de Cartagena. Vamos muy bien. Ahora nos falta que venga Roque Barcia a prestarnos ayuda con su talento macho. Nos falta el hombre que ilumina los entendimientos con su palabra y su filosofía, y aquel estilo sublime con que escribe de Jesucristo y de Dantón, del Papa y de Garibaldi. No ha venido ya, porque el hombre anda mal de bolsillo, y aquí están reuniendo diez mil reales para mandárselos. Es seguro que le tendremos muy pronto acá.

En esto vimos que Graziella, cogiendo del brazo a un hombre, que debía ser *Perico*, acabado de saltar en tierra, se metió con él a bordo de la *Almansa*, atracada al muelle. La llamamos y se asomó a la borda. Al mismo tiempo oímos ruido de guitarras y canticios dentro de la fragata.

—¿Qué gente va en ese barco?—preguntó Manrique a la moza.

—Para mí—replicó ésta riendo—que casi todos los que van aquí son presidiarios.

Y Fructuoso siguió preguntando:

—¿*Perico* se embarca también?

Asomó entonces el novio de Graziella, mocetón guapo, todo afeitado, con aspecto de matador de toros, y dijo así:

—Yo voy de despensero en la *Vitoria*, amigo Fructuoso, y llevo mi carabina Berdan por si vienen mal dadas. Hemos entrado aquí para visitar a un primo mío que va de matarife. Todos tenemos que ayudar.

Se nos apareció de improviso Dorita, que venía muy sofocada, y al oír rasgueo de vihuelas a bordo de la *Almansa*, pidió permiso a Fructuoso para entrar a divertirse un rato. Vacilaba el amigo, y ella insistió con estas razones:

—Déjame, tontaina, que baile un poquito. ¡Pobre de mí! Mira que esta noche tenemos que velar. Acabaditos de salir ustedes llegó *Zalamero* con varias piezas de lanilla colorada. Para maña-

na tenemos que tener cosidas y dobladilladas veinte banderas rojas del cantón. Ya que trabajamos por la República, déjanos que nos alegremos con un poco de canto y zarandeo.

Comprendiendo Manrique que las almas cantonales se vigorizaban con el meneo de los cuerpos, accedió a que su ojinegra entrase en la fragata.

En tanto, yo entablé con Graziella este vivo diálogo:

—No te dejo vivir hasta que me lleves adonde sabes.

—Espérate a mañana. Titín gracioso. Si ello puede ser, te mandaré recado con *Doña Gramática.*

—¡No, eso no! Mándamelo con un mudo del Infierno o con el propio Satanás... Hazme el favor de bajar un momento, quiero hablarte.

—No puedo, *Perico* no me deja. Es muy celoso... Y basta de conversación.

Al decir esto retirábase de la borda. Fructuoso me cogió de un brazo, y llevándome adelante, me dijo:

—No hagas caso de esa loca, que es algo bruja y anda en trato con los espíritus del aire y del fuego. Vivamos en lo positivo y dejemos lo ilusorio. Cuando las potencias invisibles quieran decirnos algo, ya sabrán ellas cómo han de hacerlo.

Platicando de estas sutilezas y tiquismiquis avanzábamos despacio. Pasamos por detrás del presidio, ya vacío de su contingente criminoso. Díjome Manrique que los pobres galeotes, sacados de su purgatorio penal, se portaban como buenos chicos, procediendo como federales ardientes y honrados ciudadanos. Desde que los soltaron, la propiedad y las personas no habían sufrido ninguna violencia. Incorporados a las fuerzas defensoras del cantón deseaban que llegasen los momentos de peligro para ser los primeros en afrontarlo como redención de sus pasadas culpas.

Por la Puerta del Mar entramos en la plaza de las Monjas, y en ella nos disolvimos pacíficamente, quiero decir que nos separamos. Fructuoso se metió en el Ayuntamiento, donde estaba en sesión la *Junta de Salud pública*, y yo me fuí a la fonda, decidido a esperar tranquilamente el mañana... Y el mañana, ¡Dios me valga!, se marcó en la Historia con la salida matutina de la fragata de hélice *Almansa,* llevando a Gálvez, Cárceles y el coronel Pernas con rumbo a *una potencia extranjera*, Alicante. Arbolaban bandera española.

Por la tarde, sin cuidarme de la ruidosa entrada de los cazadores de Mendigorría, pronunciados por la causa cantonal, me fuí a San Antón, donde Floriana, según me dijo, solía pasear. La mala sombra de aquel día no me trajo ningún accidente placentero. Desesperado me volví a la fonda, donde me sacudió los nervios y me encendió la imaginación un fenómeno inaudito. Por matar el tiempo abrí mi maleta para ver la ropa limpia que me quedaba... Imaginad, curiosos lectores, cuál sería mi sorpresa al encontrarme un envoltorio de papel que contenía dinero en oro y plata. *Si me holgué con el hallazgo no hay para qué decirlo.*

Precisamente me alarmaba ya la merma del escaso metálico que traje de Madrid. ¡Y en esta situación precaria, los dioses inmortales dejaban caer sobre mí una lluvia metalífera que me aseguraba la existencia por dos o tres meses! En ello vi la sutil taumaturgia de la excelsa madre, madrina de la sin par Floriana. «¡Medrados estaríamos los pobres mortales—me dije, escondiendo mi tesoro—si lo esperásemos todo de la dura y seca realidad, renegando, como propuso Fructuoso, de los poderes espirituales o suprasensibles!»

No necesito deciros, lectorcitos míos, que se me alegró el alma, no sólo por las reverendísimas monedas que entraron en mi bolsillo, sino porque el divino socorro era señal de que *Mariclío* me ordenaba permanecer en Cartagena; señal también de que me concedería el don de su presencia.

Los mosquitos, el ardor de las sábanas y la nerviosidad retozona ocasionada por mi opulencia mágica, se confabularon aquella noche para no dejarme conciliar el sueño. Me lancé a la calle, y en los alrededores del puerto pasé tumbado no sé cuántas horas, respirando el aire fresco de la mar... Amanecía cuando volví a la fonda. Dormí hasta las once, y a la hora del almuerzo pude anotar otras páginas de la historia cantonal, que fueron como sigue: Volvió de Alicante la fragata *Almansa,* sin hacer nada de provecho ni traer fondos. Su único botín fué un vapor pequeño, llamado *Vigilante,* que apresaron y a remolque

lo trajeron a Cartagena... Lleguéme por la tarde al arsenal. Vi que estaban armando el *Vigilante* a toda prisa. Gálvez, que dirigía la faena, me dijo si quería ir con él a Torrevieja. No me determiné... Otra vez sería... Presencié su salida, llevando a bordo un puñado de hombres bien bragados. El *Vigilante* arboló una bandera que las aguas del Mediterráneo no habían visto desde tiempos muy remotos... Era la bandera de Barbarroja.

XXII

Seguidme y veréis algunas líneas más de la página histórica. El Gobierno de Madrid había lanzado en la *Gaceta* un decreto, firmado por Salmerón, presidente del Poder ejecutivo, y Oreiro, ministro de Marina, declarando piratas las naves que habían caído en poder del cantón, y autorizando a las naciones amigas para que las detuvieran y apresaran. A esto contestó la *Junta de Salvación pública de Cartagena* con otro decreto declarando a Salmerón y a sus ministros traidores a la Patria y a la República, y ordenando a todas las autoridades su busca y captura. Gran escándalo y agitación en el arsenal y en todo el pueblo.

Por la noche embarcaron el general Contreras y el diputado Sauvalle, con fuerzas de Mendigorría, en las fragatas *Almansa* y *Vitoria*, y salieron en son de reconocimento del litoral. Llevaban bandera española. Luego se vió que todo se redujo a un paseo marítimo, sin ninguna eficacia... Seguidme un día más, y veréis que al volver Gálvez de Torrevieja en el *Vigilante*, trayéndose a bordo la recaudación de las salinas, tuvo un mal encuentro. A la altura de Cabo Palos le salió al paso la fragata alemana *Federico Carlos*, mandada por el comodoro Wernell, y con un cañonazo le mandó parar. Funcionó el telégrafo de señales, preguntando qué bandera era la que arbolaba el vapor, y como la respuesta no fuera satisfactoria, Gálvez y su gente fueron conducidos a bordo del barco alemán, y éste siguió con rumbo a Escombreras, remolcando al *Vigilante*.

Excitación tan airada se produjo en Cartagena al conocerse el suceso que, a voz en grito, pedían pueblo y marinería que se declarara la guerra al Imperio alemán. Contreras convocó a los cónsules, los cuales declararon que no habían recibido instrucciones de sus Gobiernos para proceder contra los cantonales, y que nada harían en contra de ellos. Sólo el alemán indicó que el apresamiento estaba justificado por la desconocida bandera roja que llevaba el *Vigilante*. Entre tanto, los fuertes y las fragatas se disponían para cañonear al *Federico Carlos*. Al fin todo se arregló, poniendo el comodoro en libertad a Gálvez y su gente, los cuales entraron en Cartagena en varias lanchas, trayéndose sus armas y el dinero que habían recogido en Torrevieja.

Entusiasmo loco y vocerío delirante al recibir a *Tonete*, triunfador de la *perfidia extranjera*.

Adelante conmigo, lectores pacienzudos, y os presentaré el primer Gobierno provisional de la Federación Española, que se constituyó en Cartagena el 27 de julio de 1873: Presidencia y Marina general Juan Contreras; Guerra, Félix Ferrer, mariscal de campo; Gobernación, Alberto Araus; Ultramar, Antonio Gálvez Arce; Fomento, Eduardo Romero Germes; Hacienda, Alfredo Sauvalle; Estado e interino de Justicia, Nicolás Calvo Guayti. Los flamantes ministros no se asignaron sueldo ni retribución alguna, y establecieron su oficial residencia y las oficinas correspondientes en los salones de la Comandancia del Arsenal.

El mismo día en que se constituyó el Gobierno entró en Cartagena Roque Barcia. La presencia del profeta bíblico en Cartagena dió motivo a estos decretos, fielmente copiados de *El Cantón Murciano, Diario Oficial de la Federación Española*, que empezó a publicarse el 21 de julio:

«Habiendo llegado hoy el ciudadano Roque Barcia, diputado y presidente de la Junta de Salvación Pública de Madrid, y no existiendo las razones de prudencia que vedaban la publicación de acuerdos anteriores nombrándole individuo del Directorio Provisional, venimos en confirmarle para dicho cargo.—Cartagena, 27 de julio de 1873.» (Siguen las firmas de los ministros cantonales.)

—«Fijada para hoy mi salida al frente de la Escuadra Federal que ha de reco-

rrer las costas españolas del Mediterráneo, y de acuerdo con el Consejo de Ministros, queda encargado de la Presidencia del Gobierno Provisional el ciudadano Roque Barcia.—Cartagena, 28 de julio de 1873.—*Juan Contreras.*»

«—Durante la ausencia del general Contreras, ministro de Marina, queda encargado de este departamento el ciudadano Félix Ferrer, ministro de la Guerra.—Cartagena, 28 de julio de 1873.—*Roque Barcia.*»

Dejo a un lado la Historia oficial para volver a la mía, personalísima y extravagante. En la tarde del 28 hallábame yo en la fonda cuando recibí un recado de Fructuoso rogándome que fuese inmediatamente a la Redacción de *El Cantón Murciano* instalada en la Secretaría de la que fué Capitanía General de Marina. Acudí allá y encontré a mi amigo en la puerta, esperándome con febril impaciencia. Tanta era su prisa, que me cogió por un brazo y me llevó hacia el Arsenal, explicándome por el camino el motivo de su llamamiento:

—A la Redacción han traído una lista de los forasteros que se han enrolado en la tripulación de la *Almansa*. ¿Quién te ha puesto en esa lista? Yo no he sido. ¿Habrá sido Gálvez? Pronto lo sabremos... No recuerdo si vas como despensero o como condestable. Mi parecer es que, sea cual fuere la mano que te ha inscrito, no debes quedarte en tierra. Lo que sí haremos es ponerte en un rango más decoroso, por ejemplo, en la infantería de Marina.

Perplejo y confuso, intenté poner reparos a una determinación despótica tan contraria a mi libertad; pero al propio tiempo, un impulso misterioso, magnético, me llevaba cosido al brazo de Manrique, y cuando entrábamos en el Arsenal érame ya imposible desprenderme de él. Abriéndonos paso entre las multitudes llegamos a la machina, donde topé de manos a boca con el símbolo viviente de la picardía y la travesura, con la cifra del donaire gracioso y desvergonzado, la endiablada Graziella. Su cara era toda risas; sus ojos centelleaban. Llegóse a mí, y pellizcándome y haciéndome mil carantoñas, me dijo:

—A bordo, a bordo. La señora lo manda.

Miré a mi derecha, y no vi a Fructuoso; miré a mi izquierda, y la figura de Graziella se había desvanecido en el aire vago o en el torbellino de la multitud. Lo que me pasó después, lo que hice, si se entiende por hacer el trasladarse automáticamente de un punto a otro, no puedo fácilmente referirlo. ¿Fuí o me llevaron hacia un lanchón lleno de gente, atracado en una de las escalerillas? ¿Bajé yo a la embarcación, o me metieron en ella manos blandas invisibles?... Desatracamos; los remos hendían a compás la quieta superficie del agua. Pronto llegó el bote a la escala de proa de la fragata. Subí, y al entrar a bordo dos o tres personas desconocidas me saludaron por mi nombre.

Internándome en los grupos de marineros y soldados de infantería de Marina, salióme al encuentro un señor vestido de paisano, que, después de mirar un largo pliego lleno de nombres, me dijo:

—Usted, señor don Tito Livio, aunque viene aquí enrolado como contador, no es usted contador de cuentas, sino de acontecimientos, o como quien dice, el vigía de la Historia. Puede usted recorrer libremente toda la cubierta de proa desde el puente hasta el cabrestante, y por la noche ocupará uno de los camarotes de maquinistas, que está vacío.

Poco después de estar yo a bordo subió al puente el general Contreras con sus ayudantes y el diputado Torre Medienta, que yo había visto en el Congreso, en los escaños de la intransigencia. Me entretuvo agradablemente la operación de levar anclas. Hecho esto, la fragata se deslizó majestuosa por el cristal de las aguas. Creyérase que estaba quieta y que se movían los edificios del Arsenal, las casas de la población, los montes próximos y lejanos.

Al hacer la virada para salir del Arsenal al puerto, atronaban el espacio las aclamaciones, los hurras del inmenso gentío que en tierra contemplaba el lento zarpar de las naves de guerra. Cuando la *Almansa* traspasó la boca del puerto, dejando a babor el dique de la Curra y a estribor el Empalmador grande, aceleró un poco su marcha, y desde proa oíamos, con leve trepidación, el golpear de la hélice pausado y rítmico. Al salir a Escombreras, los timbres del aparato que comunica el puente con la máquina indicaban mayor velocidad. Mar

afuera y a toda marcha, la fragata oscilaba levemente de costado.

La *Vitoria* salió tras de nosotros. Próximamente a una milla por el Este, vimos la fragata alemana *Federico Carlos*. Como al salir habíamos visto a la goleta inglesa *Pegeon* encendiendo sus calderas, comprendimos que íbamos a tener escolta. Tanto mejor: así presenciarían los extranjeros nuestras hazañas si en efecto las había... La *Almansa* puso rumbo creo que al Sudeste, con un resguardo de dos millas de la costa, la cual se iba desvaneciendo tras de nosotros. Nos cogió la noche a la altura de Mazarrón cuya luz indecisa distinguí en la penumbra crespuscular. El cielo estaba limpio y en todo su esplendor la infinita muchedumbre de estrellas. Me recosté cómodamente junto a un rollo de cables, y largo rato permanecí contemplando la gala del firmamento. Ya me entretenía reconociendo las constelaciones que había visto mil veces, ya esparcía mis ojos por la inmensidad de astros derramados como polvo luminoso en la bóveda inmensa y profunda. Mi pensamiento, en el ir y venir de la tierra al cielo, voló hacia la Madre augusta; a ella y a mi señora la sin par Floriana se encomendó mi espíritu, pidiéndoles que me guiaran y socorrieran en los trances de aquella expedición a que yo concurría por mandato y aviso de mis divinidades tutelares.

No puedo precisar el tiempo que duró mi éxtasis ante la belleza sideral y las imágenes que yo veía entremezcladas y confundidas con las más brillantes constelaciones. Después de medianoche me dijeron que descansaría mejor en el camarote del maquinista que me habían designado. En él me metí a punto que los marineros señalaban ya la luz de Aguilas. Tumbado en la litera, dormí hasta el amanecer. Me despertó la faena del baldeo, a la que siguió un movimiento general de toda la gente de a bordo. Estábamos frente a Almería.

Media hora después las dos fragatas se aguantaban sobre máquina, a prudente resguardo de la población. A simple vista distinguíamos enorme gentío apiñado en el muelle, en las azoteas y en las alturas de la Alcazaba. El general Contreras mandó a tierra a su ayudante con la orden de que viniesen a bordo las autoridades. Pasó una hora. Vimos llegar un bote de la Comandancia del puerto, trayendo a varios señores, que, según oí, eran el gobernador civil, el cónsul inglés y comisionados de la Milicia Nacional y de los contribuyentes. Subieron a bordo, y allá se fueron todos con el general a la cámara de popa.

Lo que allí trataron, en una hora larga, yo no lo supe por el momento; pero lo que pasó después me indicó que no accedieron los almerienses a lo que nuestro intrépido general les pedía, a saber: contribución en metálico y que se retirasen de la plaza las fuerzas militares... Volviéronse a tierra un tanto mohinos los caballeros que nos habían visitado, y poco después advertimos que en la población construían a toda prisa parapetos. Las cornetas de nuestra fragata y de la *Vitoria* tocaron zafarrancho de combate.

A eso de las diez empezamos a disparar balas contra la población, previo aviso a los cónsules. La *Vitoria* disparó una sola granada. Comprendimos que el general quería causar a la plaza el menor daño posible. Como yo en mi vida había visto un combate naval, me imponían, no diré sólo respeto, sino cierta pavura, la trepidación de la nave a cada disparo y las nubes de humo que por todas partes me cerraban la vista. Era como el bosquejo de una catástrofe. Pensaba yo que estaban hechos polvo los pobrecitos almerienses. No sé a qué hora se dispuso que salieran dos lanchas con fuerzas de desembarco. Aquel señor vestido de paisano que me recibió a mi entrada en la fragata se me acercó con una carabina en la mano, y así me dijo:

—En la cara le conozco, señor don Tito, que está usted rabiando por que le mandemos unirse a las fuerzas de desembarco. Tome usted esta carabina y véngase conmigo.

En la cara no debía de conocérseme lo que aquel buen señor decía, porque en mi temperamento jamás anidó el heroísmo ni nada que se le pareciese. Pero la misma fuerza magnética que en el Arsenal de Cartagena me había traído a bordo, llevóme tras de aquel sujeto hasta llegar a la escala, descender por ella y meterme en la lancha. Esta y otra que salió de la *Vitoria* bogaron trabajosamente hacia tierra. Cuando el que nos mandaba dió la voz de «¡fuego!».

empezamos a soltar tiros sin ton sin son. Yo me sentí héroe. y consideraba el espanto que estábamos produciendo en los inocentes pececillos que nadaban en derredor nuestro.

Cuando más enfoguetados estábamos, nos largaron de tierra una espesa lluvia de balas de fusil, que hirieron a dos de los nuestros. Ante tal modo de señalar, viramos en redondo y nos volvimos a los barcos. A las seis de la tarde, convencido el general de que Almería no daba un cuarto, cesó el fuego. Se habían hecho cuarenta disparos de cañón... Poco después, las fragatas volvieron sus gallardas popas a la ciudad y navegaron mar adentro.

XXIII

Al amanecer del siguiente día llegamos a Motril, población absolutamente indefensa. Allí dejamos los heridos, y el general pudo a duras penas recaudar ocho mil duros en libranzas sobre Madrid, que, a mi parecer, fué como llevarse papeles mojados. Por la tarde salimos para Málaga. El tiempo cambió, presentándose un Poniente ligero. La fragata embestía la mar con lentas cabezadas. Entrada la noche, dejamos de ver las luces de la *Vitoria,* que se fué quedando atrás, demostrándonos la impericia del marino que la mandaba. Hicimos señales y moderamos máquina, sin conseguir que nos siguiera en conserva.

Amanecía cuando divisamos dos fragatas. Creyendo Contreras que eran del odiado Gobierno central y que venían en son de guerra, mandó tocar zafarrancho de combate. Pronto se vió, con ayuda de los anteojos, que una de las fragatas arbolaba bandera inglesa y la otra prusiana. Ya nos disponíamos todos a desplegar nuestros ímpetus heroicos, cuando nuestro general ordenó la prudencia. De improviso, la fragata germánica disparó un cañonazo con bala, que pasó rozando una de las vergas de nuestro palo trinquete.

Paramos. Contreras pidió parlamento y mandó a conferenciar con el alemán a su ayudante Rivero. Pronto volvió éste con un pliego que contenía dos órdenes harto molestas: que los barcos cantonales volvieran a Cartagena inmediatamente, y que nuestro general en jefe pasase sin demora a bordo de la *Federico Carlos.* Accedió Contreras a lo que se le pedía, y ya en el barco alemán fué maltratado de palabra por el comodoro Wernell, que le conminó con ahorcarle como pirata. Contestó nuestro general con tanta dignidad como aplomo que, por el interés de su patria y por evitar una conflagración europea, soportaba resignado el atropello de que se les hacía víctimas a él y a los suyos, protestando enérgicamente del calificativo de piratas, que no merecían en modo alguno las honradas fuerzas cantonales. Como le inculparan de haber hecho fuego contra Almería, alegó que lo hizo porque aquella plaza estaba defendida por fuerzas militares, y previo aviso a los cónsules extranjeros.

A las seis horas apareció la *Vitoria.* Preguntaron los alemanes a Contreras si esta fragata haría fuego contra ellos, y don Juan contestó que fuego harían si él lo mandaba; pero que reservaba sus fuerzas para combatir al Gobierno de Salmerón. Volvió el general a bordo de la *Almansa,* y ordenó que las dos fragatas cantonales hiciesen rumbo a Cartagena. La *Vitoria,* por sí y ante sí, tocó a zafarrancho tres veces. La fragata inglesa la intimó a seguir su rumbo. Contestó la *Vitoria* por el telégrafo de señales: «No me da la gana», y trató de lanzarse a toda máquina, en son de abordaje, contra el barco inglés. Este, con rápida maniobra, evitó el choque. Entonces, la *Almansa* ordenó por telégrafo a su compañera que evitase un conflicto.

A consecuencia de esto, el comodoro Wernell, creyendo que Contreras había faltado a su compromiso, volvió a cogerle prisionero y se lo llevó al *Federico Carlos,* donde se trabaron en disputa muy agria. Pensó Contreras que el asunto ya no debía plantearse entre caudillos, sino entre caballeros. y desafió al comodoro, retándole a dirimir oportunamente sus querellas en el campo del honor.

Cerrada la noche, con Poniente leve de popa navegábamos cariacontecidos hacia Cartagena, lamentando el fracaso de la expedición. Muchedumbre de luces nos indicó la presencia de una escuadra: era la inglesa. Nueva parada y parlamento. El almirante inglés nos dijo que nos detuviéramos en Escombreras, que

las tripulaciones podrían entrar en la plaza; pero que el general Contreras quedaría en rehenes hasta que se recibieran instrucciones de los gobiernos inglés y alemán... Hartos ya de humillaciones, y con las manos vacías, llegamos a Escombreras el 2 de agosto.

La *Vitoria* enterada de la prisión del general, intentó entrar en Cartagena y atacar a los barcos extranjeros, protegida por los fuegos de los fuertes. Desistió de su empeño por no exponer las vidas de los ochocientos tripulantes de la *Almansa,* la cual, por ser de madera, no estaba en condiciones para afrontar los riesgos de una lucha. Una Comisión del Gobierno provisional de Cartagena, con los cónsules extranjeros, menos el francés, pasó a bordo del *Federico Carlos* para pedir al comodoro explicaciones de su conducta. Wernell se justificó diciendo que cuanto había hecho tuvo por causa el bombardeo de Almería, y se negó a poner en libertad a Contreras.

Cuando se conoció en Cartagena lo manifestado por el comodoro Wernell produjose, según me contaron luego, inmensa emoción. El Gobierno provisional, reunido en sesión permanente, debatió la conducta que procedía seguir ante tan grave conflicto. El cartero Sáez, gobernador del castillo de Galeras, pidió que se rompieran las hostilidades contra el Imperio alemán, actitud temeraria que el joven Cárceles defendió con verdadero frenesí.

Todo aquel día y el siguiente el pueblo invadió las calles pidiendo, con destempladas voces, la guerra a todo trance y asegurando que así había de ser, aunque fuera preciso sobreponerse para ello *al Gobierno, a la Junta y a Cristo Padre.* Acordada, al fin, la ruptura de hostilidades, se alistaron a toda prisa las fragatas *Numancia* y *Méndez Núñez,* las cuales, por la impericia de sus tripulantes, embarrancaron a la salida del puerto y costó Dios y ayuda ponerlas a flote. Preparáronse los barcos extranjeros para repeler el ataque. Los vecinos pacíficos se ausentaron de la ciudad.

Siguieron los tratos y regateos. Volvió Roque Barcia a bordo del *Federico Carlos* y le soltó al comodoro un discurso bíblico profético; pero el alemán no le hizo caso ni entendía una palabra de aquella jerigonza. Sólo se consiguió que pusiera en libertad a las tripulaciones y soldados de la *Almansa* y de la *Vitoria.*

Nuevos dimes y diretes entre la plaza y los extranjeros dieron por resultado que éstos prometieran observar neutralidad en la lucha entablada por el cantón contra el Gobierno de Madrid. El general Contraras, que en el *Federico Carlos* tenía que dormir en un colchón colocado en el suelo del camarote, porque su voluminoso corpachón no cabía en la litera, fué puesto en libertad el 7 de agosto... La fragata alemana abandonó las aguas de Cartagena, dejando en poder de los ingleses la *Almansa* y la *Vitoria.*

Cuando puse el pie en tierra, creo que el 4 de agosto, ante una multitud inquieta y gemebunda, la primera persona conocida que me eché a la cara fué Dorita, la cual, con lastimero acento me dijo que Fructuoso estaba herido en la cabeza y en una pierna, de resultas de un tiroteo en Orihuela, adonde fué con *Tonete* para sublevar la ciudad y traerse las contribuciones.

—Venga usted a verle—me dijo tirándome del brazo—. En casa le tenemos. Aunque sus heridas no son cosa mayor, se queja con grandes alaridos de la soledad, del aburrimiento y de no poder salir por el dolor de la pata.

Olvidándome de mí propio y del descanso que necesitaba, acudí a ver al amigo, a quien encontré en la casa de marras, tendido en un camastro. Las tres sílfides dábanle asistencia cariñosa, y el *tiqui tiqui* de la máquina de coser le servía de arrullo para sostener su cerebro en la dulce modorra, ayudándose a ello con sorbitos de ron, según tuve ocasión de observar. Mucho le animó mi visita. Incorporándose en el lecho, me contó que se había unido a la expedición de Gálvez a Orihuela, con Pernas, Carreras y Perico del Real, que mandaban fuerzas de Mendigorría, Iberia y Voluntarios de Murcia. A meterse en tales andanzas le había movido la curiosidad más que el apetito de gloria. Los pijoteros laureles que recogió fueron la rozadura de una bala en el cráneo y el estropicio de la pierna al caerse de una pared. Ved aquí el relato del asendereado telegrafista:

—¡Ay Tito de mi alma, ni a ti ni a mí nos llama Dios por el camino heroico!... Verás: llegamos a Orihuela al amanecer del treinta y uno de julio, y cátate que

en los alrededores de la ciudad nos esperaban cien carabineros a caballo, en la plaza ciento ochenta guardias civiles y muchos más en las calles y en diferentes casas. A los carabineros pudimos fácilmente cercarlos, y se nos rindieron a discreción diciendo para salvar la pelleja: «¡Todos somos unos!» Con ellos se entregaron varios oficiales de bigote de moco y un capitán con toda la barba. En la plaza fué más dura la refriega. El brigadier Piñeiro, gobernador militar de Alicante, dió la voz de «¡fuego!» a la Guardia Civil. Se trabó la lucha. Gálvez, que donde pone el ojo pone la bala, tumbó la mar de civiles. Por fin quedamos dueños del campo, sin más pérdidas que un soldado muerto y dos heridos. La baja más sensible fué la mía, Tito, y gracias que la bala no hizo más que rozarme el casco por encima de la oreja. Las averías de la pierna me las causé en un arrebato épico, tirándome de un muro para ponerme a salvo del plomo enemigo. Total, que los vencí, digo, los vencieron Gálvez y los valientes Pernas, Carreras y Perico del Real. Cinco guardias del bando contrario pasaron a mejor vida. Apresamos catorce civiles y cuarenta carabineros. Los demás pusieron tierra por medio más que aprisa, y los triunfadores nos volvimos a casita, todos muy contentos, yo renegando.

—¿Y no trajisteis *monises?*

—El carrero del furgón en que yo venía como un fardo me dijo que se habían *recaudado* dieciséis mil duros. Pero como no los conté, ni siquiera los vi, no puedo darte recibo de la cantidad.

Cuando yo me marchaba entró Cárceles, que ya por la mañana estuvo a visitar a Fructuoso en calidad de presunto doctor en Medicina. Las muchachas le saludaron con alegre algazara, y él, tan vivo y diligente en la acción médica como lo era en la revolucionaria, levantó a Manrique los vendajes de la pierna, le puso emplasto nuevo, y después de examinar la matadura de la cabeza, le dijo, dándole palmaditas en un hombro:

—Lo que tú tienes es holgazanitis, fomentada por el extracto de la uva. Levántate, gandul, y vete al telégrafo y a la redacción de *El Cantón* donde no te faltará tarea.

Preguntado por su reciente aventura, nos dijo Cárceles:

—Nada; que salí pitando para Valencia con el tapadillo de prevenir a los federales de allá para que se aguanten contra las tropas de ese perro de Martínez Campos, hasta que les llegue un refuerzo de seis mil hombres que aquí se les prepara... En la fonda de Chinchilla me prendieron y me llevaron a la tierra de las navajas, Albacete. Enchiquerado en el Gobierno Civil de aquella ciudad, concebí el atrevido proyecto de escapar, y tal como lo pensé lo hice tranquilamente. Al venirme acá encontré por el camino las tropas de Iberia, mandadas a rescatarme. Nada: que ya estoy otra vez en Cartagena, dispuesto a pelearme con Dios si no hay aquí sentido y agallas para sacar adelante a nuestro cantón glorioso.

Salí con Cárceles y le acompañé hasta la redacción de *El Cantón Murciano.* Cuando ya iba camino de mi fonda sentí detrás de mí un siseo penetrante. Volvíme... ¡Oh sorpresa!... Era Graziella que me echó la zarpa, diciéndome:

—¿Dónde te metes, pillastre, que te estoy buscando toda la mañana? Vente conmigo. La señora te aguarda... ¿De qué te asombras? ¿Qué cara de bobo es ésa? Menéate, avefría, que hay que andar un trechito.

Dejéme llevar, poniendo mi paso al compás del suyo ligerísimo. Salimos al muelle, y rondando el puerto llegamos al barrio de Santa Lucía. Próximos a las primeras casas, tuve que pararme para tomar aliento: tal era la velocidad con que me llevaba la diabólica hembra. Atormentado por dudas punzantes, le pedí seguridades de que aquello no era una burla. ¿Por ventura quería reventarme llevándome a una regata de andarines?

—Anda, mostrenco, sigue—me dijo—, no te pares..., no vaya a escapársenos la señora.

—Allá voy, allá voy—dije yo moderando el paso y aspirando el aire espeso y puro que venía del mar—. Yo te sigo, Graziella; pero no extrañes mi desconfianza. ¿Cómo es posible que en este arrabal apartado, donde no viven más que pescadores pobrísimos, cargadores del puerto y obreros de la fábrica de Figueroa, tenga su residencia la que por su jerarquía y su divinidad está por cima de todas las princesas del mundo? Si quieres que te crea, señálame desde

aquí los muros y chapiteles del palacio donde...

—A ti sí que te voy a dar yo chapiteles—replicó Graziella, acentuando sus palabras con risas y un regular bofetón—. Ven acá, babieca: voy a enseñarte los palacios donde hallarás a la que es madre tuya y mía y maestra de todo el género humano.

Cogido del brazo me llevó por delante de unas casas humildísimas, fronteras al puerto. Mujeres en pernetas y chiquillos casi desnudos hormigueaban en los sitios de sombra, aspirando la frescura salina de la mar. Llegamos a una casa de apariencia menos humilde, con balconaje de madera, del cual pendían redes, en cuyas mallas lucían algunas escamas de los peces recién cogidos en ellas. La puerta era grande, y a un lado y otro se extendían poyos, en los cuales se sentaban hombres y mujeres de distintas edades y de aspecto mísero. Las paredes relucían con el nítido albor de la cal. Quebraban a trechos la blancura una jaula con jilguero, otra con mirlo, y en la parte más alta dos o tres ventanas de desigual forma y tamaño. En la una colgaban ristras de ajos y cebollas, en la otra unos trapos puestos a secar.

Junto a la puerta vi una mujer friendo *aladroque* (que en Málaga llaman boquerones) en una gran sartén, montada sobre hornilla de barro... Otras mujeres preparaban los pececillos, envolviéndolos en harina y juntándolos por la cola en forma de abanico. Chicos y mozuelas recogían la fritanga, unos para comérsela y otros para repartirla entre personas que estaban dentro y fuera de la casa. Graziella se paró ante el grupo y dijo con inocente sencillez:

—Buenas tardes.

Eco de ella fuí yo, repitiendo el «buenas tardes» con el acento más candoroso. Una voz dijo:

—Adelante, caballero.

Miré, y vi a *Mariclío* sentadita en el portal, a corta distancia de la freidora.

XXIV

Corrí hacia la Madre y le besé las manos... La emoción no me dejó articular palabra. El rostro de *Mariclío* era el mismo que vi y adoré en las postrimerías del reinado de don Amadeo, y así la faz como la figura reproducían la musa de mi sueño mitológico en el viaje subterráneo, pero dignamente avanzada en la madurez fisiológica. Era una matrona que disfrazaba su majestad con la pobreza del indumento. Vestía una limpia falda de percal con remiendos, y una blusa oscura, sobre la cual cruzaba un tosco pañuelo de colorines. Calzaba medias azules y alpargatas valencianas con cintas negras. A su lado y tras ella se sentaban mujeres de variada estampa, todas de clase marinera, y algunos viejos. Uno de éstos, el más próximo a la madre, me pareció poco menos que centenario. Quiso el tal apartarse para dejarme sitio, pero *Mariclío* no lo consintió, y mandando traer una banqueta me hizo sentar frente a ella, tocando mis rodillas con las suyas.

—Ya tenía ganas de verte, Tito—me dijo con aquel acento de cuya grave dulzura no puedo dar idea—. Aquí me tienes alojada en esta casa humilde y entre esta buena y honrada gente. Arriba ocupo una magnífica estancia, muy holgada y cómoda, con vistas al puerto. Es mi delicia ver desde el balcón la entrada y salida de los barcos mercantes y de guerra. Desde allí atisbo también la ciudad, y veo cuanto en ella ocurre. Ya sabes que mi vista es tan larga como mi pensamiento... Algo tendrás tú que contarme, yo a ti también. Ya hablaremos.

En esto se acercó Graziella con un plato lleno de racimitos de *aladroque*, recién salidos de la sartén, y lo puso en las manos de la Madre. Esta presentó el plato al anciano que a su lado tenía, diciendo:

—El primero que ha de catarlo es mi amigo Juan Elcano.

Resistióse el ancianito, y *Mariclío*, echándole cariñosamente un brazo por los hombros, agregó:

—Tú, tú por delante. Donde tú estés serás siempre el primero... Querido Tito, acércate a este hombre venerable y besa su mano flaca ya, pero todavía vigorosa. Aquí donde lo ves, estuvo en la de Trafalgar.

Saludé al veterano con la veneración que merecía tal reliquia de los tiempos heroicos. Cogido por el viejo el primer abanico de boquerones, todos le secunda-

mos, comiendo con gran apetito y alegría. La madre me dijo que ya que merendaba con ella, no me soltaría hasta después de cenar. Las comadres y marineros allí presentes dieron broma al anciano por el trabajo que le costaba masticar el *aladroque* y alguno se condolió de su extremada senectud.

Revolvióse un tanto engallado el viejo, y les dijo:

—Ea, no carguen tanto en la cuenta de mis años, pues, gracias a Dios, no he llegado a los noventa. *(Risas.)* No se rían: ochenta y nueve cumplí el doce de junio. Todavía puedo..., todavía soy hombre para cuanto las señoras quieran mandarme. *(Más risas.)* Y sepan que bien guapo era yo cuando embarqué en el *Nepomuceno* el primero de octubre del año ochocientos cinco. El día de la tremenda batalla con el inglés, día veintiuno, nuestro comandante Churruca y yo caímos heridos al mismo tiempo: yo sané, y aquel grande hombre murió. ¿Verdad, *señá Mariana,* que habría sido mejor que yo me fuera a pique y don Cosme se salvara? Yo he vivido desde entonces sesenta y ocho años sin servir para nada, y él ¡qué hubiera hecho si viviera!

—Eso no es cuenta nuestra—dijo *Mariclío*—. Dios sabe cuándo ha de dar y quitar la vida.

—Pues yo le digo a Dios—replicó el viejo blandiendo como espada su mano temblorosa—que los hombres valientes no deben morir hasta que se caigan de viejos.

—Los valientes, amigo Elcano—dijo la Madre—, son los más solicitados por la muerte... Ya viste que también murió Nelson.

Gruñó el viejo mirando al suelo, y apenas le oímos medias palabras rencorosas. Pero el mal genio se le pasó cuando empezaron a repartir copas de un vinillo blanco, transparente y fino. Una vez que remojaron todos el *aladroque,* la Madre se levantó, requiriendo mi brazo para que fuese con ella a su habitación alta, pues quería hablar conmigo despacio y a solas. Subimos por una escalera de palo, que gemía como si le doliesen todas las coyunturas o acoplos de su viejo maderamen. La estancia donde moraba *Mariclío* era grande, limpia, con jalbegue reciente y muebles primitivos. Llevóme al balcón, y sentados frente al espléndido panorama del puerto, me habló de esta manera:

—Querido Tito, te mandé a la correría de Contreras por el Mediterráneo para que vieras por ti mismo la incapacidad de esta gente. Ya te habrás convencido de que nada valen los corazones valientes si las cabezas están vacías. Contreras no hizo nada de provecho, y de añadidura le quitaron las fragatas, que sabe Dios cuándo volverán a manos españolas... El arrojo de Gálvez en Orihuela, ¿qué consecuencias ha tenido? El menguado provecho de recoger algunos cuartos y el enorme perjuicio de irritar a los pueblos cercanos y enemistarlos para siempre con este cantón. Al llegar aquí los prisioneros de Orihuela los llevaron al navío-pontón *Isabel Segunda,* y en él fueron atendidos y agasajados en la forma más cristiana: eso está muy bien. Por la tarde les visitaron el brigadier Pozas y el mirífico evangelista Roque Barcia. Este les largó un discurso, que fué como un pedacito de *Pentateuco,* y llorando les abrazó uno a uno, y aun creo que les bendijo, prometiéndoles la próxima entrada en el Paraíso federal. Tanto sentimentalismo me parece de muy mal agüero. Creen estos inocentes que las revoluciones se hacen con discursos frenéticos, con abrazos fraternales, con vivas estrepitosos y cantinelas optimistas. Cuando esto empezó me agradaba la rebeldía garbosa, el desprecio del Gobierno central, que por más que se disfrace con arreos y colorines democráticos, es siempre una enredosa oligarquía. Pero ya se van desvaneciendo mis ilusiones. Estos caballeros habrían sido aniquilados si no dispusieran de una plaza fuerte tan considerable como Cartagena. Por el resguardo que les da la Naturaleza sostendrán su tinglado algún tiempo, hasta que el Gobierno de Madrid acabe de salir de su desmayo y concierte los resortes de la unidad. No sé si sabes que el general Pavía ha sometido a los federales de Sevilla, después de meter en cintura a los de Granada, y ahora irá contra los de Córdoba. Sobre Valencia está Martínez Campos, hombre que sabe bien su obligación. El dará buena cuenta del *Enguerino* y de sus diez mil voluntarios alocados. Todavía arde el rescoldo cantonal en Vinaroz, Castellón, Béjar, Cádiz, Sanlúcar y otros muchos pueblos; pero ya se irá

apagando. Estos incendios no se apagan con agua, sino con leña... La idea federal es hermosa; es mi mayor encanto, la ilusión de mi vida en esta y en todas las tierras que visito. Pero dudo, ¡ay!, que pueda implantarla de una manera positiva y duradera un pueblo que ayer como quien dice ha roto el cascarón del absolutismo.

—Verdad es cuanto dices, Madre querida—repliqué yo—. El federalismo nos vino aquí de aluvión, salido del cerebro de un hombre de extraordinario talento. A todos cautivó este ideal por su grandeza, sin que llegáramos a penetrar las condiciones externas y materiales que son precisas para llevarlo a la práctica. Es como un bien caído del cielo; lo admiramos y celebramos sin saber qué tenemos que hacer para disfrutarlo.

—Tú y tus coterráneos no lo conocíais; yo, por mi calidad y el oficio que me da nombre en toda la tierra, lo conocí en tiempos muy remotos, casi en los días en que mi padre Júpiter nos dió la existencia a mis ocho hermanas y a mí. Eramos nueve jovenzuelas lozanas, frescas, hermosas, ávidas de esparcir por el mundo toda la gala de las artes, colmándolo de felicidad y contento, cuando pude ver cómo se formó la maravilla del *Anfictionado de Tesalia*. La fecha es bastante lejana, Tito. Hablo de tiempos muy anteriores a la guerra de Troya. En un extenso y fértil territorio, que cerraban por Norte y Sur elevados montes y por Este y Oeste los mares helénicos, existían varios pueblos o nacioncitas independientes. No siempre reinaba la paz entre ellas, y a las veces se entretenían en guerras crueles por un quítame allá esas pajas. Unos eran pastores, otros labraban la tierra; éstos criaban los mejores caballos que en Grecia se conocieron, aquéllos tejían el hilo y la lana, o se dedicaban al trajín comercial y a la navegación. Cada uno de tales pueblos, en el curso de la vida, fué comprendiendo que sería más fuerte ligando su particular interés con el interés del pueblo inmediato. Aquí tienes el pacto federal. Dado el ejemplo por dos pueblos, fueron entrando los demás en la misma concordia y al poco tiempo todas hallaron el vínculo común de un provecho elemental, que sirvió de aglutinante para amalgamar diferentes estados débiles en un gran Estado poderoso. Aquella gran federación ha tenido muy pocos imitadores, y cuando te lo digo yo, que tanto y tanto he visto, bien puedes creerlo... ¿Piensas tú que puede establecer sólidamente este bello régimen un país que hasta hace cuatro días no ha conocido la libertad, una raza que, aun siendo heterogénea, ha vivido amamantada con la leche de la unidad, y aún se adormece en el regazo de la nodriza? Considera lo que pesan sobre tu país el catolicismo y eso que llamáis el Papado, las viejas rutinas monárquicas y los enormes intereses inseparables de estas abrumadoras máquinas sociales. Tú, que no puedes traspasar los límites fisiológicos de la existencia humana, no verás realizado el ideal federalista en toda su pureza; yo, que soy vieja eterna, espero ver algún día..., algún día, triunfante y dichoso el *Anfictionado Español*.

Terminada esta encantadora conversación, que elevó mi espíritu, dejándome como en éxtasis, la Madre mandó que sirvieran la cena, y sentó a su mesa al marinero de Trafalgar, a otro viejo menos viejo, a dos mujeres y a mí. Frugal fué la cena, dominando en ella los condimentos de pescados sabrosos de fácil digestión. Exquisitas frutas y un vinillo levantino, claro, de ese que llaman *ojo de perdiz*, completaron el festín modesto. Hablóse de diferentes temas: cada cual, según su condición y estilo, hacía la crítica del cantón, considerando a éste como potencia marítima.

El anciano de Trafalgar aseguró que la *Tetuán* y la *Méndez Núñez, manque* les metiesen en las calderas todo el fuego del infierno, no andarían más de cuatro o cinco nudos. Para nada servían como no fuera para irse a pique. El viejo menos viejo, que era hijo del veterano de Trafalgar, dijo que había hecho toda la campaña del Pacífico en la *Numancia*, y que a esta fragata la quería como a las niñas de sus ojos.

—No hay otra como ella en la mar —exclamó con tanto cariño como si hablara de su familia—. Si algún día me *ajogo*, déme Dios el gusto de *ajogarme* en ella.

Sólo estos y otros rasgos salientes de la conversación quedaron grabados en mi memoria. Lo demás se borraba apenas oído. El torbellino de pensamientos que levantó en mi cerebro la evocación que hizo *Mariclío* del federalismo helé-

nico me aislaba de aquella charla familiar y rastrera... Pensé que de sobremesa me daría la Madre otra lección como la que antes recibí de su inmenso saber de las cosas humanas. Pero quiso reservarse para otro momento, y cuando los humildes comensales se alejaron con respetuosa despedida, me estrechó y acarició la mano diciéndome:

—Es hora de que vuelvas a tu casa, Tito. No tardaré en avisarte para que vengas otro día. Adiós, hijo. Ya que vas a la fonda, hazme el favor de acompañar a esta buena señora, amiga mía, que va en la misma dirección y no conoce bien las calles.

Cuando esto dijo vi que de la penumbra de la estancia salía una mujer enlutada, de buen talante y rostro severo, la cual llegóse a mí con reverencia como poniéndose a mis órdenes. Salimos, y al bajar al portal, alumbrado por un brillante farolón, fijéme en la cara de aquella señora, recordando haberla visto en alguna parte. Poco después, mi memoria me dió la solución, y al instante me volví hacia la dama, diciéndole:

—Me parece, señora, que tengo el honor de acompañar a *Doña Geografía*. Perdóneme que antes no la reconociera. Hicimos juntos el viaje desde...

—Me llamo Gertrudis—dijo ella con gracia—, y me dedico a la enseñanza de la Geografía. Confunde usted el nombre con la profesión.

—Es verdad—dije yo un poco turbado—. Pero bien seguro estoy de que es usted una de las damas consejeras de Floriana.

—No soy dama consejera; acompaño y sigo a Floriana, que fué mi discípula y hoy es maestra y señora mía. Cosas son éstas, Tito, que no entiende usted ahora ni las entenderá en algún tiempo. Por esta noche, sólo me cumple decirle que nuestra excelsa *doña Mariana* se ha valido del piadoso artificio de que vayamos juntos camino de la fonda para que yo pueda advertir a usted que ponga freno a su pasión por Floriana y procure apartar de ella su pensamiento. Que para esto hay razones muy poderosas, fácilmente lo comprenderá usted...

—Dígame, por Dios, esas razones, si no quiere dejarme en un dilema terrible: o la desobediencia o la muerte.

—No sea usted romántico, don Tito. Ya sabe usted que a la Madre no le gusta ese romanticismo dulzacho y un poquito enfermizo.

—Pero lo que usted acaba de decirme—exclamé con angustioso desconsuelo—, ¿es advertencia o es mandato riguroso?

—Mandato es rigurosísimo, irrevocable.

En el momento en que yo quise protestar de esta bárbara sentencia, la extraña mensajera de la divina *Clío* desapareció de mi vista. Di algunos pasos, y un resplandor de luz verdosa me encandiló, dejándome después en tinieblas. Un corto rato estuve ciego. Poco a poco fuí distinguiendo los bultos, las casas... Palpando las paredes pude llegar con dificultad a mi alojamiento.

XXV

Historia lastimosa voy a contaros, lectores queridísimos, y empiezo requiriéndoos a concederme vuestra lástima y un piadoso interés por mí, pues se trata de incumbencias particulares, sin mezcla de ningún melindre político, como aquel que dijo: «Sin trampa ni cantón...» Leedme y afligíos. Consecuencia fulminante de la terrible prohibición o anatema que oí de labios de la vaporosa *Doña Geografía* fué que caí en la honda enfermedad que llaman *pasión de ánimo*, y se manifiesta con intensa desgana de todo menos de la soledad, hastío de la comida, desmayo muscular, aberraciones nerviosas y cerebrales, aborrecimiento del género humano y anhelo de morir.

En mi estrecho cuarto de la fonda me pasaba las noches de claro en claro, los días de oscuro en oscuro, estirado a medio vestir en un sillón de mimbres, empapándome en el amargor de mis melancolías y temblando a cada ruido que me pareciese el anuncio de alguna visita. Amables y compadecidos, el fondista y los mozos no sabían qué hacer para despertar en mí las ganas de comer. Me traían platitos de algún guisado selecto, frutas, mariscos, golosinas... Mas, ni por ésas; yo no pasaba nada, como no fuera café y algún mendrugo de pan chamuscado a la lumbre. Llegué a des-

ligarme en absoluto de la norma del tiempo; no me importaban los sucesos exteriores. ya fuesen trágicos, ya fuesen ridículos. Sólo la idea de ultratumba me halagaba, adormeciéndome en placentera modorra. Muriendo dejaría de arrastrar los restos miserables de mis ilusiones deshechas y en descomposición. Morir era el descanso, y aunque parezca paradójico, el supremo egoísmo.

Fué a verme Cárceles, que trató de animarme con su jovialidad bonachona. Según él, hallábame atacado de neurosis agudísima.

—Lo que usted padece—me dijo—es una exacerbación del egoísmo, y eso se cura con la actividad, con el trato de gentes y el tomarse interés por las cosas del prójimo y del procomún. Conque, ánimo, a comer, y a la calle con los amigos. Le pondré una fórmula; no más que un amargo para abrir el apetito.

Mi amigo, el camarero Alonso Criado, me llevó un día unos comistrajos rarísimos, por si con ellos lograba yo vencer mi desgana. Eran huevas en mojama de un pez llamado *múJol,* que se cría en el Mar Menor. Las probé y me supieron a demonios. Otro día me llevó *dátiles de mar,* un marisco sabroso, del cual me dijo Criado que comiendo mucho y bebiendo encima aguardiente era seguro reventar como un triquitraque. Lo caté y no me desagradó; pero me abstuve, porque aunque tenía ganas de irme al otro mundo, no me hacía maldita gracia emprender el viaje con el pasaporte de un cólico miserere.

Después de Cárceles me visitaron Fructuoso y el cartero Sáez, gobernador del castillo de Galeras. El primero me dijo que iba a mandarme a Dorita y sus dos amigas para que me dieran una sesión de bailoteo andaluz, con panderetas y palillos, y me cantaran las coplas cantonales que estaban tan en boga. El valiente cartero me dijo:

—Véngase usted conmigo al castillo por unos días, y con aquellos aires y aquellos horizontes, ¡recristo!, se le quitarán esas murrias.

No hablo más de estas visitas ni de las que me hicieron *Tonete* Gálvez, Alemán, don Pedro Gutiérrez, Roque Barcia, Pernas y otros amigos, porque tengo que consignar la que fué para mí más honrosa y grata.

A media mañana se me presentó un día *Doña Gramática,* compungida y bien abarrotada de locuciones hiperbólicas y laberínticas *ore rotundo,* anunciándome, *a fuer de solícita embajadora,* la visita de la divina Madre. Afortunadamente, no se corrió demasiado en el mensaje, por priesa de sus quehaceres... Partió deseándome la pronta sedación de mi espasmo neuroimaginativo... Me arreglé un poco, y al cuarto de hora entraron en mi estancia *Mariclío* y *Doña Geografía.* Vestían ambas de negro, con mantilla, como señoras mayores de la clase media que, al volver de misa, visitaban a un pobre enfermo. La Madre traía un librito como los que usan las señoras cuando van a sus devociones, y la otra dama una caja de cartón, cruzada con cinta roja, que se me atonjó regalito de confituras.

El respeto y la emoción me paralizaron la lengua. Tardé un rato en expresar a la divina señora el gozo que de verla sentía.

—Padeces, querido Tito—me dijo ella, sentándose junto a mí y poniendo su mano en la mía—, el *morbo europeo,* la epidemia de la civilización, que la Medicina del día atribuye a los nervios y la de antaño achacaba a los demonios. Entiendo yo que es flaqueza del cerebro, resultante del vértigo de los goces fáciles, del ansia de asimilar sabidurías de artes y ciencias, que viene a ser la gula del entendimiento. ¿Cree mi buen Tito que estas generaciones, debilitadas por la continua labor pensante y emotiva en el curso precipitado de la vida mental, pueden arrasar las instituciones caducas y erigir sobre sus ruinas el monumento del federalismo, que tiene por base las virtudes y el vigor físico de los pueblos?

»A los que como tú se inutilizan para el vivir normal solemos dar el nombre de románticos. Románticos son, pero de estofa ínfima y barata, los que se matan porque la novia se les va con otro, los que se desesperan y reniegan de la Humanidad porque no han podido obtener en un día lo que es fruto de la paciencia en largos años trabajosos.

»Conque ya lo sabes: no quiero verte romántico llorón, ni neurótico, ni flatulento, ni poseído de los demonios, que todos estos nombres han sido aplicados sucesivamente a los enfermos de necedad aguda. Conservando amorosamente

el saber que tienes archivado en tu cabeza, ponte a trabajar en una herrería, forjando a fuerza de martillo el metal duro; abre el surco en la tierra, siembra el grano y cosecha la mies; arranca de la cantera el mármol o el granito; agrégate a los ejércitos que entran en batalla; lánzate a la navegación, al comercio, y si logras juntar a tu saber teórico la ciencia práctica que aprenderás en estos trajines, serás un hombre.

»No serás hombre, sino un muñeco, si en vez de contener tu alma en la norma de amibición que la Naturaleza concede a los humanos, te lanzas al espacio insondable de las ambiciones locas, quiméricas, fuera de los confines de la realidad. Acabarás de perder tu salud, y con la salud tu vida, si te empeñas en remontarte al cielo para coger la estrella más linda que en él has visto desde la tierra, o si te arrojas en medio del Océano para sacar la perla escondida en el seno más hondo de las aguas.

Tragándome la píldora de indecible amargura que en mi boca puso la Madre excelsa, alabé su elevado conocimiento de las cosas humanas y el arte sutil con que sabía separarlas de las divinas. Dicho lo que antecede, bajó el tono *Mariclío,* y de las altas esferas del pensamiento descendió a las más bajas con transición donosa.

Hablamos de la vida cantonal, que ya empezaba a ser aburrida y sin ningún relieve.

—Te habrás enterado—me dijo la señora—de la nueva quijotada de tu amigo el general Contreras. Este señor, que es infatigable en la imprevisión, apenas dió fin a la descomunal aventura en que le quitaron las fragatas, quiso entrar en singular batalla con los molinos de viento. Entre tropa y voluntarios reunió un ejército de dos mil hombres, y con un tren de Artillería partió por el ferrocarril a la toma de Albacete. Iba con él Pernas y Pozas.

»En la estación de Murcia recibió el aviso de que Martínez Campos, desembarazado ya de los cantonales de Valencia, vendría probablemente contra los de Cartagena. Los que iban a la conquista de Albacete corrían peligro de que el caudillo centralista les cortara la retirada. La intrepidez a secas, sin ninguna otra virtud que la rija y encauce, es cosa muy mala en las andanzas guerreras. Ciego y espoleado por el arrojo, siguió don Juan su camino, y en Chinchilla el coronel Escoda le hizo frente con un corto número de soldados, distribuídos por la carretera.

»Llegó muy a punto el general Salcedo, y sin pelear apenas ni sufrir ninguna baja, derrotó en corto tiempo a los cantonales. En su poder quedaron muchos jefes, oficiales y soldados, el tren de Artillería, las banderas rojas y los cincuenta vagones en que habían hecho el viaje los expedicionarios. El descalabro fué monumental. Como no has salido a la calle en tantos días, no has podido observar que cunde el desaliento y que esta revolución candorosa va de capa caída. Vive de milagro, y el milagro consiste, según veo, en que el Gobierno de Madrid no puede distraer de la guerra carlista la escasa fuerza militar de que dispone.

Fijábame yo con insistencia en el librito, al parecer de misa, que la Madre llevaba en su mano. Notó ella mi curiosidad, y risueña me dijo:

—Uso este libro cuando mis disfraces me obligan a entrar en la iglesia. Pero no es el *Prontuario de la Misa,* sino una obra de mi amigo Jenofonte, titulada *Agesilao.* La estimo en mucho, porque en ella escribió una invocación a mi persona, proclamando mi culto y ensalzando el nombre de *Clío* con inefable devoción. Además, contiene el libro avisos y sentencias políticas para el gobierno de los pueblos, que hoy conservan el mismo sentido y matiz de actualidad que tuvieron cuatrocientos años antes de Jesucristo. Del manuscrito que me regaló Jenofonte, y que conservo religiosamente entre mis reliquias, me sacó una copia de imprenta el propio Gutenberg, y de aquella copia hiciéronme estotra los impresores de la *Biblia poliglota* del Cardenal Cisneros.

Puso en mis manos el interesante libro. No pudiendo entender una palabra de él, por estar escrito en lengua griega, besé la preciosa reliquia y la devolví a la divina *Mariana.* Esta cogió de manos de *Doña Caligrafía* la cajita de cartón que, a mi parecer, guardaba confites o pasteles, y, ofreciéndomela, me dijo:

—Aquí te dejo esta golosina, que no te vendrá mal para poner algún alivio a la inapetencia, que es el peor alifafe

de los que sufren el *morbo europeo*. Son bizcochos riquísimos, de una pasta en que está combinada la dulzura con la sustancia provechosa y confortante. Los hacemos en casa, por una receta que a mis hermanas y a mí nos dieron en el monte Hymeto. Algo ha llovido desde entonces.

Dicho esto, y expresada mi gratitud por la visita y por el regalo, despidiéronse las dos damas, no sin que *Mariclío* me dejase al partir la esperanza de una nueva entrevista en plazo breve. Salieron. Al quedarme zambullido en mi soledad angustiosa, no vi otra manera de retener junto a mí el espíritu de la Madre que deleitarme con la rica ofrenda de sus bizcochos, *hechos en casa*. Apenas los caté, reconocí en ellos la mágica repostería que fué mi aliento en el viaje absurdo por las entrañas del planeta.

Comiendo de aquel sabroso manjar, se escapaba mi espíritu hacia las penumbras misteriosas de aquellas cavernas y conductos labrados por una ensoñación dantesca o mitológica. Vi el séquito de la divina Floriana, los toros, las ninfas; me vi a mí mismo, caballero en una vaca, restituído a mi ser de *sílfido* vaporoso. Mi mente se aferró de nuevo a la idea de que lo sobrenatural es lo verdadero. ¿Cuánto tardaría en volver al sentido de la realidad? Meditando en ello me dije: «El Universo es un trinquete, y yo la pelota con que juegan, para pasar el rato, lo humano y lo divino.»

XXVI

Muchos días, no sé cuántos, después de la visita de la Madre, me sentí un tanto aliviado de mi flojera muscular; el ansia de soledad se amenguó bastante; la idea de morir en plena juventud y la querencia del sepulcro empezaban a serme unas miajas desagradables. Mis amigos Fructuoso, Alemán y Alberto Araus, deseosos de sacudirme y entonarme, me llevaron a una de las islas del Mar Menor, y por cierto que el viaje me causó miedo; creía yo que en mi estado de extenuación no podría recorrer con vida el camino de tierra y mar, que se me antojaba de una longitud fabulosa. No recuerdo el nombre de la pintoresca isla en que me desembarcaron, sacándome en vilo de la chalana. Entendí que era propiedad del barón de Benifayó.

La hermosura del sitio, la pureza del aire, la quietud y transparencia de las aguas, influyeron de tal modo en mi naturaleza física y moral, que por la tarde me reconocí muy mejorado. Nos albergamos en una casita donde moraba, con su mujer y unos chiquillos, el guarda de la isla, y tal fué la bondad con que me agasajó aquella excelente familia, que mis amigos, previa discusión entre todos, acordaron dejarme allí por dos o tres días.

Aquella noche dormí como un canto. A la mañana siguiente ya era yo otro hombre. Recorrí sin cansarme distancias que el día anterior me habrían parecido considerables. Mis buenos patrones me daban comiditas de enfermo; mas yo prefería las calderetas de pescado fresco con que ellos se alimentaban diariamente. En uno de estos comistrajos, no sé si al segundo o tercer día, mi apetito se desarrolló hasta la voracidad.

Aunque en mi albergue modesto y patriarcal abundaban los utensilios de caza y pesca, no se me ocurrió entretenerme en ningún deporte, pues siempre me repugnó la persecución y matanza de inocentes animales del aire y de las aguas. Mi única diversión era pasear sin fatiga, recorrer la plácida costa de la isla en las partes donde no había cantiles infranqueables, subir a las cimas no muy altas y tumbarme allí donde encontraba un lugar mullido y fresco para la contemplación del paisaje y la dulce tarea de no hacer nada.

Con este vivir fácil y mis calderetas de *mújol* fresco al mediodía, mis fritangas de barbos y bogas por las noches, con algún hojaldre de añadidura, me reconstituí en mi ser normal, apartando mis ojos de la cara fea de la muerte. Lo único que me quedaba de mi trastorno era la incapacidad para contar las horas y los días. Una mañana llegó Fructuoso a verme, y hablando de acontecimientos particulares y públicos vine a entender que estábamos en septiembre, lo que me causó grande estupor, por mi antedicha ineptitud cronológica.

Entre varias noticias de mediano interés, me dió Manrique la de que Salmerón se había negado a firmar las

sentencias de muerte dictadas para contener la indisciplina militar. Discutimos un rato sobre si eran o no compatibles la filosofía pura y el impuro arte de gobernar a los pueblos. Sin que lográramos dilucidar punto tan grave, supe que Salmerón se obstinaba en el propósito de dimitir.

Venid a mí otra vez, parroquianos benignos, y os daré una página histórica que me salió, cuando menos lo pensaba, en los días de mi convalecencia. Los amigos que me llevaron a la islita de Mar Menor me restituyeron a Cartagena en una plácida tarde de septiembre. Apenas llegué a la ciudad y a la Redacción de *El Cantón Murciano,* leí en este periódico la lista del Ministerio que había formado el gran tribuno Emilio Castelar. Vedla aquí:

Presidencia, Castelar; Estado, Carvajal; Gracia y Justicia, Río Ramos; Hacienda, Pedregal; Guerra, Sánchez Bregua; Marina, Oreiro; Gobernación, Maisonnave; Fomento, Gil Berges; Ultramar, Soler y Pla. Salmerón fué elegido presidente de las Cortes. Era opinión general en Cartagena que don Emilio iba a meter mano a los cantonales, poniendo sitio a la plaza en toda regla.

Sin que yo pusiera nada de mi parte, y hallándome aún a media convalecencia, me vi otra vez llevado a la corriente histórica, que en aquellos días de septiembre era mansa y sin notorias turbulencias. Dudo que merezcan pasar a los anales de *Clío* los acontecimientos que, vistos de cerca, me parecieron de poca monta y no alteraban la marcha indecisa y claudicante del cantón. Pacificada Valencia, Martínez Campos se acercó a nuestra plaza, llegando hasta La Unión, desde donde sus avanzadas hicieron un reconocimiento hasta las inmediaciones del barrio de Santa Lucía. Contáronme que hubo tiroteo y que las fuerzas centralistas se retiraron a la madrugada.

Y ya que nombro a Santa Lucía, diré que fuí a la casa donde cené con la Madre en aquella calurosa noche de agosto, inolvidable para mí, porque en ella me inoculó *Doña Geografía,* con sus acerbas prohibiciones, la pasión de ánimo que me tuvo medio loco y medio muerto durante más de un mes. La freidora de pescado estaba en su sitio; pero en la casa me dijeron que *Doña Mariana* había cambiado de residencia y no sabían su paradero.

Sigo pasando ante tu vista, lector discreto, una cinta histórica de menguado interés: iniciativas abortadas, hazañas ilusorias, planes muertos apenas concebidos. Salió Contreras en busca de Martínez Campos, con grande aparato de fuerzas de tropa y milicias, cañones Krupp, Ingenieros, Caballería, Sanidad Militar, pertrechos de guerra y boca y demonios coronados. Los dos ejércitos no se encontraron o no quisieron encontrarse.

Las piezas Krupp de una parte y otra hicieron fuego a larga distancia, sin causarse daño de consideración. En el campo cantonal, un caballo fué herido en la boca por un casco de proyectil, avería tan leve que el animal no tardó en curarse: otro casco perforó el parche de un tambor, y un soldado recibió contusiones que apenas merecieron auxilios caseros de la Sanidad. Mejor hubiera sido que me dejara yo en el tintero estas correrías. Conste que las saco sin otra expresión gráfica que unos puntos suspensivos.....

Las excursiones marítimas de aquel mes no merecen mayor gasto de tinta. Claro es que luego vendrán hechos de armas tan resonantes que para referirlos toda la tinta será poca. Concretándome a las aventuras marítimas del cantonalismo en septiembre del 73, acorto la corriente narrativa para consignar que el viajecito de Gálvez a Torrevieja en el *Fernando el Católico* y la sorpresa de Aguilas por el brigadier Carreras en el mismo buque sólo sirvieron para esquilmar con escaso provecho a estos dos pueblos.

Algo más serio fué lo de Alicante. Carreras se presentó con las fragatas *Numancia* y *Méndez Núñez* ante aquel puerto, donde entonces residía el ministro de la Gobernación, Maisonnave, tan amado de sus coterráneos los alicantinos. Alborotóse el vecindario, las fragatas rompieron el fuego contra la plaza, y ante la obstinada pasividad de ésta, los cantonales viraron en redondo y se volvieron a *Cartago Espartaria.*

Apártate de mi atención, fastidiosa historia pública; déjame volver a mi dulce cuento. La fuerte querencia que no podía echar de mí llevóme una tarde

a la plaza de la Merced, donde vi que el edificio construído para la magna institución pedagógica estaba cerrado a piedra y barro. Recorriendo las calles adyacentes, con la esperanza de encontrar alguna puertecilla excusada que comunicara con tal edificio, interrogué a unas pobres mujeres que estaban haciendo calceta en el quicio de un portalón cerrado. Dijéronme que la *escuela grande* se había convertido en almacén de harinas, arroz, bacalao y otros artículos, para el suministro de la plaza en caso de que le pusieran cerco los condenados centralistas. Las señoras maestras habían desalojado el edificio, llevándose los trebejos de enseñar, mapas, tinteros y la mar de libros.

En esto vi que por angosta puertecilla de un callejón cercano salía una señora con manto negro, en la cual reconocí a *Doña Aritmética.* Llevaba en sus manos un lío de ropa y un fajo de papeles y cuadernos. No consideré prudente detenerla y hablar con ella, y la seguí a discreta distancia, *en conserva,* como dicen los marinos... Traspuso la dueña la puerta de San José. La dirección que tomó luego indicóme que iba hacia Santa Lucía. Como no miraba hacia atrás y además iba y venía mucha gente por aquellos lugares, pude espiar su ruta fácilmente.

Pasó la dueña por delante de la casa en que yo cené con *Mariclío;* metióse después en angosta travesía, por donde pasó a una calle de mediana anchura, tortuosa y con altibajos, de caserío desigual, mezquino y pobre. Plebe lastimosa se veía en las puertas o divagaba por un suelo que sin duda fué empedrado y desempedrado por los demonios.

Adelantando en la calle, oí el tintineo vibrante de los martillos sobre el yunque... *Doña Aritmética* torció a la derecha vivamente. Apresuré el paso para seguirla de cerca. Ella delante, yo detrás, penetramos en una travesía corta, en cuyo fondo vi el resplandor rojizo de una herrería. Allí se metió la dueña, y yo, sin saber ni pensar lo que hacía, me colé tras ella. Dentro de la negrura en que lucían con viva lumbre las llamas de la fragua, los hierros al rojo y las chispas que al golpe de los martillos saltaban, quedéme absorto y paralizado. Por más que miré en derredor mío, no vi a *Doña Aritmética.* Dos hombres hercúleos, con mandiles de cuero, trabajaban en el yunque; un mozo fornido metía los hierros en la fragua, y un guapo chico de tiznado rostro tiraba de la cadena del fuelle.

Yo no sabía qué decir. Por fin me decidí a preguntar tímidamente si había entrado allí una señora de tales y tales señas. Nadie me contestó; llegué a creer que nadie me veía; los cuatro siguieron trabajando como si no hubiera entrado nadie. Repetí mi pregunta con el mismo resultado negativo. Acordéme entonces de que la Madre me dijo en ocasión reciente que para ser hombre y no muñeco debía yo conservar el saber adquirido, completándolo con el vigor físico que dan los trabajos más duros. Pensando en esto llegué a imaginar que me hallaba en un recinto encantado, bajo el dominio de la Madre augusta y eterna, educadora de las naciones.

XXVII

Mi perplejidad y azoramiento me causaban una molestia enfadosa. Viendo que no hacían caso de mí, cual si yo fuera un ente invisible, quise llamar la atención de aquellos cíclopes con gesticulaciones violentas y gritos atroces. Entonces, uno de los herreros dejó a un lado su martillo y la pieza que forjaba y se llegó a mí risueño. Al ver que al fin había logrado hacer acto de presencia, creo, señores míos..., no estoy seguro de ello..., creo que me expresé de este modo:

—Pero los que aquí trabajan, ¿son hombres o qué diantres son?

Antes de contestarme, el forjador se quitó el mandil de cuero, dejando ver un tórax espléndido, cual yo no lo había visto nunca en carne mortal. La cabeza y el rostro eran de una hermosura sólo comparable a la que nos ha transmitido la estatuaria helénica.

Con bondadoso acento me dijo aquel que diputé por superior a la estirpe humana:

—Ya sé a qué vienes. La que manda en ti te propuso que fueras herrero y sabio para ser hombre y no muñeco. Pero yo advierto que eres demasiado endeble para emprender tarea tan ardua. Sería preciso que te dejaras construir de

nuevo. Yo y mis compañeros de trabajo somos forjadores de los caracteres hispanos del porvenir. ¿No comprendes esto?... Pues has de saber, hombrecillo de obcecado entendimiento, que estos hierros son resortes para las voluntades, que no han de doblarse ni romperse. Luego verás cómo trabajamos el acero y otros metales, que han de dar resistencia a los corazones y solidez a los cráneos donde se alberga el pensamiento.

Continuaba yo privado de opinión sobre cosas tan inauditas. Con fugaz razonamiento me dije: «Por Júpiter, que este ensueño es más dislocado y delirante que cuantos hasta ahora me depararon los espíritus juguetones.» Y antes que yo pudiera escudriñar la razón de aquel extraordinario prodigio, el hombre perfecto de cuerpo y rostro me cogió por el brazo o por el pescuezo, y llevándome como en vilo, me condujo a otra estancia más grande, en la cual vi dos filas de hombres membrudos y atléticos, que trabajaban en diferentes operaciones de lima, torno y pulimento de metales. Pasando entre ellos, pude observar la majestuosa estatura del forjador, comparada con la mía. Con tacones y sombrero, yo le llegaba poco más arriba del codo.

Entramos en un aposento reducido, iluminado por luz cenital. En el centro había una mesa de hierro con tazas y ánforas griegas. Por indicación de la estatua viviente nos sentamos. Oí en derredor mío un musitar festivo de voces femeninas. Manos invisibles nos sirvieron un divino néctar, que debía de ser *Falerno*. Cuando se aproximaban las fantásticas servidoras creí vislumbrar un asomo de facciones humanas, vagamente apreciables a la vista. Me volví, y dije:

—¿Eres tú, Graziella?

Risillas burlonas sonaron alejándose en el aire vago.

La ingestión del vino de los dioses produjo en mí una súbita iluminación del espíritu, un pozo chispeante, una conformidal expansiva con lo que me pasaba.

—Caballero forjador—dije al que ya consideraba como amigo—: confiado en su amabilidad, le suplico me saque de una duda. Yo entré en la herrería siguiendo a una señora madura, a quien conozco con el nombre de *Doña Aritmética*. Traspasé la puerta un segundo después que ella y no la vi. ¿Puede usted decirme adónde ha ido esa señora y el cómo y porqué el desaparecer tan pronto?

—Esa calle por donde has venido—me contestó el hombre de perfectas hechuras—es incómoda y casi intransitable en el trozo más alto. Las personas que tienen que ir a la escuela de párvulos hallan por aquí acceso más fácil, pues sólo un patio, como verás, separa este taller del taller de Floriana. La gran maestra, imposibilitada de trabajar en el magno colegio que se hizo para ella, no quiere estar ociosa, y en este barrio mísero ha establecido una escuela humilde, para educar a los niños más pobres y desamparados de la ciudad.

—Bien clara es ya para mí la ruta de *Doña Aritmética*, y ahora comprendo el magnetismo que a estos lugares poderosamente me atraía. ¿Me permitirá usted, señor coloso, que salga yo a ese patio, por lo menos, para ver desde allí el recinto escolar donde la Diosa cría las inteligencias del mañana?

Levantándose, me dijo el artífice de voluntades:

—Ven conmigo y verás.

—Salimos... no sé si por una puerta o por una de esas paredes que permiten la filtración de bultos corpóreos...; salimos, digo, al patio, que era irregular, con empedrado menudo y muy bien barrido, completamente llano. Avanzamos luego por un espacio trapezoidal, limitado por medianerías y anexos de casas mezquinas. El patio se angostaba después para ensancharse en una especie de plazoleta. Sorprendióme la pulcritud del empedrado, que indicaba la acción constante de hacendosas manos femeniles. Pero más que esto me sorprendió que nuestros pasos no hacían ni el más leve ruido sobre las piedrecillas, como si éstas fueran pelotas de lana.

En la plazoleta vi unas cuerdas en las que estaba tendiendo ropa *Doña Gramática*. Temblé ante la personificación de la sintaxis enroscada y regurgitativa; pero mi temor se disipó al instante porque pasamos frente a ella, como a dos palmos de su cara, y no nos vió. Traspasado el cortinaje que formaban las sábanas y manteles puestos a secar, vi unas ventanas bajas, y llegó a mi oído un runrún leve de voces infantiles. Allí estaba la escuela.

Ni para temblar me quedaron fuerzas después de oído esto. El corazón se me achicaba, y llegué a sentirlo del tamaño de una nuez cuando el varón estatuario remató así su concepto:

—Mi novia es, y ningún mortal puede aspirar a su amor... Te lo digo en el lenguaje vulgar de tu tiempo, y traduzco el lenguaje eterno, para que pueda ser por ti fácilmente comprendido. Las divinidades que gobiernan el mundo han dispuesto que el Fuego plasmador se una en coyunda estrecha con la Feminidad graciosa y fecunda, para engendrar la felicidad de los pueblos futuros. Antes que acabe esta generación se ha de ver en pos de Floriana un enjambre de mil niñas, que al llegar a la edad juvenil encarnarán la belleza, la ternura, la gracia y sutileza educativa que has admirado en la excelsa regidora de esa humilde escuela. Cada una de esas mil criaturas, hijas de Floriana, dará al mundo otras mil. Ya puedes comprender que con un millón de maestras como esta que has visto, tu patria y las patrias adyacentes serán regeneradas, ennoblecidas y espiritualizadas hasta consumar la perfecta revolución social.

Atontado escuché... Hallábame, como si dijéramos, henchido de resignación... Nada se me ocurría que pudiera ser digna respuesta a predicción tan sublime... Yo, Tito Liviano, el hombre raquítico, enclenque, de ruin naturaleza, residuo miserable de una raza extenuada, politicastro que pretendía reformar el mundo con discursos huecos, con disputas doctrinales, fililíes retóricos y dogmáticos requilorios, me sentí tan humillado, que anhelé con toda mi alma huir de la comparación con aquel ser titánico de infinita grandeza... Me levanté, y con la frase más vulgar del lenguaje de mi tiempo le dije:

—Ya debo retirarme. Adiós, señor.

Al dar el primer paso vi bajo mis pies una escalera quebrada, empinadísima, en cuyo fondo adiviné un abismo. Viéndome perplejo, el hermoso gigante tiró de mí, diciendo:

—Por aquí bajarás mejor.

Se volvió hacia la muralla y me arrojó por un inmenso talud o escarpa de inconmensurable altura. «¡Adiós, Tito —me dije—, que aquí pereces!...» Contra lo que pensaba, descendí con suave rapidez como si la pendiente fuera de algodones, y caí en pie en la playa, sano y salvo, sin contusión ni rozadura, sin polvo ni el menor desperfecto en mi ropa.

XXIX

Al retirarme, vi en mi mente con absoluta claridad que mi papel en el mundo no era determinar los acontecimientos, sino observarlos y con vulgar manera describirlos para que de ellos pudieran sacar alguna enseñanza los venideros hombres. De tales enseñanzas podía resultar que acelerasen el paso las generaciones destinadas a llevarnos a la plenitud de los tiempos. Seguí, pues, en mi atalaya histórica, y presencié fríamente sucesos culminantes que imprimieron mayor interés y bizarría a los anales del cantón.

Pero me falta espacio para referiros lo que observé en los meses de octubre, noviembre y diciembre del 73 y la mitad de enero del 74, por lo cual solicito de vuestra benevolencia un período de higiénico descanso, que no ha de ser corto si me obligo a contaros el bloqueo de Cartagena, con los reñidos combates navales de aquellos interesantes días; el asedio que puso a la plaza un Ejército centralista, mandado por el general López Domínguez; el lastimoso asesinato de la República, muerta el 3 de enero a manos del general Pavía, y, después, el dramático desenlace y acabamiento del cantón, con la fuga de sus temerarios caudillos a las playas africanas.

Ya metidos lectores y narrador en la jurisdicción del 74, seguiremos tan campantes al través de la intrincada manigua de las desgarradoras contiendas civiles, hasta parar en aquella fatalidad histórica que abominamos, no sin reconocer que nuestra incorregible tontería fué Razón transitoria de una Sinrazón que ya, ¡vive Dios!, va durando más de la cuenta.

Madrid, febrero-abril de 1911.

FIN DE
«LA PRIMERA REPÚBLICA»

DE CARTAGO A SAGUNTO

I

ARRIBA otra vez, arriba, Tito pequeñín de cuerpo y de espíritu amplio y comprensivo: sacude la pereza letal en que caíste después de los acontecimientos ensoñados y maravillosos que te dieron la visión de un espléndido porvenir; vuelve a tu normal conocimiento de los hechos tangibles, que viste y apreciaste en la vida romántica del Cantón cartaginés, y refiérelos conforme al criterio de honrada veracidad desnuda que te ha marcado la excelsa maestra *Doña Clío*. Abandona los incidentes de escaso valor histórico que han ocurrido en los días de tu descanso soñoliento, y acomete el relato de las altas contiendas entre cantonales y centralistas, sin prodigar alabanzas dictadas por la amistad o el amaneramiento retórico.

Obedezco al amigo que me despabila con sacudimiento de brazos y tirones de orejas, cojo mi estilete y sigo trazando en caracteres duros la historia de estos años borrascosos en que, por suerte o por desgracia, me ha tocado vivir. Lo primero que sale a estas páginas llegó a mi conocimiento por los ojos y por el tacto: fué la moneda que acuñaron los cantonales para subvenir a las atenciones de la vida social. Consistió la primera emisión en duros cuya ley superaba en una peseta a la ley de los duros fabricados en la Casa de Moneda de Madrid. Las inscripciones decían: por el anverso, «Revolución Cantonal.—Cinco pesetas»; por el reverso, «Cartagena sitiada por los centralistas.—Septiembre de 1873.»

Elogiando yo la perfección del cuño ante los amigos don Pedro Gutiérrez, Fructuoso Manrique, el brigadier Pernas y Manolo Cárceles, éste, con su optimismo, que a veces resultaba un tanto candoroso, me dijo:

—Fíjese el buen Tito en que ese trabajo lo han hecho los buenos chicos que en nuestro presidio sufrían condena por monederos falsos.

Puse yo un comentario a esta declaración, diciendo que los tales artífices fueron maestros antes de ser delincuentes, que en la prisión afinaron su ingenio, y que la libertad les habilitó para servir a la República con diligente honradez, cada cual según su oficio.

—Así es—dijo Cárceles—, y da gusto verles por ahí tan tranquilos, sin hacer daño a nadie, procurando aparecer como los más fieles y útiles auxiliares del naciente *anfictionado español*.

Antes de la emisión de la moneda, se pagaban los servicios con cachos de plata que luego se canjearon por los flamantes y bien pronto acreditados duros de Cartagena.

En los mismos días me enteré por los amigos de la nueva organización que se había dado a los altos Poderes Cantonalistas. Dimitió el Gobierno Provisional, incorporándose a la Junta Soberana, que se fraccionó en las siguientes secciones:

De Relaciones Cantonales: presidente, Roque Barcia; secretario, Andrés de Salas. *De Guerra:* presidente, general Félix Ferrer; secretario, Antonio de la Calle. *De Servicios Públicos:* presidente, Alberto Araus; secretario, Manuel F. Herrero. *De Hacienda:* presidente, Alfredo Sauvalle; secretario, Gonzalo Osorio. *De Justicia:* presidente, Eduardo Romero Germes; secretario, Andrés Lafuente. *De Marina:* presidente, brigadier Bartolomé Pozas; secretario, Manuel Cárceles Sabater. Los cargos de presidente y secretario de estas secciones equivalían

a los de ministro y subsecretario de los diferentes ramos.

Sin puntualizar una por una las diversas expediciones marítimas que efectuaron los barcos insurgentes a fines de septiembre, procuro corregir mi deficiente sentido cronológico y me apodero de algunas fechas, claveteando en mi memoria la del 24, porque ella señala mi nada lucida incorporación a la escuadra que fué al bombardeo de Alicante con las miras que fácilmente supondrá el lector. Mi amigo Cárceles, que se empeñaba en hacer de mí una figura heroica, me metió casi a empujones en el *Fernando el Católico*. vapor de madera, inválido y de perezosos andares, el cual iba como transporte llevando gente de desembarco ganosa de probar en una plaza rica la fortaleza de su brazo y el largor de sus uñas. Al conducirme a bordo, Cárceles puso en mi compañía para mi guarda y servicio a un presidiario joven, simpático y hablador, que desde el primer momento me cautivó con su amena charla y la variedad de sus disposiciones. Antes de bosquejar la figura picaresca de mi adlátere y edecán, os diré que el Cantón creyó deber patriótico cambiar el nombre del barco en que íbamos, pues aquello de *Fernando*, con añadidura de el *Católico*, conservaba el sonsonete del destruído régimen monárquico y religioso. Para remediar esto, buscaron un nombre que expresase las ideas de rebeldía triunfadora, y no encontraron mejor mote que el estrambótico y ridículamente enigmático de *Despertador del Cantón*.

A la hora de navegar en el *Despertador*, mi asistente o machacante hizo cuanto pudo para mostrarse amigo, refiriéndome con donaire su corta y patética historia. Resultó que hacía versos. En su infancia se reveló sacando de su cabeza coplas de ciego; luego enjaretó madrigales, letrillas y algunas composiciones de arte mayor, que corrían manuscritas entre el vecindario de su pueblo natal, la villa de Mula. Por algunos trozos que me recitó, comprendí que no le faltaban dotes literarias, pero que las había cultivado sin escuela ni disciplina... Casó muy joven con moza bravia; surgieron disgustos, piques, celeras, choques violentísimos con varias familias del pueblo. Cándido Palomo, que tal era su nombre, alpargatero de oficio, y en sus ocios poeta libre, llegó una noche a su casa con el firme propósito de matar a su mujer; mas tuvo la suerte de equivocarse de víctima y dió muerte a su suegra, que era la efectiva causante de aquellos líos y el impulso inicial de la tragedia. Cuando Palomo entró en presidio compuso un poema lacrimoso relatando su crimen y proceso. Aunque plagado de imperfecciones, el poético engendro me recordó el libro primero de *Los Tristes*, de Ovidio, y aquel verso que empieza *Cum repeto noctem...*

Con estas y otras divertidas confidencias de aquel ameno galopín, que también repitió una letrilla y un romance burlesco que había dedicado a cantar las malicias de su suegra días antes de despacharla para el otro mundo, entretuvimos las horas lentas de la travesía, terminada a las nueve y media de la noche frente a la ciudad del turrón, la dulce Alicante. El primer cuidado del caudillo cantonal que nos mandaba (y juro por la laguna Estigia que no sé quién era) fué notificar a los cónsules que si la plaza no aprontaba buena porción de víveres y pecunia, conforme el truculento *ultimatum* formulado en viajes anteriores. comenzaría el bombardeo al amanecer... Llegado el momento, colocadas en orden de batalla las naves guerreras, con nuestro *Despertador* a retaguardia, intervino el almirante de una escuadra francesa surta en aquellas aguas, logrando con hábil gestión humanitaria que se aplazase el bombardeo cuarenta y ocho horas. Pusiéronse a buen recaudo los vecinos pacíficos de Alicante, y el Gobierno central, representado allí por mi amigo Maisonnave y por un general cuyo nombre no figura en mis anotaciones, se preparó para la defensa.

A las seis de la mañana del 27 rompieron el fuego las fragatas *Numancia*, *Tetuán* y *Méndez Núñez* con pólvora sola, y como no izase Alicante bandera de parlamento se hicieron disparos con bala contra el castillo y la ciudad. El castillo, visto desde la mar, parecíame asentado en la cima de un alto monte de turrón, deleznable conglomerado de avellanas y miel. A pesar de estas apariencias, nuestros proyectiles no hicieron allí estragos visibles. En la plaza advertimos señales de gran sufrimiento, y las balas que de allá nos venían apenas

rasparon el blindaje de nuestra *Numancia.* Como tampoco sufrieron deterioro las inservibles carracas *Tetuán* y *Méndez Núñez,* envejecidas e inútiles en plena juventud, no pude ver en aquella militar función más que un juego de chicos o un bosquejo parodial de página histórica, para recreo de gente frívola que se entusiasma con vanos ruidos y parabombas.

Cinco horas duró el simulacro, disparando nosotros ciento cincuenta proyectiles, que debieron ser pelotas de mazapán. Total, que Alicante no dió un cuarto y que nos marchamos con viento fresco llevando a la mar la jactanciosa hinchazón de nuestras fantasías. Mientras nosotros navegábamos hacia Cartagena, ufanándonos de haber impuesto duro castigo a la plaza centralista, las autoridades de ésta telegrafiaban a Madrid extravagantes hipérboles del daño que nos habían causado: según ellas, la obra muerta de nuestras naves estaba hecha pedazos y las cubiertas sembradas de cadáveres; en tierra, don Eleuterio y el general, cuyo nombre sigo ignorando, habían afrontado el bombardeo con espartano heroísmo. Por una parte y otra era todo pueril vanidad y mentirosas grandezas para engaño de los mismos que las propalaban.

En el viaje de regreso hice amistad con otro galeote, llamado de apodo *Pepe el Empalmao,* por la desmedida talla de su cuerpo flaco y anguloso. Aprovechando un rato en que mi machacante subió a cubierta, dejándonos en el primer sollado, me dijo que la bravía mujer de Palomo, guapa de suyo y mejorada en sus atractivos por los afeites y pulidas ropas que a la sazón gastaba, hacía en Cartagena vida libre, requiriendo el trato de señores ricos en casas discretas, cuyas paredes eran reservado encierro del escándalo. Añadió que si yo quería verla y juzgar por mí mismo su buen apaño de rostro y hechuras, él no tendría incoveniente en llevarme adonde pudiera encontrarla. El pobre Cándido conocía el aprovechado mariposeo con que su mujer se ganaba la vida, visitábala alguna vez· pero ella, con buenas o malas razones, le apartaba de su lado, dándole algunos dineros que eran el mejor específico para que el marido se curase del molesto afán de sus visitas. Comprendí que *Pepe el Empalmao* era un sutil rufián y le prometí aceptar sus buenos servicios, tan necesarios, como dice Cervantes, en toda república bien ordenada.

Retirado de mi presencia el *Empalmao* por accidentes del servicio, volvió junto a mí Cándido Palomo, al cual le faltó tiempo para brindarme sabrosos apuntes históricos de su camarada. José Tercero, que tal era el nombre del rufián, había ido a comer el bizcocho y el corbacho del presidio por ejercer con demasiada sutileza las artes de corrupción, asistido por una mala hembra, llamada por mal nombre *Marigancho,* que purgaba sus delitos en la galera de Alcalá de Henares... Dejo a un lado a éste y otros prójimos de interesante psicología, para seguir desenredando la madeja histórica. La Junta Soberana resolvió canjear con el comercio, por artículos de comer, beber y arder, gran copia de materiales existentes en el Arsenal y fortificaciones: bronces, hierros, maderas finísimas, y cuanto no tenía inmediata eficacia para la defensa de la plaza. Acordó, además, la Junta reforzar la guardia de la fábrica de desplatación y amenazar a varios industriales, entre ellos al marqués de Figueroa, con el embargo de sus bienes si no pagaba a la Aduana, en el término de cuatro días, los derechos de arancel por la importación de carbón y otros efectos.

Continuaron aquellos días las salidas por mar y tierra. Resistí a las sugestiones de Gálvez para que le acompañase en una expedición que hizo a Garrucha con el *Despertador* y la fragata *Tetuán.* Creí más divertido para mí, y más eficaz para la misma Historia, salir por las calles de la ciudad con mi amigo el *Empalmao* a la fácil conquista de Leonarda Bravo o *Leona la Brava,* como vulgarmente llamaban en Catagena a la mujer de Palomo. Pronto la encontramos, que para llegar a la gruta de tal Calipso no era menester larga exploración por tierras desconocidas. En una casa recatada y silenciosa, medianera con la vivienda y taller de las tres muchachas retozonas amigas de Fructuoso, recibió mi visita. Era una mujer bonita y fresca, bien aderezada para su oficio, cariñosa en la habla y modos, como a sus livianos tratos correspondía.

Nada advertí en *Leona* que justificara su fama de braveza. A mis preguntas

[illegible]

enloquece la ambición. Desde que me metí en este vivir *arrastrao*, la mirilla en que tengo puestos los ojos de mi alma es Madrid... Quiero *dirme* a la Corte, donde podré ser mujer alegre con más aquel que aquí, luciendo y aprovechando lo que Dios me ha dado... Comprenderás, querido Tito, que no puedo ir hecha una burra, pues entonces no me saldría la cuenta, que aquél no es un público de patanes, sino de personas principales y de posibles. Yo sabía leer a trompicones, y ahora esta pobre maestra que aquí has visto, vecina mía, por dos reales que le doy un día sí y otro no, me enseña la lectura de corrido, y, además, me da lección de escritura, empezando por tirar de palotes, que es muy duro ejercicio... Pienso yo que la ilustración es necesaria aun para las que andamos en tratos..., ya me entiendes... En Madrid haré vida de libertad, pero mirando a lo elegante y superfirolítico. Como en ello están todos mis pensamientos, pongo gran atención en el habla de los señores con quienes una noche y otra noche tengo algo que ver, y cuantas palabritas o frases les oigo, que a mí me parecen finas, las atrapo y me las remacho en la memoria para soltarlas cuando vengan a cuento. Ya sé decir: *a tontas y locas, de lo lindo, en igualdad de circunstancias, partiendo del principio, permítame usted que le diga, mejorando lo presente, tengo la evidencia, seamos imparciales, bajo el prisma, bajo la base...*

Discretísimo y práctico me pareció el anhelo de aquella pobre criatura, que no sabiendo salir de su esfera mísera, trataba de ennoblecerla y darle asomos de dignidad. Felicité sinceramente a la *Brava*, incitándola a que se esmerase en engalanar con flores, siquiera fuesen de trapo, el camino vicioso que había de seguir, siempre que su destino no le marcara otro mejor aunque menos bonito. Puso ella a sus confidencias el remate de esta profecía:

—Con lo poquito que ya sé, y lo que he de aprender, no será difícil que en Madrid me salga un marqués viejo, rico, baboso, a quien yo pueda manejar como un títere, que me ponga casa elegante, con alfombras y cortinones de seda, y me vista con toda la majeza del siglo. *Pa* entonces tendré coche y me pasearé muy repantigada por las alamedas que llaman el Retiro y la Fuente Castellana...

Después de esto vino la peinadora. Del tiempo transcurrido desde la operación de aderezarse la hermosa cabellera hasta que se puso a almorzar un excelente arroz con pescado, no debo decir nada a mis lectores, pues la tela de la Historia tiene dobleces impenetrables.

Vestida y calzada salió *Leona* conmigo al patinillo, donde vimos un sujeto en mangas de camisa, lavándose la cara en una pobre jofaina de latón. Mi amiga le saludó risueña, como a vecino que en uno de los cuartos de aquella humilde casa moraba. Apartándonos de él para dejarle fregotearse a sus anchas las orejas y el pescuezo, la *Brava* me dijo:

—Este tipo es otro presidiario suelto, a quien sus compañeros de *gurapas* llamaban *Don Florestán de Calabria*, y por este remoquete le conoce todo Cartagena. Es noble, según dice, y desciende de príncipes napolitanos. Vino a cumplir condena de seis años por enmiendas que hizo al testamento de una tía suya. Es hombre de historias, de lenguas, y tan *périto* en la escritura que no hay letra ni rúbrica que no imite.

Al llegarnos otra vez a *Don Florestán*, ya estaba el hombre frotándose las orejas con una toalla no muy limpia. Era un cincuentón de mediana estatura, cabeza romántica del tipo usual allá por el 45, ahuecada melena, bigote y perilla corta, como los que usaron Espronceda y los Madrazos. Presentado a él por *Leona*, que le dió el nombre de *Florestán*, me dijo estrechándome la mano:

—Ya le conocía a usted de vista y por su fama de historiador, señor don Tito. Mucho gusto tengo en ser su amigo; pero sepa ante todo que ese nombre que me ha dado doña Leonarda es broma de compañeros maleantes. Yo me llamo Jenaro de Bocángel, y mi linaje está entroncado con la nobleza española de Nápoles y Sicilia. ¿Habrá usted oído hablar de los duques de Amalfi? Pues de ellos vengo yo por la rama paterna; con los ilustrísimos marqueses de Taormina, residentes en Palermo, estaba emparentada mi madre, doña Celimena de Silva; y no falta en mi sangre algún glóbulo procedente de la clarísima estirpe de los Escláfanis de Siracusa. Algo más de mi persona y familia, así

como de los vaivenes de mi existencia, he de contarle a usted... Antes le pido permiso para volver a mi aposento y arreglarme un poco, pues no está bien que los caballeros se presenten ante sus iguales con este desaliño de andar por casa. Hasta luego.

Entró corriendo en su vivienda el tronado caballero. Mi amiga y yo nos quedamos riendo de su estampa fachosa y de sus hinchazones nobiliarias. Díjome la *Brava* que *Don Florestán* era un infeliz de buena pasta y corazón muy tierno, a pesar de haber cometido el desliz de aquellas endiabladas escrituras que dieron con sus huesos en el *estaró*. Apenas transcurrido un cuarto de hora, que invertí dando a la *Brava* lecciones de lenguaje finústico, reapareció don Jenaro de Bocángel abrochándose un levitín raído, con visos de ala de mosca. El chaleco de colorines y el pantalón veraniego mostraban a la legua los ultrajes del tiempo. Las botas eran de charol deslucido y cuarteado, torcidos tacones y grietas que pronto serían ventanas; la camisa, sin almidón; la corbata, de color de rosa, anudada con esmero y arte. En el corto tiempo que consagró a su aliño, tuvo espacio Bocángel para peinar y alisar su melena coquetona, para darse un poquito de negro humo en las canas del bigote y un toque de rosicler barato en las mejillas.

Pegando la hebra cortésmente en nuestra charla, *Don Florestán* me dijo:

—Si, como parece, escribe usted los grandes anales de este Cantón que tanto da que hablar al mundo, seguramente tendrá que ocuparse de mí. Pues allá van datos de este aristócrata perseguido inicuamente por haber tomado como buen caballero la defensa de la bondad y la rectitud. Me soltaron de las prisiones, no por la clemencia, sino por la justicia, que nunca debieron traerme a padecer entre ladrones y asesinos. No fuí criminal: fuí amparador de los menesterosos, abogado de la verdad, adalid del derecho. No me arrepiento de lo que hice, sino que de ello estoy muy orgulloso, pues si mi tía doña Silvia Menéndez de Bocángel procedió criminalmente privando del usufructo de sus riquezas a los parientes más próximos, yo, Jenaro de Bocángel y de Silva, en representación de toda la parentela pobre, salí a la palestra jurídica inspirado por Dios y por todas las leyes divinas y humanas. No cerré contra la injusticia armado de espada y lanzón. Mis armas fueron una pluma bien cortada y el buril de la navajita con que grabé la figura y lemas de varios sellos en la blandura de una patata. Resultó un codicilo que tuvo en confusión al tribunal por largo tiempo... Fuí vencido; la sociedad, que es muy perra y muy ladrona, me destrozó con las garras de sus infames escribanos y leguleyos. Y no contenta con deshonrarme, me encerró en presidio por seis años. Pero el varón justo no se acobarda ante la adversidad, y aquí me tiene usted decidido a defender el derecho de los humildes contra la soberbia y egoísmo de los poderosos endiosados. Sostengo y sostendré que mi tía doña Silvia fué una solemne bribona legando sus riquezas a una piara de frailes inmundos y de monjas idiotas y puercas... Conque... aquí tiene usted, señor mío, un tema tan admirable que si lo campanea en su historia como sabe hacerlo, resonará en todas las naciones de Europa, Asia, Africa y América.

Respondíle socarronamente que trataría el asunto con entusiasmo, poniendo en el mismo cuerno de la luna la abnegación y valentía del caballero don Jenaro de Bocángel. Añadí que necesitando para llevarle a mis historias un conocimiento fiel de la vida y costumbres del personaje, de sus medios de existencia, de sus trabajos o quehaceres, le pedía licencia para estar en su compañía algunos ratos. El, con júbilo y cortesanía me respondió de esta manera:

—No saldré en toda la tarde, ni a prima noche. A su disposición me tiene para cuanto guste indagar acerca de mí. No le ruego que me acompañe a la mesa porque ya sé que almorzó con Leonardita; además, mi comida es tan sobria, que sería penitencia demasiado dura para una persona como usted: un platito de cocido, tres o cuatro ciruelas y un vaso de vino de Alicante. Vivo, ¡ay!, en estrechez indecorosa con dos pesetas diarias que me pasan unos parientes de Madrid.

Deseosa la *Brava* de emprender su ronda vespertina por las calles alegres de la metrópoli cantonal, se despidió de nosotros hasta la noche, y yo me metí con don Jenaro en la mísera covacha

donde escondía su degenerada grandeza. Después que devoró con famélicas ansias el comistraje que le sirvió una mujer desgreñada y andrajosa, mostróme el caballero un montón de cartas recibidas de Madrid y las contestaciones que él había ya medio escrito. Díjome que se consagraba exclusivamente al magno asunto de humanidad y justicia por el cual había roto lanzas en la ocasión que motivó la execrable sentencia. Hasta morir seguiría luchando y esperaba que un triunfo glorioso coronase al fin sus trabajos y horrendo sacrificio. Entre varias cartas, me leyó una que dijo ser de una prima suya, señora linajuda, que de su dorada opulencia había descendido a la triste condición de patrona de huéspedes de a tres pesetas.

De los trozos de cartas leídos, el más extraordinario, peregrino y despampanante fué éste:

—Ya puedo asegurar que antes de fin de año se proclamará en Madrid el Cantón que llaman *Carpetano,* centro y cabeza, según me ha dicho mi sobrino Policarpo, de los demás cantones de la España. Entonces, Jenaro de mi vida, será la nuestra. Porque tú con tus influencias y Policarpo con las suyas, que no son flojas, echaréis por tierra esas leyes inhumanas que nos han despojado de lo nuestro para dárselo a la mano muerta, como tú dices, o a la mano demasiado viva y sucia, como digo yo... Castelar está dado a los demonios. Ve venir el cantón y no le llega la camisa al cuerpo. Mi opinión es que si este papagayo quiere hacerse cantonalista, para seguir en candelero, debéis mandarle a escardar cebollinos.

Después de celebrar con ditirambos de júbilo estas graves noticias, sin poner en duda su certeza, agregó Bocángel que no era de su gusto el nombre de *Carpetano* con que los madrileños querían bautizar el nuevo cantón. Mejor sería llamarle *Mantuano,* voz que se acomodaría fácilmente al criterio del vulgo... En el curso de nuestra conversación me mostró luego el de *Calabria* ejecutorias de familia de los siglos XVII y XVIII, escritas en lengua italiana y fechadas en Palermo. A pesar de lo rancio del papel y de lo arcaico de la escritura, no creo pecar de malicioso diciendo a mis lectores que en los tales documentos había puesto su hábil mano el propio *Don Florestán,* insuperable calígrafo según pude apreciar por las diferentes obras de su pluma que pasaron ante mis ojos... Dejéle al fin en su febril tarea epistolar, doliéndome de la incurable vesania de aquel pobre hombre, más digno de los cuidados de una casa de orates que de los rigores del presidio.

Volvíme al centro de la ciudad en busca de alguna noticia sustanciosa o siquiera chismes políticos dignos de ser contados. Cerca del Arsenal me encontré a Fructuoso Manrique y al cartero Sáez, por los cuales supe que los vigías del puerto señalaban hacia poniente tres barcos de gran porte que, según creencia general, eran de la escuadra centralista, mandada por el contralmirante Lobo. Así en el Arsenal como en las calles de la población, advertí que pueblo y milicias ardían en entusiasmo ante la proximidad de una naval refriega con los buques del Gobierno, a los cuales pensaban derrotar y destruir, precipitando sus despojos en las honduras del reino de Neptuno. Cené con Alberto Araus, ministro de Servicios Públicos (léase Fomento), el cual participaba del general furor y bélico optimismo, anhelando *la más alta ocasión que vieran los pasados siglos y esperan ver los venideros.* A este propósito, dijo:

—En el nuevo Lepanto, nosotros seremos la cristiandad y ellos la bárbara Turquía.

Al retirarme a mi fonda encontré a la *Brava,* que iba de vuelta para su casa. Acompañéla hasta la plaza de la Merced, y sentados en un banco, charló conmigo de cosas diferentes, entreverando estas donosas consultas:

—Tú, que eres tan sabio, don Tito, dime: ¿qué significa *inocular?*... Explícame también qué quieren decir estas palabritas: *desde el punto de vista económico...*

Con toda claridad posible contesté a sus preguntas, y ella me dijo:

—Yo me pensé que *económico* y *economía* eran cosa de ahorrar; y eso bien lo entiendo, que ahorrando estoy y todos los días meto en una media lo que me sobra. Así voy *ajuntando* para mi *mantención* en Madrid hasta que se me arregle el negocio. Por tu salud, Tito mío, no digas nada a nadie, que si se entera ese granuja de Cándido será ca-

paz de ir tras de mí y darme la gran desazón... Yo te aseguro que *Leona la Brava* dará que hablar en los Madriles. Y ahora te suplico que mientras esté en Cartagena me des lección de todo lo tocante a palabras finas, modos de saludar, de comer, de presentarse ante la gente, con los toquecitos de gracia, chispa y salero que allí se estilan entre personas que a un tiempo son alegres y de buena educación. Enséñame todo esto, que ya te pagaré el favor algún día en *parné* del mejor cuño.

Prometíle ser su catedrático, siempre que ella se corrigiera de emplear en la conversación dicharachos flamencos, y ella me dijo:

—Por la gloria de tu madre, Titín, pégame un *cate* siempre que me oigas decir alguna de esas porquerías. Me propongo que no salgan de mi boca, y se me escapan por la fuerza de la costumbre. ¡Estará bueno que en Madrid, cuando me vea con personas bien habladas, suelte yo un *diquelar,* un *mangue,* un *cangrí*... Ten por seguro que la ambición de esta borrica que quiere afinarse ha de ir muy lejos. Ya me estoy viendo entre medio de *tantismo* señorío. Me gustaría mucho trincar a uno de esos marimandones que llaman hombres públicos, y embobarle de tal modo que no se atreva a respirar sin mi licencia. Yo le daría la mar de consejos, señalándole las teclas que había de tañer para gobernar al pueblo con decencia y justicia, con lo cual, figúrate, vendrían a bailarme el agua todos los lambiones de la política, saldría mi nombre en los papeles y me daría más charol que un *dichabaró.* ¡Ay, se me ha escapado! Pégame, Tito, *Dichabaró* quiere decir gobernador.

No sigo relatando la evolución de esta *lumia,* que quería elevarse de un salto en la escala social, porque otros hechos que parecen traer medula histórica requieren mi atención. A las siete de la mañana del 11 de octubre salieron de Cartagena las fragatas *Numancia, Méndez Núñez, Tetuán* y el *vapor Fernando el Católico (Despertador del Cantón),* haciendo rumbo hacia cabo de Palos en busca de la escuadra centralista, compuesta de las fragatas *Vitoria, Almansa, Navas de Tolosa, Carmen,* las goletas *Prosperidad* y *Diana,* y los vapores *Cádiz* y *Cólon,* al mando del contralmirante don Miguel Lobo.

III

Subíme a Galeras para ver la función, que por las trazas había de ser imponente, aunque ninguna de las dos escuadras era digna de tal nombre, pues cada una contaba tan sólo con un barco de combate. En realidad, el duelo se entablaba entre la *Numancia* y la *Vitoria.* Los demás buques eran unas respetables *potadas* que no servían más que para hacer bulto. Ni con ayuda de los buenos catalejos del castillo pude ver gran cosa; pero como el cartero Sáez y algunos de los voluntarios y soldados de la fortaleza tenían ojos de águila, con lo que ellos me contaron y lo poco que yo pude distinguir, aderezo mi relato en la siguiente forma:

Eran las doce próximamente, cuando la *Numancia* se separó más de una milla de sus inválidas compañeras, y a toda máquina se coló en medio de los barcos centralistas. Luchó sola contra los buques de Lobo, que la rodearon disparando sobre ella todos sus cañones. Mas era tal la pujanza de la fragata, cuyo nombre se inmortalizó en la guerra del Pacífico, que salió ilesa de aquella embestida temeraria. Hizo nutrido fuego con sus baterías de babor y estribor, y rompiendo el cerco viró con rapidez, sin cesar en sus disparos.

Llegaron después al combate las apreciables carracas *Méndez Núñez* y *Tetuán,* y la *Vitoria* dispuso sus garfios de abordaje, intentando hacerse con la más próxima, que era la segunda. Esta disparó sus andanadas con brío, causando algún estrago en la cubierta de la *Vitoria,* la cual, teniendo que acudir en auxilio de sus compañeras centralistas, a las que seguía cañoneando la *Numancia,* no pudo realizar el abordaje ni hacer cosa de provecho. El vapor goleta *Cádiz* izó bandera de parlamento cuando uno de sus tambores fué destrozado por los disparos de la *Numancia.* La *Carmen* y la *Navas de Tolosa* sufrieron bastantes averías, y como por nuestra parte la *Tetuán* y la *Méndez Núñez* habían agotado sus escasas fuerzas, quedó concluso el combate poco después de las dos de la

tarde. Los barcos cantonales pusieron proa a *Cartago Espartaria,* y Lobo se retiró mar afuera.

Se me olvidó decir, para terminar la descripción de aquel Lepanto en zapatillas, que a bordo de la *Numancia* iba el general Contreras, y en las demás naves del cantón varios individuos de la Junta Soberana. Desde Galeras vi que al llegar al puerto los combatientes se les hacía un recibimiento loco, con gran algazara de vítores, aplausos y otras demostraciones, cual si volvieran de un Trafalgar al revés, trayendo la cabeza de Nelson. Estos ruidos de la pasión local y del entusiasmo sectario son la música inevitable que ameniza nuestras civiles contiendas por un sí o por un no... Luego supe que los cantonales traían cinco muertos, entre ellos don Miguel Moya, vocal de la Junta Suprema Soberana.

En el tiempo que estuve en el castillo de Galeras hice amistad con un hombre muy avispado, cuyos ojos suplieron a los míos en la visión del lejano combate. Su vista superaba a la de las gaviotas, y todo lo refería como si los objetos se acercasen hasta ponerse a tiro de fusil. El mismo me reveló con donosa franqueza su condición de presidiario, diciéndome que la condena había sido por diez años, y que sólo le faltaban meses para cumplirla cuando el cantón le puso en libertad. De las causas que motivaron su encierro no me dijo nada ni osé yo preguntarle. Era de buen talle y agradable presencia, uno de esos hombres de naturaleza tan peregrina que a los sesenta años conservan una dulce jovialidad y el contento de vivir. Sus canas se armonizaban con sus ojos azules de expresión bondadosa, y su palabra era fácil, serena y de perfecto casticismo en la dicción. David Montero, que así se nombraba, había ejercido antes de su delito la profesión de mecánico, dedicado casi exclusivamente a la compostura y arreglo de instrumentos de náutica. Tal era en el departamento la fama de su habilidad, que tuvo siempre la tienda llena de sextantes, octantes, brújulas, barómetros aneroides, y no faltaban cronómetros, pues era también consumado relojero. Apurábanle sus clientes, y él, infatigable, a duras penas cumplía aumentando las horas de trabajo.

Cuando bajábamos del castillo, David me contó que, al entrar en prisiones, otros mecánicos vinieron a suplirle, estableciéndose en Cartagena. El, en tanto logró con su buena conducta que el jefe del presidio le consintiera montar un reducido taller en las estancias altas del penal, con lo que alivió la pesadumbre del ocio y la tristeza, granjeándose algunos dineros para mejorar las condiciones materiales de su vida.

Al despedirnos en la plaza de las Monjas ofrecióme su casa, situada en lo más alto de la ciudad, no lejos de la vieja iglesia románica. Díjome que gustaba de vivir lo más cerca del cielo, pues con la libertad le habían entrado aficiones astronómicas. Prometí visitarle para conocer sus nuevos estudios... A poco de separarme de él para ir al Ayuntamiento encontré a *Pepe el Empalmao,* el cual me dijo que David Montero fué condenado por dar alevosa muerte a su manceba y a un *guaja* con quien la sorprendió en malos pasos.

El entusiasmo de Cartagena por el primer choque naval continuó con hervor creciente en los días sucesivos. El 14 de octubre, la Junta Soberana acordó un plan de combate: *luchar hasta vencer o quedarse sin un barco,* según la espartana frase de la *Gaceta* del cantón. En la mañana del 15 salió la escuadra en busca de los barcos de Lobo, que se hallaban a la vista. A retaguardia, en el famoso *Despertador,* iban el bíblico Roque Barcia y Manolo Cárceles, en representación de la Junta Suprema, para hacer cumplir las disposiciones estratégicas de ésta y resolver sobre cualquier incidencia que ocurriese en el curso de la batalla. Navegaban los buques de combate en correcta línea, y apenas divisaron los barcos centralistas éstos se pusieron en orden conveniente para afrontar la lucha.

Cuando ya estaban los adversarios a tiro de cañón, adelantóse la *Tetuán,* rompiendo el fuego contra *la bárbara Turquía,* como dijo Alberto Araus. Apenas recibieron los primeros balazos, las naves centralistas viraron en redondo, poniendo rumbo al Sur, en franca retirada. Los cantonales las persiguieron cerca de cuarenta millas, hasta perderlas de vista, y regresaron a Cartagena, quedando roto el bloqueo por mar. No hay que decir que cuando entraron en el puerto los que se llamaban vencedo-

res se repitieron las inevitables alharacas y la greguería jubilosa.

Al consignar que a bordo de las naves cantonales iba lo más granado y florido del personal revolucionario, debo decir y digo que el único hombre de mar y de guerra marítima que, a mi parecer, merecía ser recordado en la Historia era un tal Alberto Colau, contrabandista, hijo de Alicante y tan familiarizado con las aguas mediterráneas y con los peligros del navegar y del combatir, que entre toda la gente llegada de diversas partes a la República cartagenera no se pudiera encontrar quien le igualase. Le conocí el mismo día 15, a poco de saltar en tierra, y quedé maravillado de su espléndida y arrogante facha. No era menester ciertamente el auxilio de la fantasía para ver en aquel hombre la resurrección del tipo del corsario que en los tiempos de la piratería heroica llenó los anales del mar interno.

Descollaba Colau entre la muchedumbre por su robusta complexión y lucida estatura, por su curtido rostro y el mirar flamígero de sus ojos negros. Como el azabache eran también sus cabellos crespos, sus cejas pobladas y el bigotazo que perpetuaba la tradición de la moda turquesa. Coronaba su cráneo con el fez rojo, complemento, en cierto modo histórico, de la figura de aquel Barbarroja redivivo. Andando los días se vió un gorro colorado en el puente de la *Numancia,* de donde vino el atribuir a Contreras el uso de tal prenda. No; el fez no era de Contreras, sino de Colau, y éste, a juicio de un historiador psicólogo, la figura más saliente, pintoresca y castiza del cantón cartaginés.

La bravura pirática del arrogante aventurero se llama hoy contrabando, que viene a ser lo mismo con diferencias de tiempo y lugares. En sus faluchos de vela, Colau desafiaba las olas y la persecución de las escampavías del Resguardo. Cuando la astucia no le bastaba y era preciso emplear la violencia, no vacilaba en derramar sangre. Empezadas sus correrías en Gibraltar, se trasladó luego a Orán, donde obtuvo provecho mayor y campo de operaciones más extenso. De la costa argelina nos traía tabacos, licores, telas, quincalla y otras mercancías vigiladas por nuestros aduaneros. A los vistas de acá, unas veces les cerraba los ojos y otras les rompía la cabeza. Con este ten con ten y un ardor infatigable hizo Colau en poco tiempo una fortunita y vivía en Orán como un bajá, con su mujer y sus hijos, bienquisto de los franceses y de la colonia española. De él se contaba que nunca se le acercó un necesitado sin que al punto lo socorriese, y en la misma Cartagena era el amparador de todas las personas o familias que, perseguidas por el centralismo, se habían refugiado en la plaza.

Con la fiereza del continente y rostro de Colau contrastaba la blandura de su trato en la vida social. Era cariñosísimo y a veces hasta pueril. Al estallar la revolución cartagenera se presentó en la plaza, ofreciendo sus servicios a la Junta revolucionaria, que los aceptó en el acto, dándole el mando de la fragata *Tetuán,* la cual manejó y gobernó desde el primer momento con la misma destreza que solía desplegar en el gobierno y mando de sus faluchos... Pasé una tarde con él y otros amigos en el café de la Marina, charlando de aventuras guerreras en el mar y en la costa. Colau nos refirió terribles episodios de su lucha contra las olas embravecidas en los duros levantes, que mil veces le pusieron a dos dedos de caer en los profundos abismos. Nos contó también alijos que por su descomunal audacia parecían fabulosos, y peripecias trágicas de sus encontronazos con los aduaneros y demás patulea del Fisco.

A la gentil cortesía de Cárceles debimos aquella tarde el obsequio de jerez y pastelillos, y en la alegría del beber y del charlar suplicamos al contrabandista nos dijese el porqué ostentaba en el ojal de su chaqueta el botoncito rojo de la Legión de Honor. Con modestia ruda evadió Colau la respuesta, queriendo llevar a otros asuntos el vago coloquio. Pero Manolo Cárceles, tan indiscreto en aquel caso como amante de la verdad, nos refirió el hecho heroico que había motivado aquella distinción, empezando por decir que Francia no concede nunca tales honores más que al mérito indudable.

Horroroso temporal de Levante descargó una tarde sobre Orán, con furibundas rachas de viento y olas como montañas, que en pocos minutos destro-

zaron la escollera del nuevo puerto en construcción. En lo más duro de la borrasca presentóse a la vista un transatlántico francés, que traía de Marsella pasajeros de diferentes clases sociales, y entre ellos gran número de mujeres y niños... Muy apurado venía el barco por los accidentes de una tormentosa travesía, y al querer tomar puerto se le vió a punto de zozobrar, estrellándose contra las peñas o los bloques de la escollera destruída donde reventaban las olas. En el muelle estaba casi todo el vecindario de Orán, con ansiedad y espanto, pues muchas familias tenían seres queridos entre los pasajeros del vapor. Nadie osaba intentar el salvamento, que era poco menos que imposible en condiciones tan aterradoras.

De pronto apareció entre la multitud un hombre...; este hombre era Alberto Colau..., que con fuerte y altanera voz dijo así:

—¡Cobardes! Si no hay quien me siga, yo iré solo a salvar los que pueda. Si alguno me acompaña, mejor.

Cuatro a seis marineros se adelantaron, dispuestos a secundar al español en su hazaña. Metiéronse todos en una lancha grande, con vela y remos, y desafiaron impávidos el oleaje furioso. Al cabo de algunos ratos de indecible angustia realizó Colau el primer salvamento. En la segunda tentativa, que fué la más emocionante, se veía desde el muelle la lancha de Colau, a veces balanceándose en la cresta de una ola formidable, a veces precipitándose en la hondonada líquida... Por momentos desapareció...

Creyeron los angustiados espectadores que no volvería; pero volvió, ¡hurra!, trayendo unas señoras lívidas y unos niños llorosos, mojados todos hasta los huesos... Los marineros bogaban con sereno coraje; Colau, en pie, las melenas al aire, llevaba el timón, empuñando la caña con tal fuerza que no le superara el propio Neptuno... El tercer viaje fué más benigno. Las mismas olas parecían inclinarse respetuosas ante la intrepidez de aquellos hombres. Cuando terminó el salvamento y pisaron tierra todos los náufragos del vapor, se produjo una indescriptible escena sentimental: abrazos, besos, exclamaciones, llantos de alegría. Alberto Colau, desentendiéndose de las manifestaciones de cariño y gratitud, tomó con sereno continente el camino de su casa.

—Ahí le tenéis—dijo Cárceles al poner término a su relato—. Ahí tenéis al héroe, ostentando en su pecho la insignia de la Orden de caballería más acreditada que existe en la Edad Moderna, recompensa de su esforzado ánimo y de su amor a la Humanidad.

—Caballero fuí siempre y caballero soy—dijo Colau, contraviniendo discretamente su natural modestia—. *La Orden del Contrabando* pide arrojo temerario, paciencia en las adversidades, calma y tino cuando sean menester, liberalidad, sangre fría, prendas que entiendo yo son y han sido siempre la mejor gala y adorno del alma de los caballeros.

IV

Fáltame decir para redondear la personalidad de Colau, que en el trajín del contrabando también comerciaba. En aquellos tiempos era muy estimado en el norte de Africa el aljófar, perlitas pequeñas y mal configuradas con que las moras adornan y recaman sus chaquetillas, sus fajas y babuchas. Como en España venía desmereciendo este artículo, multitud de tratantes en pedrería iban de pueblo en pueblo comprándolo para llevarlo a Marruecos y Argelia. A igual tráfico se dedicó Alberto Colau en Cartagena, extendiéndose no más que a Lorca, Totana y Murcia. Redondeaba su especulación trayendo de Africa zafiros y esmeraldas, que en España tenían cotización muy alta.

Dicho esto, añadiré que aquella misma noche cenábamos Fructuoso Manrique, Cárceles, Alberto Colau y yo, en el propio café de la Marina, cuando vimos entrar, fachendosa y arrogante, a la *Brava*, que, agarrando con desgaire una silla, se plantó en nuestro corro, junto a Colau, acometiéndole con esta viva requisitoria:

—Eh, Alberto, cómprame ahora mismo este aljófar que te traigo. Dispensen los señores y sigan comiendo, que no vengo a cenar, sino a mi negocio.

Diciéndolo, sacó un envoltorio de papel de periódico en que guardaba un puñado de perlitas, y así prosiguió:

—Las he recogido entre mis amigas. A

ver cuánto me vas a dar, judío arrastrao. Yo quiero por ellas veinte *chus*, o, por lo menos, una *jara*.

Dejó Colau el tenedor, y, risueño, sopesando la mercancía, dijo a la moza:

—Pero si esto no vale más de doscientos *rumbeles* a todo tirar. En fin, ya hablaremos. ¿Quieres cenar?

Rechazó la *Brava* con donosura el galante ofrecimiento, y todos reiteramos con alegre algazara la invitación:

—¿Quieres huevas de *múgol?* ¿Una copa de jerez? ¿Dátiles de mar? ¿Un pastelillo de estos de crema, que están tan ricos?

—Bueno—exclamó *Leona* arrimando su silla en el hueco que le hicimos y cogiendo el primer plato vacío que encontró—. Venga alguna cosita. Pero déjenme que siga con mi negocio. Yo todo lo miro ya *bajo el prisma* de mi *economía*.

—Ya, ya sé por Dorita—dijo Fructuoso—que acumulas fondos para irte a Madrid y hacerte un buen cartel en la *cocotería* elegante.

—¡Calla, *malange*, tú que sabes de eso!—replicó ella, atizándose una copa de jerez—. Yo necesito cuartos porque me voy volviendo muy regalona. Díganle a este perro de Colau que tenga conciencia y me pague por el género lo que le pido.

—Yo te daría eso y más—repuso Alberto—si hicieras caso de mí. ¿Qué demonios vas tú a pintar en los Madriles? Allí no hay más que pobretería finchada y figurones políticos que no tienen ni un *calé*... Repito lo que te he dicho mil veces. Cuando acabe este jollín del cantón en que estamos metidos, vente a Orán conmigo. Verás qué tierra, chica. Allí encontrarás la mar de franceses tontos y ricos. ¡Qué fácilmente los podías pescar, gitana, con el anzuelo de esa carita! Pues digo: si le caes en gracia a uno de aquellos morazos podridos de dinero, que se pirran por las españolas, ¡ay morena!, te cubres el riñón para toda la vida.

—No me hables a mí de tierras extranjeras—contestó la *Brava*—. Yo tiro siempre al españolismo... *La madre patria necesita de todos sus hijos*, como dice don Roque, y de todas sus hijas, digo yo.

La respuesta de Alberto Colau a estas sesudas consideraciones fué coger el papel donde estaba envuelto el aljófar, y sacar de su repleto bolsillo varias monedas de oro y una de plata, que entregó a la mozanca, añadiendo estas expresivas razones:

—Pierdo dinero. Allá no pagan el adarme de aljófar más que a seis pesetas. Pero, en fin, para que no chilles, te doy la *jara* y un *chus* de propina.

Continuó la conversación alegre. Mientras *Leona* devoraba pastelillos, jamón en dulce y otras frioleras, humedeciéndolas con jerez, todos le dirigíamos chicoleos, anunciándole los grandes éxitos que había de obtener en Madrid. Ella nos atajó diciendo:

—No hablen de eso, que el diablo las carga... Estoy perdida si mi marido se entera. Cándido no me deja vivir, me persigue, me acosa. Ese condenado *parte del principio* de que yo soy rica, y cuando me niego a darle dinero se pone fosco... Temo que el mejor día me mate como mató a mi madre... Si le da por seguirme a Madrid... No quiero pensarlo... ¡Sálveme la Virgen de la Caridad!

Desde allí nos fuimos todos al teatro Principal, donde había función de aficionados. Representaban un dramón, obra de dos autores indígenas, titulado *Glorias del cantón y perfidias del centralismo*. Camino del teatro, la *Brava*, cogiéndome del brazo y retrasándonos del grupo, me dijo con misterio:

—Explícame ahora mismo qué quiere decir *en tesis general*, porque anoche Juanito Pacheco, el hijo del marqués de Aguilas, que es un chico que habla muy requintado y siempre con mala idea, me dijo que yo y otras como yo éramos, *en tesis general*, lindas bestias sin alma. Lo de *tesis* me ha escocido, créelo. Dime si es alguna desvergüenza, porque yo no aguanto *ancas de nadie*.

Solté la risa y le contesté que no era fácil explicarle el significado de la palabra *tesis*, pues tendría yo que emplear en mi lección otros vocablos incomprensibles para ella: que no hiciera caso; que ya iría aprendiendo eso y mucho más en el trato con la gente de Madrid.

Persistiendo Leonarda en sus anhelos instructivos, me dijo:

—También hablaron anoche de que a Pepito le da por *la ironía*. Para mí que *la ironía* es como quien dice *la viceversa de las cosas*.

—Así es—repliqué yo—. Veo que tú sola vas aprendiendo con tu propia in-

teligencia y criterio. ¡Adelante, mujer de los alegres destinos!

En esto llegamos al teatro. *Leona* no quiso entrar. Su marido hacía el papel de traidor centralista, y, por bien que ella se escondiese entre los espectadores, no podría evitar que el individuo saliera al público para darle la matraca y corromperle las oraciones. La *tesis general* de Cándido Palomo era emborracharse todas las noches... Retiróse mi amiga a su casa, muy satisfecha con la *guita* que le había sacado a Colau, y los demás entramos a ver la función. El frenesí patriótico que en su drama pusieron los inocentes autores no atenuaba los disparates de fondo y forma. Sin pararnos en estos pelillos, aplaudimos hasta desollarnos las manos.

En los siguientes días supimos que el contralmirante Lobo dió cuenta de su retirada al ministro de Marina en términos que ha conservado la Historia para conocimiento de hombres y sucesos. Era Lobo un técnico excelente, autor de obras muy estimables; mas en el mando naval no pudo poner nunca su nombre a la altura de su suficiencia científica. He aquí lo que telegrafió al señor Oreiro: «Hoy, 15 de octubre, han salido otra vez las fragatas insurrectas en orden de batalla. La *Numancia* iba un poco delante, pero sin romper la línea de los otros buques, y formando con ellos un muro de hierro. Todos maniobraban muy bien y parecían mandados por jefes expertos. En vista de lo cual, y teniendo que reparar algunas averías y proveer de carbón, he ordenado partir con rumbo a Gibraltar.»

Bañándose en agua de rosas quedaron los cantonales con la inexplicable inhibición, por no darle otro nombre, del contraalmirante Lobo, y era general creencia que ello se debió al respeto que le impuso el acertadísimo plan y perfecta organización táctica de las naves de Cartagena, obedientes a las órdenes del contrabandista. Los amigos y admiradores de éste le dimos desde aquel día título y diploma de marino de guerra, llamándole, entre veras y bromas, el *Comodoro Colau*. La mejor prueba de que Lobo no supo engallarse ante los barcos cantonales en su segunda salida fué que le censuró duramente el general Ceballos, sucesor de Martínez Campos en el mando de las tropas sitiadoras de Cartagena. El Gobierno central destituyó a Lobo en el mando de la escuadra, nombrando para este puesto al contralmirante Chicarro. Fueron asimismo reemplazados el comandante de la *Navas de Tolosa* y el segundo de la *Blanca*.

Fuera de la feliz aventura del *Despertador del Cantón*, que apresó una goleta cargada de bacalao, lo que trajo gran alivio a la plaza, mal surtida de víveres, no hay sucesos dignos de mención hasta la salida de la escuadra para Valencia con los mismos barcos y los propios jefes que en las anteriores correrías llevara. Para el mejor desempeño de mis deberes croniquiles, embarquéme en el *Católico Despertador*, desoyendo las amonestaciones de David Montero y de la *Brava*, que al despedirme en el arsenal me vaticinaron una jugarreta del Destino. *Leona* había echado las cartas, y David consultado el inmenso libro del firmamento. Ambos presagiaban que tendríamos unas miajas de catástrofe. Pero yo, que nunca di crédito al lenguaje de las estrellas ni al de los naipes, me agregué a la expedición tranquilo y confiado. ¡Ay, ay; cuán equivocado estaba yo y cuán en lo cierto aquellos buenos amigos! Sabed, lectores compasivos, que cuando habíamos rebasado de Alicante, montado ya el cabo Huertas... Pero dejadme tomar aliento, pues se trata de uno de los más apretados lances de mi vida.

El *Despertador* iba de vanguardia, con mar llana y tiempo cerrado de niebla. A la madrugada, cuando bajo cubierta dormían todos los tripulantes, menos una veintena que, huyendo de la pesada atmósfera de cámaras y sollados, subimos a pasar la noche con los que hacían servicio a proa y en el puente, fuimos sorprendidos y aterrorizados por la visión de un corpulento barco que se nos echaba encima. Era la *Numancia*. Nuestro timonel inició una virada rápida, mas con tan mala suerte que el formidable espolón de la fragata embistió el costado de estribor de nuestro barco, hizo añicos la rueda y abrió un inmenso boquete en el departamento de calderas y máquinas. Aunque en la *Numancia* dieron contravapor apenas divisaron al *Católico*, no se logró evitar el desastre.

No podréis imaginar la confusión, el espanto de los que estábamos sobre cubierta. El *Despertador* se hundía rápi-

damente como un cesto cargado de plomo. Empezó a salir gente por las escotillas. No hubo tiempo de arriar nuestros botes, y si no es por los de la *Numancia*, que acudieron con presteza, todos habríamos perecido. Ya tenía el *Católico* la popa bajo el agua cuando yo salté, no sé como ni por dónde, a un chinchorro que estuvo a punto de zozobrar por los muchos hombres que en él se metieron. En tan horrible confusión caí al agua y fuí recogido por unos marineros que luego vi que eran de la *Tetuán*, pues entre ellos estaba Alberto Colau. A éste debí mi salvación, que todavía creo milagrosa. Mi primer pensamiento fué para recordar las fatídicas predicciones de la *Brava* y David Montero.

La escena era espantosa: vi a muchos infelices que nadaban desesperadamente, tratando de agarrarse a los pocos salvavidas que fueron arrojados desde el buque náufrago. Desgarradores gritos aumentaban el horror de la catástrofe. Yo tambien grité llamando a mi machacante... ¡Cándido!... ¡¡Palomo, Palomo!!... Ni éste me respondió ni le vi entre los que luchaban angustiosamente con las negras aguas... Cuando estábamos como a diez o doce brazas del siniestro, noté que del *Católico* solo se veían ya los palos, la chimenea y un poco del tambor de babor. Al reconocerme seguro en la cubierta de la *Tetuán*, tropecé con un contramaestre del *Despertador*, y le pregunté por Palomo.

—Dormido estaba como un leño—me dijo—. Quise despertarle; le tiré de una pata; no rechistó. *Ajogado* estará.

El primer cuidado de los supervivientes fué calcular el número de víctimas. Unos decían que eran ciento y pico; otros que no pasaban de treinta. Luego quedó fluctuando la cifra entre sesenta y setenta... Consagrado por todos un pensamiento de fúnebre despedida a los que habían perecido y al pobre *Despertador*, la escuadra cantonal siguió su ruta. Llegamos al Grao de Valencia, donde estuvimos fondeados tres días y medio. No pudiendo obtener de la plaza lo que pedíamos, arramblamos con los barcos mercantes *Darro*, *Victoria*, *Bilbao* y *Extremadura*, cargados de víveres, tejidos y otros artículos de comercio. Nuestro arribo a Cartagena fué el 22 de octubre, si no me engaña mi flaco sentido en la cuestión de fechas. Salté en tierra con botas prestadas y una gorra de marinero, pues perdí las prendas mías equivalentes en las ansias del naufragio.

En la plaza de las Monjas encontré a la *Brava*, que ya tenía noticias del desastrado fin de su caro esposo. Inquieta y medrosica, me preguntó por él, y yo le dije sin preparación ni melindres que ya podía tenerse por viuda. No se cuidó la buena moza de disimular su alegría, y me consultó si estaba en el caso de vestirse de luto por el bien parecer. Mi opinión fué que si tenía ropas negras debía ponérselas, siquiera unos cuantos días, a lo que me respondió que algunos trapitos conservaba del luto que llevó por su madre, añadiendo:

—Con mi ropa negra y la cara un poco afligida representaré muy a gusto lo que llama Juanito Pacheco *la comedia social*. En igualdad de circunstancias, igualdad de sentimientos, y luto al canto. Ahora lo llevaré como huérfana y como viuda, y tú podrás mirarme *bajo el prisma* que quieras.

Me acompañó hasta mi fonda, en la calle del Cañón, y por el camino me habló de este modo:

—A pesar de lo que me has dicho, no acabo de creer que ese posma de Cándido haya perecido. Tiene más picardías que un gato soltero, y puede que se haya hecho el náufrago para cuando una esté harta de llevar luto aparecerse en alguna isla desierta de las que llaman Columbretes, o Filipinas de la mar Caribe.

El 24 de octubre apareció nuevamente en aguas de Catagena la escuadra centralista, al mando del contralmirante Chicarro, reforzada con la fragata *Zaragoza*, que había venido de Cuba. Los barcos de Chicarro cruzaban sin cesar frente a Escombreras; pero el bloqueo no era de gran eficacia porque de noche, sin luces, entraban embarcaciones menores que mantenían en regular abundancia el abasto de la ciudad.

En una de mis excursiones a Santa Lucía, visité al desdichado prócer maniático *don Florestán de Calabria*, a quien hallé muy abatido y macilento por efecto del frío que vino con las primeras lluvias de noviembre. Envuelto en una manta vieja y rota, continuaba arrimado a la mesa en la fementida estancia que era su mísero albergue. Cubría sus

pies descalzos con una mugrienta toquilla de su casera, y no dejaba de la mano la tarea de contestar con temblo-roso pulso la copiosa correspondencia de sus parientes de Madrid. Como en aquellos días de recogimiento había dejado de pintarse la perilla y los pómulos, tuviérasele por envejecido en dos o tres lustros.

Lástima grande me inspiró el caballero sin ventura, y atento a remediarle volví aquel mismo día con la modesta ofrenda de una babuchas de orillo, un gorro de pellejo y un chaquetón, deslucido, pero en buen uso, que me compró para este fin Alonso Criado, el camarero de la fonda. No necesito decir cuánto agradeció mi pobre amigo aquellas prendas, demostrando su necesidad con las prisas que puso en estrenarlas.

Al estrecharme las manos con honda emoción se le saltaron las lágrimas, y como advirtiese yo que al llanto siguieron desaforados bostezos, comprendí que su mal no era sólo de frío, sino de hambre. Saqué del bolsillo algunas pesetas para ofrecérselas con efusión sincera; pero no quiso tomarlas. Se puso de mil colores, rechazando el socorro. Su delicadeza, su dignidad de hombre linajudo, le permitían quizás admitir un obsequio de la amistad, siempre que éste fuera en especie; dinero jamás admitiría. El oro y la plata ofrecidos a título de caridad causábanle un horror invencible. Luego añadió:

—Mi patrona o casera me dará de comer mientras el bloqueo de la plaza impida la llegada del correo que ha de traerme... fondos.

Pasado un rato, me dijo:

—Siéntese a mi lado un momento y le pondré al tanto de las graves noticias que tengo de Madrid. Cierto es que Castelar ha restablecido la disciplina, aplicando severos castigos; cierto es también que ha reconstituído en su antiguo ser y estado el cuerpo de Artillería. Pero con todo esto, sepa usted que el *Cantón Mantuano* será un hecho muy pronto. Nos lo traerá el mismo Castelar. Aquí tengo textos fehacientes...: las cartas de mi sobrino Policarpo, que está muy bien enterado de todo y es el brazo derecho de don Emilio. ¿A que no adivina usted quiénes ayudarán al presidente a traernos el cantón? Pues los generales de más nota, y entre éstos, el más decidido es... ¿quién dirá usted?... El general Pavía... Don Manuel Pavía y Alburquerque... Eh, ¿qué tal?... Aquí, aquí están los textos. Véalos.

V

Las visitas que en los siguientes días hice a *don Florestán de Calabria* me proporcionaron agradables ratos de parloteo con la *Brava* en su propia habitación. Mostraba *Leona* bastante inquietud ante el cerco que a la ciudad ponían las tropas centralistas, mandadas por Ceballos, activando cada día más los trabajos de fortificación y atrincheramiento.

—*A mi juicio*—me dijo Leonarda torciendo la boquita, como hacía siempre que pronunciaba palabras escogidas—, pronto empezarán nuestros contrarios a zurrarnos *de lo lindo*, y tanto apretarán el *sedio*, que no podrá entrar ni salir bicho viviente. Si tuviera yo mi *economía* en todo su *pogeo*, quiero decir si hubiera *ajuntado* dinero bastante, mañana mismo saldría de *naja* para Madrid.

Respondíle que tuviera sosiego porque el sitio no había de ser muy duro. ¿Por qué no aplazar el viaje hasta fin de año? En un momento de afectuosa intimidad me salió de la boca el chispazo de estas palabritas:

—No juraré yo, pecador de mí, que no te acompañe para hacer tu presentación en el gran mundo que solemos llamar *demi-monde*.

Movido de no sé qué atracción inexplicable, visité también por aquellos días a David Montero. Este hombre me interesaba enormemente por su natural agudeza, por su vida laboriosa y trágica. Si eran dignos de estima los pensamientos que en el curso de la conversación mostraba, no lo eran menos los que a medias palabras y con velos de reserva dejaba traslucir. Cuando le conocí se me mostró como habilísimo mecánico de instrumentos menudos y sutiles. Después, en su casa, se me reveló como astrónomo con puntas de nigromante. Ultimamente advertí en su taller apuntes, papeles llenos de guarismos y trazos lineales que indicaban estudios de Aritmética y Geometría.

Una mañana, al traspasar los umbrales del hogar de Montero, situado, como he dicho, en los altos de la vieja catedral, tropecé de manos a boca con una mujer que, si no era la propia *Doña Aritmética*, era el mismo demonio transfigurado para volverme tarumba. Trémulo y confuso, le pregunté:

—Pero ¿es usted *Doña Aritmética?*

Y ella me contestó, entre asustada y burlona.

—No, señor; no me llamo Demetria, sino Angustias para servir a Dios y a usted.

Repuesto de mi sorpresa, pude advertir que había semejanza de facciones entre la servidora de Floriana y la criada de David, sólo que ésta era mucho más madura y peor apañadita.

Poco después, cuando Montero me daba cuenta de la parte no reservada de sus trabajos, entró a llevarle café otra anciana vestida de negro, en quien de pronto vi pintiparada la imagen de *Doña Geografía*. También entonces expresé mi curiosidad, y ella repuso:

—No me llamo Sofía, sino Consolación, y soy de Totana, para lo que usted guste mandar.

—Pues mire, don Tito—dijo a la sazón David, riendo—. En broma llamo a esta buena mujer *Doña Geografía*, porque sabe de memoria los nombres de todos los pueblos del país murciano.

No era la primera vez que sufría yo tales equivocaciones. Algunos días sentíame perseguido por fantasmas, reminiscencia de mi antigua navegación por el inmenso piélago suprasensible.

Sin saber cómo, nuestra conversación recayó en el asunto del cerco de la plaza, mostrándose David algo pesimista sobre las consecuencias de esta función militar, y no mal informado de los planes del ejército sitiador. Hizo breve semblanza del general Ceballos, del brigadier Azcárraga y de los comandantes generales de Artillería e Ingenieros, brigadier don Joaquín Vivanco y coronel don Juan Manuel Ibarreta, revelando conocimiento directo de sus respectivos caracteres. Luego enumeró las fuerzas centralistas, según su parecer, escasas, pero bien disciplinadas. Marcó después el contingente de las diversas Armas con tal precisión y seguridad en las cifras como si lo hubiera contado. Notando mi extrañeza por la posesión que tenía de aquellos datos sin salir de la plaza, me dijo:

—Algunas mañanas me voy al castillo de Moros. En lo más alto de sus muros he puesto un anteojo de mucho poder, con el cual veo los trabajos que hacen los sitiadores. Ya sabe usted que la primera batería la tienen emplazada en Las Guillerías. En ella hay cuatro piezas de a dieciséis. El talud interior del espaldón está revestido de cestones y las cañoneras de sacos terreros. Han emplazado la segunda batería cerca de las casas de don José Solano, artillándola con cinco obuses de a veintiuno. El terraplén interior consta de tres planos diferentes. Más allá, junto a la ermita de San Ferreol, hay otra batería con seis cañones de a dieciséis. Los revestimientos están hechos con cestones y fajinas. La batería de la Piqueta, que está al lado de la finca de este nombre, se halla provista de cubrecabezas, y tiene un través en su centro que completa la protección del retorno de la derecha.

—Ya veo, amigo David—le dije sin ocultar mi asombro—, que es usted una enciclopedia. Yo le admiraba como mecánico y astrónomo, y ahora resulta que es usted maestro también en el arte de la Castrametación.

—La tristeza y el aislamiento—replicó él—nos lleva, señor don Tito, a la variedad de los estudios. Hace unos días, hallándome hastiado de trabajar sin fruto, sentí vivas ganas de tomar el tiento a las cosas de Guerra... Vea los libros que tengo aquí. Me los ha prestado el brigadier Pozas, que, según entiendo, no los ha leído ni por el forro... Si sigo en esta inacción que me entumece el cerebro, el mejor día me encuentra usted entregado al Derecho canónico, o al ocultismo, que así llaman hoy a la magia.

Con la idea de obtener de aquel hombre extraño hilos o hilachas para mi tejido histórico, seguí visitando a Montero. Algunas mañanas no le encontré en su casa. Esperábale, y al fin le veía llegar fatigado y cubierto de polvo. Venía sin duda del campo reseco que a Cartagena circunda. A las veces, no me hablaba de nada concerniente a las fuerzas sitiadoras, sino de chismes y enredijos del interior de la ciudad; por ejemplo:

—Parece que hay sospechas de que Carreras, Pernas, Del Real y otros militares hociquean secretamente con el general Ceballos. Dicen que corre el dinero... Yo no lo creo. Tal infamia no es posible.

Otros días se lanzaba desde luego, sin preámbulos, a departir sobre el arte de la fortificación.

—Para proteger las baterías que acaban de emplazar—me dijo una mañana—y para oponerse a cualquier salida que intentemos los cantonales están los sitiadores haciendo espaldones sistema Pidoll, modificado con pozos para los sirvientes de las piezas, que creo son de las de a diez. Uno de los espaldones lo construyen entre el ferrocarril y la finca de Bosch, otro en las inmediaciones de la casa de Calvet y otro junto a Roche Bajo. Parece ser que cuando terminen estas obras empezará el bombardeo, y allá veremos quién puede más.

Pepe el Empalmao, a quien yo utilizaba mediante cortas dádivas para recadillos y espionajes de diversa índole, aprovechó una tarde en que nos encontramos enteramente solos para decirme con ronco sigilo cavernoso:

—Señor don Tito, ese David sale de madrugada y, escondiéndose de la gente, va al campo de los judíos centralistas. Allí se pasa las horas hablando con éste y con el otro, y mayormente con uno que llaman *El Azcárrago.* Esto se lo digo a usted solo. Chitón y armas al hombro.

—Me parece, Peporro—contesté yo para estimularle a mayores confidencias—, me parece que no es David solo. También tú y otros como tú... metéis la cuchara en la olla del enemigo.

—¡Señor!—exclamó, furioso, José, golpeándose el pecho con rabia—. Lláme me lo que quiera menos traidor. Por la necesidad le presto a usted y a otras personas servicios de tercería. Pero vender a mi Cantón de mi alma... ¡eso no lo hago por todo el oro del Potosí *sumarino!*

Buscando yo nutritivo condimento histórico, encontraba tan sólo aguanosas y desabridas salsas. Por las tardes, en la Redacción de *El Cantón Murciano,* Fructuoso Manrique y Manuel Cárceles me referían los sucesos, abultándolos desaforadamente. Las cosas más vulgares, en boca de aquellos patriotas ingenuos eran trágicas, épicas y de grandeza universal o cósmica. Un día de noviembre, no importa la fecha, leí en pruebas un artículo de Roque Barcia, que ofrezco a mis lectores como muestra de la literatura política sentimental que hizo estragos en aquellos tiempos. El insigne don Roque flaqueaba por la entonación lacrimosa de sus escritos, inspirados en los trenos de Isaías o en los cánticos de David bailando delante del Arca Santa.

Decía Barcia en su artículo que pronto partiría de Cartagena, por la necesidad de *inflamar en todas partes el fuego sagrado del cantonalismo.* Al marchar a otras *regiones, donde estaba a punto de sonar el grito,* rogaba a todos que se acordasen de él. Concluía así la salmodia: «Cuando los niños de hoy pregunten a sus madres ¿dónde está aquel hombre que nos dió tantos besos?, que les contesten: ¿vosotros no sabéis la historia de aquel hombre?... Pues era..., hijo, era un pirata.»

El 26 de noviembre (esta fecha es de las que no pueden escaparse de mi memoria), a las siete de la mañana, rompieron el fuego contra la plaza las baterías centralistas. Al bombardeo no precedió intimación ni aviso alguno. El primer momento fué de estupor medroso en Cartagena. Pero el vecindario y los defensores de la ciudad no tardaron en rehacerse: hombres, mujeres, niños y ancianos corrían al Parque en busca de proyectiles y sacos de pólvora, que llevaban a los baluartes de la muralla. Yo fuí también allá para enterarme de cuanto ocurría, y vi actos hermosos que casi recordaban los de Zaragoza y Gerona.

Entre la muchedumbre encontré al veterano de Trafalgar Juan Elcano, que ansiaba reverdecer sus marchitos laureles. Gesticulando con sus manos tembliconas, me dijo que si le daban un puesto en la muralla cumpliría como quien era. La persona del heroico viejo trajo a mi mente la imagen de *Mariclío,* con quien primera vez le vi comiendo *aladroque* en la puerta de un caserón de Santa Lucía. Al momento le pregunté por la divina Madre, y afligido me contestó:

—Ya no está la señora en Cartagena. Una noche, hallándonos todos sus amigos *acoderados* a ella, oyéndole con-

tar cosas de los tiempos en que era moza (y para mí que su mocedad la pasó en el Paraíso terrenal), se desapareció de nuestra vista, y todos nos quedamos con la boca abierta, mirando al cielo, porque nos *pensemos* que se había ido por los aires. Una vieja sabidora que andaba siempre con *doña Mariana* nos dijo: «Bobalicones, aunque la señora gusta de platicar con los humildes, no creáis que es mujer: es diosa.» Yo calculo, acá para entre mí, que *doña Mariana* es el Verbo, o por mejor hablar, la Verba divina.

Al atardecer de aquel mismo día supe que el veterano de Trafalgar, consecuente con su destino heroico, había muerto en la muralla defendiendo la idea cantonalista, última cristalización de su patriotismo.

Continuó el bombardeo en lo restante de noviembre, con mucha intensidad durante el día, atenuándose algo por la noche. Los proyectiles de los sitiadores producían más estragos en los edificios de la población que en las fortalezas. La Junta Soberana recorría los castillos y baluartes dando ánimos a los defensores de la plaza. Ocasiones tuve yo de ver y apreciar por mí mismo el tesón de los cantonales ante los fuegos centralistas. Esta virtud les hacía merecedores de la independencia que proclamaban. Había cesado el estruendo importuno de los vítores, arengas y aplausos, y llegado el momento, la función guerrera desarrollábase gravemente, con viril entereza que rayaba en heroísmo.

Accediendo a las súplicas de los almirantes de las escuadras extranjeras, el general Ceballos concedió armisticios de cuatro y seis horas para que salieran de Cartagena los ancianos, niños y mujeres. Una de éstas, la impaciente *Leona*, se preparó para escabullirse, aprovechando alguna de aquellas claras. Pero yo la disuadí con la promesa de acompañarla si hasta Navidad me esperaba.

A don Jenaro de Bocángel le vi en el baluarte de la Puerta de San José, lacio, trémulo y despintado, no ciertamente con anhelos heroicos, sino con la modesta pretensión de transportar agua, proyectiles y cuanto los combatientes necesitasen. Llevaba las babuchas de orillo y el pardo chaquetón que yo le regalé. En el corto diálogo que sostuvimos me dijo que, según noticias transmitidas por la suegra de su sobrino, la proclamación del Cantón Mantuano dependía de que la indómita Cartago hiciese una defensa heroica, no dejando títere con cabeza en el ejército de Ceballos.

El 29 de noviembre marchó la escuadra centralista a repostarse de carbón en Alicante. El 30 hicieron los cantonales una salida desde el fuerte de San Julián, causando veinticinco bajas a los batallones de Figueras y Galicia, que mandó a su encuentro el general Ceballos. Como yo no cesaba en mis investigaciones, allegando datos para los anales de *Mariclío*, fuí a ver a David Montero, y éste me dijo que Ceballos, apretado por el Gobierno para rendir la plaza en pocos días y no teniendo bajo su mando fuerzas suficientes para consumar empresa tan difícil, había presentado la dimisión. No di crédito a esta noticia. Algunos días después volví a visitar a Montero, encontrándole inquieto y caviloso. Díjome que en sustitución de Ceballos vendría López Domínguez, general joven, procedente del Cuerpo de Artillería y sobrino de Serrano. No pude arrancarle más confidencias, ni me dió el menor indicio de la fuente de sus informes.

El 5 ó el 6 de diciembre, no acierto a puntualizar la fecha, subí de nuevo a la guarida del mecánico, astrónomo y estratega. Al traspasar la puerta saliéronme al encuentro, desoladas, las dos viejas a quienes mi exaltada mente confundió con las vaporosas figuras de *Doña Aritmética* y *Doña Geografía*, las cuales me manifestaron que estaban solas, pues don David, después de quemar todos sus papeles, se había marchado una madrugada, enviando luego el aviso verbal de que su ausencia duraría largo tiempo. Aquellas pobres mujeres no sabían qué hacer ni a qué santo encomendarse.

Del 12 al 13 llegó López Domínguez y tomó el mando de las fuerzas sitiadoras. Ceballos había marchado ya, dejando interinamente al frente del ejército centralista al general Pasarón. Con el nuevo caudillo vinieron los brigadieres López Pintos y Carmona, en sustitución de Azcárraga y Rodríguez de Rivera, que con Pasarón marcharon a Madrid. El primer cuidado de López Domínguez fué

recorrer la extensa línea de sitio y revistar las tropas, a las que encontró animosas y disciplinadas. Luego dió una proclama. Siguió después el bombardeo, notándose que la artillería centralista hostigaba a la población sin hacer fuego contra los castillos, lo que puso en cuidado a los jefes cantonales, por ver en ello un indicio de secretas connivencias con las guarniciones de los fuertes. Desde que comenzó el bombardeo de Cartagena, el 26 de noviembre, hasta que López Domínguez tomó el mando del ejército centralista, hizo éste 9.297 disparos de cañón, y la plaza, sus fortalezas y fragatas 10.159. ¡Una friolera!

En el curso de diciembre pude apreciar por observación directa ciertos hechos que explican y corroboran la psicología de las guerras civiles en España. Leed, amigos y parroquianos, lo que a continuación os refiere un observador sincero de los hilos con que se atan y desatan las revoluciones en los tiempos ardorosos y pasionales de nuestra historia. Cuando arreció el bombardeo pudo advertirse que los jefes de los batallones de Iberia y Mendigorría, que, como se recordará, se habían pronunciado en favor de los rebeldes de Cartagena, se mostraban inclinados a una pronta capitulación. *Tonete* Gálvez, que poseía tanta bravura como agudeza y era el hombre de mando en la República cantonal, con dotes militares, con dotes de estadista y toda la malicia y sagacidad que siempre han sido complemento de aquellas cualidades, supo calar las intenciones de los individuos del ejército que meses antes en los torbellinos de julio y agosto, se habían pasado al cantonalismo con armas y bagajes. Los vigilaba cauteloso y, al fin, descubrió el enredo.

Desempeñando el coronel Carreras las funciones de sargento mayor de la plaza, dispuso una noche, con el pretexto de defender a Santa Lucía, que salieran el batallón de Mendigorría y Movilizados. Gálvez, noticioso de que se dió a estas fuerzas el mismo santo y seña que tenían los sitiadores para entrar en Cartagena, ordenó al instante la suspensión de la salida, y puso presos al sargento mayor y a varios jefes y oficiales, asegurándolos en el castillo de Galeras. Al enterarse el general Contreras de lo que ocurría, subió presuroso al castillo para escuchar las declaraciones de los detenidos. Encerrado Carreras en una estancia, alguien observó que rompía papeles apresuradamente.

En esta operación fué sorprendido, y sus guardianes recogieron los trozos de papel, entregándolos a Gálvez y Contreras, que tuvieron la paciencia de unirlos para obtener el texto completo. Entonces se comprobó que había sido vendida la plaza: era aquel escrito una lista de comprometidos a entregar Cartagena a los sitiadores, y consignaba las recompensas de grados y el premio pecuniario que por su defección les concedería el Gobierno central. Ordenóse en el acto la prisión de los que aquel documento denunciaba, y dieron con sus huesos en Galeras Pozas, Pernas, Perico del Real y otros muchos militares de diferente rango y categoría.

Pocos días después de este grave suceso supo Gálvez, por un soplo que a las doce de la noche tenían decidido embarcar y marcharse de Cartagena algunos individuos de la Junta soberana. Eran las ocho cuando, reunida la Junta en el Ayuntamiento, se presentó *Tonete* en el salón de sesiones, sin más escolta que su hijo Enrique, su sobrino Paco y el capitán de Voluntarios Tomás Valderrábano. Llevaba Gálvez las manos en los bolsillos del pantalón, y en ellos dos pistolas amartilladas. Apenas traspuso la puerta, dijo a los reunidos:

—No se mueva nadie. Al que intente salir le levanto la tapa de los sesos, y si alguno se me escapa, en la calle será recibido a tiros.

—¿Puedo yo moverme?—preguntó el general Ferrer.

—Puede usted pasearse dentro de esta sala; pero nada más—contestó Gálvez con sequedad y entereza, añadiendo sin más preámbulos—: Han sido ustedes descubiertos, caballeros.

Quedaron corridos como monas los señores de la Junta que estaban en el ajo. Estrechó *Tonete* la mano a los que consideraba leales al cantón; a los demás les dijo que quedaban en libertad que podían ausentarse de Cartagena previo aviso, y que si alguno permanecía en la ciudad y hacía traición a la causa, sería fusilado en el acto sin compasión.

VI

Ante sucesos de tal trascendencia no podía faltar la bíblica salmodia del bueno de don Roque. Resonó en un escrito jeremíaco recomendando que al imponer castigo a los desleales se hiciera justicia magnánima generosa, clemente... Decíase por aquellos días que López Domínguez había pedido cuatro mil hombres de refuerzo al Gobierno central, y que a los apremios de éste para rendir la plaza antes de 1 de enero, fecha de la reunión de las Cortes, contestó que a tanto no se podía comprometer. Con un mes largo por delante quizás podría rematar la empresa.

Castelar ofreció mandar los refuerzos y seguía pidiendo *rendición a todo trance*, ya por la fuerza, ya por el soborno o bien combinando hábilmente ambos métodos de guerra... A mediados del mes, los sitiadores concentraron sus fuegos sobre los castillos de Atalaya, Moros y Despeñaperros, y las puertas de San José y Madrid. La plaza contestó con brío, y los disparos de la escuadra centralista contra San Julián resultaron cortos y, por tanto, ineficaces.

Reunió a la sazón López Domínguez Consejo de generales para determinar el plan que habían de seguir, acordándose por el pronto la conveniencia de un ataque vigoroso a San Julián, y conviniéndose en la urgencia suma de reforzar la línea de bloqueo: ésta no era inferior a seis leguas, y si no se neutralizaba la extensión con la intensidad, imposible alcanzar el éxito con la rapidez que Castelar quería. Desplegaba López Domínguez enorme actividad, supliendo con su cuidado y esfuerzo la escasez de los medios de combate.

En Pormán celebró el general en jefe una entrevista con el contralmirante Chicarro, el cual le dijo que le era dificilísimo el bloqueo marítimo, porque sus barcos andaban bastante menos que los barcos rebeldes. Con tal marina y un ejército animoso, pero de contado contingente, era obra de romanos rendir la más formidable plaza de guerra que sin duda existe en el Mediterráneo. Si los cantonales hubieran tenido tanto seso como bravura en aquella última ocasión de su loca rebeldía, no queda un centralista para contarlo.

Hasta el 28 de diciembre transcurrieron los días sin ningún suceso extraordinario. Continuaba incesante el fuego entre sitiadores y sitiados. Estos hicieron varias salidas y en una de ellas causaron dieciocho bajas a sus enemigos. Hacia el 22 recibieron los centralistas los refuerzos que esperaban, y con ellos 24 piezas de artillería de 16 centímetros. El 24, un proyectil Armstrong disparado por la fragata *Tetuán*, que seguía mandada por el intrépido contrabandista Colau, estalló en la batería número 3 del campo enemigo, haciendo reventar cuatro granadas, que dieron muerte a un oficial, catorce artilleros e individuos de tropa y tres paisanos. Y con esto, amados lectores, llegó al día 28, fecha culminante en mi memoria por ser la fiesta de los Santos Inocentes y porque en aquella madrugada, a punto de salir el sol, nos escapamos de Cartagena *Leona la Brava* y yo, suceso a mi ver memorable, que merece un rinconcito en estas verídicas crónicas.

Mi escapatoria no fué secreta, pero tampoco me convino hacerla pública. Sólo me despedí de Manolo Cárceles, a quien tantas atenciones debía. Al abrazarnos, me dió con sus cariñosos adioses algunos recados verbales para Estévanez, Castañé y Patricio Calleja. Prometíle yo volver pronto, pues me interesaba mucho el cantón, y quería presenciar hasta el fin su arrogante defensa. En la respuesta de Cárceles creí advertir cierta disminución del optimismo que había mostrado desde el comienzo de la revolución cantonal:

—Si nos vencen—me dijo—, y ello habrá de ser más por la maña que por la fuerza, abandonaremos este volcán y nos iremos tranquilamente al Africa en busca de mejor suelo para poder vivir. Si vuelves, gran Tito, te vendrás con nosotros y nos haremos todos africanos.

Hasta la línea de bloqueo nos acompañó, al marcharnos la *Brava* y yo, mi leal demandadero *Pepe el Empalmao*, a quien las fatigas del sitio convirtieron de rufián en héroe. Su inveterada indolencia trocóse en actividad febril, su astucia de zorro en fiereza leonina. En los baluartes de las Puertas de San José o de Madrid afrontaba las balas enemigas con un desprecio de la vida que ya lo querrían para sí más de cuatro figurones de los que aspiran a

merecer una línea en las altas inscripciones de la Historia. Y no lo hacía por ambición ni propósito de medro; no esperaba recompensa, ni galones, ni cintajos, ni cruces, ni siquiera el aumento de un real en su miserable soldada. Hacíalo, sin darse cuenta de ello, por la gloria, por un ideal que indeterminado y confuso hervía dentro de aquel cerebro, que para muchos no era más que una olla del más tosco barro. Como yo no quería partir sin saber algo del pobre *Don Florestán de Calabria*, interrogué al *Empalmao*, que así me dijo:

—Ahora presta servicios de ranchero en las cocinas que ha mandado poner la Junta soberana en el sótano de la muralla de los Mártires. Allí le tiene usted con su mandil y su cucharón, revolviendo los peroles en que nos hacen la bazofia con que matamos el gusanillo. Don Jenaro, que no sirve para militar, sino para chupatintas, ha pedido a Contreras que le nombre memorialista mayor de la República cartagenera. Pero para mí que se queda meneando el cazo toda su vida...

Con esto nos despedimos afectuosamente, y Leonarda y yo cogimos el tren de Madrid en la estación de la Palma.

Ya estábamos instalados en un coche de segunda con la ilusión de ir solitos todo el camino y ya el tren se ponía en marcha, cuando vimos que avanzaba presurosa y dando chillidos una pobre señora, cargada de envoltorios, que intentó subir a nuestro departamento. Gracias al auxilio que yo le presté pudo poner el pie en el estribo y posesionarse de un asiento. Era una vieja de buenas carnes, vestida de negro. Al fijarme en su rostro temblé de sorpresa y sobresalto: o yo estaba loco o tenía frente a mí a la propia *Doña Gramática*, si bien envejecida, un poquito cargada de espaldas y tan descompuesta de facciones como de vestimenta. Antes que yo pudiera decir palabra, soltó ella la suya, dejándome más absorto y alelado que antes, pues en cuanto abrió el pico reconocí la tremebunda y retorcida sintaxis de la que en día no lejano fué mi mayor suplicio. Volví a creer que me perseguían fantasmas al escuchar de boca de la vetusta dama estas enfáticas razones:

—No agradeceré bastante al noble caballero la merced con que me ha favorecido al prestarme ayuda para escalar, con la enfadosa carga de mis achaques y de estos paquetes, al endiablado vehículo. No están ya mis pobres huesos para tan vivos trotes... Ello ha sido que, faltando cortos minutos para la partida del tren, corrí a recoger estos livianos bultos, que olvidados dejó mi señora en la covacha del jefe de la estación, hombre descuidado al par que descortés, por quien a punto estuve de perniquebrarme o de quedarme en tierra. Gracias a usted, repito, y a esta hermosa dama, cuyas manos diligentes me ayudaron a subir, y Dios se lo pague, pude meterme en este coche zaguero, y salva estoy aquí, aunque todavía no reparada del grave susto, ¡ay de mí!, ni del sofoco de estos cansados pulmones. ¡Ay, ay!...

Como he dicho, creí hallarme otra vez en pleno delirio y perseguido por las visiones de antaño. Apenas recobré la palabra, que el azoramiento y la confusión me habían quitado, dije a la para mí fantástica viajera:

—Señora: perdóneme si la interrogo con cierta indiscreción. ¿Es usted *Doña Gramática*, ilustre dama versada cual ninguna en los giros de la sintaxis?

—No me llamo *Pragmática*—contestó ella con melindre—, sino Práxedes. No soy dama ilustre, aunque no hay bastardía en mi linaje, y sólo acierta usted en que mi afición al estudio me ha enseñado a hablar con discreta corrección y propiedad.

En tanto, *Leona* no quitaba los ojos del rostro de la vieja, cuyo hablar finísimo y entonado le colmó de asombro y embeleso. En el mirar de mi amiga leía yo un afán ardiente de apropiarse los términos exquisitos y la nobleza gramatical de nuestra compañera de coche.

—Cualesquiera que sean su nombre, estirpe y condición, señora mía—dije yo a doña Práxedes—, nosotros estamos muy complacidos de haber trabado conocimiento con usted. Juntos haremos este molesto viaje, honrándonos mucho con su grata compañía.

—¡Ay!, eso no podrá ser—replicó la enlutada dueña, arqueando las cejas—. Y de veras lo siento, porque me hallo harto gustosa entre personas tan hidalgas. En la primera parada que no sea corta tengo que pasarme al coche donde va mi señora, la cual es de alcurnia tan alta que no hay en la grandeza españo-

la quien pueda igualarse a ella. Va en el departamento que lleva el rótulo «Reservado de Señoras». A su servicio tiene damas y doncellas de singular hermosura.

Lo dicho por la vieja me adentró más en los delirios paganos. Pensé que en el mismo tren iba *Mariclío*.... quizás Floriana... ¡Dios mío, qué horrible trastorno, mezcla de alegría y espanto! Si yo me presentaba a la divina Madre y ésta me veía con la *Brava*, sin duda me reñiría duramente por mi liviandad... Advertí que doña Práxedes, risueña, no apartaba sus ojos inquisitivos del rostro de *Leona*. Sorprendida de su silencio, pronunció estas palabras:

—Y esta joven tan hermosa y apuesta, ¿no dice nada?

Mi compañera balbució algunos monosílabos, que no expresaron más que su timidez y el temor de soltar algún disparate chulesco ante una tan refinada maestra de la lengua castellana... Intenté pedir a doña Práxedes más claras referencias de aquella princesa de alto linaje que iba en el reservado de señoras, con acompañamiento de bellas damas y lindísimas doncellas; pero un escrúpulo invencible paralizó mi lengua y seguí alelado y taciturno.

Al fin, hostigada por la vieja redicha, pudo *Leona* desatar el nudo de su timidez y pronunció algunas frases rebuscaditas para demostrar que no era muda.

—Nosotros vamos a Madrid—dijo haciendo con sus rojos labios mohines muy finústicos—, porque Cartagena es un infierno en *pequeña miniatura*. Allí la libertad es *un viceversa* del sosiego o, como quien dice, *una ironía* que la tiene a una siempre sobresaltada. En Madrid viviremos tranquilos, porque allí la libertad no hace daño a nadie. Además, como estamos bien relacionados en la Corte, lo pasaremos al pelo.

—Su esposo de usted tendrá, y esto lo colijo por su talante, porte y lenguaje distinguido—dijo la vieja clavando en mí sus miradas como saetas—, tendrá de fijo, repito, una elevada posición.

—Regular—contestó *Leona* mordiendo su abanico para contener la risa—. No diré que sea de las más ensalzadas, *ni verbigracia* cosa de poco más o menos. *En el interin* nos basta y nos sobra para todas *las circunstancias* de nuestra vida, y como no tenemos sucesión, sucede que marchamos divinamente.

Aunque me mortificaba que *Leona* me diputase por esposo permanente y legítimo, no me pareció bien desmentir a mi amiga y permanecí callado largo rato, mientras ellas departían a su sabor. Leonarda, perdida completamente la cortedad, hablaba a doña Práxedes de lo divertido que era Madrid, donde había tanta aristocracia y tanta democracia.

—Entre otros mil atractivos—dijo—, Madrid tiene toros los lunes y domingos, funciones en la mar de coliseos, misas de seis a doce en todas las iglesias y a cada dos por tres jaleo de revolución en las calles.

Hasta la estación de Murcia, donde el tren paraba quince minutos, no se atrevió doña Práxedes a bajar al andén para cambiar de coche. Despidióse de nosotros con frase coruscante y ensortijada, deseándonos un viaje dichoso y toda la ventura conyugal que por nuestra juventud y buenas partes merecíamos. La *Brava*, que en los últimos coloquios había hecho muy buenas migas con aquella gramatical cotorra, tuvo gusto en descender con ella y en llevarles *los livianos bultos*, según la clásica expresión de la matrona provecta. Era mi costilla *per accidens* vivaracha y curiosona, amiga de gulusmear y enterarse de todo. Acompañó a la vieja hasta el reservado de señoras y al abrirse la portezuela para dar paso a doña Práxedes, exploró con rápida vista el interior del departamento en que viajaban las misteriosas damas.

Pronto volvió a mi lado, contándome de este modo lo que había visto:

—Pues allí va una señorona con más años que Matusalén, alta y de buenas hechuras. Su cara es blanca, con perfil de estatua; parece mismamente de mármol. Viste de luto y tiene aire de reina que ha perdido el trono. En el fondo del coche hay otras mujeres, y entre ellas una *chavala* guapísima..., como los propios ángeles. La *gachí* parece una diosa de las que he visto pintadas en un libro que tiene *Don Florestán*... No pude fijarme más porque ellas me miraban como *choteándose* de mí. Me dió vergüenza y *me retiré en buen orden a mis posiciones*, como dice el ayudante de Contreras.

Al partir el tren llenóse nuestro co-

che de viajeros de Murcia, que alborotaban hablando a gritos de las cosas del cantón. Unos ponderaban a Gálvez con extremadas hipérboles asegurando que si le dejaran sería pronto el dominador de toda España; otros, con desmayado pesimismo sostenían que el cantón estaba perdido y que López Domínguez daría buena cuenta de aquella gentecilla, entre Año Nuevo y Reyes. Yo me desentendí de esta conversación y, reclinado en un ángulo del coche, mi mano en la mano de Leonarda, permanecí largo rato soñoliento y meditabundo, pensando en lo que mi amiga me contara de las damas que ocupaban el reservado de señoras. ¿Iba *Mariclío* en aquel departamento? ¿Era Floriana la divina hermosura que *Leona* comparó con las diosas?

En estas ideas y en dudas tan crueles fluctuaba mi espíritu, que ya se asía fuertemente a la realidad rechazando toda relación con el mundo de las quimeras, ya se lanzaba disparado a embelesarse con las hermosas visiones paganas y mitológicas. Por momentos, el deseo y la curiosidad me aguijoneaban para correr hacia el coche donde iban las misteriosas viajeras; por momentos, el miedo a la desilusión y la idea de ser mal recibido me retenían, sujetándome a la única diosa de que yo podía disponer, *Leona la Brava* divinidad terrestre, pedrestre y de vuelo harto rastrero y prosaico.

En la estación de Hellín saqué un momento la cabeza por la ventanilla y vi pasar a un hombre de soberbia talla y formas escultóricas. ¿Era el arrogante forjador de voluntades, padre presunto de las mil hijas de Floriana, que, después de echar toda el agua fría del mundo sobre mi pasión por la maestra educadora de pueblos, me arrojó desde lo alto de un talud, cual si yo fuera un muñeco inservible o un despreciable animalejo? Cuando advertí que el divino Titán, vestido con azul ropa de maquinista, se acercaba al reservado de señoras y, subiendo al estribo, departía con las incógnitas viajeras, llegué al colmo del espanto. Tembloroso me arrebujé en la manta y cerré los ojos para reconcentrarme de nuevo en mí mismo.

—¿Qué te pasa?—me preguntó *Leona*.

Y yo respondí:

—Me pasa... que he visto cómo resucita el paganismo que creíamos muerto para siempre. Me pasa que he visto una figura...

—¿Pero a quién, a quién has visto? ¿Quién ha resucitado?—exclamó Leonarda con súbito terror, palideciendo—. ¿Es mi marido que ha vuelto ya de la isla desierta?

—No, hija no. Tu marido... se lo comieron los peces y lo han digerido ya. La figura que he visto no es la de Cándido Palomo. Es la del forjador atlético hijo de los dioses, padre de las mil maestras..., renovador del paganismo...

—¡Bah, bah; ésas son coplas! ¿Ya estás otra vez con la tecla de los *paganistas?* Pues ya sabes que el mejor *paganismo* es no pagar a nadie y cobrar todo lo que se pueda.

VII

En Chinchilla, donde bajamos a confortar nuestros estómagos con el agua de castañas almidonada que llaman café con leche los fondistas de las estaciones, me puso la mano en el hombro un señor a quien al pronto no conocí.

Era David Montero, totalmente transfigurado de ropa y rostro. Tenía la facha de un clérigo vestido de seglar. Se había quitado barba y bigote, y disimulaba con ligero tinte las canas de las sienes y de la nuca, bajo un gorro de terciopelo negro como el que usan los párrocos de aldea.

—Hablemos quedito—me dijo sentándose junto a mí—y no pronuncie usted mi nombre. Ya ve que voy disfrazado. Me escapé hace días, y en casa de un amigo de Balsicas me vestí de máscara para marcharme a Madrid... *Leona* me mira sonriendo. Sin duda me ha conocido. Adviértale que no venga ahora con aspavientos y que no me llame por mi nombre... Ya hablaremos, ya hablaremos. Dígame en qué departamento van, y si es de segunda como el mío pasaré un rato con ustedes.

Alegrándome mucho de ver a David, le indiqué que íbamos en el último coche. Antes de partir el tren ya estábamos reunidos los tres y entablábamos una grata conversación sin recelo de ser oídos, pues al pasar de Chinchilla sólo quedaron en nuestro departamento dos via-

jeros que, arrebujados en sus mantas, dormían como lirones.

—El Canton está perdido, señor don Tito—me dijo Montero con voz apagada—. Lo estuvo desde primero de diciembre. Ya sabrá usted la prisión de Carreras, Pozas y demás individuos del ejército.

—Lo sé, lo sé—respondí—. Estoy bien enterado de todo. Desde que López Domínguez tomó el mando de las fuerzas centralistas, los militares de la plaza se hacen cucamonas con los de fuera.

—¡A quién se lo cuenta usted!—repuso David—. Yo he tenido algun trato con los centralistas. Ello fué porque un primo mio, Carlos Montero, está de mecánico en el Cuartel general, donde le estiman mucho por los servicios que presta. He hablado con el coronel Sánchez Molero, que ayer me dijo: «La fiesta de Reyes la celebraremos dentro de la plaza.» He hablado también con López Domínguez, quien, generoso, y muy satisfecho con las referencias que le dieron de mí, me aseguró que pedirá mi indulto. Pero mientras esa gracia viene, yo me pongo en salvo, amigo mío, que si se rinde Cartagena, lo primero que harán los vencedores será meter en *chirona* a toda la población penal. Y lo que es a mí no me pescan.

—Muy bien, David—dije yo—, ha hecho usted muy bien: libertad y vida nueva.

—Eso, eso—saltó la *Brava*, juguetona y alegre—. La idea de pasar de un mundo a otro la tuvo antes que usted, amigo Montero, una servidora. No más presidio: el mio era la pobreza, la vergüenza, el andar siempre entre gente groserota y vil o entre señoritos babosos y cargantes, que todo lo ven *bajo el prisma de la corcupicencia.*

No pudimos prolongar nuestro coloquio porque Montero se quedó en Albacete, donde tenía un hermano. Allí descansaría breve tiempo, trasladándose luego a Madrid sin abandonar las precauciones que garantizaban su libertad. Díjome su nombre postizo, que era *Simón de la Roda,* añadiendo que se holgaría mucho de que nos viéramos en la Villa y Corte. De su paradero darían razón en el taller de Calixto Peñuela, un su amigo famoso armero establecido en la calle de los Reyes, número 15...

En Alcázar de San Juan, donde la parada fué muy larga, no me fué posible reprimir mi curiosidad y me lancé a una indiscreta exploración del reservado de señoras, cuya portezuela estaba abierta.

Con gran asombro vi que el coche se hallaba vacio. ¿Qué se hizo de las misteriosas viajeras? ¿Se desvanecieron en los aires cual figuras que tenían su domicilio en los espacios imaginarios o eran seres de carne y hueso que habían terminado su viaje? Busqué a las fantásticas damas a lo largo del andén; luego en la fonda, y no hallé rastro de las princesas o señoronas *paganistas,* como decía la *Brava.* Esta, que era un águila para las averiguaciones por su metimiento y natural comunicativo, preguntó a un empleado del tren, el cual nos dijo secamente que el reservado de señoras había venido vacío desde Cartagena. La mentira y la verdad, enzarzadas y juguetonas, continuaban atormentando mi espíritu.

Nos hallábamos mi *costilla falsa* y yo consumiendo sendos chocolates con tortas de Alcázar, cuando se nos acercó un señor de más que mediana edad, alto y de buen porte, suelto de ademanes y de lengua, que saludó a *Leona* con despejo y gracia, felicitándola por verla camino de Madrid. Fué después al mostrador para pagar su gasto y el nuestro, y yo pregunté a la *Brava:*

—Este caballero, ¿es Prefumo o uno de los Paganes de Murcia?

—*Pagano* es y de los buenos—me contestó mi amiga, gozosa—. Pero no se llama Pagán.

Y cuando el caballero volvía del mostrador salió ella a su encuentro y hablaron un mediano rato lejos de mí. Al meternos en nuestro coche para continuar el viaje, mi esposa fortuita o accidental me dijo, con frase que por su extremada sinceridad parecía candorosa, que el *pagano* le había propuesto pasarse a su departamento de primera y que él abonaría la diferencia del billete.

—¿Qué te parece, Tito?—agregó la moza con zalamería—. Si tú lo consientes, voy; si no, no. Te digo esto, Titín, porque el ir con ese amigo me servirá para la introducción.

—¿Qué quieres decir?

—Que para introducirme o como aquel que dice, presentarme en la vida de Madrid, ese caballero poderoso me hará un

buen avío. Aconséjame si debo ir o no. Aconséjame, hombre.

Con toda honradez y franqueza le contesté que siendo ella mujer libre y *árbitra* de su destino, podía tomar la senda que más le conviniese para el buen principio y orientación en la carrera que había emprendido. Mi fácil consentimiento produjo en ella un ligero chispazo de amor propio y fugaces monerías de coquetismo. Pero, al fin, quedó convencida gracias a la perfecta lucidez con que yo expresé la rectitud de mis intenciones. Díjele que si en Madrid necesitaba de mí me encontraría en mi vivienda, calle del Amor de Dios. Como la *Brava* no dominaba el conocimiento de los números, señalé la casa con la infalible indicación de que junto a la puerta había una cacharrería y en ésta una tablilla anunciadora de *burras de leche*... En Aranjuez se consumó nuestro divorcio. No debo ocultar que si ella se fué un tanto pesarosa, yo quedé medianamente triste.

Llegué a Madrid solito y tan campante. Al tomar un coche de punto vi de lejos a *Leona la Brava* con el caballero *pagano*, precedidos de un mozo cargado de bultos, y disponiéndose a entrar en el ómnibus de la Fonda Peninsular. En mi casa fuí recibido con explosión de júbilo. A Rosita encontré más espigada; a Nicanora, más barriguda, y a Ido, transparente ya de puro espiritado. Una novedad de la vida hospederil me contrarió mucho: la que yo llamaba mi habitación estaba ocupada por una señora a quien mis buenos patrones no podían echar para restituirme en el usufructo de aquel cuarto. Era una dama recomendada por Delfina Gil, la dulce beata traficante en ataúdes. ¿Era guapa aquella señora? Sí. ¿Joven? Regular, tal, cual... En fin, ya la veríamos...

Ayudándome a quitarme la ropa de viaje, el seráfico Ido me dijo:

—Ya sabemos, señor don Tito, que los cabecillas cantonales le nombraron a usted embajador en Constantinopla, y que usted propuso al Gran Turco pactar un *Tratado de Alianza* con la República cartagenera... No se ría, no venga negándolo; aquí todo se sabe... Nos dijeron también que estuvo usted en Roma tratando de conseguir del Papado que se entendiera con Roque Barcia para establecer en Cartagena un catolicismo suave y democrático. Ahora... Usted lo negara, porque diplomacia y reserva son una misma cosa... Ahora, digo, viene usted a Madrid a negociar con el Gobierno las paces con el Cantón en condiciones honrosas para ambas partes... No se haga de nuevas... ¡Si aquí le están esperando!... Hace días estuvo en casa don Nicolás Estévanez a preguntar cuándo volvía usted. Luego vino con la misma cantinela un caballero que, a mi parecer, es el secretario del señor Maisonnave, ministro de la Gobernación.

—También vino—dijo Nicanora, que entraba con ropa limpia para hacerme la cama—uno que debía de ser el propio Castelar...

—Era él, era él—afirmó Ido dándose una palmada en la frente... Era don Emilio con barba postiza.

—No, José, no; estás trascordado—repuso Nicanora—. Aquel caballero no traía barba... Pero si no era don Emilio era Carvajal afeitadito... También estuvieron aquí don Luis Blanc, don Serafín de San José y *un porción* de santones, es a saber: el general Velarde, Solís, Moreno Rodríguez, doña Candelarita, la escritora, y un tal Robledo Romero, que me parece que es borbónico.

El mismo día de mi regreso al hogar patronil hice conocimiento con la señora que ocupaba mi habitación. Era una dama de agraciado rostro, de estatura menos que mediana, edad incierta, entre los treinta y treinta y cinco años, tipo de lugareña fina, modosa y bien criada, el habla dulce, aunque no exenta de viciosas concordancias, vestida con el hábito de los Dolores, limpia, peinada con esmero y un poquito perfumada.

—No es la primera vez que veo a usted, señor Liviano—me dijo, haciéndome sentar junto a ella en el sofá de los duros y punzantes muelles—. Yo soy vizcaína, de un pueblo que llaman Elanchove, y en Durango tuve el gusto de oír el discurso que usted nos echó sobre la *República pontificia*, sermón *bonita* que si al pronto nos entusiasmó, luego vimos qué irreverente burla era... Conozco a su padre de usted, que fuertecito todavía está, aunque resentido de sus achaques. Trato mucho a su hermana Trigidia y a Ignacio Zubiri. Soy amiga de Pepita Izco y algo parienta del cura Choribiqueta. Me llamo Silvestra

Irigoyen, pero allá todos me conocen con el nombre familiar de *Chilivistra*... Conque ya ve que nos conocemos... Y ahora sólo me falta decirle que esperaba su vuelta como agua de mayo para que me dé su auxilio *poderosa* en la pretensión que traigo a Madrid.

Atento a la buena señora y sintiéndome ya, ¿por qué no decirlo?, prendado de su modestia y dulzura melancólica, le dije que dispusiera de mí a todo su talante y voluntad.

—Tanto Delfina como este señor Sagrario y doña Nicanora—prosiguió *Chilivistra*—me han dicho que a usted no le niega nada el Gobierno. Cosa que pida es cosa lograda. Todos me aseguran que va usted para ministro y que ha venido al arreglo de paces con el *Cantona*.

Protestando con modestia de aquella supuesta privanza mía, le rogué que me diera razón de su cuita o desventura, y ved aquí lo que me contestó, echando por delante un gran suspiro:

—Yo soy casada... No podré decir a usted si el casarme fué para mí felicidad o desdicha, pues de todo hay. Mi marido es... corazón de ángel y genio de todos los demonios. Pruebas mil tengo de su cariño, y en mi cuerpo no faltan señales de sus malos tratos. Se llama Gabino Zuricalday. En su familia todos son carlistas netos... Desde febrero del año pasado mandaba el quinto Navarro. Cuentan que era una fiera en los combates... Por dejarse llevar de su arrojo lo coparon con otros en un encuentro que tuvieron con las avanzadas de Moriones cerca de Bacaicoa. Cuando le llevaban preso a Pamplona quiso escaparse y... ¡pim, pum!..., sin lograr su objeto, Gabino mató a un guardia civil... Milagro fué que no le fusilaran. Hoy le tiene usted en la prisión militar de Logroño esperando sentencia de un Consejo de guerra... Más de un mes lleva en este suplicio; pero ello va despacio. Militares hay del ejército *liberala* que se interesan por él, mas no faltan otros que no pararán hasta la vida quitarle... Oído el parecer de mi familia, y el consejo de mi confesor, vine a Madrid para poner cuanto esté de mi parte en la santa obra de salvar a ese desgraciado.

—Procede usted—le dije yo efusivamente, apretándole las manos—como esposa cristiana que olvida las ofensas y obra conforme a la divina ley de amor. Porque si es verdad que su bello cuerpo conserva señales de malos tratos...

Chilivistra me interrumpió diciendo con presteza:

—Cardenales fueron y *tantas*, que llevaba yo sobre mí todo el Sacro Colegio. Mas tiempo ha que no dolerme. Mi confesor, santo siervo de Dios y de Don Carlos, me ha dicho que perdone al marido *mala* que me ofendía..., y ello no era más que cuando se arrebataba por la bebida o se encalabrinaba porque le había soplado mal el naipe... El Altísimo y mi conciencia me gritan que emprenda la campaña de redención. Lo hago no sólo por mí, sino por el mi hijo... Se me olvidó decirle que tenemos un niño de siete años, al cual he dejado en casa de los mis padres... ¡Ayúdeme usted, don Tito, en esta empresa cristiana, y si en ella salimos *triunfos*, ganaremos el Cielo!

Lo que yo mayormente quería ganar era la ternura indecisa de sus ojos, tras de los cuales entreveía los cielos infinitos del amor.

—Señora cristiana y dolorida—exclamé con arranque—, yo, como buen caballero, me pongo al servicio de usted, y no tendré paz ni sosiego hasta que rematemos el alto empeño de rescatar la vida de su esposo. Hoy mismo veré a Sánchez Bregua, a Castelar. Mi grande amigo Emilio no me dará una negativa.

Chilivistra quedó muy complacida, y yo salí de su presencia revolviendo en mi mente un plan de campaña que me pareció inspirado en la lógica más pura. Con el súbito recuerdo de mis admirables éxitos en la primera mitad del año que expiraba, se renovó en mí la firme convicción de que cuantas peticiones hiciese a los ministros serían inmediata y satisfactoriamente resueltas por obra y gracia de mis invisibles espíritus familiares. En aquel poder hermético confiaba yo para conseguir la libertad del prisionero y hacerme dueño de su interesante y acardenalada esposa.

Imaginando que me bastaría poner una expresiva carta a mi amigo Eleuterio Maisonnave para que el prodigio se realizase con la presteza sobrenatural de marras, puse en ejecución mi pensamiento, y allá fué la epístola que a mis queridos espíritus daba tarea en que pasar el rato... Refrescado y vesti-

do de limpio, me eché a la calle en busca de mis camaradas, y tuve la desgracia de no encontrar a ninguno.

Silvestra, sola o con Delfina, iba diariamente a misa, y las más de las noches a los oficios que se celebraban en las iglesias próximas. Pero no creáis, lectores píos, que era una de esas beatas apestosas y cargantes que son verdadero antídoto contra el pecado. Largo espacio de la mañana empleábalo en la limpieza y arreglo de su bella persona, y cuando salía, tan bien apañada y elegantita, daban ganas de ir en su seguimiento y arrodillarse con ella ante los altares. El 1 de enero de 1874 se me ocurrió salir en su acecho, y la sorprendí hociqueando en la rejilla de un confesonario. Mas no por esto se amenguaban su gracia y atractivos. Algunas veces, después de dar un paseíto por el barrio volvía trayendo en su pañuelo naranjas o peladillas compradas en los puestos de Antón Martín. Jamás conocí santurrona tan sugestiva y simpática.

Fiado en la intervención de mis amigos del otro mundo, daba yo a *Chilivistra* seguridades de un éxito feliz en nuestra empresa de salvamento, y una tarde, acompañándola, con su permiso, a la iglesia de Montserrat, donde había sermón y manifiesto, pude advertir que cuando yo le hablaba de la libertad de su marido no parecía tan contenta como era de suponer. Llegué a formar la opinión de que los anhelos de la dama dolorida y coquetona se satisfarían con obtener la vida Zuricalday, y conseguido esto..., que le mandaran lejos, lejos, a Filipinas, por ejemplo, poniendo así la mayor distancia posible entre el adorable cuerpo de la señora y la mano impía del esposo.

No se me olvida la fecha de estas insignificantes ocurrencias y vanos coloquios. Era el 2 de enero. Deseoso de ponerme en contacto con mis amigos, me fuí al Congreso, donde el invisible poder de *Mariclío* me llevó a presenciar los memorables acontecimientos de la noche del 2 y la madrugada del 3 de enero de 1874... ¡Dame tu aliento, sostén en mí la acendrada devoción de la verdad, divina Madre y Maestra!

VIII

El primer amigo con quien tropecé en los pasillos fué Moreno Rodríguez, a quien debí las referencias que me dieron un rumbo fijo en la corriente histórica. Díjome que las mayores dificultades acumuladas sobre el Gobierno Castelar provenían de la inquietud de los intransigentes y de la cuestión de los obispos.

—Ya sabes—añadió—que sin aquiescencia de Roma nombraron arzobispo de Cuba al padre Llorente, íntimo de Martos, y obispo de Cebú al amigo Alcalá Zamora, demócrata de buena cepa, que siendo diputado en las Constituyentes del sesenta y nueve votó la libertad de cultos vestido de clérigo. Sabes también que el Papa se negó a preconizar a estos prelados y que han pasado largos meses sin que el Gobierno español y el Vaticano se entiendan.

—Ya, ya lo sé—contesté yo—. Dicen que Pío Noveno está afligidísimo.

—Naturalmente—repuso mi amigo—; lo está siempre que no puede tener a los países católicos bajo su sandalia. El nuestro se las mantiene tiesas con Roma desde el sesenta y ocho, y por eso el Pontificado ha tenido que cantar la palinodia, conviniendo un *modus vivendi* con el Gobierno Castelar para la provisión de las mitras vacantes, que son muchas. Los jesuítas querían que el Papa nombrase los nuevos obispos arrebatando al Gobierno el derecho de presentación, y hasta tenían preparada una hornada de clérigos carcundas para encasquetarles la mitra. Pero Masttai Ferretti vió que mermaban los chorros del dinero de San Pedro y acabó por entenderse bonitamente con la República española. Esto es un éxito indudable del Gabinete castelarino ¿no te parece, querido Tito? Pues verás qué amarguras y contratiempos le aguardan al bueno de don Emilio. Salmerón está que echa bombas, y me parece que oigo ya los ruidos lejanos de la tempestad que se acerca.

Poco después di de manos a boca con Pablito Nougués, que compartía con Eugenio García Ruiz el fervor unitario. De lo que me contó el inteligente y simpático periodista, redactor jefe de *El Pueblo*, deduje que la eterna discordia entre unitarios y federales era por aquellos

días violentísima. La más clara expresión del odio que unos a otros se tenían es la frase pronunciada por un rabioso intransigente:

—Entre una República que no sea federal y la Monarquía, preferimos la Monarquía.

Este relámpago no fué el último que me deslumbró aquella tarde en la cálida atmósfera del Congreso.

En diferentes grupos, donde encontré amigos muy queridos, pude oír el retumbar horrísono de la tempestad que se aproximaba. Salmerón, ya muy esquinado con el Gobierno, estimando el *modus vivendi* episcopal supremo error y violación del credo republicano, escogió este tema para cantarle a Castelar el *De profundis* y dar con él en tierra.

Una comisión de diputados se acercó a don Nicolás, rogándole que depusiera su actitud contra el Gobierno. Mas no lograron rendir la tenacidad del filósofo, que condensó su negativa en esta implacable sentencia: «Sálvense los principios y perezca la República.» Tal fué el segundo relámpago deslumbrador que me anunciaba el rápido avance de la tormenta. El espantable fallo del presidente de las Cortes arrancó lágrimas a los leales republicanos que más de una vez jugaron su vida en las conspiraciones y en las barricadas.

No queriendo abandonar el Congreso entre la sesión de la tarde y la de la noche, tomé un piscolabis en la cantina con Martínez Pacheco, Castañeda, Olías, Morayta. Este nos dijo que el voto de gracias al Gobierno, que presentaron a primera hora de la tarde, se discutía calurosamente. Castañeda refirió que estando aquella mañana en la casa de Castelar, calle de Serrano, don Fernando Alvarez, pariente del gran tribuno, y otros amigos allí presentes, aconsejaron al presidente del Poder ejecutivo que se resolviera a dar el golpe de Estado. Don Emilio contestó que su honor rechazaba no sólo la idea, sino hasta la frase *golpe de Estado*, y que a las Cortes iría sin vacilar, afrontando todo lo que pudiera ocurrir.

Martínez Pacheco, uno de los políticos más ligados al jefe de la situación, nos contó sigilosamente que Castelar había conferenciado con Pavía en el despacho de la Presidencia para informarle de los rumores por todos oídos de que intentaba sublevarse contra las Cortes soberanas. El general lo negó en redondo. Don Emilio entonces le exigió palabra de honor de que decía verdad. Pavía, dando su palabra, dijo textualmente:

—Jamás, jamás me sublevaré yo ejerciendo mando.

Oído esto, convinimos todos en que no había peligro por aquel lado. Don Manuel Pavía y Alburquerque, ayudante de Prim, tuvo siempre estrechas relaciones con los republicanos, y era el general que más confianza podía inspirar a todos.

En la sesión nocturna se fué avivando el debate, no sé si sobre la proposición de Morayta y Olías o la indispensable de «No ha lugar a deliberar». Subí a la tribuna de la Prensa y oí discursos de los conservadores favorables al Gobierno. Romero Robledo dijo que, habiendo apoyado a Pi y Margall y a Salmerón cuando eran Poder, no podía negar su voto al Gabinete Castelar. En el propio sentido habló don Agustín Esteban Collantes, que sintetizó su pensamiento en esta frase feliz:

—Si un regimiento de granaderos entrase por esas puertas y se hiciese dueño del Poder, yo sería de los vencidos, ya triunfasen las turbas, ya los granaderos...

Relámpago intenso que me hizo cerrar los ojos.

Defendió al Gobierno, entre otros, el eximio catedrático don Francisco de Paula Canalejas, que fijó la cuestión política en estos precisos términos:

—Si el Ministerio debe caer, es preciso sepamos cuál es la solución que ha de sustituirle.

Atacaron, sin acritud, Benítez de Lugo, y con sin igual dureza, Corchado y Labra, quienes intentaron presentar a Castelar como sospechoso a los republicanos. No pudiendo formar Gobierno ningún hato suelto del rebaño parlamentario, se imponía un Gabinete sintético o de conciliación; pero como era imposible armonizar la izquierda con el centro y la derecha con los intransigentes, resultaba un embrollo de todos los diablos o un nudo que los dedos más hábiles no podrían deshacer.

En esto sonó el primer trueno de la ya inminente tempestad. Salmerón, que había dejado la silla presidencial, sol-

tó en un escaño próximo al reloj el raudal de su elocuencia altísona y majestuosa. Sus negros ojos fulgurantes, su lucida estatura y la solemnidad de sus ademanes, completaban el mágico efecto del orador sobre sus embelesados oyentes. Mostróse ufano de haber contribuído a formar la derecha, que defendió de este modo: «Partido eminentemente republicano, esencialmente democrático en los principios, radical en las reformas, pero conservador en los procedimientos; partido de paz, de orden, de imperio, de ley, de autoridad.» A mi lado, los periodistas, comentando estas palabras, dijeron que la derecha no la había formado Salmerón con sus vacilaciones, sino Castelar con su continua propaganda. Don Emilio era el representante legítimo y autorizado de la derecha.

Prosiguió el filósofo sosteniendo que Castelar había roto la órbita de la política conservadora, y trató de probarlo exponiendo vagas generalidades acerca del Ejército, del partido conservador monárquico, de reformas administrativas y de economía de los gastos públicos, sin aludir ni por asomo a la cuestión de los obispos, móvil, según creíamos, de aquella borrasca. Se guardó muy bien de indicar cuáles eran las economías y reformas administrativas que, según él, debió Castelar implantar y no lo hizo. Tampoco dijo nada que permitiese apreciar la diferencia entre las disposiciones referentes al Ejército dictadas por don Emilio y las que él adoptó en el período de su mando.

Las únicas afirmaciones, por cierto nada tranquilizadoras, del orador fueron éstas: «Soy inhábil, soy incapaz para el Gobierno mientras las actuales condiciones no cambien: ni pretendo, ni demando, ni acepto el Poder. Si no es posible salvar la situación presente dentro de la órbita del partido republicano, antes que romperla nosotros con mano sacrílega, digámoslo a la faz del país: declaremos que no es posible gobernar con nuestros principios, con nuestros procedimientos: así quedará nuestra conciencia tranquila de no haber profanado el Poder, de no haber hollado nuestras sagradas convicciones.»

Aunque no sonaron fuertes aplausos, las señales de asentimiento que advertimos en toda la Cámara nos demostraron que había herido gravemente al Gobierno el discurso del *filósofo sin realidad*, según la sabida frase castelarina. Había llegado el momento supremo. El presidente del Poder ejecutivo se levantó arrogante, ansioso de mostrar en aquel torneo la pujanza de su nombre, de su elecuencia y de su honor, como jefe de la democracia gubernamental.

Empezó su discurso el inmenso tribuno con estos ardientes apóstrofes: «Soy sospechoso al partido republicano porque le digo que él solo no puede salvar la República; porque le digo que está hondamente dividido y perturbado; porque le digo la verdad, como se la dije a los reyes, y añado que no gobernará como no condene enérgicamente y para siempre a esa demagogia.» *(Señalando a la extrema izquierda.)*

Fijó luego su significación gubernamental, constante en su vida pública. Sostuvo que nada hizo en el Gobierno que no hubiera defendido en la oposición y expuesto en su programa al ser elevado al Poder. Notó los servicios prestados por él a todos los gobiernos de la República, de quienes fué ministerial ardiente, aun sin compartir sus opiniones, por no mermarles autoridad. Luego prosiguió así: «Tenemos todo lo que hemos predicado. Tenemos la democracia, tenemos la libertad, tenemos los derechos individuales, tenemos la República. Dos reformas no más necesitamos: la primera es la separación de la Iglesia del Estado; la segunda es la abolición de la esclavitud en Cuba.»

El relampagueo y tronicio continuaban, con fulgores y sonidos más próximos. Un diputado interrumpió:

—¿Y la federal?

Don Emilio repuso con acento iracundo:

—Eso..., eso es organización municipal y provincial. Ya hablaremos más tarde; no merece la pena. ¡El más federal tiene que aplazarla por diez años!

En los bancos de la intransigencia produjeron enorme tumulto las frases del tribuno.

Una voz dijo:

—¿Y el proyecto de Constitución?

Castelar lanzó esta respuesta fulminante:

—Lo enterrasteis en Cartagena. *(Sensación profunda en la Cámara y contradictorias manifestaciones.)*

El jefe del Gobierno puso término a

su discurso con estas palabras: «El partido republicano tiene que transformarse en dos grandes partidos: uno de acción, progresivo, muy progresivo, a quien le parezcan estrechas y mezquinas nuestras ideas; y otro pacífico, nada de dictatorial, nada de autoritario, nada de arbitrario; legal, muy legal; demócrata, muy demócrata, pero con grandes instintos de consolidación y conservación... Mi política es la natural y podréis maldecirla, pero no sustituirla, porque ante la guerra no hay más política que la guerra.»

Sin más dimes y diretes, porque Salmerón no rectificó, y las izquierdas, olfateando su triunfo, no quisieron perder el tiempo, se dió por concluso el debate. ¡A votar, a votar! Derrotado por 120 votos contra 100, Castelar entregó a la Mesa la dimisión de todo el Gobierno... Aprobóse la proposición de costumbre para elegir por papeletas firmadas un nuevo Ministerio con las mismas facultades conferidas a los anteriores, y se suspendió la sesión por más de dos horas para que los diputados se pusiesen de acuerdo... Bajé de la tribuna con mis amigos periodistas, y en los pasillos y Salón de Conferencias oímos ardorosos comentarios de la votación.

Alguien censuró con acritud a Figueras porque, si personalmente se abstuvo, ordenó a sus parciales que votaran contra el Gobierno. También votaron en contra Salmerón y sus adeptos, el centro, la izquierda y los intransigentes. Al lado de Castelar estuvieron, a más de sus amigos, seis monárquicos y los unitarios. Hallándome yo en medio de aquel laberinto, me encontré de improviso en los brazos de Estévanez.

—Pero, don Nicolás—le dije—, ¿qué es de su vida de usted? No le he visto en los escaños.

Y él, con semblante triste y voz apagada, me contestó:

—No he venido más que a votar y me largo a escape. Mi suegra acaba de morir. Adiós.

Avanzaba la noche. Ya habían caído en las honduras del tiempo pasado las horas del 2 de enero de 1874 y entrábamos en la madrugada del 3. La votación por papeletas se deslizaba lenta, triste, cadenciosa y somnífera, reproduciendo en los espíritus la pesadez atmosférica de la tempestad que sobre el Congreso se cernía. En los aires sobrevino el silencio lúgubre que precede a los grandes estallidos de la electricidad. No vean mis lectores en esto más que un fenómeno subjetivo, producto de mi caldeada imaginación. La tempestad no estaba en los aires, sino en la Historia de España.

A una hora que debía de ser molesta para los trasnochadores más empedernidos, las cinco o las seis de la madrugada, terminó la parsimoniosa votación para elegir nuevo Gobierno, y se dió comienzo al escrutinio con prolijos trámites a fin de garantir la más escrupulosa exactitud. En esto estábamos cuando retumbó sobre nuestras cabezas un trueno formidable. Retembló el edificio, se estremecieron todos los corazones, vibraron todos los nervios... Subió Salmerón a la Presidencia, y, demudado lívida la faz, centelleantes los ojos, dijo solemnemente estas fatídicas palabras:

—Señores diputados: hace pocos momentos he recibido un recado u orden del capitán general de Madrid (creo que debe ser ex capitán general), quien por medio de sus ayudantes nos conmina para que desalojemos este local en un término perentorio.

IX

El rayo corrió por toda la sala en menos de un segundo, levantando a muchos de sus asientos, y oyéronse estas voces:

—¡Nunca! ¡Nunca!

Parecióme que en aquella fracción de segundo los pupitres, los divanes, los candelabros, las luces de gas, las pinturas y los adornos, los nombres grabados en las lápidas conmemorativas y hasta los mudos maceros gritaban también: «¡Nunca!»

Tratando de imponer silencio, Salmerón prosiguió así:

—¡Orden, señores diputados! La calma y la serenidad no deben apartarse de los ánimos fuertes en circunstancias como ésta... Me ha dicho el capitán general que si no se desaloja el Congreso en plazo perentorio lo ocupará a viva fuerza... Yo creo que es lo primero y lo que de todo punto procede...

Espantoso tumulto ahogó la voz del orador. Algunos vociferaban:

—¡Esto es una indignidad, una villanía! ¡Esto es una traición infame!

El presidente, en tanto, gritaba con voz estentórea:

—¡Orden, señores diputados; sírvanse oír la voz...-

Continuó el tumulto con creciente estruendo. Varios intransigentes, en pie sobre sus escaños, gesticulaban y decían:

—¡Calma, señores; mucha calma!

Don Eduardo Chao exclamó:

—¡Esto es una cobardía miserable!

Y el filósofo don Nicolás, reiterando sus exhortaciones, exclamaba a grito herido:

—¡Orden, orden, señores diputados! Vuelvo a recomendar la calma y la serenidad. Sírvanse oír...

Pero nadie le oyo.

Cuando por agotamiento físico se hizo un poco de silencio, prosiguió Salmerón:

—El Gobierno presidido por el ilustre patricio don Emilio Castelar es todavía Gobierno, y sus disposiciones habrá adoptado ya. Entre tanto, yo creo que debemos seguir en sesión permanente, y seremos fuertes para resistir hasta que nos desalojen por la violencia, dando un espectaculo que, aun cuando no sepan apreciarlo en lo que vale aquellos que solo pueden conseguir el triunfo por ciertos medios, las generaciones futuras sabrán que los que éramos adversarios ahora hemos estado unidos para defender la República.

Varios padres de la patria exclamaron:

—¡Todos! ¡Todos!

Y el presidente contestó:

—No esperaba yo menos, señores diputados: ahora seremos todos unos.

En los escaños retumbó el estruendoso clamor de «¡Todos somos unos! ¡Todos somos unos para defender la República!» Al oír esto, no pude contenerme. Se me encendió la sangre, y con toda la fuerza de mis pulmones lancé al hemiciclo estas palabras:

—¡A buenas horas, mangas verdes! Majaderos fuisteis; sed ahora ciudadanos y dejaos matar en vuestros asientos.

En el espantoso vocerío perdiéronse mis apóstrofes. Muchos diputados daban vivas a la soberanía nacional, a la asamblea y a la República. Salmerón echó el resto de su potente voz con estas frases rotundas:

—Se han borrado en este momento todas las diferencias que nos separaban. Borradas estarán hasta tanto que no quede reintegrada esta Cámara en la representación de la soberanía nacional...

Otra vez, sintiéndome coro, grité burlescamente:

—*¡Tarde piache!*

Mi comentario familiar quedó ahogado en el estrépito de los aplausos que corearon la vibrante protesta del gran metafísico.

Tocó la vez a Castelar, que dijo:

—Yo creo que la sesión debe seguir como si no sucediese nada fuera de esta Cámara. Puesto que aquí tenemos libertad de acción, continuemos el escrutinio, sin que por eso el presidente del Poder Ejecutivo tenga que rehuir ninguna responsabilidad. Yo he reorganizado el Ejército; pero lo he reorganizado no para volverse contra la legalidad, sino para mantenerla.

Frenéticos aplausos interrumpieron al colosal tribuno, que terminó de esta manera:

—Ya, señores diputados, no puedo hacer otra cosa que morir el primero con vosotros. *(Intensa emoción. Muchos se abalanzaron a abrazarle.)*

Don Eduardo Benot se puso en pie, y rojo de ira gritó:

—¿Hay armas? Vengan. ¡Nos defenderemos!

SALMERÓN.—Sería inútil nuestra defensa y empeoraríamos nuestra Causa.

UNA VOZ.—¡Quia; ya no se puede empeorar!

SALMERÓN.—Digo que nosotros nos defenderemos con aquellas armas que son las más poderosas en estos momentos: las de nuestro derecho, las de nuestra dignidad, las de nuestra resignación para recibir semejantes ultrajes.

CASTELAR.—Pero una cosa hay que hacer...

UN DIPUTADO.—¡Qué se dé un voto de confianza al Ministerio que ha dimitido!

CASTELAR.—De ninguna manera; aunque la Cámara lo acordase, este Gobierno no puede ser Gobierno, para que no se dijera nunca que había sido impuesto por el temor de las armas a una asamblea soberana. Lo que está pasando me inhabilita a mí perpetuamente para el Poder.

VARIOS DIPUTADOS.—¡No, no, que te creemos leal!

CASTELAR.—Así es, señores diputados. y a mí me toca demostrar que yo no podía tener alguna parte en esto. Aquí, con vosotros los que esperéis, moriré y moriremos todos.

BENOT.—Morir, no: vencer.

CHAO.—Ruego, señores diputados, que se expida un decreto declarando fuera de la ley al general Pavía, sujetándole a un Consejo de guerra..., y si es necesario, desligando a sus soldados del deber de la obediencia.

FERNÁNDEZ CASTAÑEDA.—¡Farsa! ¡Qué decreto ni qué garambainas! Si no disponemos ni de un cabo y cuatro soldados para que nos defiendan, ¿cómo vamos a exonerar a nadie?

(Sánchez Bregua extiende y firma el decreto. Varios diputados solicitan ser ellos quienes lo entreguen a Pavía.)

CALVO Y DELGADO.—*(Despavorido. Penetrando en el Salón.)* La Guardia Civil entra en el edificio, pregunta a los porteros la dirección de esta sala y dice que se desaloje en el acto, de orden del capitán general.

BENÍTEZ DE LUGO.—Que entre, y todo el mundo a sus asientos.

SALMERÓN.—Ruego que sólo esté en pie el señor diputado que se halle en el uso de la palabra.

BENÍTEZ DE LUGO.—Yo, que en esta misma sesión he consumido un turno contra la política del señor Castelar, pido que en este momento la Cámara entera le dé un voto de confianza.

CASTELAR.—Ya no tendría fuerza, y no me obedecerían.

SALMERÓN.—No tenemos más remedio que sucumbir ante la violencia, pero ocupando cada cual su puesto. Vienen aquí y nos desalojan. ¿Acuerdan los señores diputados que debemos resistir? ¿Nos dejamos matar en nuestros asientos?

MUCHAS VOCES.—¡Sí, sí, todos!

(Algunos padres de la patria desfilan silenciosos hacia las puertas altas que dan al pasillo curvo.)

CASTELAR.—Señor presidente: yo estoy en mi puesto, y nadie me arrancará de él. Yo declaro que aquí me quedo y que aquí moriré.

UN DIPUTADO.—¡Ya entra la fuerza en el Salón!

UNOS.—¡Qué vergüenza!

OTROS.—¡Qué escándalo!

VARIOS.—¡Soldados! ¡Viva la República federal! ¡Viva la asamblea soberana!

Aparecieron por la puerta de la izquierda soldados con armas. Su aire era tímido, receloso. En su actitud se conocía que traían orden de no hacer daño. La grandeza del Salón, la muchedumbre de personas, las voces airadas, les mantuvieron un instante en cierta perplejidad... ¡Pobres hijos de España! ¡Y os sacaron de vuestros hogares para consumar tal crimen!... Algunos diputados se abalanzaron hacia la tropa, agrediéndola con sus bastones y tratando de desarmarla. Entre aquel torbellino se abrió paso el coronel de la Guardia Civil, señor Iglesias, alto, viejo, de blanco bigote y aire muy militar. Tricornio en mano, subió a la Presidencia y habló con Salmerón. Tanta gente se arremolinada en el alto estrado, que no pude distinguir la actitud de don Nicolás ante el embajador de la fuerza bruta. Diputados, ujieres, taquígrafos, se entremezclaban y corrían de un lado para otro en espantosa confusión. Sólo permanecían en sus puestos, rígidos y mudos, los maceros, como esos heraldos de piedra que decoran los regios sepulcros.

En esto sonó en los pasillos un tiro. Luego otros y otros... Terrible pánico. Por la puerta de la derecha salieron del Salón de Sesiones muchos diputados: unos para evadirse lindamente; otros para ver lo que ocurría entre la calle y el Salón de Sesiones. A escape bajé yo de la tribuna. En el pasillo de la Orden del Día vi que la tropa se limitaba a indicar con la mano a los padres de la patria la puerta de salida. Algunos de los que habían jurado dejarse matar dentro del Congreso antes de rendirse al imperio de la fuerza, recogieron sus prendas de abrigo en el guardarropa y ganaron cabizbajos y silenciosos la calle de Floridablanca. En cambio, los más exaltados trataban de imponerse a los militares con razones iracundas y argumentos contundentes.

Allí presencié una escena, que refiero para que se vea que la elevación de sentimientos no dejó de manifestarse en los incidentes de aquella memorable escena histórica. Emigdio Santamaría, hombre fornido, corto de talla, pero de fuerza hercúlea, arrebató su fusil a un sargento de Infantería, en el pasillo circular. Consternado y casi lloroso que-

dó el pobre sargento, considerándose sin honra por verse inerme e indefenso. Como ya he dicho, tanto él como sus compañeros tenían orden de no agredir a ningún diputado... En esto intervino Antonio Fernández Castañeda, representante de Santander en aquellas Cortes, el cual disipó la ira acometedora de Santamaría con estos conceptos de patria y humanidad que fielmente copio:

—Amigo Emigdio, no tenemos medios hábiles para sostener nuestro derecho. Tristísimo es decirlo, pero ya no hay para nosotros más recurso que salir y esperar el fallo de la Historia. Lo que usted hace es una locura, sin más consecuencia que perjudicar a este pobre muchacho. ¡Devuélvale usted su fusil!

Emigdio Santamaría, apagando los últimos resoplidos de su furia, entregó el arma al sargento, que con voz empañada por la emoción dijo:

—Gracias, gracias, caballero.

No es ésta la única prueba que de su comedimiento y claro juicio dieron los buenos *chicos del ejército*. Obedecían a los autores de aquella infamia sin desconocer que escarnecían a la patria y pisoteaban las leyes.

Colándome en el Salón de Sesiones vi a don Nicolás ponerse el sombrero y descender pausadamente de la Presidencia, seguido de los graves maceros. En el banco azul, Castelar, con semblante dolorido y actitud de suprema consternación, permanecía en su sitio como un estoico que apura el cumplimiento del deber hasta el último instante. Rodeábanle sus amigos más adictos y cariñosos. Dirigí una mirada al hemiciclo, y la soledad de los escaños me dió la impresión del hielo de la muerte. Lucían los mecheros de gas como funerarias antorchas... Ya iban palideciendo ante la claridad tenue del alba que por la claraboya cenital tímidamente penetraba...

Por fin, los fieles adeptos del gran tribuno consiguieron arrancarle de su asiento y sacarle de la *Cámara ardiente* al pasillo. Abrieron paso, respetuosos, los militares... La que podríamos llamar procesión de duelo se dirigió hacia la escalera y salida de la calle del Florín. Seguí yo detrás, atraído por la solemnidad del suceso y por la figura de *Mariclío*, que creí distinguir junto a la persona triste y agobiada del héroe vencido, Emilio Castelar.

En la calle, dudando yo si era real o imaginaria la presencia de la excelsa Madre, acerquéme a ella. Iba vestida de negro, con la toca monjil que usaron las reinas viudas y las dueñas ricas, traje con que la iconografía religiosa viste a Nuestra Señora de los Dolores. Suavemente, me dijo:

—Vete a recorrer las calles que rodean a esta casa profanada; fíjate en las tropas que han acudido a consumar la fácil y criminal hazaña. Repara bien dónde está *el Pavía*, que verás a caballo, rodeado de bayonetas y cañones y de toda la máquina marcial hoy dispuesta para matar mosquitos. Di a tus amigos los republicanos que lloren sus yerros y procuren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez al punto de...

—Al punto de...—repetí yo.

Y al sonido de mi voz, como si ésta fuera el canto del gallo que despide a las almas del otro mundo la Madre mil veces augusta desapareció de mi vista... Corrí en seguimiento de la comitiva de Castelar, y cuando ésta doblaba la esquina de la calle del Sordo, una mano invisible me empujó hacia la plaza de las Cortes.

La conciencia de mis deberes, como emborronador de páginas históricas, me llevó a revistar las fuerzas apostadas a lo largo del palacio de Medinaceli, calles de Floridablanca, Greda, Turco y Alcalá, hasta el Ministerio de la Guerra. Allí, junto al jardín de Buenavista, vi a Pavía y Alburquerque, rodeado de un Estado Mayor no menos nutrido y brillante que el de Napoleón en la batalla de Austerlitz. Ya era día claro, aunque nebuloso tristísimo y glacial. Todo lo que pasó ante mis ojos, desde los comienzos del escrutinio hasta mi salida del Congreso se me presentó con un carácter y matiz enteramente cómicos. Pensaba yo que en las grandes crisis de las naciones la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos. El grave mal de nuestra patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente deslavazadas y sosainas. Nos peleamos por un ideal, y vencedores y vencidos nos curamos las heridas del amor propios con emplasto de arroglitos

y anodinas recetas para concertar nuevas amistades y seguir viviendo en octaviana mansedumbre. En aquel día tonto, el Parlamento y el pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel, y el Ejército suplantó, con sólo cuatro tiros al aire, la voluntad de la patria dormida.

Al volver hacia el Congreso decía yo para mi sayo, mirando al porvenir: «Republicanos condenados hoy a larguísima noche: cuando veáis amanecer vuestro día, sed astutos y trágicos.» En la calle del Turco me encontré con Juanito Valero de Tornos, que siguió junto a mí, refiriéndome detalles curiosos observados por él en las postrimerías del Parlamento de la República.

—Puedo asegurarte querido Tito—me decía—, que el truculento general Sánchez Bregua, en el azoramiento de su retirada forzosa, se dejó olvidada la chistera en el banco azul. Yo no lo vi, me lo contó Bernardo García, y lo tengo por exacto. De otro ministro sé que buscó refugio en las habitaciones altas, donde vive el mayor, y allí estuvo aguardando a que terminase la degollina...

»Muchos diputados se agazaparon en las oficinas del *Diario de las Sesiones*, y por una ventana salieron a Floridablanca. Por la puerta que da a la misma calle se escabulleron cantando bajito los que más habían alborotado en los pasillos, queriendo desarmar a la tropa: eran Olías, Casalduero, Díaz Quintero, el marqués de la Florida y otros. Antonio Orense dirigió algunas palabras enérgicas a los civiles que custodiaban la puerta; pero éstos no le hicieron caso, y siguió su camino.

»Yo vi a don Nicolás Salmerón salir con el cuello del gabán levantado y tapándose la boca con un pañuelo. Le acompañaban Carratalá y Moreno Rodríguez embozados en sus capas hasta los ojos... Me consta, porque lo he visto, que León y Castillo, Antonio Matos y Merelles, de acuerdo con los conjurados, hacían frecuentes viajes del Congreso a Buenavista para informar al general Pavía del momento preciso en que debía dar el golpe. Ellos fueron los transmisores del estado agónico de la pobre República. El capitán general de Madrid no se puso en movimiento hasta que supo que la enferma estaba dando las boqueadas.

Anoto los informes de Juanito Valero, descontando de ellos el agridulce que aquel ingenioso amigo ponía siempre en sus referencias políticas. Como buen conservador y alfonsino, no perdía ripio para zaherir y rebajar los caracteres de la gran familia republicano-democrática.

Cansado de correr en tonto por las calles, donde no veía más que tropas fríamente alineadas e inactivas, sin ver asomar por ninguna parte la cara iracunda del pueblo; asqueado del indigno suceso histórico que llegó al brutal *consumatum* sin dignidad por la parte ofendida ni arrogancia por parte de los asesinos de la República, me fuí a mi casa con la esperanza de que un sueño profundo ahogara mi desaliento tristísimo y dulcificase mi amargura. Pero mis nervios se opusieron fieramente a que yo durmiera.

Hablé un rato con *Chilivistra*, la cual, compuesta ya y vestida con su hábito de los Dolores, me contó el sueño que había tenido aquella madrugada. Soñó la pobre señora que don Carlos, triunfante, venía sobre Madrid con poderosa hueste. Yo la tranquilicé diciéndole que la toma de Madrid por el *Niño Terso* no estaba tan próxima como ella había visto en sueños.

Acompañé a mi dama hasta el oratorio del Olivar y me fuí a visitar a Estévanez. En las calles no advertí el menor síntoma de inquietud ni emoción por lo que había pasado en las Cortes. El vecindario se hallaba tranquilo, las tiendas abiertas y todo el mundo en las ocupaciones habituales de cada día. La casa de mi amigo don Nicolás estaba de duelo; la madre política, de cuerpo presente. No quise pasar y aplacé mi visita para el siguiente día... Volví a divagar por la vía pública. En la plaza del Angel me encontré a Pepe Ferreras, con quien hablé de la increíble tranquilidad que notaba en la población.

—Fíjese usted bien—me dijo el agudo periodista—y notará, más que tranquilidad, alegría... ¿Se asombra usted, querido Tito?... Aquí producen siempre regocijo los cambios de Gobierno, sobre todo cuando son radicales y hay que mover todos los títeres. La mitad de las personas que pasan a nuestro lado son cesantes que aguardan la formación del nuevo Gobierno para pedir que los re-

pongan. Esta situación hará un desmoche tremendo... Notará usted también que en las tiendas reina cierto alborozo. Los tenderos salen a la puerta creyendo oír ya el voceo de los extraordinarios de periódicos *con el nuevo Ministerio*... Madrid se anima, el comercio se despereza, la industria renace de sus cenizas como el Ave Fénix, los negocios se desentumecen y ya mañana las criadas irán a la compra con más dinero del que suelen llevar a diario.

Entramos en una sastrería, de cuyo dueño era Ferreras muy amigo. El escuálido sastre, apenas le preguntamos su parecer sobre el cambio político, nos dijo con semblante de júbilo:

—Pues nada, señor don José y la compañía, que estamos de enhorabuena; toda la calle lo está. El cambio parece de esos que todo lo ponen al revés. Nos hallamos abocados a una zafra que ha de ser magnífica y provechosa. Algo me ha de tocar a mí de los encargos que han de caer sobre la sastrería de Madrid...

»Antes de media semana habrá que tomar medidas para las cuarenta y nueve levitas de los cuarenta y nueve gobernadores nuevos. De pantalones y chalecos negros, de ternos de lanilla, tendremos tantísimos encargos que será fácil nos quedemos sin género catalán, de ese que llamamos inglés. En el ramo de capas, que es mi especialidad, espero que la cosecha será de las no vistas, pues el invierno crudo y la crisis honda se han puesto de acuerdo para que la gente tenga que abrigarse.

»Ya era tiempo, señor don José, pues en esta *crujida* de la República lo íbamos pasando muy mal. Los republicanos son muy buenos chicos, pero con sus gresca escandalosas, sus pactos, sus cantones y la maldita y arrastrada igualdad, no traen más que hambre y mala ropa. Mis compañeros y yo vivimos de vestir a los españoles. ¡Lucidos estaríamos si nuestro negocio dependiera del lujo que gastan *los descamisados!*

Nos despedimos del sastre. De madrugada había yo visto cómo se empequeñecían las cosas grandes; acababa de ver cómo crecía y se hinchaba lo infinitamente pequeño.

X

Después de enterarnos mi amigo Ferreras y yo del júbilo de los sombrereros (que en tiempos de la República el armatoste llamado chistera iba muy en desuso), entramos en el café de la Iberia, donde tuvimos el feliz encuentro del bondadoso Llano y Persi, que nos convidó a almorzar. Eran las doce. En el Congreso estaban reunidos el duque de la Torre, Cánovas, Sagasta, Martos, Becerra y algunos santones más, civiles y militares, amasando el pastelón del nuevo Ministerio para meterlo en el horno. Cánovas dijo que si no se proclamaba en el acto rey de España al príncipe Alfonso debía declararse, por lo menos, abolida y conclusa la forma republicana. A esto no accedieron los altos reposteros, y continuaron trabajando el hojaldre para darle una pronta cochura y servirlo al país.

Ferreras, que era un águila para las indagaciones políticas, difirió por un rato el almuerzo y se fué al profanado Templo de las Leyes, de donde volvió al cuarto de hora trayéndonos los nombres del nuevo Gabinete, trazados por él con lápiz en un papelejo. Ante los amigos que formábamos corrillo en dos mesas próximas leyó la esperada y emocionante lista, que reproduzco para conocimiento de los papanatas del tiempo venidero:

Presidente del Poder ejecutivo, general Serrano; presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, general Zabala; Estado, Sagasta; Marina, Topete; Hacienda, Echegaray; Gobernación, García Ruiz; Gracia y Justicia, Martos; Fomento, Mosquera; Ultramar, Balaguer.

Almorzamos alegremente, y allí fué el acumular cálculos sobre la vitalidad de la nueva situación, sobre el atropellado asalto de puestos oficiales y demás preparativos de la pública merienda burocrática que se aproximaba. Llano y Persi nos contó que, cuando Castelar iba del Congreso a su casa rodeado de amigos, a las siete y media de la mañana, se le presentó un ayudante de Pavía, rogándole de parte del general que continuase al frente del Gobierno. Don Emilio contestó con frase desvergonzada, única respuesta que a

tal ultraje correspondía, y prosiguió inalterable y firme su retirada dolorosa.

Gratísima era la tertulia de *La Iberia*, donde se oían opiniones y comentos dignos de ser grabados en los mármoles y bronces de nuestra inmortal chismografía política. Pero yo, muerto de cansancio por no haber pegado los ojos la noche anterior, me fuí a mi casa, a punto que atronaban las calles los voceadores de la *lista del nuevo Ministerio*... Tendido en mi cama y contagiado de la soñación de mi vecina *Chilivistra*, soñé que era yo sastre y que estaba cortando las cuarenta y nueve levitas para los cuarenta y nueve flamantes gobernadores de provincia. Luego cambió el tema de mis cerebrales aberraciones, y soñé que la dolorida dama se despojaba de su hábito negro para arrojarse en mis brazos amantes. Por último, andando ya la noche, me atormentó la visión o pesadilla del caso del *Virginius*, que fué uno de los temas tocados en la tertulia del café.

Dicha nave, arbolando bandera americana, fué apresada en aguas de Jamaica por nuestra goleta *Tornado*. Llevaba gran número de filibusteros, norteamericanos, ingleses y españoles, dispuestos a desembarcar en la Gran Antilla para favorecer la guerra contra España. Conducidos a Santiago de Cuba los tripulantes y pasajeros del barco insurgente, fueron fusilados la mayor parte de ellos, contraviniendo las órdenes de Castelar al capitán general Jovellar para que no se aplicara la pena de muerte sin dar antes cuenta al Gobierno de Madrid. Ante la horrenda tragedia de Santiago de Cuba, desperté en mi cama dando gritos atroces: «¡Teneos, bárbaros! ¡No fusiléis!... ¡A mí! ¡Socorro!... ¡Clemencia!...»

A mis voces acudió Ido del Sagrario en paños menores, alumbrado de un candilejo, y me dijo:

—¿Qué es eso, señor don Tito? ¿Qué le pasa?

—Que están fusilando a los del *Virginius*—repliqué yo, sentándome al borde del lecho—. Los tiros me han dejado sordo.

—Pero ¿está usted en Babia?—murmuró mi patrón tembliqueando de frío—. Lo del *Virginius* está arreglado hace ya la mar de días, según dijeron los papeles.

—No, no—exclamé yo, lanzándome en pernetas a recorrer la estancia—. En este cuarto estaban conferenciando ahora Castelar y míster Sickles. Todavía estoy oyendo el traqueteo de la pata de palo que gasta el ministro de los Estados Unidos. De aquí pasó don Emilio al cuarto de usted. Bien claro dijeron que es inevitable la guerra con la República norteamericana. ¡Jesús, qué calamidad! ¡Jesús, qué desastre! ¡Pobre país, pobre España!

Con no poco esfuerzo me tranquilizó Ido, haciéndome volver a mi camastro. La cuestión del *Virginius* era ya cosa vieja. Castelar y el cojo Sickles arreglaronla con los bartolillos y bizcochos borrachos que usa la diplomacia...

El día siguiente, 4, lo pasé casi todo con Nicolás Estévanez. Embozados en nuestras capitas nos fuimos a divagar por las calles, observando la fisonomía y estado moral de esta compleja villa. Hallábase el hombre en un grado tal de desaliento y tristeza, que me fué imposible calmarle con mis excitaciones a la paciencia filosófica. La inhibición del pueblo ante el criminal golpe de Estado le ponía fuera de sí... Más de una vez le oí pronunciar estas frases que copio *ad pedem litteræ:*

—Lo de ayer ha sido una increíble vergüenza... Todos nos hemos portado como unos indecentes...

Visitamos a no pocos jefes y oficiales de la Milicia Nacional para ver si los *gorros colorados* se decidían a intentar un supremo esfuerzo. A todos les encontramos indecisos y como atontados. Francisco Berenguer, el *Quito*, fué el único que, como siempre, se mostró resuelto a cualquier barbaridad. Era popularísimo en la Latina, y disponía de bastante gente.

Antes de tomar una resolución en asunto tan arriesgado quiso Estévanez ver a Salmerón, y allá nos fuimos. Dejéle en la puerta de la casa y quedé en esperarle en el café de Lepanto. A la media hora volvió el infatigable republicano, diciéndome:

—Farsa, farsa; no podemos hacer nada. Salmerón ha recibido un mensaje de Moriones. El general en jefe del ejército del Norte declara que no está dispuesto a reconocer el Gobierno formado por Pavía. Pero encarga que no nos movamos para no hacer fracasar

sus intentos, y exige que se pongan de acuerdo los desavenidos Salmerón, Pi, Figueras y Castelar... Esto está perdido. Cantemos a nuestra pobre República el debido responso.

Pasados unos días me enteré de que las únicas poblaciones que protestaron decorosamente contra el golpe de Estado fueron Valladolid, Zaragoza y Barcelona. En la capital castellana se pusieron sobre las armas los Voluntarios de la República. El famoso general don Eulogio González Iscar, familiarmente llamado *Gonzalón*, por su extremada corpulencia, salió a calmar los ánimos. El gentío le acosó, rechazándolo con ultrajes; mas aunque amenazaba con fusilar a los revoltosos, nada hizo. El ruidoso motín, con sus incipientes barricadas, fué derivando hacia la tibieza y, por fin, hacia la paz, convencidos los republicanos de que la cosa no tenía remedio. En Zaragoza ocurrieron tentativas y desmayos semejantes. En Barcelona, los Batallones Catalanes, que mandaba el *Xic de las Barraquetas*, armaron un cisco que dominó fácilmente la tropa de la guarnición. El pueblo más deshonrado en aquellas vegadas fué nuestro querido Madrid, dándonos el mal ejemplo de una resignación musulmana. *Estaba escrito* que las crisis políticas resolvían las crisis del pequeño comercio y remediaban el hambre atrasada de sastres, sombrereros, zapateros y patronas de huéspedes.

Una mañana llamó a la puerta de mi casa la *Leona* cartagenera. No tuve el gusto de recibirla, porque el señor de Ido, oficioso y pudibundo, conociendo por el trapío de la moza que ésta era de cuidado, le dijo que yo estaba ausente y que hasta la noche no volvería. Pasado un cuarto de hora salí a la calle y me la encontré en el portal. La *Brava*, ducha ya en las mentiras cortesanas, había conocido el ardid de mi filosófico patrón. Ella y yo nos alegramos de vernos, y apenas nos saludamos, hice propósito de acompañarla hasta su casa. Cuando pasábamos juntitos a la acera de enfrente, miré a mis balcones, y en uno de ellos vi a *Chilivistra*, que nos *guipaba* cautelosa y un tanto ceñuda.

En el camino hacia la calle de la Victoria, donde Leonarda me dijo que vivía, advertí que la mujer alegre no había perdido el tiempo en la obra ciertamente admirable de su metamorfosis. En diez días de Madrid iba vestida con traje flamante a la moda, y en lo referente a la adquisición de palabras finas, sus progresos me colmaron de asombro. Ya sabía decir *hecatombe*, *el punto de vista*, *miel sobre hojuelas* y otras majaderías usuales. Lo primero que me contó fué que el caballero *pagano* con quien llegó a Madrid le había servido de mucho para orientarla en su nueva vida. Pero aquél tomó las de Villadiego, y ella anduvo algunos días un poquito aperreada... Después había tenido la suerte de que le saliera un señorón muy bueno, que sólo con verla se enamoró de ella como un colegial.

Parándose en medio de la calle, para hablarme con más reposo, la *Brava* continuó así su historia:

—Mi señor es un personaje de la situación *que acaba de salir ahora*, y está tan loco por mí que me llama su tipo y otra cosa muy bonita..., a ver si me acuerdo..., sí, eso es..., su ideal... El nombre, Tito, no puedo decírtelo porque él es casado y... debe una tener delicadeza y mirar *el punto de vista* de la familia y la sociedad... Le han dado un destinazo muy gordo... Creo que cincuenta mil reales y manos libres... Ya le están haciendo un uniforme bordado y un sombrerote con plumas, y todo esto, con el espadín y una banda amarilla, le sale por más de diez mil reales. A mí me ha regalado este vestido. Ya comprenderás que es rico..., rico por su mujer, *naturalmente*.

Vivía *Leona* en una casa equívoca. Al entrar con ella en su habitación no vi más que a una mujer frescachona que me saludó con amabilidad tan equívoca como la vivienda. Seguimos nuestra conversación la *Brava* y yo hablando de Cartagena y de las trifulcas que allí dejamos. Mi amiga me dijo con viveza:

—Pero ¿no sabes?... Si tenemos aquí a la Ramira... ¿No te acuerdas de la Ramira, una que iba conmigo la noche que te acompañamos hasta la plaza de las Monjas?... Pues llegó ayer con un chico del ferrocarril... En casa está: voy a llamarla para que te cuente.

Salió un momento, y al poco rato volvió acompañada de su amiga, que era menudita y graciosa.

—Siéntate aquí, Ramira—dijo *Leona*—, y cuéntale a don Tito el incendio de la fragata. Verás, hijo, verás qué *hecatombe*.

—Pues, señor—empezó diciendo la narradora—, la fragata *Tetuán* se ha quemado hace unos días. A las ocho de la noche comenzó el fuego, y a la media hora las llamas llegaban al cielo. Era un espanto. Los que estaban a bordo tuvieron que salvarse tirándose de cabeza a las lanchas. Decían que si el incendio había sido por las estopas o por los estopines. Los cañones se disparaban solos. La autoridad mandó que nadie se acercase. La ciudad estaba aterrorizada. A medianoche reventó la santabárbara: la cubierta voló por los aires, hasta llegar a las estrellas; se hicieron cisco los palos, el cordaje, cuanto a bordo había, y el casco se fué a pique... ¡Ay Dios mío! ¡Los cristales que se rompieron aquella noche cuando el retemblido!... Puertas y ventanas hubo que de la sacudida se arrancaron de por sí, saliéndose de sus marcos.

—Y fué milagro que no hubiera otras *hecatombes*—añadió Leonarda—. Según dice ésta, la *Numancia*, que a la vera estaba de la *Tetuán*, tenía en las bodegas cuatro mil quintales de pólvora que hizo sacar del Parque tu amigo Cárceles, porque contra el polvorín tiraba siempre la tropa del Gobierno.

—Mientras duró el fuego de la *Tetuán*—prosiguió Ramira—, Cartagena estaba como en fiestas con luminarias. Toda la gente se echó a la calle, y se veía lo mismito que en día claro. Los del Gobierno no disparaban. Los de dentro hacían catálogos y calculorios sobre el porqué del siniestro. Unos decían que el barco se quemó *de su motivo;* otros, que había sido por mano de los que se fingen amigos y son traidores. Lo cierto fué que cuando los fogoneros de la *Tetuán* vinieron a tierra los encerraron en el presidio y se les formó causa... En cuantico que voló el barco y Cartagena se quedó a oscuras, los de *López Mínguez* arrearon de firme otra vez a cañonazo limpio contra la pobre ciudad. Habíamos pasado de un infierno con llamas a un infierno entre tinieblas.

Con esto puso fin a su relato la Ramira, porque ignoraba lo que después de su salida del pueblo había pasado. Quiso *Leona* invitarme a almorzar, mas yo la convidé a ella, mandando traer dos cubiertos del Café del Pasaje. Informado por mi amiga de que su respetable adorador no la visitaría en toda la tarde, permanecí junto a ella muy a gusto hasta después de anochecido, admirando sus considerables adelantos en el arte de hablar finamente y en otras preciosas y sutiles artes.

Cuando volví a mi casa, ¡ay de mí!, encontré a *Chilivistra* con unos morros de a cuarta que deslucían y afeaban su bello rostro. Mis galanterías delicadas no lograron arrancar la máscara de su desapacible seriedad. A fuerza de ruegos y arrumacos, pude oír de sus labios estas amargas explicaciones:

—Ya me he convencido, señor don Tito, de que no debo confiar en el que se ofreció a prestarme auxilio con alma y vida en mis tribulaciones. Permítame decirle que *acción fea* es abandonar a una dama en momentos de prueba, yéndose de paseo con una trotacalles indecente.

Iba yo a contestarle, cuando me quitó la palabra de la boca para seguir despotricando de esta manera:

—¿A quién volverme ahora? ¿Con qué brazo fuerte, con qué corazón generoso podré contar?

—Con el mío, señora—exclamé, echando el resto de mis perendengues declamatorios y de mi hábil trasteo persuasivo.

La domé, la convencí, jurando y perjurando que la *pelandrusca* vino a pedirme un socorro y que sólo fuí con ella hasta doblar la esquina de la calle de las Huertas, desde donde marché al Ministerio de la Guerra. Con mohín remilgado y pucheritos graciosos me contestó Silvestra lo que a la letra copio:

—¡Ay Tito, Tito: no sabe usted cuán lacerado está hoy mi corazón! Esta mañana, cuando volví del Oratorio, me dejó usted con la palabra en la boca al intentar decirle...

—¿Qué, señora, qué?

—Allá voy. Tenga usted calma... Pues mi confesor..., no, no, me equivoco..., no fué mi confesor, fué el padre Carapucheta, rector del Oratorio, quien me aseguró que mi marido ha sido puesto en libertad hace unos días... Y usted, que es el hombre del gran poder; usted, que todo lo arregla con una cartita, ¿resulta que ahora no sabe una palabra de esto?

—Perdone, señora. Se lo dice usted todo y no me deja meter baza... ¿Pues a qué fuí yo hoy al Ministerio de la Guerra? ¿Qué me dijo el subsecretario?... Me dijo, en nombre de mi amigo el general don Juan de Zabala, que, atendida como siempre mi recomendación, había sido indultado el capitán carlista Gabino Zuricalday. ¡Eh!..., ¿qué tal?

—Está bien; pero aún no sabe usted lo mejor, quiero decir, lo peor. El padre Carapucheta, que es hombre a quien no se le escapa nada de lo que ocurre entre carlistas *buenas* y *malas* y tiene allá sinfín de espías que le cuentan todo, me ha enterado de que Gabino, en cuanto pescó *la indulta,* se fué a mi pueblo, cogió al nuestro hijo y se largó con él a la frontera de Francia, donde estará en espera de que don Carlos le dé el mando de *otro batallona.*

—Todo eso, Silvestra carísima—afirmé yo, poniendo en mi rostro una calma seráfica—, no es para que cojamos el cielo con las manos. Serenidad, amiga mía. Lo primero es inquirir por ese clérigo Carapucheta el lugar donde Zuricalday se encuentra, y seguirle los pasos hasta que se agregue de nuevo al ejército de don Carlos.

Chilivistra, levantándose airosa y extendiendo hacia mí su brazo, me dijo con rígida solemnidad:

—¿Y podré yo contar, pobre mujer sola y sin amparo, con un caballero hidalgo y valeroso que me asista en los pasos arriesgados que son precisos para rescatar a mi hijito de las manos de Gabino, *forajida mala?*

—Aun siendo preciso ir al mismo infierno y pasar por entre todas las catervas de diablos que andan sueltos por el mundo—exclamé yo, dándome en el pecho un fuerte golpe—, aquí está el caballero, servidor y esclavo de la dama dolorida.

—Mire lo que dice y a qué se compromete.

Repetí yo, puesto en pie, con hipérboles más deslumbradoras mi juramento, y en el calor de la improvisación me lancé a darle un abrazo... Del abrazo quise pasar a darle un beso en la mejilla, pero ella desvió el rostro vivamente y me quedé con las ganas... Limitábame a besar ardorosamente sus lindas manos, cuando me dijo con severa dulzura:

—Admito muy agradecida su oferta caballerosa, pero ello ha de ser sin el menor quebranto ni perjuicio de mi honestidad... La honestidad es lo primero... No habrá nada entre nosotros que no podamos decir a nuestros confesores.

Asentí, afirmé, corroboré con desaforados aspavientos.

XI

Mi primer cuidado en los días subsiguientes fué contener la impaciencia de *Chilivistra,* ganosa de lanzarse a románticas aventuras... Una noche, al salir del teatro del Príncipe, encontré a *Leona,* que me soltó esta sorprendente noticia:

—¿No sabes? Está aquí *Don Florestán de Calabria.* Se ha escapado con un oficial de Iberia, herido, que viene a convalecer al lado de su familia. ¡Pobre don Jenaro! Ayer tarde me tropecé con él en la calle. Al pronto no le conocí. Se ha cortado las melenas, pero trae todavía la cara de hambre, los cachetes dados de almazarrón y la perilla pintadita con el humo de la sartén. Me dijo dónde vive, pero no *me recuerdo...* ¡Ay, ya doy con ello!... Vive con David Montero. Si tú sabes el domicilio de éste podrás abocarte con el chiflado *Don Florestán...* ¡Ah!, también tienes aquí a Dorita, que rompió con Fructuoso por *un agravio contundente,* quiero decir *bofetás...* ¡Y qué cosas cuentan de lo que en Cartagena ha pasado! Dice mi señor que aquello ha sido el acabóse de la *apocalirsis.*

Sin más averiguaciones me fuí al día siguiente a la calle de los Reyes, 15, taller del armero Calixto Peñuela, famoso por su habilidad en la compostura de escopetas de caza. Era éste un hombre de pocas palabras, de corta estatura, calvo, afeitado. Entornaba los ojos para mirar por ser corto de vista, y se cubría con un blusón o mandil azul hasta los pies. En él vi el último representante vivo de aquellas ilustres familias de armeros de Madrid, que tanta honra y prez dieron a su industria en el siglo XVIII.

Su tienda era negra, desordenada, llena de piezas sueltas, de armas de fuego en situación de reforma. Advertí que no

tenía en el taller ninguna silla, sin duda para que sus numerosos parroquianos no se sentaran a darle conversación. Si el hombre era histórico, éralo también la casa, que había pertenecido a don Francisco Goya.

Con el adusto artífice hablé lo preciso para formular mi pregunta, mas sólo obtuve una respuesta rotundamente negativa: ignoraba quién era el tal David Montero. Comprendiendo que quería guardar el incógnito a su amigo, pronuncié el fingido nombre que el tal me confió en la estación de Chinchilla: *Simón de la Roda.* Al oírlo, Peñuela salió conmigo a la puerta, y señalando calle abajo me dijo en forma seca y lacónica:

—En esta misma acera verá usted, tres casas más allá, una que no tiene más que un piso alto, con un balcón y dos ventanuchos. En ese piso hallará usted a *Simón.*

Al poco rato abrazaba yo a David, a quien encontré limando una pieza de ajuste en un torno, junto a la ventana. No vestía ya de negro, y del disfraz con que le vi en Chinchilla sólo conservaba el total rapado de sus barbas. Apenas habíamos cambiado algunas impresiones sobre las cosas de Cartagena, cuando vi entrar a *Don Florestán,* que venía de la compra con su cesta al brazo. Al verme se deshizo en cumplimientos y demostraciones de alegría, y habló de esta manera:

—Aún tengo tiempo de encender la lumbre... Ya ve usted, señor don Tito, en qué menesteres anda el pobre don Jenaro de Bocángel... Esa bigarda de Dorita, que pasa todas las noches corriendo las siete partidas con bailarines, toreros y hombres de mal vivir, se acuesta *a la hora de las burras de leche,* y todavía la tiene usted dormida como una marmota. Pero aquí está el hidalgo entre los hidalgos, obligado a tirar de cacerola y soplillo, cosa tan contraria, ¡oh Dios mío!, a su abolengo y a su nombre. Soportemos, aguantemos con paciencia estas humillaciones, que pronto ha de llegar la buena... Habrá usted visto, señor historiador *don Tito Livio,* que se cumplieron mis predicciones: ya está establecido el *Cantón Mantuano,* aunque disimulado y so color de centralismo para desorientar a los *alfonsainas.*

—Sí, sí—dijo Montero, sarcástico—; ¡bonito está el Cantón Matritense, obra de Pavía, Serrano y García Ruiz!... Coja usted la cesta, *Don Florestán,* y váyase a la cocina, que yo cuidaré de tirar de una pata a Dorita para que abra las pestañas, sacuda las greñas, se ponga los huesos de punta y vaya a su obligación. ¡Hala pronto, a la cocina, don Jenaro!

Rezongando se fué *el de Calabria,* y David pasó a otro aposento. Oí la voz descompuesta de Dorita maldiciendo a quien la despertaba. Volvió Montero a mi lado... Sentí el ruido que hacía la muchacha lavoteándose la jeta y requiriendo su ropa y zapatillas. Pronto apareció en la puerta alisándose las guedejas.

—Este David tan súpito—exclamó entre bostezos—no la deja a una vivir.

Luego advertí que metía sus blanduras torácicas dentro de un corsé muy deteriorado.

—Siéntese junto a mí, Tito—me dijo Montero—. Por esta gente y por otros que han venido huyendo de la quema, sé lo que ha pasado en Cartagena. En los primeros días de enero arreció el fuego por una y otra parte con intensidad aterradora... Los cantonales izaron en todos los fuertes bandera negra, y los centralistas se apoderaron de la ermita del Monte Calvario, después de retirarse la poca fuerza que la guarnecía. Me han dicho también que la *Tetuán* no ardió por un hecho casual. Cuentan que uno de los fogoneros de la fragata, encerrados en el presidio, fué malherido en el vientre por un casco de granada, y que antes de morir confesó que había pegado fuego a las estopas de limpiar las máquinas, después de rociarlas con petróleo, recibiendo por este servicio treinta mil reales. Así me lo han referido; no respondo de que ello sea cierto...

»Por el teniente de Iberia, que trajo a *Don Florestán,* he sabido que López Domínguez recibió el día tres un telegrama del general Pavía dándole cuenta del golpe de Estado y diciéndole que tal acto fué tan sólo una medida heroica para sacar a España del anarquismo y del caos. Añadía el telegrama que acababa de formarse un Gobierno Nacional, y a éste se adhirió aquel ejército, sin más reserva que la del coronel de Ingenieros señor Ibarreta, el cual manifestó que su

Cuerpo jamás se había sublevado contra los gobiernos constituídos.

—Y en tanto—pregunté yo—, ¿siguieron bravamente unos y otros la lucha emprendida?

—Sí—contestó David—. El día cuatro, los sitiadores rompieron un fuego vivísimo contra el castillo de Galeras, y los sitiados reforzaron sus medios de defensa montando un enorme cañón Barrios en el baluarte de la puerta de Madrid. La jornada fué muy dura... En ese día subió al cielo de los inmortales el intrépido rufián don José Tercero, alias el *Empalmao*.

—Lo que prueba, amigo mío—observé yo—, que toda una existencia de acciones villanas puede ser redimida en una semana de sacrificios heroicos.

—Así es—afirmó sentencioso David—, y no pocos ejemplos hay de ello en la Historia.

—Tengo entendido que voló el Parque.

—Sí, el seis al mediodía. El estruendo produjo efectos de terremoto. Perecieron en el momento de la catástrofe más de cincuenta personas, y otras tantas, espantosamente mutiladas, fueron extinguiéndose en los días sucesivos. ¡Horrible, horrible!... Lo más importante que vino después fué que López Domínguez, apreciando los estragos que su artillería causó en los baluartes de Madrid y Muralla, amenazó con emplazar cañones de gran calibre a setecientos metros de la plaza, para abrir brechas que facilitasen el asalto. Tales amenazas produjeron mayor exaltación en las fuerzas cantonales, y los presidiarios dijeron que ellos serían los primeros en ocupar las brechas para recibir dignamente a los sitiadores, *sobre todo si venía delante la Guardia Civil*.

En esto llegó a nuestros oídos el rumorcillo de un altercado en lo interior de la casa, y se nos presentó *Don Florestán*, compungido, diciendo:

—Señor Montero, señor don Tito: Dorita me ha pegado. Vean el estropicio que me ha hecho en la frente con las tenazas. Y todo porque quise arrimar a la lumbre el cazo en que hago mi café. Más que el golpe he sentido que me haya llamado ladrón.

Antes risueño que compadecido, Montero le incitó a llevar con paciencia las genilidades de Dorita. Iguales exhortaciones le hice yo. Pero el desdichado Bocángel, adoptando el tono patético y lacrimoso, se expresó de esta manera:

—¡No, señor Montero; las humillaciones que sufro aquí no se compadecen con mi carácter altivo! El pan que como en su casa de usted es demasiado amargo, y no pasa por mi gaznate sin producirme bascas horribles. Ya sabe usted que mi prima, la dama ilustre que ha venido a la triste condición de patrona de huéspedes, no quiere admitirme en su casa si no le doy adelantadas las tres pesetas del pupilaje. Pero hay Providencia, señor David, y un hombre como yo no puede andar pidiendo limosna por las calles.

—Eso, no; eso no lo consentiremos —dije yo dando ánimos al infortunado prócer—. ¡Pues no faltaba más!

—Usted, señor don Tito, que sabe tanta Historia—prosiguió don Jenaro—, no ignora que también tengo en mi abolengo ramificaciones con la nobleza castellana. Por mi madre estoy emparentado con el famoso personaje del siglo dieciséis Ruy Gómez de Silva, esposo de la princesa de Eboli, el cual Silva figura en la ópera que llaman *Hernani*, donde sale cantando por todo lo alto... Pero dejo aparte estas grandezas pasadas para repetir que hay Providencia. ¡Vaya si la hay! Sepan ustedes que me ha salido una protectora sumamente caritativa, quien me ha señalado un corto emolumento para vivir con el decoro que cumple a mi linaje... Y ahora, señor don David, agradeciéndole mucho su hospitalidad, le pido licencia para recoger la balumba de mis papeles, y me retiro de su casa.

Dióle Montero el pasaporte con frases de afectuosa consideración, y don Jenaro partió en seguimiento de su mejor acomodo... Dos días me bastaron para saber que la señora caritativa, ángel tutelar del de *Calabria*, era Leonarda Bravo, instalada ya en un pisito segundo de la calle de Lope de Vega, frente a las Trinitarias. A visitarla fuí una tarde. La casa estaba bien arregladita de muebles, cortinas y alfombras, y en ella campaba mi amiga como una reina que al trono de sus ilusiones había subido dignamente. Ya conocía yo el buen corazón y natural generoso de la hetaira lanzada con veloz carrera por el camino de la ilustración. Lo primero que hizo al instalarse fué señalar a *Don Flores-*

tán dos pesetas diarias para que comiese en una taberna o figón; luego le asignó una peseta más para que le diera lección de escritura, dos horas al día, utilizando la consumada ciencia del eminente calígrafo; y remató el favor concediéndole un cuarto interno de su casa para que pasase las noches. Ahora dejo hablar a *Leona*, que completará estas interesantes noticias.

—No sólo me enseña la escritura—dijo ella sentándose en un blando sillón—, sino cosas tocantes a la poesía; porque has de saber, Tito de mis pecados, que aquí trae mi señor las más de las noches a unos amigos que por las trazas deben de ser gente de pluma, periodistas o autores de comedias. Ello es que se ponen a decir versos, y a lo mejor salen hablándome de estos o los otros poetas. Como yo estoy *in albis* de tal jerigonza, me veo negra para poder contestarles. Pero ya verán qué pronto me entero de todo eso y los dejo con la boca abierta... *Don Florestán* me está enseñando nombres de poetas, y yo los apunto para metérmelos en la memoria. Primero me ha enseñado los españoles, y ahora está con los italianos, que son los que mejor conoce, cuatro no más, según dice... el Dante, el Ariosto, el Tasso, el *Petaca*...

—Petrarca, mujer, Petrarca—dije yo—. Ten cuidado, fíjate bien.

—Ha sido una coladura—me contestó Leonarda—. Pero ya pongo en ello mis cinco sentidos, y delante de gente no suelto uno de estos nombres hasta que no estoy bien asegurada de las letras que tiene.

Felicité a mi amiga por el paso feliz que acababa de dar en su regeneración mundana, y por sus adelantos en el arte de hablar bien, a los que se unirían pronto algunos conocimientos literarios. En ella se manifestaban, cada día más claramente, una inteligencia muy aguda y una voluntad bien templada para la vida.

Ocasión es ésta de deciros algo del señor a cuya sombra realizaba Leonarda sus planes educativos, y os daré clara razón de él, reservando su nombre conforme a la delicada prescripción de su coima. Era el empingorotado caballero un terrible burócrata, que siempre tenía puesto en las situaciones liberales por su pericia en el mangoneo expedientil. Conocíale yo de vista y no dejaba de admirar su corpulenta figura, su pulida ropa, la mirada de protección y los andares mejestuosos que centuplicaban su indudable importancia. Bigote y perilla muy poblados y teñidos de negro, decoraban su rostro. En su pechera y en sus dedos lucían brillantes espléndidos.

Pero lo más característico de tan imponente persona eran los sombreros que usaba. La forma de tan descomunales chisteras estuvo muy en auge del 60 al 70; el primero que la llevó fué don José Salamanca. Adoptada después por el *Marqués del Bacalao*, Gándara, un conocido agente de negocios y varios bolsistas y banqueros, siguió imperando en un corto número de cabezas de notoria respetabilidad. Cuentan que fué ministro un sujeto por el solo mérito de usar aquella prenda, cuya especialidad tenían los sombreros Campo y Odoné. Era un armatoste de alas anchas y retorcidas por los lados, con alta copa cilíndrica semejante a la chimenea de un vapor. El arrimo de la *Brava* usó siempre la forma más hiperbólica. Visto por detrás, el ajuste del sombrero en la cabeza dejaba a la intemperie un segmento de la lustrosa calva del buen señor. Completo en dos palabras el trazado de esta figura diciéndoos que era uno de esos inconmensurables imbéciles que están siempre en candelero.

Visité yo algunas tardes a *Leona*, hurtándole las vueltas al caballero burócrata, para no tropezarme con él. Un día me recibió mi amiga cuando terminaba su lección de escritura, y por cierto que escribía ya gallardamente, con finos y elegantes trazos. ¡Vaya una mujer! ¡Qué aplicación, qué tenacidad, qué inteligencia!...

Viendo salir al pobrecillo *Don Florestán*, observamos que pisaba con el contrafuerte. Movida a compasión, *Leona* le llamó, y le dijo:

—*Florestancito*, no quiero verle más con esas botas; tírelas, y aquí tiene tres duros para comprar unas nuevas.

Elogié yo su caridad, presagiándole que por esa virtud, y por otras cosas que no son virtud, llegaría seguramente a las mayores alturas de la esfera mundana. Ella, riendo, me contestó:

—Déjame a mí de alturas, Titillo, que yo, *con la modestia que me caracteriza*, andaré siempre a flor de tierra.

—No, *Leona*—afirmé—. En ti se revela

una cortesana de alto vuelo, que será tal vez ornamento de la sociedad futura.

Disimulando con graciosos mohines la hinchazón de su orgullo, me soltó este verso, seguido de una fantástica cita literaria.

—«... Lástima grande que no fuera verdad tanta belleza...», como dijo el Petrarca.

Gozoso y echando facha con sus flamantes botas, se me apareció una noche *Don Florestán,* cerca de la casa en que moraba su protectora. Me paró y entablamos el siguiente diálogo, que no carece de interés histórico:

—Caballero don Tito, ¿va usted a casa de doña Leonarda?

—No, hijo, que allí estará el señor del chisterómetro.

—En efecto, allí le tiene usted, acompañado de dos poetas tristes y dos bolsistas alegres que hacen sus versos con números. Leonardita a todos les oye y de todos aprende: ya sabe decir que el Interior está a cuarenta y cinco noventa, que los Bonos del Tesoro se cotizan a treinta y tres doce.

—Y a Montero, ¿ha vuelto usted a verle?

—Sí, señor; pero no en su casa. ¡Dios me libre de encontrarme con Dorita, que es más mala que un dolor de muelas! He visto a don David en un sotabanco de la calle de San Leonardo, donde mora una tal Graziella, italiana, que estaba en Cartagena y de allá vino huyendo hace días.

—¡Por Baco, por todos los númenes de Italia, qué grata noticia me da usted! ¡Graziella en Madrid! Iré a verla mañana... ¿Habrá venido con el bestia de Perico?

—No, señor. Ha venido con Fructuoso Manrique, ese caballerete semejante a un palo del telégrafo que, según me dijo el *Empalmao* (que su gloria halle), era novio de Dorita.

—Graziella es mujer donosa y atractiva. Entiende de cábala y se divierte con hechicerías que embelesan y cautivan el ánimo.

—¡A quién se lo cuenta usted!—exclamó *Don Florestán*—. En Cartagena, mediante el estipendio de cinco duros, le hice yo una copia del *Manual Hebraico de Salomón Safetir,* donde están todos los signos, trazos y garabatines que sirven para el barrunto y advinación de lo venidero, y para saber lo que está pasando a cien mil leguas de distancia en la esfera terráquea... Apenas llegó aquí, Graziella puso taller y despacho de adivinanzas, con tan buena mano que allí tiene un jubileo de mujeres del pueblo y de señoras de alto copete que van a que les echen las cartas para descubrir los enredos de amantes o maridos.

—¿Estará haciendo su agosto?

—Ya lo creo. Cuando le pagan bien trae a capítulo a los animales del Zodíaco, el *Carnero,* el *Toro,* el *Escorpión,* el *Macho cabrío,* y a los que no son animales, como *Géminis* y *Libra* o la *Balanza,* que, entre paréntesis, es el signo que presidió mi nacimiento, por lo cual estoy destinado a defender y hacer triunfar la justicia. Mi misión es no tener descanso hasta conseguir que la maldita mano muerta no se apodere por inicuos legados de lo que no es suyo... Cuando usted tenga un rato disponible le daré a conocer las cartas que estoy escribiendo al general Pavía, al general Serrano, al señor García Ruiz y al señor Martos, señalándoles el camino que deben seguir para que las leyes tocantes a la herencia no sean conforme al capricho de una vieja loca, sino ajustadas al fuero de Naturaleza.

No se me cocía el pan hasta encararme con Graziella, y allá me fuí a media mañana del siguiente día. El taller mágico de la italiana diabólica radicaba en el piso más eminente de la casa en que vivió y murió el buen don Hilario de la Peña. Cuando yo remontaba con dificultad la escalera, mi audaz imaginación me hizo creer que ante mí corrían negros y peludos diablillos... En una estancia larga y de bajo techo encontré a Graziella, tan picaresca y sugestiva como siempre, sentada a lo musulmán sobre un tapiz moruno. Vestía también al uso marroquí, con chaquetilla roja recamada de aljófar, amplios calzones y babuchas encarnadas. Entre sus piernas dormitaban dos gatos negros, que a mi parecer eran los mismos con quienes jugueteó el santo don Hilario momentos antes de expirar. A un lado y otro de la maga lucían dos velas verdes. En el suelo vi un ciervo atado con delgada cadena, y un buho que en platillo de barro comía su ración de carne cruda.

Al verme entrar, la diablesa soltó la risa y...

XII

Yo también me reí viéndola con el atrezo y decorado de las hechiceras de comedia de magia.

—Esto, en verdad—me dijo—, no es para tomarlo a guasa, porque gano el dinero a espuertas... Ya puedes retirarte por el foro: es la hora que he fijado para la entrada del público... Mi parroquia es la Humanidad, que, como sabes, fué siempre tonta de remate.

Respondíle que haría mutis inmediatamente, pues mi visita no tenía más objeto que ver a Fructuoso Manrique. ¿Estaba o no estaba en casa? Me indicó Graziella una puerta cercana, diciendo:

—Por ahí pasas a mi alcoba, y de ésta a otro aposento donde encontrarás a Manriquito tumbado en un sofá de Vitoria. Ha pasado toda la noche fuera y está rendido de cansancio. El también desea mucho verte. Ya te dirá...

Momentos después había logrado despertar a Fructuoso, y platicábamos de diversas cosas interesantes. Lo primero que me dijo fué que había pasado la noche con Montero, en el domicilio de éste, y que ambos estaban inquietos. Sentían cerca de sí el acecho policíaco como fugitivos del cantón. Se tranquilizó al saber mi amistad con un inspector de la Secreta, Serafín de San José, a quien yo había colocado tiempo atrás de guardia de Orden Público. Aquella misma tarde procuraría verle, seguro de tener a dicho individuo a nuestra completa devoción... El coloquio fué rodando por modo natural hacia los incidentes que precedieron a la caída de Cartagena en poder de los centralistas. A este propósito, me refirió Manrique lo que a la letra copio:

—La defección del castillo de Atalaya, que está como recordarás, en un monte que domina el Arsenal, fué el principio del fin. Guarnecían aquella posición fuerzas de Iberia y de Movilizados. A estos últimos los mandaba un tal Joaquín Pagán, el *Enlosador*, y a los primeros, un teniente llamado Ibarra. Según me dijo Cárceles, al gobernador de la fortaleza le ofrecieron los centralistas diez mil duros. De esto no puedo dar fe. Lo indudable es que Ibarra y el *Enlosador* estaban en el ajo. Lo es también que un paisano, vecino de Quitapellejos, se presentó en el cuartel general de López Domínguez con el cuento de que los de Atalaya se hallaban muertos de fatiga y de hambre, y que acaso se rendirían si se les aseguraba que no serían fusilados. Contestó el general en jefe que concedería indulto a los paisanos, que a los militares 1 os pondría a disposición del Gobierno, y a los confinados los encerraría de nuevo en el presidio. Exceptuaba la gracia de indulto a todos los que pertenecieran o hubieran pertenecido a las llamadas Juntas Supremas del Cantón.

—Por algo que me dijo Montero, la rendición fué inmediata.

—No, no: espérate un poco. El nueve de enero hubo un fuego vivísimo entre los centralistas y la plaza. Sólo Atalaya permaneció inactivo y no fué tampoco hostilizado... El día diez, el coronel Sánchez Mira y el brigadier Carmona celebraron una conferencia con los jefes del castillo de Atalaya. A las ocho de la noche se reunían en una casa de campo situada entre la fortaleza y las avanzadas del ejército sitiador, y poco después estaba concertada la entrega del castillo para las once y media de aquella misma noche, no pidiendo los que se rendían más que el indulto *y algún socorro en metálico.*

Al llegar a este punto, oímos ruidillo de disputa en la puerta de la casa. Creyendo escuchar una voz conocida, corrí a satisfacer mi curiosidad, y cuál no sería mi sorpresa al encararme con Celestina Tirado, que, actuando de portera en la consulta de quiromancia, trataba de poner orden en el numeroso público y alinearlo para formar cola. No se hizo de nuevas al verme, y con su habitual socarronería, me dijo:

—Si el caballero Tito viene también a que le adivinen, póngase en la cola... Hay señoras principales en la consulta.

—No haré cola, señora doña Celestina—le dije muy quedamente—, si usted me da razón de las damas ilustres que están dentro. Oigo aquí unas vocecitas que... o yo estoy loco o son de personas que conozco muy bien.

Cautelosa y discreta me llevó la Tirado a las habitaciones interiores, dejándome donde podía curiosear a mi

sabor. Por una pequeña abertura de la puerta del consultorio mágico vi a Delfina Gil y a *Chilivistra*, que aguardaban el oráculo del cuervo y el buho, y el manejo de cartomancias que la pícara Graziella se traía. Visto esto, me volví de puntillas junto a Fructuoso, el cual prosiguió su relato de esta manera:

—El castillo de Atalaya se rindió, y fué inútil la arriesgada tentativa de Gálvez para recuperarlo. Como nota cómica de aquel indigno pasteleo te contaré que el gobernador de la fortaleza vendida a López Domínguez, cuando le preguntó éste qué deseaba, además del indulto y de los pocos miles de reales con que había gratificado su infame traición, contestó que deseaba le nombraran..., ¿qué dirás? ¡Administrador del matadero de Cartagena!

»Sigo mi cuento: al anochecer del once de enero se presentó al general en jefe de los centralistas una Comisión de la Cruz Roja, pidiéndole la suspensión de hostilidades y asegurándole que si era generoso con los vencidos, tal vez se conseguiría la capitulación de la plaza. López Domínguez contestó ofreciendo indulto para los que se rindieran. De esta gracia quedaban exceptuados todos los individuos de la Junta Soberana, sin perjuicio de recomendarlos a la benevolencia del Gobierno.

»Dió de plazo el general hasta las doce del siguiente día para la entrega de Cartagena, ordenando a su artillería suspender el fuego. Luego se prorrogó el armisticio hasta las ocho de la mañana del trece. Volvieron los de la Cruz Roja con unos individuos que se atribuían la representación del ejército y de los voluntarios cantonales. Presentaron a López Domínguez unas bases de capitulación, que el general rechazó indignado. Siguieron los tratos hasta las primeras horas del día trece. López Domínguez dijo que la plaza tenía forzosamente que rendirse a discreción, y que si se obstinaba en lo contrario la tomaría por asalto, haciendo un duro escarmiento en los que intentasen una resistencia inútil.

»La fiereza que en la mañana del trece se manifestó en la Junta Soberana y en todos los defensores de la idea cantonal, se fué trocando en resignación estoica. Algunos querían rendirse, distinguiéndose en esta actitud los militares; otros proponían furiosos seguir el ejemplo de Numancia y Sagunto. Por sostener la no rendición hubo algún conato de asesinar a Gálvez, y sus amigos tuvieron que llevarle casi a la fuerza a bordo de la *Numancia*.

—No se puede negar—observé yo—que López Domínguez ha sabido hacerse superior a la menguada fuerza de que disponía, y que sirvió lealmente a la infantil, inestable República.

—Es verdad—afirmó Fructuoso—. Sigamos y acabemos. Llego al momento más dramático y bello del cantón murciano, tan infantil e inestable como la República Nacional de la que intentó desprenderse. La Junta Soberana de Cartagena, los jefes de voluntarios cantonales y muchos de éstos, además de los penados, no queriendo aceptar un perdón que jamás solicitaran, resolvieron abandonar la plaza con sus mujeres e hijos, embarcándose en la *Numancia*. Eran en total unos mil quinientos. Confieso que no tuve valor para compartir la suerte de los que se lanzaron con arrojo temerario al inmenso riesgo de la salida.

»Fuera esperaba la escuadra centralista, compuesta de cinco fragatas, en tre ellas dos blindadas, y otros barcos de guerra. Con los ojos llenos de lágrimas me despedí de Manolo Cárceles, Gálvez, Contreras y demás amigos, confundiendo en mis expresiones el sentimiento de mi cobardía y el dolor de ver partir a tanta gente animosa que ponía la honra sobre la vida y la expatriación sobre la libertad... A las cuatro y media de la tarde, mientras entraban en Cartagena parte de las tropas sitiadoras y el general López Pintos se posesionaba del castillo de San Julián, abandonado por su guarnición, levó anclas la nave intrépida, que consignó la última página del *cantón cartaginés*. Desdicha fué para éste que su postrer aliento sea el más interesante y hermoso en la Historia de aquella turbulenta República.

—Me han contado que en la boca del puerto embarrancó la fragata.

—Tocó ligeramente en el fondo con la proa; pero dió máquina atrás, y con auxilio de un vapor franqueó prontamente, saliendo mar afuera. Desde el empalmador grande presencié la salida, imponente, grandiosa, en medio de las aclamaciones de los que iban a bordo

y del griterío de los que quedábamos en tierra... *¡Viva el cantón! ¡Viva Cartagena! ¡Antes morir luchando que capitular!...* Claramente divisé el fez rojo del comodoro Colau, que sobre el puente gobernaba el buque en la descomunal hazaña de la escapatoria.

»Al pasar de Escombreras, vieron los de la *Numancia* la escuadra centralista, formada en línea para cerrarle el paso. ¡Momento tan bello que rayaba en lo sublime! Los barcos de Chicarro rompieron un fuego horroroso contra la fugitiva... Colau dió *avante toda máquina,* y viró rápidamente, pasando como un rayo por entre la *Carmen* y la *Zaragoza,* contra las cuales disparó sus dos andanadas. Instantes después, la *Numancia,* con veloz carrera, apagadas las luces, se perdió en el horizonte...

»Era la tarde fría, lluviosa y tristísima. El único consuelo de los que permanecimos en tierra fué considerar los palmos de narices con que se quedaron Chicarro y los suyos. Aún no habían vuelto de su asombro, cuando la fragata que realizó el éxodo de los cantonales al Africa estaba ya en Orán.

»¡Adiós cantón! ¡Adiós república ingenua y romántica, que a la Historia diste más amenidad que altos y fecundos ejemplos! Tu existencia duró seis meses y dos días...

Un rato se nos fué en inciertos cálculos sobre lo que hubiera podido pasar en Orán a la llegada de la fragata. ¿Qué habría hecho el Gobierno francés con los cabecillas, qué con los presidiarios?... Divagando estábamos cuando llegó David Montero, en quien advertimos mayor recelo de los corchetes, que ya descaradamente le seguían los pasos. Para sosegar a mis amigos, salí a la busca y captura de mi fiel esbirro Serafín de San José, y no encontrándole en el Gobierno Civil, me vi forzado a personarme en la tienda de su esposa, doña Cabeza (Concepción Jerónima). Ya era yo sabedor de que se había restablecido felizmente la coyunda matrimonial.

Mi entrada en la tienda fué un éxito ruidoso, que casi trascendió a la calle. Los dependientes me abrazaron, colmándome de felicitaciones, y al punto bajó la rozagante doña Cabeza Ventosa de San José, quien, al estrecharme ambas manos cariñosamente, se puso muy colorada de la retozona emoción que al verme sentía. De boca de ella oí también plácemes y albricias. Preguntando yo la razón de tales extremos, la tendera me dijo:

—Ya nos enteró don Francisco Bringas de que la rendición de Cartagena no fué debida al cañoneo y artes guerreras de López Domínguez, sino a la diplomacia de don Tito, que tiene en la cabeza todo el talento de Dios.

El dependiente principal agregó con petulancia:

—Don Plácido Estupiñá supo de buena tinta, y así nos lo comunicó, que el general Pavía quiso hacerle a usted ministro, pero que usted declinó esa honra *con su habitual modestia.* Yo digo que ello será en la primera crisis que *haiga.*

Como comprenderéis, lectores tan guasones como el que esto escribe, yo dejé correr la bola, y afectando mucha prisa manifesté a la señora la urgencia de hablar con su amante esposo. Por inmediatas referencias de ella me enteré de que Serafín se había reformado; parecía otro hombre, y al ascender a su actual posición, su conducta y su porte eran de un perfecto caballero. En tono reservado me dijo la que fué tiempo atrás alivio de mis escaseces:

—Como marido cumple, pero es tan *Juan Lanas* como siempre.

En esto entró el ínclito San José; nos abrazamos, prodigándonos recíprocas expresiones de cariño. Subimos al entresuelo, y reunidos los tres, platicamos sobre el asunto que motivaba mi visita. Total, que Serafín se prestó a ir conmigo a la calle de San Leonardo para devolver la calma a mis amigos los emigrados de Cartagena.

—Ya sé—me dijo por el camino el complaciente policía—, ya sé que el Gobierno le ha nombrado a usted delegado secreto con el fin de trabajar la rendición de los carlistas, que nos están haciendo la santísima. Me consta que el Zabala pone a disposición de usted trescientos mil duros, que ha de emplear *paulativamente,* según se tercie, en el soborno de los cabecillas que se quieran vender, y para mí que todos morderán el queso. No hay hombre que pueda igualarse a usted en este fregado por su talento macho, su agudeza y el meneo de los palillos en el juego de convencer a la gente, por la buena cuando no por

la mala. Como verá, estoy bien enterado: seis millones de reales y manos libres para contratar paces con los carlistas, como lo hizo tan limpiamente con los cantonales, mediante *conquibus*. No ignoro tampoco que de aquí a julio tiene usted que dar finiquita esta comisión. Seis meses y cincuenta mil duros cada mes. ¿No es eso?

A mi regocijada clientela no le ocultaré que también dejé correr esta bola, a pesar de su descomunal magnitud. Cuando Serafín me propuso que le llevara de auxiliar o secretario, le dije que ya pensaría en ello, y tal y qué sé yo; pero que mayormente necesitaba un buen tesorero y contador, muy experto en la partida doble. Pronto llegamos al eminente piso de la calle de San Leonardo, y presentando Serafín a Fructuoso y a Montero, quedamos acordes en la manera de asegurar a mis amigos su omnímoda libertad en la Corte de las Españas. Retiróse el bueno de San José, diciéndome que estaba impaciente por tomar aquel mismo día una provechosa lección de partida doble. David se fué a ver al armero Calixto Peñuela para que le diese más trabajo, y Manrique salió en requirimiento de sus antiguos camaradas, con idea de ser admitido en la Redacción de algún periódico mientras conseguía volver, por los trámites de costumbre, al servicio de Telégrafos.

Quedéme solo con la hechicera y su ayudanta. Terminada la hora de audiencia, presencié el recuento que hicieron de las ganancias de aquel día. Luego las vi comer en el propio local donde tenían su consultorio de adivinaciones. Apagaron las velas, sentáronse ambas a la turquesa, el cuervo por un lado, el buho por otro, y con buen apetito aplicáronse a devorar un oloroso guiso de carne y patatas y otros condumios que les servía una criada algo gibosa, sin que faltaran las ricas uvas de cuelga y el confortante valdepeñas.

Celestina Tirado, que vestía falda y pañuelo al estilo gitano, me contó que los dineros heredados del cura don Hilario se le habían ido entre los dedos, porque se metió a fiadora, y la desplumaron bonitamente, dejándola por puertas. Desesperada y sin arrimo, se acogió a la sabia Graziella, con quien se apañaba muy bien para hacer juntas el oficio de brujas, granjería de mucho provecho en los reinos de España, según ella había probado y visto por sus ojos más de una vez.

Graziella, sin abandonar su traje moruno, se había recostado en la alfombra después de la comida para fumar un cigarrillo, acariciando el suave plumaje del buho, y en esta postura me dijo:

—Más que de brujerías debemos hablar del ocultismo, que es ciencia flamante, muy bonita, y yo sé de ella más que saben de Teología y Derecho Romano los doctores de Salamanca. Por dominar esa ciencia heme dado buenos atracones de lengua caldea, pues habéis de saber que de los caldeos y egipcios ha venido esta divina monserga. Yo le digo a Celestina que no necesitamos untarnos para salir por esos aires montadas en escobas y llegarnos *pian pianino* al cerro de Zugarramurdi, donde nos espera el *Gran Cabrón* con toda su corte de rabo y pezuña. Eso son cuentos viejos que ya están mandados recoger. Yo me voy de aquí a los antípodas, o un poquito más allá si quiero, con sólo echar unas palabritas caldeas sobre el humo de un braserillo en que pongo a quemar la muela del juicio de un ahorcado que haya sido viudo tres veces y dos vértebras de una urraca muerta en estado de virginidad. Yo me desentiendo del *Cabrío,* que ya está jubilado por viejo, y me pongo debajo del patrocinio de Astarté, diosa de aquellos infiernos que sostienen buenas relaciones con la Humanidad.

—Pues aquí me tienes—dijo Celestina—, deseando meterme hasta las cachas en la devoción de esa diosa *trastera,* y hoy empiezo a rezarle padrenuestros y avemarías para que me tome en su gracia.

La profesora de ocultismo me dió a renglón seguido prueba magnánima de su confianza y del interés que se tomaba por mí. He aquí sus palabras:

—Hoy han estado en la consulta dos señoras amigas tuyas. La Delfina quería cerciorarse de la fidelidad de un lindo coadjutor de San Sebastián, con quien cambió promesas de cariño místico y rigurosamente honesto. El dicho coadjutor se fué a Valladolid, donde al parecer se halla en coqueteos, igualmente místicos, puros y honestos, con otra dama que allá tiene el negocio de ataúdes, según le han dicho a tu amiga en un

anónimo. La señora, que por el habla me pareció vizcaína, está dislocada por ti, y anhela saber si puede contar con tu amor y tu lealtad en un largo viaje que emprender quiere contigo. Yo les hice un horóscopo con todas las de la ley, y ambas se fueron muy satisfechas. La tuya llevó la seguridad de que estás enamoradísimo de ella y de que la seguirás hasta el fin del mundo. La otra va dispuesta a cambiar de coadjutor, pues en Madrid tiene dónde escoger.

Ultimo detalle de esta referencia fué que la vizcaína le había pagado en plata y Delfina Gil en calderilla.

Salí de aquella casa con mi espíritu en rotación vertiginosa. Bajando la escalera, creí que brincaban delante de mí negros animalejos con saltos de batracio. Los peldaños vetustos de la casa de don Hilario gemían bajo mis pies, articulando frases que no entendí: sin duda me hablaban en idioma caldeo. El fresco de la calle no despejó mi alocado entendimiento. Este se escapaba de la realidad, lanzándose con avidez jubilosa a navegar por el insondable océano ultraterreno. Cerca ya de mi casa, me parecían vanas y mentirosas las imágenes de los transeúntes que mis ojos veían en derredor. Añadiré que aquel estado mental, sin duda de carácter patológico, me transportaba suavemente a las penumbras de un delicioso éxtasis. ¡Qué gusto mecerme en el vacío y subirme a las estrellas, después de dar un puntapié al sólido asiento de la razón!

Lo primero que hice al entrar en la vivienda patronil fué interrogar capciosamente a *Chilivistra*, para cerciorarme de su vista al sotabanco de las artes mágicas. ¡Grande sorpresa y mayor confusión mía! O la vizcaína disimulaba con extremada sutileza, o la sesión de cartomancia y brujería fué hechura quimérica de mis sentidos, sacados de su orden natural por el influjo hermético de aquellas mujeres diabólicas. Creció mi asombro cuando Silvestra me soltó estas despampanantes revelaciones:

—No por cábalas y sortilegios, que son pecado mortal, sino por confidencias que acaba de hacer al señor Ido del Sagrario un noble caballero de la Italia o de *Palerma*, que se llama, bien recuerdo el nombre, don Jenaro *Bocadeángel*, sé que ha tenido usted amores con una bestia hermosa, que ahora está estudiando para señora fina y aristocrática. Daránle título de duquesa de Mula.

Rompió después *Chilvistra* en un reír histérico. Yo me puse muy serio ante aquel brusco retroceso a la realidad... En el resto de la tarde y a prima noche, logré con artificios de lenguaje, mezclando a las patrañas la verdad, llevar el sosiego al ánimo de mi amiga. Sin jactancia, os aseguro que tuve un éxito de los más grandes de mi vida enamoradiza y donjuanesca. La severidad de *Chilivistra* se descuajaba y desleía como un témpano de hielo rodeado de llamas... Sus resquemores contra *Leona* quedaron reducidos a una infantil celera por aventuras retrospectivas en que ninguna parte tuvo el corazón de Proteo Liviano. Mi personalidad se creció a sus ojos, y echando el resto de mi táctica seductora, la dejé totalmente sumisa, tierna y acaramelada.

Aquella noche nos tuteamos por primera vez.

Y cuando nos entregábamos al descanso, encadenó mi albedrío con un emplazamiento perentorio:

—¿Vendrás resueltamente conmigo en el viaje que debo emprender para rescatar al hijo inocente del poder de un padre loco?

Mi contestación fué categórica y rotunda:

—Al fin del mundo iré contigo. No me arredran peligros ni distancias. Pasaremos si es preciso del mundo real al mundo quimérico, que es la región de la verdad eterna.

XIII

Casi automáticamente me llevaron mis pasos, no sé qué día, a la casa de *Leona*. El estado de constante alucinación, que balanceaba mi alma en impresiones de susto y regocijo, sustraíame la noción del tiempo y me daba sensaciones equivocadas de personas y lugares. La vivienda de la *Brava* se me antojó palacio suntuoso La señora no estaba, según me dijo una linda criadita al abrirme la puerta. Pasé a la sala, y al punto se me apareció *don Florestán*, en la misma facha y pergenio con que le conocí en el patinillo de Santa Lucía. Las melenas ahuecadas, según la moda del 40 al 50, ornaban otra vez su noble

cabeza siciliana. Había vuelto el rosicler a sus pómulos, y a su perilla, el negro humo de la sartén. Con voz opaca y un tanto medrosa me dijo:

—Estoy trazando un documento importantísimo, con escritura netamente burocrática y todo el primor de sellos y estampillas que han de darle la debida eficacia como documento público... Perdóneme que le deje un momento, pues tengo que acabar mi trabajo ahora mismo. La señora no ha de tardar; ha salido en coche.

A punto que desaparecía de mi vista *don Florestán,* se me presentó Leonarda, en cuya persona vi la más exquisita elegancia y distinción. ¿Era ya duquesa de Mula? Sentóse a mi lado en un rico diván ,y apenas me habló de diferentes cosas, ora políticas, ora privadas, advertí la discretísima forma y primor de su lenguaje. No usaba ya sin ton ni son las palabras finas, sino que las seleccionaba, aplicándolas con arte a la expresión de las ideas. Soñaba yo, sin duda, oyendo la dicción limpia de *Leona,* cual si pasara sobre ella toda la piedra pómez de la Academia de la Lengua.

Díjome mi dulce amiga que no tardaría yo en llegar a *la meta* de mis ambiciones si seguía con paso firme la senda que un *hado propicio* me señalaba. Como yo me manifestase dispuesto a seguir todos los caminos y veredas que los tales hados o hadas me señalaran, añadió la ya retocada y pulida mujer:

—Aunque no han de faltarle los medios monetarios para *dar cima* a empresa tan grande, padecerás un ataque de *inocencia paradisíaca* si crees que podrás salir de Madrid sin numerario. Tú eres pobre; yo, rica...

Diciendo esto sacó un portamonedas de malla de oro, y al ver yo que lo abría para darme billetes y monedas, me levanté de súbito, protestando. Mis primeras palabras, trémulas y confusas, fueron:

—¿Eres tú, Leonarda, la que a mi lado veo?... ¿Cómo has subido tan pronto a la cima de tus aspiraciones?... ¿Andan también en esto los hados benignos y las hadas traviesas?... Si mis ojos no me engañan, esta vivienda tuya es un lindo palacio... Agradezco tu oferta. Pero no puedo, ni debo, ni necesito aceptarla. Al mediar de todos los meses recojo yo en la portería de la Academia de la Historia la cantidad que para mis gastos asignada me tiene mi divina madre... ¿No la conoces?... Mi madre vive lejos de aquí, y rara vez se deja ver en estos barrios... Pasa temporaditas en el Olimpo, con sus hermanas, que, naturalmente, son mis tías... Algunas noches viene a esta casa mi tía *Doña Calíope* con los poetas que acá te trae de tertulia el rimbombante señor de los desaforados sombreros... Por descuido mío, por el desvanecimiento en que ahora está mi cabeza, he dejado pasar cinco días sin recoger los dineros de la mamá cien veces augusta y soberana... Allá me voy ahora mismo..., allá me voy... No me retengas; no dejes caer sobre mí el dulce peso de tu cuerpo blando y amoroso... No rodee mi cuello tu brazo..., no me cautives... Adiós, *Leo*...

Recuerdo haber oído la voz tenue de Leonarda, diciéndome:

—Adiós, Tito chiquitín y salado. Largo tiempo estarás sin verme. Adiós.

El encontronazo que di al entrar en la Academia de la Historia me despertó. Había recorrido como máquina inconsciente un corto espacio de las calles de Lope de Vega y del León. Una de las jambas graníticas que forman la puerta de la antigua casa del *Nuevo Rezado* me estropeó el ala del sombrero, desollándome ligeramente una oreja... Entré en el portal de la Academia, y la portera, señora de mediano viso, afable y un tanto redicha, me dió un paquetito rotulado a mi nombre con gallarda escritura de Iturzaeta. Apresurábame a romper los sellos de lacre para desentrañar lo que el paquete contenía, cuando la mano menudita de la portera alargó hacia mí un pliego voluminoso que al punto reconocí como de los llamados de oficio. En el sobre me daban tratamiento de ilustrísimo señor, y vi un sello que decía: *Presidencia del Poder Ejecutivo.* «¿Qué será esto?», me dije, suspenso y turulato.

Como alma que lleva el diablo me eché a la calle, dándome un segundo trastazo contra la jamba de berroqueña, y al doblar la esquina de la calle de las Huertas metí el dedo en el sobre para rasgarle y satisfacer mi curiosidad. Hice propósito de irme a mi casa para examinar allí detenidamente aquel embuchado misterioso; pero,

sumergido en la onda de mi propio afán, seguí sin sentirlo por toda la calle de las Huertas abajo. Lo primero que saqué del sobre fué un oficio, escrito en preciosa letra de pendolista, con la mar de rasgueos y primores caligráficos... Al final me decían que me guardara Dios muchos años, y que patatín y que patatán. Al principio leí que yo había sido nombrado... ¡Jesús, qué demonio será esto!... Me dió en la nariz olor de azufre, pez y otros ingredientes de la droguería infernal.

Con loca precipitación saqué del sobre otro papel. Era una carta firmada por don Eugenio García Ruiz, en la que éste me decía que el Consejo de ministros, después de la entrevista que yo celebré en la Presidencia con los señores Serrano, Martos, Sagasta y el infrascrito, vistos mis honrosos antecedentes, etc.... examinadas mis altas prendas de reserva y diplomacia, etc., acordado había designarme como delegado secreto...

Con mano convulsa, después de restregarme los ojos para convencerme de que funcionaba en toda regla, saqué otro escrito del sobre y... ¡Santa Bárbara!..., era un libramiento firmado por el director del Tesoro y el ministro de Hacienda, señor Echegaray... ¡Angeles divinos, excelsa madre: venid en mi socorro!... Con sólo presentar aquel documento en la Administración de Hacienda pública de Vitoria me serían entregados *los primeros cincuenta mil duros de los trescientos mil* que yo debía emplear en la corruptela y soborno de cabecillas carlistas... Lo demás se me iría entregando en otras Administraciones de Hacienda.

Poseído ya de una comezón epiléptica, metí todo en el sobre para leerlo despacio en mi casa, y me encontré en el Prado, frente a la Platería de Martínez. Me paré en firme, y un rato estuve haciendo cálculos topográficos para ver qué camino había de tomar. Tras un largo discurrir, llegué a persaudirme de que por la calle de San Juan podía llegar a *la meta*, como decía mi amiga la duquesa de Mula. Camino del Amor de Dios, y pasando como un borracho de una acera a otra, tropecé con varios transeúntes que me lanzaban hacia el arroyo.

Al cabo, encerrado en mi aposento patronil, traté de reconcentrar mi pensamiento, aplazando la lectura de los azufrados papelorios contenidos en el sobre de oficio. Leí, releí: la duda y la certidumbre libraron descomunal batalla en las sombrías regiones de mi espíritu. Lo que más hondamente me alborotaba era el noticion de mi conferencia con Serrano, Sagasta, Martos y García Ruiz, en la Presidencia del Consejo, como preliminar y fundamento del cargo de confianza con que el Gobierno me favorecía. Para sacar de aquel abismo de confusiones la verdad que había de tranquilizarme, me arrebujé en una manta, y, hecho un ovillo, me acosté en mi lecho, amparándome de la oscuridad y un silencio absoluto, con el fin de que mi pensamiento trabajase a sus anchas... Ahondando en el problema, llegué a creer que la tal conferencia era verdad... En esto, entró en mi camarín Ido del Sagrario con la siguiente embajada, que refiero sin dilación para solaz de mis regocijados lectores:

—¿Qué hay, carísimo don José?—le dije, fingiendo que despertaba.

—Ilustrísimo señor—me contestó—, ha estado aquí don Serafín de San José. No le dejé pasar porque creí que vuecencia no quería recibir a nadie.

—A Serafín, sí, sí—exclamé, saltando de la cama—. Y ¿no ha dicho si está ya fuerte en la partida doble?

—Nada de eso me ha dicho, ilustrísimo señor..., y no le apeo el tratamiento aunque vuecencia me lo mande... El recado y comisión que traía don Serafín era del tenor siguiente: Hallábase de guardia en la Presidencia del Consejo el día en que vuecencia celebró una larga entrevista con el general Serrano y los ministros de Gracia y Justicia, Estado y Gobernación. Vió a vuecencia entrar y salir. Uno de los porteros de la Presidencia recogió un guante que a su ilustrísima se le cayó al bajar la escalera. El susodicho guante pasó a las manos del señor San José para que se lo entregase a vuecencia..., aquí lo tenéis.

Mis asombrados ojos vieron el guante, pendiente de los trémulos dedos del filósofo, y de ellos lo cogí, diciendo con toda la naturalidad que afectar podía:

—En efecto, lo eché de menos al volver a casa. Hágame el favor, señor Sa-

grario, de buscar en el bolsillo de mi gabán el otro guante, y cotéjelos a ver si...

—Aquí están los dos: son hermanos. El guante perdido y ahora recuperado es el de la mano izquierda.

—Bien, bien. Que me pongan el almuerzo en seguida. Y ahora dígame otra cosa: ¿está en casa doña Silvestra?

—No, señor; hoy ha ido a confesar. Para mí que su conciencia está estos días necesitada de un buen limpión... Es un suponer: punto en boca... A Nicanora dijo esta mañana que quizá almorzaría con doña Delfina. Si quiere usted verla, váyase al almacén de féretros, y allí le darán razón.

Almorcé sin apetito, y por la tarde no vi mejor manera de pasar el rato que lanzarme por calles y plazuelas, metiéndome más y más en la esfera de la incongruencia, que era, en verdad, un mundo delicioso, poblado de indecibles encantos. A varios amigos encontré, y algunos de ellos me felicitaron reservadamente...

—Ya sabemos que... ¡Menuda breva, amigo!...

Al caer de la tarde, mis pasos automáticos me llevaron a la calle de los Reyes. En la puerta de la armería de Calixto Peñuela vi a *Simón de la Roda* (Montero), que también me felicitó, lamentándose de no poder acompañarme en mi diplomática expedición.

Seguí luego por la calle de San Bernardino. Al pasar por las Capuchinas zumbaron en mis oídos voces, primero confusas, luego más claras, de mis familiares espíritus, que alegremente me saludaban, celebrando con blando gorjeo mi rápido avance en la esfera política y social. Aturdido y como asustado de mí mismo, me metí en un coche de los que en aquel punto había y al cochero di las señas de mi casa, Amor de Dios, 12. El vehículo corrió por las calles con un traqueteo espantoso que me crispaba los nervios..., y no paró en la puerta de mi casa, sino en Atocha, 3, tienda de ataúdes y coronas para muertos. Ya vi que los hados me llevaban adonde querían. Entré, y a mi encuentro salió *Chilivistra*, que al verme se dispuso a volver conmigo a casa. Por el camino, cogiéndome del brazo para que anduviera derecho, me dijo:

—Por mi parte, ya tengo arregladas mis cosas. A ver si acabas tú de una vez, para que partamos esta semana. Mañana no podemos irnos porque quiero asistir a la novena de los Misterios Dolorosos de Nuestra Señora. Pasado mañana tampoco, porque se celebra la fiesta de San Pedro Nolasco, de quien era mi padre especial devoto y pienso encargarle una misa que oiremos los dos en la iglesia de las Trinitarias.

Contestéle yo que estaba en franquía para partir en globo, en ferrocarril o a caballo, y correr con mi dama hasta el último rincón del mundo. En casa ya, y sentaditos uno junto a otro en el sofá de los muelles punzantes, me dijo *Chilivistra:*

—Aunque he confesado dos veces, no creo tener mi conciencia enteramente limpia de pecado. Seamos buenos, Tito, seamos juiciosos, y no nos lancemos a peligrosas aventuras sin llevar nuestras almas bien confortadas en el santo temor de Dios.

Asintiendo yo a cuanto me decía, todo mi afán era que diese la orden de marcha la dulce, antojadiza y un tanto histérica señora de mis atropellados pensamientos.

Un día entero me pasé en sueño profundo durmiendo la mona que contraje al sumergirme en las ondas en cierto modo alcohólicas del océano suprasensible. El largo sueño agravó la intensa embriaguez de mi espíritu, y por la noche, habiendo salido a que me diera el aire, me creí convertido en pompa de jabón que flotaba sobre los transeúntes, al ras de sus cabezas. Yo era una delgadísima esfera líquida, y temblando me decía: «¡Ay, ay; si reviento al chocar con cualquiera de estas cabezas, me deshago y no seré más que un salivazo mísero de agua jabonosa!»

Por fin, llegó el momento del anhelado éxodo. Precedidos de baúles y maletas, salimos una tarde a punto de las siete para la estación de Atocha, y nos empaquetamos en el correo de Aragón. Mi bendita compañera se santiguó, una y otra vez, al ponerse el tren en marcha, y luego siguió rezando hasta más allá de Alcalá de Henares.

Íbamos mi dama y yo solos en un departamento de primera. Observé que Silvestra, al paso por algunas estaciones, consagraba devotas plegarias entre dientes a los santos locales. En Sigüenza rezó

a Santa Librada; en Huerta, a don Rodrigo Jiménez de Rada, creyéndole santo, y en Calatayud dedicó extremados soliloquios y santiguaciones a los Divinos Corporales, confundiendo a Calatayud con Daroca. Así se lo dije, añadiendo que el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, no figuraba como santo más que en el cielo de la Historia. En tanto, yo no perdía ripio para proseguir las lecciones que le venía dando a fin de corregir sus vicios de lenguaje, y debo hacer constar que ella demostró con su aplicación el provecho que sacaba de tales enseñanzas.

Aunque salimos de Madrid con el propósito de hacer nuestro primer descanso en Zaragoza, cambiamos de plan en Las Casetas, transbordando al tren de Castejón. Ya era día claro cuando corríamos por la ribera del Ebro. Nuestro departamento iba mediado de viajeros, los cuales nos informaron de que no se podía ir más allá de Tafalla por la línea de Pamplona, y de que no había seguridad en la línea de Logroño y Miranda, pues se decía que los carlistas de la Rioja alavesa intentaban vadear el río para ocupar a Cenicero. En vista de estas noticias y ansiando el descanso, nos quedamos en Tudela, donde tranquilamente pasamos la noche.

En la intimidad, sintiéndome yo poseído, por no sé qué fenómeno cerebral, de mi papel de delegado secreto, comuniqué a Silvestra todo el intríngulis de mi comisión diplomática para traer la paz a los cabecillas carlitas, mediante cebo constante y sonante. Más crédula que yo, mi antojadiza y nerviosa compañera, se apoderó gozosa de la noticia, lanzándose a planear mi campaña, que fácilmente podía emparejarse con la suya.

—Creo yo—me dijo en tono de firmísima convicción—que ese bandido de Cucala se venderá por veinte mil duros, o quizá por menos... ¿Está por aquí el Maestrazgo?

—No, hija mía; el Maestrazgo lo hemos dejado a la espalda, al venir de Las Casetas. Mi parecer es que el primer pez a quien hemos de echar el anzuelo es el cura Santa Cruz, poniéndole una buena carnada de diez o quince mil duros.

—Bastará con diez. Ya te diré yo cuál es el terreno en que opera ese forajido, allá entre Tolosa, Betelu y la parte de Vera.

—Mi opinión..., ¿a ver qué te parece?..., es ofrecerle a Santa Cruz los diez mil duros, dárselos, y, en cuanto veamos que se los mete en el bolsillo, cogerle, fusilarle, y en seguida quitarle el dinero, que puede servirnos para otro.

—¡Muy bien, Tito! ¡Qué talento el tuyo!—exclamó *Chilivistra* navegando por el piélago inmenso del desatino—. Pero fíjate, debemos ir primero contra los pejes gordos. Si se consigue pescar a Dorregaray con cuarenta mil durotes, a Cástor Andéchaga con veinticinco mil y a otros tales, habremos hecho más que cogiendo en la red a los bicharracos de menor cuantía... ¡Ah! Pero ahora caigo en que ante todo tenemos que avistarnos con el administrador de Rentas de Vitoria para que nos entregue...

—Ya, ya, el primer millón de reales —murmuré cayendo en honda perplejidad.

Y en mi mente se representó la imagen del administrador de Rentas como un ser escueto, peludo y rabilargo, que volvía del campo solitario de Zugarramurdi.

XIV

Cediendo a los apremios de *Chilivistra,* que mostraba impaciencia febril, partimos en el primer tren del día siguiente hacia Logroño y Miranda. Al pasar por Calahorra no olvidó Silvestra sus preces por los santos patronos Emeterio y Celedonio, martirizados en aquella ciudad, y cuyas cabezas fueron hasta Santander navegando por el Ebro, el Mediterráneo y el Océano, en un barco de piedra. En Logroño, acordándose mi amiga de la prisión de su marido, formuló mirando hacia el pueblo este femenil apóstrofe:

—¡Ah pillastre! Más quiero verte vivo que muerto; más atado que suelto por esos mundos, llevándote a mi pobre hijo. Pero espérate un poco, que ya te cogeremos, tunante... Te compraríamos por cinco mil duros si no supiéramos que habías de jugártelos en seguida.

Antes de llegar a la estación de Haro tuvimos una detención de tres horas

largas en medio de la vía, sin que nadie supiera por qué. Los viajeros, que entre unos y otros coches discurrían, hablaron de rotura de máquina. Después se dijo que no llegaríamos a Miranda. Un señor que entró en nuestro departamento porque en el suyo había demasiada gente, nos contó que las tropas liberales habían desalojado de La Guardia a los carlistas. Aquel buen señor, regordete, comunicativo y, al parecer, de ideas avanzadas, dijo después:

—Portugalete está en poder de los carlistas. Ya se sabe que don Carlos ha repartido recompensas por ese golpe de suerte: a Dorregaray le ha hecho teniente general y a Cástor Andéchaga mariscal de campo. ¡Bonito se está poniendo esto! A Bilbao le tenemos cercado de carcundas. ¡Ay mundo amargo, yo que tenía que ir allá para mis negocios!... ¿Van ustedes, por casualidad, a Vizcaya?

Contestéle que no por casualidad, sino por obligaciones ineludibles, queríamos ir a Vitoria.

Nuestro desconocido acompañante, llevándose las manos a la cabeza, aseguró que no podría ser sin llevar un salvocon ducto del Estado Mayor del maldito *Terso,* porque los carcas habían levantado la vía desde la Puebla de Arganzón a Nanclares. Repuso a esto Silvestra que si no había tren habría carros o borricos, y que de algún modo llegaríamos, pues nos era indispensable abocarnos con el administrador de Rentas de la provincia de Alava... Echado un remien do provisional a la locomotora, prosiguió el tren con marcha perezosa. Hacia las Conchas de Haro se plantó de nuevo como un cojo dolorido de sus débiles piernas. La segunda parada duró hasta el anochecer, y en ella tuvo tiempo el señor regordete para darnos noticia descriptiva y topográfica de la cruel guerra que asolaba el país.

No me detengo a referir los cuentos de aquel buen hombre porque me urge deciros que llegamos a Miranda de Ebro entrada ya la noche, hartos del tren y de su cojera insufrible. En la fonda de Guinea, donde nos albergamos, diéronnos pormenores de la toma de La Guardia. Aunque Moriones llevó consigo bastantes fuerzas para dominar la Rioja alavesa, aún quedaba en Miranda crecido número de tropas liberales.

A la mañana siguiente, dejando a *Chilivistra* en el lecho con un leve ataque de anginas, salí a recorrer el pueblo, con idea de encontrar entre la oficialidad de los Cuerpos allí estacionados algún amigo que me orientase en la correría fantástica que había emprendido, acompañando a una dolorida señora de buen palmito y un tantico alocada. Tan sólo encontré a un teniente de Puerto Rico, llamado Palazuelos, a quien traté mucho en Madrid, el cual me abrió ruta fácil hacia Vitoria con esta indicación:

—Proporciónese usted un carro, amigo mío, y agréguese mañana a la impedimenta de mi batallón, que por orden de Moriones sale para la capital de Alava.

Corrí a llevar esta feliz nueva a mi costilla postiza, y me la encontré metida en fervorosos rezos a San Blas, abogado de los males de garganta (festividad del 3 de febrero), con lo cual y unas gargaritas de zumo de limón pensaba curarse totalmente de su angina.

Por abreviar, diré que San Blas y el zumo de limón triunfaron en la garganta de *Chilivistra,* y seguida al pie de la letra la indicación del amigo Palazuelos, al anochecer del 4 nos aposentábamos en la fonda de Quintanilla, en Vitoria... Atormentado por la idea de mi entrevista con el administrador de Rentas, no pegué los ojos en toda la noche. Silvestra durmió a pierna suelta... En las primeras horas de la mañana me incitó a levantarme con fuertes voces, diciéndome:

—Mientras yo me lavo y me arreglo, vete tú a presentar tu libramiento al administrador de Hacienda... Despáchate, hombre, despáchate... Sacude la pereza. ¿Será preciso que te ayude a vestirte?... Si tuvieras mi genio, ya estarías en la calle, atento a tu obligación... ¡Hala, hala, despabílate!... ¡Ay, qué pelmazo, Virgen Santa!... Me desesperas...

Objeté yo que nada adelantaría con ir antes de las horas de oficina. Pero ella, con ademán despótico y voces displicentes, me soltó esta rociada:

—Vete pronto, que algún tiempo has de necesitar para saber dónde están esas oficinas. Coge tus papeles y no me vuelvas acá sin traerte el millón de reales.

No pasaré adelante sin daros detalla-

da noticia del carácter complejo de aquella mujer, estudiado por mí a medida que iba observando sus diferentes facetas en el curso del trato íntimo. Era mimosa, blanda y flexible, cuando en ella dominaba el instinto marital, o sea la irresistible necesidad de aproximarse al hombre. Era forzosamente autoritaria, tozuda y de palabra muy agria cuando imperaba en ella la soberbia. Su misticismo, o insana embriaguez de las devociones supersticiosas, prevalecía tan pronto como se le apagaba el ardor de las borracheras lúbricas.

En su conducta advertí una oscilación isócrona de péndulo: apenas se levantaba un palmo de lodo en que arrastraba su liviandad, emprendía rápido vuelo para subirse a una región de mentirosas estrellas, y de allí caía otra vez al fango. Del mismo modo, los arrebatos de su irritable amor propio alternaban en el curso diario de la vida con su mórbida humildad de fémina caprichosa. Había yo notado que durante semanas enteras comía vorazmente sucediendo al buen apetito abstinencias de anacoreta. La conocí tierna y amante; la padecí poseída de celos absurdos y de locas envidias. En resumen: llegué a ver en ella una especie de relicario diabólico en el que estaban contenidos los siete pecados capitales.

Salí aquella mañana por las calles de Vitoria en estado de ánimo semejante al de Sancho Panza cuando Don Quijote le envió al Toboso con la carta para Dulcinea. Largo rato divagué movido de una extremada confusión y perplejidad. ¿Presentaría mis documentos al administrador de Rentas? Sentado en un banco de la plaza de la Constitución, por hacer tiempo, saqué mis papeles, y examinándolos una y otra vez, fijándome en todos sus rasgos y primores de caligrafía, los diputé por buenos, absolutamente fidedignos. Con esta idea me fuí como una flecha hacia el edificio donde me dijeron que radicaban el Gobierno Civil y la Administración de Hacienda. Pero al llegar a la puerta, me sentí detenido por una mano que llamaré invisible y misteriosa. Así son todas las manos que en casos tales atajan a los personajes de novela, lanzados a veloz carrera por un fuerte impulso del corazón. Supersticioso miedo invadió mi alma. Oí la risilla de un diablo maleante y jovial, que, a mi parecer, salió de las oficinas armado de látigo, más bien zorro para sacudir muebles...

Me retiré, invocando a *Mariclío* para que de aquella horrible turbación me sacase. Pero por más que la llamé con el pensamiento, y aun con la voz, la Madre augusta no vino en mi auxilio. Decidí al cabo volverme a la fonda, después de dar vueltas y más vueltas por las calles circulares de la parte vieja de la ciudad, sin otro objeto que justificar, con una prudente tardanza, el plan concebido para dar el pego a *Chilivistra*... Encontré a ésta ya vestida con su hábito negro de los Dolores, en el cual brillaba el emblema de plata: un corazón atravesado por siete lindas espaditas. Advirtiendo en Silvestra el temblor de labio, signo infalible del punto culminante de su soberbia, me anticipé a su interrogación diciéndole con afectada serenidad:

—Pues verás, mujer, lo que me ha pasado.

Y ella, con seca voz airada, balbució estas palabras:

—Acaba pronto, majadero... ¿Traes el millón?

Me senté risueño, simulando cansancio para desarrollar mi plan dialéctico, que fuí exponiendo poco a poco en esta forma:

—Espérate un poco... Verás... Déjame tomar aliento... El señor administrador es un caballero amabilísimo, pero...

Interrumpióme Silvestra con estas frases cortadas, que tartajosas salían de sus labios:

—Amabilísimo, sí... Será un maula..., como tú..., un perezoso... Te habrá mandado que vuelvas. Esa gentuza de oficina siempre tiene en la boca el «vuelva usted...» ¿Y cuándo? ¿Esta tarde?

—Esta tarde, no... Pero no te sofoques, no te precipites. Siéntate y hablaremos—dije yo, viéndola correr y dar vueltas como una pantera enjaulada—. Estas cosas no pueden resolverse de momento. Hay casos excepcionales. Verás. El señor administrador, que, lo repito, es hombre muy fino, me ha mandado volver dentro de unos días..., ten calma..., sin precisar cuántos días... Es que ha tenido que dar a las tropas de Moriones la paga de noviembre y parte de la de diciembre. Ponte en su

caso, mujer. Ayer hizo el arqueo, y sólo tiene en Caja diez mil duros.

—Y ¿por qué no te los ha dado ese bergante?

—Eres una pólvora. Espérate. Los diez mil duros están en calderilla. ¿Cómo quieres que...?

Largo tiempo invertí en desfogar el encendido temperamento de aquella hembra, que se ponía insufrible cuando le soplaba el viento de la soberbia. Dos medios había para domarla: o apurar mis facultades parlamentarias, con refuerzo de halagos y carantoñas, o coger una estaca y convencerla con razones contundentes. Este sistema radical no lo había empleado nunca. Preferí en aquella ocasión el método de la verbosidad dulzona, y a la media hora de aplicarlo, ya estaba la señora como un guante. Díjome que después de almorzar haría sus visitas a las familias de Vitoria con quienes tenía conocimiento y amistad. Los Baraonas eran los primeros a quienes pensaba visitar, porque con ellos uníala estrechos lazos de parentesco. Después se vería con los Trapinedos, Prestameros y Romarates. De todas estas familias, que eran fieles fanáticas del *Dios, Patria y Rey*, esperaba obtener salvoconductos para penetrar sin riesgo en el campo carlista. Cuando comíamos me dijo que, por decoro y honestidad, no era prudente que yo figurase como su acompañante. Parecióme muy sensata esta precaución y le manifesté que si sus amistades y parentela le pagaban la visita, yo me ocultaría discretamente.

Al disponer por la noche nuestra partida en dirección a Durango, itinerario marcado por la terca vizcaína, ésta se rebelaba contra la idea de dejar en Vitoria los diez mil duros, y en su desvarío llegó a proponerme que cargáramos con la calderilla aunque para ello tuviéramos que alquilar cuantos carros fueran menester. Con nuevo gasto de saliva la disuadí de aquel disparate, asegurándole que con mis libramientos en regla bastaba para reducir a los cabecillas más inaccesibles al soborno.

En un mal carricoche, que alquilamos pagándolo muy bien, partimos de madrugada por el camino real de Peña de Amboto y Ochandiano. Invertimos casi todo el día en llegar a este último pueblo por entorpecimientos de la carretera y por los sobresaltos que nos causaron algunas partidas volantes, de las que logramos zafarnos gracias a los salvoconductos de que se pertrechó en Vitoria la tozuda señora que me llevaba de rodrigón o escudero.

En las agrias cuestas de la divisoria tuvimos que aplicar a nuestro desvencijado corruaje la tracción de una pareja de bueyes. En otras partes del camino, los deterioros causados por el temporal de lluvias nos obligaron a recorrer a pie largos trayectos. Estos desavíos, y el hambre que nos extenuaba por habérsenos olvidado la canasta de provisiones, moviéronnos a guarecernos en la posada de Ochandiano para comer tranquilamente y pasar la noche. Gozosos entramos a disfrutar del abrigo de aquella casa, donde, además de comodidades, tuvimos agasajo y cariño. La patrona, que era una mujer fresca, guapa y de gigantescas hechuras, nos trató desde el primer momento con afabilidad campechana. Apenas cruzados los primeros saludos entre la dueña del parador y *Chilivistra*, lanzáronse ambas a parlotear alegremente en lengua vasca, dejándome casi a oscuras de cuanto decían.

La cena fué sabrosa, animada y familiar, sentándonos juntos en la misma mesa la patrona con dos hijos suyos de corta edad. Silvestra, dos hombrachos de boina blanca con insignias de teniente el uno, de capitán el otro, y un servidor de ustedes. La posadera, cuyo asiento estaba frontero al mío, blasonaba de persona cortés, dirigiéndome frases en castellano macarrónico para indemnizarme del tedio que me producía el asistir en silencio a una conversación en vascuence.

—Esta señora—me dijo mi dama—se llama Polonia Zuazu y es sobrina carnal de nuestro amigo el cura Choribiqueta. Según ella, estás aburrido porque hablamos una lengua que no entiendes, y yo le digo que no debemos hablar castellano para que te acostumbres al son del habla nuestra y vayas aprendiéndola.

No refiero pormenores de aquella cena ni del franco regocijo que en ella reinó, porque anhelo pasar rápidamente a otro pasaje más interesante. Encendida la vela hospederil en candelabro de cobre, Polonia nos guió a la habitación que

nos destinaba. Apenas encerrados en ella, vi que mi compañera frente a mí se engallaba con ojos fulgurantes, y el temblor del labio inseparable de sus accesos de ira. Absorto quedé al oír este absurdo despropósito:

—Ya he sentido..., bien segura estoy..., que por debajo de la mesa... le pisabas el pie a Polonia... No lo niegues: tengo yo mucho pesquis para estas cosas... Y ella, la muy puerca, se dejaba caer pisándote a ti... Es claro como el agua... No se me han escapado tampoco las miraditas que cruzabais ella y tú.

Grave y firme, rechacé la indigna suposición de Silvestra. Pero ella, más enfoguetada en su imaginaria celera, prosiguió de este modo, agriando la voz y sacudiendo mi brazo:

—La gran bribona me dijo que eres muy guapo... Creerás tú que yo no entiendo de estas cosas... Claro: como soy santita no sé nada del mundo... Te equivocas, sinvergüenza... Yo sé muy bien que las gigantonas gustan de los enanitos..., y los chiquitines de las marimachos... Puedes irte con ella... No temas nada... El marido está lejos: sirve como tambor mayor en el sexto de Navarra.

De toda mi serenidad y paciencia tuve que valerme para refrenar la cólera. Cuantos argumentos me sugería la razón no bastaban para desvanecer el ridículo supuesto de aquella hembra desconcertada. Llegué a pensar que todo era invención caprichosa, histérica, para mortificarme. Por fin, con rotunda frase corté la disputa. Ordené a Silvestra que se acostara, y le dije que yo haría lo mismo, aplazando la cuestión para el día siguiente. Por fortuna teníamos camas separadas. *Chilivistra* se desnudó aprisa, esparciendo su ropa por el cuarto, y se metió en el lecho. Yo también me acosté.

Pero no pude disfrutar ni de un momento de calma, porque la furiosa mujer me atormentó con fingidos lloriqueos, y con estos lastimeros reproches:

—Podías hacerte cargo, hombre desvanecido y sin seso, de que por culpa tuya estoy yo en pecado mortal. Esto es tan verdad como Dios es mi padre. Yo vivía en santa ignorancia de ciertos desvaríos, y tú has venido con seducciones infernales a manchar mi conciencia. ¡Ay Virgen mía! ¿Quién me había de decir que yo pasaría del estado angélico al estado de condenación por las artes de este pillete vicioso, sin ley ni Dios?

Callado escuchaba yo tales desatinos, y mordiendo la sábana para no dispararme en denuestos contra Silvestra, me decía: «A esta loquinaria le rompo yo un hueso antes que amanezca, y si logro contenerme, mañana la dejo plantada aquí o donde me parezca mejor.»

Furiosa *Chilivistra* porque yo no quería contestar a sus invectivas, me tiró una bota, que vino a dar en mi frente. Más benigno que ella, contesté a su disparo tirándole una almohada. No acabó aquí el bombardeo. Viendo caer sobre mí la otra bota de ella, le arrojé yo las dos mías, a lo que contestó *la plaza enemiga* lanzándome un vaso de agua que tenía en la mesa de noche.

Ya no pude aguantar más. Me levanté. Vistiéndome con calma, vi que Silvestra se volvía de cara a la pared y se arrebujaba en las sábanas, como para prevenirse contra el vapuleo que merecía.

XV

Defendiéndome del frío con mi gabán y la manta de viaje, me tendí en un sofá de Vitoria, no sin requerir mi cachava, cuyo auxilio me pareció necesario, en expectación de lo que ocurrir pudiera. Contra lo que esperaba, mi basilisco permaneció silencioso entre las sábanas, y a la media hora el rumor de su respiración me advirtió que se había dormido. Yo también descabecé algunos sueñecillos sobre el duro sofá.

Apenas entraron por las rendijas del balcón las primeras claridades del alba, me sorprendió la voz de *Chilivistra* en los tonos más dulces que usar solía cuando su magín recobraba el normal equilibrio:

—¡Ay Tito, ven! Hazme el favor. He despertado con terribles dolores en la paletilla derecha. ¡Ay, ay! Ya se me corren por la espalda hacia el costado. Acércate, dame unas friegas como tú sabes hacerlo por toda esta parte. Anda pronto, que no puedo respirar.

Acudí a ella, y sin hablar palabra le di los deseados refregones, recordando

que había estado en un tris el dárselos de acebuche.

—¡Ay Tito—me dijo, plañidera—, qué arisco estás! Ni siquiera me preguntas cómo he pasado la noche. Yo he dormido algo, ¿y tú?... Pero ¿qué haces, tonto? ¿Te vuelves al sofá sin decirme nada? Llégate otra vez aquí y friégame más fuerte, que aún no se me ha quitado el dolor.

Mientras yo le raspaba la piel con verdadero ahinco, la fierecilla me habló de esta manera:

—Ya recuerdo. Estás enojado por lo que pasó al acostarnos. Tú eres un gran pillo, y yo me disloco cuando me figuro que no me quieren... En mi cama tengo una de tus botas y en la tuya deben estar las dos mías. Vaya, no se hable más de eso, y veamos en todo ello la fuerza del querer. Se me metió en la cabeza que le pisabas el pie a Polonia; esta idea, y el decirme ella que eres muy guapín, me sacaron de quicio.

Había pasado el arrechucho. La gata nerviosa pedía reconciliación con suaves mayidos. Como siempre prefiero la situación de paz a la de guerra, accedí a las paces para evitar mayores disgustos. Junto a ella dormí largo rato, y ya serían las nueve cuando me despertó con fuertes empujones, diciéndome:

—¿No oyes tocar a misa? Levantémonos, vistámonos a escape. Hoy no me quedo sin misa, y tú irás conmigo, que buena falta nos hace a los dos.

Al volver de la iglesia, la simpática Polonia nos dió el desayuno en la planta baja de la casa, donde tenía taberna y estanco. Junto a nosotros tomaba la mañana el fornido carlistón en quien vi la noche antes las insignias de teniente, el cual nos dijo que si a Durango íbamos él nos llevaría gustoso. De diez a once saldría en aquella dirección conduciendo un convoy de víveres. Aceptó Silvestra el galante ofrecimiento, y poco después emprendíamos nuestra marcha en un carro de la impedimenta carlista. Nada de particular nos ocurrió en el camino. A la caída de la tarde, cuando ya nos aproximábamos al fin de nuestro viaje, paró el convoy junto a un robledal espeso. El teniente, que iba a caballo, se acercó a nuestro carro, y nos dijo:

—Antes de seguir adelante quiero decir a ustedes que yo me quedaré a cenar esta noche en una casa de campo que encontraremos cerca de San Pedro de Tavira. Es la quinta de Aizpurúa, hoy propiedad de mi prima Pepita Izco. Sabiendo que son ustedes amigos de Pepita, les invito a que pasen allí la noche. Estoy bien seguro de que en ello tendrá mucho gusto mi parienta.

Al oír mi dama el nombre de Pepita Izco palideció, y su labio temblicón indicó la inminencia de otro estallido de celos. De un brinco descendió del carro; yo hice lo mismo, tratando de contener los bufidos de su enojo ante los soldados, que ya se arremolinaban en torno nuestro. Sin cuidarse del público que en derredor teníamos, el basilisco agarróme las solapas del gabán y me increpó en esta forma desatinada y virulenta:

—¡Malvado! Anoche, mientras yo dormía, concertaste con este teniente..., ya lo veo, ya..., que te trajese a la casa de tu antiguo amor, Pepita Izco... ¡Bien, muy bien!... ¿Es ello propio de un caballero?

Al decir esto me estrujaba, y llenando de arañazos mi rostro, me desanudaba la corbata. Yo no hice más que rechazarla con alguna violencia. El teniente acudió a contenerla. Sofocado y casi sin aliento, apenas pude formular algunas palabras en mi defensa.

—Esta señora está loca—afirmé—. Llévenla donde quieran. Yo me vuelvo a Ochandiano.

Y dejando a Silvestra rodeada de los del convoy, fuí a sacar del carro mi maleta, para poner en ejecución inmediatamente lo que había dicho. En esto, sentimos por el robledal toques de corneta y ruido de tropas. Era un destacamento de la división de Lizárraza, que, según después supe, iba a Portugalete.

Pronto se vió aquel trozo de la carretera lleno de soldados. El capitán que mandaba a los de Lizárraga reconoció al instante a la fierecilla, y se fué hacia ella gozoso, saludándola con estas voces:

—¡Oh *Chilivistra!* ¿Tú aquí, mujer? ¿Qué te pasa, qué es esto?

Ella, lívida, las manos en alto, la boca espumeante, vociferaba contra mí con los dicterios más atroces: infame, traicionero, burlador de mujeres honradas, enviado de Satanás...

En tanto, los del convoy me apartaban hacia otro lado, y por sus miradas y actitudes comprendí que todos se ponían de parte de la señora. Produjose una confusión tan grande que no pude darme cuenta de lo que pasaba. Luego vi que el convoy se ponía en marcha, llevándose al basilisco en el mismo carro que hasta allí nos condujo. En pie, seguía dando gritos, entre los cuales percibí estos acentos trágicos:

—¡Matarle, fusilarle!

El capitán de la columna se llegó a mí, diciendo, risueño y zumbón:

—Hola, Tito, gran Tito. ¿Viene usted a proclamar la República pontificia?

Fijándome en él, caí en la cuenta de que era un muchacho durangués, muy simpático por cierto, llamado Mendía y vecino de mi hermana Trigidia. Al reconocerle, abrí mis brazos con efusión, diciéndole:

—Amigo, déme usted un abrazo. ¡Qué alegría tan grande!

—¿Alegría, dice?—exclamó el capitán—. Y ¿quiere abrazarme? Pero ¡si debe usted renegar de mí! Le tengo a usted por hombre sospechoso. Conozco bien sus ideas, y seguramente no viene usted aquí a cosa buena. Me veo, pues, precisado a detenerle. Venga usted conmigo.

—Deténgame y lléveme adonde quiera, Es usted mi salvador.

—¡Su salvador!... ¿Por qué?

—Porque al librarme de esa tarasca me ha sacado de la más horrenda esclavitud. Dice usted que me lleva preso, y yo digo que esa prisión equivale a mi libertad.

El capitán ordenó a un soldado que llevase mi maleta, indicándome que a su lado marchara. Obedecí, y platicamos tranquilamente, andando por senderos para mí desconocidos. Cerrada la noche, entramos por ásperas cañadas, entre matorrales espesos.

—Debe usted agradecerme, señor Tito—me dijo el capitán—, que no le haya dejado ir a Durango, donde tiene usted no pocos enemigos; hay allí personas que desean cobrarle el bromazo que nos dió con aquella pamplina del Imperio Hispano-Pontificio. Se ha librado usted de que le contesten al discurso con una tanda de cardenales... Además, le diré, por si lo ignora, que su padre, don Matías Liviano, no está ya en Durango; hace un mes se fué con su hija Trigidia y sus nietos a Motrico, buscando mayor sosiego. Ignacio Zubiri está en el Cuartel Real de don Carlos.

La noticia de la ausencia de mi padre y hermana turbó un poco mi espíritu. Pero estas desazones, así como la idea de mi cautiverio, eran compensadas por la felicidad de haber sacudido el insufrible yugo de *Chilivistra*. A las dos horas de camino por terreno quebrado, vadeando arroyos y franqueando divisorias, empecé a sentir cansancio y desaliento, dándome cuenta de la gravedad de mi situación... ¿Adónde me llevaban? ¿Qué sería de mí entre aquellos hombres fanáticos, que subordinaban toda ley de humanidad a las absurdas pretensiones de un rey de fantasía?... No estaba yo acostumbrado a las marchas militares sin descanso ni respiro. Aquellos sectarios de inflamado corazón y temple duro tenían piernas de acero. Para engañar el tiempo y la fatiga amenizaban la constante andadura con alegres cantorrios.

El capitán callaba, y, de rato en rato, con frase breve, hacía por estimularme a que pusiera mi paso perezoso al aire y compás de la columna incansable. Ladridos de perros venían a nosotros de una parte y otra, añadiendo las notas campesinas al tumulto de nuestras pisadas. Avanzaba la noche, fría y oscura, sin que el formidable aliento de los recios campeones, ávidos de tragarse las leguas y de medir con sus pies el terreno sin fin, diera señales de amenguarse. A la madrugada, ya era yo como un muerto que se movía por máquina... Al clarear el alba distinguí casas; vi algunos paisanos que salían a nuestro encuentro; oí terminachos y salutaciones en vascuence. Entrábamos en un pueblo. Mis pobres huesos dieron gracias a Dios.

—¿Descansaremos en este lugar?—pregunté a Mendía.

Y éste secamente me respondió:

—Nosotros no descansamos; hemos de seguir a marcha forzada algunas horas más. Usted se queda aquí a disposición del comandante de la fortaleza. Se registrará su maleta y su ropa, a fin de saber qué mensajes o encomiendas trae. Deseo que no resulte nada contra usted. Adiós, amigo.

En esto llegamos a una plazoleta em-

pedrada y llena de baches. Vi acercarse a unos hombres de boina, embozados en sus capotes. Uno de ellos traía un farol que tristemente pestañeaba en la oscuridad, pues la aurora, mensajera del rubicundo Febo, apenas hendía los horizontes con sus dedos de rosa...

Metiéronme por angosta puerta en una tenebrosa estancia, y a la luz del farol macilento me tomaron el nombre, edad, profesión, etc. Mis respuestas se ajustaron completamente a la verdad. Luego hicieron registros escrupulosos en toda mi ropa, tentándola por una y otra parte, por si entre los forros sonaba ruido de papeles. Los que yo llevaba en el bolsillo, entre ellos mi credencial de delegado secreto y algunos apuntes, los entregué antes que me los pidieran. Después me quitaron las botas, sospechando que en ellas escondía algún parte o reservada confidencia. Iguales pesquisas hicieron en el sombrero.

Cuando el registro hubo terminado, el que parecía jefe de los tres que conmigo estaban me dijo en mal castellano:

—Aquí quedarte a la resultas de lo que contenga el contenido de estas papelorias.

Sin más razones, reintegrado en el uso de mis botas, gabán y sombrero, leváronme por un pasillo de dos ángulos y me metieron en un aposento cuadrilongo, donde vi, a la luz del consabido farol, por un lado un mal avío de estera, jergón y manta, y al otro una silla. En tal regio alojamiento me dejaron, recomendándome la paciencia con frases medio vascas, medio castellanas, y salieron cerrando la puerta con dos vueltas de llave y corriendo un cerrojo, que rechinó como risotada del Infierno.

Renocociendo aquel antro con fugaz mirada, pude apreciar en uno de sus muros una reja que daba al campo. El techo era de bóveda, las paredes renegridas, el suelo mitad de ladrillos, mitad de tierra. Mis pobres huesos me pedían el descanso, y yo lo pedí para ellos y para mi cerebro al hinchado jergón, que por ser de hoja de maíz tocó diferentes piezas de música cuando en él me acosté... Creo que de un tirón dormí todo el día y la noche siguiente. Anidaban en mi cárcel el tedio, la tristeza y la desesperación. Pero yo saqué del fondo de mi alma el caudal recóndito de mi estoicismo para defenderme de las ideas negras.

Corrían los días, sustrayéndome con su lentitud somnífera la noción exacta de su valor cronométrico. El único ser humano que me visitaba era una diligente abuelita, que me traía mi alimento por mañana y tarde: medio pan y una ración de rancho, no mal guisado, ni tampoco escaso. Mi carcelera, que no carecía de espíritu de caridad, solía dolerse de mí con palabras dulces y consoladoras, dichas en una mixtura de vascuence y castellano que me hacía mucha gracia. Un día, no sé si al tercero de mi prisión, o al octavo o al quinto, me obsequió con estas frases que traducidas copio:

—Mire, señor: le voy a traer, si usted quiere, a un curita del pueblo para que le vaya preparando.

—¿Preparándome?... ¿Para qué?

—No se asuste, señor. Nuestra fe nos manda que tengamos la conciencia siempre muy limpia y muy ligerita de alas para poder volar hacia Dios cuando éste lo disponga. Nadie se ve libre de un torozón o de un súpito a la cabeza. Por eso le digo: ¿qué pierde con estar preparadito?

Llamaban a mi guardiana *Maribatista,* y era tan buena que de su cuenta me llevaba bizcochos higos pasados o alguna otra golosina para mi regalo.

La primera visita que me hizo el jefe de la fortaleza no fué anterior al décimo día de mi cautiverio, según mis imperfectos cálculos del curso del tiempo. Entró en mi calabozo una mañana, regañando con áspero acento a dos tagarotes que le acompañaron hasta la puerta:

—Pero ¡qué brutos *seis!*—gritaba—. ¿No *vus* dije que metierais aquí un *talburete?* ¿Queréis que el preso y yo hablemos *asentı dos* en una solá silla?

Pronto trajeron una banqueta, y al punto quedé solo con el terrible fantasmón que en aquel instante disponía de mi suerte. Era un viejecillo seco, de alta estatura, de manos sarmentosas. Si por su habla y acento se me reveló como hijo de Castilla, por su edad entendí que era un veterano de la primera guerra, reducido en la segunda a ejercer funciones sedentarias.

Con rudezas de forma, tras de las cuales traslucí un fondo de humanidad y cortesía, me dijo el viejo carlistón que mis papeles entrañaban prueba plena de intentos alevosos contra la causa del rey, intentos que sin duda venían de muy alto, por lo cual, él y sus compañeros habían decidido remitir todo el papelorio al general en jefe, a fin de que éste resolviera *lo procedente* en caso tan grave. Añadió que aún estaba yo vivo *motivado a que él* no quería cerrar mi boca antes que Lizárraga, Elío o Dorregaray metieran sus dedos en ella, para saber de dónde venía aquella infamia de querer comprar a los jefes carlistas con el judío dinero liberal.

—Pues lléveme usted—dije yo con viveza—, lléveme pronto a presencia de uno de esos generales, ante quien declararé, como ante usted declaro, que soy inocente, y pruebas tengo de ello.

La respuesta de mi cancerbero fué indecisa, con un dejo de sorna castellana; el general era quien había de decidir si se dignaba escucharme o si, por primera providencia, debía yo ser pasado por las armas... Ya me lo dirían *para mi conocimiento y efectos consiguientes.*

XVI

No me afligieron más de la cuenta estos siniestros augurios. Envuelto en la toga de mi resignación, esperaba sereno las derivaciones probables de mi cautiverio. Además confiaba en el auxilio de mi divina Madre que seguramente no me dejaría perecer a manos de aquellos bárbaros. Una noche desperté arrebatado de súbito alborozo y salté del jergón creyendo ver, viendo, mejor dicho, el rostro inefable de *Mariclío* asomado entre los barrotes de mi reja carcelaria. Palabras fervorosas se escaparon de mis labios, y oí claramente esta contestación de la excelsa señora mil veces augusta:

«Nada temas, hijo: yo estoy al cuidado de ti. Imita mi paciencia, imita mi serenidad ante esas guerras tan inverosímiles, ¡ay!, como verdaderas. Estamos dentro de un absurdo vestido de realidad, Carnaval sangriento. Escribiremos una Historia que no será creída por los venideros, y, al leerla, si es que la leen, pensarán que hemos escrito cuentos disparatados para educar a los niños en la barbarie y en la imbecilidad.»

Al recostarme de nuevo en mi jergón, dilucidaba yo con vagas cavilaciones si lo que había oído me lo dijo la Madre o me lo cantaron las armónicas hojas de maíz, gimiendo bajo mi cuerpo... Rodaron días sin otra visita que la de la señora *Maribatista,* amén de las que me hacían de noche alimañas audaces, ávidas de aprovechar los restos de mi pitanza. La viejecilla continuaba dadivosa y afable, y me entretenía con amena charla mientras trajinaba en mi calabozo haciendo una limpieza elemental. Rara vez al traerme la comida dejaba de añadir alguna fineza, y una tarde me obsequió muy gozosa con un pedazo de mazapán y un Niño Jesús de alfeñique, obra de las monjas vecinas.

Hecho a la soledad y a la meditación pasaba yo mis horas revolviendo el copioso archivo de mi vida pasada, rememorando mis adversidades y bienandanzas, trazando síntesis históricas para un libro que seguramente no escribiría nunca, y comunicándome por la fuerza expansiva de mi espíritu con seres que me habían divertido sin hacerme ningún daño: *Leona la Brava, Don Florestán,* Graziella, José Ido, sin olvidar las pedantescas figuras simbólicas de *Doña Gramática* y sus vetustas compañeras.

Una noche, después de beberme una botellita de vino blanco que a hurtadillas me llevó *Maribatista,* mi encendido cerebro me trajo la visita de seres que, si eran vivos fuera de allí, no eran dentro de mi calabozo más que simples fenómenos espectrales. El primero que entró fué Serafín de San José, el cual, fieramente, tirándome de los pies como para despertarme, me decía: «Si me hubieras traído contigo como contador y maestro de partida doble, no te verías como te ves. Con la mitad del dinero que te dió el Gobierno para la compra de cabecillas habríamos dado la paz a España..., y con la otra mitad nos hubiéramos divertido tú y yo lindamente... Contando con este negocio, ofrecí ya a Cabeza un aderezo de brillantes..., y ahora, ¿qué aderezo le daré, como no sea una ristra de ajos?... ¡ja, ja!»

Se me apareció luego Graziella, dando el brazo a un bulto negro en quien vi un esbozo de la figura de don Hilario.

La diablesa, con mirada burlona, se sentó junto a mí, produciendo en la paja del jergón un ligero estallido de risa. «Para que salgas de estos trances, Tito salado—me dijo—, voy a ponerte en el dedo del corazón el anillo de Astaroth, hijo de Astarté, la infernal divinidad que yo reverencio.» Sentí, en efecto, el roce del anillo al entrar en mi dedo. El informe bulto negró tiró del brazo de Graziella, y ambos salieron, dejando tras de sí los ecos o salpicaduras de una cháchara zumbona.

No fué aquella noche, sino otra, cuando la ingestión de medio azumbre de chacolí, obsequio de *Maribatista*, me produjo la visión de un espantable murciélago que se coló por la reja, y después de chillar revoloteando junto al techo, se posó cerca de mí, deslumbrándome con sus ojos de fuego. Era el propio *Don Florestán*, con su melena, perilla y pómulos pintados. De su hocico ratonil escuché estas grotescas manifestaciones: «Acabo de escribir al Séptimo Carlos una carta de su abuelo don Carlos María Isidro, en la que le dice que afane para sí todo el dinero que traes y te ponga en libertad, dejándose de más guerras y nombrándote su chambelán honorario.»

En una de las siestas que yo comúnmente dormía, me fueron a ver *Leona* y *Doña Gramática*. Díjome la primera que ya era duquesa de Mula, y que para evitar la fealdad de esta palabra, la concesión del título decía: *Duquesa de la Mula del Nacimiento*. Había tomado a *Doña Gramática* como aya o maestra del buen decir para no hacer mal papel entre la grandeza...

Segunda y tercera visita recibí del áspero comandante castellano, y en ambas no hizo más que repetir o parafrasear lo que me había dicho la primera. Una mañana fuí sorprendido por el bullicio de multitudes, congregadas en el campo que rodeaba mi cárcel. Más tarde oí pasos y voces de tropas en acción. Sonaron tiros lejanos, algún tiro próximo, y a esto siguieron chillidos de mujeres no lejos de la reja de mi calabozo... Pensé que de aquella batahola podría resultar mi liberación; pero no fué así.

Al anochecer entró en mi celda el comandante, seguido de tres descomunales guerrilleros, notificándome que el general de la división reclamaba mi persona para someterme a un interrogatorio *conforme había lugar en justicia*.

—¿Puedo saber adónde voy?—le pregunté.

Y él, rígido y seco, me contestó repitiendo el cuento del loro:

—Usted *seor* Tito, irá *aonde o leven*.

Laconismo tan áspero me enfadó; pero el estoicismo selló mis labios. Sacáronme al pasillo y del pasillo a la calle, donde vi grupos de soldados que se iban a poner en marcha. Despidióme el comandante con una mirada lastimera y un saludillo militar. En cambio, los adioses de *Maribatista* fueron de ternura casi materna, con el aditamento de unas lonchas de jamón y unos bollitos, que me dió envueltos en un número de *El Cuartel Real*. Ya que la pobre mujer no pudo darme noticia del lugar adonde me llevaban, por ella tuve conocimiento del tiempo que había durado mi prisión. Cincuenta y dos días estuve recluído en aquel antro que, visto por fuera, se me representó cual un resto vetusto de construcción feudal. Como apenas podía yo tenerme a causa de mi dilatada inmovilidad, me metieron en un carro de víveres atándome los pies para que no me fugara.

Y aquí me tenéis otra vez, llevado por valles y montes hacia lugares desconocidos, donde se decidiría la solución adversa o favorable que mi destino me deparase. La noche era fría y clara, con hermosa luna creciente, cielo limpio, atmósfera de hielo. Un individuo de los que custodiaban el carro tuvo lástima de mí y me cubrió con una manta de munición. Al abrigo de ésta traté de adormecerme. Tocándome las manos y las sienes apreció en mí un estado febril, y ello fué causa de que la pesada modorra me trajera visiones fraguadas en mi propia caldera cerebral, imágenes absurdas que al desvanecerse no dejaron rastro en mi memoria.

No sé decir a mis compasivos lectores en qué día y hora terminó el suplicio de mi segunda caminata, conducido por amenos valles y verdes montes en un convoy carlista. Sólo apunto que el sol alumbraba en el cenit cuando paró la caravana. ¿A qué lugar de Vasconia me habían llevado? No lo sabía. También ignoraba si el general que recla-

mara mi presencia era Lizárraga, Mendiri, Dorregaray o Cástor Andéchaga, pues estos cuatro nombres sonaron en mis oídos durante la penosa marcha.

Desatados mis pies, dos mozarrones me llevaron en vilo a un aposento bajo, espacioso y maloliente. Yo no podía moverme, debilitado por la inanición y abrasado por la fiebre intensísima. En mi horrible turbación pude hacerme cargo de que me hallaba en un improvisado hospital de sangre. Así me lo revelaron gemidos, ayes dolorosos que a mi lado sonaban... Un hombre, que por las trazas era médico, se acercó a mí, y después de reconocerme minucioso, ordenó que me arropasen con mantas o capotes, prescribiendo brebajes de quinina y alimentación muy moderada.

Desde la visita del físico ceso en las referencias directas de mi persona, porque estuve privado de conocimiento en largos días, conservando sólo un brumoso recuerdo de la horrenda sed, del amargor de la quinina y del repugnante gusto de los caldos que me daban.

Cuando mis sentidos empezaron a recobrarse, pude advertir que muchos de mis compañeros de hospital se morían lindamente, y oí los azadonazos de los que a la parte de afuera les cavaban la sepultura. Otros, destrozados por las balas, venían a sustituir a los fenecidos... Mujeres, que parecían monjas por su parda vestimenta y luengos rosarios, andaban entre nosotros con blando pisar de alpargatas. Eran enfermeras bondadosas, calladas y solícitas.

Mi renacer a la vida fué un vertiginoso cavilar sobre la impía guerra civil, monstruo nefando que sólo me mostraba sus extremidades dolorosas. Dos ejércitos, dos familias militares, ambas enardecidas y heroicas, se destrozaban fieramente por un quítate allá ese trono y un dame acá ese altar. No era fácil decir cuál de estos dos viejos muebles quedaba más desvencijado y maltrecho en la lucha. En sinfín de páginas de la historia del mundo se ven hermosas querellas y tenacidades de una raza por este o el otro ideal. Contiendas tan vanas y estúpidas como las que vió y aguantó España en el siglo XIX, por ilusorios derechos de familia y por unas briznas de Constitución, debieran figurar únicamente en la historia de las riñas de gallos. Así lo pensaba yo en aquellas horas siniestras de mi vida, y así lo pienso todavía.

Ahora voy a dar a mis joviales lectores un plato de gusto, contándoles que una mañana fuí conducido por las blandas mujerucas y algunos militares de indecisa graduación a una estancia del piso alto, ancha y luminosa, donde me dieron alimento escogido para fortalecerme en mi convalecencia. Diéronme también cama bien mullida, y en derredor mío vi un mediano ajuar de cómodos muebles. Encontrábame allí como el pez en el agua, y mi sorpresa fué tan grande como mi alegría cuando un vejete modoso y limpio, de porte un tanto sacristanesco, y una monja gordita, risueña y algo cojitranca, me dijeron que ya no corría peligro de ser fusilado. Por mi vida se interesaban personajes altísimos, y aun damas y princesas. No necesito decir cuánto me holgué de aquel feliz cambiazo en mi destino... No riáis, parroquianos maleantes que entretenéis vuestra ociosidad con estas lecturas, no riáis y esperad lo que resta de mi cuento.

Mis nuevos guardianes no sabían qué hacer para facilitar de un modo grato mi reparación orgánica. Menudeaban las comiditas sabrosas, alternadas con tragos de confortantes licores. De añadidura, me asearon y compusieron, poniéndome muy elegantito. Por efecto de aquel dulce trato y de las cosas estupendas que pasaron ante mi vista, hube de reconocer en mí el trastorno más delicioso y la ensoñación más bella que yo había gozado en mi existencia de historiador y de poeta. A la hora de comer presentáronme cierto día una linda mesa pulquérrima con todo el aderezo de vajilla y cristalería que pide un yantar lujoso. Mandáronme sentar en el único sillón colocado a la cabecera de la mesa. Frente a mí, a bastante distancia, había un ventanal, y junto a él extensa hilera de figuras femeninas, cuyos rostros no podía distinguir por estar ellas de espaldas a la vivísima luz del sol. La figura del centro, si no era *Mariclío*, se le parecía mucho.

Dada la señal de empezar la comida por mis guardianes, que permanecían en pie detrás de mí, avanzaron hacia la mesa dos señoras de las que formaban fila junto al ventanal. La una era la titulada reina doña Margarita de Parma,

esposa de Carlos VII; la otra, doña Isabel II, que, aunque destronada, conservaba su rango majestático. Ambas señoras recibían de manos del maestresala y de la monja los platos exquisitos y me los servían con soberana gentileza... Yo no sabía qué decir ante tan inauditos honores, y por no estar callado repetí con turbada voz los famosos versos:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido...

Del grupo de las señoras destacáronse otras para compartir con las reinas el honor de servirme: eran la infanta doña María Isabel Francisca, viuda de Girgenti, y doña Blanca, esposa de don Alfonso de Borbón y Este... Las reinas y princesas, así como las otras damas que ponían ante mí los ricos manjares, retirando después los platos ya vacíos, me agraciaban con sonrisas y donosos mohines sin pronunciar palabra.

Inmóvil en su puesto ante el ventanón permanecía la Madre *Clío,* como presidiendo la escena de cuento infantil en que yo era estupefacto protagonista. No pude contener mis ganas de conversación, y desde mi situal dirigí a la Madre estas regocijadas expresiones:

—Te veo, señora, sin distinguir claramente tu semblante augusto. Pero aunque no te viera, te reconocería por el bromazo que me das, ordenando que me sirvan de comer testas más o menos coronadas y altísimas princesas de sangre real. Ello es el signo fantástico de la soberana protección que concedes a tu siervo humilde, indigno amanuense de tus sacros anales...

¡Jesús, qué delirio! Por Júpiter y don Pedro Calderón, ¿soñar es vivir?... Dormí hondamente la mona, empalmando la tarde con la noche, y a la siguiente mañana, apenas me vestí y acicalé, llegóse a mí con su blando andar de alpargatas mi monjita guardiana, y así me dijo:

—Un ayudante del teniente general don Antonio Dorregaray ha venido con el recado de que éste le espera a usted para conferenciar.

—¡Ah, no lo sabía!...—exclamé requiriendo mi gabán y sombrero.

—Pero ¿no sabe que llegó anoche el general? ¡Pues poco ruido que hicieron las tropas al distribuirse en sus alojamientos! ¿Nada oyó usted? Claro..., ha dormido entre tarde y noche dieciocho horas seguidas...

Las últimas palabras de la buena señora fueron para decirme que estábamos en el valle de Luyando, y que corría la segunda quincena de abril. Inmediatamente salí con el ayudante, que me llevó por la carretera, sorteando baches y montones de grava. A un lado y otro vi soldados que ocupaban caseríos y tiendas de campaña. En corto tiempo llegamos a un grupo de casas, entre las cuales se destacaba una con gran portalada señorial guarnecida de escudos. La muchedumbre de oficiales que vi al entrar, me indicó que aquél era el alojamiento del teniente general Dorregaray. Subimos al primer piso y el ayudante me metió en una estancia que parecía biblioteca, con alta estantería de nogal bruñido por el tiempo.

Retiróse el ayudante, después de decirme que esperase un momento, y a los diez minutos de estar allí vi aparecer al caudillo carlista don Antonio Dorregaray, cuyo semblante conocía yo por los retratos que en aquella época prodigaban los periódicos ilustrados. Era un hombre fornido, membrudo, de negra y espesa barba partida, despejada frente y expresivos ojos. Desde el primer momento advertí en él cierta benevolencia mezclada de curiosidad. Hízome sentar frente a sí, junto a una mesa, donde vi números de *El Cuartel Real,* una escribanía de cobre con plumas de ave mojadas de tinta y algunos pliegos sueltos a medio escribir. Presidía la estancia un retrato litográfico de Carlos VII, montado en brioso corcel de flotantes crines, que lanzaba por narices y boca los vahos espumosos de su fogosidad.

XVII

Inició el general nuestro coloquio con estas palabras corteses:

—Días ha que deseaba yo hablar un rato con usted. Antes de tratar de los papeles que se le recogieron al ser detenido, debo decirle que han llegado a mí referencias de su persona. Por Carlos Calderón, a quien usted conoce, sé que es usted historiador de nota.

—De afición no más, mi general—respondí con modestia—. Mientras llega el caso de examinar los hechos históricos, me dedico a estudiar los caracteres que los producen. Al venir aquí me traje el bosquejo de la figura militar de vuecencia, y si quiere le daré una muestra de la escrupulosa fidelidad con que hago mis investigaciones.

—Suprima tratamientos y siga.

—Nació usted en Ceuta, en mil ochocientos veintitrés, y a los doce años ingresó como cadete de Infantería en el ejército de don Carlos María Isidro. Tenía usted el empleo de subteniente cuando se acogió al Convenio de Vergara, pasando a prestar servicio activo en el Ejército nacional. Con el mismo grado de alférez guerreó usted a las órdenes de Oraa y Espartero para someter a los carlistas que aún asolaban el Maestrazgo. Se batió usted en el sitio de Castellote y en la toma de Morella... El cuarenta y ocho y cuarenta y nueve, siendo ya teniente, operó usted contra la facción montemolinista, que se organizó en las provincias vascongadas, y por sus méritos le hicieron capitán. En julio del cincuenta y cuatro se adhirió usted al movimiento de Vicálvaro, a las órdenes del general don Leopoldo O'Donnell, y ascendió a comandante. Dos años después se le condecoró con la cruz de San Fernando de primera clase por su animosa conducta en las turbulencias que ocurrieron en Madrid. El cincuenta y nueve fué usted a la guerra de Africa en el batallón de Alcántara, uno de los que componían la brigada de vanguardia del Primer Cuerpo, mandado por el general Echagüe. Tomó usted parte en las más lucidas acciones de aquella guerra, y el nueve de enero del sesenta se le dió, a petición suya, el mando de las fuerzas de presidiarios armados. En cuatro de mayo se le nombró ayudante de campo del general de la división en que servía, y en este puesto logró usted el grado de teniente coronel.

—¡Oh, qué hermosa guerra!—exclamó Dorregaray, dilatando su espíritu en remembranzas placenteras—. ¡El Serrallo, Castillejos, Montenegro, Tetuán!... Siga, siga.

—Después de la guerra de Africa hizo usted servicio de guarnición en diferentes poblaciones, demostrando siempre sus grandes conocimientos en táctica, ordenanza y ciencia militar. Poseía usted, además de la cruz de San Fernando, concedida en mil ochocientos cincuenta y seis, la de San Hermenegildo, que le fué otorgada el cincuenta y ocho, y otra de San Fernando de primera clase, que se le dió por su bravo comportamiento en la batalla de Wad-Ras. El sesenta y dos se le impuso el hábito de la militar Orden de Santiago... Vea usted, mi general, qué bien enterado estoy de los méritos y servicios del teniente coronel don Antonio Dorregaray hasta que, en los últimos meses del sesenta y ocho, sus ideas le llevaron a ingresar de nuevo en el ejército absolutista.

—Está muy bien, señor mío—dijo Dorregaray, reforzando los conceptos con expresivas cabezadas—. Si completa usted el estudio de las personas con el examen imparcial de los hechos, será usted un historiador digno de tal nombre.

—Me falta decir que conozco y trato a muchos distinguidísimos militares que fueron y son amigos de usted: los hermanos Pieltain, Primo de Rivera (Rafael y Fernando), Martínez Campos, Pavía y Alburquerque, Nandín y Moya, ayudantes de Prim, Echagüe, Zabala y algunos paisanos ilustres como el marqués de Beramendi, el barón de Benifayó...

—Bien, basta ya—dijo el caudillo realista, cual si quisiera apartar de sus ojos una nube de tristeza—. Tengo mis afectos repartidos en uno y otro campo... Pero dejemos esto y vamos al asunto que motiva nuestra conferencia. Los papeles de usted..., ese extraño nombramiento de delegado secreto para someter por el soborno a los jefes carlistas, paréceme monstruosamente falso por la enormidad del intento, y verosímil por la perfección de la escritura. Conozco muy bien la firma de García Ruiz, que conmigo se ha carteado más de una vez; las firmas de Echegaray y del director del Tesoro también me son conocidas, y, por tanto...

Hube de interrumpir al caudillo, anticipándole mi sincera y leal explicación de aquellos farandulescos papeluchos. Eran un bromazo que me dió al salir de Madrid el más sutil calígrafo que existe en estos reinos. A la objeción lógica que

vi apuntar en los labios de mi sagaz interlocutor, me adelanté diciéndole:

—Naturalmente, se asombra usted de que yo, conociendo la falsedad de estos papeles, los haya traído conmigo al pasar del campo liberal al campo absolutista. Comprenderá usted mi torpeza cuando se entere de que padezco desvaríos mentales que alteran temporalmente mi fiel apreciación de las cosas, y cuando, por añadidura, sepa que salí de Madrid bajo la sugestión insana de una mujer histérica, antojadiza y atrabiliaria, que me hacía ver lo blanco negro...

—Ya, ya. ¿Hembra tenemos? ¡Malo, malo! —exclamó don Antonio, conteniendo la risa y sacando del bolsillo del pecho los documentos de autos—. Entre los papeles del señor don Proteo Liviano hay un plieguecillo, escrito con lápiz, en letra de mujer bastante garabatosa, que dice así: «Pesquemos primero a los pájaros gordos. A Dorregaray, cincuenta mil duros... A Cástor Andéchaga, veinticinco mil...», etcétera.

—Me parece que con ese ridículo apunte de la dama estrambótica que me acompañaba queda bien clara mi inocencia, y donde digo inocencia ponga usted tontería o flaqueza mental.

Antes que me lo preguntase le di cuenta de mis amores con *Chilivistra*, del endiablado carácter de ésta, no bien conocido hasta que juntos emprendimos el viaje, de las querellas y ruidosas trifulcas que nos separaron, largándose ella con mil demonios a no sé dónde y cayendo yo en horrible cautiverio por más de dos meses, del cual me sacó la magnanimidad del hombre generoso en cuya presencia estaba.

—Por lo que aquí hemos hablado—dijo Dorregaray—y por los nuevos informes que de usted me dió esta madrugada Carlos Calderón, al partir para Miravalles, queda usted indultado, señor don Proteo.

En este punto se levantó y, rompiendo en cuatro pedazos los mágicos documentos que me acreditaban como corruptor de caudillos facciosos en el campo inmenso de la fantasía, los arrojó en el suelo con ademán desabrido... Creyéndome libre, le pedí licencia para retirarme. Pero él, deteniéndome con un gesto, me indicó que aún faltaba algún rabito por desollar hasta poner término a nuestra entrevista.

—Ya sabe usted—me dijo—que hemos puesto sitio a Bilbao. Esta plaza tan importante no tardará en ser nuestra. Ahora no se nos escapa como se nos escapó en los famosos días de Luchana... Sabrá usted también que Serrano y Concha embarcaron en Santander para Castro Urdiales y piensan atacarnos por las líneas de Somorrostro.

—Es la primera noticia que tengo de eso, mi general. Soy un pequeño historiador que ignora la historia viva que le rodea.

—¿Y tampoco sabe usted que con Serrano y Concha vienen Primo de Rivera, Martínez Campos, Tassara, Echagüe y otros amigos míos...?

—¡Qué he de saber, pobre de mí, si me han tenido ustedes más de dos meses encerrado en Yurre y en Luyando!

—Pues si está usted a oscuras de todo lo que pueda interesarme—dijo Dorregaray un tanto malhumorado—, quédese en libertad y tome la dirección que más le convenga.

—Considere, mi general, que adondequiera que vaya tendré que pasar por entre tropas carlistas, y si éstas han de volver a encarcelarme, prefiero que sea usted el que disponga de mi suerte, llevándome consigo.

—Me figuro yo, señor Liviano—indicó don Antonio con un dejo de socarronería—, que usted, hombre un tanto alocado y de imaginación que tira siempre a los desvaríos, querrá irse con los suyos, que a estas horas andarán por los vericuetos de Somorrostro. Yo le daré un caballejo, unas alforjas con víveres y un salvoconducto para que vaya usted a Valmaseda, franqueándose de las tropas de Cástor Andéchaga o Lizárraga, únicas que puede usted encontrar en ese camino. Desde Valmaseda, póngase usted en manos de la Providencia y de sus santos tutelares para llegar adonde estén los suyos, a quienes tengo por alocados y fantasiosos como usted. Dios se la depare buena... Otra cosa: si se tropieza usted con Arsenio Martínez Campos dígale que le espero... donde él verá. Adiós, amigo.

Con todo rendimiento me despedí de aquel hombre que tan gallarda y generosamente se había portado conmigo. Para colmo de bondad, cumplió al instante su oferta, proporcionándome un caballo con alforjas a la grupa. En ellas,

junto con los víveres, acomodé mi ropa, desembarazándome del estorbo de la maleta. El mismo ayudante que me llevó a presencia del general me entregó dos salvoconductos, en cuyas márgenes había trazado Dorregaray expresivas líneas recomendándome a Lizárraga y Andéchaga. Ganoso de aprovechar el tiempo, despedíme de mis buenos guardianes, y entre alborozado y medroso partí hacia el valle de Llanteno, dirección que me indicaron como la más fácil para llegar a Valmaseda.

No quiero entreteneros con pormenores de mi caminata, en la cual nada de particular me ocurrió. Al otro día, cerca de Santa Coloma, encontré tropas de Andéchaga. Hablé con el veterano cabecilla, que me acogió hidalgamente, invitándome a seguir en su compañía. Así lo hice y en el lugar de Antuñano, el guerrillero me indicó la ruta más breve para llegar a Valmaseda, donde quizás encontraría tropas de Lizárraga. Mi jaco, que era una buena pieza, me llevó en algunas horas a la capital de las Encartaciones, donde tuve la suerte de no topar con la facción de Lizárraga y sí con un buen almuerzo caliente, que me restauró de cuerpo y espíritu. Eran las diez de la mañana de un día de abril, cuyo número estaría seguramente en los almanaques, pero no en mi flaca memoria.

Después de dar a mi valiente rocín el descanso y pienso que se le debían, me lancé a la ventura por un camino que, a mi parecer, al encuentro de Serrano y Concha me llevaba. La Providencia iba conmigo. ¿Iría también, invisible, mi excelsa Madre? Dígolo porque unos aldeanos, a quienes pregunté si me había equivocado en el camino de Múzquiz, me respondieron:

—Va bien, señor; tuerza por la carretera que encontrará pronto a mano derecha y todo seguido llegará, si le dejan los *cristinos* que andan por esos montes.

Seguí la indicada ruta y al meterme en las encañadas de una sierra (que, según después supe, se llama de Saldoja) me vi sorprendido por una turbamulta de soldados carlistas a pie y a caballo, que en veloz retirada venían hacia Valmaseda. Eran sin duda los vencidos en un reciente combate. Sus caras atristadas, su andar presuroso, las inflexiones de su lenguaje vasco que unidas al ademán, resultaban ininteligibles, me revelaron que iban en humillante fuga. Algunos me injuriaron, en otros advertí una hostilidad nada tranquilizadora. Tuve miedo de que, por lo menos, me quitaran el jaco, ya que no descargasen en mi propia persona la rabia de su vencimiento...

Cuando pasaban los últimos de la dispersa manada, mi buena suerte me deparó a la derecha del camino una venta o parador. Picando espuelas, a ella me fuí, con ánimo de guarecerme por si venía algún nuevo tropel de guerreros desmandados. En la venta sólo había dos mujeres, las cuales, a mis primeras palabras en demanda de hospitalidad, me contestaron en purísimo castellano y con acento muy cortés. Eran de Castro Urdiales, hija y madre, y estaban solas porque los dos hombres de casa habían tenido que ir con sus carros, llevados a la fuerza, a portear víveres y municiones en un convoy de Mendiri.

—¡Ay señor! —me dijo la más joven—. Desde ayer, por todo el terreno de aquí a Somorrostro, en los altos de Las Muñecas y en la parte de Montellano, no han cesado los tiros de fusil y los zambobazos de la artillería. Todavía hay para rato y no se sabe quién lleva las de perder. Ha venido de Madrid, según dicen, un general que llaman el de la Concha con otros tales. El Serrano parece que ahora va por delante. ¡Menudas trapatiestas vamos a tener, señor!

La vieja, que con mirada de águila exploraba las lejanías, saltó diciendo:

—Me *paíz* que al carlista le zurran la badana. Hacia aquí vienen algunos más, huyendo de la quema. Por la encañada de allá abajo veo un montón de ellos, *espavoridos*, que corren buscando la vuelta de Güeñes. Señor, si es usted moro de paz, puede guarecerse en el pajar hasta que pase esta tremolina. Comida no tenemos, como no sea un poco de cecina que asaremos en las brasas. Vino sí lo hay, y no faltan cerezas en aguardiente.

Cuando esto decía la buena mujer, arreció de un modo espantable el tiroteo, y distinguíamos el humazo de los disparos como blancos vellones que surgían incesantemente en los términos remotos. Quedéme en relativa tranquili-

dad, al abrigo del ventorro y al amparo de aquellas tal vez encantadas princesas, que así curaban de *mi rocino* como de mi humilde persona. Todo aquel día duró el estampido de las lejanas batallas. La ventera más joven me señaló diferentes puntos de donde venía ruido de volcanes en erupción, entre ellos unos picachos que a mano derecha y a larga distancia se parecían, donde el humo de la pólvora formaba espesa nube.

Relacionando días después aquella visión con lo que en el campo liberal me contaron, vine a comprender que mi ventera me había señalado, sin saberlo, el formidable paso del general Concha por los desfiladeros de Las Muñecas. Como he dicho, todo el día siguió el tremendo chocar de ambos ejércitos, y durante la noche, agazapado en el pajar, oí distintamente el zumbido aterrador de los carlistas en retirada por los campos y veredas colindantes.

El día siguiente amaneció cerrado de nieblas. Desde muy temprano empezó el fuego de fusilería y cañón. Salí de mi escondite, advirtiendo que el ruido bélico se extendía marcadamente hacia mi derecha. Nada se veía. Pedí a la mesonera anciana noticia de los lugares que la niebla blanquecina en aquella dirección ocultaba, y me dijo:

—Lo más cerca por ese lado es Avellaneda; luego sigue Galdames de Suso y de Yuso; después Abanto, y, al cabo, Portugalete.

Arreció el rumor de batalla conforme avanzaba el día. Por la tarde llegaron al parador dos viejos, con la noticia de que los carlistas habían sido destrozados y de que el ejército *cristino* también tenía muchas bajas... Horas después vimos que por una loma distante pasaban de izquierda a derecha tropas que parecían liberales. No pudiendo contener mi curiosidad impaciente, enjaecé mi caballo y, despidiéndome de las bondadosas mujeres, me lancé a buen trote en la ruta que me pareció conducente al lugar de Avellaneda... Antes de anochecer me encontré cerca de los míos. Alegría retozona inundó mi alma. Metiéndome entre ellos reconocí el regimiento número 38, León.

XVIII

Al instante me puse al habla con los soldados, que consideraba como mi familia política y militar. Entre los oficiales reconocí a un joven teniente, sobrino de don Romualdo Palacios, el cual me dijo que las divisiones de Letona y Martínez Campos estaban ya cerca de Portugalete, pues las líneas carlistas habían sido forzadas y el enemigo, poniendo pies en polvorosa, dejaba libre el camino de Bilbao. Descansamos algunas horas en Avellaneda, y al salir de madrugada con el mismo regimiento, vi el suelo, a un lado y otro del camino, sembrado de cadáveres. A las cuatro horas de marcha oí de nuevo fuego lejano. Dijéronme que hacia Galdames de Suso se estaban batiendo todavía. Encontramos tropas, que creo eran de la retaguardia de Martínez Campos. Muchos hombres se ocupaban de enterrar muertos. Era un espanto un horror. ¿Y esto para qué? ¿Qué finalidad tenían aquellos cruentos combates, con sacrificio de tantas vidas generosas? Luego os diré, lectores de mi alma, las ideas que empezaron a bullir en mi mente al presenciar la pavorosa escena.

Entre los oficiales que dirigían los enterramientos encontré a Palazuelos, aquel teniente que en Miranda facilitó mi viaje a Vitoria con la enfadosa *Chilivistra*. Abrazándome me dijo:

—De Puerto Rico he pasado a Saboya, número seis, y aquí me tiene usted, en la división de Martínez Campos.

Aquella misma tarde, pasado Abanto, Palazuelos y dos oficiales más, despachando juntos y aprisa un ligero tentempié, me hicieron una descripción sintética de las bravas acciones que franquearon el paso hacia la ría de Bilbao. Contáronme la muerte de Andéchaga y el audaz movimiento del marqués del Duero por la cumbre de Las Muñecas, que envolvió al enemigo, atacándole de flanco hasta ponerle en dispersión presurosa.

Según el relato de aquellos amigos, las pérdidas nuestras habían sido dolorosas. Mucho más lo fueron las de los carlistas. Los cadáveres eran como jalones que marcaban el paso de la Historia en aquellos trágicos días... Amaneció el 1 de mayo, día feliz en concepto de

los liberales. Colocado yo en un altozano próximo al lugar de Cabreces, viendo a nuestro ejército en el término de aquella jornada truculenta, lancé al aire vago y a los vapores de la tierra ensangrentada pensamientos que si entonces tenían algo de profético, luego se resolvieron en una apreciación clara y justa de la hispana vida. Sin duda me inspiraba la Madre, cuyo aliento fecundo penetró en mi cerebro; sin duda, la Madre augusta me sugirió después el criterio clarísimo con que, andando el tiempo, he podido juzgar los sucesos que entonces vi... Escribo estas líneas cuando el paso de los años y de provechosas experiencias me ha dado toda la claridad necesaria para iluminar el 2 de mayo de 1874.

Ved aquí lo que pensaba y pienso: liberales y carlistas se desgarraron cruel y despiadadamente por dos ideales que luego han venido a ser uno solo. ¿Cabe mayor imbecilidad de una parte y otra? Los liberales derramaban a torrentes su sangre y la sangre enemiga sin sospechar que entronizaban lo mismo que querían combatir. Los carlistas se dejaban matar estoicamente ignorando que sus ideas, derrotadas en aquella memorable fecha, reverdecerían luego con más fuerza de la que ellos, aun victoriosos, les hubieran dado.

El 2 de mayo, la suerte me deparó el honor de acompañar al general Concha cuando en un vaporcito entró por la ría de Bilbao hasta llegar al casco de la ciudad, recién liberada de un sofocante asedio. No puedo describir el júbilo del vecindario. Era una locura, un delirio. Las aclamaciones abrasaban el aire, infundiendo en las almas el fuego de una nueva vida. Bilbao creía que inauguraba una era de grandeza nacional, de cultura, de emancipación del pensamiento, de todo cuanto podían dar de sí la pujanza mental y la nativa riqueza de aquel pueblo. Al recordar hoy los sublimes momentos de aquel día, ayes de gozo, alaridos de esperanza, me parece que oigo burlona carcajada del Destino. Sí, sí, porque la Restauración primero, la Regencia después, se dieron prisa a importar el jesuitismo y a fomentarlo hasta que se hiciera dueño de la heroica villa. Con él vino la irrupción frailuna y monjil, gobernó el Papa, y las leyes, teñidas de barniz democrático, fueron y son una farsa irrisoria.

Los desdichados carlistas, que entonces lloraron su retirada, vinieron luego a instalarse sin rebozo en la ciudad opulenta y a dar en ella carta de naturaleza a las ideas sombrías que no pudieron imponer con las armas. Pero si el hierro vizcaíno ha servido para forjar las cadenas que cercan la vida de un pueblo llamado a influir derechamente en la reconstrucción de España, también las almas oprimidas recibieron del acero la dureza y temple con que han de romper algún día el asedio moral que les ha puesto la barbarie... Hablando de esto, no hace mucho, la excelsa Madre me dijo:

—Tito del alma, aquellas peleas que viste el setenta y cuatro fueron juego y travesuras de chicos malcriados.

Pasados los ruidosos alegrones del 2 y 3 de mayo en la invicta villa me instalé en Portugalete, acomodándome en la propia casa donde se alojaban el teniente Palazuelos y otros amigos de Saboya y Ciudad Rodrigo. En aquel período de descanso, menudearon las comilonas en diferentes sitios próximos a la ría, pues ya se sabe que donde hay bilbaínos no pueden faltar las alegres cuchipandas campestres. En una de éstas me contaron (no respondo de la veracidad) que los generales afectos a la dominación borbónica propusieron a Concha la proclamación del príncipe Alfonso, como el mejor entretenimiento para pasar el rato. Mala cara puso el general en jefe al oír tal despropósito, y aun se dijo que reprendió ásperamente a los que con tanta prisa querían atropellar los acontecimientos...

El 13 de mayo, bien presente tengo la fecha, emprendimos la marcha... El general Concha, con noble ardimiento, quería llevar la guerra a lo que él llamaba *el corazón del carlismo*, Navarra... Acompañando a los de Saboya, me puse en camino, montado en el trotón que me dió Dorregaray. Mi cabalgadura, con el largo descanso y los buenos piensos, iba tomando trazas de corcel brioso, y era la envidia de mis amigos. Estos, con graciosa burla, le pusieron el nombre de *Babieca*. Por la misma ruta que yo había traído fuimos con otros muchos regimientos y batallones, hasta Valmaseda, donde pernoctamos. Al día siguiente re-

corríamos el valle de Meno hasta Bercedo y Medina de Pomar.

No describiré los movimientos de la numerosa hueste que llevaba consigo don Manuel de la Concha... Sólo diré que de Medina de Pomar marchamos a Villasante, y desde allí seguimos por el valle de Tobalina, orilla izquierda del Ebro, en dirección de Sobrón. Intepretando mal el pensamiento de nuestro general, pensé que nos llevaba a Miranda. Pero no fué así. Desde Puentelarrá fuimos a Salinas de Añana; allí supe que Concha, al frente de una división, había entrado en Orduña, donde impuso un fuerte tributo, volando después la fábrica de pólvora. El 18 de mayo se reunieron en Nanclares las diferentes fuerzas de aquel ejército. El 19 estábamos todos en la capital de Alava.

En los cinco o seis días que pasé en Vitoria ocurrieron acontecimientos históricos de extraordinaria importancia, y me apresuro a referir el que estimo de mayor interés: mi repentino encuentro con la destornillada mujer a quien los anales de Clío dieron el claro nombre de *Chilivistra*. Iba yo por la calle de la Zapatería, abstraído en vagos pensamientos, cuando un siseo que no podía confundir con ninguna otra expresión humana me obligó a detenerme. Era ella, ¡Dios!... Hacia mí vino presurosa, alargando los brazos como para estrecharme en ellos. ¿Qué había de hacer yo? Dejarme abrazar, dejarme besuquear, recibiendo en el rostro su saliva y sus lágrimas, y oír estas lastimeras voces, entremezcladas de amargor y dulzura:

—¡Ay Tito de mi vida, lo que habrás sufrido!... Cuéntame... ¿Has estado preso en el campo carlista?... Culpa mía fué tu desgracia... ¡Perdóname!... Muy mal me porté contigo, lo reconozco... ¡Ay cuando te cuente yo mis infortunios verás a qué pruebas tan duras me ha sometido el Señor!... ¡Oh, qué dicha tenerte a mi lado!... Hace días que no ceso de pedir a la Virgen Santísima me conceda el favor inefable de recobrarte... La Virgen me ha oído, y aquí estás..., aquí te tengo... Dime tú ahora: ¿has venido con ese Concha?...

Los atropellados conceptos de Silvestra no tuvieron fin hasta que accedí a llevarla conmigo, colgada de mi brazo, por las calles curvas de la ciudad vieja. Observé en *Chilivistra* una desdichada transformación de la persona en lo tocante a la vestimenta y aliño del rostro. Venía mal trajeada, el cabello en desorden, ojerosa, revelando el descuido de las artes de tocador con que acicalar y componer solía su faz bella. Lo primero que me dijo al sosegar su ánimo fué que acababa de salir del convento de las Brígidas, donde había permanecido tres semanas en durísimos ejercicios espirituales, con toda la severidad de ayunos y mortificaciones y el sinfín de rezos que le fueron impuestos por su confesor. La causa de estos rigores me refirió en seguida con la tranquilidad propia de un alma cristiana. Había sufrido tan áspera penitencia para limpiar su alma de los pecados más graves a que nos induce la humana flaqueza.

—¡Ay Tito adorado!—prosiguió parándose frente a los pórticos de la Colegiata de Santa María—. Entremos en la casa del Altísimo y en ella te contaré... Quiero que seas mi segundo confesor...

En la cavidad oscura del templo, Silvestra me guiaba como lazarillo, pues mis ojos, deslumbrados por la luz solar, nada veían. Ella, como rata de iglesia, iba fácilmente de una parte a otra en el recinto tenebroso. Nos sentamos en un lustroso banco bajo el coro. En el fondo de la nave y en alguna capilla distinguí macilentas luces, que con el tintineo de campanillas me indicaron que había misa en algunos altares. Como *Chilivistra* había oído ya tres, puso más atención en mi persona que en el Santo Sacrificio.

—Te contaré mis ansias—me dijo con susurro—, sin ocultarte los horrendos pecados que me han traído a esta tribulación. Todo lo sabrás. No quiero tener secretos para mi Tito, que es bueno, indulgente y sabe perdonar... Pues verás: estuve unos días en Durango, otros en Elanchove, donde me ocurrieron cosas que hoy tengo por secundarias y te las contaré después. Vamos a lo principal, vamos a lo gordo. De mi tierra me vine aquí, atraída por la amistad de mis parientes los Baraonas, y al mes de estar en Vitoria haciendo vida de recogimiento y devoción, conocí a un sujeto que dió en acosarme y perseguirme con requerimientos amorosos. En todas las casas conocidas, así los Romarates como los Trapinedos y los Presta-

meros, me lo encontraba. Es un hombre que ya pasó de la juventud y aún no está en la madurez de la vida, muy pulcro y atildado, de trato finísimo y palabra dulce y sonora, como nacido en el riñón de Castilla, Avila, patria de Santa Teresa de Jesús.

—Y ese señor tan finústico—dije yo, poco interesado en aquella historia—, ¿será también místico y extático como su paisana?

—No te diré que sea místico—prosiguió *Chilivistra*—, pero de palabritas devotas y de lindas frases, tocantes a la santa religión y aun a la misma teología, se valió el muy tuno para cortejarme... No te rías... El buen señor estaba desatinado por mi frialdad y resistencia. Me esperaba en la calle y andando junto a mí, en voz baja, me decía cosas..., ¡ay Tito, qué cosas-... La verdad..., tiene el hombre una imaginación, una labia, un modo de expresarse que..., vamos... Yo, muerta de vergüenza, callaba y me ponía muy colorada... Una tarde me llevó a la Florida y nos internamos en los paseos más reservados.

—Vaya, mujer, acaba pronto. ¡Tantos rodeos para venir a parar en...!

—Si el hombre se hubiera mantenido en el terreno del amor puro, o como quien dice platónico, menos mal. Pero buscaba el melindre, quería llevarme a la deshonestidad, al desenfreno, a la impureza... Una noche, paseándonos por la plaza, sentía yo mucha sed porque había comido bacalao asado... Llevóme a una cervecería para que refrescáramos... ¡Ay, perdóneme Dios el mal pensamiento!... Yo creo que aquel hombre me echó en la copa de cerveza una droga endiablada, incitativa y *calórica*, que me trastornó por completo.

—En fin, que...

—Sí, hijo, sí... ¡Qué desgracia, ay!... Como él es viudo y vive solo, iba yo a su casa... De este desvarío, que fué sin duda obra del Enemigo Malo, resultó para mí el bochorno que puedes imaginarte... Todo el pueblo se enteró. Los Baraonas, los Trapinedos, los Prestameros, los Romarates..., ¡ay!..., me dieron de lado... Ahora que conoces mi mal, Tito mío, te diré lo que ha de causarte admiración y espanto. Aquel hombre que me arrastró al pecado con maleficio y artes corruptoras es..., ¡asómbrate, Tito!..., es el administrador de Rentas de Vitoria.

Antes que compadecer a *Chilivistra*, sentíme inclinado a reírme de su simplicidad. Mi estupor subió de punto cuando me dijo, cambiando el tono patético por el que familiarmente usamos en los negocios:

—Comprenderás que con Eulogio Mentirola, que así se llama el asaltador de mi virtud, hablé de tu delegación secreta, y más de una vez me dijo que tiene orden de pagar los libramientos y espera que tú vayas a cobrarlos. Ya lo sabes, si quieres, yo te llevaré a su casa o a su oficina identificaré tu persona y...

Para mi sayo me dije: «Esta mujer está loca rematada y lo mejor que puedes hacer, Tito, es poner tierra por medio.» Y en alta voz proseguí:

—Pero tú, después que el confesor te sacó de ese oprobio y con la penitencia y los ejercicios espirituales en las Brígidas has restaurado tu pureza, ¿vuelves a caer en las garras del espíritu maligno?

—¡Ay hijo..., si supieras! El me persigue, me acosa, no me deja vivir... Anhelo ser buena y no puedo... Pero esto acabará, si tú quieres, Titín. Decídete: te presentas a Mentirola, cobras el primer libramiento y yo, aquí donde me ves, estoy dispuesta a ir contigo para tender el anzuelo a Dorregaray... Ya te dije que ése es el primero a quien debes enganchar... En Oñate le tienes: me consta.

Comprendiendo ya que la enajenación mental de la pobre Silvestra no tenía remedio, la compadecí de veras. Díjome que vivía con la familia del capellán de las Brígidas y que a la mañana siguiente me visitaría en mi hospedaje, fonda de Pallares. Dicho y hecho: estaba yo vistiéndome cuando se metió en mi cuarto y, con lenguaje atropellado y febril, viva expresión de su demencia, repitió la enmarañada historia: el administrador..., el libramiento..., los cincuenta mil duros..., Oñate..., Dorregaray...

Fingiendo pesadumbre, le dije:

—Hoy no puede ser. Dejémoslo para dentro de unos días. ¿No sabes lo que pasa? Tenemos interceptado el camino de Aránzazu y Oñate. Dorregaray, que ha sustituído a Elío en el mando en jefe del ejército carlista, ocupa los altos de Arlabán. Hoy saldrán de aquí fuerzas considerables que manda Concha

para batir a don Antonio si se atreve a bajar al llano.

A esto añadí el socorrido embuste de que tenía que unirme inmediatamente al Cuartel general de Concha: don Manuel me había llamado con urgencia y tal y qué sé yo. De esta suerte logré despachar a la pobre mujer, cuyo desconcierto cerebral influía, sin darme cuenta de ello, en mi nada segura imaginación.

Oprimiendo los lomos de mi *Babieca*, salí con la columna del general Martínez Campos, una de las tres que mandó Concha al reconocimiento de Arlabán. Fuimos hacia Arriaga Urrúnaga, que los carlistas abandonaron tras un ligero tiroteo: Echagüe se llegó por la izquierda hasta Ulibarri Gamboa. Por el centro, otra columna avanzó hasta Villarreal, al mando de no sé quién. Se vió claramente que Dorregaray no aceptaba la batalla, permaneciendo en las alturas con sus doce batallones. Al día siguiente, cuando regresábamos a Vitoria, hervían en mi pensamiento las consideraciones escépticas que desde la liberación de Bilbao formaban mi criterio sobre aquellas vesánicas campañas.

En las alturas de Arlabán teníamos a Dorregaray, que empezó su carrera en el absolutismo y, después de servir con gloria y provecho en el ejército liberal, volvió a la liza bajo las banderas de don Carlos. En el llano de Alava se agolpaban, armados hasta los dientes, los que compartieron con don Antonio las fatigas de la guerra de Africa y las contiendas familiares del liberalismo. Habían sido amigos: lo serían siempre...

Con sutileza de imaginación introducíame yo en el cerebro del de arriba y de los de abajo, y encontraba la percepción de un solo ideal. ¿Qué querían, por qué peleaban? Debajo del emblema de la soberanía nacional en los unos y del absolutismo en el otro, latía sin duda este común pensamiento: establecer aquí un despotismo hipócrita y mansurrón que sometiera la familia hispana al gobierno del patriciado absorbente y caciquil. En esto habían de venir a parar las mareantes idas y venidas de dos ejércitos que unas veces peleaban con saña y otras se detenían, como esquivando el venir a las manos.

Discurría yo, metido en las entendederas de aquellos hombres, que si por el momento no era lógico el acuerdo entre ellos, no tardaría el tiempo en dar realidad a mis maliciosas conjeturas. Concluirían por hacer paces, reconociéndose grados y honores, como en los días de Vergara, y la pobre y asendereada España continuaría su desabrida historia dedicándose a cambiar de pescuezo a pescuezo, en los diferentes perros, los mismos dorados collares.

XIX

Mayor interés que los toques proféticos que acabo de colocar a mis lectores tiene en la Historia la noticia siguiente: cuando a partir hacia Logroño me disponía, con el grueso del ejército de Concha, volvió a presentárseme *Chilivistra*, ya restituída felizmente a su prístino estado de compostura y arreglo personal. No era ya la figura luctuosa, mísera y lastimera de los días anteriores. En su rostro advertí los discretos afeites que comúnmente usaba. Venía risueña, aliviada o quizás totalmente restablecida del dolor en que la sumergieron sus deslices escandalosos con el administrador de Rentas. ¿Fué todo ello una farsa, un caso más de las aberraciones histéricas? Las personas atacadas de este mal inventan historias lúgubres, aflictivas y acaban por creérselas.

El lenguaje y la actitud de la que fué mi costilla falsa eran de una perfecta tranquilidad de espíritu, con ráfagas de alegría. Habíase colocado de nuevo en el terreno de sus primitivos afanes y ansiaba continuar conmigo la odisea romántica en busca del errante marido y de la inocente criatura. No quise contrariarla por temor a que saltase de la mansedumbre a la cólera, mostrando una vez más el labio temblicón que tanto miedo me inspiraba. Con buenas palabras la entretuve, y, acompañándola hasta su casa, allí la dejé, asegurando que volvería por ella. Mi vuelta fué la del humo... Apresuré mi partida para librarme de aquella desdichada cuyos desvaríos morbosos no podía yo remediar, y me agregué a las primeras fuerzas que salieron en dirección a la Rioja. Iba con el temor de que Silvestra se lanzara en mi seguimiento, y adelantéme todo lo posible, fiado en

que, confundido entre las tropas, no podría fácilmente encontrarme la que había venido a ser enemiga de mi tranquilidad.

En Logroño supimos que los carlistas, rehaciéndose con tenaz esfuerzo del descalabro de Bilbao, reorganizaban y fortalecían sus huestes para salir al encuentro de Concha en Navarra. Faltos de recursos, apelaban a la munificencia de las Diputaciones forales y al patriotismo de los realistas pudientes; esquilmaban a los pueblos, y decididos a no perdonar medio alguno para adquirir dinero, llegaron al extremo increíble de afanar los fondos de la Santa Cruzada. Sin hacer caso del obispo, que puso el grito en el cielo al tener noticia de la exacción sacrílega, conminaron a todos los párrocos a que aflojaran sin demora *los parneses* de la Bula, alegando que se trataba de defender la Religión y que ya ajustarían ellos sus cuentas con el Papa.

En tanto, a espaldas de Concha surgían diferentes cabecillas aguerridos y ligeros de pies, que asolaban las tierras de Burgos, Palencia y Santander, mientras otros se corrían hacia el alto Aragón. Tranquilamente organizaba nuestro general en jefe un poderoso ejército, con innúmeros batallones, muchas piezas de artillería Plasencia y Krupp, y formidable contingente de Caballería. Después de varias marchas y contramarchas, que el mareo de mi cabeza no me permite referir, me encontraba yo en el lugar de Allo hacia el 20 de junio. Me alojé con mis amigos de Saboya y Ciudad Rodrigo en el mesón de La Jarra, plaza del Ayuntamiento. Nunca vi una casa más divertida, por el sinnúmero de viajeros que salían y entraban durante el día y la noche. La guerra aumentó la caterva de huéspedes: tan pronto invadían la posada los oficiales carcas como los *guiris*, que con tal nombre eran conocidos en Navarra los liberales.

En el poco tiempo que allí estuve me sentí contento de la vida, gozando de mi libertad sin ningún enojo, rodeado de muchachos simpáticos y valientes a quienes miraba como hermanos. Bestial apetito se despertó en mí, y en todo el día no cesaba de meter algo en el estómago. Muy tempranito me servían el desayuno: sopas de sartén con torreznos. A las diez me regalaban con media *pinta* de vino y una escudilla de aceitunas. Al filo de las doce ya estaba en la mesa la sacramental sopa de ajo; después el riquísimo *chilindrón*, un guiso de cordero con *pementonicos de cuerno de cabra;* luego las magras con tomate, y de postre los blandos roscos y el mostillo dulzón.

Por la tarde me iba con los oficiales *guiris* al casino de la placeta, conocido por el *de la Mormoña*. En él tomábamos café, coñac, y algún piscolabis, para conservar las fuerzas hasta la hora de la cena. Esta empezaba con la ensalada al uso navarro; seguía el abadejo en ajo arriero, y el lomo con *pementones* picantes. Y vengan *pintas* y más *pintas* para remojar y reblandecer el suculento comistraje, que terminaba con gran acopio de frutas secas y del tiempo.

Conociendo mi carácter, comprenderá el lector que una de mis primeras ocupaciones en el simpático pueblo de Allo fué echarme una novia: tocóle la vez a una linda muchacha, llamada Ruperta, hija del *Nuncio*, nombre con que es allí conocido el pregonero, que anda de calle en calle anunciando al redoble de un tambor la llegada y venta de pescado fresco, y dando publicidad a los edictos de la alcaldía. Mostrábase la moza blanda y accesible, y tales ventajas brindó el amor mío a su loca imaginación que desdeñó los obsequios y la palabra de casamiento que le había dado el *Ministro*, remoquete con que designan en aquellas tierras al alguacil del Ayuntamiento.

En fin, señores míos; las delicias de Allo, no menos gratas, aunque sí más breves que *las delicias de Capua*, terminaron bruscamente con el son guerrero de cajas y clarines en la madrugada del día de San Juan, cuando aún ardía en la plaza del pueblo la enorme hoguera donde hacen chocolate las mujeres, a las doce de aquella noche, para celebrar la tradicional festividad.

La columna, división o lo que fuera se puso en marcha, y no me preguntéis el derrotero que yo seguí caracoleando en mi *Babieca*, porque la mente del buen Tito no dominaba todavía la fácil comprensión de los movimientos militares... Sólo supe de cierto que el general Concha emprendió la marcha después de organizar en Tafalla una numerosa hueste con la mar de batallones, que según después supe ascendían a cua-

renta y ocho con los que le mandaron de Bilbao, de Medina de Pomar y de ambas Riojas. Las piezas de Artillería con que contaba eran, según oí, veinte Plasencias y treinta y tantos Krupp. Del número de caballos se hacían cálculos que me parecieron hiperbólicos.

El temporal de lluvias nos entorpeció algo el camino, y el 25 estábamos, según creo, en las estribaciones del monte Esquinza. En mis cortos alcances, comprendí que se trataba de ocupar las entradas de Estella, donde estaba Dorregaray con veintiocho batallones. Unidos al grueso de la división de Martínez Campos, escalamos sin dificultad las alturas del monte, que tenían los carlistas abandonado. Seguimos nuestros movimientos, y, tras penosa marcha, pernoctamos en Alloz. Otras fuerzas de nuestra división quedáronse en Lácar. Según oí, las tropas de Echagüe ocuparon a Murillo, y las de Rosell a Villatuerta y Arandigoya, después de desalojar de allí a los carlistas. El general en jefe no debía estar lejos.

En una parada que hicimos entre Allo y el monte Esquinza, tomé a mi servicio a un viejo muy despabilado, ágil, parlero y de carácter jovial, ajustándole por *ocho sueldos* diarios (léase reales) como asistente o espolique. Llamábase de nombre Fermín y de apodo el *Sargentico*. Pronto eché de ver sus buenas cualidades: era un andarín fabuloso, conocía palmo a palmo el suelo navarro, y daba razón de todos los habitantes de los pueblos que recorríamos. Para que me fuera más simpático, figuraba entre los pocos *guiris* que en tal terruño existían. En los descansos cuidaba al *Babieca* como si fuera hijo suyo; en las lentas marchas me daba conversación, cautivándome con su charla donosa; indicábame los nombres de los montes, pueblos y ríos que encontrábamos al paso.

En Alloz, divagando por las calles, me dió cuenta minuciosa de todas las chicas bonitas del pueblo, sus familias y viviendas. Ya me había descubierto el flaco, y, queriendo halagarme, me ilustraba en todo lo referente al bello sexo. Seco y avellanado, insensible al cansancio así como al frío y al calor, no llevaba más equipo que la camisa de lienzo, el chaleco de pana, faja, calzón, peales, y en la cabeza *el zorongo*, que es un pañuelo de colores ceñido a estilo aragonés. Cuando se le apagaba el cigarrillo a medio fumar, se le ponía detrás de la oreja.

Salimos de Alloz y marchamos por terreno quebrado horas y horas, entre pueblos cuyos nombres me iba diciendo mi espolique con la puntualidad de un experto geógrafo. No me pidáis, lectores míos, que os dé cabal noticia de los complicados movimientos tácticos de aquel nutrido ejército en extensión tan considerable. Estas complejas acciones de guerra las describen los historiadores, después que han sucedido, valiéndose de planos y documentos guardados en los archivos del Estado Mayor Central. A priori y en el curso de los sucesos no hay quien puntualice los varios accidentes marciales.

En la mañana del 26 me encontré, sin saber cómo ni por qué, en el Cuartel general de don Manuel de la Concha. Este tenía todo dispuesto para dar la batalla; pero hubo de retrasarla por la tardanza de un convoy que le era indispensable para racionar y municionar debidamente a las tropas. La impaciencia y mal humor del general en jefe se comunicaron a cuantos estaban cerca de él. Por fin, a las tres de la tarde, en vista de que el convoy no llegaba, ordenó atacar al enemigo. Yo me retiré a retaguardia porque no había ido a la campaña con miras heroicas. El *Sargentico*, que todo lo sabía o lo adivinaba, me dijo que la línea carlista se extendía desde Dicastillo hasta el puerto de Eraul, y que el pueblo que atacaban los nuestros era Abarzuza. Hubo un momento en que estuve muy cerca del general Concha: le vi a caballo, revestido de su impermeable, echando los anteojos al lugar del combate.

No bien empezaron a disparar los cañones, estalló en los aires una horrísona tempestad de truenos, rayos, centellas y demonios coronados. El espectáculo que daban juntamente el cielo y la tierra, confundiendo su furor y estruendo, pertenecía, ¡vive Dios!, al orden de las cosas más sublimes que pueden verse en la vida. No sabré yo deciros que mis ojos percibieron los pormenores de la lucha, ni tampoco preciso el tiempo que duró. Sólo sé que después de abrasar con incesante fuego a los pueblos enemigos, lanzáronse contra ellos

en frenética legión las tropas de los generales Echagüe y Martínez Campos. Al anochecer eran nuestros los lugares de Abarzuza, Zurucuain y Montalbán.

Llegada la hora del reposo, que tan bien habían ganado los esforzados combatientes, consulté yo con mi espolique adónde iríamos a repararnos del cansancio, del hambre y la mojadura, y el buen Ferminico me dijo guiñando el ojo:

—Señor; vamos a Zurucuain, donde tenemos la posada de mi primo Matías, que nos dará un trato superior. Además, para que usted se alegre un poco, le diré que en ese pueblo hay chicas *mucho guapas*.

Ni sosiego ni comodidad tuve en la posada de Zurucuain por causa del gran gentío que la invadió aquella noche, y en cuanto a las lindas mozas de que me habló el *Sargentico*, declaro, a fe de buen galanteador, que no las vi por ninguna parte. De madrugada supimos que el convoy que esperaba el general Concha había llegado a Murillo, y que se habían circulado órdenes a todo el ejército para el combate del siguiente día.

En la mañana del 27, las tropas de Martínez Campos rompieron el fuego, amenazando con coronar la sierra de Estella, que domina el pueblo de Zurucuain. Mi amigo Palazuelos me dijo que el general en jefe había dado orden de no consumar la operación hasta que la columna que estaba en Abarzuza tomase Murugarren y el caserío de Muru. La misma orden se dió a los que atacaban al pueblo de Grocín. Martínez Campos repartió entre su gente las primeras raciones del convoy, y los que operaban en Abarzuza no pudieron ser racionados a tiempo. Por esta contrariedad, se pasó la mayor parte del día sin hacer otra cosa que entretener en fuego a los carlistas mientras hacía sus preparativos el grueso del ejército liberal.

Por fin, a las cuatro de la tarde, comenzó el ataque. Don Manuel de la Concha (y esto lo aseguro como historiador *de visu*, pues no estaba yo lejos de él) se situó con dos batallones y los regimientos de Caballería Numancia, Pavía y Talavera en una excelente posición alta, donde se habían emplazado treinta cañones Krupp para batir los atrincheramientos de Muru y Murugarren. Se rompió el fuego y la Artillería, corregida el alza, causó enormes estragos en las trincheras carlistas. A galope tendido corrían los oficiales de Estado Mayor con órdenes a las columnas que luchaban en Abarzuza, Villatuerta y Zurucuain, previniéndoles que sostuvieran el fuego sin tirarse a fondo sobre el enemigo. Los carlistas tuvieron que abandonar sus trincheras varias veces por el horrendo destrozo que en ellos hacían nuestras granadas. Espantosa confusión se produjo en el campo enemigo. La terrorífica escena ponía los pelos de punta.

El general Concha dió a sus edecanes breves y fulminantes órdenes. Estos las transmitieron con la velocidad del rayo al brigadier Blanco y al general Reyes. Momentos después las masas de Infantería se lanzaban como avalancha impetuosa en dos columnas, la una contra Murugarren, la otra contra el caserío de Muru. Eran doce los batallones que avanzaban, seis en cada columna. Los carlistas, sólo en Murugarren, tenían catorce batallones.

En lo más recio del combate llegó un aviso del brigadier Beaumont comunicando que las fuerzas de su mando eran furiosamente atacadas por los facciosos, los cuales habían abandonado sus trincheras para caer contra Abarzuza. Con ayuda de un mal catalejo y por las explicaciones de mi espolique, yo me daba cuenta de estas terribles peripecias. Los doce batallones que avanzaban contra Murugarren y Muru fueron embestidos del mismo modo que la columna Beaumont. El choque fué tremendo, como una pelea de gigantes furiosos. Al cabo, los nuestros retrocedieron, acuchillados a la bayoneta.

Los treinta cañones emplazados en la altura escupían a torrentes la mortífera metralla. Concha, con gesto de rabia y ronco acento imperioso, daba órdenes y más órdenes. La formidable Artillería logró, al fin, contener el ímpetu de los valientes realistas, obligándolos a buscar el refugio de sus trincheras. Por segunda vez treparon nuestros soldados con increíble arrojo por las fragosidades de Murugarren y Muru, y de nuevo fueron atajados en su avance. Descompuestos, retrocedieron hasta la carretera. Pero los cañones, vomitando fuego, pusieron nuevamente a raya a los bravos batallones de don Carlos. En tanto, hacia Zuru-

cuain y por las líneas Villatuerta-Arandigoyen y Murillo-Grocín, oíamos fuerte tiroteo. Eran las columnas allí destacadas, que entretenían a una parte de la legión absolutista hasta que se les ordenase realizar acción más decisiva.

Atento a los incidentes de la lucha, el general en jefe ordenó que las columnas de Reyes, Blanco y Beaumont se concentraran en una sola. La concentración tardó en efectuarse por estar harto diseminadas estas fuerzas. Pasaba el tiempo, caía la tarde, la Artillería empezaba a sentir escasez de municiones, apuntaban en nuestro ejército síntomas de desaliento, y el combate seguía sin resultado práctico.

Cansado de esperar a los batallones del general Reyes, se decidió Concha a intentar el esfuerzo supremo. Dejó los tres regimientos de Caballería en la altura donde estaban emplazados los cañones, para que protegiesen esta posición y aseguraran el flanco derecho. Llevóse consigo los dos batallones de Infantería y con ellos se unió a los dieciocho que acababan de reconcentrarse. Al frente de estas fuerzas se lanzó al asalto, cuando ya el sol, enrojeciendo las nubes de Occidente, se hundía en el horizonte. Arreció el combate con creciente furia. Las tropas de Reyes no llegaban. Concha enviábale de continuo órdenes apremiantes para que acudiera pronto en apoyo de sus movimientos. Y, decidido a jugar el todo por el todo, ascendió al frente de sus tropas hacia las trincheras carlistas.

Ante el soberano arrojo del caudillo, enardeciéronse los soldados, y seguían a su general como si no hubieran sido arrollados momentos antes. Yo, moviéndome a impulsos de una fuerza magnética, fuí detrás de los combatientes. Concha trepaba impertérrito, unas veces a pie y otras a caballo, según los accidentes del terreno. Al llegar a cierta altura, el general y los demás jefes tuvieron que dejar los caballos al cuidado de los ordenanzas. Con éstos quedé yo, teniendo de la brida a mi *Babieca*. Me uní a Ricardo Tordesillas, asistente de don Manuel de la Concha, y ambos nos pusimos al amparo de unos árboles donde creíamos librarnos de las balas enemigas.

La Artillería continuaba teniendo a raya a los carlistas, que ya no se atrevían a salir de sus trincheras. El avance de Concha fué tan rápido que llegó a cincuenta metros del enemigo cuando aún no se le habían incorporado los batallones del general Reyes. Por falta de este apoyo no se pudo dar fin y remate al supremo esfuerzo. A las siete y media de la tarde, Concha no tuvo más remedio que aplazar el ataque definitivo, dando por frustrada en aquel día la operación. Empezó a descender, dirigiéndose con los demás jefes adonde aguardaban los caballos.

Llegó el general donde estábamos Tordesillas y yo, ocultos a la vista de los demás asistentes por un matorral espeso. Con voz displicente dijo a su ordenanza:

—Ricardo, el caballo.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció en el mundo de los vivos... En el momento de cruzar la pierna derecha por la grupa del caballo, una bala, que lo mismo pudo venir del cielo que del mismo infierno, le atravesó el corazón. Con débil gemido expiró el primer soldado español de aquellos maldecidos tiempos.

XX

A las voces de Tordesillas acudieron los que estaban más próximos. El cuerpo del general en jefe cayó en tierra. Tal fué la consternación y el espanto de los primeros espectadores de la terrible escena, que todos quedaron un momento mudos. Los ayudantes de Concha, creyendo que aún vivía el caudillo, le desabrocharon el impermeable y la levita, haciendo saltar botones y rasgando ojales. Nada vieron que no indicase la seguridad de una muerte instantánea. Pronto se formó un grupo espeso en el cual nadie osaba determinar cosa alguna. ¿Qué pensar, qué decir, qué hacer...?

Por fin, entre los ayudantes y Tordesillas discurrieron lo único práctico en trance tan fatídico. Ante todo, urgía apartar de allí el cadáver. Con gran trabajo, por la pesadumbre del recio cuerpo exánime, colocaron éste sobre un caballo y sigilosamente fué conducido al pueblo de Abarzuza, evitando que las tropas pudieran darse cuenta de la catástrofe. La triste caravana, fatal tér-

mino y desenlace de un acto militar que debió ser glorioso, deslizábase furtiva por los campos como una decepción horrenda, o una burla del Destino que quiere sustraerse a la mirada humana, y aun a los ojos de la Historia. La media luz crepuscular, alumbrando este paso solemne y medroso, daba a la escena la intensa melancolía de las grandezas caídas súbitamente en los abismos de la nada.

El primer jefe que se presentó en Abarzuza fué el general Echagüe, que, enterado del desastre, tomó el mando del ejército, a pesar de hallarse muy enfermo. No olvidaré nunca la cara del conde del Serrallo cuando vió el cadáver de su amigo y maestro. El dolor concentrado y mudo no tuvo jamás expresión más fiel que la que le dieron aquellas facciones duras, angulosas, de soldado curtido en cien combates. La primera determinación de Echagüe fué convocar consejo de generales y brigadieres. Se reunieron sin demora los que estaban más cerca de Abarzuza: Beaumont, Burruiel, Reyes, Blanco, Bargés y el coronel de Artillería señor Echaluce. Por unanimidad acordóse la retirada del ejército a Tafalla para el amanecer del siguiente día. Y al cabo se circularon órdenes a fin de que el movimiento se realizase aquella misma noche.

Las tropas se pusieron en marcha. El desfile de las de la derecha fué protegido por las del centro. Las de la izquierda mantuviéronse en sus posiciones hasta que desfilaron todas las demás. El cadáver del marqués del Duero fué colocado con misterioso sigilo en un furgón de Artillería, y los heridos quedaron en Abazuza confiados a la humanidad del enemigo. Como el éxito de la operación dependía del tiempo que se ganase y de que los carlistas no advirtieran la retirada, se apresuró ésta todo lo posible y se tomaron minuciosas precacuciones. Determinóse prohibir a los vecinos de los pueblos por donde había de pasar la tropa el encender luz ni fuego en las casas; se advirtió a todo el ejército qu nadie podía fumar, del general en jefe para abajo; se conminó con penas severísimas al que imprudentemente produjera el menor ruido. De este modo, bajo la protección del silencio y de las sombras, realizóse el prodigio de que antes de amanecer hubiera desfilado ya la muchedumbre armada, incluso la Artillería y los convoyes, por delante de las posiciones de Villatuerta, sin que los realistas sospechasen siquiera lo que ocurría en el campo liberal.

Ya era día claro y nos aproximábamos a Oteiza cuando los carlistas se dieron cuenta del fúnebre desfile. Tarde conoció el enemigo su engaño, y fué inútil cuanto intentó para molestar a nuestras tropas. Las columnas delanteras, donde iba el furgón mortuorio, avivaron el paso. Las de retaguarida, combinadas con las fuerzas de Rosell y de Reyes, tomaron posiciones y contuvieron el tardío movimiento de los soldados de Dorregaray, retirándose después por escalones con el orden más perfecto. No se perdió ni un hombre, ni un fusil, ni un cañón, ni una acémila, ni un carro del convoy: la retirada dispuesta por Echagüe en Abarzuza fué una brillante aunque triste página militar. En las encarnizadas acciones del día 27 las bajas del ejército de Concha habían sido: 121 oficiales y 1.300 individuos de tropa fuera de combate, más 268 extraviados y prisioneros.

Seguimos a buen andar bordeando los montes de Baigorri; hicimos una corta parada en Larraga para tomar alimento; y dejando a la derecha los altos de Val de Ferrer, a media tarde llegamos a Tafalla, donde tuve el descanso que mis asendereados huesos imperiosamente reclamaban. Mi oficioso espolique me buscó cerca de la plaza un alojamiento muy aceptable. Allí platiqué con mis amigos, comentando cada cual según su entender las bravas refriegas y el inmenso desastre que mató en flor las hermosas esperanzas del ejército liberal. Enaltecieron todos el saber estratégico, la genial maestría y la bravura del héroe muerto que trajimos en mísero furgón, ocultándolo como si fuera un robo que se había hecho a la Fatalidad.

Entre los oficiales que conmigo formaban corro alrededor de una mesa, bebiendo y fumando había un teniente de Infantería muy desahogado, sobrino según creo de una persona de alta significación en la política, el cual, colmando de alabanzas la figura militar del marqués del Duero, aseguró (sabiéndolo de buena tinta) que el primer acto de éste al entrar en Estella, si a entrar llegara, hubiera sido proclamar rey de España al príncipe Alfonso. La irrespe-

tuosa manifestación de aquel jovenzuelo llevó nuestro coloquio al vértigo de las disputas políticas, y se oyeron las opiniones más peregrinas, diferentes en estilo y criterio, flemáticas unas, ardientes las otras. Queriendo yo poner término a la controversia, dije estas palabras:

—Caballeros: no pierdan el tiempo discutiendo lo que pudo pasar y no ha pasado... Descuiden, que todo se andará. Lo que no hizo Concha lo harán otros, y estas peleas horribles acabarán poniéndose todos de acuerdo para llegar a un feliz arreglito, cuya finalidad será que nos gobierne el nuncio.

Antes de entregarme al descanso fuí al Ayuntamiento, a punto de las diez, deseoso de presenciar las primeras honras que se tributaron al grande hombre muerto, reuniendo en un solo acto el esplendor militar y la escasa pompa religiosa que en aquel pueblo pudo ostentarse. Arreglado y compuesto el cadáver, sin que desaparecieran las huellas de una muerte gloriosa en el campo de batalla, le colocaron en un ataúd decoroso. Paños negros y blandones encendidos completaban el triste cuadro. Las facciones del héroe apenas habían sufrido alteración. Ignoro si hubo o no embalsamamiento. Permanecía tal como le vi en el instante de caer del caballo: el ceño fruncido, apretados los labios, cual si aún durase el dolor de la herida que le mató, el corto bigote rígido, la frente surcada de arrugas. Por un momento creí yo adivinar dentro de aquel cráneo la visión de su postrer arranque frustrado, y el agotamiento de su voluntad al expirar el día.

Bien dijo el que dijo que tras de las pisadas duras de la tragedia suele ir el blando paso de la comedia. Así lo quiere la complejidad tumultuosa de nuestra vida, y yo lo confirmé aquella noche con el descomunal contraste que voy a referiros. Hallábame en mi cuarto con *el Sargentico* y a meterme en la cama me disponía, cuando sonaron golpecitos en la puerta. Fugaz presagio cruzó por mi cerebro. El sonido seco de la madera me delataba los nudillos de una persona conocida. ¿Sería *Chilivistra?*... Sí, sí; era ella, ¡Dios!... Apenas pronuncié yo el «Adelante», abrióse la puerta y penetró de rondón la señora mística y destornillada. Venía bien arregladita, con el hábito de los Dolores. En su bello rostro notábase, fresco y reciente, un discreto aliño de colorete y polvos.

—Pero, mujer, ¿qué es esto?—exclamé indicándole un sillón cojitranco—. ¿Qué buscas, qué quieres, cómo has venido aquí?

Y ella, serena y flemática, me contestó:

—Desde lejos he seguido tus pasos, sabiendo día por día y hora por hora dónde estabas. Razón tuve de tu alojamiento en cuanto llegamos aquí, a eso de las diez. En esta misma posada buscamos albergue. Tú no te enteraste, porque habías ido al Ayuntamiento a ver el cadáver del pobrecito Concha.

—Según eso, no has venido sola—exclamé yo, aterrado ante la idea de habérmelas con el elegante caballero administrador de Rentas de Vitoria.

—Solita hubiera venido—afirmó Silvestra— sin más compañía que mi anhelo de verte. Pero traigo conmigo dos personas respetables que, compadecidas de mis infortunios, no han querido separarse de mí en todo el viaje, y me seguirán, según dicen, hasta donde yo vaya. Una de estas buenas almas es el capellán de las Brígidas. La otra, una señora mayor con quien hice conocimiento en el trayecto de Vitoria a Laguardia. Es dama muy principal, de finísimo trato y mucho saber. Conversamos, intimamos y nos hicimos muy amigas.

Oyendo a la voluntariosa mujer me maravillaba de los enredos e imaginarias historias que se traía. Mi estupefacción llegó al colmo cuando me dijo para darme pormenores de sus compañeros de viaje:

—El capellán de monjas, para que te enteres, es el padre Carapucheta, que como recordarás estaba de rector en el oratorio del Olivar. La dama es una matrona de regia estirpe..., no te rías..., que a ti te conoce mucho y te llama su muñeco. Su nombre es..., ¿no lo adivinas?..., doña Mariana.

Este nombre retumbó en mi cerebro como el eco de un cañonazo... Se nublaron mis ojos, no sabía lo que me pasaba.

—Tú—dije a Silvestra, poniendo mis manos trémulas junto a su rostro—o padeces un mal que te sugiere los absurdos más desatinados o posees una imaginación que deja tamañitos a todos los inventores de fábulas, a todos los poe-

tas del mundo. Si esa doña Mariana no es engendro de tu caletre enfermizo, quiero verla ahora mismo. Pronto, pronto.

Grave y serena, se levantó *Chilivistra*, y, cogiéndome la mano, me dijo:

—Pues ven a verla. Bien cerca la tienes. Dos vueltas más allá, en este mismo pasillo. Ven, Tito, ven.

Momentos después, mis ojos, asustados de su propia visión, distinguieron la imagen o la persona de *Mariclío* en una estancia mal alumbrada, anchurosa, con las paredes cubiertas de viejos cuadros al óleo, ennegrecidos por el tiempo. En un sofá de dos cabeceras y respaldo de crines, modelo antiquísimo, que sólo se ve ya en alguna fonda de pueblo, estaba la excelsa Madre, apoyada en una de las cabeceras, en actitud de tristeza y cansancio. Adelantéme hacia ella con timidez y respeto.

Las primeras palabras articuladas por sus labios augustos determinaron súbitamente en mí la transformación de lo interno y lo externo, de todo cuanto yo llevaba en mi espíritu y de lo que mis sentidos podían apreciar. La estancia creció desmesuradamente, la figura olímpica se agigantaba, y su voz llegó a mis oídos como lejana música. Mi turbación no me permitió retener el justo sentido de aquella música. Creo que me dijo:

—Lo que has visto de esta guerra estúpida yo también lo vi... La Fatalidad, ley que viene de muy alto, impidió al gran soldado dar un golpe decisivo... No creas que puedan concluir estas luchas de otro modo que por conciertos y cambalaches como los de Vergara... Tu pobre España gemirá, por largos años, bajo la pesadumbre del despotismo que llaman ilustrado, enfermedad oscura y honda, con la cual los pueblos viven muriendo..., y se mueven, gritan y discursean, atacados de lo que llaman *epilepsia larvada*... Debajo de esta dolencia se esconde la mortal *tuberculosis*...

Si tales no fueron sus expresiones textuales, no creo equivocarme respecto al sentido de ellas.

Desde que oí a la señora subió de punto el desvarío de mis pensamientos. Se me olvidó el nombre del pueblo donde me encontraba. «Pero ¿dónde estás, Tito?», me pregunté.

Vi a *Chilivistra* arrastrando por los polvorientos ladrillos de la habitación la cola negra de un vestido como los que usan las damas en la Corte. Me senté a distancia de la madre, en una banqueta de nogal lustroso. Creí advertir que el sofá del antiguo modelo no estaba próximo a la pared, y que por aquel hueco discurrían las figuras descendidas de los cuadros viejos, tomando las negras apariencias de *Doña Gramática* y *Doña Caligrafía*.

Transcurrido un lapso de tiempo que ignoro si fué de minutos o de horas, Silvestra se llegó a mí, diciéndome:

—Quiero que conozcas a mi segundo acompañante, el bendito capellán padre Carapucheta.

Ausentóse un momento y reapareció trayendo de la mano a un sujeto esmirriado y larguirucho, vestido de luenga sotana. ¡Dios, Jehová, Lucifer! El hombre que hacía reverencias frente a mí era el mismísimo Ido del Sagrario.

—Pero ¿es usted, don José?—dije o creí decir yo.

Y él, dilatando su boca en larga sonrisa, habló en su habitual estilo:

—*Francamente, naturalmente*, señor don Tito, no podía venir a estas tierras sin disfrazarme... Sabrá vuecencia que al llevar a mi hija Rosita, el mes pasado, a la feria de Huete, que es el pueblo de Nicanora, me fué robada en Fuentidueña de Tajo por la partida carlista que manda el cabecilla Santés. Desesperado, salí a recuperarla. Dijéronme que su raptor se la llevó a Navarra, y aquí me han dicho que ahora podré encontrarla en tierras de Guadalajara o de Cuenca. Ayúdeme usía en mi empresa y Dios le dará el reino de los cielos.

Al oír estos desatinos, me llevé las manos a la cabeza, creyendo que de ella se me escapaba la razón y todo el sentido de la realidad. Salí de la estancia como alma que lleva el diablo, gritando:

—¡Favor, socorro!...

Dando tropezones y metiéndome en diferentes cuartos, llegué por fin al mío, donde me encontré frente a un hombre escueto, con chaleco de pana y *zorongo*. Cogiéndole de los brazos le zarandeé, mientras le decía:

—¿Qué hace usted aquí?... ¿Quién es usted?... ¿Dónde estoy?

Turbado, me contestó el buen hombre:

—Señor, ¿qué le pasa? Soy el *Sargen-*

tico. ¿No me conoce ya?... De aquí salió usted despierto y vuelve dormido.

XXI

Con solícitos cuidados, mezclando en su lenguaje la expresión seria con la festiva, mi buen espolique se esforzaba en serenarme. Hízome tender en la cama, y sentado junto a mí apuró razones y cuchufletas para traerme a la percepción de la realidad. Yo le dije:

—Quedamos en que tú eres el *Sargentico.* Bien: el *Sargentico.* Sobre eso ya no hay duda. Dime ahora cómo se llama este maldito pueblo donde estoy, pues mi memoria es esta noche como una jaula rota de la que se escapan todos los pájaros.

Al oír el nombre de Tafalla, repetido tres veces por mi espolique, agarré el vocablo y me lo metí en la casilla más honda de mi cerebro.

—Ya me vuelve poco a poco el sentido—dije, incorporándome en el camastro—. Tafalla es esta ciudad, y a ella hemos traído un muerto que se llama..., ¡ah, ya me acuerdo!..., el general Concha... Y ahora, Fermín, contéstame a otra pregunta. Pero has de prometerme, por la salvación de tu alma, decirme la verdad. Vamos a ver, ¿no crees tú, como yo, que estamos en una casa encantada?...

—Como encantada por achaque de brujería o maleficio, no lo creo, señor —replicó mi espolique—. Ahora, si achacamos a encantamiento el golpe de gente, el rebullicio, el entrar y salir de oficiales, curas, mujeres de toda laya..., con perdón..., todos pidiendo de comer, comiendo el que puede, éstos borrachos por el mosto, aquéllos por el meneo de los naipes..., si es así, la casa de Irucheta está dada, como quien dice, a todos los demonios.

Con la grata conversación del *Sargentico,* mi ánimo iba entrando en su normalidad. Sentí sueño, me metí en la cama, y cuando mi espolique quiso retirarse le ordené que se quedase a dormir en mi cuarto. Yo tenía miedo de que se repitieran las morbosas aberraciones que me atormentaron antes de medianoche. En un sofá de enea arregló lindamente su cama mi escudero con dos mantas y un maletín que convirtió en almohada. Dormí algunos ratos. En mis instantes de desvelo agradábame oír a los serenos cantando las horas.

La del alba sería cuando hirió mis oídos una música dulcísima, un coro armónicamente concertado con voces agudas y graves, tan nerviosas por su timbre como por su cabal afinación, música deliciosa, solemne y mística, que, a mi parecer, pasaba por la calle cual bandada de angélicos cantores que al término de la noche se retiraban de la Tierra al Cielo. Embelesado por aquel divino cántico, en cuyas vocalizaciones distinguí el nombre y alabanzas de la Virgen María, me incorporé en el lecho y afiné mi oído para que no se me escapase ni un acento de tan incomparable salmodia.

—¿Qué es esto que oigo?—pregunté a Fermín, notando que remuzgaba desperezándose.

—Señor—me contestó al momento—, ¿no sabe que estamos en la tierra de los cantores? Todo navarro nace músico antes que carlista. Eso que oye es *El alba,* como decimos por acá, un canticio *mucho precioso* que los serenos echan al retirarse alabando a la Virgen Santísima. Sereno hay aquí que cuando suelta la *melodía* da quince y raya a los tiples de las iglesias... ¡Ay señor, si hubiera usted oído a un chico del Roncal que vino a Pamplona poco tiempo ha!... ¡Aquello sí que era voz! Por gracia cantó algunas mañanas con los serenos, y los vecinos salían en paños menores a los balcones para oírle más a gusto. Voz de tenor, tan fina y bien timbrada diz que no se ha oído jamás, como no sea en los coros que festejan al Padre Eterno. Por toda Navarra se corre que han venido unos maestros de Madrid para llevarle a cantar óperas en el teatro Real.

Ya entraba la luz solar en la habitación cuando dije a mi espolique:

—Mientras yo me levanto vete callandito a la cocina, manda que me aderecen la riquísima esencia de castañas que aquí llaman café, y me la traes con abundante leche, bien caliente, para desayunarme. Para ti pides el chorizo y panazo que te gusta. En cuantico que metamos ese lastre en el cuerpo recogemos nuestros bártulos, bajamos de

puntillas, sin que nadie nos vea, pagamos la cuenta, ensillamos el jaco y salimos pitando de esta condenada Tafalla.

Largo rato empleó el *Sargentico* en dar cumplimiento a mi encargo, y cuando me ponía delante el cocimiento de achicorias y la leche aguada, me dijo tranquilamente:

—Bueno, señor; nos escapamos de tapadillo, sin que nadie nos vea. Muy bien. Y ahora le pregunto yo: ¿adónde vamos?

La pregunta del viejo navarro me dejó suspenso. ¿Adónde iríamos? El problema era grave. Hallábame perplejo y atontado, discurriendo a qué punto del globo terrestre debíamos encaminar nuestros pasos, cuando un súbito estremecimiento, como sacudida de terremoto, me hizo saltar en la silla. Mas no fué temblor del suelo propiamente, sino dos tremendos golpes en la puerta, los cuales, por la dureza de la percusión, debieron ser dados con nudillos de piedra.

—¡Ay!—grité—. No abras, *Sargentico*... Sí, sí, abre, que si no puede que nos derriben la puerta.

Franqueada la estancia, vi en el umbral una mujer de espigada estatura, vestida de luengos paños negros, que caían hasta sus pies con pliegues estatuarios. La blancura de su rostro era blancura de alabastro, y su voz, como articulada por una boca de piedra, heló mi sangre cuando me dijo:

—La señora doña Silvestra y el padre capellán han ido a la iglesia de Santa María y San Pedro. Allí está también la soberana Madre. De su parte vengo a decir al señor don Tito que le espera sin demora en aquel lugar: *Clío* necesita dar órdenes a su gentil muñeco.

Al decir la última palabra se apartó para darme paso. Yo alargué mi mano y toqué la suya: era de mármol... Temblé de frío y de pavura... Miré al *Sargentico* y vi que se santiguaba...

—No temas—le dije, tratando de sobreponerme a la turbación—. La señora que me llama es mi madre, es también la tuya, porque tú, Fermín, antes de estar a mi servicio y desde que estás en él, si no has escrito la Historia, la has hecho. Todos hemos sido y somos modeladores de la vida de los pueblos.

Salimos, apoyado el uno en el otro, pues ambos flaqueábamos de las piernas... En la calle, cuando dije a Fermín que me guiara a la iglesia de Santa María y San Pedro, me sentí otra vez navegante en el piélago de las cosas suprasensibles. «Mejor—pensé, avivando el paso—. Bien venido sea el mundo quimérico. Bendita sea la sinrazón, que es casi siempre el molde de la razón.»

Lo primero que vi al entrar en la iglesia y llegarnos a una de las capillas fué un delicioso absurdo que en pocas palabras refiero. ¡Ido del Sagrario estaba acabando de decir misa, con casulla encarnada! Al pronto dudé. Pero cuando se volvió de cara a los fieles para decir el *ite, misa est*, reconocí sus inequívocas facciones. Al retirarse el oficiante hacia la sacristía, calado el bonete y llevando en sus manos el sagrado cáliz, no pude reprimir las ganas de soltarle una chirigota.

—Vaya, don José—le dije—, que sea enhorabuena; esto es mejor que ir a la compra.

Vi a *Chilivistra* surgir de un grupo de mujeres arrodilladas, y cuando iba hacia ella, una mano blanda me tocó en el brazo. Era la Madre, que me dijo con acento jovial:

—Ven aquí, perdulario; ahora no te me escapas. Salgamos al pórtico y hablaremos.

Se me presentaba *Mariclío* en la forma más humana, ajustada estrictamente al tipo de señora principal, como tantas otras que vemos en el mundo físico. No advertí en ella ni el menor asomo de figura olímpica ni de fantástica evocación pagana. Su rostro y porte eran los de una matrona hermosa, aunque algo madura. Llevaba un trajecito de merino y su mantilla negra; en la mano, el libro de Jenofonte *Agesilao*, impreso en griego, que yo pude hojear cuando *Clío* me visitó en la fonda de Cartagena.

Al salir al pórtico me llevó la Madre a uno de los poyos más distantes de la puerta, donde charlamos tranquilamente en el lenguaje más opuesto al que suelen usar las almas del otro mundo.

—Esta vez, como siempre—me dijo—, has de cumplir fielmente mis órdenes. Forzoso es seguir los pasos de una guerra, que juzgo hermanando dos califica-

tivos tan distintos y antitéticos como lo son de *infantil* y *sangrienta*. Creyérase, mi querido Tito, que estos niños grandes se matan por el gusto de la destrucción, y que el fin sin fin de las batallas, encuentros y emboscadas no es otro que disminuir la población hispana. Vuestros políticos y vuestros guerreros estiman como un mal el crecimiento de la raza. Hay que matar, matar sin tregua para que se acorte el número de los españoles que viven y comen... Has visto, en sus diferentes fases, la guerra en el Norte. Conviene que la veas en el reino de Valencia y términos fronterizos de Castilla. Vete, pues, yo te lo mando, en compañía del buen capellán padre Carapucheta y de la desdichada señora a quien sus coterráneos dan el gracioso nombre de *Chilivistra*.

Como yo, sin oponerme a sus mandatos, indicara que las genialidades de Silvestra me amargaban la vida, la excelsa matrona rebatió mis escrúpulos con estas sesudas razones:

—Has de persuadirte, hijo mío, de que en el carácter borrascoso y tornadizo de tu *Chilivistra* tienes un perfecto símbolo de la vida española en el aspecto político, y estoy por decir que en el militar. Tan pronto es cariñosa y tierna como altiva y marimandona. El amor la dulcifica hoy, y mañana la endurece el orgullo. Inventa con lozana imaginación fábulas absurdas y acaba por creerlas. Se finge deshonesta sin fundamento real de sus mentirosos pecados. En ella habrás observado que al fuego del sentimentalismo sustituye rápidamente el hielo de los negocios menudos, todo ello sin criterio fijo, sin noción alguna de la realidad. En su desconcertada cabeza es un mito el administrador de Rentas de Vitoria; mito es también ese marido errante, y, por fin, personaje de leyenda es el hijo que busca.

Asombrado escuché el admirable juicio que en cortas razones hizo *Clío* de la histérica dama, y acabó de maravillarme con esta discreta síntesis:

—Fíjate bien, hijo mío, y verás que con el sistema puramente *chilivistril*, y conforme al voluble proceso mental de tu amiga, gobiernan a España las manadas de hombres que alternan en las poltronas o butacas del Estado, ahora con este nombre, ahora con el otro. También ellos invocan el sentimentalismo patriótico cuando les conviene o se entregan a los espasmos del despotismo cuando no hallan salida por la vía patriótica, o sea la vía liberal. También ellos inventan historias para domar las fieras oleadas de la opinión y acaban por creer lo que engendró su propia fantasía. Tus gobernantes son creadores de mitos, y mostrándolos al pueblo andan a ciegas, sin saber lo que quieren ni adonde van... Resígnate, pues, a llevar contigo este emblema de la vida nacional en la cristalización que llamamos política militante. *Chilivistra* será para ti lección viva, que hora tras hora te mostrará los capitales defectos de tu patria para que aprendas a precaverte contra ellos con la mira de que algún días seas llamado a gobernar la nación.

El talento de la Madre, con ser divino y de tan extraordinarias luces adornado no acabó de llevarme al convencimiento. Pero, sin dejar salir de mis labios la menor objeción, declaré que obedecería ciegamente sus mandatos. Donosa y risueña, me dijo la señora que en todo tiempo no me inspiraría conducta y acciones que no fueran para mi provecho, y con dulzura materna me encareció que desechase toda sensación de miedo cuando ella creyese necesario llamarme a su presencia. Respondíle que la noche anterior me había sobrecogido el verme de improviso y sin preparación alguna frente a tan excelsa divinidad, y que asimismo me turbé horriblemente aquella mañana cuando recibí sus órdenes por la mensajera más clásica y más helénica que vi en mi vida: una estatua de mármol.

—Pero, ¡hijo del alma!—exclamó la celeste musa, soltando una deliciosa risa, que también me pareció helénica—, si el recado para que vinieras aquí te lo mandé con la criada de la fonda!

En esto llegaron al pórtico Silvestra y el enimágnito sujeto en quien se fundían las dos personalidades del cura Carapucheta y del filósofo simple Ido del Sagrario. Reunidos los cuatro, *Mariclío* se mostró impaciente y nos incitó a partir sin demora. En mis manos puso una carterita que contenía, según me dijo, cuanto dinero pudiera yo necesitar para un largo viaje. Antes de que preguntase adónde íbamos; afirmó que *Chi-*

livistra y el señor capellán marcarían nuestro derrotero. Preparado tenía un buen coche con cuatro poderosos caballos, que podríamos dejar cuando se nos presentase coyuntura de recorrer largos trayectos en ferrocarril.

Antes de emprender tan aventurada correría, no debía yo olvidar a mi buen espolique Fermín, ni al espejo de las cabalgaduras, el gallardo y sufrido *Babieca*. Pero la Madre, que todo lo había prevenido, declaró que a su cuidado quedaban el *Sargentico* y mi corcel, agregando que ella guardaría y conservaría con toda solicitud al hombre y al bruto para que yo los recobrase en el punto y hora en que tan dulces prendas me fueran necesarias. Llamé al escudero fiel, que a corta distancia nos oía, y con pocas palabras le enteré del acuerdo. Quedó muy complacido de servir, por plazo más o menos largo, a la más alta señora que en estos reinos existe.

En fin, lectores de mi alma, que no sé si llamar severos o socarrones, sabed que me llevaron adonde esperaba el coche, que en él metieron los equipajes de los tres viajeros, que por un callejón cercano vi que se retiraban *Mariclío* entre dos estatuas de mármol vestidas con negras y ajustadas túnicas; que al *Sargentico* se le humedecieron los ojos al despedirme y que a mis oídos llegó el lastimero relincho de mi *Babieca,* encerrado en una cuadra próxima. ¡Adelante con la Fábula, adelante con la Historia! El coche partió a escape por la margen del río Cidacos. ¡Arre, caballitos, arre hacia lo desconocido, hacia las alturas, hacia los abismos, hacia el ensueño!...

XXII

Como mi pobre cabeza tardó horas y horas en recobrarse de aquel vértigo, no me es fácil determinar el lugar y momento en que cambiamos el coche por el ferrocarril. Sí recuerdo que al anochecer íbamos en un tren mixto, de cuya dirección no pude enterarme hasta que Silvestra dijo que estábamos cerca de Las Casetas. Poco antes de esto, tras penosa lucha entre mi razón y mi fantasía, llegué al convencimiento de que no llevaba traje sacerdotal aquel don José, que en boca de Silvestra era el padre Carapucheta y en la mía el señor Ido del Sagrario.

En la estación que empalma la línea de Castejón con la de Madrid a Zaragoza bajamos a restaurar nuestras fuerzas con el comistraje que dan en las fondas ferroviarias, y entre una sopa aguanosa y un pollo más duro que la pata de un santo deliberamos sobre la ruta que nos convenía seguir. Opinó *Chilivistra* que debíamos continuar en tren hasta Calatayud, y de allí internarnos por Daroca hacia la provincia de Teruel. El don José, cuya delgadez era ya transparente, sostuvo la conveniencia de llegarnos por el ferrocarril hasta Guadalajara, donde él tenía que tomar lenguas acerca del asunto que a tales trotes le llevaba. Yo, Proteo Liviano, mensajero de los dioses, envolviéndome en una serenidad majestuosa, les dije que mi opinión era no tener ninguna, y que me dejaría llevar adonde la dama gordita y el caballero flaco determinasen, ora fuese a las delicias del paraíso terrenal, ora fuese al mismísimo infierno.

De la deliberación de mis dos compañeros de viaje resultó que haríamos una paradita en Catalayud. Paradita fué que en la ciudad aragonesa, que los antiguos llamaron *Bílbilis,* patria del poeta latino Marcial, estuvimos tres días. Ello sucedió porque nos metimos en una fonda con ánimo de pasar la noche, y apenas vióse Silvestra bajo techo se puso tierna, indolente, mimosa, aquejada de esta insana languidez que sólo se cura con los melindres afectivos. Estábamos en la faceta de los arrumacos pasionales. Ya vendría la contraria. ¡Dios!

Respondí a los arrullos de mi amiga por mantener la paz en nuestra errante comunidad; yo no tenía prisa en cerrar aquel paréntesis de descanso, ni el bueno de don José mostrábase impaciente: pasaba todo el día recorriendo calles y visitando conventos... Al tercer día de nuestra parada, le cogí a solas en su estancia, y así le dije:

—Ya mi cabeza está despejada y no le vale a usted su disfraz de capellán ni toda esa monserga que se trae. Usted es mi patrón, el gran filósofo Ido del Sagrario, sujeto que con ninguna otra criatura humana puede confundirse.

—Sí señor; soy el que vuecencia dice y no puedo ser otro—me contestó Ido un tanto lacrimoso—. Pero, *francamen-*

te, naturalmente, ¿qué he de hacer yo si esa doña Silvestra se ha empeñado en que soy el padre capellán don José Carapucheta?... Veréis, ilustrísimo señor: fuí a Vitoria buscándole las vueltas a la pobre hija que me robaron, y me encontré a doña *Chilivistra.* Esta señora..., ya sabe usted que está loca perdida..., me metió en el enredo de vestirme de cura para poder penetrar con seguridad en el riñón de Navarra... En el riñón entramos y del riñón salimos. Luego se nos apareció esa *madama Clío,* sabedora de todo lo que ha pasado en el mundo y de lo que ha de pasar, y gracias a la supradicha *madama,* que mil años viva, me veo junto *al hombre del gran poder,* quien seguramente me llevará adonde encuentre lo que busco.

—Sí, sí, no tenga usted duda: rescataremos a Rosita—dije yo pavoneándome al recobrar mi papel de consolador de todos los afligidos.

—Pues bien, ilustrísimo señor. Si ahora vamos vuecencia y yo a doña *Chilivistrilla* y le decimos que yo no soy el padre Carapucheta, sino el marido de Nicanora, verá vuecencia cómo le tiembla el labio y nos pega a los dos.

—No le diremos nada; descuide, don José. Y si para mantenerla en su engaño fuese menester que dijera usted misa en cualquiera de los pueblos por donde hemos de pasar, la dice usted, yo le ayudo, ella la oye, y *pax Christi.*

—Amén... Ahora hablemos de otra cosa. Si esa señora se obstina en ir al Maestrazgo, no cuenten conmigo. He pasado estos días enterándome de las cosas de la guerra, y sé que toda esa parte de Teruel y Albarracín es un volcán. *Francamente, naturalmente,* no he venido yo al mundo para que me fusile un Cucala, un Bonet u otro de esos bárbaros matarifes.

—Estamos conformes. ¿Adónde quiere usted que vayamos?

—Adonde dije en la estación de Las Casetas. A Guadalajera, ilustrísimo señor.

—Pues allá iremos. Yo convenceré a doña Silvestra.

Al día siguiente habríamos llegado a la ciudad que goza fama por ser el emporio de los bizcochos borrachos, si a mi Silvestra no se le hubiera metido en la chola hacer otra paradita en Alhama. Seguía la racha voluptuosa. Ya me iba yo cansando de paraditas, mimos y empalagos de sentimentalismo dulzón. Y gracias que en todas las estaciones siguientes no propuso más que otras dos paradas, una en Medinaceli, para ver el sepulcro de Almanzor; otra en Sigüenza, porque había hecho promesa de ofrecer sus pías devociones a la gloriosa mártir Santa Librada... Con estas lentitudes ya corrían los primeros días del mes de julio cuando entramos en la capital de la Alcarria.

Apenas instalados en la posada de donde parten las diligencias para Brihuega y Pastrana, olvidó *Chilivistra* su terca obstinación de visitar el Maestrazgo, país entonces erizado de peligros, que en su magín enfermo se revestían de formas románticas. Ilusionada por nuevas ideas, imaginó que sería muy divertido dar un vistazo al país donde se cría la exquisita miel y a los verdes oteros poblados de aromáticas hierbas... A todas éstas, el pobre Ido andaba desatinado por la población, donde no le faltaban amistades y conocimientos. Díjome una tarde que había tenido noticias desconsoladoras: mas para confirmarlas era preciso que fuéramos a Huete.

A *Chilivistra* no le pareció bien abandonar la región melífera. Antojósele además tomar las aguas de La Isabela, en Sacedón, que según decían eran excelentes para conservar la tersura del cutis. En estas disputas acerca del punto a donde debíamos ir pasaron dos días más. Por fin determiné yo alquilar un buen coche para irnos por el camino de Pastrana hacia la provincia de Cuenca, después de asegurar a Silvestra que cuando despachásemos un asunto particular del señor capellán la llevaríamos a zambullirse en las aguas de La Isabela.

De mala gana emprendió la vizcaína el viaje, y por el camino nos daba la tabarra, volviendo su enojo contra el padre Carapucheta, de quien decía que iba siempre huroneando los conventos de monjas, con las cuales a hurtadillas se refocilaba. Oía con resignada humildad estas cosas el bueno de Ido, cuya inquietud y zozobra se mostraban en lo escuálido del rostro y en el crecimiento de la nuez.

Rodando por desiguales caminos, llegamos a Huete avanzada la mañana de

un luminoso día de julio, y don José, apenas nos quitamos el polvo en el parador de Santa Clara, encaminóse al monasterio del mismo nombre, situado a corta distancia de nuestro alojamiento. Más de dos horas permaneció el manso filósofo en la casa monjil, conferenciando con una tal sor Inés de la Transververación, prima carnal de Nicanora.

En el largo tiempo que pasamos esperando a Ido, noté que a *Chilivistra* le tembliqueaba el labio. Ya venía la racha de la impertinencia borrascosa.

—Bonito papel estamos haciendo—me dijo—tapándole los vicios a este capellán, que parece una mosquita muerta y es un tenorio de monjas. Opino que debemos dejarle aquí, marchándonos nosotros hacia La Isabela, donde encontraré el remedio para estos granitos que me han salido en las piernas. Míralos, Tito, y te convencerás de que me son precisas aquellas aguas, que instaló Fernando Séptimo para pulimentar la epidermis de su segunda mujer, la reina doña Isabel de Braganza.

Hice cuanto pude para contener y amansar a Silvestra con blandas razones. Llegó por fin el buen Ido, consternado, y llevándome aparte discretamente me dijo:

—Ilustrísimo señor; ya sé a ciencia cierta que mi adorada Rosita está en Cuenca, en una casa de esas que llaman..., con perdón.... mancebías publicas, y yo llamo templos del escándalo.

—Pues vámonos allá, don José—repuse yo—, y salvaremos de la infamia a esa sacerdotisa de Venus.

No necesito decir los artificios amorosos que puse en juego, halagos que prodigué y patrañas que discurrí, para convencer a *Chilivistra* de que debíamos ir a Cuenca. Con todo, momentos hubo, a poco de arrancar el coche, en que don José y yo estuvimos a dos dedos de ser abofeteados por el basilisco; poco faltó para que sus blancas y afiladas uñas se clavaran en mi rostro. La lucha duró hasta que el sueño v la fatiga rindieron a la fierecilla, andados ya dos tercios del camino. Nocturno fué aquel viaje, y fecundo en molestias de todo género. Ya era más de medianoche cuando entramos en Cuenca. Nuestros pobres huesos y nuestros desmayados espíritus tuvieron descanso en la mejor fonda de la Carretería, parte llana de la ciudad.

Al siguiente día, 12 de julio, fecha que no se me olvidará mientras viva, el movimiento de nuestros cuerpos nos retuvo *en las ociosas lanas* más tiempo de lo que acostumbrábamos. Levantóse Silvestra de mal talante, que manifestaba con agrias y descomedidas voces, y agarrando sus libros de rezos y su rosario requirió mi compañía para ir inmediatamente a la catedral, pues quería prosternarse ante el sepulcro del bendito San Julián, obispo de Cuenca.

Salimos los tres y nos dirigimos por la Carretería hasta una vetusta puente sobre el río Huécar, la cual une la ciudad vieja con los arrabales. Como poseo un gran sentido topográfico, andando me enteraba de la estructura de aquella ciudad celtíbera, visigoda, arábiga o no sé qué, asentada en varios montículos rocosos. El conjunto del viejo caserío, escalonado en diferentes anfiteatros, donde al parecer los cimientos de unas casas pisaban las techumbres de las otras, era de lo más pintoresco que yo había visto en mi vida. Pasado el puente entramos en una calle que, según me dijo Ido, se nombraba de Las Cocheras. Allí nos separamos; el filósofo torció a la derecha, en busca de las casas públicas y pecaminosas, donde creía encontrar a su desdichada hija. *Chilivistra* y yo, por la empinada y tortuosa ruta que nos señaló don José, subimos hasta la catedral.

Aquel día estaba mi basilisco en la plenitud de sus vesánicas impertinencias. Por la menor cosa reñíamos. Si tropezaba yo en un pedrusco (y hay que ver, señores, lo que eran aquellos empedrados, los partidos losetones y los peldaños puntiagudos), se ponía furiosa y me increpaba de esta manera:

—Hoy estás cargadísimo. No se puede ir contigo a ninguna parte... Claro, ¡como no te dejo ir con el bigardo del capellán Carapucheta a jugar con las monjitas!... A mí no me toques, no me des la mano, que yo sola sé andar muy bien. No tengo las piernas de trapo como tú.

El interior de la catedral me impresionó grandemente por la majestad y elegancia de sus líneas ojivales, diluídas en un doble misterio de silencio y oscuridad. El presbiterio y el ábside me

parecieron espléndidos, las verjas magníficas. Silvestra oyó dos o tres misas en diferentes capillas, y luego estuvo arrodillada largo rato ante el altar de San Julián, un armatoste grecorromano del estilo más antipático y pedantesco. Beatas vejanconas no cesaban de llegarse a los mármoles del sepulcro para besuquearlos y llenarlos de babas. Apenas se apartó del altar mi basilisco para marcharnos, adelantóse a darle agua bendita un hombre de buena estatura, vestido con decorosa modestia, de negra barba, pelo rizoso, facciones de varonil belleza y edad como de cuarenta o cuarenta y cinco años. Al acercarme yo, le oí decir:

—¿No me reconoce, usted, Silvestra?

Y como ella dudara, observándole, él prosiguió:

—Soy primo de Delfina Gil, y en su casa nos hemos visto algunas veces, ¿no se acuerda? Mi nombre es Avelino Palomeque.

—¡Ah!, ya, ya, Palomeque—dijo Silvestra agraciándole con su más delicada sonrisa—. ¿Es usted de aquí?

—No, señora; yo nací en Toledo. Pero estoy en Cuenca desde muy niño y en ella tengo mis negocios: dos fábricas de harinas y los molinos de San Antón.

Salimos los tres. El gaznápiro de Palomeque iba junto a Silvestra, dándole conversación, y a mí ni me saludó ni me hacía caso. Le pagaba yo este desaire con la moneda de mi desprecio. Mirándole bien, recordé haberle visto en la casa de Delfina y en la tienda de ataúdes. Era un carlistón rabioso, fanático, muy cerrado de mollera. Al llegar a una calle, que luego supe se llamada de Caballeros, tan pendiente que por ella había que andar a gatas, se paró el cerril carcunda y dijo estas palabras, volviendo su rostro hacía mí, como para que yo me enterase bien:

—No pasarán dos días, y casi estoy por decir que no pasará ni uno, sin que entren en Cuenca las tropas del Ejército real del Centro mandadas por sus altezas los serenísimos infantes don Alfonso y doña María de las Nieves. Creo que no ha de hacer resistencia este pueblo, donde hay pocos liberales, y esos pocos tontos de remate... Si usted teme el fuego y las balas, póngase en salvo hoy mismo, señora doña Silvestra. Puede usted refugiarse en mi casa, donde estará más segura que en ninguna parte. Soy viudo y vivo con mi madre, mi hermana y una hija mía de catorce años.

Luego seguimos bajando hasta la plaza de San Vicente. Palomeque invitó a *Chilivistra* a comer en su casa aquel día, anunciándole que iría a buscarla a la fonda. El basilisco, con no poca sorpresa mía, aceptó diciendo al carcunda que se arreglaría de prisa y corriendo para no faltar a la hora.

Solos otra vez Silvestra y yo, nos dirigimos a la fonda por la puerta que llaman del Postigo. Íbamos a escape, yo silencioso, ella punzándome con sus acres intemperancias.

—Aprende, tonto—me dijo—. Ese caballero sí que es fino y galante. Tú, en cambio, eres un avefría y no sabes tratar con damas.

Poco después de las doce llegó Palomeque a nuestro alojamiento. Silvestra, bien apañadita de ropa y pergeñada de lindos accesorios, sin omitir ninguno de los retoques de su bella faz, se fué con él, dejándome en una soledad deliciosa.

Como Ido no había vuelto de sus diligencias, me lancé solo por las calles de la ciudad baja, después de comer. Por un momento se me ocurrió volver a la catedral para pedirle a San Julián que me concediera el inmenso favor de librarme para siempre de la fémina mortificante y tornadiza. Pero me detuvo el extraordinario movimiento que notaba en las calles: iban y venían hombres y mujeres en actitud de recelo y alarma. Acerquéme a un grupo y no tardé en conocer la causa de tal agitación. Del pueblo de La Cierva, distante unas cuatro leguas de Cuenca, había llegado una mujer con la noticia de que allí y en Pajarón estaban los carlistas: la mar de batallones, con unos llamados *zuavos*, que parecían fieras, y el don Alfonso y la doña Blanca. En otro grupo oí que de Palomera, distante sólo una legua, acababan de llegar emisarios que también anunciaban la presencia de las bárbaras legiones.

Antes de amanecer caería sobre Cuenca la turba desmandada, feroz y hambrienta, y se haría dueña de la ciudad riscosa si las peñas y los corazones no le oponían una brava defensa.

XXIII

Recluído en el cuarto de la fonda, pasé la noche muy agitado por el tumultuoso ruido que de la calle venía. Además, me inquietaba que Silvestra no hubiera vuelto a mi lado, no porque me hiciera falta su presencia, sino por el temor de que le hubiera ocurrido algún desvarío. Al manso filósofo le esperé hasta la madrugada; mas tampoco vino a la mansión hospederil. Pensé que había encontrado a su hija, o que las diabólicas sacerdotisas venustas le retenían en sus nefandos cubículos. Al amanecer, las cornetas tocaron diana cerca y lejos; las unas, en el interior de la ciudad; las otras, en el campo, ocupado ya por los carlistas. Me asomé un momento a la ventana de mi cuarto, y vi en las crestas de los cerros humazo de fusilería. Poco después empezó el tiroteo en los términos cercanos. Dijéronme que los sitiadores atacaban la Puerta del Castillo, y que ya eran dueños de un barrio del mismo nombre, situado extramuros de la ciudad.

Bajé al comedor, donde el patrón y otros que con él estaban me dieron noticias desconsoladoras. Las fuerzas que habían de defender a Cuenca eran harto débiles: cuatro compañías de la reserva de Toledo, un escuadrón de lanceros del Regimiento de España, otro de carabineros, algunos guardias civiles y dos centenares de voluntarios, gente por punto general poco aguerrida. Las fortificaciones se reducían a unas verjas de hierro, arrancadas de las iglesias para ponerlas en las entradas de la ciudad vieja, y a unos cuantos remiendos echados de cualquier manera en la vetusta muralla. Cuatro cañones con insuficiente servicio de artilleros eran las únicas piezas disponibles para tener a raya al enemigo.

El fuego siguió muy nutrido durante la mañana. Poco antes de las once, los vecinos de los arrabales, creyéndose poco seguros en aquella parte de la ciudad, empezaron a trasladarse a toda prisa a la ciudad alta. Mi patrón y su mujer, personas sencillas y afables, se empeñaron en llevarme consigo.

—Caballero—me dijo el fondista—, aquí no puede usted quedarse, porque esto está muy malo. Véngase con nosotros. Allá, en los altos de la plaza de San Nicolás, tenemos una casita en paraje resguardado de los zambombazos que atizan esos perros. Coja usted su ropa y los efectos de valor; nosotros salvaremos lo que podamos. Bueno que se lleve el diablo nuestros intereses, pero la vida no queremos perderla... ¡Ay caballero: lo peor para la pobre Cuenca es que tenemos el enemigo en casa! Muchos vecinos, muchas familias de acá son carcundas hasta los tuétanos. Conque hágase cargo...

Por el puente de la Puerta de Valencia me llevaron a un barrio de calles pinas, angostas y oscuras. Entramos en una casa de no sé cuántos pisos: la escalera no tenía fin. En un desván lleno de pobretería de ambos sexos hallé albergue que parecía seguro de las balas, mas no lo era de insectos y alimañas molestas. En aquel camaranchón traté inútilmente de conciliar el sueño. Pasada la infernal noche, decidí cambiar de alojamiento, y bajé a otros pisos, donde encontré mejor compañía, personas amables que me dieron pan y vino para sostener mis fuerzas. Entre los allí refugiados, había un chico de tipo gitanesco, vivaracho y más listo que el hambre, el cual salía y entraba a cada momento, trayéndome noticias de lo que ocurría.

Por aquel galopín supe que se habían apoderado los sitiadores de la Carretería y calles inmediatas, saqueando casas y tiendas con infernal estrépito. Supe también que los carlistas quisieron parlamentar jnnto al Instituto; pero el brigadier don José de la Iglesia, gobernador militar de la plaza, hombre tan chiquitín como bravo, les mandó a escardar cebollinos... Mientras el chiquillo andaba recorriendo los sitios donde más empeñada era la lucha, mi patrón, dolorido y suspirante, me dijo:

—Caballero, nos quedamos sin agua. Esos cafres han cortado el acueducto en el caserío de la Cueva del Fraile.

La patrona, llorando, agregó:

—¡Ay Virgen Santísima, mañana no habrá ya pan en Cuenca! El poco que amasaron hoy se lo arrebata la gente en la calle, y los pobres que están batiéndose no tienen qué comer.

Por la tarde volvió despavorido el chiquelo, contándonos que había un fuego horroroso en la cuesta de Tarros, Mata-

dero, Jardín de las Carteras, Retiro, San Miguel y las Angustias, con la mar de muertos y heridos. Una vieja que vino después nos dijo que los voluntarios, con el cañón que habían puesto en una de las ventanas del Instituto, estaban abrasando a los carcas. Otra vieja, con las sayas en la cabeza, compareció ante nosotros y nos largó un relato terrorífico del fuego que hacían los carlistas desde las casas contiguas a las puertas del Postigo, Valencia y convento de la Concepción. Los pobres carabineros, soldados y voluntarios que defendían aquellos lugares caían como moscas.

La noche fué pavorosa. Los insectos y la fetidez de las habitaciones, atestadas de gente, expulsáronme de la casa. Bajé a la calle, prefiriendo que me matase una bala a morir de asfixia y asco. Tirado en el suelo, entre un ciego, dos lisiados, un sinfín de mujeres y rapaces medio desnudos, me enteré de que los caribes que llamaban *zuavos* habían intentado vadear el Huécar, siendo rechazados por unos cuantos lanceros. Las llamas de los incendios daban a la ciudad un aspecto de siniestra desolación.

El hambre, el miedo y el cansancio me obligaron a meterme en el zaguán de una casa, y arrimándome a un bulto, que debía ser un durmiente envuelto en mantas, descabecé algunos sueños. Al amanecer noté que el tiroteo había disminuído considerablemente... Dijéronme que los carlistas desmayaban por la tenaz resistencia del pueblo en el día anterior.

A media mañana advertí grande animación en la ciudad. Corría la noticia de que se aproximaba una columna de tropas del Gobierno, mandada por un tal señor Calleja.

—¡Ay Dios mío—exclamaba todo el mundo—, que venga pronto ese Calleja!

Contagiado yo de estas públicas alegrías, y sintiendo los horrores del hambre, trepé por los empinados escalones de una calleja angosta, en busca de un alma caritativa que me diera un pedazo de pan. Torciendo a mano derecha, vi venir hacia mí un esqueleto que me estrechó en sus brazos. ¡Por San Julián bendito! El esqueleto cuyos huesos chocaron con los míos eran don José Ido del Sagrario.

—¡Ay don José de mi alma!—exclamé con grande alegría—; ¿está usted muerto?

—Por milagro no estoy muerto—me contestó Ido—. Sepa vuecencia que una bala me atravesó de parte a parte.

—A ver, a ver: enséñeme esa tremenda herida.

—No es de cuidado. Mire: ha sido en el chaquetón. El proyectil lo pasó de parte a parte... ¡Ay don Tito, toda la noche buscándole! No ha sido mala suerte encontrarle ahora para poder decirle...

—Cuénteme, don José; ¿ha encontrado a la niña?

—Sí, señor. Estuvo algunos días en una casa de picaronas; pero ya, ¡gracias a Dios!, ha ido a parar a lugar más honesto, aunque no del todo limpio. ¡Ah señor, déjeme usted que suspire!

—Yo también suspiro, don José; pero de hambre.

—¿Hambre vuecencia, ilustrísimo señor? Pues aquí tengo yo pedazos de pan para usía. Cómalo, que es bastante bueno.

Vi el cielo abierto. Me abalancé a los mendrugos, y para comerlos con más comodidad me senté en un escalón, en medio del arroyo. Lo mismo hizo Ido, y en aquel momento se nos acercaron unos pobres perros que olieron el pan. No tuvimos más remedio que darles algo de lo que nos sobraba.

—Ya que este corto desayuno me aclara un poco las entendederas—dije al filósofo—, prosiga el cuento de la infeliz Rosita.

—Pues nada: que hace días está al servicio de un señor canónigo, muy apersonado y muy galán, que la tiene en su casa en calidad de doncella para todo y con honores de sobrina. Allí he pasado yo la noche, bien resguardado de esta horrenda trifulca, y de allí salí a buscar a vuecencia para llevármele conmigo.

—¿A casa del canónigo?... ¡Sí, hombre, vamos! Allí estaremos bien seguros, porque supongo que el amo de Rosita será carcunda neto.

—Sí que lo es, pero buena persona y muy torero, con perdón. Está loco por la niña... Vamos, vamos... Pero, ¡ay de mí!, buscando a vuecencia me he perdido en el laberinto de estas rinconadas y costanillas y no sé por dónde volver allá.

En esto oímos que de la parte baja venía, con gran clamor de gente, estruendo de cataclismo. Unos ancianos que subían nos dijeron que en la calle de la Moneda, los bravos defensores arrojaban petróleo con la bomba de incendios del Municipio sobre las casas de la calle de los Tintes, ocupadas por los carlistas. No pudiendo realizar su intento, lanzaban a mano el líquido inflamable contenido en botellas. Huyendo de la quema, seguimos calle arriba, acelerando el paso. Don José, casi sin resuello, me dijo:

—¿No sabe, don Tito, que ayer tuvieron los carlistas una gran pérdida? El cabecilla Segarra quedó muerto de un balazo junto al convento de la Concepción, al atacar la Puerta de Valencia.

—¿Segarra? Pues en el infierno nos espere muchos años... Vamos, vamos a ver si podemos dar con la casa del canónigo. Preguntaremos al primero que pase para que nos oriente. ¿Cómo se llama ese señor?

Detúvose Ido perplejo, y llevándose un dedo a la frente me dijo:

—¡Ay señor don Tito!, el apellido del canónigo es de tal manera enrevesado y estrambótico, que no sé si lo podré recordar ahora. Ayer, cuando él me lo dijo, lo apunté en un papel, y toda la noche lo estuve repitiendo, sílaba por sílaba, para ver si me lo clavaba en la memoria... Espere vuecencia un poco..., déjeme pensarlo... Ya tengo algunas sílabas, pero otras me faltan... Calma, calma...

Mediano rato aguardé a que terminase su trabajo mental el cuitado filósofo. Luego, con semblante risueño, me dijo:

—Ya, ya tengo las sílabas todas. Ahora falta el acento... Espérese otro poco, ilustrísimo señor... Tengo que arrimarme a la pared para poderlo decir seguido... y he de agarrarme la nuez, vea vuecencia, la nuez, que se me quiere escapar cuando pongo el acento... Allá va. El canónigo que ahora es tío de mi Rosita se llama de apellido Pagasauntúrdua.

XXIV

—Después de pronunciar ese nombre —dije yo—es preciso tomar alguna cosa, por ejemplo, una copita de jerez. Vamos a ver si ese bendito canónigo nos la da.

—Excelentísimo señor—replicó Ido—, llevando por única guía ese nombracho no llegaremos nunca. El tío de mi niña hace poco tiempo que ha venido a esta catedral desde la de Calahorra, y apenas se le conoce. Además, señor, no hay un solo conquense que sepa entender ni pronunciar el trabalenguas de ese apellido.

Llegamos a una plazoleta en la que Ido reconoció que había confundido la torre de la catedral con la de *Mangana*, y cuando discutíamos la dirección que debíamos seguir para enmendar nuestro rumbo, nos vimos envueltos en un tumulto de gente que nos llevó consigo como barredera humana al grito de «¡Abajo todo el mundo! ¡A las Puertas, al Instituto, que vienen los nuestros! ¡Ya está ahí Calleja! ¡Viva Calleja!» Imposible resistir el torbellino patriótico. Corriendo, más bien rodando, descendimos por las calles de guijas puntiagudas. A mi lado se puso, chillando desaforadamente, el chiquillo gitanesco y vivaracho que me había servido de informante histórico en los primeros encontronazos entre conquenses y carlistas.

—Quieren entrar—me dijo—por la calle de la Moneda. Allí hay fuerte quemazón. Pero no saben ellos quién es Calleja. ¡Viva, viva Calleja!

Fuimos a parar cerca del Instituto, y allí nos encontramos a nuestro fondista y a un sinfín de mujeres llorosas, que se disputaban los corruscos de pan... No sé el tiempo que duró aquella situación equívoca en que alternaban los gritos de entusiasmo con las expresiones de desaliento. Por fin, corrió entre la muchedumbre ansiosa esta desoladora noticia:

—El que viene no es Calleja, ¡maldita sea su alma!, sino un cura guerrillero que llaman *el de Flix*, con dos batallones de fieras desbocadas... ¡Perdición, ruina, muerte!

Esta triste realidad alentó a los carlistas residentes en Cuenca. Propalaron

por todas partes que los sitiadores entraban ya en la ciudad, sembrando el desaliento, y muchos defensores se retiraron de sus puestos, convencidos de que era inútil toda resistencia. Sin saber cómo, nos encontramos Ido y yo en la miserable casa donde pasé la primera noche de asedio, y en uno de sus aposentos nos guarecimos, esperando la suerte que nuestro adverso destino nos deparara. Allí supimos por algunos voluntarios que los defensores que ocupaban el Jardín de las Carteras se habían retirado y la facción era ya dueña de algunas casas de la calle de la Moneda.

La última página de la tenaz resistencia fué gloriosamente escrita por el gobernador militar, brigadier don José de la Iglesia, que levantando barricadas disputó palmo a palmo la ciudad a las salvajes hordas realistas. En esta postrera jornada pereció heroicamente el teniente coronel de la reserva de Toledo don Francisco de la Peña. En tanto, el brigadier La Iglesia, sereno en medio del peligro, al frente de cuarenta hombres, se retiraba lentamente mandando hacer fuego de trecho en trecho. Al llegar a la parte más empinada de la calle de San Pedro, agotados todos los recursos y siendo la retirada imposible, hizo señal de parlamento. Los carlistas, que estaban a pocos metros, destacaron un pelotón mandado por un jefe. La Iglesia se desciñó la espada, y entregándola al cabecilla puso término definitivo al esfuerzo gigante de los humildes y beneméritos defensores de Cuenca.

Desde aquel momento cambió con súbito giro el panorama histórico, trocándose el honrado choque de las armas rivales en feroz desbordamiento de los vencedores, que hollaron con cínica barbarie las leyes de la guerra y los elementales principios de humanidad. Contaré los horrores, crímenes y vergüenzas de las jornadas de Cuenca en los días 15, 16 y 17 de julio, con toda la fidelidad que mi oficio me impone; contaré lo que vieron mis ojos espantados y lo que, visto por otros ojos, fué transmitido del alma de las víctimas y de sus allegados al alma dolorida de este humilde narrador. Ante la brutalidad de los hechos que fluctúan vagamente entre lo verdadero y lo inverosímil, evitaré la mentira y la hipérbole, y no recargaré de negras tintas las perversidades de los hombres, ni aun cuando éstos, más que hombres, parezcan demonios.

Al penetrar en la ciudad las manadas realistas, fueron víctimas de su desenfreno las propias familias de los vencedores. Dióse el caso de que algunos facciosos nacidos en Cuenca oyesen de labios de sus madres, al abrazarlas, súplicas implorando respeto para sus vidas y haciendas. Pero tales ansias traían aquellos bárbaros de celebrar su victoria con la saciedad de todos los apetitos, aun los más infames, que nada respetaron. Entraban en las casas, lo mismo por las puertas que por las ventanas, forzaban los muebles, sacaban ropa, dinero, alhajas y luego porfiaban entre sí para repartirse el fruto del pillaje. Lo mismo expoliaron las casas liberales que las carlistas; no hicieron diferencias de clases ni de ideas, ni se acordaron para nada de la religión que figuraba en su execrable bandera.

En una desdichada iglesia, cuyo nombre no recuerdo, afanaron con avara rapidez un soberbio pectoral, dos mantos de terciopelo de San Juan y una corona, rosario y diadema de la Virgen del Puente. En los casinos rompieron los espejos, las mesas y sillas, hartándose de licores, cuyas botellas arrojaban a la calle después de vaciarlas. En el Instituto destruyeron el gabinete de Física y el de Historia Natural, lanzando por las ventanas los aparatos y las colecciones zoológicas. Al ver la máquina eléctrica llegó a su máximun el ansia de destrucción, y mientras la pulverizaban decían: «¡Duro, duro con esto, que sirve para mandar partes al Gobierno!»

Se les veía correr de calle en calle y de casa en casa, dando alaridos de salvaje alegría. Algunos se desnudaron públicamente para vestirse la ropa blanca y los trajes que habían robado. Después de vestidos, dejaban en medio del arroyo los guiñapos, llenos de porquería y miseria. Aunque uniformados, los *zuavos de los Príncipes,* presentaban el aspecto más siniestro y repugnante por la desenvoltura cínica de sus maneras y la grosería de sus vociferaciones, en ronca mixtura de italiano y francés. Con hambre atrasada devoraban embutidos, lonchas de jamón y cuanto pudieron atrapar. Por toda la ciudad re-

tumbaron destemplados toques de corneta y estas estridentes voces: «¡No hay para nadie cuartel!»

De los *zuavos* y de los que no eran *zuavos* huían las mujeres, lo mismo jóvenes lozanas que viejas tembliconas, corriendo a refugiarse en los sótanos más hondos o en los más altos desvanes. Aun allí eran perseguidas, pues aquellas bestias lujuriosas no sólo habían perdido la vergüenza, sino el sentimiento de la hermosura, de la gracia y de la juventud... Los facciosos no se limitaron a saciar sus groseros instintos, y movidos de criminal saña política, perseguían como perros rabiosos a los *cipayos*, que así llamaban a los liberales, y a los que habían contribuído con denuedo a la defensa de la población.

Voy a referir a mis horrorizados lectores el trágico fin del comandante don Enrique de Escobar Valdeolivas, que se hallaba en situación de reemplazo, recluído en su domicilio por larga enfermedad. Creyeron los carlistas que aquel *cipayo* había tomado parte en la defensa y asaltaron su casa, en la calle de Cordoneros, subiendo atropelladamente hasta las habitaciones altas, donde el infeliz señor yacía en el lecho, asistido por su madre. Al verse rodeado de aquellas fieras que le insultaban profiriendo las amenazas más atroces, el desdichado enfermo perdió el conocimiento. La madre lloró, imploró, y no pudiendo ablandar los corazones petrificados por la incultura y el fanatismo, se abrazó a su hijo, intentando en vano librarle de las acometidas de tales monstruos. Sobre el cuerpo de la pobre mujer llovieron golpes terribles. El comandante fué cosido a bayonetazos, y cuando ya se le escapaba la vida, arrancáronle de los brazos maternales y lo arrojaron por el balcón.

El cuerpo chocó contra las piedras, y yacía exánime en medio del arroyo, cuando apareció en la calle abigarrada muchedumbre, a cuya cabeza venía una mujer a caballo, como amazona de circo, radiante de fatuidad, decidida y altanera. Era la tristemente famosa princesa doña María de las Nieves, esposa de don Alfonso de Borbón. Los que la vieron venir pensaron que desviaría su caballo para no pisar el cuerpo expirante. Pero la terrible capitana de bandidos no se inmutó, y sin dar señales de ninguna emoción ante aquel espectáculo dejó que el animal pisotease a un honrado caballero moribundo.

XXV

Siguió la cruel amazona su sangriento camino hacia la Correduría. Era de corta estatura, flaca, rubia, de azules ojos: su belleza, completamente apócrifa, consistía tan sólo en la marcialidad de su apostura y en su destreza hípica, cualidades de marimacho, no de mujer. En su rostro vi un mirar ceñudo y una rígida contracción de la boca, que indicaban la sequedad del corazón confundida con la brutal soberbia. Llevaba boina roja con borlón de oro, traje negro de montar, altas botas de charol, en la mano un latiguillo que le servía de bastón de mando, y en el cinto un revólver. Tras ella iba el marido, que sólo brillaba por su insignificancia junto a la marimandona. Llevaba boina encarnada con áureo borlón y dormán de Caballería. Seguía la caterva de jinetes, algunos con distintivos de oficiales, otros como escolta, todos de aspecto bárbaro y provocativo.

No sé adónde iban en aquel instante. Pero, esclavo de mi obligación, he de referir las escenas más patéticas del drama conquense, y para ello haré uso del don de ubicuidad que, con otras atribuciones, me concede en casos tales mi divina madre *Clío*. Sabed, pues, que aquella mañana presentóse ante la catedral el aparatoso y ridículo cortejo de la generala doña Nieves de Borbón, de Braganza o de los demonios coronados. Apeóse la tal de un salto y entró en la basílica seguida del marido y de los jefes que componían su abigarrado séquito. Junto a ella se coló en el sagrado recinto un perro de presa, que era su inseparable compañero. Ya se habían dado las órdenes para que el obispo saliese a recibirla y le cantase el indispensable *Tedéum* por la feliz entrada del Ejército real en la histórica ciudad de Cuenca.

He aquí, lectores míos amadísimos y cristianísimos, al venerable prelado señor Payá y Rico plantado en el trascoro con todo su clero, para recibir ce-

remoniosamente a la que representaba el poder majestático impuesto por la fuerza bruta. Con evangélica humildad acompañaron el obispo y clero capitular a los regios figurones, llevándolos al presbiterio, donde tomaron asiento en los sillones preparados para el caso. El *Tedéum* fué breve, llevado a paso de carga, a estilo militar. Berrearon los cantores de mala gana, y el alto clero, con excepción del obispo, hizo gala de la pompa litúrgica y de su fanático servilismo.

Terminada la ceremonia con su canticio bostezante, acompañado de sonoros golpes de órgano, los príncipes *de la sangre* se aposentaron en el palacio del obispo, próximo al templo diocesano. Ignoro si la ocupación de la morada episcopal fué por galante obsequio del señor Payá y Rico, o por *motu proprio* de la desenvuelta doña Nieves, que a sus indudables dotes de mando unía la frescura y desahogo que a las personas vulgares da la falsa conciencia del derecho divino. Su temple arbitrario se manifestaba lo mismo en la llaneza para incautarse del solar ajeno que en la fea costumbre de tutear a las personas de la más alta posición y jerarquía. Apenas instalada en el palacio la trashumante Corte, se vieron llenas de uniformes las anchurosas estancias; el arrastrar de sables y el militar bullicio sustituyeron al murmullo sigiloso de una mansión eclesiástica.

En el salón de honor, decorado con un soberbio crucifijo, recibieron los príncipes comisión de señoras, comisión de notables, que eran lo más granadito de la carcundería conquense. Allí dictó la despótica doña Blanca los fieros bandos que causaron terror al sufrido vecindario. En el primero se ordenaba que los habitantes de la ciudad, sin distinción de clases, acudieran a demoler las fortificaciones, llevando ellos mismos los útiles y herramientas necesarios. En el segundo se disponía que acudieran las mujeres y señoras con vasijas llenas de agua a sofocar el fuego del Gobierno Civil, incendiado por los carlistas. El tercero, inspirado por Judas, mandaba que todos los voluntarios defensores de Cuenca se presentasen en los claustros de la catedral, advirtiendo que de no hacerlo así serían fusilados dondequiera que se les encontrara. Los tres bandos se fijaron en las esquinas o fueron publicados por pregón, y decían que sus disposiciones habían de cumplirse *bajo pérdida de la vida.*

Obedientes a las draconianas órdenes de la que algunos llamaron el *Atila con faldas,* acudieron con palas y picos los pobres de chaqueta y los señores de levita a desbaratar las obras de fortificación. Y como a todos les iba en ello la pelleja también corrieron a sofocar el fuego las menestralas y las señoras, transportando el agua en cántaros, barreños y pericos. Los voluntarios defensores de la plaza, entendiendo que serían indultados si hacían acto de arrepentimiento en el sagrado recinto de la catedral, allá se fueron cual ovejas sumisas, y con más paciencia que el amigo Job esperaron el fallo benigno de la serenísima tirana.

¿Benignidad dijisteis? Espérense un poco, caballeros. Apenas estuvieron los voluntarios reunidos en los claustros de la basílica llegó una cuadrilla de *zuavos* que les maniató por parejas; sin pérdida de tiempo los condujeron a los sótanos del palacio episcopal, y allí quedaron encerrados cual rebaño destinado al sacrificio.

En tanto, la soldadesca vencedora, harta de comistrajes y de vino, harta de volubles placeres, mas nunca saciada ni satisfecha en sus brutales instintos, continuaba la cacería y exterminio de *cipayos.* Pedro Díaz Escamilla, maestro alpargatero de la casa de Beneficencia, voluntario que peleó en la calle de la Moneda, retiróse herido, escondiéndose en un desván de su casa. Allí lo encontraron los carlistas, y después de rematarlo a tiros y bayonetazos le rompieron el cráneo con las culatas de los fusiles, haciendo saltar en pedazos la masa encefálica. A la viuda de este infeliz la martirizaron cruelmente pinchándola en la espalda, y a una muchachita, hija del muerto, le dieron a beber tila con pólvora *para que se le pasara el susto.*

A un pobre vendedor de frutas, *Anico el de la Ventosa,* a quien acusaban de haber matado a dos *zuavos,* lleváronle a rastras por las calles con infernal gritería, y después de asestarle innúmeros bayonetazos, acabaron con él, junto al cuartel de San Francisco, quemándole la cara con petróleo. Un humilde de-

pendiente municipal fué capturado cuando regresaba de llevar un parte del Ayuntamiento al brigadier Villalaín. Cediendo a instigaciones de un carlista conquense, aquel desventurado fué conducido en las puntas de las bayonetas por la Correduría, y en su sangre mojaron los asesinos la suela de las alpargatas *para reforzarla*. Junto a la puerta del Postigo asesinó la soldadesca a un cartero, de quien dijo una mujer que había dejado de entregar algunas cartas a los carlistas del pueblo. La agonía de este desgraciado fué horrenda, pues su delatora se obstinaba en hacerle comer pan y pepino.

Por soplo de gentes malignas, que nunca faltan en casos tales, supieron los vándalos del *Dios, Patria y Rey* que en una casa del Pósito se escondía un *cipayo* llamado Vicente Cornago, enfermo de viruela negra. Allí marcharon en tropel los asesinos, decididos a librar de penas al virulento. La pobre madre lel enfermo creyó que mostrándoles el cuerpo de éste, cubierto de pústulas, les convencería de la verdad de la dolencia. Los menos feroces quedaron perplejos; mas otros, que sin duda eran fieras en figura humana, insistieron en asegurar que el *cipayo* era un enfermo de conveniencia y que aquellas costras serían pintadas. La embriaguez les enloquecía. Tras una espantable escena en que la madre trató de salvar la vida de su hijo, abrazándole con desesperado esfuerzo, se consumó el crimen odioso, entre salvajes gritos y carcajadas infernales de aquellos caribes.

Más horrores contaría; pero temo que mis buenos leyentes aparten sus ojos de estas páginas, bárbaramente ensangrentadas. Por mi gusto pondría siempre en ellas la miel de la Historia, aderezándola sabiamente con las hieles amargas que en todo tiempo afluyen de las humanas acciones. Mas tengo que rendirme a las brutalidades de una raza que en sus accesos de locura suicida se divierte rasgando sus propias venas para morir de anemia.

Diré tan sólo que a la mujer de un pobre zapatero, asesinado en la calle del Agua, dieron el pañuelo de la víctima empapado en su propia sangre, caliente todavía. A la esposa de un humilde agente de Orden Público le ofrecieron el sable con que acababan de cercenar el cuello de su marido. No satisfechos los facciosos con ser asesinos y ladrones, fueron también incendiarios, y a más del Gobierno Civil pegaron fuego a la Diputación Provincial, a la plaza de toros y a otros edificios. Con enormes lavativas lanzaban petróleo a los pisos altos; con regaderas empapaban de líquido inflamable las plantas bajas. El inmenso ruedo de la plaza de toros, del que surgían llamas gigantescas, era como el cráter de un volcán.

Como infernal apoteosis de aquella fiesta de barbarie, clavaron los vándalos banderillas de fuego a los caballos heridos o enfermos, que, locos de dolor, corrían por la ciudad, entre el chisporroteo y las detonaciones de la pólvora que abrasaba sus carnes.

XXVI

Mi privilegio de ubicuidad permitióme presenciar las pomposas audiencias que daba doña Nieves a los jefes de su mesnada de matachines: salían éstos llevándose el aplauso y albricias de su generala por los asesinatos y desvergüenzas con que castigaban al pueblo infeliz. En esto, anunciaron la llegada de una comisión del Ayuntamiento, que iba con toda sumisión y protestas de fidelidad, a impetrar de sus altezas clemencia para los vencidos. Como medida preventiva, metieron a los comisionados en las habitaciones bajas, donde estaban las cuerdas de voluntarios presos. No quise dejar de ver a los que representaban el organismo municipal, algunos del antiguo Ayuntamiento, otros de la nueva hornada carlista. En todos vi caras afligidas y largas, y admiré las arrugadas levitas que habían sacado del fondo de los cofres para presentarse ante las reales personas, así como las chisteras abolladas y peinadas a contrapelo en las precipitaciones que la etiqueta les imponía.

Francamente, naturalmente, diré con mi amigo Ido, que me acompañaba por las escaleras y pasillos de la casa episcopal, me dieron lástima los señores concejales, tratados como perros, y aun el propio don Avelino Palomeque, concejal de nuevo cuño, me fué menos antipático por verle en tan humillante si-

tuación. No pensaba yo hablarle; pero él se dirigió a mí con menos arrogancia de lo que yo esperaba, diciéndome estas palabras:

—No pase usted pena por doña Silvestra, que está bien segura en mi casa, al lado de mi madre. Si los excelsos príncipes acceden a lo que les pediremos, todo se arreglará.

—Quédese *Chilivistra* al lado de su señora madre—contesté yo cumplidamente—, que allí estará como en la gloria. Y si la nobilísima doña María de las Nieves la toma bajo su protección, miel sobre hojuelas. Silvestra es una malva, como usted habrá visto, un carácter angelical, dulcísimo. Para mí será muy grato que permanezca en la honesta y sagrada casa de usted hasta que Dios fuere servido de poner término a los males que a todos nos afligen.

Díjome entonces el estirado señor Palomeque que si yo gozaba, como parecía, de algún predicamento cerca de la brava doña Nieves y de su augusto esposo, les hiciese presente la conveniencia de que fuera pronto recibida la comisión municipal, que ansiaba ofrecerles sus respetos. Sin negar yo mi supuesta influencia, respondí que hablaría de buen grado a los serenísimos infantes, procurando llevar a feliz término aquellas diferencias, y añadí que esperaran sentaditos a que de arriba viniera la orden de ser recibidos en audiencia solemne.

Volví con Ido del Sagrario al piso principal, y lo primero que vi fué al venerable obispo sentado en el banco del portero, aguardando ser admitido a la presencia de doña Nieves. Diferentes personas había en la antesala, y entre ellas... no sé si por testimonio de mis ojos o de mi exaltada imaginación... creí distinguir la faz de *Mariclío* en un grupo de señoras que hablaban con Payá y Rico, lastimándose de la humillación que sufría. Estoy bien seguro de haber oído de labios del prelado estas tristes palabras:

—Ayer me pedía usted su protección; hoy la necesito yo.

Puse toda mi alma en cerciorarme de si era verdad la presencia de *Mariclío*, mas no pude obtener la certidumbre qué buscaba, porque el buen Ido me cogió de un brazo, y llevándome al cercano pasillo donde aguardaban varios clérigos en actitud expectante, me dijo:

—Véngase acá, ilustrísimo señor, que quiero presentarle al canónigo Pagasauntúrdua. Este buen señor desea conocer a vuecencia.

Presentado al canónigo, nos estrechamos las manos con familiaridad cortesana. Era un clerizonte guapo, joven y rollizo: su desenvoltura de lenguaje y ademanes revelaban el gusto del buen vivir y el menosprecio de las trabas y preocupaciones que entorpecen la existencia. Después de los saludos campechanos, quedamos en que honraría yo su casa aquella misma tarde para tomar juntos una copita de jerez y fumar un buen habano.

Al volver a la antesala vi que entraba una caterva de vándalos, arrastrando los sables y metiendo mucha bulla. Entre denuestos y amenazas, decían que la canalla *cipaya* trataba de asesinar a los príncipes, y que para castigar su intento sería conveniente acabar con ella. De estas inauditas barbaridades resultó que sus altezas dieron orden de despedir a la comisión municipal, mandándola que se largara con viento fresco. Poco después fué admitido en audiencia el reverendo prelado, y al gozar yo el extraordinario privilegio de presenciarla reconocí la proximidad de mi excelsa madre, que por interés de ella y honor mío se dignaba ponerme en directo contacto con las verdades netamente históricas.

Vi a doña Nieves en pie, frente a una mesa forrada de damasco. Rodeaban a la infanta su insignificante esposo y unos cuantos bigardos de su cuadrilla: Monet, Grollo, Freixá, Villalaín, el cura de Filis y otros. La generala vestía el traje de amazona, cuya falda recogía con la mano izquierda; en la derecha empuñaba el latiguillo, que era como el cetro de su realeza, lo mismo a caballo que a pie. El perro de presa no faltaba en aquel acto solemne, vigilante al lado de su ama. Con la boina roja encasquetada, los cabellos rubios mal recogidos en un voluminoso moño, el cuerpecillo tieso, la mirada fría, el rostro avinagrado, condensando en sus duras facciones toda la energía de un alma dominadora y salvaje, aguardó la entrada del obispo.

El venerable Payá se adelantó con sereno continente, y. anticipando sus finas reverencias, rogó a la infanta que per-

donase la vida a los voluntarios presos y que pusiera término a los actos de inhumana crueldad, tan contrarios a la religión que el rey don Carlos ostentaba en su bandera.

—Ya he dicho a las señoras—contestó colérica y nerviosa la terrible mujer—que mis soldados necesitan un poco de expansión después de los trabajos y privaciones que han sufrido.

Y tras esto, atreviéndose a tutear a persona tan venerable, investida de la autoridad evangélica, esgrimió el látigo para imprimir acento y vigor a estas infames palabras:

—Da gracias a Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con todos esos miserables.

Aguantó el obispo con firme ánimo la rociada y dijo, tarde ya, pero aún a tiempo, lo que debió decir a los príncipes cuando entraron en Cuenca, pidiéndoles que les cantara un *Tedéum*. Allá va el verdadero *Tedéum* y la sagrada voz evangélica de un prelado que sabe su obligación:

—Señora: con esa conducta ni se conquistan tronos en la tierra ni coronas para el cielo. Adiós, adiós .

Dió media vuelta el buen Payá, y retiróse de la sala sin hacer la menor reverencia.

XXVII

Permitidme ahora, lectores muy católicos y muy amantes de nuestra patria, que os dé una opinión sincera y humana de la nefasta María de las Nieves, opinion que, sin excluir las execraciones que merece el mostrarse por primera vez en la candente arena de aquel torneo político y militar contendrá las alabanzas que le corresponden como el modelo más extraordinario de fuerza y energía dentro del tipo femenino.

Al ponerse con su esposo al frente del Ejército real del Centro, doña Nieves fué el alma de la facción; se impuso a todos los cabezas y cabecillas; erigióse en generalísima incuestionable; llegó a ser muy pronto la primera estratega, la primera autoridad táctica de sus cuadrillas, a las que disciplinó y gobernó dándoles apariencias de hueste organizada. Compartía con sus soldados las inclemencias del cielo y las fatigas de las penosas jornadas; compartía también con ellos los piojos, la bazofia, los mendrugos de pan, la dureza de los lechos de piedra en las sierras ásperas, la humedad y desamparo en las desoladas llanuras.

De este modo les llevó a la conquista de Teruel, tan difícil y cruenta que hubo de levantar el asedio y salir en busca de otras arriesgadas aventuras. Con su infatigable tropa, ella, que no conocía tampoco el cansancio, compartió la rabia de no haber podido ganar a Teruel, y en terrible avalancha cayeron sobre la pobre Cuenca, donde alcanzaron la gloria (que gloria fué para ellos) de plantar por primera vez en la capital de una provincia española el pendón del carlismo.

Cuando se tuvo en Cuenca conocimiento de la entrevista de doña Blanca con el señor obispo, antes referida, dijeron algunos: «Esa mujer es una hiena.» Pues yo os digo que será todo lo hiena que se quiera en determinada ocasión; pero me permito enmendar la frase de este modo: «Esa mujer... es un hombre»: el primer hombre del absolutismo, desde los tiempos de don Carlos María Isidro hasta la edad presente. En los días del asedio de Cuenca, cuando los infantes tenían su Cuartel general en un lugar apacible de la Hoz del Huécar, la generala, que todo lo disponía y ordenaba como experto caudillo, viendo que la ciudad no se rendía tan pronto, como ella deseara, llamó a Villalaín, y le dijo:

—Necesito que las tropas reales tomen al momento la ciudad. Apelo a tu bravura, y no creo hacerlo en vano. Ve y tómala, yo te lo mando. Si en el término de una hora no se cumplen mis órdenes, fusilarás al jefe u oficial que flaquee en el cumplimiento de su deber.

Chispazos del genio de Atila y del Hamerlán iluminaban el cerebro de aquella hembra temeraria y cruel, negación de su sexo. Desde el momento en que Cuenca cayó en poder de *las honradas masas*, la doña Nieves les permitió todas las brutalidades, crímenes, atropellos y vandálicas libertades que se han descrito, porque sabía que de este modo se captaba para siempre la voluntad y sumisión de aquellos forajidos. Consintiéndoles la saciedad de sus apetitos, les adiestraba para continuar

peleando por ella y allanando los caminos por donde corría desenfrenada la feroz ambición del marimacho más genial que ha tenido España.

Aquella misma tarde, don José y yo volvimos la espalda a los horrores trágicos para penetrar en la mansión apacible del canónigo don Plotino Pagasauntúrdua. Abriónos la puerta Rosita, no sin precauciones, descorriendo cerrojos y quitando trancas de hierro. El buen capitular no había llegado aún: estaba acompañando al señor bispo y dándole ánimos para soportar la tribulación que sufría. ¡Por Júpiter Capitolino y por la divina Cytherea que me gustó Rosita! Estaba muy linda, tan limpia y bien apañada de ropa y aliños del rostro, que daban ganas de comérsela. Por hacer tiempo a que llegara su amo, nos llevó al aposento alto en que moraba, en el cual admiré el buen arreglo y la comedida elegancia de un vivir modesto y dichoso.

Antes de repetir en mi presencia lo que a su padre había dicho respecto a su nuevo estado, quiso mostrarnos a los dos los diferentes regalitos que le había hecho su tío putativo: unos zapatitos de charol muy monos, todavía no estrenados; un vestido de merino negro muy honesto y apersonado, para ir a la iglesia; otro de percal sin colorines, pero odornado con mucho aquel; varias alhajillas de poco precio, de oro fino, que no llamaban la atención ni por sus dimensiones ni por su riqueza; medias negras de semiseda; zapatillas de abrigo para dentro de casa; peinas y avíos de tocador; un rosario hecho con huesos de aceitunas del Huerto de las Olivas, donde oró el Señor, en Jerusalén; y, por último, un devocionario monísimo, con sus tapas de nácar y broche dorado para cerrarlo. Viendo y admirando estas cosas, advertí en el rostro de Ido del Sagrario una mezcla singular de alegría y tristeza.

Cuando Rosita, un poco cohibida y vergonzosa, empezó a contarme las razones que tenía para no abandonar aquella casa, llamó a la puerta el canónigo. La muchacha bajó, abrió, y poco después estábamos los cuatro en la sala donde el buen sacerdote recibía sus visitas. Desde el primer momento nos mostró don Plotino su llaneza y amabilidad campechana. No necesitó pedir el jerez, pues Rosita se apresuró a traerlo, acompañado de bizcochos y unos puros, no de primera, pero bastante aceptables. Como supondréis, la conversación recayó al instante en el asunto de actualidad que excitaba los ánimos en Cuenca. Sirviéndonos jerez y excitándonos a no ser parcos en la bebida, el desahogado cura señor Pagasauntúrdua nos dijo:

—Es preciso confesar que esa buena señora nos ha hecho un flaco servicio con venirse acá mandando las tropas de don Carlos. Quedárase la doña Nieves en Albarracín o en cualquier otra parte de los estados del Centro, y no hubiéramos tenido aquí los desmanes y atropellos que ustedes han visto. ¡El demonio con la señora ésa!... ¿Se enteraron ustedes del trato que dió esta mañana al señor obispo?

—Sí que nos enteramos, señor don Plotino—repliqué yo—. Si usted me lo permite, le diré que ese trato y otro peor lo tenían ustedes bien merecido por haber salido a recibirla con palio y largarle luego el *Tedéum* con órgano, cantorrio y toda la pesca. ¿Por qué el señor Payá, cuando la vió entrar en la catedral, no mandó al perrero que la pusiera en la calle?

—Eso no podíamos hacerlo, señor don Tito de mi alma—repuso Pagasauntúrdua con humildad risueña, tras de la cual asomaban puntas y ribetes de ironía—. El señor obispo y el cabildo cumplieron su deber. La Iglesia está siempre en su puesto, y no podía negarse a rendir honores a los serenísimos príncipes, hermanos del católico rey, nuestro señor... Comprendo lo que quiere usted decirme; tiene usted razón; déjeme concluir... Esta tarasca nos ha puesto en una gravísima tirantez de relaciones con el pueblo en que vivimos, y no sé en qué parará esto. En fin: creo que se van mañana tempranito. Dios vaya con ellos; la Virgen les acompañe..., y que no vuelvan a parecer por acá.

—¡Desgraciado el pueblo en que caigan ahora esos serenísimos diablos!—exclamó Ido elevando los ojos al techo y atizándose otra copa.

Haciendo lo mismo, el canónigo pasó a tratar de un asunto muy interesante:

—Pues no se van con las manos vacías—nos dijo—. Como contribución de guerra, he aquí que arramblan con to-

dos los fondos públicos y particulares que hay en Cuenca. Verán ustedes: a los vecinos les han sacado cerca de ochocientos mil reales; de la Caja Provincial han sustraído bonos del Tesoro, libramientos y metálico, por valor de noventa mil pesetas mal contadas; de la Delegación del Banco de España, casi cien mil; de Tesorería, en pagarés de bienes nacionales y metálico, más de medio millón.

Lo restante de nuestro coloquio no merece mención. Al despedirnos del bondadoso don Plotino Pagasauntúrdua le preguntamos si podríamos contar con su ayuda para salir de Cuenca sanos y salvos. El, con gallardía protectora, nos dijo:

—No teman nada: si los serenísimos se van mañana, como dicen, yo les respondo a ustedes de que podrán salir tranquilos, sin que nadie les moleste, ya se vayan por Huete, ya por San Clemente y Villarrobledo... Conque, adiós, señores, y a descansar, que buena falta nos hace a todos... Usted, don José, no ponga esa cara triste ni haga pucheros: su hija está en mi casa como en la gloria. ¿Verdad, Rosita, que no quieres volver a Madrid?... Repito que su hija de usted, señor Ido, al venir a esta su casa, ha pasado del infierno a la bienaventuranza... ¿Verdad, Rosita?... ¡Ay señor Sagrario! Si usted la hubiera visto donde estuvo, no lloraría de verla aquí. Al contrario, bailaría de gusto.

—¡Ah, sí, señor!... Pero ya ve usted..., un padre...—rezongó el filósofo lagrimeando.

—Rosita está muy contenta. Vea usted esa cara—dijo el clérigo, acompañándonos hasta la puerta—. ¡Y ahora que la voy a llevar de viaje!... En cuanto llegue agosto, tomo una licencia y me voy a Lequeitio, mi pueblo, para que Rosa respire las brisas del Cantábrico.

XXVIII

Camino de nuestro albergue (que era una cabrería de la calle de Pilares, donde pasamos la noche anterior con sosiego y buena compañía), iba yo consolando al buen Ido, lo que no me fué difícil, pues la fácil teoría del mal menor vino muy a pelo para el caso de la deshonra de Rosita. ¿Qué mejor solución podía esperar el desolado padre que ver a la niña reposando a la sombra de una protección tan benéfica como la de don Plotino? Obra fué de los hados...; estoy por decir que de la Divina Providencia. Por lo que el propio Ido me contara cuando llegamos a Huete sabía yo los horribles temporales que había corrido la niña, desde que la raptaron en Fuentidueña de Tajo hasta que fué a caer en las inmundas mancebías. El cómo pasó Rosita de tal ignominia a las paternales manos de Pagasauntúrdua, ni don José lo sabía ni en averiguarlo teníamos interés. Nos contentábamos con celebrarlo y ver en ello una divina intriga tramada por los ángeles del cielo. Así debía decirlo el filósofo simple a su esposa Nicanora cuando le diera cuenta de la paz y tranquilidad que la niña disfrutaba. Era cosa de que toda la familia festejara el suceso alabando al Señor y encomendándose a la Santísima Virgen.

A nuestro cansancio debimos un profundo y dilatado sueño, entre cabras y honrados vecinos de Cuenca. Al despertar, avanzada ya la mañana, oímos gran trompeteo y bullanga: los forajidos se iban, con su condenada doña Nieves a la cabeza. Marchaban hacia Levante, llevándose prisioneros a los soldados del Ejército, a los voluntarios liberales y a gran número de contribuyentes, personas de arraigo y posición. ¡Pobrecitos, buena les esperaba! ¡Infeliz Cuenca, infeliz España!

Decididos mi amigo y yo a poner pies en polvorosa, nos abocamos con nuestro protector don Plotino, el cual ya nos tenía preparada fácil salida en los carros de unos madereros que por San Clemente iban a Villarrobledo. Nos despedimos de Rosita, y en la tierna escena advertí que las lágrimas de Ido del Sagrario eran más de alegría que de pesadumbre. La sobrina del canónigo dió a su papá un imperdible de oro muy lindo para que lo entregase como recuerdo de la tierna hija a la nunca olvidada madre. ¡Adiós, Rosita; adiós, don Plotino, trasunto de la Providencia; adiós, catedral, obispo, vecindario cadavérico; adiós, Cuenca moribunda y trágica, aún envuelta en humo, en vapores de sangre, en ambiente de tristeza y desolación!

No quisimos partir sin informarnos del paradero de Silvestra. Mandamos un recado a la casa del concejal señor Palomeque; mas como este señor no nos diera ninguna respuesta, creímos perdida a la voluntariosa y antojadiza dama, de cuya reaparición daré noticias a mis buenos lectores en posteriores páginas, que ya no caben en este libro. No saldré de la patria de San Julián sin deciros que recobramos parte de nuestro equipaje y que momentos antes de partir vimos entrar por Carretería tropas a caballo, vanguardia de una columna mandada por el general Soria Santa Cruz, que el Gobierno envió el día 13 en auxilio de Cuenca. Entraban con extraordinarias precauciones, cuando ya en Cuenca no había ni un voluntario de la facción. ¡A buenas horas, mangas verdes!

Salimos en la gratísima compañía de los madereros. Y no te digo adiós, lector pío, benévolo, buen católico y amante del orden social; no te digo adiós, sino hasta luego, pues la deuda que tengo contigo de referirte lo de Sagunto aplazada queda por apremios del tiempo y del espacio, superiores a la voluntad de vuestro leal y asendereado Tito. Otorgadme el respiro que os pido, y pronto me encontraréis camino de Sagunto, acompañado de las figuras representativas de la Restauración, *Chilivistra, Leona la Brava* y otras no menos interesantes personas que se aprestan a bailar conmigo y con vosotros en la nueva contradanza histórica.

Santandar-Madrid,
agosto-noviembre de 1911.

FIN DE
«DE CARTAGO A SAGUNTO»

CANOVAS

I

Los ociosos caballeros y las damas aburridas que me han leído o me leyeren, para pasar el rato y aligerar sus horas, verán con gusto que en esta página todavía blanca pego la hebra de mi cuento diciéndoles que al escapar de Cuenca, la ciudad mística y trágica, fuimos a parar a Villalgordo de Júcar, y allí, mi compañero de fatigas Ido del Sagrario y yo, dando descanso a nuestros pobres huesos y algún lastre a nuestros vacíos estómagos, deliberamos sobre la dirección que habíamos de tomar. El desmayo cerebral, por efecto del terror, del hambre y de las constantes sacudidas de nervios en aquellos días pavorosos, dilató nuestro acuerdo. Inclinábame yo a correrme hacia Valencia, impelido por corazonadas o misteriosos barruntos. Di en creer que hallaría en tierras de Levante a mi maestra *Mariclío* y que por ella tendría conocimiento de la preparación de graves sucesos. Pero a Ido le tiraba hacia Madrid una fuerte querencia: su mujer, sus amigos, su casa de huéspedes. La ley de adherencia en las comunes andanzas aventureras nos apegaban con vínculo estrecho. Desconsolados ambos ante la idea de la separación, cogimos el tren en La Roda y nos plantamos en la Villa y Corte.

Largos días permanecí recluído en mi aposento pupilar de la calle del Amor de Dios. La casa estaba desierta por ausencia de los estudiantes de San Carlos, que gozaban ya de la dilatada vagancia veraniega. Prisionero me constituí en mi celda, sin osar poner los pies en la calle, no sólo por aburrimiento, sino por tener mis bolsillos tristemente limpios y mondos de toda clase de numerario. Olvidado me tenía mi excelsa Madre, sin que mi conciencia ni mi razón explicarme supieran la causa de tal abandono, pues nada hice ni pensé que pudiera desagradarla. Cuantas veces acudí a la portería de la Academia de la Historia en busca de los emolumentos que allí, solícita y puntual, me consignaba *Doña Mariana*, hube de volverme desconsolado y con las manos vacías a mi pobre hospedaje. Por fin, avanzado ya el mes de agosto, ¡oh inefable dicha!, la portera de la docta casa me entregó con graciosa solemnidad un paquete que contenía suma moderada de los sucios *papiros* que llamamos billetes de Banco, y una cartita cuyo interesante contenido devoré con mis ojos en el corto trayecto de la calle del León a la del Amor de Dios.

«Perdona, mi buen muñeco—decía la carta—, si tan largo tiempo estuve sin acudir a tus necesidades. Con la presente recibirás ración no muy cumplida del pan de la vida social. Gástalo con tiento, manténte en la justa ponderación de la economía y la prodigalidad... Estoy donde estoy. No me verás tan pronto. Vivo en oscuro escondite, acechando un hecho histórico que tú no has previsto y yo sí. No pocos caballeros españoles y algunas damas alcurniadas quieren engendrar un ser político, que representará la transformación capital de la familia hispana. Es lo que el bueno de Víctor Hugo llamaba *un gozne de la Historia*... Yo me entretengo mirando a los que ponen sus manos pecadoras en esta labor mecánica. Unos se esfuerzan en engrasar la espiga y el anillo del gozne para que el doblez se efectúe sin aspereza y con silencio decoroso; otros, en su afán de terminar prontito, salga lo que saliere, doblarán la Historia con maniobra violenta, y el

chirrido del metal giratorio se oirá hasta en la China... ¿No entiendes esto, historiador travieso y chiquitín?... Vístete bien, ahora que tienes dinerito fresco, y no busques tu sastre entre los de medio pelo. Reanuda y cultiva tus antiguas amistades, y disponte a estrechar las nuevas relaciones que te salgan al paso. No desdeñes a los hombres de pro... El pro se acerca taconeando recio... La pobretería se aleja pisando con el contrafuerte... Adiós, hijo. En cuanto lleguen las brisas de otoño, que avivan la natural frescura y alegría de los madrileños, diviértete lo que puedas. Si sientes apetito de lecturas pon a un lado al amigo Saavedra Fajardo, y entretente con el *Manual del perfecto caballero en sociedad,* consagrando algunos ratos a la *Moda Elegante.*»

Confuso me dejó la epístola, que leí cuatro veces, y aunque algo pude descifrar de un sentido recóndito, no llegué al pleno dominio de las ideas expresadas por la Madre en aquellas líneas, escritas con genuino trazo de Iturzaeta... Septiembre se me pasó en renovar mis amistades de Madrid, y en ponerme al habla con sastres y zapateros. Amenguaba ya el calor; pero aún se veían en el Prado grupos de paseantes y tertulias de gente distinguida: formábanlas familias que no habían podido ir a baños y otras que se volvieron antes de tiempo, repatriadas por la escasez de pecunia. En diferentes corros y tertulias mariposeaba yo en las tardes y noches de variado temple. También gustaba de arrimarme a los puestos de agua, frecuentados por parroquianos de distinta marca social, bastos, finos y entrefinos.

Ved ahora la cáfila de amigos que me salieron al encuentro en el Prado y sus aguaduchos: Luis Blanc, Moreno Rodríguez, Serafín de San José, Telesforo del Portillo *(Sebo),* Patricio Calleja, Mateo Nuevo, Fructuoso Manrique, David Montero, *Dorita,* Niembro, Emigdio Santamaría, Díaz Quintero, María de la Cabeza, Delfina Gil y el imponderable *Don Florestán de Calabria,* que se presentó ante mí con flamantes apariencias de limpieza y elegancia. Apartados del grueso de la concurrencia, que paladeaba el agua fresca con azucarillos y aguardiente, echamos un parrafito. Díjome que a femeniles influencias debía un empleíto escribientil en el Círculo Popular Alfonsino, y que desde que se puso en contacto con las *personas decentes* había empezado a echar buen pelo, como lo demostraba su ropa.

A mis anhelos de conocer el paradero de *Leona la Brava.* contestó que estaba en París. ¿Fué quizás con el hinchado figurón de los monumentales sombreros? No; el tal no gozaba ya la privanza de la dama de Mula; con su fatuidad *chisteriforme* habíase retirado, dejando el puesto a un protector nuevo, caballero separado de su mujer, regordete, calvoroto, afeitado de rostro y muy pulido de vestimenta, íntimo amigo de don Francisco Cárdenas. de don Manuel Orovio, y asistente pegajoso a la tertulia del conde de Cheste. Noté en *Don Florestán* cierto pudor para revelarme el nombre de aquel sujeto; sin duda quería guardar el incógnito de uno de los hombres de pro que le habían protegido. No insistí, seguro de descifrar el acertijo en cuanto *Leona* volviera de su excursión parisiense. ¡Y que no vendría poco ilustrada en todo género de novelerías y elegancias! Terminó el pendolista sus referencias diciéndome con cierta vanagloria:

—Fíjese usted, don Tito; el amigo de doña Leonarda es de los que tienen más metimiento en el palacio Basilewski, donde reside la que fué nuestra soberana, quien, como usted sabe, abdicó ya en su hijo don Alfonsito.

Quedé con don Jenaro en que me avisaría puntualmente la fecha de la *rentrée* de la *Brava,* y ya no volví a verle hasta mediados de octubre. En tanto, los amigos cuyo trato frecuentaba yo por aquellos días me confirmaron en la idea de que la sociedad española quería cambiar de postura, como los enfermos largo tiempo encamados sin encontrar alivio. Notaba yo la *lenta, pero continua* inclinación de las voluntades hacia un ideal que a primera vista deslumbraba, desviándose de los ideales pálidos ya y marchitos. Dábame en la nariz el olor del aceite con que los más sagaces querían engrasar la visagra histórica, y a mi oído llegaba el crujir de los impacientes y el retemblido del aparato con que se hacen los dobleces de la vida de un pueblo.

En la última decena de octubre tuve conocimiento del regreso de Leonarda

y de su domicilio, calle del Saúco, a espaldas del ministerio de la Guerra. Juzgando indiscreto visitarla sin previa petición de venia, eché por delante un recadito con el de *Calabria*, y por el mismo conducto recibí un pase para penetrar en la gruta de la ninfa. Era la casa linda, coquetona, mejor apañada y dispuesta que la de la calle de Lope para un vivir descuidado y placentero. En el carácter de *Leona* no advertí mudanza: era la misma mujer afable, cariñosa y sugestiva que descubrí en el tempestuoso ambiente del cantón cartaginés. En su habla encontré notorio progreso, pues no se daba reposo en la tarea de perfeccionar su léxico. Apenas abrió la boca, me saltó al oído el decir exquisito, que revelaba un trato frecuente con personas de cepa moderada. Con estos refinamientos se confundía un gracioso empleo de galicismos de buen tono, y el desaprensivo chapurrar de términos franceses, entreverados con lo más corriente de nuestro lenguaje.

Apenas cambiamos las primeras cláusulas de afectos y remembranzas, *Leona* me soltó en nervioso estilo el relato de sus impresiones de París, juzgando con criterio justo todo lo que había visto, sin dejarse llevar del prurito de la admiración ni columpiarse en los espasmos de la hipérbole, como es uso y costumbre de los que llevan a la gran Lutecia todo el bagaje de sus almas provincianas. El buen gusto apuntaba ya en mi dulce amiga, anunciando la deliciosa ecuanimidad de la *mujer de mundo*.

—Vivíamos en la *rue Richepanse*, muy cerquita de la Magdalena y a poca distancia de la plaza de la Concordia—me dijo—. Nos retirábamos tarde, porque casi todas las noches íbamos al teatro. A media mañana nos levantábamos, y yo empleaba largo rato en mi *toilette*, que allí, Tito mío, hay que mirar bien cómo sale una a la calle. Almorzábamos, unas veces en el café Anglais, que es lo mejor de París; otras veces en Vefour, en las arcadas de una plaza que llaman Palais Royal. Por probar de todo, y para que yo me enterara bien de lo que es aquel gran pueblo en lo tocante a comistrajes, íbamos algunos días a unos *restauranes* baratitos, pero *la mar* de buenos, que llaman *Bullones* o *Duvales*.

A su caballero daba *Leona* el nombre de Alejandro, que, a mi parecer, era denominación familiar convenida entre ellos, pues, según mis barruntos, el tal personaje figuró después en la Historia no muy lucidamente con nombre bien distinto.

—Después de almorzar—continuó diciendo la *Brava*—, mi Alejandrito me dejaba en el hotel y se iba a sus negocios, que no eran otros que la conspiración alfonsina. Largas horas pasaba en el palacio de la reina; visitaba al marqués de Molíns, a Salaverría, al duque de Sexto, a don Martín Belda y a otros que ya no recuerdo, todos ellos metidos en esa contradanza del alfonsismo. Cansábame yo de estar encerrada en el hotel, y algunas tardes cogía mi sombrero y mi sombrilla y me marchaba a pasear por los bulevares, llegándome hasta la puerta de San Denis o un poquito más allá. Yo podía decir lo que dicen que dijo *Cúchares* cuando le preguntaron si se había divertido en *París de Francia:* «Aqueyo es mu aburrío. To er zanto día está uno olivarej arriba, olivarej abajo...» Y no te creas, Tito, que era *Leona* costal de paja para los franchutes. Olivares arriba y abajo me seguían dos, tres y a veces hasta cinco moscones haciéndome el amor, y diciéndome cosas que yo entendía muy bien sin saber una palabrita de aquel habla. Pero, dándome la mar de pisto y con muchísima dignidad, seguía mi camino sin hacerles caso y me metía en la fonda.

No volví a ver a *Leona* hasta una noche de noviembre, en el teatro Real, adonde la llevaba con frecuencia su afición a la ópera, nueva señal de adelanto en su carrera de cultura. Después de buscar a Leonarda por las regiones *paradisíacas*, la encontré en delantera de palco por asientos, localidad que abonada tenía con dos amigas guapas, elegantonas y de la propia marca social. En los entreactos picoteaban las tres pasando revista con picante estilo a la concurrencia de damas, y señalando indiscretamente a sus *editores responsables*, confundidos en la turbamulta de gente distinguida, conservadora y alfonsina. Sobre la negrura de los fraques se destacaban las calvas, relucientes algunas como bolas de billar. La ópera de aquella noche era *Roberto el Diablo*, cantada por Rosina Penco, el tenor Nicolini y el bajo David. Poco pude hablar con

mi amiga en aquella ocasión, porque, de improviso, llegaron al palco unos pollastres esmirriados, en traje de etiqueta, que entablaron voluble conversación con las tres damas, acosándolas con bromas de mal gusto y cuchufletas impertinentes. Me retiré a mi localidad del paraíso un tanto mohino y desconsolado.

Más dichoso fuí la noche del estreno de *Aida*, hacia el 10 o el 12 de diciembre, porque tuve la precaución de tomar anticipadamente la delantera de palco por asientos inmediata a las que ocupaban las tres ninfas. Sentado junto a mi amiga, pude charlar con ella cuanto me dió la gana.

—Esta noche—me dijo *Leona*—tenemos el teatro *au grand complet*. Sabrás, Titín salado, que hace tres semanas me da lecciones un profesor de francés, a quien conocerás el día que vuelvas por casa. Como los temas se me salen de la boca sin pensarlo, te pregunto: *¿Tienes el cordón azul de la sobrina del hermano de mi jardinero?*

Mi respuesta fué:

—No tengo el cordón de la bella hermana del sacristán; pero tengo la inmensa satisfacción de contemplar de cerca tus negros ojos y de admirar los blancos dientes que asoman entre esos labios de coral cuando iluminas el teatro con tu sonrisa.

—Cállate la boca, Tito, que no estamos solos—me contestó la *Brava*—. Mejor será que eches tus miradas por esta sala espléndida. En aquel palco tienes a la Campo Alange con su hija Luisa, que esta noche se lleva en el Real la palma de la hermosura. En la platea del proscenio, debajo del palco de los ministros, verás a la Medinaceli. Buena mujer, verdad. ¿Te gusta? ¡Ah pillo!... Más arriba, en los entresuelos, está la Fernán Núñez y su hija Rosarito, *très gentile*, con otras chicas muy guapas. Sigue mirando. ¿No ves a la baronesa de Hortega, con su palco lleno de señorones?

—Sí. Y en el palco del al lado, la de Navalcarazo.

—*Pardon, mon cher Tit*. No es la de Navalcarazo, sino la de Hijar... Allí tienes a Robles, el empresario del teatro, un caballero alto, moreno... En la platea de abajo, la de Montúfar, guapa, carnosa. Tras ella, el marqués de Bedmar, Heredia Spínola y otro alfonsino vejacón que no recuerdo cómo se llama. En aquella platea, mira, Sardoal, Ricardo Alava y unas señoras que no conozco. En el palco de al lado, la Perijáa con la Acapulco.

Y luego sigue la de Ahumada...

—*Pardon, mon ami*. Me sé de memoria a todo el señorío de Madrid, lo que llamamos *gens du monde*. Esa que dices tú es la Folleville, con la Belvís de la Jara, la Campoalegre y Pepito Montiel... Vuelve tus ojos al entresuelo y verás a la Villavieja con el marqués de Yébenes, el neo más rabioso que hay en todo el Universo mundo.

Cambiando bruscamente de cháchara, sin dejar de prodigar los *pardones* a cada instante, me quitó *Leona* los gemelos para mirar a las butacas.

—En el pasillo central, allí, al extremo, de espaldas a la orquesta, tienes al caballero más pomposo y elegantón que hay en el teatro—me dijo—. Es *monsieur le marquis du Bacalao*. A él se acerca en este momento mi Alejandrito. Reconócelo ahora por la calva, que es de las que hacen época en la historia del poco pelo. Sé lo que le está diciendo. Cosa muy interesante. En el segundo entreacto te lo contaré, pues el primero pronto se acabará... ¿No ves en otro grupo a Ramón de Navarrete, ¡oh *le grand critique de société!*, por mal nombre *Asmodeo?* Dicen que es más viejo que la cuesta de la Vega, pero está muy espigadito todavía.

—Ya, ya. También andan por ahí don Ignacio Escobar y Jove y Hevia.

—Ahora entra Ramón Correa con Cruzada Villamil... A callar, a callar, que empieza el segundo acto... Esta ópera me va gustando mucho. Hoy leí el libreto y sé que pasa en Egipto, donde están las Pirámides. ¿Saldrán aquí esas Pirámides? Me gustaría verlas.

Terminado el acto segundo con el grandioso concertante que sigue a la marcha de las trompetas, *Leona* se dispuso a comunicarme las interesantes novedades políticas que, según ella, conocía mejor que nadie en Madrid. Recatando su rostro tras el abanico, me dijo con afectada reserva:

—Has de saber, querido Tito, que don Alfonso ha dado un manifiesto a la nación, escrito en un colegio no sé si de Inglaterra o de Alemania. Hasta ahora

no se ha hecho público ese documento, que dice cosas muy bonitas.

—¿Lo has leído tú?

—*Pardon.* No lo he leído. Pero mi Alejandro, que recibió un fajo de ellos para repartirlos, me ha contado todo lo que trae. Cosa buena. Como que está escrito por Cánovas, *voilà.*

—Sí, sí... Dirá, ya se sabe..., todo lo que es de rigor cuando los reyes destronados quieren que se les franqueen los caminos o los atajos de la restauración.

—Dice... que seamos buenos... *Pardon...*, no es eso... Dice que viene a reinar por haber abdicado su mamá, que a todos abrirá de par en par las puertas de la legalidad, o como si dijéramos, que todos entrarán al comedero para llenar el buche, *passez moi le mot...* Y pone más, Tito; escucha: que si al igual de sus antecesores será siempre buen católico, como hijo del siglo ha de ser verdaderamente liberal.

—Dos ideas son ésas, *ma chérie,* que rabian de verse juntas. ¿Liberal y católico? ¡Pero si el Papa ha dicho que el liberalismo es pecado! Como no sea que el príncipe Alfonso haya descubierto el secreto para introducir el alma de Pío Noveno en el cuerpo de Espartero...

II

En el tercer entreacto de *Aida,* Leonarda, coincidiendo con mi excelsa Madre, me aconsejó que me pusiese a tono con la situación que se veía venir. Don Alfonso estaba en puerta, aunque otra cosa pensasen los cándidos *provisionales* y los que, creyéndose listos, andan a tientas por las oscuridades de la vida. Al Gobierno de Sagasta no le llegaba la camisa al cuerpo y se defendía deportando a Filipinas a todos los que juzgaba sospechosos. Sospechoso era el país entero, que pedía orden y paz, metiendo de una vez en cintura a los malditos carcas y a los insurgentes de Cuba. A tan atinadas observaciones, que mi amiga expresaba en lenguaje más llano del que yo uso, agregó luego estos familiares consejos, inspirados en un claro sentido de la realidad:

—Cuídate ahora de la buena ropa, porque se ha concluído el reinado de los cursis y de la pobretería. Arrímate a Cánovas, que es el hombre de mañana, y si no tienes medios para hacerte su amigo, yo te los proporcionaré. Qué, ¿te asombras? Esta pobre *Lione,* que te parecerá *Doña Nadie,* tiene hoy un poder que ya lo quisieran más de cuatro.

Al final de la ópera, entre el tumulto de los aplausos que prodigó el público a Tamberlick y a la Fossa, me dijo Leonarda que por *Don Florestán* me avisaría para celebrar una entrevista y ponerme al tanto de los acontecimientos. Despedíme cariñosamente de ella y de sus dos amigas, que tengo el gusto de presentar a mis lectores, presagiando que tal vez las encontraremos más tarde en nuestro camino. La una era María Ruiz, menudita y graciosa; la otra Carolina Pastrana, ojinegra, blanca y gordezuela; ambas liadas con alfonsinos de riñón bien cubierto que no debo nombrar porque ya entramos en la era de la hipocresía, del mírame y no me toques, y del buen callar, que llamamos Sancho.

Con la mayor parte de los ministros del Gabinete Sagasta tenía yo pocas relaciones. Al presidente no le había visto desde el tiempo de don Amadeo. A Ulloa y Romero Ortiz les trataba superficialmente. Por cierto que éste, en su despacho de Gracia y Justicia, adonde fuí con una comisión de postulantes gallegos, nos habló del *Manifiesto de Sandhurst* con marcado menosprecio. El único ministro con quien tenía yo franca amistad era con el de Fomento, Carlos Navarro Rodrigo, el cual en noviembre me manifestó su proyecto de fundar un gran periódico que defendiera *la pura doctrina constitucional,* contando conmigo para redactor político. ¡A buenas horas, mangas verdes!

Una tarde, a fines de diciembre (creo que fué por Inocentes, día más, día menos), fuí a verle a su despacho de la Trinidad, y me le encontré demudado y tan nervioso que su lengua gorda no articulaba las palabras con la claridad debida.

—Pero ¿no sabe usted lo que pasa, Tito?—me dijo, anonadándome con su gesto y el aire imponente de su procerosa figura—. Esto es inaudito. Vivimos en un país de locos... Por telegrama de hoy se ha sabido que, en Sagunto, el general Martínez Campos ha proclamado rey de España al príncipe Alfonso. ¿Es

esto racional, es esto patriótico?... ¿Qué personalidades del Ejército le han ayudado en su loca empresa? Se habla de Jovellar, de Balmaseda, de los Dabanes, de Borrero; no sé..., no sé...

Acto seguido entraron precipitadamente en el despacho los directores generales y los secretarios, con sinfín de papelotes que traían a la firma. El ministro, con presurosa mano, garabateaba su testamento. Al despedirme, don Carlos me dijo:

—Nuestro periódico se quedará para mejores tiempos. Ahora mismo voy a ver a Serrano Bedoya y a Primo de Rivera, para saber qué determinan el ministro de la Guerra y el capitán general de Madrid... Esto no puede quedar así... Algo muy gordo pasará... Quizás no pase nada... Veremos...

Caviloso, me volví a mi casa, y al subir la escalera sentí mi espíritu lanzado a un torbellino de ideas contradictorias. La renovación social y política que se anunciaba, ¿era un paso hacia el bienestar nacional o un peligroso brinco en las tinieblas?... Apenas entré en mi aposento me dió la ventolera de ponerme los trapitos de cristianar para salir al visiteo de las personas de pro, obediente a las sabias indicaciones de *Mariclío* y de *Leona la Brava*. Yo me había hecho a la entrada del invierno elegante ropita para andar por el mundo: pantalones de última moda, chalecos vistosos, levita inglesa y un gabán con forros de seda y cuello y bocamangas de piel que quitaba el sentido. Este rico indumento completábase con espléndido surtido de corbatas, guantes, botas de charol y sombrero de copa *dernière façon*.

Disponiéndome para vestirme, busqué mi ropa en la percha y en un armario de luna que me habían puesto mis patrones para mayor decoro de la estancia hospederil, y busca que te busca, no encontré ninguna de aquellas ricas prendas que me costaron un dineral. Contrariado primero, furioso después, empecé a pegar gritos:

—¿Qué es esto? ¡Don José, Nicanora! ¿Dónde está mi ropa?

No tardó en acudir a mi desesperado llamamiento el filósofo Ido, que, trémulo y confuso, me dijo:

—Ilustrísimo señor: llega vuecencia a su casa trastornado, falto de memoria. Las tres y media serían cuando llamaron a la puerta dos individuos con uniforme, que me parecieron ordenanzas de la Presidencia o ujieres del Parlamento. Venían de parte de vuecencia por su ropa elegante para vestirse allá, no sé dónde...

—Yo no he pedido mi ropa, ¡canastos, mil porras!—exclamé fuera de mí—. Es usted un simple, don José. Se ha dejado usted robar.

—Señor, yo me lo creí porque..., verá... A eso de las dos y cuarto me encontré en la calle a ese amigo de vuecencia..., don Serafín de San José, el cual me dijo que para que don Alfonso venga con más aquel, se quería formar hoy mismo un Ministerio de conciliación de ancha base, pero muy ancha...

—¡Qué demonio de conciliación ni qué ocho cuartos!

—Conciliación del orden con el desorden, de la libertad con el palo, de Cheste con don Salustiano de Olózaga. Ya ve usted si es ancha la base... Al saber esto y al ver que vuecencia me pedía su ropa..., *francamente, naturalmente...*, pensé que era su ilustrísima uno de los llamados a componer ese Ministerio, y que tenía que vestirse a escape por mor del juramento y de la toma de posesión...

—¡Qué juramento, qué posesión, ni qué cuerno! ¡Señor don Ido del seguro, señor don Ido de la cabeza, basta de enredos y venga pronto mi levita, mi gabán, mi...!

—Excelentísimo señor don Tito—exclamó Sagrario consternado y casi lloroso—: Lo que he tenido el honor de decir a vuecencia es el mismo Evangelio.

—Déjeme usted de Evangelios, señor mío. Ya empiezo a creer que esto es una broma de los estudiantones de San Carlos que tiene en su casa, los más traviesos, los más alocados, los más pillos, hablando mal y pronto, que hay en Madrid... Esas diabluras de niños mal educados no las tolero yo. Que los aguanten sus padres, que no supieron darles mejor crianza... Y usted, señor don Ido, señor don Dejado de la mano de Dios, usted es el responsable de este despojo. Ya verán todos quién es Tito. Esta misma tarde daré parte a la Policía y...

En esto presentóse Nicanora, y con tan sinceras y persuasivas palabras confirmó lo dicho por su esposo, que yo quedé perplejo, sin saber qué pensar. El desgaste

de energía me llevó a un estado de atontamiento que pronto fué laxitud soporífera. Dije a mis patrones que me dejaran solo, y me tumbé en el sofá, cuyos muelles cortantes habían sufrido aquel verano esmerada reparación...

Rumor de misteriosas voces atormentó mis oídos. Otra vez me sentí en poder de los entes invisibles que en ciertas ocasiones de mi vida dirigían a su antojo mi conducta social. Y eran precisamente los espíritus malos, bien distintos de aquellos benéficos y protectores que más de una vez endulzaron mi existencia.

De improviso me hizo saltar en el sofá un anhelo irresistible de echarme a la calle. Y como ya no podía, por falta de ropa buena, visitar a la aristocracia política, resolví vestirme con un trajecillo raído, añadiendo la capa venerable, astrosa, digna de pasar de mi casa al Rastro, y el hongo abollado que sufrió los rigores del asalto de Cuenca, pues la chistera número dos habíala destinado a medir garbanzos. Iba, pues, como uno de esos cesantes crónicos que todo lo esperan de las algaradas demagógicas. En la calle me sentí populacho y hube de contenerme para no gritar: «¡Abajo *Alifonso!* ¡Viva la libertad de cultos y el desestanco de la sal!» En mis oídos resonaba la cháchara de los espíritus maléficos, aviesos y burlones. Tal era mi aturdimiento, que llegué a desconocer los sitios por donde iba. A menudo recibía empujones de los transeúntes con quienes tropezaba, y en todos ellos creí ver moderados o alfonsinos orondos, insolentes, pavoneándose en celebración de su triunfo.

Sin saber cómo ni por dónde, cual cuerpo inconsciente lanzado por el acaso a los laberintos callejeros, llegué a la travesía de la Parada y a la taberna de Ginés Tirado. Entre los parroquianos que allí mataban el tiempo encontré al maestro de obras Cerrudo, Perico *el de los Mostenses,* el corredor de vinos *Botija,* el churrero *Paja Larga,* el tipógrafo Vicente Morata, Antonio Merino, profesor de esgrima, y otros desaforados patriotas cuyos nombres no recuerdo. Llevóme Ginés a una mesa situada en lo más oscuro del establecimiento. Formé ruedo con dos o tres de aquellos puntos, y un aprendiz de medidor nos sirvió de lo añejo. Pedí al tabernero noticias de su hermana Celestina, y me dijo que se hallaba en el piso alto y que le mandaría un recadito para que bajase a verme.

Caía la tarde. Las luces de gas encandilaban mis ojos. Yo bebía sin darme cuenta de las copas que a mis labios llevaba... Sobre mi alma iba cayendo un velo de tristeza desgarrada, por cuyos intersticios veía las caras de los hombrachos que rodeaban la mesa, y oí jirones de una charla política tocante a la *venida de los higos chumbos* o, como dijo *Paja Larga,* del *elemento alfonsino*... En medio de aquellas sensaciones caóticas vi aparecer a Celestina, que se sentó a mi lado. En sus facciones angulosas, huesudas y secas, nariz de tajante caballete, barba muy saliente con cuatro pelos en guerrilla, creí ver la caricatura de un rostro aristocrático, Por la manera de liarse el pañuelo a la cabeza, su parecido con el Dante resultaba perfecto. Saludóme con arrumacos y carantoñas, echándome su brazo por los hombros.

Pasado un lapso de tiempo que no sé precisar, Celestina me convidó a comer; accedí; desaparecieron los bebedores; sentáronse a la mesa dos muchachas graciosas y joviales, la una más linda que la otra; sirvieron tortilla con jamón, tajadas de bacalao en el condimento que llaman *soldados de Pavía,* conejo en salsa y bartolillos; todo ello remojado en abundancia con peleón, cariñena, moscatel y caña... Entre un tumulto de risotadas que repercutían dolorosamente en mi cerebro, se nublaron mis ojos, me congestioné, perdí el conocimiento.

Mis sagaces lectores suplirán aquí la mutación de teatro que yo no puedo describir porque no me hice cargo de ella. Cuando empecé a recobrar el sentido me vi en la calle, ¡ay Dios mío!, llevado en vilo por cuatro personas, dos de las cuales me parecieron mujeres. Mis conductores no podían tenerse de risa y hacían chistes a costa mía, burlándose de mi lastimoso estado. Quise hablar y no pude... Caballero lector, prepárate para otra mutación. Sumergido nuevamente en profundo sopor, no me di cuenta de nada hasta que recobré súbitamente mi lucidez, encontrándome en una pobre estancia, tumbado en mísero camastro... En pie, junto a mí, vi dos mujeres: la una era el *Dante;* la otra, la más linda

muchacha de las que comieron conmigo en la taberna.

Transcurridos los primeros instantes de estupefacción, hablé de esta manera:

—Pero Celestina, ¿qué es esto, qué me ha pasado?

—No es nada, señor de Liviano—me contestó la figura dantesca—. Comió usted con gana y empinó más de la cuenta; de aquí que se le fuera el santo al cielo... Se nos quedó usted como difunto y nos dió la gran desazón. Para ver de resucitarle y que recobrara su tino, le trajimos a esta casa, que no es la mía, sino la de esta joven, mi amiguita, que aquí vive con su tía Simona. La vivienda no es de lujo, como ve. Pero sí bastante apañada para su comodidad. Aquí puede usted estar todo el tiempo que quiera, hasta que su caletre y sus nervios entren en caja.

Mostré en cortas palabras mi gratitud, dirigiéndome a la mocita gentil, a quien di, no sé por qué desvarío dantesco, el nombre de *Beatrice*.

—No me llamo Beatriz, sino Casiana, para servir a usted, caballero don Tito —me dijo la graciosa muchacha—. En mi casa está seguro y tranquilo. Nadie le molestará.

Como yo tratase de indagar el lugar donde me encontraba, Celestina lo describió de esta manera:

—Estamos a la vuelta de la Escalerilla, frente a los Mostenses, en el local donde radicó (vamos al decir) la Redacción de *El Combate*, aquel papel donde escribía Paúl y Angulo, de quien se dijo tuvo que ver en la muerte de Prim. ¡Ay qué gracia, don Tito: está visto que donde usted va, allí encuentra la Historia!

Con esta frase y otras igualmente donosas se despidió la Tirado, diciendo que era ya más de la una de la noche. Cuando la vi retirarse, después de encarecer a Casiana que me cuidara con la mayor solicitud, creí que salía para dar su acostumbrado paseo por el infierno y purgatorio de *La Divina Comedia*.

Solo ya con mi linda guardiana y aposentadora, ésta se apresuró a meterme en la cama. Hízome levantar; arregló el lecho con sábanas limpias y buenas mantas; me quitó las botas; me ayudó a desnudarme con todo recato y honestidad; me acostó, arropándome cuidadosamente: puso la luz en lugar donde no me molestara y sentóse a mi lado. Tras de algunas palabras mías de agradecimiento, contestadas por ella de una manera discreta, caí en sueño profundísimo... Desperté muy avanzado ya el día, sintiendo en mi cabeza y en todo mi ser los efectos de la reparación orgánica. Mi cerebro recobraba su lucidez. Yo era yo; me reconocí como el Tito despabilado y clarividente de mis mejores días. Llegóse a mí Casianita, risueña y amable, trayéndome una taza de café con leche. Bendiciendo su solicitud, me incorporé para tomar mi desayuno. Apenas puse la taza vacía en las manos de la mozuela, ésta se sentó al borde de mi lecho y con grácil llaneza y sinceridad me enjaretó este discursillo interesante:

—Ya está usted en mi poder, caballero don Tito, y lo primero que oirá de mi boca es que ya no le suelto. Celestina me dijo anoche: «Ahí te le dejo, Casiana; asegúralo bien, y haz cuenta de que con ese hombre chiquito te ha venido Dios a ver. El buen apaño que buscabas ya lo tienes. No es un cualquiera el señor que te ha caído del cielo, y aunque le ves mal trajeado y alternando con gente de taberna, es, como si dijéramos, un grande hombre, con *muchisma* influencia y *muchismo* poderío.» Yo no valgo nada; pero soy buena, aunque me esté mal el decirlo, sé gobernar una casa y hacer la felicidad de un caballero de circunstancias que no pique muy alto en sus pretensiones. En mí tendrá usted una criada para todo y una mujer fiel que le proporcione paz, alegría y cariño.

Corté el discursejo pidiéndole antecedentes de su persona y familia. ¿Cuál era su estado, cuál su condición presente? Premiosa, suspirando a ratos y haciendo lindos pucheritos, me dió a conocer los rasgos culminantes de su breve historia. La señora con quien vivía era su tía. De su madre, ausente, poco bueno tenía que decir, ¡ay!, pues ella fué quien la llevó a la desgracia. Con emoción y vergüenza me suplicó que no la obligase a dar más pormenores de su deshonor y de la maldad de su madre.

—En fin, don Tito—añadió resumiendo en precipitadas razones la confesión de sus desventuras—; ya sabe usted quién soy. La pobre Casiana se acoge al buen corazón de usted. Ampáreme,

señor, téngame consigo para que mi vida sea menos aperreada y menos afrentosa.

Confieso que la chica empezó a interesarme y que en mí sentía, con la viva compasión, albores o remusguillos de un afecto incipiente. La muchacha prosiguió:

—Puede usted hacer mucho por mí, señor don Tito. Y si quiere hacerlo con reserva, mejor. Con reserva debe ser, porque usted es persona muy alta. Me lo ha dicho Celestina y todos los que estaban en la taberna de Ginés Tirado. Usted vino anoche a la tasca... ¡ya lo sé, ya lo sé yo!..., disfrazado de pobre con una capa vieja, un traje de papel secante y un sombrero que parece un acordeón. Esos disfraces se los pone usted para vigilar a los que conspiran contra el Gobierno y descubrirles todos sus trampantojos. Pero a mí usted no me la da, que yo le he visto en la calle vestido muy majo, con botitas de charol, gabán de pieles y un chisterómetro reluciente que da la hora...

»Usted se sonríe y me mira con ojos cariñosos—continuó tras una breve pausa—. Ya veo que me amparará. Ya no lo dudo... Y lo primero que le pido, don Tito de mi alma, no es que me dé de comer, no es que me vista decentita; lo primero que le pido es que me enseñe a leer y escribir o que me ponga un maestro que me dé lección..., porque soy una burra..., no entiendo una letra..., no sé escribir una palabra... Y el ser una burra, créalo como Dios es mi padre, me mortifica tanto, no, me mortifica más que el no ser mujer honrada. ¡Ay..., cuando yo le cuente cómo ha sido la infancia de esta pobrecita Casiana, se espantará usted!... De los cinco a los diez años anduve por las calles, descalza, con un ciego que tocaba la bandurria. Largo tiempo pasé durmiendo en un banco, sin más abrigo que unos trapajos indecentes. El abandono en que me tenía mi madre no se cuenta en un año. Me alquilaba para pedir limosna con mendigos asquerosos y borrachines.

III

Las ingenuas declaraciones de Casianilla, infeliz pájara vagabunda y analfabeta, me interesaban más a cada instante, y su afán de aprender a leer y escribir despertó en mí los más puros sentimientos de tierna simpatía. Cuatro días permanecí en aquella casa bien alimentado, bien servido, *como fuera Lanzarote—cuando de Bretaña vino.* Suavemente, por naturales atracciones y accidentes circunstanciales, fuimos entrando la mozuela y yo en franca intimidad. La tía de Casiana, Simona, era una mujer tan avezada al trabajo casero, que ni un momento daba paz a sus manos bastas, así en la cocina como en el barrido y fregoteo de las humildes habitaciones. Cuando ya me encontraba restablecido y en disposición de salir a la calle, Casiana, infantigable y hacendosa, me arregló la capa, disimulando con hábil aguja los sietes que la deslucían y adecentando a fuerza de bencina y cepillo mi desdichada ropa. En medio de estas faenas solía presentársenos de improviso el *Dante* para darnos buenos consejos y señalarme con profética autoridad la conveniencia de recobrar mi alta posición.

Por fin, la vaciedad de mis bolsillos, que en aquella ocasión pedía inmediato remedio, me lanzó a las calles, llevando conmigo a la que ya conceptuaba como inseparable compañera. Réstame decir que en el período de mi corto encierro acabaron los agitados días del año 74 y empezaron los de su sucesor. Estábamos, pues, en los infantiles comienzos del 75, entre la Circuncisión y los Santos Reyes, cuando Casiana y este humilde cronista atravesábamos medio Madrid algremente y cogiditos del brazo para dirigirnos a la portería de la Academia de la Historia, donde esperaba encontrar, con noticias frescas de la Madre, los dineritos que tanta falta nos hacían... No me engañó el corazón. Puso la portera en mis manos el paquete diciéndome:

—Feliz año, don Tito.

Y salimos mi amiga y yo, no diré que brincando de alegría, pero poco menos. Propuse a Casiana que bajáramos al Prado para descansar y leer detenidamente la carta de mi Madre. Así lo hicimos, y sentaditos en el escaño de la

verja del Botánico, me consagré a leer, con el debido respeto y devoción, la carta de *Mariclío,* que así decía:

«Para que te vayas enterando, mi buen Tito, te mando estos apuntes, producto de mi observación directa en los risueños lugares de Levante. Días ha encontrábame yo en las ruinas del teatro romano de Murviedro, rememorando la espantosa ocasión de la caída de la heroica Sagunto en poder del furioso Aníbal, cuando mi fiel criada *Efémera* me trajo el aviso de que en el caserío llamado de Les Alquerietes ocurría un suceso, que no por previsto era menos interesante para mí. Volando fuimos allá *Efémera* y yo, y vimos numerosas tropas del ejército del Centro formadas en cuadro. Frente a ellas, el general Martínez Campos, rodeado de brillante Estado Mayor, pronunciaba con ronca elocuencia un militar discurso, comenzado con negra pintura de los males de la patria y concluído con proponer la panacea de su invención, la cual era proclamar rey de las Españas al joven príncipe don Alfonso.

»Yo vi a Martínez Campos el 27 de diciembre, por la noche, cuando llegó a Sagunto en una tartana, acompañado del teniente Domínguez. Estábamos él y yo en la misma posada. Ya sabes que aprecio mucho a este general, reconociendo en él cualidades de bravo militar y honrado caballero. Me ha dolido verle metido en este enredo. Si la Restauración era un hecho inevitable, impuesto por fatalismo histórico, los españoles debían traerla por los caminos políticos antes que por los atajos militares. Cánovas opinaba como yo, y al fin ha tenido que doblar su orgullosa cerviz ante la precipitada acción de las espadas impacientes.

»Al tanto estaba yo de lo que tramó don Arsenio en el ejército del Centro antes de irse a Madrid; de la misión que llevó a la Corte el comandante Aznar, de las conferencias que tuvo con Martínez Campos y de la clave convenida para que éste viniese a dirigir y encauzar el movimiento. La clave telegráfica, que pasó por mis manos, decía: «Naranjas en condiciones.» Las primeras tropas que se unieron al general para dar el *grito* fueron las que mandaba el teniente coronel Aragón, jefe de la reserva de Madrid. Las demás no tardaron en agregarse.

»Con mis propios ojos vi al general Martínez Campos la noche que llegó a Sagunto escribir tres cartas que mandó a su destino con el comandante Salcedo. El sobre de una de ellas decía simplemente: *Brigada Laguardia.—Villareal.* La segunda carta iba dirigida a don Pablo Corral, teniente coronel de la misma brigada. Y la tercera, al coronel Borrero, jefe del regimiento de la Constitución, que se hallaba en Castellón de la Plana. Tras el emisario mandé a *Efémera,* hija del Tiempo, educada por Eolo, y yo me fuí a dar una vuelta por Valencia para ver lo que allí pasaba. Cuando me reuní con *Efémera* dejé a ésta al cuidado de lo que ocurriera en Villarreal y volé a Castellón, donde observados directamente los actos y palabras del general Jovellar, que mandaba uno de los cuerpos del ejército del Centro, comprendí que la Restauración era ya un hecho y que por la vulgaridad de aquellos sucesos, la Historia no debía precisar pormenores que carecían de todo interés.

»Apunta, hijo, apunta en media página el resumen de las directas observaciones de tu Madre. Ayudaron a la fácil traída de don Alfonso los hermanos don Luis y don Antonio Dabán, Borrero y don José Bonanza, el jefe de Estado Mayor, brigadier Azcárraga, el teniente coronel Aragón, los comandantes Aznar y Salcedo y casi todos los jefes y oficiales de la brigada Laguardia y del Cuerpo de ejército mandado por Jovellar. *Efémera* y yo nos reíamos de la llaneza ramplona con que en España se desarrollan y se redondean estas revoluciones pacíficas que llaman pronunciamientos. El de Sagunto fué una comedia, *el juego de las cuatro esquinas,* representada en un escenario de algarrobos.

»Y, por último, no olvides que entramos en una época de buenas maneras, distinción y elegancia. Ya *se llevan* los chalecos de fantasía y los botines blancos.

»Adiós, muñeco mío. Ten juicio. Si no te escribo ni me ves, sabrás de mí por la veloz *Efémera.*»

Afirmándome en la resolución que tomé apenas recibidos los dineros y la cartita, cogí por un brazo a Casiana y

nos fuimos a mi mansión hospederil. Grande fué la sorpresa del matrimonio Ido al verme entrar con la bonita res que había cazado en mi ausencia de cinco días. Acostumbrados a mis extravagancias y a la presteza genial con que yo emprendía y realizaba las amorosas conquistas, mis patrones suprimieron toda indiscreta pregunta. Adelantéme yo a satisfacer su curiosidad, diciéndoles en tono que excluía todo comentario:

—Esta señorita que traigo de la mano vivirá conmigo en esta misma habitación o en otra muy próxima. Prepare usted, Nicanora, una buena cama y los muebles más decorosos que haya en la casa.

Y tirando del paquete que acababa de recibir, saqué el fajo de billetitos y puse dos en manos de mi patrona, diciéndole:

—Ordeno y mando que esta señorita y yo comeremos en nuestras habitaciones, apartados de la turbamulta de estudiantillos alborotadores y zaragateros. Cobren mis atrasos si los hubiese. Abriremos la mano en el dispendio, pues, como ustedes saben, vienen tiempos en que las personas han de ser estimadas según su prestancia y el tono que se den al presentarse en el escenario social.

Cuando esto decía, miré a la percha, abrí el armario de luna y vi con asombro y júbilo que toda mi ropa buena había vuelto a los colgaderos donde estuvo antes de su inexplicable desaparición. Antes que yo pidiera explicaciones de aquel prodigio, el filósofo don José pronunció estas solemnes palabras:

—Excelentísimo señor: los mismos ordenanzas galonados que se llevaron la ropa, la trajeron a los dos días, intacta y sin el menor deterioro.

—Vamos, lo que yo pensé: un bromazo de los pícaros escolares.

—Dispénseme, ilustrísimo señor; no está en lo cierto. La broma, según he podido yo entender, por mis cálculos políticos, fué de don Antonio Cánovas, que aquel día tenía gran interés en que vuecencia no se pusiera al habla con don Práxedes Mateo Sagasta ni con el capitán general de Madrid, señor Primo de Rivera.

—Bien podrá ser—dije yo con fingida seriedad—. Me maravilla, señor de Ido, su descomunal *pesqui* y la justeza de sus puntos de vista, así en lo privado como en lo público. Y ahora, querido, ordene usted que nos sirvan a la señora y a mí un suculento almuerzo.

Mientras almorzábamos, por cierto con soberano apetito, solté el chorro de mi locuacidad sobre el buen Ido del Sagrario, que ceremoniosamente nos servía.

—Don José de mi alma—le dije—. Voy a encomendar a usted una misión, en cierto modo sagrada, que no dudo desempeñará cumplidamente por ser usted tan cuidadoso patrón como ilustrado pedagogo. Esta joven, cuyo nombre es Casiana de Vargas Machuca y procede de una de las más ilustres familias españolas, ha venido a ser mi compañera por una serie de lamentables desdichas que no es oportuno referir. En edad crítica para las niñas, entre los trece y catorce años, padeció una terrible enfermedad del cerebro. ¡Ay don José! Casi milagrosamente escapó con vida de aquella hondísima crisis. Pero perdió en absoluto la memoria de cuanto aprendiera en la niñez. Aquí la tiene usted, modosa, dulce, cortita de genio, dotada de toda la perspicacia compatible con su inocencia. Mas le falta.... le falta... En fin, ilustre amigo: Casiana no sabe leer ni escribir.

Asombrado quedó mi patrón, y brindóse, como viejo maestro de escuela, a reparar en corto tiempo la *deficiencia educativa de la señorita de Vargas Machuca.*

—Esta misma tarde—le dije yo—proveeré a usted de fondos para que compre una *Cartilla*, el *Catón*, el *Fleury*, el *Juanito*, papel de escribir, pizarra y todo lo que sea menester para la primera enseñanza. La enfermedad quitó a la niña la memoria, pero le dejó su talento natural, y con tan buen maestro como usted recobrará en un periquete la sabiduría que perdiera.

Muy orondo y como las propias mieles se puso el bueno de Ido. No veía ya las santas horas de dar comienzo a su faena educativa. Cuando nos quedamos solos, Casiana, soltando la risa, me dijo:

—¡Ay Tito, qué graciosos embustes le has metido! ¡Vaya con decirle que me llamo *Vargas Machuca*, cuando mi apellido es Conejo!

—Y mañana le diré que por la línea materna eres Imón de la Mota, y que te corresponde el título de baronesa de Canillas de Aceituno, con sus miajas de grandeza de España.

En el mismo tono de amable socarronería seguimos departiendo largo rato, y a media tarde, adecentándome un poco, sin llegar a ponerme los atavíos señoriles, nos fuimos a la calle. Deseaba yo ponerme al habla con algunos amigos para enterarme de todo lo actuado políticamente en los días de mi eclipse. Estuvimos en el café de Venecia y en el San Sebastián, donde sólo encontré a dos amigos periodistas, Fabriciano López y Mateo Carranza, que habían hecho campañas furibundas en la prensa avanzada durante los pasados días, y a la sazón dejaban traslucir su movible criterio con estas o parecidas manifestaciones:

—Nosotros, a la chita callando, hemos infiltrado el alfonsismo en toda España.

Imitando la flexibilidad de sus conciencias, les presenté a Casiana como una prima mía de grandes conocimientos pedagógicos, que había llegado de Cuba con la noble aspiración de ocupar una plaza en la Escuela Normal de Maestras. Subiéndose a la parra y poniéndose muy hueco, ofreció Carranza su influencia para colmar los deseos de la ilustrada joven, pues era muy amigo del nuevo director de Instrucción pública y esperaba tener un puesto preeminente en las oficinas del ramo.

Por Fabriciano y Mateo adquirí frescas noticias del raudo cambio de situación que mi madre llamaba *gozne* o doblez histórico. Apenas comprendieron Sagasta y sus ministros que al pronunciamiento de Sagunto se adhería con blanda unanimidad toda la fuerza del Centro y del Norte, se apresuraron a retirarse por el foro cantando bajito. Se hizo la pamema de detener en el Gobierno Civil al imponderable don Antonio Cánovas, el cual pasó algunas horas en el despacho del gobernador, señor Moreno Benítez, obsequiado por éste y recibiendo plácemes, mimos y reverencias de innumerables *hombres públicos,* arrimados temporalmente a un sol que alumbrara antes de nacer. Don Emilio, amigo de Cánovas, le envió al Gobierno Civil una cama para que descansase cómodamente en su breve cautiverio. Por tal fineza, el ilustre malagueño favoreció después a su amigo con rápidos adelantos en la carrera de la magistratura

Al día siguiente, si no estoy equivocado, después de un fugaz e ilusorio poder omnímodo del capitán general de Madrid, Primo de Rivera, se constituyó la indispensable Junta, con figuras culminantes del alfonsismo. Poco después, *maese* Cánovas, como quien cambia los títeres de un retablo, compuso en esta forma el llamado Ministerio Regencia: Presidencia, Cánovas; Estado, don Alejandro Castro; Gracia y Justicia, don Francisco Cárdenas; Hacienda, Salaverría; Guerra, Jovellar; Marina, Molíns; Gobernación, Romero Robledo; Fomento, Orovio; Ultramar, Ayala.

Prosigo ahora mi cuento mezclando sabrosamente lo personal con lo histórico. Sabed, lectores míos, que Casianita dió comienzo a sus lecciones con ardiente entusiasmo y que el docto profesor, contentísimo de las aptitudes y aplicación de su discípula, aseguraba que pronto leería de corrido y que sus adelantos habrían de ser prodigiosos. Como la señorita de *Vargas Machuca* deletreaba mañana y tarde, y gustaba emplear el resto del día ayudando a Nicanora en la cocina y en los trajines de la casa, yo salía solo a recorrer el mundo.

Una tarde, Felipe Ducazcal me llevó al Círculo Popular Alfonsino, hervidero de pretendientes al sinfín de plazas que brindaba la Restauración a los españoles necesitados. Allí me encontré a Carranza, que ya se había colado en la Dirección de Instrucción pública; a Modesto Alberique, que andaba tras una Secretaría de Gobierno de provincias; a don Francisco Bringas, que, bien asegurado en Fomento por la protección de Orovio, brindaba sus influencias a la gentezuela advenediza; a *don Florestán de Calabria,* que del empleo escribientil que tenía en el Círculo quería saltar a una plaza de la Calcografía Nacional.

Entre los que vendían protección me topé con Telesforo del Portillo *(Sebo),* colocado ya en un buen puesto del Gobierno Civil, a las órdenes del secretario don Federico Villalba. Serafín de San José había sido llevado al Ayuntamiento por el nuevo alcalde, conde de Toreno. Mi amigo Fabriciano López, a quien yo había conocido largos años en la intimidad de Llano y Persi, Felipe Picatoste y el marqués de Montemar, progresistas de abolengo, tenía ya labrado su nido en la Secretaría de la Presidencia, donde estaban colocados Carlos Frontaura, Lafuente, Fernández Bremón y el joven

Esteban Collantes. También encontré allí al simpático Vicente Halconero, que no iba ciertamente al olor de los destinos, sino por pasar el rato. De la conversación que con él sostuve saqué la sospecha de que tenía puestos los puntos al acta de diputado por el distrito de Laguardia.

Se me olvidaba consignar..., y no extrañéis el desorden de mi cabeza, pues ya sabe mi parroquia que yo endilgo mis cuentos brincando locamente de idea en idea..., olvidé referir, digo, que el día 2 de enero del 75 salieron de Madrid los individuos designados para traer al rey Alfonso de las lejanas tierras donde se encontraba. Componían dicha comisión el marqués de Molíns; los condes de Valmaseda y Heredia Spínola y don Ignacio Escobar, director de *La Epoca*, todos hombres muy serios y de encopetada representación para el caso. Una de las primeras medidas del Ministerio Regencia fué suspender a rajatabla los siguientes periódicos: *El Imparcial, El Pueblo, El Correo de Madrid, La Bandera Española, El Cencerro, La Prensa, El Gobierno, La Iberia, La Igualdad, El Orden, La Civilización* y *La Discusión*.

Habituado a la lectura matinal de mis periódicos favoritos, el vacío de prensa me causaba tristeza. A Casiana le tenía sin cuidado que no entraran *papeles* en casa, porque *le estorbaba lo negro* y, además, le sabía mal que pasara yo largas horas agarrado al *Imparcial* o al *Pueblo*. Cada día se metía más en las honduras del *Catón*, y sus ocios los consagraba, con no menor celo, al trabajo físico. Una mañana me la encontré en la parte interior de la casa, fregando los suelos, de rodillas, con los brazos al aire y las manos moradas de tanto darle a la bayeta. Como rasgo característico de su feliz adaptación a la nueva vida, contaré que los estudiantillos de San Carlos solían acosar con bromas de mal gusto a mi hacendosa compañera; pero ésta les contestaba en breves y agrias razones, y si ellos insistían, refrenaba sus audacias a bofetada limpia.

A menudo era visitada Casiana por su tía Simona, y cuando la encontraba en el trajín de sus lecciones permanecía la pobre mujer pasmada y muda cual si presenciase un acto milagroso. Analfabeta era también Simona, de las empedernidas e incapaces de enmienda, por causa de su edad. Se consolaba mentalmente admirando el fervor de la muchacha y la paciencia del escuálido maestro que le iba metiendo en la cabeza tanta sabiduría. Terminada la lección, tía y sobrina solían hablar de sus conocimientos y relaciones.

Refiriéndose a Celestina Tirado, aseguró un día Simona haber descubierto que la hermana del tabernero Ginés tenía trato con los demonios; vivía en sociedad con una tal Grosella, italiana o cosa así, y ganaban la mar de dinero adivinando lo que no se ve y curando con bebedizos a los desamorados. A lo mejor se iban por los aires en busca del Gran Cabrio para celebrar las misas demoníacas. Desde que Celestina andaba en estos trotes se le había puesto la cara más huesuda y le habían salido en la barbilla, en la nariz y en las orejas unos pelos largos y feos.

Una tarde, solos Casiana y yo en nuestra habitación, platicábamos sobre lo mismo. Mostrábase mi amiga incrédula de las cosas sobrenaturales que su tía le contaba. Sostenía que eso de las almas del otro mundo que vienen al nuestro no tiene realidad más que en los cuentos de viejas. Díjele yo que existen verdaderos fenómenos fuera de la acción de nuestros sentidos: que no debemos rechazar en absoluto el contacto de nuestro mundo con otros lejanos o próximos, aunque invisibles.... y estando en estas amenas divagaciones vi que entraba en la estancia una imagen, una persona, una mujer, sin que precediera el tintín de la campanilla ni anuncio ni aviso alguno. Di algunos pasos hacia la extraña visitante y, antes que yo le preguntara si en mi busca venía, oí su voz melodiosa, que así me dijo:

—¿No me conoce, señor don Tito? Soy *Efémera*, la mensajera de su divina Madre.

IV

La recadista de mi Madre era una figura estatuaria, vestida con luengo túnico negro algo transparente... El estupor me cortó la palabra. Pero con instintivo movimiento traté de reconocer si era real o quimérico el bulto de aquella singular aparición. Al tocar con mi mano su hombro sentí la dureza

y el frío del mármol, y vino a mi memoria lo que me aconteció en la fonda de Tafalla una mañana cuando llamó a mi puerta con dedos de piedra una figura, que si no era la misma que delante tenía, se le asemejaba mucho.

—Ya sé quién es usted—dije balbuciente—. En Tafalla..., ¿se acuerda?

—Sí, me acuerdo—respondió ella con voz dulce, y queda, sonriendo—. Yo fuí la que llevó a usted un recado de mi santa señora, en Tafalla, sí..., cuando hicieron honras fúnebres al general Concha, antes de traer acá su cadáver... Y ahora vengo otra vez de parte de *Mariclío.*

—¿Me trae usted carta?

—No, don Tito. El mensaje de hoy es verbal y se lo comunicaré a usted en pocas palabras. La que todo lo ve y lo sabe ha dispuesto que su fiel muñeco..., perdone si le doy este nombre cariñoso..., se prepare para ir a visitar a don Antonio Cánovas.

—Pero yo no soy amigo de ese señor. No le he tratado nunca.

—Y ¿qué importa? Yo tampoco le trataba, y hace días hablé con él como hablo ahora con usted... Ya sabe lo que dice don Antonio. que *ha venido a continuar la Historia de España.*

—Pues iré, iré. Pero no sé qué pretexto buscar para introducirme, para pedir audiencia...

—No se inquiete por eso. Es fácil, casi seguro, que el propio presidente le abra a usted camino llamándole a su despacho.

Diciendo esto, saludóme con ligero movimiento de cabeza y dió media vuelta para retirarse. Salí yo tras ella, pasillo adelante. En el recibimiento la despedí con expresiones inefables de gratitud y ternura:

—Adiós, *Efémera.* Gracias, *Efémera...* ¡Bendita sea mi Madre que te ha mandado a mí, bendita tú, que me traes un destello de su mente divina...!

No conservo memoria de haber abierto la puerta. La visión salió no sé cómo ni por dónde... Tampoco sentí el sonido de sus pies de mármol bajando la escalera...

Al volver a mi estancia vi que Casiana, reclinando su cabeza en el respaldo del sofá, estaba como adormecida. Al llegar yo a su lado se despabiló y me dijo:

—Tito, tú hablabas aquí con alguien. ¿Quién era?

—No te asustes. Era una señora, una tal *Efémera,* que vino a traerme un recado.

—¿Cómo dices que se llama? ¿Efe...?

—*Efémera,* nombre que quiere decir la historia de cada día, el suceso diario, algo así como el periódico que nos cuenta el hecho de actualidad.

—¡Ah... ya! ¿De modo que esa *Doña Femera* viene a ser un periódico vivo que no dice las cosas escritas sino habladas?

—Justo, así es. ¡Oh Casianilla, tú tienes mucho talento y todo lo comprendes!

Desde aquella tarde no se apartó de mi mente la idea de que don Antonio me llamaría para echar un parrafito conmigo. ¿Era verdad el anuncio que me trajo la vagarosa *Efémera* o era un artilugio de los espíritus familiares que a ratos venían a divertirse con el pobre Tito?

Mientras llegaba la ocasión de salir de dudas, Casiana y yo matábamos el tiempo acudiendo a presenciar todo suceso pintoresco que el flamante reinado nos ofrecía. Un luminoso día de enero se puso Casiana el más decente de sus vestidos, yo la pañosa con embozos de terciopelo carmesí que adquirí con los dineros de la Madre, y nos fuimos al Prado a presenciar la entrada del nuevo monarca.

Había yo visto el solemne paso de procesiones de adalides revolucionarios victoriosos o de reyes y príncipes que venían a traernos la felicidad, y calculaba que todas estas entradas aparatosas eran lo mismo: *mutatis mutandis,* gran gentío, apreturas, aplausos, un punto más o un punto menos en el diapasón de los vítores, la chiquillería subida a los árboles, y los balcones atestados de señoras que sacudían sus pañuelos como espantando moscas. En algunos casos hubo también soltaduras de palomitas que volaban despavoridas, huyendo del popular entusiasmo.

Una procesión de carácter bien distinto, tétrica y desesperante, y que marchaba en sentido inverso, dejó en mi alma impresión hondísima: la salida del cortejo fúnebre de Prim para el santuario de Atocha. Señaló una coincidencia que me resultó irónica: en el mismo si-

tio donde vi la entrada de don Alfonso de Borbón había visto pasar el entierro del grande hombre de la revolución de septiembre, que dijo aquello de *jamás, jamás, jamás.*

Entró el rey a caballo. Vestía traje militar de campaña y ros en mano saludaba a la multitud. Su semblante juvenil, su sonrisa graciosa y su aire modesto le captaron la simpatía del público. En general, a los hombres les pareció bien; a las mujeres agradó mucho. Al subir don Alfonso por la calle de Alcalá, el palmoteo y los vivas arreciaron y en los balcones aleteaban los pañuelos de un modo formidable. Tras el rey marchaba un estado mayor brillantísimo. Lo que más gustó a Casiana, según me dijo, fué el juego de colorines de las bandas con que se adornaban los señores cabalgantes a la zaga del soberano barbilampiño. Ingenuamente me preguntó si aquellos caballeros tan majos y revejidos eran generales y si el rey jovencito les mandaba a todos. Después contempló embelesada el paso de los coches en que iban los ministros y el alto personal palatino, cargados de plumachos, galones y cruces, y quiso saber si aquellos pajarracos eran también marimandones, a lo que yo contesté:

—Todos los que ves vestidos de máscara mandan; pero más que ellos mandan sus mujeres y otras tales, esas que están encaramadas en los balcones y algunas que andan por aquí.

En esto sentí que una mano enguantada me tiraba de la oreja. Volvíme y me encontré frente a *Leona la Brava,* que iba con una de sus amigas del teatro Real, Carolina Pastrana. Tras un rápido saludo, Leonarda me dijo atropelladamente:

—Que tienes que ir a ver a don Antonio Cánovas; pero pronto, pronto. Hoy te mandé una cartita con el de Calabria. Si no las has recibido, en tu casa la encontrarás. En ella te digo que si don Antonio no te llama, no faltará un amigo que te lleve a su presencia.

Antes que yo pudiera contestar, *Leona* se fijo en Casiana, requiriendo trato con expresiones afectuosas:

—¡Ah! ¿Esta es la muchachita que has pescado en el río revuelto de tu vida? Es linda de veras. Parece buena chica y tú estás muy contento de ella... Todo lo sabemos, Tito, y no tienes que guardar misterio con nosotras.

Intervino entonces la Pastrana, diciendo con bondadoso acento:

—¡Oh! Nos han dicho que es una gran profesora, que es punto fuerte en el arte de enseñar.

—¿Sabe frances?—interrogó la *Brava* interesándose por mi amiga.

Con monosílabos balbucientes intentó Casiana formular una contestación, y yo acudí en su auxilio, respondiendo por ella:

—Todo lo sabe. Pero es tan tímida que no se explicará bien hasta que tome confianza.

—Quedamos en que visitarás al jefe —saltó *Leona,* presurosa por seguir su camino—. Si el grande hombre te ofrece una posición, tú harás un poquito de coqueteo y melindre, y acabarás por aceptar, quedando muy satisfecho, *ça va sans dire.*

Con poco más de una parte y otra terminó el coloquio, siguiendo las dos mujeres hacia la Cibeles. Ya los soldados que cubrían la carrera formaban en columna de honor para el desfile. Las voces de mando, los toques de clarín y corneta daban al nuevo cuadro la brillante animación ruidosa que tanto agrada al pueblo de Madrid. Las masas de curiosos se arremolinaban buscando salida por una parte y otra. Nos corríamos hacia la fuente de Neptuno, queriendo ganar la Carrera de San Jerónimo, cuando Casiana, atormentada por una idea, me habló de este modo:

—Dime, Tito, ¿aquellas mujeres son damas o qué?

—Damas son, querida; pero de esas que llaman *de las Camelias.*

—Pues, según me han dicho, la *Dama de las Camelias* era tísica; y éstas no están enfermas del pecho: chillaban como demonios.

—Los tísicos son ellos.

—Y dime otra cosa, Tito: los hombres de esas mujeres, ¿son los que iban antes en coche, con plumachos y requilorios dorados?

—Sí, hija mía. Uno de ellos llevaba casacón bordado con muchos ojos; el otro, casaquín, llave de oro, calzón corto y media de seda.

—Y los que visten de esa manera ¿son duques o marqueses?

—En algunos casos, sí. En otros son

jefes superiores de Administración, gentileshombres o se les designa con diferentes motes muy bonitos.

—Pues, según dice Ido, tú lucirás pronto si quieres todas esas garambainas, y estarás muy guapo.

—No te digo que no. Cuando se pone el pie en el pórtico de este mundo que hoy has visto, nadie sabe adónde podrá llegar.

—Otra cosa, Tito—dijo Casiana rasgando su linda boca en franca risa—: ¿Llegará un día, no digo que mañana ni pasado, un día del tiempo venidero, en que tú y yo seamos también marqueses, jefes de la sagrada Administración o personas gentiles de las llaves doradas?

—¡Ya lo creo que podrá ser! Muchos han pasado por aquí que subieron del lodo a las cimas.

—Ahora vuelvo a mi tema: aquellas mujeres guapas que nos hablaron antes, ¿también mandan?

—¡Que si mandan! Más que el rey. Más que nadie. En muchas ocasiones son ángeles tutelares que reparten la felicidad entre los ciudadanos.

Miróme Casiona con espanto, abierta la boca, y yo me apresuré a cerrársela con estas maduras reflexiones:

—En la procesión que ha pasado frente a nuestros ojos, multitud engalanada, rebosando satisfacción y alegría, has visto el mundo de los pudientes, de los administradores, mayordomos y capataces de la cosa pública, mecanismo cuyas piezas mueven las cosas privadas y todo el tejemaneje del vivir de cada uno. ¿No lo has entendido, verdad? Pues te lo diré más a la pata la llana. Lo que hemos visto es el familión político triunfante, en el cual todo es nuevo, desde el rey, cabeza del Estado, hasta las extremidades o tentáculos en que figuran los últimos ministriles: es un hermoso y lucido animal que devora cuanto puede y da de comer a lo que llamamos pueblo, nación o materia gobernable.

»Sabrás ahora, mujercita inexperta, que los españoles no se afanan por crear riqueza, sino que pasan la vida consumiendo la poca que tienen, quitándosela unos a otros con trazas o ardides que no son siempre de buena ley. Cuando sobreviene un terremoto político, dando de sí una situación nueva, totalmente nueva, arrancada de cuajo de las entrañas de la patria, el pueblo mísero acude en tropel, con desaforado apetito, a reclamar la nutrición a que tiene derecho. Y al oírme decir pueblo, ¡oh Casiana mía!, no entiendas que hablo de la muchedumbre jornalera de chaqueta y alpargata, que ésos, mal o bien viven del trabajo de sus manos. Me refiero a la clase que constituye el contingente más numeroso y desdichado de la grey española; me refiero a los míseros de levita y chistera, legión incontable que se extiende desde los bajos confines del pueblo hasta los altos linderos de la aristocracia, caterva sin fin, inquieta, menesterosa, que vive del meneo de plumas en oficinas y covachuelas o de modestas granjerías que apenas dan para un cocido. Esta es la plaga, ésta es la carcoma del país, necesitada y pedigüeña, a la cual, ¡oh ilustre compañera mía!, tenemos el honor de pertenecer.

Cerró Casiana su linda boca en el curso de mi perorata, y luego, con grandes suspiros, expresó que iba entendiendo y lamentando la pintura que yo le hacía de nuestra sociedad. Tomando un breve respiro, proseguí:

—En todo tiempo, y más aún cuando ocurren cambios de situación tan radicales como el que estamos viendo, la caterva de menesterosos bien vestidos, agobiados de necesidades por el decoro social de los señoritos y los pujos de elegancia de las señoras y niñas, cae como voraz langosta sobre el prepotente señorío engalanado con plumas, cintajos, espadines, cruces y calvarios, porque esa casta privilegiada es la que tiene en sus manos la grande olla donde todos han de comer. Aquí la industria es raquítica; la agricultura, pobre, y los negocios pingües sólo fructifican en las alturas. La turba postulante se agarra a todas las aldabas, llama a todas las puertas, tira de los faldones de los personajes empingorotados, pide auxilio con discretos tirones a las mujeres legítimas de los tales... y a las que no son legítimas. Ya irás comprendiendo, Casianilla, el manejo que se trae la inmensa tribu de desheredados y la misión benéfica que desempeñan, en algunos casos y a hurtadillas, las dos mujeres guapas con quienes hemos hablado hace un ratito.

Terminé diciéndole, en forma que ella pudiera entenderlo, que España era un

país algo comunista. Por los canales contributivos venía todo el caudal a la olla grande, de donde salía para repartirse en mezquinas raciones entre el señorío paupérrimo de la flaca España.

—He dado el nombre de olla grande —añadí— a lo que en lenguaje político llamamos Presupuesto.

—¡Virgen de la Paloma! —exclamó Casiana con risueña espontaneidad—. Pues yo te digo ahora, Tito de mi alma, que seremos los bobos de Coria si no metemos nuestra cuchara en ese bendito *porsupuesto.*

Subíamos por Medinaceli y San Antonio del Prado, camino de nuestra casa, cuando pasó ante mí la fantástica *Efémera,* cual visión rápida que fué a perderse entre los altos abetos que rodean la estatua de Cervantes. Con ella iba otra mujer, vestida también de flotante y negro túnico. ¿Era Graziella? No puedo asegurarlo. Sólo diré que en su rauda fulguración de relámpago, las dos mágicas figuras lanzaron hacia mí una mirada insinuante, cariñosa... Y no hubo más.

El rigor cronológico, al cual inútilmente quiero acomodar la serie de mis históricos relatos, me ordena referir que en la tercera semana de enero del 75 se me presentó Fabriciano López, quien, como sabéis, ya tenía un puesto en las oficinas de la Presidencia. Según me indicó, estaba yo en la lista de las personas que don Antonio Cánovas citaría para ser recibidas en el despacho presidencial. Ignoraba la fecha en que me tocaría la vez; y como al propio tiempo me dijera que en las covachuelas de la calle de Alcalá tenían su abrigado albergue algunos funcionarios de la clase de literatos y periodistas, todos amigos míos, allá me fuí con Fabriciano, movido del deseo de tantear el terreno en previsión de lo que pudiera suceder.

En la hospedería burocrática de la Presidencia me encontré a don Carlos Frontaura, ameno y regocijado escritor satírico, creador de *El Cascabel,* el periódico más divertido y chusco que hizo las delicias de la burguesía matritense en aquellos lustros; a Campo Arana y a Puente y Brañas, autores de comedias y zarzuelas que tuvieron sus días de aura popular; al excelente y hábil periodista Pepe Fernández Bremón, que durante un cuarto de siglo mantuvo después su acreditada firma en *La Ilustración Española y Americana.*

Por mi primera visita, entendí que en el asilo presidencial no eran grandes los quehaceres de los buenos muchachos que allí tenían cómodo acogimiento: unos leían periódicos, otros tertuliaban entre el humo de los cigarrillos; iban y venían de una parte a otra, pasándose de mano en mano papeles con trabajos vagamente iniciados. Todo indicaba la plantación de un árbol burocrático que pronto daría flores y quizás algún fruto.

Largo rato permanecí en aquella feliz Arcadia, oyendo el tañido de la ociosa zampoña pastoril. Fabriciano y Fernández Bremón llevároнme al despacho del subsecretario, Saturnino Esteban Collantes, y a él me presentaron. Era un joven discreto y afable, hijo del famoso político del antiguo régimen don Agustín, nombrado a la sazón ministro plenipotenciario en Portugal. En la breve conversación que tuve con el subsecretario adquirí la certidumbre de que mi nombre figuraba en la lista de los presuntos visitantes de Cánovas. Pero el presidente estaba muy atareado en aquellos días... Ya se me avisaría la fecha de la entrevista.

Una larga semana tardó en llegar el aviso. En cuanto lo recibí me puse mi levita y las demás prendas *de vestir,* me encasqueté la *bimba,* y ¡hala!, a la Presidencia. Mediano rato me tuvo Esteban Collantes en su despacho, esperando que salieran varios señores que estaban dándole la jaqueca a don Antonio. Eran unos comisionados de Málaga, un cacicón murciano, y el caballero de reluciente calva y maneras elegantes a quien vi en las butacas del teatro Real la noche del estreno de *Aida,* hallándome en delantera de palco por asientos junto a *Leona la Brava.*

Despejado el terreno, pasé yo, y, atravesando el salón donde se reunía el Consejo de ministros, llegué al despacho del presidente. A muchos personajes de primera magnitud política había yo visitado en mi vida; pero ninguno me causó tanta cortedad y sobresalto como don Antonio Cánovas del Castillo, por la idea que yo tenía de la excelsitud de su talento, por la leyenda de su desmedido orgullo y de las frases irónicas y mortificantes que usar solía. Apenas cambiamos las primeras frases de saludo, em-

pezó a disiparse la leyenda del empaque altivo, pues me encontraba frente a un señor muy atento y fino, y de una llaneza que al punto ganó mi voluntad. Hízome sentar a su lado, en un sofá casi frontero a la mesa de despacho, y hablamos..., quiero decir, él habló y yo escuché, atento a su palabra enérgica, vibrante y un poquito ceceosa.

—Deseaba verle, señor Liviano—me dijo—, porque he tenido ocasión de leer páginas sueltas referentes al cantón de Cartagena, escritas por usted en el propio cráter de aquella revolución empezada sin tino y concluída sin grandeza. Más que páginas, son notas trazadas al vuelo frente a los acontecimientos, ya en los bastiones de Galeras o San Julián, ya en la cubierta de los barcos sublevados. Esas notas borrajeadas con el desgaire que imponen la premura del tiempo y la nerviosidad del observador, me encantan a mí lo indecible, porque en ellas veo cómo el primer aliento de la Historia, libre aún de artificios y llevando en sí el aroma de la veracidad.

Quedóse el buen Tito de una pieza oyendo estos elogios y por un momento llegó a creer que el presidente le tomaba el pelo. Mi estupor fué tal que ni acerté a darle las gracias por tan increíbles piropos. Don Antonio, ajustándose los lentes y alzando luego la cabeza, movimientos en él muy comunes, prosiguió así:

—Ya sé lo que va usted a decirme, y es que esas páginas, esas notas, esos que mejor será llamar apuntes o bosquejos han sido escritos efectivamente por usted; pero no se han publicado. Y usted pensará: «¿Cómo puede este señor haber leído mis escritos si aún no han tenido la sanción de la letra de molde?» Pues si no lo sabe le diré que tengo una loca afición a los estudios históricos. A mí llegan diversos papeles interesantes, trozos de la Historia viva que aún destilan sangre al ser arrancados del cuerpo de la Humanidad. Yo los leo con avidez; los ordeno, los colecciono... ¿Cómo llegaron a mí los escritos de usted? No lo sé, ni me importa saberlo...

Al oír esto sentí un tenue desvarío en mi cabeza, miré a un lado y a otro... ¡Jesús me valga!... Creí que en la cabecera del sofá erguíase, grandiosa y colosal, la figura de mi Madre, la divina *Clío*.

V

Segundos no más tardé en sustraerme al mundo quimérico para volver a la esfera real. El sagaz estadista, adoptando el tono familiar apropiado al asunto que quería tratar conmigo, me dijo así:

—Sé que es usted amigo de Cárceles y de otros que tuvieron parte muy visible en las locuras del cantón; seguramente lo es usted también de *Tonete* Gálvez, que, según mis noticias, fué la cabeza más firme y el brazo más fuerte en las jornadas de Cartagena. Estará usted enterado de que los cantonales que escaparon en la *Numancia* permanecieron largo tiempo en Orán, encerrados en un castillo. El Gobierno francés dispuso, a fines del año anterior, internarlos en la provincia de Constantina. Contreras y su ayudante Rivero accedieron a ser internados; Manuel Cárceles, Germes, Gálvez y Gutiérrez obtuvieron un salvoconducto para fijar su residencia en Suiza. Allá se fueron creo que en diciembre último. Y ahora pregunto yo a don Proteo Liviano: ¿están aún en Suiza? ¿Alguno de ellos ha vuelto a España? Dígame lo que sepa. Habla con usted el amigo, no el gobernante, y debo advertirle que estoy decidido a no perseguir a nadie, ni aun a esos cuatro que, como usted sabe, están condenados a muerte. Las realidades del Gobierno y la fuerza indudable de la situación que presido me imponen la clemencia. Oportunamente pienso dar una amnistía general, que ha de comprender a esos ilusos, más románticos que criminales. Espero que me diga usted, si lo sabe, el paradero de Cárceles, Germes, Gutiérrez y Gálvez, y no vacilo en indicar que me intereso singularmente por este último. Antonio Gálvez es un hombre de bien; un político de ideas extraviadas, pero muy puro y muy sincero; caudillo valiente hasta la temeridad. Sus sentimientos generosos le impulsan hacia el bien, y si alguna vez hizo el mal fué por obedecer ciegamente a la pasión revolucionaria.

Asentí con fuertes cabezadas y algún monosílabo a lo que don Antonio me decía en elogio de Gálvez. Como yo declarase con toda ingenuidad que ignoraba el paradero de los emigrados del can-

tón, el presidente me sorprenlió con este rasgo de franqueza:

—Tenemos una Policía detestable. No veo en ella más que la proyección más inútil y desmayada de nuestro matalotaje burocrático. Si yo tuviera tiempo y no me agobiaran atenciones de superior importancia, intentaría organizar un Cuerpo de Seguridad muy a la moderna. Pero es más difícil crear aquí una buena Policía que poner en pie de guerra un gran ejército. Por esa caterva de vagos, mendigos y soplones que no otra cosa son nuestros actuales corchetes, ha sabido el Gobierno que andan por Madrid algunos presidiarios de los escapados de Cartagena. Me han hablado de un armero, muy hábil por cierto, que trabaja en la calle de los Reyes, y de un vejete que se dice aristócrata napolitano y al parecer es gran pendolista y pintor de ejecutorias. De seguro habrá en Madrid muchos más y usted quizás los conozca. Ya comprenderá que no trato de perseguirlos. Si esos infelices viven de su trabajo y no hacen daño a nadie, arréglense como puedan. Lo que yo deseo de usted, señor Liviano, es que por esa gente o por otra indague si está Gálvez en Madrid. En caso afirmativo, trate de verle y dígale de mi parte que no se dé a conocer y se le proporcionará buen recaudo para retirarse a Benidján o Torre Agüera, sin peligro alguno... Y ahora, dispénseme, don Proteo, que yo dé a usted esta comisión, puramente confidencial y amistosa. Esto queda entre nosotros, y si dan resultado sus investigaciones y tiene la bondad de venir a manifestármelo, ya sabe que con sólo presentarse a Esteban Collantes será usted recibido por mí cuando guste.

Prometí al caudillo alfonsino ocuparme desde aquel mismo día en dar los pasos necesarios para satisfacer lo más pronto posible sus deseos, y me despedí con todo el rendimiento y veneración que persona tan ilustre merecía. Al atravesar el Salón de Consejos para retirarme, flaqueaban mis piernas y mi cabeza no estaba muy firme. Cuando salí al vestíbulo me alzó la cortina una mujer... ¡Por Júpiter, era *Efémera!*... Mi retirada fué más bien escapatoria. No vi a don Saturnino Esteban Collantes ni a ninguno de los amigos de la Secretaría... Bajé a trompicones la escalera. En cada rellano, en el zaguán y en la puerta se me apareció una, dos y veinte veces la figura de *Efémera,* con su túnico negro y su mirada dulce y un poquito guasona... En la calle, tiré hacia el Prado, sin rumbo ni dirección razonable. Me sentía sin aplomo, enloquecido. La mensajera de *Clío* no me abandonaba. Volví a verla en la esquina de la calle del Turco; después, junto al palacio de Alcañices. A lo largo del Prado se repitió la visión, desvaneciéndose gradualmente.

Al llegar a mi casa iba totalmente persuadido de que la entrevista con Cánovas era un nuevo fenómeno de la vida quimérica. Ni don Antonio me había dicho nada, ni yo le vi, ni puse los pies en la Presidencia. Todo había sido un bromazo impertinente de los espíritus picarescos que en aquella temporada pasaban el rato divirtiéndose conmigo. El resto del día permanecí en mi casa sumido en tristes cavilaciones, sin que los halagos de Casiana pusieran término a mis melancolías. ¿Cómo era posible que el jefe del Gobierno, atento a los problemas políticos que debían consolidar la Restauración, descendiese a la nimiedad de inquirir el paradero de los desgraciados cantonales? La amistad protectora con que distinguía Cánovas a *Tonete* Gálvez ¿era un hecho real o un desvarío de mi cerebro debilitado? Estas dudas me atormentaron hasta la siguiente mañana, en que mi espíritu empezó a serenarse, y di en pensar que tal vez no era ensueño mi entrevista con el árbitro de los destinos de España.

Fuese o no verdad el fenómeno, una fuerza misteriosa me impulsó a inquirir y olfatear la pista de Gálvez. Vi a David Montero, y ni éste ni *Dorita* me dieron luz alguna. Busqué a Fructuoso Manrique, que vivía con Graziella, no ya en la calle de San Leonardo, sino en la del Limón. En el taller de amenas hechicerías permanecí un rato entretenido con las donosas diabluras de la italiana, y tuve el gusto de acariciar al cuervo y al buho que gravemente colaboraban en las operaciones de la casa. Ni Fructuoso, ni Graziella, ni Celestina Tirado, que entró de la compra con cesta repleta y un conejo de campo para ponerlo con arroz en la comida de aquel día, sabían una palabra de lo que afanosamente trataba yo de averiguar.

Cuando ya me despedía desalentado,

saltó Graziella con la idea de apelar a la cartomancia, arte muy eficaz para descubrir tesoros ocultos y personas escondidas. Agarró la diablesa los naipes, y después de barajarlos y hacer sobre ellos la mar de garatusas, pronunció sobre el humo de un braserillo palabras hebraicas, llamó al cuervo, que, saltando a su hombro, le picó en el oído, y, tras un nuevo sobar y manoseo de las cartas trazando sobre una de ellas crucecitas con saliva, me dijo en tono pausado y altísono:

—Angélico Tito; encamina tus pasos vacilantes hacia Perico Niembro, que te dará la luz que deseas.

Ni corto ni perezoso corrí a ver a Niembro, el cual, después de un largo palique en que se mantuvo escamón y misterioso, me mostró una carta de Gálvez, fechada diez días antes en Lausana. Ya me consideré satisfecho; ya podía dar al gran estadista la precisa información que anhelaba. De regreso a mi casa, revivió en mí la idea de que la famosa entrevista fué soñación quimérica o mofa de los socarrones espíritus. A pesar de esto, y temeroso de que no me dejaran llegar a la presencia de Cánovas, endilgué mi levita y chistera, y me fuí con maquinal impulso al caserón de la calle de Alcalá. Contra lo que esperaba y temía, el subsecretario me recibió amablemente y me introdujo en el salón, donde vi como unas veinte personas, entre las cuales reconocí al marqués de Molíns, a don Fernando Cos Gayón, a Pepe Cárdenas, a Elduayen, a Valero de Tornos y a otros que por su empaque provinciano parecían embajadores del caciquismo rural.

Iba Cánovas de grupo en grupo, repartiendo formulillas afectuosas y equívocas, dulces ofertas que a nada comprometen. Yo me mantuve apartado, esperando a que el presidente me viese y me concediera el honor de un breve coloquio. De improviso vino a mí el grande hombre, y, llevándome junto a una ventana, en una sola cláusula condensó el saludo y la interrogación referente al encargo que me había hecho. Comprendiendo que el laconismo se me imponía, saludé y contesté con estas breves razones:

—Señor don Antonio, he visto una carta, datada en Lausana, con fecha dieciocho de este mes, en la cual dice Gálvez a su amigo Perico Niembro que aún no sabe cuándo podrá volver a España.

Parecióme que quedaba satisfecho el jefe de la situación, y fuí despedido con esta fórmula cortés:

—Dispénseme, señor Liviano. Ya ve usted cómo estoy de gente.

Salí, y en la antesala me sorprendió la voz de Fernández Bremón, que desde la puerta de la Subsecretaría me dijo:

—No te vayas, Tito. Precisamente estaba en acecho de ti para que no te me escaparas.

Cogióme del brazo para llevarme a su oficina, y allí, sentados *vis a vis* a un lado y otro de la mesa de trabajo, el sutil periodista me dejó estupefacto con esta inesperada manifestación:

—Por encargo de mi jefe, te pregunto si aceptarías una posición decorosa, correspondiente a tus méritos literarios y a tu conocimiento de la sociedad española. Por el pronto, tendrías una plaza en provincias, y más adelante vendrías a Madrid.

La sorpresa no me permitió formular una contestación inmediata y terminante. Con medias palabras me mostré muy agradecido a la bondad del presidente... Mas no podía, no debía dar..., ¿cómo decirlo?..., dar a mis ideas de toda la vida un brutal esquinazo... Saltar tan de súbito al campo alfonsino parecíame un acto de cínica desvergüenza. Sólo el pensarlo me amargaba y me dolía como un remordimiento.

Apuró Bremón los argumentos más ingeniosos para combatir una susceptibilidad que a su juicio era producto de romanticismos mandados recoger. Dignidad tan fieramente escrupulosa y arisca entraba ya en los términos del mal gusto... Disputamos, primero con serenidad, después, con cierto agridulce. Por fin, deseando yo cortar por el momento la cuestión, le dije:

—Pepe, lo pensaré. Déjame reflexionar y mañana hablaremos.

Abandoné la Presidencia con el recelo de encontrarme a *Efémera*, cuya vaga presencia precedía siempre a las burlas de los ociosos geniecillos maleantes. Al llegar a mi casa habíase afirmado en mi ánimo la resolución de no admitir del alfonsismo una merced indecorosa. Respetaba yo a Cánovas y le admiraba por

su elevado entendimiento, por su saber de Historia y de política, así como por su palabra enérgica y sugestiva, esmaltada con los donaires de un ingenio sutil. Pero no quería en modo alguno entregarme a la Restauración, induciéndome a ello no sólo el vocerío de mi conciencia, sino el hecho de tener asegurado un vivir modesto por el estipendio que de mi divina Madre recibía.

Decidido a rechazar con toda entereza el soborno, me personé al día siguiente en las oficinas de la Presidencia, y reiteré a mi amigo Fernández Bremón mi negativa, exponiéndole exclusivamente las razones de conciencia y dignidad, pues del subsidio materno que aliviaba mi pobreza no tenía yo que dar conocimiento a ningún nacido. En esto llegaron al despacho Frontaura y Campo Arana, y con ellos me dejó Bremón, llamado en aquel instante a la Subsecretaría. Los ociosos funcionarios y yo charloteamos más de media hora de cosas de teatros, comentando la fulgurante aparición del genio de Echegaray en la escena española. Fué como un huracán tonante y luminoso que trocó las emociones discretas en violentos accesos de furia pasional; deshizo los gastados moldes, infundió nueva fuerza y recursos nuevos el arte histórico, electrizó al público, y lanzó al campo de la crítica, en espantable remolino, los ardientes entusiasmos revolcándose con las tibiezas rutinarias.

Cuando nuestras voces bajaban de tono hablando de Calatañazor, Arderíus, Escríu y otros graciosos comediantes, volvió Fernández Bremón, y, llevándome aparte, me dijo lo que a la letra copio para que el lector se percate bien de la sorpresa que recibí al oírlo:

—Se estima y se respeta tu delicadeza al rechazar lo que se te propuso. Pero hay otra cosa, Tito. Consta en la Subsecretaría que tienes a tu lado a una parienta próxima recién venida de Cuba, una joven ilustradísima que posee todos los conocimientos y títulos para ejercer el Magisterio en condiciones insuperables. Como supongo que en esa señorita no existirán los motivos de delicadeza que a ti te obligan a renegar de la protección oficial, dime el nombre de tu prima, sobrina o lo que sea, y se le dará una de las plazas de inspectoras de escuelas que se crearán en estos días.

Mediano rato estuve pensando la contestación que debía dar. Mi conciencia me acusó de prestarme a una superchería si aceptaba, pues Casiana no había pasado del *be o ene, bon, be u ene, bun.* Luego, mi voluntad un tanto picaresca, quiso ahogar a la conciencia dictándome la conformidad con lo que se me proponía. Vacilé. Mi boca trémula hizo una emisión de monosílabos que expresaban el pro y el contra. Sentí en mi cabeza un leve desvanecimiento. Miré en derredor. Frontaura y Campo Arana habían desaparecido.

En la mesa de despacho, una mujer escribía silenciosa, haciendo con sus lindos morros muecas infantiles... ¿Era la vaporosa *Efémera?* No puedo asegurarlo. Sólo afirmo que en mi ánimo se extinguieron las dudas, y sin miedo a la supercheria dije a Bremón:

—Si quieres, ahora mismo te daré el nombre.

Acordéme entonces de que el apellido de Casiana era Conejo, palabreja innoble y bajuna que a mi parecer envilecía la persona de una maestra superior, y resolví traducirlo al portugués, diciendo a mi amigo:

—Apunta, Pepe, apunta el nombre: «Señorita doña Casiana Coelho...», y por más señas Coelho de Portugal.

Seguro estoy de que, al leer esto, mis fieles parroquianos preguntarán: «¿Y *Efémera?*» Honradamente les contesto que no la vi al salir de las covachuelas presidenciales, ni acierto a discernir si una figura de flotante ropaje blanco, que iba delante de mí por las calles de Alcalá y Cedaceros, reproducía la vagarosa estampa de la recadista de mi Madre. Creo haber notado que se detuvo a comprar *El Cencerro* en la esquina de la calle de Gitanos y que por esta vía húmeda y tabernaria desapareció.

Me fuí a mi casa, y entretuve la tarde repasándole las lecciones a Casiana y oyendo el voluble disertar de mi buen patrón sobre materias políticas y militares.

—Sabrá usted, ilustre don Tito..., ¿y cómo no ha de saberlo, si un día sí y otro también hociquea usted con don Antonio Cánovas?

—Párese un poco, don José—dije, cortándole el discurso—. Yo no he habla-

do con Cánovas. Por mis ideas y por mi insignificancia, no sé, ni puedo, ni quiero tratar a personas tan altas.

—Respeto, excelentísimo señor, las razones que vuecencia tiene para hacerse el chiquito—prosiguió Sagrario—. ¡Sabe Dios lo que se traerá su ilustrísima entre ceja y ceja! No me meto, no quiero meterme en escudriñar su interior, las ideas, los propósitos, los planes que algún día han de salir a la luz pública. Yo, que no veo más que lo que tengo pegado a mis narices, pregunto: «¿Qué va a pasar aquí?...» No alterno con sabios ni con gentes de grandes lecturas. Lo que sé lo aprendí oyendo la voz del pueblo. *vox cœli,* que dijo el latino. Todas las mañanas voy a la compra, como vuecencia sabe, y un ratito en la tienda, otros en los cajones y puestos de los Tres Peces, me voy enterando de los dichos que corren de boca en boca. Cuando vuelvo a mi casa y me recojo en mi discernimiento natural, de lo que me entró por el oído y de lo que yo discurro saco la verdadera enjundia y el meollo de eso que llaman la cosa pública.

—Muy bien, don José. Los ruidos de la calle, traídos al crisol del entendimiento, nos dan la verdadera clave de la opinión de un pueblo.

—Y *francamente, naturalmente,* un hombre que ha vivido mucho, que ha tratado innúmeras personas de arriba, de abajo y de en medio, que ha sufrido adversidades personales y públicas viendo pasar ante sus ojos tantas mudanzas, revoluciones y cataclismos, tiene derecho a decir: yo veo lo que no se ve, yo presiento el suceso que aún está escondido en los pechos de los que engendran la actualidad de hoy y la actualidad de mañana. Y como pienso muy al derecho, al derecho le digo a vuecencia, señor don Tito, que su amigo don Antonio Cánovas..., amigo, ¿eh?, aunque su ilustrísima lo niegue por razones de sigilo diplomático..., está tragando mucha quina, una barbaridad de quina, apretado entre dos muelas cordales, pues de una parte pesan sobre él los malditos *moderados,* los Chestes, Moyanos y Orovios que le piden neísmo, intolerancia y tentetieso, y de otra parte le acosan los alfonsinos que vienen de lo de Alcolea y quieren franquicias, unas miajas de soberanía nacional y vista gorda para el libre pensamiento.

—Así es, amigo Sagrario. Lo que usted cuenta no es nuevo para mí.

—Pero hay algo más que usted no sabe o si lo sabe no quiere decirlo, y es que la reina doña Isabel está dando las grandes tabarras a don Antonio: solicita que la dejen venir acá, creo yo que para mangonear y meterse en lo que ya no debe importarle. Con Pezuela y Roca de Togores se entiende por cartitas dulces que menudean lo que usted no puede figurarse... Los moderados escupen ya por el colmillo; quieren ser los amos y que Cánovas gobierne a gusto de ellos. Por esto yo digo a todo el que quiera oírme: aquí va a pasar algo... Ya se habrá usted enterado de que el rey don Alfonso, que se fué a Zaragoza y Tudela a los cuatro días de llegar a Madrid, marchó después a Peralta, donde acudieron los generales Moriones, Laserna y Ruiz Dana, y con éstos y Jovellar, Primo de Rivera, Despujols, Terreros, Portilla, Morales de los Ríos y otros celebró consejo para acordar el plan de operaciones.

—Sí, ya lo sé. Y el veintidós de enero largó sendas alocuciones a los habitantes de las provincias Vascongadas y Navarra y a los soldados del ejército del Norte.

—¡Consejo de generales, alocuciones! Y yo pregunto: ¿Se trata de dar el golpe definitivo a la negra facción, organizando descomunal batalla con todos esos ilustres caudillos y el total contingente de nuestras valentísimas tropas? ¿Estará próximo ese día de júbilo, ese día grande, principio de la redención de España? Para mí, no hay duda, reunidos todos esos elementos que han de constituir una hueste tan poderosa como las de Alejandro y César, la victoria es indudable. Venceremos, señor don Tito; barreremos de nuestro suelo y de una vez para siempre esa escoria del retroceso, esa inmundicia del absolutismo, esa paparrucha indecente de la legitimidad. ¡Oh alegría, oh inmensa dicha de las almas liberales!... Un abrazo, don Tito. Y tú, Casiana, ven aquí... ¡Un abrazo al amigo, al patrón, al maestro!

VI

En los primeros días de febrerillo loco, mi amigo Prieto y Villarreal me llevó a una reunión de zorrillistas en casa de Cristino Martos. Concurrieron a ella todos los que seguían a don Manuel y muchos militares de los que quedaron defraudados y vencidos el 3 de enero de 1874. Asistí yo al conciliábulo como simple testigo, y no despegué los labios, por no sentir mi ánimo dispuesto para ninguna clase de campañas políticas. Había levantado don Manuel Ruiz Zorrilla la bandera de la República frente a la Restauración, y tales fuerzas militares y civiles agrupó a su lado, que el Gobierno alfonsino creyó preciso disponer el extrañamiento de aquel gran ciudadano, rebelde y tenaz.

Decretado el ostracismo de don Manuel el 4 de febrero con la coletilla de que no podría volver a España sin previo permiso del Gobierno, aquella misma noche fué puesto en ejecución. Los zorrillistas y otras personas unidas al temible revolucionario por vínculo de amistad hicieron acto de presencia en la estación del Norte.

Representando el ideal vencido que la Restauración quería lanzar del suelo patrio, estaban en el andén Castelar, Salmerón, Carvajal, Rivero, Echegaray, Martos, Pablo Nougués, Aguilera, Pedregal, García Ruiz y otros muchos. Del estamento militar vi a los generales Izquierdo y Lagunero y al brigadier Carmona, que salieron pitando para el destierro al día siguiente.

Entre los amigos distinguíanse por su significación alfonsina don Pedro Salaverría, ministro de Hacienda, y el simpático subsecretario de la Presidencia Esteban Collantes. De dónde provino la amistad de Salaverría con don Manuel, no lo sé; la de Esteban Collantes y García Ruiz tuvo su raigambre en la tierra palentina, donde Ruiz Zorrilla o su señora poseían extensa propiedad rústica. La despedida fué triste y afectuosa; los abrazos, efusivos; discreto, el entusiasmo.

A este acto, que considero público y, si queréis, histórico, sigue en mis crónicas otro que también me parece digno de perpetuarse en letras de molde, y los escribo engarzados en una sola página para que resalte mejor la desacorde calidad de ambos sucesos. Una tarde de aquel mismo febrerillo, que ahora llamo loco de atar o loco furioso, hallábame yo solo en mi aposento, trasladando al papel con nerviosa escritura mis impresiones de los pasados meses, cuando..., ¡ay Dios mío!..., vi entrar a una mujer sin que la precediera rumor de pasos ni sonsonete de campanilla. Llegóse a mi mesa la fantasma, y yo, sin sorpresa ni espanto, con la mayor naturalidad del mundo, le dije:

—Hola *Efémera;* bien venida seas. ¿Me traes carta de mi adorada Madre?

Ella, dejando caer su izquierda mano marmórea sobre la mesa, alargó hacia mí la derecha con un pliego, mientras sus labios helénicos articulaban estas palabras que me sonaron cual si las transmitiera por ráfagas del aire una voz muy lejana:

—No te traigo carta de tu madre, sino este pliego que me han dado para ti.

Y yo, rasgando ávidamente el sobre, y enterándome de su contenido, exclamé:

—¡Ah! La credencial nombrando a Casiana inspectora de escuelas. Gracias. Mi buena Madre no se cansa de favorecerme... Tú no ignoras, *Efémera,* que Casiana *Coelho* es mujer meritísima, muy versada en la teoría y práctica del arte pedagógico... ¿Por qué no descansas a mi lado?... ¿Qué dices? ¿Que no te sientas? ¡Oh! divina mensajera; tu destino es correr, volar, llevando por el mundo la verdad del momento. Del conjunto de estos átomos, aglomerados por el tiempo, se forma la verdad histórica en lustros, en siglos... Espera un poquito, que quiero hacerte algunas preguntas. ¿Qué me dices de mi Madre? Ya sé que por su condición inmortal está exenta de toda enfermedad. Su salud es inalterable. Varían tan sólo su apariencia personal y las vestiduras que cubren su noble cuerpo. Cuéntame: ¿qué calzado gasta en estos benditos días para andar por el mundo? ¿Lleva por ventura el alto y ceremonioso coturno, señal de la grandeza histórica?

La recadista de *Clío,* con solemnidad un tantico risueña, contestó:

—No lleva el coturno, sino unos holgados borceguíes de burdo paño decora-

dos con papeles de rojo y gualda, talco y purpurina, imitando el esplendor áureo del calzado de los dioses, falsedad que sólo engaña a ciertos académicos. Usa la Madre estos borceguíes blandos y de figurón, porque se los impone la suciedad y dureza del suelo que recorre, todo fango y guijarros puntiagudos.

—Muy bien, *Efémera*. Y ahora dime otra cosa... Esto se refiere a mi persona...' Escucha. Con toda sinceridad y franqueza, me responderás a lo que voy a preguntarte. ¿Es verdad o es mentira que yo he visitado a don Antonio Cánovas, hablando a solas con él de asuntos políticos y particulares?

—La verdad y la mentira de los hechos no caen debajo de mi jurisdicción. Lo que a mí me concierne es el contacto de las inteligencias en las anchas regiones del espíritu. Del uno al otro cerebro saltan las ideas como chispas de un fuego que es el generador de la concomitancia y simpatía. Recojo yo estas chispas y las comunico entre los seres, hállense próximos o distantes... Es lo único que puedo contestar al señor don Tito. Tengo prisa. Adiós.

No me dió tiempo a formular nueva pregunta ni a darle mis tiernos adioses. Desapareció en forma semejante a las magias de teatro. En vez de volverse para tomar la puerta se desvaneció en la cavidad del aposento, dejándome absorto, atontado y sin respiro. Apenas me repuse de la emoción de tal escena, recorrí con rápida vista la credencial. Nombraban a Casiana inspectora de escuelas con sueldo de diez mil reales. En nota aparte me decía Bremón que si la señorita *Coelho de Portugal* ocupaba sus horas en dar lecciones particulares a domicilio, quedaría relevada de todas las obligaciones de la Inspección, salvo la de cobrar su sueldo a primeros de cada mes...

Guardé el nombramiento, en el que vi un signo de los tiempos. Todo era ficciones, favoritismos y un saqueo desvergonzado del presupuesto... Después de un largo titubeo, decidí no dar conocimiento a Casiana de aquel momio inverosímil y esperar a que se pusieran de acuerdo los ángeles que me favorecían y los demonios que me burlaban.

Una noche, avanzado ya febrero, cuando Casiana y yo volvíamos de ver una funcioncita en el próximo teatro Variedades, donde trabajaban actores tan graciosos como Luján y Riquelme, nos encontramos a don José Ido en estado de gran consternación y abatimiento. Creímos que Nicanora estaba con el *histérico* o que habían llegado noticias desagradables de Rosita, de quien se dijo días antes que se hallaba ya fuera de cuenta. No era nada de esto. Dejo al propio Sagrario la explicación del enigma, reproduciendo el texto fiel de sus acongojadas manifestaciones:

—¡Ay don Tito de mi alma, qué pena, qué horrible desengaño! Ya sabe vuecencia que hace dos días venían corriendo unos rumores sumamente halagüeños para la patria y para la libertad. Las voces públicas decían en tiendas, porterías, plazuelas, cafés, estancos y boticas que en el Norte estábamos dando una gran batalla, mejor dicho, que ganamos una y luego dimos otra más reñida y sangrienta, ganándola también; que en la tercera batalla el suelo quedó totalmente cubierto de cadáveres carlistas en una extensión de cuatro leguas a la redonda. Saturio, el amolador de las Niñas de Loreto, me dijo ayer que de resultas de esa terrible matazón de carcundas, los pocos que de estos quedaban salieron por pies, desapareciendo al otro lado del Pirineo.

»Pero, ¡ay!.... esta mañana, cuando más contento iba yo entre los puestos de los Tres Peces, empezaron unos runrunes que dejaban patidifusos aun a los que no les dábamos crédito. Hice mi compra, y dondequiera que yo iba la voz pública seguía cantando el *miserere*. Al entrar en la plaza de Matute, para comprar vino en el almacén de Roque, me encontré al amolador y al sacristán de las Niñas que discutían en medio de la calle. El sacristán, que es más neo que Judas y más borracho que Noé, se dejó decir que a los liberales nos habían dado un palizón horroroso... Qué tal sería la somanta, que los carlistas cogieron prisionero al rey don Alfonso y se lo llevaron a Estella.

Siguió diciendo el manso filósofo que del sofoco que tomó al oír tales desatinos le flaquearon las piernas y tuvo que arrimarse a la pared para no dar con su pobre cuerpo en el suelo. Luego se equivocó de tienda y le armaron el

gran escándalo por pedir tinto de mesa en una cerería. Al referirnos esto, se acentuaba tanto la flaccidez del rostro del buen hombre, que los huesos se le transparentaban debajo de la piel y la nuez le crecía desaforadamente.

—Esta tarde—prosiguió mi atribulado patrón, sentándose para tomar aliento—me fuí a Buenavista con la esperanza de que mi primo Macario, sargento de la Brigada Obrera de Estado Mayor, me sacara de mis horribles dudas y me dijese la verdad de lo acontecido en Navarra. ¡Ay Dios mío, cuánto sufre un corazón patriota cuando el demonio enreda las cosas de la guerra!... Lo que ha sucedido es cosa desdichala y lastimosa; pero no tanto como las asquerosas mentiras que contaba esta mañana el rapavelas de las Niñas de Loreto. Parece, según reza el telégrafo, que entre dos pueblos llamados, si no recuerdo mal, Lácar y Lorca, hubo un momento en que por milagro de Dios Nuestro Señor no cayó Alfonso Doce en poder del faccioso.

—Estas cosas de la guerra—dije yo, dándole ejemplo de serenidad—son para miradas despacio. Esperemos los despachos oficiales, que nos darán relación detallada de los hechos. Tranquilícese, don José; tomémoslo con calma, que ni por una victoria debemos perder el sentido, ni por un descalabro hacer malas digestiones. La grandeza de un pueblo no está en la guerra, sino en la paz; la desdicha de los españoles consiste hoy en que para llegar a la paz tenemos que pelearnos fieramente unos con otros. A los labradores hemos convertido en soldados, y ahora falta que los mansos obreros del terruño se cansen de andar a tiros y vuelvan a coger el arado.

A la noche siguiente no falté a la tertulia que algunos amigos teníamos en el café de Zaragoza. Casiana iba conmigo. Asiduo concurrente a nuestras mesas era el capitán Palazuelos, a quien yo conocí de teniente el año anterior; a la sazón prestaba servicio en la Subsecretaría de Guerra. En cuanto llegué se puso a mi lado y me refirió lo que sabía del suceso de Navarra, acaecido no lejos del siniestro lugar en que murió trágicamente el general Concha. He aquí su relato sucinto:

—El dos de febrero, si no estoy equivocado, el jefe carlista Mendiri atacaba con preferencia al segundo Cuerpo de ejército, por suponer que con el general en jefe, Primo de Rivera, hallábase el rey Alfonso. En la tarde del tres, cuando menos lo esperaba, la división Fajardo, compuesta de dos brigadas (una de las cuales estaba en Lácar, bajo el mando de Bergés, y la otra en Lorca), embistieron los de Mendiri el pueblo de Lácar con extraordinaria bravura, llevando consigo a Cavero, Pérula y no sé quién más, con aguerridos batallones y bastantes piezas de artillería. Ante lo formidable del ataque flaquearon los nuestros; oyéronse gritos de: «¡Estamos vendidos! ¡Sálvese el que pueda!» Y el regimiento de Valencia se dispersó, siguiéndole al poco rato los soldados de Asturias. Ni Fajardo ni Bergés cuidaron de poner centinelas en los altos de Alloz y de Murillo, y a ello se debió principalmente el descalabro.

»Cuando Fajardo, que estaba en Lorca, oyó los primeros disparos se puso al frente del regimiento de Gerona y se dirigió a la montaña que separa aquel pueblo del de Lácar. Mas nada pudo hacer para dominar la confusión en aquella hora fatídica. El desaliento era unánime, lo mismo en los jefes que en los soldados. También se dispersó el regimiento de Gerona, y el brigadier Viérgol se vió forzado a retirarse del sitio de peligro. Primo de Rivera, ocupado entonces en el emplazamiento de piezas de artillería sobre Monte Esquinza y en hacer pruebas de puntería sobre los pueblos enemigos, acudió con algunas fuerzas en auxilio de los de Lácar y Lorca, logrando remediar un tanto el desastre.

»En la madrugada del cuatro, el general Fajardo, al frente de la tropa, con las cajas de caudales, botiquines y material de guerra, salió de Lorca, retirándose hacia Esquinza. También los de Mendiri se desmandaron, y viendo éste que sus tropas se lanzaban al saqueo y al inútil derramamiento de sangre, retiróse a Estella. En el Ministerio aseguran que el rey no estuvo en peligro más que breves instantes. Alguien ha dicho que se hallaba en la torre de una iglesia situada entre los pueblos de Lácar y Lorca. Según las versiones oficiales, su majestad permanecía en su alojamiento de Villatuerta, donde oyó muy de cerca los disparos de fusilería. Cuentan que dijo a los que le rogaban que

no se aventurase a salir: «Un rey no debe ocultarse cuando silban las balas a su alrededor.» Cómo y en qué forma salió de su alojamiento, no he logrado saberlo. En Guerra me han dicho, sin precisar la hora, que el rey emprendió la marcha a galope tendido hacia Puente la Reina.

A mis observaciones sobre la oscuridad del relato de Palazuelos, contestó éste:

—Ha de pasar algún tiempo antes que sean conocidas en todos sus pormenores las jornadas dudosas y equívocas que hoy designamos con nombres de Lácar y Lorca. Entiendo yo que la Historia, cuando se ve precisada a referir con verdad acontecimientos de esta índole, pasa grandes apuros y se ve ahogada en perplejidades enojosas. Los que intervinieron en estas acciones, procediendo con negligencia o aturdimiento, no ponen en sus despachos la debida fidelidad. Si es sospechoso el testimonio de los nuestros, también lo es el de los enemigos. que siempre exageran y sacan las cosas de quicio cuando han tenido algún momento afortunado... Los carlistas cantaron victoria al recogerse a Estella. Ya veremos quién cantará el último.

Cuando terminó el capitán su bosquejo de historia equívoca, nos enredamos en otras pláticas más amenas y en bromas y diálogos picantes que no nos corrompían las oraciones. Amenizaba las tertulias cafeteras un pianista navarro llamado Cárcar, que solía venir a nuestra peña brindándonos las piezas de su repertorio que más nos agradasen. Aquella noche, para quitarnos el amargor de las desagradables peleas de Lácar y Lorca, le pedimos que tocara jotas y rondallas, pues era consumado maestro en la música popular de su tierra. Hízolo prodigiosamente, y los aplausos creo que se oyeron en Getafe. Hartos de conversación y de música, nos retiramos, no sin que Casiana hiciera la indispensable requisa y acopio de terrones de azúcar para endulzar nuestro café matutino. Con este típico detalle queda bien demostrado que en aquella dichosa era de distinción y elegancia habíamos escogido lugar preeminente en la esfera de la cursilería.

Pocas noches pasaron hasta una que en cierto modo debo llamar memorable, porque en el diálogo familiar que tuve con Ido del Sagrario no faltaron unas briznas de Historia.

—Venga usted acá, excelso patrón—le dije, viéndole entrar en casa *cabiztivo* y *pensibajo*—. Acérquese y le contaré un suceso que disipará sus murrias, colmándole de satisfacción y alegría... Aquí tiene usted a Casiana, su ilustre discípula, que pronto va a saber más que el maestro.

—Así lo creo y lo deseo, excelentísimo señor—dijo el filósofo, tomando asiento a respetuosa distancia.

—Ya sabe Casiana el suceso de autos que voy a contarle a usted, y se ha puesto muy contenta... ¡Ea!, no quiero dilatar el plato de gusto que le tengo a usted preparado. Oiga, don José, y vaya sacudiendo las tristezas que le agobian desde que supimos la terrible trapatiesta de aquellos malditos pueblos navarros. ¡Animo, valiente, que no hay mal que cien años dure ni desdichas que no terminen con algo lisonjero!... Pues señor: don Alfonso Doce celebró en Puente la Reina consejo de generales, donde se acordó lo que no sabemos ni nos importa. De allí fué a Pamplona, y luego se dirigió a Logroño, con objeto de visitar al duque de la Victoria. ¿Qué tal? Su ídolo de usted, el invencible Espartero, recibió al joven monarca con las demostraciones de afecto más efusivas, y pidiendo a sus ayudantes la Cruz Laureada de San Fernando que él ganó en las gloriosas campañas de la primera guerra civil, la puso en el pecho del simpático reyecito. Debo añadir, amigo don José, para que usted se esponje, que al realizar don Baldomero este acto de acendrado monarquismo elogió calurosamente la conducta de Alfonso Doce en la breve campaña que a usted le tiene tan compungido.

—Algo es algo. ¡Viva el duque!—exclamó Ido—. Me complace el suceso; pero siempre me queda un dejo de aquellos amargores.

—*Sursum corda*. Recobre usted su fe en la libertad; hínchese de patriotismo; nos hincharemos todos... Y ahora, don José, cuídese de que nos sirvan la cena. ¿Verdad, Casiana, que el patriotismo nos desarrolla furiosamente las ganas de comer?... Oiga, señor Sagrario: para celebrar el suceso con la debida solemnidad, dígale a Nicanora que nos ponga

una tortilla de seis huevos para los dos y esas chuletas a la *papillote* por las cuales merece su esposa de usted el título de cocinera de los dioses.

VII

Menudas jaquecas daban a don Antonio los señores del lastre reaccionario, que pesaba brutalmente en la nave de la situación. Por el sistema *efemerideo* que me había revelado la Madre, introducía yo mi pensamiento en el cerebro del grande hombre. Allí se me comunicaba su iracundia por las enormidades que imponerle querían los bárbaros del vetusto *moderantismo*. Ponían éstos el grito en el cielo al ver que los primeros puestos de la política de la Administración y del Ejército eran arramblados por *la taifa de septiembre,* y se apresTaron a las represalías, metiendo a don Francisco Cárdenas, ministro de Gracia y Justicia, en el jaleo de derogar la ley del Matrimonio civil de 18 de junio de 1870. Con tal atropello resultaron concubinatos los matrimonios legalmente contraídos y naturales los hijos habidos en ellos. Horrísona tempestad levantó en la Prensa y en la opinión este atroz desafuero, y mientras el Papa se frotaba las manos de gusto, el jefe de los alfonsinos rabiaba en silencio, viendo frustrado su sano propósito de cimentar su política en el manifiesto de Sandhurst.

Nadie me contaba el estado mental del presidente del Consejo. Sentíalo yo en mí mismo por el contacto misterioso del pensar *canovístico* con el pensar de este humilde vocero de la vida hispana. Por el mismo artilugio milagroso pude apreciar que no hicieron maldita gracia al insigne malagueño los airados decretos con que Orovio puso en la calle y desterró a los catedráticos de la Universidad Salmerón, Giner de los Ríos, Azcárate y otros, lumbreras de la Filosofía y del Derecho y apóstoles de la libertad de conciencia. Por este acto de brutal intolerancia y por sus pintorescos chalecos transmitió su nombre hasta los alrededores de la posteridad el marqués de Orovio, que, aparte de su ciego fanatismo, era una persona decente y honrada.

Con un bello desorden que, a mi parecer, da colorido y sabor picante a las minucias históricas, os contaré que el rey don Alfonso, muy contento con la Cruz Laureada que Espartero puso en su pecho, partió de Logroño a Burgos, y, después de visitar Valladolid y Avila, regresó a Madrid, donde *las masas oficiales* le recibieron con palmas. En tanto, su madre, doña Isabel, no cesaba de mover el ánimo irritable de los borbónicos netos para que le abrieran brecha o caminito por donde colarse en el suelo patrio. Suspiraba por la espesura florida de Aranjuez; necesitaba una estación balnearia para la primavera, y en verano no podría pasarse, ni ella ni las infantitas, sin los baños de mar.

Cánovas, que profesaba el principio filosóficopolítico de mantener a las reinas madres alejadas del foco de la gobernación, indicó a doña Isabel, con muchísimo respeto, la residencia de Mallorca para sus esparcimientos y regocijos primaverales y veraniegos. En esto, sabedor Carlos VII de los anhelos de su augusta prima, le escribió brindándole para su descanso y recreo las provincias vascongadas, donde él reinaba... Ridícula es la carta en que el pretendiente ofrecía las playas vizcaínas y guipuzcoanas a doña Isabel para su temporada estival. Entre otras simplezas, se dejó decir lo siguiente: «Si quieres ir a Lequeitio o Zarauz, donde estuviste en otras épocas, puedes ocupar los mismos palacios que entonces habitaste, pues no creo posible que en tal caso los marinos de tu hijo continuaran bombardeando aquellos puertos, y si lo intentasen, tengo cañones de suficiente alcance para que te dejen tranquila.» Doña Isabel fué lo bastante discreta para no aceptar la farandulesca protección de su primito. ¡Estaría bueno que las dos ramas que habían desgarrado el cuerpo de la pobre España disputándose un trono durante más de medio siglo hicieran paces vergonzosas por los baños de ola de Lequeitio!

Si buenas dosis de acíbar tragó Cánovas por las imposiciones *del elemento retrógrado y oscurantista,* como diría Ido, no fué mala compensación la dulzura de ver entrar en la legalidad al truculento guerrillero don Ramón Cabrera, culminante figura del carlismo. Conviene consignar algunos antedecen-

tes familiares de este gran suceso. Cuando el llamado *Tigre del Maestrazgo* pasó el Pirineo en 1840, perdida ya la causa de don Carlos, fué a parar a Inglaterra, donde la fama de su temerario arrojo rodeó su nombre de una aureola de trágica leyenda. En Londres se destacó vigorosamente su atezado rostro, su mirada fulgurante, el aspecto de fiereza medieval, y se contaban las cicatrices que hacían de su cuerpo un heroico jeroglífico.

No necesitaron los ingleses forzar su imaginación para ver en Cabrera una figura genuinamente *shakespiriana.*

Pasado algún tiempo, la leyenda del guerrillero y su prestancia personal interesaron el corazón de una dama inglesa, protestante, rica y noble. La dama y el héroe contrajeron matrimonio con todas las de la ley. Entró, pues, Cabrera en una vida pacífica y burguesa, a la cual se atemperó fácilmente el adalid más terrible, sagaz, activo y sanguinario que ha existido en nuestras discordias civiles. Determinó esta evolución del carácter de Cabrera el genio de su esposa, que supo subyugar la fiereza del cabecilla insigne.

El *tigre* cedió a la blanda ferocidad de la *tigresa,* convirtiéndose en apacible cordero. Un amigo de Cabrera, que le había conocido en España, me contó que una noche fué a visitarle a su casa de Londres, situada en el West, junto a un *square* o plazoleta jardinada. Al entrar en ésta encontró a don Ramón, de frac, fumándose tranquilamente un puro. Al abrazar a su amigo, el *tigre* domesticado le dijo:

—Me encuentra usted aquí porque mi mujer no me deja fumar en casa.

En rigor de verdad debe decirse que más que la señora contribuyó a la domesticación de la fiera el plácido ambiente de un país liberal y protestante, de un país en que imperaban la justicia y el orden, en que los ciudadanos vivían dichosos ejercitando sus derechos y sometidos al suave rigor de las leyes. A nadie pudo sorprender que un hombre tan inteligente y agudo como Cabrera evolucionase radicalmente, acabando por abominar de la salvaje guerra dinástica de su país y se asqueara de las vesanias y horrores en que él desplegó todo su coraje. Ultimas palabras de esta conversación fueron los intentos de transigir con don Amadeo y aun con la República, y, por último, el acto decisivo de reconocer a don Alfonso como el único rey posible en España. A este feliz resultado se llegó mediante negociaciones en que intervinieron, de una parte, el duque de Santoña, Merry del Val y Pareja de Alarcón, y de la otra, el señor Homedes, sobrino del famoso guerrillero, y otros amigos de éste.

En un manifiesto publicado en París dijo Cabrera a los carlistas con buenas formas que el absolutismo teocrático era una estupidez en nuestros tiempos, y que del lema de la bandera facciosa dejaba a los fanáticos el *Rey,* llevándose consigo el *Dios* y *Patria.* Don Carlos espetó contra su antiguo general un enfático documento, privándole de todos sus títulos, empleos y honores, castigo que al flamante alfonsino le tenía sin cuidado. En cambio, don Alfonso incluyó el nombre de Cabrera en el escalafón de capitanes generales, reconociéndole el título de conde de Morella y todas las condecoraciones que ganara en los campos de batalla peleando contra la causa liberal.

Figurando ya en la grandeza militar y social del nuevo reinado, el de Morella se instaló en Biarritz para trabajar más de cerca en pro de Alfonso XII. Muchos carlistas prestigiosos se fueron con él, y la estrella del pretendiente empezó a perder su brillo, anunciando un próximo eclipse. Aquel amigo que había encontrado a Cabrera en la plazoleta del West londinense fumándose un habano, me contó que en Biarritz la transformación de la figura del *Tigre* superaba en radicalismo a la mudanza de sus ideas y de su carácter. Se había dejado la barba; su rostro no carecía de serenidad placentera; el empaque y la ropa delataban la rigidez protestante y el característico tono británico. Hablando, salpicaba de sus labios un ligerísimo acento inglés. *Oh tempora, oh mores!*

Mezclando sabiamente lo útil con lo dulce, conforme al precepto del latino, os contaré que Casiana *Coelho* adelantaba maravillosamente en sus estudios. Había pasado el *Catón,* y ya leía sin grandes tropiezos las primeras páginas de la infantil enciclopedia llamada *Juanito.* En la escritura, vencido el agobio de los palotes y el duro aprendizaje de letras sueltas, escribía palabritas ente-

ras con limpieza caligráfica y puro estilo de letra española. Gozaba yo lo indecible viéndola trabajar, y el paciente Sagrario me profetizó que el año próximo la señorita de Vargas Machuca sería un portento de ilustración.

Continuaba yo manteniendo en reserva la famosa credencial de Casiana, y como mi conciencia repugnaba la villanía burocrática de cobrar el sueldo de la *señora inspectora* sin que ésta prestase al Estado servicio alguno, inclinábame a permanecer a la expectativa, sospechando que el tiempo o los espíritus amables me traerían una solución decorosa. En tanto, deslizábase mi vida sosegada y sin quebraderos de cabeza, viendo pasar los días grises y melancólicos: si alguno traía un suceso digno de atención, el siguiente se lo llevaba para diluirlo en las penumbras del olvido.

Redondeaba mi tranquilidad la paz amorosa de mi unión con Casianilla, cuya modestia, docilidad y aptitudes caseras, encantábanme lo indecible. La compenetración de nuestros caracteres y de nuestros gustos llegó a ser tal, que mi pensamiento rechazaba con horror la idea de separarnos. Ya he dicho, y ahora repito, que nos habíamos declarado muy a gusto figuras culminantes en la flor y nata, o dígase *crema*, de la cursilería.

Para que mis simpáticos lectores se rían un rato, les contaré lo que hacíamos mi compañera y yo, ganosos de afianzarnos y sobresalir dignamente en aquella interesante clase social. Sigo creyendo que la llamada *gente cursi* es el verdadero estado llano de los tiempos modernos, por la extensión que ocupa en el censo y la mansedumbre pecuaria con que contribuye a las cargas del Estado. Atención, caballeros. Mi Casiana era su propia modista. Juntos íbamos los dos a comprar las telas; luego, entregábase la pobre chica al corte y confección en la mesa del comedor, guiándose con patrones hechos de papel de periódicos y figurines sebosos, que le traía no sé de dónde su tía Simona. Largas horas de la tarde y la noche dedicadas a la costura, sin sustraer tiempo al estudio, completaban la obra, y cuando llegaba la ocasión de las probaturas, éstas se hacían en mi presencia para requerir mi opinión de hombre de mundo y corregir los defectos que yo advirtiera.

Sepan también las edades futuras que mi compañerita se arreglaba los corsés, echando piezas nuevas allí donde hacían falta, renovando ballenas, ojetes y cordelillos. En cuanto a los polisones, ¡ay!, yo, Proteo Liviano, era el fabricante de aquellos absurdos aditamentos. Tras cortos ensayos llegué a dominar el armadijo de alambres y crinolina, que hubiera causado vergüenza y horror a la *Venus Calipige*. Agradecía Casiana esta colaboración convirtiendo en lindas corbatas para mí los retazos sobrantes de sus vestidos. Su hábiles manos *confeccionaron* igualmente un chaleco, que resultó tan bien cortado y *fashionable* como los de Orovio.

Cuando teníamos aderezado nuestro equipo nos echábamos a la calle pistonudos y fachendosos, y exhibíamos nuestras personas en Recoletos, la Castellana y el Retiro, saboreando el efecto que causábamos en la plebe ignara. A los teatros íbamos comúnmente con el noble carácter de *tifus*, acudiendo a la fina amistad de Ducazcal. Arderíus y otros rumbosos empresarios. Rara era la noche en que faltábamos al café, prefiriendo los que tenían piano y violín, complemento artístico de la frescura de la leche merengada y del rico chocolate con picatostes. Deliciosos ratos pasábamos en las *soirées* cafeteriles, entre la escogida sociedad de señoras equívocas y señoritas de pan pringado, sin olvidar a última hora la rapiña picaresca de terrones de azúcar.

Procedía yo de esta manera, extremando las formas de ordinariez presumida, no por el corto gasto que tal vida supone, pues bien podía dármela mejor, sino porque se me habían hecho odiosas las elegancias faranduleras y la hinchada presunción traídas a la sociedad española por el cambiazo de Sagunto.

Me cargaban los hombres jactanciosos y vacíos que se habían elevado de la pobreza cesantil a las harturas del presupuesto, gentes por lo común holgazanas, marimandonas, atentas no más que a encarnar en sí mismas la pesadumbre del armatoste burocrático. Me reventaban los condes y marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por don Amadeo y don Alfonso del montón de

indianos negreros, de mercachifles enriquecidos o de agiotistas sin conciencia. Me encocoraban los señores pudientes, que rebajando su jerarquía ancestral entregábanse al servilismo palaciego y monárquico. Detestaba, en fin, todas las vanidades que se habían mancomunado para contener los progresos de nuestra patria, y encerrarla dentro de unos moldes que no podría romper sin nuevas y más iracundas revoluciones.

Como yo me tenía por superior a toda esta turbamulta, materializaba mi desprecio adoptando la modalidad que a mi parecer era contrafigura del señorío enfatuado, rémora contumaz de la vida española.

Y cuando ante él ostentábamos Casiana y yo nuestros atavíos fachosos, mentalmente les decíamos:

—Miradnos bien. Somos cursis por patriotismo.

Mis odios más vivos recaían sobre una casta de señoritos en su mayor parte salidos de las universidades, ricos por su casa, y algunos participantes de las delicias de la nómina. Trastornadas estas criaturas por la parambombas que introdujo la Restauración, elevaron a fórmulas dogmáticas el arte y reglas de la elegancia. A todos los que no tuviéramos exquisita hechura personal, en modales y ropa, nos miraban como a raza inferior, no más digna de aprecio que las turbas gregarias, despectivamente llamadas *masa obrera*. Entre ellos y los de abajo ponían una barrera de lenguaje, neologismos extraños, chistes y camelos, mezclados de una galiparla insustancial.

Citaré el caso de uno de estos mancebos de cultura somera y ademanes finústicos, que, tras una temporadilla de dos semanas en París, volvió acá reventando de exquisitismo europeo. Su refinamiento no excluía el gusto extravagante de algunos manjares españoles, tan ordinarios como sabrosos. En suma, que le gustaba con delirio el plato llamado *callos*. Entró a cenar con varios amigos en uno de los mejores restaurantes de Madrid; mas no se atrevió a pedir el comistraje de su gusto con el nombre español, que a su parecer era lo más contrario al buen tono. Después que sus amigos pidieron lo que les vino en gana, él dijo al mozo:

—Para mí traiga usted... A ver, a ver... ¿Cómo se llama eso?... Ya, ya..., *tripes à la mode de Caen*.

VIII

Confundidos Casiana y yo entre el gentío fastuoso y el de medio pelo que paseaba en la Castellana o el Retiro, solíamos encontrarnos con *Leona la Brava*, acompañada de su amiga María Ruiz. Una tarde, bajando de la Casa de fieras al Parterre, nos sorprendió la voz de Leonarda, a quien vimos bebiendo un vaso de agua en la Fuente Egipcia. No iba con María Ruiz, sino con una doncella de servir llamada Pilar, que a Casiana conocía por haber dado juntas no pocos pasos en las correrías mundanas. Reunidas las tres mujeres y yo, seguimos deambulando.

Leona, que en otras ocasiones había mostrado simpatía por Casiana, estuvo aquella tarde más expresiva, diciéndole entre otras cosas amables:

—Mujer, no te des tanto tono. ¿Por qué no has ido a mi casa como me prometiste aquella noche que nos vimos a la salida de la Zarzuela? Tendré mucho gusto en que comas conmigo. Después de comer iremos al teatro, donde se nos agregará tu gallardo caballero, que no vive separado de ti.

Contestaba Casiana modosita y con infantil cortedad... Balbuciente, ya se excusaba con finura escogida, ya contemporizaba prometiendo acceder a la invitación. La Pilar, aunque se hallaba en servidumbre, miraba con cierta protección compasiva a la pobrecita Casiana, considerándose como término medio entre el esplendor de su ama y la oscuridad de la que en otros tiempos fué su igual en la vida galante.

Desmedido era el contraste entre la vestimenta magnífica y un poquito estrepitosa de *Leona* y los trapos caseros de mi humilde amiguita. Esta me había dicho mil veces que no sentía envidia de la dama de Mula, a pesar del rumbo que gastaba, y andando el tiempo me dió pruebas mil de su encantadora modestia. Cuando salíamos del Paseo de las Estatuas a la calle de Alfonso XII, me dijo la *Brava* con un poquito de misterio:

—Este año tardaré un poco en salir

a mi veraneo, porque Alejandrito tiene un asunto..., un negocio..., un proyecto de ferrocarril que ha de ir por Miraflores a Segovia y La Granja..., ya te contaré..., y hasta que no se le despachen no saldremos... No sé si sabes que los moderadotes están que echan bombas: todo lo quieren para sí, *les belles places, les grosses affaires, la lune et le soleil...* Y a propósito: Alejandrito les ha vuelto la espalda, arrimándose a Romero Robledo y a López de Ayala, que le han prometido echar los bofes para sacar adelante su asuntillo. Cuando esto sea, *nous partirons pour la France.* Pasaremos una temporadita en Arcachón y luego nos vendremos a Biarritz.

Terminó *Leona* sus confidencias diciéndome que Carlota Pastrana se iría pronto a San Juan de Luz, y que María Ruiz estaba *aux abois,* porque *el suyo,* que era empresario de casas de juego, dió el trueno gordo y tuvo que salir escapado de Madrid para que no le matasen.

En la Cibeles nos separamos. Cuando íbamos hacia nuestra casa, la discreta Casiana consagró a la dama de Mula estos juicios sinceros:

—Leonarda es linda, simpática y cariñosa. Viste muy bien y tira el dineroi que es un gusto... Pues con todo eso, yo no quiero parecerme a ella. Según tú, la *Brava* y yo nos asemejamos en que las dos hemos querido instruirnos para pasar de burras a personas. Pero no es lo mismo, Tito. La de Mula hipa por la grandeza, aprendió el habla fina, luego francés, y todo su aquel es tratarse con hombres ricos. Busca el boato, la bambolla, y así como otras se pintan la cara para ser más bonitas, *Leona* se pinta el alma con la ilustración para que se enamoren de ella los duques, los príncipes y hasta los mismos reyes. Yo soy de otra manera; no pretendo más que saber leer y escribir, y unas miajas de Aritmética para llevar las cuentas de mi casa. Muy corto es mi genio, pero más cortos son mis deseos. Con un poquitín de lo que Dios reparte a sus criaturas tengo asegurada la felicidad: un hombre bueno que me quiera, una casa modesta y limpia, un pasar mediano y sin ahogos, un vivir tranquilo, cuidar a mi hombre y tenerle todo a punto y muy arregladito, y para colmo de contento mi plancha, mi aguja y mi estropajo.

Entre San Juan y San Pedro, entrada de verano, cambiamos Casiana y yo el escenario en que exhibíamos nuestras bien aderezadas personas. Abandonamos la Castellana y el Retiro, y vestidos cómodamente y sin pretensiones nos íbamos por las tardes a la Fuente de la Teja o a la Pradera del Corregidor. La libertad del vivir plebeyo al aire libre nos encantaba, mayormente cuando llevábamos merienda o cena y nos la comíamos tumbaditos sobre la hierba.

Era nuestra delicia la sociedad de los ventorrillos, donde escuchábamos las conversaciones más graciosas; los musiquejos mendicantes nos divertían, y el vocerío alegre regocijaba nuestros corazones. Por cierto que una tarde encontramos a María Ruiz, una de las amigas de *Leona,* paseando del brazo de un gallardo sargento de Caballería. Al poco rato bailaban una mazurca, bien agarrados, al son de los atronadores organillos. Otra tarde se nos apareció el masón llamado burlescamente *Epaminondas,* a quien conocí en la tertulia de *Candelarita Penélope.* Le convidamos a merendar en un ventorro; aceptó, y apenas nos sentamos los tres, empezó a discursear de esta manera:

—Ya tenemos a Periquito hecho fraile, ya tenemos a Sagasta metido en la legalidad. ¿No leíste la semana pasada el artículo de *La Iberia?* Pues bien claro lo dice. Los elementos procedentes del amadeísmo y del unionismo, juntamente con los restos del antiguo progresismo que no están con Zorrilla, quieren ahora formar un partidito que a un tiempo se llame liberal y borbónico. ¿Entiendes esto; lo entiende usted, señora?

—Sí que lo entiendo, querido *Epaminondas*—respondí yo—. Ni el *elemento* liberal ni el *elemento* borbónico quieren perecer. Para vivir y pescar lo que se pueda, se alían, se juntan, y buscan *un dogma* que encuentran en seguida... Aquí hay *dogmas* para todo, hasta para las combinaciones y mezcolanzas más extravagantes... Encontrada la fórmula, se aprestan todos a *comulgar* en la iglesia alfonsina, que hoy abre de par en par sus puertas al culto del funcionarismo. No te asustes de nada, *Epaminondas.* Sagasta formará un partido liberal dinástico que alterne con el de Cánovas en la gobernación de estos reinos venturosos.

—A eso iba—prosiguió el masón, mos-

trando en su rostro el júbilo y la vanagloria de contar un suceso que él solo sabía—. Oyeme. Puedo asegurarte como si lo hubiera visto, que ayer y hoy se han reunido Sagasta y Cánovas en casa de este último, Fuencarral, dos. Encerrados estuvieron más de dos horas cada día, tratando de... La conversación entre ambos prohombres no he de referírtela porque no la oí... Pero te diré, si te interesa saberlo, la hora exacta con minutos en que entró Sagasta y la hora en que salió. Lo sé por Ramón, el ayuda de cámara de don Antonio, que es paisano y amigo mío, y todo me lo cuenta... Total, es claro como el agua que los empigorotados corifeos conferenciaron acerca de la forma y modo de fundar el nuevo partidito, *bajo la base* del equilibrio de los *elementos* dinásticos, conforme al *credo* borbónico.

—En mi sentir—respondí yo—todo lo que me has dicho es la pura realidad. Por mi parte, debo declarar que no patrocino el nuevo partido ni me opongo a su creación, y así lo hago por dos razones: la primera es que sucederá lo que debe suceder, y la segunda, que todo ello me tiene sin cuidado.

Disertamos un poco más sobre el asunto, cada cual según su temperamento y estilo, hasta que el amigo *Epaminondas* se fué con unas mozas barbianas que salieron del merendero próximo.

Transcurrieron días calurosos, tardes de holganza placentera en las soledades campesinas, noches serenas, que empezaban tibias y concluían con dulce frescura matinal. Más de una vez, la aurora risueña nos acompañó a Casiana y a mí al tornar a nuestra vivienda.

El primer suceso público que relatan mis crónicas en la declinación del verano fué la recrudescencia de las sofoquinas que a don Antono daban los *moderados*. Los antagonismos en el seno del Ministerio parecían ya irreductibles. Se tiraban los trastos a la cabeza por si las primeras elecciones de la Restauración habían de hacerse con el sufragio universal o con el restringido. Cánovas del Castillo, que a sus grandes talentos unía un arte sutil para deshacerse de los revoltosos y amansar a los díscolos con el sencillo gesto de abandonar el Poder, dejando tras sí como emblema de castigo el vacío de su persona, inventó un Ministerio Jovellar, que fué plasmado rápidamente en esta forma: Romero Robledo, Ayala y Salaverría conservaron sus carteras de Gobernación, Ultramar y Hacienda. En Guerra, con la presidencia, quedó Jovellar. Y entraron: en Estado, don Emilio Alcalá Galiano, vizconde del Pontón; en Fomento, don Cristóbal Martín Herrera; en Gracia y Justicia, don Fernando Calderón Collantes, y en Marina, Durán y Lira.

Heroico remedio fué para la turbada política el mutis de don Antonio, mejor dicho, medio mutis, como los que en las acotaciones de las comedias se designan con la siguiente fórmula: *hace que se va y se queda.* Para estos pasos escénicos tenía el maestro Cánovas una singular destreza, casi estoy por decir travesura, y de ello dió nuevos ejemplos en posteriores épocas de su mando. El flamante Ministerio correspondió dócilmente a los fines que motivaron su presencia en el retablo político, y el primero de octubre, tras una gestación que no debió ser muy laboriosa, la señora *Gaceta* dió a luz un decreto estableciendo que el nuevo Parlamento se formaría con arreglo a la ley electoral de 1870. El sufragio universal había vuelto a levantar la cabeza y los *moderados*, con excepción del inflexible don Claudio Moyano, bajaron la cresta convencidos de que se quedarían fuera de la circulación política si continuaban encerrados en las covachas del tiempo viejo.

Desembarazado de los engorrosos obstáculos que le ocasionó la cuestión electoral, Cánovas volvió a ser cabeza visible de la situación en la Presidencia del Consejo. A Jovellar dió el mando supremo de Cuba, prebenda que fué muy del agrado del general. En Guerra entró Ceballos; en Fomento, el conde de Toreno. Martín Herrera pasó a Gracia y Justicia, y don Fernando Calderón Collantes, a Estado. Los demás ministros, excepto Alcalá Galiano, siguieron en sus puestos.

Ante un público de amigos inquietos y ambiciosos, congregado en el circo del Príncipe Alfonso el 7 de noviembre, celebró Sagasta con endechas tribunicias el advenimiento del partido liberal monárquico y la felicidad que había de resultar del turno pacífico, del equilibrio, del balanceo metódico entre los dos *elementos* que diferenciaban e integraban

la política general, sirviendo a la nación y al rey, cada cual con su *credo*, cada cual con su *dogma*, sin perjuicio de *comulgar* ambos en el ideal común, en el ideal dinástico, etc... No expresó don Práxedes su pensamiento con los vocablos y frasecillas que aquí empleo. Yo no asistí a la reunión; pero creo interpretar fielmente la sustancia del discurso utilizando las notas tomadas al oído que me trajo el diligente informador *Epaminondas*.

Que Sagasta puso en las nubes la Constitución del 69 y pisoteó la del 45, no hay para qué decirlo. Hizo un discreto elogio de los derechos individuales y de la libertad de conciencia, armonizando estas conquistas con el estricto mantenimiento del orden, y concertó las notas chillonas del *Himno de Riego* con la grave salmodia de la *Marcha Real*. El partido constitucional combatiría con el mismo ardimiento los excesos de la demagogia y las atrocidades de la reacción... Todo iba bien, muy bien. Los liberales dinásticos, provistos ya de las necesarias recetas para entrar con salud en la política activa, andaban por Madrid a fines del 75 como chiquillos con zapatos nuevos. Faltaba que el Gobierno convocase al pueblo a los comicios, que se efectuaran las elecciones y que se supiera quiénes salían triunfantes del seno hermético de las urnas.

Perdonadme, lectores de mi alma, que pase como gato fugitivo por este período de una normalidad desaborida y tediosa, días de sensatez flatulenta, de palabras anodinas y retumbantes con que se disimulaba el largo bostezar de la Historia. Todo este fárrago de convencionalismos resobados pasó de las manos caducas del año 75 a las tiernas manecitas del 76. Funcionó el artefacto electoral, y para haceros comprender su eficacia me bastará decir que Romero Robledo estrenó entonces su extraordinaria maestría en la fabricación de Parlamentos. Con tiempo y saliva designó y encasilló a los padres de la Patria, formando a su gusto el montón grande de la mayoría conservadora y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas figuras sueltas, sacadas de las urnas o de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco. Fué al Congreso Emilio Castelar por el cariño que Cánovas le tenía, y para que no estuviera solo pusieron a su lado al señor Anglada. Una vez más, y aquella vez más que otras, lució sobre Madrid y España la espléndida mentira de la Soberanía Nacional.

Ya sé, ya sé que mis lectores me agradecen mucho que no les cuente la teatral apertura de las Cortes el 15 de febrero de 1876, con la fastuosa mascarada palatina, ni el discurso del rey, ni los subsiguientes trámites rutinarios de elección de Mesa, examen de actas y constitución definitiva en las dos Cámaras. Todo esto, visto a cierta distancia, es aburridísimo, letal, y el que lo contase de buena fe o lo leyere con paciencia moriría de un ataque agudo de fastidio. Las Cortes alfonsinas habían de empezar sus tareas pergeñando una nueva Constitución, pues la del 12, la del 37, la del 45 y la del 54 y la del 69, todas incumplidas, *o barrenadas*, como suele decirse, estaban ya inservibles.

Aunque el pío lector no me lo agradezca, doy de lado la discusión del mensaje, juego de pirotecnia verbosa en el cual cada orador respiraba por sus heridas, conforme a la postura política en que le habían dejado los sucesos de los últimos años. Pidal se revolvía contra don Antonio por no haber traído éste a la Restauración las furias ultramontanas; Moyano execraba la revolución de septiembre, pintándola como un criminal esparcimiento demagógico; Sagasta, cantando por todo lo alto, izaba el gallardete de la Soberanía Nacional; Castelar y Pavía disertaron extensamente sobre el pro y el contra del 3 de enero del 74; Cánovas, con derroches de lógica elocuente, contestaba a unos y otros requerimientos a la paz y concordia en los altares de la legalidad alfonsina; todos, en fin, se encastillaban en las ficciones o decorosas pamplinas que les servían de plataforma en aquella encrucijada de los destinos de España.

Sospecho que estas páginas tendrán más amenidad hablando en ellas de mí mismo, de la honda depresión de mi ánimo en aquellos días de amodorrante sensatez. Sin que pudiera decir que estaba enfermo, yo me sentía desganado y triste; apenas salía de mi casa; ni una sola vez traspasé la puerta del Congreso; huía de la rarificada atmósfera de los que llaman círculos, y, para colmo de mi desdicha, en los meses trans-

curridos del año 76 no me visitó la vaga *Efémera,* ni tuve más relaciones con mi adorada Madre que la cobranza de mi asignación en la portería de la Academia de la Historia, sin que a la entrega de fondos acompañara carta ni referencia directa de la divina *Clío.* Llegué a creer que mi Madre yacía en grave postración espiritual o que se hallaba en estado de catalepsia, única enfermedad que acomete a los dioses cuando no tienen nada que hacer, o se creen dispensados de intervenir en las acciones humanas.

También la vida de este pobre Tito había llegado a ser vida de durmiente o cataléptico. Sus horas se deslizaban una tras otra lentas, pardas y sin ruido. El ayer, el hoy y el mañana eran un solo día: esfumábanse los recuerdos, extinguíase la esperanza... De improviso, una noche me sacudió y me puso en pie, restituyéndome bruscamente a mi ser normal, un suceso inopinado, un relámpago de vida, la visita de un amigo queridísimo a quien yo no había visto en algunos años. Este amigo era Segismundo García Fajardo, el rebelde más tenaz y el revolucionario más gracioso que ha existido bajo el limpio cielo de los Madriles.

En los días trágicos de la muerte de Prim y en todo el año 70, fecundo en emociones y disturbios, derrochó Segismundo su agudeza satírica y los donaires de su feliz ingenio en soliviantar las masas populares de Lavapiés y las Peñuelas. Grande amigo de Romualdo Cantera, recibió de éste albergue y sustento en los azares de la vida más desordenada y tormentosa que cabe imaginar. Aquel trueno de la política, bala perdida en la sociedad, era, como sabéis, sobrino carnal del marqués de Beramendi, caballero talentudo y de alta posición, que se cansó de proteger al mozo cuando las extravagancias de éste llegaron a ser escandalosas. Abandonado del tío y de sus padres, Segismundo se dejó arrastrar por la desesperación revolucionaria, y aunque no tuvo arte ni parte en el conato de regicidio contra don Amadeo, fué perseguido con tanta saña que salió por pies y no paró hasta París. En aquella capital permaneció largo tiempo entre los innúmeros españoles que conspiraban para cambiar radicalmente las cosas de España.

Cansado, al fin, de soportar humillaciones, hambres y desnudeces, se valió de sutiles arbitrios para repatriarse. Atravesó toda Francia, empleando los más inverosímiles medios de locomoción gratuita, y protegido por un fogonero, vino de Irún a Madrid... Cuando ante mí se presentó, su rostro estaba tan desfigurado por la miseria y su vestimenta tan haraposa que hubo de decirme su nombre más de una vez para que yo pudiera reconocerle... Le abracé conmovido, hícele sentar a mi lado y él, con voz doliente y asmática, eco de un cuerpo vacío, me dijo:

—No vengo a pedirte albergue, querido Proteo, que ése, aunque no mejor que la guarida de una bestia, ya lo tengo. Vengo a pedirte un pedazo de pan...

IX

Mi respuesta fué dar voces llamando a Ido para que nos sirviera al instante la cena.

—Cenarás conmigo—dije a Segismundo—, y con esta señorita, Casiana *Coelho,* que si no es ya una gran profesora de instrucción primaria, lo será muy pronto. Ya sabes que diariamente, desde esta noche, habrá siempre en mi mesa humilde un plato para ti.

Por causa de la turbación de su ánimo, o quizá por la vacuidad de su estómago, el pobre Segismundo no pudo expresar su gratitud más que con truncadas frases expresivas.

Apenas tragó García Fajardo las primeras cucharadas de sopa y media copa de vino, pudo advertirse que recobraba su perdido vigor. Ya era otro hombre, y, a medida que avanzaba en la ingestión de alimento, su gesto hacíase menos desmayado y su voz más segura y vibrante.

—Gracias a mi antigua camarera y aposentadora, la benéfica *Señángela*—nos dijo—, no duermo a la intemperie. Aquella fiera, tan deslenguada como caritativa, me ha dado cobijo en un cuchitril inmundo de la calle de Cabestreros. Allí tengo unos palmos de terreno donde estirarme, sobre un montón de trastos y rollos de esteras. El amigo Balbona ya no está en la taberna de la calle de Toledo, y Romualdo Cantera se ha ido

a vivir lejos de Madrid... Todo mi guardarropa se reduce hoy a estos venerables guiñapos que ves colgados sobre mi cuerpo.

—No te apures, noble hijo de España—le contesté yo—. Nosotros te proveeremos de ropa con algunas prendas mías y otras del amigo Ido, que próximamente mide tu estatura. Todo es cuestión de tijera y aguja. Aquí tenemos a Casianita, que es una gran sastra y arregladora de vestimentas para todos los gustos. Te adecentaremos..., no te rías..., y podrás salir a la calle con elegancia de figurín barato. Ya sabes que la elegancia es signo de los tiempos. Bien apañadito, como un estirado señorete que viene de París, podrás presentarte a tu ilustre tío el marqués de Beramendi y a tu amigo Vicente Halconero.

Poniendo breves pausas en el buen comer, mi huésped replicó así:

—En el fondo, y aun en la superficie de su espíritu, mi tío Beramendi es un rebelde a machamartillo; pero su mujer, sus hijos y la sociedad en que vive no le permiten sustraerse a esta atmósfera de artificios convencionales y de mentiras aparatosas. Los hombres de ideas más avanzadas se vuelven suspicaces y medrosicos, y se acomodan a vegetar dentro de esta cárcel fastidiosa de la sensatez monárquica, mayormente si poseen buenas rentas para tratarse a cuerpo de rey mientras dure su cautiverio. En cuando los jesuítas establezcan aquí esos colegios elegantes de que ya se habla, los primeros niños que entren en ellos serán los de mi tío Pepe. Así lo quiere María Ignacia, y así será.

»Lo mismo te digo de Vicentito Halconero. Es un chico excelente, talento claro, de los que miran al porvenir y a la regeneración de este pobre pueblo. Pues hostigado por su madre, Lucila, y por sus suegros los Calpenas, solicitó el acta de Laguardia; le encasilló Romero Robledo, y ahí le tienes, entre los borregos de Cánovas..., no, me equivoco...; entre los de Sagasta, que viene a ser lo mismo. Te diré ahora que la hermosa Lucila, al cabo de los años, se siente un poco ultramontana y papista. No hace mucho tiempo hizo un viaje a Roma con su esposo don Angel Cordero, el sutil economista, sin otro objeto que besar la sandalia de Pío Noveno y recibir la bendición pontificia... Conque ya sabes, a esta sociedad que me execra y me maldice, no puedo yo acercarme sin recibir desaires y sofiones.

Avanzada ya la cena, añadió Segismundo a las manifestaciones anteriores confidencias de un orden más delicado. Poniendo en su acento el respeto que a su madre debía, díjome que ésta, Segismunda Rodríguez, esposa del primogénito de los García Fajardo, se había dedicado en los últimos años al negocio de préstamos usurarios, y laboraba sigilosamente tras la pantalla de testaferros sin conciencia. Amasado un grueso capital desplumando lindamente al prójimo, la buena señora hipaba por la grandeza y era rabiosa alfonsina. Se desvivía por pescar un título nobiliario, y, no siéndole fácil conseguirlo de los de Castilla, resignábase a tenerlo pontificio, que como es sabido resultan muy económicos.

De sobremesa, volvimos a tratar la cuestión de indumentaria. Casiana, movida de repentina inspiración, sacó de su cesta de costura la cinta-metro que usan los sastres y modistas, y, puesto en pie Segismundo, le tomó las medidas a lo ancho y a lo largo. La señorita de *Coelho* cantaba los números y yo los iba apuntando en un papelejo. Hecho esto, y cuando Segis se despidió con demostraciones de gratitud, bien provisto de tabaco, le aseguré que a la tarde siguiente encontraría en mi casa el remedio de su indecorosa desnudez.

Coincidiendo en una resolución práctica, habíamos pensado Casiana y yo que la más expedita obra de misericordia era vestir al desnudo con un traje de El Aguila. En efecto, a la mañana siguiente adquirimos, por las medidas que llevábamos, un terno modestito y de buen ver. Luego, en la calle de Toledo, compramos tres camisas y otras prendas interiores, a las cuales agregamos un sombrerete blando, adquirido en las Tres B B B, de la plaza Mayor... Con toda esta carga nos volvimos a casa satisfechos y gozosos, pues nada era tan grato para mí, y lo mismo para Casianilla, como aplicar nuestros limitados recursos a una obra esencialmente cristiana y altruísta.

Por la tarde, cuando se nos presentó

el infeliz repatriado y le mostramos las para él lujosas prendas de vestir, advertimos que se humedecían sus ojos y que su boca tembliqueante no acertaba a formular las oportunas frases de reconocimiento. Con un tonillo evangélico, que maquinalmente me salía del pensamiento a los labios, le hablé de este modo:

—Amigo, mejor será decir hermano mío, coge estas ropas y tenlas por tuyas sin reparar en la mano que te las entrega; corre a tu morada, y, una vez que purifiques tus carnes con santas abluciones, vístelas con la decencia que Dios te ha deparado.

El hombre infeliz, recogiendo parte de su equipo para hacer con él un lío, me contestó en el tono más sencillo y familiar:

—Benditos sean los que practican el amor al prójimo con verdad y donosura. Muchos se precian de socorrer a los desvalidos; pocos hay que posean el arte de la caridad. Yo acepto estos dones y admiro la gracia con que se me ofrecen... Permitidme, mis queridos amigos, que no traslade a mi casa toda la ropa interior; me llevo sólo una muda; lo demás aquí queda, pues mi desmantelado cubil se me antoja que es, no ya el Puerto, sino el Golfo de Arrebatacapas.

Con toda la presteza que su contento le infundía, el desgraciado y ya favorecido Segismundo partió, llevándose su ropa envuelta en un pañuelo. Casiana y yo nos quedamos discurriendo nuevas manifestaciones del arte de la caridad. Al otro día sorprenderíamos al menesteroso caballero con una pañosa nuevecita y unas botas de becerro mate, adquiridas en un bazar de calzado. Todo resultó a las mil maravillas: cuando resurgió a media mañana el amigo, bien lavoteado y vestido de limpio, parecía otro. Obsequióle Casiana con unas corbatitas de colorines en las que había trabajado la noche anterior. El espléndido regalo final de la capa y botas puso al buen Segismundo en un estado de beatitud seráfica. Yo reventaba de gozo, Casianilla no cesaba de reír, y los dos creíamos hallarnos en presencia de un muerto a quien acabábamos de resucitar.

Tras un largo rato de ocioso charloteo, en que intervino Ido con su cándido filosofismo, nos sentamos a la mesa. El muerto resucitado, dueño ya de los varios registros de su inteligencia, nos contó interesantes casos y episodios del vivir azaroso de los emigrados españoles en París. Habíalos allí de todas castas y procedencias, republicanos federales del 73, zorrillistas de la última extracción con afiliados civiles y militares, carlistas de todas las épocas, especialmente de la última, pues la Causa de la legitimidad iba de capa caída y muchos partidarios del Pretendiente pasaban la frontera ansiosos de buscarse la vida en un país pacífico y libre. El Pasaje Jouffroy y el café de Madrid hervían de españoles aburridos y famélicos. Algunos, embozados en sus capitas, acechaban el paso de un amigo que les diera un *napoleón* o les convidase a un almuerzo de *dos francos cincuenta;* otros se instalaban en las mesas del café, y allí pasaban largas horas en tristes añoranzas, o planeando medios de trabajo para poder matar el gusanillo. Los más prácticos apencaban con los rudos oficios y se metían en una cerrajería, en una tahona o en talleres de encuadernación.

—Me han contado—dije yo—que republicanos y carlistas fraternizan allí, unidos por la común desgracia, y se buscan la vida dando lecciones de español.

—Así es—prosiguió Segis—. Yo me asocié con un ex capitán carlista, natural de Azpeitia, excelente chico, que no hablaba bien más que el vascuence. Pereciendo de hambre, anunciamos una Gran Academia de Lenguas, en la cual el vascongado y yo y un andaluz muy despierto que se nos agregó, ofrecíamos dar lecciones de español, de latín y de griego. El resultado fué desastroso... Debo añadir que de la emigración zorrillista poco podíamos esperar, porque los prosélitos de don Manuel, mal que bien, tenían para vivir, y se cuidaban poco de los demás, como no fuera para darnos de cuando en cuando un corto auxilio.

»De Ladevese recibí yo algún socorro que le agradeceré toda mi vida... La conspiración zorrillista labora en España tratando de mover las fuerzas militares para producir los tan acreditados pronunciamientos. En París se manifiestan con un *ojalaterismo* rosado y

transparente que a muchos deslumbra; a mí, no, pues de los pronunciamientos no espero nada bueno para mi patria... Desesperado de la inutilidad de mis esfuerzos para resolver el problema vital, abandoné el Pasaje Jouffroy, donde todo se volvía cháchara sin sustancia, y planté mis reales en el café Cluny, *boulevard* Saint-Michel (Barrio Latino).

—Dime, Segis: ¿no has visto por allí a Estévanez?

—Sí; pocos días antes de mi salida, llegó de Portugal. Está muy desalentado, y cree que todo intento revolucionario, ya sea zorrillista, ya sea de otro orden, quedará hecho polvo bajo el peso de esta oligarquía de tres cabezas: la femenina aristocrática; la militar, masculina, y la papista, epicena... Como decía, me instalé muy a gusto en el Barrio Latino, que es para mí el París luminoso, la urbe de la ciencia y el arte. Allí están todos los focos del saber y de la enseñanza pública; allí están la Sorbona, el Collège de France, la Universidad; allí las Escuelas Superiores de Medicina, de Farmacia, de Ingenieros, el Observatorio Astronómico, innumerables institutos, laboratorios y bibliotecas; allí todos los grandes editores de París; allí, en fin, la inmensa caterva de escolares, estudiosos los unos, otros afiliados a la graciosa hermandad que llaman bohemia. Sobre este inquieto y juvenil personal flota la nube de poetas más o menos parnasianos, y de pintores más o menos impresionistas.

—¡Hermosa y florida República—exclamé yo—, esperanza de un gran pueblo!

—En el café Cluny y en otro que está junto al Odeón, tenía yo mis círculos predilectos. Hice amistad con unos chicos mejicanos y chilenos, pensionados para estudiar Medicina. Sociedad más de mi gusto jamás la conocí. Los americanillos eran estudiosos y de la piel del diablo. Ellos y un pintor español que hacía paisajes melancólicos me arrastraron a la bohemia, para lo cual es condición precisa tener los bolsillos vacíos. Gocé y me divertí cuanto pude, y mis calaveradas extravagantes dejaron memoria en aquel rincón del París ático y bullicioso. Para que nada me faltase, tuve mi *griseta*, que me adoró durante dos días y medio.

»También aquel barrio era campo de acción de muchos expatriados españoles que se administraban por un presupuesto absolutamente negativo. Con algunos de éstos me lié yo en sociedad comanditaria, al objeto de arbitrar recursos honradamente. Un tal Boneta, cantonal, me propuso un negocio que consideraba de resultados infalibles. ¡A trabajar se ha dicho! Alquilamos una tienda en la *rue* Grenelle, y nos instalamos en ella sin muebles ni cosa alguna. Pero en la fachada pusimos este anuncio sugestivo: «Misterios de la vida parisién», y en la puerta un rotulillo que decía en letras bien claras: «Entrada, un franco.» A mi cargo corría la cobranza, mientras Boneta se paseaba en el salón vacío. El primer día cayeron algunos incautos, que al ver aquellas paredes desnudas, preguntaban: «Pero ¿qué es lo que se enseña aquí?» Boneta contestaba con voz estruendosa: «*¡Rien!*» Intervino la Policía, obligándonos a cerrar el *establecimiento*. Con los francos recaudados tuvimos para cenar algunas noches.

—Esa broma o ese timo, querido Segis—repuse yo—, no habríais podido darlo en Madrid.

—Claro es—siguió diciendo el pícaro—. Pero tú no sabes que París es el pueblo más novelero del mundo. Verás ahora otro caso de la maravillosa inventiva de un emigrado español muerto de hambre. Un tal Catuelles, carlista, anunció en la Prensa que estaba dispuesto a reconocer todos los hijos ilegítimos no reconocidos por sus padres. En el anuncio, redactado con frases muy patéticas, declaraba que lo hacía por lástima de las pobres criaturas y deseoso de que éstas pudieran entrar decorosamente en la vida social. Lo demás ya se supone: *precios convencionales*. Pues este hombre, que en España habría pasado por loco, en París, y en poco más de seis meses, reconoció ciento dieciocho hijos y ganó doce mil duros.

—¡Ay, qué gracioso, qué hombre más listo!—exclamó Casiana riendo a carcajadas—. Pero usted, don Segis, ¿qué inventaba para ganar dinero y salir de su miseria?

—¡Ah hija mía! Yo no tenía la travesura de Boneta ni el genio de Catuelles. Cuando llegué a los extremos de la necesidad, me dejé llevar por dos ami-

gos, uno cantonal y otro carcunda, a las conferencias religiosas que en cierta calle próxima a San Sulpicio daba una Sociedad catequista. Aunque mis dos compañeros eran librepensadores, casi ateos, y yo no tengo creencias religiosas, apencábamos con aquella farsa porque los catequizadores recompensaban nuestro falso catolicismo con un modesto socorro. Por las noches nos hacían oír unas pláticas estúpidas y soporíferas. Pero, ¡ay!, esto no bastaba: querían los señores dar público espectáculo de nuestra piedad y mansedumbre, como éxito notorio de la labor catequizante y triunfo de Nuestra Santa Madre Iglesia. Éramos como unos doscientos, entre hombres menesterosos y beatas vejanconas. Todas las mañanas nos llevaban a confesar y comulgar en San Sulpicio, y hasta que injeríamos el pan espiritual no nos daban el franco, óbolo remunerador de nuestras edificantes devociones.

—¡Pero tú comulgabas, Segis, tú!... —exclamé yo, vacilando entre la incredulidad y la risa—. ¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Como que si no comulgaba no comía... ¡Ay amigos del alma! Si ahora que estoy decentito me decido a presentarme a mi madre, ya sé lo primero que me dirá. Me parece que la estoy oyendo: «Hijo mío, ¿vienes dispuesto a sentar la cabeza y a enmendarte de tus errores? Si así es, tu madre te bendice, y lo primero que te recomienda es que entres rsueltamente en la grey cristiana y cumplas con la Iglesia.» Yo le responderé: «¡Ah madre querida: bien cumplido y purificado vengo de París! Traigo *cumplimiento* para lo que me resta de vida.»

X

Desde aquel día, el náufrago salvado de las olas del infortunio quedó unido a mí por vínculos fraternales. Casiana y yo partíamos el pan y la sal con Segismundo, y él nos mostraba un cariño respetuoso que más parecía veneración. Juntos salíamos los tres de paseo, tranquilos, alegres, *ni envidiados ni envidiosos*, y por las noches no perdonábamos nuestra partidita de café en los de Zaragoza, Venecia o San Sebastián, donde poníamos el paño al púlpito despotricando, ora en tonos enérgicos, ora en sarcástico estilo, contra la oligarquía dominante. Aunque perorábamos para una posteridad remota, los parroquianos que nos oían con la boca abierta celebraban nuestras locas arengas, cual si en ellas viesen una palpitante actualidad.

En nuestra casa teníamos luego una segunda *soirée*, más interesante y divertida, porque en ella gozábamos la inefable libertad del disparate sin acortar el vuelo de nuestros arrebatados pensamientos Reforzada nuestra trinca con la conspicua personalidad de Ido del Sagrario y la de un estudiantillo muy despierto llamado Gayoso, recorríamos hasta lo infinito los espacios quiméricos.

Allí se oyeron afirmaciones aplastantes y atrevidísimas hipótesis. Por ejemplo, oíd a Segismundo:

—Si en España viniera un cataclismo, *pongo por caso*, como dice Orovio en sus discursos.... un cataclismo, *es un suponer*, que decía el general Infante, y fuéramos llamados Tito y yo a ejercer la dictadura, ¿qué haríamos?

El estudiante Gayoso saltó en seguida sosteniendo que no dominaríamos la situación si no consagrábamos los tres primeros días de mando a cortar cabezas, la mar de cabezas...

De esto protestaba Sagrario, movido de un alto espíritu de humanidad, y decía con enfático acento:

—No se cuiden los señores dictadores de cortar cabezas, sino de cortar abusos, y esto se hará fácilmente blandiendo en una mano el cetro de la Ley y en otra la antorcha de la Verdad. Sí; con ley, verdad, justicia y honradez ciudadana todo irá como una seda. Matar, no, no. Me opongo a la horca y a la guillotina. Todo lo más que admito es el cartel que diga: «Pena de muerte al ladrón», sólo como amenaza contra los timadores y descuideros.

A esto repliqué yo adoptando un término medio entre los feroces procedimientos de Gayoso v la indulgencia de don José. Este me interrumpió con atinadas razones:

—Yo lo fío todo *al progreso*, y harto saben los *preopinantes* que el *progreso* es benigno, suave, mirando siempre a la voluntad nacional... Ya que los señores se dignan escucharme, les diré

que no veo más dictadura que la del denodado señor duque de la Victoria.

Tomó entonces la palabra Segismundo para expresar estas ideas, propias de su elevado cacumen:

—Yo, conforme con el sesudo Sagrario, enarbolo los pendones de la ley, la verdad y la justicia; pero ¿cómo hemos de salvar el espacio mediante entre los furores del cataclismo y la normalidad fundada en esos ideales? Al constituirnos necesitamos ejército. ¿Cómo pasamos del pretorianismo indisciplinado a la posesión de una fuerza regular que apoye la acción gubernativa? Será indispensable conciliar los intereses de los ricos con el bienestar relativo de los menesterosos. Hemos de crear un presupuesto novísimo, descargando las cifras asignadas al clero y milicia para reforzar las dotaciones de enseñanza y obras públicas. Y yo pregunto a *los preopinantes:* ¿Cómo nos defenderemos de las fieras que, azuzadas por esta radical alteración del Presupuesto, caerán sobre nosotros ansiosas de devorarnos? Por todo lo dicho y por algo más que se me queda en el magín, yo renuncio a la dictadura que galantemente me ha ofrecido el amigo Proteo, y la transfiero, como propone el señor Ido, al príncipe de Vergara, duque de la Victoria y conde de Morella.

Casianilla, que había permanecido muda y atenta ante el varonil senado, se arrancó al fin con este juicio tan tímido como discreto:

—Déjenme pedir a los señores *opinantes* que no se devanen los sesos por la incumbencia *del dictado,* que entiendo es el encaminar a la nación para que el tumulto pase a la paz... Porque yo digo: del mucho orden sale siempre el desorden: *es. a saber,* los motines y la rabia del pueblo, y de esto sale siempre la tranquilidad o *verbo y gracia,* quedarse todo como una balsa de aceite. Dios Nuestro Señor ha dispuesto que tras de la calma tengamos las tempestades y tras de las tempestades la calma y el cielo sereno. ¿Que viene el cataclismo? Pues que venga. El cataclismo se encargará de volver las cosas a la norma.... o como se diga. ¿Me explico?

Los cuatro le aseguramos que la entendíamos muy bien. y ella, cobrando ánimos, concluyó de este modo:

—No quiero que Tito ni Segismundo se metan *a dictar* estas cosas. Si España se alborota ya sabrá ella desalborotarse, y por lo que voy viendo, buen desalborotador será ese duque mentado por don José y que. según yo calculo, no es otro que el señor Espartero.

Aplaudimos todos, y disolví la reunión. El primer suceso memorable del día siguiente fué que Segismundo, al venir a casa, se encontró a *Sebo,* el cual ya tenía conocimiento de que en su repatriación García Fajardo había mudado de piel como las culebras. Díjole Telesforo del Portillo que el señor marqués de Beramendi deseaba ver a su sobrino, y que él tenía orden terminante de llevarle a su presencia, de grado o por fuerza. Yo aconsejé a Segis que se dejara querer, pues algo bueno resultaría de su entrevista con el bondadoso prócer oligarca.

El segundo suceso histórico de aquel día fué la terminación de la guerra civil. Desde fines del año anterior andaban muy atropellados los carlistas. No tenían dinero, no tenían generales de empuje. El atontado Carlos VII puso al frente de sus tropas a don Alfonso de Borbón y de Habsburgo, conde de Caserta, hermano del ex rey de Nápoles Francisco II, e hijo en segundas nupcias de Fernando, el llamado *rey Bomba.* El pobre conde de Caserta, con toda la hinchazón de su regia prosapia, carecía de dotes para regir una poderosa hueste en quien iba faltando la interior satisfacción. En tanto, el Gobierno de Cánovas, viendo ya maduro el fruto de la paz, organizó dos grandes ejércitos con nutrido contingente de todas armas, mandado el uno por Martínez Campos y el otro por Quesada. El primero llevaba consigo a los generales Blanco y Primo de Rivera; Quesada iba en la compañía de hombres tan expertos y conocedores del territorio como Moriones, Loma, Villegas y otros.

Ambos ejércitos adquirieron fáciles ventajas, así en el suelo navarro como en el país vascongado y límites de Santander. Martínez Campos emprendió su famosa marcha hacia el Baztán, iniciando el movimiento envolvente a lo largo de la frontera, que pronto dió sus frutos. Primo de Rivera, después de sacudir duras palizas a las partidas facciosas, no ya Cuerpos de Ejército, en

Santa Bárbara de Oteiza, La Solana y línea de río Egea, entró en Estella el 19 de febrero del 76. Tan importante suceso, y la victoria alcanzada por el general Blanco en Peña Plata, determinaron la desbandada de las tropas carlistas. Estas gritaban: «¡Traición, traición!», y en grupos salían por pies hacia el Pirineo.

Segismundo García Fajardo, después de hablar con su tío el marqués de Beramendi, me refirió las opiniones de este sagaz hombre de mundo, que sabía poner la realidad por encima de los engañosos convencionalismos. Según el marqués, las ventajas obtenidas se debían, en primer término, a la eficacia de las armas liberales, después al influjo de la plata repartida entre los pobres carlistas, descalzos, hambrientos, aburridos ya de un heroísmo inútil. Viendo ya seguro el fin de la guerra, Cánovas dispuso que don Alfonso fuese al Norte a recoger abundante cosecha de laureles. Entró el rey en Tolosa el 21 de febrero, aclamado por alfonsinos y carlistas. Un batallón guipuzcoano se sublevó en Leiza a los gritos de: «¡Mueran los traidores! ¡Nos han vendido!», teniendo que retirarse Carasa con su Estado Mayor y escolta, no sin que le insultaran. El batallón de Guernica se insurreccionó contra sus jefes, y en todas partes se repetía: «Esto se ha concluído.»

Completo esta página histórica con otra que me dictó Segis. Dando a tal página toda la importancia que merece, la copio al pie de la letra:

—Mi tío Pepe me recibió con benévola conmiseración. Oyó el relato que tuve que hacerle de mis andanzas y miserias, y al reprenderme por mi vida borrascosa atenuaba su severidad con inflexiones regocijadas. Harto conocía yo la rebeldía interna, así en lo político como en lo social, de mi señor tío: pero yo era pobre y él rico, y no tenía casa ni hogar y él vivía en la dorada farsa de un mundo artificioso. Por esta fundamental diferencia, la rebeldía y el dogmatismo revolucionario de Beramendi eran no más que un adorno mental, florecillas del espíritu que el buen prócer sacaba a relucir tan sólo en la intimidad de sus amigos.

»También María Ignacia, que al oír mi voz entró en el despacho, mostróse conmigo indulgente y compasiva. Tratando ante mí de aliviar mi desdichada suerte en la forma más práctica, Beramendi me notificó que estaba dispuesto a pagarme pupilaje decoroso y buena comida en cierta casa de huéspedes regida por una señora llamada *Doña Leche*. Añadió que hoy mismo daría a Telesforo del Portillo las órdenes oportunas para que fuera yo recibido sin dilación en mi nueva morada, Relatores, cuatro. Acto seguido, María Ignacia puso en mi mano dos doblóncitos de a cuatro, para mis gastos menudos de tabaco y café, advirtiéndome con sequedad melindrosa que si yo no era económico y sensato no repetiría la dádiva.

Cuando esto decía el buen Segis, sacó las moneditas de oro con el aleve intento de pasarlas de su bolsillo al mío. Como yo me resistiera enérgicamente, intentó ponerlas en la mano de Casianilla; pero ésta rechazó la oferta con más jovialidad que indignación, diciendo:

—Eso es para usted, don Segis; Tito y yo somos ricos por nuestra casa, ya usted lo sabe, y del amigo queremos la amistad y el cariño, no el vil metal, como dice don José cuando se le habla del oro.

Pasados unos días, el 20 de marzo de 1876, propuse a Segismundo que fuésemos los tres a presenciar la entrada de Alfonso XII en Madrid, al frente de las tropas victoriosas en el Norte, pues según anunciaba la Prensa tendríamos un acontecimiento grandioso, vibrante, solemne, un himno a la paz cantado al unísono por el pueblo y las altas clases sociales. Esta indicación mía dió motivo a un sustancioso juicio histórico del rebelde, que merece el honor de la letra de molde. Ahí va:

—Detesto la guerra civil dinástica, y es tan vivo mi odio a ese medio siglo de lucha fratricida, sin gloria y sin fruto, que nada encuentro en él que pueda contentarme. Tanto me amarga esa guerra, que me incomodan hasta las victorias, me carga el heroísmo y me revientan los laureles. Para mí, la contienda de familia debió quedar acabada y finiquita el mismo año treinta y cuatro, a los pocos meses de entrar en España por Elizondo el inmenso mentecato don Carlos María Isidro, cuando Martínez de la Rosa lanzó la frase de *un fac-*

cioso más. En este desdichado país no había entonces sentido político ni militar sentido, ni el vigoroso estímulo de la conservación nacional. Por la flaqueza de estos sentimientos, los españoles no supieron extirpar el mal aplicando con dureza implacable el procedimiento quirúrgico. La querella dinástica se hizo crónica, y la repugnante dolencia creció, invadiendo el cuerpo social en el curso del siglo. Todavía, ¡pobre España!, todavía tienes sarna que rascar para largo tiempo.

»En vez de resolver a rajatabla el problema *vendeano,* dióse tiempo a los carlistas para que se tomaran la beligerancia, para reclutar hombres y allegar dinero formando ejércitos casi regulares, para proveerse de una pequeña Corte y erigir un Estado minúsculo, dotado con todos los engorros burocráticos y administrativos. Los liberales, a su vez, se preparaban apercibiendo los resortes complejos del viejo mecanismo histórico. En seguida empezaron los encuentros, las batallitas, el correr y perseguirse por los ásperos montes y los verdes oteros, que fueron y son campos del fanatismo. Para mayor desdicha de la Patria, ambos ejércitos eran valientes, incansables. Los triunfos y los descalabros se compartían por igual. El heroísmo flameaba en uno y en otro bando; victorias hubo aquí, victorias allá, mas ninguna bandera logró desgarrar definitivamente la bandera contraria.

»En el rápido crecimiento de la grey militar, muchos veían ventajas positivas. Si acertaban estos ilusos, España era un país felicísimo y envidiable, pues en los fatídicos tiempos de la guerra civil, las frecuentes concesiones de grados por méritos efectivos multiplicaron profusamente la cifra de oficiales y jefes. Muchos, hermanando el valor con la fortuna, pasaron muy pronto de tenientes a generales. De esta categoría teníamos caudillos bastantes para mandar los ejércitos de Napoleón. Naturalmente, bromas tan sangrientas en el campo de la Historia no podían ser de larga duración. A los siete años de un batallar tenacísimo, los dos ejércitos, fatigados y anhelantes de paz, cayeron en la cuenta de que lo más conveniente y positivo para entrambos era pactar franca reconciliación, abrazarse y lanzar el *Todos somos unos.* Tal como lo pensaron lo hicieron, conviniendo en mantener y dar valor efectivo a los grados, empleos y condecoraciones ganados por una y otra hueste en siete años de rabiosa porfía. ¿Por qué, señor; a santo de qué? Por si debía reinar varón o hembra.

»El huevo de Vergara fué ciertamente un huevo de paz. Pero de él, al calor de nuestras incurables tonterías políticas, ha salido una gusanera que es incubación de todo aquello que creíamos muerto y sepultado. Te dije antes que en las guerras intestinas me cargan los heroísmos, los laureles marchitos apenas ganados, y ahora te digo que me carga también la paz, porque aquí la paz es el huevo de que sale otra generación con la misma estúpida manía del pleito familiar dinástico, de la demencia bélica, de la multiplicación de generales... Ya ves lo que ha pasado en los últimos años. Otra vez parece que tenemos paces. Pero no te fíes...

—En este momento entra don Alfonso en Madrid—dijo Casiana—. ¿No oyen ustedes los tambores y cornetas, que suenan lejos, lejos?

—Oímos, sí—prosiguió Segis—. Además de oír, desde aquí veo yo el contento del rey y el júbilo del pueblo inocente y confiado que le aclama. ¡Pobrecitos! Llaman paz a una tregua cuya duración no podemos apreciar todavía.

—Tienes razón—afirmé yo—, y es posible que los carlistas no vuelvan a tomar las armas, porque verdaderamente no lo necesitan. Los vencedores se han traído acá las ideas de los vencidos, creyendo que con ellas consolidarán el Trono flamante.

—Todo queda lo mismo—continuó García Fajardo, con gran seguridad en su juicio—. El borbonismo no tiene dos fases, como creen los historiadores superficiales, sino una sola. Aquí y allá, en la guerra y en la paz, es siempre el mismo, un poder arbitrario que acopla el Trono y el Altar para oprimir a este pueblo infeliz y mantenerlo en la pobreza y en la ignorancia. Lo único positivo en ese cortejo brillante que ahora atraviesa las calles de Madrid es un sinfín de generales, jefes y oficiales nuevos agregados a los que ya teníamos, una caterva de funcionarios viejos o no-

vísimos que fundarán sobre el doble catafalco. Altar y Trono, una política de inercia, de ficciones y de fórmulas mentirosas extraídas de la cantera de la tradición. Todo esto va decorado con el profuso reparto de honores, distinciones y títulos nobiliarios. Pronto veréis, amigos míos, el Anuario de la Grandeza empedrado de condes y marqueses. En lo de acuñar nobles al por mayor y en la prodigalidad de los *excelentísimos, ilustrísimos* y *reverendísimos* no hay país en el mundo que nos iguale. ¡Oh desmedrada España! Cada día pesas menos, y si abultas más atribúyelo a tu vana hinchazón.

XI

Ya supondrán los píos lectores que habiendo paz en España ardió Madrid en fiestas, conforme al ceremonial de alegría pública que amenizaba nuestra Historia desde que volvió del destierro Fernando el *Deseado,* en 1814. Vestían los balcones abigarradas percalinas, las más de ellas de respetable ancianidad, pues figuraron en el regocijo de 1860, cuando entraron las tropas vencedoras en Africa, y en el regocijo del 68, entrada de Serrano, vencedor en Alcolea. De noche fulguraban las hileras de gas en los edificios públicos, y en el caserío lucían de trecho en trecho los farolitos de aceite con parpadeo mustio y lacrimoso. La iluminación pública era la misma que esmaltó las noches en diferentes ocasiones de júbilo, como el nacimiento del príncipe y las infantitas, o la traída de aguas del Lozoya.

Salimos una noche a ver los festejos los tres inseparables; mas no tuvimos paciencia ni valor para recorrer el largo trayecto desde la Cibeles a Palacio, entre un gentío espeso, silencioso y embobado, que a mi parecer personificaba de un modo gráfico el aburrimiento nacional.

Nos dijeron que en algún sitio de la carrera se alzaba un armatoste de pintados lienzos. Era, sin duda, lo que llaman un arco de triunfo, quizá un templete del *género clásico fastidioso,* como el que pusieron en el popular regocijo de 1830, cuando María Cristina vino a casarse con Fernando VII. Toda esta balumba de tonterías no nos interesaba y la dimos por vista, acogiéndonos a la sociedad amable, risueña y chispeante del café de las Columnas.

Y ahora, lector mío, a mi modo *continuaré la Historia de España,* como decía Cánovas. En cuanto terminaron los desaboridos festejos, las Cortes enredáronse en el arduo trajín de fabricar la nueva Constitución, la cual, si no me sale mal la cuenta, era la sexta que los españoles del siglo XIX habíamos estatuído para pasar el rato. Naturalmente, se nombró una Comisión, cuyos individuos trabajaban como fieras para pergeñar el documento, y a este propósito os diré que la última nota del regocijo público, en los jolgorios de la paz, la dió don Antonio Cánovas con una frase graciosísima que vais a conocer. Hallábase una tarde en el banco azul el presidente del Consejo, fatigado de un largo y enojoso debate, cuando se le acercaron *dos señores de la Comisión* para preguntarle cómo redactarían el artículo del Código fundamental que dice: «Son españoles los tales y tales...» Don Antonio, quitándose y poniéndose los lentes, con aquel guiño característico que expresaba su mal humor ante toda impertinencia, contestó ceceoso:

—Pongan ustedes que son españoles... los que no pueden ser otra cosa.

Cuando ya conocimos la letra y el espíritu de la Constitución, Segismundo recitaba algunos fragmentos dándoles un sentido contrario al que textualmente tenían. El tercer párrafo del famoso artículo 11, que trata de la cuestión religiosa, lo volvía del revés, en esta forma: «Todo ciudadano será molestado continuamente en el territorio español por sus opiniones religiosas y por el ejercicio de su respectivo culto, conforme al menosprecio debido a la moral universal.» Otras cláusulas del mismo Código ponía mi amigo en solfa, asegurándonos que a tales burlas le incitaba una vena profética posesionada de su espíritu. Sin atormentar su fantasía contemplaba en los días futuros la sistemática violación de aquella ley como violadas y escarnecidas fueron las cinco Constituciones precedentes. En el propio estado de pérfida legalidad seguiría viviendo nuestra nación año tras año, hasta que otros hombres y otras ideas nos trajeran la política de la verdad y la justicia, gobernando, no para una clase

escogida de caballeros y señoras, sino para la familia total que goza y trabaja, triunfa y padece, ríe y llora en este pedazo de tierra feraz y desolado, caliente y frío, alegre y tristísimo que llamamos España.

Del pesimismo profético de Segis participaba yo, haciéndolo aún más lúgubre por la negra melancolía que empezó a invadir mi alma poco después de las fiestas de la paz. Rápidamente creció aquel malestar insufrible, no sé si cerebral o nervioso, que en años anteriores me llevó a los mayores delirios. Durante algunos días conseguí sobreponerme a los fenómenos más enojosos de la dolencia, como la percepción de voces susurrantes que atormentaban mis oídos. Los seres invisibles hurtábanme el sosiego, y en giros vertiginosos se revolvían en torno mío, diciéndome palabras dulces, palabras tétricas o burlonas.

Cuando me encontraba junto a Casiana y Segis apetecía la soledad, y si estaba solo deseaba cualquier compañía, aunque fuera la de la insignificante Nicanora. Enfadábame la casa, y al buscar alivio en el aire libre y en el bullicio de la muchedumbre, la calle se me hacía también insoportable. En mi turbación hondísima, discurría yo que una de las causas de aquel desvarío borrascoso era el abandono en que me tenía mi divina Madre, pues aunque puntualmente me entregaba la portera de la Academia mi estipendio, ya no venía éste acompañado de cartita o mensaje, y para mayor soledad no volvió a llegarse a mí la espiritual mandadera de *Clío*, la voladora *Efémera*.

Los cuidados y mimos de Casiana y las gracias de Segis me aliviaron un tanto a la entrada de verano. Llevábanme a dar largos paseos por las afueras, y alejándome del caserío de la Villa y Corte notaba yo en mis nervios efecto sedante. Un día nos íbamos por el Abroñigal, otros por Bellas Vistas, Amaniel y Arroyo de San Bernardino o bien Manzanares arriba, hasta cerca de El Pardo, o Manzanares abajo, más allá del Canal. Aunque prohibí a Segismundo que me hablase de política, éste no podía contenerse, y en forma jovial y guasona me daba cuenta de sucesos en los cuales yo no vi ningún interés. Con prodigiosa memoria repetía trozos del Breve que largó el Papa condenando el artículo 11 de la Constitución. Sus chanzas no me divertían; mandábale yo callar diciéndole que, pues éramos más súbditos de Pío IX que de Alfonso XII, debíamos concretarnos a gemir bajo la sandalia que nos aplastaba.

Ni la cólera pontificia, ni la promulgación del sexto Código fundamental, producto de los ocios políticos; ni el presupuesto alfonsino, ni la cuestión foral atraían mi dislocado pensamiento... Pasaron tardos y tediosos los meses caniculares con suave mejoría de mi dolencia, y a la entrada del otoño creí notar que lo que ganaba en salud física lo perdía en facultades mentales, pues sentíame tonto, muy lento en el discurrir y en formar juicio de las cosas. En la soledad de mi casa, suspendidas ya las caminatas campestres, el buen Segis trataba de sacudir mi pereza mental refiriéndome pormenores de la maquinación sediciosa. En París habían llegado a un acuerdo Salmerón y Ruiz Zorrilla, concertando un pacto del cual esperaban grandes frutos los amigos de don Manuel. Contra este convenio tronó Emilio Castelar en carta dirigida a Morayta desde Garrucha. En tanto, los zorrillistas seguían conspirando de lo lindo en Francia y en Madrid. Segis me aseguró que en una vivienda oscura de la calle de la Aduana tenían Ladevese y Santamaría la oficina revolucionaria, en que tramaban un levantamiento combinado de paisanaje y tropa. Llegaron al Gobierno soplos de esta conjura, y una mañanita fueron presas más de doscientas personas entre civiles y militares.

Escuchaba yo esto como quien oye llover, y no presté mayor atención a las parrafadas de Segis comentando el *bill de indemnidad* (dicho a la inglesa para entenderlo mejor) que Cánovas pidió a las Cortes en noviembre. Sagasta y el duque de la Torre, capitaneando con bravura el partido constitucional, recién empollado, pedían ya el poder, que era como pedir la luna. Al discutirse la reforma de las leyes Municipal y Provincial del año 70, don Antonio se batió con ellos, con Castelar y con los moderados, en memorables sesiones de indudable interés teatral.

Leíame Casiana los discursos del malagueño; decía Segis a este propósito cuantos disparates se le ocurrían, y yo, recobrando por un momento la lucidez

de mi espíritu, pude aventurar esta gallarda opinión, que mis interlocutores oyeron estupefactos:

—Conozco el pensamiento de Cánovas; penetro en su cerebro por privilegio que me ha dado mi excelsa Madre. El hombre de la Restauración sacude a un lado y otro los latigazos de su potente oratoria porque ve en peligro su obra, la ensambladura del Altar y el Trono; sospecha que los enemigos del régimen se preparan a reconquistar por la fuerza el poder que por la fuerza se les arrebató en Sagunto.

»Advierto que me miráis con incredulidad un poquito burlona. ¿No sabéis que puede existir, y en mil casos existe, el contacto espiritual entre dos, tres o más cerebros situados a larga distancia? Pues si esto ignoráis, yo lo sé y os lo digo para que lo creáis como artículo de fe, y no se os ocurra tomar estas cosas a broma. La vibración pensante se comunica de aquel cerebro al mío por arte magnético desconocido de los tontos, y aquí tenéis al pobre Tito fiel transmisor de las ideas del jefe del Gobierno.

Pausa expectante y fúnebre. Casianilla y Segis se miraron perplejos, y luego volvieron sus ojos hacia mí con expresión de lástima cariñosa. Creían sin duda que yo no estaba en mis cabales o que mi dolencia nerviosa derivaba marcadamente hacia la locura. Los dos llevaron la conversación a un tema jovial, como para desviar mi mente de las obsesiones monomaníacas... Debo añadir que empezaba yo a tomar entre ojos al buen Segismundo por su insistencia en contrariarme y por su afán de traerme noticias que, a mi parecer, eran más que Historia chismografía. También Casiana me causaba cierto enojo y fastidio por la prolijidad de sus cuidados, que los enfermos solemos ser ingratos con las personas que nos asisten.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, salimos de paseo los tres. Casiana y Segis iban delante, yo detrás, por la calle de las Huertas abajo. Fuera porque ellos se adelantasen o porque yo me retrasara, lo cierto es que les perdí de vista. Avancé hacia el Prado revolviendo mis ojos de una parte a otra, y al llegar cerca de la fuente de las Cuatro Estaciones vi un grupo de niñas grandullonas que, cantando y cogiditas de la mano, jugaban al corro. El ruedo era muy extenso: formábanlo unas veinte o veinticinco rapazuelas, vestidas con luengos ropajes flotantes de distintos colores. Acerquéme y, creyendo reconocer a una de aquellas ninfas juguetonas, la saqué violentamente del corro y le dije:

—Ven aquí; tú eres *Efémera*.

—Sí, sí—me contestó—. Todas las del corro somos *Efémeras*.

—¡Ah! Sí, sois muchas. Ya lo sabía yo. ¿Tú me has visitado algunas veces?

—No puedo asegurártelo. Mensajeras veloces, tenemos alas eternas pero nuestra memoria no dura más que un día... Y cuando no nos mandan a recorrer las esferas jugamos, ya lo ves.

—Hijas del aire, ¡sed compasivas conmigo! Cogedme entre todas, que bien podéis hacerlo, y llevadme a donde está mi divina Madre.

Prorrumpió en alegres risas la sílfide picaresca, y desprendiéndose de mi mano volvió al corro con sus gráciles hermanas. Corrí yo hacia ellas; pero a mis primeros pasos me cegó una ráfaga de luz vivísima, sulfúrea, violácea, y tuve que detenerme. No vi más a las *Efémeras;* oía su canto, un murmullo ciclónico que se desarrollaba en espirales cada vez más lejanas. Mi oído pudo percibir estas cláusulas:

En el Salón del Prado
no se puede jugar,
porque hay muchos mocosos
que vienen a estorbar.

Con un cigarro puro
vienen a presumir;
más vale que les dieran
un huevo y a dormir...

Andando a tropezones, medio ciego y en un estado de turbación indecible, traté de orientarme para volver a mi vivienda, sin pretender encontrar a Segis y Casiana. Mis ojos, encandilados por aquel resplandor intensísimo, no me guiaban bien en mi camino. Era la hora en que los faroleros corrían encendiendo los mecheros de gas. Por la plaza de las Cortes, calle de San Agustín y otras que seguí con andadura maquinal, llegué a mi casa, donde me encontré solo. ¡Solo, Dios mío! No puedo expresar la tristeza que invadió mi alma al hallarme sin Casianilla. Cuando advertí que

transcurría el tiempo sin verla entrar, mi tristeza se trocó en ira. Tumbado en el sofá esperé, esperé. Al cabo de media hora larga, que me pareció un siglo, llegó mi compañera, inquieta y turbada. Antes que pudiese darme explicaciones de su desaparición en la calle, la increpé con voces ásperas y descompuestas. Mis gritos atronaron la casa. La pobre mujercita, que jamás me vió en estado tan contrario a mi natural mansedumbre, rompió a llorar amargamente, balbuciendo entre gemidos estas atropelladas razones:

—¡Ay Tito mío; yo no tengo la culpa!... No me riñas así... Cuando te echamos de menos volvimos atrás. No te encontramos. Adelante otra vez... Como a ti te gusta ir hacia el Botánico, allá nos fuimos... ¡Ay Dios mío!... Tampoco estabas allí... Segismundo dijo que habrías ido hacia el Museo... ¡Ah!, en el Museo tampoco te hallamos... Por mi salud, yo estaba loca, no sabía lo que me pasaba... Buscándote por un lado y otro del Prado seguimos hasta la Cibeles... Aturdidos y sin saber ya qué hacer, subimos por la calle de Alcalá, entramos por la del Turco. Me dió una corazonada. Yo dije: «Al ver que nos perdíamos se habrá ido a la plazuela de las Cortes y allí estará sentadito en un banco, al pie de la estatua de...» No sé, no sé cómo se llama aquel hombre... No encontrándote, me dió otra corazonada, puedes creérmelo, como Dios es mi padre, y dije: «Apuesto a que se ha metido en casa. Voy corriendo, voy volando.» Y volando vine acá... ¡Tito, por la Virgen Santísima, no me digas esas cosas!... ¡Ay, yo me muero si tú no me quieres!

—¿Y Segismundo?—pregunté con acento agresivo, de suprema desconfianza.

—Pues cuando llegábamos a la plazuela de las Cortes se nos presentó de repente aquel señor *Sebo,* ya sabes, y le dijo a Segis que tenía que hablarle..., que si el señor marqués o la *señá* marquesa... En fin, Tito, que yo eché a correr dejándoles con la palabra en la boca.

Pasado un rato se calmaron mis irritados nervios. La fiel Casiana, con sinceras razones y blandas caricias, me devolvió la perdida tranquilidad. Hicimos las paces. Volví a mi quietud enfermiza, no sin que me atormentaran horas de insomnio, dudas, tristezas y alucinaciones horribles.

No aquella noche, ni la siguiente, sino tres o cinco noches después (que la cronología por entonces era problema insoluble para mí), hallándonos Casiana y yo de sobremesa, pensando mucho y hablando poco, se llegó a nosotros Ido del Sagrario con paso grave y actitud sacerdotal. Imponiéndonos silencio con marcada rigidez de su dedo índice para que oyéramos las campanadas del reloj de San Juan de Dios, alargó la nuez y en tono sibilítico nos dijo:

—Excelentísimo señor, señorita *de Coelho,* en este momento ha fenecido el año de mil ochocientos setenta y seis, y ha entrado a presidir nuestra existencia el mil ochocientos setenta y siete. *Laus Deo.*

XII

¡1877! La cifra pasó fugaz por mi mente. Menos que los años me interesaban los meses y los días, pues el tiempo había llegado a ser para mí un concepto caótico... Volvió Segismundo a mi compañía y tertulia con la cordialidad de amigo verdadero y de hombre agradecido. Una mañana (averigüe la fecha quien tenga empeño en conocerla) se presentó ante nosotros con un chaleco rameado y un pantalón de género inglés. Antes que me lo dijese comprendí que aquellas prendas eran el desecho del rico guardarropa de Beramendi.

—Hemos de mostrar prácticamente —me dijo el rebelde con sorna sutil— que nos asimilamos la característica elegancia de la sociedad alfonsina. Otra característica de los tiempos es que éstos se retrotraen y vuelven las cosas al estado que tenían años ha. Sabrás, querido Tito, que el hombre del día es Montpensier. Por las calles le he visto con su tradicional paraguas y su aire de príncipe acomodaticio y contento de la vida. Sus querellas con la reina doña Isabel, a quien quiso destronar, el duelo trágico con el infante don Enrique y los trabajos de zapa para cargarse la corona democrática que las Constituyentes otorgaron a don Amadeo, han pasado al cesto en que arroja la Historia los papeles inútiles. Busca y obtie-

ne la reconciliación con los Borbones reinantes, moviéndole a ello las gracias de su linda hija Mercedes. Te diré, si lo ignoras, que el simpático Alfonso se ha enamorado perdidamente de su primita.

Otro día (indagad la fecha por el curso de los astros o el vuelo de las aves), se nos apareció el pícaro Segis con un precioso alfiler de corbata en que lucían dos perlitas y un rubí, y me dijo, poniendo en sus palabras tanta seriedad como gracejo:

—Vivimos en la época del fausto insolente y de los grandes negocios. No se habla de otra cosa que de capitales extranjeros que afluyen aquí buscando empleo y beneficios pingües, de grandiosas empresas industriales, de ferrocarriles más largos que la cuaresma y de otros cortos y ceñidos al interés particular. La alta banca se mueve; el dinero se desentumece y corre a donde lo llaman el crédito y el trabajo.

»España renace; pero los provechos de este resurgir de la vida económica no alcanzan todavía más que a las clases opulentas. Y yo pregunto: «¿Por qué lo que llamamos capas inferiores de la sociedad no ha de agregarse también a esta corriente financiera?» Si bien se mira, la multitud es rica por sólo el hecho de ser tal multitud. Los *muchos pocos*, alineados en cifra, representan, ¡oh Tito!, suma considerable. Ha llegado, pues, el momento de crear los *Bancos Populares*, que recojan los ahorros del poder y se los devuelvan multiplicados. De tal modo, entiendo yo que laborando de consuno las capas de abajo y las capas de arriba se abrigarán recíprocamente. ¿No crees tú lo mismo?

Le contesté que sí, sin añadir observación alguna. Había yo notado que Segismundo, habitualmente muy diestro en el uso de la ironía, la sutilizaba entonces hasta hacer de ella un arte maravilloso... Pasadas dos semanas, se nos presentó Fajardo mejor apañado de indumento: traía botas de charol y un gabancete, no nuevo, pero en buen uso; prenda de fijo adquirida en un establecimiento de compraventa mercantil. A mis felicitaciones por su buen porte, y a las preguntas que le hice, me contestó que había mejorado de posición gracias a la buena amistad del insigne *Sebo*, quien le había conseguido empleo modesto y decoroso en un Banco Popular... Relacioné al instante las referencias de Fajardo con una entidad de crédito establecida no hacía mucho en la plaza de la Cebada, y cuyas operaciones daban que hablar a la gente.

—Sí, querido Proteo—me dijo Segis—, trabajo en las oficinas de ese Banco, fundación admirable que no viene a vaciar un lleno, sino a llenar un vacío en la sociedad española, porque ha de traer la sangre plebeya a vigorizar el cuerpo financiero de la nación... Sangre nueva, sangre fresca: el ahorro menudo, el globulillo rojo circulando por las venas de este país anémico... Por último, sabrás, si ya no lo sabes, que la creadora de esta institución benéfica y patriótica es una dama ilustre, en quien yo veo el símbolo de la raza hispana, mujer de un vigor mental extraordinario, cual nunca se vió en hembras de nuestra tierra, portento de sagacidad, clarividencia y maestría en el arte o ciencia de las finanzas, bonita y graciosa por añadidura; es, en fin, doña Baldomera Larra, hija del gran *Fígaro*.

En conversaciones posteriores me contó mi amigo que la gente de la plaza de la Cebada y todos los lugareños que se albergaban en los paradores de la calle de Toledo y adyacentes hacían cola a la puerta del Banco Popular para imponer sus *monises* en las cajas de doña Baldomera. Aquello era un jubileo, era un escándalo, y la Policía tenía que intervenir para poner orden. Se contaba que en los pueblos vendían las fincas con objeto de hacer imposiciones en el flamante Banco. La genial hacendista, persona muy sugestiva y de fenomenales dotes oratorias, echaba discursos a la entusiasta y codiciosa plebe, y al darles el primer plazo de los cuantiosos intereses les ofrecía ganancias pingües, colosales. La garantía de tan inaudito negocio, ¿cuál era? Pues unas minas de plata, de oro o de piedras preciosas radicantes en el suelo virgen de América, minas de incalculable riqueza, cuya explotación multiplicaría los parneses depositados en las arcas baldomeriles.

En las visitas que casi diariamente me hacía el buen Segis, comentábamos el asunto, en cierto modo fundamental y étnico, del Banco Popular. Sostuve yo que la credulidad candorosa del pueblo español y las artes hipnóticas de la hija

de Larra eran, como signo indudable del estado mental de la raza, más dignos del fuero de *Clío* que las ficciones vanas en que se agitaban nuestros políticos; en suma, que la Historia debía consagrar más páginas al zurriburri de las finanzas plebeyas que al barullo retórico de las Cortes y al trajín de quitar y poner Constituciones que no habían de ser respetadas.

Acorde con cuanto yo dije, Segis me manifestó que estaba contento en su destinillo. La dama banquera le consideraba, mostrándole un afecto casi maternal, al que correspondía el funcionario con su puntual asistencia y el esmero y pulcritud de su trabajo de contabilidad. Iba, pues, muy a gusto en el machito, y como los marqueses de Beramendi le aseguraban su hospedaje y manutención, el duro diario que en el Banco percibía destinábalo a mejorar su vestimenta. Cada vez que se nos presentaba con algo nuevo en su atavío, ya fuese prenda de ropa, ya un relojito barato, nos decía:

—Ved aquí el positivo producto de las minas de América, de esos ricos yacimientos de metales preciosos, ¡ay!, que han venido a ser la felicidad del pueblo madrileño. Adelante con la ilusión, vida y encanto de las naciones pobres. Tú, buen Proteo, que a ratos escribes o garabateas en las tabletas de la divina *Clío continúa la Historia de España,* como dice Cánovas, transmitiendo a la posteridad estos actos de fe candorosa y de sutil taumaturgia; añade a ello la fiebre taurina, la ciencia recóndita de esos que llaman *los apóstoles,* y que andan por los barrios bajos curando todas las enfermedades con agua más o menos limpia, y habrás hecho el retrato fiel de la España de la Restauración.

No tenía yo ánimo en aquellos días para *continuar la Historia de España,* ni conforme al canon político, ni acogiéndome al rico tema de la ilusión plebeya que me recomendaba Segis, deseoso de arrastrarme al concepto irónico de la psicología nacional. Declaro que el acto del rey poniendo la primera piedra de la Cárcel Modelo, en las proximidades de la Moncloa, las sesiones de las Cámaras, el cambio de ministro de Hacienda, así como el viaje que emprendió don Alfonso para visitar las provincias de Levante y Mediodía, no me interesaban poco ni mucho. Cuando mis amigos me contaban estas menudencias historicas sonábame todo a hueco. La tristeza invadió nuevamente mi alma, complicándose con un malestar físico que me llenó de inquietud, avanzados ya los días tibios de la primavera.

Después de Semana Santa empecé a notar que mi vista se nublaba; sentía como arenillas en los ojos, sin que de ello me aliviasen los cuidados de Casiana, que dos o tres veces al día bañaba con agua de rosas mis pupilas enfermas. Los patrones me recomendaron ejercicio y distracción. Conforme con este tratamiento elemental, mi compañera sacábame a paseo todas las tardes; pero mi vista mermaba tan rápidamente, que a los pocos días de estas divagaciones por el Botánico y ronda de Atocha, tuve que agarrarme al brazo de mi leal Casianilla para no tropezar con los transeúntes. Al propio tiempo crecía la fotofobia, y ni aun amparando mis ojos con gafas negras érame posible resistir la viveza de la luz en plena calle. Fué menester reducir los paseos a la hora crepuscular, motivo mayor de tristeza y abatimiento. Siguieron a esto dolores en las sienes, vascularización en la córnea, que perdía su brillo, tomando, según me dijeron, un aspecto mate, sanguíneo.

Tanto Segis como los demás amigos que me acompañaban en mis largas horas tediosas, convinieron en familiar consulta que era forzoso acudir a la ciencia. Agravado el mal en breve tiempo, hasta el punto de que ya no distinguía más que objetos próximos y de mucho bulto, se trató en mi casa de elegir el médico que había de curarme, y Pablo Nougués, doliente también de la vista, llevó a mi casa una tarde para que me examinase al doctor Albitos. Era éste un oculista joven, inteligentísimo en su profesión, de trato muy ameno y agradable, discípulo del famoso Delgado Jugo. Examinó el doctor mis doloridos ojos con escrupulosa atención y cariño; enteróse de cuanto en mi naturaleza y en mis costumbres pudiera ser considerado como antecedente de la enfermedad. Sus palabras me consolaron; mi sufrimiento sería tal vez un poco largo; pero si no me faltaba la virtud puramente medicatriz de la paciencia, él respondía de mi curación. Terminó el diagnóstico con el nombre científico y

un tanto enrevesado de lo que yo padecía. No se me olvida aquel nombre, que fué como un rótulo clavado por el médico en mi frente: *queratitis parenquimatosa.*

Desde aquella tarde quedamos unidos con vínculo estrecho mi *queratitis* y yo, cual un matrimonio doloroso que había de durar hasta que la ciencia del oculista nos divorciara. Fortalecido por mi paciencia, de la que hice acopio exuberante, cargaba mi cruz y con ella recorría el agrio camino de la vida hora tras hora, semana tras semana. Recluso en mi habitación, sumido en intensa oscuridad, yo no distinguía los días de las noches, ni un día de otro, ni apreciaba el principio y fin de cada semana. Era para mí el tiempo un concepto indiviso, una extensión sin grados ni dobleces. Las únicas interrupciones de la continuidad eran los momentos en que me hacían la cura de los ojos el doctor o su ayudante.

En aquel lúgubre rodar de mi existencia notaba yo menos constancia en las visitas de los amigos. Hasta el propio Segis se me antojó poco asiduo: casi siempre tenía perentorias ocupaciones que le obligaban a retirarse pronto. Sólo la fiel Casiana permanecía y llevando a los límites de lo sublime la humanidad, el amor y la misericordia.

Compadecedme ahora más que nunca, piadosos lectores, pues encontrábame ya en el período más doloroso y tétrico de mi largo padecer. Mi ceguera llegó a ser absoluta, mis ojos inflamados dábanme la sensación de dos ascuas mal contenidas dentro de las órbitas. Los fomentos calientes y las duchas de vapor, que me administraba el ayudante del oculista, aliviábanme a ratos. Casianilla me servía con puntual solicitud la medicación interna, mercuriales, antisépticos... Cuando a mis oídos llegaba el tintín de la cucharilla revolviendo las dosis terapéuticas en el vaso de agua, sentía yo cierto regocijo. Aquel rumor cristalino era mi único reloj, y por él tenía yo un vago conocimiento de las horas... En cierto modo imitaba el ritmo de la *queratitis,* arrullándome en sus duros brazos...

Mi existencia no era más que una sombra encerrada en ancha caverna, que ya me parecía roja, ya de un tinte violáceo surcado de ráfagas verdes. En tal estado llegué a perder, según he podido apreciar, la conciencia de la realidad. Una tarde o una noche, no sé precisarlo, sintiendo junto a mí el rumorcillo de faldas, alargué la mano y dije:

—Casiana, ven; siéntate a mi lado.

Y una voz tenue, con leve inflexión burlona, me contestó:

—Tonto, no soy Casiana. Soy *Efémera.*

No me dió tiempo a expresar mi alborozo, porque, apenas oí la voz primera, otras voces sonaron en alegre y voluble cháchara, y al par de ésta, rumor de pisaditas como de seres alados que juegan y revolotean rozando apenas el suelo con blandos pies.

—Ya os siento, ya os escucho, mensajeras de mi Madre—exclamé—. ¿Venís a consolarme?... ¿Me traéis nuevas de la que es vuestra señora y señora mía?

Las ninfas juguetonas siguieron revoloteando a mi alrededor, y el aire que movían sus flotantes túnicas me daba en el rostro. Del murmullo picaresco destacóse una voz que claramente me dijo:

—Somos las *Efémeras* ociosas que hoy están libres, dueñas de los aires y del tiempo... La Madre, que se halla lejos, lejos, y también ociosa, nos ha mandado que juguemos y nos divirtamos sin más ley que nuestro albedrío. Venimos de embromar a Cánovas, y ahora la emprendemos con el buen Tito. *(Risillas mal sofocadas.)* Nos ha dicho Cánovas que quiere consultar contigo el problema matrimonial de don Alfonsito... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ji, ji, ji!...

El giro vertiginoso de las sílfides me mareaba, me volvía loco. Algunas, al pasar junto a mí dábanme papirotazos en la cabeza con sus manos livianas y frías... Arreció el murmullo reidor, chancero. Levantéme frenético, empecé a dar voces, traté de coger a una de las ninfas, creí agarrar su ropaje, tiré fuertemente y la traje hacia mí, diciendo:

—Ven, *Efémera,* quédate aquí.

Pero ella se escapó susurrando:

—Volveré, Tito. Soy tu amiga.

En esto oí la voz de mi compañera que a mi lado dormitaba y que a mis gritos habíase despabilado. Abrazándome tiernamente me dijo:

—¿Qué te pasa, muñeco mío? ¿Sueñas,

deliras? ¿Por qué llamas *Efémera* a tu Casianilla?

XIII

Contra lo que sin duda creerán mis compasivos lectores, aquel delirio me sentó muy bien. Acostóme Casiana y me dormí con sueño tranquilo y reparador. Al despertarme, no sé a qué hora, sentí notorio alivio en mi estado general... La oleada de ambiente quimérico me refrescaba el alma y producía en mis pobres vísceras acción más eficaz que los antisépticos y calomelanos... Cuando el bendito don José vino a preguntarme cómo me encontraba, le dije:

—Muy bien, amigo Sagrario. Fíjese ahora en lo que voy a encargarle. Si vienen a visitarme las señoritas *Efémeras* o una *Efémera* sola, no haga la tontería de cerrarles la puerta; páseme aviso inmediatamente, que estoy dispuesto a recibirlas. Mucho cuidado, don José, mucho cuidado.

Casiana y el patrón callaron. Yo, sin ver gota, comprendí que se miraban alarmados y compasivos, como diciendo: «¡Nuestro pobre Tito, a fuerza de sufrir, ha perdido la chaveta!» Omito los pormenores del proceso patológico, hora tras hora y día tras día, en aquella existencia de clínica monótona y triste... Debo añadir que la imaginación endulzaba mis males, ora tiñendo de color rosa las paredes de mi caverna, ora dejándome ver con los ojos cerrados objetos y figuras enteramente arbitrarios y convencionales. De esta labor anárquica de mi fantasía resultó que, hallándome despierto en mi sillón de paciente resignado, paseábame por las calles viendo todas las cosas como las viera en mis tiempos de perfecta salud, hablaba con los amigos, hacía visitas y a mi casa tornaba tranquilamente con un paquetito de dulces para Casiana.

Si este regalo de vida ilusoria dábame la imaginación hallándome despierto, ¿qué no me daría en las horas del descanso nocturno, bien arrebujado entre las sábanas?... Una noche de furiosa tormenta, con desaforados truenos y copiosa lluvia, que azotaba las paredes y sacudía los cristales de mi ventana, entraron en mi habitación tres *Efémeras*. Saltonas, risueñas y parlanchinas, tomaron asiento en los bordes de mi cama. Asustado, me incorporé y les dije:

—¿Por dónde entrasteis, picaronas?

Y una de ellas, acercándose tanto a mí que su aliento frío me dió en la cara, contestó:

—Entramos por un cristal roto de la claraboya de la escalera, y aquí nos tienes.

Suscitóse entonces un vivo diálogo que transmito a la posteridad en la forma más concisa:

Yo.—¿Sois espíritus traviesos, maleantes, desligados del gobierno y autoridad de la Madre?

EFÉMERA 1.ª—Somos ninfas libres y desocupadas, dueñas del espacio.

EFÉMERA 2.ª—Llevamos de un confín a otro las razones de la sinrazón.

EFÉMERA 3.ª—Nos divertimos despertando a los dormidos y adormeciendo a los que se tienen por muy despabilados.

Yo.—*(Defendiéndome de los pellizcos y estrujones con que me atormentaban las seis manos de aquellas malditas hembras.)* ¿Qué queréis de mí, espíritus desmandados, aviesos? Idos de mi casa, dejadme en paz.

Furioso me arrojé del lecho gritando:

—¡Casiana, Casiana, despierta, levántate, que hay duendes en la casa!

Y las raudas féminas, que ya me parecían harpías, brincaban por la habitación y chillaban desaforadamente. En su algarabía de aves parleras destacóse este concepto:

—No busques a tu Casiana. Tu dulcísima compañera se divierte ahora con otro muñeco...

Como loco me abalancé hacia el lecho de Casianilla, colocado en otro testero de la estancia, y palpando en las ropas revueltas advertí que estaba vacío... Desaparecieron las diablesas con revolteo susurrante, y yo, medio desnudo, caí fatigado en el sillón de la paciencia, sin cesar en mis alaridos angustiosos:

—¡Casiana, don José, Nicanora!...

La primera que vino en mi auxilio fué Casiana, haciéndose de nuevas y asegurando que se levantaba en aquel instante.

—Tú no dormías en esa cama—le dije, rechazando sus caricias—. Tú, ausente de mí, te divertías con otro muñeco...

Disputamos un rato. Yo callé, al fin, guardando mis recelos, con la idea de observar en noches y días sucesivos... Desde aquel inaudito suceso, real o imaginario, el monstruo de los celos empezó a morderme el corazón...

Al siguiente día, el doctor Albitos, después de un largo cuchicheo que tuvieron con él, apartados de mí, don José y mi costilla, me recetó bromuro en frecuentes dosis, y cuando me lavaba los ojos con la ducha de vapor y me ponía colirio de atropina para impedir que se soldasen los bordes del iris, díjome cariñosamente:

—No sólo hay que proveerse de paciencia, querido, sino también de serenidad y de sentido común para no dejarse arrebatar por ideas insanas, que insubordinan el sistema nervioso y dan al traste con la acción medicatriz. Animo, amigo. Resígnese a no ver nada por ahora, que mejor está el ciego que el que ve visiones.

Me convenció Albitos por el momento; mas no tardé en volver a mi horrible pesimismo. Creí notar en Casiana cierta displicencia o cansancio que atenuaba su celo de enfermera... Aplicando después toda mi observación a Segismundo, traté de escrutar por sus palabras y actitudes el estado de su conciencia. Advertí en él menos acritud en la ironía y un delicado estudio para medir los conceptos y darles estructura familiar y una intención candorosa. Oyéndole, yo decía para mí:

—Tu conciencia se ha impurificado. Ya no eres el mismo. Quieres engañarme y no lo conseguirás.

Con ánimo de sondearle, le dije:

—Segis, alguna noche de éstas has estado tú en casa, sin entrar a verme, y has permanecido en una habitación interior hasta la madrugada o hasta el día siguiente.

La contestación fué un reír descompasado de Segismundo y el sostener que yo desatinaba. Pero bien conocí que su risa era fingida, como de histrión que no domina su papel, y del mismo modo apreció las burlas que, por lo que dije, hicieron de mí Casiana y Nicanora, allí presentes. Ocurrió entonces un hecho que hubo de aumentar mi escama. García Fajardo varió sutilmente de conversación, largándome estas parrafadas que me dejaron atónito:

—Se me olvidaba decirte, querido Tito, que un periódico de gran tirada viene publicando hace días unos artículos, muy bien escritos, que llaman grandemente la atención. No se habla de otra cosa en Madrid.

—¿Y a mí qué me importa que hablen o no hablen de artículos de periódico que yo no he leído ni podré leer en mucho tiempo? ¿Para qué me cuentas esas cosas, tontaina?

—Te las cuento porque todo el mundo dice que esos artículos son tuyos y, verdaderamente, su estilo y gracia delatan el ingenio de Proteo Liviano.

—¡Qué desatino!... ¿Y de qué tratan los articulejos que, por lo visto, son anónimos?

—El asunto, interesantísimo, está tratado de una manera magistral. La tesis es que el Gobierno español no procede con altas miras patrocinando el casamiento del rey Alfonso con su prima Mercedes. Si Cánovas, como dice la voz pública, sabe ver el porvenir y presiente la España futura, redimida de tanta barbarie, debe entablar negociaciones para enlazar a don Alfonso Doce con la princesa Beatriz de Inglaterra, hija menor de la reina Victoria. En las estipulaciones matrimoniales se reconocería a Beatriz el derecho de mantener viva su fe protestante al venir a ocupar el trono de España. De este modo se planteaba sobre sólida base el problema de la libertad confesional, y pronto entraríamos en una vida de tolerancia, de cultura, dejando de ser rebaño predilecto del romano Pontífice.

—Yo no escribí eso, yo no sé nada de eso—exclamé en tono descompuesto y airado—. Tales enredos son invención tuya para mortificarme.

—No, no. Todos creen que tú eres el autor de los artículos. Por cierto que en uno de ellos dices que ya hubo conatos de negociaciones en la primavera del año pasado, cuando estuvo en Madrid el príncipe de Gales.

—Quizás cuando vimos aquí a ese príncipe dije yo algo de eso. Pero no fué más que una idea, un decir, nada... Ahora estoy pensando que toda esa monserga la has escrito tú, Segismundo, y que me la atribuyes a mí para aumentar mis cavilaciones, mis sobresaltos y hacerme más viva y patente la sensación de mi inutilidad.

Comprendiendo Segis que yo me excitaba demasiado, guardó silencio, dejando el asunto para mejor coyuntura. Con ligeros descansos, mis inquietudes tomaron cuerpo en los días subsiguientes. Mi caverna se teñía de un azul intenso algunas veces; otras, de un rojo sangre... Despierto creía notar que eran demasiado largas las ausencias de Casiana. A lo mejor venía con la historia de que su tía Simona estaba enferma del hígado. ¡Así reventara!... Dormido, o a medio dormir, adquiría la certidumbre de que estaba vacío el lecho de la que fué mi dulce compañera... Mi corazón era ya una piltrafa, destrozado por la mordedura de los celos...

Una tarde siniestra de soledad y sufrimientos, mi exaltación fué tan grande, que salí por los pasillos dando gritos y tropezando en las paredes. Ido vino a mi encuentro para contenerme y llevarme de nuevo a mi cuarto, y las expresiones melifluas de su filosofismo angelical fueron el fulminante que hizo estallar mi cólera:

—Déjeme usted... No me toque... Usted me ha vendido, usted es un traidor... Quítese de mi presencia. En su casa se ha labrado mi deshonra... Le tenía a usted por un santo y resulta usted un alcahuete... Atrás, villano... Déjeme en paz.

Me arrojé en la cama, ocultando mi rostro entre las almohadas, y oí los gemidos del pobre Sagrario, que lloraba como una Magdalena.

Pasado un mes, pienso que no entero, de sufrimientos horribles, más en lo moral que en lo físico, sobrevino el extraño incidente que a continuación se narra. Antes debo indicar que a ratos iniciábase ligero alivio en mi dolencia de los ojos. La percepción luminosa cada vez era mayor, y refugiándome en una casi oscuridad podía distinguir vagamente los objetos de más bulto. El amable y gracioso Albitos me vaticinó que antes de tres o cuatro semanas mi retina cumpliría como buena, ejerciendo las funciones que le asignó Naturaleza. Pero no contaba el doctor con las aventuras de mi dislocada imaginación, lanzándose sin freno ni paracaídas a los espacios novelescos. Una tarde o noche, no lo sé, hallándome solo en mi caverna teñida de color violeta con franjas de oro, vi que a mí se llegaba una mujer. ¡Ay!, era *Efémera*, la buena, la estatuaria, la que en Tafalla y Madrid me trajo dulces mensajes de mi adorada Madre. La reconocí al sentir en mi hombro su mano marmórea. Alargué la mía para coger su túnica y advertí que sobre ésta llevaba un delantal casero.

—Aunque te has puesto el delantal de Casiana—dije yo—bien te reconozco, *Efémera*.

Tras una breve pausa, la fantasma pronunció estas apagadas voces:

—No soy *Efémera*. Tampoco soy Casiana, aunque lleve su delantal para ser tu servidora y enfermera.

Yo callé, atontado y confuso, y mi perplejidad subió de punto cuando escuché este otro concepto:

—¿No me conoces por el acento, pobre Tito? ¿Tendré que decirte mi nombre? Soy *Leona la Brava*.

La gentil aparición se sentó junto a mí y, echándome su brazo por encima de los hombros, me habló de esta manera:

—Vengo a tu lado para cuidarte y servirte en sustitución de la mujer desleal que te abandona seducida por el ingrato Segismundo...

Algo debí yo responderle, quizás expresando consternación o vergüenza por la desdicha que me anunciaba. Insistió ella en su afirmación, prosiguiendo así:

—A tu lado me tendrás, si quieres, hasta que recobres la vista y la salud. Si una compañera de amor y de caridad has perdido, en mí tienes otra más solícita y fiel que esa desventurada recogida por ti del arroyo.

Tuve un momento de horrorosa duda; pero no tardé en recobrar toda la fuerza de mi arrebatada inventiva genial. Como yo me asombrase de que *Leona* descendiera de su posición rumbosa para unir su existencia a la de un hombre enfermo y casi pobre, la dama de Mula me dió esta explicación de su actitud humilde:

—Debí empezar por decirte, Titín salado, que hace algún tiempo me despeñé de aquella cumbre de bienestar y lujo jactancioso en que me viste antes de caer enfermo. Reñí con Alejandrito, ¿no lo sabías? Te contaré el caso con descarnada sinceridad. *J'adore la vérité. Je haïs le mensonge.* Al dichoso Alejandrito le daré lo suyo, que no es poco: hombre más impertinente y más

chinche no ha nacido de madre, y a mí me daré lo mío, que es más grave... Pues, hijo, apestada de *mon bourgeois* tuve una tentación..., cosas del temperamento, de la ociosidad... En fin, chico, que me colé demasiado y cuando *mon vieux* se enteró de que yo le había puesto en la cabeza unas cositas puntiagudas..., que no traen gran malicia cuando los hombres no son casados..., figúrate la trapatiesta que se armó. Total: que caí de mi escabel dorado. Como yo me había hecho al lujo y a la *bonne chère*, me vi en el caso de vender algunos muebles y empeñar alhajas para seguir viviendo a mi modo. Aunque aún no me tienes enteramente tronada, camino de eso voy. A pesar de mis tropiezos, soy siempre una mujer buena, y vengo a tu lado para renovar nuestro cariño y practicar las obras de misericordia.

Apenas empecé yo a comentar tan vulgar historia, *Leona* me pidió que siguiese escuchando, pues aún faltaba la segunda parte.

—Es el juego de la vida humana—dijo—, el eterno balancín, el vaivén de las prosperidades y las miserias. Cuando yo me precipitaba en la desgracia, tu Casianilla subía de golpe a grandezas que nunca pudo soñar. Has de saber que tu dulcísima cuanto traidora compañera, inducida por esa lagarta de Simona, ha cobrado a tocateja todos los atrasos de su sueldo como inspectora de escuelas. Para ello ha tenido que mover ciertas influencias altas y bajas el pillastre de Segismundo, le *démon ironique*.

»¡Menuda suerte la de esos bribones! Mientras la señorita Conejo embolsaba buenos duros por un empleo que nunca desempeñó, Segis pescó un magnífico destino en el ministerio de Ultramar. ¿No lo sabías? Pues el marqués de Beramendi le pidió a Cánovas esa bicoca, y don Antonio, al instante..., pum, pum. Como comprenderás, ahora están en grande. La Conejo lleva brillantes en las orejas y García Fajardo fuma puros de a peseta. Han tomado un piso en la Costanilla de los Angeles. ¿Ves qué vueltas da el mundo, Tito?

—Sí, sí, qué vueltas tan horribles... —exclamé yo—. Vueltas damos todos..., todos...

Me sentí anonadado, me faltaba la respiración... Púseme en pie, giré sobre mí mismo y caí redondo al suelo...

XIV

Después de aquel que yo no sabía si llamar suceso, fenómeno, pesadilla o caso real, caí en un estado parecido a la idiotez. Hablaba muy poco, no sólo por desgana de conversación, sino porque sentía dificultad para articular las palabras. Advertí que Albitos mostrábase intranquilo respecto al curso de mi dolencia cerebral: la de la vista iba indudablemente mejor. Ya no tenía yo dolor en las sienes ni escozor en los ojos, ya veía un poco más. Pero hacíaseme imposible distinguir las facciones de la mujer que me servía. ¿Era Casiana, era *Leona?* ¿Era una sola que cambiaba de rostro a cada momento? Tocábale yo las orejas para ver si tenía brillantes. Mi olfato buscaba en sus vestidos el perfume que solía usar Leonarda. En las visitas de los amigos que iban a mi casa tampoco pude discernir si entre ellos hallábase Segismundo, pues las voces de todos me parecían la misma.

Una noche de largo insomnio me levanté a palpar el lecho de mi enfermera. No estaba vacío.

Pregunté:

—¿Eres *Leona?*

Y la respuesta fué:

—Sí, soy *Leona*. Déjame dormir.

Las pérdidas de sueño durante la noche cobrábamelas por el día, durmiendo a pierna suelta. No sé cuándo me sacó de mi hondo letargo una mano que tocaba mi frente, mano fría y marmórea.

—¿Eres Casiana?—pregunté a la persona que me despertó.

—No. Casiana se fué de paseo con su marido.

—¿Eres Leonarda?

—No. Leonarda ha salido a comprarte las medicinas que hoy recetó Albitos.

La mano de mármol cogió la mía, y tirándome del brazo me incorporó en la cama. Al propio tiempo, una voz de dulcísimo timbre me dijo:

—¿No me has conocido? Soy *Efémera*, la fiel y amable, la de Tafalla, la mensajera de *Clío*. Levántate y obedéceme.

—¿Qué tengo que hacer?

—Vestirte para una visita y venir conmigo a donde yo te lleve.

—Pero ¿cómo he de salir yo, ciego, enfermo?

—Te digo que me obedezcas, que me sigas y calles.

—Mi ropa, ¿dónde está?

—Aquí la tienes—dijo poniendo sobre la cama todas las piezas, sin que faltase una.

Mientras me vestía vi muy clara la figura estatuaria, con su helénico rostro y el sutil ropaje negro. Era mi *Efémera,* la ninfa predilecta, la que me llevaría quizás a los brazos de mi excelsa Madre. Con arte mágico me vestí, sin que me faltara ninguna prenda ni se me olvidase el menor detalle. Por el mismo arte maravilloso y taumatúrgico me condujo *Efémera* de la mano, sacándome no sé si escaleras abajo o escaleras arriba por la claraboya de cristales. Lo cierto fué que me encontré en la calle, bueno y sano, como en mis mejores tiempos, viendo claramente todas las cosas, alegre y muy orgulloso de llevar en mi compañía una estatua griega. Todo cuanto hallé a mi paso era de una perfecta naturalidad. Tan sólo me parecía ilógico y absurdo que los transeúntes no se fijaran en que iba yo acompañado de una señora de mármol, sin más ropa que el vaporoso túnico negro.

Pian pianino, cambiando frases cortas y vulgares, llegamos a la calle de Alcalá y de rondón nos introdujimos en la Presidencia del Consejo, sin que los guardias civiles que custodiaban la puerta pararan mientes en el ser fantástico que iba conmigo. En la escalera, oscura y angulosa, me encontré solo, y solito llegué a la puerta de la subsecretaría, a punto que por ella salía Fernández Bremón con un fajo de papeles.

—Qué caro te vendes, Tito—me dijo el sagaz periodista—. Puedes pasar. Aunque Saturnino no está solo, él te dirá si el presidente te recibe al momento o si tienes que esperar un rato.

En el despacho de Esteban Collantes tertuliaban unos cuantos señores de esos que van a las oficinas a matar el tiempo rumiando la comidilla de la actualidad política. No más de un cuarto de hora permanecí en aquella sociedad *charlamentaria,* deslizando algunas palabritas en la ociosa conversación. Cuando me llegó la vez, Esteban Collantes me condujo al salón presidencial, al tiempo que se retiraban el marqués de Orovio y el conde de Toreno. Y heme aquí, lectores cachazudos, crédulos y tragabolas, en el despacho *del monstruo,* hablando mano a mano con él en el diván frontero a la mesa escritorio.

Empezaré por decir que olfateaba yo el ambiente, creyendo rastrear la persona invisible de la Madre *Clío.* Dábame en la nariz el delicioso y peculiar olor suyo. No sé si os he dicho que mi Madre gastaba en sus ropas un solo perfume, el aroma exquisito de los tomillos del monte Hymeto.

Entrando en materia, sin preámbulos, como buen tasador del tiempo, don Antonio me dijo:

—He leído los artículos de usted. Yo leo todo escrito que tiene entre sus líneas una intención recta y sana, aunque el autor, dejándose arrastrar de las seducciones de la forma, no penetre en las entrañas de la realidad, que no está nunca en la superficie. Ha tratado usted con sumo arte y donosura el asunto del casamiento del rey. Escribe usted muy bien, y la gallardía con que eleva sus miras hacia la Historia me encanta. Pero ha de permitirme que a sus opiniones oponga las realidades indestructibles que para tan complejos problemas nos ofrece la constitución interna de nuestro país.

Bien claro vi que se trataba de los trabajos periodísticos cuya paternidad me había colgado Segis. Con gran agilidad de espíritu me declaré modestamente autor de los articulejos, sin que pudiera percatarme de la ocasión y lugar en que hube de escribir semejantes cosas.

Para no hacer el ridículo, dejé correr el engaño y seguí prestando atención al gran don Antonio, que continuó de esta manera.

—Si en algunas afirmaciones se ha equivocado usted, en otras ha tenido un feliz acierto. Hubo, en efecto, negociaciones para traer al solio de España a la princesa Beatriz de Inglaterra. Cuando tuvimos aquí al príncipe de Gales planteé yo el asunto. Pero debo decirle que lo inicié tímidamente, movido de un ideal histórico que siempre me sedujo, aunque nunca dejé de prever las dificultades de tan audaz empresa. No pasaron aquellas tentativas de una exploración que pronto quedó terminada, pues apenas llegamos a tratar del cambio de religión para que la princesa de Inglaterra pudiera ser reina de España, se vió

la imposibilidad de llegar a un acuerdo. Nos hallábamos ante un nudo imposible de desatar, porque el puritanismo protestante es tan fanático como nuestro catolicismo. En cuanto la reina Victoria se enteró de que su hija tenía que hacerse papista para ser nuestra soberana, cerró la puerta a toda inteligencia. Esto no se hizo público; por el contrario, se guardó un secreto escrupuloso para evitar el estallido de un turbón ultramontano que sabe Dios a qué extremos de violencia habría llegado.

—¿Y cree usted, señor don Antonio —me atreví yo a decirle, con el mayor respeto—, que si la reina Victoria hubiera mirado con buenos ojos el cambio de religión de Beatriz habríase producido aquí alguna tormenta clerical?

—Seguramente, sí. Pero ésta la hubiese sofocado yo. Respondo de ello.

—También he dicho en mis artículos —manifesté codeándome con el ilustre estadista—que el matrimonio angloespañol ofrecía dificultades con abjuración o sin ella; pero luego sostuve que el problema confesional, el gran problema hispánico, no podría ser abordado y resuelto aquí más que por un hombre que ha venido a ser dueño de todas las voluntades: este hombre es don Antonio Cánovas del Castillo.

—Ay amigo—dijo el jefe de la situación, afirmando los lentes en el caballete de su nariz—, no me suba usted un punto más de la altura en que me han puesto las circunstancias, ni me atribuya un poder omnímodo sobre la opinión, que no podrá nunca lograr quien no posea dotes sobrenaturales. Abata usted un poco su fantasía y véngase conmigo a examinar de cerca el ser interno de nuestra patria. Esta vieja nación, con sus glorias y sus tristezas, sus fuerzas y sus recuerdos, sus instituciones aristocráticas y populares y su extraordinario poder sentimental, constituye un cuerpo político de tan dura consistencia, que los hombres de Estado, cualesquiera que sean sus dotes de voluntad y entendimiento, no lo pueden alterar. El alma de ese cuerpo es igualmente maciza, petrificada en la tradición y desprovista de toda flexibilidad. El único gobernante capaz de llevar a esa alma y ese cuerpo a un nuevo estado de civilización es el tiempo, y yo seré todo lo que usted quiera, amigo Proteo, pero el Tiempo no soy.

—Me conformo con esa opinión fatalista por ser de usted. Pero es triste cosa en verdad que España tenga que subsistir largo tiempo bajo un poder extraterritorial que entorpece y ahoga todos sus alientos, y ata sus manos y sus pies con el cordón dogmático, inutilizándola para emprender nuevas direcciones de vida. Esto dije en mi último artículo, y esto repito ante usted, suplicándole que sea benévolo con mis audacias.

—Admito las audacias como labor sintética y teorizante, como un bosquejo artístico de la historia del porvenir. Mas yo no teorizo, yo gobierno, señor Liviano, y como gobernante estoy amarrado por los cientos y tantos cordones de la realidad. De mi gestión depende que ese ser interno que he descrito a usted no se convierta en elemento trágico. Mi deber es sofocar la tragedia nacional, conteniendo las energías étnicas dentro de la forma lírica, para que la pobre España viva mansamente hasta que lleguen días más propicios. No podemos marchar a saltos, ni con trompicones revolucionarios. Las algaradas y las violencias nos llevarían hacia atrás, en vez de abrirnos paso franco hacia un adelante remoto.

—También escribí que aplicando con firmeza las regalías de la Corona o del Estado, un Gobierno fuerte y hábil podría contener al Papa dentro de su esfera espiritual, y atajar sus intromisiones vejatorias en el régimen interior de los pueblos.

Cuando esto decía yo sentí más intenso olor de la Madre, la fragancia de los tomillos del monte Hymeto. Después de vacilar un instante, don Antonio habló así:

—Mucho tiento será menester hoy para desenvainar en nuestra edad la espada que esgrimieron Carlos Quinto, Felipe Segundo y Carlos Tercero contra diferentes Papas, desde Clemente Séptimo hasta Clemente Catorce. Aquellos monarcas eran de más fuste que los que ahora tenemos, y el Papa de hoy, desposeído del poder temporal, aprieta furiosamente las clavijas del mecanismo dogmático con que gobierna las conciencias católicas. Yo procuro por todos los medios fortalecer el poder real, debilitado por las agitaciones revolucionarias y por las propagandas de los ambiciosos de bajo vuelo. Y si en este reinado y en los siguientes mantiene su fortaleza el

poder real, será obra fácil reducir y someter al poder eclesiástico.

»Por lo demás, hemos resuelto del modo más feliz el asunto interesante del casamiento del rey. ¿Qué nos importan las majaderías del inquieto Montpensier, ni la palinodia que ha tenido que cantar para poner a su hija en el trono de España? Hemos doblado esa hoja triste de las querellas dinásticas. Los resquemores de doña Isabel han ido a parar a la cesta de los papeles rotos. Esa buena señora no tiene derecho a trazar una página rencorosa en los anales contemporáneos. Ningún efecto nos han hecho las ridículas bravatas de mis buenos amigos los *moderados* de la vieja cepa, ni el discurso del pobre Moyano sacando a relucir un texto arcaico y manido de Donoso Cortés. Lo importante, lo definitivo, es que la infanta Mercedes, futura reina de España, atesora las cualidades más bellas: linda, modesta, dócil, amable, inteligente, apenas lanzado su nombre en el remolino de la opinión, se ha hecho popular. ¿Qué más podemos apetecer? Reina bonita, discreta, popular... *Por lo demás...*

Dejé de percibir la voz de don Antonio. Después vi su figura en pie, desvanecida, alejándose de mí. El grande hombre se hallaba en un salón lujoso, rodeado de damas elegantes, marquesas y duquesas que le agasajaban solicitando su conversación ingeniosa, amenísima, a veces cáustica. Entre aquellas señoras creí ver a la dama de Mula, y seguramente vi a *Mariclío,* fastuosa, calzada con el alto coturno. Pasó a mi lado, inundándome con su fragancia helénica.

Lo más extraño fué que detrás de la Madre vino hacia mí Casiana. Al verla empecé a dar voces, y entonces sentí que me sacudían los brazos diciéndome:

—Despierta, hijo, que ya has dormido más de la cuenta.

Mis primeras palabras al abrir los ojos fueron:

—¡Ah, qué delicioso olor a tomillos!

Casiana me acercó al rostro un ramo de estas aromáticas hierbas.

—¡Déjame gozar de aroma tan delicioso!—exclamé yo—. ¡Ay, pero esas plantas no son del monte Hymeto!

—Son de la Casa de Campo.

—¿Vienes tú de allí, chiquilla?

—No, hijo, no. Esto me lo trajo Nicanora, que fué allá con varias amigas a visitar a un guarda pariente suyo.

—¡Oh la Casa de Campo! Allí estarían paseando la infanta Mercedes y el rey Alfonso, que son novios y se van a casar pronto, ya lo sabes. La futura reina es simpática, humilde, linda, y apenas se habló de su boda se hizo popular.

—Todos hablan bien de ella menos Segismundo, que está con la tecla de que por ser hija de Montpensier debían haberla puesto a cien leguas del trono de España. El demonio de Segis y otros tan locos como él, ya lo oíste noches pasadas, querían que nos trajeran aquí una *protestanta* para casarla con don Alfonso.

—Cánovas me ha dicho que la idea es hermosa. Pero que se opone a realizarla *el ser interno...*, ¿lo entiendes?..., el cuerpo y alma de esta nación, que es católica hasta los tuétanos. Don Antonio teme que *el ser interno* se le vuelva trágico, y trata de irlo conllevando por lo lírico hasta que, fortalecido el poder real, etcétera... En suma, Casianilla de mis pecados, que ha de llover mucho hasta que los gobiernos de esta tierra puedan decirle al amigo Pío, o a sus sucesores: «Tente allá, Papa, que los españoles ya sabemos salvarnos cada cual a su modo.»

XV

Desde aquel día, que en mi mente quedó marcado con el recuerdo de los tomillos del monte Hymeto, avancé rápidamente en la curación de mi vista. La horrenda *queratitis,* que había sido mi suplicio en gran parte del año setenta y siete, se apartaba de mí, se retiraba, se iba. Tan acertado estuvo Albitos en devolverme la luz de los ojos como en el régimen y medicinas aplicadas para librar a mi cerebro del desorden anárquico. Gracias a esto no tardaron en deshacerse por sí mismas las fábulas que mi intelecto, lanzado a un delirio de Carnestolendas, forjó para embromar a la razón.

La quimera que más tardó en disiparse fué la de *Leona la Brava.* Mas tuve la suerte de que ésta viniera un día a visitarme, no habiéndolo hecho antes por haber estado ausente de Madrid durante algunos meses. Viéndola en su propio ser, sin ninguna mudanza en

su estado de prosperidad y rumbo, comprendí que era pura novela mía picaresca lo de los cuernecitos que le puso a don Alejandro, novelón sentimental el venir a ser mi enfermera, y terrorífico folletín por entregas el truculento caso de la fuga de Casiana con Segismundo. Este buen amigo me desengañó también con su asidua presencia, con la lealtad y gracejo de su conversación amenísima. En cuanto a la entrevista con Cánovas, y a la intervención de las *Efémeras* buenas y malas diré que esto lo trasladaba yo a la esfera de mis relaciones ideológicas con *Mariclío*, estableciendo una especie de equilibrio entre lo cierto y lo dudoso, y saboreando los puros goces que encontré siempre en la verdad de la mentira.

Antes que se me olvide, debo anotar en los anales de mi Madre el estrepitoso fin del drama económico de doña Baldomera, según me lo contó testigo de tanta autoridad como Segismundo. Llegado el momento en que la sutil arbitrista vió agotada la simplicidad de los imponentes, determinó levantar el vuelo hacia una región lejana de la esfera terráquea. Los mismos que en el fervor del entusiasmo la llamaron *nuestra madre*, al ver en la casa señales de tronicio, no se contentaban con menos que con arrastrar a su protectora por la plaza de la Cebada y calle de Toledo, hasta la Fuentecilla. Agregó Segis a sus noticias este comentario, fieramente sarcástico:

—Ved aquí, amigos míos, la mejor muestra de la injusticia del pueblo, que si entregó sus ahorros a la genial banquera hízolo por ambición canallesca y por su idea estúpida de la multiplicación de vil metal. Yo sostengo que mi *jefa* y *principala* no engañó más que a los que ya venían engañados y ciegos desde su nacimiento. Procedió como hábil financiera que ve la parte suya en un negocio sin cuidarse de la parte de los que operan con ella. Según mi cálculo, la buena señora no se ha llevado más que unos siete millones de reales, cantidad mezquina si se compara con los millones desfalcados por agiotistas de más alta categoría social.

—Ya lo creo—afirmé yo—. Ejemplos mil tenemos aquí de *baldomerismo* en grande escala, de Sociedades de Seguros inseguros, en las cuales unos cuantos caballeros de muchas campanillas han arramblado con los ahorros de una o dos generaciones, quedándose luego tan frescos. A esos elegantes *baldomeros* les han dado títulos de condes y marqueses, y andan por ahí con el rango y tratamiento de *excelentísimos señores*.

—A la hija de Larra—prosiguió Segis con profunda convicción—le daré yo el superlativo de *archiexcelentísima*, pues era muy buena para sus empleados, afable con los imponentes, a quienes llamaba sus hijos, y observante del axioma de que *la caridad bien entendida empieza por uno mismo*. Si le dieron siete millones, qué había de hacer la pobrecita más que cogerlos y decir: «Gracias, caballeros; me voy a tomar aires.»

—Ahora os contaré la fuga de la banquera, que fué en la madrugada del cuatro de diciembre, día de Santa Bárbara, festividad muy del caso para esta clase de catástrofes. La señora estuvo con unas amigas en el teatro de la Zarzuela viendo la función, y concluída ésta se fué a su casa, calle del Sordo. Allí se preparó para el viaje, y antes de amanecer salió en un coche de colleras camino de Pozuelo, donde tomó el tren mixto del Norte y ¡Adiós, Madrid, que te quedas sin gente!

—El secretario de la dama, don Saturnino Isiegas, evaporóse también. Se ha dicho que un señor Pallares, que fué jefe de Policía en tiempo de la República, ha favorecido el mutis de la gran histriona de los números. Por mi parte, no he tenido que *desaparecerme*, ni temo que me empapelen como funcionario modestísimo de aquella mágica oficina, porque en el último día de noviembre olí la quema, pedí mi cuenta y presenté la dimisión, pretextando tener que ausentarme para un asunto de familia.

El mutis de doña Baldomera en el escenario social tuvo, como supondréis, sus naturales derivaciones. De ello se hablará cuando la sagaz hacendista reaparezca en el campo de la actualidad. Por el momento, en las agonías del 77 y primeros vagidos del 78, lo más importante para mí era el acentuado restablecimiento de mis ojos, y la reconquista de la facultad visual perdida en largos y dolorosos meses. Los que no han vivido en tinieblas por más o menos tiempo no conocen el purísimo, inefable gozo de ver y contemplar hombres y cosas, lo feo y lo bonito, la naturaleza

toda en la plenitud de sus maravillosos aspectos. Es como vivir de nuevo. Yo resucité, yo renací, y difícilmente puedo expresar mi alegría.

Coincidió mi resurgimiento a la vida con los desposorios de Alfonso y Mercedes, obligado motivo de festejos oficiales, palatinos, y en aquel caso señaladamente populares. Yo no me acerqué a la basílica de Atocha, teatro del espléndido ceremonial, ni vi el desfile de la procesión epitalámica desde el templo a Palacio. Aunque frecuentaba ya la calle y los paseos, no quise meterme en el remolino de las muchedumbres regocijadas, ávidas de contemplar tan lucido espectáculo. Pero sin verlo, la frescura de mi imaginación permitíame apreciar el soberbio cuadro, por el recuerdo de otras cabalgatas del propio estilo en diferentes ocasiones de la Historia.

Desde el Retiro, donde me paseaba con Casianilla, veía yo en mi mente las carrozas de la Casa Real, los arreos del guadarnés, los soberbios caballos que pausadamente tiraban de los coches, el mover rítmico de las cabezas de los brutos, adornadas de vistosos plumachos, las bordadas libreas, las blancas pelucas, el sinfín de jinetes palatinos y militares, los timbaleros y clarines, reyes de armas, monteros de Espinosa, caballerizos, correos y carreristas, los mancebos, lacayos y palafreneros y, por fin, los regios novios y el acompañamiento de coronadas testas, de príncipes, de embajadores y magnates, que componían el cortejo nupcial. Si doña Isabel II brillaba por su ausencia, por su presencia majestuosa resplandecía doña María Cristina, de albo cabello y dulce sonrisa que el paso de los años no había logrado destruir. Don Francisco de Asís ocupaba el puesto que por regia clasificación le correspondía, y el suyo los duques de Montpensier y las infantas hermanas de Alfonso XII.

Si aparté mis ojos, recién abiertos a la luz, de estas magnificencias callejeras, no pude resistir la tentación de presenciar las dos corridas de toros con caballeros en plaza, que fueron el número popular en el programa de los reales festejos. Obra fué del Municipio esta solemnidad taurina. Por cierto que los ediles discutieron calurosamente si debía celebrarse en la Plaza Mayor, teatro antaño de los regios torneos tauromacos, así como de los autos de fe, o utilizar para el caso la nueva plaza de toros, inaugurada en 1874. Prevaleció por fin este criterio, y yo, ávido de gozar el lindo espectáculo, tomé cuatro delanteras de grada, pues además de Casiana convidé a Segis y a Ido del Sagrario.

Llegado el día feliz entré en la plaza con mi pareja y mis dos amigos, arrebatado de un gozo infantil que embellecía y agrandaba todas las cosas. El nuevo circo, que yo veía entonces por primera vez, se me representaba superior en grandeza y hermosura a la idea que tenemos del Coliseo de Roma, y el ornamento de banderolas, escudos, gallardetes, guirnaldas, guardamalletas, lanzas de torneo y demás requilorios, se me antojó lo más bello y gracioso que pudiera imaginarse. El alborozo de mi espíritu convertía las flores de trapo en naturales y olorosas, los tapices de percalina en ricos reposteros de seda y oro.

Si de tal modo transfiguraba mi fantasía las cosas materiales, imaginad mi desenfreno optimista al contemplar el mujerío, que en gradas y palcos dábame la impresión de una corte celestial de belleza y amor. Desde nuestros asientos veíamos perfectamente el palco regio; cuando en él aparecieron Mercedes y Alfonso, rodeados de majestades históricas, aunque cesantes y venidas muy a menos, y de las princesas y príncipes de Borbón y Orleáns, estalló un ciclón de aplausos y aclamaciones que bramaba y crujía como un cataclismo atmosférico.

Después de colocarse en el ruedo, debajo del palco de los reyes, una compañía de Alabarderos en triple fila y en aptitud de firmes. Mercedes dió la señal para el comienzo del desfile. Tras de cinco alguacilillos, aparecieron por la puerta de caballos los timbaleros y clarines de la real casa con uniforme de gala; seguía una carroza conduciendo a dos caballeros en plaza, tirada por cuatro soberbios alazanes empenachados; a los estribos marchaban a pie, como padrinos de campo, *Frascuelo* y otros dos lidiadores, que eran *Regatero* y Hermosilla, según alguien me dijo; venían luego dos pajes con rejoncillos, y cuatro más conduciendo del diestro otros tantos caballos enjaezados con montura de raso y pasamanería de oro y plata.

Vi después lo que enumero con la prolijidad que me permite el continuo pasar de figuras tan pintorescas: otro coche de gala con ocho corceles empenachados, y lacayos ostentando las libreas de los grandes de España que apadrinaban a los caballeros en plaza; gran carroza sobresaliente con adornos y arabescos de plata en su caja, propiedad, según oí, del duque de Santoña; tiraban de aquel armatoste dos troncos de poderosos potros morcillos, y en él iban dos caballeros, vestidos de azul y rojo y de morado y blanco; marchaban al vidrio los espadas Cayetano Sanz, Gonzalo Mora, Angel Pastor y Francisco Sánchez; detrás, pajes con caballos y rejoncillos, coche de respeto, carruaje de los padrinos, condes de Bazalote y Superunda, escoltados por lacayos, mancebos y palafreneros.

Concluían la relumbrante procesión las cuadrillas de lidiadores, formadas por diecisiete espadas, cuarenta y ocho banderilleros, cuatro puntilleros, tres chulos y veintisiete picadores, y a la cola iban mozos de caballos, tiros de mulas de arrastre con preciosos arreos y mantillas, ramaleros y mayorales luciendo ropa de terciopelo y fajas de seda. Pensaba yo que humanos ojos no habían visto nunca mascarada tan espléndida y suntuosa, desfile mareante por lo abigarrado de los colorines, el esplendor del oro y la plata, el movible oscilar de plumachos y el continuo pasar de figuras y figurillas, rígidas unas, flexibles otras, y todas recargadas de tintas chillonas. Casianilla estaba embobada; Ido del Sagrario abría un palmo de boca; Segis, siempre descontento y mordaz, burlábase de aquel lujo estúpido y un tanto chabacano; y yo, que al principio admiraba todo como un chiquillo, acabé por atontarme ante las vueltas, revueltas y movibles luces de aquel rutilante caleidoscopio.

La cabalgata dió la vuelta al redondel, y al llegar debajo del palco real, apeáronse caballeros y padrinos, saludando todos a las majestades y altezas. Los alabarderos abrieron filas, y por la puerta de Madrid salió la brillante procesión, no quedando en el ruedo más que los lidiadores y tres alguaciles a caballo.

Comenzaba la lidia, los caballeros en plaza rejonearon sus toros. Era la primera vez que yo veía tal juego, y fuera de la gallardía de los jinetes y de la soberbia estampa de los bridones, no encontré en ello gran emoción.

El tercer toro rejoneado embistió a uno de los alguacilillos, que fué a caer con caballo y todo entre los alabarderos, produciendo algún estropicio. El mismo torito alcanzó a un caballero en plaza cuando iba a clavar su rejoncillo, le volteó, matándole la cabalgadura, y el airoso campeón, vestido a la chamberga, hubo de ser retirado a la enfermería. La lidia ordinaria me interesó un poco al principio; pero como no entiendo de toros ni frecuento este espectáculo, acabé por sentir aburrimiento y ganas de que aquello terminara. Ido del Sagrario, no más perito en tauromaquia, hacía de cuanto veíamos críticas tan sesudas como la que podría yo hacer de la *Ilíada* de Homero.

En los ratos de hastío convertía mis ojos del ruedo a los palcos y gradas, para pasar revista al pintoresco público. La hilera de palcos ofrecía un aspecto deslumbrador. Allí estaban la Navalcarazo, la Belvís de la Jara, Luisa Campoalange, la Perijaa y las más admiradas hermosuras de la Grandeza, luciendo albas mantillas y adorno de camelias y gardenias en la cabellera y en el seno. No lejos del montón aristocrático vi a *Leona la Brava* con Carolina Pastrana y otras amigas del género *demimundano*. Ocasión es de decir que en aquella época de sus progresos en el arte social, daba la dama de Mula la mejor prueba de su talento vistiéndose con modestia, procurando oscurecerse y pasar inadvertida.

En un palco fronterizo entre sombra y sol vi una tanda de mujeres, ataviadas estrepitosamente con pañolones de Manila, mantillas de madroños, altas peinetas y gran carga de flores en el pelo. Eran las que el año 72 hicieron en la Castellana, a las órdenes de Ducazcal, la famosa manifestación contra la dinastía de Saboya; la *Moño Triste*, la *Condesa del Real Cuño*, la *Sílfide*, *Pepa la Sastra*, la *Cacharrito*, Rosa Huertas, la *Napoleona*, *Paca la Alicantina*, *la Eloísa*, la *Clotildona*, etcétera.

Retrocediendo con mi atenta observación hacia la grey aristocrática, vi en dos palcos a Vicente Halconero y al marqués de Beramendi con sus familias. En las gradas, no lejos de nosotros, ha-

bía tres muchachas picoteras, inquietas y reidoras, que a ratos miraban hacia mí, saludándome con lindas garatusas formuladas con los morros y con los abanicos.

—¿Ves aquellas tres chicas que vuelven hacia acá sus rostros picarescos como haciéndonos burla?—dije a Casiana—. Pues son tres *Efémeras* que han venido disfrazadas de personas, dejando en alguna percha de los espacios sus túnicas flotantes. Pertenecen al grupo de las malas, traviesas y enredadoras. No mires hacia ellas; no les hagamos caso.

Casiana, sin comprender bien lo que yo decía, se dió por enterada.

Observamos luego que en los tendidos, hombres y mujeres comían a mandíbula batiente y empinaban botellas o zaques, sin desatender los incidentes de la corrida. La razón de estas merendonas era que, empezando las corridas a las doce y terminando a las cuatro por causa de la cortedad de los días, trastornábanse las ordinarias horas de almorzar y comer.

Entre los accidentes restantes de la lidia ordinaria, el que más presente ha quedado en mi memoria es el achuchón que dió un toro a los alabarderos, apostados al pie del palco real. Rechazaron éstos con sus hierros la embestida del morucho, que volvió a la carga con más coraje, abriendo brecha. La res sufrió terribles lanzazos, rompiéronse bastantes alabardas, doblaronse otras, volaron los tricornios por el aire, y muchos guardias sufrieron el destrozo de sus uniformes. Pero ni los alabarderos abandonaron su puesto de honor y de peligro, ni el cornúpeto se mostraba propicio a terminar la desigual pelea. Fué preciso que el espada Felipe García colease al codicioso bruto para hacerle abandonar el campo.

Llegó el momento final, que yo vi con gusto porque ya me cansaba fiesta tan prolija y fatigosa por el vértigo de sus complicadas emociones. La inmensidad de la concurrencia dificultaba la salida; largo rato empleamos en pasar de la plaza a la calle, y en las apreturas de aquel atranco, Segis comentaba con negro humorismo el festejo, en su doble aspecto popular y aristocrático.

—¡Cuánto nos hemos divertido!—exclamó—. ¿Verdad, Casiana, que tenemos retortijones de tripas para todo el año? Me alegro de haber venido para no verme obligado a leer en la prensa taurina la descripción de esta chocarrería sublime... Si me dieran el dinero que gastó el de Santoña en esa carroza de cuento de hadas, lo emplearía en comprarle una chichonera de oro, recamada de esmeraldas y brillantes, al alcalde que inventó esta mojiganga de *Las mil y una noches*... aburridas... Me ha entusiasmado Manzanedo, me han hecho tilín los padrinos de la Grandeza, y entre las brutalidades de los lidiadores y las *finustiquerías* de los caballeros en plaza, me quedo con las primeras.

—Los alabarderos han estado monísimos; merecen la Gran Cruz de San Fernando por el *canguelo* que pasaron. Y si hubiera que dar un premio a las figuras culminantes del *jembrerío* de los palcos, yo agraciaría con la *Jarretiera* inglesa a la *Moño Triste*, obligándola a enseñar la pierna para que el público viese imponer entre aplausos la insignia de tan ilustre orden. Yo hubiera organizado este espectáculo en la Plaza Mayor, abriéndolo con un torneo y cerrándolo con un auto de fe, para que la fiesta fuese más nacional y castiza. El último y más lucido número habría sido quemar en elegantes hogueras al duque de Sexto, a Manzanedo, a los Grandes y pequeños de España, a Cánovas, Ducazcal, Romero Robledo, Veragua, Saltillo y el *Marqués del Bacalao*... en efigie, por supuesto.

Cuando ya pasábamos de las apreturas a sitio de algún desahogo, nos encontramos con Celestina Tirado, buscando a Fructuoso y Graziella, que se le perdieron en el tumulto de la salida. Tiempo hacía que no nos veíamos: noté a la mujer *dantesca* más vieja, huesuda y barbuda que en los días de mi última visita al laboratorio de la italiana. Interrogada por Casianita sobre la corrida regia, la zurzidora de voluntades nos dijo:

—A ratos me ha parecido comitiva de boda, a ratos acompañamiento de entierro, porque... créanlo, yo me fijo en todo..., algunas de las carrozas eran coches de la funeraria, pintados de colorines para dar el pego a los bobalicones... La Corte, muy brillante; la reina Mercedes, linda y triste... Motivos tiene para ello... Graziella y yo examinamos detenidamente el pañuelo que agitaba

para cambiar los tercios de la lidia..., ¡ay qué pena!... Por el movimiento que hacían en el aire las puntas del pañuelo, y por los giros y pliegues de la tela junto a la carita de su majestad, vinimos a conocer como éste es día que la pobre Mercedes vivirá muy poco.

—¡Quita allá, bruja indecente!—exclamé yo, indignado—. No nos vengas con vaticinios ni sandeces.

—Por la luz del santo día, Tito; créanlo, que estos signos no fallan: la hija de Montpensier no llegará a San Juan.

XVI

Al abrirse las Cortes el 15 de febrero, ya pude yo decir que había recobrado completamente la salud. Pero como me enojaba el barullo del Congreso, no asistía jamás a las sesiones. Las únicas noticias parlamentarias que puedo daros son que, por renuncia de Posada Herrera, fué elegido don Adelardo López de Ayala presidente de la cámara popular, y que desde los primeros días arreciaron su oposición los sagastinos. Todo ello es, históricamente considerado, flojo, anodino y sin sustancia.

Más interés tuvo la conspiración zorrillista, que desde París enviaba sordos mugidos, llenando de zozobra los corazones monárquicos. Hablábase mucho de los generales Villacampa y Lagunero, y los más timoratos les veían aparecer aquí y acullá como fantasmas sediciosos, capitaneando soldados o paisanaje. Renegaba yo de la vana y artificiosa política de aquellos tiempos, y cuidábame tan sólo de darme buena vida y de pasar el tiempo plácidamente en teatros y honestas diversiones. El 30 de marzo fuí con Casiana al estreno de la comedia de Ayala *Consuelo*, en el Español, y ocupamos dos modestas delanteritas en el anfiteatro principal. La sala rebosaba de selecto público, descollando en sus palcos los reyes, los duques de Montpensier y un lucido acompañamiento de magnates y fantasmones.

Casianilla y yo no apartábamos los ojos de la simpática Merceditas, que en el teatro como en la plaza de toros, en los paseos y en todas partes, se llevaba tras sí los corazones. La obra del gran Ayala gustó mucho, sin llegar al éxito clamoroso y entusiasta de *El tanto por ciento*. Pasaje culminante de la representación fué el monólogo del acto segundo, que dijo Vico de un modo magistral. Aclamado el insigne poeta con aplauso ardoroso, se presentó en el palco escénico, no ciertamente cogido de la mano de los actores, como es costumbre en estas solemnidades, sino solo, enteramente solo, pues su categoría de presidente de las Cortes le obligaba, según se dijo, a recibir los homenajes teatrales en un decoroso aislamiento. La eminente actriz Elisa Mendoza Tenorio subió a las más altas cumbres del arte en la creación del carácter de la protagonista.

Como antes indiqué, yo no perdía ripio para gozar de todo espectáculo artístico de noble cultura. En años anteriores fuí parroquiano ferviente de la Sociedad de Conciertos, que celebraba sus fiestas los domingos de Cuaresma en el teatro-circo del Príncipe Alfonso. La incomparable orquesta que primero dirigió Barbieri, luego Monasterio, Mariano Vázquez y otros maestros, ha sido y es la gran educadora del pueblo de Madrid en el clásico y supremo arte musical. Por ella han venido a ser el más puro recreo de nuestras almas las monumentales, las soberanas sinfonías de Beethoven y lo mejor del repertorio de Haydn, Mozart, Mendelssohn, Weber, Haendel, Schubert y demás genios de la gloriosa pléyade germánica. Después de educarme yo, quise iniciar a Casiana en los misterios de la santa religión de Euterpe. Durante las primeras audiciones, la pobrecilla no lograba tomar gusto al intrincado lenguaje de aquella teología del sonido. Pero poco a poco iba entrando, y acabó por deleitarse con el andante de la *Sinfonía pastoral* y el *allegretto scherzado* de la *Octava*.

Cuidábame yo mucho de dar al espíritu de Casianilla un matiz de cultura, sacándola de la rusticidad y ordinariez en que se había criado. Sus nobles sentimientos, y los estímulos de su alma querenciosa de un vago ideal, me ayudaron en mi tarea. Firme en mi propósito, llevábala con frecuencia al Museo del Prado, y a los tres o cuatro días de andar por aquellas salas mi compañera se asimiló el valor estético de la pintura, supo apreciar a los maestros, y distinguía perfectamente a Velázquez del Ti-

ziano y a Murillo de Rubens, dando a cada uno lo suyo.

Una mañana, cuando nos hallábamos en la Rotonda recreándonos en la variada colección de obras capitales, que no tiene igual en el mundo, sorprendióme la presencia de Vicentito Halconero, que con su mujer y su suegra se deleitaba como nosotros en aquel olimpo pictórico. En cuanto me vió el simpático amigo, vino a saludarme muy cariñoso, y me presentó a su familia; yo, naturalmente, no les presenté a Casiana, y ésta se mantuvo cohibida y avergonzadita, fijos los ojos en el suelo, cual si quisiera recatarse con el invisible manto de su modestia.

Insinuante y efusivo, Halconero me dijo así:

—¡Caramba, Tito, cuánto me alegro de verle! Hasta hace muy poco no supe que ha estado usted enfermo de los ojos... Ya me extrañaba a mí no encontrarle por ninguna parte... Pero lo que es ahora, ya no se me escapa usted, querido. Tenemos que hablar. Usted es un hombre que vale mucho, y no debe estar oscurecido, huyendo de la gente y malogrando en la inacción sus extraordinarias dotes de talento y cultura. Eso no puede ser, no puede ser. Es preciso que hablemos, amigo mío.

Contestéle yo, con mi habitual llaneza, que me encontraba muy bien en la oscuridad y que me infundía temor la idea de salir de ella. Disertamos un rato, y al llegar el momento de la despedida me dijo Vicente:

—Mala cosa es la oscuridad, y de ello tiene usted ejemplo en la dolencia que acaba de padecer. Los hombres que valen deben vivir en plena luz. De eso hemos de tratar detenidamente. ¿Quiere usted que vaya yo a su casa, o vendrá usted a la mía?

Le contesté que tendría mucho gusto en visitarle, y con esto nos despedimos. Casiana y yo continuamos admirando a Van Dyck, Correggio, Velázquez, Rafael y el delicioso y minúsculo cuadro del Mantegna *Las exequias de la Virgen.*

Ocurrió esto a fines de abril o principios de mayo, no me acuerdo bien. En lo restante de mayo llevé a Casiana a la Armería Real, donde le fuí mostrando uno por uno los soberbios arneses, y dándole a conocer los altos héroes que habíanlos llevado sobre su cuerpo en famosas batallas. Visitamos también el Museo Naval, y allí vió Casianilla despojos gloriosos de Trafalgar y los modelos de las antiguas y modernas naves de guerra. En el Museo de Artillería contemplamos recuerdos agradables o lastimeros de la vida de la patria, y en el de Historia Natural, mi compañera se deleitó contemplando los fósiles gigantescos y el rico muestrario de la fauna felina, de la ornitológica y de los organismos inferiores.

Continuando la Historia de España, os diré que la mozuela que yo recogí del arroyo adelantaba con seguro paso en sus conocimientos. Dominaba prodigiosamente la lectura y escritura, don José y yo le dábamos lecciones de Aritmética, de Geografía y de Historia compendiada. Había leído ya el *Quijote,* el *Gil Blas* y algunos libros modernos de poesía o amena literatura. Su instrucción era gradual, lenta y práctica; expresaba su gozo por cada conocimiento recién adquirido, huyendo de las demostraciones pedantescas, todo ello sin olvidar los trajines caseros, que constituían su mayor deleite. Modista de sí propia, vestía con suma sencillez, evitando las formas llamativas y de relumbrón. Como yo, se encontraba muy bien en la oscuridad y le infundía temor la idea de salir de ella.

A principios de junio, circularon por Madrid rumores de que la reina Mercedes no gozaba de buena salud. En nuestras divagaciones por la Castellana y el Retiro, Casiana y yo la veíamos pasar en coche con su esposo, y, en efecto, notamos en su linda carita palidez, tristeza, un indeciso mohín que a mí me pareció algo como despego de la vida. Nos interesábamos por la joven soberana como si fuera de nuestra familia, y el propio sentimiento creo yo que alentaba en todo el pueblo de Madrid. Vino Mercedes al Trono de España como símbolo de paz, sin odios por su parte, sin ningún recelo por parte de la nación. Merecía reinar, merecía vivir...

Después de San Antonio, festividad del padre de la reina, fué más denso el rumor de la enfermedad de ésta, y ya no se ocultaba lo grave del caso. Quién decía que era una afección al pecho, quién que una fiebre maligna; muchos recordaban que otros hijos de Montpensier habían muerto en plena ju-

ventud de calenturas infecciosas, contra las cuales nada pudo la ciencia; algunos, desviando los hechos del terreno lógico al de las conjeturas supersticiosas, afirmaban que sobre don Antonio de Orleáns pesaba una maldición: no podía ser feliz en su vida doméstica el que había sido en la pública desleal, ingrato y locamente ambicioso. Era el duque una capacidad administrativa, hombre ordenadísimo, económico, buen esposo, buen padre, y a despecho de estas apreciables dotes nadie le quería. En la mente popular se claveteaba con remaches duros la idea fatalista de que los hijos inocentes han de expiar las culpas de los padres pecadores.

El 22 de junio aumentó tanto la gravedad de la reina infeliz, que se desconfiaba de salvarla. En la Mayordomía de Palacio agolpábase el gentío aristocrático y oficial, cubriendo de firmas tal número de pliegos que pronto se formaron montes de papel en las anchas mesas. El pueblo soberano, que no firmaba porque no sabía o no le dejaban, hizo pública demostración de su afecto a la reina ocupando silencioso y triste la Plaza de Oriente y sus avenidas. Casiana, Segis y yo recorríamos los grupos de aquella plebe consternada y ansiosa, que, clavando sus ojos en los balcones de Palacio, firmaba según su peculiar modo de escritura. Las impresiones que recogimos aquí y allá pueden ser sintetizadas en esta forma: Merceditas era la cándida paloma que trajo a España el ramo de oliva. Mientras ella calentó el nido huyeron espantadas las víboras de la trágica escandalera dinástica en el siglo XIX.

El día 23 llegaron de París los duques de Montpensier, llamados por un angustioso telegrama del rey Alfonso. Ante la hija herida de muerte disimularon su consternación, y a espaldas de Mercedes pidieron que fuese llamado a consulta el célebre médico republicano Federico Rubio...

El 24 arreció la gravedad de la enferma, con síntomas y caracteres que inducían a la desesperación; se creyó que la reina terminaría su vida en el aniversario de su natalicio: el día de San Juan Bautista cumplía Mercedes de Orleáns dieciocho años. Contra este horrible sarcasmo del Destino protestaron la familia de la moribunda, el mundo palatino, las clases altas y bajas de Madrid y el pueblo entero de España, elevando al cielo todas las formas de plegaria, desde las más solemnes a las más humildes. Hiciéronse rogativas en innúmeros templos, catedrales, parroquias, conventos, santuarios y ermitas; enronquecieron frailes, monjas, capellanes y canónigos de tanto pedir a Dios la vida de la joven reina; y hasta las pobrecitas presas de la Cárcel de Mujeres reunieron, cuarto a cuarto, suma bastante para mandar decir una misa rezada con el mismo piadoso objeto.

En la noche del 24 al 25 se inició ligera remisión en la enfermedad. Las salas próximas a la regia alcoba parecía un campamento; aquí y allá, recostados en los lujosos divanes, daban descanso a sus fatigados huesos Montpensier, la princesa de Asturias, los cardenales Moreno y Benavides, y los palatinos de servicio. Las personas que no se movían a ninguna hora de junto al lecho de Mercedes eran don Alfonso, la marquesa de Santa Cruz y la infanta Luisa Fernanda.

El 25 renació la confianza. Federico Rubio dijo que no se debía tener por imposible la salvación de la reina. A propósito del doctor Rubio, referiré las voces que aquel día corrieron por Madrid. Según el rumor público, el famoso médico se presentó en Palacio vestido de americana y se le dijo que no podía penetrar en la cámara real sin ponerse levita, a lo que don Federico respondió que él no entraba en aquella casa por su voluntad, que le habían llamado para ver un enfermo, y que iba con el traje que usar solía en el ejercicio de su profesión... Después supe, por el propio Federico Rubio, que todo aquello era una fábula, que fué a Palacio como le exigían su dignidad, su educación y el respeto a los compañeros.

Llegada la noche del 25 al 26 disipáronse las esperanzas rápidamente. No había salvación para la reina. Extendida la triste noticia por todo Madrid, el público abandonó los teatros, los cafés y los círculos de recreo. Grandes muchedumbres acudieron a Palacio, invadiendo el patio y galerías bajas. La guardia exterior tuvo que desalojar el edificio; pero el gentío siguió estacionado en la Plaza de la Armería y en la de Oriente...

Desde las primeras horas de la mañana del 26, entrañaba la situación de Mercedes una definitiva, inevitable desesperación. Todas las personas que rodeaban el lecho mortuorio, hijas de reyes las más, magnates o príncipes de la Iglesia las otras, presenciaron enmudecidas por la congoja el lento descender de la reina a la región de la eterna sombra... Mercedes expiró a las doce y cuarto.

En pleno día, el vecindario de Madrid llenaba las calles; se oían más las pisadas que las voces... A punto de las tres de la tarde, el insigne Ayala, desde su sitial de la presidencia del Congreso, pronunciaba una corta oración fúnebre, de la cual entresaco lo que a mi parecer expresa con más delicadeza y ternura el duelo de España en aquel luctuoso día:

«Ya lo oís, señores diputados: nuestra bondadosa reina, nuestra cándida y malograda reina Mercedes, ya no existe. Ayer celebrábamos sus bodas; hoy lloramos su muerte. Tan general es el dolor, como inesperado ha sido el infortunio; a todos alcanza; todos lo manifiestan; parece que cada uno se encuentra desposeído de algo que ya le era propio, de algo que ya amaba, de algo que ya aumentaba el dulce tesoro de los afectos íntimos; y al verlo arrebatado por tan súbita muerte, todos nos sentimos como maltratados por lo violento del despojo, por lo brusco del engaño.

»Joven, honesta, candorosa, coronada de virtudes antes que de la real diadema, estímulo de halagüeñas esperanzas, dulce y consoladora aparición..., ¡quién no siente lo poco que ha durado!... No sé, señores diputados, si la profunda emoción que embarga mi espíritu en este momento me consentirá decir las pocas palabras con que pienso, con que debo cumplir la obligación que este puesto me impone. No es porque yo crea sentir más vivamente el funesto suceso que ninguno de los que me escuchan; porque son tan variadas, tan acerbas las circunstancias que contribuyen a hacer por todo extremo lamentable la desgracia presente, que no hay alma tan empedernida que le cierre sus puertas. Pero concurre una tristísima circunstancia, que nunca olvidaré, a que yo la sienta con más intensidad en este momento.

»Testigo presencial de los últimos instantes de nuestra reina sin ventura, aún tengo delante de mis ojos el lúgubre cuadro de su agonía; aún está fresca en mi mente la imagen de la pena, de la horrible y silenciosa pena que, con varios semblantes y diversas formas, rodeaba el lecho mortuorio: he visto el dolor en todas sus esferas. Allí, nuestro amado rey, hoy más digno de ser amado que nunca, apelaba a sus deberes, a sus obligaciones de príncipe, a todo el valor de su magnánimo pecho, para permanecer al lado de la que fué la elegida de su corazón, y para reprimir, aunque a duras penas, el alma conturbada y viuda que pugnaba por salir a sus ojos. Allí, los aterrados padres de la ilustre moribunda, viva estatua del dolor, inclinaban su frente ante el Eterno, que a tan dura prueba les sometía, y con cristiana resignación le ofrecían en holocausto la más honda amargura que puede experimentarse en la vida. Incansables en su amor, la princesa de Asturias y sus tiernas hermanas seguían con atónita mirada todos los movimientos de la doliente reina, como ansiosas de acompañarla en la última partida. Allí, la presencia del Gobierno de su majestad representaba el duelo del Estado; los presidentes de los Cuerpos Colegisladores, el luto del país...»

A estas expresiones elevadas, patéticas, que revelaban al orador elocuente y al poeta eximio, añadió Ayala otras que podríamos llamar de literatura oficial, proponiendo que enmudeciera la tribuna parlamentaria hasta que el cuerpo de la infortunada reina recibiese cristiana sepultura.

El suceso del día siguiente fué la exposición pública del cadáver de Mercedes en el Salón de Columnas. No exagero al decir que medio Madrid desfiló por la capilla ardiente. Las apreturas fueron horribles; se entraba por la Plaza de la Armería y se salía por la puerta del Príncipe. El sentimiento, derivando a la curiosidad, convertíase en fuerza irresistible que todo lo arrollaba: hubo desmayos, síntomas de asfixia, magulladuras y estrujones tan violentos, que muchas personas hubieron de ser auxiliadas en la Casa de Socorro o en las farmacias próximas.

Casiana y yo llegamos a la plaza de Oriente, y viendo el tumulto no nos atrevimos a meternos en tan terribles angosturas. Minutos después nos encontramos a Celestina Tirado, que salía de Palacio, desgreñada, sudorosa, jadeante. Antes que yo le hablara, llegóse a nosotros con esta retahila:

—La he visto, la he visto. ¡Qué dolor de niña! Está ya medio descompuesta, vestidita con el hábito de la Merced, en una caja de tisú de oro. Por cierto, Tito salado, que cuando en la plaza de toros solté la profecía, sacada de los signos y *céteras* que nunca fallan, me equivoqué en el santo, nada más que en el santo... Quise decir San Pedro, y dije San Juan... Desde que ando en este oficio se me trabucan los santirulicos.

XVII

Una tarde de julio, paseando por el Prado, oímos estas coplas, cantadas por las tiernas niñas que jugaban al corro:

¿Dónde vas, Alfonso Doce?
¿Dónde vas, triste de ti?
Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.
Si Mercedes ya se ha muerto;
muerta está, que yo la vi:
cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.

La simplicidad candorosa de estos versos, en boca de inocentes criaturas, se me metía en el corazón, avivando la doliente memoria de la reina sin ventura, muerta en la flor de la edad.

Otro día, en Recoletos, oí las mismas coplas, continuadas de este modo:

Su carita era de Virgen,
sus manitas de marfil,
y el velo que la cubría
era un rico carmesí.
Los zapatos que llevaba
eran de rico charol,
regalados por Alfonso
el día que se casó.

Recreándonos con tan ingenua cantata dimos la vuelta al corro, y pudimos enriquecer el poema infantil con esta otra cuarteta:

El manto que la cubría
era rico terciopelo
y en letras de oro decía:
«Ha muerto cara de cielo.»

—Fíjate—dije a Casiana—, y convendrás conmigo en que esos lindos cantares contienen más inspiración y mayor encanto que las odas hinchadas y las elegías lacrimosas con que los poetas de oficio lamentaron el prematuro fin de Merceditas, apedreándonos con ripios duros y aburriéndonos con el desfile monótono de imágenes sobadas y terminachos rimbombantes.

Opinó como yo Casianilla, y me dejó estupefacto al preguntarme:

—Dime, Tito, ¿tú conoces a los poetas que hacen esos cantares? ¿Quiénes son, dónde están?

—No lo sé, hija mía—contesté—. Sólo te digo que el pueblo hace las guerras y la paz, la política y la Historia, y también hace la poesía.

Si no referí antes mi primera visita a Vicentito Halconero, fué porque en ella nada hubo digno de mención. Redújose a cortesía de ritual y a remembranzas de sucesos que se desvanecieron en el tiempo. Las posteriores entrevistas tuvieron más interés. Vivía mi amigo en la calle de San Quintín, plaza de Oriente, y cuando le visitaba por la tarde, como a esas horas salía yo siempre con Casiana, quedábase mi compañera sentadita en un banco de los jardinillos, entrando yo solo en la casa.

Requería Vicente mi persona un día y otro para convencerme de la necesidad de que yo me lanzase de lleno a la política activa, afiliándome con él al partido de Sagasta. Apuró Halconero sus razones sin persuadirme, y entre otras cosas me dijo que el propio don Práxedes le manifestó deseos de tenerme a su lado, porque ansiaba fortalecer el partido constitucional con gente moza, atraer a todos los jóvenes de mentalidad a la moderna, aunque hubiesen sido revolucionarios y alborotadores en días no lejanos.

El relleno de sus adeptos, consistentes en progresistas acartonados, necesitaba renovación.

Después de hablar por boca de Sagasta, habló Vicente por la suya diciéndome que si me determinaba podía contar desde luego con un distrito seguro para salir diputado, bien cediéndome el suyo, Laguardia, bien Villarcayo, el de

su suegro, pues éste ansiaba retirarse de la vida pública.

—Como ve usted—añadió—, tengo dos distritos. Escoja el que quiera.

Contestéle que yo agradecía mucho su generoso interés, pero que me repugnaba el *cunerismo* y nunca pasó por mi mente pertenecer a esos rebaños parlamentarios que forma el ministro de la Gobernación como Dios hizo al mundo, de la nada. Sostuve que en España no existe la representación nacional, y que los diputados no expresan más opinión que la de unos cuantos señores; que en las Cortes, no reside ninguna parte de la soberanía, y que la ley fundamental del Estado no es más que una edición bonita y esmerada de las coplas de Calaínos. Todos los poderes residen en el rey y en las camarillas, a las que están subordinados los jefes de las ganaderías políticas.

De estas afirmaciones surgió una discusión entre cómica y seria, y Halconero acabó por arrancarme la promesa de que iría yo con él a ver a Sagasta. Al salir de casa de mi amigo y entrar en los jardinillos para reunirme con Casiana, vi un ruedo infantil que cantaba con dulces vocecitas las coplas que en otra página he transcrito, y estas que ahora copio:

Los faroles de Palacio
ya no quieren alumbrar.
porque Mercedes se ha muerto
y luto quieren guardar.
Junto a las gradas del Trono
una negra sombra vi,
cuanto más me retiraba
más se aproximaba a mí.
No te retires, Alfonso;
no te retires de mí,
que soy tu esposa querida
y no me aparto de ti.

Cumplí a Vicente Halconero mi promesa de visitar a Sagasta, y una mañana fuí con él a casa del jefe de los constitucionales, Alcalá, 52. Había yo tratado superficialmente a don Práxedes en años anteriores. Antes que Vicentito me presentase, Sagasta me reconoció, saludándome como si nuestro trato hubiera sido frecuente y nunca interrumpido. Ya sabéis que la característica de aquel hombre realmente extraordinario era el don de simpatía, el don de gentes, la flexibilidad del ingenio y de la palabra, sin que por ello dejase traslucir su pensamiento en la conversación. Entendía yo que en su afable sonrisa no debíamos ver un accidente, sino un estado constitutivo de la personalidad, y además la máscara impenetrable de su genial astucia.

Don Práxedes rompió la conversación sacando a relucir diabluras y extravagancias de mi temprana juventud, y no fué poco mi asombro al ver que tales simplezas conocía y recordaba. Pronto comprendí que trataba de ganar mi voluntad y atraerme a su esfera por la afinidad de los caracteres y la semejanza de nuestros respectivos modos de expresión. De frase en frase nos metimos en la política, y Sagasta hizo el panegírico de la Monarquía constitucional, prometiendo a España días muy felices. La buena crianza obligóme a una delicada conformidad con las opiniones del riojano, y al observar yo que recogía la sonrisa en su larga boca para departir con grave estilo, pensaba que seguía riéndose por dentro.

Una observación del amigo Halconero llevó a don Práxedes a tocar el tema de mi incorporación a su partido. Yo me excusé, declaradamente inepto para la vida pública, tal como aquí se practicaba entonces; y él, entre severo y festivo, me habló de este modo:

—Ya sé, ya sé que a usted las cavilaciones le han hecho algo metafísico y que los desengaños han matado su optimismo. Déjese de tonterías, amigo, que por ese camino no se va a ninguna parte. Usted sostiene que vivimos en un mundo de ficciones; que la representación nacional, base del régimen, será una farsa mientras hagamos los diputados por un sistema de moldes y cubiletes. Algo hay de verdad en todo lo que usted dice, lo reconozco; pero también afirmo que semejantes males sólo puede remediarlos el partido constitucional, maridaje perfecto entre el poder real y la soberanía del pueblo... No lo dude usted, amigo Liviano, pues mi partido, en la oposición, está haciendo ya una gran obra política. El porvenir es nuestro. Si usted no lo reconoce todavía, lo reconocerá bien pronto. Yo he de intentar la regeneración de este país. ¿Fracasaré? Allá veremos. Lo que aseguro es que si mis esfuerzos resultan fallidos y sucumbo en la demanda, cae-

ré siempre del lado de la libertad.

Con esto y poco más, terminó mi primera visita a don Práxedes. El rápido avance del verano interrumpió mis relaciones con Halconero, porque éste se fué a Laguardia, Vitoria y San Sebastián... Casiana y yo, no queriendo infringir la moda de la emigración estival, partimos para nuestras posesiones de La Sagra, radicantes en el término de un desconocido pueblo llamado Borox. Reducíase el patrimonio mísero de los Conejos a una tierrucas de pan llevar y a una casucha propiedad de la tía Simona. Encantadas entraron Simonica y Casiana en su pueblo natal; pero a mí me pareció muy desagradable. En Borox no se conocía el árbol; había una sola fuente, y el agua de ésta no servía para cocer los garbanzos: utilizábase en tales usos la que brotaba de un manantial distante cinco kilómetros del pueblo, y era transportada por arrieros aguadores que surtían a todo Borox y sus aledaños.

Aunque la pobreza y sequedad de aquel suelo eran lo más apropiado a nuestra ingénita cursilería, yo no me conformé con tan ruin *villeggiatura,* y nos fuimos a Esquivias, lugar próximo, donde Simona tenía parentela. Por mediación de ésta alquilamos una hermosa casa, con huerta, rodeada de viñedos y frutales. Ya sabéis que Esquivias es la patria de doña Catalina de Salazar, esposa de Cervantes, y que allí vivió algún tiempo el príncipe de nuestros ingenios. Gozábamos el alto honor de veranear en una villa famosa en los anales de las letras patrias. El pueblo era cómodo y alegre, y en su vecindario encontramos muchas personas de buena crianza, y algún señorío. Había no pocos veraneantes de Madrid, gente de medio pelo, pero campechana y cortés.

Tan bien nos fué en Esquivias, que nos quedamos hasta la vendimia, muy entretenidos y gozosos. En aquella temporada placentera no teníamos más relación con el resto del mundo que las cartas que de cuando en cuando nos escribía nuestro amigo Segis, desde San Sebastián primero, después desde Zaragoza y Barcelona. Al llegar a Madrid me enteré de acaecimientos que surgían y pasaban sin dejar tras sí más que el comentario fugaz de las lenguas ociosas: que Martos, después de entenderse con Ruiz Zorrilla logró catequizar al duque de la Torre y llevarlo a las trincheras revolucionarias; que los tres celebraron una conferencia en Biarritz, de la cual, según los *ojalateros* de Madrid, resultaría muy pronto el triunfo de la República. Estas ilusiones y otras de rosados matices se desvanecieron en la normalidad perezosa de la vida política en aquellos tiempos de glacial positivismo.

La intentona revolucionaria de Navalmoral de la Mata fué otro caso de la vacuidad histórica que caracterizó aquellas décadas. El 25 de octubre regresó el rey Alfonso de un viaje que hizo a las provincias del Centro, y al pasar en coche por la calle Mayor, cerca ya de los Consejos, un jovenzuelo disparó contra él dos pistoletazos, sin causarle daño alguno. El agresor, detenido al instante, se llamaba Juan Oliva Moncasi, era natural de Cabra (Zaragoza), y, según dijo, estaba afiliado a la Internacional. La emoción de este suceso no duró mucho. El tal Oliva era indudablemente un fanático; pero con menos visos de locura que de tontería. Según mi leal entender, en aquella época de una insipidez mal azucarada, hasta el regicidio era tonto, desaborido y sin picante. Del desdichado Oliva se habló un poco en aquellos días, y otro poco cuando le dieron garrote en enero del año próximo.

El mundo marchaba, dejando atrás a personalidades ilustres que habían cumplido ya su misión en la vida. En agosto del 78 falleció la que fué reina gobernadora, doña María Cristina; en diciembre perdió la democracia al famoso tribuno don Nicolás María Rivero; y a principios del año siguiente, 1879, acabó sus días Espartero, duque de la Victoria y príncipe de Vergara, que durante un cuarto de siglo llenó con su nombre la Historia de España.

Mientras llega ocasión de traer a estas páginas las cosas de Cuba, os diré que la llamada Paz de Zanjón (más bien tregua o convenio al estilo del de Vergara) pactada entre Martínez Campos y los jefes de la insurrección, no era del gusto del Partido Peninsular Español de la Gran Antilla. Sonaron con mayor estridencia que antes las declamaciones patrióticas; Martínez Campos, viendo que el Gobierno de Madrid se mostraba esquivo para realizar lo pac-

tado con los insurrectos, se *atufó*, dió de lado al capitán general Jovellar y a los *españoles incondicionales*, y se vino a Madrid decidido a plantear la grave cuestión ante el rey, el Gobierno y las Cortes.

Cánovas del Castillo, estimando con razón o sin ella que el horno político de España no estaba para bollos autonómicos ni otras zarandajas ofrecidas a los cubanos, mostró su repugnancia a convertir en leyes las estipulaciones del convenio del Zanjón, y para salir de aquel aprieto puso en práctica la consabida artimaña del medio mutis, que había empleado con éxito en los comienzos de la Restauración.

El 27 de febrero planteó don Antonio la crisis total, aconsejando al rey que encargase de formar Gobierno a Martínez Campos. ¡Lástima grande que un hombre como Cánovas desestimara el alto ideal que Martínez Campos defendía; error funesto que don Antonio, por falta de valor para imponerse a los patrioteros, entregase el Poder a un hombre que si en lo militar era eminente, en lo político carecía de trastienda y travesura para luchar con las pasiones humanas! ¡Fatalidad inexorable! Cánovas, no atreviéndose a resolver el gran problema antillano, cedía los trastos de gobernar a quien, sobrado de valor para todo, no podría consumar la magna empresa por falta de aptitudes políticas. De este modo, entre un sabio que no quiere y un valiente que no puede decretaron para un tiempo no lejano la pérdida de las Antillas.

Llevó Martínez Campos al Ministerio de la Gobernación a Paco Silvela, el más joven de los tres hermanos de este ilustre apellido, todos muy notables en la jurisprudencia, la literatura y la política. Fuera de disolver las Cortes y convocar otras nuevas, el Gabinete Campos-Silvela poco o nada hizo, a no ser que se tenga en cuenta su obra negativa. Las reformas políticas de Cuba, que se había comprometido a realizar don Arsenio, pasaron suavemente al panteón del olvido, y ni aun se trató de sacar adelante el proyecto de ley de abolición de la esclavitud, que parecía lo de más urgencia.

En cambio, los ministros pusieron toda su atención en el proyecto que daba por quebrada a la Compañía constructora de las líneas férreas del Noroeste, facultando al Gobierno para otorgar por concurso lo que restaba por construir. De ello resultó que adjudicaron el bonito negocio a un afortunado francés, llamado monsieur Donon, a quien, según se dijo, protegían altísimas personalidades.

Pasando de lo colectivo a lo personal, os contaré que Halconerito insistió en sus deseos de sacarme diputado, aprovechando aquellas elecciones. Yo me negué en absoluto, y nunca me pesó este apego a la dorada oscuridad: así lo digo, porque en mi salvaje independencia llevo dentro una luz espiritual que me hace amable y placentera la vida.

A los que se hayan sorprendido de no ver en mi compañía hace algún tiempo la figura de García Fajardo les diré que poco después de irme yo al veraneo de Esquivias mi grande amigo se reconcilió con su madre, Segismunda Rodríguez, señora de circunstancias, dotada de no comunes talentos para traer dineritos de los bolsillos ajenos al suyo propio, y para decorar su vanidad con fáciles blasones. De esta dama os hablé hace algún tiempo, y aquellas referencias las completo ahora diciendo que doña Segismunda había realizado su dorado sueño de poseer un título nobiliario, aunque fuera pontificio: desde el verano anterior titulábase condesa de Casa Pampliega.

Satisfecho este anhelo, y viéndose ya en la madurez de la vida, sin más afecto que el de su hijo, requirió la compañía de Segis con el ansia de completar su corrección teniéndole siempre consigo. Sacó al rebelde del poder de *doña Leche*, y firme en la idea de apartarle de las malas compañías de Madrid, emprendió con él largos viajes que fueron a un tiempo de recreo y de vanidad. Pasaron sus temporaditas en los balnearios y playas del Norte, visitaron después Barcelona, Zaragoza y otras capitales, y llegado el invierno se fueron a Andalucía, terminando su agradable excursión con la temporada de Semana Santa y ferias en Sevilla.

En cuanto supe el regreso de Segismundo a Madrid, me fuí a verle a su casa, y lo encontré más reformado de indumento que de lenguaje. La madre de García Fajardo, en el descenso de la vida, conservaba la siniestra hermosu-

ra de su rostro ceñudo y desapacible. En otro tiempo compararon su cabeza con la de Medusa, y aún podía sostenerse la comparación; sólo que su cabellera de serpientes había blanqueado. Al visitar por primera vez a mi amigo hablamos de sus recientes viajes, y la señora condesa de Casa Pampliega se despachó a su gusto, contando con prolijidad enfadosa las preciosidades que había visto en el norte y sur de las Españas.

A la tarde siguiente volví a casa de Segismundo, y puedo aseguraros que esta segunda visita fué memorable, digna ciertamente de ser marcada con piedra blanca en mis historias. Al entrar yo se despedía una dama elegantísima, guapetona, de grandes ojos negros fulgurantes, carnosa, espléndida en hechuras, bien plantada... Quedé absorto ante tan seductora belleza, y dije para mí: «Sin saber quién es esta mujer, sé que la he visto en alguna parte. ¿Dónde, Señor, dónde?... No me acuerdo.»

Cuando Segis volvió de despedir a la linda señora, notando mi asombro y perplejidad, me dijo:

—Pero ¿no la conoces? Parece que estás tonto. Es Elena Sanz.

XVIII

—¿Elena Sanz?... ¡Ah!..., sí..., sí—exclamé yo, golpeándome la frente—, la hermosa cantante española... Nunca la vi fuera de la escena; por eso la desconocía.

—En el teatro, querido Tito—me dijo Segis—, su belleza entra en el orden de lo monumental, y al pasar del escenario a la vida es un conjunto de gracias y seducciones que quitan el sentido. Recordarás que la aplaudimos en el Real por primera vez, interpretando el carácter de Leonor de Guzmán, favorita del rey don Alfonso Onceno y madre del bastardo Trastamara y de sus hermanos, que tanta guerra dieron en estos reinos.

—Ya, ya me acuerdo—contesté—. Luego la vimos en la Azucena de *El trovador,* tipo musical a que da extraordinario relieve su potente voz de contralto.

Queriendo mostrar sus concimientos en el arte del *bell canto* aplicado a la ópera, doña Segismunda intervino en la conversación con estas sensatas razones:

—Entiendo yo que eso de *contralto* es lo mismo que *barítona,* o, como quien dice, el barítono de las mujeres. Recuerden lo bien que estaba Elenita, vestida de muchacho en esa ópera tan preciosa..., no me acuerdo... ¿Cómo se llama?

—*Lucrecia Borgia*—contestó Segis—. El papel de Maffeo Orsini le va que ni pintado. ¡Qué elegante mozo, qué frescura, qué gracia!... Como dice *Asmodeo* en sus famosas críticas, Elena Sanz *rayó a gran altura* en el *racconto* del primer acto y en el brindis del tercero.

—Pero donde está incomparable, ideal, es en *Aida*—afirmé yo—. ¡Qué Amneris! Diríase que es la auténtica hija del rey de Egipto... Cuando entra en escena parece que viene de dar un paseíto por el Nilo y de echar un vistazo a las Pirámides.

—Todas esas óperas y otras le hemos oído en Sevilla—me dijo Segismundo—. Cada vez está mejor.

—Además—añadió la condesa de Casa Pampliega—, como vivíamos en el hotel de París, donde ella moraba, nos hicimos muy amigas. Elenita es una mujer simpatiquísima, buena como el pan, toda pasión, generosidad, ternura.

Hijo y madre siguieron bosquejando con cariñosa benevolencia el retrato de *la diva* guapetona y adorable, y yo me retiré porque tenía que hacer en mi casa. Al bajar la escalera parecióme sentir leves pasos al compás de los míos; volví el rostro y nada vi. Cuando llegué a la calle, además de los pasos oí una voz tenue que deslizó en mi oreja estas dulces palabras:

—Soy la *Efémera,* a quien nuestra Madre augusta confía las comunicaciones de índole más delicada. ¿No me ves?

—Vagamente, como un espectro engendrado por la luz solar, veo tu perfil de mármol y tu ropaje azul.

—No es azul; es verde con grecas de plata, fíjate bien. Y la región espiritual que cruzamos con fugaz vuelo mis hermanas y yo es aquella inmensa esfera encendida por el fuego de amor, que crea o destruye las familias humanas... Cuando hablabas con tu amigo y su madre estaba yo presente, pero no pudiste verme. Cuando salías te seguí para comunicarte el pensamiento de la di-

vina *Clío:* ella movió la voluntad de tus amigos a fin de que te dieran a conocer a la gentil artista que, con su gallarda persona y sus acendrados sentimientos, ha de ocupar grande espacio en la Historia...; pero entiéndase bien, en los anales *del ser interno* de la nación. Demasiado sabes tú que la vida externa y superficial no merece ser perpetuada en letras de molde. Lo que aquí llaman política es corteza deleznable que se llevan los aires. Desea *Mariclío* que te apliques a la Historia interna, arte y ciencia de la vida, norma y dechado de las pasiones humanas. Estas son la matriz de que se derivan las menudas acciones de eso que llaman *cosa pública*, y que debería llamarse *superficie de las cosas.*

Aplicando toda mi atención a las palabras de aquella fémina incorpórea, pude hacerme cargo de las excelsas órdenes que me transmitía.

—Bueno—le dije—. Ya sé que la hermosa *diva* de los ojos de fuego trae, además de sus papeles de teatro, otro muy importante en la Historia. Dispuesto estoy a escribir lo que, tocante a esa señora, sea digno de pasar a posteridad; pero ¿de dónde voy a sacar los pormenores y noticias de una vida que desconozco? ¿Ha de relatarme ella misma su propia biografía? Los amigos suyos que también lo sean míos, ¿podrán contarme el pasado de esa mujer seductora, algo de su presente y revelarme los pensamientos y propósitos con que intenta elaborar su porvenir?

Ibamos por la plaza de Santa Ana, y al atravesar el jardincillo donde años después se colocó la estatua de Calderón, la infantil y grácil *Efémera* brincaba, separándose por momentos de mí para pisotear el césped y volver luego a mi lado con paso de cabritilla juguetona. De pronto me cogió de la mano, y como yo le manifestase de nuevo mi perplejidad ante la falta de datos para escribir la vida y hechos de la bella cantatriz, obligóme a sentarme en un banco, y me dijo:

—No te apures, Titín, que aquí tengo yo, y voy a dártelo, el remedio de tu ignorancia.

Acto seguido sacó del seno un cartuchito de papel, y de éste una pluma que me entregó, acompañando la acción con las siguientes diabólicas palabras:

—Tu Madre te envía la péñola que ella usó algunas veces para apuntar los nombres de los reyes enamorados que por sus liviandades perdieron el trono, y los de otros que por las mismas o parecidas flaquezas lo ganaron. Todo lo que con ella se escribe es verdad, aunque otra cosa quiera el que la coge en su mano para llenar de letras un blanco papel. ¿Te vas enterando? Si te propusieras escribir con esta pluma una mentira, ella no te obedecería, y pondría la verdad.

Pronunciando la última palabra, introdujo la pluma en el bolsillo interior de mi levita y desapareció de mi vista... Apenas percibí un rumor, un viso verde rasgando el aire.

Sin detenerme a reconocer la dirección que por el alto espacio seguía la mensajerita de mi Madre, emprendí presuroso el camino de mi casa, espoleado por la inquietud y confusión que la presencia de la linda *Efémera* me causara, y con la esperanza de que cesarían mis dudas en cuanto pudiese probar la maravillosa virtud de la pluma, que a despecho del escritor escribía siempre la verdad. Pocos minutos me bastaron para llegar a mi vivienda, y segundos tan sólo tardé en sentarme junto a mi mesa, requiriendo con ágil mano tintero y papel.

Púseme inmediatamente al trabajo, entregándome el arbitrio de la mágica péñola, la cual empezó a traducir mi pensamiento, o más bien a sugerirme el suyo en esta forma:

«Elena Sanz nació en Castellón de la Plana por los años de 1852 ó 53, y no doy más referencias de su progenie, ni puntualizo la fecha de su nacimiento, porque ello ni quita ni pone un ardite en el valor documental de esta verídica historia. Os diré tan sólo que a mediados del 63 ingresó con su hermanita Dolores en el Colegio de las Niñas de Leganés, sito, como saben hasta los más indoctos, en la calle de la Reina, a mano derecha, bajando de la calle del Clavel a la de San Jorge.

»Acreditados autores dan a entender que la gentil Elenita y su hermana entraron a recibir educación en aquel benéfico instituto por los auspicios o voluntad expresa del representante del Patronato, señor marqués de Leganés, más

conocido por los ilustres títulos de duque de Sexto y marqués de Alcañices. Cuestión es ésa que dejo al libre criterio de los lectores, limitándome a consignar que la nueva colegiala se distinguió por su belleza, por su aplicación al estudio, y singularmente por su magnífica voz y extraordinarias aptitudes para la música y el canto. El maestro don Baltasar Saldoni, profesor del Colegio en las clases de solfa, vaticinó a Elenita un porvenir brillante y provechoso si consagraba su florida juventud y su admirable órgano vocal a la ópera italiana.

»Todo Madrid sabe que en algunas tardes y noches de Semana Santa, acude gran gentío al Colegio de Niñas de Leganés para oír cantar a las educandas motetes, misereres y otras piezas religiosas propias de tales solemnidades. A fuer de historiador de indiscutible veracidad, aseguro que la voz angelical de Elena Sanz, sobreponiéndose a la de sus compañeras, subyugó al público, y que éste llevó de la iglesia a la calle y de la calle a diferentes círculos y salones el nombre de la precoz niña de Leganés, que anunciaba la extraordinaria mujer de teatro en un porvenir próximo. También sostengo, sin temor de ser desmentido, que el año 66, cuando salió Elena del colegio, era una moza espléndida, admirablemente dotada por la Naturaleza en todo lo que atañe al recreo de los ojos, contemplando así lo que Dios le había dado para goce y encanto de los oídos. Muchas familias aristocráticas se la disputaban para gozar de su canto en reuniones y tertulias. Por fin, en alas de su incipiente nombradía, fué llamada a Palacio por la reina Isabel, que la oyó, la celebró, ofreciéndole su protección gallardamente, como siempre lo hizo, para que pudiera llegar pronto a las cumbres más excelsas del arte.

»Por conveniencia o por capricho, averígüelo Vargas, el historiador os anuncia que para seguir su relato dará un formidable salto en el tiempo, omitiendo no pocos episodios de la vida de Elena Sanz, que, si para ella entrañan indudable importancia, no han de traer ningún hilo nuevo al sutil tejido de la historia presente. No tengo por qué decir ni ello hace al caso, cómo fué Elena Sanz a Italia para perfeccionarse en el arte del canto; cómo se dió a conocer en los teatros de aquellos reinos, obteniendo ruidosos éxitos por su belleza y su arte; cómo recorrió triunfalmente varias capitales de Europa y América, y cómo, en fin, volvió a París el año 73, en la plenitud de su hermosura y de su talento musical. En uso del sagrado derecho de preterición me callo lo que importa poco a mis fines, y me apresuro a consignar que uno de los primeros cuidados de Elenita en la capital de Francia fué visitar a su protectora y amiga la reina Isabel en el palacio Basileusky...»

Cuando a este punto llegaba, acercóseme Casianilla muy quedito, y, mirando por encima de mis hombros lo que yo escribía, me dijo:

—Pero ¿qué haces, Titín? No has levantado mano del papel desde que entraste en casa. Eso que escribes, ¿es Historia o qué demonios es?

—Novela, chiquilla, novela — repliqué un tanto confuso—. Ahora me da por ahí. Pero esta invención supera en verdad a la misma Historia.

—¡Bonita cosa será!—exclamó Casiana pasando sus ojos por las cuartillas—. Ya veo que sacas una heroína, y que ésta se llama Elena.

—Nombre supuesto, convencional. Mi heroína es *Doña Leonor de Guzmán*, señora muy bella y frescachona, que cantaba como los ángeles y que tuvo amores con el rey don Alfonso.

—¿Con este rey de ahora, con el viudo de Mercedes?

—No, mujer; no digas desatinos. Fué con otro rey, a quien llamaban Alfonso Onceno, allá en los tiempos de Maricastaña, siglo catorce.

—¿Y esa *Doña Leonor* era cantante?... ¿De malagueñas, de jotas, o de...?

—De ópera, hija mía. Uno de sus mayores triunfos era *La favorita*. ¡Qué arias se cantaba ella sola, qué dúos con el rey!

—Explícame, explícame eso. ¿Dices que el Alfonso cantaba también?

—No, Casiana, no es eso. Déjame ahora. Temo que se me vaya el santo al cielo si me entretengo en hablar contigo... Vete a tus quehaceres... Esta noche te contaré todo el argumento.

Seguí mi trabajo con febril actividad, y la mágica pluma, que ya iba concordando sus verdades con la inspiración mía, trazó estas interesantes cláusulas: «Que doña Isabel II recibió a su ami-

ga Elenita con la efusión más cariñosa no hay para qué decirlo. La convidó a comer; llevóla en su coche a los paseos por el *Bois;* y para que la oyeran cantar invitó en repetidas *soirées* a sus amigas, entre las cuales estaba la famosa soprano Ana de Lagrange, tan querida del público de Madrid. Aplaudida y celebrada pomposamente fué la Sanz en aquella linajuda sociedad. Todo esto es corriente y vulgarísimo. Lo que sigue, no sólo es interesante, sino que pertenece al orden de las cosas de indudable trascendencia en la vida de los pueblos... No reírse, caballeros...

»Ello fué que al ir Elenita a despedirse de su majestad, pues tenía que partir para Viena donde se había contratado por no sé qué número de funciones, Isabel II, con aquella bondad efusiva y un tanto candorosa que fué siempre faceta principal de su carácter, le dijo: «¡Ay hija, qué gusto me das! ¿Conque vas a Viena? Cuánto me alegro. Pues mira, has de hacer una visita a mi hijo Alfonso, que está, como sabes, en el Colegio Teresiano. ¿Lo harás, hija mía?» La contestación de la gentil artista fácilmente se comprende: con mil amores visitaría a su alteza; no, no, a su majestad, que desde la abdicación de doña Isabel se tributaban al joven Alfonso honores de rey.

»Como testigo de la pintoresca escena, aseguro que la presencia de Elena Sanz en el Colegio Teresiano fué para ella un éxito infinitamente superior a cuantos había logrado en el teatro. Salió *la diva* de la sala de visitas para retirarse en el momento en que los escolares se solazaban en el patio, por ser la hora de recreo. Vestida con suprema elegancia, la belleza meridional de la insigne española produjo en la turbamulta de muchachos una impresión de estupor: quedáronse algunos admirándola en actitud de éxtasis; otros prorrumpieron en exclamaciones de asombro, de entusiasmo. La etiqueta no podía contenerlos. ¿Qué mujer era aquélla? ¿De dónde había salido tal divinidad? ¡Qué ojos de fuego, qué boca rebosante de gracias, qué tez, qué cuerpo, qué lozanas curvas, qué ademán señoril, qué voz melodiosa!...

»En tanto, el joven Alfonso, pálido y confuso, ni podía ocultar la profunda emoción que sentía frente a su hechicera compatriota... Partió *la diva*... Las bromas picantes y las felicitaciones ardorosas de *los teresianos* a su regio compañero quedaron en la mente del hijo de Isabel II como sensación dulcísima que jamás había de borrarse... Una de las primeras óperas que Elenita cantó en Viena fué *La favorita.*»

Escrito lo que antecede, suelto la mágica pluma y me permito obsequiar a los conspicuos lectores con este monólogo de mi propia cosecha:

«¡Bien haya, oh tierna Isabel, majestad bondadosa y desdichada, aquel filósofo-político que añadió a tu nombre el lastimero mote de *la de los tristes destinos!*... Digo esto porque en tu larga vida de soberana pusiste siempre tu corazón blando sobre tu inteligencia, y abusaste irreflexivamente del poder afectivo y lo extendiste fuera de tu órbita personal, llevándolo a trastornar y corromper la vida del régimen... ¿Quién te inspiró la diabólica idea de enviar a la linda histrionisa y cantante como embajadora de tus afectos al Colegio Teresiano, donde tu hijo educábase para rey constitucional, grave, reflexivo, guardador de las leyes, primer ciudadano de un país ávido de acomodar su vida a la virtud y a las buenas costumbres? ¿No pensaste que Alfonso se hallaba en la edad crítica de la formación del carácter, expuesto a llevar a la existencia del hombre los arrebatos de la edad juvenil? Sin darte cuenta de ello, ¡oh reina!, movida de tu ardorosa ternura, cumpliste tu sino, en el cual hemos de ver siempre una modalidad incendiaria. Con la tea del buen querer pegaste fuego al templo del Estado.»

Esto pensé, y por lo que valiere aquí lo digo, entre dos parrafadas de la divina péñola forjada por los geniecillos que a su servicio tiene la verdad.

XIX

Puestos los puntos de la pluma sobre el papel, rápidamente fué tomando estado caligráfico la vida de Elena Sanz. De las notas que aparté, creyéndolas de escaso valor para mi objeto, se me antoja sacar alguna en estas páginas para que los lectores se hagan cargo de

la grandeza de alma de mi heroína. «Hallándose de paso en París durante la tremenda explosión revolucionaria de la *Commune*, apareció en los sitios de mayor peligro recogiendo y curando a los heridos, y cuando las tropas de Thiers acometieron y destrozaron a los valientes comunistas, la intrepidez de *la diva* tocó los linderos de lo sublime. Más tarde, le concedió la villa de París distinciones y diplomas por su ejemplar conducta, y de permitirlo la ley se la hubiera condecorado con la Legión de Honor. Añadiré a esto que en todo tiempo distinguió a Elena Sanz una generosidad inaudita; no se presentaba a sus ojos ningún infortunio que no fuese al momento espléndidamente socorrido; el pueblo la titulaba, con sobrada razón, la madre de los pobres.

»De un brinco me planto en el año 79 para deciros...» Al llegar a este punto advertí que no necesitaba de la milagrosa pluma para continuar historiando, pues los hechos que ahora relataré fueron apreciados fácilmente por mi propio conocimiento, o por fidedignas referencias de los amigos. Guardé en lugar seguro el cálamo de la verdad, y con el mío, vulgarísimo y comprado en la tienda, seguí pergeñando los anales de la vida hispana, sin distinguir lo interno de lo externo.

Según los verídicos informes de Segis y de su madre, en Sevilla dejaron de ser platónicas las relaciones de *Alfonso XI* con *Doña Leonor de Guzmán*. Durante algún tiempo permaneció esquiva la hechicera cantatriz, encendiendo más con sus desdenes la exaltada pasión del monarca. Pero al fin, de tal modo extremó Alfonso sus delicadas artes de seducción, artes realmente soberanas, que la pobre Elenita, quebrantada en su tesón de mujer y de artista, *cayó del lado de la libertad*.

Declaro que al saber esto tuve lástima de la hermosa y popular artista. A mi modo de ver, fué gran necedad preferir el título de favorita del rey al de favorita del público. Pronto habría de serle imprescindible el abandono de su brillante carrera teatral. Ved aquí el triste balance: pérdida de doscientos o trescientos mil francos anuales con que le pagaba el público sus gorgoritos; ganancia de una obvención de amor relativamente miserable. A este desnivel lastimoso habría de añadir la oscuridad, la social anulación a que fatalmente le condenaba el implacable principio de la razón de Estado.

¡Oh la razón de Estado! Esta pícara norma del vivir de los reyes, no siempre compatible con los sentimientos humanos, vino a truncar la dicha de la *bella del Re*. Cánovas, y todos los hombres importantes que con él dirigían la política de la Restauración, creyeron indispensable para la felicidad de España que Alfonso XII contrajera segundas nupcias, y que éstas fuesen con princesa católica de la más alta estirpe reinante. Busca buscando, encontraron en la familia de Habsburgo una joven archiduquesa de la empingorotada parentela del emperador de Austria Francisco José. Nuestros palaciegos se hacían lenguas de la distinción, talento y virtudes de la que habían elegido para compartir con Alfonso el solio de España.

Entabladas las negociaciones, pronto se llegó a un felicísimo acuerdo. Decidióse celebrar las acostumbradas *vistas* que preceden a los desposorios regios, y este trámite tuvo efecto en Arcachón, adonde acudió la novia con su madre la archiduquesa Isabel, y don Alfonso con el séquito correspondiente a su alta jerarquía. Resultaron las *vistas* conforme a lo previsto en el protocolo; es decir, que fuéronse gratos el uno al otro. ¡Ya teníamos reina!

Un detalle que no debe preterirse es que el rey fué a la entrevista de Arcachón con el brazo derecho en cabestrillo. En la temporada estival de La Granja sufrió Alfonso aquel año un accidente de caza, que le estropeó la mano, imposibilitándole para escribir durante muchos días. Por cierto que su majestad, hombre poco sufrido y algo voluntarioso, no quería someterse al sistema de quietud y recogimiento que le impusieran los médicos para curarle. Ninguna de las personas que le rodeaban conseguía que el rey refrenase su impaciencia por lanzarse a la vida ordinaria.

Sólo el criado de confianza de Alfonso, llamado Prudencio Menéndez, discreto mediador en las relaciones del monarca con *Doña Leonor de Guzmán*, logró someter a su señor a las prescripciones facultativas, gracias a este arbitrio de mágico efecto. Escribió a *La Favorita* una sentida carta. Entre otras co-

sas, le decía: «Cumpliendo mi primer deber, os comunico, doña Elena, la verdad sobre la importancia que tiene el accidente sufrido por el señor, para vuestra tranquilidad y para que no creáis tantas mentiras como os contarán. Le ruego, señora mía, que cuando le escriba le encargue por Dios no haga ningún esfuerzo hasta que la cura esté *echa*, pues de hacer ensayos podría quedar mal, *digáselo* usted por Dios, que a usted le hará caso.» Para mayor exactitud, no he querido alterar la ortografía arbitraria del documento.

Pertenece esta incidencia al ser interno de España. Ved de qué manera tan chusca el cabestrillo de Alfonso entrelaza la protocolaria etiqueta del ser externo, en las *vistas* de Arcachón con el influjo decisivo de Elena Sanz. Después de lo que relatado queda, el duque de Bailén partió para Viena, al frente de una lucida embajada, con objeto de pedir al emperador Francisco José la mano de la archiduquesa María Cristina. Mientras tanto, se preparaban en Madrid los imprescindibles y tan acreditados festejos reales, con iluminaciones, fuegos de artificio, corridas de toros con caballeros en plaza y demás requilorios que los esponsales de la majestad requieren.

Enorme angustia produjo en toda España la inundación de Murcia, en la noche del 14 al 15 de octubre de 1879. Desde que reventó el pantano de Lorca en el siglo XVIII no se había visto en aquella comarca catástrofe tan terrible. Innumerables familias perecieron arrastradas por las aguas. Fué una especie de parodia del Diluvio Universal, sin arca de Noé, pero con aluvión de suscripciones, rifas, espectáculos y sinfín de arbitrios que se idearon en toda Europa y en América, para socorrer a los infelices huertanos supervivientes de aquel espantoso cataclismo. Aún duraban las tómbolas y las cuestaciones cuando la razón de Estado, y su inseparable compañera la Iglesia, unieron con lazos indisolubles al rey don Alfonso de Borbón y a la archiduquesa doña María Cristina de Habsburgo-Lorena.

Suprimo la cansada letanía de los festejos: el coruscante cortejo nupcial, las áureas carrozas, los pintorescos palafrenes, el derroche de percalinas, arcos de embadurnadas lonas, farolillos pitañosos y demás garambainas para recreo de transeúntes aburridos. Apenas efectuadas las nupcias mayestáticas, Martínez Campos y Silvela, que no habían hecho cosa de fundamento en la esfera gubernamental, se retiraron por el foro, volviendo Cánovas a ocupar el Poder con su inseparable acólito Romero Robledo. Reanudadas las tareas parlamentarias, empeñáronse vivas discusiones políticas por si fuiste o no fuiste, y por si hicimos o dejamos de hacer. En una de aquellas sesiones ocurrió el famoso incidente llamado *el sombrerazo*. Hallábase no sé qué diputado contendiendo con don Antonio Cánovas, cuando éste, dejándose arrebatar de su altanería, agarró el sombrero, y con mirada despectiva y ademán impropio de aquel lugar que algunos llamaban augusto, salió del salón seguido de los demás ministros, dejando al orador con la palabra en la boca. Gran escándalo, desenfreno de vocablos no muy parlamentarios y retirada de todas las minorías.

Quedaron los ánimos un tanto agriados... La muerte no quiso que terminara el año sin arrebatarnos algunas personalidades ilustres. El 29 de diciembre murió el general Zabala, una de las glorias más puras de nuestro ejército, y el 30, Adelardo López de Ayala, presidente del Congreso y figura culminante en el Parnaso español. Más le lloró la Patria como poeta que como político. El mismo día 30 quiso hacer de las suyas el fanatismo sectario: al entrar en coche por la puerta del Príncipe del palacio real Alfonso XII con su esposa María Cristina, les disparó dos tiros un vesánico, Francisco Otero González, natural de Santiago de Nantín, aldea de la provincia de Lugo. Las alevosas balas no tocaron a los reyes. El criminal fué detenido en el acto. Revelóse como un inconsciente, incurso, cual su precursor Oliva, en el pecado de estupidez. Repito que los regicidas de aquellos tiempos, en que hasta la exaltación política era rutinaria y pedestre, más bien parecían engendros del Limbo que del infierno.

En los comienzos del año 1880, hízose más patente la invasión del positivismo en las almas de los afortunados políticos que entonces estaban en candelero. El sabio consejo de un estadista francés, que dijo a sus contemporáneos: «Enriqueceos; que ningún hombre público

agobiado por la pobreza puede hacer la felicidad de su patria», fué tomado al pie de la letra por los que aquí pastoreaban el rebaño nacional. El bendito monsieur Donon, a quien se adjudicó en concurso la terminación de las líneas férreas del Noroeste, dió pruebas de ser hombre sagaz, y al propio tiempo muy agradecido. Al constituir su Consejo de administración, repartió las plazas de consejeros, dotadas espléndidamente, entre lo más granado de la situación conservadora, dando también su poquito de turrón a los liberales, y mucho más a la gente palatina.

Recuerdo yo las caras risueñas y complacidas que tenían en aquel tiempo todos los agraciados con los premios gordos de la lotería *dononiana*. Recuerdo también que un conspicuo gacetillero hizo un chiste que ha quedado de repertorio. Disputaban varios amigos en el salón de Conferencias del Congreso para determinar cuáles eran los segundos apellidos de las dos ramas borbónicas. Alguien dijo que todos llamábanse Borbón y Este, y nuestro gacetillero contestó en el acto que el rey de España se llamaba don Alfonso de Borbón y del Noroeste.

Platicando yo un día de tales cosas con mi amigo Segis, recordamos el caso de doña Baldomera. La sagaz arbitrista, cuya fuga relaté a su tiempo, había vivido tranquila en Ginebra, comiéndose el fruto de sus ardides financieros. *Libre, feliz e independiente* permaneció en Suiza, amparada por las leyes de aquel país, donde no había extradición. Alguien le hizo creer que en España ya no se acordaban de ella, y que podía recorrer a su antojo toda Europa si así le venía en gana. Alucinada por esta idea, marchó a París. En mal hora lo hizo. Cuentan que, por denuncia de su hermana Adela, *la dama de las patillas*, fué doña Baldomera Larra detenida y puesta a buen recaudo. Tramitada la extradición, trajeron a la pobre señora a Madrid entre gendarmes y guardias civiles.

Díjome Segismundo que solía visitar a la cautiva en la cárcel de mujeres, por agradecimiento a las bondades que tuvo con él en los días felices del Banco Popular. Ultimamente habíala encontrado sosegada, risueña, expresándose con el donaire y la afabilidad que usar solía tiempos atrás en su conversación. Creyó entender Segismundo, por el tono y actitud de la sutil financiera, que ésta, repartiendo con arte y discreción los dineritos que aún poseía, esperaba ser absuelta libremente.

—Pues nada más justo—dije yo—. ¿Qué razón hay para condenar a esa señora? La cárcel debe ser para todos o para ninguno. Sí; que la absuelvan, y en cuanto esté libre, que restablezca su Banco, y otra vez se le llenará la casa de dinero.

Los progresos del positivismo en nuestra sociedad conocíanse, no sólo en las caras sonrosaditas y alegres de los que se procuraban enormes sueldos para dulcificar la vida, sino en las incorporaciones de diversos grupos al partido constitucional, de que resultó el inmenso conglomerado llamado *fusionismo*. Antes de esto, Martínez Campos, procediendo con gallardo desinterés y harto de las arrogancias de don Antonio Cánovas del Castillo, se agregó a la hueste sagastina.

Tales movimientos del ánimo pertenecen al ser interno de la nación, preferente objeto de mis investigaciones en la tarea histórica. Cultivando gozoso el huerto de la vida intrínseca, seguiré el cuento de Elenita, que en este año de 1880 me ofrece particularidades de incitante interés. Ya sabía yo que la simpática y bondadosísima doña Isabel II no veía con malos ojos los deslices de su hijo Alfonso con Elena Sanz, y que no había retirado a ésta el cariño que le profesaba desde que fué lucida colegiala en las Niñas de Leganés. Nacido el primer hijo de aquel delirio morganático, doña Isabel hizo manifestaciones muy sinceras y expresivas, aunque reservadas, en favor de Elena Sanz. A este primer vástago le pusieron el nombre de Alfonso.

Robustecí mi conocimiento de tales cosas requiriendo la maravillosa péñola, que un día me escribió este trozo de palpitante verdad: «La reina madre Isabel II comisionó a un venerable sacerdote que había sido su confesor, don Bonifacio Marín, para que visitara a don Alfonso XII, interesándole por la que ella llamaba *su nuera ante Dios*.» El dichoso cura expresó a Elena Sanz sus impresiones de la visita en una carta fechada en 4 de abril, de la que transcribo este sustancioso parrafito:

«He sido recibido y oído con gratitud

y amabilidad inexplicables, cuyo júbilo particular le comunico *por orden expresa*, a la par que con toda mi espontaneidad.»

La pluma me ha suministrado referencias de otra carta del criado y confidente del rey, Prudencio Menéndez, en la que éste, después de notificar a Elenita que *el señor* se proponía escribirle con extensión, terminaba así, haciendo referencia al bastardo Alfonso: «Celebro mucho que esté tan bueno *el señorito*, y que la distraiga a usted, que bien lo necesita...» La péñola me dió asimismo noticia de otra epístola del marqués de Alta Villa, fechada en el Palais de Castille, de París, en la que se lee un membrete que dice: *Gran maître de la real casa de doña Isabel II*. En esta epístola, el *grand maître* pide a Elena Sanz que recomiende con eficacia al rey una porción de cosas de mucho interés para él, para el señor marqués, naturalmente. Luego hace referencia a una cestilla de dulces que Elenita le envió para doña Isabel, y concluye con estas cariñosas admoniciones: «Adiós, Elenita. Tengan ustedes juicio. Acuérdese usted y tenga *él* presente que puede usted perder su voz y su carrera... y esto tiene consecuencias bien desagradables.»

La razón de Estado sorda y ciega ante los casos idílicos tocantes al augusto fuero de la pasión humana, continuaba elaborando tranquilamente la vida externa de España, ora con hechos de carácter político, ora con otros de un orden familiar. Entre éstos debo señalar el parte que publicó en la *Gaceta* la Facultad de Medicina de la Real Cámara, notificando al país con tonos jubilosos que su majestad la reina doña María Cristina se hallaba en estado interesante.

XX

En los mismos días en que la pregonera del vivir oficial comunicaba al pueblo español albricias y congratulaciones, por la probable felicidad de que nuestros reyes tuvieran pronto y quizás masculina sucesión, empezó a correr por Madrid rumor muy denso de los amores de Alfonso con *Doña Leonor de Guzmán*, y hasta llegó a decirse que había nacido el primer bastardo, el primer *Trastamara*. ¡Bonito porvenir te esperaba, oh nación española!

Revolviendo en mi mente tan inauditos casos, y pensando en las complejidades que podrían ocasionar en tiempos próximos o lejanos, despertóse en mí cierta conmiseración simpática por la reina doña María Cristina. ¿Tendría conocimiento la augusta señora de los hechos que delataba el obstinado mosconeo popular? Sospechaba yo que sí. La sospecha se trocó en certidumbre un día que me encontré con mi antiguo amigo Quintín González esposo de la sensible planchadora Nieves, con la que yo tuve algo que ver en los tiempos para mí venturosos de don Amadeo I. Quintín ya no era portero de Palacio, sino ujier de antecámara, cargo cuyas funciones le aproximaban a las reales personas. Díjome *que la señora lo sabía*. Poco que se encastillaba dentro de su dignidad, como reina de cuerpo entero, no dejando traslucir agravios de cierta índole, que rebajan más al que los manifiesta que a quien los infiere.

Deseaba yo ver de cerca a la reina María Cristina. Una tarde, mi buena suerte me deparó la ocasión de satisfacer esta curiosidad en el real sitio de Aranjuez. Fuimos Casiana y yo a pasar el día en aquellos amenos lugares, y un amigo residente en el pueblo nos proporcionó papeletas, con las cuales podíamos ver los jardines y la casita de abajo, no el palacio, por estar allí los reyes. Paseamos tranquilamente por la isla, y el señor que nos acompañaba nos dijo que no veríamos a sus majestades, pues desde por la mañana hallábanse en La Flamenca, con los duques de Fernán Núñez y unos príncipes austríacos.

Admirábamos Casianilla y yo los gigantescos álamos que parecían tocar las nubes, las copiosas y murmurantes aguas que por una y otra parte embelesaban la vista, cuando divisamos a los reyes, con lucido acompañamiento, que en dirección contraria a la nuestra venían. Al llegar las regias personas cerca de nosotros, nos detuvimos para dejarles paso y saludar con todas las ceremonias que nuestra buena educación, a falta de monarquismo, nos exigía.

La reina pasó muy cerca de mí, y en su elegante persona se saciaron mis ojos. Agradóme en extremo su porte señoril

y su aire de dignidad y nobleza. A nuestro saludo contestó la soberana con una reverencia graciosa y afable. Casianilla, con la boca abierta y los ojos espantados, veía alejarse a María Cristina, admirando tanto su persona como su ropaje. Luego me dijo:

—Bien se le conoce el nacimiento, la estirpe, que es, como tú dices, la más encumbrada del mundo.

De regreso del paseo di a mi compañera una compendiosa lección histórica de la Casa de Austria. Rebañando en mis vagos recuerdos hablé del rey de Romanos, del entronque de la Casa de Borgoña con la de Castilla, de doña Juana la *Loca*, del emperador Carlos V, de su hermano don Fernando, heredero de la corona imperial, y luego de toda la serie de Habsburgos y Habsburgos-Lorenas hasta la familia reinante a la sazón en Austria.

Aquel verano nos arrastró a San Sebastián y a sus baños de ola la condesa de Casa Pampliega. No me pesó ir con Segis y su madre, porque así nos dimos el pisto de veranear en el sitio de moda y de refrescar nuestra sangre con las aguas cantábricas. Fueron muy de mi gusto la frescura del ambiente, la belleza del país, la cultura de la ciudad, la buena educación de sus habitantes. En cambio, no me hizo maldita gracia la sociedad que allí se congregaba, que era la misma gente frívola de Madrid, con sus cargantes etiqueteos, sus rutinas y sus cursilerías.

Al volver a la villa y corte me encontré sorprendido por el fausto suceso del alumbramiento de la reina María Cristina en 11 de septiembre. El parto fué muy felíz, según los luminosos dictámenes de la Facultad de Medicina de la real cámara y los concienzudos informes de la Prensa. Mas como vino al mundo una niña, quedaron chasqueados y cariacontecidos los que esperaban anhelantes sucesión masculina para la corona de España. Apenas nacida la tierna criatura, descendiente de tantos reyes y emperadores su dorada cuna se meció en un campo de Agramante por el recio altercado que sostuvieron políticos y palatinos sobre si correspondía o no a la nueva infantita el título de princesa de Asturias. Contra el sentir general, Cánovas sostuvo la negativa, robusteciéndola con los grandes elementos de su vasta erudición. El heráldico litigio encendió los ánimos de toda la gente ociosa y formulista y nunca hubiera terminado a no cortar la cuestión Alfonso XII con fallo inapelable.

Mayores disturbios y disputas más agrias produjeron las ridículas cuestiones de etiqueta suscitadas en las solemnidades de la presentación y bautizo de la infanta, a quien dieron el nombre de María de las Mercedes. Los cardenales Moreno, primado de las Españas, y Benavides, patriarca de las Indias, se tiraron las mitras a la cabeza—valga la figura—por si correspondía al uno o al otro el honor de administrar el Sacramento. Ambos prelados y sus parciales se lanzaron a enfadosas polémicas en lo restante del año 80, sosteniendo cada cual sus pretendidos derechos.

Contienda tan ridícula no había yo visto en mi vida. Me divirtió de lo lindo. Pero aún me regocijó más el enojo de los capitanes generales, porque, habiendo tomado asiento en no sé qué banco preferente de la real capilla, un palatino obligóles a cambiar de sitio, diciendo que aquél era el puesto de los mitrados. ¡Jesús, la que se armó! Los príncipes de la Milicia, así como los de la Iglesia, que en este pobre Estado español no tenían nada que hacer, pues sus funciones eran puramente decorativas y pintureras, mantuviéronse alborotados y de puntas hasta el año siguiente, sin que les aplacaran las gracias y mercedes que el Gobierno derramó sobre ellos a manos llenas.

¡Delicioso país este rincón occidental de Europa! Daba grima leer la Prensa en aquellos meses. Todos los periódicos llenaron columnas y columnas con los piques de este general y de aquel obispo, con las conferencias y cabildeos entre los agraviados y el jefe superior de Palacio o el presidente del Consejo de Ministros para domesticar a las fieras de la vanidad. Por si fuera poco esto, los consejeros de Estado elevaron una imponente protesta a su majestad el rey por habérseles dado un puesto poco decoroso en la real capilla, y, si no estoy equivocado, también los claros varones de la Sociedad Económica de Amigos del País solicitaron mayores preeminencias en los actos de fanfarronería oficial. Yo dije a Casiana:

—Un país sin ideales, que no siente el

estímulo de las grandes cuestiones tocantes al bienestar y a la gloria de la nación, es un país muerto. La Prensa, consagrada a glosar y comentar los incidentes de estas chabacanas querellas, exhala de sus columnas un olor cadavérico. Prensa, Gobierno, partidos, altos y bajos poderes, todo ello anuncia su irremediable descomposición.

Para mayor ignominia, las mercedes concedidas por el rey en celebración del natalicio de la infantita ofrecen nuevo ejemplo de la degradante frivolidad a que habían llegado las clases superiores del Estado. El reparto de dos toisones, de no sé cuántos collares de Carlos III, de grandes cruces, encomiendas, bandas de María Luisa, grandezas de España y títulos de Castilla dió margen a una rebatiña vergonzosa. Tal espectáculo era el signo más característico de unos tiempos en que las *turbas* que se llamaban directoras no tenían otros móviles que el egoísmo, la farsa y el delirio de las distinciones farandulescas.

Con la feria de fatuidades coincidió aquel año la era de las expansiones gastronómicas. Todos los españoles grandes o mediocres que tenían algo que manifestar a sus amigos o al pueblo derramaban su elocuencia sobre los blancos manteles, ante unos comistrajes indigestos y mal servidos. Balaguer, en Valencia, Barcelona y Lérida; Vega de Armijo, en Córdoba; Romero Robledo, en Sevilla; Castelar, en Alcira, y Carvajal, en Málaga, lanzaron sus trenos patéticos o jocosos tras el solemne momento de *descorchar el champagne*. Luego *gemían las prensas* reproduciendo en largas columnas toda esa caudalosa palabrería que, con excepción del verbo soberano de Castelar, era como remolinos de hojarasca que se lleva el viento.

Mis relaciones con Segis y con su madre se estrecharon más en aquel otoño. La condesa de Casa Pampliega, a pesar de su finchazón nobiliaria, no repudiaba el trato con mi pobre Casianilla. Cierto que no la presentó en sus salones heteróclitos, adonde concurrían familias de nobles tronados y de tenderos enriquecidos. Pero cuando yo iba con mi compañera por las tardes a la mansión condal, recibía su visita la señora con mucho agrado, gustosa de la llaneza, buen apaño y suave condición de la señorita de Conejo. Indudablemente, doña Segismunda, mujer desprovista de toda cultura, simpatizaba con Casiana al verla tan instruidita y al oírla expresarse con un claro sentido, que para ella era el colmo de la sapiencia. Excuso decir que la improvisada condesa se había hecho conservadora furibunda y que sentía por don Antonio Cánovas un entusiasmo delirante.

—¡Qué hombre, qué talento, qué elocuencia!—solía exclamar—. ¿Y dicen que es bizco? No, señor. ¡Qué bizco ni qué niño muerto! Es un caballero que ve largo y mira muy por derecho.

Desde que volvió de San Sebastián, la condesa de Casa Pampliega frecuentaba el santuario y colegio de las Hermanas del Corazón de Jesús, en la calle del Caballero de Gracia. A esto la movía, más que su propio misticismo, el afán de codearse con damas de la más alcurniada sociedad de Madrid. Por hacer el papelón apencaba con los enfadosos ejercicios espirituales, y asiduamente se dejaba ver en las diarias solemnidades de novenas, triduos, cuarenta horas, etc. En este trajín hizo amistades con varias señoronas beatas y con algunos de los jesuítas predicadores, que constantemente estaban metidos en aquella santa casa. Por cierto que, según oí, un padre de los más sagaces puso los puntos a doña Segismunda para sacarle dinero; pero a tanto no llegaba la piedad *fashionable* de la flamante condesa. La discreta y astuta dama paró el golpe... Mas ya se lo dirían *de misas* cuando se hallase *in articulo mortis*... Entonces sí que no se escapaba... ¡Pobre Segis! Como se descuidara le dejarían en cueros vivos.

A propósito de Segis, diré que su indómita rebeldía se iba modificando por las flexibilidades de aquella época positivista. Evolucionó con suavidad hacia el arte o ciencia del buen vivir, y acabó por entregarse a un filosofismo atrozmente cínico. Dejábase llevar por la condesa a las beaterías del Caballero de Gracia y de otras iglesias de moda, afectando cierta contrición y propósito de enmienda que a muchos engañaba, y a mí, que tan bien le conocía, causábame el efecto más cómico que puede imaginarse. El principal objeto de esta farsa era vigilar constantemente a su madre, para estar al quite de los ataques con que los sagaces caballeros de

la falda negra amenazaban al saneado caudal de Casa Pampliega.

En las francas expansiones que conmigo tenía Segismundo, se quitaba la máscara hipócrita para revelarme con esta leal llaneza los móviles de su conducta:

—Ni tú ni yo, querido Tito, podemos esperar nada del estado social y político que nos ha traído la dichosa Restauración. Los dos partidos, que se han concordado para turnar pacíficamente en el poder, son dos manadas de hombres que no aspiran más que a pastar en el presupuesto. Carecen de ideales, ningún fin elevado les mueve, no mejorarán en lo más mínimo las condiciones de vida de esta infeliz raza, pobrísima y analfabeta. Pasarán unos tras otros, dejando todo como hoy se halla, y llevarán a España a un estado de consunción que, de fijo, ha de acabar en muerte. No acometerán ni el problema religioso, ni el económico, ni el educativo; no harán más que burocracia pura, caciquismo, estéril trabajo de recomendaciones, favores a los amigotes, legislar sin ninguna eficacia práctica y adelante con los farolitos... Si nada se puede esperar de las turbas monárquicas, tampoco debemos tener fe en la grey revolucionaria. ¿Crees tú, Titillo, en la revolución?

—Yo no—contesté resueltamente—. No creo ni en los revolucionarios de nuevo cuño ni en los antediluvianos, esos que ya chillaban en los años anteriores al sesenta y ocho. La España que aspira a un cambio radical y violento de la política se está quedando, a mi entender, tan anémica como la otra. Han de pasar años, lustros tal vez, quizá medio siglo largo, antes que este régimen, atacado de tuberculosis étnica, sea sustituído por otro que traiga nueva sangre y nuevos focos de lumbre mental.

—De acuerdo, querido—dijo Segis—. Por eso yo he cambiado mi rebeldía por un epicureísmo que me asegure el regalo y el reposo del presente y el porvenir. Quiero vivir bien y sin fatigas; quiero asegurar la posesión venidera del caudal que afanó mi madre... como Dios le dió a entender; quiero construirme, en fin, un bello refugio contra la miseria. ¿Qué me importa doblegar la frente ante un curángano vestido de ropones negros o colorados, ni prestarme a prácticas de puro formulismo y exterioridad, si esto que yo llamo etiqueta litúrgica, no exenta de belleza en algunos casos, jamás penetra en mi libre espíritu? Al principio me violenté no poco para lograr acomodarme a las beaterías de mi señora madre. Pero luego fuí entrando por grados, insensiblemente... Todo se reduce a una farándula más entre las múltiples que regulan la conducta social del hombre civilizado, como, por ejemplo, la buena educación, el respeto a las personas que ostentan alguna dignidad, aunque sean unos gaznápiros; el someterse a las modas del comer, del beber, del vestir y del calzar y otras tonterías que hacemos de continuo, sin parar mientes en nuestra imbecilidad.

No iba descaminado el amigo García Fajardo en su apreciación de las cosas de España; pero las ideas que expresó para justificar su proceder me parecieron más ingeniosas que razonables. Pocos días después de lo que acabo de contaros supe que la enfundada condesa de Casa Pampliega había concebido el plan de casar a su hijo con una señorita honesta y de buen ver, hija única de opulento matrimonio, muy notado por su catolicismo a macha martillo y por sus conexiones con toda la gente de Iglesia. Nació este proyecto de las amistades que doña Segismunda contrajo en el Sagrado Corazón con damas ilustres y con algunos reverendos de la compañía.

La candidata a la mano de Segis llamábase Ritita, y en sus padres se habían reunido los linajes de Erro, Sureda, Socobio y Landazuri, todos ellos, como sabéis, rabiosamente absolutistas. Parentesco tenía también Rita con los Emparanes, Trapinedos y Pipaones, y llamábase sobrina de los marqueses de Beramendi y de la marquesa de Villares de Tajo. Andando días me aseguraron que la boda de Segis era un hecho. Directamente acudí a mi amigo para que me sacara de dudas diciéndome la verdad, y con gran estupor mío habló de esta manera:

—No es todavía un hecho, querido Tito; pero podrá serlo pronto, muy pronto. He consagrado largas cavilaciones a madurar el asunto, y al fin, tanto se ha obstinado mi madre y tales razones me han expuesto mi tío Beramendi y mi tía María Ignacia, que he acordado rendirme a discreción. La muchacha

es buena, muy rezadora y amiga de comerse los santos. En su vida leyó más libro que *El Año Cristiano*. Pero a mí ¿qué me importa? Parece que le he caído en gracia y que me quiere un poquitín.

Contagiado del fantástico catolicismo de Segis, me persigné, diciéndome con picante ironía: «¡Alabado sea Dios! Ya veo bien clara la *lenta pero continua* evolución de nuestra bendita sociedad hacia las ollas del ultramontanismo.»

XXI

Tratábamos una mañana Segis y yo de esta interesante y hasta cierto punto divertida mudanza, cuando se llegó a nosotros la condesa de Casa Pampliega cargada con un rimero de polvorientos librotes, que puso sobre un velador, diciendo:

—Mi marido, que en gloria esté, heredó de su hermano Ramón la mar de libros viejos, que yo he conservado largo tiempo en la buhardilla, entre los montones de trastos inservibles. Ayer mandé a Micaela que los bajase para dárselos al trapero con unos miriñaques míos y los bragueros y otras prendas de mi difunto. Pero cuando la chica y yo quitábamos la mugre a los librachos, pensé que estos mamotretos son muy del gusto de don Antonio Cánovas, el cual tiene en su casa gran acopio de ellos y los cuida como a las niñas de sus ojos. Se me ha ocurrido que debo, no vendérselos, sino regalárselos, pues seguramente estimará mucho el obsequio. Si te parece bien, Segismundo, llévaselos tú mismo y ofréceselos en mi nombre, poniendo en cada uno tarjetas de las nuevas que ayer me trajiste con mi nombre, título y corona condal.

A esto dijo García Fajardo con agria displicencia que, aunque él se dejaba llevar del curso evolutivo de las aguas sociales, no tenía maldita gana de presentarse a don Antonio ni a ningún otro fantasmón de la ganadería conservadora. En tanto, yo levantaba las tapas de pergamino para ver los títulos de aquellos vetustos infolios, y leí los rótulos que siguen: *Diversas fazañas y Tractado de los rieptos y desafíos*, por mosén Diego de Valera, cronista de la reina católica. *Memorial en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*, por Alfonso Carranza (Madrid, 1640). *Clavellinas de recreación*, por Ambrosio de Salazar (Ruán, 1614). *Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastre*, por Martín de Andújar (Madrid, 1640). *Diálogo de la verdadera honra militar*, por don Hierónimo de Urrea (Venecia, 1566), y otros rarísimos títulos, entre los cuales distinguí el de la obra del reverendo padre Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, *Tractados de la mesa, del vestir e calçar e de la mormuración*.

Examinados los libros, dije a doña Segismunda que no tenía yo inconveniente en ofrecer a don Antonio las obras con que la señora condesa le obsequiaba. Dos veces había visitado yo a Cánovas, y, sin duda, me acogería con agrado, pues a pesar de su fama de mal genio, era hombre cortés y de cortesana educación. Conformes hijo y madre en darme credenciales de embajador de la casa Pampliega cerca del presidente del Consejo, me personé en el número dos de la calle de Fuencarral el segundo domingo de Adviento, 5 de diciembre, porque me constaba que las mañanas de los días festivos pasábalas el gran don Antonio en el recreo de su magnífica biblioteca. Recibióme con gran displicencia el famoso criado Ramón, dándome a entender que era notoria osadía intentar acercarse al presidente sin traer etiqueta o marchamo de personaje muy calificado de la situación. Con risita guasona levanté el papel que era envoltura de los librotes para que Ramón viese el título con que yo pretendía ser llevado a la presencia del grande hombre. En cuanto el fámulo vió los arrugados pergaminos, desarrugó el entrecejo y me dijo:

—¿Viene usted a vender al señor sus libros?

—No, no. Vengo a regalárselos de parte de la excelentísima señora condesa de Casa Pampliega. Son obras muy raras y pienso que algunos de estos incunables no figuran en la biblioteca del presidente.

Suplicándome que esperase un momento, se internó Ramón en la casa para anunciar a su amo la visita de un bibliófilo. Instantes después me encontraba en la presencia del insigne polí-

tico y erudito historiógrafo. Había yo entrado con cierto temor en la morada del estadista, pensando que mis anteriores visitas al *monstruo* fueron fantásticas, obra de mi desbordada imaginación o artificio dispuesto por las *Efémeras*, obedientes a misteriosos dictados de mi divina Madre. Contra lo que yo esperaba, don Antonio me reconoció al instante, y con llaneza y afecto me dijo:

—Hola, señor Liviano... Mucho gusto en verle... ¡Ah! ¿Libritos viejos? ¿También padece usted mi chifladura? Veamos, veamos qué es eso.

Con ágil mano alzó Cánovas las tapas de los volúmenes para examinarlos, y al llegar al de fray Hernando de Talavera exclamó lleno de júbilo:

—¡Ay..., esto no lo tengo, no lo tengo! Conocía la obra por citas que de ella hacen otros autores... *Tractados de la mesa, del vestir e calçar e de la mormuración*. Es un libro interesantísimo. ¡Cuánto lo agradezco!... Los demás que me trae usted creo que los tengo todos, menos éste: *Carro de las donas*, por fray Francisco Ximénez, obispo (Valladolid, 1542)... ¡Ah! Tampoco poseía este otro: *De las cosas que traen de las Indias que sirven al uso de la Medicina*, por Monardes (Sevilla, 1569)... En cambio, poseo una edición lindísima del *Libro del arte de las comadres*, por Damián Carbón, y dos ejemplares, uno de Venecia y otro de Amberes, del *Diálogo de la verdadera honra militar*, de Hierónimo de Urrea... Difícilmente podría usted traerme una obra de arte militar que yo no tenga... Déme usted ahora las señas de la señora condesa de Casa Pampliega, que quiero ofrecerle personalmente mis respetos y darle las gracias por su valioso regalo.

Pensaba yo en el loco entusiasmo de la vanidosa doña Segismunda al saber que sería visitada por el presidente del Consejo, cuando éste, reteniéndome con bizarra cortesía, se dignó mostrarme los primores de su rica biblioteca. Vi preciosos incunables, manuscritos de inmenso valor, y los cuadernos de las Cortes de Castilla, Aragón, Valencia y Navarra, con las pragmáticas y cédulas reales emanadas de sus acuerdos. Convencido regalista, Cánovas puso ante mis ojos un verdadero tesoro diplomático y bibliográfico de las custiones habidas entre España y Roma desde los reyes Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II hasta Felipe V y Carlos III.

A propósito de esto entablamos una conversación, iniciada por él gallardamente. Sentados junto a la gran mesa central del salón de la biblioteca, don Antonio me honró más de lo que yo merecía, oyendo mis opiniones sobre la independencia del poder civil. Orgulloso de la gentileza con que me hablaba considerándome equivocadamente como historiador de la actualidad palpitante, me atreví a expresar esta idea:

—¿Y qué me dice usted, señor don Antonio, de la irrupción de los frailes expulsados de Francia por las leyes y edictos del pasado noviembre?

—Reconozco la gravedad del problema que se nos presenta—me contestó Cánovas, mordiéndose el bigote y afirmándose los lentes sobre el caballete de su nariz—. Pero ha de reconocer usted, como historiador imparcial, atento a la circunstancialidad de las cosas públicas y a la estructura interior de cada partido, que yo no soy el llamado a cerrar el paso a la caterva de regulares despedidos de Francia. Por ahí se dice que los constitucionales, llamados ahora fusionistas, verán calmada muy pronto su impaciencia por gobernar a la nación. Créame usted: no encontrarán en mí esos señores la menor resistencia para sustituirme en el puesto que ocupo. Dos cosas deseo: el descanso mío y ver el estreno del nuevo partido en las funciones del Gobierno. Si Sagasta no reniega de su historia, su primer cuidado al llegar al poder será poner diques a la inundación frailesca, ateniéndose estrictamente a la letra del Concordato. Cada cual debe permanecer en su terreno propio, gobernando conforme a sus ideales y a sus compromisos. La realidad histórica, el carácter y sentido de las fracciones políticas que me han dado su apoyo para consolidar la Restauración, me impiden realizar con acento vigoroso la política regalista. Sagasta es el llamado..., ¿no lo cree usted así?

Con expresivas cabezadas asentí a las observaciones del presidente, el cual siguió mostrándome curiosos ejemplares de su soberbia librería. Cual padre amoroso, encariñado con sus tiernas criaturas, me presentó el precioso incunable *Coronación de D. Iñigo López de*

Mendoza y coplas de Juan de Mena, editado en 1489. Después admiré el *Doctrinal de Caballeros*, del obispo de Burgos don Alonso de Cartagena, impreso en 1487, fijándome en las anotaciones que el propio don Antonio puso en las guardas de tan interesante y arcaico libro. Vi también la *Invención liberal y arte del juego de axedrez,* por Ruy López de Segovia, clérigo, *vecino de la Villa de Çafra,* dado a la imprenta en Alcalá de Henares el año 1561, y otras joyas preciadísimas del arte de imprimir en los siglos XV y XVI.

En este punto hirió mi olfato un fuerte aroma de tomillos. ¿Eran los tomillos del monte Hymeto?... Creí entrar en la esfera de las alucinaciones: al olfato se agregaron los ojos, haciéndome ver una figura de mujer, arrogante, de luengos paños negros vestida, que de las estanterías sacaba los libros para ponerlos en las manos del poseedor de tanta riqueza tipográfica. Entregado de lleno al trastorno de mis sentidos o a la percepción del vidente que explora el mundo ultraterreno, reconocí a mi excelsa Madre, que hacía el servicio de auxiliar bibliotecaria. *Mariclío* clavó en mí una mirada de fuego, trasmitiéndome los pensamientos que literalmnte traslado:

«Toda esta ciencia arcaica y este fárrago, que tuvieron su porqué y sazón en siglos remotos, ¿le sirven al buen don Antonio para consumar y sutilizar sus artes de estadista y gobernador de los reinos hispanos, o sería el mismo sujeto que descuella hoy al frente de los negocios públicos si estuviera privado del continuo trato con los treinta mil volúmenes que adornan las paredes de esta noble vivienda? Las venerables antiguallas de arte de guerra y de las armas e ingenios militares de tiempos remotos, ¿ayudan al conocimiento y régimen de los ejércitos de nuestros días? Voy creyendo que esto no es más que un bello delirio de coleccionista, ávido de gozar tesoros raros no poseídos por otro alguno, monomanía que satisface los amores de la erudición platónica, con poca o ninguna eficacia en el arte de aplicar las sabidurías trasnochadas al vivir contemporáneo.»

Llegó el momento de despedirme del patriarca de la Restauración, el cual me reiteró su afecto, invitándome a repetir mis visitas en su casa o en la Presidencia, donde esperaba recibir poco tiempo más.

Al salir yo de la biblioteca repitiéronse los fenómenos periespirituales, pues, si no me engañaron mis ojos, la divina *Clío,* gallarda y bienoliente, despidiendo de su ropaje el aroma de las hierbas del monte Hymeto, me condujo de la mano hasta el vestíbulo, entregándome al celoso guardián de su excelencia, conocido en el mundo político por su nombre de pila.

Ramón, más complaciente a mi salida que a mi entrada, me abrió la puerta, y tranquilamente descendí la escalera, satisfecho de haber aumentado el tesoro bibliográfico de don Antonio Cánovas del Castillo.

XXII

En la calle me esperaba Casiana, algo intranquila por mi tardanza.

—Ya sabes—me dijo—que doña Segismunda está en ascuas por saber cómo ha recibido este buen señor los librotes del tiempo de Maricastaña. ¿Nos volvemos allá?

—No—repliqué—. Vámonos calle arriba para que se me despeje la cabeza. Estoy un poco mareado de ver infolios y legajos que, a mi parecer, no sirven más que para llenar de telarañas el entendimiento... Nos llegaremos hasta la *Era del Mico* o el *Campo del Tío Mereje,* y confortaremos nuestros cuerpos ateridos con la benéfica luz del sol. No nos faltará espacio para pasear a gusto y charlar sabrosamente cuanto nos dé la gana.

—Por esos lugares no me lleves, Tito —indicó mi Casiana, un tanto medrosa—. Ahí se reúnen las brujas, según me has dicho, y yo no quiero trato con esa caterva.

—No temas nada, chiquilla—le respondí riendo—. Una mujer ilustrada, como tú, no debe asustarse ante las viejas carroñas que, ya cabalgando en sus escobas, ya montadas una sobre otra, acuden a la cita del Gran Cabrón. Fíjate, además, en que los aquelarres son funciones esencialmente nocturnas, y a estas horas, en pleno mediodía, no hay que temer las visitas de las almas del otro mundo ni de las vejanconas

puercas que hociquean con el diablo.

—Pues vamos allá, que aunque no tengo la debida ilustración, donde tú estés yo no me asusto de nada.

—Muy bien. Pero no me niegues la verdad de tu cultura, Casiana mía, que anoche bien te luciste en la tertulia íntima de la señora condesa, cuando contendías discretamente con aquellas dos damas de la aristocracia *que acaba de salir ahora*, una de las cuales soltó el disparate de que los Reyes Católicos eran los padres de Felipe Segundo y de Fernando Séptimo.

—Fué la que llaman marquesa de San Epifanio la que echó de su bonita boca ese garrafal desatino. Yo no me atreví a corregirla más que con una frase por tabla, y tú remataste la suerte. La otra, señora muy entonada, que se enriqueció con el comercio de petróleo, lleva el apellido de Cucúrbitas, es muy redicha y punto fuerte en las modas del vestir, y no se le escapa ninguno de los requilorios y perendengues que ahora se llevan. Sus lindas niñas se educan en el Sagrado Corazón.

—Donde aprenden Catecismo a todo pasto, nociones incompletas de aritmética y geografía, mascullar el francés, un machaqueo de piano para romper los oídos a toda la familia y etiquetas y saluditos a estilo de *París de Francia*... Al cuidado de los buenos padres, éstos aguardan a que las educandas sean señoras para meter las narices en sus hogares, adueñándose del marido y de los hijos, y, por fin, esperan cachazudos y tenaces a que se hagan viejas idiotas para quitarles todo lo que tienen.

—Así es y así será. Y ahora te digo que la de San Epifanio anda muy a la cola en ortografía. Ayer vi casualmente una tarjeta que escribió a doña Segismunda, en la cual noté que pone hombre sin hache, y ayer con hache y elle. La de Cucúrbitas dice *ivierno, ferroscarriles* y *Espirituisanto*.

—Ya lo ves, Casianilla: con lo poquito que tú sabes eres muy superior a esas señoronas hartas de dinero, que nos miran a nosotros por encima del hombro. Compárate y verás bien clara tu superioridad. Vuelve la vista al pasado y te harás cargo del inmenso adelanto que has conseguido desde que te saqué de la abyección y la miseria para elevarte hasta donde ahora te encuentras. Ido te enseñó a leer y escribir, y entre ese buen hombre y yo te dimos las nociones elementales con que apareces superior a todo este señorío hecho de pronto, que sólo brilla por el oro ganado sabe Dios cómo.

Andando, andando, y, cuando íbamos frente al Hospicio, pasó junto a nosotros, rapidísima, una figura de mujer, que me tocó en el codo y siguió su camino con la velocidad del viento. De lejos me miró sonriente: era una *Efémera*. No bien rebasamos el terreno antaño llamado los *Pozos de Nieve*, donde a la sazón se construían hermosas casas, pasaron con loca presteza y travesura, no una, sino dos o tres *Efémeras*, rozándome con dedos ligerísimos, como para hacerme cosquillas. Desaparecieron delante de nosotros, perdiéndose entre los grupos de traseúntes y dejando tras sí ecos de risas livianas y de interjecciones burlescas.

En estos prodigios del orden quimérico no se fijó Casiana, y sí lo hizo con atención discreta en que era la hora de comer y debíamos volvernos a casa. Aferrado a una idea tenazmente alojada en mi cerebro, propuse hacer rabona en nuestra hospedería, y, retrocediendo algunos pasos, nos metimos en el bodegón llamado La Criolla. Pedimos para sustentarnos dos raciones de *batallón*, un besugo, vino y café.

O yo me había vuelto tarumba, o en una mesa no distante de la nuestra estaban dos *Efémeras* vestidas de negra túnica, manducando tortilla con jamón, a la que siguieron sendas raciones de pepitoria. En lo restante del local almorzaban tranquilamente hombres y mujeres, sin reparar en las fantásticas hembras, que eran tal vez proyección de mis alborotados pensamientos.

Mientras comíamos con buen apetito, di a Casiana una lección de Historia, enlazando, como es uso y costumbre de todo buen narrador de las cosas públicas, lo presente palpitante con lo pretérito fosilizado ya en las capas geológicas del tiempo.

He aquí fielmente copiados mis pinitos históricos:

—Nuestra respetable amiga doña Segismunda, la marquesa de San Epifanio, la de Cucúrbitas y otras tales, están locas de contento con la venida de los frailes que, lanzados de las Galias

a puntapiés, pasan la frontera esperando encontrar aquí comederos bien provistos por la piedad española. Esas y otras damas de la misma flaca mentalidad, se aprestan a rascarse el bolsillo para favorecer a los inmigrantes consagrados al servicio de Dios nuestro Señor. Doña Segismunda entiendo que no se correrá mucho, porque es larga en el prometer y muy encogida en el dar. Otras señoras, las antes citadas, así como las Empanares, Zuredas y Landazuris, serán algo más pródigas en el socorro de la frailería galicana. Pero todas ellas juntas no llegarán a la inaudita magnanimidad de la eximia duquesa de Pastrana, que ha legado íntegramente los cuantiosos bienes raíces, urbanos y suntuarios de su ilustre casa, opulenta rama del árbol del Infantazgo, a los caballeros de Loyola. Esta sacra y militar orden ha venido a ser casi tan poderosa como el Estado mismo.

»Constituyen el cuantioso donativo el soberbio palacio donde moró Napoleón Primero cuando vino a poner sitio a Madrid en diciembre de mil ochocientos ocho, inmensos terrenos de labor y de monte en el término de Chamartín de la Rosa, donde ya se trata de formar una población suburbana; otro palacio en la plaza de Leganitos, esquina a la calle de los Reyes; las casas de la calle de Isabel la Católica y de la Flor Baja, fincas rústicas en la provincia de Guadalajara, una millonada en riqueza mobiliaria y muchos cuadros de mérito, entre los cuales había uno de Rubens, muy famoso, que los felices herederos vendieron a Rothschild en tres millones de reales.

—Pero ¿esa señora—dijo Casianilla espantada—no tenía parientes a quienes legar su riqueza?

—Sí que los tenía. A unos sobrinos, no sé si en segundo o tercer grado, les favoreció la duquesa con piadosas mandas para que no les faltase un cocido. No hizo más la señora por la prisa que tenía en subir al cielo para recoger el galardón de su extremada santidad. Los ignacianos, caballerosos y caritativos en este caso, determinaron educar gratuitamente a los hijos de la olvidada parentela, y a una sobrina de la santa testadora quieren casarla con un caballero chileno muy rico para que todos queden contentos.

Despachado el *batallón,* y antes de emprenderla con el besugo, proseguí mi leccioncita con el siguiente paralelo histórico, que, a mi parecer, no carece de enjundia:

—Recordarás, Casianilla de mis entretelas, que cuando comencé tu educación hice que te fijaras en las correrías de diferentes pueblos por el territorio de esta Península. Bien enterada quedaste de la entrada de los fenicios, de los romanos, de los cartagineses, de los visigodos y, por fin, de los árabes. Luchó la primitiva raza española con tales pueblos, sin lograr impedir que ocuparan y explotaran una parte o el todo de nuestro suelo durante años, lustros o siglos. Determinan dichas ocupaciones las diferentes etapas o períodos históricos de España. Pues bien: el regalo que ha hecho la duquesa de Pastrana a los caballeros de San Ignacio marca el dominio de éstos en el solar hesperio por un lapso de tiempo que nadie puede precisar. En la santísima dama linajuda y generosa tienes otro Midácrito, otro Asdrúbal, otro Sertorio, otro Ataúlfo, otro Tarik, y ella nos trae una nueva intrusión de gente, a la cual habrá que vencer y despedir como fueron vencidos y mandados a paseo los anteriores bárbaros.

»Presumo yo que los guerreros de la faja negra, traídos ahora por una dama, cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido, extenderán su dominio a todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando a las generaciones nuevas, interviniendo la vida doméstica y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará a una fácil conquista. Preparémonos, ¡oh Casiana de mis pecados!, y pues sufrimos esclavitud, seamos cautos y comedidos con nuestros dominadores, hasta que llegue, si es que llega en vida nuestra, el momento de darles la zancadilla. Cuando salgamos de paseo y nos encontremos con un ignaciano, yo me quitaré el sombrero y tú darás una discretísima cabezada en señal de aparente sumisión, rezongando para nuestro sayo: «Adiós, reverendo; vive y triunfa, que ya te llegará tu hora.»

XXIII

Mientras tomábamos café salieron presurosas las dos *Efémeras,* y una de ellas, en quien creí reconocer a la que me dió la pluma milagrosa en la plazuela de Santa Ana, dijo, tocándome en el codo:

—Aprisita, que es tarde...

Al pasar las dos rapazuelas del bodegón a la calle, advertí que sus flotantes túnicas se trocaron de negras en verdes.

Reparadas las fuerzas con el sabroso condumio, Casiana y yo seguimos paseando. Nuestra lenta y maquinal andadura nos llevó por los *Pozos de Nieve* y la antigua Ronda de Santa Bárbara hasta encontrarnos, sin saber cómo ni por qué, en el *Campo del Tío Mereje,* lugar asoleado y polvoriento, que en verano suele ser invadido por los jayanes que apalean alfombras, y en todo tiempo es academia donde los maestros de tambor enseñan a los quintos el paso redoblado, el paso lento y demás filigranas del sonoro parche guerrero.

Al llegar nosotros al ejido, que antaño debió ser Eras de Madrid, vimos tan sólo unos hombres que machacaban cañas para tejer cañizos de cielo raso. Nos entreteníamos en contemplar aquella ruda faena, cuando Casianilla, mirando al cielo, exclamó asustada:

—¡Cristo bendito! ¿No ves el sinfín de aves que giran en el aire trazando círculos con aleteo y greguería infernal? Parece que bajan hacia nosotros. ¿Serán éstas las brujas que de día vienen a reconocer el lugar donde han de reunirse por la noche en juntas y concilios demoníacos?

Alcé yo mis ojos al cielo y dije a mi amiga:

—No son brujas, Casiana. Son las *Efémeras,* espíritus mensajeros de lo que en el mundo llamamos la actualidad. Traen y llevan el suceso del día. Aquí se congregan, sin duda, para distribuirse el trabajo y ver adónde transmiten sus raudas informaciones. No tengas miedo, que aunque algunas veces son portadoras de mentirijillas o falsedades inocentes, no hacen daño a los mortales, sino, antes bien, los entretienen y halagan. ¿Ves cómo abaten el vuelo, acercándose cada vez más a nosotros? Parece que quieren conversación. Has de saber, hija mía, que son muy traviesas y habladoras.

Gradualmente descendían las sílfides en su giro vertiginoso y nos aturdían con aquel rumor, que no sé si era cháchara o graznido, bullanga de risas o estridentes exclamaciones de alegría burlesca. Con rápida inspiración pedí a los tejedores de cañizos que nos prestasen dos cañas, y pertrechados Casiana y yo con estas inocentes armas acometimos a cañazo limpio a las *Efémeras,* cuando ya pasaban rozando nuestras cabezas.

Por fin logré atrapar a una, cogiéndola por la túnica, y la traje al suelo. Era lindísima, sus mejillas coloradas echaban fuego, sus ojos luz, sus cabellos negros y rizosos delataban las manos del viento juguetón.

—¿De dónde vienes tú?—le dije—. ¿Has visto entrar en España muchos frailes?

—Sí, señor don Tito—respondió ella con amable donosura—. Yo pertenezco al grupo *Céfiro* y trabajo en la parte de los aires que ustedes llaman Noroeste. En La Coruña vi entrar una partida de hombrachos vestidos de estameña y con unas correas llenas de nudos. Eran franciscanos. Llegaron en un vapor. Salieron a recibirles muchos señores beatos, y las damas pías les enviaron a su alojamiento jamones y tortas de dulce. Al día siguiente desembarcó otra caterva de frailes, con diferentes vestiduras, y marcharon a Santiago, llamados por el arzobispo, que les tenía dispuesto un hermosísimo convento. Mi hermana, que estaba en Vigo viéndoles venir, presenció el desembarco de *un porción* de gandules que dijeron ser de los de Santo Domingo. Al instante partieron para Pontevedra, donde ya les tenían apercibida casa cómoda y mesa bien provista de cuanto Dios crió.

Casiana logró atrapar otra ninfa, rubia como las espigas, de ojos azules, la cual, antes que la interrogasen, se arrancó con esta graciosa respuesta:

—Yo soy del grupo *Bóreas,* que vosotros decís Norte, y en la frontera de Irún he visto entrar una patulea sin fin de frailucos. Unos traían baberos blancos, melenitas que les tapaban las orejas y sombreros tricornios que parecían cosa de máscara. Dijeron que venían a España para poner escuelas y enseñar a los niños. ¡Bonitas cosas les

enseñarán!... Luego entraron otros, vestidos de blanco y canelo, lucios y fornidos como mozos de cuerda. Parece que éstos son carmelitas. Salieron a recibirles la mar de señoras aristocráticas y ricachonas, que les besaban los rosarios, tocándoles y haciéndoles fiestas como si les hubieran conocido toda la vida. A ellos se les saltaban las lágrimas de contento y miraban a todos lados en busca de alguna mesa donde pudieran matar el hambre atrasada que de Francia traían... ¡Pobre España: buena nube de langosta te ha caído!

Sin necesidad de esgrimir nuestras cañas, otras *Efémeras* fueron bajando, alegres y decidoras. Una de ellas, de cabello castaño y ojos verdes, ondulante y saltarina, vestida de túnica roja, nos dijo:

—Mi puesto de vigilancia está entre las regiones de *Cœcias* y *Apellotes*, que es como decir Nordeste y Este. Vi entrar por el golfo de Rosas una barcada de dominicos y otra de trinitarios, que fueron bien acogidos en la playa y marcharon a ponerse bajo la custodia de los obispos de Gerona y de Vich. Mis hermanas y yo presenciamos en Barcelona la llegada de una banda de capuchinos procerosos, bien cebados y con unas barbas hasta la cintura. Al pasar por la Rambla les arrearon una silba espantosa. Los frailes barbudos, azuzados por mujeres y chiquillos, tuvieron que buscar refugio en la iglesia del Pino, adonde acudió el gobernador con policía para sacarlos de aquel trance y llevarles con mucho mimo al palacio episcopal. El señor prelado, después de tenerlos varios días en su casa a mesa y mantel, les alojó solícito en varios conventos de Cataluña.

Otra de las mensajeritas aéreas nos contó que en Tortosa dieron fondo unos benedictinos jacarandosos, que, según se dijo, venían a montar en Tarragona fábrica de licores tan ricos y celebrados como los que en Francia elaboraban...

Compareció seguidamente una nueva *Efémera* de túnico negro recamado de oro, quien, después de declarar que venía de la región de *Eurus* (Sudoeste), nos informó de que en Cartagena habían penetrado mesnadas de agustinos recoletos, los cuales tomaron al punto el caminito de Orihuela, donde el obispo les tenía prevenido un holgado monasterio. Allí se instalaron todos los que en él cabían. Los demás recibieron albergue en el seminario, hasta que se les habilitara definitiva vivienda en un convento de Alicante. Añadió la informadora que, tras de los agustinos recoletos, llegó un nutrido cargamento de los frailecicos de babero y tricornio. Parte de éstos quedaron en Cartagena, bajo la tutela y amparo de una junta de damas sumamente pías y rezadoras, y los otros tomaron el tren para irse a Murcia, pues allí les esperaban con los brazos abiertos individuos del Comité conservador y el prelado de la diócesis.

Recorriendo el cuadrante hacia la región *Notus*, entiéndase Sur, otra ninfa de los aires, no menos graciosa que sus hermanas y muy bachillera, nos contó que por Almería había penetrado un buen golpe de monjas, llamadas descalzas, aunque todas llevaban medias y zapatos. Venían afligidas del mareo y de la inanición. Pero al punto se las socorrió con cuanto pudieran necesitar. Con ellas desembarcaron unos frailucos mal trajeados, desnudos de pie y pierna, *si que también* muertos de hambre. Las esposas del Señor encontraron su nido y agasajo en la propia ciudad de Almería y los frailachos se metieron tierra adentro a la querencia del obispo de Guadix.

Con todo lo referido no es completa la información *efemeridea*. Yo la resumo y sintetizo, agregando otras noticias y datos que nos dieron las vagarosas hijas del viento. Por Sevilla hubo también inundación de religiosas clarisas; a Valencia llegaron trapenses y paúles; la frontera de Francia, por Navarra y la Seo de Urgel, dió paso a espesas caravanas de salesianos, premostratenses, terciarios, redentoristas, adoratrices, trinitarias, capuchinas, ursulinas y otras muchas castas y familias del inmenso mundo monástico.

Cuando ya las aladas mensajeras comenzaban a remontarse de nuevo en los aires, apareció la *Efémera* mía, la de Tafalla, que en aquella ocasión me pareció capitana de todas ellas, la que al pisar el suelo tomaba apariencias marmóreas y formas del más puro helenismo.

—¿Adónde vais ahora?—le pregunté tembloroso.

Ella me contestó con suprema tranquilidad:

—Vamos a llevar por todo el mundo las nuevas de esta plaga de insectos voraces que devastará tu tierra.

Y quitándole a Casianilla la caña que ésta conservaba en sus manos, la figura estatuaria azuzó a las *Efémeras* rezagadas. Todas remontaron el vuelo en alegre remolino bullicioso.

XXIV

Las vimos subir rápidamente hasta una región muy alta del espacio, donde se fraccionó la bandada en grupos que partieron hacia distintos puntos del horizonte.

Emprendimos Casiana y yo nuestro regreso al centro de Madrid, buscando la vuelta de Recoletos por la Ronda de este nombre y las inmediaciones de lo que fué huerta de las Salesas. Por aquella parte, la Villa trataba de embellecerse y abría en los solares polvorosos la cimentación para nuevas y elegantes casas de vecindad. Charlando de las peregrinas cosas que habíamos visto y oído caminábamos a la ventura, guiados, más que por la intención, por el instintivo movimiento de nuestros propios pasos.

Sin darnos cuenta de ello, costeamos la maciza fundación de doña Bárbara de Braganza, y por calles a medio construir llegamos a internarnos en el Parque de Buenavista. Hicimos alto para descansar en un banco de las rampas que dan a la calle de Alcalá, frente al palacio de Alcañices. Aunque el sol picaba templando el ambiente invernal, yo sentía un frío que no pude mitigar, embozándome en mi capa hasta las narices, porque aquella tiritona era síntoma febril de mi estado anímico al considerar la invasión monástica, principio de un período histórico desastroso para nuestra España.

A mis quejas lastimosas contestó Casianilla:

—Como nosotros no podremos impedir que España se convierta en un gran monasterio, nuestro papel es ver y esperar. Si llega el caso de que no haya más remedio de ser yo monja y tú fraile, no te apures, Tito, que ya encontraremos conventos donde convivan ambos sexos.

—Así tendrá que ser, nenita—dije yo.

Y como estaba helado, propuse que siguiéramos andando hasta la calle de Sevilla, y que allí tomásemos la dirección de nuestra casa, con escala en algún café, para matar las horas de la tarde.

Por ambas aceras de la calle de Alcalá bajaba un tropel de paseantes que iban a tomar el sol en el Prado y el Retiro. Eran a mi parecer funcionarios que abandonaban la ociosa oficina para espaciarse con la señora y los niños; pensionistas de poco pelo, tenderos desocupados, rentistas de mediano pasar, provincianos con dinerito fresco, que practicaban la deambulación como un obligado empleo de la actividad en los días serenos.

Por el centro de la calle rodaban los mismos carruajes que habíamos visto el día anterior y todos los días, conduciendo a las damas de siempre, bien emperifolladas, y a los señores del margen que acompañaban a sus esposas en el asiento zaguero de las carretelas. Acrecían el tumulto los gallardos jinetes y los caballeros que guiaban faetones o tílburis con la pericia de consumados aurigas. En las caras de toda esta gente, así la de a pie como la de coche, así la de alto como la de rastrero pelaje, observé una tranquilidad paradisíaca. Sus cabezas no alojaban otra idea que la del momento presente, el goce del paseo al sol, la vanidad de exhibirse con galas y arreos de distinción fantasiosa.

¡Pobres majaderos! Desconocían en absoluto la gravísima situación de nuestro país, el momento histórico, semejante a la entrada de los cartagineses ávidos de riqueza, de los bárbaros visigodos o de los insaciables y feroces agarenos. Nada sabían, nada sospechaban: se enterarían de la nueva esclavitud cuando ésta ya no tuviese remedio. Me costó trabajo contener este grito de alarma: «¡Bobalicones, despertad de vuestra modorra estúpida! ¡No tenéis gobernantes que sepan contener, ya que no extirpar, la horrible plaga que se os viene encima!»

Al pasar por la calle de Sevilla entramos en la tienda de mi amigo Matías Luengo, sobrino del famoso comerciante, parlanchín y entremetido don Plácido Estupiñá, de quien tanto hablé en diferentes ocasiones. Traficaba Matías en objetos de escritorio. Comprámosle un paquete de sobres, charlamos, le pregun-

té si estaba contento de su negocio, y me contestó que de sus ventas no sacaba más que lo preciso para un malvivir. El cielo le había dado cuatro hijos, y su mujer, que era una coneja, le traería el quinto retoño para febrero próximo. En vista de este crecimiento del familiaje, pensaba añadir a su tráfico el de devocionarios, florilegios, novenas, cilicios, recordatorios de difuntos, estampitas de todos los santos del cielo, escapularios y demás chirimbolos pertinentes a la santa Religión.

Yo le felicité, palmoteándole en los hombros, y le dije:

—Eres un genio, Matías. Has previsto el fetichismo farandulero a que nos llevará la maldita Restauración. Ahora empieza, fíjate bien, ahora empieza el reinado de la muerte y de las sacristanerías bobaliconas. Tú serás rico. Haz todos los hijos que puedas, que el negocio místico te dará pan para ellos, y para tus nietos y bisnietos, hasta la cuarta generación. Adiós, chico. El Espíritu Santo ha entrado en tu casa. Adiós.

A lo largo de la calle íbamos tropezando con cómicos y toreros, y en ellos vi caras satisfechas, aunque perecían de hambre por falta de contratas. A mi paso por diferentes tiendas vi también sastres, joyeros y perfumistas, que parecían muy contentos viviendo al día con menguadas transacciones. Junto a nosotros pasaron dos curas, ante los cuales me quité el sombrero haciendo acto de sumisión y reverencia. Era muy cuerdo y saludable vivir en santa paz con nuestros opresores.

En la esquina del callejón de Gitanos encontramos a Delfina Gil. Después de saludarme con rígida frialdad, me dijo que iba a poner una nueva funeraria de gran lujo en la propia Carrera de San Jerónimo, y que introduciría en España las últimas novedades en féretros de cinc sobredorados y en carrozas-estufas a la *gran Daumont*. Pensaba adornar su escaparate con espléndido surtido de coronas fúnebres de hilo de cristal, elegantísimas, y con unos angelitos, arrodillados, que daban el opio. La colmé de parabienes, vaticinándole un éxito formidable. Merecía la inmortalidad por su idea y planes para enterrar la vida española con todo el boato y *chic* de las artes mortuorias.

Seguimos, y al embocar la Carrera de San Jerónimo, tropecé de manos a boca con Vicente Halconero, que salía del Casino. Cortés y afable como siempre, estrechó mis manos, no escatimando un gentil saludo ceremonioso a mi compañera humilde.

—Ya sabrá usted—me dijo—que está próximo el advenimiento de los Constitucionales al Poder. El turno se impone, y la tocata liberal ha de sustituir a la tocata conservadora. Espero yo que entre ambas músicas haya bastante diferencia, así en lo fundamental como en lo externo... Entiendo que tendremos elecciones generales en febrero o marzo, y usted no me negará entonces lo que tantas veces le pedí. Aceptará usted un acta de diputado, y en los escaños de la mayoría lucharemos juntos por el progreso, con su poquito de morrión y sus toques democráticos, todo ello dentro del orden más perfecto.

—Sí, sí, Vicentito—le contesté, con la socarronería que en aquella hora dominaba en mi ánimo—. Puede usted hacer de mí lo que quiera. Y si tocan a repartir algunos destinillos, denme a mí el de inspector de monjas; quiero decir, el de los monasterios que han de ser creados para reunir los dos sexos en la vida contemplativa.

—¿Pero qué dice el amigo Tito? ¿Se ha vuelto loco?... ¡Ah! Es que a usted le solivianta lo que se cuenta por ahí de si vienen o no vienen los religiosos regulares expulsados de Francia. No hoga usted caso. Ataremos corto a los que vengan no más que a darse buena vida, y recibiremos con estimación a los que traigan la idea de establecer en España buenos colegios, donde podamos dar decorosa educación a nuestros hijos.

No quise hablar más y me despedí de Halconero con breves razones amistosas, lamentando que un caballerete tan espiritual no apreciara el feo cariz del nublado cartaginés y agareno que entenebrecía el cielo español, ni viera claramente que se iniciaba un período de larga y pavorosa esclavitud. ¡Pobre Vicentito, tan joven, tan simpático, y ya contagiado del negro y pestilente virus!

XXV

Casiana y yo nos colamos en el Café de La Iberia, dirigiéndonos a las mesas donde habitualmente concurrían mis amigos. En efecto, allí estaban Campo y Navas, Llano y Persi, Casalduero y Carratalá. En una piña inmediata vi a Díaz Quintero, republicano, que alternaba con Fernández Bremón y Mariano Zacarías Cazurro, conservadores, y con Pablo Cruz, León y Llerena, Zoilo Pérez y Cándido Martínez, sagastinos.

Apenas cambié con ellos los primeros saludos, y algunas palabras referentes a sucesos de actualidad, comprendí que ninguno de aquellos esclarecidos ciudadanos paraba mientes en el capital suceso histórico que a mí me volvía tarumba. O lo ignoraban, o las menudencias y chismorreos políticos les impedían fijarse en los hechos que, afectando intensamente al porvenir de la Patria, se nos presentan revestidos de una insignificancia traicionera. Los afectos a la situación imperante aseguraban que había Gobierno de Cánovas para rato. Al proclamarlo así, reforzaba su opinión con apuestas humorísticas de cinco duros contra dos reales. Los otros, entonando con diferentes inflexiones el *esto se va,* vaticinaron rotundamente que antes de dos meses cogería Sagasta las riendas y la tralla del Poder.

De pronto llegaron a nuestras mesas otros dos individuos, cuyos nombres no son del caso. Con frase tajante y enfática *sostuvieron la tesis* de que don Antonio se había hecho imposible por su soberbia, y porque no supo desprenderse a tiempo de los pulpos del *moderantismo.* Un tercer sujeto que presuroso vino de las mesas interiores, nos dijo en tonillo parlamentario: «¡Ah señores! Mi *teoría* es que la política nueva pide hombres nuevos. Las cosas caen del lado a que se inclinan. O la regia prerrogativa no sabe lo que se pesca, o ha de poner en seguida en manos de don Práxedes el timón de la nave del Estado.»

Reunidos todos, enzarzaron sus ágiles lenguas en el discreteo político sin tocar ningún punto de interés público, picoteando tan sólo en las cuestiones de orden burocrático, que eran para los fusionistas o constitucionales el único imán de sus pueriles ambiciones. Diferentes nombres sonaron de mesa en mesa para distribuir entre ellos los cargos políticos de la nueva situación, direcciones generales y gobiernos de provincia. Entre aquellos ociosos charlatanes no faltaron algunos vivos que graciosamente se adjudicaran las mejores prebendas. A la entrada de los agarenos, o si se quiere cartagineses, no consagró ninguno de los allí reunidos, hombres de diferente cartel político, una sola palabra.

Asqueado de la frivolidad de tales majaderos, que, con raras excepciones, sólo apreciaban la vida pública por los apremios de su vanidad o de su flaco peculio, pretexté para retirarme un repentino dolor de estómago con ganas de vomitar, y cogiendo del brazo a Casianilla nos plantamos en la calle. ¿Adónde iríamos? A casita, a mi caverna solitaria, o a darle albricias a nuestra coruscante amiga la excelentísima señora condesa de Casa Pampliega.

Ibamos por la calle del Lobo, y en los extremos de ella vimos lujosa berlina parada junto a una puerta humilde. De ésta salió una dama en quien al punto reconocí a la marquesa de Villares de Tajo, mujer talentuda y de historia, vistosa todavía y de buen talle, aunque había rebasado con creces las fronteras del medio siglo. En su coche partió hacia la Carrera de San Jerónimo. ¡Pobrecilla! Venía de parlotear con los *Caballeros de la Tenaza,* albergados a espaldas de la iglesia de San Ignacio. Pensé que ya le estaban ajustando las cuentas para mandarla al otro mundo bien limpia de pecados, y aliviada del peso de sus cuantiosos intereses.

Permanecíamos Casiana y yo junto a la puerta mísera, contemplando la lobreguez del hondo zaguán, cuando vimos que de aquellas tinieblas salían un cura joven, gallardo, desenvuelto, y una señora hermosísima. ¡Oh asombro de los asombros! La señora era Lucila Ansúrez, más conocida en estas historias por el lindo mote de la *Celtíbera.*

XXVI

La nieve que blanqueaba el cabello de la viuda de Halconero no era estorbo de su belleza, que se defendía bravamente contra la edad, frisante ya en

los cincuenta años si no fallan mis cómputos cronológicos. Apenas me vió en la calle, honróme Lucila con expresivo saludo, presentándome incontinenti al clérigo, mocetón elegante, limpio y cumplido galán por su melosa cortesía.

—El padre Garrido—dijo la *Celtíbera* en la ceremonia de la presentación—. Don Proteo Liviano...

Al pronunciar Lucila mi nombre se arrancó el jesuíta con estas hiperbólicas alabanzas:

—¡Ah el señor Liviano! Mucho gusto en verle. Ya le conocía y le admiraba como historiógrafo eminente. Yo también soy aficionado a la Historia, y en el nuevo Colegio de Chamartín tendré a mi cargo esta importante asignatura. Mi ciencia es corta· pero supliré la escasez de conocimientos con mi firmeza de voluntad, imitando en lo posible al maestro que me escucha...

Intervino Lucila con esta donosa corrección:

—No se achique, padre Garrido... Y usted, amigo Tito, no le haga caso, que la más alta virtud de este santo varón es la modestia, una modestia verdaderamente angelical.

Al protestar el clérigo de los elogios de la *Celtíbera*, llegó hasta ruborizarse, y yo, penetrando en la medula de aquel carácter, más fino que el coral y con más conchas que un galápago, le devolví sus lisonjas con este golpe de incensario:

—Bien sé con quién hablo, reverendo padre. He leído en el *Iris de Paz* la respuesta que da usted a las diatribas con que *La Ciudad de Dios*, el periódico de los agustinos, trata de mermar las glorias de la Compañía. Es usted escritor de primer orden y dialéctico formidable. Así como suena... En esfera humilde, hago yo lo que puedo por la ilustración del pueblo español, tan católico como desgraciado... Esta señora que a mi lado está es mi esposa, doña Casiana *Coelho*, insigne pedagoga, maestra en todas las artes y ciencias, de quien tomo ejemplo, apropiándome su saber al mismo tiempo que imito sus virtudes..., virtudes excelsas, noble señora y caballero tonsurado, pues en mi dulce cónyuge se confunden y amalgaman la prudencia, la castidad, la paciencia, la caridad, las artes caseras, el filosofismo más espiritual y el don de escudriñar las oscuridades del porvenir...

Colorada y balbuciente, Casianilla quiso desmentir los embustes que en honor suyo desembuché, y en el rostro del clérigo advertí un ligero mohín de desconfianza: sin duda interpretaba en sentido burlesco mi lenguaje hiperbólico. Lucila, también un poquito recelosa, inició la marcha hacia la calle del Prado. Detrás fuimos los tres, y yo, arrimándome al padre Garrido, de quien no quería separarme sin soltarle alguna barbaridad, acaricié su tímpano con esta blanda ironía:

—Dios me ha deparado el placer de ofrecer a usted hoy mis respetos, padre Garrido... Ya sé, ya sé que ayer llegó usted de un corto viaje a París, adonde fué con el mandato de organizar la nueva traída de jesuítas para el Colegio de Chamartín de la Rosa, institución educatriz que será el coronamiento de la sublime longanimidad de la señora duquesa de Pastrana.

—El objeto de mi viaje a Francia no está bien que yo lo diga—replicó el clérigo un tanto amoscado—. Sólo indicaré a usted que hace tres días estaba ya de regreso en la Villa y Corte, donde seguiré hasta que lo disponga quien puede hacerlo, consagrado al servicio del Señor y a la salvación de las almas españolas.

—A lo mismo nos dedicamos nosotros —dije, poniéndome la mano, no precisamente en el corazón, pero muy cerca de él—. Mi esposa y yo también servimos a Dios y salvamos almas cuando se tercia... En la persona de usted, padre Garrido, reverenciamos a la milicia cristiana, a quien el Altísimo otorga el mandato de gobernar a los pueblos y conducirlos a la eterna gloria. Ya nuestra España es de ustedes. Aquí no reina Alfonso Doce, sino el bendito San Ignacio, que a mi parecer está en el cielo, sentadito a la izquierda de Dios Padre... Los españoles somos católicos borregos, y sólo aspiramos a ser conducidos por el cayado jesuítico hacia los feraces campos de la ignorancia, de la santa ignorancia, que ha venido a ser virtud en quien se cifra la paz y la felicidad de las naciones. Nos prosternamos, pues, ante el negro cíngulo, y rendimos acatamiento al dulcísimo yugo con que se nos oprime *ad majorem Dei gloriam*.

No se le escapó al ladino y sutil clérigo el saborete irónico que ponía yo en mis palabras. Con forzada sonrisa y frunciendo el ceño, doble y equívoca expresión facial de su índole solapada, el joven padre me alargó la mano buscando la fórmula de despedida. También Lucila mostraba deseo de cortar nuestra conversación, poniendo tierra entre los dos grupos, y así me dijo:

—Sigan ustedes paseando, Tito; el padre y yo tenemos que ir a la Nunciatura para un asunto...

—La Virgen les acompañe, reverendo caballero y señora ilustre—dije yo destapando mi cabeza—. Y si se acuerdan de estos pobres pecadores, tengan la bondad de implorar para nosotros la bendición apostólica, por mediación del santísimo nuncio... Adiós, adiós.

XXVII

Viéndoles partir hacia la Plaza del Angel, Casianilla, súbitamente alterada y colérica, me dijo:

—Si estuviéramos en descampado les apedrearíamos. ¿No te parece?

—No, hija mía, no—repliqué yo, cogiéndole el brazo con que imitaba el manejo de la honda—. Modera tu arrebato bélico, que los tiempos son más de paciencia solapada que de fiereza impulsiva. Si apedreáramos, podría suceder que nuestros tiros no dieran en la cabeza del reverendo, que bajo la capa de su finura exquisita esconde las intenciones de un grandísimo bellaco, y fuesen a descalabrar a la hermosa *Celtíbera,* persona ciertamente estimable y digna de respeto... Esta buena señora fué en sus días juveniles la corza ligera y elegante que a todos cautivaba; ahora es la oveja tarda y simplísima que no puede con el peso de sus lanas... No hemos de ver en las beaterías de Lucila un movimiento espontáneo de su ánimo, el cual, digan lo que quieran, aún conserva la independencia celtíbera. Sus concomitancias con lo que podríamos llamar *el elemento jesuítico* son un puro artilugio para ponerse a tono con la caterva elegante y santurrona que hoy rige los destinos de España. A tal comedia la mueve el amor de su hijo Vicente y el anhelo de empujar al chico en su carrera política. Ya verás, ya verás cómo, auxiliada por *los padres, las madres y las tías,* consigue hacer ministro a Vicentito, con Sagasta o con el demonio coronado... ¿Entiendes, Fabia, lo que voy diciendo?... No debemos acometer a nuestros enemigos con palo ni piedra. Esperemos a que tomen posiciones y nos manifiesten el poder de sus armas y la eficacia de sus ingenios de guerra.

—Está muy bien, Tito mío—dijo Casiana agarrándose de mi brazo—. Y ahora decidamos si nos metemos en casa o nos vamos a visitar a la señora condesa. Quiero ver la cara que pone doña Segismunda cuando se le diga que el grande hombre del siglo, don Antonio Cánovas, irá pronto a ofrecerle sus respetos y a darle las gracias por los libracos del tiempo de la Nanita.

—Yo también deseo contemplar el cariz de nuestra *Medusa* y su cabellera de serpientes—contesté—. Pero antes, si te parece, debemos personarnos en la Academia de la Historia, que está muy cerca, como sabes. ¿Te olvidas de que hace unos días tengo allí mi asignación, y aún no he ido a cobrarla? Lo primero es lo primero, Casianilla. Vamos allá, vamos.

Minutos después estábamos en el ancho zaguán de la Academia. Mas no hallándose presente la señora portera, que según nos dijeron había subido al segundo piso llamada por el bibliotecario para que le prestase servicios de cocina y despensa, aguardamos sentaditos en la modesta estancia conserjeril, donde pasamos el rato en vagos comentarios sobre nuestra situación económica, que no era en aquellos días muy despejada.

Llegó en esto el anciano portero, a quien yo con caprichosa travesura imaginativa daba el nombre de *Tucídides,* por su puesto en aquella casa y por el trazo helénico de su rostro visto de perfil. Lamentóse el buen hombre de la ausencia de su esposa, secuestrada por las impertinencias del señor bibliotecario, hombre excelente, pero un tanto enfadoso. Diciéndolo, puso en mis manos el pliego de mi Madre... ¡Ay! Fué cual onda luminosa que súbitamente disipó las tinieblas de mi espíritu.

Retiróse *Tucídides,* que tenía precisión de arreglar la Sala de Juntas para

la *tenida* de aquella noche, y nos dejó en la portería indicándonos que estábamos en nuestra casa y podríamos permanecer allí todo el tiempo que quisiéramos. Solitos Casiana y yo, abrimos el pliego, y... ¡oh inefable sorpresa y alegría! La musa excelsa me mandaba doble suma de la presupuesta para cada mensualidad.

XXVIII

Después de justificar este doble socorro, enumerándome las privaciones y agobios que había yo de sufrir si me conservaba incorruptible y puro en medio del general positivismo, la Madre exponía su pensamiento acerca del porvenir de España en la forma elocuente y profética que traslado a mis buenos lectores:

«Hijo mío: Cuando a fines del 74 te anuncié en una breve carta el suceso de Sagunto, anticipé la idea de que la Restauración inauguraba *los tiempos bobos,* los tiempos de mi ociosidad y de vuestra laxitud enfermiza. La sentencia de mi buen amigo Montesquieu, *dichoso el pueblo cuya Historia es fastidiosa,* resulta profunda sabiduría o necedad de marca mayor, según el pueblo y ocasión a que se aplique. Reconozco que en los países definitivamente constituídos, la presencia mía es casi un estorbo, y yo me entrego muy tranquila al descanso que me imponen mis fatigas seculares. Pero en esta tierra tuya, donde hasta el respirar es todavía un escabroso problema, en este solar desgraciado en que aún no habéis podido llevar a las leyes ni siquiera la libertad del pensar y del creer, no me resigno al tristísimo papel de una sombra vana, sin otra realidad que la de estar pintada en los techos del Ateneo y de las academias.

»La paz, hijo mío, es don del cielo, como han dicho muy bien poetas y oradores, cuando significa el reposo de un pueblo que supo robustecer y afianzar su existencia fisiológica y moral, completándola con todos los vínculos y relaciones del vivir colectivo. Pero la paz es un mal si representa la pereza de una raza, y su incapacidad para dar práctica solución a los fundamentales empeños del comer y del pensar. Los *tiempos bobos* que te anuncié has de verlos desarrollarse en años y lustros de atonía, de lenta parálisis que os llevará a la consunción y a la muerte.

»Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose hipócritas en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y destejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y, por último, hijo mío, verás si vives que acabarán de poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis vuestra Santa Madre Iglesia.

»Alarmante es la palabra revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no venzáis a la muerte, no os ocupéis de *Mariclío*... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro..., me duermo...»

Madrid-Santander, marzo-agosto 1912.

FIN DE «CÁNOVAS»
Y DE LOS
«EPISODIOS NACIONALES»

ENSAYO DE UN CENSO

DE LOS

PERSONAJES GALDOSIANOS COMPRENDIDOS

EN LOS

EPISODIOS NACIONALES

ADVERTENCIA IMPORTANTE
CUYA LECTURA SE ENCARECE

Al Censo de los personajes galdosianos comprendidos en los Episodios Nacionales *he hecho preceder la palabra* ensayo. *Me interesa mucho que el lector curioso repare en ella y medite en su significado. Ensayo. Esto es: intento—o intención discreta—. Esto es: tanteo. Deseo tímido. Ilusión que admitirá horizontes más amplios. Certidumbre de que algo sustancial—o consustancial, al menos—ha podido escaparse de entre los ágiles pases y compases de la atención y del esfuerzo hermanados. Ensayo. Esto es: lo que pide perfección. Y lo que la busca—a las cuatro esquinas de por donde y entre quienes rebulla—alegremente, humildemente.*

Escudado en la palabra ensayo..., *¡con qué seguridad, con qué ahinco, con qué gusto me he lanzado a la magna empresa de detenerme y de entenderme con cada uno de los seres creados—o evocados—por la imaginación portentosa del primero de los novelistas españoles! —Cervantes aparte, mucho más alto—. ¡Qué obsesión la mía, tan curiosa, de severo comprobador de padrones provinciales, por que no se escape del pago contributivo de la cedulilla personal ni el más polizón de los polizones que haya podido colarse en la obra galdosiana con ánimo de pasar pronto e inclusive sin despegar los labios! Al final de la jornada angustiosa, en que envidié a Argos sus cien ojos y a Mercurio sus mil añagazas..., me retiro a mi covachuela aún lleno de presentimientos. ¡Alguien, alguien se me habrá escapado con ese regocijo insolente de quien estafa al Estado y ha de ir pregonándolo a voz en grito para apabullar al desdichado agente inspector! ¡Alguien! Claro está: la excepción de la regla general, que no puede fallar. El garbanzo negro que si no descompone la olla... afea la presentación del condumio. ¡Alguien! ¡Algunos, quizá! Mi conciencia proba de severo investigador incorruptible... ¡cómo sufrirá cada vez que se me indique el nombre y la condición de quien me burló, pasando por delante de mis narices su gracioso esguince, su sutil «traspasado, no visto y salvo». En fin... ¡Qué voy a hacerle! Paciencia. Y a ir pensando en una rectificación del Censo cuando las circunstancias lo aconsejen. Al fin y al cabo, es lo que hace la estadística oficial. Y no siente la menor vergüenza ni el más débil desánimo.*

*Hace ya muchos años, casi veinte, la mitad de mi vida, a raíz de la muerte del glorioso Galdós, se reunieron sus amigos y sus discípulos más apasionados. Veinte... Treinta... Cincuenta... ¡Qué sé yo! Muchos. Entonces yo era un enamorado de mi Madrid. Pero a Galdós, madrileño insigne e impar le conocía poco. Tenía la culpa aquella falsa—falseada, mejor—*generación literaria *del 98, tan antigaldosiana y, por ende, tan antiespañola, tan antipática. Generación que a todos los jóvenes con el azoguillo y los pujos literarios nos tenía un tanto sorbido el seso.*

Los veinte, los treinta, los cincuenta amigos de Galdós, conjurados bajo su elísea advocación, se repartieron el trabajo ímprobo, igual que actores que se reparten sus papeles *con el ánimo pronto y la intención ilusionada. Cada uno, una novela, o un episodio nacional, o un drama. Cada uno debía someter al riguroso empadronamiento a cuantos seres palpitasen en aquellas páginas gloriosas. Los*

veinte, los treinta, los cincuenta galdosianos se desperdigaron... Los empujaba un viento de anunciación. Los atraía un resplandor de logro. Sin embargo... ¡Cuántas fogatas apaga el tiempo sin soplar! Las aísla. Se consumen ellas solas. Y acaba el tiempo aventando sus cenizas.

Tal vez fué mejor así. El Censo de los personajes creados por Galdós, el auténtico y glorioso novelista de Madrid, era lógico que lo llevara a cabo un madrileño. Era, indeclinablemente, una obligación madrileña esta de pasar revista, de acreditar, de ponderar a tantos seres madrileños nacidos por la voluntad soberana engendradora del maestro y palpitantes—en su mayoría—por esas calles y callejas y callejones de esta Villa y Corte maravillosa de los milagros. Madrid—¡oh suprema gobernadora de los destinos españoles, traza y estilo de España!—se acordó, para misión tan delicada, tan devota, tan apasionante, de uno cualquiera de sus hijos leales: de mí. Y aquí de mi humildad y de mi orgullo... Como yo, escritor, a miles. Como yo, madrileño, sobran dedos en una mano. La soberbia lo es de las calidades, no de los sentimientos. Creo yo...

Con el empaque debido, con el gusto y el regusto consiguientes, con las cartas credenciales que me acreditaban como ministro plenipotenciario de Madrid cerca de la soberanía absoluta de Galdós—potencia que nos es tan afecta y nada afectada a los madrileños—, empecé a trabajar. La montaña parecía inaccesible. Las puntas y muelas desgarraban las nubes. Yo, como Ulises, sorteé a rudos golpes de timón el desánimo y me tapé los oídos para no oír a las sirenas tranquilas y costeras que disuaden del esfuerzo. En cuatro meses llevé a cabo mi labor. Una labor a la que no quiero escoltar con ningún adjetivo. Y señalo el tiempo, no para que me sirva de atenuante o de eximente si quedó mal realizada mi misión; no para que aumente mi prestigio si quedó bien hecha. Es, sencillamente, una concesión a mi fervoroso entusiasmo. Algo tenía que concederle. Después de todo, yo no tengo que rendir cuentas de mi esfuerzo sino a Madrid, que me eligió. Madrid dirá si la indeclinable obligación madrileña con respecto de la soberanía absoluta de Galdós ha quedado bien señalada y bien sellada. En última instancia, podría argüir yo que no escatimé aquella virtud por la que fuí elegido.

Cuando inicié mi labor, durante algunos días deshojé esta margarita... ¿Solamente los personajes creados por Galdós?... ¿Y los personajes históricos que con aquéllos vivían, desviviéndose a puros trances y lances?... ¿Nada más los ficticios?... ¿También los verídicos?... La indecisión se aclaró pronto. Los personajes históricos mencionados por el soberano numen lo eran de dos categorías: los que tomaban parte en la acción novelesca, contemporáneos de los fingidos, y los de mera referencia, que existieron muchos años, muchos siglos antes. Los primeros exigían *su inclusión en el Censo. Si Galdós* no los creó, *Galdós* los re creaba. *El Churruca, el* Empecinado, *el Fernando VII, el Calomarde, el cura Merino, el Prim, tantos otros seres reales como Galdós describe, tienen por él, su re creador, una vida originalísima, sugestionadora, distinta a la que tuvieron en sus existencias históricas y ya historiadas suficientemente. Por ello me pareció imprescindible tenerlos en cuenta. Y acabé por aceptarlos. En ocasiones con tanto entusiasmo..., que llegué a pensar si en sus vidas reales valieron más que en esta otra inmortal que les ganó el novelista. Y... los otros, los históricos de mera referencia, ¿qué derechos alegaban para inclusión? En puridad, ninguno de tanta fuerza como el de ser tan pocos, en comparación con los demás. Verdaderamente, era una pena olvidarlos. El trabajo que exigía su enumeración era casi insignificante. Total, que los incluí a todos.*

Y todos van en este Censo riguroso. No revueltos, compactos, enganchados naturalmente *como la portentosa fuerza creadora los dejó. Así, al lector le entusiasman; pero al estudioso, al analítico, le vuelven tarumba. He tenido que ponerlos en la solemne formación impávida del orden alfabético. Así, cada uno de ellos, pimpante, siempre atractivo..., ¡queda tan* a mano!

Otra duda me barzoneó en los preliminares de mi delicada y amorosa misión. ¿Cómo redactaría las cédulas de este Censo apretado y palpitante? Lo más fácil era añadir a cada nombre una sucinta referencia de mi cosecha, *teniendo en cuenta las características singulares del personaje. Pero era también lo*

menos exacto, lo más frío. *Preferí el camino más penoso. Quise que cada ser evocado llevara la descripción caliente, honda, certerísima, que trazó su mismo creador para singularizarlos. Y así van ellos... ¡de orgullosos de sí mismos! Con devoción infinita he buscado y rebuscado y cogido las* palabras precisas *de Galdós; las que afectan a la apariencia física y las que descubren los dobleces y los tresijos del alma. Creo no engañarme al asegurar que este Censo es un encantador centón de pequeñas y sugestivas biografías galdosianas, una como inmensa galería de retratos tan prodigiosamente pintados, que quien los contemple ha de sentirse prendido de emoción perdurable.*

Realizado este Censo galdosiano—por vez primera en España con miras a que avale esta gran edición de Obras Completas *de la Editorial M. Aguilar, de Madrid, entendí que era utilísimo—aun cuando se multiplicara mi trabajo—que a cada personaje le acompañara la alusión a las obras en las cuales vive. Así, el curioso lector que desee recoger* la vida escueta *de cada personaje no tiene sino que seguir esa ruta precisa que le señalo. Por ello, este Censo* separado *de esta edición, bellamente monumental, de la Editorial M. Aguilar, perderá un alto tanto por ciento de su valor. El lector lo comprenderá fácilmente. Yo no he podido —por razones que atañían a las exageradas dimensiones de este Censo—recoger en cada cédula los cuatro, los cinco retratos que, a veces, Galdós hace de sus criaturas a lo largo de sus vidas. Me limito a copiar la primera, o la de mayor valor. A mi gusto. Las otras... Las obras señaladas las descubrirán fácilmente.*

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.

Noviembre 1941.

INDICACIONES

QUE DEBEN TENERSE EN CUENTA PARA EL MAS FACIL MANEJO DE ESTE CENSO

PRIMERA. Al personaje *pura invención* de Galdós que interviene en la acción novelesca, no le precede signo alguno.

SEGUNDA. Al personaje *pura invención* galdosiana que *no interviene* en la acción novelesca, le precede un guión: —.

TERCERA. Al personaje *histórico* que interviene en la acción novelesca, le precede un asterisco: *.

CUARTA. Al personaje *histórico* o *mítico* que no interviene en la acción y que es una mera referencia, le preceden un guión y un asterisco: — *.

QUINTA. Los textos de Galdós van entre comillas.

SEXTA. Las referencias a los tomos primero, segundo y tercero van con números romanos entre paréntesis: (I), (II) y (III).

SÉPTIMA. Generalmente, he tomado para la alfabetización el nombre, apellido o mote que *primero* utiliza el novelista para presentarnos al personaje. Cuando lo son el nombre o el mote, llevan el correspondiente llamamiento: V. al apellido.

ENSAYO DE UN CENSO DE PERSONAJES GALDOSIANOS

A

— * AARÓN.
Hermano mayor de Moisés. Mientras éste recibía en el Sinaí las tablas de la ley de manos de Jehová, aquél permitió al pueblo hebreo que adorase al becerro de oro.
Zumalacárregui (II). — *Aita Tettauen* (III).

ABAD.
Un pañolero del navío *Santísima Trinidad* «que se había convertido en cabo de cañón».
Trafalgar (I).

ABADESA, Madre.
Del convento de dominicas de San Salomó, en Solsona.
«Era la Madre abadesa señora muy redicha, como se habrá observado. Tenía buen fondo, pero el fanatismo le había sorbido los sesos. Lanzada por las bulliodoras eminencias del país a los torbellinos de una odiosa conspiración, había llegado a olvidar el lenguaje sencillo, dulce y místico de las exclaustradas, adoptando un tonillo presuntoso con puntas de diplomático, que era como un eco del charlar vehemente de la gran intrigante catalana doña Josefina Comeford, la cual solía dar a la expresión de su fanatismo algo de la atropellada facundia de los clubs.»
Un voluntario realista (II).

* ABADÍA, Don Francisco Javier.
Militar entendido. Mandaba el Estado Mayor, al cual iba adscrito el regimiento de Gabriel Araceli durante la batalla de Bailén.
Bailén (I).

* ABARCA, Doctor don Pedro.
Obispo de León. Apostólico (1831).
«Era un anciano corpulento, recio y hasta majestuoso, vestido de luengas ropas moradas. Parecía la efigie de un santo doctor bajado de los altares, y sus palabras querían tener una autoridad semidivina. Hablaba dogmáticamente y no admitía réplica. Era obispo y aragonés.»
Tenía una influencia inmensa con el Pretendiente.
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*España sin rey* (III).

* ABASCAL, José (1830-1890).
Político de ideas liberales. Diputado en las Constituyentes de 1869. Alcalde de Madrid de 1881 a 1883 y de 1885 a 1889.
La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* ABAZURZA, Don Buenaventura.
Político español. Diputado desde 1869 a 1873.
España trágica (III).

— * ABBÉ, L'.
Jefe militar francés que luchó en España, en la batalla de Vitoria.
El equipaje del rey José (I).

ABDALÁ NÚÑEZ.
Prestigioso comerciante de Tetuán (1860).
Aita Tettauen (III).

— * ABDERRAMÁN I (731-787).
Conquistó Córdoba. Trazó personalmente los planos de la Mezquita.
Bailén (I).—*España sin rey* (III).

— * ABENAMAR.
Personaje de un famoso romance castellano.
La batalla de los Arapiles (I).

— * ABRAHAM.
Patriarca hebreo, padre de la nación judía. Descendiente de Sem, hijo mayor de Noé.
España sin rey (III).

— * ABREGO.
Hijo de Eolo. Viento del Oeste.
Narváez (II).

* ABRES, Don Narciso.
V. PIXOLA.

* ABREU.
Mariscal de campo del tradicionalismo.
España sin rey (III).

* ABU ABDAL-LAH MOHAMED SEN DRIS BEN HAMMAN EL FERRARI.
Morazo terrible y opulento. Emisario del Sultán para tratar de la paz con O'Donnell (1860). «Uno de los hombres más habladores del mundo.» Muy experto en Astronomía. Era tuerto.
Carlos VI en la Rápita (III).

— ABUELO.
De Anatolio. Le dejó, al morir, una hacienda decente.
El 7 de julio (I).

* ABUELO (El).
Guerrillero español. En 1822 se hizo campeón del absolutismo fernandino.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).

* ACAPULCO (La).
Aristócrata madrileña, gala de la ópera, en el Real (1874).
Cánovas (III).

ACEVEDO (Don Miguel de).
Amigo de doña Cristeta de Socobio.
Bodas reales (II).

ACÓLITO.
De Oñate. Un pobre chico que trabajaba en la oficina lúgubre del consejero carlista don Fructuoso Arespacochaga, en Artaza.
Zumalacárregui (II).

* ACOSTA.
Jefe militar que mandaba el regimiento de Extremadura. Complicado en el levantamiento a favor de Prim (1866).

ACOSTA, El padre.
Confesor de Pilar, «la deidad velada».
La estafeta romántica (II).

* ACOSTA, General.
Gobernador militar de Taragona (1869). Ministro de la Guerra con la primera República (1873).
España sin rey (III).—*La primera República* (III).

—ACUARIO.
Representación de la constelación zodiacal comprendida entre 308° y 357° de ascensión recta, y entre 3° de declinación N. y 26° de declinación S.
La segunda casaca (I).

ACHÚTEGUI, Don Canuto.
Vecino de Bilbao. Patriota. Amigo del cura don Apolinar.
Luchana (II).

— * ADÁN.
Padre del linaje humano.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Mendizábal* (II).—*Narváez* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*España trágica* (II).

ADELA.
Es el insigne Tito quien escribe acerca de esta dama, a la que visitaba de tapadillo Amadeo I:
«Era la tal de mediana talla, bien formada y no mal constituída de carnes y anchuras. Mi primer cuidado fué examinarle bien el rostro, que vi entonces por primera vez. Mi crítica lo declaró tan agraciado como hermoso; la tez morena, ojos expresivos, grande la boca, tan abundante el pelo, que no se contenía dentro de sus límites naturales, extendiéndose por delante de la oreja, como un rudimento suave de varoniles pati-

llas. El conjunto de tal rostro tenía el encanto de la originalidad, que en arte como en belleza es poderoso atractivo. Sentáronse los tres arrimados a una mesa, la dama y el rey juntitos, mano con mano; frente a ellos Benifayó... Yo me subí de un brinco a la consola próxima para ver bien y pescar todo lo que hablaran. La señora, que vestía luenga bata de seda blanca, libremente descotada, dejando ver los linderos de un lozano busto, revelaba en sus ojos chispos y en su franca sonrisa el gozo de ver terminada felizmente una larga y ansiosa espera. Anhelaba, sin duda, comunicar a su regio amigo impresiones guardadas durante lentas horas y aun días. La ocasión de la dichosa confianza llegaba al fin.»

Amadeo I (III).

ADMINISTRADOR.

De Riánsares, en Tarancón. Pariente de doña Manolita Pez. Huyendo del cólera, que diezmaba la población madrileña, la buena señora vivía, a fines de 1866, con su pariente. (V. BELLIDO, Señores de.)

Prim (III).

— ADONIS.

Personage mitológico, paradigma del hombre hermoso.

El Grande Oriente (I).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).

* ADONISEC. (Hacia el año 1450 a. J. C.)

Rey de Jerusalén que unió sus armas a las de los cuatro reyes vecinos para combatir a los israelitas. Josué los ahorcó a los cinco.

Juan Martín el Empecinado (I).

AFÁN DE RIBERA, Asunción y Presentación.

Hijas de la condesa de Rumblar.

«A estos dos personajes seguirán forzosamente las dos hijas de la marquesa: dos pimpollos, dos flores de Andalucía, lindas, modestas, pequeñas, frescas, sonrosadas, alegres, sin pretensiones, a pesar de su nobleza, rezadoras de noche y cantadoras por la mañana; dos avecillas que encantaban la vista con el aleteo de su inocente frivolidad y de cierta ingenua coquetería de ellas mismas ignorada. Eran pequeñas como el resedá; pero como el resedá tenían la seducción de un aroma que se anuncia desde lejos, pues al sentirles los pasos se alegraba uno, y su proximidad era aspirada con delicia. Asunción y Presentación eran dos angelitos con quienes se deseaba jugar para verles reír, y para reírse uno mismo.»

La mayor estaba destinada al matrimonio; la segunda, al claustro. Presentacioncita es la protagonista de mil sucesos en las *Memorias de un cortesano de 1815*. Entre ellos, sus entrevistas amorosas con Fernando VII. Se casó con Gasparito de Grijalva.

Bailén (I).—*Cádiz* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).

AFÁN DE RIVERA, Don Diego Hipólito.

Félix de Cantalicio, único hijo varón de la condesa de Rumblar.

«Había sido educado conforme a sus altos destinos en el mundo, bajo la dirección de un ayo, de que después hablaremos, y aunque era voluntarioso y propenso a sacudir el cascarón de la niñez, arrastrando por el polvo de la travesura juvenil el purpúreo manto de la primogenitura, su madre le tenía metido en un puño, como suele decirse, y ejercía sobre él todos los rigores de su carácter. Verdad es que el muchacho, con su instinto y buen ingenio, había descubierto un medio habilísimo para atacar la severidad materna, y era que cuando su ayo o la condesa no le hacían el gusto en alguna cosa, poníase los puños en los ojos, comenzaba a regar con pueriles lágrimas los veinte años de su cuerpo y exclamaba: «Señora madre, yo me quiero meter fraile.» Estas palabras, esta resolución del muchachuelo, que de ser llevada adelante troncharía implacablemente el frondoso árbol mayorazguil, difundía el pánico por todos los ámbitos de la casa. Procuraban todos aplacarle, y la madre decía: «No seas loco, hijo mío. Vaya, puedes montarte a caballo en la viga del patio, y te permito que le pongas al gato las cáscaras de nuez en sus cuatro patitas.»

Estuvo prometido a Inés. Luego se pervirtió en el ambiente de Madrid.

Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*El equipaje*

del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

AFÁN DE LA RIBERA, Presentacioncita.
Hija de la condesa de Rumblar. Se casó con Gasparito de Grijalva.
Un faccioso más... (II).

— AFRODITA.
Diosa de la belleza, del amor y de la procreación.
O'Donnell (III).

— * AGAR.
Una de las mujeres de Abraham. Madre de Ismale.
Aita Tettauen (III).

— AGLAE.
Una de las tres Gracias.
El Grande Oriente (I).

AGUADO, Alejandro, Marqués de las Marismas.
Amigo de don Felicísimo Carnicero. Famoso banquero, de ideas muy sensatas. Protector en el extranjero de Salvador Monsalud.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).

AGUADORA.
De las cercanías de la plaza de toros.
O'Donnell (III).

AGUADORES, Unos.
Prendidos en lugar de Salvador Monsalud y sus amigos por equivocación de los alguaciles.
La segunda casaca (I).

* AGUAYO.
Corbatero de la Carrera de San Jerónimo (1836).
Mendizábal (II).

* AGÜERO, Doña Francisca.
Esposa del general Prim (V. REUS, Condesa de).

* AGÜERO, Doña Francisca.
«Señora generala» mejicana.
Prim (III).

— * AGUILA, Conde del.
Organizador en Sevilla de batallones de voluntarios contra la invasión napoleónica.
Bailén (I).

* AGUILAR.
Político moderado. Ministro ¡diez días! con el gabinete López (1843).
Bodas reales (II).

AGUILAS, Marqués de.
V. PACHECO, Juanito.

* AGUILERA, Don Alberto (1842-1913).
Político liberal español. Gobernador y alcalde de Madrid. Ministro de la Gobernación.
Cánovas (III).

* AGUIRRE, Don Joaquín.
Político. Diputado. Amigo de Cánovas y O'Donnell. Presidente del Comité revolucionario que se formó en Valencia (1866) a favor de Prim.
La revolución de julio (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* AGUIRRE SOLARTE.
Político y periodista. Ministro con Istúriz (1836).
De Oñate a La Granja (II).

AGUSTÍN DEL NIÑO JESÚS, Fray.
Mercedario en el convento madrileño donde vivía el padre Salmón.
«Llegó, en efecto, con paso grave, el tal Niño Jesús, que era un fraile altísimo de estatura, moreno, de pelo en pecho, de aspecto temeroso, ojos fieros y una voz, por raro contraste, tan infantil y tiplada, que parecía salir de otra garganta que la suya.»
Napoleón, en Chamartín (I).

— * AGUSTINA.
De Aragón. Famosa heroína zaragozana.
Zaragoza (I).—*Zumalacárregui* (II).

AGUSTINILLO.
Pillete en el motín de Aranjuez.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

AGUSTINILLO.
Truhán «angelito seráfico», según el camándulas *tío Mortero*, que estaba en la Cárcel de la Villa «por diez pellejos

de mal vino de Esquivias» pasados de matute.
Napoleón, en Chamartín (I).

AHMED ABEIR, El Hach.
Prestigioso comerciante de Tetuán (1860). Convencino de Mohamed ben Sur El Nasiry...
Aita Tettauen (III).

AHMET, Príncipe Sidi.
Caudillo mogrebino (1860).
Aita Tettauen (III).

— * AHREMS.
Político, jurisconsulto y economista francés.
España trágica (III).

AHRON FRESCO.
Usurero y comerciante en especias y gomas para sahumar. Vivía en Tetuán y era amigo de Yacub Mendes.
Aita Tettauen (III).

* AHUMADA, Duque de.
General y político español (1836).
De Oñate a La Granja (II).

— * AICHA.
Esposa de Mahoma.
Aita Tettauen (III).

* AIMAR, Don Alonso de.
Arcipreste de Viana (1838). Amigo del general Espartero.
Vergara (II).

* AIMATA.
Princesa real de Otaiti.
La vuelta al mundo... (III).

* AINAT Y FUNES.
Dos hermanos diputados (1849).
Narváez (II).

— * AIZQUIBIL.
Famoso guerrillero que levantó partidas en el país de Alava durante el período liberal 1820-1823.
El Grande Oriente (I).

ALABARDERO.
«Con noticias frescas del asesinato frustrado de Isabel II...»
La revolución de julio (III).

ALABARDERO.
Que ponía *los puntos* a Nieves, la mujer del portero de Palacio Quintín González, la que, a fines del 70 y principios del 71, fué amante del insigne Tito.
Amadeo I (III).

ALACRANA.
Buscona mendiga gaditana que alcahueteaba en servicio del caprichosísimo lord Grey. Pese a su oficio desatinado, se llamaba nada menos que (V. HINESTROSA Y MEMBRILLEJA) doña Eufrasia.

— * ALACHA, Conde.
Entregó Tortosa a los franceses, a decir de los patriotas de Cádiz.
Cádiz (I).

— * ALAGÓN, Duque de.
Capitán de los guardias de la real persona. Vivía en Palacio y tenía enorme influencia.
«Era espejo de los libertinos de buena cepa, cabeza de los cortesanos y hombre de sutiles trazas para zurcir y descoser voluntades palaciegas.
»Gozaba el privilegio de una buena presencia, aunque se le iba gastando, porque nada es menos duradero que la hermosura, y el duque con sus cuarenta y cinco años a la espalda, principiaba a ser una muestra gloriosa, una sombra de grandezas pasadas. Su trato y sus modales eran finos, su conversación poco agradable en lo que no fuese del dominio de la intriga, porque no eran muchas sus humanidades. Verdad es que maldita la falta que esto hacía a un señorón de sus condiciones y que no había de ponerse a maestro de escuela. Bastábale, y aun le sobraba, para realzar su nobleza nativa y la posición conquistada, un conocimiento profundo de todas las suertes del toreo, desde las más antiguas a las más modernas, picando en esto casi tan alto como Pedro Romero. a quien por entonces le empezaba a despuntar sobre el coleto la borla de doctor y el birrete de maestro en las aulas de Sevilla. Paquito Córdoba era, además, en cuestión de caballos, un centauro, es decir, tan buen caballero que con el caballo se confundía. ¡Qué ojo el suyo para adivinar las buenas y malas prendas de sangre sin más que ver el pelaje de aquellos nobles

brutos! ¡Qué mano la suya para entrar en razón al más díscolo, para quitar resabios y dar aplomo al ligero, gracia y desenvoltura al pesado, formalidad al querencioso!

»No se crea por esto que el duque era aficionado a la guerra. El ruido le daba dolor de cabeza, y, además, ¿para qué se había de molestar, cuando había tantos que por un sueldo mezquino peleaban y morían por la patria? Militar era el personaje que describo, y bien lo probaba su noble pecho, lleno de cuanto Dios crió en materia de cruces, galones y cintas... Y no se hable de improvisaciones y ascensos de golpe y porrazo, que hasta los nueve años no tuvo mi niño su real despacho, merced a los *méritos contraídos por su madre como dama de honor*. A los once ya le lucían sobre los hombros dos charreteras como dos soles, sin omitir el sueldo, que no era mucho para el trabajo ímprobo de ir todos los meses a presentarse a la revista. A los veinte pescó una encomienda de Santiago, y luego fueron cayéndole los grados, no atropelladamente y sin motivo, como los cazan estos que se elevan por el favor y la torpe intriga, sino despacito y en solemnidades nacionales, como un besamanos, el parto de la reina, los días del rey y otras fiestas de gran regocijo privado y público. Bien ganados se los tenía, pues reinando Godoy no costaba pocas cortesías, forisquetas y genuflexiones el coger un grado en aquella inmensa Babel de los salones de la casa de Ministerios donde se chocaban unas contra otras, produciendo mareo y rumor indefinible, grandes oleadas de pretendientes de ambos sexos.

»Nombróle Fernando capitán de su guardia en 1814, cargo que desempeñaba a pedir de boca.»

Memorias de un cortesano en 1815 (I). *Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II). *Luchana* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * ALAI.
Violinista célebre.
La Corte de Carlos IV (I).

* ALAIX, General.
Divisionario cristino que operaba en el valle de Mena a fines de 1836. Virrey de Navarra en 1838.
Luchana (II).—*Vergara* (II).

* ALAMEDA, Marqués de.
Gran señor alavés que unió su suerte (1841) a la de Montes de Oca.
Montes de Oca (II).

* ALAMEDA Y BREA, Fray Cirilo de.
«Un fraile francisco, joven, bien parecido, excelente mozo, que más parecía guerrero que fraile, de aspecto y ademanes resueltos, mirada viva, y revelando en todo su continente y facciones una disposición no común para cualquier cosa difícil que se le encomendara.»
Tenía grandes coloquios secretos con Fernando VII.
Memorias de un cortesano de 1815 (II). *El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).

* ALAMINOS.
Brigadier ayudante de Serrano, que mandaba los regimientos de Borbón y Cantabria, en lucha contra las fuerzas isabelinas (1868).
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

* ALARCÓN, Pedro Antonio de (1833-1891).
Gran novelista español. Cronista del Tercer Cuerpo de Ejército durante la guerra del Africa (1859-60).
Aita Tettauen (II).—*Carlos VI, en La Rápita* (III).

* ALAVA.
General español que iba en el Estado Mayor de Wellington durante la batalla de los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).—*El 7 de julio* (I).

* ALAVA, Ignacio M. de.
Comandante del navío *Santa Ana*.
Trafalgar (I).

* ALAVA, La niña de.
Amiguita de la reina niña Isabel y de Luisa Fernanda.
Los ayacuchos (II).

* ALAVA, Ricardo.
Aristócrata aburrido y rico. De la espuma madrileña (1874).
Cánovas (III).

ALAVA, Señoras de.
«Primas o sobrinas en tercer grado del célebre general de Marina de aquel nombre.»
Vivían en La Guardia (1836) y eran amistad de las de Castro-Amézaga.
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * ALBA, Duque de (1808).
Napoleón, en Chamartín (I).

— * ALBA, Duque de (Fernando Alvarez de Toledo) (1507-1582).
Segundo de este título. Caudillo y hombre de estado español. Gran general, gloria de las guerras en Alemania, Flandes y Portugal.
Los apostólicos (II).—*La de los tristes destinos* (III).

* ALBAIDA, Marqués de.
Amigo de Pepe García Fajardo y diputado como él. Título del hábil político (V. ORENSE, Don José María).
Narváez (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

— * ALBALAT, Barón de.
Organizador en Valencia de las juntas de patriotas de 1808.
Bailén (I).

— * ALBANTOS, Martín.
Albéitar y patriota zaragozano.
Zaragoza (I).

* ALBAREDA, José Luis (1828-1897).
Amigo de Beramendi. Político, diplomático y periodista.
«El más arrogante, salado y ceceoso de los señoritos andaluces que por entonces se abrían camino en la política. Dirigía *El Contemporáneo*, órgano de los conservadores que llamaban *de guante blanco*, los más atildados y conspicuos, chapados a la inglesa, que era la *dernière* en punto a política y arte parlamentario» (1858).
«Por las once mil vírgenes que me fué muy simpático el caballero andaluz. Hombre más salado no he visto, y si en la primera visita me cautivó por su gracejo, cuando el trato afinó mi conocimiento, le admiré por su talento macho y por la viveza con que percibía y atrapaba las ideas políticas culminantes en cada día, y la claridad con que veía la fase de razón de esa idea, la fase de oportunidad y la fase de peligro...» Así escribía de Albareda, en 1871, el insigne Tito.
O'Donnell (III).—*España sin rey* (III). *España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

* ALBEAR, José María.
Dueño de una hojalatería en la calle del Desengaño, 22, con vuelta a la de la Ballesta (travesía), 3. En esta casa se escondió don Leopoldo O'Donnell en el año 1854.
La revolución de julio (III).

ALBERIQUE, Modesto.
«Un sujeto alto y zancudo, de color cetrino, barba negra, nariz tajante, con lentes que daban no poca impertinencia a su mirar, bien vestido la chistera un poco ladeada.» Había sido el antecesor del insigne Tito en los blandos afectos de doña María de la Cabeza Ventosa... y fué su sucesor. Un sinvergüenza vago.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

ALBÉITARES, Dos.
Del regimiento de Calatrava, que chicolearon a Teresita Villaescusa y a los que hubo de reprender Santiaguito Ibero.
Prim (III).

ALBENTÓS, Don Jacinto.
Canónigo de la catedral de Sigüenza y uno de los contertulios del boticario Cuevas. Entró, años antes, en Sigüenza con Cabrera.
«Sacerdote bizarro que había entrado en Sigüenza once años antes, *viribus et armis*, asolando el país y llevándose cincuenta mil reales como botín de guerra.»
Las tormentas del 48 (II).

* ALBIA.
Corregidor de Bilbao durante el segundo sitio (1836).
Luchana (II).

* ALBISTUR.
Diplomático español. Intervino en las negociaciones entre España y Perú (1865).
La vuelta al mundo... (III).

* ALBITOS, Doctor.
Famoso oculista que ejercía en Madrid en 1877. El curó de sus dolencias al insigne Tito y a Pablito Nougués. Era discípulo del no menos famoso oftalmólogo Delgado Jugo. Era «amable y gracioso».
Cánovas (III).

* ALBONI, Señora.
Actriz cantante en el teatro Real de Madrid en 1850, año en que se inauguró este coliseo. «Era una gordiflona, una caja de música dentro de otra caja de carne.»
Los duendes de la camarilla (II).

— * ALBORNOZ, El cardenal don Gil Alvarez y Carrillo de (1310-1367).
Fundador del famoso Colegio Español de San Clemente en Bolonia. Capellán y abanderado del rey Alfonso XI de Sevilla.
La Corte de Carlos IV (I).—*Zumalacárregui* (II)

* ALBORS.
Alcalde de Alcoy (1873).
La primera República (III).

ALBUERNE, Capitán.
Mozo audaz y simpático. Compañero de hospedaje, en Tortosa, del delirante *Confusio*.
Carlos VI, en La Rápita (III).

* ALBUÍN, Don Saturnino *(el Manco)*.
Guerrillero de la partida de El Empecinado.
«He aquí cómo era (si no me engañan los recuerdos que guarda en su archivo mi memoria) aquel célebre guerrillero de quien hasta los historiadores franceses hablan con gran encomio. Don Saturnino Albuín, llamado el *Manco*, había adquirido la mutilación que fué causa de tal nombre en una acción entablada en el Casar de Talamanca. Su mano derecha fué por mucho tiempo el terror de los franceses. Era un hombre de mediana edad, pequeño, moreno, vivo, ingenioso, ágil cual ninguno, sin aquel vigor pesado y muscular de don Juan Martín; pero con una fuerza más estimable aún, elástica, flexible, tanto más imponente en los momentos supremos cuanto menos se la veía en los ordinarios. Si el Empecinado era el hombre de bronce, a cuya pesadez abrumadora nada resistía, Albuín era el hombre de acero. Mataba doblándose. Su cuerpo enjuto parecía templado al fuego y al agua y modelado después por el martillo. Yo le vi más tarde en varios encuentros, y su arrojo me llenó de asombro. Cuando se oían contar sus proezas, apenas se daba crédito a los narradores, y no es extraño que un general francés dijese de Albuín: «Si este hombre hubiera militado en las banderas de Napoleón, ya sería mariscal de Francia.»
»Vestía don Saturnino traje de paisano con pretensiones de uniforme militar, y su chaquetón, donde lucían las charreteras y los mustios y mal cosidos bordados, estaba lleno de agujeros. Los codos del héroe, no inferior a Aquiles en el valor, se parecían a los de un escolar. En sus pantalones se veían los trazados y dibujos de la aguja remendona y zurcidora, y el correaje del trabuco que llevaba a la espalda y de las pistolas y sable pendientes del cinto, hacía poco honor a la administración de fornituras de aquel ejército. Todo esto probaba que las campañas de la partida no eran tan lucrativas como gloriosas.»
Juan Martín el Empecinado (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

* ALBURQUERQUE.
Jefe militar complicado (1866) en el pronunciamiento dirigido por don Juan Prim.
Prim (III).

— * ALBURQUERQUE, Duque de.
General español del ejército del Centro (1809). Fué el más inteligente de los jefes españoles.
Gerona (I).—*Cádiz* (I).—*El 7 de julio* (I).

ALCABÓN, El cura de.
V. DUEÑAS, *Don Lucio* (I).

* ALCALÁ.
Divisionario cristino (1838).
Vergara (II).

* ALCALÁ GALIANO, Don Antonio (1779-1865).
Político, orador y escritor español. Presidió las Cortes de Cádiz, en que propuso la incapacidad de Fernando VII. Ministro en el Gabinete Istúriz (1836).
«Alcalá Galiano era tan feo y tan elocuente como Mirabeau. Su figura, bien poco académica, y su cara no semejante a la de Antinoo, se embellecían con la virtud de un talismán prodigioso: la palabra. Le pasaba lo contrario que a muchas personas de admirable hermosura, las cuales se vuelven feas desde que abren la boca.»
Cádiz (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*D'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* ALCALÁ GALIANO, Don Dionisio (1762-1805).
Brigadier de la Armada. Comandante del *Bahama*, muerto en el combate de Trafalgar. Dejó escritas varias obras científicas.
Trafalgar (I).—*La de los tristes destinos* (III).

* ALCALÁ GALIANO, Don Dionisio (¿1808-1864?).
Hijo del famoso don Antonio. Y como su padre, político liberal. Buen escritor y fino orador.
Cádiz (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Mendizábal* (II).

* ALCALÁ GALIANO, Don Emilio.
Ministro de Estado (1875).
Cánovas (III).

* ALCALÁ ZAMORA.
Clérigo. Diputado a Cortes, que, en 1869, votó la libertad de cultos vestido con traje talar. Preconizado (1873) obispo de Cebú.
De Cartago a Sagunto (III).

* ÁLCALDE.
De Miranda de Arga. Fué fusilado por orden de Zumalacárregui (1834). (V. ULIBARRI, Don Adrián.)

ALCALDE (El).
De Prades.
Un voluntario realista (II).

ALCALDE (El).
De San Salvador de Toruella. Por negarse a cumplir las órdenes de *Tilín* fué fusilado.
Un voluntario realista (II).

ALCALDE.
De Trespaderne. «Hombre tosco y de buen sentido».
Luchana (II).

— * ALCANADRE, Rosita (Viuda de Pignatelli).
Casada en segundas nupcias con Jacinto Palafox, «sobrino del padrastro de su primer marido». Noble dama.
Luchana (II).

* ALCÁNTARA.
Periodista y político español de la segunda mitad del siglo XIX.
España trágica (III).

ALCAÑICES, Pepe.
Aristócrata, político y amigo de Teresita Villaescusa.
Prim (III).

* ALCARAZ, Padre fray Fermín de.
Capuchino. Absolutista. Entraba y salía a voluntad en la clausura de las religiosas. «Frailón de Sigüenza», era confesor de la famosa sor Patrocinio «la monja de las llagas».
Los duendes de la camarilla (II).

* ALCEDO.
Jefe de escuadra. Comandante del *Montañés*. Muerto en Trafalgar.
Trafalgar (I).

— ALCESTE.
Hija primogénita de Pelias, rey de los yolcos, de gran hermosura. Se casó con Admeto y pidió morir en su lugar, por amarle apasionadamente. Símbolo del amor conyugal.
España trágica (III).

— * ALCIDAS RODIO (O ALCIDES).
Sobrenombre dado a Hércules.
La campaña del Maestrazgo (II).

* ALCÓN Y COMPAÑÍA, Horacio.
Armadores de Cádiz, a quienes fué recomendado (1868) Santiaguito Ibero.
La de los tristes destinos (III).

* ALCORIZA.
Cura de Alcalá Zamora. Emigrado en París. Amigo de Prim y de Sagasta.
La de los tristes destinos (III).

* ALCUDIA, Conde de la.
Los apostólicos (II).

* ALDAMA.
Divisionario cristino. (1835).
Zumalacárregui (II).

* ALDAMA. Comandante.
Héroe de la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

ALDEANOS.
«De ambos sexos, en borricos y a pie, como gente presurosa o fugitiva», que se encontraron con la comitiva formada por Calpena, Zoilo Arratia, Pepe Iturbe, Urrea y Sabas.
Vergara (II).

ALDEMUZ, Marquesa de.
Título de Pedroche y Vaca de Guzmán (Doña Mariana).

ALEGRÍA.
Linda hija del rabino tetuaní Baruc Nehama. Amiga de la hermosísima Yohar.
Aita Tettauen (III).

ALEJANDRO.
Nuevo amante de *Leona la Brava*. Se la había llevado a París. «Un protector nuevo, caballero separado de su mujer, regordete, calvoroto, afeitado de rostro y muy pulido de vestimenta, íntimo amigo de don Francisco Cárdenas, de don Manuel Orovio y asistente pegajoso a la tertulia del conde de Cheste. Noté en *Don Florestán* cierto pudor para revelarme el nombre de aquel sujeto; sin duda quería guardar el incógnito de uno de los hombres de pro que le habían protegido. No insistí, seguro de descifrar el acertijo en cuanto *Leona* volviera de su excursión parisiense. ¡Y que no vendría poco ilustrada en todo género de novelerías y elegancias!»
Cánovas (III).

— * ALEJANDRO MAGNO (356-324 antes de J. C.)
Hijo de Filippo y de Olimpia. Discípulo de Aristóteles. Rey de Macedonia. Uno de los más grandes capitanes de todas las épocas.
Trafalgar (I).—*Bailén* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Cánovas* (III).

— * ALEJANDRO I Pawlovitch (1777-1825).
Zar de Rusia.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).—*La revolución de julio* (III).

ALELÍ, El padre.
«Era un fraile de la Merced, alto, huesudo, muy viejo, de vacilante paso, cuerpo no muy derecho y una carilla regocijada y con visos de haber sido muy graciosa, la cual resaltaba más sobre el hábito blanco de elegantes pliegues. Apoyábase el caduco varón en un palo, y al andar movía la cabeza, mejor dicho, se le movía la cabeza, cual si su cuello fuera, más que cuello, una bisagra.
»Acostumbraba el buen sacerdote visitar a los presos para consolarles u oírles en confesión, y frecuentemente pasaba largos ratos con alguno de ellos hablando de cosas festivas, con lo cual se amenguaban las tristezas de la cárcel. Era el padre Alelí un varón realmente santo y caritativo: su bondad se mostraba en dos especies de manías: dar almendras a los muchachos de las calles y palique a los presos. Diríase que unos y otros eran su familia y que no podía vivir sin ellos.»
Según el patriota Sarmiento, tuvo en su juventud fama de volteriano y liberalote. Cuando le conocemos estaba *medio ido;* íbase por los cerros de Ubeda cada vez que peroraba. Muy amigo era de don Benigno Cordero, con quien reñía continuamente y de quien recibía el mote de *Tío Engarza-credos.* Solía dormir grandes siestas. Y murió una tarde en que *se la echó* más larga de la cuenta.
El terror de 1824 (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

* ALEMÁN, Pedro.
Del cantón de Cartagena (1873).
La primera República (III).

* ALEMANY.
Coronel del regimiento de Burgos, de guarnición en Valencia. Complicado en el levantamiento a favor de Prim.
Prim (III).

— * ALEMBERT, Juan Le Rond D' (1717-1783).
Geómetra, literato y político francés. Uno de los enciclopedistas más ilustres.
El 7 de julio (I).—*España sin rey* (III).

* ALENSON.
General afecto a Espartero, que luchó contra el romántico poeta de la política Montes de Oca (1841).
Montes de Oca (II).

— * ALENZA, Leonardo (1807-1847).
Gran pintor y grabador español. Discípulo e imitador genial de Goya.
Las tormentas del 48 (II).

ALFAJAR.
Viejo sepulturero, seguidor de la beata Marcela y compañero de infortunio, en Utiel, de don Beltrán de Urdaneta. Era mudo.
La campaña del Maestrazgo (II).

ALFARERO.
De Monte Testaccio, al que sirvió unos días el huído García Fajardo.
Las tormentas del 48 (II).

ALFEÑIQUE.
Mote que dieron los liberales al infante don Carlos.

— * ALFIERI, Víctor (1749-1803).
Gran poeta trágico italiano.
Los apostólicos (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— * ALFONSO I, *El Batallador* (1084-1134).
Rey de Aragón. Conquistador de Tudela, Daroca y Zaragoza.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * ALFONSO V, *El Noble*, de León (994-1027).
Repobló León y dió el célebre Fuero a esta ciudad (1020).
La batalla de los Arapiles (I).

— * ALFONSO VIII de Castilla (1155-1214).
Abuelo de San Fernando. Vencedor en las Navas de Tolosa.
Narváez (II).

— * ALFONSO IX de León (1171-1230).
Padre de San Fernando.
Narváez (II).

— * ALFONSO X, *El Sabio* (1221-1284).
Hijo de San Fernando. Rey de Castilla y León. Autor de numerosas obras literarias y científicas.
Juan Martín el Empecinado (I).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

— * ALFONSO XI (1311-1350).
Rey de Castilla y León.
Cánovas (III).

— * ALFONSO XII (1857-1885).
Rey de España. Hijo de Isabel II.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— ALGUACIL, Un.
Magullado por las mujeres alborotadas en el claustro de la Trinidad Calzada, en la calle de Atocha.
Napoleón, en Chamartín (I).

ALI BEN SUR.
Lindo chiquillo de cinco años. Hijo muy amado de Mohamed-Ben-Sur El Nasir (Gonzalo Ansúrez).
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * ALI BEY EL ABASSI (1766-1822).
Domingo Badía y Leblich, viajero y geógrafo español, que se arabizó hasta el punto que con el nombre de Ali Bey fué conocido y agasajado entre los árabes, como príncipe de la familia de los Abbasidas. Fué envenenado por el bajá de Damasco.
Aita Tettauen (III).

ALIFONSA, La.
Manola; vendedora de sal, asistente al baile de la *Pelumbres*.
Napoleón, en Chamartín (I).

ALINE, Madame.
V. MARQUESA, La.

— * ALMANZOR, Muhamad Ben Abdallah Ben Ahmer el Moaferi (939-1002).
El más célebre caudillo de la España musulmana.
Narváez (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * ALMELA, Don Alonso.
Hermano del conde de Catí. Fué fusilado por los cristinos en Belén, cerca de Tortosa. Don Beltrán de Urdaneta servía de rehén, entre los carlistas, por dicho don Alonso. La suerte de éste sería la del famoso noble aragonés.
La campaña del Maestrazgo (II).

* ALMINA, Condesa de.
Dama de la reina María Victoria (1871), «más por lástima y respeto que por verdadera adhesión».
Amadeo I (III).

* ALMIRALL, Valentín.
Inteligencia firme temperamento exaltado. Gran federalista catalán (1869).
España sin rey (III).

* ALMODÓVAR, Duque de.
Político español. General del ejército isabelino. Ministro de Estado (1842) con el Gabinete Rodil.
De Oñate a La Granja (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * ALMODÓVAR, Duquesa de.
Amiga de Mendizábal, en cuya casa cenaba con gran frecuencia el famoso hombre político.
Mendizábal (II).

— * ALMONTE.
Rico mejicano que coadyuvó a la implantación de la Monarquía en su país. Ministro de Méjico en París.
Prim (III).

ALONSO.
Licorero. Amigo de Domiciana Paredes.
Los duendes de la camarilla (II).

* ALONSO.
Valiente oficial español de *La Numancia* (1865).
La vuelta al mundo... (III).

— * ALONSO, Don Juan Bautista.
Jurisconsulto de mucho mérito. Primer pasante de don Manuel María Carbonero. Ejerció hacia 1850. Gran amigo de cómicos y literatos.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II).

* ALONSO CORDERO, Don José.
Muy amigo de Espartero.
«Es un hombre risueño y frescote, con cara de obispo, de maneras algo encogidas, en armonía con el traje castizo de su tierra, de hablar concreto, ceñido a los asuntos. Se enriqueció, como usted sabe, en el acarreo de suministros, y hoy es uno de los primeros capitalistas de Madrid. Ha comprado el solar de San Felipe, inmenso ejido polvoroso, para construir en él una casa que allá se irá con El Escorial en grandeza, y será la octava maravilla de la Corte. Da pena ver las tristes ruinas, el despedazado claustro, los escombros del mentidero y las covachas. Ha dicho hoy Cordero en la mesa que propondrá al Ayuntamiento el derribo total de la Puerta del Sol para hacerla de nuevo con mayores anchuras, a fin de dar cabimiento al paso de tantísimo coche como ahora rueda por estas calles. En el centro se pondrá un monumento *conmemorativo* de la Milicia Nacional, con un par de fuentes de pilón bien amplio, para que quepan todos los *maestros de baile* que ahora llenan sus cubas en Pontejos. ¿Qué le parecen a usted estas elegancias y composturas de su viejo Madrid?...»
Los ayacuchos (II).

* ALONSO MARTÍNEZ Manuel (1827-1891).
Gobernador civil de Madrid (1855). Político y gran jurisconsulto. Dos veces ministro de Fomento. Diputado desde 1854.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).

* ALTADILL.
Gobernador de Murcia (1873). Traidor al Gobierno.
La primera República (II).

— * ALTAMIRA, El duque de.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

* ALTA VILLA, Marqués de.
Noble español residente en Francia. Era de los que consideraban a Elenita Sanz como *nuera ante Dios* de doña Isabel II.
Cánovas (III).

* ALTOLAGUIRRE.
Coronel carlista. Amigo cordial de Sabino Arratia.
Luchana (II).

— * ALVAREZ, Casta.
Heroína zaragozana.
Zaragoza (I).

ALVAREZ, Don Angel Juan.
Gentilhombre de Palacio... «por recomendación de sor Patrocinio».
Los duendes de la camarilla (II).

ALVAREZ, Don Antonio.
Banquero y prestamista escrupuloso, amigo de los Emparán-Fajardo.
O'Donnell (III).

* ALVAREZ, Don Cirilo.
Político moderado (1858). Ministro de Gracia y Justicia en 1856. Incondicional de Prim.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).

* ALVAREZ, Don Fernando.
Pariente de Castelar.
De Cartago a Sagunto (III).

* ALVAREZ, Miguel de los Santos (1818-1892).
«Mozo espigadillo, de grandísimos ojos negros, que relampagueaban en su rostro expresivo con una seriedad que por ser tan seria resultaba extraordinariamente burlona.»
Poeta satírico, político español. Gran amigo de Espronceda.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Los ayacuchos* (II).—*O'Donnell* (III).

* ALVAREZ DE CASTRO, Mariano (1749-1810).
General español, héroe de la Independencia. Defensor de Gerona durante ciento cuarenta y nueve días. Prisionero en el castillo de Figueras, fué envenenado misteriosamente.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*La vuelta al mundo...* (III).

— * ALVAREZ DE MENDIZÁBAL.
V. MENDIZÁBAL, don Juan de Dios Alvarez de.

* ALVAREZ DE TOLEDO.
Alférez de navío que llegó, desde España, con órdenes para Menéndez Núñez (1866).
La vuelta al mundo... (III).

— * ALVAREZ GUERRA.
Político liberal, diputado en Cádiz, preso en 1814.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* ALVARGONZÁLEZ Don Claudio.
Vicealmirante de la escuadra española que fué al Perú (1865). «Curtido y fosco, de barba erizada y ojos fulgurantes, el primer lobo de mar de España.»
La vuelta al mundo... (III).

— ALVARO, Don.
Protagonista romántico de una obra dramática del Duque de Rivas.
Los apostólicos (II).

* ALVARO, Señor.
Director de Aduanas y diputado a Cortes (1849).
Narváez (II).

ALZAÁ, Don Antonio.
Capitán del 5.º de Navarra, al que había sido destinado don José Fano. Oficial valiente, que llegó a su grado desde soldado a fuerza de méritos. Se alzó en Oñate, de simple guerrillero, a principios de 1833.
Un faccioso más... (II).—*Zumalacárregui* (II).

* ALZAÁ, Don Juan Francisco.
Intimo amigo de don Tomás Zumalacárregui. Antiguo jefe de voluntarios de Oñate. Murió de un balazo frente a Ochandiano (1835).
Zumalacárregui (II).—*Amadeo I* (III).

ALLENDE, Leonardo.
Patriota bilbaíno, muerto en el tercer sitio (1836), amigo de los Arratia.
Luchana (II).

* ALLENDE SALAZAR, Don José.
Ayudante del general Espartero (1838). Gobernador de Vitoria en 1869.
Vergara (I).—*O'Donnell* (III).—*España sin rey* (III).

AMA.
De un cura de Torrejón de Ardoz,

«frescachona», que facilitó la ropa talar para disfrazar a *Sebo* (1854).
La revolución de julio (III).

AMA DE CRÍA.
De don Fermín Iracheta. Iba y venía, en Peralta (1834), del fuerte a los parapetos, y viceversa, llevando y trayendo los papelitos que se cambiaban Zumalacárregui y don Fermín, atacante y defensor.
Zumalacárregui (II).

AMA DE CRÍA.
«Robusta, inagotable, de buen natural», del hijo de Pepe Fajardo.
Narváez (II).

* AMADEO I DE SABOYA (1870-1873).
Duque de Aosta. Rey de España. Hijo del rey Víctor Manuel II de Italia. Entró en Madrid el día 2 de enero de 1871...
España trágica (III).—*Amadeo I* (III). *La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

AMADEO, Padre.
Abab de San Bernardo, en Madrid. Se entrevistó con Napoleón en Chamartín.
Napoleón, en Chamartín (I).

AMADOR.
Compadre—en El Callao de Lima—del pulpero español Mendaro.
La vuelta al mundo (III).

— * AMALIA, Reina María.
V. SAJONIA, María Amalia de.

AMARANTA, Condesa de X.
Amaranta, figura histórica, era hija de Artemidoro. En la novela de Galdós, sobrina de los marqueses X. Madre de Inés, la novia ideal de Gabriel Araceli.
«Amaranta era un tipo enteramente contrario al de Lesbia. Esta agradaba, pero Amaranta entusiasmaba. La apacible y graciosa hermosura de la primera hacía pasajeramente felices a cuantos la veían. La belleza ideal y grandiosa de la segunda causaba un sentimiento extraño, parecido a la tristeza. Pensando en esto después, he creído que la singular estupefacción que experimentamos ante uno de estos raros portentos de la hermosura humana consiste, o en la creencia de nuestra inferioridad o en la poca esperanza de poseer el afecto de una persona que por sus muchas perfecciones será solicitada de sinnúmero de golosos.
»Entre las mujeres que he visto en mi vida no recuedo otra que poseyera atracción tan seductora en su semblante; así es que no he podido olvidarla nunca, y siempre que pienso en las cosas acabadas y superiores, cuya existencia depende exclusivamente de la Naturaleza. Su arrogante estatura, la blancura de su tez, el fino corte de todas las líneas de su cara, la expresión de sus dulces y patéticos ojos, la negrura de sus cabellos y otras muchas indefinidas perfecciones que no escribo porque no sé cómo expresarlas; calidades que se comprenden, se siente y se admiran por el inteligente lector, pero cuyo análisis no debe éste exigirnos si no quiere que el encanto de esas mil sutiles maravillas se disipe entre los dedos de esta alquimia del estilo, que a veces afea cuanto toca.»
La Corte de Carlos IV (I).—*Bailén* (I). *Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

— * AMARILLAS, Pedro Agustín Girón, Duque de Ahumada, Marqués de las.
Prócer de 1834 a 1836, ministro.
El 7 de julio (I).

* AMATO.
Dueño de un café de la calle de la Montera (1844).
Bodas reales (II).

* AMBLARD.
Diputado a Cortes (1849).
Narváez (II).

AMBROSIA, Doña.
Tendera mercera.
La Corte de Carlos IV (I).

— * AMELIA, Reina Doña.
Esposa de Luis Felipe de Francia.
Bodas reales (II).

* AMETLLER, Narciso (¿1789-1877).
Político español exaltado. Amigote (1840) de Prim. General. Literato, guitarrista y compositor.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

— * AMÉZAGA.
Secretario de Fernando VII en Valencey. Se suicidó cortándose la yugular con una navaja de afeitar.
El Grande Oriente (I).

AMÉZAGA, Paco.
Patriota bilbaíno. herido mortalmente en el tercer sitio de Bilbao.
Luchana (II).

AMIGO JOVEN.
Y chismoso del insigne Tito, en Santander. El fué quien contaba mil anécdotas picantes de todo el mundo...
Amadeo I (III).

AMIGOTE (Un).
De Eleuterio Fonsagrada. Sargento de la Guardia Real. Conspirador.
De Oñate a La Granja (II).

* AMO, Bernardo del.
Capitán. Complicado en el pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

* AMOR, Don Bartolomé (1785-1849).
General y guerrillero español. Mandó la división de Soria. Liberal de ideas.
Juan Martín el Empecinado (I).

ANA.
Nombre que se daba a sí misma Virginia Sorobio, para ocultar todo vestigio de su personalidad, cuando huyó con su amante.
La revolución de julio (III).

ANA, Sor.
Monja de San Solomó, en Solsona.
Un voluntario realista (II).

ANABITARTE.
Boticario de Durango.
Amadeo I (III).

ANABITARTE, Hermanos.
Vinateros de Portugalete (1836).
Luchana (II).

ANACARSIS.
Héroe de la obra maestra del Abate Barthélemy (1788).
Nombre que daban por burla a (véase REMENTERÍA, Ernesto de).

— * ANACREONTE (559-478 a. J. C.).
Poeta lírico griego. Cultivó con finura sin igual el tema erótico.
Cádiz (I).—*Las tormentas del 48* (II).

ANATOLIO.
Sobrino de don Urbano Gil de la Cuadra. Estaba prometido a Solita, la hija del desdichado oidor y realista, pero no llegó a casarse con ella.
«Era un muchachote corpulento, tan rubio que el pelo y la cara casi parecían del mismo color, siendo sus cejas casi blancas y las pestañas como las de un albino. Su cara pecosa y arrebolada estaba siempre risueña, cualidad que se avenía bien con la redondez de la misma, y con sus facciones agraciadas y poco varoniles. Bigote amarillo, como madejilla de hilos de oro pálido, ornaba su boca, no menos encarnada que una cereza, y sin aquel ligero emblema de su condición masculina, la cara del primo Anatolio habríase confundido con la de una asturiana guapetona o mofletuda pasiega. El musculoso cuerpo representaba hercúlea fuerza, y sus manazas parecían más propias para romper los objetos que para cogerlos. En todo él revelábase poco hábito de las formas sociales y una franqueza campesina que, por cierto no era desagradable. Finalmente, el conjunto de la persona de Anatolio Gordón predisponía en su favor, y nadie, al verlo, podría negarle un puesto honroso, quizá el primero, entre los excelentes muchachos.»
El Grande Oriente (I).

ANATOLIO, Don.
Tendero papelista.
La Corte de Carlos IV (I).

ANCIANA (Una).
Que dialogó con Araceli en Salamanca.
La batalla de los Arapiles (I).

ANCIANO.
«De alta estatura. venerable, hermoso, vestido con pobreza, pero sin andrajos, y en pocas palabras elocuentes le informó del doloroso caso que motivaba la petición de auxilio tan a deshora. El viejo entendía el castellano, pero no lo hablaba.»
De Oñate a La Granja (II).

ANCIANO LOCO.
Que buscaba a su hijo entre los fusilados por los franceses en el Retiro.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * ANCIÓ, Luciano.
Tambor en el castillo gerundense de Montjuich, quien «después de haber perdido una pierna entera y verdadera, siguió mucho tiempo señalando con redobles la salida de las bombas; pero Luciano Anció había muerto sacudiendo el parche mientras tuvo los brazos pegados al cuerpo».
Gerona (I).

* ANCHÍA, Francisco Tomás.
(Véase LONGA.)

* ANDÉCHAGA, Cástor.
Caudillo carlista, derrotado (enero de 1838) en el Valle de Mena por el conde de Luchana. Gran amigo de Sabino Arratia.
Luchana (II). — *Vergara* (II). — *Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— ANDORRA, Don Eleuterio Crispín.
Cómico y escritor mediocre.
La Corte de Carlos IV (I).

ANDREA.
Mujer extrañamente ligada, como amante, a Salvador Monsalud. Era sobrina del simpático masón don José Campos (alias *Cicerón)*. Hija del fallecido indiano don Mauricio.
«Era la indiana buena y sensible. Fácilmente comprendía la verdad, por poco que se la mostraran. Fácilmente acertaba con lo justo y honrado, por simple iniciativa de su conciencia. Pero tenía ansia de afectos ardientes. y miraba sin cesar a todos lados, buscándolos. Su desgracia consistía en que le era forzoso abrirse, sola y sin ayuda de nadie, el áspero camino de la juventud. Habría necesitado para esto tener un caudal de energía y de entereza moral que rara vez da Dios a las criaturas; pero que suplen, en el admirable orden de la sociedad, las personas allegadas y mayores de la familia. Careciendo de fuerza propia y de sostén extraño, hubiera sido prodigio que la gallarda flor se mantuviera derecha. Los prodigios son muy raros en el mundo. Bueno es hacer constar que la pobre Andrea, avisada del peligro por una intuición potente, hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corola; pero el viento soplaba con demasiada fuerza, y se dobló.
»Era tan guapa, que su vanidad (otra desgracia no pequeña) resultaba cada vez más lógica. Habría sido conveniente que ignorara durante algún tiempo la riqueza de seducciones que atesoraba en sus ojos, en su boca. en todas las partes de su cara morena y alegre, llena de inexplicables gracejos y atractivos; en su cuerpo delgado y flexible, de esos que no tienen clasificación fácil en el cuadro ginecológico, y son tales, que, para buscarles semejantes, necesita el observador descender en busca de un ser antipático y que se arrastra: la culebra.
»Pero Andrea no tuvo a nadie que le hiciera el sumo bien de engañarla durante algún tiempo respecto a su belleza, y entregóse desde muy niña al fascinador deleite de los espejos. Las criadas cantaban a su oído un coro de lisonjas. En la sala de su casa había una hermosa estampa que representaba la famosa escena de Friné entre los jueces de Atenas, y Andrea, de tanto leerla, se sabía de memoria la leyenda grabada al pie con resplandecientes letras de oro. Aunque parezca extraño, conocidos los tiempos y el lugar, no puede menos de suponerse que en aquella cabeza hervían ideas gentílicas, pero el paganismo es de todas las edades; y, buscando sin cesar dónde establecerse, se mete y se acomoda allí donde no hay otra religión que haya echado raíces.
»Andrea fomentó su vanidad y la adoración de sí misma, consagrando al adorno de la persona mucho tiempo, mucha atención y todo el dinero de que podía disponer.»
La segunda casaca (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— * ANDRÉS, Abate.
Historiador italiano. Su obra magna: *Storia d'ogni Letteratura.*
Las tormentas del 48 (II).

ANDRÉS, Don.
Cura de Peralvillo, en la Mancha.
Bodas reales (II).

— ANDRÓMEDA.
Hija de Cefeo, transportada al cielo, donde quedó como una constelación.
España sin rey (III).

* ANDUAGA, Alvaro.
Diputado (1849) que cobraba «por gobernación» unos miles de reales, segun la estadística de don Saturno Socobio.
Narváez (II).

— * ANDÚJAR, Martín.
Escribió (1640) un tratado acerca de la *Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastre.*
Cánovas (III).

— ANFITRITE.
Diosa del mar, hija de Nereo y de Doris, casó con Neptuno.
Los apostólicos (II).—*La vuelta al mundo...* (III).

ANGELA DE SAN FRANCISCO, Sor.
Religiosa dominica de San Salomó, en Solsona; muy afecta a Sor Teodora de Aransis y muy buena con Pepet.
Un voluntario realista (II).

— ANGÉLICA.
Enamorada de Medoro. Heroína del famoso poema de *Ariosto Orlando furioso.*
Los apostólicos (II).

ANGELONES (DOS).
... «como de doce a catorce años, guapines, rubios, cuyos rostros infantiles mostraban ya la seriedad y aplomo de la raza».
Eran de Oñate, y guiaron a Fernandito Calpena hasta la fonda, cuya patrona era madre de uno de ellos. Este quería ser militar. El otro estudiaba para cura.
De Oñate a La Granja (II).

* ANGLADA.
Diputado a Cortes (1875) republicano *castelarino.*
Cánovas (III).

* ANGLONA, Príncipe de.
Secretario de Fernando VII (1823). «Un señor muy bueno, un caballero muy simpático, muy atento.» En 1836 jefe militar isabelino.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

ANGOSTO, Pilar.
Prima de las del Milagro.
La de los tristes destinos (III).

ANGOSTO, Simón.
Zapatero de portal, en la calle *de la Lechuga.* Primo de *la Juncos* y a quien el polizonte Chico mandó dar *un pie de paliza.* Angosto «los lunes solía ponerse a medios pelos y cantaba coplas en la calle, con música del *izno* de Espartero».
O'Donnell (III).

* ANGUINET, Benita.
Notable prestidigitadora que actuaba en el *Variedades* de Madrid (1872). «Una señora simpática y gorda, sin menoscabo de su agilidad.»
Amadeo I (III).

* ANGULEMA, Luis Antonio de Borbón, Duque de (1775-1884).
«Era un rubio desabrido, hijo del conde de Artois—el futuro Carlos X—, cuyo semblante respiraba honradez y buena fe; pero la aureola del genio no circundaba su frente.»
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*El terror de 1824* (I).—*Mendizábal* (II).—*Luchana* (II).—*La de los tristes destinos* (III).

ANGULO.
Jefe militar deportado «en cuerda» desde Leganés.
Los duendes de la camarilla (II).

ANGULO.
Un señor *montpensierista*, compañero de Urríes.
España sin rey (III).

* ANGULO, Don Matías.
Diputado por Navalcarnero. Rico propietario y persona sencilla de las mejores intenciones. Amigo de Halconero. Fué ministro con el Gabinete Sagasta (1872).
Los duendes de la camarilla (II).—*Amadeo I* (III).

ANGUSTIAS.
Criada de David Montero. «Madura y poco apañadita.»
De Cartago a Sagunto (III).

ANGUSTIAS.
Verdadero nombre de la monja que se fugó con Diego Ansúrez.
V. ESPERANZA, Doña.

* ANÍBAL (247-183 a. J. C.).
Cartaginés. Uno de los más grandes caudillos militares de todos los tiempos.
Cádiz (I).—*Vergara* (II).—*Bodas reales* (II).—*Cánovas* (III).

ANICO EL DE LA VENTOSA.
Pobre vendedor de frutas, en Cuenca, al que asesinaron, arrastrándole por las calles, los carlistas (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

* ANRICH.
Ministro de Marina (1873) con el Gobierno Pi y Margall.
La primera República (III).

ANSELMO, Don.
Amigo muy estimado de don Juan Antonio Iranzo. «Operaba en Bolsa, sin título; era listo, de riñón bien cubierto.» Prestó a Iranzo la fianza para ser agente colegiado.
España sin rey (III).

ANSELMO, Don.
Tío de doña Librada Fajardo. Corregidor que fué de Guadalajara, amigo íntimo de los guerrilleros Sardina y El Empecinado.
Narváez (II).

ANSÓTEGUI.
Marinero de *La Numancia*, atacado del escorbuto.
La vuelta al mundo... (III).

ANSÓTEGUI, Don Calixto.
«Veterano de la guerra del Rosellón.» Vivía en Bilbao (1836). Gran patriota.
Luchana (II).

ANSÓTEGUI, Don Vicente.
Individuo de la Diputación de Vizcaya. Patriota liberal.
Luchana (II).

ANSÚREZ, Dídaco o Yago.
V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).

ANSÚREZ, Diego.
V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).
«Un hombrachón espigado, fuerte, como de treinta años largos, con trazas de marino, por su traje azul y lo curtido del rostro.»
Amigo del músico de Tortosa don Higinio. Cuando, muerta su mujer, doña Esperanza, se le escapó su hija Marina con el peruano Belisario, Diego se enroló como segundo contramaestre a bordo de *La Numancia* (1865).
Carlos VI, en la Rápita (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

ANSÚREZ, Egidio o Gil.
V. COMPAÑERO VALENCIANO.
V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).
De él contó el marqués de Beramendi a Santiuste, en 1860:
«Uno de los hijos de Jerónimo, llamado Gil, *Egidius*, según el sagaz investigador *maese Ventura Miedes*, ha salido aficionado a la vida bandolera. En tierras de la baja Cataluña y del Maestrazgo ha dado no poco que hacer a la Guardia Civil, asaltando masías o acechando caminantes desprevenidos ya solo, ya en cuadrilla con otros vagabundos y ladrones. Afortunado en algunas de estas malandanzas, fué desgraciado en otras, viéndose tan perdido, que de la libertad de sus atrevimientos vino a parar a la cárcel, y de aquí al presidio de Tarragona, de donde le habría sacado el verdugo si él con artificios increíbles no se escapara para volver a su vida criminal en los montes de Gandesa. Después se ha sabido que, valido Gil de disfraces ingeniosos, anda por los pueblos de las bocas del Ebro engañando a las gentes sencillas con un comercio que al menor tropiezo puede llevarle otra vez al presidio. En estas barrabasadas de Gil o *Egidius*, ve Jerónimo la deshonra de su familia, al fin rescatada de la miseria y del oprobio por la unión de Lucila con Halconero; y no pudiendo persuadir a ese pillastre a cambiar de vida, ha escrito del particular a su hijo Gonzalo para que vea si con halagos podrá éste inclinarle a que se vaya con él a tierras de moros, donde ha de ser más fácil que aquí someterle y llevarle a una buena conducta. Más que ver a Gil en un patíbulo quiere Jerónimo verle moro y circunciso. De esto han tratado en largas epístolas el celtíbero y el renegado, y en

el pliego que tú traes vendrá seguramente el plan de Gonzalo para llevarle con astucias o promesas al delicioso país berberisco, donde por los duros medios mahometanos será domado ese tunante...»

Habla Diego Ansúrez:

«Mi hermano Gil es agudo como el hambre, vivo como la pólvora, de rostro muy moreno, el labio un poco grueso, los ojos como endrinas. Con un gorro encarnado, unas bragas azules, chaquetón o balandrán con botones de moneditas y adorno dorado, se hace un empaque como el de esos griegos o turcos que vemos en los muelles de Marsella y de Génova.»

Carlos VI, en la Rápita (III).—*La de los tristes destinos* (III).

ANSÚREZ, Gundisalvo (Gonzalo).

«Era una hermosa figura juvenil, el rostro ennegrecido, los ojos con llamas, la mano poderosa, el desplante galán y altanero.»

Se fué a Marruecos y se hizo moro y adoptó el nombre de: V. MOHAMED-BEN-SUR-EL-NASIRY.

V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).

Su padre daba de él (1859) estas referencias:

«Gonzalo es allí hombre de riñón bien cubierto; vive considerado de grandes y chicos y el mismísimo señor sultán le llama su amigo, toma de él consejo, y le ha obsequiado con algunas cargas de dinero contante... En Tetuán se ha establecido, y su casa, si no la mejor, no es de las peores del pueblo. Comercia en lanas, comercia en almendras, y de un punto que llaman Tafilete le traen sus recuas de camellos, un mes sí y otro no, pieles magníficas, de las que manda una parte a Marsella, y otra parte allí se queda para ese calzado ancho y suelto que llaman babuchas.»

Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

ANSÚREZ, Jerónimo.

Conocido por el *Algorfero*. Sus hijos eran malísimas personas. Uno mató al molinero de Palmaces y otro descalabró al alcalde de Quintanas Rubias. Vivían como gitanos en las ruinas de un castillo.

«Era un viejo hermosísimo, de barba corta, como de quien abandona por muchos días el cuidado de afeitarse, expresivo de ojos, aguileño de nariz, la cabeza gallardamente alzada sobre los hombros, el cuerpo airoso y gentil, fácil en los movimientos, noble en las actitudes, vestido de paño pardo con no pocos remiendos, que parecían heráldicos dibujos.»

«Por cierto que en aquella segunda entrevista hubo de parecerme aún más gallarda que en la primera la figura del viejo Ansúrez, y su rostro más impregnado de exquisita nobleza. Sus elegantes actitudes no desmerecían con la pobre vestimenta del coleto burdo, el remendado calzón y las abarcas de cuero. Su afable sonrisa, su despejada frente, sus cabellos blancos, todo el conjunto de su vejez vigorosa me hacían el efecto de ver reproducidos en él los caballeros de remotas edades que seguramente no irían mejor vestidos, ni hablarían con más entonada y cortés gravedad.»

Vivía con su prole numerosa como los gitanos, de la Ceca a la Meca.

Narváez (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

ANSÚREZ, Jerónimo.

Hijo mayor de Jerónimo Ansúrez.

V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de).

ANSÚREZ, Leguntio (Leoncio).

Hijo de Jerónimo. Se fugó de Madrid con la malcasada Virginia Socobio. Era un buen oficial cerrajero. Cazador, leñador. En 1854 tenía veintidós años. Era hermoso, fuerte, bueno.

«Leoncio era; su alegre rostro, su gallarda soltura me cautivaron desde que entrar le vi, reconociendo en él un hermoso ejemplar de la raza de Ansúrez. Su varonil belleza respiraba salud, fuerza y un perfecto equilibrio de los dos elementos que nos componen, el animal y el hombre.»

La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

ANSÚREZ, Legunio o Leoncio.

V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).

ANSÚREZ, Lucila.

V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).

Mujer hermosísima. Fué amante abnegada del revoltoso capitán Gracián. Acabó casándose con el honrado y maduro labrador de Villa del Prado Vicente Halconero. En 1854 «había engrosado y tenía ya dos hijos». En 1859 tenía cinco y su gordura era ya poco agradable. Se casó en segundas nupcias con Angel Cordero.

Narváez (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo).

Vivían como gitanos en las ruinas de un castillo de Atienza. Pepe Fajardo habla así de ellos:

«Quedéme absorto mirándole, y por estar tan fija en él mi atención, tardé en hacerme cargo de las otras figuras. Eran sus hijos, tres en pie, dos tumbados. Al extender la vista por el círculo que formaban no lejos de su padre, vi entre ellos a una mujer, que subyugó mis ojos. Era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida. Ni en Italia ni en España se me apareció jamás hermosura que con aquélla pudiera compararse... Perfección tal de rostro y formas no se hallara más que en la Grecia de Fidias. Diría que me pareció cariátide; pero su temprana juventud no acusaba la necesaria robustez para sostener arquitrabes con su linda cabeza. La vi arrimada a un trozo de muro a la izquierda; era la figura más distante de la de su padre. Apoyaba el codo derecho en una piedra, en la mano la barbilla. Cruzados los pies desnudos, cargaba sobre el izquierdo el peso del cuerpo esbeltísimo, incomparable en todas sus partes y líneas de absoluta proporción en todos sus bultos.

»—Es mi hija Lucila—dijo el padre señalándola, y ella, mirándonos con curiosidad un tanto desdeñosa, no hizo ni un movimiento de cabeza, ni pronunció palabra alguna.

»—Este es el hijo segundo—dijo Miedes designando a un muchacho fornido, guapo, de tez tostada, que altanero nos contemplaba—. Su nombre es *Dídaco* o *Yago*, aunque vulgarmente lo llaman Diego. Y este otro es *Egidio*, Gil, que decimos ahora.

»El tal *Egidio*, jovenzuelo muy parecido a su hermana, se adelantó a besarnos la mano. Junto a él vimos al que Miedes llamó *Ruy*, un chiquillo como de diez años, lindísimo, curtido de sol, medio desnudo, con una piel cruzada en la cintura que le asemejaba al San Juan Bautista de la iconografía corriente. Los dos restantes era yacentes estatuas; el uno dormía, el otro acababa de despertar y con soñolientos ojos nos miraba.

»—Y a estos dos gandules—preguntó Taracena riendo—, ¿qué nombres les da el amigo Miedes? ¡Ah!, ya me acuerdo; el tagarote grande es *Gundisalvo*, y el otro *Leguntio*. Dígame, Ansúrez: ¿ese Leoncio ha cumplido los catorce años?

»—Los cumplirá dos días después de la Virgen de septiembre. Es el que sigue a Gil, y Gil sigue a Lucila, que ya cumplió los diecinueve.

»—¿Y cuál es el que se cortó el dedo para escaparse del servicio del rey?

»—Es ese que duerme, mi tercer hijo, Gonzalo: al mayor, que se llama como yo, le tenemos en Ceuta, por un *achaque*...

»—¿Llama usted achaques a los crímenes?

»—Por una mala querencia, señor. Acciones hay malas que son nacidas del mucho querer.

»—Como el querer de aquel galeote que se enamoró de la cesta de ropa. Y dígame: este *Gundisalvo*, o Gonzalo, ¿es el que domestica cuervos y les enseña el habla, igualándolos a los loros?

»—No, no lo tome a risa. Dos cuervos educó en el Burgo, que hablaban griego y latín...

»—Vamos, que ayudarían a misa.

»—Mejor que muchos cristianos. Uno se vendió y a Francia lo llevaron; el otro me lo robó un sanguijuelero.

»—A Gonzalo le tira la milicia, pero la milicia libre, que no hallará mientras no salten otras guerras como las pasadas; a Diego le tira la mar, de quien se enamoró en cuanto la vido en la salida del Ebro por los Alfaques, y tanto es su amor de las aguas, que en ellas se metería dentro de un zapato para ver toda tierra descubierta o por descubrir; a Gil le llama el mando, la guapeza, y no es capitán de bandoleros porque eso

no trae cuenta con tanta guardia cívica que tenemos ahora; a Leoncio le tira la cerrajería fina, o sea, el amañar armas de fuego y llaves tan sutiles que con ellas no pueda cerrar y abrir quien no tenga el secreto; y si de Rodriguillo no diré, por razón de su corta edad, que está ya bien clara la inclinación, pienso que le tira la música, o el arte de sacar coplas y de componer lo prosaico con buena concordancia.»

Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).

— * ANSÚREZ, Pedro.

Patriota español que ayudaba a los guerrilleros.

La batalla de los Arapiles (I).

ANSÚREZ, Rodrigo (Ruy).

El más pequeño de los hermanos de Lucila. En Madrid (1851) entró de aprendiz en el taller de unos boteros de la calle de Segovia. V. ANSÚREZ (Mujer e hijos de Jerónimo). Tocaba el violín con gran delicadeza y sentimiento. Y fué pensionado por Pepe García Fajardo para estudiar en Bélgica. De regreso a España se hospedó con Santiaguito Ibero, su amigo, en *Jacometrezo*, 17, pensión de María Luisa del Milagro.

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

ANSÚREZ Y CASTRIL, Marina (o Mara).

Hija de Diego Ansúrez y de doña Esperanza. En 1860 tenía diez años y «la chiquilla era una morenita salada y picaresca, pimpollo de gracias infantiles, que anunciaba la mujer pertrechada de seducciones».

«La chiquilla era un portento de agudeza y precocidad y el mayor alivio de las penas de su padre, que la amaba con delirio y no ponía freno a sus antojos. En *Mara*, el desarrollo espiritual y físico de la niña traía tempranamente las gracias de mujer hecha y bien plantada. El suelo y aire andaluz habían extremado la ligereza de sus pies, y la flexibilidad de su cuerpecillo en el baile, en los andares, hasta en el saludo. Habíase asimilado el ceceo de la tierra, el donaire anecdótico, el arte de las réplicas prontas, epigramáticas, chispeantes de sal y donosura. *Mara* reinaba en el corazón de todos, y era para sus padres el sol de la vida.» En 1865, a los quince años, *Mara:* «Los quince años de *Mara* eran espléndidos: pasaba de la adolescencia a la juventud con arrogancia de conquistadora. Sus hechizos inspiraban miedo a las Madres, miedo también al padre, y sin dejarse ver fuera del convento, eran conocidos y celebrados por obra exclusiva de la fama. Ni el fuego ni la hermosura pueden estar ocultos. Y está de más decir que *Mara* tuvo en Cartagena, al presentarse acicalada y bruñida de lenguaje, un éxito loco. Muchachos de diferentes vitolas y abolengo la cortejaron, sin que ella saliera de su mónica constante: enloquecer a todos, y no dar esperanzas a ninguno. Cobró fama de ambiciosa y de picar demasiado alto. Con las gracias discretas nuevamente adquiridas se juntaban, en delicioso revoltijo, los donaires que se le pegaron en la tierra andaluza... No había criatura que exhibir pudiera mayor conjunto de seducciones mortíferas, ni que impusiese más terror a los que la sitiaban con solicitudes amorosas. Su talle sutil, su gracioso andar, sus decires prontos, que tenían por manantial la boca más fresca y bonita que podría imaginarse, su rostro trigueño a lo Virgen de Murillo, se grababan en la retina y en el corazón de infinidad de jóvenes que vivían desconsolados y como almas en pena.»

Se fugó de su casa con el peruano Belisario.

La vuelta al mundo... (III).

* ANTAS, D'.

Portugués de vivísimo genio que mandaba una partida carlista (1836).

De Oñate a La Granja (II).

* ANTEQUERA, Don Juan Bautista.

Segundo comandante de *La Numancia*. «Muy querido de iguales e inferiores.» Se cayó bajando la escala del falso sollado y se rompió una pierna.

La vuelta al mundo... (III).

— ANTERO, Don.

Progresista. Asistente al Café de Pombo.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * ANTILLÓN Y MARZO, Isidoro (1778-1814).

Político y periodista español, gran pa-

triota, de ideas avanzadas. Diputado en las Cortes de Cádiz. Fué asesinado.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * ANTINOO (Siglo II).
Joven bitinio, favorito del emperador Adriano.
Cádiz (I).

— * ANTÍOCO EPIFANO (174-164 a. J. C.).
Rey de Siria. Murió de un arrebato de locura.
Juan Martín el Empecinado (I).

ANTOLÍNEZ, Padre.
Monje jerónimo de El Escorial, instructor de Gabriel Araceli.
La Corte de Carlos IV (I).

* ANTONELLI, Monseñor Jacobo.
«Cuando apenas se había iniciado la dolencia, hizo don Matías testamento, nombrando ejecutor de sus disposiciones a otro de sus mejores amigos, monseñor Jacobo Antonelli, segundo tesorero o como si dijéramos, secretario de Hacienda, persona muy bien mirada en la Corte Pontificia por su talento político y su mundana ciencia. Al tal sujeto habría ya de presentarme, pues, según Ruiz, debía tener instrucciones de Rebollo referentes al cuidado de mis estudios y a la paternal tutela que conmigo ejercía.»
Fué nombrado ministro de Hacienda del Vaticano y cardenal (1846).
«Era un hombre alto y moreno, de mirada fulminante, de rasgada y fiera boca con carrera de dientes correctísimos, que ostentaban su blancura dando gracia singular a la palabra. El rayo de sus ojos de tal modo me confundía, que no acertaba yo a mirarle cuando me miraba. Sujetóme a un interrogatorio prolijo, y con tal arte y gancho tan sutil hacía sus preguntas, que le referí todas mis maldades, sintiéndome muy aliviado cuando no quedó en mi conciencia ninguna fealdad oculta. A mi sinceridad correspondió su eminencia poniendo en su admonición un cierto aroma de tolerancia.»
Las tormentas del 48 (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

* ANTONI.
«Un italiano alto, rubio, de gallarda figura». Criado del general Prim, al que hizo traición, enviando al Gobierno de Madrid, o a su embajador en Londres —duque de Vistahermosa—, cuantas cartas se dirigían al conde de Reus.
La de los tristes destinos (III).

* ANTONIO, Caballero.
V. EMBAJADOR de Nápoles.

* ANTONIO IGUALDAD.
Nombre con que designaban sus enemigos a uno de los pretendientes al Trono español, hijo de Felipe Igualdad (Luis Felipe de Francia).
V. ORLEÁNS, Infante Don Antonio de.
Duque de Montpensier, esposo de Luisa Fernanda, hermana de Isabel II.

* ANTONIO PASCUAL, Infante Don (1775-1817).
Hermano menor de Carlos IV. Estuvo prisionero en Valençey. Fernando VII le nombró gran almirante de Castilla.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— ANTONY.
Protagonista de una obra dramática de Dumas.
Mendizábal (II).—*Vergara* (II).

ANTOÑITA *la cordonera.*
Devaneo de Pepe Fajardo, que se confiesa así:
«Una mujer del pueblo, una *demócrata,* que así debo llamarla por ser de lo más selecto y fino dentro del tipo plebeyo. Llámase Antoñita, y pertenece a una familia de cordoneros subdividida hoy en diferentes tiendas y portales de calles próximas a la Plaza Mayor. Añado que es muy guapa y graciosa, el más delicado manjar de manola que puede imaginarse, y que tiene por esposo a un tal Trujillo, abominable truhán de Madrid, hijo de una honrada familia de comerciantes en peletería, hoy apartado de sus padres y de su mujer, viviendo en oscuros garitos y revolcándose en el más bajo cieno social.
»Vino a mí la graciosa Antoñita por conquista de unas cuantas horas, realizada con jactancia y perfidia. Bringas la cortejaba y la tenía por suya; yo se la quité en los rápidos galanteos de una tarde. Cambió la esclava de dueño como si con unas cuantas monedas la com-

prara yo en un mercado de Oriente, y desde el primer instante se arrebató en tan loca pasión que el cansancio mío hubo de venir más pronto de lo que pareciera justo, dados la belleza y donaire de tal mujer».
Las tormentas del 48 (II).—*La revolución de julio* (III).

* ANTÚNEZ, Don José.
Médico de Pedro Abad (Córdoba), que curó de su herida leve al general Novaliches (1868).
La de los tristes destinos (III).

ANYERA, Un caíd.
Hizo amistad (1860) con Santiuste.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * AÑORBE.
Poeta dramático español muy malo.
La Corte de Carlos IV (I).

* AOSTA, Duque de.
Uno de los pretendientes al Trono español (1870). Hijo de Víctor Manuel II de Italia.
V. AMADEO DE SABOYA.
España trágica (III).

APAREJADORES.
Que armaron el patíbulo de Riego en la plaza de la Cebada (6 de noviembre de 1823).
El terror de 1824 (I).

APARICIO, Don Cosme.
Vecino de Atienza. Amigo y testamentario del arqueólogo don Ventura Miedes.
Narváez (II).

APARICIO, Las de.
Mozuelas coquetas de Atienza.
Narváez (II).

* APARISI Y GUIJARRO, Antonio (1815-1872).
Uno de los más inteligentes paladines de la Comunión Tradicionalista. Buen orador. Hábil polemista, diputado en las Cortes Constituyentes de 1869. Era académico de la lengua.
España sin rey (III).

* APODACA, Don Juan Ruiz de (1770-1835).
Cuñado de Churruca. Derrotó a los franceses en Cádiz. Sometió a Nueva España. Fué virrey de Navarra. Y tuvo el título de conde de Venadito.
Trafalgar (I).

APOLINAR, Don.
Sacerdote bilbaíno, de la familia de los Gaminde. Amigo de los Arratia. Fué quien casó a Aurorita Negretti con Zoilo Arratia.
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

— APOLO.
Hijo de Júpiter y de Latona, hermano de Diana. Fué arrojado del Olimpo. Derrotó a los Cíclopes y fundó los oráculos.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Cádiz* (I).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

— * APPIANO.
Historiador griego de la época de Trajano, Adriano y Antonino.
Narváez (II).

APRENDIZ.
De hojalatero. Llevaba y traía cartitas entre los conspiradores (1854). Su patrono era José María Alvear, con tienda en la calle del Desengaño, 22. Este aprendiz era:
V. ANSÚREZ Rodrigo.
La revolución de julio (III).

* APRENDIZ.
Mote que daban al ministro Moscoso.

— AQUERONTE.
Hijo del Sol y de la Tierra. Fué transformado en río por haber dado agua a los Titanes. Uno de los cinco ríos de los infiernos por cuyas márgenes vagaban cien años las almas de los cuerpos privados de sepultura.
Amadeo I (III).

— AQUILES.
El más famoso de los héroes griegos, bisnieto de Júpiter. Hijo de Peleo y de la diosa del mar Tetis. Homero le cantó en sus eternos poemas.
La segunda casaca (I).—*Vergara* (II).

AQUILINA DE LA TRANSFIGURACIÓN, Sor.
Aragonesa. Compañera de Domiciana Paredes en el Monasterio del Caballero

de Gracia. Le reveló a ésta el artificio *de las llagas* de Sor Patrocinio.
Los duendes de la camarilla (II).

AQUILINO ERRAZU.
V. CURA de Elizondo.

ARACELI, Gabriel.
Protagonista narrador de la Primera Serie de los *Episodios Nacionales*. Muchacho huérfano, todo fibra, voluntad y gracia. Tomó parte en la batalla de Trafalgar, en el 2 de mayo de Madrid, en el sitio de Zaragoza, en la exaltación constitucional de Cádiz, en la epopeya de Bailén y en la pugna de los Arapiles... De grumete llegó a teniente coronel. Estuvo a punto de morir mil veces. Había nacido en el famoso barrio de la Viña, de la blanca ciudad gaditana, el año 1791. Su gran amor único fué la deliciosa Inés de Santorcaz, de la que quisieron separarle los más sañudos prejuicios, esgrimiendo los cuales se distinguió la marquesa Amaranta, madre de Inés y fascinación un día del propio Araceli. Gabriel, con una enorme fe en sí, a todo se atreve, todo lo vence. Es impresionante la suave fiereza de este mozo henchido de soberbias calidades morales y sentimentales.

— * ARAGÓN, Agustina.
V. AGUSTINA.

— * ARAGÓN, Doña María.
Los apostólicos (II).

* ARAGÓN, Teniente coronel.
Sus tropas fueron las primeras que se unieron al general Martínez Campos para dar *el grito* por Alfonso XII en Sagunto.
Cánovas (III).

* ARANA, Don Antonio.
Jefe de los nacionales de Bilbao (1836). Gran militar y gran patriota.
Luchana (II).

ARANA, José Blas de.
Miliciano Nacional en Bilbao (1836). Muy amigo de Martín Arratia.
Luchana (II).—*Vergara* (II).

ARANA, Pepe.
Amigo de Pepe García Fajardo.
V. RUIZ DE ARANA.
Las tormentas del 48 (II).

ARANA, Señoras.
Patriotas bilbaínas que hicieron de enfermeras durante los sitios de Bilbao.
V. HILARIA.
Luchana (II).

— * ARANDA, Abarca de Bolea, Pedro Pablo, Conde de (1719-1798).
Político español. Expulsó de España a los jesuítas. Dió un gran impulso a las obras públicas y fomentó los trabajos relativos a la América hispana.
Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Luchana* (II).

ARANSIS, Don Raimundo.
Alcalde de Cervera.
Un faccioso más... (II).

ARANSIS, Guillermo.
Amigo de Pepe García Fajardo. Aristócrata. Pepe escribe así:
«Guillermo Aransis forma conmigo una pareja indisoluble. ¿Qué parentesco moral, étnico, fisiológico, iguala nuestros gustos y unifica nuestros pensamientos? No entiendo este *gemelismo* (excusad la palabra), siendo él rico, yo pobre; él de raza histórica, yo de cepa plebeya. Verdad que físicamente tenemos gran semejanza, y mayor aún en el temperamento. Nos asimilamos el uno al otro con pasmosa rapidez. Absorbe él mis ideas apenas yo las expreso; me apropio yo sus modos elegantes apenas los indica. Naturalmente, dada la situación social de cada uno, no le arrastro yo a él, sino él a mí; Aransis me lleva a su esfera, sin que yo me dé cuenta de ello, por graduales movimientos tirando de mí; me introduce en el campo de las aficiones, de los hábitos, ¿y por qué no decirlo?, de los vicios aristocráticos. A mí nada me asusta en el medio de vida a que mi amigo me conduce: no me asusta la disipación, ni el convencionalismo, ni el vértigo de las alturas.»
Fué amante de Valeria Socobio, casada con Rogelio Navascués.
«Guapo, joven, condiciones precisas para la figuración poética, la cual era más grande y sutil por sus maneras exquisitas, y el derroche de dinero que suponían sus trajes, coches y todo el tren de su dorada existencia.
»Guillermo de Aransis, marqués de Loarre por sucesión directa, conde de

Sámanes y de Perellá por su parte en la herencia de San Salomó, era un joven de excelentes prendas, corazón bueno, inteligencia viva; prendas, ¡ay!, que se hallaban en él ahogadas o por lo menos comprimidas debajo del avasallador prurito de elegancia. Resplandor de la belleza es la elegancia, y como tal, no puede negársele casta divina; pero cuando al puro fin de elegancia se subordina toda la existencia, alma. cuerpo, voluntad, pensamientos, sobreviene una deformación del ser, horrible y lastimosa, aunque, en apariencia, no caiga dentro del espacio de la fealdad. Dotado de atractivos, hermosa figura, palabra fácil y seductora, no vivía más que para agregar a su persona todos los ornamentos y toda la exterioridad que había de darle brillo y supremacía evidentes entre los individuos de su clase. Exaltado su amor propio, no reparaba en medios para obtener tal supremacía y hacerla indiscutible; sus trajes habían de ser lo más notorios por el sello de la personalidad siguiendo la moda con el precepto sutil de acatarla sin parecerse a los que ciegamente la seguían. Había de ser lo suyo distinto de lo general, sin disonancia, o con sólo una disonancia que, por muy discreta, llevaba en sí la deseada y siempre perseguida superioridad. Se preciaba, o de inventar algo en el arte de vestir, o de ser el primero que importase de los talleres parisienses las formas nuevas, cuidando de presentarlas modificadas por su gusto propio antes que el uso de los demás las generalizara. En todo esto, para que resultase verdadera elegancia, la naturalidad sin estudio alejaba toda sombra de afectación.»

Las tormentas del 48 (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

ARANSIS, Marquesa.
Abuela de Guillermo.
Las tormentas del 48 (II).

ARANSIS, Paquita.
Esposa de don Pedro Rey. Hermana de sor Teodora, la bella monja dominica de Solsona.
Un faccioso más... (II).

ARANSIS Y PEÑAFORT, Doña Teodora.
Sobrina del conde de Miralcamp, que profesó en las dominicas de Solsona. Así la vió Pepet aquel memorable día:

«Pero el estupor del sacristán en ciernes llegó a su colmo al ver que entre la fila de monjas arrodilladas en la delantera del coro apareció una joven de sorprendente hermosura. Vestía las fastuosas ropas mundanas que jamás había visto él en tan lóbregos sitios. Lujosas pedrerías adornaban su garganta y orejas, y sobre sus hombros caían con admirable majestad y gracia los más hermosos cabellos negros que se podían ver en el mundo. Su divino rostro estaba tan pálido como la cera de la encendida vela que en la mano tenía. No alzaba del suelo los ojos, no movía ni las cejas ni los descoloridos labios. ni las negras pestañas que velaban sus miradas como vela el pudor a la hermosura ni parte alguna de su cuerpo. Parecía una estatua, una mujer muerta que, acababa de morir en aquel mismo instante, se conservara derecha y de rodillas por milagroso don.

Un voluntario realista (II).—*Un faccioso más* (II).

ARAOZ, Don Jacinto.
Capitán. Ayudante del gran Santiago Ibero y su mejor amigo.
Montes de Oca (II).

ARAOZ, Miguel.
Brigadier cristino que logró meter en Bilbao—entre el segundo y tercer sitio—tres correos de Castilla.
Luchana (II).

* ARAUS, Alberto.
Furibundo personaje de la Juventud Federal de Madrid. Ministro de la Gobernación del Gobierno provisional de la Federación Española que se constituyó en Cartagena (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

ARBUÉS, Don Rodrigo de.
Jefe cristino, pariente de don José Fago, a quien saca de la prisión de Estella.
Zumalacárregui (II).

* ARCEDIANO DE HUETE.
Se pronunció—y triunfó—en Cuenca por la Regencia de doña María Cristina (1843).
Bodas reales (II).

* ARCICOLLAR, Juanito.
Amigo de Pepe García Fajardo.
Narváez (II).

ARCIPRESTE, El.
De Tarancon. Muy amigo de don Enrique Oliván y de su señora.
Prim (III).

— ARCIPRESTE DE ALCARAZ.
Amigo de Artieda.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* ARCO AGÜERO.
Uno de los jefes militares liberales sublevados en 1820. Valiente. Leal. Capaz. Mucho más interesante de estudio que Riego.
La segunda casaca (I).—*Mendizábal* (II).

* ARDANAZ.
Político español. Ministro de Hacienda con el Gabinete Prim (1869).
España sin rey (III).

* ARDERÍUS, Francisco (1836-1886).
Notable actor y empresario madrileño (1875). Introdujo en España el género bufo.
Cánovas (III).

— * ARDOIN, El barón.
Banquero de París, al que sirvió Fernandito Calpena como jefe de correspondencia de la América española.
Mendizábal (II).

* ARECHAVALA, Don Miguel de.
Brigadier de Ingenieros, organizador de los planes de defensa de Bilbao (1836).
Luchana (II).

— * AREIZAGA, Don Juan Carlos.
General español, «hombre nulo en el arte de la guerra, y en cuya cabeza no cabían tres docenas de hombres». Jefe de Gabriel Araceli en alguna campaña de 1810, por Córdoba y Jaén.
Gerona (I).

— * AREMBERG, Próspero Luis. Gran Duque (1785-1861).
Estuvo casado con una sobrina de la emperatriz Josefina. Al mando de la Caballería ligera, hizo las campañas de Prusia y España. Cayó prisionero de Inglaterra en 1811.
La Corte de Carlos IV (I).

* ARESPACOCHAGA Y VIDONDO, Señor don Fructuoso (o don Blas).
Del Cuartel real de don Carlos María Isidro (1834). Consejero de Castilla, de quien era capellán don José Fago.
«Era el tal cortesano de don Carlos persona de muy cortas luces, ambicioso forrado en beato, de ideas comunes y palabras rebuscadas y ampulosas. Su edad no pasaba de los cincuenta años; era de buenas carnes, de rostro frío y redondo, afeitado; facciones que podrían llamarse eclesiáticas, con la salvedad de que carecían de toda expresión mística. Su mirada se esforzaba en ser aguda y luminosa; pero no lograba la vanidad lo que sólo es privilegio de la inteligencia; resultaba un mirar de desconfianza oficinesca, o de comerciante en mercedes palatinas. Usaba en el trato social tosecillas, pausas, caídas de ojos, y otros medios auxiliares de expresión que conceptuaba indicadores de pensamientos recónditos: realmente eran un juego que respondía a la vaciedad de su inteligencia. Y como había otros más negados que él, para éstos tenía un repertorio de frases comunes, adquiridas en lecturas o cosechadas en el trato de otros prohombres burocráticos, las cuales le servían para deslumbrar a la muchedumbre de casacón y sombrero de tres picos, que es, sin duda, la más fina y selecta variedad en la familia extensísima del humano vulgo.»
Galdós llama a este personaje don Fructuoso, y más adelante don Blas, indudablemente por distracción.
Zumalacárregui (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— ARETUSA.
Nombre de varias ninfas en la Mitología helénica.
Los apostólicos (II).

— ARGOS.
Personaje mitológico, representante de la vigilancia cautelosa. Tenía cien ojos.
Montes de Oca (II).

* ARGOTE, Don Ramón.
Cura que capitaneaba una guerrilla contra los franceses.
Bailén (I).

* ARGÜELLES, Don Agustín (1776-1884).
Diputado en las Cortes de Cádiz. Es-

tuvo preso y confinado en Ceuta y Alcudia. La reina María Cristina de Borbón le nombró tutor de sus hijas Isabel II y María Luisa Fernanda. «Un señor viejo, alto, amarillo, con unas patillucas cortas, el mirar tierno y bondadoso, el vestir sencillísimo y casi desaliñado, sin ninguna cruz ni cintajo ni galón» (1841). «Sorprendió a éstas la extremada sencillez de su tutor, que más que personaje de campanillas parecía un maestro de escuela; pero éste no tardó en cautivarlas con su habla persuasiva, dulce, algo parecida al sonsonete de los buenos predicadores. Decía cosas muy bonitas enalteciendo la virtud, el respeto a la ley, el amor de la patria y la unión feliz del Trono y la Libertad. Su palabra, educada en la tribuna y más diestra en la argumentación de sentimiento que en la dialéctica, iba tomando, con el decaer de los años, un tonillo plañidero; su voz temblaba, y a poquito que extremase la intención oratoria se le humedecían los ojos. Naturalmente, las reales criaturas, cuya sensibilidad se excitaba grandemente con el ejemplo de aquel santo varón, concluían por echarse a llorar siempre que don Agustín a la virtud las exhortaba con su tono patético y la bien medida cadencia de su fresco parlamentario, hábilmente construído para producir la emoción. Y no podían dudar que le querían: él se hacía querer por su bondad simplísima y por el aire un tanto sacerdotal que le daban sus años, sus austeras costumbres, su dulzura y modestia, signos evidentes de su falta de ambición. Caracteres hay refractarios al disimulo, y que en sus fisonomías llevan el verídico retrato del alma; a esta clase de personas pertenecía don Agustín Argüelles, del cual sus enemigos pudieron decir cuanto se les antojó, pero a una le señalaron todos como ejemplo de un desinterés ascético, que ni antes ni después tuvo imitadores, y que fué su culminante virtud en la época de la tutoría y en el breve tiempo transcurrido entre ésta y su muerte.»

Gerona (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Prim* (III). *La de los tristes destinos* (III).

* ARGÜELLES, Don Isidro.

Político «de Istúriz». Diputado. Senador.

Prim (III).

* ARGUINFONIS.

Uno de los patricios vascos con quienes firmó Serrano el Convenio de Amorabieta (1872).

Amadeo I (III).

* ARGUMOSA, Don Manuel.

Capitán del *Monarca*.

Trafalgar (I).

— ARIADNA.

Hija de Menios y de Pasifae. Amante de Teseo, a quien dió el hilo que utilizó éste para salir del laberinto de Creta.

Las tormentas del 48 (II).—*España trágica* (III).

— * ARIAS.

Juez de las causas contra los absolutistas (1821-1822). Muy buena persona.

El Grande Oriente (I).

* ARIAS TEIJEIRO.

Ministro de Gracia y Justicia del Pretendiente, en Oñate (1836). «Hombre vulgar y antipático que, improvisándose faccioso después de haber jurado a Isabel y hecho en Madrid aspavientos de liberalismo, había ganado el corazón de don Carlos y era en su Corte uno de los más furibundos *ojalateros*. Descollaba por querer meter en todo el formulismo burocrático, por el flujo de dar y quitar empleos, y fué una de las más inútiles y maléficas yerbas que crecían en el campo de la facción, estorbando allí donde no podía hacer daño.»

De Oñate a La Granja (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).

* ARII FAITÉ.

Rey consorte de Otaití. Era «un bigardo glotón y borrachín que no se dejaba ver más que en comilonas y francachelas. Vestía ridículamente un casacón bordado y las plumas que debía llevar en la cabeza llevábalas en un sombrerote tricornio... Era el más bárbaro y feliz de los *canacas*».

La vuelta al mundo... (III).

* ARIÓN, Duque de.

Pariente de Amaranta y afrancesado.

«Era un joven de veintidós a veintitrés años, delgado, de regular estatura, semblante frío y sin expresión, de modales elegantes y comedidos, como de persona habituada a la alta etiqueta, y sin otra cosa notable en su persona que la atildada perfección del vestir. Digo mal, pues también llamaba la atención en él un acento francés tan marcado y un tan incorrecto uso de nuestro lenguaje, que a veces no era posible oírle con seriedad. Hijo único de una señora que no nombro, y que fué mujer muy corrida y muy tomada en lenguas allá por los últimos años del siglo antecedente, marchó con ella a París a los siete años de edad y en tiempo del Directorio; allí se educó, permaneciendo tres lustros fuera de su patria. Era primo, no sé si en segundo o tercer grado, de los que yo llamo de Leiva; pero la marquesa, que le había criado, casi le consideraba como hijo.»
Napoleón, en Chamartín (I). — *Gerona* (I).

* ARIOSTO, Luis (1474-1533).
Célebre poeta italiano, autor del poema *Orlando Furioso*.
De Cartago a Sagunto (III).

* ARISCÚN.
Jefe militar incondicional de los antiesparteristas hermanos Concha (1843).
Bodas reales (II).

— * ARISPE.
Diputado liberal en Cádiz (1810).
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

ARISTA, Condesa de.
V. LOAYSA, Pilar.

— * ARISTA, Iñigo.
Reinó entre los años 868 a 880. Primer rey de Navarra.
Mendizábal (II).—*Narváez* (II).

* ARÍSTEGUI.
Político que desde Sevilla prestaba servicios a la causa de Prim (1867).
La de los tristes destinos (III).

— * ARÍSTIDES (469 antes de J. C.).
General ateniense, llamado *el Justo*. Nombre que tomó Juan Bragas de Pipaón entre los masones.
El Grande Oriente (I).

* ARISTIZÁBAL.
Brigadier cristino, ayudante de Espartero (1837).
Vergara (II).

— * ARISTIZÁBAL.
Familia madrileña, célebre por sus fastuosas reuniones (1825 a 1833).
Los apostólicos (II).

— * ARISTOGITÓN (Siglo VI a. de J. C.).
Célebre ateniense que, con Harmodio y otros jóvenes, luchó contra los tiranos Hippias e Hiparco. Era el nombre que tomó Salvador Monsalud entre los masones.
El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).

— * ARISTÓTELES (384 322 a. de J. C.).
Famoso filósofo, fundador de la llamada escuela peripatética que siguieron los escolásticos. Discípulo de Platón Maestro de Alejandro Magno. La base de su sistema es que todo conocimiento viene de los sentidos.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*O'Donnell* (III).

* ARIZA.
Periodista, político y escritor de costumbres (1848).
Las tormentas del 48 (II).

ARIZMENDI.
Mozarrón bravo de la partida carlista de don José Fago.
Zumalacárregui (II).

* ARJONA, Don José Manuel de.
Realista (1824), con grandes privilegios y enormes influencias entre la Policía.
El terror de 1824 (I).

* ARJONA, Señor.
Secretario particular del pretendiente don Carlos María de los Dolores Borbón y Austria Este.
España sin rey (III).

— * ARLINCOURT, Vizconde D'.
Novelista romántico.

El Grande Oriente (I).—*Los duendes de la camarilla* (II).

ARMANDA, Doña Consolación.
Tía de Pilar, la «deidad velada», quien habla de ella así:
«La tía Consolación es un calmante enérgico de mi estado espasmódico por su bendita indiferencia de todos los asuntos que no sean sus devociones y la paz de su casa, por carecer en absoluto del defecto esencialmente femenino, la malditísima curiosidad. No he visto pasta de ángel como la suya. Si ello es un profundo egoísmo, celebremos la razón de la sinrazón que en determinadas circunstancias reviste los vicios de las apariencias de excelsas virtudes, ofreciéndonos los provechos de éstos. A mi tía Consolación no le importa nada de nada: vive siempre en, por y alrededor de sí misma, contenta del medio social, como los pececitos que se hallan bien en su redoma de agua limpia; hablando mucho de las excelencias de la otra vida, y procurando por todos los medios permanecer en ésta el mayor tiempo posible; rodeada de curas y de médicos, a quienes oye y atiende como a sibilas de la salud espiritual y física; disfrutando de sus riquezas con parsimonia y régimen intachables; exacta en todo, fría en sus afectos, cuidadosa de sus pelucas y de sus huéspedes...»
La estafeta romántica (II).

ARMADA, Pepe.
Un señorito rico. Tenía amoríos con la Villaverdeja. Posteriormente *parece ser* que estuvo *muy* a bien con Valeria Socobio.
O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

— * ARMAGNAC, D'.
General francés de división que operó en Guadalajara (1810).
Juan Martín el Empecinado (I).

ARMAÑÓN, Don Ventura.
Canónigo cuarto de frutos en la Colegial de Nájera. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta, en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

ARMENDÁRIZ, Señoras.
Viejas damas de Vitoria, amigas de los Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

* ARMENTIA.
Diputado a Cortes (1873).
La primera República (III).

ARMERO.
De la calle Mayor. 10, que tenía la exclusiva, en 1854, para vender la pistola *giratoria-revólver* Colt.
La revolución de julio (III).

* ARMERO, Don Antonio.
Alférez de navío. Hijo del mismo don Fracisco. Se comportó heroicamente en el Perú y Chile (1865).
La vuelta al mundo... (III).

* ARMERO [¿Don Francisco?]
General español. Varias veces ministro de Marina: 1840, 1844 a 1846, 1846 a 1847. 1851 a 1852; de Guerra: 1851 y 1857. Presidente del Consejo de Ministros en 1857.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).

ARMENGOL, José.
Sacristán durante cuarenta años del convento de dominicas de San Salomó, en Solsona. Abuelo de Pepet, a quien transmitió su cargo.
Un voluntario realista (II).

* ARMESTO, Don Vicente.
Ministro con el Gabinete Cleonard-Colombí. Era antes empleado supernumerario del Tribunal de Cuentas, con el sueldo de 20.000 reales.
Narváez (II).

ARMIJA Y CASTRIL, Don Prisco.
Cura de Salar. Tío de doña Esperanza, la ex monja de la Consolación. Quiso casarla con su amante Diego Ansúrez, pero no logró las oportunas dispensas de los votos.
La vuelta al mundo... (III).

— * ARMIJO, Doloritas.
Gran dama española, en cuyo palacio se verificaban famosas tertulias. Casó con don José María Cambronero, hijo del famoso don Manuel María.
Los apostólicos (II).

ARNÁIZ.
Amigote de Pepe García Fajardo. Hijo de un comerciante.
Las tormentas del 48 (II).

* ARNAO, Antonio (1828-1889).
Poeta y periodista español. Autor dramático poco afortunado.
Los duendes de la camarilla (II).

* ARÓSTEGUI.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * ARQUÍMEDES (287-217? a. J. C.).
Gran matemático de Siracusa.
Luchana (II).

ARRATIA, José María de.
Comerciante bilbaíno que murió en 1830, dejando un nombre intachable y restos de una fortuna quebrantada por malos negocios. Padre de Vicente, Sabino y Prudencia.
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

ARRATIA, Prudencia.
V. PRUDENCIA, Doña.

ARRATIA, Sabino.
Hijo de don José María.
«Sabino, el más joven de los tres hermanos, estuvo largo tiempo en desacuerdo con sus padres, por haberse casado a disgusto de ellos con una moza de Bermeo, hija de pescadores. Hechas las paces con la familia, vivió algunos años en Bilbao, dedicado a la construcción de buques; era un habilísimo carpintero de ribera, y muy fuerte en arquitectura naval, que no aprendió por principios, sino por reglas y módulos de maestros empíricos. De su astillero salieron buques muy afamados, algunos tan veleros, que iban a parar a manos de los tratantes y cargadores de esclavos en el Golfo de Guinea. Era además buen mecánico en todo lo que se relacionaba con el arte naval, y muy entendido en la fundición y forja del hierro. Su mujer, que falleció del cólera, le dejó tres hijos: José, Martín y Zoilo, que el 36 eran unos tagarotes de veintitantos años, y no desmentían la cepa vigorosa de la familia ni su consistente devoción del trabajo.
»Y ésta es la ocasión de referir que el buen Sabino era el único de los Arratias que sentía inclinaciones hacia el absolutismo siquiera fuesen platónicas, determinadas por móviles religiosos más que políticos. Hombre piadoso, formulista y un tanto santurrón, disentía de su hermano Valentín, algo dañado de volterianismo, lo que no impedía que, profesadas una y otra opinión con tibieza y en el terreno ideologico, viviesen los dos en armonía perfecta, sin significarse públicemente por uno ni otro partido. Nunca llevó a mal Sabino que sus hijos perteneciesen a la Milicia Urbana, pues sus ideas retrógradas en ciertos y determinados puntos cedían ante la suprema devoción de la ciudadanía bilbaína.»
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

ARRATIA, Valentín.
Hijo de don José María.
«Valentín Arratia, el primogénito, con cincuenta y tres años el 36, era piloto de altura, y había pasado lo mejor de su vida *rompiendo mares* en América y en el Norte. Mandó primero barco ajeno, después barco propio, del cual fué capitán y armador. El 28 se divorció de la mar salada para dedicarse al comercio de tablazón, que hubo de abandonar al principio de la guerra, refugiándose en el establecimiento paterno. Era hombre al propio tiempo duro y dulce, como el turrón de Alicante, aferrado a un corto número de ideas en el orden social y moral y con gran caudal de ellas en todo lo referente a la náutica y gobierno de naves. Enviudó de su mujer el mismo año en que le hizo la cruz a la mar. Esta le dejó un reuma que le cogía todo el costado derecho, haciéndole andar escorado, y su esposa le dejó un hijo, que es el *Churi* del burro, y además una ferrería situada en Lupardo, barrio de Miravalles.»
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

ARRATIAS, Los.
Familiares de doña Prudencia, esposa de don Ildefonso Negretti. Vivían en Bilbao, «allí, por la Ribera».
«Lo más admirable en los Arratias era la unión y concordia que entre ellos, desde la muerte del padre, reinaba, haciendo de los tres harmanos y de su prole una verdadera piña. Apretados uno contra otro, sin que ninguno mirase al interés individual, aplicándose todos con alma y vida al bien común, ofrecían gallardo ejemplo de la fuerza que, según el proverbio, es producto de la unión. Se

agruparon no sólo por virtud, sino por necesidad o espíritu de defensa, pues cuando perdieron a su padre, los negocios de éste iban de capa caída y no se hallaban en situación más próspera los de cada uno de los hijos.

»Y conviene advertir, para mayor esclarecimiento de la eficacia de la trinca, que el esposo de Prudencia era para Valentín y Sabino tan hermano como la hermana misma; que a falta de hijos a quienes querer como tales, Ildefonso y Prudencia amaban a los de sus hermanos como si fueran de ellos, y que todos, tíos y sobrinos, hermanos y cuñado, padres e hijos, se confundían en un sentimiento amoroso que era el aglutinante de aquella humana concentración de fuerzas.»

V. JOSÉ MARÍA, Don; VALENTÍN, PRUDENCIA, SABINO, «CHURI», JOSÉ, MARTÍN y ZOILO.

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

* ARRAZOLA, Don Lorenzo (1793-1873).

Político y jurisconsulto español. Siete veces ministro de Gracia y Justicia. Senador. Presidente del Tribunal Supremo.

La estafeta romántica (II).—*Montes de Oca* (II).—*Las tormentas del 48* (II). *Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Prim* (III).

ARRESE, Daniel.

«Niño echado a perder por el estudio.» Jovenzuelo republicano federal de Vitoria (1869).

España sin rey (III).

ARREGUI, Servando.

Gran amigo de Romarate. Comprador de la casa de las Ezquerecochas, en Vitoria, para poner en ella una ferretería.

España sin rey (III).

ARRIAGA, Don Blas.

Capellán de las monjas de Santa Brígida. Canónigo de la Colegiata de Vitoria. Amigo de Baraona.

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano del 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).

* ARRIAZA, Juan Bautista (1770-1837).

Poeta y dramaturgo madrileño muy mediocre, protegido por los reyes. Se distinguió en la poesía patriótica.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Cádiz* (I).—*Los apostólicos* (II).

ARRIAZA, Padre.

Vicario de monjas claustradas. No creía en la santidad de sor Patrocinio.

Los duendes de la camarilla (II)

ARRIEROS MOROS.

Gimoteantes que iban dando a Mohamen-ben-Sur El Narsy noticias del avance de las tropas españolas (1860).

Carlos VI, en la Rápita (III).

ARRÓIZ, Juan de Dios.

V. JUAN DE DIOS.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* ARROYO.

Rico mejicano que coadyuvó a implantar la Monarquía en su país.

Prim (III).

— * ARTAZGO.

Noble familia de Oñate, en cuyo palacio se hospedaba el Pretendiente (1836).

De Oñate a La Granja (II).

* ARTECHE, Don José Gómez de (1821-1906).

Político, general e historiador español.

Narváez (II).

— ARTEMIDORO.

Rey griego de Bactriana. Vivió, posiblemente, el siglo I a. J. C.

La corte de Carlos IV (I).

* ARTIEDA.

«Hombre de gran poder en la provisión de piezas eclesiásticas» (1814).

«Muchacho hipócrita, pedigüeño y que, como tal, sabe sacar mendrugo.»

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

ARTIGAS, Padre.

Jesuíta, bibliotecario del Colegio Imperial (1834). Murió linchado por las hordas populacheras en el patio de su misma residencia.

Un faccioso más... (II).

ARTILLEROS, Dos.

Viejos amigos de don Pedro Guimaraens.

V. VALENTÍN y SUÁREZ.

— * ARTOIS, Conde de.
Pretendiente francés (1823). Rey de Francia, con el nombre de Carlos X, que agrupaba a su alrededor a los más finos espíritus franceses.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Mendizábal* (II).

* ARZOBISPO.
De Tarragona (1824). Cabecilla de las conspiraciones realistas.
Un voluntario realista (II).

— * ASDRÚBAL (siglo III a. J. C.).
Yerno de Amílcar Barca, cuñado de Aníbal. Fundó a Cartagena.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

ASISTENTA.
Que servía en la cerería de don Gabino Paredes. «Mujer de gran talla, bigotuda, con todo el aire de cabo de gastadores.»
Los duendes de la camarilla (II).

ASISTENTE.
De Santiago Ibero.
Montes de Oca (II).

ASMODEO.
Nombre con que firmaba sus crónicas de sociedad el literato...
V. NAVARRETE, Ramón de.

— ASMONEO.
Demonio de que hablan el libro de Tobías y el *Talmud*, y al que los judíos llaman príncipe de los demonios.
Juan Martín el Empecinado (I).

* ASPIROZ.
General y político moderado. Se *pronunció* en Valladolid por la Regencia de María Cristina (1843).
Bodas reales (II).

* ASQUERINO. Eduardo (1826-1881).
Hermano de Eusebio. Y como él, autor de dramas mediocres. Periodista. Amigo de los Fajardo-Emparán.
Bodas reales (II).—*La de los tristes destinos* (III).

* ASQUERINO, Eusebio (1822-1892).
Autor mediocre de dramas. Periodista y poeta lírico. Fué detenido y conducido al Saladero, a consecuencia de los disturbios revolucionarios de 1854. Amigo de los Fajardo-Emparán.
Bodas reales (II).—*La revolución de julio* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * ASSO, Ignacio.
Principal redactor de *La Gaceta*, de Zaragoza, durante los sitios.
Zaragoza (I).

— ASTAROTH.
Hijo de Astarté. Divinidad infernal.
De Cartago a Sagunto (III).

— ASTARTÉ.
Divinidad infernal de los pueblos asiáticos occidentales.
De Cartago a Sagunto (III).

ASUERO, Don Angel.
Afamado cirujano de Torrecilla, maestro de don Segundo Crispijana.
De Oñate a La Granja (II).

ASUNCIÓN.
V. AFÁN DE RIBERA.

— ATALA.
Heroína de una novela romántica de Chateaubriand.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * ATAÚLFO (410-415).
Primer rey godo de España.
La de los tristes destinos (III).—*Cánovas* (III).

— * ATILA (¿399-453).
Rey de los hunos. Llamado *el Azote de Dios*. Fué vencido por Aecio en los Campos Cataláunicos (452).
Bailén (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * AUCERAU, Pedro Francisco Carlos, Conde de Castiglione (1757-1816).
Mariscal francés. Expugnó Gerona y la obligó a capitular sitiándola por hambre.
Gerona (I).

— * AUGUSTO, Cayo Julio César Octaviano (68 a. J. C.-14 d. J. C.).
Primer emperador romano, de enorme talento y cualidades morales admirables.

Los apostólicos (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

* AUMALE, Duque de.
Hijo del rey de Francia Luis Felipe. Pretendiente de Isabel II.
Bodas reales (II).

AURA.
V. AURORA NEGRETTI.

* AURA BORONAT.
Diputado levantino (1873).
La primera República (III).

AURIOLES, Señor.
Juez en la causa del sacerdote regicida don Martín Merino (1852).
La revolución de julio (III).

AURORITA NEGRETTI Y MONTEFIORI.
Cuando Fernandito Calpena la vió por primera vez, «más que persona humana le pareció divinidad bajada del cielo».
«Esto es sueño. Tal mujer no existe. Es la que traigo en mi imaginación desde qué sé yo cuándo... Lo que ahora me pasa es como el morir, como el nacer. No sé si muero o nazco... ¡Vaya una mano! Si me diera una bofetada, vería yo a Dios en su trono... Y ¡qué cuerpo, qué flexibilidad, qué gallardía! Ese traje, que antes me pareció verde, ahora es azul, oscurito como un cielo sin luna, y esas motitas son como estrellas, que en los pliegues se esconden, se apagan... El espacio entre el borde del vestido y el suelo parece, cuando anda, un espacio que ríe, una boca que habla... No sé... Estoy loco...
»Y siguió pensando «Calpena fascinado por los ojos negros de Aura, que no podían ser contemplados de cerca. La ardiente admiración del joven veía en ellos tan pronto una inmensidad de dulzura que atraía, como una inmensidad de peligro que rechazaba. Dulzura o peligro, el hombre sentía un irresistible impulso de comérselos, de apropiarse toda su luz, toda su pasión. Y ¡qué perfecta armonía entre los ojos y lo demás del rostro, en el cual sólo se veían perfecciones! El color era moreno suave, blancura encendida más bien, como si en sus mejillas se reflejasen llamaradas lejanas... La frente dominaba tan hermoso conjunto con su pureza de alabastro caldeado».
Se casó en Bilbao con Zoilo Arratia.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

* AVELLANEDA, Gertrudis Gómez de (1814-1873).
Gran poetisa española y mujer famosa por sus atractivos físicos y sus encantos espirituales.
Las tormentas del 48 (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

* AVIRANETA, Don Eugenio.
Guipuzcoano liberal, ameno charlista, ingenioso, amigo de Salvador Monsalud.
«Este señor Aviraneta fué el que después adquirió celebridad fingiéndose carlista para penetrar en los círculos familiares de la gente facciosa y enrederla en intrigas mil, sembrando entre ella discordias, sospechas y recelos, hasta que precipitó la defección de Maroto, preparando el Convenio de Vergara y la ruina de las facciones. Admirablemente dotado para estas empresas, era aquel hombre un colosal genio de la intriga y un histrión inimitable para el gigantesco escenario de los partidos. Las circunstancias y el tiempo hiciéronle un gran intrigante; otra época y otro lugar hubieran hecho de él quizá el primer diplomático del siglo. Ya desde 1829 venía metido en oscuros enredos y misteriosos trabajos; por lo general, su maquinación era doble, su juego combinado. Probablemente, en la época de este encuentro que con él tenemos durante el invierno de 1833, las incomprensibles diabluras de este juglar político constituían también una labor fina y doble; es decir, revolver los partidos en provecho del Ministerio, y vender el Ministerio a los partidos. La fundación de la Sociedad *Isabelina* servíale de pretexto para entrar en tratos con gente diversa, con cándidos patriotas o políticos ladinos, poniéndose también en relación con militares bullangueros.»
Un faccioso más (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).

AVRIAL.
Sombrerero y poeta pésimo.
Napoleón, en Chamartín (I).

* AYALA.
Diputado extremeño amigo de Bravo Murillo.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).

* AYALA, Adelardo López de (1828-1879).
Notable literato y autor dramático español. Político. Ministro de Ultramar y presidente del Congreso.
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III). *Cánovas* (III).

* AYALA, Don Juan Francisco de.
Persona principal de Vitoria. Grave varón amigo de don Santiago Ibero. Cuñado del conde de Cheste.
España sin rey (III).

* AYERBE.
General afecto a Espartero que derrotó al afecto a Montes de Oca y Borso di-Carminatti, cerca de Borja (1841).
Montes de Oca (II).

* AYGUALS DE IZCO, Don Wenceslao.
Político y literato español.
Los duendes de la camarilla (II).

* AYLLÓN.
Político moderado. Ministro ¡diez días! con el Gabinete López (1843).
Bodas reales (II).

* AYMERICH.
Jefe de los voluntarios realistas (1824).
El terror de 1824 (I).

AYUDANTE.
De Ceballos Escalera en Bilbao (1837). Amigo de Uhagón.
La estafeta romántica (II).

* AYUDANTE.
De don Antonio Dorregaray (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

AYUDANTE.
De Narváez (1849).
Narváez (II).

AYUDANTES.
De don José Fago.
«Eran dos hermosos ejemplares de raza vasca: el uno, impetuoso y jovial, de cuarenta años, carpintero, natural de Azcoitia; el otro, fuerte y membrudo como un oso, de mucha andadura y pocas palabras, era del mismo Ondárroa. Se le había encargado poner al jefe de la expedición en contacto con dos individuos de aquel pueblo, para quienes llevaba una carta redactada en forma convencional.»
Zumalacárregui (II).

* AYZAGA.
Alcalde de La Granja en 1836.
Luchana (II).

— AZAN BAJÁ.
Renegado bárbaro. Ficción del inmortal Cervantes en *Los baños de Argel*.
Carlos VI, en La Rápita (III).

— * AZANZA, Manuel José (1746-1826).
Político español. Formó parte del primer Ministerio de Fernando VII, en 1808. Afrancesado.
La batalla de los Arapiles (I).

* AZARA, Don Manuel de.
Funcionario del Ministerio de Hacienda con Mendizábal. «Hombre extraordinariamente calvo y con el bigote teñido.»
Mendizábal (II).

* AZCÁRATE, Don Gumersindo (1840-1917).
Político, catedrático, filósofo y orador español de ideas liberales.
Cánovas (III).

* AZCÁRRAGA, Don Marcelo (1832-1915).
De él y de Sánchez Bregua se decía que «eran los brazos de Prim».
General y político español. Ministro y presidente del Senado y del Consejo.
España trágica (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * AZEGLIO, Marqués Máximo Taparelli (1798-1866).
Propagandista italiano de ideas liberales (1848). Hombre de Estado, militar y escritor famoso.
Narváez (II).

* AZLOR Y ARAGÓN, Fernando María del Pilar Jaime Alfonso de *(Pilarón)*.
Confusio soñó casarlo con Isabel II.
Prim (III).

* AZNAR, Comandante.
Intervino en la Restauración borbónica.
Cánovas (III).

B

BAB-EL-LAH (Puerta de Dios).
Favorita de Mohamed-ben-Sur El Nasiry (Gonzalo Ansúrez, renegado). Según éste, era la más bella de las mujeres imaginables; pero según pudo comprobar el curioso y libidinoso *Confusio*, era una negra peluda y gigantesca, verdadera elefanta en dos pies, con una voz cavernosa.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— BACO.
Dios del vino, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmus, rey de Tebas.
Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).—*Luchana* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La vuelta al mundo...* (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

BACHI GUZUR (Bautista *el Embustero*).
«Chico de mucha idea, a quien da el naipe por inventar cosas...» Compañero de Bonifacio Gay en la Maestranza carlista.
Luchana (II).

BADORET.
V. MONGAT, Salvador.

BADORETA, Señora.
Ama de llaves de don Pedro Guimaraens, famosa en cocinar.
Un voluntario realista (II).

BÁEZ, Currito.
Un majo jerezano, amor de Mariquilla de las Nieves.
Cádiz (I).

— * BAHAMONDE, Don Florencio.
Político español de ideas moderadas (1848). Ministro de la Gobernación (1863) con el Gabinete marqués de Miraflores.
Las tormentas del 48 (II).—*Prim* (III).

* BAILÉN, Duque.
V. CASTAÑOS, general.
Nombrado duque hacia 1833.

* BAILÉN, Duque de.
Alto funcionario palatino (1843).
Bodas reales (II).

* BAILÉN, Duque de.
Fué a Viena a pedir al emperador Francisco José la mano de su sobrina María Cristina para el rey de España don Alfonso XII.
Cánovas (III).

— * BAILÍO, El señor.
V. TATTISCHIET.

* BALAGUER.
Ministro con el Gabinete Serrano (1872). «Muy conocido en su casa...»
Amadeo I (III). — *De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * BALANZAT.
Ministro de la Guerra en el Gabinete de Martínez de la Rosa (1822).
El 7 de julio (I).—*El terror de 1824* (I).

* BALANZÁTEGUI.
Jefe militar que organizó una partida carlista (1869).
España sin rey (III).

* BALAZOTE, Conde de.
Palaciego (1852).
La revolución de julio (III).

— * BALBO, Cesare (1789-1853).
Literato eminente. Político italiano.
Las tormentas del 48 (II). — *Narváez* (II).

* BALBOA, Don Trinidad.
Conocido por *Don Trinidad*. Político del montón. Gran chirigotero, capaz de hacer chistecitos a costa de lo más sagrado. Fué ministro de la Gobernación en el *Gabinete relámpago*, que presidió Cleonard.
Narváez (II).

BALBONA, Joaquín (alias *Tachuela*).
Tabernero de la calle de Toledo. Afa-

ble y *convidoso*. Amigo del *perdis* Segismundo García Fajardo.
España trágica (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

BALBONA Y CASTAÑÉ.
Periodista bohemio y exaltado, contertulio de Candelaria *Penélope*.
La primera República (III).

* BALDA.
Químico navarro al servicio de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

BALDOMERO GALÁN.
Sargento de guías en el ejército de Espartero (1836) Había sido asistente del general Oraa. Hacía *la rosca amorosa* a Saloma Ulibarri, y al fin se casó con ella. En 1841 llegó a gobernador militar de la plaza de Olite.
«Nacido en Fuenmayor y recriado en Cintruénigo, Baldomero había servido a don Beltrán (Urdaneta) antes de entrar en el militar servicio. Seis años comió el pan de Idiáquez y Urdaneta, ya en el empleo de ayuda de cámara, ya en el ejercicio de montería o en otros menesteres de la casa. Bienquisto de sus amos, dejó en la familia memoria de leal y honrado, aunque muy duro de mollera. Andando el tiempo ya soldado distinguido, sargento después, siempre que su batallón pasaba por Cintruénigo visitaba a los señores. Allí conoció a Saloma, que, rodando de aquí para allá con borrascosa y turbada vida, después del fusilamiento de su padre en Miranda de Arga, fué a parar a casa de una tía materna, que tenía en arrendamiento tierras de Idiáquez y vivía en una torre próxima al palacio señorial.
»Era Baldomero Galán un mocetón en quien la estampa no desmerecía del apellido, alto, garboso, mejor formado de cuerpo que de facciones, pues su nariz excedía un tanto de la medida proporcional, y sus ojos, hermosos y grandes, bizcaban un poco, resultando una desmedida fiereza de expresión. Indomable en la guerra, fiel a sus deberes cual ninguno, pronto a dar la vida cien veces por el honor de su bandera, en la vida doméstica era un angelón, y su esposa no tenía que hacer el menor esfuerzo para dominarle.»
Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III). *La de los tristes destinos* (III).

* BALDRICH.
General español amigo de Prim.
La de los tristes destinos (III).—*La primera República* (III).

— * BALDUÍNO I (murió en 1118).
Hermano de Godofredo de Bouillón. Fundador de la Orden Real, Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Francés de nacimiento. Rey de Jerusalén.
España sin rey (III).

— * BALDUÍNO II (murió en 1131).
Primo de Balduíno I. Rey de Jerusalén.
España sin rey (III).

* BALMASEDA.
Agente delegado por Francia en Bayona (1822) para tratar el problema del absolutismo en España.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* BALMASEDA.
Cabecilla carlista que se alzó (1834) en Fuentacén.
Un faccioso más... (II).—*Vergara* (II).

* BALMASEDA.
General alfonsino incondicional. Se contaba con él para *dar el golpe* de la Restauración (1874).
Cánovas (III).

* BALMES, Jaime Luciano (1810-1848).
Sacerdote ejemplar y gran filósofo español.
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— * BALTASAR.
Uno de los tres Reyes Magos que adoraron a Jesús Niño.
España trágica (III).

BALTASARILLO.
Hijo del señor Baltasar Cipérez, «joven como de veinte años, vivaracho y alegre».
La batalla de los Arapiles (I).

— * BALZAC, Honorato de (1799-1850).
Creador de la novela de costumbres en Francia.

Montes de Oca (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España trágica* (III).

* BALLESTEROS.
Brigadier a quien envió Dulce (1860) para reprimir en Tortosa y su comarca cualquier intentona a favor del pretendiente don Carlos VI.
Carlos IV, en la Rápita (III).

— * BALLESTEROS, Francisco López (1770-1833).
Ministro de la Guerra de Fernando VII (1814). Afrancesado. Desdeñado por el rey, se unió a los liberales.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).

— * BARÁIBAR.
Sombrerero de la Puerta del Sol, en cuyo establecimiento se ocultó don Salustiano Olózaga al escaparse de la cárcel de Villa.
Los apostólicos (II).

BARANDA, Don Matías.
Tío carnal de Santiago Ibero. Cura de Samaniego.
«Alto y voluminoso, viejo, de buen color y risueño semblante.»
Los ayacuchos (II).—*Prim* (III).

BARANDA, Don Tadeo.
Primo carnal de Santiago Ibero, por parte de madre. Clérigo. Varón sesudo, leído y verboso, que presumía de poseer acción rapidísima para juzgar y resolver todas las dificultades.
«Era el don Tadeo capellán mayor de Santa María, rico por su casa, como heredero del cura de Paganos, don Matías Baranda. Su vida era honesta y cómoda, feliz aleación de virtudes y riqueza; daba al trato social tanto como a Dios o poco menos; comía casi siempre con amigos; ponía especial esmero en sortear las disputas políticas y religiosas, y con esto y su buena mesa logró ser bienquisto de liberales y estimado de facciosos; salía de caza con buen tiempo, y el malo reservábalo para la lectura; hacía el reparto de estas dos nobles aficiones con tal escrúpulo, que el hombre se ilustraba más cuantos más días de lluvia viniesen en el año. Su biblioteca era escogida, de libros graves y profanos, prevaleciendo los de Historia, con algo de poesía, poco de novela y tal cual centón enciclopédico de los que suministran fáciles toques de sabiduría.»
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

BARANDA, Faustina.
Madrastra de Domiciana Paredes. Tercera esposa de don Sabino. Mujer de genio atroz. ¡Dios la haya perdonado!
Los duendes de la camarilla (II).

BARAONA, Don Andrés.
Hermano de don Miguel, «canónigo quarto de optación».
Los apostólicos (II).

BARAONA, Don Miguel de.
Abuelo de Jenara. la novia de Monsalud. El «Patriarca del Zadorra».
«Un anciano de mucha edad y poca andadura, con el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza temblorosa, verdes espejuelos ante los ojos y apoyada la una mano en grueso bastón de nudos.
»¡Qué hombre tan completo era el señor don Miguel de Baraona! Su gran patriotismo, su caballerosidad, su fervor religioso, su rectitud, su entereza, le hacían tan respetable que era imposible oírle sin subordinarse con filial sumisión a su voluntad y a su pensamiento. Merecía muy bien el remoquete de *Patriarca de Zadorra*, y yo se lo daba con frecuencia, para tenerle contento y parecer amable ante él. ¿Pues y aquella energía moral que desplegaba a los setenta y tantos años, cuando no podía ni empuñar la espada ni alzar la voz sin peligro de estar tosiendo tres horas? Su cuerpo caduco participaba también de aquel vigor nervioso, más semejante a los tempranos ardores de la juventul que a las voluntariedades caprichosas de los viejos, y siempre que se enfadaba o se le contradecía daba con la trémula mano tan fuertes bastonazos, que la casa se estremecía.
»Otro más celoso por la causa del rey y por la Monarquía absoluta no nació de madre. En su amor inmenso, en su fervor entusiasta y en su religiosa devoción por la patria inmutable, no había sutilezas ni distingos ni cabían transacción ni arreglo alguno. Para él la templanza era traición. Miraba al liberalismo como una especie de horrenda herejía, más digna

aún del fuego que las de Lutero y Calvino. Juntaba la religión con la política, haciendo de todas las creencias una fe sola o un solo pecado.»

Murió atropellado y pateado por la multitud cuando el levantamiento de Riego en Madrid.

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los apostólicos* (II).

BARAONA, Doña Josefa.

Tía de doña Visita, la mujer de don Feliciano Emparán. «Viejísima, desdentada, pero no falta de viveza y agilidad.»

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

BARAONA, Doña Visitación de.

Esposa de don Feliciano de Emparán. Madre de María Ignacia, la esposa de Pepe Fajardo. Señora circunspecta, devota, un poco mema.

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

BARAONA, Jenara.

En 1848: «Y la siempre vistosa y guapísima doña Jenara Baraona, viuda de Navarro, de cabello blanco como la nieve, rostro fresco y sonriente boca. Los años no pasan por ella, o le tributan los más ricos honores viéndose obligados a envejecerla. Es un monumento esta dama, cuya belleza va unida a medio siglo de nuestra historia, con adherencia y comunidad de sucesos interesantes, así públicos como privados. Desde la batalla de Vitoria, el año 13, hasta la Regencia de Espartero, el 40, la católica Jenara y la profana Clío han corrido juntas algunas parrandas, y ello se les conoce en la amistad que las une. Así, no hay historia más instructiva y amena que la que cuenta esta ilustre viuda cuando alguien incita su natural vanagloria de crónica viviente...»

V. JENARA BARAONA.

BARAONAS.

Familia de Jenara.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* BARAL.

Poeta mediocre. Amigo de Centurión.

Los duendes de la camarilla (II).

* BARBA, Fermín.

Hermano jesuíta. Fué linchado por la bárbara horda madrileña, en 1834, dentro del Colegio Imperial.

Un faccioso más... (II).

BARBÁCHANO.

«Un señorete pequeñín, agobiado bajo el peso de un disforme sombrero de copa.» Jefe del Negociado *Títulos del Reino*, en Oñate (1836). Bilioso y parlanchín.

De Oñate a La Granja (II).

BARBAJOSA, Don Vicente.

Subcolector de espolios, cofrade de la Luz y de la Vela, amigo de Juan Bragas.

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

BÁRBARA, Señora.

Molinera de un caserío cerca de Algora, mujer del señor Blas Perogordo.

Juan Martín el Empecinado (I).

BÁRBAROS INSOLENTES (Un hato de).

«Vestían el traje catalán con faja colorada, y en vez de barretina llevaban pañuelo liado a la cabeza, a estilo valenciano más que aragonés.»

Partida que detuvo a Santiuste cuando se dirigía a Ulldecona disfrazado de clérigo.

Carlos VI, en la Rápita (III).

— * BARBARROJA (siglo XVI).

Nombre de dos reyes, hijos de un renegado griego, que reinaron en Argel. Arudj y Ariadan o Cheredin. Ambos piratas y grandes marinos. El segundo, almirante de Solimán II, fué derrotado por Carlos I de España.

La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

BARBERINA O BÁRBARA.

Moza servidora, en Albano, del cardenal Antonelli.

«La que en casa quedó no era jovenzuela, sino propiamente mujer y aun mujerona, de más que mediana talla, esbelta, gran figura, tipo romano de lo más selecto, cabello y ojos negros, la tez caldeada, con tono de barro cocido. Su trato parecióme un poco salvaje como recién cogida con lazo en los campos de Terracina; vestía poco, despreciando las modas y prefiriendo los trajes de su pueblo. ¿Era casada o viuda? Nunca lo supe, pues de sus palabras a veces se colegía

que el esposo había fenecido en la plenitud de sus hazañas bandoleras, a veces que se había marchalo a Buenos Aires. Esta doble versión podía explicarse por el hecho de que no fuese un marido, sino dos los que ya contaba en su martirologio. No insistí yo mucho en inquirirlo, pues noté en la buena moza marcada repugnancia de los estudios biográficos. Llamábanla Bárbara o Barberina, nombre que le cuadraba maravillosamente, porque leía muy mal y apenas sabía escribir ; mas con su natural despejo disimulaba tan graciosamente la ignorancia, que valía más su conversación que la de veinte sabios. Gustaba yo de charlar con ella, más que por la rudeza de sus dichos, por verle los blanquísimos dientes que al sonreír mostraba, y admirar el encendido color de su rostro iluminado por la elocuencia de mujer burlona.»

Así la describía García Fajardo. Quien fué su amante y mentor.

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

BARBERO.

De Lérida, a quien Ibero, porque intentó raparle, por poco no le tira de cabeza por la escalera.

Los ayacuchos (II).

* BARBIERI, Francisco Asenjo (1823-1894).

Célebre compositor español de zarzuelas inspiradísimas.

Cánovas (III).

— * BARBOU.

General de división, francés, en Bailén.

Bailén (I).

* BARCA.

Político gaditano que trabajaba la candidatura del duque de Montpensier al trono de España. Amigo de Romero Robledo y diputado en las Cortes Constituyentes de 1869.

La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).

* BÁRCENA.

Cabecilla carlista que se alzó (1834) en Toranzo.

Un faccioso más... (II).

BÁRCENAS.

Tendero de mercería establecido en Madril (1829).

Los apostólicos (II).

* BARCIA, Roque (1823-1885).

Periodista, literato y político español. «Su cuerpo mezquino y su cara irregular, más ancha de un lado que de otro.» Fué presidente de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena (1873). Gran orador y gran talento.

España trágica (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

BARCONES, Doña Margarita.

Prima de Manolo Tarfe. Monja profesa.

Carlos VI, en la Rápita (III).

BARCONES, Sor Pilar.

Vieja priora de las Concepcionistas en el Monasterio de Jesús.

Los duendes de la camarilla (II).

* BARDAJÍ, Eusebio (1776-1842).

Político y diplomático español. Ministro de Estado con el Gabinete Martínez de la Rosa. Procurador y prócer de 1834 a 1836.

La estafeta romántica (II).

* BARK, Condes de.

Amigos de Prim, al que habían auxiliado durante su exilio en Inglaterra.

La de los tristes destinos (III).

— * BARRABÁS.

Criminal a quien Pilatos ofreció cambiar por Jesús, si el pueblo lo consentía.

Juan Martín el Empecinado (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).

— * BARRAJÓN.

Corregidor madrileño que organizó las fiestas con motivo de las bodas de María Cristina de Borbón y Fernando VII (1829).

Los apostólicos (II).

* BARRANTES.

Periodista. Redactor de *Las Noveda-*

des. Complicado en los disturbios revolucionarios de 1854.
La revolución de julio (III).

— * BARRÁS, Pablo Francisco Juan Nicolás, Conde de (1753-1819).
Político francés. Derrotó a Robespierre. Comandante general de las fuerzas francesas. Miembro del Directorio. Dictador.
Luchana (II).

* BARREDA.
Capitán de fragata español. Se distinguió en la guerra contra Chile y Perú (1865-1866).
La vuelta al mundo... (III).

— * BARRENECHEA.
Jefe cristino, «instruído y de gran arrojo».
Zumalacárregui (II).

BARRI DE SANTO DOMINGO, El Padre Fray Agustín.
Religioso absolutista apostólico en Cataluña. Guardián de los Capuchinos de Cervera. Muy complicado en la Causa (1825).
Un voluntario realista (II).

* BARRIO AYUSO, Don Manuel.
Político liberal. Procurador del Reino en 1836. Diputado desde 1837 hasta 1843. Senador desde 1837 hasta 1868. Ministro de Gracia y Justicia (1836) con el Gabinete Istúriz.
Luchana (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * BARROT, Odilón (1791-1873).
Político republicano francés (1848). Gran orador.
Las tormentas del 48 (II).

* BARTOLO.
Así llamaban, en Cádiz, a Gallardo sus coreadores clerófobos.
V. GALLARDO, Bartolomé José.

BARTOLOMÉ, Tío.
Posadero alcarreño.
Juan Martín el Empecinado (I).

* BARTHOMEU.
Joven exaltado, de ideas republicano (1870). Amigo de Vicentito Halconero. Masón.
España trágica (III).

BARUC NEHAMA.
Rabino de Tetuán (1860). Varón provecto, de relativa ilustración y de cierta templanza en su fanatismo. Muy amigo de Santiuste *(Confusio)*, con quien sostenía curiosos diálogos teológicos.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

* BARZANALLANA.
Diputado a Cortes. (1849). Ministro. Amigo de Narváez.
Narváez (II).—*O'Donnell* (III).—*Amadeo I* (III).

* BASAÑEZ.
Teniente de navío español. Se distinguió en la guerra contra Chile y Perú (1865-1866).
La vuelta al mundo... (III).

— * BASETI.
Ayudante de Narváez. Fué asesinado yendo en coche con éste. El atentado iba dirigido contra *el Guapo de Loja.*
Bodas reales (II).

— * BASILI, Francisco (1766-1850).
Músico notable italiano, autor de bellas canciones musicales y de óperas. Dirigió en Madrid la orquesta del Teatro de la Cruz (1844).
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II).

* BASILIO, Don.
Atrevido guerrillero carlista (1836) que se paseaba «como por su casa» por el riñón de Castilla hasta cerca de La Granja.
Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*Narváez* (II).

* BASILIO, Padre.
V. BOGGIERO, Padre Basilio.

— * BASSA.
Brigadier cristino.
Un faccioso más... (II).

* BASSOLS.
Político liberal poco afecto a Espartero. De gran influencia en Cataluña.
Bodas reales (II).—*La primera República* (III).

BASTIANA.
Chula.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

BASTIANA, La.
Ramera desvergonzada que intervino en el suplicio del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

— * BASTIAT, Claudio Federico (1801-1850).
Economista francés de ideas originales.
España trágica (III).

* BASTOS, Capitán.
Del regimiento de Caballería Calatrava, radicado en Aranjuez. Estaba complicado a favor de Prim.
Prim (III).

BASURDE.
Jefe de una partida carlista (1836).
De Oñate a La Granja (II).

* BATANERO.
Cabecilla carlista (1837).
La campaña del Maestrazgo (II).

BATANERO, Padre.
Candidato de sor Patrocinio para Comisario general de la Cruzada. «Había sido carlistón.»
Los duendes de la camarilla (II).

— * BATTEUX, Abate Carlos (1713-1780).
Humanista y literato francés. Autor de un tratado mediocre de oratoria.
La Corte de Carlos IV (I).

* BAUER, Ignacio.
Famoso banquero judío establecido en Madrid (1854).
O'Donnell (II).—*La de los tristes destinos* (III).

* BAVIERA, Luis I, Rey de (1786-1868).
Gran protector de las Artes y las Letras. Su favorita fué la famosa bailarina española (¿?) Lola Montes.
Narváez (II).

— * BAVIERA, Príncipe Carlos de.
Emparentado con Eugenio Beauharnais. Otro de los propietarios sucesivos del famoso abanico de María Leczinska hecho por Lancret.
Mendizábal (II).

— * BAYARDO, Pedro del Terrail, señor de († 1524).
Capitán francés llamado el *Caballero sin tacha y sin miedo.*
El equipaje del rey José (I).

— * BAYÉU, Francisco (1734-1795).
Pintor zaragozano, gran retratista, cuñado de Goya.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).—*Los apostólicos* (II).

BAYO, Don Adolfo.
Hombre rico y servicial. Amigo de García Fajardo y Aransis.
O'Donnell (III).

* BAYO, Mariano.
Capitán ayudante de Riego y preso con él.
El terror de 1824 (I).

* BAZALOTE, Conde de.
Aristócrata madrileño (1877).
Cánovas (III).

— * BAZÁN, Hermanos.
Sacrificados en Alicante (1825) por sus ideas liberales.
Un voluntario realista (II).

BEATRICE.
Nombre que adoptó, juntamente con un peinado y un atuendo extraños, Teresita Villaescusa, *afrancesada* lindamente, para pasar desapercibida en San Sebastián, donde fué a vender las novedades de su negocio de encajes.
La de los tristes destinos (III).

* BEATRIZ DE INGLATERRA, Princesa.
Hija menor de la reina Victoria de Inglaterra, con quien se dijo iba a casarse Alfonso XII.
Cánovas (III).

— * BEAUHARNAIS, Eugenio (1781-1824).
Príncipe francés, hijo de la emperatriz Josefina y de Alejandro, su primer marido. Se casó con la hija del rey de Baviera.
Mendizábal (II).

— * BEAUHARNAIS, Monseñor.
Embajador de Napoleón en España.
La Corte de Carlos IV (I).

* BEAUMONT, Brigadier.
A las órdenes del marqués del Duero durante la guerra carlista de 1874.
De Cartago a Sagunto (III).

— * BECERRA.
Notable cantante español (1844). Bajo de la compañía de ópera del Teatro de la Cruz.
Montes de Oca (II).—*Bodas reales* (II).

* BECERRA, Manuel (1823-1896).
Político español. Buen orador. Ministro con don Amadeo, Alfonso XII y la Regencia.
Mendizábal (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

BECERRO, Ricardo.
«Niño echado a perder por el estudio.» Jovenzuelo republicano federal de Vitoria (1869).
España sin rey (III).

BECK, El Padre.
Religioso, con residencia en Vitoria, de quien se decía que había catequizado a Céfora para que entrara en religión.
España sin rey (III).

BÉDMAR, Marqués de.
Amigo de Pepe García Fajardo. Rico. Ocioso. Concurrente asiduo a los casinos y teatros.
Las tormentas del 48 (II).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— * BEETHOVEN, Luis van (1770-1827).
Compositor alemán. El músico más genial del mundo.
Luchana (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (III).—*Cánovas* (III).

* BEGOÑA.
Corregidor de Bilbao durante el segundo sitio (1836).
Luchana (II).

* BEIRA, Princesa de.
Cuñada de don Carlos María Isidro de Borbón.
«Llamaba la atención por su arremangada nariz, su boca fruncida, su entrecejo displicente, rasgos de los cuales resultaba un conjunto orgulloso y nada simpático, como emblema del despotismo degenerado que se usaba por aquellos tiempos.»
Llegó a ser pretensa «reina de Castilla» por su casamiento, en Azcoitia, con don Carlos.
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España sin rey* (III).

— * BELARMINO, Venerable Roberto (1542-1621).
Jesuíta, cardenal y gran teólogo italiano.
Las tormentas del 48 (II).

* BELASCOAÍN, Conde de.
Político enemigo de Espartero (1841). Título dado a don Diego de León.
Montes de Oca (II).

— * BELAZOTE, Conde de.
Gentilhombre de su majestad Fernando VII (1824).
El terror de 1824 (I).

* BELDA, Don Martín.
Político. Ministro del último Gabinete de Isabel II. Durante largas temporadas servía, en París, a la soberana desterrada.
La de los tristes destinos (III).—*Cánovas* (III).

BELDAD.
«Beldad fría y correcta, hija de un aristócrata, que era al propio tiempo general afortunado, la cual cautivaba a cuantos la veían, no sólo por su marmórea belleza, exenta, eso sí, de toda gracia, sino por su ingenio. Educada en Francia, se traía lecturas varias y admiración muy redicha por Chateaubriand, De Jouy y otros coetáneos, siendo también algo versada en Racine, Marmontel y Madama Genlis.»
Fué novia de Fernandito Calpena, del coronel don Ramón Narváez...
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

BELDAD, Una.
De Cádiz, doncella de servicio que gastó una estupenda broma a Figueroa y Araceli. Resultó ser criada de la condesa Amaranta.
Gerona (I).

BELÉN, Doña.

Madre de Candelaria, «Doña Penélope».

«Su madre doña Belén, matrona espigada, tiesa y diligente. que llevaba el gobierno de la casa. Por la buena mano de esta mujer, su pulcritud y vivacidad, la casa estaba bien apañadita, y sólo tenía trazas de leonera el gabinete en que había instalado su laboratorio poético y prosaico la fecunda y jamás cansada propagandista. Gracias a la providente abuela, los niños andaban bien cuidados y limpios; la comida, siempre a punto, y en la casa no sufrían grave ofensa la vista y el olfato.

»Despojada del *doña* que le ponía la vecindad, Belén estaba más en carácter y lucía en toda su plenitud las cualidades domésticas. En elogio suyo debo decir que a su hija idolatraba, creyendo que había venido al mundo para desacreditar y extinguir la raza de las mujeres ñoñas, encogidas, pánfilas y santurronas. La densidad analfabética de su cerebro no le dejaba espacio más que para la admiración del portentoso talento de Candelaria. Se maravillaba de verla escribir con desenfrenado rasgueo de pluma, y cuando los garrapatos o patas de mosca volvían de la imprenta transformados en letra de molde, que la pobre señora entendía tanto como si fuera escritura chinesca, contemplábalos atónita, cual si fueran arte de magia o brujería.»

«No sé a quién sale esta chica—decía—, porque el bailarín de su padre, que esté en gloria, no escribía más que con los pies.»

La primera República (III).

* BÉLGIDA, Marquesa de.

Camarera mayor — en 1841 — de Isabel II y Luisa Fernanda.

Los ayacuchos (II).

BELISARIO CHACÓN.

«Era un muchachón de buena presencia y estatura, muy desastrado de ropa, como si llevara largo tiempo de corretear por caminos ásperos y pueblos míseros. Visto de lejos parecía negro: tan extremadamente habían tostado el sol y curtido el aire su tez morena. El polvo, además, lo jaspeaba con feísimos toques; pero ni la suciedad ni la negrura desfiguraban las varoniles facciones del sujeto. Las primeras palabras que dirigió a los Ansúrez fueron contestadas con desabrimiento. ¿Era mendigo, ladrón o vagabundo?

»El negro era listo; su lenguaje contrastaba rudamente con su bárbara facha y su vestir lastimoso. Por el acento reveló a las primeras frases su abolengo americano, y a la pregunta que sobre el particular le hizo Diego contestó así:

»—Yo soy del Perú; me llamo Belisario y en España estoy por locuras y calaveradas mías, que ahora pago con usura, pues han caído sobre mi cabeza más desdichas de las que merezco... Ya ve por mi facha lo rebajado que estoy de mi nacimiento y categoría... No le pido limosna, aunque bien la necesito, sino protección para poder embarcarme y salir a buscar el sustento, aunque sea con fatigas, que las pasadas en el mar han de consolarme de las que llevo sufridas en tierra.

»Con esta ingenua manifestación, el americano empezó a ganarse la simpatía de Ansúrez. En lo restante del camino, hija y padre le pidieron más noticias de su vida y él no se cortó para darlas. Había nacido al pie de los Andes; sus primeros pasos los dió sobre pavimento de barras de plata. Su padre era español, que cruzó los mares y se fué en busca de la *madre gallega*, que así llaman allí a la fortuna. Casó con una limeña muy guapa... Las limeñas son las mujeres más bonitas del mundo, y mejorando lo presente, a todas ganan en desenvoltura y malicia graciosa.»

«Habló luego del mal genio de su padre, que era *más adusto que un pleito*, y conservaba en su carácter el dejo de las fierezas inquisitoriales, que en toda alma española están adheridas, como se adhieren a la lengua los sonidos del idioma.

»De la dureza del padre y de la propensión del hijo a la independencia resultaron castigos, rebeldías y sucesos lamentables. No tenía veinte años cuando se emancipó de la autoridad paterna, retirándose al Callao, donde con otros chicos de su edad, como él indisciplinados y ociosos, cultivó su afición al mar. Todo el día se lo pasaba en botes o chalanas, jugando a la navegación de vela y remo. El cariño de la madre le atrajo de nuevo a la casa de Lima. Pero la inflexibilidd del padre no tardó en re-

producir las discordias. Escapó, al fin, buscando la deseada libertad, y se fué a las islas Chinchas, donde halló medio de ser admitido en la tripulación de una fragata inglesa, que le trajo a Europa. Contar todo lo que en el viaje le pasó, desde su salida de las Chinchas hasta su arribo a Valencia, sería historia larguísima y fastidiosa para el señor y señorita que le escuchaban... Terminó diciendo que el recuerdo de su madre y hermanos no se apartaba de él, y que ignoraba en absoluto lo que había ocurrido en su familia desde que su delirio de aventuras le separó de ella.»

Huyó de Cartagena con *Mara*, la hija de Diego Ansúrez.

La vuelta al mundo... (III).

— BELONA.

Diosa de la guerra entre los romanos. Esposa de Marte.

La estafeta romántica (II).—*Aita Tettauen* (III).

BELVÍS DE LA JARA, La.

Aristócrata hermosa y fácil, enredada con el más joven de los coroneles, Mariano Castañar. Era dama de Isabel II.

O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— * BELLA, Padre.

Uno de los mercedarios que rescataron de Argel a Cervantes.

Napoleón, en Chamartín (I).

BELLEZA MARMÓREA.

V. BELDAD.

— *BELLIARD, General Agustín (1769-1838).

Fué nombrado por Napoleón gobernador de Madrid después de la capitulación de esta villa (3 de diciembre de 1808).

Napoleón, en Chamartín (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).

BELLIDO, Señores de.

Vivían en Tarancón. Eran parientes de doña Manolita Pez. El administraba los intereses del duque de Riánsares.

Prim (III).

— * BELLINI, Vicente (1802-1835).

Gran compositor romántico italiano.

Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).

* BEN ALÍ, Conde de.

Un Urríes y Ponce de León.

Diputado andaluz en las Constituyentes de 1869.

V. URRÍES Y PONCE DE LEÓN.

España sin rey (III).

* BEN ALÍ.

Noble casa andaluza a la que pertenecían los Urríes y Ponce de León.

España sin rey (III).

* BEN HAIR.

Caíd de Fez (1860).

Carlos VI, en la Rápita (III).

BEN SULIM.

Argelino. Socio de Djar. Comerciaba entre Jibraltar y Marsella.

Carlos VI, en la Rápita (III).

BEN ZULEIM.

Prestigioso musulmán de Tetuán (1860).

Aita Tettauen (III).

BENAVARRE, Marqués de.

Tío de Guillermo Aransis, a quien éste esperaba heredar.

O'Donnell (III).

* BENAVIDES.

Político muy afecto a la reina doña María Cristina (1841). Diputado a Cortes. Ministro.

Los ayacuchos (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (III).

* BENAVIDES, Cardenal.

Ilustre prelado español que asistió en sus últimas esfermedades a los reyes doña Mercedes y don Alfonso XII.

Cánovas (III).

— * BENEDETTI, Monsieur.

Embajador de Francia en Berlín (1870).

España sin rey (III).

BENEDICTO.

Voluntario de Huesca en el segundo sitio de Zaragoza.

Zaragoza (I).

— * BENGOECHEA.

Librero de la calle de Carretas.

Napoleón, en Chamartín (I).

* BENIFAYÓ, Barón.
Montero mayor de Palacio (1872). «Alto, moreno, expresivo, de arqueadas cejas, lentes de oro...» Hablaba limpiamente el italiano y ello fué una de las causas que le ganaron la simpatía de Amadeo I.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

* BENÍTEZ DE LUGO.
Diputado a Cortes (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

— * BENNET, Mistress.
Novelista romántica inglesa de fines del siglo XVIII.
El Grande Oriente (I).

— * BENOLTAS.
Judío de Jibraltar. amigo de los conspiradores españoles.
La segunda casaca (I).

* BENOT, Don Eduardo (1822-1907).
Gran filósofo español. Académico de la Lengua.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * BEÑA.
Poeta y político español liberal.
Cádiz (I).

— * BERAMENDI, Don Carlos.
Militar, defensor de Gerona, jefe de Intendencia.
Gerona (I).

BERAMENDI, Marqués de.
Título que le otorgaron, ya casado, a V. GARCÍA FAJARDO, José.
Se le llamaba igualmente Pepe Beramendi.

* BERANGA.
Dueño de una botillería en la plazuela del Callao.
Bodas reales (II).

* BERÁNGER.
Ministro de Marina (1871) con Amadeo I y con la República.
Amadeo I (III).

BERASTEGUI.
Mozarrón de Oñate.
De Oñate a La Granja (II).

BERAZA, El Padre.
Confesor de doña Fe.
La segunda casaca (I).

BERCEO, Marqueses de.
Nombre supuesto adoptado por Jenara y Monsalud (1822) para sus intrigas a favor del absolutismo de Fernando VII.

BERENGUELA, Doña.
Hembra *flamenca*, de mal vivir y ya talluda.
Las tormentas del 48 (II).

— * BERENGUELA, Reina Doña (1181-1246).
Reina de Castilla. Esposa de Alfonso IX de León. Hija de Alfonso VIII «el de las Navas». Madre de San Fernando.
De Oñate a La Granja (II).

* BERENGUER, Francisco (alias *el Quito*).
Republicano. Tabernario. Discutidor. Dueño de una buñolería.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * BERGANZA Y ARCE, Francisco (1670-1738).
Teólogo benedictino. Erudito.
Narváez (II).

* BERGÉS, General.
A las órdenes del marqués del Duero durante la guerra carlista de 1874.
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* BERMÚDEZ DE CASTRO, Salvador. Duque de Ripalda. Marqués de Lema y Nápoles (1817-1883).
Diplomático y político español afiliado al partido moderado. Ministro con el Gabinete Lersundi. A consecuencia de los disturbios revolucionarios (1854, fué encerrado en el castillo de Santa Catalina (Cádiz).
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revulución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

* BERMÚDEZ REINA.
Político amigo de Romero Robledo. Diputado de las Cortes Constituyentes de 1869.
España sin rey (III).

* BERNAL, Calixto.
«Diminuto, maestro y apóstol de las cuestiones coloniales.» Era americano. Asiduo en el Ateneo (1866).
Prim (III).

BERNARDINA, Doña.
Monja dominica del derruído convento de Los Arcos.
Zumalacárregui (II).

BERNARDO.
Servidor de los Castro-Amézaga, «mozo muy despierto que valía por dos».
De Oñate a La Granja (II).—*La estafeta romántica* (II).

BERNARDONA, La.
Compañera de Celestina Tirado. Patroneaba, en la calle de la Parada, en una casa propiedad de Andrés Tirado, cierto obrador de zurcidos y enredos...
La primera República (III).

* BERNOUVILLE. Monsieur.
Embajador de Francia en España.
Trafalgar (I).

BERO.
Marinero joven del barco que mandaba el capitán Lagier, a bordo del cual se trasladó Prim al Grao. Era...
V. IBERO, Santiaguito.
Según Lagier, como grumete, era «valiente hasta la temeridad, leal hasta el sacrificio de la propia existencia, rudo hasta el salvajismo y de tan pocas palabras que parecía mudo de nacimiento».
Santiaguito adoraba en Prim.
Prim (III).

* BERROETA, Coronel don Francisco.
Jefe artillero en la guerra de Africa (1860). Se pegó un tiro por la ira que le produjo ver retroceder a sus artilleros.
Aita Tettauen (III).

* BERRUETA, Don Joaquín.
Jefe político de Logroño (1838). Amigo de Espartero.
Vergara (II).

BERRUEZO, Coronel.
De Artillería. Amigo de Villaescusa.
O'Donnell (III).

— * BERRY, Duquesa de. (Carolina de Nápoles.)
Hermana de la reina gobernadora doña María Cristina de Borbón. Nuera del rey francés Carlos X. Su esposo fué asesinado a la salida de la ópera.
Mendizábal (II).

BERTAU.
Criado de la duquesa de Osuna.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * BERTHIER, General Luis (1753-1815).
Jefe del Estado Mayor de Napoleón.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Zaragoza* (I).

— * BERTIN.
Joyero francés, de París (1826).
Mendizábal (II).

— * BERTOLLINI-RAPHAELI.
Célebre tiple, que actuó varios años en Madrid, entre 1840 y 1850.
Bodas reales (II).

— * BERTRÁN DE LIS, Don Vicente.
Político español de ideas liberales. Gran orador. Ministro en 1851 con el Gabinete Bravo Murillo.
El 7 de julio (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Mendizábal* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).

— * BERWICK, Duque de.
Y duque de Alba. Palatino de gran influencia.
La revolución de julio (III).—*Prim* (III).

* BESSIERES, Jorge (1780-1826).
Aventurero francés que desertó y se hizo guerrillero español, alcanzando el grado de teniente coronel. Fué fusilado con siete compañeros por su feroz ultraabsolutismo. En 1823 se puso de parte del absolutismo fernandino.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

* BESSIERES, Juan Bautista (1768-1813).
General francés. Acompañó a Napoleón en sus principales campañas.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

— * BETSABÉ.
Esposa del rey David y madre de Salomón.
Aita Tettauen (III).

* BETZABÉ, Don Francisco.
Jefe de Artillería de don Domingo Larripa durante los sitios de Zaragoza.
Zaragoza (I).

— * BIAS DE PRIENE (570-509 a. J. C.).
Uno de los siete sabios de Grecia. Su consejo era éste: «Aprovecha la ocasión.»
La primera República (III).

BIDACHE, Carlos (Padre e hijo).
Dueños de una tornería de boj, en Itsatsou (Francia), en la que trabajaba Santiaguito Ibero.
La de los tristes destinos (III).

BIDACHE, María.
Patrona y amiga de Teresita Villaescusa en Itsatsou (Francia).
La de los tristes destinos (III).

* BIDAURRE.
Jefe de una partida carlista que operaba en Guipúzcoa y Navarra.
Zumalacárregui (II).

BIGARDÓN.
Que iba con la turba que pretendía linchar al polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

BINONDO, José.
Cabo de mar. Compañero de Diego Ansúrez. Ayudó a fugarse a la hija de éste con Belisario Chacón.
«El rostro de Binondo, modelo de fealdad malaya, era de los que no se alteran visiblemente, ni con las alegrías del vivir, ni con las agonías mortales. Ansúrez no halló en él otra novedad que el cambio de color amarillo cobrizo en un verde sucio con arrebato febril en los pómulos. La débil claridad hacía más plano el rostro, como bajorrelieve tallado en una tabla con muy poco saliente de las anchas narices aplastadas y de la rasgada hendidura bucal... Los ojuelos, negros y chicos, de brillantez canina, animaban aquella careta, que sin el mirar no habría parecido cosa humana.»
La vuelta al mundo... (III).

BINONDO, Rosa.
Hija de José. Su padre, hablando con Diego Ansúrez, la aludía así:
«... que yo también tuve una hija... ya sabes cuánto quería yo a mi Rosa... Era un ángel; feíta, eso sí; ¡pero qué mona de Dios!... Las narices tenía chatas, como yo; los ojos chiquitos, como los míos, pero con mucho aquel; la color quebrada; el cuerpo con una salazón que ya, ya... Se parecía más a mí que a su madre, que era *Pepona la Lagarta*, bien lo recuerdas, lavandera de la ropa de maquinistas en el Arsenal... Pues mi niña era una verdadera rosa sin espinas... Aunque por broma la llamaban la *Rosa amarilla* o *Rosita la fea*, para mí era más guapa que los serafines... Bien sabes, Diego, cuánto la quería yo, y cómo me miraba en ella... Me muero con gusto, porque sé que voy a verla... Así me lo ha dicho nuestro capellan... Pues recordarás que mi adorada hija se enamoriscó de un fogonero italiano. No era mal chico; pero yo me indigné de que la niña pusiera en persona tan baja su voluntad. Pues la cogí un día y con una estaca la di tal paliza, que quedó mi ángel hecho una lástima. ¡Ay ay, Diego, cuánto he llorado aquella brutalidad que hice...! Mi Rosa, mientras yo la pegaba, me decía: «Aunque usted me mate, padre, querré siempre a mi *Curtis*.» Así llamaban al italiano... Un día la vi que, derrengadita y paticoja, salía en busca de Curtis, y yo, ¿qué hice?, la cogí por un brazo y me la llevé a casa, donde le di bofetadas y me parece que algún mordisco... ¡Oh, qué malvado fuí!... Pues desde aquel día la niña empezó a desmejorar..., a caer y entristecerse... ¡Ay, qué pena tan grande! La llevé al médico, y el médico me dijo que la niña padecía mal de corazón... En fin, que una mañana la oí quejarse... Corrí a ella, y se me quedó muerta entre los brazos... ¡Ay de mí!, yo no tenía consuelo..., yo quería matarme para que me enterraran con aquella prenda querida. Los palos y bofetadas que le di me dolían entonces en el corazón y en toda el alma. ¡Yo verdugo, y ella una mártir inocente! La enterramos al siguiente día, al anochecer... *Curtis* venía detrás cuando la llevábamos... Yo me moría de dolor... *Curtis* y yo la bajamos al hoyo... El italiano era un mar de lágrimas, y yo un mar de amargura...»

— * BISMARCK, Otón, Príncipe de (1818-1898).
Famoso canciller alemán y genial político.
España trágica (III).

— * BLAIR, Hugo (1718-1800).
Ministro de la Iglesia presbiteriana y preceptista notable.
La Corte de Carlos IV (I).

* BLAKE, Joaquín (1759-1827).
Famoso general español, de familia inglesa. Expulsó a los franceses de Bilbao y les ganó la batalla de la Albufera. Cayó prisionero en Valencia.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El 7 de julio* (I).

* BLANC, Don Luis.
Político y periodista español (1870). Simpatizante del infante don Enrique para ocupar el Trono español.
«Era Luis Blanc, joven que por su apellido parecía revolucionario francés y lo era español, de los más desahogados y atrevidos. Pequeño de cuerpo, de rostro agradable y sugestivo, completaba su persona con una palabra audaz que se disparaba sin saber adónde iba.»
España trágica (III).—*Amadeo I* (III). *La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— BLANCA.
Protagonista de la comedia de Rojas Zorrilla *García del Castañar*.
La Corte de Carlos IV (I).

* BLANCA DE BORBÓN, Infanta Doña.
Esposa de don Alfonso de Borbón y Austria-Este (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

BLANCO, Don Félix.
Corresponsal, en Londres, de don Manuel Santamaría. Hombre viejo y rico.
La de los tristes destinos (III).

— * BLANCO, Don Gaspar.
Gobernador militar de Tortosa. Se opuso también, pero sin virilidad, al fusilamiento inicuo de la madre de Cabrera, doña María Griñó.
La campaña del Maestrazgo (II).

BLANCO, Don Jaime.
De la razón social Blanco Brothers, de Londres. Tomó gran cariño a Santiaguito Ibero. Era hijo de don Félix, el fundador de la firma.
La de los tristes destinos (III).

* BLANCO, El brigadier.
A las órdenes del marqués del Duero durante la guerra carlista de 1874.
De Cartago a Sagunto (III).

* BLANCO, General.
Alfonsino. Gran táctico. Llevó a feliz término la última campaña de las guerras civiles españolas (1876).
Cánovas (III).

BLANCO BROTHERS.
Corresponsales, en Londres, de don Manuel Santamaría, el protector de Santiaguito Ibero.
La de los tristes destinos (III).

* BLAND, Monsieur.
Rico comerciante de Jibraltar, gran admirador de Prim, al que ayudó a desembarcar en España (1868).
La de los tristes destinos (III).

BLAS.
Criado de Juan Bragas.
La segunda casaca (I).

BLAS.
«Hombre calvo», panadero de Peralvillo en la Mancha. Servidor de doña Leandra Quijada.
Bodas reales (II).

BLAS.
Nombre dado por *el Epístola* a Fernandito Calpena en casa de las de Morentín, en Durango.
Vergara (II).

* BLAS, Bonifacio de.
Político sagastino y montpensierista (1869). Ministro (1872) con el Gabinete Sagasta.
España sin rey (III).—*Amadeo I* (III).

— BLASA, Señora doña.
Ficción dentro de la novela.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* BLASCO, Eusebio (1844-1903).
Fecundo escritor español de vena humorista.

La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

* BLASER, Don Anselmo.
Jefe militar. Ministro de la Guerra con el Gabinete del conde de San Luis (1854). Senador de 1845 a 1868.
La revolución de julio (III).

BLASILLO.
«El chico ese de Cirauqui...» «Su madre quedaba en Piedramillera rezando por que no le tocaran las balas.»
Soldado isabelino, muerto en la acción de Mendaza.
Zumalacárregui (II).

— * BOABDIL (o ABU-ABDALLAH).
Ultimo rey moro de Granada, prisionero de los Reyes Católicos (1492).
Aita Tettauen (III).

BOMABIT MUSA.
Comerciante de Rabat (1860). Amigo de Mohamed-ben-Sur El Nasiry.
Aita Tettauen (III).

* BOBADILLA, Don Antonio.
Guardia marina del navío *Santísima Trinidad,* muerto en el combate de Trafalgar.
Trafalgar (I).

BOBIL.
Apodo dado (1842) a Rodil por el periódico *La Guindilla.*

— * BOCCACCIO, Juan (1313-1375).
Uno de los precursores del Humanismo en Italia. Prosista admirable. Autor del famoso *Decamerón.*
La Corte de Carlos IV (I).—*Amadeo I* (III).

BOCÁNGEL, Jenaro de. (Alias *Don Florestán de Calabria.)*
Otro galeote liberado cuando el jaleo cantonal de Cartagena (1873). Así escribe de él el insigne Tito:
«Este tipo es otro presidiario suelto, a quien sus compañeros de *gurapas* llamaban *Don Florestán de Calabria,* y por este remoquete le conoce toda Cartagena. Es noble, según dice, y desciende de príncipes napolitanos. Vino a cumplir condena de seis años por enmiendas que hizo al testamento de una tía suya. Es hombre de historias, de lenguas, y tan *périto* en la escritura que no hay letra ni rúbrica que no imite.
»Al llegarnos otra vez a *Don Florestán,* ya estaba el hombre frotándose las orejas con una toalla no muy limpia. Era un cincuentón de mediana estatura, cabeza romántica del tipo usual allá por el 45, ahuecada melena, bigote y perilla corta como los que usaron Espronceda y los Madrazo. Presentado a él por *Leona,* que le dió el nombre de *Florestán,* me dijo estrechándome la mano:
»—Ya le conocía a usted de vista y por su fama de historiador, señor don Tito. Mucho gusto tengo en ser su amigo; pero sepa ante todo que ese nombre que me ha dado doña Leonarda es broma de compañeros maleantes. Yo me llamo Jenaro de Bocángel, y mi linaje está entroncado con la nobleza española de Nápoles y Sicilia. ¿Habrá usted oído hablar de los duques de Amalfi? Pues de ellos vengo yo por la rama paterna; con los ilustrísimos marqueses de Taormina, residentes en Palermo, estaba emparentada mi madre, doña Celimena de Silva; y no falta en mi sangre algún glóbulo procedente de la clarísima estirpe de los Escláfanis de Siracusa. Algo más de mi persona y familia, así como de los vaivenes de mi existencia, he de contarle a usted... Antes le pido permiso para volver a mi aposento y arreglarme un poco, pues no está bien que los caballeros se presenten ante sus iguales con este desaliño de andar por casa. Hasta luego.»
En realidad, era un finísimo falsificador de buena pasta y de mejor corazón y no mal parecido. No perdía jamás su empaque.
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* BOCETA.
Diputado zorrillista (1872), muy amigo de meter las narices donde no le importaba.
Amadeo I (III).

* BODEGA.
Antiguo, lealísimo, inseparable servidor de Narváez. Aguantaba imperturbable el mal genio del general... y hacía lo que le daba la gana.
Narváez (II).

— * BOEHMER.
Famoso joyero que poseyó el maravilloso abanico de la reina María Leczinska.
Mendizábal (II).

* BOGGIERO, Padre Basilio.
Asesor religioso y literario del general Palafox durante los sitios de Zaragoza. Ya dueños los franceses de Zaragoza, lograron apresarle a traición y le asesinaron a bayonetazos, arrojándole después al Ebro.
Zaragoza (I).

BOHIGAS, Padre.
Prepósito de la *Instrucción Cristiana*, en Barcelona (1842). Amigo de don Serafín de Socobio y principal instructor del arrepentido Ibero.
Los ayacuchos (II).

* BOHL DE FABER, Cecilia (1796-1877).
Fernán Caballero. famosa novelista española. Sobresalió en la pintura de costumbres.
Cádiz (I).

* BOHL DE FABER, Juan (1770-1836).
Literato de costumbres. Paladín del romanticismo español. Padre de la gran novelista *Fernán Caballero*.
Cádiz (I).

— * BOIX.
Librero de la Carrera de San Jerónimo (1837).
La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).

* BOLAÑOS Y GUERRA.
Jefe militar partidario de Prim (1868).
La de los tristes destinos (III).

— * BOLÍVAR, Don Juan.
Teniente de Reg. Sustituyó al heroico defensor de Gerona. general Alvarez de Castro, durante una enfermedad de éste.
Gerona (I).

— * BOLÍVAR, Simón (1783-1830).
Libertador de algunos países suramericanos.
El 7 de julio (I).—*Luchana* (II).

— * BOLUQUI.
Médico de Cegama que asistió a Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

* BONANZA, Don José.
General alfonsino. Estuvo de acuerdo con Martínez Campos para intentar la Restauración borbónica.
Cánovas (III).

* BONAPARTE, José (1768-1844).
Hermano de Napoleón, quien le hizo rey de España (1808). Fué un monarca discreto y de buenos sentimientos.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Mendizábal* (II).—*Luchana* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).

— * BONAPARTE, Luciano (1775-1840).
Hermano de Napoleón I. Príncipe de Canino. Embajador de España en 1803.
La Corte de Carlos IV (I).

* BONELL Y ORBE.
Arzobispo designado para presidir la degradación del sacerdote regicida Martín Merino (1852).
La revolución de julio (III).

* BONET.
Guerrillero carlista (1847). Era de los que no aceptaban la disciplina y *trabajaba* por su cuenta.
De Cartago a Sagunto (III).

— * BONET, Pantaleón.
«Hombre audacísimo, cortado por el patrón de Ramón Cabrera», que se *pronunció* en Alicante (1844).
Bodas reales (II).

BONETA.
Cantonal desterrado que en París se asoció con Segismundo García Fajardo para explotar *un negocio redondo*.
Cánovas (III).

— * BONNET.
General divisionario francés (1811).
La batalla de los Arapiles (I).

BONI (Bonifacia).
Hermana de Sabas. Hija de Sabas, el que fué escudero de Fernando Calpena, y que en 1869 era el criado más antiguo

en la casa de Castro-Amézaga. Compañera querida de Fernandita Ibero y su confidente y valedora.
España sin rey (III).

BONIFACIA.
La pincha de los señores García Fajardo-Emparán.
La revolución de julio (III).

BONIFACIA, La.
Tenía posada en la calle de Enmedio, de La Guardia.
La estafeta romántica (II).

BONO, Gaspar.
Mozo de Peralvillo en la Mancha.
Bodas reales (II).

* BOQUICA.
Guerrillero tradicionalista. Levantó en Cataluña una partida en 1854.
O'Donnell (III).

* BORADORA.
Princesa real de Otaiti (1867).
La vuelta al mundo... (III).

* BORBÓN, Don Alberto de.
Hijo del infante don Enrique. Alumno (1870) del Liceo Napoleón, en París.
España trágica (III).

— * BORBÓN, Don Francisco de.
Hijo del infante don Enrique. Alumno (1870) del Liceo Napoleón, en París.
España trágica (III).

— * BORBÓN, Doña Blanca.
Princesa francesa y reina de España (1335 a 1361). Casada con Pedro I de Castilla, quien la abandonó al tercer día de su boda. Pasó su mísera vida encerrada en varias fortalezas.
Mendizábal (II).

— * BORBÓN, Doña María del Olvido.
Hija del infante don Enrique. En 1870 tenía diez años.
España trágica (III).

* BORBÓN, El infante cardenal don Luis de (1777-1823).
Primo del rey Carlos IV. Recibió el juramento de los diputados en la Isla de León. Presidió la Regencia de Cádiz durante la dominación francesa. Ocupó la Sede arzobispal de Sevilla.
La Corte de Carlos IV (I).—*Cádiz* (I).

* BORBÓN Y AUSTRIA-ESTE, Don Alfonso de.
Hermano del pretendiente don Carlos VII.
De Cartago a Sagunto (III).

* BORBÓN Y HABSBURGO, Don Alfonso (conde de Caserta).
Hermano del ex rey de Nápoles Francisco II e hijo en segundas nupcias de Fernando, el llamado *Rey Bomba*. El pretendiente don Carlos VII le puso al frente de las tropas de la Tradición. Como general era un inepto.
Cánovas (III).

* BORBÓN Y HABSBURGO-LORENA, Princesa doña María de las Mercedes.
Hija primogénita de don Alfonso XII y doña María Cristina (1880).
Cánovas (III).

— * BORGHESE, Príncipe Francisco (1776-1839).
General del ejército francés. Vendió a Napoleón I en trece millones de francos los tesoros artísticos de la familia.
La Corte de Carlos IV (I).

— * BORGOÑO.
Apellido del que fué esposo de doña Margarita Maroto, hija del famoso general carlista.
Vergara (I)).

* BORIA, Teniente.
Intervino en la intentona loca de raptar a las reales hermanas (octubre de 1841) Isabelita y Luisa Fernanda. Fué fusilado.
Los ayacuchos (II).

— * BORJA o BORJIA, César (1457-1507).
Hijo del famoso pontífice español Alejandro VI. Célebre por su talento, bravura, perfidia y maldad.
Vergara (II).

— * BORJA, Don Calixto.
«Bisnieto de un hermano del siervo de Dios San Francisco.» Casó con una de las hijas de don Alonso de Gurrea.
Luchana (II).

BORRA.
Mote de José Blas de Arana.
V. ARANA.

BORRA, Simón.

«Ermitaño que en aquellas soledades gozaba opinión de santo y aun se permitía milagrear un poco. Llamábanle Borra, y hacía doce años que se había dado a la vida ascética, construyendo su cabaña le piedra y barro, techo de juncos y tierra, en una de las vertientes del Murumendi. Vivía de limosnas y del fruto de un huertecito que cutivaba junto a la cabaña.

»Habiéndole sorprendido Mina en actos de espionaje, le condenó a muerte, conmutándole luego la pena por la menos cruel y más infamante de cortarle las orejas. Se las cortaron, ¡ay!, y el pobre hombre se fué a su casa, sin gana ya de volver a guerrear por los realistas ni por ningún nacido. Agobiado de tristeza y soledad, pues además de la falta le orejas lloraba la de familia, vendió su corta hacienda y se fué al monte, ávido de quietud religiosa, lejos de las pasiones humanas y del loco trajín del mundo. No volvieron a entrar tijeras en su barba y cabello, y éstos le cubrían la mutilación nefanda. Vestía un capote de pastor, y se hallaba acompañado de una cabra y un perro. Como a veinte pasos de su cabaña, había plantado una enorme cruz hecha con troncos, y allí rezaba las horas muertas: aquélla era su iglesia, y no tenía más, ni le hacía falta para nada. El huerto dábale coles y borrajas, alguna patata; no cazaba, ni poseía instrumentos para quitar la vida a ningún ser. Sus devotos, que en Beasaín y Larza los tenía muy fieles, solían subirle cosas de más sustancia: alguna trucha del Oria, queso, pan, y en las solemnidades, huevos y algún chorizo de añadidura.

»Distaban aún cien pasos de la choza Fago y sus compañeros, cuando se encontraron al ermitaño, que paseaba al sol, precedido de la cabra y el perro. Era alto y huesudo, tan tieso que parecía de madera: figura semejante a muchas que se ven en nichos polvorosos de las iglesias, olvidadas de la devoción, sin ofrendas, sin culto. El cabello entrecano le caía hasta los hombros y la barba era de variados colores, uno y otra de extraordinaria aspereza. Calzaba peales y se cubría todo el cuerpo con un ropón de jerga, remendado con cierto esmero, ceñido a la cintura por cuerda de cáñamo. En una mano llevaba el garrote, y en la otra un cuenco de media calabaza, con el cual bebía el agua cristalina de una fuente próxima a su vivienda.»

Zumalacárregui (II).

BORRASCAS.

Cantinero en la guerra de Africa (1860). Era un «fabricante de venenos alcohólicos».

Aita Tettauen (III).

* BORREGO, Don Andrés (1802-1891).

Escribía en *El Español*, periódico fundado por él. Fué gobernador de Madrid y rechazó una cartera de ministro.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*La primera República* (III).

* BORRERO.

Capitán de Infantería de Marina. Se fugó del castillo de Santa Catalina, con riesgo inminente de muerte para unirse con Prim.

La de los tristes destinos (III).

* BORRERO, Coronel.

Luchó contra la partida facciosa republicana (1872) de Estévanez. Alfonsino incondicional.

La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* BORSO DI CARMINATI.

Brigadier cristino (1837). En 1841 se sublevó, en Zaragoza, contra la Regencia de Espartero, y fué fusilado.

La campaña del Maestrazgo (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).

* BORULL.

Político español en las Cortes de Cádiz.

Cádiz (I).

— * BOSSUET, Jacobo Benigno (1627-1704).

Obispo de Meaux. Magnífico orador religioso francés.

España trágica (III).

BOTICARIO, El.
De la calle de Rodas. Murió de la peste en Madrid (1834).
Un faccioso más... (II).

BOTIJA, El.
Corredor de vinos. Concurría a la taberna de Ginés Tirado. Parlanchín. Jugador de tute.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* BOTÍN.
Dueño de una hostería en la plaza de Herradores.
Los duendes de la camarilla (II).—*España trágica* (III).

— * BOUILLÓN, Godofredo (1058-1100).
Dirigió la primera cruzada. Conquistó a Jerusalén y fué elegido rey de esta ciudad.
Cádiz (I).—*España sin rey* (III).

— * BOURDESSOULLE.
General de división francés del ejercito de Angulema que pasó a España (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * BOURDONNAIS, M. de.
Partidario del Conde de Artois (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * BOURMONT.
General francés, jefe del Estado Mayor del duque de Angulema (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*El terror de 1824* (I).

BOUZAS, Juan.
Soldado cristino, gallego, del regimiento de Compostela, defensor de Bilbao, a quien un oficial de guías atribuyó la bala certera que hirió de muerte a Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

— BRABANTIO, El senador.
Personaje del *Otelo*, de Shakespeare. En la versión española: Odalberto.
La Corte de Carlos IV (I).

— * BRADFORD.
General de brigada inglés. Intervino en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

— * BRAGANZA, Don Manuel.
Príncipe de Portugal.
V. BRAGANZA, dinastía de.
La Corte de Carlos IV (I).

— * BRAGANZA, Don Pedro de.
Príncipe portugués a quien los liberales españoles emigrados (1825) pretendían colocar en el Trono español. Mendizábal le logró su reinado en Portugal.
Un voluntario realista (II). — *Los apostólicos* (II).— *Mendizábal* (II).

— * BRAGANZA, Doña Bárbara de.
Reina de España. Mujer de Fernando VI.
Narváez (II).—*Cánovas* (III).

— * BRAGANZA, Doña Isabel de (1797-1818).
Segunda mujer de Fernando VII. Hija de Juan VI de Portugal.
La segunda casaca (I).—*Narváez* (II). *Prim* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * BRAGANZA, Infanta doña Francisca.
Regaló a Jenara Baraona una pulsera. Jenara en su testamento, la donó a María Ignacia Emparán.
La revolución de julio (III).

* BRAGANZA, Infanta doña Teresa.
Hermana de la princesa doña Francisca, primera mujer de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

— * BRAGANZA, Los.
Dinastía reinante en Portugal desde 1640 a 1910.
La Corte de Carlos IV (I).

BRAGAS, Juan.
Amigo íntimo y confidente de Salvador Monsalud.
«Juan Bragas, joven nacido, como Monsalud, en el lugar de Pipaón, y que, poseedor de mayores recursos y valimiento, había resistido a las primeras escaseces de la vida cortesana, pescando al fin, por lo muy pedigüeño y sumiso, una pluma de ganso en las covachuelas. Juan Bragas era, pues, covachuelista, es decir, palote árido y enteco en el cual debía injertarse después la vigorosa rama del funcionario pú-

blico. Su carácter difería mucho del de Monsalud, y, sin embargo, se juntaban ambos jóvenes con sumo gusto para charlar y referirse sus respectivas desventuradas aventuras.

»Juan Bragas carecía por completo de imaginación y de sensibilidad fina; pero sabía poner las cosas en su sitio y tenía el mejor ojo del mundo para ver todos los objetos en su tamaño real; poseía, en suma, aquel poderoso instinto aritmético que a ciertas organizaciones, quizá las más influyentes hoy, les sirve para reducir a cantidad o a tamaño, mejor dicho, a una forma visible y fácilmente apreciable, todos los hechos de la vida en lo moral y en lo físico. Bragas no se equivocaba nunca: tenía en sus jucios la infalibilidad de las matemáticas. Monsalud era una equivocación perpetua: llevaba infiltrado en su naturaleza el error constante y todas las deslumbradoras mentiras de la poesía.»

Bragas era un personaje acomodaticio, capaz, por conveniencia, de cualquier bajeza. El es narrador de *Las memorias de un cortesano de 1815* y *La segunda casaca.*

¡Gran tipo galdosiano este de Bragas, que siempre se encuentra *entre los que están mandando!* Bragas o el aceite.

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II). *Un faccioso más...* (III).

BRANDER.

Opulento inglés de la isla Otaití, que obsequió a los marinos de *La Numancia.*

La vuelta al mundo... (III).

BRAULITO.

Niño que asistía a la escuela de don Patricio Sarmiento «y que iba a casa cantando los versos de *El Zurriago* y no sabía palotada».

El 7 de julio (I).

BRAVO, Enrique.

«Exaltado patriota, escritor agresivo, tribuno vibrante, que cultiva en su propio ardimiento y en fogosas lecturas el arte de las insurrecciones...»

Amigo de Vicentito Halconero. Empezó siendo federal y acabó monárquico *perdido.*

España trágica (III).

BRAVO, Leonarda (alias *Leona la Brava)*

Mujer del galeote Cándido Palomo. Bravía mujer, guapa y mejorada por los afeites, que hacía vida airada en Cartagena. Era muy solicitada. Y como es lógico, la puso cerco estrecho el insigne Tito Liviano. Tenía esta daifa, bonita y suave pese a su apodo, aspiraciones... Simpatiquísima y con un hablar chulángano encantador...

De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* BRAVO, Luis.

V. GONZÁLEZ BRAVO.

* BRAVO, Luis.

Romántico, amigo de los románticos y especialmente de José Zorrilla.

La estafeta romántica (II).

* BRAVO MURILLO, Juan (1803-1873).

Político español. Jurisconsulto y economista famoso. Ministro de Hacienda en 1849. Presidente del Consejo en 1851.

«La persona de don Juan no puede ser más extremeña: como político, es compacto, duro, consistente; como orador, macizo, aplastante, pesado, de una claridad pasmosa en los asuntos de ley escrita. Al jurisperito le tengo por excelente, al político por uno de los más vulgares, hombre aferrado a ideas viejas, y hecho a las rutinas como a los embutidos de su país. La extremeña virtud de la voluntad le sirve para enranciarse más cada día, y es lástima que tal virtud se aplique a convertir en actos el pensar retrógrado y los sentimientos absolutistas. Menos austero de lo que parece, goza, no obstante, fama de honrado, y lo es. Ha podido ser millonario, y su fortuna, según dicen, no pasa de moderada, en el sentido general. No escandaliza con su lujo, y su vanidad se reduce a vestir bien: usa levitas de buen paño de Sedán bien cortadas, guantes amarillos, botas de charol, y fuma puros de a cuarta, del mejor habano. En sociedad es afable, muy distante de la zalamería; en la Administración, todo lo severo que puede ser aquí un ministro tratante en favor y credenciales.»

Bodas reales (II). — *Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).— *Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

— BRAVONEL.
Héroe de un romance medieval.
La batalla de los Arapiles (I).

— * BRESSON, Monsieur.
Embajador de Francia en España (1845).
«El señor conde de Bresson, un caballero que es la misma finura, más listo que la pólvora y de tanta agudeza, que si España fuera el ojo de una aguja, por él se meterían con la mayor sutileza el embajador, el rey Luis Felipe y toda la Francia. Este señor es el que lleva la intriga de los casamientos por sí y ante sí sin cuidarse para nada del Gobierno, atento sólo a su rival y contrincante el embajador de Inglaterra, que es un tal míster Bullwer.»
Bodas reales (II).

— * BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel (1796-1873).
Poeta y autor dramático español muy celebrado.
Los apostólicos (II). — *Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II). *Montes de Oca* (II). — *Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

BRINGAS.
Amigo de Pepe García Fajardo. Hijo de un comerciante.
Las tormentas del 48 (II).

* BRINGAS, Don Francisco.
Conspirador liberal. Amigo de Olózaga y de don Benigno Cordero. Excelente persona. Se fingió mudo para librarse de la horca (1831), pero murió a consecuencia de los tormentos que le dieron para hacerle hablar. Fué «un mártir oscuro». Espartero le colocó (1854) en la Obra Pía. «Varón calmoso y sesudo.» Estaba casado con la vanidosa Rosalía Pipaón de la Barca. Su ideal era *la honrada estrechez*.
Los apostólicos (II).—*O'Donnell* (III). *Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

BRINGAS, La de.
Los apostólicos (II).

BRINGAS, Luisito.
De la Milicia Nacional. Bravo defensor de Bilbao (1836). Amigo de Zoilo Arratia.
Luchana (II).

BRIONES.
Jefe de la Policía en Madrid (1855). Gran persona y habilísimo funcionario.
O'Donnell (III).

* BRIONES, Don Leopoldo.
Con motivo de los funerales de Prim (1871):
«Consecuencia de esta simplicidad periodística fué la destitución del rector de la basílica, don Leopoldo Briones, varón docto y un tanto hereje, según oí decir, liberal sin careta, muy dado al libre pensar y a la libre crítica de personas y cosas eclesiásticas.»
Amadeo I (III).

— * BRIONES, La.
Soprano española. Concubina de Manuel García. Madre de la famosísima Mariquita Felicidad García, *la Malibrán*.
La Corte de Carlos IV (I).—*El terror de 1824* (I).

BRISHA.
Prestigioso judío de Tetuán (1860).
Aita Tettauen (III).

* BRIZARD, Isaac.
Francés. Banquero. Hombre riquísimo. Segundo amante de Teresita Villaescusa.
«Cuatro palabras ahora para describir el físico y algo del ser moral de Isaac Brizard: casi tan alto como Riva Guisando, no podía comparársele por la nobleza y arrogancia de la figura. Podía Guisando servir de modelo a todos los duques y aun a los más estirados príncipes de Europa. Isaac, igualando a su amigo en la intachable limpieza, no podía ser modelo de próceres, sino de apreciables sujetos, hijos de negociantes y educados en los mejores colegios de Francia. Guisando fué un elegante genial, que todo lo había aprendido en sí mismo, y nació con la presciencia de cuantas ideas y formas constituyen elegancia en el mundo. Brizard era un

producto de la educación, un hombre distinguido y pulquérrimo, de un excelente fondo moral, con tendencias al vivir cómodo y sin bambolla, ni envidioso ni envidiado... Y por fin, para que se vea todo en su propio color y sentido, el tipo de Isaac Brizard revelaba la hibridación francogermánica o francoflamenca, un admirable tipo engendrado por trabajadores, sano, leal, ordenado hasta en los desórdenes a que le empujaba su riqueza, de ojos azules que delataban al hombre confiado y bondadoso, la boca risueña, sobre ella un bigote menudo, del más fino oro de Arabia. Hablaba un español incorrecto, mal aprendido en la conversación y sin principios, con modulaciones guturales que le resultaban más feas por su afán de corregirlas o disimularlas.»

Fué el impulsor más decidido de los ferrocarriles en España.

O'Donnell (II).—*Prim* (III).

* BROGLIE, Duque de, Víctor Francisco (1718-1804).

Diplomático. Mariscal de Francia.

Mendizábal (II).

— * BROTO, Don Juan.

Penitenciario de la catedral valenciana en 1840.

Montes de Oca (II).

* BRUIL, Don Juan.

Político. Docto en Economía. Amigo de O'Donnell (1854).

O'Donnell (III).

* BRUNELLI, Monseñor.

Nuncio de Su Santidad en España (1849).

Narváez (II).

— * BRUNET.

Guerrillero de la libertad que regresó a España, por Cataluña, en 1830.

Los apostólicos (II).

BRUNO, Don.

Masón. Comunero.

El Grande Oriente (I).

BRUNO, Don.

Amigo y contertulio de los Halconero-Ansúrez, en Madrid (1859).

V. CARRASCO Y ARMAS, Don Bruno.

Aita Tettauen (III).

— * BRUTO, Marco Junio (85-42 a. J. C.).

Hijo de Marco Junio y de Servilia, la más vehemente pasión amorosa de César. Bruto asesinó a Julio César y se suicidó después de la batalla de Filipos. Fué un hábil político y un honrado ciudadano.

El Grande Oriente (I).—*El terror de 1824* (I).—*Montes de Oca* (II).—*España trágica* (III).

BU HAMAN.

Camellero de Mohamed-ben-Sur El Nasiry.

Aita Tettauen (III).

BU S'LIMAN.

Simpático y amable moro de Stchaidi. Amigo de El Nasiry.

«Aquel *Bu S'liman* que nos hospedó en *Stchaidi* es alto, rubio, entrado en los sesenta años, saludable y fuerte, con sólo un achaque de la vista que le obliga al uso de antiparras de vidrios oscuros y gordos montados en cuerno.

»No sé por qué me pareció renegado el tal *Bu S'liman*. No hablaba o hablar no quería lengua española pero bien pude apreciar que la entiende. Al despedirnos me hizo no pocas reverencias, singular contraste con las vejaciones que en las etapas anteriores del viaje sufrí.»

Carlos VI, en la Rápita (III).

BUCETA.

Banquero amigo de Salamanca y de Gándara. Se metió en los líos revolucionarios de 1854 a favor de O'Donnell.

Las tormentas del 48 (II).—*La revolución de julio* (III).

BUENAVENTURA O VENTURA, Don.

Amigo antiguo de los García Fajardo, en Atienza.

V. MIEDES, Don Buenaventura.

Narváez (II).

BUENAVENTURA IMAZ Don.

Protector de Braguitas. Del Real Consejo del Estado. Hombre epicúreo y entremetido. Le dieron el título de marqués de Mataflorida. Fué en 1822 uno de los tres regentes del Trono y del Altar, el más simpático e inteligente.

«Don Buenaventura, a quien solían llamar el *Tigre*, se había hecho marqués de la manera más sencilla. Nombrado consejero de Hacienda en 1814, reunió

en poco tiempo una gran fortuna, comprando fincas que estaban adjudicadas al crédito público. Por aquellos tiempos, necesitando los Padres de Atocha algún dinerillo para reparar su templo, dióles Fernando dos títulos de nobleza para que los vendiesen. Dos Buenaventura compró en veinte mil duros el de marqués de M***. Era familiar de la Inquisición, hombre cruel, y absolutista tan fanático, que se pasaba la vida buscando masones por todos lados, y averiguando picardías de liberales para contárselas al rey. Tenía en 1819 gran privanza en Palacio.»

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

BUENO DE GUZMÁN. Rafaelito.

«De familia bien acomodada.» Pretendiente de Teresita Villaescusa.

O'Donnell (III).

BUENO DE GUZMÁN. Raimundo.

Joven aristócrata. Aburrido, rico, vicioso. Su afán eran las *frases ingeniosas.*

España trágica (III).

— * BUERENS.

General cristino (1837).

La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).

— * BUFFON, Jorge Luis, Conde de (1707-1788).

Naturalista francés.

Un faccioso más... (II).—*Mendizábal* (II).

* BUGALLAL.

«Un orador del grupo de Cánovas, abogado de retóricas difusas y de asuntos fiscales...»

España trágica (III).

* BUIL.

Coronel cristino que operaba en el Maestrazgo (1837).

La campaña del Maestrazgo (II).

— * BULWER, Míster.

Embajador de Inglaterra en España (1845). Era muy afecto a los progresistas.

Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).

BUÑUELISTAS.

De la calle de los Estudios. El «era un hombre pequeño, antipático, tirando a viejo. Sudaba tanto con aquel continuo y fatigoso ejercicio, que su cara parecía haber estado en remojo poco antes. Para entretener el fastidio canturriaba esta copla:

Reinará don Carlos
con la Inquisición.
cuando la naranja
se vuelve limón.»

Y ella:

«Una mujer flaca, bigotuda, con parches en las sienes, y las cejas como dos parches negros, se ocupaba en poner ordenadamente los buñuelos sobre una tabla, y en espolvorearles azúcar con un cacharrillo de lata, agujereado cual salvadera. La misma mujer de los parches era quien vendía, cuando alguien compraba, ensartando las docenas de buñuelos en juncos verdes que a la mano tenía.»

Un faccioso más... (II).

— * BURETA, Condes de.

Nobles aragoneses, primos de don Beltrán de Urdaneta.

Luchana (II).

* BURETA, La Condesa de, doña María Consolación Azlor y Villavicencio (1773-1814).

Dama española. Cedió su fortuna a Palafox para defender a Zaragoza, y ella misma combatió a los franceses con bravura inaudita.

Zaragoza (I).

— * BURGOS, Francisco Javier de (1778-1848).

Literato y político español. Fué ministro de Fomento y de la Gobernación.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II). *Bodas reales* (II).

* BURGOS, General.

Ayudante del rey Amadeo I. Gobernador militar de Madrid (1872). «De corpulentas anchuras», con las que protegió a la reina Victoria cuando atentaron

contra ella y su esposo don Amadeo I disparándoles unos trabucazos.
Amadeo I (III).

— BURGUILLO, Don Aniceto.
Que fué de la Guardia Real.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * BURGUILLOS.
V. QUIROGA Y...

— BURLADOR, El.
V. JUAN TENORIO, Don.

* BURRUIEL.
Brigadier a las órdenes del marqués del Duero durante la guerra carlista de 1874.
De Cartago a Sagunto (III).

* BUSCHENTAL.
Banquero francés de origen alemán, establecido en Madrid, que agasajó a Zorrilla después de la lectura de su famosa poesía necrológica a Larra.
La estafeta romántica (II).

— * BUSCHENTAL.
Banquero y político francés, de origen alemán (1854). Llegó a España a intentar la compra de la fábrica del gas en Madrid.
Bodas reales (II).

BUSCHENTAL, María.
«Mujer encantadora, de sutil ingenio», en cuyos salones se daban tertulias mundanas de muchísimo sabor. «Ninfa de un gracioso mentidero.»
Narváez (II).

* BUSSONS, Don José.
V. JEP DELS ESTANYS.

— * BUSTAMANTE.
Autor, muy malo, que escribió más de trescientas comedias de santos.
Napoleón, en Chamartín (I).

* BUSTAMANTE.
Periodista. Redactor de *Las Novedades*. Detenido y deportado a consecuencia de los disturbios revolucionarios de 1854.
La revolución de julio (III).

— * BUSTAMANTE, Don José.
Jefe de la escuadra española en la batalla del Cabo de San Vicente.
Trafalgar (I).

* BUSTO, Fray Mateo del.
Lector y calificador de la Orden de los Mínimos. Gran animador, pese a su ancianidad, de los patriotas zaragozanos. Fué capellán del segundo tercio de voluntarios de Zaragoza durante los sitios (1808-1809).
Zaragoza (I).

BUSTO, El padre.
Religioso al que consultó Juan de Dios antes de ingresar en el claustro.
La batalla de los Arapiles (I).

BUSTURIA.
Médico de Vitoria. «Hombre de no común saber, grave y estudioso.» Asistió a don Pedro Hillo en la grave enfermedad que padeció en aquella ciudad. (Diciembre de 1837.)
Vergara (II).

BUSTURIA, Las de.
Vivían en Bilbao *(Artecalle)* y se hicieron muy amigas de Aurora Negritti. Estaban «criadas en la trastienda y eran sencillas, trabajadoras, heroínas domésticas, sin afectación». Una de ellas se casó con José María de Arratia.
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

* BUTRÓN, Alonso de.
Guardia marina del *Bahama*, a las órdenes de Alcalá Galiano.
Trafalgar (I).

— * BUTRÓN, El brigadier.
Uno de los defensores heroicos de Zaragoza (1808).
Zaragoza (I).

— * BYRON, Jorge Natividad Gordon, Lord (1788-1824).
Famoso poeta inglés, de espíritu aventurero. Viajero incansable. Es quizá el primer lírico romántico. Autor de *Don Juan*, *Childe-Harold* y *El Corsario*. En Cádiz cortejó a la condesa Amaranta.
La Corte de Carlos IV (I).—*Gerona* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*España trágica* (III).

C

CABALLERO.
Amigo de Pepe García Fajardo. Hijo de un pastor, «daba lecciones de cultura social».
Las tormentas del 48 (II).

— * CABALLERO.
Poeta, traductor v dramático español de mediana calidad (siglo XIX).
Los apostólicos (II).

* CABALLERO, Don Fermín (1800-1876).
Muy amigo de don Nicomedes Iglesias.
«Era éste de color moreno, facciones bastas y rudas. de tipo castellano, común en campos más que en ciudades; bigote negro con mosca; cabello encrespado, que parecía un escobillón; complexión dura; el habla ruda y clásica, de perfectísima construcción castiza.»
Fué diputado y dos veces ministro de la Gobernación. Literato de buena calidad. Erudito.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

* CABALLERO, El ministro José Antonio, Marqués de (1770-1821).
Ministro de Gracia y Justicia en sustitución de Jovellanos. Cayó en desgracia con motivo del motín de Aranjuez. Pasóse a los afrancesados.
La Corte de Carlos IV (I).

CABALLERO (Un).
de Palacio que avisó a Gil de la Cuadra de que se habían descubierto papeles comprometedores para él entre los del desdichado absolutista don Martín Vinuesa.
El Grande Oricnte (I).

* CABALLERO DE RODAS.
General español. González Bravo lo mandó prender (1867) y llevar a un castillo en las Baleares.
La de los tristes destinos (III).—*La primera República* (III).

CABALLERO ENTECO.
que servía de cicerone a unas señoras provincianas que por vez primera concurrían a una sesión del Congreso en 1869.
España sin rey (III).

CABALLERO KADOSSCH.
Nombre simbólico que daba a Salvador Monsalud don José Campos.

CABALLERO X.
Nombre dado a *un comunero de Padilla,* miembro le una sociedad liberal y masónica.
El Grande Oriente (I).

CABALLEROS (Dos)
que llegaron a Laguardia (1869) con el bailío don Wifredo de Romarate. Ambos, jesuítas de fama.
«Los dos sujetos que con el bailío viajaban no podían encubrir su carácter eclesiástico. No eran viejos, no tenían aire juvenil; antes bien, revelaban cansancio de las naturalezas consumidas por el sedanterismo y el estudio de esas materias abstrusas, que lo mismo dan de sí sabidas que ignoradas. Uno de ellos era endeble, medio cegato, con anteojos de una convexidad extremada; el otro hablaba con acento extranjero, picando en todos los asuntos sin eludir los mundanos. Cuando fueron a visitar a Santiago, el bailío presentó al primero diciendo que era un afamado teólogo; al nombre del otro agregó una retahila de conocimientos: Historia, Matemáticas, Lenguas orientales, Geografía. Era incansable viajero. Acababa de llegar del Japón, y después de recorrer *la España*, se embarcaría para el Perú.»
España sin rey (III).

* CABAÑERO.
Cabecilla carlista del Maestrazgo (1752-1810).
La campaña del Maestrazgo (II).

— * CABARRÚS, Francisco, Conde de (1752-1810).
Banquero y hacendista francés natu-

ralizado en España, donde fué ministro de Hacienda de Bonaparte.

Napoleón, en Chamartín (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Mendizábal* (II).

«CABEZUDO» El.

Mote que daban a mosén Juan Ruiz Hodón sus rivales de Tortosa y Tarragona.

CABO (Un)

del regimiento de Gerona—cristino—que mostró benevolencia por don José Fago cuando éste se hallaba prisionero en Estella.

Zumalacárregui (II).

* CABRERA, Ramón (1806-1877).

Guerrillero y general español famosísimo, al servicio *de la Causa* o Carlismo. Luchó con varia fortuna.

Primera visión de Cabrera:

«Frente a ellos en un caballo blanco, venía un hombre vestido de colorines. Al pasar el jinete junto a la impedimenta, vieron los que allí estaban su rostro, harto parecido al de un gato, los ojos flamígeros, la color verdosa, henchida la nariz, como si las ventanillas de ella quisieran rasgarse para dar paso al aliento. Su capa blanca, con vueltas rojas sujeta al cuello, ondeaba como una bandera. En la mano blandía la espada; se le oía claramente gritar: *Per asi, fills meus... Seguidme... Els destrosarem... ¡Viva Carlos V! ¡Mueran eixos pillos, cobards!...*»

Y don Beltrán *le vió* así:

«También don Beltrán contempló a sus anchas al afamado guerrillero, a quien vió por primera vez en el campo de Buñol, pasando como un rayo al frente de infernal cabalgata. Reconoció en él la cara de soberbio gato, que ya había visto, y quedó grabada en su memoria: cara triangular, de pómulos salientes, ojos grandísimos y negros, con la ceja corrida, la nariz de mala forma, con las ventanillas siempre palpitantes. Vestía con elegancia y cierta presunción de originalidad, no escaseando en su ropa los dorados y relumbrones; la capa blanca con forro encarnado completaba su típica figura.»

Y pensó luego:

«Es un hombre que con tener mucho entre las manos aún tiene más en la cabeza, y de este desequilibrio proviene su aspecto de gato triste..., dormilón cuando sus ojos no despiden rayos. Su crueldad es la irritación contra el género humano, porque no se le somete de golpe. Si este hombre triunfara y pudiera manifestar tranquilo y seguro lo que lleva en su corazón y en su cabeza, sería un dictador severo y paternal, rigorista y clemente, próvido para todo, y hasta liberal dentro de su poder soberano indiscutible.»

Juan Martín el Empecinado (I).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (III).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (III).—*Carlos VI, en la Rápida* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

* CÁCERES, Marqués de.

Jefe de los *Alfonsinos de Valencia* (1873).

La primera República (III).

— CACO.

Hijo de Vulcano. Personificación del robo. Le *birló* a Hércules su ganado y Hércules le estranguló.

La revolución de julio (III).

CACHARRERO

de *Puerta Cerrada*. Levantisco. Se batió en las calles (julio de 1854). Era amigo de los Gamonedas. Vendía sanguijuelas.

La revolución de julio (III).

«CACHARRITO» (La).

Daifa *de postín* madrileña (1877).

Cánovas (III).

* CADALSO, Don Hermógenes.

Cómico discreto que representaba en el *Variedades*, de Madrid, los melodramas de gran éxito... *Los pobres de Madrid. La carcajada.*

La primera República (III).

— * CADALSO, José (1741-1782).

Gran militar y gran poeta español. Uno de los corifeos del romanticismo.

La estafeta romántica (II).—*Narváe* (II).

* CADAVAL, Don José.
Capitán de guardia en el Cuartel de San Gil. Fué muerto por los sargentos rebeldes (1896).
Prim (III).

— * CAFARELLI.
General francés (1811).
La batalla de los Arapiles (I).

CAFETERO (El)
de *La Fontana de Oro*. Liberal y murmurador.
El 7 de julio (I).

* CAFRANGA, Don José.
Ministro de Gracia y Justicia (1832), en sustitución de Calomarde.
Un faccioso más... (II).

— * CAIFÁS (José Caifás o Cayafás).
Sumo sacerdote de los judíos en tiempo de Jesús. Excitó al pueblo contra el Salvador.
Un faccioso más... (II).—*Prim* (III).

CAIFÁS, Pepe.
Dueño de un garito en Cádiz.
Cádiz (I).

— * CAÍN.
Hijo de Adán y Eva.
Un faccioso más... (II).

* CAJIGAL, Don Felipe.
Capitán del *San Agustín*, muerto en Trafalgar.
Trafalgar (I).

* CALA, Ramón.
Periodista de ideas avanzadas. Amigo del insigne Tito y de Vicentito Halconero. Jerezano y diputado (1870) federal.
España trágica (III).—*Amadeo I* (III). *La primera República* (III).

* CALA Y VALCÁRCEL.
Jefe carlista ayudante de Cabrera. Gran intransigente del Altar y del Trono.
La campaña del Maestrazgo (II).—*Vergara* (II).

«CALABRIA, Don Florestán de.»
Nombres románticos que daban las *gurapas* de Cartagena al galeote.
V. BOCÁNGEL, Jenaro de.

— CALAMOCHA.
Personaje de la hermosa comedia de Leandro Fernández de Moratín, *El sí de las niñas*.
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).

* CALATRAVA, Don Ramón de.
Político español, hermano de don José María. Diputado en 1835. Ministro de Hacienda (1842) en el Gabinete Rodil. Era *una lumbrera del progresismo*.
Mendizábal (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Amadeo I* (III).

— * CALATRAVA, José María (1781-1847).
Político liberal. Diputado por Extremadura en las Cortes de Cádiz. Ministro de Gracia y Justicia (1823). Presidente del Consejo (1836) a la caída de Istúriz.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Amadeo I* (III).

* CALDERÓN, Carlos.
Político español. Sutil y audaz diplomático. Amigo del caudillo carlista don Antonio Dorregaray.
De Cartago a Sagunto (III).

— * CALDERÓN, Conde de.
General español que mandaba (1820) el ejército que se sublevó en Andalucía.
La segunda casaca (I).

— * CALDERÓN, Don Rodrigo.
V. RODRIGO, Don.

* CALDERÓN Y ARANA, Pedro (1850-1907).
Periodista español, de ideas liberales, gran cultura y brillante estilo.
España trágica (III).

* CALDERÓN COLLANTES, Don Fernando (marqués de Reinosa). (1811-1890.)
Diputado de 1840 a 1862. Senador vitalicio de 1845 a 1868. Ministro de Gracia y Justicia con Cánovas (1875).
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

— * CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (1600-1680).
Nació y murió en Madrid. El más fa-

moso dramaturgo español, a excepción de Lope de Vega.
La Corte de Carlos IV (I).—*Los apostólicos* (II).—*La estafeta romántica* (II). *La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * CALEPINO, Ambrosio (1440-1510).
Religioso y lexicógrafo italiano.
Un faccioso más... (II).

CALERO, Matías.
Guardia civil de Vitoria. Compañero de Antonio Castro.
España sin rey (III).

CALESERO (Un)
de Cádiz.
Cádiz (I).

— * CALÍGULA (Cayo Julio César Augusto Germánico) (12 a. J. C.-41 después J. C.).
Tercer emperador romano.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Mendizábal* (II).

— CALÍOPE.
Una de las Nueve Musas. Presidía la Poesía épica.
La primera República (III).

— CALIPSO.
Ninfa. Hija de Atlas y de Tetis. Amó a Ulises.
Bodas reales (II).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

CALIXTA.
Doncella de María Ignacia Emparán.
Narváez (II).

CALIXTO, Don Froilán.
Arcediano de Tarazona. Ofició en los funerales de don Beltrán de Urdaneta celebrados en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

* CALOMARDE, Don Francisco Tadeo (1773-1842).
Fué secretario de la Regencia en 1823 y ministro de Gracia y Justicia de 1824 a 1833.
«Era de la mejor pasta de servil que podía hallarse por aquellos tiempos. Empleado desde su tierna edad en el Ministerio de Gracia y Justicia, se había criado en los cartapacios y en el papel de pleitos: los legajos fueron su cuna, y las reales cédulas sus juguetes. Su jurisprudencia, llena de pedantería, me inspiraba aversión. Tenía fama de muy adulador de los poderosos, y, según se decía, compró el primer destino con su mano, casándose con una muchacha muy fea, a quien dió malos tratos.
»Los que le han juzgado tonto se equivocan, porque era listísimo, y su ingenio más bien socarrón que brillante, antes agudo que esclarecido; era maestro en el arte de tratar a las personas y de sacar partido de todo. Habíase hecho amigo de don Víctor Sáez, y aun del mismo rey y del infante don Carlos, por sus bajas lisonjas y lo bien que les servía siempre que encontraba ocasión para ello.
»Tenía entonces cincuenta años, y acababa de salir del encierro voluntario a que le redujo el régimen liberal. Había ido a la frontera para llevar no sé qué recados a los señores de la Junta. Me lo dijo, y como no me importaba ya gran cosa los dimes y diretes de los realistas, que no por estar tan cerca de la victoria dejaban de andar a la greña, fijéme poco en ello, y lo he olvidado. Calomarde no era mal parecido ni carecía de urbanidad aunque muy hueca y afectada, como la del que la tiene más bien aprendida que ingénita. La humildad de su origen se traslucía bastante. Hablamos de los sucesos de Madrid, que él había presenciado, y me informó de todo.»
Cádiz (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

* CALONGE, Eusebio.
Diputado a Cortes (1849). El más joven quizá de los mariscales de campo. Amigo de Narváez y de Pepe Fajardo.
Narváez (II).

CALPENA, Don Fernando.
Protagonista de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*.
«Era el tal un joven de facciones finas y aristocráticas, ojos garzos, bigotillo nuevo, melena rizosa y negra, que sería bonita cuando en ella entrara el peine y se limpiara del polvo del camino. Su

talle sería, sin duda, airoso cuando cambiara el anticuado y sucio vestidito de mahón por otro limpio, de mejor corte. En lo más claro del grupo quedóse como atontado palomino, contemplando el bullanguero tropel de gente descuidada y ociosa que por la calle a tales horas discurría. ¡Pobrecillo! Solo y sin maestro ni amigo a quien arrimarse, se lanzaba en aquel confuso laberinto; sin duda entraba gozoso y valiente, con la generosa ansiedad del mozuelo de veinte años a quien ha quitado el sueño y las ganas de comer, en las aburridas soledades de la aldea, la visión de la Corte y de sus placeres y grandezas, tal y como las aprecian desde lejos los que empiezan a vivir los que se hallan en pleno retoñar de ideas tempranas, producto fresco de las primeras lecturas, de las primeras pasiones, de la ambición primera, que tanto se parece a la tontería.»

En 1835:

«La transformación moral del enamorado joven se traslucía claramente en lo físico: había enflaquecido: sus ojos, que antes eran hermosos y alegres, brillaban después de la crisis con mayor hermosura, y su alegría era extraña combinación de zozobra y delirio. Hablaba con más viveza, amontonando ideas sobre ideas, empleando con frecuencia imágenes felices. Vestía con elegante descuido, olvidado ya del atildamiento presuntuoso que hacía de él un perfecto *estatuista* en capullo. Dejaba crecer la negra melena y la mantenía crespa, indómita, dando a los rizos y mechones libertad para estirarse o encogerse como quisieran. Había llegado a adquirir, con estas y otras costumbres nuevas un sello propio, personal, que le distinguía y señalaba entre sus amigos. Estos eran cada día en mayor número desde que se lanzó a la independencia, y los tomaba conforme le iban saliendo, aristócratas o plebeyos: se mezclaba en la turbamulta humana con indecible gozo, ávido de vivir, de ver, de apreciar y discernir, de ejercitar, en fin toda la energía intelectual y moral que a raudales brotaba de todas las honduras de su alma renovada.»

Se casó, muy enamorado, con Demetria Castro-Amézaga. Era hijo natural del príncipe Poniatowsky y de Pilar de Loaysa, marquesa de Arista. Le protegío Espartero.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

CALPENA, Doña Basilisa.

En la partida de bautismo de Fernando Calpena constaba así el nombre de su madre (Pilar de Loaysa).

Mendizábal (II).

CALPENA Y CASTRO-AMÉZAGA, Juanita.

Hija menor de Fernando Calpena y de Demetria Castro-Amézaga. Era linda, dulce y muy ruborosa.

España trágica (III).

CALPENA Y CASTRO-AMÉZAGA, Pilarica.

Hija mayor de Fernando Calpena y de Demetria Castro-Amézaga.

«Sin ser beldad estupenda, Pilar lo parecía por la esbeltez de su talle y la admirable composición de su rostro, en el cual, con facciones vulgares, se producía un hechicero conjunto. La blancura de su tez y el opulento cabello castaño eran los toques definitivos de su linda persona.»

Se casó con Vicente Halconero.

España trágica (III).

* CALTAÑAZOR.

Buen actor de figurón (1875).

Cánovas (III).

— * CALVINO, Juan (1509-1564).

Reformador protestante. El primero de los teólogos de la Reforma.

La segunda casaca (I).

— * CALVO, Don Lorenzo.

Patriota zaragozano.

Zaragoza (I).

* CALVO, Don Manuel.

Conocido millonario que hizo su fortuna en Cuba. Afecto a la entronización de don Amadeo de Saboya.

España trágica (III).

CALVO. NICOLÁS.

Conspirador de oficio (1871). De la trinca de Emigdio Santamaría.

Amadeo I (III).

* CALVO ASENSIO, Pedro (1821-1863).

Periodista y autor dramático español.

«Murió Calvo Asensio de traidora enfermedad, que hubo de rendirle y acabarle en pocos días. dando con todo su vigor físico y mental en la sepultura. Era un hombre de grande empuje para la destrucción política: para el construir habría sido seguramente un hombre útil, pues en su voluntad existían seguramente las dos caras de la acción. Su talento no era florido sino adusto, genuinamente castellano; su palabra, de secano, sin verdor ni lozanía; pero sabía, como pocos, imprimir a las ideas el germen fecundo y sembrarlas luego en millares de entendimientos. No había venido, como casi todos los políticos, de los campos abogaciles: era un farmacéutico que administró a su país enérgicas drogas tónicas y estimulantes. Su farmacia se llamaba *La Iberia.*»

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III). *Prim* (III).—*Amadeo I* (III).

* CALVO DELGADO.

Diputado a Cortes (1873). De los pusilánimes.

De Cartago a Sagunto (III).

* CALVO DE ROZAS, Lorenzo.

Político liberal español, hijo del famoso segundo de Palafox durante los sitios de Zaragoza. Jefe militar muy distinguido.

Un faccioso más... (II).—*Mendizábal* (II).

CALLEJA.

Barbero de la Carrera de San Jerónimo, liberalote, alborotador, flamenquillo.

El 7 de julio (I).

* CALVO GUAYTI, Nicolás.

Ministro de Estado en el Gobierno provisional de la Federación Española, constituido en Cartagena (1873).

La primera República (III).

* CALLE, Antonio de la.

Secretario de Guerra de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena (1873).

De Cartago a Sagunto (III).

* CALLEJA, Brigadier.

Mandaba las fuerzas liberales que iban en socorro de Cuenca (1874), sitiada por los carlistas.

De Cartago a Sagunto (III).

CALLEJA, Patricio.

Conspirador de oficio (1871). Un *danzante, mangante,* charlatan... Comparsa del insigne Tito.

Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * CAM Ó CAN.

Uno de los hijos de Noé. Según el *Génesis,* padre de los habitantes de Africa y Asia occidental llamados *camitas.*

España sin rey (III).

— * CAMACHO.

Gobernador de Valencia, asesinado por ¡los sediciosos moderados! (1843).

Bodas reales (II).

* CÁMARA, Petra.

Mujer de rompe y rasga, célebre en los anales de la galantería madrileña (1850).

Los duendes de la camarilla (II).

CÁMARA, Sixto.

«Era rubio, de azules y dulces ojos, con una barba ideal, de corte y finura semejantes a la de Nuestro Señor Jesucristo, tal como le representan Corregio y Van-Dyck. Dominaba en sus pensamientos la melancolía, como en sus voz los tonos apacibles. Era extremeño; se llamaba Sixto Cámara. A Teresa cautivó desde el primer día por su conversación fina, por el atrevimiento de sus ideas y la noble lealtad que su trato, como toda su persona, revelaba.»

Se hizo novio de Teresita Villaescusa.

Murió de hambre y sed, huído, perseguido por la Guardia Civil a causa de haber intentado sublevar a la guarnicion de Olivenza.

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III).

— CAMARASA, Encarnación.

Señorita de la buena sociedad madrileña «Flor humana...» en el Prado (1836).

* «CAMAS-CRÚAS».

Guerrillero carlista en Lérida (1837).

La campaña del Maestrazgo (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— CAMARISTA (Una)

de la reina doña Isabel Farnesio.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * CAMBRONERO, Don José María.
Jurisconsulto. Hijo de don Manuel Esposo de Doloritas Armijo.
Los apostólicos (II).

— * CAMBRONERO, Don Manuel María.
«Era el señor don Manuel María Cambronero varón dignísimo, de altas prendas y crédito inmenso como abogado. Durante muchos años no tuvo rival en el foro de Madrid, y todos los grandes negocios de la aristocracia estaban a su cargo. Fué en su época lo que posteriormente Pérez Hernández y más tarde Cortina. Su señora era castellana vieja, algo chapada a la antigua, y sus hijos siguieron diversos destinos y carreras. Uno de ellos, don José, casó por aquellos años con Doloritas Armijo, guapísima muchacha, cuyo nombre parece que no viene al caso en esta relación, y, sin embargo, está aquí muy en su lugar.»
Los apostólicos (II).

CAMILO.
Vecino de Miranda de Ebro. Amigo de José Itúrbide.
Vergara (II).

* CAMPILLO.
Brigadier cristino (1838). Trató con Maroto del cumplimiento del Convenio Elliot.
Vergara (II).

* CAMPO-ALANGE.
Familia de la aristocracia madrileña, en cuyo palacio se celebraban grandes bailes y tertulias político-literarias (1827 a 1856).
Mendizábal (II).

CAMPO-ALANGE, Luisa.
Señorita de la aristocracia madrileña que formaba, en París, corte a la desterrada Isabel II.
Cánovas (III).

* CAMPO ARANA.
Literato español. Autor de zarzuelas que tuvieron sus días de aura popular entre 1870 y 1884.
Cánovas (III).

— * CAMPO SAGRADO, Marqués de.
Ministro de Fernando VII.
La segunda casaca (I).—*Un voluntario realista* (II).

* CAMPO Y NAVAS.
Político liberal. Asiduo a las famosas tertulias del café *La Iberia* (1880).
Cánovas (III).

CAMPOALEGRE, La.
Dama madrileña, un poco *averiada*, de moda el año 1874...
Cánovas (III).

* CAMPOAMOR, Ramón de (1817-1901).
Gran poeta español.
Los ayacuchos (II).—*Aita Tettauen* (III).—*España trágica* (III).

CAMPOFRESCO, La.
Distraida de postín, célebre por sus amantes (1854). Dama de Isabel II.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

— * CAMPOMANES, Pedro Rodríguez. Conde de (1723-1803).
Escritor y político español. Presidente del Consejo de Castilla. Académico de la Historia.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).— *La segunda casaca* (I).

* CAMPOS.
Jefe militar amigo de Prim, que en Avila debía pronunciar el batallón de *Almansa* (1866).
Prim (III).

CAMPOS, Andrea.
V. ANDREA.

CAMPOS, Don Antonio.
Gran patriota. Liberal. Amigo de Salvador Monsalud.
El terror de 1824 (I).

CAMPOS, Don José.
Director de Correos. Masón. Amigo de Monsalud y de Canencia. Era el *Venerable* de la Logia, con el nombre de «Cicerón».
«El *Venerable* o presidente era un hombre como de sesenta años, de agradable y aun hermosa presencia, fisonomía simpática, sonrisa esculpida, más bien de cortesía que de burla. En todo él había marcadísima expresión de contento de la vida, un singular convencimiento de que el mundo era bueno y, si se quiere, de que el arte real óptimo. Vestía

con elegancia, y los atributos y arreos de la masonería, que no tienen comúnmente nada de airosos, le sentaban a maravilla. Había en su bizarra apostura corpulenta cierto aire de obispo, y también algo de hombre de mundo, sin que pudiera adivinarse cómo se verificaba la síntesis de estos dos términos tan diversos.

»Aquel personaje, que, a pesar de su indudable influjo en los sucesos de su época, ha escapado, por extraño fenómeno, a las fiscalizaciones entremetidas de la Historia, se llamaba don José Campos. Este era su verdadero nombre, y no anagrama impuesto por el novelador para tapar una celebridad; mas no lo busquéis en la Historia, como no sea en algún olvido y oscuro libro de masones; buscadlo en la *Guía de forasteros*, porque era director general de Correos.

»A pesar de la poca resonancia de su nombre y de no estar asociado éste a ningún mérito político ni oratorio, ni menos a batallas o sedicciones, es indudable que el portador de él fué uno de los hombres más importantes del célebre trienio. A él se debió la organización de la masonería en aquel pie de ejército poderoso. Lo que no se comprende fácilmente es la razón de su modestia. Campos no quiso nunca salir de la Dirección de Correos, aunque su familiaridad con ministros generales y consejeros le ponía en la mejor situación del mundo para satisfacer su vanidad si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones masónicas se desprende que el *Venerable* en cuestión era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con lo cual si, aparentemente, adelantan poco, en realidad salen siempre ganando y no están sujetos a las caídas y vaivenes de la gente muy visible y talluda. Más hábil vividor no le conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

»Los anales masónicos están conformes con asegurar que Campos tenía en las logias el nombre de *Cicerón*.»

El Grande Oriente (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

CAMPOS, Don Juan Bautista.
Coronel apostólico (1883).
Un faccioso más... (II).

CAMPOS, Mauricio.
Hermano de don José y padre de Andrea. «Volvió de Indias el año 12, con una regular fortuna, que no pudo disfrutar porque le sobrevino la muerte.»
El Grande Oriente (I).

* CAMPOS, Rufina.
«Guapísima mujer» que inclinaba a Narváez a la máxima crueldad (1838).
Narváez (II).

* CAMPOS, Teniente Coronel.
Ayudante de Prim.
Prim (III).

* CAMPOSAGRADO.
Famoso político..., cuya fama radicaba en su elegancia. Precisando más: en la elegancia de sus pantalones. Llevar *el pantalón Camposagrado* era un título codiciado en Madrid hacia 1870.
España sin rey (III).

* CAMPOY, Don Cristóbal.
Auditor de Guerra en el ejército de don Carlos. «Hoy [1849], moderado de los de peso...» Hombre acaudalado.
Narváez (II).—*O'Donnell* (III).

— * CAN o CAM.
Hijo segundo del patriarca Noé. *Padre* de los *canitas*.
Los apostólicos (II).

* CANAELECHEVARRÍA.
«Clerigacho guerniqués, que no podía ni con el hisopo.» Se decidió a capitanear una partida facciosa (1872).
Amadeo I (III).

* CANALEJAS, Don Francisco de Paula (1836-1883).
Literato y político español. Académico Catedrático en la Universidad de Madrid. Renunció la cartera de ministro que le ofreció Castelar.
España trágica (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* CANDÁU.
Político español. En 1871 formó Gabinete con Malcampo. Ambos no eran sino el antifaz de Serrano y Sagasta.
Amadeo I (III).

CANDELARIA, Doña.
Camarista en Palacio. Amiga y compinche de los Tajones.
Los duendes de la camarilla (II).

CANDELARIA (Alias *Penélope*).
En el café de las Columnas la conoció el insigne Tito. «Al sentarme, vi frente a mí una señora risueña y guapita que formaba parte de la trinca. Al instante me sentí arrastrado al vértigo de una conversación febril, de política por supuesto...»
«La señora sentada frente a mí, pizpireta y apañadita, no me quitaba los ojos, celebraba cuanto yo decía, por lo que, holgándome mucho, le dedicaba yo todos mis chistes y agudezas, subrayándolos con pisotones. En el giro de la conversación, vine a comprender que también aquella dama había visto las *Columnas Simbólicas*, como aprendiza masona, en lo que denominan *Rito de Adopción*. Algunos la llamaban Candelaria, su nombre de pila, y otros le aplicaban el sonoro mote de *Penélope*.»
Era poetisa y firmaba sus escritos con el cursi seudónimo de *Rosa Patria*. Estaba casada con don Rufino José Novillo, y... le había subido placenteramente la edad...
«Era pequeña de cuerpo, gordeta y fofa, viva de andadura, suelta de ademanes y tan desahogada de lengua, que a lo largo del café iba disparando dicharachos de un lado a otro.»
Se hizo amante del insigne Tito, tan amoroso como siempre.
«Me encantaban su linda dentadura, los hoyuelos de sus mejillas, sus negros ojos, el donaire o garabato que en su rostro picante corregía o retocaba la dudosa hermosura.»
«Completaré la figura de Candelaria con unas pinceladas psicológicas. Era vanidosilla, ligera de cascos y de buen corazón. Un solo rencor turbaba la placidez de su carácter. Odiaba, sencillamente, a su marido, a quien tenía por el más vulgar de los hombres, cominero, fisgón, refractario a toda poesía y a toda literatura. De aquel odio participaba doña Belén, y cuando hija y madre se ponían a contar las impertinencias y chinchorrerías del tal don Rufino, acababan pidiendo a Dios que le tuviera hasta la eternidad en Badajoz o en el quinto infierno.»
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* CANDELAS, Luis.
Célebre bandido español del siglo XIX. Su especialidad era el robo. Y el campo de sus hazañas, Madrid. Tenía cierto empaque señoril.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II).

— * CÁNDIDO, José.
Célebre torero.
Los apostólicos (II).

CANDIL, Juan.
Banquero tramposo en la casa de juego de Rosa *la Naranjera*.
Napoleón, en Chamartín (I).

CANDIOLA, Mariquilla.
Hija del tío Candiola. Huérfana de madre. Sobrina del padre Rincón.
«Llamaban la atención en ella la tez morena y descolorida, los ojos de profundo negror, la nariz correctísima, la boca incomparable y la frente hermosa, aunque pequeña. Había en su rostro, como en su cuerpo delgado y ligero, cierto voluptuoso abandono: cuando bajaba los ojos, creyérase que una dulce y amorosa oscuridad envolvía su figura, confundiéndola con las nuestras. Sonreía con gravedad, y cuando nos acercamos, sus miradas revelaban temor. Todo en ella anunciaba la pasión circunspecta y reservada de las mujeres de cierto carácter, y debía de ser, según me pareció en aquel momento, poco habladora, falta de coquetería y pobre de artificios. Después tuve ocasión de comprobar aquel mi prematuro juicio. Resplandecía en el rostro de Mariquilla una calma platónica y cierta seguridad de sí misma. A diferencia de la mayor parte de las mujeres, y semejante al menor número de las mismas, aquella alma se alteraba difícilmente; pero al verificarse la alteración, la cosa iba de veras. Blandas y sensibles otras como la cera, ante un débil calor sin esfuerzo se funden; pero Mariquilla, de durísimo metal compuesta, necesitaba la llama de un gran fuego para perder la compacta conglomeración de su carácter, y si este momento llegaba, había de ser como el metal derretido que abrasa cuanto toca.»
Era novia de Agustín de Montoria.
Zaragoza (I).

CANDIOLA, *Don Jerónimo.* (El tío).

«Viejo, encorvado, con aspecto miserable y enfermizo, de mirar oblicuo y desapacible, flaco de cara y hundido de mejillas, Candiola se hacía antipático desde el primer momento. Su nariz corva y afilada como el pico de un pájaro lagartijero, la barba igualmente picuda, los largos pelos de las cejas blanquinegras, la pupila verdosa, la frente vasta y surcada por una pauta de paralelas arrugas, las orejas cartilaginosas, la amarilla tez, el ronco metal de la voz, el desaliñado vestir, el gesto insultante, toda su persona, desde la punta del cabello, mejor dicho, desde la bolsa de su peluca hasta la suela del zapato, producía repulsión invencible. Se comprendía que no tuviera ningún amigo.

»Candiola no tenía barbas: llevaba el rostro, según la moda, completamente rasurado, aunque la navaja no entraba en aquellos campos sino una vez por semana. Si don Jerónimo hubiera tenido barbas, le compararía, por su figura, a cierto mercader veneciano que conocí mucho después, viajando por el vastísimo continente de los libros.»

Era, además, un terrible usurero avaro, cuyo único amor era su hija Mariquilla, a la que no negaba capricho alguno.

Zaragoza (I).

— CANDUNGAS, La tía.

Personaje caprichoso dentro de la misma ficción.

La Corte de Carlos IV (I).

«CANELA» (Hijo de la).

Vecino rapaz de don Santiago Fernández.

Napoleón, en Chamartín (I).

CANENCIA.

Le conoció Fernandito en *el Saladero* de Madrid. Joven romático y conspirador.

«Vástago de una dinastía de conspiradores que venía alborotando desde la *francesada,* era un andaluz muy *crúo,* natural... de Candelario. Pero, habiendo rodado por Sevilla y Cádiz, algo también por Melilla, adoptó la pronunciación de aquellas tierras, por creerla más en armonía con sus pensamientos audaces, revoltosos, y su natural pendenciero. Ceceaba por presunción de guapeza; su *andalucismo* era más de cuarteles madrileños que de sevillanos bodegones. Lo mismo servía para enseñar a los pobres pistolos la buena doctrina constituyente, que para dirimir las contiendas de juego *mojando* en el primero que se le ponía por delante. Pero si le apuraban a reñir de verdad, y se encontraba frente a un rival *poeroso,* se llenaba de prudencia, y decía: «No quiero espuntar la navaja en er güeso de un amigo.» Era el abanderado de todos los motines, y el que más bulla metía, el más arrastrado y avieso si en el motín corría sangre; desplegaba un valor heroico siempre que en la asonada hubiese tropa *fraternizando* con el pueblo. En un tiempo en que las cartas motinescas venían mal dadas, metióse a contrabandista allá por Huelva; pero le salió mal la cuenta, y el bromazo le costó dos años de andar en malos pasos, con *calcetas de Vizcaya,* que pesan como un demonio.»

«Era un jaquetón de sombrero ancho y botas, con patillas *de boca de hacha...*»

De Oñate a La Granja (II).

CANENCIA, Bartolomé.

Un viejo masón afrancesado, amigo de Santorcaz. Muy dado a las filosofías de Voltaire y Rousseau. Figuró como tesorero del Grande Oriente madrileño, con el nombre de *Sócrates.* Cuando la reacción absolutista, impuesta por los Cien mil Hijos de San Luis, fué arrastrado y muerto en las calles de Sevilla.

La batalla de los Arapiles (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

* CANGA-ARGÜELLES.

Director de Fincas y diputado a Cortes (1849). Hijo del célebre conde de Canga-Argüelles, ministro con los liberales en 1822.

Narváez (II).

— * CANGA-ARGÜELLES, José. Conde de. (1770-1843).

Hombre de Estado y hacendista español. Patriota entusiasta. En 1820, con los liberales, ocupó la cartera de Hacienda.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

«CANGREJAS» (Las).
Viejas de San Fernando de Jarama, que mandaban a Madrid grandes cantidades de cangrejos...
La revolución de julio (III).

* CANIGÓ.
Marinero viejo del barco que mandaba el capitán Lagier a bordo del cual se trasladó Prim a El Grao.
Prim (III).

— * CANINO, Príncipe.
Revolucionario romano (1848).
Narváez (II).

— * CANNING, Carlos Juan (1814-1862).
Político inglés de gran prestigio.
De Oñate a La Granja (II).

CANO.
Polizonte. Ayudante de Francisco Chico. Y asesinado, con éste, por la plebe.
O'Donnell (III).

— * CANO, Melchor (1509-1560).
Famoso teólogo dominico.
Napoleón, en Chamartín (I). — *Memorias de un cortesano de 1815* (I).

* CANO MANUEL.
Diputado liberal, fué apresado en una casa de la calle del Lobo (1823).
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*Mendizábal* (II).

CANÓNIGO
de Sonora, a quien heredaba Jaime Servet (Salvador Monsalud).
Los apostólicos (II).

CANÓNIGO
opulento, aristocrático y elegante, que *se quedó* con Donata, la querida de Santiuste.
«Donata corre a satisfacer sus ambiciones del alma en la servidumbre y compañía de un opulento canónigo, aristocrático y elegante. Deslumbraban a la discípula del arcipreste de Ulldecona los ricos atavíos eclesiásticos, las áureas dalmáticas y casullas, las albas vaporosas, las sotanas de sarga, olientes a raíz de lirio o a exquisito rapé del de *la Orza del Papa*. Fastuosamente vivía el capitular en un palaciote viejo, ornado de muebles arcaicos y de objetos primorosos. Toda la casa hallábase impregnada de una sutil fragancia de cedro, sándalo y otras maderas exóticas. La profusión de fino damasco en cortinas, colchas y almohadones, así como la riqueza de plata labrada, hacían creer a la simplona Donata que tenía por amo a un cardenal.»
La vuelta al mundo... (II).

CANÓNIGO SOLSONÉS
«de palabras huecas, que desde el púlpito aconsejaba a las jóvenes solsonenses que imitaran el ejemplo de doña Teodora de Aransis, tomando el hábito en las dominicas de San Salomó.
Un voluntario realista (II).

* CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1828-1897).
Gran político y literato español. Consiguió los máximos cargos, honores y elogios de España.
La revolución de julio (III). — *Prim* (III). — *España sin rey* (III). — *España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* CANSECO, General.
Vicepresidente de la República peruana (1865). Enemigo de España. Se proclamó *Libertador*, derrotando al presidente hispanófilo Pezet.
La vuelta al mundo... (III).

* CANTALAPIEDRA, Don Lorenzo.
Empleado destituído por el *Cantón* de Cartagena.
La primera República (III).

CANTERA, Romualdo (alias *El Cojo de las Peñuelas*).
Miliciano nacional. «Bravo capitán del batallón de la Inclusa. Llevaba una pata de palo y... era el oficial más gallardo y más apuesto frente a su tropa.» Amigo de Enrique Bravo y de Vicentito Halconero.
España trágica (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

CANTERAC, Arístides.
Francés. Mayordomo de los Chacones de Lima.
La vuelta al mundo... (III).

— * CANTERAC, Don José (¿1779-1835?)
General español, gran patriota, capitán general de Castilla. Murió en la

Puerta del Sol, el 18 de enero de 1835, a consecuencia de una descarga que hicieron contra él los amotinados de la Casa de Correos.

Mendizábal (II).

* CANTERO, Don Manuel.

«El bonísimo...» Político esparterista, amigo de Pilar de Loaysa y de su hijo Fernando Calpena. Ministro de Hacienda en 1844. «Honradísimo, inteligente y chiquitín.» Progresista más tarde. Incondicional de Prim.

Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II). *Narváez* (II). — *O'Donnell* (III). — *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

CANTINERO

«híbrido de baturro y francés», de Pont de Lescun (Francia), donde se reunió Santiaguito Ibero con los españoles revolucionarios.

La de los tristes destinos (III).

— * CANTÚ, Cesare (1804-1895).

Gran historiador italiano. Literato y político.

Las tormentas del 48 (II).—*La de los tristes destinos* (III).

CAÑA, Basilio Andrés de la.

Alias *el Sesudo* por la gravedad de sus juicios. Contertulio de Sofía y Agustín García Fajardo.

«Cuando Candelaria y yo llegábamos a una intimidad que no había de ser duradera, frecuentaba la casa uno de aquellos varones graves que vi junto a don Santos La Hoz en el café de las Columnas. Era un pobre hombre que, después de haber consumido sus mejores años trabajando en varios periódicos como redactor financiero, andaba rondando la naciente República y haciéndonos el oso para ver si cogía un destinejo, como los que gozó en tiempo de González Bravo. Los que esto lean reconocerán a don Basilio Andrés de la Caña, que en la Redacción de un diario ya fenecido desmenuzaba el presupuesto del Gobierno, y, acumulando cifras a su antojo, armaba el mazacote del presupuesto de oposición, para uso de cuatro papanatas que, sin leer sus artículos, semejantes a una pared de ladrillo, le dieron fama de hacendista y diploma de hombre serio. Era de abultada presencia, calvoroto, nariz cortísima, poco mayor que una almendra, y montadas sobre ella unas gafas de présbita muy fuertes.

»Andaba mi hombre a la sazón flaco de bolsillo y desguarnecido de ropa. Buscaba un cocido y algo más, principio y postre; y no había tecla que no tocase para remediar sus atrasadas escaseces. Antigua era su amistad con los progenitores de Candelaria, y, lejos de burlarse de ésta, la mimaba, alentaba sus aficiones, y con sanos y cariñosos consejos quería seguir sus talentos por el camino de la seriedad. Entre tanto no se descuidaba en admitir las invitaciones que hija y madre le hacían para que cenase o comiese con ellas. Más de una vez nos reuníamos los cuatro en torno a la mesa, bien abastecida de sabrosos manjares caseros.»

Era un pobre majadero.

Las tormentas del 48 (II).—*La primera República* (III).

* CAÑADA, Conde de la.

Brigadier afecto a O'Donnell en los sucesos de 1866. Fué herido en la refriega madrileña. Era un rico hacendado de Loja.

La vuelta al mundo... (III). — *Prim* (III).

— CAÑETE.

«De menos hizo Dios a Cañete, a quien hizo de un puñete.»

Ficción en la ficción.

La Corte de Carlos IV (I).

* CAÑETE, Manuel (1822-1891).

Crítico y literato español muy estimable.

Narváez (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

* CAÑIZARES, José (1676-1750).

Poeta dramático español. Su obra más conocida es *El convidado de piedra.*

La Corte de Carlos IV (I).

CAÑO, Don José.

Médico de Bilbao (1836). Amigo de los Arratia.

Luchana (II).

* CAPAPÉ.

Fiel amigo de Zumalacárregui, a quien acompañó a Cegama, donde se dirigía a morir... sobre unas parihuelas que llevaban los granaderos.

Zumalacárregui (II).

— * CAPAPÉ, *Joaquín* (alias *Royo)* (¿1788-1838?)
Guerillero realista (1822) en Aragón. Herrador de Alcañiz. Andaba capeando y derribando lápidas de la Constitución.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * CAPAZ.
Poeta muy malo y ministro de Marina peor, «que se dejó tomar los barcos con cargas de caballería». Liberal de ideas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El 7 de julio* (I).

* CAPAZ, Dionisio (1780-1855).
Almirante español. Ministro de Marina (1842) con el Gabinete Rodil.
Los ayacuchos (II).

CAPELLÁN.
Antiguo colegial de Vergara.
Zumalacárregui (II).

CAPELLÁN
de las monjas de Santa Brígida. Amigo de Baraona.
El equipaje del rey José (I).

CAPELLÁN
de monjas, antiguo jesuíta, asesor inapreciable de la *Sociedad de Socorros de Religiosas* de la que eran presidenta Eufrasia Carrasco y secretaria Rafaela del Milagro.
Las tormentas del 48 (II).

— * CAPETO (El infeliz).
Sobrenombre dado con desprecio a Luis XVI.

CAPISTRANA.
Demandadero. Viajante.
La estafeta romántica (II).

CAPITÁN
de Caballería, intentado libertar de la cárcel de Villa (1833) por Salvador Monsalud. Empezó siendo masón y acabó apostólico. Murió en la prisión.
Un faccioso más... (II).

CAPITÁN
de la Guardia Real amigo de Ibero, que acudía a la Fonda Española.
Montes de Oca (II).

CAPITÁN.
«Un aragonés de lo más corriente y francote.» Huésped, en Tortosa, de Polonia.
Carlos VI, en la Rápita (III).

CAPITÁN (Un)
francés del destacamento de Salvador Monsalud.
El equipaje del rey José (I).

CAPITÁN DE LANCEROS.
«Un capitán de lanceros, joven, bien parecido, y que con su cortesanía y aspecto hidalgo contrastaba con la rudeza de los dos soldados apostólicos [Garrote y Mañas].»
Un voluntario realista (II).

* CAPMANY, Antonio (1742-1813).
Político historiador y filólogo español. Uno de los organizadores de las Cortes de Cádiz.
Cádiz (I).

CAPUCHINO (Un)
que en Navarra (1833) hacía cartuchos para los apostólicos. Fué preso y condenado a muerte.
Un faccioso más... (II).

CARBAJOSA.
«Un puerco y deslenguado» barbarote que hablaba mal de Prim, en Almazán.
Prim (III).

* CARAFFA, Coronel.
Subsecretario de Guerra (1873).
La primera República (III).

— * CARAFFA, Maestro Miguel Enrique (1787-1872).
Célebre músico francés de origen italiano.
Mendizábal (II).

— * CARAGOL.
Guerrillero del absolutismo (1822) en Cataluña. Formó parte de la Junta Apostólica de Manresa.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).— *Un voluntario realista* (II).

«CARANDO, Tío».
Apodo dado al almirante Capaz por el periódico *La Guindilla* (1842).

CARANTOÑA, El padre.
De la Orden de los Predicadores, «que algunas veces solía ir a casa [de la Señá

Nazaria] para llevarse una cestilla repleta de ricos chorizos y butifarras con otras vituallas de consideración».
Un faccioso más... (II).

CARAPUCHETA, El padre José.
Rector del Oratorio del Olivar, en Madrid. Consejero de Silvestra Irigoyen. Era, disfrazado, el mismísimo...
V. IDO DEL SAGRARIO, Don José.
De Cartago a Sagunto (III).

* CARASA, Fulgencio.
Guerrillero carlista (1872).
Amadeo I (III).

CARASA, Padre.
Jesuíta. Amigo de Carlos Navarro (Garrote).
Un faccioso más...

— * CARBÓN, Damián.
Autor del *Libro del arte de las comadres...*
Cánovas (III).

* CARBONERO Y SOL.
Diputado carlista. Escritor de temas piadosos. Intransigente (1872).
Amadeo I (III).

* «CARBONERÍN, El».
Mote de.
V. FERNÁNDEZ, Felipe.

CARBONERO
de la calle *de las Velas*. Murió de la peste en Madrid (1834).
Un faccioso más...

CÁRCAR.
Un pianista que animaba las tertulias cafeteras del insigne Tito y sus amigos. En Madrid (1875).
Cánovas (III).

* CÁRCELES SABATER, Manolo.
Célebre *cantonista* cartagenero. Impetuosísimo y noble, audaz y discreto.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— CÁRCER, Ramón.
Cuarto marqués de Castelbell. Sobrino de don Beltran de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (II).

* CÁRDENAS, Don Francisco.
Político español. Gran simpático. Servicial Ministro de Gracia y Justicia con el primer Gobierno de Alfonso XII.
Cánovas (III).

* CÁRDENAS, Pepe.
Hermano del ministro don Francisco. Muy ducho en martingalas políticas y en secretos periodísticos.
Cánovas (III).

— CARDENIO.
Personaje novelesco pastoril cervantino. [V. *Don Quijote de la Mancha.*]
Montes de Oca (II).

CARDEÑA, La.
Distraída de postín. Estaba en amoríos con Paco Montiel.
O'Donnell (III).

— * CARIGNAN, Carlos Alberto, príncipe de.
General francés que pasó a España con el ejército de Angulema (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * CARLOS I de España (1500-1558).
Uno de los monarcas más poderosos y audaces de todos los tiempos. Consolidó el inmenso imperio español.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Bodas reales* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Cánovas* (III).

— * CARLOS I de Inglaterra (1600-1649).
Hijo y sucesor de Jacobo I. Fué vencido y condenado a muerte por el triunfante *Protector de la República*, Cromwell.
España trágica (III).

— * CARLOS II (1661-1770).
Rey de España. Llamado el *Hechizado*. Ultimo monarca español de la Casa de Austria.
Los apostólicos (II).—*Narváez* (II).

— * CARLOS III (1716-1788).
Hijo de Felipe V y su segunda mujer, Isabel Farnesio. Gobernó Nápoles hasta 1759, año en que, por muerte de su hermano consanguíneo Fernando VI, vino a ser rey de España. Fué un gran monarca.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de*

marzo y el 2 de mayo (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Bodas reales* (II).—*La de los tristes destinos* (III). *Cánovas* (III).

* CARLOS IV.
Hijo segundo de Carlos III. Rey de España de 1788 a 1808. Murió en Italia el año 1819.
Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I). *Bailén* (I).—*Cádiz* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La de los tristes destinos* (III).

— * CARLOS V.
Título que tomó el infante don Carlos María Isidro (1833) al iniciarse las contiendas llamadas *carlista*.
V. CARLOS, Infante don.

* CARLOS (VI), Príncipe don.
Conde de Montemolín. El pretendiente con el título de Carlos VI. Hijo de don Carlos María Isidro de Borbón.
«Era don Carlos Luis un modelo de jóvenes honestos, sensatos, corteses; instruído en cuanto concierne a un caballero ya príncipe, sencillo y afable con los inferiores, digno con los altos, muy mirado con las damas; galán sin presunción, fortalecido por el continuo ejercicio a caballo; amante de España hasta la idolatría; informado de todo principio nuevo y de toda idea culta; celoso de la dignidad de la Corona, mas sin repugnancia de la Libertad ni de sus aplicaciones al vivir de los pueblos, siempre que fueran sensatas.»
Vergara (II).—*Bodas reales* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

* CARLOS (VII) de España.
Pretendiente, jefe de la Comunión Tradicionalista.
V. CARLOS MARÍA DE LOS DOLORES DE BORBÓN Y AUSTRIA-ESTE.

— * CARLOS X
de Francia.
V. ARTOIS, Conde de.
España trágica (III).

— * CARLOS XII de Suecia (1682-1718).
Monarca de grandes talentos militares.
Un voluntario realista (II).

* CARLOS MARÍA DE LOS DOLORES DE BORBÓN Y AUSTRIA-ESTE (1848-1909).
Hijo de don Juan. Nieto de don Carlos María Isidro. Pretendiente al trono español. Se casó en 1867 con doña Margarita de Parma. En 1866 se declaró jefe de la Comunión Tradicionalista. Era valiente, osado, terco...
Carlos VI, en la Rápita (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* CARLOS MARÍA ISIDRO DE BORBÓN, Infante don (1788-1855).
Segundo hijo de Carlos IV. Carlos María Isidro fué el fundador del *carlismo*, inició la guerra de los *siete años* (1833 a 1840) y se tituló Carlos V.
«Tenía todas las cualidades de un buen padre de familia y de un honrado vecino de cualquier villa o aldea; pero ni una sola de las que son necesarias al oficio de rey verdadero. Siendo, como era, rey de pretensiones, y, por lo tanto, batallador, su nulidad se manifestaba más, y no hubo momento en su vida, desde que empezó la reclamación armada de sus derechos, en que aquella nulidad no saliese a relucir, ya en lo político, ya en lo marcial. Era un genio negativo, o, hablando familiarmente, no valía para maldita de Dios la cosa. Su alteza se parecía poco al rey Fernando. Su mirada turbia y sin brillo no anunciaba, como en éste, pasiones violentas, sino la tranquilidad del hombre pasivo, cuyo destino es ser juguete de los acontecimientos. Era su cara de esas que no tienen el don de hacer amigos, y si no fuera por los derechos que llevaba en sí como un prestigio indiscutible emanado del Cielo, no habrían sido muchos los secuaces de aquel hombre, frío de rostro, de mirar, de palabra, de afectos y de deseos, como no fuera el vehemente prurito de reinar. Su boca era grande y menos fea que la de Fernando, pues su labio no iba tan afuera; pero el gran desarrollo de su mandíbula inferior, alargando considerablemente su cara, le hacía desmerecer mucho. El tipo austriaco se revelaba en él más que el borbónico, y bajo sus facciones reales se veía pasar confusa la

fisonomía de aquel espectro que se llamó Carlos II el *Hechizado*. A pesar del lejano parentesco, la quijada era la misma, sólo que tenía más carne».

Otro retrato del personaje real:

«Vió, pues, Calpena en la encarnación del absolutismo el tipo que se había forjado en su mente: la cara de Fernando VII con menos nariz, más quijada, el labio grueso, bigote y patillas cortas, la mirada fría y oscura, de las que no penetran ni alumbran, señal de entendimientos apagados. Bien podía expresar la mandíbula del rey, más larga que saliente, la terquedad, que hacía las veces de voluntad firme, y su mirar vago el fatalismo religioso, que ocupaba el lugar de las ideas. La prolongación del maxilar hacía muy desapacible el soberano rostro, sin llegar a la fealdad que al de su hermano daba la trompa que tenía por nariz. Uno y otro eran diestros jinetes; se asemejaban asimismo en la desmedida soberbia y en la contumacia de sus creencias acerca del derecho divino, como enviados al mundo para oprimir a estos desgraciados pueblos.»

«Considerados en lo moral, grande era la diferencia entre Fernando y Carlos, pues la bajeza y sentimientos innobles de aquél no tuvieron imitación en su hermano, varón puro y honrado, con toda la probidad posible dentro de aquella artificial realeza y de la superstición de soberanía providencial. Trasladados los dos a la vida privada, donde no pudieran llamarnos *vasallos* ni suponerse reyes cogiditos de la mano de Dios, Fernando hubiera sido siempre un mal hombre; don Carlos, un hombre de bien, sin pena ni gloria. En inteligencia, allá se iban, ganando Fernando a su hermano, si no en ideas propiamente tales, en marrullerías y artes de la vida práctica. Las ideas de don Carlos eran pocas, tenaces, agarradas al magín duro, como el molusco a la roca, con el conglutinante del formulismo religioso, que en su espíritu tenía todo el vigor de la fe. De la piedad de Fernando no había mucho que fiar, como fundada en su propia conveniencia; la de don Carlos se manifestaba en santurronerías sin sustancia, propias de viejas histéricas, más que en actos de elevado cristianismo. En sus reveses políticos no supo Fernando conservarse tan entero como cuando ejercía de tiranuelo, comiéndose los niños crudos; don Carlos mantuvo su dignidad en el ostracismo y en la mala ventura, y acabó sus días amado de los que le habían servido. Fernando se compuso de manera que, al morir, los enemigos le aborrecían tanto como le despreciaban los amigos.

La Corte de Carlos IV (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).— *Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II). *Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— CARLOS, Don.
Personaje de la comedia de Moratín *El sí de las niñas*.
La Corte de Carlos IV (I).

— * CARLOS ALBERTO (1798-1849).
Duque de Saboya y rey de Cerdeña.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

— * CARLOS ALBERTO.
V. CARIGNAN, Príncipe de.

* CARLOS Luis.
Conde de Montemolín.
V. CARLOS (VI), Príncipe don.

— * CARLOTA, Infanta doña Luisa.
Esposa del infante don Francisco de Paula. La que pegó a Calomarde «la histórica bofetada». Princesa que tenía muy limitado el tesoro de su paciencia y estallaba con tempestuosas cóleras cuando la bajeza y solapada intriga de los Calomardes se interponían en su camino.»

«La mujer resuelta, varonil, desparpajada, libre y francota de palabras, alta, airosa y algo manolesca de figura, valerosa hasta lo sumo, y tan ardiente de genio, que, según pública opinión, trataba despóticamente, cuando el caso lo requería, a las personas ligadas a ella por el parentesco más íntimo.»

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

CARMELO.
Nombre que, en su delirio, imaginaba el buen Diego Ansúrez sería el de su nietecito, hijo de la amadísima Mara y de Belisario Chacón.
La vuelta al mundo... (III).

CARMETA.
Mujer de apacible madurez. Segunda ama del arcipreste de Ulldecona mosén Hondón. Vivía en una masada cerca de Rosell de Cenia. «Bien parecida, conservada en una blanda madurez otoñal.»
Carlos VI, en la Rápita (III).

* CARMONA.
Brigadier *centralista* que luchó contra los *cantonales* de Cartagena (1873). Hijo del famoso brigadier tradicionalista.
De Cartago a Sagunto (III).

* CARMONA, Brigadier.
Afecto al Gobierno republicano cuando la revolución realista de abril de 1873...
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* CARMONA, El Brigadier.
Apostólico rabioso. Se sublevó contra el «moderado Maroto» en Estella, y fué fusilado.
Vergara (II).

— * CARNENERO.
Periodista y literato español, autor de la conocida obra *Las Cortes españolas*. Era un vulgar *pastelero*, siempre *anfibio*.
Los apostólicos (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

* CARNICER.
Cabecilla carlista del Maestrazgo (1837).
La campaña del Maestrazgo (II).

CARNICERO.
V. FELICÍSIMO,
MICAELITA,
MARÍA DEL SAGRARIO y
LEOCADIA.

* CARO, Carlos.
Revolucionario republicano que se batió en la plaza de *Antón Martín* (1872) contra las tropas del general Pavía.
Amadeo I (III).

CARO (El tío).
En cuyo domicilio, por causa de la peste, «no quedó más que el gato».
Un faccioso más... (II).

— * CARO Y MAZA DE LINAZA, General don Ventura (1742-1809).
Célebre militar español que combatió en el Rosellón contra los franceses (1793-1794), en la reconquista de Mahón y en el sitio de Gibraltar.
Bailén (I).

CAROLINA.
V. MONTEORGAZ, Marquesa de.

* CAROLINA, Princesa (1752-1814).
Hija de la Emperatriz María Teresa de Austria. Casó con Fernando IV de Nápoles. Fué querida del célebre político Acton.
De Oñate a La Granja (II).

* CARONDELET.
Jefe militar cristino, ayudante de Espartero durante la liberación de Bilbao (1836).
Luchana (II).—*Bodas reales* (II).

— CARONTE.
Hijo de Erebo y de la Noche y barquero de los Infiernos.
El terror de 1824 (I).

— CARPIO, Bernardo del.
Famoso y legendario héroe español del siglo IX. El teólogo y poeta español Bernardo de Balbuena (1568-1627) le hizo protagonista de su poema heroico *El Bernardo* o *Victoria de Roncesvalles*.
La batalla de los Arapiles (II).

* CARRAFA.
Político republicano (1870). Amigo de Vicentito Halconero. Exaltado orador. Masón.
España trágica (III).

* CARRAMOLINO, Juan Martín (1805-1884).
Político español. Gran jurisconsulto
La estafeta romática (II).—*Amadeo I* (III).

— * CARRANZA, Alfonso.
Autor del *Memorial en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos e.. España*. Madrid (1640).
Cánovas (III).

— * CARRANZA, El cardenal Bartolomé (1503-1576).
Arzobispo de Toledo y gran escritor. Sospechado de herejía, fué perseguido por la Inquisición y estuvo preso varios años. Gracias a Felipe II fué liberado.
Amadeo I (III).

* CARRANZA, Mateo.
Periodista sutil. Amigo del insigne Tito.
Cánovas (III).

CARRANZA, Padre.
«No parecía tener más de treinta y cinco años, y se distinguía por su hermosura, como el obispo de León por su apostólica majestad. Era el padre Carranza, prepósito de los jesuítas, hombre listo si los hay.. y además de cara bonita, calidad que avaloraba su extraordinaria elocuencia, de tal modo que cuando subía al púlpito parecía un ángel con sotana, celestial mensajero para proclamar con encantadora voz lo pecadores que somos. Por su elocuencia y talento (no por otras de sus eminentes cualidades, como la malignidad ha dicho alguna vez) ganó en absoluto la confianza de doña Francisca, a quien conoceremos en seguida.»
Se refiere a la infanta doña Francisca.
Los apostólicos (II).

* CARRAQUIRI.
Hombre de negocios. Agente de Bolsa. Político moderado.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).

CARRASCO, Señora e hijos de don Bruno.
V. QUIJADA, Doña Leandra.
CARRASCO, Leandra y Eufrasia.
Montes de Oca (II).

CARRASCO Y ARMAS, Don Bruno.
«Manchego de buena sombra, de insaciable apetito y de mucha correa en el discurso, que llevaba cuatro años en Madrid gestionando la resolución de un embrolladísimo expediente de Pósitos; hombre que pasaba por rico y que lo acreditaba convidando espléndidamente a los amigos cuando las esperanzas del pronto arreglo de su negocio le ponían de buen temple. Siempre que almorzaban juntos Milagro, Ibraim y Carrasco se establecía entre los tres una feliz comunidad de criterio para juzgar las cosas públicas. Unánimes convenían en el aborrecimiento del régimen imperante, persuadidos de que la viuda de Fernando VII era la mayor calamidad arrojada por Dios sobre las pobres Españas.»
Ocupó algún cargo público. Era buenazo, hablador, no muy listo, y honrado a carta cabal. Y progresista, por más señas. La mujer se le murió, en Madrid, de la nostalgia de la aldea, y su hija Eufrasia se le escapó con el banquero Tierry.
Tenía tierras en el Campo de Calatrava y se pirraba por el zafarrancho político.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III). *Aita Tettauen* (III).

CARRASCO Y QUIJADA, Brunillo.
Hijo de doña Leandra y don Bruno. Se pirraba por escribir dramas en verso y novelones en prosa romántica. Era destartalado y sosote.
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).

CARRASCO Y QUIJADA, Leandra y Eufrasia.
Hijas de doña Leandra y don Bruno.
«A la mayor, bautizada Leandra, por su madre, la llamaba su padre Lea, para evitar el inconveniente de la igualdad de nombre en dos personas de la familia. Eufrasia era la segunda, y los chicos, Bruno y Mateo. No fué tan penoso como el de la madre el trasplante de las dos señoritas, por razón de la edad, por la ilusión de ver Madrid y de afinarse y embellecerse. Con todo, a su llegada no podían vencer al azoramiento y confusión, que era la conciencia de su inferioridad. Hablaban muy poco, temerosas de decir algún disparate o de pronunciar algún término que pareciese ridículo a la gente de Madrid. Apenas echaron la primera ojeada por las calles, comprendieron que ve-

nían hechas unos adefesios y que ningún pingo de los que habían traído de su lugar les servía para lucirse en la coronada Villa. Miraban a María Luisa y a Rafaela con arrobamiento, asombradas del lindo talle de la segunda, del aire garboso de la primera, a pesar de su embarazo de cinco meses; admiraban su ropa, su aire de soltura y elegancia, los andares, el habla fácil y descarada, con airosas cadencias la gracia del reír y la movilidad de expresión en sus bellas facciones. Las pobrecitas Eufrasia y Lea habían recibido la mejor educación posible en las soledades manchegas. Un preceptor muy hábil les había enseñado a escribir con letra española de casta de archivo, redonda, y ponían una carta con bastante primor. Sus lecturas habían sido escasas; sus labores, la costura casera y puntilla de Almagro. De conocimientos generales andaban medianas, porque el preceptor no daba de sí más que la aritmética elemental, una geografía y una gramática primitivas. Avergonzadas, reconocían las dos muchachas su rusticidad al llegar a Madrid comparándose con María Luisa y Rafaela, que, por lo que hablaban y las cosas lindísimas que decían en su conversación, debían de ser unas sabias de tomo y lomo.

»Traían a Madrid las hijas de Carrasco las virtudes castizas en grado eminente: la fe religiosa, el sentimiento del honor y la dignidad, el culto de la opinión y el respetuoso amor a los padres, a quienes daban el tratamiento de *su merced,* conforme a la tradicional costumbre manchega.»

V. EUFRASIA y LEANDRA.

Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

CARRASCO Y QUIJADA, Mateo.

Segundo hijo varón de doña Leandra y don Bruno.

«El segundo hijo de Carrasco, Mateo, era menos imaginativo que su hermano, y aunque el teatro le tiraba como diversión, jamás pensó en disputar sus laureles a Zorrilla, Saavedra y Hartzenbusch. Tan desaplicado como Bruno estudioso, se desenvolvía mejor que éste en los exámenes por el garbo, con honores de desvergüenza, que en sus respuestas empleaba. Aprendía de carrerilla las lecciones, favorecido de una memoria feliz, y se asimilaba fácilmente las ideas pescadas al vuelo en los corros de amigos. Poseía el don de la palabra, una como elocuencia embrionaria, picaresca, revoltosa; imitaba las voces y estilos de los profesores, y repetía cláusulas y peroratas ajenas, añadiendo de su cosecha mil graciosos disparates. Descollaba por la acción, por el ruidoso disputar sobre todo aquello de que no entendía jota, por la organización de travesuras, por la facilidad con que imponía su voluntad en este y el otro cotarro. Atento a estas cualidades, en que el padre veía más bien defectos, aunque no de mala ley, pensaba don Bruno que aquel su segundo hijo estaba cortado para *hombre público,* y que en tal posición, ya que nombre de carrera u oficio no podía dársele, había de desarrollar el rapaz grandes aptitudes. Formó, pues, el señor Carrasco el acertado plan de dedicar a Bruno a la carrera facultativa, que por entonces se creaba, la ingeniería de montes, y meter a Mateíllo en los fáciles y parleros estudios de leyes o abogacía, donde se adiestrara en la controversia y aprendiera todo el tejemaneje de la política y de la oratoria.»

Bodas reales (II).

CARRASCOSA, Don Gil.

Jefe de la oficina donde prestaba sus servicios Juan Bragas. Antaño fué abate. Gran discutidor. De mucha conformidad. Algo alcahuete. Terminó enamorándose de la patrona—de huéspedes—doña Leoncia Iturrisbeytia..., tal vez porque la pensión le saliera más barata.

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).

* CARRASCOSA, Padre.

Confesor de sor Patrocinio «de las llagas», «grandullón, fornido, ancho de hombros y pecho, caderas muy señaladas; hombracho como un castillo, con gordura de mujer apoplética».

Los duendes de la camarilla (II).

— * CARRATALÁ.

General realista que combatía (1825) en Cataluña a las guerrillas del abso-

lutismo apostólico. Más tarde (1835) defendió los derechos de Isabel II.
Un voluntario realista (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Bodas reales* (II).

* CARRATALÁ.
Político *sagastino y montpensierista* (1869).
España sin rey (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

CARRERAS.
«El primer tabaquero de Londres», según el pedante don Mariano José de Rementería.
La revolución de julio (II).—*La de los tristes destinos* (III).

* CARRERAS.
Jefe militar *cantonista* (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

CARRIEDO, Simón.
Alcalde de Torrejón de Ardoz (1854).
La revolución de julio (III).

* CARRILLO, Don Alonso.
Capitán del regimiento de Ultonia durante el tercer sitio de Gerona.
Gerona (I).

— * CARRILLO, Padre.
Censor de teatros desde 1824.
Los apostólicos (II).

* CARRIQUIRI.
Político liberal (1840). Amigo desde la infancia de Pepe García Fajardo. «Hombre rico y, por tanto, amable, alegre y de afable trato.»
Montes de Oca (II).—*Narváez* (II).

* CARSY, Camilo.
Leal servidor del infante don Enrique, de cuyos hijos pequeños cuidaba en París (1870).
España trágica (III).

* CARSY, Juan Manuel.
«Uno de la trapisonda...» o revolucion de Barcelona, en noviembre de 1842. Así escribe de él Calpena:
«Sabrá usted, ¿quién no lo sabe?, que en esta revolución ha despuntado un héroe, un imitador de Massaniello. ¿Qué idea ha formado usted del que en las primeras horas del día 15 se constituyó en cabeza de motín y fué por tantos infelices aclamado y obedecido? Juan Manuel Carsy, el alma de esta trapisonda, es un valenciano que hace poco vino aquí; comerciaba sin dinero ni mercancías, y se metió a periodista sin saber escribir. Ni posee el don de elocuencia para fascinar a las muchedumbres, ni la prodigiosa facultad del mando para conducirlas al combate. Es hombre vulgarísimo, y reconociéndolo así toda Barcelona, nadie se detiene a pensar en el enigma de su rápido encumbramiento. Yo encuentro la clave en la inocencia angelical de los hijos del pueblo y en la ceguera de los pobres nacionales, que saben batirse sin que se les ocurra ahondar en los motivos y fines de su arrojo. Me consta que desde el 14 disponía ese oscuro y ridículo Carsy de grandes sumas de moneda corriente, en plata y oro, las cuales no debió ganar en el comercio ni en el periodismo.»
Los ayacuchos (II).

— * CARTAGENA, Don Alonso de (1834-1456).
Sabio prelado español, cronista de Castilla. Convirtió en centro de enseñanza su palacio de Burgos.
Cánovas (III).

* CARULLA, José María (1839-1896?)
Escritor católico. Puso la Biblia en verso.
Amadeo I (III).

* CARVAJAL, Don José.
Subsecretario de Gobernación en 1873.
Jefe del insigne Tito. De aquél escribe éste:
«Destináronme a la secretaría particular del subsecretario, don José de Carvajal, a quien muchos de los que me leen habrán seguramente conocido, hombre de gallarda y noble presencia, hermosa cabeza, perfil semítico, luenga barba espesa, ademanes señoriles y trato muy afable. Si en la tribuna lucía como brillante orador, en la conversación privada cautivaba por su amenidad, dicción correcta y un ceceo blando y meloso. A todos los que allí le servíamos nos trataba con miramiento, y a mí me distinguía particularmente, atribuyéndome cualidades que no tengo y colmándome de elogios cuando inter-

pretaba a su gusto los trabajos epistolares de mi incumbencia.»
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

CARVAJAL, Froilán.
Joven federalista de grandes entusiasmos.
España trágica (III).

— * CARVAJAL, José Miguel (1771-1828).
Le quiso hacer ministro (1820) Fernando VII por decreto autógrafo, en contra de lo que estatuía la Constitución. Buen diplomático. Ministro de Estado (1813) y presidente del Consejo de ministros. Fué académico de la Historia y de la Lengua.
El Grande Oriente (I).

* CASA-EGUÍA., Marqués de.
V. EGUÍA.

* CASA DE VAL, Señor.
Apellidos del cabecilla carlista Llangostera.
V. LLANGOSTERA.

CASA PAMPLIEGA, Condesa de.
Título ridículo concedido—¡por fin!—a la ridícula usurera...
V. SEGISMUNDA RODRÍGUEZ.

* CASA-SARRIÁ.
Palaciego y muy servilón, de los que prepararon la truculencia del 30 de junio de 1822.
El 7 de julio (I).

* CASALDUERO.
Político español. Diputado (1873) por Brihuega. Asiduo a las tertulias del famoso café *La Iberia*.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* CASALES.
Miliciano bilbaíno (1836), autor de la música de una letrilla patriótica que se cantaba durante el tercer sitio de Bilbao.
Luchana (II).

CASALES, Norberto.
Dueño de una fábrica de jabón en Daimiel. Amigo de los Carrasco-Quijada.
Bodas reales (II).

* CASALIS, Brigadier.
Jefe militar feroz que fusiló a todos los componentes de la partida carlista de Larramendi en Cataluña (1869).
España sin rey (III).

— * CASANOVA.
Librero de lance establecido en la plazuela de Santo Domingo.
Napoleón (I).

* CASANOVA, Don Vicente.
Pasaba por ser el primer teólogo de Zaragoza. Se convirtió en guerrillero durante los sitios de la ciudad aragonesa.
Zaragoza (I).

CASARIEGO.
Banquero. Amigo de Guillermo Aransis.
O'Donnell (III).

* CASASOLA, Pepe.
Aristócrata madrileño que *polleaba* en demasía.
Narváez (II).

— CASCABELILLO, Don Plácido.
Figura caricaturesca en los *Tipos y caracteres*, de Mesonero Romanos.
Los apostólicos (II).

CASCAJARES, Don Félix.
Político medio lelo que tenía la manía (en 1867) de identificar al pretendiente con la revolución española.
La de los tristes destinos (III).

* CASCALLANA, Señor.
Obispo de Málaga. Degradó al sacerdote regicida don Martín Merino (1852).
La revolución de julio (III).

* CASERTA, Conde.
Título de.
V BORBÓN Y HABSBURGO, Don Alfonso.

CASIANA.
Cantinera de los ejércitos de Espartero (1836). Amiga de Saloma.
Luchana (II).

CASIANA.
Servidora (asistenta) del matrimonio Emparán-García Fajardo.
La revolución de julio (III).

CASIANA, Tía.
Salvadora de Coloma, mujer del tío Garrapinillos.
Juan Martín el Empecinado (I).

CASIANA CONEJO
Jovencita agraciada que se llevó a su casa al insigne Tito mientras *dormía* cierta fenomenal melopea... Vivía «frente a los Mostenses, a la vuelta de la Escalerilla». Una desdichada, enamorada de Tito y que se le ofreció... en cuerpo y alma. Y él, ¡claro está!, se la llevó a vivir con él...
Cánovas (III).

CASIANO, Don.
Rico labrador de Bargas (Toledo), «el más cumplido, el más gallardo y obsequioso hidalgo campesino», en cuya casa estuvo hospedado el insigne Tito unos días.
Amadeo I (III).

— CASIO.
Personaje del *Otelo*, de Shakespeare. En la versión española *Loredano*.
La Corte de Carlos IV (I).

— * CASPE, Fray Crisóstomo de.
«De fraile se trocó en masón y de revolucionario en asesino.» Era organista de Vitoria en Zaragoza.
De Oñate a La Granja (II).

CASTA, Señá.
Esposa del señor Melchor el *Ramos*. Eran comerciantes en el Rastro y protectores de Lucila Ansúrez.
Los duendes de la camarilla (II).

CASTAÑAR, Mariano.
El más joven de los coroneles. Estaba *enredado* con la hermosa aristócrata Belvís de la Jara...
O'Donnell (III).

* CASTAÑÉ, Antonio.
Jefe de un batallón de voluntarios republicanos en abril de 1873... Gran amigo de Nicolás Estévanez.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* CASTAÑEDA.
Jefe cristino que operaba en el Valle de Mena a principios del año 1838. Amigo del hidalgo don Beltrán de Urdaneta y de Fernandito Calpena.
Vergara (II).

* CASTAÑOS, General Francisco Javier (1758-1852).
Famoso general español que en Bailén derrotó al mariscal francés Dupont. Fué tutor de Isabel II.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Cádiz* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Un faccioso más...* (II). *De Oñate a La Granja* (II).

* CASTAÑEDA.
Periodista y político español (1873). Amigo del insigne Tito.
V. FERNÁNDEZ CASTAÑEDA.
De Cartago a Sagunto (III).

* CASTAÑOS, Don Luis.
Ayudante de Alcedo, muerto sobre el *Montañés* en Trafalgar.
Trafalgar (I).

* CASTAÑUELAS, El general.
V. CASTRO-TERREÑO.

— * CASTEL FRANCO, Duque de.
Napoleón, en Chamartín (I).

* CASTELAR, Emilio (1832-1899).
Gran político, orador y literato español. Ministro de Estado y presidente de la República española.
«En aquellos años brillaba con todo su esplendor en el cenit mental de España. Su oratoria opulenta, de lozanía plateresca, exuberante de formas paganas enlazadas graciosamente con formas góticas, enloquecía los cerebros juveniles. En el Ateneo y en la Universidad, aquel supremo artista de la palabra construía la arquitectura espléndida de sus discursos, nunca fatigosos por largos que fueran, áureos y relumbrantes de piedras preciosas, como la custodia le Toledo, como ella gentiles y teológicos. Gente había que admiraba su retórica y ponía en cuarentena sus ideas, viendo en ellas un ariete contra las posiciones, los privilegios y las sinecuras; otros lo aceptaban todo y alababan fondo y forma. La doctrina democrática iba con tal apóstol penetrando en los entendimientos y extendiéndose por ciudades y campos como los sones de un órgano potente. El alma de los pueblos gusta de esta música oratoria y se abre con embeleso a las ideas expresadas con ritmo y cadencia. Siempre hubo poetas que enseñaron las verdades;

siempre la música política y filosófica precedió a las grandes mudanzas en el ser de las naciones»

En 1869, cuando aquel formidable discurso: «Grande es Dios en el Sinaí...», era «regordete, calvo y bigotudo».

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (II). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * CASTELAR, Marqués de.

Capitán general de Castilla durante la invasión napoleónica. Absolutista.

Napoleón, en Chamartín (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).

— * CASTELVÍ, Elena.

Esposa, ya fallecida en 1870, del infante don Enrique de Borbón. Estaba enterrada la noble dama en las Descalzas Reales, de Madrid.

España trágica (III).

* CASTELLANOS, Don Francisco.

Valeroso marino español. Comandante del *Marqués de la Victoria,* viejo barco... de la escuadra enviada al Perú (1865). Más tarde mandó la goleta de guerra *Zaragoza,* una de las que se sublevaron (1868) a favor de Prim.

La vuelta al mundo (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* CASTELLÓ, Don Pedro.

Médico de su majestad (1831). Asistió a Salita Gil de la Cuadra cuando estuvo enferma con pulmonía.

Los apostólicos (II).

* CASTILLA, Don Antonio.

Maestro de lectura y escritura del príncipe don Alfonso (XII).

La de los tristes destinos (III).

* CASTILLA, Mariscal.

Jefe peruano del movimiento antiespañolista (1865).

La vuelta al mundo... (III).

CASTILLEJO, Don Luis de.

Comandante. Hombre de mucha historia militar y social, cuajada de peripecias. Se distinguió en Africa (1859-1860).

Aita Tettauen (III).

CASTILLEJO, Teniente.

«De la piel del diablo.» Gran amigo de Bartolomé Gracián. Siempre dispuesto a sublevarse... Fué deportado «en cuerda», desde Leganés, a las Islas Filipinas. Fué amante de Rosenda «la Capitana».

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

— * CASTILLO.

Librero establecido frente a San Felipe el Real.

Napoleón, en Chamartín (I).

— * CASTILLO, Don Juan del.

Sainetero. Reflejó en sus obras toda la gracia de las costumbres gaditanas.

Cádiz (I).

CASTILLO, Padre Francisco Juan Nepomuceno de la Concepción.

Erudito fraile mercedario madrileño, compañero del padre Salmón

«Hombre erudito culto, ilustrado, de modales finos, de figura agradable y pequeña, de ideas templadas y tolerantes, que le hacían un poco raro y hasta exótico en su patria y tiempo.»

Napoleón, en Chamartín (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

* CASTILLO Y AYENZA, Don José del.

Diplomático, literato, académico y político español. Gran mecenas del arte y de las letras. De él escribió García Fajardo:

«...el cual nunca se mostró benévolo conmigo, y opinaba por que se me sometiera a un régimen más riguroso, resueltamente eclesiástico.

»Si no me quería bien don José del Castillo y Ayenza, yo le pagaba en la moneda de mi antipatía. Aquel señor chiquitín y enteco, desapacible y regañón, consumado helenista, mas tan celoso guardador de su conocimiento que a nadie quería transmitirlo, no fué entonces ni después santo de mi devoción. Cuando llegué a Roma examinóme de poetas griegos, y hallándome no mal instruído, pero poco fuerte en la lengua, me indicó los ejercicios que debía practicar, se jactó de la constancia de sus estudios y me cantó el *versate mane;* mas no añadió aquel día ni después ninguna advertencia o nuevo examen por donde yo le debiera gratitud de discípulo a maestro. Tengo por seguro que él fué quien

sugirió a don Matías la idea de encerrarme, porque mi buen paisano no veía más que por los ojos del traductor de Anacreonte, ni apartarse sabía de la órbita de pensamientos que su amigo le trazaba.»

Las tormentas del 48 (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

CASTRALBO, don Miguel.

Cura párroco de Faz Calanda. Hombre viejo y bondadoso, servicial y de una angelical buena fe. Hospedó a Juanito Santiuste cuando éste intentaba *meter las narices* en el guisado del pretendiente Carlos (VI).

Carlos VI, en la Rápita (III).

CASTRIL, doña Angustias.

V. ESPERANZA CASTRIL, Doña.

CASTRIL, Doña Segunda.

Hermana de doña Esperanza. Vivía en Loja.

La vuelta al mundo... (III).

CASTRIL, Matías.

Hermano de doña Esperanza.

La vuelta al mundo... (III).

CASTRO, Antonio

Guardia civil. Esposo de Mariana, la antigua sirvienta de los Iberos.

España sin rey (III).

CASTRO, Carlos de.

Falso nombre con el que se encubrió, en Bayona, Santiaguito Ibero.

* CASTRO, Don Alejandro.

Político y diputado *narvaísta*. Ministro de Estado con el primer Gobierno de Alfonso XII.

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

— * CASTRO, Don Gutierre.

Formó parte de la regencia y tutoría del niño rey Alfonso VIII.

Narváez (II).

CASTRO, El padre.

Clérigo realistón que dirigía el periódico *La Atalaya*.

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

CASTRO-AMÉZAGA, Demetria.

Hija de don Alonso. De veinte años de edad.

«Era la señora que campaba y disponía, con medios para ello, en su terreno propio; su mal vestir no desvirtuaba la gallardía de su cuerpo, reflejo de la resolución y aplomo de su alma. Más agraciada que bella, sin ser una hermosura, lo parecía casi siempre, sobre todo cuando daba órdenes a los inferiores, cuando expresaba su pensamiento con aquella sencillez persuasiva que no admitía controversia. Su frente serena y pura, su boca un poco grande, pero fresca y llena de gracias, componían admirablemente su rostro. El cabello advirtió Calpena que era castaño, abundantísimo; no pudiendo en aquel trajín peinarse a su gusto, se lo arreglaba de cualquier modo, cruzándose en derredor de la cabeza, a la buena de Dios, las apretadas trenzas.»

«Demetria daba ejemplo con su diligencia y actividad al escuadrón de servidores de ambos sexos. En planta desde antes de amanecer, y consagrada la primera hora de la mañana al aseo de su persona, recorrió luego las varias dependencias de la casa, dando sus disposiciones y previniendo las diversas faenas del día. Esto lo hacía la niña mayor desde que, por muerte de su madre, se hizo cargo de las llaves y tomó el mando doméstico, en el cual no mostraba menos desenvoltura y facultades que aquélla. La dolencia del padre la obligó a dar extensión a su autoridad; no tuvo más remedio que encargarse de dirigir y administrar la labranza, de atender a los ganados, al laboreo de montes, explotación de leñas y todas las demás faenas que abarcaba la extensa propiedad del opulento mayorazgo. La cooperación de servidores y mayordomos antiguos le facilitó los conocimientos necesarios para el manejo de tan grandes intereses, y a los pocos meses de tener bajo su mano la cuantiosa hacienda de Castro-Amézaga, ya sabía más que todos. Habíala dotado Dios de un sentido práctico que ya lo quisieran muchos hombres para sí, y de la facultad de ver claro y pronto en los asuntos más complejos. Era un portento Demetria, y a todo atender sabía sin embarullarse, siendo tal su método que siempre le sobraba algún ratito para labores y cuidados que más pertenecían a la presunción que a la utilidad.»

«Interrumpió en este punto el poema doméstico trazado por Gracia la entrada de la heroína, en quien vió Fernando

una transformación radical. Entre la muchacha encogidita, de dudosa hermosura, desfigurada por el miedo, la angustia y el mal vestir, y la mujer gallardísima, en quien la serenidad era una gracia más y la confianza en sí misma una real belleza, belleza y gracia que a las de su rostro se añadían para darle una armonía seductora, había tanta diferencia como de la oscura noche al día claro. Vestía Demetria de luto, sin afectación de elegancia, sencillísimo traje casero, y con el blanco delantal, que al modo de escapulario le caía desde el pecho hasta los pies, habría parecido una guapa monjita si no tuviera lo que es raro ver en monjas: talle, cintura y formas corporales superiores. Reparó Calpena en el donaire con que se peinaba, recogiendo sus trenzas copiosas en copete de tres potencias; reparó también su limpieza ideal, su aire señoril, la gravedad y el reposo que se pintaban en su frente marmórea, la penetración de su mirada, al propio tiempo dulce y picaresca sin malicia, la frescura de su boca grande; todo, Señor, todo lo reparó, y porque nada se le quedara, fijóse en los manojos de llaves de diversos tamaños que pendían de su cintura.»

Se casó con Fernando Calpena.

De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Prim* (III). *La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

CASTRO-AMÉZAGA, Don Alonso.

«Persona de gran posición y nobleza, natural de Laguardia, prisionero, enfermo, condenado a muerte un día, y al siguiente indultado por la piedad de Carlos V; aborrecido del pueblo oñatiense y de las tropas y servidores de este rey.»

«Era un señor de tipo militar, grave, hermoso, tan horriblemente demacrado que representaba sesenta años, no contando más que cuarenta y siete.»

Los carlistas le maltrataron en Oñate hasta tal punto, que murió en las soledades y ruinas del Monasterio de Aránzazu, dejando encomendadas a sus hijas Demetria y Gracia al valor y generosidad de Fernando Calpena.

De Oñate a La Granja (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

CASTRO-AMÉZAGA, Gracia.

Hija de don Alonso. De catorce años de edad.

«Gracia era más bonita [que su hermana]; temple delicado, de esos que son infantiles aun después de pasada la tierna edad; quejumbrosa, paliducha, un poco lánguida, las manos no pequeñas, el cuerpo escueto, el cabello del propio color castaño, mas no tan fuerte como el de su hermana, blanca la dentadura, pero de un conjunto menos simétrico, la mirada dulce, amorosa, pasiva...»

Se casó con el gran Santiago Ibero. Tuvo hijos...

De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

CASTRO-AMÉZAGA, Señora de.

Muerta en 1883. Su hija Demetria la recordaba así:

«... en quien la virtud y la suma discreción se juntaban, persona única, sin semejante, y tan hermosa además, para que nada le faltara, que a nosotros nos parecía tener en casa a la Virgen Santísima, así como veíamos en mi padre al primer caballero del mundo.»

De Oñate a La Granja (II).—*La estafeta romántica* (II).

CASTRO DE ORO DE AFÁN DE RIBERA, Doña María, condesa de Rumblar.

«Aragonesa de nacimiento, la cual era de lo más severo, venerado y solemne que ha existido en el mundo. Parecía mayor de cincuenta años, y era alta, gruesa, arrogante, varonil; usaba para leer sus libros devotos o las cuentas de la casa unos grandes espejuelos engastados en gruesa armazón de plata, y vestía constantemente de negro, con traje que a las mil maravillas a su cara y figura convenía. Aquélla y ésta eran de las que tienen el privilegio de no ser nunca olvidadas, pues su curva nariz, sus cabellos entrecanos, su barba echada hacia afuera, y la despejada y correcta superficie de su hermosa frente, hacían de ella un tipo cual no he visto otro. Era la imagen del respeto antiguo, conserva-

da para educar a las presentes generaciones.»
Ama de Marijuán, en Bailén. Madre de don Dieguito, a quien quería casar con Inés, la novia de Araceli, cuando ya ésta estaba reconocida como hija por el fanfarrón marqués de X.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Un faccioso más...* (I).

* CASTROJERIZ, La de.
Dama española (1836) muy aficionada a las joyas. Una de las mujeres más hermosas de Madrid.
Mendizábal (II).

CASTRO LIMÓN, Condesa de.
Personaje de mera alusión.
La Corte de Carlos IV (I).

— * CASTROTERREÑO.
General *cristino* (1833) que desarmó a los apostólicos de León.
Un faccioso más... (III).

* CASTRO-TERREÑO, Duque de.
A quien llamaban los zurriaguistas el *General Castañuelas*. Servilón de tomo y lomo, preparó la truculencia palatina del 30 de junio de 1822. En su palacio se celebraban curiosas tertulias político-crítico cómico-danzantes.
El 7 de julio (I).—*Mendizábal* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).

* CASTRO Y OROZCO, Francisco (1809-1847).
Político español de ideas tradicionales. Primer marqués de Gerona como descendiente de Alvarez de Castro.
Vergara (II).

* CASTROVINO, don Toribio.
«Popular republicano» que tenía una tienda de sedas en la calle *del Amor de Dios* (1873).
La primera República (III).

CATALÁ, Manuel.
Comandante de Caballería, amigo de Ibero, valenciano y muy corrido en lances amorosos. Quiso quitarle la amante —Rafaelita del Milagro—a Ibero. Y éste, que no deseaba otra cosa... Catalá quedó terriblemente preso de la niña..., y de conquistador pasó a conquistado. Estuvo a punto de matarla y de suicidarse, enloquecido de amor y de celos.
Montes de Oca (II).

— * CATALINA de Rusia (1729-1796).
Esposa de Pedro II. Magnífica gobernante.
La Corte de Carlos IV (I).—*La segunda casaca* (I).—*Narváez* (II).

CATALINA, Señora.
Esposa del soldado francés Plobertín.
Juan Martín el Empecinado (I).

* CATALINA, Severo (1832-1871).
Político y escritor español. Catedrático en la Universidad Central. Filólogo. Ministro de Marina y Fomento en el último Ministerio de Isabel II.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

CATALINA DE LOS DESPOSORIOS, Sor.
Nombre religioso de.
V. GARCÍA FAJARDO, Catalina.

* CATI, Conde de.
Un hermano del... Vocal del Consejo de Carlos V, prisionero de los cristinos.
V. ALMELA, Don Alonso.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * CATILINA, Lucio Sergio (109-61 antes de J. C.).
Conspirador romano muy inteligente y de grandes pasiones. Le acusó Cicerón en un discurso famoso que dió el nombre de *catilinaria* a los semejantes.
Los apostólicos (II).

— * CATÓN, Marco Porcio.
Llamado el *Antiguo* o el *Censor* (232-147 a. J. C.).
Famoso patricio y escritor romano, célebre por su austeridad.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (I).—*Las tormentas del 48* (II).

CATUELLES (Un tal).
Carlista desterrado en París. Anunció que estaba dispuesto a reconocer a todos los hijos legítimos no reconocidos por sus padres..., *a precios convencionales*.
Cánovas (III).

CAVALLIERI, Romano.
Esposo de María Luisa del Milagro.
Bajo cantante profundo. Un infeliz.
«El pobre Cavallieri era un hombre excelente, conocedor de sus deberes como presunto padre de familia. A pesar de hallarse sin contrata, pues por no lanzarse a viajes costosos había rechazado las que le propusieron de los regios teatros de San Petersburgo, Londres y Nápoles, sabía traer dinero a casa, sacando un jornal de todas las solemnidades religiosas y de los funerales de primera. Además, daba lecciones de canto, y también componía su poco de música, ora un invitatorio, motete o tanda de villancicos, ora alguna canción con letra de Espronceda para acompañamiento de guitarra. En casa era de una seráfica mansedumbre: respetuosísimo con su suegro, obediente a su mujer, sin exigencias en las comidas, dispuesto a todo, aun a cosas tan contrarias al arte de Rossini como el planchar vuelillos y el peinar a las señoras.»
Montes de Oca (II).—*Bodas reales* (II). *O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

CAVALLIERI Y DEL MILAGRO, Rufino.
Hijo del mísero bajo y de María Luisa, la patrona de *Jacometrezo*, 17. Chico rebelde al estudio. Trabajaba en un taller de dorado y se hizo amigo de Santiaguito Ibero.
Prim (III).

* CAVERO.
General complicado en el alzamiento a favor del pretendiente don Carlos (VI) (1860).
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * CAVIA.
Alcalde de Casa y Corte (1831).
Los apostólicos (II).

CAYETANA.
Esposa de Méndez, el fondista de la calle *del Caballero de Gracia*.
«Era la patrona regordeta y vivaracha, bastante más joven que su marido; mala dentadura, pecho vacuno, que el corsé levantaba a las alturas de la garganta; el habla gallega, manos de cocinera.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

* CAZURRO, Mariano Zacarías.
Politiquillo liberal. Asiduo a las tertulias del famoso café *La Iberia* (1880).
Cánovas (III).

* CEA BERMÚDEZ, Conde Colombí.
Hijo del famoso don Francisco. Político moderado. Ministro varias veces.
Narváez (II).

* CEA BERMÚDEZ, Francisco († 1834).
Político español del absolutismo. Ministro de Fernando VII y de Isabel II. Presidente del Consejo a la muerte de aquel monarca.
El terror de 1824 (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— * CEBALLOS.
Organizador en Valladolid de las Juntas de patriotas (1808).
Bailén (I).

* CEBALLOS, Juanito.
Hijo del general Ceballos-Escalera, amigo del principito Alfonso (XII).
La de los tristes destinos (III).

* CEBALLOS-ESCALERA.
Brigadier cristino, jefe de la segunda División del ejército libertador de Bilbao, 25 de diciembre de 1836. Ministro de la Guerra con Cánovas (1875).
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

CEBRIÁN, Bonifacio.
Coadjutor de la parroquia de Miranda de Ebro. Primo y amanuense de Sabas, el fiel servidor de Fernandito Calpena.
La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).

CEFERINA.
Doncella de la *adúltera* Virginia Socobio.
La revolución de julio (III).

— CÉFIRO.
Viento del Oeste personificado en un hermoso mancebo. Plutarco lo supone padre del Amor. Era hijo de dioses.
La segunda casaca (I).—*Narváez* (II).

«CÉFORA».
Elipsis de Nicéfora.
V. NICÉFORA NANCLARES.

* CELAYA, don Luciano.
Teniente de Nacionales en Bilbao (1836). Se comportó heroicamente durante el tercer sitio.
Luchana (II).

CELESTINA (La).
Famoso personaje de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, de Fernando de Rojas. Sinónimo de alcahueta o tercera de amores. Uno de los personajes más felices creados en la literatura universal.
Cádiz (I).

CELESTINA TIRADO.
«De complexión hombruna», y ya de cierta edad. Acompañaba a Obdulia, el segundo amorío del insigne Tito. Púsole *los puntos* éste, pero ella se dió al arrepentimiento... Era graciosa, desenvuelta y practicaba a la perfección *la tercería*.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

CELIA, Doña.
Esposa de don Mariano Díaz de Centurión. Tenía la monomanía de las plantas en tiestos. Murió allá por el 58...
O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III).

CELIA, Doña.
Viuda de Chacón y madre de Belisario. Era riquísima. Y vivía en Jauja (Perú).
La vuelta al mundo... (III).

— CELINDOS.
Personaje protagonista de un romancillo medieval.
La batalla de los Arapiles (I).

* CENTURIÓN, Don Mariano.
V. DÍAZ DE CENTURIÓN, Don Mariano.

«CENTURIONA».
Mote de la mujer de don Mariano Díaz de Centurión. Vivía con su esposo cesante y los hijos en la *Cava de San Miguel*.
Los duendes de la camarilla (II).

— * CEPERO.
Político liberal, preso (1814) en la calle *de San José*.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— CERES.
Hija de Saturno y Cibeles. Diosa de la Agricultura.
Mendizábal (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*La primera República* (III).

— * CEREZO, Don Mariano.
Defensor de la Bejalería durante el primer sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).

CERIO.
«Hombre muy vehemente, la pura pólvora, de un optimismo delirante». Prestaba servicios en la *Junta Provisional Consultiva de Guerra* del Pretendiente, en Oñate (1836).
De Oñate a La Granja.

CERIO, Paco.
Hijo de un coronel carlista convenido en Vergara. Amigo de Maltrana y Santiaguito Ibero. Estudiante y *punto de café*. Modoso. De ideas *neas*.
Prim (III).

CERIZY.
Oficial francés, de guarnición en Salamanca, amigo de Santorcaz.
La batalla de los Arapiles (I).

* CERRAGERÍA Y PÉREZ HERNÁNDEZ.
Banqueros madrileños (1854). Se dedicaban a los préstamos entre la aristocracia escandalosa.
O'Donnell (III).

* CERRALBO, Marqués de.
Intendente real (1836).
Luchana (II).

CERRUDO.
Maestro de obras. Concurría a la taberna de Ginés Tirado.
La primera República (III).

* CERRUDO.
Revolucionario republicano que se batió (1872) en la plaza de *Antón Martín*

contra las tropas de Pavía. Era maestro de obras un poco cerrado de mollera.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

— * CERVANTES SAAVEDRA, Miguel.
(Nació en Alcalá de Henares el año 1547. Murió en Madrid el año 1616.)
El más alto genio de la literatura española.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *Los apostólicos* (II).—*Montes de Oca* (II). *Carlos VI, en La Rápita* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* CERVERA.
Coronel de guerrilleros, un capuchino tremendo de cuerpo y de acciones.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* CERVIN, Brigadier.
Del Tercer Cuerpo de Ejército, en Africa (1859-60).
Aita Tettauen (III).

— * CERVINO, don Joaquín José.
Discreto poeta.
Los duendes de la camarilla (II).

— * CÉSAR, Cayo Julio (100-44 a. J. C.).
Uno de los más grandes genios militares de la Historia. También escritor ilustre.
Gerona (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Narváez* (II). *La revolución de julio* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

— * CEVALLOS, Señor don Pedro de.
Ministro de Fernando VII. Hombre de una influencia inmensa.
«Era Cevallos hombre instruidísimo en diplomacia máxima y mínima; muy conocedor de las grandes vías, así como de los callejones, de la política. Reservándome para más adelante el trazar su historia, diré aquí tan sólo que era el más instruído de los presentes, sumamente listo, de semblante simpático y modales muy finos, como de quien había cursado en diferentes Cortes europeas, distinguiéndose, además, por su aparente dignidad y cordura al tratar las cuestiones de Estado. Detestaba cordialmente la camarilla, a la cual llamaba *vil chusma*, aunque nunca se atrevió a combatirla abiertamente, ni tampoco renunció a su apoyo cuando lo necesitaba. Más que odio, inspirábale envidia, porque podía más que él.»
Napoleón, en Chamartín (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).

* CEZAR.
Diputado (1849) que cobra «por Gobernación 40.000 reales, según la estadística de don Saturno Socobio»
Narváez (II).

* CIALDINI.
Embajador de Italia en España (1870-1873).
Amadeo I (III).

* CIALDINI.
Muchacho de gran porvenir. Ayudante de Borso di Carminati.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * CICERÓN, Marco Tulio 106-44 a. J. C.
Retórico, político y el más célebre *de los oradores romanos*.
Nombre que tomó don José Campos entre los masones.
Cádiz (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

CICEROVACCHIO.
Ayo de dos muchachos amigos de José García Fajardo en Roma.
«Personaje mestizo de laico y clérigo, árcade, mediano poeta, buen arqueólogo, reminiscencia interesante de los abates del siglo anterior.»
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

CÍCLOPE.
Confitero que en la calle *de las Veneras*, donde se fué a vivir Gil de la Cuadra, «hervía azúcar, labraba yemas y

azucarillos en una caverna húmeda y acaramelada».
El 7 de julio (I).

— * CID, El (Rodrigo Díaz de Vivar) (1040-1099).
El primer caballero español, héroe de mil leyendas maravillosas, prototipo del guerrero romántico e invencible por el ideal.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Cádiz* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Zumalacárregui* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III)—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).

CID CAMPEADOR, Señó.
Guerrillero estudiante, hijo de los ricos marqueses de Aleas. Muy solemne confesó a Gabriel Araceli.
«Mi señor padre me ha llamado varias veces, enviándome veinte propios para que me lleven a casa: pero ya le he dicho que estoy aquí defendiendo a la patria y que en diez años no me hablen de casas, ni de mamás, ni golosinas... A fe que es triste cosa dejar esto, cuando uno va para alférez y cuando el mejor día le pueden caer del cielo las insignias de coronel. Militar pienso ser toda mi vida, que no estudiante, ni legista, ni físico, ni retórico, ni matemático.»
Juan Martín el Empecinado (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).

CID, Juanita.
Escribe el insigne Tito:
«Hallábame ya vestido y compuesto, a punto de las nueve, cuando entró en mi aposento la ilustre dueña. Era una mujer de mediana edad y de vulgar estampa, de rostro severo, que a ratos volvíase almibarado. Vestía con aseada modestia; su cuello era carnoso, sus manos bonitas, su voz timbrada con el acento profesional, un tanto campanudo. Lo primero que me dijo fué su nombre, que yo desconocía. Llamábanla, comúnmente, Juanita Cid, y poseía cuantos títulos acreditan competencia en las funciones del Magisterio con faldas.
»Reíme de mí mismo al recordar que había visto en aquella pobre mujer una figura semiolímpica, que se codeaba con las hermanas de Apolo y le quitaba motas a la Musa de la Historia. ¡Lo que va del sueño a la realidad! Sentóse la dueña frente a mí, y, plegando su boca, y dando cierta movilidad graciosa a sus negros ojos, para lograr la mayor finura de expresión, entabló el coloquio con su poquito de hipérbaton:
»—El caballero Tito perdone que en matutinas horas a importunarle venga esta maestra humilde.»
El delirante Tito, en sus ensueños, la tomó por la ninfa *Gramática*, de hablar redicho y claveteado de incisos y de hiperbatones.
La primera República (III).

CIEGO (Un)
que entró en la calle *de Rodas* apaleando el suelo... Noviembre... 1850...
Los duendes de la camarilla (II).

«CIEGA DEL MANZANARES», La.
Célebre *cantaora* callejera madrileña de coplillas que ella misma redactaba.
Prim (III).

«CIELO, Marquesa del».
Daifa elegante.
Amadeo I (III).

— * CIENFUEGOS, Nicasio Alvarez (1764-1809).
Célebre poeta madrileño, amigo de Meléndez Valdés. Gran patriota que, por contestar dignamente a Murat, fué desterrado a Francia, donde murió.
Napoleón, en Chamartín (I).—*La segunda casaca* (I).

«CIGÜELA».
Nombre familiar de
V. ANSÚREZ, Lucila.

— * CIMAROSA, Domingo (1749-1801).
Notable compositor italiano.
Bodas reales (II).

— CIMERA, María.
Señorita de la buena sociedad madrileña. «Flor humana...» (1836).
De Oñate a La Granja (II).

CIORDI, José.
Miñón de Vitoria. Amigo de Antonio Castro y de Matías Calero.
España sin rey (III).

CIORDI, Lucas.
Hermano del miñón José.
España sin rey (III).

* CIORRAGA.
Señor alavés, que unió su suerte a la de Montes de Oca (1841).
Montes de Oca (II).

— CIPARISO.
Amó a una cierva. Joven, de la isla Delos, favorito de Apolo. Murió de tristeza por haber matado, involuntariamente, a la que amaba.
La campaña del Maestrazgo (II).

CIPÉREZ, María.
Hija del señor Baltasar.
La batalla de los Arapiles (I).

CIPÉREZ, Señor Baltasar.
Campesino rico de Salamanca, huído de los franceses.
La batalla de los Arapiles (I).

CIQUIROA (Hermanos).
Carlistas de Ondárroa, que facilitaron a don José Fago un viejo cañón con destino a las fuerzas de Zumalacárregi.
Zumalacárregui (II).

— CIRCE.
Hija del Sol y de la ninfa Persea, Diosa de los sortilegios.
Napoleón, en Chamartín (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).

* CIRILO, Padre.
Famoso religioso zascandil que se había ganado la voluntad enfermiza del rey consorte don Francisco de Asís.
Los duendes de la camarilla (II).—*Prim* (III).

— * CIRO (590-536 a. J. C.).
Llamado «el Grande». Fundador del Imperio Persa.
Los duendes de la camarilla (II).—*España trágica* (III).

CIRUELO.
Joven masón afrancesado, amigo de Santorcaz.
La batalla de los Arapiles (I).

CIRUJANO
que cuidó en Pamplona (1834) al mísero Carlos Navarro.
Un faccioso más... (II).

— * CÍSCAR, Don Gabriel (1769-1830?).
Político liberal español. Gran marino y gran matemático. Diputado en Cádiz. Regente del Reino (1810), juntamente con Agar y Blake. Fué gran amigo de lord Wellington, quien le protegió cuando Císcar hubo de refugiarse (1823) en Jibraltar.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

CISNEROS, Carlota.
Amiga, desde la infancia, de Valvanera de Urdaneta y de Pilar, «la deidad velada», madre de Fernandito Calpena.
La estafeta romántica (II).

* CISNEROS, Don Enrique de.
Político. Diputado desde 1869 hasta 1879.
La revolución de Julio (III).

— * CISNEROS, Francisco Jiménez de (1436-1517).
Uno de los más eminentes políticos de todos los tiempos. Cardenal, Regente del Reino y amantísimo de la cultura. Fundó la Universidad de Alcalá. Editó la *Biblia Poliglota*.
El Grande Oriente (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Aita Tettauen* (III). *Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

CISNIEGA (Alonso y Rosita).
V. GUTIÉRREZ DE CISNIEGA.

CISNIEGA, Doña Flora.
Parienta de don Alonso.
«Doña Flora de Cisniega era una vieja que se empeñaba en permanecer joven: tenía más de cincuenta años; pero ponía en práctica todos los artificios imaginables para engañar al mundo, aparentando la mitad de aquella cifra aterradora. Decir cuánto inventaba la ciencia y el arte en armónico consorcio para conseguir tal objeto, no es empresa que corresponde a mis escasas fuerzas. Enumerar los rizos, moñas, lazos, trapos, adobos, bermellones, aguas y demás extraños cuerpos que concurrían a la grande obra de su monumental restauración, fatigaría la más diestra fantasía; quédese esto, pues, para las plumas de los novelistas, si es que la historia, buscadora de las grandes cosas, no se apropia tan hermoso asunto. Respecto a su físi-

co, lo más presente que tengo es el conjunto de su rostro, en que parecían haber puesto su rosicler todos los pinceles de las Academias presentes y pretéritas. también recuerdo que al hablar hacía con los labios un mohín, un repliegue, un mimo, cuyo objeto era, o achicar con gracia la descomunal boca, o tapar el estrago de la dentadura, de cuyas filas desertaba todos los años un par de dientes; pero aquella supina estratagema de la presunción era tan poco afortunada, que antes la afeaba que la embellecía.»

Trafalgar (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).

* CISNIEGA, Don Juan.

Oficial del navío *Santísima Trinidad*, muerto en el combate de Trafalgar.

Trafalgar (I).

CIUDAD, Eulogia.

Mujer de Antolín de Pablo. Vivía en la *calle de San Bartolomé*, y en su casa se ocultó el capitán Gracián.

«Eulogia Ciudad había sido criada de una marquesa, que, al morir, le dejó un legadito; era persona de agrado y habla fina. Privada de sucesión, Eulogia se consolaba con la cría y cuidado de animales. Sus gatos llamaban la atención, por la brillantez del pelo, así como por la mansedumbre; sus perros sabían llevar y traer un cesto con recado. La casa se comunicaba, por la planta baja, con un corralón, donde Eulogia tenía gallinas ponedoras, dos cabras, un cordero, un gamo, dos galápagos, un erizo, una jabalina de corta edad, domesticada; dos maricas, también en vías de civilización, y un borriquillo. Representaban el reino vegetal dos almendros, un saúco y un albaricoquero, que un año sí y otro no cargaba enormemente de fruto.»

Los duendes de la camarilla (II).

* CIVIT (Un tal).

Conspirador. Amiga de Aviraneta, preso en el *Saladero*.

De Oñate a La Granja (II).

— * CLADERA, Abate don Cristóbal (1760-1816).

Sacerdote y escritor español. Afrancesado. Durante el reinado de José Bonaparte ocupó la cartera de Gobernación. Fué expulsado de España en 1814.

La Corte de Carlos IV (I).

* CLARET, San Antonio María (1807-1870).

Vivía en el convento de Montserrat. Religioso y prelado abnegado. Fundador de la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón de María. Confesor de Isabel II. Los sectarios atentaron quince veces contra su vida.

Narváez (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

* CLARÓS, Juan (¿1770-1818?).

Jefe militar y guerrillero español de gran fama en el principado catalán. Luchó ya en 1793 contra la República francesa. Fué la pesadilla del mariscal Angereau y de cuantos convoyes franceses intentaban penetrar en España.

Juan Martín el Empecinado (I).

CLAUDIA.

Mujer legítima de *un urbano—cristino*—de Villafranca.

Zumalacárregui (II).

— CLAUDIO.

Niño francés, hijo del soldado que atendió a Gabriel Araceli cuando éste quedó prisionero en Rebollar de Sigüenza.

Juan Martín el Empecinado (I).

— * CLAUSOL.

General francés que luchó en el Norte de España (1811).

El equipaje del rey José (I).

CLAVERÍA, Doctor don Pedro de.

Abad del Burgo de Alfaro y canónigo entero primordial. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta en Cintruénigo.

La estafeta romántica (II).

CLAVERÍA, Don Jesús.

Jefe militar. Afecto apasionado a Zurbano y Espartero. Amigo de Ibero.

«El teniente coronel don Jesús Clavería, compañero inseparable de Ibero en las fatigas de la guerra, su fraternal amigo de la paz. Desgraciado en su matrimonio, Clavería obtuvo pocas ventajas en su carrera, por no disimular sus inclinaciones harto vivas al Progreso y la Democracia. Era un temperamento generoso, sincero, rectilíneo; miraba más a sus ideales patrióticos

que a su personal provecho. Desde el 56 cayó en desgracia, viéndose obligado a pedir cuartel. O'Donnell le tenía por sospechoso, y le molestó durante algún tiempo con vigilancias humillantes. A pesar de esto, y favorecido por su conducta correctísima, vivía en Madrid bienquisto de todo el mundo; sus relaciones con personas de este y del otro partido eran muy cordiales; frecuentaba el Casino por no tener afectos en su vivienda solitaria, y era un ocioso simpático, uno de estos madrileños castizos que adornan todos los paseos y ocupan lugar preferente en el movible museo de caras conocidas.»

Montes de Oca (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

CLAVERÍA, Enrique.

De la Administración militar, en Africa, durante la guerra de 1859-1860. Hijo de un coronel que se había quedado en la Península. Un jovenzuelo muy simpático y un poco literato. Hizo gran amistad con Juan Santiuste.

Aita Tettauen (III).

* CLEMENCÍN, Cipriano.

Periodista y censor gubernativo (1836) muy riguroso.

De Oñate a La Granja (II).

CLEMENCÍN, Don Diego.

Ministro de Ultramar, liberal, en el Gabinete Martínez de la Rosa. Literato muy estimable. Autor de las mejores notas que se han puesto a *Don Quijote*.

El 7 de julio (I).—*Mendizábal* (II).

* CLEMENT.

Tenía una tienda de ropa de caballero en la calle *de Carretas* (1873).

La primera República (III).

— * CLEMENTE VII (Julio de Médicis).

Pontífice de 1523 a 1534.

Narváez (II).—*Cánovas* (III).

— * CLEMENTE XIV (Lorenzo Ganganelli).

Pontífice de 1769 a 1774. Disolvió, en 1773, la Compañía de Jesús.

Cánovas (III).

— * CLEMENTINA, Princesa.

Hija del rey de Francia Luis Felipe. Estuvo a punto de casarse con el infante don Francisco de Asís, el que luego fué rey consorte de España.

Bodas reales. (II).

CLEONARD, Conde Serafín.

Amigo y contertulio de don Serafín de Socobio. Personaje vano y facundo. Político y «gran carlistón».

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

— * CLEOPATRA.

Murió el año 30 a. J. C. Reina de Egipto, famosa por su hermosura.

Los ayacuchos (II).

CLÉRIGO

de Estella «con capa de esclavina, paraguas y gorro de borlas». Apostólico.

Un faccioso más... (II).

CLÉRIGO

de la familia del marqués de Gauna. «*Ex canónigo cuarto de optación de la insigne Iglesia Colegial de Santo Domingo de la Calzada*. Después *canónigo entero en la de Logroño*.»

España sin rey (III).

CLÉRIGO

de la familia del marqués de Gauna. «*Ex capellán del Hospital de Convalecencia de Unciones*.»

España sin rey (III).

— * CLINTON.

Divisionario inglés que combatió en los Arapiles.

La batalla de los Arapiles (I).

— CLÍO.

Musa de la Historia.

Un faccioso más... (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

«CLÍO», La tía.

Vieja cochambrosa, «con mantón y delantal, y arrastrando gastadas pantuflas en chancletas». Celestina. Conocida de

Lucrecia y Felipa, el tercer amorío del insigne Tito.
Tenía una tenducha de muebles, armas y papeluchos antiguos.
Amadeo I (III).

— CLITEMNESTRA.
Hija de Leda y del rey de Esparta Tíndaro. Casó con Agamenón, a quien mató, ayudada por su amante Egisto. Tuvo dos hijas: Ifigenia y Electra. Y su hijo Orestes la hizo matar.
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).

CLONARD.
V. CLEONARD, Conde.
Suponemos alguna confusión del autor en la mención de *Clonard*, pero la respetamos.

CLOTILDONA, La.
Daifa de *postín*. Fanfarriosa y *monumental*.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

CLÚA, Don Juan.
Chantre de Tarazona. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

— COBOS.
Comerciante cicatero.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* COBURGO, Don Fernando de.
Rey viudo (1867) de Portugal. Candidato al trono español al ser destronada Isabel II.
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

* COBURGO Y GOTHA, Príncipe don Leopoldo.
Pretendiente de la reina Isabel II.
Bodas reales (II).

— * CODÉ, Don Vicente.
Patriota zaragozano.
Zaragoza (I).

CODES, El padre.
Del Monasterio de Santo Tomás. Confesor de Céfora.
España sin rey (III).

CODOÑERA.
Clérigo. Asistía a la tertulia del cerero don Gabino Paredes. Discutidor. Intransigente.
Los duendes de la camarilla (II).

CODOÑERA.
Esposa e hijas de don Blas.
La campaña del Maestrazgo (II).

CODOÑERA, Don Blas.
Noble caballero de Caspe. Amigote de don Beltrán de Urdaneta. Muy liberalico, lo mismo que sus hijos.
La campaña del Maestrazgo (II).—*La estafeta romántica* (II).

CODOÑERA, Pepe.
Hijo de don Blas. Liberalico. «Guapo, aunque abrutado.»
La campaña del Maestrazgo (II).

CODOÑERA, Rafael.
Hijo de don Blas. Liberalico. «Guapo, aunque abrutado.»
La campaña del Maestrazgo (II).

* COELLO.
Periodista. Redactor de *La Epoca*. Complicado en los disturbios revolucionarios de 1854.
La revolución de Julio (III).

* COELLO Y QUESADA, Francisco (1822-1898).
Jefe militar español.
Bodas reales (II).

* COJO DE LUMBIER.
Jefe de una contraguerrilla (1823), a las órdenes de Mina.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * COJO DE MÁLAGA, El.
V. RODRÍGUEZ, Pablo.

COLÁS.
Un chiquillo vivaz de la calle de *San Bernabé*.
Los duendes de la camarilla (II).

* COLAU, Alberto.
Escribe el insigne Tito:
«Al consignar que a bordo de las naves cantonales iba lo más granado y florido del personal revolucionario, debo decir y digo que el único hombre de mar y de guerra marítima que, a mi parecer, me-

recía ser recordado en la Historia, era un tal Alberto Colau, contrabandista, hijo de Alicante y tan familiarizado con las aguas mediterráneas y con los peligros del navegar y del combatir, que entre toda la gente llegada de diversas partes a la República cartagenera no se pudiera encontrar quien le igualase. Le conocí el mismo día 15, a poco de saltar en tierra, y quedé maravillado de su espléndida y arrogante facha. No era menester, ciertamente, el auxilio de la fantasía para ver en aquel hombre la resurrección del tipo del corsario que en los tiempos de la piratería heroica llenó los anales del mar interno.

»Descollaba Colau entre la muchedumbre por su robusta complexión y lucida estatura, por su curtido rostro y el mirar flamígero de sus ojos negros. Como el azabache eran también sus cabellos crespos, sus cejas pobladas y el bigotazo que perpetuaba la tradición de la moda turquesa. Coronaba su cráneo con el fez rojo, complemento, en cierto modo histórico, de la figura de aquel Barbarroja redivivo. Andando los días se vió un gorro colorado en el puente de la *Numancia*, de donde vino el atribuir a Contreras el uso de tal prenda. No; el fez no era de Contreras, sino de Colau, y éste, a juicio de un historiador psicológico, la figura más saliente, pintoresca y castiza del cantón cartaginés.

»La bravura pirática del arrogante aventurero se llama hoy contrabando, que viene a ser lo mismo con diferencias de tiempo y lugares. En sus faluchos de vela, Colau desafiaba las olas y la persecución de las escampavías del Resguardo. Cuando la astucia no le bastaba y era preciso emplear la violencia, no vacilaba en derramar sangre. Empezadas sus correrías en Gibraltar, se trasladó luego a Orán, donde obtuvo provecho mayor y campo de operaciones más extenso. De la costa argelina nos traía tabaco, licores, telas, quincalla y otras mercancías vigiladas por nuestros aduaneros. A los vistas de acá, unas veces les cerraba los ojos y otras les rompía la cabeza. Con este ten con ten y un ardor infatigable, hizo Colau en poco tiempo una fortuna y vivía en Orán como un bajá, con su mujer y sus hijos, bienquisto de los franceses y de la colonia española. De él se contaba que nunca se le acercó un necesitado sin que al punto le socorriese, y en la misma Cartagena era el amparador de todas las personas o familias que, perseguidas por el centralismo, se habían refugiado en la Plaza.

»Con la fiereza del continente y rostro de Colau contrastaba la blandura de su trato en la vida social. Era cariñosísimo y a veces hasta pueril. Al estallar la revolución cartagenera se presentó en la Plaza, ofreciendo sus servicios a la Junta revolucionaria, que los aceptó en el acto, dándole el mando de la fragata *Tetuán*, la cual manejó y gobernó desde el primer momento con la misma destreza que solía desplegar en el gobierno y mando de sus faluchos Pasé una tarde con él y otros amigos en el café de la Marina, charlando de aventuras guerreras en el mar y en la costa. Colau nos refirió terribles episodios de su lucha contra las olas embravecidas en los duros Levantes, que mil veces le pusieron a dos dedos de caer en los profundos abismos. Nos contó también alijos que, por su descomunal audacia, parecían fabulosos, y peripecias trágicas de sus encontronazos con los aduaneros y demás patulea del Fisco.»

De Cartago a Sagunto (III).

— * COLBERT, Juan Bautista (1619-1683).
Gran estadista francés. Ministro de Luis XIV.
O'Donnell (III).

— * COLE.
Brigadier inglés que intervino en la batalla de los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

COLECTOR (Un señor ex)
de Espolios. Masón y conspirador.
La segunda casaca (I).

«COLETILLA, Don».
Mote dado por los liberales a Eguía.

* COLMENARES.
Político *sagastino*. Ministro en 1872.
Amadeo I (III).

* COLOMBÍ, Conde.
Político moderado (1849). Ministro varias veces. Título dado a
V. CEA BERMÚDEZ.
Narváez (II).

— * COLÓN, Cristóbal.
La batalla de los Arapiles (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I). — *Zumalacárregui* (II). — *Luchana* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * COLONNA, Victoria (1490-1547).
Famosa poetisa italiana.
Narváez (II).

— * COLT, Samuel (1814-1862).
Inventor norteamericano de la pistola *giratoria*—o *revólver*—que lleva su nombre.
La revolución de julio (III).

* COLL, Mosén Antón.
Clérigo guerrillero de feroces apetencias de absolutismo. Operaba con sus partidas en Cataluña.
El 7 de julio (I).—*Un faccioso más...* (II).

* COLLADO, Don José Manuel.
Banquero. Le aprisionó (1854) el Gabinete del conde de San Luis.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).

— * COLLADO.
Librero de la calle *de la Montera*.
Napoleón, en Chamartín (I).

* COLLADO, Pedro.
Aguador de la Fuente del Berro, criado de confianza de Fernando VII.
«Un hombre de mediana edad, de aspecto no desagradable, aunque tenía muy poco de fino; de semblante fresco, rudo, como de quien en su crianza vivió más bien al desamparo de los montes que en la reglada comodidad de los regios estrados; vestido lujosamente, aunque sin ninguna elegancia, con librea de flamantes galones: personaje, en fin, del cual se podía decir que era un palaciego que parecía lacayo, y un lacayo que cortesano parecía. Recostado en muelle sillón, fumaba un habano, y su coloquio con el duque era tan corriente y por igual, que los duques no se hubieran hablado de otro modo... ni tampoco dos lacayos.»
Cuando así se le describe conversaba con el duque de Alagón.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

* COLLANTES.
Diputado que cobraba (1849) «por Gobernación» 50.000 reales, según la estadística de don Saturno Socobio.
Narváez (II).—*Amadeo I* (III).

* COLLINGWOOD, Lord.
Comandante del crucero inglás *Royal Sovereing*.
Trafalgar (I).

* COLLY, Barón.
Socio de Alagón, «de quien no se sabía si era irlandés o francés; aventurero, arbitrista, proyectista, hombre incalificable que años atrás había intentado sacar de Valencey al príncipe cautivo y traerle a España».
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

COMADRONA.
«De voz hombruna», que asistió a Ricarda Malrecado.
La de los tristes destinos (III).

* COMANDANTE
de Tafalla. Luchó contra Zumalacárregui (1834).
Zumalacárregui (II).

COMANDANTE (Un).
Ayudante de Riego, del batallón de Asturias, que habló en las Cortes con el mayor descaro.
El 7 de julio (I).

COMANDANTE (Un)
francés que murió luchando heroicamente con las huestes de El Empecinado.
Juan Martín el Empecinado (I).

* COMAS.
Guerrillero tradicionalista. Levantó en Cataluña (1854) una partida.
O'Donnell (III).

«COMECOME».
Malcasado de la Huecha, amante de la Saloma de Borja...
Zumalacárregui (II).

* COMELLA, Joaquinita.
Hija infeliz del infeliz autor dramático del mismo apellido, a quien «Natura había hecho poetisa entre dos platos». Era jorobadita.
La Corte de Carlos IV (I).

* COMELLA, Luciano Francisco (1716-1813).

«Autor de comedias muy celebradas, el cual se moría de hambre en una casa de la calle *de la Berenjena*, en compañía de su hija, que era jorobada y le ayudaba en los trabajos dramáticos.» Moratín le satirizó y retrató en *La derrota de los pedantes*.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

COMERCIANTA

«en pitos, pelotas, triquitraques y otras cosucas». Hermana de la *Señángela*. Vivía en la calle *de la Lechuga*—primer piso, bajando del cielo—, y hospedó, por consejo de su hermano, al *perdís* de Segismundo Fajardo.

España trágica (III).

COMERFORD, Doña Josefina.

«Era hermosa por todo extremo, ricamente ataviada, con ademán un poco altanero y edad que podía, sin gran seguridad, suponerse entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Vestía con lujo y sin remilgos, dando a entender que no la mortificaba ninguna cosa que diera realce a su belleza, tanto más cuanto que ésta iba necesitando auxilio para que no se conociera demasiado su occidente. Doña Josefina Comerford, pues tal era el nombre de aquella histórica dama, era una hermosura en decadencia; mas no por esto dejaba de ser magnífica, como es magnífica una puesta de sol.»

Gran intrigante catalana.

Un voluntario realista (II).

— * COMMOTO.

Familia muy rica avecindada en Madrid que daba grandes reuniones (1824 a 1836).

Los apostólicos (II).

— * COMONFORT, Ignacio (1812-1863).

General y estadista mejicano. Llevó a cabo la desamortización eclesiástica en Méjico.

Prim (III).

* COMPANI, Don Joaquín.

El *ingenuo* del Congreso, *l'enfant terrible*, porque las verdades se le salían a la boca sin que pueda la discreción contenerlas».

Narváez (II).

COMPAÑERO

de viaje, entre Vinaroz y Teruel, de José García Fajardo. «Decía, cuando avistaron la ciudad, que se comería las momias de los amantes si se las sirvieran puestas en adobo, con buen moje picante y alioli...»

Las tormentas del 48 (II).

COMPAÑERO VALENCIANO

de correrías piratescas de Gil Ansúrez.

«En los puertos levantinos aprendió el valenciano la industria que luego enseñó a Gil, enseñándole también a mascullar la lengua turquesa o tunecina que habla toda la pillería marinera del Mediterráneo. ¡Y qué industria se traen los caballeros! Ello es vender cositas piadosas de Tierra Santa, que llevan en un carro grande como una casa, donde viven y hacen su comida, con lo que, a más de darse mucho tono, ahorran el gasto de posada... En cuanto llegan a un lugar, paran el coche en medio de la plaza, y con grandes voces, en catalán o castellano chapurrado, según los pueblos, llaman a la gente, y mi hermano, que tiene gran despejo para sermonear, larga una plática pregonando la santidad y la virtud de la mercancía. Acuden las mujeres como moscas, oyen aquellos disparates, y ya las tienen ustedes trastornadas. La ignorancia, el poco seso y la beatería caen en el garlito; empieza el compra y vende, y antes se cansarán ellos de coger dinero que ellas de dárselo por las baratijas milagrosas... ¡Y que no es floja la tarifa de precios! Las piedrecitas del Monte Sinaí, donde Dios le dió a Moisés las Tablas, se venden al peso, por adarmes, y valen dos, dos y medio y tres reales; un relicario con cristal vale seis y ocho reales. Las botellas de agua del Jordán, para lavar los ojos enfermos u otra parte del cuerpo en algún caso, varían, según el tamaño, de siete a doce reales, y lo mismo los rosarios de huesos de aceitunas del Getsemaní. Las hierbas del mismo huerto son a precios convencionales, y quien las quiera del propio sitio en que posó sus pies y rodillas Nuestro Señor, ya tendrá que pagar un pico. Las que están cogidas

en el ruedo de aquel sitio sagrado van valiendo menos conforme se alarga la distancia, y las llamadas rosas de Jericó, que son al modo de unas escobitas para rociar agua bendita, se pagan caras, pues es cosa que estiman mucho las embarazadas, y mujeres hay tan ciegas de fanatismo, que no paren a gusto si no les dan la rosa... Para el completo engaño de la gente llevan esos pillos testimoniales de cada cosa: son papeles escritos en arábigo y traducidos al español por un monje que acredita la procedencia del género, y luego firman y dan fe priores, abades y hasta cónsules mismamente. Todo es falso; pero tan bien apañado, que la filfa parece verdad: las mujeres enloquecen, los hombres aflojan los cuartos, los curas bendicen, los alcaldes toleran y los malditísimos charlatanes se van a otro pueblo cargados de dinero, sin más trabajo que ir recogiendo por el camino las piedrecitas del Monte Sinaí.»

Carlos VI, en la Rápita.

COMPATRICIOS (Dos)

en París, de Santiaguito Ibero. Uno iba de capa y otro de gabán claro. Fanfarrones. Presumían de revolucionarios, y Santiago les hizo quedar en ridículo.

La de los tristes destinos (III).

* COMPOSTELA.

Jefe militar cristino que mandaba una compañía defensora de Bilbao durante el segundo y el tercer sitio (octubre y noviembre de 1836).

Luchana (II).

CONCEJIL, Tío.

Vejete que vendía aguardiente y huía por igual de cristinos y carlistas.

«El vejete ostentaba el timbre glorioso de haberle cosido a Wellington una bota la víspera de los Arapiles; procedía de Bocal de Aragón, y le llamaban el *tío Concejil*. Ganaba dinero con su mercadería ambulante, era consecuente en su filiación liberal y había sido fiel parásito de Sarsfield, de Quesada, después de Rodil, y últimamente de *don Francisco*, que era su amigo. En Puente la Reina, el año 24, le había dado Mina la mano cuando le llevó la noticia de que los realistas, escapados de Cirauqui al anochecer, habían llegado a Oteiza a las dos de la madrugada.»

Zumalacárregui (II).

* CONCHA, José Gutiérrez de la (1809-1895.)

Marqués de la Habana. General y político español afecto a Isabel II. Fué presidente del Consejo de ministros en 1868.

De Oñate a La Granja (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II). *La revolución de julio* (III).—*Prim* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).

* CONCHA, Manuel Gutiérrez de la (1808-1874).

General cristino en 1838. Hermano de Pepe. Se sublevó contra Espartero. Defendió en Portugal los derechos de doña María de la Gloria. Fué dos veces capitán general de Cataluña. Dirigió con gran pericia la guerra contra la Tradición en 1874. Y murió en ella, de un balazo en el corazón.

Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III). *Prim* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

* CONDE, José Antonio (1765-1820).

Político español liberal. Gran arabista. Estuvo desterrado y murió en Madrid en la mayor miseria, exonerado de todos sus cargos por Fernando VII.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Los apostólicos* (II).

CONDENADOS (Diez)

a muerte por haberse sublevado contra sus jefes militares (1837). Los preparó a morir el buen don Pedro Hillo, medio muerto él.

Vergara (II).

CONDESA O BARONESA O...

de San Víctor o San Lucas o San Gil...

Vieja muy compuesta. Hermosura en ruinas. Camarera que había sido de doña Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII. Muy amante de la intriga, de la murmuración y... de los hombres. Gran celestina de Eufrasia Carrasco de Socobio en 1849. «Mujer histórica y de historia.»

Narváez (II).

CONDESA, Una,
que suplicaba cargos oficiales para sus amigos al duque de Alagón (1814).
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

CONDESA X.
V. AMARANTA.

— * CONDILLAC, Esteban Bonnot de (1715-1780).
Filósofo francés, guía de la escuela sensualista.
Cádiz (I).—*Las tormentas del 48* (II).

CONEJO, Bibiana.
Fué esposa del arqueólogo don Ventura Miedes. Se le escapó con un amante.
Narváez (II).

CONEJO, Casiana la *Fraila*.
Señora de Peralvillo, en la Mancha. Tía del clérigo don Ventura Gavilanes y amiga de doña Leandra Quijada.
Bodas reales (II).

CONEJO, Doña Gregoria.
V. GREGORIA, Doña.

CONFESOR
de Fernando VII en su última enfermedad.
Los apostólicos (II).

«CONFUSIO».
Nombre que dió en Tetuán, al iluso y lírico Santiuste, el capellán castrense don Toribio Godino. Quizá porque Santiuste lo *confusionaba* todo.
V. SANTIUSTE, Juan; y «TUSTE».

CONGOSTO, Don Pedro
Este nombre familiar ocultaba a un famoso maqués español muy conocido en Cádiz.
«Después de los que he mencionado, vimos aparecer a un hombre como de unos cincuenta años, flaco, alto, desgarbado y tieso. Tenía, como Don Quijote, los bigotes negros, largos y caídos; los brazos y piernas, como palitroques; el cuerpo enjutísimo, el color moreno, el pelo entrecano, aguileña la nariz; los ojos, ya dulces, ya fieros, según a quien miraba, y los ademanes un tanto embarazados y torpes. Pero lo más singular de aquel singularísimo hombre era su vestido, a la manera de los de carnaval, consistente en pantalones a la turquesca, atados a la rodilla; jubón amarillo y capa corta encarnada o herreruelo; calzas negras, sombrero de plumas, como el de los alguaciles de la plaza de toros, y en el cinto un tremendo chafarote, que iba golpeando en el suelo, y hacía con el ruido de las pisadas un compás triple, cual si el personaje anduviese con tres pies.
»Parecerá a algunos que es invención mía esto del figurón que pongo a los ojos de mis lectores· pero abran la Historia, y hallarán más al vivo que yo lo hago pintadas las hazañas de un personaje a quien llamo don Pedro, para no ridiculizar, como él lo hizo, un título ilustre que después han llevado personas muy cuerdas. Sí; vestido estaba como le he pintado; y no fué él solo quien dió por aquel tiempo en la manía de vestir y calzar a la antigua, que otro marqués, jerezano por cierto, y el célebre Jiménez Guazo y un escocés llamado lord Downie, hicieron lo mismo; pero yo, por no aburrir a mis lectores presentándoles uno tras otro a estos tipos tan característicos como extraños, he hecho con las personas lo que hacen los partidos; es decir, una fusión, y me he permitido recoger las extravagancias de los tres y engalanar con tales atributos a uno solo de ellos, al más gracioso sin disputa, al más célebre de t - dos.»
Hacía el amor a doña Flora de Cisniega, y harto de las nuevas modas y de las nuevas costumbres, formó un «Cuerpo de Cruzados del Obispo de Cádiz», vistiendo y propagando el uso de la indumentaria española del tiempo de los Reyes Católicos.
Se batió en duelo caballeresco con el majo Poenco y le breó a vergajazos...
Cádiz (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

— * CONSIDÉRANT, Víctor (1808-1893).
Político y socialista francés, discípulo de Fourier.
Las tormentas del 48 (II).

— * CONSTANT, Benjamín (1767-1830).
Literato y orador francés.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

* CONSTANTINA, Condesa de.
Dama de la reina doña María Victoria (1782).
Amadeo I (III).

— * CONSTANTINO I (Cayo Flavio Valerio) (274-337).
Famoso emperador romano que dictó el edicto de Milán (313), por el cual se concedía a los cristianos igualdad de derechos y la práctica libre de su culto.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

CONTADOR
de la Real Intendencia de don Carlos María Isidro, en Artaza, y amigo de don José Fago.
Zumalacárregui (II).

* CONTRERAS.
Jefe militar que tomó parte en los *pronunciamientos* contra la Regencia de *Espartero* (1843).
Bodas reales (II).

* CONTRERAS, Don Juan.
Político español, amigo de Prim, exilado en Francia (1867). *Cantonista.* Fué presidente del Gobierno provisional de la Federación Española, constituído en Cartagena.
La de los tristes destinos (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * CONWALLIS, El general.
Trafalgar (I).

COPAS, El tío.
Mote que dieron los españoles a José Bonaparte.
Napoleón, en Chamartín (I).

* COPEIRO DEL VILLAR.
Jefe militar fusilado a consecuencia de los sucesos revolucionarios de la famosa noche de *San Daniel.*
La de los tristes destinos (III).

COPONS.
Jefe político liberal.
El Grande Oriente (I).

— * COPONS, Don Francisco.
General español del Ejército del Centro. «Antiguo jefe político y hombre muy exaltado.»
Gerona (I).—*El 7 de julio* (I).

* CORBERA, Marqués de.
Jefe militar amigo de O'Donnell.
O'Donnell (III).

— CORBERA, Frey Dom Guillén.
Almirante. Ascendiente de don Beltrán de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (I).

— * CORBIÉRE, M. de.
Ministro francés del Interior (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

CORCOVADO.
Tenía su casa en la plaza Mayor. Escondió a Santiaguito Ibero (1867). Estaba casado con Ricarda Malrecado.
La de los tristes destinos (II).

* CORCHADO.
Diputado republicano enemigo de Castelar (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

— CORCHUELO.
Personaje de la amistad del licenciado Lobo.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

CORCHUELO, Rufo.
Cosechero de Peralvillo de la Mancha. Amigo de los Carrasco-Quijada.
Bodas reales (II).

— * CORDAY, Carlota (1768-1793).
Joven francesa que asesinó al convencionalista Marat. Fué guillotinada.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *España trágica* (III).

CORDERO, Angel.
En 1860, viudo, dueño y cultivador de tierras en Aldea del Freno y Cadalso de los Vidrios. Muy aficionado e impuesto en empalagos económicos. Se hizo novio, «para casarse», de Lucila Ansúrez, viuda ésta igualmente. Y se casaron. Y tuvieron hijos...
«Del señor don Angel Cordero debe decirse que era un paleto ilustrado, mixtura gris de lo urbano y lo silvestre, cuarentón, de rostro trigueño, con ojos claros y corto bigote rubio; carácter y figura en que no se advertía ningún tono enérgico, sino la incoloración de las cosas desteñidas. Sus padres, lugareños de riñón bien cubierto, se vanagloriaron de juntar en él la riqueza y la cultura. Siguió, pues, el tal la carrera de abogado en Madrid, con lo que empenachó cum-

plidamente su personalidad; tomó gusto a la Economía política, estudióla superficialmente, haciendo acopio de cuantos libros de aquella socorrida ciencia se escribieron. Con este caudal siguió siendo lugareño, y vivía la mayor parte del año en sus tierras, cultivándolas por los métodos rutinarios y llevando con exquisita nimiedad la cuenta y razón de aquellos pingües intereses... Completaban la figura su honradez parda, su opaca virtud, y aquel reposo de su espíritu que nada concedía jamás a la imprecisión, nada a la fantasía, y era la exactitud, la medida justa de todas las cosas del cuerpo y del alma.»

Carlos VI, en la Rápita (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

CORDERO (Familia de don Benigno Cordero).
V. ROBUSTIANA, Doña;
ELENA,
PRIMITIVO y
SEGUNDITO.
Los apostólicos (II).

CORDERO, Don Primitivo.
Capitán de la Milicia Nacional (1822).

«La persona de este excelente hombre era, en los días de su primera encarnación, bastante agradable. Gallarda figura, en la cual encajaba el uniforme a maravilla; mirada perspicua, no como de quien ve, sino de quien cree ver lo oculto de las cosas; semblante varonil, algo petulante, con bigotes largos (pues los de moco no los llevó hasta su segunda encarnación); andar precipitado, arrastrando con horrísono repiqueteo marcial el sable, como quien va siempre de prisa a comunicar algo importante; voz sonora y cierto sentimentalismo en su conversación, como quien está dispuesto a llorar dando un *viva*, o a hacer pucheros cantando un himno; cierta disposición a la fraternidad, cierta generosidad aun con los enemigos; buena fe y lealtad, además de otras cualidades, completaban su persona en lo físico y en lo moral.

Era, además, hombre que gustaba de hablar en las esquinas y en los cafés misteriosamente, cuando topaba con sus amigos; de dar noticias a medias para confundir a las gentes; de no reconocerse nunca ignorante de ningún suceso; de dar a entender siempre que iba a pasar algo funesto, sólo sabido por él y por *Titín;* gustaba también de afectar el conocimiento de todas las tramas de los pillos, y siempre estaba de prisa, siempre comía a escape, siempre le apretaban las ocupaciones, siempre le estaban aguardando, siempre iba a casa del jefe político, al Ayuntamiento o a otra cualquier parte donde debía de ser imprescindible su presencia. Ni más ni menos era don Primitivo Cordero.

»El primer rasgo de su carácter es la hombría de bien, y su comercio de hierro un modelo de buena fe, crédito y orden. En las relaciones sociales fué siempre hombre muy ejemplar: a nadie calumnió, ni estafó, ni maltrató. Si no odiara con toda su alma a los serviles, se le tendría por paloma torcaz antes que por hombre.

»El segundo rasgo de su carácter es menos simpático: consiste en la ignorancia. Don Primitivo no ha hecho estudios mayores, por no ser esto costumbre en el género de ferretería y en doscientas varas a la redonda de Puerta Cerrada. No se ha roto Cordero los codos en Alcalá ni en Salamanca, ni en ningún colegio ni seminario; de modo que sus letras son simplemente las del alfabeto.

»El tercer grado de su carácter es una sumisión incondicional a otras personas de más sesera dentro del partido, en tales términos, que él no hace sino lo que ellos hacen, y dice todo lo que ellos dicen. Don Primitivo, en los tiempos de 1822, o sea en su primera encarnación, tenía por oráculo al jefe político *Tintín de Navarra*. Le ayudaba, le servía, le formaba, en unión de otros buenos comerciantes de la calle de Toledo, una pequeña corte.

»El cuarto rasgo de su carácter, en todas las encarnaciones de don Primitivo Cordero, es cierta templanza de hombre establecido y bien acomodado. Detesta las exageraciones y el derramamiento de sangre.

»El quinto rasgo (porque son cinco) de su carácter es una gran predilección por la forma, dándole más importancia que al fondo. En la Milicia, por ejemplo, lo principal es el uniforme; en el Gobierno, las palabras; en la política general, los himnos. Un viva dado a tiempo, un pen-

dón bien tremolado, parécenle de más poder que todas las teorías.»
El 7 de julio (I).—*Los apostólicos* (II). *Un faccioso más...* (II).

CORDERO DE PAZ, Don Benigno.
Tío de don Primitivo.
«Vestía también de miliciano, y era pequeño y avejentado, aunque muy vivaracho y flexible. Distinguíase principalmente por el color encendido de su alegre rostro, por su pequeña nariz picuda y sus gafas de oro. Aspecto menos marcial jamás se ha visto; pero tampoco fisonomía más bonachona que la de don Benigno Cordero, honrado comerciante de la subida a Santa Cruz.»
Era una auténtica alma de Dios. El mejor padre de familia. Corazón inmenso. Un *santo laico* de una pieza. Al enviudar intentó casarse con Solita Gil de la Cuadra. El 7 de julio de 1822 hizo heroicidades en el Arco de Boteros, por lo cual fué llamado «el héroe de Boteros». En cuanto podía se embutía en el honroso uniforme de capitán de la Milicia Nacional. Y... ¡a lucirlo! Su exclamación favorita era ¡barájolis! Y por todas partes iba sembrando simpatía, caridades y hombría...
El 7 de julio (I).—*El terror de 1824* (I). *Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Amadeo I* (III).

CORDERO Y ANSÚREZ.
Hijo de Angel y de la linda Lucila. En 1867 «andaba todavía en enagüillas».
La de los tristes destinos (III).

— * CÓRDOBA (Don Fernando Fernández de).
V. FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Don Fernando.

* CÓRDOBA, Don Luis Fernández de (1778-1840).
Jefe militar español que luchó en 1820 contra los sublevados liberales sin lograr desbaratarlos. Hizo la corte a Jenara (1832). Luchó contra el *carlismo* como capitán general de los Ejércitos del Norte.
La segunda casaca (I).—*El 7 de julio* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*Prim* (III).

* CÓRDOBA, Miguel de.
Alcalde de Tortosa. Protestó de la iniquidad de fusilar a doña María Griñó, madre de Cabrera. Pero no tuvo energía suficiente para oponerse.
La campaña del Maestrazgo (II).

* CÓRDOBA, Paquito.
V. ALAGÓN, Duque de.

* CÓRDOBA Y LÓPEZ.
«Federal exaltado y escritor valiente.»
Amadeo I (III).

* CÓRDOBA, Don Antonio de.
Comandante de la corbeta *Santa María de la Cabeza*. Luchó contra los franceses (1793) delante de Tolón. Fué derrotado por el almirante Jerin en el cabo de San Vicente (1797).
Trafalgar (I).

* CÓRDOVA, Don Luis Fernández de.
V. CÓRDOBA, Don Luis Fernández.

* COREJA, Señor de la.
Rico propietario y político del *montón*, en cuya finca, cercana al puente de Segovia, se verificaban los *lances entre caballeros* (1863).
De Oñate a La Granja (II).

«CORIOLANO».
Sobrenombre que ocultaba a un político constitucional.
«Un viejo alto y flaco, nervioso y lleno de vivacidad, que respondía entre masones al nombre de *Coriolano* y era célebre por un folleto contra los absolutistas y varios escritos de Economía política.»
El Grande Oriente (I).

— * CORNAGO, Vicente.
Vecino de Cuenca, enfermo de viruela negra, muerto por los carlistas en 1874.
De Cartago a Sagunto (III).

CORNEJO, José.
«Chico honrado y caballero» que, sin pararse en *desliz más o menos*, se casó con una daifa compañera de Paca la *Africana*.
España sin rey (III).

— * CORNELIA (189-110 a. J. C.).
Hija de P. Cornelio Escipión. Casada con I. Sempronio Graco. Madre de los famosos Gracos. Matrona virtuosa, prudentísima y de gran talento. Sus únicas joyas eran sus hijos.
El Grande Oriente (I).

CORNELLÁ, Magín.
«Gran beato, más admirador de Tristany que de Espartero.» Vivía en Barcelona. Y se hizo amigo de Ibero y Calpena.
Los ayacuchos (II).

* CORONADO.
Político español. Ministro del último Gabinete de Isabel II.
La de los tristes destinos (III).

— * CORONADO, Carolina (1823-1911).
Poetisa española.
Los duendes de la camarilla (II).

* CORONEL Y ORTIZ.
«Joven de buen año.» Diputado en 1869. «Colorado y gordiflón.»
España sin rey (III).

CORPAS.
Mozarrón de Oñate. Guardián y administrador de su hospital. Ser abrutado y agresivo.
De Oñate a La Granja (II).

* CORRAL.
Gentilhombre. Vigilaba la vida doméstica del principito don Alfonso (XII).
La de los tristes destinos (III).

* CORRESPONSAL
inglés del famoso diario *Times*. Su hermosa mujer fué el *flirt* veraniego del rey don Amadeo I.
Amadeo I (III).

— * CORRIENTES, Diego.
Célebre bandolero español.
Bailén (I).

CORRONS, Don José.
Lectoral de Vich. Furibundo realista.
Un voluntario realista (II).

— * CORNETA, Míster.
Apodo despectivo que daban en Trafalgar los marineros españoles al almirante francés Villeneuve.
Trafalgar (I).

CORONEL
del quinto de Navarra, en el que servía don José Fago.
Zumalacárregui (II).

CORRAL.
«Un médico joven muy simpático.» Gran tocólogo. Asistió a María Ignacia, esposa de Pepe Fajardo, en su primer alumbramiento, día 12 de junio de 1849, a las tres de la tarde...
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

* CORRAL, Don Pablo.
Teniente coronel *alfonsino*. De acuerdo con el general Martínez Campos para intentar la Restauración.
Cánovas (III).

CORRAL, Segundo.
Amigo de Zoilo Arratia. Servía en el ejército de don Martín Zurbano (1838).
Vergara (II).

* CORREA, Ramón.
V. RODRÍGUEZ CORREA.

— CORREDERA, Don Pascual Bailón.
Ficción caricatura de los *Tipos y caracteres* de Mesonero Romanos.
Los apostólicos (II).

— * CORREGGIO (Antonio Allegri) (1494-1534).
Gran pintor y escultor italiano.
O'Donnell (III).—*Cánovas* (III).

CORT, Gasparó.
Herrero.
Un voluntario realista (II).

CORTADA, Blas.
Paisano liberalote, cantor, en el teatro de los Caños del Peral, del *Trágala* y aporreador del jefe político.
El Grande Oriente (I).

CORTADOR MAYOR
del famoso sastre madrileño Utrilla. «Hombre finísimo, colorado y regordete, que iba cargado de muestras de diferentes paños.»
Mendizábal (II).

* CORTÉS, Coronel.
Ayudante del general Serrano (1866).
Prim (III).

— * CORTÉS, Hernán (1485-1547).
Archifamoso conquistador español.
Napoleón, en Chamartín (I). — *Juan Martín el Empecinado* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Un voluntario realista* (II). *Zumalacárregui* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* CORTINA.
Peluquero del callejón *de Peligros* (1836).
Mendizábal (II).

* CORTINA, Don Manuel de la (1802-1879).
Famoso jurisconsulto y político español de ideas liberales. Hombre austero, delicado y de una moralidad admirable. Ejemplo en su profesión.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La de los tristes destinos* (III).

CORCOJA (La tía).
Dueña de una tienda de chucherías en la calle del Torno de Santa María (Cádiz).
Trafalgar (I).

* COSGAYA, Señor.
«Intrépido sacerdote y catedrático del Seminario de Astorga.» Organizó «una evangélica partidita carlista» en tierras de León (1869).
España sin rey (III).

* COS GAYÓN, Fernando.
Político español canovista (1875).
Cánovas (III).

* COSMAO.
Capitán de navío, francés.
Trafalgar (I).

COSME
el de Belosticalle. En Bilbao. Tendero de comestibles.
Luchana (II).

COSME.
Pastelero. Amigo y vecino del cerero don Gabino Paredes.
Los duendes de la camarilla (II).

— * «COSUTO» (KOSSUTH) Lagos (1802-1894).
Revolucionario húngaro. Gran patriota.
Las tormentas del 48 (II).

— * «COSTILLARES» (Joaquín Rodríguez).
Famoso torero español del siglo XIX.
Los apostólicos (II).

COSTURERILLA
que llevaba y traía el *correo amoroso* entre Pilarcita Calpena y Vicentito Halconero.
España trágica (III).

— * COTA, Rodrigo de (1470).
Poeta español a quien parte de la crítica atribuye la paternidad de la tragicomedia de *Calixto y Melibea.*
Cádiz (I).

COTONER, Fernando.
Liberal de Bilbao. Herido durante el tercer sitio. Amigo de los Epalzas y de los Arratias.
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

* COTONER, Pepe.
Jefe militar isabelino (1836), inseparable de Ros de Olano.
De Oñate a La Granja (II).

— * COTTIN, Madame.
Novelista romántica.
El Grande Oriente (I).

* COTTON, Stapleton.
Brigadier inglés, jefe de la caballería de Wellington en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I). — *El equipaje del rey José* (I).

* COVACHO, Juan.
Joven valiente del *Cantón* de Cartagena (1873).
La primera República (III).

— * COUPIGNY, Marqués de.
General español de origen francés que mandó la segunda División en Bailén.
Bailén (I).—*Gerona* (I).

* CRAME Y BREDA.
Banqueros de Londres y París que

hicieron algunos empréstitos al Tradicionalismo español.
España sin rey (III).

* CREHUET.
General cristino derrotado por Cabrera en Pla de Pou (1837).
La campaña del Maestrazgo (II).

— * CRESO (545 a. J. C.).
Ultimo rey de Lidia, famoso por sus riquezas.
La corte de Carlos IV (I).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).

* CRESPO.
Coronel del regimiento de *San Fernando*, de guarnición en Valencia. Complicado en el levantamiento a favor de Prim (1866).
Prim (III).

— CRESPO, Pedro.
Alcalde de Zalamea.
Personaje creado por el numen glorioso de Calderón de la Barca.
España trágica (III).

— * CREUX, Señor de.
Clérigo realista nombrado obispo por Fernando VII, prefiriéndole a Ostolaza.
V. CREUX, Don Jaime.

* CREUX, Don Jaime.
Arzobispo de Tarragona, uno de los tres regentes (1822) de la Regencia destinada a restablecer el Trono y el Altar. De los tres, «el más malo y antipático».
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

CRIADA
de don Pedro Rey, que iba a contar chismes a la señá Nazaria.
Un faccioso más... (II).

CRIADA (Una)
de Andrea Campos.
El Grande Oriente (I).

— * CRIADO
que asesinó a su amo clérigo cortándole la cabeza en la calle que desde entonces llevó este nombre.
El Grande Oriente (I).

CRIADO
vestido de luto, de don Matías Rebolledo, en Roma, plaza de *San Lorenzo in Lucina*.
Las tormentas del 48 (II).

CRIADO, Alonso.
Camarero de Cartagena, amigo del insigne Tito.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

CRIADOS (Dos)
de don Pedro de Guimaraens. Pinche y mozo de cuadra, respectivamente.
Un voluntario realista (II).

— * CRILLON, Luis des Balbes de Berton, Duque de (1717-1796).
General francés, duque de Mahón. Logró hacer capitular a los ingleses que ocupaban Menorca. Pero fracasó como impugnador de Gibraltar el año 1782.
Trafalgar (I).

CRISPIJANA, Don Segundo.
Cirujano de Laguardia. Amigo de los Castro-Amézaga.
«Señorete de rebajada estatura, cara redonda con sotabarba, la nariz decorada con dos verrugas, los ojuelos muy perspicaces, edad como de sesenta años bien llevados.»
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*Los ayacuchos* (II).

CRISPIJANA, Las de.
Familia de don Segundo, en Laguardia. Amigas de los de Castro-Amézaga.
La estafeta romántica (II).—*España sin rey* (III).

— * CRISTIANI, Camilo.
Barítono italiano de la compañía de ópera de Manuel García.
La Corte de Carlos IV (I).

— * CROMWELL, Oliverio (1599-1658).
Lord protector de Inglaterra. Destronó y mandó ejecutar a Carlos I.
Cádiz (I).—*El Grande Oriente* (I).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

CRUDO (El).
Un guerrillero de la partida de Vicente Sardina; «rechoncho y membrudo».
«Era el Crudo hombre temible, fornido, bárbaro, de apariencia más que medianamente aterradora, pero de carácter noble, leal, franco y generoso.»
Juan Martín el Empecinado (I).

— * CRUZ, Don Antonio de la.
Hijo del famoso sainetero don Ramón. Buen artillero. Mandaba las piezas pesadas en Bailén.
Bailén (I).

— * CRUZ, Don Juan de la.
Militar español que mandaba *las tropas volantes* en la batalla de Bailén.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

— * CRUZ, Don Ramón de la (1731-1795).
Gran sainetero madrileño. Padre del género. Autor de más de cien obras ingeniosísimas de costumbres populares de la villa y corte.
La Corte de Carlos IV (I).—*Bailén* (I). *Memorias de un cortesano de 1815* (I). *El Grande Oriente* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Narváez* (II).

* CRUZ, Pablo.
Político *sagastino*, asiduo a las tertulias del famoso café *La Iberia* (1880).
Cánovas (III).

* CRUZ OCHOA.
«Era joven, esbelto, rubio como las espigas.» Diputado en las Constituyentes de 1869.
España sin rey (III).

* CRUZADA VILLAMIL, Gregorio (1832-1884).
Escritor y político madrileño. Director del Museo Nacional. Descubrió los cartones de los tapices de Goya y los restos del gran épico madrileño Alonso de Ercilla.
Cánovas (III).

CRUZITA, Tía.
Hermana de don Benigno Cordero. Hacía las veces de madre para los hijos de éste cuando quedó viudo. Regañona, gruñona, pero buenísima. «Es la paloma que ladra», la definía su buen hermano.
Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).

CUACOS, Señor de.
Un hortera de ultramarinos.
La Corte de Carlos IV (I).

— * CUADRA, Don Ambrosio de la.
General español derrotado por los franceses Golduot y Leval (1810).
Juan Martín el Empecinado (I).

CUADRA, Don Lucas de la.
Vecino de Atienza que se le «había sentado en la boca del estómago» a Pepe García Fajardo.
Narváez (II).

CUADRA, Las de.
Mozuelas presumidas de Atienza.
Narváez (II).

CUADRADO, Don Faustino.
Jefe inmediato de Pepe García Fajardo en las oficinas de *La Gaceta*.
«Mi inmediato jefe, que es uno de los mayores gaznápiros que comen el pienso de la Administración, no aprueba mis prolijos estados sin fruncimiento de cejas, prolongaciones de hocico y reparos necios por si eché un rasgo para abajo en vez de echarlo para arriba, o por si mis cincos parecen ochos, deformación que de no sufrir ejemplar correctivo traería la catástrofe de todo el mundo aritmético. Esta tarde apuró tanto mi paciencia aquel prototipo de la imbecilidad, que mi mano estuvo a muy poca distancia de su calva asquerosa, y poco faltó para que su nariz y toda su jeta se aplastaran contra el pupitre y los papeles que examinaba.»
Fué dejado cesante por reprender a Fajardo y luego deportado a Filipinas acusado de conspirador. Un ser nacido en martes y trece...
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

CUADRADO, Don Segundo.
Empleadillo de Hacienda. Contertulio de los Centurión. (Galdós hace un mismo personaje de este don Segundo y el don Faustino que fué jefe, en *La Gaceta*, de Pepe Fajardo.)
O'Donnell (III).

CUADRADO, Señora de.
Esposa de don Faustino.
Las tormentas del 48 (II).

— CUARA PELENDI.
Fiero guerrero germano. Tal vez invención del mentiroso cabo de mar, andaluz, Desiderio García.
La vuelta al mundo... (III).

«CUARTA Y MEDIA»,
«cuyo fuerte pulmón hizo acallar él solo a todos los admiradores de *La Mojigata*».
Reventador, por oficio, de obras teatrales.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).

— * CUARTERO.
Político liberal, apresado en 1814.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* CUBA, Coronel conde de.
Ayudante de Prim.
Prim (III).

* CUCALA, Padres de los.
Guerrilleros españoles.
Juan Martín el Empecinado (I).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* CUCALA, Pascual (1820-1892).
General y guerrillero de la Comunión Tradicionalista. Bravo y duro.
De Cartago a Sagunto (III).

CUCURBITAS, La.
Señora *del pan pringao*, que decía *ivierno*, *ferroscarriles* y *Espirituisanto*. Amiga de Casianita Conejo, la querida del insigne Tito.
Cánovas (III).

— * «CÚCHARES» (Francisco Arjona Herrera) (1818-1868).
Célebre torero madrileño, lleno de alegría y gracia. Compitió con el *Chiclanero*.
España trágica (III).—*Cánovas* (III).

CUCHET, Señor.
De Marsella. Agente revolucionario de Prim.
La de los tristes destinos (III).

CUERVATÓN, El señor de.
Vecino de don Santiago Fernández y prestamista usurero de gran fiereza, en cuyas uñas cayó el marquesito de Rumblar.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

CUERVATÓN, La mujer de.
«... que era una hidra con más rabos y espinas y escamas en su alma que las mitológicas en su cuerpo.»
Napoleón, en Chamartín (I).

* CUESTA, El Cardenal.
Que protestó con talento a la soez injuria de un diputado—García Ruiz—llamando *monserga* a la Santísima Trinidad (1869).
España sin rey (III).

— * CUESTA, Gregorio de la.
Militar español que luchó contra los franceses, organizando batallones en Valladolid.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

* CUETO, Leopoldo Augusto.
Marqués de Valmar.
Literato y erudito español. Amigo de Emilio Terry. Fué académico de la Lengua.
Bodas reales (II).

CUEVAS.
Boticario de Sigüenza. Amigo de los García Fajardo. En su tienda se daban cita los varones más conspicuos de la ciudad.
Las tormentas del 48 (II).

CUEVAS.
Esposo de Jerónima Sánchez, la pupilera de la calle *de Mesón de Paredes*. Era un borrachín que espantaba a los huéspedes «con sus groserías y malas palabras». Murió de delírium tremens.
O'Donnell (III).

* CUEVILLAS, Ignacio Alonso (1770-1829).
Guerrillero español. Contrabandista de profesión. Con setenta hombres tomó Haro y derrotó al general francés Aurie.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

CUMBRES ALTAS.
Noble que en 1849, ya maduro aún era llamado *pollo* por Narváez.
Narváez (II).

— CUPIDO.
Dios del amor sexual. Hijo de Venus.
Montes de Oca (II).—*Bodas reales* (II). *Las tormentas del 48* (II).—*España trágica* (III).

CURA.
Amigo de don Magín Cornellá.
«Era ilustradísimo, de buena sombra y un tantico maleante; el otro, cerril y tozudo, con un acento catalán tan gordo y áspero que me costaba trabajo entenderle cuando llenaba su boca de palabras castellanas, como si la llenara de sopas calientes.»
Los ayacuchos (II).

* CURA
de Irañeta. Caudillo audaz carlista que se alzó en Navarra (1834) y asoló la parte llana.
Un faccioso más... (II).

CURA
de Samaniego, tío carnal de Santiago Ibero.
V. BARANDA, Don Matías.
Los ayacuchos (II).

CURA
de San Gregorio. Exaltado carlista.
Zumalacárregui (II).

CURA
de San Pedro, en Vitoria. Confesó a Montes de Oca estando en capilla para ser fusilado.
Montes de Oca (II).

CURA
de Vera, en cuya casa se crió Fernando Calpena.
V. VIDAURRE, Don Narciso.

CURA.
Dueño de la casa, en el valle de Araquil, donde se hospedó Zumalacárregui.
«Era un hombre de mediana edad, pequeñín, torcido de cuerpo, de cara feísima, boca jimiosa y risueña y ojos ratoniles.»
Zumalacárregui (II).

CURA (El)
de Begoña. Fué quien primero dió la noticia de haber sido herido Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

CURA (El)
de Elizondo. Sobrino de Espoz y Mina.
Un faccioso más... (II).

CURA (El)
de La Bañeza (León). Liberal de ideas, siempre tirándose los trastos a la cabeza con el obispo Alava, apostólico hasta el tuétano.
Los apostólicos (II).

CURA (El buen)
de Alcoriza. Educó y miró mucho por Donata cuando era niña.
Carlos VI, en la Rápita (III).

CURA (El nuevo)
de Alcoriza.
«Era éste un bravo mocetón, furibundo carlista, gran cazador, rumboso, jovial. Sin duda no tuvo a la moza por saco de paja, porque quiso estrecharla más en su servicio y compañía, llevándola a la propia vivienda. Luchó la madre contra este propósito del superior jerárquico, y de la lucha vinieron disgustos y la intervención de otro curita joven de un próximo pueblo. En resolución, la sacristana hubo de poner en salvo de aquellas disputas a su querida hija, y no halló medio mejor que remesarla al señor arcipreste don Juan, varón de grandísimo crédito y autoridad en aquel territorio. ¿Fué remitida Donata como alumna o pupila de un colegio, o como criatura torcida que necesita de un maestro y corrector que la enderece? Esto no supo decírmelo mi amada. Ya me lo explicaría mejor al proseguir la historia de su vida..., ¡triste vida desarrollada en un medio sombrío, sotanesco!»
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * CURA (Un)
a quien su criado, para robarle, le cortó la cabeza. Este suceso dió nombre a la calle donde ocurrió. Calle *de la Cabeza*.
El Grande Oriente (I).

CURA (Un)
«de mal pelaje, esmirriado y anémico, que apenas podía con la capa pluvial» y rezó el responso en el acto del sepelio de doña Esperanza Castril.
La vuelta al mundo... (III).

CURANDERAS (Dos)
piadosas de Torrejón de Ardoz, que curaron al mísero «Sebo» (1854).
La revolución de julio (III).

— * CURCIO RUFO, Quinto (siglo II).
Historiador romano.
Un faccioso más... (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

CURRITO
el «de la Carbonera». Niño de ocho años.
La segunda casaca (I).

«CURTIS».
Fogonero italiano de barcos. Novio de la desgraciada Rosita Binondo. «No era mal chico...»
La vuelta al mundo... (III).

— * CURTÓ, Don Joaquín.
Sacerdote que asistió a doña María Griñó, madre de Cabrera, en los últimos momentos.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * CUSTINE, Conde Roberto de.
Noble caballero de origen francés que regalaba grandes cantidades de dinero a favor de la causa del Pretendiente (1836).
De Oñate a La Granja (II).

* CUSTODIA (¿Don Daniel de la?).
Político. *Polaco* en 1854.
La revolución de julio (III).

— * CUTANDA.
Alcalde de Casa y Corte (1831).
Los apostólicos (II).

— * CUYÁS, Vicente (1816-1839).
Notable músico y compositor español.
Los ayacuchos (II).

CH

— * CHARBET, General.
Formó parte, con el general Marescot, de la Comisión francesa que discutió con la española la capitulación de Bailén.
Bailén (I).

CHACÓN, Belisario.
V. BELISARIO CHACÓN.

— * CHACTAS.
El triste Chactas; así se le llamaba al gran Chateaubriand.

* CHALECO (1789-1840?).
Guerrillero español. Matón de oficio. Feroz en sus embestidas y en el trato que daba a sus prisioneros.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El Grande Oriente* (I).

* CHAMBERGO.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * CHAMBO.
Carretero que se metió (1823) a guerrillero de la Fe y realizó mil fechorías.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

CHAMBÓ, Padre.
Cura párroco de Cenia (1837). Confesó a los sacrificados cristinos que se habían rendido en San Mateo, cerca de aquel pueblo.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * CHAMBORD, Conde de.
Aristócrata francés, de la familia real, que dió grandes sumas para el triunfo en España de la Comunión Tradicionalista.
España sin rey (III).

* CHAMORRO.
Mote del famoso Pedro Collado.
V. COLLADO, Pedro.

«CHANFLAS».
Chulo bestial que intervino en el suplicio del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

* CHAO, Don Eduardo.
Ministro de Fomento con la primera República (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* CHAPALANGARRA.
Agente secreto político. Guerrillero y sujeto poco recomendable por sus ideas. Regresó a España en 1830, protegido por Luis Felipe de Orleáns, rey de Francia, a quien iba a servir de espía en los *enjuagues* dinásticos de España.
Un voluntario realista (II).

* CHAPERÓN, Francisco.
Terrible servilón que intervino en la ejecución de Riego.
«Un hombre alto, seco, moreno, de ojos muy saltones, de rostro fiero y ademán amenazador, mirar insolente, boca bravía, como de quien no muerde por no menoscabar la dignidad humana; un hombre que, francamente, mostraba en todo su condición perversa, y en cuyo enjuto esqueleto el uniforme de brigadier parecía una librea de verdugo; avanzó resueltamente por entre el gentío, abriéndose calle bastón en mano; y dirigiéndose después con airada voz y gesto a los que trabajaban en el cadalso, les dijo:
»—¡Malditos...! ¡Mal haya el pan que se os da! ¿No he mandado que se pusieran los palos más grandes que hay en los almacenes de la Villa?»
Era jefe de la Superintendencia de Policía y de la Comisión militar. El desalmado más grande que puede imaginarse.
El terror de 1824 (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Bodas reales* (II).

CHARLES LE TÉMÉRAIRE.
Nombre burlesco de un soldado francés en Salamanca.
La batalla de los Arapiles (I).

— * CHATEAUBRIAND, Francisco Renato (1768-1848).
Gran escritor romántico francés. Autor de *El genio del Cristianismo*.
«Su semblante, pálido y hermoso, no tenía más defecto que el estudiado desorden de los cabellos, que asemejaban su cabeza a una de estas testas de aldeano en cuya selvática espesura jamás ha entrado el peine. En sus ojos brillaba un mirar vivo y penetrante, que me obligaba a bajar los míos. Parecióme bastante decaído, aunque su edad no pasara entonces de los cincuenta y dos años. Su exquisita urbanidad era algo finchada y fría. Sonreía ligeramente y pocas veces, contrayendo los casi imperceptibles pliegues de su boca de mármol; pero fruncía con frecuencia el ceño, como una maña adquirida por la costumbre de creer que cuanto veía era inferior a la majestad de su persona.»
El Grande Oriente (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (II).—*Mendizábal* (II). *La estafeta romántica* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).

CHATILLO.
Niño. Asistía a la escuela que, en la calle de Coloreros, regentaba don Patricio Sarmiento.
El Grande Oriente (I).

«CHATO DE PINTO» (El).
Agente secreto de los negocios usurarios del polizonte Chico.
O'Donnell (III).

CHAVES.
V. RIVAS CHAVES, José.

CHAVES, El padre.
Mercedario.
«El más piadoso y recogido de todos los frailes de este convento, si bien me parece que es algo mentecato. No hace más que rezar, leer libros santos y asistir a todos los enfermos de la casa. Hace catorce años que no ha salido una sola vez a la calle. No recibe regalos, sino aquellos que puede dar a los pobres. Apenas come, y cuanto le dan aquí lo guarda para repartirlo los sábados a una chusma que viene a la portería, porque, según dice él, ya que no puede redimir cautivos, quiere redimir a los que padecen la peor esclavitud de todas, que es la miseria.»
Napoleón, en Chamartín (I).

CHAVES (Los chiquillos de don José Rivas).
Eran «dos niños preciosos como los mismos ángeles, el hijo mayor, de ocho años, despabilado y gallardísimo, y un chiquitín de cinco, que era la criatura más salada y traviesa que se podía imaginar.»
Prim (III).

CHAVES (Pepito Rivas).
Hijo, de cinco años, de don José Ri-

vas Chaves. Lindísimo. El *ojito derecho* de papá.
Prim (III).

CHAVIRI.
Emigrado español que vivía en Saint-Esprit, viudo, con tres hijos. Tenía una tienda de cambista y compraba y vendía alhajas.
La de los tristes destinos (III).

«CHELE».
Encargada diligente de la pensión—situada en la calle de *Atocha,* entre las de *San Sebastián* y *Santo Tomé*—donde se hospedó el *bailío* don Wifredo de Romarate (1869).
«La dueña, señora mayor de buen porte y modales finos, no hacía más que vigilar el servicio, recorriendo cuartos y pasillos asistida de un grueso bastón, por estar dolorida de las piernas. El gobierno inmediato de la casa llevábalo una mujer de mediana edad, limpia, seca y no mal parecida, andaluza, muy diligente. El ama la llamaba *Chele,* y algunos huéspedes pronunciaban su nombre invirtiendo las sílabas. Todo lo que vió y observó en la casa del señor bailío fué de su agrado; todo le parecía discreto y conforme a la buena educación, menos la desenvoltura de lenguaje de los dos caballeretes. Y lo que mayormente en éstos le disgustaba, era que a la gobernante de la casa la llamasen *doña Leche,* nombre o remoquete que, a su parecer, no era completamente decoroso.»
España sin rey (III).—*Cánovas* (III).

— * CHELVA.
Tiple que cantó el *Hernani* en el teatro de la Cruz (1844).
Boda reales (II).

«CHEPARUNDA».
Maleante madrileño, amigo del *perdis* Segismundo Fajardo, quien «escribía discursos terroríficos para el tribuno de la plebe apodado *Cheparunda.* Era el tal un jorobeta que poseía las dotes mímicas y fonéticas del orador. Faltábanle las ideas y el arte retórico. Pues esto se lo suplía Segismundo redactándole las peroratas. *Chepa* se las aprendía de memoria y arrebataba al auditorio de la calle de la Yedra. En todos los discursos se enaltecían rabiosamente los derechos del pueblo, pisoteados y escupidos por Prim y sus acólitos. El estipendio de estos trabajos era mezquino y en especie, con el agravante de la impuntualidad. Era toque indispensable en la conclusión de las arengas pedir la cabeza de Don Amadeo, y para el caso de que ello fuese materialmente imposible, pegar fuego a Madrid, convirtiendo a nuestra villa en *antorcha funeraria.*»
España trágica (III).

«CHEPE, Don».
V. DÍAZ DE CENTURIÓN, don Mariano.

— * CHERUBINI, Mario Luis Carlos (1760-1842).
Gran compositor italiano. Fué director del Conservatorio de París.
Mendizábal (II).

* CHESTE, Conde de.
Título de.
V. PEZUELA, Don Juan de la.
España sin rey (III).

* CHICARRO, Contraalmirante.
Sustituyó al almirante Lobo en el mando de la escuadra *centralista* que luchaba contra la *cantonal* (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

CHICARRÓN.
De la Guardia Real, en Zaragoza, amante de Saloma, la real hembra de Borja, quien habla de él así:
«Era el tal de junto a Tarazona, bueno como el pan; pero muy cuitadico, en fin de *los que no encuentran agua en el Ebro.* Con su casaca abrochadica, el correaje en cruz y la gorra de pelo con la chapa, estaba como un sol. A los de la Guardia se les llamó entonces *guiris,* porque llevaban tres letras. G. R. I., en la gorra y en la cartuchera, y *guiris* se les llama todavía. Pues, ya digo, aquel y yo contábamos casarnos cuando acabara el servicio...; era un pedazo de animal como los ángeles... Pasó el Cuerpo a Logroño, y yo detrás del Cuerpo... Mandaba el general Lorenzo... Siguió el Cuerpo a Navarra, al mando del general Rodil... Yo no podía menos de ir detrás del Cuerpo, donde tenía mi alma... ¡Ay!, ya digo, se me parte el corazón

cuando lo cuento. En la aición de Artaza me le mataron..., ¡pobre *maño*, rico mío! Le vi cadáver, arrimado a una peña, que parecía dormidico.»

Zumalacárregui (II).

* CHICO, Don Francisco.

Terrible jefe de la Policía madrileña (1851).

«Era don Francisco Chico, que por la estatura no merecía tal nombre, viejo, seco y estirado, con patillas bordando la quijada dura, el pelo entrecano, la actitud como de perro que olfatea. Lo más característico de su rostro, lo que le hacía inolvidable para cuantos una sola vez le veían, era la chafadura de su nariz en el arranque de ella, señal indeleble de una tremenda pedrada que le dieron en Miguelturra, su pueblo, por querellas locales de pandilla. Perteneció don Francisco al bando de los llamados *Valerosos*, y cumplía como campeón terrible; alguna vez, si a muchos pegó de firme, también hubo de tocarle la china. Del bandolerismo villanesco pasó a las gestas del contrabando, en tierra firme y mar salada, y ya mocetón le metieron en la Policía de Madrid, donde llegó por su astucia y su valor indomable al puesto del jefe, que desempeñó más de cuarenta años. Era hombre terrible, de sagaz inteligencia para tan ingrato servicio, y a los poderosos inspiraba confianza, como a los débiles espanto. Llegó a ser al modo de institución, personificando los arrestos insolentes de la Seguridad Pública y el odio con que el pueblo pagaba las vejaciones justas o arbitrarias que sin cesar sufría.»

En 1854, le describía Pepe Fajardo así:

«Decía esto el fiero polizonte desfigurando por un instante su rostro seco y amarillo con una sonrisa que adelgazó más sus delgados labios. Sentado estaba, frente a mí, en un dorado sillón, estilo Luis XV...; mirábale yo con examen casi impertinente; en él veía una figura del pasado siglo, rígida, severa y no falta de elegancia. La chafadura que tiene en la nariz, efecto de la pedrada con que le obsequiaron en su juventud, le da la expresión de mal genio y de carácter torcido, atravesado.»

Un faccioso más... (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

CHICO GITANESCO.

Durante el asedio carlista a Cuenca... (1874).

«Entre los allí refugiados había un chico de tipo gitanesco, vivaracho y más listo que el hambre, el cual salía y entraba a cada momento, trayéndole noticias de lo que ocurría.»

De Cartago a Sagunto (III).

CHICOS (Cuatro).

Hijos de la aldeana de Elizondo en cuya casa se refugió (1834) el loco Carlos Navarro.

Un faccioso más... (II).

CHICOS (Los)

de Leovigildo Rodríguez y de Mercedes Villaescusa.

O'Donnell (III).

«CHILIVISTRA».

Nombre familiar de.

V. IRIGOYEN, Silvestra.

— * CHILÓN LACEDEMONIO.

Uno de los siete sabios de Grecia. Murió *de alegría*, a causa de haber ganado el premio de los Juegos Olímpicos, el año 556 antes de Jesucristo.

La campaña del Maestrazgo (II).

«CHIMETA».

Una de las dos nietas del *masovero* de Arenys de Lledó. Asistió al enfermo Nelet. La «más bonita y dispuesta». Era muy graciosa, y a don Beltrán «se le caía la baba escuchándola».

La campaña del Maestrazgo (II).

CHINITAS, Pacorro.

De oficio amolador, tenía su industria portátil en la calle *del Baño*, esquina a la *de Atocha*. Marido de *la Primorosa*, buñolera del Rastro y mujer bravía.

«Era Pacorro Chinitas un hombre que aparentaba más edad de la que realmente tenía, a causa de los disgustos domésticos de que era autora su mujer, célebre buñolera del Rastro, a quien llamaban la *Primorosa*. No puedo menos de dar algunas noticias sobre este ejemplar matrimonio, porque los dos seres que lo formaban figuran algo en acontecimientos posteriores y que he de contar si para entonces tengo vida y el lector paciencia, como espero.

»Es, pues, el caso que Pacorro Chinitas, varón manso y discreto, no podía hacer buenas migas con la *Primorosa,* cuya fama, extendida de polo a polo, es decir, desde la calle de la Pasión hasta el pórtico de San Bernardino, la acusaba de mujer pendenciera, batalladora y que partía de un bofetón un par de quijadas, sin que éstas y otras hazañas la hicieran nunca caer en manos de la Justicia. Vióse obligado Chinitas a pedir una separación, resignándose a no tener más compañera que la rueda coronada de chispas, y en esta situación le conocí. Luego que nos hicimos amigos, contóme las picardías de su antigua mitad, y así como en otros temas era discretísimo, en éste era muy pesado, pues no pasaba día sin que me regalara un nuevo capítulo de la larga historia de sus cuitas matrimoniales. Como yo encontraba en aquel hombre cierta madurez de juicio, cierto sentido práctico que en los demás no hallaba. resultó que me aficioné a su conversación, y cuanto él decía me parecía entonces de perlas, sin que pudiera explicarme la razón de esta preferencia por los juicios de un hombre ignorante y rudo.»

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).

«CHINITO».

Nombre cariñoso que daba Antoñita la *Cordonera* a su amante Pepe García Fajardo.

CHIPORRO, El señor.

Ventero.

La batalla de los Arapiles (I).

CHIQUILLO

hermoso y mamón, hijito de Virginia Socobio y de Leoncio Ansúrez.

O'Donnell (III).

CHIRLOT, Fray Bernardino.

Fraile apostólico, muy amigo de Feliu.

Un voluntario realista (II).

CHISPERO (Un).

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

«CHOLO», Santos.

Indio feísimo, criado de los Chacones en Lima.

«Apareció, doblando la esquina, un hombre, que, por el color del hocicudo rostro y la largura de sus brazos y la corva inclinación de su cuerpo, más parecía cuadrúmano amaestrado para racional que racional efectivo.»

«El pobre indio, que en su desmedrada catadura y cobrizo rostro cuarteado no revelaba claramente su edad, aunque ésta debía de estar ya muy lejos de la juventud.»

La vuelta al mundo... (III).

CHOMÍN.

De la partida de don José Fago.

«Era de Eibar, hábil herrero y un poco maquinista; mocetón fornido, de corazón infantil y mollera tan dura como el hierro que sabía trabajar.»

Zumalacárregui (II).

«CHORI».

Guipuzcoano así apodado. Era recadero entre Bayona e Irún.

La de los tristes destinos (III).

CHORIBIQUETA, Don José Miguel.

Clérigo tradicionalista de Durango. Se hizo gran amigo del insigne Tito.

«La buena sombra, que a todas partes me acompaña, deparóme un amigo, cuya compañía y grata conversación suavizaban la rigidez monótona de mi vida en aquellos días de mayo. Era el tal un donoso cura, don José Miguel Choribiqueta, rector de la iglesia de San Pedro de Tavira, viejo ya el hombre y cascado, algo enfermo de los ojos, que recataba con vidrios verdes; carácter jovial, ameno y comunicativo. Asistente, por rancia costumbre, a la tertulia de mi hermana, se aburría, como yo, de las *ojalaterías enojosas,* y me hacía el favor de sacarme de paseo por las alegres campiñas. En cuanto le traté, vi en él a uno de esos hombres que, habiendo realizado en la plenitud de la vida lo que le imponía su conciencia, llevando a la esfera de sus hechos su fe, su valor y su buen criterio, miraba con desdén a los que imitar querían en peores tiempos los mismos actos y las mismas virtudes, o lo que fuesen. Don José Miguel, héroe de la *otra guerra,* no podía desechar la idea de que lo pasado fué mejor, ni admitía que hubiera dos epopeyas en un mismo siglo.»

Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

«CHORIYA».

Capataz de la Maestranza carlista, enemigo de Bonifacio Gay. Muy bruto y pendenciero.

Luchana (II).

«CHURI» (Valetín Arratia, alias).

Hijo de Valentín.

«No era el tal de aspecto desapacible, ni sus trazas las que suelen caracterizar a la gente sospechosa. Representaba veinticinco años lo más, y era su estatura garbosa y aventajada; su rostro, más bien hermoso que feo, aunque ceñudo y lleno de oscuridades; su vestimenta y calzado de hombre rudo, huésped de las alturas pedregosas más que de los valles amenos: zamarra y botas altas, boina, todo de un gris terroso. Si llevaba armas, no se le veían. No hablaba con nadie; consumía fuertes raciones de carne y vino, y comiendo y bebiendo, o sin más ocupación que hurgar el fuego con su vara, empleaba casi todo el tiempo en mirar a don Fernando, haciéndole objeto de un enfadoso y cansado estudio. Naturalmente, viéndose tan mirado, Calpena le observaba también.»

De resultas de una enfermedad de la cabeza, se había quedado sordo.

«El hijo único de Valentín se llamaba lo mismo que su padre; mas todo el mundo le conocía por aquel apodo. Le vino del nombre de un balandro que tuvo su abuelo, en el cual pasó el chico toda su adolescencia, por desmedida afición a la mar. Fué bautizada la embarcación con el nombre de *Choria* (el pájaro), convertido por el uso popular y las bocas marineras en *Churi*. Era el chico de una rudeza tal, que no pudieron aplicarle a ninguna profesión ni oficio, y se pasaba la vida entre los *chochos* de la ría, remando en chalanas de cuatro tablas podridas, o lanzándose a prodigiosos ejercicios de natación. Resistía largas horas en el mar, braceando o tendido de espaldas; y cuando se ofrecía bucear, ninguno de aquellos vagabundos anfibios aguantaba más tiempo en las profundidades. Jamás se logró meter en la cabeza dura de *Churi* una fórmula aritmética ni un concepto gramatical. Toda su geografía estaba comprendida entre Machichaco y Quejo; toda su ciencia, en el gobierno de una pequeña embarcación de vela, que manejaba con arte singular, gallardísimo, en días de Nordeste frescachón. Tacirturno y medio salvaje, su vocabulario era muy escaso; sus ideas no debían de ser luminosas ni abundantes, como no las guardara para mejor ocasión; su voluntad no tomaba otras formas que la de la contumacia en su vivir independiente, y la de una completa inacción en tierra firme. Viendo que no podían hacer carrera de él, la familia se resignó a dejarle en aquel salvajismo y rudeza, tratando de utilizarle en menesteres bajos de los buques de la casa cuando éstos se hallaban en puerto. A los dieciocho años contrajo unas calenturas tíficas que le tuvieron entre la vida y la muerte. Decían que ésta le tenía ya cogido, y creyéndole pez, le habían soltado con media vida en alta mar. Al sanar había perdido el pelo y la memoria, quedándosele la cabeza como un cudón totalmente limpio, sin ninguna aspereza por fuera ni ideas por dentro. Recobrado el cabello al contacto del agua salada, contrajo nueva enfermedad del celebro, y al término de ella encontróse con que le había vuelto la memoria y se le había quedado por allá un sentido. Su sordera era como la de una campana que pierde el badajo y cae en los hondos abismos del mar. *Churi* no volvió a oír ningún ruido.»

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

CHURRIANA (La).

Maja gaditana que andaba *a la caza* de las onzas del opulento y caprichoso lord Gray.

V. MARÍA ENCARNACIÓN.

* CHURRUCA, Don Cosme Damián (1761-1805).

«Semblante afable y hermoso, no usaba peluca. Abundantes cabellos rubios. Grandes y azules los ojos. Nariz muy fina. Conjunto melancólico de su rostro oval. Noble continente, urbanidad en los modales, grave cortesanía. Cuerpo pequeño, delgado y como enfermizo.» Mandaba el navío *San Juan Nepomuceno*.

Trafalgar (I).—*La de los tristes destinos* (III).—*La primera República* (III).

D

* DABÁN, Don Antonio (1842-1913).
General español *alfonsino*. Fué varias veces capitán general de diversas regiones, diputado y senador vitalicio.
Cánovas (III).

* DABÁN, Don Luis (1841-1892).
General español *alfonsino*. Al frente de su brigada, Martínez Campos, en Sagunto, proclamó a don Alfonso XII.
Cánovas (III).

— DAFNE.
Hija del río Peneo o del Lodon, a quien los dioses convirtieron en laurel.
Cádiz (I).

— * DALILA.
Cortesana amada por Sansón—duodécimo juez de Israel—, a quien ella hizo traición, entregándole a los filisteos.
Aita Tettauen (III).

* DALLO, El cura.
En 1841 se sublevó en Portugalete a favor *de la regencia cristina*.
Montes de Oca (II).

DAMA.
Parroquiana y amiga de don Benigno Cordero. (Era Jenara.)
Los apostólicos (II).

DAMA
«en quien el ingenio corre parejas con la edad». Vivía en La Granja (1836), y se pirraba por las revoluciones, pronunciamientos y conjuras. Amiga de la *Señora incógnita*, madre de Fernandito Calpena (Pilar de Loaysa).
Luchana (II).

DAMA (Otra)
de La Granja (1836), de la que escribe la *Señora incógnita:*
«Otra dama que se nos agregó, esposa de un general que ha hecho su brillante carrera hollando alfombras palatinas (no te digo su nombre: es feíta la pobre; tan poco agraciada, que todo el mundo cree que tiene talento..., y el mundo se equivoca).»
Luchana (II).

DAMA (Una).
Desdichada que mendigaba agua después de la batalla de Vitoria. «Era hermosa, aunque la palidez y el susto disimulaban su belleza.» Esposa del secretario del virrey del Perú y hermana de un veedor de Zaragoza.
El equipaje del rey José (I).

DAMA (Una).
«Vestida de heterogéneas ropas, de una manera tan singular, que más parecía tapada que vestida.» «Señora de buena presencia y parecía de calidad.» «Su semblante indicaba zozobra, inanición, reciente llanto.» Mendigaba alimento después de la batalla de Vitoria.
Era doña Pepita Sanahuja.
V. SANAHUJA, Doña Pepita.

— DAMA LINDA
que en 1846 puso de moda la palabra *pollo* para designar a los jóvenes *de pocos alcances* y gran presunción.
Narváez (II).

DAMA VELADA.
V. LOAYSA, Pilar de.

DAMATO, Don Salvador.
Personaje rico. Amigo de Prim y de Pepe García Fajardo, a quien iba recomendado, en Bayona, el joven Santiaguito Ibero.
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

DAMIANA, Señá.
V. FERNÁNDEZ, Damiana.

— * DAMIANI.
Perfumista famoso (1829) del bulevar de Saint-Denis, en París.
Mendizábal (II).

— * DAMOCLES.
Cortesano de Siracusa, contemporáneo

del tirano Dionisio. Por orden de éste, dormía teniendo suspendida de un hilo, sobre su lecho, una espada. Así comprendió Damocles cuán ilusorias eran las grandezas de la vida.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).
O'Donnell (III).

— DANAIDES.
Nombre de las cincuenta hijas de Danao, rey de Argos.
O'Donnell (III).

— * DANIEL (Siglo VII a. J. C.).
Uno de los cuatro profetas mayores de la tribu de Judá. Cautivo en Babilonia, descifró los sueños de Nabucodonosor. Dios le sacó ileso del foso de los leones.
De Oñate a La Granja (II).—*Prim* (III).

— * DANTE ALIGHIERI (1265-1321).
El poeta más grande de Italia, después de Virgilio.
El Grande Oriente (I).—*La estafeta romántica* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * DANTÓN, Jorge Jacobo (1759-1794).
Uno de los principales cabecillas de la Revolución francesa. Murió guillotinado por orden de Robespierre. Era un gran orador.
La segunda casaca (I).—*El Grande Oriente* (I).—*De Oñate a La Granja* (II). *La primera República* (III).

* DAOÍZ Y TORRES, Luis (1767-1808).
Artillero español de inmortal memoria. Defendió Cádiz contra la escuadra inglesa. Y murió defendiendo contra los franceses (2 de mayo de 1808), el Parque de Monteleón, en Madrid.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I). *O'Donnell* (III).

— * DAVID (1055 a 1014 a. J. C.).
Hijo de Isaí y sucesor de Saúl en el gobierno del pueblo de Dios. La fecha se refiere a los años de reinado.
Un voluntario realista (II).—*Un faccioso más...* (II).

— * DAVID.
Célebre bajo. Actuó en Madrid durante las fiestas de la Restauración y boda de don Alfonso XII.
Cánovas (III).

DEÁN
de la Catedral de Sevilla, que encerró en ésta a la muchedumbre hasta que Fernando VII salió de la ciudad.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

DÉBORA, Pepe.
Marinero. Primo de Marcial, el criado de don Alonso Gutiérrez de Cisniega.
Trafalgar (I).

DEIDAD VELADA.
V. LOAYSA, Pilar de.

* DE JOUY (Víctor José Etienne, llamado) (1764-1846).
Escritor y político francés. Partidario de Luis XVIII. Alcalde de París.
Mendizábal (II).

* DECREF, Comandante.
Revolucionario que se batió en la plaza *de Antón Martín* (1872).
Amadeo I (III).

— * DELAVIGNE, Casimiro (1793-1843).
Gran poeta lírico y mediocre autor dramático francés, cuyo drama *Los hijos de Eduardo* tradujo maravillosamente, *revalorizándolo*, nuestro Bretón de los Herreros. Se estrenó en el teatro del Príncipe el año 1835.
Mendizábal (II).

DELFINA MÉNDEZ.
Hija del fondista de la calle *del Caballero de Gracia*.
«La niña, tímida y rubicunda, habría sido muy bonita si no torciera terriblemente los ojos.»
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

* DELGADO JUGO.
Famoso oftalmólogo español del siglo XIX. Ejerció en Madrid a mediados de la pasada centuria.
Cánovas (III).

DELISLE, Lea.
Una antigua amiga—¡en el París de 1811!—del famoso don Beltrán de Urdaneta.
La estafeta romántica (II).

DELLA GENGA.
Colegial de San Apolinar, en Roma. Compañero y amigo inseparable de García Fajardo. Pertenecía a la ilustre familia del Pontífice León XII. Despierto y de gentil presencia. Delicado. Nervioso. Fino. Sentía una ardiente inclinación por la política y la poesía.
Las tormentas del 48 (II).

— * DEMÓSTENES (384-322 a. J. C.).
El más famoso de los oradores griegos. Maestro de Alejandro Magno.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Bodas reales* (II).—*España trágica* (III).

* DENIS.
Ayuda de cámara del general Prim. «Pequeño de cuerpo, alegre de rostro» y francés.
La de los tristes destinos (III).

* DENMAN.
Contraalmirante inglés. Medió en el conflicto entre España y Chile (1865).
La vuelta al mundo... (III).

— * DESCARTES, Renato (1596-1650).
Gran filósofo y matemático francés, autor del *Discurso del Método.*
Las tormentas del 48 (II).—*España trágica* (III).

DESCONOCIDO.
Compañero de Araceli en la búsqueda de prisioneros hechos por los franceses el 2 de mayo.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

DESCONOCIDO.
Masón y afrancesado, amigo de Santorcaz, «que era hombre más fuerte y robusto que un toro».
La batalla de los Arapiles (I).

DESCONOCIDO (Generoso).
Que ayudó a Gil de la Cuadra a regresar a Madrid sin que le molestaran.
El 7 de julio (I).

— DESDÉMONA.
Protagonista del *Otelo* de Shakespeare. En la versión española: *Edelmira.*
La Corte de Carlos IV (I).—*Los ayacuchos* (II).

— * DESGRAVIERS.
General francés muerto en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

DESMARETS.
Coronel francés que defendió a Salamanca (1811).
La batalla de los Arapiles (I).

— * DESOLLES.
General francés que atacó en el Puerto del rey (1810) a la división española del general Girón.
Gerona (I).

* DESPREAUX, Juan Esteban (1748-1820).
Autor dramático francés muy aplaudido en su tiempo. Sus obras: parodias, óperas burlescas, comedias de enredo, son sumamente mediocres.
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).

* DESPUJOLS, General.
Del Cuarto Militar de don Alfonso XII (1875).
Cánovas (III).

— * DESTUT-TRACY (Antonio César Víctor Carlos Destut de Tracy) (1781-1864).
Militar francés. Estuvo con los invasores en España desde 1808 hasta 1811. Fué herido en la acción de Ocaña.
Mendizábal (II).

— DIANA.
Llamada así por los romanos. Los helenos la llamaron Artemisa. Hija de Júpiter y de Latona, diosa de la caza. Conservó su virginidad. Amó, sin embargo, al pastor Endimión.
La Corte de Carlos IV (I).

DÍAZ.
Un *carlista,* natural de Lerín, herido en el sitio de Villafranca.
Zumalacárregui (II).

DÍAZ, Bernabé.
«Hombre robusto, tiznado y carbonífero», con quien pensaba casarse—y al que guardaba fiera fidelidad—Felipa, el tercer amorío del insigne Tito.
Amadeo I (III).

DÍAZ, José.
De la partida *isabelina* de don Alonso de Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

DÍAZ, Juan.
«Un desalmado catalán que había pertenecido a la Compañía de Jesús, de la cual le expulsaron en 1819, que después sirvió en el ejército carlista, y fué condenado a muerte por intento de vender al enemigo una compañía; logrando salvar la pelleja con una audaz escapatoria, entró en Guipúzcoa por Alsasua, con dos mujeres jóvenes que vendían baratijas. Proponíase quitar de en medio a don Carlos. Delatado y cogido cerca de Oñate, le llevaron, codo con codo, a la cárcel de Vergara.»
De Oñate a La Granja (II).

DÍAZ, Manuel.
Granadero cristino, natural de Herramélluri, entre Haro y Santo Domingo de la Calzada, «mocetón de buen ver que antes tomaba las mozas que las trincheras de la facción». Amante de Saloma la de Borja.
Zumalacárregui (II).

DÍAZ, Pepe.
Contertulio de los Milagros. Escribía versos y dramas. Y era amigo de todos los románticos.
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).

DÍAZ DE CENTURIÓN, Don Mariano.
Gentilhombre a quien Isabelita—II—y Luisa Fernanda apodaban *Don Chepe*.
Era andaluz y muy locuaz.
«Representaba don Mariano Centurión cincuenta años, excediendo la edad aparente a la verdadera, deficiencia que atribuían los chismosos a la disoluta vida del caballero. Segundón de una casa noble de Andalucía, criado desde su más tierna edad en la holganza, sin serios estudios, sin disciplina que le contuviera ni buenos ejemplos que le llevaran a mejores fines, acabó por perder la salud y el escaso caudal que heredó de su padre. Con estos segundones pobres reza el adagio: «Iglesia, Mar o Casa Real»; mas no habiendo puesto Marianito sus miras oportunamente en el estado eclesiástico ni en el militar de mar o tierra, ya no tenía edad ni espíritu para procurarse otro refugio que el de un triste empleo; y, repugnándole, por la dignidad de su noble alcurnia, las plazas de oficina, se dió a solicitar un puesto en Palacio, conforme le aconsejaba el sabio refrán. Era Centurión hombre de escasos conocimientos en los diversos ramos del saber, pero de mucho despejo natural y de memoria felicísima; narrador ameno de cuentos y sucedidos, y con instintos de escritor que habrían sido verdaderas dotes si los cultivara. Se había pasado la juventud, sin sentirlo, en los ocios corruptores de las villas andaluzas: *zambras* y jaleos, *peladuras de pava*, cañas y toros, meriendas y timbas.»
Pasó *las moradas* entre cesantías y destinillos...
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II). *Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).

*DÍAZ DE RADA, Don Eustaquio.
Coronel. Amigo de Prim, que se pasó (1869) al Tradicionalismo.
España sin rey (III).

* DÍAZ ESCAMILLA, Pedro.
Maestro alpargatero, en Cuenca, asesinado a bayonetazos por los carlistas (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

* DÍAZ MORÉU.
Oficial de Marina. Ayudante de Amadeo I.
Amadeo I (III).

DÍAZ PÉREZ, Nicolás.
Republicano y masón distinguido, dignidad entre *Los hijos de la Viuda*. Amigo del insigne Tito.
La primera República (III).

* DÍAZ QUINTERO.
Diputado republicano en 1869. Vestía con pobreza y suciedad. De la pandilla filosófica - literaria - histórica del insigne Tito. Discutidor y de juicios sutilísimos. Asiduo a las tertulias del café *La Iberia*.
España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

DÍAZ Y JIMÉNEZ, Fray José María.
Religioso absolutista, a quien Fernando VII llamaba «el número uno de los

podencos» por lo bien que olía y rastreaba las conspiraciones liberales.
Los apostólicos (II).

— * DIDEROT, Dionisio (1713-1784).
Escritor y filósofo francés.
La batalla de los Arapiles (I).—*El 7 de julio* (I).—*España sin rey* (III).

— DIDO.
Hija de Delo, rey de Tiro. Fundadora de Cartago, en Africa.
El Grande Oriente (I).—*Amadeo I* (III).

— DIEGO, Don.
Personaje de la comedia moratiniana *El sí de las niñas.*
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).

DIEGO (Llamado don Paco).
Ayo de los hijos de la condesa de Rumblar.
«Era un varón de gran sencillez y moderación en sus costumbres, aunque algo pedante. Estaba él convencido de que sabía latín, y citaba a veces los autores más célebres, aplicándoles lo que estos desgraciados no pensaron nunca en decir.»
Era, además, un gran pendolista.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).

*DÍEZ, Don Juan.
Magnífico profesor de violín y piano (1854). Maestro de Rodrigo Ansúrez.
La revolución de julio (III).

* DÍEZ, Enrique (alias «Moisés»).
Revendedor de billetes de teatros. Republicanote. Tabernario.
La primera República (III).

— * DÍEZ, Lucía.
Madre de El Empecinado.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * DÍEZ, Matilde.
V. MATILDE DÍEZ.

DIMAS.
Tabernero. Amigo de Sotero Trujillo, el marido de Antoñita la *Cordonera.*
Las tormentas del 48 (II).

— * DIODORO DE SICILIA (siglo I a. J. C.).
Historiador italiano.
Narváez (II).

«DIOGÉNE, Madame».
Nombre que daba—por su cinismo—a la Campofresco la embajadora de Francia, marquesa de Turgot (1854).
V. CAMPOFRESCO, La de.
O'Donnell (III).

— * DIÓGENES (414-360? a. J. C.).
Llamado *el Cínico*, filósofo griego, figura preeminente de la escuela que lleva su nombre y que fundó Antístenes.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * DIOSCÓRIDES, Pedanio.
Médico y naturalista griego del siglo I de la Era Cristiana.
Napoleón, en Chamartín (I).

DIPUTADO ANDALUZ.
«Alto, moreno, con patillas de *boca de jacha,* dientes muy blancos y un decir ameno, con chistes en cada frase, y los ademanes tan sueltos y desahogados, que ellos bastaran para hacer reír.»
Contaba chistes a Narváez (1849). Meses después se transformó en su más implacable enemigo.
Narváez (II).

DIRECTOR
de la *Gaceta* (1848). «Hombre amabilísimo y el más zalamero, creo yo, que existe en el mundo.»
Las tormentas del 48 (II).

DIRECTOR (Nuevo)
de la *Gaceta.* Hombre severo y muy *chinche.*
Las tormentas del 48 (II).

— * DISRAELI, Benjamín (Conde de Beaconsfield) (1804-1881).
Gran escritor y gran político inglés, jefe indiscutible del partido conservador.
Narváez (II).

DJAR.
Argelino que traficaba entre Gibraltar y Marsella. «Hombre de gran diligencia y despejo.» Quería asociar a su negocio al buen Santiuste (1860).
Carlos VI, en la Rápita (III).

* DOBLADO.
Ministro mejicano afecto a Juárez.
Prim (III).

— * DOBLADO y PÉREZ.
Libreros.
Napoleón, en Chamartín (I).

DOLORES.
Doncella y confidente de Amaranta.
La Corte de Carlos IV (I).—*Gerona* (I).

* DOMENECH, Don Jacinto Félix.
Ministro de Hacienda en el Gabinete del conde de San Luis.
La revolución de julio (III).

DOMERO (El)
de Manresa. Relista intrigante.
Un voluntario realista (II).

DOMICIANA PAREDES.
Amiga de Lucila Ansúrez. Monja exclaustrada. Profesó con el nombre de sor María de los Remedios en el convento de Jesús.

«Sor María de los Remedios; su nombre de pila era Domiciana, y había vuelto al mundo de una manera un tanto irregular, por enferma de locura, que se estimaba incurable. El delirio que padeció consistía en la idea fija de ahorcarse, en otras manías inocentes, pero incompatibles con la vida de contemplación; en el furor de gritar y de ofender cruelmente a personas eclesiásticas muy respetables, todo lo cual determinó el designio de devolverla, sin violencia ni escándalo, a su padre y hermanos para que la cuidasen y corrigieran sus desvaríos por el método doméstico, con paciencia, cariño y honestas distracciones.

»Volvió, pues, Domiciana a su casa y al amparo de su familia, que era de origen extremeño, establecida en Madrid, calle de Toledo, desde tiempo inmemorial, con el negocio de cerería; y no bien tomó tierra en el hogar paterno, acomodóse lindamente al vivir secular, echando, como si dijéramos, un nuevo carácter. Ansiaba morar con los suyos, ver gente, ocuparse en menesteres gratos, lucidos y de eficacia inmediata para la vida. Pasado algún tiempo, no se mordía la lengua para decir que su temprana inclinación religiosa no había sido más que una testarudez infantil, nacida del odio a su madrastra, y fomentada por un sacerdote de cortas luces amigo de la casa.»

Era hija del cerero don Gabino y de la segunda mujer de éste. Puso un herbolario. Cultivaba con gran afición la Botánica. Y llegó a pasar por maga gracias a sus aficiones a la alquimia.

«Era Domiciana de mediana estatura, bien dotada de carnes, airosa de cuerpo, desapacible de rostro, descolorida, ojerosa, negros los ojos, la ceja fuerte y casi corrida. Si de media nariz para arriba podría su cara pretender la nota de hermosura, del mismo punto hacia abajo ganaría fácilmente el premio de fealdad por la nariz un tanto aplastada y la conformación morruda de la boca, de labio gordo, tirando a belfo. No era fácil designar su edad por lo que de ella se veía: declaraba treinta y ocho años. De la vida claustral le habían quedado los ademanes y compostura señoril, en visita o ante personas extrañas, y el habla fina, correcta, en muchas ocasiones atildada. Quedábale también la costumbre de expresar su pensamiento graduando la sinceridad por dracmas y hasta por escrúpulos, según le convenía. Entre lo adquirido al reaparecer en el mundo, se notaba la asimilación de algunas voces nuevas de reciente uso social y callejero, y el cuidado de la dentadura, buena por sí y mejorada con la *lejía jabonosa* y los *polvos de coral.* Era un excelente muestrario de su industria. Continuaba vistiendo modestamente de negro. En visita, nunca se desmintió la monja encogida que por graves motivos de salud había tenido que volver a la casa paterna, y su conversación copiaba el prontuario de todas las muletillas de respeto para cosas y personas, así humanas como de tejas arriba. Su voz no era gangosa, sino bien timbrada y de variadas inflexiones. Lo más bello de su cuerpo eran brazos y manos.»

Terminó de *duende* de Palacio y de *bruja* social juntamente con Rafaelita del Milagro y Donata.

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).—*España trágica* (III).

— * DOMICIANO. Tito Flavio Sabino (51-97).
Emperador romano, hijo de Vespasiano. Desencadenó una de las más vio-

lentas persecuciones contra el Cristianismo.
El Grande Oriente (I).

* DOMINGA.
Sirvienta y ama de llaves de don Martín Merino, el cura regicida.
Los duendes de la camarilla (II).

* DOMÍNGUEZ, Teniente.
Ayudante del general Martínez Campos (1875).
Cánovas (III).

* DOMINGUITA.
Hija casada de doña Ambrosia de los Linos. «Era muy bonita.»
El equipaje del rey José (I).

DOMINGUITA, Doña.
Dama octogenaria, abuela de Pepita González, en cuya compañía vivía.
La Corte de Carlos IV (I).

DOMINICA.
Madre de seis hijos. Cuñada del valiente Gorria, a quien éste dejó por heredera de los escasos bienes... Un huerto con doce manzanos y un peral, y un prado de Urrestillo, cerca de Azpeitia.
Zumalacárregui (II).

DONATA.
Escribe Santiuste:
«De pronto, el arcipreste, volviéndose a la cocina, gritó: «¡Donata!» Y apenas sonado este nombre en la cavidad anchurosa, apareció una mujer en el hueco iluminado por la roja claridad del fogón. Salía con presteza de la cocina, mascando el último bocado. Acudía con diligencia grave al llamamiento de su señor, como servidora que sabe no ha de ser reñida por tardanza o pereza. Fué para mí una visión sorprendente y deslumbradora. Creí ver la expresión sintética de la hermosura de mujer, tal como yo la soñé, sin verla nunca realizada.»
Vivía en una masada de Rosell de Cenia, propiedad de mosén Juan Ruiz Hondón.
Y sigue confesando Santiuste:
«Encerrado en mi alcoba, excitadísimo y sin ganas de acostarme, a pesar de mi cansancio, vi a la guapa moza en mi mente con más lucidez que en la realidad habíala visto, y mejor podría describirla por el retrato mental que en mí llevaba, que por su presencia efectiva. Era más delgada que gruesa y más alta que baja, estatura y talle contenidos lentro del arquetipo de la humana belleza. Negros ojos, boca ideal, cabello abundante, recogido con helénica gracia, melancolía, desconsuelo, añoranzas, ambición de amor..., todo esto vi en su rostro, y con tan ricos elementos lo compuse... El cuerpo de aquella divina mujer me revelaba la suma donosura, la soberana previsión de Naturaleza, la sabiduría del Criador... Belleza tan acabada no habían visto nunca mis ojos.»
Seducida por *Confusio,* huyó con él, abandonándole más tarde por no poder vivir — ¡la pobre! — lejos del ambiente clerical. Ultimamente formó en Madrid con Domiciana Paredes y Rafaela del Milagro la tríada de las *Ecuménicas,* no sin pasar por los brazos de Segismundo García Fajardo y del cura Andrés de Romerales.
Carlos VI, en la Rápita (III).—*La vuelta al mundo...* (III). — *España trágica* (III).

DONCELLA
de Eufrasia Carrasco.
Las tormentas del 48 (II).

DONCELLA
de Jenara (1823).
V. MARIANA.

DONCELLA
de la duquesa de San Lorenzo, con la que se casó don Juan Antonio Iranzo.
España sin rey (III).

— * DONIZETTI, Cayetano (1797-1848).
Famoso compositor italiano.
Bodas reales (II).—*La revolución de julio* (III).

— * DONON, Monsieur.
Ingeniero francés, representante de una poderosa Compañía constructora, a la que el Gobierno Martínez Campos-Silvela adjudicó (1879) la construcción de las líneas férreas del Noroeste de España.
Cánovas (III).

* DONOSO CORTÉS, Juan Francisco.
Marqués de Valdegamas (1809-1853).
Literato, político y diplomático español de gran talento. Fué director de estudios de Isabel II. Y uno de los paladines más firmes del Catolicismo. En 1835.
«Un joven espigado, pulcro, bien afeitadito, vestido con esmero y elegancia.»
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Cánovas* (III).

* DOÑAMAYOR.
Político. Amigo de Ducazcal, a quien sirvió de padrino en el duelo que tuvo con Paúl y Angulo.
España trágica (III).

DORADOR.
Maestro dorador de Rufino Cavallieri. Catalán. Apasionado por Prim.
Prim (III).

DORITA.
V. VARGAS MACHUCA. Dorita.

DOROTEA.
Moza de partido .
La batalla de los Arapiles (I).

* DORREGARAY, Don Antonio (1823-1882).
Famoso general tradicionalista.
«Era un hombre fornido, membrudo, de negra y espesa barba partida, despejada frente y expresivos ojos. Desde el primer momento advertí en él cierta benevolencia mezclada de curiosidad. Hízome sentar frente a sí, junto a una mesa donde vi números de *El Cuartel Real*, una escribanía de cobre con plumas de ave mojadas de tinta y algunos pliegos sueltos a medio escribir. Presidía la estancia un retrato litográfico de Carlos VII, montado en brioso corcel de flotantes crines, que lanzaba por narices y boca los vahos espumosos de su fogosidad.»
De Cartago a Sagunto (III).

DORRONSORO, Doña Saturnina.
Esposa que fué del desdichado don Adrián Ulibarri. Prima segunda de doña Manuela Mendivil.
Zumalacárregui (II).

— * DOWNIE.
Cierto general inglés que había organizado una partida de combatientes durante la guerra de la Independencia. Años después (1823) intervino en las revueltas entre liberales y absolutistas.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

DOWNIE, Lord.
Escocés estrafalario que vivía en Cádiz en 1810. (Quizá es el mismo general Downie.)
Cádiz (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

DOYLE.
Brigadier derrotado por las tropas carlistas en Salvatierra.
Zumalacárregui (II).

* DRACÓN.
Nombre masónico que se daba el infante don Francisco de Paula.

* DRAGONETTI, Marqués de.
«Caballero rubio y de buena presencia, ayudante, secretario y amigo de Amadeo I.»
Amadeo I (III).

— * DUBOSC.
Guantero famoso *de la Carrera de San Jerónimo* (1835).
Mendizábal (II).

* DUCAZCAL, Felipe (1845-1891).
Popular empresario español de teatros. Intimo amigo del rey don Amadeo de Saboya. Fundó el *Heraldo de Madrid*. Activo, vibrante, *mangoneador*, caballeresco... De una simpatía excepcional.
España trágica (III).—*Amadeo I* (III). *Cánovas* (III).

— * DUCIS, Juan Francisco (1733-1816).
Detestable traductor francés de Shakespeare. Mediano dramaturgo. Poeta vulgar.
La Corte de Carlos IV (I).

DUCLÓS.
Sargento francés muerto de un navajazo por el guerrillero Narices.
Juan Martín el Empecinado (I).

DUEÑA
de la pensión—situada en la calle de *Atocha*, entre las de *San Sebastián* y *Santo Tomás*—donde se hospedó (1869)

el bailío don Wifredo de Romarate. «Señora mayor de buen porte y modales finos, no hacía más que vigilar el servicio, recorriendo cuartos y pasillos, asistida por un grueso bastón, por estar dolorida de las piernas.»
España sin rey (III).

DUEÑAS, Don Lucio.
«Era don Lucio Dueñas, según sus biógrafos, un clérigo chiquitín, casi enano, buen hombre en el fondo, pero tan fanático y cerril, que perdía el sentido en cuanto el viento a sus orejas llevaba rumores de guerra carlista. Apenas se enteraba de que ateos y masones sacaban los pies de las alforjas, preparaba él las suyas, llenándolas de víveres y cartuchos. Convocaba inmediatamente al vecindario del mísero pueblo de Alcabón, y entre mozos y viejos disponibles reclutaba una docena, o algo más, de gandules dispuestos a defender con su sangre y su vida la Unidad Católica y la Monarquía absoluta. Hecho esto, y reunida su mesnada, que rara vez pasó de veinte hombres, echaba la llave a la iglesia, cogía la escopeta, enjaezaba su rocín flaco, y, ¡hala!, a pelear por Dios y por Carlos VII.
»El campo de operaciones del minúsculo guerrillero tonsurado era la banda Sur de la provincia de Toledo. Pasaba el Tajo por donde podía; evitaba los pueblos grandes; en los pequeños entraba impetuoso, arengando a su gavilla; pedía raciones, cebada y pan o lo que hubiese; y si en alguna parte le atendían, daba recibo en papel, encabezado con este membrete: *Real Comandancia de Toledo*. Su refugio y descanso buscaba en Menasalbas o en Guadalerzas. Era, en verdad, delicioso y romancesco el cleriguillo de Alcabón. Hacía poco o ningún daño; no fusilaba; valíase de los muchos amigos que en la comarca tenía para escabullirse de la Guardia Civil; pedía y tomaba raciones; no despreciaba caballo cojo ni burro matalón, y aprovechando alguna coyuntura feliz, arramblaba con los menguados fondos municipales.»
España sin rey (III).

DUEÑO
de la posada de *El Dragón*, en Madrid. Favorecedor de *Tablas* (1834).
Un faccioso más... (II).

DUEÑO
de una covacha en las ruinas de un antiguo monasterio derruído por Rodil (1835).
«Hombre obsequioso, alavés fronterizo de Burgos, que hablaba perfectamente el castellano y mostraba conocimiento práctico de mil cosas diversas.»
De Oñate a La Granja (II).

DUEÑO
de una tienda de ataúdes de la calle *de Juanelo*, cuñado del clérigo don Ventura Gavilanes.
Bodas reales (II).

* DUERO, Marqués del.
Título de
V. CONCHA, General don Manuel Gutierrez de la.

— * DUHESME, Guillermo Felipe (1766-1815).
General francés que operó en Cataluña durante la invasión napoleónica en España.
Bailén (I).—*Gerona* (I).

* DULCE, Domingo (1808-1869).
Oficial (1838) de Caballería. «Muy intrépido.» Obtuvo por su bravura cuatro cruces de San Fernando. Siendo jefe de la guardia de Palacio, contuvo a los sublevados que querían apoderarse de la reina niña Isabel II (1841).
Vergara (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

DULCE, Doña.
Esposa de don Casiano, el hidalgo labrador de Bargas (Toledo). «La más bella, la más airosa y afable dama labradora de estos reinos.»
Amadeo I (III).

— DULCINEA.
Nombre que dió Don Quijote a su amada ideal.
La batalla de los Arapiles (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* DUMANOIR, Almirante.
Jefe de escuadra francés.
Trafalgar (I).

— * DUMAS, Alejandro (1803-1870).
Novelista y autor dramático francés de gran fecundidad y enorme popularidad. Pasa por uno de los corifeos del Romanticismo. Estuvo en Madrid como comparsa de la comitiva de los duques de Aumale y Montpensier, cuando éste se casó con la infanta Luisa Fernanda.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Bodas reales* (II).— *Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).

DUPLÁU, José (alias «Pelusa»).
Carpintero. Hombre de acción y de ideas exaltadas. Tabernario.
La primera República (III).

* DUPONT DE L'ETANG, Pedro (1765-1840).
Mariscal francés vencido en Bailén por el general Castaños.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

DUQUE DE X.
Marido viejo de *Lesbia*.
La Corte de Carlos IV (I).

DUQUESA X.
V. LESBIA.

* DURÁN.
Librero de la *Carrera de San Jerónimo*. Sucedió a Monnier y antecedió a Fernando Fe.
España trágica (III).

DURÁN, Don Juan.
Valiente coronel de Trujillo, defensor heroico de Bilbao (1836). Amigo de los Bringas, Arratias, Epalza y demás patriotas bilbaínos.
Luchana (II).

* DURÁN, José Joaquín (1770-1820).
General y guerrillero español celebérrimo por la estrategia y audacia. Estuvo muy unido al Empecinado.
Juan Martín el Empecinado (I).

* DURÁN Y LIRA.
Ministro de Marina español (1875).
Cánovas (III).

— * DUROC (El general Gerardo Cristóbal Miguel, Duque Frioul) (1772-1813).
Colaborador muy apreciado de Napoleón. Acompañó a éste cuando vino a España.
La Corte de Carlos IV (I).

— * DYCK, Antonio van (1598-1641).
Uno de los grandes maestros de la pintura flamenca. Retratista genial.
O'Donnell (III).—*Cánovas* (III).

E

— * EBOLI, Princesa de (Ana de Mendoza) (1540-1595?).
Esposa de Rui Gómez de Silva, consejero de Felipe II. Una de las mujeres más bellas de su época, pese a ser tuerta.
De Cartago a Sagunto (III).

* ECHAGÜE, Rafael de (1815-1887) (conde del Serrallo).
General español. Se distinguió en la guerra de Africa (1860), en la que ganó el título de conde del Serrallo. De muchacho tomó parte en la guerra carlista (1836), y fué gran amigo del famoso regente general Serrano y capitán de Guías del general Espartero.
De Oñate a La Granja (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* ECHAIDE, Don Martín.
Arriero del servicio de espionaje del general Espartero.
«Era el arriero jefe cincuentón, de mediana estatura, tan chupado de rostro, que los carrillos se le juntaban por

dentro de la boca, formando al exterior dos cavernas velludas; los ojos se le metían hasta el cogote, sin que de ello resultara aspecto de fiereza, sino más bien como de anacoreta, o como las malas imágenes que representan a los benditísimos padres del yermo. Su sonrisa de beatitud convidaba a la confianza. En el cinto de cuero llevaba el rosario de cuentas negras y pringosas y un puñal. Era el vestido de los cuatro calzón corto con peales, chaqueta parda y pañizuelo a la cabeza, las camisas del más tosco hilo campesino.»
Vergara (II).

* ECHALUCE, Coronel
de Artillería. A las órdenes del marqués del Duero.
De Cartago a Sagunto (III).

ECHAVARRI, Manuela.
De Bilbao. Amiga de los Arratias.
Luchana (II).

* ECHEGARAY, Don José (1832-1916).
Político, autor dramático y matemático español de gran fama.
España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera casaca* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* ECHEVARRI.
Ministro de Seguridad pública de Fernando VII (1814).
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* ECHEVARRI, Don Pedro Agustín de.
Famoso guerrillero español que combatió implacablemente a los franceses en la Mancha.
Bailén (I).

ECHEVARRI, Melquíades.
Amigo de los Arratias, en Bilbao.
Luchana (II).

* ECHEVARRÍA.
Diputado a Cortes (1873).
La primera República (II).

* ECHEVARRÍA.
Ministro mejicano. Afecto a Juárez.
Prim (III).

* ECHEVARRÍA, Don Juan.
Confesor del Pretendiente don Carlos María Isidro. De «frailuna personalidad». Del enjambre *de los puros* del pretendiente (1836), en Oñate, que odiaban a los pocos generales hábiles con que contaba la Causa. Clérigo, alma del partido neto. Muy discutidor y malicioso. «Alto y bastote, alzaba mucho los brazos al hablar.»
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).

* ECHEVARRÍA, Francisco (1770-1810?).
Guerrillero español. Operó en Castilla. Su valor era pasmoso. Era fraile cartujo en el convento de Briviesca (Burgos).
Juan Martín el Empecinado (I).

EDELMIRA (Desdémona).
Protagonista de la traducción española del *Otelo* de Shakespeare, perpetrada por Teodoro Lacalle de una versión malísima de Dinis.
La Corte de Carlos IV (I).

— EDIPO.
Rey de Tebas. Hijo de Layo y Yocasta, y de quien se ocupa Homero en la *Odisea* y Sófocles en las tragedias tituladas con su nombre.
El equipaje del rey José (I).—*La estafeta romántica* (II).

«EDIPO».
V. MUÑOZ, Filiberto.

EDUVIGIS, Una tal.
Esposa de cierto carrerista. «Se volvió loca de amor» por el capitán Bartolomé Gracián.
La revolución de julio (III).

— EFÉMERA.
Hija del Tiempo.
Cánovas (III).

* EGAÑA.
Señor alavés que unió su suerte a la de Montes de Oca (1841).
Montes de Oca (II).

* EGAÑA, Don Pedro (1804-1885).
Periodista. Político. Diputado por Vitoria (1849). Fundó el periódico *La España*. Ministro con Narváez (1846) y con Lersundi (1851).
Narváez (II).—*La revolución de julio* (II).—*Prim* (III).

— * EGEA.
Ministro de Hacienda (1822) y poeta muy malo.
El 7 de julio (I).

— * EGIPCÍACA (Santa María).
V. SANTA MARÍA EGIPCÍACA.

* EGUÍA («el Manco»).
Jefe carlista *un poco dado de lado* por ser blasfemo en los momentos culminantes (1836). Uno de los sitiadores de Bilbao. «Recorría las líneas con su sombrero de copa forrado de hule y su largo levitón, metida en el bolsillo la única mano de que podía disponer.»
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).

— * EGUÍA, Don Francisco Ramón (1750-1827).
«Teniente general, ministro de la Guerra, anciano casi decrépito, aunque no privado aún de cierta agilidad, y con una singular comezón de hablar y moverse, que era el rasgo definitivo de su espíritu, así como la coleta y corcovilla lo eran de su cuerpo.»
Gran servilón, enemigo acérrimo de la Constitución, pero gran patriota.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un faccioso más...* (II).

EGUILUZ, Tiburcio.
Superintendente general de Vigilancia pública del pretendiente, en Oñate (1836).
De Oñate a La Granja (II).

* EL HORAÍN (Abu Riala: el del duro).
Caudillo valeroso árabe de la guerra de 1859-60.
Aita Tettauen (III).

ELCANO, Juan.
Amigo de *Mariclío*. Viejísimo marino que había estado en Trafalgar (1805). Conservaba intactas sus maravillosas energías. Murió defendiendo la muralla cartagenera contra las fuerzas centralistas.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * ELCHINGEN, Duque de.
Mariscal francés.
La batalla de los Arapiles (I).

* ELDUAYEN.
Ministro con el Gabinete Serrano (1872). «Muy conocido en su casa...»
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

ELEFANTE.
Apodo denigrante dado a don Ignacio Martínez Villela, consejero de Castilla y hombre muy metido en Palacio.

ELENITA CORDERO.
Hija de don Benigno y doña Robustiana.
«De la incongrua pareja que formaba esta mujer con el benemérito hombrecillo del arco de Boteros (pareja admirablemente acordada en el orden moral) había nacido el día mismo de la batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805) Elena Cordero, en cuya persona se verificó una preciosa amalgama del ser físico del padre y del de la madre. No salió a ella ni a él, sino a los dos, realizando en sí uno de esos maravillosos términos medios que sólo resultan bien en los divinos talleres de la Naturaleza. No era Elena grande ni chica, ni gorda ni flaca, sino admirablemente proporcionada en talle, color y estatura. Su cabeza era de las más hermosas que pueden imaginarse, de tal modo que viéndola se comprendía que el valor sereno de don Benigno no era el único parentesco de aquella familia con la raza helénica. Su cara era la más bella que se ha visto durante muchos años en toda la zona del comercio matritense, desde Majaderitos a la calle de Milaneses.
»Quizá faltaba a su rostro aquella movilidad de la fisonomía española que es como el temblor de la luz jugando sobre la superficie del agua agitada· quizá le faltaba esa facultad de hablar en silencio, lenguaje admirable del cual son signos las pestañas, el iris negro que alumbra como una luz, la sombra de la cara, el modo de mover el cuello, la olvidada guedeja sobre la sien, el rumorcillo del pendiente que se mueve ensartado en la oreja. Quizá Elena era demasiado selecta y tenía demasiada corrección en su persona; mas no por esto dejaba de ser acabado tipo de hermosura. Sus apasionados alegaban, para defenderla, que era más bella su timidez inocente y aquella perfección mu-

ñequil, tan esmerada en sus limpios perfiles, que la desenvoltura y graciosa viveza de otras. Algunos la ponían resueltamente en el orden de los juguetes finos; otros, en el de las imágenes de iglesia. Pero, no obstante tal diversidad de opiniones, era generalmente admirada, contribuyendo además la fama de su virtud a aumentar la aureola de respeto y consideración que circundaba como nimbo luminoso a toda la familia de Cordero.»

El terror de 1824 (I).—*Los apostólicos* (II).

ELÍAS OREJÓN.

Amigo de don Felicísimo Carnicero. Apostólico. Conspirador (1831).

El 7 de julio (I).—*Los apostólicos* (II). *Un faccioso más...* (II).

* ELÍO.

Caudillo carlista (1838). Hijo de don Francisco Javier. Estuvo igualmente complicado en el alzamiento (1860) a favor del Pretendiente don Carlos VI.

Vergara (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

* ELÍO, Don Joaquín.

Personaje conspicuo, en 1869, de la Comunión Tradicionalista.

España sin rey (III).—*Amadeo I* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).

* ELÍO, Francisco Javier (1767-1822).

General español absolutista. Gran patriota. Libró de bandidos la región valenciana. Durante el período liberal fué condenado a la pena de garrote, que sufrió con entereza ejemplar.

La segunda casaca (I).

ELÍO, Señor.

Capellán de ambulancia en un convoy carlista, «viejo muy dispuesto, cojo de un balazo que recibió capitaneando una partidita en los comienzos de la guerra».

Zumalacárregui (II).

ELIZAGARATE.

Sargento de Zapadores, en Bilbao, durante los Sitios.

Luchana (II).

ELIZALDE.

Oficial de Guías del ejército sitiador de Bilbao—junio de 1835—, quien atribuyó a Juan Bouzas la bala que hirió de muerte a Zumalacárregui.

Zumalacárregui (II).

ELOÍSA.

Daifa, amiga de Paca la *Africana*. Fué querida de Vicentito Halconero.

«Halconero estrechó con afecto la mano blanca, y por un instante admiró el bello rostro de exquisito corte y finura, los ojos azules, la expresión inocente de la pobre mujercita en quien se juntaban las apariencias angelicales con la moral más desconcertada.»

«Eloísa encarnaba en su persona la más absurda paradoja que pudiera imaginarse, pues su depravación pública no se acomodaba con la fineza ideal de su ser físico. Inmóvil y callada, era un perfecto tipo de distición atristocrática; la palabra y el gesto descomponían el artificio, y ya no era más que un ser desgraciado, errante en el laberinto de las liviandades del hombre.»

España trágica (III).—*Cánovas* (III).

«ELOÍSA, La».

Distraída elegante. «Muy conocida en todos los círculos... viciosos.»

Amadeo I (III).

* ELOLA, Hermano.

Lego jesuíta del Colegio Imperial de San Isidro. Fué linchado por la plebe, que achacaba a los frailes el envenenamiento de las fuentes (1834).

Un faccioso más... (II).

ELÓSEGUI, Celestino.

Hacendado de Vergara y amigo de Ibarburu. Gran carlista y generoso de su dinero con la Causa.

Zumalacárregui (II).

ELÓSEGUI, Don Matías.

Rico propietario de Vergara, en cuyo domicilio se hospedó varias veces Zumalacárregui.

Zumalacárregui (II).

— ELVIRA.

Heroína de la novela de Larra *El doncel de don Enrique el Doliente*.

La estafeta romántica (II).

* ELLIOT, Lord.

Comisionado de Inglaterra para mediar en la guerra civil española hacien-

dola menos inhumana. «Seco y lacónico.» Logró su intento al firmar los adversarios el Convenio llamado *Elliot*.
Zumalacárregui (II).—*Vergara* (II).

* EMBAJADOR
de Austria en España (1849). «Un caballero muy guapo vestido de magiar.»
Narváez (II).

* EMBAJADOR
de Nápoles. «Vendido a los apostólicos.» (1832).
Los apostólicos (II).

EMBAJADORCILLO
de Su Santidad.
El Grande Oriente (I).

EMERILDA DEL DESCENDIMIENTO, Sor.
«Tarascona insolente» del convento de la Consolación, enemiga de la ex religiosa doña Esperanza Castril.
La vuelta al mundo (III).

EMILIA.
Personaje del *Otelo de* Shakespeare. En la versión española: *Hermancia*.
La Corte de Carlos IV (I).

* EMPANÁN, Don Luis de.
Capitán del *San Hermenegildo*
Trafalgar (I).

EMPARÁN, Doña Rita.
Hermana de don Feliciano. Vieja.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

EMPARÁN, Señor don Feliciano de.
Viejo y contertulio de don Saturno de Socobio. Hombre millonario y muy metido con monjas y frailes. Padre de María Ignacia. Bastante meticuloso, lleno de escrúpulos y apretado de bolsa.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

EMPARÁN Y BARAONA, María Ignacia.
Hija de doña Visitación y don Feliciano. Querían casarla con Pepe García Fajardo, quien tuvo de ella esta primera impresión:
«Hago acopio de toda mi sinceridad y rectitud para declarar que la primera impresión que en mí produzco la niña de Emparán fué atrozmente desagradable. ¡Válgame Dios, qué niña! Y aunque en el breve espacio de una visita sólo podía yo juzgar el ser físico, éste y el espiritual, representados en un solo ser, pareciéronme de lo más desgraciado que Dios ha puesto en el mundo. Es Mariquita Ignacia lo más contrario al tipo de muchachas que comúnmente vemos en todas las clases sociales, pues no hay ninguna que en la florida sazón de los dieciocho no tenga en su persona, siquier sea la misma fealdad, algún rasgo de gracia y donaire, algún tono de frescura y de seductora juventud. El cuerpo es un mentís de su edad, que en ella parece un fraude. Rara vez se revisten los verdes años de aquella gordura desatentada, contraria a todo sentimiento de proporción, pelmazos de carne distribuídos sin ninguna lógica en las partes de un defectuoso esqueleto. Abulta el seno enormemente, saliéndose del círculo natural de la doncellez, y para acabar de arreglarlo, la cintura y vientre con aquella otra zona quieren confundirse, rompiendo la esclavitud del corsé y arrollando las filas de ballenas que martirizan el pobre cuerpo. Son los brazos chicos, el cuello corto, gordezuelo y bonitas las manos, única nota bella en que puede recrearse la vista. Ella lo sabe y habla más con las manos que con la boca.
»Hice un mental esfuerzo por descubrir en el rostro de María Ignacia algo que despertar pudiese admiración o agrado, y no lo encontré, bien sabe Dios que no lo encontré. En la estricta verdad me inspiro al afirmar que la señorita de Emparán nació desfavorecida de todas las hadas. Deseando conceder algo, sostengo que es aceptable su rostro cuando la niña permanece con la boca cerrada; pero en cuanto descorre la cortinilla de sus labios, aparece el rojo escándalo de sus encías, que todo lo afean; los dientes son desiguales, colocados anárquicamente, sin más atractivo que una limpieza tan esmerada como la de toda la casa de Emparán. Bien sabe la niña que su boca es la negación de la juventud, de la alegría y del amor, y no cesa de hacer hociquitos y muecas para tenerla siempre tapada. Hay que ver sus apuros cuando, en los incidentes de la conversación, forzada se ve a la risa

franca: de aquí proviene la seriedad que la hace más desapacible. Rubios, tirando a bermejos, son sus cabellos, peinados con arte, y sus ojos claros, sin viveza, miran medrosos reclamando la compasión más que la simpatía. ¡Pobre María Ignacia! Yo sentía lástima de ella y de sus padres y familia, que en tan infeliz persona concentran todos sus afectos y aspiraciones.»

Acabó de esposa de Pepe Fajardo. Y entonces éste se vió sorprendido así:

«¿Cómo no percibí, cómo no adiviné las facultades de Ignacia, escondidas bajo tan desairadas apariencias? Era que la educación encogida, con tanto mimo y tanto arrumaco doméstico y religioso, había guardado en envoltura de sobrepuestas vitelas aquellos tesoros, poniéndole sellos tan firmes que no pudiera romperlos más que el matrimonio, cariño y confianza de marido. Arrancado el sello por un amor que a los demás amores se sobreponía, descubriéronse las escondidas joyas, y una tras otra iban saliendo del forrado y pegoteado estuche.

»La mujer que antes me había parecido despojada de todo encanto era la misma bondad; los chispazos de razón fueron bien pronto un luminoso rayo que todo lo encendía y alumbraba. Discurría sobre lo divino y lo humano con un sentido que era mi mayor gozo; y descubriendo cada día nuevas aptitudes, expresaba las ideas con donaire, que el uso iba trocando en gracia exquisita. Pero lo más admirable en ella, lo que mayormente me cautivaba era su templada voluntad, procurando en todo caso acordarse con la mía y con la de mi madre; la ausencia completa de gazmoñerías, impertinencias y salidas de tono, y el sentido de corrección unido siempre a la ternura conyugal y filial. Desgraciadamente, a la transformación espiritual no podía corresponder la física, y María Ignacia, en rostro y talle, no podía desmentirse a sí propia. Un poco había enflaquecido, y el desaire de su cuerpo era menos notorio; en su rostro, los ojos habían ganado en viveza o, al menos, a mí me lo parecía; la boca no tenía enmienda, por más que yo, influído de la buena voluntad en contados momentos, la creyese menos desapacible. Diré también, completando el elogio de mi cara mitad, que Ignacia tenía conciencia de su falta de encantos naturales, y que, resignada y tranquila sobre este punto, no pretendía con afeites o violentos artificios disimular sus defectos. Era una fea que no presumía de guapa ni reclamaba los honores de tal; la sencillez y la naturalidad sin pretensiones dábanle un cierto encanto que, por momentos, podía sustituir a los que el Cielo no quiso concederle.»

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Cánovas* (III).

EMPECINADILLO.

Un niño como de dos años que encontró la partida de Vicente Sardina en un pueblo incendiado por los franceses. Se le nombró hijo adoptivo de la partida, y con su gracia enamoró al granadero francés Plobertin—a quien se le había muerto un hijito parecido en la misma edad—y fué la causa de que Plobertin dejara escapar a Gabriel Araceli cuando le iban a fusilar...

Juan Martín el Empecinado (I).

* EMPECINADO, El.

V. MARTÍN, Juan.

— * EMPERADOR DE AUSTRIA (Francisco II) (1768-1835).

Vencido por Napoleón. Su hija María Luisa fué la segunda esposa de éste.

Bailén (I).

EMPERÁN, Doña Ignacia.

De los Emperanes, de Azcoitia. Madre de Tomás O'Lean. «Vascongada de mollera dura, señora muy tiesa y muy rigorista en lo social, arrebatada de fanatismo en lo religioso.»

Bodas reales (II).

— * ENA, Don Vicente.

Conspirador zaragozano (1835) en favor de don Carlos. Más tarde, antiesparterista furibundo.

Un faccioso más... (II).—*Bodas reales* (II).

ENANO (Esdras Molina),

que iba con las piadosas mujeres judías que llevaron al mísero Santiuste a Tetuán.

«Hombre tan pequeño, que bien podía

llamarse enano; vestía un haraposo balandrán azul, y se cubría la coronilla con un gorrete del mismo color. Calzaba viejísimas babuchas que parecían de tierra; su rostro era lívido, con bigote lacio; su edad, difícil de precisar.»
Aita Tettauen (III).

ENANO
mudo casi, idiota, vecino de Virginia Sorobio y su amante.
La revolución de julio (III).

ENCARNA.
Chiquilla vivaracha y simpática, de la vecindad de Antoñita la *Cordobesa*.
Las tormentas del 48 (II).

ENCARNACIÓN.
Amiga de José Iturbide.
Vergara (II).

ENCARNACIÓN.
Planchadora. Nodriza que fué del chiquillo mayor de don José del Milagro. En su casa se veía Rafaelita del Milagro con...
Montes de Oca (II).

ENCARNACIÓN, Doña.
Nombre de.
V. SOCOBIO, Señora de.

— ENDIMIÓN.
Símbolo del sueño. Fué amante de Selene—la Noche—y amado por la Casta Diana.
La Corte de Carlos IV (I).

— ENEAS.
Héroe troyano, hijo de Anquises y de Venus y príncipe de los Dardánidos.
La estafeta romántica (II).

— * ENRIQUE II (1368-1379).
Rey de España. Asesinó a su hermanastro, Pedro I. Pertenecía a la casa de Trastamara. Hijo natural de Alfonso XI.
Cádiz (I).—*Vergara* (II).—*Prim* (III).

— * ENRIQUE IV DE FRANCIA (1553-1610).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* ENRIQUE, Infante don.
Hijo de Luisa Carlota y de don Francisco de Paula. Pretendiente de Isabel II.
«Los resquemores del infante datan de los días, ya lejanos, en que se consumó el enorme desacierto de las bodas reales... Así lo dicen los que conocen el asunto y han sido testigos de la creciente inquietud de este descontentadizo nieto de Carlos IV... Sólo de vista conozco al infante. Se parece a don Francisco de Asís; pero el rostro de don Enrique es más varonil que el de su hermano. La frente y el cabello rizoso les dan semejanza... Lo demás del rostro indica en don Enrique un vivir de fatigas y aun de pasiones que no advertimos en el mirar inexpresivo y cuajado del esposo de doña Isabel.»
«Era hidalgo, valiente, liberal, amante de sus hijos, amante del aura popular; su historia, desde el 46, en que los vientos de la opinión jugaron con su nombre ilustre, hasta que murió en una tragedia doméstica, fué agitada y borrascosa, vida de rebeldía constante, de querella irreducible entre la realeza y la popularidad...»
Murió a consecuencia de un duelo que tuvo con el duque de Montpensier (1870).
Bodas reales (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

* ENRIQUE DE BORBÓN Y CASTELVÍ, Don.
Hijo del infante del mismo nombre. Enrique era subteniente de Húsares.
España trágica (III).

— * ENSENADA, Marqués de la (1702-1781).
Célebre ministro de Fernando VI. Fué el fundador de la Marina española.
Mendizábal (II).

— EOLO.
Hijo de Júpiter y Melánipe. Dios de los Vientos.
Las tormentas del 48 (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Cánovas* (III).

EPALZA, Don Tomás.
Banquero de Bilbao. Hombre jovial, satisfecho en toda ocasión, de una fe ciega en la resistencia de Bilbao (1836). Amigo de los Arratias.
Luchana (II).

EPALZA, María.
Bilbaína. Amiga de los Arratias. Muy devota.
Luchana (II).

— * EPAMINONDAS (363-411 a. J. C.).
Célebre general tebano que derrotó a los lacedemonios en Leuctra. Invadió la Laconia. Murió en Mantinea .
Trafalgar (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El equipaje del rey José* (I). *Un voluntario realista* (II).

«EPAMINONDAS».
Masón perorante y olímpico a quien conoció el insigne Tito en la tertulia de Candelarita Penélope.
Cánovas (III).

— * L'EPÉE, Carlos, Abate de (1712-1789).
Célebre profesor de sordomudos.
Luchana (II).

«EPÍSTOLA, El».
Mote que le daban a.
V. PERTUSA, Eustaquio de la.

— EPITAFIO, Don.
Personje caprichoso dentro de la misma ficción.
La Corte de Carlos IV (I).

— EPULÓN.
El Rico. Personaje de una parábola de Jesús.
Las tormentas del 48 (II).

— * ERASMO, Desiderio (1467-1536).
Famoso humanista holandés. Autor del famosísimo *Elogio de la locura.*
Napoleón, en Chamartín (I).—*El 7 de julio* (I).

ERASMO GAMONEDA, El señor.
Dueño de una tienda, en la calle *de Cuchilleros, de obleas, lacre y fósforos.* Liberalote. Dirigía todos los levantamientos populares de su barriada. Hombre un poco abrutado y áspero. Excelente corazón.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * ERASO.
Oficial cristino, *correo* entre los hermanos Zumalacárregui (1835).
Zumalacárregui (II).

* ERASO, Benito Francisco (1793-1835).
Militar y guerrillero español de ideas absolutistas. Se distinguió en no dejar que pasasen la frontera los emigrados liberales. Carlista, se alzó (1834) en Navarra.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Un faccioso más* (II).—*Zumalacárregui* (II). *Mendizábal* (II).

— * ERCILLA, Alonso de (1533-1594).
Poeta madrileño. Autor de *La Araucana.* Poema épico, «el mejor que se ha escrito en lengua castellana», según Menéndez Pelayo.
Napoleón, en Chamartín (I).

ERHIMO.
Una de las tres mujeres de Mohamed-ben-Sur el Nasiry (el renegado Gonzalo Ansúrez). Era bellísima, sin duda, aun cuando el guasón celtíbero le hizo creer al fantástico y enamoradizo *Confusio* que padecía erupciones, corrimientos y mal olor de boca.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * ERLANGER.
Banquero de París, en la *rue Drouot.*

— * ERLON.
General francés que tomó parte en las batallas de Alava (1811).
El equipaje del rey José (I).—*Mendizábal* (II).

* EROLES, El barón.
De los tres regentes del Trono y el Altar, en la ciudad de Argel, el más tolerante.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

* ERRAZU, La bella.
Dama hermosa mejicana que desde París conspiraba contra la forma republicana de su patria.
Prim (III).

ERRAZU, Pedro.
Condenado (1824) a la horca por haber proferido expresiones subversivas en estado de embriaguez.
El terror de 1824 (I).

— * ERRO, Don Juan Bautista.
«Absolutista siempre, ahora apostólico vergonzante» (1831). Don Carlos pensó en él (1837) para formar un Gabinete ministerial *de verdad.*
«Y se abrió paso con esfuerzo de sus

brazos vigorosos. Calpena le observó bien, admirando su alta estatura, no inferior a la de Mendizábal; como éste, bien parecido, de edad poco más o menos la misma, vestido con cierto esmero inglés. Como los liberales a don Juan Alvarez, los facciosos habían traído de Londres al señor Erro, movidos de su fama de gran rentista, y entró el hombre en el Real de Don Carlos prometiendo atar los perros con longanizas, terminar la guerra en seis meses, como el otro, y sacar dinero de debajo de las piedras. Luego resultó que todo era ensueños, cuentas galanas, humo...»

Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).

ERRO SUREDA y ARIAS TEJEIRO, Doña María.

«De sangre carlista por los cuatro costados.» Esposa de don Luis Trapinedo. Era moderna, lista, agradable. Madre de dos hijas lindas y de dos chicotes...

España sin rey (III).

ERZINI.

Prestigioso y rico judío de Tetuán (1860).

Aita Tettauen (III).

* ESCALANTE.

Periodista y poeta santanderino. Diputado en 1835.

Mendizábal (II).

* ESCALANTE, Amable.

Jefe de Caballería. Conspirador (1864). Amigo de Prim.

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

ESCALERA.

Un madrileño al que llevó al patíbulo la delación de la Manuela (1811).

La batalla de los Arapiles (I).

* ESCAÑO, Antonio de (1750-1814).

Marino culto y valiente. Jefe de escuadra y diputado en las Cortes de Cádiz. Estas le nombraron ministro de Marina.

Trafalgar (I).—*Cádiz* (I).

— * ESCOBAR.

Patriota hacendado en Zaragoza.

Zaragoza (I).

* ESCOBAR, Don Ignacio.

Director de *La Epoca*. De la Comisión que fué a ofrecer el Trono español a don Alfonso XII.

Cánovas (III).

* ESCOBAR Y VALDEOLIVAS, Don Enrique.

Capitán, retirado por enfermo, al que los carlistas que entraron en Cuenca (1874) asesinaron a bayonetazos delante de su madre.

De Cartago a Sagunto (II).

— * ESCOBEDO.

Político liberal. De la camarilla constitucional.

El 7 de julio (I).

ESCOCÉS.

Un oficial al que conoció Araceli poco antes de empezar la batalla de los Arapiles.

«Un escocés fornido, alto, hermoso, de cabellos rubios como el oro y de mejillas sonrosadas como una doncella.»

La batalla de los Arapiles (I).

* ESCODA, Coronel.

Combatió—en Chinchilla, 1873—al cantonalista general Contreras.

La primera República (III).

* ESCÓIQUIZ, Don Juan (1763-1820).

Político y canónigo español, preceptor de Fernando VII. Ministro de Gracia y Justicia.

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

ESCORIAZA.

Nombre que encubría, a creer de sus amigos, a Servet o Monsalud. En realidad, encubría al famoso ladrón Luis Candelas.

Los apostólicos (II).

ESCORIHUELA, El padre.

Muy afecto a don Ramón Cabrera.

La campaña del Maestrazgo (II).

* ESCOSURA, Jerónimo de la.

Literato, periodista y censor *intransigente gubernativo* (1836). Amigo de Pepe García Fajardo.

De Oñate a La Granja (II).—*Narváez* (II).

— * ESCOSURA, Patricio de la (1807-1878).
Gran poeta español, capitán de Artillería, político. Llegó a ser ministro de la Gobernación, académico y representante de España en Berna.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).

ESCRIBANO (Un).
ante el que hizo testamento el doctor Nomdedéu, en Gerona.
Gerona (I).

* ESCRIÚ.
Buen actor cómico de los escenarios madrileños.
Cánovas (III).

— ESCULAPIO.
Hijo de Apolo y de Coronida. Dios de la Medicina.
Narváez (II).

ESDRAS.
Borriquero de Tetuán. Hombrecillo servicial y tímido.
Carlos VI, en la Rápita (III).

ESNAOLA, Doña Tiburcia.
Señora muy principal (1838) de Durango. «Señora bien vestida, no joven, aunque de buen ver.» Agente de Espartero en la zona del Tradicionalismo.
Vergara (II).

— * ESOPO (siglo IV a. J. C.).
Famoso fabulista griego. Los habitantes de Delfos le arrojaron al mar el año 560.
Los duendes de la camarilla (II).

ESPAÑA, Ceferino.
Político. Acompañó, sencillo paisano, a los militares sublevados (1854) con O'Donnell.
La revolución de julio (III).

* ESPAÑA, Don Carlos José, conde de (1775-1839).
General español de origen francés. Combatió a los franceses en España. Más tarde se hizo carlista y combatió a Isabel II. Fué asesinado y su cadáver arrojado al río Segre.
«Era un excelente militar, muy bravo y fuerte: pero de carácter variable y díscolo. Digno de admiración en los combates, movían a risa o a cólera sus rarezas cuando no había enemigos delante. Tenía una figura como simpática, y su fisonomía, compuesta casi exclusivamente de una nariz de cotorra y de unos ojazos pardos bajo cejas angulosas, revueltas, movibles, y en las cuales cada pelo tenía la dirección que le parecía, revelaba un espíritu desconfiado y pasiones ardientes, ante las cuales el amigo y el subalterno debían ponerse en guardia.»
Cádiz (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * ESPARTACO (113-71 a. J. C.).
Jefe de esclavos de gran inteligencia, se sublevó y tuvo en jaque a varios generales romanos. Fué derrotado por Marco Craso.
El 7 de julio (I).

— * ESPARTERO.
Canónigo de Ciudad Real. Hermano del famoso general don Baldomero. Suplicó a Narváez (en 1838) clemencia para los paisanos de Calzada de Calatrava que auxiliaron al carlista Gómez.
Narváez (II).

* ESPARTERO, Don Baldomero (1793-1879).
General español. Duque de la Victoria. Regente del Reino (1841). Ministro. De gran talento natural. Con el carlista Maroto se dió el famoso *abrazo de Vergara*.
«Toda la noche estuvo viendo ante sí, en la oscuridad, los ojos de Espartero, negros, penetrantes, ojos de trastienda y picardía, y su rostro atezado, duro, que parecía de talla, labradito y con buches, el bigote triangular sobre el fino labio, la mosca, las patillas, demasiado ornamento de pelos cortos para una sola cara.»
Zumalacárregui (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio*

(III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (II).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* ESPELETA.
Jefe militar cristino. Ayudante del virrey de Navarra, general Alaix.
Vergara (II).

ESPERANZA CASTRIL (Angustias), doña.
Monja que se fugó de su convento de La Consolación, en Játiva, el año 1849, y que Diego Ansúrez tomó por esposa «o cosa tal». El esposo la *rebautizó* llamándola Esperanza, porque su nombre de pila era Angustias.
«Una señora muy reservada y seria, de belleza fría y sin encanto; la expresión del rostro, más de escultural que de persona viva; la mirada, brillante y quieta, como de imagen barnizada.»
La vuelta al mundo... (III).

— * ESPÍN, José (1812-1881).
Notable músico y compositor español.
Bodas reales (II).

ESPINILLA.
Banderillero.
La Corte de Carlos IV (I).

* ESPINOSA, Capitán.
Fusilado a consecuencia del fracasado pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

ESPOSA
de don Eduardo Oliván. De «seductora hermosura» y amante de medio Madrid.
Mendizábal (II).

ESPOSA
de don Felipe Manturana, de Olerón. «Persona de excelente educación, francesa, hija de un librero de Foix.»
Mendizábal (II).

ESPOSA
del jefe cristino Fontiveros, fusilada por los carlistas.
La campaña del Maestrazgo (II).

ESPOSA (La)
de don Manuel de Montoria. Perdió a su esposo y a su hijito durante el segundo sitio de Zaragoza. Y quedó medio lela.
Zaragoza (I).

— ESPOSA (La)
del licenciado Lobo.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* ESPOZ Y MINA, Francisco Javier (1789-1817).
Guerrillero español famoso.
«Era hombre de cuarenta y dos años, recio y avellanado, de semblante rudo, en que se pintaba una gran energía, y todo su aspecto revelaba el guerreador castellano, más ágil que forzudo. En sus ojos, sombreados por cejas muy espesas, brillaba la astuta mirada del guerrillero que sabe organizar las emboscadas y las dispersiones. Tenía cortas patillas, que empezaban a emblanquecer, y una piel bronca; las mandíbulas, así como la parte inferior de la cara, muy pronunciadas; la cabeza, cabelluda, y no como la de Napoleón, sino piriforme y amelonada, a lo guerrillero. No carecía de cierta sandunga su especial modo de sonreír, y su hablar era como su estilo: conciso y claro, si bien no muy elegante; pero si no escribía como Julio César, solía guerrear como él.
»No lo educaron sus mayores, sino los menores de su familia, y tuvo por maestro a su sobrino, un seminarista calaverón que empezó su carrera persiguiendo franceses y la acabó fusilado en América. Se hizo general como otros muchos, y con mejores motivos que la mayor parte, educándose en la guerra de la Independencia, sirviendo bien y con lealtad, ganando cada grado con veinte batallas, y defendiendo una idea política con perseverancia y buena fe. Su destreza militar era extraordinaria, y fué, sin disputa, el primero entre los caudillos de partidas, pues tenía la osadía de Merino, el brutal arrojo del Empecinado, la astucia de Albuín y la ligereza del Royo. Sus crueldades, de que tanto se ha hablado, no salían, como las de Rotten, de las perversidades de un corazón duro, sino de los cálculos de su activo cerebro, y constituían un plan como cualquier otro plan de guerra. Supo hacerse amar de los suyos hasta el delirio, y también sojuzgar a

los que se le rebelaron, como el Malcarado.»

Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

* ESPRONCEDA, José (1809-1842).

Uno de los más aplaudidos y leídos poetas españoles. De vida turbulenta y de ideas revolucionarias.

Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * ESQUILO (524-456 a. J. C.).

Gran poeta trágico griego.

España trágica (III).

— * ESTALA.

Autor de comedias muy malo. Amigo de Moratín y rabioso afrancesado.

La Corte de Carlos IV (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

— * ESTALLO, Don Fernando.

Guarda del almacén de la Casa-utensilios. Fué ahorcado por el pueblo zaragozano, acusado de haber ocultado 20.000 camas cuando se morían los heroicos defensores de la ciudad tumbados en el arroyo y sobre las losas de los templos.

Zaragoza (I).

ESTANQUERA

de la calle *de Mesón de Paredes*.

La primera República (III).

ESTANTIGUAS (Dos)

que concurrían a la tertulia del cerero don Gabino Paredes.

Los duendes de la camarilla (II).

ESTAÑERO

de la calle *de Cuchilleros*. Amigo de los Gamonedas y... *de hacer revoluciones* (1854).

La revolución de julio (III).

«ESTE».

Con este pronombre designaba Virginia Socobio al amante con que se escapó, apenas casada (1854).

La revolución de julio (III).

ESTEBAN, Don Francisco Bruno.

Canónigo dignidad de Osma, que vivía (1836) en Oñate por sus ideas afectas al pretendiente. Era, además, teniente general castrense.

De Oñate a La Granja (II).

* ESTEBAN COLLANTES, Don Agustín.

Ministro de la Gobernación con el Gabinete del conde de San Luis (1853). Era amigo de Pepe García Fajardo.

La revolución de julio (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La primera República* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* ESTEBAN COLLANTES, Saturnino (El joven).

Hijo de don Agustín. Iniciaba sus escarceos políticos y periodísticos, ya convenientemente *enchufado* en la Secretaría de la Presidencia (1875).

Cánovas (III).

* ESTÉBANEZ, Don Nicolás (1838-1914).

Político y militar español. Amigo de Vicentito Halconero y del insigne Tito. Durante la República (1873) fué gobernador de Madrid y ministro de la Guerra. Estuvo mucho tiempo en las posesiones españolas de América. Vehemente. Radical. Gran corazón.

España trágica (III).—*Amadeo I* (III). *La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* ESTÉBANEZ CALDERÓN, Serafín (1799-1867).

Auditor en Logroño (1836). Político, poeta y fino escritor de costumbres andaluzas. Tío de don Antonio Cánovas del Castillo.

De Oñate a La Granja (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*España sin rey* (III).

— ESTEBANILLO GONZÁLEZ.

Personaje de la célebre novela picaresca española.

Cádiz (I).

— ESTELA.

Amada del famoso héroe legendario Bernardo del Carpio.

La batalla de los Arapiles (I).

ESTERCUEL.
Oficial cristino, natural de Ayerbe, que se hizo amigo de don Beltrán de Urdaneta, en Alcañiz.
La campaña del Maestrazgo (II).

ESTERCUEL, Don Bernardino.
Canónigo de Jaca, hermano de don Celestino.
La campaña del Maestrazgo (II).

— ESTERCUEL, Don Celestino.
Padre del oficial cristino, administrador de los estados de Ayerbe y Boltaña.
La campaña del Maestrazgo (II).

ESTERCUEL, Teniente.
Amigo de Santiaguito Ibero.
Prim (III).

— * ESTEVE.
General divisionario francés que tenía sus cuarteles en Segovia (1811).
La batalla de los Arapiles (I).

— * ESTHER (siglo VI a. J. C.).
Célebre judía de la tribu de Benjamín. Se casó con Asuero, rey de Persia, y libró a sus compatriotas de las proscripción.
Aita Tettauen (III).

— * ESTRABÓN.
V. STRABÓN.

— ESTRELLA.
Protagonista de *Sancho Ortiz de los Roelas*. Refundición de esta obra que el mediano comediógrafo Trigueros (1800) hizo de la famosa de Lope de Vega *La estrella de Sevilla*.
La Corte de Carlos IV (I).

ESTUDIANTE
de Caminos. Novio que fué de Teresita Villaescusa. «Sabía un sinfín de matemáticas y hablaba el francés a la perfección.»
O'Donnell (III).

ESTUPIÑÁ, Plácido.
«Vejete gracioso y pío, corredor de dependientes de comercio.» Por medio de él conoció el insigne Tito a su cuarto amorío: doña María de la Cabeza Ventosa de San José. El hombre más charlatán del mundo. Con tal de disponer de tiempo para cotorrear, abandonaba sus mejores negocios. Protegido más tarde por los señores de Santa Cruz, pudo, a placer, pasarse la vida cotilleando.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

— * ETRURIA, Reina de.
María Luisa de España, hija de Carlos IV y viuda de Luis de Parma, a quien, por el Tratado de Luneville (1801), se le dió el reino de Etruria, creado por un capricho napoleónico.
La Corte de Carlos IV (I).

* EU, Conde de.
«Hijo de una hermana del esposo de la reina de España» (1860). Militar francés de fina táctica, que hizo la guerra de Argelia y asesoró a O'Donnell en la de Marruecos.
Aita Tettauen (III).

EUFRASIA.
V. CARRASCO, Eufrasia.
Escribe Pepe Fajardo:
«Hará cinco noches que vi en casa de Socobio a una gallarda mujer, de tez morena, pelo y ojos muy negros, el talle reducido al mínimo volumen, el seno al máximo, todo ello sin menoscabo de la buena armonía.»
Era la mascarita que se presentó a Fajardo, en el baile de Vistahermosa, con el nombre de Higinia. Se casó con don Saturnino Socobio. Llegó a ser marquesa de Villares del Tajo. Gran intrigante y finísima diplomática.
Era hija del manchego don Bruno Carrasco, y bien pronto soltó el pelo de la dehesa, escapándose con el elegante Tierry. Luego encontró al *manso* Socobio... y se hizo gran dama de Isabel II. La *Moruna* la llamaba Beramendi, que estuvo si cae o no cae con ella...
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II). *La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— EUFROSINA.
Una de las tres Gracias.
El Grande Oriente (I).

EULATE Y SANTA, Don Juan José.
Consejero de Hacienda, a cuyo servicio estuvo Antonio (I) de Ugarte.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— EUMÉNIDE.
Una de las divinidades del remordimiento. El culto de las Euménides o Furias nació en Arcadia.
Juan Martín el Empecinado (I).

— EUROPA.
Hija del rey fenicio Agenor. Zeus, transformado en toro, la raptó, llevándola a Creta, donde engendró a Minos, Radamanto y Sarpedón.
Cádiz (I).

— * «EUSEBIA, La tía».
Modo despectivo con que designaban los palatinos a la estanquera de Tarancón, madre de don Francisco Muñoz, el esposo morganático de la reina María Cristina.
Bodas reales (II).

— * EUSEBIO (270-340).
Autor de unos atractivos *Anales*. Obispo de Cesárea. Se le llama el *Padre de la historia eclesiástica*.
La campaña del Maestrazgo (II).

— EÚTERPE.
Diosa helénica, musa de la Música, inventora de la flauta.
Los apostólicos (II).—*Bodas reales* (II). *Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

— * EVA.
Madre del linaje humano, según el texto bíblico.
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* EVANS, Lacy.
General inglés al servicio de Isabel II (1837).
La estafeta romántica (II).

— * EVERARDA.
Dama de Anatolia, amada por Guido de Lusiñán.
España sin rey (III).

* EZCARTÍ.
Político español. Gobernador civil de Alava (1869). Amigo de Urríes.
España sin rey (III).

— * EZEQUIEL, San (siglo VI a. J. C.).
Uno de los cuatro grandes profetas del Antiguo Testamento.
Prim (III).

* EZGUERRA.
Capitán de navío. Mandaba el *Real Carlos*.
Trafalgar (I).

EZQUERECOCHAS, Guadalupe y Eduvigis.
Excelentes señoras. Guadalupe, que era una santa, murió del cólera. Eduvigis quedó baldada. Tenían una pensión, por el año 50, en Vitoria... Fueron amigas del severo bailío don Wifredo de Romarate.
España sin rey (III).

F

FABIÁN.
Medidor de un almacén de granos en Carabanchel Alto, que había visto al huidizo capitán Gracián...
«Era un hombre de madura edad, grave, bondadoso, y su traza y modos inspiraban confianza. Eulogia le conocía, y Antolín de Pablo le apreciaba.»
Los duendes de la camarilla (II).

FABIANA.
Sirvienta de doña Leandra Quijada, en su casón de Peralvillo de la Mancha.
Bodas reales (II).

FABIANA, La.
Muchacha de Alcaine, «un sol de bonita, morena como el trigo, con un sonreír de ángeles y unos ojos de fuego que disparaban con bala rasa.»
Fué amante de mosén Juan Ruiz Hondón... Ella le engañaba con un teniente de la partida de Royo.
Carlos VI en la Rápita (III).

FABIANA, Tía.
Mesonera de Salamanca que hospedó a Gabriel Araceli.
La batalla de los Arapiles (I).

FABIANA JAIME (Una tal).
Sastra de curas. Se casó con el ex terrible polizonte y gran usurero Telesforo del Portillo, alias *Sebo*. Había sido también criada de la Campofresco.
España trágica (III).—*Amadeo I* (III). *La primera República* (III).

* FABIÉ, Antonio María (1834-1899).
Político y escritor español. Ministro de Ultramar. Gobernador del Banco de España.
Prim (III).

* FABRAQUER, Conde de.
Propietario. Diputado a Cortes por Sigüenza.
Narváez (II).

FABRICANTE
de jeringas, amigo de los Gamonedas y muy práctico en las revoluciones callejeras.
La revolución de julio (III).

— * FABVIER, Coronel.
Republicano francés emigrado. Mandaba una partida liberal de doscientos hombres.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

FACUNDA ITURRIGALDE.
Hija de un pariente de Zubirí, el cuñado del insigne Tito, con quien la familia quería casar a éste. Heredera de cuatro caseríos. Una zagalota más alta que Tito en media vara.
«Era una muchacha desgarbada, más sosa que las calabazas que, a mi parecer, crecen a la puerta del Limbo: tan cerrada en el habla vascuence, que apenas podía decir en castellano frases premiosas, trabucando los casos, descoyuntando la síntaxis como lo harían los mismos demonios. Desde que la vi me fué atrozmente antipática, por su ceño displicente, la sequedad de su trato y algo que en ella noté, como sombra o trasluz de un brutal fanatismo. Casándome con ella, según me manifestó mi padre en una sesuda conferencia, sería yo poseedor de cuatro caseríos, dos de ellos en Santa Polonia, lo más hermoso de la vega de Durango; otro en Malespera, y el cuarto en Leguineche. El cuidado de mis tierras y ganados acabaría de limpiar mi cabeza de los *miasmas* cerebrales, que me habían puesto al borde de la locura en la mil veces endemoniada Villa y Corte.»
Amadeo I (III).

FACUNDA DE LOS DESAMPARADOS, Sor.
Valenciana. Monja de Torrelaguna que enseñó a Domiciana Paredes «la ciencia de las hierbas».
Los duendes de la camarilla (II).

FADRIQUE.
Dueño de la mejor posada de Olite (1841).
Montes de Oca (II).

— FAETONTE.
Hijo del Sol y de Climene y conductor del carro de su padre.
La batalla de los Arapiles (I).

FAGO, José.
Clérigo que asistió al alcalde de Miranda de Arga, Ulibarri, en sus últimos momentos, fusilado por orden le Zumalacárregui (1834). Antes de ser sacerdote, había seducido y abandonado a Saloma, hija de dicho alcalde, don Adrián. Cura castrense, fué agregado al cuerpo carlista, y su sino le obligó a asistir al padre de la joven a quien sedujo. Fago se dedicó a buscar a Saloma para procurar encauzarla por el camino del bien y, al mismo tiempo, a estremecerse al solo pensamiento de encontrarla. La figura de esta mísera hembra, sin aparecer, nunca flota en toda la narración. Zumalacárregui utiliza el formidable sentido estratégico de Fago y le confía empresas arriesgadísimas; y cuando aquel famoso caudillo cae herido delante de Bilbao, Fago le acompaña, muriendo de pena y de dolor el mismo día que falleció Zumalacárregui. Fago es el protagonista del Episodio—aislado en la serie—21...
Zumalacárregui (II).

* FAGOAGA.
Gran profesor de música de cuerda (1835). Vivía en la calle *de la Cruzada*.
Mendizábal (II).

FAJARDO.
V. GARCÍA FAJARDO.

* FAJARDO, Brigadier.
Alfonsino. Combatió al carlismo (1875).
Cánovas (III).

FAJARDO, Doña Librada.

Madre de José García Fajardo, quien la recordaba así:

«Mi madre es una santa, que hoy vive petrificada en los sentimientos elementales y en las ideas de su juventud, creyendo a pie juntillas que la inmovilidad es la forma visible de la razón. La palabra progreso carece para ella de sentido, y si en modas no ha querido pasar del año veintitrés, cuando vinieron con Angulema los chales de crespón, rayados, en lo demás que atañe a la vida general no quiere entender de nada: ni discute novedades, ni comprende constituciones, ni se cura de opinar conforme a estas o las otras ideas, firme en su inquebrantable dogmatismo religioso, que a lo social y político extiende... «Así lo encontramos y así lo hemos de dejar», es su fórmula, que a todo aplica, creyendo firmemente que el mundo, por muchos tumbos que dé, vuelve siempre a lo que ella vió, conoció y sintió en su florida mocedad. Completan el retrato la dulzura y placidez de su rostro angelical que aún parece más divino con su copete de cabellos blancos, y el mirar confiado y sereno, reflejo de un alma en que moran todas las virtudes cristianas y domésticas sin sombra de maldad. Nueve hijos nacimos de esta ejemplar señora: vivimos siete, con quienes harán conocimiento mis lectores, que algo hay en ellos digno de la posteridad. A mí me tuvo mi madre en edad extemporánea, cuando ya nadie esperaba fruto de ella, y por esto el más joven de mis hermanos me lleva ocho años. Y como coincidieron con mi tardío nacimiento una aurora boreal, un cometa, con más otros terrestres acontecimientos, formidable crecida del Henares y la aparición de una espléndida luz que en las noches oscuras se paseaba por el tejado y torres de la catedral, dió en creer la gente que aquellos inauditos fenómenos anunciaban mi venida al mundo como prodigioso niño, llamado a revolver toda la Tierra. Mi madre se reía de estos disparates; pero confiaba siempre en que su benjamín no habría de ser un hombre vulgar.»

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

FAJARDO, Segismunda García.

Sobrino de Pepe García Fajardo. Hijo de Gregorio García Fajardo. Mal estudiante. Antipático. «Ubicuo parroquiano de todos los cafés.»

«Alargó la gaita hacia aquel extremo de la mesa un joven no bastante tierno para estudiante, sino más bien machucho; además, largo de narices y socarrón de mirada, y en tonillo impertinente preguntó a Iberito.»

Fué tradicionalista de Carlos VII; más tarde, seducido por las doctrinas de Pi, se hizo (1873) federalista. Era un bohemio incorregible. Vivía *a salto de mata,* escribiendo, por diez reales *la pieza,* sermones para el cura don Trinidad, y peroratas políticas para un jorobeta—Cheparunda—, que las *soltaba* por las calles...

«El rebelde más tenaz y el revolucionario más gracioso que ha existido bajo el limpio cielo de los Madriles.»

Prim (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

— * FALCES, Marqués de.

Corregidor en Madrid en 1835.

Mendizábal (II).

FALFÁN DE LOS GODOS, El marqués de.

Cincuentón rico y bien conservado, con quien José Campos casó a su sobrina Andrea.

«En 1821 era general; tenía fama, no sólo de honrado y decente, sino también de gastrónomo y mujeriego, cosa natural en un solterón riquísimo y bien parecido, de ancha conciencia, formada en la escuela enciclopedista del siglo pasado.

»Hacia 1825 comenzó a pesarle el celibato; echó de menos algo amante, tierno y cariñoso; es decir, los hijos que debía tener y no tenía; la esposa, que siempre había rechazado como una fastidiosa carga de la vida. Falfán de los Godos pensó en casarse, y supuso que sus cincuenta años, a pesar de la madurez consiguiente, podían dar aún mucho de sí. Acontece a menudo que estos hombres listos y conocedores del mun- que pierden la chaveta cuando tratan de poner algún orden en su vida, y bastardean completamente la meritoria idea de ser padres, que tan a deshora les ocurre. Falfán de los Godos, maestro en el arte de vivir, perdió el tino, como todos los de su clase, y, en vez de buscar para esposa un tipo de bondad reposada, una madura belleza asegurada

de peligros, y que se acomodase fácilmente a los gustos e ideas del trasnochado esposo, fué a incurrir en el maldito antojo de la niña fresca y tiernecita que apenas ha empezado a vivir, y tiene un porvenir ignoto delante de sus ojos chispeantes. El no dejaba de comprender, en ratos lúcidos, su error; pero se engañó a sí mismo vanidosamente trayendo a la memoria su buena presencia, su gran fortuna, su fama, sus gustos artísticos, su finura, rica herencia del antiguo régimen, que contrastaba con la grosería de los revolucionarios.»

El Grande Oriente (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

— * FARINELLI (Carlos Broschi, llamado) (1705-1782).

Famoso cantante italiano al servicio de los reyes de España. Felipe V le hizo caballero de Calatrava y le señaló una pensión de 2.000 ducados.

La Corte de Carlos IV (I).—*La revolución de julio* (III).

FARRANCHO.

Ayuda de cámara, amanuense de poco cacumen, de Juan Bragas.

La segunda casaca (I).

* FARRUGGIA.

Dueño de un magnífico restaurante de moda—con el de Lhardy—en 1855.

O'Donnell (III).

* FAURA, Enrique.

Jefe militar leal a la República cuando el conato revolucionario de abril de 1873.

La primera República (III).

— FAVONIO.

Dios de los romanos. El más venerado de los Vientos favorables.

La segunda casaca (I).

FE, Doña.

«Matrona bastante vieja y fea para incurrir en deslices amorosos, bastante joven y aseada para servir bien y guisar mejor. Marta por lo diligente y entendida en cosas domésticas. Magdalena por lo piadosa. Había servido a monjas durante veinte años, con lo cual dicho se está que era la prudencia misma, la santidad personificada, la honradez en efigie. Jamás se ocupó de chismes domésticos, y parecía carecer del uso de la palabra, como no fuera para emplear ciertas fórmulas piadosas: nunca entraba en mi cuarto sin decir lúgubremente el estribillo cartujo de *morir tenemos*. Su obediencia era ciega; su solicitud, extremada; su cariño, firme y mudo como el de los buenos esclavos; su arte culinario, de plata; su silencio, de oro.»

«Doña Fe tenía en su desagradable semblante una especie de decrepitud sin respetabilidad, mientras el peinado, con pretensiones de elegancia, y la escofieta picuda, la hacían bastante ridícula.»

Criada de Juan Bragas.

La segunda casaca (I).

* FE, Fernando.

Librero de la *Carrera de San Jerónimo*. Sucedió a Durán... Más tarde se estableció en *la Puerta del Sol*.

España trágica (III).

— FEBO.

Nombre del fabuloso Apolo como dios de la luz: el Sol, en lenguaje poético.

El 7 de julio (I).—*O'Donnell* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

FEDERICO.

Nombre supuesto dado a Gasparito Grijalva cuando se escapó de la cárcel de Villa (1814).

V. GRIJALVA.

* FEDERICO, Ricardo de.

Diputado que cobraba «por Gobernación» 30.000 reales, según noticia de don Saturno Socobio.

Narváez (II).

— * FEDERICO II, Rey de Prusia (1712-1786).

Hijo de Federico Guillermo I el llamado «Rey Sargento». Conquistó la Silesia, Praga y parte de Polonia. Fué el gran amigo de Voltaire y el fundador de la Gran Alemania.

La Corte de Carlos IV (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Un voluntario realista* (II). *Los apostólicos* (II).—*Bodas reales* (II).—*O'Donnell* (III).

— * FEDERICO CARLOS DE PRUSIA, Príncipe.

Mandó brillantemente un cuerpo de

ejército durante la guerra franco-alemana de 1870.
España trágica (III).

* FEIJOO, Lorenzo.
Periodista liberal y tolerante censor de Prensa (1836).
De Oñate a La Granja (II).

FELICÍSIMO CARNICERO, Don.
Agente de negocios eclesiásticos.
«Era de edad muy avanzada, pero inapreciable, porque sus afecciones habían tomado desde muy atrás un acartonamiento o petrificación que le ponía, sin que él lo sospechara, en los dominios de la paleontología. Su cara, donde la piel había tomado cierta consistencia y solidez calcárea, y donde las arrugas semejaban los hoyos y los cuarteados durísimos de un guijarro, era de esas caras que no admiten la suposición de haber sido menos viejas en otra época. Fuera de esta apariencia de hombre fósil, lo que más sorprendía en la cara de don Felicísimo era lo chato de su nariz, la cual no avanzaba fuera de la tabla del rostro más que lo necesario para que él pudiera sonarse. Y la *chateza* (pase el vocablo) del señor Carnicero era tal, que no se circunscribía al reino de la nariz, sino que daba motivo a que el espectador de su merced hiciera las suposiciones que vamos a apuntar. Todo el que por primera vez contemplaba al señor don Felicísimo suponía que su rostro había sido hecho de barro o pasta muy blanda, y que en el momento en que el artista le daba la última mano, la máscara se deslizó al suelo, cayendo de golpe boca abajo, con lo que, aplastada la nariz y la región propiamente facial, resultó una superficie plana desde la raíz del cabello hasta la barba. El espectador suponía también que el artista, viendo cómo había quedado su obra, la encontró graciosa, y, echándose a reír, la dejó en tal manera.
»Ahora pongamos el santo en su nicho. A esta máscara chata, de color de tierra, rugosa y dura, añadamos, primero, por la parte superior, un gorro negro que hasta el campo de las orejas se encaja y tiene su coronamiento en una borlita que ora se inclina al lado derecho, ora al izquierdo. Añadámosle por debajo un corbatín negro, a quien sería mejor llamar corbatón, tan alto, que por ciertas partes se junta con el gorro, dejando escapar algunos cabellos rucios, que a hurtadillas salen a estirarse al aire y a la luz, recordando aún con tristeza suma las grasas olientes que han tenido en el pasado siglo. Desde los dominios de la corbata, en cuyas paredes metálicas parece hallar eco la voz de don Felicísimo, pongamos un revuelto oleaje de pliegues negros, el cual, o no es cosa ninguna, o debe llamarse levitón, más que por la forma por el ligero matiz de ala de mosca que en las partes más usadas se advierte; derivemos de este levitón dos cabos o brazos que a la mitad se enfundan en manguitos verdes con rayas negras, como los mandiles de los maragatos, y hagamos que de las bocas de esos manguitos salgan, como vomitadas, unas manos de las cuales no se ven sino diez taponcillos de corcho que parecen dedos.»
Murió aplastado, al derrumbarse su viejísima y tétrica casa, entre sus papelotes rancios y sus chirimbolos absurdos.
Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).

FELIPA.
Tercer amorío del insigne Tito.
«Sabréis, amigos, que mi conquista de aquellos días (que no consigno por orden numérico porque he perdido la cuenta) me deparó una moza bravía y algo hombruna, morena y agitanada, más alta que yo en cuarta y media, gallardísima, de ojos bonitos y más bonitos morros, la cual me juró amor eterno y fidelidad siempre que yo le mantuviese el pico y con decencia la vistiera, sin interrupciones de ayuno y desnudez. Trájome Celestina aquella hermosa bestia, diciéndome que era su prima, y yo le di el gobierno de mi casa y la soberanía de mi persona. Vivíamos felices. Felipa, que así se llamaba, natural de las Peñas de San Pedro, era una fuerte trabajadora en los menesteres más duros de la vida doméstica; lavaba la ropa y los suelos y toda la casa con verdadero frenesí; guisaba con abuso de especias y picantes, y hablaba con estridor de gritos y libérrimo vocabulario...»
Amadeo I (III).

FELIPE. Conde Duque de Cardeña y Ruy-Díaz.
Esposo de Pilar, «la deidad velada».

desde el año 1799. «De carácter receloso, trapacero y mortificante.»

— * FELIPE II (1527-1598).
El más español y grande de los reyes de España.
La Corte de Carlos IV (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

— * FELIPE III (1578-1621).
Rey de España. Hijo del gran Felipe II.
El Grande Oriente (I).—*La revolución de julio* (III).

— * FELIPE IV (1605-1665).
Rey de España.
De Oñate a La Granja (II).—*Narváez* (II).

— * FELIPE V DE BORBÓN (1683-1745).
Primer monarca español de la Casa de Borbón.
Bailén (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Los apostólicos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*España trágica* (III).

FELIPE, «El Gordo».
Nieto de Perantón, el mayordomo de los Carrasco-Quijada, en Peralvillo de la Mancha.
Bodas reales (II).

FELISA.
Doncella de confianza de Teresita Villaescusa.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).

— * FELÍU.
Político liberal preso en 1814 y ministro durante el período liberal (1821).
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*Mendizábal* (II).

«FÉLIX, Don».
Cabecilla carlista que entró en Cuenca (1874). Mandaba «dos batallones de fieras desbocadas».
De Cartago a Sagunto (III).

FENELÓN.
Tercer maquinista de la *Numancia*, hombre simpático, mestizo de francés y catalán. Así hablaba de sí mismo:

«Yo soy hijo de francés y española; me crié en Cataluña, y mi primera educación fué para mejor oficio que este de maquinista. Mi padre ha sido director de Forges et Chantiers, y aún desempeñaba el cargo cuando se puso la quilla de esta magnífica fragata. Hoy está retirado por su mucha edad, pero conserva en los talleres y en la Dirección tanta influencia como cuando todo estaba bajo su mano... Yo fuí muy aplicado en mis años primeros, como acreditan las certificaciones de mis estudios prácticos en el *Creusot* y los diplomas que gané en Lyon y en París... Ya que nombro a París, diré que en aquella ciudad tan grande y bella se inició mi perdición, al tiempo que me asimilaba la cultura y el saber ameno que allí flota en el aire se le introduce a uno, como si dijéramos, por los poros. Yo me di grandes chapuzones de lectura; me puse al corriente de todo lo antiguo y moderno, así en novela y poesía como en las demás artes, sin olvidar por eso mi profesión científica. Pero mientras metía en mi entendimiento tanta y tanta luz, mi voluntad se la llevaban los demonios, y me lancé a una vida desarreglada y al delirio de los goces... Veo que me oye usted con la boca abierta, como si yo le contara un cuento fantástico. Usted, hombre sencillo y patriarcal, no comprende nada de esto... Abrevio mi cuento, y vengo a parar en que mis escándalos tuvieron fin por intervención de mi familia. Mi padre me sentenció a trabajos duros para corregirme, y por imponerme más segura penitencia, me embarcó de tercer maquinista en la *Numancia*. Ya sabe usted que la Compañía Forges et Chantiers corre con el servicio de máquinas hasta que la fragata vuelva de su expedición.»
La vuelta al mundo... (III).

FENELÓN (El padre de).
Francés. Director de Forges et Chantiers, casa que tuvo la contrata de máquinas de la *Numancia*, cuando ésta dió la vuelta al mundo (1865).
La vuelta al mundo... (III).

— * FEREY.
General francés muerto en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

FERMÍN, «El Sargentico».

Escribe el insigne Tito:

«En una parada que hicimos entre Alloz y el monte Esquinza, tomé a mi servicio a un viejo muy despabilado, ágil, parlero y de carácter jovial, ajustándole por *ocho sueldos* diarios (léase reales) como asistente o espolique. Llamábase de nombre Fermín y de apodo el *Sargentico*. Pronto eché de ver sus buenas cualidades: era un andarín fabuloso, conocía palmo a palmo el suelo navarro, y daba razón de todos los habitantes de los pueblos que recorríamos. Para que me fuera más simpático, figuraba entre los pocos *guiris* que en tal terruño existían. En los descansos cuidaba al *Babieca* como si fuera hijo suyo; en las lentas marchas me daba conversación, cautivándome con su charla donosa; indicábame los nombres de los montes, pueblos y ríos que encontrábamos al paso.

»En Alloz, divagando por las calles, me dió cuenta minuciosa de todas las chicas bonitas del pueblo, sus familias y viviendas. Ya me había descubierto el flaco, y, queriendo halagarme, me ilustraba en todo lo referente al bello sexo. Seco y avellanado, insensible al cansancio, así como al frío y al calor, no llevaba más equipo que la camisa de lienzo, el chaleco de pana, faja, calzón, peales, y en la cabeza, el *zorongo*, que es un pañuelo de colores ceñido a estilo aragonés. Cuando se le apagaba el cigarrillo a medio fumar, se le ponía detrás de la oreja.»

De Cartago a Sagunto (III).

FERMINA MONSALUD, La señora («la de Pipaón»).

Madre de Salvador Monsalud.

«Era doña Fermina natural de Pipaón y rama del tronco de una honradísima e hidalga familia; mas Dios quiso que en ella y su hermano tuviese fin el lustre de su casa, pues quedando huérfanos en edad temprana, mientras él derrochaba en Madrid toda la fortuna paterna, sufrió ella una desgracia irreparable que por siempre la condenó a la oscuridad y a la vergüenza, con lo cual acabó para el mundo, y en el olvido quedaron las nobles prendas de su alma y superior mérito.

»Una herencia de poquísimo valor y un pleito enfadoso la obligaron a establecerse en La Puebla en 1811. Vivió allí con modestia y muy retirada; pero la trataban algunas personas, y entre ellas asiduamente doña Perpetua y el cura, que bien pronto ejercieron en su ánimo grande influencia, convidándoles a ello la gran sencillez y bondad de la piadosa mujer. Doña Fermina no era vieja aún; pero habíala desfigurado la negra tristeza que en todos tiempos llenaba su alma, y, finalmente, el pesar por la ausencia de su hijo. Los amores de éste con cierta joven de la villa, y sus cuestiones y disputas con otro muchacho, hijo de acomodados padres, obligaron a doña Fermina a enviarle a Madrid, donde hizo lo que ya sabemos y se entregó en cuerpo y alma a los franceses.»

Su seductor fué don Fernando. De manera que Salvador Monsalud y Carlitos Navarro (alias *Garrote)* eran hermanos.

El equipaje del rey José (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un faccioso más...* (II).

* FERNÁN CABALLERO.

V. BOLHL DE FABER, Cecilia.

— * FERNÁN GONZÁLEZ (950-070).

El más famoso y el primero de los condes independientes de Castilla. Héroe cantado en poemas y romances.

La batalla de los Arapiles (I).—*Aita Tettauen* (III).

— * FERNÁN NÚÑEZ, Duque de.

Napoleón, en Chamartín (I).

* FERNÁN NÚÑEZ, Duquesa de.

Dama de la reina Victoria (1871), «más por lástima y respeto que por adhesión verdadera».

Amadeo I (III).

* FERNÁN NÚÑEZ, Rosarito.

Très gentile. Señorita de la aristocracia madrileña que vivía (1874) en París.

Cánovas (III).

— * FERNÁNDEZ.

Camisero de la calle *del Príncipe.*

Mendizábal (II).

FERNÁNDEZ, Damiana.

Mujer guerrillera, uña y carne de un

aventurero llamado el *señó Cid Campeador*.

Era «una mujer joven, delgada y de buena estatura; algo varonil, de color malo, ojos muy negros y un conjunto de facciones, si no hermoso, regularmente simpático y agradable. Vestía de la cintura arriba arreos militares, llevando pistolas y mochilas, y en la cabeza, un morrioncete ladeado, cuyas carrilleras de cobre sucio se juntaban en el pico de la barba con no poco donaire. El resto de su persona lo cubría a lo mujeril, y una halda negra, sobre refajo amarillo, apenas dejaba ver las botas de cuero crudo, con espuela tan sólo en la izquierda».

Juan Martín el Empecinado (I).

* FERNÁNDEZ, Don Cayetano.

Padre filipense. Maestro de religión del principito Alfonso (XII).

La de los tristes destinos (III).

* FERNÁNDEZ, Don Juan José.

«Ilustrado canónigo. Cabecilla carlista que operaba en tierras leonesas (1869).

España sin rey (III).

— * FERNÁNDEZ, Mariano.

Célebre actor cómico español de finales del pasado siglo. Actuaba en el teatro del Príncipe (1871).

Amadeo I (III).

FERNÁNDEZ, El padre.

Jesuíta del Colegio Imperial, «varón pesado, cuyos pies pesados hacían retemolar el pavimento...»

Un faccioso más... (II).

FERNÁNDEZ, Felipe (alias *Carbonerín*).

Gran amigo de Vicentito Halconero.

«Reanudó Vicente su amistad con un popular sujeto, sugestionador de multitudes, llamado por todo el mundo con familiar llaneza el *Carbonerín*. Era de mediana edad, de mediana estatura; sólo tenía grande viveza del ingenio y la prontitud en las resoluciones. Informaba su carácter la guapeza jactanciosa. En los actos políticos, así como en todo incidente de la vida privada, ponía singular empeño en demostrar que era hombre capaz de *jugarse la cabeza* por un sí como por un no. Vestía bien y cuidaba de llevar en público su ropa limpia del polvo de la carbonería. Tenía caballo, del tipo andaluz acarnerado, de ancho y prominente pecho. En él montaba, llevándolo a paso rítmico de procesión ecuestre, como si el bruto fuese estatua marchando sobre su propio pedestal. En su trato mostrábase leal, violento, de una susceptibilidad bravía, por lo cual era tan temido como amado. Casado y con familia, tenía la mujer en Asturias, quedándose de este modo en holgada franquicia para sus mariposeos amorosos.

»Con este tipo revolucionario simpatizaba grandemente Halconero, no porque se le pareciese, sino por todo lo contrario. Radicalmente se diferenciaban en alma y cuerpo, en modales y costumbres. El hijo de Lucila era rico en cultura, pobrísimo de acción; Felipe Fernández, el *Carbonerín*, tenía todo su ser polarizado en la voluntad, sin que le quedara espacio para el estudio...»

España trágica (III).—*La primera República* (III).

— * FERNÁNDEZ, María (La *Caramba*) (1751-1811?).

Famosa artista *del cantado* española. Llevó una vida turbulenta. Se convirtió y ejemplarizó con sus mortificaciones.

La Corte de Carlos IV (I).—*Cádiz* (I).

— * FERNÁNDEZ, Rosario (La *Tirana*) (1775-1803).

Famosísima cómica española. Empezó su profesión en los Reales Sitios con obras de Lope, Tirso, Calderón, Molière y Racine. La conocemos físicamente por uno de los más admirables retratos que pintó Goya.

La Corte de Carlos IV (I).

FERNÁNDEZ, Don Santiago.

Anciano portero en una oficina—Cuenta y Razón—del ramo de guerra. Muy patriota. Le apodaron el *Gran Capitán*, porque siempre andaba con planes soñados de grandes guerras victoriosas. El y su mujer recogieron a Gabriel Araceli cuando los franceses le dejaron por muerto después de fusilarle en la Moncloa, en la madrugada del 3 de mayo de 1808. Murió don Santiago como un héroe legendario—dejándose abrasar—antes que rendirse, en la defensa de la Puerta de los Pozos de la Nieve, de Madrid, cuando Napoleón entró en Madrid.

Vivía don Santiago en la calle *del Barquillo,* y era muy querido de todos los vecinos, quienes respetaban sus exaltaciones patrióticas.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

* FERNÁNDEZ BREMÓN, José (1839-1910).
Periodista y autor dramático español.
Cánovas (III).

* FERNÁNDEZ CASTAÑEDA, Antonio.
«El simpático diputado por Cabuérniga (Santander)» (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* FERNÁNDEZ DAZA.
Diputado (1849) extremeño amigo de Bravo Murillo. «De figura juvenil y semblante risueño.»
Narváez (II).

— * FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Gonzalo (*El Gran Capitán*) (1453-1515).
Uno de los capitanes más famosos de todas las épocas. No conoció la derrota.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).

* FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Don Fernando (1809-1883).
Capitán general español. Hermano de don Luis. Gran estratega y ameno escritor. Combatió a los carlistas en la primera guerra civil. Fué ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros. Publicó sus *Memorias íntimas.*
Zumalacárregui (II). — *Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

* FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Don Luis.
V. CÓRDOVA, Don Luis Fernández.

* FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Angel.
Gran periodista liberal del siglo XIX.
Muy amante de Madrid. Ocupó muchos destacados puestos políticos.
De Oñate a La Granja (II).—*Bodas reales* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III). *Amadeo I* (III).

* FERNÁNDEZ DE LUCO, Vicenta.
«Lindísima» hermana de madre de la condesa de Luchana. Casó el año 41 con el general Pepe Concha.
Vergara (II).—*Los ayacuchos* (II).

FERNÁNDEZ DE MORATÍN.
V. MORATÍN.

* FERNÁNDEZ ELÍAS, Don Clemente.
«Venerable» que presidía el ágape masónico al que debía asistir Prim la noche en que fué asesinado..., 27 de diciembre de 1870...
España trágica (III).

* FERNÁNDEZ ESPINO.
Diputado (1849) que cobraba «por Gobernación», según la estadística de don Saturno Socobio, 30.000 reales.
Narváez (II).

FERNÁNDEZ RETAMOSA, Gregorio.
Condenado (1824) a doce años de presidio por haber besado el sitio donde estuvo una lápida de la Constitución.
El terror de 1824 (I).

— * FERNÁNDEZ VARELA, Manuel.
Sacerdote que vivía en la plazuela de Barajas.
«A quien se debe llamar *El Magnífico* por serlo en todas sus acciones. Su corazón generoso, su amor a la esplendidez, a las artes, a las letras, a todo lo noble y antivulgar; su trato cortesano, las cuantiosas rentas de que dispuso. mecenas, un magnate, superior por mil hacían de él un verdadero prócer, un conceptos a los estirados e ignorantes señores de su época, a los rutinarios y suspicaces ministros. Era la figura del señor Varela arrogante y simpática; su habla, afabilísima y galante; sus modales, muy finos. Vestía con magnificencia. y adornaba el severo vestido sacerdotal con pieles y rasos tan artísticamente, que parecía una figura de otras edades. En su mesa se comía mejor que en ninguna otra, de lo que fueron testimonio dos célebres gastrónomos a quienes convidó y obsequió mucho. El uno se llamaba Aguado, marqués de las Marismas, y el otro Rossini, no ya marqués, sino príncipe y emperador de la Música.
»El señor Varela protegió a mucha y diversa gente, distinguiendo especialmente a sus paisanos los gallegos; fun-

dó colegios, desecó lagunas, erigió la estatua de Cervantes que está en la plazuela de las Cortes, ayudó a Larra, a Espronceda, y dió a conocer a Pastor Díaz.

»Cuando vino Rossini en marzo de aquel año, le encargó una misa. Rossini no quería componer misas... «Pues un *Stavat Máter*», le dijo Varela. El maestro compuso en aquellos días el primer número de su gran obra religiosa que parece dramática. El resto lo envió desde el extranjero. Cuentan que Varela le pagó bien.»

Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).

— * FERNÁNDEZ DE VELASCO, Bernardino, Duque de Frías.

Gran señor y gran poeta satírico. Tipo volteriano y casanovesco. Charlista ejemplar. Hijo del condestable de Castilla del mismo nombre y de idénticas aficiones. Presidente del Consejo de Ministros en 1838. Usaba peluca.

Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

* FERNÁNDEZ MARTÍN, Manuel.

Periodista. Fundador del periódico madrileño de la tarde *La Reforma*.

La de los tristes destinos (III).

* FERNÁNDEZ VILLAVERDE, Raimundo (1848-1905).

Político y hacendista español. Ministro varias veces.

La primera República (III).

— * FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ (Manuel (1821-1888).

Fecundo novelista español, en nada inferior a Dumas.

Aita Tettauen (III).

* FERNANDO I (1503-1564).

Emperador de Alemania. Hermano de Carlos I de España.

Cánovas (III).

— * FERNANDO II DE NÁPOLES.

«Rey piísimo.»

Narváez (II).

— * FERNANDO V DE ARAGÓN, el *Católico* (1452-1516).

Casado con Isabel I de Castilla. Uno de los más hábiles políticos de todas las épocas.

Luchana (II). — *Vergara* (II). — *Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

— * —FERNANDO VI (1713-1759).

Rey de España. Hijo segundo de Fepe V y de María Luisa de Saboya.

Narváez (II).

— * FERNANDO VII (1784-1833).

Hijo de Carlos IV. Reinó desde 1805 a 1833. Fué uno de los reyes más ineptos de España.

«Era un hombre admirablemente formado, de cuerpo estatuario y arrogante. Su edad no pasaría de los treinta y dos años, hallándose, según la apariencia, en aquella plenitud de la fuerza, del vigor y del desarrollo físico que marcan el apogeo de la vida. Vestía sencillo y elegante traje negro y ancha capa, que, habiéndosele caído en los primeros momentos del lance, fué recogida por el duque. Sus ojos eran negros, grandes y hermosos, llenos de fuego, de no sé qué intención terrible, flechadores y relampagueantes. Bajo sus cejas, semejantes a pequeñas alas de cuervo, centelleaba, deshecho en ascuas mil por las movibles pupilas, el fuego de todas las pasiones violentas. Su nariz era desaforadamente grande, corva y caída; una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz. La carne, superabundante, había crecido, representando con fértil desarrollo su preponderancia en aquella naturaleza. El labio inferior, que avanzaba hacia afuera, parecía indicar no sé qué insaciabilidad mortificante. La personificación de la sed habría tenido una boca así. Una línea más de desarrollo, y aquel belfo hubiera tocado en la caricatura. Observándole bien, se veía en la tal fisonomía peregrina mezcla de majestad y de innobleza, de hermosura y de ridiculez. Tenía de todo, y era difícil deslindar en aquel rostro híbrido las líneas pertenecientes a las grandes razas de las que pertenecían a la degeneración propia de todo lo humano. Por su mandíbula inferior se filiaba remotamente con Carlos V; mas por sus ojos truhanescos y las patillas cortas se iba derecho a la majería. El cráneo era bien conformado; el pelo, negro y corto, con me-

choncillos vagabundos sobre la frente y sienes. En suma, el perfil de aquel hombre solía verse en las onzas de oro.»

Así describió a Fernando VII Juan Bragas.

Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I). *Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I). *Zaragoza* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (II).—*O'Donnell* (III). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— FERRAGUT, Don Juan.

Canónigo de Gerona (1809) que huyó antes que empezaran los sitios.

«Aunque este veterano de las milicias docentes de Cristo no figura en mi relación, debo indicar que era el primer anticuario de toda la alta Cataluña: hombre eruditísimo e incansable en esto de reunir monedas, escarbar ruinas, descifrar epígrafes y husmear todos los rastros de pisadas romanas en nuestro suelo. Su colección numismática era célebre en todo el país, y, además, poseía inapreciable tesoro en vasos, lámparas, arneses y libros raros; pero el grande amor que tenía a estos objetos no fué parte a detenerle en su huída, abandonando la historia romana y carlovingia por poner en seguro la más que ninguna inestimable antigualla de la propia vida. Luego una bomba arregló el museo a su manera.»

Gerona (I).

* FERRAZ, Valentín (1793-1866).

Político progresista. Amigo de Espartero. General insigne. Ministro varias veces. Presidente del Consejo. Alcalde de Madrid.

Vergara (II).

* FERRÉ.

Jefe militar, amigo de Prim, que desde Tortosa debía cooperar al éxito del pronunciamiento de Prim (1886).

Prim (III).

* FERRER, Félix.

Mariscal de campo. Ministro de la Guerra del Gobierno provisional de la Federación española que se constituyó en Cartagena (1873).

La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* FERRER, José.

Teniente. Gallego, de buen humor. Amigo de Santiuste. en Africa (1860).

Aita Tettauen (III).

* FERRER, Don José María.

Político. Ministro en el primer Gobierno de Espartero.

Montes de Oca (II).

* FERRER DEL RÍO, Antonio (1814-1872). Historiador y crítico español.

La estafeta romántica (II).

* FERRERAS, Pepe.

Político y periodista español de gran talento y modestia. Protegió mucho a Galdós.

Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* FERY.

Comandante de la goleta española *Covadonga,* apresada por los chilenos (1865).

La vuelta al mundo... (III).

— * FIDIAS (siglo v a. J. C.).

Escultor considerado como el más grande de los artistas griegos. Obra suya fué la colosal estatua de Zeus Olímpico.

Napoleón, en Chamartín (I).—*Cádiz* (I).—*O'Donnell* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * FIERAMOSCA, Cardenal.

El insigne Tito *le inventó* para contar mil donosuras de su falso viaje al Vaticano.

Amadeo I (III).

* FIGUERAS.

Jefe militar amigo de Narváez.

Las tormentas del 48 (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Prim* (III).

* FIGUERAS, Estanislao (1819-1882).
Político progresista, primero; después, republicano. Fué primer presidente (1873) de la primera República española.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (II).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * FIGUEROA.
Ministro de Fernando VII.
La segunda casaca (I).

FIGUEROA, Buenaventura.
Soldado portugués que combatió en España, compañero, en Cádiz, de Araceli, y a quien le sucedió una estupenda aventura con una tapada.
Gerona (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

* FIGUEROLA, Don Laureano (1816-1903).
Político y catedrático. Ministro durante la República (1874). «Con su habitual placidez de rostro y su expresión austera y benigna.» Presidente del Senado cuando la renuncia de don Amadeo I (1873).
Los ayacuchos (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

— * FILANGIERI.
Organizó en Galicia a los voluntarios españoles (1808).
Bailén (I).

FILIBERTA.
Criada de don Wifredo de Romarate, en Vitoria.
«El taller en que don Wifredo fabricaba su lógico artificio era su casa del Portal del Rey, y el ayudante o discípulo, la criada que desde remotos tiempos le servía, cincuentona como él, de una fidelidad inaudita, llena el alma de devoción y de supersticiones, con cierta salida de humos a lo caballeresco, plagio de su señor. Lo más extraño de Filiberta era que jamás creyó en la demencia del amo, y que cuanto éste hizo y dijo al regresar de Madrid no vió más que donaires o rigurosa demostración de un carácter entero. Le amaba y le servía con absoluto desinterés, le cuidaba como a un hijo, y no tenía más finalidad en su existencia que verle saludable y alegre. Rara vez ha existido un caso de adhesión semejante, que se explica, más que por el natural bondadoso de la sirvienta, por la increíble bondad, rayana en lo sublime, del caballero de San Juan.
»Era Filiberta viuda de un contrabandista, que el año 54 contrajo una repugnante enfermedad en la boca y nariz.»
«Era morena, tirando a negra, de granadera tallada, huesuda, con bosquejo de bigote y barbas.»
España sin rey (III).

— * FILÓCRATES.
Esclavo del cónsul Opimio, a quien éste pidió le matase para librarse de caer en poder de la plebe enfurecida.
El Grande Oriente (I).

FÍSICO
de tropa que asistió a Lucila en su trastorno con motivo de la desaparición de su amante el capitán Gracián.
Los duendes de la camarilla (II).

FÍSICO (El)
que curó, en Salvatierra, a Fernandito Calpena de la herida de su rodilla.
De Oñate a La Granja (II).

* FITZ-GERARD, Doña Lucía.
Famosa dama patriota gerundense que formó un batallón de señoras del que era coronela y al que puso bajo la advocación de Santa Bárbara.
Gerona (I).

* FLACO.
Senador romano, amigo de Cayo Graco.
El Grande Oriente (I).

— * FLAXMAN, Juan (1755-1826).
Gran dibujante y escultor inglés.
España trágica (III).

* FLIX, El cura.
Cabecilla carlista (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

FLORA, Doña.
V. CISNIEGA, Doña Flora de.

FLORENCIA, Doña.
Tía de la inefable y frescachona doña María de la Cabeza Ventosa.
Amadeo I (III).

FLORENCIO.
Fiel servidor de los Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

* FLORENCIO, Don.
Cura párroco de Cegama (1835).
Zumalacárregui (II).

FLORENCIO, Padre.
El mejor «catequizador de ingleses que había en Cádiz».
Cádiz (I).

* FLORES, Antonio (1818-1865).
Notable escritor español. Periodista muy celebrado.
Las tormentas del 48 (II).—*Prim* (III).

— * FLORES, Don Gaspar.
Noble señor peruano, padre de Santa Rosa de Lima.
La vuelta al mundo... (III).

* FLORES, Don Luis.
Capitán del *San Francisco*, muerto en Trafalgar.
Trafalgar (I).

— * FLÓREZ.
Explorador enviado por Felipe II a la Patagonia.
La vuelta al mundo... (III).

— * FLÓREZ CALDERÓN.
Periodista y político español.
El 7 de julio (I).

— * FLÓREZ ESTRADA, Alvaro (1769-1853).
Publicista, político y economista asturiano. De ideas liberales. Fué presidente del Senado durante el reinado de Isabel II.
La segunda casaca (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).

— * FLORIÁN.
Seudónimo de un novelista terriblemente romántico.
El Grande Oriente (I).

FLORIANA.
Así se la encomiaba Celestina Tirado al insigne Tito:
«Lo bastante talluda para no ser baja... Ni delgada ni gruesa. Ojos como luceros, facciones perfectas, boca tan linda cuando calla como cuando habla; blancura que deslumbra; pechos, manos y pies en proporción. Todo es proporción en esa criatura, y por esa igualdad en todas sus partes, incluso en las que tocan al alma, digo que es mujer única... No hay otra como ella.»
Un amorío más del insigne y diminuto «Don Juan» *Tito*...
Era maestra y tenía la escuela en la calle *de Rodas*, y era hija, al parecer, del erudito clérigo don Hilario de la Peña.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* FLORIDA, Marqués de la.
Político y diputado español. *Alfonsino* (1874).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * FLORIDABLANCA. Francisco Antonio, Conde de (1730-1808).
Famoso ministro español de Carlos III.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón en Chamartín* (I).

FLY, Lord (Conde de Chichester).
Padre de miss Fly.
La batalla de los Arapiles (I).

FLY, Carlos.
Hermano de miss Fly, muerto al intentar matar al seductor de la hermana Lilliam.
La batalla de los Arapiles (I).

FLY, Miss Athenais.
«Era como de veintitrés años, alta y esbelta. Su airosa figura, su acento dulce, su hermoso rostro, aquel tratamiento de *vos* que ceremoniosa me daba, sin duda por poseer a medias el castellano, me hicieron honda y duradera impresión.»
Y Gabriel Araceli la describe así:
«Más la miraba yo, y más hermosa me parecía a cada momento. No puedo dar idea de la extremada belleza de sus ojos azules. Todas las facciones de su rostro distinguíanse por la más pura co-

rrección y finura. Los cabellos rubios hacían verosímil la imagen de las trenzas de oro tan usada por los poetas, y acompañaban la boca los más lindos y blancos dientes que pueden verse. Su cuerpo, atormentado bajo las ballenas de un apretado jubón, del cual pendían faldas de amazona, era delgadísimo; mas no carecía de las redondeces y elegantes contornos y desigualdades que distinguen a una mujer de un palo torneado.»

Miss Fly se enamoró perdidamente de Gabriel Araceli. Su orgullo pretendía inútilmente disimularlo.

La batalla de los Arapiles (I).

FOLGUERAS, José.

Primo del insigne Tito. Estaba empleado en las oficinas de Palacio.

Amadeo I (III).

* FOLLEVILLE, La.

Gran dama... Averiada. Espuma madrileña... (1874).

Cánovas (III).

FONSAGRADA, Eleuterio.

De la familia amiga de los del Milagro. Joven conspirador y romántico.

De Oñate a La Granja (II).

FONSAGRADA, Zacarías.

Joven conspirador y romántico con quien hizo amistad Fernandito Calpena en el Saladero (1836).

De Oñate a La Granja (II).—*Montes de Oca* (II).

FONSAGRADA, Las de.

Amiguitas de Aurora Negritti y de las hijas de don José del Milagro.

Mendizábal (II).

* FONTIVEROS.

Esposa del coronel. Fusilada por Cabrera como represalia por la muerte de su madre.

La campaña del Maestrazgo (II).

* FONTIVEROS.

Jefe cristino cuya esposa fué fusilada por los carlistas.

La campaña del Maestrazgo (II).

FORCADELL.

Cabecilla carlista (1837).

«Uno de los lugartenientes de Cabrera y general de una potente división. Su rostro infiado, risueño y de hombría de bien, lo mismo podía ser de canónigo que de mayoral de diligencias. Pasaba sobre un poderoso alazán; vestía zamarra peluda, chaleco blanco abotonado hasta el cuello; la boina era de gran vuelo, blanca, con fleco dorado.»

La campaña del Maestrazgo (II).—*Vergara* (II).

FORFOLLEDA.

Dómine y hostelero.

La batalla de los Arapiles (I).

FORFOLLEDA, Señora de.

La batalla de los Arapiles (I).

FORNASARI.

Colegial de San Apolinar, en Roma. Compañero y amigo inseparable de García Fajardo. Despierto y de gentil presencia. Sanguíneo. Fogoso. Era milanés y apasionado por la música. Quería dedicarse al canto y creía tener una hermosa voz de bajo.

Las tormentas del 48 (II).

— * FÓSCOLO, Hugo (1778-1827).

Gran poeta y novelista italiano.

Las tormentas del 48 (II).

* FOSSA, La.

Gran cantante de ópera. Actuó en Madrid el año 1874.

Cánovas (III).

— * FOURIER, Francisco María Carlos (1772-1835).

Filósofo socialista francés.

Las tormentas del 48 (II).

— * FOURNÁS, Don Blas.

Jefe militar. Uno de los defensores de Gerona.

Gerona (I).

— * FOY.

Jefe militar francés que luchó en España (1811). Batalla de Vitoria.

El equipaje del rey José (I).

— * Foz, Cinta.

Madre de un urbano de Beceite, fusilada por Cabrera como represalia por la muerte de su madre.

La campaña del Maestrazgo (II).

— * FRADERA.
Cabo de la Marina española linchado por los peruanos (1865).
La vuelta al mundo... (III).

«FRAILA, La».
Comadre. Murió de la peste, en Madrid.
Un faccioso más... (II).

* «FRAILE, El».
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El equipaje del rey José* (I).

FRAILE (Un)
predicador exaltado liberal en la *Cabecera del Rastro.*
El Grande Oriente (I).

FRAILE (Un)
que arengó a los solsonenses para que se alistaran de voluntarios realistas. «¡Qué pico de oro!»
Un voluntario realista (II).

— * FRAILE (Un)
que asistió a Riego en sus últimos momentos y que fué causante, en parte, de que se retractase de sus ideas.
El terror de 1815 (I).

FRAILE ARAGONÉS,
a quien el fuero eclesiástico ayudó a escapar de la Cárcel de Villa. El año 1835 fué asesinado en Zaragoza al fracasar la conspiración de don Vicente Ena.
Un faccioso más... (II).

«FRAILE ESPERANZA».
Guerrillero carlista en el Maestrazgo (1837).
La campaña del Maestrazgo (II).

FRANCISCA, Doña.
Señora de don Alonso Gutiérrez de Cisniega.
«Era una mujer hermosa en la vejez, como la *Santa Ana.* de Murillo; y su belleza respetable habría sido perfecta, y la comparación con la madre de la Virgen, exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.
«Era doña Francisca una señora excelente, ejemplar, de noble origen, devota y temerosa de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo; caritativa y discreta, pero con el más arisco y endemoniado genio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como ingénito aquel iracundo temperamento, sino, antes bien, creado por los disgustos que la ocasionó la desabrida profesión de su esposo; y es preciso confesar que no se quejaba sin razón, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años habría podido dar veinte hijos al mundo y a Dios, tuvo que contentarse con uno solo.»
Trafalgar (I).

— * FRANCISCA, Infanta doña.
Primera esposa del infante don Carlos, el futuro Carlos V de la Tradición.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Los duendes de la camarilla* (II).

— * FRANCISCA, Su alteza la infanta doña.
Primera esposa de don Carlos María Isidro de Borbón.
Habría sido hermosa si no afeara sus facciones el tinte rojizo, comúnmente llamado color de hígado.»
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).—*España sin rey* (III).

FRANCISCO.
Ayuda de cámara de Pepe García Fajardo desde el día que contrajo matrimonio con María Ignacia Emparán.
Narváez (II).

FRANCISCO.
Cochero de Jenara en sus andanzas por España (1822).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * FRANCISCO I (1494-1547).
Rey de Francia. Rival desafortunado de nuestro gran Carlos I.
El Grande Oriente (I).—*La de los tristes destinos* (III).

* FRANCICO DE ASÍS, Infante don (1822-1902).
Primogénito de la infanta doña Luisa Carlota y don Francisco de Paula. Rey consorte, esposo de Isabel II. Pepe García Fajardo lo describe así:
«Pero si grato fué el emisario del rey Francisco, mayor encanto tuvo éste para mí, contribuyendo no poco a mi satisfacción la sorpresa, porque me habían

hecho formar del esposo de Isabel idea muy distante y muy distinta de la realidad. Juzgando por los pareceres del vulgo, que se forman sabe Dios cómo, creía yo encontrarme con un señor desabrido y chillón, de escasa cultura, ideas pobres y encogidas maneras, y no le vi conforme al anticipado retrato, al menos en lo esencial, pues si bien no suena su voz con el timbre más robusto, en finura de trato, extensión de conocimientos comunes para poder hablar superficialmente con todo el mundo y arte real de desplegar toda la amabilidad compatible con la etiqueta, creo que no hay en la familia quien pueda superarle. Me agradó la pureza de su pronunciación castellana; de rostro le encontré demasiado bonito, con perjuicio de la gravedad varonil; de cuerpo algo menguado en la mitad inferior. A la conciencia de estos defectillos atribuyo la timidez que en él he creído advertir: la vencerá cuando en la conciencia de su posición se afirme.»

Los ayacuchos (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

* FRANCISCO DE PAULA ANTONIO DE BORBÓN, Infante don (1794-1865).
Hijo de Carlos IV. Su viaje a Francia fué la causa inmediata del famoso levantamiento madrileño del 2 de mayo de 1808. Se casó con la infanta doña Carlota, hermana de la reina María Cristina.

La Corte de Carlos IV (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II). *Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

— * FRANCISCO José (1830-1916).
Emperador de Austria.
Cánovas (III).

FRANCISCO («Resplandor»).
Cabo de vara de la cárcel del *Saladero*, que hacía muy buenas migas con los presos políticos revolucionarios. En su juventud militó en la partida de Porlier.
De Oñate a La Granja (II).

* FRANCISQUETE.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * FRANCO, Nicolás.
Guardia palatino, amigo del esposo morganático de la reina María Cristina, don Fernando Muñoz.
Bodas reales (II).

* «FRASCUELO» (Salvador Sánchez) (1842-1898).
Famoso lidiador de reses bravas del pasado siglo. Adversario y competidor profesional de Lagartijo.
Cánovas (III).

FRASQUITA, Señá.
Viejecilla de Babilafuente.
La batalla de los Arapiles (I).

— * FREIRE, Don Manuel.
General español realista que luchó contra los ejércitos liberales sublevados en Andalucía (1820). Se hizo caudillo carlista en 1834.
La segunda casaca (I).—*Un faccioso más...* (II).

* FREIXAT.
Cabecilla carlista (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

«FRENÉTICO, Don».
V. NIETO, Don Federico.
Montes de Oca (II).

FRESNO, Marquesa del.
Regalaba tabaco habano a los frailes de los conventos de Madrid.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * FRÍAS (Bernardino Fernández de Velasco, Duque de) (1786-1851).
Poeta y político español.
Los apostólicos (II).

— * FRÍAS, Bernardino.
V. FERNÁNDEZ DE VELASCO.

— * FRÍAS, Diego Fernández de Velasco, duque de.
Embajador de España en París (1895).

Amigo de aventuras de don Beltrán de Urdaneta.
Luchana (II).

— * FRINÉ (siglo IV a. J. C.).
Cortesana griega famosa por su hermosura y amante del escultor Praxiteles.
El Grande Oriente (I).

* FRONTAURA, Carlos (1834-1910).
Literato español. Director de periódicos.
Cánovas (III).

— * FRUMENTO, Antonio.
Autor dramatico, muy malo, de obras truculentas y lacrimosas.
La Corte de Carlos IV (I).

— * FÚCARES, Los.
Banqueros alemanes que se establecieron en Madrid a fines del siglo XVI. Todos los grandes literatos españoles hacen alusion a ellos. En la capital de España tienen dedicada una calle.
Napoleón, en Chamartín (I).—*El Grande Oriente* (I).—*La estafeta romántica* (II).

— * FUENTE, Catalina.
Esposa de el *Empecinado*.
Juan Martín el Empecinado (I).

* FUENTEPELAYO, Comandante.
Héroe de la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

FULGENCIO.
Camarero de la botillería de Lucas, en la calle *de Preciados*, esquina a la *de la Ternera* (1845).
Bodas reales (II).

* FULGENCIO, Padre.
Famoso fraile consejero del infante don Francisco de Asís, futuro rey consorte de España. Era escolapio y muy dado a las conspiraciones politicas. Así le describía María Ignacia, la esposa de García Fajardo:
«Recordarás que nos lo figurábamos como uno de esos frailachos sin educacion, puercos, zafiotes, de esos que habian contigo, a lo mejor te sueltan un eructo, sin mas precaución que ponerse la mano en la boca en el momento de darlo a luz. Ni es tampoco viejo, sino así, entre joven; ni es sucio, Pepe, antes bien, me ha parecido que se rocía la sotana con aguas olorosas... Como lo oyes: no te rías. Su rostro es más bien guapo que feo, dentro del tipo de guapeza propio de curas, que es muy distinto de la hermosura de hombres..., ya me entiendes. Los ojos son negros y listos, la tez bastante morena, y el habla, ¡ay hijo!, el habla fué lo que más me sorprendió, pues nosotros nos lo figurabamos con una voz muy bronca, como de castellano cerril o vizcainote medio salvaje, y resulta que es andaluz, que cecea un poquito y con su miajita de gracia y aquel. No hablo más que de temas de religión pura, sin mezcla de política, y de personas religiosas.»
Bodas reales (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

* FULGOSIO, José (1811-1848).
Jefe militar. Intervino en la intentona de raptar a las reales personas de Isabel II y Luisa Fernanda (1841). Murió de un balazo en una de las innumerables revoluciones españolas del pasado siglo.
Los ayacuchos (II). *Bodas reales* (II). *Las tormentas del 48* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

* FUNES.
Poeta y autor dramático español del siglo XIX. Colaboró con Lustono en piececillas jocosas.
España trágica (III).

FURRIEL
del 5.º de Navarra. Muy bruto.
Zumalacárregui (II).

— * FUSTER, Don Vicente.
Regente de la Audiencia valenciana (1840).
Montes de Oca (II).

G

— * GABAÓN.
O gabaonita. Natural de Gabaón, población de Palestina, en la que estuvo depositado el tabernáculo de David.
Juan Martín el Empecinado (I).

* GABIOLA.
Político de ideas radicales, íntimo amigo del jerezano Paúl y Angulo.
España trágica (III).

— * GABRIEL, Infante don (1778).
Hijo de Carlos III. Gran humanista y muy devoto de las artes. Tradujo primorosamente a Salustio, traducción que imprimió el celebérrimo Ibarra en las prensas madrileñas.
La Corte de Carlos IV (I).

GADITANO.
Que fué a Tetuán (1858) de barbero. Y que en 1860 ya sabía más que Lepe de cosas y de casos mogrebinos.
Aita Tettauen (III).

GAIFRIDO.
Nombre familiar que daba la bestia hermosa de Paca la *Africana* a su conquista, el grave bailío don Wifredo de Romarate.
España sin rey (III).

GAINZA.
Boyero vitoriano en cuyo carro huyeron de Oñate los Castro-Amézagas y Fernando Calpena.
«Era un vejete forzudo y de pocas palabras, que hablaba medianamente el castellano· llamábase Gainza y no parecía mal hombre; comentando la guerra, expresó la idea de que el país estaba ya harto de tanta trapisonda, esquilmado por las sacas continuas de mozos, forrajes, pan y contribuciones. Lo que el país ansiaba era: o que don Carlos se sentase en el *trono de todo el reino,* o que se entendiese con su cuñada para reinar los dos *apareados.*»
De Oñate a La Granja (II).

GALÁN, Baldomero.
V. BALDOMERO.

GALÁN Y ULIBARRI, Salomita.
Hija de Saloma la *Navarra* y de Baldomero Galán. En 1866 era novia de Santiaguito Ibero. Más tarde, en Marsella, olvidada de su amor humano, intentaba hacerse religiosa.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* GALIANA.
Político republicano. Elegido concejal madrileño (1872) por el distrito del Hospital.
Amadeo I (III).

* GALIANO, Brigadier.
Jefe militar de gran prestigio durante la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

* GALILEA.
Periodista. Redactor de *El Tribuno.* Detenido a consecuencia de los disturbios revolucionarios de 1854.
La revolución de julio (III).

— * GALILEO GALILEI (1563-1642).
Célebre físico, matemático y astrónomo italiano.
El Grande Oriente (I).

GALINDA, La.
Vieja prendera «muy bocona y ladrona». Vivía en un cuartucho de la *Plaza Mayor.*
La de los tristes destinos (III).

— * GALINDO, Doña Beatriz.
Llamada la *Latina.* Cultísima dama, amiga y maestra de la reina Isabel II. Fundó el Hospital de la Latina, en Madrid.
El terror de 1824 (I).

GALO, Don.
«Uno de la calle de *la Palma,* con trazas de clérigo», agente de los negocios usurarios del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

— GALVÁN, Don.
Héroe de un romance caballeresco anónimo.
La batalla de los Arapiles (I).

GALVANA.
«Guapo mozo, cabal en todos sus sentidos.» Jefe de una partida de vagos so capa de defender determinados ideales políticos (1837).
Vergara (II).

* GALVE, Enrique.
Amigo de Pepe García Fajardo.
Narváez (II).

* GÁLVEZ.
Ministro de la Guerra del Perú, muerto al derrumbarse la torre de Santa Rosa, de Lima, por los efectos de un disparo de la escuadra española (mayo 1866).
La vuelta al mundo... (III).

GÁLVEZ, Antoñete.
Joven de talento, orador exaltado, federalista de acción. Amigo de Vicentito Halconero.
«Era de mediana estatura, doblado, fornido, de recios hombros; la cabeza grande y firme, atezado el rostro, la nariz ancha y algo aplastada, los ojos pequeños, vivos y muy a flor de cara, por lo que ésta resultaba como un bajorrelieve. Su barba, bien poblada y negra, descendía del rostro hasta la mitad del pecho. Hablando en lo íntimo, era dulce y candoroso como un niño; perorando en público, sacaba una voz áspera y honda, con la que premiosamente expresaba su pasión fanática y sus indomables arrestos.»
España trágica (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* GÁLVEZ, Enrique.
Hijo del célebre cantonalista Tonete. Y como su padre, audaz, exaltado...
De Cartago a Sagunto (III).

* GÁLVEZ, Paco.
Sobrino del famoso cantonalista Tonete Gálvez y su ayudante en andanzas audaces...
De Cartago a Sagunto (III).

* GALLARDO, Don Bartolomé José (1776-1852).
Gran bibliógrafo español. De ideas liberales, sufrió persecuciones por parte de los gobiernos de Fernando VII.
«Era altísimo, flaco, desgarbado, amarillento, siendo de notar en su rostro la viveza de los ojos, así como la regular longitud de las abanicas orejas. ¡Singular hombre! Cincuenta años después le habréis visto en las calles de Madrid desfigurado por el medio siglo; pero siempre distinguiéndose muy bien por la prolongación longitudinal de su persona; le habréis visto siempre flaco, siempre amarillo, pero antes atrabiliario que jovial, marchando aprisa con los bolsillos de un como redingote gris, llenos de libros viejos, con su sombrero de hule hecho a las injurias de aguas y soles; y si por acaso dirigisteis vuestros pasos a la Alberquilla, dehesa próxima a Toledo, le veríais allí sepultado en una biblioteca, donde le devoraba, como a Don Quijote la caballería, la estupenda locura de los apuntes; veríaisle encerrado semanas enteras, sin tomar otro alimento que el modestísimo de una diaria ración de sopas de leche. Algo faltaba en aquella cabeza para ofrecer el fenómeno de que sabiendo cuanto había que saber en materia de libros, y siendo el almacén de apuntes y datos y noticias más colosal que ha existido en el mundo, jamás hiciese cosa de provecho.»
Gerona (I).—*Cádiz* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— GALLART, Don Juan.
Tendero zaragozano que entregó varias arrobas de embutidos para los defensores de la ciudad.
Zaragoza (I).

* GALLEGO, Don Juan Nicasio (1777-1853).
Eclesiástico y poeta español. Fué secretario perpetuo de la Academia Española. Por sus ideas liberales estuvo desterrado en la Cartuja de Jerez. En 1836 fué censor, excesivamente riguroso, de la prensa.
Gerona (I).—*Cádiz* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).— *Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta románti-*

ca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

GALLIPIENZO, Don Fabricio.
Cura de Villafranca, furibundo legitimista y hombre de muy malas pulgas.
Zumalacárregui (II).

GALLIPAUS.
Mote dado a un niño de su escuela por don Patricio Sarmiento.
El Grande Oriente (I).

* GALLO, Alférez.
Hijo del coronel. Muerto apenas llegado a Africa (1859).
Aita Tettauen (III).

GALLO, Modesto.
Teniente coronel del Ejército. Sobrino de don Bruno Carrasco y Armas.
«Un chico excelente, intrépido militar, amigo intachable; pero de cascos muy ligeros, así en cuestiones de mujerío como en las que atañen a la vida pública. De una impresionabilidad excesiva, se remontaba fácilmente de los afectos a las pasiones; su fácil palabra y su asimilación, más fácil todavía, fomentaban en él los entusiasmos bruscos, el ardor sectario; no sabía querer sin violencia, ni profesar opiniones sin llevarlas hasta el delirio.
»Arrogante y garboso era el tal, y muy bien le caía el nombre de Gallo. Menos que mediana era su estatura; pero no había otro mejor plantado ni que mejor retratara en su continente la bravura indomita y en ciertas ocasiones provocativa. Su encrespado cabello parecía una cresta; sus ojos despedían el fuego de Marte; usaba bigote espeso, largo y caído, imitando el personal estilo de su adorado jefe, don Diego León. Su voz vibraba en las disputas como clarín guerrero, y acompañábala con gesticulaciones de una energía despótica. Argumentaba cerrado el puño y solidificándolo como una maza de hierro. Empuñaba el argumento como una lanza.»
Montes de Oca (II).—*Aita Tettauen* (III).

* GAMBETA, León (1838-1882).
Célebre orador y político francés.
La de los tristes destinos (III).

GAMBITO.
Era un pobre de la parroquia de San Ginés. Ved cómo le describe Pepe García Fardo:
«Ya dije que entre los pobres pedigüeños de la parroquia de San Ginés hay uno con quien entablé relaciones policíacas, so color de caridad, tocantes al descubrimiento de la hermosura celtíbera vista y evaporada en la puerta de aquella sacra mansión. Mi amigo, que me ha resultado tambien celtíbero de los llamados *Ilergetes*, consagró su vida al negocio de sanguijuelas en tierras de Teruel... Es hombre muy corrido: peleó con don Carlos en la partida del Serrador, y, establecido por fin en Madrid como herborista, ha venido por sucesivas desgracias comerciales y domésticas a la mísera condición presente. Conserva el hombre agilidad de piernas y lucidez del entendimiento, lo que no es poca ventaja para el trabajo diplomático que yo le encomendé; pero tales partes pierden mucho de su energía por la deplorable ruina de otras: uno de los brazos, envuelto en amarillas bayetas, no funciona; el cuello se le tuerce del lado izquierdo, los ojos son como fuentes, y la lengua y boca sufren de un *paralís* que desfigura su sintaxis y su pronunciación, pues por causa de tal dolencia compone los conceptos al revés, y suele comerse las primeras sílabas de las palabras más importantes. Con todos estos inconvenientes, el pobre *Gambito*, que tal es su nombre o su apodo, me sirve bien, añadiendo a sus incompletas facultades una voluntad y una diligencia increíbles.»
Narváez (II).

* GAMBOA.
Ministro de Hacienda con el Gobierno de Espartero (1840).
Montes de Oca (II).

* GAMINDE, Comandante.
Ayudante de Prim en la guerra de Africa. Ya general, fué capitán general de Cataluña en 1869. Ministro de la Guerra (1872) con el Gabinete Sagasta.
Aita Tettauen (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

GAMINDE, Don Francisco.
Cabeza de familia. Bondadoso y entero de carácter. Padre de Víctor.
Luchana (II).—*Vergara* (II).

GAMINDE, Florencia.
Amiguita de Aura Negretti, en Bilbao.
Luchana (II).

GAMINDE, Jesusita.
Amiga de Aura Negretti, en Bilbao (1836).
Luchana (II).

GAMINDE, Señoras de.
Vivían en Bilbao. Y eran amistad de los Arratias.
Luchana (II).

GAMINDE, Víctor.
«Hermano de las señoritas con quienes había hecho Aura tanta intimidad.» Amigo de Zoilo y su compañero en la Milicia Nacional.
Luchana (II).

GAMONAL, Duquesa de.
Gran amistad de don Leopoldo O'Donnell y de doña Manuela, su esposa. Había sido dama de Isabel II.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).

GAMONEDA, Erasmo.
V. ERASMO GAMONEDA.

GAMONEDA, Tiburcio.
Hijo del señor Erasmo. Siguió la industria de su desdichado padre, de: *oblea, lacre y fósforos,* en un desmonte *del Barquillo,* junto al camino viejo de Vicálvaro. Era amigo de Leoncio Ansúrez, Virginia Socobio, Juan Santiuste y Teresita Villaescusa.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).

* GÁNDARA, General.
Amigo de Prim y complicado en su pronunciamiento. Ayudante (1872) del rey Amadeo I.
Prim (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

* GÁNDARA, Joaquín de la (alias *El Marqués del Bacalao).*
Banquero, socio de Emilio Terry y de Salamanca. En 17 de julio de 1854, vestido de paisano y mandando dos compañías de Cazadores, impidió algunos *desaguisados* de la turba en jolgorio.
Bodas reales (II). — *Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).

GANDASEGUI, Uno de los chicos de.
De la Milicia Nacional. Herido en Bilbao, noviembre de 1836, durante el tercer Sitio de la heroica Villa.
Luchana (II).

GANDUL.
Con trazas de matarife, en mangas de camisa, que iba en la turba que llevaba a linchar al polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

— GANIMEDES.
Príncipe troyano a quien Júpiter transportó al Olimpo para que sirviera de copero a los dioses.
Un faccioso más... (II).

— GANZÚA, Don Solícito.
Ficción, caricatura, de los *Tipos y Caracteres,* de Mesonero Romanos.
Los apostólicos (II).

— * GARAY, Don Martín de (1760-1823).
Ministro de Hacienda de Fernando VII. Muy pretencioso de grandes reformas.
La segunda casaca (I).

— GARCERÁN DE BORJA, Pedro Luis de.
Comendador mayor. Ascendiente por línea materna de don Beltrán de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (II).

* GARCÉS, El tío.
«Era un hombre de cuarenta y cinco años, natural de Garrapinillos, fortísimo, atezado, con semblante curtido y miembros de acero, ágil cual ninguno en los movimientos e imperturbable como una máquina ante el fuego; poco hablador y bastante desvergonzado cuando hablaba, pero con cierto gracejo en su garrulería. Tenía una pequeña hacienda en los alrededores y casa muy modesta; mas con sus propias manos había arrasado la casa y puesto por tierra los perales para quitar defensas al enemigo. Oí contar de él mil proezas realizadas en el primer sitio; ostentaba bordado en la manga derecha el *escu-*

do de premio y distinción de 16 de agosto. Vestía tan mal, que casi iba medio desnudo, no porque careciera de traje, sino por no haber tenido tiempo para ponérselo. El y otros como él fueron sin duda los que inspiraron la célebre frase de que antes he hecho mención. Sus carnes *sólo se vestían de gloria.* Dormía sin abrigo y comía menos que un anacoreta, pues con dos pedazos de pan acompañados de un par de mordiscos de cecina, dura como cuero, tenía bastante para un día. Era hombre algo meditabundo.»

Andaba, durante los sitios de Zaragoza, en compañía de Gabriel Araceli, y murió en la feroz lucha trabada con los franceses para defender el púlpito de la iglesia de San Agustín.

Zaragoza (I).

* GARCÍA, Bernardo.

Político radical español (1870). Diputado.

España trágica (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

GARCÍA, Desiderio.

Vivía en Cartagena. Andaluz mentiroso. Marino. Cabo de cañón. Buen compañero de Diego Ansúrez.

La vuelta al mundo... (III).

— * GARCÍA, Don Francisco.

General carlista (1838). Enemistado con Maroto.

Vergara (II).

* GARCÍA, Felipe.

Lidiador de reses bravas (1877).

Cánovas (III).

* GARCÍA, General.

Se distinguió por su bravura durante la guerra de Africa (1859-1860). Era jefe del Estado Mayor de O'Donnell.

Aita Tettauen (III).

GARCÍA, Indalecio (alias *Pajalarga).*

Tenía una buñolería en la calle *de la Palma.* Era amigo del insigne Tito. Despotricaba de todo lo divino y humano.

La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* GARCÍA, Jerónimo.

Guerrillero carlista (1872).

Amadeo I (III).

* GARCÍA, Higinio.

Sargento. Escribiente, en La Granja (1836), del conde de San Román, comandante general del Real Sitio.

Luchana (II). *La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

GARCÍA, José.

Padre de José García Fajardo. Este escribía así de él:

«Mi señor padre ha tenido que arrimarse a la política y a la Iglesia, y tiempo ha que desempeña la Contaduría de esta Subalterna, y es además habilitado del clero. Gran administrador de lo suyo y de lo ajeno ha sido siempre don José García, y en su honradez, que la opinión ha consagrado como artículo de fe, nunca puso el menor celaje la malicia. La vida metódica y sin afanes, la paz de la conciencia, el ejercicio saludable, le conservan entero y enjuto, sin achaques de los que a su edad pocos se libran, aunque es algo aprensivo y tan friolero que anda de capa todo el año, de agosto a julio.»

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

* GARCÍA, Juan.

Uno de los dos vecinos y amigos con los que *El Empecinado* empezó a combatir a los franceses.

Juan Martín el Empecinado (I).

— * GARCÍA, Manuel del Pópolo Vicente (1775-1832).

Músico y famoso tenor español. Rossini escribió para él *El barbero de Sevilla.* Fué padre de los famosos artistas María *Malibrán* y Paulina Viardot y de Manuel Vicente García.

La Corte de Carlos IV (I).—*El terror de 1824* (I).—*La de los tristes destinos* (III).

* GARCÍA, María.

Actriz española especializada en los papeles de maja en el teatro de la Cruz.

La Corte de Carlos IV (I).

— * GARCÍA, María Felicidad (la *Malibrán)* (1808-1836).

Famosísima actriz y cantante. Hija del célebre tenor Manuel del Pópolo. Estuvo casada con el banquero francés Malibrán y con el violinista belga Benoit.

La Corte de Carlos IV (I).—*La de los tristes destinos* (III).

— * GARCÍA, Paulina (1821-1910).
Célebre cantante española de ópera. Hija del famoso Manuel del Pópolo, hermana de la *Malibrán* y casada (1840) con su empresario Viardot.
Bodas reales (II).

GARCÍA, Teobaldo.
Capitán *cristino* que fué a Laguardia para visitar a Fernando Calpena en nombre de don Pedro Hillo.
Luchana (II).

— GARCÍA DEL CASTAÑAR.
Protagonista de la comedia del mismo título, original de Rojas Zorrilla.
La Corte de Carlos IV (I).

— * GARCÍA CONDE, Don Jaime.
General español que combatió por tierras catalanas (1809-1810).
Gerona (I).

— * GARCÍA ENECO.
Yerno de Isur o Suero, muerto en la batalla de Albeida y a quien se le tuvo algún tiempo por Iñigo Arista, primer rey de Navarra.
Narváez (II).

* GARCÍA ESLAVA.
Fué «el divieso de Burgo de Osma, que reventó y explotó en aquel pueblo y Almazán». Jefe de una partida carlista (1869).
España sin rey (III).

GARCÍA FAJARDO, Agustín.
Hermano de José. El *gallito* de la familia, entregado en Madrid a la política *de circunstancias*.
«Es alto, airoso, elegante, de seductor trato, y cifra toda su existencia presente y futura en la política.»
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).

GARCÍA FAJARDO, Catalina.
Hermana de Pepe. Monja en la Concepción Francisca de Madrid con el nombre de sor Catalina de los Desposorios. Pepe habla así de ella:
«¿La reconocería yo después de tanto tiempo? Habíanme dicho que de su singular belleza apenas quedaban reflejos pálidos. ¡Pobre Catalina! Yo niño y ella mujercita, había sido para mí la hermana predilecta, algo como una madre chica; yo la adoraba, y ella cifraba en mí todos sus amores. Tenía nueve años más que yo; me llevó mucho tiempo en brazos, y le serví de muñeca para sus juegos. Nunca he sabido por qué abrazó la vida religiosa.
»Se sentó junto a la reja, y llevándose a los ojos sus blancos dedos, lloró un ratito. Dile las necesarias disculpas de mi tardanza, con no poca turbación, porque también a mí se me saltaron las lágrimas y no sabía qué decir. Serenados ambos y hechos mis ojos a la oscuridad, observé a Catalina y no me pareció tan decaída su belleza como me habían dicho. Fuera del descuido de la dentadura, que afeaba un tanto la boca, no hallé su rostro descompuesto: su blancura era como el mármol, y sus negros ojos conservaban el encanto de otros tiempos. La voz se había hecho un poco gangosa y desapacible, por el hábito de hablar compungidamente.»
Era de talento excepcional. Dirigía inflexible la política subterránea de los moderados entre los años 1847 y 1854.. Su inflencia en todas patres era decisiva. Su rencor era pródigo en males...
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

GARCÍA FAJARDO, Hermanos de José.
De ellos escribe José:
«Mi hermano Agustín, el primogénito, que ya cumplió los cuarenta, casó en Madrid, y allá disfruta de un buen empleo, arrimado a los hombres de la *moderación*. Mi hermano Vicente casó con una rica labradora de Brihuega, viuda, y está hecho un bienaventurado patán, con cinco hijos, y labranza de doce pares de mulas; Gregorio, que estudió en Madrid la carrera de abogado, también anda por allá buscándose un acomodo en las sociedades mineras o de seguros; y Ramón, que es el más joven, no se ha separado de mis padres, y disfruta de un sueldecito en la Subalterna. De mis hermanas, la mayor, Librada, que ahora tiene treinta y ocho años, casó en Atienza con un primo mío, ganadero de buen acomodo y propietario de dos molinos harineros y de una fábrica de curtidos; la segunda, Catalina, que ya rebasa de los treinta, profesó en el convento de la Concepción Francisca de Guadalajara, no recuerdo en qué fecha (sólo

sé que a mí me tenían aún vestidito de corto), y luego pasó a La Latina, de Madrid, donde ahora se encuentra. He aquí mi familia, mis sagrados vínculos con la Humanidad.»

Las tormentas del 48 (II).

GARCÍA FAJARDO, Gregorio.

Hermano de José. Era abogado de algunas sociedades mineras y de seguros.

«Gregorio es de mediana estatura, achaparrado, de mal color, aunque de complexión recia; y desengañado de la poca sustancia que se saca del trajín de la cosa pública, adulando a poderosos sin ningún valor, o sentando plaza en el bullicioso escuadrón de majaderos o malvados, ha querido llevar su existencia por mejores rumbos.»

Estaba casado con Segismunda Rodríguez. Era contertulio de los Centurión.

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*Cánovas* (III).

GARCÍA FAJARDO, José.

Protagonista de la novela autobiográfica *Las tormentas del 48* y de otros varios *Episodios Nacionales*.

«Me apresuro a decirle que soy José García Fajardo, que vengo de Italia, que ya iré contando cómo y por qué fuí, y a qué motivos obedeció mi vuelta, muy desgraciada y lastimosa por cierto, pues llego exánime, calado hasta los huesos, con menos ropa de la que embarqué conmigo y más desazones, calambres y mataduras...

»... Se me olvidó deciros, gran señora, que tres días antes de abandonar el italiano suelo cumplí años veintidós; que mi rostro y talle, según dicen, antes me restan que me suman edad, y que mis padres me criaron con la risueña ilusión de ver en mí una gloria de la Iglesia. Cómo disloqué por natural torcedura de mi espíritu la vocación irreflexiva de mis primeros años, y cómo desengañé cruelmente a mis buenos padres, no puedo referirlo mientras no me oree, me desentumezca y me despabile...»

Nació en Sigüenza. Fué niño precoz en sus estudios. A los dieciséis años era el mayor filósofo del Seminario de San Bartolomé. Devoraba los libros. Era muy elocuente. A los veinte años..., en Sigüenza, no se podía saber más. Se casó con la riquísima María Ignacia Emparán y fué feliz. Diputado. Gran amigo de Narváez y de Salamanca. Tuvo honores, fama..., podía cuanto quería en todas las esferas... ¡Qué sé yo! ¡El niño de la bola!... ¡El marqués de Beramendi!

Las tormentas del 48 (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (II).—*D'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

GARCÍA FAJARDO, Ramón.

Hermano de José. Adusto. Finchado. Era el único que vivía en Sigüenza con sus padres. Su pasión eran los libros antiguos.

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*Cánovas* (III).

GARCÍA FAJARDO, Segismundo.

V. FAJARDO, Segismundo García.

GARCÍA FAJARDO Y EMPARÁN, Agustinito.

Hijo de Pepe y María Ignacia.

«*Tinito*, el Benjamín de la casa, con nueve años y pico en 1867, se había traído toda la imaginación lozana de Pepe Fajardo, su gracia y atractivos personales. A sus hermanos aventajaba en donaire y belleza; era el encanto de todos; con sus monadas y zalamerías, engañaba a los padres, haciéndose perdonar sus travesuras, y a su abuela doña Visita la tenía embobada y medio chocha. No se conseguía fácilmente que estudiara, y sólo a fuerza de promesas y regalitos dominó el chiquillo las primeras letras. Su afición al dibujo era tal a los cuatro años, que no tenía su padre en el despacho papel seguro. Emborronaba los sobres de las cartas, las hojas de los libros y los márgenes de los periódicos. Un año después era maestro en la pintura de soldados graciosísimos, iluminando el trazo de tinta con lápiz rojo y azul. Poco a poco iba entrando en la Aritmética y Geografía y en árido estudio gramatical. A los nueve años, sentada un poco la cabeza, conservaba *Tinito* su

graciosa inquietud y el ángel o simpatía con que a todos cautivaba.»
La de los tristes destinos (III).

GARCÍA FAJARDO Y EMPARÁN, Felicianita.
Hija de Pepe y María Ignacia. Nació en febrero de 1852. «Dócil, guapa y de excelente salud.» En 1867 «Felicianita, que aún estaba de traje corto, era una niña de excelente índole, muy despierta. La madre iba introduciendo en su cerebro las ideas con mucho pulso, temerosa de que se asimilara demasiado pronto el conocimiento de la vida tal como existía en el claro intelecto de María Ignacia. Sin ser una belleza, el conjunto agraciadito de su persona garantizaba, para dentro de tres o cuatro años, un buen partido matrimonial, titulado y rico.»
La de los tristes destinos (III).

GARCÍA FAJARDO Y EMPARÁN, Librada.
Segundo vástago de Pepe y María Ignacia. Nacida en 1851, «no tan robusta como su hermano», murió en septiembre de 1852.
La revolución de julio (III).

GARCÍA FAJARDO Y EMPARÁN, Pepito.
Primogénito de Pepe y María Ignacia. Nació en 1849, hermosísimo. Y era un mamón impenitente.
La revolución de julio (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* GARCÍA FRESCA, Don Felipe.
Alcalde de Vitoria (1869). Amigo de don Santiago Ibero.
España sin rey (III).

* GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio (1813-1884).
Poeta y autor dramático español de verdadera importancia en el drama romántico. Autor de *El trovador*, estrenado (1836) en el Teatro del Príncipe con éxito inmenso.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Los duendes de la camarilla* (II).

* GARCÍA HERREROS.
Diputado por Soria en las Cortes de Cádiz.
Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

GARCÍA JUNCO.
Compañero de hospedaje del severo bailío don Wifredo de Romarate.
«Las visitas del caballerete de la uña larga, su compañero de hospedaje, entretenían al bailío, pero no aprovechaban a su salud, porque oyendo hablar de política, teatros, mujeres y otros mundanos asuntos, tornaba el pobre señor a sus insanas manías. García Junco se llamaba el tal, y era del lugar de La Felipa, cerca de Albacete. Habíanle mandado sus padres a estudiar Derecho, y él lo estudiaba torcido, dedicando las más de sus horas a pasear y divertirse. Fuera de aquel extravagante capricho de la uña crecida y cultivada, era un buen chico, con más frivolidad que malicia. A don Wifredo solía contarle sus aventuras en el paraíso del teatro Real, y escenas en las casas de *damas de las camelias* (así lo decía, buscando la distinción del lenguaje), donde apurar solía las horas de la noche. Refirió también García Junco que por el padrinazgo del señor don Manuel León Moncasi, famoso progresista, diputado por Albacete y por Huesca, disfrutaba de un destinillo en Hacienda; pero que no iba a la oficina más que a cobrar.»
España sin rey (III).

* GARCÍA LÓPEZ, Francisco.
Diputado republicano en 1869. «De atildada frialdad.»
España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

* GARCÍA RUIZ, Eugenio.
«El más valiente de los diputados fieles a la Representación Nacional (1854).»
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

GARCIJIMÉNEZ.
Vecino pudiente de la villa de Ansó. Revolucionario «de Prim». Se llamaba a sí mismo «el contrabandista más honrado».
La de los tristes destinos (III).

GARCIJIMÉNEZ, Hijas de.
El vecino pudiente de Ansó que protegía a los revolucionarios de Prim.
«Eran bonitas, delgadas, sutiles, y más

las sutilizaban la basquiña verde de contados pliegues largos, que daban cierta reminiscencia ojival a los cuerpos enjutos. Vió las mangas cortadas en el hombro y codo, por donde salían buches de la camisa; vió el peinado, que consistía en torcer todo el pelo en una sola mata, envolviéndola con cinta roja: resultaba como una cuerda, que se arrollaba en la cabeza a modo de turbante. Sobre éste ponían las muchachas el pañuelo, que en los días festivos era de seda de brillantes colores, y los diferentes modos de ponérselo y de anudarlo atrás o delante indicaban el gusto personal de cada una, y a veces, el estado de su ánimo. Los pendientes de filigrana, las cadenas y medallas que colgaban del cuello y que relucían sobre la camisa y el canesú de la basquiña, completaban la arcaica figura... traída de las tablas góticas o de las iluminadas vitelas a la realidad de nuestro siglo.»

La de los tristes destinos (III).

GARCIJIMÉNEZ, Señora de.

«El contrabandista más honrado» de Ansó.

La de los tristes destinos (III).

* GARDOQUI, Comandante.

Ayudante del almirante Alava sobre el navío *Santa Ana*.

Trafalgar (I).

— GARDUÑA.

De Sevilla. Famosa protagonista de mil lances picarescos. Castillo Solórzano la inmortalizó en una deliciosa novela.

Cádiz (I).

— * GARELLY.

Político y hacendista español de principios del siglo XIX. Ministro de Gracia y Justicia en 1822.

El 7 de julio (I).—*Mendizábal* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

— * GARIBALDI, José (1807-1882).

Caudillo y patriota italiano. Héroe popular.

Narváez (II).—*La primera República* (III).

— GARIBAY.

Cuya alma vagaba incesantemente por el mundo. Personaje novelesco ya *sacado a cuento* en la Edad Media.

De Oñate a La Granja (II).—*O'Donnell* (III).—*Amadeo I* (III).

* GARRALDA.

Valiente capitán de fragata español (1865). Se distinguió en la guerra con el Perú y Chile.

La vuelta al mundo... (III).

GARRAPINILLOS, Tío.

Labrador de Calcena.

«Era alto, enjuto, moreno, amarillento, de pelo entrecano y erizado como el de un cepillo; con los ojos saltones y vivarachos, fisonomía muy expresiva y continente grave y caballeresco, cual frecuentemente se nota en campesinos aragoneses.»

Robado y maltratado por los guerrilleros, tuvo el valor de increpar con ferocidad al *Empecinado*.

Juan Martín el Empecinado (I).

GARRIDO, El padre.

Un curita «joven, gallardo y desenvuelto» que salía de las penumbras de un hondo zaguán con una señora hermosísima: Lucila Ansúrez la *Celtíbera*.

Cánovas (III).

* GARRIDO, Fernando.

Esforzado diputado republicano en 1869. Amigo de Vicentito Halconero.

España sin rey (III).—*España trágica* (III).

* GARRIDO Y ORENSE, Fernando.

Político progresista. Diputado a Cortes de 1845 a 1864.

O'Donnell (III).

GARRIGÓ.

Exaltado catalán—amigo de Vicente Halconero—que se alistó voluntario para luchar a favor de Francia contra Alemania (1870).

España trágica (III).

* GARRIGÓ, Coronel.

[Del regimiento] de Farnesio, que al frente de éste patrullaba por Madrid la mañana del 18 de julio de 1854. «Tan buen patriota como buen soldado.»

La revolución de julio (III).

— * GARRO IDIÁQUEZ, Doña Justa de.
Ascendiente de don Rodrigo de Urdaneta.
Luchana (II).

GARROTE, Carlitos Navarro (alias).
Que pretendía a la novia de Salvador Monsalud. «Sacó Carlitos, con el cariz y la figura de su padre, muchas de las prendas de su alma, y singularmente el valor y la generosidad, y creció el niño en la holganza, dedicándose a ejercicios de fuerza, con descuido de la inteligencia, aunque la tenía privilegiada. No mostró, como el progenitor, afición al galanteo frívolo, y durante algunos años huía de las faldas como del demonio, tanto, que creyeron iba derechito por el camino de la Iglesia; mas de pronto resultó muy apasionado y tierno, y verificóse radical transformación en sus hábitos, y más que en todo en su pensamiento. En el transcurso de esta fiel historia irán saliendo muchas cosas que ahora no conviene anticipar, y que completarán el conocimiento de este benemérito joven, primero mojigato, guerrillero después, y adornado siempre de estupendas cualidades.
»Carlitos era bastante parecido a su padre, salvo algunas diferencias: se le asemejaba en la tez morena, en los cabellos asimismo negros, en la arrogancia del cuerpo y talle y en cierta expresión de nobleza que en toda su persona gallardamente se mostraba. Diferenciábase en la estructura de las cejas, que en el mozo eran juntas, y en la seriedad invariable y algo torva que tenía en sus grandes ojos.»
Se casó, al fin, con Jenara, y al poco tiempo se separó de ella, porque se dió cuenta de que ésta le odiaba. Se hizo carlista. Capitaneó una partida famosa por su crueldad. Al final de su vida se volvió loco y se creía el propio Zumalacárregui. Murió en brazos de su mortal enemigo Salvador Monsalud, que era... su hermano natural.
El equipaje del rey José (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I). *Un voluntario realista* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).

GARROTE, Don Fernando Navarro (alias).
Padre legítimo de Carlitos y natural de Salvador Monsalud. En la vejez «se hizo un Don Juan Tenorio».
«Era don Fernando Navarro, o, si se quiere, don Fernando Garrote, un hombre de más de sesenta años, de elevada estatura y bien proporcionadas carnes, ni gordo ni flaco, arrogante en su madura edad, de frente despejada, ojos vivos, los brazos y piernas vigorosos, aunque ya nada listos a causa del mucho cansancio; ancha la espalda, curva y airosa la nariz, blancas y pobladas las cejas, así como el cabello; la piel rugosa y con largos bigotes retorcidos, entrecanos, que eran singular adorno de su fisonomía en aquellos tiempos en que todo el mundo se rapaba el rostro. Tenía este hombre la apariencia de un veterano de los antiguos tercios, héroe de las batallas de San Quintín y de las Gravelinas, conquistador de medio mundo y saqueador del otro medio, desde Roma hasta Maestrich. Uníase a su belleza varonil y majestuosa cierta expresioncilla insolente y de perdonavidas, y parecía satisfecho de la superioridad que Dios le había dado sobre el resto de los mortales. Observando su vanaglorioso ademán y porte guerrero, viéndola tan convencido de que la Humanidad existía para que él probara sobre ella la fuerza de sus puños, se comprendía bien el apodo de *Garrote* que recibiera del vulgo. Lleváronlo sin ofenderse sus antepasados, que también fueron tremebundos, y el don Fernando respondía al mote y a veces firmaba con él.
»Durante su juventud, Navarro había guerreado bastantes años, primero en la campaña contra Portugal, hacia 1762; después, en el bloqueo de Gibraltar, en 1779, y aun se asegura que, por dar desahogo a su grande afición militar, tuvo sus amagos y vislumbres de bandolerismo en tiempo de paz, lo cual es muy propio de españoles: pero esto debe acogerse con prudente desconfianza, y la honra de tan insigne varón nos obliga a no asegurar de un modo terminante lo del latrocinio, consignándolo tan sólo como un simple rumor.»
Quiso, ya viejo, reverdecer sus laureles, y con el cura Respaldiza se echó al campo a matar franceses. Cogido prisionero, pudo suicidarse antes de ser fusilado.
El equipaje del rey José (I).—*La segunda casaca* (I).

— * GASPAR.
Según la tradición cristiana, uno de los tres Reyes de Oriente que adoraron a Jesús niño.
España trágica (III).

GASPARÓ.
V. MONCAT, Gasparó.

GASPARÓ.
Jayán de la partida carlista del arcipreste de Ulldecona (1860).
Carlos VI, en la Rápita (III).

GASPARÓ.
Pescador del Grao. Sobrino del viejo Canigó.
Prim (III).

* GASSET, General.
Del primer Cuerpo español en la guerra de Africa (1859-1860).
Aita Tettauen (III).

* GASSET Y ARTIME.
Periodista y político español. Ministro con el Gabinete de Ruiz Zorrilla, último que gobernó con don Amadeo I (1873).
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

GASTÁN, Monsieur.
Droguero con tienda de postín para damiselas en la calle *del Desengaño.*
La Corte de Carlos IV (I).

GASTÓN, Don.
Apodo que daba a su suegro don Beltrán de Urdaneta, a causa de sus dispendios económicos, su nuera la marquesa de Sariñán.
V. URDANETA, Don Beltran.

* GASTÓN, Don Miguel.
Capitán del *San Justo,* muerto en Trafalgar.
Trafalgar (I).

GAUNA, Marqueses de.
Parientes de Gracia y Demetria Castro-Amézaga, por doña María Tirgo y el cura Navarridas, ya difuntos.
V. LANDAZURI, Don Alonso. LANDAZURI, Dona Rita. PIPAÓN, Don Tirso. TIRGO Y SUREDA, Doña Manuela. ROMARATE, Don Wifredo. TRAPINEDO, Don Luis.

* GAVIA, Condes de.
En cuya casa—de Córdoba—se alojó el general Serrano, jefe del ejército revolucionario que destronó a Isabel II.
La de los tristes destinos (III).

GAVILANES, Don Ventura.
Con quien deseaba hacer su última confesión doña Leandra Quijada. La buena señora hablaba así de él:
«... que es un señor cura de grandísimo respeto, aunque a primera vista no lo representa así su estatura corta, la cual casi debería llamarse enana. Pero todo lo que le falta de tamaño al buen señor, le sobra de entendimiento y de cristianismo. Es de Hinojosa de Calatrava, y por su madre está entroncado con los Garcinúñez de Corral de Almaguer. Desde que le oyes dos palabras a este don Ventura conoces que es de la tierra, y hasta parece que le sale el olor de ella de las manos y boca. De allí le mandan en cada San Martín, según me dijo, torrezno superior, magras y un codillo de cerdo que ya lo quisiera el rey de España para los días de fiesta. A nosotras nos conoció cuando era mozuelo, pues en Peralvillo vivió con su tía Casiana Conejo, apodada la *Fraila,* de quien te acordarás...»
Bodas reales (II).

GAVIÑA, Don Wenceslao.
Rico propietario de la calle *de la Almudena,* que cedió su casón para refugio de los concepcionistas.
Los duendes de la camarilla (II).

* GAVIRÍA, Crispín.
Vendedor ambulante de perfumería. Uno de los cabecillas de la revolución barcelonesa de 1842 (noviembre y diciembre). Era hombre muy dado a redactar manifiestos terroríficos.
Los ayacuchos (II).

GAVIRÍA, Don Antonio.
Banquero. Muy amigo del suegro de Pepe García Fajardo.
O'Donnell (III).

GAY, Bonifacio.
Primo y compadre de Sabas, el servidor de Fernandito Calpena. Vivía en Leciñana del Camino, a legua y media de Miranda de Ebro. Era herrero

y fundador en la Maestranza carlista, a las órdenes de don Ildefonso Negretti.

«Un tanto receloso y huraño en los primeros momentos, después franco y comunicativo, Gay, que era un hombre membrudo, como de cincuenta años, la cabeza blanqueada por canicie precoz, las manos ennegrecidas por la forja.

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

* GAYA, Don Juan.

Administrador de la Imprenta Nacional, director de la *Gaceta* y diputado por la Seo de Urgel. Gran amigo de Narváez (1849).

Narváez (II).

— * GAYARRE, Julián (1843-1890).

Famoso tenor español.

De Cartago a Sagunto (III).

GAYOSO.

«Un estudiantillo muy despierto», que se hospedaba en la casa de Ido del Sagrario y a quien el insigne Tito admitió en su trinca.

Cánovas (III).

— * GAZAN.

General francés que forzó el paso de Nuradal (1810).

Gerona (I).—*El equipaje del rey José* (I).

GAZEL, El.

V. RENEGADO.

GAZQUE, Manolito.

Sevillano «cuyas hipérboles graciosas han dado la vuelta a España y parece forman base de la riqueza anecdótica nacional».

* GELOS, Doctor Teodoro.

Asistió a Zumalacárregui, en Durango, de la herida recibida en el sitio de Bilbao. Médico de cámara del pretendiente, vocal de la *Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía del Ejército* (1836), en Oñate.

«De aquel inoportuno y desconsiderado Gelos se contaba que había sido barbero, luego maestro de cirugía menor, pasando a titularse doctor en Medicina por una serie de transiciones lentas. No carecía de habilidad empírica; teníale el rey por un sabio, y puso en sus manos la asistencia de los heridos de su ejercito; fue de los enviados desde Durango a la cura de Zumalacárregui, que resultó indocta, tardía, funesta. Distinguíase Gelos en el Real de don Carlos por sus opiniones intransigentes; militaba con rabioso entusiasmo en el partido zaguero, arrimado a las violencias absolutistas, a la cacería y exterminio de liberales, partido en quien la barbarie no era inferior a la candidez.»

Zumalacárregui (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

GENEROSA.

Nombre que da algunas veces Salvador Monsalud a su novia Jenara.

V. JENARA.

* GENIEYS.

Fondista de la calle *de las Infantas*, a la altura de la *Red de San Luis*. Su establecimiento era el más selecto de la corte.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).

GENILLO, El tío.

Albeitar de Graganejos, que apareció muerto, «clavado en la pared como un murcielago».

Juan Martín el Empecinado (I).

— * GENLIS, Madame (Estefanía Felicidad du Crest d'Saint-Aubin, Condesa de).

Célebre escritora francesa de fines del siglo XVIII.

Mendizábal (II).—*Luchana* (II).

* GÉNOVA, Duque de.

Uno de los pretendientes al trono español (1869).

España sin rey (III).—*España trágica* (III).

GENTILHOMBRE.

«Regordete y chiquitín», actor muy locuaz en el comentario del frustrado regicidio (1852). «Iracundo y enano».

La revolución de julio (III).

GERARDO, Don.

Un buen amigo de los del Milagro. «Hombre comedido, discreto, que se

oía cuando hablaba, y no hablaba más que lo preciso; funcionario excelente, de procedencia masónica de los *Tres años*, que no había llorado largas cesantías, y usaba en invierno y verano levita muy larga y sombrero de copa de desmedida elevación.»
Montes de Oca (II).

* GERMÁN.
Fornido bañero santanderino (1872).
Amadeo I (III).

GERTRUDIS *(Doña Geografía)*.
Se dedicaba a la enseñanza de la Geografía. Amiga del insigne Tito.
La primera República (III).

— GERUNDIO, Fray.
Personaje grotesco, representativo de los malos predicadores, creado por el padre Isla en su obra *Fray Gerundio de Campazas*, alias *Zotes*.
La segunda casaca (I).

GERVASIO, Don.
Un buen amigo de los del Milagro. «Probo funcionario», muy timorato de su nómina.
Montes de Oca (II).

GERVASIA.
Moza de la posada de Trespaderne.
Luchana (II).

— * GIBBON, Eduardo (1737-1796).
Escritor eminente inglés de Historia y Literatura.
Las tormentas del 48 (II).

GIL.
Posadero de Bailén. A unos franceses que insultaron a su mujer los echó en el horno del pan.
Bailén (I).

— * GIL.
Sastre de la calle de Toledo, a quien fusilaron (1844) por tirar un ladrillo, desde un tercer piso, a dos polizontes.
Bodas reales (II).

— * GIL, Bernardo.
Cómico de ideas liberales, preso en la reacción de 1814.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

GIL, Delfina.
Octavo amorío del insigne Tito. Y lo fué por la fatalidad de haber separado Delfina a los amoríos sexto y séptimo, enzarzados en una pelea callejera. «Era una viuda tierna, bastante supersticiosa, tirando a mística. Llamábase Delfina. Su padre fué un excelente confitero, que tuvo gran parroquia en Madrid. Su marido fundó y disfrutó la más elegante funeraria de esta corte, industria que la viuda traspasó, mediante *conquibus*, al que había sido primer dependiente del fundador. Con este provecho y lo que heredó de su padre, Delfina disfrutaba de un buen pasar; vivía holgadamente y daba socorros a parientes pobres, suyos y de su marido... Entendía yo que aquellas granjerías, tan diferentes en forma y fondo, habían dejado en la infancia y juventud de la buena señora la impresión de las cosas familiares adheridas a la existencia. Por esto decía de ellas mi amigo Roberto Robert que era *dulce y tétrica...*, y que en su carácter veía un ataúd lleno de yemas y tocino del cielo.

»Algo de verdad había en estas paradojas. Mi amiga era suave y borrascosa; con sólo minutos de diferencia, mordía y acariciaba. Ferviente devota de San José, a quien pedía todo lo que anhelaba, creía mil profanos disparates. Cuando en misa sacaba el cura casulla verde (lo que sólo en contados días se ve), doña Delfina se llenaba de terror, y de la iglesia salía persuadida de la proximidad de grandes daños y calamidades. Creía en el mal de ojo y en las recetas para impedir sus terribles efectos, y era fuerte en fórmulas cabalísticas para conseguir de la Santísima Trinidad la pronta cura de tercianas y cuartanas.

»Refiriendo á mi persona estas extravagancias, diré que la viuda me quería y me apartaba de su trato; tan pronto era la benigna divinidad que por mí se interesaba, como la fiera sacerdotisa que arrojaba sobre mí siniestros augurios y maldiciones... Termino el retrato con estas noticias, que, si por el momento no interesan, podrán tener algún valor en lo que más adelante relataré. Delfina Gil era natural de un pueblo próximo al que tuvo el honor de verme nacer. A no pocas personas

de mi familia conocía, y huroneando en el pasado sacaba remotos entronques de sus antecesores con el claro linaje de los Livianos.»
Abandonó a Tito al enterarse de *su triple* juego amoroso.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

* GIL, Don Tadeo Ignacio.
Político liberal de muchas aldabas.
Mendizábal (II).

GIL, El padre.
Confesor del marqués X*** en Córdoba.
Bailén (I).

GIL, Filiberto.
Hermano de la dulce y funeraria doña Delfina, amorío que fué del insigne Tito. Mandaba Gil una compañía de Milicianos tildados de monárquicos.
La primera República (III).

— * GIL, Padre.
Uno de los frailes mercedarios que rescataron en Argel a Cervantes.
Napoleón en Chamartín (I).

* GIL, Enrique (1815-1846).
Gran poeta y novelista romántico español. Autor de *El señor de Bembibre.*
La estafeta romántica (I).—*Bodas reales* (II).

* GIL BERGES.
Ministro de Gracia y Justicia (1873). *La primera República* (III).

GIL DE LA CUADRA.
Político liberal. Ministro de la Gobernación con el Gabinete Calatrava (1836).
Luchana (II).

GIL DE LA CUADRA.
V. TACITURNO, El y su hija SOLITA.

GIL DE LA CUADRA, Don Urbano.
Oidor. «Era un varón de años, flaco, indolente, enfermo tal vez...» «Un rostro acartonado y marchito, en cuya superficie brillaban con chispa mortecina dos tristes y ya muy viejos ojuelos.» «Se asemejaba mucho a un gran paraguas cerrado.»
Era un ferviente absolutista y fué encarcelado, en unión del cura don Matías Vinuesa. Personaje sombrío y taciturno, casado con Pepita Sanahuja, vió amargados sus últimos días al conocer que su salvador, Monsalud, había sido el seductor de su esposa.
V. TACITURNO, El.
El equipaje del rey José (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).

* GIL SANZ, Alvaro.
Diputado en 1869. Amigo del «caballero enteco» y de Vicentito Halconero.
España sin rey (III).—*España trágica* (III).

— * GIL Y ZÁRATE, Antonio (1793-1861).
Poeta y dramático español de segundo orden que vivió a mediados del siglo XIX.
Los apostólicos (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * GILA, Don Miguel.
Subteniente que murió durante el primer sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).

GILA, La tía.
Ama de llaves de don Celestino Malvar, en Aranjuez.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1840-1915).
Filósofo, literato, pedagogo y político español de gran mérito y austera moral.
España trágica (III).—*Cánovas* (III).

GINÉS.
Ventero de Trespaderne.
Luchana (II).

— * GIOBERTI, Vicente (1801-1852).
Filósofo y político italiano. Autor de *Primato degli italiani.*
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

— * GIRARDIN, Emilio de (1806-1881).
Periodista y político francés de gran fama.
España trágica (III).

* GIRGENTI, Conde de.
Coronel. Esposo de la infanta doña Isabel Francisca, hija de Isabel II.

La de los tristes destinos (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* GIRÓN. Don Mariano Téllez.
Hermano del duque de Osuna. Bravo militar isabelino.
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).

— * GIRÓN, El general.
Militar español que dirigió una división (1810) por tierras de Andalucía.
Gerona (I).

* GISBERT, Antonio (1835-1902).
Distinguido pintor español de *historia*. Gran amigo de los Fajardo-Emparán.
La de los tristes destinos (III).

GITANO.
Nombre cariñoso que daba a Pepe García Fajardo su amante Antoñita la *Cordelera*.

GITANO, Un.
Carcelero de la cárcel de Murcia que puso en libertad a Torrijos.
La segunda casaca (I).

— * GIZZI, El cardenal (1846).
Las tormentas del 48 (II).

— * GLÓCESTER.
Título inglés anterior al siglo XIV. Muchos de cuantos lo llevaron intervinieron en las luchas civiles de Inglaterra, ocupando elevados puntos. Shakespeare los hace personajes de algunas de sus tragedias.
Cádiz (I).

— * GLÜCK, Cristóbal (1714-1787).
Gran compositor alemán.
Bodas reales (II).

* GOBERNADO.
Oficial complicado en el intento de raptar (1841) a las reales niñas Isabel II y Luisa Fernanda y de privar de la Regencia a Espartero.
Los ayacuchos (II).

— * GOBERT, El general.
Lugarteniente de Dupont. Fué muerto de un tiro en el corazón.
Bailén (I).

* GODÍNEZ.
Guardia marina español, muerto en el combate ante el Callao de Lima (1866).
La vuelta al mundo... (III).

GODINO, Don Toribio.
Cura castrense. Asistió a la guerra de Africa. Y se hizo gran amigo de Juan Santiuste.
«Godino era primo de doña Celia, la señora de Centurión; que había sido muy amigo del coronel Villaescusa, padre de la famosa Teresita; que a ésta y a la *Manuela*, su madre, las conocía como si las hubiera... dado a luz... Peor era la madre que la hija, pues ésta tenía buen corazón, y si pecaba era por despojar a los ricos para dar a los pobres. Gracias a ella don Toribio no se había muerto de hambre en el invierno del 57, que fué de los más crudos. Teresa robaba a los ángeles su figura y modos para meterse en líos de caridad. Era un contrasentido, un disparate moral... De confianza en confianza, hizo don Toribio historia de los hechos culminantes de su vida, ya bastante larga, pues andaba al ras de los setenta. En su juventud había conocido y tratado a famosos clérigos, como Ruiz Padrón, Muñoz Torrero y otros, de quienes se le pegó el tufillo liberal, que no pudo echar fuera de sí en sucesivos años. Fué perseguido el 24 con tal encarnizamiento, que si no se refugiara en Portugal, le habrían quitado la vida. Repatriado en tiempos de la Regencia, vivió gracias a la protección del señor Garelly y de don Javier de Burgos, que, si no le estimaba mucho como sacerdote, apreciábale como latinista... Míseramente pudo sostenerse en curatos rurales, luchando con la malquerencia de facciosos más o menos encubiertos. Siguió hasta el 50 amparado de la oscuridad, sin poder aspirar a mejor acomodo; pero en aquella fecha se desencadenó contra él furioso viento de persecución, sin saber de dónde venía, y obligado a trasladarse a Madrid, se le acusó de masonismo y se le retiraron las licencias. Tales injusticias y crueldades indujeron al don Toribio a ser un poco discreto en la manifestación de sus ideas, un tanto libres en todo lo que no perteneciese al dogma. Siempre fué ortodoxo; mas no lo creían así sus colegas, sin duda por

ser hombre que al pie de la letra practicaba el *in dubiis libertas*. Por fin, le vino Dios a ver en la persona del general Zabala, el cual, apiadado de él y juzgándole sin prejuicios ni malquerencias, le sacó de aquel anticipado purgatorio y le trajo al clero castrense, donde el pobre señor respiró, viéndose rodeado de compañeros buenos y tolerantes. En su ardiente gratitud, aplicaba al digno general el *Deus nobis hœc otia fecit*, y se sentía capaz de dar la vida si necesario fuese, por la de su noble bienhechor.»

Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

GODO, Don Toro.

Nombre familiar que daban los amigos al cura castrense.

V. GODINO, Don Toribio.

GODOFREDO.

Cochero francés de la marquesa de la Itálica, que hizo el amor a Paca la *Africana*.

España sin rey (III).

* GODOY, Don Diego.

Hermano del príncipe de la Paz. Coronel de Guardias reales.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * GODOY, María Teresa.

Hija del príncipe de la Paz y de la infanta María Teresa de Borbón.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* GODOY, Don Manuel. Príncipe de la Paz (1767-1851).

Favorito de Carlos IV. Amante de la reina María Luisa. Arbitro de la política española. Murió en París.

Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I). *Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I). *Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— * GOETHE, Juan Wolfang (1749-1832).

Poeta, dramaturgo, filósofo, físico. El más alto genio de la literatura alemana. Autor de *Fausto* y *Werther*.

La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).—*España trágica* (III).

— * GOICOECHEA.

Molinero de Zaragoza.

Zaragoza (I).

* GOIFFIEU, Teniente.

Exaltado servilón, oficial de granaderos a quien se achaca haber disparado contra don Mamerto Landáburu el 30 de junio de 1822, a las puertas de Palacio.

El 7 de julio (I).

GOIRI, Juana.

Buena mujer, que hablaba «un endiablado pisto de francés, español y vascuence». Dueña de la fonda Pequeña Guipuzcoana, en Bayona, donde se alojaban los desterrados y huídos revolucionarios españoles.

La de los tristes destinos (III).

— * GOLDNOT.

General francés que alcanzó algunos triunfos en las provincias de Almería y Alicante.

Juan Martín el Empecinado (I).

— * GOLDONI, Carlos (1707-1793).

Célebre autor cómico italiano. Su principal obra es *La locandiera*.

La Corte de Carlos IV (I).

— * GOLFÍN.

Ministro liberal de Fernando VII.

El Grande Oriente (I).

— * GOLIAT.

Gigante del país de Geth. Filisteo vencido por David.

Los apostólicos (II).

* GÓMEZ, Alejandro.

Uno de los sargentos sublevados en La Granja (1836), que subió a Palacio a entrevistarse con la reina gobernadora.

«De los sargentos, el Gómez era sin duda el más despabilado; arrogante muchacho, de color moreno encendido, vivos los ojos.»

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

* GÓMEZ, Miguel (1796-1842?).

Guerrillero carlista (1834), de quien fué capellán Ibarburu. Llegó a ser general y fué derrotado por Narváez (1836).

«Mozo despierto y valentísimo, a quien, andando el tiempo, había de hacer famoso la audaz expedición o correría que en la Historia lleva su nombre. Era Gómez franco y decidor.»

Juan Martín el Empecinado (I).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II.—*Narváez* (II).—*Amadeo I* (III).

— GÓMEZ, Ruy.

Personaje de la tragedia *Hernani*, de Víctor Hugo.

La estafeta romántica (II).

* GÓMEZ BECERRA, Don Alvaro.

Político liberal, Ministro con el primer Gobierno de Espartero. Presidente del Consejo de Ministros en 1843.

Montes de Oca (II).—*Bodas reales* (II).

* GÓMEZ CALDERÓN, Don Antonio.

Amigote de Eguía. Más realista que el rey. Llamado por el mordaz Gallardo «caldo pútrido». Formó parte de la Regencia nombrada por Angulema (1823).

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis.

V. AVELLANEDA, Gertrudis Gómez de.

* GÓMEZ DE LA SERNA.

Incondicional de Prim. Gran jurisconsulto. Diputado a Cortes.

Prim (III).

— * GÓMEZ DE SILVA, Ruy.

Duque de Eboli. Ministro y consejero de Felipe II de España.

De Cartago a Sagunto (III).

— * GÓMEZ ESCRIBANO.

Librero de la calle de Carretas.

Napoleón, en Chamartín (I).

* GÓMEZ PARDO.

Consejero del pretendiente (1838). Apostólico intransiguente, alma de la conspiración contra don Rafael Maroto.

Vergara (II).

* GÓMEZ SÁNCHEZ.

Ministro peruano afecto a España (1865).

La vuelta al mundo... (III).

— * GÓNGORA, Don Cristóbal de.

Ministro de Hacienda de Fernando VII (1814).

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* GONZÁLEZ, Don Antonio.

Político liberal progresista. Diputado de las Constituyentes de 1835. Ministro varias veces. Presidente del Consejo en 1842.

Mendizábal (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

* GONZÁLEZ, Don José Fernando.

Político republicano. Ministro de Gracia y Justicia (1873) con el Gobierno Pi y Margall.

La primera República (III).

* GONZÁLEZ, Don Liborio.

Brigadier cristino asesinado (1837) en Hernani.

Vergara (II).

* GONZÁLEZ, Don Pedro Luis.

Político de vuelos cortos, partiquino de la gran farsa que se dedicaba al husmeo de noticias sensacionalistas y a su cotilleo.

De Oñate a La Granja (II).

— * GONZÁLEZ, Don Victoriano.

Propietario de Zaragoza.

Zaragoza (I).

GONZÁLEZ, Joselito.

El «del Covachuelista», niño de siete años.

La segunda casaca (I).

GONZÁLEZ, Marcos Aniano.

Amigo de doña Cristeta de Socobio.

Bodas reales (II).

GONZÁLEZ, Padre.

Compañero del padre Mateo del Busto.

Zaragoza (I).

GONZÁLEZ, Pepita (la *González*).

«Era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera calidad resplandecía en su persona de un modo tan sobresaliente, que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura, y cuanto en lo moral lleva el nombre de expresión, encanto, coquetería, monería, etc.,

se reconcentraba en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe. Ante los ojos de mi alma dejaba de ser una hipérbole aquello de *combustibles áspides y flamígeros ópticos disparos,* que Cañizares y Añorbe aplicaban a las miradas de sus heroínas.»

Era una cómica discreta que estuvo enamorada de Máiquez.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I). *La batalla de los Arapiles* (I).

GONZÁLEZ, Quintín.

Portero de Palacio «que tuvo bastante habilidad y cuquería para empalmar el último reinado borbónico con el primero de la dinastía italiana. Se pasaba gran parte de la tarde y prima noche trajinando en la reventa de billetes de teatros; era un buenazo, corpulento como un buey y confiado como un borrego de Dios». Estaba casado con la frescachona y sandunguera María de las Nieves, planchadora y amante del insigne Tito...

Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

* GONZÁLEZ, Venancio (1831-1897).

Político sagastino y montpensierista. Diputado, senador vitalicio, ministro de la Gobernación.

España sin rey (III).

* GONZÁLEZ ARNAO, Don Vicente.

Político y periodista español del siglo XIX.

Mendizábal (II).

* GONZÁLEZ BRAVO, Luis (1811-1871).

«Un mozo terrorista, más listo que Cardona y con más veneno que un áspid...» (1831). Conspiraba en el café San Sebastián.

Político y periodista. Presidente del Consejo de ministros en 1863 y en 1868. Ministro de la Gobernación con Narváez.

De las *cosazas* de 1844..., «una de las que más hondamente afectaron al público, apenas alzado el telón, fué ver entrar en escena, con su cartera debajo del brazo, algo inquieto y sobrecogido, al famoso *Ibraim Clarete,* el desvergonzado libelista de *El Guirigay* y trompetero de motines, don Luis González Bravo, joven lleno de gracias y de ambición, de simpatía y de cinismo, que desde el 40 acechando venía la coyuntura de un rápido encumbramiento, y, al fin, la encontraba. Meses antes enronquecía cantando las alabanzas de la Milicia Nacional; en septiembre del 40 ensalzaba, en Madrid, a Espartero; en julio del 43, a la coalición, en Barcelona; su audacia y el arrimo de los moderados le llevaron de los clubs a las Cortes; su natural despejo y sus asimilación prodigiosa hiciéronle orador notable y capitaneó el grupito de la *Joven España*».

Un faccioso más... (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * GONZÁLEZ GREDIAGA.

Médico del pretendiente don Carlos de Borbón, que, por mandato de éste, asistió a Zumalacárregui.

Zumalacárregui (II).

* GONZÁLEZ ISCAR, General.

Jefe militar amigo de Prim que, en Avila, debía *pronunciar* el batallón de Almansa (1866). Ministro de la Guerra (1873).

Prim (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

GONZÁLEZ LEAL, Jacinto.

Contratista. Amigo *íntimo* de Teresita Villaescusa. Hombre tan dispendioso, que se arruinó.

«Era Jacinto González Leal un cuarentón gastado por los afanes de una vida artificiosa; se desvivía por adiestrar caballos y lucirlos en coches de lujo, paseando en ellos la vanidad ajena; se arruinaba con jiras y convitazos campesinos en que su propio placer tenía mínima parte; derrochaba dinerales con Teresa para tenerla encerrada o mostrarla como una joya, más valiosa que por su mérito por lo mucho que le costaba; jugaba sin arte ni freno, como si el perder fuera la más elegante forma de vanidad; conspiraba por dar gusto a su inquietud levantisca, más que por conocimiento razonado y hondo de los males de la patria; era, en fin, un bruto

de excelente corazón, de los que serían felices dominados por una voluntad superior, de hombre o de mujer. Teresa, compañera ocasional, adventicia, no podía o no sabía ser esa voluntad.»

Se hizo revolucionario «de Prim», y, mezclado en aventuras extrañas, fué muerto a tiros por la Guardia Civil.

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * GONZÁLEZ MORENO.

Apostólico. Gobernador y verdugo de Málaga. Fué quien fusiló a Torrijos. Se unió al pretendiente, en 1834, y fué uno de sus más decisivos consejeros. Murió linchado cerca de Urdax, al intentar huir a Francia, después del *abrazo de Vergara* (1838). Hombre vil y cobarde.

Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II). — *Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* GONZÁLEZ ROMERO.

Ministro de Gracia y Justicia (1851) con el Gabinete de Bravo Murillo.

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

* GONZÁLEZ SERRANO, Urbano (1848-1904).

«Filósofo precoz.» Catedrático de la Universidad Central.

Prim (III).

— * GONZÁLEZ VALLEJO, Don Felipe.

Político realista protegido por el infante don Antonio y el duque de Alagón para sustituir en el ministerio de Hacienda a Pérez Villamil.

«Hombre de mejor pasta no se ha sentado en poltrona. El pobrecito era tan buenazo, tan sano de corazón, tan amable y complaciente, que todos los negocios pequeños, como nombramientos y demás menudencias, estaban en manos de Artieda y del señor Chamorro. De los grandes se encargaba don Antonio Ugarte. Dios se lo pague a aquel bendito ministro, que no tenía gota de hiel en su corazón, ni humos de vanidad en su cabeza. Parecía que no había tal ministro. Si todos los que han ocupado el sillón hubieran sido como él, otra sería la suerte de este desamparado y caído reino.»

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* GONZALO MORÓN, Don Fermín.

Diputado en 1844.

Bodas reales (II).

GONZALÓN.

Nombre familiar del general y ministro de la Guerra con la República (1873).

V. GONZÁLEZ ISCAR, Eulogio.

* GOÑI.

Caudillo carlista que se alzó (1834) en Navarra y campó por sus respetos en la Borunda.

Un faccioso más... (II).

* GOR, Duque de.

Jefe militar. Palatino y político (1849).

Narváez (II).—*Aita Tettauen* (III).

* GOR, Duquesa de.

Dama noble de Isabel II (1849).

Narváez (II).

GORDÓN, Anatolio.

V. ANATOLIO.

GOROSTIA.

Así hablaba de él el herrero fundidor de la maestranza carlista: «Por aquellos días nos pusieron un comandante nuevo de director de talleres. Era una acémila muy aclerigada, que no entendía jota de nuestro oficio. Había sido seminarista, ordenado de menores; después sirvió en las guerrillas de Guergué, y en la corte tuvo padrinos de la camarilla frailuna que le hicieron capitán de golpe y porrazo; y como el rey es así, que no ve más que por los ojos de cuatro cebones que están siempre gruñendo a su lado, aún pensaba que andaba corto en su carrera el tal Gorostia, en lengua de ellos *acebo*, y hágote comandante de ingenieros.»

Luchana (II).

* GOROSTIDI, Don Francisco (¿1769-1834).

Guerrillero español. Era clérigo. Sirvió en las divisiones de Mina y de Jáuregui. Su temperamento era férreo. Se hizo absolutista furibundo. Robusto, sobrio, frugal y de trato franco. Fué fusilado durante la primera guerra carlista.

Juan Martín el Empecinado (I).

GORRIA.

Mozo de la partida carlista de don José Fago, «de armazón ciclópea, superaba en corpulencia y vigor a todos los de la partida; levantaba pesos inverosímiles, y la barra usual de hierro era para él un juguete. Por lo demás, un pedazo de pan como carácter. Llamábanle Gorria, y era del señorío de Lazcano».

Zumalacárregui (II).

— * GOSWINDA (¿516-570?).

Reina goda de España. Mujer de Atanagildo, casó en segundas nupcias con Leovigildo. Fué partidaria del arrianismo. Tomó parte en el asesinato de su hijastro Hermenegildo. Se suicidó.

La Corte de Carlos IV (I).

— * GOYA Y LUCIENTES, Francisco (1746-1828).

Uno de los más grandes pintores de todos los tiempos.

La Corte de Carlos IV (I).—*Los apostólicos* (II).—*Luchana* (II).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

GRACIÁN, Don Manuel.

Padre de Bartolomé. Vivía en Medellín, dueño de algunos bienes.

Los duendes de la camarilla (II).

GRACIÁN, El padre.

Jesuíta del Colegio Imperial.

«Era un mocetón de alta estatura, de treinta y ocho a cuarenta años de edad, moreno, los labios gruesos, la nariz aberenjenada, áspero el pellejo y curtido, como formado expresamente por Dios para resistir a los abrasadores climas del trópico y los hielos polares.

»Su barba era tan negra y tan espesa, que aun afeitada del mismo día dejaba una mancha oscura en toda la parte inferior del rostro. Debía de tener fuerzas hercúleas aquel arrogante granadero de la Iglesia, y si desde el punto de vista corporal estaba admirablemente constituído para las misiones, no lo estaba menos en el orden espiritual, por ser hombre de muchas sabidurías, eruditísimo en las letras sagradas y bastante fuerte en las profanas, elocuente en el púlpito y persuasivo en la conversación, águila en la cátedra y lince en el confesonario. También sabía de medicina y había hecho curas que pasaron por milagrosas. Era tan grandón, que su manteo debía de tener una pieza de tela, y cuando se embozaba no concluía nunca de echar paño al viento. Su sombrero de teja no medía menos de una vara, y como lo llevaba siempre un poco echado atrás y su cuerpo se encorvaba hacia adelante, parecía que iba cargando una pesada viga. Sus desmesurados pies, sepultados en zapatos de paño, pisaban con la pesadez y adherencia de la robusta planta calzada de alpargata, que golpea como una maza las baldosas de muelles y almacenes.»

Un faccioso más... (II).

* GRACIÁN (Familia de Bartolomé).

El padre, «caballero noble, tiene allí bastante hacienda, ganados... Su madre, que todavía no es vieja, conserva una hermosura superior. De ella sacó Tomín los ojos azules; de su padre, la tez trigueña. El hermano mayor no se separa de los padres, y es el que hoy lleva las labores. Dos hermanitas tiernas siguen a Tomín».

Los duendes de la camarilla (II).

GRACIÁN Y CHENIER, Bartolomé.

Capitán. Amante de Lucila Ansúrez. Pelinegro. Con los ojos azules y «¡con tal hechizo en el mirar!». Muy aficionado a revolucionarse.

«Es Gracián el más atrevido y el más afortunado mujeriego de España y sus dominios. Su extraordinaria guapeza de figura y rostro le dan las primeras armas; las completa y afina con su increíble atrevimiento y con su exquisita labia para trastornar el seso a las hembras. Desde que fué hombre declaró guerra sin cuartel a dos principios fundamentales: la moral doméstica y la disciplina militar. Es éste en él un doble apetito, una doble pasión, que le coge toda el alma, sin dejar espacio para más. No hay situación política que él no intente destruir con las armas, ni mujer bonita, casada, soltera o viuda, que no quiera conquistar por amor.»

Y Pepito Fajardo declaró de él:

«Diré que el tal Gracián me encantaba por su donosura, por la fatuidad de buen gusto con que se había atribuído un papel constantemente activo en la comedia o drama de la vida. No fué menester estímulo de mi parte para que su confianza se abriera y su verbosidad

se desbordara. Es de estos que entregan todo su interior, sin reservar ninguna porción de lo malo ni de lo bueno, tan ineptos para la hipocresía como para la modestia. La conversación que yo entablé sobre el tema de la guerra y de la política, fué derivando, por los giros que le daba el sensualismo de Gracián, hasta llegar al tema de mujeres. La vida de aquel libertino era manantial inagotable de asuntos para tal conversación. Oyéndole contar algunas de sus aventuras, acometidas con harta impavidez y cierta convicción profesional, vi reproducida en él la figura del burlador de antaño, a un tiempo heroico y cínico. La degeneración del tipo es evidente, como lo es la de las víctimas, más fáciles hoy a la seducción.»

Otra de sus pasiones enormes era conspirar. Fué muerto por Beramendi durante la revolución de 1854.

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

— * GRACO, Cayo (¿157?-121 a. J. C.).

Hijo de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia. Tribuno del pueblo. Senador. Varón virtuoso.

El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).

— * GRACO, Tiberio Sempronio (210-¿150? a. J. C.).

Padre de los Gracos. Tribuno de la plebe. Estuvo al frente de una provincia en España.

El Grande Oriente (I).

— * GRAHAM, Thomas (1748-1843).

General de división inglés. Peleó unido a los españoles (1811). Formó parte del ejército de Wéllington y derrotó al mariscal francés Víctor en el Cerro del Puerto (Cádiz).

La batalla de los Arapiles (I).

GRAN CAPITÁN.

Apodo que daban a don Santiago Fernández.

V. FERNÁNDEZ, Don Santiago.

— * GRANADA, Fray Luis (1504-1588).

Dominico, célebre predicador y uno de los mejores estilistas y ascéticos españoles.

Cádiz (I).

— * GRASES.

Diputado. Ayudante del general Ballesteros.

El 7 de julio (I).

* GRASES, General.

Uno de los jueces de don Diego de León. Se opuso a su muerte, exclamando: «Si por sublevarse condenan a un hombre, ahorquémonos todos con nuestras fajas.»

Los ayacuchos (II).

* GRAULLÉ, Don José.

Teniente coronel del Ejército, muerto en Trafalgar sobre el navío *Santísima Trinidad.*

Trafalgar (I).

GRAVELINA, El chico mayor de.

Lechuguino rico. Tenía amoríos con la Sonseca, hembra perdida, de postín.

O'Donnell (III).

GRAVELINA, Duquesa de.

Compraba joyas a la Zahón y a Carlos Maturana, y no era buena pagadora.

Mendizábal (II).

GRAVELINAS, Duque de.

Amigo de Felipe, el esposo de la «deidad velada».

La estafeta romántica (II).

* GRAVINA, Federico (1747-1806).

General de Marina. Comandante del *Príncipe de Asturias.* En la batalla de Trafalgar perdió un brazo. Héroe nacional.

Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*La de los tristes destinos* (III).

— * GRAVINA, Monseñor Pedro de.

Nuncio en España (1810) a quien dieron el pasaporte las Cortes de Cádiz. «Era el hombre más salado del mundo y de agudo ingenio.»

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

GRAY, Lord.

Llegó a Cádiz acompañando a lord Byron y se enamoró de Inés Santorcaz, la novia de Araceli. Era artista, elegante, rico y sencillo. Y muy guapo.

«Tenía éste la más hermosa figura de hombre que he visto en mi vida. Era de alta estatura, con el color blanquísimo, aunque tostado, que abunda en los ma-

rinos y viajeros del Norte. El cabello rubio, desordenadamente peinado y suelto, según el gusto de la época, le caía en bucles sobre el cuello. Su edad no parecía exceder de treinta o treinta y tres años. Era grave y triste, pero sin la pesadez acartonada y lentitud de modales que suelen ser comunes en la gente inglesa. Su rostro estaba bronceado, mejor dicho, dorado por el sol, desde la mitad de la frente hasta el cuello, conservando en la huella del sombrero y en la garganta una blancura como la de la cera más pura y delicada. Esmeradamente limpia de pelo la cara, su barba era como la de una mujer, y sus facciones, realzadas por la luz del mediodía, dábanle el aspecto de una hermosa estatua de cincelado oro. Yo he visto en alguna parte un busto del dios Brahma, que muchos años después me hizo recordar a lord Gray.

»Vestía con elegancia y cierta negligencia no estudiada traje azul de paño muy fino, medio oculto por una prenda que llamaban *sortú*, y llevaba sombrero redondo, de los primeros que empezaban a usarse. Brillaban sobre su persona algunas joyas de valor, pues los hombres entonces se ensortijaban más que ahora, y lucía además los sellos de dos relojes. Su figura en general era simpática. Yo le miré y observé ávidamente, buscándole imperfecciones por dos lados; pero, ¡ay!, no le encontré ninguna. Más me disgustó el oírle hablar con rara corrección el castellano, cuando yo esperaba que se expresase en términos ridículos y con yerros de los que desfiguran y afean el lenguaje; pero consolóme la esperanza de que soltase algunas tonterías. Sin embargo, no dijo ninguna.»

Raptó a una de las señoritas de Rumblar, abandonándola luego. Para vengar esta afrenta, Araceli se batió con él y le mató de una estocada.

Cádiz (I).—*La batalla de los Arapiles* (II).

GRAZIELLA.

Quinto amorío del insigne Tito Proteo Liviano.

«Ni culebrón repugnante ni hermosura radiosa. La llamada Graziella, italiana o española, debiera ser clasificada en el tipo vulgar de la escala femenina, si no le dieran valor estético las llamaradas de sus ojuelos negros, su graciosa movilidad de ardilla, y el libre chorro de su lenguaje atrevido y pintoresco... En mi primera visita, que hubo de ser corta, como simple acto informativo, de puro reconocimiento, no pude adquirir la identificación completa de mi nueva conquista, nombre, familia, lugar de nacimiento. Dióme en la nariz que el nombre de Graziella era postizo, la nacionalidad dudosa, la mujer un misterio, una cifra oscura de interpretación imposible.»

Era alegre, culta, cínica, perversa, viciosa...

Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (II).—*Cánovas* (III).

* GRECO, Dominico Theotocopuli (1547-1612).

Célebre pintor *español*, nacido en Creta. Uno de los más originales de todos los tiempos.

Amadeo I (III).

GREGORIA, Doña.

Esposa de don Santiago Fernández. Anciana patriota y piadosa.

Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

GREGORILLA.

Hermana de leche del infante don Francisco de Paula.

La Corte de Carlos IV (I).

— * GREGORIO VII, San (1073-1085).

Monje de una tenacidad admirable. Sostuvo los derechos de la Iglesia contra Enrique IV de Alemania.

O'Donnell (III).

— * GREGORIO XVI (Mauro Capellari) (1765-1846).

Pontífice desde 1831.

Los apostólicos (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Las tormentas del 48* (I). *España sin rey* (III).

— GREGORIO XVII.

Nombre que creyeron llevaría el nuevo Pontífice a la muerte de Gregorio XVI.

Las tormentas del 48 (II).

GRIJALVA, Don Alonso de.

Propietario muy adinerado, padre de

Gasparito, el novio de Presentación Rumblar. «Vino a Madrid de la Maragatería arreando un par de mulas.» Era un prestamista de muchos humos.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

GRIJALVA, Gasparito de.
Hijo del rico propietario don Alonso y novio de Presentacioncita Rumblar. Protegido de Pipaón. Estuvo preso por llamar narigudo a Fernando VII. Acabó casándose con su aludida novia.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

— * GRIJALVA, Don Miguel.
Politiquillo realista, amigo de los poetas liberales, a quienes protegía.
Los apostólicos (II).

— GRIJALVA, María.
La de Peralvillo, que casó con el hijo de Santiago el *Zurdo*, compadre de doña Leandra Quijada, esposa de don Bruno Carrasco.
Bodas reales (II).

GRIMA, Señor.
Corregidor que fué de Victoria.
La segunda casaca (I).

— * GRIMALDI.
Poeta y empresario de teatro. Autor de *La pata de cabra*. Gobernando el teatro del Príncipe, en 1836, se estrenó *El trovador*, de García Gutiérrez, el drama más perfecto del romanticismo español.
Los apostólicos (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * GRIMARAEST, El brigadier.
Mandaba, en Bailén, la división en que luchaba Gabriel Araceli.
Bailén (I).

— * GRIÑÓ, María.
Madre de don Ramón Cabrera, fusilada por los cristinos (1836).
Así la describe en sus últimos momentos el oficial cristino Estercuel:
«No puedo olvidar su figura modesta ni su traje, el mismo que tenía en la prisión: saya de cotolina azul, ya muy usada, jubón de pana verde. Llevaba al cuello un pañuelo oscuro con fleco, y a la cabeza otro, blanco, sin atar las puntas. Era delgada, de mediana estatura, rostro moreno y curtido con arrugas en la frente, el mirar dulce, expresión candorosa. En sus manos atadas llevaba una cruz. Su resignación, la paz de su alma, su tranquilidad sin artificio, nos maravillaban; el no pronunciar palabra ofensiva para nadie, nos colmaba de pena, oprimiéndonos el corazón. La fortaleza con que afrontaba el suplicio hacía más vergonzosa la innoble cobardía con que nosotros, con tanto aparato de fuerza, destruíamos aquella vida que no había hecho daño a nadie. «¿Qué resulta contra ella?», nos preguntábamos, o lo pensábamos, por no atrevernos a decirlo. No resultaba más sino que había dado el ser a Cabrera... Llegados a la barbacana, la hicimos avanzar como a veinte pasos del baluarte... El cura que la asistía, don Joaquín Curto, no se separaba de su lado tan pronto como convenía. La mirada que nos echó María Griñó al entrar en el cuadro no se me olvidará si mil años vivo. ¿Fué de menosprecio, de compasión? De cólera no era, ni tampoco suplicante..., no nos pedía que la perdonásemos. Tal vez quiso decirnos que ansiaba terminar pronto.»
La campaña del Maestrazgo (II).

* GROIZARD, Alejandro (1830-1917).
Político liberal español. Ministro con el Gabinete Sagasta (1872). Embajador de España en el Vaticano.
Amdeo I (III).

* GROLLO.
Cabecilla carlista (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

— * GRUITZ.
Famosa tiple que cantó en el teatro-circo de Madrid (1845) la obra de Donizetti *Juana la Prie*.
Bodas reales (II).

— * GRUZETA, Don Roque.
Capitán de navío a quien se apresó por haber emitido un informe censurando *el negocio* de la compra de cinco navíos rusos en estado pésimo.
La segunda casaca (I).

— GUADAÑA, Don Gregorio.
Pícaro. Protagonista de una novela de Antonio Enríquez Gómez, «hecha de relieves y desperdicios del *Buscón*».
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

GUAPOS CHICOS, Dos.
Uno manco y otro cojo, víctimas de la guerra, carlistas, acompañantes de José Fago, y muy alegres y discretos. Los dos baturros.
Zumalacárregui (II).

GUARDAS, Unos.
De la Casa de Campo.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

GUARDIA O SEPULTURERO, Un.
Del Cementerio de San Lorenzo. Ayudó a Pepe García Fajardo a encontrar el nicho de Antoñita la *Cordonera*.
Las tormentas del 48 (II).

— * GUARDIA, Mariana.
Hermana de un urbano de Beceite. Fusilada por Cabrera, como represalia por la muerte de su madre.
La campaña del Maestrazgo (II).

GUARDIÁN, El Padre.
De los Capuchinos de Solsona. Intrigante realista.
Un voluntario realista (II).

GUARDIÁN, Padre.
De los franciscanos de Estella.
Un faccioso más... (II).

GUARNICIONERO, Un.
De la calle de la Zapatería de Viejo, muy contigua a la de la Sal.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * GUAS, Juan (siglo XV).
Arquitecto y escultor español. Trabajó en la fachada de los Leones de la catedral de Toledo.
Amadeo I (III).

GUASA, Mateo.
Verdadero apellido. Criado en el parador de Viscarrués, de Fuentes de Ebro. «De agilidad ratonil.»
La campaña del Maestrazgo (I).

— * GUASCO.
Tenor que cantó el *Hernani* en el teatro de la Cruz (1844).
Bodas reales (II).

GUASP, José.
Posadero de Solsona. «Tonel con forma y alma humana.»
Un voluntario realista (II).

GUEDITA, Tía.
Criada de Mariquilla Candiola.
Zaragoza (I).

* GÜEL Y RENTÉ.
Oficial de Húsares, compañero de don Enrique de Borbón y Castelví. Hijo del infante don Enrique.
España trágica (III).

* GUELBENZU.
Notable pianista que daba conciertos en Palacio (1849). Muy apreciado de Isabel II y gran amigo de Pepe García Fajardo.
Narváez (II).— *La de los tristes destinos* (III).—*Prim* (III).

* GUERGUÉ, Antonio.
Compañero de juventud de Zumalacárregui. Jefe militar y político carlista (1836), gran amigo de Villareal. «Hombre pequeño, rechoncho, de fiera catadura, cabello hirsuto, ojos sanguinolentos, la boca espumante...»
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).—*Amadeo I* (III).

GUERRILLERO.
Amigo y feligrés de Zorraquín, que dió a este un sable, iniciándole en el gusto belicoso.
Un faccioso más... (I).

GUERRILLERO COJO, Un antiguo.
Sesteaba en Oñate (1836), codeándose con los magnates de la flamante Corte del pretendiente.
De Oñate a La Granja (II).

GUERRILLEROS, Dos.
«Barbudos, dos salvajes de voz dura y miradas terribles, cuerpos y voluntades de acero.» Acompañaban a Carlos Navarro (alias *Garrote*).
La segunda casaca (I).

* GUI, General.
Militar francés que operaba contra los guerrilleros de Aragón.
Juan Martín el Empecinado (I).

GUÍA.
Que condujo a los revolucionarios españoles—entre los que iba Santiaguito Ibero—a través de los Pirineos... Era ansotano.
La de los tristes destinos (III).

* GUIBASOA, La.
Rica dama mejicana que, desde París, conspiraba contra el régimen de su país (1862).
Prim (III).

* GUIBELALDE.
Caudillo-guerrillero carlista (1838).
Vergara (II).

* GUILLÉN.
Político republicano. Amigo de Paúl y Angulo. Masón.
España trágica (III).

* GUILLERMO.
Fraile marotista (1838) enviado por el general Elío para contener a los batallones navarros insurrectos.
Vergara (II).

— * GUILLERMO I de Prusia (1797-1888).
Emperador de Alemania.
España trágica (III).

— * GUILLERMO III (1650-1702).
Rey de Inglaterra. Yerno de Jacobo II, a quien destronó.
Vergara (II).

— *GUILLOT.
Jefe militar francés derrotado por el *Empecinado*.
Juan Martín el Empecinado (I).

GUIMARAENS, Don Pedro
«Un coronel retirado, viejo terco y realista por más señas, que tenía por nombre don Pedro Guimaraens y por vivienda una casa solar a media legua de Solsona y a la opuesta orilla del río Negro.»
«El señor Guimaraens era un tipo militar de los de la guerra del Rosellón, viejo, sin barba ni bigote, con el blanco pelo un poco largo, cual si no hubiese renunciado aún a ponerse coleta. Aunque anciano, era fuerte y membrudo, y tenía la presencia majestuosa, la talla corpulentísima, el semblante agraciado y noble. Era hombre muy devoto y realista ferviente, aunque no de los furibundos; y cuando Tilín se presentó a él estaba sentado en su lustroso sillón de cuero, leyendo la vida del santo del día, costumbre piadosa a que no había faltado en treinta años. Era célibe y vivía en compañía de dos viejos, leales camaradas de sus campañas allá en los tiempos del general Ricardos, y ora criados que parecían amigos. Un pinche, un mozo de cuerda y la señora Badoreta, famosa en el cocinar y antaño criada en San Salomó, completaban la familia del pacífico veterano.»
Don Pedro fué capturado por la pandilla apostólica que capitaneaba el sacristán Tilín. Mas tarde, vencida la rebelión, don Pedro mandó las tropas que fusilaron a su antiguo capturador.
Un voluntario realista (II).

GUINEA, Señores de.
Acomodados labradores de las tierras de don Alonso de Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

GUISANDO, Pepe.
V. RIVA GUISANDO, José.

GUISASOLA, Pepe.
Amigo entrañable de Vicentito Halconero.
España trágica (III).

— * GUIZOT, Francisco Pedro Guillermo (1787-1874).
Historiador y estadista francés.
De Oñate a La Granja (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).

GUMERSINDA, Doña.
Personaje caprichoso dentro de la misma ficción.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).

— GUMERSINDA, Doña.
Feligresa de don Celestino Malvar, en Aranjuez (distinta de la anterior).
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

GUMERSINDA, *Seña*.
Labradora.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * GURREA.
Guerrillero de la libertad que regresó a España (1830) por Roncesvalles. Más tarde combatió por doña Isabel II (1835).
Los apostólicos (II).—*Zumalacárregui* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

* GURREA.
General esparterista (1843).
Bodas reales (II).—*O'Donnell* (III).

— * GURREA, Don Alonso de.
Esposo de doña Justa de Garro.
Luchana (II).

— * GURREA, Mariquita y Luisita.
Hijas de don Alonso.
Luchana (II).

GURUMENDI.
Soldado isabelino «más bravo que el Cid y más feo que el hambre», desaparecido en la acción de Mendaza.
Zumalacárregui (II).

— * GURWOOD, Sir.
Representante de Inglaterra para mediar en la guerra civil española haciéndola menos inhumana. «Seco y lacónico.»
Zumalacárregui (II).

GUSPIDE, Don Andrés.
Comerciante zaragozano. Gran patriota.
Zaragoza (I).

— * GUTENBERG, Juan Gens Fleisch de Sulgeloch, llamado (1400-1468).
Inventor de la imprenta de tipos móviles.
La primera República (III).

* GUTIÉRREZ, Antonio.
V. GARCÍA GUTIÉRREZ.

* GUTIÉRREZ, Clemente.
Oficial que mandaba un batallón republicano que ocupó la plaza de Antón Martín durante el conato revolucionario de abril de 1873.
La primera República (III).

* GUTIÉRREZ, Don Luis.
Médico de la *Numancia*. Hombre sapiente y bondadoso.
La vuelta al mundo... (III).

* GUTIÉRREZ, Don Pedro.
Presidente del Comité revolucionario cantonista de Cartagena. Un señor timorato.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

* GUTIÉRREZ, Santiago (alias el *Pasiego*).
Politiquillo de taberna y barricada.
La primera República (III).

* GUTIÉRREZ DE LA VEGA.
Periodista y político español (1868).
La de los tristes destinos (III).

GUTIÉRREZ DEL AMO, Don Cayetano.
Confitero de Atienza. Sus hijos se hicieron amigos de María Ignacia y Pepe García Fajardo.
Narváez (II).

GUTIÉRREZ DE CISNIEGA, Don Alonso.
Capitán de navío retirado. Inválido. Protector de Gabriel Araceli. Quedó inválido en el famoso combate del Cabo de San Vicente. Hombre que jamás tembló ante los hombres o ante los elementos, se atemorizaba en presencia de su mujer, doña Francisca, la de la gran papalina, la saya de organdí, los rizos blancos y el lunar peludo. Cuando se anunció la batalla de Trafalgar, don Alonso—maravilloso tipo quijotesco—, huyendo cautelosamente de su mujer, con la complicidad de su antiguo asistente Marcial y de Araceli, embarcó y presenció aquella gesta naval. Y si se salvó milagrosamente del fuego de los cañones, más milagrosamente se salvó del naufragio.
Trafalgar (I).—*Cádiz* (I).

GUTIÉRREZ DE CISNIEGA, Rosita.
Hija única de don Alonso y doña Francisca.
«Rosita era lindísima. Recuerdo perfectamente su hermosura, aunque me sería muy difícil describir sus facciones. Parece que la veo sonreír delante de mí. La singular expresión de su rostro, a la de ningún otro parecida, es para mí, por la claridad con que se ofrece a mi entendimiento, como una de esas nociones primitivas, que parece hemos traído de otro mundo, o nos han sido infundidas por misterioso poder desde la cuna. Y, sin embargo, no respondo de poderlo pintar, porque lo que fué real ha quedado como una idea indeterminada en mi cabeza, y nada nos fascina tanto, así como nada se escapa tan sutilmente a toda apreciación descriptiva como un ideal querido.»
Fué el oprimer amor *ideal* de Gabriel

Araceli. y se casó con el oficial de Artillería don Rafael Malaspina.
Trafalgar (I).

— * GUTIÉRREZ DE TERÁN.
Político liberal español.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* GUTIÉRREZ ESTRADA.
«Mejicano extravagante», admirador de Metternich y amigo de Pepe García Fajardo.
Prim (III).

— * GUY STHEPAN.
Cantante que actuaba (1844) en el Teatro Circo y a la que galanteó Emilio Terry.
Bodas reales (II).

— * GUZMÁN.
Célebre actor cómico que actuaba (1824) en el Teatro del Príncipe, y en este coliseo, en 1836, para su beneficio, estrenó *El trovador*, de García Gutiérrez.
El terror de 1824 (I).—*Mendizábal* (II). *Luchana* (II).

— * GUZMÁN, Doña Leonor.
Hermosísima concubina del rey don Alfonso XI de Castilla y León.
Cánovas (III).

* GUZMÁN, General.
Gobernador militar de Cartagena (1873).
La primera República (III).

* GUZMÁN, Tomás.
Cabo de Caballería. Compañero de andanzas republicanas de don Nicolás Estévanez por tierras andaluzas (1872).
La primera República (III).

— GUZMÁN DE ALFARACHE.
Pícaro. Protagonista de la famosa novela de Mateo Alemán.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * GUZMÁN *(El Bueno)*, Alonso Pérez de (1258-1328).
Glorioso defensor de Tarifa. Prefirió perder a su hijo que la plaza que le había confiado su rey.
Carlos VI, en la Rápita (III).

H

HA LEVY SENEOR.
Judío pudiente de Tetuán (1860). Esposo de Hanna y padre de las hermosas Tamo y Noche.
Aita Tettauen (III).

* HABANA, Marqués de la.
Ministro de la Guerra (1863) con el Gabinete del marqués de Miraflores.
Título concedido a
V. CONCHA, José de la.
Prim (III).

* HAES, Carlos de (1831-1898).
Pintor belga establecido en España. Gran amigo de los Fajardo-Emparán.
La de los tristes destinos (III).

HALCONERO, Vicente o José.
Con los dos nombres le llama Galdós. Riquísimo labrador, viudo y ya entrado en años, de Villa del Prado, que ofreció a Lucila casamiento, enamorado de ella «con amor incendiario».
«Halconero tenía la cabeza blanca, el rostro encendido, redondo, afeitado, la dentadura sana, los labios sensuales, la nariz aguileña, la frente despejada y el ánimo, en fin, pacífico, amoroso, propenso a los arrebatos de ternura, así como el entendimiento claro, aunque tirando a lo imaginativo. Lucila vió en él un marido del tipo paternal, y creyó firmemente que reinaría en su corazón por la bondad y el tutelar cariño.»
Llegó a casarse con ella, y en 1854 tenía ya dos hijos. En 1859, cinco.
«El honrado, el sencillo labrador don Vicente Halconero, que jamás hizo mal a nadie, y a muchos bien sin tasa; varón de grande utilidad en la república o, por mejor decir, en el reino, porque no devoraba porción ninguna del Tesoro nacional, sino que creaba, con su labor de la tierra, nueva riqueza cada año. No

aumentaba la confusión de opiniones, sino que tendía con su patriótica fe a simplificar las ideas y a buscar la síntesis que pudiera traer a nuestro país positivas grandezas. Su trabajo agrícola era un beneficio para España, y otro su inocencia, virtud preciada contra la invasión de maliciosos. Fecundaba la tierra, fecundaba el ambiente.»

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).

HALCONERO Y ANSÚREZ, Bonifacio.

Hijo de Lucila y Vicente. Chicote feúcho y revoltoso.

[Galdós, en *España trágica*, a este Bonifacio Halconero *le transforma* en Bonifacia.]

Aita Tettauen (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

HALCONERO Y ANSÚREZ, José o Vicente (Galdós le llama Vicente y José).

El hijo mayor y hermosísimo de Lucila y Vicente. De resultas de su caída de un caballo de cartón quedó muy melancólico y cojito.

«Era un niño de conocimiento y alcances superiores a su edad. Su misma dolencia, que a forzosa quietud le sometía, daba mayor lucidez a su mente para las cosas graves. La falta de ejercicio corporal, entorpeciendo la acción del niño, permitía un precoz desarrollo de las facultades del hombre...»

En 1866, cuando le conoció Santiaguito Ibero:

«Asintió Ibero a lo que dijo su amigo de los inconvenientes de la cojera, y de lo que perjudica este defecto a la acción humana. En lo referente a sus propias acciones, respondió con modestia, atenuando sus méritos, que agigantaba la ardorosa fantasía de Vicente. Este representaba edad inferior a sus trece años, por el menguado desarrollo a que le condenó la falta de ejercicio. La mitad superior de su rostro, frente, ojos y nariz, eran de la madre; la boca y barba declaraban la tosca hechura de Halconero. El conjunto era dulce, interesante, melancólico. A fuerza de cuidados vivía; a fuerza de métodos y aparatos, su cojera no era de las que exigen muletas: sentaba en el suelo los dos pies; pero la flojedad de la pierna impedía el ritmo de la perfecta andadura humana. Se auxiliaba de un recio bastón, que era como pierna auxiliar, y por más que el pobre chico disimulaba su defecto, no lograba que sus tres pies dieran un andar suelto y gallardo, sin el cual no hay figura humana que pueda realizar la epopeya...

»Aturdido quedó Ibero ante la precoz erudición que su amigo echó sobre él apenas rompieron a charlar.»

En 1870:

«Andaba ya Vicente en los veinte años no cabales. Su rostro melancólico, de viril belleza delicada, casi lampiño, reproducía las facciones de Lucila y las del Apolo de Belvedere. Aunque la corrección clásica no alcanzaba al cuerpo, mezquino y endeble, éste no carecía de gentileza y arrogancia. Su cojera, modificada por el prurito de disimularla, había llegado a ser una imperfección casi distinguida y de buen tono, como la cojera de Byron. La adoración y el mimo de su madre realzaban con excelente ropa la persona del primogénito Halconero; pero éste desdeñaba la elegancia sartoril, y apenas Lucila se descuidaba iba derivando hacia la sencillez y de la sencillez hacia el desaliño.»

Se enamoró de Fernandita Ibero, y, muerta ésta, se casó con Pilarita Calpena. Fué diputado.

La revolución de julio (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

HALCONERO Y ANSÚREZ, Manolo.

Hijo de Lucila y Vicente. Chicote feúcho y revoltoso.

Aita Tettauen (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

HALCONERO Y ANSÚREZ, Pilarita.

Hija de Lucila y Vicente. Chiquitilla saladísima, feúcha, con trazas y gustos de chicote.

Aita Tettauen (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

HANN.

Hermana de Simi, la perfumista. Era vendedora de ropa vieja en Tetuán.

Carlos VI, en la Rápita (III).

HANNA.

Judía rica. Esposa de Ha Levy Seneor. Madre de las hermosas Tamo y Noche. Vivía en Tetuán (1860).

Aita Tettauen (III).

* HARDY, El capitán.
Ayudante de Nelson.
Trafalgar (I).

— HARLEVILLE.
Personaje del novelón de E. M. Saint-Hilaire *El último veterano.*
O'Donnell (III).

— * HARMODIO.
Joven ateniense que, con Aristogitón, tramó la ruina de los pisistrátidas y dió de puñaladas a Hiparco.
El Grande Oriente (I).—*El terror de 1824* (I).

* HARTZENBUSCH, Juan Eugenio de (1806-1880).
Gran poeta, autor dramático y erudito madrileño.
En 1835 era «pequeñín, todo nervios, con una cara ratonil, graciosa y llena de inteligencia, unos ojuelos que despedían lumbre y una boca como la de los ángeles feos, que también los hay, según dicen».
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *La estafeta romántica* (II).—*Bodas reales* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

* HARVEY, Comodoro.
Mandaba una corbeta inglesa surta en El Callao (1865) *a la espera* de los sucesos entre peruanos y españoles.
La vuelta al mundo... (III).

— * HAY, Lord John.
Comodoro inglés, que desde sus barcos y desde la frontera intrigaba a favor de Isabel II (1838). Se le llamaba por el vulgo *Lorchón.*
Vergara (II).

— * HAYDN, Francisco José (1732-1809).
Compositor austríaco llamado *el Padre de la Sinfonía.*
Los apostólicos (II).—*Luchana* (II).—*Cánovas* (III).

— * HEAD, Teniente.
Se casó con la famosa Lola Montes desconociendo que estaba casada ya.
Narváez (II).

— HEBE.
Diosa helénica. Copera del Olimpo.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* HEDIGER.
Guardia marina español. Se distinguió en la lucha contra Chile y Perú (1865-1866).
La vuelta al mundo... (III).

— * HEINE, Enrique (1797-1856).
Gran poeta alemán judío. Uno de los más exquisitos del romanticismo.
España trágica (III).

— * HELIOGÁBALO (204-223).
Hijo natural de Caracalla. Emperador romano. Fué asesinado por los pretorianos.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * HELVETIO, Claudio Adriano (1715-1771).
Filósofo francés de tendencia materialista.
Las tormentas del 48 (II).

HEMBRAS, Unas.
«Con toda la traza de mozas de partido, desgarradotas, peinadas con extremado artificio, algunas de ellas reluciente de pintura en el marchito rostro.» Precedían a las turbas que llevaban a linchar al famoso polizonte Chico y a su lugarteniente Cano (1854).
O'Donnell (III).

HERCE, Don Alonso de.
Prior y canónigo medio de la Colegiata de Albelda. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

— HÉRCULES.
Semidiós. Hijo de Júpiter y Alcmena. Simboliza la fuerza.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

— * HERDER, Juan Godofredo (1744-1803).
Filósofo y escritor alemán.
Las tormentas del 48 (II).

* HEREDIA, Don Narciso (1777-1843).
Conde de Ofalia. Político español. Va-

rias veces ministro. Presidente del Consejo en 1837.
Vergara (II).

* HEREDIA SPÍNOLA, Conde de.
De la Comisión que fué a ofrecer la corona de España a don Alfonso XII.
Cánovas (III).

HERMANA, Una.
De Paca Ramos. Chula de la que andaba enamoriscado don Dieguito Rumblar.
Napoleón, en Chamartín (I).

HERMANCIA.
Personaje de la versión española de *Otelo* que se iba a representar en casa de la marquesa X***, desempeñado por Juanica, doncella de *la González*.
La Corte de Carlos IV (I).

HERMANO.
Del pretendiente don Carlos (VI). Era el infante don Juan.
Carlos VI, en la Rápita (III).

HERMANO.
Lego que acompañaba al padre Gracián.
Un faccioso más... (II).

* HERMANO POLÍTICO.
De Zumalacárregui. Asistió al gran caudillo en sus últimos momentos (24 de junio de 1835).
Zumalacárregui (II).

* HERMANOS DE LA PAZ Y CARIDAD.
Muy cumplidos y religiosos. Eran tres y vestían de frac, pulcros y atildados. Asistieron al desdichado don Patricio Sarmiento en su trance mortal (1824).
El terror de 1824 (I).

HERMENEGILDA, Doña.
Viuda de un guardamontes de La Borunda, de carácter excelente, que cuidaba a Carlos Navarro en Pamplona (1834).
Un faccioso más... (II).

— * HERMENEGILDO, San (murió el 13 de abril de 586).
Hijo de Leovigildo, a quien éste mandó decapitar por haber abrazado el catolicismo.
La Corte de Carlos IV (I).

— HERMES.
Denominación griega del dios Mercurio—romano—, protector del comercio y mensajero del Olimpo.
La Corte de Carlos IV (I).

HERMÓGENES, Don.
El «célebre». Amigote del padre de Pepita González.
La Corte de Carlos IV (I).

— HERMÓGENES, Don.
Personaje de una comedia de Leandro Fernández de Moratín.
La segunda casaca (I).

HERMOSILLA.
Ciudadano con fusil, que peleaba en la barricada levantada (1854) entre las calles *Imperial* y *Toledo* por disposición radical de Gamoneda. Era fabricante de zorros para quitar el polvo de los muebles y tenía su tienda en la calle *del Almendro, 14*.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

* HERMOSILLA.
Lidiador de reses bravas (1877).
Cánovas (III).

HERMOSILLA, Generosa.
Hija del patriota fabricante de zorros para limpiar los muebles. Fué seducida por el capitán Gracián y abandonada cínicamente. Se convirtió en una daifa callejera y desvergonzada. Se las conocía, a ella y a su hermana, por las Zorreras.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

— * HERMOSILLA, José Mamerto Gómez (1771-1837).
Crítico y helenista, preceptista y retórico español.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II).

HERMOSILLA, Pepa.
Sobrina de las famosas *las Hermosillas* o *Zorreras*. Mozuela linda y desfachatada, bailarina más terrestre que aérea, tiple ligera, ligerísima. Actuaba en los Jardines del Retiro y fué el sexto amorío del insigne Tito. Se enzarzó con el séptimo—Lucrecia—en una descomu-

nal pelea callejera, en la que puso paz... ¡el octavo amorío!
Amadeo I (III).

HERMOSILLA, Rafaelita.
Hija del fabricante de zorros para limpiar los muebles. Fué seducida y abandonada por el capitán Bartolomé Gracián. Se convirtió en una daifa desvergonzada, callejera, de peligrosos instintos.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

* HERNÁNDEZ, Don Vicente.
Diputado por Cáceres en las Cortes de 1869.
España sin rey (III).

— * HERNÁNDEZ, Sebastián.
Armero toledano.
Bailén (I).

— HERNANI.
Héroe de una tragedia romántica de Víctor Hugo.
La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).

— * HERODES, *El Grande*.
Rey de Judea el año 40 a. J. C. Se le atribuye la degollación de los Inocentes.
El equipaje del rey José (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

— * HERODES ANTIPAS.
Rey de Galilea. Mandó matar al Bautista y vistió de loco a Jesús, entregándole a los sayones.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).

— * HERODÍAS.
Hija de Aristóbulo. Madre de Salomé. Estuvo casada con Herodes Filipo y con Herodes Antipas. Ella fué quien hizo que San Juan Bautista fuera degollado.
La segunda casaca (I).—*Aita Tettauen* (III).

— * HERODOTO (484-402? a. J. C.).
Historiador griego llamado *el Padre de la Historia*.
Un faccioso más... (II).

* HERÓN.
Servilón que conspiraba (1822) en casa de Naranjo. Intentó salvar a don Mamerto Landáburu ante palacio el 30 de junio de 1822.
El 7 de julio (I).

* HEROS, Don Martín de los.
Ministro de la Gobernación con el Gobierno Mendizábal (1835 a 1836). Intendente de la Real Casa (1841) y buenísima persona.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).

* HERRERA.
Político español que apoyó la candidatura al trono español de Amadeo I.
España trágica (III).

— * HERRERA, Fernando de (1534-1597).
Célebre poeta sevillano, llamado *el Divino*.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*La segunda casaca* (I).

— * HERRERA, Juan de (1530-1597).
Celebérrimo arquitecto, erector, juntamente con Juan Bautista de Toledo, del Monasterio de El Escorial.
Los apostólicos (II).

* HERRERO, Manuel F.
Secretario de Servicios Públicos de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

— HERRERO. Un maestro.
Fusilado en el Retiro por los franceses y que sobrevivió a sus heridas.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* HERREROS DE TEJADA.
Político español amigo de Sagasta.
España trágica (III).

* HERRO, Juan Bautista.
Realista español, secretario de Eguía, «hombre honrado y modesto».
Los Cien mil Hijos de San Luis. (I).

— * HESSE, Duquesa de.
Poseyó (1830) el abanico de María Leczinska.
Mendizábal (II).

* HIDALGO.
Rico mejicano que coadyuvó a implantar la monarquía en su país.
Prim (III).

* HIDALGO, Don Baltasar.
Capitán. Partidario de Prim. De gran talento, patriotismo y caballerosidad. Tomó parte importante en el famoso disturbio del cuartel de *San Gil*, de Madrid (1866). Capitán general de Madrid en abril de 1873.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

* HIDALGO, Don Juan.
Diputado a Cortes y gobernador civil de Madrid (1873).
La primera República (III).

* HIDALGO DE CISNEROS, Don Baltasar (¿1770-1829?).
Ministro de Marina de Fernando VII (1814 a 1818). Jefe de escuadra en Trafalgar.
«Era un viejo caduco y tristón que no infundía ya sentimientos de afecto ni de antipatía. Había estado en el combate de Trafalgar, mandando en la *Trinidad* como mayor general de Uriarte. En 1810, hallándose el virrey en Buenos Aires, fué débil, tan débil, que permitió a los rebeldes formar una Junta de gobierno, con tal que le diesen un puesto en ella. Pero los insurgentes americanos, después que se apoderaron del Gobierno y de las fuerzas navales, despidieron ignominiosamente al virrey. Vuelto a España, no encontró un patíbulo, sino la Capitanía general del departamento de Cádiz, que era un buen momio, y después, el Ministerio de Marina. Cisneros tenía pocos amigos.»
Trafalgar (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

* HIERROS, Los hermanos.
«En tierras de Burgos aparecieron como abscesos infecciosos los afamados Hierros, que operaban con ruda valentía...» Guerrilleros carlistas (1869).
España sin rey (III).

HÍGADOS, Pepa *(la Churriana)*.
Moza gaditana de rompe y rasga. Una de las que iban en la comparsería absurda y *colorinesca* de lord Gray.
Cádiz (I).

HÍGADOS, El tío.
Calesero. Padre o *lo que fuera* de Pepa Hígados *la Churriana*. Vago y flamenco. Muy dado a las sentencias.
Cádiz (I).

HIGINIA.
Nombre que dió como suyo una hermosa máscara en el baile de Villa hermosa a Pepe García Fajardo, y de la que éste quedó enamorado profundamente. Era Eufrasia Carrasco.
V. CARRASCO, Eufrasia.
Las tormentas del 48 (II).

HIGINIO, Don.
Afinador de clavicordios.
La Corte de Carlos IV (I).

HIGINIO, Don.
Músico. «Era un ángel.» Un ángel caído. Huésped, en Tortosa, de Polonia.
Carlos VI, en la Rápita (III).

HIGINIO, Don.
Párroco de Bilbao. Amigo de Sabino Arratia.
Luchana (II).

HIJA MAYOR.
De Crescencio Marlofa. Casada con Cinto Luco.
La campaña del Maestrazgo (II).

HIJA SOLTERA.
De doña Ambrosia de los Linos, «que cautivaba por su frescura, por sus vivarachos ojos, por sus rosados carrillos, marcados aquí y allí con vagabundos lunares; por su gracia en el mirar y la flexible ligereza de su cuerpo, tanto más admirable cuanto que la muchacha era algo medianamente gordita, prometiendo en diversos parajes de su persona que igualaría con los años a su enorme mamá».
El equipaje del rey José (I).

— * HÍJAR, Duque de.
Napoleón, en Chamartín (I).

* HÍJAR, La de.
Aristócrata madrileña que asistía a la ópera del Real... (1874).
Cánovas (III).

HIJO.
Del sabio y amable Mohammed Requena, que vivía en Samsa (Marruecos).
Carlos VI, en la Rápita (III).

HIJOS, Los cuatro.
De Gregorio Santurrias, el sacristán de Aranjuez.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

HILARIA ARANA.
Amiga de los Arratias y más aún de Aura Negretti. Gran cocinera familiar.
Luchana (II).

HILARIO.
Cuñado de don Ildefonso Negretti. «Capitán de barco, fiera en figura de hombre.»
De Oñate a La Granja (II).

HILARIÓN, Don.
Terrible militar cacereño, esposo de *la Jamona,* a la que puso *los puntos* el grave bailío don Wifredo Romarate en la tribuna del Congreso.
«Hilarión tuvo seis desafíos... Iba al campo del honor como quien va a beberse un vaso de agua...
»Lo culminante del rostro terrible de don Hilarión era un bigote tan grande, que con él podrían hacerse hasta una docena de regulares proporciones para hombres bien barbados y bigotudos. Más que bigotes eran dos cortinas que arrancaban del labio superior, y con pelo de la cara hábilmente dispuesto se prolongaban hasta los hombros. El color negro, retinto, abetunado, hacía más terroríficas las magníficas excrecencias capilares, obra de los años y de un cultivo esmeradísimo. El hombre las alisaba y repartía a un lado y otro con suaves pases de su mano, como diciendo: «Aquí hay un león que tiene por melenas estos signos de virilidad y con ellos cita y emplaza a cuantos varones andan por el mundo armados de ordinarios bigotes.»
«Concluían la figura del respetable don Hilarión dos ojos fulgurantes, que eran pregoneros de la marcialidad y guapeza del negro aparato bigotil, y más arriba lucía la bóveda de una lustrosa calva. En la nítida y bien planchada pechera, ostentaba el hombre un grueso brillante, cuyos destellos eran el adorno retórico de aquella firmísima provocación caballeresca y matonil. Don Wifredo, dentro de su sayo, tembló y soltó la risa.»
España sin rey (III).

— * HILL.
General de división inglés.
La batalla de los Arapiles (I).—*El equipaje del rey José* (I).

HILLO, Don Pedro.
Huésped de la fonda de la calle *del Caballero de Gracia.*
«Clérigo enjuto y amable, que entraba siempre en el comedor tarareando, y a veces tocando las castañuelas con los dedos, lo que no quiere decir que fuera un sacerdote casquivano, de estos que no saben llevar con decoro el sagrado hábito que visten. La jovialidad del bonísimo don Pedro Hillo, natural de Toro, era enteramente superficial, y a poco que se le tratara se le veían las tristezas y el amargo desdén que le andaba por dentro del alma como una procesión interminable. Por lo demás, no se ha conocido hombre de costumbres más puras ni en la clase eclesiástica ni en la civil; hombre que, si no derramaba el bien a manos llenas, era porque no se lo permitía su mediano pasar, cercano a la pobreza; incapaz de ofender a nadie de palabra ni de obra; comedido en su trato; puntual en sus obligaciones; religioso de verdad, sin aspavientos. No tenía más falta, si falta es, que gustar locamente de las funciones de todos. Su principal ciencia, entre las poquitas que atesoraba, era el entender del arte del toreo y mostrar profundo conocimiento de sus reglas, de su historia, y poder dar sobre tales materias opiniones que los devotos del cuerpo oían como la palabra divina. Pero, dígase en honor de don Pedro Hillo, que, lejos de la intimidad con otros taurófilos, no alardeaba de su conocimiento, ni usaba nunca los groseros terminachos que suelen ser lenguaje propio de esta singular afición. Como se disimula un ridículo vicio, disimulaba el buen curita su autoridad en materia de quiebros, pases y estocadas.
»Y para que se vea un ejemplo más de las complejidades del humano espíritu, sépase que a este saber de cosas triviales unía don Pedro otro de más sustancia. Era un apreciable retórico, de la escuela de Luzán y Hermosilla; había practicado durante más de veinte años el magisterio del arte de hablar bien en prosa y verso, y orgulloso de estos conocimientos trataba de lucirlos siempre que podía.
»Se ignora por qué dejó el bueno de

Hillo primero su cátedra del Colegio Mayor de Zamora, después el cargo de preceptor de los niños del señor duque de Peñaranda de Bracamonte. Lo que sí se ha podido averiguar es que en septiembre de 1836 pretendía una cátedra de la Universidad complutense, y que en aquella fecha llevaba año y medio de inútiles pasos y gestiones, sin obtener más de buenas palabras. Eso sí; ni se cansaba de pretender, ni los desaires y aplazamientos marchitaban sus ilusiones, ni le rendía el fatigoso y tristísimo *vuelva usted mañana.*

»Dígase también, para completar la figura, que don Pedro profesaba o fingía, en política, un escepticismo inalterable, rara condición en aquellos tiempos de lucha. Conocimiento y amistad tenía con personas de una y otra bandera; pero de nada le valían, sin duda, por causa de su timidez, o por la vaguedad de sus opiniones, que tal vez le hacía sospechoso a tirios y troyanos. Los patriotas le miraban con recelo. creyéndole arrimado al carlismo, y la gente templada le tenía por afecto a las logias. Por esto decía él, empleando la palabra griega que significa moraleja: «*Epimición:* quien navega entre dos aguas, no llega nunca a una cátedra.»

Establecido en Madrid el buen clérigo para *trabajarse* un destinillo oficial, y habiendo coincidido en la casa de huéspedes con Fernandito Calpena, simpatizan hasta tal punto que la *deidad protectora* de éste—su madre: Pilar de Loaysa—elige al buen Hillo para que acompañe, aleccione y cuide al jovencito.

Don Pedro Hillo acaba por dedicar su vida a Fernando y termina sus días como capellán de Pilar de Loaysa, marquesa de Arista.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

HIMENEO.

Dios de los desposorios.

Bodas reales (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).

HINESTROSA Y MEMBRILLEJA, Doña Eufrasia.

Así—¡nada menos!—se llamaba, según ella, *la Alacrana,* buscona, mendiga, revieja, gaditana que alcahueteaba en servicio del absurdo lord Grey.

V. ALACRANA, La tía.

Cádiz (I).

HINOJOSA, Aquilino de la.

«Un hombrejo zanquilargo, feo, encopetado con sebosa chistera, que fué de moda el año 41.» Era tío de Obdulia —el segundo amorío del insigne Tito— por parte de madre. Y estaba enamorado de su sobrina. Pretendía espantar al enamorado Tito. Afinador de pianos. Vivía en *Cuchilleros. 3.*

Amadeo I (III)—*La primera República* (III).

— * HIPÓCRATES (460-357 a. J. C.).

Médico griego llamado *el Padre de la Medicina.* Son famosos sus *Aforismos.*

La Corte de Carlos IV (I).—*Gerona* (I). *La estafeta romántica* (II).

— HIPOCRENE.

Una de las Hipocrénides, musa de las bellas aspiraciones.

Los apostólicos (II).

— * HIRAM-ABI (murió el año 976 antes de Jesucrito).

Rey de Tiro. Suegro de Salomón y hombre sapientísimo.

El Grande Oriente (I).

HITA, Arcipreste de.

V. RUIZ, Juan.

— * HOCHE, Lázaro (1768-1797).

Famoso general republicano francés, convencional (1792), que arrasó las ciudades realistas francesas de La Vendée.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * HOHENZOLLERN, Príncipe Leopoldo de.

Uno de los candidatos al trono español (1870).

España trágica (III).

HOJALATERO, El.

De la calle de las Tres Cruces. «Esforzado adalid, que traía bajo la ancha capa algún reluciente y ruidoso caldero para sorprender al auditorio con sinfonías no anunciadas en el programa.» *Reventador,* de oficio, de obras teatrales.

La Corte de Carlos IV (I).

— * HOJEDA, Diego de (1570-1615).
Religioso dominico y gran poeta épico español, autor de *La Cristíada*.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * HOLOFERNES.
General de Nabucodonosor, rey de Asiria, y jefe de los sitiadores de Betulia. Mientras dormía fué degollado por la valerosa y bella viuda judía Judith.
Aita Tettauen (III).

HOMBRE.
«Brutal y grosero, uno de esos que no creen representar a la autoridad si no la hacen antipática y aborrecible.» Esbirro que fué a detener a Gil de la Cuadra.
El Grande Oriente (I).

HOMBRE.
«De rostro cetrino y pringoso.» Judío, de ascendencia española, vendedor ambulante en Londres.
La de los tristes destinos (III).

HOMBRE.
«Que era tratante en cuernos.» Comunero y especie de *fierabrás*.
El Grande Oriente (I).

HOMBRE, Un.
Entre soldado y alguacil, de indefinible jerarquía, mas de indudable fealdad. Especie de ordenanza en la superintendencia de Policía (1824).
El terror de 1824 (I).

HOMBRE, Un.
Liberal que desde las habitaciones de la Inquisición—en la calle de Isabel la Católica—arrojaba a la calle los expedientes inquisitoriales para que las turbas los quemasen.
La segunda casaca (I).

HOMBRE CORPULENTO.
«... en mangas de camisa... que escupía palabras descorteses».
Vivía en la casa de Encarnación, la planchadora.
Montes de Oca (II).

HOMBRE DE MALA TRAZA.
Que llevó a casa de don Bruno Carrasco un recado de éste para su esposa.
Bodas reales (II)

HOMBRE ESCUETO.
... que lo mismo podía parecer torero de invierno que sacristán de las cuatro estaciones».
Criado de una casa del *Postigo de San Martín, 13*, donde se reunían algunos militares descontentos con la preponderancia de Espartero.
Montes de Oca (II).

HOMBRE GORDO.
Entusiasmado, que, durante la manifestación pública regocijada por la caída del Gabinete Sartorius (17 de julio de 1854), convidaba a los transeúntes a tomar café o copas en el Café de la Estrella. «El lo pagaría todo.»
La revolución de julio (III).

HOMBRE MALEANTE.
«... de voz bronca y temerosa, clueco graznido, producto del hombre y del aguardiente». Quiso atracar en una casa de la calle del *Bastero* a Presentación Rumblar, Salomé Porreño y Juan Bragas...
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

HOMBRE ORDINARIO.
«Tras Lucrecia compareció en nuestras tertulias un hombre ordinario, disfrazado de elegante, estrenando ropa, malcarado, y hablador verboso, insustancial y cínico, de asuntos que no entendía. Oyendo aquí y adivinando allá, vine a comprender que mi Felipa había sido criada de Lucrecia, y que el fachoso cortejo de ésta, adornado con gruesos brillantes en pechera y sortijas, era jugador de profesión y poseía en Madrid pingües chirlatas».
Amadeo I (III).

HOMBRES.
Montados en jamelgos «con blusas de dril y chambergo ladeado sobre una oreja», que precedían a la turba espantosa que conducía al linchamiento al polizonte Chico y a su ayudante Cano (1854).
O'Donnell (III).

HOMBRES, Dos.
Acompañaban al «tonto de la uva» y «cargaban con enormes mochilas parecidas a cuévanos, repletas de tabaco».
Zumalacárregui (II).

* HOMEDES, Señor.
Personaje *escurridizo* que traía y llevaba (1869) mensajes entre Cabrera y *el Señor*. Era sobrino de *el Tigre del Maestrazgo*.
España sin rey (III).—*Cánovas* (III).

— * HOMERO (Siglo IX a. J. C.).
El más famoso de los poetas griegos. Autor de la *Ilíada* y la *Odisea*.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Zaragoza* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).—*España trágica* (III).

— HOMOBONO, Don.
Figura caricatura de los *Tipos y Caracteres*, de Mesonero Romanos.
Los apostólicos (II).

* HONDÓN, Mosén.
V. RUIZ HONDÓN, Mosén Juan.

— * HOPE.
Brigadier inglés que mandaba la reserva en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

— HORA.
Una de las doce diosas del día. Hija de Cronos, el Tiempo.
La Corte de Carlos IV (I).

— * HORACIO COCLES, Publio (Siglo VI antes de J. C.).
Descendiente del vencedor de los Curiacios. Salvó a Roma de caer en poder de los etruscos que mandaba Pórsena. *Cocles* significa *tuerto*.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).—*El Grande Oriente* (I).

— * HORACIO FLACCO, Quinto (65-8 antes de J. C.).
Famoso poeta latino.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Zaragoza* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).

* HORE, Brigadier.
Se sublevó en Zaragoza (1854). Y murió asesinado en la calle.
La revolución de julio (III).

* HORMAECHE, Don Francisco.
Diputado por Guernica (1849).
Narváez (II).

HORMIGA, Doña.
V. SOLITA Gil de la Cuadra.

HORT.
Opulento hacendado inglés de la isla Otaití, que obsequió a los marinos españoles de la *Numancia*.
La vuelta al mundo... (III).

— *HORTEGA, Baronesa de.
Dama noble española que acompañó a Isabel II en su destierro de París.
Cánovas (III).

— * HORTENSIA BEAUHARNAIS, La Reina (1783-1838).
Hija de la reina Josefina y de su primer esposo Alejandro. Llegó a ser reina de Holanda.
Mendizábal (II).

— * HORTENSIO (114 a 50 a. J. C.).
Famoso orador romano, rival de Cicerón.
La campaña del Maestrazgo (II).

HORTERA, El feo.
De la tienda de encajes de don Benigno Cordero.
Los apostólicos (II).

* HOSCOS.
«Antillano de ideas muy radicales, talentudo y brioso.» Asiduo en el Ateneo (1866).
Prim (III).

HOUDINOT.
Teniente francés, jefe de la guardia en la prisión de Areceli, en Rebollar de Sigüenza.
Juan Martín el Empecinado (I).

* HOYOS.
Divisionario cristino (1838). Amigo de O'Donnell General director de Infantería (1837).
Vergara (I).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* HUERTA.
Escribano que tomó parte muy decisiva en la vil retractación de Riego, el día antes de su ejecución.
El terror de 1824 (I).

HUERTAS, La Rosa.
Daifa de postín.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

HUERTAS, Paco.
Fanfarrón al servicio del fanfarrón jerezano Paúl y Angulo. «De rostro ferocísimo, membrudo y peludo.»
España trágica (III).

* HUGO, José Leopoldo, Conde de (1773-1828).
General francés. Luchó contra los guerrilleros aragoneses (1810). Padre del famoso poeta Víctor.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Narváez* (II).

— * HUGO, Víctor (1802-1885).
Célebre poeta y novelista francés. Hijo del famoso mariscal de Napoleón. Con Musset, Vigny y Dumas, fundador del romanticismo francés y seguidores del inglés de lord Byron.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*España sin rey* (III).—*Epaña trágica* (III).—*Cánovas* (III).

— * HUGUES MARET.
Secretario particular de José I. Bonaparte.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * HURTADO.
Librero de la calle de Carretas (1807).
Napoleón, en Chamartín (I).

— * HUMBERTO, El Príncipe.
Hermano mayor de Amadeo I. Futuro rey de Italia.
Amadeo I (III).

* HURTADO, Don Nicolás.
Diputado por Zafra (1849). «Pomposo y risueño.» Bravomurillista.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).

— *HURTADO DE MENDOZA, Don Bernardino.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * HURTADO DE MENDOZA, Don Diego (1503-1575).
Poeta y prosista español.
Juan Martín el Empecinado (I).

I

I..., Duque del.
«¡Cuántas grandezas podrían contarse de aquel insigne prócer y guerrero! Acaudillando nuestras tropas en la guerra de la Independencia, tuvo la amargura de verlas derrotadas. Como político, aunque en Cádiz le calumniaron, suponiéndole algo liberal, bien puede asegurarse que era más realista que el rey. En 1815 ocupaba uno de los primeros puestos de la nación: la presidencia del Real Consejo de Castilla. Había que ver su llaneza en todo lo que no fuera de oficio. ¡Excelente señor! ¡Cuántas veces le vi en un palco del teatro del Príncipe, acompañado de *Pepa la Malagueña!*»
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* IBÁÑEZ, Don Luis.
Oficial de la Secretaría de Guerra del pretendiente. Se sublevó (1838) contra Maroto y fué pasado por las armas en Estella.
Vergara (II).

IBARBURU, Ceferino.
Capellán de las huestes de Zumalacárregui. «Era el capellán en extremo hablador, con lo que se dice que era pequeñuelo, vivaracho y de corta nariz. Presumía de gran estratégico, y no reconocía en artes de guerra más superioridad que la del general de la causa.»
Llegó a ser secretario del *Despacho de Gracia y Justicia* del pretendiente, en Oñate (1836).
Zumalacárregui (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * IBARRA.
Ministro de Hacienda de Fernando VII.
La segu..da casaca (I).

* IBARRA, General.
Senador (1864).
Prim (III).

IBARRA, Señores de.
Vivían en Bilbao (1836), y eran amistad de los Arratias.
Luchana (II).

* IBARRA, Teniente.
Mandaba las fuerzas cantonalistas del castillo de Atalaya, en Cartagena. Se dice que se vendió a los centralistas por diez mil duros.
De Cartago a Sagunto (III).

* IBARRETA, Don Juan Manuel.
Comandante general de Ingenieros, que dirigió el asedio de la plaza cantonal de Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

IBARROLA.
Ranchero en la *Numancia*. Amigo de Diego Ansúrez.
La vuelta al mundo... (III).

IBERO, Don Santiago.
Capitán cristino de la columna Zurbano (1838).
«Era Santiago Ibero un mozo gallardísimo, franco, con toda el alma en los ojos y el corazón en los labios, cetrino, de mirada ardiente. Nacido en Paganos, de una familia de labradores acomodados, su genio impetuoso, su ansia de gloria, más potentes que toda razón de conveniencia, habíanle lanzado a la campaña, antes que por querencia de la profesión militar, por su amor ardentísimo a las ideas representadas en la bandera de Isabel. Quería dar su sangre, su vida, por la libertad y el progreso, en los cuales veía fuente inagotable de dichas para la nación. Con tales beneficios, España saldría de su apocamiento y pobreza, mejorarían las costumbres, nos veríamos tan civilizados como los ingleses y tudescos, y seríamos fuertes, grandes, sabios y ricos. Odiaba el oscurantismo, y veía en la hipocresía farisaica de los partidarios de don Carlos la causa de todos los males que nos afligen y del atraso en que vivimos. Al exterminio de esta secta nefanda quería consagrar su existencia, todas las energías de su alma honrada y valorosa. Habiendo visto en Martín Zurbano, a quien conoció en Logroño, la más feliz encarnación de aquellas ideas, y admirando en él, además, el coraje, la perseverancia, la militar pericia, se afilió con entusiasmo en su bandera. Con él peleaba, y con él moriría, si necesario fuese, por la santa causa de *los libres*, que era el porvenir glorioso de la Monarquía y de España.»
«Aunque odiaba el fanatismo, era creyente y buen cristiano; y lejos de ver incompatibilidad entre la libertad y el dogma, teníalos por amigos excelentes, y por amparadores de la Causa a todos los santos de la Corte celestial.»
«Te diré también, aunque tú debes saberlo, que Santiago Ibero es un alma de Dios, por más que otra cosa quiera decir su cara negra, su hermosura de militar terrible y su entrecejo airado. Santiago Ibero es un niño, un corazón blando, lleno de honradez; tímido en todo lo que no sea ganar batallas y meter la espada hasta el puño en cuerpos de enemigos; irresoluto, fácil a la influencia extraña, sobre todo si es buena; hombre que está deseando que le quieran para querer él con fuerza doble.»
En Madrid tuvo amoríos. Arrepentido, intentó hacerse fraile. Le disuadió Fernando Calpena, y acabó casándose con la cuñada de éste, la simpática Gracia Castro-Amézaga.
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).

IBERO Y CASTRO-AMÉZAGA, Demetria Fernanda.
Hija de Gracia y de Santiago.
«La niña Demetria, de opulenta complexión sanguínea, morenucha, saltona, los ojos como centellas, venía, sin duda, al mundo para dar de sí una vigorosa empolladura de Iberos bien bragados. El genio criador de la raza mira siempre por sus criaturas.»
«No bien cumplidos los veintitrés años, era Fernanda una moza de opulenta hermosura, flor de la ibérica raza, traslado y reproducción femenina de su padre, de quien tenía los ojos negros y la mirada quemadora, la riqueza sanguínea, el cuerpo espigado, el andar resuelto, la terquedad aragonesa batida

en el yunque riojano. Era de ventajosa talla; en las anchuras, moderada; en las delgadeces, recogida; la tez, morenita; la boca, no pequeña, roja y dulcísima. En el regazo moral de su madre y su tía Demetria, aprendió Fernanda todas las virtudes, y se revistió de aquella honestidad y comedimiento que tan bien cuadraban a su linaje por ambas ramas. La tenacidad de su carácter, la espiritual fuerza polarizada en dirección del bien, existían envueltas en capitas de dulce modestia, semejantes a las túnicas delicadas que protegen a ciertos frutos en formación.

»La vida provinciana, casi lugareña, fomentaba en Fernanda un estado psicológico de puro desarrollo interno. Ni los padres habían pensado en casarla, ni anduvo ella en tanteos candorosos de novios o pretendientes como es ley de vida en toda jovencita, aun las mejor nacidas, sin que por ello se empañe su pureza. Mostrábase con los jovenzuelos graciosamente esquiva; teníanla por orgullosa o encopetada, de estas que se reservan y custodian en espera de un partido principesco, y cuando vuelven de su encanto se encuentran aderezande trapitos para vestir al Niño Jesús. Gustaba Fernanda de componerse y acicalarse con toda la elegancia posible, según las modas, que a Laguardia llegaban perezosas; su presunción, encerrada escrupulosamente en la medida de la modestia, se producía dentro de los cánones de un gusto exquisito.

»Amaba también la niña de Ibero el teatro, la sociedad, el baile decoroso, y por esto los amantes padres, atentos a dar gusto a una hija tan buena, pasaban en Vitoria dos o tres meses de invierno para presentarla en lo que socialmente llamamos *el mundo,* darle goce de las representaciones escénicas por buenos cómicos y alegrar su venturosa y lozana juventud. Completaban estas expansiones, en cierto modo educativas, las escapadas a Burdeos, en verano, con sus tíos Demetria y Calpena. En Royan pasó Fernanda semanas alegres de agosto en medio de una risueña sociedad de veraneantes. Allí, y en la gran ciudad girondina, se soltó en el francés, practicando lo poquito que sabía; dominó el acento y las fórmulas elementales de la conversación; perfiló su natural elegancia, corrigiendo la rigidez de modales y el hablar reducido y dengoso de las señoritas de pueblo.»

En 1870, Vicentito Halconero, enamorado de ella, escribía:

«Figura más esbelta no vi en mi vida. De su rostro no puedo decir sino que al mirarlo me sentí enloquecido. Trato de analizarlo, y no puedo. No cabe análisis de lo que se ofreció a mis ojos como el cielo mismo. Su propio esplendor, llenando todo mi espíritu, me incapacita para la descripción. ¿Es morena? ¿Son negros sus ojos? O no lo sé, o lo sé demasiado. Oí absorto su voz sin entender lo que decía. El sonido blando de las eses y las eles entre vocales penetraba en mi alma como el eco de una música lejana. ¡Y pensar que esto que aquí escribo habría de parecer tonto a los que lo leyeran!... Pero nadie lo leerá.»

Estuvo muy enamorada de don Juan de Urríes. La felonía de éste estuvo a punto de volverla loca. Traída a Madrid, se prendó del simpatiquísimo Vicentito Halconero. Cuando ya iban a casarse, falleció de una hemoptisis. Su gran hazaña fué matar a la exótica *Céfora,* amante de su primer amor, Urríes.

Prim (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

IBERO Y CASTRO-AMÉZAGA, Fernandito Demetrio.

«El hijo segundo. Fernandito, modoso, cosido siempre a las faldas de la mamá, parecía cortadito para la carrera eclesiástica.»

En 1870 entró como cadete en la Academia de Infantería de Toledo.

Prim (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

IBERO Y CASTRO-AMÉZAGA, Santiago.

«El primogénito de Santiago Ibero y de Gracia, la señorita menor de Castro-Amézaga, fué desde su niñez un caso inaudito de voluntad indómita y de fiera energía. Contaba que a su nodriza no tenía ningún respeto, y que la martirizaba con pellizcos, mordeduras y pataditas; decían también que le destetaron con jamón crudo y vino rancio. Pero éstas son necias y vulgares hablillas que la Historia recoge, sin otro fin que adornar pintorescamente el fondo de sus cuadros con las tintas chillonas de la opinión. Lo que sí resulta probado es que en sus primeros juegos de mucha-

cho fué Santiaguito impetuoso y de audaz acometimiento. Si sus padres le retenían en casa, lindamente se escabullía por cualquier ventana o tragaluz, corriendo a la diversión soldadesca con los chicos del pueblo. Capitán era siempre; a todos pegaba; a los más rebeldes metía pronto y duramente dentro del puño de su infantil autoridad. Ante él y la banda que le seguía, temblaban los vecinos en sus casas; temblaban la fruta en el frondoso arbolado de las huertas. La vagancia infantil se engrandecía, se virilizaba, adquiriendo el carácter y honores de bandolerismo.

»Desvivíanse los padres por apartar al chico de aquella gandulería desenfrenada y aplicarle a las enseñanzas que habían de poner en cultivo su salvaje entendimiento; pero a duras penas lograron que aprendiese a leer de corrido, a escribir de plumada gorda y a contar sin valerse de los dedos. Y aunque en todo estudio manifestaba despejo y fácil asimilación, el apego instintivo a la vida corretona y a los azares de la braveza dificultaba en su rudo caletre la entrada de los conocimientos.»

A los dieciocho sufrió una grave enfermedad. Después, se escapó de la tutela del cura Baranda... Corrió mil aventuras de todo género... Políticas... Marineras... Amorosas... Acabó enamorándose apasionadamente de Teresita Villaescusa, y, uniéndose con ella, se establecieron en París, *a vivir su vida...*

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

IBN EL MEFFETY.

Prestigioso judío de Tetuán (1860).

Aita Tettauen (III).

IBRAHIM.

Prestigioso judío de Mohamed-ben-Sur El Nasary.

Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

IBRAHIM CLARETE.

Seudónimo del gran libelista y político.

V. GONZÁLEZ BRAVO.

IBRAIM Y CORONEL, Don Víctor.

Clérigo capellán (1836) del segundo regimiento de la Guardia. Al buen Hillo, que ofició con él en el Carmen Descalzo, le molestaba Ibraim «por andaluz, por charlatán, entremetido y fanfarrón». Era, además, un revolucionario de tomo y lomo.

«Era el castrense un mocetón como un castillo, bien plantado, esbelto, de poco más de treinta años, morena y agitanada la tez, los ojos negros, desmesurados, que habrían podido surtir dos caras, sobrando todavía un poco de ojos; temple sanguíneo muy acentuado; el testuz con remolinos de pelo que el corte frecuente hacía más ásperos; el morrillo formidable, bocado exquisito si cae en manos de antropófagos; no grande ni fea la pezuña, la mano fuerte, el entrecejo tenebroso por la enorme cantidad de ceja, la fisonomía poco atractiva, el aire total como de contrabandista o mayoral de diligencias. Hombre de poquísimas letras, fué metido en la carrera eclesiástica por no servir para otra cosa. De muchacho, era el primer gallina del pueblo, y jamás se querelló con nadie; ni siquiera era fachendoso. Tenía su fuerza en la palabra, en el hablar sin término, almacenando con prodigiosa retentiva todos los chismes de cuatro leguas a la redonda. Se hizo cura sin esfuerzo, no viendo en las pasiones obstáculo grande para tal carrera. Luego fué adquiriendo vicios con el contagio de la vida de tropa. Midiéndose por el nivel medio moral que comúnmente usamos, no fué un mal sacerdote antes de ser castrense, y hasta llegaron a contarse de él actos de virtud de los más vulgares. Para el púlpito no servía por su mala pronunciación y su falta de luces; para el confesonario, tal cual; era largo en las misas, y algún malicioso dijo que por el afán de hablar añadía latines de su cosecha al formulario litúrgico. En funciones de ceremonia lucía por su gallarda estatura, y como siempre tuvo sonora y vibrante voz, aunque poco afinada, cantando la Epístola era un hermoso becerro con dalmática.

»No le clasificó entre los rumiantes el bueno de Hillo, que la noche aquella, tediosa cual ninguna, hubo de hacer en su mente, para encontrar el símil de Ibraim, una chabacana combinación zoológica, fundiendo en una pieza el atún de las almadrabas de Huelva y la cotorra de las selvas africanas.»

De Oñate a La Granja (II).—*Luchana*

(II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II). *Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

— ICARO.
Hijo de Dédalo. Quiso llegar al sol con unas alas de cera, y al derretirse ésta, se mató. Símbolo de la aviación.
La Corte de Carlos IV (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

IDIÁZQUEZ, Doña Juana Teresa.
Madre de don Rodrigo de Urdaneta, el presunto esposo de Demetria Castro-Amézaga. Señora reventante, avara, insidiosa. Era hermana consanguínea de la bella y encantadora Pilar de Loaysa.
Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

IDO DEL SAGRARIO, Don José.
Esposo de doña Nicanora, patrona del insigne Tito, que vivía en la calle del *Amor de Dios*.
«Don José Ido del Sagrario había sido maestro de escuela. Aquejado de cierta frialdad del cerebro, hubo de abandonar el noble oficio de desasnar chicos; mas no con el descanso pudo recobrar la salud, ni siquiera un mediano *gobierno* de su máquina muscular y nerviosa. Quedó, pues, en situación de esqueleto vestido de fláccidas carnes; no resistía ningún trabajo fuerte, físico ni mental; ocupábase tan sólo en repartir entregas de una casa editorial, reduciéndose a un corto callejero, y en hacer recados a los huéspedes, que eran conmigo tres estudiantes de San Carlos. El trato de Ido me agradaba; era hombre que no carecía de luces, aunque solían brillar tan sólo por ráfagas intercadentes, lívidas llamaradas de alcohol. Tristeza y goce me causaban a la par mis conversaciones con aquel hombre inocente y bueno, cerebro que yo comparaba a la celda de una cárcel en que hubiera estado preso un filósofo. Este se había fugado, dejando en las paredes efluvios de su espíritu.»
Disfrazado de clérigo y con el nombre del padre Carapucheta, rector del Oratorio del Olivar, se echó por esa España en busca de su hija Rosita..., que había sido raptada en Fuentidueña de Tajo por la partida carlista del cabecilla Santés...
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

IDO DEL SAGRARIO, Rosita.
Hija mayor de don José y de doña Nicanora. Pizpireta. Imaginativa. En Fuentidueña de Tajo fué raptada por la partida del cabecilla carlista Santés. La recogió en Cuenca el orondo canónigo Pagasauntúrdua. Y en mayo de 1875 ya estaba Rosita, feliz e independiente, *fuera de cuenta*...
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— IFIGENIA.
Hija de Clitemnestra y Agamenón.
La Corte de Carlos IV (I).

* IGLESIA, Don José.
Brigadier. Gobernador militar de Cuenca (1874). «Hombre tan chiquitín como bravo.»
De Cartago a Sagunto (III).

IGLESIAS, Andrés.
Tío de don Nicomedes. Salvó la vida al conde de la Pommeraye en el ataque y toma de Pasajes (1823), cuando éste llegó a España, de ayudante de Angulema, con *Los Cien mil Hijos de San Luis*...
Mendizábal (II).

* IGLESIAS, Coronel.
Mandaba las fuerzas que desalojaron el Congreso el día 3 de enero de 1874.
De Cartago a Sagunto (III).

IGLESIAS, Don Nicomedes.
Manchego de Daimiel, que abandonó su hacienda por buscar un arrimo político en la corte.
«Frisaba en los cincuenta años, y en las primeras frases del coloquio se declaró manchego y patriota. Su locuacidad no molestaba; antes bien, instruía deleitando, porque narraba los sucesos y exponía las opiniones con singular donaire y una prolijidad pintoresca. Debía de tener muchas y buenas amistades con personas en aquel tiempo de gran viso, porque al nombrarlas empleaba casi siempre formas familiares.
»Por los codos hablaba Iglesias, y des-

pués de oírle perorar tres horas con gracia y facundia prodigiosas, nadie sabía lo que pensaba, ni qué planes o enredos se traía. No disimulaba el radicalismo de sus ideas, el cual no era obstáculo para que cultivase el trato de casi todas las notabilidades de aquella turbulenta generación, siendo su mayor intimidad con los exaltados. Toda la tarde estaba fuera de casa, menos cuando daba cita en ella a un par de compinches, pasándose las horas muertas de conciliábulo a puerta cerrada. Después de cenar se echaba invariablemente a la calle, y no volvía hasta la madrugada; levantábase a la hora de comer.»

Mendizábal (II). — *De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * IGLESIAS, Gregorio.

Un chicuelo de dieciocho años, que intentó unirse a los liberales de Andalucía (1823) y fué preso y fusilado en Madrid (1824).

El terror de 1824 (I).

— * IGLESIAS DE LA CASA, José (1748-1791).

Poeta epigramático salmantino, de mucha y fina gracia. Sacerdote.

Los apostólicos (II).

* IGLESIAS Y BARCONES, Dr. D. Tomás.

Insigne prelado.

Los duendes de la camarilla (II).

IGNACIA.

Mujer de Tomás Mutiloa, «la cual tenía una fuerza como la de una vaca. Tiraba de un carro de abono tan guapamente: araba como la mejor pareja, y para romper la tierra no había otra».

Ayudó a don José Fago en una arriesgada empresa.

Zumalacárregui (II).

IGNACIA.

Natural de Zugarramundi. Fué el ama de cría de Fernando Calpena.

Mendizábal (II).

IGNACIA, *Señá*.

Cantinera del Tercer Cuerpo de Ejército en Africa (1860).

Aita Tettauen (III).

ILDEFONSA.

Hija de Maricadalso y Pelumbres. Murió en Madrid de la peste. «Era una muchacha bonita, cigarrera, con opinión de honrada.»

Un faccioso más... (I).

* ILLÁN DE VARGAS, Matildita.

«La espiritual, la etérea...» Amiga de Pilar Loaysa. Hizo cucamonas con Fernandito Calpena en 1835. «De meses mayores» en 1842.

Los ayacuchos (II).

ILLIPULICIA.

Nombre que daba en sus desvaríos el arqueólogo Miedes a la hermosísima Lucila Ansúrez.

Narváez (II).

* IMAZ, Don Buenaventura.

V. BUENAVENTURA, Don.

V. MATAFLORIDA.

— * IMAZ, Don José.

Político liberal. Ministro de Hacienda el año 1834.

Mendizábal (II).

INDIVIDUOS, Dos.

De malísima estofa. Pertenecían a la compañía de voluntarios que mandaba Tilín, y fueron fusilados por orden de éste al negarse con mofa a obedecerle.

Un voluntario realista (II).

INDIVIDUOS, Dos.

«Igualmente armados de formidables porras.» Compinches del liberalón don Patricio, que atacaron a Anatolio Gordón.

El 7 de julio (I).

INÉS.

Hija de un gentilhombre, a la que sedujo Bartolomé Gracián. Al verse abandonada, se propinó una toma de fósforos en aguardiente...

La revolución de julio (III).

INÉS DE SANTORCAZ.

Pasaba por hija de doña Juana, viuda de Malvar. En realidad, era hija natural de la condesa X (Amaranta) y de don Luis de Santorcaz, y novia de Gabriel Araceli.

«Poseía esta muchacha, además de las gracias de su persona, un buen sentido,

cual no he visto jamás en criaturas de su mismo sexo, ni aun del nuestro, amaestrado ya por los años. Inés tenía el don especialísimo de poner todas las cosas en su verdadero lugar, viéndolas con luz singular y muy clara, concedida a su privilegiado entendimiento, sin duda para suplir con ella la inferioridad que le negó la fortuna. No he visto en mi larga vida otra hembra que se le asemejase, y estoy seguro de que a muchos parecerá este tipo invención mía, pues no comprenderán que haya existido, entre las infinitas hijas de Eva, una tan diferente de las demás. Pero créanlo bajo mi palabra honrada.

»Si ustedes hubiesen conocido a Inés y notado la imperturbable serenidad de su semblante, imagen del espíritu más tranquilo, más equilibrado, más claro, más dueño de sí mismo que ha podido animar el corporal barro, no pondrían en duda lo que digo. Todo en ella era sencillez, hasta su hermosura, no a propósito para despertar mundano delirio amoroso, sino semejante a una de esas figuras simbólicas que, sin estar materialmente representadas en ninguna parte, se dejan ver de los ojos del alma cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirse de formas visibles en la oscura región del cerebro.

»Su lenguaje era también la misma sencillez; jamás decía cosa alguna que no me sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban a mi entendimiento un descanso, un aplomo, de que carecía obrando por sí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenía un centro y el mío no. El mío divagaba llevado y traído por impresiones diversas, por sentimientos contradictorios y repentinos; mis facultades eran como meteoros errantes, que tan pronto brillan como se oscurecen, tan pronto marchan como chocan, según la influencia recibida de superiores cuerpos, mientras las suyas eran un completo y armónico sistema planetario, atraído, puesto en movimiento y calentado por el gran sol de su pura conciencia.»

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Bailén* (I). *Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

INÉS, Doña.

Negra sirvienta del señor Villela, muy dominanta, y de cuya intervención en los negocios públicos se habló durante mucho tiempo. Habíase captado de tal modo la voluntad de su dueño, que teniendo éste la clave de muchos nombramientos túvola ella también. Especialmente las mitras, que se concedían siempre a propuesta del Consejo, fueron de tal modo monopolizadas por doña Inés, que ésta no abría la mano sin que saliera de ella un obispo. Había previo convenio y eclesiástico arreglo antes de que una mitra fuese provista, y era cosa sabida: ni el más pintado, aunque fuera el mismo San Pedro, empuñaba el báculo, si antes no se ponía a bien con la tal negra, impetrando y consiguiendo su soberana gracia. Con este motivo ocurrió más adelante un suceso curioso, que no quiero callar.

Vacó la diócesis de Astorga, y siguiendo los trámites ordinarios, fué presentado para la silla un sujeto cuyo nombre no hace al caso. Llevóse el decreto al rey para que lo firmara, y Fernando, que tenía felicísimas salidas de aticismo cómico, leyó detenidamente el pliego, sonriendo con la socarronería que le era habitual. Estaba verdaderamente cargado, como ahora se dice, de aquella ambición desmedida de la negra de su amigo, y decidiendo emplear su iniciativa y usar sus facultades con tanta insolencia usurpadas, no colérico, sino con mucha calma y gravedad, tomó la pluma, y al margen de la propuesta puso estas sencillas palabras, que constan en un archivo: «Será obispo de Astorga don X... X..., *y perdone por esta vez doña Inés.*»

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— INÉS, Tía.

Dueña de una posada «en el Campo de Calatrava».

Bodas reales (II).

INÉS DE LA TRANSVERBERACIÓN, Sor.

Prima carnal de Nicanora, la mujer de don José Ido del Sagrario. Vivía, de monja profesa, en el monasterio de Santa Clara, en Huete (Cuenca) (1874).

De Cartago a Sagunto (III).

* INFANTADO, Don Pedro Alcántara de Toledo, Duque del (1773-1841).
Político español. Fué nombrado ministro, en 1814, por Fernando VII. Presidió el Consejo de Regencia (1823) y el de Ministros (1824).
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

* INFANTE.
General esparterista (1843). Ministro varias veces. Diputado sin interrupción desde 1844 hasta 1868.
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

— * INFANTE.
Liberal y conspirador. Diputado. De la camarilla constitucional (1822).
La segunda casaca (I).—*El 7 de julio* (I).

INGLÉS MILLONARIO.
De Gibraltar. «Dueño de un barquito muy cuco», que llegó a Tetuán llevando a bordo unas hebreas elegantes (1860).
Carlos VI, en la Rápita (III).

INGLESA.
«Señora inglesa, esbelta, rubia, guapísima, que nadaba como un pez...» en Santander. Era esposa del corresponsal en España del *Times* (1872). El insigne Tito se la comía con los ojos... Y el propio Don Amadeo I *la puso los puntos*...
Amadeo I (III).

* INGUANZO, Pedro (1764-1836).
Cardenal español. Diputado por Asturias en las Cortes de Cádiz. Enemigo acérrimo del invasor francés.
Cádiz (I).

INQUILINA.
Del segundo en la casa donde vivía la señá Nazaria.
Un faccioso más (II).

* IRACHETA, Don Fermín.
Jefe defensor, contra Zumalacárregui, del fuerte de Peralta (1834). Era «de casta de leones». El caudillo carlista y él eran amigos de toda la vida y estaban jugando «a cuál era más bravo y terco».
Zumalacárregui (II).

— * IRADIER (siglo XIX).
Músico español. Compositor de finas melodias.
Los ayacuchos (II).

IRALDE, Fermín.
«Pastor cojitranco, con peales y zahones, hirsuto, de color gitanesco.»
Zumalacárregui (II).

— IRENE, Doña.
Personaje de la obra de Moratín *El sí de las niñas*. Su modelo fué doña María Ortiz, dueña de una casa de la calle de Valverde y mamá de una doña Paquita, de la que estuvo enamorado Moratín.
La Corte de Carlos IV (I).—*Los apostólicos* (II).—*La estafeta romántica* (II).

* IRANZO, Don Juan Antonio.
Diputado (1869) de la «modesta constelación canovista».
«Hombre de origen humildísimo, formaba en el grupo conservador y aristocrático de Cánovas, y precisamente por esto resultaba tan española su figura. En España es un hecho constante la realidad de lo contrario, o que cosas y personas actúen al revés de sí mismas. El diputado por Teruel era un sesentón, alto y enjuto, de rostro huesudo, cenceño y totalmente afeitado. Creyérase que días antes había cambiado el calzón corto ceñido, el chaleco de pana y el pañizuelo en la cabeza, empaque muy noble ciertamente, por la levita y demás prendas que no caracterizan a nadie y a todos nivelan en la desairada vulgaridad... Lo que realmente a don Juan Antonio caracterizaba era que, en su alta posición de hombre político adinerado, no sentía vergüenza ni resquemor de su origen plebeyo; antes bien, siempre fué su mayor gusto referir cómo subió la cuesta social, desde la humildad pobre a la cumbre en que a la sazón se veía. Deseaba Eufrasia que sus amigos los Gaunas oyesen de boca del propio caballero la historia de su vida portentosa. No se hizo de rogar Iranzo. La sorpresa de sus oyentes le hacía feliz: refiriendo la verdad escueta, gozaba tan-

to como los histriones que declaman el ingenioso embuste.»

España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

* IRIARTE.
Cabecilla carlista (1872).
Amadeo I (III).

* IRIARTE, Carlos.
Escritor y dibujante francés. Amigo de Pedro Antonio de Alarcón, asistió, con éste, a la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

* IRIARTE, General don Fermín.
Cristino, Juntamente con Espartero perdieron la plaza de Guernica (1835), impugnada por el guerrillero Sarasa y el general Gómez.
Zumalacárregui (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).

— * IRIARTE, Tomás de (1750-1791).
Poeta, fabulista y autor dramático español.
Un faccioso más... (II).

* IRIBARREN.
Brigadier cristino que derrotó a Cabrera en el vado de Rincón de Soto.
La campaña del Maestrazgo (II).

* IRIBARREN.
Cabecilla apostólico fusilado en Pamplona por orden del virrey Solá (1834).
Un faccioso más... (II).

IRIGOYEN, Don Antonio.
Miembro de la Diputación de Vizcaya. Patriota liberal.
Luchana (II).

IRIGOYEN, Silvestra.
Vivía en la pensión de don Ido del Sagrario, en la calle *del Amor de Dios;* y el insigne Tito, a su regreso de Cartagena, se la encontró usufructuando su habitación.
«El mismo día de mi regreso al hogar patronil hice conocimiento con la señora que ocupaba mi habitación. Era una dama de agraciado rostro, de estatura menos que mediana, edad incierta, entre los treinta y treinta y cinco años, tipo de lugareña fina, modosa y bien criada, el habla dulce, aunque no exenta de viciosas concordancias, vestida con el hábito de los Dolores, limpia, peinada con esmero y un poquito perfumada.»
Estaba casada con un bruto: Gabino Zuricalday, preso en Logroño por haber matado a un guardia civil.
El insigne Tito acabó echándosela de querida... e intercediendo, *sin querer,* por su marido.
Era vizcaína, de Elanchove.
Y continúa el insigne Tito:
«No pasaré adelante sin daros detallada noticia del carácter complejo de aquella mujer, estudiado por mí a medida que iba observando sus diferentes facetas en el curso del trato íntimo. Era mimosa, blanda y flexible, cuando en ella dominaba el instinto marital, o sea la irresistible necesidad de aproximarse al hombre. Era ferozmente autoritaria, tozuda y de palabra muy agria cuando imperaba en ella la soberbia. Su misticismo, o insana embriaguez de las devociones supersticiosas prevalecía tan pronto como se le apagaba el ardor de las borracheras lúbricas.
»En su conducta advertí una oscilación isócrona de péndulo: apenas se levantaba un palmo del lodo en que arrastraba su liviandad, emprendía rápido vuelo para subirse a una región de mentirosas estrellas, y de allí caía otra vez al fango. Del mismo modo, los arrebatos de su irritable amor propio alternaban en el curso diario de la vida con su mórbida humildad de fémina caprichosa. Había yo notado que durante semanas enteras comía vorazmente, sucediendo al buen apetito abstinencias de anacoreta. La conocí tierna y amante; la padecí poseída de celos absurdos y de locas envidias. En resumen: llegué a ver en ella una especie de relicario diabólico en el que estaban contenidos los siete pecados capitales.»
De Cartago a Sagunto (III).

* IRIONDO, Don Eduardo.
Oficial de Ingenieros en *La Numancia.* Buenísima e inteligente persona.
La vuelta al mundo... (III).

IRLANDÉS.
Bravucón con quien riñó Santiaguito Ibero en una taberna de Londres, y al que hirió.
La de los tristes destinos (III).

— * IRUJO.
Ministro de Estado de Fernando VII.
La segunda casaca (I).

— * ISABEL I (1451-1504).
Reina de España. Llena de virtudes y de sabiduría. Paradigma excelso de monarcas. Creadora del Imperio español.
El Grande Oriente (I).—*Luchana* (II). *Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

— * ISABEL II, Reina de España (1830-1904).
Hija de Fernando VII y de su cuarta esposa, María Cristina de Borbón. El día de su boda con don Francisco de Asís...
«... todo el regocijo de los corazones, toda la efusión de las almas era para la reina Isabel, para su juventud risueña y llena de esperanzas, para su rostro sonrosado, en que la virginidad y la gracia picaresca fundían sus encantos; para su nariz respingada, que bien podía llamarse una nariz popular; para su boca, que no habría sido tan simpática si fuese más chica; para su desarrollo de garganta y busto, más avanzado de lo que ordenara la edad; para todo aquel conjunto lozano y sonriente, y aquella inocencia frescachona. Desfilando en la soberbia carroza, entre las apretadas masas del pueblo, iba Isabel en sus glorias; gustaba de las exhibiciones al aire libre, ante gentes que en nada se asemejaban a las empalagosas figuras palatinas. Entre el pueblo y ella había algo más que respeto de abajo y amor de arriba; había algo de fraternidad, un sentimiento ecualitario de que emanaba la recíproca confianza. Nunca hubo reina más amada, ni tampoco pueblo a quien su soberano llevase más estampado en las telas del corazón. Por esto, el mayor goce de Isabel era ver las caras mil complacidas, satisfechas.»
En 1866, en presencia de Guillermo Aransis, Isabel II..., ¡cuánto había cambiado! :
«Vestía doña Isabel un vaporoso traje de crespón de seda azul, con volantes y adorno de encajes negros. Su peinado, bajo, achaparraba su cabeza, haciéndola más aburguesada de lo que era realmente. Por haber transcurrido unos dos años sin verla de cerca, fijóse el caballero en la creciente gordura de la reina. Las formas abultadas y algo fofas iban embotando su esbeltez y agarbanzando su realeza... Aquel día no se hallaba la señora de buen talante. Parecía distraída, inquieta, y sus ojos, de un azul húmedo y claro; sus párpados, ligeramente enrojecidos, más expresaban el cansancio que el contento de la vida... Eran los ojos del absoluto desengaño, los ojos de un alma que ha venido a parar en el conocimiento enciclopédico de cuantos estímulos están vedados a la inocencia.»
Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * ISABEL I DE INGLATERRA (1533-1603).
Hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Gran reina y gran política.
La segunda casaca (I).—*Zumalacárregui* (II).—*Narváez* (II).

* ISABEL DE AUSTRIA, Archiduquesa.
Madre de la Reina María Cristina de Habsburgo, de España.
Cánovas (III).

— ISABEL FARNESIO, Reina.
Segunda mujer de Felipe V. Madre de Carlos III.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* ISABEL FRANCISCA DE ASÍS, Princesa (1851-1931).
Hija primogénita de Isabel II. Dos veces princesa de Asturias. Casó con el príncipe de Girgenti, quedando viuda en 1871.
La revolución de julio (III). — *Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

ISIDORILLO.
El de *la tía Rampiosa*. Niño de seis años.
La segunda casaca (I).

ISIDORA, Doña.
Esposa de Enrique Oliván.
Prim (III).

* ISIDRITO.
Cerero. Tenía gran predicamento con las monjas de la Concepción Francisca y, por ende, en la política *subterránea* española.
Narváez (II).

ISIDRO, Don.
V. BORBÓN, infante don Carlos María Isidro de.

ISIDRO, el *Pollero*.
Conspirador y revolucionario de armas tomar... Amigo de Santiaguito Ibero.
La de los tristes destinos (III).

ISIEGAS, Don Saturnino.
Secretario de la famosa estafadora doña Baldomera, fundadora del Banco Popular (1877).
Cánovas (III).

— * ISTRIA, Duque de.
Mariscal francés, vencedor en Rívoli.
Bailé i (I).

— * ISTÚRIZ, Francisco Javier de (1790-1871).
Político gaditano. Liberal y gran patriota. En su casa se preparó *el golpe militar* de Riego. Fué presidente de la Cámara Popular, del Consejo y ministro de Estado.
«Fué Istúriz uno de estos hombres de viva inteligencia que jamás hicieron cosa de provecho por falta de carácter y de ideales patrióticos. Liberal de abolengo, criado en el volterianismo y en la cultura moderna, tiraba a lo reaccionario por odio a las groserías del *Progreso* y aborrecimiento de la Milicia Nacional. La corrección y las buenas formas, la pureza de la palabra y la finura de los modales se habían sobrepuesto en su entendimiento a las ideas y al saber político estudiado en los libros y en los hechos. Su adhesión idolátrica, pasional, a la reina Cristina, especie de culto caballeresco, más ardiente cuanto más platónico, le llevó a consentir y autorizar cuantas extravagancias políticas se le ocurrían a la orgullosa dama, que, habiendo vuelto de su destierro con ardor de autoridad veíase estorbada por la enérgica manipulación de Narváez.»
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I). *Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

ITÁLICA, Marqués de.
Tercer amante de Teresita Villaescusa. Hombre riquísimo. «Un señor flaco, atildado y mortecino, que parecía un Cristo retirado de los altares. Limpio era y de maneras finísimas el marqués de Itálica, que así le llamaban; pero algo tacaño, y, además, hurón; venía con el propósito de llevarse a Teresa a un pueblo de Sevilla donde tenía gran casa y hacienda mucha. ¡Vaya que meter a la niña en un villorrio y esconderla como cosa mala!»
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

ITÁLICA, Marquesa de la.
Dama boba, casada con un vividor, que fué el tercer amante de Teresita Villaescusa.
España sin rey (III).

ITURBE.
Brigadier carlista (1838). Afecto a Maroto, a quien libró con una fina burla de la encerrona que le prepararon los apostólicos intransigentes con don Carlos a la cabeza.
Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).

— * ITURBIDE, Agustín de (1787-1824).
Rey de Méjico. Se proclamó a sí mismo Agustín I, en 1822. Reinó un año. Fué preso y fusilado en 1824.
El 7 de julio (III).—*España sin rey* (III).

ITURBIDE, Buenaventura.
Era de Bilbao. Soldado condenado a muerte por rebelión (1837) con otros compañeros. Se salvó milagrosamente del fuego del pelotón ejecutor. Fué indultado por Espartero, a petición de don Pe-

dro Hillo, que le había preparado a bien morir.
Vergara (II).

ITURBIDE, Casiano.
«Polero que tenía taller de motones, patescas y cuadernales junto al almacén de los Arratias en Ripa.» Padre de Pepe y de Buenaventura; éste, el soldado condenado a muerte y que se libró milagrosamente del fuego del pelotón ejecutor.
Vergara (II).

ITURBIDE, Mercedes, Deogracias y Lucas.
Hijos de Casiano.
Vergara (II).

ITURBIDE, Pepe.
«Hijo del polero que tenía taller de motones, patescas y cuadernales junto al almacén de los Arratias en Ripa.» Amigo de Zoilo y su compañero en la Milicia Nacional.
Luchana (II).—*Vergara* (II).

ITURBIETA, Marqués de.
Gentilhombre de Isabel II (1849).
Narváez (II).

* ITURRALDE.
Cabecilla carlista que se alzó (1834) en Navarra. «Excelente amigo en la paz, en la guerra indómito y sin entrañas.»
«El rival de Zumalacárregui en los comienzos de la guerra, y después su más sumiso lugarteniente o general de división; hombre tosco, más notado por su temeraria bravura que por su pericia militar. Zumalacárregui le encomendaba las situaciones de empeño, los avances peligrosos, dándole órdenes estrictas respecto a posición y marchas, como freno de su impetuosidad, que unas veces precipitaba el éxito y otras lo entorpecía. Era el audaz guerrillero, cuyas dotes utilizaba el general habilidosamente, educándole en el gobierno de tropas regulares; teníale siempre sujeto con una rienda que aflojaba o requería, según los casos.»
Un faccioso más... (II).—*Zumalacárregui* (II).

ITURRIGALDE.
Padre de Facunda, la presunta esposa del insigne Tito. Paradigma en la raza éuscara. Seriote, enorme, de pocas palabras.
Amadeo I (III).

ITURRIGALDE, Facunda.
Desgarbada zagalona, vasca, sosa y simple, zafia y abrutada, propuesta al insigne Tito Liviano para esposa por los padres de él.
V. FACUNDA.
Amadeo I (III).

— * ITURZAETA, José Francisco (1788-1855).
Gran calígrafo español.
Bailén (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los duendes de la camarilla* (II).

— * IZNARDI, Angel.
Político liberal preso en 1831. Redactor (1835) de *El Eco del Comercio.*
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II).

IZCO DE LARREA, Doña Josefa.
Dama duranguesa, que tenía su esposo en Cuba. «Señora gorda y bonita.» Muy admiradora del insigne Tito. Devota. Remilgada y repulgada.
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

IZNARDI, Pepito.
Empleado de 10.000 reales.
O'Donnell (III).

* IZQUIERDO, Don Eugenio.
Ministro secretario en tiempos de Carlos IV. Muy afecto a éste y a Godoy. Estuvo en París como diplomático secreto del príncipe de la Paz.
La Corte de Carlos IV (I).

* IZQUIERDO, General.
Amigo de Prim. Se *pronunció*, en Cádiz, por éste. Mandaba la plaza. Diputado en las Cortes de la Regencia (1870). Votó por la candidatura del duque de Montpensier.
La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

J

* JABALÍ, El.
Guerrillero carlista (1837).
La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).

JACINTA, Doña.
Esposa de don Baldomero Espartero. V. SICILIA, Doña Jacinta.
Vergara (II).

JACINTILLO.
Chiquillo de la vecindad de don Santiago Fernández.
Napoleón, en Chamartín (I).

JACINTO DE LOS TRASPASOS DE MARÍA, Fray.
Mercedario en el Convento de Madrid. Maestro en Teología. «Un frailito joven, barbilindo, ancho de cuello, pulcro de rostro, arrebolado de nariz, nimio de cerquillo y con cierto aire de galán.»
Napoleón, en Chamartín (I).

— * JACOB.
Patriarca. Hijo segundo de Isaac y Rebeca.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * JAFET.
Tercero de los hijos de Noé. *Padre* de la raza *jafética*.
Los apostólicos (II).

— * JAIME I, Don (1208-1276).
Rey de Aragón. Conquistador de Valencia.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * JAIME el *Barbudo*.
Feroz guerrillero del absolutismo en Murcia.
El 7 de julio (I).

— * JANIN, Julio Gabriel (1804-1874).
Novelista y crítico francés.
España trágica (III).

— JANO.
Deidad romana. Símbolo de la guerra.
Amadeo I (III).

— JAQUES, Pierre.
«Francés de nación, al servicio de España, primo segundo de la abuela materna» del buenazo de Halconero. Pierre Jaques, jefe militar, perdió un brazo en la defensa de Mahón contra los ingleses.
Aita Tettauen (III).

* JARA.
Cabecilla carlista que operaba desde Santa Cruz de la Zarza a Aranjuez (1869).
España sin rey (III).

JARDINERO JOVENCITO.
De la finca denominada *El Casino de la Reina*, en la calle *de Embajadores*.
Las tormentas del 48 (II).

JARRAZ, El (El zapatero).
Vivía en Fez. Y cambió a El Nasiry por un burro su esclava Erhimo.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— JASÓN.
Jefe de los argonautas conquistadores del *vellocino de oro* que guardaban en la Cólquida un dragón terrible y un tropel de toros ignívomos.
La estafeta romántica (II).

— * JÁUREGUI.
Emigrado liberal que regresó a España, subrepticiamente, en 1830. Insigne jefe militar *cristino* en 1835, antiesparterista.
Los apostólicos (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Bodas reales* (II).

JEAN JEAN.
Soldado francés de Dragones, que se hizo amigo de Araceli, en Salamanca, creyéndole marqués de Rioponce. Más de la mitad de su personalidad era de bandido.
La batalla de los Arapiles (I).—*El equipaje del rey José* (I).

JEFE.
De la fortaleza de Yurre, donde encar-

celaron al insigne Tito los carlistas (1874).

«Era un viejecillo seco, de alta estatura, de manos sarmentosas. Si por su habla y acento se me reveló como hijo de Castilla, por su edad entendí que era un veterano de la primera guerra, reducido en la segunda a ejercer funciones sedentarias.

»Con rudezas de forma, tras de las cuales traslucí un fondo de humanidad y cortesía, me dijo el viejo carlistón que mis papeles entrañaban prueba plena de intentos alevosos contra la causa del rey, intentos que sin duda venían de muy alto, por lo cual, él y sus compañeros habían decidido remitir todo el papelorio al general en jefe, a fin de que éste resolviera *lo procedente* en caso tan grave.»

De Cartago a Sagunto (III).

JEFE DE POLICÍA.

Protegido de Barrás, en París, el año 1795. Se había casado con una beldad tras la que corrió desde España don Beltrán de Urdaneta.

Luchana (II).

JENARA, O GENEROSA, BARAONA.

Novia de Salvador Monsalud, llamada también, por él, Generosa. Moza de inmensa fibra patriótica.

«Era una muchachuela bonita, de apariencia delicada y casi infantil. Recordaba normalmente su fisonomía la de aquellas vírgenes a quien figuran los pintores tocando el laúd y, a veces, el violín en los místicos conciertos del cielo, entre aperladas nubes que hacen resaltar el oro de sus cabellos y la beatífica seriedad de sus labios sin sonrisa, pues el arrobamiento y el canto las ponen graves como doctores. Jenarita o Generosa, a pesar de su belleza virginal, tenía en ocasiones un ceño algo sombrío y un modo de mirar que no indicaba la diafanidad o, mejor, el perfecto equilibrio de espíritu de un ángel celeste. Gravemente meditaba, y aunque su semblante era de esos que en otros caracteres y en la misma edad están siempre mirando a todos lados, aunque no vean más que el vuelo de las moscas, ella parecía estar dispuesta a no ocuparse nunca de cosas pequeñas. Las moscas que ella miraba no las veían los demás.

»La fisonomía engaña casi siempre, y bajo aquel semblante, que recordaba a la espigadora Ruth o a la organista Cecilia, se escondía una culebrita graciosa que halagaba, enroscándose, un carácter vehemente que a la edad de diecisiete años vivía atormentándose a sí mismo con aspiraciones locas, con entusiasmos delirantes, con deseos no bien definidos o que variaban a cada hora. El reptil a sí propio se mordía por no haber encontrado todavía en quién cebarse, y con la cola se azotaba la cabeza. Impresionable hasta un extremo casi inverosímil, lo que a otras entristecía a ella la ponía furiosa; lo que a otras daba gozo, infundía en aquésta una fiebre de júbilo que necesitaba un pesar para calmarse. Sus sentimientos, siempre en lucha, se manifestaban de improviso y de una manera torrencial y borrascosa. Cualquier accidente externo, impresionándola como impresiona el rayo, podía hacerlos cambiar en un instante.

»Sus ideas eran, sin embargo, exclusivas y fijas; ideas asimismo oscuras y extravagantes sobre la vida y la sociedad, pero arraigadas tenazmente. Tenía la terquedad de su abuelo, hombre de granito, una especie de montaña humana, formada con los seculares yacimientos del ideal de la autoridad, y que no podía henderse, ni desmoronarse, ni dejar de ser montaña. Carecía Generosa de la fácil ternura que parece propia de una complexión delicada, y cuanto este dulce sentimiento aparecía en ella, era enteramente superficial y simulado. Finalmente, no le faltaban dotes de inteligencia, siempre que no se tocase a las preocupaciones o a las ideas que en su consistencia geológica era base de la familia.»

Acabó casándose con Carlos Navarro *(Garrote)*, aun cuando no dejó de estar enamorada de Salvador Monsalud. Es la protagonista narradora de *Los Cien mil Hijos de San Luis*.

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II). *Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

— * JENOFONTE.
V. XENOFONTE.

JEP DELS ESTANYS, Don José Bussons. Guerrillero catalán absolutista.

Don José Bussóns, llamado vulgarmente *Jep dels Estanys*, era un guerrillero anciano, seco, pequeño, pero fuerte y ágil todavía, de carácter violento y agrio. Hablaba poco, reía menos y era el hombre más blasfemo de Cataluña, y aun puede decirse de toda la cristiandad; mas esto no era obstáculo para que los píos autores de la rebelión hicieran de él el Josué de la guerra apostólica, por aquello de *operibus credite non verbis*. Y las obras de Jep eran las más propias para despertar entusiasmo entre la gente oscura y envidiosa que rumiaba su descontento en claustros, sacristías y camarillas episcopales, porque poseía el instinto de la organización bélica y había establecido la práctica de que las gavillas de la fe rezasen el rosario entre batalla y batalla. De la conciencia privada, digámoslo así, de Jep dels Estanys puede juzgarse por el hecho inaudito de recibir a bofetadas a los sacerdotes que quisieron prestarle los auxilios espirituales cuando fué condenado a muerte en el sangriento epílogo de aquella campaña.

»Según declaró en su último instante, había estado dieciocho veces en la cárcel por diferentes crímenes, aunque los principales, dicho sea en disculpa suya, eran delitos de contrabando. Su educación guerrera la hizo en las gloriosas peleas contra el fisco, y sus primeros laureles los ganó pasando géneros prohibidos. De esta escuela pasó a la de la guerra de la Independencia, saltando de contrabandista a coronel. Peleó más tarde contra los constitucionales, ganando una pensión vitalicia de veinte mil reales con que el rey quiso premiar méritos tan sobresalientes. Detestaba la vida pacífica y normal de las ciudades y el noble trabajo de la industria. Su más grata mansión era el campo; su descanso, el cansancio; su cama, las duras peñas; tan bien vivía bajo un sol abrasador como sobre nieves y hielos, con tal que no le faltase un pedazo de pan y un tomate crudo para desayunarse. Cuando no había guerra, era preciso, según él, inventarla conformándose en esto con el pensamiento de Voltaire respecto a Dios.

»No era ambicioso de riquezas; inquietábale un afán insaciable, que, según unos, era el afán de hacer daño. Despreciaba las penalidades, y sabía cómo se conciliaba el sueño en los calabozos, lugares de comodidad y regalo para quien había aprendido a dormir a caballo o en la rama de un árbol. Tenía la audacia y la presteza del cernícalo, así como su crueldad. Su cara era seca, áspera y dura como un pedazo de leña vieja.»

El 7 de julio (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).

— * JEREMÍAS (siglos VII-VI a. J. C.).
Profeta de Israel. Predijo la destrucción de Jerusalén. Murió apedreado.
Montes de Oca (II).

JEREMÍAS, Don.
Personaje estrafalario que intervino en el suplicio del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

JÉRICA, Don Pablo de.
V. XÉRICA.

— * JERJES I (519-465 a. J. C.).
Rey de Persia.
El Grande Oriente (I).

— * JERJES.
Nombre de tres reyes de Persia, de los siglos VI a IV antes de Cristo.
La campaña del Maestrazgo (II).

JERÓNIMA.
Residía en Cintruénigo. Hermana de Justina, la fidelísima sirvienta de Pilar, la *deidad velada*.
La estafeta romántica (II).

* JERWIS, Sir John (1734-1823).
Almirante inglés, conde de San Vicente. Derrotó al almirante espayol Córdoba en el Cabo de San Vicente. Sus restos reposan en la catedral de San Pablo, de Londres.
Trafalgar (I).

JESUÍTAS, Dos.
«... de cuidado.»
V. CABALLEROS, Dos.
«El teólogo y el enciclopédico, ambos jesuítas de cuidado. El primero era de

los expulsados de España en octubre del 68; el otro, polaco, recriado en Francia, poseía en grado sumo la facultad de asimilación, y a los pocos días de penetrar en España mascullaba nuestra lengua, apropiándose con furioso y pertinaz estudio el conocimiento gramatical, y ejercitándose en la palabra castellana, en su acento y prosodia, con arrestos de conquistador... Ambos iban rectilíneos y sin pestañear al fin que se les señalaba, resortes inflexibles de una máquina fuerte...»

JESUSA.
Criada vieja «desde tiempo inmemorial» de doña María de la Cabeza Ventosa, el cuarto amorío del insigne Tito.
Amadeo I (III).

JESUSA.
Pariente pobre que acompañó a Madrid a la *jamona* cacereña, rica casada con el terrible don Hilarión. Jesusa tuvo *unos dulces ojos* para el bailío don Wifredo de Romarate.
España sin rey (III).

— * JIMENA, Doña.
Esposa del Cid.
La batalla de los Arapiles (I).—*Los Ciel mil Hijos de San Luis* (I).

— * JIMENA, Infanta doña.
Hermana de Alfonso V de León.
La batalla de los Arapiles (I).

* JIMÉNEZ, Don Vicente.
«Hombre incorruptible.» Dueño de la casa donde se escondió Prim, en El Grao (1866), en espera del momento oportuno para iniciar el pronunciamiento.
Prim (III).

— * JIMÉNEZ, José.
Teniente de Ingenieros, ayudante del general español Réding.
Bailén (I).

JIMÉNEZ DE ANDRADE.
Así le pinta Pepito García Fajardo:
«Goza fama de temerón y perdonavidas. Es de Ecija o de Marchena, no recuerdo bien; ha derrochado dos fortunas; entiende de caballos más que de política, y en ésta quiere señalarse ahora, ahuecando la voz entre los progresistas exaltados y los demócratas. Frecuenta el trato de militares, jactándose de seducirles para la revolución; es, en suma, un bárbaro, que no busca más que el ruido y el escándalo para sacar su persona de la oscura vulgaridad a que pertenece...»
Fajardo se batió con él por cierta bronca habida en una chirlata...
Las tormentas del 48 (II).

— * JIMÉNEZ DE CISNEROS.
V. CISNEROS, Francisco Jiménez de.

* JIMÉNEZ DE RADA.
Político español. «Fué liberal, conspiró con Prim para traer la revolución llamada de septiembre.» Acabó mandando una facción carlista (1872).
Amadeo I (III).

— * JIMÉNEZ DE RADA, Don Rodrigo (siglo XIII).
Prelado y escritor español. Tuvo gran parte en la cruzada contra los árabes, que culminó en Las Navas de Tolosa. Consejero del Pontífice Inocencio III.
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

JIMÉNEZ CUAZO.
Caballero gaditano muy estrafalario.
Cádiz (I).

JINDAMA, Don Francisco Xavier de.
Viejo currutaco agitanado de Cádiz.
Cádiz (I).

JINOJOS, Don.
Mote que daban al sinvergüenza.
V. HINOJOSA, Aquilino de la.

JOAQUÍN.
Primo de Federico Nieto. Había estado en Ceuta y se sabía al dedillo las costumbres marroquíes.
Aita Tettauen (III).

JOAQUINITA RIVAS.
Llamada por sus románticos adoradores *Rosaura*. Era novia de Mesonero Romanos.
Mendizábal (II).

* JOARIZTI.
Joven exaltado. Amigo de Vicentito Halconero. Republicano. Masón.
España trágica (III).

— * JOB.
Protagonista del libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre. Hombre rico, justo y recto. Prototipo de la paciencia.
El equipaje del rey José (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*La vuelta al mundo* (III).—*Prim* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * JOBARD.
Joyero de Lyón. Compró y vendió el abanico admirable de María Leczinska.
Mendizábal (II).

— * JONÁS (siglo VIII a. J. C.).
Uno de los doce profetas *menores del* Antiguo Testamento. Predicó en Nínive.
Mendizábal (II).

— * JONES.
General español que mandó la tercera división en Bailén.
Bailén (I).

* JORDÁN, Don Tomás.
Librero editor que protegió a don José del Milagro, proporcionándole las traducciones de *El último Abencerraje* y las *Cartas persas*.
De Oñate a La Granja (II).

— JOREAS, Agustín.
Hijo de «Tanasio», fusilado en Concud por la columna del coronel cristino Buil.
La campaña del Maestrazgo (II).

JOREAS, «Tanasio».
Trajinaba con mulas desde Vinaroz a Tudela.
«... un hombre de estatura más que alta gigantesca, vestido a estilo aragonés neto, con su pañizuelo en la cabeza, faja morada y muy caída, mal envuelto en una manta, como herido o enfermo, un brazo en cabestrillo, la faz atezada, ruda, huraña. De su andar no debía decirse que era cojo, sino que cojeaba, y uno de sus pies, envuelto en un lío de trapos abultaba como la pata de un elefante.»
La campaña del Maestrazgo (II).

— * JORGE III, Rey de Inglaterra (1738-1820).
Reinó de 1760 a 1820. Durante su reinado se independizaron los Estados Unidos. Pero logró derrotar a Napoleón.
Trafalgar (I).—*Cádiz* (I).

— * JOSAFAT.
Rey de Judá en el año 904 a. J. C. Murió en 880. Venció a los árabes, a los moabitas y a los amonitas.
Vergara (II).—*Bodas reales* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

— * JOSÉ.
Hijo de Jacob.
La revolución de julio (III).

JOSÉ ARRATIA.
Hijo de Sabino. Era herrero. «Era el más alto de la familia y el menos guapo de rostro, de pocas carnes, seco, acerado. Su rostro revelaba cansancio, resignación honda de todas las facultades ante la pesadumbre del deber, quizá desconfianza del éxito. Se parecía bastante a Zoilo, siendo éste hermoso, y José María no. Su actividad no era vertiginosa, como la de *Churi* y Zoilo, sino reflexiva, paciente, llegando hasta una tensión increíble.»
Luchana (II).

— * JOSÉ MARÍA «el Tempranillo».
Celebérrimo bandolero andaluz que vivió a principios del siglo XIX, famoso por su valor y generosidad. Héroe popular de mil romancillos.
Bailén (I).—*Los apostólicos* (II).—*La revolución de julio* (III).

JOSEFA.
Mujer de José Mendaro, el pulpero español del Callao, de Lima.
«Una mujer alta, fornida, de solidez estatuaria, ojos negros, gruesa y bien formada boca, pecho sobresaliente. No era de abolengo incaico, ni su regia estampa provenía del imperio del Sol; era una cuarterona de las que llaman *zambas*, ejemplar excelente de la mezcla de sangres etiópica y ariana, que suele aunar el cuerpo admirable y las facciones bellas.»
La vuelta al mundo... (III).

— * JOSEFINA, Emperatriz (María Josefa Tascher de la Pagerie) (1763-1814).

Primera esposa de Napoleón I. Estuvo casada en primeras nupcias con el conde Beauharnais. La repudió Napoleón por estéril (1809).

Napoleón, en Chamartín (I).—*Mendizábal* (II).—*Luchana* (II).—*Montes de Oca* (II).

JOSEFONA.

«Mujer de buenos sentimientos y de corazón hasta cierto punto magnánimo, a pesar de su vil oficio, del cual dijo Cervantes que es de los más necesarios en la república.» Segismundito Fajardo la sacaba lindamente los cuartos.

España trágica (III).

— * JOSUÉ († 1424 a. J. C.).

Sucesor de Moisés en la jefatura del pueblo hebreo. Sometió al país de Canaán.

Juan Martín el Empecinado (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Aita Tettauen* (III).

— * JOURDAN, Juan Bautista, Conde de.

Mariscal de Francia. Estuvo en España como jefe del Estado Mayor del rey José I.

El equipaje del rey José (I).

* JOVE Y HEVIA.

Político, bolsista, *rumorista* madrileño de grandes relaciones... (1874).

Cánovas (III).

* JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1744-1811).

Literato y estadista español. Ministro de Gracia y Justicia, enemigo de Godoy. Liberal. Estuvo preso en Barcelona y en Palma de Mallorca.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los apostólicos* (II).—*España sin rey* (III).

* JOVELLAR, General.

Amigo de O'Donnell. Alfonsino leal, tomó gran parte en la Restauración. Ministro de la Guerra con el primer Gobierno de Alfonso XII y *fugaz* presidente del Consejo (1875), movido *desde la sombra* por Cánovas.

Prim (III).—*Cánovas* (III).

JOVEN.

Pertenecía a la camarilla constitucional. «Un joven de treinta y tres años, alto, elegante, fino, airoso. Sus modales y su vestido eran, como su estilo, la corrección misma. Su rostro morenísimo y su gran boca, dábanle aspecto de fealdad; pero tenía la belleza de la expresión y un claro sello de hidalguía y caballerosidad que cautivaba. Sus ojos eran negros y vivísimos, llenos de esa luz particular que indica poderosa erección de la fantasía; sus cabellos, alborotados y fuertes, algo parecidos a los de Chateaubriand, rodeaban una espaciosa y limpia y celeste frente, emblema del privilegiado artista. Era su voz grave y persuasiva, y si su estilo carecía de arrebato, tenía, en cambio, la serenidad más simpática y un acento que subyugaba oídos y corazones.»

El Grande Oriente (I).

JOVEN ENTUSIASTA.

Hijo de Flórez Calderón. Arengó a los guardias que formaban junto a la casa de Ministerios, «y fué apaleado cruelmente y acuchillado» (30 de junio de 1822).

El 7 de julio (I).

JOVEN RIOJANO.

Pertenecía a la sociedad política liberal *Los Numantinos*.

«Un joven riojano y por añadidura tuerto, que hacía ya las comedias más saladas que podrían imaginarse. Había sido primero soldado raso y después empleado en los tres años, con su impurificación correspondiente el 24. Tenía las chuscadas más ingeniosas y las ocurrencias más felices. Hablaba mejor en verso que en prosa, y montaba mejor en el Pegaso que en un burro alquilón, pues restablecido en la partida el uso de las expediciones asnales, nuestro soldado poeta apenas sabía tenerse sobre la albarda. Era el mismo demonio para contar cuentos y para buscar consonantes, siendo tal en esto su destreza, que no le arredraban los más difíciles y enrevesados.»

Los apostólicos (II).

JOVENZUELO.
Al servicio de don Pedro Guimaraens, a quien mató Filín en lucha franca.
Un voluntario realista (II).

JOVENZUELO.
«... con charretera de teniente», de la Milicia Nacional (1822).
El 7 de julio (I).

* JUAN XXII.
Pontífice en 1316.
Narváez (II).

— JUAN.
Cochero de Palacio.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

JUAN.
Criado de Santorcaz, en Salamanca.
La batalla de los Arapiles (I).

JUAN.
El hijo de un anciano loco. Fusilado por los franceses en el Retiro.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

JUAN.
Marinero «de feroz aspecto» del navío *Santísima Trinidad.*
Trafalgar (I).

JUAN, Don.
Amigo antiguo de los García Fajardo, en Atienza.
Narváez (II).

— JUAN, Don.
Prototipo o arquetipo del hombre seductor, poco viril.
La campaña del Maestrazgo (II).

* JUAN DE BORBÓN, Príncipe.
«No era hombre capaz de sostener en toda su pureza el dogma de la legitimidad.» Los carlistas querían que abdicase en su hijo don Carlos. Hermano del conde de Montemolín. Hijo de don Carlos María Isidro.
Carlos VI, en la Rápita (III).—*España sin rey* (III).

JUAN DE DIOS.
Mancebo en el comercio de los Requejos.
«El cual era un hombre cuajado, quiero decir, que parecía haberse detenido en un punto de su existencia, renunciando a las transformaciones progresivas del cuerpo y del alma. Juan de Dios ofrecía el aspecto de los treinta años, aunque frisaba en los cuarenta. Su cara amarilla tenía gran semejanza con la de doña Restituta; pero jamás se notaron en ella las contracciones, los enrojecimientos repentinos, propios de aquella señora. Era en sus modales lento y acompasado; su movilidad tenía límites fijos como los de una máquina, y si el método puede llegar a establecerse de un modo perfecto en los actos del organismo humano, Juan de Dios había realizado este prodigio. Llegar, abrir la tienda, barrerla, cortar las plumas, colgar las piezas de tela en la puerta, recibir al comprador, decirle los precios, regatear siempre con las mismas palabras, medir y cortar el género, cobrarlo, contar por las noches el dinero, apartando el oro, la plata y el cobre, tales eran sus funciones y tales habían sido por espacio de veinte años.
»Juan de Dios comía en casa de los Requejos. Servíales él con fidelidad incomparable, y si en algo nacido tenían ellos confianza era en su mancebo.»
Acabó metiéndose fraile en la Orden de San Juan Hospitalario, con los estatutos de San Agustín..., porque comprendió que jamás le amaría la bella Inés, novia de Araceli, de la que se había enamorado con frenesí...
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

— JUAN TENORIO, Don.
V. TENORIO, Don Juan.

JUAN Y MEDIO, Don.
Apodo que dió a Mendizábal el periódico *La Guindilla.*

JUANA.
Criada del matrimonio Emparán García-Fajardo.
La revolución de julio (III).

JUANA.
Doncella, en Cádiz, de doña Flora de Cisniega.
Gerona (I).—*Cádiz* (I).

JUANA, Doña (Viuda de Malvar).
Pasaba por madre de Inés, la novia de Gabriel Araceli. «Costurera de la ca-

lle de Cañizares, excelente y honradísima mujer, joven aún, aunque desmejorada por el trabajo, discreta y afable en tales términos, que por entre la corteza de su malestar presente parecían distinguirse nacimiento y condición muy superiores. Esto no era más que apariencia; pero a la citada persona le pasaba lo contrario de lo que a otros pasa, y es que son nobles sin parecerlo.»
La Corte de Carlos IV (I).

— * JUANA «la Loca». Doña (1479-1555).
Reina de España. Hija de los Reyes Católicos y madre de Carlos I.
De Oñate a La Granja (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

JUANA LA NARANJERA.
Chula de *rompe y rasga*.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).

JUANCHO.
Un madrileño muerto heroicamente en el Parque de Monteleón.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * JUANES, Juan de (Vicente Masip) (1523-1579).
Jefe de la escuela valenciana de pintura.
La estafeta romántica (II).

JUANICA.
Doncella de la actriz la *González*.
La Corte de Carlos IV (I).

JUANICO.
Cabo del sexto isabelino. Muerto en la acción de Mendoza.
Zumalacárregui (II).

JUANICO, Padre.
Religioso del convento Regina Coeli, en Cataluña. Viejecillo, enteco y parlanchín, «de rostro excesivamente maduro y pasado».
Un voluntario realista (II).

JUANITA.
Hija de doña María Epalza.
Luchana (II).

JUANITA.
Lañadora. Mujer bravía que luchó en Madrid contra los franceses.
Bailén (I).

JUANITA.
Una buscona de cargos oficiales para sus amigos (1814).
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

JUANITO JACOBO CORDERO.
Hijo de don Benigno y doña Robustiana, de dos meses de edad al iniciar *su papel* en los *Episodios Nacionales*. Berraco y mamón furibundo.
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).

JUANONDÓN, Don.
Así llamaban confianzudamente sus feligreses a mosén Juan Ruiz Hondón.

— * JUÁREZ, Benito (1806-1872).
Estadista mejicano. Presidente de la República mejicana. Mandó fusilar al emperador Maximiliano.
Prim (III).

* JUARRILLOS, Capellán de.
«En la provincia de Segovia, los facciosos dispersos se juntaban en Revenga bajo el garrote y el bonete del capellán Juarrillos, para correr al latrocinio de leñas, carbones, pan y cebada» (1869).
España sin rey (III).

— * JUDAS ISCARIOTE.
El discípulo traidor.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El terror de 1824* (I).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II). *Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II). *Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II). *Los duendes de la camarilla* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III). *España trágica* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

JUDÍAS.
Alharaquientas que dieron noticia a Santiuste de la huída de su amante Yohar.
Carlos VI, en la Rápita (III).

JUDÍAS, Unas mujeres.
Que se apiadaron de Juan Santiuste y se lo llevaron a Tetuán (1860).
«Una de las hembras estaba en pie,

las otras a gatas, arrancando hierbecillas de entre la espesa vegetación de un extenso prado que abrillantaban las gotas del rocío. En la misma actitud, cuchillo en mano, había visto Santiuste, en campos españoles, a las aldeanas cogiendo verdolagas y cardillos. La mujer que estaba en pie, más vieja que las otras, parecía también de superior categoría, aunque no se marcaba mucho la diferencia; las tres eran ordinarias, nada limpias y de dudosa belleza. Vestían faldas azules, calzaban babuchas rojas y en la cabeza llevaban pañuelo de colorines, liado con un arte nuevo a los ojos de Santiuste. La que parecía principal era la única que llevaba medias, y en el busto un chal amarillo de crespón, muy usado...»

Aita Tettauen (III).

— * JUDITH (658 a. J. C.).

Heroína judía de gran belleza.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Aita Tettauen* (III).

JULIÁN.

Cordonero de la calle de Bordadores.

Las tormentas del 48 (II).

JULIÁN, Don.

Chantre de la catedral de Sigüenza y profesor del Seminario, consultor de doña librada Fajardo.

Las tormentas del 48 (II).

— * JULIÁN, Don José de.

Comandante del tercio naval, en Valencia (1840).

Montes de Oca (II).

JULIANA.

Naranjera madrileña.

La Corte de Carlos IV (I).

— * JULIO II (1443-1513).

Fué elegido Pontífice el año 1503. Gran protector del arte.

Narváez (II).

JUMOS, Pepa la.

«Mujerona en el ocaso de la juventud, *pájara* con restos manidos de un gallardo tipo de maja...» Compañera de putañerías de Rafaela Hermosilla. Formó parte de la panda alharaquienta que linchó, arrastrándole por las calles de Madrid, al famoso jefe de Policía Francisco Chico.

O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— JUNO.

Hija de Saturno y de Rea, esposa de Júpiter, reina del cielo y diosa del matrimonio.

Napoleón, en Chamartín (I).—*La estafeta romántica* (II).—*La primera República* (III).

— * JUNOT, Andoche (1771-1813).

Mariscal de Francia. Afectado por sus derrotas en Portugal y en España, se suicidó, arrojándose a la calle, de cabeza, desde el balcón de su domicilio.

Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I)—*Zaragoza* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).

— JÚPITER.

Padre de los dioses. Es el Zeus de los helenos con nombre latino. Su símbolo es el rayo. Hijo de Saturno y de Rea. Hermano y esposo de Juno.

La Corte de Carlos IV (I).—*Cádiz* (I). *Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II). *España sin rey* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

JURADO, Un.

Español afrancesado, «de los más vehementes, el cual había aprendido pronto la fanfarronería francesa».

El equipaje del rey José (I).

* JURAS REALES, El barón de.

Consejero del pretendiente don Carlos (1838).

Vergara (II).

* JURIEN DE LA GRAVIÈRE.

Diplomático francés, que con Prim y sir Charles Wike deliberaron acerca de la llamada «cuestión mejicana».

Prim (III).

JUSTINA.

Servidora leal, confidente, de Pilar, «la deidad velada» de Fernando Calpena. Pilar escribía de ella así, a su amiga Valvanera:

«El vacío de Justina es horrible; no

era ya mi criada, sino algo que no puedo expresar con las palabras amiga y hermana; era la confidente de todos mis secretos, así de los que amargan como de los que endulzan mis horas; no puedo acostumbrarme a vivir sin ella, pues era como parte de mi pensamiento; había llegado a pensar por mí; su voluntad era parte de la mía, parte cada día mayor, llegando a suplírmela por entero. Ultimamente casi me gobernaba; su criterio fué siempre justo; sus determinaciones, acertadas. ¡Pobre mujer, cuánto me amó! Era tal su adhesión a mí, que mil veces habría perdido la vida por evitarme un disgusto. Consagrada en cuerpo y alma a mi servicio inmediato, el más íntimo, el más familiar, creo que hasta parte de mi conciencia estaba en ella, y al perderla siento que se me va también allá lo mejor de mí. Por no abandonarme rechazó proposiciones de boda: ha muerto soltera, con seis años más que yo; expiró consagrándome sus últimos pensamientos. ¡Qué ejemplo de abnegación, de sacrificio! ¡Y luego dicen que ya no hay santas! ¡Voy entendiendo que Justina lo era!

»Desde que cayó enferma no me separé de su lado. Ni por mi madre habría hecho más que por ella. Murió santamente, recordándome alegrías y penas pasadas que las dos sentimos sin dar a nadie participación, y sus últimas palabras, agarraditas sus manos a las mías, fueron consagradas al ser a quien amaba tanto como yo. ¡Ah Valvanera mía, no tengo consuelo! Te dije en mi anterior que cuatro personas poseían mi secreto: ya no lo poseen más que tres.»

La estafeta romántica (II).

— JUSTINA, La pícara.

Protagonista del famoso libro picaresco español atribuído al bachiller López de Ubeda.

Cádiz (I).

— * JUVENAL, Décimo Junio (42-125).

Gran poeta satírico latino.

La revolución de julio (III).

K

— * KALOCOTRONI.

Político griego (1829).

Los apostólicos (II).

— * KANT, Manuel (1724-1804).

Célebre filósofo alemán, fundador de la escuela crítica.

La vuelta al mundo... (III).

— * KEMPIS, Tomás (1379-1471).

Escritor ascético alemán y agustino célebre, autor de *La imitación de Cristo.*

La estafeta romántica (II).

— * KHADIDJA.

Esposa de Mahoma.

Aita Tettauen (III).

* KOCK, Paul de (1794-1871).

Novelista francés, que cultivaba la nota picaresca y festiva. Su buen gusto no le libró de caer alguna vez en la procacidad.

España trágica (III).

— * KOSSUTH, Lajos.

V. COSSUTO, Lajos.

* KOTZEBUE, Augusto Federico Fernando von (1761-1819).

Dramaturgo alemán, autor de más de doscientas obras. Fué agente secreto al servicio de Rusia. Murió en Mannheim asesinado por un estudiante alemán como represalia por haber escrito una tendenciosa *Historia del Imperio alemán.*

La Corte de Carlos IV (I).

— * KUTUSOF.

General ruso. Luchó contra Napoleón.

Bailén (I).

L

* La Bisbal, Conde de.
Político español liberal. Mandó una de las divisiones españolas que se opusieron en 1832 a los «Cien mil Hijos de San Luis».
«Fué el que el año 14 se presentó al rey llevando dos discursos en el bolsillo, uno en sentido realista, otro en sentido liberal, para pronunciar el que mejor cuadrase a las circunstancias. Fué el que en 1820 hizo también el doble papel de ordenancista y de sedicioso. La inseguridad de sus opiniones había llegado a ser proverbial. Era hombre altamente penetrado de axioma italiano *ma per troppo variar antura e bella.* Yo no comprendía en qué estaba pensando el Gobierno cuando le nombró. Si los ministros se hubieran propuesto elegir para mandar el ejército más importante al hombre más a propósito para perderlo, no habrían elegido a otro que a La Bisbal.»
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

* La Calle, Padre.
Confesor de Don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

— * La Casa.
Patriota Zaragozano.
Zaragoza (I).

La Hidalga, Don Pedro.
«Varón respetable, aunque de cáscara más amarga que la hiel.» Republicano federal de Vitoria (1869).
España sin rey (III).

* La Hoz, Don Pedro.
«Hombre de austeras virtudes, escritor castizo, profundo, sólido, sincero, aunque de estilo un tanto mazacote.» Fundó el periódico *La Esperanza.* Fué diputado a Cortes en 1869.
Bodas reales (I). — *España sin rey* (III).

La Hoz, Don Santos.
Ya sabéis que don Santos la Hoz era un curita que condenó a garrote vil sus hábitos, metiéndose de lleno en la vida laica y en el torbellino de la política, primero progresista, después republicano. Mezquino de cuerpo, ahilado de rostro, en el cual dejó crecer patillas y un lacio bigote, suelto de nervios y más suelto de palabra, don Santos ponía en la política toda la honrada vehemencia que su alma no pudo encontrar en la vida eclesiástica... Había cambiado de tema, de norte y de ideales; pero su estilo era el mismo, y en los clubs tenía dejo y tonos de predicador; en el café, delante del licor negro y humeante, movía las manos y miraba al vaso como un grave sacerdote que está diciendo misa.»
Tenía cátedra en el café Oriental. Y era amigo del insigne Tito.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

La Hoz, Padre.
Confesor, en el Caballero de Gracia, de Dominica Paredes...
Los duendes de la camarilla (II).

La Llave, Félix.
Conspirador de oficio. Amigote de Santamaría. Cantero de profesión.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

La Rosa.
Un paisano, revolucionario, de la Rioja, que acompañaba a Prim desde Inglaterra, cuando éste regresó subrepticiamente a España (1868). Fué padrino (1870) de Paul y Angulo en el duelo que tuvo éste con Ducazcal.
La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).

La Toba, Señora Laureana. Nombre y apellido de.
V. «Ranera,» La.
Narváez (II).

* La Torre.
Brigadier carlista (1835).
Zumalacárregui (II).

* LA TOUR MAUBOURG, Príncipe.
Delegado de Luis Felipe de Francia cerca de carlistas y liberales españoles (1837).
La estafeta romántica (II).

LABANDERO, Señor.
Ordenador, jefe de la Hacienda militar y civil del pretendiente en Oñate (1836).
De Oñate a La Granja (II).—*España sin rey* (III).

— * LABASTIDA.
Arzobispo de Méjico en la época de tránsito de la República al Imperio.
Prim (III).

* LABRA, Don Rafael María de (1841-1918).
Político, publicista y jurisconsulto español.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* LABRADOR.
Pastelero de Toledo, que lanzó los mazapanes en forma de culebras enroscadas.
Prim (III).

— * LABRADOR, Don Pedro.
Diplomático realista, que hizo reír en el Congreso de Viena a todos los diplomáticos europeos a fuerza de cómicos dislates.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Mendizábal* (II).

— * LACALLE, Teodoro (¿1775-1834?).
Poeta madrileño, liberal. Estuvo desterrado en los presidios de Africa durante el reinado de Fernando VII. Detestable traductor de la detestable versión francesa que Ducis hizo del *Otelo* de Shakespeare.
La Corte de Carlos IV (I).

LACAYO, Un.
De Fernando VII.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* LACY, Brigadier.
Mandaba las fuerzas isabelinas derrotadas por el general Serrano cerca de Córdoba...
La de los tristes destinos (III).

* LACY, Luis de (1775-1817).
Célebre jefe militar español del Ejército del Centro. Luchó en el Rosellón. Fué fusilado en el castillo de Bellver (Mallorca), acusado de conspiración contra el Gobierno.
Gerona (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La segunda casaca* (I).

* LADEVESE.
Revolucionario español. Estuvo desterrado en París. Más tarde (1876) tenía una oficina clandestina revolucionaria en la calle de la *Aduana*. Era su socio Emigdio Santamaría.
Cánovas (III).

* LADICO, Don Teodoro.
Político republicano español. Ministro de Hacienda con el Gobierno Pi y Margall (1873).
La primera República (III).

— * LADRÓN, Don Santos.
Guerrillero del absolutismo (1822-1823). Operaba en La Rioja y Navarra. Apostólico en 1833. Murió fusilado en Pamplona.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un faccioso más...* (II).

LADRONZUELO.
Que sirvió de guía a Diego Ansúrez y a su hija Mara camino de la costa granadina (1861).
La vuelta al mundo... (III).

— * LADVENANT, María (17414-1767).
Famosa actriz española, llamada la *divina María*.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * LA FAYETTE, José Pablo du Moutier, Marqués de (1757-1834).
Militar y político francés. Uno de los principales autores de la independencia norteamericana.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Los apostólicos* (II).

— * LAFITTE.
Banquero francés, que daba, en 1830, dinero para los emigrados españoles.
Los apostólicos (II).

LAFORGA, Padre.
Sacerdote «de manga anchísima, que

confesó a Teresita Villaescusa durante una grave enfermedad (1836).
Prim (III).

* LAFUENTE, Andrés.
Secretario de Justicia de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

* LAFUENTE, Don Modesto (1806-1866).
Político moderado. Gran historiador español.
O'Donnell (III).

— * LAFUENTE, Hilario.
Cabo primero de la compañía de escopeteros del presbítero Sas.
Zaragoza (I).

* LAGIER, Don Ramón.
Capitán del vapor *Monarca*, surto en el puerto de Valencia, y a bordo del cual conspiraban los amigos de Prim. Fué como un hermano mayor para el intrépido Santiaguito Ibero, al que «había pescado» en el Mediterráneo. Era bueno, listo, desdichado. Enseñó al muchacho toda su ciencia y le dió todo su afecto.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* LAGIER, Esperanza.
Hija del capitán don Ramón. Estudiaba, con su hermana Teresa, en un pensionado de Francia, y fué arrastrada, con turbios manejos, a su perdición.
Prim (III).

* LAGIER, Teresa.
Hija del capitán don Ramón. Estudiaba en un colegio de Francia, y fué arrastrada, con turbios manejos, a su perdición.
Prim (III).

— * LAGRANGE, Ana de.
Famosa soprano, que *hizo furor* en Madrid, y fué, ya talluda, compañera leal de doña Isabel II en su destierro de París.
Cánovas (III).

* LAGRÚA, Marqués.
Correveidile de la reina María Cristina; a pensar de Cabrera, «el mismo Rapella».
La campaña del Maestrazgo (II).

* LAGUARDIA, Brigadier.
Alfonsino. De acuerdo con el general Martínez Campos para intentar la restauración.
Cánovas (III).

* LAGUNERO.
Jefe militar. Contertulio de Clavería en el café La Iberia, de Madrid. Conspirador en 1864.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

* LAHERA, Don Celestino.
Oficial de rota de la fragata *La Numancia* (1865).
La vuelta al mundo... (III).

— * LAÍN CALVO (siglo x).
Uno de los jueces de Castilla.
O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III).

— LAMARTINE, Alfonso María Luis Prat de (1790-1869).
Literato y político famoso. Corifeo del romanticismo francés.
La estafeta romántica (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España sin rey* (III).

— * LAMBRUSCHINI, El cardenal (1846).
Las tormentas del 48 (II).

— * LAMENNAIS, Hugo Felicidad Roberto de (1782-1854).
Sacerdote y gran filósofo francés.
Mendizábal (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España trágica* (III).

— * LANCRET Y LEFEBVRE.
Artistas franceses, que hicieron un abanico maravilloso para la reina María Leczinska, por encargo de Luis XV, su esposo. Abanico del que en seguida se apropió la Pompadour.
Mendizábal (II).

* LANDABURU, Don Mamerto.
Exaltado liberal, Oficial de la Milicia Nacional. El 30 de junio de 1822 fué asesinado por los granaderos, ante el Palacio Real, cuando pretendía impedir los tumultos de los absolutistas.
El 7 de julio (I).

LANDAZURI, Don Alonso, marqués de Gauna.
«Casos notables de longevidad ilustraban aquella mansión, descollando en ella

el añoso don Alonso Landazuri, marqués de Gauna, del hábito de Santiago, que a su título añadía esta pomposa coleta: «Juez superintendente de Arcas y Tesoros de Encomiendas vacantes y Medias annatas.» Llevaba a cuestas noventa y seis inviernos, y aún tenía cuerda para un rato.»

«Seguíanle en la serie cronológica otros vejestorios disecados y señoras embalsamadas: don Irso Pipaón, sobrino del marqués, fraile exclaustrado que había sido *provincial de la Orden de Predicadores de Alcarria y tierra de Toledo, supra Tagum;* doña Manuela Tirgo y Sureda, viuda de un alto funcionario de la corte de Oñate; otra momia, nombrada doña Rita de Landazuri, solterona, hija del marqués; don Wifredo de Romarate, sobrino de Gauna, *bailío de Nueve Villas* en la *Militar Orden de San Juan de Jerusalén.* Completaban la lista dos clérigos: el uno, *ex capellán del Hospital de Convalecencia de Unciones;* el otro, *ex canónigo cuarto de optación en la insigne Iglesia Colegial de Santo Domingo de la Calzada,* después *canónigo entero en la de Logroño.*»

España sin rey (III).

LANDAZURI, Doña Rita.

Solterona, hija del marqués de Gauna, «señora embalsamada».

España sin rey (III).

* LANCERO Y CORCHADO, Don Antonio.

Político y diputado español (1836), ministro de Gracia y Justicia con el Gabinete Calatrava.

Mendizábal (II).—*Luchana* (II).

* LANGARICA.

De la partida de *La Porra* que había organizado Ducazcal para combatir a los *que no fueran amadeístas* (1869-1870).

España trágica (III).—*La primera República* (III).

* LANNES, Juan (1769-1809).

Mariscal francés. Príncipe de Siervers y duque de Montebello. Dirigió el sitio de Zaragoza y obtuvo la victoria de Tudela (1808-1809).

Bailén (I).—*Zaragoza* (I).

LANTIGUA, Las de.

Nobles señoritas, amigas de los de Calpena-Castro-Amézaga.

España trágica (III).

LANTIGUA, Merceditas.

Noble señorita, amiga de Pilar y de Juanita Calpena. Un poquitín entre inocente y maliciosa.

España trágica (III).

— * LANUZA, Juan de (¿1530?-1591).

Justicia mayor de Aragón y defensor de los Fueros aragoneses. Fué decapitado en Zaragoza por orden de Felipe II.

El Grande Oriente (I).—*Un faccioso más...* (II).

— * LANNOY, Carlos (1487-1527).

Célebre general español, vencedor de Pavía.

La de los tristes destinos (III).

— LANZAROTE DE LAGO.

Famoso caballero andante, héroe de una novela de las llamadas *de caballerías.*

La batalla de los Arapiles (I).

* LARA, Don Juan.

Jefe militar español, de los llamados *polacos*—en oposición a los *chorizos*—, durante la revolución de 1854. En este año, capitán general de Madrid. Diputado de 1845 a 1850. Senador de 1845 a 1868. Ministro.

La revolución de julio (III).

— * LARDIZÁBAL Y URIBE, Miguel.

Político y jurisconsulto español. Figuró en las Cortes de Cádiz y fué ministro de Indias en 1814.

Cádiz (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

LARRA, Doña Baldomera.

Fundadora del famoso Banco Popular. Fué la más ingeniosa y colosal estafa del pasado siglo en España.

«—Sí, querido Proteo—me dijo Segis—, trabajo en las oficinas de ese Banco, fundación admirable que no viene a vaciar un lleno, sino a llenar un vacío en la sociedad española, porque ha de traer la sangre plebeya a vigorizar el cuerpo financiero de la nación... Sangre nueva, sangre fresca: el ahorro menudo, el globulillo rojo circulando por las venas de este país anémico... Por último, sabrás, si ya no lo sabes, que la creadora de esta institución benéfica y patriótica es una dama ilustre, en quien yo veo el símbolo de la raza his-

pana, mujer de un vigor mental extraordinario, cual nunca se vió en hembras de nuestra tierra, portento de sagacidad, clarividencia y maestría en el arte o ciencia de las finanzas, bonita y graciosa de añadidura; es, en fin, doña Baldomera Larra, hija del gran *Fígaro*.»
Cánovas (III).

— LARRA, Mariano José de (1809-1837)
El célebre *Fígaro*. El más fino espíritu literario del siglo XIX.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Cánovas* (III).

* LÁRRAGA.
Capuchino. Tenía gran ascendencia sobre el pretendiente (1838).
Vergara (II).

* LARRAMENDI.
Cabecilla carlista, que operaba (1869) en Cataluña. Se salvó milagrosamente de las represalias bárbaras del brigadier Casalis.
España sin rey (III).

* LARRAÑAGA.
Periodista y poeta romántico español del siglo XIX.
Mendizábal (II).

* LARRAÑAGA, José (1773-1859).
Político, ingeniero y literato español.
Las tormentas del 48 (II).

— * LARRAZÁBAL.
Político liberal, descubierto y preso en 1814 en la calle de *Jacometrezo*.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* LARREA.
Dueño de una paragüería en la calle de Gofreros, número 6.
La revolución de julio (III).

* LARREA, Paquita.
Esposa de Böhl de Faber y madre de la famosa novelista *Fernán Caballero*. Tenía en su casa una de las tertulias más célebres de Cádiz.
Cádiz (I).

* LARRIPA, Don Domingo.
Jefe de los reductos zaragozanos de San José, Los Mártires, el Jardín Botánico y la Torre del Pino, durante los famosos Sitios.
Zaragoza (I).

* LARROCHA.
Jefe militar, adicto a Prim, que intervino en el pronunciamiento de Valencia (1866).
Prim (III).

* LASALA, Don Fermín.
Diputado (1849) por San Sebastián. Acaudalado político *montpensierista*. En su palacio, situado en un palacete de la calle de Fuencarral, esquina a la del Divino Pastor, se hospedaba Montpensier siempre que estaba en Madrid.
Narváez (II).—*España trágica* (III).

* LASALLE DE MERLE, Antonio (1775-1809).
General francés. Dirigió algunos regimientos napoleónicos en España.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

* LASARTESA, Don Manuel.
Beneficiado de San Pablo y guerrillero durante los Sitios de Zaragoza.
Zaragoza (I).

* LASERNA, General.
Del Estado Mayor de don Alfonso XII.
Cánovas (III).

* LASO, Don Eustaquio.
Emisario que envió Maroto al Pretendiente intentando justificarse (1838).
Vergara (II).

* LASSAUYE.
Inglés. Jefe militar al servicio de España durante la guerra de Africa (1859-1860). Bravo entre los bravos.
Aita Tettauen (III).

— * LASTE, Antonio.
Cabo primero de la compañía del cuarto Tercio durante el primer sitio de Zaragoza. Salvó los fondos de la Tesorería de la rapiña de los franceses.
Zaragoza (I).

* LATORRE.
Jefe militar, amigo de Prim, que desde Valencia debía cooperar al éxito del pronunciamiento.
Prim (III).

* LATORRE, Carlos (1799-1851).
Gran comediante español. Profesor de Declamación (1832) del Conservatorio de Madrid. Fué quien más animó y ayudó a García Gutiérrez.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).

* LATRE.
Jefe militar cristino, que operaba en el Valle de Mena a principios de 1838. Amigo de don Beltrán de Urdaneta y de Fernandito Calpena.
Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).

* LAURENT, Francisco (1810-1887).
Historiador belga.
España trágica (III).

— LAUREOLA, La Princesa.
Figura de un romance viejo.
Bailén (I).

* LAVIÑA.
Coronel de los Húsares de la Princesa, en Colmenar, a quien se entregó don Diego de León, luego de fracasada su intentona contra Espartero (1841). Laviña quiso facilitarle la fuga. León se negó caballerescamente.
Los ayacuchos (II).

* LAZAGA.
Gran marino español. Héroe en la lucha contra el Perú y Chile (1865-66).
La vuelta al mundo... (III).

— * LAZÁN, Marqués de.
General español, que obtuvo algunos éxitos parciales en Cataluña contra los franceses.
Zaragoza (I).

* LAZÁN, Marquesa de.
Prima hermana de doña Pilar de Loaysa. Vivía en Zaragoza (1843).
Los ayacuchos (II).

* LÁZARO.
Auditor que acompañaba a las tropas de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

— LÁZARO.
Lazarillo de Tormes. Protagonista de una de las mejores novelas picarescas españolas, de autor anónimo.
Cádiz (I).

* LÁZARO DE DOU, Don Ramón.
Político y diputado español (1810).
Cádiz (I).

— * LAZCOITI, Don Fadrique.
Ultimo duque de Nuévalos. Ascendiente de don Rodrigo de Urdaneta. Deseaba éste revalidar en sí el célebre ducado *caducado*.
Los ayacuchos (II).

— * LE NOTRE, Andrés (1613-1700).
«El arquitecto de los jardines.» Dió origen al «estilo versallesco», equivalente al recocó en arquitectura. Dibujó los planos del parque de Versalles.
Los apostólicos (II).

LEANDRA CARRASCO.
Hija del honrado manchego don Bruno Carrasco. Menos decidida que su hermana Eufrasia, *no deshonró* las canas paternas. Estuvo a punto de casarse con el teniente coronel O'Lean, con quien riñó por divergencias políticas. La llevó al altar el honrado mancebo de botica—de la Real Farmacia—Vicente Sancho. Era algo lánguida, indecisa y no mal parecida.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * LEBŒUF.
Ministro de la Guerra francés durante la guerra franco-alemana de 1870.
España trágica (III).

LECTORAL.
De Vich, que dijo a las Clarisas de Solsona (1824): «Las lágrimas suplicantes de los débiles darán a los fuertes la victoria.»
Un voluntario realista (II).

LECUONA, Don Indalencio.
«Falleció en Miranda de Ebro en el 66...» Tío paterno de doña Carolina y dueño de las salinas de Añana.
España sin rey (III).

LECUONA Y DE SOCOBIO, Carolina, marquesa viuda de Subijana.
Vivía en la pensión de la calle de Atocha que regentaba la dispuesta y susurrante *Chele* o doña Leche. Era parienta de los infinitos Socobio, con todos los cuales estaba regañada, y litigaba contra el Estado la propiedad de unas sali-

nas de Añana. Era *carlista* en cuerpo y alma. «Linajuda y triste señora.»

«Carolina de Lecuona y del Socobio no revelaba en su noble rostro, de simpática belleza otoñal, inocencia ni gazmoñería. Había sido hermosa, y aún en aquella fecha lo sería sin el estrago que antes de tiempo le causaron las pesadumbres, los quebrantos de salud y fortuna. Su cuerpo, desbaratado por la obesidad y por la negligencia del estrecho vivir, contrastaba con su primorosa cabeza sesentona, en la cual la crítica estética más descontentadiza no encontraría ninguna vulgaridad. Hablaba con la pureza gramatical que observamos en las señoras de alto nacimiento y crianza exquisita. Su dicción y su acento encantaban; su lenguaje familiar reunía la llaneza castiza y el donaire sutil apenas perceptible, como los aromas delicados.»

Estuvo casada con don Miguel de Nanclares, caballerizo de don Carlos María Isidro...

España sin rey (III).—*España trágica* (III).

«LECHE, Doña».

Nombre que daban — con *inversión* — algunos huéspedes chungones de la pensión de la calle de Atocha a la sin par *Chele*.

V. «CHELE».

* LEDESMA.

Médico militar que asistió, en el Palacio de Buenavista, al general Prim... 27 de diciembre de 1870...

España trágica (III).

LEDESMA, Nicolás.

Organista. Vivía en Bilbao (1836) y era amigo de los Arratias.

Luchana (II).

— * LEDRU-ROLLIN, Alejandro (1807-1874).

Juriconsulto y político francés, defensor de los derechos del pueblo.

Las tormentas del 48 (II).

— * LEFEBVRE, Francisco José (1775-1820).

Mariscal francés, par de Francia, que se casó con una lavandera.

Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).

— * LEFRANC.

Jefe militar francés, que mandaba las fuerzas que atacaron al Parque de Monteleón el día 2 de mayo de 1808.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * LEGARDE, Monsieur.

Embajador de Francia en España (1822).

El 7 de julio (I).

* LEGENDRE, Luis (1752-1797).

Carnicero de profesión. Fundador del Club de los Jacobinos. Votó la muerte de Luis XIV y propuso que su cadáver fuera dividido en 82 trozos, para ser enviado uno a cada departamento francés.

La batalla de los Arapiles (I).

LEGO.

De San Francisco, «bendito y chismoso», que con hábito y sable iba en la partida de Tilín.

Un voluntario realista (II).

LEGO.

Que llevaba un paquete de azúcar, y que fué el primero a quien linchó la plebe, por creer ésta a los frailes envenenadores de las aguas de Madrid (1835).

Un faccioso más... (II).

— * LEIBNITZ, Godofredo Guillermo (1647-1716).

Filósofo, matemático, teólogo, físico y filólogo alemán de inmensa fama.

El Grande Oriente (I).

* LEITH.

General inglés de división (1811).

La batalla de los Arapiles (I).

— * LEIVA.

Patriota zaragozano.

Zaragoza (I).

LEIVA, Marquesa de.

V. Marquesa X.

— LELA MARIEM.

Ficción femenina ideal del inmortal Cervantes en su obra *Los baños de Argel*.

Carlos VI, en la Rápita (III).

* LEMERY, Don José (Marqués de Baroja).

Político moderado (1858). Diputado de

1854 a 1856. Senador vitalicio de 1845 a 1868.
O'Donnell (III).

LEOCADIA CARNICERO.
Hija de don Felicísimo.
Los apostólicos (II).

— * LEÓN X.
Pontífice de 1513 a 1521. Famoso por su cultura.
Narváez (II).

— * LEÓN XII (DELLA GENGA).
Pontífice de 1823 a 1829.
Las tormentas del 48 (II).

* LEÓN, Diego de (1807-1841).
General español. Noble y valiente.
«Era un hombre febril, hercúleo, que empezaba en un inmenso corazón y acababa en una lanza. Se le podrían aplicar los cuatro enérgicos calificativos de Aquiles: *impiger, iracundus, inexorabilis, acer.*
»Encaminóse el héroe a Tafalla, buscando camorra a los carlistas. No era de estos que aguardan las ocasiones más favorables para trabar batalla. Según él, todas las ocasiones eran buenas. Provisto de víveres para tres días, se lanzó por aquellos campos, como andante caballero, en busca de lo que saliere, y en Obanos, Legarda y Muruzábal encontró carne enemiga en que cebar las picas poderosas de sus terribles lanceros. Admiraba Calpena su gallardía, su varonil rostro, en que relampagueaban los grandes ojos calenturientos. Los bigotes rizosos del general eran los mayores y más bellos que en aquel tiempo se conocían. El chacó, con cimera de plumas ondeando al viento, agrandaba su figura y hacíala fantástica; su apostura sobre el caballo no tenía semejante. Fascinaba a la tropa, comunicando a todos, hombres y caballos, su ardor y fiereza.»
Murío fusilado el 15 de octubre, por haber intentado apoderarse de la reina niña Isabel II.
Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Amadeo I* (III).

— * LEÓN, Fray Luis de (1527-1591).
Famosísimo poeta lírico español de la llamada escuela salmantina. Fué monje agustino.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

* LEÓN Y CASTILLO, Don Fernando.
«Era *guache*, quiere decir que nació en una isla de las llamadas adyacentes.» Despuntaba en la literatura... Publicó varios libros «de materia y finalidad patrióticas». Era canario. Gran diplomático y político. Y amigo entrañable de Galdós. Gran alfonsino.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* LEÓN Y LLERENA.
Político español. Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869. Amigo de Romero Robledo. Asiduo a las tertulias del famoso café La Iberia.
España sin rey (III).—*Cánovas* (III).

* LEONARDO.
Maestro de armas de fuego, que tuvo una academia en la Castellana (1870). Ducazcal fué uno de sus discípulos.
España trágica (III).

— LEÓNIDAS (siglo v a. J. C.).
Rey de Esparta. Con 300 hombres defendió el paso de las Termópilas contra el ejército de Jerjes, rey de Persia.
Gerona (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).

LEONOR, Tía.
Tía de Pilar, la *deidad velada* de Fernandito Calpena.
La estafeta romántica (II).

— * LEOPARDI, Jacobo (1798-1837).
Poeta lírico italiano de gran fama.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

— * LEOVIGILDO (¿519-586).
Rey godo español. Sucedió a su hermano Liuva. Asoció al gobierno a sus hijos Hermenegildo—a quien luego mandó degollar—y Recaredo. Sojuzgó a los suevos. Su primera mujer fué Teodosia. La segunda, Goswinda.
La Corte de Carlos IV (I).

LEOVIGILDO.
Hermano de Segismunda, la cuñada de Pepe García Fajardo, y muy amigo de éste. «La peor cabeza de Madrid, des-

ordenado y voluntarioso hasta lo increíble.»

— * LEROUX, Pierre (1797-1871).
Filósofo, publicista y político francés
Las tormentas del 48 (II).

* LERSUNDI, Francisco de (1817-1874).
Figuraba en el complot (1841) para apoderarse de las reales niñas Isabel II y Luisa Fernanda y privar de la Regencia al duque de la Victoria. General y ministro varias veces. Presidente del Consejo en 1853.
Los ayacuchos (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).— *Prim* (III).

LESBIA, Duquesa X.
Lesbia, personaje histórico, era hija de Artemidoro. En la novela galdosiana:
«La duquesa X (Lesbia) era una hermosura delicada y casi infantil, de esas que, semejantes a ciertas flores con que poéticamente son comparadas, parece que han de ajarse al impulso del viento, al influjo de un fuerte sol, o perecer deshechas si una débil tempestad las agita. Las que se desataron en el corazón de Lesbia no hicieron estrago alguno, al menos hasta entonces, en su belleza.
»Parecía haber salido el día antes de poder de las buenas madres de Chamartín de la Rosa y que aún no sabía hablar sino de los bollos del convento, de las hormigas de la huerta, de la regla de San Benito y de los cariños de la madre Circuncisión. ¡Pero cómo desmentía esta apariencia en cuanto hablaba la muy picarona! En su lenguaje tomaba mucha parte la risa, con tanta franqueza y tan discreta desenvoltura, que nadie estaba triste en su presencia. Era rubia y no muy alta, aunque sí esbelta y ligera como un pajarito. Todo en ella respiraba felicidad y satisfacción de sí misma; era una naturaleza tan voluntariosa como alegre, a quien ningún extraño albedrío podía sujetar. Los que tal intentaran principiarían por enojarla, y enojarla era echarla a perder, destruyendo la mitad de sus encantos.
»Entre las cualidades que hacían agradable el trato de Lesbia, descollaba su habilidad en el arte de la declamación.»
Estaba casada con un duque viejo, siempre ausente, de caza. Se enamoró del actor Isidoro Máiquez.
La Corte de Carlos IV (I).

* LESSEPS, Fernando de (1805-1894).
Famoso ingeniero y diplomático francés. Autor del Canal de Suez. En 1842, cónsul de Francia en Barcelona. Su madre era española, de los Kirkpatrick de Málaga. Fué muy amigo de Fernando Calpena. «Hombre amenísimo, cortés, muy corrido en sociedad, de estos que en la familiar conversación echan de sí, sin darse cuenta de ello, ideas grandes...»
Los ayacuchos (II).

— * LETICIA.
Madre de Napoleón.
El equipaje del rey José (I).

* LETONA.
General afecto al ex regente Serrano y Domínguez. Luchó contra los tradicionalistas en 1874.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * LEVAL.
General francés que alcanzó algunas victorias en las provincias de Alicante y Almería (1810).
Juan Martín el Empecinado (I).

LEY.
Así llamaba Virginia Socobio al amante con el que se fugó apenas casada con Ernesto Rementería.
V. ANSÚREZ, Leoncio.
La revolución de julio (III).

* LEZO, Don Nicolás Luis.
Confesor de la reina madre doña María Cristina (1851) y candidato de ésta al Patriarcado de las Indias.
Los duendes de la camarilla (II).

* LHARDY.
Famoso hostelero suizo, establecido en Madrid—Carrera de San Jerónimo—el año 1839.
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II). *Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* LIAÑO.
Alférez de navío español. Se distinguió en la guerra contra Chile y Perú (1865-66).
La vuelta al mundo... (III).

LIBRADA, Señá.
Labradora de Grajanejos, a la que hicieron ama de cría del *Empecinadillo*.
Juan Martín el Empecinado (I).

LICURGO.
Masón. Parlanchín. Pedantuelo. Concurría a la taberna de Ginés Tirado.
La primera República (III).

— * LIGIER-BELAIR.
General francés derrotado en Santa Cruz de Mudela (1808).
Bailén (I).

LILLIAM FLY.
Hermana de Athenais Fly. Fué seducida.
La batalla de los Arapiles (I).

* LILLO.
«Elegante» diputado a Cortes (1849).
Narváez (II).

* LINAJE, El brigadier.
Era «corto de vista». Muy afecto al general Espartero (1838).
Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

— LINDARASA.
Heroína de un romance caballeresco.
La batalla de los Arapiles (I).

LINDENER, Don Carlos.
Capitán de suizos entre los franceses que atacaban Zaragoza.
Zaragoza (I).

* LINARES, El general.
Uno de los más bizarros jefes del ejército de Isabel II durante la primera guerra carlista (1835 a 1837).
Zumalacárregui (II).

* LINDE, Barón de.
General. Partidario del pretendiente don Carlos VI.
Carlos VI, en la Rápita (III).

LINOS.
Hija soltera de doña Ambrosia de los Linos.
V. HIJA SOLTERA.

LINOS, Doña Ambrosia de los.
Dueña de una tienda de cotonias, muselinetas, pañuelos salpicados, de la calle del *Príncipe*. Muy aficionada a meter su cuchara en los asuntos políticos.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*El equipaje del rey José* (I).

— * LISTA, Alberto (1775-1848).
Sacerdote, poeta y político español de ideas liberales. Maestro de Espronceda.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

LIVIANO, Bonifacia.
Hermana de don Matías y tía del insigne Tito. Enviudó allá por el año 48...
Amadeo I (III).

LIVIANO, Proteo.
Conocido por Tito. Protagonista narrador de la última serie de los *Episodios*.
V. TITO.

LIVIANO Y PIPAÓN, Don Matías.
Padre del insigne Tito—Proteo Liviano—y su misma estampa..., un poco más vieja. Hombre pueblerino, sensato y pío.
«Era mi padre, don Matías Liviano y Pipaón, un hombre bueno y simplísimo, incapaz de hacer daño a una mosca, de ideas petrificadas, patriarcales, resultado del vivir estrecho en pueblos de corto vecindario, substrayéndose sistemáticamente a todo contacto con el vivir que irradia de las grandes ciudades del reino. Alavés de nacimiento, se estableció desde muy joven en Oña, patria de mi difunta madre, doña Pascuala Zurbano y Calomarde. En Oña, El Cubo y Medina de Pomar poseían mis padres algunas tierrucas y dos o tres casas de mala muerte, con que disfrutaban de un pasar modesto, insuficiente para los hijos, que aspirábamos a mejor vida.»
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

LIVIANO Y ZURBANO, Pascuala.
Otra de las dos hermanas del insigne Tito. Se había casado «con un viudo jo-

ven de Miranda de Ebro, que traficaba en vinos de Rioja».
Amadeo I (III).

LIVIANO Y ZURBANO, Trigidia.
Hermana del insigne Tito. «Se había casado con un bigardo vizcaíno, bien cubierto el riñón, vamos, al decir, rico.» Vivía en Durango.
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* LIZÁRRAGA, Brigadier.
Se levantó por el tradicionalismo, en Guipúzcoa (1872 y 1874).
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

LOARRE, Marqués de.
Título de
V. ARANSIS, Guillermo.

LOAYSA, Pilar de.
Condesa de Arista. Condesa-duquesa de Cardeña y Ruy-Díaz... Una de las damas más linajudas y hermosas de la rancia aristocracia española. Madre de Fernandito Calpena, al que tuvo de soltera, en unos amores apasionados con el príncipe polaco Poniatowsky. Y la figura femenina más destacada de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, a partir de *Mendizábal*. Gala de las dos aristocracias: la castellana y la aragonesa.
«En el agraciado rostro de Pilar de Loaysa, la huella de las penas y ansiedades largo tiempo sufridas concordaba las facciones con la edad; pero en el cuerpo y talle salían burlados los años, pues por mucho que se quisiera estirar, los cálculos no podían pasar de los treinta. De la dignidad, nobleza y elegancia de su porte, cuanto se diga sería pálido. Voz y modales declaraban la mujer de alto nacimiento.»
La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

LOBO, Angustias.
Hija del curial «de los espejuelos verdes».
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* LOBO, Don Miguel.
Mayor general de la escuadra española que fué al Perú (1865). «Gran náutico y geógrafo, hombre de ciencia y de voluntad.» Mandó igualmente la escuadra centralista que luchó contra la cantonal.
La vuelta al mundo... (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

LOBO, El licenciado don Severo.
Un curial «estantigua con nariz de gancho, espejuelos verdes y larguísimos dientes del mismo color».
«Era un viejecillo encorvado y pergaminoso, con espejuelos verdes, las facciones amomiadas, el cuerpo enjuto. Mientras escribía, su espinazo era una perfecta curva, cuyo extremo, o sea la región capital, casi tocaba al papel. Al dejar la pluma recobraba lentamente su posición vertical, siempre bastante incorrecta, por tener su cabeza cierta tendencia a colgar balanceándose, como fruta madura que va a caer de la rama. Tenía la costumbre de subirse a la frente las antiparras verdes mientras escribía, y entonces parecía estar dotado de cuatro ojos, dos de los cuales se encargaban de vigilar la estancia mientras sus compañeros cubrían el papel de una hermosa letra de Torío, que en claridad podía competir con la de imprenta. Su nariz y la desaforada boca combinaban armoniosamente sus formas para producir una muequecilla entre satírica y benévola que producía distintos efectos en los que tenían la dicha de ser mirados por el licenciado Lobo, pues tal era el nombre de este personaje, no desconocido para nuestros lectores.»
Realista furibundo (1824). De temperamento perverso y dañinas intenciones. mpezó siendo enemigo terrible de Araceli y acabó por vivir de su protección.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).

* LOCHO.
Guerrillero de la Fe (1823), que operaba en el reino de Valencia.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* LOJA, Marqués de.
Título de.
V. MARFORI, Don Carlos.

* LOMA, General.
Alfonsino. Tomó parte en la última guerra carlista.
Cánovas (III).

— * LOMBARDO, Pedro (¿1110-1160?).
Escolástico italiano. Obispo de Reims (1159). Autor de la famosa obra *Libri quatuor sententiarum.*
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

— * LOMBÍA, La.
Cantante de ópera en el teatro de la Cruz (1841).
Montes de Oca (II).

LOMERIJÓN, El tío.
«Era un viejo robusto y poderoso, de voz bronca y gestos gallardos y caballerescos. Era traficante en vinos y gozaba opinión de hombre rico, así como de gran galanteador y mujeriego, a pesar de la madurez de sus años.»
Se pasaba la vida entre majas y gente del bronce, coplas picantes y sones de guitarra, en el ventorrillo del Poenco, en Puerta de Tierra.
Cádiz (I).

* LONGA, Francisco Auchía de (1783-1845).
Guerrillero español de indomable valor. Operó en Castilla, principalmente en la provincia de Burgos. Fernando VII le nombró mariscal de campo (1815), capitán general de Valencia (1831). Era alto, robusto, sano, grosero en sus procedimientos, licencioso en sus costumbres.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El equipaje del rey José* (I).

— * LONGINOS.
Centurión romano que rasgó el costado de Cristo de una lanzada. Se convirtió y sufrió gozoso el martirio.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * LOPE DE VEGA.
V. VEGA, Félix Lope de.

* LÓPEZ.
Jefe de la Caballería cristina en la acción de Mendaza, ganada a Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

LÓPEZ, Don Cristino.
Esposo de doña Segunda Castril. «Propietario de un buen olivar y tierras de sembradura en términos de Tocón (Granada).»
La vuelta al mundo... (III).

— * LÓPEZ, Esteban.
Soldado de la décima compañía del primer tercio de voluntarios de Aragón, en el primer sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).

* LÓPEZ, Fabriciano.
Amigote del insigne Tito. Periodista sutil, algo hambrón y bastante pegadizo a la generosidad ajena.
Cánovas (III).

* LÓPEZ, Joaquín María (1798-1855).
Político, escritor y jurista español. «Revelaba su estirpe levantina en la finura del cutis y la viveza del mirar, en la vehemencia de la expresión y en la flexibilidad y gracia.»
Fué alcalde de Madrid y presidente del Consejo de Ministros. Una de las veces (1843), *diez días.* Era hombre de intachable honradez, caballeroso, amante de su patria, en sus convicciones políticas noble y sincero, ambicioso de una gloria pura y desinteresada, mirando al bien general. Carecía de aptitudes para ese arte supremo del gobierno, que requiere reflexión, tacto y el don singular de conocer a los hombres y entender los varios resortes de la malicia humana. Su oratoria de caja de música, y el ver todos los casos y cosas del gobierno con ojos sentimentales, fueron la causa de que no dejara tras sí ninguna idea fecunda, ninguna labor eficaz y duradera. Trajo a su patria, con funesto candor, el barullo y la destrucción del partido del Progreso. Pero si su figura, pasado el tiempo, pierde todo interés en la vida pública, en la vida privada es de las más bellas, dramáticas e interesantes. Mil veces más que la historia de don Joaquín María López vale su novela, no la que escribió, titulada *Elisa,* sino la suya propia, la que formaron los desórdenes, las debilidades y sufrimientos de su vida, y que remató una muerte por demás dolorosa. Vivió su alma soñadora en continuos aleteos tras un ideal a que jamás llegaba, y en continuas caídas de las nubes al fango: y si su bondad y abne-

gación en la vida pública le granjearon amigos, sobre sus flaquezas privadas arroja su manto más tupido la indulgencia humana.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

* LÓPEZ, José.
Marinero de *La Numancia*. Murió a bordo, de fiebre de reabsorción (1861).
La vuelta al mundo... (III).

LÓPEZ, Juan (alias *Sacris*).
Pajarero del Campillo de Gilimón. En su mocedad fué lego.
Bodas reales (II).

LÓPEZ, Pedro (alias *Tablas*).
Hijo de una criada antigua de don Felicísimo.
«Era un joven de aspecto más bien ordinario que fino, de rostro tan salpicado de viruelas, que parecía criba, de complexión sanguínea y algo gigántea; de ajustada chaqueta vestido, con el pelo corto y la frente más corta acaso. Su facha, su traje y cierta expresión inequívoca que impresa en su rostro estaba como un letrero, decían que aquel hombre era del gremio de tablajeros, cortadores o tratantes en carnes. Los tres oficios había tenido, mas con tan poco aprovechamiento, que los cambió por una plaza de demandadero en la cárcel de Villa. Era hijo de una antigua sirvienta de don Felicísimo, y éste lo había criado en su casa y le tenía bastante cariño. Pedro López, por otro nombre *Tablas* (que así le bautizaron en el Matadero), respetaba mucho a su protector. Iba a verle diariamente al anochecer, se sentaba a su lado, le hablaba un poco de la cárcel, de becerros si era invierno y de toros si era verano; después le servía la cena, y, por último, le acompañaba a rezar el rosario, devoción a que no faltó don Felicísimo ni en un solo día de su vida.»
Los apostólicos (I).—*Un faccioso más...* (II).

* LÓPEZ ARAÚJO.
Ministro de Hacienda de Fernando VII.
La segunda casaca (I).

* LÓPEZ BALLESTEROS, Don Luis.
Político liberal español.
Mendizábal (II).

— * LÓPEZ BAÑOS.
Emigrado liberal, que regresó a España, en 1830, protegido por Luis Felipe, rey de Francia. Poeta mediocre. Ministro de la Guerra en 1822.
El 7 de julio (I).—*Los apostólicos* (II).

* LÓPEZ DE AYALA, Adelardo.
V. AYALA, A. López de.

— * LÓPEZ DE LA MEMBRILLA, Diego.
Jefe guerrillero de la Mancha.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * LÓPEZ DE HARO, Don Diego († 1238).
Caudillo español, señor de Vizcaya. consejero de Alfonso VIII. Se le acusa de ser el causante de la derrota de Alarcos.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * LÓPEZ DE PALACIO, Juan.
Jurisconsulto español.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * LÓPEZ DE SEGOVIA, Ruy.
Clérigo, vecino de la villa de Zafra, autor de un libro curioso: *Invención liberal y arte del juego de axedrez*.—Alcalá de Henares, 1561.
Cánovas (III).

* LÓPEZ DOMÍNGUEZ, José (1829-1911).
General y político liberal español. Ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros.
La de los tristes destinos (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* LÓPEZ GUERRERO.
Jefe militar. Mandaba un batallón del regimiento de Saboya (1864).
Prim (III).

* LÓPEZ MÓRA, Don Joaquín.
Diputado a Cortes (1849).
Narváez (II).

— * LÓPEZ PINTO.
Brigadier liberal, que protegió en Murcia a Salvador Monsalud. Conspirador en Madrid y masón.
La segunda casaca (I).

* LÓPEZ PINTOS.
Brigadier *centralista*, que atacó a Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

* LÓPEZ ROBERTS.
Periodista. Redactor de *El Diario Español*. Detenido a consecuencia de los intentos revolucionarios de 1854.
La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).

LÓPEZ SANTAELLA, Don Manuel.
Arcediano de Cuenca. Candidato de los moderados para el cargo de comisario general de la Cruzada.
Los duendes de la camarilla (II).

* LÓPEZ VÁZQUEZ, Don Ramón.
Diputado a Cortes (1849) «corpulento».
Narváez (II).

LOPITO.
Pinche de cocina en El Escorial, amigo de Gabriel Araceli.
Lopito era un chicuelo de esos que prematuramente se quieren hacer pasar por hombres, pues también entonces existía esta casta, no conociendo para tal objeto otros medios que beber a porrillo y dar de puñetazos en las mesas, desvergonzarse con todo el mundo, mirar con aire de matachín, y contar de sí propio inverosímiles aventuras. Pero con estas cualidades y otras muchas, el ex pinche no dejaba de ser simpático, sin duda porque unía a su vanidosa desenvoltura la generosidad y el rumbo, que acompañan por lo regular a los pocos años.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).

LOPRESTI, Cayetano.
Maltés. Servía a doña Jacoba Zahón desde el año 1825. Y era maricón del todo. En 1840 fundó con Perote, en la calle de la Abada, la *Fonda Española*, establecimiento famosísimo y selecto, rival de la de Geneys.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).

— * «LORCHÓN».
Apodo que daba el vulgo al comodoro inglés lord John Hay.

LOREDANO.
Personaje—refundición de los originales de Casio y Roderico—de la horrenda traducción que Teodoro Lacalle hizo de la horrenda versión francesa de Ducis de la maravillosa tragedia de Shakespeare *Otelo*.
La Corte de Carlos IV (I).

* LORENCEZ.
General de las tropas francesas que fueron a Méjico.
Prim (III).

LORENTE, El cura.
Cabecilla carlista en el Maestrazgo (1837). De violentos instintos.
La campaña del Maestrazgo (II).

* LORENZANA.
Periodista. Redactor de *El Diario Español*. Complicado en los disturbios revolucionarios de 1854. Ministro de Estado con el Gobierno Nacional de 1868.
La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

— * LORENZANA, El cardenal Francisco Antonio de (1722-1804).
Arzobispo de Toledo y cardenal. Vivió en Méjico, donde llevó a cabo una edición de la *Historia de Nueva España*.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

— LORENZO, Aldonza.
Hija del labriego Lorenzo Corchuelo. «Algo sudada y algo correosa», de la que Don Quijote hizo su inefable Dulcinea del Toboso.
Montes de Oca (II).

— * LORENZO, El brigadier.
Cristino, que derrotó al guerrillero Santos Ladrón en Arcos (1834).
Un faccioso más... (II).—*Zumalacárregui* (II).

LOSA, Faustino.
Hermano de Isidrito. Capellán de honor, con 20.000 reales..., «por disposición de la *Madre* sor Patrocinio».
Los duendes de la camarilla (II).

* LOSA, Isidrito.
Gentilhombre con 8.000 reales..., «por

voluntad de la *Madre* sor Patrocinio». Llegó *a figurar* mucho el año 1860, cuando el levantamiento carlista de Montemolín. Fué preceptor del principito don Alfonso (XII).

«Oía Pepe Fajardo al buen don Isidro como quien oye llover, que acostumbrado estaba, desde los tiempos de don Feliciano, a la densa monotonía de sus opiniones. En la casa se le apreciaba por su fiel amistad, pues tanto como tenía de anticuado en sus pensares, tenía de consecuente en sus sentires. Era, pues, un hombre de buen natural, afectuoso, que había sabido hacerse perdonar su inverosímil, casi milagroso encumbramiento. Si el palatinismo es una carrera, no se vió jamás carrera más loca que la de aquel bendito señor. Empezó por cerero de sor Patrocinio, fámulo más bien de la cerería, que a la llagada *Madre* suministraba velas y blandones; adornábale los altaruchos; le servía en recaditos y encomiendas. De estos oscuros menesteres pasó a la servidumbre del rey don Francisco, donde su lealtad, diligencia y buen modo le captaron la voluntad del augusto amo. Servidor fiel de la familia, velozmente adelantó y subió en el escalafón palaciego. Fué ujier, secretario de cámara, gentilhombre de casa y boca, mayordomo de semana..., llegó a poseer la gran Cruz de Isabel la Católica, y por fin, el título de conde. En el trato particular, don Isidro era siempre llano, modesto, y no tenía más orgullo que la incondicional y ardiente adhesión a la familia, en cuyo servicio había subido de cerero a personaje resplandeciente de galones, cintajos y veneras que infundían a la gente un respeto hierático. Su estatura era menos que mediana; sus cabellos y su bigote, espeso y cortado, blanqueaba ya; su cuerpo rechoncho inclinábase un poco, como cediendo al peso de tantos honores.»

Los duendes de la camarilla (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

LOSADA.

«El primer relojero del mundo», según el pedante don Mariano José de Rementería.

La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* LOSADA.

Médico militar, que hizo en el Palacio de Buenavista la primera cura al general Prim... 27 de diciembre de 1870...

España trágica (III).

— * LOSADA.

Militar español, que mandaba una división en Galicia (1811).

El equipaje del rey José (I).

LOSHOYOS, Padre.

Compañero muy enfermo del padre Busto.

Zaragoza (I).

LOZANO, Mujer e hija de Simón.

Condenadas a diez años de galeras por no haber delatado a su esposo y padre, respectivamente (1824).

El terror de 1824 (I).

LOZANO, Simón.

Preso por irreverencias a la Virgen. Condenado a la horca (1824).

El terror de 1824 (I).

— * LOZANO DE TORRES, Don Juan Esteban (1761-¿1827?).

Intrigante realista (1814).

«La causa de su elevación a la silla de Gracia y Justicia fué el desmedido y loco amor que a Fernando tenía, el cual era de tal naturaleza, que raras veces se presentaba ante su majestad sin derramar lágrimas de ternura, y para besarle la real mano, hincaba la rodilla en tierra. Había en el alma de Lozano un sentimiento parecido a la dulce fibra del misticismo, que le llevaba a la identificación con el objeto amado, haciéndole partícipe, no sólo de las impresiones morales de éste, sino también de sus sensaciones físicas. Cuando Fernando estaba enfermo, Lozano de Torres se quejaba de la misma dolencia, y si a su majestad le dolía un pie, al punto cojeaba el amigo: tal era la fuerza de simpatía entre los dos.

»Pero cuando el ministro de Gracia y Justicia desplegaba toda la vehemencia de su alma fervorosa era cuando la reina Isabel estaba embarazada. En cierta ocasión, mi hombre celebró en San Isidro, por su cuenta, solemne función religiosa y Manifiesto, que había de durar hasta que su majestad saliese de cuidado;

y queriendo dar pública muestra de su amor a la Monarquía, hizo en medio de la iglesia tales aspavientos de devoción, golpeándose el pecho y desollándose las rodillas ante el altar, que los fieles no pudieron contener la risa. No quedó sin premio lealtad tan ardiente..., ¡pues no faltaba más! Según puede verse en la *Gaceta*, Fernando VII concedió a Lozano de Torres la gran cruz de Carlos III *por haber publicado el embarazo de la reina.*

»Lozano de Torres era pequeño y carifruncido, con un airoso moñito de pelo rubio sobre la frente, graciosamente arremolinado. Iba ya para viejo: sus movimiento eran tardos; sus pasos, meditados, y al andar colocaba en el suelo con una especie de estudio el blando pie, calzado con zapato de paño. Poníase ordinariamente muy serio, queriendo de este modo tomar la máscara de los hombres de saber; pero con los amigos de confianza, y cuando no se trataban asuntos graves del ramo, era francote y risueño, mostrando a las claras su alma sencilla y su rústico entendimiento.»

Ministro de Gracia y Justicia a fuerza de servilismo y adulaciones.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).

LUCAS.

Dueño de un ventorro, en Loja, donde se reunían los elementos *democráticos* (1861).

La vuelta al mundo... (III).

LUCAS.

Sastre de la calle *de Coloreros*, hijo de don Patricio Sarmiento. Buen chico, simpático.

El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *El terror de 1824* (I).

— * LUCAS.

Tenía una botillería en la calle de *Preciados*, esquina a la *de la Ternera* (1845).

Bodas reales (II).

* LUCAS, Juan.

Uno de los sargentos sublevados en La Granja (1836), que subió a Palacio a entrevistarse con la reina gobernadora.

«Lucas parecía menos listo. Miraba al suelo: su papel político le agobiaba como un remordimiento.»

Luchana (II).

— * LUCCHESI.

Oficial napolitano, cuñado de la duquesa de Berry, admitido en el Ejército español por mediación de Mendizábal.

Mendizábal (II).

* LUCCHESI PELLA.

Título de la duquesa de Berry al casarse morganáticamente.

V. BERRY, Duquesa de.

* LUCENA, Condesa de.

V. MANUELA, Doña.

Esposa del general O'Donnell.

LUCEÑO DE FRÍAS, Padre dominico.

Napoleón, en Chamartín (I).

LUCO, Bruno.

Hijo de don Juan. Se alistó «en las sacras» banderas de don Carlos.

La campaña del Maestrazgo (II).

LUCO, Cinto.

Seguía, como su padre don Juan, las banderas de Isabel II.

La campaña del Maestrazgo (II).

LUCO, Francisco.

Hijo de don Juan y ahijado del famoso don Beltrán de Urdaneta.

La campaña del Maestrazgo (II).—*Vergara* (II).

LUCO, Juan.

Rico propietario de Mora de Rubielos, villa de la que fué alcalde en 1835.

La campaña del Maestrazgo (II).

LUCO, Marcela.

Hija de don Juan. Monja profesa en el Monasterio de Sigena, a cuatro leguas de Cariñena, pero que hacía la vida salvaje de una cenobita en busca de un tesoro que había enterrado su padre.

«Había despuntado Marcela, desde su entrada en religión, por su ciencia grave y su lucido ingenio; sabía latín, y dándose a la lectura, lo mismo platicaba de Teología que enjaretaba versos y prosas en loor de los sagrados Misterios.»

Y así la describía el Epístola:

«... es mujer de tanta gallardía y be-

lleza, que aun con aquel desavío de penitente, da quince y raya a las señoras más bien aderezadas. Y no diré yo que el empaque de santidad a lo anacoreta, como figura de retablo, la desfavorezca, que más bien me inclino a creer que su traje, al modo de mujer de la Biblia, hace lucir más todo aquel contorno de cuerpo que no tiene semejante, pues no ha visto usted escultura que pueda comparársele.»

Así se le apareció penitente a don Beltrán de Urdaneta:

«Del grupo que venía se adelantó una figura híbrida, tal y como Tomé la había descrito: para mozuelo, de regular talla; para mujer, de elevada estatura, con gallarda medida y proporción. Era el rostro moreno, tan tostado del sol, que semejaba al de una efigie secular cuyo barniz el tiempo ha oscurecido, dándole una dulce pátina con vislumbre sienosa. Los ojos grandes, negros y de profundo mirar, parecían de hombre; de la nariz para abajo representaba cara fina y graciosa, de hembra, con hoyuelos en la barbilla y un poco de vello sobre el labio superior. El cabello caía en guedejas que parecían plumas de un gallo negro, y le llegaba hasta mitad del pescuezo, no menos tostado que el rostro, partiéndose en la frente en dos ramales espesos, ásperos, que a veces nublaban los ojos. Era el cuerpo de rara perfección, más de hombre que de mujer, pues no se le notaba elevación de seno, el cual era poco más alto que el de un mocetón de anatomía lozana; bien sentadas la cintura y la cadera, sin ofrecer curvas muy acentuadas; el pie desnudo de color de antigua caoba, de mediano tamaño, tirando a grande, y admirable forma. El sayal que vestía, de parda estameña, remedaba un hábito franciscano de varón; pero sin cuello ni capucha, sencillísimo en su traza y corte, ceñido a la cintura por una cuerda. Llevaba el rosario en un bolsillo interior del hábito, que se manifestaba en una abertura vertical al costado derecho por donde asomaba la cruz de bronce. Mayor bulto que el de un rosario se veía por aquella parte; señal de que guardaba otros objetos, pañuelo quizá o sabe Dios qué. La voz, que hirió con sonoro timbre los oídos de don Beltrán en el primer saludo, era como de muchachón tierno, engrosado por la constante vida al aire libre en país tan frío.»

Inspiró un inmenso amor al capitán *cabrerista* Santapáu, quien sin saberlo, había dado muerte a un hermano de Marcela. Desesperado el capitán de conseguir el amor de Marcela, la mató, suicidándose después.

La campaña del Maestrazgo (II).

LUCRECIA.

Amiga de Felipa, el amorío del insigne Tito. Era «muy bonita, por cierto, pelo rojo, figura delicada». Fué el séptimo amorío del insigne Tito. Y se enzarzó con el sexto—Pepa Hermosilla—en una descomunal pelea, en la que puso paz... ¡el octavo amorío! Fué asesinada por el empresario de una chirlata.

Amadeo I (III).

* LUCUS.

Guerrillero carlista (1835), batido por el brigadier cristino Méndez Vigo.

Zumalacárregui (II).—*De Oñate a la Granja* (II).—*Vergara* (II).

* LUCHANA, Conde de.

Título concedido a
V. ESPARTERO, Don Baldomero.

— LUCHANA, Don Buenaventura.

«Progresista fósil.»

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

LUENGO, Matías.

Sobrino del famoso parlanchín y comerciante Estupiñá. También tendero de objetos de escritorio y muy amigo del insigne Tito.

Cánovas (III).

LUENGO, Padre.

Compañero de fray Mateo del Busto. Franciscano valiente, andariego y mal pensado, que animaba a los heroicos zaragozanos.

Zaragoza (I).

LUIS.

Chiquillo. Hijo de un hortelano. Amiguito de Fernandita Ibero.

España trágica (III).

— * LUIS XI (1423-1483).

Rey de Francia.

El terror de 1824 (I).

— * LUIS XIV, El Grande (1638-1715).
El monarca más importante que ha reinado en Francia.
La batalla de los Arapiles (I).—*Los apostólicos* (II).

— * LUIS XV (1710-1774).
Bisnieto de Luis XIV. Rey de Francia.
El equipaje del rey José (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).

— * LUIS XVI (1754-1793).
Nieto de Luis XV. Rey de Francia. La revolución lo llevó a la guillotina.
Bailén (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*España trágica* (III).

— * LUIS XVIII (1755-1824).
Rey de Francia. Nieto de Luis XV y hermano de Luis XVI.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Luchana* (II).

* LUIS DE GRANADA, Fray (1505-1588).
Famoso dominico español. Uno de los más grandes oradores y escritores ascéticos del mundo. Rehusó la prelatura y el cardenalato que le ofreció Sixto V.
España trágica (III).

— * LUIS FELIPE DE ORLEÁNS (1773-1850).
Rey de Francia. Llamado *Felipe Igualdad.* Fué proclamado en 1830 y abdicó (1848) en su nieto el conde de París.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II). *Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*España trágica* (III).

— * LUIS NAPOLEÓN, Príncipe.
V. NAPOLEÓN III.
Narváez (II).

— * LUIS, El Infante Don.
Casado morganáticamente con la hermosísima Vallabriga.
Mendizábal (II).

* LUISA CARLOTA, Infanta Doña.
V. CARLOTA, Infanta Doña Luisa.

LUISA, Doña.
Mujer de Oliván Iznardi. Hermosa hembra y ligerísima de cascos. A don Eduardo Oliván... «Deparóle el Cielo una mujer que fué la más allegadora que en ningún hogar se ha podido ver, hembra de peregrina industria para llevar positivos bienes a casa. Nada tenía el hombre; desafiaba las políticas tempestades, se reía de las crisis, y, frotándose una mano con otra, repetía la egoísta fórmula: «Mi olla, mi misa y mi doña Luisa.» Y estaba en lo cierto, porque la hermosa doña Luisa era un águila para la cacería y cautiverio de hombres públicos, de los cuales recababa protección larga y tendida para su esposo y sus hijuelos. Estos, casi mamando, entraban en las oficinas públicas y en ellas se criaban, agarrándose y ascendiendo como el aprovechado padre. ¡Qué maña se daría el matrimonio, que después de alimentar a los niños en el pesebre burocrático, a los tres los casaron con muchachas ricas, de familia de banqueros o negociantes gordos! Gran mujer era doña Luisa, que, ya vieja y retocada de afeites untuosos, sostenía las posiciones de sus hijos, y esperaba la hornada de nietos para colocarlos desde que pudieran andar solos por la calle y encasquetarse una chistera. A su marido, el sufrido don Eduardo, le tenía en un panteón papiráceo del Tribunal de Cuentas, donde no hacía nada y cobraba como un obispo, con una grande y pesada mitra en su cráneo, formada de la vieja sustancia córnea.»
En 1870 estaba viuda y *retirada.*
Prim (III).—*España trágica* (III).

LUISA, Doña (María).
«Era una mujer más que cuarentona, de tipo suave, de marchita belleza otoñal.» Tenía casa de huéspedes en la calle de *Jacometrezo, 17,* donde se alojaron Santiaguito Ibero y Juanito Maltrana. Era viuda ya del bajo Cavallieri...
V. MILAGRO, María Luisa del.
Prim (III).

* LUISA FERNANDA, Infanta (1832-1897).
Hija de Fernando VII y María Cristina de Borbón. Casó con el duque de Montpensier en 1846, y fué madre de la reina Mercedes, primera esposa de Alfonso XII.
Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacu-*

chos (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

* LUJÁN.
Notable actor del teatro Variedades, de Madrid (1875).
Cánovas (III).

* LUJÁN, Don Francisco.
Profesor de Historia y Matemáticas de Isabel II y Luisa Fernanda. Político progresista de muchas campanillas.
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II). *O'Donnell* (III).

* LUNA.
Director de Compañías de Teatro (1835). Y actor meritísimo.
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).

LUNA, Perico.
Amigo del insigne Tito.
Amadeo I (III).

— * LUNA, Rita (1770-1832).
Célebre actriz española. Trabajó en los teatros de los Reales Sitios. Floridablanca la contrató para el del Príncipe, donde superó a la famosa *Tirana*.
La Corte de Carlos IV (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

* LUQUE, Teniente.
Padrino de Alberique en el duelo que tuvo, en las cercanías de las Ventas del Espíritu Santo, con el insigne Tito. Resultó herido Alberique.
Amadeo I (III).

— * LUSIÑÁN, Guido de (murió en 1194).
Rey de Jerusalén. Hijo de Hugo VIII. Casóse con Sibila, hija del rey de Jerusalén Balduíno V.
España sin rey (III).

* LUSTONÓ, Eduardo (1849-1899).
Escritor español de vena satírica.
España trágica (III).

— * LUTERO, Martín (1483-1546).
Principal promotor de la gran revolución religiosa del siglo XVI.
La segunda casaca (I).

* LUXÁN, Don Manuel.
Político liberal español (1810).
Cádiz (I).

LUZ-IL-LAH.
Encantadora niña, hija de Mohamed-ben-sur El Nasiry... (El renegado Gonzalo Ansúrez.) Tenía siete años en 1860.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * LUZÁN, Ignacio de (1702-1754).
Retórico y crítico famoso. Nació en Zaragoza. Viajó por Italia. Fué miembro de la Academia Española.
La Corte de Carlos IV (I).—*Mendizábal* (II).

LUZURIAGA, Claudio Antonio (1810-1874).
Político español. Ministro de Estado con el Gabinete Espartero (1854). Consejero de Estado (1857).
La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).—*O'Donnell* (III).

LL

— * LLAMAS.
General español.
Napoleón, en Chamartín (I).

* LLANGOSTERA.
Guerrillero carlista en el Maestrazgo (1837). «Tenía tipo de clérigo.»
La campaña del Maestrazgo (II).

* LLANO Y PERSI.
Político *sagastino y montpensierista*. Protector del insigne Tito. En 1871 dirigía *La Iberia*.
España sin rey (III).—*Amadeo I* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* LLANOS, Virgilio.
Mitad revolucionario y mitad bandolero, jienense, amigo de don Nicolás Estévanez (1872).
«El tal Virgilio era un muchachón avis-

pado, activo, frenético sectario y un poquito socarrón. Años adelante le he conocido yo trabajando modestamente en la Administración de un periódico avanzado, en la Contaduría de un teatro, en las oficinas de la Resinera, de Coca. Fué grande amigo de Eusebio Blasco.»
La primera República (III).

* LLARCH DE COPÓNS.
Guerrillero carlista (1837) que operaba en Lérida.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * LLAUDER.
General *cristino* (1833) que desarmó a los apostólicos en Cataluña.
Un faccioso más... (II).

— * LLAUDER, El general.
Militar español que combatió a los franceses por tierras catalanas (1809-1810).
Gerona (I).—*Un faccioso más...* (II).

LLEÓ.
Marinero de Tortosa, dueño de un falucho que bordeaba todo el acantilado mediterráneo de Levante. Medio pescador, medio pirata.
Carlos VI, en la Rápita (III).

LLOPIS.
Dueño de un bodegón, en Uldecona. Amigo de Mosén Juan Ruiz Hondón. «Era Llopis un vejete adiposo.»
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * LLOPIS, Don Vicente.
Magistral de la Catedral valenciana, en 1840.
Montes de Oca (II).

* LLORD.
Médico de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

* LLORENTE, Alejandro.
Amigo inseparable de Emilio Terry. Ministro de Hacienda con el Gabinete Roncalí (1852).
Bodas reales (II).—*La revolución de julio* (III).

* LLORENTE, Padre.
Intimo amigo de Cristino Martos. Preconizado arzobispo de Cuba (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

* LLORET.
Realista y fervoroso católico, ahorcado por las fuerzas masónicas.
Un voluntario realista (II).

M

— * MACABEOS, LOS.
Hijos o descendientes de Judas Macabeo.
Un voluntario realista (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II).

— * MACALLISTER.
Y su esposa. Funámbulos y mágicos que asombraban al público de San Sebastián (1848).
Narváez (II).

— * MACANAZ, Pedro (1760-1820).
Diplomático. Ministro de Gracia y Justicia (1814), muy absolutista. Acusado de traficar con los negocios públicos, estuvo preso dos años en el castillo de San Antón (La Coruña). Intendente del reino de Jaén, consejero de Hacienda y secretario de Embajada en Rusia. «Con su hermosa cabeza poblada de ricitos...»
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Mendizábal* (II).

MACARIO.
Sargento de la Brigada Obrera de Estado Mayor. Primo del desdichado pedagogo Ido del Sagrario.
Cánovas (III).

— MACBETH.
Personaje creado por Shakespeare.
Bodas reales (II).—*O'Donnell* (III).

— MACBETH, Lady.
Personaje famoso de una obra genial de Shakespeare.
Mendizábal (II).

* MACCHINO, Davide.
Dueño del Hotel Europa, en La Granja (1871).
Amadeo I (III).

* MACDONELL, Don Ricardo.
Capitán del *Rayo*, en la batalla de Trafalgar.
Trafalgar (I).

* MACKENNA.
Jefe militar español, de origen irlandés, que se distinguió en la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

MAC-MAHON, Don Nemesio.
Exaltado patriota bilbaíno. Mayorazgo. Amigo de don Valentín Arratia.
Luchana (II).

MAC-MAHON, Señoras de.
Patriotas bilbaínas que hicieron de enfermeras durante los sitios de Bilbao.
Luchana (II).

— * MADERA.
Jurisconsulto insigne español.
Juan Martín el Empeceinado (I).

* MADRIGNAG, Doña Josefa.
Esposa de don Estanislao Figueras.
«Era una señora excelente, un modelo de esposas, modelo también de modestia y candor. Amaba tiernamente a su marido, sin que atenuara este cariño la diferencia de ideas religiosas. Su beatería y misticismo la inducían a procurar que su marido, elevado a la Presidencia de la República, dejase en paz a las personas y Corporaciones religiosas. Pero Figueras se mostraba reacio. Cansada la angelical señora de sermonear al marido hereje, y no pudiendo, por su sordera, enterarse de las razones que éste le daba, escribíale cartitas dulces, cariñosas, impregnadas de piedad, y cuidadosamente se las ponía en los bolsillos de la levita o en el forro del sombrero de copa... No dejaban de afectar al presidente las esquelitas cuando daba con ellas. Ocurrió que en un Consejo de Ministros se acordó la exclaustración inmediata de algunas monjas, y este acuerdo fué apoyado por Figueras con toda su energía. A la semana siguiente tratóse del mismo asunto en otro Consejo, y don Estanislao, variando de opinión, se mostraba condolido del daño que se iba a causar a las pobrecitas religiosas. Pi y Margall, que le había descubierto el juego, se sonrió diciéndole: «Vamos, Estanislao, ya has recibido carta de la familia. ¿Me dejas registrarte el bolsillo de la levita?» Negó Figueras, un tanto confuso. Aquella misma tarde, al retirarse del banco azul, tomando su sombrero, cayó del forro de éste una esquelita. Sonrisa general en todo el Ministerio.
»La muerte de la virtuosa y angelical *Doña Pepita*, que así la llamaban familiarmente sus amigos, causó grande aflicción a Figueras, que estuvo largos días encerrado en su casa de la calle de la *Salud*, cuyo rótulo fué sustituído por este otro, kilométrico: «Calle del Primer Presidente de la República Española...»
La primera República (III).

* MADOZ, Don Pascual (1806-1870).
Político liberal y buen escritor español. Ministro. Autor de un famoso diccionario geográfico-histórico-estadístico. «Era un hombre de malas pulgas.» Cuenta Fajardo que en una entrevista con Narváez, «don Pascual, que es muy nervioso, chillón, rudo, francote, como cuarterón de catalán y aragonés, y de aragonés y navarro, salió con la peluca bermeja un tanto descompuesta y erizada».
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

MADRASTRA.
De Jenara, la novia de Salvador Monsalud.
El equipaje del rey José (I).

* MADRAZO, Don Santiago Diego.
«Tan modesto como entendido.» Ministro de Fomento con el Gabinete Ruiz Zorrilla (1871).
Amadeo I (III).

* MADRAZO, Federico (1815-1894).
Gran pintor español. Poeta feliz. En sus mocedades cultivó la política violenta.
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* MADRAZO, Pedro (1816-1898).
Intimo amigo de Fernandito Calpena. Hermano de Federico. Arqueólogo y crítico de arte muy notable. En sus mocedades, político levantisco.
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).

— MADRE.
De Pep dels Esanys, criada de las monjas de Monte Olivete, en Tortosa.
Un voluntario realista (II).

MADRE, La... de Gabriel Araceli.
V. ARACELI.
«Era muy hermosa, o al menos a mí me lo parecía. Su amor por mí debía ser muy grande.»
Trafalgar (I).

MADRE ABADESA.
V. ABADESA.

* MADRID, Duque de.
Título del pretendiente.
V. CARLOS MARÍA DE LOS DOLORES DE BORBÓN Y AUSTRIA-ESTE.

— * MADRIGAL, Alonso de.
V. TOSTADO, El.

MADRIGAL, La de.
Dama respetabilísima que alternaba... con las que no lo eran.
O'Donnell (III).

MAELLA, Don Antonio.
Oficial gaditano, amigo de la condesa Amaranta.
Gerona (I).

* MAESTRE.
Subdelegado del Orden Público en Madrid (1870).
España trágica (III).

MAESTRE, Francisquillo.
Un chicarrón de diecinueve años, criado-paje del celebérrimo don Beltrán de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (II).

MAESTRO.
De obras toledano que trabajó para el cigarral de don Benigno Cordero (1831).
Los apostólicos (II).

MAESTRO DE CEREMONIAS.
En el acto de degradación del sacerdote regicida don Martín Merino.
La revolución de julio (III).

— * MAGDALENA, La.
V. SANTA MARÍA MAGDALENA.

MAGÉNIZ, Coronel.
Compañero del coronel don Andrés Villaescusa.
O'Donnell (III).

— MAGISTRAL, El.
De la catedral de Gerona, amigo de Nomdedéu.
Gerona (I).

* MAGÓN, Almirante.
Jefe francés de escuadra.
Trafalgar (I).

* MAHOMA.
Fundador de la religión musulmana.
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*España sin rey* (III).

MAIMUNA.
Esclava—en Tánger—de Mohamed-ben-Sur El Nasiry.
Carlos VI, en la Rápita (III).

MAIMUNA.
Mujer de Ibrahim, el criado de Mohamed-ben-Sur El Nasiry.
Aita Tettauen (III).

* MÁIQUEZ, Isidoro (1766-1820).
Gran actor español. Estuvo desterrado por razones políticas y vivió en París, donde fué discípulo de Talma. Vuelto a su patria, arrebató a las muchedumbres con su arte incomparable. Interpretó a Shakespeare, a Rojas, a Alfieri...
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

* MAISONNAVE, Don Eleuterio.
Había ofrecido una colocación al insigne Tito. Ministro de Estado (1873).
La primera República (III).

* MAISTRAL, Maurice.
Capitán de navío francés.
Trafalgar (I).

MAJA DE LA SEDA.
«Tenía por apodo la *Maja de la Seda*, y llevaba muchos años de ejercer el comercio ambulante, rodando por Rioja y Cinco Villas. Su patria era el Bocal; sus ojos bizcos fulguraban picardía y malas artes; su cuerpo igualaba en flexibilidad al de una lagartija. Comúnmente la llamaban *Seda*, y se titulaba esposa de otro punto de la partida, por mal nombre el *Tonto de la uva*, o simplemente *Uva*.»
Lo mismo estaba con las partidas cristinas que con las carlista.
Zumalacárregui (II).

MAJADERANO.
Mote que puso el maldiciente Gallardo en su periódico *La Abeja* al ministro de Gracia y Justicia de Fernando VII don Juan Escóiquiz.
V. ESCÓIQUIZ, Don Juan.

MAJOMA.
Majo maleante, pendenciero, discutidor, capaz de cualquier canallada. Era cortador de carnes... y de mejillas humanas. En el Mardid de 1808...
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

MALA MOSCA.
Polizonte brutal que debía su empleo a Pipaón y que prendió al mísero don Benigno Cordero.
El terror de 1824 (I).

MALAENA.
Viejecita al servicio de la hermosa penitente Marcela. Nelet se valió de ella para comunicarse con su adorada.
«Era una mujercita del barranco de Vllivana, a quien llamaban *Malaena*, también con cariz de penitente o mendiga errante, envejecida por los trabajos, la miseria y los sufrimientos. Madre fué de dos hijos que andaban en la partida de Pertegaz, y cogido por Nogueras uno de ellos con un parte del *Serrador*, le fusilaron; al otro le aplicó Boil la misma pena en Concud, cerca de Teruel. Sin parientes ni habientes, viviendo de arrancar leña y vender teas, era *Malaena* un puro espíritu, pues entre sus huesos y su piel no encontrara el escapelo más diligente una hebra de carne. Frecuentaba los bosques; sabía escoger hierbas oficinales; comía raíces y mendrugos de pan, reblandecidos en el agua. En ligereza para pasar de un valle a otro, salvando las más altas muelas, y los puertos pedregosos, no la igualaban más que los pájaros. Aunque en algunos caseríos de Salvasoria la tenían por bruja y la recibían a pedradas, era una pobre y santa mujer, sencilla, inocente y fiel. Al escogerla Santapáu para embajadora, vió en ella un ave discreta y solícita; y para tenerla en su gracia, empezó por regalarla una saya nueva, pañuelos y todas las alpargatas que para sus montaraces correrías necesitase. Estas fueron inauguradas por un mensaje amoroso, en que puso Nelet sus cinco sentidos, consultándolo con don Beltrán, el cual hizo varias enmiendas, más para templar que para encender el ardor pasional del desgraciado joven.»
La campaña del Maestrazgo (II).

MALAYERBA, El tío.
Tabernero de Aranjuez, en cuyo establecimiento se conspiró contra Godoy hasta el 19 de marzo de 1808.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* MALCAMPO, Don Rafael.
Político español. Conspiraba. desde Londres, contra Isabel II. Marino de profesión. Formó Ministerio (1871) con Candáu.
La de los tristes destinos (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

— * MALCARADO, El.
Guerrillero de la partida de Mina, que se rebeló contra éste.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MALESPINA, Don José María.
Padre de don Rafael. Coronel de Artillería retirado.
«Era un señor muy seco y estirado, con chupa de treinta colores, muchos colgajos en el reloj, gran coleto y una nariz muy larga y afilada, con la cual parecía olfatear a las personas que le sostenían la conversación. Hablaba por los codos y no dejaba meter baza a los demás: él se lo decía todo, y no se podía elogiar cosa alguna, porque al

punto salía diciendo que tenía otra mejor. Desde entonces le taché por hombre vanidoso y mentirosísimo, como tuve ocasión de ver claramente más tarde.»

Don José María era también—según él—*experto* en cañones. Al ocupar los franceses Córdoba, el hábil artillero se ocultó *bravamente* tras un armario. Era una especie del Barón de la Castaña.

Trafalgar (I).—*La corte de Carlos IV* (I).—*Bailén* (I).

MALESPINA, Don Rafael.

Oficial de Artillería, prometido de Rosita Gutiérrez de Cisniega, con quien se casó.

«De muy buena presencia y gentil figura... Pero risueño y sumamente cortés, con aquella cortesía grave y un poco finchada de los nobles de antaño.» Los embustes terribles de su padre le traían aborchornado.

Trafalgar (I).

* MALIBRÁN.

Jefe del Cuartel general cristino en el Norte (1836), muy amigo de Rapella.

De Oñate a La Granja (II).

* MALIBRÁN, La.

V. GARCÍA, Mariquita Felicidad.

— * MALÓN DE CHAIDE, Pedro (siglo XVI).

Reeligioso agustino. Gran escritor místico.

Los ayacuchos (II).

MALPICA, Francisco.

Amigo de Rapella y Calpena. Muy conocido en los círculos políticos isabelinos.

La campaña del Maestrazgo (II).

— * MALPICA, Marqués de.

Caballerizo mayor de la reina regente doña María Cristina (1840). Después, de Isabel II (1849).

Montes de Oca (II).—*Narváez* (II).

— MALPICAS, Las dos.

Señoritas de la buena sociedad madrileña. «Flores humanas...» (1836).

De Oñate a La Granja (II).

MALRECADO, José.

De la Policía. [Galdós debe referirse a Valentín Malrecado, de la Policía secreta, al que pintó en *La de los tristes destinos*.]

Amadeo I (III).

MALRECADO, Ricarda.

Mujer embarazada y «ya fuera de cuenta». Era la esposa del corcovado que escondió a Santiaguito Ibero en su casa de la plaza Mayor (1867), y hermana del polizonte don Valentín Malrecado.

La de los tristes destinos (I).

MALRECADO, Valentín.

De la Policía secreta. Amigo de *las Zorreras*. Personaje malencarado, famélico, sucio, «con aire mixto de autoridad y de miseria».

«Malrecado no tenía hijos, ni mujer que se los diera conforme a sacramento. Era solo y cínico: de su empleo había hecho una granjería sorda, que sin ruido le daba para vivir desahogadamente, ocultando su bienestar debajo de una mala capa y de ropas que ya eran viejas cuando pasaron de ajenos cuerpos al suyo desgarbado. Su mano sucia no cesaba de recoger esta y la otra ofrenda, y su astuta labia ablandaba las voluntades de los robados como la de los ladrones. En la política brutalmente antagónica de aquellos tiempos hallaba campo doble para espigar el fruto. De lo lícito y de lo vedado, de lo legal y de lo subversivo sacaba el hombre para la *bucólica* y para la alcancía, para el presente claro y el mañana oscuro. y guardando con escrúpulo sus apariencias de pobre, señuelo de incautos, era un redomado alcabalero que, de guardia en su garita policíaca, cobraba el tributo a toda debilidad humana que pasaba para una parte u otra. Hombre sin ninguna instrucción, de su talento natural había sacado el cinismo útil y la filosofía parda y reproductiva.»

La de los tristes destinos (III).

MALTRANA, Don Juan Antonio.

Rico propietario del valle de Mena, casado con doña Valvanera de Urdaneta.

Así hablaba de él Fernandito Calpena:

«Liberal templado, adora el justo medio; destesta por igual el absolutismo y las revoluciones; cree que por componendas se obtendrá la paz de los espíritus y el bienestar de los pueblos; que debemos buscar el compadrazgo de la religión y la filosofía, de la libertad y la

autoridad; y para que todo sea bienandanza, la reconciliación del romanticismo con el clasicismo dará los mejores frutos del arte. Hombre rico, espera que salgan a la venta los grandes predios que fueron de monacales para comprarlos. Entrevé el desarrollo de la riqueza, la asociación industrial, las máquinas agrícolas, el papel moneda y otras muchas cosas que aguardan el último tiro de la guerra para pasar el Pirineo. Sus ideas no son luminosas, son propiamente sensatas, producto de la fácil asimilación, que no es lo mismo que el estudio. Su palabra es fácil, gramatical, opaca, comedida en las disputas; su elocuencia propiamente ilustrada, muy propia para unos tiempos en que la política es el arte de un conversar ameno sobre todas las custiones. Desea el hombre ser diputado, y lo será; y si no se planta en los primeros puestos, tampoco se quedará en los últimos. Para dártele a conocer físicamente, te diré que se parece bastante a Salustiano Olózaga, pero con más años: la misma hermosura de ojos; talla y aire majestuosos, cierta presunción o contento de sí mismo, don de gentes, cortesía exquisita.»

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II). *Prim* (III).

MALTRANA, Juanito.

Hijo de don Juan Antonio y de doña Valvanera, nieto del gran don Beltrán de Urdaneta y sobrino del marqués de Saviñán. Estudiante en Madrid. Muy amigo de Santiaguito Ibero.

V. MALTRANA. Los tres hijos varones de.

«Mientras Ibero cenaba, Maltrana se mudó de camisa, cepilló muy bien su americana y pantalón, y alisó esmeradamente con un pañuelo de seda la felpa de su sombrero. Era muy cuidadoso de su persona, y gustaba de presentarse en el café o en el teatro con facha parecida a la de un *dandy*. Criado Juanito en Villarcayo, recriado en Cintruénigo y Laguardia, instruído en Vitoria, acabado de pulimentar en un buen colegio de Burdeos, desde que traspasó los veinte años tomaron sus ambiciones el rumbo de un sensato positivismo. Anticipándose al deseo de su padre, pidió ir a los Madriles, estudiar Leyes, ensayarse sin pretensiones en la literatura y en el periodismo, seguir, en fin, la carrera del hombre público, a que le llamaban su natural despejo y su fácil palabra. ¿De dónde salían estas vocaciones, esta novísima orientación de la juventud en la segunda mitad del siglo? El demonio lo sabe. Serían tal vez producto de la desvinculación, del parlamentarismo, de las cuquerías doctrinarias que informaron la Unión Liberal, del estudio constante de la Economía política...

»Ello es que Juan, a poco de respirar los aires picantes de la corte, hallábase aquí como pez en el agua: en pocos días aprendió la cháchara flúida, graciosa y mordaz del madrileño de casta; se asimiló las diferentes formulillas para juzgar de política, de teatros, de arte; fué un lucidísimo alumno de la Universidad; logró, por la amistad de su padre con Salaverría, un destinejo en Hacienda, que, con la mesada y los regalillos de la mamá, le constituía un peculio espléndido para estudiante; vestía bien, sin soltar nunca la pomposa chistera; tenía relaciones; hablaba y entendía de política; se abría, en fin, un brillante camino con sus dotes ingénitas y la ciencia social que sin él notarlo se le iba metiendo por los poros. Tan joven, y ya tenía puesta la mira en dos puntos luminosos del porvenir: casamiento con una heredera rica y posición política brillante. Y como tales bienes se le aparecían en término lejano, todos sus pensamientos polarizaban en aquella dirección; su voluntad rectilínea y sin el menor desvío hacia aquellos puntos, como el imán al Norte constantemente señalaba.»

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

MALTRANA, Federico.

Hijo de doña Valvanera y don José Antonio Maltrana.

V. MALTRANA, Tres hijos varones de. *La estafeta romántica* (II).

MALTRANA, Nicolasa y Pepita.

Hijas de doña Valvanera y don Juan Antonio. De ellas así escribe Calpena a don Pedro Hillo:

«Las dos niñas de Maltrana, Nicolasa y Pepita, tiernas y lánguidas como a ti te gustan; desaplicadas, para que sus encantos sean mayores; rebeldes a la educación clásica; la una, de dieciséis años, de catorce la otra; inflamadas

ambas en el santo horror de la Gramática y de la Aritmética; delirantes por el baile, por las comedias, que apenas han visto; por la sociedad, que desconocen, pues sus iguales no existen por acá; inocentes aún y cerradas a toda malicia. ¡Dios así las conserve!; obedientes a sus padres de correctísima crianza moral; bonitas, algo traviesas y juguetonas, y no las llamo ángeles porque desconfío de los ángeles terrestres, y cuando veo alguna niña con alas, digo como el loco: «Guarda, que es podenco.»

La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

MALTRANA, Tres hijos varones de.

De ellos escribía Calpena a don Pedro Hillo:

«El hijo mayor de Maltrana murió tísico en Madrid hace tres años, contando diecisiete, y aquí tienes explicado el aborrecimiento de Valvanera a esa Villa y Corte. Los otros hijos son tres, varones y pequeñuelos, el mayor de diez años, el chiquitín de cinco. Su raquitismo, malamente combatido con la vida del campo, con los continuos paseos, el estudio y cuidado que en alimentarles se emplea, es el tormento de sus padres. Son inteligentes, muy desarrollados de cerebro, zanquilargos, flacuchos y tan propensos a los enfriamientos, que es gran felicidad que no estén constipados. Siento una pena indecible ante estas tres criaturas: en sus rostros, como en el de sus hermanitas, veo la indecible sentencia, que les condena a seguir los pasos precoces del primogénito hacia un mundo que llamamos mejor antes de conocerlo. Yo tengo mis dudas; sólo afirmo que peor que éste no puede ser... Pues para mí no hay mayor confusión que esta descendencia menguada y enfermiza, siendo Maltrana un hombrachón vigoroso, que se precia de no haber padecido en su vida ni un dolor de cabeza, y Valvanera una mujer saludable y fuerte, aunque algo seca de carnes.»

La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).

MALVAR, Padre Celestino Santos del.

Pasaba por tío paterno de Inés, la novia de Gabriel Araceli.

«Hermano del difunto esposo de doña Juana, tío, por tanto, de Inés, clérigo desde su mocedad, varón simplísimo y benévolo, pero el más desgraciado de su clase, pues no tenía rentas, ni capellanía, ni beneficio alguno. Su modestia, su buena fe y su candor inagotable fueron, sin duda, parte a tenerle en la miseria por tanto tiempo, y él, aunque era un gran latino, jamás pudo conseguir colocación. Pasaba la vida escribiendo memoriales al Príncipe de la Paz, de quien era paisano y fué, allá en la niñez, amigo; mas ni el Príncipe ni nadie le hacían caso.»

Murió fusilado por los franceses el 3 de mayo de 1808, en la Moncloa.

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Bailén* (I).

MAMACALLOS.

Apodo dado por el periódico *La Guindilla* a Mendizábal (1842).

MANALET.

Alquilador de coches en la villa de Santa Bárbara, próxima a Ulldecona.

Carlos VI, en la Rápita (III).

MANALET.

V. MONGAT, Manuel.

MANCEBO.

De comercio, al servicio en el de encajes de don Benigno Cordero.

El terror de 1824 (I).

MANCEBO.

Con voz de tiple, que servía a doña Jacoba Zahón.

V. LOPRESTI, Cayetano.

MANCEBO.

De una tienda de la calle Mayor donde Monsalud acostumbraba hacer tertulia.

El Grande Oriente (I).

— MANCO, El.

Truhán, «angelito seráfico», según el camándulas *Tío Mano*, que estaba en la cárcel de la Villa «por diez pellejos de mal vino de Esquivias», pasados de matute.

Napoleón, en Chamartín (I).

* MANCO, El.

V. ALBUÍN, Don Saturnino.

— * MANCHO.
General cristino que batió a varios batallones de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

* MANGUELA, Perico.
«Sablista» conocidísimo de Madrid (1866). Su *pinchazo* predilecto era el duro.
Prim (III).

* MANIN, Daniel (1804-1857).
Escritor y filósofo de ideas avanzadas. Patriota italiano.
Amadeo I (III).

MANO DE MORTERO, El tío.
Padre de *la Zaina*. Chulo camándulas y perdulario de los bailes de candil. Terminó de portero en una logia masónica instalada en los sótanos de la Inquisición, en la calle de Isabel la Católica.
V. REJONCILLOS, El tío.

MANOLITA «LA CUCA», Doña.
Tenía una casa de juego llamada de «Los Cucas», complicada con la tercería en amoríos.
Las tormentas del 48 (II).

MANOLO.
Niño que asistía a la escuela de don Patricio Sarmiento «y que iba a casa cantando los versos de *El Zurriago* y no sabía palotada».
El 7 de julio (I).

* MANRESA.
Auditor de Guerra. Ministro en el Gabinete Cleonard-Colombi (1849).
Narváez (II).

— MANRIQUE.
Protagonista del hermoso drama romántico de García Gutiérrez *El trovador*, estrenado el año 1836 en el teatro del Príncipe.
Los apostólicos (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

MANRIQUE, Fructuoso.
Oficial de Correos, en Cartagena, que contó al insigne Tito las incidencias del cantón cartagenero (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* MANSI.
Político español. Diputado (1873).
La primera República (III).

MANSIÓ, Nostramo.
Hortelano de una finca del doctor Nomdedéu.
Gerona (I).

— * MANSO, Brigadier don José (1785-1861).
Militar español que mandaba el regimiento suizo de Aragón, en Zaragoza, durante los famosos sitios.
Zaragoza (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

* MANSO DE ZÚÑIGA, Capitán.
Hijo del general del mismo apellido. A la muerte de éste, en acción guerrera, se puso al frente de la columna isabelina que luchaba contra el revolucionario «de Prim» Moriones.
La de los tristes destinos (III).

* MANSO DE ZÚÑIGA, General.
Adicto a O'Donnell. Combatió al brigadier Moriones, afecto a Prim, en las proximidades de la frontera francesa. Había prometido regresar a Huesca con la cabeza de Moriones atada a la cola de su caballo.
La de los tristes destinos (III).

MANSO REQUEJO.
V. REQUEJO.

— * MANTEGNA, Andrés (1431-1506).
Gran pintor italiano.
Cánovas (III).

MANTELI, Sotero.
«Niño echado a perder por el estudio.» Jovenzuelo republicano federal de Vitoria (1869).
España sin rey (III).

MANTEROLA, Don Vicente (1833-1891).
Sacerdote, político y escritor español. Gran orador tradicionalista. Diputado.
«A éste sí había que oírle. Era la Monarquía legítima, era la Religión, era la Verdad, voz augusta que pronto habría de desvanecer y dispersar las gárrulas mentiras. Púsose en pie Manterola, requirió su manteo, desembarazó su garganta con ligera tosecilla y empezó su

perorata con ademán grave y modesto, con palabra llana, fácil, sin otro defecto que una leve guturalización de las erres. De él se ha dicho que era más tribuno que predicador, y que sus éxitos en el Congreso habrían de superar a los obtenidos en el púlpito. Y era verdad: Manterola se revelaba como un parlamentario hecho y derecho. ¡Con qué habilidad tocaba la delicada cuestión de creencias, sin herir las creencias o incredulidades del contrario! ¡Y qué arte puso en disimular la pesadez de la erudición eclesiástica!»

España sin rey (III).

MANTEROLAS, Las de.

Amigas de las de Castro-Amézaga. Redichas. Entremetidas.

Los ayacuchos (II).

* MANTILLA.

Periodista. Redactor jefe de *El Imparcial*, de Madrid (1871).

Amadeo I (III).

* MANTILLA.

Político y diputado español. Amigo incondicional de O'Donnell.

La de los tristes destinos (III).

MANUEL, Don.

Amigo antiguo de los García Fajardo, en Atienza.

Narváez (II).

— * MANUEL.

Liberal francés (1823) amigo de La Fayette.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MANUELA.

Doncella de confianza de Teresita Villaescusa.

O'Donnell (III).

MANUELA, Doña.

Condesa de Lucena. Esposa de don Leopoldo O'Donnell.

«Era doña Manuela más lista y aguda de lo que parecía. Su figura insignificante, sus vulgares facciones afeadas por una expresión desabrida y la tez de un moreno harto subido, no predisponían comúnmente en su favor. La cualidad suya dominante, que era el amor intenso a su esposo, no tenía carácter social y de extenso relieve. Para ella no había más Dios ni más rey que O'Donnell, ni tampoco mejor y más venerado profeta. O'Donnell, hombre de una dulzura grande y de sencillez patriarcal en sus afectos, la amaba tiernamente y la ponía en las niñas de sus ojos azules. Decían gentes maliciosas que la temía. Temía todo lo que pudiera desagradarla, que es el temor de los enamorados.»

O'Donnell (III).

* MANUELA (Manuela Sancho).

Muchachita zaragozana muy patriota. Heroína del segundo sitio de la ciudad inmortal.

«Una muchacha graciosísima, vestida de serranita, a quien desde el primer momento oí que llamaban Manuela. Representaba veinte o veintidós años, y era delgada, de tez pálida y fina. La agitación del baile inflamó bien pronto su rostro, y por grados avivaba sus movimientos, insensibles al cansancio. Con los ojos medio cerrados, las mejillas enrojecidas, agitando los brazos al compás de la grata cadencia, sacudiendo con graciosa presteza sus faldas, cambiando de lugar con ligerísimo paso, presentándosenos, ora de frente, ora de espaldas, Manuela nos tuvo encantados durante largo rato.»

Zaragoza (I).

— * MANZANARES.

Oficial de Estado Mayor, liberal, conspirador, amigo de Monsalud. En 1831 hizo un aparatoso desembarco en San Fernando con unos cuantos marinos sublevados.

La segunda casaca (I).—*Los apostólicos* (II).

* MANZANEDO.

Político canovista. Banquero de gran crédito. Apoyó la candidatura de Amadeo de Saboya para rey de España.

España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— * MANZONI, Alejandro (1784-1873).

Célebre poeta y novelista italiano.

Las tormentas del 48 (II).

MAÑARA, Juan de.

Corregidor de Madrid cuando el asedio de los franceses (1808).

«Me acuerdo bien de que vestía el traje popular, esto es, un rico marsellés.

gorra peluda de forma semejante a la de los sombreros tripicos, pero mucho más pequeña, y capa de grana con forros de felpa manchada. Al verle con esta facha, no crean ustedes que era algún manolo de Lavapiés o chispero de Maravillas, pues los arreos con que le he presentado cubrían la persona de uno de los principales caballeros de la corte: sólo que éste, como otros muchos de su época, gustaba de buscar pasatiempo entre la gente de baja estofa, y concurría a los salones de *Polonia la Aguardentera*, *Juliana la Naranjera* y otras célebres majas de que se habla mucho entonces. En sus nocturnas correrías usaba siempre aquel traje, que, en honor de la verdad, a las mil maravillas le sentaba.

»Pertenecía aquel joven a la Guardia Real, y sus conocimientos no traspasaban más allá de la ciencia heráldica, en que era muy experto; del arte del toreo y la equitación. Su constante oficio era la galantería alta y baja, en los estrados y en los bailes de candil. Parecían escritos expresamente para él los famosos versos:

> ¿Ves, Armesto, aquel majo en siete varas
> de pardomonte envuelto...?

Acusado, *vox populi*, de traidor, fué linchado por la multitud frenética y arrastrado su cadáver por las calles de la Magdalena y Lavapiés.»

Bajo el nombre caprichoso de don Juan de Mañara, Galdós encubre la personalidad del marqués de Perales.

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

MAÑAS.

«Viejo borracho que pasaba la mitad del tiempo durmiendo y la otra mitad jugando a las cartas.» Guerrillero apostólico. Pixola le dejó como comandante de Solsona.

Un voluntario realista (II).

MAÑAS, El.

Arriero de Alcoriza que iba de aquí a Ulldecona con encargos.

Carlos VI, en la Rápita (III).

— * MAQUIAVELO, Nicolás (1469-1527).

Hombre de Estado. Historiador celebérrimo florentino. Autor de *El príncipe*.

Montes de Oca (II).—*Las tormentas del 48* (II).

MARA.

Nombre contracto de Marina, la hijita de Diego Ansúrez.

V. ANSÚREZ, Marina.

* MARAÑÓN, Fray Antonio (el *Trapense*).

Guerrillero absolutista que cometió mil desmanes en Cataluña (1822). «Con un crucifijo en la mano izquierda y un látigo en la derecha, conquistaba pueblo tras pueblo...»

«Era el *Trapense* joven, de color cetrino, ojos grandes y negros, barba espesa, con un airecillo más que de feroz guerrero, de truhán redomado. Había sido lego en un convento, en el cual dió mucho que hacer a los frailes con su mala conducta, hasta que se metió a guerrillero, teniendo la suerte de acaudillar con buen éxito las partidas de Cataluña. Conocedor de la patria en cuyo seno había tenido la dicha de nacer, creyó que sus frailunas vestiduras eran el uniforme más seductor para acaudillar aventureros, y al igual de las cortantes armas puso la imagen del Crucificado. En los campos de batalla, fuera de alguna ocasión y solemne, llevaba el látigo en la mano y la cruz en el cinto; pero al entrar en las poblaciones colgaba el látigo y blandía la cruz incitando a todos a que la besaran. Esto hacía en aquel momento, avanzando por la plazuela. Su mulo no podía romper sino a fuerza de cabezadas y tropezones la muralla de devotos patriotas, y él, afectando una seriedad más propia de mascarón que de fraile, echaba bendiciones. El demonio metido a evangelista no hubiera hecho su papel con más donaire. Viéndole, fluctuaba el ánimo entre la risa y un horror más grande que todos los horrores. Los tiempos presentes no pueden tener idea de ello, aunque hayan visto pasar fúnebre y sanguinosa una sombra de aquellas espantables figuras. Sus reproducciones posteriores han sido descoloridas, y ninguna ha tenido popularidad, sino antes bien, el odio y las burlas del país.»

Juan Martín el Empecinado (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un faccioso más...* (II).

— * MARAT, Juan Pablo (1743-1793).
Médico y político francés. Formó, con Dantón y Robespierre, el triunvirato director de la Revolución francesa. Fué asesinado por Carlota Corday.
Juan Martín el Empecinado (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los ayacuchos* (II).—*España trágica* (III).

MARCIAL.
«Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros *Mediohombre*, había sido contramaestre en barcos de guerra durante cuarenta años. En la época de mi narración, la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado a cercén más abajo del codo, un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez morena y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecía a la de ningún habitante racional de tierra firme, y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues a fe que merece ser pintado por un diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacía reír o imponía respeto: creo que ambas cosas a la vez, y según como se le mirase.
»Puede decirse que su vida era la historia de la marina española en la última parte del siglo pasado y principios del presente; historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas.»
Era criado de confianza de don Alonso Gutiérrez de Cisniega y asistió con éste a la batalla de Trafalgar, en la que murió.
Trafalgar (I).

* MARCIAL, Mario Valerio (¿42-104).
Uno de los más célebres poetas latinos. Nació en Calatayud. El primero de los epigramistas.
De Cartago a Sagunto (III).

MARCIANA.
«Mujer bienintencionada y discreta, que procedía con la mayor lealtad.» Vivía en Vitoria (1869). Había sido criada de los Ibero-Castro-Amézaga. Estaba casada con el guardia civil Antonio Castro.
«Era una buena mujer, cuarentona, gordezuela, corta de estatura y de inteligencia, graciosa de cara, la mirada picante por causa de un ligero estrabismo, como gancho malicioso. Amaba con ternura maternal a Fernanda, de quien fué niñera, y no había olvidado el tutearla: no quería más a sus hijos.»
España sin rey (III).

— * MARCO AURELIO (121-181).
Emperador romano adoptado por Antonino. Célebre por sus escritos de alta moral.
El 7 de julio (I).—*España trágica* (III).

— * MARCOARTÚ.
Ingeniero y político liberal.
Los apostólicos (II).

MARCOS, Don.
Vecino del doctor Nomdedéu.
Gerona (I).

— * MARCHAND.
General francés derrotado en la batalla de Tamames (1809) por la división de Galicia, que mandaba el duque del Parque.
El 7 de julio (I).

— * MARCHENA, El abate (José Ruiz y Cueto) (1768-1821).
Compañero en París (1793) de Luis de Santorcaz. Escritor español de ideas volterianas.
Juan Martín el Empecinado (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).

* MARCHESI.
Oficial de la Guardia de Palacio (1841). Estaba de acuerdo con los militares Concha, Pezuela, León, para raptar a las reales personas de Isabel II y Luisa Fernanda (octubre de 1841). Amigo de Prim en 1867 y preso en un castillo por orden de González Bravo.
Los ayacuchos (II).—*La de los tristes destinos* (III).

— * MARESCOT, General Armando Samuel (1758-1833).
Formó parte, con el general Chabert, de la Comisión francesa que discutió con la española la capitulación de Bailén.
Bailén (I).

* MARESCH Y ROS.
Diputado por Barcelona (1849).
Narváez (II).

* MARTORI, Don Carlos.
Joven vigoroso y resuelto. Uno de los principales mantenedores del feudalismo narvaísta en Loja (1861). Fué amante de Isabel II. Era marqués de Loja y sobrino de Narváez.
«Entre tanta gente desmedrada y anémica, se destacaba la figura de Marfori por su recia complexión sanguínea y su tipo árabe, afeado por el grandor de la boca y el desarrollo del maxilar. Su prognatismo desvirtuaba la belleza de los ojos negros y de la figura garbosa, amenazada ya por la obesidad incipiente. Era impetuoso, autoritario, ejecutivo; su altanería ante los iguales tenía el atenuante de la educación exquisita que le había enseñado la finura y amabilidad. Estas prendas resplandecían en él en ocasiones normales, aun en el trato con los inferiores.»
La vuelta al mundo... (III).—*La de los tristes destinos* (III).

MARGARITA.
V. PRENDERA.

* MARGARITA DE PARMA, Princesa.
Se casó en 1866 con el Pretendiente al Trono español, don Carlos María de los Dolores de Borbón y Austria-Este. Era bella, prudente y virtuosa.
España sin rey (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

MARÍA.
Criada de los Arratias, en Durango.
Vergara (II).

— * MARÍA.
Reina de Inglaterra. Esposa de Guillermo II.
Vergara (II).

MARÍA ANTONIA.
Mujer de Norberto el lañador.
Napoleón, en Chamartín (I).

MARÍA ANTONIA, Doña.
Dama «muy leída» que acompañaba a Andrea Campos, marquesa de Falfán de los Godos.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * MARÍA ANTONIETA (1755-1793).
Reina de Francia. Esposa de Luis XVI. Hija de la reina María Teresa y de Francisco I de Austria. Murió guillotinada.
La Corte de Carlos IV (I).—*Bailén* (I). *Juan Martín el Empecinado* (I).—*Mendizábal* (II).—*Vergara* (II).

* MARÍA CRISTINA DE BORBÓN (1806-1878).
Hija del rey de Nápoles y Dos Sicilias. Cuarta esposa (1829) de Fernando VII.
«Aquel día de diciembre de 1829 el pueblo de Madrid admiró principalmente la hermosura de la nueva reina, la cual era, según la expresión que corría de boca en boca, *una divinidad*. Su cara, incomparablemente graciosa y dulce, tenía un sonreír constante, que se entraba, como decían entonces, hasta el corazón de todo el pueblo, despertando ardientes simpatías. Bastaba verla para conocer su agudo talento, que tanto había de brillar en las lides cortesanas, y para prever las nobles conquistas que la gracia y la confianza habían de hacer prontamente en el terreno de la brutalidad y del recelo. Jamás paloma alguna entró con más valentía que aquélla en el negro nidal de los buhos; y aunque no pudo hacerles amar la luz, consiguió someterles a su talante y albedrío, consiguiendo de este modo que pareciesen menos malos de lo que eran. Fué mirada su belleza como un sol de piedad que venía, si bien un poco tarde, a iluminar los antros de venganza y barbarie en que vivía, como un criminal aherrojado, el sentimiento nacional. La hermosura de la reina, su gracia y gentileza eran tales, que ante la realidad se achicaban las hipérboles que a su paso se oían. Vestía de negro. Su peinado de tres potencias, con la real diadema y el velo blanco que graciosamente le caía sobre los hombros; la pedrería que al cuello y entre los graciosos moños de su pelo ostentaba; la majestad de su rostro; la sonrisa hechicera con que agraciaba al pueblo dirigiendo

sus miradas a un lado y otro, formaban un conjunto que difícilmente olvidaba el que una vez tenía la suerte de verlo. Contaba poco más de veintiocho años, y ya su nombre había fatigado a la Historia, por las circunstancias de su casamiento, de su corta vida matrimonial, de su viudez prematura, que puso en sus manos las riendas de una nación desbocada. Del bien y del mal que hizo se hablará en mejor ocasión... Por ahora se dice tan sólo que aquel día de noviembre, camino de la ceremoniosa apertura, estaba guapísima. Era, sin disputa, la más salada de las reinas. Su venida fué un feliz suceso para España, y su belleza, el resorte político a que debieron sus principales éxitos la Libertad y la Monarquía. Su gracia sonriente enloqueció a los españoles; muchos patriotas furibundos, a quienes las malas artes de Fernando habían hecho irreconciliables, desarrugaron el ceño. Antes de tener enemigos encarnizados, tuvo partidarios frenéticos. Difícilmente se encontrará en la Historia una reina a la cual se haya dedicado más versos; verdad que no todos los que se arrojaban a su paso para alfombrarle el camino eran inspirados. Lo que llamamos *ángel* teníalo Cristina en mayor grado que otras prendas eminentes de la realeza, y todos hallaban en ella un hechizo singular, un don sugestivo que encadenaba los ánimos.»

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III). *España sin rey* (III).—*Cánovas* (III).

* MARÍA CRISTINA DE HABSBURGO-LORENA (1858-1929).

Reina de España. Segunda esposa del rey don Alfonso XII. Madre de Alfonso XIII.

Cánovas (III).

— * MARÍA DE BRAGANZA. Infanta doña.

Hija de Pedro I del Brasil y IV de Portugal. y en quien su padre abdicó esta segunda corona.

Mendizábal (II).

— * MARÍA DE LA CABEZA, Santa (murió en 1180).

Esposa de San Isidro. Patrona de Madrid.

Bailén (I).

— * MARÍA DE LA GLORIA, Infanta doña.

Esposa de don Pedro de Braganza. A quien Mendizábal hizo reina de Portugal.

Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II).

MARÍA DE LA PAZ, Doña.

Hermana del marqués de Porreño.

V. PORREÑO, María de la Paz.

MARÍA DE LAS NIEVES.

«Cantaora y bailaora» sevillana que vivía en Cádiz.

Cádiz (I).

MARÍA DE LAS NIEVES.

«Mujer picotera y bien armada de carnes, planchadora, esposa de un portero de Palacio—Quintín González—. Era bajita y frescachona... Muy fantasiosa y algo torera.» Se *lió* con el insigne Tito...

Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

* MARÍA DE LAS NIEVES, Serenísima infanta doña.

Esposa de don Alfonso de Borbón y Este. Dama audaz, valentísima, discreta y bella... *Alma* del tradicionalismo desde 1872...

Así la vió el insigne Tito:

«Siguió la cruel amazona su sangriento camino hacia la Correduría. Era de corta estatura, flaca, rubia, de azules ojos; su belleza, completamente apócrifa, consistía tan sólo en la marcialidad de su apostura y en su destreza hípica, cualidades de marimacho, no de mujer. En su rostro vi un mirar ceñudo y una rígida contracción de la boca que indicaban la sequedad del corazón confundida con la brutal soberbia. Llevaba boina roja con borlón de oro, traje negro de montar. altas botas de charol, en la mano un latiguillo que le servía de bastón de mando. y en el cinto un revólver. Tras ella iba el marido, que

sólo brillaba por su insignificancia junto a la marimandona. Llevaba boina encarnada con áureo borlón y dormán de caballería. Seguía la caterva de jinetes, algunos con distintivos de oficiales, otros como escolta, todos de aspecto bárbaro y provocativo.»

«Al ponerse con su esposo al frente del ejército real del Centro, doña Nieves fué el alma de la facción; se impuso a todos los cabezas y cabecillas; erigióse en generalísima incuestionable; llegó a ser muy pronto la primera estratega, la primera autoridad táctica de sus cuadrillas, a las que disciplinó y gobernó dándoles apariencias de hueste organizada. Compartía con sus soldados las inclemencias del cielo y las fatigas de las penosas jornadas; compartía también con ellos los piojos, la bazofia, los mendrugos de pan, la dureza de los lechos de piedra en las sierras ásperas, la humedad y desamparo en las desoladas llanuras.»

De Cartago a Sagunto (III).

MARÍA DEL SAGRARIO CARNICERO (hija de don Felicísimo), Doña.

«Era una señora que aparentaba más edad de la que realmente tenía, por causa de una lamentable emigración de todos los dientes de su boca, no quedando en aquellos reinos más que algunas muelas, que temblando habían pedido también sus pasaportes. Ella no tenía pretensiones de belleza ni aun de buen parecer, y así su elegancia era la sencillez; su perfumería, la limpieza, y su peinado, simplicísimo. Consistía en recoger en una sola trenza los cabellos fieles que le quedaban y hacer con ésta un moño chiquito, el cual, atravesado de una horquilla o flecha, como corazón simbólico, parecía una limosna de cabellos enviada por el cielo sobre su cráneo, que iba igualando a las encías en sus condiciones de país desierto. Por lo demás, doña María del Sagrario era bondadosa, de excelente corazón y de mucho palique; pero tanto desentonaba su voz por causa de estar su boca tan solitaria como casa de mostrencos, que las palabras parecían salir y entrar por aquellas cavidades jugando y haciendo cabriolas. Cuando reía creeríase que lloraba, y cuando regañaba a la criada parecía mandar un batallón, y el rezar era en ella como un soplamiento de fuelles rotos.»

Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).

MARÍA DE LOS REMEDIOS, Sor.

En el mundo:
V. DOMICIANA PAREDES.
Monja exclaustrada.

MARÍA ENCARNACIÓN *(La Churriana)*.

Daifa gaditana.
Cádiz (I).

* MARÍA EULALIA DE BORBÓN, Infanta doña.

Hija de Isabel II (1864).
Prim (III).

MARÍA FACUNDA.

Vieja parlanchina.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * MARÍA JOSEFA. La infanta doña.

Hija de Carlos III. Mengs la hizo un hermoso retrato que se conserva en el Monasterio de El Escorial.

La Corte de Carlos IV (I).—*Mendizábal* (II).

— * MARÍA «LA COPTA».

Amante de Mahoma.
Aita Tettauen (III).

— * MARÍA LECZINSKA, Reina (1703-1763).

Esposa de Luis XV. Hija del rey de Polonia Estanislao Leczinski.
Mendizábal (II).

— * MARÍA LUISA DE AUSTRIA, Reina (1791-1847).

Esposa de Napoleón Bonaparte. Emperatriz de los franceses. Hija de Francisco I de Austria.
Mendizábal (II).

— * MARÍA LUISA, La reina (1754-1819).

Esposa de Carlos IV. Amante de Godoy. Reina disoluta y muy odiada por los españoles, pero de gran talento natural y simpatía.

Trafalgar (I).—*Mendizábal* (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

MARÍA LUISA DEL MILAGRO.
Hija de don José. Tocaba el arpa y era discípula de Fagoaga.
V. MILAGRO, María Luisa.
Mendizábal (II).

MARÍA MENEOS.
Dueña de una casa de compromiso que visitaban Tapia, Navascués, Pulpis y el grave bailío Romarate. «Una matrona fofa y empalagosa dentro de un corsé, más pintada que un retablo.»
España sin rey (III).

* MARÍA PÍA DE SABOYA.
Hija del rey Víctor Manuel II de Italia. Reina en Portugal.
Amadeo I (III).

* MARÍA VICTORIA, Reina doña.
Esposa de Amadeo I, rey de España.
«Era doña María Victoria de buena presencia y más que regulares carnes, que propendían a la gordura. En su rostro advertí perfil y rasgos napoleónicos, la sonrisa franca, el mirar entre melancólico y asustado. Creyérase que la dignidad real era en su pensamiento cosa prestada o postiza, y que a nosotros venía, no a ejercer un cargo, sino a desempeñar un papel. En estas ideas me afirmé después, cuando la esposa de Amadeo convertía la realeza, que le dieron entonada y rígida, en cosa blanda y doméstica. Al verla pasar en el coche de gala, a la derecha del rey, que no paraba en repartir a un lado y otro su garboso saludo, comprendí que doña María Victoria sería muy querida de las mujeres humildes y admirada de las de clase intermedia, que pueden ser llamadas señoras sin llegar a damas. Estas brillaron en la recepción de Palacio con todo el fulgor de su ausencia, bien campaneada por los periódicos moderados, alfonsinos y carlistas. La gente adinerada se hizo notar también por sus desdenes.»
Amadeo I (III).

MARIANA.
Doncella de Jenara Baraona (1823), a quien acompañó en la persecución desesperada de Salvador Monsalud.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MARIANA, Doña.
Personificación de la Historia. *Mariclío*. Matrona de distinta edad..., según la ocasión. Al parecer, guapa... o fea. Muy elocuente. Un poco escéptica. Gran amiga del insigne socarrón Tito...
Amadeo I (III).

— * MARIANA, El padre Juan de (1535-1624).
Famoso jesuíta e historiador español.
El Grande Oriente (I).—*Un voluntario realista* (II).—*España trágica* (III).

MARIANITA RIVAS.
Llamada *Laura* por sus románticos admiradores. Era novia de Ventura de la Vega.
Mendizábal (II).

MARIANO.
Ayuda de cámara de don Felipe, conde-duque de Cerdeña y Ruy-Díaz.
La estafeta romántica (II).

— * MARIÁTEGUI.
Familia avecindada en Madrid, que celebraba grandes reuniones muy selectas (1829).
Los apostólicos (II).

MARIBARISTA.
Abuelilla avispada y simpática, santurrona y no exenta de caridad que sirvió de carcelera al insigne Tito en una de sus andanzas por el Norte (1874). Le llevaba, de su cuenta, golosinas...
De Cartago a Sagunto (III).

MARICADALSO.
Revieja y reflaca, buñuelista de la calle de los Estudios. «Parecía una corneja que cantaba en la propia rama de la acacia.» Era criada de Nazaria la *Pimentosa*, e incitó al pueblo de Madrid a la matanza de frailes de 1834.
V. BUÑUELISTAS.

MARICLÍO.
Mujerona corpulenta, dueña de una tienda de antigüedades y papeles viejos. Había venido a menos y servía a Graziella, el quinto amorío del insigne Tito.
Personificación caprichosa de la musa Clío, que se rejuvenece o envejece a voluntad del insigne Tito.
V. MUJERONA CORPULENTA.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

MARIDO.
De la *Teresona*, la antigua sirvienta de Eufrasia Carrasco. Era conserje de una posesión, en la calle de Embajadores, denominada el Casino de la Reina. Finca que había sido de la reina gobernadora.
Las tormentas del 48 (II).

MARIDO, El.
De Pepita, amiga de Alagón.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

MARIGANCHO.
Mala hembra, que había estado en la galera de Alcalá de Henares. Coima de Pepe Tercero el *Empalmao*.
De Cartago a Sagunto (III).

MARIJUÁN, Andresillo.
Alegre mozo de mulas en casa de la condesa de Rumblar—tierras de Almunia de Doña Godina—. Se disparaba como un cohete. Bravo. Peleó contra los franceses en todas partes. Y es suya la relación del sitio de Gerona, donde no estuvo Gabriel Araceli, narrador de los restantes nueve episodios de la Primera Serie. Andresillo protegió a los huérfanos de Mongat y se hizo novio de la angelical Siseta.
Bailén (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).

MARIMINGUILLA.
Tabernera en Aranjuez. «Ninfa de Perales de Tajuña.» Desempeñaba su oficio de escanciadora mayor entre pellizcos y requiebros.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

MARINERO.
«... harto comunicativo y charlatán» del *Alegría*, barco en el que muchos de los partidarios de Prim se trasladaron de Inglaterra a Cádiz (1868).
La de los tristes destinos (III).

— MARIQUITA, Doña.
Personaje caprichoso dentro de la misma ficción.
La Corte de Carlos IV (I).

MARIQUITA RIVAS.
Llamada *Silvia* por sus románticos pretendientes. Era novia de Bretón de los Herreros.
Mendizábal (II).

* MARISMAS, Marqués de las.
V. AGUADO, Alejandro.

— MARITORNES.
Personaje del *Quijote*, paradigma de las mozas de servir.
Un faccioso más... (II).

— MARLEY, Vizconde de.
Un pariente ficticio de miss Fly.
La batalla de los Arapiles (I).

MARLOTA, Crescencio.
Hacendado isabelino del Maestrazgo.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * MARMOT, Augusto Federico Luis Viesse de (1774-1852).
Mariscal francés que se distinguió en las batallas de Salamanca (1811). Al fin fué vencido y herido en la batalla de los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).—*Zumalacárregui* (II).

— * MARMONTEL, Juan Francisco (1723-1799).
Literato francés, discípulo de Voltaire. Fué secretario perpetuo de la Academia Francesa e historiógrafo de Francia. Su tragedia *Aristómenes* dióle celebridad inmensa.
Mendizábal (II).

— * MAROTO, Don Rafael (1783-1847).
General español. Estuvo defendiendo Zaragoza, donde fué herido (1808). Abrazó la causa de don Carlos María Isidro, de cuyo ejército fué general en jefe. Protagonista con Espartero en el célebre *Abrazo de Vergara*.
«Era don Rafael Maroto de buena presencia, gallardo, casi atildado, de palabra expresiva y amena conversación, en la que no era fácil separar la frase feliz del abusivo adorno de *porras* y *contraporras*.
»Fué don Rafael Maroto figura de primera magnitud en el carlismo, que abrazó con ardor desde los primeros días del cisma dinástico. Había ingresado en la facción con el grado de teniente general; gozaba fama de ilustración, de práctica guerrera; pero la inquina que cordialmente le profesaba González Moreno, el brazo derecho y el seso militar de don Carlos, no le había permitido

lucir como pudiera sus excelsas cualidades.»

Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II). *Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* MAROTO, Doña Margarita.

Hija de don Rafael, en quien recayeron los odios que había sembrado su padre.

Vergara (II).

MARQUÉS, Don José.

«Canónigo entero.»

Los apostólicos (II).

MARQUÉS DE M***.

V. BUENAVENTURA, Don.

MARQUÉS X, El señor don Felipe.

Tío de Amaranta.

«Era un viejo de más de sesenta años, que había ejercido varios cargos diplomáticos. Elevado por Floridablanca, sostenido por Aranda y derribado al fin por Godoy, conservó rencorosa pasión contra este ministro, y por esta causa todas sus disertaciones que eran interminables giraban sobre el capitalísimo tema de la caída del favorito. Su carácter era vano, aparatoso y hueco, como de hombre que, habiéndose formado de sí mismo elevado concepto, se cree destinado a desempeñar los más altos papeles. Por su grandilocuencia, que no era inferior a la flojedad efectiva de su ánimo, servía como objeto de agudísimas burlas entre sus amigos, y en todos los círculos que frecuentaba se divertían oyéndole decir: «¿Qué hará la Rusia? ¿Secundará el Austria tan atroz proyecto? ¡Un gran desastre nos amaga!... ¡Ay de las potencias del Mediodía!» Y otras igualmente misteriosas, con que se proponía darse importancia, cuidando siempre en su estudiada reserva de decir las cosas a medias y de no dar noticias claras de nada para que los oyentes, llenos de dudas y oscuridades, le rogasen con insistencia que fuese más explícito.

»Me falta añadir que el marqués, con su antijacobinismo y su peluca empolvada, digna de figurar en las Juntas de Coblenza, había sido hombre de costumbres bastante disipadas.»

La Corte de Carlos IV (I).—*Bailén* (I). *Gerona* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

MARQUESA DE X, Señora.

Tía de Amaranta. Hermana del marqués de X.

«Era la marquesa una dama de avanzada edad, orgullosa, de modestas costumbres, española rancia por los cuatro costados, de carácter franco y sin artificios, muy natural, muy caritativa, enemiga de trapisondas y aventuras, muy cariñosa para todo el mundo; en fin: era la honra de su clase. Su lado flaco consistía en creer que su hermano tenía mucho talento. Aunque modesta en su trato privado, gustaba de dar grandes fiestas, prefiriendo las representaciones dramáticas, a que tenía mucha afición. Su teatro era el primero de la corte, y para la representación de *Otello* había gastado considerables sumas. Protegía y trataba a los cómicos, pero siempre a regular distancia.»

La Corte de Carlos IV (I).—*Bailén* (I). *Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

MARQUESA, La (Madame Aline).

Señora que en Olorón entregó a Fernandito Calpena *un paquete misterioso* para doña Jacoba Zahón.

Mendizábal (II).

MARQUESITO.

Apodo que dieron al guerrillero Porlier, ahorcado en 1815.

V. PORLIER.

MARQUESITO.

V. JOVENZUELO «con charreteras de teniente».

— * MARRACO, Don Vicente.

Un patriota zaragozano.

Zaragoza (I).

* MARS, Mademoiselle.

Comedianta francesa (1825) a quien regalaron el abanico que Lancret y Lefevre hicieron para la reina María Leczinska.

Mendizábal (II).

* MARSHALL, Don Rodulfo.

Un irlandés aventurero que vino voluntario a luchar contra los franceses en España. Era jefe en Santa Lucía.

«Aventurero o no, Marshall, por lo valiente debía haber sido español. Era rozagante, corpulento, de semblante festivo y mirar encendido, algo semejante al de don Juan Coupigny que vimos en Bailén. Hablaba mal nuestra lengua; pero, aunque alguna de sus palabrotas nos causaban risa, decíalas con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destrozara el castellano con tal que destrozase también a los franceses, como lo hizo en varias ocasiones.»

Gerona (I).

— MARSILLA, Diego.

Protagonista de la obra romántica de Hartzenbusch *Los amantes de Teruel.*

Los apostólicos (II).

— MARTE.

Hijo de Júpiter y de Juno. Dios de la guerra.

Cádiz (I).—*El equipaje del rey José* (I). *El 7 de julio* (I).—*Zumalacárregui* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II). *Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III). *O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).

MARTÍN, Don.

Clérigo muy piadoso con los pobres, que vivía en el callejón del Infierno. Asistió en su última enfermedad a la infeliz Antoñita la *Cordonera.*

V. MERINO, Martín.

Las tormentas del 48 (II).

MARTÍN ARRATIA.

Hijo de Sabino. Estaba al frente de un comercio de objetos marinos.

«Era el más afinadito de los tres; el que parecía más espiritual, sin duda porque no ostentaba formas atléticas, como José María y Zoilo, ni desarrollaba la muscular energía con la espléndida brutalidad de sus hermanos. Era, sin género de duda, el más civil, el que más se adaptaba a la vida urbana de la capital vizcaína por los vínculos de sociabilidad propios del comercio. Hablaba Martín castellano correctísimo, usando frases atildadas y finas, al uso corriente. De los tres, de los cuatro, contando con su primo, fué el que menos zapatos pudrió en playazos y arenales, el que menos tiempo conservó las manos callosas del ajetreo de los remos. Poseía bastante instrucción, distinguiéndose en todo lo comercial; hablaba unas miajas de inglés y sabía las reglas usuales de la decencia y aun de la elegancia. En aquellos tiempos la confraternidad de toda la juventud bilbaína era un hecho lisonjero, del cual tomó la villa su tesón incontrastable para resistir los asedios carlistas. El entusiasmo político la estrechó más, haciéndola invencible; el buen humor, propio de la raza, la refrescaba, dándole más vida; el trabajo en la paz la vigorizaba, y el común esfuerzo en guerra la elevaba a superior virtud. Partícipe de los sentimientos que daban un vigor homogéneo a la juventud bilbaína, Martín Arratia se afilió en la Milicia Nacional desde el primer sitio, y aún continuaba satisfecho y confiado en aquel Cuerpo esperando que la patria, es decir, Bilbao, pidiera a sus hijos nuevos sacrificios para su defensa. Tal era Martín, pieza bien concertada en aquel formidable organismo comercial y guerrero que supo hacer de Bilbao un baluarte inexpugnable contra el absolutismo y un emporio de riqueza. Pasaba en la familia por el de más talento; en la villa le alababan tanto como merecía por sus excelentes prendas, y no hay para qué añadir que en el comercio se distinguía por su severa honradez, pues siendo general esta cualidad en tales tiempos y en tal raza, es ocioso señalarla y hacer de ella un rasgo característico.»

Luchana (II).

* MARTÍN, Don Félix.

«El diputado labrador, *el villano de Illescas*... Alto, moreno, con gruesos anteojos y un levitón...»

Narváez (II).

* MARTÍN, El tío.

Tenebroso sujeto que acudía a la taberna del señor Tomás—situada en la plaza Mayor, esquina a la calle de Ciu-

dad Rodrigo—y que fué uno de los que atentaron contra los reyes doña María Victoria y don Amadeo I.
Amadeo I (III).

— * MARTÍN, Juan.
Padre del *Empecinado*.
Juan Martín el Empecinado (I).

* MARTÍN, Juan *(el Empecinado)* (1775-1825).
Guerrillero y militar español. De ideas liberales, luchó por implantar la Constitución de 1812. Fué condenado a muerte, acribillado a bayonetazos y ahumado su cadáver.
«Era don Juan Martín un Hércules, de estatura poco más que mediana, organización hecha para la guerra, persona de considerable fuerza muscular, cuerpo de bronce que encerraba la energía, la actividad, la resistencia, la contumacia, el arrojo frenético del Mediodía, junto con la paciencia de la raza del Norte. Su semblante moreno amarillento, color propio de castellanos asoleados y curtidos, expresaba aquellas cualidades. Sus facciones eran más bien hermosas que feas; los ojos, vivos, y el pelo, aplastado en desorden sobre la frente, se juntaba a las cejas. El bigote se unía a las cortas patillas, dejando la barba limpia de pelo, afeite a la rusa que ha estado muy en boga entre guerrilleros y que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas.
»Envolvíase en un capote azul que apenas dejaba ver los distintivos de su jerarquía militar, y su vestir era, en general, desaliñado y tosco, guardando armonía con lo brusco de sus modales. En el hablar era tardo y torpe, pero expresivo, y a cada instante demostraba no haber cursado en academias militares ni civiles. Tenía empeño en despreciar las formas cultas, suponiendo condición frívola y adamada en todos los que no eran modelo de rudeza primitiva, y sí de carácter refractario a la selvática actividad de la guerra de montaña. Sus mismas virtudes y su benevolencia y generosidad eran ásperas como plantas silvestres que contienen zumos salutíferos, pero cuyas hojas están llenas de pinchos.
»Poseía en alto grado el genio de la pequeña guerra, y después de Mina, que fué el Napoleón de las guerrillas, no hubo otro en España ni tan activo ni de tanta suerte.»
Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Narváez* (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

* MARTÍN, Tiburcio.
Vivía en la plaza del Matute y era el mejor fabricante de instrumentos músicos de cuerda.
Mendizábal (II).

MARTÍN DE LA CONCEPCIÓN, Padre.
Religioso de Regina Coeli, en Cataluña.
Un voluntario realista (II).

* MARTÍN HERRERA. Don Cristóbal.
Político. Ministro con el Gobierno de la Regencia de 1869, y de Fomento, con Cánovas, en 1875.
España sin rey (III).—*Cánovas* (III).

MARTINA.
Vieja de la familia de don Fulgencio Pitillas.
Zumalacárregui (II).

MARTINA, La tía.
Criada de los señores de Gutiérrez de Cisniega.
Trafalgar (I).

* MARTÍNEZ.
Famosísimo platero madrileño. Verdadero artista. Maestro de Carlos Maturana. Fundador de su industria con un sello personalísimo barroco. Trabajó entre los siglos XVIII y XIX.
Mendizábal (II).

* MARTÍNEZ.
Mariscal de campo de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

* MARTÍNEZ, Cándido.
Político sagastino, asiduo a las famosas tertulias del café La Iberia (1880).
Cánovas (III).

— * MARTÍNEZ, Don Antonio.
Ministro de Hacienda (1833) isabelino.
Un faccioso más... (II).

* MARTÍNEZ, Don José.
Teniente cura de la parroquia de San Miguel de los Reyes, que se batió como un héroe en Zaragoza.

* MARTÍNEZ, Juan Manuel.
Gran amigo de Sagasta. Su inseparable durante el destierro involuntario en la Isla de Saint-Denis (1867).
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).

* MARTÍNEZ ALMAGRO.
Diputado a Cortes (1849) «narigudo».
Narváez (II).

* MARTÍNEZ BRAU.
Jefe de un batallón de voluntarios realistas en abril de 1873. Era dueño de una famosa pescadería de la calle Mayor.
La primera República (III).

MARTÍNEZ CAMPOS, General don Arsenio (1831-1900).
Capitán general del Ejército español. En Sagunto (29 de diciembre de 1874) proclamó rey de España a don Alfonso XII.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

MARTÍNEZ CUADRADO, Fray Toribio.
Sabio religioso muy afecto a sor Patrocinio «de las llagas». «Grandullón, fornido, de anchos hombros y pecho, caderas muy señaladas; un hombracho como un castillo, con gordura de mujer apoplética.»
Los duendes de la camarilla (II).

* MARTÍNEZ DAVALILLO.
Diputado por Santa Coloma de Farnés (1849).
Narváez (II).

MARTÍNEZ DE LA ROSA, Don Francisco (1787-1862).
Político, novelista y autor dramático español. Embajador en Roma; Presidente del Congreso, Ministro de Estado y Presidente del Gobierno. También lo fué de la Real Academia Española.
Cádiz (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*Cánovas* (III).

— * MARTÍNEZ DE SAN MARTÍN.
Jefe político liberal de indudable energía y moralidad.
El 7 de julio (I).

— * MARTÍNEZ LLAGOSTERA.
Teniente coronel asesinado por los soldados indisciplinados del batallón de Cazadores *de Madrid*, en Murviedro.
La primera República (III).

* MARTÍNEZ PACHECO.
Político y periodista. Amigo del insigne Tito.
De Cartago a Sagunto (III).

* MARTORELL, Don Juan.
Capitán de guardia en el cuartel de San Gil. Fué muerto por los sargentos rebeldes (1866).
Prim (III).

* MARTOS, Cristino (1830-1893).
Gran político y orador español. De ideas muy liberales. Gobernador de Madrid. Ministro...
La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

MARURI, Zoila.
Esposa de Sabino Arratia. La mató el cólera. Era hercúlea, hermosa, decidida, tenaz.
Luchana (II).

* MAS Y VENTURA.
Oficial amigo de Prim, fusilado en Barcelona (1866).
La de los tristes destinos (III).

* MAS Y BRUGADA, Don Antonio.
Político catalán. En 1842, de la *Junta de respetables* que pactó con Espartero
Los ayacuchos (II).

MÁSCARA PROCEROSA.
Del baile de Villahermosa. «Horrorosa estantigua.»
Las tormentas del 48 (II).

MÁSCARAS.
Dos mujeres hermosas que embromaron a Pepe García Fajardo en el baile de Villahermosa (1848).
Las tormentas del 48 (II).

* MASCAREL, Marqués de.
Noble valenciano, amigo de Espartero.
Montes de Oca (II).

* MASDÉU, Juan Francisco (1744-1817).
Jesuíta e historiador español.
Un voluntario realista (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * MASGORET.
Gran erudito.
La campaña del Maestrazgo (II).

MASOVERO, El.
Viejo catalán dueño de un *mas*, a la entrada del pueblo de Areny de Lledó, donde se hospedaron don Beltrán de Urdaneta y el enfermo Nelet. «Hombre tan bondadoso como amañado.» Vivía con dos nietas.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * MASSANIELO o MASANIELLO, Tomás Aniello (1623-1647).
Célebre caudillo popular napolitano que se sublevó contra el poder de España. Murió asesinado.
Los ayacuchos (II).

* MASSARD, Joaquín.
«Más conocido en Madrid que la ruda, empleado en la secretaría del infante don Sebastián.» Fué quien presentó a Zorrilla, en el mismo cementerio, para que leyera su famoso poesía a la muerte de *Fígaro*.
La estafeta romántica (II).

— * MASSENA, Andrés (1756-1817).
Mariscal de Francia. Fracasó en la invasión de Portugal (1810).
Cádiz (I).—*La batalla de los Arapiles* (I3.—*Mendizábal* (II).

— MASSENOT.
Personaje de un novelón de E. M. de Saint-Hilaire.
O'Donnell (III).

— * MASTAI FERRETI, El cardenal (1846).
Pontífice con nombre de
V. Pío IX.
Las tormentas del 48 (II).

* MATA, Don Pedro.
Médico y político español. Gran amigo de Prim. Gobernador civil de Madrid en 1872.
España trágica (III),—*Amadeo I* (III).

* MATA Y ALÓS.
General. Mantuvo el orden en Madrid durante la jornada del 18 de julio de 1854.
La revolución de julio (III).

MATACANDILES.
Chulo desvergonzado y brutal que invadió la casa del polizonte Chico para ayudar a los que querían lincharle (1854).
O'Donnell (III).

MATACRISTOS.
«Pequeño, flacucho, vivaracho.» De la partida de *La Porra*, organizada por Ducazcal para combatir a los republicanos.
España trágica (III).

MATACHINES.
Que iban con la turba alharaquienta que pretendió linchar al polizonte Chico y a su ayudante Cano (1854).
O'Donnell (III).

* MATAFLORIDA.
Agente del realismo en el Norte de España (1822).
V. BUENAVENTURA IMAZ, Don.
El 7 de julio (I).

MATARIFE.
Vivía en el Campillo de Gilimón. Conocía a doña Leandra Quijada y a doña María Lombía. Y era amigo de *Sacri*.
Bodas reales (II).

MATARRUBIA.
«Puerco y deslenguado.» Barbarote, de Almazán, que insultaba a Prim en un tabernucho.
Prim (III).

— * MATARROSA, Vizconde de.
Hijo del conde de Toreno. Diplomático español.
Bailén (I).—*Cádiz* (I).

— * MATATÍAS (siglos III y II a. J. C.).
Padre de los Macabeos. Sacerdote de la Antigua Ley.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Un voluntario realista* (II).

* MATÍAS.
Criado de confianza de don Leopoldo O'Donnell.
O'Donnell (III).

MATÍAS, Don.
Clérigo. Conocido y confesor en ciertas ocasiones de Nicéfora.
España sin rey (III).

* MATÍAS, Jorge.
De nacionalidad inglesa. Compañero de Riego y apresado con él (1823).
El terror de 1824 (I).

— * MATILDE DÍEZ (1818-1883).
Famosa actriz. A los doce años representaba la protagonista de *La huérfana de Bruselas*—en la compañía de Grimaldi— con una veracidad maravillosa. Casó con el no menos famoso actor Julián Romea.
Los apostólicos (II).—*Los ayacuchos* (II).

* MATOS Y MERELLES, Antonio.
Político español *alfonsino* (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

* MATOSSI.
Dueño de un café madrileño muy en boga entre 1838 y 1856. Estaba situado en la calle *Ancha de Peligros*.
Bodas reales (II).

* MATTA, Don Serafín María de.
Nombres y apellidos de
V. CLEONARD. Conde de.

MATURANA.
Esposa e hijas de don Carlos. De éstas, una estaba casada con un capitán de Lanceros y otra con un teniente de la Guardia Real.
Mendizábal (II).

MATURANA, Carlos.
Primo de Felipe Maturana. Diamantista que fué de la Real Casa, comerciante de piedras preciosas. Vivía en la plaza *de la Armería*, junto a Palacio.
«Un sujeto como de sesenta años, acartonado y pequeñito, que llevaba muy bien su edad; mejor, afeitado que vestido, pues su levita era de las contemporáneas de la paz de Basilea; el pelo entrecano y nada corto, con ricitos en las sienes y un mechón largo cayendo hacía el cogote, como si aún no se hubiese acostumbrado a prescindir del coleto; los ojos, reforzados con antiparras de cristales azules montados en plata; el perfil volteriano, el habla cascada y lenta.»
Mendizábal (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II). *Montes de Oca* (II).—*Bodas reales* (II).

MATURANA, Felipe.
«Habilísimo mecánico y armero, algo pariente y amigo íntimo de los Vidaurres.» Vivía en Olorón y estuvo encargado durante algún tiempo de la educación de Fernandito Calpena.
Mendizábal (II).

* MATUTE, Don Juan.
Oficial del navío *Santísima Trinidad*. Muerto en el combate de Trafalgar.
Trafalgar (I).

* MAUCUNE.
General francés a las órdenes inmediatas del rey José.
El equipaje del rey José (I).

— * MAUREPAS, Marquesa de.
A cuyas manos fué a parar el abanico que hiciera Lancret y Lefebvre para la reina María Laczinska.
Mendizábal (II).

— * MAUROCORDATO.
Político griego (1829).
Los apostólicos (II).

— * MAUROMICHALES.
Político griego (1829).
Los apostólicos (II).

— * MAURY.
Poeta romántico francés amigo de Mendizábal.
Mendizábal (II).

— * MAXIMILIANO, Archiduque (1832-1867).
Emperador de Méjico. Hermano del

emperador de Austria. Fué fusilado por las tropas de Juárez.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* MAYÁNS, Don Luis.
Político amigo de Narváez (1849).
Narváez (II).—*Prim* (III).

— * MAYOL.
Brigadier cristino del ejército de Espartero, vencedor en Luchana (diciembre de 1836).
Luchana (II).

MAYORAZGA, La.
De Loaysa. Madre de Pilar, la «deidad velada» de Fernandito Calpena, y madrina de Valvanera de Urdaneta.
La estafeta romántica (II).

– MAYORDOMO, El.
De los duques de Medina de Ríoseco.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* MAZA.
Bollero ambulante de la plaza de toros, a quien por irrisión se decía iban a nombrarle ministro de Hacienda del Gabinete Cleonard.
Narváez (II).

MAZA, El Padre.
Un beato mínimo de Cervera, que acompañaba a *Tilín* en calidad de asesor espiritual.
Un voluntario realista (II).

MAZALTOB *(La Afortunada)*.
«Era Mazaltob *(Afortunada)*, hebrea viuda de más que mediana edad, que desde su puerta echó sus gritos en mi demanda. Trafica en bálsamos por ella misma compuestos, y tiene fama de hechicera o mágica, por su acierto en adivinanzas y su buena mano para curar enfermos con garatusas y oraciones, ayudadas de zumos de hierbas y raspaduras de huesos. En su juventud fué, según oí, más cautivante por sus decires agudos que por su hermosura.»
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * MAZARELLI.
Cantante del Teatro de la Cruz (año 1841).
Montes de Oca (II).

* MAZUQUELLI.
General de brigada francés. Fué derrotado en La Alcarria por los guerrilleros del *Empecinado*.
Juan Martín el Empecinado (I).

* MAZO, Cipriano del.
Diplomático enviado desde Cuba a España, por el general Serrano, para acusar a Prim ante O'Donnell.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * MAZZINI, José (1805-1872).
Revolucionario italiano. Uno de los fundadores de la unidad italiana.
«Grande y austero revolucionario Mazzini, que a su fin va sin reparar en los medios, hombre de robusta inteligencia, de formidable voluntad, frío, despiadado, cerrado a todo sentimiento que no sea el de un patriotismo fanático, a la romana, mezcla imponente de Catón y Sila.»
Las tormentas del 48 (II).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

MEAS, Tío.
Yesero de Coslada, vecino de *Mita* —Virginia Socobio—y *Ley*—Leoncio Ansúrez.
La revolución de julio (III).

* MECA.
Heroico capitán isabelino, muerto al frente de sus tropas en el puente de Alcolea (1868).
La de los tristes destinos (III).

MECA, Severo.
Dependiente de don Carlos Maturana y vigilante nocturno en casa de Jacoba Zahón. «Hombre a prueba de sobornos, incorruptible, probado en veinte años de manejo de alhajas.» «El bárbaro y frío Meca.»
Mendizábal (II).

— * MECENAS, Cayo Cilnio (siglo I antes de Jesucristo).
Amigo de Augusto y protector de las Letras.
La estafeta romántica (II).

— * MECHOACÁN, Obispo de.
Ministro de Gracia y Justicia—¡durante veinticuatro horas! —de Fernando VII.
La segunda casaca (I).

— MEDEA.
Maga legendaria, hija del rey de Cólquida Eates. Se casó con Jasón. La repudió éste, y ella, para vengarse, mató a los dos hijos que había tenido con él.
La batalla de los Arapiles (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*La estafeta romántica* (III).

MEDIAGORRA.
V. MURUVE, Pascual.

MEDIALDEA, Don Mariano.
Clérigo. «Varón docto, perito en muertes.» En anunciarlas—¡claro está!—sin equivocarse nunca.
La primera República (III).

MÉDICO.
Novel y pintor, que fué novio de Teresita Villaescusa.
O'Donnell (III).

MÉDICO.
Que asistió a Antoñita la *Cordonera*. Fajardo escribe así de él:
«El médico, desconocido para mí, hombre tan pequeño, que mis ojos turbados le vieron liliputiense, que no levantaba una cuarta del suelo. Era un viejecillo de acicalado rostro, el bigote a lo Espartero, pintado; su sonrisa mostraba una mala dentadura postiza; su cabeza, forrada en un peluquín negro tirando a rucio; capita corta; las manos con guantes, de cuyos dedos sobraba la mitad. Suelo yo incurrir en la alucinación de que la realidad no engendra el arte, sino el arte la realidad. Vi en aquel mediquillo un ser creado por el prodigioso dibujante Alenza.»
Las tormentas del 48 (II).

MÉDICO.
Que asistió a Jenara en Sevilla (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MÉDICO.
Que asistía al baldadito Vicente Halconero (1859).
Aita Tettauen (III).

* MÉDICO, El.
Guerrillero español.
V. PALAREA.

MÉDICO, Un.
Que por aviso de Solita Gil de la Cuadra asistió (1823) al desdichado monomaníaco don Patricio Sarmiento.
El terror de 1824 (I).

MÉDICO MUNICIPAL.
«Bondadoso y humanitario.» Que curó a Vicentito Halconero de las heridas de trabuco que recibió en la refriega habida entre las huestes de *La Porra* —Ducazcal—y las de *El Combate*—Paúl y Angulo—(1870).
España trágica (III).

* MEDINA, Tristán.
«De figura menuda, melancólica y calenturienta.» Escritor. Periodista. Conspirador. Ateneísta.
Prim (III).

— * MEDINA DE RÍOSECO, Duques de.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * MEDINACELI, Duque de.
(Son distintos los nobles de este título que intervienen en los diversos *Episodios.)*
Napoleón, en Chamartín (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

MEDIO DIENTE, El señor.
«Esclarecido trajinero, procedente de las tenerías de Toledo» y asiduo al baile de la *Pelumbres*.
Napoleón, en Chamartín (I).

— MEDUSA.
Una de las tres Gorgonas. Minerva transformó sus cabellos en serpientes y dió a sus ojos el poder de convertir en piedra a cuantos la mirasen. Perseo la cortó la cabeza.
Luchana (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Cánovas* (II).

— * MEER, Barón de.
Brigadier cristino de origen alemán, en el ejército de Espartero, vencedor en Luchana.
Luchana (II).

— * MEJÍA.
Político liberal. Periodista, fundador del famosísimo *El Zurriago*.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).

MEJÍA LEQUERICA, José (1777-1813).
Diputado liberal en Cádiz (1810) representando al virreinato de Nueva Granada. Gran orador. Nació en Quito (Ecuador).
Cádiz (I).

MELCHOR.
Sargento. Era novio de Patricia, la doncella de Teresita Villaescusa.
Prim (III).

— * MELCHOR.
Según la tradición cristiana, uno de los tres Reyes de Oriente que adoraron a Jesús niño.
España trágica (III).

MELCHOR, Señor *(El Ramos)*.
Prendero de *El Rastro*. Esposo de la *señá* Casta. «Manolo viejo de ideas revolucionarias, retirado de la patriotería activa y enriquecido en su comercio de maderas viejas.» Protector de Gracián y Castillejo y de sus amantes respectivas Lucila y la viuda de un capitán. «Gran reclutador del populacho para los motines.»
Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

MELCHORA, Doña.
Vivía en Villaviciosa. Era prima del bruto y blasfemo Aquilino de la Hinojosa, a quien su mujer Obdulia ponía en ridículo con el insigne Tito.
Amadeo I (III).

MELCHORA, Doña.
«Que bordaba en fino.»
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

— * MELÉNDEZ VALDÉS, Juan (1754-1817).
El más fino poeta español del siglo XVIII.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).

— MELISENDRA.
Heroína de un romance caballeresco.
La batalla de los Arapiles (I).

MELITONA DE SAN FRANCISCO, Sor.
Religiosa de San Solomó, en Solsona.
Un voluntario realista (II).

— * MELÓN, El Abate.
Autor dramático muy amigo de los Moratines. Sus poesías eran correctas, pero escasas de inspiración.
La Corte de Carlos IV (I).—*Mendizábal* (II).

— MELPÉMONE.
Una de las nueve musas. Representación de la tragedia.
La revolución de julio (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III)

— MELVILLE, Ernesto de.
Personaje romántico de la novela francesa *Eponina*. «Melenudo, de mal color, los ojos en blanco y el dedo metido en la boca...»
La estafeta romántica (II).

MENDARO, José.
Gran amigo de Diego Ansúrez. Sirvieron juntos en la Marina. Viudo ya, Mendaro se estableció en El Callao de Lima, donde era dueño de una famosa pulpería.
La vuelta al mundo... (III).

MENDARO, Pepito.
Hijo del pulpero español José Mendaro, establecido en El Callao de Lima. «Un chiquillo gracioso.»
La vuelta al mundo... (III).

MENDAS.
Portero de la casa en que vivía el polizonte Chico; éste le utilizaba como agente de sus usuras (1853).
O'Donnell (III).

— * MENDELSSOHN, Félix (1809-1847).
Gran compositior alemán.
Cánovas (III).

MENDES, Abraham.
Hermano de Jakub. Igualmente traficante en piedras preciosas. Vivía con sus hijas en Tetuán (1860).
Carlos VI, en la Rápita (III).

MENDES, Don Jacobo.
Personaje en Marruecos. Amigo de Gonzalo Ansúrez..., que se había hecho moro. Por su nombre, su nariz afilada y su desconfianza comercial, daba a la nariz cierto olor a judío.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI. en la Rápita* (III).

MENDES, Hijas de Abraham.
Muchachas bellas y serviciales.
Carlos VI, en la Rápita (III).

MÉNDEZ (alias *Mendizábal*).
Portero del Ministerio de Hacienda, miliciano nacional. Patrón de la casa de huéspedes de la calle *del Caballero de Gracia*, donde se hospedó *de bóbilis* don Fernando Calpena. Como el famoso ministro de Hacienda también se llamaba Méndez y se arregló el apellido..., el fondista no quiso ser menos...
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).

* MÉNDEZ NÚÑEZ, Don Casto (1824-1869).
En 1865, comandante de la *Numancia*. Famoso marino español. Héroe del Callao.
«Era don Casto Méndez Núñez de estatura mediana, tirando a corta, recio y bien plantado. Sobre su rostro moreno vagaba siempre, en ocasiones ordinarias, un mirar dulce y una vaga sonrisa. Su voluntad de hierro no era de las que tienen por muestra al exterior un entrecejo duro, ni su voz, robustecida en las conversaciones con el viento y la mar, llegó a perder las blandas inflexiones gallegas...»
La vuelta al mundo... (III).

* MÉNDEZ VIGO.
General cristino que deshizo, a principios de 1835, la columna del carlista Lucus. Ministro de la Guerra en el Gabinete Istúriz (1836).
Zumalacárregui (II).—*Luchana* (II).

MENDÍA.
Muchacho durangués, fornido teniente carlistón, vecino de Trigidia Liviano. Hombre simpático.
De Cartago a Sagunto (III).

— * MENDIALDÚA, Lucas Francisco.
Autor de un panfleto exaltando la República, y preso en 1824.
El Grande Oriente (I).

MENDIBURU.
Miliciano nacional. Defensor heroico del fuerte de Mallona—juntamente con Zoilo Arratia—, muerto durante el segundo sitio de Bilbao (1836).
Luchana (II).

MENDIETA.
Voluntario de Huesca en el segundo sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).

MENDIGA.
Seguida por un perro, que caminaba Rastro abajo... (1850).
Los duendes de la camarilla (II).

MENDIGAÑA, El señor.
Pagador del ejército de Zumalacárregui durante el primer asedio de Bilbao.
Zumalacárregui (II).

MENDIGOS.
De Torrejón de Ardoz (1854), que con unas viejas y Pepe García Fajardo comentaban las jornadas revolucionarias que se desarrollaban a pocos kilómetros.
La revolución de julio (III).

* MENDIRI.
Cabecilla carlista (1874). Violento y audaz.
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* MENDÍVIL.
Brigadier cristino asesinado en Pamplona (1837).
Vergara (II).

MENDÍVIL, Doña Manuela.
Esposa que fué de don Fulgencio Pitillas, prima segunda de doña Saturnina Dorronsoro.
Zumalacárregui (II).

* MENDIZÁBAL, Juan Alvarez de (1790-1853).
Político español. Ministro de Hacienda en 1835, 1836 y 1842. Fué célebre y muy combatida su ley de desamortización de los bienes de las comunidades religiosas.
«De hermoso busto, el rostro grave, de correctísimas facciones, el rizado cabello, las patillas tan bien encajadas en los cuellos blancos, y éstos en el lioso tafetán de la negra corbata reluciente, las altas solapas de la levita, y por fin, al ponerse en pie, ésta en toda su longitud, ceñida y al propio tiempo holgada; el pantalón, de corte perfecto, como de sastrería londinense, y el pie

pequeño, calzado con zapato bajo, sujeto en el empeine con un lazo de cintas negras.

»Era hombre don Juan que a lo mejor transportaba toda su atención de lo grave a lo menudo, como espíritu aventurero que gozara en suponer la existencia de cosas grandes, escondidas de un modo carnavalesco detrás de cualquier insignificancia. Su imaginación le llevaba a la puerilidad. Creía fácilmente en las posibles emergencias de sucesos importantísimos, efecto enorme engendrado por la menor cantidad posible de causa. No estaba exento su espíritu de superstición: esperaba bienes repentinos, no anunciados por la lógica; temía desventuras abrumadoras, caídas como el rayo, sin el antecedente natural de errores determinantes.»

Un voluntario realista (II).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II). *La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II). *La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— MENDO, Don.

Personaje de la comedia de Rojas Zorrilla *García del Castañar*.

La Corte de Carlos IV (I).

— * MENDOZA, El cardenal Pedro González de (1428-1495).

El llamado Gran Cardenal de España. Fué cura de Hita, obispo de Cuenca, arzobispo de Sevilla y cardenal de Toledo. Consultor estimadísimo de los Reyes Católicos, tuvo arrestos guerreros para luchar en Toro y en Granada.

La Corte de Carlos IV (I).—*Aita Tettauen* (III).—*Amadeo I* (III).

* MENDOZA TENORIO, Elisa.

Gran actriz española. Empezó a destacar con el drama de Ayala *Consuelo* (1878).

Cánovas (III).

MENEGILDA.

Maja.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

MENEGILDA, La.

Vendedora de callos y caracoles y manola asidua al baile de la *Pelumbres*.

Napoleón, en Chamartín (I).

— MENELAO.

Rey de Lacedemonia, hermano de Agamenón y esposo de la famosa Helena, cuyo rapto por Paris dió lugar a la guerra de Troya.

La estafeta romántica (II).

* MENÉNDEZ, Prudencio.

Criado de confianza del rey don Alfonso XII. Simpatiquísimo, truhán...

Cánovas (III).

MENÉNDEZ DE BOCÁNGEL. Doña Silvia.

Tía del *ilustre* presidiario cartagenero don Jenaro de Bocángel.

De Cartago a Sagunto (III).

* MENÉNDEZ ESCOLAR.

Teniente de Infantería. Amigo de Ducazcal, de quien fué padrino en el duelo que tuvo con Paúl y Angulo.

España trágica (III).

* MENÉNDEZ Y PELAYO, Don Marcelino (1856-1912).

Gran polígrafo español. El *padre* de la crítica literaria moderna.

Amadeo I (III).

— * MENGS, Antonio Rafael (1728-1779).

Pintor alemán al servicio del rey de España Carlos III. Son famosos sus retratos de los Borbones.

La Corte de Carlos IV (I).

MENTIROLA, Eulogio.

Administrador de Rentas de Alava. Viudo.

«Es un hombre que ya pasó de la juventud y aún no está en la madurez de la vida, muy pulcro y atildado, de trato finísimo y palabra dulce y sonora, como nacido en el riñón de Castilla, Avila, patria de Santa Teresa de Jesús.»

Vivía en Vitoria, y en cuanto conoció a *Chilivistra* la acosó por todas partes con sus pretensiones amorosas. Acabó siendo su amante.

De Cartago a Sagunto (III).

— MENTOR.

Mitología: amigo de Ulises, cuya figura tomó Minerva, según Homero, para

instruir a Telémaco. Director espiritual y social del joven Telémaco, ficción de Fenelón.

De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * MERCADANTE, Javier (1795-1870).

Notable músico italiano. Autor de *La Vestale,* cantada en el Teatro-Circo (1842).

Los ayacuchos (II).

MERCADER, El Padre.

Arcipreste de Ager, capellán que fué de las dominicas de Solsona.

Un voluntario realista (II).

— * MERCADO, Don Rodrigo.

Obispo de Avila. Fundador de la Universidad de Oñate.

De Oñate a La Granja (II).

— * MERCIER, Monsieur de.

Embajador de Francia en Madrid (1870).

España trágica (III).

— MERCURIO.

Los griegos le llamaron Hermes. Hijo de Júpiter y Maga. Mensajero de los dioses y dios del comercio. Al día siguiente de nacer robó el tridente a Neptuno, el ceñidor a Venus, la espada a Marte y los bueyes a Apolo.

La Corte de Carlos IV (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*La primera República* (III).

— * MERCURIO TRIMEGISTO.

Rey de Egipto.

Narváez (II).

* MERELO.

Coronel de Caballería. Mandaba el regimiento de Calatrava, de guarnición en Aranjuez. Estaba complicado en el pronunciamiento de Prim.

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

MERINO, Antonio.

Profesor de esgrima. Concurría a la taberna de Ginés Tirado.

La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* MERINO, Jerónimo (1769-1844).

Sacerdote y guerrillero español que realizó empresas asombrosas. Era brusco, bravo, implacable.

Juan Martín el Empecinado (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un faccioso más...* (II). *Vergara* (II).

* MERINO, León.

«Famoso guerrillero»; sin por qué ni por quién definido (1872).

La primera República (III).

* MERINO, Martín (1789-1852).

Riojano de Arnedo. Brusco. Venático. De buen corazón. «De cara lívida, pomulosa, ojos ratoniles.»

Famoso regicida. Atentó contra la vida de Isabel II. Sufrió la pena de garrote. «Hombre impasible, de una frialdad estatuaria.» Durante la visita que le hizo Lucila Ansúrez *le vió* así:

«Decía esto el maldito viejo iluminando con la luz siniestra de sus ojos el rostro impasible, amarillo, de una rigidez estatuaria de talla vieja, despintada y cuarteada. Lucila le miró, observando el marcado resalte de los pómulos que a la luz brillaban, redondos, con un deslucido barniz de santo viejo; observó también las dos grandes arrugas que descendían de la nariz chata hasta unirse con las comisuras de los delgados labios, y la extensa curva que éstos formaban cayendo por sus extremidades... No entendía bien Lucila el lenguaje gráfico de aquel rostro, en el cual algo había de momia con vida, y lo que más claramente pudo descifrar en él, a fuerza de deletrearlo, era un inmenso desdén de todo el Universo.»

En el juicio que se le formó por regicida (1852) Pepe Fajardo le vió comparecer...

«Tras una breve espera, vimos aparecer la figura escueta y pavorosa de don Martín, alto, rígido, el cuerpo todo negro de la sotana, amarillo el rostro de las hieles que le andaban por dentro, la mirada viva, la expresión desdeñosa. Traía las manos atadas atrás, y del nudo que las enlazaba partían dos cuerdas, una para cada pie. Con esta sujeción su paso era lento, como el de un gran buitre que, inutilizado de las alas, se viera en la penosa obligación de hacer su camino por el suelo.»

Las tormentas del 48 (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).

— MERLÍN.
Encantador escocés del siglo v. Se le supone que encantó al rey Artús y a los caballeros de la Tabla Redonda.
Trafalgar (I).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

MERO.
Nombre familiar y cariñoso de Baldomero Galán.
V. BALDOMERO.

* MERRY DEL VAL.
Diplomático español (1875).
Cánovas (III).

* MESINO o MESSINA, Don Félix María, Marqués de la Serna.
General. Político y conspirador. Amigo de O'Donnell y de Cánovas del Castillo (1854). Fué diputado y senador desde 1840 a 1868. Ministro interino.
La revolución de julio (III).

— * MESONERO ROMANOS, Don Ramón 1803-1882).
Gran escritor madrileño de costumbres.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).

MESOODA.
Criada sutil y embaucadora de Simuel Riomesta.
Carlos VI, en la Rápita (III).

MESOODA (Dichosa).
Hermosa judía, amante de don Miguel Nanclares, marqués de Subijana, con quien tuvo una hija: Nicéfora.
España sin rey (III).

— MESTANZA, Francisquillo.
«El de Puerto Lápice», por el que *hubieron* puñaladas en la Venta de la *tía Inés*. Conocido de doña Leandra Quijada.
Bodas reales (II).

— * METELO, Quinto Cecilio.
Murió el año 91 antes de J. C. Cuestor, tribuno, edil, pretor, gobernador de Sicilia...
Narváez (II).

— * METTERNICH, Clemente Lotario Wenceslao, Príncipe de (1773-1859).
Gran diplomático austríaco, alma de la reacción europea (1815) contra Napoleón.
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II). *Prim* (III).

— * MEZZOFANTI.
Portentoso poliglota. Dirigía (1846) el Colegio de la Propaganda en Roma.
Las tormentas del 48 (II).

— * MIAULIS.
Político griego de la época de la independencia helénica (1829).
Los apostólicos (II).

MICAELITA CARNERO.
Joven que acompañaba (1831) a Jenara. Un mancebo que huyó a las Américas la dejó *con una mancha*.
«Pintémosla en dos palabras. Era fea. Y si no lo fuera, ¿cómo la habría escogido Jenara para ser su inseparable compañera y usarla cual discreta sombra para hacer brillar más la luz de su hermosura?
Sobrina de doña María del Sagrario y nieta de don Felicísimo. Hija de la difunta Leocadia.
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).

— MICOMICONA.
Princesa. Ficción de Cervantes en su *Don Quijote*.
La de los tristes destinos (III).

— * MICHELET, Julio (1798-1874).
Historiador, literato y político francés de ideas avanzadas.
España trágica (III).

* MIDÁCRITO.
Famoso general asiático de existencia incierta.
Cánovas (III).

MIEDES, Don Buenaventura.
Amigo de los García Fajardo. Erudito investigador de las antigüedades atienzanas. Bueno. Candoroso. Pesado. Latoso.
«Era don Ventura Miedes de alta estatura, que rara vez se veía derecha. sin ningún aire ni garbo; vestía en invierno y verano un cumplido levitón, que le hacía más enjuto, y en sus andares iba

siempre tan desplomado como si fuera movido del viento más que de su propia voluntad. Sus pies, grandísimos, calzaba con zapatos de paño, en que se marcaban tales protuberancias que parecían dos sacos negros llenos de avellanas y nueces.

»Poseedor, en mejores tiempos, de unas tierras de labor y prados, tuvo y gozó el bienestar que da una medianía decorosa; pero la pasión de los libros, en que empleaba lo más de su hacienda, llegando a vender una finca para comprar papel impreso; su despego del trabajo agrícola, y, sobre tantos yerros, la mala cabeza y devaneos de su mujer, ya difunta, y de su hijo único, profesor de todos los vicios, le habían traído a la miseria mal tapada con sutilezas de la dignidad y disimulos ingeniosos. Vivía solo con su biblioteca y una criada viejísima, a quien llamaban la *Ranera*, que guisaba para los dos y barría toda la casa menos la librería, donde es fama que jamás entraron escobas. La edad del erudito señor andaba ya al ras de los setenta. Según oí, se había conservado con ágiles disposiciones hasta bien pasados los sesenta, pero ya iba de capa caída, y daba tumbos con los pies y la cabeza, la cual, de tanto cavilar en romanos y celtíberos, perdía notoriamente su aplomo y gravedad.»

Maltratado por un pedrisco murió medio loco, declarándose amante de la princesa Illipulicia o Lucila Ansúrez.

Narváez (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

MIER, Don Clemente.

Dignidad Capiscol de la catedral de Toledo. Amigo de los Emparán. «Hombre ilustrado y tolerante.»

La revolución de julio (III).

MÍGUEZ, El señor.

Vicecancelario de Cervera.

Un voluntario realista (II).

— * MIGUEL ANGEL (1475-1564).

Pintor, escultor, arquitecto, humanista italiano celebérrimo.

Bailén (I).—*Cádiz* (I).—*Los apostólicos* (II).

— * MIGUEL DE BRAGANZA (1802-1866).

Rey de Portugal (1831), hijo de Juan IV. Fué destronado por don Pedro, emperador del Brasil.

Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).

MILAGRO, Don José del.

Vejete, funcionario de diez mil reales en el Ministerio de Hacienda (1835). «Usaba antiparras y escribía poniendo la cara en el papel.» Amigo de la Zahón y de Fernandito Calpena y uno de los mejores corazones del mundo.

«Aquel hombre sin ventura, a quien hicieron escéptico las turbaciones políticas; aquella víctima, aquel mártir que había sufrido con admirable resignación los desastres que al individuo y a la familia ocasiona todo cambio de Gobierno, llegó a comprender que la neutralidad y la falta de convicciones son la mayor de las desventajas en el orden social, y que por tal camino, por lo mismo que es el más derecho, no se va a ninguna parte. Sus dolorosas cesantías, sus hambres y escaseces, demostráronle la necesidad de poseer un temperamento vivo, ya sea real, ya figurado, para no quedarse a la cola en el movimiento general. El manso, el prudente, el descreído que se planta y espera, es arrollado por la multitud que avanza ciega y ardorosa. Sentó plaza, pues, el buen Milagro, curado al fin de su insana neutralidad, en las falanges del Progreso, y se puso en las filas de vanguardia, enarbolando, si no la bandera, el primer trapo de colorines que encontró a mano.»

Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (III).

MILAGRO, Hijos pequeños de don José del.

«Los chiquillos pequeños eran el único desconcierto de la grata armonía doméstica, porque no brillaban por su buena educación, ni sabían hacerse agradables en la edad que precede al último estirón de la infancia. Eran pegajosos, y entremetidos, preguntones y cargantísimos.»

Montes de Oca (II).

MILAGRO, María Luisa y Rafaela del.

Hijas de don José. En 1840 ya estaban casadas, una—notable arpista—con un bajo italiano de la compañía de la Cruz, otra con un subteniente de la

Guardia real muy bruto. Eran las dos «de discreta amabilidad y de risueña juventud».

V. MILAGRO (Rafaela del) y MILAGRO (María Luisa del).

Montes de Oca (II). — *Los ayacuchos* (II).

MILAGRO, María Luisa del.

Hija de don José. Arpista notable. Casada con el bajo cantante romano Cavallieri. Contertulia de los Centurión. Se ajamonó en seguida. Y se las echaba de puritana, no siendo sino gazmoña. Viuda ya, puso una pensión en la calle de Jacometrezo, 17.

Montes de Oca (II). — *Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*O'Donnell* (III). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

MILAGRO, Rafaela del.

Hija de don José. Casada con un subteniente brutal, Piquero, y separada de él. Amante de Catalá, de Ibero, de Montes de Oca...

«La menor de las hermanas, la que, según el dicho de su padre, no era viuda, ni casada, ni soltera, Rafaela, en fin, por mote familiar vigente aún la *Perita en dulce,* daba quince y raya a todos en lo hacendosa y hormiga para su atavío particular. Otra que mejor y con más gusto se arreglara los cuatro pingos que poseía y los lazos, cintas y moños, no ha existido en Madrid. ¿Qué arte secreto era el suyo para vestirse y emperifollarse, y qué hacía para parecer tan bien con su trajecillo pobre y con cualquier trapo de bien combinados colorines que se pusiera? Verdad que ayudaban al mágico efecto su rostro bonito y la perfecta conformación de su talle; pero algo más había, y era un instinto, una adivinación, y el conocimiento genial de todas las modas y sus cambios, sin sobar figurines ni andar entre modistas. Descollaba Rafaela entre sus iguales como la rosa entre mastranzos; su superioridad consistía quizá en que nunca delató con la afectación su prurito de elegancia, en que su sencillo atavío no revelaba el estudio previo y paciente para obtener tan feliz resultado. Era su rostro finísimo y algo picaresco, de un estilo (si estilo hay en las formaciones de la Naturaleza) que bien podría llamarse Pompadour, pintiparado para el traje de pastoras de abanico, con empolvado pelo, corpiño estrecho y espléndidas faldas recogidas. El pelo era rubio, la tez de una blancura porcelanesca, los ojos oscuros, reveladores de amor, de ensueño, a veces de inteligente malicia.»

«¡Y que no tenía poco que estudiar la dichosa *Perita en dulce!* Si al descubrirla en la casa paterna la tuvo el militar por una pizpireta de mucho cuidado, luego, en el trato íntimo, pensó que se había quedado corto en la opinión que formara de sus hechiceras malicias. Si al principio se dejó coger en el sentimentalismo que por supremo arte tendía Rafaela como una suave y fina red, para cazar a los tiernos de corazón, pronto supo escabullirse rompiendo las mallas. Cualidades extraordinarias desplegaba la hija de Milagro en la seducción; era en ella un don nativo, y así como conocía, sin que nadie se las enseñara, las artes del adorno y de la elegancia, sabía emplear mil sutilezas para establecer su dominio. La dulzura, los alardes de puntillosa estimación de sí misma, el llanto, la risa, la seriedad o el abandono, los admirables métodos de disimulo que empleaba para revestir de decencia su liviandad, y evitar el escándalo, todo era de una admirable falsificación psicológica, imitando sabiamente la verdad. Pero en nada se revelaba su inspirado histrionismo como en los superiores artificios para inspirar lástima, haciendo una pintura muy patética de su situación social, ni casada ni viuda, queriendo ser buena y no pudiendo conseguirlo, incapacitada por ley de su naturaleza para ser vulgar. Habíala hecho Dios para un fin, y si a él no se dirigía, era porque el mismo Dios le cortaba los caminos, como arrepentido de su obra.»

Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (III).—*España trágica* (III).

* MILANGES, Barón de.

Delegado del rey de Nápoles y de las Dos Sicilias cerca de liberales y carlistas españoles (1837).

La estafeta romántica (II).

* MILÁNS, Lorenzo.

Brigadier cristino. En 1823 huyó al

extranjero, perseguido por sus ideas liberales. Regresó a España, por Cataluña, en 1830.

Los apostólicos (II). — *Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

* MILÁNS DEL BOSCH, Coronel.

«Hombre expansivo, de corazón inflamable por toda idea generosa, pródigo de palabra, en las resoluciones más impetuoso que tenaz, ha ilustrado su nombre en las armas junto a Prim, y en sociedad es de los que saben ganar numerosos amigos.» Siempre inquieto y jovial, multiplicándose en los sitios donde había dificultades que vencer. Era corto de estatura, vivísimo de genio. Vistos una vez, nunca se olvidaban su encendido rostro, su bigote largo y su mirar impulsivo. Fué auditor de Guerra.

Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869.

La revolución de julio (III). — *Prim* (III).—*España sin rey* (III).

MILICIANO, Un.

«Que marchaba a toda prisa con el fusil al hombro», a quien pidió algunas noticias de Salvador Monsalud Solita Gil de la Cuadra.

El 7 de julio (I).

MILITAR.

«Gallarda figura de militar, cincuentón, con bigotes, rostro pálido, rugoso y grave, puro en la boca, el ceño ligeramente fruncido.»

Agente de Espartero.

Vergara (II).

MILMARCOS, José.

Sargento en la guerra de Africa. Defendió en una taberna de Almazán a Prim y a Santiaguito Ibero.

«Mal lo habría pasado el audaz Iberito si en aquel punto no apareciese junto a él un hombretón formidable, que se levantó de uno de los poyos de la cocina y avanzaba con el contoneo de quien anda con un pie y una pata de palo. Era de rostro cetrino y disforme estatura: vestía de paño burdo con peluda montera; se auxiliaba de un grueso palo con nudos y punta... Pues llegándose a la mesa de los bárbaros, descargó el garrote sobre ella con tanta furia, que al tremendo golpe saltaron en añicos los vasos y la tabla maestra se rompió en dos pedazos... Y con el estruendo de la madera y el vidrio se juntó el estentóreo vozarrón del hombre grande y cojo, que así decía:

»—Sepan los que han hablado mal de Prim que yo, José Milmarcos, sargento de la guerra de Africa, me paso sus lenguas por donde me da la gana, *maño* y *moño*... Sepan que lo que ha dicho este mozalbete es como si yo lo dijera, *moño*, y los que no estén conformes que vayan saliendo afuera, con mil *moños*...»

Prim (III).

— * MILTON, Juan (1608-1674).

Gran poeta inglés. Autor de *El paraíso perdido*.

Narváez (II).

* MILLA, Don Antonio.

Beneficiado de la catedral de León, jefe de la «cuadrilla más audaz y vandálica» (1869).

España sin rey (III).

MIN.

Nombre cariñoso que daba Lucila Ansúrez a su amante el capitán.

V. GRACIÁN, Bartolomé.

* MINA.

V. ESPOZ Y MINA.

* MINA, Condesa de (la).

V. VEGA, Doña Juana de.

— MINERVA.

Diosa de la sabiduría. Se la identifica con la Palas Atenea griega.

Mendizábal (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— MÍNGUEZ.

Empleado de 20.000 reales.

O'Donnell (III).

MINISTRO. El.

Mote de un mozo del pueblo de Allo (Navarra), al que el insigne Tito le birló su novia Ruperta, hija del pregonero oficial *el Nuncio*.

De Cartago a Sagunto (III).

* MINUTRIA.

Dueño de una imprenta de la calle de San Hermenegildo (1840). En ella se habían tirado *El Eco del Comercio* y *El Huracán*.

Montes de Oca (II).

* MIÑANO, Sebastián (1779-1845).
Eclesiástico y literato español. Autor de un famoso *Diccionario geográfico y estadístico de España y Portugal.*
Mendizábal (II).

* MIÑONES.
Cuatro traidores que apresaron a Montes de Oca para repartirse los diez mil duros ofrecidos por su cabeza.
Montes de Oca (II).

MIQUIS, Alejandro.
Médico. Asistió a Fernandita Ibero en su repentina hemoptisis. [Galdós habla, como médicos, indistintamente de los hermanos Alejandro y Augusto Miquis.] Era un bohemio empedernido. Llevó una existencia desenfrenada y murió de una tisis galopante. Su gran amigo fué Celipín Centeno.
España trágica (III).

MIQUIS, Augusto.
Médico de la familia Halconero-Ansúrez. Galán de la ligera Isidora Rufete. Inspector de amas de cría del Gobierno Civil. Se casó con la hija del rico notario Muñoz y Nones. Se aburguesó y alcanzó gran fama en su profesión.
Prim (III).

— * MIRABEAU, Honorato Gabriel de Riqueti, Conde de (1749-1791).
Célebre político, orador y escritor francés, precursor de la Revolución.
El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *De Oñate a La Granja* (II).

* MIRAFLORES, Manuel de Pando, Marqués de.
Político español. Varias veces ministro. Prócer de 1834 a 1836. Diputado o senador de 1837 a 1868.
Montes de Oca (II).—*Bodas reales* (II). *Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Prim* (III).

MIRALCAMP, Conde de.
Noble catalán, de muchos bienes en Solsona, tío de doña Teodora Aransis, que profesó en las dominicas de Solsona.
Un voluntario realista (II).—*Un faccioso más...* (II).

MIRANDA.
Sargento sublevado en el cuartel de San Gil—Madrid—el 22 de junio de 1866; escapado milagrosamente de ser fusilado. Seguía conspirando, a las órdenes de Moriones, el lugarteniente de Prim en el Norte.
La de los tristes destinos (III).

* MIRANDA, Roque.
Discreto torero, gran banderillero, «capaz de poner pares en los cuernos de la luna» (1836).
Mendizábal (II).

* MIRASOL, Conde.
Defensor de Bilbao (1835) frente a Zumalacárregui. Capitán general de Madrid, amigo de Narváez (1849).
Zumalacárregui (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

* MISAS.
Guerrillero español. En 1822 se hizo jefe de una partida realista.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

MITCHELL, Mistress.
Acompañante de miss Fly.
La batalla de los Arapiles (I).

— * MITRÍADES (402-363 a. J. C.).
Rey del Ponto, tributario de los Persas.
Cádiz (I).

— * MIURA.
Famoso ganadero andaluz de reses bravas.
Prim (III).

* MIYAR, Antonio (1799-1831).
Librero de la calle del Príncipe. Era culto, de costumbres amables; contaba con una fortuna cuantiosa. De cara fina, ojos grandes y melancólicos, frente despejada, patillas y cabellera abundante. Debía de ser un tipo más bien tímido y débil. Por sus ideas liberales fué ahorcado en la plaza de la Cebada el 11 de abril de 1831.
Los apostólicos (II).

MOCETÓN.
Hijo de viuda que fué a dar parte a los civiles de la trágica muerte de Céfora en Vitoria...
España sin rey (III).

MOCETÓN GUAPO.
«De marcial apostura, que por su habla parecía vasco». jefe de una partida de bandoleros con el marchamo de facciosos.
De Oñate a La Granja (II).

— * MOCTEZUMA II (1466-1520).
Emperador de Méjico destronado y hecho prisionero por Hernán Cortés.
Prim (III).

— * MÓDENA, El duque de.
Dió grandes sumas de dinero para el triunfo de la Comunión tradicionalista.
España sin rey (III).

MODET, Señor.
Carlista. «Personaje en otros días de gran valimiento, entonces en desgracia» (1836). Vivía en Oñate. Gran estratega de café.
De Oñate a La Granja (II).

* MOGROVEJO.
Político que desde Alicante ayudaba al triunfo revolucionario de Prim (1867).
La de los tristes destinos (III).

* MOGROVEJO, Brigadier.
Del tercer Cuerpo de ejército en Africa (1859-60).
Aita Tettauen (III).

* MOHAMMED BEN ABDERRAHMÁN, Sidi.
Sultán de Marruecos (1830).
Carlos VI, en la Rápita (III).

* MOHAMMED SEN JAHER EL ZEBDY, Sidi El Hach.
Gran jefe de Marruecos (1859-60).
Aita Tettauen (III).

MOHAMED-BEN-SUR EL NASIRY, Sidi El Hach.
Nombre que adoptó Gonzalo Ansúrez al hacerse mahometano. Con él escribió la crónica mogrebina de la guerra de 1859-60.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

MOHAMED REQUENA.
De él escribe Mohamed-ben-Sur El Nasiry:
«En Samsa me hospedó mi grande amigo Mohammed Requena, anciano de luenga barba blanquísima, encorvado ya por el peso de los años, pero con el entendimiento y la mirada fulgurantes de animación, viveza y gracia. Pertenece a la nobleza tetuaní, y en su casa conserva las llaves de la que en Granada ocuparon sus antecesores hasta que Isabel y Fernando (¡a quienes Allah dé su merecido!) les arrojaron con Boabdil a las playas africanas. Es padre de generaciones: sus hijos y sus nietos y biznietos masculinos no se pueden contar... Es hombre instruído: ha estado dos veces en la Meca; ha viajado por Oriente, y algo también por España y por Italia; habla regularmente el español, y es, como sabéis, buen creyente, de los que interpretan el *Koran* a gusto de todos.»
Y Santiuste:
«Es este *Requena* un moro de casta granadina, anciano, rico, bondadoso y de sutil ingenio. El exquisito trato de tan noble señor serena mi turbado espíritu...»
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

* MOIRÓN, Don José.
Capellán castrense de la *Numancia*.
«Hombre excelente, modoso y encogidito. Por su mezquina presencia y delgada voz más parecía capellán de monjas que de marineros y oficiales de guerra. El hombre desempeñaba la cura de almas en la sociedad militar con celo y modestia, hablando poco y no traspasando jamás el límite de sus funciones espirituales. A los moribundos asistía con amor; a los enfermos acompañaba, amenizándoles con su conversación dulce las tristes horas de encierro en la enfermería de paz.»
La vuelta al mundo... (III).

— * MOISÉS.
Libertador y legislador de Israel.
La segunda casaca (I).—*Los apostólicos* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

MOJAMA.
«Curtidor de carne» asistente al baile de la *Pelumbres*.
Napoleón, en Chamartín (I).

MOLICHARD.
Soldado francés, «buen hombre, un tanto borracho», de la guarnición que defendía Salamanca. «Alto como un poste, derecho como un huso, flaco y duro y flexible cual caña de Indias, de fisonomía curtida y burlona, ojos vivos, lacios y negros bigotes, manos y pies de descomunal magnitud.»
La batalla de los Arapiles (I).

MOLINA, Esdras.
Borriquero que servía a la embaucadora Mazaltob. Un hebreo revejido, sarnoso, casi enano...
V. ENANO (Esdras Molina).

MOLINA, Tirso de.
V. TÉLLEZ, Fray Gabriel.

MOLÍNS, Don Juan.
Coronel de Artillería. Murió de un balazo defendiendo el reducto del Príncipe Alfonso, en Africa (1859).
Aita Tettauen (III).

* MOLÍNS, Marqués de.
Ministro de Marina en el Gabinete Narváez (1848). Literato. Ministro de Marina con el primer Gobierno de Alfonso XII.
V. ROCA DE TOGORES.
Narváez (II).—*O'Donnell* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— * MOLITOR.
General francés del ejército de Angulema que pasó a España (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* MON, Alejandro (1801-1882).
Político y hacendista español. Presidente del Consejo de ministros en 1846. Ministro varias veces.
Vergara (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III). *La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

— * MON. Don Arias.
Político español notable (1810).
La segunda casaca (I).

MONAGUILLO.
Pitañoso y descalzo que acompañaba al cura que rezó el responso en el sepelio de doña Esperanza Castril.
La vuelta al mundo... (III).

— * MONARDES, Nicolás (1512-1588).
Célebre médico español. Escribió obras notables acerca de los efectos de las plantas medicinales de las Indias occidentales.
Cánovas (III).

* MONASTERIO, Jesús (1836-1903).
Notable músico español. A los siete años dió conciertos de violín en el Palacio Real. Amigo de los Fajardo-Emparán.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

— * MONCADA, Francisco de (1586-1653).
Célebre historiador español. General y diplomático.
Prim (III).

* MONCASI, Don Manuel León.
Político progresista. Diputado entre 1854 y 1873. Senador electivo en 1879. Era aragonés .Representaba en Cortes a Huesca y Albacete.
O'Donnell (III).—*España sin rey* (III). *Amadeo I* (III).

* MONCEY, Adriano Juan (1754-1842).
Mariscal francés. Mandó el tercer Cuerpo de invasión en España. Volvió a este país con el ejército del duque de Angulema, en 1823.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— * MONCÍN.
Autor dramático español de obras mediocres.
La Corte de Carlos IV (I).

* MONESCILLO, Don Antolín (1811-1897).
Cardenal y político español. Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869. Orador hábil. Fué arzobispo de Valencia y Toledo.
España sin rey (III).

* MONET.
Cabecilla carlista (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

MONGAT, Badoret (Salvador).
Hijo de don Cristoful. De diez años de edad.
Gerona (I).

MONGAT, El señor Cristoful.
Herrero gerundense, protector de Andresillo Marijuán. Padre de cuatro hijos: Siseta, Badoret, Manolet y Gasparó. «Era una excelente persona, buen padre y patriota ardiente.» Murió antes de empezar el tercer sitio de Gerona.
Gerona (I)

MONGAT, Gasparó.
Hijo de don Cristoful. De cuatro años de edad.
Gerona (I).

MONGAT, Manolet (Manuel).
Hijo de don Cristoful. De seis años.
Gerona (I).

MONGAT, Siseta (Narcisita).
Hija del señor Cristoful.
«Siseta era una muchacha gordita y fresca, que sin tener una hermosura deslumbradora, cautivaba mi alma de un modo extraño, haciéndome olvidar a todas las demás mujeres, y principalmente a la que había sido mi novia en la Almunia de doña Godina. Rosada y redondita, Siseta parecía una manzana. No era esbelta, pero tampoco rechoncha. Tenía mucha gracia en su andar, y poseyendo bastante ingenio y soltura en la conversación, sabía, sin embargo, acomodarse a las situaciones, distinguiéndose por una gran disposición para no estar nunca fuera de su lugar, de cuyas prendas puede colegirse que Siseta tenía talento.»
Era la novia de Andresillo Marijuán y una madrecita encantadora para sus traviesos hermanillos.
Gerona (I).

* MONGE, Don José Félix.
Corregidor de Valencia.
Montes de Oca (II).

* MONGELOS.
Cabecilla carlista (1834) muy adicto a Zumalacárregui.
Un faccioso más... (II).

— * MONIER.
Francés que había montado una gran casa de baños «de las mejores de Europa» en la calle del Caballero de Gracia.
Mendizábal (II).

— MONIPODIO.
Personaje picaresco de la Sevilla del siglo XVI. Era jefe de ladrones. Cervantes le inmortalizó en su novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo*.
Cádiz (I).

MONJA, Una.
Una monja vieja y baldada del convento de las Capuchinas, en Gerona, tía del capitán don Alonso Carrillo.
Gerona (I).

— * MONJE, Un tal.
«Encargado en el teatro de avisar las luces y de embadurnar los telones», hizo una *lápida* constitucional en La Granja (1836), ante la que se calmaron los anhelos de los sargentos sublevados.
Luchana (II).

MONJAS, Dos.
Asustadizas, que hablaban un catalán cerrado, compañeras de viaje de Santiuste entre Alcañiz y Ulldecona.
Carlos VI, en la Rápita (III).

* MONNIER O MONIER.
Librero establecido (1854) en la Carrera de San Jerónimo.
La revolución de julio (III).—*España trágica* (III).

MONSA.
De mediana edad. «Jamona pasadita.» Ama del arcipreste guerrillero de Ulldecona Mosén Hondón, en una masada cerca de Rosell de la Cenia. Madre de Toneta.
Carlos VI, en la Rápita (III).

MONSALUD, La señora Fermina.
Madre de Salvador, a quien tuvo de soltera con don Fernando Navarro (alias *Garrote*), guerrillero y seductor de doncellas. Estuvo presa en la Inquisición de Logroño, y murió en Madrid en los brazos de la encantadora Solita Gil de la Cuadra, la eterna enamorada de Salvador y, por fin, su esposa.
V. FERMINA, La señora.

MONSALUD, Andrés.
Amigo de Santorcaz y masón, «que era un joven alto, flaco y moreno, bastante parecido a una araña». Fué apaleado en Salamanca por los patriotas españoles. Era tío de Salvadorcillo Mon-

salud, y vivió en Madrid, en la Cava, cerca de Puerta Cerrada.

La batalla de los Arapiles (I).—*El equipaje del rey José* (I).

MONSALUD, Salvador.

Sobrino del masón don Andrés, a quien apalearon en Salamanca. Hijo natural de Fermina Monsalud y del arrogante y mujeriego don Fernando Navarro *(Garrote)*.

«Salvadorcillo Monsalud era un joven de veintún años, de estatura mediana y cuerpo airoso y flexible. Su rostro moreno asemejábase un poco al semblante convencional con que los pintores representan la interesante persona de San Juan Evangelista, barbilampiño y un poco calenturiento, con singular expresión de ansiedad inmensa o de aspiración insaciable en los grandes ojos negros. Grave seriedad sentimental se desprendía de su persona, de su voz y de su porte; cautivaba a todos por su cortesía y a las muchachas por su agraciada delicadeza, no adquirida con la educación, pues había nacido en cuna muy humilde. Era, como el Evangelista, algo tímido y muy circunspecto, lo cual no resultaba en este siglo, ni aun cuando principiaba. Con su traje de guardia española, Monsalud estaba muy gallardo, pero sin aquel espantable continente marcial que caracteriza a los militares de afición: era su figura la de un soldado en yema o campeón verde que aún no se había endurecido al sol de los combates ni acorazado con la fanfarrona soberbia de una larga vida de cuarteles.»

«Aunque el joven tenía ideas, y no pocas, si bien revueltas, confusas y desordenadas, aún no poseía las que comúnmente se llaman ideas políticas, es decir, no había llegado, a pesar del vehemente ardor de la generación de entonces, al convencimiento profundo de que la solución nacional fuese mejor o peor que la extranjera. No faltaba, ciertamente, en su corazón el sentimiento de la patria; pero estaba ahogado por el precoz desarrollo de otro sentimiento más concreto, más individual, más propio de su edad y de su temple: el amor. Está escrito que en ciertos casos, tal vez siempre, el rostro de una mujer tenga mayores dimensiones y ocupe dentro del universo más grande espacio que las inmensidades materiales y morales de la patria. Por esta causa, por este aparente absurdo, Fernando el Deseado y José Bonaparte eran, a los ojos de Monsalud, dos figuras lejanas y pequeñitas, que apenas se parecían en las nieblas del cerrado horizonte.»

Protagonista de la segunda serie de *Episodios Nacionales* (V. SERVET, Jaime).

Se casó al fin con su eterna enamorada Solita Gil de la Cuadra.

El equipaje del rey José (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

MONSERRAT, Madre.

Monja dominica de San Salomó, en Solsona.

«Al mismo tiempo dejóse oír una voz hueca, telarañosa, si es permitido decirlo así, una voz gastada y oscurecida por los años, la cual voz provenía, según todos los indicios, de la carcomida laringe de la señora monja que se sentaba a la derecha de la madre abadesa, y que hasta entonces había sido mudo testigo de la conferencia. Era una mujer anciana y cadavérica, cuyas palabras sonaban con tono de solemnidad, como palabras salidas de la tumba.»

Un voluntario realista (II).

— * MONTAGNANA, Luigi.

Famoso tenor italiano.

La Corte de Carlos IV (I).

* MONTALBÁN, Don Juan.

Sabio rector de la Universidad Central. Dimitió por no aceptar la imposición del Gobierno que le ordenaba privar de su cátedra a Castelar (1866).

Prim (III).

— * MONTALVO, Alonso Díaz (¿1412-1492?).

Célebre jurisconsulto español. Autor de las famosas Ordenanzas que llevan su nombre. Consejero y oidor de los Reyes Católicos.

Juan Martín el Empecinado (I).

— * MONTAÑÉS, Juan Martínez (1596-1648).

Célebre escultor español.

Vergara (II).

MONTAÑESES, Tres.
De la Cerdaña, sin uniforme y con armas, que acompañaban a Tilín.
Un voluntario realista (II).

MONTECASTRO, Eulalia.
Dama de la nobleza española. Amiga de doña Consolación Armada.
La estafeta romántica (II).

— * MONTECÚCULI, Raimundo (1609-1681).
Táctico militar. General austríaco. Dejó escritas unas interesantes *Memorias militares.*
Bailén (I). — *Napoleón, en Chamartín* (I).

MONTEFIORI.
Hermosísima mujer *de historia*, que se casó en Inglaterra con Jenaro Negretti y del que tuvo una hija: Aurorita.
Mendizábal (II).

— * MONTELIRIOS, Señora condesa de.
Patriota dama española. Donó «su toaleta de plata» para que fuera vendida y con el precio equipar a los voluntarios que luchaban contra Napoleón.
Bailén (I).

* MONTEMAR.
Periodista. Redactor de *Las Novedades.* Complicado en los disturbios revolucionarios de 1854.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*España trágica* (III).

* MONTEMAR, Marqués.
Noble muy demócrata, amigo de literatos y empleadillos. Chistoso. Servicial.
Cánovas (III).

— * MONTEMAR, Duque de.
Nombrado por Angulema (1823) miembro de la Regencia de la Fe.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* MONTEMOLÍN.
Título del pretendiente Carlos VI.
En 1860 escribe Santiuste:
«De la primera tartana vi bajar a Montemolín, un joven alto, de buena presencia, pálido, con una nube en un ojo, barba que renacía tenuemente después de afeitada, como cerquillo oscuro en los bordes del ovalado rostro; vi detrás al hermano, más pálido y ojeroso, menos interesante que el primogénito. Ambos, al entrar en la Comandancia, pasaron rozando conmigo: observé sus gabanes largos llenos de polvo; las hilachas de sus pantalones; la chafadura de los hongos negros de seda, blanqueados del polvo; los cuellos de camisa no mudada en luengos días; el deterioro general de sus ropas; los guantes por cuyos descosidos asomaban los dedos; noté las caras soñolientas, mustias, avergonzadas... ¡Oh, qué historia tan triste! Sentí lástima de la causa y de sus hombres, que parecían conducidos a un patíbulo sin muerte o a una muerte histórica sin dignidad.»
Bodas reales (II).—*Narváez* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

MONTENEGRO.
Boticario de Laguardia.
Luchana (II).

MONTEORGAZ, Carolina, Marquesa de.
Hermosa aristócrata, muy dada a los amoríos. Estuvo *enredada* con *el chico* de Yébenes, y a la muerte de éste *se consoló* con Guillermo Aransis, su primo.
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

MONTEORGAZ, Felipe, Marqués de.
Vividor. Explotaba a los amantes de su mujer.
O'Donnell (III).

MONTEORGAZ, Las de.
Nobles señoritas hijas de los marqueses de dicho nombre, amigas de las de Calpena-Castro-Amézaga.
España trágica (III).

MONTERO, David.
Un galeote a quien el cantón transformó en ciudadano combatiente (1873). De él escribe el insigne Tito:
«En el tiempo que estuve en el castillo de Galeras hice amistad con un hombre muy avispado, cuyos ojos suplieron a los míos en la visión del lejano combate. Su vista superaba a la de las gaviotas, y todo lo refería como si los objetos se acercasen hasta ponerse a tiro de fusil. El mismo me reveló con donosa franqueza su condición de presidiario, diciéndome que la condena había sido por diez

años y que sólo le faltaban meses para cumplirla cuando el cantón le puso en libertad. De las causas que motivaron su encierro no me dijo nada ni osé yo preguntarle. Era de buen talle y agradable presencia, uno de esos hombres de naturaleza tan peregrina que a los sesenta años conservan una dulce jovialidad y el contento de vivir. Sus canas se armonizaban con sus ojos azules, de expresión bondadosa, y su palabra era fácil, serena y de perfecto casticismo en la dicción. David Montero, que así se nombraba, había ejercido antes de su delito la profesión de mecánico, dedicado casi exclusivamente a la compostura y arreglo de instrumentos de náutica. Tal era en el departamento la fama de su habilidad, que tuvo siempre la tienda llena de sextantes, octantes, brújulas, barómetros, aneroides, y no faltaban cronómetros, pues también era consumado relojero. Apurábanle sus clientes, y él, infatigable, a duras penas cumplía, aumentando las horas de trabajo.»

De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* MONTERO, Lisardo.

Capitán de navío peruano (1865).

La vuelta al mundo... (III).

* MONTERO ALINGE.

Diputado en 1869. «Gallego él y progresista.»

[Galdós le llama también Montero Telinge.]

España sin rey (III).

* MONTERO RÍOS, Don Eugenio (1832-1914).

Ministro de Gracia y Justicia en el Gabinete Ruiz Zorrilla (1871). Gran jurisconsulto.

Amadeo I (III).

* MONTERO TELINGE.

«Con sus barbas de Isaías.»

Periodista y político español. Partidario de don Enrique de Borbón como candidato al trono de España (1870).

[Galdós le llama también Montero Alinge.]

España trágica (III).

* MONTES, Francisco (murió en 1852).

Famoso torero de la escuela rondeña. Triunfaba en la primera mitad del siglo XIX. Fué autor de un *Tratado de tauromaquia.*

Mendizábal (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * MONTES, Lola (Dolores Elisa Rosana Gilbert) (1820-1861).

Famosa bailarina escocesa que vivió mucho tiempo en España y se tituló la *Española.* Favorita de Luis I de Baviera.

Narváez (II).

* MONTES DE OCA, Manuel (1804-1841).

Marino y político español. Fué diputado (1835) y ministro de Marina. Por conspirar contra Espartero fué condenado a muerte y ejecutado en Vitoria.

«En este breve lapso de tiempo el enojo de Ibero se dulcificó ante la fisonomía grave, dulce y melancólica del joven gaditano, a quien conocía por su nombre, un poco altisonante, y por su fama de caballerosidad. Habíasele imaginado viejo, adusto y con cara de pocos amigos; y viendo su juventud, su hermosura, su expresión soñadora y romántica, sus azules ojos, que antes revelaban las tristezas del poeta que las energías del sectario, reconoció que nuestra existencia no es más que un tejido de errores y que gran parte del tiempo que vivimos lo empleamos en la necesaria rectificación de juicios y creencias.»

«Era hombre macizo, homogéneo, sin las complejidades que la vida moderna exige a todos los que en ella buscan algo de provecho. ¡Lástima de primera materia, tan sólida y pura, en un siglo que no suele emplear para sus grandes obras lo puramente elemental, en un siglo de combinación y de alquimias cada día más complicadas!»

Era, en suma, don Manuel Montes de Oca representación viva de la *poesía política,* arte que ha tenido existencia lozana en esta tierra de caballeros mayormente en la época primera de nuestra renovación política y social.

Mendizábal (II).—*Montes de Oca* (II). *Los ayacuchos* (II). — *España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

* MONTESINOS.

Político de ideas radicales. Amigo íntimo del jerezano Paúl y Angulo.

España trágica (III).

* MONTESINOS, Don Cipriano Segundo.
Jefe militar. Político progresista. En 1843, uno de los incondicionales de Espartero. Perteneció a la partida de *La Porra* que organizó Ducazcal para combatir a los republicanos.
Bodas reales (II).—*O'Donnell* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

— * MONTESQUIEU, Carlos Luis de Secondat. Barón de (1689-1755).
Gran literato y mediocre filósofo francés.
Narváez (II).—*O'Donnell* (III).—*Cánovas* (III).

MONTESTRUEQUE, Don Juan Crisóstomo de.
Canónigo entero de la colegial de Borja. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

MONTGUYON, Conde de.
Coronel del tercero de Húsares. Se enamoró apasionadamente de Jenara. «Era soltero, de treinta y cinco años, bien parecido, atento y finísimo, como todos los franceses.»
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* MONTEVERDE, Don Francisco.
Jefe militar complicado (1866) a favor de don Juan Prim.
«Monteverde cautivaba la atención por su lucida estatura y la nobleza y hermosas líneas de su rostro, alta la frente, blanquísima la barba. Dejábase tratar llanamente de todo el mundo, y sus compatriotas, los canarios, le llamaban *Frasco Monteverde;* era hombre modesto, sencillísimo, afable, gran corazón, y uno de los amigos más adictos y leales que tuvo don Juan Prim.»
Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869.
Prim (III).—*España sin rey* (III).

— * MONTI, Vicente (1754-1853).
Literato nacionalista italiano.
Las tormentas del 48 (II).

— * MONTIANO Y LUYANDO, Agustín (1697-1764).
Preceptista y crítico. Académico de la Real Española de la Lengua y director de la de la Historia, a cuya fundación contribuyó.
La Corte de Carlos IV (I).

MONTIEL, Don Mateo.
Esposo de doña María Torrubia, la amiga de doña Leandra Quijada.
Bodas reales (II).

MONTIEL, Manolo.
Joven rico. Tenía amoríos con la Cardeña.
O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

MONTIEL, Pepito.
Joven rico, vago y vicioso. Espuma del Madrid prealfonsino... (1874).
Cánovas (III).

— * MONTIJO, Don Eugenio Eulalio Portocarrero Palafox. Conde de.
Encubierto con el nombre de *Tío Pedro,* dirigió el motín de Aranjuez—19 de marzo de 1808—contra Carlos IV, María Luisa y el Príncipe de la Paz.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Gerona* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— * MONTIJO, Condesa de.
Madre de la famosa emperatriz Eugenia.
O'Donnell (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * MONTIJO, Eugenia de.
En 1848 vivía en Madrid, con su madre, en el palacio de la plaza del Angel. Emperatriz de los franceses, casada con Napoleón III.
Las tormentas del 48 (II).—*O'Donnell* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*España trágica* (III).

— * MONTIJO, Paca.
Hija de los condes de Montijo.
O'Donnell (II).

— * MONTMORENCY, Duque de.
Ministro de Estado francés (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MONTORIA, Agustín de.
Hijo benjamín de don José. Estaba

destinado a la Iglesia. Héroe durante el segundo sitio de Zaragoza.

«Era él un joven de hermosísima figura, ojos grandes y vivos, despejada frente y cierta gravedad melancólica en su fisonomía. Su corazón, como el del padre, estaba lleno de aquella generosidad que se desbordaba al menor impulso; pero tenía sobre él la ventaja de no estimular al favorecido, porque la educación le había quitado gran parte de la rudeza nacional. Agustín entraba en la edad viril con la firmeza y la seguridad de un corazón lleno, de un entendimiento rico y no gastado, de un alma vigorosa y sana, a la cual no faltaba sino ancho mundo, ancho espacio para producir bondades sin cuento. Estas cualidades eran realizadas por una imaginación brillante, pero de vuelo seguro y derecho, no parecida a la de nuestros modernos geniecillos, que las más de las veces ignoran por dónde van, sino serena y majestuosa, como educada en la gran escuela de los latinos.

»Aunque con viva inclinación a la poesía (pues Agustín era poeta), había aprendido la ciencia teológica, descollando en ella como en todo. Los padres del Seminario, hombres de mucha ciencia y muy cariñosos con la juventud, le tenían por un prodigio en las letras humanas y en las divinas, y se congratulaban de verle con un pie dentro de la Iglesia docente. La familia de Montoria no cabía en sí de gozo, y esperaban el día de la primera misa como el santo advenimiento.

»Sin embargo (me veo obligado a decirlo desde el principio), Agustín no tenía vocación eclesiástica.»

Zaragoza (I).

MONTORIA, Don José de.

Rico labrador de Zaragoza y héroe durante sus Sitios (1808-1809).

«Era don José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebosando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en patriarcales virtudes y en costumbres ejemplares y pacíficas (si es que esto puede estar de sobra en algún caso), le faltaba en educación; es decir, en aquella educación atildada que entonces empezaban a recibir algunos hijos de familias ricas. Don José no conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por costumbres era refractario a la mentira discreta y a los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía. Como él llevaba siempre el corazón en la mano, quería que asimismo lo llevasen los demás, y su bondad salvaje no toleraba las coqueterías frecuentemente falaces de la conversación fina. En los momentos de enojo, era impetuoso y dejábase arrastrar a muy violentos extremos, de que, por lo general, se arrepentía más tarde.

»En él no había disimulo, y tenía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Era preciso saberlo entender, cediendo a sus excentricidades, si bien en rigor no debe llamarse excéntrico el que tanto se parecía a la generalidad de sus paisanos. No ocultar jamás lo que sentía era su norte, y si bien esto le ocasionaba algunas molestias en el curso de la vida ordinaria y en asuntos de poca monta, era un tesoro inapreciable siempre que se tratase con él un negocio grave, porque puesta a la vista toda su alma, no había que temer malicia alguna. Perdonaba las ofensas, agradecía los beneficios y daba gran parte de sus cuantiosos bienes a los menesterosos.

»Vestía con aseo; comía abundantemente, ayunando con todo escrúpulo la Cuaresma entera, y amaba a la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, según se ha visto, un modelo de comedimiento, y él mismo confesaba como el mayor de sus defectos lo de soltar a todas horas *porra* y más *porra*, sin que viniese al caso; pero más de una vez le oí decir que, conocedor de la falta, no la podía remediar, porque aquello de las *porras* le salía de la boca sin que él mismo se diera cuenta de ello.»

Zaragoza (I).

MONTORIA, Don Manuel.

Hijo primogénito de don José. Murió en el segundo sitio de Zaragoza. «Joven de treinta años, no menos simpático y generoso en vida que su padre y hermano.»

Zaragoza (I).

MONTORIA, Señorita de.
Hija de don José.
Zaragoza (I).

* MONTPENSIER, Antonio, Duque de (1824-1890).
Hijo de Luis Felipe de Francia. Se casó con la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II. Fué padre de la reina Mercedes, primera esposa de Alfonso XII. En desafío mató de un balazo a don Enrique de Borbón, frustrado esposo de Isabel II y su cuñado al cabo.
Bodas reales (II).—*La revolución de julio* (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

— * MONTPENSIER, Duquesa de.
Título, por su matrimonio, de V. LUISA FERNANDA, Infanta.

* MONTPENSIER, Reina doña Mercedes de.
Reina de España. Esposa primera y amada de Alfonso XII. Queríanla los madrileños entrañablemente. «Linda, modesta, dócil, amable, inteligente...»
Cánovas (III).

* MONTÚFAR, La.
«Guapa, carnosa...» Aristocrática dama madrileña, asidua a la ópera en el Real (1874).
Cánovas (III).

MONUELLE, La de.
Dama respetabilísima que alternaba... con las que no lo eran.
O'Donnell (III).

MOÑINO, El licenciado.
De la Suprema Inquisición. Cofrade de la Luz y de la Vela. Amigo de Bragas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

MOÑO TRISTE, La.
Daifa *de postín*.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

— MOOR, Carlos.
El más poético e interesante de los salteadores de caminos ingleses.
La batalla de los Arapiles (I).

* MOOR, El tío (don Cecilio Fuentes).
Patriota madrileño que defendió el barrio de Santa Bárbara contra los franceses.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * MOR DE FUENTES, José (¿1758?).
Literato e ingeniero español.
Napoleón, en Chamartín (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

* MORA, Don José María.
Diputado por Alicante, oficial de Gobernación. Hombre «corpulentísimo». Amigo de Narváez (1849). Periodista. Director de *El Heraldo* en 1854.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).

* MORA, Gonzalo.
Lidiador de reses bravas (1877).
Cánovas (III).

— * MORA Y LOMAS, Don Pedro de.
Caballero de la Orden de Carlos III, corregidor de Madrid. Muy patriota mientras Napoleón no llegó a Somosierra. Después *cambió la casaca* con la mayor frescura.
Napoleón, en Chamartín (I).

MORALES DÍEZ DE LA CORTINA, Don Juan.
Procurador sevillano (1836), amigo del ceceoso y *jarolero* Ibraim.
De Oñate a La Granja (II).

MORALES, Don Vicente.
«Racionero medio.»
Los apostólicos (II).

* MORALES, Manuela.
Cantante española de ópera, esposa de Manuel García.
La Corte de Carlos IV (I).

MORALES, Padre.
Clérigo de San José, amigo de los Socobios.
Narváez (II).

* MORALES DE LOS RÍOS.
General ayudante de don Alfonso XII.
Cánovas (III).

MORÁNCHEZ, Nicasia.
Labradora de Sacedón a quien los franceses arrancaron media oreja.
Juan Martín el Empecinado (I).

MORATA, Vicente.
Cajista de imprenta. Concurrente a la taberna de Ginés Tirado. Parlanchín. Borrachín. Jugador de tute.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* MORATÍN, Leandro Fernández de (1760-1828).
El más grande autor dramático español del siglo XVIII. Autor de *El sí de las niñas, La comedia nueva* y *La mojigata*. Nació en Madrid. Murió en París.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).

— * MORATÍN, Nicolás Fernández de (1737-1780).
Gran poeta y autor dramático. Padre de Leandro.
Los apostólicos (II).

* MORAYTA, Don Miguel (1834-1917).
Político, catedrático y publicista español de ideas republicanas. Gran Oriente de la Masonería.
España trágica (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

MORAZO.
Negro, de mirada candorosa y estatura colosal, piadoso y feroz...
Aita Tettauen (III).

* MOREJÓN, Don José.
Agente del realismo fernandino en el norte de España (1822).
Era «oficial de la Secretaría de la Guerra, y después secretario reservado de su majestad, con ejercicio de decretos, el cual tenía el encargo de gestionar en París con el Gobierno francés los medios de arrancar a España el cauterio de la Constitución gaditana, sustituyéndole con una cataplasma anodina hecha en la misma farmacia de donde salió la Carta de Luis XVIII».
El 7 de julio (I).

* MOREJÓN, El señor.
A quien en 1844 condecoró Isabel II.
Bodas reales (II).

* MORELLA, Conde de.
Título de.
V. CABRERA, Don Ramón.

* MORENO, Antonio.
Un audaz que de peluquero llegó a consejero de Hacienda.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* MORENO, Don Antonio Guillermo.
Banquero. Amigo del marqués de Beramendi. Hombre servicial.
O'Donnell (III).

* MORENO, Cardenal.
Prelado insigne español. Asistió en su última enfermedad a la reina Mercedes.
Cánovas (III).

* MORENO BENÍTEZ, Don Emilio.
Político. Amigo de Prim (1867). Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869.
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— * MORENO GUERRA.
Ministro liberal de Fernando VII.
El Grande Oriente (I).

* MORENO ISLA.
Amigo de Pepe García Fajardo. Diputado a Cortes muchos años. Político de ideas liberales.
Las tormentas del 48 (II).

* MORENO LÓPEZ.
Diputado a Cortes «elegante», amigo de Pepe García Fajardo.
Narváez (II).

* MORENO NIETO, Don José (1825-1882).
Jurisconsulto y político español. Diputado.
«Era don José Moreno Nieto, para quien la Biblioteca que regentaba era poca cosa en comparación de la que él tenía en su cabeza. Había metido en ella todos los sistemas filosóficos conocidos y los que aún estaban por conocer. A esta desaforada erudición correspondía una facilidad, una fluidez de palabra como el chorro de fuente inagotable. Más meritorio debía de ser en él el silencio que la elocuencia, pues ésta le salía de la boca sin esfuerzo alguno, como la constante erupción de

un entendimiento que no cabe en sí mismo. Era de corta estatura, picado de viruelas, erizado el bigote, el pelo echado hacia atrás. Solo, callado y sin oyentes, hablaba con la movilidad de su temperamento nervioso, con el espíritu que no esperaba la palabra para salirse por los ojos. No existió jamás hombre más puro, de más recta conciencia, ni una vida en que tan bien incrustadas estuvieran, una dentro de otra, la filosofía sabida y la virtud practicada.»

Prim (III).—*España sin rey* (III).

* MORENO RODRÍGUEZ.

Político y diputado español (1873). Amigote del insigne Tito.

Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* MORENO RUBIO.

Conocido médico de Madrid. Asistía a la familia Calpena-Castro-Amézaga-Ibero.

España trágica (III).

MORENTÍN, Don Luis.

Hermano de doña Marta y doña Rita. Murió el año 1805 en Trafalgar.

Vergara (II).

MORENTÍN, Doña Marta y doña Rita.

Damas naturales de Cintruénigo. Vivían en Durango. «Eran muy parecidas las dos damas: pequeñas, vivarachas, limpias, con sus pañuelos a la cabeza a estilo bilbaíno, dejando ver sobre las orejas mechones de purísimas canas; vestidas humildemente, chapoteando en el fango del corral, con almadreñas, que hacían un *clocló* muy campesino, eco celtíbero sin duda que nos trae los rumores de antaño al través de cientos de siglos.»

Doña Marta era poetisa y latina. Las dos, sesentonas y carlistonas intransigentes. Hospedaron en su casa a Fernandito Calpena para que pudiera vigilar a su amada Aura.

Vergara (II).

MORENTÍN, Las niñas de.

V. MORENTÍN, Doña Marta y doña Rita.

* MORET Y PRENDERGAST, Don Segismundo (1838-1913).

Gran abogado y político liberal español. Diputado, senador, académico. Ministro varias veces y presidente del Consejo en 1905 y en 1909. Estableció el impuesto de cédulas personales.

España sin rey (III).—*Amadeo I* (III).

— * MORETO, Agustín (1618-1669).

Uno de los más insignes dramáticos españoles del siglo XVII.

Los apostólicos (II).

— MORFEO.

Hijo del Sueño y de la Noche. Símbolo del sueño.

La primera República (III).

* MORIANI.

Célebre cantante que actuó en Madrid hacia 1846.

Bodas reales (II).

— * MORILLO, Don Pablo (1778-1837).

Famoso general español. En América, en 1815, con escasísimas fuerzas, sin recibir auxilio de España, hizo frente victoriosamente a los ejércitos de los llamados libertadores.

El equipaje del rey José (I).—*El 7 de julio* (I).

* MORIONES, Don Domingo.

Jefe militar. Contertulio de Clavería en el café de La Iberia, de Madrid. «De buena estatura, con gabán corto, no muy lucido, melancólico...» Era amigo de carrera y paisano de don Santiago Ibero. Fué lugarteniente de Prim en el Norte.

«Moriones, que en el escalafón del Ejército no era más que capitán, tenía título y autoridad de coronel en las falanges de la emigración revolucionaria. Al frente de los sublevados aragoneses, apareció vestido de paisano, con chaquetón pardusco, sombrerillo blando, el ala inclinada por delante al modo de visera; sin ninguna insignia ni distintivo militar, sin armas a la vista. Era un hombre duro, seco, voluntarioso, fruto de la tierra clásica del baturrismo, Egea de los Caballeros, una de las Cinco Villas de Aragón. Su valor temerario, unido al maravilloso instinto estratégico, hacían de él un guerrillero indomable. En la guerra de la Independencia no habría tenido rival; en la civil habría sido un Zumalacárregui; en aquella nueva contienda entre españoles, por un más

o un menos de libertad, ocasión y medios le faltaron para realizar verdaderas maravillas. Bien acreditó su maestría guerrillera en la intentona de agosto del 67, recogiendo y organizando a los carabineros con los ardides y el rigor necesarios en tales casos.»

Se le nombró general en jefe del Ejército del Norte que luchó contra los carlistas (1874).

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * MORLA, Don Tomás de la (1752-1820).

Organizó la defensa artillera de Madrid en 1808. General español. Había obtenido triunfos contra los franceses en el Rosellón.

Napoleón, en Chamartín (I). — *Cádiz* (I).

* MORÓN, Fermín Gonzalo.

Periodista, crítico y político español romántico. Diputado a Cortes en 1849.

Mendizábal (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (II).

* MORPHY, Don Guillermo (1836-1899).

Notable músico. Gran amigo de los García Fajardo Emparán (1867) y profesor del principito don Alfonso (XII), de quien más tarde fué secretario.

La de los tristes destinos (III).

— * MORRO.

Periodista y diputado en las Cortes de Cádiz.

Cádiz (I).

— * MORTIER, Eduardo José (1768-1835).

Duque de Treviso. Mariscal francés que con Víctor y Sebastiani dispersó a los ejércitos españoles llamados *del Centro* (1809).

Gerona (I).

MORTIFICA, Tía.

Viejuca de Atienza a la que rompió un brazo cierta caída motivada por un tormentazo.

Narváez (II).

MOSCA, El.

Maleante madrileño, amigo del *perdis* Segismundo Fajardo.

España trágica (III).

MOSCA VERDE.

Guerrillero y armero de la partida de Vicente Sardina, el lugarteniente de *El Empecinado*.

Juan Martín el Empecinado (I).

MOSCARDÓN.

Sargento español.

La batalla de los Arapiles (I).

— * MOSCOSO.

Brigadier liberal para quien el fiscal pidió (1814) la pena de muerte. Fué ministro en el Gobierno Martínez de la Rosa (1834).

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El 7 de julio* (I).—*Mendizábal* (II).

* MOSQUERA.

Ministro de Fomento con el Gobierno del general Serrano, *que liquidó* la República (1874).

De Cartago a Sagunto (III).

* MOY, Conde de.

Coronel de guardias. Servilón que conspiraba en casa de Naranjo.

El 7 de julio (I).

* MOYA, Comandante.

Ayudante del general Prim. Muy afecto a éste. Le acompañaba la noche en que le asesinaron.

España trágica (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* MOYA, Don Javier.

Político *del montón* (1871). Amigo incondicional de Ruiz Zorrilla.

Amadeo I (III).

* MOYA, Don Miguel.

Vocal de la Junta Suprema Cantonal de Cartagena (1873). Muerto en un combate naval.

De Cartago a Sagunto (III).

MOYA, José.

Librero. Socio de Boix. Tenían su establecimiento en la *Carrera de San Jerónimo*.

La estafeta romántica (II).

* MOYANO, Don Claudio (1809-1890).

«De tenebroso entrecejo y desapacible rostro.» Rector de la Universidad de Madrid (1849). Ministro en 1856 y en

1864. Autor de una famosa reforma de la Enseñanza.
Narváez (II).—*Prim* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

— * MOYANO, Don Tomás.
«Insaciable.» Ministro de Fernando VII. En nada se distinguía sino por su obesidad. Era antipático, vanidoso y malintencionado.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* MOYNA.
Ayudante de Churruca, muerto en Trafalgar sobre el navío *San Juan*.
Trafalgar (I).

MOZA.
De la posada de Trespaderne, en la que se albergaron don Beltrán de Urdaneta y Fernandito Calpena cuando se dirigían al Valle de Mena.
Luchana (II).

MOZA LOZANA.
Servidora, en Durango, de doña Tiburcia Esnaola.
Vergara (II).

MOZALBETE.
Orador comunero que dijo mil incongruencias en una sesión graciosísima.
El Grande Oriente (I).

— * MOZART, Juan Wolfgang (1756-1791).
Extraordinario músico compositor alemán.
Zaragoza (I).—*Luchana* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III). *Prim* (III).—*Cánovas* (III).

MOZAS, Dos.
Que asaltaron a Tapia y al bailío Romarate en un colmado de la calle de la Visitación.
«A poco de enviar este recado, colároнse sin previo aviso en el departamento o establo donde los dos amigos comían dos mozas de insolente hermosura, bravas, jocundas y desfachatadas. Al verlas llegar alborotando, arrimarse a la mesa, metiendo ruido con platos y cubiertos, pedir langostinos, salsa tártara y manzanilla, lo primero que chocó a don Wifredo fué que hablaban con muy mala gramática. La una sazonaba su lenguaje con dengues andaluces; la otra, con rudezas baturras.
»Ambas mozas se mostraron desde el primer instante amabilísimas, con todos los pérfidos arrullos propios de su liviana condición.»
España sin rey (III).

Mozo.
Joven hortelano de la posada que en Solsona tenía José Guasp.
Un voluntario realista (II).

Mozo, Un avispado.
«Que por su puntualidad y tino, por la ligereza de sus piernas, parecía hijo predilecto de Mercurio.» Sirvió de mensajero a los complicados en el pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

MOZO BIEN PARECIDO.
«Con insignias de sargento de granaderos» (1822).
El 7 de julio (I).

Mozo, Un.
De Falces, carlista, que insultó a la Saloma, de Borja, cuando ésta se iba de Villafranca, ya fusilado su amante el cristino *Mediagorra*.
Zumalacárregui (II).

MOZUELA.
Que le llevó al insigne Tito las cartas de su quinto amorío; Graziella, a quien servía.
Amadeo I (III).

MU.
Nombre que daba Virginia Socobio al enano idiota, casi mudo—no decía sino *mu*—que era su vecino en el lugar en que se habían ocultado ella y su amante.
La revolución de julio (III).

MUCHACHO.
Pertenecía a *Los Numantinos*, sociedad secreta que conspiraba contra Fernando VII.
«Era un muchacho que hacía muy malos versos y no muy buena prosa, medio traductor de Homero, casi abogado, casi empleado, casi médico, que había empezado varias carreras sin concluir ninguna. Sabía lenguas extranjeras. Tenía veinte años, y en tan corta edad había pasado de una infancia alegre a una juventud taciturna. Tan bruscas eran a veces las oscilaciones de su ánimo arre-

batado en un vértigo de afectos vehementes, que no se podía distinguir en él la risa del llanto, ni el dudoso equívoco de la expresión sincera. Había en su tono y en su lenguaje un doble sentido que aterraba y un epigramático gracejo que seducía. Era pequeño de cuerpo y bien proporcionado de miembros. A su pelo muy negro acompañaban bigote y barba precoces; su color era malo, bilioso, y sus ojos, grandes y tristes. Tenía mala boca y peores dientes, lo cual le afeaba bastante. Fumaba sin descanso, como si padeciera una sed de humo que jamás podía aplacarse, y era en su vestir pulcro, elegante y casi lechuguino.

»Educado en Francia, afectaba a veces desprecio de su nación y la censuraba con acritud, quejándose de ella como el prisionero que se queja de la estrechez incómoda de su jaula. Frecuentemente, después de alborotar en el grupo de un café con palabras impetuosas o mordaces, se retiraba a un rincón, rechazando toda compañía, o despidiéndose a la francesa. huía. Después de largas ausencias, tornaba a la pandilla con humor hipocondríaco.

»Daba su opinión sobre poesía y literatura con un aplomo y una originalidad de juicios que pasmaba a todos. Ni *Veguita* ni el tuerto autor de comedias tenían conocimiento, por lo que sus maestros de aquí les enseñaban, de aquel nuevo y peregrino modo de juzgar, buscando el fondo más bien que la forma de las obras. Pero cuando nuestro atrabiliario quería echarse a poeta, los mismos que le admiraban como juez se reían en sus barbas diciéndole que *una cosa es predicar y otra dar trigo.*»

Los apostólicos (II).

MUCHACHUELA JOROBADITA.

Al servicio de los Castril, en Loja.

La vuelta al mundo... (III).

MUEL, El pobre.

Se había vuelto loco al ver fusilar a tres hijos suyos, en Alventosa, por orden del cura Lorente; «y se pasaba la vida predicando por los caminos en canto llano».

«Era un hombre de aventajada estatura, flaco, de tez tan morena, que a la escasa luz de la cuadra parecía negra; el pañizuelo liado a la cabeza; el cuerpo cubierto de un luengo camisón, sin faja; los pies desnudos, negros también, como la cara, como las manos, semejantes a manojos de sarmientos; todo él perfecto plagio de un santón árabe.»

La campaña del Maestrazgo (II).

MUJER.

Aldeana de Elizondo, madre de cuatro hijos en cuya casa se hospedó Carlos Navarro casi loco de remate ya.

Un faccioso más... (II).

MUJER.

De Tiburcio Gamoneda. Tenía en los altos *del Barquillo*, junto al camino viejo de Vicálvaro, un corral con tantos animales que parecía el Arca de Noé.

O'Donnell (III).

MUJER.

Gorda y soñolienta. Criada en la posada duranguesa en que se hospedó Calpena (1838).

Vergara (II).

MUJER.

Que pidió limosna a las de Castro-Amézaga en el camino de Avalos.

Los ayacuchos (II).

MUJER, La.

De don Fermín Iracheta, defensor de Peralta. Intentó que su marido se rindiera a Zumalacárregui. «O te quitas de ahí ahora mismo, puerca, y te vas a casa, o hacemos fuego contra ti. Fermín Iracheta sabe morir; pero no sabe deshonrarse.» Así la respondió el héroe navarro y *cristino*.

Zumalacárregui (II).

MUJER, Una.

De la casa en que se refugió Gasparito Grijalva.

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

MUJER, Una.

Que hacía oficio de portera en la casa de Monsalud, en Sevilla.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MUJER ANDRAJOSA.

Indicó a Jenara la prisión «donde habían llevado a Salvador Monsalud».

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

MUJER DE MEDIANA EDAD.

Dueña de la casa, calle *de Cuchilleros*,

donde se habían refugiado Virginia Socobio y Leoncio Ansúrez (julio de 1854).
La revolución de julio (III).

MUJER FEA.
«Y ordinaria, que parecía una criada.» Iba a dar un recado.
El 7 de julio (I).

MUJER GIGANTESCA.
Escribe Santiuste:
«Vi en lo más alto de la escalera una mujer de gigantesca estatura, negra como el ébano, de hocico largo y labios bozales. Apenas pude apreciar en su poca ropa una tela listada de rojo y blanco; en su cabeza, la pincelada chillona de un pañuelo encarnado; en otra parte, brillo de aretes, de ajorcas, de no sé qué áureos metales; vi sus largas piernas desnudas; vi el bulto enorme de sus pechos..., y viendo esto y algo más con brevedad de relámpago, oí la voz de la negra giganta increpando a *Maimuna*, y oí también la réplica de ésta.»
Vivía en el harén de Mohamed-ben-Sur-El Nasiry.
Carlos VI, en la Rápita (III).

MUJER HERMOSA.
«Tan hermosa le pareció—a Solita Gil de la Cuadra—, que creía no haber visto nunca belleza semejante.» Esperaba dentro de una berlina a Salvador Monsalud. De ideas absolutistas, conspiraba en casa de Naranjo.
El 7 de julio (I).

MUJER INFELIZ.
Y viuda, que con dos hijas se moría de hambre en un sotabanco de la calle de Ministriles, y a quienes socorrió Teresita Villaescusa.
V. SÁNCHEZ, Jerónima.
O'Donnell (III).

MUJER TUERTA.
De un pastor de Genevilla. Cotorrona y aviesa.
Zumalacárregui (II).

MUJERES, Dos.
De Laguardia. Muy parlanchinas, que salieron a recibir a las Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

MUJERES, Dos.
Guipuzcoanas, de las que se sirvió don José Fago para determinado servicio en favor del presunto Carlos V.
V. IGNACIA.
Zumalacárregui (II).

MUJERES, Siete.
En la residencia veraniega de Albano del Cardenal Antonelli. Cinco viejas y dos muchachuelas... «de las cuales una era bonitilla y la otra probada».
Las tormentas del 48 (II).

MUJERES GUAPÍSIMAS.
Que cenaban en Utiel con Cabrera.
«De nacarada tez y ojos hechiceros, ataviadas a estilo popular. Los *caragols* sobre las sienes, cruzados por ganchos de oro; el moño de trenzas, atravesado por las agujas, ofrecían el clásico modelo del peinado valenciano. En sus orejas llevaban los arcaicos *polques* de oro con esmeraldas y perlas barrocas, joyas de apariencia bizantina, y en el cuello hilos de aljófar. Toda la vestimenta, de tisú, era lujosa y elegante dentro de la más escrupulosa propiedad. Sin verlas más que como imágenes borrosas o como bocetos de admirables pinturas, don Beltrán, olfateando belleza con su especial nariz de perito en mujeres, las diputó por grandes señoras disfrazadas de campesinas ricas.»
La campaña del Maestrazgo (I).

MUJERES PENITENTES.
Que acompañaban a la madre Marcela Luco.
La campaña del Maestrazgo (II).

MUJERONA.
«Que se escurría por los pasillos sin otro rumor que el de las toses y carraspera. Era un anchuroso bulto de vieja, o una elefanta en dos pies cubierta de refajos...» Servía a Graziella, el quinto amorío del insigne Tito. La llamaban:
V. MARICLÍO.
Amadeo I (III).

MUJERONA HUESUDA.
Y desapacible, que socorrió, en Tocón, a Diego Ansúrez, a su mujer y a su hija «con sopas y fritanga».
La vuelta al mundo... (III).

* MULEY AHMED BEN ABDERRAMÁN, Príncipe.
Caudillo de gran prestigio en la guerra de Africa (1859-1860).
Aita Tettauen (III).

* MULEY EL ABBAS.
Uno de los dirigentes del cotarro moruno durante la guerra de Africa (años 1859-1860).
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).

— * MULLER.
Jefe militar francés derrotado por *El Empecinado.*
Juan Martín el Empecinado (I).

MUNO, Francisco.
Nombre falso que adoptó el fiel servidor de Calpena, Urrea, para acompañarle a cumplir la delicada misión que le encomendara Espartero (1838).
Vergara (II).

* MUÑAGORRI.
Escribano de Berástegui... «que alzado había bandera de *Paz y fueros*». En 1841 se sublevó con Montes de Oca a favor de la Regencia de María Cristina.
Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).

* MUÑIZ, Ricardo.
Político y diplomático español (1862). Intervino en la llamada «cuestión de Méjico». Gran amigo de Prim.
«Hombre de mediana estatura, calvo, de bigote negro y ojos muy vivos, revolucionario inquieto y sutil, que movía con singular disimulo y agilidad las teclas de la conspiración.»
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

* MUÑOZ.
Dueño de un parador a poco de salir *de la Puerta de Alcalá* (1854).
La revolución de julio (III).

MUÑOZ.
«Un viejo de la tanda del año 23.» Contertulio de Sofía y Agustín García Fajardo.
Las tormentas del 48 (II).

— * MUÑOZ, Alejandra.
Hermana del duque de Riánsares, esposo morganático de doña María Cristina de Borbón. Camarista palatina.
Bodas reales (II).

— MUÑOZ, Alonso (1790-1834).
Guerrillero y jefe militar español, de ideas liberales, que mandaba (1820) el batallón de Sevilla. Murió fusilado en Plasencia.
La segunda casaca (I).

* MUÑOZ, Casimiro.
Hacía guardia en el Palacio Real de Madrid cuando ya había sido destronada Isabel II.
«Un joven de levita y sombrero de copa que daba órdenes a una veintena de hombres del pueblo, armados unos, otros por armar. Con los instrumentos de guerra que allí se repartían podía formarse un pintoresco museo militar...
»El joven de la levita y chistera (ambas prendas harto deterioradas, rugosas y polvorientas por el extremado roce que habían tenido con las multitudes populares en aquel agitado día), era un tipógrafo, natural de Ciudad Rodrigo, llamado Casimiro Muñoz, que trabajaba en el periódico de la tarde *La Reforma,* fundado por Manuel Fernández Martín, y que tenía su imprenta y redacción en la plazuela de Lavapiés, esquina a la calle del Tribulete.
»En la mañana del 29, hallábase el buen Muñoz laborando en las cajas de su periódico, cuando entró Fernández Martín con la noticia de la victoria de Alcolea, que era el *Alleluia* de la revolución. Entre gritos de júbilo, se dispuso escribir, componer, imprimir y echar inmediatamente a la calle una hoja extraordinaria. Todo se hizo con febril presteza. Los unos desde las cajas, los otros desde la redacción, percibían la efervescencia popular y el jaleo entusiasta de las muchedumbres. Casimiro no podía contenerse, y, apenas terminada su tarea, quiso ver, oír y palpar la revolución y hacerse suyo en cuerpo y alma. Fué a su casa, un cuarto piso, en la calle del Humilladero; se puso los trapitos de cristianar, sin darse cuenta de la oportunidad de lucir su mejor ropa en día de trifulca, y se lanzó a las calles con el vago presentimiento de que su destino le asignaba

un importante papel en los albores del nuevo régimen...»
Y se hizo «el amo» del Palacio Real.
La de los tristes destinos (III).

* MUÑOZ, Don Agustín Fernando (Duque de Riánsares y marqués de San Agustín) (1808-1873).
Se casó con doña María Cristina de Borbón, reina regente de España, viuda de Fernando VII.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (II).—*O'Donnell* (III).

MUÑOZ, Don Roque.
Nombre falso que daban a don Ricardo Muñiz sus amigos complicados en el pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

— * MUÑOZ, Don José.
Hermano del esposo morganático de la reina doña María Cristina. Fué contador del Real Patrimonio.
Bodas reales (II).

MUÑOZ, Filiberto (alias *Edipo*).
«Distinguíase entre mil por la pátina de su cara sudorosa, afeitada de ocho días; por los ojos, ribeteados de bermellón; por la boca, desmedida, y los labios con hemorroides; por los ojos, de carnero moribundo; por la ropa, que habría sido decente en otro tiempo y en remotas edades; por el sombrero de copa, que su oficio le obligaba a usar, y era de catorce modas atrasado. Rasgo final: usaba bastón de nudos con gruesa cachiporra.» Era un policía *particular* que vigilaba a Fernandito Calpena.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

MUÑOZ, Los de.
Vecinos en la casa propiedad de don Benigno Cordero.
Los apostólicos (II).

* MUÑOZ, Padre Juan.
Jesuíta. Hermano del duque de Riánsares. Se salvó de la degollina de 1834 gracias a un amigo de don Nicomedes Iglesias.
Mendizábal (II).

* MUÑOZ TORRERO, Don Diego (1761-1829).
Político y sacerdote español. Gran orador. Diputado en las Cortes de Cádiz, en las que fué el primero en hablar.
Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Aita Tettauen* (III).

* MUR, Cabo.
Héroe de la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

* MURAT, Joaquín (1771-1813).
Mariscal francés y rey de Nápoles. Estuvo casado con una hermana de Napoleón. Dirigió la invasión de España, en 1808, y murió fusilado en sus Estados.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

* MURGER, Enrique (1622-1861).
Famoso novelista bohemio francés.
España trágica (III).

MURGUISTAS.
Que iban por los pueblos—Vallecas, Coslada, Torrejón, San Fernando...—festejando bodas, bautizos y disantos...
La revolución de julio (III).

— * MURILLO, Bartolomé Esteban (1617-1682).
Famoso pintor español.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Bodas reales* (II).—*Cánovas* (III).

* MURÓ.
Político español republicano. Ministro de Estado con el Gobierno Pi y Margall (1873).
La primera República (III).

MURO, Felipe.
Tambor del Regimiento a que pertenecía Andresillo Marijuán durante los sitios de Gerona.
Gerona (I).

MURUVE, Pascual.
Alias *Mediagorra*. Un calzonazos *cristino* o *urbano* de Funes, amante que fué de la Saloma, de Borja. Muy bravo defendiéndose en Villafranca.
Zumalacárregui (II).

* MURVIEDRO, Juan.
Periodista y politiquillo de ideas avanzadas. Amigote del insigne Tito y gran visitador de figones.
La primera República (III).

— * MUSSO Y VALIENTE.
Político liberal. Amigo de Mendizábal. Recomendante de don Pedro Hillo para una cátedra de Retórica.
Mendizábal (II).

MUSTAFÁ.
Así se le llamaba jocosamente a don José Antonio Conde.
V. CONDE, José Antonio.

MUTILOA, Tomás.
Bravo mozo guipuzcoano que servía a las órdenes de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

— * MUZA.
General árabe que, con Tarik, conquistó casi toda la Península Ibérica. Murió el año 715.
De Oñate a La Granja (II).—*La revolución de julio* (III).—*Prim* (III).—*Amadeo I* (III).

* MÚZQUIZ, Joaquín María (1841-1904?)
Político español tradicionalista. Diputado varias veces.
España trágica (III).

N

— * NABUCODONOSOR (II).
Rey de Caldea desde 604 hasta 562 antes de J. C. Conquistó Siria, Palestina y Egipto.
Los apostólicos (II).

NANCLARES, D'n Miguel.
Marqués de Subijana. Caballerizo de don Carlos María Isidro. Se casó con doña Carolina Lemona, y murió en Roma. Padre de Nicéfora. La tuvo con una hermosa judía, que vivía en Roma, llamada Mesooda. Era un gran libertino, católico y sentimental.
España sin rey (III).

NANCLARES, Nicéfora.
V. NICÉFORA.

* NANDÍN, Teniente coronel.
Ayudante del general Prim, a quien acompañaba la noche en que le asesinaron. Resultó herido en una mano (27 de diciembre de 1870...).
España trágica (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * NAPIER.
Célebre almirante inglés que mandaba la escuadra que derrotó a la de don Miguel de Portugal, a favor de don Pedro de Brasil y de su hija María.
Mendizábal (II).

— * NAPOLEÓN BONAPARTE (1769-1821).
Emperador de los franceses y uno de los mas grandes capitanes que han existido.
Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I). *Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * NAPOLEÓN III (1808-1873).
Hijo de Luis Bonaparte. Sobrino de Napoleón I. Presidente de la Asamblea Republicana en 1848. Más tarde, emperador.
Narváez (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

NAPOLEONA, La.
Daifa elegante.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

— * NÁPOLES (El rey de).
V. SICILIAS, Fernando II, Rey de las Dos.
La campaña del Maestrazgo (II).

NARANJERA.
Que por amistad con Lucila se dedicó a espiar a la pérfida Domiciana.
Los duendes de la camarilla (II).

NARANJERA, Juana la.
V. JUANA.

NARANJO, El maestro.
Emulo y antagonista de don Patricio Sarmiento. Tenía una escuela de niños en la calle *de las Veneras*. Era un terrible servilón. Cuando había un festejo público *liberal* encerraba a sus alumnos para que no asistieran a él. Gran amigo de Gil de la Cuadra.
El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).

NARCISA, La.
Manola, vendedora de castañas. Asidua al baile de la *Pelumbres*. De la cuadrilla del señor *Mano de Mortero*.
Napoleón, en Chamartín (I).

— NARCISO.
Hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriopea. Símbolo del amor inmoderado de sí mismo.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

NARICES.
Guerrillero de la partida de Mosén Trijueque. «Hombre pequeño, flaco y resbaladizo como una culebra.»
Juan Martín el Empecinado (I).

* NARVÁEZ, Don Ramón María (1800-1868).
Duque de Valencia. General y político español.
«Cara dura, dejo andaluz, carácter de hierro, más propio para manejar soldados y ganar plazas que para la expugnación de mujeres.

»Empezaba don Ramón revelando su *poer* con el desapacible y fosco mohín de su cara, de estas caras que no brindan amistad, sino rigor; de estas que sin tener chirlos parece que deben su torcida expresión a un cruce de cicatrices; de estas caras, en fin, que no han sonreído jamás, y que fundan su orgullo en ser antipáticas y en hacer temblar a quien las mira. El efecto inicial causado por el rostro lo completaban los hechos, que siempre eran rápidos, ejecutivos, producidos a la menor distancia posible de la voluntad que los determinaba. No daba tiempo al enemigo, o más bien a la víctima, para parar el golpe.»
El 7 de julio (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III). *Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

— * NARVÁEZ, Pánfilo (1470-1528).
Militar y conquistador español. Enemigo de Hernán Cortés.
Prim (III).

* NASH, Don Guillermo.
Heroico militar español que con novecientos hombres defendió el castillo de Montjuich, de Gerona, causando a los franceses más de dos mil bajas.
Gerona (I).

NATHÁN PAPO.
V. PAPO ACEVEDO, Nathán.

NAVALCARAZO, La.
Hermosa hembra *fácil*. Estaba en amoríos con Jacinto Uclés y con Pepe Armada... Era dama de Isabel II.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

NAVA, Don Hilario.
Director de Ingenieros navales, en Cartagena. Protector de Diego Ansúrez y de Anselmo Pinel.
La vuelta al mundo... (III).

— * NAVARRETE, Ramón (1822-1897).

Novelista y autor dramático español. Era segundo jefe de Pepe García Fajardo en la redacción de la *Gaceta* y contertulio de los Socobios.

Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Cánovas* (III).

NAVARRIDAS, José María de.

Cura párroco de Santa María, en Laguardia, tío carnal de la madre de Demetria y Gracia Castro-Amézaga. Anciano bondadosísimo, que adoraba a sus sobrinas.

De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*España sin rey* (III).

NAVARRO.

Pastor de los Carrasco-Quijada, en Peralvillo de la Mancha.

Bodas reales (II).

* NAVARRO, Don José Juan.

Diputado que cobraba «por Gobernación» 40.000 reales, según la estadística de don Saturno Socobio.

Narváez (II).

NAVARRO, Fernando y su hijo Carlos.

Llamados Fernando y Carlos Garrote. V. GARROTE.

* NAVARRO, Luis.

Periodista. Amigo de Pepe Fajardo. Escribía las crónicas del *Senado* (Ateneo). Discreto traductor de los clásicos.

Prim (III).

* NAVARRO VILLOSLADA, Francisco (1818-1895).

Político y escritor español tradicionalista.

«Eran Gabino Tejado y Navarro Villoslada, ambos atrozmente neos o clericales, buen orador y periodista el primero, el segundo, excelente prosista, y el que con más ingenio y dotes narrativas había cultivado en España la novela histórica, en el género de Walter Scott. Era Tejado de mediana estatura, de rostro duro y bruscas maneras, que se acomodaban a su intransigencia irreducible; Villoslada no desmerecía del otro en el rigor absolutista; pero le aventajaba en estatura y no carecía de cierta flexibilidad en el trato, por lo que contaba con buenas amistades en el bando liberal. A primera vista causaban cierta pavura su talla escueta y el color subidamente moreno de su rostro, en el cual, boca y ceño, nunca fueron apacibles. Tejado solía emplear el tono humorístico con gracejo y elegante frase. Ambos se producían en sus escritos, como en su conversación, con cierta donosura tiesa y castiza, que, según el entender de ellos, era el verbo adecuado a las ideas que profesaban.»

Fundó el diario *El Pensamiento Español.*

España sin rey (III).

* NAVARRO Y RODRIGO, Carlos.

Escritor agregado al Cuartel general durante la guerra de Africa (1859-60). Gran amigo de Juan Santiuste y de Pedro Antonio de Alarcón. Incondicional de O'Donnell. Apoyó la candidatura de don Amadeo de Saboya para el Trono español. Diputado (1870), habló en la sesión de Cortes que precedió al asesinato de Prim. Ministro de Fomento (1874).

Aita Tettauen (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

* NAVAS, Conde de las.

Amigote de don Nicomedes Iglesias. Incondicional de Istúriz, al que sirvió de padrino en el lance que tuvo (1836) con Mendizábal.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).

NAVASCUÉS, Capitán Rogelio.

Hijo del coronel don Felipe. Se casó en 1852 con Valeria Socobio. Quien le mandó a Filipinas «un rato» para amar a sus anchas.

«Es un militar nada bonito, pero simpático y airoso. Creo que bastaría su hoja de servicios para darle crédito y fama de valor si ya no lo acreditara casándose. Es despierto, picado de viruelas, delgado y rígido.»

Cabeza loca. Jugador. Bebedor.

La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*España sin rey* (III).

NAVASCUÉS, Don Aniceto.

Empleadillo de Hacienda. Contertulio de los Centurión.

O'Donnell (III).

NAVASCUÉS, Don Felipe.

Coronel. Ayundante en 1842 de Espartero. Amigo de Calpena. Suegro de Valeria Socobio.

Los ayacuchos (II).—*La revolución de julio* (III).

NAVERO, Francisco.

Alias *Tintín*. Repartía los periódicos democráticos (1861) entre los trabajdores de Loja.

La vuelta al mundo... (III).

NAZARIA, Señá (alias la *Pimentosa*).

Carnicera de la calle de los Estudios.

«Era una mujer alta y gorda, no tan gorda que llegara a ser repugnante, sino llena, redondeada y bien compartida. Si era verdad que parecía haber absorbido parte considerable de la infinita sustancia que en la tierra existe, también lo es que conservaba mucha ligereza en todo su cuerpo, y que no le pesaban las mantecas. Era su rostro de admirable blancura; sus ojos, garzos y negros; su nariz, basta y respingada, abierta descaradamente al aire, con gran ventana necesaria a la respiración de un grande y profundo edificio. El chorro de viento que entraba por aquella nariz, modelada por el desparpajo, imponía miedo a los espectadores de su cólera.

»Lucía Nazaria enormes amatistas montadas en pendientes de filigrana como relicarios: llevaba, pues, en cada oreja el pectoral de un obispo. Sus manos eran bonitas y gordezuelas, y los anillos que de antiguo llevaba no se le podían sacar, porque su carne había crecido y el oro no. Tenía treinta y tantos años, y era viuda de un opulento negociante de Candelario.

»Por qué la llamaban Pimentosa es cosa que no se sabe: pero algunos decían que picaba mucho y levantaba ampollas a la manera de guindilla. Era cosa de ir a la tienda sólo por verla despachar. También era prestidigitadora como el de los buñuelos, y parecía que se le multiplicaban milagrosamente las manos para coger, pesar, cobrar, contar y devolver, todo sin dejar de charlar ni un solo momento. Enormes calderos de manteca, blanca como espuma, ocupaban un extremo del mostrador, y era bonito ver resbalando por aquellas blanduras de grasas las esmeraldas y los diamantes clavados en los dedos de Nazaria. Otras veces, aquellos dedos, en sangre tintos, ocupábanse en usos industriales del género de Candelario; pero pronto recobraban su belleza revolcándose en espuma de jabón y estrujándose en agua hasta quedar limpios como el oro y finos como la seda. Así y todo, se pirraban por dar una bofetada.

»Y señá Nazaria atendía a todos los términos de esta barahunda, demostrando actividad pasmosa, inteligencia múltiple y compleja. Al talento para distribuir unía la grandeza de alma para conceder siempre un poco más del peso. No era cicatera; pero cuando se creía engañada en el dinero, hacía justicia, pronta y seca. En cierta ocasión agarró un moño como se podría coger una fruta; tiró de él, y una copiosa cabellera negra se le quedó en la mano, por lo que se dijo que en sus grandezas imitaba a Julio César, y en su modo de guerrear, a los salvajes.»

Era la amante del aflamencado Tablas.

Un faccioso más... (II).

NÉ.

Apodo del sacristán de la iglesia de San Gil, en Atienza.

Narváez (II).

— * NEBRIJA, Elio Antonio (1444-1532).

Cronista de los Reyes Católicos, catedrático en Sevilla, Alcalá y Salamanca, gran humanista y gramático impar.

Un faccioso más... (II).

* NEGRETE, Don Santiago.

Diputado a Cortes por Llerena, «proceroso» amigo de Pepe García Fajardo. De voz atronadora, corpulento, cetrino... Gran amigo de don Leopoldo O'Donnell.

Narváez (II).— *O'Donnell* (II).

— * NEGRETE.

Gobernador realista que persiguió ferozmente a los liberales en Andalucía (1814).

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

NEGRETTI, Jenaro.

Estuvo asociado a Zahón en su negocio de piedras preciosas, establecido en la calle de los Milaneses. Se casó con la Montefiori, mujer *de historia*, muy gua-

pa. Gran amigo de Mendizábal. Padre de la bellísima Aurorita.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

NEGRETTI, Ildefonso.

Amigo de Mendizábal, que allá por el año 1826 estableció en Bayona una joyería. Tío de Aurorita. Llamado por el ministro, llegó a Madrid a encargarse de la educación y tutoría de la bellísima muchacha.

«No necesitó más Calpena para poner toda su vista y toda su alma en el pelotón que del Ayuntamiento acababa de salir. Las señas que daba Roa no permitían confusión, pues Negretti descollaba en el grupo con su gallardía escueta de ciprés, alto, derecho, y oscuro. Calpena le miró; en aquel punto desaparecieron de su mente la Corte, Oñate, Rapella, el carlismo y cuanto le rodeaba. No vió más que al hombre corpulento, fornido, de morena tez; no vió más que el rostro meridional, tostado, casi ennegrecido por el cálido resplandor de la fragua. Representaba unos cuarenta y cinco años; era su cuerpo de Hércules; su hermosa cara, de matiz pizarroso en la piel del bigote y barba, afeitados con esmero; la expresión, grave; los ojos, dulces. Sus facciones delataban la raza, la incomparable estirpe de que era ejemplar perfecto la hermosísima Aurora. Por todo esto y por otros sentimientos que de súbito asaltaron a Calpena, el Negretti que de lejos veía le fué simpático. Fijóse más en él, aproximándose, y Negretti también le miraba.»

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

NEGRETTI Y MONTEFIORI, Aurora.

V. AURORA.

— * NEGRI, Conde de.

Político español de ideas absolutistas y apostólicas (1831), «un señor pequeño, o, por mejor decir, archipequeño, adamado y no muy viejo».

Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II). — *Vergara* (II). — *Amadeo I* (III).

NELET, Capitán Manuel Santapáu.

Capitán carlista de una partida *volante* «Era el capitán un hombracho hermoso, atezado de rostro, gallardo de postura, vestido con cierta bárbara elegancia de buen ver.» Se hizo gran amigo de don Beltrán de Urdaneta y se enamoró terriblemente de la salvaje monja Marcela, a la que mató, suicidándose después.

La campaña del Maestrazgo (II).

— * NELSON, Horacio, Vizconde de (1758-1805).

Almirante inglés. Su barco insignia era el *Victory*. Fué considerado como el primer marino de su época y uno de los mejores de todos los tiempos. Su gran amor fué la cortesana Emma Lyone. Murió en la batalla de Trafalgar.

Trafalgar (I).—*La Corte de Carlos IV* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La vuelta al mundo...* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*La primera República* (III).

— NÉMESIS.

Hija de Júpiter. Diosa vengadora inexorable de toda maldad.

España trágica (III).

— * NEMROD.

El «robusto cazador delante del Señor». Primer rey, con posible cronología, de Nínive. Hijo de Cus y nieto de Cam.

La Corte de Carlos IV (I).

NENE.

De Virginia Socobio y Leoncio Ansúrez.

Aita Tettauen (III).

— * NEPOTE, Cornelio (siglo I a. J. C.).

Historiador latino.

Un faccioso más... (II).

— NEPTUNO.

Hijo de Saturno y Rhea. Dios de las aguas.

La segunda casaca (I).—*Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III). — *La vuelta al mundo...* (III).—*La de los tristes destinos* (III). *España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— NEREIDA.
Hija de Nereo y Doris. Ninfa de los mares interiores.
La Corte de Carlos IV (I).

— NEREO.
Divinidad marina que, según Homero, habitaba en las profundidades del Océano. Padre de las Nereidas.
Los apostólicos (II).

— * NERÓN, Lucio Domicio Enobarbo (37-68).
Emperador romano, símbolo de la crueldad inútil.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*El terror de 1824* (I).

— * NEUILLET.
Legitimista francés, metido en los enjuagues dinásticos de España.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * NEY, Mariscal Miguel (1769-1815).
Lugarteniente de Napoleón en el sitio de Madrid (diciembre de 1808).
Napoleón, en Chamartín (I).—*Zaragoza* (I).

NICANOR.
Fiel servidor de las de Castro-Amézaga, en Laguardia, a cuyo nombre dirigía Fernando Calpena las cartas a su novia Demetria.
Los ayacuchos (II).

NICANORA.
Criada de don Buenaventura, el protector de Juan Bragas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

NICANORA, Doña.
Mujer de don José Ido del Sagrario. Regentaba una casa de huéspedes en la calle del Amor de Dios. Uno de sus pupilos era el insigne Tito. Hembra dispuesta, prosaica y oliscona.
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

NICANORA, Doña.
Vecina de Anatolio Gordón, en Cangas.
El 7 de julio (I).

NICASIA.
Servidora de los Halconero-Ansúrez.
Aita Tettauen (III).

NICÉFORA (CÉFORA) NANCLARES.
Sobrina de la marquesa viuda de Subijana, con la que vivía en la pensión de la calle Atocha, que regentaba la sin par Chele.
«Don Wifredo de Romarate observó también la belleza de la sobrina, que era del tipo angélico, rubia, vaporosa, espiritual. Diríase que sus brazos, honestamente recogidos, se iban a convertir en alas, y que todo lo que su modestia callaba lo diría remontando el vuelo por encima de las cabezas de la tía y visitante.»
«Mística rubia, diablesa con ojos y cabello de serafines, blanca, modosa, tan pronto sentimental y llorona como avispada y picaresca.»
Traía sorbido el seso al grave don Wifredo, y ella se derretía por Urríes y Ponce de León, de quien era amante. Su padre fué don Miguel Nanclares y su madre una hermosa judía llamada Mesooda. Murió atravesada por una espada que esgrimía Fernandita Ibero, la novia buena de don Juan Urríes.
España sin rey (III).—*España trágica* (III).

— * NICÉFORO (¿768-828).
Famoso historiador de la Iglesia. Patriarca de Constantinopla desde 806 al 828.
La campaña del Maestrazgo (II).

NICOLÁS, Don.
En Valencia... «A la tertulia del cuerpo de guardia de Palacio asistía diariamente un señor de edad madura, a quien llamaban *Don Nicolás*, no se sabe por qué, pues no era ése su verdadero nombre. Gustaba de andar entre militares, sabía revolver la historia de su época y apuntar sobre cosas y personas juicios muy donosos. Valenciano neto, poseía la perspicacia levantina, el decir sentencioso, y un sentido de la realidad que los ribereños del Mediterráneo deben a la frecuencia con que les visita el espíritu de Maquiavelo.»
Montes de Oca (II).

NICOLASA.
Chula.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

NICOLASA, Doña.
Feligresa de don Celestino Malvar. Esposa del escribano de Aranjuez.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

NICOLASA, La tía.
Labradora de Calcena, en Aragón.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * NICOLINI.
Célebre tenor (1874).
Cánovas (III).

* NICHOLSON.
Cónsul norteamericano en el Perú, quien, dándoselas de amigo de España, favorecía todas las acciones de los insurrectos (1865).
La vuelta al mundo... (III).

* NIEMBRO, Juan.
Dueño de una taberna en la calle de los Negros. Apasionado admirador del insigne historiador Tito Liviano.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* NIEMBRO, Perico.
Amigo del insigne Tito. Político, periodista e industrial... Todo en una pieza magnífica.
Cánovas (III).

— * NIEREMBERG, Juan Eusebio (1595-1658).
Jesuíta. Gran escritor ascético.
Los ayacuchos (II).

NIETA.
Una de las dos del *masovero* de Arenys de Lledó. La menos bonita y dispuesta.
La campaña del Maestrazgo (II).

NIETO Y ANGULO, Don Federico (alias *Don Frenético*).
Rico petimetre muy enamorado de Rafaelita del Milagro, de la que llegó a ser amante. Se veían en una casa de *compromiso* de la calle de las Huertas. Acabaron casándose.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*España trágica* (III).

NIEVECITAS.
Sobrina del cura de Bergüenda. Amiguita de Fernanda Ibero.
«Era Nievecitas, sobrina del cura de Bergüenda, bondadosa y honesta joven, agradable de rostro, menudita de cuerpo, un poco y un mucho picotera, y tan comunicativa que antes reventara que guardar un secreto.»
España sin rey (II).

NIÑAS.
De Zumalacárregui (sus hijas) «... que eran, por cierto, paliduchas y de pocas carnes».
Zumalacárregui (II).

NIÑO PEQUEÑO.
Hijo del capitán don Ramón Lagier. Murió un poco misteriosamente, en un colegio de Francia.
Prim (III).

NIÑO, Un.
Perdido por la Zaragoza sitiada, que lloraba de hambre.
Zaragoza (I).

NOBLE, Un.
Anciano. Luchó contra los franceses el 2 de mayo, entre los majos, al lado de Gabriel Araceli, siendo muerto.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* NOCEDAL, Don Cándido (1821-1895).
«En pasados tiempos, patriota y miliciano; hoy (1844), cangrejo rabioso.» Político y escritor español. Ministro de la Gobernación con el Gabinete Narváez (1856). Periodista notabilísimo y polemista formidable. Después de 1868 se pasó al carlismo. Era un gran corazón y persona llena de atractivos morales.
Bodas reales (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*Amadeo I* (III).

* NOCEDAL, Ramón.
Político levantino (1840). Amigo de González Bravo y redactor de *El Guirigay*. Siempre dispuesto al barullo y a la asonada.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).

NOCHE.
Hermosa hebrea, hija de Ha Levy Seneor y de Hanna. Vivía en Tetuán (1860).
Aita Tettauen (III).

— * NOÉ.

Hijo de Lamech. Padre de Sem, Cam y Jafet. Patriarca bíblico. Constructor, por mandato divino, de la famosa arca.

Bailén (I). — *Los apostólicos* (II). — *O'Donnell* (III). — *Cánovas* (III).

* NOGUERAS.

Jefe cristino (1836-1837). El principal culpable de que se fusilase bárbaramente a la anciana doña María Griñó, madre de Cabrera.

La campaña del Maestrazgo (II). — *Bodas reales* (II).

NOMDEDÉU, Don Pablo.

Vecino de los Mongat. «Era médico. No pasaba de los cuarenta y cinco años, pero los estudios o penas domésticas, para mí desconocidas, habían trabajado en tales términos su naturaleza, que aparentaba mucho más del medio siglo. Era acartonado, enjuto, amarillo, con gran corva en la espina dorsal, y la cabeza salpicada de escasos pelos rubios y blancos, como hierba que nace al azar en ingrata tierra. Todo anunciaba en él debilidad y prematura vejez, excepto su mirar penetrante, imagen del alma enérgica y del entendimiento activo. Vivía en apacible medianía, sin lujo, pero también sin pobreza: muy querido de sus paisanos, consagrado fuera de casa a los enfermos del hospital, y dentro de ella al cuidado de su hija única, enferma también de doloroso e incurable mal. Para que ustedes acaben de conocer a aquel apreciable sujeto, me falta decirles que Nomdedéu era un hombre de gran saber y de mucha amenidad en su sabiduría. Todo lo observaba, y no se permitía ignorar nada; de modo que jamás ha existido un hombre que más preguntase. Yo no creí que los sabios preguntasen tonterías de las que no ignora un rústico; pero él me dijo varias veces que la ciencia de los libros no valdría nada, si no se cursase el doctorado de la conversación con toda clase de personas.»

Padre de la infeliz sordomuda Josefina. Hombre amable y caritativo, se transforma en bestia feroz cuando llega el momento de tener que disputar el cadáver de un gato para alimentar a su hijita, durante el hambre espantosa de Gerona, sitiada por los franceses.

Gerona (I).

NOMDEDÉU, Doña Mercedes.

Hermana del famoso doctor y madre de Anselmo Quixols, que residía en La Bisbal.

Gerona (I).

NOMDEDÉU, Josefina.

«La desgraciada Josefina, hija del insigne hombre que he mencionado, enferma y postrada, se me representaba como las flores secas guardadas por el doctor detrás de un vidrio. Josefina había sido hermosa; pero perdidos algunos de sus encantos, otros se habían sublimado en aquel descendente crepúsculo que iba difundiendo sobre ella las sombras de la muerte. Inmóvil en un sillón, su aspecto era por lo común el de una absoluta indiferencia. Cuando su padre entró conmigo el día a que me refiero, Josefina no respondió a sus caricias con una sola palabra. Nomdedéu me dijo:

»—Su existencia de plomo está pendiente de una hebra de seda.

»Pronunció estas palabras en voz alta y delante de ella, porque Josefina estaba completamente sorda.

»—El profundo silencio que la rodea —continuó el padre—es favorable a su salud, porque siendo su mal un desarrollo excesivo de la sensibilidad, todo lo que disminuya las impresiones exteriores aumentará el reposo, a que debe esa lánguida y decandente vida. No espero salvarla, y todo mi afán consiste hoy en embellecer sus días, fingiendo que nos hallamos rodeados de felicidades y no de peligros. Desearía llevarla al campo; pero el deber y el patriotismo me obligan a no abandonar el cuidado del hospital, cuando nos amenaza un cerco que parece va a ser más riguroso que los dos primeros. Dios nos saque en bien.»

Hija del buenísimo médico de Gerona don Pablo, quien, para que aquélla no se dé cuenta de los horrores del sitio de Gerona por los franceses, llega a volverse bestia feroz a caza de gatos, ratones y otros bichos con que saciar el apetito de su hijita.

Gerona (I).

NONELL.

Piloto, retirado, en Barcelona. Amigo de Lagier y de Santiaguito Ibero.

La de los tristes destinos (III).

NORBERTA.
Daifa. Amiga de *las Zorreras.*
La de los tristes destinos (III).

NORBERTO.
Lañador que asistía a la tertulia de don Santiago Fernández.
Napoleón, en Chamartín (I).

NORBERTO, El tío.
Labrador de Calcena, en Aragón.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * NORTH, Lord Federico (1732-1792).
Político inglés protegido de Jorge III. Primer lord de la Tesorería, presidente de la Cámara de los Comunes y ministro del Interior.
Trafalgar (I).

— * NORZAGARAY.
Banquero muy afecto a los frailes.
Los apostólicos (II).

— NOTO.
Personificación del viento del Sur.
El Grande Oriente (I).

* NOUGUÉS, Pablito.
Republicano unitario, Redactor jefe de *El Pueblo.* Hombre inteligente y discreto. Fué secretario político de Galdós.
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* NOUVILAS.
Figuraba complicado en el intento de raptar (1841) a las reales niñas de Isabel II y Luisa Fernanda y privar de la Regencia a Espartero.
Los ayacuchos (II).

* NOVALICHES, Marqués de.
Título de
V. PAVÍA, D. Manuel.
Prim (III).

NOVILLO, Don Rufino José.
Esposo de Candelaria *(Doña Penélope).* Amigo y paisano de don Santos La Hoz. De él escribe *su toreador,* el insigne Tito:
«Una sola vez vi yo al marido de mi amiga en su casa, disponiéndose a partir para Extremadura, y me pareció persona insignificante, soplado de presunción, sin que lograra con su hinchada tiesura disfrazar su crasa vulgaridad. Era regordete, adiposo; se pintaba el bigote, según decían, con el tizne de la sartén, y su cabeza encanecida abultaba mucho por la gran cantidad de aglomerada estopa que tenía dentro. Discurría trabajosamente, cual si prensara las ideas, y de sus labios, salían perezosas y lentas las palabras, como gotas de aceite. Habituado a la somnolencia de las oficinas, no sabía más que atar y desatar los fárragos expedientiles. Entre los varios papeles que la sociedad reparte para la representación de la humana comedia, don Rufino escogió el más apropiado a su vacío cacumen, el papel de *hombre serio,* y lo desempeñaba compitiendo con los más acreditados guardacantones.
»El ridículo funcionario se burlaba estúpidamente de su mujer, que, sin poseer dotes excepcionales, era, junto a tal zopenco, un prodigio de la Naturaleza. Candelaria se cobraba de aquel menosprecio injusto proclamando a voces que su esposo era una excelente bestia para tirar de un carro o dar vueltas a una noria. Nunca pude entender cómo existió noviazgo y matrimonio entre dos criaturas tan diferentes. Alguien me indicó después que ello fué obra del difunto padre de la escritora, del cual se dijo que, bailarín consumado, tenía los juanetes en el entendimiento.»
La primera República (III).

NOVILLO, Los hijos de don Rufino José.
Y de Candelaria *(Doña Penélope).* «Noticias pocas y precisas os daré de la familia de Candelaria. Componíanla sus tres crías, dos varoncillos pequeños y una chavala graciosa y parlera que ya rayaba en los ocho años.»
La primera República (III).

NOVIO.
De Eufrasia Carrasco. «Andaluz riquísimo, de gran familia, negociante que iba para capitalista.»
V. TERRY, Emilio.
Bodas reales (II).

NOVIO.
De Lea Carrasco. «Joven militar muy avanzado en su carrera, y que llegaría pronto a general a poco juego que dieran las revoluciones anunciadas.»
V. O'LEAN, Tomás.
Bodas reales (I).

* NOY DE LAS BARRAQUETAS.
«Muy arrogante y decidido, cabecilla de agitadores callejeros.» Complicado a favor de don Juan Prim (1866).
Prim (III).

* NUEVO, Mateo.
«Otro que tal... Revolucionario de acción, que a la idea consagraba toda su actividad y toda su pecunia.»
«Era Mateo Nuevo un hombre ingenuo y exaltado. Su fé revolucionaria, a prueba de desengaños, le inspiraba la persistente acción y el ciego impulso hacia los fines que creía tener al alcance de la mano. Los dedos tocaban los fines, y éstos huían alejándose en una atmósfera de azul y dorado ensueño. Su casa era un tubo de largo pasillo y habitaciones lóbregas, que empezaba en la calle de la Montera y acababa en la de los Negros, rebautizada con el nombre de Tetuán. En esta parte estaba la Redacción, y allí teníamos nuestro club y mentidero, con asistencia de amigos locuaces, adorantes de un dogma bellísimo, dispuestos a dar toda su saliva y, en último caso, su sangre por traerlo a los altares de la realidad.»
Era director de un periodiquillo: *El Tribunal del Pueblo.*
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

* NUNCIO.
De Su Santidad (1852). Estaba hablando con la reina Isabel II cuando fué agredida por Merino.
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).

— * NUMA [POMPILIO].
Segundo de los siete reyes legendarios de Roma. Reinó entre los años 715 y 673 a. J. C.
Los duendes de la camarilla (II).

NUNCIO, El.
Pregonero de Allo (Navarra), y de cuya hija Ruperta se hizo novio por unas horas el insigne historiador Tito...
De Cartago a Sagunto (III).

NÚÑEZ.
Amigo de Monsalud, huésped de Paquita Rojo, en la calle de Segovia.
La segunda casaca (I).

NÚÑEZ, Padre Calixto.
Abad de los Basilios, en Madrid. Se entrevistó, en Chamartín, con Napoleón.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * NUÑO RASURA (siglo IX).
Uno de los jueces de Castilla. Abuelo de Fernán González, según las Crónicas Tudense y del arzobispo don Rodrigo.
Napoleón, en Chamartín (I).—*O'Donnell* (III).

O

* OBANDO, El marqués de.
Carlista leal y absoluto. Tío de la marquesa viuda de Subijana.
España sin rey (III).

OBDULIA.
Segundo amorío del insigne Tito.
«La joven que me trastornó era, como yo, chiquitina, de bellas facciones y cuerpo primorosamente formado. A esta igualdad o armonía de nuestra naturaleza visible se debió, quizá, la repentina inclinación de ambos y el fogonazo de amor que no tardó en producir voraz incendio. El nombre de la menuda divinidad era Obdulia, de exquisito sabor romántico, y su talle y rostro componían la más encantadora muñeca que en bazares de juguetes se ha podido ver.»
Había servido en casa de la empingorotada marquesa de Navalcarazo. Se casó con el «desagradable mastín negro» Aquilino de la Hinojosa, y volvió *a las andadas* con Tito...
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

OBISPO, Un.
Que fué a visitar a don Patricio Sarmiento estando ya en capilla para ser ahorcado (1824).
El terror de 1824 (I).

OBISPO DE ALMERÍA.
Inquisidor general. «Tenía el de Almería un semblante de angelical bondad, que al punto le ganaba las simpatías de cuantos tenían la inefable dicha de tratarle. Hombre menudillo y achacoso, no dejaba por eso de ofrecer un aspecto patriarcal. Viéndole, se sentía uno inclinado a las buenas acciones, a la mansedumbre evangélica, a la exaltación mística y a la piedad. No salía de su boca palabra alguna que no fuese la misma devoción y un compendio del Evangelio.»
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * OBISPO DE ASTORGA.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * OBISPO DE BARBASTRO.
Debía su mitra a influencias de doña Pilar de Loaysa.
Los ayacuchos (II).

* OBISPO DE CALAHORRA.
Amigo y consejero de doña Juana Teresa Idiáquez.
Los ayacuchos (II).

* OBISPO DE LEÓN.
V. ABARCA, Doctor don Pedro.

— * OBISPO DE MALLORCA.
Constitucionalista.
El Grande Oriente (I).

— * OBISPO DE MENORCA.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* OBISPO DE SOLSONA.
Un voluntario realista (II).

* OCHOA, Don Cruz.
Diputado carlista en 1869. Amigo del severo bailío don Wifredo de Romarate. Un bendito señor, gran consejero con palabras melificadas...
España sin rey (III).

OCHOA, Don Francisco.
Intendente real en Oñate, Corte del pretendiente (1836).
De Oñate a La Granja (II).

OCHOA, Eugenio (1815-1872).
Poeta, bibliotecario de la Nacional. Académico de la Española. Inseparable de los Madrazos y fundador con ellos de *El Artista*. *Erudito* y crítico muy estimable. Gran traductor.
Mendizábal (II).

ODALBERTO.
Personaje de la versión española de *Otelo*. En el original inglés: el senador Brabantio.
La Corte de Carlos IV (I).

* O'DALY.
Jefe militar liberal sublevado con Riego, Quiroga y Arco Agüero, en 1820.
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

O'DALY, Don Gabriel.
Mayor del segundo batallón del regimiento de Santiago Ibero. Muy afecto a éste. «Hombre de carácter muy serio y de bien probada veracidad.»
Montes de Oca (II).

* O'DONNELL.
Subteniente. Combatió a la partida facciosa republicana de Estévanez, en Almuradiel.
La primera República (III).

* O'DONNELL, Don Alejandro.
Liberal. Conspiraba (1825) en el extranjero.
Un voluntario realista (II).

— * O'DONNELL, Don Carlos.
General español, que combatió a los franceses en Castilla y Aragón (1809 a 1811). Después de 1833 se hizo carlista y organizó admirablemente la Caballería de Zumalacárregui. Murió en la acción del Puente de la Reina (1835).
Juan Martín el Empecinado (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Zumalacárregui* (II).

— * O'DONNELL, Don Enrique.
Militar español ilustre, que luchó por tierras catalanas (1809-1810).
Gerona (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

* O'DONNEL, Don Enrique.
Ayudante del general carlista Maroto (1838). Hijo del gran jefe español que luchó contra los franceses (1809) en tierras catalanas. Tomó parte en la guerra de Africa (1859-60).

Vergara (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).

— * O'DONNELL, Don José.
General español absolutista, que luchó en Málaga contra el liberal Quiroga.
La segunda casaca (I).—*Un faccioso más...* (II).

* O'DONNELL, Leopoldo (1809-1867).
Conde de Lucena y duque de Tetuán. General y político español. Mandó el ejército victorioso en la guerra de Africa (1858-1860).
«Era un chicarrón de alta estatura y de cabellos de oro, bigote escaso, azules ojos de mirar sereno y dulce; fisonomía impasible, estatuaria, a prueba de emociones; para todos los casos, alegres o adversos, tenía la misma sonrisa tenue, delicada, como de finísima burla a estilo anglosajón.» (Retrato en 1836.)
Varias veces presidente del Consejo de ministros. Hombre audaz, de talento, simpático, bravo...
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* OFALIA, Conde de.
V. HEREDIA, Don Narciso.

— * O'FARRIL, Gonzalo (1754-1831).
General y político español. Personaje de la Junta política de afrancesados que se formó en Madrid el día 2 de mayo de 1808. Reconoció a José Bonaparte.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

OFICIAL.
Ayudante del coronel Villaescusa.
O'Donnell (III).

OFICIAL.
De Alabarderos, que cuando el atentado de Merino contra Isabel II (2 de febrero de 1852) se ocupó de salvar a la recién nacida princesita Isabel.
La revolución de julio (III).

OFICIAL, Un.
Del ejército derrotado del general San Juan.
Napoleón, en Chamartín (I).

OFICIAL, Un.
Del Ministerio de Gracia y Justicia.
La segunda casaca (I).

OFICIAL, Un.
«Cuyo nombre no se recuerda», de la Milicia Nacional, que con el comandante Herón intentó salvar a don Mamerto Landáburu.
El 7 de julio (I).

* OJEDA.
Cantante de ópera en el teatro de la Cruz.
Montes de Oca (II).

* OLAVARRÍA.
Político español, autor, con Fermín Caballero, de un proyecto de Constitución (1835) para sustituir al Estatuto Real.
Mendizábal (II).

* OLAVE.
Diputado a Cortes (1873).
La primera República (III).

— * OLAVIDE, Pablo Antón José de (1725-1802).
Político y escritor español. Fué amigo del conde de Aranda y gran liberal.
El terror de 1824 (I).—*Los ayacuchos* (II).

* OLAWLOR.
General inglés, ayudante de Wellington.
La batalla de los Arapiles (I).

* O'LAWLOR Y AHUMADA, General.
Amigo incondicional del general Serrano (1873).
La primera República (III).

* OLAZÁBAL, Don Tirso.
Político tradicionalista, de gran talento y de fogosa juventud. Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869...
España sin rey (III).

O'LEAN, Don Anselmo.
Tío de Tomás. Gran amigo de don Luis Fernández de Córdoba.
Bodas reales (II).

O'LEAN, Tomás.

Novio de Lea Carrasco.

«A los veinticinco años era ya teniente coronel, habiendo alcanzado sus mayores adelantos desde los pronunciamientos del 43. ¡Qué brillante carrera! Espartero se fué dejándole teniente a secas, y en dos años de trifulcas intestinas, sirviendo con Serrano en Cataluña, con Concha en Andalucía, ayudando a la cacería de Zurbano, había ganado el hombre tres empleos y cinco grados, amén de varias cruces, que eran testimonio de su heroísmo. Siguieran las locuras de Marte en nuestro suelo, y Tomás O'Lean sería general. No podía soñar Lea mejor partido, y muy satisfecha estaba de su conquista, porque el muchacho, al aprovechamiento militar unía las ventajas de un carácter cortado para el santo matrimonio: mansedumbre, juicio, hábitos económicos y, para colmo de felicidad, una hermosa figura.

»Ni aun en los tiempos del regente fué O'Lean entusiasta del Progreso; antes bien, sus amigos le tenían por arrimado a la cola, atendiendo más a las aficiones religiosas del oficial que a las políticas. Perteneciente a una familia de origen irlandés, extremada en el monarquismo y en la piedad, conservó siempre la característica de su abolengo, y en un tris estuvo que defendiera la causa del pretendiente. Como los O'Donnell, los O'Lean se dividieron, repartiéndose entre las dos legitimidades: dos hermanos de Tomás pelearon en la facción, al lado de Zumalacárregui y de Zariátegui; pero él, traído a la bandera cristina por su tío don Anselmo, grande amigo de Córdoba, empezó a servir, el 36, en un regimiento de la división de Oraa, y siempre se mantuvo fiel a la disciplina y al honor. Huérfano de padre, vivía Tomás con su madre, vascongada de mollera dura, de los Emparanes de Azpeitia, señora muy tiesa, rigorista en lo social, arrebatada de fanatismo en lo religioso. No fué poca suerte para Leandra Carrasco que doña Ignacia, a quien como a presunta suegra reverenciaba, aprobara el noviazgo de su hijo, que si así no fuese, poco le durara el contento a la señorita manchega. Tenía Tomás el don de simpatía por su afabilidad y dulzura, y aunque entre sus muchos amigos habíalos de distintos colores, descollaban en su afecto los de matices tristones y sombríos.»

No llegaron a casarse Tomás y Lea. Riñeron *por cuestiones políticas...*, al parecer.

Bodas reales (II).—*Aita Tettauen* (III).

OLEGARIA.

Ama, en Rosell de Cenia, de mosén Hondón. De ella escribe Santiuste:

«En esto vi que con el ama que empezó a servirnos entraba otra. ¡Ya eran cuatro, Señor! Y no era lo peor que fuesen cuatro, sino que la última, o sea la cuarta, era más joven, por lo menos más lozana que la parecida a la Virgen de los Dolores, y seguramente más bonita: una rubia ideal, de azules ojos, cara como las rosas, no muy alta de cuerpo, pero éste muy bien modelado en sus partes todas, y con admirable distribución de carnes en sus contornos y bultos, resultando de tales armonías una combinación feliz de la agilidad y el buen desarrollo. Allí se juntaban las dos bellezas fundamentales: la gracia y la salud.»

Carlos VI, en la Rápita (III).

* OLÍAS.

Periodista y diputado (1873). Amigo del insigne Tito.

De Cartago a Sagunto (III).

OLIVA.

Voluntario de Huesca en el segundo sitio de Zaragoza.

Zaragoza (I).

* OLIVA, Doctor.

Médico castrense de la escuadra española, que combatió contra Chile y Perú (1865-1866).

La vuelta al mundo... (III).

* OLIVA MONCASI, Juan.

Jovenzuelo que atentó (1878) contra la vida de Alfonso XII, disparándole dos pistoletazos, sin hacer blanco. Murió agarrotado.

Cánovas (III).

* OLIVÁN, Don Alejandro.

Diputado a Cortes (1849). Gran periodista, redactor de *La Abeja*, de ideas muy ortodoxas.

Mendizábal (II).—*Narváez* (II).

OLIVÁN, Don Enrique.
Hijo de Oliván e Iznardi.
«Era don Enrique Oliván funcionario público de subido rango, casado con mujer rica, joven por no pasar de los treinta y seis años, viejo por la respetabilidad de una calva precoz y el cascado timbre de su palabra sensata.»
Prim (III).

OLIVÁN, La de.
Esposa hermosa de don Eduardo Oliván e Iznardi. Era muy aficionada a los políticos de la situación, y gracias a ella su marido jamás gustó los acíbares de la cesantía. Ya vieja, *retirada* de sus amoríos, se dedicaba a celestinear los ajenos.
V. LUISA, Doña.
Los ayacuchos (I).

OLIVÁN E IZNARDI, Don Eduardo.
Jefe de Sección o Mesa, en el Ministerio de Hacienda, de Fernandito Calpena.
Era «el patriarca de los mansos» por voluntad de su hermosa mujer.
En 1844 llegó a diputado.
«Era un señor bueno como el pan, sencillo como una codorniz, afable, angosto de cerebro, y tan ancho de conciencia burocrática, que en ella cabía, y aun sobraba conciencia, la libertad anchurosísima de sus subordinados. Su llaneza patriarcal parecía olvidar las jerarquías, alternando amigable y democráticamente con los inferiores en la tarea deliciosa de leer *El Español, El Eco* y *La Abeja,* fumar cigarrillos, repetir y comentar todo lo que en Madrid se hablaba de política y literatura, echando de cuando en cuando una plumada a los expedientes, por vía de distracción, y sin suspender la grata tertulia. Cada cual salía y entraba en aquella bendita oficina a la hora que mejor le cuadraba.»
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Prim* (III).

— * OLIVARES, Conde-Duque de (Don Gaspar de Guzmán) (1787-1845).
Político y hombre de Estado. Celebérrimo valido de Felipe V.
La revolución de julio (III).

OLIVIER u OLIVIERI.
Director de un colegio, en Francia, donde fueron corrompidas Teresita y Esperanza, las hijas del capitán don Ramón Lagier.
Prim (III).

— * OLIVIERI.
Cantante de ópera, que actuaba en Madrid (1842) en el teatro Circo.
Los ayacuchos (II).

— * OLÓZAGA, Don Celestino.
Padre de don Salustiano. Murió en un desafío. «Por acometer airada y ciegamente, se clavó en el sable de su contrario.»
Los apostólicos (II).—*España sin rey* (III).

— * OLÓZAGA, Don José.
Hermano menor de don Salustiano. Político como él. Menos orador, pero mejor escritor. Ecuánime. Discreto.
Los apostólicos (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

* OLÓZAGA, Elisita.
Hija de don Salustiano, para quien Isabelita II entregaba dulces a su primer ministro (1844).
Bodas reales (II).

* OLÓZAGA, Salustiano (1805-1873).
Famoso político español.
«Cierto joven de arrogante presencia, alto de cuerpo, agraciadísimo de rostro, con el pelo en rizos, las mejillas rosadas, el color blanco, los ojos garzos, los ademanes desenvueltos, el vestir elegante. Respondía a nombre de Salustiano Olózaga y era un abogado de veinticuatro años, medio célebre ya por sus brillantes alegatos forenses, y mayormente por la defensa que había hecho ante el Consejo y Cámara de Castilla de un pobre albañil inclusero condenado a muerte por el robo de dos libras de tocino. La Milicia Nacional cuando había Milicia, el foro cuando había foro y la política siempre, consumían todo el ardor de su existencia.
»Era el campeón juvenil de la idea naciente; la Providencia habíale dado, entre otras notables prendas, elocuencia, si no brillante, varonil y sobria, con una lógica irresistible.»
Fué varias veces presidente del Consejo de Ministros.

Los apostólicos (II). — *Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II). — *Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II). *Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

* OLLO.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

* OLLO, Doña Pancracia.
Esposa de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

— * OMARI (Abu Hafsah ben AL-JATAR) (581-644).
Segundo de los califas que sucedieron a Mahoma.
El Grande Oriente (I).

— * O'NEILLE, Don Juan.
General español, que defendió el Torrero zaragozano durante los famosos Sitios.
Zaragoza (I).

OÑABEITIA, Don Gaspar.
Esposo que fué de doña Rita Morentín.
Vergara (II).

— * OÑATE, Conde de.
Grande de España de primera clase, «que tenía a mucha honra vestir el uniforme de la Milicia».
El 7 de julio (I).

— OÑATE, Las de.
Juliana, Matilde y Carolina. Bellísimas señoritas de la aristocracia madrileña en 1836...
De Oñate a La Granja (II).

* OÑORO.
Jefe militar del regimiento de Caballería de Bailén. Estaba de guarnicion en Ocaña y complicado en el pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

— * OPAS, Don (OPPAS).
Prelado español del siglo VIII. Arzobispo de Sevilla. Por odio al rey godo don Rodrigo se pasó a los invasores musulmanes.
Las tormentas del 48 (I).

— * OPIMIO.
Cónsul romano, gran patriota. Tribuno de la plebe.
El Grande Oriente (I).

— * OPPAS, Don.
V. OPAS, Don.

* ORAA, Don Marcelino (1788-1851).
General en jefe isabelino del Ejército del Norte.
«Era un viejo fornido, de rostro totalmente afeitado, el cabello corto, el perfil a la romana, con cierta dureza hermosa, a estilo napoleónico.»
Fué destituído por no poder tomar Morella.
Zumalacárregui (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II). — *Vergara* (II). — *Bodas reales* (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

ORADOR.
Comunero que pidió se protestase contra la Santa Alianza.
El Grande Oriente (I).

— * ORBANEJA.
«Pintor mediocre de santos y frailes de distintas órdenes.»
Las tormentas del 48 (II).

ORBEGOZO, Las niñas de.
Familia bilbaína. La gente joven de ella se hizo muy amiga de Aurora Negretti.
Luchana (II).

ORBEGOZO, Juanito.
De la Milicia Nacional de Bilbao. Herido en el tercer sitio de la heroica villa. Noviembre de 1836.
Luchana (II).

ORBEGOZO, Socorrito.
Amiga de Aura Negretti. Romántica y dulzona. Muy aficionada a las novedades de la moda y a los perifollos.
Luchana (II).

ORCHA, Aquilino o *Quilino*.
Nombre falso que tomó Fernandito Calpena para desempeñar una misión delicada que le encomendó (febrero de 1838) Espartero.
Vergara (II).

ORDAX, Alférez.
Del ejército de Espartero. Amigo de Fernando Calpena.
Luchana (II).

ORDEN.
Pastor de Aranarache, en la Amézcoa Baja.
Zumalacárregui (II).

— * ORDÓÑEZ, Don Melchor.
Jefe político de Madrid con el Gobierno de Bravo Murillo (1851).
Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

— * ORDÓÑEZ.
Organizador en Palencia de las Juntas de patriotas (1808).
Bailén (I).

ORDÓÑEZ DE CASTRO, Don Esteban.
«Era el galán un joven gaditano, instruidísimo y elegante, ya pasado por el extranjero, como lo demostraba el indefinible barniz, la tintura, el tufillo que distinguían su persona de otras muchas de acá. Llamábase don Esteban Ordóñez de Castro, y comía la sopa burocrática en la Secretaría de Estado. Componía eruditos versos y cantaba en galana prosa: figuraba en el ramillete más fresco de la juventud moderada con ideas recalcitrantes, espolvoreadas de cierto escepticismo, que era entonces del mejor tono. Su buena figura, su arte de *llevar la ropa* y de bien hablar sin decir nada, su mediano saber de lenguas, marcábanle el camino de la diplomacia, en la cual entraba con pie derecho.»
Hacía *cucamonas* amatorias con Eufrasia Carrasco.
Bodas reales (II).

— * O'REILLY, Don Alejandro (1769-1832).
Gran general español. Tomó parte en una expedición feliz contra Argel el año 1794. Combatió a los franceses en Cataluña (1795).
Bailén (I).—*El equipaje del rey José* (I).

* OREIRO.
Ministro de Marina con la primera República (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * OREIRO DE LEMA.
Famosa cantante, que interpretaba *Norma* en el teatro del Príncipe (1835).
Mendizábal (II).

OREJITAS, El.
Guerrillero bandido español, que operaba contra los franceses y la propiedad en la provincia de Guadalajara.
Juan Martín el Empecinado (I).

OREJÓN.
V. ELÍAS OREJÓN.

* ORENSE, Don Antonio.
Hijo del marqués de Albaida. Diputado (1873). Mientras su padre anciano capitaneaba el grupo más demagógico de la Cámara, este joven era muy gubernamental y discreto.
España trágica (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* ORENSE, Don José María (Marqués de Albaida).
Político español. De ideas liberales avanzadas. Amigo de Prim.
«—Este buen señor—dijo el bailío—es hombre agudo, franco, noblote, y de los que expresan su opinión sin rodeos. Por su llaneza me gusta, por su honradez es digno de admiración; pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que en la suya faltan algunos tornillos de los más necesarios para el buen discernimiento. Yo pregunto: ¿cómo es que este señor marqués, aristócrata de raza, milita en los ejércitos del loco republicanismo?»
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).—*La primera República* (III).

* ORENSE, El señor obispo de.
De ideas liberales. Uno de los más ardientes defensores del sistema constitucional.
Cádiz (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

— ORESTES.
Hijo de Agamenón y de Clitemnestra. Huyó para salvarse de la muerte, ayudado por su hermana Electra, quien le envió a Fócida, donde contrajo amistad fraternal con Pílades, hijo del rey.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El terror de 1824* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).

«ORGANISTA DE TERUEL».
Cabecilla carlista en el Maestrazgo.
La campaña del Maestrazgo (II).

* ORGAZ, Luis María, Conde de (1766-1840?).
Político mediocre. Descendiente del famoso caballero cuyo entierro inmortalizó el Greco.
La Corte de Carlos IV (I).

ORICAIN.
Uno de los dos guerrilleros que acompañaban siempre a Carlos Navarro. Era «pequeño, regordete, de ojos negros, cubiertos por una sola ceja pobladísima y corrida de sien a sien».
La segunda casaca (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Un faccioso más...* (II).

* ORIVE.
General y político liberal cristino. Enemigo de Espartero.
Bodas reales (II).

— * ORLEÁNS, Duque de.
Fallecido repentinamente (1842).
Los ayacuchos (II).

— * ORLEÁNS, Duquesa de (1848).
Las tormentas del 48 (II).

* ORLEÁNS, Infante don Antonio de.
Pretendiente (1869) al trono español. Se le llamaba por sus adversarios Antonio Igualdad.
España sin rey (III).

* OROVIO, Don Manuel.
Político español. Ministro del último Gobierno de Isabel II. Persona discreta y campechana. Ministro de Fomento con el primer Gobierno de Alfonso XII.
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

* OROZCO.
General de división. Héroe de la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

* ORTEGA, Don Jaime.
Político y jefe militar. Amigo de Prim.
Bodas reales (II).

* ORTEGA, General don Jaime.
«Cabeza visible» del levantamiento a favor del pretendiente don Carlos (VI). Fué hecho preso y fusilado.
Carlos VI, en la Rápita (III).—*Prim* (III).

* ORTIZ DE PINEDO, Manuel.
Periodista. Político. Amigo de Cánovas. Diputado desde 1865 hasta 1873.
La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

* ORTIZ DE ZÁRATE, Don Ramón.
Diputado tradicionalista en 1869.
España sin rey (III).

* ORTIZ DE ZÚÑIGA, Don Manuel.
Diputado (1849), que cobraba «por Gracia y Justicia» unos miles de reales, según la estadística de don Saturno Socobio.
Narváez (II).

— OSLOFF.
Personaje de la obra *El falso czar de Moscovia.*
La Corte de Carlos IV (I).

* OSMA.
Oficial de Artillería. Cristino.
Vergara (II).

* OSMA, Don José Domingo.
Político. Hombre de negocios. Diputado de 1850 a 1851 y 1857 a 1858.
O'Donnell (III).

— * OSMA, Obispo de.
Uno de los regentes nombrados en España por Angulema (1823).
Los Cien mil hijos de San Luis (I).

* OSORIO, Gonzalo.
Secretario de Hacienda de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

* OSTALAZA.
Hermano coadjutor jesuíta, linchado por la plebe dentro del Colegio Imperial (1834).
Un faccioso más... (II).

* OSTALAZA, Don Blas de (¿1763-1835).
Confesor del infante don Carlos y predicador de Palacio. Le fusilaron en Valencia por conspirar.
«Cara redonda y arrebolada; gestos muy vivos y un modo de mirar que daba a conocer a tiro de ballesta su superioridad; cuerpo sólido; voz campanuda y gruesa, como toda voz creada para decir grandes cosas, formaban el físico.
»De su piedad y devoción, ¿qué puedo decir sino que edificaba a todos, y especialmente al infante, de quien era director espiritual? Pues ¿a quién sino a mi amigo debió don Carlos el haber salido tan temeroso de Dios, tan fiel esclavo de los preceptos religiosos, que más que príncipe y futuro candidato al trono parecía un santo, según era de compungido dentro de la iglesia y ejemplar fuera de ella en todos sus actos y palabras? Amaba tan entrañablemente don Carlos a su confesor, que no podía vivir sin él. Rezaban junto por las noches, y cuando el príncipe se acostaba, Ostalaza, después de decir las últimas oraciones, fervorosamente prosternado ante la imagen de Nuestra Señora, rociaba el lecho de su alteza con agua bendita para alejar los sueños pecaminosos.
»No se crea por esto que mi amigo era gazmoño ni melindroso, que esto habría sido grave falta en un hombre llamado a las luchas del mundo. Sabía perfectamente dar a cada hora su propio afán, concediendo parte del tiempo a las buenas relaciones sociales, porque igualmente se ha de cumplir con Dios y con los hombres. Por tal ley, Ostalaza, luego que dejaba a su hijo espiritual dentro de las purificadas sábanas, bien santiguado y bien rociado por banda y banda, de tal modo que en la alcoba regia se podrían pasear los serafines; luego que don Blas, repito, desempeñaba así su difícil cargo, se embozaba en su capa, ya avanzada la noche, y corría a la calle, apretado por el deseo de compensar los muchos afanes con un poco de libre holganza. Yo no sé adónde iba, porque se recataba mucho de los amigos; pero es indudable que no pasaba la noche al raso, ni buscando hierbas a lo anacoreta, ni mirando al cielo como astrólogo. Lo de no querer que sus amigos le vieran a tales horas, y el esconderse de ellos, se explica en varón tan meticuloso por su deseo de apartarse de los peligros que siempre traen consigo las malas compañías.»
Cádiz (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

OSTOLAZA, Don Miguel.
«Era el llamado Ostolaza uno de los más valientes patricios, comerciante en las Siete Calles, tan aficionado a la danza éuscara, que no perdía coyuntura de armarla por cualquier motivo que hiciera vibrar la fibra patriótica.»
De Bilbao (1836). Amigo de los Arratias. Individuo de la Junta y comerciante de las Siete Calles.
Luchana (II).

OSTOLAZA, Francisco.
Boticario de Bilbao. Amigo de los Arratias.
Luchana (II).

OSTOLAZA, Juanita.
Novia de José María Arratia.
Luchana (II).

OSUNA, Don Francisco Javier.
Procurador sevillano (1836), amigo del clérigo ceceoso, camandulero y danzante Ibraim.
De Oñate a La Granja (II).

* OSUNA, Duque de.
V. TÉLLEZ-GIRÓN, Don Pedro.

* OSUNA, Duque de (Pedro de Alcántara Girón y Guzmán) (1574-1624).
«El grande Osuna.» Virrey de Nápoles. Embajador en Venecia. Señor del famoso Quevedo.
Narváez (II).

* OSUNA, Duquesa de.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* OSUNA, El «viejo» duque de.
Padre de Pedro Alcántara y Mariano; aquél, duque actual (1836).
Luchana (II).

— OTELO.
Protagonista de la famosa obra de Shakespeare.
La Corte de Carlos IV (I).—*Gerona* (I). *La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*La estafeta romántica* (II).

— * OTERO GONZÁLEZ, Francisco.
Atentó contra la vida de los reyes doña María Cristina y don Alfonso XII, disparándoles dos tiros cuando entraba el flamante matrimonio a Palacio, en coche, por la puerta llamada del Príncipe (30 de diciembre de 1879).
Cánovas (III).

* OTERO ROSILLO.
Político *canovista*. Dió su voto para rey de España (en 1870) a don Alfonso (XII) de Borbón.
España trágica (III).

OUDINOT.
Pinche francés, a quien *hicieron* general unos chanchulleros, capitaneados por Juan Bragas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* OUDRID, Cristóbal (1825-1877).
Notable compositor español.
Bodas reales (II).

— * OVIDIO (Publio-Nasón) (43 a. J. C.-17 d. J. C.).
Poeta erótico romano. Autor del famoso *Ars Amandi* y de *Los amores*, de las *Metamorfosis* y de las *Heroidas*.
La Corte de Carlos IV (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * OWEN, Roberto (1771-1858).
Sociólogo inglés.
Las tormentas del 48 (II).

P

PABLO, Antolín de.
En su casa de la calle de San Bartolomé se ocultó el capitán Gracián. Estaba casado con Eulogia Ciudad.
«Era propietario de tierras en Villa del Prado, su patria, pero a la descansada vida de labrador prefería la inquieta de tratante en uvas por agosto y septiembre, y en ganado los demás meses del año. Antolín de Pablo salía cada quincena para Villaviciosa, Sevilla la Nueva, Villa del Prado y Cadalso de los Vidrios, y volvía con carneros y terneras para el Matadero de Madrid.»
Los duendes de la camarilla (II).

PABLO EL RIOJANO.
Padre de la señora Fermina, la madre de Salvador Monsalud.
El equipaje del rey José (I).

PABLOS, El buscón de Segovia.
Protagonista narrador de la famosa novela picaresca de don Francisco de Quevedo titulada *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos* (1610 y 1625).
Trafalgar (I).

PACA «LA AFRICANA».
Hembra de un colmado de la calle de la Visitación, que conquistó al severo bailío don Wifredo Romarate.
«La otra, de lucida talla y esbeltez admirable, morena, de gitanos ojos, tenía dos toques fisonómicos que le daban singular encanto; eran: una dentadura ideal por su corrección y blancura, y unas patillitas que limitaban su bello rostro con dulce mebrana de terciopelo. Resultó que no era andaluza, sino de Ceuta, y respondía por Paca, reservando su verdadero nombre, Africa, por respeto a la Virgen de su pueblo. Fácilmente perdonó don Wifredo a la gentil africana sus faltas gramaticales, que por esto no desmerecía su linda boca: antes bien, la incorrección era un garabato gracioso.
»Al cuarto de hora de tener a Paca la *Africana* junto a sí, gustaba de ella y de las patillas que sombreaban su tez morena y limpia, de los ojos como luceros negros y de la ringlera de perlas de su dentadura maravillosa: a la hora ya creía que el separarse de la moza era un golpe mortal, y a las dos horas pensaba el hombre que la Paca *valía una misa*,

entendiendo por misa el soslayar a ratos el decoro, la representación social y toda la caballería andante o sedente.»
España sin rey (III).—*España trágica* (III).

PACA «la Alicantina».
Daifa distinguida.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

PACA «la Bizca».
Famosa corredora de alhajas.
O'Donnell (III).

* PACK.
Brigadier inglés que intervino en la batalla de los Arapiles, «uno de los hombres más valientes, más caballerosos y más serenos» que había conocido Araceli.
La batalla de los Arapiles (I).

— * PACKENHAM.
Mayor general inglés que intervino en la batalla de los Arapiles. (Debe de tratarse del mismo personaje reseñado anteriormente.)
La batalla de los Arapiles (I).

PACO.
El «de don Robustiano». Niño de diez años.
La segunda casaca (I).

PACO.
Plumista y sargento de voluntarios.
Napoleón, en Chamartín (I).

PACO, Don.
Preceptor de los hijos de la condesa de Rumblar.
V. DIEGO, Don.

* PACHECO, Joaquín Francisco (1808-1865).
Político, escritor y abogado español. Del partido moderado. Presidente del Consejo de Ministros y ministro de Estado en 1847 y en 1864. Académico de la Lengua, Historia, Bellas Artes y Ciencias Morales y Políticas.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Bodas reales* (II). *Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

PACHECO, Juanito.
Hijo del marqués de Aguilas. «Un chico que hablaba muy requintado», en Cartagena. Andaba siempre metido entre ninfas averiadas.
De Cartago a Sagunto (III).

PACHECO Y LÓPEZ BARRIENTOS, Don Felipe.
V. MARQUÉS DE X.

PACHO, Padre.
Mercedario. Compañero de convento del padre Salmón.
Napoleón, en Chamartín (I).

PADIAL.
Político español (1873). Diputado.
La primera República (III).

— * PADILLA, Juan de (¿1490-1521).
Caudillo español de los Comuneros de Castilla. Decapitado en Villalar.
El Grande Oriente (I).—*Amadeo I* (III).

PADRE, Un.
Anciano. Vivía en la calle Mayor, en la casa donde se refugió Gabriel Araceli el 2 de mayo. Abrazado a sus hijas, excitaba al pueblo a luchar contra los franceses. Fué asesinado con las doncellas por los mamelucos.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

«PADRE ETERNO».
Mote que dió Virginia Socobio al pastor anciano «huesudo, alto, de barbas blancas», que les socorrió—a ella y a su amante—con leche de cabras...
La revolución de julio (III).

— PADRE PREPÓSITO.
De Oñate, Corte del pretendiente.
De Oñate a La Granja (II).

* PAESIELLO, Juan (1741-1815).
Notable compositor italiano. Maestro de Rossini.
Bodas reales (II).

* PAGÁN, Joaquín, alias el *Ensolador*.
Jefe de los voluntarios cantonalistas del castillo de la Atalaya (1873). Se dice que se vendió a los centralistas.
De Cartago a Sagunto (III).

PAGASAUNTÚRDUA. Don Plotino.
Canónigo de Cuenca, que, al enloquecer el pobre *ido* Ido del Sagrario, tenía recogida a la infeliz Rosita como si fuera sobrina suya.
«Era un clerizonte guapo, joven y rollizo: su desenvoltura de lenguaje y ademanes revelaba el gusto del buen vivir y el menosprecio de las trabas y preocupaciones que entorpecen la existencia. Después de los saludos campechanos, quedamos en que honraría yo su casa aquella misma tarde para tomar juntos una copita de jerez y fumar un buen habano.»
De Cartago a Sagunto (III).

— * PAGE.
Político liberal.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* PAIRATÁ.
Anciano príncipe de Otaití (1866). Hablador incansable y ceremonioso.
La vuelta al mundo... (III).

PAISANA
de doña Leandra Quijada.
«La cual entonces había contraído una dulce amistad, que era su pasatiempo más grato. Andando por paradores y tenduchos, tropezó con una paisana, del Tomelloso, propietaria de una colchonería en la calle del Angel, y hablando de la tierra iban apareciendo mujeres, hombres y familias que habían tenido el honor de nacer en la felice Mancha.»
Bodas reales (II).

PAISANOS, Dos.
«Que armados de fusil marchaban hacia la calle Mayor», a quienes inútilmente interrogó Solita Gil de la Cuadra la víspera del famoso 7 de julio acerca del paradero de Salvador Monsalud.
El 7 de julio (I).

«PAJALARGA».
Mote del buñolero.
V. GARCÍA, Indalecio.

PÁJARAS, Las.
De Mora. Dos hembras de mal vivir.
Las tormentas del 48 (II).

PAJE.
De don Beltrán de Urdaneta.
V. TOMÉ TORRES.

«PAKORRITO».
Mote que dieron los liberales al infante don Francisco.

* PALACIO, Manuel del (1832-1906).
Literato español, de vena satírica.
La de los tristes destinos (III).

* PALACIO, Marqués del.
Político liberal, desterrado por Fernando VII (1814). Jefe militar cristino de una columna que operaba (1837) en el Maestrazgo.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La campaña del Maestrazgo* (II).

* PALACIOS, Brigadier.
Comandante general del Real Sitio de La Granja.
Amadeo I (III).

* PALAFOX, Don Francisco.
Hermano del famoso general defensor de Zaragoza. Perteneció al Consejo de Castilla, restablecido por la Junta Central.
Gerona (I).

PALAFOX, Serafina.
Amiga entrañable de Pilar de Loaysa. Vivía en Lumbier. En su casa dió a luz Pilar a Fernandito Calpena, hijo de su adulterio.
La estafeta romántica (II).

* PALAFOX Y MELCI, Don José de Rebolledo (1776-1847).
General español. Duque de Zaragoza. Hizo levantar a los franceses el primer sitio de Zaragoza y defendió heroicamente a ésta durante el segundo.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * PALAFOX, Jacinto.
Casado con la noble viuda doña Rosita de Alcanadre.
Luchana (II).

— * PALAFOX, Robustiana.
Noble dama aragonesa.
Luchana (II).

* PALANCA.
Ministro de Ultramar con el Gobierno Salmerón (1873).
La primera República (III).

* PALAREA, Juan (1787-1855?).
Guerrillero español, más conocido con el sobrenombre de el *Médico*. De su propio patrimonio mantuvo a su guerrilla. Llegó a coronel. Y el mariscal Belliar dijo de él: «Es buen general, pero es más que eso: es un hombre muy sabio y muy humano.»
Juan Martín el Empecinado (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I). *Un voluntario realista* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

— PALAS.
Uno de los nombres de la diosa Atenea o Minerva, hija de Júpiter y símbolo de la Sabiduría.
El 7 de julio (I).—*La estafeta romántica* (II).

PALAZUELOS, Teniente.
Un señor regordete y comunicativo, que amistó con el insigne Tito en la estación de Haro.
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* PALMAROLI, Vicente (1834-1896).
Pintor español notable. Gran amigo de los Fajardo-Emparán.
La de los tristes destinos (III).

— * PALMELA, Duque de.
Amigo de Mendizábal y, como él, defensor de los derechos de doña María Braganza en Portugal.
Mendizábal (II).

— * PALMERSTON, Lord Enrique Juan Temple, Vizconde de (1783-1865).
Famoso hombre de Estado inglés, afiliado al partido *tory* o conservador.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

PALOMAR, Don Mateo.
Párroco de Cintruénigo, muy afecto a los Urdaneta-Idiáquez.
La estafeta romántica (II).

— * PALOMARES.
Calígrafo español.
Bailén (I).

PALOMEQUE, Avelino.
Primo de Delfina Gil. Vivía en Cuenca, donde era propietario de dos fábricas de harina. Se enamoriscó en seguida de Silvestra Irigoyen, la coima andariega del insigne Tito.
«Apenas se apartó del altar mi basilisco para marcharnos, adelantóse a darle agua bendita un hombre de buena estatura, vestido con decorosa modestia, de negra barba, pelo rizoso, facciones de varonil belleza y edad como de cuarenta o cuarenta y cinco años.»
«Era un carlistón rabioso, fanático, cerrado de mollera.»
De Cartago a Sagunto (III).

PALOMEQUE, Padre.
«Fraile pequeño y viejo, que se apoyaba en un palo; hombre al parecer enfermizo y de mal genio.» Era mercedario del convento del padre Salmón.
Napoleón, en Chamartín (I).

PALOMO, Cándido.
Asistente que los cantonales asignaron al insigne Tito (1873). Y es éste quien lo describe:
«Mi amigo Cárceles, que se empeñaba en hacer de mí una figura heroica, me metió casi a empujones en el *Fernando el Católico*, vapor de madera, inválido y de perezosos andares, el cual iba como transporte, llevando gente de desembarco ganosa de probar en una plaza rica la fortaleza de su brazo y el largor de sus uñas. Al conducirme a bordo, Cárceles puso en mi compañía para mi guarda y servicio a un presidiario joven, simpático y hablador, que desde el primer momento me cautivó con su amena charla y la variedad de sus disposiciones.
»Resultó que hacía versos. En su infancia se reveló sacando de su cabeza coplas de ciego; luego enjaretó madrigales, letrillas y algunas composiciones de arte mayor, que corrían manuscritas entre el vecindario de su pueblo natal, la villa de Mula. Por algunos trozos que me recitó, comprendí que no le faltaban dotes literarias, pero que las había cultivado sin escuela ni disciplina... Casó muy joven con moza bravía; surgieron disgustos, piques, celeras, choques violentísimos con varias familias del pueblo. Cándido Palomo, que tal era su nombre, alpargatero de oficio, y en sus ocios poeta libre, llegó una noche a su casa con el firme propósito de matar a su mujer; mas tuvo la suerte de equivocarse de víctima y dió muerte a su suegra, que era la efectiva causante de

aquellos líos y el impulso inicial de la tragedia. Cuando Palomo entró en presidio compuso un poema lacrimoso relatando su crimen y proceso. Aunque plagado de imperfecciones, el poético engendro me recordó el libro primero de *Los tristes,* de Ovidio, y aquel verso que empieza *Cum repeto noctem...*»

Era un redomado pícaro, con *la gracia padre.*

De Cartago a Sagunto (III).

PALOMO, Rosita.

Mujer de Nicasio Pulpis. Muy amiga de Centurión y su mujer.

O'Donnell (III).

PALOP, Miguel.

Conductor del tren del Norte en el que huyó de Madrid Santiaguito Ibero. «Era regordete, risueño y coloradote, de mediana edad.»

La de los tristes destinos (III).

* PALLAS, Don Magín.

Médico de Manresa. Formó parte de la Junta apostólica de esta ciudad.

Un voluntario realista (II).

* PALLARES.

Fué jefe de la Policía madrileña durante la primera República. Parece ser que fué quien hizo desaparecer *bonitamente por el foro* a la famosa estafadora doña Baldomera.

Cánovas (III).

PALLEJAS, Pepe, alias *Sursumcorda.*

«Uno de ellos era un infeliz lisiado, un hombre que acababa en las rodillas y se ponía en movimiento con ayuda de muletas o bien andando a cuatro remos, viejo, de rostro jovial y muy tostado por el sol.»

Gran hablador. Muy amigo de chismes, cuentos y exageraciones de toda índole.

Zaragoza (I).

PALLOC, Pedro.

Joven federalista de acción. De gran facilidad en la organización de reuniones clandestinas y de disturbios públicos (1870).

España trágica (III).

PAMPLONA, Fray Cirilo de.

Pariente político de Zumalacárregui y muy afecto a su persona.

«Hombre muy apersonado, como de cuarenta años, que no gastaba hábito sino la usual vestimenta de los capellanes. Era pariente de la esposa del general, y sobre éste tenía gran ascendencia Hallábase con Eraso en Bolueta cuando tuvo noticia del suceso, y acudió al instante, determinando acompañarle hasta el propio Cegama. Charlando con el aragonés, mostróse confiado en la pronta curación del general, sobre todo si éste seguía el consejo que le había dado, y era llamar sin pérdida de tiempo a un curandero del país nombrado Petriquillo, hombre muy práctico en sanar heridas y en entablillar miembros rotos El tal vivía en Hermúa, y ya se le había mandado un emisario para que saliese al camino, al paso del enfermo. Más confianza que en los médicos tenía fray Cirilo en aquel practicón sin estudios que de continuo realizaba curas maravillosas, empleando los ungüentos y pócimas que, con yerbas de su conocimiento, él mismo confeccionaba. A todo asintió Fago, por urbanidad, pues creía firmemente que los enfermos se pierden o se salvan por sentencia superior, sin que pueda la ciencia humana precipitar ni atajar la muerte.»

Zumalacárregui (II).

«PANADERA», La.

«Una mujerona de buen ver, alta de pechos, la tez morena, los ojos fulgurantes, de una categoría mixta, pues si por el continente y la finura del rostro parecía señora noble, su habla y modales denunciaban la mujer del pueblo Era una transición o producto híbrido de esta sociedad infiel al principio de castas.»

Era querida de Bartolomé Gracián quien la engañaba con una sobrina pobre y con una casada residente en Canilla.

La revolución de julio (III).

PANDERETONA, La tía.

Nombre dado a la mujer del polizonte Chico por las turbas callejeras (1854) «Parecía loca, su rostro echaba fuego...»

O'Donnell (III).

PANDO, Doña Mauricia.

Tenía una pensión en Madrid—calle de Santa Margarita—, en la que se hospedó Santiaguito Ibero. Era doña Mau-

ricia viuda de un capitán fusilado por Cabrera en Burjasot. «Era una decadente señora, bien nacida y un poquito chiflada, que sólo admitía huéspedes recomendados y juiciosos.»
Prim (II).—*La de los tristes destinos* (III).

PANDURO.
Paje simple de don Gaspar Melchor de Jovellanos.
Napoleón, en Chamartín (I).

PANDURO.
Sargento español del regimiento del que era comandante Gabriel Araceli.
La batalla de los Arapiles (I).

PANIAGUA, Abate don Lino.
Hombre timorato. Muy piadoso. Pero gran charlatán. Se pirraba por traer y llevar recados, por realizar encargos, por transmitir avisos. Y se llevaba los grandes sustos, debido a su natural indiscreción.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*El equipaje del rey José* (I).

* PANIZO, Almirante.
Mandaba la escuadra peruana (1865).
La vuelta al mundo... (III).

PANTOJA.
Anciano mayordomo de Felipe y Pilar, «la deidad velada».
La estafeta romántica (II).

— * PANTOJA DE LA CRUZ, Juan (1551-1610).
Famoso pintor retratista español, discípulo de Sánchez-Coello, al servicio de Felipe II.
La Corte de Carlos IV (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

PAPO ACEVEDO, Natham.
Sephardin de Constantinopla, que tenía casa de comercio—compraventa de hierro—en Gibraltar. Hombre riquísimo, con quien Simuel Riomesta quería unir a su hija Yohar. Por fin se casaron Yohar—la antigua amante de *Confusio*—y Papo... Acreditándose éste de varón coronado de virtudes...
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * PAQUIRO (Francisco Montes) (1805-1851).
Famoso torero de Chiclana de la Frontera. Sobrio. Valiente.
Los apostólicos (II).

PAQUITA.
Criada en casa de Jenara y don Miguel de Baraona.
«Paquita, guapa moza, llevaba poco tiempo en la casa, y no me eran conocidas las prendas de su carácter. Parecía excelente muchacha.»
La segunda casaca (I).

PAQUITA, Doña.
Hija de la dueña de la casa donde vivió don José Antonio Conde—calle de Valverde—y que fué amada por Leandro Fernández de Moratín. Su madre, doña María Ortiz, le sirvió de modelo al gran poeta para la Irene de *El sí de las niñas*.
Los apostólicos (II).

— PAQUITA, Doña.
Personaje de la comedia moratiniana *El sí de las niñas*.
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).

— * PARACELSO (Teofrasto Bombast de Hohenhein, llamado) (1493-1541).
Famoso médico y filósofo suizo.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * PARAVICINO, Fray Hortensio Félix (1580-1633).
Teólogo religioso trinitario español. Predicador de Felipe III y Felipe IV.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Los apostólicos* (II).

* PARDIÑAS, Ramón (1802-1838).
Divisionario cristino. Murió en Maella, derrotado por Cabrera.
Vergara (II).

— * PARDO, Felipe.
Poeta, amigo de Cheste, Larra y Espronceda. Asistía a las tertulias de Doloritas Armijo.
Los apostólicos (II).

* PARDO BAZÁN.
Incondicional amigo de Olózaga. Diputado en las Constituyentes de 1869.
España sin rey (III).

* PARDO FIGUEROA.
Capitán de corbeta español. Se distinguió en la lucha contra Chile y Perú (1865-1866).
La vuelta al mundo... (III).

PAREDES, Domiciana.
V. DOMICIANA PAREDES.

PAREDES, Don Gabino.
Honrado cerero de la calle de Toledo. Padre de Domiciana. Viudo cuatro veces. Varón inapreciable para rehacer una comarca despoblada por la emigración. Se quedó ciego.
«De su primer matrimonio, que sólo duró tres años, tuvo dos hijas, que el 50 vivían: la una era monja en Guadalajara, la otra casó con un cerero de la misma ciudad. De la segunda mujer nacieron siete hijos, de los cuales vivían sólo Domiciana y dos hermanos que se habían ido a América. El tercer matrimonio dió de sí ocho vástagos, en seis partos, y el cuarto, cinco. De estas trece criaturas sólo vivían, en 1850, tres varones, dos de los cuales habían seguido la carrera eclesiástica y desempeñaba cada cual un curato en pueblo de la Mancha: el benjamín, llamado Ezequiel, trabajaba en la cerería, al lado de su padre, y era un bendito, todo mansedumbre y docilidad. Había llevado al censo el buen don Gabino cuatro mujeres y veintidós hijos legítimos... El censo de los naturales lo formaban las malas lenguas del barrio.»
Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

PAREDES, Ezequiel.
Hijo de don Gabino y de la tercera esposa de éste. Era un bendito. Trabajaba con su padre en la cerería y daba constantes ejemplos de mansedumbre y docilidad.
«Verdad que las de aquel mancebo manos de monja parecían en consonancia con su rostro lampiño y terso, con su expresión de honestidad y la inocente languidez de su mirada. La tez era del color de la cera más blanca; el cabello, negro; los ojos, garzos y tristes.»
Los duendes de la camarilla (II).—*O'Donnell* (III).

* PAREDES, General.
Tomó el mando de las fuerzas isabelinas en Alcolea de Córdoba (1868) al ser herido el general Novaliches.
La de los tristes destinos (III).

PAREDES (Hijos de don Gabino).
V. PAREDES, Don Gabino.

PAREDES (Las cuatro mujeres de don Gabino).
V. PAREDES, Don Gabino.

* PAREJA, Don Antonio.
Capitán del *Argonauta*, muerto en Trafalgar.
Trafalgar (I).

PAREJA, Don Pascual.
Médico de Atienza, que asistió de lesiones al arqueólogo don Ventura Miedes.
Narváez (II).

* PAREJA, José Manuel (1813-1865).
Almirante jefe de la Escuadra española que fué al Perú (1865). «Hombre de mediana estatura, delgado, con patillas blancas, de continente grave y maneras muy corteses.» Se suicidó, pegándose un tiro, antes de la colisión entre España y Perú.
La vuelta al mundo... (II).

* PAREJA DE ALARCÓN.
Diplomático español. Intervino en la aceptación, por parte de Cabrera, de don Alfonso XII como único rey posible de España.
Cánovas (III).

— * PARELLY.
Ministro en el Gobierno liberal de Martínez de la Rosa (1822).
El 7 de julio (I).

— * PARIGGI.
Soprano que actuó en Madrid hacia 1806.
La Corte de Carlos IV (I).

* PARQUE, Duque del.
Militar español que mandó una División del Ejército del Centro (1809). Personaje a cuyo servicio estuvo Salvador Monsalud.
«El duque del Parque fué uno de los generales españoles que más descolla-

ron en la guerra de la Independencia. Después de Alvarez el más heroico; de Alburquerque, el más inteligente; de Castaños, el más afortunado, y de Blake, el más militar, aunque el más desgraciado, es preciso colocar al duque del Parque, que, mandando el ejército de Galicia, ganó en 18 de octubre de 1809 la batalla de Tamames. En ella fué derrotado el general Marchand y sus doce mil franceses, con pérdida de dos mil hombres, un cañón y una bandera. No fué igualmente afortunado su excelencia en la política, a la cual se dedicó con el afán propio de los ineptos para tan escabroso arte.

»O el trato de ciertas personas, o lecturas revolucionarias, o quizá desaires que no creía merecer, llevároníe al partido exaltado. Grande de España, se sentó en la silla presidencial de La Fontana de Oro, desde la cual oyó apostrofar a los duques. Diputado en el Congreso de 1822, figuró en el grupo de Alcalá Galiano; de Rico, que había sido fraile y guerrillero; de Istúriz y otros.

»Volviendo al duque, su excelencia poseía gran fortuna; era generoso, amable, ilustrado hasta donde podía serlo un duque y general y español por aquellos tiempos. Si se hubiera curado de la manía, tan común entonces como ahora, de figurar en política contra viento y marea, habría sido una persona inmejorable; pero, entre las muchas debilidades que le trajo el loco afán de llegar al Gobierno, tenía las pretensiones de orador, y el orador, como el poeta, ha de nacer, pese al refrán que dice lo contrario y se equivoca, como casi todos los refranes.»

Gerona (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

PARR, Sir Tomás.
Oficial inglés, que se distinguió en la batalla de los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

* PARRA, Don Saturnino de la.
Político. Diputado. Hombre entregado a las comilonas con chismorreo político. [Creemos que Galdós equivocó el nombre. Llamábase don Escolástico y fué diputado y senador de 1864 a 1879.]
La revolución de julio (III).

— PARRANCLOF, El tío.
Ficción dentro de la ficción.
Bailén (I).

PÁRROCO.
De Vergara (1835). Carlistón y amigo de cotillerías. Tomaba rapé oloroso y hablaba con prosopopeya.
Zumalacárregui (II).

— * PARSENT, Pepa.
Señorita de la buena sociedad madrileña. «Flor humana...» en el Prado (1836). La futura marquesa de Lazán.
De Oñate a La Granja (II).

— PARTÉNOPE.
Sirena que vencida por Ulises se arrojó al mar, yendo a parar su cadáver al Golfo de Nápoles.
Los apostólicos (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).

* PASAHUEVOS, Tío.
Mote que daban a su maestro Quintana las regias niñas Isabel II y Luisa Fernanda.
Los ayacuchos (II).

* PASARÓN, General.
Mandaba las fuerzas *centralistas* que atacaron a Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

PASCUAL, Lino.
Labrador de Peralvillo, en la Mancha Amigo de los Carrasco-Quijada.
Bodas reales (II).

— PASIFAE.
Reina legendaria de Creta. Mujer de Minos.
La campaña del Maestrazgo (II).

— PASITEA.
Una de las tres Gracias.
El Grande Oriente (I).

PASTELERA ASTUTA.
Querida, en Bayona, de don Francisco Eguía. Intrigadísima mujer, que le dominaba por completo, y que hacía y deshacía a su antojo el servicio de espionaje a favor del realismo absoluto.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* PASTOR, Angel.
Lidiador de reses bravas (1877).
Cánovas (III).

* PASTOR (El).
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El Grande Oriente* (I).

PASTOR, Luisa María.
Propietario. Jurisconsulto. Diputado a Cortes por Brihuega.
Narváez (II).

— * PASTOR DÍAZ, Nicomedes (1812-1862).
Político y literato español. Ministro. Persona ariscota, de corazón de oro. Mal hablado y bien pensado.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *La estafeta romántica* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

PASTOR VIEJO.
Por el que se comunicaban la bellísima teóloga Marcela y el enamorado comandante carlista Nelet.
Las tormentas del 48 (II).

* PASTOR Y LANDERO.
Marino español. Sobrino y secretario del almirante Pareja (1865).
La vuelta al mundo... (III).—*La de los tristes destinos* (III).

PASTORES.
Que socorrieron a la indigente Virginia Socobio. «El más viejo, alto y huesudo, con unas barbas blancas que parecían las del Padre Eterno...»
La revolución de julio (III).

* PASTORFIDO.
Cadete de Caballería en 1854. Amistó con Pepe Fajardo en Torrejón de Ardoz al iniciarse la revolución capitaneada por O'Donnell.
La revolución de julio (III).

PASTRANA, Carolina.
«Ojinegra, blanca y gordezuela.» Estaba liada con un alfonsino (1874), «de riñón bien cubierto». Era amiga de *Leona la Brava*.
Cánovas (III).

PATAGONES.
Que subieron a bordo de la *Numancia*.
«Eran de mediana estatura y color cobrizo, sucios y sin gallardía estatuaria. Cubrían parte de su cuerpo con pieles viejas y astrosas de un animal que llaman guanaco. Apestaban a grasa de pescado; sujetaban sus cabelleras ásperas con una correa de cuero, y acentuaban la fealdades de su rostros con rayas negras y coloradas. Su habla era una mezcla de la modulación y el léxico de las cotorras y de los ásperos aullidos de los monos mayores. Fácilmente repetían las voces españolas; pero las de ellos no había boca cristiana que las reprodujera. Invitados a comer, se les ofreció pan, que miraron con asombro antes de probarlo. Mayor estupefacción les causó ver cucharas, y embobados contemplaron a los marineros que con ellas comían. Quisieron hacer lo mismo mas no acertaron a meter la comida en la boca con aquel adminículo tan extraño para ellos. El vino los entusiasmaba, y el aguardiente los transportó al cielo de las mayores alegrías Si no sabían comer con cuchara, bebían cumplidamente en el vaso, empinándolo hasta que les caía la última gota. Los chupetazos que daban luego y el relamerse con sus lenguas sedientas, fueron diversión de los españoles, que nunca habían visto bárbaros de tan extremada inocencia y grosería... Llevároнlos luego a visitar todo el barco; manifestaban su asombro riendo como idiotas; pero su regocijo llegó al frenesí cuando se les invitó a ponerse unos pantalones viejos que allí sacaron. A la primera lección que se les dió, aprendieron a enfundarse las piernas en los calzones. El que parecía principal de ellos, ostentando como insignia de su autoridad mayores chorretazos de rojo en sus mejillas, fué obsequiado, además, con una levita informe y un sombrero alto, chafado y roto. Luego que se atavió con estas prendas, llevároнle delante de un espejo, y al ver la reproducción de su elegante figura, quedóse fluctuando entre la risa y un asombro respetuoso.
«Eran las hembras remadoras más desmedradas que los hombres, feas y hurañas. Ninguna de las gracias del bello sexo se revelaba en ellas, y sólo Fenelón, como sacerdote de Venus, extremado en su culto, entrevió algún encan-

to en los amarillos rostros de las amazonas, en sus pechos fláccidos y colgantes, en sus cuerpos desfigurados por haraposas pieles, que, dejando al descubierto el ombligo y otras regiones poco bellas, tapaban las caderas y demás... Bajo los sucios pellejos asomaban las piernas cobrizas..., con medias, es decir, con la canilla y pie pintados de color verdinegro, señal de que las dos señoras habían chapoteado en el fango del río al lanzar la piragua. Nadie vió en sus descuidadas greñas adorno alguno que indicase el menor rudimento de coquetería o de arte de tocador... Eran hembras animales más que mujeres. Trabajillo costaba excitar en ellas la risa, como prueba de ligereza o agilidad de espíritu. La risa de aquellas fieras causaba más miedo que alegría, porque ostentaban en toda su extensión la formidable herramienta dental... Por fin, partieron todos en la piragua, borrachos perdidos los hombres. Uno de ellos, vestido ridículamente con los guiñapos europeos, esgrimía con grotescos ademanes un sable viejo y tomado de orín que le regalaron los oficiales. ¡Infeliz tribu patagona, buena te había caído!»

La vuelta al mundo... (III).

PATARRASTRANDO.

Otro apodo que daban al «disfrazado» Calpena mientras cumplía la delicada misión que le encomendara Espartero.

Vergara (II).

PATERNINA, Don Miguel.

Vicario y teniente foráneo. Asistente a los famosos funerales de don Beltrán de Urdaneta en Cintruénigo.

La estafeta (II).

PATERNINA, Las de.

Familia de Laguardia, amigas de las de Castro-Amézaga.

La estafeta romántica (II).

PATERNINA, Simón.

Sargento. Partidario de Prim. Amigo de Santiaguito Ibero. Era natural de Laguardia (Rioja alavesa). Se sublevó en el cuartel de San Gil (22 de junio de 1866), y fué condenado a muerte y ejecutado. Era amante de Rafaelita Hermosilla.

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * PATERNOY, Don Diego.

Almirante de Aragón. Abuelo materno de don Beltrán de Urdaneta.

La campaña del Maestrazgo (II).

— * PATIÑO, José (1666-1736).

Político y estadista español de gran talento, muy amigo de Felipe V, a quien prestó grandes servicios.

Mendizábal (II).

PATRIARCA DEL ZADORRA.

Nombre que daban a don Miguel de Baraona.

V. BARAONA.

PATRICIA.

Criada de don Gabino Paredes.

Los duendes de la camarilla (II).

PATRICIA.

Criada de Teresita Villaescusa, en Madrid, cuando estaba en amores con Enrique Oliván (1867).

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* PATRICIO.

Uno de los fundadores de la Sociedad secreta *Los Numantinos*, en la que se conspiraba contra Fernando VII.

«*Patricio* tenía dieciocho años. Se le contaba, por tanto, entre los respetables.

»Era formalillo, atildado, de buena presencia, palabra fácil y fantasía levantisca y alborotada. Sentía vocación por las armas y por las letras, y lo mismo despachaba un madrigal que dirigía un formidable ejército de estudiantes en los claustros de doña María de Aragón. También era orador, que es casi lo mismo que ser español y español poeta. En *Los Numantinos* asombraba por su energía y el aborrecimiento que mostraba a todos los tiranos del mundo. Insistía muchos en lo de hacer trizas a Calomarde, medio excelente para llegar después a la pulverización completa de la tiranía.»

Los apostólicos (II).

* PATROCINIO, Sor María de los Dolores Rafaela Quiroga (1809-1891).

Famosa «monja de las llagas». Consejera del futuro rey consorte de España, don Francisco de Asís. De ella escribió Pepe Fajardo:

«Era de extraordinaria blancura, y afectaba o tenía serenidad grande. En verdad que la monja de las llagas me pareció hermosa, y su grave continente, su mirar penetrante y la tenue sonrisa plácida con que acentuaba la mirada, eran el exterior emblema de un soberano poder político y social. Sus manos, con guantes blanquísimos, parecían de mármol; en ellas sostenía una imagen pequeña, la Virgen del Olvido, como ofreciéndola en adoración a los que profanábamos la santa casa.

»A cada instante descollaba más por su estupenda blancura, por su serenidad y el perfecto histrionismo de sus actitudes hieráticas.»

Y Domiciana Paredes hablaba entusiasmada, así, de ella:

«Comprendí entonces su poder, y que reina y rey se postraran ante ella... Tan mística era su hermosura, tan soberanos sus modos de andar, de sonreír, de llamar a una de nosotras para que se acercase, y tan dulce el timbre de su voz, que causaba en los que la veían y oían por primera vez efecto semejante al de la presencia de un ser sobrenatural. Te contaré un caso para que te maravilles. Cuando la llevaron a las Magdalenas, una monja de fe muy viva, que había oído contar sus milagros y creía en ellos como yo creo en la luz del sol, en cuanto la vió quedóse como pasmada: se le doblaron las rodillas; el rostro de Patrocinio fué para ella como un conjunto de la claridad de todos los rayos y centellas del cielo... La pobre monja dijo: «¡Ay Jesús!», y se quedó ciega.»

Bodas reales (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

PAUET.

Un chiquillo de Gerona, que murió de hambre durante el terrible asedio francés.

Gerona (I).

* PAÚL.

Dueño del Circo de su nombre, en Madrid (1848).

Narváez (II).—*Amadeo I* (III).

PAÚL.

Voluntario de Huesca en el segundo sitio de Zaragoza.

Zaragoza (I).

* PAÚL Y ANGULO, Don Francisco.

Hermano de don José. Como él, revolucionario, amigo de Prim.

La de los tristes destinos (III).

* PAÚL Y ANGULO, José (murió en 1892).

Político español. Orador elocuente. Se le atribuyó el estar complicado en el asesinato de Prim. Dirigió varios periódicos subversivos de tonos violentísimos. Se batió docenas de veces. Tenía una guardia de matones y era vehemente, casi brutal.

«Era el tal de estatura espigada, seco de carnes, tan acelerado y nervioso, que no podía estar quieto en ninguna parte; expresivo en la mímica suelto en la palabra con acento andaluz de blando ceceo.Tapaba sus ojos con gafas azules; el rostro le tenía curtido y picado de viruelas, el pelo al rape, la barba corta; su edad no pasaría de los cuarenta.»

La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).—*Cánovas* (III).

PAULA GIL DE LA CUADRA.

Madre de Anatolio y hermana de don Urbano.

El 7 de julio (I).

PAULETA.

Chiquitina, nieta de Nostramo Mansió.

Gerona (I).

PAULINE.

De la casa de modas de Ursula Plessis, de París.

La de los tristes destinos (III).

PAULITA, Doña.

V. PORREÑO, Señoras de.

* PAVÍA, Manuel (1814-1896).

General español. Marqués de Novaliches. Con un golpe de mano en el Congreso terminó con la primera República española.

Narváez (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III). *Amadeo I* (III).— *La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* PAYÁ Y RICO.
Venerable prelado de Cuenca cuando fué ocupada por los carlistas (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

PAZ, Doña.
V. PORREÑO, Señoras de.

— * PAZ, Doña María Teresa de Borbón, Princesa de la.
Y condesa de Chinchón. Mujer de don Manuel Godoy. Hija natural del infante don Luis, hermano de Carlos III, casado con doña María Teresa Villabriga y Rozas.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* PAZ, Infanta.
Hija de Isabel II.
La de los tristes destinos (III).

PÉCIÑAS.
Carboneros dueños de unas covachas levantadas en las ruinas de un Monasterio, camino de Laguardia, que recibieron con emoción el cuerpo muerto de don Alonso de Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

* PEDREGAL, Don Manuel (1832-1896).
Notable político y hacendista español. Ministro con el Gobierno de Castelar (1873). Uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

PEDREZUELA,
Pícaro. Comediante. Fué fusilado juntamente con su mujer, por afrancesado.
La batalla de los Arapiles (I).

— * PEDRO el *Cruel*, Don (1334-1369).
Rey de Castilla.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*El terror de 1824* (I).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * PEDRO V de Aragón.
Los Ayacuchos (II).

— * PEDRO, Don.
V. BRAGANZA, Don Pedro de.

PEDRO, Don.
V. CONGOSTO, Don Pedro del.

PEDRO, Don.
Un amigo de Nomdedéu. Médico como él. Se comportó heroicamente en los sitios de Gerona.
Gerona (I).

PEDRO, El tío.
Labrador de Calcena, en Aragón.
Juan Martín el Empecinado (I).

— PEDRO, Maese.
Titiritero, comediante, vagabundo, ficción de Cervantes en su *Don Quijote*.
De Oñate a La Granja (II).—*Prim* (III).

PEDRO ADVÍNCULA, Padre.
Confesor, en Cádiz, de la familia Rumblar.
«Es un santo varón, y yo le quiero mucho. Tiene las manos blancas y finas, los ojos dulces, la voz suave, el habla graciosa; sabe tocar el *ole* en un organito muy mono, y cuando no está mamá delante, habla de cosas mundanas, con tanta gracia como decencia.»
Así describía a este varón Presentacioncita de Ribera.
Cádiz (I).

PEDRO NOLASCO.
Albéitar.
Bailén (I).

PEDROCHE Y VACA DE GUZMÁN, Doña Mariana, marquesa de Aldemuz.
A quien escribió don Juan Urríes una carta misteriosa...
«Una viuda rica (veinticinco años, agradable palmito, ilustre nombre), a quien había conocido y tratado en Córdoba, antes de emprender su viaje electoral.»
Acabó casada con el *perdis* don Juan de Urríes...
España sin rey (III).—*España trágica* (III).

— * PEEL, Sir Roberto (1788-1850).
Gran político inglés. Conservador.
Narváez (II).

— PEGASO.
Célebre caballo alado, padre de los centauros, mitad hombres y mitad caballos. Nació de la sangre que brotó del cuerpo de Medusa cuando Perseo le cortó la cabeza.
La Corte de Carlos IV (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

* PEINADO.
Cabecilla carlista en el Maestrazgo (1837).
La campaña del Maestrazgo (II).

PEINADORA.
De Graziella, «...que podía pasar por hombre público por lo que charlaba y peroraba».
Amadeo I (III).

— * PELÁEZ, El maestro.
Profesor de la Universidad de Salamanca a fines del siglo XVIII.
Los apostólicos (II).

PELANDUSCA.
De una casa de la calle de la Visitación. Compañera de Paca la *Africana* y amiga de Celestino Tapia.
«La que parecía baturra era de estatura mediana, carnosa, pegadiza y mareante, por la grande agilidad de su juego de ojos, de su charla suelta como el chorro de un grifo imposible de cerrar, por las ondulaciones pisciformes de su cuerpo bonito.»
España sin rey (III).

— * PELAYO († 737).
Primer rey asturiano. Hijo de Favila y cuñado de don Rodrigo, el último rey godo. Dirigió la famosa defensa de Covadonga, origen de la Reconquista española.
Zumalacárregui (II).

PELAYO.
Sobrenombre que ocultaba a un político liberal.
«Era un hombre de más de cuarenta años, moreno como el anterior, de facciones bastas y gruesos labios. Fuerte y algo pesado era su cuerpo; carecía de soltura, gracia y flexibilidad; pero en cambio parecía poseedor de una gran energía. ¡Lástima que esta energía, circunscrita al entendimiento y al estro poético, no trascendiese a la voluntad!
»Completaban su persona cabeza admirable, abultada y lobulosa; ojos grandes y hermosos: una frente a la cual no falta sino el laurel para ser olímpica: expresión grave y tono sentencioso en la voz. Allí dentro le llamaban *Pelayo*»
El Grande Oriente (I).

PELAYO, Señó don.
Guerrillero. Era el legista de la partida, hijo de un bedel de la Universidad de Alcalá.
«Su fisonomía era la del pillete más redomado y pulido que han dado de sí claustros universitarios, porterías de conventos, mesones y posadas de estudiantes *more tunesca*.»
Juan Martín el Empecinado (I).

PELOS, La.
Puta callejera y brava que intervino en el suplicio del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

PELUMBRES, La.
Dueña de una tienda de hierro viejo en la calle de la Torrecilla del Leal, que los días de fiesta se convertía en salón de baile. Era «una de las mujeres más malignamente graciosas, más divertidas y de mejor mano para tocar las castañuelas que han existido a principios del siglo».
Napoleón, en Chamartín (I).

PELUMBRES, Timoteo.
Liberal. Comunero de Padilla. Enorme. Tiznado. Brutal. Mal hablado. Era herrero. El fué quien machacó la cabeza de un martillazo al desdichado clérigo don Matías Vinuesa. Se casó con Maricadalso, y con ésta dió origen—novelesco—a la matanza de frailes de 1835, en Madrid.
El Grande Oriente (I). — *Un faccioso más...* (II).

— * PELLETAN, Carlos Camilo (1846-1915).
Escritor político francés.
España trágica (III).

* PELLICER, José Luis.
Inquieto federalista de Tortosa (1869).
España sin rey (III).

— * PELLICO, Silvio (1789-1854).
Poeta y literato italiano.
Las tormentas del 48 (II).

— * PENCO, Rossina.
Célebre tiple de ópera.
Cánovas (III).

PENÉLOPE, Doña.
V. CANDELARIA.

— * PENNE DE VILLEMUR, Conde.
Protector de don Matías Urra, en Francia.
De Oñate a La Granja (II).

* PEÑA, Don Francisco de la.
Coronel de la reserva de Toledo, que inútilmente intentó socorrer a Cuenca (1874), en la que entraron los carlistas...
De Cartago a Sagunto (III).

PEÑA, Don Hilario de la.
Sacerdote ejemplarísimo, coadjutor de la parroquia de San Marcos. Gran amigo de Celestina Tirado.
«Metióse Celestina en la parroquia y yo seguí con el cura hasta la puerta de su casa. Era viejo, de gran talla y al parecer gotoso. Aliviaba su cojera con un grueso bastón. Lucio y carilleno, parecióme hombre que se había dado buena vida. Su afable sonrisa y sus ojuelos vivarachos delataban el amplio conocimiento del mundo y el hábito de la preciosa indulgencia. Mostróse complacido de hablar con un escritor, y, juzgándome con benevolencia cortés, por desconocer mi escasa valía, me reveló que él también plumeaba, por pasar el rato y sin pretender el galardón de la fama.»
Resultó ser el famoso protector de la pícara Graziella, quinto amorío del insigne Tito. Le nombró obispo la República...
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * PEÑA, Don Juan de la.
Militar español. Mandó las tropas de reserva en la batalla de Bailén.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

PEÑUELA, Calixto.
Armero establecido en la calle de los Reyes, 15, Madrid. Amigo del ex galeote David Montero.
«Era éste un hombre de pocas palabras, de corta estatura, calvo, afeitado. Entornaba los ojos para mirar, por ser corto de vista, y se cubría con un blusón o mandil azul hasta los pies. En él vi el último representante vivo de aquellas ilustres familias de armeros de Madrid, que tanta honra y prez dieron a su industria en el siglo XVIII.
»Su tienda era negra, desordenada, llena de piezas sueltas, de armas de fuego en situación de reforma. Advertí que no tenía en el taller ninguna silla, sin duda para que sus numerosos parroquianos no se sentaran a darle conversación. Si el hombre era histórico, éralo también la casa, que había pertenecido a don Francisco Goya.»
De Cartago a Sagunto (III).

PEPA JUMOS.
V. JUMOS, Pepa la.

PEPA LA MALAGUEÑA.
Daifa de postín, amiga del duque de I...
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* PEPA LA NARANJERA.
Chula madrileña de gran hermosura.
Los apostólicos (II).

PEPA LA SASTRA.
Distraída distinguida. «Espléndida de carnes fofas.»
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

PEPA LA SEVILLANA.
Amante que fué de Guillermo Aransis.
O'Donnell (III).

PEPA, La tía.
Mujer de uno de los guardas de las posesiones, en Cifuente, de Amaranta.
Juan Martín el Empecinado (I).

* PEPE.
Uno de los fundadores de la Sociedad secreta *Los Numantinos*, en la que se conspiraba contra Fernando VII.
«El segundo, *Pepe*, tenía quince años. Nació en un camino, entre el estruendo de un ejército en marcha; arrullaron su primer sueño los cañones de la guerra de la Independencia. Creció en medio de soldados y cureñas, y a los cinco años montaba a caballo. Sus juguetes fueron balas. Ya mozo, era mediano de cuerpo y agraciado de rostro; en lo moral, generoso, arrojado hasta la temeridad, ardiente en sus deseos, pobre en caudales, rico en palabra, cuando triste, tétrico, cuando alegre, casi loco. Educóse también en San Mateo, con los retóricos, y desde aquella primera campa con los libros le atormentaba el anhelo de cosas grandes, bien fueran hechas o sentidas. Los embriones de su ge-

nio, brotando y creciendo antes de tiempo con fuerza impetuosa, le exigieron acción, y de esta necesidad precoz salió la sociedad *Los Numantinos*. También le exigían arte, y por eso en las sesiones de la asamblea infantil, a Pepe le salía del cuerpo y del alma, en borbotones, una elocuencia inocentemente heroica que entusiasmaba a todo el concurso. El no pedía niñerías; aspiraba nada menos que a *quebrantar las cadenas que oprimían a la patria*, empresa en verdad muy humanitaria y que iba a ser realizada en un periquete.»

Los apostólicos (II).

PEPE EL MALAGUEÑO.

Camarero del café Universal, de Madrid, que estuvo desempeñando su oficio en el restaurante de la Exposición Universal de París... «Siempre zaragatero y servicial», «... que de mesa en mesa llevaba con el servicio sus fantásticos discursos. No ha existido mozo de café que en tan alto grado poseyera el don de las peroratas hinchadas y burlescas para divertir a los parroquianos.»

En 1870 ya estaba en su amado Universal, de la Puerta del Sol.

La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).

PEPE MENEOS.

Bárbaro que intervino en el suplicio del polizonte Chico (1854).

O'Donnell (III).

— * PEPE-HILLO, José Delgado y Gálvez (1754-1801).

Famoso torero sevillano. Le mató el toro *Barbudo*—de la ganadería de don Juan José Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte—de una tremenda cornada en el estómago. Fué muy agraciado y culto.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Los apostólicos* (II).

PEPET ARMENGOL.

Nieto de José Armengol—sacristán que fué de las dominicas de Solsona—y sacristán él *por herencia*.

«Fiel a sus deberes, respetuoso con las madres, puntual en las ocasiones, riguroso con los fieles, fanático por la religión, Pepet era un modelo de sacristanes. Su carácter, adusto y reconcentrado; su trato, más bien taciturno que amable; la aspereza de sus palabras, no eran realmente defectos de aquel difícil puesto. Su formalidad era objeto de grandes alabanzas; había olvidado los ruidosos juegos de su infancia. Jamás se le vió en tabernas ni en sitios malos, ni gastó palabra en disputas, ni dinero en francachelas, ni el tiempo en cosas frívolas, ajenas al cuidado y custodia de su querida iglesia. De esta manera llegó a los dieciocho años, siendo su salud perfecta, su vida triste y metódica, su castidad absoluta.

»Era Pepet de cuerpo más bien pequeño que mediano, de enjutas carnes, complexión acerada y movimientos fáciles. Su rostro no tenía gracia alguna, a no ser la fijeza y vivacidad de la mirada, la cual, dotada de gran potencia, distinguía los objetos más lejanos con tanta seguridad, que antes parecía adivinarlos que verlos. Sus cejas eran corridas y juntas, formando un ceño poco apacible, que a veces infundía miedo. Tenía la tez terrosa, los labios gruesos, buenos dientes, la barba rayada por una cicatriz que ganó en río Negro, la frente ancha, rodeada de cabellos negros y duros como crines. Su cuerpo, de una agilidad pasillosa, no conocía dificultades para subir, encaramarse, saltar, escabullirse, doblarse y hacer los más estupendos equilibrios, como no sin susto podían observar todos los años las señoras monjas cuando se armaba monumento.

»A los dieciocho años ganó Armengol un nombre que puso en olvido el que le dieran en el bautismo. Fué este culminante suceso del modo siguiente. Ya se sabe que desde aquella feroz acometida que dieron los franceses de Napoleón al convento, en 1810, perdió éste muchas cosas preciosísimas que en diversos órdenes atesoraba: en este número de joyas perdidas y jamás recobradas estaban las campanas. No tenía, pues, San Salomó, en tiempo de Pepet Armengol, más que un menguado esquilón, que servía para dar los toques canónigos, llamar a misa y echar de tiempo en tiempo algún repiqueteo que era objeto de punzantes bromas en todo Solsona. «Ya suena el almirez de las madres», decían; o bien: «Hoy tienen fiesta las monjas cascabeleras.» Un día que pasaba Pepet por la plaza, una mujer le dijo: «Adiós, señor *Tilín*.»

»Y desde aquel día, cuando el joven

iba solo y meditabundo como de costumbre por la calle de la Sombra, los chicos, escondiéndose detrás de una esquina y asomando la carilla burlona, gritaban: *¡Tilín, Tilín!*, y apretaban a correr.»

Se hizo guerrillero feroz; prendió fuego al convento de San Salomó para raptar a la hermosa monja Teodora de Aransis, de la que estaba enamorado. Y terminó dejándose fusilar en lugar de Monsalud.

Un voluntario realista (II).

PEPILLA.

Mozuela de Peralvillo de la Mancha, prometida de Robustiano *el del Tuerto*.

Bodas reales (II).

PEPILLA LA POENCA.

Daifa gaditana, sobrina del famoso tabernero de Puerta de Tierra.

Cádiz (I).

PEPITA.

Amiga del exaltado Torralba, a quien acompañaba a todas partes, inclusive a las reyertas...

España trágica (III).

PEPITA, Doña.

V. SANAHUJA, Doña Pepita.

PEPITA, La.

Amiga de Alagón, que se despepitaba por un momio oficial para su marido.

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

PEPITO.

Hijo de la noble dama doña Robustiana de Palafox.

Luchana (II).

PEPONA.

Daifa. Amiga de *las Zorreras*.

La de los tristes destinos (III).

* PERALES.

Político español. Diputado, Progresista. Incondicional de Prim.

Prim (II).

— * PERALES.

Prohombre de Madrid (1808), a quien se le acusó por los españoles impacientes de traidor y fué arrastrado por las calles.

Bailén (I).

— * PERALES, Marqués.

Habitaba en un caserón hermoso—la portada barroca madrileña—de la calle de la Magdalena. Era un político *del montón*, amigo de don Práxedes Mateo Sagasta.

El Grande Oriente (I).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

— * PERALTA, Mosén Pierre de.

Defensor esforzado de Viana contra Enrique II de Castilla.

Vergara (II).

PERANTÓN.

Hombre de confianza de los Carrasco-Quijada, en Peralvillo de la Mancha.

«Era Perantón el hombre de confianza, la personificación de la honradez y la lealtad, que llevaba de servicio en la casa tres cuartos de siglo, y andaba próximo a los noventa conservado como un corcho viejo de colmena. Sus abejas eran la vida que aún zumbaba dentro de aquel madero lleno de arrugas. Había sido mozo de mulas después de labranza, criado luego al inmediato servicio de los señores, y, por último, mayordomo con honores de intendente, pues sabía garabatear en un cuaderno de *marquilla* las cifras de compra y venta, el consumo de paja y leña, el comestible de animales y personas, y usaba un tintero de asta con petrificaciones de tinta contemporánea de Carlos III.»

Bodas reales (II).

PERDIGUERO, José.

Tratante en leñas, cuyo almacén estaba en la calle de Segovia, y en el que se ocultó Bartolomé Gracián al fracasar en uno de sus innumerables intentos *de revolucionarse*.

Los duendes de la camarilla (II).

— * PÉREZ, Antonio (1534-1611).

Político y literato español. Secretario de Felipe II. Ambicioso y traidor. Sus libelos dieron origen a la leyenda negra del más grande rey de España.

Mendizábal (II).

PÉREZ, Antoñete.

Escritor bohemio de café de barrio, amigo de Candelaria *Penélope*.

La primera República (III).

* PÉREZ, Simón.
Dueño del Bazar de la Unión. Jefe de un batallón de revolucionarios realistas en abril de 1873...
La primera República (III).

PÉREZ, Zoilo.
Político *casero y cafetero*. Iba a la tertulia del insigne Tito y de la inefable María de la Cabeza Ventosa. Asiduo a las tertulias del famoso café La Iberia.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

* PÉREZ COSTALES.
Ministro de Fomento (1873).
La primera República (III).

* PÉREZ DE CASTRO, Don Evaristo.
Político liberal. Presidente del Consejo de Ministros varias veces, a partir de 1836.
Mendizábal (II).—*Montes de Oca* (II).

PÉREZ DE CONFUSIO, Juan.
Nombres y apellidos que adoptó Juan Santiuste cuando, disfrazado de clérigo, fué en misión secreta a mezclarse con las camarillas que apoyaban el levantamiento del pretendiente Carlos VI (1860).
V. TUSTE.
Carlos VI, en la Rápita (III).

* PÉREZ DE GUZMÁN, Don Rafael.
Oficial del Ejército, de la noble casa de Villamanrique, que había cambiado los laureles militares por las palmas toreras y la espada por el estoque. Tomó la alternativa en Madrid, en junio de 1831. Y gozó de una popularidad que sólo cedía a la de Francisco Montes.
Mendizábal (II).

— * PÉREZ DE HITA, Ginés (¿1544-1620?).
Famoso literato e historiador español. Autor de *Las guerras civiles de Granada*.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Prim* (III).

PÉREZ DEL ALAMO, Rafael.
«Inventor y artífice principal de aquel tinglado de la organización democrática y socialista» en Loja (Granada) (1861). Era un pobre albéitar que se ganaba la vida herrando caballos y mulas. «Hombre extraordinario fué realmente, dotado de facultades preciosas para organizar a la plebe y llevarla por derecho a ocupar un puesto en la ciudadanía gobernante. Tosco y sin lo que llamamos ilustración, demostró natural agudeza y un sutil conocimiento del arte de las revoluciones; arte negativo si se quiere, pero que en realidad no va nunca solo, pues tiene por la otra cara las cualidades del hombre de gobierno. Representó una idea que en su tiempo se tuvo por delirio. Otros tiempos traerían la razón de aquella sinrazón.»
La vuelta al mundo... (III).

— * PÉREZ FERNÁNDEZ.
Célebre abogado, que ejerció en Madrid a mediados del siglo XIX.
Los apostólicos (II).

— * PÉREZ VILLAMIL, Don Juan (1754-1824).
Ministro de Hacienda de Fernando VII (1814). Gran patriota. Junto al famoso alcalde de Móstoles, inició el alzamiento nacional de 1808.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

PERIANDRO.
Marino griego que navegando por el Mediterráneo en un chinchorro salvó al huído Santiaguito Ibero, escapado de Melilla. Más tarde intentó matarle para salvarse durante una borrasca. Santiaguito se le adelantó... y le mató a él.
Prim (III).

PERIBÁÑEZ.
Carnicero de Candelario, que estuvo casado con la señá Nazaria, y a la que dejó una pingüe fortuna.
Un faccioso más... (II).

PERICO.
Botero de Cádiz.
Gerona (I).

PERICO EL LEÑADOR.
Energúmeno que intervino en el linchamiento del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

PERICO.
Sirviente de don Buenaventura.
La segunda casaca (I).

* PERICO EL CIEGO.
Famoso coplero callejero de Madrid.

Cantaba *intencionadas* coplillas de actualidad política, que coreaban los corrillos (1868).
Prim (III).

PERICO EL DE LOS MOSTENSES.
Asentador de dicho mercado. Concurría a la taberna de Ginés Tirado. Gran discutidor. Jugador de mus y de tute.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

PERIJÁA, La.
Dama madrileña (1874).
Cánovas (III).

PERIQUITO.
Niño. Asistía a la escuela que en la calle de Coloreros regentaba don Patricio Sarmiento.
El Grande Oriente (I).

PERITA EN DUCE.
V. MILAGRO, Rafaela del.

* PERIÚ, Modesta.
Propagandista republicana (1872).
Amadeo I (III).

* PERNAS, Coronel (o brigadier).
Conspicuo cantonalista cartagenero (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

PEROGORDO, El señor Blas.
Molinero de un caserío cerca de Algora.
Juan Martín el Empecinado (I).

* PEROLES, Blas.
Uno de los dos compañeros con los que el *Empecinado* empezó a combatir a los franceses.
Juan Martín el Empecinado (I).

PEROTE.
Gran cocinero. Con el marica Lopresti abrió en la calle de la Abada la *Fonda Española*, establecimiento famosísimo en la época (1840).
Montes de Oca (II).

— * PERPENNA, Marco Vento (siglo I antes de J. C.).
General y político romano. Lugarteniente de Sertorio, al que asesinó a traición.
Narváez (II).

PERPETUA, La señá.
Una vieja sarmentosa y cotilla de Pipaón, amiga de la madre de Salvador Monsalud.
«Vestía doña Perpetua el traje de las antiguas dueñas, con toca blanca rizada y limpia, manto y saya negros, pendiente de la cintura un luengo rosario, y del pecho, cruz de madera sencilla. A pesar de los muchos años, su talle era derecho y apenas se encorvaba un poco al andar. Indudablemente, había en el aquilino perfil de la vieja cierta energía majestuosa que hacía recordar, a quien las hubiese visto, las sibilas rigurosas y ceñudas creadas por la inspiración artística. Acartonada y seca, no tenía la repugnante escualidez con que nos pintan a las brujas. Expresábase con vigor y hasta con elocuencia, y su voz retumbaba en los oídos como una campana de mucho uso, mas no rota todavía.
»Para que nuestros lectores no carezcan de todas las noticias necesarias respecto a tan singular tipo, les diremos que la madre doña Perpetua tenía cien años cabales, no hallándose ciertamente en proporción su acabamiento con su mucha edad, que a la vista no parecía exceder de los setenta. Era una doncella secular, nacida en la Puebla de Arganzón, a poco de establecerse en España Felipe V, y que nunca había salido de aquel pueblo. Dedicóse desde su juventud a obras piadosas, mas sin aficionarse al claustro; gustaba de la independencia y de andar de casa en casa comadreando y trayendo y llevando noticias, dichos e ideas, libando aquí y melificando allá, cual las abejas. Así creció y fué echando días y años.»
El equipaje del rey José (I).—*Un faccioso más...* (II).

— PERSEO.
Hijo de Júpiter y Danae. Héroe de varios *trabajos* inmortales.

* PERTEGAZ.
Brigadier carlista que operaba (1837) en el Maestrazgo.
La campaña del Maestrazgo (II).

PERTUSA, Eustaquio de la.
Estudiante de Teología y Cánones hasta el año 1835; guerrillero carlista el 36;

desengañado el 37. Amigo de los Arratias y de los Iturbides. Así hablaba de él Fernandito Calpena:

«... La informó de la segunda aparición del tal Pertusa. en el cual veo ya claramente un pájaro muy sutil. Añado que es agradable, de rostro moreno, con vivísimos ojos de ratón, sonrisa de pícaro redomado, mediano de cuerpo, de palabra fácil y graciosa. Un detallito para concluir de pintarle: estudió para cura, hasta recibir las primeras órdenes. Dejando la Iglesia por las armas, recibió en las filas de los urbanos primero, en las de Cabrera después. la última mano de la educación social, con borla de doctor en toda humana picardía. En filas le dieron el mote de el *Epístola,* que ostenta como recuerdo glorioso de sus campañas.»

La campaña del Maestrazgo (II).—*Vergara* (II).

— PÉSARO.

Personaje antipático—el Yago—de la versión española de *Otelo,* que pensaban representar en el palacio de la marquesa **X** y que ningún aficionado aristócrata quería encarnar.

La Corte de Carlos IV (I).

— * PESCARA, Marqués de (Fernando Francisco de Avalos) (1490-1525).

Gran general español—nacido en Italia—. Dirigió la batalla de Pavía.

Narváez (II).

* PETIBON, Madame.

Dueña de una famosa casa de modas, «depósito de todas las monerías parisienses de última novedad.» Estaba situada en la hoy plaza de Santa Ana.

Montes de Oca (II).

PETIMETRE, Un.

Blanco de las burlas de la *Primorosa,* mujer de Pacorro Chinitas.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— PETRA, Doña.

Nombre dado al azar por Jenara para averiguar cierta sospecha.

La segunda casaca (I).

— * PETRARCA, Francisco (1304-1374).

Uno de los más famosos poetas italianos.

De Cartago a Sagunto (III).

PETRILLA.

Criada de la señá Nazaria.

Un faccioso más... (II).

* PERIQUILLO.

«Hombre muy práctico en sanar heridas y en entablillar miembros rotos. El cual vivía en Hermúa...» Curandero de mucha fama, a quien llamaron para que atendiese la herida de Zumalacárregui. Era un «hombre menudo, inquieto, hablador, con la cabeza tan calva y negruzca que parecía una calabaza de peregrino».

Zumalacárregui (II).

PEZ.

Amigo de Pepe García Fajardo.

Las tormentas del 48 (II).

PEZ, Manolita.

La hija del señor de Pez. Madre de Teresita. Guapa y graciosa. Estaba casada con el coronel Villaescusa.

«Manolita Pez, la verdad sea dicha, no se cuidaba de dar a su hija ejemplo de seriedad ni de constancia, y en su frívola cabeza no dejaba las ligerezas propias espacio para los sanos pensamientos que debía consagrar a la guía y dirección de la desconcertada joven.»

Era Manolita «un verano espléndido derivando hacia los tonos naranjados del otoño. Coqueteaba con exquisito gusto...»

Ambiciosa, sin moral, buscaba a su hija los amantes *más convenientes.* Manumitida Teresita, doña Manolita se entregó al alcohol y era el hazmerreír de la chiquillería callejera.

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

PEZ, Un señor de.

«Que tuvo la contrata de conducción de caudales.»

O'Donnell (III).

* PEZET.

Presidente de la República peruana (1865).

La vuelta al mundo... (III).

— * PEZUELA, Don Juan de la (1809-1906).

Conde de Cheste. Poeta, político y general español. Tradujo en verso — y

bien—*La Divina Comedia, Los Lusiadas* y *Orlando Furioso.*

Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

* PEZUELA, Don Manuel de la.

«Ducho en artes políticas y en el trato de gentes, que aplicar supo al arte de la guerra.» Iba en la escuadra española que arribó al Perú (1865), con el grado de capitán de navío. Mandaba la *Berenguela.*

La vuelta al mundo... (III).

* PI Y MARGALL, Francisco (1824-1901).

Político y escritor español republicano federalista. Gran talento y austeridad. Segundo presidente de la primera República española (1873). De él escribe el insigne Tito:

«Aunque muy a gusto con jefe tan simpático, aspiraba yo a prestar mis humildes servicios lo más cerca posible de Pi y Margall, por quien sentía veneración fanática. El mismo Carvajal me deparó lo que yo deseaba, enviándome al despacho del ministro para redactar urgente correspondencia. Halléme, pues, frente al santo de mi mayor devoción, el cual, visto de cerca, modificó la idea que de él tenía yo, y conmigo el vulgo. No era un hombre glacial; no era la estatua de la reflexión imperturbable, como parecía indicarlo la escasa movilidad de sus facciones, su austera faz, su barba gris, su boca sin sonrisa y sus anteojos, que aguzaba la penetración de la mirada.

»Era, en verdad, el apóstol del federalismo, un hombre afectuoso, reposado, esclavo del método. Lo primero que me encargó fué algunas cartas citando a su despacho a varios personajes, y otra para don Eduardo Benot, con mayor extensión y conceptos más delicados. Cuando le llevé ésta, la corrigió, hízola casi de nuevo, redactándola de su puño y letra. Llegada la hora de tomar alimento, llamó a un ordenanza para que le trajeran del café Oriental su almuerzo, el cual, según después observé, era el mismo todos los días. En la propia mesa de su despacho le sirvieron una chuleta con patatas, una ración de queso Gruyère y un vaso de cerveza de Santa Bárbara. Cuando vino el mozo del café a recoger el servicio, don Francisco le pagó de su bolsillo, y seguimos trabajando.»

La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* PI Y MARGALL, Don Joaquín.

Hermano de don Francisco. De ideas avanzadas.

La primera República (III).

* PICATOSTE, Don Felipe (1834-1892).

Escritor español.

Cánovas (III).

— * PICO DE LA MIRANDOLA, Juan (1463-1494).

Filósofo y humanista italiano. Hablaba veinte idiomas. Trató de conciliar el cristianismo con el aristotelismo. Alguna de sus novecientas proposiciones fueron condenadas por la Iglesia.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

— * PICTON.

General de división inglés.

La batalla de los Arapiles (I).

PICULINAS, Las.

Hembras de mal vivir.

Las tormentas del 48 (II).

* PIDAL, Pedro José (1800-1865).

Político y escritor. Ministro de la Gobernación y de Estado. Era «fornido» y cordial.

Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*O'Donnell* (III).

* PIDAL Y MON, Alejandro (1846-1913).

Político y gran orador español. Académico de la Lengua, Historia, Jurisprudencia y Ciencias Morales. Ministro. Presidente del Congreso.

Cánovas (III).

PIED-DE-MOUTON.

Nombre burlesco de un soldado francés en Salamanca.

La batalla de los Arapiles (I).

— * PIEDRAFITA.
Patriota zaragozano.
Zaragoza (I).

* PIELTAÍN, Don Cándido.
Coronel del regimiento del Príncipe durante la guerra de Africa (1859-60). Amigo de Prim.
Aita Tettauen (III).—*Prim* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* PIERRAD, Don Fernando.
Jefe militar. Subsecretario y ministro interino de Guerra (1873). Hijo del famoso don Blas.
La primera República (III).

* PIERRAD, General don Blas (1812-1872).
Gobernador de Madrid. Progresista. Amigo y enemigo de Prim. Por último, republicano federal.
«Era Pierrad hombre valiente en la guerra, desgraciado en la paz, y en toda ocasión política enormemente inoportuno; tardío cuando debía llegar pronto, prematuro cuando su tardanza podía ser un suceso favorable. No se sabía si a la multitud arengaba, o si oía su bronco alarido sin comprenderlo... El general era sordo.»
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

— PIGMALIÓN.
Rey de Chipre. Se enamoró de una estatua de marfil, que él mismo había modelado, representando a una joven hermosísima.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * PIGNATELI.
General español.
Napoleón, en Chamartín (I).

PIGNATELLI Engracia de.
Tía de Pilar de Loaysa.
La estafeta romática (II).

PIGNATELLI, Lorenzo.
Amigo de don Beltrán de Urdaneta en su alocada juventud.
Luchana (II).

— PÍLADES.
Hijo de Anaxibia y de Eutropio, rey de Fócida y primo de Orestes, del que nunca se separó, corriendo grandes aventuras.
Juan Martín el Empecinado (I).—*El terror de 1824* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

PILAR.
Doncella de *Leona la Brava*. En otros tiempos había sido compañera de vida galante de Casiana Conejo, el último *apaño* del insigne Tito.
Cánovas (III).

PILAR.
La *deidad velada* de Fernandito Calpena.
V. LOAYSA, Pilar de.
La estafeta romántica (II).

* PILAR, Infanta doña.
Hija de Isabel II.
La de los tristes destinos (III).

PILARÓN.
Nombre popular dado a
V. AZLOR Y ARAGÓN, Fernando María del Pilar.

— * PILATOS, Poncio (26-36 d. J. C.).
Gobernador de Judea.
El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I). *El terror de 1824* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Prim* (III).

PILLETE, Vil.
Al son de una guitarra, cantó al paso del padre Gracián (año 1834):

¡Muera Cristo,
viva Luzbel!
¡Muera don Carlos,
viva Isabel!

Un faccioso más... (II).

PIMENTOSA, La.
V. NAZARIA, Señá.

— * PINARD, Monsieur.
Ministro francés del Interior (1867). Amigo de Prim.
La de los tristes destinos (III).

* PINAUD, Monsieur.
Peluquero establecido en la calle de las Infantas (1851).
La revolución de julio (III).

PINCHAUVAS.
Apodo dado a Argüelles por el periódico *La Guindilla* (1842).

— * PÍNDARO (522-443 a. J. C.).
Poeta lírico griego. Sus odas celebraban los juegos olímpicos, píticos, nemeos e ístmicos.
Cádiz (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * PINEDA, Mariana (1804-1831).
«Bordaba banderitas para los liberales.» Joven hermosa y discreta. Muy religiosa. Fué ajusticiada en Granada.
Los apostólicos (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Amadeo I* (III).

— * PINEDA, Cosme.
Rico ganadero de Andalucía. Abuelo de la famosa mártir doña Mariana Pineda.
Los apostólicos (II).

PINEL, Anselmo.
De Cartagena. Hermano de Roque. Maestro ajustador en los Arsenales. Buen amigo del desdichado Diego Ansúrez.
La vuelta al mundo... (III).

PINEL, Roque.
De Cartagena. Socio en asuntos marítimos de Diego Ansúrez.
La vuelta al mundo... (III).

— * PINO, El general.
Militar francés, que luchó en tierras de Gerona.
Gerona (I).

— * PINO-HERMOSO.
Mandaba el batallón de Orihuela durante el segundo sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).

PINTADO, Alonso.
Energúmeno que intervino en el linchamiento del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

* PINZÓN, Almirante.
Se trata de un marino del siglo XIX.
La vuelta al mundo... (III).

* PIÑEIRO, Brigadier.
Gobernador militar de Alicante (1873).
La primera República (III).

— * Pío VI (1775-1799).
Se negó a reconocer la constitución civil del clero y la república romana. Estuvo preso en Valence.
El equipaje del rey José (I).

— * Pío VII (1800-1823).
Firmó el Concordato con Napoleón. Restableció la Compañía de Jesús. Su apellido era Chiaramonti.
Napoleón, en Chamartín (I).—*El terror de 1824* (I).—*Las tormentas del 48* (II).

— * Pío IX (MASTAI-FERRETI) (1792-1878).
Fué elegido Pontífice en 1846.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * PIOMBINO, Príncipe (1780-1819).
Casado con la hermana de Napoleón Elisa Bacciochi.
La Corte de Carlos IV (I).

PIPAÓN, Don Tirso.
Sobrino de don Alonso de Landazuri, marqués de Gauna. «Vejestorio disecado», fraile exclaustrado, «que había sido *provincial de la Orden de Predicadores de Alcarria y tierra de Toledo, Supra Tagum.*»
España sin rey (III).

PIPAÓN, Señor de.
V. BRAGAS, Juan.
Llamado...

PIPAÓN Y LANDAZURI, Don Cristóbal.
«Era el doctor, *in utroque*, don Cristóbal de Pipaón y Landazuri, sobrino o resobrino del marqués por agnación lejana, varón ilustrado y pío, con gafas de oro, mirar oblicuo y habla reposada. De sus títulos eclesiásticos no se copia más que mínima parte: *canónigo, cuarto de optación...*, *canónigo entero...*, *chantre de Armentia...*, *prestamero de San Miguel*, etc. La opinión le señalaba por su conducta severa y por su feroz intransigencia política. Ultimamente diéronle fama de poeta varias composiciones religiosas de estilo tontopindárico. La lira de don Cristóbal cantaba asuntos bíblicos con estro semejante al volar de un pato, con engarabitada síntaxis y terminachos pedantescos. Todo era Jehovah para arriba, Jehovah para abajo, y poner motes a los demonios, llamándolos *tartáreos* o *abortos del Horeb*;

a Jerusalén llamábala *reina impura*. Hablaba de la *faz jocunda* de Dios en su trono, y de la *impía raza de Cam* (los judíos). Describía con pelos y señales la mansión de los justos: *los abismos de azul, las cataratas—de vívido fulgor llenan los cielos...* Se metía con el filisteo y el sadiceo, poniéndolos como hoja de perejil y ensalzaba la *mano innocua* de Jesús curando a los leprosos. Aunque nadie entendía los versos del conspicuo don Cristóbal, unos cuantos amigos de su misma cáscara le alzaban hasta el cuerno de la luna, diputándole por eminentísimo poeta entre los primeros del mundo. La verdad era que al buen señor no deslumbraban los ridículos encomios, y se hacía muy de rogar para dar a la estampa sus bíblicas, retumbantes y huecas majaderías.»
España sin rey (III).

— * PIQUER Y PRAVIA, Doña María.
Escritora española.
Napoleón, en Chamartín (I).

PIQUERO.
Subteniente de genio brutal, con el que se había casado Rafaela, una de las hijas de don José del Milagro. El matrimonio se separó en seguida.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).

* PIQUERO, General.
Complicado en la romántica sublevación cristina (1841) contra Espartero, dirigida por Montes de Oca.
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

- PÍRAMO.
Amante de Tisbe.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).
El Grande Oriente (I).

* PIRLI, Juan.
Un soldado zaragozano, compañero de Gabriel Araceli.
«Era un muchacho de los arrabales, labrador, como de veinte años, y de condición tan festiva, que los lances peligrosos desarrollaban en él una alegría nerviosa y febril. Jamás le vi triste; acometía a los franceses cantando, y cuando las balas silbaban en torno suyo, sacudía manos y pies haciendo grotescos gestos y cabriolas. Llamaba al fuego graneado *pedrisco;* a las balas de cañón, *las tortas calientes;* a las granadas, *las señoras;* y a la pólvora, la *harina negra;* usando además otros terminachos de que no hago memoria en este momento. Pirli, aunque poco formal, era un cariñoso compañero.»
Zaragoza (I).

— * PISONES.
Familia romana plebeya, algunos de cuyos miembros ocuparon altas magistraturas. A éstos enderezó Horacio su *Arte Poética*, llamada también *Epístola a los Pisones.*
El Grande Oriente (I).

PISTACHA, La tía.
Revieja curandera de la calle de los Estudios.
Un faccioso más... (II).

— * PITA Y PIZARRO, Don Pío.
Político liberal. Diputado de las Constituyentes de 1835. Ministro de Hacienda en 1837.
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

PITILLAS, Don Fulgencio.
Jefe de la familia en cuya mansión se hospedó José Fago cuando intentaba (1835) regresar al Cuartel Real del infante don Carlos María Isidro.
Zumalacárregui (II).

— * «PITILLAS, Jorge» (José Gerardo Hervás y Cobo de la Torre) (1688-1742).
Sacerdote y poeta satírico sumamente agresivo.
La Corte de Carlos IV (I).

— * PITT, Guillermo (1759-1806).
Hijo de Guillermo Pitt el *Grande*. Como su padre, gran estadista y el enemigo más implacable que tuvo Napoleón.
Trafalgar (I).

* PIXOLA, Don Narciso Abres, alias.
Guerrillero catalán del absolutismo. Excarnicero.

* PIZARRO, Don León.
Célebre ministro de Estado de Fernando VII. Amigo y compinche de don Antonio Ugarte.
La segunda casaca (I).

— * PIZARRO, Francisco (1475-1541).
Famoso conquistador español del Perú.
Cádiz (I).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).

— PIZUETA, Don Pedro.
Tendero de la calle de las Moscas, en Zaragoza, que entregó sesenta sacos de lana para los defensores de la ciudad.
Zragoza (I).

* PLANAS.
Realista y fervoroso creyente, ahorcado por las fuerzas masónicas.
Un voluntario realista (II).

PLANCHADORA, Una.
De la calle de Segovia.
La segunda casaca (I).

— PLATERO, El.
Del Arco de Manguiteros.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * PLATÓN (427-347 a. J. C.).
Filósofo griego, discípulo de Sócrates y expositor de las doctrinas de su maestro. Sus *Diálogos* son el monumento más hermoso de la Filosofía.
Napoleón, en Chamartín (I).—*España trágica* (III).

— * PLAUTO (Tito Maccio) (¿251 a 184? a. J. C.).
Gran comediógrafo romano.
La estafeta romántica (II).

* PLAZA.
Ayudante de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

* PLAZAOLA.
Secretario de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

PLESSIS, Ursula.
Parienta de la esposa del viejo Bidache. Tenía en París un negocio de encajes finos, en el que asoció a la bella Teresita Villaescusa. Vivía en la *rue* Mont Thabor.
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).

— * PLINIO, Cayo (23 a. J. C.-70).
Llamado el *Antiguo*. Famoso naturalista latino.
Aita Tettauen (III).

— * PLINIO, Cayo Cecilio (61-113).
El *Joven*. Escritor latino de unas interesantísimas cartas.
Narváez (II).

PLOBERTIN.
Soldado francés, que atendió a Gabriel Araceli, prisionero en Rebollar de Sigüenza.
«Era un toro, un pedazo de hombre capaz de derribar una pared a puñetazos. Su rostro, sanguíneo, se adornaba con una pomposa barba rubia que le salía desde los encendidos pómulos, y aun la nariz atomatada no estaba exenta de pelo. El conjunto de su imponente persona era un buen modelo de las históricas figuras con que la escultura oficial ha adornado los trofeos del Imperio. Usaba la enorme gorra peluda, y su corpachón se cubría casi totalmente con el delantal de cuero blanco, distintivo de los gastadores.»
Hacía obligado las guerras napoleónicas por toda Europa, y al conocer al *Empecinadillo*—el chiquitín mascota de la guerrilla de Araceli—, puso en él el amor que tuvo a su hijito Claudio, muerto en Francia. Plobertin dió la libertad a Araceli, cuando iba a ser fusilado, a cambio de que le dejara el niño...
Juan Martín el Empecinado (I). —*El equipaje del rey José* (I).

— * PLUMA, Don Narciso.
Amigote del marqués de Porreño y del padre Salmón. Hombre locuaz, vano, *efervescente* y pretencioso.
El equipaje del rey José (I).

— * PLUTARCO (42-122).
Biógrafo, moralista y filósofo griego. Autor de las famosas *Vidas paralelas*.
Cádiz (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— PLUTÓN.
Hijo de Saturno y Rea, esposo de Proserpina, dios de los Infiernos.
Gerona (I).—*La revolución de julio* (III).

POBRE ANCIANA.
V. ROSA, Doña.
Criada de Naranjo.

POCERO.
Que cuando pasaba el insigne Tito, decía a otro, metido en la alcantarilla: «*Vus* lo digo otra vez. La República tiene que ser para los republicanos...»
La primera República (III).

«POCHO».
Vecino de Atienza, que se dedicaba a recoser mortajas.
Narváez (II).

POELA.
Un bribón, guardián de la cárcel de Villa, de donde se fugó Olózaga.
Los apostólicos (II).

«POENCA», La.
V. PEPILLA.

«POENCO».
Apodo dado por el periódico *La Guindilla* al duque de Almodóvar (1842).

«POENCO», El señor.
Tenía un figón en Puerta de Tierra (Cádiz) y era padre de Pepilla la *Poenca*. El *Poenco* se desvivía por halagar al caprichoso y rico lord Gray, y por indicación de éste se disfraza de mamarracho para luchar «en juicio de Dios» con el delirante caballero Congosto.
Cádiz (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

POETA CALAGURRITANO. Un.
Reventador de comedias en el día de su estreno. Poeta pésimo y hombre amargado. «No recuerdo su nombre, aunque sí su figura, que era la de un despreciable y mezquino ser, constituído moral y físicamente como por limosna de la maternal Naturaleza. Consumido su espíritu por la envidia y su cuerpo por la miseria, ganaba en fealdad y repulsión de año en año.»
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).

POLACIÓN.
Un *descamisado* lleno de fanfarria, que perteneció a la partida isabelina de Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

— * POLACK, Don Ernesto y don Fernando.
Caballeros franceses, «que llevaban la batuta en el ferrocarril del Norte» (1867).
La de los tristes destinos (III).

POLICARPO.
Un pariente del *ilustre* galeote don Jenaro de Bocángel. Al parecer, tenía *muchas aldabas* en el Gobierno de Madrid (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

POLICÍA, Un.
Esbirro que detuvo en Cádiz a Jenara Baraona, por orden de don Víctor Sáez, confesor de Fernando VII.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * POLIGNAC. El ministro.
Político francés del siglo XIX. Ocupó cargos durante los reinados de Carlos X, Luis Felipe y Napoleón III.
España trágica (III).

— * POLIGNAC, Príncipe de.
Partidario del conde de Artois (1823). (Le creó el mismo anterior).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— POLIMNIA.
Una de las nueve Musas. Presidía los himnos en loor de los dioses y de los héroes.
España trágica (III).—*La primera República* (III).

POLIZONTE, Un.
Que hacía guardia a la puerta del baile de máscaras de Vistahermosa (1848).
Las tormentas del 48 (II).

POLIZONTES. Dos o tres.
Que alabaron a Juan Bragas «con exagerados cumplidos y servilismo».
La segunda casaca (I).

POLIZONTES, Varios.
Fueron a prender a Gil de la Cuadra
El Grande Oriente (I).

* POLO.
Veterano cabecilla carlista, que asolaba los campos de Calatrava (1869).
España sin rey (III).

— * POLO, Don Eusebio.
Conspirador (1818) contra Fernando VII y oficial de Estado Mayor.
La segunda casaca (I).

* POLO, Don Pedro.
Cura y maestro de párvulos, amigo de Ido del Sagrario. Sensual, mujeriego, vehemente, atormentador y atormentado... Protagonista de la obra de Galdós *Tormento*.
La primera República (III).

POLONIA.
Aguardentera.
La Corte de Carlos IV (I).

— POLONIA.
Chula.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

POLONIA.
Viuda de un zapador. Vivía en Tortosa y era prima de Donata, la guapa chica que se fugó con Juanito Santiuste de Ulldecona. Tenía hospedería. Y era «guapa y frescachona».
Carlos VI, en la Rápita (III).

POLVORISTA, Las del.
Familia que vivía en la casa de don Santiago Fernández.
Napoleón, en Chamartín (I).

* POMARÉ IV.
Reina de la isla de Otaití, a la que llegó *La Numancia*. «Era morenita y bella.» Y bondadosa.
La vuelta al mundo... (III).

— * POMBAL, José de Carvalho, Marqués de (1699-1782).
Político y ministro portugués, de gran talento, que arrojó del reino a los jesuítas.
Los apostólicos (II).

* POMBO, Don Juan.
Ricacho santanderino, que alojó en su palacete a don Amadeo I (1872).
Amadeo I (III).

— * POMMERAYE, Conde de la.
Legitimista francés, ayudante que fué del duque de Angulema.
Mendizábal (II).

— POMONA.
Diosa de los jardines y de los frutos.
Los apostólicos (II).

— * POMPADOUR. Madama de (Juana Antonieta Poisson. Marquesa de) (1721-1764).
De gran talento y hermosura. Favorita de Luis XV durante más de diez años. Gran protectora del arte y de los artistas.
Mendizábal (II).—*Montes de Oca* (II).

— * POMPEYO, Gneo (106-48 a. J. C.).
Con César y Craso formó el primer triunvirato romano. Fué derrotado por César en Farsalia.
Juan Martín el Empecinado (I).

* PONCE DE LEÓN.
Jefe del batallón republicano que ocupó la plaza de Antón Martín cuando el conato revolucionario de 1873.
La primera República (III).

PONCE DE LEÓN, Vicente.
Condenado (1824) a diez años de presidio por haber escuchado en silencio el elogio de la Constitución.
El terror de 1824 (I).

— * PONIATOWSKY.
Personaje principesco y aventurero (1829). Poseyó el abanico de María Leczinska.
Mendizábal (II).

— PONIATOWSKY, Su alteza el príncipe José de.
Sobrino del rey de Polonia. Gran guerrero y exquisito galanteador. Tuvo amores adúlteros con Pilar de Loaysa, en 1811, de los que nació Fernandito Calpena.
(Debe de ser el mismo anterior personaje.)
La estafeta romántica (II).

* PONT, Joaquín de.
Brigadier cristino. Mandaba la artillería de Espartero (1838).
Vergara (II).

* PONT, Marco del.
Apostólico intransigente. Muy querido de don Carlos María Isidro (1838).
Vergara (II).

* PONTEJOS, Joaquín Vizcaíno, Marqués viudo de (1790-1840).

Uno de los mejores alcaldes que ha tenido Madrid. Creó el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, el Asilo de San Bernardino. Estableció la limpieza diaria de la villa, el alumbrado de gas y los urinarios públicos.

Un faccioso más... (II).

— * PORCELLO, Diego.

Insigne poblador de Burgos, según el *Cronicón Emilianense.*

Narváez (II).—*Aita Tettauen* (III).

* PORLIER, Juan Díaz (1788-1815).

Célebre guerrillero español y jefe militar de gran valía. Luchó en Trafalgar casi de niño. Por sus ideas liberales fué ahoracado en La Coruña.

Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*La segunda casaca* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).

PORREÑO, Doña María de la Paz.

Hermana del marqués de Porreño.

«Era doña Paz mujer de corpulencia, señora tan grave, tan ceñuda, tan rigurosa, enemiga feroz de toda clase de libertades.»

«Doña María de la Paz se acercaba velozmente a una vejez apoplética, marchando a ello con los pies gotosos, la cabeza temblona, los hombros y el cuello crasos. Sus cabellos, no obstante, se conservaban negros, lo mismo que el lunar, y era que perseguía las canas como si fueran liberales, y no daba cuartel a ninguna, siendo tan implacable con ellas, que cuando vinieron en tropel y no pudo arrancarlas por temor a quedarse en el puro casco, las disfrazó vistiéndolas de luto para que nadie las conociera. Así, cuando esta operación no estaba hecha con habilidad (porque con las fuerzas había mermado la vista), aparecían las sienes y la frente empañadas con ciertas nubes negras, por encima de las cuales brillaba la nieve, remedando un admirable paisaje de invierno.»

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

PORREÑO, Doña Salomé.

Hija del marqués de Porreño. Solterona. Parlanchina. Quisquillosa.

«Doña María Salomé estaba tan momificada, que parecía haber sido remitida en aquellos días del Egipto, y que la acababan de desembalar para exponerla a la curiosidad de los amantes de la etnografía. Fija en una silleta baja, que había llegado a ser parte de su persona, se ocupaba en arreglar perifollos para decorarse, y a su lado se veían, en diversas cestillas de mimbre, plumas apolilladas, cintas de matices mustios, trapos de seda arrugados y descoloridos como las hojas de otoño, todo impregnado de un cierto olor de tumba, mezclado de perfume de alcanfor. Decían malas lenguas que al hacerse la ropa juntaba los pedazos y se los cosía en la misma piel; también decían que comía alcanfor para conservarse y que estaba forrada en cabritilla. Boberías maliciosas son éstas de que los historiadores serios no debemos hacer caso.»

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

PORREÑO, El marqués de.

Amigote del padre Salmón. Gran hablador. Vivió en la calle del Sacramento.

El equipaje del rey José (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

PORREÑO, Señoras de.

Hermana, hija y sobrina del marqués del mismo título. Llamábanse doña María de la Paz, doña Salomé y doña Paulita, respectivamente. Vivieron en las calles del Sacramento y de Belén.

V. PORREÑO.

PORTELA, Don Jesús.

Castrense. «Un señor picado de viruelas, de mediana edad, un poco duro de semblante, pero sencillo y cariñoso en su trato, persona excelente...» Huésped, en Tortosa, de Polonia. Le llevaba las cuentas a su patrona... y la enderezaba a bofetada limpia.

Carlos VI, en la Rápita (III).

PORTERO.

De la calle de las Tres Cruces (casa de la Masonería).

El Grande Oriente (I).

PORTERO ANCIANO.

Con una casaca amarilla. Portero en

las habitaciones particulares del infante don Sebastián, en Oñate.
De Oñate a La Granja (II).

PORTERO RUFIÁN.
De la calle del Bastero, donde fué a refugiarse Gasparito Grijalva.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

PORTEROS.
De los Emparanes. Escribe Fajardo:
«En todo esto reparé antes de entrar, así como en el aspecto del portal, de una limpieza rara en Madrid. El portero, viejo y medio cegato, limpio también como la casa, ostentando chaleco rojo y gorra galonada, me acogió con marcado respeto, y oído mi nombre, díjome con el acento más satisfactorio que los *señores estaban*, y me franqueó la entrada de la escalera, lóbrega, sin más adorno que unos faroles de navío y cuadros viejos, cuyo asunto se pierde en la oscuridad de la ennegrecida tela.
»Un portero de estrado, viejo también y con chaleco rojo, me introdujo en el salón, que examiné con rápido golpe de vista a la escasa luz que por los entornados huecos de los balcones entraba.»
Las tormentas del 48 (II).

* PORTILLA, General.
Del cuarto militar de don Alfonso XII (1875).
Cánovas (III).

PORTILLO (alias *Sebo*), Telesforo del.
«En el hombre vi, como rasgos culminantes del tipo, un bigote negro, cerdoso, cortado en forma de cepillo; cabellera abundante, cortado como escobillón, nariz pequeña y atomatada, bastón de cachiporra, gabán claro, de largo uso, y sombrero, que en toda la visita permaneció en la mano de su dueño. Ostentaba la pelambre de esta prenda innumerables cicatrices, testimonios de una vida azarosa, estrujones, apabullos, palos ganados en escaramuzas callejeras. Quizá en alguna reunión tumultuosa sirvió de asiento a persona de extremada gordura; quizá, antes de cubrir la cabeza de su actual propietario, fué remate del figurado guardián que se arma en medio de las huertas para espantar a los gorriones. Pero si mucho el sombrero decía, más dijo el hombre, y sus manifestaciones encerraron tanta enseñanza, que aquí las copio, sin más enmienda que la supresión de mis observaciones y preguntas en el curso del diálogo. Así aparece más clara y compendiosa esta página viva de la historia nacional.»
Era un polizonte de la confianza de Francisco Chico. Más tarde pasó al servicio particular de Pepe García Fajardo.
En 1886 se había enriquecido con la usura, y era «feo, con bigote de charretera y ojos de carnero moribundo». Se casó con una sastra de curas, llamada Fabiana Sastre.
La revolución de julio (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

* POSADA HERRERA, José (1815-1853).
Político español enemigo de Olózaga. Ministro varias veces. Presidente del Consejo, del Congreso y del Consejo de Estado. Fué el padre *de la corrupción electoral*, mereciendo el apodo de *El Gran Elector*.
«Posada es un asturiano muy listo, que en nuestro tiempo no se había dado a luz, de cuerpo enjuto y semblante un tanto ratonil, a que dan mayor expresión de agudeza sus orejas no cortas. En el Congreso brilla por su perorar discreto y persuasivo, sin ringorrangos, y brillaría más si el ministerialismo no quitara sal a su elocuencia, pues defendiendo a los que están en candelero, que es como estar en la picota de la impopularidad, no se ganan las palmas oratorias.»
Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II). — *O'Donnell* (III). — *La vuelta al mundo...* (III). — *Prim* (III). — *Cánovas* (III).

— * POSADAS RUBÍN DE CELIS, Don Antonio.
Patriarca de las Indias (1850).
Los duendes de la camarilla (II).

POSADERO.
De la calle de Tablas Viejas, en Tortosa.
Carlos VI, en la Rápita (III).

* POZAS, El brigadier Bartolomé.
Cantonalista (1873). Ministro de Ma-

rina de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

PRADEL, Don Francisco.
Párroco de San Justo. Había aceptado casar a Lucila Ansúrez con Halconero.
Los duendes de la camarilla (II).

* PRADO, Coronel.
Peruano. Con el vicepresidente Canseco mandaba la insurrección peruana contra la alianza de España y del Perú (1865). Sustituyó a Canseco en la Presidencia de la República con el nombre de *Dictador*.
La vuelta al mundo... (III).

* PRADO, Luisa (la *Prado*).
Actriz española muy bella. Mujer del famoso Máiquez.
La Corte de Carlos IV (I).

— * PRADT, Monseñor, ex arzobispo de Malinas.
Consejero de José Bonaparte.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * PRAST.
Famoso arquitecto que transformó en Salón de Cortes uno de los templos de Cádiz (1810).
Cádiz (I).

PRÁXEDES, Doña.
«Señora vieja, de buenas carnes, vestida de negro», que huía de Cartagena (1873) en el mismo tren que el insigne Tito y su coima *Leona la Brava*.
De Cartago a Sagunto (III).

PRECIADO, Don León.
Telegrafista de Atienza. Había prometido a doña Librada Fajardo comunicarla sin dilación la noticia del alumbramiento de su querida nuera María Ignacia, esposa de Pepe García Fajardo.
Narváez (II).

* PREFUMO, El señor.
Diputado a Cortes *incordiante*... (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

PREGONERO.
Que iba delante del cura regicida don Martín Merino, cuando era éste conducido al suplicio (1852).
La revolución de julio (III).

PRENDERA (MARGARITA).
Prima de la amante de Pepe Fajardo, Antoñita la *Cordelera*.
Las tormentas del 48 (II).

PRESCOTT, Míster.
Proveedor de la Mala Real Inglesa y suegro de don Jaime Blanco. Facilitó a Santiaguito Ibero un cargo de servicio en cierto buque que se dirigía a Gibraltar...
La de los tristes destinos (III).

PRESENTACIÓN.
V. AFÁN DE RIBERA.

PRESTAMERO, Las de.
Chicas elegantillas de Vitoria, amigas de las de Gauna y Castro-Amézaga.
España sin rey (III).

PRESTAMERO, Sofía.
Señorita de Vitoria. Amiga de Fernandita Ibero.
España sin rey (III).

— * PRICE, Míster.
Y su hijo. Artista de circo, que actuaban en el de Paúl.
Narváez (II).

* PRIETO Y VILLAREAL.
Amigo del insigne Tito. Simpatizante, en política, con *zorrillistas y martistas*.
Cánovas (III).

* PRIGNY.
Capitán de navío, francés, que intervino en la batalla de Trafalgar.
Trafalgar (I).

* PRIM, Don Juan (1814-1870).
Gran general y estadista español. Héroe de los Castillejos (Africa).
En 1841, entre los amigos de las del Milagro y de las de Carrasco, se señaló... «un teniente coronel, que hacía continuo derroche de finezas, sin decidirse por las solteras ni por la casadita, como si fuera su plan tocar todas las teclas a ver cuál le sonaba mejor. Era de cuerpo pequeño, de carácter francote y comunicativo, cetrino de color, escaso de

bigote y barba, el habla durísima, gorda, catalana. Una tarde que iban las manchegas y sus amigas con Ibero por la calle de Alcalá, le encontraron en la *esquina de la calle del Turco;* paróse Santiago al reconocerle, se abrazaron y al instante hizo la presentación: «Mi amigo muy querido Juan Prim.»

Espíritu inquieto, se sublevó cien veces. Era valiente, audaz, simpático. Fué presidente del Consejo de ministros, dictador... El trajo a don Amadeo I.

Montes de Oca (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* PRIM Y AGÜERO, Isabel.
Hija del famoso general.
La de los tristes destinos (III).

* PRIM Y AGÜERO, Juan.
Hijo del famoso general.
La de los tristes destinos (III).

PRIMO (Un).
Del señor Villela, a quien se le quería hacer del Consejo Real.
La segunda casaca (I).

* PRIMO DE RIVERA, Don Fernando (1831-1921).
General español. Se distinguió en la llamada Campaña del Norte (1874-1875). Ministro de la Guerra.
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

* PRIMO DE RIVERA, Rafael.
General español, hermano de Fernando. Se distinguió en la Campaña del Norte (1874-1875).
De Cartago a Sagunto (III).—*Cánovas* (III).

PRIMOROSA, La.
Dueña de una casa de juego y baile.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

PRIMOROSA, La.
Buñolera del Rastro, mujer de Pacorro Chinitas, cuya fama se extendía desde la calle de la Pasión hasta el pórtico de San Bernardino. «Mujer pendenciera, batalladora y que partía de un bofetón un par de quijadas.»
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).

PRINGOSA, La.
Moza bravía, que fué novia de *Churri* Arratia.
Vergara (II).

PRIOR.
De los Descalzos de Viana.
Un faccioso más... (II).

PRIOR (El).
De los Agustinos de Salamanca. Muy amigo del padre de Santorcaz y que asistió a éste en su agonía.
La batalla de los Arapiles (I).

PRIORA.
De las monjas clarisas de Vergara, de cuyo consejo se fiaba mucho el pretendiente.
Vergara (II).

PRISCA, La.
Mujer pobre y andariega de Atienza.
Narváez (II).

— * PRIVÉ, General.
Mandaba un ala de la Caballería francesa en Bailén.
Bailén (I).

— PROCUSTO.
Sobrenombre del monstruo Polipemón. A sus víctimas las tendía en un lecho de hierro y les cortaba las extremidades si excedían de él. De aquí el dicho de «estar en el lecho de Procusto».
La de los tristes destinos (III).

PROFESOR.
De Lucila Ansúrez. «Hombre agudo y un poco zahorí.»
Los duendes de la camarilla (II).

— * PROPERCIO, Sexto (49-16 a. J. C.).
Poeta elegíaco romano.
De Oñate a La Granja (II).

— PROSERPINA.
Hija de Júpiter y Ceres, diosa de la Agricultura, esposa de Plutón.
Napoleón, en Chamartín (I).

PROTEO LIVIANO.
Nombres que, según socarronamente afirmaba el propio interesado, eran los del insigne Tito.

— * PROTÓGENES.
Obispo. Fundador de la diócesis de Sigüenza.
Las tormentas del 48 (II).

— * PROUDHON, Pedro José (1809-1865).
Filósofo y sociólogo francés.
España trágica (III).

PRUDENCIA.
Prima del miñón José Ciordi. Servía en casa de Ibero-Castro-Amézaga, en Vitoria.
España sin rey (III).

PRUDENCIA (ARRATIA), Doña.
Esposa de don Ildefonso Negretti. Guardiana afectuosa de Aurora, su sobrina, novia de Fernandito Calpena.
«La señora de Negretti, que físicamente era corpulentísima, bigotuda, recia, de palabra viva y cortante, en los espiritual atesoraba una voluntad firme, constancia en los afectos, más aún en los caprichos y manías; además, un ardiente amor a la familia y un sentido calculista y aritmético que ya lo quisieran para los días de fiesta los Arratias masculinos.»
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

— * PTOLOMEO, Claudio (siglo II).
Astrónomo y geógrafo egipcio.
Un voluntario realista (II).—*Aita Tettauen* (III).

PUCHE.
Un mozallón pendenciero que pertenecía a la pandilla isabelina de don Alonso Castro-Amézaga.
De Oñate a La Granja (II).

* PUCHETA.
Energúmeno. Intervino en el suplicio del polizonte Chico.
O'Donnell (III).

* PUENTE Y BRAÑAS.
Autor de zarzuelas que gozaron, en Madrid, sus días de aura popular, hacia 1875...
Cánovas (III).

— * PUIG SAMPER.
Jefe militar sublevado contra la preponderancia de la reina madre, doña María Cristina.
Bodas reales (II).

* PUIG Y ESTEVE.
Sacerdote que asistió en sus últimos momentos al clérigo regicida don Martín Merino.
La revolución de julio (III).

PUJITOS.
«*Pujitos* era lo que en los sainetes de don Ramón de la Cruz se señala con la denominación de *majo decente;* es decir, un majo que lo era más por afición que por clase; personaje sublimado por el oficio de obra prima, el de carpintero o el de platero, y que no necesitaba vender hierro viejo en el Rastro, ni acarrear aguas de las fuentes suburbanas, ni cortar carne en las plazuelas, ni degollar reses en el matadero, ni vender aguardiente en *Las Américas,* ni machacar cacao en Santa Cruz, ni vender torrados en la verbena de San Antonio, ni lavar tripas allá por el portillo de Gilimón, ni freír buñuelos en la esquina del hospital de la Venerable Orden Tercera, ni menos se degradaba viviendo holgadamente a expensas de una mondonguera o castañera, o de alguna de las muchas Venus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. *Pujitos* estaba con un pie en la clase media: era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia a las trapisondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguía de los famosos *Tres Pelos,* el *Roquito, Majoma* y otras notabilidades de las que frecuentemente salían a visitar las cortes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etcétera.
»*Pujitos* era español. Como es fácil comprender, tenía su poco de imaginación, pues alguno de los granos de sal, pródigamente esparcidos por mano divina sobre esta tierra, había de caer en su cerebro. No sabía leer y tenía ese don particular, también español neto, que consiste en asimilarse fácilmente lo que se oye; pero exagerando o trastornando de tal manera las ideas, que las repudiaraí el mismo que por primera vez las echó al mundo. *Pujitos* era, además, bullanguero de esos que en todas épocas

se distinguen por creer que los gritos públicos sirven de alguna cosa.»

Llegó a ser «gran maestro de obra prima, miliciano nacional, patriota cuasi orador, cuasi héroe, y un sí es no es redactor de diarios políticos, que para todo había en aquel desmesurado entendimiento».

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).

PULGAR, Jacinto.

Joven petimetre. Estaba en amoríos con la de Tordesillas.

O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

* PULIDO Y ESPINOSA.

Capellán de las Descalzas Reales que rezó un responso ante el cadáver del desdichado don Enrique de Borbón, muerto en duelo por el duque de Montpensier (1870). Le había confesado y dado la comunión dos días antes: el 9 de marzo de 1870.

España trágica (III).

PULPIS, Nicasio.

Oficial carlista «que tenía los mismos pecados que don Beltrán de Urdaneta, sin ninguna de sus virtudes», según propia y sincera confesión. Ahijado del sacerdote don José María de Navarridas. Estaba casado con Rosita Palomo. Hombre juerguista, jugador y dicharachero.

La campaña del Maestrazgo (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*España sin rey* (III).

* PUÑAL, El padre.

Fraile bravo y pendenciero que acompañaba como jefe de Estado Mayor a Jep de Estanys.

Un voluntario realista (II).

— * PUÑONROSTRO.

Familia noble y muy popular en Madrid (1836).

De Oñate a La Granja (II).

PURIFICACIÓN, Madre.

Dominica de Solsona, especialista en hacer confituras.

Un voluntario realista (II).

PUTXET, Mosén.

Capellán de una División carlista, que atendió a don Beltrán de Urdaneta. «Era tortosino y un sí es no es ilustrado.»

La campaña del Maestrazgo (II).

Q

— * QUADROS, Don Antonio.

Un defensor de Zaragoza durante el primer sitio.

Zaragoza (I).

QUENZA.

Una de las tres mujeres de Mohamed-ben-Sur El Nasiry... (El renegado Gonzalo Ansúrez).

Aita Tettauen (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * QUER, Don Juan de (1784-1836).

Mandaba dos compañías. Coronel español.

La segunda casaca (I).

— * QUEROL.

Actor cómico que trabajó en Cádiz, en el mismo escenario en el que luego se reunieron las famosas Cortes.

Cádiz (I).

— * QUESADA.

Guerrillero del absolutismo que operaba en Navarra. A sus órdenes empezó a distinguirse (1823) Zumalacárregui. Ministro (1824) y gran amigote de Calomarde. Isabelino ferviente más tarde y capitán general de Madrid (1836).

El 7 de julio (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui*

(II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Aita Tettauen* (III).

* QUESADA, Teniente general.
Alfonsino. Mandó uno de los dos grandes ejércitos que envió Cánovas contra los restos alborotados del tradicionalismo.
Cánovas (III).

* QUEVEDO, Don José.
Capitán del *San Leandro*, muerto en Trafalgar.
Trafalgar (I).

* QUEVEDO, Don Juan.
Dueño del Café Universal, de Madrid, que tenía a su cargo el restaurante de la Exposición Universal, de París, «astur amable y narigudo».
La de los tristes destinos (III).

QUIJADA, Doña Leandra.
Esposa de don Bruno Carrasco y Armas.
«... era una señora flaca, más que vieja envejecida, muy descuidada de su persona, llena de arrugas la faz, los ojos lacrimosos, áspero el cabello entrecano y partido en *bandós* aplastados sobre la frente y sienes. Estaba la pobre mujer atontada, en una estupefacción triste, como quien no se da cuenta de lo que pasa ni entiende lo que oye. El ruido, *la mucha gente que iba por las calles*, el paso continuo de coches, la altura de las casas, los gritos de los vendedores, todo cuanto veía y escuchaba le había infundido más terror que asombro. Su anhelo era huir de este barullo, volviéndose al sosiego de donde había venido; pero la timidez no le permitía manifestar su tristeza y miedo más que con suspiros. Su vestido, totalmente negro, de lana, y el pañuelo del mismo color, anudado bajo la barba, dábanle aspecto lúgubre. Hablaba poco, respondía con urbanidad concisa y cuanto Ibero le preguntaba del viaje y de sus primeras impresiones en Madrid, y cuando nada le decían tomaba una actitud meditabunda, cogiéndose la barba y fijando los ojos en el suelo.
»Nacida en Peralvillo, casada con don Bruno en Torralba de Calatrava, de donde no había salido más que una vez para visitar a sus primas en la ciudad de Almagro; hecha desde muy niña a la vida de propietaria rica, a los espectáculos de la Naturaleza y a las faenas de la labranza; formado su carácter en una sociedad de cariz feudal, en la cual se pasaban los años viendo pocas y siempre las mismas caras; acostumbrados sus ojos a la horizontalidad expansiva de su tierra, su oído al silencio campestre, su vida a las casonas grandísimas, no podía menos de sentir, traspasados ya los cincuenta, el brusco salto de aquel medio a otro tan distinto. La casa en que había venido a parar le pareció un gallinero, un palomar, algo peor y más estrecho aún; las personas que aquí veía le hicieron efecto de estar locas o borrachas. Hablaban para ella tan aprisa, que comúnmente no entendía palotada. Ni era el lenguaje de Madrid como el de allá. En su tierra se hablaba más fuerte y con tono más reposado, y las palabras sonaban con más pompa. Las primeras comidas que probó le supieron a broza desabrida, insustancial. ¡Qué chocolate! ¡Y el caldo qué insípido! El pan no alimentaba ni tenía gusto. Se aterró cuando le dijeron lo que en Madrid costaban dos palominos, un cabrito o una docena de huevos. Sin duda en Madrid no vivían más que ricachones. Y toda aquella gente que veía por las calles, ¿qué gente era, en qué se ocupaba, adónde iba?»
La pobre señora acabó por morirse soñando con su tierra.
Montes de Oca (II).—*Bodas reales* (II).

— QUIJOTE, Don.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II). *Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* QUÍLEZ.
Cabecilla carlista (1835). De la partida fué, en las mocedades, Juan Ruiz Hondón y también Nelet.
La campaña del Maestrazgo (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— * QUÍLEZ, Francisco.
Sargento primero de la primera compañía del primer batallón de fusileros durante el primer sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).

* QUINQUER, Rev. Doctor Don José.
Romero mayor de la colegiata de Manresa. Apostólico. Formó parte de la Junta de Manresa.
Un voluntario realista (II).

— * QUINTANA, Manuel José (1772-1857).
Poeta y prosista español ilustre. Le coronó la reina Isabel II (1856), de quien fué ayo y preceptor de estudios en 1841.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).—*Cádiz* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I). *Los apostólicos* (II).—*Mendizábal* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

QUINTINES Los.
Chulos desvergonzados y fanfarrones, muy propicios a la puñalada trapera y al trabucazo de esquina... Estaban a sueldo del rebelde Paúl y Angulo...
España trágica (III).—*La primera República* (III).

* QUINTO, Don Francisco Javier de, Conde de.
Jefe político de Madrid (1854). Amigo de Prim. Diputado o senador, sin interrupción, de 1837 a 1868.
Bodas reales (II).—*La revolución de julio* (III).

— * QUIROGA.
Perfumista de la calle de la Cruz (1850).
La revolución de julio (III).

— * QUIROGA, Antonio (1784-1841).
Marino español de ideas liberales. Mandaba el batallón España, sublevado en 1820, en connivencia con Riego. Llegó a ser capitán general de Castilla la Nueva.
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Mendizábal* (II). *Los ayacuchos* (II).

— * QUIROGA, Don Juan.
Comandante de Ingenieros, en Valencia (1840).
Montes de Oca (II).

* QUIROGA. Don Juan.
Gentilhombre. Hermano de la famosa Sor Patrocinio de las Llagas. De él escribe Pepe García Fajardo:
«No se compadece la nobleza del aspecto con el origen y crianza del señor Quiroga, de quien se cuenta que tuvo niñez mísera y juventud harto trabajosa, pues el hombre se formó y educó en un modestísimo establecimiento de bebidas del paseo de la Virgen del Puerto, donde, para estímulo del despacho, había el pasatiempo de juegos de envite, como el cané y el famoso de las tres cartas para descubrir el as de oros; y tan buena organización tuvo la casa, según dicen, en este enredillo, que los viandantes salían de allí muy ligeros de todo lo que llevaban. Pues ved de qué bajas capas ha salido este hombre, y admirad conmigo que haya sabido disimular y poner en olvido su ruin escuela, tomando aspecto, lenguaje y modos tan finos, que ello parece milagro. Sin duda, lo es, si no de la virtud, de la ambición, anímica y social fuerza capaz no sólo de mover las montañas, sino de purificar las charcas cenagosas, y hacer de un Rinconete un Don Quijote. Este ha dado quince y raya, por la trayectoria de su transformación, a los Godoyes y Muñoces, y si bien se eleva mucho menos, es su mérito mayor, porque se ha elevado de más bajo. Y hay más: si de los milagros de su bendita hermana dudan los incrédulos, y aun algunos teólogos, de los de éste nadie puede decir lo mismo. En fin, que el hombre me agradó mucho, y sin esfuerzo le ofrecí mi amistad a cambio de la suya.»
Narváez (II).

* QUIROGA, María Rafaela.
V. PATROCINIO Sor.

— * QUIROGA Y BURGUILLOS (Antes Fuentenebro).
Librero de la calle de Carretas.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * QUIROGA Y CACOPARDO, Dolores.
V. PATROCINIO, Sor.

QUIRÓS, Silvestre.
Riojano alavés. Sargento de Infantería. Su madre había sido cocinera luengos

años en casa de Santiago Ibero y Gracia Castro-Amézaga. Se hizo protector de Santiaguito, al que llevaba diez años de edad. «Su labia persuasiva, su arrogancia y despejo le captaban la simpatía...»
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

QUITERIO.
Recadero de Molina, que de Sigüenza venía a Madrid y se hospedaba en el Parador del Peine.
Las tormentas del 48 (II).

— QUIXOTS, Anselmo.
Sobrino del doctor Nomdedéu y novio de su prima Josefina. Le mató una bomba francesa durante el primer sitio de Gerona.
Gerona (I).

R

* RABADÁN Don Diego.
Poeta cortesano.
Napoleón, en Chamartín (I).—*La segunda casaca* (I).—*El 7 de julio* (I).

— * RABELAIS, Francisco (1495-1553).
Escritor, médico y filósofo escéptico francés. Uno de los más grandes ingenios del Renacimiento.
O'Donnell (III).

— * RACINE, Juan Bautista (1639-1699).
Gran poeta y trágico francés.
Mendizábal (II).

RACIONERO.
De Vergara, «que por su gordura no cabía en ningún sillón y tenía que mantenerse en pie». Amigo de don Fructuoso Arespacochaga.
Zumalacárregui (II).

* RADA.
Jefe militar. Mandaba (1864) el regimiento de la Constitución. Era convenido de Vergara.
Prim (III).

— * RADECSKY, Juan José Wenceslao. Conde de (1766-1858).
Famoso y heroico general austríaco.
Narváez (II).

* RADICA.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

RAFAEL DE LOS ANGELES, Padre.
Varón muy pío, consejero de Juan de Dios en religión.
La batalla de los Arapiles (I).

— * RAFAEL SANZIO (1483-1520).
Archifamoso pintor italiano.
Zaragoza (I).—*Cánovas* (III).

RAFAELA.
Doncella de confianza de Pilar, *la deidad velada*.
La estafeta romántica (II).

RAFAELA, Doña.
Señora amiga de Collado y peticionaria insaciable de cargos oficiales para sus amigos.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

RAFAELA DEL MILAGRO.
Hija de don José. Sabía muy bien el francés y ayudaba a traducir a su buen padre.
V. MILAGRO, Rafaela del.
Mendizábal (II).

RAFAELITO.
Cordero. Hijo de doña Robustiana y don Benigno.
Los apostólicos (II).—*Un faccioso más...* (II).

* RAFI.
Guerrillero apostólico en Cataluña (1827).
Un voluntario realista (II).

* RAGA, Don Cristóbal.
Honrado labrador que había dado hospitalidad, en Gandalla, al pretendiente don Carlos (VI) Luis y a su hermano.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * RAMASO.
Periodista liberal, redactor de *El Con-*

ciso, quien amenazó a Fernando VII con la venida de Carlos IV si no juraba la Constitución.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

RAMALEJO.
Oficial de la antigua guardia liberal. Amigo de Salvador Monsalud.
El terror de 1824 (I).

RAMIRA.
«Menudita y graciosa.» Mujer de vida fácil, amiga de *Leona la Brava* y «amiga de un chico del ferrocarril».
De Cartago a Sagunto (III).

* RAMÍREZ DE ARELLANO.
Cortesano con mucha influencia en Palacio desde 1818.
La segunda casaca (I).

* RAMÍREZ DE ARELLANO.
Alto funcionario de Gracia y Justicia que se presentaba «con buenas armas». Diputado por Almazán (1848).
Narváez (II).

* RAMÍREZ DE LA PISCINA.
Flamante *ministro* y consejero del pretendiente don Carlos (1838).
Vergara (II).

* RAMÓN.
Conocidísimo y simpático ayuda de cámara de don Antonio Cánovas del Castillo. Uno de los primeros que puso *de moda* el fumarse los puros, heredar los trajes, adoptar los términos y *pisar* las conquistas de sus señores.
Cánovas (III).

RAMÓN.
Contrabandista. Esposo de Filiberta, la criada del severo y bondadoso bailío don Wifredo de Romarate. Murió de cáncer en boca y nariz.
España sin rey (III).

RAMONA.
Vecina de la casa en que era portero don Santiago Fernández.
Napoleón, en Chamartín (I).

RAMONA, Tía.
Apodo dado por el periódico *La Guindilla* a Calatrava (1842).

RAMONCILLA.
Criada de don Luis Santorcaz en Salamanca.
La batalla de los Arapiles (I).

* RAMONEDA.
«El simpaticore...» Político catalán. En 1842, de la Junta de Respetables que pactó con Espartero. «Un pájaro gordo de Barcelona.»
Los ayacuchos (II).

RAMOS, El.
Mote de
V. MELCHOR, Señor.

RAMOS, Paca.
Chula del Avapiés.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * RAMOS, Viuda de.
Librera de la Carrera de San Jerónimo.
Napoleón, en Chamartín (I).

* RAMOS, Calderón.
Catedrático. Ateneísta distinguido. Diputado. Intimo de Nicolás María de Rivero.
Prim (II).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

RAMPIOSA, La tía.
Comadre.
La segunda casaca (I).

* RANCÉS.
Periodista. Redactor de *El Diario Español* (1854). Detenido a consecuencia de los intentos revolucionarios del año citado.
La revolución de julio (III).

* RANCIO, El Padre.
Fraile realista autor de unas cartas en que se combatía la Constitución.
El Grande Oriente (I).

RANERA, La.
Criada viejísima del arqueólogo don Ventura Miedes, en Atienza.
«Señora de edad, muy alta, con pañuelo negro liado a la cabeza, saya y jubón de estameña, los pies en abarcas, la cara como pergamino, los ojos pitañosos de su natural.»
Narváez (II).

— RANTZAU.
Personaje de la comedia francesa *Bertrand et Raton*, traducida por Larra y estrenada por Luna.
La estafeta romántica (II).

* RAPELLA, Aníbal.
«Es el tal un sujeto llamado Rapella, natural de Palermo. que hace años andaba por Argel ejerciendo la medicina; casó allá con una española; vino a Madrid, donde se estableció como cambiante, logrando injerirse en Palacio y ser honrado por su majestad con diferentes comisiones, entre ellas la de traer y llevar recados a Nápoles. El fué quien acompañó a la princesa que vino a casarse con don Sebastián. Pero en lo que más se ha lucido el hombre ha sido en tender hábilmente los hilos de la intriga que ha dado en tierra con nuestro bonísimo Mendizábal. El siciliano servía de correo de gabinete entre Istúriz y la reina, y todas las noches iba a El Pardo secretamente, no siempre solo, pues el mismo Istúriz u otros le acompañaron más de una vez.»
«Sujeto espigado y enjuto, en quien podría verse la reproducción exacta de Don Quijote, quitando a éste diez años, dándole un poco más de carnes, y una ligera mano de belleza y frescura en el rostro. Pero si en la figura recordaba al hidalgo cervantino, en la palabra, dulcificada por el acento italiano, se perdía toda semejanza, y más aún en la expresión y modales, pues aunque de perfecta educación y notable figura, el personaje poseía todas estas prendas sin entonarlas con la gravedad ceremoniosa del gran caballero de la Mancha. El primer rasgo de carácter que sorprendía al observador en el aventurero Aníbal Rapella, al echarle la vista encima en su alojamiento de Gamarra Mayor, era la presunción, el cuidado de su persona. Llevaba infaliblemente consigo una cajita con los avíos y mejunjes de la decoración capilar y facial, y ya le cogiera la mañana navegando con el mal tiempo en un falucho entre Africa y Europa, ya en la breve parada de diligencia o carromato, rodando por inhospitalarias tierras, nunca dejaba de consagrar a su *toalleta* una horita larga, cuando menos media hora, en casos de premura. A esta devoción del buen ver unía el siciliano, el orgullo de una salud de hierro, de la que hacía continuo alarde, y el apostolado de ciertos preceptos higiénicos que entonces ofrecían novedad.»
Acompañó a Fernandito Calpena en su escapatoria en busca de Aurorita Negretti.
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).

RAYA, Señor.
Escribano de la Audiencia (1831).
Los apostólicos (II).

— REA.
Hija de Urano y de la Tierra. Esposa de Saturno. Divinidad griega identificada con Cibeles.
Narváez (II).

* REAL, Perico del.
Militar cantonalista (1873).
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

REAL CUÑO, Condesa del.
Daifa de postín.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

REBECA.
Hija linda de Baruc Nehama, el rabino tetuaní. Amiga de Yohar.
Aita Tettauen (III).

REBOLLO, Don Matías.
Primo hermano de la madre de García Fajardo y quien le llevó a Roma, en la embajada de su protector, don José del Castillo y Ayenza.
«Desde que le vi en Roma, don Matías me parecía otro, y su habla y sus dichos, sus maneras y hasta sus andares no eran los del clérigo saguntino austero y grave, con menos gracia que marrullería, siempre dentro del correcto formulario de nuestra encogida sociedad eclesiástica. Desde que desembarcamos en Civitavecchia tomó los aires del *prete* romano y la desenvoltura graciosa de un palaciego vaticanista. La severidad de que blasonaba en España cayó de su rostro como una careta sofocante, y le vi respirando bondad, indulgencia y preconizando en la práctica toda la libertad y toda la alegría compatibles con la virtud. Espléndida era su mesa, y extensísimo el espacio de sus amistades y

relaciones, comprendidas algunas damas elegantes que frecuentaban su trato sin el menor detrimento de la honestidad.»
Las tormentas del 48 (II).

— * RÉCAMIER, Madame, Juana Francisca Adelaida Bernard de (1777-1849).
Dama francesa famosa por su talento y belleza. Fué amante de Chateaubriand.
La estafeta romántica (II).

— * RECAREDO I.
Sucedió a su padre Leovigildo el año 586. Se convirtió a la fe católica. Rey visigodo español.
España trágica (III).

— RECIO DE TIRTEAFUERA, Doctor Pedro.
Famoso personaje de *Don Quijote*. Aquel que impedía al pobre Sancho, gobernador de su ínsula, cualquier regodeo en la comida.
Los ayacuchos (II).

— * RECOLETAS (Las Madres) de Sahagún.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

RECUENCO.
Oficial que servía de escribano al Empecinado.
Juan Martín el Empecinado (I).

* RÉDING DE BIBEREG, Teodoro (1755-1809).
General español de origen suizo. Se distinguió en las batallas de Bailén, Llinás, y de Valls contra las huestes napoleónicas.
Bailén (I).—*Zaragoza* (I).

REFUGIO, Doña.
Esposa (fallecida muchos años antes de 1823) de don Patricio Sarmiento. Madre del desdichado Luquitas.
El terror de 1824 (I).

* REGATERO.
Lidiador de reses bravas (1877).
Cánovas (III).

* REGATO, El señor don José Manuel.
Ayudante, en la masonería, del señor Canencia. Agente provocador.
«Era de mediana edad y fisonomía harto común: ni alto ni bajo, moreno y curtido de rostro, a excepción de la frente, que era muy blanca. Sus pobladas cejas negras y el pelo espeso y cerdoso indicaban fortaleza. Había en sus ojos la vaguedad singular propia de los tontos o de los que aparentan serlo, y a menudo reía, como tributando de este modo complaciente lisonja a cuantos le dirigían la palabra. Vestía completamente de negro, asemejándose por esta circunstancia a una persona de estado eclesiástico; afectaba la más refinada compostura, y al mirar contraía los párpados a manera de los miopes. Si los abría en momentos de sorpresa, de miedo o de ira, distinguíanse los verdosos y dorados reflejos de su iris, muy parecido al de los gatos. Cuando quería hablar algo de interés iba acercándose poco a poco al asiento de su interlocutor, y su manera de acercarse, su especialísima postura al sentarse, arrimando el codo o el hombro a la persona, eran fiel copia de los zalameros arrumacos del gato. Muchos habían observado esta semejanza, y hasta en el apellido de Re-gato, es decir, reiteración en las cualidades gatunas, hallaban motivo de burla los maliciosos.»
Disidente de los masones, fundó *Los Comuneros*. Monsalud lo ata y amordaza para libertar a Gil de la Cuadra. Más tarde, Regato—pasado al absolutismo—se venga apresando a Monsalud en Benabarre.
El Grande Oriente (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).

REGENTE.
De imprenta, «un nuevo y tiznado cíclope, más propio de una herrería que de una imprenta».
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

— * REGGIO, Mariscal Duque de.
Colaborador de Napoleón en la campaña de Rusia. El—o su hijo—pasaron a España con el ejército de Angulema, al mando de una división.
La batalla de los Arapiles (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

REGODEO, El señor.
Esposo de *la Zancuda*.
Napoleón, en Chamartín (I).

REGUER.
Bajo de la compañía de ópera del teatro de la Cruz.
Montes de Oca (II).

— * REILLE.
General francés que luchó en España (1811).
El equipaje del rey José (I).

REINA.
«Y otra de aquellas bíblicas tarascas, llamada *Reina,* gorda y crasa, ceñido el rostro con dos lienzos blancos, el uno haciendo barbuquejo, el otro turbante, clamó con voz semejante a la de las plañideras que se alquilan para los funerales...»
India de Tetuán.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * REINA, Don Vicente.
Célebre jefe artillero que se pasó de las filas de Isabel II a las de don Carlos (1835).
Zumalacárregui (II).

— * REINOSO, Don Félix José (1772-1841).
Polígrafo español.
La estafeta romántica (II).—*Montes de Oca* (II).

— * REISCHOFFEN Y BLOSS.
Banqueros alsacianos establecidos en París y con los que inició Fernandito Calpena su aprendizaje de financiero.
Mendizábal (II).

REJONCILLOS, El tío (alias *Mano de Mortero).*
Padre de *la Zaina,* chulo viejo, perdulario y camándulas. Conspirador y amigo de jaranas y trapatiestas. «Anciano robusto, guapo y sonrosado, de alegre fisonomía y hermosa cabeza cana.»
«Mirándole y recordando, al fin, su historia no pude menos de echarme a reír. Era un antiguo chalán del Rastro, contrabandista y capitán de matuteros, gran maestro de los tomadores del dos y hombre de empuje para toda empresa difícil. Puestas a un lado las armas, cuando con la edad se acabaron a nuestro héroe las fuerzas, se dedicó al comercio de las *Américas,* o sea el tráfico del *Nuevo Mundo;* que estos nombres tienen hacia el sur de Madrid las industrias de compra y venta establecidas en la Ribera de Curtidores. A *Mano de Mortero* no le favoreció mala suerte. Parece que la justicia dió en creer que el almacén de aquel varón insigne se abastecía del hurto, teniendo por principales acopiadores a todos los ladrones de la corte.
»¡Infame y vil calumnia! Víctima de ella, el pobrecito *Mano de Mortero* hubiera sido indignamente perseguido sin la caritativa intervención de los Padres de la Merced, que le tenían particular afecto; y no sólo le libraron éstos de las execrables garras de la justicia, sino que lograron colocarle en un puesto humilde, pero honroso, dependiente de la conserjería de la Inquisición de Corte. El sueldo era casi una limosna; pero *Mortero* era *Mortero,* y se las ingeniaba en aquellas profundidades. Llevó toda su hacienda al lóbrego departamento que le destinaron y no le faltaban industrias que ejercer.»
Napoleón, en Chamartín (I).—*Cádiz* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*La segunda casaca* (I).

REJONCILLOS, Ignacia *(La Zaina o la Zunga).*
«Aquella beldad incomparable; aquella que al parecer por las mañanas en la esquina de la calle de San Dámaso, dentro de su cajón de verduras, daría envidia a la misma diosa Pomona en su pedestal de frutas y hortalizas. ¿Y qué diremos de aquella gracia peculiar con que lavaba una lechuga, arrancándole las hojas de fuera con sus divinas manos, empedradas de anillos? ¿Qué del donaire con que hacía los manojillos de rábanos, que entre sus dedos racimos de corales parecían? ¿Qué de aquella por nadie imitada habilidad para poner en orden los pimientos y tomates, cuya encendida grana se eclipsaba ante el rosicler de su cara? ¿Qué de aquel lindísimo gesto con que metía los cuartos en la faltriquera, olvidándose casi siempre de dar la vuelta? ¿Qué de aquella postura (digna de llamar la atención de Fidias) cuando descolgaba una sarta de ajos que al enroscarse en sus brazos no se tomarían por otra cosa que por rosarios de descomunales perlas?»
Napoleón, en Chamartín (I).

REMENTERÍA, Don Mariano José.
Padre de Ernesto. Amigo de Pepe García Fajardo y de los Emparán.
«Es hombre de posición, según dicen, y de una cultura más brillante que sólida, elaborada en los viajes y en el trato social más que en el estudio. Suelen ser los cultos mundanos menos enfadosos que los eruditos, mayormente si éstos descuellan en la especialidad de la sabi-

duría rancia y del atavismo histórico y arqueológico; pero don Mariano desmiente esta regla, porque es el señor más molesto, más prolijo y más pedante (en el ramo del cultismo europeo) que yo he podido echarme a la cara en esta vida triste, valle de lágrimas..., no, no valle, vivero más bien de imbéciles. Cuando se pone a contar sus odiseas y las maravillas de la civilización se creería que él sólo las ha visto y gozado, porque a nadie deja meter baza, ni permite que otras bocas alaben cosa distinta de lo que pondera hiperbólica y neciamente la suya. Pues sucedió que el pasado año tuvo este señor la ocurrencia, y nosotros la desgracia, de ir..., vamos, de que fuera él, no a escardar cebollinos, sino a visitar la Exposición Universal de Londres. Los que le alentamos a ese viaje, y yo fuí uno de ellos, con rabia lo confieso, bien lo hemos pagado, bien porque ahora, con sus enfáticas descripciones del Crystal Palace y de los peregrinos *adelantos* que vió en él, nos trae a todos locos, a mí particularmente, que tengo la cabeza débil y el humor fácilmente irritable contra los habladores. ¡Jesús me valga y Santa Librada bendita, patrona de Sigüenza! Es un hombre que empieza a contar algo que le ha pasado en sus viajes, y desde los primeros conceptos pega un brinco y se mete en una digresión, de ésta en otra, y en otra, hasta que, viéndonos a todos mareados, se para y pregunta:

»—¿En dónde estaba yo?»

La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).

REMENTERÍA, Ernesto.

«Orondo y fresco joven.» Se casó en 1852 con Virginia Socobio. Y se le escapó la mujer a los pocos días.

«De Ernesto Rementería se hace lenguas la gente ponderando sus buenas cualidades y su finísima educación a la extranjera. Es gordito, sonrosado, de rostro pulido, limpio totalmente de bigotes y barbas, la melena lustrosa y ahuecadita sobre las orejas. Vestido con traje talar podría pasar por una mujer metida en carnes, o por un lindo clérigo francés. Viste muy bien, y sus maneras no pueden ser más atildadas. Habla tres o cuatro idiomas, según dicen, que yo siempre le oigo expresarse en un castellano premioso, arrastrando las *erres* con sones de gargarismo. Educóse en el Mediodía de Francia. Su padre, antes de traerle a España, le ha dado una pasada por diferentes naciones cultas, teniéndole seis meses en Francfort, otro tanto en Londres, y año y medio entre distintas poblaciones de Austria, Suiza y Holanda. Han procurado instruirle principalmente en el alto comercio y en la magna industria. Por su distinción, su gravedad y el aquel de tanto viajar con fin educativo, yo le llamo el *Joven Anacarsis*. El se ríe enseñando unos dientes blancos como la leche, y poniéndose un tanto colorado.»

La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*La de los tristes destinos* (III.)

* REMO (¿Siglo VIII a. J. C.?).

Hermano de Rómulo, con quien fundó la ciudad de Roma. Hijo de Marte y de Rea Silvia. Nieto de Numitor, rey de Alba Longa.

La primera República (III).

— RENÉ.

Héroe de una novela romántica de Chateaubriand.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

RENEGADO (EL GAZEL).

Que combatió ferozmente a los españoles ante Tetuán (enero de 1860). Su verdadero nombre era Torres.

Aita Tettauen (III).

— * RENOVALES, Don Mariano.

Patriota zaragozano. Estuvo al frente de los Cazadores de Valencia y Orihuela durante los famosos sitios.

Zaragoza (I).—*Cádiz* (I).

REQUEJO, Don Mauro.

Dueño de una lonja de lanería y pañolería de la calle de la Sal, número 5, frente a los peineros. Primo de doña Juana, la que pasó por madre de Inés de Santorcaz, la novia de Gabriel Araceli. «Era zurdo. Esto es, todo él era torpe, inepto, vacilante. Su cara era redonda, comó una muestra de reloj.»

«No estaba en su sitio la nariz, que se inclinaba del un hemisferio buscando el siniestro carrillo que, por obra y gracia de cierto lobanillo, era más luminoso que su compañero. Los ojos verdosos y bien puestos bajo cejas negras y un poco achinescadas tenían el brillo de la astucia, mientras que su boca, insignificante

si no la afearan los dos o tres dientes carcomidos que alguna vez se asomaban por entre los labios, tenía todos los repulgos y mohines que el palurdo marrullero estudia para engañar.»

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Cádiz* (I). *La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El Grande Oriente* (I).

REQUEJO, Doña Restituta.

Hermana de don Mauro. Tía lejana de Inés, la novia de Gabriel Araceli.

Era «alta y flaca, con esa tez impasible y uniforme que parece un forro; de manos largas y feas, a quien el continuo escurrirse por entre telas había dado cierta flexibilidad; de escaso pelo, tan lustrosamente aplastado sobre el casco, que más parecía pintura que cabello; con su nariz encarnadita y algo granulenta, aunque jamás fué amiga de oler lo de Arganda; la boca plegada y de rincones caídos, la barba un poco velluda y un mirar así entre tarde y noche, como de ojos que miran y no miran, Restituta Requejo era una persona cuyo aspecto no predisponía a primera vista ni en contra ni en favor. Oyéndola hablar, tratándola, se advertía en ella no sé qué de escurridizo, que escapaba a la observación.»

La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Bailén* (I).—*Cádiz* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

* REQUENA, Conde de.

De acuerdo con los militares Concha, León y Pezuela para raptar a las reales personas de Isabel II y Luisa Fernanda (1841).

Los ayacuchos (II).

* REQUENA El brigadier.

Se pronunció (1843) en Cartagena a favor de la Regencia de doña María Cristina.

Bodas reales (I).

REQUENA, El señor.

Del Consejo Real.

La segunda casaca (I).

RESPALDIZA, Don Aparicio.

Cura párroco de Puebla de Arganzón. «Era un anciano fornido y alto, de rostro sanguíneo, duro y tosco, mas no desagradable por cierto; mirar franco y campechano que le animaba y hasta le embellecía. Su cabeza calva apenas se exornaba económicamente con un cerquillo de blancos pelos esporádicos sobre las sienes y en el occipucio; su cuerpo era bravío, imponente, recio, como de varón hecho a las intemperies, a las luchas con hombres y elementos. Vestía negro traje talar, llevado con desenvoltura y abierto por delante para poder introducir fácilmente las manos en el bolsillo o cuadrarlas en la cintura, como a menudo lo hacía aquel hombre, dueño de dos manos enormes, velludas, que sabían llevar el arado, la espada y la hostia.» En compañía de don Fernando Navarro (alias *Garrote)* se lanzó a matar franceses cuando la retirada del rey José, siendo cazado por aquéllos y fusilado.

El equipaje del rey José (I).—*Un faccioso más...* (II).

RESPLANDOR.

V. FRANCISCO (Alias *Resplandor).*

RETOLAZA, Don Pedro.

Secretario de la Inquisición de Logroño.

La segunda casaca (I).

RETÓRICO, El.

«... de cabellos alborotados y boca grande». Pertenecía a la camarilla constitucional y era un literato muy conocido.

El Grande Oriente (I).

* REUS, Condesa de. Doña Francisca Agüero.

Esposa del general Prim. «Morenita, simpática».

O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

— * REVILLA, Manuel de la.

Crítico excelente, poeta de mediana calidad. Nació en el primer tercio del siglo XIX.

Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *Prim* (III).—*España trágica* (III).

— * REVILLAGIGEDO, Conde.

Dueño que fué de la casa número 2 —25 moderno—de la calle de la Inquisición—hoy Isabel la Católica—, donde

estuvo el Conservatorio de Música y Declamación.
El Grande Oriente (I).

REVISOR.
Del tren del Norte en el que huía disfrazado de mozo de servicio Santiaguito Ibero. Era el revisor un protegido del marqués de Beramendi.
La de los tristes destinos (III).

REY, Don Pedro.
Amigo del padre Gracián y de don Carlos Garrote. Esposo de Paquita de Aransis.
Un faccioso más... (II).

* REY, General.
Con mando en la plaza de Ceuta. «Hechura y pariente de don Ramón María Narváez.» Se puso a las órdenes de Prim (1868).
La de los tristes destinos (III).

REY Y ARANSIS, Juanito.
Hijo de don Pedro y doña Paquita. Estudiaba leyes en Sevilla, al lado de sus tíos paternos.
Un faccioso más... (II).

REY Y ARANSIS, Perfectita.
Hija de don Pedro y doña Paquita.
Un faccioso más... (II).

REYES.
Doncella de Elenita Cordero.
El terror de 1824 (I).

* REYES, General.
A las órdenes del marqués del Duero durante la guerra carlista de 1874.
De Cartago a Sagunto (III).

* REYES GARCÍA, Don Raimundo.
Gobernador interino (1869) de Tarragona. Fué arrastrado por las *furias* federales.
España sin rey (III).

REZAQUEDITO, El tío.
Labrador rico de Toledo a quien don Benigno Cordero deseaba comprar unas fanegas.
Los apostólicos (II).— *Un faccioso más...*(II).

— * RIBADENEYRA, El padre.
Famoso teólogo jesuíta. Primer biógrafo y compañero de San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Carlos VI, en la Rápita* (III).

* RIBERA, Don Carlos (1815-1890).
Pintor español. Amigo de los Fajardo Emparán.
Galdós escribe el apellido unas veces Ribera y otras Rivera. De esta última forma queda bien escrito.
La de los tristes destinos (III).

* RIBERA, José, *el Españoleto* (1588-1656).
Célebre pintor español.
La estafeta romántica (II).

* RIBERA, María.
Actriz española del teatro del Príncipe (1806).
La corte de Carlos IV (I).

— * RIBERA, Pedro de (Siglo XVIII).
Famoso arquitecto, discípulo de Churriguera, y autor de muchos edificios madrileños de mérito. Entre ellos, el Hospicio y el Monasterio de Montserrat de la calle de San Bernardo. (Galdós hace un jucio de él tan falso como injusto).
Napoleón, en Chamartín (I).

— *RIBERO.
Jefe de Caballería del ejército cristino (1836). Capitán general de Navarra (1841). Afecto a Espartero.
De Oñate a La Granja (II).

RIC, Don Pedro.
Rico hacendado zaragozano muy patriota.
Zaragoza (I).

— * RICARDOS, El general Antonio (1727-1794).
Mandó el ejército de Cataluña en la guerra del Rosellón.
Trafalgar (I).—*Gerona* (I).—*Un voluntario realista* (II).

* RICCI, Luis (1805-1859).
Notable músico italiano, autor de *Le Prigioni d'Edimburgo.*
Montes de Oca (II).

* RICO.
Político liberal español. Fué fraile y guerrillero.
El 7 de julio (I).

* RICO Y AMAT, Juan (1821-1870).
Político y escritor español de ideas conservadoras.
Prim (III).

— * RICHARD.
Conspirador contra Fernando VII, en 1815.
La segunda casaca (I).

RICHARD, Berta.
Vivía en Lourdes. Era prima de María Bidache, la compañera, en Olorón, de Teresita Villaescusa.
La de los tristes destinos (III).

RICHARDINI.
Maestro peluquero napolitano de señoras que ejercía en Madrid, en la calle del Lobo, hoy Echegaray.
La Corte de Carlos IV (I).

— * RIDAURA.
Famosa tiple que actuaba en el teatro del Príncipe (1835).
Mendizábal (II).

* RIEGO, Rafael del (1785-1823).
General español sublevado en Cabezas de San Juan para imponer a Fernando VII la Constitución. Fué ahorcado en Madrid.
«Un hombre como de cuarenta y cinco años, de mediana estatura, presencia simpática, rostro medianamente agradable, sin barba, de ojos azules y aspecto en general pacífico y bonachón.»
La segunda casaca (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Mendizábal* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).

* RINALDI, Aníbal.
Fué con O'Donnell a la guerra de Africa (1859-1860), como intérprete.
«Joven de lenguas, más bien niño, nacido en Damasco, recriado en Granada; hablaba con perfección el árabe, su idioma natal, y otros doce de añadidura. Con este simpático mozo trabó amistad Santiuste, días antes de la partida, cautivado por su saber filológico y por la dulzura y franqueza de su trato.»
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

RINCÓN, Doña María.
Esposa del tío Candiolas y hermana del padre Rincón. Ya fallecida.
Zaragoza (I).

RINCÓN, El padre.
Presbítero zaragozano, tío carnal de Mariquilla Candiola.
Zaragoza (I).

RINCÓN, Paco.
Paisano liberalote, cantor del *Trágala*, que aporreó al jefe político en el teatro de los Caños del Real.
El Grande Oriente (I).

RINCÓN, Perico.
Comicastro de la compañía de Máiquez.
La Corte de Carlos IV (I).

* RÍO RAMOS.
Ministro de Gracia y Justicia con el Gobierno Castelar (1873).
La primera República (III).

— * RIOJA, Francisco (1600-1659).
Poeta español muy afamado.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*La segunda casaca* (I).

RIOMESTA, Abraham.
Antecesor remoto de Simuel. Había sido *recabdador* de alcabalas y tercias reales en la Alfama de Talavera.
Aita Tettauen (III).

RIOMESTA, Rubén.
Hijo de Simuel. Avispado joven que conocía de punta a cabo España.
Aita Tettauen (III).

RIOMESTA, Simuel.
Judío de Tetuán. Amigo de Mohamed-ben-Sur-El Nasiry... Tenía gran predicamento entre los hebreos de Marruecos (1860). Padre de la divina Yohar. Y hombre rico y avaro.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— RIOPONCE, Marqués.
Título caprichoso que se dió Araceli en Salamanca, ante el soldado Jean Jean, para salvarse de ser tomado por espía.
La batalla de los Arapiles (I).

* Ríos, El padre.
Ayo de los hijos de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

* Ríos, General.
Destacado jefe militar en la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

* Ríos Rosas, Antonio de los (1812-1873).
Político y gran orador español de ideas exaltadas. Ministro.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*La primera República* (III).

— * Riperdá, Juan Guillermo, barón de (1680-1737).
Aventurero político holandés protegido por Alberoni y al servicio de Felipe V.
Mendizábal (II).

* Riquelme, Antonio (1845-1888).
Gran actor español. Actuó mucho tiempo en el Variedades, de Madrid, entre 1873 y 1888.
Cánovas (III).

Riquitrún.
Había sido sacristán antes que soldado carlista del 5.º de Navarra. Pillo de tomo y lomo. Malo como un dolor de muelas.
Zumalacárregui (II).

* Rispa Perpiñá.
«Desinteresado patriota», cuya existencia transcurría en el Café Oriental...
Amadeo I (III).

Risueño.
Hermano de Facundo. También muy rico.
O'Donnell (III).

Risueño, Facundo.
Cuarto amante de Teresita Villaescusa.
«Un rico ganadero de Andalucía tan opulento como sencillo, facha un sí es nó es torera y aires de franqueza campechana; obsequioso con todo el mundo, con las hembras galante, según el viejo estilo español, que ordena la frase hiperbólica y el rendimiento sin medida. El hombre quería darse lustre en Madrid, cosa no difícil trayendo dinero fresco; era gran caballista, gran bebedor si se ofrecía, cuentista gracioso, y, en fin, se llamaba Risueño, que es lo mejor que podía llamarse un hombre de sus circunstancias y condiciones.»
O'Donnell (III).

Risueño, José.
Alguacil al que Pepe Fajardo consiguió la plaza en tiempos en que era jefe político de Madrid (1849) don José Zaragoza. El buen hombre guardaba una gratitud inmensa para Fajardo.
La revolución de julio (III).

— Rita.
Personaje de la comedia de Moratín *El sí de las niñas*.
La Corte de Carlos IV (I).

* Ríus, Conde de.
Yerno de Olózaga. Intendente de Palacio.
Amadeo I (III).

Riva Guisando, Pepe.
Amigo de Rementería y Brizard.
«Era en realidad un grande hombre, figura de primera magnitud en la historia social del siglo XIX, y tan notable por su facha, que era la de un perfecto aristócrata, como por su trato, el más afable y seductor que imaginarse puede. Viéndole una vez, ¿quién olvidaba la corpulenta y gallarda estatura de aquel señor, su cuerpo bien distribuído de carnes y más grueso que flaco, su faz risueña, que declaraba el contento y serenidad de una vida consagrada a los goces, sin ningún afán ni amargura? Don José de la Riva y Guisando era un hombre que parecía simbolizar la posesión de cuantos bienes existen en la Tierra, y el convencimiento de que nos ha tocado, para pacer en él y recrearnos, el mejor de los mundos posibles.
»Hay tanto que decir de Riva Guisando (para los íntimos Pepe Guisando), que no conviene decirlo todo de una vez, sino soltar el personaje en esta historia, para que él mismo hablando se manifieste, y sea fiel pintor de su persona y el intérprete más autorizado de sus ideas...»
«Era Riva Guisando, como se ha dicho, un artista genial del buen porte,

de la buena vida, del buen comer... Y esto debe repetirse al consignar que su abolengo no fué tan humilde como la gente decía; ni vendió pescado su madre, como propalaron los que querían denigrar su arrogante persona. Nació en una capital andaluza, de familia decente, privada de bienes de fortuna, y desde su más tierna infancia se distinguió el muchacho por la compostura y aseo de su persona, por lo afinado de sus gustos y su fácil asimilación de todo lo que constituye la personalidad externa, y los medios del bien parecer. Vino a Madrid muy joven en busca de fortuna, y a poco de llegar su exquisita educación y su prestancia no aprendida le proporcionaron relaciones excelentes. Alternó con la juventud elegante; sabía ganar amigos, porque a todos encantaba con su trato, y a ninguno con destempladas jactancias ofendía. Era tan modesto en su alma como fastuoso en su cuerpo; su orgullo no pasaba de la ropa para dentro. El primero en el vestir, no anhelaba confundir a los demás por otra clase de superioridad, y poseía el supremo arte de no lastimar a nadie, de contentar a todos, conservando su dignidad. No creo que haya existido en Madrid más consumado maestro de las buenas formas: por esta cualidad Madrid le debe gratitud. De todo hemos tenido modelos admirables. ¡Lástima grande que con modelos perfectísimos de cada una de las partes no hayamos tenido nunca el modelo sintético, integral!»

O'Donnell (III).—*Prim* (III).

RIVAS.

Médico. Padre de Marianita, Mariquita y Juanita. En su domicilio se desarrollaban famosas cachupinadas románticas.

Mendizábal (II).

RIVAS.

V. MARIANITA *(Laura)*, MARIQUITA *(Silvia)*, JUANITA *(Rosaura)*.

«Las chicas, eso sí, descollaban por su picante belleza, así como por su ingenio; una de ellas también versificaba, otra pintaba, y las tres hacían en el canto y baile angélicos primores.»

* RIVAS, Duque de, Angel Saavedra Ramírez de Baquedano (1791-1865).

Gran poeta romántico español. Militar sin vocación y político sin alma. Fué ministro con el Gabinete Istúriz (1836) y presidente del Consejo de Ministros unos días...

El 7 de julio (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II). *Bodas reales* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

* RIVAS CHAVES, Don José.

Comerciante. Vivía en Madrid, calle del Desengaño, 10. Estaba complicado con Prim y sus amigos. «Corpulento, gallardo, barbudo.»

«En su casa era Chaves un hombre patriarcal, bondadosísimo, amante de su mujer y de sus hijos pequeñuelos, a quienes mimaba con extremosas ternuras; era en la calle un agitador ardiente, que por sucesivas excitaciones y compromisos había llegado a la mayor vehemencia y a la furia desatada; en su casa era pacífico, dulce, creyente, como el que vive dentro de un régimen que no ha de alterarse nunca; en la calle, la pasión sectaria y el fracaso de las tentativas sediciosas le llevaban hasta la ferocidad; en su casa faltábale poco para rezar el rosario con su mujer, y se preocupaba de que sus hijos aprendieran bien el catecismo; en la calle ponía toda su alma y todo su dinero al servicio de una causa que por medios violentos había de triunfar de la causa contraria; no le espantaban los ríos de sangre, si en ellos perecía el enemigo. Y la causa era, en suma, un ideal fantástico y verboso, un progreso de fines indecisos y aplicaciones no muy claras, una revolución que tan sólo cambiaría hombres y nombres y remediaría tan sólo una parte de los males externos de la nación.»

Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* RIVERA, Carlos Luis (1815-1890).

Pintor español de *historia*. Amigo de Pepe García Fajardo.

La revolución de julio (III).

* RIVERA, Luis de.

Periodista satírico español. Redactor de *Gil Blas* (1867).

La de los tristes destinos (III).

* RIVERO.
Ayudante del general don Juan Contreras durante las andanzas cantonales de éste.
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

* RIVERO o RIBERO.
General cristino, cuya misión era (en 1838) batir a los carlistas de Nanclares.
Vergara (II).—*Amadeo I* (III).

* RIVERO, Nicolás María (1814-1878).
En 1848, «muchacho de mérito, áspero, cetrino, ceceoso». Era médico excelente. Alcalde de Madrid (1868), presidente de las Cortes Constituyentes, ministro de la Gobernación...
«Facha de cíclope; su palabra de hierro...»
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

— * RIVES, Don José.
Poeta y político liberal.
Los apostólicos (II).

RIVIERE, Monsieur.
Cura de Arnay-le-Duc, de donde era nativo el soldado francés Plobertin.
Juan Martín el Empecinado (I).

* ROA.
Secretario de su alteza el infante don Sebastián Gabriel, en Oñate (1836).
«Era un señor de hermosa presencia, mejor vestido que el príncipe su amo, y de trato afable y meloso.»
De Oñate a La Granja (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

* ROALDÉS, Madama.
Profesora de arpa de la infantita Pilar.
La de los tristes destinos (III).

* ROBERT, Roberto.
Político y periodista de ideas avanzadas. Traductor de autores socialistas.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

— * ROBESPIERRE, Maximiliano (1759-1794).
Convencional francés. Triunviro. El más implacable ejecutor de las ideas de la Revolución Francesa. Murió guillotinado.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Las tormentas del 48* (II).

* ROBLES.
El empresario del teatro Real, de Madrid (1874). «Un caballero alto, moreno...»
Cánovas (III).

ROBLES, Paco.
Chulo fanfarrón, del coro vociferador del blasfemo y fanfarrón Paúl y Angulo.
España trágica (III).

— ROBUSTIANA, Doña.
Feligresa de don Celestino Malvar, en Aranjuez.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

ROBUSTIANA (Doña) CORDERO.
Esposa de don Benigno.
«Doña Robustiana podía coger a su marido debajo del brazo como un falderillo y aun jugar con él a la pelota si hubiera tenido tal antojo. Era avilesa y natural de Arenas de San Pedro, de una familia nombrada Toros de Guisando, sin duda porque en la antigüedad adquirió fama de dar hombres y mujeres de gran corpulencia. Alta estatura, blancas y apretadas carnes, admirables contornos y blanduras que estirando la tela pugnaban por mostrarse; arrogante cabeza con ojos negros y cejas de terciopelo, manos gruesas, semblante más correcto que agraciado, con cierto ceño no muy simpático y algo de avinagrado mohín, boca demasiado pequeña con blancos dientes, carrillos con demasiada carne, nariz castellana, escasísima agilidad en los movimientos y mucha fuerza en los puños, componían la persona de doña Robustiana Toros de Guisando de Cordero.»
El 7 de julio (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).

ROBUSTIANO.
El del Tuerto. Mozo de Peralvillo de la Mancha.
Bodas reales (II).

ROBUSTIANO, Don.
Padre de Paco; «honrado industrial».
La segunda casaca (I).

* ROCA DE TOGORES, Mariano. Marqués de Molíns (1812-1889).
Literato, político y diplomático español. Ministro de Marina en el Gabinete Narváez (1848).
«Es éste un caballero tan acompasado en la vida social como en la política, como en la literaria. Sus actitudes son como sus versos; sus actos, como sus discursos, y su traje, como toda su correcta y atildadísima persona. Su estatura es aventajada; su talle, esbelto; su rostro, grave; abundante, el cabello en cabeza y barba; la dentadura, perfecta, todo suyo y de intachable limpieza. En el trato cautiva, en la oratoria instruye más que arrebata, en la conversación corriente se oye y se le oye con agrado.»
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

ROCACHA.
Cabo español del regimiento de Araceli.
La batalla de los Arapiles (I).

ROCH, Periquillo del.
Asistente, en Gerona, de don Francisco Satué. Murió durante el tercer sitio.
Gerona (I).

* ROCHAPEA, Juanito el de.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

ROCHEFORT.
Periodista francés amigo de los emigrados españoles en París (1867).
La de los tristes destinos (III).

— * RODA, Coronel.
Realista. Cuyas tropas fueron batidas por las guerrillas de Titú.
Un voluntario realista (II).

* RODA, Don Miguel.
Granadino. El mejor amigo de Narváez (1849). Más tarde, progresista, incondicional de Prim.
Narváez (II).—*Prim* (III).

RODA, Simón de la.
Nombre que adoptó en Madrid el cantonalista y ex galeote.
V. MONTERO, David.

— * RODERICI, Didacus.
O Diego Rodríguez. Nombre auténtico del poblador de Burgos Diego Porcellos.
Narváez (II).

— RODERICO.
Personaje del *Otelo*, de Shakespeare. En la versión española: Loredano.
La Corte de Carlos IV (I).

* RODGERS.
Comodoro yanqui. Medió en el conflicto entre España y Chile.
La vuelta al mundo... (III).

* RODIL, José Ramón (1789-1853).
General de las tropas cristinas (1835). En América se distinguió en la defensa del Callao. Ministro de la Guerra dos veces y una (1842) presidente del Consejo de ministros.
Zumalacárregui (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La vuelta al mundo...* (III). *España sin rey* (III).

* RODÓN.
Diputado a Cortes (1849). Enemigo de Narváez. Secretario del rey consorte don Francisco de Asís.
Narváez (II).

— * RODRIGO (Don) CALDERÓN († 1621).
Político español al servicio del duque de Lerma. Fué degollado en la plaza Mayor de Madrid.
Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La revolución de julio* (III).

RODRÍGUEZ, Calixto.
Colegial de los estudios de San Isidro, en Madrid (1835).
«El que así se expresaba era un muchacho despiertísimo, nombrado Calixto Rodríguez, aunque en el Colegio, sin du-

da por lo diminuto de su persona y por su inquietud de ardilla, nadie le llamaba sino don Rodriguín. Era tan bizco que, al mirar, un ojo se le metía detrás del otro, como malicioso flechero que se esconde para hacer mejor la puntería de su dardo. Su travesura y charlatanismo daban no poco que hacer a los Padres, y si adelantaba en sus estudios era más bien por sus brillantes dotes que por su aplicación. El estrabismo daba chocarrera gracia a su rostro, y con el bonete terciado, como solía llevarlo, parecía un diablillo enmascarado de clérigo. Alborotaba mucho en las horas de recreo; sublevaba las masas escolares en las de estudio, y a pesar de pertenecer a una familia rabiosamente carlina, en la cual había muchos canónigos, frailes y hasta un obispo, sus inclinaciones eclesiásticas no eran muy decididas.

»Por jácara, más que por espíritu de erudición, don Rodriguín se había prohibido en absoluto la lengua castellana, y hasta las frases más familiares y las más insignificantes expresiones las latinizaba con sandunga, entremezclando siempre en su charla trozos de los clásicos y fragmentos de verso y prosa, vinieran o no a cuento. Así, cuando se escabullía de la sala de estudio para ir a fumar un cigarro, decía: *Eo in chupatorium, procul negotiis.* El *chupatorio* era un rinconcillo del claustro alto, que daba al patio, y recibió este nombre por ser lugar a propósito para echar una fumada sin ser visto de los padres. Para anunciar a sus compañeros en la sala de estudio que venía el padre Fernández, varón pesado cuyos pies de plomo hacían temblar el pavimento, decía: *Cavete Ferdinandum... Ecce draco... Exaudite... quatit ungula campum.* En las horas de recreo, en el claustro bajo, no perdía ripio para motejar a los condiscípulos, y si algún extraño entraba en la casa para hablar con los jesuítas, Rodriguín le había de echar su latín correspondiente, *verbi gratia:*

Videte Pipaonem ad petendum Gratianum... arcades ambo.»

Un faccioso más... (II).

* Rodríguez, Concha.

Actriz del teatro del Príncipe (1836). «Mujer a lo Rubens» y muy dicharachera. Muy natural en la escena y, además, apasionada de las alhajas.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

* Rodríguez, Don Gabriel.

Ateneísta popular (1864). Jurisconsulto. Discutidor incansable. «Alto, barbudo, bien encarado y con antiparras de oro.»

Prim (III).—*España trágica* (III).

* Rodríguez, Don Vicente.

Amigo de Prim.

Amadeo I (III).

Rodríguez, José.

Sargento condenado (1824) a la horca por haber elogiado la Constitución.

El terror de 1824 (I).

Rodríguez, José.

Tratante en leñas. Fué quien primero amparó al huidizo revolucionario capitán Bartolomé Gracián.

Los duendes de la camarilla (II).

Rodríguez, Leovigildo.

Casado con Mercedes Villaescusa. Primo carnal de Mariano Centurión. Siempre angustioso y angustiado entre la cesantía y el empleíllo.

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III).

— * Rodríguez, Pablo (alias *el Cojo de Málaga*).

Fué condenado a muerte por haber bailado de gusto al promulgarse la Constitución. Pero no llegó a ser ejecutado a ruegos del embajador de Inglaterra.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El terror de 1824* (I).

Rodríguez, Segismunda.

Esposa de Gregorio García Fajardo.

V. Segismunda.

Rodríguez Almonte, Los.

De Tarazona. Ascendientes por línea materna de Rodrigo de Urdaneta. «Hicieron un gran capital con la usura y dejaron fáma por la miseria con que vivían.»

Luchana (II).

* Rodríguez Correa, Ramón (1835-1894).

Natural de Cuba. Político y periodista. Gran amigo de Bécquer.

«Se pasaba meses y años sin cono-

cer al sol más que de oídas. En la noche social resplandecía la luciérnaga de su grande ingenio. Por ser Correa cubano, debo decir *cucuyo*. De noche brillaba más que de día, y hablando más que escribiendo, pues la indolencia ponía diques a su talento para mostrarse en la literatura escrita. Su gracia, su exquisito gusto literario y su inmenso saber de cosas mundanas corrían sin tasa en los raudales de la conversación.»
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

* RODRÍGUEZ DE RIVERA.
Brigadier centralista que luchó contra los cantonales de Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

* RODRÍGUEZ LEAL, Don Joaquín.
Diputado extremeño y gran amigo de Bravo Murillo.
Narváez (II).

* RODRÍGUEZ SOLÍS.
Escritor. Periodista en la prensa republicana. Federalista de acción. En 1871 dirigía *La Igualdad* y *La Ilustración Republicana Federal*.
España trágica (III).—*Amadeo I* (III).

* RODRÍGUEZ Y SALCEDO.
Banquero madrileño. Persona servicial. Amigo de Beramendi.
O'Donnell (III).

RODULFO.
Fiel y sanguinario paje del duque de los Umbrosos Montes.
Gerona (I).

— * ROJAS, Beato Simón de (1552-1624).
Fundó la Congregación del Ave María para socorro de los menesterosos.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * ROJAS, Fernando de (siglo XV).
Literato español. Autor de la famosa *Celestina*, obra de fama universal, publicada por vez primera en 1499.
Cádiz (I).

* ROJAS, Guillermina.
Propagandista republicana que anduvo a tiros en la plaza de Antón Martín con las tropas del general Pavía (1872).
Amadeo I (III).

— * ROJAS Zorrilla, Francisco (1607-1648).
Gran poeta y autor dramático español.
Los apostólicos (II).

ROJO, Don Felipe.
Racionero medio de Toledo, cofrade de la luz y de la vela y amigo de Juan Bragas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

ROJO, Pepita.
Bordadora de fino. Vivía en la calle de Segovia. Pupilera durante algún tiempo de Salvador Monsalud.
La segunda casaca (I).

* ROJO ARIAS, Don Ignacio.
Político liberal. Amigo del general Serrano. Diputado y subsecretario con el Gobierno presidencial de 1868.
La de los tristes destinos (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

ROLDÁN.
Sargento practicante del capitán isabelino Serrano Domínguez, que asistió a Calpena de la herida recibida de unos maleantes camino de Salvatierra (1836).
De Oñate a La Granja (II).

— * ROLDÁN (siglo IX).
Uno de los paladines de Carlo Magno; héroe de mil cantares de gesta. Murió en el desfiladero de Roncesvalles.
La segunda casaca (I).

ROLLAND, Madame.
Así llamaban en 1869 los montpensieristas «a cierta señora tan ilustrada como respetable» a quien habían ganado para la causa.
España sin rey (III).

— * ROMAGOSA.
Guerrillero absolutista de Cataluña. Llegó a general en la Comunión Tradicionalista.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*España sin rey* (III).

ROMÁN.
Mayordomo en casa de la condesa de X (Amaranta) y cómplice de Santorcaz en las maquinaciones de éste para arrebatar a Inés de brazos de su madre.
Bailén (I). — *Napoleón, en Chamartín* (I).

— * ROMANA, Marqués de la.
Célebre general español. Luchó, juntamente con Blake, contra la invasión napoleónica.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Zaragoza* (I).—*Gerona* (I).—*Zumalacárregui* (II).

— * ROMARATE.
Ministro de Marina liberal en el Gobierno de Martínez de la Rosa (1822).
El 7 de julio (I).

ROMARATE Y TRAPINEDO, Frey don Wifredo.
Sobrino del marqués de Gauna. «Vejestorio disecado», bailío de nueve villas en la militar orden de San Juan de Jerusalén.
«Era un caballero cincuentón, de corta talla y tiesura ceremoniosa, pulcro, remilgado, afeitadito, espejo de la buena crianza y diccionario vivo de las palabras finas y corteses. Cifraba su orgullo en pertenecer a una de las Ordenes de Caballería más ilustres, y nada le halagaba como que le llamaran señor *bailío*, aunque todos ignorasen el significado de la palabreja... Pues, como digo, aparecióse inopinadamente en Laguardia el señor don Wifredo, y Santiago Ibero le tuvo en su casa los días que empleó el bailío en despachar sus menesteres en la villa. (Aquí un paréntesis para decir que Romarate trató siempre a Fernanda Ibero con las más exquisitas atenciones y los rendimientos más refinados. Era como un caballero *servente*, que a la dama obsequiaba y asistía, sin traspasar nunca la línea que separa el cortesano respecto del melindre amoroso.»
Para colaborar en la causa carlista hubo de trasladarse a Madrid; entró en la casa de huéspedes de doña Leche, y una infausta noche, cediendo a las pérfidas insinuaciones de unos amigos, entró en un colmado y conoció a la fogosa Paca la *Africana*, y todo el vetusto andamiaje moral del severo bailío fué a tierra. La conmoción fué tan tremenda, que casi enloqueció. Tuvo un amor caballeresco por Fernandita Ibero y otro por Céfora, quitándole ambos el cínico Urríes. Inconscientemente colaboró en el asesinato cometido por Fernanda Ibero en la persona de Céfora.
España sin rey (III).

— * ROMEA, Florencio.
Gran actor español hermano de Julián.
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).

* ROMEA, Julián (1816-1868).
Gran actor español. Esposo de la no menos eximia actriz Matilde Díez.
La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*O'Donnell* (III).

ROMERAL, Don Andrés.
Clérigo joven, guapo, ecuánime, socarrón, que en Burgos se subió al tren en que regresaban a Madrid Lucila, su hijo Vicente Halconero, *Sebo*, su esposa Fabiana Jaime y Paúl Angulo... En Madrid se hizo amante de la extraña Donata..., tan aficionada a los clérigos.
«Era hombre de mérito, pues en su espíritu se juntaban la doctrina severa y la dulce amenidad. Descolló en estudios teológicos, fué brillante alumno del Sacro Monte; después ganó en lucido certamen la Penitenciaría de Burgos. A estas evidente galas del cacumen añadía Romeral su destreza en tañer la guitarra, su gracia para contar chascarrillos, su don de gentes y el despejo que en el comercio social mostraba. Amores tuvo con Donata, en tiempos no remotos que el narrador no podía precisar; sólo sabía que la *ecuménica* le guardaba fidelidad relativa en el sagrario de su corazón.
»Los vientos de libertad trastornaron a don Andrés; se sentía varón, y de añadidura guapo, y dotado de espirituales atractivos. Viviendo y pensando, fué a dar en la tecla de hacerse protestante, que era un pastoreo compatible con los melindres de la carne. Hombre de recia voluntad, no se anduvo en chiquitas para su apostasía. Rompió con la Iglesia como quien se despoja de un calzado molesto, y de la noche a la mañana, pisando hablillas y dándosele un ardite de la disciplina, hizo su evolución.»
España trágica (III).

* ROMERO, Pedro (1754-1839).
Célebre torero español, verdadero maestro de la escuela rondeña. Compitió, superándolos, con *Pepe-Hillo* y *Costillares*.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Los apostólicos* (II).

* ROMERO ALPUENTE, Don Juan (1752-1836?).

Político liberal, protector de Salvador Monsalud.

«El célebre demagogo de los tres años no era un jovenzuelo fogoso, como algunos creen, sino un vejete atrabiliario y furibundo, alto, flaco, descuadernado, anguloso, de gárrula elocuencia, de vulgares modos. Era tanta su fealdad, debida, en primer término, a la longitud de sus narices, que no es fácil se encontrara entonces ni se haya encontrado después su pareja. Alcalá Galiano, al lado suyo, se tenía por un Adonis.

»Había sido magistrado de la Audiencia de Madrid, y en su vida privada era el hombre más inofensivo, más manso y para poco que imaginarse pueda. El mismo que en público encarecía la necesidad de cortar no sé cuántos miles de cabezas, era incapaz de matar un mosquito. ¡Pobre carnero viejo, que, habiendo leído algo de Robespierre y de Marat, quería parecerse a ellos! Pero sólo los tontos confundían su clueco balido con el rugir de leones y panteras. Sus discursos, que alborotaban las cortes y los clubs, eran un conjunto de garrulidades terroríficas, de chascarrillos y vulgares idiotismos. Carecía de formas literarias, y su lenguaje familiar era a veces tan divertido como sus amenazas demagógicas, que aquella bendita generación no tomaba siempre en serio. Algunos le llamaba el *Guzmán* (el gracioso) de las Cortes. Tuvo, además, el pobre don Juan Romero Alpuente la desgracia de que en lo mejor de sus triunfos parlamentarios le salieran un enemigo folletinista, que, usando el nombre de *Don Pedro Tomillo Al-vado*, le puso de hoja de perejil.»

Autor de la frase «la guerra civil es un don del cielo».

La segunda casaca (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).

* ROMERO GERMES, Eduardo.

Ministro de Fomento del Gobierno provisional de la Federación Española que se constituyó en Cartagena (1873).

La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* ROMERO ORTIZ, Señor don Antonio.

Periodista. Jurisconsulto. Político. Gran talento. Diputado desde 1854 hasta 1876. Ministro de Gracia y Justicia con el Gobierno Nacional de 1868 y con el de 1874.

La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Cánovas* (III).

ROMERO ROBLEDO, Don Francisco (1838-1906).

El pollo antequerano. «Arrogante, gracioso, guapo, de juventud briosa, el rostro animado de picardías, la palabra erizada de agudezas.»

Gran orador y político español. Diputado, ministro varias veces...

España sin rey (III).—*Amadeo I* (III). *La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

ROMO, Francisco.

Furibundo voluntario realista, siempre metido en gresca (1823).

«Un hombre pequeño, doblado, de mezquina arquitectura, semejante a la de esos edificios bajos y sólidos que no tienen por objeto la gallarda expresión de un ideal, sino simplemente servir para cualquier objeto terrestre y positivo. Siendo posible la comparación de las personas con las obras de arquitectura, y habiendo quien se asemeja a una torre gótica, a un palacio señorial, a un minarete árabe, puede decirse de aquel hombre que parecía una cárcel. Con su musculatura de cal y canto se avenía maravillosamente una como falta de luces, rasgo misterioso e inexplicable de su semblante, que, a pesar de tener cuanto corresponde al humano frontispicio, parecía una fachada sin ventanas. Y no eran pequeños sus ojos ciertamente, ni dejaban de ver con claridad cuanto enfrente tenían; pero ello es que, mirándole, no se podía menos de decir: «¡Qué cara tan oscura!»

»Su fisonomía no expresaba cosa alguna, como no fuera una calma torva, una especie de acecho pacienzudo. Y, a pesar de esto, no era feo, ni sus correctas facciones habrían formado mal conjunto si estuvieran de otra manera combinadas. Tales o cuales cejas, boca o narices más o menos distantes de la perfección, pueden ser de agradable visualidad o de horrible aspecto, según cual

sea la misteriosa conexión que forma con ellas una cara. La de aquel hombre que allí se apareció era ferozmente antipática. Siempre que vemos por primera vez a una persona, tratamos, sin darnos cuenta de nuestra investigación, de escudriñar su espíritu y conocer por el mirar, por la actitud, por la palabra, lo que piensa y desea. Rara vez dejamos de enriquecer nuestro archivo psicológico con una averiguación preciosa. Pero enfrente de aquel sótano humano el observador se aturdía, diciendo: «Está tan lóbrego, que no veo nada.»

»Vestía de paisano con cierto esmero, y todas cuantas armas portátiles se conocen llevábalas él sobre sí, lo cual indicaba que era voluntario realista. Fusil sostenido a la espalda, con tirante, sable, machete, bayoneta, pistolas en el cinto, hacían de él una armería en toda regla. Calzaba botas marciales con espuelas, a pesar de no ser de a caballo; mas este accesorio solían adoptarlo cariñosamente todos los militares improvisados de uno y otro bando. Chupaba un cigarrillo, y a ratos se pasaba la mano por la cara, afeitada como la de un fraile; pero su habitual resabio nervioso (estos resabios son muy comunes en el organismo humano) consistía en estar casi siempre moviendo las mandíbulas, como si rumiara o mascullase alguna cosa.»

El terror de 1824 (I).

ROMUALDA, Doña.

Una buscona de momios oficiales para sus amigos. Fué muy amiga de don José Campos y mal cuido de Andrea.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).

ROMUALDA, La *señá*.

Mujer fornida y varonil que hacía de alcalde en Sacedón (1810).

Juan Martín el Empecinado (I).

ROMUALDA LÓPEZ.

Hija de *Tablas*.

«Romualda era una mujercita encanijada y vestida de harapos. La fisonomía de Romualda estaba de tal manera desvirtuada por la palidez y por la suciedad, que no se podía decir si era fea o bonita. Igual dificultad había para declararla niña o mujer, y así, lo menos expuesto a equivocaciones será decir que no tenía edad ninguna.»

Entre su padre y la *Pimentosa*—amante de éste—traíanla de recadera perpetua, escaleras arriba y escaleras abajo. Y tanto subió, que, al fin, llegó al cielo, es decir, quedó muerta apoyada en el más alto escalón.

Un faccioso más... (II).

— * RÓMULO (siglo VIII a. J. C.).

Fundador legendario de Roma. Hijo de Rea Silvia y de Marte. Hermano de Remo.

Zumalacárregui (II).—*La primera República* (III).

— * RONCALÍ.

Virrey de Cuba en el segundo tercio del siglo XIX. Descendiente del famoso militar e ingeniero don Miguel.

Mendizábal (II).

* RONCALÍ, Federico.

Oficial (1838) cristino. Defendió en juicio (14 de octubre de 1841) a don Diego de León, a quien se condenó a muerte. Presidente del Consejo de ministros en 1852.

Vergara (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* RONCIERE, Conde de.

Comisario francés en la isla de Otaiti (1866-67), a la que llegó la *Numancia*.

La vuelta al mundo... (III).

— * RONCONI.

Célebre cantante que actuó en Madrid entre 1842 y 1848.

Bodas reales (II).

RONDAÑA, El maestro.

Desempeñaba su apostolado en Pipaón, pueblo de Salvador Monsalud.

El equipaje del rey José (I).

ROQUE.

Guerrillero de la partida de Carlos Navarro *(Garrote)*.

El equipaje del rey José (I).

ROQUE.

Nieto de Perantón, el mayordomo de los Carrasco-Quijada en Peralvillo de la Mancha.

Bodas reales (II).

ROQUE.
Niño. Asistía a la escuela que en la calle de Coloreros regentaba don Patricio Sarmiento.
El Grande Oriente (I).

ROQUE.
Tenía un almacén de vinos en la plaza de Matute (1875).
Cánovas (III).

ROQUE, Don.
Comerciante arruinado, vecino de don Santiago Fernández y lector empedernido del *Seminario Patriótico*. Muy discutidor.
Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Zaragoza* (I).

— ROQUE, Don.
Encargado, en Navalcarnero, de un almacén de los Requejos.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

ROQUE, El señor.
Nacido de doña Teresona, portero de la casa donde se refugió Monsalud.
La segunda casaca (I).

ROQUE, El tío.
Herrero de la Puebla de Arganzón, el lugar donde nacieron Salvador Monsalud y su hermano Carlos Navarro (alias *Garrote*).
Un faccioso más... (II).

ROQUE PAMPLINAS.
«Barbero, veterinario y sangrador, que, con los dedos en la boca, desafiaba a todos los flautistas de Grecia y Roma.»
La Corte de Carlos IV (I).

— ROQUITO, El.
Majo maleante.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* ROS DE OLANO, Antonio (1808-1886).
General y político español. Diputado, senador, presidente del Consejo de Guerra y Marina. Uno de los héroes de la guerra de Africa (1859-60).
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*La primera República* (III).

ROSA.
Criada de doña Fermina Monsalud en la calle de Coloreros.
El Grande Oriente (I).

ROSA, Doña.
Pobre anciana criada de Naranjo. «Mujer piadosa, sencilla y caritativa, aunque curiosa y con una vocecita cascada.» «Conservaba, aun en los momentos de mayor apuro, la cara de pascua y la bendita sonrisa.»
El 7 de julio (I).

ROSA, La.
Ramera bravía y vulgarota que intervino en el suplicio del polizonte Chico (1854).
O'Donnell (III).

ROSA DE SAN PEDRO REGALADO, Madre.
Religiosa de San Salomó, en Solsona.
Un voluntario realista (II).

ROSA la *Naranjera*.
Dueña de un bodegón y baile en la calle de las Maldonadas, en el que se jugaba a lo prohibido.
Napoleón, en Chamartín (I).

ROSA PATRIA.
Seudónimo literario de la extraordinaria Candelaria, *Doña Penélope*.
V. CANDELARIA.
La primera República (III).

ROSADO, Andrés.
Condenado (1824) a la horca por haber gritado: «¡Muera el rey!»
El terror de 1824 (I).

* ROSALES, Don Martín.
Político. Amigo de Prim. Complicado en el movimiento revolucionario del que era cabeza el conde de Reus (1867).
Prim (III).

ROSALÍA PIPAÓN DE BRINGAS.
Esposa del sesudo don Francisco. Mujer muy aficionada a los trapos y a las diversiones; gustos que hacían ineficaz el presupuesto *casero*. Era guapota y manirrota.
Amadeo I (III).

ROSARIO.
Cocinera de la familia Gutiérrez de Cisniega.
Trafalgar (I).

ROSARITO.
Hija de doña Gregoria, bordadora en fino.
Napoleón, en Chamartín (I).

ROSAURA, Doña.
«La de la tienda de encajes.» Amiga de los del Milagro.
Montes de Oca (II).

* ROSELL.
«El gracioso...» Notable actor cómico que actuaba en los teatros madrileños (1872).
Amadeo I (III).

* ROSELL, General.
Ayudante de don Amadeo I. Luchó contra el tradicionalismo en 1874.
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

ROSENDA.
Viuda de un capitán, amante del teniente Castillo, el compañero de revoluciones de Bartolomé Gracián. Más tarde *se alió* con don Francisco Tajón.
Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

ROSENDA, La.
Servidora de las de Castro-Amézaga en Laguardia.
La estafeta romántica (II).

ROSENDO.
Amigo de Leoncio Ansúrez. Dueño de un taller mecánico en la calle de Cuchilleros.
La revolución de julio (III).

* ROSENTHAL, Hermanos.
Célebres banqueros y joyeros judíos.
Mendizábal (II).

ROSITA.
V. GUTIÉRREZ DE CISNIEGA, Rosita.

ROSITA la *Pastelera*.
Mote que pusieron los propios liberales a Martínez de la Rosa.

— * ROSSI, Conde Peregrín (1787-1848).
Economista y político italiano. Ministro en el Vaticano (1848).
Narváez (II).

— * ROSSINI, Joaquín (1792-1868).
Célebre músico italiano. Autor de las óperas *El barbero de Sevilla* y *Semíramis*.
La Corte de Carlos IV (I).—*La segunda casaca* (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).

— * ROSTCHILD, El barón.
V. ROTHSCHILD.
La estafeta romántica (II).

— * ROTALDE.
Jefecillo liberal de Cádiz que no tuvo éxito en su rebeldía al ser vencido por don Luis Fernández de Córdoba.
La segunda casaca (I).

* ROTALDE, El brigadier.
Concesionario de las obras del teatro Real. Martingalista. Conspirador. Siempre *de agio en agio*.
La revolución de julio (III).

— * ROTHSCHILD, Anselmo (1773-1825).
Famoso banquero judío.
La estafeta romántica (II).

— * ROTTEN.
Brigadier liberal que, a las órdenes de Mina, arrasó la villa realista de San Lloréns de Morunys, diciendo en la orden del día «que debía ser borrada del mapa».
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * ROUGET.
Famoso sastre establecido en Madrid (1829).
Los apostólicos (II).

— * ROUSSEAU, Juan Jacobo (1712-1778).
Filósofo y escritor ginebrino.
La batalla de los Arapiles (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España trágica* (III).

— * ROVIGO, Juan María Renato Savary Duque (1774-1823).
Confidente de Napoleón. General. Sucedió a Fouché en el Ministerio de Policía general. Vino a España a convencer a Carlos IV y Fernando VII de que debían marchar (1808) a Francia.
Bailén (I).—*Zaragoza* (I).

* ROVIRA.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * ROYO.
Guerrillero famoso por su ligereza en el atacar y retirarse.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

ROYO DE NOGUERUELAS.
Cabecilla carlista en el Maestrazgo (1837).
Es, quizá, el mismo anteriormente reseñado.
La campaña del Maestrazgo (II).

* RUBAUDONADÉU, Señor.
Secretario particular de don Francisco Pi y Margall (1873).
La primera República (III).

* RUBALCABA.
General de Infantería de Marina, en Cartagena. Protector afectuoso del buen Diego Ansúrez.
La vuelta al mundo... (III).

— * RUBÉN.
Primogénito del patriarca Jacob.
La campaña del Maestrazgo (II).

* RUBENS, Pedro Pablo (1577-1640).
Gran pintor flamenco.
Cánovas (III).

RUBÍ, Tomás Rodríguez y Díaz (1817-1890).
Poeta y autor dramático estimable. Político *del montón.*
Los ayacuchos (II).—*Las tormentas del 48* (II).

* RUBÍN.
General de División durante la guerra de Africa (1860).
Aita Tettauen (III).

— * RUBÍN, Comandante.
Sublevado en Vigo en contra de la preponderancia de la reina madre doña Cristina de Borbón.
Bodas reales (II).

* RUBIO, Carlos.
Periodista. Redactor de *La Iberia*. Amigo de Pavía e incondicional de Prim (año 1866).
«Carlos Rubio, tuerto y picado de viruelas, vestido como un pordiosero, era el contraste más rudo que puede imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia. Los que no conocían de él más que su prosa brillante, un poco lírica y sentimental, le habrían dado en la calle un ochavo moruno, si él lo pidiera. Así como otros pregonan con la efigie su importancia, a veces su talento, él no pregonaba más que su extremada modestia. ¿Y qué mejor pregón de patriotismo que aquel pergeño de mendicidad?
»¡Pobre Carlos Rubio! Jamás existió quien tan desinteresadamente trabajase por el bien de su patria, a la que no pedía más que un pedazo de pan para comer y un trapo de desecho para cubrir sus carnes. Si España necesitaba de él servicios patrióticos en determinado momento de su historia, y él los prestaba, ¡cuán baratos le salían! Envuelto en su miseria como en una toga, era digno, altanero, incorruptible.»
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).

* RUBIO, Don Federico (1827-1902).
«Barbudo, sevillano, médico y federal.»
España trágica (III).—*Cánovas* (III).

RUBIO. Padre.
Mercedario. Compañero de convento del padre Salmón. Se dedicaba a redactar enigmas para que los resolvieran las monjitas.
Napoleón, en Chamartín (I).

RUFETE, El capitán.
Amigo de Aviraneta. Liberal. «Joven de color pálido, tirando a aceitunado, el pelo y cejas de grandísima negrura, la nariz afilada, el bigote corto y espeso, modelado por la navaja de una manera singular, con arreglo a la moda más ridícula que puede imaginarse, la cual consistía en trazar dos líneas rectas desde las ventanillas de la nariz a los extremos de la boca, dibujando así un pequeño mostacho rigurosamente triangular, que llevó el nombre de *bigotillo de moco.* También llevaba el aceitunado personaje una perilla de rabo de conejo, y en los cachetes patillas o chuletas

cortas, también modeladas por la navaja con un esmero tal que casi venía a confundirse el oficio de rapista con el arte del escultor. Esto y el breve tupé acompañado de mechoncillos sobre las orejas estaban declarando a gritos que el remate y coronamiento de tan singular cabeza había de ser uno de aquellos ingentes morriones de base estrecha y anchísima tapa, visera menuda y carrilleras de cobre suspendidas a los lados de la placa frontal. El tal morrión inconmesurable se estaba viendo, sí, sobre la cabeza de aquel buen señor, por la fuerza de la analogía, aunque estaba descubierto y vestido de paisano. Pero si por un hilo se saca un ovillo, suele también sacarse por una cara un morrión, y así se podía decir a boca llena que nuestro individuo era militar, y por más señas *ayacucho.*»
Un faccioso más... (II).

RUFETE, Zoilo.
Hermano del famoso capitán liberal amigo de Aviraneta.
De Oñate a La Granja (II).

RUFINA.
Doncella de Eufrasia Carrasco.
Las tormentas del 48 (II).

RUFINA, Doña.
Esposa de Vildósola, en cuya casa se refugiaron los Arratias durante el tercer sitio de Bilbao (1836).
Luchana (II).

RUFINO.
Servidor de los Maltranas que acompañó a Fernandito Calpena y a Hillo en su nuevo viaje a Laguardia (octubre de 1837).
Vergara (II).

— * RUFO.
Senador romano, amigo de los Gracos.
El Grande Oriente (I).

— * RUFO, Juan (¿1547-1620?).
Literato cordobés de gran interés. Autor de *La Austriada* y los *Apotegmas.*
Napoleón, en Chamartín (I).

RUFULET.
Gaznápiro de la *partida* carlista del arcipreste de Uldecona (1860). «De imponente corpulencia.»
Carlos VI, en la Rápita (III).

RUIZ, Cristóbal.
Español italianizado, fámulo que había sido en Montserrat y mayordomo de don Matías Rebollo.
Las tormentas del 48 (II).

— * RUIZ, Juan (Arcipreste de Hita) (¿1290-1370?).
Famosísimo poeta castellano.
Carlos VI, en la Rápita (III).

RUIZ, María.
«Menudita, graciosa.» Amiga de *Leona la Brava.* Estaba liada con un alfonsino «de riñón bien cubierto».
Cánovas (III).

— * RUIZ, Pepillo.
Un defensor de Zaragoza durante el primer sitio.
Zaragoza (I).

* RUIZ CERMEÑO.
Diputado por Arévalo (1849) que cobraba «por Gobernación» 40.000 reales, según la estadística de don Saturnino Socobio.
Narváez (II).

* RUIZ DANA, General.
Del Cuarto Militar de don Alfonso XII (1875).
Cánovas (III).

RUIZ DE ARANA.
Amigo de García Fajardo. Testigo y actor en la revolución del día 7 de mayo de 1848.
Las tormentas del 48 (II).

— * RUIZ DE LA VEGA.
Diputado liberal (1822).
El 7 de julio (I).

RUIZ DEL MACHO, Doña Leonor.
Dama toledana. Sobrina y heredera del noble clérigo don Hilario de la Peña. «Señora gorda... que tuvo que ver con un canónigo de Toledo, otro de Ciudad Real y varios figurones de Madrid.»
La primera República (III).

RUIZ GÓMEZ, Don Servando.
Ministro de Hacienda con el Gabinete Ruiz Zorrilla, durante el reinado de Amadeo I.
Amadeo I (III).

* RUIZ HONDÓN, Mosén Juan.
Vicario de Uldecona. Capitán de una partida de carlistas. «Talludo y truculento. Arcipreste, patriarca y califa.» «Venerable vicario de Uldecona, varón docto y bien calificado de virtudes, carlista por los cuatro costados, con brillante hoja de servicios en la anterior guerra civil, que ilustró con ruidosas hazañas», según decían buenas plumas...
«Era un hombre alto, sanguíneo, vigoroso, de perfecta escultura esquelética y muscular, arrogante de actitud, ardiente la mirada, garboso el gesto. Iluminado de lleno el rostro por la luz de una buena lámpara, su edad me pareció de más de cincuenta años o de sesenta, desmentidos por una salud venturosa. Era su color encendido, su nariz enérgica, su boca desconfiada, el cabello espeso, cortado al rape, y blanquecino por las sienes, la dentadura recia y blanca.»
Parecía un sultán entre sus amas, sobrinas y protegidas.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * RUIZ MORQUECHO, Don Andrés.
Fiscal de la Audiencia de Valencia (1840).
Montes de Oca (II).

RUIZ OCHOA, Teniente.
«Muy simpático.» Fué pretendiente de Teresita Villaescusa.
O'Donnell (III).

* RUIZ PADRÓN.
Sacerdote. Político liberal. Exaltado orador.
Cádiz (I).—*Aita Tettauen* (III).

* RUIZ Y MENDOZA, Jacinto (1779-1809).
Inmortal militar español. Defendió el Parque de Monteleón el día 2 de mayo de 1808, donde cayó herido gravemente.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Bailén* (I).

RUIZ ZORRILLA, Manuel (1833-1895).
Político republicano español. Ministro de Fomento y Gracia y Justicia con el Gobierno provisional (1868-1869). Presidente del Consejo (1871 con don Amadeo I. «El más valiente y entero de los hombres de la revolución.»
«Era un hombre voluntarioso, contumaz, carácter forjado en los odios candentes del bando progresista, nutrido con los amargores del retraimiento, que fué como un destierro para la vida pública, y como un largo ejercicio en el arte de la conspiración. Personalmente, era franco y noblote, como buen burgalés; alto y no muy derecho, con ligero agobio de su espalda; el rostro era la imagen de la llaneza, de la hombría de bien; los ojos leales, el bigote, corto y caído con mosca.»
Prim (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

* RULL.
Guardamarina español. Quedó hecho pedazos a consecuencia de una granada en la guerra contra Chile y Perú (1865-1866).
La vuelta al mundo... (III).

RULL, El Padre.
Fraile patriota, que durante los sitios de Gerona animaba a los defensores y asistía a los moribundos.
Gerona (I).

RUMBLAR, Asunción.
Otra de las hijas de la condesa, destinada por ésta a ser monja sin consultar lo más mínimo la voluntad de la muchacha. Por ello, cuando encuentra a un hombre de imaginación ardiente como el romántico lord Gray, que le habla al corazón, se fuga con él precipitándose en una aventura desesperada y dramática.
V. CASTRO DE ORO y AFÁN DE LA RIVERA.

RUMBLAR, Condes de.
V. CASTRO DE ORO y AFÁN DE LA RIBERA.

RUMBLAR, Presentación.
Hija de la condesa de Rumblar, destinada por su madre al matrimonio; de

genio alegre y vivaracho que no puede ahogar la educación severa y carcelaria de la condesa. Se casó con un *tronera* liberalito: Gasparito Grijalva, y arrojó al lago de la Casa de Campo al alcahuete Pipaón, que quería *servírsela* a su señor Fernando VII.
V. CASTRO DE ORO y AFÁN DE LA RIBERA.

RUPERTA.
Hija del *Nuncio*, pregonero del pueblo navarro de Allo. El insigne Tito se la echó de novia, desbancando a un mozo llamado *el Ministro*, que le había dado palabra de matrimonio.
De Cartago a Sagunto (III).

— * RUTH.
Bella figura femenina del Antiguo Testamento.
España sin rey (III).

RUY DÍAZ, La.
Ilustre dama averiada, *importadora* de toda moda.
Amadeo I (III).

S

S... S..., Don.
Señor que dió ciertas noticias a Juan Bragas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * SAARSFIELD.
General cristino (1834). Fué quien primero mandó los ejércitos contra los carlistas.
Un faccioso más... (II).—*Zumalacárregui* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

— * SAAVEDRA, Angel.
V. RIVAS, Duque de.

* SAAVEDRA, Francisco de (1746-1819).
Estadista español. Fué ministro de la Real Hacienda y del Estado con Carlos IV. Hábil político y fácil escritor. Le retrató maravillosamente Goya.
La Corte de Carlos IV (I).—*Bailén* (I). *Cádiz* (I).

— * SAAVEDRA FAJARDO, Diego (1584-1648).
Uno de los más finos escritores políticos de todos los tiempos, español de nacimiento.
Cánovas (III).

— * SABA, Reina de.
Célebre por su hermosura. Hizo un largo viaje para comprobar la sabiduría de Salomón.
Aita Tettauen (III).

* SABARIEGOS.
Cabecilla carlista (1869) que asolaba los campos de Calatrava.
España sin rey (III).

SABAS.
Mozo natural de Paganos, hijo de un antiguo servidor de Castro-Amézaga y muy afecto a la familia que recibió a don Juan Urríes en Miranda...
España sin rey (III).

SABAS DE SAN PEDRO.
Fiel servidor de los Castro-Amézaga. Más tarde quedó al servicio de Fernandito Calpena. Era «hombre ya maduro, de probada lealtad y diligencia».
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*España sin rey* (III).

SABINA.
Moza de la posada de Trespaderne.
Luchana (II).

* SABOYA, Luis Amadeo Fernando.
Duque de los Abruzzos. Hijo del rey Amadeo I. Nació en Madrid en enero de 1873.
Amadeo I (III).

* SABOYA, Manuel Filiberto.
Duque de Aosta. Hijo del rey Amadeo I.
Amadeo I (III).

* SABOYA, Víctor Manuel de.
Conde de Turín. Hijo del rey Amadeo I.
Amadeo I (III).

SACECORBOS, Don Antonio.
Salvador de Sacedón, esposo de la alcaldesa *señá* Romualda, alistado en las milicias de *El Empecinado*.
Juan Martín el Empecinado (I).

SACERDOTE
que protegía a la viciosilla y culta Graziella. Era limpio, caballero, discreto y rico. Y *de muchas aldabas*.
V. PEÑA, Don Hilario de la.
Amadeo I (III).

«SACRIS».
Apodo del pajarero.
V. LÓPEZ, Juan.

«SACRIS», El.
El sacristán de Salinas. «El primer pícaro de la comarca.» Gracias a su espionaje del desleal Urríes, Fernandita Ibero pudo sorprenderle en su traición.
España sin rey (III).

SACRISTÁ.
Marinero de la fragata *La Numancia* y excelente amigo de Diego Ansúrez.
La vuelta al mundo... (III).

SACRISTÁN.
Acaudalado tendero de Laguardia, muy amigo del párroco Navarridas.
Luchana (II).

SACRISTÁN
de Alcoriza. Padre de Donata, la amante de Juanito Santiuste.
Carlos VI, en la Rápita (III).

SACRISTÁN
de Elizondo. Ayudó a Monsalud a enterrar a Carlos Navarro.
Un faccioso más... (II).

SACRISTÁN
de la Virgen del Púy, en Estella.
Zumalacárregui (II).

SACRISTÁN, El.
de Bergüenda, amigo del de Salinas. Entre los dos espiaron al desleal Urríes y «abrieron los ojos» a la bella Fernandita Ibero.
España sin rey (III).

SACRISTÁN (Un).
Muy metique, de la Catedral de Sevilla, que encerró a Jenara por orden del deán. «Hombre forzudo y corpulento, de esos que desempeñan en toda iglesia las bajas funciones de transporte de altares, facistoles o bancos...»
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

SACRISTÁN LOCO
...«que compone imágenes de santos poniéndoles cabezas de chisperas y atributos de tauromaquia».
Los ayacuchos (II).

SACRISTANA
de Alcoriza. Viuda del sacristán y madre de Donata.
Carlos VI, en la Rápita (III).

SADDI.
Especiero de Tetuán.
Carlos VI, en la Rápita (III).

* SÁEZ.
Cartero de Cartagena. «Un tío bragado capaz de jugarse la vida cien veces por la causa federalista.»
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * SÁEZ, Don Víctor.
Consejero servilón de Fernando VII. Hombre grandote, de obesidad respetable, amigo de enjuagues y de intrigas, siempre dedicado a la conspiración.
El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *El terror de 1824* (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

* SÁEZ Y ONÍS, Don Roque.
Patriota liberal, amigo de Salvador Monsalud.
El terror de 1824 (I).

SÁFONT.
Banquero. Socio de Emilio Terry.
Bodas reales (II).

* SAGASTA, Práxedes Mateo (1825-1903).
Diputado por Zamora en 1854. Ingeniero y gran político español. Ministro y presidente del Consejo varias veces. Cauto. Hábil. Era de mediana talla, con barba negra y corta. la boca extremada en dimensiones y como hecha para ras-

garse continuamente en un sonreír franco, tirando a diabólico, el mirar vivo y ardiente, el pelo bien compuesto, con raya lateral y un mechón arremolinado sobre la frente, formando cresta de gallo.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III). *De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* SAGASTI.
Político español. Ministro varias veces. Economista.
Narváez (II).

* SAGASTIBELZA.
Brigadier carlista que derrotó al general Oraa (1835).
Zumalacárregui (II).

SAGRA, Marqués de la.
Hermano de Villaverdeja. «Con mundana filosofía se ha dedicado a las cigarreras, entre las cuales las hay muy monas.» Terminó siendo amante de Teresita Villaescusa.
Era un aristócrata veterano de innumerables guerras amorosas, y tan caduco ya, que alguien le llamó «cadáver galvanizado por el vicio».
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

SAGRARIO.
Doncella de Nicéfora, la sobrina de la marquesa viuda de Subijana. «Una mostrenca de nariz roma y ademanes silvestres.»
España sin rey (III).

SAINT-AMAND.
Oficial francés que interrogó a Gabriel Araceli durante su cautiverio.
Juan Martín el Empecinado (I).

SAINT-BLANCAT, Eugenia.
Leal servidora del infante don Enrique. Cuidaba en París (1870) de los hijos pequeños del desdichado Borbón.
España trágica (III).

— * SAINT-CYR, Barón de (1774-1842).
Mariscal francés. Jefe de Estado Mayor.
Gerona (I).

— * SAINT-HILAIRE.
General francés de la época napoleónica.
Bailén (I).

— * SAIN-HILAIRE, E. M.
Autor francés de novelones truculentos de los que gustaba mucho la condesa de Lucena.
O'Donnell (II).

— * SAINT-JUST, Luis Antonio León de (1767-1794).
Convencionalista francés. Partidario y amigo de Robespierre, con quien subió al cadalso.
De Oñate a La Granja (II).

— * SAINT-MARCH. Don Felipe.
General español que defendió el Torrero zaragozano durante los famosos Sitio.
Zaragoza (I).

* SAINT-SILVAIN, Monsieur.
Camarero, secretario y acompañante ladino de la princesa de Beira.
Mendizábal (II).—*España sin rey* (III).

— * SAINT-SIMON, Claudio Enrique (1760-1825).
Economista francés. Crítico. Filósofo.
Las tormentas del 48 (II).

— SAIOUS, Hipólito.
Comerciante de Bayona y de Saint-Sever.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

SAIOUS, El teniente.
De la Guardia Imperial. Vino con Murat a Madrid. Hijo del banquero de Saint-Sever.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* SAJONIA, Doña María Amalia de.
Tercera esposa de Fernando VII. «Humilde y bondadosísima, hermosa y desabrida, devota y también algo poetisa.» «Clorótica y triste.»
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Mendizábal* (II).

— * SALA, Gregorio.
Famoso jurisconsulto español.
Juan Martín el Empecinado (I).

SALADO, Manuel.

Alcalde de Atienza. Amigo de los García Fajardo. Padre de Rosarito.

«Es Salado un trucha de primera, si falto de autoridad y luces para el gobierno de la ínsula concejil, sobrado de marrulleras habilidades para los enredos de campanario y los empeños de su egoísmo. Servicial y deferente con los poderosos y con todo el que ayudarle pueda en su privanza política, guarda sus rigores de ley y sus asperezas de carácter para los humildes sometidos a su vara, por una punta más dura que roble, blanda por otra como junco. Nada teme de los de abajo, infeliz rebaño de hombres sencillos, más embrutecidos por la miseria que por la ignorancia, los cuales bajo el falso colorín de una Constitución que proclama y ordena franquicias mentirosas, gimen en efectiva esclavitud. Nada teme tampoco de los de arriba, con tal que en *la votada* saque el candidato que se le designó, y se constituya después en agente o truchimán del diputado, del jefe político y del ministro, cualesquiera que sean los caprichos contra la ley o antojos contra la justicia que inspiren los mandatos de estas insolentes voluntades. Fuera de las infamias propias del oficio, que pocos ven, porque los que trabajan y sufren están ciegos, insensibles, y los que tienen luces y algún dinero huyen de los pueblos para refugiarse en Madrid, donde lo espacioso de la jaula garantiza relativamente la libertad y la dignidad cívica; fuera de esto, digo, Salado puede figurar entre los hombres corrientes, simpáticos, agradables, tan dispuestos para un fregado como para un barrido. Casado y con hijos, es mejor padre que esposo, y mejor alcalde para sí que padre para el pueblo que administra.»

Narváez (II).

SALADO, Rosarito.

Hija mayor del alcalde de Atienza. Amiga de María Ignacia y José García Fajardo.

Narváez (II).

* SALAMANCA, Don José (1811-1882).

Famoso banquero español.

«De Salamanca, que ahora principia a figurar, no tenéis noticia. Es un granadino muy despierto, de gallarda figura y finísimo trato, y en la amenidad de la conversación se lleva el primer premio entre todos los que conozco. Despunta en la política, y más aún en los negocios.» (1837).

«Algo te he dicho ya de este simpático granadino, uno de los hombres más admirablemente dotados para la vida social, y para obtener de ella lo que él llama *los frutos de la civilización*, pues posee todas las cualidades o virtudes que inducen a la amistad, a la confianza, a las relaciones útiles. Es inteligente, sagaz, amenísimo en su lenguaje, extremado en la cortesía, sin llegar a empalagoso; tresillista de primer orden, de los que no pierden la dignidad en las peripecias desgraciadas del juego; comensal delicioso por su gracia tanto como por su apetito de buen tono, y su mucho saber de arte culinario; hombre, en fin, que despunta gallardamente en la política, aplicándola a sus negocios con una habilidad nada común. Su buena figura es la mejor ayuda de su talento en estas campañas. Salamanca será una gran personalidad del siglo, salga por donde saliere, ya se aplique a sumar voluntades, ya a multiplicar dinero.»

La estafeta romántica (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III). *Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * SALAMERO, Miguel.

Un caballero zaragozano que se batió como un héroe.

Zaragoza (I).

— * SALAS.

Notable cantante español (1844).

Bodas reales (II).

* SALAS, Andrés de.

Secretario del presidente de la Junta Soberana Cantonal de Cartagena (1873).

De Cartago a Sagunto (III).

* SALAS, Don Joaquín de.

Oficial del navío *Santísima Trinidad*, muerto en el combate de Trafalgar.

Trafalgar (I).

* SALAVERRÍA, Don Pedro.

Político muy afecto a O'Donnell. Gran economista. Diputado de 1859 a 1878.

Ministro de Hacienda con el primer Gobierno de Alfonso XII.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*La primera República* (III).—*Cánovas* (III).

* SALAZAR, Ambrosio de.
Escritor ascético español. Autor de *Clavellinas de la recreación* (Ruán, 1614).
Cánovas (III).

* SALAZAR, Brigadier.
Ayudante de Serrano. Derrotó a las tropas isabelinas en el arroyo de Yegüeros.
La de los tristes destinos (III).

— * SALAZAR, Doña Catalina de.
Esposa de Miguel de Cervantes.
Cánovas (III).

* SALAZAR Y MAZARREDO.
Diplomático español. Llevó en Berlín, con gran tacto, a feliz término, la propuesta para que aceptara la candidatura al trono español Leopoldo de Hohenzollern.
España trágica (III).

SALCEDO, Comandante.
Ayudante del general Martínez Campos (1875).
Cánovas (III).

* SALCEDO, General.
Derrotó a los *cantonales* (1873).
La primera República (III).

* SALDAÑA.
Agente del absolutismo (1821) en Bayona. Hombre audaz y solapado. Uno de los más fieles servidores de la Comunión Tradicionalista.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*España sin rey* (III).

— * SALDONI, Baltasar (1807-1889).
Notable músico español. Autor de las óperas *Cleonice, Regina di Siria...* Fué maestro de la hermosa y gran cantante Elena Sanz.
Montes de Oca (II).—*Cánovas* (III).

* SALMERÓN, Don Francisco.
Político y catedrático español. Hermano de don Nicolás.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).

* SALMERÓN, Don Nicolás (1838-1908).
Político y filósofo español. Catedrático. Presidente de la República Española (1873), cargo del que dimitió por no firmar penas de muerte. Hombre probo y austero.
«Salmerón, que había dejado la silla presidencial, soltó en su escaño próximo al reloj el raudal de su elocuencia altísona y majestuosa. Sus negros ojos fulgurantes, su lucida estatura y la solemnidad de sus ademanes, completaban el mágico efecto del orador sobre sus embelesados oyentes.»
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

SALMÓN, R. P. Fray Anastasio José de la Madre de Dios.
Mercedario y confesor, muy amigo de la octogenaria doña Dominguita. Gran disputador acerca de todo lo divino y humano en una voz tremenda y tremebunda. Socarrón y socaliñas. Obeso y comodón. De mucho corazón. Estaba en todas partes, menos en su convento. Muy amigo de Araceli y de las clases menesterosas, a las que visitaba y socorría. Fué asesinado en 1834 por los mismos con quienes, alegre y munífico, había convivido.
La Corte de Carlos IV (I).—*El 19 de marzo y el 2 de mayo* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Gerona* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El terror de 1824* (I).

SALOMA.
Hembra *real* de Villafranca. Sanota. Desparpajada. Hermosa. Violenta. Seducida por *un tal Sedaliz*, alpargatero de Borja. Después, amante de *Comecome*, de un chicarrón de la Guardia Real, de...
Zumalacárregui (II).

SALOMA O SALOMÉ.
V. ULIBARRI, Salomé.

SALOMA, «La Baturra».
«Graciosa mujer», que iba en la cuadrilla de «Uva», y que se hizo novia de *Churí*, cuando a éste le apaleó Galán, el marido de Saloma, «la Navarra». Herida en riña, cuando defendía a su

amante, murió en el Hospital de Miranda de Ebro.
Vergara (II).

SALOMA, «La Navarra».
V. ULIBARRI, Salomé.

— * SALOMÉ.
Princesa judía. Hija de Herodías. Fué ella quien pidió a su padrastro Herodes la cabeza de San Juan Bautista.
Aita Tettauen (III).

SALOMÉ, Doña.
V. PORREÑO, Señoras de.

— * SALOMÓN (1033-975 a. J. C.).
Hijo de David, tercer rey del pueblo de Dios. Construyó el templo de Jerusalén. Fué famoso por su sabiduría.
La Corte de Carlos IV (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Prim* (III).

* SALTILLO, Marqués de.
Noble y ganadero de reses de lidia (1877).
Cánovas (III).

— SALVADOR.
Un cochero del infante don Antonio Pascual.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

SALVADOR, El señor.
Labrador de Bailén que volcó doscientos pellejos de aceite y cien de vino porque no se aprovechasen de ellos los franceses.
Bailén (I).

* SALVATO, Señor.
Político liberal. Vicepresidente de las Cortes (1822) durante el Gobierno Martínez de la Rosa. «Hombre de pocas palabras y algo ronquillo.» Muy afecto (1837) a Espartero.
El 7 de julio (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*La estafeta romántica* (II).

* SALVOCHEA, Don Fermín.
Austero patriota, alcalde de Cádiz (1873).
La primera República (III).

— * SALZILLO, Francisco (1707-1783).
Uno de los más famosos escultores de la imaginería policromada española.
Los apostólicos (II).

* SAMANIEGO.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

SAMANIEGO.
Guipuzcoano, jugador de pelota, soldado isabelino muerto en la acción de Mendaza.
Zumalacárregui (II).

SAMANIEGO, Andrea.
Viuda. Sastra de curas. Se había casado con el truhán Sotero Trujillo y le había curado radicalmente de sus borracherías y vagancias. Trabajaba con ella, *honradamente*, Rafaela Hermosilla.
La revolución de julio (III).—*La de los tristes destinos* (III).

SAMANIEGO, Conde de.
Arqueólogo y numismático de Vitoria (1836). Hombre retraído y rancio, amigo de los Castro-Amézaga. «Un vejestorio incapaz.»
De Oñate a La Granja (II).

— * SAMARITANA, La.
Piadosa mujer que dió de beber a Jesús, sediento...
España sin rey (III).

* SAMPER.
Joyero de *la Carrera de San Jerónimo* (1854). Amigo de Sagasta. Estuvo desterrado en París, hacia 1867...
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * SAN AGUSTÍN (354-430).
El más famoso Padre de la Iglesia. Y uno de los escritores que más y mejor han influído en el pensamiento ortodoxo de la Humanidad.
Cádiz (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Los apostólicos* (II).—*España sin rey* (III).

— * SAN ANACLETO.
Pontífice del año 78 al 91. Discípulo de San Pedro Mártir.
Vergara (II).

— * SAN ANTÓN (o Antonio).
Abad. Anacoreta. Murió el año 356.

Sus numerosísimas tentaciones han inspirado a los literatos y artistas.
Vergara (II).—*La revolución de julio* (III).—*España sin rey* (III).

— * SAN ANTONIO DE PADUA (1195-1231).
Fué religioso franciscano.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Narváez* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III). *La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

— * SAN APOLINAR (siglo II).
Obispo de Hierápolis, en Frigia.
La revolución de julio (III).

— * SAN BARTOLOMÉ.
Uno de los doce Apóstoles. Predicó el Evangelio en Armenia. Le desollaron vivo el año 71.
Zumalacárregui (II).—*Mendizábal* (II)

— * SAN BASILIO, «El Grande» (329-379).
Padre de la Iglesia griega. Obispo de Cesárea de Capadocia.
O'Donnell (III).

— * SAN BENITO (480-549).
Fundador de la Orden monástica que lleva su nombre. Anacoreta romano.
España sin rey (III).

— * SAN BENITO DE PALERMO.
Mendizábal (II).

— * SAN BERNARDO (1491-1159).
Primer abad del Monasterio de Claraval. Predicó la Cruzada en 1146.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Un voluntario realista* (II).

— * SAN BLAS († año 396).
Obispo armenio.
De Oñate a La Granja (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

SAN BLAS, Marquesa de.
Camarista real jubilada. Contertulia de los Centurión. «Vetusta y mal retocada.»
O'Donnell (III).

— * SAN BUENAVENTURA (1221-1274).
Obispo de Albano, cardenal y doctor de la Iglesia.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * SAN CANUTO.
Rey de Dinamarca. Reinó de 1080 a 1086. Murió asesinado.
Mendizábal (II).

— * SAN CARALAMPIO (siglo V).
Mártir.
De Oñate a La Granja (II).

* SAN CARLOS, Duque de.
Palatino. De acuerdo con los Concha, León y Pezuela para raptar a las reales niñas Isabel y Luisa Fernanda (1841).
Los ayacuchos (II).—*Narváez* (II).

* SAN CARLOS, Duquesa de.
Dama de honor de Isabel II (1849).
Narváez (II).

— * SAN CASIANO (siglo III).
Mártir español durante la persecución de Diocleciano.
Los duendes de la camarilla (II).

— * SAN CLEMENTE Y ROMEO, Don Felipe.
Comerciante de Zaragoza, perniquebrado durante el primer sitio de Zaragoza y que se batió como un héroe durante el segundo.
Zaragoza (I).

* SAN CORNELIO (siglo I).
Centurión romano. Fué convertido por San Pedro.
Mendizábal (II).

— * SAN CRÍSPULO.
De Oñate a La Granja (II).

— * SAN CRISTÓBAL (siglo III).
Mártir cristiano nacido en Palestina y bautizado por San Babilas, obispo de Antioquía. Murió el año 230.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).

— * SAN CUCUFATE († 306).
Cristiano de Barcelona. Fué martirizado por mandato de Daciano.
Mendizábal (II).

— * SAN DANIEL (siglo VII a. J. C.).
Uno de los cuatro profetas mayores de la tribu de Judá.
La de los tristes destinos (III).

— * SAN DIMAS, «el Buen Ladrón».
Crucificado a la derecha de Jesucristo.
Los duendes de la camarilla (II).

— * SAN DIONISIO AREOPAGITA.
Sabio ateniense degollado por orden del gobernador de las Galias, donde había llegado a combatir el gentilismo.
Mendizábal (II).—*O'Donnell* (III).

SAN EPIFANIO, Marquesa de.
Dama que andaba «muy a la cola de ortografía». Amiga de Casianita Conejo, la amiga del insigne Tito...
Cánovas (III).

— SAN ESTEBAN († 34).
Primer mártir del Cristianismo.
El terror de 1824 (I).—*Vergara* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).

— * SAN EUGENIO (siglo v).
Obispo de Cartagena. Gran escritor español. Fué perseguido por los vándalos.
España trágica (III).

— * SAN EUSTAQUIO (siglo II).
Obispo.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * SAN FELIPE.
Apóstol. Murió apedreado y crucificado el año 54.
Vergara (II).

— * SAN FÉLIX DE CANTALICIO (1513-1587).
Capuchino. Le canonizó Clemente XI en 1712.
Mendizábal (II).

— * SAN FERNANDO (1200-1252).
Rey de Castilla. Conquistador de Córdoba y Sevilla. Gran legislador. Primo de San Luis, rey de Francia.
Cádiz (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).—*Bodas reales* (II).—*Narváez* (II).—*La de los Tristes destinos* (III).

* SAN FERNANDO, Duque de.
Ministro de Estado de Fernando VII. «Al principio de la guerra (1808), soldado raso, y en 1818, teniente general, duque, grande de España y no sé qué más.»
La segunda casaca (I).

— * SAN FRANCISCO (de Asís) (1182-1226).
Fundador de la Orden de Padres Menores.
De Oñate a La Granja (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La primera República* (III).

— * SAN FRANCISCO DE BORJA, Duque de Gandía (1510-1572).
Grande de España y general de los Jesuítas.
Luchana (II).

— * SAN GENIS.
Patriota zaragozano.
Zaragoza (I).

— * SAN GREGORIO (1540-1604).
Pontífice. Elevado al solio en 1590. Estableció el *canto llano*, llamado gregoriano.
Zumalacárregui (II).

— * SAN GREGORIO (Nacianceno). (328-389).
Doctor y Padre de la Iglesia de Oriente.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * SAN HERMÓGENES.
Nombre de cinco mártires.
De Oñate a La Granja (II).

— * SAN IGNACIO († 106).
Mártir. Fué obispo de Antioquía.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * SAN IGNACIO DE LOYOLA (1491-1556).
Valeroso militar. Fundador de la Compañía de Jesús. Uno de los más altos valores espirituales de la raza española.
Cádiz (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Luchana* (II).—*España sin rey* (III).—*Cánovas* (III).

— * SAN ILDEFONSO († 667).
Monje español y arzobispo de Toledo, discípulo de San Isidoro, gran escritor.
Un faccioso más... (I).

* SAN ISIDORO (560-636).
Arzobispo de Sevilla. Gran polígrafo español. Uno de los más genuinos sabios de España.
Prim (III).—*España trágica* (III).

— * SAN ISIDRO (siglo X).
Madrileño y labrador. Patrono de la capital de España.
Las tormentas del 48 (II).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

— * SAN JOAQUÍN.
Esposo de Santa Ana y padre de Nuestra Señora.
Zumalacárregui (II).

— * SAN JOSÉ.
Patriarca. Esposo de la Virgen.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).

SAN JOSÉ, Serafín.
Marido de la inefable y frescachona señora doña María de la Cabeza Ventosa, de la que estaba separado. Era un ser absurdo, un casi criminal o casi loco, digno de la cárcel o del manicomio. «Un cínico silencioso.» *Sablista*. Se aprovechaba de los amoríos de su mujer con el insigne Tito para *sablear* a éste. Le dieron una plaza de guardia de Orden público.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

— * SAN JORGE.
Fué jefe de una compañía de soldados del emperador Diocleciano. Se convirtió al cristianismo y fué decapitado el año 303.
Cádiz (I).—*Un voluntario realista* (II). *La campaña del Maestrazgo* (II).

— * SAN JUAN BAUTISTA.
V. SANTO PRECURSOR (El).

— * SAN JUAN CRISÓSTOMO (344-407).
Obispo de Antioquía y patriarca de Constantinopla. Doctor de la Iglesia.
Juan Martín el Empecinado (I).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

— * SAN JUAN DE DIOS (1495-1550).
Santo español y fundador de la Orden de la Caridad.
La batalla de los Arapiles (I).

— * SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591).
Carmelita descalzo. Compañero en la reforma de Santa Teresa de Jesús. Inefable poeta místico.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * SAN JUAN (EVANGELISTA) (siglo I).
Hijo de Zebedeo. Discípulo amado de Jesús. Primer obispo de Éfeso. Murió el año 99.
España trágica (III).

— * SAN JUAN, General don Benito.
Militar español derrotado por Napoleón en Somosierra.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * SAN JUDAS TADEO.
Uno de los doce apóstoles, hermano de Santiago *el Menor* y primo de Jesús. Predicó el Evangelio en Samaria y Judea. Sufrió el martirio en Mesopotamia.
De Oñate a La Granja (II).

* SAN JULIÁN (siglo XII).
Patrón de Cuenca. Murió el año 1208, ocupando la silla episcopal conquense.
De Cartago a Sagunto (III).

— * SAN LEANDRO (siglo VI).
Arzobispo de Sevilla, famoso por su saber. Hermano de San Fulgencio, San Isidoro y Santa Florentina.
España trágica (III).

— * SAN LORENZO, Duques de.
Les sirvió como simple criado el gran político *canovista* don Juan Antonio Iranzo.
España sin rey (III).

— * SAN LUIS, rey de Francia (1215-1270).
Hijo de Luis VII y de Blanca de Castilla.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Vergara* (II). *Narváez* (II).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

* SAN LUIS DE BRIGNOLES (1274-1297).
Hijo de Carlos II, rey de Nápoles. Renunció a la corona. Combatió a los albigenses.
Cádiz (I).

SAN LUIS GONZAGA (1568-1591).
Patrón de la juventud. Jesuíta. Hijo de don Fernando de Gonzaga, marqués de Castiglione.
Luchana (II).

* SAN LUIS, Conde de.
Título de
V. SARTORIUS, Don Luis.

— * SAN MARTÍN (316-396).
Popular santo francés. Obispo de Tours.
Un voluntario realista (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Amadeo I* (III).

— * SAN MARTÍN.
Político *isabelino* (1833).
Un faccioso más... (II).

— * SAN MATEO.
Apóstol y evangelista.
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).—*España sin rey* (III).

— * SAN MIGUEL.
Arcángel. El poeta Daniel le representa como uno de los príncipes de la milicia celeste.
Cádiz (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* SAN MIGUEL, Don Santos.
Gobernador de Bilbao durante el segundo sitio (1836). Jefe militar cristino.
Luchana (II).—*Vergara* (II).

* SAN MIGUEL, Evaristo. (1785-1862).
Masón. General, político y escritor español. Fué ministro y académico de la Historia. Se batió heroicamente en la primera campaña contra el *carlismo*.
El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Amadeo I* (III).

— * SAN MILLÁN (474-574).
Sacerdote eremita español.
O'Donnell (III).

— * SAN NARCISO.
Obispo y patrón de Gerona. Sufrió martirio el año 309. Su fiesta es el 29 de octubre.
Gerona (I).

— * SAN NICÉFORO (murió el año 829).
Hijo de Teodoro, secretario del emperador Constantino Coprónimo. Patriarca de Constantinopla.
España sin rey (III).

— * SAN NICOLÁS DE BARI (siglo III).
Obispo de Myra, en Licia. Santo popularísimo. Se le atribuye—con el nombre de Santa Claus—el reparto de juguetes a los niños en Navidad.
Los duendes de la camarilla (II).

— * SAN PABLO (siglo I).
El Apóstol de las gentes.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * SAN PATRICIO (387-493).
Nació en Dumbarton (Escocia). Patrón de Irlanda. Se hizo monje en Tours. Fundó numerosos monasterios.
Cádiz (I).

— * SAN PEDRO.
Apóstol.
La segunda casaca (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).

— * SAN PEDRO CAPISTRANO.
Mendizábal (II).

— * SAN PEDRO NOLASCO (1189-1256).
Fundador de la Orden de la Merced, consagrada al rescate de los cautivos.
De Cartago a Sagunto (III).

— SAN QUINTÍN (¿Marqués de?).
Primo del conde-duque de Cardeña, don Felipe.
La estafeta romántica (II).

— * SAN RODRIGO (siglo IX).
Presbítero español, eremita en la sierra de Córdoba, martirizado durante el califato de Mohamed I, en 875.
España trágica (III).

* SAN ROMÁN, Conde de.
Comandante general del Real Sitio de La Granja (1836).
Luchana (II).

SAN ROMÁN, Eduardo.
Amigote politiquero de Pepe García Fajardo.
«Soldado de pluma más que de espada, sus notables escritos de arte militar le han valido el entorchado de plata. Es, quizá, el brigadier más joven del Ejército, y en política no anda, ciertamente, a retaguardia.»
En política era *narvaísta* furibundo.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).—*La primera República* (III).

— * SAN ROQUE (1295-1327).
Santo francés patrón de los apestados.
Narváez (II).—*Prim* (III).

— * SAN RUFO.
Nombre de numerosos mártires.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * SAN SALOMÓ, Marqués de.
Noble que fundó (1573) el convento de monjas dominicas de la ciudad de Solsona.
Un voluntario realista (II).

— * SAN SALOMÓN.
España trágica (III).

— * SAN SALUTARIO.
Mártir.
Vergara (II).

— * SAN SEBASTIÁN (256-288).
Nació en Narbona. Jefe del ejército romano. Sufrió, por orden de Diocleciano, dos martirios: ser asaetado y vapuleado.
Cádiz (I).—*Vergara* (II).

— * SAN SILVESTRE (270-335).
Pontífice desde el año 314.
Aita Tettauen (III).

— * SAN SIMEÓN († 104).
Obispo de Jerusalén. Según los evangelistas San Mateo y San Marcos, era primo de Jesús.
Cádiz (I).

— * SAN SIMPLICIO.
Papa entre los años 468 y 483.
La campaña del Maestrazgo (II).

— * SAN TITO (siglo I).
Discípulo de San Pablo. Obispo de Creta. Predicó el Evangelio en la Dalmacia.
Amadeo I (III).

— * SAN TORCUATO.
Patrón de Guadix y su primer obispo. Murió crucificado.
La vuelta al mundo... (III).

— * SAN TORIBIO.
Obispo español. Murió en Liébana el año 460. Combatió el priscilianismo.
Aita Tettauen (III).

— * SAN VALERIANO (siglo III).
Mártir cristiano durante el imperio de Alejandro Severo.
Amadeo I (III).

— * SAN VICENTE FERRER (1350-1419).
Religioso dominico español de inmenso saber. Consejero de reyes y nobles. Alma del famoso compromiso de Caspe.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * SAN VITO († siglo III).
Mártir bajo el imperio de Diocleciano.
De Oñate a La Granja (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III).

SANAHUJA.
Señor rico en cuyo casa había una tertulia de patriotas.
El equipaje del rey José (I).

SANAHUJA, Doña Pepita.
Segunda esposa del viejo y caduco oidor don Urbano Gil de la Cuadra. Jean Jean, el sargento francés, hablaba así de ella:
«—Si esa señora doña Pepita, tan garbosa, con su grueso lunar velludo en la barba, sus buenas carnes, sus ojos negros, su cara un tanto arrebolada y sus quirotecas amarillas, me hubiese mirado a mí desde la portezuela, apuntándome con su abanico y haciéndome pre-

guntas diversas desde que salimos de Valladolid, a estas horas, joven guerrero, ya nos trataríamos de tú y todos mis compañeros envidiarían al sargento Jean Jean. Verdad que yo soy hombre muy circunspecto y no he querido decirle una sola palabra, además de que no es de caballeros quitarle su conquista a un camarada; que si llego a hablar con ella, y echo mis visuales, y disparo los tiros de mi galantería, y trazo mis paralelas, y lanzo los escuadrones, y enfilo las piezas, y pongo el sitio en regla, Monsalud, en dos horas es mía la plaza; en dos horas hago yo lo que a ti te costará dos meses...»

Parece ser que fué la amante de Salvador Monsalud. Cuando éste liberó a Gil de la Cuadra de la prisión, enterado el marido de la Sanahuja de deber su libertad al que le había deshonrado, volvióse loco... Doña Pepita era muy romántica y se *pirraba* por las poesías pastoriles de Meléndez y por recitarlas en los verdes prados, triscando con los cabritillos...

El equipaje del rey José (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).

— * SANCHA, Antonio (1720-después de 1770).

Famoso impresor madrileño, único rival del admirable Joaquín Ibarra.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

SÁNCHEZ.

Comunero. «Que era miliciano y había sido primero cortador de carne y después empleado de cárceles.»

El Grande Oriente (I).

— * SÁNCHEZ.

Famoso teólogo y predicador español.

Memorias de un cortesano de 1815 (I).

SÁNCHEZ.

«Un señor de mezquina estatura, con anteojos de oro sobre el huesudo caballete de su nariz de trompa.»

Secretario de Mendizábal.

Mendizábal (II).

SÁNCHEZ, Alonso.

Polizonte de baja estofa. Se dedicaba a negocios sucios y fué expulsado del Cuerpo.

El Grande Oriente (I).

* SÁNCHEZ, Francisco.

Lidiador de reses bravas (1877).

Cánovas (III).

SÁNCHEZ, Jerónima.

Patrona de una casa de huéspedes en la calle de Mesón de Paredes. «La más infeliz de las pupileras», en cuyo poder estuvo el bohemio Tuste... Su marido era un borrachín. Ella quedó, con sus hijas, en la miseria. Las socorrió Teresita Villaescusa.

O'Donnell (III).

* SÁNCHEZ, Julián.

Famoso guerrillero español conocido por el sobrenombre de *El Charro*.

Juan Martín el Empecinado (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

— * SÁNCHEZ, Justo.

Librero de la calle de las Veneras.

Napoleón, en Chamartín (I).

SÁNCHEZ, María.

Hermana de la *Pelumbres* y amistad última de don Juan de Mañara.

Napoleón, en Chamartín (I).

* SÁNCHEZ, El padre Miguel.

Religioso. Ateneísta discutidor (1864). Catedrático.

Prim (III).

— SÁNCHEZ BARBERO, Francisco (1764-1819).

Poeta y autor dramático español. De ideas liberales.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Cádiz* (I). *Memorias de un cortesano de 1815* (I).

* SÁNCHEZ BARCÁIZTEGUI.

Gran marino español. Comandante del *Almansa* durante la guerra contra el Perú y Chile (1865).

La vuelta al mundo... (III).

* SÁNCHEZ BORGUELLA.

Político español. Afecto al infante don Enrique de Borbón. Masón.

España trágica (III).

SÁNCHEZ BOTÍN, Alejandrito.

«Joven elegante, con buen empleo en Gracia y Justicia y además medianamente rico por su casa.» Vigésimosexto novio de Teresita Villaescusa, a quien la

niña dió *el cese* con poco diplomáticas palabras.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).

* SÁNCHEZ BREGUA.
Político y militar español. De él y de Azcárraga se decía que «eran los brazos de Prim». Mariscal de campo y subsecretario de Guerra (1870). Ministro de la Guerra con el Gobierno Castelar (1873).
España trágica (III).—*La primera República* (III).

— * SÁNCHEZ COELLO, Alonso (1527-1590).
Famoso pintor retratista español al servicio de Felipe II.
La Corte de Carlos IV (I).

* SÁNCHEZ MIRA, El capitán.
Retirado. Jerezano. Partidario de Prim.
La de los tristes destinos (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * SÁNCHEZ NAVARRO.
Rico mejicano que coadyuvó a implantar la Monarquía en su país.
Prim (III).

* SÁNCHEZ-OCAÑA (Don José).
Político «de Istúriz». Ministro en 1858. Diputado y senador de 1840 a 1865.
O'Donnell (III).

* SÁNCHEZ OSSORIO, General.
Fué director de estudios del principito don Alfonso (XII).
La de los tristes destinos (III).

* SÁNCHEZ RUANO.
Diputado republicano en 1869. Gustaba «por lo desahogado que era y por la gracia que tenía».
España sin rey (III).—*Amadeo I* (III).

— * SÁNCHEZ SALVADOR.
Ministro de la Guerra de España en 1823.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* SÁNCHEZ SILVA.
«El ardiente...» Político esparterista y amigo de Fernando Calpena. Andaluz. Y de *mal ángel*.
Los ayacuchos (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).

* SÁNCHEZ TOCA, Don Melchor.
Médico y político. Representante del distrito de Vergara (1849). En 1870 pasaba por ser el primer cirujano de España. De seguirse sus consejos, quizá se hubiera salvado Prim.
Narváez (II).—*España trágica* (III).

— * SANCHO.
Emigrado liberal que regresó a España en 1830.
Los apostólicos (II).

* SANCHO.
Político liberal *progresista*. Amigo incondicional de Espartero (1838).
Vergara (II). *Las tormentas del 48* (II).

SANCHO.
Subdiácono jesuíta, compañero del padre Gracián.
V. SUBDIÁCONO.

— * SANCHO (II) ABARCA († 994).
Rey de Navarra.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).

SANCHO, Bartolomé.
Albéitar de Monteagudo y servidor de don Beltrán de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (II).

SANCHO, Ezequiel.
Acompañó a Fernandito Calpena (1836) en la escapatoria en busca de Aurorita Negretti.
«Sujeto de mediana estatura y complexión recia, amarilla la tez, ojos verdosos y el pelo en escobillón.»
Fué servidor de la familia de don Leopoldo O'Donnell.
De Oñate a La Granja (II).

SANCHO, José.
Padre de Vicente. Hijo de Bartolomé el albéitar de Monteagudo. Isabelino. «Servía a un señor italiano, muy rico y principal.» Era éste Aníbal Rapella, el amigo de Fernando Calpena.
La campaña del Maestrazgo (II).

SANCHO, Manuela.
V. MANUELA.

SANCHO, Vicente.
Natural de Ablitas. Hijo de José San-

cho. Nieto de Bartolomé Sancho, albéitar de Monteagudo.
La campaña del Maestrazgo (II).

SANCHO, Vicentillo.
Sobrino segundo de don Bruno Carrasco. Natural de Pozuelo de Calatrava. Estaba empleado en la farmacia de Palacio. Cuando Lea Carrasco regañó con Tomás O'Lean, le aceptó como novio, diciéndose:
«Y, ¡cosa más rara!, mirando bien a Sanchico, reparaba que no era feo... ¿Qué había de ser feo, si más bien merecía la calificación de guapo, con aquellos ojos sentimentales y aquel bigotito que parecía de seda? Y lo que es de tonto no tenía un pelo. Ya se le iría quitando la cortedad y encogidas maneras que Lea, mal acostumbrada al despejo de otros galanes, encontraba poco airosas y disconformes totalmente con su bello ideal. Pero, en suma, ¿qué importaba la timidez, si era signo de mansedumbre, cualidad de que generalmente procede la perfección de maridos? Adelante, repitiendo el castellano aforismo: *Al buen día, meterle en casa.*»
Vicentillo Sancho..., «aunque de traza quebradiza, de corto aliento y delgada voz, en el fondo de su mezquina naturaleza guardaba, como tesoro de avaro, un carácter entero, una voluntad irreducible en asuntos de honor y de conducta...»
Bodas reales (II).

SANCHO, Viuda de.
Madre de Manuelita. Estaba tullida.
Zaragoza (I).

— SANCHO PANZA.
Genial creación de Cervantes.
Bailén (I).—*Juan Martín, el Empecinado* (I).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Bodas reales* (II).—*España sin rey* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

SAND, Jorge (1804-1876).
Seudónimo de Aurora Dupin. Famosa novelista francesa.
España trágica (III).

— * SANDOVAL (Fray Prudencio) (1550-1621).
Célebre historiador español. Prelado insigne. Tomó el hábito de la Orden de San Benito.
Narváez (II).

* SANROMÁ, Joaquín María (1828-1895).
Periodista. Economista. Catedrático de la Central.
Prim (III).

— * SANSÓN (1155-1117 a. J. C.).
Duodécimo juez de Israel. Estaba dotado de una fuerza prodigiosa. Venció a los filisteos. Su amante, Dalila, le entregó—inerme—a éstos.
La batalla de los Arapiles (I).—*El Grande Oriente* (I). — *Zumalacárregui* (II).—*Aita Tettauen* (III).

* SANSÓN, Plácido.
Gobernador de Ciudad Real (1872). Amigo y paisano de don Nicolás Estévanez.
La primera República (III).

— * SANTA BÁRBARA (280-306).
Mártir. Su propio padre la llevó ante el juez. Murió decapitada.
Los duendes de la camarilla (II).

— * SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380).
De la Orden de Santo Domingo. Dejó un libro titulado *De la doctrina divina.*
La batalla de los Arapiles (I).—*Los apostólicos* (II).

— * SANTA CECILIA (siglo II).
Sufrió el martirio en Sicilia, bajo el imperio de Marco Aurelio.
Amadeo I (III).

— * SANTA CLARA († 1253).
Virgen y abadesa, fundadora de la Orden de las Claras.
Amadeo I (III).

* SANTA COLOMA, Conde de.
Mayordomo mayor de la reina regente doña María Cristina (1840).
Montes de Oca (II).

* SANTA COLOMA, Condesa de.
Dama noble de la reina Isabel II (1849). «Matrona» venerable.
Narváez (II).

— * SANTA CRUZ, Don Antonio.
Presidente de la *Junta de Salvación* que se creó en Cartagena (1844). Polí-

tico progresista. Ministro en 1854. Incondicional de Prim.
Bodas reales (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).

* SANTA CRUZ, El cura Manuel de (1842-1926).
Jesuíta español, cura de Hernialde.
En 1866 empezó a conspirar por don Carlos. Tomó parte activa en la última guerra carlista, al frente de una partida un tanto feroz. Huyó a Francia, y tras grandes penitencias ingresó en la Compañía de Jesús.
De Cartago a Sagunto (III).

* SANTA CRUZ, La marquesa de.
Dama noble de las reales personas Isabel II y Luisa Fernanda en 1843.
Bodas reales (II).—*Narváez* (II).

* SANTA CRUZ, Marquesa.
Dama de confianza de la reina doña Mercedes (1878). La asistió como una hermana en su última enfermedad.
Cánovas (III).

* SANTA CRUZ DE AGUIRRE, Marqués.
Furibundo *montpensierista* (1870). Amigo de don Angel Cordero.
España trágica (III).

— * SANTA CRUZ DEL VISO, Duque de.
Napoleón, en Chamartín (I).

— * SANTA EUFRASIA.
Nombre de varias santas
España trágica (III).

— * SANTA ISABEL (1207-1231).
Reina de Hungría.
Los duendes de la camarilla (II).

— * SANTA JUANA DE ARCO (1412-1431).
«La Doncella de Orleáns». Heroína francesa.
La estafeta romántica (II).

— * SANTA LEOCADIA († 304).
Virgen española que padeció tormentos por orden de Daciano. Patrona de Toledo.
Los apostólicos (II).—*Narváez* (II).—*Amadeo I* (III).

— * SANTA LIBRADA.
Virgen. Natural de Plasencia. Patrona de Sigüenza.
Las tormentas del 48 (II).—*La revolución de julio* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * SANTA MARÍA DE LA CABEZA († 1180).
Esposa de San Isidro Labrador.
Amadeo I (III).

* SANTA MARÍA EGIPCÍACA (345-415?).
Después de una juventud deshonesta, vivió cuarenta y cinco años de penitencia en el desierto.
Prim (III).

— * SANTA MARÍA MAGDALENA.
Hermana de María y de Lázaro. Pecadora convertida por Jesús.
Montes de Oca (II).—*Aita Tettauen* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

SANTA MARÍA, Don Manuel.
Dueño de una fuerte y acreditada casa de comisiones en París. «Paño de lágrimas» de los indigentes españoles exilados. «Poseedor de mucha guita, empleaba parte de ella en dar gusto a su patriotismo y a sus ideas radicales.»
«Era un señor de mediana edad, moreno, afeitado totalmente el rostro, de ojos vivos, tipo de indiano. Con él estaba un sujeto fláccido, tuerto, el rostro picado de viruelas y reñido con el agua, la cabellera reñida con los peines, trajeado de la manera más fachosa y mísera.»
La de los tristes destinos (III).

— * SANTA MATILDE (siglo X).
Reina de Germania, mujer del monarca llamado Enrique el *Pajarero*.
España trágica (III).

— * SANTA MÓNICA (332-388).
Madre de San Agustín, a cuyas lágrimas debió éste su conversión.
El Grande Oriente (I).—*Un faccioso más...* (II).

— * SANTA ROSA DE LIMA (1586-1616).
Doncella peruana dominica.
La vuelta al mundo... (III).

— * SANTA ROSA DE VITERBO (1234-1252).
Predicó contra los herejes.
La batalla de los Arapiles (I).

— * SANTA SUSANA (siglo III).
Virgen y mártir cristiana, murió en Roma el año 295. Era hija de San Gabino y sobrina del Papa Cayo. Diocleciano mandó cortarle la cabeza.
Amadeo I (III).

— * SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582).
Admirable escritora española, una de las más excepcionales mujeres de la raza. «El encanto hecho carne.»
Los ayacuchos (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*España trágica* (III). *Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

SANTAELLA, Señor.
«Racionero medio y tiple de Granada.»
Los apostólicos (II).

* SANTAMARÍA, Don Emigdio
Periodista y político. Diputado en 1869. Protector *relativo* de Pepe Tinoco. Masón. «Furioso propagandista republicano.»
«Era Santamaría un perfecto modelo del tipo arábigo levantino. Si vistiera chilaba o albornoz, podría creerse que acababa de llegar de la Meca. Nació en Elche, oasis que los genios islamitas transportaron de las faldas del Atlas. Le destetaron con dátiles, y desde su más tierna infancia aprendió el Corán de la Libertad, que luego fué ardiente federalismo. Su color moreno aceitunado, su barba negra partida, sus labios gruesos, de un rojo ahumado, hacían creer a la gente que el simpático profeta se paseaba por estos mundos vestido de español del siglo XIX.»
España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * SANTANA.
Presidente de la República de Méjico.
Prim (III).

SANTANITA (Santana).
Periodista audaz (1849). Era el único representante de la Prensa—dirigía *La Carta autógrafa*—con quien Narváez simpatizaba.
Narváez (II).

SANTAPAU, Capitán Manuel.
A quien se conocía familiarmente por Nelet. Enamorado de la silvestre monja Marcela, y habiendo matado, sin saberlo, a un hermano de su amada, desespera de que ésta le perdone y la mata, suicidándose. Santapau fué compañero de correrías carlistas del famoso hidalgo don Beltrán de Urdaneta.
V. NELET.

SANTERO (Padre Vallés).
De una iglesia de Roquetas. Fraile exclaustrado que hizo amistad con Nelet. Fué capellán carlista y asistió a las cuatro mujeres que mandó fusilar Cabrera en represalia por la muerte de su madre.
La campaña del Maestrazgo (II).

* SANTÉS.
Guerrillero español.
Juan Martín el Empecinado (I).

* SANTÉS.
Nieto del famoso guerrillero español, amigo del Empecinado. Guerrillero él, tradicionalista, en 1874. Audaz, sutil y un poco bandolero. De su partida decía don José Ido del Sagrario que le había raptado a su amada hija Rosita en Fuentidueña de Tajo...
De Cartago a Sagunto (II).

— * SANTIAGO,
«el Mayor. Apóstol. Patrón de España.
Bailén (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Luchana* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III). *España trágica* (III).

— SANTIAGO («El Zurdo»).
Compadre de doña Leandra Quijada. De Peralvillo. Casó a su hijo con «la» María Grijalva, del mismo pueblo del Campo de Calatrava.
Bodas reales (II).

* SANTISO.
Amigo de Nicolás Estévanez, en cuya casa de la plaza de *Antón Martín* vivía este exaltado federalista (1873).
La primera República (III).

SANTIUSTE, Juan (alias *Tuste*).
Protagonista de varios *Episodios* de la cuarta serie. Fracasado estudiante, está a punto de fallecer de hambre en una

buhardilla, cuando lo descubre Teresita Villaescusa, que lo protege y se enamora de él. Más tarde es protegido por el marqués de Beramendi, que lo envía como *de delegado* a La Rápita y a Marruecos. Espíritu el de Santiuste en el que se mezclan el misticismo religioso y una ardiente adoración a lo femenino... *Arma mil filosofías absurdas*, por lo que el capellán Godino le bautiza con el nombre de *Confusio*. Harto de rodar de mujer en mujer, y acometido de terrible enfermedad, quedó medio lelo y fué pensionado por Beramendi, dedicándose el desdichado varón a redactar una *Historia lógiconatural de España*. Su fin fué el manicomio de Leganés.

V. TUSTE.

«SANTO BARATO».

De la partida de Calpena—1838—cuando se pasó éste al campo faccioso para cumplir una delicada misión «que le encomendó Espartero». «Hombre sin semejante para toda fiesta y bullanga.»

Vergara (II).

— * SANTO DOMINGO DE GUZMÁN (1170-1221).

Fundador de la Orden española de los Predicadores.

La segunda casaca (I).—*Un voluntario realista* (II).—*España trágica* (III).

SANTO PRECURSOR (El).

San Juan Bautista. Hijo de San Zacarías y de Santa Isabel. Fué degollado por orden de Herodes Antipas el año 32.

La segunda casaca (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Un voluntario realista* (II). *Mendizábal* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

— * SANTO TOMÁS.

Uno de los doce Apóstoles. Sufrió el martirio en la India.

O'Donnell (III).

— * SANTO TOMÁS (DE AQUINO) (1226-1274).

Llamado el *Doctor Angélico*. El máximo teólogo.

Las tormentas del 48 (II).

* SANTOÑA, Duque de.

Diplomático español (1875). Logró que el famoso Cabrera aceptara como rey de España a don Alfonso XII.

Cánovas (III).

SANTORCAZ, Don Luis.

Aventurero afrancesado. Tuvo relaciones amorosas con Amaranta, de las que nació la buena y bella Inés, novia de Gabriel Araceli. Introdujo en España la masonería, raptó a su hija Inés y se hizo perdonar por ésta, muriendo en sus brazos.

«Un hombre para mí desconocido, como de cuarenta años, no malcarado, antes bien con rasgos y expresión de cierta hermosura marchita, aunque no destruída por las pasiones o los vicios; alto de cuerpo, de mirada viva y sonrisa entre melancólica y truhanesca, como la de persona muy corrida en las cosas del mundo, y especialmente en las luchas de ese vivir, al par holgazán y trabajoso, a que conducen la sobra de imaginación y la falta de dineros; persona de ademanes francos y desenvueltos, de hablar facilísimo, lo mismo en las bromas que en las veras; individuo cuya personalidad tenía complemento en el desaliño casi elegante de su traje, más viejo que nuevo y no menos descosido que roto, aunque todo esto se echaba poco de ver, gracias a la disimuladora aguja que había corregido así las rozaduras del chupetín como la ortografía de las medias.

»Estas eran, si mal no recuerdo, negras, y el pantalón, de color de clavo pasado. Llevaba corto el pelo, con dos mechoncitos sobre ambas sienes, sin polvo alguno, como no fuera el del camino; su casaca oscura y de un corte no muy usual entre nosotros; su chaleco ombliguero, forma un poco extranjera también, y su corbata, informemente escarolada, le hacían pasar como nacido fuera de España, aunque era español. Mas, por otra circunstancia distinta de las singularidades de su vestir, causaba sorpresa la tal persona, y éste es un capitalísimo punto que no debe pasarse en silencio. Aquel hombre tenía bigote. Esto fué, ¿a qué negarlo?, lo que más que otra cosa alguna llamó mi atención cuando le vi inclinado sobre la mesa, comiendo ávidamente en descomunal escudilla unas al modo de sopas, puches o no sé qué endemoniado manjar, mientras amenizaba la cena contando entre

cucharada y cucharada las proezas de Napoleón I.»

Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Cádiz* (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

SANTORCAZ, Juan.

Antepasado de don Luis Santorcaz que compró la casa familiar de la calle del Cáliz, en Salamanca.

La batalla de los Arapiles (I).

SANTOS DE MALVAR, Don Celestino.

Simpático y bondadoso clérigo, protector delicado de Inesita Santorcaz y de Gabriel Araceli. Gran admirador de Godoy y gran poeta latino; pero tan desgraciado, que hasta un poema que compone en honor del valido famoso... es atribuído a Araceli. Murió fusilado por los franceses el día 3 de mayo de 1808 en los altos de la Moncloa.

V. MALVAR, Don Celestino Santos.

SANTURRIAS, Gorito.

Sacristán de la parroquia de Aranjuez que regía don Celestino Malvar.

«Una cara enjuta, arrugada y morena, con ojos vivarachos y tunantes; una cara de esas que son viejas y parecen jóvenes, o al contrario, a la cual daba peculiar carácter toda la boca necesaria para contener dos filas de descomunales dientes.»

Acabó de guerrillero con El Empecinado.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).

* SANZ.

Brigadier carlista (1836). Operaba en el Valle de Mena.

Luchana (II).

* SANZ, Alfonsito.

Hijo de la hermosa cantante Elena Sanz y de don Alfonso XII.

Cánovas (III).

* SANZ, Cayetano (1821-1891).

Famoso lidiador madrileño de reses bravas. Su influencia en la tauromaquia fué inmensa.

Cánovas (III).

— * SANZ, Don Pablo.

General carlista. Enemigo de Maroto (1838).

Vergara (II).

* SANZ, Dolores.

Hermana de la famosa cantante Elena Sanz.

Cánovas (III).

* SANZ, Doña Polonia.

Dentista muy popular en Madrid (1850).

Los duendes de la camarilla (II).—*Prim* (III).

* SANZ, Elena.

Hermosísima tiple española que fué amante de don Alfonso XII. Muy querida de Isabel II.

«A la tarde siguiente volví a casa de Segismundo, y puedo aseguraros que esta segunda visita fué memorable, digna ciertamente de ser marcada con piedra blanca en mis historias. Al entrar yo se despedía una dama elegantísima, guapetona, de grandes ojos negros fulgurantes, carnosa, espléndida en hechuras, bien plantada... Quedé absorto ante tan seductora belleza, y dije para mí: «Sin saber quién es esta mujer, sé que la he visto en alguna parte. ¿Dónde, Señor, dónde?... No me acuerdo.»

»Cuando Segis volvió de despedir a la linda señora, notando mi asombro y perpdejidad, me dijo:

»—Pero ¿no la conoces? Parece que estás tonto. Es Elena Sanz.»

Cánovas (III).

* SANZ, Eulogio Florentino (1822-1881).

Notable poeta y autor dramático español. Bohemio.

La revolución de julio (III).

SANZ, Vicente.

Fraile francisco, sobrino de la priora doña María del Pilar Barcones, capellán de honor con 20.000 reales «por gracia de la *madre* sor Patrocinio».

Los duendes de la camarilla (II).

* SAÑUDO.

Alcalde republicano de Santander en 1872, cuando el viaje de Amadeo I.

Amadeo I (III).

* SAORNIL, Jerónimo (1771-1815).
Guerrillero español de gran audacia. Llegó a coronel.
Juan Martín el Empecinado (I).

* SAPERES, Don José.
V. CARAGOL.

SARACHAGA, Teniente.
Del 5.º de Navarra, al que fué destinado don José Fago. «Hombre enérgico, de buenas formas, excelente militar y cumplido caballero. Ostentaba en la zamarra la cruz de Santiago.»
Zumalacárregui (II).

* SARASA.
Cabecilla carlista que venció al rebelde Iturralde y proclamó a Zumalacárregui comandante general de Navarra. Comandante general de la División Vizcaya.
Un faccioso más... (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Luchana* (II).

* SARDINA, Vicente.
Guerrillero español, lugarteniente del Empecinado.
«Era un hombre enteramente contrario a la idea que hacía formar de él su apellido; es decir, voluminoso, no menos pesado que un toro, bien parecido, con algo de expresión episcopal o canonjil en su mofletudo semblante muy risueño, charlatán, bromista y franco hasta lo sumo.»
Juan Martín el Empecinado (I).—*Narváez* (II).

* SARDOAL, Marqués de.
Político de *agallas* y muy monárquico, que combatió en las Cortes al federalismo (1873).
La primera República (III).

«SARGENTICO, El».
Mote del Tío.
V. FERMÍN el *Sargentico*.

SARGENTO BÁRBARO.
Carlista que cuidaba de los prisioneros—en Utiel—, entre los que estaba don Beltrán de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (II).

SARGENTO
que detuvo a Silvestre Quirós, a Santiaguito Ibero y a un amigo de aquél «por conspirar a favor de Prim».
Prim (III).

SARIÑÁN, Marqués de.
V. URDANETA, Don Rodrigo de.

— * SARMIENTO, Don Gómez.
Repostero del rey de Castilla don Enrique II.
Vergara (II).

SARMIENTO, Donato.
Sobrino de Sofía, la cuñada de Pepe García Fajardo y amigote de éste. «Un tarambana muy divertido.»
Las tormentas del 48 (II).

SARMIENTO, Don Patricio.
«Sesenta años muy cumplidos; alta y no muy gallarda estatura; ojos grandes y vivos; morena y arrugada tez, de color de puchero alcorconiano y con más dobleces que pellejo de fuelle; pero blanco y fuerte, con rizados copetes en ambas sienes, uno de los cuales servía para sostener la pluma de escribir sobre la oreja izquierda; boca sonriente, hendida, a lo Voltaire, con más pliegues que dientes y menos pliegues que palabras; barba rapada de semana en semana, monda o peluda, según que era lunes o sábado; quijada tan huesosa y cortante que habría servido para matar filisteos y que tenía por compañero y vecino a un corbatín negro, durísimo y rancio, donde se encajaba aquélla como la flor en el pedúnculo; un garrote, de quien no se podía decir que fué encarnado, si bien conservaba históricos vestigios de este color, la cual prenda no se separaba jamás de la cúspide capital del maestro; luenga casaca castaña, aunque algunos la creyeran nuez por lo descolorida y arrugada; chaleco de provocativo color amarillo, con ramos que convidaban a recrear la vista en él como en un ameno jardín; pantalones ceñidos, en cuyo término comenzaba el imperio de las medias negras, que se perdían en la lontananza oscura de unos zapatos con más golfos y promontorios que puntadas, y más puntadas que lustre; manos velludas, nervudas y flacas, que ora empuñaban crueles disciplinas, ora la atildada pluma de finos gavilanes, honra de la escuela de Iturzaeta; que unas veces nadaban en el bolsillo del

chaleco para encontrar la caja de tabaco, y otras buceaban en la faltriquera del pantalón para buscar dinero y no hallarlo... Tal era la personalidad física del buen Sarmiento.»

Tenía una escuela de niños en la calle de *Coloreros* hacia 1821. En el fondo era una excelente persona, pero estaba cegado hasta tal punto por la pasión política, que negó un sorbo de agua al absolutista Gil de la Cuadra, registró brutalmente su domicilio cuando se hallaba moribundo su enemigo político y lo asesinó en la jornada del 7 de julio con fiera saña. Desesperado por la muerte de su hijo, se entrega a la Policía y termina su existencia en la horca de la plaza *de la Cebada* con muerte digna de un antiguo héroe. Su fin—según Galdós—está inspirado en el de don Pablo Iglesias, ahorcado el 24 de agosto de 1825.

El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).

— * SARMIENTO (DE GAMBOA), Pedro (siglo XVI).

Explorador enviado por Felipe II a la Patagonia. Descubrió numerosas islas en las costas americanas del Sur y dejó escritos lindos relatos de sus viajes.

La vuelta al mundo... (III).

SARMIENTO DE SILVA, Doña Victorina.

Madrina de profesión religiosa de Domiciana Paredes. Dama de la infanta Carlota. Vieja rica y achacosa. Era camarista de Palacio.

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

— * SARRIÁ, Marqués de.

General español que se distinguió en la guerra contra Portugal (1762).

Bailén (I).—*Napoleón, en Chamartín* (II).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (III).

SARRIERA, Doña Leocadia.

Esposa de don José de Montoria. Aragonesa de cepa. Devotísima. De corazón de oro purísimo.

Zaragoza (I).

* SARSFIELD, General.

V. SAARSFIELD.

* SARTORIUS, Luis.

Conde de San Luis (1817-1871). Político español. Ministro varias veces (1847, 1849), presidente del Consejo de ministros (1853). En 1848 escribía de él Pepe Fajardo:

«Representa Sartorius cuarenta años; es de buena presencia, el rostro expresivo, el bigote corto y rubio, la mirada sagaz, modales y conversación de exquisita urbanidad. En él veo un raro ejemplo de aristócratas espontáneos, como yo, es decir, hombres que sin haber nacido en dorada cuna parecen destinados por Dios e ser fundamento de la nueva nobleza que ha de levantarse sobre las ruinas de la antigua...»

La estafeta romántica (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*España sin rey* (III).

* SAS, Mosén Santiago.

Presbítero patriota zaragozano que mandaba una guerrilla durante los sitios de Zaragoza. Los franceses, ya dueños de la ciudad, con ruindad increíble lo cosieron a bayonetazos y lo arrojaron al Ebro.

Zaragoza (I).

SASTRE

madrileño, amigo de Pepe Ferreras. Le entusiasmaban los cambios de Gobierno, porque suponían... muchos ternos nuevos de lanilla para los flamantes gobernadores civiles.

De Cartago a Sagunto (III).

— * SATUÉ, Don Francisco.

Militar español. Uno de los heroicos defensores de Gerona. Tomó de asistente a Andresillo Marijuán.

Gerona (I).

SATURIO.

El amolador de las Niñas de Loreto.

Cánovas (III).

— SATURNO.

Hijo del Cielo y de la Tierra. Devoró a sus hijos para que no le destronaran, como él había hecho con su padre. Real,

su esposa, logró, salvar a Júpiter, Neptuno y Plutón.
Narváez (II).

SAURI, Padre Francisco.
Jesuíta del Colegio Imperial. Amigo de Gracián.
«Buen sujeto, catalán, ministro y procurador del Seminario. Tenía treinta y nueve años de edad y diecisiete de Compañía. Su celo por el esplendor de la casa era extraordinario.»
«Joven, flaco, pálido, valiente.»
Fué el primer sacerdote a que lincharon las hordas en 1834.
Un faccioso más... (II).

* SAUVALLE, Alfredo.
Diputado a Cortes (1873). Cantonalista y ministro de Hacienda del Gobierno provisional de la Federación Española, constituído en Cartagena.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * SAVARY.
V. ROVIGO, Duque de.

— * SAVONAROLA, Jerónimo (1452-1498).
Religioso dominico italiano. Predicó contra la corrupción de los nobles y de los eclesiásticos. Fué quemado como hereje.
El Grande Oriente (I).

SAYONES (Dos),
que prendieron a Fernandito Calpena. Eran «de mala facha, con formas rudas y descorteses» y «feos y brutos».
Mendizábal (II).

— * SCALA, Cardenal de la.
Gran intrigante en la Corte de Fernando VII.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * SCALÍGERO, Julio César (1484-1558).
Médico y escritor francés insigne. Editó de manera excelente los clásicos griegos y latinos.
El 7 de julio (I).

— * SCEVOLA, Quinto Mucio (142-82 antes J. C.).
Procónsul en Africa, Pontífice máximo, fué asesinado por orden de Mario. Gran jurisconsulto.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).

— * SCOTT, Sir Walter (1771-1832).
Novelista inglés de fama universal.
La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).

* SCROPP.
Tenía una tienda de objetos de regalo en la calle *de la Montera*, desde 1850.
O'Donnell (III).—*España trágica* (III).

— * SCHILLER, Juan Federico (1759-1805).
Famoso dramaturgo y poeta alemán. Autor de *Guillermo Tell y Los bandidos.*
La Corte de Carlos IV (I).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*España trágica* (III).

* SCHUBERT, Franz (1797-1826).
Célebre músico austríaco.
Cánovas (III).

* SEBASTIÁN, El infante don.
Hijo de la princesa de Beira.
«Era don Sebastián de estatura mediana, tirando a corta, de pocas carnes, el rostro grave y desapacible, con un poco de estrabismo en los ojos, bien afeitado el cabello compuesto al uso con un poquito de melena ahuecada sobre las orejas, y la raya al lado izquierdo del cráneo. Si vulgarísimo era por su figura, no así por sus modales, de exquisita distinción: digno sin altanería, accesible, cariñoso, conservando siempre la superior postura. Sabía ser infante de España; sabía sostener su papel de ilustrado, peregrino papel en príncipes, y aun engalanarse con la flor de la modestia, que tan difícilmente se cría en la seca atmósfera de la adulación.
Los apostólicos (II).— *De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Las tormentas del 48* (II). *La de los tristes destinos* (III).

* SEBASTIANA, *Señá.*
Tabernera de la *Plaza Mayor*. Esposa del señor Tomás. Amigos ambos del insigne Tito y de su reiterado segundo amorío, Obdulia.
Amadeo I (III).

— * SEBASTIANI (Horacio Francisco Bastieu, Conde de) (1772-1851).
Un general francés que dispersó al

Ejército español llamado del *Centro* (1809).
Gerona (I).

«SEBO».
Mote de.
V. PORTILLO Telesforo del.

SECRETARIO
del embajador de España en Roma, Castillo Ayenda; fué él quien enteró a la familia de José García Fajardo de las andanzas y travesuras de éste en la Ciudad Eterna.
Las tormentas del 48 (II).

SECRETARIO
de la Inquisición. Primo de Baraona.
El equipaje del rey José (I).

SECTARIO
furibundo que *tronaba* en Madrid (julio de 1854) contra *los polacos* o Gobierno y secuaces de Sartorius, conde de San Luis.
La revolución de julio (III).

«SEDA».
«Una mujer a quien llaman *Seda*, huesuda, larguirucha y muy charlatana.» Iba en la partida de *Uva*.
Vergara (II).

SEDALIZ.
Seductor de la Saloma de Borja. Alpargatero de este pueblo.
Zumalacárregui (II).

* SEGARRA.
Cabecilla carlista que fué muerto de un balazo durante el asedio de Cuenca (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

SEGISMUNDA RODRÍGUEZ.
Esposa de Gregorio García Fajardo. De ella opinaba su cuñado Pepe:
«Es muy bella y elegante, aunque, dicho sea en secreto, un poquito retocada con sutiles afeites; sabe cumplir con su casa y con la sociedad, gobernando muy bien la primera y atendiendo a las buenas relaciones, tan necesarias al género de vida que hoy lleva su activo esposo. Si Sofía estanca a su marido en la charca pantanosa del politiqueo, Segismunda dirige los pasos del suyo por caminos penosos y difíciles, pero de sólido piso, y que pueden conducir a las zonas más fructíferas de la existencia. A poco de tratar a esta segunda cuñada mía, la tuve por mujer de entendimiento y de voluntad firme. En vez de afligirse ante las necesidades, busca medios seguros de atender a ellas, y mirando al porvenir tanto como al presente, fijo el pensamiento en sus dos hijos y en los que aún pudiera tener, lanza valerosa y cruelmente a su marido a un trabajo rudo, no de gabinete, sino de actividad febril, mañana, tarde y noche, por las anchuras y estrecheces de Madrid.
»Y ella por su lado y en su femenil esfera, trabaja también ayudando al hombre, suavizándole asperezas o allanándole obstáculos. Viste bien, recibe y paga visitas, aparenta holgada posición, no deja traslucir al exterior las ascéticas economías que practica en su vivienda. Sonríe cuando por dentro le andan terribles procesiones: en su pintado rostro bonito se revela la mujer audaz y codiciosa que desea la buena vida para sí y para los suyos, y sabiendo dónde lo hay, pone en juego todos los recursos para traerlo a casa.»
Terminó su vida dedicada a los préstamos usurarios, hipando por la grandeza y rabiosa alfonsina.
Las tormentas del 48 (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*Cánovas* (III).

— * SEGOVIA.
Periodista notable, poeta jocoso y satírico español del siglo XIX.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II).

SEGUNDITO Y PRIMITIVO CORDERO.
Hijos de don Benigno y doña Robustiana.
«De los dos varones poco puede decirse; eran pequeñuelos, traviesos y muy devotos hermanos de la Hermandad del Novillo. En aquel tiempo las familias discurrían el modo de congraciarse con el bando dominante, y uno de los sistemas más eficaces durante el trienio había sido vestir a los niños de milicianos nacionales. Cambiadas radicalmente las cosas, doña Robustiana, que quería estar en paz con la situación, siguió la general moda, vistiendo a los borregos de frailes. Los domingos, Primitivo y Segundito salían a la calle hechos unos padres priores que daban gozo.
El terror de 1824 (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

SEGUNDO
de Tiliú. Guerrillero.
Un voluntario realista (II).

SEGUNDÓN
de Ezpeleta. Amigo de don Beltrán de Urdaneta y de don Baldomero Espartero.
Luchana (II).

* SEIJAS LOZANO.
Político español de ideas tradicionales (1848).
Las tormentas del 48 (II).

SEISDEDOS.
Jefe militar. Amigo de Ibero. Afecto incondicional a Espartero.
Montes de Oca (II).

* SELGAS, Pepe (1822-1882).
Periodista y poeta español de mérito. Gran amigo de los Fajardo-Emparán.
Los duendes de la camarilla (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

SELVA-ALEGRE, Marquesa de.
Señorita de la aristocracia madrileña. «Flor humana...», muy elogiada a Fernando Calpena por la *deidad oculta*.
De Oñate a La Granja (II).

SELVA FRÍA, Pilar.
Dama noble. Amiga de doña Consolación Armada y de Pilar Loaysa.
«Con perdón de usted, y empleando un término de la literatura popular andaluza, hoy tan en boga, le diré que su amiga de usted me ha parecido una *ezgalichaota;* no hallo mejor manera de expresar su ceceo andaluz y la indolencia de sus posturas, por causa de la excesiva lozanía de carnes, que sin duda le pesan; en el desbarajuste de aquella máquina creeríase que las distintas piezas quieren caerse cada una por su lado.»
Así escribe Fernando Calpena a su madre.
La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * SEMÍRAMIS (siglo XII a. J. C.).
Reina legendaria de Asiria y Babilonia casada con el rey Nino, a quien hizo asesinar.
Los apostólicos (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*Aita Tettauen* (III).

— * SEMPERE.
Guerrillero de la Fe que combatió en el reino de Valencia (1823) a las huestes liberales de Ballesteros.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * SEMPERE, Juan (1754-1830).
Jurisconsulto español de recto criterio y mejor juicio.
El Grande Oriente (I).

— * SEN o SEM.
Hijo mayor de Noé. Padre de la raza *semita*.
Los apostólicos (II).

— SENDALAMULA, Don Roque.
Escribano de Almodóvar. Amigo de doña Leandra Quijada.
Bodas reales (II).

— * SÉNECA, Lucio Anneo (4 a. J. C.-65 d. C.).
Famosísimo filósofo cordobés, preceptor de Nerón.
Napoleón, en Chamartin (I).—*Un jaccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

«SEÑÁNGELA».
Criada en la pensión donde vivía el *perdis* de Segismundo Fajardo, en Madrid.
«En esto, la puerta se abrió con estridente ruido, y en su hueco apareció una bestia feroz con trazas de mujer, desgreñada, bigotuda, alta de barriga, baja de pechos, y éstos colgantes como pellejos puestos a escurrir, los ojos bizcos, la trompa encarnada, la boca torcida y los pies en chanclas astrosas, vestida de sucio y armada de una escoba: bruja, en fin, truculenta.»
Se portó generosamente con el desdichado ente; y en 1875, cuando regresó éste derrotado de París, le albergó en su cuchitril de la calle *de Cabestreros*.
España trágica (II).—*Cánovas* (III).

SEÑOR
de edad provecta, con trazas de hombre de mar. Hablaba un catalán cerrado.

Compañero de viaje de Santiuste entre Alcañiz y Ulldecona (1860).
Carlos VI, en la Rápita (III).

SEÑOR...
«Señor de mediana edad, alto y de buen porte, suelto de ademanes y de lengua.» Conocido de *Leona la Brava*, quien *se reunió* con él. De tal personaje escribe el insigne Tito:
«Ocasión es ésta de deciros algo del señor a cuya sombra realizaba Leonarda sus planes educativos, y os daré clara razón de él, reservando su nombre conforme a la delicada prescripción de su coima. Era el empingorotado caballero un terrible burócrata, que siempre tenía puesto en las situaciones liberales por su pericia en el mangoneo expedientil. Conocíale yo de vista y no dejaba de admirar su corpulenta figura, su pulida ropa, la mirada de protección y los andares majestuosos que centuplicaban su indudable importancia. Bigote y perilla muy poblados y teñidos de negro, decoraban su rostro. En su pechera y en sus dedos lucían brillantes espléndidos.
»Pero lo más característico de tan imponente persona eran los sombreros que usaba. La forma de tan descomunales chisteras estuvo muy en auge del 60 al 70; el primero que la llevó fué don José Salamanca. Adoptada después por el *marqués del Bacalao*, Gándara, un conocido agente de negocios y varios bolsistas y banqueros, siguió imperando en un corto número de cabezas de notoria respetabilidad. Cuentan que fué ministro un sujeto por el solo mérito de usar aquella prenda, cuya especialidad tenían los sombrereros Campo y Odone. Era un armatoste de alas anchas y retorcidas por los lados, con alta copa cilíndrica, semejante a la chimenea de un vapor. El arrimo de la *Brava* usó siempre la forma más hiperbólica. Visto por detrás, el ajuste del sombrero en la cabeza dejaba a la intemperie un segmento de la lustrosa calva del buen señor. Completo en dos palabras el trazado de esta figura diciéndoos que era uno de esos inconmensurables imbéciles que están siempre en candelero.»
De Cartago a Sagunto (III).

«SEÑOR INFLADO,
calvo y herpético.» «Hablaba con salpicaduras de saliva y un galopar tumultuoso de conceptos.» Había sido en su juventud camarero de una fonda. Se fué a la Habana y regresó rico.
Amadeo I (III).

SEÑOR VIEJO
que acompañaba a Teresita Villaescusa (1859) cuando ésta, en la estación de Atocha, despedía al Ejército español que marchaba a Africa.
Aita Tettauen (III).

SEÑORA
«de agradable rostro, lozana y risueña, viuda sin hijos, que tenía fincas en La Bureba». Conoció al insigne Tito en un viaje de Madrid a tierras de Burgos.
Amadeo I (III).

* SEÑORA
de González Arnao, «la cual era muy obesa y padecía de estreñimiento».
Mendizábal (II).

SEÑORA
de Zaragoza que protegió a la hermosísima Lucila Ansúrez.
Narváez (II).

SEÑORA AFRANCESADA.
V. PEPITA, Doña.
Esposa del oidor don Urbano, que salvó la vida a Salvador Monsalud.

SEÑORA HERMOSA.
V. MUJER HERMOSA.

SEÑORA INCÓGNITA.
V. LOAYSA, Pilar de.

SEÑORA JAMONA Y RISUEÑA.
Dama cacereña que vino a Madrid (1869) para asistir a las sesiones de Cortes en que hablaran «los diputados jóvenes».
«A la tarde siguiente fué don Wifredo más venturoso, porque desde que entró en la tribuna le sonrió la suerte por la linda boca y ojos de una señora que le tocó por vecina. Era jamona, risueña, larga de lengua y opulenta de pechuga, corta de resuello por las apreturas del corsé, el rostro harto retocado de afeites, tan cargadita de buenas joyas como aliviada de cortedad. Su desembarazo

era tal, que apenas vió a su lado a Romarate, trabó conversación con él.»
Estaba casada con el terrible.
V. HILARIÓN, Don.
España sin rey (III).

SEÑORA MAYOR,
«... esposa de un compañero de oficina de Milagro, muy rolliza de carnes, y de ideas harto enjuta, pues no hablaba más que de novenas y modas, o del eterno sisar de las criadas.»
Montes de Oca (II).

SEÑORAS HEBREAS
de Gibraltar. Llegaron a Tetuán (1860) con las modas femeninas más detonantes.
Carlos VI, en la Rápita (III).

SEÑORES (DOS).
«Junto a don Santos había dos señores que afectaban cierta gravedad y se creían depositarios del buen sentido y órganos de toda opinión sesuda. Eran dos solemnes marmolillos, de esos que se precian de poner los puntos sobre las íes y de quitar caretas a todo el género humano.»
La primera República (III).

— * SEOANE, Don Antonio.
Jefe cristino a las órdenes del generalísimo Valdés (1835). Capitán general de Madrid en 1836.
Zumalacárregui (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*O'Donnell* (III).

* SEOANE, Señora de.
Esposa del jefe cristino que fué capitán general de Madrid (1836).
Montes de Oca (II).

SERAFINA.
Doncella de Inés.
Napoleón, en Chamartín (I).

SERAFINA.
«Una señora, o con apariencias de tal, que alguna vez se personaba en su casa; mujer de peso, de historia y de mucha labia, de estas que vienen a menos por desgracias de familia, o por picardías de hijos desnaturalizados. Había sido famosa *cuca;* vestía decentemente, sin borrar de sí la inveterada traza *celestinoide.*»
Se amistó con Teresita Villaescusa para proponerla la *protección* de un opulento señor, «... persona sentada, tan limpio que da gloria verle; la cara bonachona, los cabellos entrecanos..., figura hermosa en sus años maduros...», que tenía la contrata de todo el tabaco de España.
O'Donnell (III).

SERAFINITA.
Esposa de Andrés Monsalud.
«La señora de Monsalud era una mujer de presencia no vulgar ni desagradable, pero muy gastada y decaída por causas que ignoramos. Durante un matrimonio estéril, que ya contaba trece años, marido y mujer no habían ofrecido al mundo un modelo perfecto de concordia. Repetidas veces se separaron, para volver a juntarse; repetidas veces crujieron los palos de las inválidas sillas y volaron por el aire los platos desportillados, instrumentos unas y otros de la ciega cólera homicida de ambos consortes. Andrés Monsalud era hombre de mala conducta, fatuo, desarreglado, trapisondista, embrollón, aventurero; Serafinita pecaba de caprichosa, holgazana, embustera, y tenía más vanidad que una princesa, gustando mucho de emperifollarse y, sobre todo, de aparentar posición y suponer posibles muy superiores a lo que, en realidad, tenían ella y su marido, pues reunida la fortuna inmueble de entrambos, allá se iba con la nada.
»Por último, después de la tragedia de Babilafuente, Serafinita logró atraer a su marido y poner casa en Madrid, y de la noche a la mañana, por mediación generosa de un caballero francés, dieron a Andrés un regular destino en la Visita de Propios, con lo cual uno y otro estaban tan huecos, que de allí a tratar a Dios de *tú* apenas había el canto de una peseta. Su morada, no obstante, era humildísima, porque el sueldo no rayaba ciertamente en Potosí; mas Serafinita se esmeraba en aumentar con mil artificiosas combinaciones el lustre y aparato de su casa.»
El equipaje del rey José (I).

SERENO
de la calle *de Rodas*.
Los duendes de la camarilla (II).

— * SERENO SAMÓNICO (Quinto Sereno Sammonicus) (siglo III).
Famoso médico romano. Murió envenenado en un festín, por orden de Caracalla.
Aita Tettauen (III).

* SERRA, Narciso (1830-1877).
Famoso poeta y dramaturgo. En 1854, cuando la revolución de *chorizos* y *polacos*, cadete de Caballería.
La revolución de julio (III).

«SERRADOR».
Cabecilla carlista en el Maestrazgo (1837).
La campaña del Maestrazgo (II).—*Narváez* (II).

SERRANO.
Compañero de Fernandito Calpena en el Ministerio de Hacienda.
«... prematuramente y seco como un esparto, habitante en una casa de huéspedes de ínfima categoría, parroquiano fósil de diferentes cafés, hizo amistades, seducido por la sabrosa erudición que ostentaba en cosas y personas de Madrid. Muchas tardes iba con él al *Nuevo*, y se le pasaban mansamente las horas oyéndole contar anécdotas que parecían mentira, siendo verdades, y embustes que resultaban perfecto simulacro de la verdad. Por Serrano (que así se llamaba) supo Calpena que su jefe, don Eduardo Oliván, era un hombre desgraciadísimo en su vida doméstica, aunque no conocía, o aparentaba no conocer, su propia desgracia. La paz que en su hogar reinaba era la proyección de su mansedumbre, virtud con la cual adquirido había una triste celebridad. Ponderó Serrano la seductora hermosura de la mujer del jefe, y algo dijo también de su familia, muy conocida en Madrid. Se la veía muy a menudo en teatros y paseos, fingiendo una posición que no tenía, alternando con personas cuya riqueza consistía en bienes raíces o en rentas que estaban a la vista de todo el mundo. Las de aquella buena señora eran un tanto enigmáticas.» Hombre amargadísimo, calumniador, mal hablado.
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).

* SERRANO BEDOYA.
Político y jefe militar español. Preso por orden de González Bravo (1867). Fué ayudante de Espartero en 1838.
Vergara (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

* SERRANO DEL CASTILLO, General.
Combatió a Prim en 1866.
Prim (III).

* SERRANO DOMÍNGUEZ, Francisco (1810-1885).
Capitán *isabelino* en 1836 y «un mozo de lo más vivo y simpático que se pudiera imaginar; mediana estatura, rostro agraciadísimo y sonriente, edad poco más o menos la de Calpena».
Varias veces ministro. Regente del reino en 1869. Presidente del Consejo con Amadeo I. Amante de Isabel II.
En 1854:
«Tenía Serrano, capitán general de Madrid, lo que en Andalucía llaman *ángel*. Más que a su guapeza, por la que obtuvo de la real boca el apodo de *General bonito*, debía los éxitos a su afabilidad, ciertamente compatible, en el caso suyo, con el valor militar temerario, en ocasiones heroico. Fascinaba a las tropas con alocuciones retumbantes, como las de Espartero, y las llevaba tras sí con el ejemplo de su propia bravura, dando el pecho al peligro. Era, pues, un valiente, no inferior a ninguno de los demás caudillos de nuestras luchas civiles, perfecto guerrillero más que general, y con su valor, su buena estampa y la *suerte*, que suele acompañar a los atrevidos en épocas de revueltas y en países cuya legislación y costumbres no están fundamentadas sobre sólidas instituciones, llegó muy joven a la cumbre de la jerarquía militar... Entiéndase que el valor de Serrano era exclusivamente del orden guerrero, pues fuera de los dominios de Marte su voluntad desmayaba, haciéndose materia blanducha, fácilmente adaptable a las formas sobre que caía.»
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*O'Don-*

nell (II).—*La vuelta al mundo...* (III). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* SERRANO Y CUENCA.
Mariscal. Padre del famoso general Serrano Domínguez.
De Oñate a La Granja (II).

— * SERTORIO, Quinto (121-72 a. J. C.).
Político y general romano, partidario de Mario. Huído a España, levantó a sus naturales contra Sila y derrotó a los mejores generales de éste. Le asesinó, mientras dormía, su lugarteniente Perpenna.
El Grande Oriente (I).—*Narváez* (II). *Cánovas* (III).

SERVANDA.
«Gorda, jovial y zalamera.» Esposa de José Milmarcos. Vivía en Tor del Rábano. En su casa pasó tres días reponiéndose Santiaguito Ibero.
Prim (III).

SERVANDA.
«Una mujer muy sutil que *celestinea* maravillosamente.» De ella intentaba servirse Bartolomé Gracián para reconquistar el amor de Lucila Ansúrez cuando ya estaba casada.
La revolución de julio (III).

SERVET, Jaime.
Comerciante de Barcelona. Bajo cuyo nombre y fisonomía se ocultaba el famoso Salvador Monsalud.
«Era el preso un hombre como de treinta y cuatro años, de gallarda figura y hermoso semblante. Sus modales y su vestir revelaban esa hidalguía que antes se consideraba principalmente vinculada en la alcurnia, pero que ha tiempo ha pasado al patrimonio de todas las clases, aunque siempre viene desde la cuna. Su mirar tenía severidad y altivez en la precisa dosis que cabe dentro de la cortesía. Era bastante moreno, con hermoso pelo y bigotes negros; calzaba botas polacas, y el corte de su traje indicaba la mano de sastre extranjero. Su sombrero, que llevaba con gracia, no tenía entonces precedente en las modas españolas, pues era uno de esos blancos platos de lana que después se usaron mucho llevando el nombre de boinas. Este no era aún un nombre fatídico.»
Un voluntario realista (II).—*Los apostólicos* (II).

SERVIDORA
de doña Josefina Comeford.
Un voluntario realista (II).

* SESA, Duque de.
(1870).
España trágica (III).

SEUDOQUIS, Angelito.
Hermano de don Rafael. Enamorado de Elenita Cordero y amado por ella. Así hablaba de él Elenita:
«El pobre muchacho es muy bueno, de noble familia, superior a nosotros, que somos tenderos; es honrado, caballero, muy fino, muy valiente, según él mismo me ha dicho..., y quiere casarse conmigo.» Rafaelito fué preso (1824).
El terror de 1824 (I).—*Los apostólicos* (II).

* SEUDOQUIS, Don Rafael.
Liberal y conspirador. Masón. Ayudante del brigadier Rotten (1823) en la lucha contra los realistas. Amigotes de Monsalud y de Aviraneta.
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un faccioso más...* (II).

* SEVILLA, Coronel.
Peruano. Afecto a España. Defendió a Lima (1865) contra las tropas de Canseco, el revolucionario y antiespañol vicepresidente de la República.
La vuelta al mundo... (III).

* SEVILLA LA NUEVA: Marquesa de.
Dama de honor de Isabel II.
Narváez (II).

* SEVILLANO, Duque de.
Banquero madrileño al que detuvo el *tambaleante* Gabinete del conde de San Luis (1854).
La revolución de julio (II).—*O'Donnell* (III).

* SEXTO, Duque de.
Político y palatino español. Gran caballéro de Isabel II, a la que acompaña-

ba con frecuencia en su destierro de París.
Cánovas (III).

* SFORZA, Monseñor Riario.
Cardenal Carmalengo. Roma (1846).
Las tormentas del 48 (II).

— * SHAKESPEARE, Guillermo (1564-1616).
El más grande dramaturgo de todas las épocas. Nació en Stratford (Inglaterra).
La Corte de Carlos IV (I).—*Cádiz* (I). *España trágica* (III).

SHERIFF EL BARACA.
Venerable santón de Tetuán (1860). Padre de Sid Afailal.
Aita Tettauen (III).

* SICILIA, Jacinta.
Rica heredera de Logroño, esposa de don Baldomero Espartero. Encantadora mujer. Bella. Discreta. Amable.
Luchana (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).

— * SICILIAS, Fernando II, Rey de las dos (1810-1859).
Hijo de Fernando I. Hermano de la reina de España doña María Cristina de Borbón.
De Oñate a La Granja (I).—*La estafeta romántica* (II).

* SICKLES, Míster.
Embajador de los Estados Unidos en España (1870).
España trágica (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

SID AFAIFAL.
Hijo de un famoso *sheriff* de Tetuán, más aficionado a la poesía que a la guerra. Cuando se perdió Tetuán... 1860...
«Venía como loco, dando gritos y extendiendo los brazos, ya para increpar a los que entregaban al cristianismo la bella ciudad, ya para dirigir a ésta, que entre sombras se veía, melancólica, dulces requiebros amorosos. Callamos oyéndole, pues aquel hombre que clamaba con poéticas voces en medio de los caminos poseía seductora elocuencia; los heridos se reanimaban oyéndole, y hasta se creería que los muertos ponían atención al vago discurso difundido en la noche.»
Aita Tettauen (III).

SIDI EL HACH MOHAMED BEN JAHER...
V. MOHAMED BEN JAHER...

SIDI EL HACH MOHAMED BEN SUR EL NASIRY.
V. MOHAMED BEN SUR...

— * SIERRA PAMBLEY.
Político liberal. Ministro de Hacienda en el Gabinete de Martínez de la Rosa (1822).
El 7 de julio (I).

— * SILA, Lucio Cornelio (138-78 antes Jesucristo).
General y hombre de Estado romano. Venció a Mario. Se declaró dictador.
Narváez (II).

«SÍLFIDE, La».
Daifa de *postín*.
Amadeo I (III).—*Cánovas* (III).

— * SILÍCEO, El cardenal (Dr. Don Juan Martínez-Muñoz) (1475-1557).
Sabio prelado y cardenal español que rigió la diócesis toledana. Confesor de Carlos I.
La Corte de Carlos IV (I).—*Amadeo I* (III).

* SILVA.
Alférez de navío, español, que se distinguió en la guerra contra Chile y Perú (1865-66).
La vuelta al mundo... (III).

— SILVA, Celimena de.
Madre del *distinguido* galeote don Jenaro de Bocángel.
De Cartago a Sagunto (III).

* SILVA, Eugenia de (marquesa de Madrigal).
Dama de Isabel II. Aya de sus hijas las infantas Eulalia y Pilar. Y era madrina de Tinito García Fajardo, al que adoraba como si su hijo fuera.
La de los tristes destinos (III).

* SILVELA, Don Francisco (1845-1905).
Gran político y escritor español. Académico de la Lengua, de la Historia, de Bellas Artes y de Ciencias morales y

políticas. Ministro varias veces. Presidente del Consejo en 1899 y en 1902.
España sin rey (III).—*Cánovas* (III).

* SILVELA, Don Manuel (1830-1892).
Hermano de don Francisco. Político y escritor. Ministro de Estado con el Gabinete Prim (1869) y *montpensierista*.
Amadeo I (III).

SILLERO,
«conocido en todo el barrio por sus ideas fogosas» (1855).
O'Donnell (III).

SIMI.
Destiladora de perfumes en Tetuán (1860). Algo bruja. Suave embaucadora.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

— SIMÓN.
Personaje de la comedia de Moratín *El sí de las niñas*.
La Corte de Carlos IV (I).

SIMÓN PATERNINA.
Uno de los sargentos sublevados en el Cuartel de San Gil (22 de junio de 1866) y condenados a muerte. Fué ejecutado en la Puerta de Alcalá, junto a sus compañeros. Era amante de Rafaela Hermosilla, una de las *Zorreras*.
V. PATERNINA, Simón.
La de los tristes destinos (III).

SIMONA.
Tía de la joven Casiana, que asistió en su casa al insigne Tito, maltrecho a consecuencia de una melopea fenomenal.
«La tía de Casiana, Simona, era una mujer tan avezada al trabajo casero, que ni un momento daba paz a sus manos bastas, así en la cocina como en el barrido y fregoteo de las humildes habitaciones.»
Cánovas (III).

— * SIMONÓ, Don Marcos.
Militar y gran patriota zaragozano. Murió en la toma por los franceses del convento de Jerusalén (1808).
Zaragoza (I).

«SIMPLICIO, Don».
Nombre burlesco que daba Teresita Villaescusa a su viejo amante el marqués de la Sagra.
V. SAGRA, Marqués de.

SIMPSON, Abraham.
Coronel inglés de Artillería, muy amigo y enamorado de miss Fly.
«Un oficial inglés, algo viejo, pequeño de rostro, no menos encarnado que su uniforme, y cuya carilla arrugada y diminuta se distinguía por cierta vivacidad impertinente, de que eran signos principales una nariz picuda y unos espejuelos de oro. Acostumbrados los españoles a considerar ciertas formas personales como inherentes al oficio militar, nos causaban sorpresa y aun risa aquellos oficiales de Artillería y Estado Mayor, que parecían catedráticos, escribanos, vistas de aduanas o procuradores.»
La batalla de los Arapiles (I).

— * SISBERTO.
Lugarteniente del rey godo Leovigildo. Confidente secreto de la reina ariana Goswinda, segunda mujer de Leovigildo.
La Corte de Carlos IV (I).

SISETA.
V. MONGAT, Narcisita.

— SÍSIFO.
Hijo de Eolo y de Enareta. Esposo de Mérope. Fundador y rey de Corinto. Fué castigado, en los infiernos, a subir a hombros una enorme piedra desde la base a la cúspide de una montaña; labor ininterrumpida, pues en el momento de llegar arriba la piedra volvía a caer...
España sin rey (III).

SISÓ.
Un chiquillo gerundense que murió de hambre durante el sitio puesto a la ciudad heroica por los franceses.
Gerona (I).

— * SKOCDOPOLE, Juan Daniel (1817-1877).
Gran compositor y director de orquesta austríaco. Actuó en Madrid hacia 1844.
Bodas reales (II).

* SOBRADIEL (Hijo del conde de).
Ayudante del general Ortega, que se alzó por el Pretendiente don Carlos (VI) en la Rápita. «Era un soñador.»
Carlos VI, en la Rápita (III).

SOBRINA
del duque de Granada de Ega. Esposa de don Beltrán de Urdaneta.
Luchana (II).

SOBRINO
del contratista de la plaza de toros, «con poca bambolla y muchos cuartos». Novio que fué de Teresita Villaescusa.
O'Donnell (III).

* SOBRINO, Hijos de.
Tenderos de lencería en la *calle de Majaderitos* (1850).
La revolución de julio (III).

— SOBRINO (Un).
Del arcipreste de Alcaraz.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

SOBRINO (Un).
De Santos Ladrón. Apostólico de Navarra, condenado a muerte en 1833.
Un faccioso más... (II).

SOBRINO (Un).
Del marqués de M***, a quien se le hizo del Consejo Real.
La segunda casaca (I).

SOCIAS.
Jefe militar deportado «en cuerda» desde Leganés.
Los duendes de la camarilla (II).

* SOCIAS, General.
Pronto a sublevarse por un quítame allá esas pajas...
La primera República (III).

SOCOBIO.
«Clérigo insinuante y tierno de la Real Capilla, pariente de don Serafín...»
Los ayacuchos (II).

SOCOBIO, Andrés Avelino.
Primo hermano de don Serafín. Capellán palatino.
Bodas reales (II).

SOCOBIO, Don Emigdio.
Escribiente de la Secretaría de Cámara y Estampilla.
Bodas reales (II).

SOCOBIO, Don Félix de.
Vicario foráneo de Laguardia. Hermano de don Higinio. Gran amigo de don José María de Navarridas.
La estafeta romántica (II).

SOCOBIO, Don Laureano.
Ujier de Palacio.
Bodas reales (II).

SOCOBIO, Don Lázaro.
Tío de don Serafín. Arcediano de la Santa Catedral de Barcelona.
Los ayacuchos (II).

SOCOBIO, Don Saturnino de.
Esposo de Eufrasia Carrasco. Gran usurero que se iba quedando con los bienes de la casa de Aransis. Pepe Fajardo lo describe así:
«Aunque no ha llegado a los cincuenta, parece haber traspuesto esa línea, porque su naturaleza viene arruinada, de años atrás, por achaques de que se defiende hoy con un método riguroso impuesto por su mujer. De cuerpo menos que mediano, escaso de carnes y de pelo, fatigoso en el habla, todo su ser se condensa en la viveza de los ojos y en la movilidad de los brazos cuando pone el paño al púlpito. Gasta bigote recortado y triangular, lo que más le asemeja a Espartero que a Zumalacárregui, y unas cortas patillas cuyo trazado le he visto variar en pocos meses. Viste bien; come con grandes remilgos higiénicos, desechando hoy lo que ayer le gustaba; habla con elocuencia reposada y construcción castiza; discurre con tino, en su cuerda, esquivando la paradoja y la hipérbole; es en su trato cortés; en todo lo social, correctísimo. Gusta de la política, y creería faltar a un deber profesional si no hiciera cada noche un resumen claro y juicioso, a su modo, de los sucesos del día. Habla despacio, y es de los que se escuchan. Conocedor ya de su debilidad por el éxito oratorio, pongo exquisito cuidado en escucharle también con todo mi oído.»
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

SOCOBIO, Don Serafín de.
Estuvo colocado en Palacio. Le dejaron cesante para colocar a Díaz de Centurión. Persona muy discreta, culta y amable. Muy amigo de Fernandito Cal-

pena y muy enemigo de Espartero. Volvió a su cargo en 1848. Padre de Valeria y Virginia. Hombre medianamente acaudalado.

Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II). *Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

SOCOBIO, Don Vicente de.

Canónigo patrimonial de media ración de la Insigne Iglesia Colegial de Vitoria. Hermano de don Higinio. Amigo de don José María de Navarridas y de don Pedro Hillo.

La estafeta romántica (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

SOCOBIO, Doña Cristeta.

Tía de don Serafín. «Señora muy agradable y bondadosa.»

«Era doña Cristeta camarista de Palacio, y aunque en el tiempo a que esto se refiere desempeñaba un destino sedentario, porque su edad y cansancio reclamaban vida más sosegada que la del servicio de etiqueta junto a los reyes, su personalidad y sus funciones merecen los honores de la Historia. Había entrado en la servidumbre de 1818, y al año siguiente, marcado en los fastos palatinos que el casamiento de don Francisco de Paula con la princesa de Nápoles, doña Luisa Carlota, ésta la tomó a su inmediato servicio, y a su lado la tuvo hasta 1838, en que pasó Cristeta a la Cámara de su majestad. En los duros tiempos de Argüelles y la de Bélgida, fué separada la Socobio, juntamente con otras personas de la famila, por supuestas connivencias con la gobernadora cesante; pero al ser declarada la reina mayor de edad, volvieron todos a sus puestos en la etiqueta, en la intendencia y Real Capilla, y la camarera mayor, marquesa de Santa Cruz, que desde aquella fecha fué la más visible influencia dentro de la casa, dió a la Socobio la guardarropía de todas las mozas de retrete, guarnecedoras, ayudas y barrenderas.

»Hallábase, pues, doña Cristeta en la más holgada y feliz situación, disfrutando de las ventajas del cargo y sin la esclavitud y trajines inherentes a éste. Entraba y salía en los altos aposentos y en los bajos siempre que le daba la gana; su metimiento era como el de los mejores días, y grande su dominio sobre las camaristas jóvenes, sobre las mozas de retretes, mozos de oficio, ayudas de furriera y demás piezas inferiores de tan completa máquina.»

»Era la camarista de pequeña estatura, entrada en años, de rostro agraciadísimo, las facciones menudas, los ojos muy despiertos y ratoniles, el pelo casi enteramente blanco, peinado con gracia; muy amable y nada perezosa, dispuesta siempre a las grandes caminatas y ascensiones de escaleras. Hablaba con tanta soltura como donaire; de su inteligencia no podían hacerse más que elogios; en su conducta matrimonial, mientras le vivió el marido, no había que poner ninguna tacha; de su exactitud y diligencia en el desempeño de su destino durante largos años, no cabía tampoco la menor censura; de su sagacidad y discreción para servicios de un orden familiar y reservado, nada corresponde apuntar al historiador, que, además, poco sabe de estas cosas. Merece, pues, doña Cristeta sinceras alabanzas; y si hay necesidad de poner algún defectillo para guardar siquiera las apariencias de imparcialidad, dígase que era la camarista muy golosa y que toda su vida fué apasionada de las yemas y tocinos del cielo; loca por pastelillos, bollos delicados y fruslerías dulces, así como por las copitas de licores finos y aromáticos. Cuando la edad trajo a su estómago cierta rebeldía contra el dulce, usábalo moderadamente, y retrotraída en su vejez a los gustos y travesuras de la infancia, no podía resistir a la tentación de comprar en la calle torrados, anises o caramelos de la peor calidad; con tales porquerías, que roía y mascaba despacio para no cascar sus hermosos dientes, entretenía el vicio y daba satisfacción al gusto, escupiéndolas después sin dejarlas pasar al buche.»

Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

SOCOBIO, Los familiares de.

De quienes decía Díaz de Centurión:

«No necesito dar a usted más noticias del intrigante y sutil Socobio, pues entiendo que conoce usted a esa familia, a quien más que por familia tengo por

una dinastía de clérigos y seglares aclerigados, sanguijuelas del reino y vampiros de la Administración. Entre todos ellos reúnen, según oí, diecinueve empleos muy pingües, ora en la Rota, ora en cabildos catedrales, éste en el Nono y Excusado, aquél en Rentas Decimales, sin que falten chupadores del presupuesto en las Secretarías del Despacho y en Tribunales y Consejos. Todos los individuos de esta tribu asoladora de los Socobios brillan por el frenesí rabioso de su absolutismo. El odio a la Libertad y a la ilustración se llama Socobio, y se personifica en una caterva de chupadores de la sangre nacional. Para mejor sostener su imperio y establecer una piña inexpugnable se han dividido en dos secciones: la absolutista neta, con sus dos colores fernandista y carlista, que es el núcleo principal, y la moderada, que es el cuerpo avanzado por el cual se ponen en relación continua con el Poder público. En el seno de este rebaño de clerizontes de sotana y levita hay magistrados y consejeros, todos con el sello de Calomarde; militares que sirvieron con el conde de España, se batieron por don Carlos, y luego, por gracia del famoso Convenio, han vuelto a los comedores de acá: monjas intrigantes y marisabidillas; empleados a la moderna, criados a los pechos de Cea Bermúdez, de Burgos, de Garelly y de Toreno; hay, por fin, el ejemplar de Socobio palatino, que, por milagro de Dios, ha venido a quedar cesante en el último arreglo de la Casa Real.»

Los ayacuchos (II).

SOCOBIO, Señora de.

Esposa de don Serafín. Mujer pacífica, charlatana y amiga de dar proporciones inmensas a sucesos y cosas sin importancia. «Una idiota muy honrada.» Se llamaba doña Encarnación.

Las tormentas del 48 (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

SOCOBIO, Señoritas de.

«Angelicales sobrinas» de don Vicente, en Vitoria.

Vergara (II).

SOCOBIO, Señoritas de.

Virginia y Valeria. Hijas de don Serafín. Pepe Fajardo así nos las da a conocer:

«Las dos señoritas de Socobio, Virginia y Valeriana (a la que llaman Valeria), conocidas por mí en los salones, más bien sala y gabinetes, de don Serafín de Socobio, no son prodigios de belleza. Nadie que las vea con ojos de crítica encontrará en las diferentes partes de rostro y cuerpo la necesaria armonía y proporciones de que resulta la hermosura; pero también digo que todo el que las mire, las oiga y trate sentirá un agrado que bien puede subir a los espacios del amor. Son delgaditas, muy derechas, torneaditas en donde es debido, esbeltas y flexibles. De cara se parecen y no se parecen. No sé qué las iguala, qué las distingue.

»Por el sentimiento se meten Virginia y Valeria en el corazón de sus amigos; por su picardía decente y bien sazonada de ingenio, los esclavizan y confunden. Yo paso junto a ellas mis ratos más divertidos, y las vuelvo locas con las mil niñerías chispeantes que les digo y cuento. Ambas son muy inteligentes; tienen alguna cultura y anhelan más. En justicia, declaro que no las divierto yo a ellas menos que ellas a mí. Formamos un trío delicioso, en el cual no falta gorjeo de amores, sin formalidad, por ahora. Si se me permite mostrarme en toda la fatuidad que voy adquiriendo, diré que las dos me quieren; a solas conmigo me pregunto: «¿Es verdadero amor lo que sienten por mí?» Y no pudiendo ser igual, con exacta medida, el afecto de una y otra, pregunto también: «¿Cuál de las dos me quiere más?»

Se casaron el año 52. Valeria con un capitán hijo del coronel don Felipe Navascués. Virginia, con el orondo y fresco Ernesto de Rementería, hijo de un acaudalado señor. Virignia abandonó a su marido para irse a vivir felizmente con Leoncio Ansúrez. Valeria se aficionó a la buena sosiedad, y daba en su casa grandes reuniones.

Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).—*Aita Tettauen* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

SOCOBIO, Valeriana o Valeria.

Hija de don Serafín.

V. SOCOBIO, Señoritas de.

Las tormentas del 48 (II).

SOCOBIO, Virginia.
Hija de don Serafín.
V. SOCOBIO, Señoritas de.
Las tormentas del 48 (II).

SOCOBIO (Un).
Empleado en la «consultería» de Palacio (1845).
Bodas reales (II).

SOCOBIO (Un).
Rey de armas.
Bodas reales (II).

SOCOBIO (Un).
Secretario del intendente palatino.
Bodas reales (II).

SOCOBIO (Otro).
Ayudante del montero mayor de la reina (1844).
Bodas reales (II).

SOCOBIO (Otro).
Contador general de Palacio (1845).
Bodas reales (II).

SOCOBIO Y SUAZO, Frey don Higinio de.
De la Orden de Calatrava, del Consejo de su majestad, auditor decano de la Rota, capellán mayor del Real Convento de la Madre de Dios Consolación, *vulgo* Descalzas Reales.
La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— * SÓCRATES (468-400 a. J. C.).
Celebérrimo filósofo griego. *Padre* de la Filosofía y maestro de Platón. Nombre dado entre los masones a don Bartolomé Canencia.
El Grande Oriente (I).—*El terror de 1824* (I).

SODUPE-MONASTERIO.
Familia que vivía en Irún y con la que convivió Jenara (1823). «Gente muy hidalga, más católica que el Papa, realista hasta el martirio y de afabilísimo trato.»
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

SOFÍA.
Esposa de Agustín García Fajardo. Pepe le atribuía el robo de un manuscrito de sus memorias de Roma...
«Porque ha de saberse que mi cuñada Sofía es lo que llamamos politicómana, con sus perfiles de literata, pues aunque alardea modestamente de no escribir, presume de buen gusto y promulga juicios sentenciosos sobre toda obra poética o narrativa que cae en sus manos. Comúnmente le sorbe los sesos la batalladora política más que las pacíficas letras, y toda la mañana la veis en su cuarto, con bata encarnada y una cofia en la cabeza, devorando periódicos. ¡Y la casa sin barrer! ¡Y la señora no se peina hasta media tarde!
»Permitid que me ensañe en ella, pues le tengo odio y mala voluntad desde que se me metió en la cabeza que es la ladrona de mi manuscrito. Si mi hermano le supera en discreción, ella le gana en edad; no tiene hijos, pero sí un bigotillo con más lozano vello que el que a su sexo corresponde. Por las mañanas, a la hora en que se halla en todo el furor de su loco entretenimiento, las greñas se le salen por debajo de la cofia, las uñas guardan todavía luto, y las manos le huelen a tinta de periódico; su gordura fofa se escapa de uno y otro lado, evadiéndose del presidio de un destartalado corsé, cuyas ballenas no son más que un andamiaje en ruinas.
»Y también digo que a zalamera y engañadora no le gana nadie. Se precia de quererme mucho y de tratarme como a un hijo. Me riñe con suavidad cariñosa, si es menester, y me colma de elogios, cuando, a su parecer, lo merezco.»
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

— * SOFÍA.
Una de las mujeres amadas por Juan Jacobo Rousseau y llevada a las páginas del *Emilio*.
Los apostólicos (II).

— * SÓFOCLES (495-405 a. J. C.).
Gran poeta trágico griego.
España trágica (III).

— * SOLÁ, El virrey don Antonio.
Lo era de Aragón. *Cristino* y hombre decidido e inflexible.
Un faccioso más... (II).

* SOLANO.
Capitán de fragata, ayudante de Elcano.
Trafalgar (I).

— * SOLANO.
Prohombre de Cádiz (1808). Organizó las columnas *volantes* de guerrilleros.
Bailén (I). — *Napoleón, en Chamartín* (I).

* SOLANO, Don José.
Vecino rico de Cartagena (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

* SOLANOT.
Ministro de la Gobernación (1842) con el Gabinete Rodil.
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II).

* SOLAR DE ESPINOSA, Barón del.
Jefe de una columna cristina de la división de don Luis Fernández de Córdova. «Militar que sabía su oficio.»
Zumalacárregui (II).

SOLDADO
de La Granja (1836) que, con *frescura* y curiosidad sin par, se coló en Palacio con la Delegación de los sargentos sublevados que parlamentaron con la reina gobernadora.
Luchana (II).

SOLDEVILLA.
Nombre supuesto que Carlos Garrote dió a Salvador Monsalud delante de los guerrilleros, para evitar que los asesinasen.
El equipaje del rey José (1).

* SOLDEVILLA, Brigadier.
Jefe del Gabinete Técnico del Estado Mayor de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

SOLEÁ, Señá.
Labradora de Calcena, en Aragón. Amiga de la mujer de El Empecinado.
Juan Martín el Empecinado (I).

— * SOLER, Don Francisco de Paula.
Coronel del famoso regimiento de Ordenes, en Bailén.
Bailén (I).

— * SOLER, Don Miguel.
Chantre de la Catedral valenciana en 1840.
Montes de Oca (II).

* SOLER Y PLA.
Ministro de Estado con el Gobierno de Salmerón (1873) y Ministro de Ultramar con el de Castelar (1873).
La primera República (III).

* SOLÍS.
«Clerigacho guerniqués que no podía ni con el hisopo.» Se decidió a capitanear una partida facciosa (1872).
Amadeo I (III).

* SOLÍS.
Un político *montpensierista* amigo de Urríes. Era secretario del de Orleáns, y fué su padrino en el duelo en que mató al infante don Enrique de Borbón.
España sin rey (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * SOLÍS, Comandante.
«Entendido, valiente, leal y caballeresco.» Se puso al frente, en Galicia, de un *pronunciamiento* en contra de la preponderancia de la reina madre María Cristina (1845).
Bodas reales (II).

— * SOLÍS, Don Antonio de (1610-1686).
Historiador y autor dramático español de gran mérito.
Un voluntario realista (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Prim* (III).

SOLÍS, Padre.
Jesuíta del Colegio Imperial, en Madrid.
Un faccioso más... (II).

SOLITA GIL DE LA CUADRA.
Amiga de doña Fermina Monsalud. Hija del *Taciturno*.
«Como cronistas, sentimos tener que decir que Solita era fea. Fuera de los ojos negros, que, aunque chicos, eran bonitos y llenos de luz, no había en su rostro facción ni parte alguna que aisladamente no fuese imperfectísima. Verdad es que hermoseaban la incorrecta boca finísimos dientes; mas la nariz, redonda y pequeña, desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo habría sido esbelto si tuviera más carne; pero su delgadez exagerada no carecía de gracia y abandono. Mal color, aunque fino y puro, y un metal de voz delicioso, apacible, que no podía oírse sin sentir dulce simpatía, completaban su insignificante per-

sona. Es sensible para el narrador que su dama no tenga siquiera un par de maravillas entre la raíz del cabello y la punta de la barba; pero así la encontramos y así sale, tal como Dios la crió y tal como la conocemos los españoles del año 21.»

Encantadora mujer, llena de abnegación infinita; su destino fué sufrir y cuidar enfermos. Enamorada con toda el alma de Salvador Monsalud, hubo de guardar con angustias su secreto. Por fin Salvador descubrió el tesoro..., ¡y se casaron!

El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).

— * SOLÓN (640-558 a. J. C.).

Uno de los siete sabios de Grecia. Legislador, estadista, poeta y filósofo.

Un faccioso más... (II).

SOMORMUJO, El tío.

Labrador de Calcena, en Aragón.

Juan Martín el Empecinado (I).

— * SOMOZA, Don José (1781-1852).

«Liberal, poeta, hombre ameno, dulce y cabal si los hay.»

Los apostólicos (II).

* SOMOZA [¿Y SAAVEDRA, Don Ramón?].

Político moderado. Diputado desde 1841 a 1872.

La revolución de julio (III).

«SONSECA, La».

«Distraída» de postín. Era el amorío del chico mayor de Gravelinas.

O'Donnell (III).

— SOPLADO, Don.

Personaje grotesco creado por el gran sainetero madrileño don Ramón de la Cruz.

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* SORIA SANTA CRUZ, General.

Llegó con tropas para auxiliar a Cuenca..., cuando ya los facciosos la habían abandonado, saqueada (1874).

De Cartago a Sagunto (III).

* SORIANO FUERTES.

Conocido melómano madrileño (1844). Amigo de toda la juventud filarmónica. En su casa se celebraban famosos conciertos.

Bodas reales (II).

* SORNÍ, Don José Cristóbal.

Político progresista. Diputado varias veces, entre 1854 y 1873. Ministro de Ultramar con la primera República (1873).

O'Donnell (III). — *La primera República* (III).

SOTELO.

Procurador en Cangas, vecino de Anatolio Gordón.

El 7 de julio (I).

SOTERO.

V. TRUJILLO, Sotero.

SOTERRAÑA, La de.

Señora linajuda, amiga de la Selva Fría, «que, según dicen, *habla* con Sartorius».

Los ayacuchos (II).

SOTILLO, El tío.

Labrador de Sacedón.

Juan Martín el Empecinado (I).

SOTOALCAIDE

del Saladero de Madrid, donde estuvieron presos Fernandito Calpena y el clérigo Hillo.

De Oñate a La Granja (II).

— * SOUBIROUS, la Beata Bernadette (1844-1879).

En Lourdes se le apareció Nuestra Señora.

La de los tristes destinos (III).

— * SOULIÉ, Federico (1800-1847).

Novelista y autor dramático francés.

Las tormentas del 48 (II).

* SOULT, Nicolás Juan de Dios (1769-1851).

Mariscal francés, duque de Dalmacia. Mandó en España el segundo Cuerpo de Ejército (1808).

Bailén (I).—*Cádiz* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).—*Vergara* (I).

— * SPAUR, Conde de.

Ministro bávaro en el Vaticano (1848). Salvó a Pío IX de los disturbios revo-

lucionarios. haciéndole pasar por ayo de sus hijos.
Narváez (I).

— * SPENCER, Heriberto (1820-1903).
Gran filósofo inglés.
España trágica (III).

— * SPONTINI (Gaspar Luis Pacífico) (1774-1851).
Notable compositor italiano.
Bodas reales (II).

— * SPRY.
Brigadier inglés que combatió en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

— * STAEL, Madama (Ana Luisa Germana Necker, Baronesa de) (1766-1817).
Famosa literata francesa de gran talento. En sus salones se reunían las personalidades más salientes de la época.
La batalla de los Arapiles (I).—*Mendizábal* (II).—*La estafeta romántica* (II).

STAPLETON COTTON.
V. COTTON, Stapletón.

— * STERBINI.
Revolucionario romano, uña y carne de Mazzini (1848).
Narváez (II).

— * STOLBY, Princesa.
Fallecida en Baviera el año 1820. Tuvo en su poder el famoso abanico de María Leczinska, construído por Laucret.
Mendizábal (II).

— * STRABÓN (N. 50 a. J. C.).
Geógrafo griego de Amasia.
Narváez (II).—*Aita Tettauen* (III).

— * STROGONOFF, Barón de.
Embajador de Rusia, protector de Ugarte (1824).
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

SUÁREZ.
Bravo artillero veterano, amigo último de don Pedro Guimaraens.
Un voluntario realista (II).

SUBDIÁCONO
jesuíta que acompañaba al padre Gracián. Era llamado Sancho. Fué linchado (1834) por la plebe.
Un faccioso más... (II).

SUBIJANA, Marqueses de.
V. LECUONA Y DEL SOCOBIO, Doña Carolina. NANCLARES, Don Miguel.

— * SUCHET, Luis Gabriel (1770-1826).
General francés durante la invasión napoleónica en España. Derrotó a Blake y O'Donnell, y tomó las plazas de Mequinenza, Tortosa, Tarragona y Valencia. Por esta última hazaña recibió el título de *Duque de la Albufera*.
Zaragoza (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*La batalla de los Arapiles* (I).

— * SUE, Eugenio (1804-1857).
Novelista folletinista francés de gran fama.
Las tormentas del 48 (II).

SUEGRA
de Antonio Cirilo Vildósola, «que de continuo cerdeaba y se ponía fastidiosa».
Luchana (II).

— * SUERO O ISUR.
Suegro de García Eneco, muerto en la batalla de Abelda, y a quien se creyó algún tiempo Iñigo Arista, primer rey de Navarra.
Narváez (II).

— * SUETONIO (Cayo) (70-140).
Famoso historiador romano.
La estafeta romántica (II).—*Los ayacuchos* (II).

SUMTA, Señora.
Ama de llaves del doctor Nomdedéu. «Mujer tan amable como entremetida.» Muy ocurrente. Muy laboriosa y abnegada. Pertenecía, como buena patriota, a la segunda compañía del batallón de Santa Bárbara. Era un tanto marimacho en las cuestiones bélicas.
Gerona (I).

* SUÑER Y CAPDEVILA.
Diputado federalista (1869) y ateo, *gracias a Dios*. Ministro de Ultramar (1873).
«En esto, había empezado a discursear un orador republicano de lucida estatura y semblante un poquito diabólico. rostro largo y huesudo, frente ancha,

ojos vivos, pelos negros y erizados en tres mechones, uno para arriba y dos en las regiones temporales; barba en la forma que llaman de candado, también negra, partida como cola de pez mitológico; figura, en suma, semejante a la que se ve en la parte inferior de algunos retablos.»

España sin rey (III).—*España trágica* (III).—*La primera República* (III).

* SUPERUNDA, Conde de.
Aristócrata español (1877).
Cánovas (III).

SUREDA, El coronel.
«Convenido de Vergara», hombre «vetusto» y muy dado a la protección de las monjas.
Las tormentas del 48 (II).—*Narváez* (II).

SUREDA, Señor.
Gentilhombre de Palacio... en Oñate, Corte del Pretendiente (1836). En política era... de lo más reaccionario.
De Oñate a La Granja (II).—*La revolución de julio* (III).

— * SURRA Y RULL.
Ministro de Hacienda en el Gabinete González (1842).
Los ayacuchos (III).

«SURSUM CORDA».
- Apodo que daban a V. PALLEJAS, Pepe.

SUSANA.
Limeña «de ojos muy bonitos», de la que hablaba con salacidad el francés Fenelón (1865).
La vuelta al mundo... (III).

T

TABERNERA (La)
del barrio de Villasuso, en Vitoria, que después de la victoria de las armas inglesas y españolas en esta localidad se dedicaba a desvalijar a los muertos.
El equipaje del rey José (I).

TABERNERO
que bizarramente invitaba al público a entrar en su establecimiento «y hacer todo el consumo de vino que requerían las venturosas circunstancias», con motivo de la caída del Gabinete Sartorius (17 de julio de 1854).
La revolución de julio (III).

TABLAJERO, Doña María del Sagrario.
Esposa de don Felicísimo Carnicero y madre de María del Sagrario y Leocadia.
Los apostólicos (II).

TABLARES.
Un federalista *de café*. Currinche. Sofista. Enredador. Malhablado.
España trágica (III).

TABLAS.
V. LÓPEZ, Pedro.

* TABUENCA.
Guerrillero español.
Cádiz (I).—*Mendizábal* (I).

— * TÁCITO, Cornelio (¿55-119?).
Famoso historiador romano.
La estafeta romántica (II).

TACITURNO, El (Señor don Urbano Gil de la Cuadra).
«Era un hombre decente, con indicios en toda su persona de decencia decorosamente combatida y disimulada por el aseo, la economía, las cepilladuras de la ropa y otros artificios que no siempre realizaban el fin deseado. Tenía más de cincuenta años, aspecto débil y enfermizo, rostro muy melancólico, apagados ojos, ademanes corteses y fríos, escasísima propensión comunicativa y costumbres tan tranquilas como metódicas. Jamás anochecía sin que estuviese dentro de su casa. A horas fijas salía, y a horas inalterables entraba. Era rarísimo acontecimiento que alguien le visitase, y su morada era silenciosa y triste, como vivienda de cartujos.»
«El gran misterio de don Urbano Gil de la Cuadra, lo que traía en gran inquietud a los vecinos, y principalmente

a don Patricio, era la ignorancia en que todos estaban acerca de sus ideas políticas. ¿Era liberal? ¿Era servil? Enigma terrible que daba vueltas como una rueda pirotécnica dentro del febril cerebro de Sarmiento, sin ser descifrado jamás. A veces, fundándose en conjeturas, en palabras sueltas, en la letra *sui generis* del sobre de una carta recibida por Gil, Sarmiento le declaraba absolutista. Otras veces, fundándose en iguales datos, diputábale revolucionario. Causaba desesperación al buen preceptor que Monsalud supiese la verdad y no la revelase a los vecinos.»

Era padre amoroso de su gentil y sugestiva Solita, la futura esposa de Salvador Monsalud, y un realista furibundo. Fué encarcelado en unión del famoso cura Vinuesa. Monsalud logra salvar a este ser sombrío, cuyos últimos días se ven amargados por reconocer en su salvador al seductor de su segunda esposa, doña Pepita Sanahuja.

El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).

— * TACÓN.

Gobernador de Cuba a mediados del siglo XIX.

Mendizábal (II).

* TACÓN, Señora de.

Aya del principito don Alfonso (XII), en 1868.

La de los tristes destinos (III).

«TACHUELA».

Mote del tabernero de la calle *de Toledo*.

V. BALBONA, Joaquín.

* TAILLET.

Diputado a Cortes (1873).

La primera República (III).

* TAJÁ (LOS).

Matrimonio que vivía en Palacio. Le protegía el rey consorte don Francisco.

Narváez (II).

* TAJA, Señor.

Administrador de las huertas y lavaderos del Príncipe Pío (1849). Tenía mucho favor del rey consorte don Franciso de Asís.

Narváez (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

TAJÓN, Don Enrique.

Hermano de don Francisco y de don José. Se parecía poco a ellos físicamente. Muy enredador e intrigantuelo.

Los duendes de la camarilla (II).

— TAJÓN, Don Enrique.

Cazurro. Beato. Esquinado. Muy amigo de meterse en lo que no le importaba. «Pisaba como las cotorras», bizcando los pies. Y se hizo amante de Rosenda la *Capitana*, ex amante del deportado teniente Castillo. «El primer sacaplatos y metesillas» de Palacio.

Los duendes de la camarilla (II).—*La revolución de julio* (III).

TAJÓN, Don José.

Hermano de don Francisco y de don Enrique. Cazurro. Beato. Esquinado. Muy amigo de meterse en lo que no le importaba. Bizcaba los ojos.

Los duendes de la camarilla (II).

— * TALAVERA, Hernando de (1428-1507).

Confesor y consejero de la gran Isabel I. Primer arzobispo de Granada. Autor de unos curiosos *Tratados de la mesa, del vestir e calçar e de la mormuración.* Hombre eminente por su sabiduría y sus virtudes.

Cánovas (III).

— TALÍA.

Una de las nueve Musas. Simbolizaba al Teatro en general.

Amadeo I (III).

— * TALMA, Francisco José (1763-1826).

Gran actor trágico francés.

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).

* TALLADA.

Jefecillo carlista en el Maestrazgo (1837). Tenía «cara de corcho, en la cual se confundían la picaresca malicia y la ferocidad».

La campaña del Maestrazgo (II).

— * TALLEYRAND, Carlos Mauricio, duque de (1754-1838).

Príncipe de Berevento. Obispo de Antún en 1790, renunció a la carrera eclesiástica. Diplomático. Ministro de Negocios Extranjeros con el Directorio, el Consulado y el Imperio.

La Corte de Carlos IV (I).—*Luchana*

(II).—*La estafeta romántica* (II).—*O'Donnell* (III).

— * TALLIEN, Juan Lamberto (1767-1820).
Político francés, diputado de la Convención. Se casó con Teresita Cabarrús.
La batalla de los Arapiles (I).

* TAMAMES, Duque de.
Palaciego (1852).
La revolución de julio (III).

* TAMAMES, Pepito.
Hijo del duque de Tamames, amiguito inseparable del principito don Alfonso (XII).
La de los tristes destinos (III).

* TAMBERLICK, Enrique (1820-1889).
Gran tenor italiano cuya vida artística transcurrió casi por completo en España.
Bodas reales (II).—*Cánovas* (III).

— * TAMERLÁN O TIMUR (1336-1405).
Gran conquistador tártaro.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Mendizábal* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

TAMO.
Hebrea bella. Hija de Ha Levy Seneor y de Hanna. Vivía en Tetuán... (1860).
Aita Tettauen (III).

— TÁNTALO.
Hijo de Zeus y padre de Pélope. Fué condenado a permanecer hambriento frente a los manjares más suculentos sin jamás poder llevárselos a la boca.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*La vuelta al mundo...* (III).

TAPIA, Celestino.
Como de filiación tradicionalista, le fué presentado al bailío don Wifredo de Romarate por Urríes.
«El tal Tapia lo mismo podía pasar por joven revejido que por anciano remozado: diríase una vida desligada del fuero del tiempo. Tenía cara de vieja; su labio superior ostentaba un bigotillo más poblado que el que decora la faz de algunas mujeres. El color era moreno, como pasta de higos; la nariz, trompuda; los ojuelos, chispos y maliciosos; la boca, rasgada y pícora, conductora de un verbo ceceoso, sazonado con donaires. Desagradable a primera vista, dejaba de serlo cuando la palabra fácil y entretenida animaba el corcho de aquellas facciones... Del cuerpo nada malo se podía decir: era esbelto y flexible en su mediana talla, y de añadidura, correctamente vestido, según la moda del día. Esto cautivó a don Wifredo, admirador de los figurines vivos. Pero no tenía el sanjuanista bastante mundo para distinguir la verdadera elegancia de la de aluvión, adquirida en pocas lecciones con el texto de un buen maestro sastre. Tanto o más que el lujo y propiedad del vestir agradó al bailío el santo amor a la Causa, manifestado por el Tapia desde las primeras conversaciones. Cierto que también esta cualidad era de acarreo: mas el ciego fanatismo del señor de Romarate no podía como tal apreciarla.»
En realidad, era un vividor sinvergonzón.
España sin rey (III).

— * TAPIA, Eugenio de (1776-1860).
Literato muy mediocre. Fundó, con Quintana, *El Semanario Patriótico*. Liberal de ideas.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

TARACENA, Don Juan de.
Cura de Atienza. Amigo de los García Fajardo. De él escribe Pepe:
«Es el cura de San Juan de Atienza un excelente hombre, puntual y correctísimo en las funciones de su ministerio, buen maestro en cosas del mundo y en el conocimiento de toda flaqueza, sin que se le pueda poner tacha más que por los pecadillos de hablar sin freno, de comer con demasiado gusto y abundancia y de beber intrépidamente en solemnes casos. Siendo yo niño y él grandullón, me quería, y con amenos cuentos, a veces sucios, nunca deshonestos, me divertía; ahora me considera y gran devoción tiene por mí. Aunque nada me dice, yo le descubro la ambición de una canonjía de dignidad en la catedral de Sigüenza. Ya veremos...»
Narváez (II).

TARANCÓN, Señor.
Obispo de Córdoba (?). Tío de la abadesa de la Encarnación. Propuesto por

el Gabinete Bravo Murillo para el Patriarcado de las Indias.
Los duendes de la camarilla (II).

TARFE, Conde de.
Primo de la marquesa de Aransis.
Las tormentas del 48 (II).

— TARFE (El moro).
Protagonista legendario de un romance medieval.
La batalla de los Arapiles (I).

TARFE, Manolo.
«Era un caballero joven a quien las aficiones a la jácara y a las cañitas no privaban de la exquisita distinción en sociedad. A todo hacía, mostrando igual superioridad en ambos papeles; era el primero en las zambras andaluzas, el primero en la cortesanía que podremos llamar europea, terreno común de la civilización.»
Amigo de Facundo Risueño. Estaba enamorado de la querida de éste: Teresita Villaescusa.
«Era rubio, de azules ojos, simpático, y de hablar expedito y donoso. Rico por su casa, Tarfe quería lucir en el terreno político, y no carecía de bien fundadas ambiciones. Ya era diputado, y con la protección de O'Donnell sería todo lo que quisiese. Su frivolidad y los hábitos de ocio elegante en los altos círculos o en los pasatiempos y deportes andaluces (pues esta doble naturaleza era en él característica), se iban corrigiendo con el trato de personas graves y con la constante proyección de la seriedad de O'Donnell sobre su espíritu. No era un derrochador como Aransis, ni había llegado al reposo y madurez de juicio del gran Beramendi. Algunos le tenían por *cuco* y veían en sus jactanciosas actitudes, dentro de las dos naturalezas, un medio de hacerse hombre y de abrirse camino en la política.
»Ameno y fácil hablador, *O'Donnell el Chico* se disparaba en la conversación, estimulado por su propia facundia y por el agrado con que le oían. Decía la Villares de Tajo que no había caja de música tan bonita y menos cansada que Manolo Tarfe, y siempre que a su mesa le tenía dábale cuerda, variándole al propio tiempo la tocata.»
O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III). *Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

— * TARIK-ABEN-ZIYAD.
Famoso capitán bereber del siglo VIII. El año 711 penetró en España, iniciando la invasión árabe. Se apoderó de Sevilla, Córdoba y Valencia.
Cánovas (III).

* TARRAGUAL.
Brigadier carlista de la División Cántabra. Gran amigo de Sabino Arratia.
Luchana (II).

TARUGO (El señor).
Nombre caprichoso dado a un soldado por la señá Romualdita.
Juan Martín el Empecinado (I).

* TASSARA.
Amigo, desde la infancia, de Pepe García Fajardo. Distinguido jefe militar que se distinguió en la guerra carlista de 1874.
Narváez (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* TASSARA, Gabriel García (1817-1875).
Poeta sevillano de inspiración romántica. Politiqueó un poquito...
La revolución de julio (III).

* TASSO, Torcuato (1544-1595).
Famoso poeta italiano.
De Cartago a Sagunto (III).

— * TATTISCHIET.
Famoso bailío ruso de gran influencia en la Corte española hacia 1825...
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* TAVIRA.
Diplomático español. Ministro de España en el Perú (1865).
La vuelta al mundo... (III).

* TEJADO, Gabino.
Político y escritor español católico del siglo XIX.
«Eran Gabino Tejado y Navarro Villoslada, ambos atrozmente neos o clericales, buen orador y periodista el primero, el segundo excelente prosista y el que con más ingenio y dotes narrativas había cultivado en España la novela histórica en el género de Walter Scott.

Era Tejado de mediana estatura, de rostro duro y bruscas maneras, que se acomodaban a su intransigencia irreducible; Villoslada no desmerecía del otro en el rigor absolutista; pero le aventajaba en estatura y no carecía de cierta flexibilidad en el trato, por lo que contaba con buenas amistades en el bando liberal. A primera vista causaban cierta pavura su talla escueta y el color subidamente moreno de su rostro, en el cual, boca y ceño, nunca fueron apacibles. Tejado solía emplear el tono humorístico con gracejo y elegante frase. Ambos se producían en sus escritos, como en su conversación, con cierta donosura tiesa y castiza que, según el entender de ellos, era el verbo adecuado a las ideas que profesaban.»

Las tormentas del 48 (II).—*Prim* (III). *España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

— TELÉMACO.

Hijo de Ulises y Penélope.

Y protagonista de la famosa ficción de Fenelón.

De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * TELL, Guillermo (¿1298?-1354).

Héroe de las tradiciones suizas.

Montes de Oca (II).

TELLERÍA.

Un hijo del marqués de Tellería, que fué novio de Teresita Villaescusa.

O'Donnell (III).

— * TÉLLEZ, Fray Gabriel («Tirso de Molina») (1571-1648).

Fraile mercedario nacido en Madrid. Uno de los más famosos dramaturgos españoles.

Napoleón, en Chamartín (I).

* TÉLLEZ-GIRÓN, Don Pedro Alcántara (1776-1851).

Duque de Osuna. Personaje celebérrimo en su época por su elegancia, belleza, discreción y donjuanismo. General español y *cristino*. Gentilhombre de Isabel II.

Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Bodas reales* (II).

* TELLO.

Famoso impresor madrileño del pasado siglo que tenía su establecimiento (1870) en *Isabel la Católica, 23*. Aquí se imprimía el periódico de Paúl y Angulo *El Combate*, de ideas demoledoras.

España trágica (III).

* TEMÍSTOCLES (525-460 a. J. C.).

General y político ateniense de merecida fama. Sometió las islas del mar Egeo.

El equipaje del rey José (I).—*El Grande Oriente* (I).

* TENA.

Cabecilla carlista en el Maestrazgo (1837). «Hombre pequeño y vivo que no carecía de formas corteses.»

La campaña del Maestrazgo (II).

— TENDERO (Un).

de la calle de Carretas, fusilado por los franceses en el Retiro y que sobrevivió a sus heridas.

El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

TENIENTE

de la partida carlista de Royo, que *se entendía* con la Fabiana, amante de mosén Ruiz Hondón.

Carlos VI, en la Rápita (III).

TENIENTE

del provincial de Tarragona. Testigo presencial del desembarco del Pretendiente don Carlos (VI) en la Rápita (1860).

Carlos VI, en la Rápita (III).

TENIENTE

de servicio en el Depósito de Leganés, que aseguró a Lucila Ansúrez que el capitán Gracián no había salido deportado *en cuerda*.

Los duendes de la camarilla (II).

TENIENTE

de una partida carlista que apresó a las señoritas de Castro-Amézaga. «El hombre se portó hidalgamente. Era alto, delgado, todo un caballero...»

De Oñate a La Granja (II).

TENIENTE CORONEL

del regimiento de Figueras, de guarnición en Leganés. Era amigote de don Jesús Clavería.

Prim (III).

— * TENIERS, David (1610-1690).
Uno de los más famosos pintores de todos los tiempos. Flamenco de nacionalidad.
Los apostólicos (II).

— TENORIO, Don Juan.
Famoso arquetipo de hombre galante y audaz, creación magna de *Tirso de Molina*.
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* TENORIO, Don Miguel.
Político—diputado y senador—español. Amigo de Narváez.
La de los tristes destinos (III).

* TENREYRO.
Cura de Algeciras y diputado a Cortes. Hombre con pretensiones y fama de gracioso.
Cádiz (I).

TEODORA (Sor).
V. ARANSIS Y PEÑAFORT, Doña Teodora.

TERCERO, José *(Pepe el Empalmao)*.
Otro galeote cartagenero convertido en combatiente cuando el *meneo* cantonal. Era alto, flaco, anguloso. Un sutil rufián.
De Cartago a Sagunto (III).

— * TERESA.
Nombre *que encubría* a la mujer amada por Espronceda.
La estafeta romántica (II).

TERESITA VILLAESCUSA.
La nieta del señor de Pez. Linda «que parecía una flor».
V. VILLAESCUSA, Teresita.
O'Donnell (III).

TERESONA, Doña.
Mujer del portero de la casa en que se refugió Monsalud. Por dádivas no tuvo inconveniente en delatarle.
La segunda casaca (I).

TERESONA, La.
Antigua criada de Eufrasia Carrasco y Saturnino Socobio. «Gigantesca mujer con andares y facha de osa polar.»
Las tormentas del 48 (II).

— TERPSÍCORE.
Una de las Nueve musas. Representa al baile.
La estafeta romántica (II).—*La vuelta al mundo...* (II).—*La primera República* (III).

* TERREROS, General.
Del Cuarto Militar de don Alfonso XII (1875).
Cánovas (III).

* TERRONES.
Jefe de Caballería del regimiento de *Bailén*. Estaba de guarnición en Ocaña y complicado en el pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

TERRY, Emilio.
Fué novio de Eufrasia Carrasco o *algo más*, ya que se fugó con ella. Joven guapo y vago, muy dado a los amoríos.
«Madurillo ya, Emilio Terry, que pasaba de los treinta y ocho, no podía vencer sus mujeriegas aficiones, y trabajaba en esferas distintas, enamorado por lo bajo cuanto podía y haciendo seriamente el cadete con las señoritas casaderas, a quienes entretenía y esperanzaba más de lo regular. Era una mariposa jamona y con las alas recompuestas que iba de flor en flor, y el acogimiento lisonjero que abajo y arriba tenía confirmaba su nativa disposición para las campañas amorosas, lo mismo en el terreno donde no podía quebrantar la ley de honestidad que en otros terrenos o capas de la galantería libre. No era hermoso ni mucho menos, y su cara morena y barbuda, de facciones gruesas y ojos terroríficos, una de esas caras que espantarían a quien se la encontrase en camino solitario, habría sido totalmente incompatible con el amor si no la realzase y embelleciese el espíritu, la intención o voluntad que en el mirar penetrante y ardiente se mostraba, la ingeniosa labia con que a las cosas más vulgares daba un interés vivo, y para feliz complemento, la facha, el aire de elegancia no superado por ninguno entre sus contemporáneos. Vestía con suprema corrección inglesa, y tan airoso estaba de tiros largos como al desgaire, vestido de mañana con cualquier levitín suelto y un chaleco de moda pasada. Andaluz de Levante como

Salamanca, dueño de un buen capital y disfrutando la confianza de amigos y parientes malagueños muy ricos, se había lanzado en el vértigo mercantil con inteligencia y fortuna, especulando en jugadas de Bolsa, moviendo el gran mecanismo de las Asociaciones mineras, que era la característica de aquellos tiempos en el orden de los negocios, y preparando la introducción de la magna industria del siglo: los ferrocarriles. No era, pues, Terry un farsante, de estos que explotan la credulidad de las gentes, ni un charlatán del *capitalismo*, que operara en el vacío con moneda figurada: sus negocios eran formales; su riqueza, moderada y sólida; su disposición para negociar, seria y limpia, totalmente inglesa, como su vestir, como todo su empaque social.

»En los negocios solía ir con pies de plomo, atento, previsor y reflexivo, y en las empresas mujeriles, con solapadas astucias o con los acometimientos repentinos de un estratégico muy ducho, conocedor de la geografía y de la oportunidad.

«TERSO».
Mote con que designaban los alfonsinos al pretendiente don Carlos (VII).

— * TERTULIANO (Quinto Séptimo Florencio) (150-240).
Célebre escritor latino, Padre de la Iglesia.
La campaña del Maestrazgo (II).

— TETIS.
Una de las hijas de Nereo y Doris. Diosa del mar.
La segunda casaca (I).—*Los apostólicos* (II).

* TETUÁN, Duquesa de.
Dama de la reina doña María Victoria (1871), «más por lástima y respeto que por adhesión verdadera».
Amadeo I (III).

— * THIEBAULT.
General francés de la época napoleónica.
Bailén (I).

— * THIERS, Luis Adolfo (1797-1877).
Político e historiador francés. Presidente de la segunda República.
Mendizábal (I).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España trágica* (III).

— * THOMIERES.
General francés muerto en los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

TÍA
de la capitana Rosenda, que vivía en la *Cava de San Miguel* con dos loros, una cotorra y cuatro jilgueros. Rosenda se fué a vivir con ella.
Los duendes de la camarilla (II).

— * TIBERIO, Claudio Nerón (42 antes de Jesucristo-37 d. J. C.).
Era hijo de Livia, esposa de Augusto, la cual le había tenido de su primer marido. Segundo emperador romano.
La revolución de julio (III).

TIBURCIA.
Criada de una noble, vieja y rica señora de Ulldecona. Y tía de Donata, la guapa chica que se fugó con Juanito Santiuste.
Carlos VI; en la Rápita (III).

TIBURCIO.
Mozo de cuadra al servicio del matrimonio Emparán-García Fajardo.
La revolución de julio (III).

* TIDÓN, Don Lázaro.
Alguacil mayor o Merino de Viana (1838). Amigo del general Espartero.
Vergara (II).

* TIDÓN, Tres señoras de.
Parientes de don Lázaro.
Vergara (II).

TIEMBLO, Don Francisco.
Persona de mucha sabiduría en historia y arte. Vecino de Olite.
Montes de Oca (II).

— * TIÉPOLO, Juan Bautista (1692-1769).
Gran pintor italiano. Estuvo mucho tiempo en España y murió en Madrid.
O'Donnell (III).

TIGRE.
Apodo denigratorio dado a don Buenaventura, protector de Bragas, convertido en Marqués de M***.

«TIGREKÁN».
Mote que daban los liberales a Fernando VII.

TILÍN.
V. PEPET ARMENGOL.

— * TILLY, Conde de.
Con el general Castaños formó la Comisión española que en unión de la francesa concertaron la capitulación de Bailén. Hijo del famoso marino marqués de Casa Tilly.
Bailén (I).

TIMONEDA, Señor.
Nombre falso con el que Hillo, por mandato de la *deidad velada*, se presentó a Jacoba Zahón.

TINAJA (El tío).
Criado, en Bailén, de la condesa de Rumblar.
Gerona (I).

TINAJAS, Gregorio.
Compadre del Tablas. Murió de la peste, en Madrid, el año 1834.
Un faccioso más... (II).

TINIEBLAS, Fray.
Sacristán suplente de San Salomó, en Solsona, «hombre sesudo y riguroso», que enseñó el oficio a Pepet.
Un voluntario realista (II).

TINOCO, Pepe.
Compañero de hospedaje del severo bailío don Wifredo de Romarate. Y *culotador* perpetuo de boquillas. Era natural de Cocentaina, y esperaba resignadamente un destinillo que le había ofrecido don Emigdio Santamaría. Había estudiado para notario, sin éxito.
España sin rey (III).

«TINTÍN».
Apodo de.
V. NAVERO, Francisco.

* TINTÍN DE NAVARRA.
V. MARTÍNEZ DE SAN MARTÍN.

— * TINTORET
de Igualada. Jefe de una partida tradicional en Cataluña (1848).
Las tormentas del 48 (II).

TIÑOSA (La).
Muchacha ciega que mendigaba a la puerta del Carmen Calzado, de Cádiz, «la cual canta el jaleo y el ole con tanto primor que oyéndola se sentían emociones dulcísimas».
Cádiz (I).

Tío (Un)
de Gabriel Araceli. Hermano de su madre. Marinero feroz, muerto en Trafalgar sin pena de cuantos le conocieron.
Trafalgar (I).

Tío (Un)
de Gregorilla, la hermana de leche del infante don Francisco de Paula, a quien por capricho de su sobrina la reina María Luisa intentó hacerle obispo. Fué contrabandista.
La Corte de Carlos IV (I).

* Tío PEDRO (El).
Este nombre populachero—y el correspondiente disfraz—los utilizó el conde de Montijo para dirigir a los descamisados de Aranjuez el 19 de marzo de 1808.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

«Tío RICO», El.
Famoso choricero de la calle de Toledo (1854).
La revolución de julio (III).

— * TIRELLI.
Tiple que cantó el *Hernani* en el teatro de la Cruz (1844).
Bodas reales (II).

TIRADO, Andrés.
Hermano de Celestina. Propietario de una casa en la calle *de la Parada*, donde regentaba cierta mancebía *la Bernardona*...
La primera República (III).

TIRADO, Ginés.
Dueño de una taberna—*Travesía de la Parada*—a la que concurría el insigne Tito. Hermano de Andrés y de Celestina. Hombre campechano, entremetido y servicial...
La primera República (III).—*Cánovas* (III).

TIRGO, Anselmo de.
Esposo de doña María de Navarridas, fallecido años antes de 1836.
Luchana (II).

TIRNO, Doña María de Navarridas, viuda de.
Hermana del señor cura don José María de Navarridas.
«Viuda, designada comúnmente con el apellido de su difunto esposo (Tirgo), señora excelente, bondadosa, discreta, algo cominera, bonita en su vejez como una Santa Ana.»
Y «muy suya». Terquina. Intransigentita.
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

TIRGO Y SUREDA, Doña Manuela.
Viuda de un alto funcionario de la Corte de Oñate. Parienta del marqués de Gauna. «Vejestorio disecado, señora embalsamada.»
España sin rey (III).

— * TIRTEO (siglo VII a. J. C.).
Poeta lírico griego. Con sus cantos guerreros reanimó el valor de los espartanos.
Cádiz (I).

— TISBE.
Joven babilonia. Amante de Píramo. Se mató con el mismo puñal con que Píramo, creyéndola muerta, se había matado.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I). *Memorias de un cortesano de 1815* (I). *El Grande Oriente* (I).

«TITO».
Nombre *postizo* que se da el autor de las memorias que contienen la última serie de los *Episodios Nacionales*.
«Al franquearme contigo, noble y cachazudo lector, presumo que desearás conocerme, saber quién soy, de dónde he salido y el cómo y porqué de mi metimiento, de mi colaboración en estas historias. Por de pronto, diré que soy un hombre chiquitín de cuerpo, grande de espíritu y dotado de amplia percepción para ver y apreciar las cosas del mundo. Reservo, por ahora, mi verdadero nombre, y entre los diferentes motes que suelo usar en mi labor periodística, escojo el más adecuado, que es también el más breve: *Tito*.
»Si queréis saber algo de mi ascendencia, os diré que es un extraordinario ciempiés o cienramas. Por mi padre tengo sangre de los Pipaones y Landázuris de Alava, absolutistas hasta la rabia, y sangre de los Torrijos y Porlieres, mártires de la Libertad. Mi madre me ha transmitido sangre de verdugos, como González Moreno y Calomarde; sangre de Zurbanos y aun la de fieros demagogos, ateos y masones. Mi abolengo es, pues, de una variedad harto jocosa. Yo, con paciencia y saliva, quiero decir tinta, he reconstruído mi árbol, y en él tengo señoras linajudas, títulos de Castilla, que casi se dan la mano con logreros y mercachifles de baja estofa; tengo un obispo católico, un cura protestante, una madre abadesa, dos gitanos, una moza del partido, un caballero del hábito de Santiago y varios que lo fueron de industria... Soy, pues, un queso de múltiples y variadas leches. Debo declarar que de la heterogeneidad de mis fundamentos genealógicos he salido yo tan complejo, que a menudo me siento diferente de mí mismo.
»En la época de este mi cuento amadeísta había cumplido yo los veintitrés años; pero declaraba veinticinco por el afán de hacerme más hombre y atenuar la poca estimación en que, a mi parecer, se me tenía por mi rostro aniñado, casi lampiño, y mi corta estatura. Temoroso de que se dudara de mi eficacia varonil, yo aumentaba mi humanidad agregándome años, y mi talla, usando descomunales tacones... Han pasado desde entonces algunos lustros: rugoso y lleno de canas, ya no me cargo años, sino que me descargo de ellos, y ni a tiros me hacen pasar de los cincuenta y nueve. La estatura es la que no ha cambiado, ¡ay de mí!... Suspiro, señores míos, porque este defecto de mi pequeñez ha sido y es la mayor amargura de mi vida. A la menguada talla debo atribuir todas mis desgracias, el fracaso de mis tentativas literarias y el estancamiento de mis ambiciones... Mi defecto era simplemente la pequeñez, pues no padecía ninguna deformidad: al contrario, mi rostro era correcto, mi

cuerpo bien repartido de miembros y de notoria esbeltez, mi temperamento de gran viveza y acometividad, compensación que la Naturaleza suele dar a los chiquitines, casi enanos. Completo mi retrato asegurando con toda veracidad que en los días a que me refiero hice la mar de conquistas, como verá el que me leyere.»

Espíritu aventurero, gran poliglota, valentón y entremetido, irascible, cultísimo, socarrón y mujeriego empedernido.

V. LIVIANO, Proteo.

— * TITO LIVIO (59 a. J. C.-17 d. J. C.).

Famoso historiador romano.

Un voluntario realista (II).—*Un faccioso más...* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * TIZIANO (1477-1576).

Uno de los más grandes pintores del mundo. Veneciano.

España sin rey (III).—*Cánovas* (III).

— * TOCQUEVILLE (Alejo Carlos Clerel de) (1805-1850).

Político y escritor político francés. Ministro varias veces.

España trágica (III).

— * TODI.

Gran tiple italiana (1836). Cantó en Madrid este año.

Mendizábal (II).

TOJA, Señor.

Galdós a unos mismos personajes los denomina TAJA, TAJÓN y TOJA.

V TAJÓN y TAJA.

* TOLEDO.

Jefe militar cristino. Tomó parte en la liberación de Bilbao (25 de diciembre 1836).

Luchana (II).

«TOLOMÍN» o «TOMÍN».

Nombre cariñoso que daba Lucila Ansúrez a su amante el capitán.

V. GRACIÁN, Bartolomé.

Los duendes de la camarilla (II).

TOMÁS.

Dependiente de la cerería de don Gabino Paredes. Bueno. Silencioso. Trabajador.

Los duendes de la camarilla (II).—*O'Donnell* (III).

* TOMÁS, El señor.

Tabernero, servicial, de la Plaza *Mayor,* esquina a la calle de *Ciudad Rodrigo,* amigo del insigne Tito y de su coima Obdulia. En su establecimiento se tramó el burdo atentado, a trabucazos, contra los reyes doña María Victoria y don Amadeo I.

Amadeo I (III).

— TOMASA, LA DE CARACUEL.

De Peralvillo. Amiga de doña Leandra Quijada. Se tomó los dichos con el hijo de don Roque Sendalamula, escribano de Almodóvar.

Bodas reales (II).

TOMASILLA.

Casera de los Carrasco-Quijada, en Peralvillo de la Mancha.

Bodas reales (II).

TOMASITA,

«la del Fiel de Fechos». De Atienza. Amiga de María Ignacia y José García Fajardo.

Narváez (II).

TOMÉ TORRES *(el de la Chata).*

Paje de don Beltrán de Urdaneta. Cotilla y metomentodo.

Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

TOMILLO ALVADO, Don Pedro.

Seudónimo de un escritor jocoso que se dedicó a tomar el pelo al político liberal terrible Romero Alpuente.

El Grande Oriente (I).

«TOMÍN» o «TOLOMÍN».

Nombre cariñoso que daba Lucila Ansúrez a su amante el capitán.

V. GRACIÁN, Bartolomé.

Los duendes de la camarilla (II).

TONETA.

Sobrina del cura arcipreste y guerrillero de Ulldecona mosén Hondón. Hija de Monsa.

«Y comiendo, no perdía yo la cuenta de las amas que veía, ni dejaba de observar el rostro de la tercera, que era bonita, aunque demasiado pálida, con cierto aire y mohín lacrimoso de Vir-

gen de los Dolores, de buena talla, pero ya deslucida de pintura y barniz.»
Carlos VI, en la Rápita (III).

TONTO DE LA UVA (El).
«De rostro atezado y cuerpo contrahecho. Era del Valle de Arán, y se hacía pasar por francés, hablando a veces un *patois* de su invención.»
Tipo trashumante de las guerras civiles del Norte.
Zumalacárregui (II).

* TOPETE, Don Juan Bautista (1821-1885).
«Corazón fuerte, ávido de pelea y de gloria.» Contraalmirante. Iba en la escuadra española enviada al Perú (1865). Célebre español, ministro varias veces y senador vitalicio.
La vuelta al mundo... (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* TOPETE, Señora del almirante.
«Tan virtuosa como amante de su marido, no gustaba de que éste anduviese en trapisondas revolucionarias.»
La de los tristes destinos (III).

«TOPO, El».
Un *cabero*, pescador en los alfaques del Ebro. Guía de Santiuste en el ejercicio de la pesca.
Carlos VI, en la Rápita (III).

TORCUATA.
Joven costurera «que llevaba un niño en brazos». Era amiga de los Hermosillas y de Pepa la *Jumos*.
La de los tristes destinos (III).

— * TORDERA, Vicente (1620-¿1681).
Humanista español. Médico famoso.
De Oñate a La Granja (II).

TORDESILLAS, La.
Mujer hermosa. Tenía amoríos con Jacinto Pulgar y le *birló* a la Navalcarnero el amigo cordial: Manolo Uclés.
O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

* TORDESILLAS, Ricardo.
Asistente del general don Manuel Concha durante la campaña contra la Tradición (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

* TORENO, Conde de.
Hijo del célebre político don José María Queipo del Llano. Ministro de Fomento con Cánovas (1875).
Cánovas (III).

— * TORENO (Don José María Queipo del Llano, Conde de) (1876-1843).
Político, literato e historiador español de gran talento.
Cádiz (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Narváez* (II).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).

TORIBIO, Don.
Canónigo de Tortosa, que aseguraba de Jenara que a sus cuarenta y tantos años «todavía podía volver loco a cualquiera».
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * TORIO DE LA RIVA, Torcuato (1759-1821).
Famoso calígrafo español.
Bailén (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Los duendes de la camarilla* (II).

TORNERA (Hermana),
de la Concepción Francisca de Madrid. En este convento había profesado sor Catalina de los Desposorios, hermana de Pepe García Fajardo.
Las tormentas del 48 (II).

* TORO.
Jefe militar cristino que mandaba una compañía defensora de Bilbao durante los segundo y tercer sitios (octubre y noviembre de 1836).
Luchana (II).

TOROS DE GUISANDO. Doña Robustiana.
V. CORDERO, Doña Robustiana.

TORQUEMADA, Don Francisco.
«Varón seco, duro y agrio, vivía en la calle de San Blas, zona baja de Atocha.» Era un usurero *de tomo y lomo*. El insigne Tito gastó enorme cantidad de saliva para convencerle de que debía concederle un crédito...
Amadeo I (III).

— * TORQUEMADA, Tomás de (1420-1498).
Religioso dominico, organizador del Tribunal de la Inquisición española.
O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

* TORRALBA.
Buena figura: barba y pelo castaños, ojos garzos... Madrileño neto y barbián, más conocido que la ruda.
Pertenecía a la partida de *La Porra*, que organizó Ducazcal para combatir con procedimientos *expeditivos* a los republicanos...
España trágica (III).

* TORRALBA, Marqués de.
Gentilhombre. De servicio en Palacio durante la crisis (1849) del *Gabinete Relámpago*, presidido por Cleonar.
Narváez (II).

* TORRE, Duque de la.
Título de
V. SERRANO y DOMÍNGUEZ.

* TORRE, Duquesa de la.
Esposa del famoso general Serrano.
Mujer buena y bella. Gran dama de Isabel II.
España sin rey (III).—*Amadeo I* (III).

* TORRE, José de la.
Alcalde de Montoro. «Con las varas de los harrieros» (sic) aprisionó a setenta soldados franceses y los envió a la isla de León, a presencia de la Junta Suprema.
Bailén (I).

* TORRE, Simón de la.
Jefe carlista. 1836. Dirigía uno de los batallones *de flanco* que atacaron a Bilbao en octubre del año señalado.
De Oñate a La Granja (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).

* TORRE DEL ESPAÑOL, Conde de la.
Alcalde de Tortosa. 1860.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * TORRE DEL FRESNO.
Organizador, en Badajoz, de los voluntarios contra la invasión napoleónica.
Bailén (I).

* TORRE MEDIENTA.
Diputado a Cortes. 1873. Cantonalista.
La primera República (III).

* TORRE ORGAZ, Conde de.
Diputado por Cáceres en las Cortes de 1869.
España sin rey (III).

* TORREBLANCA, Don Eugenio.
Capitán de guardia en el Cuartel de San Gil. Fué muerto por los sargentos rebeldes. 1866.
Prim (III).

TORREFIRME, La.
Aristócrata. Asistía a las reuniones de los Montijos. Pepe Fajardo la alude así:
«Casi cuarentona, que me mostraba singular deferencia ya tocante en la inclinación, y como advirtiese yo aquella noche que la caída hacia mí se acentuaba locamente, excediendo en desnivel a la torre de Pisa, miné y destruí su cimiento todo lo que pude para que se derrumbase pronto, como en efecto...»
Las tormentas del 48... (II).

— TORREGORDA, Duques.
Ficción dentro de la novela.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

* TORREORGAZ, Marqués de.
«Menguadito de talla, de buen humor, contento de la vida, como hombre adinerado. Este representante del país no deja transcurrir ninguna legislatura sin presentar y apoyar una proposición de ley declarando la absoluta incompatibilidad del cargo de diputado con los empleos, honores y obvenciones. ¡Que si quieres! Es un soñador, el hombre de lo imposible, y don Juan Bravo Murillo, según cuentan, ha sudado más de una vez la gota gorda contestando a tales utopías. Son amigos y paisanos, y no riñen más que en el Congreso.»
Narváez (II).

TORRES.
V. RENEGADO (EL GAZEL).

TORRES, Don Blas de.
Canónigo de la Colegiata de La Granja. 1856.
Luchana (II).

— TORRES, Pablo.
Moro de Larache que se *camufló* de español y nadie lo notaba.... según ponderación de Ansúrez «el Grande».
Aita Tettauen (III).

* TORRES SOLANOT.
V. SOLANOT.

* TORRIJOS, El brigadier José María de (1791-1831).
General español de valor y patriotismo ejemplares. Fué fusilado en Málaga por el llamado *Verdugo de Málaga*, González Moreno.
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*Aita Tettauen* (III).

* TORRUBIA, Don Valeriano.
Ultimo prior de la Orden de Calatrava a quien fusiló Narváez acusándole de haber auxiliado al cabecilla carlista Gómez (1838).
Narváez (II).

TORRUBIA, Doña María.
«En el término de esta cadena de relaciones y conocimientos halló doña Leandra a una pobre señora que había visto la luz en Aldea del Rey, lugar del propio Campo de Calatrava, con lo que resultaba un paisanaje más familiar, casi con honores de parentesco. Era la tal doña María Torrubia viuda de un tratante en ganado de cerda, y había pasado en poco tiempo de una holgada posición a la más humilde y lastimosa, pues vivía en un humilde tráfico: vender torrados, altramuces y piñones para los chicos; para los grandes, yesca, pedernales y pajuelas. Todo su comercio lo llevaba en dos cestas colgadas de uno y otro brazo, y con él se instalaba en la Fuentecilla o en la Puerta de Toledo, en el puente, los días de fiestas. En cuanto las dos mujeres se echaron recíprocamente la vista encima, reconoció cada cual en la otra el aire y habla de la tierra, y por cariñosa atracción instintiva se abrazaron con lágrimas en los ojos. Rápidamente se dieron las informaciones precisas, nombres, linaje..., y resultaron, ¡ay!, parientes, pues si doña María era Quijada por su madre, doña Leandra tenía sangre de Torrubia por el segundo grado de la línea paterna. Enumeró doña María todas las familias enlazadas con los Carrascos y los Quijadas, y a doña Leandra no se le olvidó en la cuenta ninguno de los parientes y deudos de la Torrubia ni de su difunto esposo, Mateo Montiel, a quien Bruno había tratado íntimamente.»
Bodas reales (II).

TORTELLA, Mosén Crispín de.
Capellán de San Salomó, en Solsona.
Un voluntario realista (II).

TORTURA, Aniceto.
V. VIRIATO.

— * TOSSI.
Notable tiple que actuó en Madrid los años de 1843, 1844 y 1846.
Bodas reales (II).

— * «TOSTADO, El» (1403-¿1455?). Alonso de Madrigal.
Escritor español fecundísimo. «Escribir más que *el Tostado*» es una locución conocidísima.
La estafeta romántica (II).

TOURLOUROU.
Soldado francés que apresó a Araceli en Salamanca. «Era un soldado pequeño y vivaracho, ojinegro, morenito y oficioso».
La batalla de los Arapiles (I).

— * TRABESE, Don José.
Ex guardia de Corps. Liberal.
El 7 de julio (I).

* «TRABUCO».
Mote que daban los liberales al general Morillo.

— * TRAJANO, Marco Ulpio (53-177).
Gran emperador romano nacido en Itálica (Sevilla).
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

TRAJINEROS
sorianos que socorrieron al aventurero Santiaguito Ibero.
Prim (III).

TRANSFIGURACIÓN, Madre.
Religiosa en San Salomó, Solsona.
Un voluntario realista (II).

TRÁNSITO, Doña.
Hermana de don José del Milagro. Vivía en Illescas y tenía con ella a los hijos menores de este santo varón.
Montes de Oca (II).

TRANSVERBERACIÓN, Madre.
Monja en el convento de Córdoba, donde quiso profesar. Inés, creyendo muerto a Gabriel Araceli.
Bailén (I).

* TRÁPANI, Duque de.
Hermano de la reina María Cristina. Pretendiente de su sobrina Isabel II.
Bodas reales (II).

* TRAPENSE (El).
V. MARAÑÓN, Fray Antonio.

TRAPINEDO, Don Luis.
Nieto del casi centenario don Alonso de Landazuri, marqués de Gauna. Estaba casado con doña María Erro Sureda. Y era padre de dos hijas muy monas y de dos chicos adolescentes... Hombre moderno, listo, agradable...
«El marqués de Gauna, a quien todos daban el título antes de poseerlo por legal sucesión, era un caballero que física y moralmente llevaba consigo la simpatía, y aunque por tradición de familia militaba bajo las banderas de la legitimidad, la lectura y los viajes le habían modernizado. Y más que el viajar y el leer influyó en esto su amistad íntima, casi fraternal, con Cánovas del Castillo. Tenían la misma edad, cuarenta y un años, en la época de esta historia; se habían conocido en Madrid, siendo ambos estudiantes; escribieron, no con criterio igual, en *La Patria*, fundada por Pacheco en 1849· juntos recibieron las inspiraciones y los consejos de Estébanez Calderón, y cuando Cánovas, a fines del 54, fué destinado a Roma como encargado de Negocios y agente general de Preces, allá se fué también Trapinedo, en viaje de novios, y poco menos de un año permaneció junto a su amigo embebecido con él en la admiración y el estudio del arte clásicos.»
España sin rey (III).

TRAPINEDO Y ERRO SUREDA (Hijos de los señores).
«Don Luis de Trapinedo, nieto del casi centenario don Alonso; ella, doña María Erro Sureda y Arias Teijeiro, que por los cuatro costados de su nombre declara su sangre carlista. Ambos eran agradables, hablaban y casi pensaban a la moderna. Tenían dos hijas muy monas, la mayor de la edad de Fernando Ibero, sencillitas, inocentes, menos bellas y más provincianas que su amiga, y dos chicos adolescentes que estudiaban en el Instituto. Esta generación alegraba la casa holgona y feudal, enclavada en la ciudad antigua, entre las calles de Zapatería y Herrería. Las familias de Trapinedo y de Ibero eran la vida y el color en medio de aquel ennegrecido retablo de *ricos omes, fijosdalgo*, dueñas *acecinadas* y reverendos eclesiásticos curados al incienso.»
España sin rey (III).—*España trágica* (III).

TRAPINEDO Y ERRO SUREDA, Luisita.
Hija del futuro marqués de Gauna, don Luis. Amiga de Fernadita Ibero. Vivía en Vitoria.
España sin rey (III).

TRASTAMARA.
Amigote de Pepe García Fajardo. Aristócrata.
Las tormentas del 48 (II).

— * TREMOUILLE, Princesa de la.
Cultísima dama francesa que presidía la más fina tertulia literaria de Francia (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

* TRENCH, José María.
Sacerdote piadoso que confesó a doña María Griñó, madre de Cabrera.
La campaña del Maestrazgo (II).

— «TRES PELOS».
Majo maleante.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

«TRES PESETAS».
«Distinguido curtidor». Asistente al baile de la *Pelumbres*.
Napoleón, en Chamartín (I).

TRIBALDOS.
Asistente de Gabriel Araceli.
La batalla de los Arapiles (I).

TRICIO, Don Roque.
Arcediano de Berberiego. Asistente a los famosos funerales de don Beltrán de Urdaneta, en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

TRIJUEQUE, Mosén Antón.
Cura aragonés que había tomado las

armas desde el principio de la guerra y servía en las filas de Vicente Sardina de jefe de la Caballería.

«Un hombre altísimo, descarnado y morenote, con barba entrecana, pelo corto, ojos fieros, cejas pobladísimas y unas manos tan largas como velludas, que velozmente pasaban del plato a la boca.»

«¡Dios mío, qué hombre tan alto! Era un gigante, un coloso, la bestia heroica de la guerra, de fuerte espíritu y fortísimo cuerpo, de musculatura ciclópea, de energía salvaje, de brutal entereza, un pedazo de barro humano, con el cual Dios podía haber hecho el físico de cuatro almas delicadas; era el genio de la guerra en su forma abrupta y primitiva, una montaña animada, el hombre que esgrimió el canto rodado o el hacha de piedra en la época de los primeros odios de la Historia; era la batalla personificada, la más exacta expresión humana del golpe brutal que hiende, abolla, rompe, pulveriza y destroza.

»Para que fuera más singular y extraño aquel guerrillero, cuya facha no podía mirarse sin espanto, vestía la sotana que llevaba cuando echó las llaves de la parroquia el 3 de junio en 1808, y de un grueso cinto de cuero sin curtir pendían dos pistolas y el largo sable. Abierta la sotana desde la cintura, dejaba ver sus fornidas piernas cubiertas de un calzón de ante en muy mal uso, y los pies calzados con botas monumentales, de cuyo estado no podía formarse idea mientras no desapareciesen las sucesivas capas de fango terciario y cuaternario que en ellas habían depositado el tiempo y el país. Su sombrero era la gorra peluda y estrecha que usan los paletos de tierra de Madrid, el cual se encajaba sobre el cráneo, adaptado a un pañuelo de color imposible de definir y que le daba varias vueltas de sien a sien.»

Habiendo disputado con El Empecinado, se pasó a los franceses, creyendo que éstos le harían mariscal. Al ver que lo tomaban a chacota, desesperado, se ahorcó, como Judas.

Juan Martín el Empecinado (I).

* TRILLO, Don Miguel.

Coronel del regimiento de Granada durante la guerra de Africa (1859-60).

Aita Tettauen (III).

TRINIDAD, Don.

Clérigo soliviantado en la política. Amigo de Segismundo Fajardo. Escribíale éste los sermones, que aquél pagaba con generosidad... «a diez reales por pieza».

España trágica (III).

«TRINIDAD, Don».

Mote con que se designaba a.

V. BALBOA, Señor.

TRIS, Don Francisco.

Provisor y vicario general. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta, en Cintruénigo.

La estafeta romántica (II).

* TRISTANY, Benito (1794-1847).

Guerrillero español conocido por *Mosén Penot*. Llegó a general carlista.

Juan Martín el Empecinado (I).—*Las tormentas del 48* (II).—*Los duendes de la camarilla* (II).

— * TRISTANY, Rafael (1814-1899).

Insigne erudito, guerrillero y militar español. Tomó parte, a favor de la Tradición, en las tres guerras carlistas.

La campaña del Maestrazgo (II).—*Los ayacuchos* (II).—*O'Donnell* (III).

* TRONCOSO.

General portugués que auxiliaba a Wellington (1811).

La batalla de los Arapiles (I).

* TRUEBA Y COSSÍO.

Secretario de la Cámara Popular (estamento de los procuradores) en 1835 y literato estimable.

Mendizabal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

TRUJILLO.

Amigo de Pepe García Fajardo.

Las tormentas del 48 (II).

* TRUJILLO.

Jefe militar cristino que mandaba una compañía defensora de Bilbao durante los segundo y tercer sitios (octubre y noviembre de 1836).

Luchana (II).

— * TRUJILLO.

Organizador en Granada de las Juntas de patriotas (1808).

Bailén (I).

TRUJILLO, Sotero.
«Abominable truhán de Madrid.» Esposo de la hermosa Antoñita, la amante de Pepe García Fajardo. Mezcla absurda de alcoholismo, cinismo, flamenquería y cobardía.
Las tormentas del 48 (II).—*La revolución de julio* (III).

TRUJILLO Y ARNÁIZ.
«Poeta, chico del comercio, alto...» Novio que fué de Teresita Villaescusa.
O'Donnell (III).

— * TÚBAL.
Supuesto nieto de Noé. Primer poblador de España.
Narváez (II).—*Prim* (III).—*La primera República* (III).

* TUBINO, Francisco (1833-1888).
Historiador y literato español.
Prim (III).

«TUCÍDIDES».
Viejo portero de la Academia de la Historia. Amigo del insigne Tito, a quien pagaba la mensualidad que le había señalado la madre Clío.
Cánovas (III).

— * TUDÓ, Pepita.
Amiga y más tarde mujer de Godoy. Muy culta. Viviendo todavía ésta, el príncipe de la Paz contrajo matrimonio con la infanta María Teresa de Borbón.
La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Mendizábal* (II).

— * «TUERTO, El»
de la Ratera». Jefe de una partida política (1848).
Las tormentas del 48 (II).

«TUERTO, El».
Guerrillero de la partida del *Empecinado*.
Juan Martín el Empecinado (I).

«TUERTO, El».
Labriego acomodado de Peralvillo de la Mancha.
Bodas reales (II).

TUERTO RECADERISTA
de Durango. Recorría las aldeas con un Niño Jesús, pidiendo para el Santuario de Iciar.
Luchana (II).

— * TULA.
Nombre que daba a la famosa poetisa la Avellaneda, Sofía, la esposa de Agustín García Fajardo.

TULITA.
Hija de doña Gregoria, la bordadora en fino.
Napoleón, en Chamartín (I).

* TURGOT, Marquesa de.
Embajadora de Francia en España (1854).
O'Donnell (III).

* TURÓN, El general.
Soldado ciento por ciento. Jamás politiqueó. Bravo. Tenaz (1860).
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

«TUSTE», El (Juan Santiuste).
Pordiosero que vivía en un desván de la calle *de Ministriles*. «Pobre muy asqueroso», al que socorrió Teresita Villaescusa, y «en quien se reunían los más tristes y desagradables aspectos de la miseria. Lo que se veía de la camisa era la misma suciedad; la chaqueta y calzones, prendas de ocasión que debieron ser viejísimas antes que él las usara, eran ya jirones de tela mal cosidos, llenos de agujeros y desgarraduras... El calzado lo componían dos zapatos diferentes: el derecho, a medio uso; el izquierdo, informe, retorcido, suelto de puntos... Observado con rápida vista todo esto, miró Teresa el rostro, y espantada de la suciedad espesa que lo cubría, no pudo distinguir las líneas hermosas ni la noble expresión que debajo de la inmunda costra se escondía. El cabello era una maraña en que no había entrado el peine desde la invención de este instrumento de limpieza. La mugre de toda la cara se hacía más densa metiéndose por los huecos de las orejas; en el cuello de la camisa se apelmazaba el sudor; la tela y la piel se confundían en su morbidez pegajosa. Desgarraduras de la camisa dejaban ver una parte del pecho menos sucia que lo demás, tirando a blanca.
»La voz del pobre no era como su facha, sino una voz espléndida, de timbre sonoro, dulce, varonil. Así lo advirtió Teresa la segunda vez que la oía; en la primera no advirtió nada.»
Curioso tipo. Estudió tres cursos de

Universidad. Le protegió Quintana. Hizo versos. Fué memorialista. Quiso ser sepulturero... Teresita Villaescusa se enamoró de él y le ayudó a redimirse. Limpio y vestido, era un hermoso joven, dulce, culto, y discreto. Su palabra era deslumbradora y de una sugestión impresionante... Era un loco enamorado del Amor... Protagonista de varios *Episodios Nacionales*. Acabó en el manicomio de Leganés.

V. SANTIUSTE, Juan.

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III). *Carlos VI, en la Rápita* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España trágica* (III).

* TUTAU.

Político español. Ministro con la primera República.

La primera República (III).

«TUTORRAS».

Mote de un químico y mecánico francés al servicio de la Tradición (1836).

Luchana (II).

— * TÚY, El obispo Lucas de («El Tudense») (siglo XII).

Famoso historiador, autor del *Cronicón* de su nombre, uno de los primeros monumentos de la investigación española.

Narváez (II).

U

UCLÉS, Jacinto o Manolo.

Joven rico. Estaba en amoríos con la Navalcarazo.

Galdós le llama, indistintamente, Manolo y Jacinto.

O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

UDAETA.

Agente de negocios. Amigo de García Fajardo.

O'Donnell (III).

* UGARTE, Antonio de (Antonio I) (1870-1827).

«En los últimos años del siglo anterior, Ugarte había venido de Vizcaya a los quince de su edad. Menos afortunado que yo y con menos recursos, tuvo que ponerse a servir de mozo de esportilla en casa del señor consejero de Hacienda don Juan José Eulate y Santa, donde se dió tan buena maña y mostró tanto ingenio, que bien pronto, ayudado de su buena letra y de sus conocimientos aritméticos, logró ser amanuense de la casa. Habiendo nacido Antoñuelo para grandes empresas, no quiso su destino que se prolongase por mucho tiempo la oscuridad de aquella vida, y ved aquí que una aventurilla doméstica, en la cual apareció demasiado listo, le obligó a separarse del señor Eulate. El mancebo vizcaíno, viéndose sin arrimo, pasó revista a todas las artes y ciencias, y discurriendo cuál de ellas tomaría por instrumento de la gran ambición que en su noble pecho abrigaba, aceptó la coreografía. Ya le tenemos de maestro de baile, o, como si dijéramos, con ambos pies dentro de la esfera de la fortuna, que en aquellos tiempos solía favorecer a la gente danzante.

»Era Ugarte de hermosa presencia, agraciado, vivaracho, ingeniosísimo en las frases, saludos y cumplidos, y extremadamente listo, con el más claro ojo del mundo para conocer a las personas y captarse su simpatía y buena voluntad. Vestía con toda la elegancia que sus mermados emolumentos le permitían; conocía a fondo el *ars umbelaria*, que era el modo de ponerse el sombrero, y el *ars ingrediaria*, que era lo que modernamente y con más llaneza llamamos el *modo de andar*. No sólo daba lecciones de baile, sino que las daba también de *zorongo*, es decir, enseñaba a los jóvenes a hacer, con la mayor elegancia posible, el gesto de afectadísima urbanidad conocido con este nombre.

»A pesar de tan supinos talentos, Ugarte no salía de su pobreza, que entonces acompañaba, como el lazarillo al ciego, a las más nobles artes de la ca-

beza o de los pies. Pero quiso el cielo que se prendase del bailante vizcaíno una dama burgalesa (cuyo nombre no hace al caso), la cual vivía en la costanilla de Capuchinos de la Paciencia. Desde entonces, todo cambió.»

Estuvo preso en el Alcázar de Segovia por la compra de los barcos rusos inservibles. Fué libertado en 1820.

Fué uno de los consejeros más estimados de Fernando VII. Tuvo gran influencia. Hizo mil negocios sucios.

Memorias de un cortesano de 1815 (I). *La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).

— * UGOLINO (El conde).

Personaje histórico inmortalizado por Dante en *La Divina Comedia*, quien da por condenado a aquel famoso conde.

La estafeta romántica (II).

UHAGÓN, Pascual.

Mozarrón bilbaíno, estudiante de ingenieros, en Madrid, y amigo de Pepe García Fajardo.

Las tormentas del 48 (II).

UHAGÓN, Señor don Pedro Pascual.

Capitán en el ejército de Espartero (1836). Amigo de Fernando Calpena. Bilbaíno. «Joven muy simpático.»

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).

* ULIBARRENA.

Jefe de Cazadores en el ejército de Espartero que liberó a Bilbao en la Nochebuena de 1836. Cayó herido mortalmente en el puente de Luchana.

Luchana (II).

* ULIBARRI, Don Adrián.

Alcalde de Miranda de Arga, mandado fusilar por Zumalacárregui (1834).

«Alto, casi giganteo, de proporcionada grosura, cabellos blancos, de rostro grave y ceñudo, totalmente afeitado, tipo de rústico noble.»

Padre de la hermosa Saloma. Le asistió en sus últimos momentos José Fago, quien, antes de ordenarse sacerdote, había seducido a su hija.

Zumalacárregui (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

* ULIBARRI, Don Bernardo.

Gentilhombre encargado de la vigilancia del principito Alfonso (XII).

La de los tristes destinos (III).

ULIBARRI, Don Valentín.

De Villafranca de Navarra. Hermano de don Adrián y padre de Pilarcita.

Zumalacárregui (II).

ULIBARRI, Pilar.

Hija de don Valentín y prima hermana de Salomé, la joven hembra seducida por don José Fago. «Joven y agraciada.» Monja dominica.

Así se refería a ella don José Fago: «Era una fierecilla. Cuando vivía en el siglo, sus padres no podían aguantarla: le conocí lo menos doce novios; con todos reñía, y les hacía reñir unos contra otros; traía revuelto al pueblo, y por causa de ella llovían puñaladas. De pronto, le dió la ventolera por la religión... El fuego de su alma apasionada escapábase por aquel registro. Sus padres vieron el cielo abierto cuando la chiquilla manifestó tal vocación, y acelerando los preparativos por temor de que se arrepintiera metiéronla en las dominicas de Los Arcos... Es organista y cantora. Sigámosla hasta que cante...»

Zumalacárregui (II).

ULIBARRI, Salomé.

Hija de don Adrián. Fué seducida por José Fago. Se separó de él a los tres meses, odiándose. Dialogando, su seductor, ya arrepentido, la defendía así:

«—¿Saloma?... ¿Era por casualidad tuerta del derecho?

»—Hombre, no; que Dios puso en su cara dos ojos negros, hermosísimos...

»—¿Baja de cuerpo y algo cargadica de espaldas?

»—Quita allá. No ha nacido cuerpo más gallardo: ni grande ni chico, ni gordo ni flaco, bien repartido de hueso y músculo... ¿Queréis más señas? El habla dulce, el mirar sereno y un poquito triste, cara oval, manos un tanto curtidas, pero de buena forma.»

Saloma se casó con el buenazo de Baldomero Galán, que hizo una lucida carrera militar.

Zumalacárregui (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*O'Don-*

nell (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— ULISES.
Famoso héroe griego, uno de los protagonistas de la *Ilíada*, y el de la *Odisea*, de Homero. Era hijo de Laertes y de Antinea. Esposo de Penélope. Padre de Telémaco. Rey de Itaca.
Amadeo I (III).

* ULLOA, Don Augusto.
Jefe militar, amigo de O'Donnell. Diputado a Cortes (1869). Buen orador. Ministro de Gracia y Justicia (1871) con Amadeo I.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).—*Amadeo I* (III).—*Cánovas* (III).

UMBROSOS MONTES, Duque de los.
Personaje chusco, celoso, dueño de una beldad de Cádiz codiciada por Araceli y Figueroa.
Gerona (I).

— * UNANUE.
Gran cantante y actor que (1835) interpretaba *Norma* en el teatro del Príncipe.
Mendizábal (II).

* URANGA.
Cabecilla carlista que se alzó en Salvatierra (1834).
Un faccioso más... (II).

— URANIA.
Una de las nueve Musas. Presidía la Astronomía.
La primera República (III).

URBANO, Don.
V. GIL DE LA CUADRA; y
TACITURNO (El).
Un mismo personaje.

— * URBIETA, Juan de.
Soldado guipuzcoano de los tercios españoles que se hizo célebre por haber cogido prisionero a Francisco I de Francia en la batalla de Pavía.
La de los tristes destinos (III).

* URBISTONDO, General.
Jefe de los batallones castellanos del Absolutismo (1838). Maroto y él, en representación del pretendiente, se entrevistaron en la Venta de Abadiano, entre Durango y Elorrio, con Espartero, Linaje y Wilde, representantes de Isabel II.
Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).

URBISTONDO, Pepe.
Así hablaba de él la *señora incógnita* (en 1836).
«Ha venido no hace un mes del ejército de Aragón; es valiente y audaz en la guerra; en los saraos de Madrid, el primero y más arrojado bailarín de gavotas y mazurcas; buen chico, sólo que tartamudea un poco y empalaga un mucho con sus alardes de finura, a veces sin venir a cuento. Hoy le tienes aquí de ayudante de San Román, y es el que anima con sus donaires los corros que diariamente, mañana y tarde, se forman en las *Tres Gracias* o en *Andrómeda*...»
Luchana (II).

* URDÁN D'.
General portugués que tomó parte en la batalla de los Arapiles.
La batalla de los Arapiles (I).

URDANETA, Don Beltrán de.
Gran conspirador, caballeroso y caballeresco aventurero. Abuelo de don Rodrigo, el presunto esposo de Demetria Castro-Amézaga.
«Un simpático y noble anciano, de buena estatura, algo rendido al peso de la edad, de afable rostro y modales finísimos, revelando en todo el alto nacimiento y el refinado trato social.»
Y Salas, el servidor de los Castro-Amézagas, contaba de él:
«Don Beltrán ha sido toda su vida un disipador de lo suyo y de lo ajeno; como que no ha hecho más que divertirse y darse buena vida en los Parises y otras tierras del vicio. En cambio, su nieto ha salido tan allegador y de puño tan cerrado, que no hay más que pedir. Vea su merced trocados los papeles: el viejo, pródigo y manirroto, como un muchacho que está en la edad del gastar; el chico, agarrado a la cuenta y razón, como un viejo que mira por el orden y la hacienda. Me nacieron los dientes oyendo decir que don Beltrán ha sido y es el primer calavera del reino, y que se ha pasado la vida en comilonas, cacerías, recreos y larguezas de príncipe, con

mucho aquel de buenas mozas, y viajes para acá y para allá. El lujo de su casa y los trenes que tenía daban que hablar, señor. Verdad que otro más generoso y más galán no le hubo: él se divertía, pero lo pagaba bien. Y a su puerta no llegó ningún pobre que se fuera desconsolado. Semejante a don Beltrán en lo dadivoso, aunque menos caballero, fué su hijo don Federico, a quien llamaban *don Fatrique* o *don Futraque;* y entre uno y otro dejaron en los huesos la casa de Urdaneta, tan poderosa antes..., la cual quedó hecha polvo; y con los restos de ella y el caudal no grande, pero limpio, de los Idiáquez, ha podido doña Juana Teresa, marquesa de Sariñán, esposa del *don Futraque* y madre del don Rodrigo, amasar una fortunita, que es la que hogaño quieren hijo y madre librar de las manos pecadoras de este vejete... Desde la muerte del don Federico, la señora viuda y el marquesito ataron corto al abuelo. Este rezongaba; pero ¿qué remedio tenía más que bajar la cabeza? Cada poco tiempo, gran pelotera en la familia, porque don Beltrán pedía ocho para sus necesidades y no le daban más que tres. Si corto le ató la señora, más corto hubo de atarle el nieto al llegar a la edad de gobierno y al hacerse cargo de manejar el caudal. Cada día le daban a don Beltrán menos *de aquí,* y el pobre señor, con el aguijón de sus vicios rancios, trinaba y se le comían los demonios. Había venido a ser un niño, el niño de la casa, el señorito juguetón y travieso a quien se dan los domingos unas pesetillas mal contadas para que se divierta. A la postre, viendo que no podían hacer carrera de él, y que cuanto más le daban más pedía, le privaron de emprender viajes, quitáronle coches y caballerías y hasta le tasaron el tabaco... Tan desesperado se vió el niño anciano, que fué y quiso despeñarse por una gran sima que hay más allá de Cintruénigo; pero... lo dejó para otro día. Y también se fué una noche hacia el Ebro para darse un remojón; sólo que por estar el agua muy fría, no se determinó.»

En venganza a como le trataban su nieto y su nuera, dificultó cuanto pudo la boda de aquél con la sin par Demetria Castro-Amézaga, y... se escapó de casa. Corrió mil aventuras con cristinos y carlistas. Estuvo a punto de fusilarle Cabrera y, sin embargo, acabaron siendo grandes amigos. Más tarde, don Beltrán se lanzó a una peregrinación en busca de la salvaje monja Marcela, que tenía enterrados unos caudales, a los cuales se creía con derecho don Beltrán.

Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*España sin rey* (III).

URDANETA, Don Fadrique o don Federico de.

Padre de Rodrigo, el presunto esposo de Demetria Castro-Amézaga.

Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).

URDANETA, Doña Valvanera.

Hija del anciano y templado caballero don Beltrán, casada con un Maltrana del Valle de Mena y madre de numerosa prole.

Así hablaba de ella Fernandito Calpena:

«Te diré que, sin ser hermosa que digamos, cautiva más que si lo fuera, por su gracia, su afabilidad, su señorío, maravillosamente fundido con la llaneza. Como no la conoces, amado clérigo, no has visto la encarnación del buen gusto: eso es Valvanera, el buen gusto convertido en mujer, digo, en señora, pues no hay otra que mejor merezca tal nombre. Hasta en los actos más insignificantes se revela su cualidad suprema, el don de la forma. Me encanta verla dar de comer a sus hijos pequeños; si la oyes reñir a su criado, quisieras ser tú el reñido; y si por algo te reprende, no tienes más remedio que darle las gracias. Creerás que es una señora de pueblo, de esas que a la ranciedad de la nobleza y de las costumbres unen la tosquedad que da el vivir constante en villas de corto vecindario. Pues te equivocas: nacida en noble cuna, educada en los mejores colegios de Francia, Valvanera es verdadera *castellana* en el sentido feudal de este término; verás en ella el aire campesino y la singular majestad que dan la cuna y la educación esmeradísima. Doce años hace que vive aquí. No echa de menos el bullicio de Madrid ni la elegancia pa-

risiense; adora la residencia oscura donde ha criado a sus hijos, y comparte con su marido el gobierno de una inmensa propiedad. Suelen bajar a Burgos por temporadas. y a Bilbao algún verano. Viven como príncipes; se sienten superiores a los que gastan su existencia y sus riquezas en las grandes ciudades, con escaso provecho del espíritu y fugaces placeres. Esta nobleza campesina se va concluyendo, mi querido Hillo, por la concentración de las principales familias en las llamadas cortes. Permanecen desperdigados en las villas algunos hidalgos adheridos al terruño, tan ordinarios ellos como sus esposas, atacados ya de la nostalgia de los centros populosos. El día en que se queden solos en el campo los pobres colonos y cultivadores de la tierra, vendrá la consunción nacional. Por esto admiro a Valvanera, que, notando en su esposo cierta tendencia centrípeta. trata de retenerle: ella es centrífuga, un tanto melancólica por la influencia de las soledades agrestes.»

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Prim* (III).

URDANETA IDIÁQUEZ (Don Rodrigo de) (Conde de Sariñán y de Villarroya de la Sierra).

Con quien el sacerdote don José María de Navarridas quería casar a su sobrina Demetria Castro-Amézaga, y del que hablaba así a Calpena:

«Su edad es de veintiséis años; su presencia, gallardísima; su rostro, hermoso, espejo de un alma noble; sus acciones, señoriles; su lenguaje, comedido y muy galán... En fin, que parece haber venido al mundo adrede para emparejar con esta sin par niña, cuyos méritos conoce usted.»

«Los informes que tenemos del ilustre joven, fidedignos, tomados en fuentes diversas, convienen en que es un dechado de grandes y nobles cualidades: perfecto caballero, que cuida de conservar intacta la dignidad de sus mayores; de tan intachable conducta en lo moral, que nadie podría echarle en cara ni aun aquellas transgresiones leves que tan disculpables son en la juventud; grave en su trato, en su lenguaje comedido, llano con los humildes, digno entre los poderosos sus iguales, formal en sus tratos, esclavo de su palabra, señor en sus actos todos; enemigo de juegos y pasatiempos que no conducen más que al pecado; desconocedor de todos los vicios, amante de todas las virtudes...»

En realidad, y según su propio abuelo don Beltrán, era un cretino, avaro, *viejo* en plena juventud. Un ser desapacible y antipático.

Luchana (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Prim* (III).

* URIARTE, Don Francisco Javier de (1753-1842).

Comandante del navío *Santísima Trinidad*. Su pericia puso fuera de combate al navío *Victory*, mandado por Nelson. Fué hecho prisionero herido en Trafalgar. Gobernador de la Isla de León y de las Maestranzas de La Carraca y Cartagena. Murió siendo capitán general de la Armada.

Trafalgar (I).

* URIAS, El teniente de fragata.

Muerto en Trafalgar sobre el navío *Santísima Trinidad*.

Trafalgar (I).

* URIBARREN, La.

Dama mejicana que, desde París, conspiraba contra el régimen de su país (1862).

Prim (III).

* URIZ, Javier de.

Intendente. Fué «rabioso apostólico». Conspiró contra Maroto (1838) y fué fusilado en Estella.

Vergara (II).

* URQUIJO, Mariano Luis (1768-1817).

Ministro de Carlos IV. Enemigo de Napoleón y de la Curia romana. Buen hacendista.

La Corte de Carlos IV (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I).—*Mendizábal* (II).

— * URQUIZA, Paca.

Fusilada por Cabrera—de quien era novia—como represalia por la muerte de su madre a manos de los cristinos. Era hermana de un urbano.

La campaña del Maestrazgo (II).

* URQUIZO, Señores de.
Vivían en Elorrio. Eran grandes amigos de Serrano (1872).
Amadeo I (III).

URRA, Don Matías.
Carlistón de Oñate (1836).
«El tal don Matías Urra, infeliz veterano del absolutismo, había comenzado su carrera gloriosa en la Regencia de Urgel y en el servicio privado del barón de Eroles. Emigrado a Francia, volvió a su tierra en calidad de ayuda de cámara del conde Penne de Villemur, el cual le tomó gran afición por su lealtad y esmero en el servicio. Deseando asegurarle un porvenir decoroso, le colocó, siendo ministro de la Guerra de don Carlos, en una humilde posición de Provisiones Militares. Poco después el señor Arias Teijeiro, prendado de su fidelidad, se le llevó a Gracia y Justicia, como auxiliar de Secretaría, cargo puramente nominal, pues le ocupaban en diversos menesteres; tan pronto se le veía en *Correos*, como en la Comisaría de Vigilancia, siempre leal, atento a lo que se le ordenaba, celosísimo por la Causa del rey y la religión. Queríalo todo el mundo en la llamada corte, y no por humildes eran menos apreciados sus servicios. Hombre sencillísimo, sin pretensiones, con tanta fe en la Causa como en Dios, distinguíase por su actividad en la transmisión de todas las gratas mentiras que eran el consuelo de la *ojalatería* facciosa. No tenía familia, ni más amor que el rey, por quien habría dado cien veces su inútil vida. A más de poner en circulación mañana y tarde las nuevas fresquecitas de descalabros gio en las Franciscanas; en Santa Madrid, de la fuga de la Gobernadora, se había constituído en *avisador* de todos los triduos, novenas, funciones mayores, rosarios y demás religiosos actos que en las iglesias y oratorios de Oñate se celebraban, para edificación de las almas y alimento de las esperanzas políticas. El bueno de Urra informaba puntualmente, preguntáranle o no; y dotado de actividad prodigiosa, iba de casa en casa anunciando: «Esta noche, desagravios en San Miguel; mañana, trisagio en las Franciscanas; en Santa Marina, completas y salve, y en Bidaurreta, manifiesto y sermón del padre Prepósito de San Agustín...»
De Oñate a La Granja (II).

— * URRACA DE CASTILLA, Doña (1077-1126).
Reina de Castilla y León. Hija de Alfonso VII y mujer de Alfonso I de Aragón.
Cádiz (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).

«URRACA, Doña».
Mote dado a doña Juana Teresa de Idiáquez por su suegro don Beltrán de Urdaneta.
V. IDIÁQUEZ.

* URRAZA.
Síndico de Durango. Se lanzó a la aventura de una partidita facciosa (1872).
Amadeo I (III).

— * URREA, Hierónimo de (siglo XVI).
Capitán, político y escritor español. Autor del *Diálogo de la verdadera honra militar* (Venecia, 1566).
Cánovas (III).

URREA, Juan.
«Se agregó a la servidumbre de don Fernando un criado antiguo de la casa de Cardeña, al cual Pilar trajo consigo; hombre muy para el caso, honrado y valiente como buen guipuzcoano, del propio Eibar, fuerte como un oso, leal como un perro, muy corriente en lengua eúskara, y conocedor de la topografía del país, así como de toda Navarra y alta Rioja. Llamábase Juan Urrea, que quiere decir *el oro*, y había servido en los estados aragoneses de Arista y Javierre antes de pasar a la guardería de la Encomienda, famoso coto de la casa ducal, cerca de Madrid. Pilar fiaba en sus cualidades, que realmente eran oro puro, y en su poder muscular, semejante a la virtud del acero.»
Vergara (II).—*Los ayacuchos* (II).

* URRÉJOLA, Coronel.
Carlista. Gran amigo de Sabino Arratia.
Luchana (II).

URRÍES, Don Fernando.
«Antagonista formidable para diputado por Molina de Aragón» (1848).
Narváez (II).

URRÍES, Las de.

Viejas patriotas zaragozanas, en cuya casa se trabajaba para los hospitales de la ciudad.

Zaragoza (I).

URRÍES Y PONCE DE LEÓN (Conde de Ben Alí).

Hermano de don Juan, el novio desleal de Fernandita Ibero.

«Era el conde de Ben Alí un hombre feo, de esos en quienes la imsma fealdad revela procedencia de padres hermosos. Sus ojos, desmesurados y refulgentes, eran como los faroles de un ferrocarril; las cejas, dos tirajos curvos de paño negro; la distancia entre la nariz corta y la boca larga, más grande de lo que marca el ideal helénico; la barba fuerte, espesísima, afeitada en los carrillos para que no invadiera las partes del rostro que, según ley estética, deben estar mondas de pelo; la color blanca, dorada al sol; los dientes limpios, correctos y sanos. Su aspecto, en suma, comprendiendo cara y cuerpo, acomodábase al más arrogante tipo de bandido, y no había en ello incongruencia, pues rara vez vió y sufrió el pueblo español cacicón más audaz y despótico. Era el azote político, fiscal, judicial y administrativo de una comarca tan risueña como desdichada.

»El ideal patriótico del conde, fundamentado en su brutal egoísmo, no era otro que ver al buen de Montpensier en el trono de España. Grande amigo del duque, no dudaba que éste le facultaría para extender y reforzar con apretados tornillos su feudal máquina de tortura... Y, por fin, las ambiciones de Ben Alí se redondeaban casando al hermano con la dama de Priego, marquesa de Aldemuz, para que nuevos estados vinieran a la familia y se constituyese el feudo en un considerable espacio rural.»

España sin rey (III).

URRÍES Y PONCE DE LEÓN, Don Juan.

«Pues señor..., la nube electoral descargó en Laguardia un candidato joven, de sonoro nombre y extraordinarios atractivos personales. Era don Juan de Urríes y Ponce de León, andaluz segundón de la casa noble de Ben Alí. Llevaba una expresiva carta de Sagasta para Santiago Ibero, en la cual, después de enaltecer la caballerosidad y el patriotismo del ilustre candidato, se indicaba que el Gobierno provisional le vería con gusto representando en las Cortes Constituyentes la circunscripción de... (No aparece claro en los apuntes recogidos para esta historieta si la provincia agraciada con tan esclarecido candidato era Burgos, Alava o Logroño. Lo mismo da.) Cartas llevaba también de Olózaga para los pudientes de Oyón y Treviño; otras, que había de entregar en Vitoria, para ilustres canónigos y respetables veteranos del carlismo. Según decía Sagasta a su amigo Ibero, el gallardo joven no tenía ya cabimiento en ninguna casilla electoral de su tierra, pues la que estaba vinculada en la familia Ben Alí la representaría el conde de este título, hermano mayor de don Juan de Urríes. Seguía éste las banderas de la fracción o estamento unionista, compuesto de graves y aprovechadas personas. ¡Y tan aprovechadas! Como que sin ellas nunca se habría hecho la revolución.

»Por de contado, Ibero aposentó en su casa y agasajó cumplidamente al señor de Urríes, caballero de acabada hermosura varonil, años veintisiete, soberbia estampa, realzada por un hablar fácil y gracioso, que era el encanto de cuantos le oían. Muy honrados se consideraron Ibero y Gracián con tal huésped. Don Juan respiraba nobleza, elegancia; su traje y modales eran la misma distinción; sus pensamientos, expresados con exquisito donaire, revelaban un alma tan selecta como sus corbatas y sentimientos primorosos, bien limpios y esmeradamente planchados.»

Fué amante de Céfora y novio de Fernandita Ibero. Al descubrirse sus trapisondas amorosas, hubo de alejarse de la bella muchacha, luego de provocar la locura de ésta, que dió muerte a Céfora...

Acabó casándose con la marquesa viuda de Aldemuz, doña Mariana de Pedroche...

España sin rey (III).—*España trágica* (III).

URSULA.

Sirvienta predilecta de doña Librada Fajardo y «mujer de libras».

Narváez (II).

URTUS, Las de.
Dos hermanas lindísimas, de las cuales una murió de calenturas y otra casó con el hermano de don Cayetano Lopresti.
Mendizábal (II).

* URÚE.
Uno de los patricios vascos con quienes firmó Serrano (1872) el *Convenio de Amorebieta*. Los otros dos individuos fueron Arguinzonis y Urquizu.
Amadeo I (III).

* UTRILLA.
Célebre sastre madrileño (1835).
Mendizábal (II).

UTRILLA.
Famoso banquero-prestamista de la aristocracia madrileña.
O'Donnell (III).

«UVA».
Cantinero. Capitaneaba una cuadrilla de locos que, con tapaderas políticas, se dedicaban a los más raros manejos.
Vergara (II).

V

— * VACQUÉRIE, Augusto (1819-1895).
Publicista francés.
España trágica (III).

— * VADILLO.
Patriota liberal (1831). Político destacado en 1837. Muy afecto a Espartero.
Los apostólicos (II).—*La estafeta romántica* (II).

— * VADILLO, El cura.
Unica persona relevante de Calzada de Calatrava que se libró de ser fusilada por Narváez en 1838.
Narváez (II).

— * VADILLO, El señor.
Alcalde de Casa y Corte (1814). Llegó a ministro de Ultramar (1822).
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El 7 de julio* (I).

VAHEY, Federico.
Diputado por Vélez-Málaga. Inseparable de Pepe García Fajardo, «el hombre de mejor sombra del Congreso, el que, con sus oportunidades y agudezas, amenizaba las soñolientas páginas del *Diario de Sesiones*.» Ministro con el Gabinete Roncalí (1852).
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).

* VALCÁRCEL, Don Carlos.
«Marino excelente y guerrero de tesón.» Capitán de navío. Iba en la escuadra enviada por España al Perú (1865).
La vuelta al mundo... (III).

* VALCÁRCEL, Don Joaquín.
Capitán de guardia en el Cuartel de San Gil. Fué muerto por los sargentos rebeldes (1866).
Prim (III).

* VALCÁRCEL, Teresa.
Modista palatina (1845).
Bodas reales (II).

— * VALDECAÑAS, Marqués.
Mandaba las *fuerzas volantes* españolas en la batalla de Bailén.
Bailén (I).

— * VALDEGAMAS, Marqués de.
Título de
V. DONOSO CORTÉS.

* VALDEMORO, Don Mateo.
Ministro de la Gobernación, liberal. «Hombre casi anciano, masón, bastante listo y de mucha práctica en los negocios administrativos.»
El Grande Oriente (I).

* VALDERRÁBANO, Tomás.
Cantonalista (1873). Ayudante del exaltado Tonete Gálvez.
De Cartago a Sagunto (III).

* VALDÉS.
Jefe cristino de los Voluntarios de Soria durante la primera guerra carlista.
La campaña de los Arapiles (II).

— * VALDÉS.
Patriota sacrificado en Tarifa por sus ideas liberales (1824).
Un voluntario realista (II).

— * VALDÉS, Don Casimiro.
Subinspector de Artillería, en Valencia (1840).
Montes de Oca (II).

* VALDÉS, Don Cayetano (1767-1835).
Célebre marino español. Comandante del *Neptuno* en la batalla de Trafalgar.
Trafalgar (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— * VALDÉS, Don Jerónimo.
Político liberal. Masón. Regresó a España en 1830, protegido por el rey de Francia Luis Felipe. Fué ministro de la Guerra de Isabel II en 1835.
«Era hombre modestísimo, afable, de bastante edad, espíritu fuerte, cuerpo flaco y mísero. Vestido de paisano, habría pasado por clérigo; de uniforme, representaba la persona venerable de un honrado capellán. Oyó contar Fago que Valdés, al llegar a Vitoria con su nombramiento de general en jefe del ejército del Norte, ni llevaba séquito ni escolta; no llevaba equipaje ni dinero, ni aun siquiera sombrero militar; a tal punto llegaba el menosprecio de toda ostentación y boato en su propia persona. Comía lo que querían darle; aceptaba de los generales a sus órdenes prendas de vestir, y tenía su administración personal en manos de un fiel asistente. Y al propio tiempo sabía infundir a todo el mundo respeto; los soldados le querían, los jefes le veneraban. Era un buen padre de su ejército. «Para ser completo—pensaba Fago—sepamos si conducirá a sus hijos a una victoria eficaz, resistiendo firme y pegando fuerte.»
El Grande Oriente (I).—*Los apostólicos* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).

* VALDESPINA.
Guerrillero (1808 a 1811). Brigadier carlista (1835 a 1838).
Juan Martín el Empecinado (I).—*Vergara* (II).

* VALDESPINA.
Guerrillero carlista (1872), hijo del famosísimo que luchó entre 1835 y 1838.
Amadeo I (III).

* VALENCIA, Duquesa de.
Esposa de Narváez, del que vivía separada por no poder aguantarle.
Narváez (II).

— VALENCIANO, El.
Florista.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

VALENTÍN.
Veterano artillero, amigo íntimo de don Pedro Guimaraens.
Un voluntario realista (II).

* VALERA, Don Juan (1824-1905).
Famoso diplomático, político, novelista y crítico español.
España sin rey (III).

VALERA, Don Mateo.
Administrador del Real Sitio de Aranjuez. Amigo de Manolo Tarfe y recomendante de Juan Santiuste.
Carlos VI, en la Rápita (III).

— * VALERA, Mosén Diego (1412-1486).
Gran escritor español. Delegado en Francia y Alemania de Juan II de Castilla. Mayordomo de Isabel I, la *Grande*, y cronista de don Fernando el *Católico*.
Cánovas (III).

* VALERO DE TORNOS, Juanito.
«Un amigo muy despierto, de filiación moderada.» Periodista, autor dramático, gran simpático...
Amadeo I (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* VALIENTE, Don José Pablo (1740-1817).
Político liberal nacido en Huelva.
Cádiz (I).

* VALMASEDA, Conde de.
De la Comisión que fué a ofrecer el trono de España a don Alfonso XII.
Cán vas (III).

— * VALLABRIGA, La.
Esposa del infante don Luis y mujer hermosísima.
Mendizábal (II).

VALLABRIGA, Capitán.
Del regimiento de Santiago Ibero.
«Componía versos de moros y cristia-

nos, blasonaba de ideas estrambóticas y solía concurrir a las tertulias de café peor repudiadas.»
«Era pequeño, lívido, bilioso.»
Montes de Oca (II).—*Aita Tettauen* (III).

— * VALLADARES Y SOTOMAYOR, Antonio 1760-1819?).
Poeta dramático. Publicó el famoso *Semanario Erudito*. Escribió numerosas comedias y zarzuelas.
La Corte de Carlos IV (I).—*Bodas reales* (II).

VALLE, María Pepa.
Mujer del pícaro Pedrezuela y hembra cómica y desenvuelta. Fué fusilada, con su marido, por afrancesada.
La batalla de los Arapiles (I).

* VALLEJO.
Dibujante español que acompañó al ejército de O'Donnell en la guerra de Africa (1859-60).
Aita Tettauen (III).

— * VALLEJO.
Ministro liberal de Hacienda. Autor de un presupuesto «descabellado».
El 7 de julio (I).

* VALLEJO, José Mariano (1779-1846).
Gran matemático español. Fundador del Ateneo de Madrid.
De Oñate a La Granja (II).

VALLÉS, Padre.
V. SANTERO de Roquetas.

* VALLÍN.
Periodista y político español. Fué fusilado en Montoro, a raíz de la acción del puente de Alcolea, por las tropas de Serrano.
España sin rey (III).

* VALLÍN, Constantino.
Político gaditano que trabajaba la candidatura Montpensier para ocupar el trono de España. Hermano del que fusilaron en Montoro.
La de los tristes destinos (III).—*España sin rey* (III).

— * VAN-DYCK.
V. DYCK, Antonio Van.
O'Donnell (III).

— * VAN-HALEN, Juan (1778-1864).
Militar aventurero, de origen irlandés. Nació en Cádiz. Luchó en España y en el extranjero contra todo y contra todos. Fué muy amigo de Espartero y de Mendizábal.
La segunda casaca (I).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II). *Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II). *Bodas reales* (II).

— * VANDAMME.
General francés a las órdenes de Soult.
Bailén (II).

* VARELA.
Comisario de la Cruzada.
V. FERNÁNDEZ VARELA.

* VARGAS.
Ayudante de Zumalacárregui.
Zumalacárregui (II).

* VARGAS, Comandante.
Capitán del *San Ildefonso*, preso en Trafalgar.
Trafalgar (I).

* VARGAS, Don Illán de.
Amadeo I (III).

VARGAS, Padre.
Mercedario de la Trinidad calzada.
Napoleón, en Chamartín (I).

VARGAS MACHUCA, Dorita.
Musa y amiga de Fructuoso Manrique. Era bonita y graciosa.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

* VARGAS PONCE, José de (1760-1828).
Marino y escritor español. Gran geógrafo y poeta atildado. Perteneció a las Academias de la Lengua y de la Historia.
La Corte de Carlos IV (I).

VÁSTAGOS (Los cinco)
de Lucila Ansúrez y Vicente Halconero. Les vivían cuatro: tres varones y una hembra, nacidos entre 1852 y 1859.
V. HALCONERO Y ANSÚREZ.
Aita Tettauen (III).

VÁZQUEZ.
Madrileño víctima de la crueldad de la Policía francesa establecida en la Villa y Corte (1811).
La batalla de los Arapiles (I).

* VÁZQUEZ, Mariano.
Notable músico. Director de la *Sociedad de Conciertos* que actuaba en el Teatro-Circo Príncipe Alfonso los domingos de Cuaresma (1877..., 1878...).
Cánovas (III).

— * VEDEL.
General francés a las órdenes de Dupont (1808).
Bailén (I).

— * VEDIA.
Crítico mediocre, poeta romántico español del pasado siglo.
Los apostólicos (II).

— * VEGA, Angel de la.
Diplomático español en tiempo de Carlos IV.
Bailén (I).

— * VEGA, Ventura de la.
V. VEGUITA.

* VEGA, Doña Juana de.
Condesa de Mina. Aya de la reina niña (1841) Isabel II y de su hermanita Luisa Fernanda.
Los ayacuchos (II).—*Bodas reales* (II).

* VEGA ARMIJO (Don Antonio Aguilar y Correa, Marqués de la).
Político notable. Varias veces ministro de Fomento (1861, 1862, 1863, 1865 a 1866) y de Gobernación (1862 y 1863).
La revolución de julio (III).—*O'Donnell* (III).—*Cánovas* (III).

* VEGA INCLÁN, General.
Complicado en el pronunciamiento de Prim (1866).
Prim (III).

— * VEGA Y CARPIO, Fray Félix Lope de 1562-1635).
El más grande de los dramáticos españoles, verdadero fundador del teatro popular en España, par con Sófocles y con Shakespeare. Nació y murió en Madrid. Escribió cerca de mil obras.
La Corte de Carlos IV (I).—*Los apostólicos* (II).—*Amadeo I* (III).

* VEGUITA (Ventura de la Vega).
Uno de los fundadores de la Sociedad secreta *Los Numantinos* (1829), que conspiraba contra Fernando VII.
«*Veguita* tenía dieciocho años, y era de la piel de Barrabás, inquieto, vivo, saltón, con la más grandes inventiva que se ha visto para idear travesuras, bien fueran una fiestecilla de pólvora, un escalamiento de tapias, una paliza dada a tiempo o cualquier otro desafuero. Su casta americana se revelaba en el brillo de sus negros ojos, en su palidez y en sus extremadas alternativas de agitación e indolencia. Vino de América casi a la ventura. Su madre le envió a Europa para educarse y para heredar. Si esto último no fué logrado, en cambio, su nueva patria heredó de él abundantes bienes de la mejor calidad. Pertenecía a la célebre empolladura del colegio de San Mateo, donde dos retóricos eminentes sacaron una robusta generación de poetas. Antes de ser derrocador de tiranos, fundó la academia del *Mirto*, cuyo objeto era hacer versos, y allí, entre sáficos y espondeos, nació el complot *numantino;* que en España, ya es sabido, se pasa fácilmente de las musàs a la política.»
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).

VEJARRUCO.
«Joven y curtidor del puerto», asistente al ventorro del Poenco.
Cádiz (I).

VEJETE
«medio alelado y paralítico» de Torrejón de Ardoz que *metía su baza* en el comento de las jornadas revolucionarias de junio de 1854, en el grupo que formaba Pepe García Fajardo con unas viejas charlatanas.
La revolución de julio (III).

VEJETE.
«Un vejete modoso y limpio, de porte un tanto sacristanesco, y una monja gordita, risueña y algo cojitranca, me dijeron que ya no corría peligro de ser fusilado.»

Así escribe el insigne Tito, preso de los carlistas en Yurre y en Luyando (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

VELA Y CARBAJO, Don Pedro.
Comendador de la Orden de Alcántara y capellán mayor del Convento de las Salesas Reales. Gran amigo del bailío don Wifredo de Romarate. Clérigo práctico, bueno, de mucha discreción y nada asustadizo.
España sin rey (III).

* VELARDE, General.
Sofocó una revolución en Alcoy (1873). Amigo del insigne Tito.
La primera República (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

* VELARDE Y SANTIYÁN, Pedro (1779-1808).
Inmortal artillero español. Defendió, con Daoíz, el Parque de Monteleón (2 de mayo de 1808), donde murió.
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I). *Bailén* (I).—*Napoleón, en Chamartín* (I). *O'Donnell* (III).

— * VELÁZQUEZ, Diego de (1599-1660).
El más célebre y el primero de todos los pintores.
La batalla de los Arapiles (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).—*Los apostólicos* (II).—*La de los tristes destinos* (III).—*Cánovas* (III).

— * VELÁZQUEZ CUÉLLAR (Diego) (1465-1522).
Político, militar y colonizador español. Fundó varias ciudades en Méjico y fué adversario de Hernán Cortés y honrado protector de los indios.
Prim (III).

VENANCIA.
Comadre de Pepa la *Jumos*.
O'Donnell (III).

VENANCIA.
Criada de Diego Ansúrez en Cartagena. Ayudó, *por el interés,* en la fuga de Mara y Belisario Chacón.
La vuelta al mundo... (III).

VENDEDOR (El)
de libros en la costanilla de los Angeles, «hombre perito en las letras humanas» y *mosquetero* teatral; esto es: de los que iban al teatro *a patear* las obras.
La Corte de Carlos IV (I).

VENTERAS.
Madre e hija. Eran de Castro Urdiales. Tenían su posada al pie de la sierra de Sadoja. Y ocultaron de las tropas carlista en derrota al insigne Tito.
De Cartago a Sagunto (III).

— * VENTOSA.
Profesor de Historia y Matemáticas de Isabel II y Luisa Fernanda (1841).
Los ayacuchos (II).

VENTOSA, Don Lucas.
Padre de la frescachona y opulenta señora doña María de la Cabeza, cuarto amorío del insigne Tito. Don Lucas fué un amigo lealísimo de Espartero, Evaristo San Miguel y Calatrava.
Amadeo I (III).

VENTOSA DE LA CABEZA, Doña María de la Cabeza.
Cuarto amorío del insigne Tito.
«Doña María de la Cabeza Ventosa de San José, a quien respetuosamente inscribo en el número *tantos* en mi amoroso registro, era una dama fresca y agraciada, de negros ojos, risueña boca, lucidas carnes, poseedora de dos tiendas de telas, una en la calle de Toledo y otra en la Concepción Jerónima, donde habitualmente residía. No diré que fuese una cabal hermosura; pero sí que tenía lo que llamamos un gancho fisionómico, un garabato facial, un mirar pillín y un fruncimiento de la boquita que a todos cautivaba, y con tal gancho a mí me pescó el alma, inspirándome una pasión que no vacilo en llamar volcánica.»
Parecía viuda...; pero no lo era. Estaba separada de su marido, un perdido criminal con méritos para ir a presidio.
Nieta del famoso don Benigno Cordero, espejo de milicianos.
Amadeo I (III).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III). *Cánovas* (III).

* VENTURA.
Oficial amigo de Prim, que fué fusilado en Barcelona.
La de los tristes destinos (III).

VENUS.
Diosa de la hermosura y del Amor.
Los apostólicos (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*La revolución de julio* (III). *O'Donnell* (III).—*La vuelta al mundo...* (III).

— * VERA Y PANTOJA, Don Fernando de la (1754-1809).
Gobernador militar de Madrid cuando Napoleón llegó a Chamartín.
Napoleón, en Chamartín (I).

* VERAGUA, Duque de.
Palatino y criador de reses bravas para la lidia. Descendiente de Cristóbal Colón.
La de los tristes destinos (III).—*Cánovas* (III).

— * VERDI, José (1831-1901).
Famoso compositor italiano.
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).

VERDIER.
Capitán pirata francés apresado en Cádiz el año 1829, y a quien, en Consejo, defendió el bizarro marino Montes de Oca.
Montes de Oca (II).

— * VERDIER, Juan Antonio, Conde de (1767-1839).
Mariscal francés que luchó en Aragón y Cataluña (1808-1810).
Gerona (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).

VERDUGO
que agarrotó al sacerdote regicida don Martín Merino (8 de febrero de 1852). Hombre tosco y desmañado en su oficio.
La revolución de julio (III).

VERDUGO, Cástulo.
Consuegro de Celestina Tirado y mandadero de las Servitas de la calle de *San Leonardo*, de las que era capellán el inefable don Hilario de la Peña.
La primera República (III).

VERDUGO, Pepito.
Yerno de la sin par Celestina Tirado, que empezó la vida haciendo honor a su nombre y la terminó pudibunda.
La primera República (III).

VERDÚN, Don José.
Coronel retirado. Vivía en Sigüenza y era uno de los contertulios del boticario Cuevas.
Las tormentas del 48 (II).

— * VERGNIAUD, Pedro Victorino (1753-1793).
Revolucionario francés. Votó la muerte de Luis XVI. Fué guillotinado el día 31 de mayo con veintiuno de sus compañeros girondinos.
De Oñate a La Granja (II).

VERÓNICA.
Asistenta en casa de Jacoba Zahón.
Mendizábal (II).

— * VERÓNICA, La.
Piadosa matrona romana.
La revolución de julio (III).

— * VIARDOT, M.
Escritor francés a quien en 1844 condecoró Isabel II.
Bodas reales (II).

* VICENTI, Virginio.
Teniente coronel piamontés, compañero de Riego y preso con él.
El terror de 1824 (I).

* VICENTITA, Doña.
V. FERNÁNDEZ DE LUCO, Vicenta.

* VICO, Antonio (1840-1902).
Uno de los más ilustres actores españoles.
Cánovas (III).

— * VÍCTOR, Mariscal (Claudio Víctor Perrín) (1766-1841).
Permaneció en España desde 1808 hasta 1812 con las huestes napoleónicas.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Gerona* (I).

— * VÍCTOR MANUEL II (1820-1878).
Sucedió a Carlos Alberto de Cerdeña. Rey de Italia. Padre del rey de España Amadeo I.
Narváez (II).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* VICTORIA, Duque de la.
Título concedido a Espartero como premio a su gran victoria de Ramales y Guardamino (1838).
Vergara (II).

* VICTORIA DE INGLATERRA (1819-1901).
Subió al trono a la muerte de su tío Guillermo IV. Gran reina y gran mujer.
Cánovas (III).

— * VIDAL.
Conspirador en Valencia (1819) contra Fernando VII.
La segunda casaca (I).

* VIDART, Luis.
«Artillero, filósofo, escritor, poeta...» Asiduo en el Ateneo (1866).
Prim (III).

VIDAURRE, Don Narciso.
Cura de Vera. Padrino de Fernando Calpena, quien hablaba así del buen sacerdote:
«Era el hombre más excelente que usted puede imaginar, sin tacha como sacerdote, verdadero pastor de sus feligreses; tan caritativo, que todo lo suyo era de los pobres; entendido en mil cosas, principalmente en Agricultura, en Astronomía empírica y en Humanidades; gran latino, tan modesto en sus hábitos y tan apegado a la humilde iglesia en que desempeñaba su ministerio, que rechazó la oferta de una capellanía de Roncesvalles y del deanato de Pamplona. Para mí, don Narciso Vidaurre, que así se llamaba, era la primera persona del mundo, y en él se condensaron siempre todos mis afectos de familia, pues él era para mí como padre y maestro. Si no me había dado la vida, me dió la crianza, la educación y me enseñó a ser hombre, infundiéndome la dignidad, la confianza en mí mismo, y preparándome para los mil trabajos de la vida. Desde niño me enseñó todo lo concerniente, en lo moral y en lo social, a personas principales..., quiero decir, que me crió para señor, no para sirviente ni para la vida oscura y zafia del campo. Aunque no con puntualidad, don Narciso recibía cantidades para mi sostenimiento, educación y demás. El venía unas veces de Madrid, otras de Burdeos o París. De esto me enteré yo en mi niñez; pero él nunca me dijo nada, y aunque a veces aludía vagamente a mis padres, dándome a entender que existían y que yo podría conocerlos andando el tiempo, jamás me habló concretamente de asunto tan delicado. Sin duda, no se creía con facultades para hacerme tal revelación; o tal vez aguardaba a que yo cumpliese determinada edad.»
Mendizábal (II).—*La estafeta romántica* (II).

VIDAURRE, Doña María del Socorro.
Hermana del párroco de Vera, que apadrinó a Fernando Calpena.
Mendizábal (I).

VIDAURRE, Faustino.
Hermano del párroco de Vera.
Mendizábal (I).

VIDECHIGORRA.
Sacristán de Mondragón. Su esposa era prima hermana «del agente Echaide».
«Era el sacristán hombre muy leído; se sabía de memoria las *Gacetas* carlistas y estaba al tanto de cuanto pasaba en las regias Cortes, empezando por la del *legítimo*. Apostólico furibundo, abominaba, como el obispo de León, de los generales de anteojo y compás, y en ellos veía el trastorno y ruina del reino. Hablaba campanudamente buen castellano, con ínfulas y tonillo de orador, y creía que la única imperfección del régimen absoluto era *no tener Cámaras*. Con buenas y sabias cámaras, que debían ser presididas por un obispo y sujetas al rigor dogmático, podrían los hombres de estudios ilustrar las cuestiones; y el rey, desde su real tribuna, lo oiría todo, conservando la libertad de hacer lo que le diere la real gana, que para eso era ungido de Dios.»
Vergara (II).

— * VIDONGO.
Oficial cristino, *correo* entre los hermanos Zumalacárregui (1835).
Zumalacárregui (II).

VIDRIERO (El) de la Sartén.
«Uno de los capitanes más ilustres de la mosquetería.» Se llamaba mosqueteros a *los reventadores* de las obras teatrales.
La Corte de Carlos IV (I).

VIEJA
guipuzcoana, suegra de Tomás Mutiloa. Con su nieto a cuestas animaba a la partida carlista de don José Fago.
Zumalacárregui (II).

VIEJA.
«La vieja más cócora de esta villa [Ulldecona], una *tragaconventos* y *tragahostias*», que le tenía la sangre frita a mosén Juan Ruiz Hondón... En casa de esta señora, noble, rica y vieja, estaban escondidos el pretendiente don Carlos (VI) y su hermano.
Carlos VI, en la Rápita (III).

VIEJA (Una)
gruñona, defensora de los *empecinados* (guerrilleros).
Juan Martín el Empecinado (I).

VIEJA (Una)
que acompañaba a los Castro-Amézaga en su huída de Oñate (1836).
De Oñate a La Granja (II).

VIEJA (Una)
que socorrió al desmayado don Miguel Baraona.
La segunda casaca (I).

VIEJA (Una)
vendedora de rosquillas, torrados y cacahuetes en las cercanías de la plaza de toros de Madrid...
O'Donnell (III).

VIEJA CEJIJUNTA.
displicente y con ojos de sibila. Trató con Santiuste en un peblecito próximo a Ulldecona.
Carlos VI, en la Rápita (III).

VIEJAS
de Torrejón de Ardoz que comentaron con Pepe García Fajardo las jornadas revolucionarias de los días 29 y 30 de junio de 1854, desarrollados a pocos kilómetros de allí.
La revolución de julio (III).

VIEJAS
que pedían limosna en la puerta de la iglesia de Ulldecona. Santiuste las sonsacó mil noticias...
Carlos VI, en la Rápita (III).

VIEJECITA (Una).
«... medio ciega que pedía limosna.» Fué quien guió al arrepentido José Fago hasta el monasterio de Veruela.
Zumalacárregui (II).

VIEJO DECRÉPITO.
Veterano del Rosellón y de la Independencia. Carlistón muy charlatán.
Zumalacárregui (II).

VIEJOS (Dos).
Mujer y marido—con un nieto enano, idiota y casi mudo—vecino de Virginia Socobio y su amante.
La revolución de julio (II).

VIEJOS SEPULTUREROS (Dos)
que seguía a la madre Marcela por las tierras del Maestrazgo. «Dos vejetes con trazas de pastores, por sus vestiduras de pieles más parecidas a osos que a personas.» Uno de ellos era tartamudo.
V. ZAIDA, Pedro, y
ALFAJAR.
La campaña del Maestrazgo (II).

* VIÉRGOL, Brigadier.
Alfonsino. Combatió al carlismo (1875).
Cánovas (III).

— * VIGODET, Don Gaspar.
Discreto general español durante las campañas andaluzas de 1810.
Gerona (I).

— * VILANOVA, Don Juan (1821-1893).
Sabio geólogo español. Asiduo (1864) al Ateneo de la calle de *la Montera*.
Prim (III).

* VILCHES, conde de.
Dueño de una imprenta donde se imprimía un papel clandestino titulado *El Murciélago* (1854).
La revolución de julio (III).

VILDÓSOLA, Antonio Cirilo de.
Corredor de cambios en Bilbao. Amigo de los Arratias.
Luchana (II). — *La estafeta romántica* (II).

VILDÓSOLA, Señora de.
Vivían en Bilbao. Y eran amistad de los Arratias.
Luchana (II).

* VILUMA, Marqués de.
Ministro del Gabinete Narváez (1844). Título dado a
V. PEZUELA, Don Juan de la.
Bodas reales (II).

* VILLAMIL, Jenaro.
Gran pintor y dibujante romántico. Amigo de Pepe García Fajardo.
La estafeta romántica (II).—*Narváez* (II).—*La revolución de julio* (III).

* VILLACAMPA, Brigadier.
Hijo del famoso don Pedro. Militar de ideas liberales que fué desterrado cuando la Restauración.
Cánovas (II).

* VILLACAMPA, Pedro (1776-¿1848?).
Jefe militar y guerrillero español de grandes hazañas. Liberal. Llegó a ocupar el cargo de capitán general de Mallorca (1839). Jefe de voluntarios de Huesca durante el sitio de Zaragoza.
Zaragoza (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).

VILLAESCUSA, El coronel don Andrés.
«El coronel don Andrés de Villaescusa, excelente militar, era hombre poco doméstico. Pesábale el techo de su casa; ardía el suelo bajo sus pies: las altas horas de la noche le encontraban en tertulias de cafés o casinos. Liberal en política, lo era más aún con su mujer, a quien dejaba en la plenitud de los derechos, sin ningún rigor en los deberes. Las pasiones que al coronel dominaban eran los caballos, el juego y el continuo disputar en casinos, cafés y tertulias de hombres, llevando siempre la contraria, embistiendo con impetuosa dialéctica los problemas más difíciles. Menos sus obligaciones militares, todo lo dejaba por hablar, y discutir y defender las opiniones más apartadas del sentir general: era la eterna oposición. En estos placeres de la charla maniática, contrariábale un crónico padecimiento del estómago, que de tiempo en tiempo con violencia le acometía, haciéndole atrabiliario y por demás impertinente. Se dejaba cuidar por su esposa en la crudeza de los accesos; pero cuando éstos pasaban, volvía estúpidamente al vivir desordenado, toda la noche en febriles disputas, comiendo mal y a deshora, renegando del Verbo. De su matrimonio con Manolita Pez no tuvo más sucesión que Teresa. De niña la mimaba. Viéndola mujer, no pensó más que de librarse del cuidado que exige la doncellez, casando pronto a la chica, que para eso nacen las hembras.»
«Atacado el infeliz señor de su mal crónico del estómago, sentía que en esta víscera tenía su instalación todo el infierno, por el tormento que le daban dolores agudísimos y el fuego que en sus entrañas ardía. Necesitaba de una entereza, más que heroica, sobrehumana, para sostenerse en el caballo.»
«Era hombre de buena presencia, de faz morena y curtida, que con la enfermedad había tomado color terroso...»
Se suicidó durante un ataque terrible de su padecimiento.
O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III).

VILLAESCUSA, La coronela.
V. PEZ, Manolita. Hija del señor de Pez.

VILLAESCUSA, Mercedes.
Casada con Leovigildo Rodríguez. Hermana del coronel Villaescusa, casado con una hija del señor de Pez.
O'Donnell (III).

VILLAESCUSA, Teresita.
Hija de don Andrés y doña Manolita.
«Linda era como un ángel Teresita Villaescusa, como un ángel a quien Dios permitiese abandonar la solemne seriedad del Cielo, adoptando el reír humano. Porque, según los doctores en belleza, la de Teresita Villaescusa no habría sido tan completa sin aquel soberano don de sonrisa y risa que le iluminaba el rostro y le descubría el alma. A todos encantaba su gracia ingenua, y la amistad y el amor se le rendían. La tez, de un blanco alabastrino; el cabello castaño, los ojos negros: ¿verdad que no pudo idear combinación más bonita el Supremo Autor de toda hermosura? Pues espérense un poco, y verán qué obra maestra. Hizo el cuerpo de proporciones discretas, ni largo ni corto; el talle, esbelto; los andares, graciosos; el pecho, lozano. Y decían admiradores de Teresa que se había esmerado en la dentadura, haciéndola tan bella y nítida como la de los ángeles, que ni ríen ni comen. La inocente niña, que en sociedad era el hechizo de cuantos la trataban, en la intimidad doméstica se encerraba, según decía su madre, Manolita Pez, en una gravedad taciturna, con tendencias a la melancolía. Educada en completa libertad de lecturas, Teresa devoraba cuantos li-

bros caían en sus manos, novelas sentimentales o de enredo, obras picarescas y hasta tratados ascéticos y místicos. A los dieciocho años gustaba menos del teatro que de la iglesia, y se dejaba llevar de sus tías, las señoras de Pez, a novenas y triduos. Daba cuenta de los ritos y solemnidades eclesiásticas a que asistía, bien compuesta y acicalada con sencilla elegancia, pues el gusto de arreglarse bien era otro de los dones con que quiso agraciarla el Soberano Fabricante de toda belleza. Su apacible dulzura y su querencia de lo espiritual, y aun su pulcritud modesta, daban motivo a que la madre dijese: «Esta hija mía acabará por ser monja.» Confirmábala en tal creencia el tesón con que Teresita, después de sonreír y reír con cuantos muchachos se le acercaban, no entraba con ninguno. Admitía bromas galantes; pero en cuanto le hablaban de relaciones y de noviazgo, se metía en la concha de su seriedad y desaparecían de la vista de sus admiradores los maravillosos dientes...»

Y su segundo amante, Isaac Brizard, la vió aparecer así:

«Bella sobre toda ponderación y elegante como las propias hadas, si éstas se ajustaran a la moda, estaba Teresa, que con seguro instinto sabía combinar en su atavío el lujo y la modestia, y con infalible puntería daba siempre en el blanco de agradar a los hombres de gusto. Admirable era su tez, de blancura un tanto marfilesca, sin ningún afeite ni polvos ni nada más que lo que al pincel de la Naturaleza debía; hechicera su boca fresca, estuche de los mejores dientes del mundo: arrebatadores sus ojos negros, con un juego de miradas que recorrían todos los registros, desde el más burlesco al más ensoñador; deliciosas las dos matas de pelo castaño, que se partían sobre la frente, extendiéndose en bandas, no con tiesura pegajosa, sino con cierta ondulación suave, un trémolo del cabello que iba a parar tras de la oreja, bordeándola graciosamente. El cuello era un presentimiento de la garganta y seno, que no se dejaban ver, pues la pícara tuvo la sutil marrullería de no presentarse escotada. La tela vaporosa contaba en lenguaje estatuario todo lo que dentro había. El traje, de color malva claro, apenas lucía sus cambiantes entre una niebla de finos encajes; la cintura, delgadísima, enlazaba el abultado pecho con la ampulosa magnificencia del bulto inferior, todo hinchazón de telas alambradas. En la jaula del miriñaque desaparecían de la vista las caderas y toda la demás escultura infracorpórea de la mujer. La moda exhibía la mitad de una señora colocada sobre la mitad de un globo.»

Después de mil amoríos, se enamoró «con el alma» de Santiaguito Ibero; y juntos «para siempre», se establecieron en París, *a vivir su vida.*

O'Donnell (III).—*Aita Tettauen* (III). *Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*España trágica* (III).

VILLAHERMOSA, Pepe.
Amigo de don Beltrán de Urdaneta en su alocada juventud.
Luchana (II).

* VILLALAÍN, Brigadier.
Del ejército carlista (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

— * VILLALBA, Doña María.
Dama hermosa que estuvo condenada a muerte por escribir a una amiga ciertos lances amorosos de Fernando VII que ella sabía con pelos y señales.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

* VILLALBA, Federico.
Periodista. Secretario del Gobierno Civil de Madrid (1875).
Cánovas (III).

* VILLALONGA, Don Juan.
Capitán general de Valencia (1866).
Prim (III).

* VILLALTA.
Traductor mediano de dramones extranjeros. Discreto poeta y periodista español del pasado siglo XIX. Romántico más de conveniencia que de emoción. Muy amigo de Espronceda.
Los apostólicos (II).—*Mendizábal* (II). *La estafeta romántica* (II).

* VILLANUEVA.
Médico *de cabecera* de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

— * VILLANUEVA.
Político liberal y literato preso en 1814.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo (1717-1837).
Diputado por Valencia en las Cortes de Cádiz. Clérigo y literato insigne. Figura en el Diccionario de Autoridades de la Real Academia de la Lengua.
Cádiz (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— * VILLANUEVA, Juan de (1781-1811).
Célebre arquitecto madrileño. Reconstructor del teatro del Príncipe en 1807. Constructor del Museo del Prado, del Oratorio de Caballero de Gracia y del Observatorio.
La Corte de Carlos IV (I).

* VILLAR FRONTÍN, José.
Uno de los intrigantes más sutiles del absolutismo en los años 1814 y 1822.
Antiguo escribano del Resguardo.
La segunda casaca (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).

— * VILLARREAL.
Librero de la calle de *Carretas*.
Napoleón, en Chamartín (I).

VILLARES DE TAJO, Marquesa.
Título que, ¡por fin!, le concedieron a V. EUFRASIA CARRASCO.

* VILLARREAL, Don Bruno.
Jefe carlista (1835). Durante los años de la guerra de la Independencia y de 1820 a 1823 fué guerrillero bravo del absolutismo y español ciento por ciento. Convenido de Vergara.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Vergara* (II).—*Narváez* (II).—*Amadeo I* (III).

— * VILLATROYS.
Inventor «de unos horrorosos proyectiles».
Cádiz (I).

VILLAVERDEJA, La.
Distraída de postín. Era el amorío de Pepe Armada (1854). Dama de Isabel II.
O'Donnell (III).—*Prim* (III).—*Amadeo I* (III).

* VILLAVICENCIO, Conde de.
Gentilhombre de la Casa Real de don Carlos María Isidro de Borbón.
España sin rey (III).

* VILLAVICENCIO, Don Juan María.
Gobernador de Cádiz (1810), «varón estimabilísimo, buen patriota, instruído, algo filósofo y hábil por demás en el conocimiento y trato de gentes».
Cádiz (I).

* VILLAVIEJA, La.
Gran dama... pintada, estucada, envarada, refulgente de pedrería... (1874).
Cánovas (III).

VILLAVIEJA, Pepe.
Camastrón, correveidile, vago, aprovechón de la política de ciénaga y de los amoríos de desecho.
Narváez (II).

* VILLEGAS.
Jefe militar, amigo de Prim, que desde Zamora cooperaba al éxito del pronunciamiento (1866).
Prim (III).

* VILLEGAS, General.
Alfonsino. Tomó parte en la última guerra carlista.
Cánovas (III).

— * VILLELA, Don Ignacio Martínez.
Magistrado muy afecto a Fernando VII. Consejero de Castilla y hombre muy metido en Palacio. Se decía que era masón. Le apodaban *el Elefante*.
«Era Villela, además de corpulento como un elefante, hombre muy vividor, y, en la apariencia, grave y respetable, con grandes humos de probo y justiciero. Oyéndole, parecía que por su boca hablaba el derecho público y privado. Poseía bastantes conocimientos jurídicos, lo cual le daba respetabilidad, poniéndole en situación muy favorable, porque desde 1816 y desde la venida de la reina (que coincidió con el eclipse de nuestra camarilla), comenzaron a estar en alza los llamados sabios, los jovellanistas y los de la escuela de Garay, verificándose un descenso rápido en el influjo de toda la gente lega y romancista.

»Pero la mayor notoriedad del magistrado en cuestión no era su sabiduría, sino su *negra*, una tal doña Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa.»
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

— * VILLÉLE, M. de.
Ministro francés (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

— * VILLENA, Marqués de.
Don Enrique de Aragón (1384-1433). Hijo de Fernando I, rey de Aragón. Literato y erudito y mágico español.
La estafeta romántica (II).

* VILLERGAS, Juan Martínez (1817-1894).
Periodista, polemista y poeta satírico. De una enorme gracia natural.
Bodas reales (II).—*Las tormentas del 48* (II).

— * VILLENUEVE. El almirante Pedro de
Almirante francés. Mandó la escuadra francoespañola derrotada por Nelson en Trafalgar. Se suicidó en Rennes por no comparecer ante Napoleón.
Trafalgar (I).

* VILLIEGRIS.
Capitán de navío, francés, que tomó parte en la batalla de Trafalgar.
Trafalgar (I).

VILLESANO, Alejo.
Sastre. Republicano. Discutidor.
La primera República (III).

* VINADER.
Diputado carlista (1869).
«Era un señor regordete, con larga perilla, anteojos, expresión seria, aire de actividad, como hombre abrumado de ocupaciones.»
España sin rey (III).—*España trágica* (III).

* VINADER, Padre.
Religioso mínimo de Manresa. Apostólico. Intrigante.
Un voluntario realista (II).

VINATERO.
Vecino de la señá Nazaria y muy dado a pegar el palique con ella.
Un faccioso más... (II).

* VINENT, Marqués de.
Político afecto a don Amadeo I de Saboya.
España trágica (III).

* VINUESA, Don Matías († 1821).
Conocido por *el cura de Tamajón*. Se adhirió al régimen absolutista con todo entusiasmo. Conspiró contra el régimen liberal y la plebe le linchó.
«Era un hombre viejo, aunque entero, de cuerpo pequeño que debió ser fornido, pero la larga prisión habíale extenuado considerablemente. Su pelo, entrecano; su barba blanca, muy crecida por no haberse afeitado durante el encierro; su rostro, en que se pintaban resignación y amargura, dábale aspecto venerable, que, sin duda, no tenía cuando andaba suelto por la villa, o haciendo planes en su casa de la inmediata calle de San Pedro Mártir. Vestía sotana suelta, raída y llena de jirones; un gorro negro de punto, calado hasta más abajo de las orejas, le cubría la cabeza. Cuando no estaba echado sobre el miserable jergón, se paseaba de un ángulo a otro, o se sentaba en la única silla, apoyando los brazos sobre una mesa negra, y la cabeza en los brazos, para dormir un poco. En la mesa negra estaba pintada también con tiza la horca y un diablillo que tiraba de los pies del ahorcado. En las paredes se leían varias estrofas de las más indecentes del *Lairón*. Pero al desgraciado preso no le mortificaba tanto leerlas como oírlas, y éste era su principal tormento.»
El Grande Oriente (I).—*El 7 de julio* (I).—*El terror de 1824* (I).—*Un faccioso más...* (II).

* VINYALS, Don Aureliano.
Político. Diputado. De la *Unión Liberal*. Amigo de O'Donnell.
O'Donnell (III).

VIOLÍN, Juan.
Un esbirro de los que fueron a prender a Gil de la Cuadra.
El Grande Oriente (I).

— * VIRG, Josefa.
Cómica española muy celebrada.
La Corte de Carlos IV (I).

VIRGALA, Don Prudencio.
Cura de Ulibarri Gamboa, a quien le

valieron una canonjía en Calahorra los amoríos de una sobrinilla con el seductor Urríes. Era un «varón sensato, conciliador y pacificante».
España sin rey (III).

— * VIRGILIO MARÓN, Publio (70-19 antes de Jesucristo).
Poeta latino, el más ilustre de la antigüedad después de Homero.
Napoleón, en Chamartín (I).—*Zaragoza* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Mendizábal* (II).—*España trágica* (III).

— * VIRIATO († 139 a. J. C.).
Pastor ibero, guerrillero célebre, vencedor de los más famosos generales romanos. Fué asesinado.
Juan Martín el Empecinado (I).—*Un voluntario realista* (II).

VIRIATO (Aniceto Tortuera).
Espía de la partida del guerrillero Vicente Sardina. Así hablaba de sí mismo a Gabriel Araceli:
«—Yo, señor oficial—me dijo el que llamaban Viriato—, estudiaba en la Complutense cuando declaramos la guerra a Napoleón. Soy hijo de unos labradores del Campillo de las Ranas, y vivía en Alcalá, unos días de limosna, otros de la sopa boba y otros de lo que mis compañeros me quisieran dar... En los veranos era el primer corredor de tuna que se ha conocido desde que el gran Cisneros fundó la Universidad... De este modo, y aunque no lo parezca, adelantaba mucho en mis estudios, siendo *nemine discrepante* en Humanidades e *Instituta;* pero llegó la guerra, y al oír yo el *quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum;* al oír tal ruido de trompetas, tal redoble de tambores, tal relinchar de guerreros caballos, me sentí inflamado en bélico ardor. Cuando apareció la primera partida, creí volverme loco de entusiasmo; púseme yo mismo el nombre de Viriato, en memoria del más grande y el más célebre guerrillero que hemos tenido, y soldado me soy. Esta es la mejor vida del mundo. Tengo el grado de alférez, y como esto dure, pienso no parar hasta brigadier, renunciando para siempre a los pícaros estudios, que no traen más que trabajo en la juventud y hambre en la vejez.»
Juan Martín el Empecinado (I).

VIRUETE, Don Francisco.
Racionero medio de Calahorra. Asistente a los solemnes funerales de don Beltrán de Urdaneta en Cintruénigo.
La estafeta romántica (II).

VISCARRUÉS.
Posadero de Fuentes de Ebro (la antigua *Julióbriga* de los romanos).
La campaña del Maestrazgo (II).

* VISTAHERMOSA, Duque de.
Vicepresidente del Congreso en 1849. Palatino que solía nadar entre dos aguas... y guardar la ropa.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).—*Prim* (III).

* VITORIA, Miguel.
Periodista y censor gubernativo en 1836.
De Oñate a La Granja (II).

VIUDA
cuyo hijo mocetón fué a buscar a los civiles para comunicarles la trágica muerte de Céfora, en Vitoria.
España sin rey (III).

VIUDA (ROSENDA)
de un capitán. Amante del teniente Castillejo.
V. ROSENDA.
Los duendes de la camarilla (II).

— VIUDA
de un consejero de Indias. Vendía sus muebles en una almoneda de la plazuela *de los Afligidos.*
El 19 de marzo y el 2 de mayo (I).

VIUDA
de un intendente que, a jurar de Andrea, vendía joyas.

* VIVANCO, Don Joaquín.
Comandante general de Artillería que dirigió las operaciones contra los *cantonales* cartageneros (1873).
De Cartago a Sagunto (III).

— * VIVES.
Militar español.
«Cuando Vives, el capitán de Ultonia, se disponía para una pequeña excursión al campo enemigo, preguntó a don Mariano [Alvarez de Castro] que adónde se acogería en caso de tener que re-

tirarse. El gobernador le contestó: «Al cementerio.»
Gerona (I).

— VIZCAÍNO, El.
Personaje de *Don Quijote de la Mancha*.
La vuelta al mundo... (III).

VIZCAINOTE (Un).
«... inválido, buen bebedor y atrozmente sedentario, por obligarle a ello su obesidad y su pierna izquierda, que era de acebuche.»
En Estella dió a Fernando Calpena noticias de Zoilo Arratia.
Vergara (II).

— * VOLTAIRE, Francisco María Arouet 1694-1778).
Famoso escritor francés. Su influjo filosófico en los hombres de la Revolución francesa fué inmenso.
La batalla de los Arapiles (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*El 7 de julio* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Los apostólicos* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*Narváez* (II).—*España sin rey* (II).—*España trágica* (III).

VOLUNTARIO
realista. Brutal y de maneras descompuestas que insultó a don Patricio Sarmiento. Era de la guardia que vigilaba al preso Riego.
El terror de 1824 (I).

* VOVAY, Teresa.
Cantante de ópera. Actuaba en Madrid (1842) en el Teatro Circo.
Los ayacuchos (II).

— VULCANO.
Dios del fuego. Hijo de Júpiter y de Juno.
La vuelta al mundo... (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

W

— * WALKER, Don Mariano.
Militar español que se distinguió en los Sitios de Zaragoza al frente del regimiento Suizo de Aragón.
Zaragoza (I).

— * WALPOLE (Roberto), Conde de Oxford (1676-1745).
Político inglés liberal.
Cádiz (I).

— * WAMBA (siglo VII).
Rey visigodo español proclamado el año 672.
Amadeo I (III).

— * WARENS, Madame.
Dama que tuvo relaciones íntimas con Juan Jacobo Rousseau.
Las tormentas del 48 (II).

* WASHINGTON, Jorge (1732-1799).
Primer presidente y libertador de los Estados Unidos.
Memorias de un cortesano de 1815 (I). *El Grande Oriente* (I).—*Los ayacuchos* (II).—*España trágica* (III).

— * WATTEAU, Juan Antonio (1684-1721).
Gran pintor francés de origen flamenco. En su arte se inicia el *impresionismo*.
Bodas reales (II).

— * WEBER, Carlos María Federico (1786-1826).
Gran músico compositor alemán.
Bodas reales (II).—*Cánovas* (III).

* WEISS, Doña Rosario.
Profesora de música de Isabel II y Luisa Fernanda (1841).
Los ayacuchos (II).

— * WEISSWEILLER.
Famoso banquero judío, socio de Bauer, establecido en Madrid (1854).
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

— * WELLESLEY, Ricardo (Marqués de Colley).
Embajador inglés en España (1810), hermano del duque de Wellington.
Gerona (I).—*Cádiz* (I).

WELLINGTON (Arturo Colley Wellesley, duque de (1769-1852.
Hombre de Estado y general inglés. Fué el gran enemigo de Napoleón en todas las tierras de Europa. Dirigió en España las tropas aliadas.
«Era Wellesley bastante alto, de cabellos rubios y rostro encendido, aunque no por las causas a que el vulgo atribuye las inflamaciones epidérmicas de la gente británica. Ya se sabe que es proverbial en Inglaterra la afirmación de que el único grande hombre que no ha perdido jamás su dignidad, después de los postres, es el vencedor de Tipoo Sayb y de Bonaparte.
»Representaba Wellington cuarenta y cinco años, y ésta era su edad, la misma exactamente que Napoleón, pues ambos nacieron en 1769, el uno en mayo y el otro en agosto. El sol de la India y el de España habían alterado la blancura de su color sajón. Era la nariz, como antes he dicho, larga y un poco bermellonada; la frente, resguardada de los rayos del sol por el sombrero, conservaba su blancura, y era hermosa y serena como la de una estatua griega, revelando un pensamiento sin agitación y sin fiebre, una imaginación encadenada y gran facultad de ponderación y cálculo. Adornaba su cabeza un mechón de pelo o tupé que no usaban, ciertamente, las estatuas griegas, pero que no caía mal, sirviendo de vértice a una mollera inglesa. Los grandes ojos azules del general miraban con frialdad, posándose vagamente sobre el objeto observado, y observaban sin aparente interés. Era la voz sonora, acompasada, medida, sin cambiar de tono, sin exacerbaciones y acentos duros, y el conjunto de su modo de expresarse, reunidos el gesto, la voz y los ojos, producía grata impresión de respeto y cariño.»
Cádiz (I.)—*La batalla de los Arapiles* (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*La segunda casaca* (I).—*El Grande Oriente* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I). *Zumalacárregui* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (I).—*La vuelta al mundo...* (III).

* WERNELL.
Comodoro alemán que mandaba la fragata *Federico Carlos* (1873), el cual conminó a los cantonalistas españoles a que volvieran a Cartagena.
La primera República (III).

— WERTHER.
Protagonista de la famosa novela romántica de Goethe.
El Grande Oriente (I).—*La estafeta romántica* (II).—*España trágica* (III).

— * WESTFALIA, Rey de.
Que servía de mariscal, a las órdenes de Napoleón. Tomó Varsovia (1811).
La batalla de los Arapiles (I).

* WIKE, Sir Charles.
Diplomático inglés, delegado para tratar con Prim y Jurien de la Gravière la solución del conflicto mejicano.
Prim (III).

* WILDE.
Coronel inglés comisionado por su Gobierno para estudiar la guerra española (1838).
«Era persona muy simpática, instruída, de finísimo trato, y habiéndose propuesto con tenacidad sajona dominar la lengua de Castilla, andaba ya muy cerca de conseguirlo sin perder su nativo acento.»
Vergara (II).

* WILLIAMS, La.
Notable tiple cómica que actuaba en los teatros madrileños (1872).
Amadeo I (III).

* WILLIERS, Jorge.
Político inglés amigo de Mendizábal. Embajador de Inglaterra en España (1835). Se disputó con Toreno «los favores de una hermosa gallega».
Mendizábal (II).—*De Oñate a La Granja* (II).

— * WITTINGHAM.
General inglés que combatió en España contra los franceses.
Memorias de un cortesano de 1815 (I).

X

— * XENOFONTE o JENOFONTE (430-355 antes de Jesucristo).
General historiador y filósofo griego.
La estafeta romántica (II).—*La primera República* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).

— * XÉRICA, Don Pablo de (1781-¿1828?).
Poeta, político liberal español. Viajó por toda Europa. Llegó a ser (1823) alcalde constitucional de Vitoria.
Cádiz (I).

«XIC DE LAS BARRAQUETAS».
Perdulario catalán que armó un cisco en Barcelona a favor de la República (1874).
De Cartago a Sagunto (III).

XIMÉNEZ DE AZOFRA, Padre.
Prior del convento de la Merced, en Madrid.
«Era el padre Ximénez de Azofra un hombre pequeño, de edad madura, ojos muy vivos, sonrisa maliciosa, cortesanos modales y simpática conversación.»
Napoleón, en Chamartín (I).—*El equipaje del rey José* (I).—*Memorias de un cortesano de 1815* (I).

XIMÉNEZ DE CORDUENTE.
De ellos escribe García Fajardo:
«Labradores ricos, hechos a la vida oscura y fácil de estos tristes pueblos, con las orejas enteramente insensibles a todo mundanal ruido...
»... Y ahora que estoy, por la gracia de Dios, a nueve leguas largas de los Ximénez de Corduente, y no pueden refistolear lo que escribo, voy a vengarme de los hartazgos con que me pusieron al borde de la apoplejía, y en la libertad de mis confidencias declaro y afirmo que no hay mayores brutos en toda la redondez de la Alcarria, si alcarreña es la tierra de Molina. Respecto a los padres, atenuaré la calificación, consignando que por sus prendas morales se les puede perdonar su estolidez; pero en cuanto a los hijos, no retiro nada de lo dicho: nunca he visto señoritos de pueblo más arrimados a la cola de la barbarie, ni gaznápiros más enfadosos con sus alardes de fuerza bruta y su desprecio de toda ilustración. Y no tomen esto a mala parte los demás chicos de Molina, que allí los hay tan listos y cortesanos como los mejores de cualquiera otra ciudad. Sólo contra mis primos va esta flagelación, porque son ellos raro ejemplo de incultura en su patria. Ni una chispa de conocimientos ha penetrado en tan duras molleras, y alardean de ignorantes, orgullosos de poder tirar del arado en competencia con las pujantes mulas. Mirábanme como a un bicho raro, y viendo la mezquindad de mi equipaje al volver de Italia, zaherían mi saber de latín y griego. Ellos son ricos, yo pobre. No les envidio; déme Dios todas las desdichas antes que convertirme en mojón con figura humana, y príveme de todos los bienes materiales, conservándome el pensamiento y la palabra, que me distinguen de las bestias...»
Las tormentas del 48 (II).

— * XIMÉNEZ, Fray Francisco (Francisco Ximenis o Eximenis) (1349-¿1410?).
Autor del *Carro de las donas*. Nació en Gerona. Religioso y polígrafo de gran fama.
Cánovas (III).

Y

YACUB MENDES.
Traficante en piedras preciosas, de Tetuán (1860).
Aita Tettauen (III).

— YAGO.
Personaje del *Otelo* de Shakespeare. En la versión española: *Pésaro.*
La Corte de Carlos IV (I).—*La estafeta romántica* (II).

— * YAHIA.
Nombre mogrebino de San Juan Bautista. En Tetuán (1860) los judíos llamaron *Yahia* a Juan Santiuste...
Aita Tettauen (III).

— * YANDOLA.
Ministro de Hacienda de España (1823).
Los Cien mil Hijos de San Luis (I).

YÉBENES, Condes de (o Marqueses de).
Amigos de Eufrasia Carrasco, marquesa de Villares de Tajo. El, maduro, acecinado, de barba escurrida y ojos tristes. Ella, vieja, elegante, tiesa, figura gótica como arrancada de una tabla medieval. Ambos sumamente píos y fervientes católicos.
O'Donnell (III).—*La de los tristes destinos* (III).

YÉBENES (El chico de).
Joven aristócrata que estuvo enredado con la Santorcaz... Asistente a casinos y teatros, bailes y tertulias...
O'Donnell (III).—*Cánovas* (III).

YÉBENES, La de.
Condesa de Yébenes. Dama de gran alcurnia y de gran... frescura. Fué camarera de Isabel II.
Amadeo I (III).

YOHAR (La Perla).
Hija de Riomesta. Hermosa joven que cautivaba por su ideal blancura. Vivía en Tetuán... (1860). Se hizo novia de Santiuste.
Aita Tettauen (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).

YEMENI, El.
Negro del *Sus*, que se volvió lelo por haber presenciado la derrota mogrebina de Tetuán (1860).
Aita Tettauen (III).

* YOUNG, Eduardo (1681-1765).
Célebre poeta inglés.
La estafeta romántica (I). — *Narváez* (II).

Z

* ZABALA, Don Juan (1804-1879).
Gran general y político isabelino. Amigo de Espartero. Uno de los que *guisaron* el famoso *abrazo de Vergara.* Ministro de la Guerra (1869) con el Gobierno provisional de Serrano. Uno de los generales *más puros* que ha tenido el Ejército español.
Vergara (II).—*Bodas reales* (II).—*Aita Tettauen* (III).—*Carlos VI, en la Rápita* (III).—*Prim* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).—*De Cartago a Sagunto* (III).—*Cánovas* (III).

— * ZACARÍAS (San).
Padre de San Juan Bautista. Esposo de Santa Isabel. Sacerdote judío.
Aita Tettauen (III).

ZAFRA, Marqués de.
Nombrado rector de la Universidad

Central al ser destituído el sabio y digno Montalbán.
Prim (III).

* ZAFRA, BAYO Y COMPAÑÍA.
Banqueros madrileños. Se dedicaban a los préstamos entre la aristocracia.
O'Donnell (III).

ZAFRILLA.
Secretario del Ayuntamiento de Atienza (1848). En 1854 servía lealmente a Pepe García Fajardo.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).

— ZAGARRIGA, Mariano.
Marqués de Creixel.
Pariente de don Beltrán de Urdaneta.
La campaña del Maestrazgo (II).

ZAHÓN, Don Bartolomé.
Marido de doña Jacoba. Diamantista muy experto.
Mendizábal (II).

ZAHÓN, Doña Jacoba.
Vieja jorobada, de sesenta años, para la que Fernando Calpena traía *una cajita misteriosa* desde Olorón. Compraba y vendía piedras preciosas en su casa de la calle *de los Milaneses*. Cuidaba de la hermosísima joven Aurora — Aura — Negretti, de la que se enamoró con pasión Fernando Calpena.
«Mujer lista y estrafalaria, genio desigual, mañas de urraca, agudezas de lince, toda uñas, toda desconfianza... De senil y enfermiza hermosura, que enormemente contrastaba con su desgraciado cuerpo. Ofrecía su cabeza un exactísimo parecido con la de María Antonieta; mas por el color exangüe y la extrema delgadez del interesante rostro era la cabeza de la infeliz reina después de cortada, tal como nos la ha transmitido la auténtica mascarilla de cera existente en un célebre Museo. Don Fernando sintió frío al contemplar aquel rostro tan fino y transparente, de un perfil distinguidísimo, apagados los ojos, lívido el labio mostrando una dentadura en buena conservación. El cabello era gris, y para que resultara mayor la terrible semejanza con la decapitada reina, se sujetaba dentro de una escofieta blanca. El cuerpo no debiera llamarse feo, sino monstruoso: cada hombro a diferente altura, corvo el espinazo. Se envolvía en una cachemira muy usada, bajo la cual aparecían la falda de estameña oscura y los zapatos de paño, holgadísimos, pertenecientes, sin duda, a su difunto esposo. A la cara correspondían las manos, también de cera, finísimas, bien marcadas las falanges bajo una piel sedosa; las uñas no muy cortas, pero limpias: lucía en sus dedos una sortija negra, con un hermosísimo *ópalo de fuego* de gran tamaño.
»Reproducíanse en talla todas las cualidades de su marido, Bartolomé Zahón, a quien llegó a sobrepujar en la frialdad de cálculo, en la codicia desmedida y en la dureza de las condiciones de venta o empeño, aprovechando siempre, sin miramiento alguno, las ocasiones ventajosas. No perdonaba; hacía cumplir los contratos, implacable sacerdotisa de la letra, y al propio tiempo los cumplía fielmente por su parte. Jamás la cogió nadie en renuncio legal; jamás tuvo que ver con la justicia humana. Vivía, pues, dentro de la estricta honradez social, del respeto de las leyes y costumbres. No tomó nunca nada que en rigor de derecho no fuera suyo, ni dió a nadie parte mínima de su legal pertenencia. Con tal modo de ser, se fué labrando su fama de miseria, fundadísima en todo, menos en los cuentos que corrían acerca de la mala vida que se daba. Como en su casa entraban pocas personas, y las amistades y relaciones no pasaban de un círculo estrecho, pocos sabían que la mesa de Jacoba no era escasa, que a veces era espléndida, y que si ocurría tener que obsequiar a alguien, lo hacía con decente abundancia y hasta con ostentación.»
Mendizábal (II). — *De Oñate a La Granja* (II).—*La estafeta romántica* (II). *Vergara* (II).

ZAHÓN, Laureano.
Hijo único de doña Jacoba y don Bartolomé. Habría abierto una joyería magnífica en Córdoba.
Mendizábal (II).

ZAIDA, Pedro.
Viejo enterrador, compañero de infortunio de don Beltrán de Urdaneta y, más tarde, seguidor en sus correrías de la andariega monja-eremita Marcela.
La campaña del Maestrazgo (II).

— ZAIDE.
Protagonista de un romance medieval.
La batalla de los Arapiles (I).

ZAINA (La).
Maja madrileña a la que mataron los remordimientos de haber acusado de traidor a su amante el corregidor Mañara, a quien la plebe arrastró por las calles.
V. REJONCILLOS, Ignacia.

* ZALAMERO, Teniente coronel.
Ayudante de O'Donnell y sublevado con él (1854) contra el Gobierno del conde de San Luis.
La revolución de julio (III).

* ZAMARRA, El tío.
Así apodaba a Zumalacárregui la bizarra moza de Borja, Saloma.

ZAMBRANA, Don Miguel.
Enamoradizo personaje. Con una judía tuvo a su hija Nicéfora.
[Curioso es el caso de que Galdós, a este mismo personaje, unas páginas antes, le llama don Miguel Nanclares.]
España sin rey (III).

* ZAMBRANO.
General y político *moderado* que *se pronunció* (1843), en Galicia, por la Regencia a doña María Cristina.
Bodas reales (II).

* ZAMBRANO, Marquesa de.
Madre política de don Diego de León.
Los ayacuchos (II).

ZAMORANO.
Jefe militar deportado «en cuerda» desde Leganés.
Los duendes de la camarilla (II).

ZAMORANO.
Jues de Sigüenza. Y uno de los contertulios del boticario Cuevas (1848).
Las tormentas del 48 (II).

ZANCUDA (La).
Tenía un salón de baile en la calle de Ministriles.
«Era la *Zancuda* mujer de grandes atractivos, a pesar de su feísimo nombre; pero no gustaba de alborotos, porque su marido, o lo que fuera, el señor Regodeo, era al modo de diplomático, hombre estirado, serio, ceñudo y que en esto de burlar con sutilísima perspicacia las socaliñas de las aduanas, almojarifazgos o arbitrios de puertas no se cambiaría por los más famosos de Sevilla y Ronda en el tal oficio. Don Diego y sus dos amigos frecuentaban poco esta casa, donde comúnmente se estaba como en misa.»
Napoleón, en Chamartín (I).

ZANGANOTES.
Montunos de Almazán, tipos bárbaros, «de voces gargajosas y fachas de sayones», que despotricaban contra los políticos en presencia de Santiaguito Ibero.
Prim (III).

ZAPATERO
de la calle de Toledo que tiró, desde un tejado, un ladrillo contra el polizonte Francisco Chico (1853). Fué fusilado.
O'Donnell (III).

ZAPATERO
remendón del Campillo de Gilimón. Amigo de *Sacris*, a quien llevaba la contraria.
Bodas reales (II).

* ZAPIANI, Don Miguel.
Capitán de navío.
Trafalgar (I).

ZAPICO, Mariano.
Aragonés al servicio de don Fructuoso Arespacochaga, y, a decir de éste, «hombre muy listo, muy despierto, buena estampa, aficionadillo a las aventuras». Según don José Fago..., un tonto... Su cargo era el de veedor o contador del Cuartel Real.
Zumalacárregui (II).

— ZAPIRANQUI.
Indio viejo del Perú. Tal vez personaje inventado por el trapalón cabo de mar andaluz Desiderio García. Zapiranqui era padre del famoso guerrero Cuaraplendi.
La vuelta al mundo... (III).

* ZARAGOZA, Don José.
Jefe político de Madrid (1849). Hombre dignísimo, severo y justo.
Narváez (II).—*La revolución de julio* (III).—*O'Donnell* (III).

— * ZARAGOZA, Duque de.
V. PALAFOX, Don José.

— * ZARAGOZA, Duque de (1836).
Político liberal.
Mendizábal (II).

— * ZARCILLO.
Famoso escultor.
V. SALZILLO.

* ZARCO DEL VALLE, Don Antonio.
Político y periodista español del siglo XIX.
Mendizábal (II).

* ZARIÁTEGUI.
Ayudante e historiador de Zumalacárregui. Gran táctico y mejor corazón. Audaz y cauto a la vez. Modesto. Quizá un poco escéptico.
Zumalacárregui (II).—*Mendizábal* (II). *De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II). — *Bodas reales* (II). — *Amadeo I* (III).

— ZARKA EL JAMAMAM.
Fabulosa heroína de Mogreb.
Aita Tettauen (III).

* ZAVALA, Coronel.
Hermano del famoso general español. Defendía al Perú. Fué muerto por el disparo de la escuadra española que voló el polvorín de Santa Rosa de Lima en El Callao (1866).
La vuelta al mundo... (III).

ZAVALA, General don Juan.
Galdós, refiriéndose a don Juan Zabala, en *Aita Tettauen*, escribe el apellido Zavala.
Gracias a él pudo apuntarse Prim la victoria de los Castillejos.

ZAYAS, Doña Ramona.
Vivía en Chiva. Noble anciana, tía de Manolo Tarfe, su presunto heredero.
Prim (III).

— * ZAYAS, General don José.
Jefe militar del ejército del Centro (1800). Mandaba, militarmente, la plaza de Madrid en 1823.
Gerona (I).—*Juan Martín el Empecinado* (I).—*Los Cien mil Hijos de San Luis* (I).—*El terror de 1824* (I).

ZAYAS, Teniente coronel.
Del regimiento de Caballería del que era coronel don Andrés Villaescusa.
O'Donnell (III).

— * ZEA BERMÚDEZ.
V. CEA BERMÚDEZ.

* ZERROTE.
Miliciano bilbaíno (1836), autor de una letrilla patriótica que se cantaba durante el tercer sitio de Bilbao.
Luchana (II).

ZEBDY (El).
Amigo de Mohamed-ben-Sur El Nasiry. Residente en Fez. Rezador y creyente a machamartillo, rico y de no escasa influencia con el sultán.
V. MOHAMED-BEN-JAHER...
Aita Tettauen (III).

— * ZENÓN, «El Estoico».
Prim (III).

— * ZERAIN, Don Tomás.
General español del ejército del Centro (1809).
Gerona (I).

ZOILO (ARRATIA).
Hijo de Sabino Arratia.
«También Zoilo había sido, de niño, aficionado a la mar, como *Churi*, y buceaba en la ría, y se iba lejos, mar afuera, con sus amigos, en una *zapatilla*, sin miedo a los peligros que en costa tan brava ofrece la Naturaleza. Pero su inteligencia, su amor a la familia y el deseo de ser hombre y de ganarse la vida le moderaban en aquellas infantiles vagancias. Estudió algo de pilotaje; era aplicadillo y muy formal; practicó la carpintería de ribera con su padre; servía también para el comercio, y tenía mucho tesón, amor propio, vagas ambiciones de riqueza y poder. Sano y vigoroso, dotado de un temple acerado y de una naturaleza a prueba de inclemencias, no conocía el cansancio. A los veintidós años gustaba de mostrar su fuerza hercúlea en cuantas ocasiones se le presentaban. En el trinquete era un prodigio; en el trabajo del hierro no tenía igual. Su terquedad vizcaína tomaba en él a veces formas de una paciencia dulce.»
«A su pujante vigor muscular corres-

pondía su intachable conformación corpórea, de líneas estatuarias, y un rostro atezado, de serena expresión, toda lealtad y nobleza sin pulir. Cuando se reía, hacíalo con alma y vida, sacando enterito el corazón al semblante; no conocía ningún arte social de aquellos que tiene por instrumento la palabra, no usaba el disimulo, ni las perífrasis, ni la ironía. Expresaba con bárbaro candor todo lo que le apuntaba la mente, siendo a veces tan cruda su sinceridad, que la familia tenía que reprenderle y hasta castigarle. En el ardor del trabajo del hierro, sus negros ojos echaban chispas, y los resoplidos de su nariz, que se hinchaba respondiendo al énfasis interno, armonizaban con la música del fuego atacado por los chorros de aire. Tenía conciencia de su fuerza física, y ésta era su mayor gala; teníala también de su valor indomable, que también le enorgullecía; pero no sospechaba que era hermoso siempre, y más cuando, tiznado y cubierto de sudor, domaba la dureza de un metal menos consistente que su voluntad.»

Su lema era: *Se hará porque lo quiero.* Enamorado como un bárbaro de Aura, logra casarse con ella haciéndola olvidarse de su pasión por Fernando Calpena. En el terreno militar se llena de gloria defendiendo a Bilbao; más tarde sirve a las órdenes de Zurbano y alcanza el grado de capitán. Su férrea voluntad decae un tanto al saber que se ha fugado su esposa. Pero al cabo la reconquista para siempre...

Luchana (II).—*La estafeta romántica* (II).—*Vergara* (II).—*Los ayacuchos* (II).

ZORAIDA.

Criada, guapa y gallarda, de la beldad de Cádiz. Resultó ser la condesa Amaranta.

Gerona (I).

— * ZOROBABEL (siglo VI a. J. C.).

Judío que se puso al frente de sus compatriotas para regresar a Judea cuando Ciro les liberó de la cautividad de Babilonia el año 536 a. J. C.

España trágica (III).

ZORRAQUÍN, Padre.

Clérigo pacífico que acompañaba al infeliz Carlos Navarro, en Pamplona (1834).

«Era Zorraquín capellán de unas monjas pobres, y no podía ocultar sus febriles ganas de llegar a posición eclesiástica más elevada. Ya no era joven el capellán, y había dejado transcurrir lo más florido de su existencia sin hacer valer los méritos que creía poseer. Todas sus peroratas sobre este tema de la vanidad concluían diciendo: «Ya, ya vendrán tiempos de justicia, sí, ya vendrán... Entonces no veremos los coros de las catedrales llenos de masones con sotana, mientras los buenos eclesiásticos perecen.»

Un faccioso más... (II).

* «ZORRERAS, Las».

Apodo que dieron a las hijas de Hermosilla, por dedicarse a fabricar zorros para la limpieza y a putear desvergonzadamente.

V. HERMOSILLA, Generosa; y HERMOSILLA, Rafaela.

O'Donnell (III).—*Amadeo I* (III).

* ZORRILLA, José (1817-1893).

Gran poeta romántico español. Miguel de los Santos Alvarez así escribía de él:

«A Pepe Zorrilla no le conoces. Vino escapado de Valladolid después que escapaste tú de la corte. Es de la estatura de Hartzenbusch, y con menos carnes; todo espíritu y melenas; un chico que se trae un universo de poesía en la cabeza. Verás: temblando empezó a leer; pero al segundo verso su voz no era ya humana, sino divina. Yo le había oído recitar mil veces; admiraba su voz bien timbrada y dulce; pero aun conocido el órgano, me maravilló la sublime ejecución de aquella tarde. Hace las cadencias de un modo nuevo, con ritmo musical, melódico. Necesitas oírlo para poder apreciarlo... Los versos ya los conocerás; se han divulgado por toda España. Al tercer verso,

vano remedo del postrer lamento,

sentí una emoción tan honda, que tuve que agarrarme al más próximo para no caerme. Yo era un mar de lágrimas. No hacía más que mirar al muerto, que me pareció que pestañeaba. Todos los vivos se llevaban el pañuelo a los ojos. El poeta se fué serenando, se fué creciendo; cada vez leía mejor, y cuando

concluía nos pareció que llegaba al cielo. El estupor y la admiración se confundían con la extremada tristeza del acto para formar un conjunto grandioso en que andaban la muerte y la vida, la podredumbre y la inmortalidad, la realidad y el arte, tomando y dejando nuestras almas como olas que van y vienen.»

«Zorrilla, vestido como yo de prestada ropa, pálida de la emoción y del frío, temblaba recibiendo plácemes: era un nombre nuevo que allí había salido de la tierra, a punto que el pobre cuerpo del otro entraba.»

La estafeta romántica (II).—*Montes de Oca* (II).—*Bodas reales* (II).—*Las tormentas del 48* (II).—*España trágica* (III).

ZORRO.

Apodo denigratorio dado a don Juan Esteban Lozano de Torres.

ZUAZO.

Oficial carlista.

Zumalacárregui (II).

ZUAZU, Polonia.

Sobrina carnal del cura Choribiqueta. Dueña de la posada de Ochandiano. «Mujer fresca, guapa y de gigantescas hechuras, que trataba a todo el mundo con afabilidad campechana.» Era amiga de Silvestre Irigoyen.

De Cartago a Sagunto (III).

ZUBIRI.

Tendero de Durango. Amigo de Eustaquio de la Pertusa.

Vergara (II).

ZUBIRI, Ignacio.

Marido de Trigidia Liviano y Zurbano, hermana del insigne Tito. Estaba en la *facción* (1872). Espíritu tosco y *atropellado.*

Amadeo I (II).—*De Cartago a Sagunto* (III).

ZUGARRAMURDI.

Un guerrillero muy bruto y feroz que no se separaba de Carlos Navarro.

«Hombrazo corpulento, de espesa barba rubia, frente estrecha y miembros poderosos..., con voz áspera y cavernosa.»

La segunda casaca (I).—*Un voluntario realista* (II).—*Un faccioso más...* (II).

ZUMALACÁRREGUI.

Hermana del general Zumalacárregui.

«Una señora menudita y ligera que andaba por aquellos pavimentos lustrosos sin que se le sintieran los pasos.»

Zumalacárregui (II).

— * ZUMALACÁRREGUI, Don Miguel.

Regente de la Audiencia de Burgos y afecto a Isabel II. Hermano del generalísimo carlista, con quien estuvo al habla para dar fin a la contienda civil. Ministro de Gracia y Justicia (1842) con el Gabinete Rodil.

Zumalacárregui (II).—*Los ayacuchos* (II).

* ZUMALACÁRREGUI, Tomás (1788-1835).

El más célebre de los generales carlistas españoles.

«Era un hombre de alta estatura, moreno, de ojos negros, bigote y patillas. Recortadas éstas con esmero por la navaja, formaban una curva sobre las mejillas y venían a unirse al bigote, resolviéndose en él, por decirlo así, de lo que resultaba como una carrillera de pelo. Su nariz aguileña de perfecta forma, el mirar penetrante, y un no sé qué de reserva, de seriedad profunda que en él había, indicaban que no era hombre vulgar aquel que en tal hora paseaba envuelto en capa de paisano, y calzado de altas botas, que el buen estado del piso hacía innecesarias. Al soltar el embozo dejó ver su cuerpo, vestido con zamarreta peluda, estrechamente ajustada con cordones negros. Las patillas, las botas, la zamarreta, la aguileña y delgada nariz, los ojos de cuervo y la gravedad taciturna, son rasgos suficientes a trazar sobre el lienzo o sobre el papel la inequívoca figura de Zumalacárregui.»

«Era el general de aventajada estatura y regulares carnes, con un hombro más alto que otro. Por esto, y por su ligera inclinación hacia delante, efecto sin duda de un padecimiento renal, no era su cuerpo tan garboso como debiera. En él clavó sus ojos Fago, examinándole bien la cara, y al pronto se desilusionó enteramente, pues se lo figuraba de facciones duras, abultadas y terroríficas, con hermosura semejante a la de algunas imágenes de la clase de tropa, como los guerreros bíblicos Aarón; Sansón y Josué. Como en aquel tiempo no circu-

laban retratos de celebridades, bien se explica que Fago no tuviese conocimiento de la estampa real del caudillo, el cual era un tipo melancólico, adusto, cara de sufrimiento y meditación. La firmeza de su voluntad se revelaba más en el trato que a la simple contemplación del rostro, y había que oírle expresar sus deseos, siempre en el tono de mandatos indiscutibles, para comprender su temple extraordinario de gobernador de hombres, de amasador de voluntades dentro del férreo puño de la suya.»

Los Cien mil Hijos de San Luis (I).—*Los apostólicos* (II).—*Un faccioso más...* (II).—*Zumalacárregui* (II).—*Mendizábal* (II).—*De Oñate a La Granja* (II).—*Luchana* (II).—*La campaña del Maestrazgo* (II).—*Vergara* (II).—*España sin rey* (III).—*Amadeo I* (III).

* ZURBANO, Don Martín (1788-1844).

General cristino. Antes bravo guerrillero durante la epopeya de la Independencia.

«Era Martín Zurbano (a quien se le despegaba el don postizo) un hombre tosco y desapacible, de rostro aclerigado, ceño adusto, boca fruncida, de regular estatura y lentitud parsimoniosa en sus movimientos. Usaba boina blanca y chaquetón forrado de pieles sin ninguna insignia; sable y pistolas al cinto. Hablaba incorrectamente y con acento duro, erizado de interjecciones, lenguaje del valor de aquel tiempo en la milicia montaraz. A pesar de estas asperezas, y quizá porque en ellas veía la perfecta imagen del Marte español...»

Vergara (II).—*Montes de Oca* (II).—*Los ayacuchos* (II).—*Bodas reales* (II).—*La revolución de julio* (III).—*La de los tristes destinos* (III).—*Amadeo I* (III).

— * ZURBANO, Hijos del general.

Fusilados con su padre (enero de 1845) por orden de Narváez.

Bodas reales (II).

ZURBANO Y CALOMARDE, Doña Pascuala.

Madre (ya difunta en 1871) del insigne Tito.

Amadeo I (III).

ZURBARÁN (El Padre).

V. ALELÍ, Padre.

Este sobrenombre se daba a aquel santo varón.

— * ZURBARÁN, Francisco de (1598-1664).

Famoso pintor español.

La batalla de los Arapiles (I).

ZURDO (El).

Cabecilla carlista (1838).

Vergara (II).

ZURICALDAY, Gabino.

Esposo de Silvestra Irigoyen. Un bestia. Había militado en la facción y estaba preso en Logroño—esperando sentencia—por haber matado a un guardia civil. *Sacudía* las grandes palizas a su dulce mujer.

De Cartago a Sagunto (III).

ZURICALDAY E IRIGOYEN.

Niño de siete años. Hijo de la dulce Silvestra y del bárbaro Gabino. Vivía con sus abuelos en Elanchove (Vizcaya).

De Cartago a Sagunto (III).

INDICE

INDICE

Págs.

EPISODIOS NACIONALES

Cuarta serie

LA REVOLUCIÓN DE JULIO:

Cap. I 9
— II 12
III 16
IV 20
V 23
— VI 26
VII 30
VIII 34
— IX 37
X 41
— XI 44
XII 48
— XIII 51
— XIV 55
XV 58
— XVI 61
— XVII 64
XVIII 68
— XIX 71
— XX 75
— XXI 78
— XXII 82
XXIII 86
— XXIV 89
XXV 93
XXVI 96
— XXVII 99
— XXVIII 103
— XXIX 105
XXX 108
— XXXI 109

O DONNELL:

Cap. I 115
— II 118
III 121
— IV 124
— V 127

Págs.

Cap. VI 130
— VII 133
— VIII 136
IX 139
— X 142
— XI 146
— XII 148
— XIII 151
— XIV 155
— XV 158
— XVI 162
— XVII 165
XVIII 168
— XIX 171
— XX 175
— XXI 178
— XXII 182
— XXIII 186
— XXIV 190
— XXV 194
— XXVI 197
— XXVII 201
— XXVIII 205
— XXIX 209
— XXX 212
— XXXI 214
— XXXII 218

AITA TETTAUEN:

Primera parte:

Cap. I 225
— II 226
— III 229
— IV 232
— V 235
— VI 239
— VII 241

Segunda parte:

Cap. I 243
— II 247

Págs.

Cap. III 250
— IV 253
— V 257
— VI 260
— VII 263
— VIII 266
— IX 269
— X 272
— XI 275
— XII 277
— XIII 279

Tercera parte:

Cap. I 282
— II 286
— III 289
— IV 292
— V 296
— VI 299
— VII 303
— VIII 308
— IX 311
— X 314

Cuarta parte:

Cap. I 317
— II 321
— III 325
— IV 329

CARLOS VI, EN LA RÁPITA:

Cap. I 331
— II 333
— III 337
— IV 340
— V 343
— VI 346
— VII 349
— VIII 352
— IX 355
— X 358
— XI 361
— XII 364
— XIII 368
— XIV 371
— XV 375
— XVI 378
— XVII 381
— XVIII 385
— XIX 388
— XX 392
— XXI 396
— XXII 399
— XXIII 402
Cap. XXIV .....
— XXV .....
— XXVI .....
— XXVII .....
— XXVIII .....
— XXIX .....
— XXX .....

LA VUELTA AL MUNDO EN LA «NUMANCIA»:

Cap. I .....
— II .....
— III .....
— IV .....
— V .....
— VI .....
— VII .....
— VIII .....
— IX .....
— X .....
— XI .....
— XII .....
— XIII .....
— XIV .....
— XV .....
— XVI .....
— XVII .....
— XVIII .....
— XIX .....
— XX .....
— XXI .....
— XXII .....
— XXIII .....
— XXIV .....
— XXV .....
— XXVI .....
— XXVII .....
— XXVIII .....
— XXIX .....
— XXX .....
— XXXI .....

PRIM:

Cap. I .....
— II .....
— III .....
— IV .....
— V .....
— VI .....
— VII .....
— VIII .....
— IX .....
— X .....
— XI .....
— XII

	Págs.
Cap. XIII	565
— XIV	569
— XV	573
— XVI	576
— XVII	579
— XVIII	583
— XIX	586
— XX	589
— XXI	593
— XXII	597
— XXIII	600
— XXIV	603
— XXV	606
— XXVI	609
— XXVII	613
— XXVIII	616
— XXIX	620
— XXX	623
— XXXI	627
— XXXII	630
— XXXIII	632

LA DE LOS TRISTES DESTINOS:

Cap. I	635
— II	637
— III	639
— IV	643
— V	647
— VI	651
— VII	654
— VIII	658
— IX	661
— X	665
— XI	668
— XII	671
— XIII	674
— XIV	677
— XV	680
— XVI	682
— XVII	686
— XVIII	689
— XIX	692
— XX	696
— XXI	699
— XXII	703
— XXIII	707
— XXIV	710
— XXV	714
— XXVI	718
— XXVII	721
— XXVIII	725
— XXIX	730
— XXX	734
— XXXI	738
— XXXII	742
Cap. XXXIII	745
— XXXIV	749
— XXXV	750
— XXXVI	754
— XXXVII	755
— XXXVIII	757

Serie final

ESPAÑA SIN REY:

Cap. I	761
— II	764
— III	768
— IV	771
— V	773
— VI	776
— VII	778
— VIII	782
— IX	786
— X	789
— XI	792
— XII	796
— XIII	800
— XIV	804
— XV	807
— XVI	811
— XVII	814
— XVIII	818
— XIX	822
— XX	826
— XXI	828
— XXII	832
— XXIII	836
— XXIV	840
— XXV	844
— XXVI	847
— XXVII	850
— XXVIII	853
— XXIX	857
— XXX	860
— XXXI	864
— XXXII	867

ESPAÑA TRÁGICA:

Cap. I	871
— II	874
— III	877
— IV	880
— V	884
— VI	886
— VII	889
— VIII	892
— IX	896
— X	900

Págs.

Cap. XI 904
— XII 908
— XIII 912
— XIV 915
— XV 919
— XVI 922
— XVII 926
— XVIII 930
— XIX 934
— XX 938
— XXI 942
— XXII 945
— XXIII 949
— XXIV 954
— XXV 958
— XXVI 962
— XXVII 966
— XXVIII 970
— XXIX 972
— XXX 976

AMADEO I:

Cap. I 979
— II 982
— III 986
— IV 990
— V 993
— VI 996
— VII 997
— VIII 1003
— IX 1006
— X 1010
— XI 1014
— XII 1019
— XIII 1023
XIV 1027
— XV 1031
— XVI 1035
— XVII 1038
— XVIII 1044
— XIX 1048
— XX 1053
XXI 1057
— XXII 1061
- XXIII 1065
— XXIV 1068
— XXV 1071
— XXVI 1074
— XXVII 1076
— XXVIII 1077

LA PRIMERA REPÚBLICA:

Cap. I 1079
— II 1082
Cap. III .....
— IV .....
— V .....
— VI .....
— VII .....
— VIII .....
— IX .....
— X .....
— XI .....
— XII .....
— XIII .....
— XIV .....
— XV .....
— XVI .....
— XVII .....
— XVIII .....
— XIX .....
— XX .....
— XXI .....
— XXII .....
— XXIII .....
— XXIV .....
— XXV .....
— XXVI .....
— XXVII .....
— XXVIII .....
— XXIX .....

DE CARTAGO A SAGUNTO:

Cap. I .....
— II .....
— III .....
— IV .....
— V .....
— VI .....
— VII .....
— VIII .....
— IX .....
— X .....
— XI .....
— XII .....
— XIII .....
— XIV .....
— XV .....
— XVI .....
— XVII .....
— XVIII .....
— XIX .....
— XX .....
— XXI .....
— XXII .....
— XXIII
— XXIV .....
— XXV .....
— XXVI .....

	Págs.
Cap. XXVII	1268
— XXVIII	1270
NOTAS:	
Cap. I	1273
— II	1277
— III	1281
— IV	1285
— V	1290
— VI	1295
— VII	1299
— VIII	1302
— IX	1306
— X	1310
— XI	1314
— XII	1317
— XIII	1321
— XIV	1324
— XV	1327
— XVI	1332
— XVII	1336
Cap. XVIII	1340
— XIX	1343
— XX	1347
— XXI	1351
— XXII	1353
— XXIII	1356
— XXIV	1358
— XXV	1360
— XXVI	1360
— XXVII	1362
— XXVIII	1363
ENSAYO DE UN CENSO DE LOS PERSONAJES GALDOSIANOS COMPRENDIDOS EN LOS «EPISODIOS NACIONALES»:	
Advertencia importante, cuya lectura se encarece	1367
Indicaciones que deben tenerse en cuenta para el más fácil manejo de este censo	1369
Censo	1371